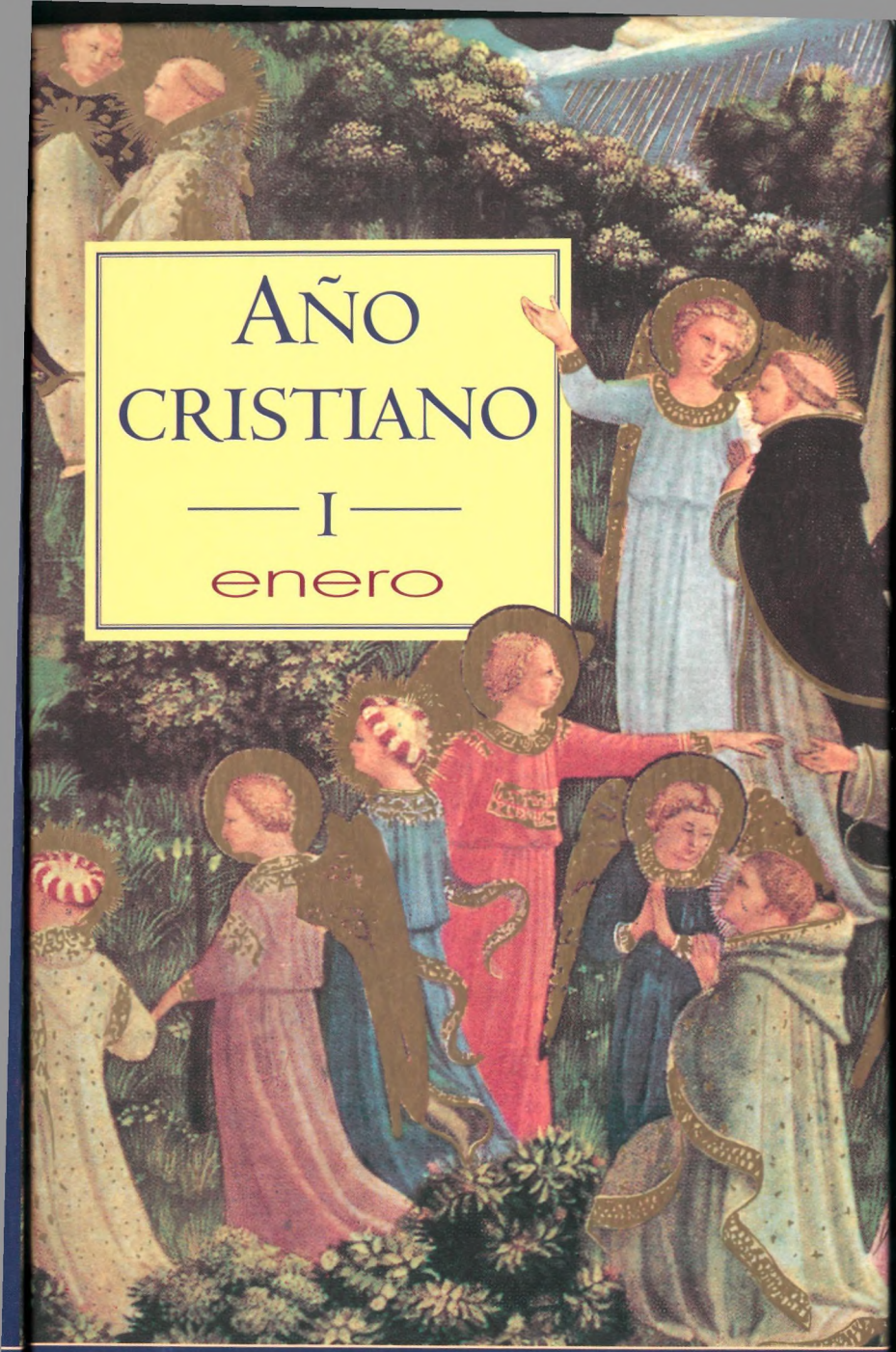

AÑO CRISTIANO

I

enero

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS

Sa t vt 2
2 1 – 0 L

ÍNDICE GENERAL

		Pags
COLABORADORES		XI
PRESENTACION		XIII
NOTA INTRODUCTORIA		XXI
INTRODUCCION GENERAL		XXV
1	Llamamiento universal	XXV
2	Como Juan Bautista	XXVI
3	Diversas facetas	XXVII
4	No son estatuas	XXIX
5	Los santos viven	XXXI
6	Santos patronos	XXXII
7	Influjo en la historia	XXXIII
8	En la liturgia	XXXIV
9	A traves del año liturgico	XXXV
10	Culto a los santos	XXXVI
11	Clasificacion liturgica de los santos	XXXVII
12	Martirio, ascesis, virginidad	XXXIX
13	Tambien los angeles	XL
14	De arriba abajo	XLII
15	Las vidas de los santos	XLIII
16	Propaganda	XLIV
17	Los santos, hoy	XLV
18	Perennidad y actualidad	XLVI
19	Culto de los santos en los primeros siglos	XLVII
20	Las Actas de los martires	XLVIII
21	Los martirologios Martirologios historicos	IL
22	«Vidas de santos»	LI
23	Las leyendas en las «Vidas de santos»	LII
24	«Flos sanctorum» Años cristianos Leyendas de oro	LIV
25	Discusion sobre las leyendas	LV
26	Obra fundamental de los Bolandistas	LVI
27	«Años cristianos» en España	LVIII
28	Antecedentes	LX
29	Reserva a la Santa Sede	LXII
30	Nociones fundamentales	LXIII
31	Vision de conjunto	LXV

		Pags
32	Los primeros pasos	LXVI
33	La introduccion de la causa	LXVIII
34	Los procesos apostolicos	LXIX
35	La beatificacion	LXXI
36	La canonizacion	LXXI
37	Posibles mejoras	LXXII
38	Un dogma fundamental	LXXV
39	Intercesores	LXXVII
40	Invocacion a los santos	LXXVIII
41	Culto a los santos	LXXIX
42	Las reliquias	LXXX
43	Las imagenes	LXXXI
44	Utilidad	LXXXI

CAUSAS DE BEATIFICACION Y CANONIZACION EN LA ACTUAL DISCIPLINA DE LA IGLESIA LXXXV

I	*La constitucion «Divinis perfectionis Magister»*	LXXXV
II	*Normativa de las investigaciones diocesanas*	XCVII
	A) Las personas objeto de las causas	XCVII
	B) La investigacion diocesana en si misma	XCVIII
	1 Personas intervinientes	XCVIII
	2 Las dos clases de causas	CI
	3 Las etapas de las investigaciones diocesanas	CII
III	*Hacia la beatificacion y canonizacion*	CVIII
	A) Las causas de los no martires y que no son objeto de culto popular	CVIII
	1 Examen de las investigaciones diocesanas	CIX
	2 Redaccion de la «Positio»	CIX
	3 Examen de la «Positio» por los consultores historicos	CXI
	4 Examen de la «Positio» por parte de los consultores teologos	CXI
	5 Examen de la causa en la congregacion ordinaria de cardenales y obispos	CXIII
	6 Siguiente paso el milagro Validez de las actas de la investigacion diocesana	CXIII
	7 Documentacion con destino a los peritos medicos	CXIV
	8 Examen de los peritos medicos	CXIV
	9 Examen de los consultores teologos	CXV
	10 Examen por parte de la congregacion ordinaria de cardenales y obispos	CXVI
	11 Promulgacion de decretos	CXVI
	12 La beatificacion	CXVI

Págs

13. Examen del milagro tras la beatificación . . CXVIII
14. La canonización CXVIII
B) Las causas de los mártires CXX
C) Las causas de quienes ya reciben culto. CXXI

BIBLIOGRAFIA GENERAL CXXIII

Santoral de enero (martirologio, biografías extensas y biografías breves) 3-671

APENDICE 673

CALENDARIO ESPAÑOL: MEMORIAS QUE CELEBRAN LAS DIOCESIS ESPAÑOLAS 679

ÍNDICE ONOMASTICO. 681

COLABORADORES

A) Biografías extensas

Aguilar, José Manuel, OP
Alcantara, Pedro de, OFM
Alonso Blanco de la Dolorosa, C P., Paulino
Andres Martin, Melquiades
Arnaldich, Luis, OFM
Arteaga, Cristina de, OSH
Aunos, Eduardo
Caimari, Andrés
Castro, Manuel de, OFM
Diaz Fernandez, José María
Dominguez del Val, Ursicino, OSA
Echeverria, Lamberto de
Escribano, Ignacio
Ferrando Roig, Juan
Ferri Chulio, Andrés de Sales
Fierro, Rodolfo, SDB
Fita Revert, Ramón
Franquesa, Adalberto M., OSB
Garganta, José M. de, OP
Garrido Bonaño, Manuel, OSB
Gil Imirizaldu, Plácido Miguel, OSB
Gonzalez, Agripino, TC
Gonzalez, Marcelo
Gonzalez Rodriguez, M.ª Encarnación
Gonzalez Villanueva, José Ignacio, OSB
Hortelano, Antonio, CSSR
Iniesta Collant-Valera, Enrique, SchP
Jimenez Duque, Baldomero
Langa, Pedro, OSA
Llorca, Bernardino, SI
Manas, Ramón Luis María, OSB
Maria de la Eucaristia, RJM
Maria de San Pedro Alcantara, MR
Maroto Herranz, Alfredo, OSB
Melendres, Miguel
Montero Moreno, Antonio
Montull Bellio, Joaquín, OSB
Moral, Tomás, OSB

PEREZ SUAREZ, Luis M., OSB
POU Y MARTI, José M.ª, OFM
REPETTO BETES, José Luis
REY PALOMERO, Aristeo del
RIESCO PONTEJO, Pedro, OP
RIUS SERRA, José
RIVERA RECIO, Juan Francisco
ROBRES LLUCH, Ramón
RULLAN FERRER, Pedro A., CR
SANCHEZ, Evelina, ACI
SENDIN BLAZQUEZ, José
SORIA, Valentín
USEROS CARRETERO, Manuel
VAZQUEZ, Isaac, OFM
VELADO BRAÑA, Bernardo
VIVES, José

B) BIOGRAFIAS BREVES

REPETTO BETES, José Luis

PRESENTACIÓN

Tras largos años de total *agotamiento editorial* vuelve ahora felizmente al catálogo de la BAC una obra que ocupaba en él un puesto relevante y que fue, durante décadas, alimento espiritual seguro y sabroso para infinidad de lectores.

Me refiero al AÑO CRISTIANO, de cuya tercera edición es éste el primer volumen y que ahora constará de doce tomos y no de cuatro como en las anteriores ediciones.

Esta ampliación o crecimiento de la obra está ya indicando algunas de las razones que explican el largo silencio editorial que había caído sobre el AÑO CRISTIANO y que ahora concluye.

Pero quede, ante todo, constancia de la satisfacción con que la BAC devuelve al público lector —y en cierto modo a toda la Iglesia de habla española— esta obra preciada que tanto se echaba de menos y que nos era requerida con insistencia por muchos lectores y amigos. Larga ha sido la espera. Pero la BAC se complace ahora en relanzar un AÑO CRISTIANO compuesto y acicalado como lo piden las circunstancias eclesiales y articulado, como queda dicho, en doce volúmenes que irán apareciendo sucesivamente y que ofrecerán al lector la variedad y la riqueza del entero santoral de la Iglesia católica.

Pero ¿cuáles han sido las razones del dilatado eclipse que ha sufrido el AÑO CRISTIANO a pesar de su notorio éxito editorial de antaño?

Pocas y escuetas. Y muy fáciles tanto de explicar cuanto de entender.

Venturosamente las virtudes cristianas y la santidad —que con diferentes atavíos constituyen la sustancia del santoral cristiano— son una realidad viva y creciente. Los *santos* viven entre nosotros y en nuestros días. Y la Iglesia reconoce y proclama su santidad en oleadas sucesivas y nunca tan intensas como en los últimos tiempos. De hecho, al tradicional AÑO CRISTIANO,

como al viejo álamo de Machado, le van saliendo ramas verdes con admirable pertinacia.

El proceso de aceleración en canonizaciones y beatificaciones que ha experimentado la Iglesia después del Vaticano II —y muy singularmente en el pontificado del papa Wojtyla— obligaba obviamente a complementar, corregir y ajustar el venturoso descalabro que el tiempo —es decir, la santidad actual— iba originando en los bosques y jardines de la hagiografía cristiana del pasado.

Se imponían por tanto una poda y una plantación de renuevos cuya envergadura queda ahora patente en el estirón —de cuatro a doce— que ha experimentado este AÑO CRISTIANO.

Semejante tarea de revisión y actualización la hubiera emprendido la BAC. Era su obligación y su deseo. Y buena prueba de ambos imperativos son las carpetas que guarda nuestro archivo y en las que el inolvidable Lamberto de Echeverría (promotor y animador por excelencia de las dos anteriores ediciones de nuestro AÑO CRISTIANO) tenía ya acumuladas las novedades y correcciones pertinentes. Su muerte, tan súbita y tan sentida en la BAC y en el conjunto de la Iglesia española, segó aquella ilusionada intentona.

Pero, al propio tiempo, puso de manifiesto que su efecto hubiera sido precario. El pontificado de Juan Pablo II estaba ya demostrando con creciente evidencia que la santidad cristiana es una realidad de cada día y de cada latitud; que, por consiguiente, el martirologio o santoral, lejos de ser memoria fosilizada, es un caudal fresco y abundante que riega generosamente el hoy de la Iglesia.

¿Cómo intentar la actualización de algo que cambia y crece sin cesar?

Naturalmente esa pregunta y esa perplejidad siguen en pie también en este momento en que la BAC ha decidido ya la tercera edición de su AÑO CRISTIANO. Es claro que futuras ediciones irán incorporando las novedades sucesivas.

Y sin embargo, habrá que reconocer que contamos hoy con una ventaja de la que estaban pendientes ya nuestros predecesores aunque no llegaron a disfrutarla.

Es sabido, en efecto, que el Concilio Vaticano II, en su constitución *Sacrosanctum Concilium,* ordenó la revisión y adapta-

ción de todos los libros litúrgicos. El mandato alcanzaba también al Martirologio o Santoral, libro litúrgico de pleno derecho y de peculiar significación y complejidad dadas sus implicaciones históricas que requerían estudios críticos minuciosos y especializados. La tarea de su revisión podía resultar dilatada. ¿Cómo arriesgarse como editorial responsable a componer un AÑO CRISTIANO sin contar con la referencia obligada del Martirologio romano ya autorizadamente puesto al día? ¿No había que sacrificar las prisas editoriales o comerciales a la firmeza histórica y a la seguridad doctrinal que ofreciera la edición posconciliar? ¿No era ésa la mejor forma de servir a los intereses de los lectores?

El proceso de reforma y adaptación del martirologio romano ha durado desde 1966 hasta 2001, año en que apareció finalmente la llamada «edición típica». Una espera harto larga. Pero ha otorgado al Martirologio romano una mayor credibilidad histórica, un orden hagiográfico más acorde con la doctrina y las reformas derivadas del Vaticano II y, en consecuencia, mayor fiabilidad para la vida litúrgica y la piedad cristiana. Es un buen fruto —uno más— que procede apuntar a la cuenta del gran concilio de los tiempos modernos, pilotado por Juan XXIII y Pablo VI.

Contando ya con la pauta insoslayable del martirologio reformado y renovado, se imponía ponerlo cuanto antes al servicio de los lectores y usuarios de habla castellana, tanto en España como en Hispanoamérica. Es un reto que la BAC ha asumido con responsabilidad editorial y que trata ya de cumplir con prontitud y rigor. De tal compromiso no habrá mejor prueba y anticipo que este primer volumen del AÑO CRISTIANO que recoge el bloque hagiográfico correspondiente al mes de enero.

Estoy seguro de que nuestros lectores, los interesados por la hagiografía, por la piedad o simplemente por la historia, compartirán con la BAC la impresión de que la larga y obligada espera que ha tenido que observar nuestro AÑO CRISTIANO no le priva de sentido ni de oportunidad. Todo lo contrario. El momento presente, con sus grandezas y miserias, con sus luces y sombras en la parcela de lo religioso, hace especialmente atina-

da la publicación de un santoral serio y documentado de la Iglesia católica.

Son tiempos, los nuestros, de secularización, que quiere decir, lisa y llanamente, de descristianización. En ellos —sin entrar aquí en análisis globales— prolifera y crece la ignorancia religiosa, ya tan patente. A su sombra las verdades de la fe y los juicios de la moral cristiana pierden vigencia y hasta significado.

Es lo que ocurre también en el terreno de la hagiografía. No es que haya desaparecido el culto a los santos, a su vida o a sus imágenes. Lo que se ha nublado en buena parte es su relevancia para la vida cristiana. Con la ignorancia ha sobrevenido la confusión. La cantera del santoral para dar nombres de pila a las personas está en declive. El conocimiento de las vidas de los santos se ha reducido hasta confundirlos con héroes o dioses de los martirologios paganos. Se ha acentuado, aún entre los que se profesan devotos de advocaciones concretas, la brumosidad de los contornos y de los conceptos.

Por supuesto que siempre existió en el pueblo cristiano la tendencia a interpretar el martirologio o santoral en *clave sanitaria o terapéutica*. Para cada santo o santa, el remedio de una enfermedad, de un apuro doméstico o de una urgencia personal. Una notoria reducción de la piedad al utilitarismo.

Esta tendencia, que, en su ingenuidad, parecía atesorar algo misteriosamente sagrado, tiende hoy a desaparecer. A los santos se los mete cada vez más en la zambra de los videntes, los adivinos, las cartas, la superchería y las voces de ultratumba. Ahora hay santorales para agnósticos y santorales de puro humor a costa de los santos que pueden alcanzar cotas notables de acidez o de impiedad. ¿No es el caso, nada infrecuente, de anuncios y montajes publicitarios a cargo del santoral y al servicio de cualquier producto en el mercado?

Son interrogantes y evidencias que han movido también a la BAC a poner todo el esmero posible en la reedición del AÑO CRISTIANO. Y aquí no hablamos ya de circunstancias de esta tercera edición sino de sus objetivos editoriales.

El servicio que la BAC pretende prestar con este renovado AÑO CRISTIANO a sus lectores y a la Iglesia tiene perfiles muy precisos.

Principalmente, la mejora de los recursos didácticos para una sabia y atinada catequesis. Los santos, sus vidas y ejemplos, son fuente inagotable para la educación cristiana. No es su utilidad terapéutica o milagrera lo que de ellos nos interesa, sino la enseñanza cristiana que se deriva de sus virtudes y conductas como testigos de Jesucristo, como reflejos de su vida y como *caminos* que nos llevan al *Camino* por excelencia, que es Él.

Este AÑO CRISTIANO no pretende, por tanto, fomentar la *santería* en detrimento de la *cristería,* dicho en términos populares. Muy al contrario, es una contribución a la *Cristología* a través de la *hagiografía.*

Para una editorial que se presenta y es reconocida como «el pan de nuestra cultura católica», no es la edición del AÑO CRISTIANO un entretenimiento ni una rutina. Es un servicio consciente y una contribución animosa al fomento y a la recuperación del cristocentrismo en la vivencia cristiana de nuestro tiempo.

Algunos pastores y pastoralistas han alertado sobre el peligro de que el culto a tantos santos y beatos, la proliferación de tantas devociones particulares, pudiera difuminar, como *efecto colateral,* el aprecio central e irremplazable de Jesucristo. Sería aquello de que los árboles no dejaran ver el bosque.

Ni el peligro ni la advertencia son sólo de hoy. Léanse si no las constituciones conciliares *Lumen gentium* y *Sacrosanctum Concilium.* También la introducción que figura en la edición típica del Martirologio Romano.

En cualquier caso, la BAC pone ahora en circulación esta nueva edición de su AÑO CRISTIANO como homenaje a Jesucristo cumbre de la santidad y modelo de todos los santos y beatos que la iglesia ha reconocido a lo largo de los siglos como seguidores e imitadores del Maestro. «Por la hagiografía al Cristocentrismo» podría ser el lema de ese propósito editorial.

Perfiladas las circunstancias y las intenciones de esta obra, nada he de decir sobre su articulación, ni sobre los criterios metodológicos o redaccionales que se han seguido en su elaboración. Tanto estos como otros particulares técnicos que ayudarán en su utilización figuran ya en la *nota introductoria* preparada por el coordinador de la edición.

Pero no puedo ni quiero excusarme de eso que cabría llamar *párrafo* o *capítulo gratulatorio.* En toda obra hay presencias o prestaciones que agradecer. En ésta, doblemente. Por ser parte de una autoría general y por situarse, además, entre la novedad y la continuidad.

En este AÑO CRISTIANO se recoge con respeto y gratitud el trabajo y el nombre de cuantos autores pusieron sus manos en las dos primeras ediciones. Quien se tome la molestia de repasar la lista de autores se encontrará con gratísimas sorpresas. Caerá en la cuenta de que los directivos de la BAC y los coordinadores del AÑO CRISTIANO no escatimaron esfuerzos para comprometer en la edición de esta obra a lo más granado y representativo de la literatura, de la liturgia, de la historia, de la clerecía y del laicado de aquel tiempo. Nombres resonantes, figuras señeras de sabios, de humanistas, de maestros en liturgia o en espiritualidad. Obispos y sacerdotes, frailes y monjas de hábitos diferentes, pastoralistas y teólogos tejieron —con encomiable sentido hagiográfico— aquellas vidas de santos que llenaban los cuatro volúmenes del AÑO CRISTIANO para muchos lectores todavía de feliz recordación. Son textos y relatos que merecían sobrevivir y que aquí están de nuevo para deleite y edificación de cuantos se acerquen a ellos.

De la larga y lujosa nómina de aquellos autores —muchos vivos aún y no pocos ya fallecidos— permítaseme recordar a los cuatro que pusieron las bases y lucharon con denuedo por esta obra. Me refiero a sus promotores: Casimiro Sánchez Aliseda, Luis Sala Balust, Bernardino Llorca y Lamberto de Echeverría. Ahí quedan, como en un merecido cuadro de honor, en el comienzo de la nueva andadura del AÑO CRISTIANO de la BAC que ellos, en su solar académico de Salamanca, pusieron en marcha cuando el Concilio Vaticano II estaba todavía por inventar. Aquel espléndido trabajo se ensambla ahora en las nuevas aportaciones incorporadas a este santoral. La selección de los actuales redactores no ha sido menos cuidadosa. Lo nuevo, lo que ahora se entrevera con naturalidad en lo ya hecho, no desdice de lo anterior. Es más, presenta algunos méritos peculiares. Por ejemplo, el haber tenido que lidiar —valga la expresión— con biografías de santos y beatos en buena proporción

desconocidos. Quiere ello decir que nos han puesto al tanto, por vez primera en lengua castellana, de la vida y las buenas costumbres de esa multitud casi innumerable de hombres y mujeres que en las últimas décadas, a partir de 1966, han alcanzado la declaración de santidad bien en solitario, bien en grupos de mártires.

Estas semblanzas de nuevo cuño han salido también esta vez de monasterios femeninos o masculinos, de archivos catedralicios, de escuelas de teología o de liturgia; de plumas y de ordenadores de expertos en hagiografía que se han sumado laboriosa y animosamente a la tarea de completar y reverdecer este AÑO CRISTIANO. A todos ellos el reconocimiento de la BAC.

Mención aparte por su capitanía en esta edición, merece José Luis Repetto Betes que cumple ahora las funciones de coordinador y que viene de largo trabajando en este proyecto con entrega y eficacia por encima de cualquier ponderación protocolaria. En este maduro clérigo y deán jerezano ha encontrado la BAC al impulsor y coordinador que esta obra (y los lectores que cabe suponer que tendrá) merecían. Experto hagiógrafo, hombre de estudio y reflexión con abundante obra publicada (algunos títulos en el catálogo de la BAC), José Luis Repetto ha marcado el trabajo del renovado AÑO CRISTIANO con el rigor y la ponderación que le son consustanciales.

Para él la gratitud y la complacencia de esta editorial como prenda y anticipo del reconocimiento que a su esfuerzo deberán cuantos de aquí en adelante utilicen los volúmenes de este AÑO CRISTIANO.

No cerraré este turno gratulatorio sin manifestar, en nombre de la BAC y en el mío propio, el agradecimiento a tantos lectores y amigos como, durante los últimos tiempos, han echado de menos este AÑO CRISTIANO y han insistido en su reedición. A ellos, a su confianza y a su amistosa presión se debe también en buena parte esta tercera edición.

Que toda ella, los doce volúmenes que tendrá y que irán llegando gradualmente, redunde en mayor gloria de Dios Padre, en imitación de su Hijo bendito, Jesucristo, y en gozo de su Espíritu Santo Paráclito.

Con laudes o elevaciones de esta guisa trinitaria solían cerrar sus páginas los santorales antiguos. La BAC se suma al amén, así sea, que venía después. Y se permitirá a la vez (no podía ser de otra manera) confiar el buen fruto de esta obra a la intercesión de todos los santos y beatos que —sin distinción de grado, sexo o condición— poblarán las páginas de este AÑO CRISTIANO renacido en los umbrales todavía del tercer milenio.

JOAQUÍN L. ORTEGA
Director de la BAC

NOTA INTRODUCTORIA

CRITERIOS SEGUIDOS PARA ESTA EDICIÓN

Una vez definido el propósito de reeditar el *Año cristiano,* empezamos por fijar criterios que sirvieran de guía en la misma, y que ahora exponemos para información del lector y facilidad de su uso.

En primer lugar se fijó el criterio de que, con muy escasas excepciones, se reeditaría todo el conjunto de artículos que componía la segunda edición, la de 1966. Su texto, avalado por el éxito editorial de las dos anteriores ediciones, completamente agotadas, no ha sufrido revisión ni variación. Va tal cual lo escribieron en su tiempo los diferentes y acreditados autores que lo firman. En el fondo no han tenido más añadidura que la referencia a la canonización de aquellos santos que entonces eran solamente beatos. Y esas excepciones son sobre todo las debidas a las variaciones introducidas por el nuevo Misal de Pablo VI, de 1969, que tiene algunos cambios en la denominación de fiestas, como la del 1 de enero, o en el santoral. Creemos que esta fidelidad al texto de las primeras ediciones avala que a ésta se la llame tercera edición.

Pero no se quería simplemente reeditar, sino que se quería también completar y poner al día. Para completar, hemos añadido santos o beatos importantes anteriores a las últimas canonizaciones y beatificaciones y que en su día no se biografiaron en dichas primeras ediciones. Para poner al día, hemos añadido los nombres de muchos santos y beatos que en estos últimos tiempos han sido declarados tales por la Iglesia, y cuyo número, como es bien sabido, es grande.

Nos pareció que saldría una obra demasiado abultada si a cada uno de todos estos santos o beatos les señalábamos una nota biográfica de la misma extensión que las de las ediciones anteriores. Y para evitar ese tamaño demasiado crecido, pero para no pasarlos tampoco en silencio, hemos dividido las bio-

grafías en *extensas* y en *breves*. El criterio seguido para asignar a un santo o beato una biografía extensa o breve ha sido el de su importancia en el santoral: por ser más o menos conocido, por ser significativo de un tiempo o una situación, o por ser interesante al público de habla hispana, o por ser fundador o fundadora de una comunidad religiosa, a todos los cuales fundadores o fundadoras hemos tomado el criterio de dedicar una biografía extensa. Y naturalmente hemos tenido en cuenta el cada día mayor santoral de las iglesias iberoamericanas.

Hemos añadido también artículos referentes a los tiempos litúrgicos, p. ej. Cuaresma, ya que son parte importante y vital de lo que se llama el año cristiano.

Y hemos añadido a cada día su martirologio o lista de los santos y beatos que para esa fecha señala el Martirologio Romano. De esta forma cada día puede saber el lector cuáles son los santos que la Iglesia conmemora, y de la mayoría de ellos tiene una nota biográfica, extensa o breve.

Esta obra sigue el nuevo *Martirologio romano* que, como edición típica, ha sido publicado el año 2001. Este seguimiento ha hecho que no demos entrada en el *Año cristiano* sino a los santos y beatos que en dicho Martirologio se recogen, enviando al apéndice las notas biográficas de otros que no están incluidos en él pero que pueden resultar interesantes p. ej. por celebrarlos, en su propio de los santos, alguna diócesis española. De todos modos son muy pocos. Igualmente ha obligado el seguimiento del nuevo Martirologio Romano a resituar no pocas biografías que en las ediciones anteriores se encontraban en otras fechas y que han sido pasadas al día que ahora se les asigna.

Nos parece que este criterio de seguir el nuevo Martirologio no necesita defensa. Pues aunque se le hayan encontrado al texto del mismo algunos fallos de detalle, pero sustancialmente es un texto definitivo. No olvidemos que el Martirologio es un libro litúrgico, editado por la Congregación del Culto Divino y de la Disciplina de los Sacramentos, promulgado por la autoridad del Romano Pontífice, cumpliendo una determinación del Concilio Vaticano II. Se trata del registro oficial de santos y beatos que hace para su uso la Iglesia Romana y que tiene vi-

gencia en todo el ámbito, tan mayoritario dentro de la Iglesia, del rito romano. Hay que decir que en su actual edición se ha hecho una grande e inmensa labor, verdaderamente meritoria, y que con ella se ha cumplido el objetivo conciliar de máxima historicidad, y el de poner al día esta lista oficial con la añadidura no solamente de los nuevos santos sino también de los beatos, ya que, aunque en distintos niveles, unos y otros reciben legítimamente culto público en la Iglesia. Con este libro la Santa Sede presta un meritorio servicio a la religiosidad y piedad de los fieles. Nos parece que no puede en adelante editarse o reeditarse un *Año cristiano* sin tenerlo de guía.

Con respecto a la bibliografía digamos que hemos seguido el criterio que se usó en las ediciones anteriores. Precede a este primer tomo una bibliografía general, que hemos actualizado por la añadidura de muchas reseñas. En esta bibliografía general se indican las obras que se refieren a todo el calendario o a una parte de él, p. ej. el santoral de una nación, el de una congregación u orden religiosa, el de los mártires de una persecución, etc. Pero, conservando el criterio de anteriores ediciones, la bibliografía específica de cada santo o beato de las biografías extensas va al final de cada una de ellas.

Hemos pensado que con estos criterios volvemos a darle al lector el ya clásico *Año cristiano* de la BAC pero con ampliaciones y mejoras que esperamos merezcan su atención.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES
Coordinador

INTRODUCCIÓN GENERAL

I

1. Llamamiento universal

La nota característica del Evangelio es su universalidad. En el Nuevo Testamento, Dios llama a todos. No hay distinción entre judío y griego, bárbaro y escita. La invitación de Cristo es general: *Venid a mí todos.*

Ahora bien, en el reino del Padre hay muchas moradas. En la Iglesia, dirá San Pablo, hay muchos dones. Todos colaboran en la edificación del cuerpo de Cristo, todos cumplen una misión, como en el cuerpo cada miembro ejercita una función. Así, hasta llegar *a la consumación de los santos en el trabajo ministerial, hasta alcanzar todos, por la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, el varón perfecto, a medida de la edad llena de Cristo* (Ef 4,12-13).

En este sentido la santidad es una realidad escatológica. Sólo en el cielo llegaremos a esa unidad y plenitud en que Cristo lo sea todo en todos. Pero la Iglesia, el reino de Dios, tiene una fase terrena. Y es aquí donde este reino *padece violencia,* es aquí donde se inicia la santidad, que se consuma en la otra vida y alcanza su perfección al pasar del camino a la patria, del estado de tránsito al de posesión. La Iglesia no canoniza sino a los que han muerto.

Mas mientras peregrinamos hacia el Señor es cuando se hacen los santos. Y a la santidad, dijimos, Dios llama a todos. Nada más fácil que acumular los textos de la Escritura que incitan a la perfección: *Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto* (Mt 5,48).

Esta perfección es exigente, *mayor que la justicia o santidad de los escribas y fariseos* (Mt 5,20), considerados entre los judíos como los perfectos, pero que reparaban demasiado en lo legal y exterior, descuidando el espíritu, que es donde reside la santidad.

Por eso la ley cristiana es tan estricta, y se halla formulada en el Sermón de la Montaña, que comienza por el código de las bienaventuranzas, el mismo que sirve de lectura evangélica en la misa de Todos los Santos (1 de noviembre).

Esta santidad cristiana no es una perfección levantada sobre virtudes abstractas. Entre el filósofo pagano, que ordena su vida según una ética rigurosa, y el santo hay una diferencia sustancial.

El primero sirve a una idea, el segundo imita a una persona. El santo es la reproducción de Cristo, quien nos intima a seguirle, a amarle, a imitarle, porque Él es el camino, la verdad y la vida. *Nadie llega al Padre, al tres veces santo, sino por mí* (Jn 8,12).

De esta manera la santidad, en lo que cabe, es fácil, porque de abstracta se hace concreta, de filosófica se hace cristiana. Más que una especulación, es un oficio, una tarea. Cristo se complace en comportarse como un buen artesano, que enseña haciendo: *Ejemplo os he dado, para que, como yo lo he hecho, también vosotros lo hagáis* (Jn 13,15).

San Pablo habla con apasionamiento de esta noble empresa. Acumula las metáforas, atrevidas a veces, para recalcar esta imitación del único modelo· *Revestíos del Señor Jesucristo* (Rom 13,14) Nuestra vida ha de sumergirse en Cristo, como injertada en la suya: *Vivo yo, ya no yo, que es Cristo quien vive en mí* (Gál 2,20)

2. **Como Juan Bautista**

Así sucede que cada santo es un Juan Bautista que nos va mostrando al Señor. Cuando Jesús acudió al Jordán parecía un hombre como los demás, nada le distinguía de los otros hombres. Pero de pronto el Bautista, señalándole con el dedo, dijo:

— Éste es el Cordero de Dios.

Juan y Andres, discípulos del Bautista, que oyeron sus palabras, siguieron a Jesús, y, además, le buscaron nuevos discípulos

Igual hacen los santos: manifestarnos a Cristo en su vida y conducirnos a Él, son como una reproducción de Cristo hecha según la escala humana. Al mostrarnos cómo ellos han seguido a Jesús, nos estimulan a que le sigamos también nosotros.

Lo que ocurrio un día entre el Bautista, Juan y Andres, se repite indefinidamente a través de la historia de la Iglesia.

Los santos nos van mostrando a Jesus Porque, si Dios es el sol de la santidad, ellos son como gotas de agua cristalina y transparente que reflejan aquel divino luminar

3. Diversas facetas

Pero los santos, como limitados, no pueden agotar el modelo que pretenden reproducir Ya es mucho que nos den alguna faceta del mismo, algún rasgo saliente que nos recuerde a Cristo

En cambio, tienen el arte de presentarnos la imagen de Jesús situada en el tiempo y en el espacio

Así como por el misterio sacramental entramos en contacto con el misterio de la existencia terrena del Salvador, y la liturgia nos hace revivir a través del ciclo temporal el nacimiento, la vida pública, la pasión, muerte y resurrección de Cristo, y por los sacramentos se aplican a nuestra santificación los frutos de redención que Él nos mereció al encarnarse, así los santos reproducen la vida del Señor tal como se habría desarrollado si Él hubiera estado en aquellas circunstancias, de tiempo (en la época precisa de la historia humana en que vivieron), de lugar (país y condiciones materiales), de posición social (ambiente familiar o racial, situación política, económica, cultural).

> La historia de Jesus, su breve existencia visible, se desarrollo en un medio muy definido, en tiempos de Augusto y Tiberio, en Palestina, cuando el judaismo se hallaba en la decadencia que le llevaria a la ruina De esta existencia historica de Jesus conocemos algunos hechos por los cuatro evangelios Durante diecinueve siglos los hombres han meditado cada linea de estos libros para tratar de vivir a su vez esa misma vida Pero nadie se ha encontrado en las condiciones materiales y sociales identicas a las que le toco vivir al divino Maestro Asi los santos no han podido simplemente copiar, se han visto obligados a transportar Mas para no dar una imagen falsa o muerta, han tenido que permanecer fieles al espiritu mas que a la letra, recreando e inventando antes que copiando, de modo que cada uno de ellos ha sacado un retrato inedito

Y como lo que se hereda con la sangre y se adquiere con la educación no era lo mismo en los santos que en Cristo, sobre

tales bases hubo de trabajar el espíritu de Jesús, para que la fisonomía de cada santo conservara sus trazos característicos e inconfundibles, sin que se diera la reproducción en serie del mismo cliché. Los santos difieren sorprendentemente unos de otros, si bien conservan un aire de familia, que les viene de su parecido común con Jesús.

¡Qué diferencia de situación y de carácter entre San Fernando y San Pascual Bailón, entre Santa Mónica y Santa Juana de Arco! ¡Y qué diferencia entre el medio palestinense y judío del siglo I y las circunstancias políticas, sociales y culturales de estos otros santos! Ninguno de ellos, para imitar a Jesús, hubo de renunciar a lo que les era propio, como patrimonio inalienable de su personalidad. Es como si ellos, diríamos parodiando a San Pablo, hubieran completado en su propia vida lo que faltó a la vida terrestre de Cristo para manifestarse plenamente en toda su gama de situaciones.

El amor de Jesucristo al desierto y a la oración nos ha sido revelado más explícitamente por la soledad de San Antonio Abad o San Bruno; su pobreza voluntaria, por el desprendimiento de San Francisco de Asís; su compasión hacia las miserias humanas y su actividad ingeniosa para remediarlas ha tenido más amplias manifestaciones en San Vicente de Paúl; su caridad con los pecadores arrepentidos ha vuelto a revivir en el confesonario del Cura de Ars, y su afecto a los niños florece todavía en las casas de San Juan Bosco.

La manera más fácil de imitar a Jesús es, por lo general, imitar a sus santos. Ellos están más cerca de nosotros, de nuestras condiciones de vida, quizá sus circunstancias se asemejan más a las nuestras. Esto no impedirá el volver continuamente los ojos al divino modelo; aunque algunos de sus rasgos habrían escapado a nuestra observación si no hubieran sido puestos a luz por esta o aquella alma privilegiada que los hicieron revivir. Bien pueden decir como San Pablo: *Sed mis imitadores como yo lo soy de Cristo.*

4. No son estatuas

> El culto cristiano a los santos ha poblado de sus efigies nues tros templos Solemnes, hieraticos, los vemos levantados sobre sus altas hornacinas Vestidos de ricos ropajes que pintores e imagineros rivalizaron en decorar con oros y cenefas, en actitudes convencionales, sometidos a la rigidez de la estatuaria, podemos llegar a pensar que los santos fueron seres impersonales, por encima de las categorias aristotélicas El mismo arte narrativo de otros tiempos se complacio en presentarlos como inasequibles a causa de una santidad que nacia con signos de predestinación o se elevaba a tales alturas que era imposible seguirla en su raudo vuelo

Los santos no fueron estatuas. Vivieron, se movieron, conversaron y también, a veces, pecaron. Ante sus contemporáneos no siempre tuvieron aquella aureola que se les colocó el día de su canonización.

El mismo Jesús, hasta los treinta años, era tenido por un sencillo artesano, y el «Santo de Dios» pasó tan desapercibido entre los habitantes de Nazaret, que se preguntaban con extrañeza y sorna: «¿Pues no es éste el hijo de José el carpintero?».

María, su madre, la más grande de las santas, fue otra aldeana que pasó su vida entre la cocina, la costura, el taller y los pocos animales domésticos de un hogar obrero. Cuando Teresita acababa de expirar, una monja dijo a su compañera: «¿Qué podrá decir la priora de sor Teresa? No ha hecho nada de particular». A los ojos de aquella carmelita la vida de Santa Teresa del Niño Jesús era como la de todo el mundo. La verdadera santidad no se ve, está en el corazón.

Precisamente, una de las presencias de Cristo en su Iglesia es a través de sus santos, de modo que ha querido santificar por medio de ellos todas las edades, todas las profesiones, sexos, lugares, naciones, razas.

Igual que se multiplica en las hostias consagradas, multiplica también su santidad en aquellas almas excepcionales. No siempre una lámpara luce junto a cada santo, como luce frente a la puerta del sagrario. Estas lámparas las enciende la Iglesia el día de la canonización. Y con ello nos dice al mismo tiempo que el fenómeno de la santidad heroica es inherente a la Iglesia católica y una de sus señales apologéticas. Siempre ha habido y habrá

santos en el mundo. ¡Quién sabe si ahora, a nuestro lado, hay un santo irradiando caridad a nuestro alrededor!

Esta presencia de la santidad debe estimularnos a todos los cristianos. Porque los santos no fueron todos monjes u obispos. Santa Juana de Arco y San Pascual Bailón fueron pastores. San Fernando fue rey, intervino en varias guerras y contrajo segundas nupcias; tuvo la suerte de triunfar siempre en sus empresas militares. Su primo San Luis, también rey, sólo cosechó derrotas; tuvo once hijos y sufrió no poco con las desavenencias entre su madre y su esposa. Santa Blandina y Santa Zita fueron criadas; Santo Tomás Moro ocupó altos puestos en la política; Santa Mónica, una viuda con un hijo descarriado, al que logró reducir a fuerza de lágrimas; Santo Domingo Savio fue un estudiante de quince años; Santa María Goretti, una niña semianalfabeta; San Benito José de Labre, un mendigo que recorrió pidiendo muchas ciudades... Hubo santos médicos, como San Cosme y San Damián; abogados, como San Andrés Avelino; pintores, como Fra Angélico; catedrático y concejal, como el Beato Contardo Ferrini; poetas, como San Juan de la Cruz; negros, como San Martín de Porres y los mártires de Uganda. El santo más joven es un japonés, San Ignacito, de nueve años, mártir.

Los santos aparecen unas veces en la historia solos, como los cedros en la llanura; otras, se relacionan entre sí. Santa Teresa estuvo en comunicación con toda la pléyade de santos españoles del siglo XVI, con San Juan de la Cruz, con San Pedro de Alcántara, con el Beato Ávila... En el París del siglo XVII coinciden San Francisco de Sales, San Vicente de Paúl, Santa Luisa de Marillac, Santa Francisca Fremiot de Chantal y Beata María de la Encarnación. Es interesante el grupo de santos torineses del siglo pasado: Bosco, Cafasso, Cottolengo, Savio. Todos recordamos, por lo demás, la frase tan repetida del Martirologio: San X y compañeros mártires... Es que la santidad es contagiosa, porque el bien tiende, naturalmente, a difundirse, y Dios hizo al hombre como ser sociable, que se ayuda para lo bueno, pero, desgraciadamente, también para lo malo.

5 Los santos viven

Aunque murieron terrenalmente, los santos viven en el cielo, y los cristianos podemos beneficiarnos de su poder intercesor. Los santos no están alineados en la gloria como las estatuas que pueblan las archivoltas de nuestras catedrales.

Poco antes de morir dijo Santa Teresita: «Quiero pasar mi cielo haciendo bien sobre la tierra». Con ello quería decir que no pensaba emplear su vida celeste en cantar salmos sentada en una silla coral, sino que el doble amor que animó su vida aquí abajo, podría emplearlo igualmente en el cielo amando a Dios y haciendo beneficios a los hombres

Cómo sea esta vida del cielo no podemos explicarlo, porque transciende nuestros pobres sentidos, pero sabemos que los santos tienen poder intercesor ante Dios, según explica con precisión teológica Santo Tomás.

> «Cuanto mas perfecta ha sido la caridad de los santos que estan ya en la Patria, tanto mas interceden por aquellos que estan todavia en camino, ya que pueden ayudarles con sus oraciones, y cuanto mas unidos estan a Dios, tanto son mas eficaces estas oraciones suyas Asi se realiza el orden divino que hace refluir sobre los inferiores la excelencia de los superiores, como la claridad del sol se desparrama en el aire» *(S Th* 2-2 q 83 a 11)

Sale al paso una objeción sutil: «¿Cómo pueden los bienaventurados conocer lo que pasa en la tierra? ¿Cómo pueden, en particular, tener conocimiento de las súplicas que se les dirigen?».

La respuesta nos la da nuevamente Santo Tomás: «Cada santo debe ver en la esencia divina todo lo que es necesario para su felicidad» Ahora bien, la bienaventuranza supone el perfeccionamiento en Dios de todo lo que aquí era incompleto. Si los afectos terrestres son queridos por Dios, deben finalmente hallar su plenitud en El. Y Dios no puede privar a los bienaventurados de conocer en su luz las súplicas que se les dirigen, ni rehusar aquellas cosas buenas que les pidan.

6. Santos patronos

En esta doctrina se funda el patronato que la Iglesia señala a los santos. El más universal es el concedido a cada cristiano en el santo bautismo. El canon 761 ordena:

> «Procuren los parrocos que se imponga nombre cristiano al bautizado, y si no pudieren conseguirlo, añadan al dado por los padres el nombre de algún santo, y consignen ambos en el libro de bautizados»

Por este acto la Iglesia nos liga a un santo determinado, y nos encomienda a su protección, exhortándonos a la vez a que le imitemos en sus virtudes.

Después vinieron los patronos de las corporaciones. Lo expresa con claridad el canon 1278:

> «Es laudable elegir a los santos, y, con la confirmación de la Sede Apostolica, constituirlos Patronos de las naciones, de las diocesis, de las provincias, de las cofradias, de las familias religiosas y de otros lugares y personas morales»

Estos patronazgos suelen nacer en virtud de alguna relación entre el santo y la entidad que se encomienda a su poder intercesor Con frecuencia fue un hecho milagroso el que determinó la elección. Santiago fue elegido patrón de España a raíz de la victoria de Clavijo, atribuida a su intervención milagrosa. En otros casos es por ser santos del propio país; por esta razón San Francisco de Asís y Santa Catalina de Sena son patronos de Italia. Otras veces, por razones de tipo histórico. Las expediciones de los catalanes a Grecia y de los ingleses a Tierra Santa determinaron el escoger por patrón a San Jorge, muy venerado en Oriente, mas de cuya vida tenemos escasas noticias, pero sí frondosas leyendas.

En cuanto a las profesiones, se busca el parentesco espiritual del patrón sobre los del gremio. San Juan Crisóstomo, de arrebatadora elocuencia, lógicamente debe ser el patrón de los predicadores. San Gabriel Arcángel, que fue comisionado para la más feliz embajada de todos los tiempos, es patrón de la carrera diplomática. Santa Apolonia, que sufrió el martirio de arrancarle todos sus dientes, es patrona de los odontólogos, etc.

Así los santos están ligados a nuestra vida, y después de muertos siguen enviando, como prometiera la Santa de Lisieux, una lluvia de gracias sobre la tierra.

Y Dios ha querido concedernos patronos aun para las cosas pequeñas. Y no hay que atribuir a superstición el que los fieles invoquen a San Antonio para que les ayude a encontrar objetos perdidos, porque sin duda que el Santo, compasivo también en el cielo, acude en socorro de quien le invoca en estos cotidianos apuros.

7. Influjo en la historia

El patronato de los santos ha dejado huella imborrable en la historia, en la geografía, en la literatura y en el arte. ¿Se podrá hacer la historia de Venecia prescindiendo de San Marcos? ¿Se podrá hablar de Madrid olvidando a San Isidro? ¿Se podrá escribir la historia medieval sin mencionar el carácter religioso de los gremios, ligados a un patrón, personaje vivo y real, no sólo en la capilla o en la ermita donde se le festejaba, sino en el cotidiano quehacer del oficio respectivo?

Numerosas ciudades portan todavía el nombre de sus santos patronos: San Sebastián, San Francisco, Santiago de Chile o de Compostela, Saint Moritz, Saint Michel... Tantas veces el santuario venerable dio ocasión al núcleo urbano o la tumba fue origen de peregrinaciones, que crearon toda una corriente de cultura, como en el caso del camino de Santiago.

Además de ciudades y pueblos existe una rica toponimia con nombres de santos, ligados a vías de comunicación, puentes, valles, montañas, castillos, oratorios, ermitas... La tradición, la leyenda, el folklore, se benefician de tales circunstancias, porque fue alguna reliquia del santo, algún milagro, algún monasterio o santuario el que determinó tales denominaciones.

El caso de América es excepcional. El viajero que toma el tren en Los Ángeles va desgranando el nombre de las estaciones como unas letanías: San Francisco, San Diego, Santa Clara, San Juan de Capistrano. Nuestros navegantes y conquistadores bautizaban con santos del calendario de la Iglesia los valles, las

ensenadas, las ciudades y los contornos geográficos. Nuestra honda religiosidad se hizo geografía.

8. En la liturgia

La intercesión de los santos se hace más intensa en el culto oficial de la Iglesia. La misa comienza con las invocaciones del *Confiteor,* en que imploramos perdón por el valimiento de la Virgen María, de San Miguel Arcángel, de San Juan Bautista, de los santos apóstoles San Pedro y San Pablo y de «todos los santos».

Ya dentro del canon, antes y después de la consagración, los santos vuelven a los labios del celebrante, entrando en comunicación con ellos para rogarles su ayuda o para desear vernos algún día en su compañía en el cielo.

La Iglesia ha inventado, además, las letanías, que son súplicas breves y apremiantes elevadas a Dios por medio de los santos. Estas letanías sólo ocurren en la liturgia en momentos graves, en que la intercesión de los bienaventurados es de todo punto necesaria ante la magnitud de la gracia que se postula. Entonces la Iglesia de la tierra requiere a la Iglesia del cielo para que presente sus demandas al Todopoderoso.

Estas letanías revisten en ciertos casos un rito peculiarísimo y único, que sólo entonces se emplea: la postración. Durante las ceremonias de la ordenación sacerdotal, para invocar sobre los elegidos la benevolencia divina, éstos se postran sobre su faz, tendidos en el suelo y como aniquilados, y sobre ellos caen una a una las invocaciones de las letanías. También en la profesión de las religiosas suele formar parte del ceremonial.

Las letanías resuenan la noche del Sábado Santo, durante la vigilia pascual, antes de la bendición de la fuente, para que Dios otorgue a las aguas el poder santificador que las convierta en materia apta del santo bautismo.

Para pedir el fruto de las cosechas se bendicen los campos, durante tres días anteriores a la Ascensión y el día de San Marcos; son las rogativas. En ellas se cantan procesionalmente las letanías.

Pero nunca resultan éstas tan solemnes como rezadas cabe el lecho de un moribundo en la «recomendación del alma».

Ciertos santos más relacionados con los enfermos, y después todos, clasificados por grupos, son invocados para que acojan el alma de aquel cristiano, que dentro de poco comparecerá en la presencia de Dios. Ellos, como buenos intercesores, abogarán por él para que no se sienta desamparado en el momento del juicio.

9. A través del año litúrgico

En el ciclo litúrgico, además del «propio del tiempo» que gira alrededor de la festividad de la Pascua y conmemora las fiestas del Señor, tenemos el «propio de los santos», o sea, el conjunto de fiestas que tienen un día fijo en el calendario eclesiástico. Al proponernos tales conmemoraciones, la Iglesia quiere estimularnos con el ejercicio de las virtudes de aquellos cuyas fiestas celebramos.

Mas el motivo fundamental de su culto estriba en que ellos son los medianeros de la gracia, de la que, en virtud de la «comunión de los santos», ellos pueden socorrer nuestra indigencia por ser dentro del cuerpo místico los miembros privilegiados, pletóricos de ese don divino que nos hace hijos de Dios. Lo más grande en ellos no son sus eximias virtudes, sino la gracia que los santificó.

Según esto, la propia liturgia propaga no sólo el culto a los santos, sino también el conocimiento de sus vidas. De éstas ofrece un resumen en el segundo nocturno de maitines del Breviario. Además, la celebración de la misa comporta unos textos que van en función de la vida del santo que se festeja, con lo que su recuerdo alcanza a un público más extenso que el eclesiástico, obligado al rezo del oficio. De hecho, los fieles a santos incluidos en el calendario litúrgico es a los que más conocen y estiman, y así les hemos tenido muy presentes al componer este *Año cristiano.*

Según esto, tales santos gozan de una indiscutible ventaja sobre los restantes. Discernir cómo entraron determinados santos en el calendario litúrgico, es labor prolija; baste decir que no siempre han sido razones apriorísticas, sino, con frecuencia, puramente circunstanciales. Pero conviene saber que aparte del

calendario de la Iglesia universal existen los calendarios nacionales, diocesanos y de institutos religiosos, de manera que todos los santos registrados en el «Martirologio» son venerados litúrgicamente en esta o aquella parte. Siendo unos trescientos los días libres del año, descontadas las fiestas del ciclo temporal, no todos los santos pueden recibir veneración litúrgica. Y aún hoy se considera que los santos ocupan un lugar desmesurado en la liturgia, siendo la tendencia a podar, como lo ha demostrado la reforma de San Pío X, en 1914, y otra más reciente, de 1956, y se espera que prevalezca igual criterio en la anunciada reforma de los libros litúrgicos.

10. **Culto a los santos**

Este culto a los santos se manifiesta en el oficio litúrgico propio, como acabamos de decir, y en la veneración de sus reliquias e imágenes. No es culto de «latría» o adoración, sólo debido a Dios, sino culto de «dulía» o veneración, honrándoles como a «amigos y familiares de Dios».

Referente al culto de las reliquias y sagradas imágenes dice el canon 1276:

> «Es saludable y util invocar humildemente a los siervos de Dios, que estan reinando con Cristo, y venerar sus reliquias e imagenes, pero sobre todos los demas deben todos los fieles honrar con filial devocion a la Santisima Virgen Maria»

El culto concedido a las reliquias de los santos tiene un fundamento humano, que nace del aprecio que guardamos a los objetos de aquellas personas que amamos, y también su sepultura la rodeamos de respeto, por contener el cuerpo de un ser querido. Y tiene un fundamento teológico, en cuanto los cuerpos de los santos fueron templos del Espíritu Santo, santificados por el martirio o las austeridades, y también porque dichos cuerpos son como semillas de un futuro glorioso. Por todas estas razones parece obvio concederles muestras de veneración, lo cual se hace hasta con los héroes de la patria o los personajes distinguidos en la ciencia, la política o las letras.

Por eso la Iglesia fomenta el culto de las reliquias, aunque han de gozar de autenticidad, haciendo responsable de tal ga-

rantía a los obispos (can.1283). Por la historia sabemos los numerosos milagros que Dios ha querido obrar al contacto con las reliquias de los santos o también sobre su sepulcro.

Actualmente está prescrito que para la consagración de los altares lleve la piedra del ara un sepulcrito con reliquias de santos, especialmente mártires. En la antigüedad, en las catacumbas y en las basílicas, no se celebraba misa sino sobre las tumbas de los mártires. Al incluir también ahora sus reliquias debajo del altar se recuerda que los santos se unen en su sacrificio al propio de Cristo.

El culto a las sagradas imágenes fue defendido valientemente por la Iglesia contra los iconoclastas; no es idolatría: porque el culto no se dirige al objeto, sino a lo que representa. Gracias a esta norma, el mismo arte se benefició copiosamente, como lo dicen los retablos, esculturas y cuadros que llenan nuestros templos, y después de las depredaciones y desamortizaciones del pasado siglo también los museos. «La Iglesia —dice Pío XII— quiere que en nuestros templos sean expuestas las imágenes de los santos, a fin de que imitemos las virtudes de aquellos que veneramos» (Enc. *Mediator Dei,* nov. 1947).

11. Clasificación litúrgica de los santos

Desde antiguo la liturgia ha intentado una clasificación de la santidad. Ya en el *Te Deum,* que se remonta al siglo IV, hallamos huellas de distribución: «Te alaba el coro glorioso de los apóstoles, el laudable conjunto de los profetas y el blanco ejército de mártires». Por entonces no habían encontrado todavía culto los confesores ni las vírgenes.

La fiesta de Todos los Santos nos ofrece otra distribución semejante, aunque más completa, que se remonta a la Edad Media. «Ángeles, arcángeles (se enumeran los restantes siete coros), patriarcas y profetas, santos doctores de la ley, apóstoles, todos los mártires de Cristo, santos confesores, vírgenes del Señor, anacoretas y todos los santos» (antífona al *Magníficat* de las primeras vísperas). Y en los maitines de la misma solemnidad responsorios celebran cada uno de estos grupos con gran belleza. Las letanías de los santos los distribuyen también siguiendo

la pauta del «Común de los santos», en que éstos van agrupados según el orden que les asigna la liturgia. Por la historia conocemos el origen y proceso de esta clasificación.

El culto de los santos nació del culto de los mártires, del sacrificio eucarístico que la comunidad cristiana ofrecía sobre su tumba. Era un culto totalmente local. Pronto al recuerdo de los mártires se unió el recuerdo de los apóstoles, que son como fundamentos sobre los que se levanta la Iglesia. Ellos son los únicos mencionados en el *Te Deum*. Se habla también allí de los profetas, como en la antífona del oficio de Todos los Santos se mencionan los patriarcas y doctores de la ley; pero conviene saber que la Iglesia latina no da culto litúrgico a los santos del Antiguo Testamento; por eso, fuera de estas alusiones, no los encontraremos en más sitios.

El mártir era considerado en la primitiva Iglesia como el «santo» por antonomasia, por lo que sólo a él se daba culto; pero, habiendo cesado el martirio en el siglo IV, el ideal de santidad hubo de sufrir modificación. Entonces apareció el grupo de las vírgenes y de los confesores. Las primeras, porque con el sacrificio de su vida pura emulaban a los mártires, según dice San Ambrosio, y además porque son como la imagen de la Iglesia, la esposa virginal de Cristo. Dentro de las vírgenes, la más perfecta imagen de la Iglesia es la madre virginal, María.

Los confesores comenzaron siendo los mártires frustrados, aquellos que «confesaron» públicamente su fe, pero no alcanzaron la muerte en los tormentos. Quedaban equiparados a los mártires. Cuando ya desaparecen las persecuciones surgen los anacoretas y penitentes, que con su vida austera imitan en cuanto cabe a los mártires. Un cristiano es mártir cuando abandona los goces del mundo y se consagra por completo al Señor. Entre ellos merecen especial mención los que dirigen las Iglesias, los obispos, padres de la grey cristiana, entregados al ministerio salvífico. Los primeros confesores que recibieron culto fueron un obispo, San Martín de Tours, y un papa, San Silvestre.

12. **Martirio, ascesis, virginidad**

Igual que existe una clasificación para los coros de los ángeles, la Iglesia ha clasificado la santidad en tres grandes grupos: mártires, confesores y vírgenes, como tipos de santidad propuestos a los cristianos que peregrinan en la tierra. Porque este triple ideal puede encarnar alguna de las maneras de participar el hombre en el misterio de Cristo, que es necesariamente participación en su muerte y resurrección. En el martirio se propone la participación en la muerte de Cristo, en la virginidad se propone el ideal de la resurrección, y en la ascesis el camino ambivalente hacia el martirio o la virginidad.

Cristo y la Iglesia son uno. Cuando Cristo muere místicamente en la misa, la Iglesia se ofrece con él. Cuando un mártir muere, Cristo continúa su acto redentor. La Iglesia se identifica con Cristo y el mártir se identifica y configura con el mismo Cristo.

Toda la vida cristiana está empeñada en una lucha que no conoce reposo. El alma no puede abandonarse a una falsa seguridad; sólo en la esperanza de la ayuda divina encontrará firmeza. Esta lucha comporta muerte y victoria. Muerte de sí mismo, victoria y resurrección en Cristo; pero con la angustia de la inseguridad. Mientras el mártir sabe que ha muerto, pero ha vencido, el asceta siempre está pendiente de su triunfo definitivo, porque ya dijimos que la santidad es una realidad escatológica. El confesor (traducción griega del nombre de mártir) muere a su yo y a sus pasiones para asimilarse a Cristo por la gracia, dando testimonio de Él.

El Antiguo Testamento no conoció la virginidad, mientras la conocieron los paganos, si bien la redujeron a pura renuncia y esterilidad, como sacrificio a la divinidad, que también impuso la muerte. Mas la virginidad es la vida de los hijos de la resurrección, la vida angélica, donde no se conoce el matrimonio y «seremos como los ángeles de Dios». La virginidad configura la resurrección de Cristo, haciendo participar del carisma del amor eterno, porque no es precisamente la castidad o renuncia el distintivo propio de la virginidad, sino el amor, la caridad, que funde al alma con Dios.

La liturgia, al clasificar a los santos, quiere que nos fijemos en el prototipo, sin perdernos en detalles individualistas, de manera que cada cristiano pueda seguir libremente y a su modo su ideal, fijo en el conjunto y en lo esencial. Después la biografía de cada santo evita las generalizaciones, resaltando sobre un fondo común la vida concreta como realización en el individuo del modelo último, que es Cristo.

13. También los ángeles

Mas la Iglesia no sólo celebra las fiestas de los santos, sino las de los ángeles, pues también ellos tienen parte en la vida de los fieles. Todas las páginas de la Escritura están llenas de revuelos de ángeles.

Un ángel con espada de fuego cierra la puerta del paraíso después de la prevaricación, otro ángel detiene el cuchillo de Abraham cuando iba a dar muerte a su hijo Isaac, otro ángel cruza las casas de los egipcios la noche de Pascua, dando muerte a sus primogénitos, y ángeles incansables son los que cantan el trisagio en la visión de Isaías.

El Nuevo Testamento nos trae los ángeles que prepararon los caminos de la redención.

Un ángel anuncia el nacimiento de Juan Bautista; Gabriel pide a María su consentimiento para ser madre de Dios, y otro ángel desvanece los recelos de José para recibir a su esposa. Sobre la cuna de Belén millares de ángeles entonan el *Gloria in excelsis.* Y la vida del Niño la protege un ángel, que avisa oportunamente a José para que huya a Egipto o regrese a Nazaret.

En la vida pública del Señor vemos a los ángeles sirviéndole después del ayuno en el desierto. En Getsemaní un ángel bueno le conforta y la mañanita del domingo de Resurrección ángeles de blancas vestiduras hacen huir a los soldados y dan el grato mensaje a las santas mujeres.

Todavía los ángeles se aparecerán a los discípulos, absortos después de la ascensión del Señor, y otro ángel abrirá la prisión a Pedro, cautivo.

Las vidas de los santos están llenas de historias de ángeles. A través de este *Año cristiano* los veremos desfilar acompañándoles, animándoles, sugiriéndoles nobles pensamientos.

La doctrina católica nos dice que todos tenemos un ángel custodio que vela por nosotros. La Providencia ha sido generosa al encomendarnos a estos celestiales guardianes.

Por eso la Iglesia los invoca a cada paso en su liturgia. Y aunque sus fiestas no sean muchas en comparación de las de los santos —dos a San Miguel, una a San Gabriel, otra a San Rafael y otra a los Ángeles Custodios—, sin embargo, siempre están presentes en la oración oficial de la Iglesia.

En la misa, al trisagio, justamente llamado himno angélico, nos unimos con las nueve jerarquías del cielo, convocándoles a nuestra alabanza para, todos juntos, entonar aquel cántico a la santidad de Dios.

Cada domingo, después de asperjar a sus fieles, pide el celebrante al Señor que «se digne enviar su santo ángel para que guarde, asista, proteja, visite y defienda a todos los allí reunidos».

El ritual está lleno de estas invocaciones a los ángeles, pero cuando se hacen más apremiantes y emocionantes es en la liturgia de los enfermos, sobre todo en la recomendación del alma. Junto con los santos son invocados con apremio los ángeles en las letanías, y en las oraciones que siguen se encomienda a ellos el alma de aquel fiel próximo a pasar a las manos de Dios.

Esta insistencia perdura en la liturgia funeraria. ¡Qué bella y consoladora la antífona que se canta al ser conducido el cadáver del cristiano a la sepultura! Es como una procesión hacia el cielo: «¡Condúzcante los ángeles al paraíso... y te lleven a la ciudad santa de Jerusalén!».

Los ángeles, como hermanos mayores, velan por nosotros, están ligados a nuestra existencia, entramos en contacto con ellos por medio de la liturgia.

Ellos son espíritus puros, no tienen cuerpo, mas el arte, cuando ha querido representarlos valiéndose de formas plásticas, unas veces los ha hecho casi incorpóreos, con cabeza y dos breves alas, otras, como breves mancebos de amplios ropajes y alas voladoras, prontos a cumplir las órdenes de Dios, otras los hizo niños pequeños, como «amorcillos», otras, mofletudos y gordezuelos, como en el barroco.

Los ángeles son también protectores nuestros y nos podemos encomendar a su patrocinio. Lo dice así una oración:

«Dios, que con inefable providencia te dignaste enviar tus santos ángeles para nuestra custodia, concédenos el ser siempre defendidos con su protección y poder gozar eternamente de su compañía». Sí, ellos, después de la Encarnación, forman también parte de nuestro orden sobrenatural, centrado en Cristo, según se dice en el prefacio: «Por el cual (Cristo) alaban tu majestad los ángeles, la adoran las dominaciones, la tiemblan las potestades...».

14. **De arriba abajo**

Es admirable el influjo que unos santos han ejercido en otros a través de los siglos. Los santos han anudado una amistad que no conoce fronteras ni edades. En la capilla del Carmelo, de Lisieux, se ven representados cuatro santos: Santa Cecilia, San Juan de la Cruz, Santa Teresa y el Beato Teófilo Vénard, misionero mártir. Eran los cuatro santos que Santa Teresita había escogido como sus protectores.

Santa Juana de Arco aseguraba que Santa Catalina y Santa Margarita la habían espoleado durante años para que salvara a Francia.

Cuando Don Bosco fundó su congregación, la puso bajo el patrocinio de San Francisco de Sales. Después de dos siglos, el santo obispo de Ginebra se convertía en inspirador y animador de una obra pujante.

Por encima de los siglos o de las distancias, lazos misteriosos han ido uniendo los santos entre sí y con los cristianos.

¡Qué admirable el caso de San Agustín! Dos santos intervienen en su conversión: las lágrimas de su madre, Santa Mónica, y las exhortaciones del obispo de Milán, San Ambrosio, pero en el instante preciso de su cambio no fueron ellos, sino la vida de San Antonio Abad, escrita por San Atanasio, la que determinó su conversión. Uno de sus amigos le habló de dicha *Vida* y su lectura le produjo honda conmoción. Impresionadísimo, salió al jardín de su casa a serenarse y entonces le pareció oír la cantinela de un niño que decía: «Tolle et lege»: Toma y lee. Lo consideró inspiración de lo alto, y tomando las *Epístolas* de San Pablo, que tenía allí cerca, leyó unas frases. Agustín era otro.

De esta manera dos personas cercanas y otras mucho más distantes decidieron su vuelta a Dios. Once siglos después, San Agustín influiría en otra alma excepcional, que a su vez continúa haciendo el bien con sus escritos. Cuando Santa Teresa tenía cuarenta años y era monja adocenada de un convento de Ávila, la lectura del pasaje de las *Confesiones* en que el Santo de Hipona narra su conversión, determinó también la suya, y aquello fue el punto de partida para una vida nueva, encendida de amor divino.

15. **Las vidas de los santos**

De esta manera las vidas de los santos han ejercido una saludable influencia en los fieles, iniciándoles en la santidad precisamente por el sistema pedagógico más eficaz: el ejemplo.

Ya hemos visto el caso de San Agustín y el de Santa Teresa. También San Ignacio, convaleciente de sus heridas en el cerco de Pamplona, pide para solaz de su aburrimiento algún libro de caballería; pero en su casa de Loyola sólo tienen la *Vida de Cristo,* de Dionisio el Cartujano, y el *Flos sanctorum,* de Jacobo de Vorágine. Leyendo las *Vidas* de San Francisco y Santo Domingo es cuando tomó la resolución de entregarse a Dios. «Lo que estos santos hicieron por Cristo, ¿no lo tengo yo de hacer?».

No es que las *Vidas* de los santos tengan un poder mágico, que conviertan a la fuerza, sino que electrizan a las almas bien dispuestas con sus hermosos ejemplos. Llenan nuestra imaginación de nobles imágenes y nos inspiran buenos sentimientos. Nos sacan de la rutina de la tierra y sacuden nuestra pereza, poniendo en el alma una llamada hacia Dios.

Cuando el futuro San Pedro Celestino oye a su madre preguntar, después de leer a sus hijos la vida de un santo: «¿Quién de vosotros será como él?», y el niño contesta, sin dudarlo: «Yo seré santo», es por el impacto que ha dejado en su alma la narración materna, que le provoca a una imitación sublime.

Estos casos nos demuestran el valor espiritual de las *Vidas* de los santos, cuya perennidad sobrevive a las edades.

16. **Propaganda**

La popularidad de los santos encierra extrañas paradojas. Muchos de los más invocados y amados del pueblo cristiano, como San Blas, San Cristóbal, San Jorge, Santa Bárbara o Santa Cecilia, carecen de historia. Su popularidad se debió no a la vida, sino a la leyenda, o a otras circunstancias, como el ser patronos de ciertas enfermedades o profesiones, hasta meterlos en la entraña del pueblo.

Pero lo corriente es que la publicidad literaria y la piedad filial sean las que contribuyan a la extensión del culto de los santos.

Si San Pablo es el más conocido de los apóstoles, lo debe a ser el principal protagonista del libro de los *Hechos,* escrito por San Lucas, y sus catorce cartas, en las cuales nos ha dejado un reflejo de su ardoroso espíritu.

Es un caso parecido al de Santa Teresita, la santa más popular de los tiempos modernos. Si su priora no hubiera tenido el feliz acuerdo de obligarla a escribir sus memorias en el delicioso libro de la *Historia de un alma,* sor Teresa, después de dejar un grato recuerdo entre unas monjas de un convento de Normandía, hubiera sido olvidada con los años por las mismas religiosas de su comunidad. Pero al leer su libro millones de lectores, se encomendaron a su intercesión, hasta conseguir ponerla en los altares.

No se atribuya este hecho simplemente a las posibilidades de difusión de nuestros días. Porque en el siglo IV tenemos otro caso similar. Sulpicio Severo publica la *Vida* de San Martín el mismo año de su muerte, en 397. El año 400 ya era largamente difundida. Si el santo obispo de Tours rebasó los confines de su región hasta hacer que en Francia más de quinientos pueblos o lugares lleven su nombre y más de cuatro mil iglesias le tomen por patrón, se debe al escritor que le popularizó.

Otro elemento primordial en este aspecto de la extensión del culto de los santos suele ser la familia espiritual que ellos fundaron. Cada convento de franciscanos y cada residencia de jesuitas es un foco de propaganda de San Francisco y San Ignacio y de los demás santos de la respectiva orden. Este espíritu de familia y los recursos que cuentan las congregaciones religio-

sas explica también que se canonicen más sacerdotes religiosos que seculares. Se aduce como ejemplo el caso del Beato Ávila, figura destacadísima de la espiritualidad española del siglo XVI, maestro de santos, que hasta el pasado siglo no logró la beatificación por no ir respaldado por una entidad que apoyase fuertemente su proceso canónico.

Es fenómeno palpable que la mayoría de los santos y santas canonizados en los últimos tiempos son fundadores. Y se explica por la misma razón. Los miembros de su congregación manifiestan así su gratitud a quien les dio el ser trabajando hasta verlos con la aureola de santos, lo cual resulta, además, como una garantía de la bondad del propio instituto.

Sin embargo, la Iglesia no hace discriminaciones, y cuando la santidad aparece en almas humildes, la glorificación reviste la mayor solemnidad, como en el caso de Santa Bernardeta Soubirous o Santa María Goretti. Pero aun entonces es precisa la propaganda que ponga la luz sobre el candelero.

17. **Los santos, hoy**

Las tendencias actuales de la hagiografía son hacia la sencillez y la veracidad. Aquellos santos milagreros de otras edades, que no mamaban los viernes y afligían con duras disciplinas sus inocentes carnes los sábados, no arrebatan ya nuestro entusiasmo como lo hacían con nuestros abuelos. Entonces la hagiografía era la taumaturgia. Santos que no hacían portentos, que no eran regalados con estupendas apariciones ni tenían raptos sublimes, no podían mantener dignamente su prestigio. Tan solemnes como en sus hornacinas nos los presentaban los viejos *Años cristianos* de otras épocas.

Ahora los hemos hecho bajar a pie. El arte narrativo de nuestros días, humanizado y sencillo, sin retórica ni amaneramiento, con conocimiento mejor de la historia y las fuentes contemporáneas, gusta de presentarnos los santos en un marco natural, como debieron ser, con sus mismas deficiencias y limitaciones, con sus triunfos, pero también con sus fracasos.

De esta manera los santos se nos han hecho más cercanos, parte por el influjo de las mismas técnicas literarias, pero sobre

todo por obra de los inventos actuales, que pueden abrir perspectivas insospechadas a la hagiografía.

Ya el cine ha comenzado a llevar a la pantalla, con dignidad y humanidad, a muchas figuras del santoral. San Ignacio de Loyola, San Vicente de Paúl, San Pío X, Santa Juana de Arco, Santa María Goretti, han hablado, han gesticulado, se han movido, descendiendo del nicho del retablo donde los colocó en postura estática el antiguo imaginero.

La radio y la televisión pueden tocar en sus «seriales» las vidas de los santos. Muchas personas que jamás leerán un *Año cristiano* llegarán a apasionarse con aquellas vidas singulares a través de dramatizaciones bien logradas. Lo que antiguamente hicieron el auto sacramental y las escenificaciones, pueden hoy restablecerlo, con mayores recursos y más extensos auditorios, el cine, la radio y la televisión.

Y también el microsurco. No sabemos si será el *Año cristiano* que «lean» los fieles del futuro. En vez de abrir cada día el volumen para encontrar el santo correspondiente, nos lo leerá el disco con una música de fondo, dramatizando la escena a ratos y con una ambientación más completa que la proporcionada por la pluma de ágil escritor.

Son enormes las posibilidades que las modernas técnicas de la difusión ofrecen a la hagiografía del mañana.

18. **Perennidad y actualidad**

Así los temas antiguos cobran nueva vida y se hacen más asequibles al hombre de hoy al presentárselos con el ropaje de los nuevos procedimientos. En último término lo que interesa es el espíritu, pues bien puede Santa Teresa ser «doblada» en su prosa castiza desde el amplificador de un tocadiscos o enseñarnos monsieur Vincent a practicar la caridad desde la pantalla de una sala de cine.

Sin embargo, el *Año cristiano,* en su concepción clásica de una narración en un libro, con los santos según el orden del calendario, no ha perdido su actualidad, máxime cuando se juntan la sana crítica con el buen estilo y, además, los autores que pre-

sentan las biografías evitan que se hagan monótonas, al darnos con cada santo la sensibilidad de un distinto escritor.

Ya el sistema, desconocido en España, encierra un conato de modernización muy apreciable, y esperamos que este *Año cristiano* de la Biblioteca de Autores Cristianos se difundirá largamente entre el público de habla española, como lo estuvieron los tomos del *Flos sanctorum,* pasto espiritual de las pasadas generaciones.

II

19. Culto de los santos en los primeros siglos

Es hecho histórico bien conocido que, ya desde la más remota antigüedad, los cristianos tributaron un culto especial a los santos. Al lado de la veneración de la Santísima Virgen aparece bien pronto el culto de los apóstoles, como más íntimamente unidos con Cristo. Los *Evangelios apócrifos* y otros escritos del mismo género, que aparecen desde mediados del siglo II, constituyen la mejor prueba de esta estima y veneración de María y de los apóstoles, y juntamente contribuyeron eficazmente a intensificarla.

Esta veneración y culto se extendió rápidamente a los mártires, que con su sangre daban testimonio de su fe. Más aún. Como prolongación de esta estima que los cristianos profesaban a los mártires debemos considerar la que manifestaban a los *confesores,* es decir, los que habían sufrido particulares tormentos por la confesión de Cristo y llevaban en sus miembros las señales de estos sufrimientos. Si a esto añadimos la especial veneración que manifestaron los cristianos, ya desde el siglo IV, a algunos papas, obispos y otros hombres insignes, que con su doctrina habían ilustrado a la Iglesia, tendremos la base necesaria para explicarnos el desarrollo del culto de los santos en los primeros años de la Iglesia y la formación del *Año litúrgico* o *eclesiástico.*

Las manifestaciones de esta veneración y culto a los santos, entre los que entran en primer lugar los *apóstoles* y los *mártires,* pero se incluyen igualmente los *doctores* y *confesores,* son numerosas y muy significativas. Tales son: una estima creciente de sus

reliquias, de la que tantos testimonios poseemos en la antiguedad; el respeto extraordinario a sus sepulturas, en torno a las cuales se celebraban preciosas solemnidades litúrgicas, las oraciones dirigidas a los mártires, de las que tan hermosos ejemplos nos han quedado; la costumbre, introducida ya en el siglo III, de imponer a los bautizados nombres de los santos más venerados. Pero de un modo especial aparece esta veneración en la solemne conmemoración de sus aniversarios, para lo cual se reunían en torno a su sepulcro, donde se desarrollaba una liturgia especial, sumamente emocionante.

20. **Las Actas de los mártires**

Ahora bien, precisamente para celebrar provechosa y solemnemente estos aniversarios de la muerte de los mártires, se compusieron aquellas *relaciones especiales de sus martirios,* que en conjunto pueden ser consideradas como el primer estadio de las *Vidas de Santos* o *Años cristianos.* Son las célebres *Actas de 108 mártires,* de tanta importancia para el conocimiento de la primitiva Iglesia y de que tanto se ha escrito en los últimos tiempos.

Sobre ellas conviene, ante todo, insistir, frente a las inexactitudes tendenciosas de algunos críticos modernos al estilo del protestante Harnack, que su finalidad inmediata era, según lo indicado, que pudieran ser leídas ante los cristianos en la celebración del aniversario de la muerte del mártir respectivo, por lo cual contienen una relación sintética de su martirio. Fácilmente se comprende que el recuerdo del heroísmo de los mártires tuviera una eficacia muy especial para levantar y mantener los ánimos de los cristianos, sobre todo cuando amenazaba alguna persecución.

Entre estas relaciones de martirios conviene, sin embargo, distinguir, ante todo, las que provenían de los cristianos que habían sido testigos oculares del martirio y que, por consiguiente, adquieren un valor extraordinario. Ejemplos típicos de ellas son, en primer lugar, la carta escrita por los cristianos de Esmirna, en la que dan una preciosa relación sobre el martirio de San Policarpo, que ellos mismos habían presenciado el año 155, y en segundo lugar, la relación enviada por los cristianos de la

Iglesia de Lyón y Viena de Francia a las comunidades del Asia Menor y de Frigia sobre los martirios de San Patino y compañeros, de los años 177-178.

Pero las que merecen con más justa razón el nombre de *Actas de los mártires* propiamente tales, son las que constituyen el segundo grupo, que son las que están basadas sobre los protocolos oficiales del proceso. Para su redacción procurábanse los cristianos, de los archivos públicos, pagando para ello a las veces sumas considerables, los protocolos escritos por los notarios oficiales, en los que constaban todas las particularidades del proceso: las preguntas que el juez dirigía a los cristianos y las respuestas de éstos, la sentencia del proceso y su ejecución. El compositor cristiano anteponía una sencilla introducción; transcribía luego al pie de la letra el protocolo oficial, y terminaba con frases de exhortación. Fácilmente se comprende el incomparable valor objetivo de estas *Actas* verdaderamente auténticas. A ellas pertenecen, por no citar más que un par de ejemplos, las de los *Mártires scilitanos,* del África, del año 180; la *Pasión de las Santas Perpetua y Felícitas,* de los años 202-203, y las de *San Fructuoso* y sus dos diáconos, de Tarragona, del año 258.

Existe un tercer grupo de relaciones de martirios, designadas asimismo con el nombre de *Actas.* Son las *Pasiones* o *Actas posteriores,* más o menos tardías. Generalmente están compuestas sobre fragmentos o recuerdos de *Actas* anteriores, a lo que se añade corrientemente una mayor o menor cantidad de *tradiciones* o *leyendas.* De hecho, en los siglos VI y siguientes fueron cada vez más abundantes estas *Actas,* en las que predomina la parte legendaria, por lo cual pierden en gran parte su valor objetivo e histórico.

21. Los martirologios. Martirologios históricos

No es, pues, de maravillar que, aumentando extraordinariamente el culto de los santos y las relaciones de sus vidas o martirios, se sintiera la necesidad de presentar listas más o menos completas de los mártires o santos en general. Son los *Martirologios,* que constituyen un nuevo estadio en la exposición de las *Vidas de Santos.* La base de estos martirologios o calendarios la

forman los llamados *díptico*s de las iglesias particulares, que eran una especie de carteleras de las iglesias locales, donde se anotaban los aniversarios de mártires y otras fiestas que en ellas se celebraban. Así pues, reuniendo los datos recogidos en los dípticos de las iglesias particulares, se redactaba un *Martirologio* o *Calendario* de la diócesis o provincia eclesiástica, y de ahí alguno más general de todo el Occidente o de toda la Iglesia, en el cual se indicaban, según el orden del año eclesiástico, los aniversarios de los mártires y otros santos. Indudablemente, estos martirologios adquieren una significación fundamental para el conocimiento del desarrollo del culto de los santos y ofrecen las mejores garantías de objetividad histórica

A este tipo de martirologios pertenecen, ante todo, los dos ejemplares más antiguos que poseemos, que son los llamados *Depositio Episcoporum* y la *Depositio Martyrum,* de la Iglesia romana, del año 354. Por otro lado se nos ha conservado un *Martirologio* semejante de la *Iglesia de Cartago,* descubierto por Mabillon en el monasterio de Cluny y que pertenece a este mismo tiempo. Más amplio todavía es el *Martirologio siríaco,* redactado en Nicomedia hacia el año 400. Pero el calendario o catálogo cristiano de santos más completo de estos tiempos antiguos es el conocido con el título de *Martirologio jeronimiano,* erróneamente atribuido a San Jerónimo, compuesto hacia el año 450 De hecho no es más que la fusión de los martirologios ya citados y de otras listas existentes en Roma. La forma definitiva del *Martirologio jeronimiano,* según los críticos Duchesne, Quentin y Krusch, es de fin del siglo VI o principios del VII, y seguramente en las Galias

A este martirologio relativamente completo se refiere indudablemente San Gregorio Magno, cuando escribe a fines del siglo VI:

> «Nosotros poseemos los nombres de casi todos los martires, reunidos en un solo libro, con sus pasiones distribuidas por cada dia del año, y cada dia en honor de un santo, en cuyo honor celebramos la misa Pero nosotros no tenemos en un solo volumen la relacion detallada de su martirio Estan solamente los nombres, el lugar y el dia de su martirio Asi, cada dia nos es propuesta una multitud de santos de todas las provincias, que han sido coronados con el martirio»

El desarrollo ulterior en la evolución de esta literatura hagiográfica condujo a la composición de los llamados *Martirologios históricos.* Efectivamente, a partir del siglo VIII se sintió la necesidad de explicar algo más los nombres, que en tan crecido número se presentaban en dichos martirologios o calendarios. Pues en realidad, siendo tantos en número y de tan diversas procedencias, a medida que se alejaban más del tiempo en que habían tenido lugar sus respectivos martirios, se vio que era indispensable dar alguna síntesis de la vida o martirio de cada uno. Por eso, mientras en Oriente se comenzó a componer los llamados *Sinaxarios o Menologios,* en Occidente aparecieron los *Martirologios de Beda, Floro* y *Adón, Rábano Mauro, Notker* y otros semejantes. La novedad consistía, en contraposición a los martirologios anteriores, sobre todo al jeronimiano, en que se sintetizaba brevísimamente cada día la pasión o vida del santo. Por eso se ha designado a estos *Martirologios* como *históricos.* En realidad, pues, podemos considerarlos como el primer embrión de las *Leyendas de oro* o *Flos sanctorum* posteriores.

Así, pues, en resumen, los martirologios han sido, primero, *listas de aniversarios* de una iglesia particular; luego, *martirologios* generales de una provincia o de la Iglesia, y, finalmente, un *resumen de los ejemplos* más destacados de las virtudes y méritos de los santos.

22. «Vidas de santos»

Una evolución semejante experimentó la *literatura hagiográfica* en las *Vidas de santos,* que corre paralela al desarrollo de los martirologios o calendarios, y cuyo resultado final fueron las grandes colecciones generales de la Edad Media, que constituyen los primeros *Años cristianos.*

Es bien conocido el especialísimo interés con que se leyó en todas partes y el excelente fruto que produjo la *Vida de Antonio,* escrita por San Atanasio a mediados del siglo IV. Su ejemplo prendió rápidamente en el Oriente y en el Occidente, y así vemos cómo San Basilio, San Juan Crisóstomo, San Ambrosio, con sus homilías en honor de los mártires, y San Jerónimo con varias *Vidas* de monjes santos, contribuyeron eficazmente a

abrir camino a este importante género de literatura cristiana. Siguiendo por el mismo camino, se compusieron las *Historias de los monjes* o vida del desierto. Tales son: la *Historia lausíaca* de Paladio, compuesta hacia el 388; la *Historia de los monjes de Egipto,* por Timoteo de Alejandría, del año 400, y otras semejantes. A éstas se añadieron otras *Vidas* particularmente ejemplares, como la de *Santa Melania la Joven* († 430), de *San Porfirio de Gaza,* por el diácono Marcos, hacia el 410, y otras muchas por Juan de Éfeso, Cirilo de Escitópolis, Juan Mosco, San Sofronio, patriarca de Jerusalén, y otros más. Juntáronse luego otras aparecidas en Occidente, como las de San Gregorio de Tours († 594) sobre las *Virtudes de San Martín de Tours,* de *La gloria de los mártires* y la *Vida de los Padres,* que contiene veintitrés vidas de santos galos. En realidad, pues, en Oriente y en Occidente los panegíricos y las *Vidas de santos* iban tomando un desarrollo cada vez más exuberante. Al mismo tiempo, según se indicó anteriormente, se iba desarrollando el género de las Actas de mártires posteriores, que llegaron a su punto culminante en el siglo VI.

23. Las leyendas en las «Vidas de santos»

Ahora bien, a partir del siglo VIII y en plena Edad Media, toda la literatura hagiográfica, tanto las *Pasiones de los mártires* como las *Vidas de santos,* fueron tomando un carácter cada vez más legendario. La religiosidad característica del tiempo se alimentaba con las cosas más sorprendentes y maravillosas, y los hombres de entonces, faltos del verdadero espíritu de objetividad y sana crítica, admitían sin dificultad lo más maravilloso y espectacular. Así se explica que la literatura hagiográfica que se desarrolla en este ambiente adolezca del defecto fundamental de excesiva credulidad y falta de objetividad. Por esto nos vemos obligados a compulsar detenidamente los datos que nos proporcionan las obras hagiográficas de este tiempo, sobre todo en lo que se refiere a fenómenos sobrenaturales o hechos maravillosos. En realidad, debemos confesar que toda la literatura hagiográfica de los siglos VII al XV está llena de tradiciones más o menos inconsistentes y de leyendas claramente recognoscibles.

Sobre toda esta literatura hagiográfica medieval podemos hacer las siguientes observaciones:

Por lo que se refiere a las *Pasiones* o *Actas posteriores de mártires,* notamos las siguientes características: los mártires entablan enérgicos y aun violentos dialogismos con los jueces; les increpan con palabras duras y aun ofensivas, llegando a veces a cometer actos tan violentos y apasionados como cortarse la lengua y arrojar al rostro del juez el pedazo cortado. Todo esto llega a su punto culminante de inverosimilitud legendaria cuando se trata de una tierna doncella mártir. Son también característicos los discursos bien arreglados, con profusión de textos de la Sagrada Escritura y grandes discusiones doctrinales. Pero lo más típico de estas Actas legendarias es la multitud de fenómenos sobrenaturales que en ellas se relatan, curaciones repentinas y varias veces repetidas del mártir, muertes de los verdugos y conversiones espectaculares. A todo lo cual se añade el bien conocido truco de la multiplicación de tormentos hasta lo inverosímil, combinada generalmente con la curación repentina del mártir de las heridas recibidas.

Tales son en conjunto las características de estas Pasiones o Actas posteriores de mártires. De un modo semejante son característicos en las *Vidas de santos* de este período los rasgos siguientes: ante todo, una especie de piedad ingénita (salvo algunos casos de santos conversos), por lo cual aparece en los biografiados cierta como predeterminación para todo lo santo y piadoso y la ausencia más absoluta de todo lo humano, y mucho más de lo que pudiera ser pecaminoso. Pero lo que más caracteriza este género de literatura es la profusión extraordinaria de fenómenos sobrenaturales, de milagros estupendos y toda clase de maravillas.

Otras veces se trata de historietas o leyendas, más o menos originales, que se presentan como hechos históricos en torno a una persona, pero con la finalidad específica, abiertamente declarada, de sacar de ella conclusiones y aplicaciones morales. Ejemplos clásicos de este género de literatura son las diversas *Vitae Patrum,* en las que se ofrecen diversos ejemplos de los Padres del desierto, y sobre todo la incomparable obra *Florecillas* de San Francisco de Asís. Y para que se vea hasta qué punto lle-

garon a familiarizarse con toda esta literatura los hombres de la Edad Media, es bien conocido el hecho de que las *Pasiones de los mártires* y las *Vidas de santos,* con todo su atuendo legendario, se cantaban o leían en el coro, de donde llegaron a formar parte esencial del Oficio y del Breviario.

24. «Flos sanctorum». Años cristianos. Leyendas de oro

El paso inmediato en la evolución histórica de la literatura hagiográfica de las *Vidas de santos,* es el que conduce a las obras generales o *Años cristianos.* Efectivamente, de la gran profusión de *Vidas* individuales; de ciertas obras de carácter más o menos general, como eran las *Vitae Patrum* o *Libro de los hermanos, Historia lausíaca* o *Prado espiritual,* donde se proponen ejemplos de diversos santos o personas ejemplares; de los *Martirologios históricos,* en donde se da por el orden del año eclesiástico una síntesis de las vidas de los santos más insignes de la Iglesia, se pasó fácilmente a las obras de carácter general, en que se presentaban sistemáticamente, con mayor o menor extensión, las *Vidas de los santos* por el mismo orden del calendario.

El primer *Año cristiano* que nos ofrece la historia es el de Simeón Metafraste, personaje sumamente interesante del siglo X. En efecto, nacido en Constantinopla, fue protosecretario del emperador León VI el Sabio o el Filósofo (886-912), y aprovechándose de sus muchas riquezas y del extraordinario influjo que poseía, recogió de las bibliotecas de los monasterios y de las iglesias episcopales y metropolitanas todos los materiales que pudo, y presentó la célebre colección general de *Vidas de santos,* en la que se incluyen hasta ciento veintiséis. Ya el cardenal Baronio llamó la atención sobre las deficiencias fundamentales de esta colección. El autor admite ampliamente todas las leyendas de su tiempo; incluye las Actas de mártires posteriores y, en general, abunda en las descripciones más exuberantes de lo maravilloso y sobrenatural, en todo lo cual no hizo más que seguir la tendencia de su tiempo. Falto, pues, de la más fundamental crítica, su mérito consiste en haber reunido lo que, antes de él, se hallaba disperso en muchas partes, y en haber sido el primero en presentar una obra general de hagiografía. Por lo

demás, esos mismos defectos fundamentales aparecen en los demás copiladores de *Vidas de santos* de los siglos siguientes.

Después de Metafraste, el primero con que nos encontramos es el *Año cristiano* de Wolfhard, monje alemán de cerca de Eichstädt, en el siglo XI. Y a partir de este tiempo, observamos que en diversos grandes monasterios se revisan y componen *Pasionarios* completos, que son verdaderos *Años cristianos.* En el siglo XIII se nos presentan *Legendarios rimados,* o colecciones de leyendas en verso, todo lo cual desemboca a una serie de *Flos sanctorum, Vidas de santos* con carácter general, o *Años cristianos,* que reciben generalmente el título de *Leyenda de oro.* La más célebre de todas es la de Jacobo de Vorágine, insigne dominico y obispo de Génova desde 1292. Publicóla con el título de *Historia lombardina seu Legenda sancta,* y fue tal la admiración del pueblo cristiano por ella, que recibió el título de *Leyenda de oro.* De ella se puede afirmar que, en realidad, es una compilación de las *leyendas de los santos.*

Semejantes *Leyendas de oro* publicaron Claudio de Rota, dominico también y profesor de Teología; Pedro de Natalibus, obispo de Fiésole, en Italia; el alemán Jorge Vicelius; el obispo de Verona, Luis Lipomano; el cartujo de Colonia, Lorenzo Surio, y otros muchos.

25. **Discusión sobre las leyendas**

Sobre éstas y otras semejantes *Vidas de santos,* con las deficiencias características que hemos indicado y que pueden fácilmente comprobarse, queremos hacer dos observaciones. La primera es sobre la utilidad de su lectura. Porque, teniendo presente la falta de objetividad de que adolecen, la gran abundancia de hechos legendarios que contienen y la imposibilidad de discernir claramente entre lo que es histórico y lo que es debido a la fantasía, ¿es realmente útil su lectura? Creemos, pues, sinceramente que su lectura no solamente es útil, sino de especial provecho espiritual, con la condición expresa de que esté bien informado el lector de que gran parte de los hechos, sobre todo los sobrenaturales y maravillosos, no responden a la realidad. Por lo demás, como existe en ellas un fondo de piedad y un es-

píritu sobrenatural tan profundo, que marca la tendencia de toda la obra, puede sacarse mucho provecho de su lectura.

Más interesante para nosotros es una segunda cuestión. Se trata de cómo podremos utilizar nosotros estas leyendas. Concretamente, al enjuiciar la vida de un santo, al proponerla al pueblo cristiano en nuestros días para su edificación y ejemplo, ¿podemos y vale la pena utilizar esa literatura legendaria? ¿Cómo debemos presentar, por ejemplo, el martirio y la vida de una Santa Inés o de Santa Cecilia o las vidas de multitud de anacoretas del desierto, en todos los cuales es legendario casi todo lo que se nos ha transmitido?

Indudablemente es muy delicada la respuesta a estas cuestiones. Sin embargo, podemos responder que no vemos dificultad ninguna en que se presenten al menos algunas leyendas, las más características, de los santos. Pero en todo caso debe indicarse con toda claridad que se trata de tradiciones o leyendas y distinguir bien de ellas los datos bien comprobados y las noticias plenamente históricas. Indudablemente, es de utilidad el conocer las leyendas más típicas de algunos santos, en las que la tradición de los siglos ha unido un sinfín de enseñanzas cristianas. Son tradiciones y leyendas que nos hacen ver más claramente la amabilidad de un santo y todo el atractivo de su virtud, la íntima comunicación de Dios con los hombres y otras ideas semejantes de la más elevada espiritualidad y sana ortodoxia. Presentadas en esta forma, serán, sin duda, útiles las leyendas de los mártires y de los santos y contribuirán a dar mayor amenidad a la lectura de sus *Vidas.*

26. **Obra fundamental de los Bolandistas**

Pero frente a todo este cúmulo de *Vidas de santos,* tanto las individuales como las de las *Leyendas de oro* de carácter general, en todas las cuales predomina la mayor confusión e inseguridad histórica, se produjo a fines del siglo XVI y principios del XVII una intensa reacción. Su tendencia y finalidad era el revisar en lo posible el valor de toda la literatura hagiográfica, ofreciendo finalmente en una obra monumental las *Vidas de santos* en la forma más segura y objetiva que fuese posible. El iniciador de

esta obra fue el jesuita Heriberto Rosweyde († 1628), quien logró reunir gran abundancia de materiales y planeó una obra general sobre las *Vidas de santos depuradas de leyendas.* Pero el que dio la forma definitiva y comenzó la publicación en gran escala de esta obra trascendental para la hagiografía y la historia moderna fue el P. Juan Bolland († 1665), también de la Compañía de Jesús, de quien las *Vidas de santos* o las *Acta sanctorum* recibieron el nombre de los *Bolandos,* y la institución por él fundada, y existente todavía en nuestros días, se denomina los *Bolandistas.*

Efectivamente, desde el año 1630, sobre la base de los *Fasti sanctorum* y todos los materiales preparados por el padre Rosweyde, preparó Bolland y luego inició la gran colección de *Acta sanctorum,* de la que publicó una serie de volúmenes (hasta mes de marzo) hasta el año 1665, en que murió. Su trabajo fue intensamente continuado por los PP. Godofredo Henschen, Daniel Papebroch, Fr. Baert, C. Janning y otros muchos, con cuya labor y la de otros continuadores se ha llegado hasta el principio de noviembre. En conjunto, son cincuenta y cinco volúmenes en folio, completados por las constantes publicaciones recientes aparecidas en la revista *Analecta bolandiana.*

La finalidad de esta obra monumental de los Bolandistas, según lo apuntado, es presentar las *Vidas de santos* depuradas de su elemento legendario, ofreciéndonos al mismo tiempo los materiales más seguros y objetivos sobre las mismas vidas. Es, pues, indudablemente, la obra cumbre de la hagiografía, la obra más completa y exhaustiva sobre las *Vidas de santos.* Sin embargo, no es una exposición destinada a la lectura reposada y edificante de las *Vidas de santos.* En otras palabras, no es el *Flos sanctorum* o el *Año cristiano,* tal como lo concibe el pueblo cristiano; sino más bien un arsenal de materiales, dispuestos y preparados para la redacción más fácil y objetiva de un *Año cristiano* tal como se exige en nuestros días.

Por consiguiente, el *Flos sanctorum* o el *Año cristiano,* tal como lo exige el espíritu objetivo de nuestros días, al mismo tiempo que debe tener presentes las *Vidas de santos,* las *Actas* o *Pasiones* de mártires antiguas con todo su bagaje legendario, debe atender a las observaciones juiciosas y objetivas de la moderada crítica de los Bolandistas; debe estar basada sobre las *Vidas anti-*

guas y el *Acta sanctorum* bolandiana. Al mismo tiempo que aspira a la edificación de los fieles proponiéndoles los preciosos ejemplos de los santos, debe procurar distinguir perfectamente entre los hechos objetivos y bien probados y los datos proporcionados por la leyenda.

27. «Años cristianos» en España

Medio siglo antes de que se iniciase el *Acta sanctorum* de los Bolandos, veían la luz en España, con fines de divulgación hagiográfica, dos *Años cristianos* en romance. El primero es el del maestro Alfonso de Villegas, toledano, capellán mozárabe, que publica en 1588 en su ciudad natal el *Flos sanctorum e Historia general en que se escriben las vidas de santos extravagantes y de varones ilustres en virtud;* obra que completó más tarde con el *Fructus sanctorum y quinta parte del Flos sanctorum, que es libro de exemplos así de hombres ilustres en santidad como de otros, cuyos hechos fueron dignos de reprehensión y castigo, de los cuales se puede sacar importante provecho para el ejercicio de las virtudes* (Cuenca 1594). Si en la primera parte, medianamente ilustrada, sigue el estilo general del género, que busca la edificación en lo maravilloso y silencia el lado humano de los santos, en la segunda, que es un diccionario de virtudes (abstinencia...), recoge ejemplos que las reflejan tanto de santos como de no santos.

Sólo unos años después, y en 1599, otro toledano, el padre Pedro de Ribadeneira, S. I., imprimía en Madrid un nuevo *sanctorum* o *libro de las vidas de los santos,* al que añadiría en 1604 el *Libro de vidas de santos que comúnmente llaman extravagantes, porque la santa Iglesia no reza de ellos en el Breviario romano.* El P. Ribadeneira, ya «muy viejo y cansado», como nos dice en el prólogo, escribe este libro con el fin de alabar las maravillas obradas por Dios en sus santos y conseguir algún fruto en las almas de quienes lo leyeren. Pero este afán pastoral no excluye en él un cierto sentido crítico. Nos asegura que ha utilizado como fuentes los martirologios romanos de Beda, Usuardo y Adón; las colecciones hagiográficas del obispo de Verona Luis Lipomani (Roma 1551-60) y del cartujo Lorenzo Surio (Colonia 1570) y que ha

aprovechado diligentemente los *Anales* de Baronio y sus anotaciones al *Martirologio romano* (Roma 1588ss, 1586).

De uno y otro *Flos sanctorum* se multiplican las ediciones hasta bien entrado el siglo XVIII. En particular el de Ribadeneira obtiene un considerable éxito y es traducido al francés. Lo aumentaron con nuevas *Vidas de santos* los jesuitas PP. Juan Eusebio Nieremberg y Francisco García y, posteriormente, el P. Andrés López Guerrero, carmelita, llenó los días del año que quedaban vacantes. Todavía en 1896 sirve de base a la edición monumental de *La leyenda de oro para cada día del año,* que prepara en Barcelona, en cuatro tomos, don Eduardo María Villarrasa.

Pero ya hace tiempo que el rey de los *Años cristianos* es el del jesuita francés, confidente y colaborador de Santa Margarita María de Alacoque, P. Jean Croiset. Siendo rector del Colegio de Lyón publica, de 1712 a 1720, sus *Exercices de piété pour tous les jours de l'année, contenant l'explication des mystères ou la vie du saint de chaque jour, avec des réflexions sur l'Épître et une méditation sur l'Évangile de la messe, et quelques pratiques de piété propres à toutes sortes de personnes.* En España es traducido por el autor de *Fr. Gerundio,* el P. Juan Francisco de Isla, S. I., y desde 1753, en que sale el primer volumen en Salamanca, hasta el año de 1867, llega a superar la cifra de cincuenta reediciones, ordinariamente con el título de *Año cristiano o ejercicios devotos para todos los días del año.* A raíz de la expulsión de la Compañía se siguió publicando como anónimo, sin nombre de autor y traductor. En varias ediciones viene adicionado por los agustinos Pedro de Centeno y Juan de Rojas. Esta obra del P. Croiset, mezcla de *Año cristiano,* de manual de meditaciones y de misal, que tuvieron todavía en sus manos nuestros abuelos, nutrió en la piedad a generaciones enteras, creando en ellos un concepto especial de la santidad, muy espiritualizado y bastante distante de los Bolandos.

Aunque nunca se tradujo al español, tuvo también influjo en algunos de nuestros *Años cristianos* del siglo XIX el magnífico de Alban Butler, *Lives of the fathers...* (Londres 1745), particularmente en la traducción libre que hizo al francés M. Godescard. Como es sabido, esta excelente obra, revisada hace unos años con gran rigor crítico por Herbert Thurston, S. I., acaba de publicarse de nuevo, puesta al día por Donald Attwater, con el tí-

tulo *Butler's Lives of the Saints.* En ella se han utilizado las excelentes *Vies des saints et des bienheureux,* en doce tomos, de los benedictinos de París (1935-56).

En nuestro siglo han aparecido varios *Años cristianos* de desigual valor. Ampuloso en el estilo y con mucho lujo de láminas en color es *La luz de la fe en el siglo XX,* de don Luis Calpena; digno y devoto, *El santo de cada día,* de Edelvives; muy en la nueva técnica biográfica psicológica, con trama y color local, al estilo de los que se pretendió en la colección *Les Saints,* que inició en 1895 M. Henri Joly, son las semblanzas del conocido *Año cristiano* del abad del Valle de los Caídos, Fr. Justo Pérez de Urbel. Después del año 1936 han salido de las prensas el jugoso del P. Juan Leal, S. I., y *El desfile de los santos,* del P. José María de Llanos, S. I., luminoso e incisivo, como todo lo suyo. Entre las traducciones de estos últimos tiempos citamos dos versiones del alemán: la de W. Hünermann, *El coro de los santos,* «hagiografía anecdótica para el hogar cristiano», y la de R. Quardt, *Los santos del año,* «leyendas hagiográficas para todos»; y está en curso la traducción del francés de *Los santos de cada día,* que editó el Club du Livre Chrétien, bajo la dirección de Robert Morel.

III

28. **Antecedentes**

Las primeras señales de culto a los santos aparecen en los mismos orígenes de la Iglesia, según magistralmente demostró Benedicto XIV en su célebre libro *De servorum Dei beatificatione...* Los fieles recogían y veneraban las reliquias de los mártires, héroes de la fe; altares y oratorios eran elevados sobre sus tumbas, y allí se celebraban los sagrados misterios. A partir del siglo II se comienza a celebrar el aniversario de su muerte, o más bien el de su nacimiento al cielo: *dies natalis.* Ésta fue la más antigua y más sencilla forma de canonización y estuvo en vigor durante el tiempo de las persecuciones. Sin embargo, aun en esta época tan difícil, y en la que apenas podía pensarse en procedimientos estrictamente jurídicos, la Iglesia intervino para regular este culto. No todos los mártires indistintamente tenían derecho a culto públi-

co. La distinción entre mártires *vindicati* y *non vindicati* que aparece entonces, nos muestra una importante verdad histórica: la necesidad de un juicio previo de la autoridad eclesiástica y de su sanción precisa para que se pueda dar culto a un mártir.

En aquella primera fase el obispo, en su territorio respectivo, se cuidaba de recoger las Actas de los mártires, es decir, conjunto de documentos y testimonios que se referían al suplicio y a la muerte del siervo de Dios. Ya en esta época se estudiaba con cuidado la causa del martirio, sea por parte del perseguidor, sea por parte de la víctima, y sólo se admitía como auténticos mártires a los que realmente habían sufrido por la fe católica. El juicio del obispo sancionaba estas Actas y daba el derecho a venerar las reliquias de los mártires reconocidos oficialmente como tales.

El edicto de Milán (año 313) vino a terminar la era de las persecuciones y, por consiguiente, la de los martirios. Se comenzó entonces a honrar a los que habían confesado a Jesucristo por la heroicidad de su vida, y cuyo sepulcro había sido ilustrado por Dios con milagros y prodigios. Así tenemos el caso de San Pablo, primer ermitaño, y de San Martín de Tours. Esta heroicidad de vida era más difícil de conocer con seguridad que el martirio. Por eso fue necesario regular también severamente el procedimiento. Los obispos, en sus diócesis, hacían una encuesta jurídica a fondo, apoyándose en testimonios de testigos por encima de toda sospecha, quienes debían consignar las virtudes heroicas practicadas por el siervo de Dios, así como los milagros operados por él, ya durante su vida, ya después de su muerte, cuando habían sido invocados. La decisión del obispo llevaba consigo la inscripción del nombre del confesor en los dípticos de la iglesia.

Tanto en el caso de los mártires como en el de los confesores, la canonización consistía en inscribirles en el *Album Sanctorum,* en el catálogo llamado *canon,* de donde viene la palabra *canonización.* Téngase en cuenta que esta palabra equivalía a lo que hoy llamamos beatificación o reconocimiento de un culto limitado al lugar o a las personas determinadas. Sólo por comunicación de unos obispos con otros, el culto se propagaba a otras diócesis y se hacía universal.

A partir del siglo X, tanto los obispos como los príncipes comenzaron a recurrir a la Santa Sede antes de otorgar a los siervos de Dios culto público. Por otra parte, los Papas se vieron obligados a intervenir para suprimir abusos, moderar la imprudente piedad de los pueblos, que, a veces, eran engañados por virtudes más aparentes que reales, y para corregir la negligencia de los obispos en cuanto a las informaciones necesarias antes de proceder a la canonización. Así Urbano II, Calixto II y Eugenio III declararon que el examen de las virtudes y de los milagros de quienes parecían dignos del honor de los altares, debía tener lugar preferentemente en los concilios, en especial en los concilios generales.

29. **Reserva a la Santa Sede**

Alejandro III tomó ocasión de un abuso flagrante en la materia para establecer el principio de exclusiva competencia de la Santa Sede en las causas de canonización: *Non licet quempiam pro sancto venerari absque auctoritate Romanae Ecclesiae.* Benedicto XIV nos dice que no se trataba de la introducción de un derecho nuevo, sino simplemente de sancionar una tradición o costumbre jurídica ya existente en la Iglesia. Sin embargo, algunos obispos continuaron dictando sentencias de canonización. Fue Urbano VIII quien cortó la cuestión. Se aprovechó para ello de la decisión tomada por el papa Sixto V de instituir la Sagrada Congregación de Ritos. Desde que dicha Congregación nació, en 1588, el procedimiento fue precisándose más y más, y revistiendo formas cada vez más nítidamente jurídicas. Urbano VIII, en su célebre decreto de 13 de marzo de 1625, prohibió de manera absoluta a los obispos decretar la beatificación. Insistió en otro decreto de 2 de octubre del mismo año. Y confirmó los dos decretos por la bula *Caelestis Hierusalem,* de 5 de julio de 1634. Todavía dos decretos posteriores, de 13 de marzo y 20 de octubre de 1635, insistirían más y más en el mismo sentido: todo lo que tenía relación con el culto público de los siervos de Dios quedaba claramente reservado a la Santa Sede. Estaba prohibido, por consiguiente, honrar públicamente a un difunto sin autorización de Roma. Y esta autorización se había de dar

con arreglo a un procedimiento que, en sus líneas generales, fue concretado poco después por Clemente VIII, y que es el que hoy encontramos en el Código de Derecho Canónico promulgado en 1917 y que entró en vigor el día de Pentecostés de 1918.

30. **Nociones fundamentales**

Como todo el mundo sabe, la proclamación de la santidad de una persona tiene dos fases fundamentales. En la actual disciplina no puede hacerse la canonización sin que previamente haya precedido la beatificación. Importa, por consiguiente, aclarar estos dos conceptos.

La canonización es la sentencia última y definitiva del Romano Pontífice, por la cual se declara solemnemente que un siervo de Dios goza de la gloria celestial, y, por consiguiente, se recomienda a todos los fieles de la tierra el culto de dulía en su honor. En cambio, la beatificación es una sentencia auténtica, de carácter previo, declarando la santidad y la gloria de un siervo de Dios en orden tan sólo a un lugar particular y de una manera restringida.

Estas dos definiciones nos muestran claramente las diferencias esenciales que existen entre la beatificación y la canonización. Mientras ésta es una sentencia definitiva, que excluye toda posible apelación a un tribunal superior, que no existe, o a una posible revisión de la causa en el mismo tribunal, la beatificación es, por su esencia, un acto previo, ordenado al acto final de la canonización, para la que es una condición *sine qua non.* Otra diferencia se apoya en la extensión del culto. La beatificación es un decreto permisivo, concediendo un culto limitado solamente a ciertos actos y en ciertos lugares, o para algunas personas. Mientras la canonización impone obligatoriamente a todos los fieles sin excepción un culto supremo y universal hacia el siervo de Dios que ha sido elevado a los altares.

Precisamente por esto, porque se trata de una ley de carácter universal, es sentir común de los teólogos y canonistas que el Papa es infalible al pronunciar la canonización. No es que trate de un dogma de fe, pero sí de una verdad cierta y *proxima fidei.*

Sabido es que la Iglesia es infalible cuando da un juicio sobre hechos dogmáticos. Pues bien, en la canonización hay en juego dos hechos dogmáticos: la santidad y la gloria del siervo de Dios, y la proposición que se hace a los fieles del mundo entero de un modelo de vida cristiana. Estos dos hechos están íntimamente entrelazados con la existencia concreta del dogma de comunión de los santos y de la predicación indefectible de la moral cristiana y evangélica. No así cuando se trata de la beatificación, juicio que no tiene un carácter ni definitivo, ni irreformable, ni universal.

Recientemente se ha planteado el problema de cuál sea la finalidad que la Iglesia se propone al canonizar a algunos de sus fieles. ¿Es sólo un tributo de homenaje a sus *héroes?* ¿Es una apelación confiada a la intercesión de quienes han logrado la gloria celestial? ¿O se trata más bien de proponer a los fieles modelos vivos y eficaces de la conducta cristiana que ella enseña? La lectura de las bulas de canonización no deja lugar a dudas: aunque no pueda negarse que haya un aspecto de homenaje a sus hijos más destacados, la Iglesia se propone, declarando la gloria que han alcanzado, adoctrinar a los fieles sobre las formas prácticas de vivir con toda intensidad y en sus más elevadas manifestaciones la vida cristiana.

Hay, por consiguiente, un doble aspecto en toda canonización: de una parte, se manifiesta la santidad de vida; de otra parte, la utilidad que esta vida representa en orden a alcanzar la más pura vida cristiana. Y esto por un doble camino: el del brillo de las virtudes en el siervo de Dios *(virtus morum)* y el de la voluntad de Dios de que sea glorificado *(virtus signorum).* A esto se reducen todos los procesos. La petición de quien quiere obtener que un siervo de Dios sea canonizado se apoya, como *causa petendi,* en estos dos extremos: que está jurídicamente demostrado el hecho concreto de la vida o muerte heroica del siervo de Dios y que consta, también jurídicamente, la existencia de milagros obtenidos por su intercesión.

31. Visión de conjunto

Esto, sin embargo, supone un camino ciertamente largo y complicado. Es posible que tal longitud y tal complicación no sean, sin embargo, tantas como muchas veces piensa el hombre de la calle. Por obvias razones, cuando alguna de estas causas no llega a buen término, no es objeto de una sentencia negativa, ni queda, por consiguiente, excluida la causa de los catálogos de causas pendientes. Simplemente queda en suspenso, abierta, pero en expectativa, que quienes están en las intimidades de la causa saben que será indefinida. Los que ven desde fuera la marcha de las causas sólo alcanzan a darse cuenta de que aquello no marcha, de que la causa se eterniza. Así como en un tribunal corriente se dictan sentencias positivas y negativas, aquí no hay tales sentencias negativas, y sólo queda, según hemos dicho, el recurso de dejar la causa indefinidamente pendiente. Pero, en cambio, cuando la santidad de un siervo de Dios se ha probado con facilidad y los milagros abundan y resultan también fácilmente controlables, no puede decirse que el procedimiento sea de suyo lento, tratándose de una de las causas más graves que puedan imaginarse, ya que entra en juego nada menos que el privilegio de la infalibilidad del Romano Pontífice.

En síntesis, el procedimiento se reduce a esto: alguien que está interesado en la beatificación de una persona que ha fallecido solicita del obispo de la diócesis en que este fallecimiento ocurrió que se abra un proceso para averiguar si la persona fallecida goza de fama de santidad y de milagros. Al mismo tiempo se recogen sus escritos y se averigua si se ha procedido debidamente en aspectos que pueden perjudicar a la causa. Si todo esto está en regla, interviene la Santa Sede. Un tribunal nombrado para ello recoge todos los testimonios referentes a la santidad del siervo de Dios. Este proceso se envía a la Sagrada Congregación, donde es examinado con cuidado. Del examen en conjunto de todos los resultados obtenidos en estos procesos parciales surge la posibilidad de realizar la beatificación. Ya no se volverán a examinar las virtudes o el martirio del siervo de Dios. Bastará que se realicen nuevos milagros para que se pueda proceder a la canonización.

Expliquemos ahora con algún mayor detalle estos procedimientos.

32. **Los primeros pasos**

«Todos los fieles y todas las asociaciones legítimas tienen derecho a pedir se instruya la causa (de beatificación) ante el tribunal competente. Y si la legítima y competente autoridad eclesiástica admitiere la petición, el que la ha hecho tiene, por el hecho mismo de ser admitida, derecho a promover legítimamente la causa y llevarla hasta el fin». Esto dice el canon 2003, que añade la posibilidad, puramente teórica, de que sea el mismo ordinario del lugar quien de oficio instruya el proceso.

Surge aquí una figura fundamental en esta clase de procesos: la del postulador. Es cierto que quien pidió la beatificación puede ejercitar la acción por sí mismo. Pero ordinariamente no lo hará, sino que recurrirá a los servicios del «postulador», sacerdote que trata de la causa ante un tribunal competente en representación de la persona o entidad que ha solicitado que se ponga en marcha. Él será, por consiguiente, quien solicite que se realicen los actos procesales; quien administrará, con arreglo a las instrucciones de la Sede Apostólica, el dinero que se ha recolectado entre los fieles para los gastos de la causa; quien presentará al tribunal los nombres de los testigos y los documentos; quien redactará y presentará al promotor de la fe los artículos sobre los que se ha de interrogar a los testigos en los procesos.

Hemos mencionado al promotor de la fe. Éste, en cambio, es el encargado de la defensa del Derecho. Equivaldría a la figura del fiscal en un tribunal ordinario. Cuida de que las leyes sean observadas; denuncia los puntos flacos que pueda haber en las alegaciones del postulador; redacta interrogatorios para averiguar la verdad de lo que dicen los testigos; propone nuevos testigos y hace, en una palabra, cuanto puede para que, mediante su actividad, se obtenga plenamente la dilucidación de la verdad.

Sin tomar las cosas demasiado al pie de la letra, lo que sería peligroso, bien se podría decir que el proceso de beatificación

es el de un juicio criminal al revés. Mientras en el proceso penal se trata de demostrar la culpabilidad de una persona sobre quien recaen sospechas después de que el sumario ha demostrado que tales sospechas son fundadas, en el proceso de beatificación se trata de demostrar la santidad de una persona después de que en el proceso informativo, o diocesano, se ha visto que hay sospechas de que, efectivamente, se trate de una persona santa.

Para esto se requieren pruebas, que, tanto en este proceso como en todos los demás, han de tener el carácter de plenas absolutamente (can.2019). No habrá, por tanto, otra posibilidad de actuación que a base de testigos y de documentos. Y esto con un criterio riguroso.

Mediante esos testigos y esos documentos habrá que demostrar que existe una auténtica fama de santidad. Es decir, que espontáneamente, sin que se haya forzado de manera artificiosa, sin que se haya basado en un falso heroísmo o en falsos milagros, existe en el pueblo cristiano la persuasión de que se trata de una persona santa. Ha de ser una opinión común, manifestada públicamente; ha de versar sobre la santidad y los milagros; ha de ser espontánea y en aumento progresivo y constante; ha de tener como efecto la confiada veneración del pueblo cristiano y el juicio favorable de las personas prudentes.

Una vez demostrado esto, el proceso, transcrito con todas las garantías, sellado cuidadosamente, es enviado a Roma.

Pero no ha de ir él solo. Le acompañará otro, que será la reunión de todas las diligencias que se han hecho para recoger los escritos del siervo de Dios. Labor muchas veces penosa y difícil, cuando se trata de personas que han vivido una vida muy intensa por sus cargos y su posición social. Téngase en cuenta que a estos efectos se consideran escritos «no sólo las obras inéditas del siervo de Dios, sino también las impresas; asimismo los sermones, cartas, diarios, autobiografías y, finalmente, todo lo que hubiera escrito, ya por sí mismo, ya por mano ajena» (can.2042). Todos los escritos, juntamente con los testimonios de las diligencias que se han hecho para su cuidadosa búsqueda, han de ser enviados a Roma.

Ha de ir también un tercer proceso, sumamente sencillo, al menos en la mayor parte de los casos. Como el asunto es delica-

do, quiere la Iglesia que los jueces procedan con entera libertad, sin que nada pueda prejuzgar el resultado final de la causa. Para eso se ha de evitar que el siervo de Dios esté ya recibiendo culto. Y de esto ha de constar mediante un proceso en el que el tribunal, después de examinar «detenidamente el sepulcro del siervo de Dios», la habitación en que vivió y murió y «los demás lugares en que pueda sospecharse con fundamento que existen señales de culto» (can.2058), y habiendo practicado las demás investigaciones que haya solicitado el promotor de la fe (can.2059), decide por sentencia si ha habido o no culto al siervo de Dios.

Enviado todo este material a Roma, la causa puede considerarse terminada en su fase diocesana. De aquí en adelante actúa la Santa Sede por sí o por sus delegados.

33. **La introducción de la causa**

Y así empieza por ordenar que se examinen los escritos del siervo de Dios. Unos revisores que el cardenal ponente de la causa elegirá, pero guardando en secreto sus nombres, irán leyendo todos los escritos y preparando un informe para expresar si en ellos «hay algo contra la fe y buenas costumbres y dar a conocer, en general, cuál es el carácter y cuáles las virtudes y los defectos propios del siervo de Dios, según aparecen en los escritos. Este informe lo darán por escrito, comprobándolo con argumentos y razones» (can.2068). El informe de los revisores es discutido por los cardenales y, en último término, se lleva al Papa, quien decide si se puede proceder más adelante.

Algo parecido se hace con el proceso informativo. Se estudia con todo cuidado por el cardenal ponente, oyendo las objeciones puestas por el promotor general de la fe y las respuestas que da el abogado. Hasta que un día se reúnen los cardenales de la Congregación de Ritos y se plantea en su presencia la duda: si se ha de formar la comisión de introducción de la causa. Si el juicio de los cardenales es favorable, se propone al Papa, y si también a él le pareciere bien, se redacta y publica el decreto correspondiente.

Ya tenemos así la causa introducida en la Sagrada Congregación. Falta tan sólo examinar el tercero de los procesos, el referente al no culto. Los cardenales dan su parecer sobre si ha de aprobarse o no la sentencia que dio el ordinario. Si el parecer es favorable, se sigue adelante. Habrá llegado el momento de instruir el proceso apostólico.

34. Los procesos apostólicos

La causa vuelve a su diócesis de origen, en cierta manera. La Sagrada Congregación nombra por lo menos cinco jueces, que con autoridad pontificia estudiarán las virtudes y los milagros del siervo de Dios; el martirio y la causa del mismo, y si perdura o no la fama de santidad que anteriormente tenía. Pero no se limita únicamente a darles autoridad, sino que a las «letras remisoriales (de nombramiento) se añadirán otras especiales del promotor de la fe designando dos subpromotores». Éstos recibirán instrucciones sobre las objeciones suscitadas al introducirse la causa, sobre las informaciones extrajudiciales que hayan sido necesarias, etc., etc. Es decir, que la experiencia de quien ha visto en su vida muchísimos procesos de esta clase sirve de guía a quienes los están tramitando en una diócesis determinada.

El tribunal tiene dos años para instruir el proceso apostólico. Al concluirlo, harán un reconocimiento jurídico de los restos del siervo de Dios, también de acuerdo con las indicaciones que habrán recibido de la Congregación. Después cerrarán el proceso y lo remitirán a Roma.

Una vez en Roma, el proceso es examinado de nuevo para ver si ha sido válido. Es más, se volverá a examinar también el proceso informativo, por si se deslizó alguna causa de invalidez que no fue advertida. Establecida la discusión entre el promotor de la fe y el abogado, los cardenales dictan su fallo sobre la validez del proceso. Y éste queda, salvo especial privilegio concedido por el Romano Pontífice en persona, archivado, ya que «la discusión de las virtudes no ha de comenzarse antes de haber pasado cincuenta años desde la muerte del siervo de Dios» (can.2101).

Llega así el momento cumbre en toda la causa. En tres reuniones sucesivas se va a estudiar la duda fundamental. Si se trata de causas de confesores, la duda será: «a ver si consta de las virtudes teologales: fe, esperanza y caridad para con Dios y para con el prójimo, y de las cardinales: prudencia, justicia, templanza y fortaleza, y de sus anejas, en grado heroico, en el caso y para el efecto de que se trata». En cambio, en las causas de los mártires la pregunta será: «si consta del martirio y de su causa y de las señales o milagros en el caso y para el efecto de que se trata». Por tres veces se reunirán los cardenales a discutirlo. La tercera estarán presididos por el Romano Pontífice, o por lo menos será él mismo quien dé su última resolución. Entonces se publicará un decreto declarando que están probadas las virtudes en grado heroico o el martirio del siervo de Dios, y éste podrá ser llamado en lo sucesivo «venerable».

Se ha dado un gran paso. Pero queda aún otro muy importante: examinar los milagros obrados por su intercesión. Porque «para la beatificación de los siervos de Dios se exigen dos milagros, si fueron testigos de vista los que suministraron las pruebas de las virtudes en ambos procesos, informativo y apostólico, o si los testigos examinados en el proceso apostólico fueron al menos testigos de oídas de los oculares; tres milagros, si en el proceso informativo los testigos lo fueron de vista, y en el proceso apostólico de oídas de los que lo oyeron; si en ambos procesos las virtudes se probaron únicamente por testigos de tradición y de documentos» (can.2117). «Con todo, si se trata de un mártir y consta evidentemente del martirio y de su causa material y formalmente considerada, pero faltan los milagros, compete a la Sagrada Congregación decidir si los signos son suficientes en el caso, y a falta de éstos, si se ha de pedir al Padre Santo la dispensa de los mismos» (can.2116).

Los milagros se examinan con rigor, por peritos especializados, para demostrar: «si tratándose de una curación, el que se cree haberla conseguido ha de tenerse por realmente curado; si el hecho presentado como milagroso puede o no explicarse según las leyes de la naturaleza». Después de tres congregaciones, similares a las que estudiaron la heroicidad de las virtudes, se dicta el decreto de aprobación de los milagros.

Ha llegado la causa de beatificación al final. En presencia del Padre Santo se discute entonces: «si puede procederse con seguridad a la beatificación del siervo de Dios». Cuando la puesta es afirmativa, el Papa manda redactar el oportuno decreto.

35. La beatificación

Es conocida la solemnidad que reviste una beatificación. Consta de dos partes. La primera, ordinariamente por la mañana, se realiza sin intervención personal del Romano Pontífice. En la basílica vaticana, en el altar de la cátedra, se congrega la multitud, presidida por los cardenales y prelados que concurren a la ceremonia. El postulador llega con el Breve de beatificación. Pide que se lea al prefecto de la Congregación de Ritos. Éste lo concede, y previa la venia del cardenal arcipreste de la basílica, un canónigo del cabildo vaticano procede a la lectura. Al terminarla, el siervo de Dios pasa a ser beato. Se descorre la cortina que ocultaba su imagen en la *Gloria* de Bernini, y se entona solemnísimo *Te Deum*. A continuación se celebra una misa de pontifical.

Por la tarde la ceremonia tiene la especial solemnidad que da siempre la intervención del Romano Pontífice. Desciende éste a la basílica, hace oración ante la imagen del nuevo beato, se expone el Santísimo Sacramento y se da la bendición, y al final es saludado por el postulador de la causa y algunas personas más íntimamente relacionadas con el nuevo beato.

36. La canonización

Sin embargo, la beatificación no es, según hemos explicado, más que un trámite previo para obtener la canonización. Normalmente la causa proseguirá adelante. Pero ya no se harán nuevas averiguaciones sobre la vida y los hechos del beato, ni se examinarán de nuevo sus escritos, ni se volverá sobre las cuestiones que se discutieron para su beatificación. Lo único que hará falta será que conste jurídicamente de dos milagros obrados después de la beatificación formal. Por eso, «cuando se afir-

ma que ha sido obrado algún milagro por intercesión de un beato, la Sagrada Congregación, a ruegos del postulador y con el beneplácito del Padre Santo, expide el decreto de reasunción de la causa e instrucción de nuevos procesos» (can.2139). Cuando se ha terminado la discusión de estos procesos y consta ya de la realización de los milagros, «el Romano Pontífice, habiendo oído el parecer de los cardenales y de los consultores, y cuando lo juzgare conveniente, da el decreto declarando que puede procederse con seguridad a la canonización solemne del beato» (can.2141).

La canonización constituye una de las más espléndidas ceremonias que se realizan en la basílica vaticana. Actúa personalmente el Romano Pontífice, quien desciende con todo su cortejo, el de las más solemnes capillas papales, a la basílica vaticana. Allí el postulador le pide con instancia que proceda a la canonización. Y, en efecto, desde el trono, situado bajo la cátedra de San Pedro, pronuncia con toda solemnidad la fórmula de canonización, celebrando a continuación la solemnísima misa papal y pronunciando, después del evangelio, una homilía en la que ensalza las virtudes del nuevo santo.

37. **Posibles mejoras**

Hemos expuesto rápidamente las principales fases de los procesos de canonización y beatificación. Toda una secular sabiduría, una experiencia única en el mundo, ha venido a quedar como condensada en la sapientísima ordenación de esta clase de causas. Difícilmente se podrá imaginar un procedimiento más riguroso y más preciso. A aclarar la auténtica santidad de los siervos de Dios contribuye la diligencia de los hombres, la ciencia humana de los peritos, la secular experiencia de la Sagrada Congregación y la misma intervención divina manifestada en los milagros. Esto no quiere decir, sin embargo, que tal ordenación procesal no sea perfectible, como lo es toda obra humana. El papa Pío XII, en un magistral discurso dedicado a la figura y la obra de Benedicto XIV, y que se ha publicado después de su muerte, señalaba así, con exactitud y profundidad, la situación del problema de la reforma de los procesos de beatificación:

«Los que, como vosotros, se ocupan de los procesos de beatificación y canonización, consideran justamente a Benedicto XIV como el "maestro" por excelencia de sus ordenamientos. Sabemos bien que en vuestras filas se discute si esto debe entenderse en el sentido de que sus ordenamientos representen la meta en la perfección del desarrollo de estos procesos, más allá de la cual no es posible avanzar, o bien si su obra representa sólo un elevado estadio hacia su ulterior perfeccionamiento. Establecido que la visión de la santidad católica, cual fue ofrecida por el papa Lambertini, tiene y tendrá valor permanente, es lícito, y aun útil, discutir sobre la perfectibilidad de la práctica procesal establecida por él, porque estimamos que no correspondería ni al pensamiento ni a las intenciones del mismo Benedicto XIV si se quisiere dejar el proceso en la forma rígida que tenía en su tiempo, tal cual se presenta en su obra La ley del desenvolvimiento histórico de las instituciones humanas podría imponer, también en esta materia, algunas mutaciones del ordenamiento del proceso a fin de hacerlo más apto para cumplir sus fines, que se han hecho más complejos y numerosos en los dos últimos siglos.

»En tal caso sería necesario, ante todo, examinar si habrían de adoptarse aquellos medios puramente técnicos de que hoy se dispone, y que simplificarían notablemente los procesos. Por citar un solo ejemplo, no se admiten ahora documentos mecanografiados, sino únicamente copias manuscritas, siendo así que aquéllos llevarían consigo una notable ventaja de tiempo, de exactitud, de comodidad de lectura, de facilidad para las copias Tal recurso a medios técnicos nuevos, mas que ofender la tradición, la continúa, porque es ya un hecho que el proceso de beatificación y canonización no ha permanecido inmóvil durante los últimos doscientos años, sino que se ha perfeccionado en la medida en que se han desarrollado las ciencias de las que se sirve. Esto ha ocurrido en el terreno de la crítica histórica y de su fuerza probativa. Sin querer infravalorar el sentido crítico de aquel siglo de los Maurinos y del primer período de los Bolandistas, que ciertamente representaban un progreso respecto al pasado, todavía es cierto que la crítica histórica sólo en el siglo XIX y en el presente ha constituido el desarrollo y el perfeccionamiento que le dan la dignidad de disciplina científica y el valor de testimonio fiel. Por eso nuestro inmediato predecesor, el papa Pío XI, eximio cultivador de tales disciplinas, no dudó en constituir para las llamadas "causas históricas" una sección especial histórica en la Congregación de Ritos, a la que corresponde examinar la autenticidad y la credibilidad histórica del proceso y hasta buscar por sí misma nuevas fuentes de documentos

»Otro notable progreso operado en los últimos tiempos concierne a las disciplinas médicas, a las cuales se debe recurrir en los procesos de beatificación y canonización antes de emitir algunos

juicios. Es claro que el estado en que se encontraban hace doscientos años no resulta parangonable con el presente. Se puede tener una idea, sin alejarse del tema, en la misma obra de Benedicto XIV. , donde se diserta sobre las *visiones, apariciones, revelaciones* y donde trata de varios fenómenos, como las alucinaciones Mientras la ascética y la mística estaban entonces en condiciones de ofrecer una gran riqueza de experiencias en cuanto al tema, los conocimientos de medicina aparecen hoy, por el contrario, rudimentarios e insuficientes. Los procesos de beatificación y canonización no podrían olvidar el enorme desarrollo que las ciencias médicas y psicológicas han conseguido de los tiempos de Benedicto XIV a hoy.

»Esto mismo vale para el juicio que ha de formularse sobre los precedentes psicofísicos y psicológicos en la vida del mismo siervo de Dios; como sobre la verdad de los milagros que se atribuyen a su intercesión después de la muerte Por eso, para lo que concierne al segundo punto, nosotros mismos hemos instituido en la Congregacion de Ritos una comision médica, encargada de examinar, en los casos de curaciones que se dicen milagrosas, si se trata de verdadera curación, de una curacion determinada de una enfermedad y si tal curación es inexplicable atendiendo a la norma de las leyes naturales.

»Por alguno se ha manifestado también el deseo de un cierto aligeramiento en las exigencias procesales· Por ejemplo, en cuanto al cuidado de la revision y a la repetición de las discusiones sobre el mismo argumento De otra parte, se ofrece una importante cuestión que resolver como consecuencia de la legítima y aun laudable tendencia hacia el perfeccionamiento de los procesos, que nada quita a los méritos de Benedicto XIV y a su fama de maestro, cuestión de orden jurídico, muy afín a la esencia de la forma procesal establecida por el mismo Benedicto XIV Sabido es que el proceso, en la forma que él lo dejó, se funda esencialmente sobre las declaraciones juradas de los testigos. El éxito de un proceso depende, por tanto, casi enteramente de la persona de los testigos, de los que se ha logrado verificar la necesaria aptitud para testimoniar según la verdad. Se pide ciertamente que sean *omni exceptione maiores, homines bonae vitae et famae, tales, quod eorum dictis et attestationibus, in iudicio et extra, plenaria ab omnibus veniat fides adhibenda (Codex pro postulatoribus)* Comprobadas tales aptitudes en los testigos, se estimo que su deposición jurada daba el máximo de garantía al proceso En teoría no se puede pedir más al testimonio humano; pero en concreto, ¿con qué medios se puede establecer la actitud subjetiva del testigo para otorgarle la *plenaria fides?* ¿Es siempre seguro, al menos en el grado que se reconocía, que los testimonios jurados de algunos testigos dan certeza objetiva de la verdad? La investigación psicológica, hoy más desarrollada que en el pasado, y la experiencia judicial que hoy se posee, manifiestan dudas y aconsejan

cautela. ¿Son acaso las respuestas a los interrogatorios fijados y a los artículos suficientes para formarse una plena y exacta idea de la persona de que se trata? ¿No sería acaso oportuno, como contraprueba o complemento, un informe de conjunto de competentes testimonios o de peritos, especialmente si el proceso tiene por objeto personajes que tuvieron una notable parte en la vida pública? Intentamos por ahora solamente proponer tales cuestiones al examen de los técnicos, con la esperanza de que sean estudiadas con el mismo espíritu abierto, objetividad y equilibrio propios de la grande alma de Benedicto XIV».

Larga ha sido la cita, pero interesante por abrir las perspectivas que en el futuro presenta el perfeccionamiento de estos procesos. No ocultamos al lector que, pese a la extensión de estos párrafos, no son éstos los únicos problemas que hay planteados. Queda en pie el problema económico, del gran costo sin posibilidad de gratuito patrocinio; el de la preponderancia de algunos sectores de la Iglesia (los países latinos, los fundadores de congregaciones religiosas...) en el resultado final de los mismos, etc., que también han de estar presentes a la hora de la revisión de los mismos.

IV

38. Un dogma fundamental

Sabido es que la Iglesia, en el sentido más pleno de esta palabra, no está constituida únicamente por quienes militan en la tierra, sino que también pertenecen a ella quienes sufren y se purifican en el purgatorio y quienes gozan ya de la gloria del cielo. A cada una de estas divisiones de una misma y única Iglesia se llama también Iglesia, pero añadiéndole, según el caso, el correspondiente adjetivo: militante, purgante y triunfante.

Entre todos los miembros de esta inmensa Iglesia existe, en virtud de la consoladora doctrina del Cuerpo místico, hermosa y gráficamente aplicada por San Pablo, una íntima comunicación, o comunión, que en el Credo llamamos «comunión de los santos». Todos los miembros de esta triple Iglesia viven con una misma vida, la que redunda de Jesucristo, cabeza del Cuerpo místico. Y precisamente por esa comunidad de vida, existe tam-

bién una comunidad de auxilios. La Sagrada Escritura nos muestra cómo los fieles pueden orar unos por otros y cómo tal oración es agradable a Dios Nuestro Señor. Lo mismo se diga de las buenas obras, y así encontramos ejemplos en que ciudades enteras fueron salvadas por la ejemplaridad de algunos de sus habitantes. Si entre los vivos puede existir esa comunicación, con mucha mayor razón podrá existir en relación a los que ya fallecieron. Así, aunque la Iglesia no haya dicho nada positivamente, el común sentir del pueblo cristiano suele encomendarse a las benditas ánimas del purgatorio, sabiendo que la intercesión de quienes están en aquel lugar de sufrimiento puede servirle de mucho.

Sobre estos principios tan sencillos, pero basados en la revelación, se apoya también la doctrina del culto a los santos. Unidos íntimamente a ellos, en el seno de una misma Iglesia y participando de la vida de Cristo, podemos mirar en ellos a nuestros intercesores. En verdad sería extraño que quienes, mientras estuvieron en la tierra, ardían en caridad y deseaban vivamente favorecer cuanto pudieran al prójimo, perdieran luego esa caridad después de su muerte.

Y, en efecto, esta verdad, expresada en el Credo, la tuvieron siempre por suya los cristianos, que de hecho, desde los primeros siglos, se encomendaron a los santos. Resulta emocionante leer en las catacumbas las invocaciones con las cuales los que han quedado sobre la tierra piden a los santos que intercedan por ellos. No se diga nada de lo que ocurrió durante la Edad Media, época de espléndida eclosión del culto a los santos. Únicamente algunos herejes, como los valdenses, pudieron negar esta verdad. La misma mente de Wiclef y Hus, que algunas veces han sido alegados como adversarios de este culto, dista mucho de estar clara.

Sin embargo, correspondió al protestantismo atacar con particular fuerza una doctrina que tan pacíficamente había vivido en el seno de la Iglesia durante dieciséis siglos. Pese a las vacilaciones de Lutero, en cuyas obras se encuentran pasajes bien elocuentes en favor del culto a los santos, otros reformadores, y en especial Calvino, arremetieron con ímpetu contra él. Aún hoy día una de las características que más suele llamar la aten-

ción de un católico en las iglesias protestantes es la ausencia de imágenes de santos.

El concilio de Trento no creyó, sin embargo, oportuno hacer una definición dogmática, de carácter sistemático, opuesta a los errores protestantes. En la sesión 25 (3 y 4 de diciembre de 1563), ya con las prisas de un final que se presentía y se deseaba por parte de todos, dio un decreto de carácter predominantemente disciplinar, en el que, dirigiéndose a los obispos, señalaba cuáles eran las fuentes en las que se encontraba la doctrina del culto a los santos (uso de la Iglesia apostólica, los Santos Padres y los concilios) y de manera moderada establecía la recta doctrina acerca de la intercesión y la invocación a los santos.

39. **Intercesores**

«Bueno y útil es invocar suplicantemente a los santos que reinan con Cristo y recurrir a sus oraciones y auxilio para impetrar los beneficios de Dios por Jesucristo Nuestro Señor, que es nuestro único Redentor y Salvador». De esta manera expresa el concilio de Trento la doctrina respecto a la intercesión de los santos.

Que pueden interceder parece claro, y hay bastantes protestantes que no lo niegan. Al fin y al cabo, los santos, a los cuales pueden unirse los ángeles, aparecen en la misma Sagrada Escritura intercediendo por nosotros (Zac 1,12; Dan 10,13.20s; 1 Mac 15,12ss), ni más ni menos que, como ya hemos señalado, interceden también algunos hombres en favor de otros. La caridad continúa reinando en el cielo con mayor fuerza que en la tierra, y no hay por qué suponer que Dios Nuestro Señor se niegue a oír oraciones que los santos hagan movidos por esa caridad.

Por otra parte, la doctrina de San Pablo, tan extraordinariamente expresiva, nos muestra la íntima unión que existe entre los miembros del Cuerpo místico de Cristo, de tal manera que al padecimiento de un miembro deba acompañar el de los demás, y al gozo, también sea común la alegría. Resultaría increíble que esto no ocurriera precisamente en aquellos miembros que, gozando ya del cielo, han alcanzado la máxima perfección.

Esta intercesión puede y debe concebirse como particularmente eficaz hacia algunos grupos de personas o en determinado género de necesidades. La unión más íntima que el santo pueda tener con una ciudad, una orden religiosa, el grupo de personas que ejercita su misma profesión, etc., puede ser una razón para hacer esta intercesión más valiosa.

Ni puede oponerse que esta intercesión disminuya en nada la doctrina de Jesucristo como único mediador. A nadie se le ha ocurrido nunca poner en el mismo plano a Jesucristo y a estos otros mediadores subordinados a Él, que se esforzaron en imitarle, que de Él recibieron las gracias necesarias para poder seguirle. De la misma manera que podemos llamar padres a nuestros padres de la tierra, sin que por eso a nadie se le haya ocurrido decir que esto se opone a que Dios sea también nuestro Padre, podemos tener por intercesores a los santos, sin que a nadie se le pueda ocurrir que esto redunde en menoscabo de Jesucristo.

40. **Invocación a los santos**

Consecuencia de esta doctrina es que, si los santos interceden y pueden interceder por nosotros, a nuestra vez, podemos solicitar su intercesión e invocarlos. Tal invocación cede en honor de Dios. Es, al fin y al cabo, un reconocimiento de nuestra propia miseria: dándonos cuenta de que somos indignos de ser escuchados, recurrimos a aquellos siervos de Dios, cuya oración le ha de ser más grata que la nuestra, para que intercedan por nosotros. Hay, por consiguiente, una exaltación de la majestad de Dios, una honra a la virtud de los santos, un humilde reconocimiento de nuestra necesidad y de nuestra miseria.

Y tal invocación puede y debe extenderse a todos los santos. Agudamente hace notar Santo Tomás la conveniencia de llamar en nuestra ayuda algunas veces a santos más desconocidos o cuya devoción ha sido menos divulgada. En ocasiones será que nuestra propia devoción se siente estimulada. Y la oración, por más devota, viene a resultar más eficaz. En otras ocasiones, de esta invocación de diferente santo surgirá una agradable variedad. En otras se tratará de santos que tienen el particular cuida-

do de aquellas necesidades. En otras, en fin, cumpliremos con el deseo de la Iglesia de que todos los santos sean honrados por los fieles.

Ya hemos señalado más arriba cómo hay ocasiones en las que, mediante el canto de las letanías de los santos, esta invocación toma un carácter particularmente solemne.

41. **Culto a los santos**

Sabido es que el culto lleva consigo tres actos: uno del entendimiento, por el que se reconocen las prerrogativas de una persona y se la juzga digna de obsequio; otro de la voluntad, por el que se aprueba el juicio del entendimiento y se determina reconocer prácticamente nuestra sujeción a esa otra persona; un acto externo, por el que se manifiestan estos dos actos internos. El más esencial de estos actos es evidente que es el segundo. El primero puede darse sin culto. El tercero puede hacerse por burla.

Este culto puede ser puramente civil o puede ser religioso. En este segundo caso llega a alcanzar su máxima intensidad cuando se trata de Dios, y entonces se habla de culto de latría, o adoración, o puede tener una intensidad menor, y entonces se habla de dulía, si se refiere a los santos, o de hiperdulía, si se trata de la Santísima Virgen. Pero, aun en este caso, el del culto de dulía, es la virtud de la religión la que se ejerce, ya que es Dios quien resulta honrado en sus santos. No siempre será posible encontrar, por la limitación de las actividades humanas, acciones totalmente desemejantes para cada clase de culto. Una misma cosa, por ejemplo una genuflexión, puede ser acto de culto, de latría o de dulía.

No es necesario entrar a justificar aquí este culto que a los ángeles y a los santos se tributa. Independientemente de los antecedentes que se encuentran en la Sagrada Escritura (Núm 22,31; Jos 5,15; Jue 13,16; 1 Re 18,7; 2 Re 2,15), la práctica de la Iglesia y de los fieles, desde los mismos orígenes de la religión cristiana, nos lo muestran puesto en práctica: la veneración a las reliquias, la celebración del día aniversario, los altares y los templos sobre sus sepulcros, los himnos en su honor, las invocacio-

nes en sus lápidas sepulcrales, son muestras bien elocuentes. Es más: si el mismo Dios honra a sus santos, no es mucho que les honremos también quienes queremos cumplir su ley y acomodarnos a su voluntad. Y si en los santos refulgen las perfecciones de Dios, razón será honrarlas en cuanto en ellos resplandecen.

42. **Las reliquias**

En la misma sesión 25, que ya hemos citado, del concilio de Trento, se definió también que el culto a las reliquias era lícito y pío. Así aparece del mismo hecho de la virtud de que Dios quiso que estuvieran revestidas algunas cosas que habían pasado por mano de San Pablo (Hch 19,11ss). Pero aparece todavía mucho más claro en el honor de que los fieles acompañaron los cuerpos y las cosas que habían pertenecido a los mártires; las innumerables ocasiones en que la historia eclesiástica nos muestra que Dios ha obrado milagros por medio de las reliquias, y la constante y nunca desmentida veneración de los fieles hacia ellas. Ya el mismo San Jerónimo se alzó con fuerza frente a Vigilancio, que había osado oponerse a este culto. Que, por otra parte, tan racional aparece a quien tenga en cuenta la íntima conjunción que existe entre el cuerpo del santo y las buenas obras con las que él ha conseguido la gloria. Recordemos las hermosas palabras de San Máximo: «Honro en la carne del mártir las cicatrices que recibió por Cristo; honro las sagradas cenizas pensando en la confesión del Señor, honro en ellas las semillas de la eternidad; honro el cuerpo que Dios me muestra amar, que Dios me enseñó a no temer por Él llevar a la muerte».

El culto a las reliquias es, por otra parte, la profesión práctica del dogma de la resurrección gloriosa del cuerpo de los santos; la visible demostración del triunfo obtenido por Cristo sobre la idolatría; una invitación a seguir sus huellas; una acción de gracias por los bienes que de su actividad redundaron para la Iglesia; una glorificación del mismo Dios. Si en el orden civil se guardan con tanto esmero las reliquias, y nos es dado visitar los panteones de hombres ilustres y los museos donde se conser-

van las banderas y restos gloriosos de pasadas batallas, ¿por qué no nos ha de ser lícito hacer algo parecido en el mismo orden sobrenatural?

43. **Las imágenes**

Nada más que una alusión al culto a las imágenes de los santos, que tanto se discutió en el siglo VIII con ocasión de la herejía iconoclasta, y que con tanta fuerza fue también rechazado por los protestantes. Acaso en ninguna cuestión como en ésta hayan llevado las teorías a lucubraciones totalmente alejadas de lo que cada día nos muestra la experiencia.

El hombre, compuesto de alma y cuerpo, necesita de algo que hiera a sus sentidos y alcance a su imaginación, al menos en la mayoría de los casos. Para esto pueden servir perfectamente, y de hecho sirven, las imágenes. Basta presenciar un desfile procesional en Semana Santa para darse cuenta de hasta qué punto aquellas esculturas llegan a impresionar la sensibilidad popular y a constituir una muda y eficaz predicación. Así lo definió el séptimo concilio ecuménico, y así lo ha defendido siempre la Iglesia frente a las exageraciones de quienes, por mala voluntad o por una espiritualidad y un misticismo mal entendido, trataban de arrinconar las imágenes de los santos.

44. **Utilidad**

El culto de los santos nos lleva en primer lugar a la imitación de sus virtudes. Precisamente por el culto nos ponemos en contacto con ellos, y vemos la santidad como algo deseable, apetecible, término normal y lógico de nuestra vida cristiana.

Ese mismo culto establece entre ellos y nosotros una comunicación de la que no podemos menos de salir beneficiados. Comunicación que se traduce en gracias y dones que obtenemos por su intercesión, ya en lo espiritual, ya en lo temporal.

Nos mueve, además, el culto a los santos a la humildad, al comprobar por nuestra parte cuán diferentes somos de ellos. Y

nos mueve a mayor perfección por el deseo de asemejarnos a ellos.

Caben, sin embargo, excesos, y ciertamente los ha habido a lo largo de la historia. Cuando el Santo Oficio, el 8 de mayo de 1937, ponía en guardia a los fieles contra la afición a nuevas formas de devoción, no hacía más que insistir en algo que muchas veces ha tenido que hacer la Iglesia: luchar contra la superstición, que puede esconderse incluso debajo de una realidad tan santa como es el culto a los santos.

Sapientísimamente en el Código de Derecho canónico se establecen unas normas para que este culto no derive nunca por derroteros menos sanos: establecidos unos principios generales (can.1255.1256.1276), se insiste en que únicamente a la Iglesia corresponde otorgar permiso para el culto público (can.1277), culto que tendrá severas restricciones cuando se trate de los Beatos (can.1868 § 2; 1201 § 4). Siguiendo estas normas, el culto a los santos resultará fuente abundosa de genuino y auténtico espíritu cristiano.

Respondiendo de una parte a tan hermosas tradiciones, como las que más arriba han quedado reseñadas; de otra parte, a los vivos deseos de la Iglesia de poner en contacto a los fieles con la santidad, siempre renovada en su seno maternal, y por otra, en fin, a los deseos del público hispanoamericano, la Biblioteca de Autores Cristianos pensó en la conveniencia de editar un nuevo *Año cristiano.*

A este efecto, en agosto de 1957 dirigía la comisión que se encargaba de la obra una circular a los posibles colaboradores, en la que se exponía cuál iba a ser la orientación general del trabajo. Decía así:

> «Se trata de publicar un *Año cristiano,* con las características tradicionales de esta clase de obras, convenientemente adaptado a los tiempos actuales.
>
> »Insertará cada día la semblanza de uno o dos santos o beatos cuya fiesta litúrgica se celebre; escrita en un estilo literario digno, sencillo y claro; orientada hacia la edificación del pueblo cristiano; basada en datos históricos depurados, pero sin excluir la utilización de piadosas leyendas, siempre y cuando aparezcan como tales; con un sentido moderno en la interpretación de la santidad.
>
> »Las semblanzas... han de atender al marco histórico o teológico en que se desarrolló la vida del santo, de tal manera que los lec-

tores hayan repasado, al terminar la obra, las principales épocas de la historia eclesiástica y las verdades más esenciales del dogma cristiano; han de concebirse con tal sencillez de estilo y lenguaje, que sea posible y fácil su lectura en alta voz».

A nuestros lectores, y a la crítica, corresponderá ahora decir hasta qué punto tales propósitos han conseguido ser llevados a la práctica. Creemos, sin embargo, que no será necesaria una lectura a fondo de los cuatro volúmenes para apreciar el interés que se ha puesto en ofrecer las semblanzas de los santos más modernos, de aquellos que no habían sido tratados en obras similares, y de los españoles. Se han incluido también un buen número de beatos, cuando su excepcional personalidad o su influjo en la historia eclesiástica así lo aconsejaba. Característica singular de esta obra resultará, sin duda, el gran número de autores que han colaborado en la misma. Pareció que, siendo tan diversa la fisonomía de los santos en las diversas épocas de la historia eclesiástica, no había inconveniente en confiar a plumas también muy diversas el cargo de trazarla. En algunos casos se ha tratado de verdaderos especialistas, que han hecho aportaciones interesantes aun desde el punto de vista científico. Siempre se ha cuidado, sin embargo, de que, aun no tratándose de especialistas, presentaran los autores suficientes garantías de seriedad científica y de dignidad literaria. No se intentó, en cambio, aunque tampoco se excluyó, que las semblanzas de los santos de cada orden fueran escritas por miembros de la orden respectiva; antes se procedió en esto con un criterio de sana libertad. A nadie se le ocultará que han sido muchos más los posibles colaboradores a quienes la comisión se dirigió, sin que muchos de ellos, unos por una causa y otros por otra, pudieran llegar a colaborar efectivamente. Como no se ocultará tampoco que, siendo tantos, la inclusión de determinados nombres en nuestra lista no supone en manera alguna ningún juicio de valor sobre obras que estos mismos autores hayan podido escribir anteriormente.

Se restringió el número de semblanzas a una o dos al día, con el deseo de no aumentar excesivamente el volumen de la obra y conseguir así un fin de edificación del pueblo cristiano. Creemos que hoy, como en siglos pasados, es mucho el fruto que puede obtenerse de la lectura de las vidas de los santos y

que tal lectura se facilitará grandemente con esta obra, en la que hemos puesto nuestra mejor voluntad y empeño.

Haga el Señor que, como tantas veces se pide en la sagrada liturgia, nuestros lectores, al contacto con los ejemplos de los santos, se sientan atraídos hacia su veneración y a la imitación de sus virtudes.

Salamanca, 10 de mayo de 1959, fiesta del Beato Maestro Juan de Ávila.

LAMBERTO DE ECHEVERRÍA,
BERNARDINO LLORCA, S. I.,
LUIS SALA BALUST,
CASIMIRO SÁNCHEZ ALISEDA.

CAUSAS DE BEATIFICACIÓN Y CANONIZACIÓN EN LA ACTUAL DISCIPLINA DE LA IGLESIA

Por MIGUEL ÁNGEL MONTERO JORDI
Licenciado en Derecho Canónico

I. LA CONSTITUCIÓN «DIVINUS PERFECTIONIS MAGISTER»

La actual disciplina eclesiástica en materia de beatificación y canonización de los siervos de Dios tiene como documento básico la constitución papal del 25 enero 1983, conocida por sus primeras palabras latinas *Divinus perfectionis Magister.* Esta constitución sustituye a los textos legales anteriores y marca la pauta que debe sustancialmente seguirse tanto en las investigaciones que deben hacer los obispos diocesanos como en la forma de proceder de la Sagrada Congregación para las Causas de los Santos. Responde al espíritu del Concilio Vaticano II y a la general revisión de todos los estamentos y realidades de la Iglesia, y concretamente del Derecho canónico, y quiere ser una actualización o *aggiornamento,* por usar la palabra clásica, de una materia tan llena de interés. Es cierto que la renovación de esta materia canónica ya se había empezado antes del Concilio y del nuevo Código de Derecho Canónico de 1983, pero es ahora con la citada constitución apostólica con la que la materia ha sido reorganizada de forma integral.

Recordemos que a tenor de las disposiciones del papa Urbano VIII († 1644) las causas de beatificación y canonización de los siervos de Dios, antes de que se introdujesen en la Curia romana, comenzaban en la diócesis donde el siervo de Dios hubiera muerto con un proceso informativo, llamado ordinario, sobre la fama de santidad o sobre el martirio, junto a un proceso llamado de *non cultu,* es decir que al dicho siervo de Dios no se le tributaba culto público en la Iglesia. Se recogían también en el proceso diocesano todos los escritos del siervo de Dios.

Trasladados todos los actos diocesanos a la Sagrada Congregación de Ritos, competente en la materia por disposición del papa Sixto V, se examinaban los escritos, luego se examinaban los actos del proceso diocesano y se decretaba oportunamente la introducción de la causa. Examinada la cuestión del no culto, la Congregación de Ritos mandaba la instrucción de los procesos apostólicos sobre la fama de santidad en general, las virtudes en especial o el martirio del siervo de Dios y los milagros que se le atribuyeran. Se pasaba luego a la discusión en la propia Congregación entre el Promotor de la fe y el patrono o abogado de la causa, siendo jueces los prelados oficiales, los consultores y los cardenales miembros del dicasterio, pero naturalmente el juicio último sobre las virtudes o martirio y sobre los presuntos milagros del siervo o sierva de Dios quedaba reservado al Papa.

Esta estructura no dejaba de tener obstáculos, sobre todo sucedía que venían a instruirse los procesos apostólicos cuando ya los testigos de la vida del siervo de Dios habían desaparecido y de hecho lo sustancial de la causa venía a aportarlo el proceso diocesano mucho más que cualquiera de los procesos apostólicos. Por otro lado, el perfeccionamiento de la crítica histórica estaba señalando la necesidad de aplicarla a las causas de canonización, y para ello la primera medida fue el decreto de la Congregación de Ritos del 26 de agosto de 1913, siendo papa San Pío X. Sus disposiciones pasaron al Código de Derecho Canónico de 1917, promulgado por el papa Benedicto XV, y por ello en todas las causas, recientes o antiguas, se procedió a compulsar y comprobar todos los documentos, y esto se empezó a deber hacer incluso en aquellas que estaban ya en curso, y que no continuarían a nuevos actos hasta no haberse hecho esta seria comprobación histórica.

Pío XI dio un nuevo y necesario paso adelante: con *motu proprio* del 6 febrero 1930 instituyó la Sección Histórica en la Congregación de Ritos y aprobó posteriormente el 4 enero 1939 las Normas acordadas por la Congregación sobre los procesos ordinarios de causas históricas, lo que vino a ahorrar en ellas el posterior proceso apostólico. Y así se puso mucho más de relieve la importancia fundamental de la crítica histórica en las cau-

sas antiguas o históricas y no menor en las causas recientes, a las que los criterios de historicidad fue obvio que tenían que aplicarse plenamente. Ello, entre otras causas, contribuyó a que se pensase en la unificación de los procesos ordinario y apostólico de las causas recientes y así el motu proprio *Sanctitas clarior,* del papa Pablo VI, del 19 marzo 1969, dispuso un único proceso cognicional, instruido por el Obispo diocesano previa la autorización de la Sede Apostólica, y que posteriormente pasaría y se sustanciaría en la Curia romana. Y al dividirse en dos la antigua Congregación de Ritos (const. apostólica *Sacra Rituum Congregatio* de 8 mayo 1969) y formarse la Congregación de las Causas de los Santos se modificó en parte el procedimiento de las causas, pero diversas dificultades surgidas y las dispensas que hubieron de darse obligaron a pensar que lo propio era un nuevo tratamiento *ex integro* del tema para su plena adaptación a las nuevas realidades eclesiales.

Habiendo prosperado la iniciativa, el papa Juan Pablo II sometió a la deliberación de los cardenales de la Congregación un proyecto de constitución apostólica y de Instrucción sobre las investigaciones a realizar por los Obispos diocesanos, sobre lo que se hicieron varios esquemas. Las deliberaciones tuvieron lugar los días 22 y 23 de junio de 1981, siendo aprobados sustancialmente ambos textos, y adelantándose también una serie de Normas para las causas en trámite. Pasados los textos a todos los jefes de dicasterios de la Curia, éstos, reunidos con el Papa el 28 enero 1982, pudieron darle su parecer. Y así es como surgió la constitución apostólica *Divinus perfectionis Magister* (25 enero 1983).

Parte de tres hechos de significado teológico: el primero es que Cristo unió a sí a su Iglesia para santificarla, y por tanto que la Iglesia participa de la santidad de su Fundador; el segundo es que, si bien todos los cristianos son santos por la santidad que se les ha comunicado en el bautismo, algunos de ellos siguen más de cerca a Jesucristo o bien por padecer el martirio o bien por el ejercicio heroico de las virtudes; el tercero es que desde el principio la Iglesia, considerando a los santos como más estrechamente unidos a nosotros en Cristo, les ha tributado una particular veneración y ha implorado el auxilio de su intercesión.

Trasladados todos los actos diocesanos a la Sagrada Congregación de Ritos, competente en la materia por disposición del papa Sixto V, se examinaban los escritos, luego se examinaban los actos del proceso diocesano y se decretaba oportunamente la introducción de la causa. Examinada la cuestión del no culto, la Congregación de Ritos mandaba la instrucción de los procesos apostólicos sobre la fama de santidad en general, las virtudes en especial o el martirio del siervo de Dios y los milagros que se le atribuyeran. Se pasaba luego a la discusión en la propia Congregación entre el Promotor de la fe y el patrono o abogado de la causa, siendo jueces los prelados oficiales, los consultores y los cardenales miembros del dicasterio, pero naturalmente el juicio último sobre las virtudes o martirio y sobre los presuntos milagros del siervo o sierva de Dios quedaba reservado al Papa.

Esta estructura no dejaba de tener obstáculos, sobre todo sucedía que venían a instruirse los procesos apostólicos cuando ya los testigos de la vida del siervo de Dios habían desaparecido y de hecho lo sustancial de la causa venía a aportarlo el proceso diocesano mucho más que cualquiera de los procesos apostólicos. Por otro lado, el perfeccionamiento de la crítica histórica estaba señalando la necesidad de aplicarla a las causas de canonización, y para ello la primera medida fue el decreto de la Congregación de Ritos del 26 de agosto de 1913, siendo papa San Pío X. Sus disposiciones pasaron al Código de Derecho Canónico de 1917, promulgado por el papa Benedicto XV, y por ello en todas las causas, recientes o antiguas, se procedió a compulsar y comprobar todos los documentos, y esto se empezó a deber hacer incluso en aquellas que estaban ya en curso, y que no continuarían a nuevos actos hasta no haberse hecho esta seria comprobación histórica.

Pío XI dio un nuevo y necesario paso adelante: con *motu proprio* del 6 febrero 1930 instituyó la Sección Histórica en la Congregación de Ritos y aprobó posteriormente el 4 enero 1939 las Normas acordadas por la Congregación sobre los procesos ordinarios de causas históricas, lo que vino a ahorrar en ellas el posterior proceso apostólico. Y así se puso mucho más de relieve la importancia fundamental de la crítica histórica en las cau-

sas antiguas o históricas y no menor en las causas recientes, a las que los criterios de historicidad fue obvio que tenían que aplicarse plenamente. Ello, entre otras causas, contribuyó a que se pensase en la unificación de los procesos ordinario y apostólico de las causas recientes y así el motu proprio *Sanctitas clarior,* del papa Pablo VI, del 19 marzo 1969, dispuso un único proceso cognicional, instruido por el Obispo diocesano previa la autorización de la Sede Apostólica, y que posteriormente pasaría y se sustanciaría en la Curia romana. Y al dividirse en dos la antigua Congregación de Ritos (const. apostólica *Sacra Rituum Congregatio* de 8 mayo 1969) y formarse la Congregación de las Causas de los Santos se modificó en parte el procedimiento de las causas, pero diversas dificultades surgidas y las dispensas que hubieron de darse obligaron a pensar que lo propio era un nuevo tratamiento *ex integro* del tema para su plena adaptación a las nuevas realidades eclesiales.

Habiendo prosperado la iniciativa, el papa Juan Pablo II sometió a la deliberación de los cardenales de la Congregación un proyecto de constitución apostólica y de Instrucción sobre las investigaciones a realizar por los Obispos diocesanos, sobre lo que se hicieron varios esquemas. Las deliberaciones tuvieron lugar los días 22 y 23 de junio de 1981, siendo aprobados sustancialmente ambos textos, y adelantándose también una serie de Normas para las causas en trámite. Pasados los textos a todos los jefes de dicasterios de la Curia, éstos, reunidos con el Papa el 28 enero 1982, pudieron darle su parecer. Y así es como surgió la constitución apostólica *Divinus perfectionis Magister* (25 enero 1983).

Parte de tres hechos de significado teológico: el primero es que Cristo unió a sí a su Iglesia para santificarla, y por tanto que la Iglesia participa de la santidad de su Fundador; el segundo es que, si bien todos los cristianos son santos por la santidad que se les ha comunicado en el bautismo, algunos de ellos siguen más de cerca a Jesucristo o bien por padecer el martirio o bien por el ejercicio heroico de las virtudes; el tercero es que desde el principio la Iglesia, considerando a los santos como más estrechamente unidos a nosotros en Cristo, les ha tributado una particular veneración y ha implorado el auxilio de su intercesión.

Se trata, pues, de tres grandes convicciones de la Iglesia, de las que ha dado testimonio con sus acciones en el tiempo. En este culto a los santos la Constitución reconoce un desarrollo histórico: primero vino el culto a los Apóstoles y Mártires, junto a la Virgen María y su papel singular, y luego a las vírgenes y monjes y luego se generalizó a todos los que han alcanzado la perfección cristiana.

Ésta es la firme base teológica sobre la que se asienta el culto a los santos que desde tiempos tan iniciales se practica en la Iglesia.

Pero el Papa recuerda también las disposiciones de la Iglesia en los últimos siglos en orden al reconocimiento de los santos en cuanto tales y señala la base y fundamento para este reconocimiento: la Sede Apostólica cumple al investigar la santidad de los siervos de Dios el grave deber que le ha sido encomendado de enseñar, santificar y gobernar al pueblo de Dios. Se trata igualmente de un fundamento teológico, de esa plenitud de potestad apostólica que radica en la sede romana al servicio del mayor bien del pueblo de Dios. No entrando en los más antiguos pasos que se dieron hasta que beatificacion y canonización quedaron reservadas a la Santa Sede, el Papa parte del hecho de que Sixto V encomendó a la Sagrada Congregación de Ritos el procedimiento de las causas de canonización. Un gran paso adelante lo da el papa Urbano VIII, quien dio normas claras y fijas, las cuales fueron recogidas y comentadas con tal sabiduría por el futuro papa Benedicto XIV, Próspero Lambertini, que quedó su libro como *vademecum* y regla en la dicha Sagrada Congregación por espacio de doscientos años. El Código de Derecho Canónico, promulgado por Benedicto XV en 1917, las recogió sustancialmente, junto con lo que sobre crítica histórica había establecido San Pío X, como hemos señalado. Esta reforma de San Pío X, es bueno subrayarlo, en materia de las causas de los antiguos beatos ponía de nuevo en todo su rigor la normativa de Urbano VIII

Pasa luego el papa Juan Pablo II a recordar que Pío XI en 1930 instituyó en la Congregación de Ritos la Sección Histórica, con la intencion de proporcionar un instrumento más apto de trabajo, que respondiera mejor a los postulados de la crítica

histórica, tan avanzada ya para entonces. A esta sección se le encomendó el estudio de las causas llamadas «históricas». Y se entendía por tales aquellas en las que no era posible aportar testigos de vista sobre la vida, las virtudes o el martirio de los siervos de Dios, ni era posible acceder a estos testimonios por sus declaraciones hechas oportunamente en un proceso eclesiástico. Son las causas en las que el objeto estudiado sólo puede conocerse por documentación y no por testigos procesales, documentación que tiene que ser valorada en su autenticidad y en su credibilidad por medio de la más sana e imparcial crítica histórica. Para que los procesos de causas históricas a incoar en las diócesis estuviesen debidamente regulados, el propio pontífice Pío XI aprobó las Normas a guardar en los mismos, redactadas por la S. C. de Ritos, con fecha 4 enero 1939, y como el propio Juan Pablo II reconoce en la Constitución que comentamos, esto hizo prácticamente inútil el proceso apostólico, por lo que en las causas históricas comenzó a prescindirse del mismo.

Recuerda luego el actual Pontífice que el papa Pablo VI el 19 de marzo de 1969, y por tanto —añadimos— estando aún en vigor el primer Código de Derecho Canónico, estableció nuevas normas en las causas de beatificación y canonización por su motu proprio *Sanctitas clarior.* Con ese *motu proprio,* debemos poner de relieve, se unificaron los procesos ordinario y apostólico en todas las causas y por consiguiente también en las que podemos llamar no históricas, es decir en aquellas para las que se contaba con testigos de vista y declaraciones procesales. El procedimiento resultante de este *motu proprio* en su fase instructoria contenía como primer paso la petición del Ordinario a la Santa Sede de un *nihil obstat* para la introducción de la causa; esta petición tenía que llegar fundamentada y sobre esos fundamentos la Sagrada Congregación daba o negaba la licencia pedida; obtenido el *nihil obstat,* el Ordinario instruía el proceso tanto por autoridad propia como por autoridad delegada de la Sede Apostólica, y el objeto del proceso era la vida, las virtudes o el martirio, el no culto y la recogida de los escritos del siervo o siervos de Dios. Este proceso era enviado a la Santa Sede que lo sometía a revisión y, si era el caso, mandaba completarlo. Se pasaba luego a la *Positio* y demás actos ya en la propia Congrega-

ción. Hay que decir que con la constitución apostólica *Sacra Rituum Congregatio* (8 mayo 1969) con la que la dicha Congregación se dividió en dos, también se introdujeron reformas en el procedimiento de las causas en la fase de juicio. El papa Juan Pablo II recuerda esto diciendo que cambió un poco el orden de proceder en dichas causas. En efecto, a partir de entonces, las discusiones sobre el mérito de la causa debieron desarrollarse en un congreso particular de los prelados y consultores teólogos de la Congregación, pasando luego a la congregación plenaria de cardenales, iniciándose así un procedimiento parecido al actualmente vigente.

Debemos decir que el *motu proprio* de Pablo VI, aunque situado ya en el espíritu del Vaticano II y queriendo ser un avance en la línea en que se movía la reforma canónica posconciliar, no respondió plenamente a las necesidades y conveniencias que los expertos detectaban en el tema de los procesos de beatificación y canonización. Cuando fue elegido papa Juan Pablo II llevaba ya dicho *motu proprio* nueve años en vigor y había por consiguiente una experiencia segura acerca de los logros conseguidos con él y asimismo acerca de lo que era aún preciso y oportuno. El número de causas no hacía sino incrementarse, como por otra parte era lógico en una Iglesia como la católica que en los últimos tiempos había duplicado el número de sus fieles y en las últimas centurias, como en las primeras centurias cristianas, había conocido infinitos martirios de fieles en muy diversas partes del mundo. La fama de santidad de innumerables siervos y siervas de Dios iba a llamar a las puertas de la autoridad local y de la universal de la Iglesia solicitando nuevos procesos de beatificación y canonización. Hacía falta una reforma integral del proceso, el cual, conservando todos los valores acumulados por una ya tan larga historia y profunda experiencia de tratar dichas causas, debería volverse ágil y acomodado al espíritu y sensibilidad de la Iglesia posconciliar en el modo de tratarlas. Dos tipos de voces llegaron al nuevo y dinámico Pontífice elegido en octubre de 1978: la voz de los doctos y la voz de los pastores. Así lo declara en la constitución que comentamos el propio Juan Pablo II, el cual, atento a esas voces, tan dignas de tenerse en cuenta, decretó se estudiase el tema y se le diera respuesta canó-

nica adecuada, salvando dos principios que tenían que casarse entre sí. Estos dos principios que el Papa menciona son: la agilidad en el tratamiento de las causas, y la solidez en las investigaciones.

Conviene que nos fijemos en ambos principios. El principio de la agilidad era echado de menos por muchas personas en la Iglesia. Las causas de beatificación eran generalmente muy lentas a causa de su complejidad y gran burocracia. El resultado era que los siervos y siervas de Dios venían a ser beatificados y canonizados muchos años y casi siempre siglos después de su tránsito. Es verdad que la santidad es ejemplar siempre, pero qué duda cabe que a la Iglesia le conviene tener en los altares modelos de santidad cercanos en el tiempo, que hagan ver que también en nuestra época, religiosamente tan especial, es posible la santidad. Si nos fijamos en las canonizaciones efectuadas desde Clemente VIII hasta Pablo VI, veremos que ciento noventa y dos causas de canonización llegaron a buen término, la mayoría de un solo santo, otras de varios santos, casi siempre mártires. Con anterioridad a Juan Pablo II sólo cinco santos del siglo XX llegaron a la canonización: María Goretti, Gema Galgani, Pío X, Bertila Boscardín y Rafaela M.ª del Sagrado Corazón. Con Juan Pablo II y antes del año 2000 han sido canonizados estos fieles del siglo XX: los Mártires de Turón (1936), Benito Menni (1914), Juan Calabria (1954), Edith Stein (1942), Teresa de los Andes (1920), Ezequiel Moreno (1906), Muciano María (1917), Ricardo Pampuri (1930), José Moscati (1927), Miguel Febres (1910), Leopoldo Mandic (1942) y Maximiliano Kolbe (1941). Es verdad que algunas de estas últimas causas estaban muy adelantadas o son anteriores en su conclusión a la Constitución que estamos comentando, pero sin duda las causas se han agilizado. Y no digamos nada de las beatificaciones, especialmente de mártires: una gloriosa legión de mártires del siglo XX ha inundado los altares. En el pontificado de Juan Pablo II unas ciento cincuenta causas, cuyos titulares han muerto en el siglo XX, han logrado llegar a la beatificación. Todos desde luego no son mártires. La agilidad era, pues, en orden a brindar modelos de santidad cercanos a nosotros en el tiempo, además de otros motivos, la novedad que la nueva legislación iba a

aportar. Examinaremos luego los pasos acordados y veremos en qué ha consistido esa agilidad.

Y el otro principio al que deben atenerse las causas señala el Papa que es la solidez de las investigaciones. Es verdad que la comunidad cristiana cuando, a raíz de una beatificación o canonización, da culto religioso a un siervo o una sierva de Dios, se mueve a ello por la autoridad del Papa, y que la motivación última y decisiva de ese culto está enraizada en la fe, es decir en aquel punto de nuestra fe católica que es la autoridad suprema del Romano Pontífice. Ciertamente la comunidad no ha hecho por sí misma la investigación histórica y el juicio teológico que la vida, las virtudes o el hecho del martirio y los presuntos milagros merecen, sino que la comunidad confía en la palabra del Papa que beatifica o canoniza, sin olvidar la diversa calificación teológica que tienen beatificación y canonización. Pero esa confianza de la comunidad en el Papa está acompañada de la seguridad de que el Papa no toma sus decisiones de magisterio sin haberse antes producido aquella investigación histórica, aquella valoración teológica y aquella oración humilde pidiendo luz a Dios que deben preceder a esos actos del magisterio tan importantes, por los cuales se permite (beatificación) o se establece (canonización) el culto religioso a los siervos y siervas de Dios. En «negocio de tanta importancia», como lo llama Juan Pablo II, el magisterio papal no procede a la ligera sino que se apoya en firmes fundamentos. No ha dejado de señalarse que la autoridad del Papa no suple la falta de pruebas requeridas en una causa de canonización. Por ello ninguna reforma legislativa en la materia podía prescindir del rigor histórico y teológico que tradicionalmente se ha venido pidiendo. Investigaciones sólidas son aquellas que conducen a certezas morales, objetivamente fundadas, no a meras probabilidades, sobre el objetivo de la causa.

Pero hay otro principio teológico que se ha hecho presente en la renovación canónica de los procesos de beatificación-canonización, y es la colegialidad de los Obispos, solemnemente enseñada por el Concilio Vaticano II y que ha informado toda la legislación posconciliar y no podía menos que llegar también a esta materia. Del principio de la colegialidad episcopal deduce Juan Pablo II en esta constitución que «es muy conveniente que

los mismos Obispos se unan más a la Sede Apostólica al tratar las causas de los santos». A este respecto no podemos olvidar que el culto de los santos surgió inicialmente en las iglesias particulares y que su regulación estuvo en las manos de los obispos diocesanos o de los sínodos episcopales. Hay que esperar nada menos que al siglo X para que se comenzase a dar intervención de la Sede romana en las canonizaciones. Se dice que fue en el sínodo lateranense del año 993 cuando se produce la primera canonización papal conocida: el papa Juan XV († 996) canonizó a san Ulrico de Augsburgo y a partir de aquí y poco a poco las canonizaciones papales se hicieron más frecuentes, a petición de obispos y fieles. Se ha subrayado que con la entrada en vigor de las Decretales en 1234 del papa Gregorio IX († 1244) la canonización legalmente quedaba reservada al papado, pero la praxis tardó en ajustarse a esta reserva y nuevos cultos locales siguieron surgiendo en los cuatro siglos siguientes. Sería el papa Urbano VIII, a partir de su breve *Caelestis Hierusalem cives* (5 de julio de 1634), quien pondría fin a la introducción de nuevos cultos de santos sin licencia de la Santa Sede. Pero la legislación aportada por el citado Papa no negaba intervención a los obispos diocesanos, al revés, para que una causa pudiese introducirse en la Curia romana era necesario que primero el Obispo instruyese un proceso informativo sobre la fama de santidad o martirio del siervo o sierva de Dios, recogiese sus escritos, y mediante un proceso particular certificase la observancia de los decretos del papa acerca de que no se le había dado ya culto público. Pero su valor era, pese a su evidente importancia, meramente informativo, y no tenían otro objeto que informar a la Santa Sede.

La experiencia vino a poner de relieve la importancia de este proceso informativo ordinario, y por ello una Instrucción de la Congregación de Ritos del año 1878 insistía en que, aun bastando para la introducción de la causa en Roma el proceso ordinario sobre la fama de santidad, pero que no dejaba de ser oportunísimo que el Obispo se valiera de su propia autoridad para investigar no solamente la fama de santidad sino también las pruebas *in specie* de las virtudes, o del martirio, y de los milagros. Era reconocer que los procesos apostólicos llegaban muchas

veces tarde y que la verdadera recogida de datos conducentes a la prueba de la heroicidad de las virtudes, del martirio o de los milagros, donde de verdad se recogían era en los procesos ordinarios. Con razón se ha dicho, sin embargo, que en la época de la infalibilidad pontificia recién declarada, difícilmente se estaba en disposición psicológica de dejar a los Obispos hacer un proceso más que informativo por autoridad propia. El Código de Derecho Canónico se atuvo igualmente a la tradición de que lo único necesario era en los procesos ordinarios probar la fama de santidad, y quedaba a la sabiduría de los que actuaban en los mismos ir más allá para que luego a la hora de los procesos apostólicos no se encontrasen faltos ya de testigos o de pruebas. El primer paso adelante en la línea de una mayor recogida de pruebas en el proceso ordinario lo dio Pío XI cuando aprobó las nuevas Normas sobre los procesos ordinarios de las causas históricas (4 enero 1939), no llegándose a la unificación de ambos procesos, ordinario y apostólico, hasta el motu proprio de Pablo VI *Sanctitas clarior* (19 marzo 1969), en el que se estableció el *nihil obstat* de la Santa Sede. Por fin ahora, con esta nueva constitución, se hace a los Obispos y a sus equiparados intervenir en estos procesos por autoridad propia, una autoridad que obviamente ejercen en comunión con el Papa, pero no como meros delegados suyos sino como representantes de Cristo en sus propias comunidades. Se atiende así mejor desde el punto de vista eclesiológico a lo que es realmente una canonización, la cual consiste en un nuevo culto de un santo, lo que afecta a toda la Iglesia, y por ello debe decisivamente intervenir el Papa, pero a partir de una iglesia particular, donde el siervo o sierva de Dios ha vivido y ha muerto y dado su ejemplo de santidad, y en ello debe intervenir y por autoridad propia el Obispo diocesano. Los dos niveles —Iglesia universal e Iglesia particular— se unen y entrelazan en el proceso, un único proceso que tiene esas dos etapas.

Luego de esta especie de *proemio,* la constitución se articula en dos apartados, dedicado el uno a las investigaciones que deben realizar los Obispos, y dedicado el otro a la misión y actuaciones de la Sagrada Congregación para las Causas de los Santos. Comentaremos los dos apartados.

El primer apartado vino completado por las Normas a observarse por los Obispos en las investigaciones de las causas de los santos (7 febrero 1983). Lo primero de todo que debe señalarse es el espíritu que anima toda la normativa: el Obispo no se perfila en ella como un mero recolector de datos e informaciones que solamente la Santa Sede enjuiciará, sino como quien tiene el encargo de juzgar y valorar, de tal manera que hay momentos importantes en los que el juicio del Obispo es decisivo para poder seguir adelante y finalmente, al enviar a Roma todo lo actuado, no se limita a enviarlo sino que acompaña su juicio e incluso puede negarse a enviarlo e informar en vez de ello a la Sda. Congregación de que estima insuficientes las pruebas recogidas, en cuyo caso la Sda. Congregación decidirá lo oportuno. Corresponde concretamente al Obispo determinar si se dan las condiciones requeridas para la iniciación de la causa; y corresponde a él juzgar si se pasa de una etapa a otra por estar la etapa previa bien cumplimentada. El proceso, pues, cuando llega a Roma, llega porque el Obispo diocesano lo ha considerado suficiente. Sin este primer juicio del Obispo diocesano, el proceso por ley ordinaria no seguiría adelante. Y por tanto cuando se produzca una beatificación hay que decir que ella ha sido posible porque, previamente al juicio último y definitivo de Roma, ha habido un juicio del Obispo diocesano, no último, pero sí decisivo, sin el cual no se hubiera seguido de ordinario adelante. Podemos dar por completamente seguro que contra el parecer expreso del Obispo diocesano, Roma no seguirá adelante un proceso incoado en la diócesis del mismo.

La primera de las cosas que el Obispo debe juzgar para dar su aprobación a la iniciación de una causa es la de que exista una verdadera fama de santidad del siervo o sierva de Dios cuya causa se quiere incoar. El futuro papa Benedicto XIV en su conocida obra sobre la beatificación y canonización de los siervos de Dios ya establecía que la fama de santidad requiere la convicción en el pueblo de Dios o en una parte notable de él de que el presunto santo ejercitó la virtud cristiana en forma no común. Este carácter extraordinario de la virtud del presunto santo es la base de una verdadera fama de santidad. Ésta además no puede ser inducida por una hábil propaganda sino espontánea, es decir

nacida del conocimiento de aquella persona, y tiene que ser una fama continua, incluso en aumento. Esta fama produce de ordinario una verdadera devoción de los fieles hacia esa persona, cuya intercesión ante Dios se pide y se muestra en las gracias o favores que los fieles entienden obtener por esa intercesión.

Tras esto siguen otros pasos que luego examinaremos y que resumiendo podemos decir son: juicio sobre los escritos del siervo o sierva de Dios, primero impresos y luego inéditos; citación de testigos en orden a la comprobación de las virtudes o martirio; investigación, si procede, acerca de algún milagro supuesto obtenido por la intercesión del siervo o sierva de Dios; envío a la Sagrada Congregación de una copia de todas las actas por duplicado, y en caso oportuno de los libros del siervo de Dios y del juicio que les merecieron a los censores teólogos, y una declaración del Obispo de que no existe culto público al siervo o sierva de Dios.

El segundo apartado de la constitución apostólica describe brevemente la actuación correspondiente a la Sagrada Congregación para las Causas de los Santos. Su labor es sustancialmente triple: aconsejar y ayudar a los Obispos diocesanos en la instrucción de las causas; estudiar a fondo éstas; emitir finalmente sus votos. Es también tarea suya garantizar la autenticidad de las reliquias. Los intervinientes son: el secretario, con el subsecretario y los oficiales; el colegio de relatores, presidido por el relator general; el grupo de consultores de historia con sus auditores y los consultores de teología; el promotor de la fe; el congreso de teólogos, presidido por el dicho promotor de la fe; el grupo de peritos en medicina; la congregación de Padres Cardenales y Obispos, presidiendo toda la Sagrada Congregación el Prefecto, de ordinario Cardenal.

Hay, por fin, en la Constitución un apartado tercero que establece la forma de proceder de la Sagrada Congregación. Una vez recibidas las actas y documentos de una causa incoada en una diócesis, corresponde al Secretario de la Sagrada Congregación examinar si en las investigaciones del Obispo se han observado todas las normas oportunas, y de ello informa en la reunión ordinaria. Si ésta estima que todo está bien, entonces se fija un relator al que encomendar que redacte la Positio; una vez

redactada ésta será sometida al juicio de los consultores, y si la Congregación lo estima conveniente también a otros peritos, para que emitan un dictamen sobre su historicidad y suficiencia; luego se pasa la Positio a los consultores teólogos, que con el Promotor de la fe la estudian y tienen sobre ella y los puntos controvertidos, si los hay, un congreso peculiar; todo ello se entrega a los Cardenales y Obispos para que emitan su juicio. Un proceso similar, con Positio, sigue el estudio de los supuestos milagros. El último juicio es el del Papa, único con derecho a decretar el culto público eclesiástico de un siervo o sierva de Dios.

Es claro que al contenido de esta Constitución debemos dedicarle algo más de detalle, tanto en las investigaciones diocesanas como en las actuaciones de la Sagrada Congregación.

II. NORMATIVA DE LAS INVESTIGACIONES DIOCESANAS

A) **Las personas objeto de las causas**

Como señala la Constitución Apostólica en su n.1 la investigación de una causa diocesana se tiene que referir a uno de estos tres grupos de personas:

a) Fieles que vivieron su vida con virtudes heroicas y llegaron a la perfección cristiana mediante su ejercicio, terminando su vida de forma natural, no por martirio. De éstos se examina la vida, las virtudes y la fama de santidad.

b) Fieles a los que por odio a la fe o a la vida cristiana en alguna de sus dimensiones se les dio muerte violenta, es decir padecieron martirio. De éstos se examina su muerte martirial, su causa y la fama del martirio, y se hace un estudio resumido de su vida ya que de ordinario el martirio corona una vida sinceramente cristiana.

c) Fieles a los que ya de tiempo la piedad popular viene dando culto como bienaventurados, y sobre el cual se abre proceso para demostrar de este culto su existencia y antigüedad, así como su legitimidad y por tanto ser un *casus exceptus,* contemplado en los decretos de Urbano VIII. De éstos se examina la vida, las virtudes y la fama de santidad o el martirio y sobre el origen

y continuidad de su culto hasta hoy, es decir sobre la legitimidad y antiguedad del culto que popularmente se les ha tributado.

En el primero de estos tres grupos, de ordinario las causas se refieren a una sola persona, aunque puede que haya un proceso de forma paralela y simultánea de alguien muy unido a ella, como, por ejemplo, Francisco y Jacinta Marto, los niños de Fátima. En el segundo, o sea los mártires, pueden entrar un número indefinido de personas, no necesariamente martirizadas en el mismo lugar y hora, aunque sí unidas por algún vínculo, por ejemplo ser mártires de una misma persecución, de una misma familia religiosa, de una misma diócesis, etc. Y en el tercer grupo es posible que un mismo proceso se refiera a varias personas no mártires, por ejemplo Adamnano y otros 18 de Escocia, Alberto, Asico, Cartago y otros 22 en Irlanda, etc., y naturalmente también a mártires como Antonio Primaldo y los 800 mártires hidruntinos.

B) La investigación diocesana en sí misma

1. *Personas intervinientes*

Las Normas para las causas de beatificación que están vigentes desde el 7 febrero 1983 establecen quiénes son las personas que intervienen en las investigaciones diocesanas

EL ACTOR. Así se llama al promotor de la causa, es decir a la persona física o jurídica que la promueve y que asume la obligación de sufragar los gastos.

Nada impide que una persona física sea el actor de una causa, pero lo ordinario es que sea una persona jurídica, como las diócesis, las órdenes y congregaciones religiosas o sociedades de vida apostólica y cualquier asociación de fieles admitida por la autoridad eclesiástica.

POSTULADOR. El actor de una causa solamente puede actuar por medio de un postulador, que tiene que estar legítimamente constituido. El postulador es siempre una persona física, tiene que estar nombrada por el actor y necesita la aprobación del obispo. Pueden ser postuladores los sacerdotes, los religiosos, las religiosas y los seglares, es decir, cualquiera de los fieles, pero con ciertas cualidades: tienen que tener buena preparación

en teología, en derecho, en historia y conocer la praxis de la Sagrada Congregación. El actor debe darle al postulador un acta de su nombramiento y éste presentarlo al obispo competente, el cual deberá ponerle su visto bueno o *nihil obstat* al mismo, y deberá prestar el juramento de desempeñar bien su encargo, y de este juramento deberá quedar constancia, conservándose testimonio en el archivo de la curia diocesana.

El obispo no debe dar su visto bueno al nombramiento de postulador si antes no le consta que la persona designada tiene las cualidades requeridas y hay que señalar la necesidad de que tenga el tiempo suficiente para dedicarse a la causa con la extensión que ésta necesita. Una persona de muy buena voluntad y con la debida preparación pero que está sobrecargada de ocupaciones y no puede dedicarle a la postulación el tiempo requerido no debería ser nombrada postulador. Porque ciertamente las causas de beatificación no tienen por qué proceder con prisa pero tampoco deben enquistarse por la falta de tiempo de quienes han asumido el deber de llevarla adelante. Este principio será válido para los demás intervinientes, pero es obvio que es ante todo un requisito del postulador.

Al postulador le compete hacer las investigaciones sobre la vida del siervo de Dios en cuestión para aclarar la fama de santidad y la importancia eclesial de la causa y poder informar de ello al obispo. Él examina, pues, la vida y la obra del siervo o sierva de Dios, valora la fama de santidad a ver si es verdadera, debe prevenir las posibles dificultades contra la fama de santidad y valorar todo ello con prudencia y buen juicio.

El postulador ejerce su cargo mientras duran las investigaciones diocesanas, pero cuando éstas pasan a Roma, para continuar siéndolo necesitaría la aprobación de la Congregación de las Causas de los Santos. El postulador debe vivir o bien en la propia diócesis donde se sustancia la causa o bien donde pueda ser fácilmente accesible al obispo competente. Pero cuando la causa se halle en Roma deberá tener allí sede fija, ya que él es la única persona habilitada para tratar los asuntos de la causa con la Sagrada Congregación. El postulador administra las limosnas que se hagan para la causa, según las normas dadas por la Sagrada Congregación.

VICEPOSTULADORES. El postulador puede tener necesidad de uno o varios vicepostuladores, los cuales le sustituyen legítimamente. El nombramiento de estos vicepostuladores necesita el consentimiento del actor. Estos vicepostuladores los puede nombrar mientras la causa está en la diócesis o cuando ya está en Roma.

OBISPO COMPETENTE. El Obispo llamado a instruir la causa de beatificación de un siervo o una sierva de Dios es aquel en cuyo territorio se produjo su muerte. Pero cabe que con licencia del dicho Obispo sea otro el que abra la causa, lo cual requiere aprobación de la Sagrada Congregación y algunas razones que lo avalen, por ejemplo que el siervo o sierva de Dios vivió un período notable de su vida o hizo su principal actividad en esta otra diócesis. Pero para el proceso sobre un presunto milagro el Obispo competente es aquel en cuyo territorio dicho presunto milagro tuvo lugar. Por ello nada impide que el proceso sobre la santidad sea en una diócesis y sobre el presunto milagro sea en otra. Más aún: ocurre con mucha frecuencia.

DELEGADO EPISCOPAL. No necesariamente el obispo competente tiene que instruir la causa por sí mismo; puede nombrar un delegado suyo. Este delegado tiene que tener como cualidades ser sacerdote, estar versado en teología y derecho y, si se trata de una causa antigua, versado también en historia.

PROMOTOR DE JUSTICIA. El obispo competente debe nombrar también un promotor de justicia. Éste debe ser también sacerdote y estar bien preparado en teología, derecho e historia. Corresponde al promotor de justicia preparar los cuestionarios oportunos para el interrogatorio de los testigos, y junto con el delegado episcopal obtener de los mismos todas las aclaraciones que sean pertinentes. El obispo podría también consultar sobre estos interrogatorios a otras personas competentes. Si, reunidas todas las pruebas, estima el promotor que aún deben hacerse ulteriores investigaciones, está en su derecho de pedirlas.

NOTARIO. La misión del notario-actuario consiste en poner por escrito las declaraciones de los testigos. No habría inconveniente en que las grabara mientras tienen lugar pero luego tienen que transcribirse fielmente y esta transcripción es la que

debe ser ratificada por los testigos que deberán estar de acuerdo en que lo escrito es lo dicho por ellos. A las firmas de los testigos se une la del notario-actuario y la del delegado episcopal o del propio obispo si éste actúa por sí mismo.

PERITOS. Fundamental importancia tienen en todas las causas, pero singularmente en las históricas, los llamados peritos en historia y archivística, los cuales ayudarán a la recogida de los escritos del siervo o sierva de Dios y de los documentos relacionados con la causa. Los peritos deben dar además al obispo un informe claro y completo en el que refieran y den fe de haber cumplido con su obligación, acompañen una lista de escritos y documentos y den su parecer acerca de su autenticidad y valor y también sobre la personalidad del siervo o sierva de Dios tal como resulta de sus escritos y de los documentos compulsados. El nombramiento de los peritos y de otros oficiales corresponde al obispo competente.

CENSORES TEÓLOGOS. En un determinado momento los escritos, primero los impresos, y luego los inéditos, del siervo o sierva de Dios deberán ser puestos al examen de los censores teólogos, los cuales discernirán si estos escritos se ajustan o no a la doctrina de la Iglesia y cuál es la personalidad religiosa que emerge de los mismos.

2. *Las dos clases de causas*

Las Normas de la Sagrada Congregación distinguen dos clases de causas: las recientes y las antiguas. Causas recientes son aquellas en que las virtudes o el martirio del siervo o sierva de Dios pueden probarse por las declaraciones orales de testigos directos. Son antiguas aquellas en que las pruebas sólo puedan fundarse en fuentes escritas. Hay que fijar bien el objeto sobre el que los testigos tienen que declarar, aquello que clásicamente se llama en las causas de beatificación-canonización *effectus de quo agitur.*

La recogida de testimonios orales en las causas antiguas se refiere únicamente a la fama de santidad o del martirio vigente en la actualidad, no propiamente sobre la vida y las obras del siervo o sierva de Dios, para lo que se acude a documentación

escrita. Y en las causas que se refieren a la pretensión de una confirmación del culto, a la existencia de ese culto, a su legitimidad y a su permanencia.

En cambio la recogida de testimonios orales en las causas recientes se refiere a sus virtudes heroicas o a su martirio. Esto requiere que los testigos puedan efectivamente testificar acerca de la vida del siervo o sierva de Dios, no meramente que lo hayan conocido fugazmente o cuando el siervo o sierva de Dios eran pequeños, por ejemplo. Y es tan importante que estos testimonios se obtengan que el obispo competente queda facultado a mandar interrogarlos con anterioridad a que todo esté preparado en lo referente a recogida de documentos. Las Normas dan la clásica razón que siempre se dio: *ne pereant probationes,* para que las pruebas no se pierdan. Nada impide tampoco que un testigo de propia iniciativa haga llegar al obispo una declaración escrita y jurada sobre las virtudes o el martirio del siervo o sierva de Dios, y se debe buscar alguien, por ejemplo el párroco de ese testigo, que autentifique la declaración. Este tipo de declaraciones será luego valorado debidamente por el obispo o por su delegado.

Las causas no pueden comenzarse antes de que haga cinco años de la muerte del siervo o sierva de Dios, pero si han pasado más de treinta años el Obispo debe cerciorarse antes de dar su licencia para el inicio de la causa de que el retraso no se ha debido a razones en algún modo dolosas o fraudulentas.

3. *Las etapas de las investigaciones diocesanas*

El plural está bien puesto. Se trata en efecto de investigaciones diversas que corresponde hacer al obispo competente, y como son sucesivas se puede hablar bien de diversas etapas.

INVESTIGACION PRELIMINAR. El obispo no puede autorizar a ciegas la apertura de una causa sino que necesita tener datos para cerciorarse de que la dicha apertura es razonable y tiene fundamento. Puede aceptar la petición del actor y dar el visto bueno al nombramiento del postulador, pero ello no comporta que automáticamente vaya a estar de acuerdo en que efectivamente se abra el proceso. Por ello el postulador, junto con la

instancia, debe presentar tanto en las causas recientes como en las antiguas una biografía de valor histórico del siervo o sierva de Dios; si no existe esta biografía, debe el postulador presentar una relación cronológica sobre la vida, hechos y virtudes del siervo de Dios o su martirio, y sobre su fama de santidad y milagros, no omitiendo los detalles que parecieran menos favorables a la causa. Tiene igualmente que recoger todos los escritos impresos del siervo o sierva de Dios en ejemplar auténtico, y en las causas recientes, una lista de personas que puedan aportar testimonios sobre la vida, virtudes, milagros, martirio, fama de santidad, etc., y de conocerlas, una lista de personas que se oponen a la causa. Se presenta además una ficha por cada testigo en la que aparte los datos personales esenciales se manifiesta el grado de conocimiento que tuvo con el siervo o sierva de Dios y el período de su vida que abarca dicho conocimiento. El obispo debe informar de la petición recibida al grupo de obispos de su región, consultándoles la oportunidad de la causa, e igualmente debe hacer pública en su diócesis, y en otras si lo creyera oportuno y sus respectivos obispos están de acuerdo, la petición de incoar la causa para que cualquier fiel pueda hacerle llegar cualquier noticia referente al asunto que entendiera interesante. Si de estas informaciones resulta alguna dificultad, el obispo se la hace saber al postulador para que salga al paso de ella. Recibida la contestación del postulador le toca al obispo decidir si manda o no la apertura de la causa, y en caso contrario se lo razonará al postulador.

EXAMEN DE LOS ESCRITOS. Una vez que el obispo ha decidido incoar la causa, debe ante todo mandar que dos censores teólogos examinen los escritos impresos del siervo o sierva de Dios, para que manifiesten si tienen algo contra la fe o las buenas costumbres. Y si los pareceres de los teólogos consultores fueran favorables, entonces el obispo deberá mandar recoger también los escritos inéditos del siervo o sierva de Dios y todos y cada uno de los documentos históricos, editados o inéditos, que se relacionan con la causa. Para lo cual, especialmente en las causas antiguas, se precisa la ayuda de peritos en historia y archivística. Cumplido el encargo, los peritos dan al obispo su parecer sobre lo leído y sobre la personalidad del

siervo o sierva de Dios tal como de la documentación se desprende.

REDACCION DE LOS INTERROGATORIOS Una vez que el obispo, visto el dictamen de los peritos, decide proceder adelante, debe mandar se haga entrega al promotor de justicia de todo el material recogido para que pueda preparar los oportunos interrogatorios. Esto requerirá que el promotor se imponga bien en el material recogido, lo valore, vea cuáles son los puntos en que más debe insistir, etc., y para ello puede valerse del auxilio de otros peritos, los cuales deberán jurar la guarda del secreto. También el postulador puede advertir al promotor de la necesidad de subrayar algún punto concreto del interrogatorio. En las causas antiguas los interrogatorios solamente se refieren a la reciente fama de santidad o martirio.

PUESTA EN CONOCIMIENTO DE LA SANTA SEDE. Mientras todo esto se sustancia, el obispo debe dirigirse a la Sagrada Congregación y poner en su conocimiento el proyecto de empezar una nueva causa de beatificación, informando sobre la personalidad del siervo o sierva de Dios y de los fundamentos de la dicha causa. Con esta información la Santa Sede podrá manifestar su conformidad a la causa o poner de relieve los obstáculos que haya a la misma. No habiéndolos, la causa prosigue según las normas. Si los hubiere, se paraliza la causa.

EXAMEN DE LOS TESTIGOS. Se diría que la declaración de los testigos y el examen de la misma es el corazón de la causa y en lo que hay que poner la mayor y más especial diligencia. Ya quedó dicho que el calificativo de reciente o antigua a una causa le viene de que haya o no testigos oculares. A estos testigos oculares pueden unirse aquellos que no vieron con sus ojos los hechos de la vida o el martirio del siervo o sierva de Dios pero oyeron a los que vieron. Y tanto en los primeros como en los segundos la cualidad principal es que sean fidedignos. Deben ser llamados como testigos los consanguíneos y afines del siervo o sierva de Dios, y aquellos que tuvieron amistad y trato íntimo con él o ella. Esto último lo más ordinario es que, en los siervos y siervas de Dios que fueron miembros de algún instituto religioso, sean otras personas de ese mismo instituto, pero aun así se debe procurar que un número notable de testigos no

pertenezca al mismo, buscando sin duda la neutralidad máxima, pero a veces —es el caso de los monjes y monjas de clausura— el trato preferente de los siervos y siervas de Dios fue con sus compañeros de instituto y a ellos habrá que acudir como testigos fundamentales de su causa de beatificación. Además de los testigos aportados por la lista del procurador están los testigos de oficio, entre los que se hallan los que hicieron la investigación de documentos e informaron sobre los mismos, a fin de que declaren que hicieron ellos efectivamente todas las investigaciones y recogieron el material referente a la causa y que ni cambiaron ni mutilaron documentos o textos. Entre los testigos de oficio están o pueden estar los que se oponen a la causa. Pero hay algunas personas que no pueden ser testigos: ningún sacerdote puede declarar acerca del siervo o sierva de Dios lo que sepa por confesión; los que fueron sus directores espirituales y confesores tampoco pueden decir lo que supieron porque se les confió en conciencia fuera del ámbito sacramental; el postulador, mientras lo sea, tampoco puede ser llamado como testigo.

El examen de los testigos se le confía al obispo o su delegado. A los testigos se les pregunta por el interrogatorio preparado por el promotor pero sin que haya obstáculo a que el obispo o su delegado les hagan otras preguntas necesarias o útiles que puedan esclarecer cualquier punto de lo dicho por ellos o servir para aclarar cualquier dificultad. Los testigos han de declarar bajo juramento y deben indicar de dónde proceden sus conocimientos acerca de aquello que afirman, y de lo contrario su testimonio no será tenido en cuenta. Es posible que algún testigo prefiera entregar al obispo o al delegado un escrito preparado por él, bien sea en el acto de su declaración o fuera de ella; en ese caso el testigo tiene que ratificarse bajo juramento en el mismo, diciendo que él lo ha escrito y que contiene la verdad, y entonces pasa a formar parte de las actas de la causa. El notario va escribiendo cuanto los testigos dicen y luego éstos, enterados de lo escrito, lo confirman. En el examen de los testigos esté presente el promotor de justicia, y si no lo estuviere, se le deben dar las actas para que las estudie y advierta y proponga cuanto estime necesario u oportuno. El obispo o el delegado debe au-

tentificar todas las declaraciones con su firma y sello; los documentos y testimonios escritos recogidos por los peritos o entregados por otros han de autentificarse también, consignando el nombre y sello del notario o del oficial público que da fe.

Cuando lo que se investiga en los testimonios orales que se recogen no es ya la vida o martirio del siervo o sierva de Dios sino una supuesta curación milagrosa, han de ser llamados también a declarar los médicos que intervinieron en la enfermedad. Si éstos se niegan a comparecer, procúrese al menos que escriban una declaración jurada, o al menos pídaseles su parecer a través de una tercera persona-enlace, la cual comparecerá para declarar.

Podría suceder que hubiera que recoger documentos o tomar declaración a testigos en otras diócesis. En este caso el obispo o delegado escriba al ordinario de aquella diócesis, el cual procederá según estas normas que estamos comentando. Las actas de estas investigaciones se guardarán en el archivo de la propia curia pero se enviará un ejemplar de las mismas al obispo que las pidió.

LAS ACTAS Y DOCUMENTOS. Es obligación del obispo o delegado recoger con suma diligencia las pruebas y asegurarse de la conservación de las actas, todo lo cual ha de ser examinado por el promotor de justicia en orden a valorar su suficiencia, pues podría pedir nuevas pruebas, e igualmente tiene derecho a ese examen el postulador, que para completar las pruebas podría proponer nuevos testigos o aportar nuevos documentos. Completado todo, hay que hacer un informe de lo realizado que ha de ser incluido en las actas, y entonces mande el obispo o el delegado que se haga el trasunto, a no ser que éste se hubiera permitido hacer durante la instrucción del proceso. El trasunto se tiene que transcribir directamente de las actas originales y hacerse dos copias del mismo. Terminada la copia del trasunto, se coteja con el original y el notario tiene que firmar cada página, poniendo además en cada una de ellas su sello. El original, debidamente cerrado y sellado, se guarda en el archivo de la Curia, mientras que el trasunto y los documentos adjuntos debidamente cerrados y sellados se envían con la mayor seguridad y en doble copia a la Sagrada Congregación, junto con un ejemplar

de los libros impresos del siervo o sierva de Dios y el juicio que les merecieron a los censores teólogos. Si todo estuviere redactado en una lengua que no es alguna de las admitidas en la Sagrada Congregación, hay que hacer una traducción de las actas y documentos y en dos ejemplares, declarados auténticos, enviarlos a Roma junto con el trasunto. Por último, el obispo envíe una carta al Cardenal Prefecto en la que le informe sobre la fe que le merecen los testigos y la legitimidad de las actas.

INSPECCIÓN DEL SEPULCRO. Antes de terminar la instrucción, el obispo o el delegado inspeccione el sepulcro del siervo o sierva de Dios, la habitación en que habitó o murió y, si existieran, aquellos otros lugares en que podría haber señales de que al siervo o sierva de Dios se le tributa culto en su honor. La finalidad de esta inspección es la de asegurarse de que se observan los decretos del papa Urbano VIII relativos a no deber darse culto a los siervos de Dios no beatificados o canonizados. Y de ello el obispo o el delegado hará una formal declaración que se unirá a las actas de la causa.

INVESTIGACIÓN SOBRE LOS PRESUNTOS MILAGROS. La investigación sobre presuntos milagros ha de hacerse separadamente de la relativa a la vida, virtudes o martirio del siervo o sierva de Dios. El obispo competente debe recibir del postulador una instancia acompañada de una breve pero precisa relación sobre el presunto milagro y la documentación relativa. Lo primero que hará el obispo será pedir opinión a uno o dos peritos. Una vez oídos los peritos y decidido a abrir la investigación, examine por sí mismo o por su delegado a los testigos, según las normas ya expuestas, y asesorado por un médico, formule preguntas a los testigos destinadas al mayor esclarecimiento de todas las circunstancias. Si la persona curada vive, debe ser examinada por peritos para dejar constancia de que la curación continúa. El trasunto de la investigación junto con los documentos adjuntos debe ser enviado a la Sagrada Congregación según la normativa expuesta anteriormente.

PROHIBICIÓN DE CULTO. La apertura de una causa de beatificación no significa que vaya a producirse ésta, y por tanto no puede procederse como si ya hubiera certeza de que el siervo o sierva de Dios es un futuro beato o beata. Lo cual es importan-

te subrayarlo porque a veces se producen hechos extraños, como por ejemplo meter en un mismo santoral a santos y beatos con siervos de Dios, sean ya venerables o no. A veces se ven retratos de ellos en iglesias, o se habla de ellos en misas como si ya fueran santos o beatos, etc. Todo ello está prohibido: ni en las iglesias caben solemnidades o panegíricos acerca de los siervos y siervas de Dios ni fuera de las iglesias puede aceptarse nada que pueda dar a entender a los fieles que ese siervo o sierva de Dios cuya causa se ha abierto va a llegar con certeza a la gloria de la beatificación o canonización.

III. Hacia la beatificación y canonización

La meta de las causas es la canonización; ésa es la verdadera meta final a que tienden todas las causas, cualquiera de las cuales no puede considerarse que hayan obtenido su objetivo hasta que la canonización no está celebrada. Pero para llegar a la meta de la canonización, y una vez hechas las investigaciones que pertenecen a la etapa diocesana, hace falta alcanzar otras metas intermedias, podríamos llamar metas volantes, de las que nos vamos a ocupar. Distingamos los tres tipos de siervos de Dios de que hemos hablado más arriba: los que sobresalieron por sus virtudes heroicas y terminaron sus vidas muriendo de muerte natural (o quizás asesinados o en accidente) pero no por martirio; los que murieron mártires; los que han sido objeto de culto popular, que fuera centenario al promulgarse los decretos de Urbano VIII.

A) Las causas de los no mártires y que no son objeto de culto popular

En estas causas distingamos estos pasos: examen de las investigaciones diocesanas llegadas a Roma; elaboración de la Positio; examen y valoración de la Positio por los consultores históricos; examen y valoración de la Positio por los consultores teólogos; declaración de las virtudes heroicas; estudio y aprobación de un milagro atribuido a la intercesión del siervo o sierva

de Dios; decisión papal de beatificarlo o beatificarla; celebración de la beatificación; estudio y aprobación de un milagro obtenido tras la beatificación; decisión papal de canonizarlo o canonizarla; celebración de la canonización. Veamos cada paso:

1. *Examen de las investigaciones diocesanas*

Corresponde al Subsecretario de la Sagrada Congregación examinar si en las investigaciones diocesanas de una causa que han sido ya depositadas en la misma Congregación se han observado o no todas las Normas vigentes. Del resultado de este examen debe dar cuenta al llamado congreso ordinario, que está compuesto por el Prefecto, el Secretario, el propio Subsecretario, el Promotor de la Fe, el Relator general y, si es oportuno, el relator del caso. En el supuesto de que se hallen cumplidas todas las Normas del 7 febrero 1983, se da por la Congregación el respectivo Decreto y se toma la decisión de encargar la causa a un determinado Relator.

2. *Redacción de la «Positio»*

El Relator designado junto con un colaborador externo tiene la misión de redactar la *Positio* o grueso dossier con el que se pretende probar la santidad de vida del siervo o sierva de Dios. A veces el lugar del colaborador externo lo asume el propio postulador en la redacción de la Positio. El Relator asume el papel de orientar, seguir, controlar el trabajo del colaborador externo, hacerse cargo de todos sus problemas y tratar de afrontar todas las dificultades, para que ésta sea objetiva y eficaz en orden a lo que se pretende. El Relator responde personalmente de la *Positio* y con razón se ha dicho que no es respecto al colaborador externo el catedrático director de una tesis doctoral. Tiene que asumir como suyo cuanto la Positio dice. Y esto no sólo no quita sino que exige una cierta neutralidad en el Relator, que no puede adelantarse al juicio de los consultores ni puede convertirse en el abogado de la causa. No es necesario decir la precisión de una sólida cultura en el Relator así como el dominio de varios idiomas y el conocimiento de los procedimientos y praxis propias de las causas. El colaborador externo, que requiere cua-

lidades similares, jurará que no va a ocultar al Relator ninguna dificultad que pueda aparecer en el estudio de la vida y virtudes del siervo o sierva de Dios. Si algún punto concreto de la causa requiriera la intervención de peritos específicos, por ejemplo un psicólogo o un experto en mística, el Relator informará al Congreso Ordinario, que resolverá lo oportuno. No necesita en cambio tal autorización para consultar a algún experto en historia o biografía ya que la labor del Relator es ante todo la reconstrucción lo más fiel y exacta posible de la biografía del siervo o sierva de Dios. Si, hecho el detallado estudio que cada causa requiere, el Relator se diera cuenta de que las pruebas aportadas son insuficientes y que no hay modo de completarlas, le toca a él referirlo así con toda sinceridad al Congreso Ordinario, a quien toca decidir si la causa se suspende o tomar las medidas que entienda conducentes a su prosecución.

La *Positio* tiene cuatro partes:

a) La llamada Información, que incluye la historia de la causa, las fuentes en que se basa la *Positio,* los criterios con que ésta ha sido redactada, un perfil biográfico sumario del siervo o sierva de Dios, e igualmente un perfil adelantado de sus virtudes y fama de santidad, que podría quedar para el final como resumen;

b) La reconstrucción de la biografía del siervo o sierva de Dios; esta parte tiene que incluir la relación documentada en orden cronológico de la vida y actividad del siervo o sierva de Dios; ello requiere una valoración crítica de fuentes escritas y testimonios orales dentro del contexto histórico-ambiental a que se refieren; y no hay que decir que tiene que ser lo más completa posible, para lo cual hay que aducir y valorar todas las fuentes escritas y todos los testimonios orales disponibles, y darles su lugar adecuado a los propios escritos del siervo o sierva de Dios. Para la ambientación histórica de la biografía del siervo o sierva de Dios es claro que se pueden utilizar fuentes impresas, debidamente citadas;

c) La exposición de la fama de santidad del siervo o sierva de Dios desde su muerte en adelante, una fama que se desarrolla hasta provocar la apertura de la causa de beatificación-canonización;

d) Apéndices e índices.

3. *Examen de la «Positio» por los consultores históricos*

Una vez redactada, la *Positio* pasa al examen de los consultores históricos, que deben valorar la historicidad de la misma así como que está completa y suficiente para el efecto del que se trata. Los consultores históricos no valoran si el siervo o sierva de Dios es o no santo, tiene o no virtudes heroicas, sino que valoran si en la *Positio* se han aportado los datos y los fundamentos suficientes como para que sobre ellos se puedan pronunciar los teólogos con base científica suficiente. Si hallan que la *Positio* es suficiente, ésta estará lista para pasar a la fase siguiente; si se ve que faltan datos y fundamentos que pueden ser completados se devolverá para que se hagan los suplementos necesarios, los cuales, una vez redactados, serán igualmente sometidos al juicio de los consultores históricos; y si se ve que no hay modo de suplir lo que falta se declarará esta insuficiencia y la *Positio* no pasará a los consultores teólogos. Cuando se logra un juicio positivo se redacta la Relación sobre la sesión de los consultores históricos, la cual pasa a ser parte de la *Positio.* La redacción de esta Relación le corresponde al Relator general.

4. *Examen de la «Positio» por parte de los consultores teólogos*

Obtenido el visto bueno de los consultores históricos, la *Positio* pasa a manos de los consultores teólogos que en número de ocho y con el Promotor de la Fe constituyen el grupo que dará un veredicto teológico sobre si las virtudes del siervo o sierva de Dios fueron o no heroicas. El Promotor de la Fe es el prelado teólogo cuyo cometido es dirigir la discusión durante el congreso de consultores teólogos, a cuyo fin él redacta la Relación. Los consultores teólogos tienen que estudiarse detenidamente la *Positio* de tal modo que antes de que se llegue a la discusión en el congreso, se examinen de fondo las cuestiones teológicas discutidas que puedan surgir. Cada consultor manda sus votos escritos al Promotor de la Fe, el cual los estudia y mira si existen puntos que necesitan una mayor profundización; mandará copia de todos los votos a cada consultor y llamará su atención sobre dichos puntos en orden a la discusión en el con-

greso, cuya fecha el Promotor de la Fe es quien la fija. Propiamente hablando, los teólogos lo que miran son los aspectos teológicos, porque se supone que la Positio ha llegado a sus manos históricamente completa, pero si un consultor teólogo estima que hay algún punto histórico que necesita mayor precisión para poder ser valorado teológicamente, el Promotor se dirigirá al Relator para que éste convoque a los consultores históricos y traten el punto oportunamente y den la respuesta que corresponda. Lo que se les pregunta a los teólogos es si existe una fama de santidad y si ésta tiene un verdadero fundamento, es decir si el siervo o sierva de Dios practicó las virtudes cristianas en grado heroico. Es preciso enunciar qué se quiere decir con la palabra «heroicas». En primer lugar tienen que ser virtudes sobrenaturales, cristianas, que se dirigen a Dios como a su último fin. Luego tienen que ser excelentes o sobresalientes, es decir que sobrepasan lo común y ordinario y lo sobrepasan por su dificultad; han necesitado esas virtudes un ejercicio arduo, difícil; esta dificultad se mide por las circunstancias de cada persona; y tienen que ser ejercidas de modo continuado, no con algún que otro acto heroico sino con una continuidad y multiplicidad que asegure ser la forma habitual de ejercerlas; no basta el grado heroico de una virtud sino de todas las virtudes, las teologales y las cardinales, estas últimas teniendo en cuenta el estado y condición de cada siervo o sierva de Dios; y este ejercicio de las virtudes ha debido ser pronto, fácil y con gusto. Por fácil no se entienda aquí sin dificultad sino de manera como connatural al siervo o sierva de Dios, acostumbrado ya a ese ejercicio heroico de las virtudes. Tiene que quedar fuera de duda que el siervo o sierva de Dios tendió firme y perseverantemente a la perfección cristiana sin venirse abajo. Los teólogos a la hora de dar su dictamen han de tener certeza moral, la cual se tiene cuando lo contrario a lo que se afirma no tiene motivos que un juicio sano, serio y competente tendría que atender. Si lo contrario es probable, no hay certeza moral. Los teólogos tienen que responder a la siguiente cuestión: Si consta de la fama de santidad y de su fundamento, a saber, las virtudes teologales de fe, esperanza y caridad y las cardinales de prudencia, justicia, fortaleza, templanza y las con ellas conexas, en grado heroico. El voto

puede ser afirmativo, negativo o suspensivo, que indica que el consultor teólogo no ha llegado aún a un dictamen determinado. Como la pregunta es si consta, el voto afirmativo significa que consta y el negativo que no consta, no propiamente que el siervo o sierva de Dios no haya practicado las virtudes heroicas. Cada consultor razona su voto. Si el voto de al menos dos tercios de los teólogos ha sido afirmativo, el Promotor de la Fe extiende una relación en la que se incluyen los votos y el desarrollo del congreso. Esta Relación se imprime y se envía a los Cardenales y Obispos miembros de la Sagrada Congregación.

5. *Examen de la causa en la congregación ordinaria de cardenales y obispos*

Recibida la Relación del Promotor de la Fe, el Prefecto de la Congregación para las Causas de los Santos nombra un Ponente de la Causa, que tiene la misión de hacer una relación sobre la causa en la congregación ordinaria de Cardenales y Obispos, donde cada uno de ellos da su propio voto al respecto. De esta votación el Prefecto informa directamente al Romano Pontífice, el cual tiene la última palabra en orden al dictamen sobre la heroicidad de las virtudes. Si el dictamen papal es positivo, entonces se redacta y publica un Decreto sobre las virtudes heroicas, que posteriormente es impreso en *Acta Apostolicae Sedis.* Este Decreto se promulga por la Sagrada Congregación por orden del Papa.

6. *Siguiente paso: el milagro. Validez de las actas de la investigación diocesana*

En las causas de los no mártires y cuyo culto no es antiguo, para llegar a la beatificación se viene pidiendo desde 1975 la aprobación de un milagro atribuido a la intercesión del siervo o sierva de Dios. Sobre él, como ya quedó dicho, ha debido hacerse una investigación diocesana, en la diócesis donde el hecho ocurrió, y esta investigación, concluida, ha debido ser enviada oportunamente a la Sagrada Congregación. Es ahora el tiempo adecuado para el estudio del milagro, y éste empieza por el exa-

men sobre la validez de las actas en forma similar a como se hizo para las investigaciones diocesanas sobre la vida, virtudes y fama de santidad del siervo o sierva de Dios. Si resulta positivo el juicio, se emite el correspondiente Decreto.

7. *Documentación con destino a los peritos médicos*

Casi todos los milagros que se estudian en orden a la beatificación o canonización de los siervos y siervas de Dios son curaciones tenidas por milagrosas. De ahí que al hablarse de peritos, se entienda que son médicos. Pero si sucediera que el milagro no es de índole médica (por ejemplo, una multiplicación de los panes o del alimento), los peritos tendrían que ser otros. La documentación que hay que enviarles incluye: *a)* Reconstrucción cronológica del caso (clínico); *b)* Lista de testigos que se aducen; *c)* Interrogatorio al que los sometió el Promotor de justicia; *d)* Deposición de los testigos, incluyendo los peritos que por encargo cumplieron alguna inspección; *e)* Documentos obtenidos en la investigación diocesana, debidamente ordenados; *f)* Cualquier otra documentación con que se cuenta. Esta documentación va validada con la firma del Subsecretario.

8. *Examen de los peritos médicos*

La Sagrada Congregación tiene instituido un Colegio de Médicos Peritos, y de entre ellos se elige para cada caso los que van a estudiarlo, pero nada impide que se pida el parecer de otros que no están en la lista. En primer lugar la documentación se entrega a dos peritos para que den un primer dictamen. Si ambos lo dan negativo, ahí acaba el caso. Si al menos uno lo da positivo, es decir entiende que el hecho es científicamente inexplicable o extranatural, entonces los pareceres se imprimen y se añaden al dossier o documentación, y ésta pasa al juicio de otros dos peritos que, con el Presidente, constituyen lo que se llama la Consulta Médica. Los peritos, estudiado el caso, se reúnen y cada uno expone su propio parecer, luego se discute lo necesario sobre el caso y por fin se da un parecer o conclusiones en que se incluyen: diagnosis, prognosis, terapia, modalidad

de la curación, explicabilidad o no según el actual estado de la ciencia. Si el dictamen ha sido favorable a inexplicabilidad del hecho, se imprime una Relación, que se une a la documentación. Si el dictamen ha sido negativo, ahí termina el tratamiento del caso. Aportando nuevos elementos de juicio el Postulador podría pedir que el caso volviera a ser examinado. Los dictámenes deben ser dados por los peritos con certeza moral, ya explicada más arriba, y hay que decir que la tendencia es que los dictámenes se den por unanimidad, aunque no sea esta unanimidad totalmente necesaria. Pero no deja de ser chocante que habiendo un perito que niega o duda se proceda adelante.

9. *Examen de los consultores teólogos*

Una vez impresa la Relación de la Consulta Médica, se pasa a tomar el parecer a los consultores teólogos, los cuales deberán responder a dos cuestiones: *a)* si entienden que efectivamente se está frente a un milagro; *b)* si entienden que en efecto ese milagro se ha obrado como respuesta divina a la petición de intercesión ante Dios del siervo o sierva de Dios. Se trata, por tanto, de valorar el hecho, ya valorado científicamente por los peritos médicos, desde el punto de vista teológico, y afirmar, con la certeza moral de que venimos hablando, que se está frente a un hecho verdaderamente milagroso, es decir a una intervención sobrenatural de Dios. Igualmente hay que establecer el nexo entre la invocación del siervo o sierva de Dios y el suceso milagroso, nexo que tiene que venir claramente testificado en las deposiciones de los testigos de forma que quede constancia de que a la invocación del siervo o sierva de Dios siguió la curación instantánea e inexplicable científicamente. Cada consultor teólogo redacta su propio voto y luego se reúnen en un congreso particular en el que se discute el caso y se vota. Si el parecer ha sido positivo, los votos se imprimen.

10. *Examen por parte de la congregación ordinaria de cardenales y obispos*

De modo similar a como queda descrito más arriba para la declaración de virtudes heroicas, el hecho milagroso es sometido al examen y dictamen de los Cardenales y Obispos, los cuales dan su dictamen y éste pasa al Romano Pontífice, a quien corresponde dar su última aprobación y mandar se promulgue un Decreto sobre el milagro, que es promulgado y luego publicado en *Acta Apostolicae Sedis.*

11. *Promulgación de decretos*

Esta promulgación de decretos sobre virtudes heroicas, mar tirio o milagros se suele hacer en presencia del Santo Padre y de ello se da cuenta en la prensa vaticana. Asisten de ordinario el Prefecto, el Secretario, el Subsecretario, el Promotor de la Fe, los Relatores y varios oficiales del dicasterio así como los Ponentes, junto con los postuladores y vicepostuladores de las causas, así como otros cardenales, obispos, superiores mayores de las congregaciones religiosas a que pertenecen los siervos o siervas de Dios, y otros fieles a quienes oportunamente se les admita. Y lo mismo se hace —adelantemos el tema— si se trata de milagros obrados por intercesión de quienes ya son beatos o beatas y que se ordenan a su canonización.

12. *La beatificación*

Promulgado el decreto sobre el milagro obtenido por la intercesión de un siervo o sierva de Dios, es competencia exclusiva del Santo Padre determinar si se procede a la beatificación, cuya fecha igualmente señala. Los honores de la beatificación a un siervo o sierva de Dios o a un grupo de ellos se decretan mediante Letras Apostólicas, en las que se recoge una semblanza de la personalidad de los mismos y la fórmula empleada en el acto de la beatificación. Y estas Letras Decretales son publicadas en *Acta Apostolicae Sedis.* El tenor de la fórmula es éste:

> «Nos, cumpliendo el deseo de [y aquí menciona al obispo u obispos a cuyas diócesis pertenecen las causas] así como el de otros muchos hermanos en el episcopado y asimismo muchos fieles, habiendo consultado a la Congregación de las Causas de los Santos, con Nuestra Autoridad Apostólica damos facultad para que al venerable [o a los venerables] siervo [o siervos] de Dios [nombre o nombres] con el nombre de Beatos sean llamados en adelante y su fiesta se pueda celebrar en tal o tales días cada año en los lugares y en el modo establecido por el derecho. En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo».

Parece que de la fórmula misma de beatificación queda claro cuál es el alcance de la misma. Se trata de una LICENCIA para que un siervo o sierva de Dios sea llamado Beato en adelante y SE PUEDA celebrar su fiesta en un determinado día del año en los lugares y modos establecidos por el derecho. La Beatificación es así una licencia oficial de la Iglesia para que un determinado siervo o sierva de Dios reciba en adelante el título de Beato y para que en algunas iglesias particulares o comunidades religiosas se pueda celebrar su fiesta litúrgica. El culto a los Beatos queda permitido, no prescrito, y no se refiere a toda la Iglesia universal sino a los lugares concretos que el derecho, es decir la concesión de misa y oficio, determine. Podemos decir que la beatificación es aquel acto por el cual el Papa, cabeza visible de la Iglesia, teniendo en cuenta el examen de la vida, milagros o martirio o culto antiguo, que se ha hecho por el procedimiento establecido por las leyes de la Iglesia, entiende que en conciencia puede permitir se le dé al siervo o sierva de Dios un culto público en la Iglesia, limitado a determinados lugares o comunidades cristianas, y decreta que ese culto quede oficialmente autorizado.

Basta examinar lo que es una beatificación para que teológicamente no pueda ser confundida con una canonización. Es verdad que anteriormente al siglo XVI no había beatificaciones sino que se pasaba directamente a la canonización tras el examen de la vida y los milagros, pero eso no quita que la beatificación sea una figura peculiar y distinta de la canonización y que cumpla un cometido diferente. Las beatificaciones se celebran con toda solemnidad y se decretan dentro de la santa misa celebrada por el propio Romano Pontífice. Últimamente se ha hecho frecuente que el Santo Padre en sus viajes apostólicos bea-

tifique a siervos de Dios de las comunidades que visita, y ya por tanto todas las beatificaciones no tienen lugar en Roma. También desde hace un tiempo muchas de ellas se celebran no en el interior de la basílica vaticana sino en la amplia Plaza de San Pedro. La beatificación le es pedida al Papa públicamente y se le hace relación biográfica del siervo o siervos de Dios a beatificar. Y como primer acto de culto se exponen y veneran allí mismo algunas reliquias suyas.

13. *Examen del milagro tras la beatificación*

Para proceder a la canonización se pide que se apruebe la realización de un milagro por intercesión del beato o beata cuya canonización se desea. Este milagro debe haber sido hecho después de la beatificación, no sirviendo por consiguiente los realizados con anterioridad, aun cuando fueran muchos. La exigencia de este milagro da su pleno sentido a la beatificación: ésta ha sido una licencia o facultad concedida a iglesias particulares o familias religiosas para que puedan dar culto público y celebrar la fiesta de algunos siervos o siervas de Dios. Ahora a este culto así autorizado se le pide la firma o sello de lo divino: un milagro, que viene a ser como la ratificación por parte de Dios de lo acertado que fue conceder culto público a este siervo o sierva de Dios, y sobre la base de esta firma divina proceder a la canonización. El proceso a seguir para averiguar la verdad de este milagro es el mismo que se ha descrito más arriba. Dados todos los pasos necesarios de examen por los peritos médicos, por los consultores teólogos y por el congreso de cardenales y obispos, corresponde el último juicio al Romano Pontífice, el cual en caso positivo manda que se promulgue el correspondiente decreto.

14. *La canonización*

Aprobado el milagro del beato o beata, ya no resta sino que el Santo Padre determine según su superior criterio si se procede a la canonización, lo cual hace tras consultar a los padres cardenales y prelados reunidos en consistorio ordinario público. Luego de la oración, el propio Papa introduce brevemente los

temas que se van a tratar, y tiene lugar la peroración de la causa o causas de canonización a cargo del Prefecto de la Congregación de las Causas de los Santos. Seguidamente el Romano Pontífice pide a los cardenales, arzobispos y obispos presentes su parecer sobre las dichas canonizaciones, haciendo notar que si alguno de ellos desea añadir algo antes de que se tome la decisión definitiva, que lo haga. Oído el parecer de los cardenales, arzobispos y obispos, el Romano Pontífice manifiesta su decisión de proceder a la canonización y, de ordinario, señala la fecha de las mismas. Luego se tratan los demás asuntos del orden del día, y como final el maestro de ceremonias invita al protonotario apostólico al que corresponda a levantar acta *ad perpetuam rei memoriam.* La canonización se celebra en misa papal solemne, en la que se le pide al Romano Pontífice la misma por el Prefecto de la Congregación de las Causas de los Santos y todavía después de ello el Papa insiste en pedir la luz divina con una plegaria (las Letanías de los Santos), después de lo cual, desde la cátedra de Pedro, pronuncia la fórmula de canonización, que es ésta:

> «Para honor de la Santa e Individua Trinidad, para exaltación de la fe católica e incremento de la vida cristiana, con la autoridad de Nuestro Señor Jesucristo, la de los bienaventurados Apóstoles Pedro y Pablo y la Nuestra, con previa madura deliberación y habiendo invocado muchas veces la ayuda divina, y con el asentimiento de muchos Hermanos Nuestros decretamos y definimos que el beato (a) o los beatos (as) [nombre o nombres] son Santos, y los adscribimos al Catálogo de los Santos, estableciendo que ellos en toda la Iglesia tienen que recibir culto entre los Santos con piadosa devoción. En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo».

Como puede verse por esta misma fórmula, la canonización es algo bastante distinto de la beatificación. Ya no se trata de permitir que se les dé culto a determinados siervos o siervas de Dios: se trata de un decreto papal acompañado de definición y por tanto con una carga no solamente disciplinar sino doctrinal. La canonización pertenece no sólo al régimen o gobierno de la Iglesia sino al magisterio papal que ejerce el Romano Pontífice desde la cátedra de Pedro en la que legítimamente se sienta. El culto público a los canonizados es universal, es decir en toda la

Iglesia, y obligatorio, no meramente facultado. De la santidad de un canonizado no puede dudarse como no puede dudarse de ninguna otra de las definiciones del Papa. En este sentido la canonización es un acto irreformable y todo católico en conciencia tiene que tener por santo al canonizado.

De la canonización se levanta un acta en forma de Letras Decretales, en las que se hace una semblanza de la vida y virtudes o martirio del canonizado o canonizada, se hace alusión al milagro obtenido tras la beatificación y se incluye la fórmula de canonización en la lengua original en que se haya pronunciado, y por tanto últimamente no siempre en latín, firmando la bula el propio Romano Pontífice y el correspondiente protonotario apostólico, y se le añade el sello de plomo. Su texto se inserta en *Acta Apostolicae Sedis.* Las canonizaciones, antes siempre en Roma, ahora se hacen también con motivo de los viajes apostólicos de Su Santidad y por tanto en diferentes países. No necesariamente todos los Santos o Santas canonizados vienen conmemorados en el Misal Romano, pero en permitiéndolo las rúbricas, de todos ellos se pueden decir misas votivas.

Con la canonización, la causa que comenzó años o quizás siglos antes, llega finalmente a su meta.

B) **Las causas de los mártires**

Cuando el siervo o sierva de Dios que se pretende beatificar y luego canonizar terminó su vida por supuesto martirio, su causa tiene algunas especialidades. Éstas son fundamentalmente dos. *a)* Lo que se trata de probar es que murió (o murieron, si son varios, pero hay que probarlo de cada uno) mártir y que la fama de su martirio continúa; *b)* Probado el martirio, se procede a la beatificación sin necesidad de aportar un milagro obrado por la intercesión del mártir. Sí será necesario, en cambio, presentarlo si se quiere proceder luego a la canonización.

No se estudia, pues, el tema de las virtudes heroicas del presunto mártir, aunque hay que hacer una investigación sobre sus datos biográficos que den a conocer la personalidad del mártir, y además se estima que de ordinario el martirio corona una vida sinceramente cristiana. Pero no es condición indispensable co-

nocer muchos detalles de la vida de un mártir si consta con suficiencia de su martirio. Últimamente se han beatificado mártires —algunos del grupo de Andrés de Soveral y compañeros mártires del Brasil— cuyos nombres se ignoran, pero de quienes se sabe con certeza que murieron por la fe. La investigación está en torno a la certeza de la muerte martirial, y sobre ella versa tanto la investigación histórica como la teológica, pues tiene que quedar claro que murieron por la fe o la vida cristiana, no por otras causas que también originan muertes violentas. Hay que probar la voluntad del mártir de aceptar la muerte martirial, la cual voluntad puede ser actual pero es suficiente la virtual no retractada y que influye en el acto así como la habitual. A veces los perseguidores de la fe quieren disimular su odio antirreligioso alegando otras causas, por ejemplo políticas, y acusando a los siervos de Dios de planear rebeliones, de estar contra el Estado o contra la clase obrera y cosas similares, que sin embargo, al no sostenerse, dejan en claro que les dieron muerte por ser cristianos o ser sacerdotes, religiosos, militantes seglares... Esto ya sucedía en la antigüedad y con mayor frecuencia aún ha sucedido en las persecuciones habidas, tan numerosas, desde aquel baño de sangre que fue la Revolución Francesa hasta nuestros días. Lo que no quita que haya que aportar pruebas claras y ciertas que no dejen dudas de que se trató de un verdadero martirio. Puede haber muchos mártires cuyo martirio no puede probarse, y son mártires ante Dios y el martirio les ha abierto las puertas del Reino de los cielos, pero para poder ser beatificados no basta que hayan sido mártires, es necesario además que podamos probarlo con certeza moral plena. Producida la beatificación, si se quiere llegar a la canonización, es necesario presentar un milagro, obtenido por la intercesión del mártir o del grupo de mártires, y será necesario probar que se pidió esta intercesión de todos ellos. El proceso y los pasos son los mismos que para la canonización de los no mártires.

C) Las causas de quienes ya reciben culto

Estas causas tienen también algunas especialidades. Si se trata de un siervo o sierva de Dios que viene recibiendo culto

en alguna iglesia particular desde hace siglos, hay que probar el origen y la continuidad de este culto, de modo que quede probado que se trata de uno de los llamados *casus exceptus* a las normas del papa Urbano VIII. Si a este siervo o sierva de Dios se le tiene por mártir, hay que probar su martirio, y naturalmente la *Positio* se llama *super martyrio et cultu.* Si no se trata de un presunto mártir, hay que probar su santidad de vida, y la *Positio* se llama *super sanctitate vitae et cultu.* Su proceso sigue las normas ya señaladas y los pasos acostumbrados. Pero al igual que en las de los mártires, en estas causas, para llegar a la beatificación no se requiere un milagro. Y entonces debe decirse que el antiguo culto que han venido recibiendo les sirve para dispensa del milagro. También hay que decir que si luego se quiere proceder a la canonización hará falta la aportación de un milagro obrado por su intercesión tras la beatificación. Entendemos que si se pidiera también para la beatificación un milagro, estas causas serían absolutamente las mismas que las de los que no reciben culto. Estimamos que de algo debe servirles a estos siervos de Dios el culto que el pueblo cristiano les ha tributado espontáneamente y al que Urbano VIII no quiso privar de todo su valor, dando pie oficialmente al *casus exceptus.*

Jerez de la Frontera, 6 enero 2002, solemnidad de la Epifanía del Señor.

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

I. **Pastoral**

ABUSAN, CH., *Images populaires des saints* (París 1927).

AURENHAMMER, H., *Lexikon der christlichen Ikonographie* (Viena 1959).

BARBIER DE MONTAUT, X., *Traité d'iconographie chrétienne,* 2 vols. (París 1890).

BLAKEMBURG, V. VAN, *Heilige und damonische Tiere* (Leipzig 1943).

BOESPFLUG, F. D. - LOSSKY, N. (dirs.), *Nicée II (787-1987). Douze siècles d'images religieuses* (París 1987).

BRAUN, J., *Die reliquiare des christlichen Kultes und ihre Entwicklung* (Friburgo 1940).

— *Tracht und Attribute der Heiligen in der deutschen Kunst* (Stuttgart 1964).

BREMOND, H., *Histoire littéraire du sentiment religieux en France* (París 1916).

BROCQ DE SEGANGE, L. DU, *Les saints patrons de corporations* (París 1886).

CAHIER, P. CH., *Caractéristiques des saints dans l'art populaire,* 2 vols. (París 1867)

CARROUGES, M., «L'avenir de l'Hagiographie»: *La Maison Dieu* 52 (1957) 12-133.

COLLIN DE PLANCY, J. A. S., *Légendes des saintes images* (París 1862).

— *Dictionnaire critique des reliques* (París 1921).

CORBLET, J., *Vocabulaire des symboles et des attributs employés dans l'hagiographie chrétienne* (París 1877).

DELEHAYE, P. H , *Les légendes grecques des saints militaires* (París 1909).

— «Les caractéristiques des saints dans l'art»: *Le Correspondant* (noviembre 1928)

DIDRON, M., *Iconographie chrétienne. Histoire de Dieu* (París 1843).

DOUILLET, J., *Qu'est-ce qu'un saint?* (París 1957).

DROULERS, E., *Dictionnaire des attributs, allégories, emblèmes et symboles* (Turnhout 1955).

DUBOIS, J. - LEMAITRE, J. L., *Sources et méthodes de l'hagiographie médiévale* (París 1993).

DUCHET-SUCHAUX, G. - PASTOUREAUX, M., *La Biblia y los Santos. Guía iconográfica* (Madrid 1996).

EVDOKIMOV, P., *La santità nella tradizione ortodossa* (Cuneo 1971).

FATTORINI, E. (ed.), *Santi, culti, simboli nell'età della secolarizzazione (1815-1915)* (Turín 1997).

FERGUSON, G., *Signs and Symbols in Christian Art* (Nueva York 1961).

FERRANDO ROIG, J., *Iconografía de los santos* (Barcelona 1950).

— *Simbología cristiana* (Barcelona 1958).

FESTUGIERE, A.-F., *La sainteté* (París 1942).

GANAY, M. C. DE, *Comment représenter les saints dominicains* (Autun 1926).
GARNIER, F., *Le langage de l'image au Moyen Âge,* 2 vols (París 1982-1989).
GRABAR, A , *Martyrium. Recherches sur le culte des reliques et l'art chrétien antique,* 2 vols (París 1946)
— *Las vías de la creación en la iconografía cristiana* (Madrid 1985).
GRACIOTTI, S. - VASOLI, C., *I modelli di santità femminile tra i secoli XIII e XIV in Europa centrale e in Italia* (Florencia 1995).
GREENE, E. A., *Saints and their symbols* (Londres 1913)
GREGOIRE, H., *Saints jumeaux et saints cavaliers* (París 1905).
GREGOIRE, R., *Manuale di agiologia. Introduzione alla letteratura agiografica* (Fabriano 1987).
GUENEBAULT, L.-J., *Dictionnaire iconographique des légendes, figures et actes des saints* (París 1850).
GUNTHER, H., *Psychologie de la légende. Introduction à une hagiographie scientifique.* Trad francesa por Goffinet (París 1954)
HALL, J., *Diccionario de temas y símbolos artísticos* (Madrid 1987).
HUSENBETH, F. C., *Emblems of saints* (Londres 1860).
JOLY, H., *Psychologie des saints* (París 1897).
KAFTAL, G., *Saints in italian art,* 4 vols. (1978-1986).
KERLER, D., *Die Patronate der Heiligen* (Ulma 1905).
KIRSCHBAUM, E. (ed), *Lexikon der christlichen Kunst,* 8 vols. (Friburgo 1968-1976)
KRAMER, E. VON, *Les maladies désignées par le nom d'un saint* (Helsinki 1949).
KUBIS, A., *La théologie du martyre au vingtième siècle* (Roma 1968).
KUCHES, H., *Der Heilige in der Kunst* (Knechtsteten 1923).
KUENSTLE, K , *Ikonographie der christlichen Kunst,* 2 vols. (Friburgo 1928).
LEPROUX, M., *Dévotions et saints guérisseurs* (París 1957).
MÂLE, E , *L'art religieux après le concile de Trente* (París 1932).
MOLSDORF, W., *Christliche Symbolik in der mittelalterlichen Kunst* (Leipzig 1926).
MOUTARD-ULDRY, R., *Les saints patrons* (París 1942)
NEUBNER, J., *Die heiligen Handwerker* (Munster 1929).
OESTERLEY, W., *Persian angeology and demonology* (Londres 1936).
PACAUT, M., *L'iconographie chrétienne* (París 1952).
PLEIDERER, R., *Die Attribute der Heiligen* (Ulma 1898).
RFAU, L , *Iconographie de l'art chrétien,* 6 vols (París 1955-1959). Trad. española (Barcelona 1996).
RICCI, F., *Mille santi nell'arte* (Milán 1931).
ROEDER, H., *The attributes and patronage of saints* (1955)
SACHS, A. y otros, *Christliche Ikonographie in Stichworten* (Munich 1975).
SAINTYBES, P., *Les reliques et les images légendaires* (París 1912).
SCARAFFIA, L - ZARRI, G. (eds.), *Donne e fede. Santità e vita religiosa* (Roma-Bari 1994)
SCHAMONI, W., *El verdadero rostro de los santos* (Barcelona 1952).
SEGUIN, J., *Saints guérisseurs, saints imaginaires, dévotions populaires* (Avranches 1947)
ŠPIDLIK, T., *La spiritualité de l'Orient Chrétien* (Roma 1978).

STEIN, L., «Zur Methodenlehre der Biographik»: *Biographische Blatter* 1 (1895) 22ss.
STOLZ, A., *Legende oder der Christliche Stenhimmel* (Friburgo [15]1925).
TABOR, M. E., *The saints in art with their attributes and symbols, alphabetically arranged* (Londres 1924).
URECH, E., *Dictionnaire des symboles chrétiens* (Neuchâtel 1972).
WILPERT, G., *Le pitture delle catacombe romane,* 2 vols. (Roma 1903).
WIMMER, O., *Kennzeichen und Attribute der Heiligen* (Innsbruck 1987).

II. **Historia**

AA.VV., *Dominicos españoles en el Extremo Oriente. IV Centenario* (Madrid 1987).
AA.VV., *Santos del Carmelo* (Madrid 1982).
AA.VV., *Testigos de la fe en Oriente* (Hong Kong 1987)
— *Acta Apostolicae Sedis* (Roma 1909-2002).
— *Acta Leonis PP XIII* (Roma 1878-1903).
— *Acta Pii PP X* (Roma 1903-1909).
AIGRAIN, R., *L'Hagiographie. Ses sources, méthodes, histoire* (París 1953).
ALBERDI, R., *Los Mártires Salesianos de Valencia y Barcelona (1936-1938)* (Madrid 2001)
ALDEA VAQUERO, Q. - MARIN MARTINEZ, T - VIVES GALETI, J. (dirs.), *Diccionario de historia eclesiástica de España,* 5 vols. (Madrid 1972).
ALEGRE, J. (ed.), *Personajes del Antiguo Testamento* (Estella 1998).
ALTHANER, B., *Patrología* (Barcelona 1956).
ÁLVAREZ, P., *Santos, bienaventurados y venerables de la Orden de Predicadores,* 4 vols. (Vergara 1920).
— *Analecta Bollandiana. Revue critique d'hagiographie.* Organe des Bollandistes (París-Bruselas desde 1882).
AMORE, A , «Culto e canonizzazione dei santi nell'antichità cristiana»: *Antonianum* 53 (1977) 38-40.
— «La canonizzazione vescovile»: *Antonianum* 53 (1977) 231-266.
ARCHIER, A., *Saints de la Compagnie de Jésus* (París 1862).
ARIAS, F E , *Vida de los mártires dominicos de China* (Manila 1893).
ARRANZ ANTON, A., *Si Dios quiere nuestras vidas* (Madrid 1961).
ASSEMANI, J., *Kalendaria Ecclesiae universae,* 6 vols. (Roma 1755).
— (ed.), *Acta sanctorum martyrum orientalium et occidentalium,* 2 vols. (Roma 1748).
ATTWATER, D., *A dictionary of saints* (Londres 1938 y reediciones).
— *Saints of the East* (Londres 1963).
AUDOLENT, Mgr., *Histoire de l'Église pour les saints* (París 1927).
BAILLET, A., *Les vies des saints composées sur ce qui nous est resté de plus authentique et de plus assuré dans leur histoire,* 16 vols. (París 1704).
BARING-GOULD, F., *Lives of saints,* 12 vols. (Londres 1873ss).
BARONIO, C., *Annales Ecclesiastici,* 12 vols. (Roma 1588-1607).

BARTHELEMY, CH., *Vies de tous les saints de France,* 19 vols. (Versalles 1860ss).

BAUDIN, E. L. J., *Actes de la vie des saints,* 20 vols. (París 1868).

BAUDOT, D. J., *Dictionnaire d'hagiographie* (París 1925).

BAUDOT-CHAUSSIN, *Vies des saints et des bienheureux,* 13 vols. (París 1935-1959).

BAUDRILLART, A. (dir.), *Dictionnaire d'histoire et de géographie ecclésiastiques,* 25 vols. (París 1912-1995).

BAUMANN, E., *La vie et les oeuvres de quelques grands saints* (París 1927).

BAZIN, R., *Fils de l'Église* (Tours 1927).

BENEDICTINOS DE PARIS, *Vies des saints et des bienheureux selon l'ordre du calendrier,* 13 vols. (París 1935-1959).

BENEDICTINOS DE RAMSGATE, *The book of saints. A biographical dictionary* (Londres 1921).

BERARDINO, A. DI, *Diccionario patrístico y de la antiguedad cristiana,* 2 vols. (Salamanca 1998).

BERRUYER, P., *Histoire du peuple de Dieu,* 14 vols. (París 1728).

— *Bibliotheca hagiographica.* Publicada por los Bolandistas en tres secciones: *Graeca* (Bruselas 1895); *Latina* (Bruselas 1898ss); *Oriental* (Bruselas 1910).

BLION, A., *Nouvelles fleurs de la vie des saints,* 2 vols. (Lyón-París 1847).

BOESCH GAJANO, S. - SEBASTIANI, L., *Culto dei santi, istituzioni e classi sociali in età preindustriale* (L'Aquila-Roma 1984).

BOLANDISTAS, *Martyrologium romanum... scholis historicis instructum* (Bruselas 1940).

BOLLANDUS, J. y otros, *Acta sanctorum quotquot toto orbe coluntur vel a catholicis scriptoribus celebrantur,* 65 vols. (Amberes y otros lugares, 1643-1940).

BORN, A. VAN DEN - LACOCQUE, A., *Diccionario enciclopédico de la Biblia* (Barcelona 1993).

BOSCH, J. (dir.), *Dominicos que dejaron huella* (Madrid 2000).

BOTERO, S., *Los sesenta y tres santos americanos* (Medellín 1956).

BOURGEOIS, L. E., *Les martyrs de Rome d'après l'histoire et l'archéologie chrétiennes* (París 1897)

BRUGAROLA, M., *Dios vive hoy. Testigos del siglo XX* (Madrid 1976).

BRUNEL, L., *Vies des Saints tirées des auteurs originaux* (París 1722)

BURNS, P. (rev.), *Butler's Lives of the Saints.* New ed., 12 vols. (Collegeville, MN 1995).

BUTLER, A., *The lives of the fathers, martyrs and other principal saints,* 5 vols (Londres 1754-1759 y reediciones).

BUTLER, A. - THURSTON, ATTWATER, D., *Butler's Lives of the Saints,* 4 vols. (Londres 1956).

CAILLET, A., *Vie des saints avec le Martyrologe romain,* 4 vols. (París 1706)

CALPENA, L., *La luz de la fe en el siglo XX,* 12 vols. (Madrid 1904)

CAMM, B., *Lives of the English martyrs declared blessed by Pope Leo XIII in 1886 and 1889* (Londres 1905).

CAMPO VILLEGAS, G., *Ésta es nuestra sangre. 51 claretianos mártires. Barbastro, agosto 1936* (Madrid 1990)

CAPENHAUSEN, H. VON, *Los Padres de la Iglesia* (Madrid 1974).

CARCEL ORTI, V., *Mártires españoles del siglo XX* (Madrid 1995).
CARCEL ORTI, V. - FITA REVERT, R., *Mártires valencianos del siglo XX* (Valencia 1998).
CARDOSO, J., *Los mártires mexicanos* (México 1953).
— *The Catholic Enciclopaedia,* 17 vols. (Nueva York 1907-1914; supl. 1922).
CAVEDO, R., *Profetas. Historia y teología del profetismo en el Antiguo Testamento* (Madrid 1996).
CAYRE, F., *Patrologie et histoire de la théologie* (París 1947).
CEILIER, R., *Histoire des auteurs sacrés,* 14 vols (París 1865).
CENTRE DE PASTORAL LITURGICA, *Santos y santas* (Col. de folletos) (Barcelona 1998ss).
CENTRO VALENTINO DE UNION APOSTOLICA, *Flores del Clero secular* (Valencia 1918).
CHALLONER, R., *Memoirs of missionary priests* (Londres 1924).
CHAPIA, A., *La vie d'un saint pour chaque jour de l'année,* 2 vols. (Bar-le-Duc 1864).
CHARBONNIER, J , *Histoire des chrétiens de Chine* (París 1992).
CHAUVIN, C., *Le clergé à l'épreuve de la Révolution (1789-1799)* (París 1989).
CHENEAU, P., *Les saints d'Égypte,* 2 vols. (Jerusalén 1923).
CHIOCCHETTA, P., *I grandi testimoni del Vangelo* (Roma 1992).
CHIOVARO, F. y otros, *Histoire des saints et de la sainteté chrétienne,* 12 vols (París 1972-1988).
CHRISTOPHE, P., *1789: les prêtres dans la Révolution* (París 1986).
CLARKE, C. P. S., *Everysman's book of saints* (Oxford 1914 y reediciones).
COLBERT, E. P., *The martyrs of Córdoba* (Washington 1962).
COLOMBAS, G. M., *El monacato primitivo* (Madrid 1999).
COMISION LITURGICA DE LA COMPAÑÍA DE JESUS, *Semblanzas espirituales de los santos y beatos de la Compañía de Jesús* (Madrid 1974).
CONFER, *Folletos «Con Él».* Col. Testimonios y Testigos (Madrid).
CONFERENCIA DEL EPISCOPADO MEXICANO, *Mártires de la Iglesia de México* (México D.F. 1991).
CONFERENCIA DEL EPISCOPADO MEXICANO, *Viva Cristo Rey* (México D F. 1991).
CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, *Index ac Status Causarum Beatificationis Servorum Dei et Canonizationis Beatorum* (Roma [3]1999).
CORDOBA, FRAY GONZALO DE, *Del solar franciscano. Santoral de las Tres Órdenes* (Madrid 1957).
COSTE, H. DE, *Les éloges et les vies des Reines, des Princesses, et des Dames illustres en piété, en courage et en doctrine qui ont fleury dans notre temps et du temps des nos Pères,* 2 vols. (París 1647).
COULSON, J., *Dictionnaire des saints* (París 1924).
CROISSET, J., *Año cristiano o Ejercicios devotos para todos los días del año.* Traducción española del P. José Francisco de Isla. Adicionado con las vidas de los Santos y festividades que celebra la Iglesia de España, y que escribieron los PP. Fr. Pedro Centeno y Fr. Juan de Rojas, de la Orden de San Agustín, 12 vols. (Barcelona 1853).
DALLET, C., *Histoire de l'Église de Corée,* 2 vols. (París 1874).

D'ANDILLY, A., *Vies des SS. Pères du désert,* 3 vols. (París 1675).
DANTE, G., *Seme di cristiani nel paese del mattino sereno: I 24 martiri di Corea, 1866-1867* (Roma 1968).
DARBOY, G., *Les femmes de la Bible* (París 1868).
DE FRANCISCO VEGA, C., *Las Iglesias Orientales Católicas. Identidad y patrimonio* (Madrid 1999).
DELEHAYE, P. H , *Cinq leçons sur la méthode hagiographique* (Bruselas 1934)
— *Les légendes grecques des saints militaires* (París 1909).
— *Les origines du culte des martyrs* (Bruselas 1933).
— *Les légendes hagiographiques* (Bruselas 1957).
— *Sanctus Essai sur le culte des saints dans l'Antiquité* (Bruselas 1927).
— *Les passions des martyrs et les genres littéraires* (Bruselas 1921).
— *Les légendes des martyrs et les genres littéraires* (Bruselas ²1966).
DIAZ DE GUERIMIN, P., *Año Panegírico,* 5 vols. (Madrid 1777).
DUBOIS, J., *Le Martyrologe d'Usuard* (Bruselas 1965).
DUBOIS, J. - RENARD, G., *Le Martyrologe d'Adone Texte et commentaire* (París 1984).
DUCHESNE, L., *Les origines du culte chrétien* (París 1903).
— (ed.), *Liber pontificalis,* 2 vols. (París 1886-1892).
DUFOURCQ, A., art. «Actes des martyrs», en *Dictionnaire d'histoire et de géographie ecclésiastique,* t.I cols.381ss.
— *Étude sur les Gesta Martyrum romains,* 6 vols. (París 1900-1988).
ECHANIZ, I., SI, *Pasión y gloria. Historia de la Compañía de Jesús en sus protagonistas* (Bilbao 2000).
EDELVIVES (ed.), *El santo de cada día,* 6 vols. (Zaragoza 1946).
EHRHAED, M., *La littérature hagiographique dans l'Église grecque* (1937).
— *Enciclopedia cattolica,* 12 vols. (Ciudad del Vaticano 1948ss).
— *Enciclopedia italiana,* 35 vols. (Roma 1929-1949).
ENGELBERT, O., *La fleur des saints* (París 1979).
ESCOBAR, M., *Ordini e Congregazioni religiose,* 2 vols. (Turín 1951).
EUBEL, C., *Hierarchia catholica Medii Aevi,* 3 vols. (Munster 1898-1910).
EULOGIO DE CORDOBA, SAN, *Obras completas.* Bilingue Versión castellana de Agustín S. Ruiz, OSA (Córdoba 1959).
FÁBREGA GRAU, A., *Pasionario hispánico* (Madrid-Barcelona 1953).
— *Santoral completo* (Barcelona ⁴1990).
FARMER, D. H., *The Oxford dictionary of saints* (Oxford 1993).
FAUPEL, J J., *African holocaust: the story of the Uganda martyrs* (Londres 1962).
FELLER, F. X. DE, *Dictionnaire historique,* 17 vols. (París 1827-1829).
FERRARI, PH., *Catalogus generalis sanctorum qui in Martyrologio romano non sunt* (Venecia 1625)
— *Catalogus sanctorum Italiae* (Milán 1613).
FLECHA, J. R., *Buscadores de Dios* (Salamanca 1994)
FLOREZ, E., *España sagrada. Teatro geográfico-histórico de la Iglesia de España,* 53 vols. (Madrid 1747) Continuada a partir del vol. XXX por M. Risco y otros.
FORCADA COMINS, V , OP, *Testigos fieles. 18 Mártires dominicos en España, 1936, y 2 sacerdotes aragoneses* (Valencia 1997).

FREMAUT, B., *Palmier Séraphique ou Vies des Saints, des Hommes et des Femmes illustres des Ordres de Saint François,* 12 vols. (Gante 1693-1720).
FROS, H., *Bibliotheca hagiographica latina, Novum supplementum* (Bruselas 1986).
FUNAKOSHI, Y., *The 26 martyrs of Nagasaki* (Tokio 1963).
GANAY, M. C., *Les bienheureux dominicains* (París 1925).
GARCIA, P., *Sermones panegíricos,* 3 vols. (Madrid 1810).
GARCIA GUTIERREZ, F., *Los mártires de Nagasaki. IV Centenario* (Sevilla 1996).
GARCIA HERNANDEZ, P., *Crónica martirial. 271 misioneros claretianos mártires. 1936-1939* (Madrid 2000).
GARCIA RODRIGUEZ, C., *El culto de los santos en la España romana y visigoda* (Madrid 1966).
GARCIA VILLADA, Z., *Historia eclesiástica de España* (Madrid 1929).
— (dir.), *Historia de la Iglesia en España* (Madrid 1982).
GEORGIUS, D., *Martyrologium Adonis* (Roma 1745).
GILLOW, J., *A literary and biographical history or bibliographical dictionary of the English Catholics from the break with Rome in 1534 to the present time* (Londres 1902).
GISPERT, M., *Historia de las misiones dominicanas en Tunkin* (Ávila 1928).
GODEAU, A., *Éloges des évêques qui dans tous les siècles de l'Église ont fleury en doctrine et en sainteté* (París 1665).
GONZALEZ, A., *Martirologio Amigoniano* (Valencia 2001).
GONZALEZ RUIZ, J. M., *Los santos que nunca serán canonizados Aproximación respetuosa a un santoral apócrifo* (Barcelona 1979).
GOURGAUD, L., *Les saints irlandais hors d'Irlande* (Lieja 1936).
GRASSEL, B., *Die Heiligen des Pramonstratenserordens* (Pilsen 1925).
GRENTE, J., *Les martyrs de septembre de 1792 a Paris* (París 1926).
GUERANGER, P., *L'année liturgique,* 12 vols. (París 1854ss).
GUERIN, A. P., *Les petits Bollandistes,* 17 vols. (París 1866-1888).
GUILHERMY, E., *Ménologe de la Compagnie de Jésus* (Poitiers 1869).
GUILLEN, J., *Los Patriarcas. Historia y leyenda* (Madrid 1987).
GUNTHER, H., *Die christlichen legenden des Abendlandens* (Heidelberg 1910)
GUSTAV, R. (dir.), *Hagiografia polska. Slownik biobibliograficzny* (Poznan 1971).
HALKIN, F. (ed.), *Bibliotheca hagiographica graeca,* 3 vols. (Bruselas 1957)
HALLACK, P. F. A. C., *These made peace. Studies of the saints of the Third Order of St. Francis* (1957).
HALLFELL, M., *Die Neger-Martyrer von Uganda* (Tréveris 1931).
HAVERS, G. M., *Vivieron el evangelio* (México 1980).
HEINZELMANN, M. (ed.), *Manuscrits hagiographiques et travail des hagiographes* (Sigmaringen 1992)
HENRIQUEZ, CH., *Fasciculum Sanctorum Ordinis Cisterciensis* (Bruselas 1623).
— *Menologium Cisterciense* (Bruselas 1623).
HEREDIA, A., *Vidas de santos, bienaventurados y personas venerables de la Sagrada Religión de N. P. S. Benito, patriarca de religiosos* (Madrid 1685)
HIDALGO, A., *España, tierra de santos* (León 1975).
— *Histoire des saints et de la sainteté,* 11 vols. (París 1986-1990).
HOLWECK, M. G., *A biographical dictionary of the saints* (Londres 1924).

HOPHAN, O., *Gli Apostoli* (Turín 1950).
HUSCENOT, J., *Los doctores de la Iglesia* (Madrid 1999).
ISON, B. E., *Amazing Saints* (Londres 2000).
JEDIN, J. - DOLAN, J., *Handbuch der Kirchengeschichte,* 10 vols. (1960ss). Ed inglesa (Londres-Nueva York 1965-1981). La obra abreviada: *History of the Church,* 3 vols. (Nueva York 1993).
JENNES, J., *A history of the Catholic Church in Japan* (1973).
JOLLY, H., «Coll. Les Saints» (París 1897ss).
KEMPF, C., SI, *La santidad de la Iglesia en el siglo XIX* (Einsiedeln 1927).
KENNEDY, L. V., *The saints of the Canon of the Mass* (Ciudad del Vaticano 1963).
KIM, C. T. - CH'OE, S. A., *Lives of 103 martyrs saints of Korea* (Londres 1984).
KNOCH, O., *Le grandi figure del Nuovo Testamento* (Brescia 1995).
KUTTNER, S., «La réserve papale du droit de canonisation»: *Revue historique de droit français et étranger* IV serie, 17 (1938) 172-228.
LA GORCE, P., *Histoire religieuse de la Constitution civile du clergé* (París 1872-1881).
LABARTA, M. L., SchP, *Educadoras y mártires escolapias, 1936* (Roma 2001).
LAUNAY, A., *I LXXIX martiri coreani* (Milán 1925).
LE BLAIN, A., *Les actes des martyrs* (París 1883).
LE MASON, P., *Annales Ordinis Carthusiensis* (1687).
LECLERQ, H., *Les martyrs,* 15 vols. (París 1904-1924).
LEITE, J., *Santos de cada día* (Braga 1987).
LEMMENS, L., *Catalogus sanctorum fratrum minorum* (Roma 1903).
LENOTRE, G., *Les massacres de septembre* (París 1919).
LENSSEN, S., *Hagiologium Cisterciense* (Tilburg 1947).
LEOINDELICATO, E., *Giardino carmelitano nel quale si contiene l'historia dell'origine e continuazione dell'Ordine del Carmine... con la vita e morte dei più illustri Santi di essa religione* (Palermo 1600).
LEON, N., *L'auréole séraphique: vies des saints et bienheureux des trois Ordres de Saint-François,* 4 vols. (París 1882).
LEVILLAIN, P. (dir.), *Dictionnaire historique de la papauté* (París 1994).
LIPPOMANO, L., *Historia de vitis Sanctorum cum scholiis,* 8 vols. (Venecia 1551-1560).
LIZALDE, J. L., *Todos los santos africanos* (Madrid 2000).
LIZASO, F , *Beatos Braulio M.ª Corres, Federico Rubio y compañeros mártires, Hospitalarios de San Juan de Dios* (Madrid 1992).
LLORCA, B. y otros, *Historia de la Iglesia Católica,* 4 vols. (BAC 1958).
LODI, E., *Los santos del calendario romano* (Madrid 1992).
LOPEZ MELUS, R. M., *Los santos carmelitas* (Amacar 1989).
LOPEZ TEULON, J. - RODRIGUEZ GOMEZ, F. J., *No tengáis miedo. Testigos ante el tercer milenio* (Toledo 1996).
LOPEZ DE VICUÑA, M. D. - LOPEZ RAMOS, M. C., *Cuando amanecía. Martirio de 25 HH. Carmelitas de la Caridad* (Roma 2000).
MABILLON, J. - D'ACHERY, L., *Acta Sanctorum Ordinis Sancti Benedicti,* 9 vols. (París 1668-1701).
MACCA, V., *Santos del Carmelo* (Madrid 1982).

MACKEY, J P., *An introduction to celtic christianity* (Edimburgo 1989).
MALE, E., *Les Saints compagnons du Christ* (París 1958)
MARCOS, O., *Testimonio martirial de los Hermanos de San Juan de Dios en los días de la revolución religiosa española* (Madrid 1980)
MARIETTA, J , *Historia eclesiástica. Flores de santos españoles* (Cuenca 1594)
MARTIN, A., *Vies des saints à l'usage des prédicateurs,* 4 vols (París 1869).
— *Martirologio romano.* Versión española ajustada a la edición vaticana de 1948 por el P Valentín M Sánchez Ruiz SJ (Madrid ²1943).
— *Martyrologium Franciscanum* (Vicenza 1939).
— *Martyrologium Romanum ad novam Kalendarii rationem et Ecclesiasticae Historiae veritatem restitutum Gregorii XIII Pont. Max. iussu editum Accesserunt Notationes atque Tractatio de Martyrologio Romano,* auctore Caesare Baronio Sorano, Congregationis Oratorii presbytero (Roma ³1598). Reediciones con ampliaciones.
— *Martyrologium Romanum ex decreto Sacrosancti Oecumenici Concilii Vaticani II instauratum, auctoritate Ioannis Pauli PP. II promulgatum.* Editio typica (Ciudad del Vaticano 2001)
MATTHEI, M , *Esbozo para un santoral latinoamericano* (Buenos Aires 1992).
MEINARDUS, O., *The saints of Greece* (Atenas 1970).
— *Menologium Cisterciense, Capitulo Generali anno 1951 approbatum* (Westmalle 1952)
MIGNE, J. P., *Patrologiae Cursus Completus. Series Graeca,* 162 vols. (París 1857-1866)
— *Patrologiae Cursus Completus. Series Latina,* 221 vols. (París 1844-1864).
MOLIEN, A., *La liturgie des saints, leur culte en général* (París 1932).
MONTERO MORENO, A., *Historia de la persecución religiosa en España* (BAC 204, Madrid ⁴2000).
MONTES, J M., *El libro de los santos* (Madrid 1996)
MORALES, A , *Memoria sanctorum* (Madrid 1541).
MORAN, J M., *Relación de la vida y gloriosa muerte de ciento diez santos de la Orden de Predicadores...* (Madrid 1867).
MORONI, G , *Dizionario di erudizione storico-ecclesiastica* (Venecia 1851).
MUÑIZ, R., *Médula histórica cisterciense* (Valladolid 1784).
NATALIBUS, P. DE, *Catalogus sanctorum* (Venecia 1506).
— *New Catholic Encyclopaedia,* 14 vols (Nueva York 1967).
NIEREMBERG-ANDRADE, *Varones ilustres de la Compañía de Jesús* (Bilbao 1881-1892).
NIGG, W , *Grosse Heilige* (1952).
NILLES, N , *Kalendarium manuale utriusque Ecclesiae Orientalis et Occidentalis,* 2 vols (Innsbruck ²1896-1897)
OLIVAR, A , *El santoral del calendario* (Barcelona 1999).
OURY, G. M , *Le Vietnam des martyrs et des saints* (París 1988).
PAREDES, J. (dir.), *Diccionario de los Papas y los Concilios* (Barcelona 1998)
PASCHINI, P - MONACHINO, V., *I papi nella storia* (Roma 1961)
PAULO DIACONO, *Vita Sanctorum Patrum Emeritensium,* ed de Dr Camacho Macías (Mérida 1989).
PEREZ DE URBEL, J., *Año cristiano,* 13 vols (Madrid 1945).

— *Semblanzas benedictinas* (Madrid 1946).
— *Los monjes españoles* (Madrid 1945).
PETIN, *Dictionnaire hagiographique.* 2 vols. Vols. 40 y 41 de *Encycl. Théol.* de MIGNE (París 1854).
PIELAGOS, F., *Vida y testimonio. Homenaje a los 26 mártires pasionistas de Daimiel* (Zaragoza 1989).
PLONGERON, B. - SVART, C., *Storia dei santi e della santità cristiana* (París 1991).
PLUMMER, C. (ed.), *Vitae sanctorum hiberniae,* 2 vols. (1910, reed. 1968).
POCCIANTI, M., *Chronicon rerum totius Sacri Ordinis Servorum Beatae Mariae Virginis* (Florencia 1567).
PORTILLO Y AGUILAR, S., *Crónica espiritual agustiniana,* 4 vols. (Madrid 1732).
POTTHAST, A., *Regesta Romanorum Pontificum inde ab a 1198 ad a. 1304,* 2 vols. (Berlín 1873-1875).
POURRAT, P. - VILLER, M., *Biographies spirituelles,* IV (París 1712-1714).
PROFILLET, A., *Le martyrologe de l'Église du Japon* (París 1897).
PUEBLA, C., *Testigos de la fe en Oriente* (Madrid 1987).
QUASTEN, J., *Patrología* (Madrid 1962).
QUENTIN, H., *Les martyrologes historiques du Moyen Âge* (París 1908).
QUINTANADUEÑAS, A., *Historia de los santos hispalenses* (1650).
RABANO MAURO, «Martyrologium»: PL 110,1121-1187.
RANBACK, P., *Calendarium annuale benedictinum,* 4 vols. (Augsburgo 1675-1677).
RAYNAL, B. P., *Tous les saints du paradis* (París 1946).
REDONDO FUENTES, V., OFMConv, *Entregaron su vida. Alfonso López y compañeros mártires. Beatos Franciscanos Conventuales* (Madrid 2001).
RENDTORFF, R., *Protagonisti dell'Antico Testamento. Patriarchi, re e profeti* (Turín 1984).
REPETTO BETES, J. L., *Andalucía tierra de santos* (Jerez 1982).
— *Santoral del clero secular* (BAC; Madrid 2000).
— *Mil años de santidad seglar en la Iglesia* (BAC; Madrid 2002).
RESCH, A. (ed.), *Miracoli dei Beati 1983-1990* (Ciudad del Vaticano 1999).
RIUS FACIUS, A., *México cristero. Historia de la A.C.J.M. (1925-1931)* (México 1960).
ROJO MARTINEZ, F., *La seducción de Dios. Perfiles de hagiografía agustiniana* (Roma 2001).
ROYO MARIN, A., *Los grandes maestros de la vida espiritual* (Madrid 1973).
RUINART, TH , *Acta primorum martyrum sincera et selecta* (Verona 1731). Reediciones.
RUIZ BUENO, D. (ed.), *Actas de los mártires* (BAC; Madrid 1951).
— (ed.), *Padres apostólicos* (BAC; Madrid 1950).
SALAS, A., *Los profetas, heraldos del Dios que actúa* (Madrid 1993).
SALES DOYE, F. VON, *Heilige und Selige des Romische-katholischen Kirche,* 2 vols. (Leipzig 1929).
— «Le Sanctorab»: *La Maison Dieu* 52 (1957).
SANCHEZ DE FERIA, B., *Palestra sagrada* (Córdoba 1772)
SANTIDRIÁN, R. - ASTRUGA, M. C., *Diccionario de los santos* (Estella 1997).

SANZ BURATA, L., *Santos de hoy* (Barcelona 1955).
SCHMIDT, H., *Introductio in liturgiam occidentalem* (Roma 1960).
SCHONING, P., *Heilige und Selige des Karmeliterorder* (Ratisbona).
SECRETARIADO NACIONAL DE LITURGIA, *Comentarios bíblicos al Leccionario del propio y común de santos* (Madrid 1983).
SEDULIUS, H., *Historia seraphica seu Sancti Francisci et aliorum sanctorum huius Ordinis* (1611).
SEJOURNE, P., «Saints (Culte des)»: *Dict. Théol. Cath.*, t.14 col.870ss.
SENDIN BLAZQUEZ, J., *Santos de leyenda, leyendas de santos* (BAC, Madrid 2000).
SGARBOSSA, M., *I santi e i beati della Chiesa d'Occidente e d'Oriente* (Milán 2000).
SIMONET, F., «Un santoral hispano-árabe escrito en 961 por Rabí ben Ziad»: *La Ciudad de Dios* 5 (1871).
SIMONET, F. J., *Historia de los mozárabes de España* (Madrid 1903).
SMITH, W. - WACE, H., *Dictionary of christian biography* (Londres 1877-1887).
SOMMERVOGEL, C. (ed.), *Bibliothèque de la Compagnie de Jésus* (Bruselas-París 1890).
STADLER, J. - HEIM, J., *Vollstandiges Heiligen Lexicon,* 5 vols. (Augsburgo 1858-1882).
STANTON, R., *A menology of England and Wales, or brief memorials of the ancient british and english saints* (Londres-Nueva York 1887).
STEHLE, E., *Testigos de la fe en América Latina* (Buenos Aires 1986).
SURIUS, L., *De probatis Sanctorum historiis,* 6 vols. (Turín 1875).
TAMAYO SALAZAR, J., *Anamnesis sive Conmemorationis Sanctorum Hispanorum ad ordinem et methodum Martyrologii Romani, quo utitur Ecclesia Catholica,* 6 vols. (Lyón 1658).
TAMAYO DE VARGAS, T., *Lucio Flavio Dextro defendido.*. (Madrid 1624).
TAURISANO, I., *Catalogus hagiographicus Ordinis Praedicatorum* (Roma 1918).
TESTORE, C., *Santos y beatos de la Compañía de Jesús* (Madrid 1943).
THOONEN, J. P., *Black martyrs* (Londres 1941).
TIGAR, C., *Forty martyrs of England and Wales* (Bristol 1961).
TILLEMONT, S., Le Nain de, *Mémoires pour servir à l'histoire ecclésiastique des dix premiers siècles,* 16 vols. (París 1693).
TOMAS, M., *Santos españoles* (Madrid 1939).
TORELLI, L., *Ristretto delle vite degli uomini e delle donne illustri in santità dell'Ordine Agostiniano* (Bolonia 1647).
TOURON, P., *Hommes illustres de l'Ordre de Saint Dominique,* 6 vols (París 1743).
TREVIJANO, R., *Patrología* (BAC, Madrid 1994).
USUARDO, «Martyrologium»: PL 124 y en *Analecta Bollandiana* (1937).
VACANDARD, E., «Les origines du culte des Saints», en *Études de critique et d'histoire religieuse* (París 1812).
VARGAS, B. DE, *Cronica Sacri et Militaris Ordinis B.M.V. de Mercede* (Palermo 1622).
VAUCHEZ, A., *La sainteté en Occident aux derniers siècles du Moyen Âge d'après les procès de canonisation et les documents hagiographiques* (Roma 1981).

VELIMIROVIC, N , *The prologue from Ochrid, The lives of saints and homilies for every day of the year,* 4 vols. (Birmingham 1985-1986).
VICELIUS, G., *Hagiologium seu de sanctis Ecclesiae* (Maguncia 1541).
VIVES, J., *Los Padres de la Iglesia* (Barcelona 1988).
VIVES AGUILELLA, J. A., *Hombres recios y entrañables* (Madrid 2000).
— *Fortaleza y ternura. Testimonio martirial de las HH. Terciarias Capuchinas de la Sda. Familia* (Roma 1994).
VIZMANOS, F. DE B. DE, *Las vírgenes cristianas de la Iglesia primitiva* (Madrid 1949).
VORÁGINE, J. DE, *Legenda aurea seu Liber passionalis, seu Legenda Sanctorum per anni circuitu venientium* (Leipzig y Dresde 1843-1846), 55ª ed. Cf. también la ed. de EINAUDI (Turín 1995).
WADDING, L. DE, *Annales Ordinis Minorum,* 19 vols. (Roma 1731-1745).
WALLIS BUDGE, E. A., *The book of the saints of the Ethiopian Church,* 4 vols (Cambridge 1928).
WANG, G., *Martirologio della Chiesa cattolica in Cina* (Ciudad del Vaticano 1968)
WATKING, E I., *Neglected Saints* (1955)
WERNER, E., *Ketzer und Heilige. Das religiose Leben im Hochmittelalter* (Viena 1986).
WIMMER, O., *Handbuch der Namen und Heiligen mit einer Geschichte der christlichen Kalendar* (Innsbruck 1956).
ZIMMERMANN, A M., *Kalendarium Benedictinum,* 4 vols. (Viena 1933-1938).

III **Derecho**

ALFONSO, M. D', *La prova in genere e la fama di santità in specie nei processi dei santi e dopo il M. P. Sanctitas Clarior* (Viterbo 1977).
AMORE, A., «Culto e canonizzazione nell'antichità cristiana»· *Antonianum* 53 (1977) 37ss.
ANTONELLI, F., *De inquisitione medico-legali super miraculis in causis beatificationis et canonizationis* (Roma 1962). Thesis ad lauream. Ms
AZEVEDO, E., *Benedicti XIV doctrina de servorum Dei beatificatione et beatorum canonizatione in synopsis redacta* (Bruselas 1890).
BENEDICTUS XIV (PROSPERO LAMBERTINI), *De Servorum Dei beatificatione et Beatorum canonizatione* (Parma 1703).
BERNARDINI, C., «De postulatore in causis servorum Dei»· *Apollinaris* 9 (1936) 193ss.
BERUTTI, C , «Valore del processo sui miracoli in specie fatto d'autorità propria dell'Ordinario»: *Ephemerides Iuris Canonici* 3 (1947) 317ss
BLAHER, D J , *The ordinary processes in causes of beatification and canonization* (Washington 1949).
BOUAERT, C , «De processu tum informativo tum apostolico in causis beatificationis»: *Collationes Gandavenses* 19 (1932) 18ss.
BROSCH, J., *Der Heiligsprechungsprocess per viam cultus* (Roma 1938).

CARINCI, P., *Acta canonizationum ab anno 1933 usque ad annum 1935* (Isola dei Liri 1939).

CASIERI, A., «Attuale prassi procedurale da seguirsi nelle diocesi per le cause di beatificazione et canonizzazione»: *Monitor Ecclesiasticus* 100 (1975) 169ss.

— «Iter processus beatificationis et canonizationis iuxta constitutionem apostolicam "Sacra Rituum Congregatio" et "Sanctitas Clarior"»: *Monitor Ecclesiasticus* 98 (1975) 244 ss.

— *Il miracolo nelle cause di beatificazione e di canonizzazione e possibilità di aggiornamento* (Roma 1971).

— *Postulatorum Vademecum* (Roma ²1985).

CASTELLANI, G., *Tractatus de sanctorum canonizatione* (Venecia 1605).

CASTELLINI, L., *Elucidiarum theologicum de certitudine gloriae sanctorum canonizatorum* (Roma 1616).

CAUTY, CH., *Procédure d'une cause de canonisation* (Estrasburgo 1986).

CONTELORI, F., *Tractatus et praxis de canonizatione sanctorum* (Lyón 1634).

DALLACI, G., «De natura causarum beatificationis»: *Ephemerides Iuris Canonici* 4 (1948) 587ss.

DE CLERQ, CH., «L'établissement progrésif de la procédure de canonisation». *Revue de l'Université Laval* 2 (1948) 473ss.

— «Des causes de béatification et canonisation», en *Naz. R. Traité de Droit Canonique,* IV (París 1948) n.757ss.

— «Les causes des serviteurs de Dieu»: *Revue de Droit Canonique* 4 (1954) 76ss.

DE MATTA, C. F., *Novissimus de sanctorum canonizatione tractatus* (Roma 1678).

— *Decreta authentica Congregationis Sacrorum Rituum, ex Actis eiusdem collecta eiusque auctoritate promulgata sub auspicis SS.D.N. Leonis Papae XIII,* 6 vols (Roma 1898-1927).

FERRARO, N., «Postulazione e Postulatore», en *Enciclopedia cattolica,* t.IX cols.1843-1847.

FONTANINI, G., *Codex constitutionum quas Summi Pontifices ediderunt in solemni canonizatione sanctorum* (Roma 1729).

FRUTAZ, A. P., «Positio», en *Enciclopedia cattolica,* t.IX cols.1822-1823.

— *La sezione storica della Sacra Congregazione dei Riti, origini e metodi di lavoro* (Roma ²1940)

GAGNA, F., *De processu canonizationis a primis Ecclesiae saeculis usque ad Codicem Iuris Canonici* (Roma 1940).

GALASSI, I., «Quaestiones de processibus beatificationis et canonizationis»: *Ephemerides Iuris Canonici* 3 (1947) 150ss.

GANGOITI, B., «De processu historico et de M. P. Sanctitas Clarior»: *Angelicum* 58 (1981) 210ss.

GARCEAU, CH., *Le rôle du postulateur dans les procès ordinaires de béatification* (París 1954).

GARCIA DE CARALPS, A. J , *De canonizatione sanctorum* (Barcelona 1618).

GIAQUINTA, G., *Recerche sull'istituto giuridico della canonizzazione dalle origini alle Decretali di Gregorio IX* (Roma 1947).

GILLET, P , «La procedure de beatification et de canonisation» *Collectanea Mechliniensia* 18 (1929) 6ss

HERTLING, L , «Materiali per la storia del processo di canonizzazione» *Gregorianum* 16 (1935) 170ss

— «Canonisation», en *Dictionnaire de spiritualite,* I (Paris 1953) cols 77-85

INDELICATO, S , *Le basi giuridiche del processo di beatificazione* (Roma 1944)

— *Il processo apostolico di beatificazione* (Roma 1945)

— «De collegio medicorum apud S C Rituum» *Monitor Ecclesiasticus* 74 (1949) 188ss

— «De sanctitate quae pro beatificatione et canonizatione servorum Dei requiritur probanda» *Monitor Ecclesiasticus* 75 (1950) 109ss

— «Martirio e martire Il martirio nelle cause di beatificazione e canonizzazione», en *Enciclopedia cattolica,* t VIII cols 243-244

JUAN PABLO II, «Constitutio Apostolica Divinus Perfectionis Magister, 25 januarii 1983» *Acta Apostolicae Sedis* 75 (1983) 345ss

KEMP, E W , *Canonization and authority in the Western Church* (Washington 1948)

— «Alexander III and the canonization of saints» *Transactions of the Royal Historical Society* series 4, 37 (1945) 13ss

KUTTNER, ST , «La reserve papale du droit de canonisation» *Revue Historique du droit français et etranger* (1938) 172ss

LAPPIUS, *De heroicitate virtutum in beatificandis et canonizandis requisita* (Roma 1671)

LAURI, A - FORNARI, I SANTARELLI, A , *Codex pro Postulatoribus Causarum Beatificationis et Canonizationis* (Roma [4]1929)

LOW, G , «Beatificazione», en *Enciclopedia cattolica,* t II cols 1090-1100

— «La canonizzazione nella storia», en *Enciclopedia cattolica,* t III cols 571-607

MACKEN, TH , *The canonisation of saints* (Dublin-Nueva York 1909)

MALVEZZI, *Tractatus de canonizatione sanctorum* (Bolonia 1487)

MARI, *De canonizatione sanctorum* (Roma 1658)

MARTINEZ, V , *De testimonio confessarii in causis beatificationis et canonizationis* (Roma 1954)

MATTAEUCCI, A , *Practica theologico-canonica ad causas beatificationum et canonizationum pertractandas* (Venecia 1722)

MITRI, A , *De figura juridica postulatoris in causis beatificationis et canonizationis* (Roma 1962)

NAZ, R , «Causes de beatification et canonisation», en *Dictionnaire de droit canonique,* t III cols 10-37

— «Normae servandae in construendis processibus ordinariis super causis historicis, de la S C de Ritos» *Acta Apostolicae Sedis* 31 (1939) 174 175

PABLO VI, «Litterae Apostolicae motu proprio datae Sanctitas Clarior 19 martii 1969» *Acta Apostolicae Sedis* 61 (1969) 149ss

PIACENTINI, E , «Concetto teologico-giuridico di martirio nelle cause di beatificazione e canonizzazione» *Monitor Ecclesiasticus* (1978)

PIO XI, «Motu proprio "Gia da qualche tempo" (6 febrero 1930), instituyendo la Sección histórica de la Congregación de Ritos». *Acta Apostolicae Sedis* 22 (1930) 87-88.

PISANI, O., *Regolamento della consulta medica presso la Sacra Congregazione dei Riti* (Vaticano 1959)

PORSI, L., «Las causas de canonización y los procedimientos en la Constitución "Divinus perfectionis magister". Consideraciones y valoraciones»: *Revista de Vida Consagrada* (1985) abril-junio (trad del italiano).

ROBERTI, F, «De processu informativo in causis servorum Dei». *Apollinaris* 4 (1931) 383ss

— «De judicio super martyrio servorum Dei»: *Apollinaris* 5 (1932) 419ss

ROCCA, A., *De canonizatione sanctorum commentarius* (Roma 1601)

RODRIGO, R, «La figura del postulatore nelle cause dei santi secondo la nuova legislazione Diritti e doveri»: *Monitor Ecclesiasticus* 111 (1986) 207ss

— *Manual para instruir los procesos de canonización* (Salamanca 1988)

SACRA CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, «Normae servandae in inquisitionibus ab episcopis faciendis in causis sanctorum»: *Acta Apostolicae Sedis* 75 (1983) 396

— *Regolamento della Sacra Congregazione per le cause dei Santi* (Roma 1983)

SANCHEZ Y SANCHEZ, J, «La nueva Congregación para las causas de los Santos»· *Revista Española de Derecho Canónico* 40 (1984) 493ss

SARNO, R, *The diocesan inquiries required by the legislator in the new legislation for the causes of the saints* (Roma 1988).

TRAMA, J., *Manuale theorico-practicum pro conficiendis processibus sive ordinariis sive apostolicis in causis beatificationis et canonizationis servorum Dei* (Nápoles [2]1904).

TROMBELLI, G. C, *De cultu sanctorum* (Bolonia 1740).

— *Urbani VIII Pontificis Optimi Maximi Decreta Servanda in Canonizatione et Beatificatione Sanctorum; accedunt Instructiones et Declarationes quas Emmi et Rvdmi Cardinales Praesulesque Romanae Curiae ad id congregati ex eiusdem Summi Pontifici mandato condiderunt* (Roma 1642).

VERAJA, F, «La canonizzazione equipollente e la questione dei miracoli nelle cause di canonizzazione». *Apollinaris* 58 (1975) 222ss.

— *La beatificazione Storia, problemi, prospettive* (Roma 1983).

— *Commento alla nuova legislazione per le cause dei santi* (Roma 1983).

— *Le cause di canonizzazione dei santi* (Ciudad del Vaticano 1992)

— «Il Motu proprio "Sanctitas Clarior" e le cause "storiche" dei santi» *Monitor Ecclesiasticus* 104 (1979) 315-337.

— «Alcune proposte per il rinnovamento delle cause dei santi» *Monitor Ecclesiasticus* 105 (1980) 305-322.

AÑO CRISTIANO

I

Enero

1 de enero

A) MARTIROLOGIO [1]

1. La solemnidad de Santa María, Madre de Dios. Octava de la Natividad del Señor y día en que fue circuncidado y se le impuso el nombre de Jesús **.

2. En Cesarea de Capadocia, San Basilio, obispo, cuya memoria se tiene mañana.

3. En Chieti, del Abruzzo, San Justino (s. IV), obispo

4. En Roma, San Almaquio, que por oponerse a los juegos de los gladiadores, fue martirizado por éstos († 391).

5. En un monasterio del Monte Jura, junto a Lyón, San Eugendo († 516), abad.

6. En Ruspe (África), San Fulgencio († 533), obispo y anteriormente monje, que por dos veces padeció destierro *.

7. En Vienne (Francia), San Claro († 660), abad del monasterio de San Marcelo.

8. En Troyes (Francia), San Frodoberto († 667), fundador y abad del monasterio de Celles.

9. En el monasterio de Fécamp (Normandía), San Guillermo († 1031), abad de San Benigno de Dijon, que llegó a tener cuarenta monasterios filiales.

10. En Souvigny (Borgoña), San Odilón († 1048), abad de Cluny, a quien se debe la Conmemoración de los Fieles Difuntos *

11. En Jablonnac (Bohemia), Santa Zedislava († 1252), madre de familia **.

12. En Gualdo, Beato Hugolino (s. XIV), ermitaño.

13. En Roma, San José María Tomasi († 1713), presbítero y cardenal, religioso teatino **.

14. En Angers, los beatos Juan Bautista y Renato Mateo Agustín Lego, presbíteros, martirizados en la Revolución Francesa por negarse a jurar la constitución civil del clero († 1794) *

15. En Roma, San Vicente María Strambi († 1824), obispo de Macerata y Tolentino, religioso pasionista **.

16. En Lvov (Ucrania), Beato Segismundo Gorazdowski († 1920), presbítero, fundador del Instituto de Hermanas de San José **.

17. En Dachau, Beato Mariano Konopinski († 1943), presbítero y mártir *.

[1] Los asteriscos que aparecen en el martirologio hacen referencia a las biografías que siguen a continuación, que seran extensas (**) o breves (*)

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SOLEMNIDAD DE SANTA MARÍA MADRE DE DIOS

En el marco siempre entrañable de las fiestas navideñas y con la mirada puesta inevitablemente en el nuevo año que comienza, celebramos hoy la solemnidad de Santa María Madre de Dios, festividad que sacada de un cierto olvido al que se la había relegado y devuelta a su prístino contexto litúrgico a raíz del Vaticano II, es expresión y fruto de ese hondo sentimiento de piedad y devoción que desde antiguo viene suscitando en el pueblo cristiano de Oriente y Occidente la contemplación de la maternidad divina de María, uno de los misterios más grandes y singulares de nuestra fe.

Importante acontecimiento salvífico, que sirve de pórtico para el nuevo año, y que nos adentra en él, invitándonos a vivirlo siempre con nuestra mirada puesta en la Virgen Madre, siempre en clara referencia a ella. Acontecimiento, que nos propone desgranar este largo rosario de trescientos sesenta y cinco días en clave netamente mariana, es decir desde nuestra total adhesión al plan de Dios, y desde nuestra entrega más servicial y amorosa a los hermanos.

Y necesariamente en este día de la Octava de Navidad hemos de traer también el recuerdo de la Circuncisión del Señor, con la que se le dio el nombre de Jesús —Dios es salvación, Yahvé salva, Salvador—, lo cual solemniza todavía más esta fecha, pues dicho recuerdo nos introduce de lleno en ese misterio, tan insondable como cercano, de la encarnación del Verbo, en el misterio del Dios que asume plenamente (excepto en el pecado) nuestra condición humana, naciendo así de una mujer y sometido a la ley, como indica San Pablo en su carta a los gálatas.

Finalmente, y para completar esa rica variedad de matices que presenta siempre el primero de año, celebramos igualmente en este día la Jornada Mundial de la Paz, jornada promulgada por el papa Pablo VI en la solemnidad de la Inmaculada (8 de diciembre) de 1967, y que, para nosotros cristianos, entronca a través de María en la figura de Jesús, que de ella nos ha nacido como enviado del Padre para guiar nuestros pasos por el camino de la paz.

Rica amalgama celebrativa, ésta del 1.° de enero, aunque quizá para mucha gente quede en una cierta penumbra, ensombrecida por el comienzo del nuevo año, y por los buenos deseos que lo acompañan. Pero dejando a un lado festejos más bien paganos y augurios que rara vez se cumplen, vayamos a la figura central de la fiesta, a quien es realmente nuestra fiesta, a la Virgen Madre. Vayamos a contemplar su misterio, su maternidad divina. Vayamos a contemplar entre sus brazos al Dios hecho hombre, al Verbo encarnado, que agazapado al calor del regazo materno balbucea en lo humano sus primeros latidos de amor, que desde su tierna mirada infantil, transparenta la mirada eterna del Padre, el rostro infinito de quien lo engendró en la eternidad.

Hablar de la maternidad divina de María, es hablar necesariamente de ella como mujer y como madre, pero no de una mujer como las demás, sino de la Mujer con mayúscula, ni tampoco de una madre cualquiera, sino de la Madre por antonomasia, de la Madre que concibe rompiendo todos los esquemas de la lógica humana, de la Mujer que conservando intacta su virginidad, va a ser plenamente Madre y con una fecundidad que trasciende los límites de la historia, que rebasa nuestras coordenadas espaciotemporales para poder abarcar en su seno la Palabra creadora, preexistente e infinita de Dios. Una fecundidad, la suya, para engendrar a Cristo en su totalidad, a todo su Cuerpo Místico, y a la que por eso mismo no le sirve el concurso de varón, sino que necesita la acción vivificante y vivificadora del Espíritu, del único que es capaz de hacer concebir esa vida nueva, que no nace de sangre, ni de amor carnal.

Hablar de la maternidad divina de María, es hablar por eso mismo de misterio, de un misterio que se hace dogma de fe para el pueblo fiel, de un misterio que abierto a la dimensión festiva y celebrativa se transforma en expresión litúrgica, en explosión de gestos y palabras, de cantos y silencios, llamados todos ellos a culminar en la quietud de la oración íntima, recogida y contemplativa.

Y necesariamente para entrar de lleno en éste, como en cualquier otro misterio, hemos de recurrir a toda esa serie de mediaciones que nos lo hacen más comprensible, dentro de lo

que a nosotros nos es posible. La Sagrada Escritura y la Tradición, lo mismo que el Magisterio de la Iglesia y que esa rica historia que lo acompaña, entremezclada de credos y de herejías, de discrepancias teológicas y de formulaciones dogmáticas, esa historia escrita con letras imborrables en Nicea y en Éfeso, en Constantinopla y en Calcedonia, en Trento y mucho más modernamente en el Vaticano, serán quienes nos acompañen, quienes nos sirvan de guías y de intérpretes, a la hora de abordar el misterio de la maternidad de María, a la hora de introducirnos en lo puramente mistérico, ya que para llegar a ella, a la Virgen Madre, tan sólo nos basta el corazón.

Las palabras del ángel Gabriel a María, recogidas únicamente por el Evangelio de San Lucas, van a ser nuestro punto de partida en este acercamiento a la divina maternidad: «Y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el Santo que va a nacer se llamará Hijo de Dios» (Lc 1,35).

En primer lugar hemos de hacer notar que la expresión «se llamará», en este caso y para la mentalidad semítica, hace alusión a una cualidad inherente al sujeto (Jesús), más que a su propio nombre, con lo cual ya se nos está diciendo que el engendrado en María es Hijo de Dios, y no precisamente en la forma en que este título mesiánico era abordado en el AT, pues el Jesús de los Evangelios supera con mucho esta idea, llegando su mesianismo a identificarse con la Divinidad: «Quien me ha visto a mí ha visto al Padre» (Jn 14,9).

Pero aún hay más, pues el mismo texto lucano mencionado está aludiendo a otro más antiguo, del libro del Éxodo, a los momentos de la gran intervención salvífica de Yahvé en favor de su pueblo: «Entonces la nube cubrió la tienda del encuentro y la gloria del Señor llenó el santuario» (Éx 40,34).

Examinando estos dos fragmentos de la Escritura, se aprecia a simple vista el claro y significativo paralelismo existente entre ambos: si el tabernáculo se llenó de la gloria del Señor al ser cubierto por la nube divina, de igual forma, las entrañas purísimas de María quedan inundadas por esa misma gloria, por la propia divinidad, al ser ella cubierta con la sombra del Altísimo. Y si en el largo peregrinar de Israel hacia la tierra de promisión Dios eligió por morada lo más íntimo de la tienda del encuen-

tro, ahora se ha elegido por Santuario el seno materno de la Doncella de Nazaret, un habitáculo mucho más perfecto.

En esta misma línea tenemos otro texto de la tradición lucana, no menos significativo, el encuentro entre María e Isabel, y más concretamente las palabras de esta última: «¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor?» (Lc 1,45). Aquí la mujer de Zacarías está formulando casi la misma pregunta que el rey David, cuando el arca de la Alianza fue llevada a Jerusalén: «¿Cómo va a venir a mi casa el arca del Señor?» (2 Sam 6,9). Ambos interrogantes tienen un mismo hilo conductor: los dos personajes (David e Isabel) se consideran indignos de recibir a Dios en su casa, para quien la mentalidad bíblica reserva en exclusividad el título de Señor.

Continuando con la historia del rey salmista, leemos en 2 Sam 6,11: «El arca del Señor estuvo tres meses en casa de Obededón de Gat, y el Señor bendijo a Obededón y a toda su familia». Y avanzando en nuestra comparación volvemos nuevamente al texto de la Visitación para establecer otro sugerente paralelismo con este versículo último de 2 Sam 6. Isabel experimenta también los favores y beneficios divinos: «En cuanto tu saludo llegó a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre» (Lc 1,44). E incluso el tiempo de permanencia de María en casa de su pariente es idéntico al que Obededón tuvo el arca del Señor bajo su techo: «María se quedó con Isabel unos tres meses» (Lc 1,56).

A la luz de la similitud que ofrecen estos relatos del Antiguo y Nuevo Testamento, podemos deducir claramente que la ágil pluma del evangelista no sólo ha querido narrar el gozoso encuentro entre las dos mujeres, sino también proclamar la divinidad de Jesús e indirectamente, por lo tanto, la maternidad divina de María. E igualmente la comparación entre esos textos del segundo libro de Samuel y los del primer capítulo de Lucas, nos permite invocar solemnemente a la Virgen como «Arca de la Nueva Alianza».

Anterior a la obra lucana es el texto paulino de Gál 4,4, al que ya hemos aludido más arriba: «Dios envió a su Hijo, nacido de una mujer, nacido bajo la ley», y con el que San Pablo se está refiriendo claramente al misterio de la encarnación. No hace mención expresa de la divinidad de Jesús, pero sí de su preexis-

tencia, pues afirma que Dios envió a su Hijo, lo cual significa que éste ya existía. Y por otra parte el que nazca de mujer y bajo la ley nos está afirmando que dicho Hijo fue totalmente hombre y con todas las consecuencias.

San Pablo, desde luego, no quiere ir más lejos con este texto, pero nosotros sí nos atrevemos a hacerlo, viendo si puede establecerse alguna relación entre la preexistencia del Hijo de Dios y la mujer que lo trajo al mundo. Y la conclusión a la que llegamos es fácil: esa mujer, de la que aquí se habla en abstracto, María, va a dar a luz al existente desde siempre en el seno del Padre, pero más aún, si éste es Hijo de Dios, como afirma Pablo, necesariamente tiene que haber sido engendrado por él y por lo tanto ser de su misma naturaleza divina. Con lo cual podemos afirmar sin más razonamientos, que María es madre de un ser plenamente divino, madre de Dios.

Dejamos aquí las páginas de la Sagrada Escritura, a la vez que proseguimos nuestra ruta a través de este misterio de la maternidad divina, adentrándonos necesariamente en la Tradición, en el dogma y en la historia de la Iglesia, para hacer estación en algunos de sus hitos más importantes, en aquellos primeros concilios que fijaron la doctrina cristológica y en el Vaticano II, que supo traducir magistralmente la fe de la Iglesia a un lenguaje y a unas formas de pensamiento más acordes con nuestro tiempo, facilitando así su mejor comprensión al hombre de hoy.

Ya desde muy antiguo, desde los primeros tiempos de la Iglesia, la maternidad divina de María ha sido tenida como doctrina de fe en la tradición cristiana, tal y como se desprende de los mismos textos neotestamentarios en los que nos hemos detenido más arriba, pues lo mismo éstos que el resto de los escritos del NT tienen su origen en el substrato más antiguo de la Tradición, la cual proviene de los propios apóstoles, testigos singulares de la vida, muerte y resurrección de Jesús.

Prueba igualmente inestimable de la veneración que este misterio de la maternidad divina de María viene suscitando desde el cristianismo más antiguo la encontramos también en ese rico potencial de doctrina, que debemos a los santos padres, continuadores, de la predicación apostólica. Pues gracias a su contribución el terreno iba a quedar doctrinalmente más que

abonado para que los grandes misterios de la fe cristiana fuesen calando cada vez más hondamente, y tanto es así, que en los símbolos de fe del siglo III se habla ya por ejemplo de la maternidad divina de María.

Mas sería Oriente quien primeramente descubriera la gran riqueza que encierra este misterio, dándole a María el nombre griego de *Theotokos*, que significa: «la que engendra a Dios», nombre que prendió pronto en la piedad popular, como pone de manifiesto la primera invocación mariana conocida, fechada entre los siglos IV o V. Aunque junto a todo esto iban a surgir pronto las primeras controversias cristológicas, discusiones teológicas en torno a la figura de Cristo, motivadas bien por la aparición de algunas herejías, bien porque todavía no había definiciones dogmáticas precisas. Y en este terreno serían también los patriarcados orientales quienes estuvieran a la cabeza, pues gozaban de un alto nivel intelectual, aunque diferenciados entre sí por corrientes filosóficas o formas de pensamiento distintas, propias de sus diferentes ámbitos geográficos.

Nicea había definido la divinidad de Jesucristo, engendrado por el Padre y de su misma naturaleza. Se hablaba de Jesús como Dios y como hombre a la vez, pero ¿de qué manera?, ¿cómo podían unirse o coexistir a la vez divinidad y humanidad en una sola persona? Pronto comenzaron a formularse preguntas como éstas, polarizándose muchas veces las respuestas en torno a las diferentes escuelas, llegando en no pocas ocasiones a formas de pensamiento encontradas.

Así la escuela de Alejandría, cuya cabeza visible sería San Cirilo, defendía claramente que en Cristo había una única persona, consustancial con el Padre por haber sido engendrada por él, y por lo tanto divina, a la cual en virtud del misterio de la encarnación se le había unido una naturaleza plenamente humana. Jesús era pues persona divina, pero con dos naturalezas, una la que tenía como Dios y otra la que había adquirido al hacerse hombre, aunque ambas inseparablemente unidas. Y por otra parte estaba la escuela antioquena, comandada por el Patriarca de Constantinopla, Nestorio, que defendía la separación de estas dos naturalezas cristológicas hasta tal punto que casi se hablaba de una doble personalidad.

Lógicamente esta dialéctica no es tan sencilla como para exponerla en pocas líneas, porque además, muchas veces eran los conceptos o palabras empleadas por unos y otros los que dificultaban su entendimiento, mucho más que lo que en el fondo sentían y querían expresar. Y si a esto se añade una cierta radicalización por ambas partes, no resulta tan fácil ir al fondo del problema. Lo cierto es que estas controversias salpicaban de lleno a la maternidad divina de María.

Para los nestorianos la Virgen sería únicamente madre del Jesús humano, nunca del ser divino al que aquella perfecta humanidad se había unido, mientras que desde Alejandría se mantenía lo contrario, defendiendo para María el título de *Theotocos,* título que por otra parte había arraigado ya entre los fieles y gozaba de no poca veneración popular.

Así la polémica llegó a su cenit con la correspondencia epistolar entre Cirilo y Nestorio, quien habla de María únicamente como la *Khristotocos,* Madre de Cristo, pero del hombre, nunca del Dios, cual si se tratara casi de personas diferentes.

Finalmente y para dar fin a la controversia, el emperador de Bizancio convocaba un concilio, que tendría lugar el año 431 en Éfeso, ciudad de honda resonancia apostólica. Éste, que sería el tercer concilio ecuménico, asumiría las tesis de San Cirilo de Alejandría, proclamando solemnemente la unión de las dos naturalezas, la divina y la humana, en una sola persona, en un mismo y único Cristo, y consecuentemente a María como Madre de Dios:

> «Porque la divinidad y la humanidad constituyen más bien para nosotros un solo Señor y Cristo e Hijo por la concurrencia inefable y misteriosa en la unidad [...] Porque no nació primeramente un hombre vulgar, de la Santa Virgen, y luego descendió sobre él el Verbo; sino que, unido desde el seno materno, se dice que se sometió al nacimiento carnal, como quien hace suyo el nacimiento de su propia carne [...] De esta manera (los Santos Padres) no tuvieron inconveniente en llamar madre de Dios a la Santa Virgen» (DS 111 a).

Los padres conciliares, como se ve, no dudaron en llamar a la Virgen *Theotocos,* porque en ella se hizo carne el Verbo divino existente ya en el principio.

Nunca fieles y pastores se habían sentido tan identificados, pues aquellos obispos habían sancionado y ratificado algo que

estaba ya muy enraizado en el alma, en el corazón y el sentimiento más profundo del pueblo, que sin grandes conocimientos teológicos, tal vez ninguno, venía proclamando a María, desde hacía tiempo, como Madre de Dios. El entusiasmo de la gente congregada en Éfeso fue tan desbordante que llegaron incluso a sacar a hombros a los obispos allí reunidos.

Posteriormente, el año 451, un nuevo concilio ecuménico, celebrado esta vez en Calcedonia, dejaba claro que Jesucristo había sido verdadero Dios y verdadero hombre, a la vez que sancionaba como dogma de fe todo lo que en Éfeso se había definido, con lo cual la maternidad divina de María pasaba a formar parte del depósito inamovible de la fe:

> «Siguiendo, pues, a los Santos Padres, todos a una voz enseñamos que ha de confesarse que a uno solo y el mismo Hijo, Nuestro Señor Jesucristo, el mismo perfecto en la divinidad y el mismo perfecto en la humanidad [...] engendrado del Padre antes de los siglos en cuanto a la divinidad, y el mismo, en los últimos días, por nosotros y por nuestra salvación, engendrado de María Virgen, madre de Dios, en cuanto a la humanidad...» (DS 148).

Y así con el correr de los siglos llegamos hasta nuestra época, hasta el Concilio Vaticano II, y concretamente al último capítulo de la constitución *Lumen gentium* que, dedicado por entero a la figura de María, se presenta bajo un título tan sugerente como éste: *La Santísima Virgen María, Madre de Dios, en el misterio de Cristo y de la Iglesia.* Recogiendo la doctrina tradicional acerca de la Virgen y por lo tanto su maternidad divina, el texto aludido de la LG presenta una novedad importante, pues sitúa a la Madre de Dios en un contexto clave, en el misterio de Cristo y de la Iglesia, fuera del cual sería imposible su existencia.

Todas las prerrogativas de María están en función de su maternidad, así, su vida, su misión y su persona permanecen inseparablemente unidas a Cristo, llegando a formar parte de su misterio, pues conforme el Verbo divino iba siendo carne en la carne de María, ella, se iba haciendo misterio en el misterio del Verbo. Y mientras la divinidad era implantada en el seno de la Virgen, por obra y gracia del Espíritu Santo, al unísono, ella era igualmente introducida en el misterio de Dios, en su seno trinitario. «Madre de Dios Hijo, y por eso hija predilecta del Padre y sagrario del Espíritu Santo...» (LG 53).

Y lógicamente, por su inserción en el misterio de Cristo, María ha de estar presente en el misterio de la Iglesia, pues tal inserción se realiza en referencia a la persona de Cristo en su totalidad, en todo el Cuerpo Místico, no sólo en la Cabeza, sino también en los miembros. Y es que además, María es el miembro más destacado del Cuerpo Místico, la primera creyente, el primer ser humano al que, en virtud de la encarnación del Verbo, se le aplicaron los méritos de la redención, y por eso mismo es la figura más acabada de la Iglesia, su imagen más perfecta. María es la primera Iglesia, una «Iglesia sin mancha ni arruga, ni nada semejante, sino santa e inmaculada» (Ef 5,27).

En lo referente a la maternidad divina, el capítulo de la LG al que estamos aludiendo, se hace bastante eco y desde distintos planos. Ya solamente con una simple lectura rápida saltan a la vista las trece veces que, textualmente y comenzando por el título, emplea la expresión Madre de Dios, referida a María, amén de otras veces, que la llama Madre del Redentor, Madre del Salvador, Madre de Cristo, Madre de Jesús...

Uno de estos planos o aspectos desde los que se aborda, en el presente texto, la maternidad de María es el de su libre aceptación. Dimensión ciertamente interesante del misterio y que ha de tenerse en cuenta, pues revela por una parte la manera de actuar de Dios y por otra la personalidad de la Virgen:

> «Pero el Padre de la misericordia quiso que precediera a la encarnación la aceptación de la Madre predestinada, para que de esta manera, así como la mujer contribuyó a la muerte, también la mujer contribuyese a la vida» (LG 56).

María estaba ya predestinada en el designio salvífico divino a ocupar un puesto único en la historia de la salvación, pero en modo alguno quiso Dios que tal predestinación supusiera merma de su libertad. Así el Verbo eterno antes de encarnarse en el seno de quien se hiciera su esclava quiere contar con su asentimiento, con su «fiat». Pues lo mismo que la primera mujer, Eva, con su sí a la serpiente había sido causa de perdición para el género humano, otra mujer, María, y otro sí, el sí dado a Dios, tendrían que ser causa de salvación y regeneración de la humanidad.

Dios propone y la que va a ser su Madre responde afirmativamente, aunque le asalten las lógicas dudas y pasen por su mente un sinfín de interrogantes, porque se fía de Dios, porque siempre ha tenido puesta en él su confianza, porque él ha sido siempre su meta y su esperanza. Y firmemente asida al sí que acaba de pronunciar, se abandona en las manos amorosas del Padre, para que en ella se cumpla el gozoso anuncio del ángel, para que se haga en ella lo que el Señor quiera... Pero salta a la vista que una respuesta así, por momentánea que sea, no se improvisa ni surge sin más... María acoge al Verbo en su seno, porque primeramente lo había acogido en su corazón, porque su corazón y su alma eran ya de Dios, porque estaban inundados de su Palabra, y llenos de su gracia:

> «Efectivamente, la Virgen María, que al anuncio del ángel recibió el Verbo de Dios en su alma y en su cuerpo y dio la vida al mundo, es reconocida y venerada como verdadera Madre de Dios y del Redentor» (LG 53).

Y quizá por ello, por estar en todo momento abierta a Dios y dispuesta a llenarse de él y a recibir sus dones, pudo María asumir y afrontar los riesgos, nada cómodos, que iba a acarrearle su maternidad, que conllevaba el ser la Madre de Jesús, que aunque Salvador e Hijo a los ojos del Padre, sería un proscrito para sus contemporáneos, para los de su raza, para aquella estirpe elegida, a la cual había sido anunciado y profetizado siglos atrás.

Sí, María asume riesgos, pero además sin fríos cálculos, sin dobles intenciones. Los asume desde Dios conforme se le va desvelando el misterio, los asume porque así lo exige el plan salvífico, en el cual ella está llamada a ser la primera y principal testigo del sufrimiento del Hijo y de su valor redentor, compadeciendo al unísono con él en favor de toda la humanidad. Asume estos riesgos concorde con el Crucificado, solidarizándose con el dolor humano, con las dolencias de los hombres de todos los tiempos.

Y será precisamente en ese marco sublime del Calvario donde la maternidad de María se abrirá a todo el género humano, ensanchándose generosamente su corazón y su alma para acoger maternalmente a quienes estaban siendo rescatados al precio de la sangre de Cristo. Pues él, desasido de todo, llegará in-

cluso a desprenderse de su propia Madre, entregándola como Madre de todo el género humano, representado en la persona del discípulo amado. Desde la solemne cátedra de la cruz Jesús proclamará la maternidad universal y espiritual de María, que cual una nueva Eva, engendrará a la Humanidad Nueva, a la humanidad recreada en el misterio pascual de Jesucristo.

La *Lumen gentium,* por supuesto, dedica también un pequeño apartado a esta maternidad espiritual de María, «maternidad en orden a la gracia», como la denomina, en virtud a la eficacia de sus padecimientos, al pie de la cruz, asociados a la muerte redentora de Jesús:

> «Padeciendo con su Hijo cuando moría en la cruz, coopero en forma enteramente impar a la obra del Salvador con la obediencia, la fe, la esperanza y la ardiente caridad con el fin de restaurar la vida sobrenatural de las almas Por eso es nuestra madre en el orden de la gracia» (LG 61)

Y llegamos finalmente a lo más original del Vaticano II con respecto a la Virgen: se la proclama —y así se la invoca— Madre de la Iglesia. Título a simple vista novedoso, pero que está latente en la precedente Tradición eclesial, pues, como ya se ha dicho, María es Madre de Cristo en su totalidad, Madre de todo su cuerpo místico, del que ella es a su vez el miembro más excelso:

> «Por ese motivo es tambien proclamada como miembro exce lentisimo y enteramente singular de la Iglesia y como tipo y ejemplar acabadisimo de la misma en la fe y en la caridad, y a quien la Iglesia catolica, instruida por el Espíritu Santo, venera, como a madre amantisima, con afecto de piedad filial» (LG 53)

Hasta aquí nuestro recorrido por la Tradición de la Iglesia, con algunos de sus dogmas, y de sus concilios. Hasta aquí nuestra reflexión sobre la maternidad de María, vista desde esa triple dimensión: Madre de Dios, Madre del género humano y Madre de la Iglesia. Tres realidades inmersas en el misterio de Dios y en relación directa a otros tantos momentos cruciales de su plan salvífico: en la encarnación, para engendrar al Verbo, en el Calvario para ser la Madre de la humanidad nueva y en Pentecostés como Madre de la Iglesia naciente, de la Iglesia que comienza a desarrollarse gracias a la fuerza vivificadora del Espíritu.

Ahora para finalizar hagamos un poco de historia sobre esta fiesta de Santa María Madre de Dios y sobre la celebración cristiana del primero de enero a través de los tiempos. Ya en el siglo VII, la ciudad de Roma, celebraba en la octava de Navidad la maternidad divina de María, fiesta en la que, según algunos estudios hechos al respecto, tenía lugar una estación en «Sancta Maria ad Martyres», que dedicada a la Virgen, aparecía en los libros litúrgicos con el nombre de *in octava Domini.*

Posteriormente, en el siglo IX, y por influjo de la liturgia galicana, pasó a celebrarse en el primer día del año la Circuncisión del Señor, fiesta que con el misal tridentino de Pío V cobraría carácter oficial, desplazando totalmente la antiquísima conmemoración mariana, la cual sería restaurada en el siglo XVIII gracias a una iniciativa surgida en Portugal. Así, en 1751 Benedicto XIV concedía a las diócesis lusitanas la celebración de la maternidad de María, para la que él mismo había compuesto los textos litúrgicos. Aunque la fiesta, fuera de su lógico y antiguo contexto, pasaba a celebrarse el primer domingo de mayo.

Con el tiempo fueron otras iglesias locales, e incluso algunas órdenes religiosas, quienes asumieron esta fiesta mariana, cuya celebración iba a fijarse el 11 de octubre, fecha que en 1931 Pío XI extendió a toda la Iglesia latina, coincidiendo con el XV centenario del Concilio de Éfeso. Y en 1962, el Beato Juan XXIII elegiría esta festividad como el marco más adecuado para la solemne inauguración del Concilio Vaticano II, puesto de esta manera bajo la protección maternal de María.

Así, metidos ya de lleno en el Concilio, llegamos al pontificado de Pablo VI, quien dándose cuenta de que al ciclo de Navidad le faltaba algo tan propio como la celebración de la maternidad de María, que entonces se hallaba fuera de lugar, se propuso devolverla a su contexto litúrgico más propio y original, y a su antigua fecha de la octava de Navidad. Lo cual pudo hacerse realidad con el nuevo Calendario romano de 1969, bajo el título de «Solemnidad de Santa María Madre de Dios». Y años después en su encíclica *Marialis cultus,* promulgada el 2 de febrero de 1974, a fin de adecuar el culto mariano al espíritu del Concilio Vaticano II, el recordado pontífice se hacía eco de este deseo suyo que tan felizmente era ya una realidad:

«El tiempo de Navidad constituye una prolongada memoria de la maternidad divina, virginal, salvífica de Aquella "cuya virginidad intacta dio a este mundo un Salvador" [ ]

»En la nueva ordenación del período natalicio, nos parece que la atencion comun se debe dirigir a la renovada solemnidad de la Maternidad de Maria, esta, fijada en el día primero de enero, segun una antigua sugerencia de la Liturgia de Roma esta destinada a celebrar la parte que tuvo Maria en el misterio de la salvación y a exaltar la singular dignidad de que goza la Madre Santa » (MC 5)

La fiesta de la maternidad de María ha vuelto pues, como hemos visto, al lugar que le correspondía, habiendo adquirido, además, un notable valor teológico y celebrativo, a la vez que ecuménico, ya que aparece en el mismo contexto en el que las distintas liturgias de Oriente y Occidente acostumbraban a celebrar ya desde antiguo dicha festividad, siempre en torno a la Natividad del Señor Y asimismo, sigue subsistiendo junto a ella, en tan emblemática fecha, el recuerdo de la Circuncisión del Señor, conmemorada anteriormente en este día —a los ocho de su nacimiento— lo mismo que el Santísimo Nombre de Jesús, del que ya en el siglo XV hiciera su bandera el gran predicador franciscano San Bernardino de Siena, aunque como fiesta no entraría en la liturgia hasta el siglo siguiente.

Y para realzar la nueva solemnidad, una rica liturgia, que centrada lógicamente en el misterio de la maternidad divina de María, ha sabido conjuntar a la perfección sus distintos elementos, algunos de ellos procedentes de estadios litúrgicos anteriores, tales como la oración colecta de la misa, rescatada de la antigua liturgia romana, o como el Evangelio, que sigue siendo el de la fiesta de la Circuncisión, pues aparte de narrarnos ese acontecimiento propio de este día, en él se destaca muy en primer plano la figura de la Virgen: «Y María conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón» (Lc 2,19). Otros elementos, en cambio, han sido totalmente renovados, como claramente se aprecia a través de la oración de postcomunión, pues ella culmina haciendo uso del título mariano de Madre de la Iglesia, tan propio del Vaticano II: «.. a cuantos proclamamos a María Madre de tu Hijo y Madre de la Iglesia».

Hoy primero de enero, solemnidad de Santa María Madre de Dios y Jornada mundial de la Paz. ¡Mejor comienzo para el nuevo año, imposible! Con nuestro recuerdo siempre agradeci-

do y cariñoso hacia la Madre y con la mirada puesta en la ternura del Niño que nos ha nacido, para que él, Príncipe de la paz, dilate y ensanche su reino de paz, amor y justicia en los corazones de todos los hombres.

RAMÓN LUIS M.ª MAÑAS, OSB

Bibliografía

CARDA PITARCH, J. M.ª, *El misterio de María* (Madrid 1984).
DENZINGER, E., *El Magisterio de la Iglesia* (Barcelona 1997).
Documentos del Vaticano II (BAC, 1967).
PABLO VI, «Marialis cultus», en *El Magisterio pontificio contemporáneo,* I (BAC, 1992) 681-709.
SARTOR, D., «Madre de Dios», en *Nuevo diccionario de mariología* (Madrid 1988) 1173-1199.

SAN JOSÉ MARÍA TOMASI CARO

Cardenal y confesor († 1713)

Don Julio Tomasi-Caro y La Restia se casó el 11 de noviembre de 1640 con doña Rosalía Traina y Drago, dama de gran virtud perteneciente a la nobleza siciliana. Era sobrina del obispo de Agrigento y heredaba de su tío don Fabricio las baronías de Faiconeri, La Torretta y Montecolombrino. La bendición del Señor descendió copiosa sobre el hogar de los nuevos duques de Palma, que se vio alegrado con el nacimiento de tres hijas, Francisca, Isabel y Antonia. Mas deseando ellos un hijo varón elevaron súplicas al cielo por mediación de San José. Al obtener la gracia suspirada, impusieron a su hijito el nombre de José María en agradecimiento a la Virgen Santísima y al glorioso Patriarca. Más tarde nacieron Fernando y Alipia Cayetana.

Licata, pequeño puerto de la ribera meridional de Sicilia, situada en la ondulación de unas colinas costeras, al amparo de la mole roquera de Sant'Angelo, el Ecnomos de los antiguos, había sido comprada al rey de España por el obispo de Agrigento, el cual designó a su sobrino el duque de Palma para que en su nombre gobernara la ciudad. En ella nació José María el 12 de septiembre de 1649, siendo bautizado el día siguiente por el arcipreste de la misma, doctor Roque Fraynito, protonotario apostólico.

La infancia y la juventud de José María se deslizaron plácidamente en las rientes campiñas de Monteclaro, bajo la amorosa vigilancia de sus cristianísimos progenitores, los cuales procuraron imprimir a su muy querido hijo aquel espíritu de religión y piedad que fue siempre el más preciado florón de su estirpe. En la ciudad de Palma o en el vecino castillo tenía residencia aquella noble familia, que vivía únicamente para la gloria de Dios y el bien espiritual y material de sus vasallos. Mientras, el culto se celebraba en una capilla provisional, los duques fundaron y dotaron espléndidamente el nuevo templo parroquial y un monasterio de monjas benedictinas, en el que ingresaron sus cuatro hijas, la segunda de las cuales, sor María Crucificada, murió en olor de santidad y es honrada con el título de Venerable.

La pintoresca comarca conserva, aún hoy día, gratísimo recuerdo de esta insigne familia, y sus habitantes refieren con orgullo al visitante la obra religioso-social de don Julio Tomasi, al que llaman con simpática reverencia «il santo duca». La reina gobernadora, doña Mariana de Austria, en la minoría de Carlos II, queriendo enaltecer los relevantes méritos del linaje Tomasi-Caro, otorgó a don Julio y a doña Rosalía el título de príncipes de Lampedusa.

En un ambiente tan selecto y profundamente cristiano el corazón de José María sintió bien pronto la atracción de un ideal excelso. Fue su predilección por las ceremonias litúrgicas. Por esto pidió y obtuvo que le confeccionaran los ornamentos eclesiásticos conforme a su estatura, y con ellos revestido imitaba los sagrados ritos con extraordinaria devoción y admirable compostura.

Llevado de tan santas aficiones pidió licencia a su padre para usar sus propios vestidos según el color litúrgico de cada día. El duque sólo le permitió tal variedad en las medias. Conformado y satisfecho, recordaba cada noche a su aya que se las preparara para el día siguiente. Eran los ingenuos albores de su espíritu sacerdotal, los primeros pasos de su ruta hacia el altar de Dios, porque sólo Dios alegraba su juventud.

Habiendo aprendido, con extraordinario aprovechamiento, latín, griego y español, el duque concibió, ufano, el proyecto de

enviarle en calidad de paje a la corte de Madrid. Pero un buen día postróse José María humildemente a sus pies para suplicar que le permitiera ingresar en la Orden de los Clérigos Regulares deseoso de seguir el ejemplo de su tío don Carlos, y enamorado del ideal litúrgico de la Orden.

El día 11 de noviembre de 1664, habiendo renunciado al mayorazgo en favor de su hermano Fernando, implorada la bendición de sus padres, dio José María el adiós supremo a sus vasallos, al amado castillo roquero y a su opulento patrimonio, para dirigirse a Palermo. Pero antes quiso pasar por el santuario de Nuestra Señora de Trápani, ante cuya sagrada imagen la duquesa su madre le había ofrecido en su infancia a la Reina de los cielos. Ahora, en el gozo de su florida juventud, agraciado con el sello de una elección divina, pide la protección de la Virgen María para corresponder con generosidad a su vocación altísima.

A los quince años ingresó, pues, José María en la casa teatina de San José en calidad de postulante. El 24 de marzo de 1665 recibió el santo hábito y comenzó el noviciado bajo la experta dirección del padre don Francisco María Maggio. En la festividad de la Anunciación de María del año siguiente emitió su profesión religiosa, y seguidamente fue trasladado a Mesina para iniciar sus estudios eclesiásticos, que continuó en las casas de Ferrara, Módena y Roma. En las Témporas de Adviento de 1673 fue ungido en la Ciudad Eterna sacerdote del Señor, y la noche de Navidad subió por vez primera al altar para celebrar las tres misas rituales en el templo de San Andrés *della Valle*. Tenía veinticuatro años.

Al sentir realizado el primogénito de los príncipes de Lampedusa el ideal sacerdotal que entreviera en los suaves crepúsculos de Monteclaro, retoñaron, con nueva y poderosa savia, sus antiguas aficiones litúrgicas, que marcaron la orientación definitiva de su vida, consagrándola totalmente al esplendor del culto divino y al fomento de las ciencias sagradas.

Iniciábase un glorioso movimiento de restauración litúrgica, y podemos decir que en él ocupa el padre Tomasi un puesto destacado en primera fila. Trasladado a la casa de San Silvestre del Quirinal, pese a su complexión delicadísima y enfermiza,

continuamente atormentado por una pesada cruz de escrúpulos y penas interiores, recogió la herencia del eximio cardenal Bona para dedicarse totalmente a los estudios litúrgicos y bíblicos, y a la investigación de las sagradas antigüedades. Se impuso una preparación eficiente y aprendió hebreo, caldeo, etíope, árabe y siríaco. Con afán apostólico logró convertir a la fe de Cristo a su profesor de hebreo, el docto rabino Moisés de Cavi, que al bautizarse tomó el apellido Tomasi.

El padre Tomasi pasó su vida entera escondido en las bibliotecas y archivos de Roma, especialmente en la Vaticana, la Vallicelana, la de Cristina de Suecia, la de San Pedro y la de San Pablo, que le franquearon sus tesoros bibliográficos y sus ricos fondos documentales. Con la abnegación de un santo y el entusiasmo litúrgico de un perfecto teatino, laboraba silenciosamente para desentrañar sus códices milenarios y libar en amarillentos pergaminos toda la potente vitalidad de la Iglesia en los siglos medievales. Fruto preciosísimo de sus afanes investigadores es el nutridísimo repertorio de sus obras litúrgicas, teológicas, bíblicas y ascéticas que fue publicando desde 1679 hasta 1710. Entre ellas cabe citar el *Sacramentario gelasiano,* el *Sacramentario galicano,* el *Responsorial y antifonario de San Gregorio,* el *Salterio con cánticos,* el *Sacramentario gregoriano* y las *Instituciones teológicas de los Santos Padres.*

Estas magníficas publicaciones tomasianas en aquel momento histórico que vivía la Iglesia fueron de una oportunidad portentosa. Aportación valiosísima al incipiente movimiento de investigación litúrgica y bíblica, constituyeron un arma poderosa para confundir a los herejes, los cuales clamaron en Holanda: *Cavete Thomasium:* «¡Guardaos de Tomasi!». Por otra parte sirvieron de base y punto de partida para ulteriores estudios sobre liturgia antigua, ofreciendo aún actualmente un provechoso instrumento de trabajo a los que a tales investigaciones se dedican.

Pero en Tomasi, el sabio, el investigador, están en función del sacerdote y del santo. No se engolfó en los estudios a título de curiosidad o erudición, sino con el propósito de entender plenamente los ritos y preces que como sacerdote debía usar en el ejercicio del culto divino, y al propio tiempo hacer participantes al clero y a los fieles del fruto de sus investigaciones, para lo-

grar una mayor eficacia santificadora en las funciones litúrgicas. En tal sentido, Tomasi es un precursor y abanderado del actual apostolado litúrgico.

Cultivador insigne de las virtudes religiosas y sacerdotales, sentía Tomasi una predilección marcadísima por la humildad, base de todas ellas. Abroquelado en su vida de trabajo silencioso, procuraba pasar desapercibido entre el fasto de la corte pontificia. Pero su virtud y su sabiduría hicieron famoso su nombre en los círculos eclesiásticos de Roma y de toda Europa. Cuando el doctísimo Juan Mabillon fue a Roma en viaje de estudios, tuvo necesidad de ir a ver al padre Tomasi para que le sirviera de mentor en sus itinerarios científicos y le hiciera partícipe de los felices hallazgos en la investigación litúrgica. Al ser nombrado el futuro cardenal Vallemani secretario de la Sagrada Congregación de Ritos, fue enseguida a buscar al humilde teatino para pedirle normas y orientaciones.

El papa Clemente XI, amigo y admirador de este hijo esclarecido de San Cayetano, le nombró consultor de la Sagrada Congregación de Ritos y de la Propaganda Fide, y calificador del Santo Oficio. Y en el Consistorio del 18 de mayo de 1712 le creó cardenal presbítero de la Santa Romana Iglesia, asignándole el título de San Silvestre y San Martín *in montibus*. Tras un dramático forcejeo con su humildad contrariada, Tomasi vino obligado a aceptar el capelo en virtud de santa obediencia y fue nombrado miembro de la misma Congregación de Ritos. En los ocho meses escasos de su cardenalato desplegó en su iglesia titular un sapientísimo apostolado litúrgico, dando el magnífico ejemplo de asistir con asiduidad a los oficios corales. Demostró con gallardía que sabía trasladar la liturgia de los fríos códices milenarios al calor del santuario para proyectarla luego, en derredor suyo, como una vida hecha culto y un culto transformado en vida.

El día de Navidad del mismo año, al regresar de la solemne capilla papal tenida en San Pedro, se sintió herido por una grave afección pulmonar que le tuvo en cama ocho días. Recibidos con extraordinaria devoción los santos sacramentos, dictó su testamento, en el cual consignó su voluntad de ser enterrado en la cripta de su iglesia titular, ante el altar de la Virgen, gozo de

los cristianos. En la madrugada del 1 de enero de 1713, besando con gran ternura el crucifijo, voló su alma a cantar el eterno *Magnificat* en las delicias de la liturgia celestial. Contaba sesenta y cuatro años. Su confesor, el teatino padre Chiesa, aseguró que su alma no había perdido la inocencia bautismal.

Por la fama de sus virtudes y el esplendor de sus milagros se introdujo en la Curia Romana, en 1723, la causa de beatificación. El 29 de septiembre de 1803 fue beatificado por Pío VII en la Basílica Vaticana, y canonizado el 12 de octubre de 1986.

PEDRO A. RULLÁN FERRER, CR

Bibliografía

BERNINO, D. C. R., *Vita del Ven. cardinal Dom Giuseppe M. Tommasi* (Roma 1722).
BONAGLIA, J. B , CR, *Vita del cardinal Tommasi* (Venecia 1713).
BORROMEO, A. M., CR, *Vita del cardinal Tommasi* (Venecia 1713).
RULLÁN, P. A., CR, *El Beato José M Tomasi Caro, cardenal teatino* (Madrid 1953).
«Regnum Dei»: *Collectanea Theatina* 19-20 (Roma 1949), dedicado totalmente a José M Tomasi.

SAN VICENTE MARÍA STRAMBI

Obispo († 1824)

Poco antes de la medianoche del 23 de diciembre de 1823, San Vicente María Strambi fue despertado urgentemente requerido por Su Santidad León XII, que se encontraba gravemente enfermo.

Desde finales de noviembre, habiendo renunciado al obispado de Macerata y Tolentino, habitaba en el palacio del Quirinal, llamado por Su Santidad como consejero particular y director espiritual de su alma.

Consternado por la infausta noticia, Vicente María Strambi voló a la cabecera del augusto enfermo. Con afecto de hijo y corazón de santo preparó a Su Santidad a recibir el santo viático, decidido a quedarse a su lado para asistirle en los últimos momentos con la ayuda espiritual.

Mientras la respiración del Padre Santo se hacía cada vez más afanosa, San Vicente, movido de sobrenatural impulso, pidió al papa poder celebrar inmediatamente la santa misa para obtener

su curación. Se notó que aquella misa votiva *pro infirmo,* celebrada en la misma capilla papal, fue más larga que de costumbre, y el rostro del Santo, transformado por el recogimiento, causó maravilla en los presentes. A la Víctima del Calvario se unió la personal de San Vicente por la salud temporal de León XII.

Al alborear del día, el Santo pasionista visitó de nuevo a Su Santidad, y en íntima confidencia personal le reveló el secreto: curaría y su vida terrena se prolongaría cinco años y cuatro meses. Dios había aceptado la inmolación de San Vicente María Strambi; el ofrecimiento de su vida por la del papa había sido satisfactoriamente recibido por la divina Justicia.

El 28 de diciembre, San Vicente sufre un ataque apopléjico y el 1 de enero de 1824 entrega su alma a Dios. Este acto sublime del venerable anciano de setenta y nueve años era el epílogo y recapitulación de una vida consagrada al servicio de la Iglesia y del romano pontífice.

Nacido en Civitavecchia el 1 de enero de 1745, le concedió Dios la gracia de ser educado por unos padres de acendrada piedad. Consiguió la realización de su vocación pasionista en 1769 a la hermosa edad de veinticuatro años, después de haber terminado la carrera sacerdotal y haber ocupado los cargos de prefecto y rector del seminario.

La herencia del crucifijo que pide de rodillas a su padre, la recibe realmente de manos de San Pablo de la Cruz, que a la hora de la muerte le encarga el cuidado de la Congregación. Ocupa en ella los cargos más altos y delicados de educación y gobierno, admirado por su espíritu de observancia y de oración.

En la soledad de los «retiros» pasionistas intensifica su preparación a la futura vida apostólica con la oración y el estudio. Serán deliciosas las horas pasadas a los pies de Jesús crucificado, siempre sediento de la sangre divina, a la que honrará con particular devoción.

Pero sobre todo heredará de su santo fundador el espíritu apostólico. Será en este ancho campo de la predicación donde sus servicios a la Iglesia le conseguirían el renombre de santo y de misionero.

Orador por excelencia, dotado de una extraordinaria capacidad de adaptación al auditorio, procuraba no sólo dirigirse a la

inteligencia de sus oyentes para instruirlos, sino llegar a lo más íntimo de su corazón y de su voluntad para arrastrarles.

Misionero de fama y de extraordinaria eficacia, fue reiteradamente escogido por los romanos pontífices para predicar las misiones en Roma y apaciguar las sediciones y motines populares. Preferido más de una vez para dar los ejercicios espirituales al colegio cardenalicio y al alto clero de la Ciudad Eterna, dejará admirada a la selecta asamblea por su unción apostólica y por su exacta y vasta doctrina, confirmando el parecer común que le consideraba «sumo» en este género de predicación.

Durante veinticinco años recorrió la Italia central en todas direcciones, aclamado como uno de los mejores predicadores de la península y quizá el más grande catequista de su siglo. Volcaba en el púlpito su corazón de padre, de pastor, de apóstol y de santo; sobre todo de santo. El fuego divino que le abrasaba se comunicaba con fuerza irresistible a su auditorio, ablandando el corazón de los pecadores más endurecidos, que venían a descargar sus culpas a los pies de aquel hombre extraordinario.

Identificado con Cristo crucificado, el argumento de su pasión fue siempre el tema preferido de sus predicaciones y el secreto de su elocuencia dulce y avasalladora. Cuando San Vicente hablaba de la víctima divina, no hacía más que descubrir los tesoros de vida eterna que su alma contemplativa había descubierto en las llagas del Redentor. Siempre presente en el Calvario, ocupado en la contemplación extática de su amor crucificado, no es de admirar que su caldeada palabra transmitiese al auditorio la virtud divina que irradia desde la cruz.

En el confesonario, donde recogía los frutos de los trabajos apostólicos, fue admirada su bondad, creyéndose cada penitente el objeto especial de sus atenciones. San Gaspar del Búfalo, la Beata Ana María Taigi y un nutrido grupo de almas selectas encontraron en San Vicente María Strambi al director eximio, práctico y experimentado en el camino de la perfección y en los recónditos secretos de la mística, que no sólo sabía calmar sus dudas con el consejo oportuno, sino también descubrirles los amplios horizontes de la santidad más encumbrada, lanzándoles resueltamente por las más altas vías del espíritu.

Dotado de una gran potencia asimiladora, sus incesantes lecturas le permitieron usar de la pluma para ensanchar y perfeccionar su acción apostólica. Inspirado en la santísima pasión de Cristo, ella fue el tema preferido de sus escritos. Nada de especulación árida, fría, de vana y ostentosa erudición. El descubrimiento de los tesoros que tenemos en Jesucristo no tenía en su pluma otro fin que convencer al alma cristiana del amor que debemos a Cristo y decidirla a la práctica de las virtudes de que Él nos dio ejemplo.

En 1801 le imponía Pío VII la aceptación del obispado de Macerata y Tolentino. En vano se resistió. La voluntad decidida y terminante del papa pudo más que todo. Consagrado obispo, San Carlos Borromeo y San Francisco de Sales fueron desde entonces su modelo, copiando el celo apostólico del uno y la dulzura del otro.

Recibido como un don de Dios para ambas diócesis, comenzó su actividad episcopal organizando grandes misiones, que predicó personalmente. Con una entrega total y sin reserva a los suyos, procuró, ante todo, conocerlos, examinando de cerca todos sus problemas para darles la más perfecta solución. A este fin empezó casi inmediatamente la visita pastoral, que se puede decir fue continua e interrumpida solamente por el destierro.

Su unión con Dios, aun en medio de las más absorbentes ocupaciones del gobierno pastoral, era continua y profunda. Dedicaba no menos de cinco horas diarias a la oración, viviendo todo el día como en un ambiente místico y celestial en íntima unión con Dios. Este contacto ininterrumpido con la divinidad envolvía su persona y sus actividades como en una atmósfera sobrenatural, imprimiendo a todos sus actos de gobierno un marcado tono de la más alta espiritualidad, a la vez que de la más escrupulosa justicia y exactitud, no buscando jamás otra cosa que la gloria de Dios.

Su primera preocupación fueron los eclesiásticos, a cuya elevación y santificación consagró sus mejores energías. Empezó por el seminario, renovando, además del edificio material, el programa escolar y el reglamento, deseoso de acomodarlo a las necesidades de su tiempo. El seminario, en su concepto, debía

ser únicamente el semillero perpetuo de los ministros de Dios, excluyendo, contra la mentalidad reinante, todo joven que no diese pruebas claras de vocación divina.

Los dos puntos básicos de la formación espiritual de los futuros ministros del santuario eran la comunión fervorosa, que deseaba fuese cotidiana, y la oración mental. Consideraba este ejercicio de la meditación como algo indispensable y fundamental en la vida de un sacerdote, por lo cual sometía a los ordenandos a un riguroso examen, no sólo del conocimiento teórico de la meditación, sino también de la práctica y de los frutos reales en ella conseguidos. Para facilitar a su clero el cumplimiento de esta obligación, compuso una serie de meditaciones sobre los principales deberes del estado clerical y otra sobre los novísimos, que en poco tiempo alcanzó la quinta edición.

Con estos medios y su asidua vigilancia consiguió, en un tiempo en que la formación sacerdotal dejaba mucho que desear, elevar su seminario a un nivel tal de ciencia y santidad, que no sólo se presentaba como modelo de organización y disciplina, sino también de la piedad más acendrada. Adelantándose a su tiempo como sagaz previsor de las necesidades de la Iglesia, instituyó prácticas y métodos entonces desconocidos, y que son hoy normas corrientes de formación de nuestros mejores seminarios.

Durante los veintidós años que duró su episcopado no dejó un solo día de seguir con vigilante y escrutadora mirada, con los más asiduos cuidados y desvelos, la educación de sus queridos seminaristas, a los que amaba como a las niñetas de sus ojos. Era un padre, y como tal deseaba estar junto a sus hijos. Con ellos convivió los últimos años de su vida, preocupándose personalmente por cada uno, formándoles con su ejemplo, su consejo y sus exhortaciones. Legando su herencia al seminario, quiso perpetuar su influjo benéfico hasta después de su muerte.

Al par que la santidad, exigió siempre de su clero la ciencia, mostrándose inflexible en el examen obligatorio para todos los sacerdotes antes de conferirles la cura de almas o la facultad de oír confesiones.

Diligentísimo en el cumplimiento de todos sus deberes de obispo, no perdonó sacrificio ni molestia cuando se trataba de la gloria de Dios o de la salvación de las almas. Precedido

por la fama de su santidad, su presencia se consideraba como una gracia especial de Dios, y, bajo el influjo de aquella vida sobrenatural, que no podía ocultar su humildad, se entregó sin reservas a la reforma y saneamiento moral de sus diocesanos, consiguiendo una profunda transformación religiosa.

Experimentado misionero, se sirvió con profusión del ministerio de la palabra para enseñar a sus diocesanos el conocimiento de la religión, convencido de ser éste el único fundamento para conseguir que la práctica religiosa fuese sólida y constante. Contra el parecer e inercia de muchos, restableció la enseñanza de la doctrina cristiana a los niños y al pueblo. Procuró ante todo el aumento numérico de asistencia, perfeccionó los maestros y hasta reeditó el catecismo, adaptándolo a las necesidades del tiempo e individuos.

Personalmente llevó la instrucción de la juventud que frecuentaba el liceo y la Universidad de Macerata, predicándoles todos los domingos.

Confiando en que «Dios no es pobre» y convencido de que los pobres eran los verdaderos «dueños» y sus «acreedores», la generosidad de San Vicente María Strambi rayó frecuentemente en el heroísmo más sublime y desinteresado.

Vivía en extrema pobreza con el fin de economizar para los indigentes. Sus manos eran un canal que nada retenían. Se reconocía en él una gracia especial para pedir, que supo utilizar para alivio de los necesitados. Con frecuencia se hizo mendigo por amor de Cristo, llamando a las puertas de sus potentados amigos de Milán y de Roma, incluido el romano pontífice. Estará para abandonar definitivamente la diócesis camino de Roma, y dará en limosna el anillo episcopal, que era lo único que le quedaba.

En estas acciones caritativas era dominado por dos sentimientos diametralmente opuestos: extraordinario amor a la pobreza y un deseo vivísimo de poseer. El aparente contraste se reducía a perfecta unidad en el amor a los pobres, en quienes veía a Jesucristo. En las largas horas de oración a los pies del crucifijo, consiguió descubrir las sublimes e inefables relaciones que existen entre el Cuerpo real de Jesucristo y su Cuerpo místico que es la Iglesia, entre el divino Paciente que agoniza en la cruz y sus miembros que sufren en los pobres.

Durante su vida religiosa, la voz del vicario de Cristo fue para San Vicente María Strambi la voz de Dios, y cuando los sucesores de Pedro le transmitieron su voluntad, el misionero pasionista cumplió los encargos con afectuosa y diligente sumisión filial.

Aceptado el obispado por directa intervención de Pío VII, que confesó hacerlo por inspiración divina, consideró como superior inmediato al romano pontífice. El respeto, amor y obediencia de San Vicente María Strambi al papa es una de las notas más características de su santidad.

Su fe inquebrantable en la Cátedra de Pedro le hacía considerar al Santo Padre como el centro de la autoridad, el padre común de todos los fieles, el oráculo de la verdad. A toda orden del papa, mejor, a la más mínima manifestación de su voluntad, San Vicente María Strambi repetía con fe viva y amor ardiente: «Voluntad de Dios». A tal grado llegó esta obediencia, que, invitado por obispos y cardenales a predicar las misiones en sus diócesis, exigía antes de aceptar el consentimiento expreso del romano pontífice.

Sin miramientos humanos salía en defensa del vicario de Cristo, y el general francés Lemarois se vio contradicho enérgicamente por el santo obispo, admirando los demás oficiales tan intrépida fortaleza.

La convicción que tenía del primado de San Pedro le hacía hablar con tanta elocuencia, que causaba maravilla a sus auditores, mereciendo ser calificados estos discursos entre las mejores piezas oratorias del Santo.

Las circunstancias por donde le tocó atravesar le dieron ocasión de probar, con la heroicidad de los hechos, los sentimientos que albergaba en su corazón. Su amor a la Iglesia y al papa debían pasar por el crisol de la prueba, dándonos la oportunidad de conocer su profundidad y su extraordinaria grandeza.

Como consecuencia de la conquista del Estado pontificio por las huestes napoleónicas en 1808, San Vicente María Strambi se vio condenado al destierro por no consentir en el juramento que se pretendía imponer a los obispos. Prefirió obedecer al Santo Padre antes que mancillar su alma con semejante cobardía. Intrépido defensor de los derechos del papa y de la

Iglesia, se vio arrancado violentamente de su amado pueblo, que le despidió con lágrimas en los ojos, testimoniando con ello el afecto con que era circundado.

Durante los seis años que se vio relegado en Milán a forzado e involuntario reposo, ocupó su tiempo en obras de caridad. Pero sobre todo, como otro Moisés, no cesó de levantar los brazos y los ojos al cielo en continua oración para que Dios se apiadase de su esposa la Iglesia. Con el corazón desgarrado por los sufrimientos del supremo pastor Pío VII, al que veneraba como a un santo, le seguirá en todas las estaciones de su vía crucis, buscando ocasión de hacerle menos dolorosos aquellos días de persecución.

El poder consolar con sus cartas al «dulce Cristo en la tierra» y socorrer con subsidios pecuniarios al prisionero de Savona fue para San Vicente María Strambi, más bien que un simple acto de caridad, el cumplimiento de un acto de religión.

Lejos de los suyos corporalmente, siguió gobernando sus diócesis por medio de los vicarios generales, con los que se mantuvo en continuo contacto.

Volvió a Macerata en 1814; pero haciéndole ver su humildad que era incapaz para el gobierno de su grey, en 1823 insistió en la renuncia. León XII la aceptaba con la condición de que transcurriera los últimos días a su lado. En los planes de la divina Providencia, el mismo vicario de Cristo había escogido la víctima que se inmolaría por él, por el Santo Padre, para que la santa Iglesia no quedase en momentos tan borrascosos sin el capitán que la gobernase.

Y San Vicente María Strambi, como lo había hecho durante toda su existencia, apenas comprendió lo que Dios le pedía, se ofreció con la generosidad de un hijo, que entonces se siente profundamente feliz cuando puede dar hasta la propia vida por su amado padre.

PAULINO ALONSO BLANCO DE LA DOLOROSA, CP

Bibliografía

CENTO, F., *San Vincenzo Maria Strambi* (Turín 1950).

CARLOS DE LA INMACULADA, CP, *Por la Iglesia y por el Papa. Perfil biográfico de San Vicente María Strambi* (Bilbao 1950).

IGNACIO DEL COSTATO DI GESU, CP, *Vita del Venerabile Servo di Dio Monsignor Vincenzo Maria Strambi* (Roma 1844).
JOACHIN, CP, *Saint Vincent-Marie Strambi* (Mérignac 1950)
LORENZO DI MARIA AUSILIATRICE, CP, *Vita del Ven. Vincenzo Strambi* (Roma 1889).
LOUIS-TH. DE JESUS AGONISANT, CP, *Vie du Vénérable Vincent Marie Strambi* (1893).
STANISLAO DELL'ADDOLORATA, CP, *Vita di S Vincenzo Maria Strambi* (Roma 1949)

SANTA ZEDISLAVA DE LEMBERK

Madre de familia († 1252)

Zdislava o Zedislava es una madre de familia de la Edad Media, en pleno siglo XIII, que, sin embargo de hacer ya siete siglos de su tránsito, no ha llegado a la canonización hasta el 21 de mayo de 1995, en que el papa Juan Pablo II, en su viaje apostólico a Bohemia, la colocaba en el catálogo de los santos en la ciudad de Olomuc.

Fue una mujer —dice el mismo Papa— a quien pueden aplicarse con toda justicia los elogios que la Sagrada Escritura dirige a la mujer fuerte, pues adornada de fortaleza y esplendor espiritual, sus hijos la llamaron bienaventurada y toda la comunidad alabó complacida la multitud de sus limosnas.

Nació en Moravia, en la localidad de Krizanov, en la frontera entre Bohemia y Moravia, hacia el año 1220. Su vida sería breve pero intensa, con la intensidad de quien sirve al Señor con entrega y fidelidad. Eran sus padres Privislavo Berka y Sibila de Wittelbasch, un matrimonio adinerado que ocupaba relevante lugar en la sociedad de su tiempo. El padre era militar y señor posteriormente de Brno. Tenía la confianza del rey Wenceslao I, que lo nombró su procurador en Moravia. La madre, Sibila, era natural de Sicilia y había venido a Bohemia como dama de la reina Cunegunda, hija de Felipe Hohenstauffen y esposa de Wenceslao I. La dama de la reina fue dada en matrimonio a Privislavo y ambos formaron un hogar sinceramente cristiano. La piedad de Privislavo era tal que se comentaba de él que por fuera era un caballero militar pero que por dentro era un monje. El interés de ambos por la religión les llevó a fundar el convento de los religiosos franciscanos en Brno, y posteriormente fundaron otro convento, la abadía cisterciense de Zdar Nad Sazavou. Al lado de estos dos conventos, cuyas fundacio-

nes supusieron una generosa donación de bienes, ambos esposos practicaban multitud de obras de religión y de caridad. Las fuentes antiguas llaman a Sibila «devota sierva de Jesucristo». Era, por tanto, muy favorable a una educación cristiana el clima que al abrir los ojos encontró Zdislava, primera hija del matrimonio, en su hogar. Muy particularmente aprendió de sus padres la tierna devoción a la Virgen María que la acompañará siempre.

Zdislava fue la mayor de cinco hijos, con los que Dios bendijo el matrimonio, y su infancia estuvo enmarcada en el dicho clima de piedad y amor mutuo que reinaba en su hogar, al cual la niña Zdislava se mostró siempre receptiva. Creció en ese clima sin incidencias peculiares, y se hizo una joven casadera, a la que sus padres procuraron buscarle un conveniente matrimonio.

Tenía Zdislava unos veinte años, es decir, era el año 1240 más o menos, cuando sus padres le anunciaron que le habían buscado como esposo a un joven caballero digno de ella. El elegido era Galo de Lemberk. Se trataba, igual que su padre, de un caballero de la corte de Wenceslao I, un caballero fidelísimo al monarca y a quien éste honraba con su confianza. Era señor de una tierra en la Bohemia oriental. La joven, educada en la obediencia a los padres, dio su consentimiento al matrimonio, y, celebrado éste, marchó al castillo de Jablonné, que era como la capital de los estados de su esposo, donde se dispuso a ser una esposa ejemplar por el cumplimiento escrupuloso de todos sus deberes.

El matrimonio vivió en unidad de sentimientos, tanto en lo que se refiere a las relaciones personales de amor mutuo como a las obras de caridad y religión. Galo disfrutaba de una envidiable posición social, toda vez que se contaba con él para todos los asuntos públicos del reino. Era consultado y escuchado y sus opiniones tenían un peso específico. Se ha dicho de él que era duro de carácter y altanero, pero su esposa supo dulcificar estas cualidades. Zdislava tuvo cuatro hijos, a cuya educación cristiana se dedicó con plena responsabilidad de madre. Uno de sus hijos, Galo, murió joven, y solamente conservamos el nombre de una de sus hijas, llamada Margarita.

Zdislava se dispuso a recorrer con paso firme la senda de la perfección cristiana, y lo hizo en la órbita de la espiritualidad de

la Orden dominicana, y así, con este hábito, la representa su más antigua iconografía. Esta espiritualidad la llevaba a una vida de intensa oración, siendo asidua a las celebraciones litúrgicas y a las largas horas de plegaria personal.

Pero lo que más llamó la atención de sus contemporáneos fue la caridad inmensa de la joven señora con todos los desgraciados. Éstos aprendieron muy pronto el camino del castillo, pues en él hallaban no una limosna o un socorro anónimo sino a la propia Zdislava dispuesta siempre a atenderles y socorrerles. Ya podían ser pobres mendigos, o enfermos que arrastraban sus miserias o incluso leprosos, tenían la mejor acogida en el corazón de Zdislava. Ella les daba de comer, les curaba personalmente las llagas, sin que la lepra la echara atrás en la prestación de sus servicios. No faltó quien le dijera lo peligroso que era para su propia salud el tratar tan de cerca enfermos contagiosos. La advertencia no sirvió de mucho, pues la caridad de Zdislava le hacía olvidarse de sí misma para solamente pensar en el socorro de los desgraciados.

Y no se limitaba a socorrer a quienes acudían a su castillo. También iba a las casas de los que no podían acudir a ella y dejaba por los más necesitados hogares la estela de su confortadora presencia y de su generosa caridad.

El pueblo no podía ver con indiferencia esta conducta evangélica de Zdislava. Su nombre era bendecido en todas partes y comenzó a correr el rumor de que Dios hacía milagros por las manos de Zdislava.

Aunque la crítica moderna ha tenido que cribar las leyendas surgidas en torno a su figura en los siglos posteriores, parece que puede afirmarse con seguridad que varios hechos portentosos atribuidos a Zdislava tienen buenos testigos a su favor. Así la resurrección de nada menos que de cinco muertos, lo que producía una admiración sin límites hacia la santa señora, y asimismo la curación de varios ciegos, cojos y leprosos, que recibían de las manos de Zdislava no solamente el obsequio de sus ayudas materiales sino incluso la plena salud. Estos ciegos, cojos y leprosos curados por ella eran sus predicadores en medio del pueblo, y quienes los habían conocido cargando con sus enfermedades no podían ahora, aunque hubieran querido, des-

mentirlos. Y otros muchos enfermos afirmaban haberse aliviado o curado por la oración y las manos de Zdislava.

Ni se limitaba al alivio de la pobreza o de la necesidad. Defensora de la justicia, intercedía eficazmente por los oprimidos por cualquier injusticia que acudían a ella en busca de protección, y hacía valer su alta posición social para sacarlos de la opresión que sufrían. Bajaba a las cárceles a llevar a los presos un mensaje de consuelo, preocupándose por el estado de las causas que se seguían contra ellos y proporcionándoles alimentos y medicinas.

Atendía también solícitamente a los peregrinos que pasaban por su ciudad, bien camino de Oriente a fin de visitar la Tierra Santa, bien camino de Occidente para venerar los sepulcros apostólicos de Roma o Compostela. Zdislava los atendía con amor y les prestaba el socorro oportuno que su caridad le dictaba. Creó un hospicio para peregrinos, donde éstos podían gratuitamente acogerse, y al que ella misma acudía muchas veces sirviéndoles la comida con humildad admirable.

Acogía también con amor a cuantos llegaban a su ciudad huyendo de las tierras por las que las incursiones de los mongoles sembraban el pánico y la muerte. En resumen, habría que decir que no hubo obra de misericordia que no practicase con celo religioso y entrega generosa.

Para entonces la Orden de Predicadores era aún joven, pues Santo Domingo de Guzmán había muerto en 1221, pero ya en vida del fundador la Orden se había esparcido por Europa. Ya hemos dicho cómo Zdislava seguía esta espiritualidad. Y ello se comprobó más cuando junto con su esposo procedió a la fundación de dos conventos de dominicos, uno en Jablonné y otro en Turnov. La joven dama pretendía con estos nuevos centros religiosos algo que llevaba muy dentro de sus preocupaciones: la evangelización y formación cristiana del pueblo sencillo, a quien se dirigía la predicación de los dominicos, una predicación adornada del celo apostólico más sincero y que tenía como objeto el mensaje integral del evangelio. Ambos conventos respondieron a los deseos de Zdislava, cuyo esposo proporcionó los recursos necesarios para ambas instituciones pues compartía los ideales religiosos de su santa esposa. Se contó con la pre-

sencia de San Ceslao para este establecimiento de los dominicos y se dice que fue él quien dio a Zdislava el ingreso en la Orden Tercera.

Llevaba solamente doce años de casada cuando el Señor la llamó a su seno. El año 1252 en su comienzo fue para ella el día del encuentro definitivo con Dios. En su muerte la atendieron espiritualmente los religiosos dominicos. Llorada no solamente por sus familiares sino por todo el pueblo, singularmente por los pobres y por su esposo e hijos que tan tiernamente la amaban, se dispuso que fuera la iglesia dominicana de Jablonné el lugar de su sepultura. Y su tumba se convirtió enseguida en objeto de las plegarias confiadas del pueblo, que empezó a decir que hallaba en su tumba las mismas ayudas en las necesidades que en su persona había hallado en vida. Comenzó a ser llamada bienaventurada y santa, su figura comenzó a ser pintada, y las lámparas votivas y los exvotos comenzaron a adornar su tumba y hacerse general la opinión del pueblo fiel de que Zdislava había sido una verdadera santa.

En este clima de culto popular, antes de los decretos de Urbano VIII, ya en 1602 fue considerada oficialmente como uno de los santos patronos del país.

Por fin, a finales del siglo XIX, se abrió un proceso canónico dirigido a la confirmación del culto inmemorial que se le tributaba, confirmación que otorgó finalmente el papa San Pío X el 28 de agosto del año 1907.

Pero esta confirmación no colmaba las aspiraciones de los muchos devotos de Zdislava, que querían ver reconocidas sus virtudes heroicas y colocado su nombre en el catálogo de los santos. Y este deseo se hizo más perentorio luego de que el papa Pablo VI dirigiera en 1971 una carta al episcopado del país en la que elogiaba grandemente la figura de Zdislava, como ejemplo de vida familiar y de fidelidad conyugal, consagrada a la fe y al evangelio, benéfica para los ciudadanos y, sobre todo, los pobres de su país, muy amada de Dios, a cuyo solo servicio había dedicado su vida.

A petición de los obispos de Bohemia y Moravia y de la Orden de Predicadores se abrió el proceso que estudió sus virtudes, las cuales fueron declaradas heroicas el 2 de julio de

1994. Un año más tarde, el 6 de abril el papa aprobaba el milagro obrado por su intercesión y podía proceder a canonizarla.

Una mujer seglar, casada y con hijos, en medio del mundo, en mitad de la clase dirigente del siglo XIII en el corazón de Europa, y que vivió con radicalidad el evangelio de Jesucristo.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 87 (1995) 1073-1076.
Bibliotheca sanctorum, t.XII cols.1460-1461.
REPETTO BETES, J. L., *Mil años de santidad seglar* (BAC, 2002) 44-45.
TAURISANO, I., *La Beata Zedislava dei Berka* (Florencia 1909).

BEATO SEGISMUNDO GORAZDOWSKI

Presbítero († 1920)

Segismundo Gorazdowski nació en Sanok (Polonia) el 1 de noviembre de 1845. Su familia había poseído muchas tierras, pero se vieron en la pobreza. Los primeros meses de su vida los pasó en casa de su abuela materna Lazowska, salvándose milagrosamente de la muerte durante la invasión enemiga que sufrió Polonia en aquel año. Desde pequeño sufrió la tuberculosis, que por entonces era incurable. Terminó sus estudios primarios y secundarios en Przemysl donde entonces vivía su familia y donde su padre regentaba una imprenta y una tienda. De él aprendió los principios patrióticos y sociales, y le despertó desde niño una aguda sensibilidad para el dolor de los pobres y desamparados.

En 1863 se fugó de la escuela secundaria para participar en la Insurrección Nacional de Enero contra los rusos que habían invadido Polonia. Tras la derrota volvió al hogar paterno a terminar sus estudios de bachillerato. Comenzó la carrera de derecho en la universidad del Rey Jan Kazimierz de Lvov (Rusia) con la idea de hacerse abogado. Interrumpió sus estudios e ingresó en el seminario de Lvov en 1866. Después de acabar la teología, la enfermedad de los pulmones se agravó, por lo que estuvo en peligro de perder la vida. Estuvo en tratamiento intensivo durante dos años, lo que le retrasó la ordenación sacer-

dotal. Por fin fue ordenado sacerdote el 27 de julio de 1871 en la catedral de Lvov, desarrollando con entusiasmo sus primeras labores pastorales como vicario y catequista. Los primeros seis años desempeñó su ministerio en Tartakow, Wojnilow, Bukaczowka, Grodek Jagiellonski y Zydaczow. El papa Juan Pablo II en su beatificación en Lvov el 26 de junio del 2001, declaró ser el padre Gorazdowski una «auténtica perla del clero latino». Y para demostrarlo empezó haciéndose eco de su celo por los pobres desde el comienzo de su ministerio:

> «Su extraordinaria caridad lo llevó a *dedicarse sin cesar a los pobres,* a pesar de sus precarias condiciones de salud. La figura del joven sacerdote, que, olvidándose del grave peligro de contagio, visitaba a los enfermos de Wojnilow y amortajaba los cuerpos de los muertos de cólera, quedó grabada en la memoria de sus contemporáneos como testimonio vivo del amor misericordioso del Salvador».

En esta época ya despertaba tanto entusiasmo su ardiente caridad que no sólo era apreciado de los católicos, sino que incluso los mismos judíos besaban sus ropas repitiendo con convicción «es un hombre santo». Se ganaba a todo el mundo por su naturalidad y sensibilidad para las necesidades del prójimo.

Consciente de la falta de formación cristiana de los niños, preparó para ellos el *Catecismo para las escuelas rurales,* que fue recomendado en la diócesis de Przemysl como el manual más indicado para la enseñanza de la religión y uno de los mejores de su tiempo, teniendo ocho ediciones. Para los jóvenes escribió el *Vademecum* de principios morales, y para los padres y educadores los *Principios y normas de educación.* Apoyó la fundación de escuelas, convencido de que el progreso cultural lleva consigo el progreso moral. También se ocupó de que los alumnos pobres del Seminario de Profesores tuviesen un internado. Para ayudar a los sacerdotes en su ministerio fundó la Asociación «Bonus Pastor».

En 1877 fue trasladado a Lvov. Sus iniciativas no se limitaron a la enseñanza, sino que, en calidad de párroco de San Nicolás, donde trabajó cerca de 40 años, promovió numerosas obras de caridad. Actividad caritativa que maravilla porque no dejó campo por atender en las necesidades de su entorno. Tal era su ardor sacerdotal y caritativo, especialmente por los más necesitados, para los que no cesaba de buscar la solución de to-

dos sus problemas. Para los sin techo y vagabundos organizó la Casa del trabajo; para los enfermos incurables, los minusválidos y los ancianos que no tenían un rincón para morir en paz construyó la Casa de San José; para los niños abandonados abrió el Asilo del Niño Jesús, donde por primera vez en el país encontraban un hogar. Pero no contentándose con esto fundó también una Sociedad de cuidado de los niños recién nacidos que se ocupaba de las madres pobres que salían con sus niños de la maternidad de Lvov. En el Asilo del Niño Jesús las mujeres con niños pequeños a su cargo encontraban gratuitamente cobijo, alimentación, ayuda espiritual y a la vez ayuda en su reinserción social. Estos niños cuando cumplían un año de vida eran enviados, a cargo del Asilo, a las familias sustitutivas en zonas rurales. Se quedaban allí hasta que cumplían seis años y, cuando eso era posible, para siempre. En caso contrario se les enviaba a centros de educación. Este sistema podía funcionar solamente gracias al padre Gorazdowski, quien no paraba de buscar benefactores consiguiendo los medios de manutención imprescindibles. Impulsó la obra Amigos de San Vicente de Paúl, fundó la Sociedad de la Beata Salomé para la protección de las viudas pobres, y para las muchachas que se dedicaban al trabajo de coser organizó la Sociedad de mujeres trabajadoras.

Con el fin de ayudar a las personas que colaboraban con él en todas estas actividades caritativas, llamó a algunas terciarias franciscanas de Ternopol (Ucrania), confiándolas en 1882 la dirección de la Casa del trabajo y después también la Cocina popular. Las terciarias, popularmente conocidas como Pequeñas hermanas de los pobres, se pusieron bajo la guía de la madre María Morawska de la Cruz, superiora de las Franciscanas del Santísimo Sacramento de Lvov, con el fin de que recibieran una formación religiosa conforme a las normas canónicas. El 7 de febrero de 1884 tuvo lugar la primera vestición religiosa, que señala la fecha de fundación de la Congregación de las Hermanas de San José. El P. Gorazdowski se valió para su fundación y consolidación de Salomé Danek, considerada cofundadora. Infundió su espíritu en la Congregación enseñándolas a «fundar la actividad apostólica en una intensa vida de oración», como les recordaba Juan Pablo II en su beatificación.

A la muerte del fundador, 1 de enero de 1920, la Congregación, que sigue la regla de la Tercera Orden de San Francisco, dirigía 16 centros asistenciales. En 1922 se agregó a la Orden de los Hermanos Menores Capuchinos. Hoy día está extendida por ocho países, siendo 50 sus casas y 425 las hermanas que la componen (1986). Siguiendo la línea del carisma del fundador, dirige diversos centros educativos y catequísticos, además de prestar múltiples servicios a los enfermos.

Desarrollando la actividad caritativa el padre Gorazdowski también intentaba ordenar e imprimir carácter coordinado a su obra. Por su iniciativa fue creada en Lvov la Unión de Sociedades Católicas de Caridad, de la que fue vicepresidente. A medida del crecimiento de su Congregación, el padre Gorazdowski fundaba asimismo filiales en distintas ciudades de Galicia (provincia polaca), tales como Socal, Krosno, Kalisz, Czortkowo, Dolina, y Tarnow.

Como párroco de la parroquia de San Nicolás en Lvov también desarrollaba actividad caritativa por su cuenta. Su parroquia estuvo siempre abierta para los pobres de Lvov. Los mendigos de toda la ciudad llegaban allí porque sabían que «el cura de los pobres» no les echaría a pesar de que él mismo vivía con suma austeridad. Comía lo imprescindible. Solamente durante el desayuno en el día de su santo se permitía «el lujo» de tomar panecillos y café. Llevaba ropa interior, sotana y abrigo viejos y deteriorados. Las Hermanas de San José intentaban cuidar a su fundador, pero pronto repartía entre los pobres la ropa nueva que recibía de las Hermanas. El secreto de que nunca le faltara nada residía para él en la paradoja que conocen bien aquellos que han ejercido la caridad heroica con los pobres: «Cuando me falta dinero —dijo a un periodista— doy limosnas más generosas a los pobres».

Pero es bien sabido que tal abandono en la Providencia no es posible sin una intensa vida espiritual. Mas directamente podía percibirse ese aprecio de la gracia divina cuando se acudía al padre Gorazdowski a cualquier hora del día o de la noche y siempre se le hallaba dispuesto a confesar a un penitente. Y lo que es más admirable, iba en busca de los pecadores más empedernidos animándoles a recibir el sacramento de la reconciliación.

Obra suya fue la moderna escuela polaco-alemana de San José, para la que consiguió la colaboración imprescindible de los Hermanos de las Escuelas Cristianas.

Y como no había campo apostólico que no fuera roturado por su celo misionero, también se embarcó en un ambicioso proyecto editorial para publicar un periódico llamado *Diario.* Pretendía con ello dar alas a la predicación del Evangelio, pues según él «la religión y la moralidad católica no las salvarán solamente las homilías en las iglesias». Pero su socio le engañó y tuvo que retirarse de este empeño.

Para que sus trabajos fueran aquilatados con el sufrimiento, sus ojos se resintieron de tal manera, que estaba a punto de perder la vista si no se cuidaba. Dejó, pues, su parroquia y los cargos que desempeñaba y poco antes de la Primera Guerra Mundial se retiró a una de las casas de las Religiosas de San José. Con su vigilancia sobre las obras por él fundadas se pudieron evitar muchos peligros en aquella época tan difícil.

El 1 de enero de 1920 moría en la estima popular de su santidad y ha permanecido en el recuerdo de sucesivas generaciones como el «Padre de los pobres y sacerdote de los sin techo».

JOSÉ IGNACIO GONZÁLEZ VILLANUEVA, OSB

Bibliografía

KOPROWSKI, M. A., *Lwowski «Ksiadz Dziadow».*

NOWOROLSKA, B., «Gorazdowski, Zygmunt», en G. PELLICA-G. ROCCA (eds.), *Dizionario degli istituti di perfezione,* IV (Roma 1997) col.1381.

— «San Giuseppe del Terz'ordine di San Francesco, Suore di», en ibid., cols.577-578.

— «Segismundo Gorazdowski sacerdote de la archidiócesis de Lvov de los latinos y fundador de la congregación de las Religiosas de San José»: *L'Osservatore Romano* (ed. en español) (27-6-2001) 12.

— «Iconos vivos del buen Pastor. Homilía durante la santa misa en rito latino con beatificación de dos siervos de Dios, en Lvov, martes 26 de junio»: ibid., 7-8.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN FULGENCIO DE RUSPE

Obispo († 533)

Nacido en Telepte (norte de África) hacia el 468 en el seno de una familia senatorial, recibió por ello una excelente educación clásica. Aunque se le abrían buenas perspectivas en el mundo, optó por la vida monástica. Pero el año 507 fue llamado a ser obispo de Ruspe. Fue un obispo celoso, opuesto tenazmente al arrianismo y decidido a dar a su grey la sana doctrina, para lo cual no solamente predicaba sino también escribía.

Por dos veces hubo de dejar su sede para ir al destierro. Primero, cuando tras la invasión de los vándalos, él y otros obispos católicos hubieron de abandonar África para marchar a Cerdeña. El año 515 el rey Trasimundo lo mandó llamar para que tomara parte en una discusión con los obispos arrianos, discusión que Fulgencio llevó a cabo con sabiduría y habilidad, alcanzando un gran crédito. Esto le valió un nuevo destierro el año 518, no volviendo a su sede hasta el año 523. Luego de apacentar con gran celo el rebaño del Señor, hubiera él querido dimitir del episcopado y pasar sus últimos años en un monasterio, pero los ruegos de los fieles le impidieron su propósito. Murió el 1 de enero del año 533.

SAN ODILÓN

Abad de Cluny († 1048)

Nació en Auvergne hacia el año 962 y en su juventud ingresó en el monasterio de Cluny, donde se acreditó por sus cualidades y virtudes, siendo elegido abad del mismo a la muerte de San Mayolo el año 994. Estuvo al frente de la gran abadía por espacio de cincuenta y cinco años hasta su muerte el 1 de enero del año 1048.

Durante este largo período Odilón consolidó Cluny como una gran casa madre de otras abadías o monasterios, cuya dependencia respecto a Cluny se fue haciendo más estrecha. Procuró igualmente que las relaciones de Cluny con el papado y el

imperio fueran máximas, y para ello estuvo de visita en Roma varias veces y tuvo excelentes relaciones con el emperador San Enrique II, el cual visitó la abadía y recibió como presente una hermosa corona.

Se preocupó por hacer nuevas y magníficas construcciones en Cluny, tales como el claustro y la iglesia. Pero esta magnificencia en las construcciones no quitó que el abad Odilón fuera sumamente generoso con los pobres a los que socorrió tanto que a algunos les pareció excesiva su generosidad. Sostuvo cuanto pudo las llamadas treguas de Dios, que al suspender las hostilidades por un tiempo dejaban un respiro para las actividades sociales y económicas y eran una llamada a la religiosidad y la paz.

Odilón es notable por haber introducido la Conmemoración de los Fieles Difuntos el día 2 de noviembre, conmemoración que de la liturgia cluniacense pasó luego a la romana.

BEATOS JUAN Y RENATO LEGO

Presbíteros y mártires († 1794)

Juan Bautista Lego o Legault era capellán prebendado de la catedral de Angers y tenía un hermano sacerdote llamado Renato Mateo Agustín. Ambos fueron invitados repetidamente a jurar la constitución civil del clero. Pero ellos rehusaron por fidelidad a la Iglesia y a su propia conciencia. Posteriormente se les pidió que hicieran el juramente llamado de Libertad-Igualdad, que también rehusaron. Llegado el tiempo llamado del Terror fueron encarcelados y posteriormente juzgados y condenados a muerte como traidores a la República, siendo llevados a la plaza y en ella guillotinados. Era el 1 de enero de 1794. Fueron beatificados el 19 de febrero de 1984.

BEATO MARIANO KONOPINSKI

Presbítero y mártir († 1943)

Nació en Kluczewo el 10 de septiembre de 1909, hijo de Valente y Verónica. A los 19 años decide su vocación sacerdotal e

ingresa en el seminario de Gniezno y se ordena sacerdote el 12 de junio de 1932. Ejercita su ministerio como coadjutor y como encargado de la catequesis en la parroquia de Ostreszow y luego pasa a Pozanan, donde estudia ciencias sociales en la Universidad, siendo asignado en 1938 como vicario de la parroquia de San Miguel de dicha población.

Cuando llega la guerra mundial es arrestado y pasa al campo de prisioneros de Hamburgo y en mayo de 1941 es llevado al campo de Dachau. Persona de noble condición y buen carácter, que demostró un gran celo apostólico en sus años de ministerio pastoral, aceptó la prisión con paciencia cristiana y dio a sus compañeros de cautiverio magnífico ejemplo de fortaleza espiritual.

Su martirio consistió en que fue utilizado como «conejillo de Indias» humano para experimentos médicos que se hacían en el campo de exterminio, y de uno de esos experimentos le advino un flemón que le llevó a la muerte el 1 de enero de 1943.

El papa Juan Pablo II lo beatificó como mártir el 13 de junio de 1999.

2 de enero

A) Martirologio

1. La memoria de los santos Basilio Magno († 379) y Gregorio Nacianceno († 390), obispos y doctores de la Iglesia **.
2. En Roma, San Telesforo († 136), papa y mártir *.
3. En Tomis del Ponto, los santos Argeo, Narciso y Marcelino (s. IV), mártires.
4. En Marsella, San Teodoro († 594), que por defender la disciplina eclesiástica padeció varios destierros.
5. En Bobbio (Emilia), San Bladulfo († 630), presbítero y monje, discípulo de San Columbano.
6. En Milán, San Juan el Bueno († 660), obispo, que devolvió la sede a Milán tras el exilio en Génova.
7. En Tulle (Aquitania), San Vicenciano († 672), ermitaño.
8. En Limerick (Irlanda), San Mainchino o Munchin (s. VII), obispo.
9. En el monasterio de Corbie, San Adalhardo († 826), abad.

10. En Maurienne (Saboya), San Airaldo († 1146), obispo, y anteriormente monje cartujo *.

11. En Troina (Sicilia), San Silvestre, abad, de la Orden de San Basilio (s. XII).

12. En Forli (Emilia), Beato Marcolino Amanno († 1397), presbítero y religioso dominico *.

13. En Soncino (Lombardía), Beata Estefanía Quinzani († 1530), virgen, terciaria dominica, insigne por su contemplación de la Pasión del Señor y su dedicación a la enseñanza de las jóvenes *.

14. En Angers, los beatos Guillermo Repin y Lorenzo Bâtard, presbíteros y mártires, que se negaron a jurar la constitución civil del clero († 1794) *.

15. En Lachine (Canadá), Beata María Ana Sureau Blondin († 1890), virgen, fundadora de la Congregación de Hermanas de Santa Ana **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN BASILIO MAGNO Y SAN GREGORIO NACIANCENO

Obispos y doctores de la Iglesia († 379 y † 390)

La Iglesia los celebra ahora unidos en la misma festividad. Un hecho que consagra la amistad de dos figuras cumbres de la Iglesia Oriental, Padres de toda la Iglesia. No se trata de una apreciación moderna sino que ellos mismos, además de vivirlo, lo afirmaron ya en su tiempo. Basta leer los *Sermones* de San Gregorio, como el 43 que dedica a San Basilio Magno:

> «Atenas se había apoderado de nosotros como la corriente de un mismo río, que desde el manantial patrio nos había dispersado por las diversas regiones del saber, arrastrados por el afán de aprender, y que, de nuevo, como si nos hubiésemos puesto de acuerdo, volvió a unirnos, sin duda porque así lo dispuso Dios [...] Con el paso del tiempo nos confesamos mutuamente nuestras ilusiones [...] Nos movía un mismo deseo de saber [...] Cada uno de nosotros consideraba la gloria del otro como propia [...] Parecía que teníamos una misma alma que sustentaba dos cuerpos [...] Una sola tarea y afán había para ambos y era la virtud, así como vivir para las esperanzas futuras y comportarnos de tal modo que, aun antes de haber partido de esta vida, hubiésemos emigrado ya de ella».

Merecería la pena haber copiado íntegro este sermón, que leen los sacerdotes en el rezo dedicado a los dos Santos. Nos parece uno de los monumentos oratorios más selectos pronunciados en honor de la amistad. Basten estas palabras para comprender la determinación de la Iglesia al unirlos en la misma solemnidad. Podría decirse que en el 2 de enero se celebra la fiesta de la amistad.

San Basilio Magno

Nació en Cesarea de Capadocia, actual Turquía, probablemente el año 330, donde también muere el 1 de enero del 379. La coincidencia regional con San Gregorio, hace que se les conozca con el nombre de «capadocios». Su padre, llamado también Basilio, era un célebre abogado y profesor de retórica. Su madre, Enmelia o Emelia, era hija de la mártir Macrina. Tuvieron diez hijos. Ambas mujeres son veneradas como santas además de otra hija, Macrina la Menor. Santos y hermanos suyos fueron San Gregorio Niseno y San Pedro de Sebaste. Un verdadero semillero de santos.

Basilio estudió retórica y filosofía en Cesarea, donde conoció por primera vez al que luego sería San Gregorio Nacianceno. Pasó después a Constantinopla y más tarde a Atenas, coincidiendo nuevamente con San Gregorio y fraguándose la amistad que iba a durar toda la vida, ya que se identificaban en aspiraciones e ideales. Frecuentaron las clases del pagano Imerio y el cristiano Proeresio. Basilio supo asimilar a la perfección lo que había de positivo en sus maestros porque Atenas entonces era ya un laberinto de filosofías y enseñanzas dispares. Después de cinco años, hacia el 356, vuelve a su patria, donde ejerce la carrera de retórico, siempre al lado de su madre, ya viuda, y de su hermana Macrina, que dejarían profunda huella en su espíritu.

Pronto recibe el bautismo de manos de Dianios, obispo de Cesarea. Tenía veintiséis años. Con el fervor inicial de la fe abrazada emprende un viaje por Egipto, Palestina, Siria y Mesopotamia, ansioso de conocer la vida ascética practicada entonces por abundantes y famosos anacoretas. Entusiasmado por la ejemplaridad que había visitado, él mismo —año 358— busca

la soledad en Annesi, junto a las orillas del Iris, en el Ponto, no lejos de Neocesarea. Su ejemplo arrastra una legión de imitadores, que obliga a crear otros monasterios en la misma región del Ponto. Su inspirador fue Eustato, obispo de Sebaste, en Armenia, iniciador del monacato en Asia.

Entre los que llegan se va a encontrar otra vez su amigo Gregorio. Aprovechan esta circunstancia para preparar entre los dos la *Philocalia,* una antología de las obras de Orígenes. San Basilio por su parte escribe aquí sus *Moralia* y sus dos *Reglas.*

El año 360 le vemos fuera del monasterio trabajando al lado de los obispos. A Eustato lo acompaña a Constantinopla. Visita nuevamente su monasterio de Iris, pero enseguida marcha a Cesarea para asistir en su muerte al obispo Dianios.

El año 362 ocupa la sede Eusebio, que llama a su lado a Basilio con quien permanece unos ocho años. Habían comenzado las persecuciones de Juliano, a la par que se preparaban para asistir al sínodo de Constantinopla. Eusebio, después de rogárselo encarecidamente, ordena sacerdote el año 364 a Basilio, que ya era lector. Pero el mismo Eusebio, celoso de los valores de Basilio, enfría la amistad conseguida, hasta el punto de que Basilio se retira otra vez a la soledad.

En tal situación aparece su amigo Gregorio Nacianceno y ambos vuelven y siguen colaborando con Eusebio. Gregorio destacará sobre todo en los campos de la caridad y la lucha contra los distintos tipos de herejías. Su fama se populariza de tal forma que, al morir Eusebio, es nombrado, el año 370, obispo de Cesarea y metropolita de Capadocia.

Ya obispo, Basilio se entregó por completo a su tarea de pastor sobre todo en los campos que venía trabajando. Para luchar contra la pobreza sigue su tarea de crear hospitales, asilos, leproserías, viviendas, hasta barrios enteros, ganándose el afecto y la admiración de su pueblo. En sus discursos son frecuentes párrafos como éste:

> «No lo olvides; el pan que tú no comes pertenece al que tiene hambre; el vestido que tú no usas pertenece al que va desnudo; el calzado que no empleas es propiedad del descalzo; el dinero que tú malgastas es oro del indigente; eres un ladrón de todos aquellos a quienes podrías ayudar».

Por dos veces dio excepcional ejemplo, repartiendo su fortuna con los necesitados. La primera con los bienes de su padre al retirarse a las orillas del Ponto. La segunda cuando recibió la herencia que le correspondió de su madre, coincidiendo con un período de intensa hambre en Capadocia.

A pesar de tantos trabajos también encontró tiempo para reformar la liturgia, escogiendo lo mejor y más adecuado, quitando y añadiendo cuanto creía necesario para el mayor esplendor de las ceremonias sagradas, tiñéndolas, sobre todo, de un matiz penitencial que las haría las más adecuadas para los domingos de cuaresma. Se le reconocerá como el *creador de la liturgia bizantina.*

Le tocó, además, vivir unos momentos de profundas convulsiones doctrinales por las múltiples herejías que en aquellos años inquietaban a una Iglesia naciente doctrinalmente. El gran problema del arrianismo se llevó notabilísimos esfuerzos junto a un cisma que amenazaba a la iglesia de Antioquía y que se venía arrastrando desde hacía tiempo. Supo enfrentarse a su antiguo compañero de Atenas, ahora emperador Juliano, y luego a Valente, su sucesor, ambos defensores acérrimos del arrianismo. Ya lo conocían, porque siempre había estado del lado de Eusebio, el obispo que le había ordenado sacerdote.

Se recuerdan algunas frases cruzadas entre Valente y Basilio. En cierta ocasión el Emperador le amenazó diciendo: «Nadie ha usado conmigo hasta hoy un lenguaje semejante». Basilio intrépido le contesta: «Es que tal vez no te has encontrado nunca con un obispo». Valente se sintió impresionado por la entereza de Basilio y quiso por todos los medios atraerlo a su causa. Todo inútil. Para añadidura, el año 372, se le encomienda la dirección de los asuntos eclesiásticos de Armenia.

La paz conseguida en el campo doctrinal se vio alterada por otra situación, la que le atrajo mayores disgustos. Había sucedido que los obispos Melecio, Euzoyo y Paulino se disputaban la sede antioquena. En el horizonte la nube de un cisma amenazante. Melecio, elegido canónicamente el año 360, tuvo que elegir el destierro al mes de su designación. Euzoyo fue designado por el emperador Constantino. Paulino era el candidato de los cristianos ortodoxos al marchar Melecio al destierro.

Melecio sin lugar a dudas concitaba la simpatía de la gran mayoría del pueblo e incluso de los sacerdotes y patriarcas. Entre ellos se encontraba Basilio, que lo defendía creyéndolo el obispo legítimo de Antioquía. Pero Roma y el Occidente cristiano defendían a Paulino, una postura que consiguió que no pocos se pasaran al bando de los partidarios de Paulino, sobre todo desde que Basilio, el año 370, fue elegido para la sede metropolita de Capadocia, quienes incluso llegaron a poner en duda la ortodoxia de Basilio. Dudas que quedaron disipadas cuando Basilio escribió su tratado *De Spiritu Sancto.*

Con la muerte del emperador Valente el 9 de agosto del año 378 llegó la paz total y la libertad religiosa, proclamada por el sucesor Graciano. La Iglesia preparaba un magno Concilio que iba a zanjar todas las cuestiones doctrinales. Pero Basilio, el pastor austero, maltratado por tantos sufrimientos, moriría aquejado de una enfermedad de hígado el año 379. Contaba tan sólo con cuarenta y nueve años de edad, dos años antes de la celebración del II Concilio ecuménico, Constantinopla I, cuando gobernaba la Iglesia el papa español San Dámaso.

San Basilio nos ha dejado un buen número de obras entre las que hay que recordar: los *Tratados dogmáticos:* tres libros *Adversus Eumonium; Liber de Spiritu Sancto,* donde explica la consustancialidad del Hijo y del Espíritu Santo con el Padre.*Tratados homiléticos:* se dividen en *Nueve homilías al Hexámeron, Trece homilías sobre los salmos,* Comentario sobre *Isaías, Sermones,* unos 23 aproximadamente. *Tratados ascéticos:* una serie de libros que se atribuyen al santo, no todos son suyos y de temática muy variada. *Cartas:* se le llegan a atribuir 385 cartas, que se presentan agrupadas por series. Las 46 primeras escritas antes de su episcopado (años 357-370). Desde la 47 a la 291, las escritas siendo obispo (años 370-378). La tercera serie, el resto, ya que no resulta posible su datación. Algunas, muy pocas, pueden no ser suyas. *Reglas:* entre los años 358-59 escribe para sus monjes unas instrucciones generales llamadas *Grandes reglas.* Posteriormente otro tratado llamado *Pequeñas Reglas,* con exhortaciones y consejos. Sabe distanciarse de Eustato, que le ayudó mucho, por su distinta concepción de la vida monacal en lo relativo a la jerarquización y la disciplina, bases para Basilio de la vida asociada en la doble entrega a la ora-

ción y el trabajo. Se convierte así en legislador de la vida cenobítica en Oriente y padre del monacato oriental.

En cuanto a su doctrina, resulta fácil entender las líneas maestras. Doctrina radiante porque es la que hoy profesa la Iglesia. Difícil entonces por la cantidad de enemigos. Nos hallamos en la médula doctrinal de nuestro Credo. Gira en torno a cuatro vértices totalizantes: *1)* Contra el error sabeliano defiende que en Dios, dentro de una sola *ousía,* hay tres *hypóstasis,* tres personas distintas y no una sola con nombres distintos. Su gran aportación es, pues, la distinción para siempre entre *ousía,* entidad sustancial de Dios, e *hypóstasis,* la manera de obrar de cada una de esas Personas; *2)* Contra los arrianos afirma que el Hijo es consustancial con el Padre. Sería definido en el concilio de Nicea. Es totalmente erróneo que se pudiera decir de él en algún momento que el *homousion* significara, en lugar de unidad de sustancia, solamente semejanza de sustancia u *homoiousion. 3)* Contra los macedonianos y eunomeos, afirma idénticamente que el Espíritu Santo es igual a las otras dos personas, consustancial con ellas, de las que procede, y no una criatura del Hijo. *4)* La Iglesia, definida en dos vertientes: Iglesia cuerpo de Cristo e Iglesia fraternidad entre los creyentes. La consideración de Iglesia cuerpo de Cristo era ya la doctrina tradicional, porque así la encontramos claramente definida en San Pablo. La mayor originalidad de San Basilio es la Iglesia fraternidad que se refiere a todo el orbe, que supera su visión monástica particular. Con este bagaje doctrinal por delante no tiene nada de extraño que a su muerte fuera proclamado como uno de los grandes hitos doctrinales de la Iglesia.

Sus funerales apoteósicos concitaron a todo el pueblo que inmediatamente lo aclamó como santo. Se le rendía culto el 1 de enero, día de su muerte, incluso hasta cuando se celebraba en ese día la fiesta de la Circuncisión. Ha recibido los más loables panegíricos por parte de sus contemporáneos. Más tarde su nombre unido al de su amigo San Gregorio Nacianceno y San Juan Crisóstomo formará la tríada más venerable de doctores de la Iglesia Oriental.

El juicio que aún nos sigue mereciendo lo encontramos en el P. Llanos, en su obra *El desfile de los santos:*

«Sigue enseñando desde su cátedra de estrellas un hombre de quien se ha dicho ser el maestro más completo de la Iglesia antigua, el modelo de Padre y varón de Dios, donde se dan, en excepcional armonía, facetas que vemos dispersas en tantos otros santos. Basilio el Grande, así hay que saber llamarlo. Basilio el capadocio, es doctor y teólogo, moralista y asceta, fundador de vida perfecta y gobernador de diócesis difícil, hombre de erudición y de enseñanzas cálidas, hombre de gravedad y de humanidad exquisita, el primero de la Iglesia oriental y el más occidental de los orientales» (p.588).

San Gregorio Nacianceno

Nació alrededor del año 329 en Arianzo, una villa familiar, próxima a Nacianzo en la región de Capadocia (Turquía). Murió en su propio pueblo el año 390. Su padre, de nombre también Gregorio, siguió durante cincuenta años la doctrina de la secta judeocristiana llamada parsismo. Su madre, Nonna, era profundamente católica, logró la conversión de su marido —año 325— hasta el punto de llegar a ser obispo de su ciudad. Todos los hijos, tres en total, nacieron cuando ya los padres tenían una edad bastante avanzada.

Nonna se encargó principalmente de la educación de Gregorio, primero en Cesarea, donde conoció a Basilio, iniciándose una profunda amistad. Pero luego Basilio marcharía a Constantinopla, mientras Gregorio marchaba a Palestina y Alejandría de Egipto. La providencia los juntó nuevamente en Atenas, añadiéndose Juliano, tristemente célebre emperador y apóstata. Era el año 355. A pesar de que se les ofrecieran sendas cátedras de retórica, Basilio volvió muy pronto a su patria de Cesarea, mientras Gregorio continuaría algún tiempo más, hasta el 357, en que vuelve también con los suyos, empeñado en dedicarse a la vida solitaria y penitencial. Para ellos era más importante la sabiduría practicada por los santos, que los sistemas de la filosofía ateniense.

Compartió con su amigo Basilio la vida monacal durante algún tiempo, que le sirve de preparación para recibir el bautismo, el año 360, cuando contaba con treinta y seis años de edad. Permanecía aún al lado de sus padres que por ancianos lo nece-

sitaban. Esta necesidad de ayuda, a petición del pueblo, obligó a su padre obispo a que le ordenara sacerdote para convertirlo en auxiliar durante su vejez, aunque sin mucha conformidad por parte de Gregorio, ya que no se creía digno para tan alto ministerio. Debió suceder el 25 de diciembre del año 361. La estancia al lado de su padre se convirtió en durísima prueba, hasta el punto de huir al Ponto, para, en compañía de su amigo Basilio, poner fin a su dolor. Fue entonces cuando escribió un famoso escrito titulado *Apología de la fuga,* bello canto a la sublimidad del sacerdocio cristiano. Pero las insistentes llamadas del padre le obligaron al regreso, siendo aclamado por sus fieles tras la predicación del día de Pascua del año 362. Su padre, ya achacoso, posiblemente engañado, había suscrito la fórmula semiarriana de Remini originando un gran desconcierto en la comunidad creyente. Con exquisito tacto el hijo convence al padre para que rectifique públicamente, restableciéndose la anhelada calma.

Un hecho imprevisto vino a complicar la paz de que ya gozaban. El emperador arriano Valente dividió la Capadocia en dos partes: la *Capadocia Prima,* al norte, con su capital en Cesarea, y la *Capadocia Secunda,* al sudoeste, con la capital en Tiana. Un hecho mal intencionado, porque Basilio un año antes, en el 370, había sido nombrado metropolitano de toda la Capadocia. Antino obispo de Tiana se proclamó metropolitano de la Capadocia Secunda, ejerciendo su jurisdicción sobre algunas sedes episcopales sufragáneas de Basilio.

Basilio reaccionó inmediatamente y para que no se desvirtuaran sus derechos, creó de inmediato una serie de diócesis nuevas, fuera de las fronteras del Imperio. Una de ellas, la de Sásima, pensada para Gregorio, consagrado obispo por el propio San Basilio el año 372. La nueva diócesis era más una creación de despacho y buenas intenciones, pensada más bien para luchar contra Antino pero carente en la práctica de un verdadero entramado de terrenos unificados, sin conciencia de pueblo, con muy pocos habitantes y la mayoría extranjeros. La propia capital, Sásima, no pasaba de una pequeña aldehuela. Comprendió Gregorio que se trataba de luchar contra Antino y muy pronto, sin llegar a tomar posesión de su sede, abandona hasta el punto de dejarlo todo y dedicarse otra vez a la vida solitaria.

Pero ahora fue su propio padre el que le convenció para que volviera a Nacianzo y se convirtiera en auxiliar suyo.

Fue una decisión providencial porque el año 374 muere su padre y seguidamente su madre. Una situación que cambia su vida y él mismo convence a los obispos sufragáneos para que elijan el sucesor de su padre, mientras él se retira lejos a la soledad en Seleucia, provincia situada al sudoeste de la Capadocia. Estando en aquel retiro recibe la noticia de la muerte de su amigo Basilio. Era el año 379. Por estas fechas (378) había muerto el emperador Valente. Le sucedería Teodosio, partidario de los católicos. Y son los creyentes de Constantinopla, oprimidos por los arrianos durante cuarenta años, quienes llaman a Gregorio para que se ponga al frente de la pequeña comunidad de fieles.

Tarea difícil porque todos los edificios religiosos importantes se hallaban en manos de los herejes. La reunión con los suyos, el día de su entrada en la ciudad a principios del año 379, debió hacerse en la casa particular de un amigo. Casa que desde entonces llevó el nombre de *Anastasia,* equivalente a *Resurrección,* porque significaba la resurrección de la ortodoxia. Muy pronto su prestigio subyugó a todos, a partir de la predicación de cinco discursos teológicos sobre la divinidad del Verbo, precisamente la verdad negada por los arrianos.

El 24 de diciembre del año 380 hace su entrada el emperador Teodosio, quien devuelve inmediatamente los edificios a los católicos y hasta él mismo acompaña a Gregorio hasta la iglesia de los Apóstoles. Por supuesto que los arrianos no se conformaron con los hechos y atacaron por todos los medios a los católicos hasta el punto de querer asesinar al propio Gregorio.

Otro de sus enemigos fue un tal Máximo que se presentaba como filósofo y que no era más que un embaucador, tan taimado que hasta su cabellera era postiza. Una noche, en la capilla de la Anastasia, abierta por traición de un eclesiástico, consiguió ser ordenado por los obispos de Alejandría. Dirigía todo su empeño en ponerse al frente de la sede de Constantinopla.

A pesar de todo, nada ni nadie pudo contrarrestar el prestigio ganado por el nuevo obispo Gregorio. El propio San Jerónimo, que entonces se encontraba en Antioquía, bajó a visitarlo y, según su propio testimonio, lo eligió como guía y orientador.

El ambiente se caldeó tan benéficamente que en mayo del 381 se inauguraba un nuevo concilio en Constantinopla, II Ecuménico, presidido por Melecio de Antioquía, obispo jefe de una facción semicismática, nada acepto para Roma, ni para San Ambrosio de Milán, ni para los obispos occidentales y no pocos de los orientales. Se logra un pacto entre todos y Gregorio es elegido para la presidencia al morir Melecio, proclamándolo luego como obispo de Constantinopla. Aquí fueron taxativamente condenadas todas las tesis arrianas. Pero los enemigos de Gregorio no aceptaban su nombramiento. La jerarquía de Egipto y Macedonia impugnaron su nombramiento, apoyados en la imposibilidad de traslado de un obispo titular a otra sede y Gregorio lo era de Sásima.

Cansado de tantas intrigas, en julio de ese mismo año de 381, se despide de su Constantinopla con un magnífico discurso y se dirige a Nacianzo, donde se queda circunstancialmente al frente de esa iglesia de su padre hasta que fue nombrado obispo de la misma Eulalio, un amigo suyo. Era el año 384. Gregorio se retira a Arianzo y en apacible soledad redacta sus últimas obras hasta que muere el año 390.

Sus obras se agrupan en discursos, poemas y cartas. De los *Discursos,* nos han llegado unos 45. Son de exquisita forma y brillante contenido, muy diversificado, ya que muchos de ellos los pronunció ocasionalmente. Un grupo importante son los cinco llamados teológicos. Otros los apologéticos, como los dos dirigidos contra su antiguo amigo de Atenas, Juliano, el Apóstata. Algunos, panegíricos. Y muy famosos los discursos fúnebres pronunciados por la muerte de sus familiares. Entre todos destaca el dedicado a su amigo Basilio.

Los *Poemas* fueron escritos principalmente al final de su vida, se conocen unos 400 con un total de 18.000 versos. Los hay de dos clases: de contenido teológico y epigramas. El autor hace gala de su profunda formación retórica ateniense y demuestra la validez de los contenidos cristianos para ser expresados en forma poética.

De las *Cartas* conservamos 244, dirigidas a su padre y amigos. La más famosa es la 101, recogida en parte en el concilio de Éfeso del 431 e íntegramente en el de Calcedonia de 451.

La doctrina de Gregorio es un modelo de rigorismo teológico por sus contenidos dogmáticos y un termómetro fiel para conocer los niveles doctrinales de su época. Sus doctrinas se pueden agrupar en apartados básicos: 1) *Trinidad.* Con perfecta explicación del hecho trinitario claramente diferenciado en Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo, con sus respectivas características de naturaleza y persona. Es el primero en designar la diferencia de las personas divinas por sus relaciones internas: *ingenitus-genitus-procedens.* 2) *Contemplación.* El quehacer de los creyentes debe ser la contemplación de Dios, que quiere principalmente nuestra vida, fin de todos nuestros esfuerzos. 3) *Escatología.* Significa la respuesta humana ante la muerte. La muerte debe ser doble: la muerte corporal, que lleva aparejada la corrupción, es el punto de partida para una vida mejor incorruptible. Por eso recomienda la muerte ascética voluntaria como una preparación para ella. Nuestra garantía se halla en la humanidad de Cristo resucitado.

Murió el año 390. Su fiesta, celebrada antes el 9 de mayo, ha pasado al 2 de enero unida a la de su amigo Basilio, con quien siempre estuvo identificado. Sus reliquias fueron trasladadas de Capadocia a Constantinopla y colocadas en la iglesia de los Apóstoles y de San Anastasio. No parece muy probable que luego llegaran a Roma, a pesar de que el papa Gregorio XIII ordenó trasladarlas desde Santa María in Campo Marzio, donde eran veneradas, hasta la basílica de San Pedro el 11 de junio de 1580.

Acorde con la doctrina que enseñó en vida, la preparación para su propia muerte nos sirve de síntesis y juicio de su espiritualidad, como lo recuerda J. M.ª de Llanos:

> «Cristo me llama [...] va escribiendo hacia el final [...] recíbeme, Salvador mío, recíbeme aunque confieso que no estoy purgado del todo [...] *Vocas, Tu me vocas, ipse autem acurro...* Me llamas, Tú me llamas, he aquí que yo me apresuro».
>
> «Era el año 389 cuando aquel gran hombre, sabio y elocuente, apologeta y polemista, teólogo y sabio en todos los saberes, hasta en el de la piedad filial y la amistad más tierna, poeta también y generoso perdonador, virgen y afectivo como un niño, valiente y sereno como un héroe, Gregorio de Nacianzo, abriendo su canto de cisne, se reclinaba en el Señor» *(El desfile de los santos,* 454).

JOSÉ SENDÍN BLÁZQUEZ

Bibliografía

ECHEVARRIA, L. DE; LLORCA, B , SALA BALUST, L. y SÁNCHEZ ALISEDA, C., *Año cristiano,* II (BAC, 1959).
Enciclopedia Universal Ilustrada, VII y XXVI (Madrid 1991).
Gran Enciclopedia Rialp, III y X (Madrid 1984).
LEONARDI, C.; RICCARDI, A. y ZARRI, G. (dirs), *Diccionario de los santos,* I (Madrid 2000)
LLANOS, J. M.ª DE, *El desfile de los santos* (Madrid 1956).
MARTINEZ PUCHE, J A. (dir.), *Nuevo año cristiano. Enero* (Madrid 2001)
SECRETARIADO NACIONAL DE LITURGIA, *Liturgia de las Horas,* II (Madrid 1972).

BEATA MARÍA ANA SUREAU BLONDIN

Virgen († 1890)

Francia no fue al Canadá solamente por el afán de un imperio, por tener también parte en las nuevas tierras americanas. La Iglesia francesa, que también es Francia, fue a Canadá al lado de los conquistadores y pobladores con un afán netamente espiritual: acompañar religiosamente a los franceses desplazados a la colonia y extender el evangelio a los nativos de aquella tierra. La Corona francesa, es justicia decirlo, no solamente fue sensible a los intereses materiales sino también a los espirituales. Fruto de este afán espiritual fue la floración de obispados, parroquias y casas religiosas en Canadá y la permanencia de la religión católica en el alma del pueblo cuando la Corona inglesa, de furiosa confesión protestante, sustituyó a la francesa en el dominio de Canadá. Cuando vino al mundo la M. Blondin hacía ya cincuenta años que Canadá había pasado al dominio inglés. Tierra bellísima y ubérrima, Canadá se presentaba a los ojos de los colonizadores como una nueva oportunidad de vida y de progreso.

Con esa ilusión un humilde matrimonio francés, formado por Juan Bautista Sureau y María Rosa Limoges, emigró un día desde la dulce Francia a Canadá, y aquí se asentó en Terrebonne, en la provincia de Quebec, esa provincia que sigue defendiendo su cultura francesa con todas sus fuerzas. El hogar en el que nace María Esther el día 18 de abril de 1809, como primogénita de los doce hijos que llenarán la casa, era ciertamente un hogar cristiano, mentalmente y en costumbres. Su padre, apellidado Sureau pero conocido como Blondin, era un buen hombre que guardaba los mandamientos de la ley de Dios y era se-

cundado por su buena esposa. Ese mismo día en que nació María Esther fue llevada por su padre y los padrinos a la parroquia a fin de que fuera bautizada en el nombre de la Santísima Trinidad.

La educación recibida por María Esther fue acorde con los sentimientos religiosos y morales de sus padres y las buenas costumbres de su hogar. La enseñaron a ser responsable y juiciosa, y la enseñaron a no dejarse dominar por los caprichos, de manera que muy pronto María Esther sabía lo que era la mortificación cristiana. Frecuentó la catequesis parroquial y se preparó para recibir la sagrada comunión, que no fue muy distante de su confirmación, recibida el año 1821. Por entonces la primera comunión no se recibía hasta los doce años. Aprendió también de sus padres a sobrellevar la pobreza no con ira y coraje sino con mansedumbre y buen ánimo, y lo aprendió viendo que el suyo era un hogar pobre pero no desgraciado.

Esta pobreza, general en mucha parte de la población canadiense de habla francesa, hacía que las niñas en gran mayoría no frecuentasen la escuela; más aún, para las niñas en muchas poblaciones no había ni siquiera escuelas, especialmente no había escuelas en donde se impartiera la enseñanza en lengua francesa. Por ello María Esther creció analfabeta, aunque no por ello ineducada o salvaje, pues los buenos modales los aprendía en su casa y las tradiciones orales que traían los padres de la Francia natal daban pábulo al pensamiento y la imaginación de las niñas.

María Esther se hizo una adolescente y muy pronto una espigada jovencita y se sumó a las labores del hogar que con tanto amor desarrollaba su madre, ocupada en la crianza de tantos hijos. Pero ella echaba de menos la formación intelectual que no se le había dado, y no podía menos que poner sus ojos en la casa religiosa que en su pueblo habían abierto las Hermanas de Nuestra Señora con una escuela —ahora sí— para niñas. María Esther obtuvo licencia para pedir trabajar como sirvienta con las religiosas, y fue admitida. El clima de la vida de la comunidad comenzó a atraerla poderosamente. Soñaba con ser útil como religiosa a su propia gente, especialmente a tanta niña analfabeta. Pero siendo ella analfabeta ¿podría aspirar a hacer alguna labor en este sentido? Obviamente no.

Llevaba un año con las religiosas cuando dio un paso más adelante y solicitó ser admitida como criada interna adulta expresamente para recibir clases y ser alfabetizada. Ésa sería su paga por los servicios. Ella deseaba firmemente adquirir cuanta cultura pudiese. Y se dedicó a las tareas escolares que le pusieron delante con notorio afán de superación. Tenía 21 años, pero su mente se abrió como la de una niña y empezó a digerir cuanto las religiosas, bondadosas y admiradas de su afán de aprender, le enseñaban.

A medida que trataba con las religiosas, su corazón se fue encariñando con la idea de hacerse una de ellas. Lo pensaba como un sueño magnífico, y orientada al respecto por su confesor, un día pidió a las monjas ser recibida en su noviciado. Su corazón se llenó de alegría cuando las religiosas de Nuestra Señora le abrieron las puertas del convento y le dieron el hábito en orden a prepararse para la profesión religiosa. María Esther puso lo mejor de sí misma. Humilde, obediente, piadosa, mortificada, todo en ella acreditaba una vocación segura, pero le falló la salud. Enfermó y se vio claro que el género de vida de las hermanas superaba sus condiciones físicas. La maestra de novicias sentenció que debía abandonar el noviciado, y María Esther, llena de dolor íntimo, hubo de regresar a su casa. Era el año 1832.

María Esther no dudó un momento de que lo sucedido era voluntad de Dios. Y en vez de perderse en estériles lamentaciones, insistió en la vida de piedad preguntándose con sinceridad qué quería Dios de ella. Por de pronto, procuró formarse más y más, adquiriendo cultura mediante la lectura asidua de libros y mostrándose abierta a lo que Dios quisiera de ella. Su vida de piedad, su modestia y buenas costumbres la acreditaban a los ojos de su párroco y de todos. Con la vuelta a casa además mejoró su salud.

La llamada de Dios le vino de una amiga. Ésta regentaba una escuela en el pueblo de Vaudreuil, una escuela parroquial, es decir, que se proponía como ideal la formación no solamente cultural sino también religiosa de las niñas, y estaba en dependencia plena del párroco del lugar. Su amiga le dijo que necesitaba una ayudante y que la consideraba apta a ella —cuatro

años antes aún analfabeta— para poder dar clases de cultura elemental a las niñas. María Esther vio claramente en ello la voluntad de Dios y aceptó. Hizo su humilde hatillo, se despidió de su hogar y se marchó a Vaudreuil a realizar la labor de enseñar a los que no saben por amor de Jesucristo. Empezaba aquel año 1833 una etapa de su vida que iba a durar hasta 1848. María Esther mostró la mayor y mejor dedicación a su tarea. Muy temprano acudía a la parroquia a escuchar la santa misa y con frecuencia recibía también los sacramentos de la confesión y la comunión. Vestía, comía, vivía con suma austeridad, y empleaba muchas horas del día en dar las clases de aquella escuela elemental católica, mostrando una gran paciencia y una notable habilidad para enseñar, teniendo comprensión para la torpeza de algunas alumnas y para la problemática social que había detrás de cada niña. La escuela se consolidaba. Ella y su amiga estaban atentas a las orientaciones del párroco, que utilizaba la escuela como gran instrumento de la pastoral parroquial, seguro de que de ella saldrían bien formadas madres cristianas de familia y también vocaciones religiosas. Pasados cinco años, en 1838, la amiga dejó la escuela, y María Esther se encontró con que el párroco la llamaba para darle el cargo de directora de la misma. Había demostrado su aptitud para la enseñanza pero también sus buenas dotes de mando y cómo sabía conducir a las niñas con tanta dulzura como firmeza. María Esther aceptó el encargo y dirigió desde entonces la escuela parroquial de Vaudreuil.

Y comenzó a formularse en su corazón una convicción que pasaría a ser un propósito que ella ofrecía a Dios por si fuera su voluntad realizarlo. Vaudreuil y otros muchos pueblos lo que necesitaban era comunidades de religiosas dedicadas por entero a la enseñanza, no simples maestras seglares. Ella veía la conveniencia de maestras atadas por los votos religiosos y unidas en una congregación que atendiese las escuelas con el personal preciso, formando primero a las religiosas y destinándolas luego a la formación de los niños y las niñas. Ella notaba como que Dios le decía que fundara ella esa congregación. Se veía a sí misma humilde y sin recursos pero comprendía que si era obra de Dios, sería Dios mismo quien proporcionara personas y re-

cursos. Perfilada su convicción y hecho su ofrecimiento a Dios, comenzó a consultar el proyecto con el párroco de Vaudreuil, el abate Paul L. Archambeault. Este celoso sacerdote admiraba las cualidades de María Esther y su gran labor al frente de la escuela parroquial. Comprendió enseguida la utilidad de la nueva comunidad religiosa que ella proponía. Oraron ambos, sacerdote y feligresa, y pidieron a Dios con insistencia la luz del Espíritu Santo.

Lo primero era hallar un grupo de jóvenes que quisieran ofrendar su vida a Dios y servirle en la formación de la juventud. La parroquia tenía muy buenas jóvenes de vida piadosa y buenas inclinaciones que, así como al contraer matrimonio encabezaban nuevos hogares cristianos, podían también algunas de ellas ofrecerse al Señor del todo y vivir la vida religiosa. La labor callada del abate Archambeault y de la propia María Esther dio resultados. En el primer semestre de 1848 había ya un grupo suficiente de jóvenes dispuestas a dar el paso. Era la hora de acudir al obispo de Montreal y someterle el proyecto. Por entonces apacentaba la diócesis mariopolitana un celoso pastor: monseñor Ignace Bourget. Éste recibió al abate Archambeault y a María Esther. Conocía por la visita pastoral la labor de la escuela parroquial y el mucho fruto espiritual que el activo párroco sacaba de ella. Escuchó con atención las razones que ambos le proponían y comprobó que el proyecto tenía fundamento. Había fundamento humano: una mujer con experiencia docente y gran experiencia de Dios por su vida de mucha piedad; había una feligresía que proporcionaría los primeros niños y niñas de la escuela, y había una gran necesidad del pueblo de Dios a la que con la fundación se podía responder. El obispo decidió dar su licencia para que comenzara la vida de comunidad. La ceremonia emotiva de la constitución de aquel nuevo grupo religioso tuvo lugar el 9 de agosto, vigilia de San Lorenzo, en la parroquia de Vaudreuil. María Esther y sus compañeras empezaron a vivir juntas, a llevar una regla de vida aceptada por todas y a desarrollar su trabajo docente. Pasaron nueve meses y tanto al párroco como al obispo el trabajo y la vida del grupo les pareció positivo, y por ello en mayo de 1849 el obispo decidió organizar formalmente la comunidad: se abriría el pe-

ríodo de noviciado y durante el mismo María Esther sería la maestra de novicias encargada de formar a las aspirantes a profesar en la nueva congregación, mientras que otra hermana era nombrada superiora de la incipiente comunidad. El Obispo decidió que la congregación se llamaría de las Hijas de Santa Ana —hoy el título es Hermanas de Santa Ana— y que su ocupación básica sería la educación cristiana de niños y niñas, especialmente en las zonas rurales. María Esther, en vista de que la congregación se dedicaba a Santa Ana, cambió su nombre de Esther por el de Ana, y se llamaría en adelante María Ana. Completado el curso de un año para el noviciado, María Ana y sus compañeras fueron admitidas a la profesión de los votos, que emitieron ante el propio Obispo el día 8 de septiembre de 1850, con la expresa intención de que la profesión fuera en una señalada fiesta mariana. Ese día el Obispo nombró a María Ana superiora de la comunidad al mismo tiempo que maestra de novicias.

Hay forzosamente que elogiar la excelente conducta de la M. María Ana al frente de la congregación. Realizó el encargo recibido de la obediencia con diligencia, entrega y prudencia, siendo ella la primera que daba ejemplo en cumplir los estatutos de la congregación, hasta el punto que se la llamó «la regla viviente». Manifestó un contagioso ardor apostólico en la formación de las religiosas y en el acercamiento de los niños a la vida de piedad. Con las hermanas de la comunidad fue una verdadera madre. Siempre amable y disponible, accesible y atenta a todas, su bondad se extremaba cuando alguna hermana caía enferma. Amante de la justicia, era no obstante comprensiva y delicada, y sabía encontrar razones cuando tenía que pedir algún sacrificio o trabajo difícil.

La comunidad empezó a crecer, pese a la pobreza de medios de que disponía. Pero María Ana no buscaba sino poder servir más y mejor, dando la primera ejemplo de pobreza, mortificación y austeridad. Todo hacía suponer que María Ana dirigiría al menos largos años la vida de la naciente congregación. Pero los planes de Dios eran otros, y se llevaron adelante permitiendo el Señor que María Ana fuera objeto de notables injusticias, convertidas para ella en camino de purificación y santificación.

El año 1853 la casa madre de la congregación se trasladó de Vaudreuil a Saint-Jacques de l'Achigan. El Obispo designó como capellán de la casa al joven sacerdote Louis-Adolphe Maréchal. Es el propio decreto declarando las virtudes heroicas de María Ana el que dice que este joven abate se entró con insolencia en la vida interna de la comunidad estableciendo a su arbitrio tanto las cosas espirituales como las exteriores. María Ana, adicta al Obispo por encima de todo, quiso salvaguardar, sin embargo, la independencia de la congregación, y con ello se granjeó la antipatía del capellán, que empezó a hacer una eficaz labor de zapa contra María Ana, presentándola como inapropiada para dirigir la comunidad. Logró ganarse la simpatía de algunas religiosas, y avalado por ellas presentó denuncia al Prelado. Hay que decir que el capellán fue escuchado. Su pretensión no se limitaba a que fuera depuesta de su cargo de superiora sino que se extendía a que fuera expulsada de la comunidad. Consiguió lo primero, y el 18 de agosto de 1854 fue destituida de su cargo de superiora pero no expulsada de la comunidad.

María Ana decidió no defenderse de ninguna injusticia sino que ofreció al Señor cuantas humillaciones quisiera mandarle para que sirvieran al bien de la congregación. Comprendió que en adelante no sería su obra directora sino su sacrificio el que fundamentaría el desarrollo y asentamiento de la comunidad y se dispuso a abrazarse absolutamente con la cruz. Tras su destitución fue enviada, todavía como directora, a la pequeña escuela de Sainte-Geneviève. Ya no era superiora ni estaba en la casa madre pero muchas hermanas, formadas por ella, siguieron relacionándose con ella y esto no podía tolerarlo el capellán, que insistió en que era una inepta y no debía tener cargo alguno directivo en toda la congregación. Entonces fue llamada de nuevo a Saint-Jacques y mantenida en trabajos caseros. En 1864 es destinada a la casa de Lachine donde estaría hasta 1890. Sería sacristana, portera, planchadora y otros oficios similares. Se prohibió que la llamaran madre y se ocultó cuidadosamente que ella fuera la fundadora.

Admirable y heroica fue la conducta de María Ana en tantos años de ocultamiento y marginación. Como pasaba por entonces con Juana Jugan y pasaría también con Rafaela María del Sa-

grado Corazón, surgieron nuevas generaciones de hermanas que desconocían que la fundadora fuera aquella humilde religiosa confinada en Lachine. El abate Maréchal había conseguido su propósito de anularla humanamente y quitarla de en medio. La paciencia, la humildad, la obediencia, el espíritu de sacrificio, la capacidad de perdonar injurias y malas voluntades, el abrazo firme a la cruz, ésas fueron sus actitudes básicas, al lado de una intensísima vida interior que la acompañaba en todos sus humildes trabajos exteriores. Todo lo miró como venido de la mano de Dios, al que daba gracias por haberla hecho partícipe de la Cruz de manera tan singular.

Regada por la oración y el sacrificio de su fundadora, la congregación crecía y se expandía, añadiendo a la labor docente la de asistencia a los enfermos. En 1884 le vino la aprobación de la Santa Sede, y para el tiempo en que María Ana murió, la congregación tenía ya más de cuatrocientas hermanas y había abierto más de cuarenta casas en Canadá, los Estados Unidos, Alaska y Colombia. Su sacrificio no había sido estéril.

Con ochenta años cumplidos, María Ana contrajo una fuerte bronquitis en el otoño de 1889, causada seguramente de que no se la situó en la enfermería sino en otro sitio de la casa donde no estaba resguardada de las corrientes de aire. No obstante su bronquitis, quiso oír la misa del gallo en la Nochebuena, y su bronquitis se agravó. Confortada con los santos sacramentos murió el 2 de enero de 1890.

Las hermanas formadas por ella no dejaron de decir que María Ana era la verdadera fundadora ni dejaron de edificarse con la conducta heroica observada. Pero las primeras superioras generales de la congregación dejaron su nombre en el olvido, sin tener en cuenta la fama de santidad que seguía orlando su nombre pese a los años que pasaban. Pero una nueva superiora general, la M. María Leopolda Lécuyer, en 1919, decidió se hiciera un serio estudio sobre la fundación de la congregación a base de los documentos auténticos, lo que sacó a la luz el papel desempeñado por María Ana y las circunstancias de su destitución. Comenzó a pensarse en hacerle causa de beatificación. El proceso ordinario informativo se tuvo en la curia episcopal de Montreal los años 1955-1959, introduciéndose la causa en

Roma en 1977. El 14 de mayo de 1991 era declarada Venerable, y aprobado un milagro otorgado por su intercesión, el papa Juan Pablo II procedió a su beatificación el 29 de abril del año 2001. Así ha resplandecido ante toda la Iglesia la virtud de esta flor oculta por la envidia humana pero nunca olvidada por Dios, ante quien floreció en piedad y santidad para bien de toda la Iglesia. Ahora su comunidad la invoca y venera como madre con toda justicia.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 83 (1991) 900-904.
LANGEVIN, F., *Mère Marie Anne Sureau Blondin* (Montreal 1935).
NADEAU, E., *Martyre du silence: Mère Marie Anne Sureau Blondin* (Montreal 1956).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN TELESFORO

Papa y mártir († 136)

El martirio de este obispo romano consta por decirlo así San Ireneo y asimismo Eusebio en su *Historia Eclesiástica.*

Los otros datos que acerca de este papa da el *Liber pontificalis* no parecen todos auténticos, y es manifiesto que algunos de ellos no lo son. Podría admitirse que este papa fuera de origen griego, y al menos su nombre lo es, y que rigió la sede romana por espacio de diez años desde el año 126 hasta el 5 de enero de 136 en que fue martirizado. Eran los tiempos de los emperadores Antonino y Marco Aurelio. Sucedió al papa San Sixto I. Fue enterrado junto al cuerpo de San Pedro en el Vaticano.

BEATO AIRALDO

Monje cartujo y obispo († 1146)

Era hijo del conde Guillermo II de Borgoña y sobrino, por tanto, del papa Calixto II. Pero desde joven prefirió la vida reli-

giosa y optó por la Cartuja, ingresando en el monasterio llamado de las Puertas, en la diócesis de Lyón.

Monje de vida ejemplar, apegado al cumplimiento riguroso de las costumbres cartujanas, publicadas por Dom Guigo en 1127, no extrañó que Airaldo fuera elegido prior del monasterio, cargo que ejercitó con gran satisfacción y provecho de la comunidad.

Pero en 1132 una para él inesperada elección vino a sacarle de la paz del monasterio: los canónigos de St. Jean de Maurienne le eligieron obispo de su sede, y aunque el santo prior se resistió alegando que su vocación era el claustro, la insistencia de los canónigos y la del conde de Saboya le hicieron aceptar el episcopado. Procuró seguir siendo cartujo en el palacio episcopal, conservando su hábito y observando los ayunos y rigores propios de la Cartuja, pero entregado por completo al cumplimiento de sus deberes pastorales y a la buena administración de la parte de su diócesis que le estaba también sujeta en el orden temporal. De cuando en cuando volvía un breve tiempo al monasterio para pasar unos días de retiro y oración que no le apartaban de su ministerio sino que le daban nuevas fuerzas para llevar adelante su tarea pastoral.

Empleaba las rentas del obispado en el socorro de los pobres, a quienes personalmente atendía en su casa y a quienes visitaba en las suyas, dando un altísimo ejemplo de caridad y solidaridad con los más necesitados.

Defendió la libertad e independencia de la Iglesia frente a la intromisión de los poderes civiles y procuró realzar el culto en su Iglesia Catedral, cuyos canónigos le amaron siempre mucho y a su muerte eligieron a otro cartujo como sucesor. Murió el 2 de enero del año 1146. El culto que desde su muerte se le tributaba le fue confirmado por el papa Pío IX el 8 de enero de 1863.

BEATO MARCOLINO AMANNO

Presbítero († 1397)

Nace en Forli en 1317 y en su juventud siente la vocación al estado religioso, decidiéndose por los dominicos, cuya vida abrazó con plena dedicación, tanto que se ha dicho de él que fue un

modelo perfecto del cumplimiento de la regla y constituciones de su Orden. Ordenado sacerdote, se ocupó especialmente de la evangelización de los pobres y del catecismo de los niños. Amaba la soledad, el silencio y la sencillez de vida. También se dice que no fue hasta después de su muerte cuando sus compañeros de convento cayeron en la cuenta de la extraordinaria virtud del religioso. Murió en Forli el 2 enero 1397. Su culto lo confirmó Benedicto XIV el 9 mayo 1750.

BEATA ESTEFANÍA QUINZANI

Virgen de la III Orden de Santo Domingo († 1530)

Nació junto a Brescia el año 1457, y muy joven sintió el deseo de consagrarse a Dios. Pero de momento no ingresó en un convento sino que se hizo miembro de una asociación de terciarias dominicas que en sus propias casas llevaban vida de piedad y de consagración a Dios.

Estefanía se dedicó con especial amor al cuidado de los enfermos, a los que visitaba y atendía en sus casas y en los hospitales, e igualmente socorría a los pobres, procurándoles cuanto estaba en su mano para aliviar su miseria.

Finalmente pudo ella fundar un convento de terciarias dominicas, llamado de San Pablo, en Soncino, del que fue elegida primera abadesa. Agraciada por Dios con dones místicos, entre ellos numerosos éxtasis, dio un alto ejemplo de espiritualidad y vida cristiana. Murió el 2 de enero de 1530. Su culto fue confirmado el 14 de diciembre de 1740.

BEATOS GUILLERMO REPIN Y LORENZO BÂTARD

Presbíteros y mártires († 1794)

El 19 de febrero de 1984 el Santo Padre Juan Pablo II colocaba en la gloria de los altares a un grupo de noventa y nueve mártires que dieron su vida por la fe en los duros tiempos de la Revolución Francesa. Todos ellos pertenecían a la diócesis de Angers. Encabeza el grupo el sacerdote secular Guillermo Repin que, con otro sacerdote, Lorenzo Bâtard, fue guillotinado el

2 enero 1794. Los otros noventa y siete mártires son: diez sacerdotes seculares, tres religiosas, cuatro varones seglares y el resto mujeres seglares.

Detrás de los nombres de estos mártires que irán saliendo a lo largo de los días en el *Martirologio,* se esconde una historia de ínclita fidelidad a Dios y a su Iglesia, sostenida con tenacidad en medio de los peligros y zozobras de un período de la historia agitado como pocos y en el que, al lado de las grandes palabras de libertad, igualdad y fraternidad, se practicaba una feroz persecución religiosa, se juzgaba y condenaba sin los mínimos requisitos de imparcialidad y garantías procesales y se condenaba contra toda justicia a hombres y mujeres. La ira de la Revolución no perdonó edades ni situaciones humanas, sino que se llevó por delante con manifiesta crueldad a ciudadanos honrados y ciudadanas pacíficas que no tenían otro delito que el profesar la religión tal como su conciencia se la dictaba sin hacer el mínimo mal a nadie. El Breve de beatificación recuerda a propósito de estos mártires el dicho evangélico de que el Señor manda a sus discípulos como ovejas en medio de lobos, y recuerda que el sitio donde ochenta y cuatro de estos mártires fueron sacrificados fue luego conocido como «el campo de los Mártires».

De forma especial subraya el Breve acerca de las tres religiosas, dos de ellas de la Sociedad de San Vicente de Paúl, y una de ellas Benedictina del Calvario, que de ningún modo y por ningún motivo podía decirse que estuvieran metidas en asuntos políticos pues era clara la muy distinta y, por cierto, muy noble dedicación a que estaban entregadas. Pero tampoco puede decirse de los hombres y mujeres seglares que son objetos de esta beatificación que estuvieran azuzando ninguna contrarrevolución o animando una revuelta armada contra la República. Su disconformidad estaba solamente en que aquel Estado persiguiera la religión de la forma sañuda en que lo hacía, pues consideraban básico el derecho a honrar a Dios dentro de la fe recibida.

Y los sacerdotes, puestos en la alternativa de faltar a sus deberes de sacerdotes, dice el Breve que optaron por obedecer a Dios antes que a los hombres, según enseña la Sagrada Escritura. Ellos se habían negado primero a jurar la constitución civil del clero, contraria a la naturaleza misma de la Iglesia y conde-

nada por el papa Pío VI, y a prestar posteriormente el nuevo juramento de Libertad e Igualdad cuyo sentido revolucionario lo hacía incompatible con la sana conciencia de quien quiere ante todo ser fiel a su religión.

Los martirios tuvieron lugar entre 1793 y 1794 y se realizaron o bien por la guillotina o bien por fusilamiento.

Guillermo Repin, el sacerdote que encabeza el grupo de mártires, era natural de Thouarcé, donde nació en 1709. Ordenado sacerdote, fue unos años coadjutor y luego durante cuarenta años párroco de San Simpliciano en Martigné-Briand. Rehusó prestar el juramento constitucional en 1791 y fue desposeído de su parroquia. Marchó a Angers, donde fue detenido y mantenido en prisión. Cuando las tropas vandeanas ocuparon la capital, fue liberado, pero no pudiendo seguir a las mismas fue de nuevo capturado y llevado a Angers, donde fue «juzgado» el 1 de enero de 1794 y al día siguiente guillotinado con el sacerdote Lorenzo Bâtard, párroco de Santa María en Châlons-sur-Loire

De todos ellos perseveró la fama de martirio pese a los años, y la comunidad cristiana los tuvo siempre como verdaderos mártires. Ellos no fueron todos los que murieron entonces por la fe, pero sí un grupo cuyo martirio ha quedado histórica y teológicamente bien probado, por lo que el Papa ha estimado que debía inscribir su nombre en el libro de los beatos y permitir que se les dé culto público

3 de enero

A) MARTIROLOGIO

1 El Santísimo Nombre de Jesus

2 En Roma, en el cementerio de San Calixto, San Antero († 236), papa *

3 En Nicomedia, Bitinia, los santos Teopempto y Teonas († 304), martires

4 En Cesarea de Capadocia, San Gordio († 304), centurion y martir

5. En Padua, San Daniel († 304), diácono y mártir *.
6. En el Helesponto, San Teógenes († 320), mártir.
7. En Vienne (Francia), San Florencio († luego del 377), obispo.
8. En París, Santa Genoveva († ca.502), virgen **.
9. En Konanmavu (India), Beato Ciriaco Elías Chavara († 1871), presbítero, fundador de la congregación de Hermanos Carmelitas de la Inmaculada **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTA GENOVEVA DE PARÍS

Virgen († ca.502)

Mezcla de tradición histórica o legendaria, la figura de esta santa destaca, poderosa, en medio del florecimiento cristiano primitivo, que venía a sustituir los antiguos ídolos griegos, latinos o celtas.

Su nombre está asociado a la vida de los habitantes de París, la antigua Lutecia. La montaña donde Clovis había levantado una iglesia en honor de San Pedro y San Pablo, se llamaría en lo sucesivo montaña de Santa Genoveva. Al lado del rey merovingio será enterrada y sucesivas vicisitudes llevarán sus cenizas hasta el lugar que hoy ocupan en la iglesia de San Esteban del Monte (Saint-Etienne-du-Mont) rodeadas de una hermosa reja de hierro forjado, entre cirios y exvotos de sus fieles agradecidos.

Lutecia era una ciudad sin importancia, inferior a Sens o a Lillebonne. Los textos antiguos parecen ignorarla. César, en su *Guerra de las Galias,* hace mención escasa del *oppidum de los parisii,* cuando tuvo necesidad de cruzar por él en el año 53 a.C. Lo cita como un territorio tranquilo en los límites de la Céltica y del país de los belgas, encerrado en una isla formada por los brazos del río Sena.

En la época romana, las grandes vías de comunicación trazadas por los vencedores van a dar importancia a la ciudad recién nacida, al paso de las tropas romanas que llegarán hasta la península Ibérica, jalonando el territorio español de construcciones imperecederas.

Más adelante, de la isla, la pequeña ciudad irá subiendo hasta la montaña de Santa Genoveva. Los edificios que pudiéra-

mos llamar oficiales la embellecían y, aunque sus habitantes siguen siendo escasos, ya se vislumbra a través de la vida pública que comienza, un auge incesante, que las dinastías reinantes se encargarán de acrecer.

Las invasiones de los francos y germanos dejarán la traza de su afán destructivo. Los tesoros desaparecen a su paso. Las tribus bárbaras tienen predilección por sembrar de hogueras su camino. Las ciudades romanas empiezan a fortificar sus reductos. Lutecia será un *Castellum,* con lo que la vemos cercada de murallas y en las murallas las puertas que permiten su comunicación con el exterior.

En el siglo IV la isla estaba rodeada de murallas y, si añadimos que su extensión no sobrepasaba las diez hectáreas, tendremos una idea aproximada del escenario en que se desarrolló la vida de la Santa de los parisinos, cuyos datos históricos nos ha proporcionado casi en exclusividad Gregorio de Tours.

Antes de la expansión del cristianismo, los dioses de los parisinos eran los de la Galia galorromana: Júpiter, Marte, Apolo, Baco, Minerva, Venus, Diana. El culto de la diosa-madre y el de Isis eran igualmente populares. Pero fue Mercurio el más popular de todos y sus estatuas se prodigaban hasta por los últimos rincones del país. En Montmartre existió un templo dedicado a esta divinidad y de ahí le vino el nombre que ostenta: *Mons Mercurii.*

Ya en el siglo V la fe cristiana ha prendido en el alma de los parisinos. Los primeros mártires y los primeros santos van a dar testimonio de la verdad de la nueva doctrina en lucha abierta con el paganismo y, lo que es peor, con las herejías nacidas en su mismo seno. San Germán, obispo de Auxerre, y el bienaventurado Lobo, obispo de Trèves, a su paso por París para combatir a los herejes de Gran Bretaña, encontraron a una joven de extraordinaria virtud, de gran fuerza persuasiva, vehemente en su deseo de hacer el bien, dispuesta al sacrificio en favor de los pobres y necesitados. Una llama ardiendo en fe capaz de conmover a los más forzudos guerreros, de convencer al propio rey de los francos, incapaz de hacer frente a sus demandas de liberar a los prisioneros. Teodoreto, obispo de Tyro, asegura que cuando Simeón el Estilita, desde lo alto de su columna, reconocía, entre las multitudes que venían a consultarle, a algún merca-

der galo, en seguida le encargaba que llevase sus saludos a Genoveva. Tal era la fama de sus virtudes, que traspasó las más lejanas fronteras.

Se sabe que Genoveva había nacido en Nanterre, cerca de París, en los primeros años del siglo V (409?, 422?) y que debió de morir a edad muy avanzada hacia el 502.

En Nanterre se puede encontrar el parque que lleva su nombre. Uno de sus biógrafos escribe: «En otro tiempo rodeada de murallas y adornada con un oratorio, este parque apenas es reconocible si no es por unas excavaciones y por una sencilla cruz de madera clavada en la tierra por una mano piadosa». Una fuente lleva también su nombre, así como un recinto, en el monte Valero, donde la tradición asegura que la Santa cuidaba los rebaños de su padre. Hay un pozo y una gruta, donde parece que se retiraba a orar, en aquella actitud en que se nos la describe con los brazos en cruz, la mirada fija en lo alto, pronta a las lágrimas para recibir las inspiraciones de Dios todopoderoso. Genoveva se hallaba dotada con los dones del Espíritu Santo.

Su padre se llamaba Severo, y Geroncia su madre, nombres ambos latinos, mientras el suyo era típicamente galo. Si sus padres fueron o no personas de buena posición, nada se opone a que la joven cuidase sus ganados en la pradera y para todos será la Santa aquella pastorcita de Nanterre, predestinada por Dios para realizar actos maravillosos y extraordinarios. Sus hagiógrafos cuentan de éstos y no acaban. Cuando San Germán hablaba con ella, arrebatado por el fuego de aquella alma que deseaba consagrarse a Dios, dicen que cayó del cielo una medalla, que el santo obispo se apresuró a colocar en el cuello de la Santa. El imprudente que se atrevió a insultarla quedará muerto en el acto. Su propia madre, en cierta ocasión, arrebatada por la ira, llegó a ponerle la mano en el rostro y quedó cegada. Genoveva consiguió su curación. Es muy difícil controlar la verdad histórica de todos estos acontecimientos.

Pero no serán estos hechos, con ser abundantes, los que arranquen la devoción de los parisinos, sino los más importantes de haber salvado la ciudad de calamidades espantosas.

Atila, el «azote de Dios», se dirige, a marchas forzadas, hacia la Galia. No hay barbarie que aquel poderoso ejército no se

atreva a cometer. Metz, Reims, Cambrai, Besançon, Langres, Auxerre, se han convertido en un montón de ruinas, ¿por qué no habría de sufrir París, es decir, Lutecia, idéntica suerte? Las hordas amarillas se complacen en sembrar el terror. Una gran multitud de gente empavorecida llega hasta Santa Genoveva, que ya ha adquirido fama de santa entre sus conciudadanos. Ella les aconseja que vuelvan a sus moradas, que no se abandonen a la desesperación, porque sería inútil. De pie, sobre una eminencia del terreno, la tradición la recuerda dirigiendo al pueblo una arenga: «Gente de París, amigos míos, hermanos míos, os engañan. Lo que pretenden vuestros defensores empuñando las armas no debe asustaros. Atila avanza, es cierto, pero no atacará vuestra ciudad. Os lo aseguro en nombre de Dios». La profecía se cumple, con lo que Genoveva gana en prestigio ante la opinión de los parisinos. Atila ha torcido su camino y se dirige hacia Orleáns. París respira, aliviada. La salvación se atribuye a las oraciones de la doncella.

Otro hecho aún más famoso vive en la memoria de todos. Childerico acaba de morir y Clovis, su hijo, pretende sucederle. A ello se opone Syagrio, hijo de Egidio, el antecesor de Childerico. Clovis, al frente de un pequeño ejército de francos, pone sitio a la ciudad de París, reducida, por aquel entonces, a una isla. El hambre comienza a diezmar a sus habitantes, sin salvación posible. Las puertas están vigiladas, y sólo un milagro explica que Genoveva, ya de edad muy avanzada, pueda salir sin ser vista por el enemigo. Ha prometido que habrá víveres para todos. Encendida de patriotismo, se lanza al río en una barca de pescadores. A su paso se suceden hechos extraordinarios: desaparecen obstáculos infranqueables, los graneros se abren para volcarse sobre su barca; otras barcas se unen a la suya, en un total de once regresan a la ciudad, entre las aclamaciones de la multitud.

Murió Genoveva con más de ochenta años, hacia la primera década del siglo VI. Fue enterrada junto a Clovis, como ya se ha dicho, en la iglesia de San Pedro y San Pablo, sobre la montaña que lleva el nombre de Santa Genoveva

Las cenizas de la Santa siguieron atrayendo la devocion de los parisinos y no había solemnidad ni temida catastrofe en que no se recurriese a la urna que contenía los restos, enriquecida con

donaciones de monarcas y príncipes, siendo de gran fama el manojo de diamantes ofrecido por María de Médicis. Más adelante, verdad o mentira, se aseguró que los diamantes eran falsos.

La revolución, con sus bandadas de cretinos, no respetó estas cenizas, acusadas de ser un símbolo más del oscurantismo del antiguo régimen. Lo que pudo recogerse tras la turbonada, junto con la tumba, hallada en la abadía merovingia, fue trasladado a la iglesia de Saint-Etienne-du-Mont, donde aún acuden sus fieles devotos en demanda de favores.

EDUARDO AUNÓS

Bibliografía

KURTH, G., «Étude critique sur la vie de Sainte Geneviève»: *Rev. Hist. Eccl.* 14 (1913).

LESEETRE, H., *Sainte Geneviève* (París 1900).

REYNES-MONLAUR, MME., *Sainte Geneviève* (París 1924).

SERTILLANGES, A.-D., *Sainte Geneviève* (París 1920).

Cf. también SAN GREGORIO DE TOURS, *Historia de los francos,* diversas eds. Por ej.: ML vol.71. Ed. ARNDT-KRUSCH, en *Mon. Germ. Hist. Script. Rer. Merov.,* I (1884-1885) etc.

Vita Sanctae Genovevae, virginis, Parisiorum patronae. Esta *Vida,* escrita por un contemporáneo poco después de la muerte de la Santa, constituye la base de todas las demás. Hay varias ediciones y controversias sobre ella. Ed. KRUSCH, *Mon. Germ. Hist. Script. Rer. Merov.,* III (Hannover 1896). Ed. C. KOHLER, *Étude critique sur le texte de la vie de sainte Geneviève* (París 1881).

BEATO CIRIACO ELÍAS CHAVARA

Presbítero († 1871)

La India es un inmenso país de tradiciones antiquísimas y cuyo sentido religioso es quizás el más acusado del mundo. Dos grandes y poderosas religiones surgen en su tierra: el hinduismo, cuyos orígenes se pierden en la noche de los tiempos, aunque es posible establecer algunas conclusiones sobre su formación, y el budismo en el siglo VI a.C. El alma india no es discursiva sino contemplativa. Ve la presencia de la divinidad en todas las cosas y es capaz de adorar y alabar con una fina sensibilidad de devoción y entrega. Este ver la divinidad en todas las cosas llevó a los fieles indios a multiplicar las divinidades, formas todas materiales del único Brahma que está al fondo de to-

das las cosas. Buda, el joven príncipe indio que se preguntaba ansiosamente por el origen del dolor, fijó su mirada en el hombre y quiso trazar para él mediante el óctuplo mandamiento un sendero espiritual hacia la paz. Este medio ambiente tan religioso pero ya tan cuajado y conformado ¿era propicio a la recepción del cristianismo?

Una venerable tradición de los más antiguos cristianos indios quiere que fuera uno de los doce Apóstoles de Jesús, el llamado Mellizo, Santo Tomás, el que alcanzara en su predicación del evangelio las costas indias y dejara sembrada en Kerala la semilla de la fe cristiana. Más a la luz de la historia está el hecho de que los nestorianos en el siglo VII, en su continuo acercarse a las tierras de Asia para difundir el evangelio, lograran fundar una iglesia en las costas de Malabar. Los nestorianos habían seguido las rutas comerciales y por ello, tomando la que iba a China, fundaron comunidades cristianas florecientes en Asia central y en Mongolia, donde se contaron los fieles en más de sesenta millones, y bajando al sur llegaron a la India, donde igualmente establecieron una floreciente comunidad. Esta iglesia quedó naturalmente en comunión con el centro de la jerarquía nestoriana, con el católico de Seleucia-Ctesifonte, y estaba al margen de la comunión tanto de Roma como de Bizancio. Fue a estos cristianos a los que encontraron los portugueses cuando en el siglo XVI se hicieron presentes en la India, y ellos mismos, los cristianos indios, se presentaron a los portugueses diciendo que eran cristianos de Santo Tomás.

Los portugueses procuraron la unión de estos cristianos con Roma, y el año 1599, muchos años, por tanto, después de la visita y actividad de San Francisco Javier en la India, esta cristiandad india en el sínodo de Diamper se unió a la Iglesia de Roma y se integró en la catolicidad. La unión trajo consigo un grado importante de latinización, lo que creó un malestar que terminó en la separación de dos grupos que rompieron la comunión eclesial. Pero el grueso siguió en la Iglesia Católica, con el nombre de Iglesia siro-malabar.

De padres pertenecientes a esta confesión religiosa católica nació en Kainakary (Kerala) el 8 de febrero de 1805 un niño al que en el bautismo impusieron sus padres el nombre de Ciriaco

(Kuriakose). La familia Chavara era sinceramente cristiana, y la madre, María Torpil, se encargó con gran interés de la educación del niño. Ciriaco vivió sus primeros años a la sombra de la madre, rodeado de un gran amor. La madre lo llevaba cada mañana, en cuanto tuvo edad, al colegio de enseñanza primaria, donde obtuvo la certeza de que Ciriaco era un chico inteligente y de buenas dotes morales. Obediente y sencillo, amable y cariñoso, correspondía al amor de su madre y a la buena educación que le daban en el colegio. Su madre era devotísima de la Virgen María y a Ciriaco no se le olvidó jamás la confianza filial con que su madre la invocaba y cómo se levantaba de noche para hacer oración y rezarle a la Señora.

Ciriaco llegó a los diez años y un día alegra el corazón de su piadosa madre diciéndole que quiere ser sacerdote. Sin duda el ejemplo y la influencia de su párroco había influido en aquella decisión. El niño veía la piedad, austeridad y honda religiosidad del sacerdote y se sentía atraído por el ministerio sacerdotal. Asistía a las misas, a los bautizos, al culto vespertino. La rica liturgia que practicaba el sacerdote con su honda piedad impregnaba el alma del chico de una salsa religiosa que le hacía desear compartir la vida del amado sacerdote. Comenzó a estudiar con él el latín, las lenguas orientales, la liturgia de la iglesia malabar en profundidad. Al cabo de un año su decisión se hizo madura y firme, y le llegó la hora de pasar a un seminario, donde se le formara de manera comunitaria para el sacerdocio. Ingresó en el seminario de Pallipuram. Aquí creció en edad y en sabiduría, imitando al Maestro, y conforme pasaban los años se consolidaba la opinión de los superiores de que el alumno Chavara iba a ser un buen sacerdote. Pero hubo un momento difícil en la carrera de Ciriaco. Y fue la muerte de sus padres, que dejaba al joven como cabeza de una familia de cuatro hermanas menores, necesitadas de su protección. Ciriaco, que se dirigía espiritualmente con un religioso carmelita descalzo, consultó con él qué debía hacer. Y el religioso, viendo la sólida vocación sacerdotal del joven, le aconsejó que no dejara el seminario sino que siguiera adelante y confiara para sus hermanas en la providencia de Dios. Así lo hizo Ciriaco, y Dios no le dejó en la estacada.

Llegado el tiempo recibió las órdenes previas, y cuando ya cursaba el último año del seminario fue ordenado diácono. Y entonces tuvo un día una llamada especial. Porque el P. Tomás Palackar, junto con otro sacerdote, el P. Tomás Porukara, rector del seminario, hablaron con él y le señalaron un proyecto que ellos tenían: fundar dentro de la iglesia malabar una congregación religiosa. Y le formularon la pregunta de si se contaba con él. La congregación religiosa no iba a ser de vida contemplativa sino activa, apostólica, aunque fuertemente enraizada en una intensísima vida interior. Además la congregación tendría un carácter eminentemente mariano, y se titularía de los Siervos de María Inmaculada. El corazón del joven diácono quedó fuertemente impactado. Comprendía la belleza de la vida religiosa, su necesidad en la iglesia malabar y la mucha utilidad pastoral que podría tener. Pero él era ya clérigo secular, estaba vinculado a su diócesis y estimaba que nada podía resolver si no era en la más fina comunión con su obispo. Y por ello acudió al prelado y le abrió su corazón.

El prelado tenía puestas fundadas esperanzas en Ciriaco, a quien veía ya como un futuro y estupendo formador de su seminario. No pensaba en modo alguno oponerse a la fundación de la congregación pero estimaba que Ciriaco debería corresponder a la diócesis, que lo había formado para sacerdote, con unos años de servicio diocesano. Cumplido este servicio, recibiría licencia del obispo para unirse a la fundación. Ciriaco estuvo de acuerdo en la racionalidad de lo que el obispo estimaba. Y se fijó la fecha de la ordenación sacerdotal.

El 29 de noviembre de 1829 Ciriaco, revestido de alba y estola cruzada, se postraba en el suelo ante el altar mientras la asamblea cantaba las Letanías de los Santos. Su corazón rebosaba emoción religiosa y un enorme agradecimiento a Dios, que le había hecho nacer en el seno de una familia cristiana y guiaba sus pasos en la vida hacia la meta del sacerdocio. Ciriaco se ofreció a Dios de todo corazón para que se cumpliera en él la divina voluntad. Estaba dispuesto a lo que fuera la llamada de Dios. No le importaban los mayores sacrificios. Terminadas las letanías recibió la imposición de las manos, el obispo pronunció sobre él la oración de consagración, le dio la potestad de cele-

brar la misa y de perdonar los pecados. Era sacerdote. Sin duda pensó en su madre, que no había vivido lo suficiente para verle en el altar pero lo acompañaba desde el cielo. Y rodeado de sus familiares y amigos dijo su primera misa.

A continuación el obispo lo envió al seminario como uno de los prefectos para que ayudara a los jóvenes seminaristas a afianzarse en su vocación y responder mejor a ella. Ciriaco desempeñó con su mejor fe el encargo y a lo largo de los cursos 1829-30 y 1830-31 estuvo como prefecto en el seminario. Pero en el año 1831 el obispo daba su licencia para que los tres sacerdotes comenzaran la vida común, con la vista puesta en que a su tiempo la comunidad se formalizara como una verdadera congregación religiosa. El acto fundacional tuvo lugar en Mannanam el 11 de mayo de 1831.

La comunidad comenzó poco a poco a estabilizarse y a ampliarse. Nuevas vocaciones acudieron y los fundadores decidieron crear una obra que entendían de sumo interés pastoral: un seminario donde formar a los jóvenes para el sacerdocio, sin descartar que de entre ellos optasen por la vida religiosa los que quisieran. Este seminario se abrió en 1833 en Mannanam junto a la casa madre de la congregación, y sería el crisol de la obra, pues por ella se vería que efectivamente los reunidos tenían una seria voluntad de vivir la vida religiosa y de colaborar con la misión apostólica de la Iglesia.

Llevaban diez años de trabajo apostólico juntos cuando en 1841 el Señor llamaba a sí al P. Palackar y cuatro años más tarde también era llamado por el Señor el P. Porukara. De esta forma toda la tarea fundadora recayó sobre Ciriaco, que no se arredró por la ausencia de sus mentores sino que, maduro ya en convicciones y experto en la vida religiosa, se abrió al carisma que el Señor le daba y se decidió a hacer de fundador. Él quería dotar a la iglesia siro-malabar de una congregación religiosa que fuese moderna en el buen sentido de la palabra, es decir que comprendiese cuál era el espíritu de su tiempo y diese a él una respuesta cristiana. Buscaba nuevos métodos de evangelización y afirmaba la necesidad de que la Iglesia, en su interior, viviera una gran espiritualidad y tuviese una disciplina generalmente respetada por todos los sacerdotes. Quería que los religiosos

fuesen la punta de lanza para una penetración mayor de la Iglesia en el medio ambiente pagano, pero para a continuación plantar de verdad la Iglesia entre las gentes de la India y hacer una Iglesia Católica india unida y fervorosa.

Creía firmemente en la eficacia de los ejercicios espirituales, que fomentaba con todo empeño, y en los retiros espirituales, como hitos de la perseverancia de los buenos propósitos formulados en los ejercicios. Cientos y cientos de personas pasaron por los ejercicios predicados por el padre Ciriaco, y sintieron renovar su espíritu con la palabra inflamada y dirigida a la conciencia de los ejercitantes que el sacerdote predicaba sin cansancio. Fomentaba la eucaristía como el centro de la vida cristiana y no cejaba en su apostolado mariano, convencido de que la devoción a la Virgen María era un camino de revitalización y perseverancia religiosas.

Así llegó el año 1855, en que la jerarquía eclesiástica permitiría formalizar la comunidad como verdadera congregación religiosa. El día de la Inmaculada, a la que los religiosos se consagraban, Ciriaco y diez sacerdotes más emitían los votos religiosos, titulándose Siervos de María Inmaculada del Monte Carmelo. Su amistad con los padres carmelitas descalzos le había llevado a bascular hacia la familia carmelitana como ámbito espiritual de su congregación. Más tarde se titularán Carmelitas de la Inmaculada. Aquel día al emitir los votos religiosos toma el nombre de Ciriaco de San Elías o Ciriaco Elías, como lo llama formalmente el breve de su beatificación. Con este nombre quería hacer ver su adhesión a la familia carmelitana, que ve en San Elías su padre y mentor. El P. Ciriaco Elías quedaba como superior de la nueva fundación religiosa.

Hasta su muerte el P. Ciriaco Elías lograría abrir siete casas de la congregación. Pero no quedaría en esto. Fundaría también la congregación femenina correspondiente. Esta fundación tendría lugar en Konanmavu el año 1866. Reunió un grupo de mujeres piadosas y las animó a abrazar el ideal del apostolado y las acogió en la Orden Tercera del Carmen, a la que él mismo y sus religiosos se habían agregado en 1861 cuando lograron ser reconocidos como congregación de terciarios carmelitas de rito siro-malabar. Insistía Ciriaco a sus religiosos y religiosas en la

necesidad de un gran espíritu de mortificación y de oración, como único soporte válido de la intensa vida apostólica que las dos congregaciones llevaban.

En 1861 el anciano vicario apostólico de Verapoly, mons. Bernardin, constituyó a Ciriaco Elías vicario general de todos los fieles de rito malabar. La razón era que no aparecía nadie tan capaz como él de hacer frente al cisma surgido. Pues un falso metropolita caldeo, llamado Tomás Rochos, alegando que los fieles malabares bajo la autoridad del vicario apostólico estaban siendo apartados de su verdadera tradición eclesial, atrajo numerosas parroquias a decidirse por abandonar la obediencia a Roma y formar un verdadero cisma. Nadie como Ciriaco estaba preparado para hacer frente a esta dolorosa situación. Porque su conocimiento de la tradición y la liturgia malabar así como de la lengua siríaca lo prestigiaban altamente a los ojos de los fieles malabares. Ciriaco trabajó firmemente por recomponer la unidad, visitando las parroquias, hablando con los fieles, deshaciendo equívocos, asegurando la buena voluntad de la Santa Sede, con la que las relaciones de muchos fieles habían sido muy tensas pensando que simplemente se pensaba en latinizarlos... Al tiempo que llamaba a la unidad con Roma, proponía que se mejorara la unidad dentro de las comunidades malabares, y para ello propuso la unificación litúrgica en todas las comunidades del rito y pasó a imprimir los libros litúrgicos para que por esta edición revisada y consensuada se hiciera la liturgia en todas las comunidades. Todas las que habían desertado del campo católico volvieron a la unidad. El año 1863 Tomás Rochos se marchó pero su secretario vino de Bagdad con la pretensión de continuar el cisma. Entonces Ciriaco entabló un sereno diálogo con él, a resultas del cual el pretendido metropolita renunció a sus pretensiones y se incorporó a la comunidad católica malabar. El éxito de Ciriaco fue completo.

Preocupado siempre por la formación cuidadosa del clero, pasó a fundar nuevos seminarios, como el de Mannaman. En 1866 fundó el de Vazhakulan y en 1868 el de Elthuruth.

Ciriaco no tuvo tiempo ni dinero para publicar sus muchos escritos teológicos, místicos y pastorales, pero sintiéndose impulsado a poner por escrito sus pensamientos y experiencias re-

ligiosas, dejó una buena cantidad de escritos que, tras su muerte, fueron publicados y constituyen para la iglesia malabar una gran riqueza. Escribía en lengua malayalam.

Dedicado siempre a un intenso apostolado, le llegó la muerte en Konanmavu el 3 de enero de 1871. Y ha tenido el honor de que el papa Juan Pablo II haya acudido a su iglesia de Kottayam, en el curso de su viaje apostólico a la India, para beatificarlo el 8 de febrero de 1986.

Su obra ha crecido notablemente. Los carmelitas de la Inmaculada son hoy más de tres mil religiosos y las hermanas carmelitas, con sus dos secciones, malabar y latina, sobrepasan las cinco mil religiosas.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 78 (1986) 1076-1078.
MARTÍNEZ, I., *Los Carmelitas,* VI (Madrid 1996).
MAURILIUS, FR., *The Servant of God Kuriakose Elias Chavara* (Tivandrum 1959).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN ANTERO

Papa y mártir († 236)

San Antero sucedió en la sede romana al papa San Ponciano, relegado al destierro y muerto a poco en el mismo. El *Liber pontificalis* dice que fue griego, hijo de un tal Rómulo, y que mandó a los notarios recoger cuidadosamente las actas de los mártires.

Es tradición que murió mártir, pero del hecho no se tiene plena constancia. Sí es cierto que fue enterrado en el cementerio de San Calixto, donde el arqueólogo De Rossi descubrió la lápida de su sepultura con el epitafio Anteros. La fecha de su elección corresponde al año 235 y la de su muerte al año siguiente, siendo por tanto muy breve su episcopado en Roma.

SAN DANIEL

Diácono y mártir († s. IV)

Daniel es un mártir de Padua, probablemente del tiempo de la persecución de Diocleciano a comienzos del siglo IV, aunque se le haya situado en tiempos anteriores al hacérsele diácono de San Prosdócimo, obispo de Padua.

La existencia de San Daniel era desconocida, pero en 1075 un ciego tuvo una revelación, según la cual el cuerpo del mártir se hallaba enterrado en la iglesia de San Prosdócimo, en la cual el ciego recobró la vista. El milagro convenció a todos de la necesidad de buscar la tumba de que el ciego hablaba, y en efecto se halló un sarcófago romano de mármol dentro del cual se halló el cuerpo del santo, y una inscripción que decía: Aquí reposa el cuerpo de Daniel, diácono y mártir. El obispo de Padua hizo trasladar el venerable cuerpo a la iglesia catedral el día 3 de enero del año 1076, y por eso la memoria de este mártir se celebra el día 3 de enero. El santo mártir es ahora patrono secundario de la diócesis paduana.

4 de enero

A) MARTIROLOGIO

1. En Bolonia, los santos Hermes y Cayo (s. IV), mártires.
2. En Auvergne, Aquitania, San Abrúnculo († 490), obispo.
3. En Dijon (Borgoña), San Gregorio († 539), obispo de Langres *.
4. En Uzès, San Ferreolo († 581), obispo.
5. En Meaux (Francia), San Rigomerio (s. VI), obispo.
6. En Reims (Francia), San Rigoberto († 743), obispo, que fue expulsado de su sede por Carlos Martel *.
7. En Gante, Santa Faraílda († 745), viuda, que tras sufrir malos tratos por parte de su marido, vivió en piedad y penitencia hasta edad avanzada.
8. En Foligno, Beata Ángela († 1309), viuda, que dejó escritas sus experiencias místicas **.
9. En Santa Croce sul Arno, Beata Cristiana Menabuoni († 1310), que fundó un monasterio de monjas agustinas.

10 En Durham (Inglaterra), Beato Tomas Plumtree († 1570), presbítero y mártir *

11 En Emmitsburg (Estados Unidos), Santa Isabel Ana Bayley, viuda Seton († 1821), fundadora de la Congregación de Hermanas de la Caridad de San José **

12 En Madrid (España), Beato Manuel González García († 1940), obispo de Málaga y luego de Palencia, fundador de la Congregación de *Misioneras de Nazaret* **

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

BEATA ÁNGELA DE FOLIGNO

Viuda († 1309)

Ángela vino al mundo a mediados del siglo XIII, probablemente hacia el año 1249 La posteridad quiso inmortalizar con su nombre el de la bella ciudad que la vio nacer y que sesenta años después, en 1309, había de ser también el lugar de su sepultura. Si bien es cierto que los santos, ya en vida, son más moradores del cielo que de la tierra, no pueden, sin embargo, al igual que todos los mortales, sacudir del todo el lastre que los hace hijos de su tiempo y de su ambiente La época en que vivió la Beata Ángela presenta rasgos singulares, ricos en contrastes, como acontece siempre en toda época de transición

Las grandes ideas características de la Edad Media brillan ya en la mitad del siglo XIII con luces de atardecer. Todos los sucesos de la sociedad de entonces nos hacen pensar en el ocaso, diríamos con Huizinga, en el otoño del medievo La unidad de la «república christiana», que naciera del consorcio del sacerdocio y del imperio, quedaba gravemente lesionada y prácticamente destruida con Federico II, en lucha constante con el papado. Al lado del imperio pululaban en Alemania las ciudades libres, y en Italia los comunes, que luchaban unas veces contra la Iglesia en favor del emperador, y otras contra éste aliados con la Iglesia, según fuera su distintivo de gibelinos o guelfos. La fe operante y entusiasta que tantos cruzados empujara hacia el Oriente languidecía con el postrer suspiro de San Luis, mientras las grandes síntesis escolásticas, expresión a la vez de la unidad y universalidad medievales, estaban perdiendo a sus geniales for-

jadores Alejandro de Hales, Santo Tomás y San Buenaventura. En 1308, un año antes que la Beata Ángela, muere Juan Duns Escoto, último gran escolástico. Pero entre las sombras crepusculares del medievo, se dibujan ya las luces del Renacimiento, con distintos cánones y nuevas ideas, que el Dante presiente y saluda en su *Vita nuova.* El geocentrismo, antropocentrismo e individualismo de la nueva era que nace, suplantan al teocentrismo y universalismo de la Edad Media que fenece. El pujante nacionalismo deshace en jirones la vieja túnica del Imperio. El Petrarca, tenido por muchos como el primer *hombre moderno,* canta las bellezas de su patria italiana y se inspira en la naturaleza y en el paisaje.

Ángela tuvo que vivir, pues, en una época fronteriza. Y en el drama de su vida, pecadora en un principio, santa después, no es difícil descubrir las huellas del ambiente en que se movió. De elevada posición, poseía riquezas, castillos, joyas y fincas. Se casó en temprana edad, y tuvo varios hijos. Tanto en sus años juveniles, como después en su estado de esposa y de madre, apuró pródiga la copa de los placeres que el mundo le brindaba. Ella misma confesará más tarde una y muchas veces sus graves desvaríos. Sin que nos veamos precisados a creer al pie de la letra la exactitud de estas confesiones, fruto más del arrepentimiento que de la verdad objetiva, no se pueden descartar tampoco los hechos que, por otra parte, están en conformidad con las circunstancias históricas que los rodean. En efecto, la cuna de Ángela fue mecida por aires nada saturados de clericalismo. Foligno, ciudad obstinadamente ligada al emperador, estaba siempre dispuesta a ponerse en pie de guerra contra cualquier pretensión del Papa. Pero la suerte de las armas muchas veces le era adversa, y uno de aquellos años sufrió una aplastante e ignominiosa derrota por parte de las fuerzas pontificias de Asís y de Perusa. ¿Quién duda que entre la distinguida estirpe de Ángela no se encontrarían entonces rabiosos gibelinos, para quienes los nombres de curas, papas y frailes venían resultando sinónimos de declarados enemigos políticos? Nos dirá Ángela más tarde que en su madre encontraba gran obstáculo para la conversión.

Pero la gracia de Dios iba obrando en lo profundo de su alma. Las circunstancias han cambiado con el tiempo. Es hacia

el año 1285. Foligno es ahora una ciudad súbdita del Papa y protegida por él. Ángela anda en sus treinta y cinco. Sus pecados de la juventud comienzan a producirle cierto escozor en la conciencia. Le llega también la prueba. En breve tiempo pierde a su madre, a su marido y a sus hijos. Huérfana de sus seres queridos, comienza a practicar la religión, pero en un principio sin apartarse del todo del pecado. Por eso hace comuniones sacrílegas, por no confesar sinceramente sus pecados. Es la hora de los confusos sentimientos; la lucha entre el espíritu y el cuerpo. Se halla sin luz, como Saulo en el camino de Damasco.

Pero allí cerca estaba Asís. «Oriente diré, que no Asís», cantó el Dante. El ejemplo de Francisco continuaba fascinando a muchas almas desde hacía casi un siglo. Para Ángela constituyó también un faro en esta noche oscura del espíritu. Un día en que se encontraba atormentada por remordimientos de conciencia, pidió a San Francisco que le sacara de aquellas torturas. Poco después entró en la iglesia de San Feliciano, donde predicaba a la sazón un religioso franciscano; se sintió tan conmovida que al bajar el predicador, se postró ante su confesionario, y, con grande compunción, hizo confesión general de toda su vida, quedando muy consolada.

El fraile se llamaba Arnaldo, cuya vida, al igual que la de nuestra Beata, no ha podido ser hasta ahora suficientemente estudiada, por falta de datos. Parece ser, sin embargo, que pertenecía a la comunidad de Asís, y que en la Orden seguía la corriente de los llamados «Espirituales», grupo que hicieron célebre, entre otros, los nombres de Pedro Juan Olivi, Ángel Clareno, Hubertino de Casale y el mismo Juan de Parma, general que fue de toda la Orden. Lo que sí sabemos ciertamente de fray Arnaldo es que, a partir de la conversión de Ángela, pasó a ser su confesor, su director y su confidente espiritual. Gracias a sus ruegos y a su pluma de amanuense, la posteridad puede saborear la *Autobiografía* de la Beata Ángela, conocida también con el nombre de *Memorial* de fray Arnaldo, verdadero tesoro de teología espiritual; donde se encierran las inefables experiencias místicas de esta alma, desde su conversión, en 1285, hasta el año 1296, en que se consuman sus admirables ascensiones hasta la contemplación del misterio de la Santísima Trinidad.

Pasman los prodigios que la divina gracia, en tan breve tiempo, ha obrado en esta alma privilegiada. Su trato íntimo con la divinidad, sus éxtasis escalofriantes, los secretos celestiales que en ellos se le confiaban, son más para admirados que para descritos. L. Leclève no duda en afirmar que Ángela de Foligno, por el crecido número de sus visiones, solamente admite parangón con Teresa de Ávila; y a ambas llama reinas de la teología mística.

Nuestra pobre fraseología humana resulta inadecuada para captar los misteriosos coloquios entre Ángela y la divinidad. La misma Beata sufría y se lamentaba, porque después de escuchar la lectura de lo que acababa de dictar a fray Arnaldo, le parecía que allí no se contenían más que blasfemias y burlas. Así son de mezquinos nuestros conceptos humanos cuando se los quiere hacer pasar por vehículos de realidades divinas.

Si estas dificultades encuentran los santos para exteriorizar sus propias experiencias, ¿qué pasará cuando los hombres se afanan por querer clasificarlas y analizarlas desde afuera y a distancia? Dejemos a los santos saborear dulcemente las inefables dulzuras nacidas del contacto íntimo con la divinidad. Las flores de la vida mística crecen, como las estrellas alpinas, en las cumbres de las altas montañas, y no a todos es dado llegar a esas alturas para disfrutar de su aroma. Unos habrán de contentarse con acampar muy cerca de la cima; otros, a la mitad; algunos, tal vez los más, apenas si habrán caminado unos pasos hacia la cúspide de la montaña. Pero lo que sí es cierto es que todos deben intentar subir la cuesta de la montaña espiritual; diríase, con otras palabras, que todos están llamados a ejercitarse en la vida ascética, mediante la práctica de la perfección, rastreando los senderos, a veces tortuosos y empinados, que conducen a las recónditas alturas de la mística. En efecto, estas dos vías, ascética y mística, no se desenvuelven a manera de dos paralelas, sino que constituyen, en el pensamiento de la Beata Ángela, las dos mitades, inicial y terminal respectivamente, de una misma vida espiritual. Así, pues, si no todos los cristianos podrán tocar con sus manos el término de esa línea ascendente, todos, sin embargo, están obligados a no desistir de lanzarse a la carrera espiritual. «Y que nadie se excuse —les advierte la Bea-

ta— con que no tiene ni puede hallar la divina gracia, pues Dios, que es liberalísimo, con mano igualmente pródiga la da a todos cuantos la buscan y desean».

Cosas admirables sobre la perfección ha dejado escritas la Beata Ángela. En dieciocho etapas va describiendo, en el primer capítulo de su autobiografía, el laborioso producto de su conversión, desde que comenzó a sentir la gravedad de sus pecados y el miedo de condenarse hasta el momento en que al oír hablar de Dios se sentía presa de tal estremecimiento de amor, que aun cuando alguien suspendiera sobre su cabeza una espada, no podía evitar los movimientos. A la Beata Ángela se le atribuyen, además de la *Autobiografía* de fray Arnaldo, unas exhortaciones, algunas epístolas y un testamento espiritual, que han merecido a su autora el ser considerada por algunos nada menos que como *magistra theologorum*. Sin ocultar el tono de exageración que el cariño de los discípulos ha puesto en este elogio hacia la madre espiritual, hay que reconocer que los discípulos de la Beata Ángela recogen lo mejor que de teología ascética habían escrito los grandes maestros de la escolástica; y colocada además providencialmente en los umbrales de una época nueva, logra transvasar a los odres del Renacimiento los vinos añejos de la espiritualidad del siglo XIII. Los aires renacentistas de acercamiento al hombre, a lo individual y concreto, la mueven a abrazar el pensamiento franciscano, que coloca a Cristo, Hombre-Dios, por centro de toda vida espiritual, ejemplar de todas las virtudes y única vía para caminar hacia la perfección. Empapada en el espíritu de San Francisco, a cuya Tercera Orden de Penitencia se incorporó desde los primeros días de su conversión, e inspirada en el pensamiento bonaventuriano, la Beata Ángela es la gran mística de la humanidad de Cristo. La imitación de Cristo-Hombre, mediante el ejercicio de las virtudes, es la meta de la ascética, así como la unión con Dios, por medio de Cristo, es la consumación y remate de la mística.

Pero la espiritualidad de nuestra Beata recibe modalidades nuevas, dentro de lo franciscano, pues mientras el cristocentrismo de la escuela franciscana, en general, se orienta hacia la encarnación, hay que reconocer que para la Beata Ángela todo gira en torno a la cruz. La pasión y muerte de Cristo es la de-

mostración más grande de amor que el Hijo de Dios ha podido dar a los hombres. Cristo desde la cruz es el «libro de la vida», como lo llama ella, en el cual debe leer todo aquel que quiera encontrar a Dios. Era tal la devoción que sentía hacia la cruz que, si le cuadraba contemplar una estampa o un cuadro en que se representaba alguna escena de la pasión, se apoderaba de sus miembros la fiebre y caía enferma. Por eso la compañera procuraba esconderle las representaciones de la pasión, para que no las viese. Sus opúsculos fueron editados varias veces, en siglos pasados, con el título significativo de *Theologia crucis*. En la meditación de la pasión era donde conocía con más viveza la gravedad de sus pecados pasados, y los lloraba con mayor dolor. Aquí es donde se decide a tomar resoluciones que dan nuevo rumbo a su vida. «En esta contemplación de la cruz —refiere ella— ardía en tal fuego de amor y de compasión que, estando junto a la cruz, tomé el propósito de despojarme de todas las cosas, y me consagré enteramente a Cristo». La pobreza, la estricta pobreza de espíritu, era la contraseña que ella exigía para distinguir los verdaderos discípulos de Cristo. Muchos se profesan de palabra seguidores de Cristo; pero en realidad y de hecho abominan de Cristo y de su pobreza. En las páginas de sus opúsculos el amante de la historia podrá descubrir las inquietudes en torno a la pobreza de Cristo que convivieron los espirituales franciscanos y nuestra Beata de Foligno.

Junto a la cruz, la Beata Ángela aprendió a ser la gran confidente del Sagrado Corazón de Jesús, muchos siglos antes que Santa Margarita María recibiera los divinos mensajes. «Un día en que yo contemplaba un crucifijo, fui de repente penetrada de un amor tan ardiente hacia el Sagrado Corazón de Jesús, que lo sentía en todos mis miembros. Produjo en mí ese sentimiento delicioso el ver que el Salvador abrazaba mi alma con sus dos brazos desclavados de la cruz. Parecióme también en la dulzura decible de aquel abrazo divino que mi alma entraba en el Corazón de Jesús». Otras veces se le aparecía el Sagrado Corazón para invitarla a que acercase los labios a su costado y bebiese de la sangre que de él manaba. Abrasada en esta hoguera de amor, nada tiene de extraño que se derritiese en ardientes deseos de padecer martirio por Cristo.

El amor que Cristo nos demostró en la cruz, se perpetúa a través de los siglos de una manera real en el sacramento de nuestros altares. La devoción a la eucaristía, tan característica de los tiempos modernos, tiene una eminente precursora en la Beata Ángela. Fueron muchas las visiones con que el Señor la recreó, en el momento de la consagración o durante la adoración de la sagrada hostia. Siete consideraciones dedica a la ponderación de los beneficios que en este sacramento se encierran. El cristiano debe acercarse con frecuencia a este sacramento, seguro de que, si medita en el grande amor que en él se contiene, sentirá inmediatamente transformada su alma en ese mismo divino amor. La Beata exhorta, sin embargo, a cada cristiano a que se haga, a modo de preparación, las siguientes consideraciones: ¿A quién se acerca? ¿Quién es el que se acerca? ¿En qué condiciones y por qué motivos se acerca?

Abrazada con Cristo en la Cruz, arrimada a su costado y confortada con el pan de vida, la Beata Ángela recibió la visita de la hermana muerte. Eran las últimas horas del día 4 de enero de 1309 cuando esta privilegiada mujer, rodeada de un gran coro de hijos espirituales, entregaba plácidamente su alma al redentor. Su cuerpo fue sepultado en la iglesia del convento franciscano de Foligno. Sobre su sepulcro comenzó Dios a obrar enseguida muchos milagros. El papa Clemente XI aprobó el culto, que se le tributó constante, el día 30 de abril de 1707.

ISAAC VÁZQUEZ, OFM

Bibliografía

Act. SS. Boll., Ian., día 1 p.186s.
BIONDI, T., *Angela da Foligno, gemma del misticismo umbro nel secolo XIII* (Foligno 1949).
BLASUCCI, A., *La Beata Angela da Foligno* (Padua 1950).
BORDONI, C., *Angela de Foligno, magistra theologorum* (Foligno 1950).
FERRE, M. J., *Le livre de l'expérience des vrais fidèles* (París 1927).
HELLO, E., *Le livre des visions et instruction de la bxe. Angèle de Foligno* (París 1914).
LECLEVE, L , *Sainte Angèle de Foligno* (París 1936).

SANTA ISABEL ANA BAYLEY SETON
Viuda († 1821)

Dos singularidades concurren en Santa Isabel Ana Bayley, viuda Seton: es la primera santa canonizada de la América septentrional y la fundadora de la primera congregación religiosa en la historia de los Estados Unidos. Su figura, además, resulta altamente señera: hija ejemplar, esposa amantísima, madre de cinco hijos, viuda, religiosa, fundadora... Para mayor abundamiento, su limpia trayectoria de fidelidad se divide entre el Anglicanismo (1774-1805) y la Iglesia Católica (1805-1821), lo que le confiere el interés ecuménico puesto de relieve por Juan XXIII cuando su beatificación en Roma el 17 de marzo de 1963, ya iniciado el Concilio Vaticano II. El correspondiente proceso canónico no se inició hasta bien comenzado el siglo XX, cuando ya no se podía contar con testigo directo alguno. Por ello, fue necesaria una rigurosa investigación histórica que dio como fruto su biografía sobria y esclarecida, que se ameniza con las aportaciones de breves escritos de la santa y algunas tradiciones fiables dentro de la congregación por ella fundada.

Nació en Nueva York en 1774 y en un día muy señalado: el 28 de agosto, fiesta de San Agustín. Juan XXIII considera que con razón se le pueden aplicar las palabras del Santo: «Se exhalaba tu verdad en mi corazón y de él brotaba el afecto piadoso» (*Conf.* 9,6). En efecto, floreció desde la infancia poseída por la luz de la fe y el suave ardor de la piedad. Sus padres, el prestigioso médico Ricardo Bayley y Catalina Charlton, anglicanos practicantes, aseguraron en el hogar un clima de viva religiosidad. La madre murió muy pronto y ello explica el tierno amor que siempre sintió hacia el progenitor, que cuidó muy directamente de su formación. Compartía con él la afición por la literatura y la música y el interés por los pobres. Siendo investigador y profesor relevante, prefirió ejercer la medicina entre las clases más desheredadas. Así contrajo en 1801 la fiebre amarilla, causa de su muerte.

La fe inicial de la santa se nutrió de la asidua escucha de la palabra de Dios y de la participación en las celebraciones de la Cena del Señor, a las que unía el examen íntimo de sus obras e intenciones. A los 18 años, seguramente estimulada por los

ejemplos de su padre, concibió la idea de una casa de acogida para niños necesitados. Fue una premonición de la que había de ser la obra más perdurable de su vida. En 1794, con veinte años, contrajo matrimonio con Guillermo Magee Seton, perteneciente a una renombrada familia de comerciantes. Entre los contactos que mantenía con Europa figuran los hermanos Filicchi, de Livorno. Seton fue el único y gran amor de Isabel Ana. Tuvieron cinco hijos: Ana María, Ricardo, Guillermo, Catalina Josefa y Rebeca. La falta de salud del esposo repercutió progresivamente en el quebranto económico de la familia. Los médicos aconsejaron un cambio de clima como único remedio posible para atajar la tuberculosis avanzante. Los hermanos Filicchi les ofrecieron acogida, y el matrimonio se embarcó para Italia llevándose consigo a Ana, la hija mayor.

Pero la llegada a Livorno les deparó una gran prueba: las autoridades sanitarias, ante la avanzada tuberculosis, impusieron la hospitalización, y hubo que internarlo en un modesto sanatorio de Pisa para evitar el contagio. Allí falleció, a los 35 años de edad y nueve de casado. Los hermanos Filicchi, Antonio y Felipe, se portaron con Isabel como verdaderos hermanos. Antonio y su esposa la acogieron en su propia casa durante algunos meses: fueron decisivos para que se orientase hacia la Iglesia Católica, al observar la vida cristiana de aquella familia, y especialmente su fe en la presencia real de Cristo en la Eucaristía y su devoción a la Virgen. Bien puede decirse que entre Isabel y los Filicchi hubo un prolongado y distendido diálogo ecuménico. Felipe, que hablaba inglés, llegó a traducir para ella páginas enteras del catecismo católico.

Cuando decidió regresar a los Estados Unidos, a comienzos de 1804, Antonio Filicchi se determinó a acompañarla y completar durante el largo trayecto marítimo la instrucción católica. La decisión de integrarse en la Iglesia estaba ya tomada. Como cabía temer, la oposición de los suyos fue grande, y no digamos la de su antiguo mentor espiritual el pastor anglicano Juan Hobart, del que ciertamente había recibido gran ayuda para su vida interior; pero Antonio Filicchi continuaba a su lado y pronto contó, además, con el apoyo de sacerdotes católicos y del obispo Caroll. Ella misma nos cuenta una experiencia conmovedo-

ra: cuando acudía a la parroquia anglicana de San Pablo, dirigía la mirada a los ventanales para divisar la muy próxima iglesia católica de San Pedro, adorando a Cristo allí realmente presente e invocando la protección del Príncipe de los Apóstoles.

Fue precisamente en esta iglesia de San Pedro donde, el 27 de febrero de 1805 (Miércoles de Ceniza), se le disiparon de súbito todas las dudas. La fe firme en la presencia real de Cristo en la Eucaristía fue el motivo determinante de su conversión. Pocos días después, el 14 de marzo, entró con sus cinco hijos en la Iglesia Católica y recibió la primera comunión, previa la confesión sacramental. Tenía 31 años y un clarísimo programa inmediato: la atención de sus hijos y la defensa y propagación de la fe católica. El 26 de mayo del año siguiente (1806) recibió el sacramento de la confirmación de su gran benefactor Mons. Caroll, ya obispo de Baltimore, y a esta ciudad se trasladó en 1808 para realizar el sueño de su juventud: abrir una escuela para niños pobres. Pronto se le agregaron algunas jóvenes que comenzaron a vivir con ella como religiosas, atendiendo preferentemente a otras jóvenes pobres y desamparadas. El obispo Caroll velaba por Isabel y la consistencia de su obra. Siguiendo sus orientaciones y con la ayuda de un generosísimo donante se estableció en Emmitsburg en 1809, constituyendo la Congregación de Hermanas de la Caridad de San José, según la regla de las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl, adaptada preferentemente a la educación de los más necesitados.

El 21 de julio de 1813 hizo los votos con diecisiete discípulas. Su hija Ana había figurado entre las novicias, pero le sobrevino la muerte antes de esta fecha, habiendo emitido los votos en el extremo de la enfermedad. Fue directora general de su congregación hasta su muerte en Emmitsburg el 4 de enero de 1821, a los 46 años. La institución llevaba 12 años de existencia y sólo contaba en este momento con cincuenta monjas repartidas en unos cuantos colegios y orfelinatos. Las había formado muy bien con su sabiduría, su ejemplo y su intrepidez: fue verdaderamente madre y maestra. Supo, además, aplicar el espíritu de San Vicente de Paúl a los problemas más candentes, y así es considerada como una valiente propugnadora del antiesclavismo, pues abrió las puertas de sus centros educativos a muchachas de color.

En la Congregación se conservó inalterable el recuerdo de su paz y de su permanente alegría y buen humor en medio de los sufrimientos. Era un corazón sin hiel, rebosante de la dulzura inconfundible de los corazones purificados por el sufrimiento: la pérdida del esposo, del padre y protector, de dos de sus hijas, la tuberculosis latente que se manifestó al fin de forma galopante... Muerta ella, su obra creció como el grano de mostaza, hasta contar, en el momento de su canonización, con más de ocho mil religiosas, distribuidas en seis congregaciones implantadas principalmente en los Estados Unidos y Canadá.

Dato interesante del período de búsquedas y ramificaciones es que 345 religiosas de la primitiva institución pasaron a las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl el 7 de julio de 1849, lo que propició grandemente la implantación de esta importantísima congregación en los Estados Unidos. La madre de tantas religiosas, fue también la madre viuda —¡y qué madre!— de cinco hijos. ¿Cuál fue la suerte de éstos? Ana, la primogénita, falleció en sus brazos a los 17 años, tras emitir los votos; Ricardo y Guillermo, a los que apoyaron los hermanos Filicchi, entraron en la Marina; aquél falleció a los 25, y Guillermo formó una familia católica de siete hijos, de los cuales Roberto fue arzobispo. Catalina Josefa fue monja profesa en la congregación de su madre; Rebeca falleció también en brazos de Isabel Ana a los 14 años.

He aquí una santa que igual puede ser venerada por los anglicanos que por los católicos. Los que en Livorno la trataron la llamaban «la santa protestante». Ella pudo repetir con entera propiedad las mismas palabras del gran cardenal Newman, también llegado del Anglicanismo: «Yo no he pecado nunca contra la luz». Desde nuestra perspectiva podemos decir que, fiel siempre a la iluminación de la Gracia, fue de luz en luz, hasta el sol pleno de Cristo presente en la Eucaristía. Fue canonizada el 14 de septiembre de 1975 por Pablo VI en la Basílica Vaticana.

JOSÉ M.ª DÍAZ FERNÁNDEZ

Bibliografía

CUZZOLINA, M. C., *Elisabeth Ann Seton, a woman of prayer* (Nueva York 1993).

DIRVIN, J. I., *Beata Madre Elisabeth Seton, fondatrice delle Suore Americane di Carità* (Turín 1963).

— *The soul of Elisabeth Seton: a spiritual portrait* (San Francisco 1990).
POINSENET, M. D., *Isabel Seton. Sólo busco a Dios y a su Iglesia* (Salamanca 1977).

BEATO MANUEL GONZÁLEZ GARCÍA
Obispo († 1940)

De los santos españoles del siglo XX fue seguramente el Beato Manuel González García el que ya en vida gozó de mayor popularidad: el célebre Arcipreste de Huelva, el famosísimo obispo de Málaga y de Palencia. Después de su muerte creció la fama hasta convertirse en clamor fervoroso pidiendo su beatificación. Juan Pablo II lo beatificó el 29 de abril de 2001.

El decreto por el que declara heroicas sus virtudes se inicia con las siguientes palabras de Vaticano II: «En la Santísima Eucaristía está contenido todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, el mismo Cristo» (PO 5); y nos ofrece ya de entrada la mejor interpretación de su vida: «La Eucaristía, culmen y fuente de toda la vida cristiana, fue lo más importante en la vida y el ministerio de Manuel González García, el cual celebrando la Eucaristía, adorando y contemplando acrecentó el amor de Dios y al prójimo, se configuró conforme al divino Pastor al servicio de la grey y transmitió la luz del Evangelio y de la Cruz en la Iglesia y en el mundo». Así es: el fulgor de la Eucaristía ilumina toda su trayectoria desde la infancia hasta, literalmente, su sepulcro.

Con el sol y la alegría de Sevilla la gracia se vertió en él abundantemente hasta florecer en regocijo y santidad. Nació en Sevilla el 25 de febrero de 1877 en un hogar humilde que algo nos evoca a Nazaret: el padre, carpintero al servicio del Colegio Salesiano, algo tuvo que asimilar del espíritu de Don Bosco; la madre, costurera. Fue el penúltimo de cinco hijos. Algo dice también de la piedad de este hogar la sarta de nombres que recibió en el bautismo el 28 del mismo mes de febrero, en la iglesia parroquial de San Bartolomé: Manuel Jesús de la Purísima Concepción y Antonio Félix de la Santísima Trinidad. Hizo la primera comunión el 11 de mayo de 1886, cumplidos los nueve años. El dato más vistoso de su infancia dice relación alegre a la Eucaristía y a la Virgen. Logró la gran ilusión que dejó huella en

su vida: formar parte de los famosos *seises* de la catedral de Sevilla, el grupo de niños que, repicando las castañuelas, canta y baila con canciones del siglo XVI ante el Santísimo expuesto en la solemnidad de Corpus y en la fiesta de la Inmaculada. Sus trajes, también del siglo XVI, son muy lucidos: juboncillo rojo o azul celeste, y calzón corto de seda blanca, como las medias. Así, su devoción a la Eucaristía y a la Virgen se tiñeron muy pronto de la alegría más pura que luce Sevilla.

El clima espiritual se veía muy favorecido por la ejemplaridad de vida de algunos presbíteros, y en el secreto de su corazón brotó la vocación al sacerdocio. Sin decir nada a sus padres, se presentó al examen de ingreso en el Seminario a los doce años, comunicándoles luego la admisión. Debido a la pobreza familiar, cursó los estudios en condición de fámulo, es decir, gratuitamente a cambio de trabajar para el centro. En la trayectoria de su carrera eclesiástica está atestiguada su piedad, su disciplina y el éxito en los estudios, coronados con el Doctorado en teología en julio de 1901, siendo ordenado presbítero el 21 de septiembre. Sus últimos años de seminarista y los cinco primeros de sacerdote coinciden con los del pontificado del arzobispo Beato Marcelo Spínola (1895-1906), nombrado cardenal por Pío X pocos meses antes de morir. Fue un arzobispo decididamente renovador, atento a los problemas sociales y a la prensa, y tuvo ya en vida fama de santo. Su presencia influyó poderosamente en nuestro D. Manuel De él recibió el presbiterado y el nombramiento clave de su vida: Arcipreste-párroco de San Pedro de Huelva en 1905, cuando sólo tenía 28 años.

¿Qué movió a D. Marcelo Spínola a nombramiento tan precoz? Recién ordenado sacerdote, D. Manuel había sido enviado a dar una misión en Palomares del Río, y aquí recibió una singular gracia de Dios que lo marcó definitivamente. Al procurar informarse de la situación religiosa de la localidad, antes de entrar en acción, recibió las impresiones más desalentadoras. Él mismo nos cuenta su reacción:

> «Fuime derecho al sagrario [ ] y ¡que sagrario, Dios mio! ¡Que esfuerzos tuvieron que hacer allí mi fe y mi valor para no salir corriendo para mi casa! Pero, no hui Allí de rodillas [ ] mi fe veia a un Jesus tan callado, tan paciente, tan bueno, que me miraba que me decia mucho y me pedia mas [ ] La mirada de Jesucristo en

esos sagrarios es una mirada que se clava en el alma y no se olvida nunca. Vino a ser para mí como punto de partida para ver, entender y sentir todo mi ministerio sacerdotal».

Es bien posible que con confianza filial contase ésta y otras experiencias a su propio arzobispo, sevillano, además, como él. En todo caso, D. Marcelo demostró conocerlo muy a fondo al enviarlo a Huelva. Serán diez años de entrega pastoral sin límites, a los niños («Pan y catecismo»), a las familias, a los pobres, con continuas iniciativas siempre sazonadas de alegría y contagioso optimismo, capaz de vencer, día a día, el ambiente hostil. El Arcipreste de Huelva pronto se hizo famoso en toda España, y muchas de sus iniciativas, y sobre todo su programa de vida centrado en el sagrario, influyeron grandemente en amplios sectores del clero español.

Su primer libro publicado, *Lo que puede un cura hoy,* supuso una inyección de ánimo para muchos sacerdotes. De sus años en Huelva es también la publicación de la revista *El Granito de Arena,* que pronto contó con suscripciones en todas partes. Justo en el año central de su estancia en Huelva (1910), después de cinco años pidiendo limosna para fundar escuelas y socorrer a los pobres, se dirige a las más fieles colaboradoras de su actividad apostólica, invocando su atención «en favor del más abandonado de todos los pobres: el Santísimo Sacramento. Os pido una limosna de cariño para Jesucristo sacramentado [...] Os pido por el amor de María Inmaculada y por amor de ese Corazón tan mal correspondido, que os hagáis María de esos sagrarios abandonados». Así, con la sencillez del Evangelio, nació la Obra para los Sagrarios-Calvarios, que en sus dos secciones de Marías de los Sagrarios y Discípulos de San Juan se extendió rápidamente, dando paso enseguida a la Reparación Infantil Eucarística.

Ya obispo, había de constituir, en 1918, los Sacerdotes Misioneros Eucarísticos Diocesanos, la Congregación de Misioneras Eucarísticas de Nazaret (1921), y en colaboración con su hermana Antonia, la institución de Misioneras Auxiliares Nazarenas (1932) y la Juventud Eucarística Reparadora (1939). Son fundaciones que jalonan toda su existencia sacerdotal y episcopal. Hoy forman la gran familia denominada Unión Eucarística Reparadora. D. Manuel sintió especial devoción por San Pío X,

el Papa de la Eucaristía que eligió como lema: «Instaurarlo todo en Cristo». La sintonía fue perfecta. En 1912, el 28 de noviembre, fue recibido en audiencia por Su Santidad, a quien fue presentado como el «apóstol de la Eucaristía». El Papa se interesó por toda su actividad y bendijo su obra.

Su nombramiento para Obispo Auxiliar de Málaga, en 1915, por el papa Benedicto XV, a sus 38 años, fue motivo de gran alegría en toda España. El obispo residencial Juan Muñoz Herrera se hallaba muy disminuido, lo que explica la pronta designación de Administrador Apostólico con plenos poderes. Muñoz Herrera falleció en 1919 y D. Manuel fue nombrado obispo residencial de Málaga al año siguiente. Hay datos que denotan un talante apostólico de excepción: D. Manuel celebró su toma de posesión como obispo residencial de Málaga dando un banquete a los niños pobres, en vez de a las autoridades; éstas, junto con los sacerdotes y seminaristas, sirvieron la comida a los tres mil niños. Quedaba así denotado el nuevo estilo de un santo obispo sevillano para su grey andaluza: conversación callejera con todos los que encontraba en su camino, escuelas y catequesis parroquiales... Pero, por encima de todo, estaba el binomio eucaristía-sacerdocio, y el doble problema de la escasez de sacerdotes y el lamentable estado del seminario malagueño: ¡hacía falta un seminario material y espiritualmente nuevo!

Fue su sueño pastoral *(Un sueño pastoral):* «Un seminario sustancialmente eucarístico, en el que la Eucaristía fuera, en el orden pedagógico, el más eficaz estímulo; en el científico, el primer maestro, y la primera asignatura; en el disciplinar, el más ágilmente inspector; en el ascético, el modelo más vivo; en el económico, la gran providencia, y en el arquitectónico, la piedra angular». Con este programa, quedaba señalado un camino eucarístico de santidad: «llegar a ser hostia en unión con la Hostia consagrada», lo que significa «dar y darse a Dios y en favor del prójimo del modo más absoluto e irrevocable». Tal opción recibe un nombre: victimación. D. Manuel González fue en Málaga víctima de su celo apostólico.

Con la llegada de la República comienzan para él las grandes persecuciones. El 11 de mayo de 1931 le incendian el palacio episcopal y tiene que esconderse en un domicilio particular, del

que huye a Gibraltar, para evitar el peligro de sus protectores. De Gibraltar se traslada a Madrid. Aquí vive en un modesto apartamento rigiendo la diócesis a distancia. La situación se hace insostenible y Pío XI lo nombra obispo de Palencia, la diócesis que había dejado vacante su metropolitano de Granada D. Agustín Parrado. Tenía entonces 58 años. En Palencia permanece durante toda la guerra civil, sin conocer devastaciones en su propia diócesis pero sufriendo en su propia carne el dolor y el martirio de tantos sacerdotes y obispos asesinados, entre ellos los de Guadix y Almería, de la misma provincia eclesiástica de Granada, ya beatificados. En Málaga hasta profanaron la capilla del Seminario y aventaron los huesos de sus padres, que allí había depositado con amor filial. Debilitado y achacoso proseguía su camino eucarístico-pastoral. La melancolía se le reflejaba a veces en los ojos, sin que dejasen de estallar brotes de humor disonantes del temple frío de los castellanos viejos.

Dejo constancia de una anécdota recogida por mí en Palencia, en 1949, de labios de un sacerdote fehaciente: cuando la toma de Bilbao, hubo una manifestación patriótica que terminó con una salve a la Virgen, seguida de los vivas de rigor, dados por el propio obispo. Tenía que terminar con un «Viva Bilbao», pero el genio sevillano lo traicionó: «¡Viva el bacalao a la vizcaína!». Los palentinos no supieron reaccionar y el «viva» se quedó sin respuesta. A su muerte muchos palentinos tenían la impresión de no haberlo comprendido. Él los comprendió mucho mejor, y es fama que solía repetir: «En Andalucía gasté mis mejores energías en enseñar el catecismo a los niños, en Palencia me encuentro con que tienen el catecismo bien sabido».

Falleció a los 63 años, el 4 de enero de 1940, y fue enterrado en la catedral de Palencia conforme a la cláusula testamentaria que fue grabada en su lápida sepulcral: «Pido ser enterrado junto a un sagrario, para que mis huesos, después de muerto, como mi lengua y mi pluma en vida, estén siempre diciendo a los que pasen: ¡Ahí está Jesús! ¡Ahí está! No lo dejéis solo».

Sus escritos siguen instruyendo y transmitiendo amor a la Eucaristía, en nuevas ediciones: *El abandono de los sagrarios acompañados, Oremos en el sagrario como se oraba en el Evangelio, Artes para ser apóstol,* etc., etc. En la homilía de su beatificación en Roma el

29 de abril de 2001, Juan Pablo II proclamó: «El Beato Manuel González es un modelo de fe eucarística, cuyo ejemplo sigue hablando a la Iglesia de hoy».

JOSÉ MARÍA DÍAZ FERNÁNDEZ

Bibliografía

AMIGO VALLEJO, C., OSORO SIERRA, C. y PALMERO RAMOS, R., *Beato Manuel Gonzalez: el obispo de la eucaristia, visto por tres obispos* (Madrid 2001).

CAMPOS GILES, J., *El obispo del sagrario abandonado* (Madrid [5]1983)

CERRO CHAVES, F., *Orar con el obispo de la eucaristía (Don Manuel González)* (Burgos 1998).

PALMERO RAMOS, R., *Beato Don Manuel Gonzalez, el obispo de la eucaristía* (Burgos 2001).

SÁNCHEZ TRUJILLO, P., *La gracia del Beato Manuel González García· modelo y maestro de catequistas* (Madrid 2001)

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN GREGORIO DE LANGRES

Obispo († 539)

Primero fue a lo largo de muchos años un seglar que, hijo de una distinguida familia, obtuvo el cargo de conde o gobernador en Autún, y cuando llevaba muchos años en este ejercicio, luego de haber estado casado y tenido hijos, decidió dedicarse al servicio del Señor, y tuvo en el ministerio el mismo crédito que había tenido en el desempeño de su cargo político.

El clero y el pueblo de Langres, población de Borgoña, pese a ser ya hombre mayor, lo eligió para su obispo, y él puso lo mejor de sí en el ejercicio del episcopado. No gobernó la iglesia diocesana de Langres con la manera con que había sido gobernador. Supo distinguir entre ambos gobiernos, y el episcopal lo inspiró por completo en la mansedumbre evangélica. Hombre de oración y mucha piedad, restauró el culto al mártir San Benigno, cuyo sepulcro en Dijon restauró, siendo muy frecuente la estancia del santo obispo en esta ciudad.

Murió en Langres el 4 de enero del año 539, pero su cuerpo fue llevado, según había pedido, a Dijon y enterrado junto al se-

pulcro de San Benigno. Su fama de santo se debió a su gran mansedumbre y extrema caridad.

SAN RIGOBERTO DE REIMS

Obispo († 743)

Profesó de joven la regla benedictina en el monasterio de Orbais, del que llegó a ser abad. Su buen gobierno en la abadía atrajo sobre él la elección para arzobispo de Reims el año 721.

Fue un prelado celoso, amante de la disciplina eclesiástica y de la libertad de la Iglesia, y por este motivo chocó con Carlos Martel, el cual lo expulsó de la diócesis. Rigoberto, con evidente mansedumbre, se volvió a su abadía de Orbais, en cuya comunidad se integró como monje. Pero años después fue reclamado de Reims, y al llegar se encontró con un arzobispo intruso, al que hubo de hacer frente, hasta que cansado de reclamar un puesto que en verdad no era su aspiración profunda, dimitió del arzobispado para marchar a hacer vida eremítica, en la que perseveró hasta su santa muerte el 4 de enero del año 743.

BEATO TOMÁS PLUMTREE

Presbítero y mártir († 1570)

El día 4 de enero de 1570 fue ajusticiado en Durham como traidor este sacerdote que había tomado parte activa en la rebelión contra Isabel I, protagonizada por los católicos en 1569 y tendente a restaurar el catolicismo en el país. Naturalmente él no tomó las armas pero alentó a los rebeldes, y en ello no hizo sino ser consecuente con sus propias convicciones.

Él de joven había estudiado en Oxford y luego de graduarse había sido nombrado rector de Stubton en el condado de Lincoln, de donde él era natural. Pero cuando Isabel I impuso nuevamente el acatamiento al «Acta de Supremacía» y al de «Uniformidad», él dimitió de su cargo y se dedicó a dar clases en Lincoln. Posteriormente conoció al conde de Northumberland, Beato Tomás Percy, el cual lo hizo su capellán.

Cuando en 1569 el conde de Northumberland junto con el de Westmoreland organizó la llamada rebelión del Norte, Plumtree animó a los rebeldes, de los que llegó a ser llamado el predicador, celebró misas masivas en las tierras que cayeron en poder de los rebelados y él fue el oficiante de la misa celebrada el 4 de diciembre de 1569 y en la que una gran masa de gente se reconcilió con la Iglesia Católica.

Vencidos los rebeldes, la Reina dio orden de hacer castigos sonados, y así fueron ejecutadas muchas personas, entre ellas Plumtree y también Northumberland, que lo fue dos años más tarde que Tomás. Ambos fueron beatificados por León XIII el 9 de diciembre de 1886.

5 de enero

A) MARTIROLOGIO

1. En Alejandría de Egipto, Santa Sinclética (s. IV), virgen y ermitaña.
2. En Cartago, San Deogracias († 457), obispo, que rescató muchos cautivos
3. En Roma, Santa Emiliana, virgen, tía del papa San Gregorio Magno (s. VI).
4. En la Bretaña Menor, San Convoyón († 868), abad, fundador de varios monasterios *.
5. En Londres, San Eduardo el Confesor († 1066), rey de Inglaterra **
6. En Valkenberg (Limburg), San Gerlac († 1165), ermitaño.
7. En Todi (Umbría), Beato Rogerio († 1237), presbítero y religioso franciscano, discípulo de San Francisco.
8. En Angers, los beatos Francisco Peltier, Santiago Ledoyen y Pedro Tessier, presbíteros y mártires durante la Revolución Francesa († 1794).
9. En Filadelfia (Estados Unidos), San Juan Nepomuceno Neumann († 1860), obispo, religioso redentorista **.
10. En Génova, Beata María Repetto († 1890), virgen, religiosa de las Hermanas de Nuestra Señora del Refugio en el Monte Calvario *
11. En Dublín (Irlanda), Beato Carlos de San Andrés Houben († 1893), presbítero, de la Congregación de la Pasión del Señor *.
12. En Jazlowice (Ucrania), Beata Marcelina Darowska († 1911), viuda, fundadora de la Congregación de Hermanas de la Inmaculada Concepción **.

13. En Espoleto, Beato Pedro Bonilli († 1935), presbítero, fundador del Instituto de Hermanas de la Sagrada Familia **.

14. En Zaragoza (España), Beata Genoveva Torres Morales († 1956), virgen, fundadora de la Congregación de Hermanas del Sagrado Corazón de Jesús y de los Santos Ángeles **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN EDUARDO EL CONFESOR

Rey de Inglaterra († 1066)

Para hacer historia de los siglos próximos falta perspectiva, para narrar la vieja historia faltan datos y sobran leyendas. «Y el historiador perfecto, al propio tiempo que debe poseer imaginación bastante para dar a sus narraciones interés y colorido, debe asimismo dominar tanto su arte y por tal modo que se contente con los materiales acopiados por él y se defienda de la tentación de suplir los vacíos que halle con añadiduras de su propia cosecha». Así opinaba de la historia lord Macaulay.

Por otra parte, la historia se simplifica excesivamente con la lejanía. También de lejos todo resulta pardo. Por eso la Edad Media se ha vuelto torneo, cruzada y lirismo a través de crónicas irresponsables y películas ligeras. A sus hombres se les ve sencillos, ingenuos y de una sola cara. Tan sólo admitimos la excepción de algún que otro «malo» cinematográfico medieval. Comparamos con nuestros años, y el balance final indiscutible es que «fue mejor todo tiempo pasado». Quizá se busca así una justificación de la propia debilidad al querer ver la fidelidad a la Ley divina como más fácil en otros aires temporales. También porque lo vivo es empecinadamente discutido mientras lo muerto se dulcifica, se atenúa y reduce a una visión comprensiva y simplista. La hora de la muerte es de alabanza.

«Jamás se dirá bastante mal de la Edad Media, pero, sobre todo, nunca se dirá bastante bien». Esta verdad de Federico Ozanam es la que se ve evidente al meditar la vida del santo rey inglés, en la que lo adverso es pan de cada día y lo bueno es el personaje, en realidad sólo el protagonista, en brega con todo

un ejército de circunstancias adversas a toda existencia facilitada. Este es el haz y el envés de su época.

Aquel tiempo tenía su armazón social en las leyes naturales, la caridad y Cristo. Y aquí su maravilla. Porque la consistencia de sus costumbres era la justicia informada por la caridad. Vale decir —escribe Enrique Rau— que todo el orden social temporal era como una mansión pasajera donde el hombre reponía sus fuerzas corporales en marcha hacia la eternidad; el destino temporal del hombre se consideraba como un medio providencial de realizar el destino eterno sobrenatural. Ni un momento de la vida real, ni un aspecto, ni una clase social, ni trabajo alguno, por humilde que fuera, se creían separables de la religión. Toda la vida era considerada «deber de estado» y transformable en materia apostólica. También es cierto que la humanidad medieval tenía de la naturaleza concepto de escala hacia Dios, y San Francisco oraba al libre aire de los campos italianos, y allí era su púlpito, bajo los tornavoces de hojas verdes, y allí sus éxtasis, y allí los capítulos de su Orden, abrigados por unas leves vegetales esterillas. El ideal de hombre era el de «caballero», y el de mujer el de dama y reproducción de la más cantada mujer y bendita Madre de Dios, *Nossa Senyora.* El caballero había de ser leal, idealista, cristiano y compasivo. La mujer, pudorosa, devota y muy de casa. La sociedad armónica y religiosa en común. El Papado fuerte. La Monarquía responsable y la cultura teológica.

Pero no hay luz sin sombra. La belleza está en el claroscuro. Son esas sombras las que hacen posible ver la luz. Y son ellas las que unos historiadores sólo aprecian y otros se afanan en olvidar.

Los principios de la Edad Media fueron particularmente tenebrosos. Tuvo la Santa Iglesia que domeñar naciones nuevas indómitas y nacidas de la ley de la violencia, la sangre y el más fuerte. Hubo de bautizar las espadas y tornar al hosco guerrero violento en «apoyo y protección de la Iglesia, de viudas y de huérfanos, rendido servidor de Jesucristo». Fue su tarea signar con la cruz, bendecir la guerra y darla fin justo —«Cruzada»—, implantar el amor con las treguas y el derecho de asilo, restaurar la ley —precisamente en la obra de Eduardo III se apoya el derecho común de Inglaterra—, elevar a la mujer y, sobre todo, li-

brar la gran batalla por la independencia eclesiástica, en su misión salvadora, en relación con el poder civil. En los años de San Eduardo —1004-1066— fueron por este motivo los más enconados encuentros. Las turbulencias políticas de los Estados Pontificios, la rivalidad de los señores, la venalidad de algunos eclesiásticos, la investidura, daban frutos de violencias, astucias, rebeldías y crímenes. Lo consolador es que la conciencia de haber pecado estaba sensibilizada por una verdadera fe. No sucede así hoy día.

Los primeros Pontífices contemporáneos de Eduardo —Juan XVIII y Sergio IV—, apoyados en su elección por Giovanni Crescencio, le debieron sumisión política. Benedicto VIII y Juan XIX sufrieron lo mismo con los condes de Túsculo. Benedicto IX fue indigno del Solio y, elegido antes de los veinte años, guerrero, político y ambicioso. Pero la asistencia divina veló siempre por la indefectibilidad de la Santa Iglesia y la pureza de su Dogma a través del gran monje Hildebrando, que, todo un carácter, fue apoyo y consejero de seis Papas desde Gregorio VI.

Eduardo recibía nuevas tristes de Roma: los ingresos de la Iglesia estaban en manos ajenas, las basílicas se caían en ruinas, y los bandidos infestaban la ciudad. Murió Dámaso II cuando Eduardo contaba treinta y ocho años. Murió quizá envenenado. Y la silla de Pedro fue crisol de santificación una vez más: San León IX, apoyado en el criterio de Hildebrando y animado por el fuego de San Pedro Damián, en medio de guerras, traiciones y obscuridades, se empeñó en una reforma general. El cisma oriental le preocupó y se hizo insoluble humanamente cuando su sucesor Víctor II. Eduardo murió en 1066, mientras en Milán se libraban batallas finales contra la reforma de Alejandro II. Un Pontífice que, codo con codo con el rey, había elevado el ambiente eclesiástico inglés.

Ésta es la panorámica del Alto Medievo que a San Eduardo tocó vivir. Sobre este fondo vivió su santidad. Le sería precisa una fe a prueba de cismas y de antipapas. Hoy la fe moderna en la designación divina de los Papas apenas es tal. Son los pontífices modernos tan a las claras indiscutibles hombres de Dios que todo es aliciente para la admiración, la obediencia y el amor.

No les han faltado pruebas, guerras y críticas, traiciones de quienes se sirven de la Iglesia para su programa, sin servirla, su primado e infalibilidad fue discutido entonces y ahora. Pero Dios tiene siempre santos de reserva y se llamaron en Canosa San Gregorio VII y hoy Pío IX, León XIII, San Pío X y los últimos Papas. Los poderes del infierno no podrán con la Santa Madre Iglesia.

La escena inglesa en que Eduardo vivió fue también violenta y en vilo. El lujo bárbaro de la corte, las discusiones violentas entre los nobles, a lo largo de los banquetes palaciegos e interminables, en los que estallaba la cólera paterna. Todo ello se aborrascó aún más con las incursiones de los piratas escandinavos, temibles por su odio al nombre de cristiano, su valor feroz y su destreza. Inglaterra sufrió en sus costas los mordiscos de los daneses, por su vecindad con los puertos de embarque. La lucha entre sajones y escandinavos se empeñó a través de seis generaciones, y fue un catálogo de crueldades en las matanzas y ferocidades en las represalias. La ruina general en las provincias, los monasterios y los lugares parecía inacabable. El amor fue uniendo matrimonios, cabezas de puente hacia una convivencia que se acercó por la mezcla de la lengua y coronó con la unidad religiosa cristiana. Pero antes había de sufrir el príncipe Eduardo toda una odisea de destierro. Con diez años conoció la huida a través del Canal, el destierro entre sus tíos, los hermanos de su madre y duques de Bretaña.

Bretaña o Normandía, donde se hablaba la bella lengua de Oc, de un paisaje húmedo, tierra fértil, bosques y viñedos, era en el siglo XI la región más civilizada de Europa. Su política, tradición, costumbres y usos eran totalmente diversos de Francia. Cada ciudad era una pequeña república y cada castillo almenado una brillante corte imperial en miniatura. El primer triunfo de la gran educadora de la humanidad, la Iglesia de Dios, se vio allí: por las artes, la literatura, el amor y la cortesía, por el gusto del culto y el Evangelio, el espíritu de hierro se fue haciendo humano. En medio de esta prosperidad la figura de Eduardo, el regio doncel exiliado, se doblaba en oración. Que de su isla llegaban las noticias de ocupación, saqueo, tiranía de Swein de Dinamarca, muerte de Etelberto, su rey y padre, y de Edmundo, el prín-

cipe heredero. Emma, su madre, que había llorado todo esto, partió un día misteriosamente. El muchacho quedó helado: iba a ser esposa de Knut, el nuevo usurpador danés. A los quince años, quizá con los ojos llorando sobre las blancas rocas de Dover, dijo una oración que tiene cadencias de salmo: «Señor, no tengo a quién volver los ojos en la tierra. Mi padre murió después de una vida de desgracias, la crueldad ha aniquilado a mis hermanos; mi madre me ha dado un padrastro en mi mayor enemigo, mis amigos me han abandonado. Estoy solo, Señor, y, mientras tanto, buscan mi alma. Pero Tú eres el protector del huérfano y en Ti está la defensa del pobre».

Su temperamento se fue modelando en la adversidad hacia un carácter reflexivo, silencioso, dulce y noble. Más que los lujos cortesanos de los duques le gustaba el vuelo ágil de los halcones, el clamoreo de la jauría, la monodia y los consejos de los monjes. Cantaban su bondad, su valor y su justicia los escaldas ingleses de villa en villa y, al morir Knut, desembarcaba en Southampton sus 40 navíos; pero, cuando soñaba con el entusiasmo de sus súbditos, encontró los aceros de sus enemigos. Emma, la madre, se descubrió como indigna del hijo y vendida al extranjero. Eduardo siempre había tenido criterio de «renunciar a la mayor monarquía con tal de no subir a un trono de sangre». Volvió a Normandía.

El destierro le amargaba más ahora que sufría el abandono de su madre y había pisado la patria. Una embajada de Inglaterra invitaba a Eduardo y Alfredo a recobrar el trono paterno. Alfredo se engañó y cayó en manos enemigas, que le atormentaron, cegaron y dejaron morir en un islote. De la familia real quedaba tan sólo el Santo, perdonando el asesinato de su padre y hermanos y lamentando la muerte del alma materna. Su vida estaba amenazada continuamente y el príncipe aprendió a vivir con una total dependencia de la voluntad divina.

Emma y Knut habían ido empujando a Eduardo a una situación similar a la que Shakespeare crearía en torno a Hamlet de Dinamarca. Precisamente en Dinamarca. Quizá fue una venganza literaria del genio inglés. Desde luego que el dramaturgo conocía las crónicas de la época porque también fue tema en su *Macbeth*. Porque la reina, mujer del usurpador de su marido, del

asesino de sus hijos, era ahora madre de Knut el Atrevido, fruto de su matrimonio con el danés. Todo lo que en Hamlet fue desazón, revancha premeditada, fue en Eduardo perdón y serenidad. Aun cuando, ya rey Eduardo y puesto en manos del duque de Kent, Godwin, gobernador de la Mercia y duque de Westsex, pernicioso y hábil, recibió sus influencias en contra de su madre. Con la prueba del juicio de Dios se desvaneció la red calumniosa con que el duque añadía leña al fuego. Godwin murió de repente en un convite, en el momento de cometer un perjurio.

Era violento y bárbaro el rey Knut, pero el mismo virginal primitivismo de su alma le inclinó a la generosidad: quiso tener cerca al desterrado, con lo que se ganaba a los ingleses. Después de treinta años de exilio volvía Eduardo a pisar Inglaterra. No transcurrió mucho tiempo cuando el rey moría en el día de su boda y los thanes le ofrecían la corona. Contaba Eduardo cuarenta años de fecunda y sufrida existencia. Olvidó todo, asentó su gobierno en la vieja ley sajona y el único anhelo fue la dicha de sus súbditos. Su madre, aborrecida por los ingleses, fue encerrada en un monasterio. Suprimió impuestos, volvió a la interrumpida tradición y previno los ataques de Dinamarca. Perdonó y no castigó, protegió al débil, fomentó la prosperidad nacional y tuvo por criterio ser padre de su reino y servir más que reinar. Su política económica de parquedad cortesana hizo inmensamente rica la Corona y la Iglesia. Los ingleses le adoraban y la palabra del rey era siempre la razonable. Según su primer biógrafo, se hizo célebre el dicho «era pobre en medio de la riqueza, su tesoro parecía el erario de los pobres y de todo el mundo: sobrio en los placeres, ni se alegraba en la abundancia ni se entristecía en la necesidad». Comprendió que la política no es la intriga, ni el propio provecho, ni los bellos discursos, sino «el desenvolvimiento de la perfección natural del hombre, fin al que el Creador ha destinado como medio a la sociedad», según escribió en nuestros días Pío XII.

De su destierro se trajo la inquietud cultural para el pueblo, al que relacionó con la culta Normandía, y, en fuerza del comercio de ideas entre ambas costas del Canal, llegó a ser la corte de Ruán a la de Eduardo el Confesor lo propio que la de Versalles a Carlos II.

Fue también espléndido en dotar iglesias y monasterios. Cuando lloraba desde Bretaña por su nación hizo voto de peregrinar a Roma si algún día podía ceñir la corona. Ante la oposición de los nobles desistió del viaje y el papa San León IX se lo conmutó por que repartiera entre los necesitados el presupuesto del viaje y levantar una iglesia a San Pedro. Ésta fue la fundación de la gran abadía de Westminster, en la que se consagran los reyes y es panteón real e ilustre de Inglaterra.

Casó con Edith, hija del desgraciado e insidioso duque Godwin, «rosa entre espinas» y capaz de comprender a su rey en el voto de continencia, que ni las súplicas de sus nobles ni el grande y tierno amor a su bella mujer pudieron hundir jamás.

Allí hubo paz y justicia, y en ella murió Eduardo III, entre la consternación del pueblo, un 5 de enero. Corría el 1066. Un siglo después Alejandro III le alzó a la santidad, el más alto pavés a que pueda ser levantado un rey.

Como una sinfonía, un *tutti* orquestal, una dilatada panorámica, ve Jorge Manrique avanzar la Edad Media hasta la trampa de la muerte:

Las huestes innumerables,
los pendones y estandartes
y banderas,
los castillos impunables,
los muros e baluartes
y barreras,
la cava honda chapada,
o cualquier otro reparo,
¿qué aprovecha?
Cuando tú vienes airada
todo lo pasas de claro
con tu flecha.

Y se ven los pendones aéreos y coloristas, los estandartes de gules y oros, las espadas flamígeras y las corazas al sol, los corceles piafando, los castillos empinados, y los muros y los baluartes se hunden ante la Muerte, que todo lo mata con su airada flecha implacable. Hay un estandarte que aún flamea: el de Eduardo III de Inglaterra.

«Por mí los reyes reinan». Inglaterra aún llama «de San Eduardo» a su Corona.

Érase un Santo que fue rey de sí y súbdito de Dios. *God save the King.* Esta vez fue cierto. «Su reino no tendrá fin».

ENRIQUE INIESTA COLLANT-VALERA, SchP

Bibliografía

Acta sanctorum, 5 enero, t.I p.290-304; 13 oct., t.XVI p.161-162.
Analecta Bollandiana 41 (1923) 5ss.
HUNT, W., en *Dict. of Nat. Biography,* XVII (1889) 7-14 (ed. de 1938 en t.VI p.425-432).

SAN JUAN NEPOMUCENO NEUMANN

Obispo († 1860)

Nació en Prachatitz, en Bohemia, entonces parte integrante del imperio austro-húngaro, el 18 de marzo de 1811. Sus padres fueron Felipe Neumann e Inés Lebisch. En 1831, terminados los estudios filosóficos, ingresó en el seminario de Budweis, donde el 21 de julio de 1832 recibió la tonsura clerical y las órdenes menores. Poco más tarde, al leer las Cartas de San Pablo y las relaciones misionales de Federico Baraga, apóstol de los indios en el Alto Michigan (USA), deseó ardientemente marchar a los Estados Unidos de América, para atender a los emigrantes de Europa.

Esta vocación misionera puso los fundamentos de su santidad, toda modelada por la correspondencia perfecta a la voluntad de Dios, y dio una impronta apologética-práctica a sus estudios, alimentados con la mejor tradición patrística y por los maestros tridentinos y postridentinos, de modo especial por San Pedro Canisio y San Alfonso María de Ligorio. A esto añadió el estudio de las ciencias naturales y de las lenguas antiguas y modernas. Para esto último estuvo en el seminario metropolitano de Praga, donde en julio de 1835 terminó el cuarto curso de Teología.

Su ordenación sacerdotal fue aplazada por su obispo para no aumentar el número excesivo de sacerdotes en su diócesis. Esto le dolió mucho, pues le impedía seguir su vocación misionera.

El 8 de febrero de 1836, como simple clérigo, sin dinero, sin apoyo y sin meta precisa, partió para América, firmemente deci-

dido a no volverse atrás. Desembarcó en Nueva York el 2 de junio de 1836. Inmediatamente fue recibido por el obispo Juan Dubois, que el 19 del mismo mes lo ordenó de subdiácono, el 24 de diácono y el 25 de sacerdote. Lo envió a los últimos límites de su diócesis, en la zona de las cascadas del Niágara, entre Buffalo y Rochester, donde permaneció cuatro años. Su primera residencia fue Williamsville, luego North Bush, la actual Kemmore, desde donde hacía sus correrías apostólicas para atender a los colonos. Finalmente, para seguir sus ansias de perfección evangélica pidió y fue admitido en la congregación religiosa de los Redentoristas. Tomó el hábito el 30 de noviembre de 1840 en Pittsburgh. Profesó dos años más tarde en Baltimore. Entre los redentoristas crecieron sus ansias de santidad y de celo apostólico. Lo nombraron superior de la casa de Pittsburgh y viceprovincial de todas las casas de América en 1849. Desde 1851 a 1852 fue párroco de la Iglesia de San Alfonso en Baltimore. Esto no impidió sus correrías apostólicas en las que mandaba construir iglesias y escuelas y fundaba asociaciones parroquiales. En todos estos ministerios apostólicos fue modelo de santidad para todos.

No escapó a la mirada de monseñor Kenrick, arzobispo de Baltimore, tal labor apostólica y le presentó al cardenal prefecto de Propaganda Fide, Santiago Felipe Fransoni, para la sede episcopal de Filadelfia. Fue aceptada la propuesta por el Beato Pío IX y el 28 de marzo de 1852 fue consagrado obispo en Baltimore. Dos días más tarde hacía su entrada en Filadelfia.

En su diócesis incrementó sus ansias misioneras, visitando ininterrumpidamente su vastísima diócesis de treinta mil kilómetros cuadrados.

Toda visita pastoral la convertía en unos ejercicios espirituales de tres o cuatro días. A veces recorría cuarenta kilómetros para confirmar a una adolescente enferma. Fundó ochenta y nueve iglesias, en las que organizaba los ejercicios de las llamadas «cuarenta horas», y numerosas escuelas parroquiales. Al entrar en su diócesis encontró sólo dos escuelas y al morir dejó más de cien con métodos pedagógicos muy avanzados.

Reformó el seminario mayor y construyó el menor, que fue de los primeros en USA. Celebró tres sínodos importantes y

participó en los tres concilios nacionales de Baltimore. Adecentó la iglesia catedral, fundó hospitales y orfanatorios. Ayudó mucho a las diversas familias de religiosas. Todo esto en el breve tiempo de siete años y diez meses.

Murió de un infarto, en la tarde del 5 de enero de 1860, a la edad de cuarenta y ocho años. Sus funerales fueron apoteósicos.

Monseñor Kenrick lo consideró como uno de los más grandes obispos de la Iglesia y después se ha comprobado que así era en verdad. Se inició el proceso de beatificación y canonización en Filadelfia y en Budweis en 1886. La causa se introdujo en Roma en 1896. El 11 de noviembre de 1921 fue declarado Venerable y el 13 de octubre de 1963, en pleno concilio Vaticano II, fue beatificado por Pablo VI. Fue canonizado el 19 de junio de 1977.

Publicó varias obras, entre ellas tres libros de Catecismo, cartas pastorales, constituciones diocesanas sinodales, etc. También dejó inédita una gran *Summa theologica,* de unas dos mil páginas.

MANUEL GARRIDO BONAÑO, OSB

Bibliografía

AUBIN, L. X., *Un grand apôtre américain, le B. Jean Neumann, rédemptoriste* (San Leonardo de Puerto Mauricio 1963).
LUDI, M. L., *Il Beato Giovanni, Nepomuceno Neumann, vescovo de Filadelfia* (Roma 1963).

BEATA MARÍA MARCELINA DAROWSKA

Viuda († 1911)

Marcelina Kotowicz nació el 28 de enero de 1827 en Szulaki (Ucrania), fruto del matrimonio formado por Maksymilia y Jan Kotowicz, que tenían a su cargo un pingüe patrimonio agrícola. A los 12 años de edad pasó a estudiar a Odessa, donde permaneció tres años, regresando de nuevo al hogar familiar para ayudar en la administración de la granja. Cediendo a la voluntad de su padre, que se encontraba gravemente enfermo, contrajo matrimonio con Karol Darowski en 1849 y se establecieron en Zerdz (Polonia), siendo padres de dos hijos, Jósef y Karolina.

La felicidad de los nuevos esposos se vio sorprendida con la imprevista muerte, tres años más tarde, de Karol Darowski, que

falleció de tifus en 1852. A la muerte de su marido siguió, un año después, la de su primogénito Jósef, y en estas dramáticas circunstancias Marcelina decide consagrarse totalmente a Dios, pues aunque había matrimoniado, «mi verdadera vocación ha sido siempre la vida religiosa consagrada».

El año 1854 marchó a Roma, con un clima más benigno, para recuperarse de su maltrecha salud, entablando relación con el padre Hieronim Kajsiewicz de la Congregación de la Resurrección, el cual la presentó a Józefa Karska, que tenía el proyecto de fundar una comunidad religiosa dedicada a la formación cristiana de las niñas, con quien familiarizó de inmediato, sobre todo, al tener presente la situación histórica del territorio polaco, dividido entre Rusia, Austria y Prusia.

En Roma, Marcelina pronunció los votos de castidad y obediencia ante el padre Kajsiewicz, que fue su director espiritual hasta su fallecimiento, y en 1857 tuvo lugar la fundación de la Congregación de la Inmaculada Concepción (Inmaculatinas), teniendo como fundadoras a M. Józefa Karska y M. Marcelina Darowska, con el principal objetivo de trabajar por la renovación espiritual de las jóvenes enseñándoles los deberes cristianos para con la Iglesia, la sociedad y la familia, y, además, procurar la regeneración moral de la nación polaca, promoviendo, naturalmente, el culto a la Virgen Inmaculada. Madre Józefa murió de tisis en 1860, convirtiéndose M. Marcelina en superiora de la nueva familia religiosa, que estaba formada por cuatro hermanas.

Cuestiones familiares y la débil salud de su hija la hicieron regresar varias veces a su patria, aunque a partir del 3 de enero de 1861 en que pronunció los votos solemnes, su mayor desvelo estuvo en trasladar las primeras Inmaculatinas a Polonia. Eligió la ciudad de Leopoli (Austria) para establecerse, instalándose en 1863 en el palacio de los Poniatowski, considerado como el lugar de nacimiento de la Congregación. El precario estado en que se encontraba dicho edificio la obligó a afrontar numerosas dificultades, que, finalmente, logró resolver. Desde este momento la nueva Congregación comenzó a crecer rápidamente. En 1872 M. Marcelina concluyó la redacción de la *Regla,* que dos años más tarde fue aprobada por el Beato Pío IX. Se abrie-

ron dos nuevos colegios y conventos en Jaroslaw y Nowy Sácz. En Niznıów, sobre el Dniéster, se organizó una escuela gratuita «para niñas de familias empobrecidas por causa de las desgracias del país» como consecuencia de la sangrienta insurrección de enero de 1863, durante la cual se produjeron numerosas víctimas.

También se establecieron escuelas clandestinas en el territorio polaco dominado por Rusia, para promover la educación de las niñas. En cada casa existía una escuela media con un colegio para niñas y una escuela popular para niños de la zona, pues M. Marcelina quería dar a cada una de sus alumnas la posibilidad de ganarse la vida por sí mismas, según los principios que ella misma había recibido. Y aquí encontramos el carisma propio de Marcelina Darowska: a través de la educación de la mujer de manera vasta y adecuada, preparar la voluntad para hacer presente en el mundo la voluntad de Dios. Para M. Marcelina el punto central de esa formación se encuentra en la profunda relación que existe entre el Creador y la criatura, que debe responder al proyecto de Dios aceptando su voluntad, «porque cada persona está hecha de Dios, según una cierta medida».

M. Marcelina era consciente y estaba convencida de la importancia de la formación familiar: «Los principios inculcados con la mano de la madre, no se pierden, como si fueran inmortales. Se puede vacilar, pero no se olvidan nunca». La educación de la mujer, destacando la verdad religiosa como lo más importante, resultó una innovación en su tiempo que ella misma hizo presente al considerar cada persona como voluntad creadora de Dios, que la ha llamado a la vida, y a quien se debe dedicar en cuerpo y alma.

En 1904, al cumplirse los cincuenta años de su consagración a la vida religiosa, el premio Nobel de Literatura polaco Henryk Sienkiewicz le dedicó esta hermosa alabanza: *Gloria a tu sabio trabajo y honor al mérito y a la bondad.*

En octubre de 1909 se produjo un robo sacrílego en el Santuario de la Virgen de Jasna Gora (Cestochowa), Patrona de Polonia, apoderándose los ladrones de diversas ofrendas, entre ellas, las coronas de la Virgen y el Niño. Este suceso conmovió profundamente el ánimo de M. Marcelina, quien por el resto de sus

días se ofreció en sacrificio de reparación y expiación por aquel infame delito. A principios de noviembre comenzó su doloroso calvario, con fiebres que la obligaron a guardar reposo. Los síntomas de parálisis fueron más claros a partir del 15 de noviembre, recibiendo la Unción de los enfermos con gran alegría. Dos días más tarde sufrió la parálisis del lado izquierdo, en silencio y oración confiada. En la madrugada del 5 de enero de 1911 expiró, cumplida de gracia y santidad. A su fallecimiento, en las escuelas fundadas por ella acudían la tercera generación de jóvenes, que debían ser «mujeres, madres y ciudadanas del país».

Entre las gracias singulares que los devotos han obtenido por intercesión de M. Marcelina destaca el notable número de familias que se han visto incrementadas con el nacimiento de un hijo, y las numerosas curaciones de niños pequeños. El milagro reconocido para la beatificación ocurrió a Bernard Jirnov (10 de junio de 1985), quien, debido a un error de atención en el parto, nació con una parálisis neonatal del cerebro, una malatía incurable, sin posibilidad de mejoría. En abril del año siguiente (1986) comenzó la familia una devota novena a la Sierva de Dios M. Marcelina Darowska, al término de la cual el niño recuperó milagrosamente la articulación de movimientos, comenzó a hablar y a caminar correctamente.

El proceso ordinario de beatificación se abrió en la archidiócesis de Varsovia en 1958. El 15 de diciembre de 1994 Juan Pablo II promulgó el decreto sobre las virtudes heroicas de la Sierva de Dios, y en 1996, el decreto sobre la curación milagrosa de Bernard Jirnov. Fue beatificada por el papa Juan Pablo II el 6 de octubre de 1996.

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

AAS 90 (1998) 14ss.
Index ac status causarum, o.c., 9; 535.
JABTORISKA-DEPTUTA, E., *Educare per il regno di Dio...* (Lublín 1996).
Martyrologium romanum, o.c., 80.
NARUSZEWICZ, P., en *Bibliotheca sanctorum* (Roma 1992) 398.
L'Osservatore Romano (6-10-1996).

BEATA GENOVEVA TORRES MORALES

Virgen († 1956)

La Beata Genoveva Torres Morales fue una religiosa cuya vida estuvo marcada, desde la hondura de la fe y el amor, por la soledad, el dolor, la humildad y la pobreza, y por la llamada del Señor a la entrega solícita y caritativa a quienes se encontraban en estas mismas situaciones. Con este propósito fundó las Hermanas del Sagrado Corazón de Jesús y de los Santos Ángeles (Angélicas), dedicadas a «aliviar la soledad de las personas que, por diferentes circunstancias, viven solas y necesitadas de cariño, de consuelo, de amor y de cuidados en su cuerpo y en su espíritu».

Su larga vida de 86 años, que transcurrió entre 1870 y 1956, es un continuo testimonio de fortaleza, de decisión, de caridad, de un temple de alma capaz no sólo de superar cualquier adversidad, sino de gustar la prueba, la tribulación, el abandono para llenarse completamente de Dios y de ese modo poderse ofrecer mejor a sus hermanos, sobre todo a los más necesitados de amor, acogida, alivio y consuelo. Es, sin duda, un apóstol del sufrimiento: su vida constituye una exhortación palpitante y seductora al valor redentor que puede tener la propia cruz unida a la de Cristo. Se la ha llamado «ángel de la soledad» o «un desafío a Dios con sus dos muletas gloriosas» porque, ya huérfana, a los 13 años tuvieron que amputarle una pierna, sin anestesia, quedando mutilada para toda su vida. En este estado, y «sintiendo la soledad para no oír más que a Dios», intrépida y decidida, se lanzó a lo que fue su don específico, el carisma que había de aportar a la Iglesia y al mundo: salir al encuentro de quienes necesitaban acogida y cariño.

Nació el 3 de enero de 1870 en Almenara (Castellón, España), una villa de unos 2.000 habitantes dedicados en su mayoría a tareas agrícolas, y ésta era la ocupación de sus padres, José Torres Seguí y Vicenta Morales Sanz. Genoveva era la menor de los seis hijos —dos niños y cuatro niñas— de este matrimonio de vida sencilla, cariñosos, muy trabajadores y buenos cristianos. Bautizaron a Genoveva al día siguiente de nacer. El sacramento de la confirmación lo recibió a los siete años, en la visita

pastoral que en 1877 hizo a Almenara el Obispo de la diócesis, don Benito Vilamitjana.

Los sufrimientos empezaron cuando, apenas cumplido un año de edad, la pequeña perdió a su padre de inesperada y rápida enfermedad; en los seis años siguientes fallecieron cuatro de sus hermanos y, cuando contaba 8 años, murió la madre. A partir de este momento su vida cambió radicalmente. Sola con su hermano mayor, José, de 18 años, se vio obligada a asumir las tareas de la casa, lo cual le impedía asistir a la escuela. Sí frecuentó con asiduidad la catequesis dominical de la parroquia y a los diez años, mezclada con las gentes del pueblo, recibió la primera comunión.

Su experiencia de soledad comenzó a hacerse presente en este momento, llenándola a veces con la lectura de algunos libros piadosos que tenía su madre, los cuales despertaron en ella una temprana fascinación por las cosas de Dios y vivo deseo de cumplir siempre su voluntad.

Su hermano era bueno y quería a Genoveva, pero, demasiado joven, a veces resultaba exigente con ella. Además, bastante serio y poco comunicativo, no contribuía a crear un distendido ambiente fraterno, que hubiera sido tan conveniente para ambos. Esto acentuaba los sufrimientos de la niña, que se veía inmersa en tensos momentos de silencio y angustia. La situación no mejoró cuando José contrajo matrimonio. Al contrario: para Genoveva aumentaron los quehaceres. Además de seguir ocupándose de las labores domésticas, a veces la enviaban a trabajar a un almacén de naranjas, debiendo entregar el reducido salario al hermano.

Esta penosa situación, el haber tenido que convertirse antes de tiempo en una verdadera ama de casa, el persistente dolor de su orfandad, los normales sufrimientos de una niña al no poder llevar una vida como las demás, la deficiente alimentación y algunos excesos al tener que caminar con frecuencia al pueblo cercano, incidieron pronto en su estado de salud, de modo que se le fue formando un tumor maligno en la pierna izquierda. A la edad de trece años, en las precarias condiciones de la propia casa, un cirujano traído de Valencia hubo de amputársela en medio de terribles dolores, al haber fallado el aparato de la

anestesia, viéndose ya acompañada hasta su muerte de sus dos inseparables muletas. Las personas que siguieron de cerca el mal de su pierna y el conjunto de circunstancias tan adversas, testimonian cómo aquella niña, en medio de sus dolores, se acordaba de Jesús Crucificado y todo lo ofrecía por la salvación de los pecadores.

El nuevo matrimonio de su hermano, que había quedado viudo, trajo un importante cambio en la vida de Genoveva a los 15 años de edad: la esposa no parecía dispuesta a tenerla en la casa y menos requiriendo algunos cuidados. José, aunque al principio trató de evitarlo, acabó viéndose obligado a buscar un centro de acogida para su hermana, y la llevó a la Casa de Misericordia de Valencia, que regentaban las Carmelitas de la Caridad.

Refiriéndose a estos primeros años de su vida, y también a su experiencia posterior, escribía Genoveva en 1943:

> «Tengo muchos años He vivido siempre sin cariño de nadie Ni mis familiares Eran lejanos Solo un hermano, y por algunos años Y ¿que era aquel servicio que prestaba yo a mi hermano a tan corta edad? ¡Cuánto bien me hizo su rigidez y exigencias suyas!»
>
> «[ ] Muy justamente permite Dios estar sin nombre, sin instruccion alguna Carezco de todo, necesito de todos El vivir como un pobre criado que sirve a su Señor en este mundo, sin propiedad alguna material ni apoyo propio espiritual, es vivir la verdadera vida del alma aqui en la tierra, Señor [ ]»
>
> «¿Qué tengo yo? Necesidad en mi alma y en mi corazon En orden a lo material, fisicamente una mutilada, sin instruccion alguna, sin ninguna cantidad, desposeida de todo lo necesario para la vida [ ] ¿No es esto instrumento del poder de Dios?»

La estancia en la Casa de Misericordia fue providencial para ella. Había llegado acostumbrada precozmente a la soledad y al sufrimiento y allí, en un ambiente más sereno, afianzó su ya intensa vida espiritual, sintiendo especial devoción a la Eucaristía, al Sagrado Corazón, a la Virgen María y a los Santos Ángeles Además, las religiosas, bien conscientes de su precario estado de salud, cuidaron de ella con suma delicadeza y atenciones. Le «parecían ángeles», según propia confesión. Y viendo y agradeciendo de todo corazón su cercanía, afecto y cariño, percibió cuánto bien podía hacerse a las personas necesitadas de todo, como ella.

Durante los nueve años que permaneció en esta Casa tuvo ocasión de leer nuevos libros piadosos, de dedicarse a la oración durante muchos tiempos de silencio y de practicar con primor la costura y el bordado, que había aprendido de muy niña. Allí conoció a personas, se relacionó bien con las religiosas y con sus compañeras y se hizo amiga de una anciana que tenía fama de santa.

Muy importante providencia para Genoveva fue que en esta etapa se acogiera a la ayuda espiritual del capellán de la Casa, don Carlos Ferrís Vila, más tarde jesuita y fundador de la Leprosería de Fontilles. De él recibió buena formación espiritual y con él participó en las variadas actividades que organizaba en la Casa: ejercicios espirituales, Apostolado de la oración, Congregación Mariana, Hijas de María, retiros, etc., reforzando y cualificando así su ya frecuente práctica de la oración.

En estos años, y con estas nuevas experiencias, Genoveva fue descubriendo en sí misma una clara inclinación a la vida religiosa, por lo que solicitó el ingreso en las Carmelitas de la Caridad, la congregación más conocida y cercana. Pero en aquel momento su invalidez fue un obstáculo insalvable. Aunque para ella este hecho constituyera una nueva dificultad, le hizo comprender que su camino no era intentar el ingreso en otro instituto religioso y, dispuesta a seguir su vocación, continuó buscando la voluntad del Señor en cuanto al modo de realizarla.

Firme en este propósito, y ya con 24 años de edad, percibió que su futuro no pasaba por la Casa de Misericordia, por lo que consideró conveniente dejar aquel ambiente. Quedaban, sin embargo, en su persona unos años singularmente enriquecedores para ella: había mejorado su salud; se había ido configurando con rasgos más precisos su propia personalidad, había recibido una discreta formación espiritual y se había consolidado su vida de piedad. También había establecido algunas relaciones de amistad, entre ellas con dos señoras: Isabel Fuster, viuda y con una hija de 11 años, y Amparo Rives, soltera, de 26 años de edad. Como Genoveva, ambas eran habilidosas en el bordado y la costura y, pensando que con este trabajo podrían ganarse la vida y dedicarse a algunas obras de apostolado, se fue a vivir con ellas. Entre las tres montaron un pequeño taller y, mientras

planeaban alguna actividad como acogida de mendigos o Vela Nocturna a Jesús Sacramentado para señoras, fueron haciendo de su casa un hogar de oración y recogimiento.

Pero no tardaron en surgir las dificultades: había poco que comer y mucho que trabajar, a lo que no parecían muy dispuestas sus compañeras, lo cual empezó a constituir un nuevo motivo de dolor y soledad para Genoveva. Pero, en esta situación, conocieron al P. Juan María Solá, SI, que les presentó a dos señoras y les sugirió trasladarse a una casa más grande para poder acogerlas, como, en efecto, hicieron. A este grupo pronto se unió alguna más, con lo que surgió la idea de ampliar nuevamente el domicilio. Sin saberlo, estaba poniendo los cimientos a lo que había de ser su fundación.

Así las cosas, en 1898 un canónigo de Valencia, don José Barbarrós, se les ofreció para hablar al Sr. Arzobispo de su proyecto de Vela Nocturna, pero, dada la insegura situación ambiental —profunda crisis provocada por la derrota de España en América y Oriente—, no parecía el momento oportuno. De todos modos, para hacer espacio a nuevas residentes, cambiaron otra vez de casa y procuraban sostenerse con sus trabajos de costura y bordado y con lo poco que podían aportar las señoras que habían acogido. Con esta experiencia, Genoveva fue madurando sus reflexiones sobre el acuciante problema que estaban padeciendo muchas mujeres de entonces: el desamparo y la soledad cuando se quedaban sin familia ni hogar.

La situación pareció encontrar su rumbo definitivo cuando en enero de 1911 recibió un grato aviso: deseaba verla el canónigo don José Barbarrós. El mensaje era pedirle que, dado el sufrimiento de muchas señoras solas por viudedad o desamparo que, al tener bajos ingresos económicos, no podían vivir de modo independiente y no encontraban otras soluciones posibles, y dado que no existían lugares adecuados donde pudieran acogerse, pensara el modo de iniciar para ellas una nueva fundación. Esta propuesta coincidía con lo que desde hacía años venía preocupando a Genoveva: es necesario atender en sus necesidades, llenar de cariño y animar en su espíritu a las cada vez más numerosas mujeres que se encuentran en este género de necesidades.

Consultaron al P. Martín Sánchez, SI, director espiritual de las tres, que aprobó complacido el proyecto. Se trataba de ofrecer un nuevo hogar a mujeres solas, que aportarían la pensión que pudieran. Pero Genoveva no olvidó su antiguo anhelo, por lo que el carisma a desarrollar iría unido a la adoración nocturna de la Eucaristía.

Desde su salida de la Casa de Misericordia en 1894 hasta 1911, había buscado incesantemente la voluntad del Señor. Según sus palabras: «Me puse en manos de Dios, para cuanto pudiera querer de mí con voluntad firme de no resistirme en nada de cuanto de mí exigiera, costara lo que costara». Y en este momento le pareció vislumbrar su respuesta.

El 2 de febrero de 1911 se inauguró en Valencia la primera casa de la nueva fundación, con cuatro residentes: Genoveva, Isabel, Amparo y, de momento, una señora. Enseguida llegaron más. El objetivo estaba claro desde el comienzo: no sería un mero lugar de refugio o acogida sino un verdadero hogar, un ambiente en el que lo material y lo espiritual contribuyera a que todas y cada una de las personas se encontraran en su propia casa. Pero lo primero sería el sagrario, «porque estando Jesús, nada temo». El canónigo Barbarrós, que las estaba ayudando, les formuló un primer boceto de *Reglamento* y, a pesar de que ella no se consideraba apta, designan a Genoveva como directora.

Para comenzar, con la ayuda del P. Martín Sánchez, presentaron la naciente obra al nuevo Arzobispo de Valencia, Mons. Guisasola, que la aceptó como congregación religiosa de ámbito diocesano. Y a partir de este momento empieza a configurarse esta incipiente fundación, obra que, claramente planteada, iría perfilando los detalles que habían de caracterizarla.

Al núcleo inicial se añadieron nuevas personas, y crecían tanto las solicitudes de ingreso en la casa que se vieron obligadas a buscar otra más amplia. No faltaron las dificultades, entre otras las provocadas por sus primeras compañeras, pero era el signo de Dios para seguir adelante. «Sólo me apena —escribe Genoveva— ver cómo yo podré con todo, pero me consuela que el pensamiento está siempre ocupado con invitar a Dios que mande y rija la casa».

Acomodada la residencia con gran esfuerzo y penalidades, en diciembre del mismo año 1911 llegó una gran recompensa: la autorización para que pudiera celebrarse la misa y conservar al Señor Reservado. Además, en una providencial visita al P. Ginesta, también jesuita, éste habló a Genoveva de los Santos Ángeles, animándola a que se acogiera a su protección. Tampoco era nuevo para ella este pensamiento, que aceptó complacida.

Secundando el deseo del P. Martín Sánchez, trasladado a Aragón, que deseaba ver extendida la obra, en mayo de 1912 Genoveva viajó a Zaragoza para preparar una nueva fundación. El 31 de julio, aunque de forma precaria, se inauguraba la nueva residencia. Poco después, con providenciales ayudas, consiguieron un edificio más amplio bastante cerca de la Basílica de la Virgen del Pilar.

Consolidada mientras tanto la Residencia de Valencia, el 27 de diciembre de 1912 se inauguraba una nueva capilla, erigida en oratorio semipúblico, donde podía celebrarse la santa misa diariamente. En esta ocasión Genoveva y sus dos compañeras estrenaron un uniforme negro: era el primer boceto del hábito que después habían de vestir. En 1915 se consagraron a Dios con votos privados y, con variados consejos y ayudas, Genoveva fue elaborando unas Constituciones, que dieron la pauta al futuro Instituto religioso.

Poco a poco surgieron nuevas Residencias, cada una de las cuales cuenta con una historia providencial y con no pocas dificultades. Además, en 1918 murió el Padre Martín Sánchez. Pero la obra continuó extendiéndose.

Lo decisivo del proceso fundacional fue la promulgación del decreto de 5 de diciembre de 1925 por el que la Sociedad Angélica quedaba erigida en Instituto religioso diocesano y el 18 de diciembre el Arzobispo de Zaragoza recibía personalmente la profesión religiosa de Genoveva y de 18 compañeras. Dos días después, la que había sido alma de la fundación desde el comienzo, fue nombrada Madre General del Instituto. Sería reelegida en los capítulos de 1935, 1941 y 1947. También se editaron entonces las nuevas *Constituciones del Instituto de Religiosas de la Sociedad Angélica del Sagrado Corazón de Jesús para Señoras Retiradas.*

A la vez que tiene carácter autobiográfico y es signo de su sencillez evangélica y humildad de corazón, esta carta circular a las Religiosas en 1922 ratifica a la Madre Genoveva su calidad de fundadora:

> «Salida de las clases más humildes de la sociedad; pobre y sin medio alguno de fortuna; desprovista de toda formación literaria e intelectual; privada de otras cualidades que nacen del talento y del conocimiento del mundo; mutilada en los miembros más precisos para la vida activa, e inutilizada, por tanto, para el trabajo; agobiada con graves enfermedades y flaca siempre de salud; sin más recursos que nuestra pobre voluntad, no siempre dócil (lo confesamos para nuestra confusión), sino muchas veces rebelde a las inspiraciones divinas, acometimos la empresa de fundar la *Sociedad Angélica del Sagrado Corazón* para señoras retiradas, previo consejo y aprobación de algunos Ministros del Señor, del clero secular y regular, que suavemente nos impelieron a acometer esta empresa, entre los cuales recordamos siempre con especial gratitud al R. P. Martín Sánchez, de la Compañía de Jesús».

De este modo, con la aprobación diocesana y sus *Constituciones,* el Instituto había dado un paso muy importante en su proceso fundacional. La Beata Genoveva contaba 55 años de edad. Luchadora incansable, en tensión continua entre el profundo reclamo de su vida interior y las actividades externas que había de acometer, después de muchas penalidades y prolongada búsqueda, había encontrado el verdadero camino de la voluntad del Señor.

También estaba siendo definitivo en ella el signo del sufrimiento, imprescindible don del Señor, sin duda, porque su misión personal y compartida era, precisamente, acoger a los que sufren. Como era definitivo el signo del amor y de su deseo de identificación con Cristo, que es donde encuentra todo su sentido y eficacia el sufrimiento. Éstos son algunos de sus escritos, expresivos del contenido de muchos más:

> «Tengo hastío de la vida hasta ponerme en aprieto de llorar. ¡Dios mío! No hallo más pena en este mundo que vivir en él. ¡Qué amargura se siente! Siempre me parece que estoy en él como escapada. Justifica el decir el malestar que esto interiormente me causa. Sólo mitiga mi pena cuando me hallo sola. Entonces hallo la verdad en mi interior».
>
> «Por la gracia de Dios siento atractivo para orar y por intercesión de la Santísima Virgen pido a Dios que me acreciente más y

mas este atractivo. Porque, si bien por la misericordia de Dios todo lo criado me lleva a Él, lo saqué de la constancia en la oración en medio de las dificultades y miedos para tenerla»

«¡Cuántos bienes produce tener amor a las cruces! Los quilates del amor son equivalentes al peso de sus sufrimientos»

«Mi alma, gracias a Dios, esta tranquila, con una paz que inunda mi alma de gozo Sólo Dios puede derramar sus luces y apagar las zozobras y turbaciones que los hombres procuran sembrar en los corazones acostumbrados a fiar de Él y vivir de pureza de intención, y como me había olvidado de las letrillas de la gran santa castellana "Nada te turbe . , sólo Dios basta", me hallaba sin agua ¡Bendito sea Dios y qué miserias tan grandes! No soy mas que un granito de arena que se pierde en la inmensidad del mar del Corazón de Jesús, pero Él es grande para quien le busca a Él solo»

«Y nosotros ¿qué hacemos por Él? ¿Perdonamos, disimulamos, defendemos, ayudamos a nuestros prójimos y más a nuestras Hermanas? [.] Sí, Hermanas, amemos nosotras y todo lo que nos mortifica, el amor lo endulzará, y callando con alegría vayamos a estudiar a Jesús en el Sagrario y allí tendremos fuerza para luchar»

«A las personas, en sus últimos años, no las ama más que el que posee verdadero amor de Dios»

«Tengo necesidad de Dios»; «Que tu puro amor mueva todas mis acciones»; «Yo quisiera, Jesús, que no obrara yo, sino Tú; que no hablara yo, sino Tú; que no pensara yo, sino Tú»; «Sólo por la caridad y la mansedumbre llevaremos almas a Dios»; «El amor lo vence todo»; «Nada es pesado al que ama»; «El amor nunca dice basta», son otras expresiones suyas que, con distintas variantes, se repiten en sus escritos.

Mientras prosperaba el Instituto por la llegada de nuevas vocaciones y la demanda de fundaciones, se acercaban en España los momentos difíciles para la Iglesia que acompañaron a la proclamación de la II República en 1931. En este nuevo contexto, la actividad de la Madre Genoveva presentó también facetas nuevas, especialmente como maestra y guía espiritual del nuevo Instituto religioso. Así, la carta circular tratando de animar a sus miembros en el seguimiento de Jesucristo. En 1936, en una situación sumamente crítica, poco antes del golpe de estado que desencadenó luego la penosa guerra civil, se celebraron las Bodas de Plata de la fundación con gran mesura.

Durante la contienda, acompañada de una verdadera persecución religiosa, con auténtico sentido eclesial estimulado por la Madre Genoveva, en la Casa de Valencia se pudo dar protec-

ción a diversas personas, no sólo miembros de distintas Congregaciones religiosas, sino también a grupos de seglares, e incluso mantuvieron el Santísimo Sacramento. En otros casos tuvieron que dispersarse, sufriendo todo género de desventuras.

Este fragmento de uno de sus escritos puede ser expresión de la actitud mantenida durante tan singular y trágica circunstancia:

> «Probasteis lo que es no poder exteriorizar los actos más sacrosantos de la religión, aunque supongo que en vuestro corazón moraba el Huésped divino y como Padre bondadoso de sus hijas cuidó. ¡Qué de sobresaltos no disipó de vuestros corazones! ¡Cuántas gracias recibidas! Vivid siempre para Él y, en acción de gracias, ofreceros en holocausto de su divino amor, siempre amándole y haciéndole amar».

A ella y a otras de sus religiosas las sorprendió la contienda en la llamada zona nacional. «Quedaron conmigo —escribe— ayudándoos con sus oraciones, súplicas, mortificaciones, penitencias, para que ninguna de vosotras fuera maltratada en su alma ni en su cuerpo».

Terminada la guerra, «pasó ya todo», dice. «Volvamos con libertad a recordar y practicar nuestros deberes de perfección [...] Procuremos que la humildad y la humillación sean nuestro pan cotidiano. Toda fecundidad es esfuerzo y dolor».

A la vez que se afanaba en afianzar la vida del espíritu, se ocupó también en recuperar las casas de la Sociedad Angélica que habían sido confiscadas o perdidas durante la guerra. Al poco tiempo estaban funcionando de nuevo, aunque, obviamente, con las lógicas dificultades. Proyecto muy acariciado en este momento fue el de la Hospedería del Pilar, comenzada a construir en Zaragoza en 1939, junto a la Basílica de Nuestra Señora, que se inauguró en 1941. Además de ser una gran residencia para señoras retiradas, pronto se convirtió en Curia Generalicia, Noviciado y casa de Ejercicios de las Religiosas Angélicas, y en lugar apropiado para múltiples encuentros y reuniones de jóvenes, estudiantes, familias, etc.

También su pueblo, Almenara, se había visto afectado por la contienda y ella misma contribuyó con sus escasos recursos a ayudar a la reconstrucción de la ermita del Buen Suceso, dedicada a la Virgen. Con este motivo reunió a las mujeres de la locali-

dad para exhortarlas a que fundasen una Asociación que mantuviera el culto a la Virgen y con el compromiso de cumplir sus deberes de esposas y madres cristianas y de asistir a la misa dominical.

Los últimos años de la vida de la Madre Genoveva fueron coherentes con los primeros: de fatigas, asiduo trabajo, recio temple de alma y profunda vida espiritual. Continuó siendo prioritaria en ella la atención a las señoras necesitadas de acogida, cimentada siempre en su intensa vida espiritual. Y continuó atendiendo, de modo particular, la formación de sus Religiosas Angélicas, de las que, además de fundadora, era Madre General.

En torno a 1950, mientras el Instituto seguía ampliando el número de sus fundaciones, ya anciana, se hizo más evidente la normal pérdida de fuerzas, debida también a su intensa actividad.

En esta última etapa de su vida, lo que más íntimamente agradó a la Madre Genoveva fue la concesión por Roma del *Decretum laudis* que tanto deseaba. Las Hermanas del Sagrado Corazón de Jesús y de los Santos Ángeles, nombre definitivo del Instituto, adquirían así carácter pontificio universal, concluyendo el proceso fundacional. El preciado decreto fue dado en Roma el 25 de marzo de 1953. Este acontecimiento se celebró con toda solemnidad en cada una de las Casas de las religiosas Angélicas, como normalmente son conocidas.

A partir del cuarto Capítulo General, celebrado ese mismo año 1953, la que había dado origen al Instituto continuó vitalizándolo como una religiosa más, respetuosa y obediente a la nueva Madre General.

En 1955 sus fuerzas se debilitaron de modo muy notorio. A comienzos de diciembre se agravó su salud y el día 30 sufrió un ataque de apoplejía. Se le administró la Unción de los Enfermos. Se repuso momentáneamente y exclamó: «Hágase, Señor, vuestra santa voluntad». Pero a comienzos del nuevo año su estado continuaba en una situación muy crítica, y el día 5 de enero de 1956 falleció en Zaragoza, donde había tenido su sede más permanente. La noticia corrió por la ciudad y se hicieron largas filas ante el cadáver expuesto para rezar y encomendarse a ella,

pasar por sus manos objetos piadosos y decirle el último adiós. Era un signo evidente de su amplia fama de santidad. Sus restos fueron depositados en un nicho del cementerio, pero se pensó pronto en construir una cripta bajo el altar de la capilla de la Casa Generalicia. A ella fueron trasladados el día 7 de enero de 1957.

El sepulcro de la Beata comenzó a recibir —y sigue recibiendo— innumerables visitas y peregrinaciones, y se acumulan los testimonios de favores concedidos. Es evidente el cariño que muestra el pueblo hacia esta admirable mujer. A la vez, la Obra de la Madre Genoveva prosigue su extensión por España, Roma, Méjico y Venezuela. Ella, tan devota de los Ángeles, y transformada en un auténtico «Ángel de la Soledad», continúa acogiendo a quienes llaman a sus puertas.

En 1976 se instruyó su causa de canonización y el decreto del 22 de enero de 1991 proclamaba la heroicidad de sus virtudes. Verificada en 1994 la autenticidad de un milagro obtenido por su intercesión, fue beatificada por el papa Juan Pablo II el 29 de enero de 1995. Ponía así de manifiesto la santidad de una mujer minusválida en el cuerpo y vigorosa en el espíritu, que sigue enseñando a descubrir que el amor se hace fuerte en el dolor y que un par de muletas, bien llevadas, puede ayudar a ir muy lejos en el verdadero camino de la auténtica caridad.

M.ª ENCARNACIÓN GONZÁLEZ RODRÍGUEZ

Bibliografía

AYÁN, J. J., *La fuerza de la debilidad: De la vida de Genoveva Torres Morales a la enseñanza de Juan Pablo II* (Zaragoza 1991).

CUÉ, R., *Un desafío de Dios: dos muletas gloriosas. Genoveva Torres Morales* (Madrid [2]1989).

GIL DE MURO, E. T., *Por duro que sea el trabajo. Genoveva Torres Morales* (Zaragoza [2]1996).

JAVIERRE, J. M.ª, *Madre Coraje* (Madrid 1995).

LLORCA, B., SI, *Ángel de la soledad. La Madre Genoveva Torres* (Zaragoza [2]1982).

MAINAR, M., *Ecos de un centenario* (Zaragoza 1983).

MARTÍN HERNÁNDEZ, F., *Genoveva Torres Morales. Consuelo en la soledad* (Madrid [2]1994).

SESÉ ALEGRE, J., *Servir por amor. La vivencia espiritual de la Madre Genoveva Torres Morales* (Zaragoza 1995).

BEATO PEDRO BONILLI

Presbítero († 1935)

Nació el 14 de marzo de 1841 en San Lorenzo de Trevi (Perugia), siendo sus padres Sabatino Bonilli y María Allegretti, modestos labradores. En este momento histórico la Iglesia atravesaba en Italia un período dramático, pues dominaba en la sociedad el espíritu laicista y anticlerical y la crisis del Estado Pontificio era cada vez más patente. En estas circunstancias adversas surgió un renacimiento moral, espiritual y pastoral con nuevas congregaciones religiosas, que se acercaban a los marginados con fraterna caridad. El 17 de noviembre de 1844 fue confirmado.

Realizó sus estudios en el colegio Lucarini de Trevi, bajo la guía espiritual de don Ludovico Pieri, formador de jóvenes, que le animó a elegir el ministerio sacerdotal, infundiéndole, al mismo tiempo, una filial devoción a la Sagrada Familia, y fue, hasta su muerte, su director espiritual. Al término de los estudios eclesiásticos recibió el presbiterado de manos del obispo de Terni el 19 de diciembre de 1863, pues por problemas políticos el obispo de Spoleto se hallaba en esos momentos en la cárcel, encargándose de la parroquia de Cannaiola, donde por su extrema pobreza al no haber rentas nadie quería ir. Con gran ímpetu emprendió la reconstrucción del templo parroquial, imponiéndose grandes sacrificios, pues quería «hacer familia» y era necesario tener un hogar, la Casa de Dios, donde se reúnen y cobijan sus hijos.

Perteneció a los Misioneros de la Sagrada Familia, una asociación fundada por don Pieri, que reorganizó, convirtiéndose en su principal animador. Para promover la devoción a la Sagrada Familia de Nazaret organizó un taller tipográfico en donde se imprimieron numerosos periódicos y libros, dando a conocer a los lectores los grandes ejemplos de esta Sagrada Familia, a fin de que pudieran admirarse y ponerse en práctica «como medio de restaurar la familia, base de la sociedad».

En 1872 reunió un grupo de sacerdotes a quienes encomendó la predicación evangélica en los pueblos de la comarca. Con gran visión histórica vivió en perfecta sintonía con la problemática de su tiempo, ofreciendo desde su amor a la Iglesia diversas

respuestas a las carencias de la sociedad contemporánea. Fue «un hombre nuevo para un mundo más humano», sin dejar de tender a la perfección y alcanzar la santidad, perseverando en la vocación sacerdotal. Dio muestras de ejemplo admirable al estar dotado de agilidad intelectual, estabilidad de carácter y una voluntad tenaz, sobre todo durante la grave prueba de la ceguera que sobrellevó con profunda humildad. Desde 1922 su nuevo camino fue la enfermedad, asumida con el ejemplo de vivir confiado en la divina Providencia.

El 13 de mayo de 1888 profesaron las primeras religiosas del Instituto de Hermanas de la Sagrada Familia, fundadas por él, y al ser nombrado en 1898 canónigo penitenciario de la catedral de Spoleto se trasladaron a dicha ciudad, entregándose a la formación cristiana de niños, asistencia a los enfermos y ancianos. Esta Congregación nace como fruto de su experiencia pastoral en la campiña italiana, al comprobar las grandes carencias humanas y religiosas de sus habitantes, a quienes intenta socorrer, acercándoles el rostro amoroso de Dios como hijos queridos suyos. Para ello, el Padre Bonilli elaboró su espiritualidad acercándose a la «gente pobre» como párroco durante muchos años, según el misterio de amor que Jesús vivió en el humilde hogar de Nazaret, que sirve de ejemplo para cada creyente, aportando a la vida familiar el martirio cotidiano del amor a Dios y al prójimo. «Para mí —decía—, la Santa Familia significa civilización, progreso, fraternidad universal, paz, felicidad temporal y eterna».

La familia y la parroquia son los ejes del carisma y de la espiritualidad bonilliana, proponiendo a la Sagrada Familia como ejemplo de una sociedad diversa, de la cual procede la familia cristiana de hoy. El espíritu pastoral que lo animó siempre le sitúa en un lugar importante en el conjunto de grandes sacerdotes que en la segunda mitad del siglo XIX iluminaron el corazón de la Iglesia en Italia: Don Bosco, P. Cottolengo, Pallotti, Don Alberione, Calabria y Orione.

Fue un siervo fiel de la Iglesia, a la que amó y sirvió intensamente hasta su muerte, para «ser familia, dar familia, construir familia». Es sorprendente reconocer la actualidad eclesial y social de este mensaje, como el propio Juan Pablo II reconoció en la exhortación apostólica *Familiaris consortio:*

> «La Iglesia reconoce que el bien de la sociedad y de sí misma está profundamente ligado al bien de la familia, siente en modo muy vivo la misión de proclamar a todos el designio de Dios sobre el matrimonio y sobre la familia» (n 3)

Y ésta fue la intuición del Beato Pedro Bonilli.

Durante 35 años permaneció en una parroquia situada en el territorio más deprimido de la diócesis de Spoleto, donde la formación religiosa y moral era singularmente pobre y humillante, aportando su voluntarioso empeño en educar el espíritu y formar el cuerpo, con el fin de conseguir devolverle a la familia su lugar natural en la sociedad de su tiempo. «La familia es escuela de amor, donde al crecer, los hijos aprenden a vivir según el evangelio tomando de los pobres la imagen del rostro amoroso de Dios, Padre y Pastor de todo hombre».

Alcanzó una dichosa ancianidad, falleciendo a los 94 años el 5 de enero de 1935 Durante tres días su cadáver permaneció en la catedral de Spoleto, debido a las muchedumbres que acudían a venerarlo La causa de beatificación se abrió el año 1964, produciéndose el milagro reconocido para la beatificación el año siguiente. En junio de 1965 nació una niña, hija del matrimonio formado por Luciano Fiorentino y Augusta Abatelli, comenzando después del parto una grave hemorragia que no se podía controlar. La situación de gravedad de la madre alcanzó momentos extremadamente críticos, temiéndose un fatal desenlace La religiosa asistente al parto en aquel doloroso momento colocó sobre el pecho de la moribunda una estampa del Siervo de Dios Don Pedro Bonilli, invitando a todos los presentes a rezar con gran fervor. Momentos después, con gran sorpresa del cirujano que había atendido a la mujer, esta comenzó a hablar, recuperándose del colapso en menos de 60 minutos. La relación de la consulta sobre el caso clínico propuesto para la beatificación tuvo lugar el día 5 de noviembre de 1986.

El papa Juan Pablo II lo beatificó el 24 de abril de 1988

ANDRES DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

AAS 79 (1987) 1503ss
AGRESTI, G , *Don Pietro Bonilli L'eroismo della carità* (Casale Monferrato 1987)
CHIEROTTI, L , en *Bibliotheca sanctorum* (Roma 1992) 198

Index ac status causarum, o.c., 507.
L'Osservatore Romano (24-4-1988).
Martyrologium romanum, o.c., 80.
RESCH, A., CSSR, *Miracoli dei Beati* (Roma 1999) 302-308.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN CONVOYÓN
Abad († 868)

Era bretón y desde joven había sentido el atractivo de la vida religiosa. Primero ingresó en las filas del clero diocesano y fue arcediano de Vannes, pero luego renunció y se hizo recluso, ingresando posteriormente en la abadía de Granfeuil. El año 831 obtuvo un lote de terreno donde, junto con otros seis monjes, edificó un nuevo monasterio, titulado del Salvador, en las cercanías de Redon, en la Bretaña. Los monjes que le acompañaban le eligieron a él como primer abad, y como tal se vio en la necesidad de hacer frente a numerosas dificultades y contradicciones.

El año 848 viajó a Roma a visitar al papa San León IV y exponerle unas justificadas quejas sobre algo que alteraba la vida eclesiástica de su región: había obispos que accedían al episcopado de forma simoníaca. Una comisión de fieles bretones, especialmente monjes, viajó con él. Llegados a Roma, el papa San León IV los recibió con gran amabilidad y escuchó las quejas que se le presentaron. El papa estaba entonces empeñado en rehacer las murallas romanas, ya que el peligro de las invasiones sarracenas afectaba a la seguridad de la propia basílica de San Pedro. El pontífice no se limitó a escuchar y atender las quejas de Convoyón y sus compañeros. Quiso que el monasterio de Redon tuviera una prueba de su paternal afecto y por ello entregó a Convoyón una preciosa casulla, y además, para que los monjes se sintieran animados a una vida santa, entregó también a Convoyón las reliquias del papa San Marcelo I.

Convoyón volvió a Redon y estuvo guiando santamente su comunidad por espacio de veinte años más hasta que una incursión de los normandos lo obligó a abandonar la abadía y murió

fuera de ella el 5 de enero del año 868. Su culto inmemorial fue confirmado por la Santa Sede en 1866.

BEATA MARÍA REPETTO

Virgen y religiosa († 1890)

Nació en Voltaggio el 1 de noviembre de 1807. Su padre era notario. En cuanto tuvo siete u ocho años comenzó a ayudar a su madre en la crianza de los hijos, ya que ella fue la mayor de nueve hermanos. Ella en su casa aprendió la religión y la piedad, inculcada a todos los hijos por unos padres piadosísimos. Los hijos respondieron a esta educación siendo todos sumamente católicos: cuatro hijas ingresaron en religión y el único varón se ordenó de sacerdote.

A los veintidós años ingresó en la Congregación de Nuestra Señora del Refugio en el Monte Calvario, cuya finalidad era el ejercicio de toda clase de obras de misericordia, singularmente con los más necesitados. Ella se dedicó con toda el alma a la vida religiosa, aceptando los humildes puestos que le fueron asignados. Primero estuvo durante años dedicada a remendar la ropa de la casa hasta que empezó a fallarle la vista, y entonces la destinaron a portera, dando pruebas de una caridad exquisita que admiró a todos los que la trataron y que tuvieron la sensación de tratar a una santa. En las epidemias de cólera de los años 1835 y 1855 ella se echó a la calle a buscar y atender a los contagiados corriendo gran riesgo su vida, pero preservándola Dios del contagio. Pero en ocasiones similares posteriores se le mandó permanecer en el convento y ella obedeció con plena disponibilidad. Pero allí en la portería brilló por todas las virtudes y la gente llegó a llamarla simplemente la monja santa. Su crédito fue altísimo entre todos cuantos la conocieron. Sus obras de caridad y de acogida a los necesitados tanto material como espiritualmente fueron las bases de este crédito. Era muy grande su devoción a San José, al que encomendaba sus asuntos y los ajenos, teniendo en él una gran confianza, que recuerda la de Santa Teresa de Jesús en el glorioso Patriarca. Lograba celebrar cultos solemnes en honor del Santo, a los que los fieles asistían edificados de la piedad de su organizadora. En vida se

le atribuyeron numerosos milagros. Su comunidad fue testigo de su vida de altísima oración, de austeridad y mortificación cristianas.

Su santa muerte tuvo lugar el 5 de enero de 1890 en Génova, la ciudad donde había transcurrido su vida religiosa.

Fue beatificada el 4 de octubre de 1988 por el papa Juan Pablo II.

BEATO CARLOS DE SAN ANDRÉS (JUAN ANDRÉS HOUBEN)

Presbítero († 1893)

Juan Andrés nació en Mustergeleen (Holanda) el 11 de diciembre de 1821. Sus padres eran sumamente piadosos y él creció en un ambiente de seria y comprometida religiosidad.

Muerta su madre, entró en los pasionistas de Tournai el año 1840 y en el noviciado se le dio el nombre de Carlos de San Andrés. Hizo la profesión religiosa y siguió los estudios sacerdotales hasta su ordenación el 21 de febrero de 1852. Los superiores lo destinaron a Inglaterra, donde hacía no mucho que los pasionistas llevaban a cabo su labor apostólica. Allí estaría durante cinco años.

En julio de 1857 se le envió a Irlanda, concretamente a Dublín, y trabajó apostólicamente en esta ciudad hasta 1866 en que se le ordenó volver a Inglaterra. Trabajó aquí ocho años, en el condado del Surrey, y de nuevo se le envía a Irlanda.

En Inglaterra y en Irlanda su éxito pastoral fue enorme. Multitud de personas acudían a su confesionario para dirigirse espiritualmente con él, y atendía a todos con total entrega y dedicación, siendo muy eficaces sus métodos de dirección espiritual, así como el carácter práctico de sus consejos. Su palabra y su ejemplo lograron que muchos católicos, alejados de la religión o incluso que habían apostatado de ella, volviesen a la Iglesia. A su continua oración unía además una gran mortificación voluntaria, un espíritu extraordinario de penitencia, que no podía menos que servir de testimonio válido a cuantos lo trataban.

Hasta el último día de su vida perseveró en su actividad pastoral y en su austera forma de conducta. Murió el 5 de enero de

1893. Fue beatificado el 18 de octubre de 1988 por el papa Juan Pablo II.

6 de enero

A) MARTIROLOGIO

1. Solemnidad de la Epifanía del Señor **.
2. En Antinoe (Tebaida), los santos Julián y Basilisa (s. IV), mártires.
3 En Nantes (Bretaña Menor), San Félix († 582), obispo, que evangelizó a los campesinos.
4. En Wurzburgo (Baviera), San Macario († 1153), primer abad del Monasterio de los Escoceses.
5 En Barcelona (España), San Raimundo de Peñafort, cuya memoria se celebra mañana.
6. En Famagusta (Chipre), San Pedro Tomás († 1366), obispo de Constantinopla y legado papal en Oriente, religioso carmelita *.
7. En Fiésole (Toscana), San Andrés Corsini († 1373), obispo, religioso carmelita *
8. En Valencia (España), San Juan de Ribera († 1611), obispo y virrey, gran devoto de la Eucaristía **.
9. En Roma, San Carlos de Sezze († 1670), religioso franciscano **
10. En Roma, Santa Rafaela María del Sagrado Corazón Porras Ayllón († 1925), virgen, fundadora de las Esclavas del Sagrado Corazón **.
11. En Montreal (Canadá), Beato Andrés Alfredo Bessette († 1937), religioso de la Congregación de la Santa Cruz, que edificó el Santuario de San José *

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

EPIFANÍA DEL SEÑOR

La Iglesia en su liturgia considera la obra de la redención más en su sentido místico que en su sentido demasiado realístico. Más que el simple hecho histórico, le interesa el sacramento, el misterio. En cierto modo, la Iglesia podría decir con San Pablo:

> «Si conocimos a Cristo según la carne, ahora ya no le conocemos». En el sentido: que ahora vemos la razón y el fin de todas sus obras. ¡Cuántas veces confiesan los mismos evangelistas que mientras vivió Jesús no comprendieron el alcance y significación de sus actos! Y el mismo Cristo dice: «Lo que yo hago no lo comprendes ahora, lo verás después».

En esta concepción de la obra de Cristo es donde encuentran muchos fieles la mayor dificultad para vivir la liturgia. Atados a la letra, a la historia, al hecho concreto, quedan desorientados ante las visiones panorámicas, totales, completas de la liturgia. Si la fiesta de Navidad está ya llena de contrastes de la visión total del misterio, pues aquel mismo que considera en el pesebre, se le aparece llevando sobre sus hombros las insignias del poder, esto se acentúa más en la fiesta de la Epifanía.

Al fin y al cabo el objeto de la fiesta de Navidad, de origen occidental, romano concretamente, es único y claro como su mismo nombre latino: «Nativitas». En cambio, en la Epifanía no sólo el nombre griego de esta fiesta —aparecida en Oriente— es misterioso, sino que su mismo objeto es complejo. No es extraño que si Navidad para muchos no pasa de ser una feliz nochebuena con cánticos al Niño Jesús, Epifanía quede reducida a «la fiesta de los Reyes».

Es una tendencia espontánea de los pueblos activos de Occidente el convertir los misterios en devociones que a veces no expresan más que aspectos muy secundarios de los mismos, pero que hablan más al sentimiento que a la razón.

Con todo, fundamentalmente, Navidad y Epifanía celebran un mismo hecho: el advenimiento de Dios en este mundo; solo que la primera de estas festividades lo celebra sobre todo bajo el punto de vista histórico, y la segunda bajo el punto de vista teológico e ideológico. Cuando, a fines del siglo IV, Roma aceptó la fiesta oriental del 6 de enero y el Oriente la romana del 25 de diciembre, ambas pudieron conservar su propio carácter y se completaron mutuamente.

Epifanía representa el desarrollo completo del misterio de Navidad. «El que aquel día nació de la Virgen —dice San León—, hoy ha sido reconocido por el mundo entero». Dios ha aparecido en el mundo no solamente tomando carne mortal, sino manifestándose a los hombres, mostrando sus obras y su

poder, y tomando posesión de su pueblo al modo que los antiguos reyes la tomaban solemnemente de sus ciudades. Todo esto ha significado en el decurso del tiempo la palabra *epifanía* —o más tarde teofanía— y algo de esto se encuentra en la rica liturgia de esta festividad. En la adoración de los Magos han visto todos los Santos Padres la manifestación de Cristo a los paganos y al mundo en general, en el milagro de las Bodas de Caná la manifestación de su poder, y en el bautismo del Jordán la purificación y toma de posesión de su Iglesia y de cada una de las almas.

Éste es el triple misterio de la Epifanía, que resume admirablemente la antífona del *Benedictus* de la fiesta que, al mismo tiempo, nos hace ver la vida sacramental de la Iglesia: «Hoy la Iglesia se ha unido al Esposo celestial, pues en el Jordán Él la lavó de sus crímenes. Los Magos corren con sus presentes a las nupcias reales y los invitados se regocijan del agua convertida en vino».

En esta antífona se nos presenta la aparición de Dios en el mundo bajo el símbolo nupcial, tan usado en el Antiguo y Nuevo Testamento para expresar la unión de Dios con su pueblo. Yahvé es el esposo; el pueblo de Israel, la esposa. Cristo el esposo, y la Iglesia la esposa. La esposa de Yahvé fue infiel y, por lo tanto, repudiada por Dios. La esposa de Cristo, lavada de sus iniquidades en el Jordán —bautismo— como reina, sin arruga ni mancilla, avanza con los Magos, que son sus primicias, hacia el convite real que le prepara su esposo, y se sienta a su lado en la mesa, donde se alimenta de su cuerpo y se llena de gozo con el vino de su sangre. Todavía quedaba subrayada esta idea de las nupcias reales en la Eucaristía con el milagro de la multiplicación del pan y de los peces, que durante muchos siglos se conmemoraba asimismo el día de la Epifanía.

¡He aquí la idea de la manifestación de Dios en el mundo en toda su extensión y profundidad! Dios, que como esposo divino sale de los tálamos eternos para darse a conocer a la humanidad con su presencia, con su poder y con su gracia sacramental, con la cual penetra en lo más profundo del alma, a la que se une más íntimamente que el esposo a la esposa, encarnándose en cierto modo en ella. Esta unión y transformación son el último desplegamiento de la gracia de Navidad.

No basta celebrar Navidad con alegría, entusiasmo y fervor. Para sacar todas las consecuencias del misterio, hay que vivirlo en lo más íntimo del corazón, meditándolo, revolviéndolo, como lo hacía María en estos días: «María, nos dice San Lucas, conservaba todas estas palabras, meditándolas en su corazón». Como lo hace la Iglesia, que a medida que va alejándose de la festividad parece descubrir más profundas y nuevas perspectivas de aquel «grande y admirable sacramento», de «aquel maravilloso comercio». Todo lo que va de Navidad a Epifanía no es en la liturgia otra cosa que un engolfarse en el misterio.

Imposible exponer aquí todo el riquísimo oficio de la Epifanía; pero sí que tenemos que comentar brevemente la solemne y grandiosa misa de la fiesta que litúrgicamente es de lo mejor que posee nuestro misal romano. En ella encontramos como estereotipada aquella grandeza, aquella sobriedad y aquel orden y lógica de la antigua Roma, pero envuelto todo ello con el carisma de la unción cristiana.

Reunidos espiritualmente en la Basílica de San Pedro —la basílica de la catolicidad— vemos entrar al Papa con toda la esplendidez de ministros, mientras el coro canta la antífona del Introito, canto hoy verdaderamente de entrada. «He aquí cómo viene el Señor dominador y en su mano están el reino, el poder y el imperio».

¿No hemos clamado durante todo el Adviento con aquel fervoroso e impetuoso «ven, Señor»? «He aquí que viene», se nos dice hoy. Y con la fe en el Papa que entra en la iglesia de la cristiandad, en el obispo que hace su entrada en la catedral, en el párroco en su parroquia o cualquier sacerdote en su iglesia, recibimos nosotros la visita, la concreta epifanía del Señor para cada uno de nosotros. El salmo entero del Introito, cuyos versículos se cantan al avanzar el sacerdote hacia el altar, nos descubre todo el valor profético de la entrada del Señor en este mundo y en su Iglesia.

Como los Magos por la estrella, así nosotros somos conducidos por la fe hacia Dios. Pero la fe debe terminar en la visión de la magnificencia de Dios en su gloria. Es lo que pide la colecta. La fe fue la primera aparición de Dios en nuestra alma; la fe es la estrella que nos hace hallar a Cristo en nuestra vida —como se lo

hizo hallar a los Magos en la suya— y la fe es la que nos conducirá a su plena posesión en la gloria. He aquí la aparición de Cristo en toda su dimensión que nos hace implorar la colecta.

Esta magnífica aparición de Dios a la humanidad había sido preparada desde todos los siglos y frecuentemente anunciada por los profetas del Antiguo Testamento. La epístola de hoy es una de las más bellas de estas profecías. Con frases de una fuerza y colorido incomparable, nos describe aquí Isaías la gloria y grandeza de la Jerusalén ideal, que espiritualmente se realizan en la Iglesia. La Iglesia ha considerado esta profecía como un himno a su gracia, a su riqueza y a su gloria. Y por eso durante la Edad Media se cantaba esta epístola con una adornada melodía y su canto era envuelto de un rico ceremonial. Si la epístola nos presenta la profecía, el evangelio nos relata su histórica realización.

Como lazo de unión entre las dos lecturas está el canto del gradual y del aleluya. El gradual de hoy es un eco de la epístola, recoge unas frases características de la misma y las medita cantando. El aleluya, en cambio, anticipa, preparándolo, el evangelio, subrayando la idea principal de la fiesta: aparición y adoración, o luz y dones, que es también lo que expresa en otras palabras el gradual.

En el evangelio de hoy se ve claramente el sentido que la Iglesia da a la lectura de la palabra de Dios en la misa. No se trata solamente de escuchar una historia, una doctrina o una exhortación de labios del Señor. Es decir, el evangelio en la misa no es una lección de exégesis, de dogma o de moral, sino una presencia del Señor, el cual, por el sacramental de su palabra, nos prepara al Sacramento de su cuerpo, donde todo lo leído cobra eficacia y una realidad sobrenatural en nuestras almas. «No digas —decía San Agustín— bienaventurados los que le vieron, oyeron, tocaron..., pues tú lo ves, lo oyes y tocas en su Evangelio». La lectura del evangelio en la misa es una verdadera epifanía del Señor. Por eso la liturgia envuelve esta lectura con un ceremonial tan solemne como si acompañara al mismo Señor: ministros, incienso, velas, beso y canto solemne

Hoy no sólo escuchamos la historia de los Magos como si fuera la de nuestra vocación, sino que con ellos y como ellos nos arrodillamos para adorar al Señor.

Ellos le adoraron en el pesebre, envuelto en pañales, y nosotros le adoramos en el cielo reinando y cubierto de gloria. Y así damos pleno sentido a su adoración y a la nuestra.

Con toda verdad podemos, por lo tanto, cantar en el Ofertorio que no sólo los reyes de Tarsis y de las islas, y los reyes de Arabia o de Saba presentan dones y ofrendas, sino que todos los reyes de la tierra le adoran y las gentes le sirven. Entre esta multitud cósmica, nuestra adoración cobra una proporción y un sentido insospechado. ¡Qué bello sería expresar esta adoración y consagración ofreciendo hoy los dones al altar! Dones —el pan y el vino del sacrificio— que, como dice admirablemente la secreta de hoy, no son ya oro, incienso o mirra, sino los dones de la Iglesia en los cuales Cristo, juntamente con ella, será ofrecido e inmolado para entregarse luego como alimento de su esposa. He aquí el don perfecto.

El Señor apareció en nuestra carne mortal para transformarla e inmortalizarla. Siempre que recibimos la eucaristía somos restaurados «con la nueva luz de su inmortalidad», como dice el prefacio. Gracias a la misa, hoy tendrá una realidad sublime para cada uno de nosotros la Epifanía del Señor; aquí no sólo la celebramos y la meditamos, sino que la vivimos. ¡Qué significación tiene así la antífona de la comunión: «Hemos visto su estrella en Oriente y venimos con dones a adorar al Señor»!

Nuestro corazón —después de la sagrada comunión— es el pesebre y el trono del Señor a la vez, allí hemos de ofrecerle el oro de nuestro amor, el incienso de nuestra adoración y la mirra de nuestra mortificación.

«Viene», «aparece», «hemos visto», «venimos», son las palabras que se repiten en la misa de hoy y que suponen una sublime realidad.

Pero para poder ver esta luz, y darse cuenta de esta realidad, se necesita tener los ojos claros.

Moisés temblaba ante la presencia de Dios. Isaías exclamaba: «¡Ay de mí, Señor, que soy hombre de labios impuros!».

Los misterios del Señor exigen la pureza de nuestro corazón. Sólo así podemos comprenderlos y vivirlos en una perpetua epifanía allá en lo íntimo de nuestra alma purificada por la gracia de Dios.

Éste es el fruto que nos hace pedir la poscomunión de hoy: «que purificado nuestro espíritu, tengamos la inteligencia del misterio que celebramos».

¡Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios!

ADALBERTO M. FRANQUESA, OSB

Bibliografía

Véanse, ante todo, los comentarios de GUÉRANGER, SCHUSTER, MARMION, PARSCH, BAUR, etc.

BOTTE, B., *Les origines de la Noël et de l'Epiphanie* (Lovaina 1932).

FENDT, L., «Der heutige Stand der Forschung über das Geburtsfest... und über Epiphanias»: *Theol. Liter. Zeit.* 78 (1953) 1s.

FRAK, H., «Frügeschichte und Ursprung des römischen Weihnachtsfestes»: *Arch. Liturgiewis.* 2 (1952) 1s.

PRUMM, C., «Zur Entstehung der Geburtsfeier des Herrn in Ost und West»: *Stimmen der Zeit* 135 (1939) 207s.

SANTOS JULIÁN Y BASILISA

Mártires († ca.304)

La familia de Julián vivía en la ciudad de Antioquía, durante el siglo IV. Él recibió una formación esmerada en la ciencia y en la piedad, dirigida a constituir una continuación de la vida noble de sus antepasados. Lo cual incluía el contraer un matrimonio digno de su rango.

Al insistir sus padres que contraiga desposorios y matrimonio, se le cierran a Julián los caminos de la virginidad que un día había prometido al Señor. Ante esta actitud paterna, Julián pide unos días para deliberar calmadamente una decisión tan seria en la que se ventila la cuestión de seguir a Jesús o desobedecer a sus padres. En este punto dice la leyenda que Julián conoce por revelación del cielo la esposa con la que podrá guardar la anhelada virginidad.

Con un suave olor de flores —y seguimos copiando la leyenda— los novios Julián y Basilisa son arrastrados hacia el amor de la virginidad, apareciéndoseles Nuestro Señor Jesucristo aprobando la determinación de conservarse intactos. Acompañan a Cristo un cortejo interminable de santos y santas vírge-

nes, entre cuyo desfile grandioso y ante la expectación de los celestes ejércitos ven sus nombres como en un letrero inmenso.

Esta aparición fue para Basilisa y Julián como una jura de bandera, con estruendo de clarines y con sonar de armonías inolvidables. Al poco tiempo mueren los padres de Julián y ambos recién casados se retiran y fundan sendos monasterios.

El sitio donde se apartó Julián era un campo árido; pero allí se reunirían gran cantidad de personas deseosas de recogimiento. El espíritu los lanzaba al desierto, como sucederá en todas las épocas de la historia. Piedra a piedra fueron levantando el edificio donde reposar el cuerpo mientras trabaja la mente en sublimes y divinos pensamientos. La finalidad que estos monjes perseguían al venir en torno a San Julián era imitar a Cristo en su cuaresma, hasta que el hambre mordiese sus entrañas, aun cuando su imaginación les sugiere convertir milagrosamente las piedras en panes, venciendo así al eterno tentador con la irrefutable contestación de que el hombre vive también de las palabras salidas de la boca de Dios.

A escuchar esas conversaciones divinas dichas al oído de las almas se encaminó Julián hasta los desiertos, abandonando el estrépito de las aguas torrenciales, de los bullicios callejeros y huyendo de las gentes, de los pequeños imperios y de las propias glorias tan tremendamente seductoras, consiguiendo subir así al monte alto de los siete círculos. San Julián fue a encontrar el ambiente recogido y ensimismado en un monasterio fabricado con el sudor suyo y de sus infatigables monjes, marchó buscando esa ciudad santa, donde los espíritus no tropiezan contra las piedras con tanta facilidad.

Este apartarse del ruido y del nerviosismo es propio de la actividad desbordante también hoy día. Asombra constatar esta tendencia a vivir como ermitaños en el centro mismo de las ingentes poblaciones, donde cada cual queda aislado, silencioso, leyendo o revisando el semanario gráfico a falta de Evangelio. No podemos negar que somos esencialmente ermitaños y monjes.

Julián, en su monasterio cercano a Antioquía, tuvo personal vigilancia de todos los quehaceres de la comunidad y con este motivo la autoridad del santo abad tendría que abarcar a todos

los monjes con cariño y con prudencia, distribuyendo equitativamente las cargas y los duros trabajos entre los componentes del monasterio. Era Julián uno más que realizaba lo de su incumbencia con la misma exactitud con que hacía ejecutar lo que ordenaba, no reprendiendo con encono ni con altanería, sino con frases amables, comprensivas y alentadoras, cargadas de amor, que llegaban hasta lo más profundo del súbdito.

Había en el monje Julián una mezcla de bronco y dulce, de amable y de áspero. Corregía, consolaba, entusiasmaba y admiraba a los monjes a quienes gobernaba con una paz y una tranquilidad tan grande, que parecían estar solos en el más solitario de los desiertos.

Tampoco nos causa asombro que su esposa Basilisa se asociase a otras compañeras en una vida conventual. Dice la leyenda que Basilisa y las demás vírgenes que residían en el monasterio no lejano al de Julián conocieron por revelación divina el tiempo de su muerte. Basilisa, que durante toda su vida había exhortado siempre con su ejemplo y sus palabras a la práctica de la santidad monástica, les pone delante el cielo, superabundante premio de sus mortificaciones, austeridades y renuncias. Y al poco de morir aquellas vírgenes, se aparecen a Basilisa, notificándole la fecha de su muerte; ella se acuerda de la visión primera que tuvo en compañía de Julián mientras eran novios, cuando decidieron consagrar a Dios a perpetuidad su virginidad.

Siguiendo la leyenda, encontramos a Julián, a quien habíamos visto al cargo de una comunidad de monjes a las afueras de Antioquía. Julián da sepultura a Santa Basilisa, cuando todavía reinaba la paz en la ciudad; sobre su cadáver virgen el santo esposo imploró a Dios perpetuo descanso para ella.

En la película titulada «La túnica sagrada» se oye repetir al centurión romano que presenció impertérrito la crucifixión del Señor una frase: «¿Estuviste allí?». Mientras los martillazos de las trirremes que vuelven de Palestina a Roma le recuerdan en su locura cómo clavaron y asesinaron al Mártir primero de la cristiandad en una cálida tarde frente a la populosa Jerusalén, señora del mundo. Aquel vestido sagrado sobre el que echaron suertes a los dados, mientras la sangre púrpura caía sobre la tierra oscurecida, no se le borra de la mente al centurión.

Quisiera preguntar al autor del libro donde leí los datos, la vida y martirio de San Julián, si había presenciado el suceso y si había sentido un ramalazo escalofriante al ver a los verdugos y a los cuerpos martirizados, pero me respondió un silencio en la vacía biblioteca.

Sobre Antioquía un día vinieron los conflictos y las persecuciones contra la Iglesia; y todas las saetas y tormentos empezaron a funcionar con furor y saña. A mares eran martirizados los cristianos y los muertos se amontonaban en la tierra antioquena como impasibles escombros.

El presidente de Antioquía, Marciano, ordena apresar y encarcelar a Julián y a los que con él residían en el monasterio apacible.

Pero Julián no se amedrenta y valientemente profesa su fe en la persecución. Innumerables personas mueren quemadas por declararse cristianas. La hoguera estuvo encendida para tronchar y aniquilar las vidas, como siglos más tarde rodeará e iluminará el atormentado rostro de Santa Juana de Arco.

Hay expectación en la gente cuando Marciano increpa con solemnidad a Julián.

— Adora a los dioses.

— No hay más Omnipotente que Dios, el Padre nuestro.

— Obedece los decretos del emperador.

— Jesucristo es mi único César.

— ¿Crees en un crucificado?

— Él tiene escuadrones inmortales.

— Marcharás a la muerte.

— El emperador de Roma también es polvo y en polvo se convertirá.

Dios ayuda a los mártires y coloca en los labios de sus escogidos palabras arrolladoras que confunden y vencen a los tiranos.

— ¿Te ríes de nuestros dioses y de nuestro emperador? Ante los tormentos no habrá bromas ni réplicas.

El presidente Marciano cambia ahora de táctica, cosa frecuente en los hombres astutos que no quieren reconocer las derrotas propias.

— Tus padres, Julián, fueron nobles. Te daremos honores.

— Desde el cielo me miran y me alientan a permanecer en mi religión.

— El cristianismo es religión de esclavos y adoran a un crucificado. Los nobles no van a la cruz.

— Mi Dios tiene la nobleza de haber derramado toda la sangre por el bien y la salvación de los hombres.

— Basta, Julián. Que te abran dolorosos y profundos surcos sobre tu carne cristiana.

Durante la flagelación sucede un milagro, ese argumento irrefutable y enorme que tiene Dios para los incrédulos de todos los siglos.

Un verdugo daba demasiado fuerte y araba en el cuerpo de Julián con notorio encono, cuando de un latigazo flagelante le saltó un ojo. El mártir, que no se cura a sí mismo y que deja sangrar a sus martirizados miembros, implora el milagro para el mismo verdugo despiadado.

— Que le den una loción.

Se perfuma el ambiente cargado de sangre con un olor como de muchos bálsamos orientales. Después de que Julián con su sangrante brazo hace la señal de la cruz, el sayón recobra el ojo perdido. Pero en los criminales no hay piedad, ni ternura, ni compasión.

La espada no fallará y una cabeza que había siempre pensado en Cristo cae sonando débilmente como testimonio mudo de cristiandad, para un día resucitar con una gloria inmensa por el martirio sufrido.

Las sangres de los mártires riegan las tierras más ásperas, y Julián, con su inmolación cruenta, convierte a Celso, el hijo del presidente Marciano. Ha asistido al juicio, escuchando el fallo de su padre y ha contemplado impávido la ejecución terrible de la absurda sentencia, el milagro y la muerte del santo Julián.

Es el último triunfo terreno del mártir. Celso convertido, bautizado y valiente, muere recibiendo el galardón del martirio.

VALENTIN SORIA

Bibliografía

Act SS Boll, 9 enero *Passio* Ed TRAUBE en *Mon Germ Hist Poetae lat aevi Carol*, t 3 p 1 ª p 73 121, *Passio S Iuliani*, por ANDRADE LE PETIT, del siglo IX

BAUDOT, J. L., etc., *Vies des saints et des bienheureux,* I (París 1935) 171s.
MOLINIER, *Sources...* n.813.

SAN JUAN DE RIBERA
Obispo y virrey († 1611)

Cuando él nace, atraviesa la cristiandad una crisis durísima. El fuego de la revolución protestante se ha corrido a media Europa. Reina la confusión y el dolor en el mundo católico, mientras herejes e infieles se mofan a coro de la Santa Iglesia esperando su agonía. Pero el soplo del divino Espíritu vivificó de nuevo a la Esposa de Cristo y ésta empezó a mostrar de nuevo al mundo los caminos de la restauración católica o de la verdadera reforma. Una falange de santos reformadores promovieron esta corriente purificadora, especialmente en España e Italia. Don Juan de Ribera será devotísimo amigo de todos ellos: Ignacio de Loyola, Juan de Dios, Pedro de Alcántara, Juan de Ávila, Francisco de Borja, Teresa de Jesús, Luis Beltrán, Alonso Rodríguez, y otros más en nuestra patria. El papa San Pío V pensó hacerle cardenal, y San Carlos Borromeo, que le amaba entrañablemente sin haberle visto nunca, pedía consejo a Ribera para el buen gobierno de su vastísima diócesis de Milán.

Fue natural de la ciudad de Sevilla, hijo del ilustre don Pedro Afán Enríquez de Ribera y Portocarrero, conde de los Molares, marqués de Tarifa, duque de Alcalá, virrey de Nápoles y antes de Cataluña. El niño crecía sin el amor materno. Su madre, doña Teresa de los Pinelos, falleció muy pronto. Sevilla era a la sazón la puerta de América, por donde se derramaba en Europa aquel torrente de riquezas, de conocimientos nuevos, de sustancias desconocidas: oro, plata, perlas, cacao, maíz, animales raros, hombres y mujeres de razas exóticas. Pero también riquezas del espíritu daba de sí esta ciudad al mundo. Para nuestro caso bastará recoger las palabras de un historiador local: «Es indudable que de toda la nobleza sevillana fue la familia de los Enríquez de Ribera la que más se señaló por su generosidad y amor a los pobres. Nadie como doña Catalina y su hijo don Fadrique de Ribera en caridad a los enfermos y desvalidos. Esta egregia señora, prototipo de las más egregias virtudes, fundó el Hospital

de las Cinco Llagas, que luego su hijo dotó y amplió con extraordinaria munificencia». En esta misma línea de santidad familiar merece un recuerdo doña Teresa Enríquez de Alvarado, «la loca del Sacramento», de quien se cuenta que por sus manos escogía la flor de los racimos traídos de doce leguas, de Cebreros, en la provincia de Ávila, por ser la más excelente uva para fabricar el vino del Sacrificio. Por sí misma cernía la harina de las hostias y la guardaba en limpia y rica orza, delante de la cual tenía siempre una luz encendida. No porque la creyese consagrada, sino porque sólo el pensar que aquella harina se había de transubstanciar en el cuerpo de Cristo, la obligaba a mirarla con tierno respeto: algo así como se mira una corona regia o como una madre contempla los vestidos que han de cubrir y abrigar el cuerpecito del esperado primogénito. Don Juan fue enviado por su padre a la Universidad de Salamanca, que por entonces vive un período áureo: lecciones de Vitoria, teólogos a Trento, introducción del método teológico salmanticense en Italia por obra de los hijos del patriarca de Loyola. Y en suma, foco del prestigio hispano que batalla con la espada y con la pluma frente a turcos y herejes. Ribera salió discípulo aventajado en aquellas aulas, sacó sus títulos y tuvo cátedra en la misma Atenas española. Estaba para terminar el concilio de Trento y el papa Pío IV escogió para la mitra vacante de Badajoz a nuestro joven maestro, que a sus virtudes y alcurnia juntaba el ser hijo del virrey de Nápoles. Aún no había cumplido los treinta años. Para la reforma y santificación de sus ovejas lanzó pequeñas tropas de choque y conquista, reclutó misioneros y recabó la ayuda del Maestro Ávila, quien dice con gran consuelo en una de sus cartas: «El obispo de Badajoz ha enviado seis predicadores por el obispado, según el me ha escrito, y da a cada uno cuarenta mil maravedís y cuarenta fanegas de trigo, y aún si yo le enviara algunos, dijo daría más, si tuvieran necesidad de socorrer a padres o hermanos». Él, por su parte, no se desdeñaba de administrar los sacramentos a los enfermos y sentarse para atender a las almas como confesor ordinario en su iglesia. Dormía muchas veces sobre haces de sarmientos y seguía el mismo rigor que en Salamanca. Por eso, el arzobispo de Granada, respondió por carta a una que el mismo don Juan le había escrito: «Me pide

V. S. Ilma. que le dé cuenta de mi vida; eso deseo saber de V. S. Ilma., que siempre desde su niñez fue santo, pues cuando V. S. Ilma. vino a Salamanca, de poca edad, yo era estudiante pasante, y ya entonces erais santo». Los avisos que él dio, a petición de los padres y del Concilio provincial Compostelano, en 1565, han pasado a las actas. Entre diversas sugerencias, señala remedios prácticos para la reforma personal de los obispos, primer intento de esta clase en España, que sepamos, de aplicación de los decretos tridentinos. En la predicación puso tal fuego y acierto, que los vecinos de los lugares circunvecinos a donde predicaba se convidaban mutuamente: «Vamos a oír al apóstol». En dos ocasiones vendió la vajilla de plata y el importe lo invirtió en comprar trigo y remediar a los pobres en años de carestía. El divino Morales nos ha transmitido la efigie del obispo de Badajoz: sus facciones revelan a un hombre de nervio, pero limpio de toda excitación exterior, contemplativo y apóstol, con aires de alta nobleza y finos modales. El día que partió de su obispado, siendo ya patriarca de Antioquía, para regir la archidiócesis valentina, dio a los pobres todas sus alhajas, dinero y bienes. Más de una vez había quedado sin un maravedí, pero siempre estuvo a punto la bolsa paterna. En Valencia, como en Badajoz, se sujetó a un horario que recuerda hábitos estudiantiles. Gran madrugador, se levantaba de tres a cuatro de la mañana y comenzaba el estudio y meditación sobre la Biblia hasta las siete; daba cuatro horas para el rezo del oficio divino, santa misa, preparar sermones y un breve descanso. A la una de la tarde, audiencia pública. Se retiraba a eso de las tres, sin tener tiempo señalado para la comida, y sólo tomaba algunos higos secos, uvas o fruta del tiempo. Bebía muy poco, raramente vino con agua. Por la tarde concedía audiencia sin poner inconvenientes. Terminada esta obligación, marchaba a un jardín extramuros donde iba acumulando libros y más libros. Tornaba a palacio al anochecer, y por espacio de tres horas se recogía en oración. Tampoco para cenar había momento señalado. Antes de acostarse tenía unos momentos de solaz con los suyos. Al rigor ordinario en la comida, añadía ciertos ayunos, como en los días de Semana Santa, que se pasaba cuarenta horas sin probar alimento, y, mientras fue joven, tres veces por semana ayunaba como

un monje: sólo pan y agua. Su criado, Pedro Pascual, no podía menos de maravillarse muchas mañanas al entrar en la alcoba de su señor; la cama estaba como el día anterior, y, para cerciorarse, metía las manos entre las sábanas, y no hallándolas calientes, concluía que el patriarca no había reposado en ellas durante la noche. Tenía don Juan ciertos lugares secretos en sus habitaciones, así en palacio como en el colegio por él fundado y en su jardín-biblioteca de la calle de Alboraya, donde escondía las disciplinas y cilicios, que la curiosidad de Pedro Pascual descubría, hallándolos siempre bañados en sangre. Estos indicios hacían presagiar un pontificado santo, como el de fray Tomás de Villanueva, fallecido aún no hacía tres lustros y cuyo recuerdo amable estaba en la memoria de todos; de él escribe un cronista que a su muerte eran tal el llanto y la pena de los pobres y del pueblo en general, que el espectáculo causaba la mayor tristeza. No le llamaban de otra manera que «el arzobispo santo». Vestía un hábito humilde y apedazado, guardó en todo gran pobreza voluntaria. No hizo testamento, porque no tenía de qué. Y a fin de morir totalmente desprendido, renunció en favor de su iglesia ciertos derechos que sobre ella le correspondían.

Los valencianos se percataron pronto de que don Juan de Ribera, su nuevo pastor, aunque joven —llegaba a esta sede a los treinta y seis años—, era viejo en doctrina, virtud y prudencia. Solían decir los que trataban con el patriarca que de sus palabras fluía un no sé qué misterioso que infundía juntamente respeto y un gozo conmovedor. Fray Tomás había dejado abiertos con sus fatigas los primeros surcos para la reforma de esta diócesis, que por más de cien años estuvo huérfana de la presencia de sus pastores. Cierto que Ribera tenía ante sí las trazas y el ejemplo del arzobispo limosnero. Pero también una perspectiva ardua: aplicar a sus ovejas la doctrina reformatoria del concilio de Trento, que acababa de ser aceptado en España: un plan salvador, intenso, y cuyos frutos no se tocarían sino a largo plazo. Estaba también por delante la angustiosa cuestión morisca, con todos los anteriores fracasos de evangelización y apaciguamiento. Meditaba don Juan cuál sería el método adecuado para aquella tan general y variada misión entre cristianos viejos e infieles astutos, que no otra cosa eran los moros bautizados

unas veces por la fuerza, otras voluntariamente, aunque para mayor amparo y encubrimiento de su infidelidad. Abrió el buen pastor su campaña con las visitas pastorales. Once veces visitó completamente, por sí o por sus delegados, todas las parroquias de su amplia jurisdicción. Cada bienio tenía noticia cabal del estado de sus 290 parroquias rurales. Lo mismo aparece el infatigable apóstol en los fragosos lugares del arciprestazgo de Villahermosa del Río, como en los no menos ásperos de la región alicantina. Aun en medio de penosas ocupaciones halla tiempo para el estudio, hurtando horas al descanso. Alojaba cierta vez en su casa el cura de Carcagente al patriarca durante la visita pastoral. Y aconteció que, habiéndose retirado todos a dormir y siendo muy entrada ya la noche, había luz en la alcoba del prelado. Movido por la curiosidad, atisbó el rector por los resquicios de la puerta y vio al arzobispo en la cama, sentado y estudiando rodeado de libros. El cura se movió a devoción, al recordar que lo mismo había leído de San Ambrosio. Entre los años 1569 y 1610 llevó a cabo 2.715 visitas pastorales, recogidas en 91 volúmenes, con un total de 91.202 folios. Celebró siete sínodos. Cada vez, los decretos eran pocos, breves y prácticos, para evitar que la muchedumbre de ellos tentase a olvidarlos. Son de carácter marcadamente sacerdotal. Del clero, en estrecha comunión con su obispo, cabía esperar con toda razón la enmienda del pueblo y una vida cristiana floreciente. Tratábalos con exquisita cortesía, ya en los retiros a puerta cerrada en la parroquia de Santo Tomás donde solía instruirles y aun reprenderles, ya en privado con advertencias paternales. Jerónimo Martínez de la Vega recordó toda su vida las palabras del arzobispo cuando le otorgaba licencia de confesar: «Mirad, hijo, lo que hacéis; que sois mozo y el oficio es peligroso». Y hablaba el bueno del patriarca aleccionado por la experiencia. En Badajoz hubo de rechazar a una joven, la cual simulando confesión, le descubrió los torpes deseos que hacia él sentía. Ribera huyó del lazo y aun ganó aquella alma para Dios. En Valencia se repitió la escena en horas de audiencia. Mas el patriarca, puesto en pie, en voz alta y en presencia de sus criados, comenzó a reprender a la desdichada, con tanto fervor de espíritu, que parecía echaba rayos de sus ojos. Así estuvo dos horas, y al cabo logró trocar aquel corazón

apasionado y la envió a casa de sus padres con la advertencia de que la perdonasen y recibiesen. Este hombre, grande por su origen y por sus ministerios, sabía tratar con los pequeñuelos. Acostumbraba a ponerse en una sillita en la plaza de Burjasot, pueblecito cercano a la capital, y enseñaba por sí la doctrina cristiana a los niños. Y luego repartía dulces, monedas, ropas y otras cosas que necesitaban. Cuidadoso de la juventud, estableció en su palacio una escuela para los hijos de los nobles, en número de unos treinta, pues, como él afirmaba, se debía a todos como pastor. Desde muy niños estaban en casa del señor patriarca aprendiendo la piedad y las letras. Servíase de ellos solamente para el mayor esplendor de los pontificales. Cuando ya cursaban estudios superiores acudían a la Universidad en carroza para oír a sus respectivos maestros. Aquella escuela parecía más bien un seminario. De ella salieron un cardenal, un arzobispo, doce obispos, amén de un buen número de religiosos, canónigos y rectores de iglesias. La experiencia pastoral había persuadido al patriarca la conveniencia de empuñar juntamente el báculo y la espada. Felipe III le nombró virrey y capitán general. La tranquilidad, largos años perturbada, vino como por encanto y la justicia se aplicaba con rectitud. Nada escapaba al ojo vigilante del virrey arzobispo. Una viuda que llevaba pleito de importancia, se quejó alegando sospecha de parcialidad en el juez. Ribera se personó al día siguiente en el consejo y preguntó: «¿Quién de vuestras mercedes tiene la causa?». «Yo, señor», respondió el oidor. «¿En qué punto está?», tornó a preguntar el patriarca. «Ya está acordado para sentenciar y dados memoriales de ambas partes». Y mirando a los otros oidores insistió el patriarca: «¿Por qué no se da sentencia?». Y como todos guardasen silencio, prosiguió: «Venga el proceso mañana y estudien la causa, porque quiero que se dé sentencia». Cuando terminó el pleito dijo el oidor a un amigo: «Verdaderamente este señor es un santo. Yo estaba ciego con favorecer a una persona, y con sola la visita del patriarca y dos palabras que habló en consejo, cobré luz y descargué mi conciencia».

Fundó en la ciudad el Colegio y Seminario de Corpus Christi para atender a la formación del clero, y en esta misma casa, una capilla —institución entre las más famosas de la cristian-

dad— donde se honra al Santísimo Sacramento con un ceremonial y una liturgia llena de majestad y de sosiego, aun en nuestros días. De su amor a Jesús sacramentado diremos que con frecuencia se retiraba a celebrar el santo sacrificio a una capilla de su propia iglesia y, luego de alzar a Dios, íbase el ayudante, hasta el aviso del patriarca con una campanilla. Durábale esta misa de dos a tres horas por el arrobamiento y las lágrimas. Falleció en su amado colegio el 6 de enero de 1611. Aún pudo ver la expulsión de los moriscos por mandato de Felipe III en 1609. Ribera los había catequizado durante treinta y cuatro años, sin reducirlos al yugo de Cristo.

Cuando el anciano pastor rendía su alma a Dios, los niños en tropel cantaban por las calles de la ciudad: «El señor patriarca está en la gloria, con la palma y corona de la victoria». En sus funerales abrió los ojos y se le encendió el rostro para adorar al Señor desde la consagración hasta la comunión del celebrante. San Pío V le había llamado, hacía cuarenta años, «lumen totius Hispaniae» («lumbrera de toda España»).

E1 12 de junio de 1959 tuvo lugar en la Basílica de San Pedro su solemne canonización. El papa Juan XXIII quiso darle particular realce. Ya en el discurso pronunciado el 30 de mayo en el consistorio semipúblico, manifestó claramente el entusiasmo que sentía por esta canonización. En la homilía que pronunció en el acto de la canonización propuso con palabra vibrante a San Juan de Ribera como modelo viviente para los hombres de hoy. Más aún. En el discurso que dirigió a los peregrinos españoles, designaba este día como glorioso para España y para la Iglesia.

RAMÓN ROBRES LLUCH

Bibliografía

CUBÍ, M., *Vida del Beato Juan de Ribera* (Barcelona 1912).

ESCRIVÁ, FR., *Vida del Illustrissimo... Don Juan de Ribera, patriarca de Antioquía y arzob. de Valencia* (Valencia 1612).

ESCRIVÁ, V., *Jornadas de don Juan de Ribera arzob. y virrey* (Valencia 1942).

GONZÁLEZ CLEMENTE, V., *La personalidad artística del Beato Juan de Ribera* (Valencia 1948).

ROBRES LLUCH, R., *San Juan de Ribera patriarca de Antioquía, arzobispo y virrey de Valencia (1532-1611)* (Barcelona 1960).

XIMÉNEZ, J., OM, *Vida del Beato Juan de Ribera* (Valencia 1798).

SAN CARLOS DE SEZZE

Religioso († 1670)

Algunos escritores modernos han llamado la atención de los teólogos místicos hacia este lego franciscano antes casi desconocido a causa de quedar todavía inéditos en su mayor parte sus numerosos escritos, que son cuarenta entre tratados y cartas; solamente seis, y no ciertamente los más importantes, merecieron el honor de la imprenta.

Nació este santo varón en Sezze, hermosa villa de la provincia romana, el 22 de octubre de 1613, de padres muy pobres en bienes temporales pero muy ricos en virtudes, los cuales le procuraron únicamente la instrucción elemental, que bien pronto tuvo que interrumpir para dedicarse a la guarda de ovejas, la cual empero sirvióle admirablemente, como a otro Pascual Bailón, para el ejercicio de la oración y la lectura de libritos piadosos. Visitaba con frecuencia la iglesia de los Frailes Menores, no muy lejana de su casa, y al contemplar en ella los toscos cuadros de los beatos (hoy canonizados) Salvador de Horta y Pascual Bailón, legos españoles de la expresada Orden, sentía tal entusiasmo que, como escribió después, exclamaba: «Si yo llego a entrar en esta religión imitaré a estos santos: pasaré las noches en la iglesia y haré asperísima penitencia».

Cayó luego en muy grave enfermedad, la cual fue causa decisiva de su vocación religiosa, de modo que a los diecisiete años de edad pidió licencia para entrar entre los religiosos franciscanos de la provincia de Roma en el estado laical, lo cual consiguió después de larga y dura prueba, siendo enviado al convento de Nazzaro, donde vistió el pobre sayal de San Francisco el día 18 de mayo de 1635, empezando luego el noviciado. Pasado el año de probación entre rigurosos ejercicios de penitencia y grandes tribulaciones espirituales, algunos religiosos profesos estaban perplejos en permitirle o negarle la licencia para pronunciar los tres votos perpetuos, dudando que pudiese sostener el peso de la vida regular. En esta lamentable situación acudió el devoto joven a la Virgen Santísima, de quien había recibido ya tantísimos favores; esta clementísima Madre vino sin tardar en su auxilio, de modo que, desapareciendo aquellos temores, pudo el día 19 de mayo de 1636 consagrarse por siem-

pre al Señor, cambiando el nombre de Juan Carlos por el de Carlos de Sezze.

La vida del fervoroso lego después de su profesión fue bastante sencilla, residiendo sucesivamente en los conventos de Morlupo, Ponticelli, Palestrina, Carpineto (patria del futuro papa León XIII), San Pedro in Montorio de Roma (en gran parte edificado por los Reyes Católicos Fernando e Isabel) y San Francisco a Ripa, que conserva el recuerdo de la habitación de San Francisco y donde Carlos de Sezze falleció santamente el día 6 de enero de 1670. Morando en Morlupo tuvo una tremenda visión que lo alentó en el progreso de la vida contemplativa; en Ponticelli diose enteramente al ejercicio que llamaba «la confianza en Dios» o la pequeñez espiritual, a guisa de un niño descansando en el regazo de su madre y que tanto recomienda el Santo en sus escritos. Bien pronto le cautivó otro ejercicio saludable: rogar todos los días por la propagación de la fe en países paganos, deseando, además, derramar en ellos la sangre por Cristo, y al efecto pidió y obtuvo partir como misionero para las Indias de patronato portugués; pero al ir para allá le sobrevino una grave enfermedad, por lo cual fue trasladado a la enfermería de San Francisco a Ripa, llorando amargamente porque no podía acompañar a los que salían destinados a aquellas misiones.

En aquel tiempo la provincia romana abrió un convento de retiro en Castelgandolfo, donde los religiosos vivían con extraordinaria austeridad, muy semejante a la de los antiguos anacoretas; allí acudió nuestro Carlos con permiso de los superiores; pero por lo visto el sitio no era muy sano, así es que poco después, esto es, en 1643, hubo que cerrar aquel convento a causa de las enfermedades contraídas por algunos religiosos; por lo cual el siervo de Dios fue trasladado a Carpineto, donde pudo dar pruebas de su heroica caridad durante la terrible epidemia que devastó aquella región. Viósele muchas veces asistiendo a los pobres apestados más peligrosos sin cuidarse de su propia salud y también cargando sobre sus espaldas a los muertos para darles cristiana sepultura. Dios permitió que en vez de premio por tanta abnegación y sacrificio recibiese una pública reprensión y fuese trasladado al convento romano de San Pedro

in Montorio para encargarse del oficio de sacristán y más tarde del de cuestor de limosnas en la misma capital. Ejercitando este último humilde servicio recibió de Jesús sacramentado el más estupendo prodigio de su vida, que le mereció el título de «Serafín de la Eucaristía», pues que entrando una mañana en la iglesia de San José «de Capo le Case», situada cerca de la actual plaza de España, y oyendo allí, en compañía de algunos fieles y todo absorto en el amor de Jesús el santo sacrificio de la misa, al llegar al acto de la elevación, un rayo luminoso partió de la Hostia Sagrada hiriendo el costado del Santo hasta penetrar su corazón —cuya señal se observa todavía actualmente—, con lo cual cayó el extático lego en un admirable deliquio de amor y dolor, como él mismo refiere en su autobiografía. Desde este momento la vida de fray Carlos fue eminentemente eucarística, de modo que frecuentemente después de la santa comunión experimentaba largos coloquios e íntimas comunicaciones con Jesús, a quien tanto recreaba el fervor y sencillez columbina de su siervo.

Este fidelísimo hijo del «Pobrecillo de Asís» fue decorado con el don de milagros: numerosísimos enfermos recobraron la salud mediante las oraciones que por ellos elevaba al Señor, a la Virgen Santísima y al entonces Beato Salvador de Horta, taumaturgo catalán, cuya devoción habían propagado por Italia los franciscanos de Cerdeña en cuya capital había fallecido en 1567, y en este mismo tiempo trabajaba en Roma para su canonización el Beato Buenaventura de Barcelona, lego también fallecido igualmente como su compatricio en tierras italianas. El mismo Carlos de Sezze refiere difusamente unos veinte milagros obrados por él mediante una reliquia del prodigioso franciscano de Horta, que llevaba siempre consigo. Estos milagros lo mismo que sus excelsas virtudes y maravillosas profecías hicieron popular en el Lacio el nombre de fray Carlos, de modo que hasta algunos cardenales y papas lo colmaron de obsequios. Predijo el honor del papado a los purpurados Chigi (Alejandro VII), Rospigliosi (Clemente IX), Alfieti (Clemente X) y Albani (Clemente XI), otros pontífices lo invitaron no pocas veces a su corte para aprovecharse de sus sobrenaturales consejos y espiritual doctrina.

Maravilla causa ver en Carlos de Sezze, que solamente había aprendido a leer y escribir, una doctrina mística tan sublime, que algunos escritores modernos la comparan a la de Santa Teresa o de San Juan de la Cruz, proclamándolo uno de los mejores autores de la misma disciplina en el siglo XVII, dotado ciertamente de ciencia infusa. Es verdaderamente un escritor fecundo. No se han conservado todas sus obras, pues sabemos que estando en Carpineto su confesor le mandó quemar un libro de meditaciones, lo cual ejecutó sin resistencia alguna, y otro confesor suyo, el padre Antonio de Aquila, el cual nos ha dado la primera lista de los mismos escritos, asegura que había otros ya entonces perdidos. De todos modos, los que existen actualmente dan derecho a proclamar a San Carlos autor espiritual de grande fecundidad y seguro magisterio.

Entre sus obras, estudiadas recientemente con utilísimos detalles por el docto padre Jaime Heerinckx, descuellan por su importancia: *Le tre vie,* tratado sobre la vía purgativa, iluminativa y unitiva; *Cammino interno dell'anima; Discorsi sopra la vita di N. Signor Gesù Cristo; Sacro Settenario,* que, según dice el mismo autor, la seráfica madre Santa Teresa de Jesús se lo dictó textualmente; finalmente la obra más extensa y de mayores vuelos: *Le grandezze della misericordia di Dio in un anima diulata dalia grazia divina,* que es su autobiografía, compuesta por inspiración divina y por mandato de su confesor. El santo trabajó en esta última obra desde 1661 hasta 1665, mientras residía en el convento romano de San Pedro in Montorio. Describe en ella su propia vida y sobre todo las gracias que había recibido del Altísimo desde su infancia a la edad de cincuenta y dos años. El libro está dividido en siete partes y en ciento doce capítulos, su materia está saturada de preciosas ideas y descripciones importantes no solamente por lo que se refiere a la vida del autor, sino también y principalmente por la multitud de fenómenos místicos y muy extraordinarios, en esta voluminosa obra descritos, y que pueden ser utilísimos a los cultivadores de la ciencia mística.

La doctrina espiritual de este siervo de Dios es siempre sólida y sustancial; y a pesar de que su autor no pudo dedicarse a estudios de alta teología, trata de ella de una manera maravillosa, describiendo sapientemente los grados más elevados de la

mística católica, de modo que en este sujeto verificóse de nuevo la verdad de la sentencia evangélica según la cual el Señor esconde los misterios divinos a los sabios del mundo y los revela a los párvulos de espíritu.

Murió el santo en el convento romano de San Francisco a Ripa en la fiesta de los Reyes de 1670, después de pocos días de enfermedad, durante la cual recibió, arrodillado en el suelo, el divino Viático, confortado con una celestial visión del Salvador, de la Virgen Santísima y de muchos ángeles. El papa León XIII lo elevó a los primeros honores de los altares en 1882 y Juan XXIII lo ha canonizado en este año de 1959 juntamente con la barcelonesa Beata Joaquina Vedruna de Mas, fundadora de las Carmelitas de la Caridad. Su sepulcro se venera en la iglesia franciscana de San Francisco a Ripa, pero el corazón incorrupto, con la señal de la cruz impresa en el acto del prodigio eucarístico referido, se conserva en la capilla del convento llamada de San Francisco.

JOSÉ M.ª POU Y MARTÍ, OFM

Bibliografía

GUZZO, G. C. (ed.), *Aureola serafica: vite dei santi e beati dei tre Ordini di San Francesco,* I (1951) 125s.
— *Luce serafica. Il B Carlo da Sezze dei Frati Minori* (Roma 1942).
HEERINCKX, P. J., «Les écrits de Charles de Sezze»: *Arch Franc. Hist* 28 (1935) 324s, 29 (1936) 55s.
VENDITTI, V., *S. Carlo da Sezze* (Roma 1959).
VICENZA, A. M. DA, *Vita del Beato Carlo da Sezze* (Venecia 1881).

SANTA RAFAELA MARÍA DEL SAGRADO CORAZÓN

Virgen († 1925)

La santa Rafaela María del Sagrado Corazón aparece en la Iglesia durante el siglo XIX. Porque es el siglo del liberalismo triunfante, ella y sus hijas se ceñirán las cadenas de una esclavitud de amor; y porque se intensifica la sagrada pasión del cuerpo místico de Cristo —su vicario Pío IX bajaría a la tumba coronado de espinas— ungirán ellas ese corazón llagado con la suave unción de su amor reparador y eucarístico. Espíritu éste de perenne actualidad —como recientes documentos pontifi-

cios lo confirman—, ya que hasta el fin de los tiempos el «Cristo total», Cristo viviente en su Iglesia, ofrecerá al Padre holocausto de reparación, intercesión y amor.

Mas, ¿cómo iban a sospechar estos misteriosos y futuros destinos los cristianos y ricos terratenientes de Pedro Abad don Ildefonso Porras y doña Rafaela Ayllón, cuando amorosamente se inclinaban sobre la cuna de aquella niña —la décima de sus trece hijos—, que había venido al mundo precisamente el primer viernes de marzo —día 1— de 1850? Una fecha después llega para ella el que alguna vez llamará «el día más grande de nuestra vida», el de su bautismo.

Para santa quería Dios a aquella niña y en tierra de santos la había hecho nacer. Más que de los califas, es Córdoba la ciudad de Eulogio y Speraindeo, de Álvaro y las vírgenes Flora y María, de los innumerables mártires. Con razón exclamará Rafaela: «Somos hijos de santos, ¡no degeneremos!».

Si era cristianísimo el hogar donde su cuna se meció, pronto lo iba a saber, aun a precio de lágrimas. Sólo cuatro años contaba cuando su padre, alcalde a la sazón, mostrando su religiosidad en el heroísmo, caía víctima de la caridad cuidando a los atacados por el cólera, que se ensañaba en la villa. Su viuda, verdadera mujer fuerte, hizo frente a todo, pero se reservó en especial la educación de las «dos perlitas», como eran llamadas en familia las dos únicas niñas, Rafaela y otra hermana cuatro años mayor que ella, Dolores.

Pronto la mejor sociedad cordobesa y madrileña comenzó a sonreír a aquellas jovencitas finas, cultas, sumamente agraciadas. Pero... sólo quince años contaba Rafaela cuando, arrodillándose ante el altar de San Juan de los Caballeros, en Córdoba, consagró al Señor la azucena de su virginidad con voto de castidad *perpetua*. Era precisamente el día de la Anunciación de María, la *esclava* del Señor. «¡Es tan hermosa —dirá más tarde— la flor de la pureza!». Aquella iglesia, por coincidencias providenciales, fue la primera que las Esclavas recibieron en propiedad.

Ya es toda de Jesucristo Rafaela María, y Él comienza a llevarla por el difícil camino que para su vida ha trazado. Su madre es todo su cariño, y cuando apenas cuenta diecinueve años la pierde casi de repente. «La muerte de mi madre —revelará ella,

religiosa ya— abrió los ojos de mi alma con un desengaño tal que la vida me parecía un destierro. Cogida a su mano le prometí al Señor no poner jamás mi afecto en criatura alguna terrena. Y Nuestro Señor, al parecer, cogió mi oferta, porque aquel día me tuvo toda ocupada en pensamientos sublimísimos de la vaciedad y nada que son todas las cosas de la tierra, y de lo único necesario que era aspirar a sólo lo eterno, que casi, o del todo, me desterró la pena».

Pronto fueron quedando Rafaela y Dolores cada vez más solas y, por tanto, más libres, en la casona familiar, dueñas de pingue patrimonio. Mas no las busquéis ya en las fiestas de Córdoba, sino junto a la cabecera de los más indigentes y repugnantes enfermos, tal vez contagiosos, de Pedro Abad; o junto a la clásica chimenea de campana que presenciara tan dulces escenas familiares, rezando con la servidumbre aquel rosario bendito que ayer guiara la madre muerta; o acaso barriendo y perfumando luego de flores la ermita de aquel Cristo venerado que llevara en la mesnada el abad don Pedro de Meneses cuando acompañaba al rey San Fernando en la conquista de Córdoba.

En esta vida de difícil abnegación las sostenía el joven párroco, recién llegado a Pedro Abad. Intuyendo los futuros destinos de Rafaela, le escribió esta frase que, a la luz de los acontecimientos posteriores, aparece como profética: «Lucirá, y más que el sol, si mientras llega el día se mantiene en la oscuridad»... Ya veremos si era profunda la oscuridad, prenuncio de gloria, que la esperaba.

Avanzan las dos hermanas en virtud, pero la maledicencia se ceba en aquellas vidas intachables y han de renunciar a su único apoyo: la dirección. Ya para entonces ambas han decidido entregarse, con todo su haber y su poseer, al Señor. Pero ¿dónde? El antiguo director y otros eclesiásticos cordobeses, a quienes se han confiado, deciden: pasarán unos meses de retiro y reflexión en las clarisas de Santa Cruz, de Córdoba, y luego... Abandonan, pues, de incógnito su fecundo apostolado en el pueblo, aunque los pobres, al enterarse, reclaman entre lágrimas que vuelvan «las señoritas».

Ya está decidido el ingreso en la Visitación de Valladolid para que tornen a Córdoba como fundadoras de un pensio-

nado; pero el Señor, que tiene otros planes, hace aparecer en este momento al «hombre providencial»: don Antonio Ortiz de Urruela. Era este sacerdote guatemalteco varón de espíritu y talento no comunes, penitente, celoso, rectísimo —«el Padre de la verdad» le llamaban los andaluces, ¡y eran los tiempos del liberalismo militante!—, sabio jurista; en fin, una personalidad extraordinaria. Él, que tenía profundamente grabada esta idea de Pío IX: «Por la reparación se salvará el mundo», estimaba a la naciente sociedad de María Reparadora, y aquella estima cristalizó en una realidad tangible: negocia que se trasladen desde Sevilla algunas religiosas, y en una casa propiedad de las hermanas Porras, con haberes de las mismas, queda fundado el noviciado, que pueblan, junto con éstas, otras jóvenes selectas dirigidas también de don Antonio, protector y alma de la obra. Rafaela y Dolores, que visten felices el hábito blanco y azul de María Reparadora desde el día del Sagrado Corazón —es el año 1875—, creen haber llegado al puerto. A su vez las madres graves comentan: «Rafaelita es una joya. Aunque novicia, podría muy bien ser superiora». ¡Por algo lo haría Dios!

¿Criterios anticuados de la tradicional sociedad cordobesa? ¿Tesón de un protector que exige con excesivo celo y diversidad de miras una docilidad que las protegidas estiman incompatible con el bien de su religión? El caso es que, cuando la madre general y fundadora de la sociedad dio la orden de trasladar el noviciado a Sevilla, surgieron graves diferencias entre las religiosas y los eclesiásticos cordobeses, particularmente con don Antonio, escudo hasta entonces de la amenazada fundación, quien creyó tener graves motivos para defender la permanencia del noviciado en Córdoba. Sólo a las dos hermanas se traslucía lo angustioso de la situación. Las demás novicias veían a Rafaela orar en cruz con más asiduidad y redoblado fervor ante el sagrario. No sabían más.

Por fin las religiosas de María Reparadora han de salir de Córdoba. ¡Momentos de perplejidad para aquellas almas ansiosas de cumplir la voluntad divina! De pronto corre entre las novicias una voz: «Las hermanas Porras no se van. Continuarán en la casa bajo la protección del señor obispo, y la dirección del padre Antonio». Y allí se queda, casi íntegro, el noviciado. Rafaela,

por designación episcopal, comienza a ser superiora de aquel grupito de jóvenes que «de novicias se han pasado a fundadoras» —como les escribirá años adelante, en carta autógrafa, Su Santidad Benedicto XV—. Fray Ceferino González, el futuro cardenal de Toledo, tan conocido por sus profundas obras filosóficas, obispo a la sazón de Córdoba, expidió el decreto de erección del nuevo Instituto, bajo el nombre de «Adoradoras del Santísimo Sacramento e Hijas de María Inmaculada».

Se acerca la primera emisión de votos cuando reciben una amistosa advertencia: «El señor obispo está introduciendo algunas variaciones en las reglas». ¿Algunas variaciones? ¡Dios mío!, ¿quién las conoce?: rejas en los locutorios, la exposición del Santísimo sólo los domingos... Y tienen veinticuatro horas de plazo para determinarse.

Madre, ¡no queremos estas reglas! —exclaman a una voz las novicias apenas recibida la intimación—. ¡Queremos las reglas de San Ignacio tal como las hemos observado hasta ahora!

Rafaela ha buscado en la oración, su ordinario recurso, la serenidad y el acierto. Ahora están ella y su hermana conferenciando con don Antonio, quien les repite inspirado: «Dios escribe derecho con pautas torcidas». Mas el tiempo urge, ¿qué hacer? Dolores fue la primera en lanzar la idea: «¿Por qué no nos vamos?». ¡Signo divino de la unanimidad! Al mismo tiempo una novicia bajaba en nombre de todas: «Madre, arriba estábamos diciendo que por qué no nos vamos»...

Y aquella noche misma, en connivencia con las sombras nocturnas, comienza el éxodo. Presidía la salida Rafaela, «pálida como una dolorosa»; Rafaela, que con entereza recibida de lo alto se puso al frente de las fugitivas, mientras Dolores quedaba en el palomar vacío para hacer frente a la polvareda que en pos dejaban.

Las Hermanas de la Caridad, que tanta derrocharon con la Congregación naciente, las hospedaron en Andújar.

Un fuerte apoyo les quedaba, don Antonio Ortiz, que, alcanzado por la tempestad, negocia en Madrid el establecimiento del noviciado. ¿Un apoyo? ¿No imagináis lo que va a suceder? Moría, en efecto, en la capital de España este santo sacerdote el día de su gran protector San José. Rafaela, anegada

en paz sobrenatural, desgrana por tres veces ante el sagrario los versículos del *Te Deum*. Ésta será siempre su respuesta ante el dolor.

Pero «el hombre providencial», cuyo último suspiro recibió Dolores, dejaba al Instituto bajo la tutela del buen padre Cotanilla, S.I. En su persona pasaba, en cierto modo, a la Compañía de Jesús tan sagrada herencia. Y bajo su protección y la del obispo auxiliar, doctor Sancha, van a establecerse, ahora definitivamente, en Madrid. Vibra de nuevo en Andújar la voz juvenil: «¡Vamos!».

Ya están en la estación, en medio de la oscuridad y bajo el aguacero, esperando el tren que las llevará a la capital. De las dieciocho que comenzaron esta aventura hacia Dios «ninguna se ha perdido». Muy bien escribió la primera historiadora de tales sucesos: «Cuando Dolores expuso al obispo auxiliar el recelo que le inspiraban las vocaciones, contestó el doctor Sancha: "Estos trastornos obran en las religiosas lo que la criba en la era: se queda el grano y la paja se la lleva el viento"... En aquel puñado de almas generosas tan tenazmente aventado no hubo más que trigo: no faltaba ni una».

El primado de España, cardenal Moreno, al aprobar la nueva Congregación en 14 de abril de 1877, le imponía el nombre de «Reparadoras del Sagrado Corazón de Jesús», cambiado, al penetrar el Instituto en la órbita pontificia por el *Decretum laudis*, en aquel que, no determinación humana, sino su divino fundador había escogido: ANCILLAE SACRATISSIMI CORDIS IESU, «Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús». Por fin León XIII, en 29 de enero de 1887, aprobaba definitivamente el Instituto y temporalmente sus Constituciones, las suyas, aquellas por las cuales había luchado tan denodadamente. «Vuestras son», parecía decirles el santo legislador mediante una serie de providenciales coincidencias. Y lo dijo también por boca de quien más autorizado estaba para ello. Visitando en Roma nuestras madres al padre Becks, y expresándole su alegría por llevarse las tan deseadas Constituciones, alguien insinuó: «San Ignacio no hizo sus reglas para mujeres». A lo que repuso el padre General: «Las reglas de San Ignacio están llenas del Espíritu de Dios, y el Espíritu de Dios lo mismo es para hombres que para mujeres».

Mas quien corta la rosa se lleva la espina, y ellas, que con mano audaz se habían acercado al rosal de Ignacio, participarían también en la «bendición» que él pidió a Dios para su obra: las persecuciones. «Diga al señor obispo de Cádiz —advertía la madre a una de sus hijas— que se prepare para las habladurías y calumnias que ha de oír de nosotras»... No obstante, palpando en las dificultades como en los éxitos una admirable providencia de aquel Corazón que es origen del Instituto, la madre María del Sagrado Corazón, con maravillosa prudencia y celo, pero sobre todo con la eficacia de su fervoroso espíritu sobrenatural, iba fundamentando sólidamente y perfeccionando todos los órdenes, primero como superiora, después —desde mayo de 1887— como general, la obra de su vida. Las fundaciones se multiplicaban; florecían las obras de apostolado que, juntamente con la adoración reparadora al Santísimo Sacramento, son esenciales en el Instituto: escuelas populares, colegios, casas de ejercicios, Congregaciones marianas y de adoradoras del Santísimo Sacramento, etc. Posteriormente, al ver a sus hijas sembrando la buena nueva en lejanas misiones de infieles, habrá exultado con nuevo gozo la que siempre soñó que su Instituto fuera «universal como la Iglesia».

A la vez que lo infundía en su obra iba intensificándose en ella aquel su admirable espíritu: amor reparador y encendido en celo por su gloria, hasta la inmolación total al Corazón de Cristo, sobre todo en el sacramento de amor, entrega filial y confiada al de la Inmaculada Madre; oración altísima y continua, que el Señor perfeccionaba con carismas divinos, y, sobre esta base, heroicas virtudes, entre las cuales destaca una humildad tal que alguien ha llegado a llamarla «la humildad hecha carne». La autenticidad de esta su virtud característica pronto se probaría —se estaba probando ya— en el más doloroso y encendido crisol: contradicciones, incomprensiones, desconfianzas de sus consejeras, aparentes fracasos, el total arrinconamiento, el largo y absoluto olvido...

Un paso faltaba para que la fundadora viera definitivamente consolidada su obra: la aprobación definitiva de las Constituciones. En 1894 llegó este gozo. Al día siguiente de Nuestra Señora de las Mercedes, León XIII las refrendaba con su autoridad

infalible. Así, de manos de aquella que es «redención de cautivos», recibían las Esclavas, para quedar gloriosa y perpetuamente ligadas, las dulces cadenas de la esclavitud que redime.

Pero entonces vivía ya la madre su vida oculta de Nazaret, retirada en la casa de Roma. Graves dificultades internas que surgieron en el gobierno la movieron a renunciar al generalato, primero temporalmente a favor de su hermana Dolores —en religión madre María del Pilar—, quien, al presentar la dimisión el 3 de marzo del siguiente año, 1893, todas las que formaban la junta, fue elegida para sustituirla. De este modo colmaba el Señor los deseos de la madre, largamente acariciados: servirle en el más escondido rincón del Instituto y cooperar así a su gloria con la demostración palmaria de que Él, único fundador, prescindía libérrimamente de instrumentos, como le había glorificado antes siéndole docilísima en sus manos.

Pero, ¿quién penetrará el abismo de penas, humillaciones e ingratitudes que sufrió en tan aflictivas circunstancias? «¡Por qué tempestad pasa esta navecilla!», escribirá la madre. ¡Si no rugiera también en su interior! Es la hora de exclamar: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?».

Mas se diría que el Señor había permitido tan dolorosos golpes de cincel para hacer brillar más las facetas de sus heroicas virtudes, sobre todo de su humildad eximia, y así enjoyar a la Iglesia con nuevas galas. Se desconocen y conculcan sus derechos de fundadora, de madre, aun a veces de religiosa simplemente, y, una vez expuesto lo que su rectísima conciencia le dicta exponer, calla y se somete; ve que se la aísla progresivamente de las que en fuerza de los hechos son sus hijas, y ella se abraza más y más con el aislamiento y el silencio; rehúye insistentemente toda deferencia, todo privilegio, pues «Cristo y su Madre —dice— no los tuvieron»; quiere ser, como la última de las religiosas, no rogada, sino mandada, y cuando al fin lo logra se somete dócil y amorosamente aun a las órdenes más mortificantes, aun a las simples insinuaciones de sus superioras, como la más rendida súbdita.

Para ella el trabajo constante, lo más pobre de casa, las más bajas y fatigosas labores... Parecerá increíble, pero ni aun así cesan las desconfianzas en torno suyo, las humillaciones, las total-

mente infundadas sospechas. Y llega aún la más dura prueba: la de comprobar, con el desgarrón íntimo que la injusticia causa, que, para explicar o cohonestar aquella aflictiva y anormal situación en que se la tiene aherrojada, se va divulgando, hasta formar ambiente, la especie de que su razón se ha nublado, como efecto del prolijo padecer. Sin otra réplica que la que sus virtudes y su proceder exquisito y perfectamente equilibrado ofrecen callada y constantemente, la madre se abraza con este nuevo dolor y, como Jesús en su pasión, una vez más, calla. Ha llegado a la cumbre del tercer grado de humildad, de la «locura de la cruz», que ella incesantemente pide como un tesoro, ignorando que ya lo posee.

Y así, progresivamente, en un ocaso que es aurora, se va hundiendo en la sombra íntimamente dolorida por la humana ingratitud, pero serena con la serenidad y la dignidad del mártir. Y así recorre ese espinoso camino, sostenida por Dios, su único consuelo. Porque Él, siempre fiel con los suyos, en medio de la tormenta interior que a veces hace eco a la que exteriormente ruge, pone en el fondo de su alma como una íntima paz, y entre las oscuridades que la envuelven, y que el juicio de las criaturas sobre ella condensa más y más, hace que se filtre una tenue luz. Esa luz le infunde la seguridad de que a Dios buscó siempre con entera rectitud. El comprobar los frutos maravillosos de su actuación de ayer y su inmolación de hoy se lo reserva para la región de la luz.

Pero aun ahora la alienta a veces con nuevas y más extraordinarias gracias: va manifestándosele en la Sagrada Eucaristía, ya mostrándosele en el mismo divino sacramento como amparando bajo su manto a la Congregación, por la cual teme; ya inspirándole aquella seguridad alentadora: «Si logro ser santa hago más por la Congregación, por las hermanas y por el prójimo que si estuviera empleada en los oficios de mayor celo».

Bien necesitaba de estos alientos en su lento morir. Porque aquel apartamiento de todo en la plenitud de su actividad —a los cuarenta y tres años— tenía, en verdad, sabor de muerte. Era ella ahora el grano que cae en el surco y, para que su obra tenga vida y la tenga más abundante, ha de ir muriendo día tras día. Y así por más de treinta años...

Durante este largo período la vida interior absorbe completamente sus energías. Todo lo demás queda inmolado y en una inacción que llamará ella «su mayor martirio». Y a fe que martirios no le faltaron nunca. Pero nada podía traslucirse al exterior. Abrazada más aún a la cruz de Cristo, reafirmándose con renovado fervor en el voto de perfección que tenía hecho hacía años, no veían en ella sino ese prodigio de humildad que torpemente hemos bosquejado, de caridad aun para con las que eran instrumento de sus penas, dulzura y abnegación, perfectísima observancia regular, vivificado todo por aquel su amor al Corazón sacramentado, amor que ya era, en progresión creciente, un encendido volcán.

Sólo habría que reseñar en estos años un viaje suyo a Loreto y Asís —que encajaba a maravilla en el ambiente de Nazaret en que se desarrollaba su vida— y otro, más largo, a España. Por todas las casas que visitó fue dejando una estela de edificación. Las más jóvenes podían ahora comprobar lo que tantas veces oyeran a las ancianas sobre la madre fundadora. La cual, a la menor indicación de la que era para ella entonces representante de Dios, sin poder siquiera visitar en Valladolid a su hermana, que vivía en aquella casa retirada ya también del gobierno de la Congregación, «bajó de nuevo a Nazaret» para seguir siendo allí súbdita hasta la muerte.

Nunca, en efecto, volverá a tener ni una sombra de autoridad sobre ninguna del Instituto. Sin extrañarse nadie, verán a la madre, ya anciana, ayudando a poner las mesas a una postulante coadjutora recién llegada. El velo de olvido y silencio se va haciendo más tupido al correr los años. Cada vez más desconocida, llega un momento en que ni aun las que viven en la Congregación saben que la fundadora es ella. ¡Si aún lo ignora su director, y la madre, pudiendo hablar, calla! ¡Cómo iba a comprenderla ni consolarla! Dios es todo su consuelo. Dios, que, en frase de la madre, la tiene como identificada consigo en la total unión del «sacramento indisoluble».

Este prolongado y doloroso holocausto había de consumarse en aras de su mayor amor. Como efecto de las muchas horas que pasaba de rodillas ante la Custodia, centro de su vida, contrajo en la rodilla derecha una enfermedad que poco a poco, en-

tre graves dolores, la fue acabando. Los últimos ocho meses sobre todo, que pasó retenida en el lecho, fueron de acerbo sufrir.

Y el 6 de enero del año santo 1925, en la única fiesta litúrgica que conmemora una adoración, brilló para ella la Epifanía eterna. Todo el Instituto se impregnó del buen olor de aquellas virtudes tan en la sombra practicadas. Y, al contemplar su radiante figura en la gloria de Bernini el 18 de mayo de 1952, rendía al Señor exultantes acciones de gracias porque, cumpliendo su promesa de ensalzar al que se humilla, había puesto los ojos en la humildad de su esclava. Fue canonizada el 23 de enero de 1977.

EVELIA SÁNCHEZ, ACI

Bibliografía

CABIZA, M. J., *La serva di Dio R. M. del Sacro Cuore di Gesù* (Roma 1945).
— ID., *La Beata Raffaella M. del Sacro Cuore, fondatrice della Congregazione dalle Ancelle del Sacro Cuore di Gesù* (Roma 1952).
CAMBA, F., ACI, *Epifanía* (Barcelona).
Cartas de la Bta. Rafaela M. del Sagrado Corazón (Roma 1957)
ROIG Y PASCUAL, E., ACI, *La madre María del Sagrado Corazón* (Barcelona 1940).
— *La fundadora de las Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús* (Roma 1952).
SAENZ DE TEJADA, J. M., *Una fundadora según el Corazón de Jesús* (Madrid 1943).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN PEDRO TOMÁS
Obispo († 1366)

Nació el año 1305 en el Perigueux, y sintiendo la vocación religiosa ingresó en la Orden del Carmen en Bergerac. Tras ser lector del convento de Cahors fue enviado como procurador de su Orden a la curia papal de Aviñón. Aquí se acreditó como predicador y su admirable conducta en la peste de 1348 le granjea el aprecio de los cardenales. Predica en los funerales del papa Clemente VI, y su sucesor Inocencio VI lo designa su legado en Venecia para tratar de mediar en las diferencias de esta república con Génova. El 17 noviembre 1353 era nombrado obispo de Patti y Lípari en Sicilia y nuncio papal. Luego es enviado como legado papal a Hungría y posteriormente a Cons-

tantinopla, donde logró que Juan V Paleólogo reconociera la autoridad del papa. Viaja por Oriente y en Chipre corona rey a Pedro I de Lusignan. Bajo Urbano V continúa su misión diplomática en Oriente y en Italia, y es nombrado patriarca latino de Constantinopla, embarcándose con una nueva expedición militar o cruzada a Oriente en 1365, tomándose Alejandría, que luego fue evacuada. Retirado a su convento de Famagusta, aquí le sorprende la muerte el 6 de enero de 1366.

SAN ANDRÉS CORSINI

Obispo († 1373)

Nace en Florencia el 30 de noviembre del año 1302 en el seno de una familia acomodada. Sus primeros años de juventud no presagiaban en él al santo, porque llevó una vida disipada y licenciosa. Se dice que su madre le llamó continuamente la atención y le contaba un sueño que ella había tenido cuando estaba embarazada de él: soñó que paría un lobo que luego se convertía en cordero.

Andrés se convirtió finalmente y para sellar esta conversión ingresó en la Orden del Carmen, en la que pasados unos años se ordenó de sacerdote. Tras estudiar en París y en Aviñón regresó a Florencia, donde fue elegido prior del convento de su Orden y donde se hizo notable por su predicación ardorosa, que convertía a muchos, y por su santidad de vida.

Elegido obispo de Fiésole en 1349, intentó huir del cargo pero no pudo. Fue un obispo modelo, sobresaliendo por su gran caridad con los pobres y por su habilidad para reconciliar a los enemistados. Por ello el papa Urbano V lo mandó a Bolonia a mediar entre las facciones noble y popular, encargo que desempeñó con éxito.

Murió en Fiésole el 6 de enero de 1373, siendo canonizado el 22 de abril de 1629.

BEATO ANDRÉS ALFREDO BESSETTE

Religioso († 1937)

Nació en St. Gregoire d'Iberville (Canadá) el 9 de agosto de 1845 en el seno de una modesta familia. Buscando mejorar su suerte, emigra en 1867 a los Estados Unidos, donde se coloca como obrero en una industria textil, pero en 1870 regresa a Canadá. Aquí se pone bajo la dirección espiritual de su párroco y decide su vocación religiosa, a la que ya de tiempo se sentía inclinado. Ingresa en la Congregación de la Santa Cruz y emite los votos religiosos el 2 de febrero de 1874.

Su destino sería el Colegio de Nuestra Señora de las Nieves, que su congregación tenía en Montreal. En esta ciudad estaría el resto de su vida, viviendo con intensidad y entera dedicación la vida religiosa, dando un altísimo ejemplo de vida interior y de todas las virtudes desde los humildes oficios que se le asignaron. Fue jardinero, enfermero, barbero... y sobre todo portero de la casa, cargo que le dio oportunidad para ejercer de manera admirable la caridad y la paciencia, edificando a todos los que por algún motivo frecuentaban el colegio.

En religión tomó el nombre de Hermano Andrés, siendo el suyo de bautismo Alfredo. Su gran devoción fue San José, cuya vida de oración, trabajo y obediencia él se proponía imitar. Difundió con gran celo la devoción a San José, en cuyo honor edificó un insigne santuario.

En 1904 fue trasladado del colegio Nuestra Señora de las Nieves, en las cercanías de Montreal, a una casa de la congregación situada en plena ciudad, donde se levantaba el Oratorio de la Santa Cruz, y en esta casa estuvo destinado hasta que lo fue a la casa llamada de Nuestra Señora de la Esperanza, en el propio Montreal. Aquí le llegó la muerte al cabo de una vida plena de méritos el día 6 de enero de 1937, a la edad de noventa y un años.

El papa Juan Pablo II lo beatificó el 23 de mayo de 1982.

7 de enero

A) MARTIROLOGIO

1. La memoria de San Raimundo de Peñafort († 1275), presbítero, religioso dominico, maestro general de su Orden y compilador del Derecho canónico **.
2. En Mitilene (Armenia), San Polieucto († 250), mártir.
3. En Nicomedia (Bitinia), San Luciano († 312), presbítero de la Iglesia de Antioquía y mártir *.
4. En Passau, la memoria de San Valentín († 450), obispo de Raethia.
5. En Pavía, San Crispín († 467), obispo.
6. En Einsiedeln (Suiza), San Valentiniano († 548), obispo.
7. En Solignac (Aquitania), San Tilón († 702), monje, discípulo de San Eloy.
8. En Constantinopla, San Ciro († 714), obispo, que murió en el destierro.
9. En Le Mans, San Alderico († 856), obispo.
10. En Dinamarca, San Canuto Lavard († 1137), duque de Schleswig y mártir *.
11. En Palermo, Beato Mateo Guimerá († 1451), obispo de Girgenti, religioso franciscano *.
12. En Suzuta (Japón), Beato Ambrosio Fernandes († 1620), hermano jesuita y mártir *.
13. En An Bai (Tonkín), San José Tuân († 1862), padre de familia y mártir.
14. En Lieja (Bélgica), Beata María Teresa Juana Haze († 1876), virgen, fundadora de la Congregación de las Hijas de la Cruz **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN RAIMUNDO DE PEÑAFORT

Presbítero y confesor († 1275)

El siglo XII surgió en la historia de la Europa occidental animado por un espíritu creador. Nuevas estructuras políticas y sociales, nuevas corrientes literarias, nuevas formas de vida, nuevas escuelas de perfección religiosa, nuevas empresas colectivas en la unidad de la cristiandad como despliegue de su vitalidad interna, no por la fuerza política de un imperio cuarteado y caduco. Este impulso juvenil del siglo XII llegó a plena sazón con las grandes realizaciones del siglo XIII, en el vértice de la socie-

dad cristiana medieval: municipios y mercados, catedrales y universidades, el acento familiar de las lenguas romances, el vigor de las monarquías, la luz de la escolástica, el espíritu de renovación evangélica de las Órdenes mendicantes, los afanes misioneros, la plena supremacía del Pontificado Romano.

Es en el marco espléndido del cruce de los dos siglos, XII y XIII, y en algunos de sus ambientes más atractivos, donde hay que situar a San Raimundo de Peñafort si se quiere conocer con alguna exactitud su significación histórica y el sentido de su ejemplaridad cristiana.

Raimundo de Peñafort nació seguramente en el lugar de su apellido, a poca distancia de Villafranca del Panadés, en la diócesis de Barcelona, alrededor del año 1180, sin que conozcamos la fecha fija. Pertenecía a una familia de la pequeña nobleza feudal. De su casa poco se conserva, sería, más que un gran castillo, uno de esos pequeños castillos que abundan en la Cataluña vieja, un caserón de piedra situado en lugar adecuado, en el caso de los Peñafort, en un altozano. De los años de su primera infancia lo ignoramos todo, hasta la leyenda ha sido avara en relatos sobre dicho período. La primera noticia histórica es su intervención en 1204 como escribano del testamento de Raimundo de Rosanes. Ello supone cierto grado de preparación jurídica y una dedicación vocacional ya decidida de algún modo. La primera etapa importante de su vida comienza con sus estudios en la universidad de Bolonia, probablemente a partir de 1211. En Bolonia, la metrópoli de la ciencia del derecho, estudió derecho canónico y derecho romano y después se consagró durante algún tiempo a la docencia, consiguiendo muy pronto un auténtico prestigio en la difícil tarea.

Abandonó San Raimundo su vida de Bolonia para volver a Barcelona, tal vez a ruegos del obispo de la diócesis, don Berenguer de Palou. En la ciudad de Barcelona vivió como clérigo prestigioso, como lo dan a entender algunas intervenciones suyas de las que se conservan testimonios documentales. La vida antigua del Santo, escrita por autor anónimo poco después de la muerte del mismo, afirma que San Raimundo fue canónigo de la catedral de Barcelona, pero hoy se pone en duda la exactitud de esta noticia Poco después de su establecimiento en Barcelo-

na vistió el hábito de los frailes Predicadores en el convento de Santa Catalina de la misma ciudad. Sólo habían transcurrido dos años incompletos desde que se había extinguido en Bolonia la vida santísima del patriarca Santo Domingo. Gobernaba la Orden el Beato Jordán de Sajonia. Tiene particular significación este paso decisivo; Raimundo, hombre de leyes, abraza una forma nueva y discutida de vida religiosa, con particular empeño amparada por los Papas: precisamente este nuevo estilo de vida religiosa es el de una empresa militante y esencialmente eclesiástica.

Desde su convento dominico de Santa Catalina de Barcelona alcanzó San Raimundo, sin buscarlo, una extraordinaria fuerza de irradiación como norma viva de la justicia, hasta lograr una influencia decisiva en el establecimiento de un orden jurídico cristiano en los Estados de la corona de Aragón, en el momento de su mayor esplendor y de su mayor eficacia política. Varias fueron las zonas alcanzadas por la acción de San Raimundo: en el seno de su provincia dominicana la dirección magistral de los religiosos consagrados al ministerio de las almas, particularmente a la administración del sacramento de la penitencia. Para ellos escribió su *Summa de poenitentia,* que llegó a ser uno de los libros más difundidos en la baja Edad Media, manual insustituible para todos los confesores en el ejercicio de su sagrada tarea. La inspiración de la empresa misionera de los frailes Predicadores de su provincia religiosa para la conversión de moros y judíos, particularmente en las nuevas tierras cristianas de Mallorca, de Valencia y de Murcia, y también del norte de África. Al calor de este empeño misionero surgieron las escuelas dominicanas de lenguas orientales. En el mismo ambiente se formó, al amparo de San Raimundo, el gran orientalista y apologista Fr. Ramón Martí, autor del *Rugio fidei,* y por una feliz iniciativa del propio San Raimundo y para sus misioneros escribió Santo Tomás de Aquino su *Summa contra gentiles.*

Interviene San Raimundo como hombre de consejo en diversos acontecimientos de excepcional importancia, como la fundación de la Orden de la Merced, la predicación por el mediodía de Francia de la cruzada para la expedición de Mallorca, la organización de la Inquisición, la legación en España del car-

denal Juan Halgrin de Abbeville. Nombrado capellán y penitenciario del papa Gregorio IX, desde la Curia romana pudo influir ampliamente en la resolución de asuntos de toda la cristiandad. Fruto maduro de su ciencia y de su experiencia fue la compilación del derecho canónico promulgada por el mismo papa Gregorio IX por la bula *Rex pacificus* del 5 de septiembre de 1234.

No fue muy larga la estancia de San Raimundo en Roma. Su estado de salud, su amor al retiro, su empeño en evitar las consideraciones públicas le movieron a pedir con insistencia a Gregorio IX le dejara libre de sus cargos en la corte pontificia. Volvió a Barcelona y a sus tareas antiguas; el 15 de octubre de 1236 asiste a las cortes generales de la corona de Aragón. Interviene después por encargo del Papa en diversos asuntos graves: provisiones de sedes episcopales vacantes, absolución del rey de Aragón, que había incurrido en excomunión, absoluciones de herejes, dimisiones de obispos, resoluciones arbitrales de diversos asuntos litigiosos. Había vuelto a su tierra pero no para hallar reposo.

En Pentecostés de 1238, en el convento patriarcal de Bolonia, el capítulo general de los frailes Predicadores le eligió para maestro general de la Orden, para suceder al Beato Jordán, recientemente fallecido. No se hallaba San Raimundo en el capítulo. Llegó la diputación capitular a Barcelona y San Raimundo aceptó, obligado, el supremo gobierno de su Orden, cuando ésta significaba una de las fuerzas más eficaces de la Iglesia en aquella coyuntura. Así la Orden de los frailes Predicadores ha tenido en San Raimundo el codificador de su legislación interna. La revisión y aprobación del texto de las Constituciones dominicanas le ocupó dos años; logrado este objetivo, renunció al generalato de la Orden en el capítulo general de 1240. Durante su breve gobierno consiguió una serie de disposiciones legales de diversa índole de la Santa Sede para resolver su labor completiva del ordenamiento jurídico dominico.

Abandonada la suprema magistratura de la Orden, San Raimundo volvió a su convento de Barcelona para no dejarlo ya hasta su muerte. Comienza entonces el último período de su vida, largo lapso de treinta y cinco años. El Santo declinó toda clase de honores y cargos de gobierno, pero, aunque alejado de

la curia y corte romanas, no pudo renunciar a su oficio de capellán y penitenciario del Papa. Durante aquel largo período y por una serie ininterrumpida de delegaciones pontificias, San Raimundo tuvo que intervenir en la resolución de múltiples y graves problemas eclesiásticos: provisiones de sedes episcopales, renuncias de obispos y abades, reforma capitular de Vich, absoluciones de herejes, dispensas matrimoniales, normas a los inquisidores, litigios entre comunidades religiosas, negocios de bienes eclesiásticos y tantos otros asuntos que el biógrafo no puede exponer sin seguir una a una las piezas documentales muy numerosas que nos han llegado de aquella etapa raimundiana, y no serán pocas las perdidas.

Un lugar muy destacado, al lado de sus actividades pontificias, ocuparon en la vida del Santo durante aquellos años sus tareas de consejero de toda clase de personas, particularmente su influencia en los problemas familiares del rey Jaime I y en el litigio grave en torno a los derechos del Infante don Pedro.

Complemento de estas múltiples manifestaciones de su magisterio moral y jurídico fue la labor de escritor orientada a unos mismos fines, cristalizada en diversos opúsculos sobre la guerra y el duelo, sobre la visita de las diócesis y la cura pastoral, sobre los negocios mercantiles y no pocas resoluciones de las más varias consultas.

La vida antigua del santo nos habla de su don de consejo, de su celo por los musulmanes y judíos convertidos, de su caridad universal, de su piedad, de su fervor en la celebración de la santa misa, de su observancia religiosa, su don de milagros, su total desasimiento de las dignidades y honores humanos. Su vida fue una total entrega a los supremos ideales de la santidad y del apostolado, sirvió a la Iglesia romana como obrero absolutamente desinteresado. Intervino en la vida de su patria con toda eficacia en uno de los momentos cruciales de su ruta histórica.

Como ocurre con otros santos de la Edad Media, de San Raimundo no conservamos testimonios valiosos de su vida íntima, ni tampoco tenemos datos abundantes sobre su manera peculiar de actuar en los ministerios apostólicos, en sus intervenciones como consejero, en su vida comunitaria. Un relato tardío sobre su actitud con Jaime I, rey de Aragón, en el ejercicio de

sus funciones de confesor, seguido del milagro de su huida a Barcelona sobre las aguas del mar, carece de valor histórico. Sin embargo, podemos conocer de algún modo la manera de ser de San Raimundo a través de los grandes hechos de su vida, de sus soluciones y sus consejos y, sobre todo, si nos ayudamos de sus escritos, todos ellos de carácter práctico, pastoral. Así podemos conocer el sentido de su vida.

Un sentido profundo de la realidad humana fue una de las características del santo, más hecho para formar hombres que para escribir libros, como señaló el obispo de Vich, Torras y Bages.

Sentido de la Iglesia y de la sociedad civil, de las instituciones y de las leyes. Por ello el padre Gardeil vio como característica de la vida espiritual de San Raimundo el predominio del don de piedad en esta filial entrega a la Santa Madre Iglesia, a su Orden y a su patria, con los ojos fijos en su filial vinculación a Dios en la vida terrena, aceptada plenamente como una peregrinación y como un servicio.

Terminó San Raimundo su peregrinar sobre la tierra el día 6 de enero, fiesta de la Epifanía del Señor, del año de 1275. A las exequias de aquel religioso que tanto había huido los honores humanos, asistieron Jaime I de Aragón y Alfonso X el Sabio de Castilla, con prelados, príncipes y señores. A raíz de su muerte comenzó el culto público. Fue canonizado solemnemente por el papa Clemente VIII el día 29 de abril de 1601.

JOSÉ M. DE GARGANTA, OP

Bibliografía

BALME Y PABÁN, «Raymundiana», en *Monumenta Hist. O. P.*, IV y VI.
CONSTANT, OP, *Vie de Saint Raymond de Peñafort* (París 1888).
DANZAS, A., *Etudes sur les temps primitifs de l'Ordre de Saint-Dominique* (Lyón 1885).
DOUAIS, C., «Saint Raymond de Peñafort et les hérétiques»: *Moyen Age* 12 (1899) 305s.
MORTIER, OP, *Histoires des maîtres généraux de l'Ordre des Frères Prêcheurs,* I (París 1903) 225s.
RÍUS SERRA, J., *San Raimundo de Peñafort. Diplomatario, documentos, vida antigua, crónicas, etc.* (Barcelona 1954).
VALLS Y TABERNER, F., *San Ramón de Penyafort* (Barcelona 1936).

BEATA MARÍA TERESA JUANA HAZE

Virgen († 1876)

María Teresa del Sagrado Corazón, fundadora de las Hijas de la Cruz de Lieja, nació en esta misma ciudad belga el 28 de febrero de 1782, en el seno de una familia acomodada y de profundas virtudes cristianas. En su bautismo recibió el nombre de Juana. La habían precedido tres hermanas y un hermano, y otras dos hermanitas nacerán después que ella. Sus padres —Luis Haze, profesor y secretario del obispo-príncipe, que ejercía las funciones de alcalde de la ciudad, y Margarita Tombeur, experta recamadora— consiguieron crear un ambiente hogareño lleno de afecto.

Sin embargo, las ondas expansivas del remolino revolucionario francés van a ensombrecer trágicamente este pacífico ambiente familiar sometiéndolo a una durísima prueba. Tanto los Girondinos como los Jacobinos, en su afán de extender la Revolución, tuvieron encuentros armados con las tropas de los Habsburgo. Bélgica se convierte así en un campo de batalla.

El noble carácter católico de Bélgica hacía prever un especial ensañamiento de las hordas iluminadas y anticlericales. El obispo-príncipe se ve constreñido a huir. También para el señor Haze, personalidad relevante en la ciudad, y su familia, la huida a Alemania se hace urgente. Pero en esos momentos la confusión es muy grande. Grupos de soldados que van y vienen, masas enteras de personas que huyen sin rumbo fijo... en esas condiciones es difícil permanecer todos agrupados. Los esposos, con la más pequeña de los hermanos, consiguen llegar a Solingen.

Pero mientras tanto Juana y otras dos hermanas, han perdido el rastro de sus padres y demás hermanos. Una buena señora, mujer de un general austríaco, se percata de la situación y se hace cargo de ellas. El señor Haze, por su parte, dominado por una gran angustia, vuelve sobre sus pasos buscando, sin ningún resultado, a sus hijas perdidas. Esta preocupación, junto a todas las penalidades de aquel éxodo forzoso, hacen que su corazón sufra una profunda crisis que le produce la muerte. Estamos en 1795. Muere en Düsseldorf, solo, abatido por la pena. Los que le han asistido en sus últimos momentos tranquilizarán después

a su mujer e hijos diciéndoles que ha muerto con paz y fe. Al cabo de unos días, la mamá Margarita se encuentra de nuevo con sus hijas. Este doloroso acontecimiento aumenta la terrible cruz que grava sobre toda la familia. Juana, por primera vez en su vida, toca con sus dedos el misterio desconcertante de la cruz. Ella no puede menos que estremecerse.

Pasada la tempestad revolucionaria, vuelven a Lieja. La situación política ha cambiado. Existe el Reino de los Países Bajos, con un gobierno elegido e impuesto por los franceses y con predominio holandés. Las nuevas leyes limitan mucho la vida religiosa en Bélgica. Para la familia de Juana el porvenir se presenta tremendamente oscuro. La muerte del padre ha dejado un vacío irreemplazable. La confiscación de sus bienes les obliga, además, a ganarse el pan como pueden.

Pero no se desalientan. Al contrario, afrontan con valor la nueva situación. Juana, junto a su madre y hermanas, realiza trabajos de bordado que proporcionan no sólo los ingresos suficientes para el sustento material, sino incluso permiten al único varón de la casa y esperanza de toda la familia, que pueda proseguir sus estudios de derecho. Parece que de momento se han solucionado los problemas. Sin embargo, una nueva desgracia familiar se va a hacer presente: el mismo día de su licenciatura, muere de repente el hermano. En esta ocasión la cruz no coge a Juana desprevenida. Ya ha aprendido a mirarla de frente y a comprenderla a la luz de la de Cristo. Y, sobre todo, la ha experimentado como una fuente misteriosa de amor y salvación.

Los años pasan rápidamente. La mamá muere en 1820, todas las hermanas se han casado salvo una, Fernanda, que comparte los ideales y las aspiraciones de Juana: amor a Dios en consagración total a él y una entrega sin límites a los demás. En 1824 una amiga común les ofrece la escuela de pago de la que ella es directora, en la parroquia de San Bartolomé, tolerada por el gobierno holandés. Tanto Juana como Fernanda, tienen los requisitos que pide el Estado y la competencia necesaria, pero el hecho de que la escuela sea de pago no entra en sus proyectos. Animadas, sin embargo, por conocidos y amigos, aceptan, añadiéndole enseguida una sección gratuita.

Pero Dios ya piensa en otro campo para ellas... Existía en aquel tiempo, en la parte norte de su parroquia, una amplia zona muy pobre. Al párroco le parece que estas dos mujeres tan entregadas son precisamente las indicadas para sanear aquel ambiente. Les habla de su proyecto y ellas lo toman como un oráculo divino.

La vida del barrio brota de nuevo, aunque el precio que tienen que pagar las dos hermanas es muy alto: viven muy pobremente —la única ayuda que reciben es la del párroco— y el trabajo es mucho. Están físicamente muy debilitadas, pero al mismo tiempo muy contentas de poder vivir la verdadera pobreza evangélica. Oración, escuela, disponibilidad para todos, pobreza, obediencia a los designios de Dios manifestados por el párroco y por las circunstancias de cada día... Sin embargo, todo esto no las satisface del todo y va madurando en su corazón el deseo de una vida religiosa regular y reconocida por la Iglesia.

Ser religiosas, entregarse total e irrevocablemente a Dios, pero, al mismo tiempo, con una disponibilidad absoluta para atender a todos los sectores de la caridad: éstos son sus ideales. Miran a su alrededor y no ven institutos religiosos que correspondan del todo a sus aspiraciones. En estos momentos es cuando asoma al corazón de Juana el proyecto de una fundación religiosa abierta totalmente a las exigencias cambiantes de los tiempos. Fernanda comparte las aspiraciones de Juana y otras dos muchachas les piden también unirse a ellas. Un joven sacerdote, vicario de la parroquia y director espiritual de las dos hermanas, que antes era totalmente contrario a la idea de una fundación —«entrad de carmelitas», les decía—, de una manera imprevista, va a hacer suya la idea y va a colaborar con su experiencia sacerdotal.

Con medios casi milagrosos, consiguen una casita muy cerca de la escuela y un poco más grande que la actual. Juana, Fernanda y sus dos compañeras se trasladan a esta casa y comienzan una vida en común.

Después de muchos imprevistos, el obispo de Lieja, monseñor Van Bommel, aconsejado por don Habets, el director espiritual del grupo, acepta la idea de una fundación religiosa y en-

carga a este sacerdote —naturalmente iluminado por Juana— la redacción de una regla provisional antes de formalizar la aprobación.

La espera había sido larga para plasmar lo que ella llevaba desde hacía tiempo rumiando en su interior —Juana ha cumplido ya los 50 años—. Las circunstancias políticas lo favorecen también. En 1830 se desploma el Reino de los Países Bajos. Bélgica redacta su propia constitución y proclama a su nuevo rey, Leopoldo I.

Juana y sus compañeras comienzan a pensar en el hábito que van a adoptar. Juana contará después que un día tuvo un sueño: la Virgen la condujo a una capilla en la que había dos religiosas haciendo oración. La Virgen la invita a que se fije en cómo van vestidas. ¡Ése era el hábito que quería para ellas! Juana recordará hasta los mínimos detalles. Otro día, en el patio de la casa, mientras Juana y una de las recién incorporadas contemplaban el cielo terso y sereno, inmersas como estaban en sus proyectos de un amor a Dios cada vez más grande, permanecieron las dos al mismo tiempo con sus corazones suspendidos y su mirada fija en un mismo punto del cielo: de pronto ven aparecer una cruz negra con una guirnalda blanca en su centro. Luego, muy lentamente, como si quisiese imprimirse bien en sus mentes, desapareció de su vista. Esta visión fue la que inspiró las cruces que adoptarían en su vestición religiosa.

Pensaban también qué nombre tomarían. Después de muchas incertidumbres, Juana, cuando se la preguntó oficialmente, dijo con seguridad el nombre que desde tanto tiempo antes llevaba en el corazón: hijas de la cruz.

Por fin la nueva congregación fue aprobada. El 8 de septiembre de 1833, en la iglesia de las carmelitas, en el día del nacimiento de la Virgen, nació la Congregación de las Hijas de la Cruz. Juana Haze, la fundadora, se convierte en la superiora general con el nombre de Madre María Teresa del Corazón de Jesús. Ese mismo día, su hermana Fernanda hace también los votos perpetuos y las otras dos, sor Constanza y sor Clara, hacen votos temporales por un año. Visten el hábito que la Virgen ha elegido para ellas y cuelgan sobre sus hombros la cruz que han visto bajar del cielo.

Numerosas y buenas vocaciones comienzan a llegar. Cuatro años después de la fundación, sólo las religiosas solemnes son ya trece. Pero también, durante este período de tiempo, se han ido yendo a la casa del Padre, una tras otra, las tres compañeras de la madre María Teresa. En estas muertes prematuras parece entreverse un plan de Dios: colocar en su debido lugar a la madre María Teresa como verdadera y única fundadora. Era ella la que tenía que brillar ante sus nuevas hijas con luz propia.

La madre María Teresa, tal y como la describieron las personas que la trataron, tenía un porte majestuoso y grave. Su semblante, en cambio, era bondadoso y amable. Era pausada en el hablar, con un lenguaje sencillo. Su modestia virginal tenía en sí misma la fuerza de una predicación.

Su temperamento natural era vivaz e impulsivo, pero logró dominarlo a la perfección, gracias a una disciplina interior muy fuerte. Su recogimiento habitual, su fidelidad al silencio, revelaban un gran dominio de sí. No toleraba la doblez ni los subterfugios. Amaba la transparencia y la sinceridad. Ella misma daba ejemplo: no escondía sus intenciones, se manifestaba tal y como era. En sus períodos de enfermedad y en su prolongada vejez, fue obediente como una niña a las que la ayudaban. «Como queráis», era su respuesta habitual.

Pero la actitud interior más característica de su alma era la búsqueda continua de la voluntad de Dios. Nunca daba un paso si no lo veía como un plan de Dios, sabiendo esperar todo el tiempo que fuese necesario. Pero una vez que Dios había manifestado su voluntad, desplegaba una fuerza sobrenatural increíble para ponerla por obra.

Su condición de fundadora y superiora general, la vinculó hasta su muerte a su propia obra: la historia de la congregación es su propia historia. Ejerció su cargo con gran sabiduría. Se reservó para sí lo que sólo ella podía hacer: la formación de sus hijas. Salvo los viajes para las nuevas fundaciones y las visitas a las distintas casas, se concentró en transmitir a las sucesivas generaciones de hermanas, desde la casa madre de Lieja, las virtudes propias de su carisma.

El rápido crecimiento de la congregación, las numerosas fundaciones en vida de la Madre y los innumerables y difíciles

(algunos incluso heroicos) sectores de caridad que abarca, demuestran la autenticidad de los dones sobrenaturales con que Dios la adornó. Alguien la ha calificado como «la santa de las catorce obras de misericordia».

Una de las primeras obras asistenciales que emprendió la incipiente congregación fue la atención a enfermos en sus propios domicilios. En un principio don Habets no aceptaba esta nueva iniciativa de la Madre. Pero Dios se lo va a hacer comprender rápidamente: le sobrevino una enfermedad larga y grave. Las hijas de la cruz se desviven en atenderle. Al poco tiempo ya no duda: ¡ha visto y ha creído!...

En Lieja las reclusas se encontraban en unas condiciones verdaderamente lamentables. Las autoridades penitenciales les ofrecen a las hijas de la cruz que se ocupen de estas desgraciadas criaturas. Indecibles son los sufrimientos, las incomprensiones, las dificultades de las religiosas en aquel ambiente. Pero también indecible el bien que sembraron y las conversiones que consiguieron.

Al poco tiempo, la Madre, dándose cuenta que las que han redimido su condena a veces no tienen adónde ir, piensa que hay que hacer algo por ellas. Reza, se informa y después de obtener los permisos y los medios necesarios, inicia la primera Casa de redención. En estas casas dará acogida también a mujeres descarriadas. Mientras tanto las hijas de la cruz van aumentando en número y en celo apostólico. En 1844, a los diez años de la fundación, la congregación cuenta ya con 7 casas y 74 religiosas.

Anejo a la cárcel, existía un hospital denominado «de mujeres perdidas». Estaba destinado exclusivamente a mujeres con enfermedades venéreas. Para atenderlas, se solicitó la ayuda de las hijas de la cruz, ya en esos momentos conocidas y apreciadas por todos. La Madre pidió al padre Habets su parecer. Éste duda, pues le parece pedir demasiado a las hermanas. Pero ella le dice: «Mándeme a mí, se lo ruego. También estas mujeres perdidas son almas por las que Cristo ha derramado toda su sangre». A los pocos días, un pequeño grupo de hijas de la cruz se incorpora al hospital.

Pero otra nueva obra de misericordia llama a la puerta. Las autoridades locales, que administran un viejo hospicio en el

condado de Reckheim, le ofrecen a la madre María Teresa y a sus hijas el cuidado asistencial de 342 seres humanos que allí se amontonaban. Para ilustrar lo que era este hospicio basta con decir que los mendigos sentían verdadero terror cuando se les amenazaba con mandarles allí. En este hospicio se concentraban, en medio de un abandono y promiscuidad increíbles, todas las miserias físicas y morales: dementes, enfermos incurables, ancianos, incluso niños. A este lugar inmundo llegaron en 1843, acompañadas por la Madre, seis hijas de la cruz.

El año 1849 va a ser, para la hermosa ciudad de Lieja, un año trágico: estalla el cólera. Los hospitales no dan abasto. Se instalan lazaretos en las distintas zonas afectadas, pero en el barrio donde está la casa madre con el noviciado y las escuelas, no hay posibilidad de instalarlo. Los casos de cólera crecen: el pánico se ha adueñado de todos. La madre María Teresa ora y se arriesga. Después de consultar a don Habets y a las religiosas —que en casos de necesidad competían entre ellas a ver quién era la primera en decir que sí—, manda desalojar un ala de la escuela, poniéndola a disposición del Ayuntamiento y, como era de esperar, ofrece a sus monjas para curar a los enfermos.

Pero, a pesar de tantos esfuerzos, el cólera no disminuye y las monjas resultan insuficientes para atender a tantos enfermos. Pero una vez más el genio organizador de la madre María Teresa va a dar con la solución: pregunta a las mujeres de la Casa de la redención si quieren colaborar con las monjas en la atención a los enfermos del cólera, sin esconderles los grandes riesgos que pueden correr. Muchas de aquellas mujeres aceptan con entusiasmo la propuesta sintiéndose incluso muy honradas. Dios obró en ellas maravillas. Se van a hacer capaces de regenerarse completamente.

La Madre está feliz. Ve la expansión de su congregación, el aumento de las vocaciones y el buen concepto que todos tienen de ellas, pero al mismo tiempo teme que una expansión apostólica tan rápida vaya en menoscabo de la vida profunda de oración. Es que para ella la presencia del Señor en la Eucaristía era una fuente constante de su amor a Dios y a los demás. Del sagrario sacaba la imprescindible sumisión a la voluntad divina. En sus ratos de oración silenciosa se sentía

impregnada de la sabiduría que necesitaba para dirigir su acción y de la valentía para emprender nuevas fundaciones. Por eso multiplica sus recomendaciones sobre una más estricta observancia de la regla y sobre la necesaria formación espiritual de todas las religiosas.

Pero el Señor sigue llamando, pues el mundo del dolor espera. En 1851 es la cercana Alemania la que busca a las hijas de la cruz. Se acepta y Alemania comienza enseguida a dar numerosas y santas vocaciones.

Pero, por primera vez, una repentina llamada hace titubear de verdad a la Madre. Se trata de la India que, en aquellos tiempos, aparecía a los ojos de los europeos lejana e inaccesible. El obispo de Bombay, el jesuita Mons. Steins, las reclama insistentemente. La madre María Teresa no sabe qué decisión tomar. Piensa: «Hay tanto que hacer en Europa...». Hay que tener en cuenta también que ella había cumplido ya los ochenta años y el pensamiento de no poder acompañar a sus hijas, como siempre había hecho, y las distancias tan grandes que las separarían, la hacían titubear. Les decía a sus hijas: «Es que no sé dónde vais a vivir, en qué condiciones os vais a encontrar...». Pero la voluntad del Señor, que era siempre lo que ella buscaba, terminará por imponerse. Así, el 27 de enero de 1862 las primeras cinco hijas de la cruz marchan para la India. La Madre las ve partir con nostalgia, ofreciendo en silencio a Dios todo su sufrimiento y esperando sólo en él.

Y, efectivamente, el Señor sabía muy bien lo que hacía. Hoy, a la distancia de muchos años, se ven claros sus planes: en la actualidad, las dos provincias de la India y la provincia de Paquistán son las más numerosas en vocaciones y las más florecientes en variedad de obras apostólicas.

En 1863 es Inglaterra la que lanza su llamada a las hijas de la cruz y ellas, ya de una manera natural, aceptan. Pero en 1866 sobreviene una trágica emergencia: estalla la guerra entre Prusia y Austria. Los hombres son movilizados y se buscan mujeres valerosas para asistir a los heridos. La madre María Teresa no duda. También en esta ocasión excepcional dan las hijas de la cruz la más sublime prueba de caridad, como lo atestigua una larga carta de la emperatriz Augusta de Sajonia-Weimar, en

nombre del emperador Guillermo I, elogiando el heroísmo cristiano de las religiosas.

Pero los vaivenes de los hombres son imprevisibles. Justamente un año después, el gobierno prusiano expulsa a todas las hermanas, porque una nueva ley prohíbe cualquier tipo de actividad religiosa.

En medio de tantas fatigas y preocupaciones, aceptadas siempre con fe profunda, la vida de la Madre llega con plena lucidez a su fin. Estamos a 7 de enero de 1876. Es primer viernes de mes, día dedicado al Sagrado Corazón de Jesús.

Su cuerpo se ha ido apagando lentamente en los últimos días. De vez en cuando abre sus ojos, aprieta con ternura la mano a las religiosas que se le acercan. Es su última despedida. Inmóvil en su cruz, sin voz, sin fuerzas... se está consumiendo, tranquila y pacientemente, por Aquel que tanto ha amado. Su partida de este mundo se realiza muy dulcemente, casi sin agonía.

Son las cuatro de la tarde. Sus hijas rodean aquella cama que era un altar. La más anciana, sor Cecilia, recita las preces de los agonizantes. Serenamente, sin estertores, se va al encuentro del Esposo. En febrero cumpliría 94 años.

En el mismo año, aunque en edad mucho más joven, muere también don Habets que había sido el apoyo valioso e inteligente de la Madre desde los comienzos de su itinerario espiritual y al que las hijas de la cruz consideran como su padre cofundador.

El proceso de canonización de la madre María Teresa Haze se inició en 1903, en la diócesis de Lieja, y se concluyó en Roma el 9 de febrero de 1941, cuando el papa Pío XII promulgaba el decreto sobre la heroicidad de sus virtudes. Fue beatificada el 21 de abril de 1991.

P. A. MAROTO, OSB

Bibliografía

PIETROMARCHI, M.ª E., *La Venerabile Maria Teresa Haze, fondatrice delle Figlie della Croce* (Roma 1944).

VILLE, TH. DE, *Histoire de la Mère Marie-Thérèse* (Lieja 1887).

C) Biografías breves

SAN LUCIANO DE ANTIOQUÍA

Presbítero y mártir († 312)

Era natural de Samosata (Siria) pero se le llama de Antioquía porque en esta ciudad se ordenó de presbítero y aquí ejerció su importante magisterio. Luego de estudiar retórica y filosofía, marchó a Edesa y se dedicó allí al estudio de las sagradas Escrituras, para lo cual estudió con profundidad el hebreo y el griego. Su gran aspiración era fijar el texto original de la Biblia en ambos Testamentos.

Vuelto a Antioquía fundó una escuela teológica, muy concurrida y uno de cuyos alumnos fue el futuro heresiarca Arrio. Se ha supuesto en Luciano una cierta heterodoxia, aunque siempre perteneció a lo que podemos llamar la comunidad ortodoxa de su tiempo.

Llegada la persecución supo dar un insigne testimonio de fe. Se hallaba en Nicomedia (Bitinia) cuando los primeros decretos anticristianos de Diocleciano, lo que le valió ser arrestado. Confesó paladinamente la fe y por ello fue dejado en la cárcel a la espera de un juicio que tardó nueve años en llegar, nueve años de prisión y sufrimientos que soportó con gran fortaleza espiritual. No hay unanimidad en cómo fue su muerte. Creen algunos que sencillamente murió en la cárcel de hambre y miseria, y otros creen que fue decapitado el 7 de enero del año 312. Ciertamente en la segunda mitad del siglo IV tenía culto en Oriente como mártir.

SAN CANUTO LAVARD

Mártir († 1137)

No debe confundirse este santo con su tío San Canuto IV de Dinamarca. Este santo era hijo del rey Erico de Dinamarca, llamado el Bueno. Se le otorgó el ducado de Schleswig por su tío el rey Niels de Dinamarca, con la misión de defender el sur de Dinamarca del ataque de los vendos. Hubo también de luchar y no poco contra los piratas vikingos. Persona de vida rec-

ta y de sincera religiosidad, apoyó la labor evangelizadora de San Vicelino († 1154) que se había propuesto atraer a los vendos al cristianismo.

En 1129 el emperador Lotario III lo reconoció como soberano de los vendos occidentales, y esto molestó a su tío, el rey Niels de Dinamarca, algunos de cuyos partidarios asesinaron a Canuto en una emboscada cerca de Ringsted en Zelanda.

Aunque su muerte parece tener más motivaciones políticas que religiosas, cuando su hijo Valdemaro I ascendió al trono danés, pidió al papa Alejandro III que canonizara a su padre. El papa mandó abrir un examen sobre el motivo de su muerte y declaró que Canuto había muerto por su apoyo a la labor evangelizadora de la Iglesia y que era un verdadero mártir. La canonización tuvo lugar el año 1169 y es uno de los casos que suele estudiarse cuando se habla del valor dogmático de las canonizaciones.

BEATO MATEO GUIMERÁ

Obispo († 1451)

Mateo era natural de Girgenti, en el reino de Sicilia, y tomó el hábito de los franciscanos conventuales siendo muy joven. Luego de completar estudios en España, vuelve a Italia y realiza su deseo de vivir más estrechamente la regla franciscana pasándose a la rama de los observantes, que San Bernardino de Siena propagaba por Italia. El gran santo lo toma por compañero ya que descubre en él sentimientos muy similares a los suyos. Junto a él o por su indicación en otros lugares predica sin descanso y su vida austera y llena de espiritualidad acredita por todas partes sus sermones. Se hace paladín del nombre de Jesús, como San Bernardino, pero quiere que al de Jesús vaya unido el de María, la Madre del Señor. Y por ello a los conventos que funda en Italia y en España les pone el nombre de Santa María de Jesús.

A este fecundo apostolado estaba dedicado cuando su diócesis natal lo elige y reclama como obispo, resistiéndose él cuanto puede a lo que consideraba una dignidad y puesto para el que no estaba preparado. Pero el rey Alfonso de Sicilia insiste

ante el papa Eugenio IV, el cual manda a Mateo en virtud de obediencia tomar el báculo pastoral de la diócesis de Girgenti.

No era un secreto qué tipo de obispo iba a ser fray Mateo: un obispo reformador, un hombre celoso de la disciplina eclesiástica, impulsor de criterio y actitudes evangélicas así en el clero como en el pueblo confiado a su cuidado. Ello le enfrenta con quienes se negaban a ninguna reforma que supusiera pérdida de intereses bastardos, y ante la firmeza de Mateo no dudan en acudir con calumnias a la Santa Sede que lo llama y pide explicaciones de su conducta, las cuales dejaron inmaculado su nombre ante los ojos del Papa. Él se siente confortado con esta confirmación de su conducta y continúa en su misma labor reformadora que muy pronto encuentra nuevos y poderosos obstáculos. El santo obispo llega a pensar que las dificultades se deben a su incapacidad para el episcopado y ruega y suplica a la Santa Sede le permita hacer dimisión de su cargo, e insiste tanto que al fin se le concede. Entonces, con la mayor humildad, se reintegra a su comunidad religiosa, en la que vive como un fraile más, sin admitir se le den honores o privilegios. Su santa muerte tuvo lugar el 7 de enero de 1451. La confirmación de su culto inmemorial la concedió el papa Clemente XII el 10 de agosto de 1760.

BEATO AMBROSIO FERNANDES

Religioso y martir († 1620)

Nació en Sisto, diócesis de Porto, en Portugal. Como tantos otros de su tiempo, decidió al ser adulto viajar al Oriente en busca de fortuna y para ello se embarcó hacia Japón, a donde llegó luego de haber padecido en el mar una terrible tempestad que puso a todos los navegantes en serio peligro de perder la vida.

Aquello sirvió para que Ambrosio se preguntase por el sentido de la vida y se cuestionase en qué la estaba empleando, pareciéndole de poco resultado gastarla en buscarse bienes terrenales, que en cualquier momento se pueden perder. Decidió entonces consagrarse a Dios y servirlo solamente a Él. Fijó sus ojos en la Compañía de Jesús, para entonces tan activa en Ja-

pón, y solicitó la entrada en ella como coadjutor temporal, lo que se le concedió, vistiendo la sotana jesuita y haciendo la profesión correspondiente a los hermanos coadjutores.

Su trabajo fue en el propio Japón, dedicado a auxiliar a los misioneros y atenderles, colaborando así en la obra que ellos llevaban adelante. Cuando entró en la Compañía era el año 1577 y tenía Ambrosio 26 años.

Pudo ejercer su labor abnegada hasta el año 1616 en que, prohibido el cristianismo en Japón y expulsados los misioneros, Ambrosio, que se había quedado, fue arrestado y encerrado en una dura cárcel, la de Suzuta. En ella languideció durante cuatro años, padeciendo muchas enfermedades y miserias que consumieron su vida hasta que en la prisión entregó su alma al Señor el 7 de enero de 1620. Como su muerte se debió al mal trato padecido en la cárcel, y estaba en la misma por su condición de misionero, su muerte ha sido calificada por la Iglesia como un martirio, y como a tal lo beatificó el Beato Pío IX el 7 de julio de 1867 con otros muchos mártires del Japón.

8 de enero

A) MARTIROLOGIO

1 En Hierapolis (Frigia), San Apolinar (s II), obispo *
2 En Libia, los santos Teofilo, diacono, y Eladio (s III), martires
3 En Beauvais (Francia), los santos Luciano, Maximiano y Juliano († 290), martires
4 En Metz (Francia), San Paciente (s IV), obispo
5 En Norica, San Severino († 482), abad **
6 En Pavia, San Maximo († 514), obispo
7 En Palestina, San Jorge († 614), monje y ermitaño
8 En Aberdon, Escocia, San Natalano († 678), obispo
9 En Ratisbona, Baviera, San Erhardo († 707), obispo misionero
10 En Mechelen-Bruselas, Santa Gudula († 712), virgen **
11 En Cashel (Irlanda), San Alberto (s VIII), obispo
12 En Venecia, San Lorenzo Justiniano († 1456), obispo **
13 En Newcastle, Inglaterra, Beato Eduardo Waterson († 1593), presbitero y martir, en tiempos de la persecucion anticatolica de Isabel I *

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN LORENZO JUSTINIANO
Obispo († 1456)

Henos aquí ante una vida compleja y llena de contrastes, difícil de encuadrar en un estilo determinado de santidad. Lorenzo Giustiniani desmintió hace más de cinco siglos, antes de que surgiera en nuestro refranero, el dicho español «quien mucho abarca, poco aprieta». Él abarcó mucho y apretó más.

En el primer patriarca de Venecia pueden buscar patrono los contemplativos innatos, cuantos sintieron dentro, inexplicable y tenaz, la llamada del desierto. Mas, con igual derecho que los solitarios, pueden meter en sus filas a San Lorenzo Justiniano los hombres de acción, aquellos que viven y mueren en olor de multitudes, como si su existencia personal fuera sólo un pretexto para su influjo en la sociedad. Es más: el santo que hoy recordamos puede lucir un doble patronazgo para con dos tipos de hombres habitualmente incompatibles: los que teorizan sobre el mando y los que, con las manos en la masa, ejercen tareas de gobierno.

Lorenzo Giustiniani, hijo de Bernardo y Querina, canónigo secular de San Jorge, prior en San Agustín de Vicenza, obispo de Castello, patriarca de Venecia, amigo de Pontífices, escritor ascético, reformador de costumbres, fue uno de los grandes contemplativos de los siglos XIV y XV y quedó en la historia de la Iglesia como un prelado insigne al que todavía hoy el papa Juan XXIII, sucesor suyo en Venecia, propone como ejemplo de gobierno eclesiástico y como patrón de su pontificado.

¿Qué misión traía, en los albores del Renacimiento italiano, este niño nacido a la luz adriática de Venecia el 1 de julio de 1381? Su adolescencia florece bajo el cuidado exquisito de su madre, Querina Querini, viuda en plena juventud. La fe y las costumbres piadosas son algo tan normal en la casa como las góndolas y las palomas en la calle. La Venecia que asombró sus pupilas de niño no era muy distinta, en su armazón básico, de la que invaden hoy turistas y festivales. Junto al misterio bizantino de la basílica de San Marcos, lucía ya la maravilla gótica

del gran Palacio Ducal, frontero a la isla de San Giorgio, en la orilla opuesta de la bahía.

Este islote bellísimo, cuya alta torre benedictina es hoy sombra ascética en el incendio solar del mar y del aire, ejerce desde antiguo una atracción casi mística en un paisaje donde la soledad no puede tener nombre de monte o de llanura porque la tierra no existe. Allí fue a parar, recién cumplidos sus veintiuno, el hijo de la matrona Querini, luego de disuadir a su madre de unos planes casamenteros que ella venía tramando con la más limpia de las intenciones. En San Giorgio, Lorenzo hace causa común con un grupo de jóvenes clérigos, todos de la buena sociedad véneta, que estudian, rezan, sueñan, hacen penitencia, buscan a Dios denodadamente en un siglo difícil.

Estamos en 1402. Apenas pasados dos años de su incorporación al grupo, el joven Giustiniani, ordenado ya de diácono, pone en marcha la Congregación de canónigos seculares de San Jorge en Alga. Cobraron entonces fuerza de regla las costumbres penitenciales y contemplativas; también las prácticas mendicantes que tan provechosamente habían irrumpido dos siglos antes en la cristiandad medieval. Las primeras biografías de San Lorenzo Giustiniani saborean estos años juveniles en los que el clérigo de San Jorge, sacerdote a sus veintiséis años, recorre los ciento cincuenta canales de la ciudad y se hace presente en las ciento veintidós islas enlazadas por puentes bellísimos, para recoger limosnas y repartir amor de Dios entre el vecindario creyente y pecador. La historia se mezcla con la leyenda para referir insidias, vilipendios y tentaciones de esta época, que acrisola la virtud de Lorenzo y lo deja ya definitivamente lanzado hacia una santidad de vuelos altos.

El primer decenio del siglo XV señala la etapa más virulenta del Cisma de Occidente, que llega a partir en tres la cristiandad latina bajo tres tiaras incompatibles, la verdadera de Ángel Cornaro, que toma el nombre de Gregorio XII en noviembre de 1406, y las de Pedro de Luna y Baltasar de Cosa, que pasaban por pontífices en otras zonas, bajo los nombres de Benedicto XIII y Juan XXIII. El Papa legítimo, Gregorio XII, hombre de temple austero y costumbres piadosas, veneciano también él, conocía sobradamente a los Giustiniani y estaba al tanto de la

hermosa aventura de Lorenzo. Hizo cuentas con él para cubrir un cargo de relieve: el priorato de San Agustín de Vicenza al que iba anejo entonces el de los Santos Rústico y Fermo de Lonigo. Cinco años ocupa esta prebenda hasta que se decide a renunciar a ella en favor de su Congregación. Vuelta a San Jorge. Allí la elección del prior tiene carácter anual y el cargo cae sobre los hombros de Lorenzo los años 1409, 1413, 1418 y 1421. En 1423, la peste se ceba en las playas del golfo y los canónigos de la isla —Lorenzo al frente— encarnan heroicamente la bella estampa medieval del santo que cura llagas, absuelve a moribundos y entierra a los fieles difuntos.

Entre tanto, la Congregación va creciendo, desborda los límites vénetos y exige un superior general. El primero, ya se sabe, Lorenzo. Menos mal que también este cargo dura un año y sólo lo ocupa en 1424, 1427 y 1429. Es éste un decenio de madurez. Acabado el primer cuarto de siglo, se retiró a la soledad de San Agustín de Vicenza, alternando la contemplación, el estudio y el gobierno. De entonces datan sus libros principales y los treinta y nueve sermones suyos que conservamos. No escribió nada profano. Ni siquiera algo que no fuera estrictamente espiritual.

Sus libros —hasta trece enumera el abad Trithemioson—, un testimonio impresionante de interioridad. He aquí algunos títulos: *Sobre la disciplina y la perfección espiritual; De la lucha triunfal de Cristo; De la lucha interior; Cuadernillo de amor; De la vida solitaria; Sobre el desprecio del mundo; El árbol de la vida.*

Un latín florido, de más lustre que el acostumbrado en otros escritores de la época, sirve de vehículo a consideraciones jugosas sobre el camino del alma hasta Dios a través de Jesucristo. Empapada de devoción y jugo místico, la obra literaria de San Lorenzo Justiniano está muy lejos del esquematismo frío que disecó la escolástica de su tiempo a manos de los últimos nominalistas. Sus temas son las virtudes cristianas: fe, continencia, prudencia, obediencia, esperanza, perseverancia, pobreza, sobriedad, humildad, oración. Con referencias constantes a Cristo, siempre en una atmósfera esperanzada: si Cristo triunfó, también nosotros triunfaremos. Su libro sobre el matrimonio espiritual toca cimas inéditas en la bibliografía de la mística me-

dieval y muestra bien lo que en un hombre de su talla puede lograr la gracia de Dios.

Con menos pretensiones sistemáticas y menor cargamento jurídico o teológico que Gerson y Pedro d'Ailly, Lorenzo Giustiniani puede formar terna dignamente con aquella insigne pareja, tan señalada en la historia de la espiritualidad.

Tenía cincuenta y dos años cuando otro Papa, veneciano también y compañero suyo en los escaños capitulares de San Jorge, volvió a pensar en él. Eugenio IV —el Papa unionista del concilio de Florencia— le nombra en 1443 obispo de Castello, otra isla vecina al Lido veneciano. Ahora va a rendir, en cosecha inmediata, todo el cultivo de medio siglo. Su pontificado no tuvo prólogos. Sabía muy bien dónde iba. Al año de tomar posesión, convocó a sínodo diocesano a todo su clero. Salieron de allí sabias constituciones, muchas de ellas con sello de reforma porque los tiempos lo pedían. No olvidemos que un siglo más tarde un ex fraile alemán iba a buscar pretextos a su seudorreforma en las costumbres decadentes de los estamentos eclesiásticos. Pero debe saberse también que en España, en Italia, en Francia, en la misma Alemania los santos se anticiparon a los herejes y por el camino recto. Los siglos XIV y XV son testigos de la aparición de varios millares de libros titulados *De reformatione Ecclesiae in capite et in membris* (Sobre la reforma de la Iglesia en la cabeza y en los miembros).

Cuatro años después del sínodo diocesano, el obispo de Castello promulgó en un códice sus cuarenta Constituciones que llamó *Synodicon.* Allí se regulaba el régimen claustral de las monjas contemplativas, se flagelaba el absentismo de los cargos eclesiásticos, cuya acumulación quedaba restringida, se dictaba, en suma, todo un código de vida eclesiástica y cristiana. Abundaron los malos ratos que exige toda vida fecunda. Porque, además, desde el púlpito de San Marcos el Evangelio se impartía sin adulteraciones, a justos y pecadores, a estibadores del canal y a matronas de los palacios. En pleno siglo XV, los cotilleos de la buena sociedad veneciana hablaban ya de intransigencia, de intromisiones episcopales, de costumbres inveteradas que no había por qué demoler.

La persona del obispo era la misma que en San Jorge y San Agustín de Vicenza, y en su vida privada de monje y asceta no

se notó la nueva dignidad. Tampoco la patriarcal de Venecia a la que fue elevado por Nicolás V mediante bula de 8 de octubre de 1451. Por ella quedaban suprimidos el patriarcado de Grado y la diócesis de Castello y trasladados todos sus privilegios a la nueva sede en la capital de la Serenísima República.

Lo de Venecia es reedición de lo de Castello, con más alta aureola de experiencia, de virtud personal, de dotes de gobierno, de ambiciones pastorales. Sólo un lustro de pontificado fijó su nombre para siempre en la constelación de los obispos insignes. Un año antes de morir celebra concilio provincial en el IV domingo después de Pascua de 1455. Apenas si se conserva nada de las actas, pero el gesto conciliar de un prelado lleno de achaques mostraba a quien quisiera enterarse cómo la reforma que culminaría en Trento llevaba un siglo de adelanto en el patriarcado de Venecia. Años intensos éstos que, sin embargo, le dejan tiempo para escribir, como en los buenos días de la isla o del priorato. Cae como fruta madura su tratado *De regimine praelatorum* (Sobre el modo de gobernarse los obispos), que cuaja en normas sapientísimas el precipitado de medio siglo de vida eclesiástica. Sus libros iban depurándose: *Sobre los grados de la perfección* y el último: *Sobre el incendio del amor divino.*

Más de un siglo más tarde, un fraile español, fray Juan de la Cruz, hablando del juicio particular, iba a decir: «Entonces seremos examinados de amor». San Lorenzo Justiniano preparó con tiempo el examen. Ardiendo él mismo y prendiendo a los demás en la hoguera inmensa del amor de Dios, cerró los párpados a la luz de Venecia para abrirlos a la inmarcesible de los cielos el 18 de julio de 1456. A los altares de la tierra tardó más en subir y después de un proceso de beatificación y canonización de casi dos siglos y medio, fue proclamado Santo por Alejandro VIII el 16 de octubre de 1690.

ANTONIO MONTERO MORENO

Bibliografía

Hubo una primera biografía, escrita por el sobrino del Santo, Bernardo Justiniano, y que ha servido de base a todas las posteriores F MALIPIERO (Venecia 1638), S. PIETRALATA (Roma 1647) y MAFFESO (Padua 1691) escribieron otras tantas biografías durante el siglo XVII.

Iustiniani (Divi) Laurentii, opera omnia... Auctores vita in principio praemissa (Venecia 1606).

LA FONTAINE, P., *Il primo patriarca di Venezia. Vita popolare di s. L. G.* (Venecia [2]1928).

REGAZZI, A., *Notizie storiche edite ed inedite di s. L. G. primo patriarca di Venezia* (Venecia 1856).

ROSA, D., «Summorum Pontificum, illustrium virorum D. Laurentii vita, sanctitate ac miraculis testimoniorum centuriam», en *Acta sanctorum,* enero, t.I p.551ss (Venecia 1614 y 1630).

SAN SEVERINO

Abad († 482)

Al considerar un poco a fondo cada época de la historia, la primera consecuencia es de una curiosa humildad: todos los momentos históricos aparecen claves, críticos, decisivos. Objetivamente hay que acabar opinando así pese a que filósofos de la historia de talla actualmente han caído en creer nuestros años como especialmente distintos y de límite. Y es que, así como el individuo se sitúa en el centro de su mundo y su ambiente pequeño y todo lo interpreta como circunstancia personal, de igual forma cada generación y cada siglo se ha colocado en el centro de dos épocas y ha tenido la petulancia y el egotismo de juzgarse históricamente en el umbral de una nueva edad.

También puede nacer esta postura y opinión de un sentido de responsabilidad loable, de la conciencia de saberse protagonista del rumbo de su tiempo y querer redimir a la humanidad y su historia del pecado original y sus secuelas, constante lastre, constante anticristo frente al que es preciso plantarse. En realidad, todas las épocas fueron cruciales de una manera semejante. Nuestro siglo XX es decisivo para la divinización del mundo como lo fue el XIX —con todas las locuras de sus libertades sin freno—, lo fue el siglo llamado de «las luces» por su laicización general y su cultura antirreligiosa, lo fue el XVII con la universal resquebrajadura de la unidad religiosa europea, y el XVI por el neopaganismo renacentista que afectó a la misma Roma. Los siglos de la Edad Media fueron tan críticos para el nacimiento de las naciones que su catalogación mereció el nombre preciso de «Media», de borrón y nueva cuenta. La etapa anterior se llama «Edad de Hierro» de la Iglesia, lo que era lo mismo que decir de

la humanidad y la cultura, por ser todo lo humano y culto prácticamente eclesiástico. Y el derrumbamiento del Imperio latino tuvo iguales categorías de crucial.

Siempre ha sido nuestra Iglesia la conciencia del mundo. Siempre ha llevado ella la responsabilidad y la tarea de educar y dignificar a los hombres, de lavar heridas y levantar otra vez los muros y las instituciones, el idealismo y la espiritualidad de cada momento.

Por eso hablar de la Iglesia es hablar de la continuidad de la obra educadora de la humanidad.

Todo esto nace de la simple consideración del ambiente que rodeó y justificó la figura de San Severino, quien, por vivir la inquietud de la Iglesia de su tiempo, puede ser escogido como figura tipo de su época. Entonces anticristo se llamó Atila, como después se llamaría Lutero, Voltaire, más tarde Napoleón, Hitler y Stalin.

El ambiente del santo abad fue bronco, decisivo, de universal naufragio y de anuncio de un nuevo mundo. Si su silueta histórica es de ejemplar, sus coordenadas geográficas también resultan asimismo muestra de la tónica general del momento. El origen de Severino es un misterio; pero más importa su obra que su fuente. A su estilo austero y tan poco de este mundo, conviene maravillosamente este pasado en nieblas. Por su trato exquisito, su lenguaje escogido y su cultura, hizo sospechar cuna italiana. Con ello sería una vez más Roma la madre de los pueblos.

Severino había llegado hasta la provincia romana del Nórico —entre las actuales Baviera y Hungría— cuando aquella región inhóspita se conmovía trágicamente contra las embestidas en aluvión de los pueblos bárbaros en las últimas resistencias imperiales. Corría el año 453 a grupas del corcel de Atila, el huno, ya sin jinete al haber muerto entre los coros salvajes de sus hombres que cabalgaron hasta días entre trompas de guerra en torno de su tienda en homenaje póstumo.

Los herederos de Atila se disputaban el reino húngaro y los confines del Danubio ante la temerosa expectativa, de las guarniciones romanas debilitadas por el rigor invernal. Era ésta una de las primeras versiones de la gran defensa del Asia frente a la

Europa culta: el hielo. Contrasta con el escenario abigarrado de violencia la figura de Severino, el monje que llevaba una vida pobre, casta, pacífica. Ni los hielos, ni las distancias, ni los peligros de caer en manos de las partidas guerreras incontroladas, pusieron freno a su caridad, que era larga como cruel la barba de los invasores.

El primer campo de su acción fue la ciudad de Astura, en una de las orillas del Danubio. Vivió allí una existencia retirada hasta que se le vio llamando a penitencia a sacerdotes y pueblo. Les habla de la necesidad de mudar de vida como medio de desarmar al Señor en su ira antes de que sufran la invasión que vaticina inminente. Pero fue en vano. Todas las insistencias del Santo fueron inútiles, por lo que, después de señalar a un buen anciano que le hospedó el día y la hora en que se cumplirían sus predicciones, partió para Cumana, plaza fuerte cercana a Astura. Cumana ya había caído en manos bárbaras, pero otros pueblos amenazaban con nuevo sitio y matanza. Por ello también les amonestó al cambio de vida y, cuando empezaban los oyentes a discutir las razones del Santo, un hombre, huido de la destrucción de la vencida Astura, les testimonió del cumplimiento de las palabras de Severino. «Nada de esto hubiera sucedido de haber dado oídos al santo varón que nos lo anunciaba». Y señaló al monje predicador: «Éste es el que quiso librarnos».

Se resolvieron a tres días de oración que terminaron con la ayuda del cielo por un terremoto que hizo huir a los bárbaros. La fama del Santo corrió y de nuevo encontró motivo en los prodigios que obró en Fabiena que, bloqueada por los hielos la navegación fluvial, perecía de hambre. También con la oración y penitencia logró Severino que fundieran los ríos, y desde la Retia llegaron los navíos salvadores.

La crítica histórica se estrella ante el misterio de esta existencia. Ya sus contemporáneos, concretamente los habitantes de Cumana, deseosos de conocer la naturaleza de su salvador, fracasaron. La única fuente de conocimiento de esta vida pintoresca es la *Vita Sancti Severini* de su discípulo Eugipio. Este escrito tiene toda la candidez suficiente para averiguar un fondo indudable de veracidad y lograr una abundancia de detalles ca-

paces de dibujar en el santo abad una talla de ejemplar de la Iglesia de su siglo.

Era suyo un criterio fundamental sobre las relaciones entre los desastres y la justicia vindicativa de Dios. Si Atila había dejado nombre y fama de «azote de Dios», azotes divinos sabía ver Severino en todas las calamidades que desde la guerra llovían sobre los territorios y los hombres de aquel imperio corrompido.

Aunque su vida transcurrió en olor de multitudes, su temperamento era inclinado a la soledad monacal. Para ella fundaba monasterios a su paso sin arraigarse en ninguno de ellos, pero buscando en todos esa vida retirada en Dios. Pese a esta vocación contemplativa, señala Eugipio que «cuanto más ardientemente deseaba darse a la soledad, tantas más revelaciones le movían a no negar su presencia a los pueblos afligidos». Por eso seguía su predicación evangélica por aquellas llanuras heladas, descalzo, ayunando, mientras se hacía respetar por romanos y bárbaros, los que, incluso siendo arrianos, le veneraban como a santo en la más universal acepción.

En campo abierto, predica y sana enfermos. Siempre a cambio de la penitencia que predicaba, de la limosna a los pobres deportados por las huidas en masa que empujaba la guerra, de la confianza en Dios.

Odoacro había hecho del Nórico puente de sus incursiones en las propias tierras de Italia y, cuando se decidió a la aventura definitiva, oyó de labios de Severino una profecía que no había de olvidar jamás: «Hijo mío, pasa a Italia. Si ahora vas vestido de pieles, te verás después en situación de dispensar grandes beneficios a tus semejantes». Este reyezuelo de un pueblo mínimo acabó, en el 476, venciendo las postreras resistencias imperiales y, depuesto Rómulo Augústulo, sentándose en el trono de Italia.

El prestigio del santo crecía y le fue pedido aceptara una silla episcopal. Su reacción reveló de nuevo su ahondado deseo de solitario: «Bastante es haberme privado de la soledad para mezclarme con las multitudes». Y quedó en abad de los dos monasterios que fundó.

La misión de paz, educación y espiritualismo de la Iglesia está siempre alumbrando en la historia figuras como la de Severino. Las comunidades religiosas suelen ser la herencia que es-

tos hombres dejan para extensión y continuidad de su estilo y su labor. Severino fundó dos monasterios de importancia y otros muchos auxiliares. Boetro —la actual Instadt—, Fabiena. También Batavia, a la que arrancó de la rapiña de Giboldo, rey de los alamanes, por quien era extraordinariamente apreciado y de quien logró el canje de prisioneros. En Instadt su fundación persiste en basílica y en ella se conserva la celda del santo abad.

Le pidieron los bátavos que fuera a solicitar del rey Flava de los susos permiso para comerciar. El Santo respondió: «Llega tiempo en que esta ciudad sea un desierto como con otras ha sucedido. ¿Para qué proveer de comercio un lugar en que ningún comerciante podrá comprar ni vender?». La rudeza de la contestación provocó a un sacerdote a increparle diciendo: «Vete, te ruego, vete deprisa y, con tu marcha, descansemos un poco de ayunos y vigilias». Estas palabras levantaron un clamoreo burlesco entre el pueblo en contra de Severino, quien marchó de la ciudad prediciendo el castigo. Poco después Curimundo invadió el lugar y el sacerdote poco amigo de las austeridades murió en el mismo sitio en que pronunciara sus palabras hirientes.

Cuenta Eugipio que en la ciudad de Tulnam había surgido una secta secreta cuyo culto califica de «nefando» el biógrafo. El Santo predicó al pueblo según su costumbre y los sacerdotes hicieron ayuno por tres días. Entonces ordenó Severino repartir cirios por las casas que después llevarían los fieles al templo con ocasión de los divinos oficios. Suplicó allí el hombre de Dios que se mostrara la luz del Espíritu Santo para que fueran descubiertos los herejes, pese al secreto en que se escondían. Después de su oración, la mayor parte de los cirios se encendieron de súbito milagrosamente mientras permanecían apagados los de los inficionados por error. Fue en esta misma ciudad donde hubo de intervenir con ocasión de una desoladora plaga de langosta. Reunió como de costumbre al pueblo para oración y penitencia. Acudió al templo «todo sexo y edad, incluso los que con la voz aún no podían rezar», y, cuando todos estaban entregados a estas prácticas, uno dejó el resto y estuvo en su campo de mies combatiendo la plaga. Sólo después volvió a la iglesia. Su cosecha quedó devorada en medio de la abundante mies de los demás.

Esta rudeza de los medios —rezos, ayunos, penitencias— y de las reacciones justicieras, es nota que colorea la vida de San Severino de un tinte especial un tanto apocalíptico, muy propio del ambiente violento y de límite que trae consigo todo período de guerra y crueldad.

También alumbra un franciscanismo adelantado como ocurrió en Kuntzing, donde el Danubio hacía tremendos destrozos con sus riadas, y su iglesia, edificada extramuros de la ciudad, sufría aún mayor daño. Ordenó Severino grabar la señal de la cruz en el pavimento del templo y habló así al río: «No te deja mi Señor Jesucristo traspasar este signo». Y el Danubio obedeció siempre desde entonces. Sólo una fe evangélica —la que traslada montes y tuerce ríos— es capaz de plantarse ante el caudal turbulento y correr el riesgo de esta orden tan expuesta al fracaso más público.

En tanto, Odoacro, ya rey de Italia por la caída del Imperio, no olvidó la profecía que de este triunfo le había hecho el santo abad y, en su memoria, él, arriano, no se contentó con no perseguir a los católicos, sino que los protegió deferentemente. Fue el último homenaje de los pueblos bárbaros al Santo y como el adelanto y primera cosecha de la educación que había de hacer la Iglesia, a través de toda la Edad Media, sobre estos pueblos.

Severino, sintiéndose próximo a la muerte, llamó al rey Fleteo y a su hermano Federico de Nórica, que acudieron a Fabiena para recoger el testamento del monje. «Veo cercana la muerte, les dijo, por eso os conjuro a que respetéis la hacienda de vuestros súbditos y proveáis los monasterios faltos de mi ayuda a causa de mi muerte».

Desde entonces se entregó a la preparación para el trance y a cuantos le visitaban, les anunciaba día y hora que había conocido por revelación. Llegado el momento, abrazando a los monjes y con el salmo 150 en los labios, murió: «Laudate Dominum in sanctis eius...».

Era el 8 de enero del 482. Los hielos del Danubio echaron de menos desde aquel invierno los pies de Severino evangelizando paz, evangelizando bien.

ENRIQUE INIESTA COLLANT-VALERA, SchP

Bibliografía

Act. SS. Boll., 8 de enero: *Vita* (la mayor), por su discípulo EUGIPIUS.
BAUDRILLART, A., *Saint Séverin, apôtre du Norique* (París 1908).
MOMMSEN, en *Mon. Germ. Hist.,* Script. ad us. Schol. (Berlín 1898). Reproduce la *Vita* de Eugipius.

SANTA GÚDULA

Virgen († ca.712)

El viajero que llega en tren a Bruselas puede, si quiere, en vez de bajarse en la estación del Sur, situada en la periferia, continuar tranquilamente sentado en su vagón, que le llevará a través de un túnel subterráneo al mismo centro de la ciudad. Los belgas han construido en el corazón de Bruselas una estación central subterránea, modelo de pulcritud y de perfección técnica en sus servicios. Por medio de una escalera mecánica el viajero sale a la superficie. Allí mismo se encuentra la sede de Sabena o Compañía Belga de Aviación, y un poco más abajo la monumental gran plaza de Bruselas, en que se ha logrado armonizar de un modo realmente feliz el gótico flamenco del hôtel de Ville con la regia majestad del Renacimiento español. Bajando de la estación central a la gran plaza, el viajero se encuentra con la iglesia colegial de Santa Gúdula. Es sin duda una de las mejores iglesias góticas de Bélgica y está dedicada a Santa Gúdula, patrona de Bruselas.

Moreau, en el *Lexikon für Theologie und Kirche,* nos habla de una vida de la Santa escrita en el siglo X, que no ha llegado a nuestras manos. La vida más antigua que poseemos sobre la Santa es la de un tal Hubert, monje de Lobbes, que debió escribirla, al parecer, el año 1047.

Según este escritor, la Santa nació en Brabante (Pagus Brachatensis), región situada en la parte central de la actual Bélgica y que ha tenido a lo largo de la historia un gran influjo en la historia del país. Santa Gúdula nació el año 650 en el seno de una aristocrática familia franca. Fue hija de Witger, duque de Lorena, y de Santa Amalberga.

Puede afirmarse, sin exageración, que el ambiente en que vivió Gúdula fue un ambiente de santos. Es curioso comprobar en esta época la existencia de esas cadenas familiares de santos

pertenecientes a la aristocracia feudal, que pone de manifiesto el original proceso de cristianización, a partir de las clases más altas de la sociedad, que es característico de este tiempo Santa fue la madre de Gúdula, Amalberga. De ella sabemos que cuando perdió a su esposo se recluyó en un monasterio de Maubege, en la actual frontera entre Francia y Bélgica. Santos fueron también dos de sus hermanos, Santa Reinalda, que vivió prácticamente como monja en una de sus propiedades de Brabante, cerca de Hal, y San Emeberto, obispo que fue de Arrás y Cambrai. Santa, finalmente, fue su madrina, Gertrudis. Nació en 626 y fue hija de Pipino el Viejo, antepasado directo de los carolingios. Su madre, Santa Iludega, fundó el monasterio de Nivelles, al sur de Bruselas, del que Santa Gertrudis fue la primera abadesa a la muerte de su madre en 652 La formación escriturística y litúrgica de Santa Gertrudis, así como su piedad y caridad, debieron ser muy notables.

En el monasterio de Nivelles y bajo la tutela de su santa madrina fue educada la niña Gúdula, según la costumbre de las familias aristocráticas en esta época. Muerta Santa Gertrudis en 659, volvióse Gúdula a la casa paterna. Según unos, vivió recluida en el oratorio de San Salvador de Moorsel, a pocas millas de su pueblo natal. Según otros, permaneció en casa de sus padres, llevando una vida extraordinaria de piedad y recogimiento.

Cuenta la leyenda que le gustaba a Santa Gúdula dirigirse todas las mañanas antes de la aurora a la capillita de madera dedicada a San Salvador, en Moorsel, y que un día el demonio, furioso de verla tan devota, le apagó la linterna que llevaba en la mano. Gúdula se puso en oración, arrodillada en el barro, y la lámpara volvió a encenderse milagrosamente. Esta leyenda ha dado lugar al distintivo iconográfico de la Santa: una linterna, a veces reemplazada por un cirio, que la Santa lleva en la mano, mientras el demonio da señales de rabia a sus pies y un ángel lateral enciende de nuevo el cirio.

Hubert, el antiguo cronista de Lobbes, nos presenta a Santa Gudula como una mujer consagrada en cuerpo y alma al socorro del prójimo. Volviendo un día de la capilla de Moorsel, encontró a una pobre mujer que llevaba en brazos un niño de diez años paralítico de pies y manos. Gúdula lo tomó en sus manos,

lo acarició y rogó fervorosamente a Aquel que dijo: «Todo lo que pidiereis a mi Padre en mi nombre os lo concederá». Inmediatamente el niño se sintió curado y comenzó a dar saltos de alegría. En otra ocasión vino a su encuentro una leprosa llamada Emenfreda. La Santa examinó sus llagas, la consoló con dulces pensamientos y después la curó. La noticia de estos prodigios se extendió rápidamente por toda la región. Y una multitud de desgraciados acudía a ella en busca de socorro.

Tras breve enfermedad Gúdula murió, probablemente el 8 de enero de 712. Hubert nos describe la desolación de las pobres gentes de la comarca que estaban acostumbradas a ver en ella una especie de hada protectora. Y nos transmite las grandes alabanzas que las gentes hicieron de la Santa con motivo de su muerte. Fue enterrada en Vilvoorde.

Después de algún tiempo fue trasladado el cuerpo de Santa Gúdula a Moorsel, donde se estableció un monasterio de religiosas que duró poco tiempo. Más tarde sus restos mortales fueron confiados a Carlos de Francia, hijo de Luis, duque de la Baja Lorena. Probablemente en 977. Durante unos sesenta años el cuerpo de Santa Gúdula reposó en la iglesia de San Géry de Bruselas, entonces simple capilla castrense, construida junto a la residencia condal. Por fin, el conde de Lovaina, Lamberto II, hizo trasladar en 1047 el precioso depósito a la iglesia de Molemberg, dedicada a San Miguel, que fue probablemente la primera parroquia de Bruselas y que después cambió su nombre por el de Santa Gúdula. Al mismo tiempo el príncipe erigió allí un capítulo.

Una antigua nota, que se conserva en los Archivos Generales del Reino de Bruselas, relata la historia de esta fundación. Puede ser que con motivo de esta última y definitiva traslación del cuerpo de Santa Gúdula se escribiera la *Vita 1.ª Gudulae,* del monje Hubert.

El *Martirologio romano* celebra la fiesta de Santa Gúdula el 8 de enero, mientras que en la archidiócesis de Malinas y en la diócesis de Gante se celebra el 19 del mismo mes.

Se comprende el mimo con que los belgas han tratado siempre a Santa Gúdula, la patrona de Bruselas, si tenemos en cuenta su antigüedad, que se remonta al período que podríamos

llamar de estructuración del pueblo belga, y a la extraña ausencia de santos modernos, como es fácil constatar en un país que, por otra parte, tanto ha merecido de la Iglesia en todos los órdenes.

ANTONIO HORTELANO, CSSR

Bibliografía

Acta Ss. Belgu 5 (1789) 666s.
Anal. pour servir à l'hist. ecclés. de la Belgique 24 (1895) 40s.
Biographie (Alost 1927).
MOREAU, E. DE, *Histoire de l'Eglise en Belgique,* V (Tournai 1945).
PODEVIJN, en *Rev. Belge de Phil. et d'Hist.* 2 (1923) 619s.
VAN DER ESSEN, L., *Étude critique et littér. sur les Vitae des saints mérovingiens de l'ancienne Belgique* (Louvain s.a.) 296s.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN APOLINAR EL APOLOGISTA

Obispo (s. II)

Baronio incluyó en el *Martirologio romano* el nombre del apologista Apolinar, obispo de Hierápolis, que, en el reinado de Marco Aurelio, dirigió una *Apología* al emperador. Por Eusebio y otros autores antiguos conocemos que escribió varias obras, tituladas *Contra los griegos* y *Contra los judíos,* pero no subsisten; sí en cambio dos de sus libros *Sobre la verdad.*

Su apología la dirigió al emperador Marco Aurelio cuando ya había tenido lugar la victoria de éste contra los cuados hacia el año 174. Tuvo lugar entonces la oportuna lluvia que libró al ejército imperial de morir de sed y se cuenta que fueron las oraciones de la duodécima legión, llamada luego Fulminata, y en la que abundaban los cristianos, las que obtuvieron la victoria. La historicidad del suceso es negada por muchos.

De todos modos el marco de la actividad apologética de este obispo fue el reinado de Marco Aurelio, al que se le han supuesto sentimientos favorables a los cristianos, que otros autores niegan, recordando que bajo él hubo la que se llama cuarta persecución. Pues por un lado, como partidario de la ley y el orden, ante las quejas contra los cristianos reaccionaba mandando

que se aplicara el decreto de Trajano, y en su tiempo fueron muchas las quejas presentadas aquí y allá contra el cristianismo, y por otro lado su pensamiento filosófico distaba del cristianismo lo suficiente como para que lo mirara con clara antipatía. En el reinado de Marco Aurelio hubo en realidad un número considerable de mártires, y tuvo plena justificación que se le dirigiera por Apolinar una apología.

BEATO EDUARDO WATERSON

Presbítero y mártir († 1593)

Era natural de Londres y nació en el seno de una familia anglicana. En su juventud marchó a Turquía, donde le fue ofrecida la mano de una joven rica a condición de que se convirtiera al Islam, lo que fue firmemente rechazado por el joven, que seguidamente abandonó Turquía para volver a su patria. Pero de camino pasó por Roma, donde recibió un fuerte impacto visitando las iglesias y las instituciones católicas, decidiendo ingresar en la Iglesia Católica, lo que llevó a cabo en la propia Ciudad Eterna. Esta decisión la maduró sobre todo en su relación con el Dr. Richard Smith, del Colegio Inglés romano. La conversión tuvo lugar el año 1588.

Su maduración religiosa fue aún adelante: se decidió por el sacerdocio y marchó al colegio de Reims, donde hizo los estudios pertinentes durante cuatro años, ordenándose sacerdote en 1591. Al año siguiente era enviado a la misión inglesa. Su labor en Inglaterra fue breve. Solamente llevaba unos meses en el país desarrollando su labor misionera cuando bajo la acusación de ser sacerdote fue detenido y juzgado en Newcastle.

Cuando el 8 de enero de 1593 era sacado para ser llevado a ajusticiar, los caballos que debían tirar del carro se resistieron a andar, por lo que fue preciso que el reo anduviera a pie el espacio que le separaba del patíbulo. Fue ahorcado y descuartizado por su condición de sacerdote católico. Lo beatificó el papa Pío XI el 15 de diciembre de 1929.

9 de enero

A) MARTIROLOGIO

1. En Ancona del Piceno (Italia), San Marcelino (s. VI), obispo.
2. En Canterbury (Inglaterra), San Adrián († 710), abad *.
3. En Escocia, San Felano († 710), abad del monasterio de San Andrés.
4. En el Monte Olimpo (Bitinia), San Eustracio el Taumaturgo, abad del monasterio de Abgar (s. IX).
5. En Poitiers (Aquitania), San Honorato de Bourges († 1250), mártir.
6. En Certaldo (Toscana), Beata Julia de la Rena († 1367), reclusa, terciaria agustina.
7. En Ancona del Piceno (Italia), Beato Antonio Fatati († 1484), obispo *.
8. En Nancy (Francia), Beata María Teresa de Jesús (Alicia) Le Clerc († 1622), fundadora, con San Pedro Fourier, de la Congregación de Canonesas Regulares de Nuestra Señora **.
9. En Seúl (Corea), santas Águeda Yi, virgen, y Teresa Kim, viuda († 1840), mártires *.
10. En el campo de concentración de Dachau (Baviera), los beatos José Pawlowski y Casimiro Grelewski († 1942), presbíteros y mártires *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

BEATA MARÍA TERESA DE JESÚS (ALICIA) LE CLERC

Fundadora († 1622)

Alicia Le Clerc nació en Remiremont (Francia) el 2 de febrero de 1576, hija de Juan y de Ana Sagay. De buena posición social, su vida se desenvolvió en un ambiente complejo y confuso; un mundo honesto según las máximas del siglo, pero con una honestidad negativa.

Ese ambiente atrapó, como un torbellino, a la joven y atractiva Alicia Le Clerc. La gente, no tan mala pero tampoco demasiado buena, era proclive a la frivolidad. Las preocupaciones de la gente eran mezquinas, se divertían, sí, pero sus reducidos horizontes eran incapaces de ahondar en los grandes asuntos del espíritu y de la Iglesia. Torpemente se resistían a comenzar una

nueva vida y a interesarse por las miserias físicas y morales de la sociedad. Alicia, dotada de una inteligencia y simpatía extraordinarias, fue aceptada por todos. Más tarde lo deploraría y llegó a creer, incluso, que tal vez perdió el tiempo.

Sin embargo, como señaló Pío XII a los peregrinos llegados a Roma para la beatificación de Alicia Le Clerc, el hecho de haber experimentado los atractivos mundanos y la miseria en la que vive la juventud, le sirvió a la Beata Le Clerc para poder comprender y ayudar a otros a salir de ese ambiente, o a desligarse de él. Dios la llamó, la probó y la eligió para colaborar a restaurar en Cristo la sociedad de su tiempo.

Alicia Le Clerc anheló consagrarse a Dios y logró, con dificultad, salir de aquel ambiente que la oprimía. Consiguió ponerse en contacto con la vida religiosa de entonces, pero sufrió la falta de sacerdotes virtuosos y doctos aptos para guiar a las almas. Experimentó lo importante que es tener una sólida dirección espiritual Alicia encontrará a uno que le servirá de guía; un santo que le hará conocer la miseria de la juventud, la ignorancia y ordinariez de las gentes. Ese varón preclaro es el párroco de Mattaincourt, San Pedro Fourier.

El párroco de Mattaincourt le confiará a Alicia Le Clerc, que era delicada, inteligente y animosa, un extenso campo, la anima a que se conmueva de la necesidad moral y espiritual de la juventud y le encarga la tarea de formar espiritual y humanamente a las madres de familia.

> «Pero la compasion no basta Falta el amor, el amor, si, el amor verdadero, porque no seria verdaderamente amor si no incluyese un ansia irresistible de ver a todo el mundo como lo vio Jesucristo desde lo alto de su cruz Por la redencion de este mundo y por su restauracion en Cristo, todo lo posible, reconciliando a los hombres, a las clases sociales y a los pueblos, entre si mismos y con Dios» (Pio XII, *Ecclesia* [1947] 537)

¿Qué puede hacer Alicia Le Clerc? Su puesto, su misión ¿cuál es? ¿Por dónde empezar? Poco a poco el Señor la anima y ella, aunque el trabajo es inmenso y humanamente imposible, está resuelta a trabajar.

> «Siente un abismo entre su pequeñez y la funcion que se le ofrece Pero Dios se encargara de ponerla a la altura de su tarea y

de rellenar el abismo, y lo hace a su manera, es decir, aniquilándola» (PIO XII, a.c.).

La primera fase de la prueba es la *conversión.* Se trata de separarse del mundo y del espíritu del mundo. Esto, en una joven que estaba fuertemente pegada a él, el mundo quería retenerla allí. Fue necesario luchar contra sus gustos, contra su orgullo, contra toda su naturaleza; luchar contra esa sociedad que la considera, la estima y la reclama. Dios, por medio de la enfermedad y del sufrimiento, la importuna y la trabaja. Alicia Le Clerc, finalmente, se rinde y quiere ser totalmente suya y sin reservas. Y he aquí la segunda fase de prueba: la *lucha por su vocación.*

Los designios de Dios empiezan a realizarse en el derrumbamiento de todo su mundo anterior y en el fracaso de todas sus vacilaciones.

> «Y para colmo de todo, la prueba se hace más dolorosa: sufrimientos de cuerpo, de corazón y de alma, y hasta torturas de conciencia. Se creía escuchar las quejas de Jesús en la cruz: "¡Sálvame, oh Dios, porque las aguas me llegan hasta el cuello! [...] ¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?" (Sal 68,2; 21,2)».

Mediante estas pruebas Dios predispuso a Alicia Le Clerc para que preparase en la Iglesia una nueva familia religiosa consagrada a la educación. Así se levantan las obras de Dios. A despecho de todas las vicisitudes y, a veces, de todos los fracasos aparentes; a despecho, incluso, de todas las aparentes oposiciones o contradicciones. La obra de Dios progresa siempre.

Bien humildes fueron los principios. En la Nochebuena de 1597 Alicia Le Clerc y cuatro jóvenes se consagraron a Dios en la parroquia para dedicarse a toda clase de obras buenas con los pobres, con los campesinos y con los ignorantes. El santo cura de Mattaincourt redacta un primer proyecto de regla. Ellas habían pensado en el apostolado más humilde: el de la aldea. Nada de votos y nada de convento. Ni son monjas ni son seglares. Es una clase de vida que el mundo no acaba de entender. Surgen dificultades canónicas, a las que es necesario satisfacer con constituciones precisas, sancionadas por la autoridad episcopal primero y luego por la Santa Sede. Se funda un monasterio claustral de una orden docente bajo la advocación de Nues-

tra Señora, con hábito y coro, admitiendo alumnas externas e internas. En 1598 se abre la primera escuela en Poussay, y el obispo de Toul aprueba un primer esbozo de reglamento compuesto por Fourier. Pero acuden de todas partes; de todas partes se las llama. Hay que responder.

En 1603 el Instituto fue aprobado por el cardenal Legado de Lorena y sucesivamente en 1615 y 1616 por el papa Pablo V. En noviembre de 1617 fue erigido el primer monasterio oficial de la Congregación con clausura y Alicia Le Clerc comenzó, con algunas otras compañeras, el año de noviciado, asumiendo, desde entonces, el nombre de Teresa de Jesús Le Clerc. El año siguiente emitió la profesión de los votos y poco después es elegida como superiora general, cargo que regentó hasta finales de 1621.

Teresa de Jesús (Alicia) Le Clerc murió el 9 de enero de 1622 admirada y venerada por todos. A causa de acontecimientos políticos y de guerras, solamente se pudo comenzar el proceso de canonización a comienzos del siglo XX. El día 4 de mayo de 1947 el papa Pío XII inscribió a Teresa de Jesús Le Clerc en el número de los beatos.

La historia de Alicia Le Clerc, vista con perspectiva histórica, tiene una gran semejanza con nuestra época. Es una epopeya admirable del pasado y todo un símbolo, no menos admirable, para el presente. Así son las obras de Dios. La obra de la Beata Teresa de Jesús Le Clerc se extendió, como la chispa en un cañaveral, por todas partes del mundo.

RAMÓN FITA

Bibliografía

AAS 40 (1948) 228-234.
AMORE, A., «Le Clerc, Alessia»: en *Bibliotheca sanctorum,* t.VII col 1165.
Martyrologium romanum, o.c., 86.
PIO XII, «El Papa exalta las virtudes de la Beata Alicia Le Clerc»: *Ecclesia* (1947) 537.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN ADRIÁN DE CANTERBURY
Abad († 710)

Adrián era un monje benedictino, nacido en África, que regentaba como abad el monasterio de Nerida, cuando el papa San Vitaliano lo llamó para proponerle aceptara el arzobispado de Canterbury en Inglaterra, que había quedado vacante por la muerte del arzobispo Wigardo. No era la primera vez que la Santa Sede proponía a Adrián el arzobispado cantuariense, pues a la muerte de San Deusdedit el año 664 ya lo había hecho, rehusando Adrián. Esta vez el monje de Nerida volvió a rehusar el nombramiento, pero para endulzar el rechazo le propuso al papa otro candidato: el monje griego Teodoro, que a Adrián le parecía un buen candidato.

San Vitaliano estuvo de acuerdo con la propuesta de Adrián pero con una condición: el propio Adrián debería acompañar a Teodoro y ser en Canterbury su acompañante y asesor. Adrián aceptó la propuesta papal y partió con Teodoro para Inglaterra el año 668. Teodoro nombró a Adrián abad del monasterio de los Santos Pedro y Pablo, que posteriormente se llamaría de San Agustín. Ambos, Teodoro y Adrián, convertirían el monasterio en un centro de estudios sobresaliente, donde se enseñaba latín y griego, Escritura y Santos Padres, proporcionando así una cultura eclesiástica que hizo hábiles a muchos de los monjes del monasterio para que con el tiempo ocupasen numerosas sedes episcopales. Acudieron alumnos de toda Inglaterra y también de la vecina Irlanda. Pero Adrián no limitó los estudios a lo que pudiera llamarse estudios eclesiásticos: en Canterbury se cultivó la poesía, la astronomía y otras ciencias seculares.

Adrián estuvo siempre al lado de Teodoro en su afán por el progreso de la iglesia cantuariense, y se ha dicho con razón que no poco del estado floreciente que aquella iglesia alcanzó bajo Teodoro se debe a Adrián. Éste murió el día 9 de enero del año 710, siendo venerado como santo, al igual que Teodoro.

BEATO ANTONIO FATATI

Obispo († 1484)

Era natural de Ancona, y habiendo optado por el sacerdocio, se negó a ser un sacerdote instalado o mundano, como tantos de su tiempo. Ejerció con celo y piedad su cargo de canónigo arcipreste de la catedral de Ancona, y, habiéndolo conocido, el papa Nicolás V lo hizo su capellán mayor y lo nombró canónigo de San Pedro del Vaticano. Más tarde lo mandó a la Marca de Ancona, en donde ejerció los cargos de tesorero, gobernador y vicario papal. Y lo nombró obispo de Teramo.

Pío II le mostró el mismo aprecio que su antecesor, y en 1455 lo envió como obispo auxiliar de su sobrino Francisco, obispo entonces de Siena y años más tarde papa Pío III. Y en 1463 lo nombró obispo de Ancona, sede que conservaría hasta su muerte.

Cuando el papa Pío II quiso armar por sí mismo unas galeras para encabezar una cruzada, eligió el puerto de Ancona y allá se trasladó. El obispo Fatati acogió filialmente al papa en su palacio episcopal y lo atendió en todo cuanto pudo, falleciendo el papa en dicho palacio el 14 de agosto de 1464.

Los papas siguientes, Paulo II y Sixto IV, volvieron a mostrarle su aprecio, y le confiaron varias misiones que cumplió con su habitual entrega y disponibilidad. No se aprovechó de la amistad de los papas para medro personal: llevaba vida austera, piadosa, pobre, dando insigne testimonio de fidelidad al evangelio en tiempos tan poco propicios. Por ello a su muerte, el año 1484, lo rodeó enseguida la fama de santo, hasta que en 1795 la Iglesia confirmó el culto que se le da en la catedral de Ancona.

SANTAS ÁGUEDA YI Y TERESA KIM

Mártires († 1840)

La Iglesia de Corea, reciente y que apenas había tenido tiempo de madurar en la fe, dio, sin embargo, pruebas de estar firmemente arraigada en el corazón de sus fieles, pues tantos de

ellos, en medio de una pertinaz persecución, prefirieron dar la vida antes que abandonar la fe y salirse de la Iglesia.

Tal día como hoy, 9 de enero, del año 1840, fueron sacrificadas en Seúl, la capital de Corea, dos mujeres cristianas: una de ellas era virgen, se llamaba Águeda Yi, y le precedían en el camino del martirio sus propios padres, a quienes había visto morir por la fe sin que ello la desanimara de perseverar; y la otra era Teresa Kim, tía paterna del mártir San Andrés Kim, primer sacerdote nativo de Corea, y que igualmente coronaría su sacerdocio con el martirio. Teresa había estado casada pero para entonces ya era viuda.

Ambas mártires, acusadas y confesas de ser cristianas, fueron encerradas en la cárcel, donde sufrieron tormentos que las llenaron de heridas, sin que por ello su fortaleza se aminorara. Finalmente fueron decapitadas.

Las canonizó el papa Juan Pablo II el 6 de mayo de 1984 en la propia ciudad de Seúl, donde había tenido lugar su martirio.

BEATOS JOSÉ PAWLOWSKI Y CASIMIRO GRELEWSKI

Presbíteros y mártires († 1942)

El día 9 de enero de 1942 en el campo de concentración de Dachau fueron ahorcados estos dos santos sacerdotes polacos, que habían dado en su ministerio y en su prisión insigne testimonio de Cristo. El primero había nacido en Proszowice en 1890 y luego de conseguir grados en Innsbruck se ordenó sacerdote en 1913. Ejerció como profesor y luego como rector del seminario de Kielce, pasando luego de párroco a la catedral. El segundo había nacido en Dwikozy en 1907 y era sacerdote desde 1929. Destinado a la docencia, al llegar la guerra abrió un asilo para los muchos huérfanos que ésta produjo. Su trabajo con la juventud había sido admirable. Ambos pasaron por los campos de Auschwitz y Dachau, sobrellevando con gran fortaleza todas las privaciones. Fueron beatificados el 13 de junio de 1999.

10 de enero

A) MARTIROLOGIO

1. En Roma, en el cementerio de San Calixto, en la Vía Apia, San Melquiades († 314), papa **.
2. En la Tebaida, San Pablo (s. IV), primer ermitaño **.
3. En Nisa (Capadocia), San Gregorio († antes del 400), obispo, hermano de San Basilio Magno *.
4. En Jerusalén, San Juan († 417), obispo.
5. En Die (Francia), San Petronio († después del 463), obispo, antes monje de Lerins.
6. En Constantinopla, San Marciano († 471), presbítero.
7. En Limoges (Aquitania), San Valerio (s. VI), solitario.
8. En Mitilene (Armenia), San Domiciano († 602), obispo.
9. En Roma, San Agatón († 681), papa *.
10. En Vivarés (Francia), San Arconcio († 740), obispo.
11. En Cuxac, monasterio de los Pirineos, San Pedro Urséolo († 988), antiguo dux de Venecia y luego monje *.
12. En La Cava (Campania), Beato Benincasa († 1194), abad.
13. En Bourges (Aquitania), San Guillermo († 1209), obispo y anteriormente monje *.
14. En Amaranto (Portugal), Beato Gonzalo († 1259), presbítero, religioso dominico *.
15. En Arezzo (Toscana), Beato Gregorio X († 1276), papa, que convocó el Concilio II de Lyón **.
16. En Lorenzana, el Beato Gil († 1518), religioso franciscano *.
17. En Arequipa (Perú), Beata Ana de los Ángeles Monteagudo († 1686), virgen, monja dominica **.
18. En Perugia (Italia), Santa Francisca de Sales Leonia Aviat († 1914), virgen, fundadora de las Oblatas de San Francisco de Sales **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN PABLO

Primer ermitaño († ca.341)

La aparición de Pablo en el escenario de la vida puede compararse a la de un meteoro cuyo paso es señalado únicamente por medios potentes de captación. En su larga carrera mortal pasó San Pablo desapercibido a los ojos del común de los mortales, y sólo la mirada de águila de San Jerónimo logró captar los

destellos de virtud que irradiaba su personalidad desde las fragosidades del desierto de la Tebaida.

Pero hubo un tiempo en que este testimonio de San Jerónimo sobre la vida y virtudes de San Pablo se puso en tela de juicio, y se dudó incluso de la originalidad de su información sobre el santo ermitaño. En efecto, en nombre de la crítica histórica se lanzó la hipótesis de que el santo Doctor se inspiró en su obra en una versión griega anterior. El famoso padre Juan Bolando afirmó que la redacción latina jeronimiana no era original Amélineau encontró un texto copto de la vida de San Pablo conteniendo restos de una narración compuesta por un discípulo de San Antonio Abad y utilizada por San Jerónimo. Actualmente se admite que los escritos griegos en torno a la vida de San Pablo dependen del texto jeronimiano. De esta manera la crítica histórica, después de dimes y diretes, ha confirmado la solidez histórica de unos brevísimos datos que San Jerónimo ha recogido de fuentes autorizadas, para que sirvieran de ejemplo a los mortales que aspiran a una vida perfecta. Como San Antonio Abad encontró en San Atanasio un digno biógrafo, le fue dado también a San Pablo contar con la pluma autorizadísima de un gran doctor de la Iglesia.

Se cree que nació San Pablo hacia el año 228. Su casa natal apenas se diferenciaba de las de sus conciudadanos menos favorecidos por la fortuna, obradas con adobes de limo del Nilo, secados al sol. Sus padres eran ricos y hacendados. No sabemos cuáles eran las relaciones de la familia con los poderes de ocupación Desde hacía casi dos siglos Egipto había perdido su independencia para incorporarse, al igual que otros pueblos de África y Asia, al vasto Imperio romano. Las órdenes de los césares romanos cruzaban el mar y llegaban a Egipto a través de los funcionarios imperiales. Pero sucedía muchas veces que, a pesar de las promesas de los emperadores, y en contra de su voluntad, no se hacía justicia al pueblo que enviaba sus barcos cargados de víveres a la capital del Imperio y alimentaba a funcionarios y soldados estacionados en su suelo. La familia de Pablo estaba obligada, como cualquier otra, a pagar los gastos de las tropas de ocupación y a contribuir con su tributo al erario imperial.

La familia de Pablo era cristiana, pero no sabemos cuándo la fe de Cristo se adueñó de aquel hogar y en qué grado había arraigado en el corazón de los padres del santo ermitaño. Por largos años gozó el cristianismo de paz dentro del Imperio romano y gracias a la misma fueron muchos los cristianos que escalaron puestos de responsabilidad civil y militar. En Egipto la fe cristiana se instaló en primer lugar en las ciudades de la costa mediterránea y de allí fue remontando paulatinamente hacia el interior, creándose pequeñas comunidades cristianas junto a las riberas del Nilo e incluso en los oasis del desierto. Sin embargo, el favor de que gozaba la religión cristiana, el roce continuado con los paganos, la penuria de clero docto, los obstáculos naturales que entorpecían el contacto con la jerarquía eclesiástica fueron causa de que se cultivara una fe superficial, y de que reinara en algunos lugares cierto sincretismo religioso y de que la ignorancia en materias de religión fuera espantosa. Esta fe vacilante podía desaparecer tan pronto como soplaran los vientos de la persecución. Y ésta llegó con el emperador Decio.

En octubre del año 249 Decio quedó dueño absoluto del Imperio. Enardecido por un celo fanático, llegó al convencimiento de que la veneración de los dioses era la base para la prosperidad del Imperio romano. A los cristianos hacía responsables del divorcio existente entre los dioses.

En Egipto, como en otras partes, se exigió el cumplimiento escrupuloso del edicto imperial, ante el cual los cristianos reaccionaron diversamente. Como tónica general cabe señalar que los efectos del edicto fueron lamentables; el número de apóstatas sobrepujó toda previsión. Nunca la Iglesia tuvo que deplorar tanta defección. Unos renegaban de su fe públicamente, otros huían y se refugiaban en la clandestinidad. Familias, grupos enteros llegaban al cercano desierto. Individuos aislados se ocultaban en los bosques, en los cañaverales de los pantanos, en tumbas y en grutas, cuando no en la vivienda de algún pagano (Queffélec). Pero no faltaron quienes se mantuvieron valientes a pesar de las amenazas y suplicios a que se los sometía. Las recias y santas columnas de la Iglesia, dice Eusebio, fortalecidas por él y sacando de su probada fe una dignidad, vigor y potencia proporcionados, fueron admirables testimonios de su reina-

do. San Jerónimo, en su vida de San Pablo, primer ermitaño, cuenta el caso de un joven cristiano que, solicitado por una mujer de mala vida y no teniendo otros medios para deshacerse de ella, tuvo el arrojo de morder su lengua, partirla en dos y escupir uno de los pedazos sobre el rostro impúdico de la que le besaba.

La persecución de Decio decidió el rumbo que tomaría en el futuro la vida de San Pablo. Contaba a la sazón unos veinte años cumplidos. El edicto imperial le ponía en la alternativa de apostatar de su fe o de morir en defensa de la misma. Sus padres habían muerto y el joven vivía en compañía de una hermana casada. Además de una rica hacienda, sus padres le dejaron en herencia una educación refinada y una cultura humanística que abarcaba el conocimiento perfecto de las letras griegas y egipcias. Si renegaba de Cristo, podía seguir al frente de sus propiedades y disfrutar de una vida apacible en el hogar; pero si decidía perseverar en la fe debía afrontar los males que caerían sobre él, incluso la muerte.

Imitando el ejemplo de muchos de sus conciudadanos también cristianos, tomó la decisión de ausentarse del pueblo natal por algún tiempo, esperando a que cediera la vehemencia de la persecución. Poniendo en práctica sus proyectos se marchó a un pueblo lejano, con la esperanza de pasar allí totalmente desapercibido. Pero fallaron sus cálculos, por cuanto su cuñado, que debía velar por la vida de Pablo, le amenazó con delatarle a la autoridad. ¿Era o no cristiano el cuñado? ¿Había acaso renegado de la fe y quería vengarse ahora de un valiente soldado de Cristo que le confundía con su ejemplo? ¿Fue el interés el móvil que empujó al cuñado a perseguir a Pablo? No lo sabemos. De nada sirvieron los ruegos y las lágrimas de la hermana; tampoco los lazos de la sangre fueron capaces de ablandar el corazón del cuñado. Puesto Pablo al corriente de las maquinaciones de aquél, marchóse a unos montes desiertos esperando a que amainara el temporal desencadenado por Decio contra los cristianos.

También en esta ocasión se frustraron las esperanzas de Pablo, por cuanto, a la muerte de Decio, sucedióle Valeriano, aclamado emperador por sus tropas el año 253. Favorable en un

tiempo a los cristianos, no tardó mucho en convertirse en perseguidor de los mismos. Por su edicto del otoño del año 257 amenazó con pena de muerte a los que asistieran a reuniones sagradas y visitaran los cementerios, exigiendo, además, a todos el reconocimiento del culto oficial del Imperio romano. De vez en cuando regresaba Pablo al poblado en busca de provisiones y para informarse de la marcha de los acontecimientos político-religiosos del Imperio, y otras tantas veces debía internarse en la inmensidad del desierto.

En una de las ocasiones en que volvía a su guarida, adentrándose hasta el mismo corazón del desierto, tropezó con un monte pedregoso en cuya falda divisó la entrada a una caverna medio obstruida por una grande piedra. Movido por la curiosidad penetró dentro de la cavidad y se halló frente a un vestíbulo espacioso, a cielo abierto, cubierto por las ramas de una vieja palmera. Divisó asimismo allí un manantial de aguas purísimas que tras de un brevísimo curso desaparecían en el suelo. Por la pendiente del monte existían otras muchas cuevas más pequeñas dentro de las cuales había restos de yunques, martillos y otros instrumentos que sirvieron, en los tiempos de Antonio y Cleopatra, para acuñar moneda.

Prendóse Pablo de aquel lugar y decidió instalarse allí para siempre. La palmera se encargaría de suministrarle los alimentos que hasta entonces traía de su casa con peligro de su vida; el agua del manantial apagaría su sed. El desierto, que había sido para él más humano que sus hermanos los hombres, continuaría protegiéndole de las emboscadas de los enemigos de su fe. El mundo quedaba lejos y únicamente la carne y el demonio le siguieron hasta su escondite, amenazando de continuo la paz de su alma. Pero no era el desierto de la Tebaida un feudo de los espíritus diabólicos, porque también allí imperaba Dios sobre ellos. En otro tiempo, el demonio asmoneo huyó al Egipto superior, donde fue atado por un ángel (Tob 8,3). Los babilonios y los antiguos pueblos árabes creían ciegamente que el desierto estaba poblado por *Djins,* o sea, espíritus diabólicos. Estos seres, según ellos, visitaban los lugares habitados en otro tiempo y los cementerios. En todas partes se les podía encontrar, al roturar un campo, al excavar un pozo, al levantar una casa o una

choza. Ellos se encarnan en los animales salvajes, en las aves de rapiña, serpientes, lagartos, etc. A veces se aparecen bajo el aspecto de seres híbridos, cubiertos de pelo. Según San Jerónimo, cuando Antonio abad caminaba por el desierto en busca de un ermitaño misterioso de que se le había hablado en una visión, tropezó con hipocentauros, de aspecto terrible y repugnante, pero inofensivos para todo hombre que sirviera a Dios fielmente. A ellos se juntó el coro de otros monstruos «que los gentiles llaman sátiros», cuya misión era atemorizar a Antonio y obligarle a que regresara a su monasterio. Ya antes San Antonio tuvo que mantener una prolongada y descomunal lucha contra tales monstruos, encarnación del diablo.

Por otra parte, el Dios de Israel asentó su morada visible en el desierto del Sinaí y atrajo a aquel lugar a su pueblo predilecto con el fin de hablarle allí confidencialmente al corazón. El contacto con la civilización de Egipto y de Canaán había contribuido a su progreso técnico y material, pero había enfriado el espíritu. Israel fue adoctrinado directamente por Dios en la soledad del desierto (Os 2,16) y nunca, en el curso de su historia, olvidó totalmente estos cursos catequísticos divinos. Los profetas recuerdan con nostalgia los días de la peregrinación de Israel por el desierto, días en que se celebraron sus desposorios con Yahvé.

Como hemos visto, en el desierto montan guardia los ángeles, prontos a encadenar al demonio y a servir a los que triunfan de él en el combate. San Pablo sabía que además de la compañía de animales salvajes y aves de rapiña, podía contar con la de los ángeles, invisibles a su vista, pero muy cercanos a su persona, atentos siempre a protegerle contra las potestades tenebrosas y listos para presentar al trono de Dios los méritos acumulados con sus penitencias y oraciones. Con él estaba Dios, que trabajaba a su gusto el corazón de Pablo. Nunca sabremos lo que Pablo y Dios se dijeron en la intimidad del desierto; pero aquellos prolongados coloquios de corazón a corazón llevaron al ermitaño a la cima de la santidad.

Pasaron los años. Pablo se arrastraba penosamente encorvado por el peso de sus ciento trece años. Hacía unos noventa que había muerto al mundo y pensaba morir sin volver a ver el ros-

tro de un ser humano. Cualquier día su corazón dejaría de latir; sus carnes se pudrirían en el fondo de la cueva o serían pasto de animales y aves de rapiña. Unos huesos descarnados legarían a la posteridad el recuerdo del paso de un hombre mortal en el corazón del desierto de la Tebaida. San Pablo, en este supuesto, habría vivido para sí, desconocido, sin dejar rastro de su paso por el mundo. Pero no quiso Dios que quedaran bajo el celemín los ejemplos de su larga vida de penitencias y abnegaciones y, por lo mismo, aprovechó la coyuntura de que, al asaltar a otro viejo ermitaño el pensamiento de que no había en el desierto otro monje que le igualara en santidad, le reveló en sueños que en las honduras del desierto vivía uno mucho más perfecto que él, dándole el encargo de visitarle.

El abad Antonio esperó a que amaneciera para emprender el viaje en busca de su émulo. Con un nudoso bastón en sus manos emprendió de madrugada su viaje hacia un lugar desconocido. Contaba entonces noventa años de edad. Anduvo toda la mañana. Llegado el mediodía sin avistar huella humana alguna, se decía: «Espero que Dios me enviará al lugar donde mora su consiervo de que me habló en la visión».

Refiere San Jerónimo que el intrépido viajero tropezó en pleno desierto con monstruos que trataban de atajarle. Pero San Antonio no se arredró por cuanto sabía que el diablo tomaba tales apariencias monstruosas furioso de ver a su viejo enemigo pasearse por el desierto. Dos días y dos noches siguió andando, guiado solamente por inspiración divina. Pero he aquí que entre dos luces divisó cómo una loba sedienta corría hacia el pie de un monte. San Antonio siguió con la vista los pasos de la fiera, y cuando ésta hubo desaparecido en el anchuroso desierto, se acercó al lugar, oteó en el interior de la cueva, todavía envuelta en tinieblas, avanzó cuidadosamente, reteniendo el aliento y aplicando el oído para captar cualquier ruido proveniente del interior. Acostumbrados sus ojos a la oscuridad, trató de acelerar el paso cuando, inopinadamente, tropezaron sus pies con una piedra. Al oír aquel estrépito, el ermitaño, temiendo acaso que una fiera se introdujera en su guarida, se abalanzó hacia la entrada y la taponó con una grande piedra.

Descorazonado Antonio ante aquel inesperado recibimiento, se acurrucó junto a la puerta pidiendo insistentemente y durante largas horas que le franqueara la entrada, diciendo:

> «Sabes quien soy y de donde vengo Bien se que no soy digno de aparecer ante tu presencia, pero no me volvere hasta haberte visto Tu que recibes a las bestias del campo, ¿por que rehusas conceder audiencia a un hombre? Busque anhelosamente tu morada y di con ella, ahora llamo para que me llames Si no alcanzo lo que deseo moriré en el umbral de tu mansion y tendras que sacarme de aqui cadáver»

Por fin, el huraño ermitaño, sonriente, abrió la puerta y se echó en brazos de Antonio, saludándose los dos, sin haberse conocido antes, con sus respectivos nombres, y ambos dieron gracias a Dios. Repuesto Pablo de la emoción primera, se desató su lengua, diciendo: «He aquí al que buscaste con tantos afanes, estropeado por los años y en vísperas de que sus carnes sean pasto de los gusanos». De repente cambió el tono jeremíaco de su voz y abrumó a Antonio con preguntas relacionadas con el mundo que había abandonado hacía años: «¿Cómo va el mundo? ¿Se levantan nuevas construcciones en las viejas ciudades? ¿Cuál es el imperio que rige el mundo? ¿Quedan todavía individuos víctimas de los engaños diabólicos?». Muchas otras preguntas dirigió Pablo a su huésped, a las que éste contestaba complaciente.

El emocionante encuentro y el coloquio que le siguió habían hecho olvidar a los dos ancianos la comida material, pero no los había desamparado Dios, ya que todavía enzarzados en animada conversación, vieron que revoloteaba un cuervo sobre sus cabezas llevando un pan prendido de su pico, que depositó luego a los pies de los dos ermitaños Ante la extrañeza de Antonio, díjole el ermitaño Pablo: «He aquí que el misericordioso Dios nos envía la comida. Por espacio de sesenta y más años me enviaba por el mismo recadero medio pan, pero con tu llegada se ha duplicado la ración». Los dos, según San Jerónimo, dieron gracias a Dios y se sentaron cabe el manantial de aguas cristalinas Pero se entabló una amigable discusión sobre quién de los dos partiría el pan, prolongándose la misma hasta la noche. Alegaba Pablo el privilegio de la hospitalidad, Antonio oponía el de la edad Decidieron por fin tomar cada cual el pan

por una parte, tirando hacia sí y reservándose el trozo que les quedara en la mano. Después, inclinados sobre el arroyo, bebieron un poco de agua, ofreciendo a Dios un sacrificio de alabanzas y pasaron la noche velando (Queffélec).

Un nuevo día amaneció en el desierto y con él un cambio de tono en el diálogo entre Antonio y Pablo. Sabía éste que sus días tocaban al fin y quiso aprovechar la presencia de su amigo para disponer su sepultura. «Ha llegado el momento tan deseado, dijo Pablo, de despojarme de este cuerpo de carne para ir a recibir de manos de mi Dios la corona de justicia. A ti te ha enviado Dios para que cubras mi cuerpo con tierra, o mejor, para que entierres lo que es tierra». Al oír Antonio aquellas palabras rompió en llanto, rogando entre sollozos a Pablo que le llevara consigo en el viaje hacia la eternidad. «No, contestó Pablo, porque tus hermanos necesitan todavía de tu ejemplo». Te ruego ahora, si no te es molesto, que vayas a tu monasterio y traigas el manto que te legó el obispo Atanasio, para envolver con él mi cadáver. Se admiró Antonio de que Pablo supiera lo del manto de Atanasio, infiriendo de ello que Dios se lo había revelado. Viendo, pues, que Pablo era un gran siervo de Dios, bajó la cabeza y marchó a su monasterio en busca del mencionado manto. Le era igual a Pablo, comenta San Jerónimo, que su cuerpo se pudriera estando al descubierto u oculto bajo una prenda de vestir; lo que pretendía con lo del palio era ahorrar a Antonio el dolor de verle morir.

Antes de llegar al monasterio saliéronle al encuentro dos monjes, quienes, admirados, le preguntaron dónde había estado tanto tiempo. El Santo no supo decir otra cosa que el haber encontrado en pleno desierto a un santo en comparación del cual era él un pecador. Dicho esto entró rápido en el monasterio y, sin probar alimento, salió de nuevo en dirección al desierto, acelerando su paso por miedo a que, en su ausencia, entregara Pablo su alma a Dios. Sus temores cumpliéronse desgraciadamente, por cuanto, faltando todavía unas tres horas para llegar a la meta, vio una visión, el alma resplandeciente de Pablo entre los coros de los santos. Antonio postró su rostro en tierra, quejándose dulcemente con estas palabras: «¿Por qué me abandonas, Pablo? ¿Por qué te vas sin decirme adiós? ¡Tan tarde te conocí y tan pronto te perdí!».

Refería más tarde San Antonio que, vencida la primera impresión, se incorporó de nuevo y emprendió veloz marcha hacia la cueva de Pablo. Entrando dentro de la cavidad encontró al Santo postrado de rodillas, la frente alta, extendidos los brazos hacia lo alto y el cuerpo exánime. Creyó al primer momento que estaba en oración, pero al no oírle ningún suspiro convencióse de que su amigo había traspasado los umbrales de la eternidad.

Antonio amortajó el cuerpo de Pablo con el palio de San Atanasio. Pero, llegado el momento de darle sepultura, no encontró a mano instrumento alguno para cavar la fosa. ¿Qué hacer? Ir al monasterio en su busca era imposible por la distancia del trayecto, calculado en cuatro días de viaje, dos de ida y otros dos de vuelta. Entonces se le escaparon las palabras: «Moriré, Señor, junto a tu siervo Pablo». Ocupado en estos pensamientos, vio surgir de las profundidades del desierto a dos leones que con paso veloz avanzaban en dirección a él. Durante unos momentos sintió la sensación del miedo, pero pronto se repuso al ver que, una vez junto al cadáver de Pablo, movían los leones suavemente sus colas y lanzaban al aire dolorosos quejidos, asociándose, a su manera, al dolor que embargaba el corazón de Antonio. Luego empezaron ambos a excavar la tierra con sus garras hasta abrir una zanja capaz de contener el cadáver de un hombre. Terminada aquella tarea se acercaron a Antonio cabizbajos, lamiendo sus manos y pies y esperando a que les diera su bendición y autorización para regresar a sus antros.

Antonio perdía a un amigo y la humanidad un santo. Transido de dolor su corazón, ejerció para con su amigo Pablo la obra de caridad de enterrar su cadáver. Una vez terminada la lúgubre ceremonia resolvió Antonio regresar a su monasterio. Como recuerdo inolvidable cargó con la túnica tejida con hojas de palmera que usaba Pablo para cubrir sus desnudeces y que usó Antonio en lo venidero en las solemnidades de Pascua y Pentecostés.

San Jerónimo acaba la vida de Pablo con las palabras: «Si el Señor me diera a escoger, no titubearía en elegir la túnica de Pablo con sus méritos, más que las púrpuras de los reyes con sus penas».

A San Jerónimo debemos los pocos datos históricos sobre la vida y virtudes de San Pablo, del cual dice que fue en realidad el creador del monaquismo. Es posible que San Jerónimo al escribir la vida de Pablo diera en algunas cosas rienda suelta a su imaginación, tratando de embellecer con descripciones poéticas los datos escuetos de la historia. No es posible trazar una línea divisoria entre la leyenda y la historia, pero podemos decir que no ha inventado Jerónimo a Pablo el ermitaño ni su túnica de hojas de palmera. Que entre Antonio y Pablo haya habido contactos es más que posible; como lo es que ambos hayan alabado conjuntamente a Dios en el corazón del desierto, y que ambos compartieran allí el pan de la caridad, cualquiera que fuera su procedencia. Lo cierto es que Pablo, con una vida callada en las inmensidades del desierto, ha influido en el ánimo de muchos que han buscado a Dios en la soledad y se han santificado en una atmósfera de silencio y de olvido total del mundo, atentos solamente a la voz del Maestro divino, que habla al corazón.

LUIS ARNALDICH, OFM

Bibliografía

DIDEZ, J., *Deux versions grecques inédites de la vie de Paul de Thèbes* (Gante 1900).
DECKER, J. DE, *Contribution à l'étude des Vies de Saint Paul de Thèbes* (Gante 1905).
D'ORLEANS, CH., *Les saints d'Égypte* (París 1923).
JERONIMO, SAN, *Vita Sancti Pauli primi eremitae*: PL 23,18s. Ed. en *Act. SS. Boll.*, 10 enero. Ed. ROSWEYDE, en PL 73,105s.
NAU, F., «Le texte original de la vie de saint Paul de Thèbes»: *Anal. Boll.* 20 (1901) 120s.
QUEFFELEC, Y , *San Antonio del Desierto* (Barcelona 1958).

SAN MELQUIADES

Papa († 314)

El pontificado de San Melquiades dura tres o cuatro años de extraordinaria intensidad. Marca el fin de la era de las persecuciones y el comienzo de la era de la paz. Vivió nuestro Santo la tragedia de la persecución de Diocleciano con su cortejo de católicos decididos, de miedosos e indecisos, con sus numerosísimos mártires y los no infrecuentes apóstatas. Subió al Pontificado al quebrar en Occidente los albores de la deseada paz reli-

giosa. Vivió la alegría de los edictos de tolerancia y de paridad de la Iglesia con el conjunto de las religiones paganas. Vio triunfar en 311 el lábaro de Constantino. A él le tocó tener los primeros contactos al aire libre con la casa imperial. Durante su pontificado el Estado comenzó a construir a sus expensas y dio los primeros inmuebles a la Iglesia. El palacio de Letrán, bien personal de la emperatriz Fausta, fue entregado al Pontífice como residencia papal. Allí comenzó a construirse en sus mismos días la primera iglesia de Letrán, reproducción en su arquitectura de las basílicas profanas.

Durante su gobierno fueron llamados a Roma desde Córdoba y Nicomedia el español Osio y el africano Lactancio. Lactancio acababa de publicar su famoso libro *De la muerte de los perseguidores.* En él la filosofía se hace historia, y ésta teología, y se afirma de manera rotunda la intención de Dios en el devenir de la historia. Su cometido en Roma era de enorme trascendencia: la formación cristiana del hijo mayor del emperador. Osio de Córdoba, con las huellas del martirio grabadas en su carne, llegó a la corte como consultor de Constantino Pronto aparecieron las primeras leyes concebidas en cristiano.

Así al papa San Melquiades o Milcíades le tocó pasar de Pontífice de la persecución a la protección legal, de la enemiga política hacia la Iglesia a la amistad imperial. Le religión cristiana pasó a ser una de las religiones reconocidas y protegidas por el Estado romano. El papa Melquiades tiene que cambiar el frente de sus preocupaciones y trabajos: de una actuación fundamentalmente pastoral, que miraba principalmente a los mártires, a los libelíticos y *traditores* de los libros sagrados, pasa a desarrollar una actividad más amplia y no menos fecunda. A veces tiene que afirmar su autoridad e independencia frente a la política imperial.

San Melquiades lleva en su cuerpo las huellas profundas y dolientes de la persecución. Como su contemporáneo Osio, no murió en el martirio, pero la Iglesia le honra como mártir. En las catacumbas de San Calixto hay una cripta doble, no lejos de la capilla de los Papas, en la que se cree que estuvo su tumba. El nombre de nuestro Papa figura entre los papas mártires y confesores colocados en el cementerio de Calixto en espera del sol de la resurrección.

Desde esta lejanía de dieciséis siglos nos es grato, como hombres y como cristianos, recorrer los pasos que llevaron a la Iglesia al triunfo y a la paz. No pasó la Iglesia católica de repente de la situación de perseguida a la de reconocida y protegida por la ley, ni a la de favorecida abiertamente de los últimos días de Constantino. Era imposible un cambio repentino tan radical, teniendo en cuenta las estructuras paganas de la cultura, de la política y de la economía.

El primer paso fue el famoso edicto de tolerancia, que hoy llamaríamos de libertad de conciencia y de cultos, publicado en abril de 311 por Galerio Constantino y Licinio. Es un decreto extraño a nuestros ojos. Su introducción podía ser perfectamente la de una ley persecutoria. En su parte dispositiva, de corte totalmente moderno, concede a los cristianos libertad de culto, con tal de que no trastornen el orden público. La motivación merecería ser considerada por muchos estadistas europeos actuales.

> «Entre las medidas que tomamos para el bien y utilidad del Estado, habíamos querido ya hace tiempo corregir todas las cosas según las leyes antiguas y la disciplina tradicional de los romanos, y proveer en particular que los cristianos que habían abandonado la religión de sus padres volviesen al buen consejo. Pero fue tan mala la voluntad y tal la locura que prendió en ellos que no seguían las antiguas instituciones que sus padres habían fundado [...] Y como la mayor parte de los cristianos perseverase en su obstinación y viésemos nosotros que ellos no daban a los dioses el culto debido, ni, por otra parte, podrían adorar debidamente al Dios de los cristianos, atendiendo a nuestra extrema clemencia y a la costumbre que tenemos permanente de otorgar perdón a todos los hombres, nos hemos creído en el deber de extender a ellos nuestra generosa indulgencia y *conceder que existan cristianos y restablezcan sus reuniones con tal de que no hagan nada contra el orden.* En otra carta significamos a los magistrados la conducta que deben seguir. A tono con nuestra indulgencia, ellos deberán orar a su Dios por nuestra salud, por la del Estado y por la suya para que en todas partes la República goce de prosperidad y ellos puedan vivir con seguridad en sus hogares».

Tal es el texto del decreto de tolerancia según referencia de Lactancio. Es el reconocimiento de los cristianos a existir y a practicar libremente su culto, el reconocimiento de la libertad de conciencia y de culto, la capitulación definitiva del paganismo.

Desde entonces, y sobre todo desde la derrota de Majencio en 312, Constantino comenzó una nueva política religiosa. Aquel mismo año ordenó a Maximino Gaya que cesase la persecución en el Oriente, y a los gobernadores dependientes de su poder mandó instrucciones formales para restituir a las iglesias los bienes que les habían sido confiscados. Concede en 313 al clero católico la exención de los *munera civilia* (leyes de 21-31 de octubre) y se muestra espléndido con la Iglesia en restituirla los bienes robados y en ayudarla. De la persecución o de la indiferencia tolerada pasó la Iglesia a gozar primero del favor de la ley y después de la generosidad excepcional del emperador. En 313 se reúne Licinio con Constantino en Milán. De allí salió el famoso decreto de Licinio, dando a la Iglesia paz en el Oriente, y el todavía más conocido y discutido decreto de Milán. Eran las consecuencias de la batalla del puente Milvio y de los anagramas grabados aquel día en los escudos de los soldados del ejército de Constantino. Después vinieron las construcciones de las grandes basílicas: San Pedro, San Lorenzo Extramuros, San Salvador de Letrán, San Pablo. El último paso fue el comienzo de la legislación en cristiano y la batalla dada al paganismo en tiempos del papa Silvestre I. La emoción de la lucha Constantino-Majencio y de estos primeros pasos de la Iglesia al aire libre fue del papa Melquiades.

¿Que parte tomó el Santo en este cambio? Nada podemos sacar claro de la *Historia* de Eusebio ni de las obras de Lactancio. Batiffol, siguiendo a Caspar, señala la extraña desproporción en Constantino entre su magnificencia con la Iglesia y la escasa importancia que concede al Papa en su política eclesiástica. Pero él, como obispo de Roma, fue protagonista oculto y feliz de aquellos días de gloria. La actitud de Constantino era explicable. Pensaba aún con categorías paganas. Y en la Roma pagana el emperador era a la vez la suprema autoridad religiosa, el pontífice máximo.

A San Melquiades le tocó dar los primeros pasos contra el donatismo. El donatismo canalizó el sentido rigorista que latía en muchos cristianos. Quedaban numerosas y profundas llagas de la última persecución y los «puritanos» abundaban. El donatismo, como modo de vivir un cristianismo riguroso y sin mise-

ricordia, era grave problema de la cristiandad. Donato, apasionado y agitador de masas, lo aprovechó con fina sagacidad, levantó tempestades de agitación religiosa en el norte de África y acudió al emperador. San Melquiades convocó un sínodo en el palacio de Letrán de tres días de duración, en el que fueron condenados los donatistas, si bien la paz no se produjo hasta casi dos siglos más tarde.

Tal es en síntesis la actuación de gobierno de San Melquiades, papa, africano de nacimiento, según el *Liber pontificalis*. Fue papa de persecución y de triunfo, de dolor y de alegría, de catacumba y de palacio de Letrán, de cripta y de comienzo de construcción de las grandes basílicas romanas. Y todo en el breve espacio de tres o cuatro años. Durante su pontificado venció Constantino a Majencio, salió el edicto de tolerancia antes transcrito y después el de Milán. En la lucha contra el donatismo convocó y presidió el sínodo romano de 313, que condenó a Donato y declaró libre a Ceciliano. Recibió en donación el palacio de Letrán y probablemente asistió a poner la primera piedra de la catedral de la cristiandad. El *Liber pontificalis* le atribuye un decreto sobre el ayuno. El Pseudo-Isidoro coloca dos falsas decretales bajo su nombre. Fue enterrado en las catacumbas de San Calixto.

MELQUIADES ANDRÉS MARTÍN

Bibliografía

DELEHAYE, H., *Commentarium martyrologii hieronymiani* (Bruselas 1931) 34, 348, 643.
DUCHESNE, L. (ed.), *Liber pontificalis*, o.c., I p.CCXLIX.10.168.169.
EUSEBIO, *Hist. eccl.*, l.10 c.5.18-20.
FLICHE, A.-MARTIN, V. (dirs.), *Histoire de l'Église* (París) t.II p.472, t.III p.45.
LECLERCQ, H.-CABROL, F. (eds), *Dictionnaire d'archéologie chrétienne et de liturgie*, XI (París 1924-1953) 1199-1203.

BEATO GREGORIO X

Papa († 1276)

El papa Beato Gregorio X (1271-1276) es uno de los Romanos Pontífices más insignes del siglo XIII que constituye el apogeo de la Iglesia medieval. Con Inocencio III (1198-1216) se

puede decir que la Iglesia y el Pontificado llegaron al cenit de su prestigio y significación, siendo los papas verdaderos árbitros de las coronas de los reyes, y los motivos religiosos los que guiaban en sus empresas a los hombres más eminentes del tiempo. En este estado de florecimiento religioso continuó la sociedad europea a través de todo el siglo XIII. Entre sus principales manifestaciones podemos notar el gran esplendor de las universidades y estudios medievales, en París, Oxford, Bolonia, Salamanca y otros importantes centros, y con figuras tan prominentes como Alejandro de Hales y San Buenaventura, San Alberto Magno y Santo Tomás de Aquino. Lo mismo podríamos decir del gran apogeo del arte religioso, que nos presenta las grandes catedrales góticas de París, Reims, Chartres y Amiens, Milán, Burgos, León y Toledo, por no citar más que las principales.

Pues bien, el gran mérito de Gregorio X estriba en haber sabido mantener este prestigio extraordinario de la Iglesia en un tiempo en que, debido a una serie de dificultades, existió un gravísimo y persistente peligro de decadencia eclesiástica. Sus extraordinarias cualidades naturales y, sobre todo, el esfuerzo de su virtud y espíritu eclesiástico fueron los que realizaron una obra tan trascendental para la Iglesia.

Llamábase Teobaldo Visconti y pertenecía a una ilustre familia italiana. Nacido en Piacenza en 1210, distinguióse desde sus primeros años por su aplicación y constancia en el estudio, que fue coronado con extraordinarios éxitos. Dedicóse de un modo especial al Derecho canónico, que cultivó en Italia y, más tarde, en París, donde tanto florecían a la sazón los estudios escolásticos. Pero, a la par que en sus estudios, brilló particularmente por el temple de su virtud y por su espíritu eminentemente eclesiástico. Por esto, ya en estos primeros tiempos, se mostraba siempre dispuesto a toda clase de sacrificios que el servicio de Dios le exigiera, y no había dificultad capaz de detenerlo en las empresas que juzgaba de la gloria de Dios.

Conociendo sus superiores eclesiásticos la extraordinaria erudición, relevantes cualidades y profunda virtud que lo distinguían, nombráronlo, primero, canónigo de Lyón, y poco después archidiácono de Lieja. Más aún. Inocencio IV (1243-1254)

le ofreció el obispado de Piacenza; pero él renunció a tan elevado honor. Sin embargo, sus cualidades naturales y el temple de su virtud se pusieron cada vez más de manifiesto. Durante el Concilio I de Lyón, que fue el XIII ecuménico, fue celebrado por Inocencio IV y significa uno de los momentos cumbres de la Iglesia en el siglo XIII, el arzobispo de Lieja quiso tenerle a su lado como acreditado canonista. Poco después, siendo archidiácono de Lieja, y mientras pasaba algunas temporadas en París, dedicado a profundizar en los estudios canónicos, San Luis, rey de Francia, le dio testimonios de muy particular veneración. Más aún. El cardenal Ottoboni tomó consigo a Teobaldo, de cuya virtud y prestigio se sirvió en su legación a Inglaterra.

De esta manera Teobaldo Visconti se fue preparando para las grandes empresas para las que Dios lo destinaba. Apenas terminada esta legación, recibió del Papa la orden de predicar la cruzada por la reconquista de Tierra Santa, con lo que comenzó a entusiasmarse por uno de los problemas que más debían preocuparlo en lo sucesivo. Entregóse, pues, de lleno a esta gran empresa, y, para poder realizarla, procuró establecer la unión y buena inteligencia entre los príncipes cristianos, y tanto llegó a entusiasmarse con este ideal, que se dirigió a Palestina con el objeto de consolar y alentar a los caballeros cruzados, a cuya cabeza se hallaba entonces el príncipe Eduardo de Inglaterra. Fueron innumerables los sufrimientos que tuvo que arrostrar en esta peligrosa peregrinación y en la realización de su empresa; pero su alma de apóstol y su eximia caridad le comunicaban fuerzas para todo.

Hallábase, pues, en Ptolemaida, entregado en cuerpo y alma a obra tan sacrificada y apostólica, cuando recibió la noticia de haber sido elegido como Papa el primero de septiembre de 1271. En efecto, a la muerte de Clemente IV en 1268, después de tres años enteros de sede vacante, debido a las enormes dificultades y a la gran desunión reinante, los cardenales no habían podido entenderse para la elección del nuevo Papa, hasta que al fin pusieron los ojos en Teobaldo Visconti, simple archidiácono de Lieja y ausente entonces en Palestina, cuyas relevantes cualidades y eximia virtud les eran bien conocidas, y convinieron en su elevación al solio pontificio. En realidad era la mejor elec-

ción que pudieron haber realizado. Al recibir tan inesperada noticia, Teobaldo aceptó la pesada carga que Dios le imponía, tomó el nombre de Gregorio X y se dispuso a volver a Italia.

Naturalmente, los cristianos de Tierra Santa, aunque sentían la partida de tan eminente apóstol, experimentaron una satisfacción inmensa, con la seguridad de que el nuevo Papa les enviaría los socorros que tanto se necesitaban. Él mismo, según se refiere, al despedirse del Oriente, terminó su emocionante alocución con estas palabras: «Que mi lengua se pegue a mi paladar, si yo no pongo a Jerusalén a la cabeza de todas mis alegrías».

Llegado a Roma en marzo de 1272, recibió la Orden del presbiterado, pues era únicamente diácono: luego fue consagrado obispo y coronado como Papa el 27 del mismo mes. Como era de suponer, su ideal desde un principio fue enviar el socorro necesario a los cristianos de Tierra Santa y renovar la cruzada para su definitiva liberación. En realidad se puede decir que en él revivió por algún tiempo el espíritu de cruzada. Por esto se dirigió rápidamente por medio de una célebre carta al rey Felipe de Francia, hijo de San Luis.

Esta idea de cruzada iba en él íntimamente unida con el más intenso esfuerzo por la unión con los griegos, quienes pocos años antes (en 1261), con la reconquista de Constantinopla, habían puesto término al imperio latino oriental; pero en aquellas circunstancias eran favorables a la unión. Es cierto que su emperador, Miguel Paleólogo, se movía a ello más bien por motivos políticos, pues suponía con buen fundamento que esta unión apartaría a Carlos de Anjou de sus peligrosos planes de conquista en el Oriente a costa de los griegos; pero, de todos modos, la voluntad de unión existía en los orientales, y Gregorio X trató de aprovechar en sus planes de cruzada y de unificación general de la Iglesia.

Penetrado, pues, de esta idea, y con el objeto de promover juntamente en la Iglesia occidental la paz y la reforma de costumbres, dirigió una importante carta a los obispos de toda la cristiandad, anunciándoles la celebración de un concilio ecuménico que debería abrirse en mayo de 1274. Hecho esto, dedicóse con infatigable celo a la preparación de tan importante asamblea.

Como primer paso para su realización, puso el Papa todo su empeño en la pacificación de los espíritus en toda la Europa cristiana. Así, trabajó intensamente para apaciguar los pueblos del norte de Italia, ensangrentados entonces por las luchas entre los güelfos y gibelinos. Por otra parte, introdujo en muchas partes medidas de reforma y, sobre todo, en medio de la división existente en Alemania sobre la sucesión al imperio, dirigió en octubre de 1273 una exhortación a los príncipes electores para que procedieran a la elección, y al recaer ésta sobre Rodolfo de Habsburgo, el Papa lo reconoció solemnemente.

En lo tocante a la preparación inmediata del gran concilio que debía reunirse en Lyón, invitó a los más célebres teólogos a presentar sus observaciones sobre el estado de la Iglesia. Creó cardenales al dominico Pedro de Tarantasia y a San Buenaventura; invitó al más célebre de los teólogos de su tiempo, Santo Tomás de Aquino, quien murió mientras se dirigía al concilio. Finalmente, partió el Papa desde Orvieto, y a su llegada a Lyón recibió la visita del rey de Francia, quien le entregó definitivamente el condado del Venaissin.

Finalmente, el 7 de mayo de 1274 se pudo celebrar en la catedral de San Juan la primera sesión del concilio II de Lyón y XIV ecuménico, en presencia del rey Juan I de Aragón, unos quinientos obispos y gran número de abades, así como también los representantes de algunos príncipes seculares. Con su sermón, basado sobre el texto «Desiderio desideravi...», el mismo Papa, que lo presidía, dio comienzo al concilio, en el que propuso con toda claridad los tres fines que en él se pretendían: ayuda a Tierra Santa, unión con los griegos y reforma de la Iglesia.

Dios premió los innumerables trabajos que Gregorio X realizó en aquella memorable empresa. Es cierto que, por la antipatía existente entre los orientales y los occidentales, la cuestión de la unión era poco popular entre los griegos, quienes le hicieron la mayor oposición; pero al fin se impusieron sus partidarios. El 24 de junio se presentaron en Lyón los representantes del emperador bizantino, Miguel Paleólogo, y tras difíciles discusiones, en la sesión IV del 6 de julio, se proclamó la unión. Los griegos reconocieron el Primado de Roma y admitieron la fórmula del «Filioque». En cambio se les concedió poder con-

servar el símbolo usado desde antiguo en sus iglesias, así como también sus antiguos ritos. A la cabeza de los partidarios decididos de la unión estaba el nuevo patriarca Juan Bekkos. Aunque sincera, esta unión fue muy poco duradera. Según se refiere, Gregorio X, que tanto amaba a la Iglesia griega, derramó lágrimas de alegría al ver realizada la unión.

Por lo que se refiere a los demás objetivos del concilio, decretóse destinar a la cruzada durante seis años los diezmos de la Iglesia; pero, no obstante los abnegados esfuerzos del santo Pontífice, la cruzada no llegó a realizarse. Por otra parte, ya en la sesión segunda, se proclamaron varios principios dogmáticos, y en la tercera, algunos decretos disciplinares en orden a la reforma eclesiástica. Entre tanto, antes de la sesión quinta del 16 de julio, murió San Buenaventura en el mismo concilio. El Papa asistió a sus funerales, celebrados en la iglesia de los franciscanos de Lyón. Luego, con el objeto de evitar la repetición de una sede vacante de tres años, como la anterior, publicó Gregorio X la constitución *Ubi periculum,* por la que se introducía el sistema del *conclave,* en el que los electores quedaban encerrados hasta que se verificaba la elección. Mas, como se tomaban ciertas medidas bastante rigurosas respecto de los cardenales, hubo de parte de éstos una enconada oposición, hasta que al fin pudo ser proclamada.

Tal fue la obra fundamental realizada en la Iglesia por el insigne papa Beato Gregorio X. Después del concilio, entregóse de lleno a poner en práctica las medidas de reforma que se habían ordenado, particularmente las que se referían a los eclesiásticos. Con no menor intensidad trabajó en reunir socorros para los cristianos de Tierra Santa y para mover a los caballeros de Occidente a realizar la cruzada; pero ésta no llegó a realizarse por las divisiones existentes en la cristiandad. Con todo esto, el Romano Pontífice y la Iglesia volvieron a recobrar el antiguo prestigio y continuaron en su apogeo medieval.

En su vida privada, Gregorio X dio durante su pontificado los más edificantes ejemplos de caridad, humildad y fervor religioso, que le conquistaron la opinión general de gran santidad y la más profunda simpatía del pueblo cristiano. Así, se nos refiere que, diariamente, lavaba los pies de algunos pobres; enviaba a

algunos empleados en busca de las personas más necesitadas y repartía entre ellas abundantes limosnas. Por otra parte, observaba la mayor austeridad consigo mismo, no tomando alimento más que una vez al día y entregándose a la oración todo el tiempo posible. Pero, aunque tenía un corazón tan blando y caritativo con los pobres y desgraciados, era sumamente enérgico con los malvados y delincuentes. Es célebre en este punto el caso de Guido de Monfort, el asesino de Enrique de Alemania. Habiéndose presentado al Papa para obtener la absolución de su crimen, éste lo hizo encerrar primero en una fortaleza, y sólo un año después permitió al patriarca de Aquilea lo admitiera en la comunión con los fieles.

Pero los trabajos que tuvo que sufrir Gregorio X durante el concilio y después de él, unidos a la austeridad de su vida ascética, lo habían agotado por completo. Dios no le concedió ver de nuevo Roma. Mientras volvía de Lyón, después de pasar por Milán y Florencia, se vio obligado a detenerse en Arezzo de Toscana, donde, víctima de una pleuresía, murió el 10 de enero de 1276. Según se refiere, al sentir la proximidad de la muerte, pidió un crucifijo, y mientras lo besaba con la mayor devoción y recitaba la Salutación angélica, entregó su alma a Dios. Incluido por la Iglesia en el número de los beatos, Benedicto XIV, en su célebre obra *Sobre la canonización,* dedica largo espacio a la relación de su vida y milagros, tal como lo encontró en el archivo del tribunal de la Rota.

BERNARDINO LLORCA, SI

Bibliografía

BENEDICTO XIV, *De canonizatione...* 1.2 apénd.8.

BERNARD, G., en L. A. MURATORI, *Rerum italicarum scriptores,* III (Ciudad de Castello 1900) 597s.

DUCHESNE, L. (ed), *Liber pontificalis,* o c., II, p 456s.

GIRAUD, E -CADIER, L., *Regesta Gregorii X.*

MISCHI, G., «Gregorio nella cronaca di un vescovo aretino»: *Anal. Boll.* 33 (1914) 254s.

WALTER, FR., *Die Politik der Kurie unter Gregor X* (1894).

En particular, sobre el Conc. II de Lyón: C. J. VON HEFELE-H. LECLERCQ, *Histoire des Conciles,* VI (París 1907-1952) 153s, F. VERNET, en *Dict. Théol. Cath.;* J. AUER, *Studien zu den Reformschriften fur das II. Lyon Konzil* (1910).

BEATA ANA DE LOS ÁNGELES MONTEAGUDO

Religiosa († 1686)

La Beata Ana de los Ángeles Monteagudo Ponce de León fue una monja dominica peruana que vivió durante el siglo XVII y pasó casi toda su existencia en el monasterio de Santa Catalina de Arequipa (Perú). La acompañó siempre gran fama de santidad: era considerada valiosa consejera, muchas personas acudían a ella como poderosa intercesora ante Dios con sus oraciones y se le atribuyen hechos extraordinarios.

Sus biógrafos coinciden en situar el día de su nacimiento el 26 de julio, fiesta de Santa Ana, de quien lleva el nombre. Pero manifiestan algunas discrepancias respecto al año. Según el P. Ambrosio Morales, uno de los más rigurosos, nació en 1595, aunque no puede documentar directamente esta fecha, dice, porque su partida de bautismo pereció en un incendio en la catedral de Arequipa. Respecto al fallecimiento, el libro de *Religiosas difuntas en el trienio de la R. M. Priora D.ª M. Josefa Navarro* indica, en el cuarto puesto, este dato: «En diez días del mes de henero del mil seicientos y ochentayseis años murió soror Ana de los Ángeles, Religiosa profesa de Velo negro, llamada en el siglo D.ª Ana de Monteagudo», sin hacer referencia a la edad. Otros documentos, sin embargo, precisan que falleció a los 85 años, con lo que la fecha de su nacimiento debería colocarse en 1601.

Era la hija más pequeña, después de tres varones, de Sebastián de Monteagudo, un español nacido en Villanueva de la Jara (Cuenca), y de Francisca Ponce de León, arequipeña. Como perteneciente a una familia de elevada posición social, según el uso de la época fue llevada de muy niña —a los tres años, probablemente— al monasterio de Santa Catalina de Siena para ser educada en él, permaneciendo allí durante su infancia y adolescencia. En torno a los 16 años de edad sus familiares la obligaron a salir, porque le habían preparado un ventajoso matrimonio. Pero regresó a casa con gran disgusto por su parte, pues había comenzado a descubrir su vocación religiosa y se sentía inclinada a permanecer en el convento.

Una de las características más notorias de la espiritualidad de la Beata Ana de Monteagudo es la frecuencia de gracias ex-

traordinarias que recibió a lo largo de su prolongada vida, cuidadosamente documentadas por sus biógrafos, comenzando por la de su discernimiento vocacional. Según relatan, durante la corta etapa que permaneció con su familia, una visión de Santa Catalina de Siena, presentándole el hábito dominicano que había de recibir si regresaba al monasterio, la confortó decisivamente en su propósito de abrazar la vida religiosa y, gracias a una guía providencial, pudo huir de su casa y cumplir este deseo. No obstante, tuvo que atravesar una situación muy dolorosa y crítica, por la abierta oposición de sus padres, ante ella y ante la comunidad religiosa, a que adoptara ese estado de vida. Pero, según algunos testimonios, al fin, «dejándola en el Monasterio, se marcharon desconsolados». Allí completó su nombre, Ana, con «de los Ángeles».

Apenas comenzado su noviciado, una nueva gracia la puso en camino hacia la que había de ser una de las notas más específicas de su vida espiritual, sorprendentemente profundizada con el paso de los años. Era muy devota de San Nicolás de Tolentino, religioso agustino del siglo XIII, uno de los santos más venerados en Europa y América durante los siglos XVI a XVII, y solía celebrar sus fiestas más imitando sus virtudes que con otras manifestaciones externas. Leyendo su biografía, le hizo gran impacto saber que, estando un día el santo en ferviente oración por las almas del purgatorio, como sucedería después a Santa Teresa de Jesús, percibió con mucha fuerza la realidad del infierno. Ella quedó muy impresionada, y se sintió impulsada a imitar esta devoción. Desde entonces tuvo siempre muy presentes en sus oraciones a las personas alejadas de Dios, a los pecadores y a los difuntos.

Dicen los documentos que «se preparó a la profesión religiosa como si nunca hubiera ejercitado la virtud», ya que puso todo su entusiasmo y entrega en aprenderla. «Hizo la profesión solemne el año del Señor 1617», y de 28 de noviembre de 1618 es el Acta notarial por la que su padre, don Sebastián de Monteagudo, entrega la dote que se solía ofrecer al monasterio.

Le confiaron pronto el oficio de sacristana, tratando las cosas sagradas con mucha responsabilidad, respeto y amor. Desempeñando este cargo, un nuevo episodio, casi casual, hizo na-

cer en ella otro de los rasgos que tanto habían de caracterizarla: su gran caridad con todos y, en especial, con los más necesitados. Un día, buscando cuadros para adornar la iglesia en una fiesta, encontró uno de Santo Tomás de Villanueva, también agustino, español de la primera mitad del siglo XVI canonizado en 1658, que se distinguió como gran benefactor de los que padecían necesidad, por lo que recibió el sobrenombre de «padre de los pobres», y le pidió ardientemente que fuera su protector y maestro y que obtuviera de Dios para ella la gracia de ser caritativa y generosa con los necesitados, en lo cual él había destacado. Ciertamente a la Beata Ana le fue concedido este don, pues se distinguió por su bondad y entrega a todos, en especial a los más carentes de recursos, hasta el final de sus días.

Arequipa, ciudad peruana donde nació, vivió y murió la Beata Ana, se caracterizaba entonces por la notable influencia española, presente desde la primera mitad del siglo XVI. Junto a los edificios de administración, cultura y comercio, en la populosa ciudad habían ido construyendo sus casas algunas familias religiosas, como los dominicos, mercedarios, franciscanos, agustinos, jesuitas, hospitalarios, recoletos, etc., además de dos monasterios para dominicas y un carmelo, todo lo cual contribuía al ambiente piadoso y culto de la ciudad, poblada sobre todo de mestizos y mulatos. El gusto por el barroco, estilo propio de esta época, acentuaba en todos los sectores cierta tendencia a lo espectacular, exagerado o prodigioso, sin posible reacción crítica ante ello.

En este contexto, destacaba el monasterio de Santa Catalina tanto por su óptima ubicación en el ambiente urbano como por sus estrechas relaciones con las autoridades eclesiásticas y civiles. Había sido fundado como convento de vida contemplativa para monjas, centro de educación para niñas y jóvenes, lugar de acogida para huérfanos y residencia de viudas abandonadas. En esta época podría albergar a un centenar de religiosas y a otras doscientas personas más entre las acogidas al monasterio y las dedicadas al servicio.

Un acontecimiento externo, el aluvión provocado por el desbordamiento del torrente San Lázaro en 1637, obligó a muchas de estas personas a abandonar el recinto. Pero la Beata

Ana de los Ángeles prefirió permanecer en clausura. Reconstruida pronto la iglesia, continuaba siendo sacristana cuando se celebraron en ella algunas sesiones del Sínodo Diocesano convocado por el Obispo Pedro de Villagómez del 19 al 30 de diciembre de 1638.

Después, hacia 1644 se le encomendó la formación de las novicias, misión de gran responsabilidad, que cumplió eficazmente con la fuerza de su virtud y el testimonio de su ejemplo, aunque no por mucho tiempo.

Cuando en 1647 el Obispo don Pedro de Ortega visitó el monasterio, encontró en él algunas irregularidades, especialmente en las relaciones con el ambiente exterior, a las que deseaba poner adecuado remedio, y expresó su deseo de que Sor Ana de los Ángeles, a quien conocía y admiraba mucho, estuviera al frente de él. Él mismo acudía a ella en algunas ocasiones. «A pesar de que era hombre de mucha doctrina y santa experiencia, que había estado durante muchos años en Lima, que era prebendado y catedrático de teología en la R. Universidad de esta ciudad, y calificador y consultor del Santo Oficio... quedaba maravillado y convencido del sublime espíritu» de esta humilde monja dominica.

Después de la elección, en torno a los 46 años de edad la Beata Ana de los Ángeles se encontró siendo priora del monasterio. No fue fácil para ella el desempeño de esta responsabilidad. Por su deseo de que se observaran bien las Constituciones y por haber limitado algunos abusos, durante el tiempo de su gobierno tuvo que sufrir la contradicción, e incluso la calumnia, por parte de algunas religiosas. Estaba convencida de que muchas cosas requerían reforma: en las costumbres, en el trato de las religiosas entre sí y con las personas de fuera, en los modos de observancia... y, a pesar de haber encontrado gran resistencia, con extraordinaria valentía y firmeza no dudó en proceder como creía conveniente. Pero tuvo que revestirse del mismo vigor y fortaleza para superar todo género de desprecios, amenazas e injurias. Sin embargo, cuando estas cosas llegaban a sus oídos

> «nada de esto alteraba su ánimo; al contrario, decía que no tenía la culpa de que hubiesen hecho tan mala elección, que ella se había opuesto mucho [...]; estimaba mucho a las que la injuriaban, y de

> este modo procedio toda su vida, sin despreciar a nadie, ni mermar la estima y el honor de su projimo, en esto persevero hasta la muerte»

La Beata Ana de los Ángeles se esmeró en que las personas que tenía confiadas conocieran bien sus obligaciones y la doctrina cristiana. Según los testimonios de quienes la conocieron,

> «explicaba los sacrosantos misterios de nuestra creacion y de cuanto debemos a los sufrimientos de Dios con tanto espiritu y fervor que parecia una maestra de grande doctrina La tuvieron en gran estima todos los Obispos de esta ciudad que la conocieron, los cuales todos vinieron a comunicarse con ella y a tratarla, y la tuvieron en concepto y credito de santa»

A partir de 1650 dejó de ser priora, pero continuó con creces su fama de santidad y también, en algunas ocasiones, la persecución y el descrédito. Intervinieron algunos obispos en su favor, como don Gaspar de Villarroel en 1658.

Sor Ana de Monteagudo era una religiosa de reconocida vida de sacrificio y oración y, además, carismática, por lo que resultaba una persona muy interesante y atractiva en aquel tiempo. En comunidad, lo que hacía como sacristana, maestra de novicias o priora, era sin duda observado por la mirada atenta y vigilante de las monjas y, cuando la virtud o la gracia daba lugar a algún hecho extraordinario, lo divulgaban con rapidez y amplitud. Esto hacía que mucha gente acudiera a ella en busca de consejo, oraciones o ayuda, e incluso, a veces, con la secreta esperanza de observar algún portento.

Son muchos los prodigios que se le atribuyen y, aunque a lo mejor alguno de ellos no pudiera resistir la crítica histórica, varios se consideran probados y sirvieron de hecho para la edificación de cuantos los divulgaban: cae sin hacerse daño en las obras de construcción de la nueva iglesia, revela algunos acontecimientos futuros, conoce a los ausentes, profetiza la muerte de una persona y un mal viaje a otra, neutraliza un incendio, evita un naufragio, etc.

Sin embargo, lo que más prueba la santidad de Sor Ana son las afirmaciones de quienes conocieron su vivir cotidiano: «era una mujer virtuosísima», «de pocas palabras, pero sustanciosas», «de conversación afable, discreta, angélica»; «no perdía el tiempo hablando de cosas ociosas que no fueran del servicio de

Dios»; «era una religiosa de virtud superior y en grado heroico»; «de espíritu humilde, plácido, sencillo, sin ningún doblez, con una verdad muy sincera»; «de gran sencillez y mansedumbre, era amiga de los pobres, de los humildes, y estimaba a las personas que eran despreciadas». «Para hacerse una idea de su santidad bastaba la sencillez con que desvelaba lo que sentía, sin que se reconociera en ella ninguna cosa que no fuera de perfecto espíritu, por lo que refería a Dios todas sus palabras y sus obras». «Las virtudes que resplandecieron en ella con más intensidad fueron la fortaleza, la humildad, la caridad, el ser desinteresada, la paciencia y el sufrimiento».

Era notoria su piedad eucarística y tenía gran devoción a la Santísima Trinidad, a los misterios del Verbo encarnado y a la Virgen Inmaculada:

> «Cuando hablaba de algún misterio de la divinidad o humanidad de Nuestro Señor Jesucristo, decía muchas cosas tan excelentes que quedaban admirados quienes las escuchaban; y explicaba los misterios con tanto fervor y espíritu, y con palabras tan suaves, que se notaba bien que no tenía en el corazón nada contrario a nuestra santa fe, con la cual acompañaba las buenas obras y los ejercicios de virtud heroica, que confirmaban la viva fe que reinaba en su alma».

En 1676 la Beata Ana de los Ángeles se encontraba enferma, con sufrimientos hepáticos, reumatismo y ceguera, y supo soportar durante diez años con extraordinaria virtud sus dolencias y ancianidad. De esta etapa es el retrato hecho por un pintor que don Diego Vargas introdujo en su celda. Murió cargada de buenas obras y reconocida fama de santidad, como hemos indicado, el 10 de enero de 1686.

Después de un largo y minucioso proceso informativo, en 1975 fue declarada la heroicidad de sus virtudes. El papa Juan Pablo II la beatificó el 2 de febrero de 1985.

M.ª ENCARNACIÓN GONZÁLEZ RODRÍGUEZ

Bibliografía

GOMEZ CANO, B., *Sor Ana de los Ángeles Monteagudo y Ponce de León* (Lima 1983).
MORALES, A., OP, *La Virgen Arequipeña* (Arequipa 1955).
PASARELL, P. E. C., *Vida de la R. M. Sor Ana de los Ángeles Monteagudo que floreció en el Monasterio de Sta. Catalina en la Ciudad de Arequipa* (Barcelona 1879).

— *Biografía de la Venerable Madre Sor Ana de los Ángeles Monteagudo de cuya beatificación y canonización se trata ante la Congregación de Ritos en Roma* (Arequipa 1895).
VARGAS, D., *Causa de beatificación de la reverenda madre Ana Monteagudo* (Arequipa 1907).

SANTA FRANCISCA DE SALES (LEONIA) AVIAT
Virgen († 1914)

Nació en Sézanne (Francia) el 16 de septiembre de 1844, recibiendo las aguas bautismales el día siguiente. Su padre, Théodore Aviat, era un comerciante de reconocido prestigio, y su madre, Emile Caillot. Su primera enseñanza la recibió en la escuela local, pasando a continuación al monasterio de la Visitación de las Salesas de Troyes (Champagne), donde recibe formación adecuada en los principios cristianos y toma la Primera Comunión en 1856, permaneciendo hasta cumplir los 16 años de edad.

Concluida esta etapa formativa, su padre la instruye en los asuntos del negocio familiar, manifestando un sentido práctico y gran habilidad natural. Se le presenta una propuesta matrimonial muy ventajosa que su padre desea con mucho interés, pero Leonia pide tiempo para reflexionar. Un acontecimiento inesperado y dramático libera a Leonia de este trance, su padre, a causa de una estafa, se ve en bancarrota. Ante este hecho, el pretendiente desiste de ennoviarse con Leonia, pues quedó probado que en realidad lo que pretendía era el saneado negocio paterno de ultramarinos. En cuanto le fue posible regresó a Troyes, donde intenta profesar como humilde hermana conversa, pues no puede llevar dote, aunque al poco tiempo regresó con los suyos. Los impulsos del corazón deben dejarse madurar con adecuada reflexión. Su padre no la comprendió nunca, y nunca le concedió su consentimiento para que profesara como religiosa.

Estamos en la época industrial que atrae en masa hacia la ciudad una mano de obra inexperta, embaucando a numerosas jóvenes venidas del campo que intentan abrirse un mejor medio de vida entrando en las fábricas textiles. Para ellas el padre Brisson se manifiesta como un gran apóstol y un precursor del gran movimiento social cristiano del último tercio del siglo XIX. Ha-

bía sido capellán de las monjas Salesas de Troyes, y movido por su celo por la formación religiosa de las jóvenes que entraban a trabajar en las fábricas, organizó una comunidad asistencial conocida como *Las obras para las trabajadoras jóvenes,* que puso bajo la protección de San Francisco de Sales. A las muchachas inexpertas se les facilitaba un local seguro, comida y asistencia espiritual donde se sentían amparadas y defendidas.

El abandono de la casa paterna por parte de los hijos era una costumbre nueva que comenzaba a imponerse en este momento, por el propio afán de libertad inherente al ser humano, y el propio deseo individual de participar en los cambios sociales que llegaban a pasos agigantados. A estas jóvenes inexpertas, que se sienten atraídas por este nuevo modo de vida, hay que ofrecerles un hogar y una caritativa atención en el corazón de Dios.

Leonia Aviat, obediente a lo que considera como la voz de Dios, recibe poco después un signo particular que no puede ser una mera ilusión: entró por necesidad en un taller de óptica de Sézanne, y al mismo tiempo un rayo de luz llenó su espíritu, decidiéndola a consagrarse a Dios. La visión de aquel taller poblado de jóvenes operarias aplicadas a su trabajo, bajo la atenta mirada de una supervisora, hizo nacer en su corazón el deseo de tomar parte entre ellas, para aconsejarlas y guiarlas. Esta decisión se aclarará en el momento que el padre Brisson la invite a visitar la obra que había fundado en Troyes. El 18 de abril de 1866 Leonia Aviat entra en la Obra de San Francisco de Sales, junto con una de sus antiguas compañeras de internado, Lucía Carmet. Desde ese momento su oración fue:

> «San Francisco de Sales, ya que me habéis escogido para estar al frente de esta pequeña tropa, concededme vuestro espíritu, vuestro corazón. Hacedme parte de vuestra unión con Dios y de este espíritu interior que sabe hacerlo todo con él y nada sin él».

El 11 de octubre de 1871 hace profesión y el año siguiente es elegida superiora general de la nueva Congregación de Oblatas de San Francisco de Sales. El apostolado de las Oblatas se va a extender a las diferentes clases sociales, a todas las formas de educación y a las misiones.

El 20 de septiembre de 1872 es elegida superiora general del Instituto, y en diciembre, el padre Brisson le encarga de las no-

vicias, y comenzará a dar frutos de su bondadoso corazón. «Que mi obediencia no tenga límites. Nuestro Señor nos llama, no nos toca mirar a dónde nos conduce». Frente a la incomprensión, oración, serenidad y bondad. Con la sencillez se vencen las distancias. «La confianza atrae la confianza».

Después de haber consolidado esta obra en Troyes marchó a París, donde organizó un internado para jóvenes de posición social acomodada. Ocho años más tarde, volvió a Troyes, donde permaneció durante 15 años, sufriendo virtuosamente la hostilidad de algunos miembros de su comunidad.

En 1893 fue elegida de nuevo superiora general, cargo que ocupó hasta su muerte. Durante estos años el instituto se extendió por Sudáfrica, Ecuador, Suiza, Austria, Inglaterra e Italia. Las leyes anticlericales promulgadas en 1903 por el Gobierno Francés en contra de la Iglesia obligaron al cierre de 23 casas, bien organizadas, viendo expropiados sus bienes. Esta legislación laica obligó a la Madre Aviat y su consejo a refugiarse en Italia, eligiendo la ciudad de Perugia para reorganizarse, animando desde allí a las religiosas a permanecer fieles en medio de tan nefasta persecución.

El padre Brisson falleció santamente el 2 de febrero de 1908 sin poder saborear la aprobación de las Constituciones de la Congregación que, finalmente, fueron aprobadas por San Pío X el año 1911. Dos años más tarde, el 25 de diciembre de 1913, Madre Leonia se siente helada durante la santa misa, obligándola la fiebre a guardar cama. El 9 de enero recibió la unción de los enfermos, entregando su alma a Dios el 10 de enero de 1914. En 1928 los restos mortales de la Madre Aviat fueron inhumados en la capilla de la Casa Madre de Perugia, pero en 1948, al reinstalarse la Casa Madre en Troyes (Francia), fueron trasladados a la capilla de la misma.

El 9 de abril de 1957 el papa Pío XII firmó el documento de la Introducción de la Causa de Beatificación. El 1 de diciembre de 1978 y en presencia de Juan Pablo II se leyó el decreto sobre la heroicidad de las virtudes de la Sierva de Dios, declarándola Venerable. El 27 de septiembre de 1992 Juan Pablo II la beatificó, destacando en su homilía la grandeza de «una mujer [...] que supo entregar con serena confianza su vida cotidiana en las ma-

nos de Dios, diciendo que había que "hacer todo con Dios y nada sin Él"».

Finalmente, el 18 de diciembre de 2000 se promulgó el decreto de reconocimiento del milagro para la canonización, que el papa Juan Pablo II celebró en San Pedro del Vaticano el 25 de noviembre de 2001.

El milagro para la beatificación

En 1976 se llevó a cabo una nueva fundación en Sudáfrica. Las religiosas conocen a un muchacho enfermo, Vicente Kesner, de 12 años, operado de un tumor en el codo derecho, no resuelto satisfactoriamente. El brazo es posible que tenga que ser amputado. La madre y familiares comienzan una novena a la M. Aviat el 22 de enero. A partir del sexto día, Vicente experimenta una mejoría. El 27 de enero, el brazo aparece curado, sin explicación médica. En su juventud contrajo matrimonio, ejerce de electricista y es padre de dos hijos.

El 21 de diciembre de 1991, en presencia de todos los miembros de la Congregación para las Causas de los Santos, Juan Pablo II promulgó el decreto reconociendo el milagro del joven sudafricano Vicente Kesner.

El milagro para la canonización

Bernadette McKenzie nació en 1977 en Drexel (Pennsylvania). En marzo de 1990, sufre fuertes dolores en la parte baja de la espalda. Según el facultativo se trataba de un lipoma serofibroso, que apretaba con sus fibras la médula espinal y oprimía los nervios. Se decide a operarse (3 de mayo de 1990). Nueve horas de intervención, pasando convaleciente todo el verano de ese año. En noviembre de 1990, de nuevo, grandes dolores en la espalda y nueva revisión médica. Se habían formado dos nuevos lipomas sacros, y nueva operación (enero de 1991), con resultado positivo, pero en septiembre de 1991 los dolores persisten. Es operada por tercera vez (14 de noviembre). Al cabo de varios días le dolía una pierna por culpa de un nuevo lipoma. El

17 de marzo el médico informa: su caso es irreversible. El 22 de marzo la familia comienza una novena a la Venerable M. Aviat. El 25 de marzo tomó sólo un calmante, y por la tarde tuvo la convicción de estar curándose. El médico lo confirmó: «no existe explicación médica para la curación de esta paciente». El 18 de diciembre de 2000 fue promulgado el decreto de reconocimiento del milagro para la canonización.

ANDRES DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

ESMAUGES, M A D', *M'oublier entierement Leonie Aviat* (Troyes 1991)
Index ac status causarum, o c , 519
L'Osservatore Romano (23 y 25 11 2000)
Martyrologium romanum, o c , 88

C) BIOGRAFIAS BREVES

SAN GREGORIO NISENO

Obispo (ca 400)

Gregorio fue hermano menor de San Basilio, y nació en Cesarea de Capadocia hacia el año 330. Huérfano desde pequeño, sus hermanos Basilio y Macrina se hicieron cargo de su educación. Hizo los estudios clásicos, propios de su tiempo y su clase social elevada, y llegó a ser profesor de retórica. Se debió a la influencia de San Gregorio Nacianceno su determinación de entregarse al servicio divino y se ordenó de sacerdote, estando ya casado con una dama llamada Teosebeia. Lo más probable es que el matrimonio se separara, toda vez que Gregorio seguidamente a su ordenación vivió en la comunidad monástica fundada por su hermano Basilio y en la que, como es obvio, se practicaba el celibato.

Su ascensión al episcopado tuvo lugar el año 372 y se le eligió para la sede de Nisa, en Armenia, dentro del plan de San Basilio de ir sustituyendo a los obispos arrianos de su provincia eclesiástica por obispos católicos conforme las sedes ocupadas por los arrianos iban vacando. Pero los arrianos no se quedaban quietos y muy pronto se lanzaron a desprestigiar a Gregorio,

acusándolo entre otras cosas de una elección irregular, seguramente sobre la base de la presión de Basilio para que fuera elegido. El gobernador imperial del Ponto dio oídos a las acusaciones de los arrianos y Gregorio se vio de pronto arrestado por la autoridad civil. Gregorio aprovechó una oportunidad para escaparse, y ello le valió la sospecha de ser culpable, como solía ser el veredicto de los que esquivaban la detención legal.

No parece que tuvo lugar fijo de residencia hasta que, cambiadas las circunstancias, pudo en 378 volver a su diócesis. Naturalmente los años de su exilio contó siempre con el apoyo de su hermano, el cual murió a poco de su vuelta a Nisa, sirviéndole a Gregorio de consuelo el gran recibimiento que le hizo la población de su diócesis.

Gregorio contó en los años siguientes con la alta estima en que lo tuvo el emperador Teodosio, en cuya política de restauración de la ortodoxia frente al arrianismo participó activamente, recibiendo y cumpliendo misiones del gran monarca católico. Y naturalmente acudió al I Concilio ecuménico de Constantinopla en 381, donde se reafirmó la fe de Nicea y se definió la divinidad del Espíritu Santo. En plena asamblea murió su presidente San Melecio de Antioquía, y Gregorio fue uno de los obispos que habló en sus funerales. Gregorio pronunció también en 385 la oración fúnebre de la princesa Pulqueria y poco después la de la emperatriz Flacila. En el 394 asistió a una reunión numerosa de obispos en Constantinopla.

Gregorio pudo continuar su labor pastoral con bastante tranquilidad hasta su muerte el 10 de enero del año 395, según parece, y a su fama de santidad se une el mérito de sus escritos.

Gregorio Niseno ha recibido el título de místico y de filósofo, el uno debido a su elevación espiritual y el otro a su elevación intelectual. De su abundante producción literaria debemos decir que contiene obras catequéticas, obras polemistas contra los arrianos, obras también polemistas contra el apolinarismo, obras dogmáticas, obras exegéticas, obras ascéticas, discursos y cartas.

SAN AGATÓN

Papa († 681)

La primera etapa de la vida de San Agatón no daba a entender que fuera a llegar a sentarse en la sede de Pedro, pues en su juventud contrajo matrimonio, desempeñó un trabajo civil y vivió plenamente una vida secular. Pero al cabo de veinte años de matrimonio quedó viudo y entonces sintió la vocación religiosa e ingresó en un monasterio. Él era de familia y cultura griega y había nacido y vivido en Sicilia.

Luego de varios años de monje en un monasterio de Palermo, fue enviado a Roma, donde se le hizo tesorero de la Iglesia romana y se granjeó la estima universal por su cultura, santidad de vida y agradable trato. Por ello, al morir en el año 678 el papa Domno, Agatón fue elegido para sucederle.

Agatón se encontró con un antiguo y enconado problema con Constantinopla que la transigencia de sus antecesores no había logrado arreglar. Agatón siguió la misma política de transigencia y por ello aceptó la propuesta del emperador Constantino IV de enviar una delegación a una reunión que iba a tener lugar en la capital bizantina y que por fin resultó formalizarse como concilio ecuménico. En él fue condenada la herejía monotelita y además de condenarse al patriarca Sergio, claro paladín de la misma, se condenó también al papa Honorio, bajo la acusación de fautor.

Agatón había convocado el año 679 un sínodo en Roma, en el que se había declarado la doctrina de las dos voluntades en Cristo, y en su carta a Constantinopla no había dejado de significar la primacía de la Iglesia romana, por darse en ella la sucesión de San Pedro, a quien —decía el Papa— le había confiado el Señor el cuidado de su rebaño.

Agatón murió en Roma el 10 de enero del año 681, antes de que el concilio de Constantinopla hubiese acabado sus deliberaciones.

SAN PEDRO URSÉOLO
Monje († 988)

Pedro nació en Údine el año 928 y se trasladó a vivir a Venecia, donde se casó y tuvo un hijo. Llevaba vida piadosa y era un hombre responsable y recto que se acreditó ante sus ciudadanos. Como comandante de la flota veneciana había luchado valerosa y eficazmente contra los piratas, prestando así a la República notables servicios.

El año 976 el dux veneciano Pedro IV Candiani fue asesinado en un motín provocado por su intento de cambiar el régimen republicano de Venecia e instalar una monarquía. No ha faltado quien diga que Pedro Urséolo estuvo implicado en el complot contra Pedro IV Candiani y que por ello fue a continuación elegido dux de Venecia. Su gran deseo fue restaurar el orden y la tranquilidad pública, mostrándose generoso con la viuda de Candiani y procurando pacificar y no enervar más los ánimos.

Pero dos años más tarde, sin avisar a nadie ni decirle a su hogar su determinación, se alejó de Venecia y se llegó al monasterio benedictino de Cuxac en el Languedoc, donde pidió ser admitido y, además, para hacer vida eremítica. Pasaron años antes de que su familia supiera dónde estaba. Animado por San Romualdo perseveró en su género de vida, llevando adelante una estricta condición de ermitaño, entregado por completo a la oración y la contemplación, en medio de la mayor ascesis y penitencia. Murió allí el 10 de enero del año 988.

SAN GUILLERMO DE BOURGES
Obispo († 1209)

Se llamaba Guillermo de Donjeon y era miembro de una familia noble de Nevers. Llevado a educar con su tío el arcediano de Soissons, sintió desde joven la vocación eclesiástica y su familia le procuró una canonjía en Soissons y posteriormente pasó también como canónigo a París. Pero la vida canonical no terminaba de convencerle porque él deseaba vivir con plena intensidad su dedicación a Dios en pobreza y obediencia, y

por ello, renunciando a su canonjía, ingresó en la abadía de Grandmont.

No halló, sin embargo, en esta abadía la paz que buscaba porque una serie de disputas internas la turbaban, y entonces Guillermo decidió pasar al Císter, ingresando en la acreditada abadía de Pontigny. Pero sus deseos de una vida ordinaria y desapercibida fueron turbados cuando la obediencia le obligó a ser abad de Fontaine-Jean y posteriormente de Chalis.

Al morir el obispo Enrique de Sully, que ocupaba la sede de Bourges, su hermano, el obispo de París, tuvo la idea de que fuera un abad cisterciense el que le sucediese y que por medio de la suerte se eligiera cuál de ellos. La suerte cayó sobre Guillermo, a quien luego el clero eligió mediante una votación formal. El santo abad no estaba muy dispuesto a aceptar la elección, pero el abad de Cîteaux, general de su Orden, y por encima de él el propio papa Inocencio III le ordenaron aceptar en virtud de obediencia.

La elección resultó un éxito, porque Guillermo fue un excelente pastor, defensor de los derechos de la Iglesia, celoso de la disciplina eclesiástica, predicador incansable, volcado en atender las necesidades de los pobres y muy atento al gran problema de su tiempo en el sur de Francia: la herejía albigense. Guillermo la combatio solamente oponiéndole la recta doctrina y logrando numerosas conversiones.

Su muerte también fue ejemplar, pues pidió lo pusieran en un lecho de cenizas para morir como un penitente. Murió el 10 de enero del año 1209. Fue canonizado por el papa Honorio III el año 1218.

BEATO GIL DE LORENZANA

Religioso († 1518)

Gil nació en Lorenzana el año 1443 en el seno de un hogar modesto y cristiano. Muy inclinado a la piedad desde su niñez, cuando llega a la adolescencia, obtiene licencia para vivir retirado en un santuario que se encontraba en medio del campo, donde el joven se entrega sobre todo a la oración. Pero su soledad es interrumpida por la visita de los vecinos del pueblo que

quieren ver por sí mismos al joven ermitaño y empiezan a consultarle sus preocupaciones.

No hallándose capaz de dar respuesta a quienes acuden a él, decide dejar el santuario y colocarse como jornalero con un rico agricultor, el cual le toma afecto y le permite pasar en oración varias horas al día. Así está un tiempo hasta que madura su propia vocación y se decide a pedir el hábito franciscano en el convento de Lorenzana. Admitido al noviciado, profesa como hermano y se le asigna el encargo de trabajar la huerta de los frailes. Tiene la inspiración de pedir y obtener licencia para construirse una pequeña celda en lo más alejado de la huerta y allí poder pasar en contemplación de las cosas divinas las horas que no son del trabajo. Y así discurre su vida: trabajo y oración altísima, siendo evidentes a la comunidad religiosa las virtudes del humilde hermano, que no salía de su celda sino para el trabajo y para acudir a la iglesia donde adoraba con amor de serafín al Santísimo Sacramento. Murió el 10 de enero de 1518, estrechando en sus manos el rosario de la Virgen María. El papa León XIII confirmó su culto el 24 de junio de 1880.

BEATO GONZALO DE AMARANTE

Presbítero († 1259)

Nace en Atanagilde (Portugal) el año 1187 en el seno de una acomodada familia. Al manifestar vocación sacerdotal, es enviado al palacio episcopal de Braga donde se le prepara para el sacerdocio, que recibe el año 1215. Se le nombra párroco de la iglesia-abadía de Payo en Riba de Visela y desarrolla una apreciable labor pastoral, pues era un sacerdote piadoso y responsable, muy dado a la predicación y muy amante de los pobres.

Decide viajar a Tierra Santa y deja la parroquia encomendada a un sobrino suyo. Tardó nada menos que catorce años en su peregrinación, y a su vuelta se halló con que su sobrino no le recibió bien. Decidió dejar la parroquia y retirarse a Amarante, donde construye una ermita en la que ejerce su ministerio sacerdotal, singularmente la predicación. Entiende que es la misma Virgen María la que le pide que se haga dominico e ingresa en la Orden de Predicadores.

Vestido con el hábito blanco y negro perseveró en su ministerio de adoctrinar al pueblo cristiano y guiar a muchas almas por el camino de Dios, atribuyéndole la opinión pública numerosos milagros. Murió el 10 de enero de 1259.

11 de enero

A) MARTIROLOGIO

1 En Roma, San Higinio († 142), papa *
2 En África, San Salvio (s III), martir
3 En Mauritania, San Tipasio († 297), militar y martir
4 En Cesarea de Palestina, San Pedro Apselamo († 309), joven martir
5 En Brindis (Apulia), San Leucio, primer obispo de la ciudad (s IV)
6 En Pavia, Santa Honorata, virgen, hermana del obispo San Epifanio (s V)
7 En el desierto de Judea, San Teodosio Cenobiarca († 529), fundador de muchos monasterios *
8 En Imola, San Paulino († 802), obispo de Aquileya, que trabajo por la conversion de los avaros y eslovenos *
9 En Catania (Sicilia), Beato Bernardo Scammacca († 1487), presbitero y religioso dominico *
10 En Londres (Inglaterra), Beato Guillermo Carter († 1584), impresor y martir *
11 En Civitella (Lazio), Santo Tomas de Cori († 1729), presbitero y religioso franciscano **
12 En Gdanz (Polonia), Beato Francisco Rogaczewski († 1940), presbitero y martir *

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SANTO TOMAS DE CORI
Presbitero († 1729)

Nacio en Cori el 4 de junio de 1655 Fueron sus padres Natal Placidi y Angela Cardilli. En el bautismo le impusieron el nombre de Francisco Antonio Desde su más tierna infancia se

distinguió por su piedad. Todas las mañanas participaba en la santa misa que se celebraba en el santuario de la Virgen del Socorro.

Pronto perdió a su madre y también a su padre, cuando tenía 14 años. Por eso tuvo que afanarse en el trabajo para llevar adelante a sus hermanas. Cuando tuvo arreglado un modo decoroso de vida para las dos, ingresó en los franciscanos a los 22 años de edad. Tomó el santo hábito en el convento de la Santísima Trinidad de Orvieto el 7 de febrero de 1677, como clérigo, con el nombre de Tomás. Profesó al año siguiente el 8 de febrero.

Desde el año 1678 a 1683 frecuentó las clases del Estudio General de Santa María del Porciso, en Viterbo. Fue ordenado sacerdote en Velletri el año 1683 y el 19 de julio del mismo año le dio el Padre General, Pedro Merino Serrano, el permiso para predicar.

Hizo un gran apostolado en las diócesis de Subiaco y otras cercanas a ella. Se conserva un volumen manuscrito con sus sermones. Fue muy estimado también por sus frutos espirituales en la administración del sacramento de la penitencia. Todos lo consideraban como un gran maestro de santidad y experto director espiritual. Confesaba desde la mañana hasta el atardecer y, además, atendía espiritualmente a los enfermos. Contribuyó mucho a la reforma de costumbres y a poner paz entre todos.

Desde novicio se distinguió por su empeño en conseguir la perfección cristiana. Se le consideró como un espejo de ejemplaridad y de todas las virtudes, incluso por los religiosos más ancianos.

Sus virtudes más características fueron la pobreza, la humildad, gran paciencia, espíritu de oración, sobre todo ante el Santísimo Sacramento. Fue devotísimo de la pasión del Señor y de la Santísima Virgen María. Solía decir que «Jesús y María eran sus dulcísimos amores».

Pero su nombre está unido muy principalmente a la obra de los «retiros» en el orden franciscano. Las *Constituciones de los retiros,* que se conservan autógrafas en el archivo de Bellegra, le costaron veinte años de estudio, de oración y de sacrificios. Su

discípulo más ilustre en este aspecto fue San Teófilo de la Cort († 1754), que fundó varios «retiros», con los que logró muchos frutos de santidad.

Hizo muchos milagros durante su vida, tuvo el don de profecía, frecuentes éxtasis, apariciones del Señor, de la Virgen y de San Francisco de Asís. Leía claramente en el corazón de los que acudían a él.

Cargado de méritos y de años, murió el 11 de enero de 1729. Cuatro años más tarde se inició el proceso informativo sobre sus virtudes en Subiaco, Velletri y Sabina con el fin de proceder a su beatificación, que tuvo lugar el 3 de septiembre de 1786 por el papa Pío VI. Fue canonizado en 1999 por Juan Pablo II.

MANUEL GARRIDO BONAÑO, OSB

Bibliografía

CARASOLI, I., *El Beato Tomás de Cori, predicador popular* (Tesis doctoral en el Antonianum de Roma 1950).

CONTENTI, G., *Un apóstol franciscano, el Beato Tomás de Cori* (Roma 1955, Villalba de Guidonia ²1967).

Bibliotheca sanctorum, t.XII col.573-576.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN HIGINIO
Papa († 142)

En conformidad con los antiguos catálogos de los obispos de Roma, Higinio fue el octavo en tener la cátedra romana de San Pedro. Aunque durante mucho tiempo se le ha tenido por mártir, hoy se cree que no lo fue pues ni el historiador Eusebio ni el propio *Liber pontificalis* le califican de tal.

En realidad es muy poco lo que sabemos de Higinio, salvo la seguridad histórica de que fue papa en la primera mitad del siglo II. Parece que fue hacia el año 137 cuando tuvo lugar su elección y su muerte hacia el año 142. No parece deba confundírsele con el filósofo del mismo nombre. Por su nombre hay

que decir que era griego o de cultura griega. Se le atribuye sin mayor fundamento la institución de las órdenes menores.

Lo que sí podemos saber es cuáles fueron los problemas de la comunidad cristiana de Roma en tiempos de Higinio, y se debieron a la presencia de gnósticos en la ciudad. Concretamente y por el tiempo en que Higinio fue papa estaba en Roma el egipcio Valentín, autor del Evangelio de la Verdad, que San Ireneo menciona, y de otros tratados todos ellos gnósticos. Consta que estas enseñanzas tentaron al menos a algún sacerdote y algunos fieles romanos. Cómo de fuerte era la influencia gnóstica en los años concretos del pontificado de Higinio no tenemos datos para perfilarlo.

SAN TEODOSIO CENOBIARCA

Fundador († 529)

Nace en Capadocia alrededor del año 423 y vivió en el siglo hasta la edad de treinta años en que sintió la llamada de la vida monástica y se marchó a Palestina. Aquí se estableció en las cercanías de la ciudad de Belén, de tanta evocación para los cristianos, y fundó un monasterio que por sus peculiaridades se haría bien pronto famoso.

Teodosio concebía el monasterio como una pequeña ciudad de Dios en donde la vida comunitaria era el verdadero marco de toda la dedicación del monje a Dios. El monje no sería ya un solitario que vivía más o menos cerca de otros solitarios sino un miembro de una verdadera comunidad, a la que servía y la cual velaba por sus intereses espirituales y materiales. Tuvo en cuenta la procedencia de los monjes e hizo una iglesia para cada grupo de lenguas: los de habla griega, los de habla armenia y los de habla eslavónica, y en cada una de estas iglesias se celebraban los cultos centrados en la Palabra divina, que cada uno podría así oír y celebrar en su propia lengua; pero la liturgia de la eucaristía se celebraba en griego y a ella concurrían todos los monjes, en la iglesia que llamaríamos general.

Pensó también en distintas enfermerías, según se tratase de enfermos corrientes, de ancianos ya debilitados o de monjes afectados por alguna enfermedad de la mente.

A imitación del de Belén se formaron otros monasterios por toda Palestina, y a fin de salvaguardar su identidad el obispo de Jerusalén le dio a Teodosio autoridad sobre los mismos y de ahí le vino el apelativo de cenobiarca, es decir, el que preside a los que viven en común.

Teodosio se vio envuelto en la controversia monofisita. Cuando el emperador Anastasio por favorecerla depuso al obispo Elías de Jerusalén, que fue sustituido por Juan, éste se mostraba inclinado a la condescendencia pero Teodosio logró que Juan condenara a Eutiques así como a Severo, su sostenedor en Palestina. Teodosio aceptó el dinero que el emperador le mandaba con el fin de comprarlo y dio el dinero a los pobres, rehusando a continuación firmar la declaración monofisita que el emperador le envió. Por el contrario escribió contra ella y se lanzó por toda Palestina a una campaña antimonofisita. Y esto le valió que el emperador le depusiera de su cargo de jefe de los monjes. Pero esto duró poco tiempo, ya que, muerto Anastasio y sucedido por Justino, se restableció la ortodoxia y Teodosio fue repuesto en su cargo. Siguió Teodosio en su firme defensa de la ortodoxia hasta su muerte sucedida el 11 de enero del año 529 cuando rebasaba los ciento cinco años.

SAN PAULINO DE AQUILEYA

Obispo († 802)

Nace en Cividale hacia el año 726 en el seno de una familia dueña de tierras, a cuyo trabajo se dedica inicialmente pero para luego estudiar humanidades hasta acreditarse como magnífico maestro de gramática.

Carlomagno, empeñado en un renacimiento de las letras y las artes, lo mandó llamar a su corte, donde ya brillaba la estrella de Alcuino, y lo hizo partícipe de su política cultural y religiosa y miembro destacado de su centro de estudios. Es posible que Paulino ya fuera clérigo antes de ir a la corte, pero de todos modos aceptó el nombramiento episcopal que le hizo Carlomagno con el título enfático de patriarca de Aquileya.

Paulino estuvo presente en numerosos sínodos por delegación del emperador, en los que se acordó la política reformista

de Carlomagno, pero no estuvo presente en la conversión forzada de los paganos, sino que escribió unas reflexiones destinadas a hacer ver que nadie debiera ser llevado al bautismo sino libremente y luego de conocer de forma suficiente la religión cristiana. Se mostró partidario de incrementar cuanto fuera posible la instrucción religiosa de los fieles e insistía en la necesidad de una liturgia celebrada en todas partes con dignidad y solemnidad.

Intervino activamente en dos polémicas doctrinales: el adopcionismo que activaban en España Elipando de Toledo y Félix de Urgel, y la cuestión del filioque, la procesión del Espíritu Santo respecto del Padre y del Hijo, añadidura al Credo acordada primeramente en España y que a su vez se aceptó por Carlomagno con el expreso consentimiento de Paulino y de los obispos occidentales.

Personalmente fue Paulino un hombre de vida austera y santa, que le valió se le diera culto tras su muerte en Aquileya el 11 de enero del año 802. Había logrado ver a su querido Carlomagno coronado emperador.

BEATO BERNARDO SCAMMACCA

Presbítero († 1487)

Nació Bernardo en Catania hacia el año 1430 en el seno de una familia rica. No era el suyo un tiempo que pareciera muy propicio a la santidad, bien que ésta no dejara de florecer por todas partes, pero entre la juventud circulaban criterios de conducta que se alejaban muchísimo de la fe que la sociedad de su tiempo decía profesar. El hecho es que al llegar a la adolescencia Bernardo perdió el sentido de la mesura y, aprovechando la buena situación social en que se hallaba, su vida se fue hundiendo en la disipación de costumbres. Descuidado, alegre, vividor, pendenciero, el joven Bernardo no tenía tiempo de pensar en asuntos espirituales.

La llamada de Dios le llegó cuando el Señor permitió que al batirse en un duelo recibiese una profunda herida, que le obligó a ir a parar al lecho del dolor. Pudo costarle la vida pero su fuerte constitución le hizo soportar sin morir la pérdida de sangre y

la debilidad. Convertida la herida en llaga, le sirvió de base para reflexionar sobre la vida llevada hasta entonces y arrepentirse sinceramente. Mejoró y optó por un cambio radical de vida. Acudió al convento de Santo Domingo y pidió el hábito blanco de los frailes predicadores.

Bernardo asumió la vida religiosa como una penitencia por sus muchas faltas. Profesó los votos de la Orden y, estudiada la teología, accedió al sacerdocio, proponiéndose imitar en su celo apostólico a Santo Domingo. Se dice que sus predicaciones, sus profecías y sus milagros atrajeron sobre él la atención de los fieles, que lo veneraron en vida como santo. Murió en Catania el 11 de enero de 1487. Su culto fue confirmado por el papa Pío VII el 8 de marzo de 1825.

BEATOS GUILLERMO CARTER Y OTROS MÁRTIRES INGLESES

Martir († 1584)

El día 22 de noviembre de 1987 el papa Juan Pablo II beatificaba en Roma al seglar Guillermo Carter, cuyo martirio había tenido lugar tal día como hoy, 11 de enero, del año 1584, y junto con él fueron aquel día colocados en el honor de los altares otros ochenta y cuatro mártires de la persecución que la corona inglesa dirigió tenazmente en los siglos XVI-XVII contra el catolicismo de su reino.

Naturalmente todos los mártires no habían alcanzado su corona ni en el mismo día ni en el mismo año, pero la memoria de todos ellos fue englobada en una causa que tenía como primer nombre al sacerdote secular Jorge Haydock y que comprendía sacerdotes seculares, religiosos y seglares, así hombres como mujeres, de varias condiciones y edades, testigos todos ellos del Primado de Pedro tal como lo quiso Cristo y de los derechos de la conciencia humana a profesar la fe de manera libre y responsable.

En el breve por el cual los beatifica, el papa Juan Pablo II recuerda que todos estos mártires pusieron por encima de las exigencias del rey terreno la fidelidad a Cristo, rey eterno, el rey cuyo reino no es de este mundo, de quien se hicieron testigos

los mártires prefiriendo perder la vida terrena antes de pisotear el mandato de Cristo Rey. Ellos dieron testimonio con su muerte de que todo poder viene de Dios y nada puede contra los mandatos de Dios y que por ello no se puede obedecer a los hombres cuando al hacerlo se desobedece a Dios. Los mártires provenían de Inglaterra, Gales, Escocia e Irlanda, y todos estaban unidos por una misma fe y una misma aspiración a la vida eterna.

Guillermo Carter había nacido en Londres de padres católicos y ejerció primero el oficio de impresor, que era el paterno. Luego entró como secretario y escribiente al servicio de un catedrático de griego, Mr. Harspfield, que por católico fue a parar a la cárcel. Carter no dudó en colaborar en la impresión de obras católicas, por lo que la policía de Topcliffe estuvo tras él hasta que logró arrestarlo en julio de 1582. A la esposa de Carter se le sacó información sobre las actividades de su marido como persona relacionada con los católicos más significados, pero Carter se mantuvo firme en no revelar los nombres de sus amistades. Encerrado en la Torre de Londres, tuvo la pena de no poder asistir a la muerte de su esposa. En el juicio se le acusó de escribir libros propios de un traidor y que incitaban a la traición y bajo esa acusación fue condenado a muerte. Fue ahorcado y descuartizado en la plaza londinense de Tyburn en la fecha indicada.

BEATO FRANCISCO ROGACZEWSKI

Presbítero y mártir († 1940)

Era un sacerdote polaco, natural de Lipinki, donde nació el 23 diciembre 1892 y que había estudiado en el seminario de Pelplin hasta su ordenación en 1918. En 1920 pasó a la diócesis de Gdanz, trabajando durante diez años en la vida parroquial. En 1930 se le nombra rector del centro pastoral encargado de atender a la población de cultura polaca, para la que se construye la iglesia de Cristo Rey.

En 1937 este centro pastoral se constituye en parroquia personal de los polacos, con la oposición feroz de los elementos alemanes de la ciudad que dominaban su senado, y que logran

que la parroquia como tal sea anulada. Pero a Francisco se le confirma en su puesto de delegado episcopal para la población polaca, entre la que desarrolla un amplio y fructuoso apostolado.

No puede extrañar que el día mismo de la invasión alemana de Polonia, 1 de septiembre de 1939, Francisco fuera arrestado y llevado a continuación al campo de concentración de Stutthof, donde padeció no pocos malos tratos, llevados por él con fe y paciencia admirables, ofreciendolo todo por el bien de la Iglesia. El 11 de enero de 1940 fue fusilado. Lo beatifico el papa Juan Pablo II el 13 de junio de 1999.

12 de enero

A) Martirologio

1 En Cesarea de Mauritania, San Arcadio († 304), martir

2 En Constantinopla, los santos Tigrio, presbitero, y Eutropio, lector († 406), que por su adhesion a San Juan Crisostomo fueron calumniosamente acusados y condenados

3 En Arles (Provenza), Santa Cesarea († 529), abadesa, hermana de San Cesareo, obispo

4 En Grenoble (Francia), San Ferreolo († 659), obispo, martiriza do mientras predicaba

5 En Wearmouth (Inglaterra), San Benito Biscop († 690), abad be nedictino **

6 En Rielvaux (Inglaterra), San Aelredo († 1167), abad cisterciense *

7 En Leon (España), San Martin de la Santa Cruz († 1203), presbi tero y canonigo regular

8 En Palermo (Sicilia), Beato Bernardo de Corleone († 1667), reli gioso capuchino *

9 En Montreal (Canada), Santa Margarita Bourgeoys († 1700), vir gen, fundadora de la Congregacion de Nuestra Señora **

10 En Angers (Francia), Beato Antonio Fourier († 1794), artesano y martir durante la Revolucion Francesa

11 En Cahors (Normandia), Beato Pedro Francisco Jamet († 1845), presbitero, superior de las religiosas Hijas del Buen Salvador **

12 En Viareggio (Toscana), San Antonio Maria Pucci († 1892), reli gioso servita, parroco durante cincuenta años **

13 En Tomhom (Tailandia), Beato Nicolas Bunkerd Kitbamrung († 1944), presbitero y martir *

B) Biografías extensas

SAN BENITO BISCOP

Abad y confesor († 690)

San Benito Biscop, de origen inglés, es uno de los apóstoles que más contribuyeron en el siglo VII a llevar a feliz término la obra de cristianización y organización de la Gran Bretaña, iniciada por San Gregorio Magno (590-604) y San Agustín de Cantorbery.

Nacido hacia el año 629, pertenecía a una noble familia de la corte de Oswy, rey de Northumbria, y fue desde su primera juventud muy estimado por el rey. Sin embargo, a los veinticinco años, sintiéndose movido por Dios hacia la vida de retiro, dio el adiós al mundo, se dirigió por vez primera a Roma con el objeto de cimentar bien su piedad, visitando las tumbas de los Príncipes de los Apóstoles y empapándose íntimamente en las verdades de la fe y en los principios de la perfección cristiana y, a su vuelta, se entregó de lleno al estudio de la Biblia y a la práctica de la piedad.

Pero bien pronto tuvo que interrumpir su vida de estudio y de ascética cristiana con un nuevo viaje a Roma: Egfrido, hijo del rey Oswy, que planeaba él también un viaje a Roma, pidió a Benito Biscop lo acompañara en esta peregrinación. Aceptó gustoso Benito tal invitación, particularmente grata para él; y, aunque Egfrido no pudo realizar su viaje, partió él por segunda vez a Roma, donde procuró profundizar más en la perfección cristiana y en las ciencias eclesiásticas. No sabemos cuánto tiempo se detuvo en esta ocasión en Roma; pero lo que sabemos es que, a su vuelta, se retiró al célebre monasterio de Lerins, que tanto se había distinguido por sus hombres eminentes y por su observancia regular. Allí, pues, después de la preparación conveniente, tomó el hábito religioso y, más tarde, la tonsura clerical, y durante dos años siguió con la mayor perfección la vida monástica. Después de esto hizo su tercer viaje a Roma, donde tenía intención de fijar su vida en adelante; pero el papa San Vitaliano (657-672) le ordenó volver a Inglaterra al lado de Teodoro de Tarso, obispo de Cantorbery, y de Adriano, que partían para la Gran Bretaña. Adriano se detuvo de momento

en Francia; pero Benito y Teodoro llegaron felizmente al territorio de Kent, en Inglaterra.

Y con esto comienza la etapa más característica y fecunda de la santa vida de San Benito Biscop. Hallábase entonces la Iglesia de la Gran Bretaña en un momento decisivo. La obra de conversión de los anglosajones, iniciada en Kent en 597 por San Agustín y sus treinta y nueve compañeros, seguía avanzando a través de graves dificultades. Al territorio de Kent siguieron los de Essex, la Northumbria y otras provincias o reinos de la Heptarquía. El año 664 fue de gran trascendencia; pues, patrocinada por el cristiano rey Oswy de Northumbria, se celebró la célebre discusión entre los antiguos celtas y los nuevos cristianos, con lo que se llegó sustancialmente a la unión. El nuevo arzobispo de Cantorbery y primado de Inglaterra, Teodoro de Tarso, tomó posesión de su sede en 669 y completó durante los decenios siguientes la organización de la Gran Bretaña cristiana.

Pues bien, en esta obra, fundamental y definitiva, uno de sus principales colaboradores fue San Benito Biscop, quien, con su virtud, sus conocimientos teológicos y su indomable actividad, trabajó incansablemente por consolidar la vida religiosa en Inglaterra. Efectivamente, el nuevo primado Teodoro nombró inmediatamente a Benito abad del monasterio de San Pedro y San Pablo, de Cantorbery. Era un puesto de gran influjo, desde el cual trabajó Benito durante dos años con gran celo y extraordinario fruto. Pero, a la llegada de Adriano en 671, descargó en él esta dignidad, y por cuarta vez se dirigió a la Ciudad Eterna. Benito había formado amplios planes de fundación de nuevos monasterios en Inglaterra, para lo cual necesitaba estudiar detenidamente en Roma toda la disciplina eclesiástica y las reglas monásticas. Con este objeto permaneció largo tiempo en Roma, visitó diversas partes de Italia; se procuró una buena y selecta biblioteca de los mejores libros religiosos y una gran cantidad de reliquias y de cuadros de Nuestro Señor, de la Santísima Virgen y de algunos santos.

Con todos estos preparativos volvió de nuevo San Benito, en 674, a Northumbria, donde el sucesor de Oswy, Egfrido, le hizo una entusiasta acogida y le entregó grandes terrenos para la construcción de un monasterio. Rápidamente puso Benito

manos a la obra, levantando en la desembocadura del río Wear el monasterio, denominado por eso mismo Wearmouth, que tanta fama tuvo luego en la historia, y que él puso bajo el patronato de San Pedro. Mientras se terminaba la obra del monasterio, San Benito se dirigió a Francia, de donde trajo arquitectos y obreros especializados para la construcción en piedra, con los cuales levantó la iglesia de Wearmouth, que fue la primera que se construyó en piedra en la Gran Bretaña conforme al estilo de las de Francia e Italia. Hasta entonces se construían sólo en madera, como se había hecho en *Lindisfarne.* Por otra parte, hizo adornar la nueva iglesia con altares, frescos y vidrieras de colores, lo cual constituía otra insigne novedad en Inglaterra, con lo cual y con la multitud de imágenes que colocó en los altares, contribuyó eficazmente a que el pueblo comprendiera mejor los misterios de la religión cristiana.

Tal satisfacción produjo en el rey la obra de Benito, que le asignó otra cantidad de terreno a la ribera del Tyne, donde fue construido el monasterio de Jarrow, que se puso bajo la advocación de San Pablo. Ambos monasterios, a corta distancia uno de otro, fueron considerados casi como uno solo, que gobernó durante algún tiempo el mismo fundador, San Benito Biscop. Pero más tarde nombró un abad para cada uno, sobre todo cuando tuvo que ausentarse en su nueva peregrinación a Roma. En la iglesia de San Pedro de Wearmouth colocó hermosos cuadros de la Santísima Virgen y de los doce apóstoles, la historia del Evangelio y las visiones o revelaciones de San Juan. El de San Pablo de Jarrow lo embelleció con diversas pinturas, que dispuso en tal forma que presentaran la armonía entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, y juntamente la correspondencia entre los tipos de uno y la realidad del otro. Así, Isaac, llevando a cuestas la leña que debía servir para su propio sacrificio, era explicado por Jesucristo, llevando su propia cruz en la que debía él mismo ser sacrificado. Y, de un modo semejante, la serpiente de bronce de Moisés, en lo alto de un palo, quedaba ilustrada por Jesucristo levantado en la cruz.

Para completar su obra, hizo San Benito su quinto y último viaje a Roma, de donde trajo gran cantidad de reliquias y de libros. Más aún. Deseando introducir en Inglaterra en toda su

perfección y grandiosidad los oficios litúrgicos y todas las ceremonias del rito latino, obtuvo del papa San Agatón (678-681) le diera como compañero al abad de San Martín, llamado Juan, maestro de música y de ceremonias de San Pedro del Vaticano. Así, pues, el abad Juan acompañó a San Benito a Inglaterra e introdujo allí la música gregoriana, la liturgia y todo el ceremonial romano, todo lo cual contribuyó eficazmente a elevar el espíritu religioso del país. En realidad, los dos monasterios fundados por San Benito constituyeron desde entonces dos centros de cultura religiosa y progreso medieval. Sus bien equipadas bibliotecas, la magnificencia de sus iglesias y el esplendor de su liturgia, obra todo ello de las fatigas de San Benito Biscop, contribuyeron a la formación de aquellos ejércitos de misioneros, que más tarde emigraron al continente europeo para devolverle con creces el bien que de él habían recibido.

Durante toda su vida, San Benito Biscop fue para todos un ejemplo viviente del más puro amor de Dios y de todas las virtudes religiosas. Pero esto se manifestó de un modo especial en los últimos años de su vida. Débil ya por su edad y por varias enfermedades, dio a todos ejemplo de paciencia y resignación cristiana, que a las veces se transformaba en verdadera alegría espiritual. Durante su larga enfermedad, sentía especial complacencia, a fuer de buen anciano, en relatar sus correrías apostólicas y sus viajes a Roma, así como también los admirables ejemplos de que había sido testigo en multitud de casas religiosas. Y cuando ya no se sentía con fuerzas para hablar ni para rezar, hacía venir un monje para que le recitara las horas del oficio divino, que él seguía en la forma que le era posible. Así lo hizo, sobre todo, durante los tres últimos años de su vida, en que una parálisis le impedía casi todo movimiento.

Particularmente digno de mención es su constante esfuerzo por mantener la presencia de Dios, de donde brotaban aquellas ardientes exhortaciones que dirigía de cuando en cuando a sus discípulos:

> «No consideréis como cosa mía las constituciones que yo os he dado. Después de visitar diecisiete monasterios, que vivían en la mejor observancia, procuré hacer una síntesis de las reglas y prácticas religiosas que me parecieron mejores, y esto es lo que os he dado a vosotros. Tal es mi testamento».

De esta manera, después de recibir con admirable fervor el Santo Viático, descansó dulcemente en el Señor el 12 de enero del año 690. Las dos abadías de Wearmouth y de Jarrow conservaron su memoria con gran veneración hasta que desaparecieron por efecto del cisma anglicano promovido por Enrique VIII.

BERNARDINO LLORCA, SI

Bibliografía

ALLISON, T., en *Church Quart. Rev.* 107 (1928) 57s.
BEDA EL VENERABLE, *Historia ecclesiastica: Vitae Abbatum Wiremuthensium et Girvensium; Homilia in natale Sancti Benedicti* (Biscop).
MONTALEMBERT, CH. F. R DE TYRON, COMTE DE, *Les moines d'Occident* IV (París [3]1867) 457s.
PLUMMER, C., ed. de la *Historia Eccles.* de Beda: *Ecclesiastical History.*
STANTON, R., *A menology of England and Wales* (Londres 1887).

SAN ANTONIO MARÍA PUCCI

Religioso († 1892)

San Antonio María Pucci, uno de los siete hermanos de la humilde familia de Agustín y María Pucci, de Poggiole, encantador pueblecito acostado en las laderas preapenínicas toscanas, en la provincia del Dante, no ha llamado la atención de los conocedores del arte y de la cultura italiana. El párroco de Viareggio, diócesis de Lucca, pertenece a otra página de la historia de este pueblo armónicamente paradójico, capaz de ser a la vez garibaldino y rezador, papista y anticlerical, de honda cristiandad de Catacumbas y de atisbos de romanidad pagana. Es la historia de una generación de hombres santos, sacerdotes santificados en contacto con el pueblo fiel, a través de una labor pastoral, desde Juan Leonardo y Felipe Neri al papa Sarto y Juan Bosco.

El padre Pucci fue beatificado sesenta años después de su muerte por Pío XII, en 1952, y en su haber de santo cuenta extraordinariamente una cosa: cuarenta y cinco años de párroco y religioso servita ejemplar.

No obstante la heroicidad de sus virtudes, los trazos elementales de su biografía traen al recuerdo tantas vidas paralelas de seminaristas y sacerdotes, compañeros de estudios unos, co-

nocidos otros tal vez en la propia parroquia. Ya durante su vida el padre Pucci se hizo tan familiar e íntimo a sus feligreses, que cariñosamente le llamaban «el Curatino». Una de estas figuras de párroco, que ha visto nacer y morir casi toda una generación y ahonda en el corazón del pueblo, como una institución patriarcal.

Sin un apellido ilustre, su nombre bautismal era Eustaquio. Nació en 1819. Monaguillo servicial y piadoso, ganó la confianza de don Luigi, su párroco. En cambio de los servicios prestados recibía clase de latín y cultura general. No conoció el Liceo del Renacimiento italiano. Y no lo echaría de menos después; su vida sacerdotal transcurrió ajena a la lucha de políticas y de culturas; y eso que su tiempo fue el de la unidad italiana y en parte pertenecía al de la «Kulturkampf». En último término, su padre no pretendía hacer de Eustaquio más que un buen labrador; y se opuso cuando el párroco de Poggiole fue a hablarle de que Eustaquio, joven ya de dieciocho años, aspiraba a «hacerse cura». Considerando su piedad mariana, don Luigi le había propuesto ingresar en la Orden de los Siervos de la Madre de Dios, de Florencia, con quienes cultivaba una sincera amistad y estima.

Al fin, el hombre del arado y de la esteva cedió al hombre de iglesia, y consintió; el padre de Eustaquio no era de los peores parroquianos de don Luigi. Y el «curato» se hace respetar mucho también en Italia, hoy todavía, entre las buenas familias de las parroquias rurales.

Conseguido el permiso paterno, Eustaquio ingresaba el 10 de julio de 1837 en el convento de la Anunciación. La primera etapa de su vida aldeana se cierra con un certificado protocolario de buena conducta, presentado por el párroco al superior de Florencia. ¡Habría hecho tantos otros para sus feligreses! Y, sin embargo, aquel del hijo de la familia Pucci sería un eslabón más del proceso de canonización de un santo.

Su inclinación al sacerdocio, observada por don Luigi y alguno de sus familiares que le habían visto jugar «a decir misa», se convirtió en realidad. Eustaquio, ahora fray Antonio María, fue ordenado sacerdote el 24 de septiembre de 1843. Los Siervos de María, cuyo origen, bordeado de leyenda, data del siglo XIII, conservan una tradición más eremítica que monacal,

más pastoral que académica, caracterizada por la propagación de la devoción a la Virgen de los Dolores. En su santoral cuenta con diez santos canonizados: San Felipe Benizzi, San Pellegrino Lazioni, Santa Giuliana Falconen y los siete santos fundadores. La historiografía moderna de la Orden encuentra su máxima figura en el cardenal Lepicier, muerto en 1936.

El nombre del padre Antonio María Pucci nos lleva al ambiente recoleto donde el «Curatino» fue destinado a ejercer su ministerio: Viareggio, pequeña ciudad junto al Tirreno, hoy famosa playa internacional. Tres años de coadjutor y después... siempre párroco de San Andrés. Sus feligreses eran casi todos pescadores, que se fueron encariñando poco a poco con el párroco de pequeña estatura y ojos serenos. Los más íntimos se sentirían orgullosos de tener un párroco apreciado en la curia de Lucca, de la que había sido nombrado, tan joven como era todavía, examinador prosinodal. Los primeros años de actividad pastoral no le habían impedido preparar el examen de «maestro en Sagrada Teología», título que concedía el capítulo de la Orden. En otro ambiente, el padre Pucci hubiera sido tal vez un hombre de estudios; pero si la Orden ha perdido un científico, ha ganado, en cambio, un santo.

Los que le conocieron, confiesan que no era simpático; su voz nasal y de tono monótono, la cabeza siempre inclinada, sus ligeros gestos nerviosos, no hacían de su persona una figura estética. Se diría que era un hombre con complejo de inferioridad. Algunos contemporáneos, al saber que se introducía su proceso de canonización, desconfiaban del éxito, porque consideraban que era una personalidad ordinaria. No es un caso aislado. También el alcalde de Viareggio, de aquella época liberal, respondía al superior de San Andrés, que solicitaba la dedicación de una calle en recuerdo del padre Pucci, minimizando su actuación y justificando su negativa: «Al fin y al cabo, es un cura, que no ha hecho más que cumplir con su deber».

Es bella esta heroicidad humilde de un párroco que cumple durante cuarenta y cinco años con su deber. Heroicidad perseverante y desapercibida en su actividad apostólica y en su vida de religioso. Como el cardenal Laurenti, prefecto de la Congregación de Ritos, decía, de broma y de veras, al padre Ferrini,

postulador general de la Orden: «Si el padre Pucci ha sido siempre buen párroco y buen religioso a la vez, es sin duda un santo de verdad».

Objetivo central de sus preocupaciones pastorales fue la organización parroquial: catequesis y beneficencia, grupos de seglares y fundación de religiosas, acción social y apostolado del mar.

Para desarrollar más eficazmente sus tareas de catequista, organizó la Congregación de la Doctrina Cristiana. Con sorprendente espíritu de dinamismo apostólico utilizaba todos los resortes para atraer los niños a la parroquia; ayudado de sus fieles militantes de la congregación, daba especial relieve, religioso y espectacular a la vez, a las fiestas de las primeras comuniones, del reparto de premios, de la «Befana» (o «hada-buena»), manifestación italiana de la tradición española de los Reyes Magos, llevando él mismo los juguetes a casa de los niños.

Con una concepción orgánica de las obras parroquiales, instituyó para la formación integral de los jóvenes y en función también de la catequesis la «Compañía de San Luis». Sin conocerse, el padre Pucci realizaba con los jóvenes una labor paralela a la que contemporáneamente San Juan Bosco lleva a cabo en Turín. Humano y perspicaz psicólogo, no olvidaba prescribir a sus muchachos en el reglamento de la asociación que «buscaran un buen amigo y huyeran de los tristes». Posteriormente, esta asociación fue la base en Viareggio de uno de los primeros centros interparroquiales de la Acción Católica, promovida poco después de la muerte del padre Pucci con las directrices pontificias.

Incrementó la devoción eucarística con la Cofradía del Santísimo Sacramento y organizó los grupos apostólicos femeninos, cuya dirección encomendó a una joven piadosa, Giuliana Lucci; más tarde, con otro grupo de jóvenes de la parroquia, ingresó en las Siervas de María de Viareggio, cuya fundación se atribuye fundadamente al Beato Pucci.

La incorporación de los seglares al apostolado parroquial, en un plano más ambicioso, llevada a cabo con un moderno espíritu de iniciativa por el padre Pucci, está vinculada a los azares políticos de la época. Eran tiempos en que el ideal mazziniano

de la República italiana adquiría un intenso desarrollo. El romanticismo católico liberal afloraba un Papa, en frase de Chateaubriand, «León de la libertad italiana».

Contra tal previsión ilusionada, la unidad de Italia, sin intervención pontificia, fue proclamada por Cavour en Turín, en 1861. En 1870 las tropas italianas eran saludadas en Roma como libertadoras y Pío IX se refugiaba en el Vaticano. Cairoli, Crispi, Zanardelli, De Pretiis son nombres de notables republicanos, antipontificios, conmemorados ahora como gloria nacional en las calles de la que en otros tiempos fue la Roma papal. Cavour resumía su ideología política en pocas palabras: «La Iglesia libre en Estado libre». El espíritu laico tomó auge en Italia después de la constitución del Reino; en 1873 era abolida la Facultad de Teología de las Universidades y suprimida la enseñanza religiosa en las escuelas.

El ambiente cargado de incertidumbre religiosa se hacía sentir también en Viareggio. Para el párroco de San Andrés la situación ofrecía un aspecto eminentemente pastoral. Frente al problema de la descristianización pública que se planteaba en Viareggio, cuyas autoridades civiles eran todas republicanas y hacían profesión de incredulidad, el «Curatino» pensó en una asociación de hombres católicos; así organizó «La Pía Unión de los hijos de San José para mantener incólume la fe católica en la familia y en la sociedad cristiana».

Podría pensarse, con motivo, que el párroco de Viareggio habría sido criticado de «hacer política»; sobre todo, cuando los biógrafos aseguran que «defendía con todas las armas de la ciencia y de la historia los sacrosantos derechos de la Iglesia, incluido el poder temporal de los Papas». Pero el «Curatino» no fue tildado de clericalismo político, campaña preferida de los grupos de oposición desde que en Italia comenzó a desarrollarse la democracia cristiana. Ni siquiera los republicanos de Viareggio quisieron mezclar el recuerdo del padre Pucci con la política; porque el «Curatino» ¡había sido tan bueno! Había socorrido heroicamente a los enfermos en los días de la epidemia, 1854-1855; había dado tantas veces su manteo y su colchón a los pobres ateridos de frío, no excluidos los anticlericales; había instituido para la beneficencia la Cofradía de la Misericordia y la

Conferencia de San Vicente; su vida había sido una cadena de heroica caridad.

La venerable figura del párroco, recorriendo las calles a socorrer a los pobres o a asistir a los enfermos, se había grabado hondamente en los miembros del Consejo Comunal y en atención a su obra asistencial, declaraban en sesión plenaria, después de su muerte: «Que el padre Pucci, no ocupándose nunca de política, dejó esta misión a quien pertenecía, siendo así ejemplo de cómo se debería comportar el clero en la convivencia social».

El «Curatino» había conquistado de veras el amor de su pueblo. Los hechos de celo y de caridad se sucedían día a día. De sus obras asistenciales merece destacarse la Colonia Marina, que organizó para hijos de obreros, la primera en Italia, superando así con su acción su ideología social, enmarcada en el «paternalismo» propio de la época y paralela al título que el pueblo le dio de «Padre de los pobres».

Su temple de santo se acendraba en la vida religiosa. Elegido superior de la casa de Viareggio en 1859, fue reelegido, contra toda costumbre, continuamente, llegando a ser en 1883 Superior Provincial en toda la Toscana. Pero su personalidad de párroco modelo absorbe la de religioso observante.

Para el estudioso de la historia del apostolado pastoral el Beato Pucci representa un eslabón de unión de las antiguas y de las nuevas formas con que se ha ido realizando en las diversas épocas; integración del concepto esencial de un óptimo pastor de almas del siglo XIX y de la concepción de una perfecta organización parroquial de nuestros tiempos. Se adaptó al ambiente popular y a la piedad, un tanto ritualista, de sus feligreses, pero presintió el surgir de nuevos problemas y nuevos estilos, sabiendo afrontarlos con tantas iniciativas. En este afán de juntar «lo nuevo y lo viejo» en sus métodos de apostolado, obsesionado por la salvación de sus fieles, se encuentra la continuidad extraordinaria de su santidad.

Se extinguió a los setenta y tres años. Testigos oculares hablan de éxtasis y de hechos milagrosos en su vida. A pesar de todo, prevalece la venerable figura del anciano párroco, pobre y sacrificado, fervoroso y organizador, consumido en la tarea or-

dinaria de apostolado. El párroco enraizado en su pueblo fiel, a quien edificó constantemente y para el que aún después de la beatificación continúa siendo, sencillamente, «el Curatino santo», Eustaquio Pucci, nacido en la aldea de Poggiole.

MANUEL USEROS CARRETERO

Bibliografía

BALDI, A., *P. Antonio M. Pucci dell'Ordine dei Servi di Maria* (Lucca 1935).
FERRINI, F., *Il Curatino* (Roma 1952).
PANICHELLI, P., *Il Curatino di Viareggio* (Pisa 1939).
POLETTI, E., *Viareggio e il suo Santuario* (Viareggio 1895).
ROSSI, A. M., *Studi storici sull'Ordine dei Servi di Maria,* 4 vols. (Roma 1939-1942).
SARRI, R., *La morte di un Santo. Cenni necrologi del P. Antonio M. Pucci* (Viareggio 1892).

SANTA MARGARITA BOURGEOYS

Virgen († 1700)

La primera congregación religiosa en América del Norte, concretamente en Canadá, es la de las Hermanas de Nuestra Señora, que fueron fundadas por Santa Margarita Catalina Bourgeoys en la segunda mitad del siglo XVII, un siglo después del descubrimiento, conquista y evangelización paulatina del gran continente americano por la Europa cristiana.

En la historia de la expansión de la Iglesia, ante el descubrimiento y el hallazgo de nuevas tierras habitadas en el planeta, se escucha la misma voz que llamó un día a Abrahán y le dijo: «Sal de tu tierra y de tu parentela y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré; que yo engrandeceré y bendeciré tu nombre» (Gén 12,1-3).

Entre los que sintieron esa llamada interior y la siguieron destaca Margarita Bourgeoys, ejemplo vivo, digna de ser propuesta a la veneración e imitación de toda la Iglesia, ya que ha merecido con justicia el título de «Madre de una región y de una Iglesia» (*AAS* 79 [1987] 1033).

Nació Margarita el 17 de abril de 1620 en Troyes (Francia) y fue bautizada en el mismo día. Era la tercera de nueve hermanos, hijos de un modesto empresario que con su asiduo trabajo

pudo ir sosteniendo decorosamente familia tan numerosa. Sus padres se llamaban Abrahán Bourgeoys y Vilelma Garnier.

La vocación de maestra y educadora daba ya señales inequívocas desde su niñez más temprana, pues solía reunir a compañeras de su edad en pequeños grupos de trabajo y oración.

Huérfana de madre a los diez años, pronto tuvo que dedicarse a los cuidados y faenas de la casa preocupándose de sus hermanitos más pequeños. Ella misma, al final de su vida, da gracias a Dios por la educación recibida de sus padres y por la certera dirección de los sacerdotes que la orientaron muy temprano por los caminos de la piedad a una vida semejante a la de una religiosa, pero en medio del mundo.

Los desastres de la guerra la impresionaban y despertaban en ella una caridad compasiva. Por el testimonio escrito de una prima suya sabemos que sentía una gran preocupación por los pobres. Pero nada hacía presagiar su extraordinaria trayectoria espiritual futura.

Llegada a los años de la juventud, su hermosura física y sus encantos personales, las peculiares dotes de fina elegancia y buen gusto, halagaban su vanidad. Habría corrido peligrosos riesgos si no hubiera venido en su ayuda de modo visible la Santísima Virgen, a quien siempre profesó tierna devoción. En su fiesta del Santo Rosario se sintió llamada a una mayor entrega. Al contemplar la imagen de Nuestra Señora se sintió tocada y transformada.

Después de su conversión, dando la espalda a sus vanidades, decidió apartarse del mundo y entregarse totalmente al servicio de Dios.

Por eso se lanzó primeramente a la educación de los niños y al cuidado de los enfermos pobres, de los moribundos y hasta de los difuntos, fortalecida ante todo por la recepción de los sacramentos de la penitencia y de la eucaristía.

Pensó hacerse monja carmelita o clarisa, pero las dos puertas se le cerraron. Fue la Santísima Virgen quien, a través del director espiritual, le indicó que sin duda la llamaba Dios por otros caminos, a una vida de intensa actividad en medio del mundo y no encerrada en los claustros. La Virgen le señaló y le propuso una vida andariega de misión.

Cuando ya tenía 27 años, el fallecimiento de su padre vino a romper el último lazo que le podría retener junto a su familia. Se despertó entonces más y más su vocación misionera.

Cinco años después, que le sirvieron de reflexión, la divina Providencia fue abriendo horizontes a sus generosas aspiraciones.

A fines de 1652, el gobernador de Montreal (Canadá), Sr. de Maison-Neuve, vino a Francia buscando una educadora para las niñas de la guarnición francesa que se encontraba en Nueva Francia, como por entonces se llamaba a Canadá.

Le presentaron y recomendaron a Margarita Catalina Bourgeoys, cuya esmerada preparación era clara.

El gobernador le propuso que se uniera a otras mujeres que ya estaban dedicadas al cuidado de los enfermos y de los niños y que acogían a las personas incultas y salvajes en disposición de convertirse.

De nuevo la Virgen le dijo: «Vete, que yo nunca te abandonaré». Apoyada en esta palabra, Margarita abandonó la ciudad donde había nacido, de una vez y para siempre. Era el 6 de enero de 1653, sin dinero, con un hatillo por equipaje que podía llevarse cómodamente debajo del brazo.

Margarita, pues, a sus 32 años, obedeciendo un impulso interior y confortada con la aparición de Nuestra Señora, decidió trasladarse a Canadá, después de aceptar la misión ofrecida por el gobernador.

Durante la larga travesía a bordo de un barco de vela, estalló la peste, una horrible epidemia de cólera entre los pasajeros. Margarita se convirtió en la enfermera y ángel consolador de los afectados en esta dramática coyuntura.

Después de nueve meses de navegación, el día 16 de noviembre desembarcó en Marianópolis, nombre que tenía entonces la ciudad de Montreal.

Lo primero que le pidió el corazón fue alzar de nuevo la Cruz que los iroqueses habían derribado en el altozano. Un símbolo y una oración: Cristo era quien había de acompañarles y orientarles en las dificultades, trabajos y fatigas.

Y comenzó enseguida su labor de apostolado enseñando el catecismo y visitando a los enfermos en las cabañas, al mismo tiempo que practicaba continuas obras de caridad.

Desde 1653 a 1658, prestó sus servicios a incontables colonos, con especiales cuidados para las madres y los niños, de tal manera que mereció ser llamada «la madre de la colonia». No sólo les enseñaba el catecismo, sino las más sencillas tareas de la vida cotidiana.

Consolaba a los enfermos y prestaba ayuda a las mujeres que los atendían, siempre insuficientes.

La intrépida Margarita, entre otras urgencias y en ocasiones metida en medio de los grandes peligros que comportaba la irrupción de bandas armadas, todos los días había de esforzarse en defender su propia tierra contra los depredadores. Y para eso había que levantar nuevas casas y todo cuando este empeño llevaba consigo.

Al cabo de cuatro años de trabajo, empieza su misión oficial de educadora. Daba clases en una pobre cuadra.

El 30 de abril de 1658 abrió en Montreal la primera escuela de niños y niñas.

En 1659 hizo la primera fundación, que llamó «Casa de la Providencia».

Siete veces volvió a Francia a buscar, entre sus amigas, colaboradoras de su obra y llevó a Montreal las personas que necesitaba para labor tan fructífera y prometedora. Las preparaba y prevenía con el testimonio de su ejemplo para los peligros que salen al paso en tierras desconocidas, convidándolas a consagrarse a Dios. Así nació la Congregación de Nuestra Señora de Marianópolis, que aprobó el rey de Francia Luis XIV en 1671.

En 1672, el «Rey Sol» les otorga a ellas y a sus compañeras la Real Patente de maestra de todo Canadá. Y el Vicariato Apostólico le da facultad de enseñar en las ciudades y en el campo.

Las maestras de Montreal estaban formando ya con toda propiedad una verdadera familia religiosa con el nombre y título de Congregación de Hermanas de Nuestra Señora.

En 1875 fue aprobada por el obispo de Quebec, Mons. Francisco de Montmorency-Laval. Desde este año las «Hijas seculares» recorrían de dos en dos las riveras del río San Lorenzo «como María en la Visitación», para hacer a las niñas buenas

cristianas y después buenas madres de familia, que era lo primero en la mente de la Sierva de Dios.

Empiezan a ingresar en el noviciado las primeras postulantes canadienses llamadas *iroquenses* y se abrieron misiones permanentes a instancias del Obispo y de los párrocos. Se fundó también una misión para niñas abandonadas, muchas de las cuales llegaron a ser fervientes religiosas.

Las Hermanas impartían la educación y la formación cristiana no sólo en la escuela sino también en las parroquias.

El año 1678 pudo Margarita ver concluida la obra que le había inspirado su piedad mariana en el año 1657: la edificación de una capilla —santuario dedicado a Nuestra Señora del Buen Auxilio—, primer lugar de peregrinación en honor de la Madre de Dios en la región de Marianópolis.

Cuando la Congregación se encontraba ya estructurada, el Obispo accedió a los deseos de Margarita y la exoneró de su cargo de Superiora. Largos años de trabajos y fatigas, verdadera noche del espíritu, la habían purificado.

Los siete años que estuvo enclaustrada en un sanatorio, la hicieron muy semejante al Buen Maestro.

Pero nunca dejó de mirar por la Congregación; y lo que no podía decirles de palabra lo confiaba a los escritos; esos escritos han sido como un tesoro de donde se alimentan y enriquecen sus hijas.

La obra se extendía prodigiosamente bajo la mirada sabia y prudente de la Fundadora. Se multiplicaron las vocaciones, las escuelas y los hospitales por toda la región canadiense.

El 24 de julio de 1698 firmó la aceptación de las reglas del Instituto de las Hijas Seculares de la Congregación de Nuestra Señora, tal como las había aprobado el Obispo de Quebec, Señor de Saint-Vallier. Después hizo la profesión pública de los votos religiosos que ya venía cumpliendo hacía cuarenta años. Ya podía cantar el «Nunc dimittis».

Falleció santamente en Montreal el 12 de enero de 1700 después de haber ofrecido su vida por la curación de una Hermana joven que estaba agonizando.

Margarita Bourgeoys y las mujeres que la siguieron no son religiosas vinculadas con votos, aunque se llamen Congrega-

ción. Así nacieron esos grupos de laicos comprometidos que, sobre la base firme de la gracia bautismal, se esfuerzan en dar testimonio de su encuentro con Cristo, mostrando el rostro de Cristo que se les ha revelado, para enviarles a propagar su nombre en el orbe entero.

Éste es el gran ejemplo que nos dejó Margarita, el espejo de un alma grande, optimista, a quien la Virgen María cautivó para que llevara su Hijo a los hombres de las tierras recién descubiertas.

Esa tierna y profunda devoción a la Santísima Virgen, un ardiente espíritu de caridad y paciencia, una delicada prudencia iluminada y sostenida por la oración y la piedad eucarística, caracterizaron su vida entera.

En 1859 se iniciaron los primeros pasos hacia su glorificación. León XIII decretó la introducción de la causa en 1878 San Pío X reconoció el heroísmo de sus virtudes el 19 de junio de 1910.

En reconocimiento de sus heroicas virtudes y de los milagros obrados por Dios a intercesión suya, la beatificó el papa Pío XII el 12 de noviembre del Año santo jubilar de 1950.

En la basílica Vaticana lucía un hermoso estandarte en el que la nueva Beata con los brazos abiertos, mirando al cielo, estaba aureolada por una espléndida corona de alados ángeles niños. Más de veinticinco mil peregrinos de numerosos países, entre ellos Francia y España, además de Canadá, asistieron a la beatificación.

Un discurso de Pío XII a los peregrinos del Canadá contiene los mayores elogios para la ingente labor misionera de la Francia católica y singularmente para Margarita que, en un firmamento en que brillan como estrellas de primera magnitud tantos y tan santos e ilustres personajes,

> «Margarita Bourgeoys es todavia una resplandeciente figura en su humildad, maestra de escuela, misionera ambulante, fundadora de una congregacion de "jovenes seglares" con las que realiza el sueño acariciado para Francia por Francisco de Sales, ¡y lo realiza entre aquellas que llaman "salvajes"!, de manera tan perfecta que, sin contar todas las pequeñas alumnas formadas e instruidas por sus cuidados, eran numerosas sus hijas "huronas" enteramente de dicadas a Dios y a la salvacion de las almas»

El Papa terminó su discurso con este interrogante epifonema:

> «¿Sin Margarita Bourgeoys el Canadá sería lo que es hoy? Haced, pues, subir hacia ella y por ella a Nuestra Señora, y por Nuestra Señora a Dios, el himno de vuestro reconocimiento» (cf. *Ecclesia* [1950] n.489, p.607).

A raíz de la beatificación creció notablemente la devoción popular y se multiplicaron los favores y milagros.

Por disposición de Juan XXIII ya se había reanudado la causa de canonización con un decreto del 16 de noviembre de 1960, cuando por su intercesión se obtuvo en junio de 1968 una nueva curación instantánea y perfecta en la joven de 22 años Lisa Gauthier de Montmagny (Quebec, Canadá). Padecía cáncer incurable de colon que desapareció por las oraciones de sus familiares y de las religiosas y la aplicación de una reliquia de la Beata.

El proceso apostólico instruido en la curia diocesana de Santa Ana de Pocatière en 1978 fue reconocido con validez jurídica por la Sagrada Congregación para el Culto de los Santos el 6 de julio de 1979.

El dictamen médico sobre el carácter preternatural de la curación fue aprobado por la Junta especial del dicasterio y por la plenaria de los Cardenales en el Vaticano el 12 de enero de 1982 y confirmado por el Papa el 2 de abril del mismo año. Y el 24 de mayo, Juan Pablo II decretó la solemne inscripción en el catálogo de los Santos y la gloriosa canonización de Margarita Bourgeoys, primera santa del Canadá, que tuvo lugar el 31 de octubre en la patriarcal basílica de San Pedro del Vaticano con gran asistencia de fieles y prelados de todo el mundo.

Fue una educadora y misionera de vanguardia. Su obra ha florecido hasta nuestros días, en los que cuenta con seis mil religiosas en doscientas casas.

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

AAS 79 (1987) 1033-1037.

Compendium vitae, virtutum e miraculorum Beatae Margaritae Burgeoys, fundatricis sororum a Domina Nostra (Roma 1982).

DEL RE, N., «Margherita Bourgeoys», en *Bibliotheca sanctorum Appendice prima* (Roma 1987) col.834.
MATTEI, S., «Bourgeoys, Margherita», en *Bibliotheca sanctorum,* t.III cols 375-376.
POISSANT, S., *Marguerite Bourgeoys* (Montreal 1982).

BEATO PEDRO FRANCISCO JAMET

Presbítero († 1845)

El sacerdote secular Pedro Francisco Jamet, beatificado por el papa Juan Pablo II en 1987, es considerado como «segundo fundador» de las religiosas del Buen Salvador.

Su larga vida se extiende y cabalga por los siglos XVIII y XIX (1762-1845), llenos de inquietudes y problemas sociales, políticos y religiosos.

La Enciclopedia en la que se alimenta el hombre ilustrado, el absolutismo de los Estados anacrónicos del antiguo régimen, los excesos galicanos y jansenistas, la revolución francesa con sus etapas contradictorias, el endiosamiento de la razón y de la ciencia, todos estos profundos movimientos culturales rodearon la vida de Pedro Francisco Jamet, que fue a la vez un intelectual y un hombre de acción muy encarnado en su siglo.

Nació en Fresnes el 13 de septiembre de 1762, y fue bautizado al día siguiente en la parroquia de Nuestra Señora, perteneciente entonces a la diócesis de Bayeux y hoy a la de Seez (Francia). Sus padres, Pedro Jamet y María Bunot, eran labradores y tuvieron ocho hijos, dos de ellos fueron sacerdotes y una, religiosa. Ellos iniciaron a Pedro Francisco en una vida cristiana fervorosa que se distinguió por su sencillez y fidelidad.

Cuando Pedro Francisco acabó sus estudios de primera enseñanza, se inscribió en el colegio de Vire para cursar las humanidades.

Hacia los veinte años sintió la llamada al sacerdocio. En 1782 se matricula en la famosa universidad de Caen para un quinquenio de filosofía y teología. Y en 1784 entró ya en el seminario de Caen, dirigido por los Padres Eudistas.

Fue ordenado sacerdote con una gran preparación en la piedad y en la vida interior. Era el día 22 de septiembre de 1787. Después obtuvo los títulos de Bachiller en teología y Maestro

en artes. Y no pudo seguir más estudios por causa de la revolución francesa que se desató como un torbellino.

Al principio no sólo no fue hostil a la Iglesia sino que numerosos clérigos y algunos obispos apoyaron el nuevo planteamiento social.

Pero pronto cambiaron las cosas. En noviembre de 1789 la Asamblea, ante la grave crisis económica, ordenó la nacionalización de todos los bienes de la Iglesia. Al año siguiente llegó lo más grave desde nuestro punto de vista: se aprobó la «constitución civil del clero» que determinaba la supresión de algunas órdenes religiosas, la reducción del número de diócesis y la elección de obispos y párrocos por parte de todos los ciudadanos.

Se tomaron estas medidas sin tener en cuenta ni al Papa ni a los obispos franceses. Era resabio de la vieja actitud jansenista y galicana.

Ahora se añadía el desprecio a la Iglesia, típico de los ilustrados, que consideraban la religión como algo retrógrado y aliada a la monarquía absoluta.

El clero acabó separándose de la revolución sobre todo cuando la Asamblea impuso a todos los sacerdotes un juramento de fidelidad al nuevo orden. Los que no juraban, llamados «refractarios», debían abandonar inmediatamente sus iglesias, que eran entregadas a los sacerdotes juramentados, conocidos como «constitucionales».

El año 1790, Pedro Francisco había sido nombrado director espiritual y capellán de las religiosas del Buen Salvador, fundadas por la Madre Ana Leroy, de la misma ciudad de Caen, por los años 1720. Con tanto entusiasmo se dedicó a fomentar el espíritu y las obras de estas religiosas que más adelante, en 1819, ya le veremos como Superior canónico de la Congregación, y en consecuencia es considerado y llamado «segundo fundador».

La revolución francesa le dio ocasión para mostrar su temple sacerdotal celosísimo e impávido. Rechazó, como la mayoría del clero, el juramento que le imponían los revolucionarios.

Desde ese momento fue perseguido con tenacidad: descubierto, encarcelado, juzgado y condenado a muerte. Pero la sentencia no llegó a cumplirse porque logró salir de la cárcel. Libe-

rado milagrosamente, se dedicó en la clandestinidad, por todos los medios y con heroica valentía, a atender a las Hijas del Buen Salvador. La comunidad se había dispersado y había quedado maltrecha.

Los revolucionarios demostraron una particular aversión contra los religiosos y religiosas porque juzgaban inútil su vida.

Durante la persecución, como las heroicas Carmelitas de Compiègne, ya canonizadas, se reunían clandestinamente en pequeños grupos, cobijadas en casas prestadas por personas que estimaban y veneraban su santidad de vida.

Pedro Francisco les celebraba a ocultas el santo sacrificio de la misa, les administraba los sacramentos, animando a los fieles perseguidos y sosteniendo a los hermanos vacilantes, aun con peligro de su vida.

Más tarde escribió: «Estoy contento porque, aunque Dios no me juzgó digno del martirio, sin embargo, por su gran misericordia me ha llamado a llevar la palma del martirio de la caridad».

Calmada la Revolución y pasado el Imperio, se ocupó con todo entusiasmo y entrega a la restauración y el crecimiento del Instituto religioso.

Por iniciativa suya, llena de creatividad, se dedicó de modo especial la Congregación a la asistencia y educación de los sordomudos y a su integración en la sociedad. Él mismo investigó con agudos y detenidos estudios meritorios, reconocidos también por las autoridades civiles, y puso en práctica métodos nuevos para mejorar la enseñanza de los discapacitados.

También atendió a los deficientes mentales, a los afectados por el cólera, a los niños y ancianos pobres, a los emigrantes, y siempre confiando en la divina Providencia.

Fue pionero en este campo. Y su amor a los pobres fue tal que se le comparaba con San José B. de Cottolengo.

Importantísima fue en su vida la etapa de Rector de la Universidad de Caen, casi ocho años: desde 1822 a 1830.

Tanto los profesores como los estudiantes respiraban una renovada atmósfera de vida cristiana, gravemente amenazada entonces por las corrientes del racionalismo y del iluminismo

que desorbitan y anulan las debidas relaciones entre la fe y la razón.

Comprendiendo los estragos que el jansenismo rigorista hacía en las personas bajo su capacidad de aparente piedad, lo combatió por todos los medios evangélicos del discernimiento. Y, valiente, se opuso a las actitudes galicanas y césaro-papistas, entonces de moda.

Recogiendo la buena semilla que los hijos de S. Juan Eudes habían sembrado en su corazón durante los años juveniles del seminario, fomentó la comunión frecuente y la devoción a la Santísima Virgen.

Escribió diversas obras de espiritualidad. Ente ellas se destacan sus *Meditaciones sobre la Santísima Trinidad,* que siguen reeditándose en nuestros días.

La secreta clave de su vida apostólica tan intensa, estaba en su profunda vida interior.

Debilitado por la fatiga y el peso de los años, se durmió en el Señor el 12 de enero de 1845, con el sentimiento de toda la ciudad.

A pesar de su gran fama de santidad, exclusivamente por vicisitudes y motivos políticos, el proceso ordinario informativo sólo se realizó de 1930-1941 en Bayeux. En 1945, la causa fue confiada a la sección histórica de la Sda. Congregación de Ritos. La *positio* fue examinada y aprobada por los consultores especialistas en historia, el 11 de marzo de 1970. Y el 16 de enero de 1975 salió el decreto para introducir la Causa.

Reconocidas oficialmente las virtudes heroicas, el 13 de noviembre de 1984, la Congregación de Cardenales dio también voto positivo el 8 de enero de 1985, y el decreto fue leído «coram Sanctissimo» el 21 de marzo del mismo año. Finalmente, el 11 de diciembre de 1985, la Comisión médica de la Congregación para la causa de los Santos daba su voto unánime sobre el milagro atribuido a la intercesión del Siervo de Dios: la curación instantánea, completa y estable de Sor María Irene Leroy, que padecía el mal de Pott.

Fue beatificado el 10 de mayo de 1987 por Juan Pablo II, en el ambiente del tiempo pascual.

El *Martyrologium romanum* reciente, entre los 13 mencionados el día 12 de enero («pridie Idus ianuarii»), elogia así brevemente su memoria en el núm. 11:

> «En Caen de Francia, el Beato Francisco Pedro Jamet, presbítero que se dedicó con todo afán a ayudar a las religiosas Hijas del Buen Salvador, tanto en el tiempo de la gran revolución como en el de la paz recuperada de la Iglesia».

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

A.S., *Martire della carita, Ven. p.Pietro Francesco Jamet* (Roma 1985).
LIZARRAGA, C., «Jamet, Pietro Francesco», en *Bibliotheca sanctorum. Appendice prima* (Roma 1987) cols 695-696.
— «Positio super introductione causae», I y II (Archivio de la postulazione, Roma).
SIMON, G A., *La dottrina spirituale e le virtu di Pietro Francesco Jamet* (Roma 1958).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN AELREDO
Abad († 1167)

Aelredo o Ailredo nace en Hexham el año 1109, de familia anglosajona. Su padre y su abuelo habían sido párrocos de la localidad. En su primera juventud marchó a la corte de Escocia, donde estuvo al servicio del rey San David I, y en ella desempeñó, pese a su juventud, el cargo de senescal. Mostró en él magníficas cualidades morales y una rectitud que le hizo padecer quejas por parte de quienes querían se aviniera a determinados favoritismos.

Evolucionó espiritualmente y decidió cambiar de vida, ingresando el año 1134 en la abadía cisterciense de Rielvaux, fundada dos años antes. Con esta abadía empezaba a difundirse por las Islas Británicas el movimiento monástico cisterciense, luego de que en los siglos anteriores fuera tan extenso y fecundo en dichas islas el movimiento de los monjes negros o benedictinos.

Aelredo fue un monje ejemplar, dedicado por entero al ideal de contemplación del Císter. Once años más tarde de su ingre-

so en Rielvaux, la superioridad lo designa abad de un monasterio filial, el de Revesby, donde estará en el cargo hasta 1147. Su labor como abad en este monasterio acreditó definitivamente a Aelredo no solamente como un monje excelente sino como un conductor eficaz de la casa religiosa. Este crédito lo llevó a que a su vuelta a Rielvaux fuera elegido abad del monasterio.

Se conocen muchos particulares de su vida como abad por la pluma de quien fue algo así como su secretario, el monje Walter Daniel, que lo acompañó los últimos diecisiete años de su vida. Él nos asegura la altísima calidad moral de Aelredo, su mansedumbre, humildad, cordialidad, afabilidad, caridad fraterna y sabiduría evangélica. Dice que en estos diecisiete años nunca expulsó a un solo monje del monasterio y que mantuvo siempre desde las formas más suaves las rígidas exigencias regulares cistercienses.

Bajo su mandato el monasterio creció extraordinariamente, llegando a ser 150 los monjes de coro y hasta 500 los hermanos conversos o legos, que se ocupaban de las labores manuales. De todos ellos Aelredo no fue solamente el jefe sino sobre todo el padre espiritual, porque su interés estaba en organizar la vida común de manera que todo facilitara la unión con Dios, la vida espiritual.

El monasterio de Rielvaux tuvo casas filiales en Escocia y en Inglaterra, de las que tenía que cuidar también Aelredo, debiendo visitarlas muchas veces, pese a su poca salud, y teniendo reunión anual con todos los superiores de las casas filiales para evaluar la marcha de las mismas. Fue también al extranjero a visitar las que eran cabezas del movimiento cisterciense: Cîteaux y Claraval.

Quizás el episodio más sombrío de su biografía haya que situarlo en su oposición al santo y paciente obispo de York, San Guillermo Fitzherbert, que había sido canónicamente elegido arzobispo de dicha metrópoli, pero a quien San Bernardo y sus monjes cistercienses se opusieron tenazmente dando oídos a las calumnias que contra el santo circulaban, de simonía y de incontinencia. En 1142 San Bernardo le pidió que fuera a Roma y hablara con el Papa contra la elección de San Guillermo, el cual, dando un altísimo testimonio de humildad y paciencia, no se

defendió del injusto ataque y hubo de pasar por fuertes humillaciones. Aelredo no logró de momento su propósito porque Inocencio II autorizó la consagración de Guillermo, pero cuando llegó a la sede de Pedro un Papa cisterciense, el Beato Eugenio III, San Bernardo y Aelredo volvieron a la carga y el Papa suspendió a Guillermo de sus deberes, y en 1147 se llegó incluso a su deposición. Pero el papa Anastasio IV le haría justicia más tarde, volviendo a instalar a tan digno sujeto en la sede de York. Habrá que decir, en vista de que Bernardo y Aelredo también son santos, que ambos, pese a la violencia de sus ataques contra Guillermo, procedieron de buena fe, creyendo defender la disciplina y el honor de la Iglesia. Aelredo vivió lo suficiente como para ver a Guillermo de nuevo en su sede, y comprobó que éste era conciliatorio y nada amigo de venganzas.

Además de sus palabras continuas a los monjes, Aelredo ejercitó su paternal enseñanza mediante escritos, de los que señalaremos el llamado *Sobre la amistad espiritual* y otro titulado *Espejo de caridad.*

Aelredo murió en su abadía de Rielvaux el 12 de enero del año 1167. No parece haber sido nunca formalmente canonizado, pero desde el siglo XV la Orden Cisterciense celebra su fiesta.

SAN MARTÍN DE LEÓN

Presbítero († 1203)

Nació en la ciudad de León el año 1125. Muy niño fue confiado a la comunidad del monasterio de San Marcelo para su educación. Abierto a la inquietud intelectual, realiza de joven un largo viaje por Europa, visitando los más famosos santuarios, y también las ciudades de Santiago, París, Roma y Constantinopla, acercándose luego a Antioquía y a Jerusalén. A su vuelta a León, decide su vocación sacerdotal y recibe en efecto el sacerdocio, pero muy pronto pasa del clero diocesano a la comunidad de canónigos regulares de San Isidoro de León. Aquí llevaría a cabo su vasta obra literaria, tratando de temas teológicos, ascéticos y litúrgicos, y también sus apreciados comentarios a varios libros de las Sagradas Escrituras.

Martín vivió con gran santidad de vida, siendo venerado por los fieles no solamente como persona docta sino también como ejemplo vivo de vida cristiana. Su gran devoción era el misterio de la Santísima Trinidad, al que dedicó una capilla en la colegiata. Murió el 12 de enero de 1203. Desde entonces recibe culto como santo en León, donde se llama Santo Martino.

SAN BERNARDO DE CORLEONE

Religioso († 1667)

Nace en Corleone, junto a Palermo, en la isla de Sicilia. Fue un muchacho de gran estatura y evidente fuerza física, lo que le llevó a pensar que lo suyo era la profesión de soldado. Era de carácter arisco y pendenciero y muy pronto olvidó los principios de su educación cristiana. Se llamaba en el siglo Felipe Latini. Había nacido el 6 de febrero de 1605.

Su conversión se debió a la crisis espiritual abierta en su alma luego de que en una pendencia matase a un hombre y fuese encartado por la justicia. Se acogió al derecho de asilo de la Iglesia y así se libró de mayores consecuencias. Pensó entonces en cambiar de vida y consagrarse a Dios en la orden capuchina, donde ingresa en el convento de Caltanisetta.

Luego de una larga probación, los superiores lo admiten a la profesión religiosa como hermano lego, desempeñando los servicios que se le pidieron con gran dedicación y humildad. Su cambio espiritual fue radical. Comenzó a andar con pasos firmes por la senda de la vida interior, llegando a gran altura en la vida de oración y favoreciéndole el Señor con numerosos éxtasis, que atrajeron las miradas de todos hacia él. Su humildad y caridad notabilísimas lo señalaban ante los fieles como verdadero siervo de Dios, y comenzaron a circular historias acerca de curaciones efectuadas por él, por lo que muchos enfermos venían a encomendarse a sus oraciones. Devotísimo de la eucaristía, comulgaba diariamente, logrando licencia para ello pese a la costumbre de su tiempo. Era no menos intensa su devoción a la Virgen Inmaculada. Habiéndose tomado en serio la vocación cristiana y religiosa, trató en todo instante de vivirla con todas sus consecuencias.

Después de treinta y cinco años de vida religiosa, fray Bernardo entregó su alma a Dios el 12 de enero del año 1667, siendo beatificado por el papa Clemente XIII el 28 de abril de 1768. Era uno de los más antiguos beatos sin canonizar pero finalmente ha sido inscrito en el catálogo de los santos por el papa Juan Pablo II el domingo 10 de junio del año 2001.

BEATO NICOLÁS BUNKERD KITBAMRUNG

Presbítero y mártir († 1944)

Nicolás es el primer sacerdote tailandés que asciende a la gloria de los altares. Nació el 31 de enero de 1895 en la región de Nakhon Chaisiri, provincia de Nakkon Pathon, en el reino de Tailandia. Tuvo la dicha de nacer en una familia católica. Sus padres, José Poxang e Inés Thiang, lo llevaron a bautizar recién nacido y en el bautismo se le impuso el nombre de Benito, pero por alguna causa desde pequeño le dijeron Nicolás y éste fue el nombre que usó toda la vida. Además de ser educado religiosamente en su casa, Nicolás frecuentó desde niño la misión católica, donde aprendió el catecismo e hizo la primera comunión.

Tenía trece años cuando dijo con firmeza que quería ser sacerdote y fue admitido en el seminario menor de Bang Xang. Aquí permaneció como alumno, haciendo los correspondientes estudios hasta que en el año 1920 es admitido en el seminario mayor de Pinang en Malasia.

Seis años fue alumno de este seminario mayor y cursó en él la filosofía y la teología, siendo admitido al sacerdocio el día 24 de enero del año 1926 en la catedral de Bangkok. Seguidamente fue enviado a ejercer su ministerio pastoral en el pueblo de Bang Nokkuek en calidad de coadjutor Cuando poco después los salesianos se hicieron cargo de esta misión, Nicolás continuó con ellos un tiempo, dedicado a la catequesis y a enseñarles a los nuevos misioneros la lengua.

En 1930 le dieron un nuevo encargo que denotaba gran confianza en sus cualidades y en sus virtudes: fue enviado a la zona norte del país donde numerosos católicos, quizás por falta de asistencia pastoral, habían abandonado la fe formal o prácticamente. La tarea era difícil porque los cristianos estaban dis-

persos por muchos poblados y en una zona montañosa, muchos de cuyos pueblos eran de difícil acceso. Nicolás no se arredró ante las dificultades, y a lo largo de siete años visitó casa por casa a todos los cristianos de cuyo abandono religioso constaba y pacientemente los invitó a regresar a la práctica religiosa y al seno de la Iglesia. En este tiempo y en este cargo se demostró el extraordinario temple apostólico de este sacerdote, su espíritu de sacrificio y su entrega generosa al ministerio del buen pastor que busca las ovejas descarriadas.

En 1937 se le nombra párroco de Khorat, donde igualmente había cristianos que habían abandonado la fe o la práctica religiosa y su celo logró recuperar a no pocos, instituyendo, además, una catequesis sistematizada para los no cristianos, que pasaban tantos de ellos a ser catecúmenos y prepararse para el bautismo. Se le encomendó también la parroquia de Non Kaeo.

La vida del padre Nicolás era ejemplar a los ojos de la comunidad cristiana y aun de los no cristianos que veían su mansedumbre y buena voluntad en todas las cosas. La misa diaria, el breviario, el rosario, la oración asidua y su fervorosa devoción a la Eucaristía y a la Santísima Virgen María alimentaban su sincera piedad y su continua dedicación al bien de las almas. Cuidaba con mucho interés el catecismo de los niños y fomentaba en ellos la piedad así como las señales de vocación sacerdotal o religiosa.

Llegada la guerra entre Francia e Indochina, la situación de los católicos en Tailandia, país que se vio afectado por la guerra, se volvió difícil. Porque se empezó no solamente a sospechar de los misioneros franceses sino también a mirar con malos ojos a los tailandeses conversos al cristianismo, a quienes se miraba como traidores a su cultura y a su patria. Y así se dieron medidas persecutorias que buscaban que los fieles abandonaran la religión y volvieran al budismo.

En mitad de esta persecución el padre Nicolás fue detenido el 12 de enero de 1941 bajo la acusación de ser sacerdote católico y fue recluido en la cárcel de Khorat. Aquí empezó a pasar numerosas penalidades. Llevado ante un tribunal militar y probada su condición de sacerdote, fue condenado a quince años de confinamiento vigilado. Encerrado en una celda inmunda,

muy pronto pudo verse que se le había declarado la tuberculosis. Fue trasladado luego a la cárcel de Bang Khwang y destinado a la zona de tuberculosos. El mal trato, incluso físico, que sufrió muchas veces lo llevó con ánimo paciente, siendo heroica su constancia ante las muchas burlas, desprecios y similares que hubo de soportar. No perdió la serenidad ni la confianza en Dios y no dejó de manifestar que perdonaba a sus agresores y que estaba disponible para lo que Dios quisiera de él. Aprovechó que tenía compañeros de prisión para anunciarles a Jesucristo y logró algunas conversiones. Para su tuberculosis no recibió cuidado ni medicina alguna, de modo que poco a poco la enfermedad se fue apoderando de su organismo. Justamente a los tres años de su detención, el día 12 de enero de 1944 moría en la cárcel a causa de su enfermedad, expirando con la muerte de los justos y bendiciendo al Señor.

La Iglesia de Tailandia, curtida en la persecución, conservó la memoria de este pastor insigne y de su muerte martirial, y por ello se empezó oportunamente su causa de beatificación, que fue finalmente promulgada por el papa Juan Pablo II el día 5 de marzo del año 2000.

13 de enero

A) Martirologio

1 En Poitiers (Aquitania), San Hilario († 367), obispo y doctor de la Iglesia **

2 En Belgrado, los santos Hermilio y Estratonico († 310), que consumaron su martirio siendo arrojados al Danubio

3 En Treveris (Francia), San Agricio († 330), obispo

4 En Reims (Francia), San Remigio († 530), obispo, que bautizo al rey Clodoveo **

5 En Glasgow (Escocia), San Kentigerno († 612), obispo y abad

6 En Capitolias (Batanea), San Pedro († 713), presbitero y martir *

7 En Cordoba (España), santos Gumesindo, presbitero, y Servideo, monje († 853), martires *

8 En el monasterio de Ilbenstadt (Alemania), San Godofredo († 1127), conde de Kappenburg y luego religioso premonstratense *

9 En Lieja, Beata Iveta († 1228), viuda y reclusa

10 En Milan, la Beata Veronica Negroni de Binasco († 1497), virgen y religiosa agustina *

11 En Nam-Dinh (Tonkin), los santos Domingo Pham Trong (An) Kham, Lucas (Cai) Thin, su hijo, y Jose Pham (Trong) Cai († 1859), martires *

12 En el campo de concentracion de Dachau (Baviera), Beato Emilio Szramek († 1942), presbitero y martir *

13 En Tomhom, Tailandia, Beato Nicolas Bunkerd Kitbamrung († 1944), presbitero y martir

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SAN HILARIO DE POITIERS

Obispo († 367)

El siglo IV es la época de las grandes controversias dogmáticas en el seno de la Iglesia. Si toda disensión teologica fue peligrosa, ninguna más grave ni más desgarradora que el arrianismo predicado en Alejandría por el presbítero Arrio. Segun este heresiarca, el Verbo no es Dios en el sentido propio de la palabra, ni es eterno ni formado de la sustancia del Padre, es solo la primera de las criaturas, la más eminente de las cosas creadas, el elemento intermedio entre Dios y las criaturas propiamente dichas Esta doctrina es la negación de todo el cristianismo, pues de no admitir como inconmovible la divinidad de Jesús, nuestras creencias quedan por completo desvirtuadas. Por eso, en 325, el concilio de Nicea, presidido por nuestro gran Osio de Córdoba, definió como dogma de fe que Jesucristo es Dios En este marco histórico del arrianismo se desenvuelve la actividad del primer doctor de la Iglesia de Occidente

Hilario nació hacia el 315 en Poitiers, de distinguida familia pagana Recibió esmerada formación cultural, tal vez en el mismo Poitiers, por aquella época florecían los estudios en las Galias y sobre todo en Aquitania, cuya capital, Burdeos, era un verdadero foco de cultura intelectual Su estancia en Tréveris, Roma y Grecia durante diez años es incierta, pero es, en cambio, indiscutible que sus escritos reflejan una vasta cultura, así filosofica como literaria, recibida en la juventud Hilario estudio en sus años de adolescente la filosofía neoplatónica, se ejercitó

en la poesía y aprendió la elocuencia. Su formación y su cultura fueron netamente paganas, pero su espíritu fino y delicado supo eludir aquel ambiente cargado de inmoralidad y sibaritismo propio de la época; y su inteligencia penetrante tampoco se saciaba con las supersticiones del paganismo.

Hilario hizo en su juventud una vida de honestidad y pureza consagrada al estudio. Nada más razonable desde el punto de vista humano. Pero el joven Hilario sentía apetencias de lo divino, que en modo alguno satisfacían las contradicciones de la filosofía. Él mismo nos cuenta en la introducción de su obra sobre la Trinidad cómo le traía preocupado el problema de nuestro destino y cómo providencialmente cayó en sus manos el evangelio de San Juan, que le dio la respuesta suspirada. Cuando leyó que el Verbo se había hecho hombre para hacer hijos de Dios a los que le recibiesen, cesó la angustia, dio de mano al paganismo y hacia el 345 recibió el bautismo. Como en infinidad de casos, una buena lectura había transformado el interior del joven pictaviense. Hilario estaba casado y tuvo una hija llamada Abra. Una y otra —la mujer y la hija— le siguieron en la conversión y en el bautismo.

Destinado con misión providencial para ser puntal de la Iglesia de Occidente, una vez convertido se consagró con avidez al estudio de la Escritura, rompiendo para siempre con aquella ciencia profana que tanto daño le había hecho, reteniéndole en las degradantes supersticiones del paganismo. Sentía aversión por los enemigos de la Iglesia y con repugnancia se sentaba junto a ellos en la mesa. Cristiano virtuoso y ejemplar, nos cuenta Venancio Fortunato, que escribió su vida, con tal delicadeza y entrega se ejercitaba en las prácticas del cristianismo y tanta diligencia y esmero ponía en ajustar su vida a las leyes de la Iglesia, que más parecía sacerdote del Señor que seglar y hombre casado.

Muerto el obispo de Poitiers, tal vez Majencio, clero y pueblo proponen a Hilario hacia el 350 para obispo de su propia ciudad. La esposa da el consentimiento y se decide a no mirarle más que en el altar: ambos cónyuges se separan desde entonces para hacer una vida de perfecta continencia. Puesto en la silla de Poitiers, no tardó en emprender la lucha que llenó y dio uni-

dad a toda su vida. Hasta ahora Hilario había permanecido al margen de la controversia arriana, pero los sínodos de Arlés y Milán, que depusieron una vez más a San Atanasio, y el destierro de los obispos de Tréveris, Vercelli, Cagliari y Milán, decretado por el emperador Constancio, le abrieron los ojos sobre la amenaza de los arrianos.

A partir de este momento, Hilario siguió con pasión la marcha de los acontecimientos y dio pruebas de la fortaleza de su carácter. Organizó inmediatamente la resistencia de los obispos de la Galia contra el metropolitano Saturnino de Arlés, que simpatizaba con los arrianos. Para ello reunió un sínodo en París en 355, en el que los obispos franceses que asistieron determinaron apartarse para siempre de Ursacio, Valente y Saturnino, principales promotores del arrianismo en Occidente. El metropolitano arlesiano respondió convocando otro sínodo en Beziers, al que por orden de Constancio hubo de asistir Hilario. El obispo de Poitiers fue invitado a que condenase a Atanasio, y con ello lo que se había defendido en Nicea. El santo obispo no sólo se opuso con firmeza a tan improcedente demanda, sino que, además, con valentía inusitada pidió que en medio de aquella asamblea de encarnizados enemigos se le permitiese rebatir las nefastas doctrinas de Arrio. Le fue negado, claro está, ante el temor de verse confundidos.

Por esta su intrépida postura de campeón de la ortodoxia en Francia, sus enemigos le acusaron ante el emperador como faccioso y perturbador, y obtuvieron de Constancio un decreto por el que le desterraba a Frigia, en el Asia Menor. A finales del 356 se ponía en camino hacia la otra extremidad del Imperio Romano. Con ello habían eliminado de Occidente uno de los enemigos más caracterizados del arrianismo. Hilario permaneció cuatro años en Frigia (356-360), pero supo aprovecharse ampliamente de esta época dolorosa para su perfeccionamiento intelectual. Conoció la literatura cristiana de Oriente y elaboró su obra maestra teológica sobre la *Trinidad,* monumento de alta especulación cristiana en los primeros siglos.

Pese al destierro, continuó siendo obispo de Poitiers y el alma de las diócesis de Francia. Desde Frigia sugería sabios consejos a sus colegas en el episcopado, escribía cartas, enviaba

instrucciones, redactaba libros para instruir a sus fieles. Todo le parecía poco a quien se había hecho todo para todos. Hilario encontró las provincias a que había sido confinado totalmente contaminadas por la herejía. Él mismo nos cuenta que apenas si encontraba un obispo que conservase la verdadera fe. El celoso obispo de Poitiers recorrió todo el Imperio oriental, discutió con los jerifaltes del arrianismo, entraba en sus iglesias, se sumaba a sus reuniones no buscando más que el apostolado. «Permanezcamos siempre desterrados con tal que se predique la verdad», repetía con frecuencia.

El trato personal de Hilario con los herejes fue en esta época de finura y delicadeza y en sus escritos usó de mucha moderación. La obra *Sobre los sínodos,* redactada en el destierro, la dirigió a los obispos de la Galia, de las dos Germanias y Bretaña, para poner a los occidentales al corriente de las luchas que en Oriente se llevaban a cabo contra el arrianismo. Esta obra preparó la pacificación de los espíritus, dando un panorama más claro de los problemas en litigio y de la posición de los partidos. Razón tenía Rufino de Aquileya cuando escribió que los éxitos obtenidos por Hilario fueron debidos a la dulzura y suavidad de carácter.

Hilario era un sabio; así nos lo dicen sus escritos, pero era no menos santo. La santidad no puede ocultarse y Dios se encarga de glorificar a sus siervos incluso en este mundo. De su estancia en Frigia nos ha conservado la tradición un hecho en este sentido. Cierto domingo entró Hilario en una iglesia en el momento preciso en que los católicos celebraban sus oficios religiosos. En pleno silencio una joven se abre paso en medio de la muchedumbre gritando que allí se encontraba un gran siervo de Dios y arrojándose a los pies de Hilario le pide que la admita entre los cristianos y haga sobre ella la señal de la cruz. Era la joven pagana Florencia, a quien el santo doctor instruyó en la fe y luego bautizó junto con su familia. A partir de este momento, Florencia siguió a todas partes al santo obispo y, dirigida por él, vistió el hábito religioso, alcanzando la santidad heroica de los altares. El martirologio galicano pone su fiesta el primero de diciembre.

Por todo esto, la autoridad de Hilario se afianzaba incluso en Oriente. Aunque obispo latino, fue invitado a tomar parte en

el concilio de Seleucia, convocado por Constancio, que buscaba a toda costa la unión religiosa del Imperio con el arrianismo. Con la valentía que da la verdad, defendió en aquella asamblea la divinidad de Jesús y formó parte de la comisión que luego se dirigió a Constantinopla a informar al emperador sobre las discusiones. En Constantinopla se encontraba Saturnino, responsable del destierro de Hilario. El obispo de Poitiers solicitó una audiencia de Constancio para convencer al obispo de Arlés de sus errores, pero le fue negada. Entonces, con una sorprendente entereza de carácter, escribió contra Constancio un enérgico libelo, llamado corrientemente invectiva, en el que le compara con los peores perseguidores de la Iglesia.

Una actitud tan intrépida pareció peligrosísima a los arrianos orientales. Le acusaron, por lo mismo, ante el emperador de perturbador de la paz en Oriente. Constancio, a quien eran molestas las acusaciones de Hilario, dio órdenes al obispo de Poitiers de abandonar la capital del Imperio y tomar el camino de las Galias. Después de cuatro años de destierro entraba en su diócesis (360) en medio del júbilo más indescriptible. La Galia entera, nos cuenta San Jerónimo, abrazó al héroe que volvía del combate victorioso y con la palma en la mano. Como si el Señor quisiera demostrar la santidad del gran obispo, a su llegada a Poitiers, nos dice una tradición que, a ruegos de una madre, volvió a la vida a un niño que acababa de morir sin haber recibido el bautismo.

Instalado en su sede, Hilario no se permitió el menor reposo. Trabajó sin tregua por relegar de las Galias el arrianismo. Promovidos por él, se celebraron sínodos en todo el país, y en 361 se reunió un concilio en París con carácter nacional en el que se anatematizó a Auxencio, Ursacio, Valente y Saturnino, que acaudillaban el movimiento arriano. Con ello la fe de Nicea triunfaba en las Galias. Hilario llevó entonces la batalla a Italia, donde los arrianos tenían aún fuerzas considerables. Durante dos años trabajó con éxito al lado de Eusebio de Vercelli por el renacimiento de la fe de Nicea. En esta difícil tarea tropezó con un gran obstáculo en la persona de Auxencio, obispo arriano de Milán. En su afán de superarla presidió una asamblea de obispos italianos que pretendían conseguir del emperador la deposi-

ción del taimado obispo. No lo consiguió, porque Valentiniano estaba satisfecho con la fórmula de fe ambigua que le presentaba Auxencio. Acusado ante Valentiniano como perturbador de la paz de la Iglesia de Milán, tuvo que abandonar Italia por orden imperial y encaminarse de nuevo a su diócesis. Hilario obedeció, pero con la valentía que le era característica denunció el equívoco y trapacería del obispo milanés en su libro *Contra Auxencio.*

De regreso a su diócesis (365) consagró los últimos años de su vida al cuidado espiritual de sus fieles y a su actividad de escritor. De esta época datan dos de sus grandes obras: los tratados *sobre los misterios* y *sobre los salmos.* El apostolado de Hilario no se limitó tan sólo al común del pueblo. Orientado y dirigido por él, un grupo selecto de almas se apasionó por el ideal de una vida más perfecta, abrazando los consejos evangélicos. El más ilustre de estos discípulos fue San Martín, futuro obispo de Tours, que fundó en Ligugé el primer monasterio, inaugurando así la vida monástica en Francia. Entre las almas que Hilario consagró al Señor, la tradición señala a su propia hija Abra y la noble Florencia.

Durante su estancia en Frigia pudo aprender la sorprendente eficacia de la palabra cantada. Arrio, primero, y los gnósticos, después, habían utilizado este procedimiento para divulgar sus errores. San Isidoro de Sevilla dice que Hilario fue el primero que compuso versos eclesiásticos en latín y que, pese a las dificultades que lleva consigo tal innovación, logró introducir en su iglesia antes que ningún occidental el cántico de los mismos. Hasta en la poesía, Hilario es el hombre de acción y de lucha. Con sus versos litúrgicos y populares a la vez, pretendía el santo doctor grabar en sus fieles las verdades esenciales del cristianismo, tan amenazadas por los arrianos.

El trabajo ímprobo de unos diecisiete años al frente de su diócesis, el destierro y la contienda con los arrianos agotaron al santo obispo. Dos de sus discípulos velaban junto al lecho del maestro. Repentinamente la habitación se llena de una luz extraordinaria que les dejó deslumbrados. Lentamente fue extinguiéndose la luz y en el momento preciso en que Hilario exhalaba el último suspiro también ella desaparecía. Era el 1 de

noviembre del 367. Su venerable cuerpo reposó muchos años en la iglesia de San Hilario el Grande, en Poitiers, hasta ya mediado el siglo XVII en que fue quemado por los hugonotes. En 1851 Pío IX le declaró Doctor de la Iglesia universal, galardón bien merecido, entre otras razones, por la defensa heroica que hizo de la divinidad del Verbo.

La postura vigilante y firme con que abordó la controversia arriana, el destierro, la firmeza de carácter, la amplitud de miras, las cualidades innegables de un verdadero hombre de acción e indiscutible jefe, que conciliaba en sí la energía con la dulzura, le han valido el honroso nombre de «Atanasio de Occidente». Si la Iglesia latina, después de la muerte de Constancio, surgió con tanta rapidez, se debe en gran parte al gran obispo de Poitiers.

URSICINO DOMÍNGUEZ DEL VAL, OSA

Bibliografía

BECK, A., *Die Trinitatslehre des hl. Hilarius von P* (Mainz 1903).
BRISSON, J. P., *Hilaire de Poitiers* (Paris 1947).
DORMAGEN, E., *Saint Hilaire de Poitiers et l'arrianisme* (Saint-Cloud 1864).
LARGENT, A., *Saint Hilaire* (París 1902).
LE BACHELET, X., en *Dict. Théol. Cath.*, o.c., VI col.2388s
Obras: PL vols.9-10, y en *Corp. Scrip. Eccl. Lat.* 22,65.
SULPICIO SEVERO, en *Historia Sacra:* PL 20 y *Act. SS. Boll.*, Ian.
VENANCIO FORTUNATO, *Vita S. Hilarii:* PL 9 y *Act. SS. Boll.*, Ian.
WILMART, A , «Traité des Mystères et le livre des offices»: *Rev. Bened.* 26 (1910) 10s.
WATSON, E., *The life and writings of St. Hilary of Poitiers* (1899).

SAN REMIGIO DE REIMS

Obispo († ca.530)

San Remigio, célebre obispo de Reims, conocido en la historia principalmente por el hecho de haber bautizado al rey Clodoveo y un buen número de su pueblo, fue hombre, según el testimonio de San Gregorio de Tours, insigne por su erudición y santidad y por sus obras maravillosas, por todo lo cual es considerado como el apóstol de los francos. Las fuentes que nos informan sobre él, principalmente San Gregorio de Tours y San Avito de Vienne, aunque fieles en la relación de los hechos fundamentales, no son absolutamente seguras en lo que se refiere a los detalles de los mismos. Sin embargo, tomando el conjunto

de éstos, podemos decir que estamos suficientemente informados.

Nacido en Laon, hacia el año 437, de padres galos, hizo tan considerables progresos en su formación, y particularmente en la elocuencia, que, según el testimonio de Sidonio Apolinar, compañero suyo en los primeros años, llegó a superar a todos sus iguales. Contando sólo veintidós años de edad, al quedar vacante en 459 la sede de Reims, fue él destinado para la misma, y los hechos probaron bien pronto que con su celo y fervor de espíritu suplía lo que le faltaba de experiencia.

No poseemos muchas noticias sobre la actividad de San Remigio durante la primera etapa de su vida, desde su elevación a la sede de Reims, en 459, hasta el gran acontecimiento de la conversión de Clodoveo, hacia el 496, en que tan directamente intervino San Remigio. Pero lo poco que conocemos nos lo presenta como un prelado eminente, consciente de sus deberes y entregado de lleno a la instrucción y gobierno de su pueblo. Sabemos por Sidonio Apolinar que desarrolló gran actividad en convertir a muchos entre los invasores francos y someterlos al yugo de Cristo. Él mismo atestigua que poseyó un volumen de los sermones de Remigio, cuya suavidad, belleza de expresión y plenitud de doctrina pondera extraordinariamente. Con esta elocuencia, a la que se juntaba su eminente santidad, contribuyó eficazmente a poner el fundamento de la conversión del pueblo de los francos.

Entre los pocos documentos que de este tiempo se nos han conservado es digna de memoria una carta, dirigida por San Remigio hacia el año 482 a Clodoveo, en la que lo felicitaba por su feliz principio como rey de los francos en la región de Tournai y le daba excelentes orientaciones y consejos para el gobierno de su pueblo. Así le dice:

> «Debéis mostrar deferencia con los sacerdotes y recurrir siempre a su consejo Si reina armonía entre vos y ellos, vuestro reino sacara de ello mucho provecho Que todos os amen y os respeten Que vuestro tribunal sea asequible a todos y que nadie salga triste de el Emplearéis todas las riquezas de vuestros padres en librar cautivos y desatar las cadenas de los esclavos »

De hecho, tal era ya su prestigio por este tiempo que, cuando Clodoveo conquistó la Galia del Norte, en torno al año 490,

Remigio fue, seguramente, el intermediario entre la población indígena, cristiana en su mayoría, y los dirigentes conquistadores. Todo su empeño lo dirigió desde entonces a atraer al mismo Clodoveo a la religión cristiana.

Precisamente la intervención de San Remigio en la conversión definitiva de Clodoveo y del pueblo franco constituye el punto más interesante y glorioso de su vida. Por esto es conveniente notarla con alguna detención. Ante todo, consta que en este tiempo Clodoveo, aunque continuaba afecto al paganismo, trataba amistosamente con los cristianos, que constituían la mayoría de la población indígena. Él mismo había tomado por esposa a la católica Clotilde, hija del rey cristiano de Borgoña, Chilperico. Más aún: sabemos que ella realizó repetidos intentos de convertir a su esposo al cristianismo, y que éste consintió en que su primogénito fuera bautizado. Es verdad que según se refiere, habiendo muerto el niño poco después del bautismo, echó en cara a la reina esta muerte, afirmando que no habría muerto si hubiera sido puesto bajo la protección de los dioses francos; sin embargo, volvió a permitir que su segundo hijo fuera bautizado.

Estando, pues, Clodoveo en esta disposición tuvo lugar su conversión, según todos los indicios, durante la guerra que mantuvo contra los alamanes el año 496 o tal vez 497. ¿Cómo sucedió este importante acontecimiento y qué intervención tuvo en él San Remigio, el apóstol de los francos? No es fácil responder con absoluta objetividad a esta pregunta. Sin embargo, teniendo presente el relato de San Gregorio de Tours, que es quien más detalles nos ofrece, y otras noticias contemporáneas, podemos responder substancialmente lo siguiente:

Habiendo irrumpido los alamanes en el territorio de los francos encontrábase Clodoveo en el momento decisivo de la batalla. Más aún: cuando advirtió que los francos comenzaban a ceder y que era inminente la victoria de sus enemigos, invocó al Dios de su esposa, Santa Clotilde, prometiéndole abrazar la fe si le concedía la victoria. De hecho, inesperadamente, volvieron la espalda los enemigos y emprendieron la huida. Ante un hecho tan sorprendente, Clodoveo, ya victorioso, se decidió a realizar lo prometido.

A este hecho fundamental añade San Gregorio de Tours diversos detalles, de cuya objetividad no ofrece plenas garantías. Tales son: que su esposa, Clotilde, antes de emprender Clodoveo la batalla, le dijo· «Señor, si quieres alcanzar victoria, invoca al Dios de los cristianos: si tú lo invocas con toda confianza, nada se te puede resistir». A lo cual respondió Clodoveo que así lo haría, y, si salía victorioso, se haría cristiano. Por esto el mismo historiador, en el momento crítico de la batalla, pone en boca del rey franco estas palabras invocando al Señor:

> «¡Oh Cristo, a quien Clotilde invoca como Dios vivo!, yo imploro tu ayuda He invocado a mis dioses, y ellos no tienen ningun poder Acudo, pues, a ti Yo creo en ti Líbrame de mis enemigos y yo me bautizare en tu nombre»

El mismo Gregorio de Tours añade multitud de detalles sobre los acontecimientos que luego siguieron: cómo, lleno de júbilo por la victoria, exclamó al encontrarse con su esposa, Clotilde: «Clodoveo ha vencido a los alamanes pero tú has vencido a Clodoveo» Y a continuación realizó con toda solemnidad el acto trascendental de su propio bautismo y de gran número de magnates de su pueblo. Reduciendo, pues, a lo substancial todo este relato, podemos sintetizarlo de la manera siguiente·

Con el consejo de su esposa, Santa Clotilde, Clodoveo se puso en contacto con San Remigio de Reims, y, efectivamente, bajo su dirección, tanto el rey como un buen número de magnates y del pueblo recibieron la instrucción necesaria para poder recibir el bautismo. Clodoveo manifestó, por una parte, su preocupación de que muchos de ellos, particularmente los hombres de su guardia personal, no renunciarían fácilmente a sus dioses, y, por otra, su voluntad de que no se forzara a nadie a abrazar la fe cristiana. Pero la mayoría de los magnates y demás cortesanos se manifestó decidida a seguir el ejemplo de su rey. Así, pues, dedicóse de lleno San Remigio a la obra de su instrucción, en lo que consta que le ayudó otro santo insigne, San Vedasto

La escena misma del bautismo, aun exponiéndonos a mezclar los hechos estrictamente históricos con detalles subjetivos del cronista, vale la pena reproducirla como nos la refiere San Gregorio. En efecto, con el objeto de impresionar los sentidos

de aquel pueblo bárbaro con las solemnes ceremonias del bautismo, San Remigio y la reina Clotilde procuraron que la ciudad de Reims, donde se realizó probablemente este gran acto, se engalanara con toda magnificencia y que la catedral y el baptisterio aparecieran con los esplendores de las grandes fiestas. Luego añade el historiador:

> «El nuevo Constantino avanza hacia el baptisterio Cuando hubo entrado en el, en presencia de todo el pueblo y de la corte entera que lo contemplaba, el obispo Remigio le dice "Inclina humildemente tu cabeza, adora lo que hasta ahora has quemado quema lo que hasta aqui has adorado" Asi, pues, habiendo hecho Clodoveo la profesion de fe en Dios omnipotente y en la Trinidad, fue bautizado en el nombre del Padre, del Hijo y del Espiritu Santo»

A continuación San Remigio bautizó a dos hermanas del rey y, con la ayuda de otros sacerdotes, a unos tres mil hombres de la corte y del ejército, así como también a gran multitud de mujeres y niños. Muchos suponen que estos acontecimientos tuvieron lugar el 25 de diciembre de 496, el mismo año de la victoria de Clodoveo sobre los alamanes.

Fácilmente se comprende el entusiasmo con que recibió estos acontecimientos el episcopado de las Galias. San Avito de Vienne escribía al príncipe:

> «Vuestra fe es nuestra victoria [ ] ¿Osare yo predicaros la misericordia de Dios, cuando un pueblo, hasta ahora cautivo, celebra la vuestra con transportes de jubilo ante el mundo entero y con lagrimas delante de Dios? Yo no formulo mas que un voto puesto que Dios va a hacer, por vuestro medio, un pueblo enteramente suyo, esparcid del tesoro de vuestro corazon semillas de fe entre los pueblos vecinos que, viviendo en su ignorancia, no han sido corrompidos por los germenes de las doctrinas perversas»

Una vez realizada la conversión oficial del pueblo franco, en la que tan activa parte tuvo San Remigio, continuó éste trabajando con la mayor intensidad en su ulterior instrucción Bajo la protección de Clodoveo continuó esparciendo entre los francos la semilla del Evangelio, con lo cual realizó una obra admirable. La leyenda le atribuye un número extraordinario de milagros en esta labor de evangelización. A este propósito es célebre, sobre todo, la de la vasija o ampolla santa, que se conservaba en la

abadía de San Remigio, que se supone ser la misma que sirvió para ungir con el óleo santo del bautismo al rey Clodoveo y que vino milagrosamente del cielo. Esta vasija se empleaba en la consagración de los reyes de Francia, pero fue rota en la Revolución Francesa, si bien se conserva una parte de ella en la catedral de Reims.

Los obispos, reunidos en una asamblea convocada en Reims, declararon que se sentían impulsados a la defensa de la fe por el ejemplo viviente de San Remigio, el cual, según ellos afirman, «en todas partes destruyó los altares de los ídolos, realizando multitud de milagros». De él conservamos una carta, escrita poco después de la muerte de Clodoveo, ocurrida en 511, y dirigida al obispo de Tongres-Maestricht. En tono enérgico reprocha a este último obispo algunos excesos cometidos contra algunos pueblos. De este modo aparece la entereza de carácter con que continuó trabajando hasta el fin de su vida.

De todo ello se deduce que San Remigio, en la última etapa de su vida, hizo lo que pudo para promover el Evangelio entre el pueblo de los francos, recién convertido al cristianismo, por lo cual, con justo título, es venerado como su apóstol. En un sínodo celebrado en 517 convirtió a un obispo arriano, que se había presentado para arguir contra el santo obispo. Sin embargo, su acción apostólica no siempre encontró la aprobación y buena acogida entre sus hermanos de episcopado.

Poco después de la muerte de Clodoveo, probablemente en 512, los obispos de París, Sens y Auxerre le escribieron acerca de un sacerdote, llamado Claudio, ordenado por él a petición del rey. En la carta le reprochan el haber ordenado a un hombre mercader, según ellos, de degradación, y dan a entender que piensan fue sobornado para ello, acusándole de haber perdonado todos los desaciertos financieros de Claudio. Se conserva la carta con la que San Remigio respondió a este cúmulo de inculpaciones y acusaciones infundadas. Claramente convencido de que aquellos obispos estaban llenos de despecho y apasionamiento, se lo manifiesta así con toda claridad, pero su respuesta es un modelo de paciencia y caridad.

San Gregorio de Tours atestigua que gobernó la Iglesia de Reims setenta años, y que murió en paz hacia el año 530. Se ha

conservado el texto de un testamento, que se le atribuye. Probablemente es auténtica la versión breve del mismo. Su fiesta se celebró en distintas fechas, y la Iglesia de Reims le dedicaba cinco durante el año: el 12 de enero, la *vigilia;* el 13, *su fiesta,* el 29 de mayo, la *traslación,* el 1 de octubre, *otra traslación;* el 30 de diciembre, *su relación.* Pero, al fin, prevaleció el 1 de octubre como única fiesta.

BERNARDINO LLORCA, SI

Bibliografía

Act. SS Boll., 1 de octubre. Diversos documentos interesantes.
VENANTIUS FORTUNATUS, *Vita,* en *Mon Germ. Hist., Aut. Ant.,* IV 2 p.6s.
HINCMARIUS, *Vita,* en *Mon. Germ. Hist. Script. Rer. Merov.,* III p.239s.
GREGORIUS TURONENSIS, *Mon. Germ. Hist. Script. Rer. Merov.,* I.
Art. «Clovis», en *Dict. d'arch. chrét. et de lit.* Asimismo art «Remi».
KURTH, G., *Clovis* (²1901), 2 vols.
OPPENHEIMER, F., *The Legend of the Sainte Ampoule* (Londres 1953).
S Remi. 533-1933. Fêtes... du jubilée en l'honneur du XIV centenaire de la mort de saint Remi, 15 janvier 1933

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN PEDRO DE CAPITOLÍAS

Presbítero y mártir († 713)

Pedro era un sacerdote de rito bizantino, casado y con tres hijos, un varón y dos hijas. La ciudad donde ejercía su ministerio era Capitolías, a treinta kilómetros del Lago de Tiberíades y unos cien de Damasco.

Sentía la vocación a la vida eremítica y trató el asunto con su esposa, la cual estuvo de acuerdo en que él siguiera su inclinación. Las dos hijas fueron colocadas para su educación en el monasterio San Sabiniano, y la mujer quedó al cargo del hijo. Pero cuando éste cumplió los doce años, el padre se lo llevó consigo a su retiro y le asignó una celda al lado de la suya para encargarse de su educación cristiana.

Pasaron los años y Pedro perseveraba en su género de vida orante y ascético, alabando a Dios por haberle concedido gastar su vida en su servicio y deseando ardientemente que su vida se

coronara con el martirio. Y cuando cumplió los sesenta años, Pedro imaginó un modo que le pareció eficaz para conseguir el martirio, y al modo que harían otros mártires en Córdoba en el siglo siguiente, y fue el de confesar a Cristo al tiempo que denostaba como falsa la religión del Islam. Así lo hizo ante una reunión de notables musulmanes a quienes convocó con el pretexto de que iba a hacer testamento. Los reunidos, sorprendidos de esta conducta, se dividieron acerca de lo que era oportuno hacer: unos creyeron que había que denunciarlo en el acto, otros creyeron que el caso necesitaba pausada deliberación. Mientras esto sucedió se corrió la voz de que Pedro había muerto, lo cual no era cierto. Entonces Pedro acudió a salir a las calles a predicar a Cristo abiertamente, invitando a los musulmanes a dejar su religión y hacerse cristianos.

Esto le valió que desde Capitolías se enviase al príncipe Omar, hijo del califa Walid I, una denuncia; el príncipe encargó al lugarteniente Zora que informara y arrestara a Pedro. Habiendo enfermado el califa, su hijo Omar fue a verlo y le contó la historia de Pedro. El califa ordenó que el sacerdote fuera llevado a su presencia. En efecto, el 5 de enero del año 713 Pedro, luego de que lo interrogara Omar y le instara en vano a que se hiciera musulmán si quería salvar la vida, fue llevado a la presencia del propio Walid. Pedro confesó abiertamente la fe, proclamó a Cristo como Dios y Salvador y dijo que no había otro camino de salvación que el evangelio de Jesús. Se fulmino contra él sentencia de muerte, que habría de cumplirse en Capitolías, para que sirviera de escarmiento.

Llamada la población a la plaza pública, se hizo comparecer también a los hijos de Pedro, y delante de ellos se le arrancó al sacerdote la lengua con que había confesado a Cristo y denostado como falso al Islam. Esto fue el día 10 de enero. Al día siguiente se le cortó la mano y el pie derecho. El día 12 se le cortaron el otro pie y la otra mano y con un hierro encendido se le cegaron los ojos y en este estado se le llevó en una camilla por toda la ciudad para que se viera por todos lo que le ocurría a quien insultaba al Islam. Luego se le colgó en una cruz donde debía estar cinco días, pero Pedro murió el domingo 13 de enero, volando a Dios su alma de sacerdote y mártir. Su cuerpo al

cabo de cinco días fue quemado junto con los miembros amputados anteriormente y la cruz y las ropas, y todas las cenizas fueron echadas al río para que no quedara reliquia alguna del mártir, siendo limpiado cuidadosamente el sitio de la hoguera.

La memoria de este santo, reconstruida históricamente gracias a documentos fiables, queda ahora inscrita en el día 13 de enero en el nuevo *Martirologio romano.*

SANTOS GUMESINDO Y SERVIDEO

Mártires († 853)

El martirio de estos dos santos tuvo lugar en Córdoba el día 13 enero 853, y nos lo relata San Eulogio. El primero era natural de Toledo pero desde pequeño había venido con su familia a residir en Córdoba, donde ingresó en la basílica de los SS. Fausto, Jenaro y Marcial. El niño se mostró receptivo al voto que habían hecho sus padres de dedicarlo a la Iglesia. Llegado a la juventud recibió el orden del diaconado y lo ejerció una larga temporada en la misma basílica; luego recibió el orden del presbiterado. Y a poco de recibir el sacerdocio, le fue confiada una parroquia en la campiña cordobesa, donde ejercía el ministerio.

Del monje Servideo tenemos pocos datos: era un hombre joven y estaba hospedado en la basílica de los SS. Fausto, Jenaro y Marcial. A ella se llegó Gumesindo y le propuso que ambos fueran juntos a confesar a Cristo ante el juez musulmán, como así hicieron.

Esta confesión fue castigada con la muerte, siendo los dos confesores de la fe degollados en el acto. Sus cuerpos fueron recogidos por los cristianos, que les dieron entierro solemne en la basílica de San Cristóbal al otro lado del río.

BEATO GODOFREDO DE KAPPENBURG

Religioso († 1127)

Godofredo era un seglar y padre de familia, se diría que bien instalado en la vida, ya que era conde de Kappenburg y como tal poseedor de un castillo y magníficas tierras. Se llevaba bien

con su mujer, y participaban ambos de idénticos sentimientos religiosos. Por ello aceptaron de buena gana la invitación que iba haciendo San Norberto con sus predicaciones a una vida cristiana más seria y comprometida. En efecto, San Norberto con su predicación evangélica y el atractivo de sus virtudes hacía impacto en innumerables almas y su labor apostólica atrajo a vida más cristiana a muchísimos hombres y mujeres de su tiempo.

Impactado por la predicación de San Norberto, Godofredo decidió hacerse religioso y vender para ello todos sus bienes. Hacía falta que su esposa estuviera de acuerdo, y resultó que sí lo estaba. Fue el padre de ella el que se oponía.

Superadas las dificultades y habiendo dado generosas limosnas a los pobres, Godofredo se fue al monasterio premonstratense mientras su esposa y sus dos hermanas ingresaban igualmente en un convento de monjas. Godofredo llevó una vida ejemplar y llegó a ordenarse de menores pero murió el 13 de enero del año 1127 antes de haberse ordenado sacerdote. Tenía solamente treinta años.

BEATA VERÓNICA DE BINASCO

Virgen († 1497)

Nació en Binasco, aldea cercana a Milán en el seno de una modesta familia campesina. En cuanto pudo ayudó a sus padres en las tareas agrícolas pero la educación religiosa recibida de ellos dio como fruto la aparición en la joven de la vocación religiosa. Pidió ingresar en el convento agustino de Santa Marta, pero no fue admitida por ser analfabeta. Ella entonces se dedicó con gran esfuerzo a aprender a leer y escribir, y logrado este propósito, fue admitida por las monjas. Pudo así realizar su ideal de profesar la Regla de San Agustín como hermana lega.

Su contribución a la comunidad fue ejercer el oficio de limosnera por las calles de Milán, al tiempo que cada día crecía más en la vida interior, llegando a una oración altísima que el Señor favoreció con frecuentes éxtasis. Su contemplación predilecta era la pasión del Señor, a la que se unía también en sus sufrimientos, ofreciendo para ello su escasa salud. Luego de una vida edificante vino a morir el día que ella había anunciado, el

13 de enero de 1497. Veinte años más tarde la beatificaba el papa León X, confirmando el sentir popular que la tenía por santa.

SANTOS DOMINGO PHAM TRONG AN KHAM, LUCAS PHAM TRONG CAI THIN Y JOSÉ PHAM TRONG CAI TA

Mártires († 1859)

El día 13 de enero del año 1859 en Nam-Dinh (Vietnam) fueron sacados de la cárcel donde estaban los confesores de la fe Domingo Pham Trong An Kham, su hijo Lucas y un paisano y amigo de ambos llamado José Pham Trong Cai Ta, los cuales fueron llevados fuera de la ciudad, extendidos en el suelo, atados sus pies y manos a sendas estacas y enseguida estrangulados. Su delito había sido el de profesar la fe cristiana, haberse negado a apostatar de ella y a pisotear la santa cruz y haberse mantenido firmes en esta confesión a pesar de la prisión y de las amenazas de muerte.

Domingo era persona rica y bien situada socialmente que había educado con esmero a su hijo y que llegada la persecución había sido encarcelado y juzgado por confesar la fe. Para él había sido una satisfacción ver cómo su hijo se acreditaba también socialmente y llegaba al cargo de jefe del cantón o distrito, cargo inmediato al de mandarín.

Lucas, educado cristianamente por su padre, se había casado y formado una familia, pero debiendo tener múltiples relaciones sociales, se enfrió un tanto en su fervor religioso hasta que un sacerdote lo amonestó y trajo de nuevo a la práctica de la religión. Había defendido la libertad religiosa ante el mandarín general, asegurando la fidelidad de los cristianos a las autoridades civiles. Pero como un cristiano, Cao-Xá, se rebeló contra el gobierno harto de las persecuciones, la tesis de Lucas pareció falsa y éste fue acusado de haber mentido. Arrestado, se le pidió manifestara por escrito su fe cristiana y así lo hizo, alegando que estaba dispuesto a dar su vida por ella. En la cárcel halló a su padre, y padre e hijo se animaron mutuamente a perseverar

en la fe y a prepararse para el martirio. Domingo era terciario dominico.

José era, como los otros dos, natural del poblado de Quang-Cong. Era un cristiano fervoroso y ejemplar, cofrade del Santísimo Rosario. Estaba casado y tenía hijos, y había tenido el cargo de subjefe de su distrito. Llegada la persecución, no dudó en acudir al mandarín gobernador a asegurarle la buena conducta civil de los cristianos y a rogar cesara la persecución. El mandarín no solamente no le atendió sino que le mandó detener, afirmándole que solamente alcanzaría la libertad si pisaba la cruz y apostataba. Incluso por escrito afirmó que no renegaría jamás del cristianismo. Fue a parar a la cárcel en septiembre de 1858 y allí encontró a los otros dos confesores de la fe que morirían con él. Cuando le fue comunicado que iba a ser ajusticiado quiso asegurarse de que era a causa de su religión, y asegurado marchó tranquilo al suplicio.

Con los demás mártires de Vietnam estos santos fueron canonizados el 19 de junio de 1988.

BEATO EMILIO SZRAMEK

Presbítero y mártir († 1942)

Nace en Tworkow, Polonia, el 29 septiembre 1887 en el seno de una familia obrera. Ordenado sacerdote en 1911, continuó siempre su formación intelectual con un gran afán por la cultura. Fue canciller de la Administración Apostólica de la Alta Silesia y tuvo otros varios cargos de confianza por parte de los obispos de Katowice, nombrándolo el Papa prelado doméstico en 1931. Fue también párroco de Santa María en Katowice.

Al llegar la guerra, fue arrestado el 4 abril 1940 y llevado al campo de concentración de Dachau, donde pasó muchísimas penalidades, tantas que su débil salud no soportó los muchos malos tratos y vino a morir de agotamiento el 13 enero 1942. Fue beatificado el 13 junio 1999.

14 de enero

A) MARTIROLOGIO

1. La conmemoración de San Potito, mártir, en Sárdica, en fecha desconocida.

2. En Antioquía de Siria, San Glicerio, diácono y mártir, en fecha incierta.

3. En Nola (Campania), San Félix († luego del 250), presbítero, que confesó la fe en la persecución pero luego murió en paz **.

4. En Neocesarea del Ponto, Santa Macrina († 304), matrona, abuela de San Basilio Magno *.

5. La conmemoración de los santos monjes que en Raiti y en Sinaí fueron martirizados por los blemos y los sarracenos respectivamente (s IV)

6 En la región de los iberos, al otro lado del Ponto Euxino, Santa Ninón, que, llevada como esclava a Georgia, consiguió la conversión de los reyes y el comienzo de la cristianización del país (s. IV) *.

7. En Mende (Francia), San Fermín, obispo (s. V).

8. En Auvergne (Francia), San Eufrasio († 516), obispo.

9. En Milán, la deposición de San Dacio († 552), obispo, que por acompañar al papa a Constantinopla murió en esta ciudad.

10. En Écija (España), San Fulgencio († 632), obispo, hermano de los Santos Leandro, Isidoro y Florentina *.

11. En Tagliacozzo, en el Abruzo, Beato Odón de Novara († 1200), presbítero y monje cartujo *.

12. En Udine, Beato Odorico Mattiuzzi de Pordenone († 1331), presbítero y religioso franciscano, que predicó el evangelio en muchas regiones del Oriente *.

13. En Batavia (Surinam), Beato Pedro Donders († 1887), presbítero y religioso redentorista, apóstol de los leprosos **.

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SAN FÉLIX DE NOLA

Presbítero († ca 260)

En la más vasta y fértil llanura de la Campania occidental, no lejos de la populosa Nápoles y de la señorial Caserta, se levanta la antiquísima pequeña ciudad de Nola, patria de San Félix.

Su padre, Hermias, militar, que se estableció en ella la primera mitad del siglo III, procedía de Siria. Otro hijo del mismo nombre del padre le siguió en su dedicación a las armas. Félix escogió mejor ser soldado del reino de Cristo. Nos han llegado pocas noticias de su carrera eclesiástica cuando joven. Seguiría normalmente por los grados de las distintas órdenes, desde lector hasta presbítero. Como presbítero fue el brazo derecho de su obispo Máximo, al parecer ya anciano y demasiado débil para poder actuar con eficacia en tiempos difíciles que requerían en el clero temple de héroes, como el de nuestro esforzado Félix, que podía entregarse en cuerpo y alma al apostolado, a cultivar la viña del Señor ya que, sin apego a la riqueza, poseía amplio patrimonio que le exoneraba del cuidado de las cosas terrenas y podía dedicar buena parte de él a las necesidades de la comunidad cristiana. Así se ganó muy pronto la simpatía y la devoción de todo el pueblo fiel, que lo siguió y respetó como a padre.

El temple de héroe de nuestro Félix se manifestó esplendorosamente en los años terribles de las persecuciones desencadenadas por Decio (a. 245-250) y Valeriano (256). Félix, aunque tenido con razón como mártir, no llegó a sufrir la pena capital ni el proceso judicial reglamentario que nos hubiera podido proporcionar las más preciadas noticias, como las que nos ofrecen las actas del proceso seguido en la misma época a San Cipriano, el santo obispo de Cartago.

Tenemos muchas, recogidas amorosamente y con toda diligencia, pero a distancia de más de un siglo, por Paulino, el santo obispo poeta (394-410). Es sabido que la fama de taumaturgo de Félix en el siglo IV atrajo a Paulino, insigne patricio y senador aquitano, a retirarse, al dejar las vanidades humanas, en la recoleta ciudad de Nola, habiendo ya antes sido ordenado de presbítero en nuestra Barcelona. Erudito escritor e inspirado poeta, se creyó obligado a dedicar cada año en la festividad de San Félix un poema panegírico en verso a su santo protector. Como habían pasado unos ciento cincuenta años desde la muerte del santo presbítero nolano, Paulino indagaría piadosamente sobre todos los datos históricos conservados por la tradición, embellecidos con la aureola de la ferviente devoción popular y aun coloreados por el pincel de su estro poético. Paulino no puede

señalar nunca con precisión los años en que actuó Félix, pero casi con certeza puede deducirse de los poemas que sería durante dos persecuciones, las de Decio y Valeriano.

Después de unos años de relativa paz religiosa en el Imperio, Decio, inteligente príncipe y sagaz político, desencadenó una de las persecuciones más aciagas para la Iglesia. Para destruirla, creyó que lo mejor era desorganizar sus resortes de mando; ordenó arrestar y procesar principalmente a los jefes de las comunidades, a los obispos, presbíteros y diáconos.

No pocos obispos huyeron de los centros urbanos, los más peligrosos, buscando asilo en lugares solitarios aunque sin perder el contacto y la dirección de su grey. Así San Cipriano, en Cartago. En Nola el obispo Máximo, viéndose en peligro, se dirigió al monte, escondiéndose en algunas de las anfractuosidades de los no lejanos Apeninos, quizá en las laderas del Montevergine, cuya cumbre llega a los 1.500 metros y dista pocas leguas de la ciudad nolana. El gobierno de la comunidad cristiana lo confió al intrépido Félix, que no quiso salir de su urbe para proteger mejor la perseverancia en la fe de sus encomendados. El astuto perseguidor había, en efecto, ordenado que todos los ciudadanos sospechosos de cristianismo debían hacer acto de sacrificio a los dioses del Imperio ante un magistrado civil que les libraría un certificado de ello, un libelo como se le llamó después. [Es sabido que no faltaron cristianos débiles que se procuraron este certificado con dinero o dádivas, sin haber en realidad hecho acto alguno de culto a los dioses, pero sí un acto de cobardía, que la Iglesia no podía perdonar fácilmente].

En una ciudad tan pequeña como Nola no podía durar mucho tiempo la seguridad personal de Félix, que no temía actuar como fuera para cumplir su difícil misión pastoral. Con el alma en lo alto, según cuenta Paulino, atento a Cristo y no al mundo, llevando a Dios en su corazón y llenos sus pechos de Cristo, no disimula que es presbítero y jefe de la comunidad y por esto es arrestado. Él se entrega contento en manos de los crueles esbirros. Es llevado a la cárcel, en donde es atado con cadenas de pies y manos y sin que pueda descansar su cuerpo por tener por lecho un montón de tiestos triturados, pero descansa su ánimo en Cristo, que le da fuerza y le multiplica en las penas las palmas

del triunfo. Decio procuraba hacer apóstatas, no mártires, y por esto se prodigaban los tormentos agotadores hasta el desfallecimiento de la voluntad. De ahí que Félix debió pasar largas horas, días y meses en prisión.

Entre tanto el obispo Máximo, solo en el monte, no padece menor martirio por el frío y el hambre, por la tristeza y el dolor. Lo sabe Félix y arde en deseos de ir a socorrerle. Como a Pedro, un ángel se le presenta una noche, se deshacen las cadenas y puede salir acompañado del mensajero celestial pasando entre los guardias dormidos. Ya en pleno campo, se dirige veloz al bosque en busca de su viejo venerable obispo, al que encuentra casi exánime y ya sin conocimiento. Nada tiene él con qué reanimarle cuando ve entre el espeso matorral un grueso racimo de uvas enviado del cielo. Con el reconfortante jugo del sabroso fruto vuelve a la vida el desvalido anciano, quien, al recobrar el sentido, abrazando a Félix, se le queja de la tardanza en ir a socorrerlo y le pide no le abandone más si no quiere que muera. Se lo promete el fiel presbítero y, cargándoselo en hombros, bajan al valle en busca de un refugio. Lo encuentran en casa de una anciana, a cuya puerta llaman a hora bien intempestiva. «Recibe, le dice Félix, este sagrado depósito que te entregan mis manos, testigos sólo las estrellas». Lo acepta ella gozosa. Máximo bendice conmovido a Félix, que se va a la ciudad para consolar a sus cristianos de Nola. Allí, viendo que siguen amenazadoras las circunstancias, se convence de la necesidad de refugiarse también en casa de la piadosa anciana. Lo hace por algún tiempo, hasta que se amengua la virulencia de la persecución y puede volver a tomar la cura pastoral de la comunidad, que lo recibe como un confesor de la fe digno ya de una veneración que continuará por los siglos de los siglos durante su vida y después de muerto.

Con el advenimiento de Valeriano en 253 cesa del todo la persecución. Pero duró pocos años la benevolencia de este emperador hacia la Iglesia. En 256-257 publica un edicto contra ella que emulaba el del impío Decio. Causa motriz principal del cambio fue la codicia. Quiso apoderarse de las riquezas de la Iglesia que sus consejeros exageraron intencionadamente. A Félix le fue confiscado todo su patrimonio al mismo tiempo

que se le buscaba para procesarle. Los esbirros enviados de fuera para capturarle, como no lo conocían y no lo encontraron en su casa, toparon con él y le preguntaron por Félix, el jefe de la comunidad cristiana. Disimulando no saber de qué se trataba, lo dejan en paz. Pero pronto alguien les dio tales señas del verdadero Félix, que se dieron cuenta de que era el que poco antes había sido interrogado. Vuélvense furiosos a la ciudad exultando por la que ya creían segura presa, no sin que Félix lo advirtiera cuando ya estaban muy cerca, pudiéndose meter por la ancha grieta del paredón de un derruido edificio, grieta que por milagro instantáneamente quedó tapada por un tupido velo de telarañas, lo que despistó a los perseguidores.

Pasado el peligro, se alejó Félix de la ciudad y huyó a otra región. Asilo seguro le ofreció una cisterna seca. Una anciana que vivía por allí cerca inconscientemente le procuraba la comida. La Providencia velaba por el siervo fiel. Así pasó escondido algunos meses hasta que, desaparecido Valeriano, con el reinado de Galieno, se abrió un largo período de paz para la Iglesia.

Félix puede volver a su ciudad, que lo recibe con inmenso júbilo.

Había entre tanto muerto el obispo Máximo y la comunidad cristiana quería forzar a Félix a ocupar la sede episcopal. La rehúsa él decididamente alegando que este honor ha de concederse a otro presbítero, Quinto, que había sido promovido antes que él al presbiterado. Es inútil toda insistencia. Quinto, como obispo, regirá la grey; Félix será su voz aleccionadora ante los fieles, su predicador con la palabra y el ejemplo. Sobre todo con el ejemplo de desprecio de las riquezas y vanidades del mundo. Le habían sido confiscados todos sus bienes durante la persecución y podía reivindicarlos como hicieron otros. No todas las cosas lícitas son provechosas, observa su biógrafo. Félix prefiere lo útil a lo lícito y a los que le importunan para que reclame sus bienes, replica: «Dios no quiera que haya de volver a tener unos bienes que perdí por amor a Jesucristo».

Como presbítero, pues, y pobre, pudo Félix continuar su misión evangelizadora entre la veneración cada día más profunda de los fieles de Nola, veneración que se convirtió en ferviente devoción a su memoria, a su sepulcro, cuando Dios le llamó

al cielo. Y esta devoción, con las manifestaciones del culto, traspasó bien pronto los límites de la ciudad y de la región y, con la paz constantiniana, los de Italia, llegando a ser el santuario de Nola a fines del siglo IV uno de los más celebrados de todo el Occidente.

En la misma Roma le fue consagrada una basílica, y el papa San Dámaso le dedicó un epigrama para implorar su protección en momentos de graves apuros.

San Paulino, el cantor de las glorias de Félix, hizo construir, contigua al humilde santuario que protegía el sepulcro, una espléndida basílica decorada con bellísimos mosaicos y aun otras tres rodearon pronto el primitivo santuario, visible desde todas ellas, de tal manera que vino a convertirse en un templete circundado de un bosque de columnas a la manera del altar mayor de la catedral de Córdoba, perdido entre las columnatas de la antigua mezquita.

Millares de peregrinos acudían a Nola cada año por la festividad de San Félix, el 14 de enero, a pesar del tiempo poco propicio para viajar, principalmente peregrinos venidos de Roma, la ciudad santa. Los campesinos invocaban al santo presbítero como especial protector de sus ganados. Los sospechosos de falsos testimonios eran llevados, aun desde lejanos países, ante el sepulcro, en donde se manifestaba su inocencia o su perjurio. San Agustín quiso remitir a Nola a un acusador de graves crímenes contra uno de sus clérigos. Gregorio de Tours explica otras maravillas obradas junto a la tumba venerada.

JOSE VIVES

Bibliografía

BALDRILLART, A , *Saint Paulin evêque de Nole* (Paris ²1905) 72s
DELEHAYE, P H , *Les origines du culte des martyrs* , o c
Sancti Pontii Paulini Carmina, ed MIGNE PL 61 Ed G HARTEL, en *Corp Script Eccl Lat ,* XXX p 51s
TILLEMONT, L S DE, *Memoires pour servir a l histoire ecclesiastique des six premiers siecles* IV (Venecia 1732) 226s, 569s

BEATO PEDRO DONDERS

Presbítero († 1887)

El «Apóstol de los leprosos» se le denomina no sólo al padre Damián (1840-1889) por sus 16 años de servicio en Molokai, sino también a Pedro Donders por sus 27 en Batavia y quizás a otros muchos desconocidos. Pero en el caso de este holandés de origen se acumulan otros tres títulos igualmente desafiantes: «Apóstol de los esclavos» en el Surinam (Guayana holandesa), «Apóstol de los indios» y «Apóstol de los negros cimarrones». Cualquiera de estos apostolados, sumamente dificultosos por las extremas injusticias sociales en las que tuvo que desarrollarlo, hubiese echado atrás al aventurero más empedernido. Sólo un hombre lleno de Dios pudo internarse en aquellas poblaciones y selvas paradisíacas a la vista, pero insufribles por los accidentes geográficos y el clima y, para colmo, plagadas de injusticias increíbles.

La aventura de Peerke, como le llamaba de niño su familia, empieza con la lucha por la supervivencia en su aldea natal Heikant, cerca de Tilburgo en Holanda. Nace en un hogar muy pobre el 28 de octubre de 1809, en una pobre choza de una sola habitación con piso de tierra. Su padre, Arnoldo, se había casado por tercera vez con Petronila van den Brekel, pues sus dos esposas anteriores habían fallecido y también los tres hijos de la segunda. Pedro era el mayor de su tercera esposa. Era muy enfermizo. Su hermano Martín era inválido. Su madre murió cuando Pedro tenía seis años, así que su padre tuvo que casarse por cuarta vez para cuidar mejor a sus hijos.

La ocupación más común en la pequeña aldea de Heikant era la de tejedor, pues un puñado de pobres empresarios proporcionaban trabajo en su casa a los trabajadores que, para ganarse el sustento, tenían que hacer jornadas larguísimas de trabajo en condiciones muy difíciles por el frío, la falta de espacio y de luz en las casas.

La familia del pequeño Pedro era profundamente humana y sinceramente católica. Él se divertía como todos, pero sus juegos desde los cinco o seis años tenían que ver con el sacerdocio. Asistió a la escuela hasta cumplir los doce. Quizás no era de mucho talento. Y a partir de entonces tuvo que trabajar como

tejedor doméstico. Pero no se limitó a eso, sino que en todo momento libre organizaba la catequesis, y el párroco le nombró oficialmente catequista. Su vocación al sacerdocio que él sentía con tanta fuerza, estaba llena de inconvenientes para los que le rodeaban. Y no les faltaban razones: de complexión enfermiza, falta de medios económicos y poca capacidad intelectual.

Pedro, a pesar de todas estas dificultades, perseveraba en una oración fuera de lo común. Hasta en el trabajo se veía envuelto en tanta contemplación, que no rendía lo normal. Por fortuna dio con un patrón que lo excusaba, diciendo: «Bendito él, que está siempre dialogando con Dios».

Pedro fue excluido del servicio militar por falta de salud. Sorprendentemente tampoco esto le hizo desistir ante su párroco, quien acabó por recomendarlo a la Escuela Apostólica en calidad de alumno-empleado. Aunque vio que una cosa era lo acordado, pero que en realidad era sirviente sin más. No sólo reclamó, sino que por su afán en el estudio el director se persuadió de que era mejor emplear a otro sirviente para que Pedro pudiese estudiar.

En el seminario manifestó un interés fuera de lo común por las misiones extranjeras con lecturas y recaudación de fondos para las mismas. El director del seminario le aconsejó hacerse religioso. Obediente a esa indicación, pasó por la dura prueba de ser rechazado por los jesuitas, los redentoristas y los franciscanos. Alegaban la edad avanzada o su escaso talento.

Vuelto al seminario a pie desde Bélgica, se reincorpora para estudiar filosofía. A sus 27 años comienza la teología en Haaren y allí despiertan sus cualidades dando prueba de un talento más que mediano. Estaba empeñado en seguir «el dedo de Dios» y hacerse misionero, pero no veía el modo. Hasta que en 1839 pasó por el seminario Mons. Jacobo Groof, Prefecto Apostólico del Surinam, entonces llamada Guayana holandesa, bajo el régimen colonial. La palabra elocuente y la patética situación expuesta conmovían a cualquiera: únicamente cuatro sacerdotes habían pasado por allí, pero ahora sólo quedaba uno y estaba enfermo. A pesar del vibrante llamamiento sólo se presentó Pedro para una entrevista. Estaba pendiente de acabar la teología y ordenarse, lo que sucedió el 15 de junio de 1841, a sus 32

años. Todavía hubo de esperar un año en el seminario a la espera de que saliera una embarcación con aquel destino. Por fin, en agosto de 1842 partía el barco rumbo a Paramaribo y llegaba el 16 de septiembre. Así se expresaba en una carta: «Finalmente he llegado a mi destino, a donde me llamó el Señor y su diestra me llevó».

Monseñor Groof le señaló el campo de trabajo: una extensión cuatro veces mayor que la de su Holanda natal. El territorio era todo una selva virgen impenetrable si no era por sus ríos, llenos de rápidos muy peligrosos en los que sólo se podía navegar en canoas ligeras, que únicamente sabían manejar indios muy diestros. El clima caluroso y la nube de mosquitos que rodeaban al visitante añadían un ingrediente que hacía por sí mismo insoportable trabajar allí.

Se daban cita muchas razas: los primitivos indígenas que vivían a lo largo de los ríos en el interior de la selva; los negros cimarrones, cuya muralla de protección eran los rápidos, pues eran esclavos estatales huidos de sus crueles amos; otros muchos esclavos particulares pertenecientes a las plantaciones, y, por fin, los blancos europeos provenientes de Holanda, Inglaterra, Francia, Alemania y Portugal. En total unos 60.000 habitantes, de los que un 15 por 100 serían católicos.

Y a este conglomerado de miserias que le tocó hacer frente a Donders se añadió más tarde la leprosería de Batavia, que en su tiempo estaba en pleno funcionamiento con 400 enfermos de ambos sexos desterrados por el gobierno. No es extraño que escribiese a Holanda al poco de llegar: «Todo aquí parece cooperar a la corrupción total. Y no hay nadie que luche contra esta miseria. Enfrentamos aquí un río inmenso de impiedad».

Él ya sabía que por sí mismo nada podía. Sus armas las conocía y no le habían fallado: la oración y la mortificación. Cuando el sacristán abría la iglesia a las cinco de la mañana se lo encontraba rezando. Después de la misa pasaba tres cuartos de hora de acción de gracias. Y entonces empezaba la visita pastoral bajo un sol sofocante o lluvias torrenciales. Si al menos hubiese encontrado una acogida amistosa..., pero lo habitual era toparse con un muro de indiferencia, de disgusto y hasta de odio. Y, por su parte, sin medios para mejorar en algo la suerte

miserable de aquellos esclavos, tratados con crueldad inimaginable por los blancos.

No es difícil imaginar el sarcasmo, o la rabia e indignación que podía suscitar en aquel pueblo oprimido el hablarles de un Dios bueno al que deben amar. Los amos podían hacer con sus esclavos lo que les diera la gana, incluida la muerte de ellos o incluso de sus hijos.

Por si fuera poco, enseguida llegaron noticias de que trasladaban a Mons. Groof. Desconsolado estaba, pero antes de partir se declaró una epidemia de disentería y tanto el Vicario Apostólico como el capellán con el que trabajaba enfermaron. Pedro tuvo que dedicarse a cuidar enfermos día y noche, con el dolor de verlos morir por docenas. Al tercer mes murió el capellán. Y al fin tuvo que partir Mons. Groof, que era quien le había invitado a ir a América y su gran amigo.

Más pruebas para Pedro: sentía como en su propia carne la opresión horrenda de los negros que trabajaban en las haciendas, mucho mayor que la de los negros que trabajaban en la ciudad. Tanto que llegó a escribir:

> «Ay, si se cuidara a los esclavos igual que los europeos cuidan a sus animales [ ] ¡Desgraciados los que amontonan fortuna con el sudor y la sangre de estos infortunados, a los que solo Dios defiende!»

La mayoría de los propietarios y administradores de las haciendas rechazaban la visita de Pedro Donders, por miedo a que sacase a la luz sus múltiples abusos. No podía sino sacar sus armas. Y a la incomodidad de tenerse que improvisar una choza, espantar las arañas venenosas, los escorpiones y murciélagos y quitar los nidos de avispas, y sin menguar en nada los ayunos que hacía, decidió el dejarse picar de los mosquitos para vencer la obstinación de los amos. Y así, en siete años de poner su confianza en Dios, los directores católicos que le permitieron pasar a sus haciendas pasaron de 2 a 12. Pedro dedicaba entonces muchas horas con los esclavos agotados o golpeados y les instruía en la fe. La maldición de aquellas plantaciones iba desapareciendo poco a poco antes de que llegara la abolición de la esclavitud.

Después de estos primeros 14 años en Paramaribo y las haciendas recibió el nombramiento de pastor de los leprosos de

Batavia. El panorama no era menos desolador que lo que había dejado. Un capellán había sido envenenado por un leproso vengativo, y ninguno era bien visto, por lo cual casi ninguno duró más de un año.

El gobierno los apartaba a aquel lugar maldito, pues entonces la lepra era incurable. Pero las condiciones higiénicas eran tan deplorables, que hasta los miembros del comité de Salud Pública tenían que salir de ciertas chozas para vomitar. Y no sólo eso, pues al faltarles algunos miembros no se podían procurar la leña para cocinar o tenían que ir arrastrándose para buscar agua, con lo que morían prematuramente por falta de alimentos y de lo más esencial.

Pedro Donders no se contentaba con asistirles espiritualmente, procurando que nadie muriese sin los sacramentos, e instruirles, sino que les cortaba leña, les llevaba agua, preparaba de comer, lavaba los vendajes y curaba sus heridas, que no eran cualquier cosa. Y a la degradación física seguía la moral, con lo que o recurría a Dios más intensamente, o tenía que tomar el camino que siguieron los anteriores. La esforzada labor pastoral se notó y así lo certificaron los directores de aquel calamitoso centro haciendo constar que desde la llegada de los misioneros los leprosos no daban ni la cuarta parte de dificultades y parecían otras personas. Lo cual se aplica sobre todo a él que resistió hasta la muerte y rezó tantísimo pidiendo su conversión.

Con motivo de la manumisión de los negros por decreto del rey Guillermo III en 1863, válido para las colonias holandesas, los negros se dispersaron y desde Roma se pensó en confiar la atención pastoral a una congregación.

Los redentoristas fueron los designados para esta labor. Treinta años habían transcurrido desde su primer intento fallido de ser redentorista. Sus oraciones habían dado fruto. No sólo recibía ayuda de nuevos misioneros, sino que ahora es aceptado como novicio. En cuestiones de votos y de oración ya venía practicándolo heroicamente durante años. Pero debía acomodarse a hacer vida de comunidad y a vivir en obediencia no sólo al Vicario Apostólico, sino a su superior inmediato en otras muchas menudencias, para poder trabajar en equipo e imitar más de cerca a Jesús.

Hizo su noviciado, que por dispensa del General se redujo a ocho meses, y el maestro de novicios encontró una sola pega, sus 57 años. Por lo demás no podía ser más dócil, como un niño, ni más dado a la oración, a la mortificación y a la limosna.

Al llegar a la profesión religiosa, 24 de junio de 1867, no sabía cómo dar gracias a Dios y rogaba a todos pidieran a la Santísima Virgen su perseverancia. En realidad, y a pesar de su fama de santo, la vida religiosa supuso para él una maduración de su vida interior, pues al ponerse bajo la dirección de otros ganó en muchos aspectos que se suelen descuidar, pues uno mismo no se da cuenta.

También a partir de su profesión inicia un nuevo campo apostólico, la evangelización de los aborígenes dispersos: los arawacos, los warros y los caribes. La tarea era inmensa y especialmente dificultosa porque iban de un sitio a otro y no se podía sacar fruto por falta de continuidad. Tenía que irlos a buscar siguiéndoles las huellas, y ¡cuántas veces desaparecían sin dejar rastro! Los curanderos alimentaban el temor supersticioso a los malos espíritus, y eran los que más se oponían al trabajo apostólico de los misioneros.

No escatimaba medio para convertirlos. Tuvo que servirse de intérprete para sus tres lenguas diferentes y sus 60 años no fueron obstáculo para llegar a aprenderlas junto con el acordeón, pues a los indígenas les encantaba la música. En sus 17 años en este nuevo apostolado pudo bautizar a más de 1.000 indios.

Y no es menos sorprendente su propia evolución espiritual, que pasa de ser vehemente contra los pecadores, antes de ser redentorista, a una actitud de abandono en la misericordia del buen Dios y en la abundancia de la redención, y de intercesión por aquellos pobres a los que fue enviado. Podía escribir: «Gracias a Dios que estas visitas a los indígenas son ricas en cruces y en sufrimientos. [...] Jesús ha derramado su sangre también por estos indígenas. [...] Paciencia y oración deben ser nuestras armas». Y esto lo repetía incesantemente.

Si los caribes eran violentos y le hicieron sufrir tanto al Beato Pedro, aún les ganaban en ferocidad los negros cimarrones traídos de África para ser vendidos como esclavos en Surinam,

y más tarde dados a la fuga amparados por la jungla. Tenía 70 años cuando emprendió este apostolado, el más duro de su vida.

Esta nueva empresa apostólica la simultaneaba con el apostolado de los indígenas. Los cimarrones no dejaban de mostrar su odio a los blancos quemándoles las haciendas. Para ellos no había ni ley ni dios. Su misma vida corría grandes riesgos en tales condiciones, pues la primera vez que se opuso enérgicamente a sus supersticiones estuvieron a punto de matarle. Comprendió que había que ganarlos con dulzura. Pero nada le echaba atrás, pues estaba convencido, como escribió poco antes de morir, que «también las adversidades nos vienen de Dios, y sin cruz nada sólido puede edificarse».

Cuando cumplía 74 años en Batavia unos leprosos en representación de otros compañeros se quejaron a Mons. Schaap que fue de visita apostólica. Como el Vicario Apostólico no les entendía hubo que llamar a Donders. «Ellos quieren, tradujo Pedro, otro pastor. Dicen que el actual (Donders) es demasiado viejo, que casi no le entienden lo que dice y que siempre repite las mismas cosas». Ésa fue la despedida que le dieron los leprosos. Lo recibió como la cosa más razonable y ofrecía su secreto sufrimiento por ellos. No había ido a buscar homenajes a su entrega heroica, sino a dar testimonio del Redentor que dio la vida por ellos. No podía rubricar mejor su testimonio que con la paciencia y serenidad con que soportó este mayúsculo desagradecimiento.

Volvió a Paramaribo, haciendo más vida de comunidad. Pero enseguida emprendió sus salidas apostólicas como si fuese un sacerdote joven.

Le enviaron a Coroní y «desde el día de su llegada se mostró como un hombre de Dios, con un amor ardiente por las almas», según declaró su superior. La salud le falló y tuvo que guardar cama, siendo su mayor mortificación el no poder celebrar la santa misa. Pero mejoró y fue enviado a la leprosería de nuevo. El capellán de la misma, el padre Bakker, había contraído la lepra. Así que todo el trabajo recayó sobre Donders, de 77 años. Hizo la última visita a todos los enfermos, confesándoles y llevándoles la comunión. La nefritis que había tenido empeo-

ró, pero no recibió atención médica porque el médico estaba borracho, a pesar de haber luchado 45 años por cuidar los enfermos.

Dos días antes había anunciado al padre Bakker que moriría el viernes, a las tres de la tarde. Como éste le vio a las tres menos cuarto que estaba con pleno conocimiento y que oraba en silencio, salió un momento, y cuando regresó a las tres y media había muerto. Pudo así imitar a Jesucristo en la muerte aquel que había vivido tan identificado con la cruz del Redentor y con sus ansias de derramar su sangre como una bendición sobre todos los hombres.

Los funerales fueron una manifestación emocionante de todos los leprosos, que, aun arrastrándose el que no podía caminar, lo acompañaron hasta donde fue enterrado sin quererse separar del ataúd. Era el 14 de enero de 1887. Catorce años más tarde fue trasladado a la catedral de Paramaribo.

El 23 de mayo de 1982 el papa Juan Pablo II le declaraba Beato junto con otros cuatro (Marie Anna Rivier, Marie-Rose Durocher, María Ángela Astorch y André Bessette).

J. I. GONZALEZ VILLANUEVA, OSB

Bibliografía

DANKELMAN, J L F, *Pedro Donders, apostol de los leprosos* (Madrid 1982)
DIDIER, J B, *Un nuevo apostol de los negros, indios y leprosos en el continente sudamericano, o sea, biografia del R. P Pedro Donders CSSR* (Buenos Aires 1893)
GARCIA CASTRILLO, B, «El apostol de los leprosos Beato Pedro Donders 1809 1887», en *Estos seis cumplieron* (Salamanca 1992) 61 70
KRONENBURG, J B, *El apostol de los leprosos del Surinam El venerable Pedro Donders CSSR. 1809 1887* (Madrid 1930)
LONDONO, B N (coord), *La vida espiritual del Beato Pedro Donders* (Roma 1996)

C) BIOGRAFIAS BREVES

SANTA MACRINA

Madre de familia († 304)

Esta piadosa mujer fue la abuela paterna de San Basilio el Grande, en cuya educación y en la de sus hermanos él mismo dice que influyó muy positivamente. Se la denomina la ma-

yor, para distinguirla de su homónima nieta, conocida como la joven.

Había sido convertida al cristianismo en su juventud por San Gregorio el Taumaturgo, y había formado un ejemplar matrimonio con su esposo. Llegada la persecución de Galerio y Maximino, el matrimonio se vio forzado a abandonar su casa y esconderse en la selva del Ponto, donde hubieron de vivir de la caza. No se sabe la fecha de su muerte ni si sobrevivió a su marido.

SANTA NINÓN

Esclava († s IV)

Ninón era una joven cristiana que fue cogida como esclava y vendida a los iberos en la actual Georgia. Ella era natural de Colastri en Capadocia. Era conocida como «la cristiana». Pero sacó de su esclavitud una gran oportunidad de hacer el bien, ya que se convirtió en apóstol de aquella gente que por su medio vino a conocer el cristianismo. Sus virtudes, unidas a la conviccion con que expresaba su fe, le granjearon un gran crédito, y así a partir de ella el cristianismo se apoderó de sus corazones. Aunque luego la leyenda ha rodeado su figura, el hecho de que la joven esclava fue el medio de introducción del cristianismo en Georgia es completamente histórico. Su muerte se sitúa en el primer tercio del siglo IV.

SAN FULGENCIO DE ÉCIJA

Obispo († 632)

Fulgencio fue hermano de los Santos Leandro, Isidoro y Florentina, miembro por tanto de una verdadera familia de santos. Su nacimiento hay que situarlo en Cartagena, de donde en la juventud y con su familia pasó a Sevilla. Se cría al lado de su hermano Leandro, que, al tiempo de escribir para su hermana Florentina la *Regla monacal,* le ha permitido viajar a Cartagena, de lo que se muestra arrepentido.

No hay razón alguna para suponerlo monje, pero sí clérigo ya que es luego elegido obispo de Écija, en latín Astigis, ciudad episcopal entonces. Ya era obispo de esta sede el año 610, pues firma como tal obispo de Écija en una reunión episcopal habida en Toledo ese año y en la que igualmente está presente su hermano San Isidoro de Sevilla.

El año 619 lo hallamos asistiendo al II Concilio provincial hispalense, en que se ventila la cuestión de si una parroquia, llamada Celtiense, pertenecía a la diocesis ecijana o a la cordobesa.

Consta que fue a ruegos de San Fulgencio como San Isidoro escribió su tratado *De los oficios eclesiásticos,* lo que indica una clara preocupación en Fulgencio por la disciplina eclesiástica.

Se le ha tenido también por obispo de Cartagena, pero, siendo seguro que fue obispo de Écija, el serlo luego o antes de Cartagena tiene poca verosimilitud histórica ya que la traslación de sedes no se estilaba en la disciplina eclesiástica de entonces.

No hay constancia de que algunos escritos que figuran con su nombre sean suyos, aunque los Bolandistas no dudan en atribuirle el libro llamado *De las mitologías.*

Su muerte hay que situarla entre el año 619 en que asiste al concilio hispalense citado y el año 633 en que ya había otro obispo en Écija. Murió por tanto antes que su hermano menor San Isidoro. Su nombre no había entrado hasta ahora en el *Martirologio romano* pero su memoria la vienen celebrando las diócesis de Sevilla, a la que ahora pertenece Écija, de Plasencia, de donde es patrono, y asimismo la de Cartagena

BEATO ODÓN DE NOVARA

Presbítero († 1200)

De la vida y virtudes de este santo religioso hay sobrada constancia por las informaciones que acerca de él mandó hacer el papa Gregorio IX.

Había nacido en Novara el año 1100 y para servir a Dios de manera radical en su juventud había optado por la vida de cartujo, siendo la oración, el silencio y la mortificación sus permanentes normas de vida. Acudía con puntualidad y entrega a los

santos oficios de la comunidad y estaba siempre disponible para los servicios que los monjes pidieran de él.

Acreditado dentro de su Orden, fue elegido prior de la Cartuja de Geyrach en Eslovenia, cargo que cumplió de forma escrupulosa, granjeándose el amor de todos los monjes. Pero hubo de oponerse a las pretensiones del obispo, que en venganza no dejó de hacerle dura oposición hasta el extremo de pensar Odón que debía acudir a la Santa Sede. Para ello viajó hasta Roma y puso su cargo a disposición del Papa, que lo dispensó de él. Entonces, llamado por unas monjas de Tagliacozzo, se convirtió en el capellán principal y director de la clerecía que atendía a la comunidad de religiosas. Y sus virtudes fuera del claustro se hicieron públicas, recibiendo la admiración y el amor de los fieles. La voz popular empezó a atribuirle milagros.

Murió en Tagliacozzo el 14 de enero de 1200 ya centenario. Su culto fue confirmado por el papa León XIII el 23 julio 1900.

BEATO ODORICO DE PORDENONE

Presbítero († 1331)

Odorico Mattiuzzi nació en Villanova de Pordenone el año 1285, en el seno de una noble familia, que le proporciona una esmerada educación religiosa. En la juventud siente la vocación a la vida del claustro e ingresa en Udine en la Orden franciscana. Una vez ordenado sacerdote, pasa unos años en recogimiento en uno de los conventos de su Orden, para pasar seguidamente a un activo apostolado como predicador popular por las provincias de Friul, Carintia e Iliria hasta que en 1314 la obediencia y su anhelo misionero lo llevan a Oriente.

Luego de breves días en Constantinopla, pasa el Mar Negro y desembarca en Trebisonda, siendo las regiones de Armenia, Persia y Caldea el teatro de su intensa labor misionera. Más tarde se dirige a la India, donde evangeliza por las costas de Malabar, y de ahí pasa a Ceilán, Java y Sumatra, y hasta se dice que llega al Japón. Entra luego en China y se llega a Pekín, donde encuentra al arzobispo franciscano fray Juan de Montecorbino y donde permaneció tres años. Pasa luego a la Tartaria y al Tíbet y de ahí regresa a la India, donde se embarca para Italia. Con

ánimo de pasar luego a Roma para informar al papa de sus correrías misioneras, va a Padua y las relata primero a los superiores de su Orden, que, viéndolo muy desgastado, lo envían a su convento de Udine donde muere el 14 de enero de 1331. En su largo periplo misional se dice que había convertido y bautizado a más de veinte mil personas, agotándose en el esfuerzo.

El papa Benedicto XIV confirmó su culto el día 2 de julio de 1755.

15 de enero

A) Martirologio

1. En Anagni (Lazio), Santa Secundina, virgen y mártir, en fecha desconocida
2 En Constantinopla, San Juan Calibita (s v), asceta *.
3. En el monasterio de Cluain Credail (Irlanda), Santa Ida († 570), virgen, fundadora del dicho monasterio
4 En Rieti, San Probo († 570), obispo.
5 En Glenfeuil, San Mauro (s vi o vii), abad
6. En Rodez, Santa Tarcisia (s. vi-vii), virgen y mártir.
7 En Ham (Brabante), San Ableberto o Emeberto († 645), obispo de Cambrai.
8. En Chartres, San Malardo († 650), obispo
9 En Trento, San Romedio (s viii), anacoreta.
10. En Lyón, San Bonito († 710), obispo de Clermont en Auvergne
11. En Saint-Gilles (Provenza), Beato Pedro de Castelnau († 1208), presbítero, monje cisterciense y mártir *
12. En Castel la Pieve (Umbria), Beato Jacobo llamado el Limosnero († 1304) *
13 En Gualdo (Umbría), Beato Ángel de Válido († 1325), ermitaño.
14. En Fogán (China), San Francisco de Capillas († 1648), presbítero, religioso dominico y protomartir de China, donde era misionero **.
15 En Steyl (Holanda), Beato Arnoldo Janssen († 1909), presbítero, fundador de la Sociedad del Verbo Divino **

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN FRANCISCO FERNÁNDEZ DE CAPILLAS

Presbítero y protomártir († 1648)

La Orden de Predicadores, que fundó Sto. Domingo de Guzmán, está destinada a anunciar el evangelio y dar a conocer la Palabra de Dios por todo el mundo. Y como decían las antiguas Constituciones, «nuestra Orden fue instituida, desde el principio, para la predicación y la salvación de las almas, y nuestro empeño debe dirigirse principalmente, y con todo ardor, a que podamos ser útiles a las almas de los prójimos». El talante dominicano tiene un tono evangelizador, agresivo y de avanzada. Aquí encuentra el dominico su misión y su sentido.

Por eso, fieles a su vocación, los dominicos de todos los tiempos, se diseminaron por los más apartados rincones de la tierra. En Oriente, lo mismo que en Occidente, los hijos de Sto. Domingo han estado siempre dispuestos a llevar a todos los hombres el mensaje salvador de Cristo, sin importarles los obstáculos, las distancias y las mismas persecuciones. De hecho la historia de las Misiones dominicanas en Extremo Oriente ha estado siempre escrita con sangre de mártires.

Esta labor de intenso dinamismo apostólico fue confiada a la provincia dominicana de Ntra. Sra. del Rosario. Descubiertas las Islas Filipinas en 1521 e incorporadas a la corona de Castilla en 1565, muchos dominicos manifestaron su deseo de ir a anunciar el evangelio allí y al extenso reino de China, haciendo así realidad su lema dominicano: «Contemplari et contemplata aliis tradere», orar, contemplar la Palabra de Dios, y después de hacerla vida en su corazón, comunicarla apasionadamente a los demás.

El P. Maestro General de la Orden, Fr. Pablo de Constable, acogió con calor la petición, y en carta del 14 de julio de 1582 autorizaba a Fr. Juan Crisóstomo «para que podáis congregar treinta frailes para las Islas Filipinas y reino de China, autorizándole para erigir conventos e iglesias y fundar la Orden cuando hayáis llegado a aquellas partes». El 17 de julio de 1586 salió de Cádiz la primera misión, compuesta de 32 religiosos. Llegó a México el 29 de septiembre y reemprendieron la marcha en Acapulco en la primavera siguiente; llegó a Manila el 25 de julio

de 1587. Aunque con ello comenzó propiamente la nueva provincia, oficialmente fue erigida como tal en el Capítulo General de Venecia en 1592, y nació con un marcado carácter universal y para evangelizar en Extremo Oriente.

Los misioneros eran reclutados casi exclusivamente de entre los dominicos de las tres provincias españolas: España, Aragón y Bética, tarea ésta del P. Procurador de la provincia del Rosario, residente en el convento de la Pasión, de Madrid, hasta que en 1830 se fundó el convento de Ocaña con este fin.

En 1602 se abría la misión en Japón. En 1626 comenzó la labor misional de los dominicos en Formosa, y desde aquí los misioneros lograron entrar en China en 1631. Evangelizaron principalmente la provincia de Fukién, y continuaron su apostolado allí hasta 1954 en que fueron expulsados los dos últimos misioneros dominicos.

Uno de los más grandes y sobresalientes misioneros y mártires, el «protomártir» de China, fue San Francisco Fernández de Capillas. Nació en Baquerín de Campos, provincia y diócesis de Palencia, el 11 de agosto de 1607. Sus padres eran *cristianos viejos* y vivían la fe heredada de sus mayores. Los documentos hablan de su «honrada, notoria y honesta calidad». Se llamaban: Baltasar Fernández y Ana María de Capillas. Del matrimonio nacieron cinco hijos. Otros dos hermanos se consagraron también a Dios: Alonso, sacerdote diocesano y más tarde párroco de su pueblo, y Juan, monje profeso en el monasterio de La Espina, en Valladolid. Francisco fue el menor. Fue bautizado a los tres días por un tío suyo, hermano de su madre.

Sus padres, conscientes de sus obligaciones religiosas y sociales, lo educaron en la fe y se interesaron por la educación familiar y cultural de su hijo. A los diez años lo llevaron a Palencia para que iniciase los estudios. Aquí conoció a los dominicos y, sin duda, los visitó en su convento de San Pablo, y debido a ello se entusiasmó ya con la Orden dominicana, como posible camino para su vocación. Sin embargo, no entró como dominico en el convento de Palencia, sino que solicitó su ingreso en el de San Pablo de Valladolid, porque, como dice él mismo, «aquí se observaban con todo rigor las prácticas cristianas y la Regla de la Orden».

Tomó el hábito dominicano a los dieciséis años, en 1623, y aquí también hizo su profesión al año siguiente, iniciando el estudio de artes y teología en orden a su ordenación sacerdotal. En su vida dominicana destacó por las tres grandes virtudes características de la vida consagrada: pobreza, castidad y obediencia. Sobresalió asimismo, según señalan los testigos, por la piedad, mortificación, modestia, compostura y estudiosidad. Se ha escrito de él que «jamás levantó los ojos para mirar cosa vana», y esta gran modestia será en parte la causa de que más tarde sea sorprendido por un grupo de soldados chinos que lo prenderán y lo conducirán a los tribunales.

En 1631, siendo aún estudiante y ya diácono, el Procurador de la provincia del Rosario, P. Mateo de la Villa, buscaba frailes entre las diversas provincias españolas que estuvieran dispuestos a ir a Filipinas. Al oírlo, Fr. Francisco se ofreció de inmediato para ir allí a anunciar el evangelio. A las ya familiares tierras de Filipinas se añadía ahora la inmensidad del imperio chino. Él sabía que aquellas personas no conocían a Cristo, y aunque no desconocía incluso la posibilidad del martirio, esto no sólo no alejaba su corazón de aquellas tierras, sino que era un argumento más para desear ver cumplidos sus afanes misioneros. Y su ofrecimiento fue aceptado.

Salió de Valladolid en mayo de 1631 y caminando a pie llegó a Cádiz, donde el 19 de junio zarpará la nave que lo llevará hasta Veracruz con un grupo de treinta compañeros dominicos. A principios de Adviento llegaron a México capital, hospedándose en el convento de San Jacinto. De aquí partieron, a pie, hasta Acapulco. En este trayecto murieron cinco compañeros dominicos.

De Acapulco hacia Oriente iniciaron la segunda etapa de su largo viaje el 23 de febrero de 1632, llegando a Manila en mayo, donde tuvo la inmensa alegría de recibir la ordenación sacerdotal el 5 de junio de 1632, en la capilla del Sagrario de aquella ciudad. Los testigos nos cuentan que el santo aprovechó estas dos largas travesías para anunciar el evangelio a los tripulantes, en conversaciones sencillas y en diálogos personales, ayudando a todos los pasajeros en sus necesidades, especialmente a los enfermos. Usaba la noche, como Sto. Domingo, para hablar a

Dios de las necesidades de los pasajeros y el día para hablar a éstos de la bondad y misericordia de Dios.

Pasados unos días en el convento de Sto. Domingo de Manila fue enviado a la misión de Cagayán en la isla de Luzón. Aquí hablan de él como de un gran ministro del evangelio que tuvo gran éxito misionero debido a su oración, a su vida ejemplar y a sus mortificaciones. Estuvo esperando diez años a que los Superiores lo enviasen a China. De este tiempo dejó un ejemplo de su gran actividad misionera, destacando como un hombre humilde, alegre, infatigable en el trabajo y manteniendo un constante y afectuoso diálogo con el Señor.

Asistiendo al Capítulo provincial de Manila en 1641 suplicó humilde e insistentemente al nuevo P. Provincial ser enviado a China; quería compartir las penalidades que oía sufrían los misioneros allí. El P. Provincial se lo concedió, pero le mandó que se quedase unos meses aprendiendo el lenguaje y las costumbres chinas.

Por fin, el 22 de julio de 1641 embarcó rumbo a Formosa, en compañía de dos frailes dominicos: los padres Francisco Díaz y Juan García. Aquí esperaron que llegase la ayuda de los cristianos chinos que les facilitaron el trayecto y la entrada a Fujián en marzo de 1642.

La provincia de Fukién y especialmente el distrito de Fogán, así como las ciudades de Moyang y Tingteu, iban a ser el campo de batalla del santo palentino. Todo su complejo trabajo apostólico, como el de los otros misioneros dominicos, se ve determinado por estas tres características: la apertura a la universalidad de la misión, la gran creatividad en los métodos de apostolado y, sobre todo, la disponibilidad para el sacrificio del martirio.

¿Quién podrá seguir a nuestro hermano en sus correrías apostólicas por caminos y por ríos, por montes y por llanos, de día y de noche, bajo el sol abrasador unas veces y otras con el frío, la escarcha, las lluvias y las nieves? Cuando se trataba de administrar sacramentos, señaladamente a los enfermos, no había para él momento de espera ni obstáculo que le detuviese.

Si San Pablo fue judío con los judíos y gentil con los gentiles, haciéndose todo para todos a fin de ganarlos para Cristo, así

el dominico se hizo chino con los chinos. Su nombre fue adaptado a la lengua china, se llamó entre ellos *Xuan;* se dejó crecer el pelo hasta llevar coleta; su comida, su dormir y toda su vida se adaptó con gusto y pronto a las costumbres y a la cultura china.

Una de las cosas que los misioneros sentían más necesario era visitar a las cristiandades. Pero no les era posible. Las distancias eran enormes, los caminos a veces intransitables y el trabajo agotador. Por ello, y adelantándose a las actuales corrientes eclesiales, buscaron la colaboración y corresponsabilidad de los laicos en su misión evangelizadora: implantaron la entonces Orden Tercera de Sto. Domingo, la cofradía del Sto. Rosario y sobre todo las beatas y los catequistas. Los Catequistas eran verdaderos apóstoles al servicio de la Iglesia y el evangelio; las Beatas eran mujeres al servicio del templo y de las cristiandades nacientes y, sobre todo, el sostén de la Santa Infancia; fundaron orfanatos donde dar cobijo y educación a las niñas, que de suyo, si eran primogénitas, habían de ser abandonadas y muertas.

Después de algunas etapas algo tolerantes con la religión cristiana y con los misioneros extranjeros, venían otras totalmente opuestas y de una fuerte persecución. Los documentos de la época revelan que aquellos hombres estaban dispuestos a sacrificar su vida. Su disponibilidad al martirio era una gracia de Dios que ellos secundaban con su entrega total en aras de la evangelización. Y así, en el año 1647 los Tártaros Manciú invaden aquella región mostrándose hostiles a la religión cristiana. El 9 de agosto de este año empezó una fuerte persecución contra el cristianismo decretada por el mandarín de Fogán. El santo Capillas y su amigo y compañero P. Juan García se exhortaron de nuevo al combate con mayor ahínco, y previendo que sus días estaban contados, se entregaron a la conversión de infieles y a confesar y confortar a los cristianos en el servicio y confesión de Cristo.

El testimonio de una vida santa y la entrega sin reservas a las tareas misioneras son los dos elementos que definen sus últimos años de vida en Xeunin, aquí siempre con grave peligro de su vida. Los cristianos vagaban por los montes solos y desalentados, pero los misioneros no podían dejarlos abandonados a su

suerte. Fr. Capillas multiplicó su celo y su entrega hacia ellos, sabedor siempre que la muerte le rondaba.

Y al fin ocurrió lo que se esperaba y lo que ansiaba desde hacía mucho tiempo. El 13 de noviembre de 1647, cuando regresaba muy contento a su oculto refugio, después de haber prestado el servicio sacerdotal a dos enfermos de Tingteu, absorto como siempre en la contemplación de Dios, sin mirar ni atrás ni adelante, ni a un lado ni a otro, acompañado de un muchacho infiel, de repente se encontró con un pelotón de soldados tártaros que iban a sacrificar a los ídolos al templo. Le echaron una soga al cuello, con la que le ataron también las muñecas y llevado al templo lo desnudaron completamente para ver si llevaba dinero. De aquí fue trasladado al tribunal de Fogán, ante el cual confesó valientemente su fe y su amor a Jesucristo el único Señor de su vida. La sentencia inmediata fue la conducción a la cárcel, iniciando así el calvario que lo llevaría a la muerte.

En la cárcel continuó su misión de evangelización, consolando y animando a los cristianos que con él estaban recluidos. Lo llevaron más tarde de un tribunal militar a otro civil, que le imputó todos los crímenes, denuncias y acusaciones propagadas contra los misioneros, indicando que era un malhechor revolucionario digno de la pena capital. Ordenó que le dieran el *tormento de los tobillos.* Consistía éste en comprimir los tobillos entre dos tablitas por medio de cuerdas hasta dislocar los huesos y triturarlos. El Venerable Padre, en medio de los terribles dolores que este «martirio chino» le producía, sólo decía: «Gracias, Señor, pero ayúdame, que si no desfalleceré».

Comprobada su entereza de ánimo, el mandarín cambió de táctica: en lugar de nuevas torturas le ofreció halagos y promesas. Pero tampoco esta vez cayó el santo en la trampa y siguió anunciando el evangelio con decisión y valentía.

Estando intentando que renunciase a la fe llegó a la cárcel el mandarín militar, quien mandó que fuese azotado. Para esto lo desnudaron los verdugos, y tendiéndolo en tierra boca abajo, descargaron sobre él crueles golpes con cañas de bambú. Quedó el mártir tan deshecho y dolorido que no podía moverse. Pero a pesar del estado lastimoso en que se hallaba, continuó con coraje su ministerio entre los presos: instruyendo a unos en

la fe y a los cristianos administrándoles los sacramentos y preparándolos para el martirio.

Pocos días después moría este impío mandarín, llamado Ko-ie, atravesada su frente por una bala.

El venerable dominico estaba llegando al final de su carrera en la tierra. El nuevo mandarín ordenó que el confesor de Cristo fuese llevado enseguida a su presencia para comunicarle la sentencia de muerte. El santo recibió la orden mientras rezaba los misterios dolorosos del rosario junto con otros encarcelados. Allí mismo fue desnudado de todo, menos de las medias, porque estaban pegadas a la carne por la sangre vertida por los azotes. Lo tenía Dios dispuesto así para que por ellas fuese reconocido su cuerpo dos meses después de ser degollado.

Desnudo y expuesto al ludibrio de aquella gente sin pudor fue sacado de la cárcel y conducido al lugar del suplicio fuera de los muros de la ciudad. Llegado a cierto punto, todo absorto en Dios, cruzó el fraile los brazos y se arrodilló esperando el golpe del sable. El verdugo mandóle ir más adelante, y dados unos pasos más, le asestó el golpe mortal que le separó la cabeza del tronco. Era el día 15 de enero de 1648 cuando su alma volaba a Dios desde la ciudad de Fogán.

Por dos días quedó su cuerpo tendido de espaldas en tierra, después fue arrojado a un foso junto a la muralla. Un infiel, pagado por un cristiano, enterró su cabeza.

Pasados dos meses, el P. Juan García hizo las debidas diligencias para hallar y recoger los restos. El cuerpo fue llevado al convento de Sto. Domingo de Manila. La cabeza fue hallada intacta y llevada primero a Manila y más tarde trasladada al convento de San Pablo de Valladolid, donde el santo había profesado y donde aún hoy se conserva con gran veneración.

Benedicto XIV en el Consistorio del 16 de septiembre de 1748 lo declaró «protomártir» de China. San Pío X lo beatificó el 2 de mayo de 1909 y Juan Pablo II lo canonizó en la plaza de la Basílica de San Pedro el 1 de octubre del año jubilar 2000, juntamente con otros cinco dominicos españoles, mártires también en Fogán, así como con otros 114, todos mártires de China.

PEDRO RIESCO PONTEJO, OP

Bibliografía

AA.VV., *Semblanzas de misioneros* (Caleruega 1985) 141-157.
AA.VV., «Protomártir de China Beato Francisco de Capillas, O.P.»· *Orientalia Dominicana* (1986) 17-28.
AA.VV , *La familia dominicana (Historia, presencia, futuro)* (Salamanca 1977)
ALVAREZ, P., OP, *Santos, bienaventurados, venerables de la Orden de Predicadores.* I: *Santos* (Caleruega 1919) 339-347.
MARTINEZ PUCHE, J. A , OP (dir.), *Nuevo año cristiano. Enero* (Madrid 2000) 223-225.
REBOLLO JIMENEZ, M , OP, «Aventureros de Dios. Mártires dominicos españoles de China»: *Folletos* «CON ÉL» (CONFER) (septbre 2000) n.200.
www.dominicos.org/op/Hagiografía/mártires.htm.
www.dominicos.org/hrosary/spanish/historia/mártires.htm.

BEATO ARNOLDO JANSSEN

Presbítero († 1909)

El que estaba destinado a ser fundador de tres congregaciones religiosas misioneras y pionero de las misiones extranjeras en los países de lengua alemana, holandesa y eslava, amén de otras muchas obras, nació en una familia muy numerosa, con lo que eso supone de confianza en la Providencia a la hora de permitir seguir la vocación sacerdotal al hijo mayor. Efectivamente, los padres de Arnoldo eran profundamente católicos, y católico era el ambiente en que se desenvolvieron mientras educaron a sus hijos, pues no se había producido la unificación de Alemania. En particular, era la suya una región muy mariana. El santuario célebre de Kevelaer catalizaba la devoción a la Santísima Virgen de sus paisanos. En esa devoción mariana tan firme reside el secreto de la permanencia de toda la región en la Iglesia católica.

El padre tenía algunas tierras y un negocio de alquiler de carruajes, pero con la llegada del ferrocarril bajaron muy notablemente sus ingresos. Arnoldo fue el segundo hijo, nacido el 5 de noviembre de 1837. Goch, pequeña ciudad casi en la frontera con Holanda, fue el escenario donde pasó su niñez. Asistió a las clases en la escuela de Goch desde 1840. Pero el vicario Ruiter abrió una escuela rectoral con el fin de que fueran a estudiar los que querían y podían ser sacerdotes. Poco después, con doce años, iría al seminario menor de Gaesdonk, cuyo examen pudo superar con gran dificultad, pues en su pueblo sólo estuvo año

y medio para la materia de tres cursos. Le gustaba el estudio de las matemáticas y lamentaba tener que pasar mucho tiempo en el estudio de las lenguas.

Dedicó dos años todavía al estudio de las matemáticas y las ciencias naturales, pues tenía una gran afición a dichas materias y el obispo de Münster estaba de acuerdo, pues necesitaba profesores eclesiásticos de segunda enseñanza que asegurasen la orientación católica en la educación. Simultaneaba las matemáticas con la filosofía. Arnoldo se sentía llamado a la enseñanza, sin que dicha inclinación natural anulase su vocación sacerdotal.

Para los estudios de teología se trasladó a Bonn, pues quería aprender a tratar con más gente y tener nuevos profesores que le abriesen horizontes. No buscaba las diversiones, sino que se entregaba al estudio sin descuidar su vida de piedad. Aparte de otras prácticas, tanto en Münster como en Bonn, participó como miembro muy comprometido de la congregación mariana. Un compañero de estudios de aquella época anotó que «el honrado y recogido Arnoldo» era para él un «amigo y guardián» en los peligros de la ciudad universitaria.

Entre sus exámenes entraba la prueba de aptitud docente y no se puede ocultar que tuvo mucho mejor calificación en la docencia de la química y las matemáticas que a la hora de dar una clase de religión.

A pesar de ser tan dado a los estudios profanos y tan poco hábil para explicar la religión, lo cierto es que con motivo de su ordenación sacerdotal (15 de agosto de 1861) salían a la luz los sentimientos que le envolvían en aquellos días y no se puede negar que no eran superficiales. En una carta a sus padres dejó escrito:

> «Si Dios quiere tendré la gran dicha de ofrecer al Señor el sacrificio de su Hijo y nuestro Salvador. Alegraos conmigo y alabad al Señor, que quiere hacer en mí cosas tan grandes y me ha conducido hasta ahora tan amorosamente».

El pueblo de Bocholt, a donde fue enviado por el obispo para dar clases, sólo tenía cinco mil habitantes. Se aplicó a la tarea con todo empeño durante doce años. Preparaba las clases con esmero, corregía los trabajos minuciosa y benévolamente, adquirió aparatos para el laboratorio de física, y hasta cien ani-

males para el de ciencias naturales. Y sin embargo es sorprendente que no fuera enviado, al menos después de varios años de docencia, a un colegio de cierto renombre, ni que llegara a ser director. No cayó en gracia entre alumnos y profesores, a pesar de su laboriosidad intachable. Dios le reservaba otros dones, pero no precisamente el de educador nato de la juventud estudiantil. Hay que añadir, aun reconociendo su poco éxito, que en estos años completó su formación, y adquirió los conocimientos prácticos de organización escolar, que pudo aplicar en Steyl.

Los primeros años los había dedicado a preparar bien las clases, pero a partir de 1866 ya dispuso de más tiempo y pudo leer libros de teología y dedicarse más a sus intereses religiosos.

Para conocer el interior de Janssen es conveniente reparar en una faceta un poco oculta tras el profesor de ciencias profanas: su inscripción en la cofradía del apostolado de la oración. Conoció la cofradía cuando contaba 28 años, pues en la diócesis de Munster había unos pocos conventos y parroquias adscritos. En su caso no se contentó con el cumplimiento de las «obligaciones diarias», sino que escribió un folleto llamado coloquialmente «librito de ingreso», que tuvo varias ediciones en Alemania y Austria. En la contraportada se halla dibujada la Inmaculada, pues tenía 17 años cuando fue definido el dogma, y sin duda le impactó hondamente este pronunciamiento del Magisterio. En su exposición histórica y doctrinal destaca el valor de la oración en orden a la salvación de los hombres.

No se contentó con publicar el librito para favorecer la extensión de dicha devoción, sino que logró que 600 personas se inscribieran en la cofradía, por lo que el obispo le nombró director diocesano del apostolado de la oración. Y una vez recibido este nombramiento ya tenía carta blanca para recorrer toda la diócesis. Recorrido interrumpido sólo para asistir al *Katholikentag* (día de los católicos), donde pidió se recomendara la adhesión al apostolado de la oración. Se le ofreció hablar él mismo desde la tribuna, cosa que le resultaba muy novedosa por la enorme concurrencia. Y habló lleno de convicción y entusiasmo de que la gracia se concede solamente por medio de la oración.

> «Cristo necesita —dijo entonces— de nuestra oracion y de nuestro sacrificio, para derramar en nosotros el fruto de su oracion y de su sacrificio [ ] Tenemos que orar para conseguir la gracia

del regreso de los que están separados en la fe. Pero no para conseguir conversiones de individuos, sino la vuelta de todos los pueblos a la casa paterna».

Sus vacaciones estivales fueron una dura peregrinación de parroquia en parroquia, a veces a pie. Se reincorporó al curso escolar, pero el opúsculo se extendió más allá de sus peregrinaciones a otras muchas regiones de habla alemana. Rehizo el opúsculo para que fueran más breves y prácticas sus enseñanzas y en las vacaciones de Pascua reanudó su peregrinación por las parroquias que faltaban de visitar.

La guerra de 1870 no le permitió nuevas salidas, por lo que se aplicó a escribir un pequeño manual para la oración comunitaria, que llegó a tener una gran difusión. Es de admirar la insistencia en las oraciones de alabanza a la Santísima Trinidad. Incluso cuando se trata de la devoción del *Via crucis* incluye oraciones a cada una de la tres divinas personas en cada una de las estaciones.

La devoción a San José fue objeto de otro folleto. Y el rezo del santo rosario lo propagó con una hoja en la que se incluían cinco intenciones especiales para las cinco decenas del rosario. Al proponer estas intenciones buscaba fomentar una actitud desinteresada en la oración y fomentar el verdadero amor al prójimo. De nuevo la propagación de esta hoja le llevó a un largo viaje aprovechando sus vacaciones.

A partir de este apostolado se sintió movido a trabajar por la unificación espiritual de Alemania. La unidad nacional no se conseguiría si no se lograba dar pasos efectivos en la unidad de la fe. A este propósito reunió fondos para que se celebrara diariamente junto a la tumba de San Bonifacio en Fulda una misa por dicha intención. No consiguió su propósito de hacer una fundación que permitiese decir una misa todos los días del año. Pero su fe profunda en la eficacia de la eucaristía le movía a enviar a Fulda los beneficios de sus libros y otros donativos para lograr que Alemania volviese a ser una en la fe.

La vida trinitaria en Janssen se incrementaba día a día por la lectura de autores de peso como Santa Gertrudis, Scheeben, A. Stolz y A. K. Emmerich, y su piedad le llevaba a ponerse de rodillas en señal de admiración por la inhabitación de la Trinidad en su alma por la gracia. El simbolismo de los sacramentos y sacramentales era objeto de su admiración.

Formado en un ambiente tradicional, su amor cristiano le llevó a estimar mucho el valor de las indulgencias tanto en su vida de piedad como en su apostolado. Fomentaba en los fieles la oración por los difuntos, porque estaba convencido de que una piedad sin ejercicio concreto de la caridad se vuelve egoísta.

Una desavenencia con la administración del colegio que le impedía poner una imagen de la Virgen en la clase, después que todos menos uno del consejo se lo habían aprobado, fue la ocasión que llevó a la ruptura en 1873 y a pedir al obispo le cambiara de destino. Ya en los años de profesor en el colegio le rondaba la idea de fundar una escuela apostólica en la que se formasen misioneros y que llenase el vacío que en este campo existía en Alemania, Austria y Holanda. Tenían modelos fehacientes en Bélgica, Francia, Inglaterra e Italia y no se podía retrasar por más tiempo una obra tan urgente.

En adelante sería el convento de ursulinas de Kempen, donde había sido destinado de capellán, el centro de sus actividades.

El *mariscal de hierro* aprovechó su autoridad moral, que había obtenido sobre todo por su victoria contra las tropas francesas, para reducir la influencia de los católicos. La unificación de Alemania que se siguió fue la ocasión de asestar un duro golpe a los católicos con leyes persecutorias. Dicha legislación anticatólica le forzó a fundar su escuela en Holanda cerca de la frontera con Alemania.

Su apostolado de la oración y de unión entre las Iglesias protestantes y católicas le indujo a fundar una revista misionera que, a diferencia de las ya existentes, llegase a los artesanos, los campesinos y obreros. En 1874 salio el primer número del «Pequeño Mensajero del Corazón de Jesús», boletín mensual dedicado a las «misiones católicas en el propio país y en el extranjero». En cinco años logró 10.000 suscriptores, lo que le hizo concebir la idea de crear un gran movimiento misional. Pero la larga y dura lucha entre el Estado y la Iglesia *(Kulturkampf,* 1872-1880) le obligó a poner el acento en las misiones en el extranjero en contra de su proyecto original.

Un encuentro con el prefecto apostólico de Hong-Kong, Mons. Timoleone Raimondi, PIME, en casa del párroco Lud-

wig von Essen que tenía los mismos proyectos que Janssen, le decidió a poner manos a la obra en la fundación de una escuela apostólica para la formación de los futuros misioneros. Hasta entonces había albergado algunas dudas de si podría llevar a cabo tal obra con una salud quebrantada y algunos años de más para ser misionero. A finales de 1874 ya tenía el permiso del obispo de Roermond, en Holanda, para fundar una casa misional con escuela apostólica y seminario mayor. No se contentó con esta aprobación, sino que recorrió Alemania, Austria, Holanda y Luxemburgo para contar con el apoyo de los obispos de donde iba a recibir vocaciones. Y, efectivamente, logró que 32 obispos recomendasen su proyecto.

Al año siguiente de la fundación adquirió una pequeña casa en Steyl (Tegelen) de la que fue nombrado superior provisional hasta tener unos estatutos. Enseguida se hizo la confirmación de superior y quedaba así constituida la Sociedad del Verbo Divino en el año 1875.

El primer año de la fundación fue tormentoso, o mejor, crítico, pues de milagro no se vino abajo tan hermoso proyecto. Faltaban profesores, no tenía recursos económicos, le era hostil el ambiente de la burguesía, los intelectuales y hasta el mismo clero. Y aún eran más insufribles los malentendidos, las discordias y la oposición de ideas entre sus colaboradores. Pero también hubo aspectos positivos: nuevos alumnos muy valiosos, la fundación de una imprenta misionera, y la facultad concedida por Pío IX de presentar al obispo cinco alumnos para la ordenación sacerdotal que, en lugar de estar incardinados en la diócesis, quedasen libres para dedicarse a las misiones.

Pero, una vez afianzadas las raíces con las tormentas, la bendición del Señor no se hizo esperar y empezaron a ser copiosos los frutos. Se construyó una casa mayor y se pudo acoger en ella a sacerdotes y laicos para hacer ejercicios espirituales. Desde entonces y hasta su muerte recibieron ejercicios 5.421 sacerdotes y cerca de 35.000 laicos.

Una constante en la vida de Arnoldo Janssen es el apostolado por medio de la imprenta y su intuición certera de impulsar a los fieles hacia objetivos elevados de caridad sobrenatural, como es el rezar por toda la Iglesia y salir del egoísmo de las

propias necesidades. Con la fundación del nuevo instituto religioso sintió que era necesario contagiar el espíritu misionero a todos los fieles. El medio fue lanzar a la calle dos nuevas revistas de carácter familiar, religioso y misionero. En 1878 sale el primer número de la revista ilustrada *La ciudad de Dios,* muy extendida incluso en nuestros días. Y llegó a superarla el *Calendario de San Miguel,* que salió en el año 1880.

La fundación va tomando vuelo y procura echar bien los cimientos estableciendo una sólida formación con un año de postulantado, dos de noviciado, y nueve años de votos temporales. Admite también a hermanos coadjutores, que desempeñarán un papel importante.

No han pasado cuatro años desde que se creó la fundación y ya hay dos misioneros que son enviados a China: José B. Anzer, que es consagrado obispo antes de partir, y José Freinademetz (Beato).

Por estas fechas conoció a la señora Magdalena Leitner, que en su juventud había ido de su tierra natal, Bohemia, a Viena, donde se ganó la vida como sirvienta y lavandera. Tenía un carisma muy particular de trato con el Espíritu Santo. Su misión era propagar el conocimiento y el culto al Espíritu Santo, y por eso le pidió a su director espiritual hablar con el «sacerdote de Holanda» en varias ocasiones en que Janssen tuvo que viajar a Viena. El celo de Janssen por la devoción a la Santísima Trinidad se vio correspondido por esta amistad, que sirvió para incrementar su devoción al Espíritu Santo y transmitirla también a sus hijos. Con mucha prudencia en cuanto a dichas revelaciones privadas, y ateniéndose a la doctrina y juicio de la Iglesia, también dio a conocer en la revista de las misiones algo sobre la mística Ana Catalina Emmerich. Era sumamente respetuoso con dichas manifestaciones y nunca se le oyó decir «cosas de mujeres» o algo parecido. Pero aun cuando la señora Leitner manifestase tener algún mensaje para Steyl se tomaba el tiempo y la prudencia de examinarlo, para no dejar nunca de lado la autoridad de los pastores de la Iglesia.

Antes de fundar las escuelas apostólicas ya había intuido la importancia de la ayuda femenina en las misiones. En China, por ejemplo, las religiosas no parecían, como sucedía con los

misioneros, la intromisión de una potencia extranjera en su territorio para dominar o sacar ventajas económicas, sino que fácilmente se ganaban la simpatía y confianza. No acababa de ver claro su proyecto. Pero una conversación con Daniel Comboni, que tenía experiencia de la labor de las religiosas en África, le decidió a abrir una casa en el mismo Steyl en 1889 para las que se iban a llamar Misioneras Siervas del Espíritu Santo.

Quedaría desdibujada una semblanza de Arnoldo Janssen si se le viese simplemente como un hombre muy activo, emprendedor y celoso de la propagación de la fe por las misiones. Su vida estaba empapada de oración. Y así se lo trató de inculcar a sus hijos e hijas espirituales. Cada cuarto de hora interrumpía su trabajo infatigable para elevar su corazón al Señor y adorarle presente en su interior por la inhabitación. La primacía de la acción de Dios, que se esforzó en hacerlo vida a través de todas sus obras de celo misionero, queda manifiesta en la fundación de una tercera congregación, esta vez enteramente contemplativa, dedicada a la oración por las misiones, las Siervas del Espíritu Santo para la Adoración perpetua en 1896.

Las casas empezaron a propagarse con nuevas escuelas apostólicas en Alemania y Austria, e incluso en Roma, y también otro seminario mayor. Era una necesidad apremiante y de ahí también el éxito de la expansión. Al final de su vida pudo aprobar una nueva escuela en Estados Unidos.

Al crecer el número de sacerdotes —a los 15 años de fundación ya eran 70— pudo atender peticiones de envío de misioneros a China, Togo, Papúa, Nueva Guinea, Japón y Estados Unidos.

Desde el inicio de la fundación tuvo como objetivo primordial, además de la predicación del Evangelio a los paganos, el preservar la fe en los países católicos con poco clero como sucedía en Hispanoamérica. En vida del fundador partieron misioneros a Argentina, Ecuador, Brasil y Chile. Y estaba dispuesto a enviar misioneros a Filipinas.

Después de tantos trabajos su salud estaba muy quebrantada. Sus 33 años al frente de la fundación habían sido un bombardeo constante de responsabilidades y problemas, que había que resolver sin poder aplazarlos. Y, a pesar de tantas consultas

y correspondencia que atender, pasaba muchas horas arrodillado y sentado en la capilla, con la mirada dirigida fijamente al sagrario (durante la Navidad también al belén). Pocos días antes de morir repetía las palabras de la secuencia del Espíritu Santo: «Da perenne gaudium» (Danos el gozo eterno). Murió el 15 de enero de 1909.

El 19 de octubre de 1975 el papa Pablo VI en una ceremonia muy significativa dentro del Año Santo, para dar relieve al Día mundial de las Misiones lo declaraba Beato juntamente con el primer misionero enviado a China de su instituto, el padre José Freinademetz. Otros dos beatos misioneros fueron declarados tales el mismo día: Eugenio de Mazenod y M. Teresa Ledóchowska.

J. I. GONZÁLEZ VILLANUEVA, OSB

Bibliografía

BORNEMANN, F , *Arnoldo Janssen, fundador de los misioneros del Verbo divino. Su vida y su obra* (Estella 1971)
Breve de beatificación: *AAS* 68 (1976) 244-247
HALTERMANN, U., *Arnoldo Janssen El camino de un creyente* (Estella 1986).
Homilía del día de la beatificación: *L'Osservatore Romano* (ed. en español) (26-10-1975) 1-2
KROES, E., «Janssen, Arnold, beato», en G. PELLICA-G. ROCCA (eds.), *Dizionario degli istituti de perfezione,* V (Roma 1978) cols.297-301.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN JUAN CALIBITA

Asceta († s. V)

En la famosa Isla Tiberina de Roma hay una iglesia dedicada a San Juan Calibita que es fama alberga las reliquias del santo. Esta iglesia desde el s. XVI está confiada a la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios, que construyó a su lado un hospital con el nombre del santo, el cual ha sido durante siglos la casa madre de la congregación italiana de la Orden y también de toda ella desde que la española desapareció con la exclaustración de 1835 hasta el traslado de la Curia Generalicia de la Orden a la Via della Nocetta.

San Juan Calibita no era romano sino de Constantinopla y se dice que en su juventud había dejado la casa paterna para ir a vivir con los monjes llamados acemetas, o que no duermen, porque continuamente cantaban las alabanzas divinas en la iglesia, en un monasterio de Bomon en el Bósforo. Pasados unos años, Juan volvió a su casa paterna, y por la pobreza de sus vestidos parecía un mendigo, de forma que no fue reconocido por su familia. Él no reveló su identidad y se quedó a vivir en una choza —de ahí su nombre de Calibita— junto a su casa, siendo solamente en la hora de su muerte, hacia el año 450, cuando reveló su identidad por el códice áureo del Evangelio que tenía consigo. En esta choza había edificado a todos por su ascetismo y hondas virtudes. El sitio de la choza fue el de su entierro y luego se edificó allí una iglesia, desde donde sus reliquias fueron llevadas a Roma.

BEATO PEDRO DE CASTELNAU

Presbítero y mártir († 1208)

Pedro de Castelnau era natural de Montpellier, donde nace a mediados del s. XII. Habiendo optado por la vida eclesiástica, obtiene el arcedianato de Maguelon en 1199, pero poco después opta por la vida religiosa e ingresa en el monasterio cisterciense de Fontfroide, donde profesa la Regla de San Benito.

Su ingreso en la historia se debe a que el papa Inocencio III le encomienda combatir la herejía albigense, vigente por entonces por todo el sur de Francia. En su comitiva por la Provenza como inquisidor tuvo a Santo Domingo de Guzmán. Según el nuevo *Martirologio,* la misión que le había encomendado el Papa era la de predicar la paz y la fe. En el curso de esa misión murió en St. Gilles cuando un grupo de herejes lo asesinó. Una vez herido, cae al suelo Pedro y dice a su asesino: «El Señor te perdone tan largamente como yo te perdono». Y esas palabras de perdón fraterno fueron las últimas que pronunció.

BEATO JACOBO DE CASTEL LA PIEVE

Presbítero († 1304)

Nace en Castel la Pieve en la segunda mitad del s. XIII en el seno de una rica familia. Estudia derecho, pero antes de ejercer su carrera cambia de propósito y luego de distribuir toda su herencia entre los pobres, se dedica a la restauración de una iglesia y hospital abandonados. Se prepara luego para el sacerdocio, y recibido éste, ejerce su ministerio en la reconstruida iglesia al tiempo que abre a los más pobres las estancias de su hospital. Se agrega a la Orden Tercera de San Francisco y viste externamente el hábito de la Orden, sin perder su condición de sacerdote secular.

A base de limosnas que mendiga con gran humildad sostiene su hospital, donde derrocha caridad y amor a los enfermos pobres, al tiempo que se decide a ejercer su carrera de derecho para defender a los débiles.

Su muerte se debió a que, habiéndose enterado de que el hospital era el verdadero dueño de un predio que otro usufructuaba indebidamente, lo reclamó, llegando el pleito hasta la curia romana, donde se falló a favor del hospital. Tras esto, Jacobo desaparece tres días del hospital, causando gran alarma, hasta que es encontrado muerto violentamente en las cercanías del pueblo. Hechas las pesquisas, son localizados los asesinos. Se llega a saber que el asunto del predio había sido la causa y que Jacobo, herido de muerte, había perdonado a sus asesinos y había muerto con el nombre de Jesús en los labios.

Tenido por santo desde el principio, su culto fue confirmado por el papa Pío VII el 17 de mayo de 1806.

16 de enero

A) MARTIROLOGIO

1 En Roma, en el cementerio de Priscila, en la Vía Salaria nueva, la deposición del papa Marcelo I († 309), que murió en el destierro **

2 En Aulona (Ilírico), San Danax, mártir (fecha incierta)

3 En Rinocolura (Egipto), San Melas († 390), obispo, que en defensa de la ortodoxia habia padecido exilio y persecucion

4 En Arles (Provenza), San Honorato († 429), obispo, fundador del monasterio de Lerins *

5 En Tarantasia (Francia), San Jacobo (s V), obispo

6 En Oderzo (Venecia), San Ticiano (s V), obispo

7 En Tours (Francia), la conmemoracion de San Leobacio (s V), abad

8 En el territorio de Lyon, San Triviero († 550), presbitero, monje y ermitaño

9 En Maserolles, junto al rio Authie (Francia), San Furseo († 650), abad

10 En Bagno, Santa Juana († 1105), virgen, monja camaldulense

11 En Marrakech, el martirio de los santos Berardo, Oton, Pedro, presbiteros, Acursio y Adyuto, hermanos legos, todos religiosos franciscanos, protomartires de su Orden, enviados por San Francisco a predicar el evangelio a los musulmanes († 1220) *

12 En Kandy (Ceilan), Beato Jose Vaz († 1711), presbitero, de la Congregacion del Oratorio, insigne misionero **

13 En Brescia (Italia), Beato Jose Antonio Tovini († 1897), seglar **

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SAN MARCELO

Papa y martir († 309)

En la serie de los romanos pontífices, San Marcelo hace el número treinta Su pontificado es de muy escasa duración, un año nada más, que transcurre del 308 al 309. Todavía no era la suya una época muy apta para los pontificados largos, aun cuando la salud personal lo hubiera permitido. Si cualquier simple cristiano corría continuos peligros de perder la vida, mucho más los que por imperativo del deber tenían que actuar como jefes de la perseguida comunidad, en este caso con el carácter supremo y forzosamente visible a que su jerarquía le obligaba

La Iglesia era ya una verdadera potencia en este tiempo. La fuerza avasalladora de su espíritu había ido superando todas las dificultades que a lo largo del siglo II se levantaron contra ella Las persecuciones de Decio y Valeriano sirvieron para robustecerla Y cuando el último de éstos murio, prisionero de los per-

sas, su hijo y sucesor, Galieno, optó por abrir una era de tolerancia, como quien está convencido de que era imposible, e incluso injusto, destruir aquella religión que tan firmes raíces había logrado echar en el alma de sus seguidores.

¿Progresaría este convencimiento en sus inmediatos sucesores? La Providencia tenía dispuesto que no fuera así. Todavía habían de tardar en aparecer en el horizonte los días de la paz y la victoria definitivas Durante los años 284 al 305 tiene lugar el largo reinado de Diocleciano, el cual, respetuoso para con los cristianos, sólo al final se desató en una implacable persecución que había de ser la última, pero también la más violenta y general de cuantas se habían decretado. En los años 303 al 305, cediendo a las instigaciones de Valerio, firmó el emperador sucesivos edictos persecutorios, y en todas las regiones del Imperio, excepto en las Galias y Gran Bretaña, innumerables mártires sellaron con su vida la fe que proclamaban. El papa San Marcelino fue una de sus víctimas en el año 304.

Sucedió a este Pontífice en la silla de Pedro el presbítero romano Marcelo, que había sido, en los días de la persecución, uno de aquellos héroes tan frecuentes en la Iglesia de entonces, firmes puntales de la comunidad combativa, a la que, superando dificultades sin cuento, había tratado de sostener con su intrépida caridad y arrojado celo. De él la historia nos dice poco, y la leyenda no mucho. Empezando por la fecha misma de su elección, nos encontramos con que ésta no pudo hacerse hasta mayo o junio del 308, según el catálogo liberiano, o en el 307, según otras fuentes, lo cual significa que hubo un paréntesis de tres o cuatro años, desde la muerte del papa anterior, en que la Iglesia estuvo privada de su jefe visible. Al dolor de la sangre derramada por tantos hijos suyos se unió tambien el de orfandad y el de desamparo.

No hace falta esforzarse mucho para comprender que la unica explicación de este hecho se halla en lo inseguro y turbulento de la situación político-religiosa de la época. Era imposible, mientras duraba la tempestad, que se reunieran los obispos que habían de intervenir en la elección. Es cierto que Diocleciano abdicó en el 305, y la persecución cesó. Pero no fue así en el Oriente, y aun en la misma Roma aparecieron intermitentes

brotes de la misma aun después de que Majencio quedó como único dueño de esta parte del Imperio.

Elegido, por fin, Marcelo, su tarea principal fue restaurar la disciplina eclesiástica, harto quebrantada como consecuencia de la anterior situación, y reorganizar la jerarquía en los diversos grados entonces existentes. Era un hombre de carácter enérgico, aunque templado y sereno; enemigo de estridencias, pero muy tenaz en sus propósitos y valeroso en el mantenimiento de las resoluciones adoptadas. Los que le eligieron conocían sus dotes, y sabían muy bien que era el hombre que las circunstancias reclamaban.

La persecución, sabiamente dirigida mientras duró, había atacado ante todo la organización misma de la vida de la Iglesia. Sus principales objetivos fueron arrasar los templos y lugares de reunión de los cristianos, quemar los libros sagrados y documentos de los archivos, y llevar a la apostasía o a la muerte a los sacerdotes, con preferencia a los simples fieles.

El nuevo Papa se dedicó ardorosamente a habilitar nuevas iglesias, restableció o elevó a veinticinco los títulos presbiterales de la ciudad de Roma, equivalentes a otras tantas parroquias, consagró nuevos obispos y sacerdotes, estableció un nuevo cementerio, que llegó a hacerse famoso, en la Via Salaria, y abrió las puertas de la reconciliación, no sin exigir la debida penitencia, a quienes, más débiles que apóstatas, se habían separado de la Iglesia en los días amargos y buscaban ahora el abrazo del perdón. Eran los «lapsi» famosos que, con su presencia, tantas veces dieron ocasión en la Iglesia primitiva a conflictos de diversa índole y a doctrinas encontradas, bien por un intolerable rigorismo, bien por una indulgencia inadmisible. De esto último se resentía ahora la tendencia que trataba de prevalecer en Roma. Querían muchos que los que habían sido apóstatas fuesen de nuevo admitidos en la Iglesia sin hacer penitencia. A ello se opuso terminantemente el papa Marcelo.

Con tal motivo, la situación se hizo demasiado tensa entre los partidarios de una y otra tendencia, y llegaron a producirse disturbios y revueltas callejeras en Roma, incluso con derramamiento de sangre. Tachaban al Pontífice de demasiado riguroso, siendo así que él no hacía otra cosa más que mantener la nece-

saria disciplina penitencial. Esto es lo que dio origen a los llamados cismas romanos, semejantes en algún sentido a los que, por razones de la misma índole, surgirían poco después en Egipto con Melecio y en África con los donatistas.

Majencio, que a la sazón gobernaba en Roma, hizo responsable de todo al papa Marcelo y le condenó al destierro, brutal atropello equivalente a un acto de auténtica persecución. No sólo se trataba de la usurpacion de funciones en materia religiosa, que en modo alguno le correspondía, sino de odio manifiesto a la firme actitud que el Pontífice mantenía en defensa de la pureza de la fe y la moral cristiana, y como restaurador de la jerarquía y sus derechos. Poco tiempo después, en enero del 309, según el citado catálogo, o del 308 según otros, moría el santo pontífice en su destierro, consumido de dolor y privaciones.

A estos datos, de los que claramente se hace eco San Dámaso en el epitafio que medio siglo después redactó para honrar la memoria de Marcelo, se añaden algunos otros que sólo se encuentran en actas compuestas varios siglos más tarde, en las cuales resulta difícil distinguir lo verdaderamente histórico de lo que la piadosa leyenda pudo haber añadido. Se nos dice que fue condenado a cuidar, como mozo de establo, las bestias de las caballerizas públicas de Roma, hasta que una piadosa matrona cristiana, Lucila, le brindo refugio oculto en su propia mansión. Transformada ésta más tarde en iglesia, a ella acudían los cristianos y desde allí seguía ejerciendo su acción pastoral el perseguido Pontífice. Incluso se habla de unas cartas que escribió a los obispos de Antioquía recomendándoles encarecidamente la unión con la sede de Roma. Hasta que por fin, de nuevo descubierto, el perseguidor llevó su ensañamiento al extremo de trasladar los animales a la casa de Lucila, que, de iglesia, se transformó ahora en un inmundo establo, en el cual se extinguió el valeroso Pontífice en un silencioso y lento martirio, nunca rendido su espíritu indomable. Su cuerpo fue sepultado en el cementerio de Priscila.

MARCELO GONZALEZ

Bibliografía

DUCHESNE, L (ed), *Liber pontificalis,* o.c., I p.XCIX y 164s
— *Melanges d'archeologie et d'histoire...,* p.382s (París 1898)
— *Les legendes de l'alta semita et le tombeau de Saint Cyriaque* (Roma 1916).
GRISAR, H., art. en *Kirchenlexikon,* VIII p.656s.
QUENTIN, H., *Les martyrologes historiques du Moyen Âge* (París 1908) 85 y 327s.

BEATO JOSÉ VAZ

Presbítero y misionero († 1711)

La vocación especial del misionero «se manifiesta en el compromiso total al servicio de la evangelización; se trata de una entrega que abarca a toda la persona y toda la vida del misionero, exigiendo de él una donación sin límites de fuerzas y de tiempo». Estas palabras de Juan Pablo II en la *Redemptoris missio* (n.65) se cumplen perfectamente en el Beato José Vaz y a él se las aplicó en el decreto de beatificación.

La figura del padre José Vaz es la de un hombre capaz de ser un verdadero cristiano y a la vez un hombre encarnado en la civilización milenaria y en la mentalidad de su pueblo. Eso tendría que ser un hecho cotidiano y palpable tanto en las Iglesias de vieja raigambre católica como en las Iglesias de nueva implantación; y, sin embargo, como en el caso de este apóstol infatigable, es una auténtica fortuna que no se encuentra tan fácilmente.

José Vaz dio sus primeros pasos en la aldea materna de Benaulim, territorio de Goa (India), donde nació el 21 de abril de 1651 de padres sinceramente católicos, que le bautizaron justo una semana después de su nacimiento. Siendo todavía un adolescente, mientras realizaba sus estudios primarios y secundarios, en Sancoale y Benaulim, quiso ser sacerdote. Sus estudios humanísticos los llevó a cabo en la universidad de Goa y los filosóficos y teológicos en la de Sto. Tomás de Aquino, de la misma ciudad.

Vio coronado su santo ideal de ordenarse sacerdote en 1676. Inició su ministerio predicando y administrando la penitencia. En Sancoale abrió una escuela de latín para seminaristas y un año después de su ordenación, el 5 de agosto de 1677, en la iglesia de Nuestra Señora de la Salud de la misma localidad, selló su consagración especial como esclavo de María con un

documento oficial: la *carta de esclavitud.* La devoción mariana, que le acompaño durante toda su vida, es una de las claves fundamentales de la insospechada fecundidad de su apostolado.

Por entonces tuvo noticia de la lamentable situación de los católicos de Ceilán (la actual Sri Lanka), pues los calvinistas holandeses, que ocupaban la isla desde 1637, pretendían borrar la semilla de la fe sembrada por la anterior dominación portuguesa, expulsando a todos los sacerdotes, destruyendo todos los templos católicos, persiguiendo sin tregua a todos los que se atrevían a proclamar o defender la verdadera fe, prohibiendo a los nativos practicarla y obligándoles por la fuerza a convertirse al calvinismo.

Sintiendo la imperiosa necesidad de acudir en auxilio de estas ovejas sin pastor, pidió permiso para ir a Ceilán al Patriarca de las Indias Orientales, máxima autoridad eclesiástica en la India en aquel momento. Sin embargo, el Patriarca envió al P José a la misión de Canadá, en su mismo país, donde enseguida se distinguió por su celo apostólico, alternando la predicación y la penitencia con las visitas a enfermos, la ayuda a los pobres y la redención de cautivos cristianos.

Mientras tanto, en una ermita cerca de la ciudad de Goa se había formado una pequeña congregación de sacerdotes que anhelaban una vida ascética más intensa. De vuelta a Goa, impulsado por su celo de vivir una vida sacerdotal de perfección, apostolado y estímulo mutuo en el camino de la santidad, decidió entrar a formar parte de esta comunidad, de la que fue elegido superior.

Para dar forma canónica definitiva a esta vida comunitaria de sacerdotes seculares, les propuso adoptar las reglas de la Congregación del Oratorio de S. Felipe Neri. Durante su mandato preparó a los miembros de su Congregación para el trabajo misionero. Pero en 1686, como nunca había abandonado en su interior el propósito de ir a Ceilán, renunció al cargo de superior y, sin manifestar su destino final, en compañía de otro intrépido sacerdote y de un joven cuyo corazón ardía en deseos apostólicos, se dirigió a pie al sur de la India, para poder embarcarse desde allí a Ceilán.

A esta isla llegó en ese mismo año (no sin antes haber aprendido el tamil, una de las lenguas nativas de Ceilán), sin pa-

rarse a pensar en las enormes dificultades que él sabía de antemano que tendría que superar: la carencia de medios materiales, las enormes distancias, el desconocimiento del lugar y, sobre todo, las amenazas de muerte de los calvinistas holandeses. Pero lo que desconocía nuestro protagonista eran las contrariedades añadidas que la Providencia divina había dispuesto para purificarlo como oro en el crisol: una penosa enfermedad y el no poder contar con la ayuda de sus dos compañeros, hasta el punto de tener que ser asistido por un alma caritativa de la ceilanesa ciudad de Jaffna.

Tan pronto como se recuperó y acogido en la casa de un buen católico, el P. Vaz, inasequible al desaliento, inició su labor evangelizadora con un ardor encomiable, con una mansedumbre y humildad de corazón que le granjearon las simpatías de todos aquellos con los que trataba y le llevaron a convertir tanto a nativos budistas como a invasores calvinistas.

Este despertar católico alarmó al comandante holandés de la ciudad, que comenzó a sospechar la presencia oculta de algún sacerdote en Jaffna y trató en vano de capturarlo. El P. José recorrió así incansablemente en nueve años toda la isla, consiguiendo burlar a sus perseguidores holandeses noche tras noche, pues era entonces cuando él desarrollaba su actividad apostólica disfrazado de mendigo, a menudo descalzo y con un rosario al cuello como signo de su fe.

Una vez que se hubo aclimatado al modo de vida de los isleños y conocedor de que los mil católicos residentes en el reino de Kandy carecían de pastores desde hacía medio siglo, se dirigió hacia la ciudad del mismo nombre, capital del reino situado en el interior montañoso de la isla y dominado por un rey independiente. Allí intensificó su apostolado, incluso en las regiones limítrofes, pero acusado de espionaje por un instigador calvinista, fue detenido, junto con otros dos católicos, por orden del rey de Kandy. La reclusión forzosa fue la ocasión providencial para proveerle de un nuevo instrumento de evangelización: aprendió el sinhala, la otra lengua nativa de Ceilán.

Como consecuencia de una grave sequía que asolaba al reino de Kandy, el rey de este territorio exigió a los sacerdotes budistas que oraran a Buda para pedir la lluvia. Como éstos no lograron

nada, el monarca se acordó del sacerdote católico y le formuló la misma exigencia. Él invocó con toda fe al único y verdadero Señor de cielo y tierra, que envió una lluvia tan abundante que el rey de Kandy no sólo liberó al sacerdote encarcelado, sino que éste pudo reiniciar su labor apostólica con completa libertad y hasta con la benevolencia del monarca, que, además, dio libertad de culto a los católicos. Esta nueva situación permitió al P. José «contar con el laicado —como afirmó el Papa en la homilía de su beatificación— en la tarea de reconstruir la Iglesia en vuestro país, y preparó líderes laicos que, en ese momento de dificultad, velaran por la grey de Cristo dispersa».

Pero no se contentó con el apoyo de los laicos para la labor catequética, sino que dándose cuenta de la necesidad de sacerdotes para atender a las necesidades espirituales de la cada vez más floreciente comunidad católica, mandó recado a Goa, para que vinieran refuerzos que le permitieran fundar una misión oratoriana. Mientras tanto, habiendo rechazado humildemente el episcopado, fue nombrado vicario apostólico en Ceilán.

Una vez que consideró consolidado el catolicismo en la zona montañosa del interior de la isla, aprovechando la libertad y desafiando el peligro de ser apresado por los holandeses, se adentró en amplias zonas costeras dominadas por ellos para evangelizarlas, llegando hasta la misma Colombo, ante la rabiosa impotencia de los calvinistas, que finalmente se vieron obligados por la fuerza de los hechos a admitir el libre ejercicio del culto católico en el territorio a ellos sometido. Contribuyó a todo ello la heroica caridad del P. José, que se mostró de modo especial en su entrega sin límites a las víctimas de la epidemia de 1697, pues acogía a todos los afectados como hijos de Dios, curando, auxiliando o enterrando sin distinciones de raza, lengua o religión.

De 1700 a 1705, organizó una serie de viajes misioneros por todas las regiones de la isla, intensificando su ministerio tanto entre los católicos como entre los paganos. Las innumerables conversiones que obtuvo, incluso entre las clases dirigentes nativas, motivaron envidias y recelos y diversas campañas de calumnias contra él, amén de inacabables persecuciones contra los que abrazaban la verdadera fe.

Con la llegada de nuevos misioneros, en 1705, pudo organizar la misión de Ceilán, subdividiéndola en ocho distritos, con un sacerdote en cada uno. Y con la ayuda de dos de ellos realizó uno de sus sueños: escribir literatura católica propia, para contrarrestar la difusión del budismo predominante. A pesar de que su salud se encontraba ya muy debilitada, en 1710 pudo realizar un último viaje apostólico.

Ésta fue su sencilla y generosa vida durante veintidós años, hasta que, completamente extenuado por un esfuerzo tan sobrehumano, tuvo que abandonar definitivamente su actividad apostólica y retirarse forzosamente a Kandy, donde se preparó para su partida para la casa del Padre con largas y fervorosas oraciones. Una vez cumplida su misión en la tierra, nació para la vida eterna la noche del 16 de enero de 1711.

Su fama de santidad llegó a Lisboa e incluso a Roma, donde el papa Clemente XI se conmovió al saber que el P. Vaz y un reducido número de colaboradores, en una lejana isla del Extremo Oriente, habían edificado gran número de capillas e iglesias, habían convertido a la verdadera fe a más de cien mil ceilaneses y no cejaban en su infatigable labor de apostolado entre los que todavía no habían conocido la Buena Nueva del Evangelio.

Fama de santidad que existía ya en Ceilán y se había extendido por toda la India, y, de hecho, su causa de beatificación se inició dos años después de su muerte, pero las repetidas persecuciones contra la Iglesia, las dificultades en las comunicaciones y los cambios políticos en la India, en Portugal y en otros países de Europa, que también repercutieron en la isla asiática, entorpecieron que la causa de beatificación se culminase mucho antes. Fue en el s. XX cuando multitud de voces se alzaron pidiendo la elevación del P. Vaz a los altares, al tiempo que se multiplicaban por doquier los testimonios de las gracias obtenidas por su intercesión. El 13 de mayo de 1989 se proclamó el decreto de virtudes heroicas y el 6 de mayo de 1993 el decreto del milagro. Fue beatificado por S.S. Juan Pablo II en Colombo, capital de Sri Lanka, el 21 de enero de 1995.

Este preclaro hijo de San Felipe Neri fue el fundador de la primera comunidad indígena católica misionera, que se valió de un sistema de apostolado plenamente adaptado al país, lo que

ha repercutido sobremanera en toda la obra misional posterior. Por eso no son de extrañar las siguientes palabras de S.S. Juan Pablo II en la homilía de la misa de beatificación: «Quisiera expresar la alegría que descubro en vosotros, en vuestros sacerdotes, en vuestros religiosos y en especial en vuestras religiosas: la gran alegría de ser cristianos, de ser religiosos». En la misma homilía, el Santo Padre lo llamó con todo derecho «apóstol de Sri Lanka» (por su fe y su fortaleza durante veinticuatro años de apostolado) y «segundo fundador de la Iglesia» de ese país. Es patrono igualmente de Goa, su diócesis natal.

J. I. GONZÁLEZ VILLANUEVA, OSB

Bibliografía

Breve de beatificación: *AAS* 88 (1996) 88-90.
«El Beato José Vaz, apóstol infatigable en un ambiente hostil a la fe»: *L'Osservatore Romano* (ed. en español) (3-2-1995) 16.
JUAN PABLO II, «Un misionero incansable». Homilía durante la misa de beatificación del sacerdote José Vaz, sábado 21 de enero: ibid., 17.
El padre José Vaz (1651-1711). Postulazione dell'Istituto dell'Oratorio di S. Filippo Neri (Roma 1957).

BEATO JOSÉ ANTONIO TOVINI

Seglar († 1897)

Laico ejemplar en su compromiso cristiano. Padre de familia. Abogado, profesor, impulsor de escuelas, residencias universitarias y de la Universidad Católica Italiana. Fue también alcalde, fundador de bancos y periódicos. Dio un altísimo ejemplo de compromiso cristiano en lo religioso y social. Beatificado por Juan Pablo II el 20 de septiembre de 1998.

Giuseppe Tovini nació el 14 de marzo de 1841 en Cividate Camuno, provincia de Brescia (Italia). Recibió una educación austera. Sus estudios estuvieron a punto de interrumpirse, pero la intervención del sacerdote Juan Bautista Malaguzzi, tío materno, le consiguió un puesto gratuito en un colegio para jóvenes pobres de Verona. Pasó luego al seminario diocesano, donde fue muy apreciado por sus compañeros y profesores. La muerte de su padre en 1859 y la difícil situación económica de la familia —era el mayor de seis hermanos— le hizo abandonar,

tras grandes luchas interiores, la idea de hacerse misionero. En 1860 se inscribió en la facultad de jurisprudencia de Padua: se ayudaba haciendo prácticas en el despacho de un abogado y dando clases particulares. En vísperas de graduarse brillantemente en la universidad de Pavía, murió su madre.

Al terminar los estudios trabajó en el despacho de un abogado y en el de un notario de Lovere. Al mismo tiempo ejerció el cargo de vicerrector y profesor de un colegio municipal, tarea que desempeñó durante dos años: era el único profesor que rezaba al comenzar y terminar las clases, y comulgaba cada domingo.

En 1867 se trasladó a Brescia. Allí fue declarado idóneo para el ejercicio de la abogacía y trabajó, desde 1868, en el despacho del abogado Corbolani, con cuya hija Emilia se casó siete años más tarde. Tuvieron diez hijos, de los cuales uno fue jesuita y dos religiosas. Fue padre solícito y afable, educador atento, que inculcó en sus hijos los principios de la moral católica.

De 1871 a 1874 fue alcalde de su ciudad natal, Cividate, promoviendo numerosas iniciativas En 1877 ingresó en el movimiento católico bresciano y participó en la fundación del diario *Il Cittadino di Brescia,* de cuya dirección administrativa y de organización se ocupó. En este mismo año se entregó a la formación del comité diocesano de la *Obra de los congresos,* del que fue nombrado presidente; recorrió toda la provincia para organizar los comités parroquiales. Luego fue sucesivamente presidente del Comité regional Lombardo, miembro del Consejo directivo, presidente de la tercera sección de educación e instrucción, miembro del Consejo superior y vicepresidente de la *Obra.* Ingresó en la Tercera Orden Franciscana en 1881. Progresó en el ejercicio de las virtudes, en particular las características de la espiritualidad franciscana: la ascesis, la sencillez, la pobreza, la oración y el diálogo respetuoso.

Se empeñó mucho en política: fue elegido repetidamente consejero municipal de Brescia. Favoreció iniciativas e instituciones inspiradas, organizadas, fundadas u orientadas por él, a través de los programas presentados en los congresos católicos italianos. Sostuvo y apoyó otras muchas acciones de carácter social, como las Cajas de Ahorro municipales, propuso la funda-

ción de la Unión diocesana de las sociedades agrícolas y de las cajas municipales; fundó en Brescia el Banco de San Pablo y en Milán el Banco Ambrosiano.

Pero donde multiplicó sus esfuerzos fue en el sector educativo y escolar. Defendió con ahínco la enseñanza religiosa en las escuelas para tutelar la fe y la moral de los jóvenes, y la libertad de enseñanza; sostuvo la escuela libre, como instrumento eficaz para formar a la juventud en las tareas de responsabilidad civil y social. Promovió la erección de círculos universitarios católicos y colaboró en la fundación de la *Unión León XIII* de estudiantes de Brescia, de la que nació la FUCI (Federación de Universitarios Católicos Italianos). Fundó la revista pedagógica y didáctica *Escuela italiana moderna,* de difusión nacional, el semanario *La voz del pueblo;* el *Boletín de los terciarios franciscanos,* etc.; propuso recaudar fondos para una universidad católica.

Procuró que la Iglesia tuviera una presencia cada vez más decisiva en el mundo del trabajo, lo que le llevó a hacer una propaganda intensa y constante para la fundación de asociaciones obreras católicas. En su última relación pública, habló del apostolado de la oración, dirigiendo una apasionada invitación a la comunión eucarística.

Murió en Brescia el 16 de enero de 1897. Sus venerables restos se encuentran en la Iglesia de San Lucas de aquella capital. Fue beatificado en el estadio municipal de Brescia por el papa Juan Pablo II, el día 20 de septiembre de 1998. Su fiesta se celebra el 16 de enero.

El Beato Giuseppe Tovini es, en palabras de Juan Pablo II, «un gran testigo del Evangelio encarnado en las vicisitudes sociales y económicas de la Italia del siglo XIX. Brilla por su fuerte personalidad, por su profunda espiritualidad familiar y laical, así como por el empeño con que se prodigó para mejorar la sociedad». Vivió en un período delicado de la historia italiana y de la misma Iglesia, y vio muy claro que no era posible responder plenamente a la llamada de Dios sin una entrega generosa y desinteresada a los problemas sociales.

Su compatriota y paisano, el que luego sería Pablo VI, nacido también en Brescia, dijo en el prólogo a la biografía de nuestro Beato:

> «El recuerdo que dejó entre las primeras personas que conocí y estimé era tan vivo y presente, que muy a menudo escuché comentarios y encomios de su singular persona y de sus diversas actividades; oí con sorpresa expresiones de admiración ante su virtud y de añoranza por su muerte prematura».

En efecto, entre el Beato Giuseppe Tovini y Giovanni Battista Montini existe un íntimo y profundo vínculo espiritual e ideal.

El Beato Giuseppe Tovini, ferviente, íntegro y activo en la vida social y política, proclamó con su vida el mensaje cristiano, siempre fiel a las indicaciones del Magisterio de la Iglesia. Fue constante su preocupación por la defensa de la fe. Frase suya es: «Nuestros hijos sin la fe no serán jamás ricos; con la fe no serán jamás pobres». Supo responder con audacia apostólica a las exigencias de los tiempos que, a la luz de las nuevas formas de discriminación, pedían que los creyentes realizaran una obra más eficaz de animación de las realidades temporales.

Gracias a la competencia jurídica y al rigor profesional, el Beato Tovini promovió y guió numerosas organizaciones sociales, asumiendo cargos políticos, con el deseo de dar a conocer la doctrina y la moral cristiana. Con gran valentía se prodigó incansablemente para salvar lo más característico de la sociedad de su región y de Italia, es decir, su patrimonio religioso y moral.

La honradez y la coherencia del Beato Giuseppe Tovini tenían sus raíces en su relación profunda y vital con Dios, que alimentaba constantemente con la Eucaristía, la meditación y la devoción a la Virgen María. De la escucha de Dios en la oración obtenía la luz y la fortaleza para las grandes batallas sociales y políticas que debió soportar a fin de defender los valores cristianos. Este gran apóstol, que supo dar esperanza a cuantos no tenían voz en la sociedad de su tiempo, es un estímulo y un ejemplo para cuantos trabajan también hoy en defensa y en la difusión de la verdad y de las exigencias del Evangelio. Que Giuseppe Tovini desde el cielo nos proteja y sostenga con su intercesión.

RAMÓN FITA REVERT

Bibliografía

BARBERIS, E., *Un laico nelle trincee di Dio* (Leumann-Torino 1966).
Breve de beatificación: *AAS* 92 (2000) 312.
CISTELLINI, A., *Giuseppe Tovini* (Brescia 1954).
— *La vita e l'opera di Giuseppe Tovini* (Brescia 1962).
COLOMBARA, P., SJ, *Una gloria, una forza, un esempio* (Bergamo 1930).
L'Osservatore Romano (ed. en español) (25-09-1998) 524.
Martyrologium romanum, o.c., 97.
SPINELLI, G., en *Bibliotheca sanctorum. Appendice prima* (Roma 1987) cols.1390-1395.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN HONORATO DE ARLÉS
Obispo († 429)

Honorato nació en Tréveris hacia el año 350 en el seno de una familia de procedencia romana de rango consular y que era pagana. Pero él y su hermano Venancio conocieron el cristianismo en su juventud y se hicieron cristianos. Luego de varios intentos de vida eremítica, en el curso de uno de los cuales murió su hermano, se estableció en una isla desierta en la costa gala frente a la actual Cannes, donde fundó el famoso monasterio de Lerins, cuna de santos. Aquí no era ya la vida eremítica sino la cenobita o común la que se practicaba y se ha pensado que por influencia de San Pacomio.

Honorato fue en el monasterio un verdadero padre espiritual, llevando adelante un inmenso trabajo en su celo por la buena conformación de todas las cosas y en la dirección de los monjes. Se ordenó de presbítero y a pesar de su mala salud vivió con intensidad el rigor de la vida monacal.

El año 426 el clero y el pueblo de Arlés lo eligieron obispo, y hubo de aceptar, pero apenas tres años más tarde moría con gran fama de santidad el 15 de enero del año 429. Su monasterio, que le sobrevivió por cerca de 1.400 años, fue un baluarte de la vida monástica en Occidente.

SANTOS BERARDO Y COMPAÑEROS

Religiosos y mártires († 1220)

Éstos —Berardo, Otón, Pedro, Acursio y Adyuto— son los primeros santos de la Orden Franciscana, martirizados en vida del propio fundador, San Francisco, el cual se dice que exclamó cuando supo la noticia del martirio: «Ahora sí que hay cinco verdaderos hermanos menores».

En el capítulo llamado de las Esteras, del año 1219, San Francisco de Asís decidió que la Orden emprendiera viajes misioneros. Se reservó para sí el viajar a Siria y Egipto y envió a Al Ándalus y al Magreb a un grupo de religiosos. Eran seis, siendo el jefe del grupo fray Vidal. Se pusieron en camino hacia España y al llegar a Aragón enfermó fray Vidal, debiendo los otros cinco continuar el viaje sin él. Eran: Berardo, natural de Corbio, junto a Pisa, y que en 1213 se había unido a San Francisco; parece que conocía la lengua árabe; Otón, de procedencia desconocida, y el único a quien todas las fuentes antiguas atestiguan como sacerdote, bien que se ha generalizado decir que también lo eran Berardo y Pedro, y así aparece en el nuevo *Martirologio romano;* Pedro, que era natural de San Geminiano, y que habiendo oído en su pueblo en 1211 predicar a San Francisco, se decidió a seguirlo; era al menos diácono; Adyuto y Acursio aparecen sin más datos, no faltando algunas fuentes que los hacen sacerdotes y otras en cambio hermanos legos.

De Aragón pasaron a Portugal, siendo acogidos con gran fervor por la corte portuguesa. En la costa lusitana embarcaron para Sevilla. Aquí fueron a su vez acogidos por un mercader que intentó impedir predicaran públicamente el evangelio como era su propósito, pero no lo logró. Ellos con gran arrojo quisieron entrar nada menos que en la mezquita mayor y pretendieron predicar a Cristo en el lugar sagrado. No lo lograron pero sí el acceso al palacio del rey moro. Éste al oírlos intentó matarlos allí mismo, pero su hijo le hizo ver que matar a los religiosos podría traer represalias de los reyes cristianos. Estuvieron presos y fueron expulsados de Sevilla, de donde se embarcaron para la costa africana. En Marrakech los acoge el infante Pedro de Portugal, que igualmente intenta en vano disuadirlos de su propósito evangelizador. Llevados ante el califa, éste les pide

que o guarden silencio o vuelvan a España Ellos insisten en su voluntad de predicar el evangelio, y fue entonces el propio monarca el que los degolló con su espada Era el 16 de enero de 1220. Los cuerpos de los mártires fueron llevados a Coimbra, atrayendo al futuro San Antonio de Padua a la Orden de Menores. Los canonizó Sixto IV el 14 abril 1482.

17 de enero

A) MARTIROLOGIO

1 En la Tebaida (Egipto), San Antonio († 356), abad **
2 En Capadocia, los santos Espeusipo, Elasipo y Melasipo, y su abuela Leonila, martires, en fecha incierta
3 La conmemoracion de San Julian Sabas († 377), asceta en la region de Edesa
4 En Die (Francia), San Marcelo († 510), obispo
5 En Bourges (Aquitania), San Sulpicio el Piadoso († 647), obispo
6 En la Baviera inferior, San Gamelberto († 800), presbitero, que dejo sus bienes a su ahijado Uton para que fundara un monasterio *
7 En Celle-Roubaud (Provenza), Santa Rosalina († 1329), priora cartuja *
8 En Tecolotlan (Mexico), San Jenaro Sanchez Delgadillo († 1927), presbitero y mártir *

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SAN ANTONIO ABAD
(† 356)

El lector habrá de hacer un esfuerzo y trasladarse con nosotros muy lejos, en el tiempo y en el espacio. Debemos situarnos en el bajo Egipto, cerca del gran Delta del Nilo, al Sur de Menfis, en un pequeño poblado, Queman, que seguramente se identifica con el actual Quaeman-el-'Arous, allá por la segunda mitad del siglo III.

Era Egipto, en aquellos tiempos agitados por las herejías, en especial por el arrianismo, foco de correcta ortodoxia y cuna de

varones ilustres, luchadores gigantescos contra Arrio y sus secuaces. No obstante las persecuciones, florecía la Iglesia en todo sentido y es entonces cuando comienza a notarse el fenómeno de algunos cristianos que, ansiosos de llevar una vida más perfecta, de acercarse más a Dios sin los estorbos que puede ofrecer el trato con los demás, abandonaban la vida de familia, yéndose a vivir a pequeñas casas situadas cerca de los pueblos donde tenían sus moradas y allí, relativamente solos, se dedicaban a una vida de austeridad y de contemplación.

Entre los ascetas que rodeaban la villa de Queman comenzó a verse, hacia el año 269 (o 271), un joven de dieciocho o veinte años, llamado Antonio.

Era, ciertamente, un joven singular. Sus padres, que acababan de morir, habíanle dejado una copiosa herencia y el cargo de tutelar a una hermanita menor. Un buen día Antonio entra en la iglesia y escucha del sacerdote las palabras evangélicas: «Ve, vende lo que tienes, dalo a los pobres...». Fue a los seis meses de quedar huérfano, deja sus tierras y posesiones a sus convecinos; vende todos sus muebles, reservando solamente lo necesario para el sustento de su hermana. Pero otra vez escucha en la iglesia la voz del Evangelio que le amonesta a no atesorar para el día de mañana, dejando a Dios todo cuidado. En consecuencia, se despoja definitivamente de todo, confía su hermana a un grupo de vírgenes que observaban los consejos evangélicos viviendo en común y, rompiendo todas las cadenas que le sujetaban al mundo, a imitación de un asceta que vivía a las afueras del pueblo, comienza en una a modo de ermita vida retirada y ascética.

Pasaron años. Luchaba Antonio con todas sus fuerzas por adelantar en el camino emprendido. Frecuentaba el trato de los ascetas vecinos, codicioso de aprender de ellos los secretos del reino de Dios, de imitar sus virtudes. Comenzó a extenderse su fama.

Si es cierto que todos los santos brillan con fulgor espiritual propio, parece que a San Antonio quiso elegirle Dios para enseñarnos a los demás hombres a luchar contra el demonio. Efectivamente, ya en este primer retiro el enemigo le asalta constante y visiblemente con tentaciones, de impureza sobre todo. Antonio lucha virilmente. Siguiendo el consejo evangélico, se da a la oración y al ayuno. Come una vez al día solamente. Pasa las no-

ches en vigilia. Dentro de semejantes luchas y trabajos, Antonio siente en el alma una potente voz interior: la llamada de la soledad absoluta. Había aprendido cuanto los demás podían enseñarle; era capaz ya, sin temeridad alguna, de verse a solas con Dios. Huye hacia los montes líbicos. Encuentra una tumba vacía. Un amigo se presta a llevarle de cuando en cuando el alimento imprescindible. El demonio redobla sus ataques, causando a veces ruidos tan fuertes que daban espanto. Se le aparece bajo la forma de terribles fieras que le originan sufrimientos indecibles; con el aspecto de hermosas mujeres que le invitan a la fornicación. Tan duras son las batallas que ha de sostener, que, en una ocasión, el amigo que le llevaba de comer le encuentra a la entrada de la choza completamente exánime. Creyéndole muerto, se lo lleva a la población vecina y cuando está disponiéndole los funerales, Antonio se recobra y vuelve a su refugio, a la lucha incesante, en medio de la cual a veces viene el Señor a reforzarle en apariciones consolatorias.

Su fama le ha venido siguiendo y los hombres tornan a molestar su quietud. Otra vez vuelve a sentir la apremiante llamada de la soledad. Pasa a la orilla derecha del Nilo. En Pispir, cerca de Der-el-Meimun, en un repliegue de los montes arábigos, encuentra una vieja fortaleza abandonada en medio de un espantoso desierto, si bien provista de abundante agua. El edificio estaba infestado de serpientes, que huyen a su sola presencia. Convino Antonio con un amigo que le trajese pan dos veces al año (en Tebas duraba el pan incorrupto hasta un año y era costumbre tebana guardarlo para seis meses). Inmediatamente procedió a defender su soledad levantando un muro que le aislase por completo de la vista y trato de los hombres, de tal forma que ni aun hablaba con su amigo, quien le arrojaba el pan por encima del muro y de igual forma recogía las espuertas que hacía Antonio para huir de la ociosidad con el trabajo de sus manos. Tenía nuestro asceta treinta y cinco años y corría el 285 de nuestra era.

Aquí pasó veinte años sin interrupción. Sus familiares iban muchas veces a verle para hablar con él; las gentes venían a pedirle consuelos, consejos, milagros. Juntamente con esto sentía redoblarse los ataques del diablo. Los ecos de sus luchas eran

tan fuertes y ruidosos, que llenaban de pavor a los viandantes que pasaban cerca del lugar. No obstante hallarse encerrado, debían sus palabras poseer tal fuerza de persuasión que, poco a poco, fueron acudiendo las gentes y acampando de manera estable junto a la fortaleza, a fin de beneficiarse continuamente de sus ejemplos y consejos. Un día ya no pudo contenerse la impaciencia de sus admiradores y, uniéndose, derribaron el muro construido por Antonio. Habían pasado veinte años y no se notaban en su rostro ni en su aspecto huellas de la extrema dureza de su ascesis. Todo él respiraba serenidad e íntima pureza. Pronto se llenó la montaña de hombres que iban a pedirle alientos y fuerzas para llevar una vida semejante a la suya. La montaña se llenó de ermitaños. Constantemente resonaban en ella las divinas alabanzas. Se practicaba una pobreza heroica, una caridad perfecta. Los eremitas vivían solos, o en pequeños grupos. Antonio nunca fue, propiamente, su superior; era, simplemente, una norma de vida, un ejemplo a imitar. Curaba enfermos, expulsaba demonios, enseñaba a amar al prójimo con perfección; amaestraba en la lucha contra el diablo, cuyos ardides y la forma de protegerse de ellos conocía perfectamente. San Atanasio, que fue su discípulo, nos ha recogido su doctrina en forma de un largo discurso: Antonio enseñaba que la meditación de los novísimos fortalece al alma contra las pasiones y el demonio, contra la impureza. Si viviésemos, decía, como si hubiésemos de morir cada día, no pecaríamos jamás. Para luchar contra el demonio son infalibles la fe, la oración, el ayuno y la señal de la cruz. El demonio teme, enseñaba, los ayunos de los ascetas, sus vigilias y oraciones, la mansedumbre, la paz interior, el desprecio de las riquezas y de las glorias vanas del mundo, la humildad, el amor a los pobres, las limosnas, la suavidad de costumbres y, sobre todo, el ardiente amor a Cristo.

Era el 305. Acababa de nacer, aun sin propósito premeditado de Antonio, el monacato oriental. Y aunque hubo quienes expresaron sus temores acerca de una posible infiltración de espíritu de independencia y separación de la Iglesia, la probada ortodoxia y la prudencia del Santo lograron que tal género de vida se impusiese poco a poco y terminara constituyendo un inapreciable sostén para la Iglesia de la época.

La soledad de Antonio no era infecunda. Enseñaba a preferir sobre todas las cosas la caridad. Así, cuando en el 311 estalló la persecución de Maximino, Antonio voló a Alejandría con algunos de sus monjes para fortalecer a los perseguidos por la fe y compartir con ellos el martirio. Nadie, sin embargo, se opuso a su propósito ni les infirió daño alguno, de forma que, terminada la persecución, volvieron a Pispir.

Antonio volvió cambiado: había comprendido —y lo supo viendo sufrir a los mártires— que el signo de su vivir era la cruz perfecta. Redobló su ascetismo, multiplicó los ayunos, durmió en la tierra desnuda o en tablas. Nunca se lavó, cambió de ropa, ni usó aceites o perfumes (piénsese lo tremenda que es tal mortificación en el Egipto, donde el baño constituye una auténtica necesidad corporal). Y otra vez la llamada del espíritu resonó, fuerte, muy fuerte, en su corazón. Su viaje a Alejandría, su vida entera, le habían hecho más y más famoso entre las gentes, que afluían a él sin cesar. Sintió peligrar su humildad, su silencio. Dios le inspiró de nuevo. Un buen día una caravana de beduinos que iba a internarse en el desierto contempló a un hombre extraño que les pedía unirse a ellos durante el viaje. Vestía túnica de pelos de camello, sujeta por cinturón de cuero; un manto de piel de carnero, con capucha caída por la espalda. Parecía totalmente endiosado.

Fue una larga y dura caminata. Los camellos de los beduinos se internaban por un desierto sin límites, sólo alterado por las dunas; bañado por las noches de un inusitado fulgor de estrellas; abrasado durante el día por el ardiente sol. Tres días con sus noches. A medida que el paso de los camellos iba alejándole de Pispir con sus monjes contemplativos y sus multitudes ansiosas de curaciones y milagros, Antonio se sentía caminar derecho a la consumación de su vocación. Sabía que Dios le aguardaba en el desierto, lejos, muy lejos de todo.

Llegaron por fin. Habían caminado hacia Oriente, hacia el mar Rojo. Muy cerca ya de éste, en el monte Qolzoum, encontraron un pequeño oasis lleno de palmeras y con alguna tierra laborable. Allí quedó Antonio. Era el año 312; acababa de fundar lo que había de llamarse monasterio de Deir-el-'Arab.

Los beduinos le proporcionaron una azada y algunas semillas. Algunos discípulos, que no tardaron en visitarle a pesar de

los horrores del desierto, le llevaron trigo. Antonio se preocupó de sembrar un trozo de tierra, a fin de poder ayudar a los peregrinos y visitantes. Allí permaneció absolutamente solitario durante dieciocho años, hasta quince antes de su muerte, en que admitió la presencia estable de sus dos discípulos Amathas y Macario.

La vida del Santo en los años siguientes se revela extraordinaria. Regularmente visitaba el monasterio de Pispir, donde le aguardaban sus discípulos y las turbas venían a pedirle milagros. Solamente algunos, los más valientes, se atrevían a visitarle en Deir-el-'Arab. Uno de éstos fue San Atanasio, el campeón de la ortodoxia oriental contra los arrianos, quien más tarde escribió su vida, contribuyendo con ello a esparcir por el mundo los ideales de nuestro asceta. Allí le escribió el emperador Constantino pidiéndole sus oraciones.

Allí refutó filósofos griegos y herejes arrianos, quienes atraídos por su fama y por la circunstancia de que Antonio era analfabeto, fueron a probar su sabiduría. Desde allí combatió el cisma de Melecio de Nicópolis; escribió duramente al obispo Gregorio, suplantador fraudulento de San Atanasio, y a Balacio, quienes habían desencadenado una violenta persecución contra los ascetas y vírgenes ortodoxos; sostuvo el prestigio de San Atanasio.

El 340 fue a visitar a San Pablo, el primer ermitaño. A su llegada, el cuervo que todos los días llevaba a Pablo medio pan como alimento, trajo un pan entero para los dos solitarios.

Antonio se había convertido casi en personaje de leyenda. La fama de sus milagros, de sus doctrinas, de sus austeridades, la noticia de su extremada soledad, habían llenado el mundo de Oriente. Pasaron los años, sumido en la contemplación de las noches del desierto, que tan extraño poder tienen para llevar las almas a Dios, para excitar el deseo de los bienes eternos.

Probablemente en el año 355, último de su vida (otros señalan el 338, a la vuelta del primer destierro de San Atanasio), fue a visitar a éste en Alejandría para animarle y sostenerle con su autoridad legendaria en la lucha contra los arrianos y melecianos. Es indescriptible la impresión que su presencia y sus milagros causaron en la ciudad, donde convirtió muchos herejes e infieles.

Finalmente, el 17 de enero del 356, luego de haber anunciado su muerte, haberse hecho prometer por sus dos discípulos que a nadie revelarían el secreto de su tumba, a fin de evitar honores póstumos; luego de haberles exhortado a la pureza de la fe, entregó su alma a Dios. Antes quiso legar a San Atanasio su túnica de piel de carnero y el antiguo manto que el mismo Atanasio le había regalado y que durante muchos años le había servido de lecho y abrigo. Otro manto dejó a Serapión, obispo de Thmuis. Con ello simbolizaba su unión con la jerarquía y el espíritu de su neta ortodoxia.

En Occidente, desde el 1089, se le comenzó a venerar como abogado contra la peste y epidemias, llegando a fundarse incluso una Orden hospitalaria bajo su advocación.

No obstante la dureza de la vida de San Antonio, podemos apreciar en ella contrastes que nos enseñan cómo algunas veces la santidad suple muchos valores humanos y cómo en otras no solamente no los suprime, sino que los supone y realza.

Cuenta San Atanasio, que le conoció bien, cómo, a pesar de sus ayunos, de su austeridad, jamás exageró. Supo guardar siempre la justa medida; prohibió las demasías en la mortificación entre sus discípulos; enseñó a valorar sobre las cosas exteriores la pureza de corazón y la confianza en Dios. De ordinario mostraba una faz tan resplandeciente de alegría, que por ella le conocían quienes no le habían visto nunca antes. Murió sonriendo.

A pesar de haberse criado y haber envejecido en el desierto, nada se observaba de agreste en sus maneras, sino que todo él respiraba una exquisita educación.

Sorprende su intrépido espíritu apostólico y la integridad de su fe, que le constituyeron en uno de los paladines de la ortodoxia de su tiempo.

No prescribió reglas, ni hábitos especiales a sus discípulos (las reglas que circulan bajo su nombre son apócrifas), pero su influjo personal fue tan hondo que pronto se pobló Egipto, en sus lugares más desérticos y apartados (Celdas, Escita, Nitria), la Siria y el Asia Menor, de monjes que de una forma u otra copiaron su género de vida, que aún perdura en cierto modo entre los monjes del Monte Athos, los cartujos y los camaldulenses.

Sin embargo, la vida de San Antonio encierra una ejemplaridad superior. Es todo un símbolo. Nos dice que los peores enemigos del hombre no son los externos. En la soledad más estricta el hombre lleva consigo su naturaleza caída, propensa al orgullo, a la soberbia interior, a la lujuria, a la que es preciso vigilar y mortificar constantemente si el alma quiere verse libre de sus flaquezas y encontrar a Dios en la paz. Por otro lado, el demonio se encarga de afligir con sus tentaciones (presunción, soberbia, desánimo, falta de fe y confianza) al más retirado de los ermitaños. Es decir, que la vida cristiana es, esencialmente, lucha. Podremos huir del mundo; no podemos despojarnos de nosotros mismos, no podemos evitar los asaltos del demonio, que da vueltas en torno a nosotros buscando a quien devorar, como nos enseña San Pedro. Por eso el desierto se ha convertido en símbolo de lugar de tentaciones y los antiguos lo identificaron muchas veces cual morada de espíritus malignos.

Otra lección del Santo es el inestimable precio de la soledad interior para quien de veras desea darse del todo a Dios. Es menester que ninguna criatura ocupe indebidamente nuestro corazón, que sepamos tenerlo desprendido de todas, de forma que ninguna nos pueda ser impedimento a nuestra carrera hacia la unión con Dios. Espíritu de soledad que, como vemos en nuestro Santo, no es sino una forma superior de caridad, porque solamente el hombre que se ha purificado en soledad, en mortificación, en oración, es capaz de sentir fielmente la caridad y de ejercitarla exponiendo su vida. El solitario, de ninguna manera si es auténticamente discípulo de Cristo se desentiende de los demás. Como puede, desde su soledad, lucha por sostener en la fe, se inmola por su salvación, socorre las almas y los cuerpos. Pocos hombres de su tiempo hicieron tanto bien como San Antonio. La religión cristiana, como enseñaba a sus discípulos para combatir en ellos una desordenada propensión a la soledad egoísta y cómoda, es una profesión de caridad fraterna.

El solitario no ha de dudar en abandonar su refugio cuando lo piden así las necesidades de la Iglesia y de las almas. Soledad, caridad, las dos inmortales lecciones de San Antonio, o lo que es lo mismo, acción y contemplación, oración y apostolado, dos ejes aparentemente opuestos, pero que se conjugan perfecta-

mente cuando el espíritu que los anima es legítimo espíritu de Cristo. Todos necesitamos ser un poco eremitas si es que, en definitiva, queremos triunfar de los asaltos del demonio y aprender el sublime arte de amar, por Cristo, a nuestros hermanos.

PEDRO DE ALCANTARA, OFM

Bibliografía

Act SS Boll 17 de enero
ATANASIO, SAN, *Vita Scti Antonii Abbatis* PG 26,837s, PL 73,125s
BARDY, A, art en *Dict Spirit*, o c
BOUYER, L, *St Antoine le Grand* (Paris 1950)
— *La vie de St Antoine Essai sur la spiritualite du monachisme primitif* (Waudrille 1950)
Cartas de San Antonio y documentos atribuidos a el PG 40,972s
DAVID, art en *Dict Hist Geogr Eccl*, VIII col 726s
HERTLING, L VON, *Antonius der Einsiedler* (Innsbruck 1930)
LAVAUD, B, *Antoine le Grand* (1943)

C) BIOGRAFIAS BREVES

SAN GAMELBERTO

Presbítero († 800)

Gamelberto nació en Michaelsbruch (Baviera) hacia el año 720 en el seno de una noble familia. Llegado a la juventud, sus padres le proponían la carrera militar pero el joven, de natural manso, prefería encargarse de los campos familiares y de los rebaños. Aprendió a leer e hizo de la Biblia su lectura favorita, lo que le sirvió para aumentar su fervor religioso. Aunque era ya un joven de más de veinte años, no contrajo matrimonio.

Su vocación eclesiástica la formalizó al morir su padre. Ordenado sacerdote, se dedicó al apostolado entre las gentes de sus propios campos, sirviéndole de centro pastoral la iglesia tradicional de su familia, convertida así en una parroquia. Llevado de su piedad hizo una peregrinación a Roma a venerar los sepulcros de los Santos Apostoles, peregrinación que le sirvio para fomentar aun más en él el espíritu de piedad y el afán apostólico.

Vuelto a Michaelsbruch, dejó el castillo para irse a vivir con pobreza y austeridad en una habitación aneja a la iglesia. Al apostolado y el ejercicio del ministerio sacerdotal unió el de la caridad con los más pobres, dando un alto ejemplo a todos de desprendimiento y generosidad.

Al sentir cercana la muerte, decidió dejar su patrimonio para la fundación de un monasterio, y encargó esta fundación a su ahijado Utón, que efectivamente fundó el monasterio de Metten. Gamelberto murió en Michaelsbruch el 17 de enero del año 800. El culto que tradicionalmente se le daba a él y a su ahijado Utón fue confirmado por el papa San Pío X el 25 de mayo de 1909.

SANTA ROSALINA

Virgen († 1329)

Rosalina o Rossoline fue hija de la noble familia Villeneuve y nació el 27 de enero de 1263 en la villa de Les Arcs en Provenza. Tendría unos doce años cuando, al hacer la primera comunión, hizo también el voto de castidad ya que quería consagrarse a Dios por entero. Vivía solamente para la piedad y las obras de caridad, volcándose en socorrer y visitar a los pobres.

Su padre, Arnaldo, le propuso un matrimonio ventajoso cuando la joven tenía 16 años, pero ella entonces le manifestó que su vocación era la de ingresar en un convento de monjas cartujas, y así lo hizo en efecto a fines del año 1278 en la cartuja femenina de Ramires. De aquí fue enviada luego a la de Bertaud en donde completó su noviciado e hizo su profesión religiosa, siendo ya muy estimada por las singulares dotes de piedad y demás virtudes que la joven manifestaba. Posteriormente la obediencia la mandó a la cartuja de Celle-Roubaud. En 1288 recibió la consagración de las vírgenes y la dignidad de diaconisa, según se estilaba, y siguió en adelante la vida de la comunidad aún con mayor entrega a todas las exigencias de la vida monástica, siendo un modelo de pureza y humildad.

El año 1300 su tía Juana de Villeneuve consiguió se le admitiera la renuncia a su priorato en la cartuja de Celle-Roubaud, y el padre general de la Orden impuso a Rosalina que en virtud

de obediencia ella fuera la sucesora. La ceremonia de su toma de posesión como priora la presidió el obispo de Frejus, Jacques d'Euze, más tarde papa Juan XXII. Dirigió la casa con gran prudencia y celo a lo largo de veintinueve años, siendo para todas las monjas un modelo viviente de regularidad y austeridad, de altísima oración y de entrega a la caridad y toda clase de buenas obras. Murió el 17 de enero del año 1329. Su culto ha sido autorizado tanto en la diócesis de Frejus (1851) como en toda la Orden de la Cartuja (1859). Su fiesta se celebra el 20 de octubre en la Orden pero ése no es el día de su tránsito sino el 17 de enero.

SAN JENARO SÁNCHEZ DELGADILLO

Presbítero y mártir († 1927)

Nació en Agualele, Jalisco, el 19 de septiembre de 1886, hijo de Cristóbal y de Julia, los cuales eran muy buenos cristianos, que gozaban de crédito moral en el pueblo, y eran de condición social modesta.

La enseñanza primaria la recibió en Guadalajara, en el Colegio del Espíritu Santo, y en cuanto fue un adolescente, empezó a trabajar en una fragua para ayudar en su casa. Se costeó sus estudios mediante una beca.

Terminada la enseñanza primaria, decidió su vocación sacerdotal e ingresó en el seminario de Guadalajara e hizo los estudios eclesiásticos. Se ordenó sacerdote el 20 de agosto de 1911.

Ejerció el ministerio pastoral sucesivamente en cuatro parroquias, estando también un tiempo de profesor del seminario menor de Cocula, y en 1923 fue destinado a la capellanía de Tamazulita, Jalisco.

En todos los destinos se acreditó como un buen sacerdote, serio y cumplidor, obediente a sus respectivos párrocos y dispuesto siempre sobre todo a predicar con celo y entusiasmo la palabra de Dios. Por esta misma razón daba gran importancia a la catequesis de los niños y se manifestó siempre dispuesto a darla por sí mismo. Su otra gran tarea sacerdotal, para la que tenía evidente carisma, era la atención pastoral a los enfermos, a

los que visitaba asiduamente, consolaba y preparaba para los sacramentos, al tiempo que alentaba a las familias a sobrellevar la enfermedad con entereza y dedicación al enfermo.

El P. Jenaro sintió mucho el cierre de los templos por parte de la autoridad eclesiástica, vista la actitud hostil del Gobierno mejicano, y prosiguió su ministerio clandestinamente, diciendo misa y administrando los sacramentos por las casas y en los campos. Comprendió muy pronto el peligro de muerte en que estaban los sacerdotes y se dio cuenta de que él podría ser uno de los mártires.

Su martirio tuvo lugar el 17 de enero de 1927, y sucedió así: se hallaba el P. Jenaro en el campo con unos amigos tendiendo lazos a los venados y por la tarde regresó al rancho La Cañada, de la familia Castillo, en el que se albergaba por entonces. Al llegar se dieron cuenta de que había soldados buscándole. Le rogaron que escapara, pero él pensó que si huía, las malas consecuencias las pagarían sus amigos y prefirió acercarse al rancho y afrontar la voluntad de Dios. Y en efecto, al llegar, los cogieron presos a todos y uno de ellos fue llevado preso con el sacerdote a Tecolotlán, pero luego todos fueron dejados libres excepto el P. Jenaro.

Cerca de la medianoche llevaron al sacerdote al cerro llamado La Loma y allí se dispusieron a ahorcarlo. Cuando él se dio cuenta, les dijo a sus captores que los perdonaba y dio un viva a Cristo Rey. Tiraron de la soga y quedó colgando luego de darse un gran porrazo en la cabeza con el mezquite del que lo habían colgado. Llamaron los soldados a una casa vecina y señalaron a sus habitantes que había allí colgado un reo pero que si alguien lo bajaba le harían a él lo mismo. El sacerdote, mal colgado de la soga, tardó en morir, pudiendo oírse sus ronquidos desde la casa.

No amanecía aún cuando volvieron los soldados, dispararon al cuerpo inerte, lo bajaron y, ya en el suelo, uno de ellos lo atravesó con la bayoneta y lo dejaron tirado en medio del campo. Acudieron los habitantes de la casa vecina y lo vieron algunos que pasaban por allí pero no reconocieron que era el P. Jenaro. Pero ya en la mañana del 18 de enero una maestra lo reconoció y fue a dar aviso a la madre del P. Jenaro, la cual acudió presuro-

sa, reconoció a su hijo y tomándolo lo colocó sobre sus rodillas, componiendo una estampa similar a la de La Piedad. La pobre señora lloraba amargamente abrazada al cuerpo del hijo querido. Se logró permiso para llevarlo a la casa de la maestra y velarlo unas horas, siendo enterrado a las cuatro de la tarde en el cementerio de la población. En el lugar de su martirio se erigió un monumento posteriormente. Sus reliquias fueron llevadas más tarde a la parroquia de Cocula.

El papa Juan Pablo II lo canonizó junto con otros mártires mejicanos el 25 de mayo del año 2000

18 de enero

A) MARTIROLOGIO

1 En Cartago, los santos Suceso, Pablo y Lucio († 259), obispos y mártires

2 En Nicea (Bitinia), los santos mártires Coscomio, Zenon y Melanipo (s III o IV)

3 En Toulouse (Francia), el tránsito de San Volusiano († 498), obispo de Tours, que murió desterrado por los godos

4 En Roma, Santa Prisca († 499), bajo cuya memoria se levantó una basílica en el monte Aventino

5 En el monasterio de Lure (Borgoña), San Deicola (s VII), abad

6 En Ferrara (Emilia), Beata Beatriz d'Este († 1262), viuda y monja

7 En Buda (Hungría), Santa Margarita († 1270), virgen, hija del rey Bela IV, monja dominica **

8 En Cremona (Lombardía), Beato Fascio († 1272), natural de Verona, dedicado a la penitencia, las peregrinaciones y el socorro de los pobres

9 En la Valtelina, Beato Andres de Peschiera († 1485), presbítero y religioso dominico

10 En Aquila (Abruzos), Beata Cristina Cicarelli († 1543), virgen, monja agustina *

11 En Braunsberg (Prusia), Beata Regina Protmann († 1613), fundadora de las Hermanas de Santa Catalina **

12 En Angers, las beatas Felicidad Pricet, Mónica Pichery, Carola Lucas y Victoria Gusteau († 1794), mártires en la Revolución Francesa

13. En Tarragona (España), San Jaime Hilario Manuel Barbal Cosán († 1937), religioso de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, mártir durante la guerra civil española *.

14. En Casia (Umbría), Beata María Teresa Fasce († 1947), virgen, priora del monasterio de agustinas, gran difusora de la devoción a Santa Rita *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTA MARGARITA DE HUNGRÍA

Religiosa († 1270)

A mediados del siglo XIII los tártaros invadían Europa con incursiones muy frecuentes y devastadoras. Una de ellas tuvo como blanco Hungría el año 1241, a la que atacaron sin piedad, robando, matando y asolando todo lo que encontraban a su paso. El rey de Hungría Bela IV y su esposa María Láscaris, hija del emperador de Constantinopla, se desterraron a Dalmacia huyendo del devastador ataque mongol.

Como personas piadosas recurrieron al Señor, suplicándole humildemente que viniera en su ayuda y los librara de un enemigo tan terrible y poderoso, pues sabían que ninguna fuerza humana era capaz de contenerlo. Por su parte ofrecieron a Dios el hijo que estaban esperando, por la liberación del pueblo húngaro y la paz de su reino, prometiéndole que si era niña la ingresarían en un monasterio al que, además, ayudarían con sus bienes.

No era infrecuente en aquella época mezclar la fe con la necesidad de protección divina para encontrar solución a los problemas de carácter religioso y político. En estos casos los niños eran ofrecidos a Dios como «víctimas» inocentes para alcanzar de Él la misericordia tan necesitada como suplicada. Y en este clima de oración y de esperanza en lo alto, el rey juntó un gran ejército y atacó a su eterno enemigo, muy superior en número, y envalentonado, además, por sus continuas victorias. Dios le ayudó y Bela derrotó a los tártaros, haciendo que volviese así la paz y tranquilidad a sus dominios.

En 1242 les nació una niña a la que pusieron el nombre de Margarita. Proviene de la familia real húngara Arpad, familia

que en el mismo siglo XIII dio a la Iglesia otras cuatro mujeres preclaras por su vida santa: Santa Isabel, la Beata Inés de Praga, sobrina suya, y las hijas del rey Bela IV, Cunegunda y Yolanda, cuyo culto ha sido confirmado por la Sede Apostólica.

Los padres de Margarita no olvidaron la promesa que habían hecho a Dios y a El se la ofrecieron como ángel de paz y de reconciliación, confiándola, a la edad de cuatro años, a las Dominicas del monasterio de Santa Catalina mártir, en Veszprem, para que ya desde su más tierna edad fuese formada en las costumbres regulares y pudiera servir de modo más perfecto al Señor. Las monjas recibieron este «regalo» del cielo como algo esperado y deseado. Y el Señor se volcó de inmediato en aquella niña privilegiada que ya desde el principio mostró una madurez impropia de su edad

A los siete años logró que le vistieran el santo hábito dominicano, que ella llevaba con respeto y veneración. Guiada por la madre priora y enseñada por la monja a la que aquélla encomendó su custodia, la niña Margarita se iniciaba en la oración y contemplación que habría de ser el manjar mejor gustado durante toda su vida.

Los reyes, sus padres, contentos de ver a su hija tan feliz en el monasterio, edificaron para ella otro convento en una isla formada por el río Danubio, llamada Nyúle, junto a Buda, que después de su muerte pasará a llamarse *Isla Margarita.* A este monasterio, dedicado a la Virgen María y dotado de una renta suficiente, fue trasladada Margarita a los doce años, junto con otras religiosas, para implantar desde el principio una vida de perfecta observancia religiosa y dominicana.

La joven princesa, como ferviente discípula de la cruz y olvidada completamente de su casa real, de tal manera floreció en docilidad y obediencia, que las monjas la amaron con ternísimo afecto y el perfume de su bondad se extendió por todo el monasterio, mostraba una gran ingenuidad y candor en su comportamiento. Es aquí donde, dos años más tarde, hace su profesión solemne en manos del Venerable Padre Humberto de Romans, Maestro general de la Orden, que volvía del Capítulo general, celebrado en Buda, ciudad principal de aquel reino.

Por costumbre de Corte y por el respeto y amor que su vida inspiraba, fue pretendida como esposa por los hijos herederos de los reyes europeos, como el duque de Polonia, el rey de Sicilia, y de modo especial, según G. Klaniczay, el año 1260 renunció a la propuesta de matrimonio con el rey de Bohemia, Premysl Otakar II. Querían convencerla de tal conveniencia haciéndole ver que sería fácil obtener la dispensa de sus votos religiosos, y que por otra parte su enlace matrimonial con alguno de dichos príncipes sería como un pacto de paz y de alianza entre sus reinos, y que si se negaba, esto traería consigo posibles discordias y guerras.

Su negativa por decisión personal y por consejo de su confesor Fr. Marcelo, Prior Provincial de los dominicos, le acarreó fuertes sinsabores a ella e hizo caer en desgracia a los dominicos por unos años. A pesar de todo, ella no dudó nunca. Ya tenemos a la princesa de Hungría, virgen esposa del Cordero inmaculado para siempre, debido a sus votos religiosos, y sólo buscó ya seguir sus huellas y cumplir su voluntad durante toda la vida.

Toda su vida trató de llevar a cabo el ideal de Santo Domingo al que quiso imitar siempre. Seguir a Cristo llevará consigo, como dominica, realizar el proyecto de su fundador. Toda la esencia de la vida dominicana es «contemplare et contemplata aliis tradere»; es decir, orar y contemplar la verdad revelada y después comunicarla a los demás, pues nadie da lo que no tiene. Pero si libamos lo esencial de la Palabra de Dios y de las entrañas del Redentor podemos repartirlo a los demás, pues como nos dice San Ambrosio en una de sus cartas:

> «Quien recoge el agua de los montes o la saca de los manantiales, puede enviar su rocío como las nubes... Quien mucho lee y entiende se llena, y quien está lleno puede regar a los demás; por eso dice la Escritura: "Si las nubes van llenas, descargan la lluvia sobre el suelo"».

Es lo que hizo Margarita, llenarse de Dios en la oración para poder donarlo después a todos.

Toda la vida de esta virgen dominica fue ser fiel a Dios en el silencio del claustro y en la soledad de su celda. Fue una amante apasionada de la contemplación. De ella sacaba toda la fuerza

para denunciar las injusticias, corregir con caridad a los pecadores, por muy eminentes y poderosos que fueran, y sobre todo para servir a las demás y de una manera especial a las más necesitadas y enfermas. Su gran caridad la manifestaba primero con sus hermanas de dentro, las monjas del monasterio. Pero también con los de fuera: oraba y suplicaba a Dios por el mundo entero y especialmente por la paz de Europa.

Desempeñó un importante papel de mediación de paz entre su padre, el rey Bela IV, y el joven rey Esteban V en 1265. De aquí que Margarita se convirtiera en una personalidad influyente, tanto en el ámbito religioso y monacal como en la esfera secular y política, y su monasterio fue considerado como una de las instituciones eclesiásticas más importantes del reino húngaro.

A su padre le rogaba siempre con amor y le aconsejaba con respeto que favoreciese a las iglesias con sus bienes, que en su reino velase con cuidado por las viudas y los huérfanos, que defendiese los derechos de los más necesitados y desvalidos, que hiciese copiosas limosnas a los más pobres. Parece ser que el rey tuvo esto muy en cuenta.

En su vida religiosa tuvo siempre elevados pensamientos, puso muy alto el ideal dominicano y jamás supo contentarse con medianías; aspiró a lo más y a lo mejor: a la santidad. Fue un ejemplo constante para toda la comunidad, manifestó en su vida una templanza y una serenidad increíble, nada alteraba profundamente su espíritu.

Ya desde joven destacó por la virtud de la humildad, de esta virtud hizo acopio desde entonces para toda su vida; se consideraba la última y nada ansiaba tanto como ser despreciada y tenida en poco por las demás; consideraba a todas sus hermanas superiores a sí y mejores que ella, no hubo en el monasterio una monja más humilde y sencilla que Margarita.

Era sobre manera misericordiosa, había aprendido esta virtud de su padre Santo Domingo: se compadecía de todo y de todos, de manera especial de los que sufren en su espíritu y en su cuerpo: de los pecadores y de las enfermas, a las que atendía con gran caridad. Era la enfermera de los criados y sirvientes del monasterio, y su caridad se extendía también a los enfermos

pobres de la vecindad para los que aderezaba la comida con sus propias manos. Y era tanto el aseo, limpieza y curiosidad con que lo hacía, que por muchos años quedó por refrán en aquella tierra, cuando alguna cosa no estaba en su punto, decir: «Bien parece que no viene esto aderezado por el libro de Sor Margarita». Recomendaba a las monjas que a falta de medios económicos ayudasen siempre a los pobres con sus oraciones.

Todo su anhelo era cumplir sus votos religiosos con gran exigencia y cuidado. Vivía siempre tan sujeta a la voluntad de sus Prelados que de su propia voluntad no quería saber nada y descansaba totalmente en la voluntad de la priora. Siempre andaba deseando que le mandaran algo contrario a su voluntad, pero nunca se hallaba qué, porque la voluntad ajena era también la suya.

Las religiosas de su convento hallaban gran consuelo en ella y era el paño de lágrimas de todas en sus necesidades. Margarita enviaba fuertes limosnas a los pobres de todo el reino, y también a la gente noble cuando la veía caída y necesitada. En esto consumía los muchos regalos que sus padres y deudos le enviaban, sabedores de su gran caridad, pidiendo, cada vez que lo hacía, permiso a la Superiora.

Sentía en sí misma unos deseos ardientes de ser mártir y de morir por Dios. Parecíale que era caso de menos valer haber muerto Dios por ella y no morir ella por Dios.

Su vida de piedad se centraba en la devoción al Espíritu Santo, a Jesús crucificado, a la Eucaristía y a la Stma. Virgen. Pensar en la pasión y muerte del Salvador del mundo era un regalo y su pan cotidiano. Esposa crucificada de un Dios muerto en cruz, se transformaba y quedaba estática a los pies del tabernáculo; del Santísimo Sacramento era en extremo devota, por reconocer en él la fuente de todas las gracias. Toda su vida tendía a Dios como a su fin, era atraída hacia Él como por un imán irrenunciable.

Y no pudiendo resistir más su delicado cuerpo los impulsos de aquella alma gigante, rindió su alma al Amado el 18 de enero de 1270, a la edad de 28 años, estando presentes todas las monjas y muchos frailes de la Orden. Recibió con gran fe y unción los sacramentos, y rezando el salmo «In te, Domine, speravi», al

llegar al versículo «In manus tuas, Domine...» su alma voló a Dios, su Padre.

En las actas del proceso en orden a su canonización, destacan sobre todos los 37 testimonios de las monjas de su propio monasterio, que vivieron con ella y vieron cómo progresaba cada día en su camino de amor hacia Dios. Gracias a este testimonio de las que más y mejor la conocían, su culto se inició inmediatamente después de su muerte. Tras las canonizaciones de otras santas princesas de Centroeuropa, fue cursada enseguida la petición en favor del reconocimiento de sus virtudes, petición que fue acogida favorablemente por la Santa Sede.

Margarita fue canonizada por Pío XII el 19 de noviembre de 1943, a instancias del pueblo húngaro, nuevamente amenazado por la dominación nazi y por el ateísmo ruso. El papa dice de ella en la bula de canonización:

> «Usaba vestidos pobrísimos [...], deseaba los oficios más humildes [...], se deleitaba en los servicios más bajos [...], dejaba para sí misma el cuidado de las enfermedades más repugnantes [...] Meditaba la Pasión y ardía en deseo de martirio [...] Vivía en continua presencia de Dios aun en medio de los quehaceres más ordinarios...».

Y el mismo papa la invocaba el día de su canonización como mediadora de «tranquilidad y de paz, fundadas en la justicia y la caridad de Cristo, no sólo para su patria, sino para el mundo entero».

Santa Margarita de Hungría, princesa, virgen y santa dominica, fue para el mundo y para Europa, desde la atalaya de la soledad de su monasterio, un ejemplo de generosidad y hoy es una eficaz intercesora para todos nosotros.

PEDRO RIESCO PONTEJO, OP

Bibliografía

ÁLVAREZ, P., OP, *Santos, bienaventurados, venerables de la Orden de Predicadores* I: *Santos* (Caleruega 1919) 263-274

GELABERT, M., OP, *Misal diario según el rito de la Orden de Predicadores* (Valencia [3]1958) 927.

LEONARDI, C.-RICCARDI, A.-ZARRI, G. (dirs.), *Diccionario de los Santos,* II (Madrid 2000) 1567-1569.

Liturgia de las Horas propio O.P. Edición típica en lengua española (Roma 1988) 544

MARTINEZ PUCHE, J. A , OP (dir), *Nuevo Año Cristiano. Enero* (Madrid 2000) 253-256.

www.dominicos.org./dominicanismo/hagiografía/margaritadehungría

BEATA REGINA PROTMANN

Fundadora († 1613)

> «La Beata Regina Protmann, fundadora de la *Congregación de las Hermanas de Santa Catalina,* procedente de Braniewo (Polonia), se dedicó con toda su alma a la obra de renovación de la Iglesia a fines del siglo XVI y principios del XVII. Su actividad, que brotaba de su amor a Cristo sobre todas las cosas, se desarrolló después del concilio de Trento. Se insertó activamente en la reforma posconciliar de la Iglesia, realizando con gran generosidad una labor humilde de misericordia» *(L'Osservatore Romano* [ed. en español] [2-7-1999]).

Estas breves líneas, tomadas de la homilía que pronunció el papa Juan Pablo II en la ceremonia de beatificación de Regina Protmann, celebrada en Varsovia el 13 de junio de 1999, definen sintéticamente la figura y misión de esta gran mujer.

Regina Protmann nació el año 1552 en Braunsberg (la actual ciudad polaca de Braniewo). Era una de las ciudades de la región de Ermland, en la Prusia oriental, fundada por los *Caballeros teutónicos* en 1251. Esta orden militar, formada por nobles alemanes, había recibido el encargo de conquistar para la fe cristiana aquellas tierras y de facilitar progresivamente su colonización. La ciudad estaba situada a orillas del río Passarge, que desemboca en la extensa laguna de Frisches Haff, en las costas del mar Báltico. A lo largo de toda la Edad Media fue un importante centro comercial, debido a su excelente situación geográfica. Fue también durante un tiempo sede episcopal de la diócesis de Ermland (actualmente, Warmia). En 1466, por la segunda paz de Thorn, toda la Prusia oriental pasó a ser feudo de Polonia.

La reforma protestante llegó temprano a Prusia. En 1525 el maestre general de la orden teutónica, Alberto de Brandeburgo, fue ganado para la Reforma. Lutero mismo le aconsejó que echara al cesto de los papeles las reglas de la orden, se casara y transformara el territorio en un ducado secular hereditario. Y así lo hizo. En el verano de ese mismo año se casaron, además de Alberto, la mayor parte de los miembros de la orden y de los sacerdotes de Prusia.

La nobleza fue la principal causante de la propagación de las ideas protestantes, debido a su lucha contra la jurisdicción epis-

copal y a su aspiración a una más amplia autonomía. Sin embargo, la gran masa de la población rural mantuvo, por lo general, la verdadera fe.

Afortunadamente, la región y diócesis de Ermland no corrió la misma suerte que los otros territorios prusianos, gracias sobre todo a sus pastores que se mantuvieron muy firmes. Entre ellos cabe destacar a Estanislao Hosius, elegido obispo de Ermland en 1551. Era un hombre de gran seguridad doctrinal, trabajador incansable y promotor ardiente de la verdadera reforma católica. Participó activamente en el concilio de Trento (1545-1563) y preservó a su diócesis de la devastación total. A pesar de todo se perdieron muchas parroquias: de 220 quedaron 78. En 1561 Hosius recibió el nombramiento de cardenal. Cuando volvió a su diócesis, una de las familias que lo acogió con más entusiasmo fue precisamente la familia Protmann, a la que trató personalmente. Regina, niña aún, captaba sin duda el clima de controversia religiosa que se estaba viviendo.

Otra iniciativa importante del cardenal Hosius (y que va a tener un gran significado en la vida de Regina) fue llamar a los padres jesuitas. Un primer grupo de 10 hijos de San Ignacio llegó a Ermland en enero de 1565. Con el apoyo de la Compañía de Jesús, el cardenal Hosius puso en marcha un sínodo diocesano, intensificó las visitas pastorales y las catequesis, renovó la liturgia, reformó el clero y elevó en general el nivel espiritual, moral y cultural de la diócesis.

La familia Protmann, aunque pertenecía a la burguesía, supo mantenerse fiel a sus raíces católicas. El padre de Regina, Pedro Protmann, era un rico comerciante y consejero de la ciudad. Descendía de los *patricios Protmann,* establecidos en Braunsberg en 1419. Regina Tigel, la madre, era una mujer de una gran sensibilidad cristiana hacia toda clase de personas. Provenía también de una familia rica y muy estimada por todos. Regina, por tanto, gozó desde niña de los privilegios propios de una familia de la burguesía medieval. Recibió una buena educación religiosa y una esmerada formación humana e intelectual, a las que correspondió con mucho fruto. Formó parte de la Asociación mariana, fundada por los padres jesuitas.

Fue precisamente un jesuita, el P. Engelbert Keiler, último confesor y director espiritual de Regina, el que escribió en alemán la primera biografía que tenemos de ella. La publicó en Cracovia en 1623, es decir, diez años después de su muerte, lo cual es ya por sí mismo un importante testimonio de su fama de santidad.

El P. Keiler cuenta que, en su primera juventud, Regina se dejó llevar por su vanidad femenina. Cuidaba con esmero su belleza física y sus sentimientos estaban centrados en la necesidad de agradar. La encantaban las románticas fiestas en las que aparecía en público con toda su elegancia.

Pero aunque parezca increíble, va a ser precisamente en la cumbre de su éxito mundano, a sus 19 años (1571), cuando Regina se sienta fascinada por una luz interior que la va a hacer cambiar completamente. Así lo explica su primer biógrafo: «Cuando la luz de la gracia de Dios comenzó a irradiarse límpidamente en el corazón de Regina, descubrió la vanidad de las alegrías del mundo y experimentó una profunda aversión hacia ellas. Se sintió inflamada por el fuego del amor de Dios».

No conocemos todos los detalles de su proceso interior. Lo que sí sabemos es que su cambio de vida fue total. Sin saber todavía hacia dónde la conducirá el Espíritu de Dios, decide renunciar a sí misma y al disfrute de los goces mundanos. Sólo tiene clara una cosa: quiere ser toda de Dios.

Huyó del mundo, dejó padres, hermanos, amigos y conocidos, y se fue a vivir a la casa de una piadosa viuda en unión con otras dos jóvenes. Sorprende ciertamente este ímpetu de Regina y su modo de actuar, pues en sus tiempos sólo se dejaba la casa familiar para contraer matrimonio o para entrar en un monasterio.

Pero el ambiente de la casa de la viuda no era plenamente conforme a sus deseos. Así que, junto con sus dos compañeras, se trasladó a una casita vieja que estaba situada en la misma calle de la iglesia y que en parte le correspondía por herencia familiar. En esta casa, sencilla y pobre como la gruta de Belén, nació Regina a una vida nueva. Desde el principio sintió el impulso del Espíritu Santo a fundar una congregación religiosa con votos perpetuos, pero sin una clausura muy estricta, con el

fin de poder asistir a los enfermos en sus casas y realizar otras formas de apostolado.

La Sabiduría divina va a conducir a Regina por un camino nuevo de vida consagrada. Ella y sus compañeras pronunciaron sus votos religiosos de castidad, pobreza y obediencia, voluntarios y perpetuos, pero, en vez de encerrarse en una clausura, decidieron salir del convento e ir al encuentro de los hermanos necesitados y atribulados, tanto de día como de noche, proporcionándoles la necesaria asistencia. De este modo comenzaba en la Iglesia la vida religiosa femenina contemplativa y activa a la vez, convirtiéndose Regina en la fundadora de la Congregación de las Hermanas de Santa Catalina, virgen y mártir.

Regina había comprendido muy bien el mandamiento de Jesús: «Amaos los unos a los otros como yo os he amado» (Jn 13,34). Para ella no había disparidad entre esos dos amores: Dios y el prójimo. El manantial de donde surgía su empuje sobrenatural era su profunda experiencia de Dios, alimentada y sostenida por una oración prolongada; su participación activa en la celebración eucarística; la adoración a Jesús sacramentado y su devoción filial a María santísima. Esta intimidad con Dios la llevaba a amar ardientemente a sus hermanas, a la Iglesia y, particularmente, a todos los que sufrían en cualquiera de sus formas.

Regina comenzó a elaborar lo que hoy se conoce con el nombre de *primera regla* o *reglas breves,* y que fue fruto de los doce primeros años de vida en común. Estas reglas fueron sometidas a la autoridad eclesiástica local para su primera aprobación. Dado el carácter novedoso de la congregación, se esperaba una aprobación laboriosa. Pero, con alegría incontenible para Regina y sus compañeras, el obispo de la diócesis Martín Cromer, sucesor del cardenal Hosius, aprobó íntegramente la *primera regla* el 18 de marzo de 1583. Eran los tiempos nuevos de la *verdadera reforma* promovida por la Iglesia.

Uno de los aspectos de la caridad fraterna que Regina más subrayó era el perdón: «Evitad la envidia, la ira, los altercados; pero si una tuviese algo contra otra, se deberán perdonar de buena gana, como verdaderas hermanas, y vivir unidas entre sí». Prueba de su amor a sus hermanas era la ternura con la que tra-

taba a las religiosas enfermas. Se dice que besaba afectuosamente sus heridas y las curaba.

Otra dimensión del alma de Regina era su búsqueda constante de la Palabra de Dios. Su confesor y director espiritual afirma al respecto: «Raramente he visto a una persona que tuviese tal celo por escuchar la Palabra de Dios». En la vida comunitaria la Palabra de Dios era como el alimento diario. Esto que hoy nos parece evidente, era, en los tiempos de Regina, un privilegio reservado a unos pocos. Durante la comida una hermana leía en voz alta la Sagrada Escritura u otro libro espiritual. Terminada la refección, Regina recomendaba a sus hijas que tuvieran un recreo de media hora hablando de las cosas de Dios. De este modo crecían compartiendo el alimento espiritual del que se nutrían.

En la adoración a Cristo, presente realmente en la Eucaristía, saciaba sus ansias de amor a Dios. En su época se recibía la Eucaristía sólo en pocas ocasiones. Cuando en su última enfermedad recibió el permiso de comulgar mucho más a menudo, ella lo considerará como un gran regalo recibido del cielo. A propósito de esto nos dice el P. Keiler:

> «Yo declaro abiertamente y sin escrúpulos: ella vivía tan unida a Cristo, su esposo, que, sin dudar, se habría podido darle el permiso de recibir cada día este santísimo alimento».

Pero igualmente ardoroso era su amor al prójimo. «La madre de los pobres», como se la llamaba, dejaba cuando era necesario su convento y, con sus hermanas, iba allí donde la necesidad la reclamaba: a los pobres humillados, a los dementes, a los epilépticos y a los enfermos excluidos de los hospitales. Les visitaba en sus casas, les lavaba los pies, curaba y vendaba sus heridas con toda su ternura maternal. Y todas estas obras de caridad las hacía Regina *de rodillas,* ¡tan viva era la conciencia que tenía de que en el enfermo está Jesús doliente!

Pero sus esfuerzos no se limitaban solamente al cuerpo, sino que abarcaban a toda la persona. En sus tiempos no era costumbre que las niñas, las jóvenes y las mujeres estudiasen. Este derecho se reservaba a los hombres. Regina no podía aceptar esto. Con gran coraje abrió una escuela femenina en el convento. Ella misma, siendo de familia rica y culta, había estudiado.

Ahora quería que todas las mujeres gozasen de este derecho. En su escuela, las niñas aprendían a leer y a escribir. Pero evidentemente no se contentaba con eso, sino que también las educaba en las buenas costumbres y en la disciplina; les enseñaba las virtudes y toda la sana doctrina contenida en el evangelio, en sintonía plena con la Iglesia de Roma y con las directrices del concilio de Trento. También les transmitía todo lo útil para la vida y necesario para la comunidad cristiana.

Por otra parte, intercedía ante las autoridades locales en la defensa de las causas justas. Estaba muy dotada para expresarse correctamente y con convicción. Su palabra era cortés, amable, humilde y vigorosa. Escribía también cartas a altas personalidades de la vida civil y eclesiástica. Gozaba de una alta estima por parte de las autoridades.

Regina encontró siempre en la Iglesia a una verdadera madre, protectora y maestra. Ella amó con todo su corazón a la Iglesia. Todo su camino se desarrolló en el seno de la Iglesia, con la Iglesia y por la Iglesia. Es éste un aspecto esencial de su vida, sin el cual no se entendería su específica vocación. Ya desde su infancia y juventud tuvo esta gran veneración por la Iglesia y por sus pastores, estimulada por el ejemplo de los grandes obispos Hosius y Cromer, que ejercieron un influjo benéfico en su vida suscitando en ella una participación activa en la vida de la Iglesia. Ella plasmó este espíritu en sus comunidades, haciendo de ellas piedras vivas de la Iglesia.

Los ataques del protestantismo eran muy violentos, especialmente contra la Eucaristía, la devoción preferida de Regina. Pero sus armas, para contrarrestar esos asaltos a la fe, eran muy distintas a las empleadas por los cismáticos. Con sus hermanas, Regina se postraba ante el santísimo Sacramento y permanecía horas enteras en oración, intercediendo por su pueblo.

Fue grande la influencia de esta valiente y carismática mujer en la defensa de la fe con su palabra y ejemplo ante aquellos que *protestaban* sembrando la confusión y el desorden. Regina se distinguió, entre los defensores del catolicismo, como una de las personalidades más relevantes de su época y de su entorno geográfico. Unida al obispo y a los padres jesuitas de su parroquia, su celo fue siempre creciendo. El P. Keiler, su biógrafo, nos

dice: «Todo su sentimiento y su corazón eran para la Iglesia». La Iglesia, por su parte, acogió siempre con afecto sus iniciativas.

Regina era muy consciente de la necesidad de asegurar el futuro de su congregación por medio de unas normas sabiamente estructuradas. Así pues, aconsejada por los padres jesuitas, confirmada por su experiencia e iluminada por mucha oración, quiso revisar y reelaborar ella misma su *primera regla,* modificando aquellos puntos que le parecían demasiado duros y que habían caracterizado los primeros años de la congregación. Se había dado cuenta, en efecto, de que no todas sus hijas podían adaptarse a la disciplina primitiva.

Regina presentó el texto modificado a la autoridad eclesiástica, en este caso al nuncio apostólico, Claudio Rangoni, a través del obispo diocesano Pedro Tilitzky. El representante del papa, después de examinarlo atentamente, aprobó, juntamente con la Signatura apostólica, la nueva regla de vida de las religiosas el día 12 de marzo de 1602. Habían pasado 19 años desde la primera aprobación.

Es éste otro hecho nuevo e inédito en la historia de la Iglesia: que una congregación joven, de vida contemplativo-activa, obtuviese, en tan corto espacio de tiempo, la aprobación de derecho pontificio, que se reservaba entonces solamente a las antiguas órdenes y a las que de ellas se derivaban, todas de estricta clausura. A esta definitiva aprobación contribuyeron sin duda muy positivamente los excelentes informes que los padres jesuitas dieron sobre ellas, especialmente por su trabajo en las parroquias, que en aquellos momentos fue providencial.

Un capítulo especial merece su particular celo por el culto divino. Tanto el corazón de Regina como el de sus hijas se dirigían continuamente a la casa de Dios. Con gran solicitud, servían a la iglesia confeccionando las vestiduras sagradas. Todo esto lo hacían para colaborar al esplendor de las celebraciones litúrgicas, movidas por su gratuito y desprendido amor de esposas del Señor.

Esta vinculación al templo de Dios estuvo también presente en el momento de elegir el nombre de la congregación. La iglesia de su comunidad parroquial estaba dedicada a Santa Catalina de Alejandría, virgen y mártir, cuya fiesta se celebraba el 15 de

noviembre y que era muy venerada por todos los cristianos de Braunsberg. Regina acoge como protectora de sus hijas y hermanas a la patrona de la iglesia en la que fue bautizada y en la que alimentó su vida de fe.

Por último, sería imposible hablar de Regina sin mencionar su profunda veneración a María. Ella conoce bien la *obra maestra* de Dios que es la Virgen. Camina junto a ella, contemplándola e invocándola como Madre de Dios y de los hombres. También aprende de ella a oír los gemidos del pueblo y a tener compasión por los necesitados espirituales y materiales. Desde los orígenes de la congregación, Regina estimuló a sus religiosas a consagrarse a la Virgen en el momento de la profesión religiosa.

Pero la edad, el cansancio, las penitencias, hacían ya sentir en Regina la nostalgia del cielo. Consciente de su próxima partida, dejó a sus hijas presentes y futuras un testamento que es una síntesis de su espiritualidad. Entre otras cosas, les dice:

> «Es mi deseo, humilde y materno, para vosotras, mis hermanas amadísimas, impulsaros a permanecer siempre fieles a la disciplina, con modestia, humildad, verdadera paciencia, perfecta obediencia y amor cristiano ante el Señor Dios y nuestro amadísimo Esposo Jesucristo y también ante todos los hombres Aprended, hermanas amadísimas, a mortificar en vosotras no solamente las nocivas, sino también todas las pequeñas e insignificantes pasiones que pueden dañar vuestra propia vocación y estado cuchicheos inútiles, pensamientos vanos, ociosidad, sonrisas imprudentes Esforzaos seriamente no sólo en amaros fraternalmente y de corazón sino también en estar en paz con todas las personas De este modo el buen Dios os ayudará en todo y os bendecirá»

El P. Keiler nos describe así su piadosa muerte:

> «Soportó su última enfermedad con gran paciencia, devoción y edificación (permaneció durante ocho semanas postrada en cama en medio de múltiples sufrimientos) Finalmente, con corazón contrito y penitente, besando muchas veces el crucifijo que tenía entre sus manos, después de haber recibido los santos sacramentos, rindió dulce y tranquilamente su alma a Dios, en el año del Señor de 1613, a los 61 años de edad, después de haber dirigido a sus hermanas durante 34 años como superiora, con toda serenidad, amor y fidelidad»

Su cuerpo fue enterrado, por un especial privilegio, en la Iglesia de San Francisco, regida por los padres jesuitas, en Brauns-

berg. Pero a partir de 1939, con motivo de las sucesivas invasiones nazi y comunista, los restos de la madre Regina van a correr la misma suerte que su pueblo y sus «hermanas amadísimas»: participará en sus huidas, refugios e infinitas dificultades y persecuciones.

Después de distintos y precipitados traslados, los restos de Regina Protmann fueron confiados al párroco de Heiligenbeil (hoy Mamonowo), Johannes Westpfall, para su custodia. Al poco tiempo, también él tuvo que abandonar precipitadamente su parroquia y huir a Berlín. El día de su huida, 12 de diciembre de 1945, sólo pudo llevarse consigo dos huesos (posteriormente entregados a las religiosas y trasladados a la casa general en Roma) y el resto lo escondió en el desván de su casa, cubriéndolos con abundante arena. Hubo que esperar hasta la primavera de 1991 para recuperar, después de increíbles peripecias, unos pocos huesos más, sin que se haya podido encontrar todos.

Estas dolorosas vicisitudes, dan luz para entender la historia de la Congregación de Hermanas de Santa Catalina, virgen y mártir, que, desde sus orígenes, ha estado marcada por las guerras, la persecución y el martirio. Sólo entre 1939 y 1945 han sido 102 las religiosas martirizadas. En Lituania, además, durante más de 50 años, las hijas de la Beata Regina han tenido que vivir en la clandestinidad, permaneciendo fieles a Cristo crucificado, tal y como su santa Madre les había inculcado.

ALFREDO MAROTO, OSB

Bibliografía

CONGREGAZIONE DELLE SUORE DI SANTA CATERINA, *Il suo nome è Regina* (Grottaferrata 1999).

HUMMELER, H., *Regina Protmann e as Irmaãs de Santa Catarina, um capítulo desconhecido da história da Alemanha Oriental* (Canoas 1960).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

BEATA CRISTINA DE AQUILA
Virgen († 1543)

Nace en Colle di Lucoli el 24 de febrero de 1480, y se llamaba Matea Cicarelli. Mostró desde pequeña gran inclinación a la piedad, lo que se aumentó cuando a los once años de edad se pone bajo la dirección espiritual del Beato Vicente de Aquila. A los quince años logra su anhelo de consagrarse a Dios en la vida del claustro ingresando en las ermitañas agustinas de L'Aquila. Al profesar tomó el nombre de Cristina.

En el monasterio llevó una vida ejemplar, distinguiéndose por su perfecta obediencia y siendo una compañera llena de caridad para con las otras monjas, que empezaron a tenerla en especial estima. Ella, progresando cada día en la vida de oración, era favorecida por el Señor con éxtasis y con el carisma de milagros que se le atribuía. Por ello, en llegando la ocasión, las monjas la eligieron por priora. Llegó la fama de Cristina a la calle y eran innumerables las personas que se acercaban al locutorio del convento a consultar con ella y a recibir sus consejos. Escasa de salud, unía sus sufrimientos físicos a los dolores de Cristo en su pasión, de la que era singularmente devota.

Murió el 18 de enero del año 1543, perseverando su fama de santidad, que fue confirmada por la aprobación de su culto por el papa Gregorio XVI el 15 de enero de 1841.

BEATA MARÍA TERESA FASCE
Virgen († 1947)

Nace en Torrigia, en la región italiana de Liguria, el 27 de diciembre de 1881 y se llamaba originariamente María Juana. De su familia recibe el impulso religioso que ya de pequeña la hacía ser piadosa y recogida. En su adolescencia madura su vocación religiosa y deseaba precisamente ser religiosa agustina. Aunque había monasterios agustinos más cercanos ella decide entrar en el famoso monasterio de Santa Rita en Casia y así lo hace en 1906, consagrándose a Dios mediante los votos religiosos. Ele-

gida maestra de novicias primero, vicaria más tarde y priora en 1920, ya luego no hubo forma de que se eligiera otra, pues todo el tiempo de su vida las monjas la reeligieron una vez tras otra.

La M. María Teresa transformó el monasterio. Ante todo pidió que el cumplimiento de la regla fuese perfecto, pero, además, quiso hacer de él, y lo consiguió, un foco de espiritualidad mediante la difusión de la devoción y el culto a Santa Rita, para lo cual organizó numerosas acciones, siendo de relieve el nuevo templo y el orfanatorio, erigido en 1938, como gran obra de caridad. Llena de virtudes y alabada de todos murió en Casia en su monasterio el 18 de enero de 1947. Fue beatificada por el papa Juan Pablo II el 12 de octubre de 1997.

SAN JAIME HILARIO MANUEL BARBAL COSÁN

Religioso y mártir († 1937)

Nació en Enviny, diócesis de Urgel, el 2 de enero de 1898, y en el bautismo se le pusieron los nombres de Manuel Juan Daniel. Estudió con los paúles en Rialp y luego ingresó en el seminario donde estudió algunos años. Pero sintiéndose llamado a la vida religiosa, ingresó en la congregación de Hermanos de las Escuelas Cristianas, de San Juan B. de la Salle. Ingresó en el noviciado de Mollerusa en septiembre de 1916, pasando luego al llamado noviciado mayor y recibiendo con el hábito religioso el nombre de Jaime Hilario. Hizo el año de probación en Mollerusa y el 27 de julio de 1919 pudo emitir los votos religiosos.

El hermano Jaime Hilario fue un religioso ejemplar. Era amable, servicial, humilde y obediente, muy dado al estudio y la oración y un excelente profesor. Era devoto de la Eucaristía y de la Virgen María, a la que rezaba varios rosarios al día.

En 1926 fue enviado a Francia, concretamente al colegio de su congregación en Pibrac y allí emitió el 26 de agosto su profesión perpetua. Se le encomendó enseñar español y también catecismo, pero empezó a tener un problema: se estaba quedando sordo. Por ello se le encomendó la tarea del fomento de las vocaciones y más tarde la administración de un campo. Ocupaba sus ratos libres en escribir un comentario a las constituciones

de la congregación. Pese a su sordera, seguía participando en el coro del colegio.

En marzo de 1934 lo destinaron de nuevo a España, al pueblo de Calat, y se le encomendó la cocina, en lo que puso su mejor voluntad, y en diciembre de aquel mismo año se le envió a Cambrils, junto a Tarragona, con el oficio de hortelano. En todas partes admiró a todos por su sencillez y humildad y por la paciencia con que llevaba su deficiencia física y procuraba ser útil a la comunidad.

Llegado el 18 de julio de 1936 en que España quedó dividida en dos zonas de tan diferentes regímenes políticos, el Hno. Jaime quedó en la zona republicana, y en ella comenzaron a agravarse las dificultades que la Iglesia venía padeciendo desde la proclamación de la II República en 1931. Se generalizaron las quemas de iglesias y conventos, los asesinatos de sacerdotes y religiosos y la destrucción o cierre de todas las casas religiosas.

El Hno. Jaime Hilario fue detenido con otras personas en Mollerusa el día 24 de agosto de 1936 y llevado preso a Lérida, en cuya cárcel fue encerrado. Padeció no poco en su encierro y hubo de soportar repetidos interrogatorios, que su calidad de sordo hacía muy laboriosos. El religioso no perdió la tranquilidad de ánimo. El día 7 de diciembre de 1936 fue llevado al buque Mahón, surto en el puerto de Tarragona, y allí estuvo hasta el día 17 de enero de 1937 en que hubo de comparecer ante el Tribunal Militar de Tarragona. Se le acusó de actividades fascistas y de haber formado fascistas. A la propuesta de que no dijera que era religioso sino solamente hortelano, él contestaba que era religioso hortelano. Por ello no dudó en confesar ante el tribunal popular su condición de religioso. El tribunal lo condenó a muerte y confiscación de bienes. Conoció la sentencia con serenidad y paz interior. Y esa misma paz la mantuvo el día siguiente en la cárcel llamada Castillo de Pilatos, en la que junto con otros presos oró, cantó y adoró la sagrada Forma que uno de los presos pudo recibir de fuera. En una carta pidió que no lloraran por él, y que, condenado por ser religioso, recibía la sentencia con alegría y esperaba verlos a todos en el paraíso. En la oración y la paciencia se preparó para la muerte.

Ésta le fue infligida el día 18 de enero de 1937 en un suburbio de Tarragona poco después del mediodía. Puso las manos sobre el pecho, dirigió los ojos al cielo y aguantó la descarga de balas que cayeron sobre él y que acabaron con su vida terrena. El Señor lo recogió en su gloria. Así consta puesto que el papa Juan Pablo II lo canonizó el 21 de noviembre de 1999 junto con los mártires de Turón y es por ello el primer mártir de la guerra española que alcanza la canonización.

19 de enero

A) MARTIROLOGIO

1. En Esmirna (Asia), San Germánico († 167), mártir de Filadelfia, discípulo de San Policarpo.
2. En Espoleto (Umbría), San Ponciano (s. II), mártir.
3. En la Via Cornelia, en el cementerio ad Nymphas, los santos Mario, Marta, Audifaz y Ábaco (s. IV), mártires.
4. San Macario el Grande, presbítero y abad del monasterio de Scete en Egipto († 390).
5. San Macario de Alejandría, presbítero y abad en el monte Scete en Egipto (s. V) **.
6. En Lodi (Liguria), San Basiano († 409), obispo.
7. En Como, las santas Librada y Faustina († 580), vírgenes, hermanas, fundadoras del monasterio de Santa Margarita.
8. En Cahors, San Launomaro († 593), abad y fundador del monasterio de Corbie.
9. En Rávena, San Juan († 595), obispo, a quien envió San Gregorio Magno su Regla pastoral *.
10. En Ruán, San Remigio († ca.765), obispo, hermano del rey Pipino *.
11. En Corfú (Grecia), San Arsenio (s. X), obispo.
12. En Sevilla (España), Beato Marcelo Spínola y Maestre († 1906), obispo y cardenal, fundador de la Congregación de Esclavas Concepcionistas del Divino Corazón **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN MACARIO DE ALEJANDRÍA

Anacoreta († ca.408)

Este insigne anacoreta del siglo IV es uno de los mejores ejemplos de la vida ascética, con la tendencia al retiro del mundo y apartamiento a la soledad, que tanto predominó en este tiempo. Además, constituye una excelente prueba del tránsito de la vida puramente solitaria a la de comunidad o cenobítica, que se fue imponiendo a fines del siglo IV y durante el siglo V. De él nos informa ampliamente, sobre todo, Paladio, en su *Historia lausíaca,* que es la más antigua y fidedigna historia del primer desarrollo del monacato.

Era originario de Alejandría, de donde se deriva el renombre con que es generalmente conocido; pero es denominado asimismo *el Joven,* en contraposición a San Macario de Egipto (15 de enero), llamado también *el Viejo,* aunque, a decir verdad, ambos son casi rigurosamente contemporáneos. Además, debe distinguírsele también de otros varios Macarios, célebres en los anales de la vida monástica, pues no puede olvidarse que la palabra griega *macarios* significa *feliz* o *bienaventurado.*

Así, pues, Macario de Alejandría, antes de entregarse a la vida de ascetismo cristiano, desempeñó hasta los cuarenta años el oficio de mercader de frutas o confitería, que dio pie, ya desde antiguo, a que sea considerado como patrono del ramo de los pasteleros. En la flor de la edad, cuando contaba cuarenta años, siguiendo la corriente ascética del tiempo, se retiró a la vida solitaria, donde perseveró con indomable constancia durante unos sesenta años, hasta su muerte. Ni la fecha de su nacimiento ni la de su muerte nos son conocidas, pero debió de nacer hacia el año 310 y morir hacia el 408, casi centenario.

Cuando se retiró a la soledad, a mediados del siglo IV, era el tiempo en que todo el Oriente, particularmente en los desiertos de Egipto, se hallaba en su máximo apogeo la vida anacorética. Más aún. Con San Antonio Abad había tomado cada vez más consistencia el género de vida de las comunidades de ermitaños, que vivían en sus celdas separadas, pero se juntaban para algunos ejercicios ascéticos y estaban bajo la dirección de algún

maestro señalado; y con San Pacomio se daba comienzo a una vida de estricto ascetismo, pero dentro de un lugar cerrado y bajo la obediencia de un superior y observancia de una regla. Es la vida cenobítica o de comunidad, que recibió su más pleno desarrollo en Oriente con las dos reglas de San Basilio, y en Occidente con las de San Agustín y de San Benito.

Según atestigua Paladio, Macario inició su vida solitaria en el desierto de Egipto. Tal vez se puso en un principio bajo la dirección de alguno de los maestros de más prestigio, para aprender de ellos el verdadero ascetismo cristiano. Tal vez se unió a una de las colonias que estaban bajo la dirección de San Antonio Abad († 356) o de algún otro de los maestros de la vida ascética que admitían discípulos. Tres eran los desiertos de Egipto, célebres por las grandes multitudes de solitarios, colonias de anacoretas y cenobios incipientes. El más alejado era el de la *Escitia,* en los límites de la Libia. Seguía el de las *Celdas* y de *Nitria,* que ocupaba grandes extensiones en la parte central. El tercero era el del *Bajo Egipto,* más próximo a Alejandría. Pues bien, consta que Macario recorrió estos diversos desiertos, pero que desarrolló definitivamente su vida ascética y llegó a ser un ejemplo y guía de anacoretas en la región de las *Celdas,* con una especie de colonias al estilo de las de San Antonio. Por el mismo tiempo, en el desierto de Escitia, desarrollaba una vida muy semejante y reunía en torno suyo gran número de discípulos Macario el Viejo. Ambos fueron verdaderas lumbreras del ascetismo cristiano de estos tiempos. Paladio nos refiere que, en los últimos años de la vida de Macario el Joven, estuvo con él en su cabaña y fue testigo de la vida que él y los demás discípulos llevaban. Por esto su testimonio es enteramente fidedigno.

La vida de Macario el Joven y de sus discípulos, conforme a la relación de Paladio, era de una austeridad extraordinaria. Cada anacoreta tenía su celda separada, donde vivía en la más absoluta soledad durante la semana; pero los sábados y domingos se reunían para los oficios divinos. Ocupábanse en la oración; observaban el más riguroso silencio; juntamente se ejercitaban en trabajos manuales, como el de tejer esteras o cosas semejantes, que les ayudaran a fomentar la contemplación y unión con Dios. En general, era admirable la alegría, buen espí-

ritu y aún la buena salud corporal de que disfrutaban aquellos solitarios, a pesar de que su comida se reducía a lo más frugal e indispensable para mantener la vida. Sanos de cuerpo y de alma, aquellos anacoretas, bien orientados por sus excelentes maestros, vivían sólo para Dios, a quien se habían consagrado por completo.

A esta vida de retiro absoluto del mundo, de oración y consagración a Dios, uníase la más estricta continencia, que constituyó desde un principio una parte sustancial del ascetismo cristiano, a lo cual se añadió una inmensa variedad de austeridades y penitencias, que a las veces rayaban en lo inverosímil. En todo ello fue San Macario a la cabeza, pero, según Paladio, sobresalía de un modo especial por sus austeridades, realizadas siempre con el más elevado espíritu de amor e imitación de Jesucristo en su pasión y con el ansia de reparación por el mundo, encenagado en toda clase de pecados.

Ciertamente estas austeridades parecerán exageradas y seguramente lo serían en nuestros días; pero son claro indicio del elevado espíritu de aquellas generaciones de ascetas y particularmente del extraordinario amor a Dios de San Macario. El mismo Paladio refiere el siguiente rasgo, claro índice del espíritu de mortificación de Macario y sus discípulos. Habiendo recibido Macario en cierta ocasión una cesta de uvas, la envió a un monje de la celda vecina, que se encontraba algo enfermo. Éste, movido a su vez por el espíritu de mortificación, la hizo llevar a otro monje; éste, con el mismo espíritu, a un tercero, y así fue pasando la cesta por todas las celdas; hasta que el último, no menos mortificado, la llevó al mismo maestro, Macario.

A todos los demás superaba Macario en la austeridad de vida, que llegó a hacerse proverbial entre los monjes del desierto Siete años seguidos se alimentó únicamente de plantas y algunos granos, y durante los tres siguientes se limitaba a cuatro o cinco onzas de pan diarias y un poco de agua. Impulsado por la misma ansia de mortificación, ejercitábase en largas vigilias, y para que no lo rindiera el sueño, se mantenía fuera de su cabaña, quemado por el sol durante el día y transido de frío por la noche. Dios le había dado un cuerpo especialmente apto para

soportar las más duras maceraciones y sacrificios, por lo cual, movido siempre del ansia de agradar a Dios, trataba de imitar cualquier ejercicio espiritual que veía u oía de otros solitarios.

Es interesante lo que se refiere acerca de su estancia en el célebre monasterio de Tabennis, donde moraba San Pacomio con gran número de monjes. En efecto, atraído Macario por la fama de santidad y austeridad de vida de este monasterio, dirigióse a él hacia el año 394, disfrazado de campesino, y suplicó a Pacomio su admisión entre los monjes. Éste le respondió que le parecía demasiado avanzado en edad para poderse acostumbrar a sus ayunos y vigilias. Pero, ante su insistencia, lo dejó siete días enteros a la puerta del monasterio, donde permaneció Macario sin probar ningún alimento. Entonces Pacomio le permitió ingresar en el claustro; pero, empezando entonces la Cuaresma, todos los monjes la observaban con el más riguroso ayuno y extraordinarias penitencias a la medida de sus fuerzas. Unos ayunaban uno, otros dos, tres o cuatro días por semana; unos estaban todo el día en pie y únicamente se sentaban durante las horas de trabajo. Macario, por su parte, se mantuvo en su rincón entregado a su trabajo y observando durante los cuarenta días el más riguroso ayuno, sin comer más que unas hojas de col cada domingo. A la vista de tan rigurosa austeridad, los monjes acudieron durante la Pascua a su maestro Pacomio y le suplicaron no permitiera aquellos rigores que pudieran ser perjudiciales a toda la comunidad, pues los monjes querrían imitarlos y se consumirían de inanición. Pacomio se puso entonces en oración para poder determinar lo que debía hacerse en un caso tan sorprendente de austeridad y fervor religioso, y Dios le dio a entender que aquel hombre desconocido era Macario, cuya fama de santidad le era bien conocida. Entonces lo abrazó con el mayor fervor, le dio las gracias por la edificación que había dado a su monasterio y se despidió de él suplicándole rogara por sus monjes.

Todos estos detalles han sido transmitidos por Paladio, testigo de la santa vida de Macario y sus discípulos, y ciertamente, aun concediendo que pudiera haber algo de exageración, debida al entusiasmo del biógrafo, indica con toda evidencia el espíritu de santa emulación de aquellos monjes del desierto en la

oración y penitencia. El mismo Paladio atestigua igualmente cómo Macario tuvo que luchar contra las persistentes tentaciones del demonio, lo cual nos lo presenta bajo un aspecto más humano y semejante a nosotros, que tanto debemos luchar contra las continuas asechanzas del enemigo. Así, en cierta ocasión, sugirióle éste la idea de abandonar el desierto, con el pretexto de que sería de más servicio y gloria de Dios dirigirse a Roma y entregarse al cuidado de los enfermos en los hospitales. Pero él, descubriendo en ello una falacia del enemigo para hacerle abandonar aquella vida de oración y penitencia, arrojóse al suelo de su celda, mientras gritaba: «Sacadme de aquí por la fuerza, si es que podéis; pues yo os aseguro que espontáneamente yo no marcharé de aquí». Mas, como fueran cada vez más persistentes las acometidas del demonio, llenó de arena una espuerta, la cargó sobre sus espaldas y andaba con esta carga por el desierto. Viéndole, pues, de esta forma un monje, trató de ayudarle, pero él le dijo: «No, no; porque estoy atormentando a este cuerpo, que tanto me atormenta a mí».

Por otra parte, de las indicaciones de su biógrafo deducimos que luchaba igualmente contra las tentaciones de vanidad y amor propio, que tanto dan que hacer a las almas espirituales. En efecto, refiere Paladio que algunas veces, encontrándose a la puerta de la celda de Macario, oía que hablaba en el interior increpándose a sí mismo con estas palabras: «¿Qué quieres, viejo malvado? Has tomado ya una porción de aceite y vino. ¿Qué más quieres, glotón de cabellos blancos?». Otras veces dirigía duros improperios al diablo, diciéndole: «¿Es que te soy deudor de alguna cosa? ¿Qué tienes que ver conmigo? Márchate lejos de mí».

En medio de una vida de tanta austeridad, y gozando de tanta intimidad con Dios, consta que tenía un atractivo tan grande entre los demás solitarios del desierto, que eran innumerables los que vivían cerca de él y se ponían bajo su dirección espiritual. Su espíritu verdaderamente paternal y la solidez espiritual de la dirección que daba a sus discípulos, aparece claramente en esta anécdota:

> Desalentado en cierta ocasion uno de sus discípulos, viendo su poco aprovechamiento espiritual, acudio a desahogarse con su maestro Macario Este le respondio «No te entretengas nunca con

esta tentación y respóndete a ti mismo: mi amor a Jesús me obliga a perseverar aquí hasta el fin; estoy decidido a permanecer en esta celda, aunque sólo sea para darle gusto a Él y cumplir su voluntad».

De la misma suavidad de su trato y de la alegría espiritual que irradiaba en torno suyo, es buen testimonio el hecho siguiente, referido por los historiadores, que, aunque tal vez pertenezca al mundo de las leyendas, es indudablemente el mejor símbolo del atractivo humano de la virtud de Macario. En efecto, atravesando el Nilo en cierta ocasión junto con el otro Macario (el Viejo), cruzáronse con un grupo de oficiales del ejército, los cuales, vivamente impresionados por el porte alegre y la felicidad que respiraban ambos anacoretas, decían los unos a los otros: «Es curioso cómo estos hombres son tan felices en medio de su pobreza». Oyendo esta expresión Macario de Alejandría, cuéntase que repuso: «Tienes razón al calificarnos de hombres felices, pues en verdad así lo atestigua nuestro nombre (Macario, palabra griega, significa *feliz*). Pues, si nosotros somos felices porque despreciamos el mundo, ¿no es justo que os consideréis vosotros como miserables por ser sus servidores?». El mismo relato añade que estas palabras, unidas al ejemplo de los dos solitarios, produjeron tal efecto en el jefe de aquel grupo, que volvió a su casa, distribuyó todo lo que poseía entre los pobres, y se hizo ermitaño.

Para que el ejemplo de su vida fuera más humano y más completo, Dios permitió que fuera víctima de persecuciones y aun calumnias. Éstas llegaron a tal extremo, que por algún tiempo se vio forzado a abandonar su celda y fue desterrado por la fe católica, por obra de Lucio, patriarca arriano de Alejandría. Más aún. Dios permitió igualmente fuera su alma probada con la mayor oscuridad espiritual. Efectivamente, movido de su ansia de contemplación, refiere Paladio que se encerró dentro de su celda con el propósito de permanecer en ella cinco días seguidos. Los dos primeros días se sintió inundado de dulzura celestial; pero al tercero se sintió acometido de tal turbación y guerra del enemigo, que se vio obligado a volver a su vida normal. Por esto observaba él a sus discípulos que Dios se retira en ciertas ocasiones, para que los hombres experimenten su propia debilidad y reconozcan que la vida es una lucha.

No es, pues, de maravillar que con una vida tan santa recibiera de Dios la gracia especial de hacer milagros. Tal vez algunos de los que se le atribuyen entren en el campo de la leyenda, pero ciertamente constituyen excelentes lecciones prácticas de su vida, profundamente ascética. Refiere Paladio, como testigo ocular, que un sacerdote, con la cabeza atormentada por una llaga cancerosa, acudió a la celda de Macario, pero éste, en un principio, se resistió porfiadamente a admitirlo y ni siquiera quería darle ninguna respuesta, pues había entendido en la oración que todo aquello era castigo de un pecado de la carne. Paladio mismo, sin sospechar nada de esto, insistió con Macario para que se compadeciera de aquel desgraciado, hasta que, al fin, lo consiguió. Macario acudió al enfermo y ante su sincero arrepentimiento, le otorgó el perdón.

Respecto de su muerte, Tillemont señala el año 394, pero es más probable que tuviera lugar hacia el 408, pues se sabe que murió contando unos cien años de edad y que nació a principios del siglo IV. Algunos le han atribuido una regla para los monjes. Tal vez se puede relacionar con esta regla lo que San Jerónimo copia en su carta a Rústico. Por otra parte, el bien conocido *Codex regularum* de San Benito de Aniano presenta una regla con el nombre de los dos Macarios, Serapión, Pafnucio de Escitia, Serapión de Arsinoe, etc. En el desierto de Nitria se mantuvo durante varias centurias un monasterio que lleva el título de San Macario. Su culto se introdujo en Oriente ya en la antigüedad.

BERNARDINO LLORCA, SI

Bibliografía

Act. SS. Boll., Ian., día 2.
AMELINEAU, É , en *Col. Annales du Musée Guimet* (París) t XXV p.235s
Codex Regularum, ed. PL 103.
MENARD, H. (ed.), *Concordia regularum* (París 1638).
PALLADIUS, *Historia lausiaca* (Lugduni 1616) c.18
SCHIEWIETZ, *Morgenlandische Monchtu.* I. *Das Ascetentum der drei ersten christl Jahrhunderte und das egyptische Monchtum im vierten Jahrhundert* (Maguncia 1904) 104s

BEATO MARCELO SPÍNOLA Y MAESTRE
Obispo († 1906)

Nació el 4 de enero de 1835 en San Fernando (Cádiz), siendo hijo de don Juan Spínola y Osorno y doña Antonia Maestre y Osorno, marqueses de Spínola, padres de ocho hijos de los que sólo sobrevivieron cuatro, recibiendo las aguas bautismales al día siguiente.

Con la ayuda de un preceptor aprendió a leer y escribir en su propia familia, frecuentando entre los 8-10 años un colegio regido por sacerdotes. Siguiendo los destinos de su padre estudió en Cádiz, Motril y Granada, matriculándose en la Universidad de Valencia en la Facultad de Derecho, figurando en todos los cursos con notas excelentes. En la Universidad de Sevilla obtuvo el título de abogado en 1856 con calificaciones extraordinarias, abriendo un despacho en Huelva al ser destinado su padre como comandante del puerto de dicha ciudad. Por su entregada honradez a los trabajadores pobres fue conocido coloquialmente como el «abogado de los pobres».

Dos años más tarde se decidió por el estado eclesiástico iniciando los estudios teológicos, al término de los cuales recibió el presbiterado de manos del obispo don Luis de la Lastra en la capilla del arzobispado hispalense, el día 21 de mayo de 1864. Su primer cargo pastoral fue el de capellán de la Iglesia de la Merced de Sanlúcar de Barrameda (Cádiz), donde se entrega durante varias horas al confesionario, visita a los enfermos, ayuda a los necesitados y predica asiduamente.

En 1871 recibió el curato de San Lorenzo de Sevilla en donde continuó sus prácticas pastorales, siendo numerosos los penitentes que acudían a confesarse con él. Atendió con exquisito tacto las famosas cofradías sevillanas de Jesús del Gran Poder y de la Virgen de la Soledad, impulsando con gran celo la participación de los seglares. Este mismo año tuvo lugar el encuentro en el confesionario con una gran mujer llena del amor de Dios, Celia Méndez, marquesa viuda de Puebla de Obando, a quien escuchó con el corazón abrasado de amor de Dios. De este providencial encuentro sacramental surgió, años después, un nuevo instituto de vida consagrada, las Esclavas

del Divino Corazón, dedicadas a la instrucción catequética y humana de las jóvenes.

El arzobispo Lluch y Garriga le nombró arcipreste de Sevilla y de 25 pueblos de la diócesis, y poco después, canónigo de la catedral hispalense, confesando en la iglesia de la Magdalena y predicando en cualquier punto de la diócesis donde se le llamaba. En febrero de 1881 fue consagrado obispo auxiliar de Sevilla, efectuando la visita pastoral de una diócesis que actualmente se halla repartida en cinco diócesis a pie o a caballo, a pesar de soportar una molesta dolencia que sufría en silencio. Atendió con amable disposición a sacerdotes, religiosos y seglares, pero especialmente, a los pobres, dando ejemplo admirable de sacrificio, incluso en circunstancias personales muy amargas.

Tomó posesión de la diócesis de Coria en 1885, recorriendo todos sus pueblos, deteniéndose, especialmente, en la desgraciadamente célebre región de Las Hurdes. «El Señor levanta a unos para que brillen e iluminen, y a otros para humillarlos [...] así me sacrificaré por la Iglesia y por el Papa».

La epidemia de cólera de 1885 abrió su corazón y puso a prueba su heroica caridad; por tan manifiestos desvelos el Gobierno le concedió la gran cruz de Isabel la Catolica.

El 26 de julio de 1885 procedió a la fundación del Instituto de Esclavas del Divino Corazón, tomando el hábito tres meses más tarde, junto con diez postulantes, doña Celia Méndez y Delgado, marquesa de la Puebla, que tomó el nombre de madre Teresa. Su traslado como obispo a Málaga, y diez años más tarde, a la sede sevillana, motivaron el traslado de las religiosas a Puente Genil y el noviciado a Sevilla, lo cual dio pabulo a groseras infamias y acusaciones que no lograron alterar los planes de Dios, «pues entiendo que ni las persecuciones de los malos ni los miedos de los buenos deben hacernos abandonar la obra de Dios». Redactó las Constituciones, que fueron confirmadas definitivamente el 5 de mayo de 1909.

En 1886 fue nombrado Obispo de Málaga, ejemplo de las injustas desigualdades sociales con amplio malestar en sus barrios y destacada indiferencia religiosa. Se dedico a la cuestión obrera, pues como reconocía, «los obreros discuten los derechos de que se creen asistidos, y al intentarlo vuelven los

ojos irritados, apresurándose a reivindicarlos, contra la Iglesia». Monta un servicio de comidas gratuitas para paliar el hambre con 2.000 raciones diarias y crea los Círculos Obreros para dar formación humana y religiosa a los trabajadores.

El 15 de febrero de 1891 fue nombrado Senador del Reino, demostrando un espíritu ecuánime e independiente, ajeno a enfrentamientos partidistas: «Era bajito, menudo, muy poquita cosa —que diría nuestro pueblo—, ante él se sentía aquello que juzgamos extraordinario y santo».

Fue uno de los promotores de la Asociación de la Buena Prensa. El 1 de febrero de 1899 y con la eficaz ayuda de un grupo de expertos colaboradores funda *El Correo de Andalucía,* un diario sevillano que obtuvo un gran éxito; escribió numerosos textos contra las calumnias de la prensa sectaria, combatiendo el error y la política antireligiosa: «Por lo que a mí toca, no sé más que callar y aguantar lo que venga».

El 17 de febrero de 1902 tuvo lugar la aprobación pontificia de la Congregación de Esclavas del Divino Corazón.

Promovió la Coronación canónica de Nuestra Señora de los Reyes, siendo la primera imagen de la Virgen que recibió este homenaje en tierras andaluzas. El 13 de marzo de 1904 el Cabildo de la Basílica Vaticana concedió que dicha imagen fuera coronada con corona de oro, en el primer año del pontificado de San Pío X. Considerada esta devota imagen como patrona de Sevilla a efectos canónicos, Pío XII la proclamaría patrona de la ciudad de Sevilla y de su archidiócesis en 1946. Después de un triduo preparatorio el 4 de diciembre de 1904 y en el trascoro de la catedral sevillana, el cardenal Sancha, arzobispo primado de Toledo, impuso las coronas a la Virgen de los Reyes y al divino Infante, por deferencia del prelado Spínola.

> «Algunos claman que la humildad es apocamiento de corazón. Cada santo tuvo su don, su virtud, por pía y peculiar; pero no ha habido ninguno que no haya sido humilde».

En 1905 ciertos sectores de Sevilla y de Andalucía Oriental sufren casi un año de espantosa sequía. En agosto se abre una colecta; don Marcelo manda crear en cada pueblo una junta para recaudar fondos, establece cocinas económicas y sale, él mismo, a pedir limosna. Tiene 70 años, y recorre a pie durante

seis días consecutivos las calles de Sevilla, abrasado por el sol el «arzobispo santo y padre de los pobres»:

> «Nos hallamos bajo el peso de una inmensa desventura [...] experimentan los horrores del hambre. No nos cansemos ni los unos de dar, ni de trabajar los otros. Si es necesario, muramos en esta hermosa tarea».

El 11 de diciembre de 1905 San Pío X lo crea cardenal, honor que no pudo recibir, pues falleció el 19 de enero de 1906, siendo sepultado el 22 de enero en la cripta de la iglesia del Sagrario de la Catedral de Sevilla.

En enero de 1913 sus restos fueron trasladados a la capilla de los Dolores del templo catedralicio.

La causa de canonización fue introducida el 19 de febrero de 1956. El 24 de marzo de 1983 la Congregación de los Cardenales confirmó la validez de los procesos, declarando solemnemente Juan Pablo II el 24 de septiembre de 1983 las virtudes heroicas del siervo de Dios, y el 29 de marzo de 1987 lo proclamó Beato en la Basílica Vaticana.

El milagro para la beatificación

La relación de la consulta médica sobre la «Positio super miraculo» tuvo lugar el 5 de marzo de 1986, para examinar la curación de sor María de la Encarnación Sánchez Molina, religiosa de las Esclavas del Divino Corazón.

En 1940 fue operada de fibromatosis istero-ovario uterina. Tres meses después, el 26 de noviembre de 1940, presenta una tumefacción en el pecho izquierdo que fue diagnosticada como un tumor maligno, debiendo operarse el 9 de diciembre. La religiosa comenzó una novena al padre fundador pidiendo su curación. En los primeros días la sintomatología dolorosa se hizo más intensa, pero el 7 de diciembre comenzaron a remitir los dolores, de manera imprevista y completa. En la mañana del día siguiente tiene la sensación de haber curado. Examinada por el médico declaró que la curación era perfecta. La religiosa vivió aún 26 años, falleciendo en Montilla en 1966. La conclusión de

los dos peritos-médicos, es que la curación fue rápida, completa y definitiva, no pudiendo explicarse científicamente.

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

AAS 81 (1989) 813-816.
Index ac status causarum, o.c., 503.
JAVIERRE, J. M., *Don Marcelo de Sevilla* (Barcelona 1963; ²1992).
Martyrologium romanum, o.c., 101.
L'Osservatore Romano (ed. en español) (29 y 30-3-1987).
RESCH, A., *Miracoli dei Beati. 1983-1990* (Roma 1999) 198-204.
RUIZ SÁNCHEZ, J.-L., *Beato Marcelo Spínola y Maestre, Cardenal arzobispo de Sevilla* (Sevilla 2002).
SOBRINO, J. A., SI, *El Venerable Spínola. Perfil y espíritu* (Madrid 1984).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN JUAN DE RÁVENA
Obispo († 595)

El nuevo *Martirologio romano* señala la memoria de este santo el día 19 de enero, sin duda para acomodarse al calendario de la iglesia de Rávena que lo celebraba este día. Este santo era romano y en la Ciudad Eterna había recibido su cultura y educación, pero cuando llegó a arzobispo de Rávena salió decididamente por los que creía derechos de su sede, no dudando en enfrentarse con el papa. Su elección a la sede de Rávena fue el 30 noviembre 578.

De él son sobresalientes varias cosas: en primer lugar, que cuando supo que San Gregorio Magno había intentado huir para evitar ser elegido obispo de Roma, le puso una carta señalándole la obligación de aceptar los cargos eclesiásticos como servicios al pueblo de Dios, y a esa carta respondió San Gregorio escribiendo la llamada *Regla pastoral,* admirable escrito en que el Santo Doctor subraya las gravísimas obligaciones del pastor de almas y de esta forma contestaba que él, al rehuir el episcopado, lo que rehuía era una carga gravísima. San Gregorio no duda en llamar santísimo al obispo de Rávena y no dejará de señalar su paternal cuidado de los fieles en tiempos de gue-

rra. El Papa, además, le manifestó su confianza encargándole la vigilancia de las sufragáneas romanas que por causa de la guerra de los longobardos no podían comunicarse con Roma. Fue también sobresaliente en este obispo su decidida oposición al tema de los tres capítulos, acordado en el llamado Concilio Trulano, y que Occidente tardó tanto en digerir.

La buena amistad entre Juan y el papa Gregorio se entibió a raíz del año 593, cuando Juan pretendió tener en cuanto obispo de Rávena una serie de privilegios que el Papa no daba por legítimos. San Gregorio no dudó en calificar de avariciosa la conducta de Juan.

Este obispo completó la construcción de la basílica de San Severo in Classe y la dedicó solemnísimamente en la fiesta de Pentecostés. También construyó el monasterio de San Marcos, cuyos monjes servían la basílica de San Apolinar in Classe.

No falta quien diga que si en Rávena lo tuvieron por santo no fue a pesar de su polémica con el Papa sino a causa de ella, es decir, como defensor intrépido de los privilegios de Rávena. Murió el año 595 el día 19 de enero. No debe ser confundido con su antecesor Juan, que vivió en el siglo V en tiempos de Atila.

SAN REMIGIO DE RUÁN

Obispo († ca.765)

Era hijo natural de Carlos Martel y hermano, por tanto, de Pipino el Breve. No se sabe mucho sobre su vida con anterioridad a su elección para la sede de Ruán, efectuada en el año 755, es decir, cuando ya su hermano llevaba cuatro años de rey. Pero se cuenta de él que su hermano lo había enviado a Fleury-sur-Loire a recoger las reliquias de San Benito y llevarlas de nuevo a Montecassino, pero se dice que había quedado ciego al abrir la caja donde se guardaban las reliquias y que fueron las oraciones del abad las que le devolvieron la vista.

Es sabido que Pipino lo utilizó en 760 como embajador suyo ante el rey de los longobardos, Desiderio, para que éste se aviniera a restituir a la Iglesia romana tierras que la había arre-

batado. El papa San Pablo I dio las gracias a Pipino por este buen oficio y llama a Remigio persona amable a Dios.

Amante de la sagrada liturgia, tenía mucho interés en la introducción en su iglesia del canto gregoriano, y para ello se trajo de Roma al maestro de coro Simeón, y cuando éste hubo de volver a Roma, envió a la Ciudad Eterna a varios monjes que se impusieran bien en el canto gregoriano. Se dice que Remigio influyó en la extensión por Francia del rito y del canto litúrgico romanos.

Asistió a la celebración del Sínodo de Attigny el año 765.

Remigio tenía fama de santo entre sus diocesanos, que alababan de él sus virtudes y celo sacerdotal, y por ello muy poco después de su muerte, el 19 de enero de 772, comenzó a tener culto como tal santo. Su cuerpo fue trasladado un siglo más tarde a Soissons, al parecer a causa de las invasiones normandas, pero en el año 1090 fueron devueltos sus restos a Ruán, y cuando los hugonotes tomaron la ciudad en 1562 echaron sus reliquias a una hoguera.

20 de enero

A) Martirologio

1. En Roma, en la Vía Apia, en el cementerio de Calixto, la deposición de San Fabián († 250), papa y mártir *.
2. Igualmente en Roma, en las catacumbas, la deposición de San Sebastián, mártir (comienzos del s. IV) **.
3. En Antínoo (Tebaida), San Ascla o Askala (s. IV), mártir.
4. En Nicea (Bitinia), San Neófito (s. IV), mártir.
5. En Palestina, San Eutimio († 473), presbítero y abad.
6. En Worcester (Inglaterra), San Vulstano († 1095), obispo y antes monje, que se opuso a la venta de esclavos *.
7. En Coltiboni (Toscana), Beato Benito Ricasoli († 1107), monje y ermitaño de la congregación de Valleumbrosa.
8. En Finlandia, San Enrique († 1160), obispo y mártir, apóstol del país *.
9. En Messina (Sicilia), Santa Eustoquio Calafato († 1491), virgen, abadesa y reformadora clarisa *.

10 En Seul (Corea), San Esteban Min Kukka († 1840), catequista y martir *

11 En Leicester (Inglaterra), el tránsito de Beato Cipriano Miguel Iwene Tansi († 1964), presbítero, de la Orden Cisterciense **

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SAN SEBASTIÁN

Soldado y martir († ca 304)

Después de la persecución de Valeriano, el emperador Galieno, su sucesor, dirigió un rescripto a los obispos por el que les permitía reanudar el culto cristiano y ocupar las iglesias que unos años antes les habían sido confiscadas. Los emperadores siguientes respetaron aquel rescripto y el cristianismo gozó de un largo período de paz. Si se dieron casos de persecución en provincias, ello fue debido más al celo intempestivo de algún prefecto que a la voluntad expresa del emperador.

Durante los años que transcurrieron del 260 hasta rayar el siglo IV, la Iglesia completó la organización por todo el Imperio y afianzó su prestigio. Había muchos cristianos en todas partes, llegando a ser mayoría en algunas ciudades de Asia Menor. Los había entre los funcionarios públicos, entre los cargos palatinos y en la milicia. Fue preciso edificar nuevos templos espaciosos, pues los locales construidos en el decurso del siglo III no bastaban para atender a la multitud de fieles. Quedaba muy lejos el tiempo aquel en que los cristianos eran mal vistos y acusados de los peores crímenes.

Los cristianos podían pensar que había llegado el momento de su triunfo sin nuevas pruebas. Mas, contra todas las previsiones, se presentó una nueva persecución; la más cruel y duradera de todas. El historiador Eusebio nos explica por qué la Providencia permitió una prueba tan dura. Eusebio vivió aquellos hechos y sus palabras nos dan la clave de otras persecuciones habidas en la larga historia de la Iglesia.

> «Como comenzasemos a abandonarnos en la negligencia y desidia —confiesa humildemente— debido al mal uso de tantos años de libertad, y unos a tener envidia y criticar a otros, como nos hicieramos nosotros mismos mutua guerra, hiriéndonos de pala-

bra a modo de armas y lanzas; como los prelados luchasen contra prelados y pueblos contra pueblos, levantando revueltas y tumultos; finalmente, como imperase el fraude y el engaño hasta el ápice de la malicia, entonces la divina Justicia empezó a amonestarnos primero con brazo suave, como acostumbra, casi sin sentir, y moderadamente, sin tocar aún al cuerpo general de la Iglesia y pudiéndose reunir todavía las multitudes de fieles libremente; la persecución estalló en sus comienzos por los que ejercían la milicia».

Sucedía eso a fines del siglo III. El Imperio era gobernado por Diocleciano, hombre inteligente pero escéptico, en Oriente. Italia y todo el Occidente estaba en manos del emperador Maximiano, vanidoso e inculto. Fue éste el primero que emprendió la depuración de elementos cristianos en sus tropas. A los oficiales se les degradaba de momento; los veteranos eran echados ignominiosamente del ejército. Han llegado hasta nosotros los nombres de varios mártires pertenecientes a la milicia: Maximiano en Tebaste, Víctor en Marsella, Marcelo en Tánger, el veterano Julio en Mesia, Emeterio y Celedonio en Calahorra. Pero el más ilustre de todos fue, sin duda alguna, San Sebastián, en Roma.

Se conservan los restos de San Sebastián, así como la catacumba en donde fue sepultado, con el lugar del sepulcro. Hay noticia de su culto, antiguo y nunca interrumpido. En cambio, no poseemos ningún relato contemporáneo de su martirio. La «pasión» o relato del martirio fue escrita un par de siglos más tarde y, aunque verídica en lo sustancial, es dudosa en ciertos detalles y contraria en algunos hechos históricos conocidos. Mas, como se trata del único documento que relata el martirio del Santo, en él han debido de apoyarse los hagiógrafos posteriores.

Sebastián, hijo de padre militar y noble, era oriundo de Narbona, pero creció y fue educado en Milán. De muy joven emprendió la carrera militar y llegó a capitán de la primera cohorte de la guardia pretoriana, cargo que sólo se daba a personas ilustres. Era respetado por todos y apreciado por el emperador. Lo que ignoraba éste es que Sebastián fuera cristiano de corazón. El noble capitán cumplía con disciplina, pero no tomaba parte en los sacrificios a los dioses ni en otros actos que fueran de idolatría. No exteriorizaba su fe íntima; aunque se valía de su posición privilegiada para ejercer el apostolado seglar entre los

compañeros de milicia y en ayudar ocultamente a los cristianos. Visitaba a los encarcelados por causa de Cristo, alentaba a los débiles y abatidos, daba ánimo a los que padecían tormento Según la «pasión», intervino de un modo especial en sostener la fe de dos caballeros romanos, Marco y Marceliano, hermanos mártires, cuyo sepulcro fue identificado a principios del presente siglo cerca de la catacumba de San Sebastián.

La conducta de San Sebastián no era de cobardía, sino de cautela, y estaba de acuerdo con lo que, en distintas ocasiones, habían exhortado los prelados. El martirio se podía pedir a Dios, pero no se debía provocar, pues eso hubiera sido tentar a Dios, obligándole a conceder unas gracias especialísimas fuera de lo ordinario. El proceder de Sebastián fue, pues, el de simultanear, mientras pudo, el cargo de soldado del emperador pagano con el otro cargo de soldado de Cristo.

Esta situación duró hasta el día en que llegó la denuncia, en parte temida y en parte deseada, y se enteró el emperador. Maximiano le hizo comparecer a su presencia, reprochó su conducta y le colocó en la disyuntiva de abandonar su religión o perder el honroso cargo. Sebastián tuvo que escoger entonces una de las dos milicias. Como pudo más la convicción y su conciencia que la posición encumbrada y el bienestar material, escogió a Cristo. No soportó el emperador aquel desaire y le amenazó con la muerte. Pero Sebastián sentía por todo su ser la gracia sacramental de la confirmación que le empujaba al martirio y no dio el brazo a torcer. En vista de ello, Maximiano le condenó, sin más dilación, a morir asaeteado. Los sagitarios se lo llevaron al estadio del Palatino, desnudo lo ataron a un poste y lanzaron sobre él una lluvia de flechas. Luego se retiraron indiferentes, dejando el cuerpo erizado y dándolo por muerto.

Mas no fue así. Sus íntimos, que estaban al acecho, fueron allí y, encontrándolo vivo aún, lo desataron y se hicieron con él. La «pasión» nos ha conservado el nombre de la santa matrona que lo escondió en su propia casa y le curó las heridas. Se llamaba Irene, y en los catálogos antiguos su nombre se encuentra entre los santos del día 22 de enero.

Pasado un tiempo, Sebastián quedó completamente restablecido. Sus íntimos le aconsejaban que se ausentara de Roma,

mas él, que ya se había encariñado con la idea del martirio, en vez de esconderse se presentó un buen día ante el emperador y le pidió, con singular entereza, que dejara ya de perseguir a los cristianos. Maximiano, salido que hubo de su asombro, pues lo creía muerto, no se dejó ablandar, antes al contrario, enojado por todo aquello, le mandó azotar horriblemente hasta morir. Luego los soldados echaron el cuerpo en un albañal inmundo. Mas los cristianos fueron de noche, lo recogieron y enterraron en un cementerio subterráneo de la Via Apia.

Esta catacumba, que hoy lleva el nombre de San Sebastián, se halla a poco más de dos kilómetros de las antiguas murallas que circundaban la urbe. Durante el siglo IV, cuando la Iglesia pudo desenvolverse con toda libertad, se erigió una pequeña iglesia subterránea en el lugar de la tumba. En la parte superior edificaron, por el mismo tiempo, otra basílica de mayores proporciones, dedicada a San Pedro y San Pablo, pues desde el siglo anterior se venía dando culto a los dos apóstoles en aquella catacumba. Esta basílica cambió de nombre en el siglo IX y lleva desde entonces el del mártir Sebastián. Para el visitante de hoy, la iglesia ofrece un aspecto moderno, pero debajo de las molduras y estucos barrocos está la estructura romana del siglo IV. La estatua de San Sebastián que preside el altar, obra de Giorgetti, es muy venerada por el pueblo romano. Cerca del lugar del martirio, en el Palatino, hay otra iglesia dedicada al santo mártir.

El culto a San Sebastián como protector contra la peste data de muy antiguo. En el año 680, la ciudad de Roma estaba infectada de este mal. Entonces erigieron un altar con la imagen del Santo en la basílica de San Pedro. La gente fue a invocarle y, según rezan las crónicas, la peste cesó al punto. El hecho se divulgó rápidamente y desde entonces es invocado en todas partes. En España son innumerables las ermitas y capillas dedicadas en honor suyo y son muy pocas las parroquias rurales que no tengan el altar de San Sebastián. Tan sólo en Cataluña tiene 61 iglesias dedicadas. También data de muy antiguo en los anales de la Iglesia el invocar a San Sebastián contra los enemigos de la religión junto con otros dos santos caballeros, San Mauricio y San Jorge.

En el cielo está con doble aureola de mártir, pues padeció doble martirio, que si el segundo le quitó la vida, le bastara el

primero a quitársela de no haberlo dispuesto Dios de otro modo, para mayor gloria del Santo y ejemplo de los cristianos pusilánimes.

JUAN FERRANDO ROIG

Bibliografía

Act SS Boll, Ian, dia 20 PL 17,10 21s
CHERAMY, M, *Saint Sebastien-hors-les-Murs* (Paris 1925)
DELEHAYE, H, *Les origines du culte des martyrs*, passim
— en *Enzycl Britan*
— en *Anal Boll* 28 (1909) 489s
LÖFFLER, C, en *Cath Encycl*, XIII
MINOCCHI, S, *Il martyrio di S Sebastiano* (1911)
TILLEMONT, L S DE, *Memoires pour servir a l'histoire ecclesiastique des six premiers siecles* IV (Venecia 1732) 515s

BEATO CIPRIANO MIGUEL IWENE TANSI

Presbítero († 1964)

Nació en Nigeria en 1903, en la aldea Igboezunu cerca de la antigua Aguleri, hoy día territorio de la diócesis de Onitsha. Sus padres, Tabansi y Ejikwevi, eran paganos de la tribu de los Igbo y vivían modestamente de la agricultura. Quisieron una educación mejor para su hijo y a los seis años lo enviaron al «poblado cristiano» de Nduka donde había una escuela regentada por misioneros irlandeses. En la escuela fue instruido y ganado para la fe cristiana de modo que a los 9 años, en 1912, fue bautizado imponiéndosele el nombre de Miguel. Poco más tarde fue confirmado y desde su iniciación cristiana procuró con fervor participar frecuentemente en la comunión eucarística.

En la escuela donde se educaba e instruía dio siempre muestras de cooperación en toda clase de labores agrícolas y domésticas. Al crecer se mostró siempre joven aplicado, pleno de buenas cualidades y piedad cristiana. Desde pequeño se le vio siempre bien dispuesto en saber y querer ayudar a su prójimo por lo que siempre tuvo gran ascendiente entre sus compañeros. Finalizó sus estudios con el diploma de maestro a los 16 años siendo destinado a una escuela de Aguleri, y después a la capital Onitsha. En 1923 fue nombrado director de la escuela de Aguleri, siendo admirado por todos por su idoneidad, serie-

dad y sencillez. El tiempo que pasaba fuera del colegio lo dedicaba a las labores caseras, al estudio y sobre todo en la oración y en la enseñanza de la doctrina cristiana.

En 1925, a sus 22 años, sintió que el Señor le llamaba al sacerdocio. Su párroco estaba de acuerdo y le animó en su vocación pero tuvo mucho que sufrir por parte de su familia que no veía ni comprendía su vocación. No obstante esas dificultades, ingresó en el Seminario de Igbo, donde cursó sus estudios de forma fructífera y en constante fidelidad a la llamada de Dios. Por fin el día 19 de diciembre de 1937 pudo ser ordenado sacerdote por su obispo Mons. Charles Heerey, siendo el segundo sacerdote indígena de la diócesis de Onitsha y el primero de la región de Aguleri; el obispo le designó como vicario de la Parroquia de Nnewi (1937-1939) y más tarde como párroco de Dunukofia (1939-1945), Akpu (1945-1949) y finalmente de Aguleri (1949-1950).

En todos sus cargos y ministerios desarrolló un intenso y múltiple apostolado que tuvo una gran incidencia en la vida religiosa y social de todos los que estuvieron a su cargo. Se dedicó con sumo empeño, caridad y sacrificio al bien pastoral de todas sus ovejas, distribuyendo en la familia, a la que Dios le puso al frente, el pan de la Palabra y los dones sacramentales de la gracia redentora de Cristo. Era severo consigo mismo y serio para con los demás en las cosas que atañían a Dios exigiendo de sus cristianos una plena adhesión a la fe y una perfecta observancia de los preceptos divinos y de la disciplina de la Iglesia, tratando de erradicar los mitos erróneos y las supersticiones ancestrales de su pueblo.

Exhortaba a los paganos a la conversión y trabajó por el fomento de las vocaciones sacerdotales y religiosas. Era muy cuidadoso de preparar a los jóvenes al matrimonio, animándoles a la práctica de una vida familiar cristiana de mutua ayuda y cooperación conyugal, instituyendo para ellos centros de preparación al matrimonio y algunas otras asociaciones de seglares cristianos, como la Liga de María para la formación moral de los jóvenes que tuvo resultados sorprendentes, especialmente entre las jóvenes cristianas, de las que cuidó siempre su formación, no sólo moral y religiosa, sino también cultural.

Con liberalidad cristiana trabajó en ayuda de los pobres, las viudas, y los niños necesitados; visitaba a los enfermos y leprosos, lo mismo que a los ancianos, fuesen cristianos o no. Favoreció la paz y la concordia social, aumentando por medio de las escuelas de la Iglesia un elevado grado de cultura y educación humana entre los suyos, al mismo tiempo que, por su parte, no se avergonzaba de trabajar con sus propias manos en todo aquello que fuera necesario.

Nunca desfalleció a causa de las dificultades o problemas y los continuos sacrificios que le exigía su ministerio pastoral. Tomaba sus fuerzas de la celebración cotidiana de la misa, de la meditación de la sagrada Escritura y de una oración perseverante día y noche que fueron siempre su alimento y la savia vital de todo su apostolado. Con su celo infatigable, la luminosidad de su ejemplo y su vida de oración y austeridad sacerdotal creó varios centros de oración, que luego se convirtieron en parroquias, y logró transformar las poblaciones en auténticas comunidades cristianas.

Su sed de vida interior y de vida de oración, así como la lectura de algunas de las obras del abad benedictino el Beato Columba Marmión, hicieron nacer en su corazón el deseo de hacerse monje para llevar una vida escondida en Cristo. Providencialmente su obispo en un día de retiro espiritual del clero, en torno al año 1950, manifestó el deseo de que algún sacerdote abrazase la experiencia monástica para luego poder llevar a la diócesis la semilla de la vida contemplativa. El P. Tansi vio los cielos abiertos y no dudó en manifestar que estaba dispuesto. La llamada de la Iglesia fue para él el mejor signo de una auténtica vocación a la vida monástica y no dudó ni un instante en abandonarlo todo para marchar a lejanas y desconocidas tierras y hacerse monje ocultando a los ojos de todos una completa inmolación a Dios en favor de todas las almas.

En julio de 1950, con la bendición del obispo, marchó a Inglaterra e ingresó como oblato en el monasterio cisterciense de la estricta observancia de Monte San Bernardo sito en el condado inglés de Leicester. Pasó dos años y medio como oblato y admitido al noviciado tomó el nombre de Cipriano y pudo hacer sus votos temporales en 1953 y los solemnes en 1956.

Su vida como monje cisterciense estuvo animada de una gran entrega fundada en la humildad y la abnegación que le posibilitó, no sin grandes sacrificios, una adaptación perfecta a su nuevo género de vida. Calladamente, sin quejas ni lamentos fue superando todas las dificultades, tales como nueva lengua, nueva cultura y clima tan diverso al suyo. Firme en su vocación, se fue preparando para hacerse un perfecto monje cisterciense sin admitir ningún privilegio o excepción; nada deseaba sino avanzar en la perfección mediante la diligente observancia de la *Regla* y de los consejos evangélicos, así como mediante la liturgia, el oficio coral monástico, la *lectio divina* y la oración privada, las penitencias regulares, y los trabajos manuales a los que fue asignado en el taller de la encuadernación, el refectorio y en las labores agrícolas.

No realizó ninguna obra extraordinaria ni tuvo ningún oficio de relevancia pero todos los humildes cargos que recibió los realizaba gozosamente con suma generosidad e interés, sabiendo que en esa labor cotidiana era como alababa a Dios y se ofrecía en sacrificio agradable a Dios por la salvación de las almas y la extensión del reino de Jesucristo. Como lo había hecho siempre en su África natal, en el monasterio, conducido por una fe viva, avanzó en una vida de ferviente fe y extrema caridad. Puso siempre a Dios como meta de todos sus pensamientos y afectos, andando por sus caminos y solícito por el cumplimiento exacto de su voluntad y de su gloria. Para agradar a Dios siguió paso a paso los de su Hijo Jesucristo, conducido por el mismo Evangelio y adhiriéndose con docilidad al magisterio de la Iglesia. Huía de toda especie de pecado y con ardiente corazón oraba y meditaba incesantemente en las verdades de la fe, alcanzando así un alto grado de contemplación. Celebraba la santa misa y la liturgia de las horas con extrema piedad y con amor filial cultivó siempre la devoción a la Santísima Virgen su Madre, como buen hijo de San Bernardo.

Ajeno a los asuntos mundanos inútiles, puso toda su confianza en el Señor y en su divina misericordia deseando únicamente las cosas del cielo. Afable, educado, estuvo siempre lleno de caridad para con todos sus hermanos y respetuoso para con sus superiores. De carácter noble, fue siempre, en las situacio-

nes ordinarias y extraordinarias de la vida, prudente, esforzado, justo y equitativo en su conducta para con Dios y para con su prójimo.

En 1963, parecía que había llegado el momento de poner por obra el deseo del obispo de Onitsha; pero debido a las vicisitudes políticas de Nigeria, los superiores decidieron fundar el monasterio en la limítrofe Camerún. Designado el grupo fundador, el P. Cipriano Tansi fue designado como futuro maestro de novicios; pero nunca llegó a partir a causa de una inesperada trombosis en una pierna y posteriormente un aneurisma aórtico que le pusieron a las puertas de la muerte. Con admirable paciencia y tranquilidad de espíritu, aceptó la grave enfermedad y con silenciosa e íntima oración salió al encuentro de su Señor desde la enfermería del monasterio el 20 de enero de 1964. Se celebraron las exequias en el monasterio y a ellas pudieron asistir algunos sacerdotes nigerianos residentes en Londres, entre ellos Francis Arinze, hijo espiritual suyo a quien el mismo P. Tansi había bautizado, y que en el futuro sería arzobispo de Onitsha y cardenal en Roma puesto al frente de diversos dicasterios.

No quedaron en vano los deseos del obispo Charles ni del P. Tansi, pues cuando en 1988 su cuerpo regresaba definitivamente a su patria, la Iglesia de Nigeria contaba con tres comunidades monásticas: dos trapenses —masculina y femenina— en la diócesis de Enugu y una tercera de monjas benedictinas cerca de Onitsha, a la que hay que añadir, en la actualidad, una cuarta de monjes cistercienses de la estricta observancia, en la misma archidiócesis.

Toda la vida sacerdotal del P. Tansi fue un espléndido testimonio de fidelidad a Dios, a la Iglesia y a su vocación, y así, tras su muerte la fama de su santidad empezó a brillar no sólo entre sus hermanos cistercienses sino, y sobre todo, en su patria, Nigeria, y de modo especial entre los fieles y sacerdotes de la archidiócesis de Onitsha. Muchos han sido los que encomendándose a él cuentan haber recibido múltiples gracias. Movidos por este ejemplo de la divina bondad para con su pueblo, el arzobispo de Onitsha dio inicio al proceso canónico para la beatificación y canonización del siervo de Dios P. Cipriano Miguel

Iwene Tansi el 22 de enero de 1986 En este mismo año sus restos mortales fueron trasladados de Inglaterra a Onitsha para colocarlos cerca de la catedral de Onitsha en el cementerio de los sacerdotes.

En el mismo día del traslado, 17 de julio de 1986, una joven de 16 años, Filomena Emeka, gravemente enferma de cáncer y paralítica, que pudo acercarse con fe y veneración a su féretro para tocarlo y besarlo, se sintió instantaneamente curada, cosa que pudo comprobarse por todos y ante lo que los médicos no pudieron decir otra cosa que tal sanación no tenía explicación médica posible en cuanto al modo instantáneo en que se había producido Concluido el proceso en Roma con la declaración de las virtudes en grado heroico el 11 de julio de 1995, fiesta de San Benito, el santo legislador de benedictinos y cistercienses, y comprobado y aceptado como tal milagro la curación de la joven nigeriana, el 25 de junio de 1996 Juan Pablo II tomó la decisión de hacer esperar su beatificación hasta que él mismo, en un viaje pastoral por África, pudiese beatificarle en su propia patria. El acontecimiento tuvo lugar el 22 de marzo de 1998 en una explanada de Oba, cerca de la catedral de Onitsha.

Resumiendo su vida, el Papa dijo a sus compatriotas estas palabras en la homilía de su beatificación·

> «Hoy uno de los hijos de Nigeria, el padre Cipriano Miguel Iwene Tansi, ha sido proclamado Beato precisamente en la tierra en que predico la buena nueva de la salvacion y trato de reconciliar a sus compatriotas con Dios y entre si [En Nigeria se vivian momentos dificiles entre las diversas etnias N R] De hecho la catedral en la que el padre Tansi fue ordenado y las parroquias en las que desempeño su ministerio sacerdotal no se encuentran lejos de Oba, lugar en donde estamos reunidos Algunas personas a las que el anuncio el Evangelio y administro los sacramentos estan hoy aqui con nosotros, incluyendo al cardenal Francis Arinze, que fue bautizado por el padre Tansi y recibio la educacion primaria en una de sus escuelas
>
> »La vida, el testimonio del padre Tansi son fuente de inspiracion para todos en Nigeria, el pais que tanto amo Fue sobre todo un hombre de Dios las largas horas que pasaba ante el Santisimo Sacramento llenaban su corazon de amor generoso y valiente Los que lo conocieron atestiguan su gran amor a Dios A los que se encontraron con el les impresiono su bondad personal Fue tambien un hombre del pueblo, siempre puso a los demas antes que a si mismo y presto atencion particular a las necesidades pastorales de las fami-

lias. Puso gran empeño en que los novios se prepararan bien para el sacramento del matrimonio y predicó la importancia de la castidad Se esforzó, de todos los modos posibles, por promover la dignidad de la mujer En especial, se esmeraba por la educación de los jóvenes Incluso cuando su obispo, Mons. Heerey, lo envió a la abadía cisterciense de Monte San Bernardo, en Inglaterra, para seguir su vocación monástica, con la esperanza de poder llevar a África la vida contemplativa, no olvidó nunca a su pueblo Siempre elevaba oraciones y ofrecía sacrificios por su continua santificación.

»El Beato Cipriano Miguel Tansi es un primer ejemplo de los frutos de santidad que han crecido y madurado en la Iglesia que está en Nigeria desde que el Evangelio se comenzó a predicar en esta tierra Recibió el don de la fe gracias a los esfuerzos de los misioneros y, asimilando el estilo de vida cristiana, lo hizo realmente africano y nigeriano»

El cuerpo del Beato ha sido trasladado a la parroquia de su pueblo natal, donde recibe la veneración de muchos fieles que lo ponen como intercesor ante Dios por el bien de Nigeria, de África y especialmente por las vocaciones sacerdotales y religiosas.

LUIS M. PEREZ SUÁREZ, OSB

Bibliografía

AAS 88 (1996) 194 196, 894 895, 90 (1998) 161 162
L'Osservatore Romano (ed en español) 14 (3-4 1998) 6 7

C) BIOGRAFIAS BREVES

SAN FABIÁN

Papa y mártir († 250)

Se cuenta que la elección de Fabián como papa se debe a haberse posado sobre él una paloma ante la multitud de cristianos de Roma reunidos para elegir un nuevo obispo. Parece que era romano y fue sucesor del papa San Antero, muerto el año 236.

De su pontificado se sabe poco. Se le ha atribuido el envío de misioneros a las Galias y el haber bautizado al emperador Felipe el árabe, ciertamente simpatizante al menos del cristianismo. Distribuyó las regiones urbanas entre los siete diáconos, comenzando así la configuración de las regiones eclesiásticas. Instituyó siete subdiáconos y completó así el esquema del clero

romano, para proceder de buena forma al servicio divino y también a la organización de la caridad.

Orígenes mantuvo correspondencia con Fabián intentando justificar algunos puntos de su doctrina. Fabián se mostró tolerante con Novaciano y permitió que se ordenara de presbítero.

El papa Fabián murió mártir en la persecución de Decio el año 250 como una de sus primeras y más ilustres víctimas.

SAN VULSTANO DE WORCESTER

Obispo († 1095)

Nació el año 1009 en Itchington, en el condado inglés de Warwickshire, y sus padres lo confiaron a los benedictinos para su educación. Completada ésta, pasó a vivir en el palacio episcopal de Worcester, cuyo obispo, Britheah, lo preparó para el sacerdocio y lo ordenó presbítero. Le ofreció igualmente darle un curato donde ejercer su ministerio, pero el joven sacerdote había madurado la decisión de hacerse monje e ingresó en la comunidad benedictina que llevaba la catedral de la diócesis. Esta comunidad regentaba asimismo una escuela y ésta fue la primera labor que desarrolló Vulstano, siendo elegido prior el año 1050 y acreditándose por su buen gobierno y la regularidad monástica que impuso en su pequeña comunidad. El pueblo apreciaba, además, su fervorosa predicación.

Cuando en 1062 vacó la sede de Worcester, desde la propia Santa Sede se le apuntó al rey San Eduardo el nombre de Vulstano para que lo propusiera, como así hizo el piadoso monarca, viéndose enseguida que el nombramiento fue acertado pues Vulstano dirigió la diócesis con prudencia y bondad. Se hizo presente en todas las parroquias de la diócesis mediante una adecuada visita pastoral, en el curso de la cual impulsó la renovación material de los edificios necesitados de ello pero sobre todo de la vida cristiana de las parroquias. Y para dar ejemplo, reconstruyó la catedral y condujo su comunidad monástica de forma modélica.

Muerto el rey San Eduardo y planteado el gran tema de la sucesión, el conde Haroldo le pidió su apoyo, pero parece que, como todos los obispos procedentes del monacato, Vulstano

era más favorable a Guillermo el Conquistador, a quien ciertamente envió su sumisión cuando tras la batalla de Hastings la corona se afianzó en su cabeza. Pudo así conservar su obispado, que fue declarado sufragáneo de Canterbury en el sínodo de obispos y abades mandado por Alejandro II para solucionar la disputa entre los dos arzobispados ingleses. Vulstano seguidamente apoyó el programa de reformas que venía del Continente y que eran la aplicación a las islas del movimiento gregoriano, permitiéndose a los clérigos ya casados permanecer con sus esposas pero obligándose al celibato a los aspirantes que quisieran ser sacerdotes o clérigos en adelante. Se opuso firmemente al tráfico de esclavos y se portó en todo tiempo como un prelado responsable y efectivo, llevando una vida privada de gran austeridad, mortificación y piedad y guardando gran parte de las rentas episcopales para generosas ayudas a los pobres. Murió el 19 de enero del año 1095, y fue canonizado el año 1203 por el papa Inocencio III.

SAN ENRIQUE DE UPSALA

Obispo y mártir († 1160)

Se trataba de un clérigo inglés que fue incluido entre los acompañantes de Nicolás Breakspear, el futuro papa Adrián IV, cuando antes de serlo fue enviado como legado papal a los países escandinavos en 1151 con el fin de revisar la situación de la Iglesia en ellos y proceder a las reorganizaciones necesarias. Una de las medidas tomadas por el cardenal Breakspear fue la de nombrar obispo de Upsala a Enrique. Y por ello, terminada su misión, el cardenal regresó a Roma pero Enrique se quedó en Suecia.

Los finlandeses, que eran paganos, no dejaban de molestar con diversas incursiones el reino de Suecia, y su rey, San Erico IX, pensó que había que ponerles freno haciéndoles una guerra formal. Dado que se trataba de paganos, no fue difícil calificar la guerra como cruzada, la cual recibió el apoyo del obispo Enrique, que incluso acompañó al soberano en la ida del ejército. Erico, antes de proceder a la batalla, ofreció la paz a los finlandeses pero a condición de que se hicieran cristianos. Los

finlandeses se negaron a cambiar de religión y la batalla se hizo inevitable. En la misma los suecos ganaron de forma determinante y como consecuencia de ella se produjo la unión de ambos países, que duraría varios siglos. Enrique no volvió a Suecia sino que se quedó en Finlandia, concretamente en Turku, donde situó su puesto misional. Y puso todo su celo en convertir a los finlandeses, logrando que en efecto algunos recibieran el bautismo.

El 19 de enero del año 1160 Enrique fue asesinado. El autor de esta muerte fue un cristiano a quien él había excomulgado como reo de un homicidio. Y esta muerte fue tenida por martirio, ya que se debió a que Enrique había cumplido con su deber de amonestar y castigar al culpable de un crimen. Era claro que la causa del evangelio en Finlandia necesitaba que los conversos llevaran una vida ejemplar.

Enrique fue tenido por santo y por mártir enseguida. No consta que en efecto Adrián IV lo canonizara, como se ha venido diciendo, pero sí es cierto que Bonifacio VIII estuvo de acuerdo en que se le dedicara la catedral de Turku, donde fueron llevadas sus reliquias.

SANTA EUSTOQUIO CALAFATO

Virgen († 1491)

Nace en Annunziata (Sicilia) el año 1434 en el seno de una noble familia y recibe el nombre de Esmeralda. La esmerada educación cristiana que recibió la llevó a desear consagrarse a Dios en la vida religiosa y para ello solicitó ingresar en las clarisas de Santa María de Básico. Pero su padre, el conde Bernardo, tenía el pensamiento de casarla, y por dos veces buscó un esposo para su hija, que firmemente rechazó la boda. Por otro lado sus hermanos amenazaron con quemar el convento si las monjas admitían a su hermana. La muerte del último pretendiente, la de su padre y la venida a razón de sus hermanos allanaron el camino para que por fin el año 1446 pudiera realizar su sueño de ser religiosa, tomando al profesar el nombre de Eustoquio.

En el convento la esperaba una desilusión: no se guardaba la regla clarisa con la radicalidad que a ella le hubiera gustado,

pues el espíritu de relajación propio de su siglo había traspasado los muros del convento. Como ella deseaba vivir de manera radical la regla, acudió al papa Calixto III, el cual en 1457 la autorizó a fundar un nuevo convento observante, y en efecto se marchó Eustoquio a una nueva casa llamada Santa María Accomodata. Sin embargo, fueron tantas las vocaciones al nuevo modo de vida que hubo de construirse un nuevo monasterio, llamado de Montevergine, y que fue posible gracias a la generosidad de su madre y su hermana, las cuales terminaron por unirse a ella en la vida religiosa. En 1464, en cuanto ella cumplió los treinta años, fue elegida abadesa de la nueva fundación. Tuvo no poco que sufrir por parte de los frailes observantes que no terminaban de aceptar la reforma efectuada por Eustoquio.

Su entera dedicación a la divina contemplación, especialmente de la pasión del Señor, y asimismo sus grandes virtudes, entre ellas su caridad con los pobres y enfermos, le atrajeron gran fama de santidad, acudiendo la gente al convento para encomendarse a sus oraciones y pedirle fuera su protectora ante Dios. Y ella se pasaba las noches de rodillas ante el sagrario intercediendo por la humanidad.

Murió el 20 de enero del año 1491. Su culto fue confirmado el 14 de septiembre de 1782 y fue canonizada por el papa Juan Pablo II el 11 de junio de 1988 en Messina en el curso de su viaje pastoral a Sicilia.

SAN ESTEBAN MIN KUKKA

Mártir († 1840)

Se trata de uno de los mártires de Corea. Esteban era un seglar, que venía colaborando con la comunidad cristiana en la instrucción religiosa de los fieles y de los catecúmenos desde su cargo oficial de catequista. A causa de ello fue detenido e interrogado y confesó sin ambages su condición de cristiano. Se le invitó a renegar del cristianismo, ofreciéndole la vida y la libertad a cambio de la apostasía, pero Esteban se mantuvo firme. Condenado a muerte, pasaban los días sin que la sentencia se ejecutara hasta que el 20 de enero de 1840 un verdugo en la

propia cárcel le cortó la cabeza. Tenía 53 años. El lugar de su martirio fue la ciudad de Seúl.

Lo canonizó el papa Juan Pablo II el 6 de mayo de 1984.

21 de enero

A) MARTIROLOGIO

1. En Roma, en la Via Nomentana, la deposición de Santa Inés (s. III o IV), virgen y mártir **.
2. La conmemoración de San Publio, obispo de Atenas y mártir (s. II).
3. En Tarragona (España), los santos Fructuoso, obispo, y sus diáconos († 259), mártires **.
4. En Troyes (Francia), San Patroclo (s. III), mártir.
5. En Pavía (Liguria), San Epifanio († 496), obispo *.
6. En el monasterio de Einsiedeln (Suiza), San Meinrado († 861), presbítero, monje y finalmente ermitaño *.
7. En Londres, los beatos Eduardo Stransham y Nicolás Wheeler († 1586), presbíteros y mártires en la persecución de Isabel I.
8. En Londres, San Albano Roe, monje benedictino, y Beato Tomás Green († 1642), ambos presbíteros y mártires, bajo el reinado de Carlos I *.
9. En Benigánim (España), Beata Josefa María de Santa Inés († 1696), virgen, monja agustina **.
10. En Laval (Francia), los beatos Juan Bautista Turpin du Cormier y trece compañeros (Juan M. Gallot, José Pellé, Renato Luis Ambroise, Julián F. Morvin de la Gérardière, Francisco Duchesne, Jaime André, Andrés Duliou, Luis Gastineau, Francisco Migoret Lambardière, Julián Moulé, Agustín Manuel Philippot, Pedro Thomas, y Juan Bautista Triquerie OFM), presbíteros y mártires († 1794) durante la Revolución Francesa *.
11. En Toi-Kon (Corea), San Juan Ni Youn Il († 1867), padre de familia, campesino y catequista, mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTA INÉS

Virgen y mártir († ca.304)

Un halo de leyenda, tejida poco después de su muerte y aumentada en los siglos medievales, envuelve la encantadora ima-

gen de esta doncella mártir. Es el arquetipo y símbolo de la virginidad hasta la inmolación. Los antiguos Padres de la Iglesia loan, conmovidos, la extraordinaria entereza de esta niña frágil y delicada que, «a los trece años de edad —canta el oficio en su día— perdió la muerte y halló la vida, porque solamente amó al autor de la vida».

San Ambrosio, en su libro *De virginibus* que es un conjunto de homilías, habla largamente de Inés, pero habla como quien sabe que su auditorio conoce ya los hechos que va ensalzando: «¿Qué podemos decir nosotros que sea digno de aquella cuyo nombre mismo entraña un elogio?». Alude a la etimología de la palabra Inés, en latín *Agnes,* que, si se deriva de esta lengua, significa *agnus,* cordero; y si proviene del griego *agnos,* pura. «Esta mártir tiene tantos heraldos que la alaban, como personas pronuncian su nombre».

El sabio obispo de Milán pasa después a comentar la narración del martirio, sin duda apoyándose en las Actas que ya por entonces se conocían, y tal vez un tanto alteradas. Y dice:

> «Refierese que tenia trece años cuando padecio La crueldad del tirano fue tanto mas detestable cuanto no perdono una edad tan tierna Pero, notemos ante todas las cosas el poder de la fe, que halla testigos de tal edad ¿Habia acaso sitio en tan pequeño cuerpo para tantas heridas? Mas, donde no habia sitio para recibir el hierro, lo habia para vencer al hierro Muestrase intrepida en las ensangrentadas manos de los verdugos, no se conmueve cuando oye arrastrar con estrepito pesadas cadenas, ofrece todo su cuerpo a la espada del soldado furioso, ignora todavia lo que es la muerte, pero esta dispuesta, si es llevada contra su voluntad a los altares de los idolos, a tender las manos hacia Jesucristo desde el fondo de la hoguera y a formar, aun sobre el brasero sacrílego, ese signo que es el triunfo del Señor victorioso Introduce el cuello y las manos en las argollas de hierro que le presentan, pero ninguna puede ceñir miembros tan pequeños »
>
> «No iria el esposo a las bodas con tanto apresuramiento como ponia esta santa virgen en dirigirse con paso ligero al lugar del suplicio, gozosa de su proximidad Todos lloraban, todos menos ella La mayor parte admiraban la gran facilidad con que, prodiga de una vida que aun no habia gozado, la daba como si la hubiese ya agotado Estaban todos llenos de asombro de que se mostrase testigo de la Divinidad en una edad en que no podia aun disponer de si misma ¡Cuantas amenazas emplea el tirano para intimidarla! ¡Cuantos halagos para persuadirla! ¡Cuantos hombres la deseaban por esposa!»

Mas ella contestaba:

> «La esposa injuria al esposo si desea agradar a otros Unicamente me poseera el que primero me eligio ¿Por que tardas tanto, verdugo? Perezca este cuerpo que pueden amar ojos a los cuales no quiero complacer»
>
> «Llega, ora, inclina la cabeza Hubierais visto temblar al verdugo, lleno de miedo, como si el fuese el condenado a muerte Su mano tiembla, palidece por el peligro ajeno, en tanto que la jovencita mira sin temor su propio peligro He aquí, pues, en una sola víctima, dos martirios el de la pureza y el de la religión Inés permanece virgen y obtiene el martirio»

Monseñor Federico Fofi, canónigo regular y lateranense y, durante muchos años, cura párroco de la basílica de Santa Inés, ha escrito un curioso libro sobre la vida y culto de la ilustre mártir. Y, luego de glosar los textos de San Ambrosio, de San Dámaso y de Aurelio Prudencio, y de hacer una erudita crítica sobre los escritos del cardenal Bartolini, de Mario Armellini, de Ludovico Emerenciano Le Bourgeois, de Pío Franchi dei Cavalieri, del padre Florián Jubaru, SI, y de otros autores, y de enriquecer su obra con las Actas martiriales, reconstruye, según ellas y los comentarios del santo obispo de Milán, la vida de Santa Inés, con afectuosa devoción, aunque sin fiarse plenamente de los documentos citados.

Según Fofi, la Santa pertenecía a una noble familia romana, tal vez la Clodia. Vino al mundo hacia el año 290 de la era cristiana, recibió, después del bautismo, una educación sólidamente piadosa y se consagró a Jesucristo con voto de virginidad.

Volviendo una vez la niña de la escuela, el hijo del prefecto de Roma la vio y se enamoró de ella, ofreciéndole a cambio de su promesa matrimonial, magníficos regalos. Inés los despreció, con las palabras que pone en su boca el Oficio divino:

> «Apartate de mi, pabulo de corrupcion, porque he sido ya solicitada por otro Amante El ha adornado mi diestra y mi cuello con piedras preciosas, ha puesto en mis orejas perlas de inapreciable valor Ha puesto una señal sobre mi rostro para que no admita fuera de El otro amante Yo amo a Cristo Seré la esposa de Aquel cuya Madre es virgen, cuyo Padre lo ha engendrado sin concurso de mujer, y que ha hecho resonar en mis oidos acordes armoniosos Cuando le amare, sere casta, cuando le tocare, sere pura, cuando le recibiere, sere virgen»

El joven, desesperado, recurrio a su padre, el prefecto de Roma, el cual, averiguando que Inés era cristiana, mandó a sus esbirros que, a viva fuerza, la llevaran ante el tribunal. Amenazas, tormentos... Conducida a un lupanar y expuesta a los insultos de la plebe, el cuerpo de la virgen se cubre milagrosamente con su cabellera. Cae muerto a sus pies el hijo del prefecto, úni co que se había atrevido a acercarse a ella, e Inés, para demostrar la virtud divina de Jesús, obtiene con sus oraciones la resurrección del joven Se retira el prefecto, dejando en el tribunal a su ayudante, Aspasio, el cual, atribuyendo los milagros de Inés a la magia, condena a la niña a ser quemada viva Nuevo prodigio· Inés permanece intacta en medio del fuego. Es condenada, por fin, a morir al filo de la cuchilla La descripción de esta última escena es una de las más bellas páginas de *Fabiola,* la leyenda escrita por el cardenal Wiseman

Los padres de Inés depositaron el cuerpo de la niña mártir en el sepulcro de su casa de campo, situada en la Via Nomentana. Pocos dias después, otra flor de pureza caía deshojada sobre él. Emerenciana, la hermana de leche de Santa Inés, a quien los paganos apedrearon cuando se hallaba orando ante la tumba En ese lugar se erigió la basílica, durante el reinado de Constantino, y fue restaurada luego por el papa Honorio I.

Nuestro poeta Aurelio Prudencio (318-413) compuso también un hermoso himno en honor de Santa Inés Forma parte de los catorce poemas del *Peristephanon* y se basa en las *Actas,* ya por entonces algo mixtificadas. Preciso es el breve relato y plegaria que compuso el papa San Dámaso, en dieciséis versos Integro se conserva, grabado en mármol, en su basílica de la Via Nomentana, y puede traducirse así

> «La fama repite lo que ha poco declararon los santos progeni tores de Ines que muy niña todavia, cuando oyo los lugubres sones de la trompeta, dejo el regazo de su nodriza —puede entenderse que se separo de su institutriz o de la doncella encargada de su cuidado— desafiando espontaneamente las amenazas y la furia del tirano cruel, cuando este quiso que las llamas devorasen su no ble cuerpo Con fuerzas minimas supero un gran temor, y envolvio su desnudez en su cabellera suelta, de modo que ningun mortal pudiera profanar el templo del Señor ¡Oh digno objeto de mi ve neracion, santa gloria de la pureza, inclita martir, muestrate benig na a las suplicas de Damaso!»

Es de notar que este ilustre Papa, poeta, en sus epitafios y loas se proponía dar siempre la verdad histórica, y algunas veces buscó a los mismos verdugos para saber, por boca de los mismos, la exactitud de los hechos.

Algo difieren las Actas martiriales de los panegíricos, himnos y narraciones que se han escrito sobre la vida y martirio de Santa Inés. Pero todos los autores coinciden en proclamarla mártir de la virginidad. Es patrona protectora de las jóvenes doncellas y de los jardineros. Se dice que su casa solariega, en Roma, estaba emplazada en el solar que hoy ocupa el colegio Capranica, donde acabó su carrera sacerdotal el papa Pío XII. Y en la célebre basílica de Via Nomentana es donde cada año, el día 21 de enero, se bendicen los dos corderillos con cuya lana se teje el «pallium» del Santo Padre.

En nuestros tiempos de materialismo, cuando el concepto de la castidad va decayendo visiblemente, la dulce imagen de Santa Inés resalta con fulgores maravillosos. Que ella muestre a la juventud el verdadero sentido de la vida, que es amor, pureza, plenitud de Dios.

MARIA DE LA EUCARISTIA, R. DE J.-M.

Bibliografía

Act SS Boll, Ian, dia 21, *Passio latina* Se encuentra asimismo SAN AMBROSIO, *De Virginibus* PL 16,200s, *Himno a Santa Ines* ibid, col 147s *Passio* lat del *Pseudo Ambrosio* PL 22,735s

ARMELLINI, M, *Il cimitero di S Agnese sulla Via Nomentana* (Roma 1880)

BARTOLINI, D, *Gli atti del martirio della nobiliss vergine rom S Agnese* (Roma 1858)

BONGIORNI, E, *La vergine martire romana S Agnese nelle opere di S Ambrogio* (Brescia 1897)

FRANCHI DE CAVALIERI, P, *S Agnese nella tradizione e nella legenda* (Roma 1899)

— en *Anal Boll* 19 (1900) 226s

— *Studi e testi*, n 19 p 141s

JUBARI, FT, SI, *Sainte Agnes Vierge et Martyre de la Voie Nomentane d'apres de nouvelles recherches* (Paris 1907)

PRUDENCIO, en *Peristephanon*, himno 14

SAN FRUCTUOSO Y SUS DIÁCONOS

Martires († 259)

Apenas parpadeaba el siglo V, cuando Aurelio Prudencio, la mejor lira hispana que ha vibrado en latín, agitaba con versos incendiados las llamas del martirio de Fructuoso, obispo de Tarragona, que subió a la pira crepitante como a un pontifical: acompañado de ministros.

Pesaban sobre la cabeza del poeta calagurritano, según confiesa él mismo, «cinco décadas de años y siete años más», cuando cayó en la cuenta de que ante el tribunal de Dios no han de valer los días gastados en el culto de las mundanas vanidades «sin ocuparse del Señor con quien tan sólo habremos de entendernos». Y resolvió cambiar de vida: «Por lo menos, se dijo viendo acercarse el fin, que mi alma pierda su locura, y honre a Dios con sus himnos, ya que no puede con sus méritos».

Y aquel enamorado de las glorias de Roma y de sus poetas empezó a pisotear con estrofas rotundas los ídolos caducos de la Roma anticuada y a cantar a los nuevos héroes del Imperio: los mártires de Cristo.

Y ahí está el *Peristephanon,* con sus himnos triunfales en honor de Emeterio y Celedonio, de Lorenzo, de Eulalia de Mérida, de los dieciocho mártires de Zaragoza, y el más hermoso —el sexto—, en alabanza «de los beatísimos mártires Fructuoso, obispo de la iglesia tarraconense, y de Augurio y Eulogio, diáconos»: cincuenta y cuatro estrofas de tres versos cortados con elegancia prócer, en los cuales confía la timidez del poeta para obtener la intercesión del Santo. «Acaso —dice al terminar el poema—, como a su Tarragona, también a mí se dignará sacarme de mis penas *"dulces hendecasyllabos revolvens"»,* repasando mis versos de once sílabas...

El águila de Hipona se unió, en el canto a Fructuoso, al ruiseñor de Calahorra, nacido solamente seis años antes que él: a los noventa exactos del martirio del obispo y sus diáconos, que subieron al cielo por la escalera de oro de las llamas en enero del 258.

Como los versos de Prudencio, el sermón de Agustín para la fiesta de Fructuoso sigue con paso fiel las Actas de los mártires, de una tan nítida autenticidad, que hacen de nuestro Santo,

al decir de Tillemont, el protomártir históricamente justificado de la España cristiana. Bastarían las pruebas internas de estas Actas; pero la aceptación del gran cantor y el gran obispo les dan aval definitivo.

La historia de ese trío de mártires gloriosos empieza con la aurora del día sexto antes de su muerte. Eran emperadores Licinio, Valeriano y su hijo Galieno, y cónsules Baso y Emiliano (para la gloria de tres mártires, el cortejo de tres emperadores); y el cónsul Emiliano vino a la capital de la España Citerior para quemar incienso ante los dioses, pero ya en Tarragona ardían otros incensarios movidos por Fructuoso ante el altar del verdadero Dios.

La historia empieza con la aurora: A diecisiete días de las calendas de febrero, que caía en domingo aquella vez, Emiliano se había levantado de noche; y es al rasgar el alba cuando manda a sus ministros imperiales a prender al obispo. Cinco oficiales de alta categoría manda el cónsul; en lenguaje curial, cinco «beneficiarios», que aquí darán más beneficio a los prendidos que al aprehensor. El cónsul no dormía, inquieto en sus falsos dioses, pero el obispo sí, tranquilamente reclinado en el verdadero Dios; las marciales pisadas le despiertan «al despuntar el día» y sale a recibirlos con las sandalias sin atar.

—Ven, le dicen los cinco: el presidente quiere hablarte, a ti y a tus diáconos.

—Voy —contesta Fructuoso—; pero antes me calzo, si me lo permitís.

Se lo permiten y los tres son conducidos a la cárcel, donde el obispo, «cierto de la corona del Señor, no cesa en la plegaria».

La táctica de aquella persecución de los cristianos era la supresión de las cabezas destacadas, dejando en paz al pueblo fiel. Por ello la «fraternidad» puede velar de día y noche a la puerta de la cárcel y socorrer a su pastor. Hasta el viernes siguiente no fueron puestos ante el juez. Dice Emiliano a Fructuoso:

—¿Oíste lo que mandan nuestros emperadores? Y Fructuoso contesta:

—Yo no sé lo que mandan, puesto que soy cristiano.

No sabe lo que mandan en cuanto al culto solamente, porque en orden a Dios, el César no es más que él. Dice Emiliano:

—Los emperadores ordenan que los dioses sean venerados.

—Yo no venero más que a un solo Dios.

—¿Sabes que hay dioses?

—No.

—Pues lo sabrás bien pronto...

«El obispo Fructuoso volvió sus ojos al Señor y se sumergió en íntima oración», dicen las Actas deliciosamente. ¿A qué perder el tiempo? Mientras, al presidente no le cabía en la cabeza que pudiera haber alguien que fuera oído, temido y adorado, si los dioses no eran honrados y no se daba culto, además, a las imágenes de los emperadores. Entonces, Emiliano se dirige al diácono Augurio:

—No escuches las palabras de Fructuoso.

Pero Augurio contesta:

—Yo adoro al Dios omnipotente.

No prosigue Emiliano, temeroso de que con su firmeza en la confesión, Augurio conforte al otro diácono; y así pregunta a Eulogio:

—¿También tú adoras a Fructuoso?

—Yo no adoro a Fructuoso, sino que adoro al mismo Dios que Fructuoso adora...

Pontífice y diáconos se inclinan igualmente ante el altar de Dios. Mas el primero en jerarquía ha de ser el primero en el divino acatamiento. Pero Emiliano ignora tales filigranas, y pregunta de nuevo a Fructuoso:

—¿Eres obispo tú? —delatando la táctica de la persecución.

—Sí, soy —contesta con firmeza el pastor.

Y, burlón, Emiliano:

—Lo fuiste —dice—. Y manda que los tres sean quemados vivos. La sonrisa burlona del derrotado juez, la sabia musa de Prudencio la añade a la latina prosa sencilla de las Actas.

Fructuoso y sus diáconos fueron entonces conducidos al amplio anfiteatro que, a pico y pala manejados por manos voluntarias hasta de hombres de letras, va siendo en estos días desenterrado totalmente de ingloriosos escombros. ¿Quién no amaba a Fructuoso, a excepción del juez inicuo?

Todo el pueblo gemía, incluso los gentiles, apiñado a su vera, camino del suplicio. «Porque Fructuoso era lo que, según San Pablo, el Espíritu Santo quiere que sea todo obispo: un vaso de elección y un doctor de las gentes». Uno de la fraternidad ofrece a los condenados un cordial aromático, y Fructuoso rechaza:

—No ha llegado aún la hora de romper el ayuno.

Eran las diez de la mañana y el ayuno vigía hasta las tres de la tarde. Ya tomarían en el cielo sabrosa refección.

No consiente el obispo que Augustal, su lector, le quite las sandalias.

—Hijo, mejor será que me descalce yo, fuerte, gozoso y cierto de las promesas del Señor.

Ahora un mílite cristiano pide un recuerdo en la oración del mártir. La respuesta que da en voz alta Fructuoso la airea en su sermón el verbo emocionado de Agustín, como el mejor elogio del cuerpo místico de Cristo:

—Conviene que yo tenga en mi memoria a la Iglesia Católica extendida de Oriente a Occidente.

Y glosa el Pastor de Hipona: «No olvida a ningún miembro el que pide por todos... Tú, pues, si quieres que yo ruegue por ti, no te apartes de esta Iglesia por la que estoy rogando».

Todavía Fructuoso sigue pontificando con la palabra y el ejemplo. Anuncia que a su rebaño no faltará jamás pastor, y habla de que el martirio «es un mal que se esfuma, como la enfermedad de una hora». Y después de consolar a los hermanos, él, con sus compañeros, «entraron en la salud». Así rezan las Actas que acaban de llamar a las pruebas «como una enfermedad». Y empieza el recuerdo del horno bíblico con sus tres purpúreas ofrendas de Ananías, Azarías y Misael, que habrán de recoger todos los breviarios medievales. Hay una pincelada, en las referidas Actas, de verdadera mano maestra: «Así, pues, constituidos en el fuego de este mundo, el Padre no los abandonó, el Hijo los auxilió y el Espíritu Santo estaba con ellos en medio de las llamas». La Trinidad del cielo asistiendo a los tres héroes de la tierra «y el Espíritu Santo —el del incendio de Pentecostés—, con su cortejo ígneo en las llamas».

A la voracidad del fuego cedieron los cordeles, y los mártires quedaron libres, según era costumbre entre cristianos, para alzar las manos y ponerlas en cruz, «constituidos, dice el texto, en la señal de la victoria, hasta que fueron abandonados por sus almas».

La historia comenzada con oros de la aurora, acaba con los oros del martirio por fuego, en un pontifical al que aluden los gozos que actualmente se cantan el 21 de enero en la catedral de Tarragona: «Oh trinidad tarraconense, —rojo terno de Fructuoso...».

MIGUEL MELENDRES

Bibliografía

Act. SS. Boll., Ian., día 21, *Acta Mart.,* consideradas por todos como muy auténticas.
DELEHAYE, H., *Les passions des martyrs,* o.c., 144s.
— *Origines du culte des martyrs,* o.c., 66s.
HARNACK, A., *Chronologie bis Eusebius,* II p.473s.
PRUDENCIO, en *Peristephanon,* himno 6. Véase en *Obras completas de Aurelio Prudencio* (BAC, 1950) 589s.
RUINART, TH., *Acta primorum martyrum sincera et selecta,* o.c.
RUIZ BUENO, D., *Actas de los mártires* (BAC, 1951) 781s.

BEATA JOSEFA MARÍA DE SANTA INÉS

Religiosa († 1696)

La Beata Josefa María de Santa Inés, en el mundo Josefa María Albiñana Gomar, comúnmente Inés de Benigánim, nació en una modestísima casa de la calle San Miguel, en la valenciana ciudad de Benigánim, el 9 de febrero del año 1625. Luis Albiñana y Vicenta Gomar, sus padres, emparentados con la ilustre saga local de los Tudela, Albiñana y Gomar, aunque de no fáciles recursos económicos, formaban un matrimonio ejemplar por nobleza de espíritu y honradez de vida. Consta en el libro de bautismos de la parroquia, tomo IV, folio 11, número 12, que fue bautizada el mismo día de su nacimiento:

> «Dit dia nou de febrer de lo any mil sisens vintisinc, yo el licenciado Vicent Mora, Vicari de la parroquial de Benigànim, Bateig segons ritus de la Santa Iglesia Catolica Romana a una filla de Lluis Albinyana y de Vicenta Gomar, conigues: Hague nom Juse-

pa Theresa; foren compares Esteve Pastor y Theodora Tudela, Rector».

Ocho años más tarde, recibe en la misma iglesia parroquial, hoy de la Purísima Sangre de Cristo, el sacramento de la confirmación, según reza el Acta:

> «A 24 de agosto de 1633, el Reverendisimo Señor don Vicencio Claveria y de Sans, per la gracia de Deu y de la Santa Sede Apostolica, bisbe de Petra y visitador de este Archebisbat de Valencia per lo Illmo. y Rdmo. Sr. D. Fray Isidoro Aliaga, per la mateixa gracia Archebisbe de Valencia del Consell de Sa Magestat, est en la villa de Benigànim confirma a Jusepha, filla de Lloïs Albiñana y Vicenta Gomar-Comare Juana Ana Delgado».

Y allí mismo, poco más tarde, la primera comunión de manos del cura párroco y luego canónigo de Valencia, doctor don Juan Loris. La pequeña Josefa pudo así comprobar cómo su ardiente caridad, en la que siempre vivía inflamada, experimentaba una ternura íntima, a nada comparable, y de qué modo tan misterioso su corazón poseía a Dios y era por Dios poseído. Gobernaba entonces la Iglesia el papa Urbano VIII (1623-44). Y los destinos de España, el rey Felipe IV (1605-65).

De la primera niñez ha llegado hasta nosotros su natural excelente, su pronto dulce, su cándida sencillez que dejaban traslucir no sólo la compostura de su cuerpo, sino sobremanera la modestia singular de su rostro. Al crecer en edad, confirmó con sus buenas costumbres las virtuosas enseñanzas de sus padres. Procuraba, de hecho, ejercitarse en servir a Dios santamente por las prácticas de piedad y, sobre todo, asistiendo a la misa y sagradas funciones. Solía recrear el ánimo con la contemplación de las cosas del Cielo, escogiendo para ello los más secretos lugares. No parecía sino que Dios hubiese puesto sus delicias sobre aquella joven, su sierva, ya por el candor limpísimo que adornaba su alma, ya por su ingenua sencillez que nimbaba con purísima luz su vida toda. Muy devota de la Virgen Madre de Dios, cuyas preclarísimas virtudes ansiaba a toda costa imitar, más de una vez experimentó la gracia de su maternal sonrisa, particularmente cuando, por la temprana muerte de su padre, hubo de pasar a vivir en otra casa.

En efecto, huérfana de padre desde muy joven, resolvió pronto entregarse de lleno a la pureza entre la servidumbre de

su tío don Bartolomé Tudela, en cuya mansión, con el anejo huerto y balsa de regadío y lavadero, empezó a reñir las primeras batallas contra el demonio y a recibir del Señor celestiales consolaciones, prenda de las castas delicias que habían de acariciarla de por vida. Apoyada en la protección de la Madre de Dios, con tal dignidad se condujo que, por la severidad de costumbres y por su delicadísima modestia, impulsaba a guardar la santa castidad a cuantos la observaban. No tardó, sin embargo, en sentir el cerrado acoso de un criado del tío perdidamente enamorado de su belleza, el cual, un buen día, fuera ya de sí, le disparó un trabucazo del que salió milagrosamente ilesa. Las balas dejaron su impacto en las paredes de la escalera por la que Josefa había ganado el piso alto, desde donde pudo ponerse a salvo del furibundo galán. Aquel desagradable incidente terminó de abrirle los ojos para ver el peligro que corría. Resuelta, pues, a consagrarse por entero a Cristo, ideó pronto el santo propósito de ingresar en la clausura de las Agustinas del lugar aprovechándose de la influencia del tío, uno de los cofundadores del monasterio. Con piadosas y humildes súplicas comenzó a implorar del Señor que tuviera a bien llevarla, como a puerto y refugio seguro, a dicho monasterio, para consagrar allí con la profesión de sus votos lo que mucho antes le había generosamente prometido.

Dios acogió propicio sus plegarias, ya que, superados los obstáculos que suelen interponerse en estos casos, concedió en breve tiempo a Josefa lo que pedía. Ingresó como hermana lega en el monasterio de Agustinas de Benigánim el 25 de octubre de 1643. Tenía Josefa entonces, pues, dieciocho años. Pertenecía este convento a la «observancia descalza» fundada el año de 1597 en la diócesis de Valencia, dentro de la Orden de San Agustín, por el arzobispo San Juan de Ribera. Contrariamente a cuanto algunos historiadores y biógrafos dicen, las Agustinas Descalzas fundadas por San Juan de Ribera, nunca han tenido afinidad alguna con el movimiento agustino recoleto descalzo, tampoco tienen absolutamente nada que ver, ni en su origen, ni en su desarrollo, con la Congregación de los Recoletos Descalzos. Las Agustinas Descalzas de España son, hablando con propiedad, las religiosas pertenecientes a los conventos de la re-

forma empezada y promovida por el arzobispo de Valencia San Juan de Ribera, el cual no pretendió formar una Orden nueva, sino perfeccionar la de San Agustín, siguiendo, es cierto, la línea de Santa Teresa, aunque introduciendo, eso también, una gran diferencia: la sujeción al Ordinario del lugar. La Beata Inés de Benigánim, en consecuencia, no fue agustina recoleta, como a veces se dice o se escribe. Expresarse así sería incorrecto. Fue, en realidad, agustina descalza de la Federación de Monjas Agustinas Descalzas de San Juan de Ribera.

Ligada por fin a Dios con más estrechos vínculos, comenzó el nuevo género de vida tan resuelta y tal fue su empeño, que, en el mismo noviciado, a pesar de su todavía temprana juventud, marchaba delante de las otras religiosas. Edificaba a todas con su ejemplo, natural consecuencia de aquel sabroso diálogo que a menudo mantenía con el Señor, pues a veces permanecía absorta en adoración del Sacramento hasta altas horas de la noche, pronta muchas de ellas al uso de la disciplina y a la abstinencia de bebida y alimento. Era como la prolongación del íntimo trato que había mantenido de seglar.

Lejos quedaba ya la casita del tío, escenario de pasados prodigios, de sobrenaturales diálogos con el Señor, de apariciones incluso. En la balsa del huerto fue agraciada un día con la presencia súbita del Niño Jesús mientras ella lavaba la ropa. Hábil manejando el jabón y aclarando la ropa, Josefa era, en realidad, tan indocta y sencilla a la vez que rayaba en lo simplicísimo. Y Dios, claro está, que se complace precisamente en los indoctos y sencillos de corazón, no tarda en acudir hasta con el milagro para hacer posible lo que desde la ciencia humana parece imposible. Josefa María fue, justamente, un claro ejemplo de todo esto.

Así como de Santa Rita de Cascia se cuenta que, a fuerza de regar por obediencia el tronco seco de una añosa parra consiguió después de muchas idas y venidas verlo florecer —todavía subsiste en el convento de Cascia—, así algunos biógrafos de Josefa María refieren que, ante tantos hermosos frutales del huerto, ésta decidió plantar un naranjo convencida de verlo crecer como tantos otros de los frondosos bosques valencianos. Para lo cual, ignorante de la horticultura del Turia, no se le ocu-

rrió mejor idea que plantar la ramita de naranjo en flor por las hojas y no por el tallo. Contra todo pronóstico, también aquí la vida empezó a correr por aquella extraña plantación y el naranjo en ciernes a mostrar su lozanía ante la estupefacción de los entendidos. Se dice que los peregrinos todavía pueden contemplarlo en el huerto de los Tudela.

Fue su vida, se nos dice, un portento de gracia y una gracia de portentos. La frase, tal vez algo retórica, encierra no obstante la síntesis perfecta de aquella consagración religiosa de Josefa María, entretejida toda ella de fuerzas contrapuestas, de tensión dialéctica entre dicha y dolor, bendiciones y tentaciones, regalos y mortificación, sabiduría e ignorancia, y así seguido. Sencilla, humilde, entregada de lleno a la servicialidad comunitaria, era, se puede decir en resumen, un espíritu de sublime armonía entre acción y contemplación. Comprenderemos mejor lo dicho si tenemos en cuenta sus mediocres cualidades intelectuales, más aún, era, diríase, analfabeta. De ahí la sorpresa de todos advirtiendo en ella aquel don de consejo, aquellos conocimientos teológicos fuera de lo común, aquella ciencia no aprendida del alma.

Supo Josefa en el noviciado adquirir, a fuerza de rigurosas penitencias, frecuentes mortificaciones y sostenida plegaria, muchas virtudes. Advirtió pronto que el camino de la Pascua, antes que triunfo y luz y gloria, es cruz y cardos y espinas; antes que resurrección y aleluya y entrada en la gloria, es Getsemaní y es Gólgota y es muerte. La gran lección de Evangelio, pues, aprendida desde temprana edad por Josefa, consiste en imitar a Jesús siguiendo sus mismas huellas, que unas veces son del que sube con la Cruz al Calvario y otras del Peregrino que, haciéndose el encontradizo, sale al camino de los discípulos de Emaús. Brilló Josefa María por sus virtudes, sí; por su elevada oración, también; incluso por los fenómenos sobrenaturales que a menudo la envolvieron, es verdad. Sus éxtasis impresionaban a todos. De ahí que, a la vista de tales hechos, los superiores eclesiásticos de Valencia decidieran promoverla a la categoría de hermana de coro el 18 de noviembre de 1663. En el libro de actas del archivo conventual, folio 92, número 28, consta su profesión y este detalle posterior:

> «A 27 de agosto de 1645 profesó la hermana Josepha de Santa Ines del velo blanco; y el 18 de noviembre de 1663 el Sr. Arzobispo don Martín de Ontiveros la mandó velar de negro para corista y le conmutó la obligacion del divino oficio en que asistiese con las demás Religiosas a coro».

Si su nombre de bautismo fue Josefa Teresa, en la Orden adoptó el de Josefa María de Santa Inés. Ordinariamente se la llamaba Madre Inés. Y cariñosamente en el convento, Nina (en valenciano) o Niña (en castellano).

Es muy posible que a la mentalidad actual, hecha de otra pasta que diría Fray Luis, con otros modos de pensar y otra forma de vivir, le choquen algunos detalles de sus visiones y apariciones, aunque también es preciso admitir que en la mayoría late siempre, dentro de la frondosidad folclórico-taumatúrgica, un poso de austeridad, una chispa de Evangelio. Es el caso, sirva de muestra, del día en que, mientras está dando de comer a las gallinas, se le aparece de pronto el Señor. La religiosa no puede reprimir su sorpresa: «¡Señor: que os vais a ensuciar esa ropa tan hermosa por no estar limpio este lugar!». Lo que el Señor responde, sin embargo, es pura teología de la gracia: «¡Calla, Inés, que a mí nada me ensucia!». Ese «nada me ensucia» nos lleva, a poco que nos esforcemos, a la fiesta del 1 de noviembre, cántico de alabanza a la santidad, según concluye la misa del día proclamando a Dios «el solo Santo entre todos los santos».

Siempre rogaba a Dios ser abrasada con el fuego de su divino amor para conseguir amarle perfectísimamente, y lo cierto es que su amor fue, de verdad, insuperable, o sea, encendido en la más ardiente caridad; inseparable, esto es, sin que, al más puro estilo paulino, nada ni nadie pudiera separarla del amor de Cristo (cf. Rom 8,35); insociable, es decir, sin que ninguna brizna del amor humano pudiese interferir ni enturbiar su estrecha unión con la voluntad divina; y, en fin, insaciable, dado que estaba convencida de que no habrían bastado los amores todos de la tierra para amar a Dios como se merece. Igual que San Agustín y San Bernardo, estaba convencida de que la mejor medida del amor a Dios es amarle sin medida, y que el alma que acierte en amar a Dios con estos cuatro grados de amor será feliz y dichosa: en ellos tendrá la prueba de que ha llegado a transformarse por afecto y, en cierto modo, a divinizarse.

Quiso el Señor llevarla por las irregulares sendas de la profecía y del éxtasis, de las visiones y de las revelaciones. Eso en la vida espiritual entraña, claro es, múltiples peligros y conlleva lógicamente rígidos controles. No una, sino muchas fueron las personas eclesiásticas de prudencia y talento a las que su espiritualidad hubo de someterse para juzgar de ella y discernir. Todas coincidieron en aprobar la ortodoxia de su espíritu y la solidez de su santidad. Y es que la suya, con independencia de los favores del cielo y de las insólitas visiones y de los frecuentes éxtasis, era una santidad arraigada en la más profunda identificación con Cristo, esa que pasa por participar, mediante pruebas interiores y dolor, en las penas de la Pasión; esa que empuja y hace que el alma ascienda hasta la Cruz; esa, en suma, que solemos conocer con la expresión «vivir el Purgatorio en la tierra». Refieren los biógrafos que su abstinencia fue un continuado ayuno; y su diario alimento, poco más que pan y agua.

Pero si dura fue su penitencia, que ofrecía por la conversión de los pecadores, no menos ardiente fue su caridad con las almas del purgatorio. Las biografías abundan en los carismas y las gracias místicas y el espíritu de oración y contemplación, que la mantenían en constante arrobamiento. Entre los fenómenos místicos destaca el de levitación: su espíritu, dicen los más antiguos biógrafos, la arrebataba de tal suerte que ella se mantenía en el aire, clavados los ojos en el cielo. Toda su vida fue un milagro de lo sobrenatural y una mantenida confidencia con el divino Esposo, que se aparecía con frecuencia y con ella dialogaba familiarmente. Iletrada en teología, fue no obstante consejera espiritual de grandes personajes que la consultaban secretos de vida y asuntos de gobierno. Adornada de virtudes y llena de méritos, en fin, y ya en la recta final de su vida en la tierra, el Señor le hizo la merced de conocer de antemano su próxima partida: los días anteriores a su muerte, el Señor la regaló de señalados favores que las mismas hermanas de la Comunidad pudieron percibir.

Sor Dorotea de la Cruz, priora del Convento de Religiosas Agustinas Descalzas de Benigánim, certifica el 20 de julio de 1881 que en el libro de ingresos, profesiones y defunciones

de dicho convento, folio 201, número 34, se halla la siguiente partida de defunción: «A 21 de enero de 1696 murió la Venerable Madre Josepha de Santa Inés, cargada de años y merecimientos, contaba a la sazón 71 años de edad y 52 de religión». Voló al cielo, pues, largamente experimentada en virtud y bien entrada en senectud, el día mismo de su patrona Santa Inés, virgen y mártir. Su olor de santidad no hizo sino crecer y difundirse a raíz de la muerte, razón por la cual el 18 de febrero de 1729, la Priora y Comunidad de Benigánim nombraron por acta notarial los primeros postuladores encargados de solicitar del señor Arzobispo de Valencia la incoación del proceso.

Fue el papa Gregorio XVI quien, cumplidos los requisitos de entonces, aprobó el decreto de virtudes en 1838. Estancada la Causa casi medio siglo, León XIII promulgó el 9 de marzo de 1886 el decreto sobre la verdad de dos milagros atribuidos a la Sierva de Dios. Oído el dictamen favorable de los cardenales el 8 de junio de 1886, aprobó solemnemente con fecha 11 de diciembre del mismo año el decreto que dejaba libre el camino para la beatificación. La madre Josefa María de Santa Inés de Benigánim fue, al fin, beatificada por León XIII el 21 de febrero de 1888 y su memoria litúrgica recurre en el actual *Martirologio romano* el 21 de enero.

Algunos libros aseguran que sus restos se conservan en el monasterio de las Agustinas de Benigánim, lo cual fue cierto hasta la Guerra Civil 1936-39. Su tumba entonces, como tantas otras, fue salvajemente profanada y los restos dispersados, y el convento y la iglesia, pasto de las llamas. Según fuentes de su actual Comunidad, el cuerpo desapareció sin que hasta la fecha se haya podido saber dónde fue a parar, ni tan siquiera si existe. Sólo se conserva una reliquia. Incluso se aseguró en su día que unos desalmados de pueblos comarcanos lo habían escondido en un pajar. Otros, que fue quemado. Corrió la voz también, tiempo atrás, de que en unas obras de la ciudad habían aparecido restos humanos que alguien, llevado del esnobismo, quiso identificar con los de la Beata, pero pronto un cuidadoso examen lo desmintió. El actual convento se ha ido reconstruyendo a fuerza de muchos sacrificios de la Comunidad agustiniana, eso sí, y la memoria de la Beata Inés sigue atrayendo a la iglesia

numerosos devotos que acuden a ella en demanda de favores o para rendirle piadosa gratitud. Junto al altar, en medio de los ex-votos, una lápida pregona con laconismo tan rocambolesca historia: «1936: Sacrílego incendio de esta iglesia.1944: Homenaje de devoción y desagravio a la Beata Inés. Restaurado el sepulcro es colocada una imagen yacente con una reliquia de la Beata en sustitución de su glorioso cuerpo desaparecido».

> «Lo que más importa —manifestó el 9 de enero de 1956 el entonces arzobispo de Valencia, don Marcelino Olaechea— es su vida, el ejemplo maravilloso que nos dejó con sus virtudes. El que nosotros nos miremos en ella y aprendamos a la luz de ese ejemplo a ser santos con el temple y el vivísimo amor a Dios con que ella lo fue».

Y luego, precisando ya facetas de imitación:

> «La paciencia de la Beata Inés, su dulzura, su sencillez de corazón, su amor a la cruz de la enfermedad y de las tentaciones horribles que soportó, su desprecio de todo lo que no fuera amar y servir al divino Esposo, su fidelísima observancia religiosa, y aquel espíritu de ángel que siempre aureoló su vida (componen) esa lección actualísima que viene a dar solución a muchos problemas presentes y a llevar de la mano a tantas almas que aspiran. como la Beata a escalar la santidad».

El mejor resumen lo hacía el benemérito prelado con una frase que puede antojarse tópica, pero que encierra toda la fuerza de una cabal definición: «La Beata Inés es un modelo vivo del Santo Evangelio».

PEDRO LANGA, OSA

Bibliografía

BENAVENT, F., *Vida, virtudes y milagros de la Venerable Josefa María de Santa Inés, religiosa del convento de Benigánim, adicionada por el presbítero Juan Bautista Martínez y Tormo, Postulador de la Causa* (Valencia 1882).

P. DE LA DEDICACIÓN DE LA VIRGEN DEL PILAR, OAR, *La azucena de Valencia. Vida, virtudes y carismas de la Beata Josefa María de S. Ines (vulgarmente, Inés de Benigánim)* (Valencia 1973).

LEDOCHOWSKI, M., CARD., «Litterae Apostolicae de beatificatione Venerabilis Servae Dei Iosephae Mariae a S. Agnete. Leo PP. XIII. Ad perpetuam rei memoriam», en LEONIS XIII, P. M., *Acta,* vol. VIII-X (Graz 1971) 135-141.

LOPEZ-MELUS, R. M., *Beata Inés de Benigánim* (Valencia 1982).

Martyrologium romanum, o.c., 104.

PANEDAS, P., *Josefa María Inés de Benigánim. La Nina* (Marcilla 1994).

RANO, B., OSA, «Fisonomía y fin de los movimientos de recolección y descalcez de la Orden Agustiniana en España»: *La Ciudad de Dios* 182 (1969) 30-65: esp. 54-57.

TOSCA, T. V., *Vida, virtudes y milagros de la Venerable Madre Sor Josefa María de Santa Inés* (Valencia 1775).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN EPIFANIO DE PAVÍA

Obispo († 496)

Este santo obispo desarrolló una admirable actividad a favor de la Iglesia y de los pueblos en un tiempo sumamente difícil, pues fue el tiempo de la invasión de los bárbaros.

Había nacido en Pavía en el seno de una familia acomodada y de niño fue admitido por el obispo Crispín en el clero diocesano, en el que fue subiendo según los grados, ordenándose de diácono el año 458 a la edad de veinte años. Dedicado a la oración, al estudio de la sagrada Escritura y al cumplimiento de sus deberes, se acreditó de tal modo que, antes de morir, el obispo Crispín lo recomendó al metropolita de Milán como su mejor sucesor. Y en efecto el año 466, a la muerte de Crispín, fue consagrado obispo de Pavía.

De su labor como obispo se ha subrayado la serie de útiles embajadas que desempeñó ante diversos tronos, siempre para utilidad común, resaltando la que cumplió ante el rey Gundobaldo de los burgundios, obteniendo la libertad de seis mil prisioneros.

Fue muy sobresaliente su labor de reconstruir Pavía tras la tremenda devastación causada en la ciudad por el enfrentamiento entre los ejércitos de Orestes y Odoacro. Epifanio derrochó caridad e inventiva para que llegara ayuda a todo tipo de persona.

Su calidad humana y religiosa fue reconocida por todos y verdaderamente brilló como un gran pastor de la Iglesia de su tiempo. Estando en una embajada en Rávena enfermó, pero pudo llegar a Pavía donde entregó su alma a Dios el 21 de enero del año 496.

SAN MEINRADO
Martir († 861)

Nace en el seno de una familia campesina en Sulichgau, junto a Wurtemberg en Alemania. Sintiendo la vocación religiosa ingresó en el monasterio suizo de Reichenau de monjes benedictinos, donde hizo la profesión religiosa y en su momento fue ordenado de presbítero. Fue dedicado a la enseñanza de los jóvenes.

Sintiendo la llamada a la soledad, pidió permiso a sus superiores para llevar vida de ermitaño, y la licencia le fue concedida, yéndose a seguirla en un vecino bosque. Pero muy pronto su soledad se vio turbada por la cantidad de personas que venían a verlo y a pedirle consejo. Entonces se alejó y se estableció en las cercanías de Einsiedeln. Aquí pudo llevar durante veinticinco años una vida de completa soledad, dedicado a la contemplación y la continua plegaria en medio de una enorme austeridad.

Su asesinato el 21 de enero del año 861 tuvo lugar cuando llegaron hasta su soledad unos ladrones a quienes él acogió bondadosamente. Los dos ladrones pensaron que Meinrado ocultaba un tesoro y para hacerse con él lo asesinaron. Se dice que fueron detenidos porque dos cuervos los persiguieron hasta Zurcí. Ambos confesaron su crimen antes de ser quemados vivos.

Su cuerpo fue recogido y honrado como el de un mártir, y en el sitio donde él vivió surgió luego el monasterio de Einsiedeln, aún existente

BEATOS JUAN BAUTISTA TURPIN DU CORMIER Y COMPAÑEROS
Martires († 1794)

Tal día como hoy del año 1794 fueron guillotinados en Laval trece sacerdotes diocesanos y un fraile franciscano, acusados oficialmente de ser enemigos de la República Francesa, al negarse a hacer el doble juramento que se les pedía: el del acata-

miento a la constitución civil del clero y el llamado de libertad-igualdad.

En principio estaban condenados a la deportación como tantos otros sacerdotes refractarios, pero su vejez o enfermedad les había impedido ser deportados. Les habían tenido detenidos en el convento llamado de la Patience desde que empezaron a llegar en octubre de 1792. Liberados por los vandeanos y vueltos a detener tras la derrota de éstos, su escasa salud les hizo muy dura la prisión, aparte el escaso miramiento con que fueron tratados.

El día 21 de enero de 1794 por la mañana temprano tuvo lugar el juicio contra ellos, en el que uno tras otro se fueron negando a prestar los juramentos que se les pedían y fue dictada contra ellos sentencia de muerte sobre la base de esta negativa. Todos alegaron su condición de sacerdotes católicos, leales a la Iglesia, para justificar su negativa y recibieron la sentencia de muerte con tranquilidad.

Del juicio fueron llevados al patíbulo y uno tras otro fueron guillotinados. Sus nombres son: Juan B. Turpin du Cormier, párroco de la Trinidad, de Laval; Juan María Gallot, capellán de las monjas benedictinas; José Pellé, capellán de las clarisas de Laval; Renato Luis Ambroise, adscrito a la parroquia de la Trinidad; Julián Francisco Morin, adscrito a la parroquia de San Venerando; Francisco Duchesne, prebendado del cabildo de San Miguel; Jaime André, párroco de Rouessé-Vasse; Andrés Duliou, párroco de Saint Fort; Luis Gastineau, capellán de Port Brillet; Francisco Migoret, párroco de Rennes-en-Grenouille; Julián Moulé, párroco de Saulges; Agustín Manuel Philippot, párroco de Bazouge-des-Alleurs; Pedro Thomas, capellán del Hospital de San Julián en Chateau-Gontier; Juan Bautista Triquerie, sacerdote de la Orden franciscana conventual.

Pío XII beatificó a estos mártires de Cristo el 19 de junio de 1955.

SAN ALBANO ROE Y OTROS MÁRTIRES INGLESES

El día 21 de enero de 1642, reinando Carlos II, el príncipe que en el destierro había prometido libertad o al menos no per-

secución a los católicos de su reino cuando llegase a rey, pero que ya en el trono no logró impedir que los martirios siguieran, fueron ajusticiados en la plaza londinense de Tyburn dos sacerdotes católicos: el benedictino Albano Roe y el sacerdote secular Tomás Reynolds o Green.

El primero se llamaba inicialmente Bartolomé, adoptando el nombre de Albano cuando se hizo monje benedictino, y había nacido en Suffolk en el seno de una familia protestante. Su formación literaria fue en Cambridge, y cuando era estudiante se ofreció a ir a visitar en la cárcel a un obrero católico que se negaba a abjurar de su religión. Bartolomé no solamente no convenció al católico preso sino que quedó tocado él mismo por los razonamientos que éste le hizo, y a partir de ahí comenzó una crisis interior que le condujo al catolicismo. Habiendo optado por el sacerdocio, ingresó en el colegio de Douai en 1608 para ser sacerdote, pero tres años más tarde era despedido del colegio por su mal temperamento. Entonces pidió y obtuvo ingreso en la abadía benedictina de Dieulouard (Lorena) y profesó como monje, ordenándose luego de sacerdote. Luego de desempeñar otros ministerios en su Orden fue enviado a la misión inglesa, siendo un tiempo después apresado y pasando cinco años en la cárcel. Salió de ella en 1623 gracias a la influencia del embajador español y debiendo abandonar el país; pero volvió muy pronto y de nuevo fue detenido, estando nada menos que quince años en la cárcel antes de ser juzgado. Albano convirtió su cárcel en lugar de intenso apostolado y servicio cristiano a los presos. Pero logró, además, que el carcelero le dejara libre durante el día, volviendo a dormir a la cárcel, lo que le posibilitó un intenso trabajo sacerdotal con los fieles de Londres. Juzgado finalmente en Old Bailey, fue condenado a muerte.

Tomás Green, conocido por Reynolds, era natural de Oxford, donde nació en 1563. Ingresó en el Seminario de Reims en 1587 y de ahí pasó a Valladolid y luego a Sevilla en 1591, donde se ordenó de sacerdote. Pasó a la misión inglesa, y habiendo sido apresado en 1606, fue desterrado. Volvió al poco y trabajó fructuosamente hasta 1628 en que fue apresado, juzgado y condenado a muerte. La reina Enriqueta logró impedir la ejecución, y Tomás permaneció en la cárcel hasta

que en 1642 el Parlamento exigió del rey severidad con los católicos.

Ambos mártires antes de ser ajusticiados recitaron el *Miserere*. Rezaron públicamente por el rey y se despidieron de la multitud que había acudido. Luego fueron ahorcados y descuartizados.

San Albano Roe fue canonizado el 25 octubre 1970 y Tomás Reynolds beatificado el 15 diciembre 1929.

Este mismo día 21 de enero pero del año 1586 fueron martirizados en la misma plaza de Tyburn los Beatos Eduardo Stransham y Nicolás Wheeler, ambos sacerdotes seculares. El primero era natural de Oxford y el segundo de Hereford y usaba también el apellido de Woodfen, y ambos habían estudiado juntos en el Seminario de Douai, ordenándose juntos de sacerdotes en Soissons el 15 diciembre 1580. Ambos trabajaron celosamente en la misión inglesa, cada uno por su parte, hasta que apresados ambos y llevados ante el juez, confesaron su fe católica y fueron condenados a muerte como traidores a la corona. El primero fue beatificado el 15 diciembre 1929 y el segundo el 22 noviembre 1987.

SAN JUAN NI YOUN IL

Mártir († 1867)

En la persecución coreana contra la Iglesia los fieles seglares, como ya queda dicho en otro lugar, pese a que su conversión al cristianismo era reciente, demostraron una fe profunda y seria, y por ello concurrieron a la palestra a luchar por el evangelio con su testimonio martirial junto con sus misioneros.

Tal día como hoy, 21 de enero, del año 1867 padeció martirio en el pueblo de Toi-Kon un seglar llamado Juan Ni Youn Il. Tenía 45 años de edad y se había acreditado ante los misioneros como para encomendarle el cargo de catequista de los niños y de los catecúmenos, cargo que él desempeñaba con gran celo. Estaba casado y era padre de familia. Se ganaba la vida como agricultor.

Cuando fue arrestado, se quiso a todo trance conseguir su apostasía, ya que si el catequista apostataba, ello sería buen ar-

gumento para conseguir que otros fieles lo hicieran. Por ello fue atrozmente atormentado. Primero fue molido a palos, recibiendo innumerables azotes que lo dejaron maltrecho, y como esto no fue suficiente para que apostatara se le descoyuntaron los huesos, lo que le produjo dolores terribles. El mártir soportó con viva fe y gran paciencia los tormentos, teniendo delante de su alma los dolores de Cristo en su pasión y ofreciendo al Señor su vida en gratitud por el don de la fe y la redención que de Él había recibido. No vaciló un momento en su confesión cristiana y admiró a todos la alegría que mostraba de padecer por Cristo. Consumó su martirio cuando su cabeza fue separada de un tajo de su cuerpo, volando al cielo su hermosa alma.

La comunidad cristiana conservó el recuerdo de éste, como de los otros mártires, y por ello su nombre estuvo en la lista dorada de los que canonizó en Seúl el papa Juan Pablo II el día 6 de mayo de 1984.

22 de enero

A) Martirologio

1. En Valencia (España), San Vicente († 304), diácono de Zaragoza y mártir **

2 Igualmente la conmemoración de San Valero († 305 o 316), obispo de Zaragoza, que llevado a Valencia con San Vicente, luego fue desterrado *.

3. En Novara (Liguria), San Gaudencio († 418), primer obispo de esta sede.

4. En Bethsaloe (Persia), San Anastasio († 628), monje y mártir *.

5. En el monasterio de Romans de los Alpes, la deposición de San Bernardo († 842), abad y obispo de Vienne, fundador de dicho monasterio

6. En Sora (Lacio), Santo Domingo († 1031), abad, fundador de varios monasterios y reformador de la vida monástica.

7 En Pisa (Toscana), Beata Maria Manzini († 1431), viuda, priora del monasterio de Santo Domingo.

8 En Como (Lombardía), Beato Antonio della Chiesa († 1459), presbítero, religioso dominico.

9. En Londres, Beato Guillermo Pattenson († 1592), presbítero y mártir en la persecución de Isabel I *.

10. En Tonkín, los santos Francisco Gil de Frederich y Mateo Alonso de Leciniana († 1745), presbíteros, religiosos dominicos misioneros y mártires.

11. En Roma, San Vicente Pallotti († 1850), presbítero, fundador de la Sociedad del Apostolado Católico **.

12. Beato Guillermo José Chaminade († 1850), presbítero, fundador de la Sociedad de María, Marianistas **.

13. En Junín de los Andes (Argentina), Beata Laura Vicuña († 1904), virgen, alumna de las Hijas de María Auxiliadora *.

14. En Castelletto del Garda (Véneto), Beato José Nascimbeni († 1922), presbítero, fundador del Instituto de las Hermanitas de la Sagrada Familia **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN VICENTE

Presbítero y mártir († 304)

La situación de la Iglesia hacia el año 300 no podía ser más halagadora. Eusebio, historiador objetivo que vivió aquellas fechas, llega a decir que una muchedumbre incontable de personas diariamente se acogía a la fe de Cristo. A pesar de ello, se desencadenó una nueva persecución, la última de aquella serie y la más duradera, pues, iniciada por Maximiano y Diocleciano, fue continuada por otros emperadores hasta que Constantino y Licinio concedieron en 313 la libertad de cultos.

En marzo del 303 se publicó el primer edicto imperial, en el cual se ordenaba que las iglesias fueran arrasadas y los libros sagrados echados al fuego. Como penas, se establecía que las personas ilustres serían tachadas de infamia y que los plebeyos perderían la libertad. A poca distancia de ese edicto siguieron otros, ordenando el encarcelamiento de los jefes de la Iglesia y obligarles a sacrificar a los dioses sin parar en medios; que se diera tortura sin limitación, a criterio de los magistrados, a todo cristiano que no renegase de sus creencias; y para que nadie pudiera escapar, todo el mundo debía presentarse en determinado día para ofrecer a los dioses el sacrificio prescrito.

Las leyes no podían ser más severas ni más difíciles de burlar. Maximiano se dio prisa para que se cumplieran los edictos en nuestra Península, cuya cristiandad era floreciente, y para

ello mandó al prefecto Daciano. Éste estuvo en España un par de años y se dio a conocer en todas partes por su fanatismo y crueldad. A él debemos la gloria de tener tantos mártires y gracias a ellos ha perdurado el nombre de Daciano. Entró por los Pirineos. Dejó la pequeña Gerona al cuidado del juez Rufino, pasando él a Barcelona. En esa ciudad se conformó con un escarmiento pasajero sacrificando a Cucufate, un apóstol seglar, y a la jovencita Eulalia, una espontánea. Y siguió el camino hasta Zaragoza, la floreciente colonia César Augusta emplazada a orillas del Ebro. Allí se encontró con el obispo Valerio, el diácono Vicente y un grupo numeroso de cristianos tenaces, decididos a todo menos a renegar la fe. Zaragoza fue la ciudad de España que tuvo más mártires.

Las actas que poseemos sobre el martirio de San Vicente son tardías, mas concuerdan en lo sustancial y en muchos detalles con el himno de Aurelio Prudencio y con los panegíricos que le dedicó San Agustín. Vicente descendía de una familia ilustre y era hijo de padres cristianos. Piadoso y despierto que era, se aficionó de muy joven al servicio de la Iglesia. Valerio, el obispo, era un celoso propagador de la fe, pero hallándose ya anciano y con dificultad en el hablar, adivinó en el joven Vicente un buen colaborador. Le ordenó diácono, le nombró su arcediano, o sea, el primero de los siete diáconos que había en las iglesias catedralicias, y le encargó el ministerio de la predicación. Vicente predicaba y convencía. Por su elocuencia, fervor y ejemplaridad de vida pronto se hizo popular.

En eso, llega Daciano a Zaragoza. Sacrifica a los dioses según costumbre, publica el edicto y espera. Comienzan las denuncias y consiguientes encarcelamientos. Valerio y Vicente, maniatados, fueron conducidos a la cárcel. Daciano no se atrevió a juzgarlos en la misma ciudad, sin duda por temor a un tumulto. Se marchaba a Valencia y llevóse a los presos. Allí, lejos del apoyo moral de los feligreses, creía ablandarlos con más facilidad.

Ya en Valencia, fueron conducidos un día ante el tribunal. El agotado obispo no se explicaba a satisfacción del Prefecto; mas allí estaba Vicente dispuesto a secundarlo, y lo hizo con frases tajantes: «No creemos en vuestros dioses. Sólo existe Cristo y el Padre, que son un solo Dios. Nosotros somos sier-

vos suyos y testigos de esa verdad. Arráncame, si puedes, esta fe». Daciano se desentendió del anciano obispo, mandándolo al destierro; mas, para el arrogante diácono comenzaron los tormentos.

La justicia romana utilizaba la tortura como medio corriente para arrancar a los reos la verdad. Para con los cristianos sucedía a la inversa: se les atormentaba para que negasen. Había diversos grados de tortura: el potro o ecúleo, los garfios y tenazas y, finalmente, el fuego. Vicente pasó por todos ellos. En primer lugar lo extendieron sobre el ecúleo para descoyuntarle los miembros. Viendo que el joven aguantaba impávido, el juez ordenó que le desgarraran el cuerpo con garfios de hierro. Entre tanto, Vicente decía:

> «Te equivocas si piensas que me castigas desgarrando estos miembros, mientras no puedes manchar el alma libre e intacta. Te empeñas en romper un vaso de tierra, por otra parte frágil, que de todas formas ha de quebrarse pronto».

A Daciano le desconcertó la entereza de aquel joven y, comenzando a dudar del triunfo, cambió de método. «Pase —le dice— que no quieras sacrificar a nuestros dioses; pero, entrégame por lo menos los libros de tu religión para que los eche al fuego». Vicente se niega una vez más, rotundamente, y Daciano, cegado por la ira, ordena el supremo grado de tortura, el fuego. El mártir es colocado sobre unas parrillas puestas al rojo y aplican a su cuerpo hierros candentes. Vicente permanecía inmóvil en medio de aquel horrendo suplicio; sólo levantaba los ojos al cielo, no pudiendo levantar las manos porque las tenía atadas.

Con frecuencia, los hagiógrafos nos presentan a los mártires como insensibles a los tormentos. Aunque alguna vez se pudiera dar este caso por gracia especial, lo ordinario no fue así, los mártires sentían las torturas en sus carnes y padecían de verdad. El auxilio divino no consistía en hacer el tormento innocuo, sino en hacerlo llevadero. Y es que Dios nuestro Señor, cuando nos pone en un apuro, del orden que sea, nos da al mismo tiempo las gracias necesarias para salir de él. Nunca somos probados por encima de nuestras fuerzas. Vicente no hubiera resistido aquello humanamente. Resistía porque Dios le ayudaba. Era la gracia di-

vina. Lo cual nunca pudieron comprender los paganos y atribuían tanta resistencia a obstinación, teatralidad o magia.

Vicente salió triunfante una vez más de aquella prueba. Antes se cansaron los verdugos de atormentar que el Santo de resistir. No sabiendo qué hacer de aquel cuerpo horriblemente lacerado y quemado, Daciano, consciente de la derrota, se lo sacó de delante, mandándolo al lugar más oscuro del calabozo.

Parece que el poeta Prudencio visitó esta cárcel, pues unos años más tarde, al cantar el martirio de nuestro Santo, la describe en estos términos: «En el fondo del calabozo hay un lugar más negro que las mismas tinieblas, un covacho que forman las estrechas piedras de una bóveda inmunda; allí reina una noche eterna y jamás llegó a penetrar un rayo de luz». Despojando lo que hubiere de exaltación poética, esta descripción concuerda con lo que eran algunas celdas; más lóbregas que las comunes, para castigar e incomunicar a determinados prisioneros.

Pero Dios no abandonó a Vicente. Aquella noche el calabozo se iluminó de pronto, el suelo quedó sembrado de flores, el Santo se vio sobre un lecho mullido y los ángeles descendieron junto a él y le recreaban con celestiales armonías, mientras uno de ellos le decía con rostro sonriente: «Levántate, ínclito mártir, y únete como compañero nuestro a los coros celestiales». Vicente, que había resistido tantos tormentos, no resistió el goce anticipado de la felicidad celeste y falleció en aquellas circunstancias. Se convirtió el carcelero, que se había dado cuenta de todo, y un grupo de cristianos fue a rendirle homenaje.

Pasamos por alto las hermosas leyendas que se tejieron alrededor de su entierro. El cuervo que defendía el cuerpo sagrado de la voracidad de otras aves; la piedra atada al cadáver, la cual, en vez de sumergirlo en el mar, lo retorna a la orilla. Los artistas medievales echarán mano de estos atributos para representar al santo diácono.

El culto a San Vicente se propagó enseguida. San Agustín atestigua que la Iglesia de África leía públicamente las actas el día de la fiesta. El papa San León Magno en Roma y San Ambrosio en Milán hicieron el panegírico en el aniversario de su muerte. Elogian la intrepidez de nuestro Santo San Isidoro de Sevilla y San Bernardo. En la Roma medieval había tres basí-

licas dedicadas a San Vicente. Las había también en otras partes de Italia, en Francia y en la Dalmacia (actual Yugoslavia). El culto favoreció el reparto de reliquias. Se encuentran éstas en muchas ciudades de España, Portugal y Francia, a donde las llevó, según cuentan las crónicas, el rey franco Childeberto, en el siglo VI, y las repartió por París, Metz, Castres y Besançon. Alrededor de los traslados de reliquias han surgido también curiosas leyendas, que, si no responden siempre a la estricta verdad, dan idea de la gran devoción que le tenían los fieles. San Vicente ha resultado ser el más famoso de los santos españoles, sin duda porque hasta el último momento supo hacer honor al nombre de *Vincentius,* o sea invicto.

JUAN FERRANDO ROIG

Bibliografía

Act. SS. Boll., Ian., día 22. Otras dos *Passiones.*
ALLARD, P., *Histoire des persécutions,* IV p.237s.
DELEHAYE, H., *Les origines du culte des martyrs,* o.c., 418s.
LAGGER, L. DE, *St. Vincent de Saragose* (1927).
LECLERCQ, H., *Les martyrs,* o.c., II p.437s.
MAILLÉ, M. DE, *Vincent d'Agent et Vincent de Saragose* (París 1949).
Passio Sancti Vincentii levitae, ed. en TH. RUINART, *Acta primorum martyrum sincera...,* o.c., fueron posteriormente completadas. En BAC Normal, 75 p.995s.
PRUDENCIO, en *Peristephanon,* himno 5. Véase en BAC Normal, 58 p.555s.

SAN VICENTE PALLOTTI

Presbítero († 1850)

Nace el 21 de abril del año 1795, en el seno de una acomodada familia establecida en Roma. Su padre, Pedro Pablo Pallotti, un comerciante bien situado con acreditada rectitud; su madre, María Magdalena de Rossi, una mujer de acendrada religiosidad. Fue el tercero de diez hijos, y siempre recordó la exquisita formación religiosa recibida de sus progenitores: «El Señor me ha dado unos padres santos y yo he aprovechado de ambos sus enseñanzas». Fue bautizado al día siguiente de su nacimiento en la parroquia de S. Lorenzo in Damaso. Fue alumno de las Escuelas Pías de S. Pantaleón, de donde pasó al Colegio Romano. Una tía suya monja clarisa en 1810 fue a vivir con sus

padres al haber destruido los franceses su convento, contribuyendo durante su estancia a decidirle por el camino de la perfección, dándole a conocer la espiritualidad franciscana y a vivirla como miembro de la Tercera Orden.

Recibió el presbiterado el 18 de mayo de 1818, celebrando su primera misa en la iglesia del Corazón de Jesús de Frascati. Su máxima preocupación fue dar a conocer el amor de Dios, dejándose dominar por la gloria y la grandeza de su amor infinito para divinizarse el mismo hombre y convertirse en un apóstol lleno de fuerza y de gracia. En 1834 comienza a desarrollar una idea que ha visto con providencial claridad: debe activarse la energía de los seglares en la obra del apostolado misionero para propagar la fe entre los hombres. El 14 de abril del año siguiente inició la Sociedad del Apostolado Católico, su obra.

En un siglo con nuevas familias religiosas surge una con un fin específico que no se propone nada de particular o insólito, sencillamente, coordinar y potenciar todas las obras existentes llamando a colaborar a sacerdotes y laicos. Se necesitaba la colaboración de los laicos en el apostolado de la Iglesia, hombres y mujeres de toda clase social. Comenzó instruyendo a los niños del Oratorio de Santa María del Pianto, abrió más tarde dos escuelas para aprendices, predicó a nobles y militares, dedicó su mayor atención a los pobres, renunció a honores y beneficios eclesiásticos, aceptando, sin embargo, la dirección espiritual del Seminario Romano, y de los Colegios de Propaganda Fide, escocés, irlandés, griego e inglés.

Entre 1837 y 1845 transcurrió el período heroico de su obra, viéndose marginado por la incomprensión y la envidia, perseverando y dilatándose en la acción: «¡No creas que eres incapaz de lograr menos que los mayores santos! Con la gracia de Dios, conseguirás metas aún más altas».

La novedosa consideración del laicado como parte integrante de la Congregación, con los mismos deberes misionales, derechos y privilegios espirituales, descubrió su riqueza carismática advirtiéndole de la urgencia del apostolado bajo la dirección de la jerarquía. En este sentido fue el precursor de los fines y actividades de la Acción Católica, de ahí que de inmediato formaran parte de su Congregación médicos, abogados, tipógrafos, ebanistas...

En 1835 se hace cargo de la Iglesia Nacional de los Napolitanos de Roma, desplegando su inagotable actividad apostólica con conferencias semanales a los sacerdotes, misiones populares y predicando ejercicios espirituales. Dios ocupaba el centro de su vida con el ferviente deseo de perseverar en el amor a Dios. En este sentido su apostolado universal era la consecuencia del amor divino, una espiritualidad que ha dejado una profunda huella en el último tercio del siglo XX según la preocupación sobre el apostolado seglar del Concilio Vaticano II, que reiteradamente ha manifestado el papa Juan Pablo II recordando la vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo. «Trabajemos, trabajemos incansablemente en la propagación de la fe y en suscitar el amor por la infinita gloria de Dios».

En enero de 1836 celebró por primera vez el Octavario por la unidad de las iglesias cristianas.

Durante la epidemia colérica del año 1837 Pallotti y sus amigos se dedicaron decididamente a atender a los apestados, acreditándose de manera notable entre los romanos la admirable caridad de todos ellos. En 1838 surgió la primera comunidad femenina de las Hermanas del Apostolado Católico, al tomar el hábito cinco educadoras de la Pia Casa di Carità de Roma.

También se consagró con ahínco a paliar las necesidades de las misiones en países no cristianos y de la Iglesia en naciones no católicas. Al estallar la revolución de los republicanos radicales en 1849 sufrió persecución, en razón de lo cual tuvo que esconderse durante los meses de febrero a julio. Era considerado como «amigo de los jesuitas» y «enemigo del pueblo», encontrando refugio en el Colegio Irlandés. Durante su estancia en el mismo escribió de rodillas el devocionario titulado «Dios, el amor infinito», donde dejó muestra de su esclarecido espíritu mediante sencillas meditaciones del Credo apostólico para los fieles, mostrando la riqueza de su vida interior: «¡Oración! ¡Oración! Para que llegue el momento en que se pueda hacer todo».

La Virgen María tuvo un lugar principal en su corazón y en su espiritualidad: «con este amor intento amarla y deseo que sea amada y honrada siempre por todas las criaturas». Por amar y hacer amar a «mi más que enamoradísima Madre» publicó de-

vocionarios, convirtiéndose en el apóstol de la piadosa práctica del Tributo cotidiano a María, según las obras de San Buenaventura.

Amigo fraterno de San Gaspar del Búfalo, a quien confesó y confortó en su tránsito, y de quien actuó como testigo en el proceso informativo para la causa de canonización: «Caso verdaderamente raro. El sacerdote romano que declaró e informó para la canonización del sacerdote romano».

El amor a los pobres constituye una exigencia intrínseca y fundamental, dando ejemplo con su testimonio caritativo de caridad fraterna y contribuyendo a la civilización del amor. Un gran esfuerzo llevado a cabo con providente visión profética que «constituye el documento de identidad de los Palotinos en la Iglesia».

El crecimiento de la Sociedad y la multiplicación de sus iniciativas lo indujeron a aceptar la iglesia de S. Salvatore in Onda como sede de la misma, debiendo realizar costosas obras de restauración en la fábrica. Falleció el 22 de enero de 1850, recibiendo sepultura en la iglesia de S. Salvatore in Onda. A su muerte se fundó la Congregación Misional de las Palotinas que estableció su sede central en Limburgo (Alemania).

Su cuerpo fue reconocido en 1906, siendo colocado en 1950 debajo de la mesa del altar mayor. Fue beatificado por Pío XII el 22 de enero de 1950. El 20 de enero de 1963 fue declarado Santo por el Beato Juan XXIII en la Basílica Vaticana, proclamándolo patrono principal de la Unión Misional del Clero el 6 de abril de 1963.

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

AAS 42 (1950) 176-182ss y 55 (1963) 801-808
Bibliotheca sanctorum, t.XII cols.1181-1186.
Index ac status causarum, o.c., 581
Martyrologium romanum, o.c., 106.
L'Osservatore Romano (21 y 22-1-1963; 22 y 28-4-1995).
STELZER, K., *Vicente Pallotti. Un santo para hoy* (Estella 1978).

BEATO GUILLERMO JOSÉ CHAMINADE

Presbítero († 1850)

Guillermo José Chaminade vio la luz en Périgueux, la ciudad francesa donde vivían los suyos, humilde familia de artesanos y comerciantes, el 8 de abril de 1761, cuando en Francia estaban de moda los ataques a la religión y un nuevo modo de pensar, crítico hacia la fe, pugnaba por abrirse camino en la sociedad. A la Cátedra de San Pedro había subido en 1758 el cardenal Rezzonico con el nombre de Clemente XIII, y los jesuitas, pese al apoyo del Papa, habían sido expulsados de Portugal un año después. Decimocuarto y último de los hijos que el matrimonio Blas Chaminade y Catalina Béthon sacó adelante, sólo seis llegarían a edad adulta, Guillermo José fue bautizado el mismo día de su natalicio en Saint Silain, la más importante de las seis parroquias de la ciudad, después de la catedral Saint-Front. El padre había causado baja como maestro vidriero y se dedicaba al comercio de telas en un modesto establecimiento de la calle Teillefer. Difíciles tiempos aquéllos para mantener a tantos de familia, y eso que los Chaminade pertenecían a la pequeña burguesía; eran de costumbres recias, religiosas, bien inculcadas a los hijos. Guillermo José hablará mucho de la influencia de su madre.

Terminada la escuela primaria fue con su hermano Luis Javier, tres años mayor que él, al Colegio de Mussidan, del que era director Juan Bautista, el hermano mayor, jesuita que, al suprimirse en Francia la Compañía de Jesús (1762), se había incardinado en Burdeos. La Congregación sacerdotal de San Carlos, a la que Juan Bautista se había adherido, dirigía Mussidan, cuyo reglamento educativo influirá en nuestro Beato cuando redacte las Constituciones de la Compañía de María. Aunque Mussidan no era propiamente seminario, muchos alumnos iniciaban allí los estudios sacerdotales. Al confirmarse, añadió José al nombre de pila como queriendo significar así su sensibilidad mariana: José fue la primera persona más cercana a María, la cual ya para entonces destacaba en su vida de fe. Peregrino tiempo atrás al santuario de Verdelais para agradecer una curación, ahora empezó a visitar la pequeña iglesia de Nuestra Señora de la Roca, en el mismo Mussidan, junto al río Isle, cuya curiosa ima-

gen de María con Jesús niño en brazos y con Jesús tras el descendimiento de la cruz parecía señalarle el camino de la encarnación y de la misión. En 1775 profesa en privado pobreza, castidad y obediencia y en 1777 pide con Luis Javier el hábito eclesiástico.

Le atrae, pese a todo, la vida religiosa y de ahí su visita a conventos de la comarca, aunque por ninguno se decide en vista de que, uno tras otro, todos, por diversos motivos, le van decepcionando. Y es que la vida religiosa había caído mucho desde unos años antes de la Revolución. Ya en 1770 la Asamblea Nacional del Clero había propuesto medidas tendentes a evitar lo peor, pero ni así. Sólo en Francia llegaron a cerrarse por esos años más de cuatrocientos cincuenta conventos y desaparecieron ocho órdenes religiosas. De manera que su hermano Juan Bautista le aconseja ingresar siquiera provisionalmente en la Congregación sacerdotal de San Carlos.

Terminadas las humanidades, acude a Burdeos y de allí a París para cursar filosofía y teología. Su estancia parisina dura cuatro años en el seminario de San Sulpicio, donde tiene por maestros a futuros mártires de la Revolución. Tres de sus hermanos son ya sacerdotes cuando él recibe allí la ordenación sacerdotal en 1785, año también de su Doctorado en teología. De vuelta en Mussidan, es nombrado profesor de matemáticas, física y química, y administrador del Colegio en el que su hermano Luis Javier es prefecto de estudios y Juan Bautista director. Bajo los tres Chaminade, Mussidan vive los mejores años de su historia. Pero el panorama político iba deteriorándose por días. Como último recurso, Luis XVI decidió convocar a los Estados Generales, no reunidos desde 1614, y Guillermo José salió compromisario para la elección de diputados que en representación del clero de Périgueux debía ir a París.

Los acontecimientos iban a precipitarse: estalla en el verano de 1789 la Revolución Francesa y al siguiente, 12 de julio, se aprueba la constitución civil del clero que convierte a los sacerdotes en funcionarios del Estado e instrumentos de una «Iglesia nacional». Juan Bautista muere a principios de 1790. Los sacerdotes de Mussidan se niegan a jurar y tienen que cerrar el Colegio. Con Robespierre llega el terror. Guillermo José

no tiene más remedio que irse a Burdeos, donde, por menos conocido, puede ser más útil. «El San Vicente de Paúl bordelés», disfrazado de vendedor ambulante o de calderero, resuelve dificultades, visita enfermos, celebra sacramentos clandestinamente y compra la viña de San Lorenzo, pequeña finca con casa en las afueras de la ciudad donde instala a sus padres: será refugio para él y cuna para la Compañía de María.

Pero aquello no para. Proclamada la República en 1792, los sacerdotes negados al juramento tienen que salir al destierro. Se impone la vida clandestina, pues hasta 300, muchos de ellos sacerdotes amigos suyos, son guillotinados en Burdeos. Sigue a pesar de todo ejerciendo el ministerio, contrariamente a tantos, obispos incluso, que juran la constitución civil, cuya finalidad era implantar una Iglesia nacional independiente de Roma. Con la caída de Robespierre en 1794 vuelve la luz. Se arbitran normas para la reinserción sacerdotal de los que habían jurado, y Guillermo José no tarda en verse entre quienes deben controlar aquello. Piensa entonces en los jóvenes para reconstruir la vida diocesana y abre a tal fin oratorios y lugares de reunión. Desdichadamente la calma dura poco, pues la Convención ordena expulsar a cuantos no hubieran jurado y la Municipalidad de Burdeos elabora una lista de quienes, expulsados de Francia, habían vuelto después de 1794. Por más que Guillermo José quiso probar que nunca había dejado la ciudad, le fue imposible ver borrado su nombre. Así que el 18 de septiembre de 1797, con los jacobinos en el poder, cruza la frontera rumbo a España y la víspera del Pilar llega a Zaragoza. Del Garona en Burdeos al Ebro en Zaragoza, pues.

Le impresiona la fe popular a orillas del Ebro, donde él mismo pasa largos ratos orando. Allí fraguaron muchos proyectos que luego irían saliendo a flote. Ante la Virgen del Pilar intuyó lo que acabaría siendo la Compañía de María. De ahí que tantas obras marianistas lleven hoy el nombre de «El Pilar». Y allí también comprendió, a fuerza de repetir el *«Nova Bella elegit Dominus»,* que María estaba señalando la necesidad de una nueva manera de trabajar y misionar: como ella en la columna, «fuertes en la fe», portando a Jesús, conformando una gran comunidad misionera al servicio de la fe. Los exilia-

dos se convencieron pronto de que había que volver a Francia igual que se va a un país de misión. A consecuencia de la vorágine revolucionaria, el suyo ya no era un país cristiano; había que convertirlo aplicando nuevos métodos apostólicos. Esta idea se le grabó hasta tal punto que, cuando funde la Congregación primero y luego el Instituto de Hijas de María y la Compañía de María, insistirá mucho en el carácter misionero de su apostolado.

De nuevo en Burdeos con el crepúsculo de 1800 y en la miseria total, su antigua criada María Dubourg tiene que prestarle hasta una cama para dormir. Por si fuera poco, autoridades y pueblo recelaban de los que ahora volvían. Nada quedaba de lo anterior. La Santa Sede le otorga en marzo de 1801 el título de Misionero apostólico, único que aceptó y transmitió luego a los Superiores generales de la Compañía de María. Para empezar, abrió un oratorio en la calle de San Simeón, donde celebraba la eucaristía y atendía a los necesitados. Allí nacerá la Congregación de la Inmaculada, muy pujante luego. Mientras, le llega el nombramiento de Administrador apostólico de Bazas, a la sazón vacante, cargo que mantiene hasta que la diócesis es unida a la de Burdeos.

A partir de ahí y hasta su muerte, toda su historia va a ser el desarrollo progresivo, y a la vez complejo, de esa nueva manera de concebir la evangelización y la Iglesia. Al revés que muchos fundadores, lo primero que hace es trabajar con los seglares. En su Congregación de la Inmaculada, tienen cabida jóvenes, adultos, hombres y mujeres, con los que forma verdaderas comunidades de fe y de misión. Las celebraciones en la Iglesia de La Magdalena, centro de la ciudad (que hoy sigue siendo la iglesia marianista de Burdeos), impresionan por el nuevo estilo. Todos los grupos sociales están representados. Y al comprometerse, lo hacen con una «consagración misionera», en alianza con María, para lo que Jesús les diga. Este sentido mariano y misionero será el sello original de la Familia Marianista.

El 8 de diciembre de 1800 doce jóvenes se consagran de modo solemne a la Virgen. Aunque el dogma inmaculista se proclame cincuenta años después, la Congregación nace ya defendiéndolo públicamente. Ésta fue desde el principio su obra

predilecta, de la que, como inspirador y director, estaba convencido que era el camino a seguir por la Iglesia de Francia: «unión sin confusión». La presidenta de la rama femenina fue mucho tiempo M. Teresa Lamourous, luego fundadora de la Obra de la Misericordia. Y una de las congregantes más activas, Adela de Batz de Trenquelléon, fundadora con él de las Hijas de María Inmaculada (Marianistas: FMI) el 25 de mayo de 1816 en Agen. Fue asimismo el germen de la Compañía de María (Marianistas: SM) que él también, junto con el joven congregante seglar Juan Bautista Lalanne, fundó el 2 de octubre de 1817, en la finca de San Lorenzo, de Burdeos. Su «composición mixta», que representará en la Iglesia un modelo nuevo de congregaciones religiosas, ni clericales ni laicales, encuentra al principio dificultades para su aprobación por la Santa Sede. La Compañía de María, no obstante, la tiene como uno de sus mayores tesoros, al suponer un modelo integrador y original en la vida religiosa masculina.

Se distinguía el nuevo Instituto por «una verdadera y sólida devoción a María: es decir, la práctica de los tres grandes deberes de esta devoción: honrarla, invocarla e imitarla». Pero él no pretendía reducir la vida del congregante a un acto permanente de piedad personal. La Congregación debía ser una «milicia activa» y por eso eligió como lema: *Maria Duce* (con María por capitana). Desde entonces serán treinta años de promoción y animación de las tres ramas: los grupos de seglares, las religiosas, y los religiosos. La misión es universal, y esto supone disponibilidad para acoger diversos compromisos evangelizadores. Siguiendo el ejemplo de los seglares, la Compañía de María y las Hijas de María se implican en la tarea educativa, pero siempre desde una intención de formación en la fe y de extender las comunidades de fe. Ambas congregaciones están incluso llamadas a trabajar por y con los seglares.

Desaparecidas o reducidas casi a la nada muchas órdenes, Guillermo José soñaba para su Congregación con «el hombre que no muere». La quería sólida, pero flexible. Él mismo atravesó en 1806 una situación económica difícil que le obligó a plantearse dejarla. Tras meses de reflexión, decidió seguir adelante, una vez resuelto el problema con ayuda de su familia. La ten-

sión entre la Iglesia y Napoleón crecía mientras tanto. Su hermano Luis Javier fallece en 1808 y un incendio deja La Magdalena, oratorio de la Congregación, hecho cenizas. Napoleón, en efecto, hace prisionero al Papa en 1809 y se anexiona los Estados Pontificios. Pío VII firma la bula de excomunión al Emperador, y éste decreta el 15-9-1809 la desaparición de todas las asociaciones religiosas. Sonaba de nuevo la hora de la clandestinidad, de donde le sacó la restauración borbónica. Pero Napoleón consigue huir de la isla de Elba en marzo de 1815 y regresa a Francia. Guillermo José vuelve a ser detenido por monárquico, confinado en el fuerte de Ha, y deportado poco después a Cliateauroux. Napoleón sólo dura cien días, al cabo de los cuales abdica para siempre. Burdeos, al fin, se le abre apoteósico a Guillermo José y la nueva situación hace que su obra pase al primer plano bordelés. No pocos de la nueva clase dominante ingresan en sus filas. La Sociedad de María, o Marianistas, para distinguirla de la Sociedad de María de los Maristas, recibió el decreto de alabanza en 1839, vio confirmada su organización en 1865 y aprobadas sus Constituciones en 1891.

Difíciles, sin embargo, fueron los diez últimos años de su vida. Se le presionó indebidamente para que dejase el cargo de superior general e incluso le impidieron relacionarse con sus fundaciones. El 7 de enero de 1841, en efecto, dimitía, aunque sin desentenderse por ello, claro es, del progreso de la obra. Sus últimos años, ya él anciano, estuvieron curtidos por esas duras pruebas que Dios permite a veces para acrisolar la santidad de sus siervos. En 1848 hace testamento en favor de los pobres de Burdeos, donde, después de haber sufrido un ataque de apoplejía que le paraliza el lado derecho y le priva del habla, muere el 22 de enero de 1850. Tuvo que llegar la investigación histórica del siglo XX para dejar clara su heroica fidelidad hasta el final. Introducida la causa en Roma el 9 de mayo de 1918, y declarada la heroicidad de sus virtudes el 18 de octubre de 1973, fue al fin beatificado por el papa Juan Pablo II el 3 de septiembre de 2000, en pleno Año jubilar, junto a otros siervos de Dios, entre ellos Juan XXIII. Se cumplían doscientos años de su primera fundación y ciento cincuenta de su muerte: todo un signo para la Iglesia.

Nunca dejó de considerar a María como su fuerza secreta, y de ver en la cruz la única y verdadera esperanza del mundo. Hizo gala de una capacidad inusual para comprender las necesidades del momento.

> «Resistiendo no sólo a los motines revolucionarios, sino también a la no menos dramática e, incluso, perniciosa amenaza de la indiferencia religiosa que minó los cimientos mismos del cristianismo, demostró, según Juan Pablo II, cualidades de imaginación y audacia apostólicas que hunden sus raíces en la auténtica santidad».

No fue su comportamiento en medio de los desórdenes el de un nostálgico de lo que se estaba perdiendo, sino el de un profeta de lo que estaba por llegar, siempre ojo avizor a los signos de los tiempos. El suyo fue un sí a la Libertad, como apertura y tolerancia y respeto a la conciencia personal; sí a la Igualdad, creando una congregación religiosa en que laicos y sacerdotes trabajan unidos con iguales derechos y deberes; sí a la Fraternidad, mediante la creación de comunidades de fe, vida y misión, de seglares, religiosas y religiosos con estilo sencillo, cordial y familiar. Su espiritualidad parece responder a diversas fuentes: Constituciones de los Oblatos de San Carlos de Mussidan, maestros de la Compañía de Jesús, Comunidad de San Sulpicio en Francia, y, en España, los Trapenses exiliados, especialmente el famoso abad Rancé, de donde provendría el inspirar sus fundaciones en la Regla de San Benito.

Doctrina tradicional la suya, llena de sabiduría y discreción, en la que destacan el espíritu de fe y de oración, la piedad filial hacia la Virgen María y el celo apostólico. Preside su obra esa fe viva, práctica, cordial, de la que hubo de echar mano tantas veces. La inculca a dirigidos, la predica a ejercitantes, la mima en sus cartas. Alimento de su oración, oración de fe dirá, de tal suerte la recomienda, propone y practica que se le puede llamar, a justo título, apóstol de la oración. También, «Apóstol de María». De hecho, sus fundaciones llevan su nombre. Es la suya una devoción filial y apostólica. Filial por basada en el abajamiento del Verbo que toma la forma de esclavo, más que en el estado del Hijo de María en quien el Verbo ha realizado sus santas humillaciones. *Maria, de qua natus est Iesus* es el texto evangélico que abre las Constituciones de la Sociedad por él fundada. Y

en lo del carácter apostólico, arrancaría de Zaragoza, en todo caso sale ya en el bienaventurado Griñón de Montfort. Habría fundado sus congregaciones, en resumen, para darle a María ministros y soldados prestos a trabajar a sus órdenes y combatir a su lado. Por otra parte, también enseña con fuerza la mediación universal de la Virgen preludiando así el gran movimiento que ve en María a nuestra necesaria y universal mediadora. Y es, en fin, un adelantado de la Inmaculada.

Quiere que sus religiosos sean «verdaderos misioneros» dispuestos a «multiplicar los cristianos» (su expresión favorita), y que los colegiales se conviertan en semillas de virtud. Como director de almas y escritor de la oración, su método comprende las «virtudes de preparación» (o sea, los cinco silencios: de la palabra, de los signos, de la imaginación, del espíritu, de las pasiones, a relacionar con las «noches» de San Juan de la Cruz), el «trabajo de purificación» (que nos libra de la causa permanente de nuestras faltas, inherentes unas a nuestra fragilidad natural, otras solicitándonos desde fuera), y las «virtudes de consumación» (o sea, el sacrificio donde la víctima recibe el golpe mortal en la humildad, la abnegación de sí misma, la renuncia al mundo y la pobreza: el alma se reviste así de Jesucristo para vivir con él de la fe, la esperanza y la caridad). Lo resumiría bien esta frase de sus Constituciones: «La perfección consiste en la imitación de Jesucristo, Hijo de Dios, devenido Hijo de María para la salud de los hombres».

> «Vuestro fundador —preciso Juan Pablo II al XXXII Capítulo General de los Marianistas (7 VII 2001)—, estableciendo una Sociedad que combinara las diferentes vocaciones propias de la Iglesia —sacerdotal, religiosa y laical—, anticipo la enseñanza del concilio Vaticano II de que todos los bautizados, sin excepcion, estan llamados a una santidad que no conoce limites (cf LG 5) Al enviar la Sociedad a misionar, comprendio que la verdadera santidad es el seno de la verdadera mision, y que todos los cristianos estan llamados a ser misioneros El exito de la nueva evangelizacion en el alba del tercer milenio depende de la acogida renovada de estas verdades sin tiempo»

Los suyos fueron proyectos de servicio a una sociedad menesterosa de la presencia de un Dios que quiere misericordia y alegría y salvación. Guillermo José Chaminade perdura con su

irresistible atractivo y su fondo prodigioso como un referente de la Iglesia en la hermosa faceta del apostolado didascálico, y es buena prueba de que hoy como ayer también es posible vivir en toda su profundidad y alegría el Evangelio de Jesús.

PEDRO LANGA, OSA

Bibliografía

AA.VV., *Marianistas. Cien años en España* (Madrid 1987).

BENLLOCH, E., *El mensaje Chaminade hoy* (Madrid 1988).

GIZARD, V., *Guillermo José Chaminade. Odres nuevos para un vino nuevo* (Madrid 1998).

LEBON, H., SM, «Chaminade (Guillaume-Joseph)», en *Dict. Spirit.,* II-I (París 1953) cols.454-459.

MADUEÑO, M., *Fuertes en la fe. Marianistas* (Madrid 1984).

Martyrologium romanum, o.c., 106.

ORTEGA, E., *El hombre que quiso llamarse José* (Madrid 1999).

ROUSSEAU, H., *Le Réveil religieux au lendemain du Concordat. G. J. Chaminade* (París 1913).

SANTOS IGLESIAS, A. M., «Guillermo José Chaminade», en C. LEONARDI-A. RICCARDI-G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los Santos,* I (Madrid 2000) 1014-1017.

SIMLER, R. P., *G. J. Chaminade, Fondateur de la Société de Marie et de l'Institut des Filles de Marie* (París 1901).

VASEY, V., «Chaminade, Guillaume-Joseph», en G. PELLICA-G. ROCCA (eds.), *Dizionario degli istituti di perfezione,* II (Roma 1975) cols.857-861.

BEATO JOSÉ NASCIMBENI

Presbítero († 1922)

Como se recuerda en el documento conciliar sobre la vida de los presbíteros,

> «Por el sacramento del orden, los presbíteros se constituyen en vivos instrumentos de Cristo y del orden episcopal y al mismo tiempo que representa, a su modo, a la persona de Cristo tiene la gracia singular de servir al pueblo encomendado y conseguir más aptamente la perfección de Aquel a quien representan [...] Así pues, ejerciendo el ministerio del Espíritu y de la justicia, se fortalecen en la vida del Espíritu, con tal que sean dóciles al Espíritu de Cristo, que los vivifica y conduce, pues ellos se ordenan a la perfección de la vida por las mismas acciones sagradas que realizan cada día, como por todo su ministerio, que desarrollan en unión con el obispo y los presbíteros; pues la santidad de los presbíteros contribuye poderosamente al cumplimiento fructuoso del propio ministerio» (PO 12).

Estos principios de la tradición de la Iglesia, confirmados por el Concilio Ecuménico Vaticano II, fueron siempre los que alimentaron la fe, la vida y las obras apostólicas del presbítero José Nascimbeni, que con razón pertenece al número de aquellos excelentes sacerdotes que, animados por la voz interior, aceptaron dejarse guiar por aquella dulce y misteriosa voz que un día les dijo: *Sígueme* (Mt 9,9), y dejando todas las cosas, se hacen semejantes a Jesucristo en el sacerdocio ministerial, y con fortaleza y fidelidad testifican la muerte y resurrección y el amor misericordioso del Señor, entregándose generosamente con alegría a la salvación de los más necesitados para seguir construyendo el edificio de la Iglesia y así conducir a los hombres a aquella morada celestial, cuya claridad es semejante a las piedras preciosas (cf. Ap 21,11).

José nació en Torre del Benaco en la costa oriental del lago Benaco en una hermosa aldea de la diócesis de Verona, el día 22 de marzo de 1851, hijo de Antonio Nascimbeni y Amadea Sartori, matrimonio humilde y trabajador —él era carpintero— que supieron formar una auténtica familia cristiana. De carácter espontáneo, gran simpatía y dotado de gran inteligencia y excelente memoria, desde niño se mostró muy piadoso e inclinado a las cosas de la Iglesia. Realizó sus estudios primarios en su pueblo natal y, a partir de 1862, los continuó en Verona. Primero fue educado por los jesuitas en el Real Instituto y completó sus estudios de bachiller, filosofía y teología en el seminario episcopal de la ciudad.

Durante sus estudios en el Instituto de los jesuitas empezó a considerar muy atentamente en presencia de Dios la vocación sacerdotal y después de muchos días y horas de oración sintió con toda claridad que la voz del Señor le llamaba a tan alto ministerio; y así a los 18 años de edad, en 1869, vistió la sotana clerical. En el seminario diocesano recibió diligente y cuidadosamente una sólida educación humana, intelectual y espiritual como preparación al deseado sacerdocio. Y el 19 de marzo de 1874, de manos del obispo Luis de Canossa, recibió la ordenación plenamente entregado a la divina voluntad y con ánimo firme y decidido.

Estuvo tres años enseñando en la escuela primaria de San Pedro de Lavagono (Verona), años plenos de trabajo y múlti-

ples actividades, en los que con ardor y mucha diligencia se dedicó a educar a los niños y aumentar su formación; estuvo muy atento con los jóvenes del Oratorio, cuidándolos, incluso en caso de enfermedad. Además predicaba a todos la palabra de Dios, y administraba con solicitud los sacramentos; en una palabra, Don José hacía eco, para el futuro, de las palabras del Vaticano II: «Entre todos los medios de educación, el de mayor importancia es la escuela» *(Declaración sobre la educación cristiana,* GE n.5). A todos estos trabajos en el campo de la educación de los niños y jóvenes, añadió la fundación de un instituto particular para atender de modo especial a aquellos alumnos que mostrasen indicios de vocación sacerdotal. Pero en 1877 fue trasladado a Castelletto de Brenzone, en el Lago de Garda, como vicario del anciano párroco, Donato Brighenti, con el que colaboró cordial y generosamente en todas las actividades parroquiales. Muerto el párroco, Don José, que ya había empezado a ser querido por todos durante aquellos siete años como vicario, fue nombrado el 6 de octubre de 1884 párroco de la iglesia de San Carlos, en cuyo oficio permaneció infatigable y de modo admirable hasta el día en que pasó de esta vida a la comunidad del cielo.

Durante sus cuarenta y cinco años en Castelletto, pueblo de casi mil habitantes, predicó con ardor y sin desmayo las enseñanzas evangélicas obteniendo ciertamente no pocos frutos de salvación. Y lo mismo se puede decir de todas sus obras apostólicas con las que se ingenió para dilatar y extender el Reino de Dios entre todos sus feligreses.

Conociendo que uno de los mejores modos de educar en la fe consiste en la catequesis del pueblo cristiano, Don José se dedicó con renovadas fuerzas a la educación y formación de los niños y adolescentes y, cómo no, también de los adultos, para que su fe en Jesucristo, Salvador de los hombres, quedara consolidada para toda su vida. A esta catequesis dedicó no pocas horas a lo largo de su vida, de forma regular, insistente, y estableciendo los medios pedagógicos más oportunos para hacerla llegar con facilidad a todos sus parroquianos, incluso a los más sencillos.

A semejanza del divino Maestro (cf. Lc 18,16), tuvo especial interés y se aplicó, con más dedicación y esfuerzo, a los niños y

a los jóvenes, a los que profesaba un paternal cariño y a los que se entregó mediante el trabajo de asegurarles una madurez espiritual y humana dentro de la Iglesia, sin dejar de preocuparse seriamente acerca de su porvenir, ya que ellos son el futuro de la Iglesia y de la sociedad. Solía repetir: «Hasta mi último aliento no dejaré de entregarme a la formación de los jóvenes, porque sé que de ellos hay que esperar todo lo mejor para la religión, la familia y la patria». No descuidó a las chicas, y al igual que había hecho con la fundación de una residencia para los chicos, también lo hizo para que las jóvenes cristianas adquiriesen una digna formación en todos los campos.

Cuidó asimismo de la vida familiar, que es la primera y principal célula vital en la sociedad de los hombres, para que fuese verdaderamente «una Iglesia doméstica», de tal modo que en sus relaciones interpersonales pudiera llegar a manifestarse en ella la triple función profética, sacerdotal y real, y que fuera testimonio de la Iglesia de Cristo. Nada omitió para ayudar a la formación y ser útil a las nuevas familias tanto en lo espiritual como en lo material; y luchó contra todos aquellos aspectos contrarios que descalifican y destruyen el amor conyugal y la santidad del matrimonio. Para conseguir estos propósitos, estableció la «Pía Confraternidad de Madres Cristianas», y multiplicó las reuniones y las enseñanzas, para que los padres aprendieran y estuvieran lo mejor preparados para la tarea de educar cristiana y humanamente a sus hijos, tarea en la que no puede ser realmente sustituida la familia.

Fue un pionero en hacer participar a los laicos en todos los asuntos parroquiales, haciéndoles ver que debían ser corresponsables en todos los asuntos de la parroquia, y renovó e instituyó cofradías y asociaciones que mejor garantizaran el buen funcionamiento del culto y las obras de caridad.

Con toda su energía y fuerza trabajó para que en su comunidad se viviera una auténtica piedad y vida litúrgica que es la fuente y la cima de todo quehacer cristiano, y sin descanso desarrolló la labor de que, con sus fieles parroquianos, se edificara una verdadera iglesia y un templo santo para el Señor en la que pudiera habitar el Espíritu, hasta llegar a la medida de nuestra plenitud en Cristo.

Para él siempre fue una fuente constante de preocupación atender con esmero a los pobres, los ancianos, los enfermos, los moribundos, los emigrantes, los faltos de trabajo y los huérfanos; a los que de muchos modos y a lo largo de muchos años supo con gran bondad y liberalidad dar y especialmente entregarse a sí mismo.

Los que se entregan a estimular la santidad de su pueblo, como Don José, son los que le sirven del mejor modo posible, no sólo en el campo de lo espiritual, sino en todos los aspectos que conforman la sociedad humana. De ahí que la aldea de Castelletto, en comparación con todas las demás de su región, comenzó a sobresalir como ejemplo de progreso humano y social. Se restauraron los edificios de la antigua iglesia parroquial; favoreció e incrementó la escuela primaria y fundó un Instituto privado de enseñanza para futuros sacerdotes y para jóvenes que se quisieran preparar para futuros estudios universitarios; edificó una residencia para los ancianos, talleres de confección para muchachas; instaló una imprenta, colaboró para que en el pueblo se abriera una oficina postal y de telégrafo, instituyó una Caja de ahorros agrícola. Trajo al pueblo el agua corriente de las casas y la electricidad, fundó una almazara y una cooperativa aceitera, y lo entregó todo a la dirección local de Castelletto para que lo administrara debidamente.

Don José, como se ve, con la ayuda de Dios, estuvo unido a su pueblo en las alegrías y las esperanzas, en el luto y la angustia de los hombres, especialmente en la de los pobres y de cualquiera que estuviera afligido; como discípulo de Cristo, nada que fuera verdaderamente humano, le fue ajeno.

Se percató casi enseguida de que no sólo su parroquia, sino otras muchas comunidades parroquiales de la vecindad necesitaban ayuda pastoral urgente, a fin de atender a la educación humana y espiritual de sus gentes. A lo largo de varios años trató de pedir ayuda a diversas congregaciones religiosas femeninas para socorrer tantas necesidades, especialmente en la atención a niñas, ancianos y enfermos; pero al ver la inutilidad de sus esfuerzos, en un primer intento, en 1888, con la ayuda de Antonia Gaioni constituyó en la parroquia un grupo de seis mujeres unido a las ursulinas de Brescia. Pero habiendo muerto

Antonia prematuramente se deshizo el intento. Así pues, después de haber orado y consultado con el obispo coadjutor de Verona Mons. Bartolomé de Bacilieri, el año 1892 fundó la Congregación de las Hermanitas de la Sagrada Familia conjuntamente con una humilde y sencilla mujer cooperadora, Madre María (Doménica) Mantovani, que fue la primera Superiora General hasta su muerte ocurrida en 1934.

La nueva familia religiosa optó por adherirse al espíritu de la Tercera Orden de San Francisco, y Don José con mano segura y paterna, rigió el Instituto hasta el final de su vida. La Institución creció rápida y felizmente, de manera que el año 1922 las hermanas eran 1.200, repartidas en distintas diócesis de Italia. La formación que Don José dio a sus religiosas estuvo repleta de atenciones y sumo cuidado, especialmente en lo espiritual a fin de que las hermanas alcanzasen con destreza y prontitud las mejores virtudes cristianas para entregarse, llenas de caridad y humildad, al servicio de las parroquias, es decir de sus fieles más necesitados, alegres de poder ver en sus hermanos la presencia real y misteriosa del mismo Jesucristo.

La Congregación obtuvo la aprobación diocesana en 1903 y la pontificia en 1910, año en que ya contaba con 320 religiosas en 64 parroquias. Actualmente la Congregación está extendida en Italia, Suiza, Argentina, Paraguay, Uruguay, Brasil y Angola.

Tantas obras y actividad, aunque hechas sin publicidad y sin ruido, no pudieron menos de ser conocidas y observadas por muchos con admiración, especialmente una obra creada en favor de los soldados heridos y mutilados a causa de la gran guerra de 1914-1918, por la que Don José fue honrado con grandes cruces y honores cívicos, a los que no tardó en sumarse la elevación a la dignidad eclesiástica de Protonotario eclesiástico, por parte del mismo San Pío X.

La sola exposición de sus preocupaciones y trabajos pastorales en favor de su pueblo da testimonio de su vida. Don José fue el sacerdote buen pastor que conocía a sus ovejas y ellas a él y a las que dedicó toda su vida. La comunidad parroquial supo ver en su fe firme y en su vida ejemplar, serena y totalmente entregada, un testigo fiel de Jesucristo, un guía seguro en los tiempos difíciles en los que le tocó vivir y trabajar.

Esta dedicación estaba fundada en una personal y continua unión con Dios, generada en la oración constante y diaria, en una gran confianza en la divina Providencia, en una fervorosa celebración de la misa y en la recepción del sacramento de la reconciliación, así como en sus grandes devociones: la Eucaristía, la Sagrada Familia y un culto acendrado a la Virgen María, a la que siempre encomendó todas sus obras y de la que esperaba todo remedio espiritual y temporal.

Nada tenía en cuenta, ni su bienestar, ni su cansancio, ni las cosas materiales de las que se sentía completamente desprendido con tal de lograr que sus fieles encontrasen el verdadero camino. Su confianza en Dios fue siempre grande y animosa y las contrariedades no hacían sino estimular su ingenio y su caridad. Compasivo con todos los que pasaban alguna necesidad, los encomendaba al Señor y continuamente los estimulaba a la conversión del corazón; lo mismo hacía consigo mismo en el dominio de las cosas exteriores; de segura prudencia, inigualable humildad, sinceridad y sencillez, desbordaba simpatía y respeto a los demás. Fue siempre constante en la fortaleza de ánimo, especialmente en las dificultades y ante las ambiguas opiniones religiosas de algunos, sobresaliendo en justicia, austera templanza e igualdad de ánimo —aunque fuese de un carácter vivo y alegre—. Brilló por su inocente castidad, una obediencia siempre disponible hacia sus superiores y a la Iglesia, a la que amaba de todo corazón y a la que trató de servir como a una buena madre, y de cuyo magisterio y normas pastorales fue siempre fidelísimo discípulo.

El día 31 de diciembre de 1916, Don José, que hasta entonces había gozado de una salud sana y robusta, sufrió una hemiplejia en el lado izquierdo, que le ató durante muchos años a una silla de ruedas; tan larga invalidez la llevó con gran paciencia y aceptación de la divina voluntad, sin descuidar empero la atención a su parroquia y a todas las obras por él emprendidas.

Deseoso de la vida eterna, murió en la aldea Castelletto, el día 21 del mes de enero del año 1922, no sin antes haber gritado con alegría: «¡Viva la muerte!, porque es el principio de la vida». El clero, las Hermanas Siervas de la Sagrada Familia, y todo el pueblo, que ya en vida le tenían por santo, le tributaron

una grandiosa celebración y fue sepultado en olor de multitudes, reconociendo todos en él un verdadero hombre de Dios. Su cuerpo, que descansó un año en el cementerio del pueblo, fue trasladado posteriormente a la Casa madre de las Hermanitas de la Sagrada Familia de Castelletto, donde ahora reposa.

Pasado el tiempo, la fama de santidad no sólo continuó, sino que aumentó por numerosas regiones de Italia, por lo que el obispo de Verona inició en 1952 el proceso de beatificación y canonización, hasta que por fin, el 17 de febrero de 1984, en Roma, se emitió el decreto sobre la heroicidad de sus virtudes. El 8 de mayo de 1987 se aprobó el milagro atribuido a la intercesión de José Nascimbeni y obrado, en 1967, en una niña de tres años a la que prodigiosamente sanó de una peritonitis aguda de la que los médicos habían declarado que era mortal.

Cumplidos, pues, todos los requisitos, el papa Juan Pablo II lo beatificó en la misma ciudad de Verona el 17 de abril de 1988. El papa en la homilía de su beatificación resumía así, para sus compaisanos, la vida de Don José:

> «José Nascimbeni fue un sacerdote de vuestra diócesis, un pa rroco de vuestra tierra, un Pastor de almas vinculado a los problemas pastorales y a las instancias sociales de una poblacion tan cercana en costumbres y tradiciones a la gente veronesa de hoy»

Y al mismo tiempo fue un testigo singular de Cristo por medio de la solicitud amorosa, inteligente y activa para con las necesidades de su pueblo; un pionero en la promoción de obras y servicios sociales, y en abrirse de modo cristiano a las exigencias cada vez más urgentes de su tiempo.

La fuente de su celo por las almas era la Eucaristía, de la que estaba enamorado hasta el punto de no decidir nunca una cuestión importante sin haber rezado primero por mucho tiempo ante el Santísimo Sacramento. Vivió su misión de párroco con espíritu misionero, abierto a las necesidades de la Iglesia, dedicado a construir o a reconstruir la fe y la experiencia de Cristo en el alma de sus fieles. Por eso instruía a los niños y a los adultos con predicaciones constantes, tenía especial interés en la enseñanza de la catequesis, era diligente en ofrecer a los adultos ocasiones de reflexión sobre la doctrina y sobre la moral cristiana, generoso en promover la formación de los jóvenes a través

de los oratorios masculino y femenino. Estos instrumentos de apostolado, que figuran en la tradición de esta Iglesia en Verona, fueron el campo de su santificación como Pastor de almas. Con estos medios consiguió insertarse plenamente en la vida de su pueblo, al que amaba y quería llevar a Dios. Procuraba arreglar disensos, proveer a las necesidades de los más pobres, atraer a los alejados, a quienes buscaba con celo, atender a los enfermos, a los soldados, a los emigrantes, a los pobres a los que consideraba sus señores, porque le robaban el corazón.

Con este espíritu apostólico instituyó la congregación de las Hermanitas de la Sagrada Familia, para extender aún más, por medio de su obra, su ministerio de párroco. Quiso vincular la congregación al trabajo pastoral de las parroquias con la intención de que propagase la devoción a la Familia de Nazaret modelo de vida y de santidad para todas las familias cristianas.

Nuestro Beato confirma la verdad de la frase de la primera carta del apóstol San Juan: «Quien guarda su palabra, ciertamente en él, el amor de Dios ha llegado a su plenitud». Así, pues, todos nosotros damos gracias al Resucitado por el testimonio del amor perfecto a Dios y al prójimo, que se manifestó en la vida del nuevo Beato José.

LUIS M. PÉREZ SUÁREZ, OSB

Bibliografía

Acta Apostolicae Sedis, 76 (1984) 740-746; 79 (1987) 1124-1126; 83 (1991) 123-125.
FONTANESI, M. L., «Nascimbeni, Giuseppe», en G. PELLICA-G. ROCCA (eds.), *Dizionario degli istituti di perfezione,* VI (Roma 1980) cols.247-248.
— «Picole Suore della Sacra Famiglia», en ibid., 1648-1651.
L'Osservatore Romano (ed. en español) (17-4-1988) 5; (24-04-1988) 1-2.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN VALERO DE ZARAGOZA

Obispo y mártir († 305 o 316)

Valero era obispo de Zaragoza a comienzos del siglo IV, cuando tiene lugar el concilio de Elvira en el que él firma en sexto lugar. Tenía como diácono a San Vicente, y con él fue de-

tenido cuando llegó el año 303 la persecución de Diocleciano, y apareció el furioso perseguidor Daciano por Zaragoza.

Ambos ministros del Señor, Valero y Vicente, fueron conducidos a Valencia, donde comparecieron ante el gobernador. Valero le rogó a Vicente que respondiera él por tener el propio obispo cierto impedimento para expresarse, y así la magnífica confesión de fe que hizo el santo diácono era no solamente en nombre propio sino también en nombre de su obispo. Aquella confesión de fe le valió a Vicente primero diversos tormentos y luego la muerte; en cambio al obispo se le condenó al destierro.

Mientras piensan algunos que Valero pasó los restantes años de su vida en el destierro, entienden otros que posteriormente volvió a Zaragoza y que aquí murió en paz. Es el patrono de la ciudad y se celebra su fiesta con rango de solemnidad.

SAN ANASTASIO

Monje y mártir († 628)

Su nombre era Magundat, y era soldado del ejército de Cosroes II, el que tomó Jerusalén y se llevó la Cruz del Señor. Magundat sintió curiosidad por la reliquia y esto fue motivo para que se le contara la historia de Cristo, sintiéndose atraído a la fe cristiana. Dejó el ejército, se bautizó y el año 621 entró en un monasterio.

Siete años llevaba en el monasterio sirviendo a Dios lealmente cuando sintió la necesidad de confesar a Cristo de forma rotunda. Marchó a Cesarea de Palestina, y se dedicó a la predicación pública del evangelio al tiempo que atacaba la religión persa, y esto se permitió hacerlo ante la guarnición persa. Se produjo su detención, y no fue bastante la flagelación y los trabajos forzados a que fue sometido para que apostatara. Encadenado, fue enviado junto al Éufrates, donde inútilmente se le volvió a torturar para que abandonara el cristianismo. Por fin fue estrangulado en Bethsaloe con otros setenta cautivos cristianos. Durante siglos su memoria ha sido celebrada en el misal romano junto con la del mártir San Vicente, seguramente por decirse que sus reliquias habían sido trasladadas a Roma.

BEATO GUILLERMO PATTENSON

Presbítero y mártir († 1592)

Era natural de Durham, donde había nacido hacia 1540, y tenía ya más de cuarenta años cuando se decide a marchar a Reims y estudiar para sacerdote, ordenándose el 19 de septiembre de 1587 y marchando a Inglaterra a comienzos de 1589.

Su zona de trabajo misionero fue el oeste del país y pudo realizarlo a lo largo de los años 1589, 1590 y 1591, hasta que el 12 de diciembre de este último año fue arrestado en Londres cuando estaba en casa de un amigo y acababa de decir la santa misa. Le acompañaba un sacerdote que, al sentir a los esbirros, pudo ponerse en fuga.

Llevado ante un tribunal, Guillermo confesó la fe y recibió por ello sentencia de muerte como traidor a la corona, cuya supremacía en materia religiosa se negaba a reconocer. Seguidamente se le encerró en la cárcel de Newgate.

El día 21 de enero de 1592 se le dijo que al día siguiente sería su ejecución y que con él serían ejecutados siete presos comunes. Guillermo, lleno de celo sacerdotal, dedicó el día a convertir a aquellos infelices. Su obra apostólica se coronó con gran éxito: seis de ellos volvieron a la Iglesia, se confesaron y recibieron el perdón de sus pecados y al día siguiente, al pie del patíbulo, así lo manifestaron. Por ello, cuando llegó la hora de ajusticiar a Guillermo, en represalia por su labor de convertir a los reos, hicieron los verdugos que su muerte fuera lo más dolorosa posible. El martirio tuvo lugar en la plaza londinense de Tyburn por el usual sistema de ahorcarlo primero, pero no del todo, y descuartizarlo después.

El papa Pío XI beatificó a este mártir junto con otros mártires ingleses el 15 de diciembre de 1929.

BEATA LAURA VICUÑA

Virgen († 1904)

Esta angelical niña es una gloria evidente de la congregación de las Hijas de María Auxiliadora, que fueron las que infundie-

ron los sentimientos de piedad que la llevaron en tan breve plazo de tiempo a la altura de las virtudes heroicas.

Nació en Santiago de Chile el 5 de abril de 1891. Cuando tenía dos años sus padres se trasladaron a vivir a Temuco, al sur de Chile, huyendo de la inquietud revolucionaria que había en la capital. Aquí le nacería una hermana y no mucho después moriría su padre, dejando a la madre con dos hijas. Entonces la madre se fue a Argentina buscando mejorar su vida. El modo que la madre aceptó de ganarse la vida fue el de mantener relaciones con un rico terrateniente. No obstante este género de vida, la madre puso a sus hijas en el colegio de las Religiosas Salesianas, y ellas se mostraron receptivas de la buena formación cristiana que las mismas proporcionaban. Laura empezó a ser consciente de la situación moral en que vivía su madre y comenzó a orar para que el Señor la iluminara.

En cuanto la chica tuvo once años, comenzó el amigo de su madre a fijarse también en ella, a lo que la niña opuso la más firme negativa. Dejó el rico de pagarles el colegio a las niñas y hubieron ellas de trabajar para costeárselo. Laura, segura ya entonces de que quería ser religiosa, pidió ser admitida como aspirante, pero la situación moral de su madre hizo que las religiosas le contestaran que por entonces debería esperar.

Guiada por su confesor, Laura hizo en privado el voto de castidad y los otros votos de la vida religiosa para guardarlos en la medida de lo posible en medio del mundo. Hizo más: ofreció a Dios su vida por la conversión de su madre. Por entonces Laura enfermó y pronto se vio que la ruina de su salud era definitiva. Laura practicó en su lecho de enferma todas las virtudes· resplandecieron su fe y confianza en Dios, su ardiente celo por la gloria de Dios, su humildad, paciencia y mansedumbre, su piedad e insigne vida interior. Murió en Junin de los Andes el 22 de enero de 1904.

Si la antiguedad cristiana conoció niños mártires, nuestra epoca ha conocido llegar a la santidad heroica no por el martirio a varios jovencitos, que son testigos de la fuerza incomparable de la gracia de Dios. Laura es uno de ellos. Aprobado un milagro por su intercesión, el papa Juan Pablo II acudió a Turín el 3 de septiembre de 1988 para beatificarla, solemnizando así el

I centenario de la muerte de San Juan Bosco, el fundador de la familia salesiana.

23 de enero

A) MARTIROLOGIO

1. En Cesarea de Mauritania, los santos Severiano y su esposa Áquila (s. III), mártires.
2. En Roma, en la Via Nomentana, en el cementerio mayor, Santa Emerenciana (s. IV), mártir *.
3. En Ancira (Galacia), los santos Clemente, obispo, y Agatángelo (s. IV), mártir.
4. En Teano (Campania), San Amasio († 356), obispo.
5. En Toledo (España), San Ildefonso († 667), obispo, anteriormente monje y abad, que escribió obras notables y se distinguió por su devoción a la Virgen María **.
6. En Kaltenbrunn (Alsacia), San Meimbodo, escocés, predicador y ermitaño (s. VIII).
7. En Seúl (Corea), San Andrés Chong (Tyong) Hwa Gyong († 1840), catequista y mártir *.
8. En Berlín, Beato Nicolás Gross († 1945), dirigente sindical y mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN ILDEFONSO, ARZOBISPO DE TOLEDO
(† 667)

En el año 657 fallecía el arzobispo de Toledo San Eugenio. La sede vacante fue muy breve. Toledo tenía un plantel de prelados en el monasterio agaliense. Los ojos del clero, que habían de realizar la elección en connivencia con el monarca, luego de recorrer los posibles candidatos, se fijaron en el famoso cenobio con insistencia; la voz del pueblo repetía incesante un nombre que vino finalmente a confirmarse, Ildefonso.

Todos le conocían: estatura prócer, andar grave y perfil de asceta eran los rasgos indeleblemente impresos en cuantos acu-

dieron alguna vez a las solemnidades religiosas del monasterio o vieron desfilar, curiosos y emocionados, a los miembros de alguno de los tres últimos concilios.

Frisaba apenas en los cincuenta y cinco años y era tal el torrente de su elocuencia que, cuando predicaba, parece que el Señor hablaba sirviéndose de su lengua dócil. Prudente y afable siempre, sabía vindicar con energía los derechos conculcados de la justicia. Se había hecho proverbial entre las gentes la firmeza de su vocación monástica Educado en la escuela isidoriana, fue al regresar de Sevilla cuando manifestó a sus padres el decidido propósito de abrazar la vida religiosa. Los padres se opusieron al proyecto con tenaz resistencia. Escenas ricas de color urdidas por la leyenda áurea, amiga de las figuras cumbres, matizan de episodios este percance y muchos otros de la biografía ildefonsiana. La historia nos dice tan sólo que, rompiendo al fin con los apegos familiares y las halagueñas promesas de un porvenir brillante, huyó de la casa solariega, que el padre, airado, le buscó por todas partes y que sus pesquisas resultaron providencialmente infructuosas.

Cuando se vio libre de la persecución paterna corrió a los pies del abad agaliense y le pidio de hinojos el hábito monástico con palabras candorosas que el Beneficiado de Úbeda reconstruye en un castellano balbuciente de romance·

> Señor por Dios e por la vuestra bondat
> façetme porçionero en la vuestra santidat
> La vida deste mundo toda es como un rato ,
> si yo non guardare mi alma fare mal recabdo
> e para lo complir vengo vos lo a rogar
> Por Dios, que me querades en ello ayudar

Convocados a toque de esquilón, los monjes apoyaron unánimes la súplica del postulante y

> [ ] entonçe muy gososo el abat se levanta
> e todos los mayores de la compañia santa
> vestieronle el habito,
> todo el convento esperando el fruto desta bendicha planta
> levaronle cantando fasta el mayor altar

Agridulce fue la despedida del monasterio y de los monjes Retazos de una larga experiencia monacal quedaban prendidos

en todos los lugares. Abad por luengos años, había pulsado día tras día el ritmo de aquella colmena donde se libaban ansias evangélicas de perfección. Solamente en el cenobio deibiense las monjas por él dotadas se alegraron con goces puros sin mezcla de tristezas.

En el marco refulgente de la basílica catedral se celebró la consagración del nuevo metropolitano el domingo, 26 de noviembre.

Ildefonso supo encontrar en las criaturas el apoyo para lanzarse a las alturas místicas. Es en un libro suyo, *Caminando por el desierto,* escrito para descubrir a los bautizados la senda que conduce a la soledad interior, donde se pone en contacto con los árboles, las plantas, los montes y las aves, encontrando en este escenario de égloga el simbolismo sobrenatural allí encerrado. Viene a ser su exposición, sin pretenderlo, comentario original a los capítulos del *Cantar de los Cantares,* cuando el Esposo adentra a la esposa en el interior de la selva tras el recorrido bucólico de los seres de la creación. El *Cántico espiritual* de San Juan de la Cruz, puesto en versos sublimes nueve siglos después, tiene el mismo ambiente toledano que inspiró la prosa de Ildefonso, rica en paralelismos y transposiciones:

> «Oh yermo bienaventurado a donde no se llega con movimiento de pies sino con los deseos del corazón. No se busca allá la ambición terrena sino la reflexión interior; el alma que allá se encamina no se cansa, porque el viaje no se cubrió con ajetreo agotador de piernas. No se inquiere allí cuándo se logrará el descanso, sino cuándo se llegará a la perfección que lo merezca. Y como el premio es allí lo que en algo se estima, ningún trabajo, por arduo que parezca, se regatea para conseguirlo».

Otros escritos precedieron y siguieron a éste. Acostumbrado a sentir las necesidades de las almas, sus obras son eminentemente prácticas. Bastantes se han perdido o han llegado hasta nosotros desconocidas, pero todavía poseemos, como documento precioso de valor incalculable para el conocimiento del episcopologio toledano, su continuación a los *Varones ilustres* de San Isidoro, el *Tratado sobre el Bautismo* y, amén de algunas cartas, composiciones litúrgicas y varias obras apócrifas que se prestigian con su nombre, nos queda de él, como un regalo, el re-

nombrado opúsculo sobre la *Perpetua virginidad de la Madre de Dios.* Pero éste recaba para sí punto y aparte.

Las letras españolas, desde Gonzalo de Berceo (siglo XIII) hasta el maestro Valdivielso († 1638), pasando por el Beneficiado de Úbeda y el insigne Lope de Vega, han glosado con galana antología la devoción de San Ildefonso a la Virgen Santísima.

Tales elogios no son épicas ficciones, sino realidad viva. La aureola mariana circundó en vida la testa noble del arzobispo y la voz que resonó en la Edad Media proclamándole «capellán y fiel notario» de María se prolongó hasta nosotros transformada en piedra y mármoles, forja y pincel.

Debió cundir muy pronto entre los toledanos la noticia de que la fiesta que en honor de la Virgen promulgara el concilio décimo para el 18 de diciembre, había sido establecida a ruegos y propuesta del entonces todavía abad agaliense. Con facundia arrolladora hizo observar a los Padres conciliares que el 25 de marzo, consagrado a celebrar el misterio de la Encarnación, no podía realzarse con las solemnidades debidas por ocurrir siempre este día dentro del tiempo cuaresmal, cargado de ayes y lutos litúrgicos, o en el ciclo absorbente de la Pascua florida. Convenía, por ende, que, sin que desapareciera tal fecha del calendario eclesiástico, se eligiera otra sin agobios ni precedencias rituales en que dignamente pudiera destacarse misterio tan «celebérrimo y preclaro». Insinuó que tal fecha pudiera ser el día octavo antes de la fiesta de Navidad, a la que igualaría en rango cultual.

El concilio aprobó la propuesta y encargó al mismo ponente de la redacción del oficio de la festividad de Santa María, Madre de Dios, festividad que se celebraría todos los años con gran solemnidad litúrgica el día 18 de diciembre.

Para estas fechas ya tenía San Ildefonso compuesto su opúsculo sobre la *Perpetua virginidad de María,* tratado indisolublemente unido al nombre de su autor que, perito en todos los estilos literarios, rompió aquí con cánones y moldes para desahogar su corazón en torrencial explosión de afectos. En él, después de rebatir a los herejes que habían negado el singular privilegio de la Madre de Dios, rinde la victoria arrodillado ante la Reina del cielo:

> «Concédeme, Señora, estar siempre unido a Dios y a Ti; servirte a Ti y a tu Hijo, ser el esclavo de tu Señor y tuyo. Suyo, porque es mi Creador; tuyo, porque eres la Madre de mi Creador; suyo, porque es el Señor Omnipotente; tuyo, porque eres la sierva del Señor de todo; suyo, por ser Dios; tuyo, por ser tú la Madre de Dios [...] El instrumento de que se sirvió para operar mi redención lo tomó de la sustancia de tu ser; el que fue mi Redentor, Hijo tuyo era, porque de tu carne se hizo carne el precio de mi rescate; para sanarme de mis llagas con las suyas, tomó de ti un cuerpo vulnerable [...] Soy, por tanto, tu esclavo, pues tu Hijo es mi Señor y eres Tú mi Señora y yo soy siervo tuyo, pues eres la Madre de mi Creador».

La Virgen, Madre y Señora, premió los afanes de su hijo y siervo. Muy pronto el libro *De perpetua virginitate* formó parte de la literatura litúrgica partido en siete lecciones. Hacia el final de su vida hizo el autor una nueva distribución de su escrito en seis fragmentos, coronando la obra con un sermón precioso. Se acercaba la fiesta de la Señora.

La noche clara del 17 de diciembre parecía más que nunca un manto para la Virgen, fúlgidamente matizado de estrellas. En aquella noche, el monarca y el pueblo fiel asistirían juntamente con el clero a los solemnes maitines de la festividad. Antes de la llegada de Recesvinto se abrió el atrio episcopal y, a la luz tenue de las antorchas, salió el cortejo que, presidido por el metropolitano Ildefonso, se dirigía al templo catedralicio. Chirriaron las llaves al hacerlas girar los ostiarios en las pesadas cerraduras y los clérigos penetran en la basílica. De pronto advierten que les envuelve cierto resplandor celeste; sienten todos un pavor inaudito; las antorchas caídas de las manos trémulas dan contra el suelo dejando una estela de humo denso. Mientras los acompañantes del prelado huían despavoridos, Ildefonso, dueño de sí, empujado por un estímulo interior, sigue animoso hasta el altar; postrado ante él estaba cuando, al elevar los ojos, descubre a la Madre de Dios sentada en su misma cátedra episcopal. Alados coros de ángeles y grupos de vírgenes, distribuidos por el ábside, forman modulando salmos la más espléndida corona de la Reina del cielo. Era éste el instante en que los clérigos huidizos, envalentonados con la compañía de otros muchos, tornan al templo en busca del prelado. Tampoco pueden sus ojos resistir la presencia de aquel espectáculo y vuelven a

huir. Maternalmente la Virgen María invita a Ildefonso a acercarse a ella y, con palabras recordadas después con gozo inefable, alaba al siervo bueno y le hace entrega, en prenda de la bendición divina, de una vestidura litúrgica traída de los tesoros del cielo.

Envuelta en el mismo fulgor celeste, escoltada de ángeles y vírgenes, torna a la gloria la Reina del cielo. En el templo a oscuras quedó un lugar sacrosanto, una vestidura celestial y el corazón agradecido del hijo bueno premiado por su Madre.

Todavía hoy, junto a la piedra de la descensión, que se besa con toda reverencia, una inscripción recuerda la singular visita de María Santísima.

Cuando la Reina del cielo
puso sus pies en el suelo,
en esta piedra los puso
De besarla tened uso
para más vuestro consuelo

No fue éste el único hecho milagroso que los testigos coetáneos transmitieron a las generaciones siguientes. En la vida de Santa Leocadia (9 de diciembre) refiérese también otro que tuvo por escenario la basílica martirial de la santa virgen toledana.

Ojos que habían visto las lumbres del cielo no pudieron resistir mucho tiempo eclipses terrenales. El 22 de enero del 667 celebró el monarca los dieciocho años cumplidos de su elevación al trono. Al día siguiente expiró Ildefonso después de haber pontificado en la sede regia nueve años y casi dos meses.

Siguiendo una tradición prelacial toledana, el cadáver del metropolitano Ildefonso recibió sepultura en la basílica de Santa Leocadia. Sobre él, como epitafio, se podía haber puesto aquel elogio, escrito por su primer biógrafo, donde se le recuerda como *Sol de España,* «antorcha encendida, áncora de la fe».

Allí descansó hasta mediados del siglo VIII, en que para poner a salvo sus restos venerables de la persecución de Abderramán I, los mozárabes los trasladaron a Zamora, donde se conservan

JUAN FRANCISCO RIVERA RECIO

Bibliografía

Act. SS. Boll., Ian., día 23, *Vita* por S. JULIÁN y de CIXILA Éstas se hallan también en PL 96,43s; 46s.
BENEFICIADO DE ÚBEDA, «Vida de San Ildefonso», en *Biblioteca de autores españoles*, t.LXVII. *Obras:* PL t.90.
BRAEGELMAN, A., *Life and writings of St. Ildefonsus of Toledo* (Washington 1942).
ESTEVE, F., *San Ildefonso, arzob. de Toledo...* (Madrid 1941).
MADOZ, J., *San Ildefonso a través de la pluma del arcipreste de Talavera* (Madrid 1943).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTA EMERENCIANA

Virgen y mártir († s. IV)

Parece seguro que hubo en Roma una mártir de nombre Emerenciana, y es igualmente lo más probable que fuera realmente una catecúmena que, llegado el momento, confesó a Cristo y fue bautizada en su propia sangre. Su nombre ya figura en el *Martirologio jeronimiano* junto con el de otros mártires, enterrados como ella en el llamado Cementerio Mayor de la Via Nomentana, que no necesariamente murieron juntos pero que por estar en el mismo cementerio debieron ser objeto de una misma conmemoración litúrgica. Con el tiempo, al Misal romano la memoria que pasó fue la de Emerenciana, probablemente por influjo de la leyenda que la asoció a la memoria de la gran mártir Santa Inés.

Esta leyenda es antigua, pues se data en el siglo V, cuando se añade a la «passio» de Santa Inés un apéndice en el que se cuenta que a los dos días de su muerte, cuando los cristianos estaban reunidos en el sitio de su sepultura orando, llegó un tropel de paganos en plan violento. Los cristianos se dispersaron, pero Emerenciana, una catecúmena, que era hermana de leche de Santa Inés, continuó en su oración y los paganos la mataron a pedradas. La narración le parece a la crítica como legendaria, si bien, según queda dicho, es cierto que hubo una mártir romana llamada Emerenciana. Lo probable es que su martirio fuera en la persecución de Diocleciano a comienzos del siglo IV.

SAN ANDRÉS CHONG

Seglar y martir († 1840)

En la persecución coreana contra el cristianismo menudearon las acciones heroicas. Algunas de ellas tuvieron como protagonista a San Andrés Chong (Tyong) Hwa Gyong. Estaba unido por firmes lazos de fe y de verdadera religiosidad, al tiempo que por un afecto nacido de la sintonía y la colaboración, con el santo obispo Lorenzo Imbert, tercer vicario apostólico de Corea y que sellaría su ministerio con el testimonio de su sangre.

Andrés era catequista y en esta tarea había demostrado su celo apostólico, preparando a muchos para el bautismo e instruyendo a los ya fieles en los deberes y creencias de la religión. Al arreciar la persecución, no dudó en ofrecer su casa como refugio para los cristianos que debían abandonar la suya en la esperanza de salvar la vida, y que se convertía así para numerosos hermanos en la fe en una puerta de escape a la muerte que se veía como segura en caso de ser descubiertos y apresados.

Pero la actividad de Andrés era peligrosa y él lo sabía, no obstante, pensó que era una gran obra de caridad esconder a los fugitivos aun a pesar del propio peligro y lo hacía con sencillez y buena voluntad.

Fue descubierto y por ello arrestado y llevado ante la autoridad civil que inmediatamente le intimó a renegar de Cristo o perder la vida. Andrés se mantuvo firme en confesar a Jesús como salvador, y para apartarlo de esta fe se le condenó primero a recibir cien azotes, cien terribles azotes, que recibió con ánimo sereno, aunque el tormento era verdaderamente espantoso pues el cuerpo quedaba totalmente magullado y llagado, en un baño de dolor. Terminado el tormento, fue llevado a la cárcel y allí languideció hasta que, habiéndose vuelto a negar a la apostasía, en la propia prisión fue estrangulado el 23 de enero del año 1840. El martirio tuvo lugar en la ciudad de Seúl. Y en esa misma ciudad el papa Juan Pablo II canonizó a éste y a los otros mártires de Corea el día 6 de mayo de 1984.

BEATO NICOLÁS GROSS

Seglar y mártir († 1945)

Obrero, dirigente sindical, periodista y seglar comprometido con Dios y la causa de la justicia, Nicolás Gross es una gloria del laicado católico del siglo XX, uno de los muchos hombres y mujeres del pueblo que, desde su propia clase social, han sabido luchar bravamente por los intereses del evangelio y del hombre.

Nacido en Niederweningern el 30 septiembre 1898 en el seno de una familia de mineros, frecuenta la escuela católica elemental y tras un breve paso por un taller como aprendiz, baja a la mina de carbón en la que trabaja durante cinco años. Pero no por ello descuidaba su instrucción literaria, pues tenía una gran afición a la lectura y a la cultura.

En 1917 se apunta en el Sindicato de los mineros cristianos, y en 1918 define su postura política afiliándose al partido político Zentrum, y en 1919 entra a formar parte del KAB, el «Antonius Knappenverein». En 1922 es secretario de la sección juvenil de su sindicato y poco después redactor adjunto de la revista Bergknappe. Comenzó una actividad sindical que le llevaría a Waldenburg en Silesia, a Zwickau y a Bottrop.

Contrae matrimonio con Isabel Koch y tiene con ella siete hijos, formando una familia cristiana modélica. Fue un padre ejemplar y responsable, pendiente siempre de la instrucción y la educación cristiana de sus hijos. Según dijo en su libro *A la mesa con siete,* él procuraba hacer de ellos personas capaces, sinceras y fuertes en la fe. Muy consciente de los problemas sociales de su tiempo y concretamente de los de su entorno, intentaba siempre afrontarlos con espíritu cristiano y darles respuesta desde la dinamicidad del evangelio.

A comienzos de 1927 entra a trabajar en el órgano del KAB, la publicación *Westdeutsche Arbeitenzeitung,* del que será muy pronto redactor jefe. Y desde aquí ofrece a todos los obreros católicos orientaciones oportunas en todos los problemas y temas laborales, subrayando siempre la dimensión moral de toda la actividad humana. En 1930 escribe que los católicos no pueden aceptar el nacionalsocialismo.

No puede extrañar que, subido Hitler al poder en enero de 1933, la publicación dirigida por Gross fuera calificada como

enemiga del Estado. Pero Gross supo escribir en adelante en una línea prudente que evitaba los comentarios directos pero insistiendo en una visión del hombre y unas actitudes morales que alejaban, si alguno las seguía, a los obreros de los cantos de sirena del nacionalsocialismo. Incluso, intentando salvarlo, rebautizó al periódico con el nombre de «Kettelerwacht», pero eso no le salvó de la persecución: en noviembre de 1938 era cerrado por orden gubernativa.

Es un hecho que Gross se unió a la oposición al régimen y que consideraba un deber oponerse a la ideología nazi que veía contraria a Dios y al hombre. Pero él no tomó parte en el atentado contra Hitler del 20 de agosto de 1944, que precipitaría su detención, juicio y condena. Desde 1940 venía siendo detenido de vez en cuando e interrogado, y esto indicaba que estaba fichado como enemigo del régimen Por ello no pudo extrañar que lo envolvieran en la represión contra los posibles autores del atentado. El 12 agosto 1944 fue detenido y llevado primero a una cárcel y luego a la Tigel en Berlín. Su mujer fue a verle varias veces y refirió que ya tenía en las manos y en los brazos señales de tortura. Él le pidió a ella y a sus amigos oraciones para afrontar con valor cristiano lo que se le venía encima. Condenado a muerte el 15 enero 1945, la ejecución por ahorcamiento tuvo lugar el día 23 del mismo mes. Su cuerpo fue quemado. Un capellán, escondido, pudo darle la absolución al pasar el reo, que llevaba —dijo el sacerdote— la luz de Dios en su rostro. Ha sido beatificado el 7 de octubre de 2001.

24 de enero

A) Martirologio

1 En Annecy (Saboya), la deposicion de San Francisco de Sales († 1622), obispo y doctor de la Iglesia, fundador de la Orden de la Visita cion de Nuestra Señora Su transito tuvo lugar en Lyon el dia 28 de di ciembre **

2 En Foligno (Umbria), San Feliciano, primer obispo (s III)

3 En el territorio de Troyes, San Sabiniano (s III), martir

4. En Antioquía de Siria, San Babilas († 250), obispo y mártir. Padecieron martirio con él los niños Urbano, Prilidano y Epolono, a quienes instruía en la fe.

5. En Cíngoli del Piceno, San Exuperancio (s. V), obispo.

6. En Binaco, región subalpina, Beata Paula Gambara Costa († 1515), viuda, terciaria franciscana *.

7. En Londres, los beatos Guillermo Ireland, presbítero, jesuita, y su criado, Juan Grove, seglar († 1679), mártires bajo el rey Carlos II *.

8. En Sainville (Francia), Beata María Poussepin († 1744), virgen, fundadora de la Congregación de Hermanas Dominicas de la Caridad **.

9. En Pratulin (Polonia), los beatos Vicente Lewoniuk y sus doce compañeros (Daniel Karwasz, Lucas Bojko, Bartolomé Osypiuk, Onofre Wasyluk, Felipe Geryluk, Constantino Bojko, Miguel Nicéforo Hryciuk, Ignacio Franczur, Juan Andrzejuk, Constantino Lukaszuk, Máximo Hawryluk, y Miguel Wawrzyszuk), que fueron martirizados por negarse a abandonar la Iglesia Católica († 1874) *.

10. En Roma, Beato Timoteo Giaccardo († 1948), presbítero, religioso de la Pía Sociedad de San Pablo **.

B) Biografías extensas

SAN FRANCISCO DE SALES

Obispo y doctor de la Iglesia († 1622)

El visitante que llega hoy a Annecy queda sobrecogido ante la increíble belleza de la ciudad y del paisaje. Si en lugar de quedarse entre calles sube a la colina en la que está edificado el monasterio de la Visitación, su admiración se acrecienta. Todo es bello: los Alpes nevados; el lago, sereno, terso y bruñido; la ciudad tendida a los pies del viajero; la iglesia y el monasterio. Cuando penetra en el templo ve, a los lados del altar mayor, dos preciosas urnas. Y en ellas los cuerpos de San Francisco de Sales y Santa Juana de Chantal. Ambos a dos parecen estar dormidos, bajo sus mascarillas de cera admirablemente trabajadas. Se diría que de un momento a otro van a abrir sus ojos y a saludar al visitante.

Pero el Annecy que hoy vemos era menos brillante al comenzar el siglo XVII. Ni los hombres de entonces tenían nuestra moderna sensibilidad por el paisaje, ni el turismo había embellecido tantos rincones, ni las circunstancias históricas eran propicias para aquel rincón de Saboya. San Francisco de Sales escri-

bía en 1606 al papa Paulo V dándole cuenta de su diócesis: Annecy era una villa de su diócesis en la que se habían tenido que refugiar sus obispos hacía setenta y un años, como consecuencia de la rebeldía de su propia ciudad episcopal: Ginebra. Esta rebeldía había arrastrado en pos de sí ciento treinta parroquias. Y había producido un sinfín de guerras, de rivalidades, de luchas fratricidas que habían empobrecido la diócesis. Refugiados en Annecy los obispos, habían comenzado una labor de lenta reconquista de la que el mismo San Francisco de Sales había de ser maravilloso artífice.

Aún nos parece verle andando por las callejas de la ciudad, que conservan todavía la misma fisonomía que tuvieron mientras el Santo vivía; nos lo imaginamos entrando en la casita de la galería, o ejercitando las funciones pontificales en la pobre y sencilla iglesia que había venido a sustituir a la magnífica catedral ginebrina; nos lo imaginamos subiendo aquellas montañas, visitando los últimos rincones, atendiendo a las gentes que de todas las partes de la diócesis venían a consultarle. Es cierto que la diócesis era pobre, y se encontraba en desgracia. Por eso precisamente la amaba más San Francisco. Un día que Enrique IV, el rey de Francia, le ofrecía un espléndido obispado, él contestó rotundamente: «Majestad, estoy casado, me he desposado con una pobre mujer y no puedo dejarla por otra más rica». El rey no volvió a insistir. Y San Francisco de Sales murió obispo de Ginebra, con residencia en Annecy.

Había nacido, según modernamente parece demostrado, en 1566. De noble familia, pues su padre, el marqués de Sales, había heredado, por su mujer, el rico señorío de Boisy. En el castillo de Thorens, en que sus padres residían, vio la primera luz y en la iglesia del mismo lugar recibió el bautismo. Su educación fue exquisita: primero en el Colegio de La Roche, después en el de Annecy. A los diez años hace su primera comunión y recibe la confirmación, y desde aquel momento sólo desea consagrarse a Dios.

Pero el itinerario iba a ser largo. Prácticamente iba a pasar por gran parte de Europa. Primero, a los trece años, a París, desde 1581 a 1588, para estudiar bajo la dirección de los jesuitas del Colegio de Clermont. Después, tras una visita rápida a su fa-

milia, a la Universidad de Padua, en la que obtiene los grados en ambos derechos. Después un rápido viaje por Roma y las principales ciudades de Italia. Al regresar, en el verano de 1592, Francisco de Sales contaba con una formación humanística, filosófica, teológica y jurídica realmente excepcional. No es extraño que su padre concibiera grandes planes sobre él. Sin embargo, en su espíritu continuaba ardiente el deseo de consagrarse a Dios. El conflicto tenía que producirse.

De acuerdo con su primo Luis se ideó la manera de salvarlo. Obtenido en secreto el nombramiento de preboste del cabildo catedral, la primera de todas las dignidades, el padre cedió por fin. El 18 de septiembre recibía el diaconado. Y el 18 de diciembre de 1593 el sacerdocio. Ya tenemos a Francisco de Sales presidiendo el cabildo, y constituido en sacerdote.

Lo que sigue resultó increíble para sus contemporáneos. El nuevo canónigo se lanza a ejercitar intensamente los ministerios sacerdotales. Predica con una oratoria sencilla, transparente y llena de unción. Se pasa largas horas en el confesionario. Atiende a los pobres y es el paño de lágrimas de todos los desgraciados de Annecy. Y cuando ya empezaba a extrañar esta conducta se produce un auténtico golpe teatral.

La provincia de Chablais, que formaba parte de la diócesis, había sido arrasada por el protestantismo. La coyuntura política se presentaba relativamente favorable para poder restablecer allí el catolicismo. Pero hacía falta un misionero de talla que acometiera la empresa. Francisco de Sales se ofrece. El obispo acepta. En vano el anciano padre protesta. Juntos los dos primos Francisco y Luis salen, un inolvidable 14 de septiembre de 1594, camino del Chablais a pie, sin criados, y casi sin dinero. El 16 de septiembre entraban en Thonon, sede principal de la herejía, e iniciaban su trabajo. Fueron meses muy duros. Sólo en abril de 1595 se produjeron algunas conversiones. Pero el movimiento general no había de producirse hasta mucho más tarde, en 1598, durante la visita del obispo a la región, que ya pudo considerarse recuperada para el catolicismo.

Fue precisamente en esta época de su vida cuando se produjo el episodio que habría de hacer de San Francisco de Sales el patrono de los periodistas católicos. Los protestantes, movi-

dos unos por el miedo y otros por el respeto humano, no acudían a escuchar la predicación de los misioneros. De esta forma los esfuerzos de éstos se estrellaban ante la imposibilidad de hacerse oír. San Francisco se decidió a cambiar de táctica. Ya que no le oían de viva voz, le leerían. Dicho y hecho: durante el día redactaba unas hojas que por la noche se distribuían a las puertas de las casas. Así tenemos sus célebres *Controversias,* libro maravilloso, escrito en un estilo punzante y vivo: verdadero modelo de periodismo católico, los descubrimientos de los manuscritos han mostrado hasta qué punto fueron estos escritos, mucho más aún que la versión que anteriormente se conocía, auténticos modelos de estilo atractivo, lleno de movimiento y de color. Y el éxito que se obtuvo en la empresa demostró también el acierto con que había sido concebida: quienes no le oían, lo leyeron y terminaron convirtiéndose.

De entonces es también el episodio emocionante de sus visitas a Teodoro de Beza. Jugándose la vida, entra Francisco en Ginebra y conversa durante varias horas con el heresiarca, ya viejo y enfermo. Parece cierto que Teodoro llegó a reconocer la verdad del catolicismo. Estaba, sin embargo, demasiado comprometido para poder romper los lazos que le retenían en el protestantismo. Francisco tuvo la pena de no poder lograr que se hiciera pública su conversión, que tanta resonancia hubiera tenido.

Cuando el obispo de Ginebra, monseñor de Granier, celebró la fiesta de las cuarenta horas en Thonon, y se pasó los días recibiendo abjuraciones, bendiciendo iglesias restauradas y confirmando a sus feligreses recobrados, no pudo menos de pensar que nadie mejor que Francisco de Sales para ser su coadjutor. Así se lo dijo al interesado. Éste, sin embargo, estaba lejos de poder pensar en tal cosa. Agotado por el trabajo de aquellos años, hubo de retirarse cinco meses a su casa natal para restablecer su salud quebrantada. Hubo un momento en que todo el mundo creyó que iba a morir. Restablecido contra toda esperanza, partió para Roma. Era noviembre de 1598. El Papa confirmó la elección, en una escena emocionante, en la que hizo el elogio público de su gran sabiduría. De regreso a Annecy el obispo electo continuó predicando, mientras llegaban las bulas y se podía celebrar su consagración.

Pero las cosas habían de complicarse aún más. La diócesis tenía territorios de Saboya, territorios en Suiza y territorios en Francia. Era necesario negociar difíciles asuntos en la corte de París. Y a París, ciudad que tan bien conocía por haber hecho allí sus estudios, volvió Francisco de Sales, desarrollando en los meses que hubo de permanecer un admirable apostolado.

Arreglados los asuntos, de regreso a Annecy, se entera en Lyón de la muerte de monseñor de Granier. Rápidamente se prepara para su consagración. Y el 8 de diciembre de 1603, en la iglesia de Thorens, donde había sido bautizado, recibe, entre maravillas celestiales, la consagración episcopal.

Es admirable la actividad que desplegó como obispo, siguiendo las huellas de San Carlos Borromeo, a quien toda su vida admiró cordialmente y por quien sintió siempre una devoción apasionada, a pesar de las notabilísimas diferencias de carácter y de manera de concebir el gobierno episcopal que les separaban. San Francisco de Sales se constituye en uno de los más significativos representantes de la maravillosa reforma pastoral que se llevó a cabo en Francia durante el siglo XVII.

Ejemplar en el ejercicio de la catequesis. Lo que comenzó dedicado únicamente a los niños, se hizo pronto el punto de cita de todo Annecy los domingos por la tarde. Las explicaciones sencillas y claras del prelado, atraían a los mayores no menos que a los mismos niños Fue así un maravilloso obispo catequista. Como supo continuar siendo un inimitable orador sagrado, al que se disputaban las más importantes catedrales de Saboya y Francia para predicar la cuaresma. Como supo ser al mismo tiempo admirable administrador de su diócesis, en la reunión de sínodos diocesanos, en la práctica heroica de la visita pastoral, en la admirable compenetración con su clero. Así como fue también restaurador de no pocas casas religiosas que habían decaído de su primitivo fervor.

Y piénsese que su posición era verdaderamente difícil. Gran parte de su diócesis, infestada por la herejía, rodeaba a Ginebra, la ciudad en que más activamente se había desarrollado el pensamiento protestante. Sus circunstancias políticas eran delicadas, por tener el territorio diocesano dividido en tres soberanías, dos de las cuales, en especial, Francia y Saboya, distaban

mucho de estar en relaciones cordiales. Con el pesado fardo de unas estructuras religiosas que, pese al terremoto del protestantismo, no acababan de rendirse a los nuevos tiempos. Es agotador ver las luchas que tuvo para lograr la dotación de sus parroquias por parte de los caballeros de San Mauricio; el tiempo que tuvo que consumir en gestiones diplomáticas en las cortes, en especial en París; las dificultades mismas que le proporcionaban gentes de mentalidad cerrada, que incluso llevaron a denunciarle a Roma como amigo de los protestantes.

Sobrio en la legislación, atiende ante todo y sobre todo a la reforma de las personas a quienes esa legislación se dirige. «Quid leges sine moribus?», «porque ¿para qué valen las leyes sin las costumbres?».

Prueba de esta preocupación suya son sus maravillosos escritos. Alcanza San Francisco de Sales a vivir en una época verdaderamente de oro para la lengua francesa. Y aprovechando esta circunstancia, mediante la utilización de su espléndida formación humanística, nos ha dejado unos escritos que todavía hoy conservan toda su frescura y toda su maravillosa unción.

¿Quién osará decir que su *Introducción a la vida devota* ha perdido en lo más mínimo su actualidad? Es un libro escrito sin querer, simple reedición, retocada y sistematizada, de las cartas a una señorita que en medio del mundo quería santificarse. Y es, sin embargo, uno de los libros que mayor éxito han tenido en la historia de la literatura mundial. Y, lo que es más aún, de los que más profundamente han marcado una huella en la espiritualidad cristiana. Todo es encantador en él: el lenguaje, las comparaciones, los ejemplos. Hasta la misma disposición, tan moderna, en capítulos breves. Y la tersura en la disposición de las ideas, falta por completo de todo artificio.

Tenemos otras obras maestras que brotaron de su pluma. Así, por ejemplo, el soberbio tratado de teología, modelo acabado de controversia dogmática, digno de quien hoy ostenta el título de Doctor de la Iglesia: el primer título del *Codex Fabrianus.* Tenemos el espléndido *Tratado del amor de Dios.* Y sobre todo contamos con la maravillosa colección de sus cartas. Escribió sin cansarse, a gentes de toda clase, de cualquier condición y cultura. En ellas brilla de manera maravillosa el celo pastoral, el

profundo conocimiento de la psicología humana, la caridad sin límites del Santo.

Pero, como a Santa Teresa, a San Francisco de Sales le podemos conocer no sólo por sus obras, sino también por sus hijas, las religiosas de la Visitación. Es una historia maravillosa. Cuando leemos la *Historia de las fundaciones* o las *Vidas de las primeras madres*... nos sentimos transportados a un ambiente poético, limpísimo, lleno de jugosa dulzura, similar al de las florecillas de Asís.

Dios puso en el camino de San Francisco de Sales, de manera impensada, un alma excepcional: Santa Juana de Chantal. Ambos se esforzaron por responder a una necesidad que entonces se sentía vivamente: hacer accesible la vida religiosa a quienes por su salud, su educación o sus compromisos en el mundo no tenían acceso a las formas hasta entonces existentes. Así, sin pretensiones ningunas, con absoluta sencillez, nació el 6 de junio de 1610 la Orden de la Visitación.

Hoy no podemos hacernos idea de la revolución que la nueva Orden supuso en la mentalidad de aquel siglo XVII. A pesar de que, por condescendencia con el arzobispo de Lyón, gran parte del primitivo proyecto de San Francisco no llegara a realizarse, las nuevas religiosas aparecían como algo sorprendente. Su difusión fue rapidísima, y puede decirse que en todas partes eran recibidas con entusiasmo. Por otra parte, al difundirse los escritos de San Francisco y extenderse su devoción, era lógico que por todas partes las reclamaran.

La raíz de esta universal aceptación estaba en la sobrehumana sabiduría y prudencia de que el Santo había dado muestra al redactar las constituciones. No cabe un conocimiento más profundo de la psicología humana en general y de la femenina en concreto. Sin austeridades espectaculares, se logra deshacer por completo la propia voluntad y sumergir el alma en un ambiente de caridad, de amor de Dios, de continua oración y mortificación. Ambiente que no está reflejado sólo en las constituciones, sino también en un precioso libro: los «recreos» o «entretenimientos», deliciosa narración de las charlas que el santo obispo mantenía con sus hijas durante el tiempo de esparcimiento. Allí se muestra el Santo cual era, comentando algunas cosas, acla-

rando dudas, exhortando a la perfección a sus hijas queridísimas. Pero esto, y la narración de mil anécdotas de aquellos primeros tiempos de la Orden, exigiría un espacio de que no disponemos.

Se aproximaba el final de su vida. Fue necesario volver a París para algunos asuntos diplomáticos en la corte Como había ocurrido antes, también ahora San Francisco se dedicó de lleno a la predicación. Tuvo, además, el gozo de conocer y tratar íntimamente a San Vicente de Paúl, a quien confió el cuidado espiritual del recién creado monasterio de la Visitación.

De regreso de París, pasa por Turín, se desvía hacia Avignon y por fin llega a Lyón. Allí se detuvo unos días. El de San Esteban, después de haber celebrado la misa, despacha diferentes asuntos y por la tarde preside el recreo de sus hijas, las religiosas de la Visitación. Al terminar, da como conclusión esas sencillas palabras:

> «No deseeis nada, no rehuséis nada, a ejemplo del Niño Jesus en la cuna» Al dia siguiente, fiesta de San Juan, vio que se le nublaba la vista, se confeso, celebro la misa, dio la comunion y se despidio de la superiora «Adios, hija mia, os dejo mi espiritu y mi corazon»

Todavía el 28 recibió algunas visitas, pero ya por la tarde le asaltó la muerte. Y con la mayor sencillez, mientras invocaba a los Santos Inocentes, cuya fiesta se estaba celebrando, rindió su alma pura e inocente a Dios, con la misma calma y serena majestad que habían presidido toda su vida Tenía entonces cincuenta y seis años de edad y llevaba veinte de episcopado. Era el 28 de diciembre de 1622. El 18 de enero siguiente Annecy obtenía para sí su sagrado cuerpo, y, en efecto, el 28 de enero llegaba a su amadísima catedral. No iba a ser fácil, sin embargo, verle en los altares. Su fama de santidad fue clamorosa desde el primer momento. Santa Juana de Chantal trabajó a fondo por conseguir su beatificación. Sin embargo, defectos procesales, minúsculas rivalidades, envidia por parte de unos, nacionalismo por parte de otros..., mil obstáculos habrían de oponerse a su rápida beatificación. Unos querían que fuera una gloria de Saboya; para otros se trataba de una gloria de Francia. Sólo la tenacidad admirable de una mujer excepcional, Francisca

Magdalena de Chaugy, habría de conseguir que, por fin, el 28 de diciembre de 1661, el papa Alejandro VII realizara la beatificación.

Pocos años después, en 1665, se examinaban los milagros en orden a su canonización. Ahora la cosa fue rápidamente. Ese mismo año era canonizado y su fiesta se fijaba el 24 de enero. El 16 de noviembre de 1877 Pío IX, por un breve solemne, confirmaba el decreto de la Congregación de Ritos, confiriendo a San Francisco de Sales el título de Doctor de la Iglesia

Patrono de la prensa catolica, doctor de la Iglesia, es al mismo tiempo protector de una de las obras más florecientes de la Iglesia de Dios: la que otro santo, San Juan Bosco, puso bajo su protección al iniciarla en Turín· la obra que justamente por eso se llamaba salesiana.

En la prensa católica, en la inmensa multitud de instituciones de los salesianos y salesianas, en los monasterios de la Visitación de que está sembrado el mundo entero, San Francisco de Sales continúa viviendo y operando entre nosotros. Y muerto hace siglos, aún nos habla, aconseja y estimula.

LAMBERTO DE ECHEVERRIA

Bibliografía

ACAD SALESIANA DE ANNECY, *Bibliographie salesienne, latine et française* Complemento en E VALENTINI, «Opere e scritti riguardanti S Francesco di Sales Repertorio bibliograf 1623 1955» *Salesianum* 18 (1956) 311s y 536s
BROUTIN, P , *La reforme pastorale en France au XVII siecle,* II (Tournai 1957) 73s
HAMON, A I M , *Vie de St François de Sales* (Paris 1917)
LA HOZ, F DE, *Obras selectas de San Francisco de Sales,* sobre la ed de Annecy (BAC Normal, 109 y 127, Madrid 1953 y 1954)
LECLERCQ, J , *Saint François de Sales, docteur de la perfection* (Tournai Paris 1948)
MANDERINI, TH , *San Francesco di Sales* (Brescia 1949)
MARGERIE, A DE, *Saint Francois de Sales* (Paris 1901)
Obras de San Francisco de Sales Ed critica moderna de Annecy
PERNIN, artic en *Dict Theol Cath* Buen resumen y buena bibliografia
STROWSKI, F , *St François de Sales* (Paris 1928)

BEATO TIMOTEO GIACCARDO

Presbítero († 1948)

Su nombre de bautismo fue José, hijo de Esteban y María Giaccardo, aparceros, nacido el 13 de junio de 1896 en la alquería de Battaglione, perteneciente a Narzole (provincia de Cuneo y diócesis de Alba), y bautizado el mismo día. ¿Por qué, entonces, el nombre de Timoteo? Lo asumió bastantes años después al integrarse en la Sociedad de San Pablo, fundada por Don Alberione: pasó a llamarse Timoteo, como el discípulo predilecto del Apóstol, con todas las consecuencias de la entrega absoluta a la evangelización de la sociedad del siglo XX. Cuando nació el hoy Beato Timoteo Giaccardo, Santiago Alberione era un seminarista de doce años, recién ingresado en el Seminario de Alba. Comenzó el siglo XX de rodillas en la catedral, en la vigilia de oración del 31 de diciembre de 1899 al 1 de enero del 1900. Empezaba un nuevo siglo con euforia nunca conocida en comienzos de siglos anteriores: manifiestos estrepitosos en la prensa y declaraciones futuristas de lucha e ilimitado optimismo. Alberione había aprendido ya lo suficiente al oír exponer en el Seminario la encíclica *Rerum novarum* de León XIII. Y ahora, con las ideas claras, sentía el primer impulso a hacer lo que habría hecho San Pablo si hubiera tenido que anunciar el evangelio en nuestros tiempos. Se ordenó de sacerdote, a los veintitrés años, en la fiesta de los santos apóstoles Pedro y Pablo, 29 de junio de 1907. En marzo de 1908 fue enviado a Narzole, para ayudar al párroco. Su principal dedicación fueron los niños. Dirá más tarde que, entre todos ellos, le llamó especialmente la atención el pequeño José, de doce años. A la pregunta «¿Alguno de vosotros desearía ser cura?», José respondió afirmativamente. El deseo lo llevaba dentro. Puede decirse que había deseado ser sacerdote desde que fue capaz de desear algo. El 12 de septiembre de 1908 recibe la confirmación (se preparó leyendo la vida de San Estanislao de Kostka), y en octubre entra en el Seminario, coincidiendo con la incorporación de Alberione al centro, como director espiritual. El diálogo continuado entre maestro y discípulo es digno de quedar entre los más altos y ricos en la historia de la dirección espiritual. Se desarrollará de por vida, a lo largo de una serie de acontecimientos y acciones

que comprometerán en medida sorprendente a ambos protagonistas. El director espiritual Alberione había centrado la espiritualidad en el «para mí el vivir es Cristo», de San Pablo, y de ella impregnó a José... Con esta seguridad y desde la penumbra de la fe discernía muy bien los caminos de verdad de las veleidades intelectuales del momento. La encíclica *Pascendi* de San Pío X (8 de septiembre de 1907) suponía una pauta segura para la formación teológica. D. Alberione vivía entre tanto la prolongada y compleja preparación para su obra, afianzándose cada vez más en tres convicciones: recibir la inspiración ante Jesús sacramentado, sometiéndose luego al discernimiento del obispo; no predicar ni la más sencilla plática sin invocar a la Virgen rezando el rosario; contar con la colaboración de personas virtuosas que suplieran sus deficiencias. Así, atento a su discípulo predilecto, infundió en el una intensa piedad eucarística y una gran devoción a la Virgen; e intuyó que en Giaccardo iba a tener quien mejor lo complementase. Hay un dato en los primeros pasos de seminarista que desafía muchas pedagogías resabiadas. Acababa de finalizar el mes de mayo de 1909, vivido con especial fervor mariano, y el seminarista daba cuenta a su director. Éste, irradiando gravedad y con sentimiento intenso, le dice: «José, me parece llegado el momento de ofrecer a la santa Virgen tu voto de pureza. ¿Quieres?». Respondió decidido con un sí. Se trataba de un voto por seis meses, pero fue el comienzo de un voto perpetuo. «Fue el primer voto serio que hice —escribía muchos años más tarde—, y nunca lo quebranté formalmente, ni siquiera durante los períodos más oscuros y difíciles por las tentaciones y los peligros».

También había de repetir: «¡Cuan oportuno y a tiempo fue aquel voto!». Cuatro años después (8 de septiembre de 1913) el obispo encargaba a Alberione la dirección del periódico semanal *La Gaceta de Alba*. Fue el punto inicial de su obra. Había obtenido en 1910 el Doctorado en teología en la Universidad de Génova y ahora, muy maduro espiritualmente, comenzaban a juntársele jóvenes. A finales de 1914 llegaban a seis, en 1915 eran nueve, en 1921, eran noventa. En este año fundaron nueva casa en Moncarretto, a kilómetro y medio de Alba. La guerra mundial (1914-1918) supuso una prueba especialmente dura.

Pero, antes de que la contienda terminase, entra en la comunidad el joven Giaccardo, el 4 de junio de 1917. Los años precedentes dispusieron a esta decisión, poniendo todo su empeño en la formación en la humildad y la práctica progresiva de la confesión y la dirección espiritual, siempre teniendo la figura de Alberione como punto de referencia. En su diario íntimo escribe: «La impresión va concentrándose, la prensa católica es la idea reina de mi vida, la señora de mi mente, de mi voluntad y de mi corazón». Su decisión de entrar en la familia de Alberione tropezó con grandes dificultades: suponía no continuar en el Seminario y, según el dictamen inicial del obispo, dejar su condición de clérigo. Al fin, la solución fue la de ayudar a Alberione durante el verano en la atención de sus jóvenes... Ya no volvió al Seminario: comenzó un nuevo curso con la Sociedad de San Pablo y fue presentado a los jóvenes aspirantes como maestro, nombre con el que ya se le designó siempre en el Instituto, teniéndolo por guía y formador. El 19 de octubre de 1919 recibe la ordenación sacerdotal y el 20 celebra su primera misa en su Narzole natal, asistiendo seguidamente a la madre moribunda. Es el primer sacerdote de la Sociedad de San Pablo. Al emitir el 30 de junio de 1920 los votos perpetuos recibió del fundador el nombre de Timoteo. En enero de 1926 es enviado a Roma para fundar la primera casa filial. Busca la mayor proximidad posible a la basílica de San Pablo Extramuros, contando con la gran ayuda del entonces abad Beato Ildefonso Schuster, próximo a ser designado cardenal arzobispo de Milán, y logra construir una primera casa-seminario. Aquí permanece dieciséis años en los que se registra un sorprendente desarrollo de la Institución. Muy cerca de esta casa se establecen también las Hijas de San Pablo, fundadas también por Alberione. En 1930 la fundación de Roma puede darse por ultimada. De ella partirán los nuevos fundadores a diversos países y continentes: Nueva York, Buenos Aires, Tokio... Alberione dirá en agosto del mismo año de 1930: «La casa de Roma fue como árbol plantado junto a las corrientes de agua, más aún, fuente de agua para la vida eterna. Agua brotada junto al lugar del martirio de San Pablo». La estancia del Beato Timoteo en Roma se ve interrumpida por dos años en Alba que le ayudaron a superar un estado de gran

agotamiento; y a Roma vuelve para pasar en ella el período 1932-1936. Su principal actividad se centró en la atención a todos los clérigos profesos que, por voluntad del fundador, pasaron por Roma en el Año Santo de la Redención de 1933. En 1936 el fundador lo llama de nuevo a Alba para que allá le supla mientras él permanezca en la Urbe para consolidar canónicamente su Institución y abrirle nuevos derroteros. Se movió con eficacia: el 10 de mayo de 1941 Pío XII firmó el decreto de alabanza y la aprobación de las constituciones del Instituto, elevándolo a congregación de derecho pontificio. En 1946 Timoteo es designado superior: «Me toca —escribe— cumplir cada vez más este segundo ministerio: conservar, interpretar, hacer penetrar, traspasar e inocular el espíritu y las directrices del Primer Maestro». El binomio Alba-Roma resultaba más clarificado cada día: si la casa de Roma era la mente del Instituto, la de Alba era el corazón. La llenaban unas trescientas personas, ocupadas en un apostolado más o menos de vanguardia. Giaccardo era el alma que los mantenía fieles, unidos y dinámicos. Capítulo aparte merece la atención de Giaccardo a las congregaciones femeninas fundadas también por Alberione y que forman parte de la gran familia paulina, especialmente las dos primeras: las Hijas de San Pablo, fundadas en 1915; de ellas brotó en 1924 un grupo con vocación contemplativa, las Pías Discípulas del Divino Maestro, que obtuvo la aprobación diocesana en 1927. El empeño de Giaccardo había sido tanto, que en este momento dijo: «Ya puedo entonar el *Nunc dimittis*. Dios me ha escuchado y el paraíso me espera. Debo prepararme pronto». Su labor prosiguió todavía muchos años hasta saborear el gozo de la aprobación de Pío XII el 12 de enero de 1948. A Giaccardo sólo le quedaban unos días de vida. La tercera congregación femenina fundada por Alberione fue la de las Hermanas del Buen Pastor, religiosas destinadas a colaborar, en dependencia de los pastores, en todas las obras de la parroquia. Naturalmente, las tres instituciones tienen a Alberione por fundador, pero en su génesis y desarrollo está la acción eficaz y humildísima de su alter ego, el Beato Timoteo. La vuelta definitiva a Roma se produce el 4 de octubre de 1947 para ser Vicario General de la Sociedad de San Pablo. La guerra mundial había terminado y el

momento era importante y muy comprometido, y nadie mejor junto a Alberione que su hijo fidelísimo para renovar energías. Acusaba un permanente cansancio que era su cruz en los largos desplazamientos y numerosas gestiones. Lo que le sostuvo durante el declinar de su vida física fue la estrecha unión de pensamiento y energías espirituales con el fundador. Justamente el 12 de enero de 1948, en que Pío XII daba el *Decretum laudis* de aprobación de las Discípulas, celebró con gozo y gran fatiga la santa misa. El diagnóstico fue clarísimo: leucemia aguda. Fue plenamente consciente de su gravedad y aceptó plenamente la voluntad del Señor, que inesperadamente cortaba un amplísimo programa de acciones pendientes. Falleció el 24 de enero de 1948. Fue beatificado en Roma el 22 de octubre de 1989 por Juan Pablo II, que reproduce, en la correspondiente carta apostólica, palabras del mismo Alberione: «Todos estamos convencidos de que pasó entre nosotros un santo, virgen de pureza, que mantuvo limpia hasta la muerte la estola bautismal».

JOSÉ M.ª DIAZ FERNÁNDEZ

Bibliografía

FORNASARI, E., *Un profeta obbediente: Beato Timoteo Giaccardo primo sacerdote paolino (1896-1948)* (Cinisello Balsamo 1989)

LAMERA, A. E., *Lo spirito di D. Timoteo Giaccardo, della Pia Societa San Paolo* (Roma [2]1956).

— *El Beato Timoteo Giaccardo (apóstol de la comunicación social)* (Madrid 1989).

PAPASOGLI, G., *El Beato Timoteo Giaccardo de la Sociedad de San Pablo* (Madrid 1990).

BEATA MARÍA POUSSEPIN

Virgen († 1744)

María Poussepin fue una mujer admirable: mística y activa, modelo de la vida de oración y de la vida de acción, y sorprendente por el agudo sentido social que mostró en su tiempo, adelantándose en muchas cosas a planteamientos que luego se hicieron comunes. Merece de forma evidente el aplauso de toda la Iglesia.

María Poussepin nació en un siglo en que la Iglesia de Francia dio grandes santos a la Iglesia universal, entre ellos grandes

mujeres, que han dejado huella indeleble en la historia de la comunidad cristiana. Pues el siglo XVII fue el siglo de Juana de Lestonnac, de Juana Francisca Fremyot de Chantal, de Luisa de Marillac, de Margarita María de Alacoque... Fue un siglo de esplendor político y militar para Francia que con el Rey Sol alcanzó el ápice de su poder durante el antiguo régimen de su secular monarquía. Estaba llena de catedrales, parroquias, monasterios y casas religiosas, y había abundantes vocaciones al clero y a la vida religiosa, y surgían no pocas iniciativas que enriquecían continuamente la vida espiritual de la población.

A ese elenco de grandes mujeres de la Francia del siglo XVII hay que unir el nombre de María Poussepin, a quien el Señor concedió llegar a una larga edad y ver también cómo era la Francia y la Iglesia francesa del siglo XVIII, desaparecido ya el Rey Sol.

María Poussepin nació el día 14 de octubre de 1653 en Dourdan, una localidad del Hurepoix que entonces dependía del obispado de Chartres y hoy es del departamento de Essone y diócesis de Versalles. Ese mismo día de su nacimiento fue bautizada en la parroquia de San Pedro por el abate Esteban Legou. Era la primogénita de una familia en la que nacerían otros seis hijos. Sus padres se llamaban Claudio Poussepin y Juliana Fourrier. La familia estaba bien acomodada. El padre era recaudador de impuestos, además de propietario de una fábrica de medias de seda y administrador de fábrica de la parroquia. En su fábrica de medias de seda tenía numerosos aprendices que aprendían a tejer. La madre, persona muy piadosa, era tesorera de la Hermandad de la Caridad, instituida en Dourdan por el P. Rivet, discípulo de San Vicente de Paul. El clima de la casa era de una sincera y solida piedad.

De la educación religiosa de María cuidaron, además de sus padres, el sacerdote que la había bautizado, y le inculcaron los tres no solamente la piedad sino de manera muy particular la caridad con los necesitados, de forma que María, apenas llegada a la adolescencia, ya estaba inscrita en la cofradía de la Caridad para compartir con su madre los trabajos a favor de los pobres. Se la veía visitar asiduamente a los enfermos y llevarles ayudas, además de su misma prestación personal. Se la veía igualmente acudir asiduamente a la iglesia y ser devota y dada a la oración.

Llevaba una vida ordenada, modesta y piadosa, y permanecía sin contraer matrimonio, cuando en 1675 murió su madre María no lo dudó: se olvidó de sí misma y de su futuro y se dedicó a ocupar el sitio de la amada difunta, cuidando de su padre y volcándose sobre sus hermanos y hermanas, que recibieron de ella los servicios y la ternura de una madre. No por tener estas ocupaciones tan fuertes abandonó el trabajo de la beneficencia cristiana; al revés, se hizo cargo de la hermandad de la Caridad.

Esta etapa de su vida estaría, además, marcada por una fuerte dedicación a la empresa familiar, al taller de tejidos de seda, negocio que en manos de su padre estaba viniendo a la ruina. María consideró su deber ponerse al frente del mismo e intentar salvar una empresa que no solamente alimentaba a su familia sino a las de los que trabajaban en ella. María demostró tener una despierta inteligencia y ser verdaderamente una mujer de negocios. Esta actividad de María hay que encuadrarla en el clima generalizado de modernización de la industria textil que el ministro Colbert imprimía en la Francia de aquellos años a los tejedores franceses. Importó la técnica usada por los ingleses, abriendo el propio gobierno un taller modelo, que alentó a otros muchos a seguir la pauta. María fue una de ellos, y su taller cobró vida económica. A finales de siglo sería Dourdan una de las poblaciones autorizadas legalmente a tener talleres de manufactura de telas Enérgica pero al tiempo prudente y considerada, Maria logro sacar a flote el negocio familiar. Sus trabajadores sintieron claramente cómo eran considerados y tratados en concordancia con su dignidad humana, sin que nunca pudiera ninguno decir que se había aprovechado la dueña de su necesidad para nada que pareciera explotación.

Este despierto sentido social de María se demostró de forma aún más patente en su solicitud por los jóvenes trabajadores o aprendices, de cuya formación moral y espiritual, profesional e intelectual tanto se ocupó. Los agrupó en una asociación de protección mutua y de estímulo para el trabajo, ofreciendo premios a quienes se superaban en el rendimiento laboral, renunciando ella a la parte que por el aprendizaje le correspondía y orientándolos con la llamada norma de trabajo, que hacía tan eficaz el trabajo conjunto. No fue por tanto sólo una propieta-

ria sino una empresaria, adelantándose a los postulados de la formación laboral y de la protección de los aprendices, cuya triste suerte está bien atestiguada por entonces.

Pero la vocación de María no era la de empresaria. Había asumido aquel encargo por la necesidad de atender su casa y prestar apoyo a su padre. Desaparecido éste, ella se creía en la obligación moral de atender al sustento y prosperidad de sus hermanos. Pero cuando el mayor de sus hermanos varones, Claudio, llegó a edad de poder asumir la dirección de la empresa, María le pidió que se hiciera cargo de ella. El joven accedió, liberando a su hermana de esta responsabilidad, y María pudo dedicarse a lo que más deseaba: la vida de piedad y caridad. Era el año 1687. María pasaba largas horas en su habitación entregada a la oración y las prácticas de la piedad. Venía creciendo en la vida interior pero este tiempo de larga entrega a la contemplación de las cosas divinas la hizo madurar en su propósito de ser toda del Señor y vivir solamente para Él. Parece que ya entonces el Señor empezó a favorecerla con experiencias místicas que ella saboreaba en la interioridad de su corazón. Y esta profunda vida de piedad la llevaba a darse más y más a la atención de los pobres que se practicaba en la Confraternidad de la Caridad a la que pertenecía y dirigía. Por este tiempo se hizo cargo de una pobre viuda, María Olivier, que, no teniendo familia ni bienes de fortuna, estaba totalmente desprovista de atención. María se la llevó a su casa y la cuidó como solícita hermana. María veía muy claro cuáles eran las necesidades de los pobres de su tiempo y que estaban precisando de parte de los creyentes respuestas organizadas y coherentes. Y sentía una gran inquietud al respecto. Especialmente se preocupaba de la formación de la juventud y de la atención a los enfermos.

Y estando en esta tensión espiritual, la Providencia respondió a sus íntimas inquietudes enviándole al hombre providencial que podría encauzar las energías de María en una obra de servicio a la Iglesia y a la sociedad. Este hombre fue el dominico P. Francisco Mespolié, religioso del convento de la calle Saint-Honoré de París, y miembro por ello de un movimiento dominico de reforma, que se extendía ya a las tres Órdenes dominicanas. En efecto, no sólo numerosos frailes y monjas se es-

meraban en una práctica más estrecha de la vida religiosa sino que la familia dominicana seglar, la Orden Tercera, se empeñaba en algunos sitios, como Toulouse o París, en una empresa de caridad y evangelización totalmente acorde con el espíritu apostólico de Santo Domingo. Por otra parte, hasta en el orden civil se notaba la necesidad de una reforma hospitalaria que diera respuesta a las auténticas necesidades del pueblo y no menos una reforma escolar que supusiera un cambio de orientación en los sistemas de enseñanza seguidos hasta entonces. Eran, pues, cuestiones vivas las que preocupaban a los seglares dominicos y aun a toda Francia. El P. Mespolié fue a Dourdan el año 1691, llamado para predicar, y María tuvo oportunidad de escucharlo y de conocerlo. Le confió su espíritu y sus inquietudes, y la sintonía fue tal que María lo hizo su director espiritual, dirección que duraría cuarenta años, y él no dejó de comprender que Dios estaba llamando a aquella alma a una obra de servicio que debería ser puesta en marcha. El proyecto se maduró en el curso de los cuatro años siguientes hasta que, perfilada la obra que iba a ser emprendida, María dio el gran salto y pasó a una nueva vida.

María había contagiado su inquietud a algunas terciarias dominicas, Orden seglar en la que ella misma había entrado bajo la dirección del P. Mespolié, y con ellas en enero de 1696 abandonó su casa y su pueblo y se trasladó a Sainville, población cercana a Chartres. Aquel año abre allí una escuela y en el año siguiente se hace cargo del hospital de Janville, un sitio cercano. Ella redacta un reglamento de las hermanas, en el que queda clara la intención: la utilidad de la parroquia, la formación de la juventud, el servicio de los pobres y los enfermos, y todo ello en el espíritu dominicano. Este reglamento, publicado, sirvió para dar a conocer la utilidad de la institución, que, consolidada unos años en Sainville, pronto hará progresos llegando a nuevas poblaciones, para hacerse cargo o abrir escuelas y hospitales: entre 1708 y 1739 serán dieciséis.

Todos los años que van entre esas dos fechas la actividad de María fue intensa: consolidó su institución y la extendió, volcándose en el doble apostolado que llevaba adelante su institución y haciendo un bien inmenso a la población, y muy concretamente a la juventud obrera, lo que ha hecho que se llame a María crea-

dora de nuevos métodos para la organización del trabajo María seguía llevando una intensa vida interior que era el soporte de su actividad exterior y su vida se adornaba con todas las virtudes. Sobresalía en ella el gran espíritu de fe y confianza en la Providencia con que emprendía todas las fundaciones, la gran caridad que derrochaba con pobres y enfermos y la exquisita prudencia con que dirigía su institución de terciarias dominicas dedicadas a tan buenas obras. Obviamente quería una comunidad religiosa pero de vida activa. El derecho canonico no estaba de su parte entonces, y María se adaptó a lo que le era posible· religiosas de corazón, seglares canónicamente, pero con todos los elementos de la vida religiosa vividos y practicados: la vida común, los consejos evangélicos, la espiritualidad y el ideario de una comunidad religiosa verdadera Ella deseaba estar dentro de la familia dominicana pero el obispo diocesano de ningún modo quería que dependieran de la Orden de Predicadores El rey Luis XV le dio a la institución letras patentes, es decir licencia civil, el año 1724, y el obispo de Chartres aprobaba las reglas en 1739. María había entregado a la institución todos sus bienes a fin de morir en la más completa pobreza, situación que ella en su testamento señala con evidente satisfacción espiritual.

María vino a morir en Sainville el 24 de enero de 1744, rodeada de sus hijas espirituales y confortada con los sacramentos de la Iglesia y llena de paz por haber empleado sus fuerzas en el servicio de Dios y de la comunidad. La rodeaba la fama de santidad que no se perdió con el tiempo, aunque pasaran muchos años antes de que en 1910 se abriera su proceso de beatificacion que, tras seguir todos los pasos, alcanzó su meta el 20 de noviembre de 1994 cuando el papa Juan Pablo II la colocó en el catálogo de los beatos. Su congregacion es hoy el Instituto de Hermanas de la Caridad de la Presentación de Nuestra Señora, oficialmente dentro desde 1959 de la gran familia dominicana.

JOSE LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 84 (1992) 913ss, 88 (1996) 615ss

MAINAGE, P , *Mere Marie Poussepin, fondatrice des soeurs de charite dominicaines de la Presentation de la Sainte Vierge de Tours* (Paris 1913)

POUAN, B. T., *Les origines de la Présentation. Vie de la vénérable Mère Poussepin, fondatrice des Soeurs de charité de la Présentation de la Sainte Vierge* (París 1894).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

BEATA PAULA GAMBARA COSTA
Viuda († 1515)

Nace en Brescia, de la noble familia de los Gambara, en la segunda mitad del siglo XV, y es educada esmeradamente por sus padres, saliendo la joven inclinada a la piedad y las buenas obras.

Pero a los 16 años contrae matrimonio con Luis Costa, conde de Bema, persona muy mundana y aficionada a los placeres y diversiones. Paula, joven e inexperta, se deja arrastrar por su esposo a una vida similar, enfriándose en ella la vida de piedad que había llevado antes de su matrimonio. Pero la providencia divina dispone que pasara por Brescia el Beato Ángel de Clavasio que con su predicación y el ejemplo de su vida franciscana arrastraba a muchas almas a un tenor de vida más acorde con la condición cristiana. Paula quedó impactada por su palabra y se puso bajo su dirección espiritual, aconsejándola el director que se adscribiese a la Tercera Orden franciscana y realizase los ejercicios de devoción y caridad propios de ella. Así lo hace Paula y se entrega con gran fervor a la oración, la mortificación y las obras de misericordia, socorriendo a los pobres en sus casas y visitando los hospitales, consolando a los tristes y ayudando a los más necesitados.

Su marido no comprende ni participa de los nuevos sentimientos de su esposa, la cual se ve increpada, maltratada y vejada por el esposo; pero ella lo lleva en silencio y ofrece a Dios su calvario. Para colmo, la servidumbre de la casa, visto el trato que le da el conde, deja de tenerla el respeto que le era debido. También esto lo lleva Paula con entera resignación.

Pero el ejemplo de paciencia y humildad de Paula cala en el ánimo de su esposo, el cual termina pensando que la vida de su esposa es más acorde con la recta conciencia que la suya propia, y un día reconoce su error y se une al estilo de vida de Paula, a

la que le permite vestir incluso en la calle el hábito franciscano. Y así, en santa armonía, pasan unos años hasta que el Señor llama a sí al conde Luis. Paula se entrega entonces por completo a la meditación y a las buenas obras, llevando una vida ejemplar que edifica a toda Binaco, la población donde vive y donde tuvo lugar su santa muerte el 24 de enero del año 1515. El papa Gregorio XVI confirmó su culto inmemorial el 14 de agosto de 1845

BEATOS GUILLERMO IRELAND Y JUAN GROVE

Mártires († 1679)

Se trata de dos mártires ingleses que murieron bajo la acusación de estar implicados en la llamada conspiración papista, denunciada por Titus Oates.

Luego de ser restaurada la monarquía inglesa en la persona de Carlos II, parecía que la persecución anticatólica había quedado aparcada, pero todo cambió cuando Titus Oates lanzó su acusación El rey Carlos II no quería la ejecución de católicos pero el Parlamento se mantuvo firme en la aplicación de las leyes vigentes contra los llamados traidores.

Guillermo Ireland era natural del Lincolnshire y, habiendo conocido a los jesuitas en Francia, profesó en la Orden en 1673 y, ordenado sacerdote, fue destinado a confesor de las clarisas en Gravelines. En 1677 pasó a Inglaterra y se dirigió a Londres, donde se hospedó en una casa que aparecía como de Juan Grove pero que realmente era de la Compañía de Jesus. Juan Grove era un laico católico que sabía que era ilegal albergar sacerdotes católicos pero, por amor a su fe, corría este riesgo.

Acusados y detenidos ambos por la supuesta conspiración para matar al rey Carlos II, el haber albergado al embajador español dio color a la especie de que había una trama extranjera contra el monarca. Guillermo ni siquiera había estado en Londres el supuesto día del intentado regicidio, pero no quiso comprometer a nadie llamando a testigos de su ausencia de Londres, y en cambio un testigo falso dijo haber hablado con él en Londres aquel día. Condenados a muerte en el juicio, fueron ejecutados por ahorcamiento y descuartizamiento el día 24 de

enero de 1679. Fueron beatificados por el papa Pío XI el 15 de diciembre de 1929.

BEATOS VICENTE LEWONIUK Y COMPAÑEROS

Mártires († 1874)

El martirio de estos bienaventurados se produjo en el curso de la campaña llevada adelante por el gobierno de los zares para acabar con la iglesia uniata y hacer que sus fieles volvieran por la fuerza a la iglesia ortodoxa. Cuando Polonia es repartida entre varios soberanos y un trozo de ella queda bajo el dominio del zar, los intentos de acabar con la Iglesia Católica en sus dominios empezaron por la pretensión de acabar ante todo con las comunidades uniatas, es decir con las comunidades de fieles ortodoxos que se habían pasado a la comunión con el Papa. Se trataba de deshacer lo conseguido con la Unión de Brest del año 1596 cuando numerosas comunidades ortodoxas entraron en comunión con Roma, conservando su jerarquía y su liturgia.

La zarina Catalina II en 1794 suprimió la iglesia uniata en Ucrania. En 1839 el zar Nicolás I la suprimió oficialmente en Bielorrusia y Lituania. En la zona polaca del Imperio zarista solamente quedó la diócesis de Chelm y el zar Alejandro II se propuso también acabar con ella. Para ello se fijó la fecha de enero de 1874 como tiempo en que la liturgia ortodoxa, es decir sin mención del Papa, se restablecería en las iglesias uniatas. A los sacerdotes y obispos que no aceptaron esta determinación se les destituyó y fueron deportados muchos de ellos a Siberia. A los fieles se les dejó sin pastores en la convicción de que así no serían capaces de resistir.

La resistencia uniata fue heroica y en numerosos sitios se produjeron víctimas de esta resistencia, concretamente en toda Podlasia, donde cada parroquia suscribió con sangre su fidelidad a la voluntad de Cristo. En 1875, ya producido el martirio de que ahora hablamos, el zar abolió la diócesis de Chelm; los fieles que se mantuvieron en la fe católica fueron atendidos a lo largo de los años por los sacerdotes de aquellas zonas de Polonia que quedaron bajo administración austriaca o alemana. La libertad religiosa llegó el 30 de abril de 1905 cuando el zar Ni-

colás II la decretó, y se pudieron de nuevo inscribir como iglesia uniata los muchos fieles que habían perseverado.

Aunque hubo más martirios en la zona de Podlasia, en 1938 se eligió a los mártires de Pratulin como símbolo de la resistencia y se promovió su causa de beatificación, otorgada finalmente por el papa Juan Pablo II el 6 de octubre de 1996.

El martirio aconteció así. El 24 de enero de 1874 llegaron las tropas del zar a Pratulin dispuestas a acabar con la comunidad uniata de grado o por la fuerza. Trece hombres católicos decidieron defender con sus vidas la parroquia situándose en ella o a sus puertas. Llegadas las tropas, el acceso a la iglesia estaba ocupado por estos trece confesores de la fe. Las tropas intentaron convencerles, alegaron las razones del zar y les dijeron que tenían orden de disparar si no permitían el acceso a la iglesia y su adscripción al culto ortodoxo.

Los mártires contestaron firmemente que no abandonarían su fe y que estaban dispuestos a dar la vida por ella. Y viendo que las tropas iban a disparar, se arrodillaron en el cementerio lindante con la iglesia y entonaron un himno religioso. Uno de ellos llevaba como enseña un crucifijo grande. A la última amenaza respondieron: «Es dulce morir por la fe». Los soldados dispararon hasta que todos los mártires cayeron heridos. Unos murieron allí, otros fueron llevados a sus casas, donde fallecieron.

Éstos son sus nombres y datos personales:

Vicente Lewoniuk, natural de Woroblina, de 25 años, de estado casado. Fue el primero en caer muerto.

Daniel Karwasz, natural de Legow, de 48 años, de estado casado. Encabezaba la fila llevando el crucifijo, el cual todavía se conserva.

Lucas Bojko, natural de Legow, de estado soltero, de 22 años de edad, el cual había sido el que tocó las campanas para alentar la defensa.

Constantino Bojko, natural de Zaczopek, de estado casado, de 48 años de edad, jornalero del campo y persona de buena fama por su vida piadosa.

Constantino Lucas, natural de Zaczopek, de estado casado y con siete hijos, de 45 años de edad. No murió en el acto y pudo

bien baja y resoluto andar, en cuyas facciones se aúnan, en difícil juego, la inflexión refinada del hombre que se las ha visto con manuscritos caligráficos, y el visaje marcado, esquinado, violento, del fanático, para quien el judaísmo es turbulencia y avatar político. De antiguo le vienen esos achaques. En Tarso, la griega, ha estado en contacto con el mundo de las letras, a la vez que arrebujado en la atmósfera densa y erizada de un islote judaico, de una de esas familias que los griegos compaisanos, excluidos siempre del acceso y trato con los escogidos —fariseos—, denominan, vengativamente, «hebreas».

A los dieciocho años, como solamente pueden permitirse los aventajados entre los de su linaje, se traslada a Jerusalén, metrópoli, para escuchar lecciones de Gamaliel el Viejo. Después vemos cómo, llevado por su celo farisaico, reaparece en la escena histórica en la lapidación de San Esteban, protomártir. No le está permitido levantar con su brazo los pedruscos contra la cándida víctima desnuda, pero recaba para sí el honor de custodiar los mantos de los apedreadores. De esta traza, el discípulo de Gamaliel conserva un contacto, si remoto, casi táctil —textil— con la lapidación.

¿Podrá extrañarnos ahora que Ananías, prevenido por una visión celeste sobre la llegada de Saulo, responda: «Señor, oí de muchos acerca de ese hombre, cuántos males causó a tus santos en Jerusalén»? (Hch 9,13). ¿O que cuando Pablo, tras lo acaecido en Damasco, se presente de nuevo en Jerusalén, tenga que esperarlo todo, sumisamente, de la intercesión de Bernabé ante los apóstoles, pues «todos se temían de él, no creyendo que fuera discípulo?» (Hch 9,26).

La extrañeza y sobresalto de los buenos discípulos del Señor al oír de ese formidable cambio no es privativa de ellos solamente. Toda la humanidad, desde los días en que aconteciera aquella conversión, se ha visto constreñida a pensar sobre ella con el mismo asombro.

La respuesta no es: ni de índole psicológica —congojas e insatisfacciones de Saulo con un judaísmo con el que, por lo demás, es su voluntad de servicio, hasta el último instante, indefectible—, ni se nos da vertida en sesudas ponderaciones filosóficas —como si Saulo hubiera reconocido en Cristo la plas-

mación corpórea de un grave ideal, etc.—, ni se nos ofrece nimbada en un bello mito, redondo, adornado de cisnes y prodigiosos juegos astrales, como en el nacimiento de los héroes griegos. La respuesta es crudamente histórica. Es la que Bernabé mismo ofrece a los asustados discípulos de Jerusalén. Es la que nos dan los *Hechos de los Apóstoles* Este libro, inspirado por Dios, escrito por un historiador que sabe su oficio, y que, sobre ello, oyó de estos hechos mil veces en la predicación paulina, el evangelista San Lucas, narra puramente de una cabalgada hacia Damasco, con repique fuerte de herraduras sobre la calzada, y de una luz sobrenatural que derribó al jinete principal y creó un mudo espanto en el cortejo.

Parte este afanado grupo bien provisto de cartas que lo acreditan ante los principales de la sinagoga de Damasco. Por obra de una mutua inteligencia entre el sumo sacerdote de Jerusalén y los respectivos prefectos de las comunidades sinagogales en la diaspora, quedan los miembros de la sinagoga sujetos a la jurisdicción de Jerusalén —jurisdicción que incluso las autoridades romanas reconocen—. Está, por tanto, facultada Jerusalén, llegado el caso, a intervenir punitivamente en los enclaves de la diáspora: excluyendo, por ejemplo, de la sinagoga a algún miembro cuya conducta no esta acorde con la ley mosaica, reconviniendo con el azote.. ¿Qué va a ser ahora del tímido grupo de los cristianos de Damasco, que por temor a resultar sospechosos a la sociedad ambiente no se han atrevido a despegarse aún de la célula sinagogal? Saulo se propone conducirlos atados a Jerusalén, «tanto hombres como mujeres» (Hch 9,2).

Sigue el grupo de jinetes el camino que, arrancando de Jerusalén y pasando por Sichem, se interna en el frondoso valle del Jordán, bordea luego graciosamente el lago de Tiberíades y se mete en Damasco. Llevan ya los jinetes alrededor de ocho días de cabalgada. No son estrictamente un grupo armado, aunque la furia de la marcha se asemeje tanto a la avanzada de la tropa militar, ansiosa de botín. A la altura de Damasco, la calzada romana se ensancha entre tupidas arboledas. Los caballos redoblan su andadura a la querencia de los establos de la ciudad cercana.

> «Y como anduviese su camino, sucedio que, al llegar cerca de Damasco, de subito le cerco fulgurante una luz venida del cielo, y cayendo por tierra oyo una voz que le decia Saulo, Saulo, ¿por que

me persigues? Dijo: ¿Quién eres, Señor? Y él: Yo soy Jesús, a quien tú persigues. Pero levántate y entra en la ciudad, y se te dirá lo que debes hacer. Y los hombres que con él caminaban se habían detenido, mudos de espanto, oyendo la voz pero sin ver a nadie. Se levantó Saulo del suelo, y, abiertos los ojos, nada veía: y llevándole de la mano lo introdujeron en Damasco. Y estuvo tres días sin ver, y no comió ni bebió» (Hch 9,3-9).

Tres días le son concedidos para rumiar la derrota: tres jornadas de ayuno, con escamas sobre los ojos —una lesión oftálmica procedente de la fulguración sobrenatural—, para que el sentido interior, adelgazado y sutil por la penitencia, fuera ordenando los hechos que tan agolpadamente se le metieron por los sentidos exteriores, la «luz brillante», la voz. Fue bautizado al final de los tres días, y «volvió a ver». Ahora veía dos veces.

San Pablo podrá preguntar luego a sus fieles de Corinto, retadoramente: «¿Es que no he visto a Jesús, Nuestro Señor?» (1 Cor 9,1). En esta corporal visión del Señor glorioso están las credenciales de San Pablo ante la historia. Magnífico se presenta ante nosotros, con esas cartas, el Apóstol de las gentes. La visión del Señor lo engríe, a la vez que lo colma de humildad. Sufrirá a lo largo de su vida apostólica muchos descalabros por su fidelidad a aquella hora de Damasco. Naufragios mar adentro; en tierra, cuatro veces, sobre sus espaldas, el mismo azote que él había preparado para los asustados cristianos de Damasco. Recorre fatigosamente, en tiempos en que no se echa a la mar más que el mercader o el soldado, casi todo el orbe conocido, de límite a límite del Imperio. En un instante en que proféticamente ve llegado su fin, rinde cuentas a sus discípulos: «Plata, oro, o vestido de nadie lo codicié. Vosotros mismos bien sabéis que a mis necesidades y a las de los que andan conmigo han proveído estas manos» (Hch 24,33-34). Es degollado en Roma. En Roma se enseña el lugar en que rebotó su cabeza, por tres veces, al ser segada: *Tre Fontane.* A Roma la ensalzaron y magnificaron los Santos Padres en devotos himnos. San Juan Crisóstomo, en su florido recitado, glorifica a Roma por muchos y razonados conceptos. Pero, sobre todo, porque aloja los cuerpos de San Pedro y San Pablo. En el día de la resurrección de la carne, dice el Crisóstomo, «¡qué rosa enviará Roma hacia Cristo!».

IGNACIO ESCRIBANO

Bibliografía

Act. Apost. c.9.22 y 26.
ADAM, C., *El Cristo de la fe* (Barcelona 1958).
Dict. de la Bible, IV, col.2194s.
RICCIOTTI, J., *Pablo Apóstol* (Madrid 1950).
TILLEMONT, L. S. DE, *Mémoires pour servir à l'histoire ecclésiastique des six premiers siecles...,* I (Venecia) 192s, y en general todas las biografías de San Pablo.
WIKENHAUSER, A., *Los Hechos de los Apóstoles* (Ratisbona 1957).

BEATO MANUEL DOMINGO Y SOL

Presbítero († 1909)

> «Entre todos cuantos a lo largo de los siglos dedicaron su vida al fomento y cuidado de las vocaciones, tal vez ninguno lo ha hecho con tanto empeño, prudencia y entusiasmo como el santo sacerdote Manuel Domingo y Sol, apellidado con toda justicia por el pontífice Pablo VI "Santo apóstol de las vocaciones sacerdotales"».

Así reza el breve de su beatificación, Roma, 29 de marzo de 1987 (*AAS* 79 [1987] 1441-1445) citando el decreto en que se reconocían sus heroicas virtudes, 4 de febrero de 1970 (*AAS* 63 [1971] 156ss).

El proceso de canonización abierto en Tortosa en noviembre de 1930, concluyó el 21 de septiembre de 1934. El milagro vino de Venezuela con votaciones unánimes de los médicos. Se firmó el decreto el 10 de noviembre de 1986.

Don Manuel Domingo y Sol fue, al decir de sus biógrafos, «un hombre bueno y audaz», un cura de a pie que rodó mucho por el mundo dejando muy marcadas y profundas huellas.

Nació en la madrugada del Viernes Santo, 1 de abril de 1836, en Tortosa (Tarragona, España), que tenía entonces veinte mil habitantes. Sus cristianos padres, Francisco y Josefa, lo llevaron a acristianar el día siguiente, Sábado Santo, en la parroquia de la Catedral. Fue bautizado en una artística pila que había adornando como surtidor los jardines del Papa Luna.

Era el undécimo de doce hermanos, en una familia de payeses acomodados donde la madre llevaba el pulso de la educación y el padre, tonelero, administraba también una mediana fortuna en el campo.

A los nueve años Mons. Echanove Zaldívar, arzobispo de Tarragona y administrador apostólico de Tortosa, lo confirmó y, a los doce, recibió la primera comunión.

Hizo los cursos de latín y humanidades en el colegio de S. Matías, bajo la férula del dómine Sena, que llevaba a rajatabla eso de que «la letra con sangre entra». A los quince años, en 1851, ingresó en el seminario para cursar tres años de filosofía, siete de teología y uno de derecho.

Recibió la primera clerical tonsura el 16 de marzo de 1852 en Tortosa; las órdenes menores y el subdiaconado, en Tarragona, el 18 y 19 de diciembre de 1857; el diaconado, en Vich, el 24 de septiembre de 1859 por hallarse Tortosa en sede vacante. El 2 de julio de 1860 le ordenó de presbítero su obispo, Miguel José Pratmans.

Fue un seminarista normal, caracterizado, eso sí, por su tierna y sólida devoción mariana y un talante espiritual que se refleja en sus cartas de entonces: «Indiferencia a todo cargo o empleo. Dejarme a las eventualidades de la Providencia. Repulsión a todo beneficio colativo».

Predicó en su primera misa, celebrada en la iglesia de S. Blas, su profesor y amigo, Benito Sanz y Forés, futuro cardenal, con quien le unió gran amistad.

En los primeros años todos los ministerios le encontraban dispuesto: las misiones, las parroquias, la juventud, la enseñanza, el confesonario. «Una ambición santa parecía que hubiera querido lanzarnos a todos los campos», confesaba más tarde.

Su primera dedicación apostólica fue la de misionero popular recorriendo las parroquias de la diócesis de punta a cabo, por iniciativa del Vicario capitular, Ramón Manero.

Pasa también por el ministerio pastoral directo como Regente de La Aldea, entonces barrio de Tortosa. Y como ecónomo en la iglesia de Santiago, parroquia pobre y fría donde fomentó la frecuencia de sacramentos y la catequesis, dedicando muchas horas al confesonario.

Su obispo, Mons. Benito Villamitjana, le envió a la universidad de Valencia para obtener los grados y confiarle la cátedra de Religión y Moral en el Instituto de Tortosa. Obtuvo la licenciatura en teología el 6 de mayo de 1863 y, a su regreso, el 1 de oc-

tubre fue nombrado auxiliar de la cátedra, y el 5 de febrero de 1864, catedrático. Fue también secretario en el mismo Instituto.

El 24 de diciembre alcanzó el Bachillerato en artes por la Universidad de Barcelona. Y el 26 de febrero de 1867, el Doctorado en teología por la Universidad de Valencia.

Cuando se suprimió la asignatura de religión en la enseñanza pública y oficial del Estado por la revolución del 1868, a petición de los alumnos siguió impartiendo la formación cristiana y hasta pensó en un colegio privado para esa finalidad educativa.

En adelante, con su esmerada preparación, se quedó como simple y sencillo confesor de monjas porque ése es el nombramiento que recibe en marzo de 1868: vicario y confesor del Convento tortosino de Santa Clara.

Durante 23 años permaneció en ese cargo, dedicado a la formación espiritual de las monjas. Con ellas sufrió la amenaza de supresión por decreto, que lo iba a convertir en hospital militar.

Los que hablan de Mosén Sol por estos años destacan su carácter atrayente, dulce y pacífico. Aseguran que «no era ni taciturno ni locuaz sino prudente y atento. No era amigo de bromas; su única graciosidad era la sonrisa. Jamás se inquietaba ni estaba de mal humor». «Su temperamento era tranquilo y tolerante, sin que por ello fuera insensible. Sabía dominarse, y si era el caso, también resistir e imponerse».

De estatura regular, más bien alto y corpulento. Le gustaba de vez en cuando sorber unos polvos de rapé. Vive en la casa paterna con su madre y sus hermanos. El padre había muerto en 1861 de una apoplejía.

Cuando su madre falleció a los 64 años en 1884, queda desolado. Había significado tanto en su vida que jamás podía nombrarla sin una visible emoción. Mosén Sol la recordó siempre como una santa de cuerpo entero. Ella modeló su corazón en piedad sincera, en caridad inagotable. Daba limosnas a cuantos las necesitaban. Hasta tenía encargado en una tienda que diesen cuanto pidiera, a una señora indigente, y que él lo pagaría todo.

Él aprendió la lección: «Procuraré [...] en las festividades principales quedarme sin nada» *(Escritos,* III, 6.°, 110). Fue muy

limosnero toda su vida y hasta la misma comida del día la entregaba con facilidad a los pobres.

La figura de don Manuel, siempre con manteo y sombrero, se hizo familiar por las calles de Tortosa, camino de Santa Clara.

No solo con las 35 monjas de la comunidad sino con otras muchas personas que le iban siguiendo de confesonario en confesonario, consigue una dirección espiritual tan prudente y discreta que apenas se notaba sino por las largas sentadas y por las innumerables vocaciones femeninas con que pobló los conventos, y las eficaces ayudas que prestó para la fundación de otros, como el de la Divina Providencia de Vinaroz y el de las Concepcionistas de Benicarló y Vall de Uxó.

No se olvidó nunca de la juventud.

> «España —escribe— estaba bajo la atmosfera asfixiante del desbordamiento de pasiones y casi diriamos de impiedad [ ] despues de la revolucion del 68 Se me acercaron entonces dos o tres jovenes de los que habian sido discipulos en el Instituto, pidiendome una organizacion semejante a la que habia iniciado la Juventud Catolica de Madrid»

Rápidamente pasó a la acción Organizó a los jóvenes reuniéndolos al principio en su propio domicilio y más tarde en la antigua iglesia de la Merced. Les procuró capilla, biblioteca, teatro; y edificó de nueva planta un gimnasio cuya primera piedra se colocó en 1882.

Ya en 1877 había convocado en la ciudad una asamblea de asociaciones católicas donde se reunieron 748 muchachos en torno al Obispo, y en 1878 encabezó Mosén Sol la representación de la juventud católica tortosina en la gran peregrinación a Roma.

Como director responsable (1880) de la Congregacion mariana de S. Luis Gonzaga, reforma sus reglamentos y funda como lazo de unión, en 1881, la primera revista que tuvieron las Congregaciones marianas de España, *El congregante de S. Luis.*

En 1891, centenario de la muerte del santo patrono de la juventud, llevó a Roma la peregrinación nacional de jóvenes

«La juventud, repetía, ha sido el ideal de mi vida». Vivía pletorico o nostálgico de este campo, siempre prometedor, del apostolado. «Me ocuparé siempre y todos los días de mi vida de esta obra: ser amigo y padre de la juventud» *(Escritos,* I, 12.°, 34).

Promovió escuelas nocturnas dominicales para obreros y artesanos y difundió por toda la diócesis numerosos «círculos de obreros». En el pueblo de San Mateo fundó una escuela que llegó a contar con trescientas alumnas.

Trabajó mucho en el apostolado de la prensa. Primero colaborando con su gran amigo San Enrique de Ossó en el semanario *El amigo del pueblo*. Después, por su cuenta y riesgo, organizó una biblioteca popular y una librería católica, e intentó crear una asociación para divulgar la Biblia.

Extendió por toda la diócesis el «Apostolado de la Oración» y la «Adoración Nocturna» y estableció la asociación de «Camareras del Santísimo».

Pero el celo sacerdotal de su alma nunca estaba satisfecho hasta que encontró «la llave de la cosecha en todos los campos de la gloria de Dios», es decir, el fomento de las vocaciones, la formación de los futuros sacerdotes. Cuando encontró esta perla, como dice el evangelio, lo vendió todo para entregarse por entero a este ministerio clave de la Iglesia, que fue su gozo y su corona. Pensaba que «del clero depende todo».

La crisis vocacional se agudizaba más y más después de la revolución del 1868. Se cerraron la mayoría de los seminarios. Los obispos acudían a todo lo imaginable: seminaristas externos, curas de carrera breve, escuelas pueblerinas de gramática y latín, etc.

El encuentro de Mosén Sol con Ramón Valero Carceller, bajo el arco llamado del Romeu, fue providencial. Era uno de tantos seminaristas pobres que pateaban la ciudad sin apenas cobijo, mendigando mendrugos de pan para subsistir. Vivía de limosna. No tenía dinero ni para comprar una vela y estudiar de noche.

Mosén Sol no sólo le socorrió sino que en 1873-1874 abrió una casa llamada «de S. José» para recoger, sustentar y educar a los jóvenes pobres, aspirantes al sacerdocio. A los pocos años, en 1879, el Colegio de S. José, dedicado a las vocaciones eclesiásticas, albergaba internos trescientos alumnos que acudían a las clases del seminario.

El invento crecía como la espuma. Semejantes al primero se fueron abriendo Colegios de San José en Valencia, Murcia, Orihuela, Plasencia, Burgos, Almería, Lisboa, Toledo.

Los colegios josefinos se distinguieron por su alegría, austeridad, devoción eucarística, mariana y josefina, y por su formación integral. «La capilla, el estudio y la cocina son los tres goznes sobre los que gira el colegio. Si se desnivela alguno, no habrá equilibrio».

Su pedagogía era muy clara y hasta muy simple: Se basaba en serios principios de selección, clima familiar, fraternidad universal, intensa vida espiritual y una renovacion constante.

Fue trascendental la fundación del Pontificio Colegio Español de S. Jose de Roma en abril de 1892, que ha contribuido poderosamente a la renovación espiritual y científica del clero y de los seminarios de toda España.

Mosén Sol había querido siempre que los colegios estuvieran a la vera de los seminarios diocesanos, pero nunca soñó con ejercer tareas de direccion dentro de los mismos. Sentía miedo de responsabilizarse de un trabajo para el que humildemente no se creía con fuerzas suficientes. Los veía como «matorral abandonado» pensando que «un cambio radical no se ve por hoy posible».

El espíritu y estilo peculiar de estos colegios fundados por Mosén Sol influyó tanto en la formación de los alumnos, que muchos obispos le fueron encomendando la direccion de sus seminarios diocesanos: Astorga, Toledo, Zaragoza, Cuenca, Siguenza, Badajoz, Baeza, Jaén, Ciudad Real, Málaga, Segovia, Almería, Tarragona, en España, Chilapa, Cuernavaca, Puebla de los Ángeles, en Méjico. Hasta allí llegó. No le fue posible aceptar muchos más que luego atendieron sus Operarios.

La revista *El Correo Josefino* pretendía el intercambio familiar de los colegios entre sí. También llegó a la aspiracion de encuentros intercolegiales.

La vida entera de don Manuel desde los cuarenta años se fue centrando casi exclusivamente en la obra de las vocaciones a la que consagro todas sus energías y entusiasmo.

Con todo, nota «que está muy solo en la empresa». El obispo de Tortosa habia ido nombrando sacerdotes afectos a Mosén Sol para encargarse de las tareas de direccion en el colegio tan fructifero de S. José.

El 29 de enero de 1883, después de celebrar la misa, durante la acción de gracias, le vino la inspiracion de una pía union de

sacerdotes que, libres de otros cargos y empleos, se dedicaran al fomento, sustento y formación de las vocaciones eclesiásticas *(Escritos,* III, 2.º). El 4 de mayo de 1883 se lo expuso a su Obispo de Tortosa, a quien llevó las bases el día 8, y el Obispo las aprobó.

En privado, casi como de puntillas, cuatro de aquellos sacerdotes con don Manuel, se asociaron en una Pía Unión o Hermandad que tres años más tarde, el 1 de enero de 1886, quedó canónicamente establecida.

Las bases quedaron definidas en el convento carmelitano del Desierto de las Palmas, asomado al Mediterráneo. «Los objetivos constantes» habían de ser: fomento de la piedad en los jóvenes, desarrollo y sostenimiento de las vocaciones eclesiásticas y apostólicas y extensión del culto y reparación al Corazón de Jesús, inspirador de todo.

La nota más característica de su espiritualidad era el espíritu de reparación a Jesús sacramentado y deseaba que fuera «un carácter permanente y visible y que se incrustara en los Operarios» (Carta del 6 de agosto de 1883 a B. Miñana *[Escritos,* II, 6.º]).

La nueva Hermandad sólo aspiraba a ser «una mancomunidad de sacerdotes seculares, unidos por el vínculo de una dirección común para promover la gloria de Dios y sus más caros intereses».

Cuando los siete primeros Operarios suscribieron sus compromisos, ya estaba Mosén Sol metido en la construcción del Colegio de Valencia, del que salieron Operarios para abrir los de Murcia y Orihuela.

Sin duda el Señor le inspiró la fundación de la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos para perpetuar sus obras encomendándole su carisma sacerdotal y su propio espíritu. Esta fuerza y este ímpetu sacerdotal le empujaba a ayudar continuamente a los sacerdotes diocesanos, y para ello estableció su hospedería en cada uno de los colegios y rogaba a los Operarios que estuvieran siempre prontos para ayudarles en sus parroquias y ministerios. «Que nunca se diga de un Operario que pudo hacer el bien y no lo hizo».

Característica distintiva de la Hermandad de Operarios es su calificativo de «diocesanos». Su indudable diocesanismo es de

carácter más teológico y cordial que jurídico. D. Manuel fue y quiso ser siempre un sacerdote secular diocesano y así deseó que fueran sus Operarios, incondicionalmente a disposición del Obispo de cada diócesis donde ejercen su ministerio.

Quebrantado por tantos trabajos, a su muerte, el 25 de enero de 1909, la Hermandad, con menos de un centenar de miembros, llevaba la dirección de 10 colegios de vocaciones llamados «de S. José»; de 18 seminarios diocesanos apellidados «conciliares»; el Colegio Español de S. José de Roma y dos templos de Reparación: el de S. Felipe de México y el de Tortosa, donde reposan sus reliquias en un mausoleo. Una estatua orante de D. Manuel le recuerda en perpetua adoración al Santísimo.

Los escritos de don Manuel ocupan 65 no pequeños volúmenes.

«Realmente trabajó con todo ahínco desde la primera hora en la viña del Señor». Creció inocente y sumiso en su casa paterna bajo la mirada de su madre. En el seminario se dedicó con todo empeño a conseguir las virtudes sacerdotales y las ciencias sagradas. Concienzuda y laudablemente.

Buen observador de las necesidades de su tiempo, se dedicó con diligencia infatigable a todo género de apostolados, haciéndose todo a todos a fin de ganar a todos para Cristo. Su caridad pastoral era insaciable. Brotaba del amor ardiente a Jesús Sacerdote y a la Eucaristía, tanto en su predicación oral de la Palabra de Dios como en sus escritos y en el ejemplo admirable de su vida; en la delicada y enérgica dirección de las almas y en la escucha de las confesiones sacramentales.

Así como también en la caridad para con los pobres, en la difusión de la doctrina católica, en la expansión de las obras sociales, en la fundación de casas religiosas, pero sobre todo en despertar y forjar las vocaciones sacerdotales.

Tanta era su confianza en la divina Providencia que no dudaba que sus proyectados colegios o seminarios, etc., podrían cimentarse incluso con barro o construirse con cañas; y no se hubiera extrañado de que algo maravilloso aconteciera en favor de sus empresas que él mismo llamaba «proyectos temerarios».

Tan grande era su sentimiento de caridad para con todos que siempre, con dulce simpatía y admirable benevolencia, les

ayudaba materialmente o los orientaba con sus consejos; más aún, afable y sonriente, a cuantos se le acercaban les obsequiaba amablemente con algún regalo, aunque fuera pequeño, de lo que él llamaba su «oficina de caridad».

Con el mismo gozo de espíritu se deleitaba cuando se veía en enfermedad, persecuciones y estrecheces, porque estaba firmemente persuadido de que todas las empresas de Dios exigen siempre víctimas, y por eso deseaba morir olvidado de todos.

El mensaje de Mosén Sol, el «santo apóstol de las vocaciones», es de palpitante actualidad en la sequía tremenda y extremada que padecen muchas diócesis y naciones enteras en el campo de las vocaciones. Sus orientaciones siguen siendo válidas; su testimonio ejemplar y su intercesión necesaria, como la Iglesia la pide en la oración colecta de su misa y oficio:

> «Oh Dios que descubriste al Beato Manuel Domingo y Sol el profundo sentido de toda vocación, en especial la vocación sacerdotal, concédenos por su intercesión decididos apóstoles de las vocaciones y generosas respuestas a tus llamadas».

Mosén Sol nos invita a incorporarnos a la gran corriente profética que él personificó. Su talante y su espiritualidad quedaron reflejados en uno de sus pensamientos más repetidos:

> «No sabemos si estamos destinados a ser río caudaloso o si hemos de parecernos a la gota de rocío que envía Dios en el desierto a la planta desconocida. Pero más brillante o más humilde, nuestra vocación es cierta: no estamos destinados a salvarnos solos».

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

ANDRÉS, J. DE, *Un hombre que supo darse. Manuel Domingo y Sol* (Salamanca 1959).

JAVIERRE ORTAS, J. M., *Reportaje a Manuel Domingo y Sol. Un hombre bueno y audaz* (Madrid 1987).

MARTIN HERNÁNDEZ, F.-RUBIO PARRADO, L., *Mosén Sol. Vida de Manuel Domingo y Sol, fundador de la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos* (Salamanca 1978).

TORRES SÁNCHEZ, A., *Vida del Siervo de Dios D. Manuel Domingo y Sol, apóstol de las vocaciones, fundador de la Hermandad de Sacerdotes Operarios del Corazón de Jesús* (Tortosa 1934).

BEATO ENRIQUE SEUSE (SUSO), OP

Presbítero († 1366)

Con el Beato Enrique Seuse sube a los altares lo mejor y más seguro del movimiento místico que florece a lo largo de las orillas del Rhin en los alrededores del 1300.

En ese recodo del tiempo la historia de Europa es turbia y confusa como pocas veces. En el fondo esta —ya entrado el siglo XIV— la lucha entre Juan XXII y Luis de Baviera, uno de tantos episodios que jalonan tristemente las disensiones seculares entre el Papado y el Imperio. Esta lucha envenena toda la vida social y religiosa de la inmensa mayoría de los pueblos europeos. Las disensiones florecen violentas por doquier. Se usarán todas las armas imaginables, espirituales y temporales, para conseguir cada cual sus intentos. Y los intereses sacrosantos de la gloria de Dios pagaran las consecuencias. Nuestro Beato ha tenido que vivir en el teatro más afectado por estas querellas: el sur de Alemania.

Pero no fueron sólo estos grandes problemas los que ponían por entonces en tension los espíritus. Las guerras, la inseguridad consiguiente, el feudalismo en su retroceso inevitable, las pestes... A mediados del siglo la llamada «peste negra» pondra el colmo a este endémico flagelo, y aumentará la confusión y el desorden por todas partes Los postreros años del Beato estarán ennegrecidos por esta turbación agobiante.

Todo ello trajo como consecuencia una crisis espiritual excesivamente grave. Por una parte, una mentalidad inquieta en varios pensadores, rayana o algo más con la herejía. A su vez la relajación y la libertad en las costumbres. Por otra parte, una reacción espiritual que protesta reciamente ante la conculcación de los derechos del espíritu, amenazados y pisoteados. Pero —signo de los tiempos— esa reacción no sabe en muchas ocasiones mantenerse en sus justos límites, y roza con la actitud herética o cismática, si es que no incide francamente en ella. Las sectas hereticoides pululan por Francia, por Alemania, por Italia... Particularmente doloroso es el historial de los «espirituales» franciscanos, en parte auténtico y en parte degenerado y falso. Todas aquellas pretenden reformar y evangelizar la Iglesia. Sus consignas son, al parecer, de una pureza espiritual ex-

quisita. Pero esconden la rebeldía ante la norma externa, y caen fácilmente en las mayores aberraciones doctrinales y prácticas. Y todo se mezcla con las turbias corrientes de la política humana, para que resulte más complicado y más difícil.

Sin embargo, la Iglesia santa, siempre a pesar de todo santa, produjo entonces también magníficos frutos de santidad. Si algunos movimientos espirituales de aquellos días son equivocados o al menos sospechosos, otros saben guardar el equilibrio conveniente y producen una cosecha de exacta y hasta llameante espiritualidad.

Uno de estos últimos nos lo ofrecen varios grupos de espirituales que se apretujan en la zona más o menos señalada por el paso del Rhin. Pertenecen principalmente a la Orden de Santo Domingo. Y tienen como maestro venerable al pobre Eckart. Su nombre hay necesariamente que evocarle al hablar de Seuse. Sin él Seuse como místico no sería quizá ni siquiera pensable. Eckart ha nacido cerca de Gotha hacia 1260. Hecho dominico, ha ejercido el magisterio en París, en Estrasburgo y en Colonia. Magisterio de la cátedra, de la predicación, y de la dirección de las almas. Indudablemente su alma ha sido de una elevación extraordinaria. Y su mente, amasada de luces evangélicas, conjugadas de platonismo y de tomismo, se ha lanzado por la pendiente de una originalidad atrevida de expresión, que ha comprometido su reputación de ortodoxo. Él se ha sometido fielmente de antemano al juicio de la Iglesia, ante las acusaciones de sus émulos. Y ha muerto en 1327, no sabemos dónde, quizá caminando tristemente hacia Avignon para esperar el fallo del Vicario de Cristo... Éste fue adverso y condenatorio cuando, en 27 de marzo de 1329, se dio. Pero no todo quedó hundido en esa hora negra. Sus discípulos mejores han sido fieles a la memoria buena del maestro, aunque tuviesen el cuidado de evitar los malentendidos a que se exponía la manera menos exacta de hablar de aquél, y que le mereció el justo anatema de la autoridad eclesiástica. Juan Tauler, OP, y Enrique Seuse, OP, serán los más valiosos y más conocidos. Detrás de ellos una lista numerosa podría trazarse, hasta contar en ella con un nombre glorioso como pocos en toda la historia de la espiritualidad: el del Beato J. Ruysbroek. Pero volvamos a nuestro Beato. Con

él, como antes ya decía, sube a los altares todo lo salvable —que es muchísimo— de la espiritualidad dominicana de la escuela de Eckart.

Para trazar la silueta biográfica de Enrique Seuse no contamos prácticamente con más documentación que sus obras escritas. Pero descartando desde el primer momento su pretendida autobiografía. Mucho se ha discutido acerca de la autenticidad o no de la misma. Para mí es evidente que no ha salido de sus manos, aunque lo sustancial de lo que allí se dice, sea quizá verdadero. Con los datos que aportan las obras indudables de Seuse y algunas otras escasas noticias, podemos reconstruir así, esquemáticamente, su vida.

Ha nacido hacia 1296, en Suabia, fría y umbrosa por sus bosques, aunque riente y casi meridional a la vez. Parece seguro que su villa natal ha sido Constanza (Uberlingen ha pretendido también ser su cuna). Quiere decir que su infancia ha discurrido junto a las aguas de su lago famoso, principal fuente del Rhin. Por su padre (¿un pañero de Constanza?) era Von Berg. Por su madre, piadosa y sensible, era Seuse, cuyo apellido él tomó.

A los trece años, con dispensa de edad, ha sido admitido en el convento dominicano de Constanza, que desde 1236 se elevaba a orillas del lago. Pertenece a la provincia teutónica, floreciente con sus cincuenta monasterios extendidos por Brabante, Colonia, Alsacia, Suabia, Franconia meridional y Baviera. La Orden vive todavía bajo el esplendor que la dieran un Alberto el Magno (suabio también) y un Tomás de Aquino, cuyas doctrinas serán las oficiales en la Orden desde 1270. Por aquellos días la ilustra la fama del maestro Eckart, «a quien parece que Dios nada ha ocultado». Seuse habrá seguido allí sus cursos de estudio: primero el latín, la lógica y la retórica, luego el año de noviciado, dos cursos después de *Officium divinum* y de estudio de las Constituciones; a continuación cinco años de filosofía, y tres de teología (uno de Biblia y dos de comentario a las *Sentencias* de Pedro Lombardo).

Entonces, hacia sus dieciocho años de edad, tiene lugar su «conversión». El *Horologium,* obra ciertamente suya, nos ha dejado constancia de aquélla. ¿En qué consistió en definitiva? Es difícil precisarlo. Pero lo que parece evidente es que desde enton-

ces empieza una vida de fervor, que antes no existía. Él alude allí a forcejeos de su alma, a una crisis de la misma que se debate algún tiempo entre altos y bajos. Habla de visiones, que parecen ser sencillamente ilustraciones de su alma (él mismo dice que no deben tomarse a la letra como realidades consistentes), transferidas en tono simbólico imaginativo por su rica y poética sensibilidad. Su fórmula es la sabiduría de los libros santos. Ella es su ideal, la esposa de su alma. Pero ideal que se encarna en Jesucristo, el Verbo hecho hombre. A ella se consagró y se entrega. Para ella serán todas las ilusiones y trabajos de su vida. Sin duda, desde este momento, su austeridad de vida aumenta enormemente. Los tiempos eran propicios para ello. Y las referencias a lo largo de sus escritos nos dicen sobradamente de ello. Sin necesidad de admitir las evidentes exageraciones de su seudoautobiografía, que habla de penitencias corporales casi inimaginables.

En 1320 es enviado a Colonia al *Studium Generale* de la provincia teutónica Allí, durante otros tres años, cultivarán la teología los que son dedicados para ser «maestros». En Colonia el maestro de los maestros es Eckart Seuse ha quedado encantado, por su pureza de vida y su elevación de doctrina. Pero son los años en que el venerado maestro es vencido por sus enemigos y por sus mismas audacias de expresión. Seuse le será fiel hasta morir. Por esos años él compone su *Libro de la verdad,* que no será otra cosa más que la enseñanza de Eckart, mitigada en su manera de decir y justificada en cuanto a su contenido. De Colonia hubiera pasado a París para recibir el grado de maestro. Pero no fue así, y retornó a Constanza. Quizá se había hecho sospechoso por su adhesión a Eckart. Quizá su humildad rehuyó también esos honores humanos. En el *Horologium* nos habla de una especie de visión en la que se le adoctrina sobre la vanidad de esos títulos y preeminencias.

Parece que a partir de 1327 es «lector» en su convento de Constanza. Pero las persecuciones se abaten sobre él Su amistad con Eckart le ha comprometido. Su *Libro de la verdad* (y quizá ya algún otro) es sospechoso. Seuse es juzgado en un capítulo provincial, que no resulta fácil determinar a los historiadores. Y pierde su lectorado. Ciertamente es un fraile en desgracia. La

sabiduría trata así a su esposo de sangre. Para explicar esta situación no olvidemos el telón de fondo de los tiempos difíciles. No olvidemos el caso de Eckart. No olvidemos sobre todo que dentro de la misma Orden de Predicadores la división se acentúa por momentos. Las revueltas externas se filtran hacia dentro. Es cierto que los dominicos se mantuvieron generalmente fieles al Papa. Pero los vientos agitados que corrían no ayudaban, antes al contrario, al florecimiento de la vida religiosa acentuada e intensa. Los espíritus se dividen en fervientes y en laxos. Seuse es de los primeros, con Eckart, con Tauler... Pero triunfan los otros.

Sin embargo, bajo los golpes de la prueba, los fervorosos se ayudan y animan a ser mejores. La llama sigue encendida y, si cabe, más ardiente. Aunque a veces también se mezcle allí la cizaña, y se den abusos condenables. Los grupos de los llamados «amigos de Dios» son admirables.

Sacerdotes seculares, religiosos y religiosas, seglares... todos toman parte. Seuse está allí, entre los primeros. Cultivará su vida espiritual propia, escribirá libros y cartas, predicará por los pueblos, pero principalmente dirigirá religiosas de su Orden, cuyos monasterios son de los más florecientes en Alemania.

Su vida apostólica externa no debió ser muy llamativa. Recorre, es cierto, la Suiza, la Alsacia, el valle del Rhin... Pero no es el misionero, el predicador célebre, como lo fue Tauler, por ejemplo. De hecho no nos quedan apenas testimonios escritos: un par de sermones, y no populares, sino para auditorios escogidos.

Su gracia especial estuvo en la dirección de sus hermanas dominicas. Sobre todo, se beneficia de ella el monasterio de Tos, cerca de Winterthur, donde se encuentra su principal hija espiritual, Elsbet Stagel. Es a ella, a su veneración por su padre del alma, a quien debemos la colección de sus cartas, y seguramente también lo que de aprovechable y de verdad hay en la seudoautobiografía, que ha debido como tal amañarse en el círculo devoto del convento de Tos. Allí, en aquel ambiente cálido, ha debido refugiarse más de una vez el alma perseguida y dolorida de Seuse, cansada de correr por los caminos espinosos de su tiempo y de sus tierras angustiadas. De 1338 a 1349 prác-

ticamente se nos pierde la traza de nuestro Beato. En la lucha entre Juan XXII y Luis de Baviera, Constanza vive en entredicho eclesiástico. El obispo es fiel al Papa y con él la mayoría de los dominicos. Pero la ciudad en general está por el emperador. Los padres predicadores tienen que emigrar. Uno de ellos, Seuse. No sabemos si pasa estos años en Diessehofen o en Schottenkloster. Quizá los pasa más en los caminos, en las ventas, en las hospederías de los monasterios femeninos de su Orden. Parece que nuevas pruebas llueven por entonces sobre él. La seudovida habla de una calumnia lanzada contra él en estos últimos tiempos —una mala mujer a la que quiso sacar de su vida de pecado habría levantado contra él un horrible testimonio falso—. Ello trajo consigo el abandono de sus amigos, y la sospecha y hasta el castigo de sus superiores. Dada la inseguridad de la fuente histórica nada podemos afirmar.

Pero sí que a lo largo de estos años maduros de su vida espiritual, los escritos van cayendo de sus manos, sembradoras del bien. Primero *El libro de la verdad,* del que ya hemos hablado. Especulativo, eckartiano, difícil a ratos. Luego el *Horologium sapientiae,* su obra latina, la principal obra para conocer datos sobre su vida, y quizá en conjunto de toda su doctrina. Sigue después *El Libro de la sabiduría eterna,* y en forma dialogada como casi todos sus libros. Y como todos, a excepción del *Horologium,* escrito en su dialecto suave, viejo alemán del sur. Esta obra es menos especulativa que *El libro de la verdad.* Es quizá la más típica de Seuse, en que sobre la base del vuelo mental de Eckart, vuelca toda la ternura y fina sensibilidad de su alma soñadora. Prácticamente es un comentario devoto, bordado sobre los padecimientos de Cristo y de su Madre dolorosa, que él contempla con amor y compasión, muy finales de Edad Media. Las corrientes espirituales bernardina y franciscana se combinan preciosamente aquí con las corrientes doctrinales aristotélica y platónica de los maestros Tomás de Aquino y Eckart. El *Libro de la sabiduría eterna* termina con las *Cien consideraciones* y oraciones piadosas, que son para recitar todos los días. Es posible que estas aspiraciones de su alma fuesen escritas en otra ocasión anterior, y luego añadidas a esta obra más grande. Tenemos, además, el *Pequeño y el grande libro de las cartas.* Ambas colecciones

parecen auténticas y la mayoría de sus piezas están dirigidas a sus hijas espirituales de los monasterios dominicanos. En estas cartas aparece el alma del Beato en toda su naturalidad y frescura Datos biográficos, doctrina, rasgos delatadores de su psicología espontánea... todo se encuentra allí, sin esfuerzo ni retoques. Nos quedan finalmente dos *sermones (Lectulos noster floridus,* e *Iterum relinquo mundum),* como muestras de su predicación insinuante, mística, pero no para masas, sino para las almas selectas de sus dirigidas.

Los últimos años se consumen en Ulm. ¿Fue confinado allí como penitencia por sus supuestos e inexistentes pecados? ¿Fue por sencilla disposición administrativa de sus superiores? Nada sabemos. Ni los quehaceres que llenaron sus horas. Es de suponer que seguiría su apostolado de dirección de almas. Probablemente daría también a sus escritos las manos postreras. Los viejos documentos señalan el 25 de enero de 1366 como el de la fecha de su muerte. Y que fue sepultado junto al altar de San Pedro de Verona de la iglesia de su convento de Ulm. Sus restos no han podido ser encontrados y yacen perdidos en aquel templo, desde hace siglos, vacío y frío bajo el dominio protestante. Fue en 1831 cuando Gregorio XVI beatificó y puso en los altares a este siervo de Dios.

Más noticias que de sus hechos externos tenemos de su misma alma. Sus escritos nos la entregan en gran parte. . Sin embargo, nada más en parte. Pues el alma, toda alma, máxime de la grandeza de un Beato Seuse, será siempre un misterio.

Para tratar de comprenderla no perdamos de vista su tiempo y sus circunstancias. No olvidemos de situarle en aquellos momentos, ni de colocarle, al querer explicarle, en la corriente espiritual tomista —eckartiana—. De otro modo sería absolutamente ininteligible.

El Beato Seuse es evidentemente un alma mística. Mística en el sentido más estricto de la palabra. Podrían, sin embargo, despistarnos en este terreno dos dificultades que enseguida se ofrecen. En primer lugar, los antecedentes magistrales que ha vivido el Beato. La doctrina del maestro Eckart ¿se basa sobre una experiencia, o es solamente una dialéctica religiosa de vuelo sublime? Lo último es innegable: Eckart prolonga y matiza la

concepción neoplatónica del cristianismo griego, representado especialmente por el Seudo-Dionisio. El alma, imagen de Dios, vuelve a Dios, al Unum, la Nada Infinita, a través de una ascesis total y de una elevacion mística que Dios mismo provoca Eckart, con sentido sobrenatural y cristiano, ha descrito con frases incisivas la misteriosa generación mistica del Verbo en el alma, cómo el Padre pronuncia allí su palabra y la une misteriosamente a su vida abisal trinitaria. A veces ha dicho, sin querer, demasiado. Pero ¿cabe allí una realidad vivida, experimentada? Sin duda que sí, sea de hecho lo que sea en cada caso. Seuse ha recogido ese esquema, lo ha prudentemente explicado y ha tratado de expresar con él las vivencias de su íntimo secreto escondido.

En segundo lugar, otra pregunta pulsa enseguida a quien se acerca a sus páginas: ¿no nos hallamos ante un artista que pinta poéticamente y que compone, por consiguiente, trasponiendo *sus sueños, sus imaginaciones, las emociones de su fina sensibilidad*? Ciertamente, hay que admitirlo. Sin embargo, inclinándose sobre esos escritos —ni muchos, ni pocos, los suficientes—, repasándolos con cuidado, se llega a distinguir perfectamente el envoltorio y el contenido. Y se llega a la convicción de que el autor de los mismos ha conocido y gustado lo que trata de balbucir, sirviéndose para ello de las fórmulas que le ofrecían sus maestros y las que encontraba en los repliegues de su alma, transida de sentido de la belleza y de ingenio artístico.

Con todo es difícil trazar el itinerario místico de su alma Quizá él mismo no lo hubiera podido nunca dibujar. El trazado fundamental será el siguiente:

Primero, la conversión a que aludimos antes. En el fondo del alma se ha dejado sentir la invitación misteriosa a la entrega perfecta: «Sábete que el renunciamiento interior conduce al hombre a la suprema verdad» *(El libro de la verdad,* 1,3).

Luego, la visión de la sabiduría divina, que encarnada en Jesucristo será el signo de toda su vida endiosada. Un dia hasta externamente marcara su pecho con el nombre de Jesús.

Los estados infusos de elevación y de éxtasis serán en adelante frecuentes en su vida. Los documentos significativos podrían multiplicarse hasta la saciedad.

Pero esta unión mística florecida en el alma exige las terribles purificaciones, que hace inevitables la pureza infinita del Dios que se entrega. Seuse ha padecido esas pruebas del amor.

Pruebas internas y externas. Porque Jesús, la sabiduría divina, ha querido sellar con su cruz de un modo especial la vida de nuestro Beato. Es uno de los casos más interesantes de almas crucificadas que conocemos en la historia de la santidad cristiana. La sombra de la cruz se proyecta en ella siempre. Él mismo ha dicho (carta 28): «Su pasión —de Cristo— es el tesoro de sus pobres». Para él lo fue multimillonariamente. Todos los sufrimientos llovieron sobre él. Y las páginas que arrancaron a su pluma hecha lira son tan abundantes y maravillosas, que quizá en toda la literatura cristiana no haya otras en conjunto que las puedan igualar. Él ha «soportado» a Dios, según su expresión, entre lágrimas y sonrisas, entregado totalmente a su misericordia y a su amor. Una imagen, que él narra en su carta 12, es como el gráfico de su vida sangrante: un día que había tenido que sufrir mucho por penas interiores y por desprecios y humillaciones externas, vio desde la ventana de su celda a un perro que jugaba en el patio con un trapo cualquiera. Lo mordía, lo babeaba, lo arrastraba, lo rasgaba... Una luz se hizo en su alma: «Así debes tú hacer [...] Se te arroje en alto o se te tire abajo, aunque se te escupa... tú debes aceptarlo todo alegremente, sin protestar, como el trapo, si él tuviese conciencia...».

Así fue su vida toda, cristificada. Así se nos fue, calladamente, en un día de invierno, bajo el cielo grisáceo de Ulm, sin que nos fuese dado recoger el recuerdo de su última palabra, sin que se nos refiriese para satisfacer nuestra curiosidad devota la expresión de su última mirada. La sabiduría divina se lo llevó consigo para abismarle en la mismidad de su gloria, en su radiante luz...

Su influencia doctrinal ha sido relativamente grande. Casi siempre en el conjunto que forma esa escuela mística del Rhin. Aunque dentro de él Seuse es el más suave y afectivo, el que más ha sabido juntar la especulación alta con la ternura humana. Por eso el más cristífero de todos ellos, el más aprovechable en general. Sobre todo a través de la edición latina que hace el cartujo Surio (1555) de sus obras, Seuse fue conocido por do-

quiera. ¿Lo leería nuestro San Juan de la Cruz? No es posible contestar a esta pregunta. Pero no sería extraño que alguna vez pudiera rastrearse alguna proyección más o menos indirecta de nuestro Beato en el más grande de los místicos de la cristiandad. De la escuela renana como tal, tomada en bloque, el rumor allí existe. Pero es prácticamente imposible precisar algo más. Lo que es indudable es que muchas páginas de Enrique Seuse, si no son todas, pueden todavía, y seguramente siempre, hacer bien a las almas. Que se las debe, por consiguiente, editar y propagar.

BALDOMERO JIMENEZ DUQUE

Bibliografía

Act SS Boll, 2 de marzo, *Autobiog* o *Vida*, escrita por su discípula E STAGEL, traducida al latín por L SURIUS
ANCELET-HUSTACHE, J, *Le bienheureux Henry Suso* (París 1943)
BIZET, J A, *Henry Suso et le déclin de la scholastique* (1947)
CLARK, J M, *Horologium Sapientiae The little book of truth The life of the servant* (autobiogr) (1952)
HORNSTEIN, J DE, *Les grands mystiques allemands du XIV siecle* (Lucerna 1922)
LAVAUD, B, OP, *L'oeuvre mystique de Henry Suso*, 4 vols (París 1946)
THIRIOT, G, OP (ed), *Oeuvres mystiques du Bx Suso*, 2 vols (París 1899)
ZELLER, R, *Le Bx Henry Suso* (París 1922)

BEATA TERESA GRILLO MICHEL

Viuda († 1944)

El controvertido siglo XIX fue testigo del nacimiento de un buen número de congregaciones religiosas, las cuales iban a suponer una nueva y pujante fuerza dentro de la Iglesia y aún en el seno de la misma sociedad. Países como Francia, Italia y España —por citar quizá los más sobresalientes— serán especialmente privilegiados en este campo de las nuevas fundaciones.

Italia, cuna de grandes santos en épocas anteriores, ahora, en este siglo que nos ocupa, no lo será menos. Surgen nuevas figuras, que como Benito de Nursia, no antepusieran nada al amor de Jesucristo, que como Francisco y Clara de Asís se hiciesen pobres entre los pobres, que como Tomás de Aquino lle-

varan la fe a través de la cultura y de la ciencia, o que como Felipe Neri se entregaran sin reservas al servicio de la juventud. Y todos ellos con un espíritu de filial devoción hacia la Sede de Pedro idéntico al de Catalina de Siena.

Y en Italia era la zona del Piamonte la que, a lo largo de la segunda mitad de la centuria decimonónica y aún en la primera del siglo XX, tenía el privilegio de contar con varios de estos egregios fundadores, cuyos nombres, imborrables para la historia de la humanidad, iban a engrosar además el rico santoral de la Iglesia. Figuras de talla universal tales como los santos Juan Bosco y Leonardo Murialdo o los Beatos José Allamano, Luis Guanella y Luis Orione, como ejemplos más representativos de aquella época y lugar.

Contemporánea a este precioso ramillete de santos sacerdotes, y muy relacionada sobre todo con Don Orione, aparece en aquella misma región la Madre Teresa Magdalena Grillo Michel, que con el mismo temple e imbuida del mismo espíritu que los anteriores, enriquecería la vida religiosa con una nueva familia: las Pequeñas Hermanas de la Divina Providencia. Unas «hermanitas», en expresión más española, dedicadas por entero a la promoción espiritual y social de los pobres, llamadas a sumergirse en el mundo del dolor y de la marginación, para ser en él, y con total confianza en la Divina Providencia, testigos y profetas del amor salvífico de Dios.

En pleno Piamonte se alza la provincia de Alejandría, con su capital del mismo nombre, así llamada en recuerdo del papa Alejandro II, que en 1168 la había erigido para dar cobijo a los milaneses, cuya ciudad había sido arrasada por las tropas de Federico Barbarroja.

Y muy cercano a ella, a 6 kilómetros, el pueblo de Spinetta Marengo, el cual será punto de partida de nuestra historia. Una historia que comenzaba a escribirse el 25 de septiembre de 1855 en la finca «Villa Cavallerota», propiedad rural del acaudalado cirujano D. José Grillo, médico jefe del Hospital de San Antonio y San Blas de la vecina capital alejandrina. En aquella fecha otoñal, su esposa María Antonieta Parvupassu, descendiente de una antigua e ilustre familia de la región, daba a luz a quien sería la última de sus cinco hijos, una preciosa niña, que

iba a hacer las delicias de toda la familia, pues además de ser la pequeña, entre ella y el resto de sus hermanos había una notable diferencia de edad.

Si señalado había sido aquel 25 de septiembre para los Grillo-Parvupassu, familia profundamente cristiana, no lo sería menos el 26, ya que en él la recién nacida recibiría las aguas bautismales con el nombre de Teresa Magdalena. A las tres de la tarde, a la misma hora en la que el Señor había entregado su vida en la cruz, los efectos de aquella muerte redentora se hacían realidad en nuestra niña, que ungida con el santo crisma pasaba a participar de la dimensión real, profética y sacerdotal de Cristo, dimensión que el Espíritu Santo mantendría en ella siempre viva, sobre todo desde su entrega incondicional a los más pobres y necesitados, a los niños y a los ancianos y cuantos sufrían cualquier enfermedad o dolencia, ya fuera física o espiritual.

«Villa Cavallerota», lugar que la había visto nacer, sería con el correr del tiempo testigo cualificado de aquella primera infancia de Teresa, viéndola crecer expansiva, alegre y traviesa en algunas ocasiones, pero sabiéndose ganar siempre el afecto de quienes la rodeaban. Y lo mismo la ciudad de Alejandría, población en la que su padre gozaba de gran prestigio y aprecio, pues además de su indiscutible profesionalidad era un hombre de sólidas y recias costumbres, por lo que ocupará durante largos años una concejalía en el ayuntamiento alejandrino.

Con su madre como primera y principal educadora, se va forjando en aquella alma infantil un profundo espíritu cristiano, la mirada siempre puesta en Dios, y por ello muy sensible ante el mundo del dolor y del sufrimiento ajeno. Y junto a esta educación materna, recibe también la formación escolar elemental, que la irá introduciendo paulatinamente en el mundo del saber.

Todo presagiaba que esa felicidad y alegría que acompañaban la infancia de Teresa iban a ser duraderas, pues vivía rodeada de cariño y sin carecer de nada, pero un amargo trago, que nadie esperaba, vino a ensombrecer aquellos dulces años de nuestra niña, que todavía no había cumplido los once. En la noche del 18 de marzo de 1866 la muerte se asomó implacable en el hogar de los Grillo, llevándose al cabeza de familia, a don

José, al honrado cirujano, quedando así su querida hija sumida en el dolor —más, si cabe, que el resto de la familia, por ser la pequeña— ante tan irremediable pérdida.

Teresa había recibido un buen golpe, muy duro, mas no sería el único, aunque su larga vida estará ordinariamente marcada por acontecimientos de signo netamente positivo. Así la vemos recibiendo piadosamente la confirmación en la catedral de Alejandría el primero de octubre de 1867, año éste que quedará profundamente impreso entre sus recuerdos, ya que hacia mediados de noviembre es internada en el colegio de Nuestra Señora de las Gracias de Lodi, cerca de Milán, para aquilatar así su formación y educación tal como correspondía a una niña de familia acomodada.

Nuestra Señora de las Gracias, colegio regido por las Religiosas de la Bienaventurada Virgen María, conocidas popularmente como «las Damas Inglesas», era un centro de probada reputación y solera, lo mismo por sus métodos pedagógicos que por su refinada educación y por su sólida formación cristiana, fruto de lo cual había logrado mantenerse en pie pese a las leyes laicistas, que en 1866 habían suprimido los colegios dirigidos por las órdenes religiosas. La población de Lodi, con su ayuntamiento a la cabeza, no había permitido en cambio el cierre de éste, pues eran muchos los beneficios que de él había recibido, aunque para ello sus monjas hubieran tenido que pagar el doloroso precio de despojarse del hábito y de camuflar así su verdadera identidad, pasando por simples señoras.

Allí, en aquellas aulas de Lodi, va a pasar Teresa toda su adolescencia, cinco años, poco tiempo en realidad, pero que dejaron honda huella en su persona, seguramente por ser esos años tan cruciales del paso de la niñez a la juventud, convividos junto a otras chicas de su misma edad, bajo la mirada siempre atenta y maternal de sus «Damas Inglesas» disfrazadas de señoras. Cinco años nada desdeñables en la forja de su personalidad, y con una enseñanza bastante completa, muy acorde con las pretensiones futuras de las colegialas.

Y estando ya en sus últimos cursos perteneció al denominado grupo de «las mayores», alumnas a las que, dada su conducta, aplicación y forma de ser, se les encomendaba ayudar a las

más pequeñas y ocuparse de ellas como auténticas madres. Lo cual nos está hablando de la estima y consideración que las religiosas del colegio sentían por Teresa, quienes ponderaron su jovialidad de carácter, su diligencia en los deberes, su sobresaliente piedad religiosa y el buen influjo ejercido en el resto del alumnado, a lo que hemos de añadir, en justicia, su hermosa y elegante presencia, y la finura de sus delicados modales.

Acontecimiento más que feliz ocurrido durante los años de colegio, fue sin lugar a dudas el de la Primera Comunión, que la futura fundadora recibió con la tierna devocion de sus doce años, el 21 de junio de 1868. Y lo mismo la imposicion de la cruz de oro, máximo galardón del centro, impuesto a nuestra joven el 19 de septiembre de 1872, como consecuencia de su distinción en los estudios de religión.

Si la educación y formación recibidas en Nuestra Señora de las Gracias habrían de ser cruciales para el resto de su vida, no lo seria menos el ejemplo de fe y de constancia de las buenas «damas», que con la legislación vigente en contra, pero provistas de un temple poco común, estaban sacando adelante el colegio. De ahí que surgiera en ella una sincera vocación religiosa, haciendo incluso ante la imagen de Nuestra Señora de las Gracias promesa de consagrarse al Señor, aunque, a la hora de la verdad, la situación política y las aspiraciones de su familia se lo impidieran.

Con diecisiete años, y una vez finalizados los estudios en Lodi, Teresa vuelve de nuevo a Alejandria, donde bajo la tutela materna y guiada siempre de sus buenos principios, comienza a frecuentar los ambientes aristocráticos de la ciudad. Y tratándose de una muchacha hermosa, de porte elegante, con una buena educación y nobles sentimientos, no le fue difícil encontrar un pretendiente a su medida· el culto y brillante capitán de infantería, Juan Michel, auténtico gentilhombre dotado de unas extraordinarias cualidades morales y virtudes castrenses. Así Teresa Grillo se convertiría a los pocos años en la fidelísima esposa del ilustre militar, con quien compartiría días realmente felices.

El 2 de agosto de 1877, con la etiqueta y el boato propio de las familias distinguidas, se celebraban en Alejandría los esponsales de nuestra joven, que contaba entonces veintidós años, y

de su enamorado capitán, próximo a los cuarenta. La ceremonia fue presidida por el canónigo José Prelli, primo de la contrayente y andando el tiempo su más decidido consejero, gracias al cual su vida iba a dar un giro de ciento ochenta grados, posibilitando así el nacimiento de su futura congregación.

Dada la profesión de su marido, la vida de la señora Michel se vería ahora jalonada por una cierta trashumancia, fruto siempre de los sucesivos ascensos del esposo, que acabaría sus días con graduación de coronel. Primeramente vendría Caserta, ciudad de la Campania, después las poblaciones sicilianas de Acireale y Catania, y finalmente, Portici, en la zona napolitana, y la misma ciudad de Nápoles.

Teresa había vuelto a experimentar idéntica felicidad que en sus años de infancia, muy querida por su cónyuge, respetada por todos, fiel a sus devociones y prácticas religiosas, que cada vez irían en aumento, lo mismo que sus constantes obras de caridad, realizadas todavía al estilo de las damas de su época. Y por otra parte, acudiendo a fiestas y galas sociales o practicando la equitación en sus paseos campestres. Aunque en lo más profundo de su corazón anidaba una pequeña sombra: el cielo no le había concedido el don de la maternidad, y tanto ella como su marido hubieran querido ser padres de una numerosa prole.

Pero nuevamente aquella felicidad de la que gozaba la señora del brillante oficial iba a trocarse prácticamente de golpe en una indescriptible pena. Parecía que tanta calma y tranquilidad seguidas no estuvieran hechas para ella, era como si estuviera necesitada de momentos difíciles, para acelerar así el paso en ese insospechado camino por el que Dios la llevaba. Lo cierto es que esto, por crudo que parezca, iba a ser real. En el corto espacio de dos años perdería a sus dos seres más queridos, a su anciana madre y su buen esposo. Golpe tras golpe, y este segundo de mayor calibre...

Acontecimiento triste, sobre todo para un alma tan sensible como la de Teresa, el 8 de enero de 1889 fallecía doña Antonieta, su madre, su primera maestra en el difícil arte de ser persona, la gran consejera y guía de su infancia y juventud, a cuyo lado había pasado días realmente entrañables. Ciertamente era una separación dolorosa, que llegaría incluso a debilitar su salud,

aunque para su consuelo contaba con la cercanía y el cariño del esposo que tanto la quería.

Pero el calvario de la señora Michel no había hecho más que comenzar, iba a ser un vía crucis, con sólo dos estaciones, pero a cual más dura, una cruz demasiado pesada para ella sola. Si la muerte de su madre había sido un trance muy amargo, ahora se avecinaba otro mucho peor, la muerte de su gentilhombre, que la dejaría ciertamente hundida.

El primer domingo de junio de 1891, luminoso día primaveral, la ciudad de Nápoles festejaba una conmemoración patriótica, con desfile militar incluido, y en él luciendo sus mejores galas el coronel Michel. Pero la fatalidad se cernía sobre él. Por primera vez el bravo militar iba a ser vencido, y penosamente, por una simple aunque mortal insolación. Gravemente enfermo, nuestro gentilhombre ve junto a sí a los mejores médicos de la ciudad, pero ni los remedios de éstos, ni los solícitos cuidados de su desconsolada esposa, podían salvarlo.

Así, el trece de junio, nuestra Teresa tendrá que beber el trago más amargo de la vida, la muerte de su querido esposo, con el que había convivido catorce años. Dos días después se celebraría solemne funeral, con brillante cortejo fúnebre. E inmediatamente sus restos mortales serían trasladados al panteón de los Michel en Alejandría.

Teresa, sumergida en una profunda angustia que rozaba la desesperación, se había convertido de la noche a la mañana en una joven viuda de treinta y seis años, regresando definitivamente a su recordada Alejandría, donde tendría que enfrentarse al crudo y real momento de su soledad, pues pese al ambiente y a las personas que la rodeaban, al fin y al cabo no era más que una triste viuda y, además, sin hijos. Vivía lujosamente instalada, e inmejorablemente atendida por sus fieles servidores, pero se encontraba sola, desesperada, enferma, sin querer ver a nadie, y susurrando continuamente la misma plegaria: «Santa María, déjame morir». Mas la hora del dolor es siempre la hora de la Divina Providencia, la hora de la prueba, y por lo tanto de la llamada, la hora en la que el Señor sale siempre al encuentro.

Por fin llegaba el momento de hacer realidad sus dos grandes deseos, el de la adolescencia y el de casada, pero, además,

los dos al unísono, pues por contradictorio que parezca, sería a la vez religiosa y madre de una numerosísima familia.

Uno de aquellos días que se encontraba en cama y dándole vueltas al tema de su muerte, siente un fuerte aldabonazo, una gran convulsión interior, por no decir experiencia mística. Era la voz del Señor en lo más profundo de su ser, infundiéndole nuevos deseos de vivir y capacitándola para una importante misión: «Tienes que mejorar porque vas a ser madre de tanta gente pobre...». Teresa, naturalmente confundida ante todo aquello, hizo llamar a su primo, el canónigo Prelli, para darle cuenta de lo sucedido. Y desde ese momento Teresa quedaba a salvo de aquella angustia espiritual que la oprimía. La ayuda y los consejos que el buen clérigo le ofreciera serían impagables, dejándole para empezar una biografía de San José Benito Cottolengo, venerable sacerdote casi contemporáneo a ella y entregado totalmente a los pobres.

Así, entre esta lectura y la ayuda del primo Prelli, la recuperación de la joven viuda, ocurrida casi de improviso, estaba asegurada. Se había encontrado con un personaje casi desconocido para ella, el P. Cottolengo y su ingente obra al servicio de los pobres, pero la biografía terminó sabiéndole a poco, y por ello nada mejor que visitar la fundación de Cottolengo en Turín, la «Pequeña Casa de la Divina Providencia».

Teresa había descendido realmente al mundo de la miseria y de la pobreza. Un día entero pasado en aquella casa sería suficiente para comenzar a descubrir su nuevo camino. Un camino de caridad y de servicio, de pobreza compartida, un camino sencillamente evangélico. La gentil dama se hallaba ante el mismo dilema que el joven rico, Jesús la estaba poniendo en la misma disyuntiva, pero su respuesta sería distinta. Ella no se contentaba simplemente con ser buena ni con haber cumplido los mandamientos desde niña, dado que el Señor le pedía más ..

La causa de los pobres había triunfado en ella, desde ahora ya no habría más limosnas de señora rica con las espaldas bien cubiertas, no, de aquí en adelante sería ella misma la que se entregara totalmente a los más desafortunados. Con una ilimitada confianza en la Divina Providencia, Teresa emprende su nueva andadura, empezando por abrir de par en par las puertas de su

propia casa señorial a niños pobres y personas abandonadas necesitadas de ayuda, viéndose a su vez obligada a buscar acomodo digno para quienes ya no cabían bajo su techo, pero toda aquella «locura a lo divino» no había hecho más que comenzar.

Poco a poco había ido despojándose de sus bienes, sus joyas, sus elegantes vestidos, para terminar incluso, hacia finales de 1893, vendiendo la gran casa Michel visto que el número de gente a la que atender iba en aumento. Así podría adquirir un viejo edificio en la vía Faá di Bruno, además de varias casas contiguas medio ruinosas y un cobertizo, lo cual tras sucesivas reestructuraciones y ampliaciones quedaría listo para acometer su obra, naciendo así lo que ella llamaría «Pequeño Abrigo de la Divina Providencia».

Pero lógicamente todo esto no iba a resultarle nada fácil ni cómodo, pues las adversidades no se harían esperar. Muy pronto andaría en boca por toda la ciudad, con la evidente incomprensión de sus familiares y amigos, que no toleraban semejante afrenta. Ver a una dama como ella, de la alta sociedad alejandrina, rodeada ahora de gente de baja estofa y de niños desharrapados, era inadmisible. Aunque el colmo de su estupor habría de llegar cuando la vieran vestida de harapos y tirando de un carro con burrito incluido, mendigando alimentos, enseres o cualquier otra ayuda útil para su nueva gente. En el fondo lo que ocurría era que esta actitud ponía en tela de juicio la vida fácil y cómoda de sus parientes y amistades que ahora la daban de lado. Y a todo esto se añadirán las trabas de la autoridad civil, tan reacia entonces a la Iglesia.

Aunque por otra parte, ante esta incomprensión, se hizo evidente la solidaridad y el afecto de los pobres, y de personas generosas que, ganadas por su desprendimiento, se hicieron pronto sus colaboradoras, surgiendo entre ellas un grupo de ocho valientes mujeres dispuestas a seguirla para dar continuidad y mayor amplitud a su incipiente obra, germen de la nueva Congregación de las Pequeñas Hermanas de la Divina Providencia.

Ahora únicamente faltaba la aprobación de la autoridad eclesiástica, pero ésta no se haría esperar. Mons. Salvay, obispo de Alejandría, concedería muy gustoso el plácet a la obra de

nuestra Teresa, animándola y dándole todo su apoyo para hacer del grupo una verdadera congregación religiosa. Y así, el 8 de enero de 1899, en la capillita del «Pequeño Abrigo», recibirían su nuevo hábito de manos del propio prelado, pasando la fundadora a llamarse desde aquel día Sor María Antonieta.

El grano de mostaza estaba ya plantado y dispuesto a fructificar, a convertirse en un frondoso arbusto, aquellas nueve «Hermanitas» de velo azul, comienzan pronto a multiplicarse y a irradiar el número de sus fundaciones, por diversos lugares del Piamonte, desarrollándose rápidamente incluso en las regiones italianas del Véneto, Lombardía, Liguria, Puglia y Lucania, para cruzar posteriormente los mares y llegar así al continente latinoamericano y más recientemente al Camerún y a la India.

Teresa tenía todavía por delante la mitad de su vida, cuarenta y cinco años de esfuerzos, sudores y sacrificios, cuya responsabilidad prioritaria sería la de difundir y consolidar el Instituto, el cual pese a la escasez de medios con que contaba, pero guiado siempre por un ardor netamente misionero, se aventuraría a cruzar el Atlántico, llegando al Brasil el 13 de junio de 1900.

Duros para las hijas de la Madre Michel fueron también los comienzos en este gran país sudamericano, llamado, sin embargo, a ser un importante lugar de crecimiento y de expansión de su Congregación. E importante sería también, en este largo periplo fundacional de nuestra Madre Teresa, el establecimiento de su obra en Argentina, el año 1927 y por solicitud del Beato Luis Orione, fundador de la congregación religiosa «Pequeña obra de la Divina Providencia» de quien ya hemos hecho referencia al comienzo de esta semblanza.

Es difícil precisar exactamente el momento en que ambos fundadores entraron en contacto, pero según consta en el Instituto, Don Orione ofreció a la Madre Teresa una casa en Tortona, por si acaso no obtenía los permisos necesarios para fundar en Alejandría. Lo cual indica que dicha relación proviene de los primeros tiempos de la fundación. Y por otra parte, gracias a un documento de 1896, se sabe que Mons. Salvay había comisionado tiempo antes al celoso sacerdote para guiar los primeros pasos de las «Hermanitas». Esta amistad y cooperación entre los dos Beatos, no se ceñiría únicamente a sus comienzos, pues ha-

bría de continuar después, siendo, como hemos visto, el origen de la primera casa de las «Hermanitas» en Argentina, así como de otras obras.

Sin ahorrar sus fuerzas, pese a que los años no pasaban en balde, la fundadora animaba y alentaba a sus hijas con su carismática y solícita presencia en todas las comunidades, incluso atravesando el océano en seis ocasiones para llegar hasta América Latina, a visitar a parte de su ya numerosa familia: religiosas, niños, enfermos, ancianos, marginados y cooperadores. Su último viaje lo realizaría el año 1928, a la edad de setenta y tres años.

Una fecha ciertamente importante para la Madre Teresa será el 8 de junio de 1942, día en que la Santa Sede conceda la Aprobación Apostólica a sus Pequeñas Hermanas de la Divina Providencia. Su ingente obra recibía por fin el espaldarazo de la Iglesia, todos sus esfuerzos y sacrificios, todo el trabajo silencioso y a la vez enormemente activo de sus hijas, fruto de su absoluta confianza en la Divina Providencia, se veían felizmente recompensados por este reconocimiento oficial que llevaba la firma del Santo Padre.

La traviesa niña de «Villa Cavallerota», era ya una venerable anciana, pero siempre con su recio temple, y pese a su longeva edad siempre pendiente y preocupada por todo lo concerniente a su obra, fundamentalmente por sus hijas, por los pobres, que seguían siendo sus predilectos, por los bienhechores... Y por otra parte poniéndolo todo en manos del Señor con una fiel y absoluta confianza, en sus largas horas de oración ante el sagrario o en sus muchos rosarios dedicados a la Virgen Madre de la Divina Providencia. Teresa Grillo había llegado ya a la edad de ochenta y ocho años, y plenamente dispuesta a recibir en cualquier momento la llamada definitiva, como así ocurriría en su ciudad de Alejandría el 25 de enero de 1944.

Señalada fecha para la muerte de una mujer como la Madre Michel, por coincidir con la festividad de la Conversión de San Pablo, pues también a ella, lo mismo que al Apóstol, el Señor le había salido al paso, cambiándole el rumbo de su vida y convirtiéndola en su más fiel seguidora.

Dos días después, el 27, tuvieron lugar sus exequias: un multitudinario funeral y cortejo fúnebre. Pese a los bombardeos de

la guerra, toda Alejandría estaba en la calle para darle su último adiós entre evidentes muestras de dolor, por parte no sólo de sus «Hermanitas», sino también de sus muchos conocidos y paisanos. Finalmente los restos mortales de Teresa Grillo Michel recibieron sepultura en la capilla de su primera fundación, el «Pequeño Abrigo de la Divina Providencia», donde hasta entonces había residido. Y entre los muchos testimonios de condolencia y reconocimiento, uno tan sentido como señalado, el del papa Pío XII.

Muy pronto, a los nueve años de su muerte, en 1953, abierto ya el proceso informativo, iba a ser introducida la causa de canonización, siendo declarada Venerable el 6 de julio de 1985, por el papa Juan Pablo II, que decretaba la heroicidad de sus virtudes.

Y sería también el mismo Pontífice quien la elevara a la gloria de los altares en una magna ceremonia de beatificación, que tendría lugar en Turín el 24 de mayo de 1998 con ocasión de su visita a aquella diócesis piamontesa y de la pública exposición de la Sábana Santa. Llegaba así este importante paso dentro del proceso tras haber sido reconocido un milagro por intercesión de la Madre Teresa. Sucedió en la ciudad brasileña de Aranjo Porto el día 1 de noviembre de 1964. Un niño de 20 meses, llamado Pablo Roberto, había bebido de un frasco que contenía metadona, atropina y papaverina, cayendo así el pequeño en un profundo sueño y sufriendo, además, otras alteraciones. Fue ingresado rápidamente en el hospital, al que llegó en situación de grave desmayo, con palidez cianótica, disponea, y síntomas de taquicardia. Y agravado su estado, tuvo que ser sometido a una terapia más efectiva con respiración artificial, introduciéndole un tubo en la arteria. Como todos los medios aplicados resultaron ineficaces, una religiosa de la congregación de las Pequeñas Hermanas de la Divina Providencia, puso sobre el niño una reliquia de la Madre Teresa Grillo, comenzando al instante su mejoría. Pablo, protagonista de aquella milagrosa curación, abandonaría el hospital cuatro días después en perfecto estado de salud.

Nos hemos asomado a la vida de la Beata Teresa Grillo, vida marcada siempre por una espiritualidad tan profunda como

sencilla, bastando para ello con recordar algunos conceptos que animaron todo su buen hacer: aceptación plena de la voluntad de Dios, ilimitada confianza en la Divina Providencia, profunda devoción eucarística y mariana, ardiente caridad, obediencia, humildad, cruz, oración y apostolado, conceptos que serían suficientes para describir la trayectoria de esta excepcional mujer.

Hoy, como en los tiempos de la Beata Teresa Grillo y con su mismo espíritu, sus hijas, presentes en Italia, Brasil, Argentina e India, siguen desarrollando una magnífica labor apostólica, asistencial y misionera, fundamentalmente en el campo de la educación de la infancia y de la juventud marginadas, y en la atención a enfermos y ancianos; presencias todas ellas de palpable sello evangelizador. E imbuidos de este mismo espíritu existen en la actualidad varios grupos laicales que, extendidos por diversos países, y desde su propia vocación secular, participan del carisma de las «Hermanitas», formando parte también de su numerosa familia.

RAMON LUIS M.ª MAÑAS, OSB

Bibliografía

CANESTRI, G , CARD , *Madre Teresa Michel* (Alejandria 1999)
— *Madre Teresa Grillo Michel* (Roma 1998)
L'Osservatore Romano (5-6 1998) 8-9
PETTINATI, G , «Grillo-Michel, Teresa Maddalena», en G PELI ICA-G ROCCA (eds), *Dizionario degli istituti di perfezione,* IV (Roma 1977) col 1436
TORRIANI, C , *La Señora Madre* (Alejandria 1984)

C) BIOGRAFIAS BREVES

SAN POPÓN
Abad († 1048)

Nació en Flandes el año 978. Al llegar a la juventud optó por la vida militar pero luego repensó su papel en la vida y decidió abandonar el ejército, al tiempo tambien que rechazaba una boda ventajosa que había sido preparada para él por su familia.

No decidido aún al estado definitivo de vida que elegiría, se dedicó a la oración y la penitencia y para rubricar este espíritu

hizo una peregrinación fatigosa y sin concederse descanso a Jerusalén y a Roma. En el curso de la misma tomó su decisión de vida y optó por la vida monacal, ingresando en el monasterio benedictino de St. Tierry en Reims el año 1006. Pero él aspiraba a una vida monacal rigurosa y radical, y por ello cuando supo que el abad Ricardo había reformado la abadía de Saint-Vannes en Verdún, corrió allá y se puso a los pies del abad. Sus cualidades fueron apreciadas por Ricardo, que poco después le encomendaba la dirección del monasterio de Saint-Vaast en Arrás y posteriormente del de Beaulieu.

Por entonces el emperador San Enrique II conoció a Popón y decidió hacerlo uno de sus consejeros, y como dueño de muchos monasterios, decidió implantar también en ellos la reforma; con este fin destinó a Popón como abad de Stavelot y Malmedy y posteriormente le encomendó el de San Maximino de Tréveris el año 1022.

Conrado II, sucesor de San Enrique, continuó confiando en Popón y llegó a encomendarle la alta dirección de la totalidad de los monasterios reales, siendo así muy intensa y extensa la influencia de Popón y su reforma.

Popón tuvo en vida fama de santidad por sus muchas virtudes, por la intensidad con que vivía la vida monástica y por su altísima oración. Murió en Marchiennes el 25 de enero de 1048.

BEATA ARCÁNGELA GIRLANI

Virgen († 1495)

Eleonora Girlani o Girolami nació en Trino el 25 de enero de 1461 en el seno de una noble familia. Al llegar a la adolescencia sintió la vocación religiosa, pero su padre quería que contrajera matrimonio y así la joven no pudo de momento seguir su inclinación. El encuentro con un carmelita que se hospedó en su casa la puso en contacto con la espiritualidad carmelitana. No sólo ella sino también sus dos hermanas decidieron hacerse carmelitas.

Eligieron el convento de Santa María Magdalena de Parma, donde ingresaron las tres el año 1477. Eleonora elige el nombre de Arcángela porque espera que el convento será para ella un

paraíso, y se dedica con entera entrega a vivir la vida religiosa conventual. No habían pasado muchos años cuando la observante religiosa es elegida priora y su acertada dirección convierte el monasterio en una observantísima y ejemplar comunidad carmelita. En 1491 se le propone una nueva fundación en Mantua, avalada por los Gonzaga y por el obispo, y expresamente aprobada por el papa Inocencio VIII. Arcángela acoge esta llamada como llamada de Dios y se traslada a Mantua para presidir una comunidad que como la de Parma se dispone a vivir con plena ejemplaridad el carisma carmelitano. La fundación estaba consolidada cuando el Señor llamó a Arcángela a su presencia el día 25 de enero de 1495, rodeada de gran fama de santidad. Su culto fue confirmado por el papa Pío IX el 1 de octubre de 1864.

BEATO ANTONIO SWIADEK

Presbítero y mártir († 1945)

Nació en Pobiedziska el 27 de marzo de 1909 en el seno de una familia numerosa. Hizo la carrera sacerdotal en el seminario de Gniezno-Poznan y se ordenó sacerdote en 1933. Luego de estar como vicepárroco en Bydgoszc en la colegiata, le fue encomendado el barrio de Sierniccczek a fin de que promoviera la construcción de una nueva parroquia.

Declarada la guerra, se ofreció como capellán militar pero cuando sucedió la capitulación volvió a su parroquia. Aquí permaneció trabajando pastoralmente pese a las dificultades hasta que en 1942 se presentó una denuncia contra él y fue detenido. Luego de un tiempo en la cárcel fue enviado al campo de concentración de Dachau, donde demostró una gran fortaleza espiritual e hizo cuanto bien pudo a su alrededor, como había hecho en su tiempo de párroco. Las durísimas condiciones del campo minaron su salud. Agotado de tantos trabajos y miserias murió el 25 de enero de 1945. Con sus compañeros de la persecución nazi lo beatificó el papa Juan Pablo II el 13 de junio de 1999.

26 de enero

A) MARTIROLOGIO

1 La memoria de los santos Timoteo y Tito, discípulos del apóstol San Pablo, obispos de Efeso y Creta respectivamente **

2 En Hipona (Africa), San Teogenes († 257), mártir

3 En Belen de Juda, Santa Paula († 404), viuda y monja **

4 En Jerusalen, los santos Jenofonte y María, y sus hijos Juan y Arcadio, que renunciaron al mundo y profesaron la vida monastica (s VI)

5 En Cîteaux (Borgoña), San Alberico († 1109), abad **

6 En Nidaros (Noruega), San Agustin Erlandsson († 1188), obispo *

7 En Angers, Beata María de la Dive († 1794), viuda y martir en la Revolucion Francesa

8 En el campo de concentracion de Dachau (Baviera), Beato Miguel Kozal († 1943), obispo auxiliar de Vladislava y martir *

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SANTOS TIMOTEO Y TITO

El nuevo Calendario Romano (21-III-1969) celebra la memoria de San Timoteo y de San Tito, obispos, en el mismo día y unidos en una misma celebracion inmediatamente después de la Conversion de San Pablo, pues están unidos en el común denominador de haber sido dos de sus más intimos amigos y asiduos colaboradores en la evangelización de los gentiles.

Santos Timoteo y Tito

El calendario anterior los conmemoraba por separado en fechas distintas: el 14 de enero a San Timoteo y el 6 de febrero a San Tito, desde que el Beato Pío IX trasladó a ese día su fiesta, que antes se celebraba el 4 de enero y coincidía con la octava de los Inocentes, hoy suprimida

A ellos están dirigidas las Cartas pastorales (así llamadas desde el siglo XVIII) pertenecientes al canon del Nuevo Testamento, dos a Timoteo y una a Tito. Atribuidas por largo tiempo a San Pablo, la crítica actual, casi unánime, niega su autenticidad y las coloca en el apellidado «corpus postpaulino», ya que reflejan situaciones eclesiales posteriores y distintas de las contem-

poráneas del apóstol, aunque tienen su sello y el estilo característico de sus cartas auténticas.

Las fuentes de noticias ciertas sobre estos dos santos se hallan también en otros escritos del Nuevo Testamento, principalmente en los Hechos de los Apóstoles y en cartas paulinas cuyas referencias se citan a continuación en el momento oportuno. Ellas dan fe más que suficiente de la presencia activa y la relevancia de estos dos grandes santos de la Iglesia apostólica en los primeros lustros de su expansión misionera impulsada decisivamente por los viajes de San Pablo en el mundo greco-latino del Imperio romano.

Timoteo nació en Listra, pueblecito en la provincia de Licaonia del que apenas quedan unas ruinas en la actual Turquía, a unos 40 kilómetros de la ciudad de Iconio, hoy Conia.

Recibió de su madre, Eunice, una esmerada educación en la fe, pues era judía creyente, aunque casada con un griego pagano, según atestigua el libro de los Hechos 16,1 y 3. La segunda de las Cartas pastorales evoca expresamente estos recuerdos: «Con la memoria de tu sincera fe, que fue también la de tu abuela Loide y la de tu madre Eunice y que confío es la tuya» (2 Tim 1,5).

En el hogar de esta familia creyente de tres generaciones encontraron generosa hospitalidad Pablo y Bernabé cuando en su primer viaje apostólico, en la primavera del año 40, tuvieron que huir precipitadamente desde Iconio a causa del tumulto provocado por los judíos ante la predicación evangelizadora (cf. Hch 14,5-6).

En Listra permanecieron durante algún tiempo predicando la Buena Nueva. Allí es donde sucedió el sorprendente y curioso episodio que nos cuenta el libro de los Hechos 14,8ss y que terminó de modo dramático e inesperado por la cizaña de los recalcitrantes judíos de Antioquía e Iconio.

> «Había en Listra un hombre cojo desde el seno de su madre y que nunca había podido andar Escuchaba este a Pablo, que fijando en el los ojos y viendo que tenía fe para ser salvo, le dijo en voz alta Levantate, ponte en pie El, dando un salto, echo a andar La muchedumbre, al ver lo que había hecho Pablo levanto la voz diciendo en licaonio "Dioses en forma humana han descendido a nosotros, y llamaban a Bernabe Zeus, y a Pablo Hermes, porque este es el que llevaba la palabra"

»El sacerdote del templo de Zeus, que estaba ante la puerta de la ciudad, trajo toros enguirnaldados y, acompañado de la muchedumbre, quería ofrecerles un sacrificio.

»Cuando esto oyeron los apóstoles Bernabé y Pablo, rasgaron sus vestiduras, y arrojándose entre la muchedumbre, gritaban diciendo: "Hombres, ¿qué es lo que hacéis? Nosotros somos hombres iguales a vosotros y os predicamos para convertiros de estas vanidades al Dios vivo, que hizo el cielo y la tierra, el mar y todo cuanto hay en ellos; que en las pasadas generaciones permitió que todas las naciones siguieran su camino, aunque no las dejó sin testimonio de sí, haciendo el bien y dispensando desde el cielo las lluvias y las estaciones fructíferas, llenando de alimentos y de alegría vuestros corazones".

»Con todo esto, a duras penas dejó la muchedumbre de sacrificarles. Pero judíos venidos de Antioquía e Iconio sedujeron a las turbas, que apedrearon a Pablo y le arrastraron fuera de la ciudad, dejándole por muerto. Rodeado de los discípulos se levantó y entró en la ciudad. Y al día siguiente salió con Bernabé camino de Derbe»

Fue en ese tiempo en que Pablo y Bernabé predicaron en Listra, cuando esta buena familia que les recibió en su casa se convirtió a la fe cristiana, pues en el segundo viaje (años 47-51), cuando Pablo y Bernabé volvieron a visitar a los hermanos por todas las ciudades evangelizadas, se nos narra:

«Llegaron a Derbe y a Listra. Había allí un discípulo llamado Timoteo, hijo de mujer judía creyente y de padre pagano muy recomendado por los hermanos de Listra e Iconio. Quiso Pablo que se fuese con él y tomándole le circuncidó a causa de los judíos que había en aquellos lugares, pues todos sabían que su padre era griego» (Hch 16,1-3).

La semilla del evangelio sembrada en el primer viaje misional había dado su fruto en la tierra buena fértil del joven Timoteo ya maduro en la fe y estimado en las comunidades cristianas. El hecho de circuncidar al que Pablo ya había bautizado obedece a una conciencia inculturalizadora para facilitarle el ministerio de la predicación que el apóstol iniciaba siempre en las sinagogas judías.

Timoteo acompaña a Pablo desde ese segundo viaje (Hch 16,1-3) y aparece también cuando llevan a Jerusalén la colecta de las Iglesias hermanas (cf. Hch 20,4; 1 Cor 16,1; Hch 24,17) como signo de comunión entre las Iglesias fundadas por Pablo y los fieles cristianos de Jerusalén.

Aunque ya no se le vuelva a mencionar en el libro de los Hechos, lo encontramos repetidas veces en los preescriptos o encabezamientos de las cartas: 1 Tes y 2 Cor, Flp y Flm, e incluso en los escritos deuteropaulinos como 2 Tes y Col. En la carta a los Romanos 16,21, aparece enviando saludos.

Consta que en múltiples ocasiones Pablo le confió tareas delicadas que hubo de llevar a cabo por sí solo: Lo envió de Atenas a Macedonia (1 Tes 3,2ss): «Enviamos a Timoteo, nuestro hermano y ministro de Dios en el evangelio de Cristo, para confirmaros y exhortaros en vuestra fe».

De Éfeso lo envio a Corinto para que apoyara con su presencia su primera carta:

> «Por eso os envié a Timoteo, que es mi hijo muy amado y fiel en el Señor, que os traera a la memoria mis caminos en Cristo Jesus y cual es mi enseñanza por doquier en todas las Iglesias» (1 Cor 4,17) «Si llega Timoteo ahí, mirad que no se sienta acobardado en tre vosotros, porque trabaja en la obra del Señor igual que yo» (1 Cor 16,10)

Desde el lugar de su cautiverio escribe Pablo a sus predilectos filipenses:

> «Espero en el Señor Jesus poder enviaros pronto a Timoteo a fin de que yo también cobre animo conociendo vuestra situacion Porque a ninguno otro tengo de iguales sentimientos que sinceramente se preocupe de vuestras cosas, pues todos buscan sus inte reses, no los de Jesucristo Vosotros conoceis su probada fidelidad y que, como un hijo a su padre, me sirvio en el evangelio» (Flp 2,19-23) «Sabed que ha sido puesto en libertad nuestro hermano Timoteo, en cuya compañia si viniere pronto, os he de ver» (Heb 13,23)

Cuando Pablo recobró la libertad, absuelto por el tribunal del César, volvió a sus correrías apostólicas llevando consigo a Timoteo. Vuelto a Éfeso, deja allí a Timoteo con amplios poderes de inspección sobre las comunidades cristianas fundadas por él. Allí permaneció como «epíscopo» hasta la segunda prisión romana de San Pablo.

Según el historiador Eusebio de Cesarea *(Historia eclesiástica,* 3,4) continuo en la ciudad como responsable de Asia cristiana.

Aunque Focio pudo leer actas de su martirio en tiempos de Domiciano, por el intento de apartar al pueblo de una fiesta pa-

gana, esas actas, firmadas por un tal Policrates, son ficticias. De hecho el Calendario Romano actual no le tiene por mártir sino sólo por obispo.

Su mensaje actual salta a la vista.

En el mundo greco-romano, pluralista como el nuestro, su fidelidad y su entrega generosa a la tarea de la evangelización, hoy tan urgentes, son un espejo donde mirarnos. Realizó plenamente los deseos de Pablo: «Que nadie tenga en poco tu juventud, antes sirvas de ejemplo a los fieles en la palabra, en la conversación, en la caridad, en la fe, en la castidad» (1 Tim 4,12).

Tito aparece por primera vez, según la carta a los Gálatas 2,4, acompañando a Pablo y Bernabé cuando van desde Antioquía a Jerusalén para consultar a Pedro, Santiago y Juan, considerados como las «columnas» de la Iglesia, los problemas nuevos que habían suscitado en la comunidad cristiana antioquena los judaizantes que pretendían imponer como obligación la circuncisión y las prácticas de la ley mosaica a los convertidos del paganismo.

La compañía de Tito, de origen no judío y convertido de la gentilidad por Pablo, tal vez en la misma ciudad de Antioquía, que pudo ser su patria, resulta muy significativa. Representaba una verdadera provocación llevar consigo una persona sin duda ya notable en la comunidad antioquena sin estar circuncidado.

Los apóstoles, en el así llamado «Concilio de Jerusalén» (año 52), deliberaron ampliamente y decidieron a favor de la libertad cristiana:

> «Ha parecido al Espíritu Santo y a nosotros, no imponeros ninguna otra carga mas que estas necesarias que os abstengais de las carnes inmoladas a los idolos, de sangre y de lo ahogado y de la fornicacion, de lo cual hacéis bien en guardaros» (Hch 15,28-29).

Pablo, triunfador en toda la línea, se refiere con énfasis expresamente a su compañero cuando escribe:

> «Ni Tito, que iba conmigo, con ser gentil, fue obligado a circuncidarse, a pesar de los falsos hermanos intrusos, los cuales se entrometen para espiar la libertad que tenemos en Cristo Jesus, queriendo reducirnos a esclavitud» (Gal 2,3-4)

Resulta curioso y un poco extraño que el libro de los Hechos no mencione expresamente la presencia de Tito en esta y otras notables ocasiones, pues sin duda fue destacada figura entre los cristianos procedentes del paganismo. Pablo le llevo al Concilio apostólico y a la comunidad judeocristiana de Jerusalen como un precedente o un caso modelico que avalaba su gallarda defensa de la libertad cristiana

De la madurez, celo apostólico, fino tacto y prudencia de Tito, son pruebas palmarias las delicadas y difíciles encomiendas que le confía el apóstol.

A Corinto le envía en dos ocasiones, primero desde Efeso y después desde Macedonia. Algunas de las tareas encomendadas fueron la colecta y la pacificación, mejor dicho, sumisión de la comunidad rebelde, ambas funciones cumplidas con éxito y a satisfacción de Pablo.

La primera vez fue a causa de la colecta ya iniciada y que Tito ha de concluir (cf. 2 Cor 8,6):

> «Asi que encargue a Tito que, segun habia comenzado asi llevase a cabo entre vosotros esa obra de beneficencia » «Y gracias sean dadas a Dios que puso en el corazon de Tito esta solicitud por vosotros, pues no solo acogio nuestro ruego, sino que solicito, por propia iniciativa partio a vosotros Y con el enviamos a otro hermano, cuyo elogio en la predicacion del evangelio esta difundido por todas las iglesias» (2 Cor 8,6 16-19) «Yo anime a Tito a ir y envie con el al hermano, ¿acaso Tito os exploto? ¿No procedimos ambos segun el mismo espiritu? ¿No seguimos los mismos pasos?» (2 Cor 12,18)

Las relaciones de Pablo con la comunidad de Corinto pasaron por diversas etapas. En uno de los momentos más críticos, cuando se habia llegado ya a los agravios y casi a la ruptura, fue cuando Tito, enviado por Pablo, logro la pacificación y la obediencia de la comunidad

Entre las dos cartas de Pablo a los Corintios, se habla de otra intermedia, llamada «de las lágrimas», escrita en Éfeso, que refleja la dramática situación, pues se había levantado fuerte agitacion contra el

A esta carta se refiere 2 Cor 2,3-9, 7,8-12, escrita en medio de una gran tribulación y ansiedad con muchas lágrimas La carta contenía duras y certeras reflexiones del apostol. La em-

bajada de Tito era verdaderamente difícil y Pablo estaba muy preocupado por su suerte. Las dificultades eran cada vez más grandes según las noticias que recibía Pablo (cf. 2 Cor 11,12-13; 7,5), que esperaba con angustia la vuelta de Tito a quien llama «mi hermano» (2 Cor 2,13) y en quien había depositado su confianza plena para que restableciese la concordia en Corinto y sirviera de mediador e intérprete de su mensaje epistolar.

Fue grande su consuelo y su alegría por las buenas noticias que trajo a su regreso:

> «Y a este consuelo nuestro vino a unirse el extremado gozo de lo de Tito cuyo espíritu habeis todos confortado Que si en algo me glorie con el de vosotros, no he quedado confundido, sino que así como en todo habíamos hablado verdad, así era tambien verdadero nuestro gloriarnos con Tito Y su cariño por vosotros se ha acrecentado viendo vuestra obediencia y el temor y temblor con que lo recibisteis» (2 Cor 7,13-16)

El prestigio de Tito, paralelo al de Timoteo, explica su elección como destinatarios de las Cartas pastorales seudopaulinas para justificar la continuidad del influjo de San Pablo.

En la que tiene a Tito por destinatario se nos dice que Pablo dejó a Tito en Creta para que «pusiera en orden lo que aún no estaba concluido» (Tit 1,5), esto es, la incipiente organización de las comunidades cristianas para que continuara la lucha contra los herejes.

Pero quiere traerle pronto a Nicópolis en el Epiro, donde pasar el invierno con él a quien llama «mi verdadero hijo en la fe común» (Tit 1,4), dejando en Creta de sucesor a Artemas o a Tíquico (cf. Tit 3,12).

Probablemente le envió también a Dalmacia, donde Tito es venerado de forma particular.

La vinculación de Tito a la Iglesia de Creta está avalada por la tradición que afirma su avanzada edad y el culto de sus reliquias, pero la misión apostólica de Pablo en ese lugar no encaja en el marco de su biografía. Sólo tocó brevemente la isla como prisionero (cf. Hch 27,7ss).

Ignoramos el día de la muerte de estos dos grandes discípulos de San Pablo. Su culto en la liturgia romana se introdujo en fechas muy tardías.

En los formularios litúrgicos de la celebración abundan las alusiones más o menos explícitas a textos de las Cartas pastorales: en las lecturas, en las antífonas y en la colecta. Nos recuerdan las virtudes apostólicas tan necesarias en nuestro tiempo para la nueva evangelización, de la que ellos son espléndidos modelos.

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

JEREMÍAS, J., *Epístolas a Timoteo y a Tito* (Madrid 1970).
LUCCHESI, G., «Timoteo», en *Bibliotheca sanctorum,* t.XII cols.482-488.
— «Tito», en ibid., t.XII cols.503-515.
SALAS, A., *Vida de S. Pablo* (Madrid 1998).
VIELHAURER, PH., «Destinatarios de las Cartas pastorales», en *Historia de la literatura cristiana primitiva* (Salamanca 1991) 161ss; 235ss.

SANTA PAULA ROMANA
Viuda († 404)

> «Noble por su sangre, pero mucho más noble por su santidad [...], poderosa por sus riquezas, pero mucho más insigne por la pobreza de Cristo. De la estirpe de los Gracos, del linaje de los Escipiones [...] prefirió Belén a Roma y trocó el resplandor de los dorados artesonados por la vileza de una choza de barro».

Así resume San Jerónimo, en su elocuente panegírico, la vida «de esta mujer admirable» que vino a ser la primera de sus hijas espirituales, «mínima entre todas para superarlas a todas».

La conoció en Roma, más que mediado el siglo IV (el de los grandes Padres de la Iglesia), con motivo del concilio convocado en 382 por el papa español San Dámaso, al que asistieron algunos obispos orientales, como San Paulino de Antioquía y San Epifanio. Venía con ellos Jerónimo, en calidad de intérprete y secretario, con unos cuarenta y dos años de edad, macerado ya su temperamento volcánico en las asperezas del desierto, disciplinada su retórica en el estudio de las Escrituras. Su fama, empero, corría por la ciudad de los césares y había un palacio en el Aventino, del que era dueña la noble viuda Santa Marcela, donde un grupo de vírgenes y matronas del patriciado sabía, hasta

de memoria, las cartas que escribiera desde el yermo el literato convertido en asceta.

Al enterarse Marcela de que el Papa, gran protector de su cenáculo, retenía en Roma a Jerónimo, decidió lograr semejante maestro para las que esbozaban una vida monástica, a imitación del Oriente, y ansiaban un guía para entrar en el huerto cerrado de los sagrados libros. Jerónimo, que ni miraba el rostro de mujer alguna, fue vencido en su hosquedad por la importunidad de la solicitante y, sin buscarlo siquiera, dio con la magnífica ocasión de plantar el estandarte de la cruz en el corazón mismo de esa Roma patricia y cesárea, cristiana desde Constantino pero sin renunciar del todo al paganismo, porque eran los dioses sus antepasados y porque la invadían ahora los cultos y los refinamientos orientales que venían de la corte de Bizancio.

Su portaestandarte fue Paula. Llevaba, con treinta y cinco años, los velos de la viudez. De su esposo Toxocio, que heredó «la altísima sangre de Eneas y de los Julios», le habían quedado cinco hijos: un niño, del mismo nombre y de la misma religión pagana que su padre, y cuatro jovencitas: Blesila, viuda de diecisiete años, aún pendiente del mundo y del tocador; Eustoquio, la perla de todo el collar, virgen consagrada por el papa Liberio en sus dieciséis primaveras; Paulina y Rufina.

Jerónimo revolucionó aquel hogar, haciendo de Paula un espejo de virtudes evangélicas y una heroína de la ciudad. Eustoquio era, ya en Roma, «joya preciosa de la virginidad y de la Iglesia»; Blesila, que se defendía de la influencia de tal maestro, cedió por fin al dardo certero de una cruel enfermedad que la convirtió de lleno a la vida ascética; Paulina, de vocación más corriente, dio su mano al senador Pamaquio, gran amigo de San Jerónimo, de quien reza también el martirologio romano. A través de esta familia privilegiada el Santo revolucionaba también a la alta sociedad romana, que se veía invadida por la virtud de la palabra evangélica. Era una constelación jerónima la que giraba en torno suyo: Marcela, la doctora en Sagradas Escrituras; Lea, que de su palacio hizo un convento; Asela, la virgen penitente que en la ciudad populosa vivía como en un desierto; Fabiola, la arrepentida de su divorcio, precursora de las fundaciones de caridad; Principia, Marcelina,

la hermana de San Ambrosio... Sin embargo, «así como el brillo del sol eclipsa y oscurece las lucecitas de las estrellas», así —asegura Jerónimo, hablando de Paula— «superó con su humildad las virtudes de todos». «Su cántico eran los salmos, su palabra el Evangelio, sus delicias la continencia, su vida el ayuno» (*Epist.* 38).

La temprana muerte de Blesila, atribuida a sus penitencias, fue la tea que, en manos del maligno, hizo arder de indignación a todo el patriciado. La misma Paula, madre al fin, no fue dueña de su corazón ni de sus demostraciones excesivas. ¡Había que acabar con la raza detestable de los monjes! Para colmo de desamparo, Dámaso había muerto, ¡había que desterrar de Roma a Jerónimo! Se urdió contra él una calumnia, se le rodeó de una persecución que le hizo exclamar: «¡Oh malicia de Satanás, que siempre persigues a los santos! ¿No hubo otras romanas que merecieran las habladurías de la ciudad fuera de Paula y Melania que, despreciadas sus riquezas, levantaron la cruz del Señor como un estandarte de piedad? ¡Por la buena y por la mala fama hay que llegar al reino de los cielos!». Con todo, el que ayer era el consejero de Dámaso, el que «a juicio de todos» era estimado «digno del sumo pontificado» tuvo que huir y embarcarse para el Oriente, no sin llorar antes su despedida en tumultuosa carta a Asela: «Saluda a Paula y a Eustoquio —le decía—, quiera o no quiera el mundo, mías en Cristo».

En Roma dejaba Jerónimo la primera semilla de vida monástica que prendió en el Occidente. Paula no tardó en reaccionar. Pensó que había llegado la hora de visitar los santos lugares, de beber, en su propia tierra, esa sabiduría bíblica que había hincado en su alma su sabio director. Superando el llanto de los hijos Toxocio y Rufina, que desgarraba sus entrañas, embarcó un día en el puerto de Ostia con su inseparable Eustoquio, «compañera de propósito y de navegacion».

San Jerónimo, que la esperaba en Antioquía, ha narrado detenidamente aquella maravillosa peregrinación que llevó a Paula, con su cortejo de doncellas, a recorrer toda la Tierra Santa, bajo la dirección del Doctor máximo en la exposición de las Sagradas Escrituras. Visitó con él los monasterios egipcios, poblados por los Macarios, los Arsenios, los Serapiones y «otras co-

lumnas de la soledad» y hubiera permanecido en sus yermos a no haber sentido el llamamiento divino que la hirió en Belen.

> «Yo, miserable pecadora —exclamaba Paula, despues de un extasis memorable en la gruta de Belen—, he sido juzgada digna de besar el pesebre en el que el Dios Niño dio sus primeros vagidos y de orar en la cueva donde la Virgen Madre dio a luz al Divino Infante He aqui el lugar de mi descanso, porque es la patria de mi Señor Preparare una lampara para mi Cristo Mi alma vivira para mi y mi linaje le servira»

Durante veinte años la patricia Paula, convertida en humilde conciudadana del Salvador, se abatió tanto por la humildad que parecía la última de sus criadas. Su ensayo monástico de Roma llegó en Belén a la perfección. Mas de cien vírgenes formaban su corona. Ninguna la sobrepasaba en la penitencia y en la oración. Dormía sobre el duro suelo, ayunaba sin cesar, pasaba noches enteras velando en la plegaria. El don de lágrimas cegaba casi sus ojos, la caridad dispersaba su inmenso patrimonio. Quería que, al morir, tuvieran que pedir de limosna la sábana en que la enterraran. Todo le parecía poco, sin embargo, para proveer a Jerónimo rodeado de discípulos, de los textos griegos, hebreos, siriacos, que necesitaba para su ímproba tarea de traducir al latín la Sagrada Biblia en estudio directo sobre los textos originales

Fue una enamorada del Verbo encarnado y de todas sus divinas palabras, de las que le decía Jerónimo que eran como una segunda Eucaristía. Se sabía las Escrituras de memoria, se revestía de ellas «como de la armadura de Dios» en todos sus duelos y tribulaciones, que fueron grandes. A su luz fundó y dirigió el triple monasterio, organizado como las centurias romanas e inspirado en la regla de San Pacomio donde se vivía una vida sencilla y celestial, alabando al Señor de noche y de día como los angeles, sirviéndole en el trabajo, intelectual y manual, en la caridad y en la mortificación.

San Jeronimo, que encontró en Paula una discípula incansable, una hija y una madre, ha referido también su muerte, que fue un epitalamio. Sufría él y lloraba Eustoquio, «la perla de las vírgenes», con todas sus compañeras Ella veia «quietas y tranquilas» todas las cosas y moría exclamando: «¡Señor he amado la belleza de tu casa y el lugar donde habita tu gloria! ¡Qué delicio-

sos son tus tabernáculos! Elegí ser despreciada en la casa de mi Dios, mejor que habitar en las tiendas de los pecadores».

CRISTINA DE ARTEAGA, OSH

Bibliografía

Act. SS. Boll., Ian., día 26.
GENIER, R., *Santa Paula* (Barcelona 1929).
JERONIMO, SAN, *Cartas,* sobre todo la carta 108. Véase PL 22,878s.
LAGRANGE, MS., *Histoire de Sainte Paule* (París 1901).
TON, J. DEL, *S. Paola Romana* (Milán 1950).

SAN ROBERTO DE MOLESMES († 1110), SAN ALBERICO DE CÎTEAUX († 1109), SAN ESTEBAN HARDING († 1134)

Tres santos abades que dieron origen al Císter

El martirologio romano señala día y memoria propia para cada uno de ellos (San Roberto el 29 de abril; San Esteban el 28 de marzo; San Alberico el 26 de enero); sin embargo, desde la reforma del calendario litúrgico, después del Vaticano II, tanto los cistercienses como los benedictinos celebran conjuntamente, el 26 de enero, a los tres santos abades que dieron origen al Císter. Amparándonos en dicha celebración, aprobada por Roma, nos ha parecido conveniente —para que resalte más particularmente el origen providencial del Císter y para estímulo y enderezamiento de la vida monástica— hacer un recorrido cronológicamente seguido de la biografía de los tres santos abades que dieron origen al *ordo monástico-benedictino* del Císter.

El primero de ellos fue Roberto; originario de una de las mejores familias de la Champagne francesa, nació hacia 1024. A los quince años, renunció al mundo y entró a formar parte de los benedictinos de Moutier-la-Celle, cerca de Troyes. Alma cándida y afectuosa, de una admirable docilidad a las inspiraciones de la gracia, se sentía más inclinado a las dulzuras de la contemplación que a las cosas exteriores. Poco tiempo después de profesar fue nombrado prior de la casa y al cabo de algunos años, los monjes de San Miguel de Tonnerre (entonces diócesis de Langres) le eligieron como su abad. No tardó en

darse cuenta de las dificultades que conlleva restaurar y corregir los abusos y la decadencia disciplinar de la época. Su delicadeza de conciencia y las dificultades que trae el gobierno de los hombres le hizo desistir de su empresa y quiso abandonar el cargo abacial.

No lejos de Tonnerre, en un bosque del desierto de Collon vivían siete ermitaños, entregados piadosamente a la oración en una vida austera y penitente. Sintiéndose faltos de una prudente y alentadora dirección, al oír hablar de la situación de Roberto, que dejaba el cargo abacial, corrieron a suplicarle que fuese en su ayuda. Admirado de sus ruegos y viendo en ellos mejores disposiciones para seguir los consejos evangélicos, Roberto aceptó. Pero el prior de San Miguel se opuso; considerando esta preferencia como un desaire a la comunidad, incitó a la comunidad a suplicar a Roberto que se quedase con ellos prometiéndole más docilidad y obediencia. Sin embargo no se corrigieron y Roberto acabó por abandonarlos para volver a su primer monasterio de Moutier-la-Celle. Allí, en la calma de la soledad y del silencio, saboreó las delicias de la contemplación divina y recibió gracias especiales para la ejecución de los planes de Dios.

Muy pronto la obediencia le obligó a tomar el camino del priorato de San Ayoul, una dependencia de Moutier-la-Celle. A su vez los ermitaños de Collan, a pesar de su primer fracaso intentaron de nuevo que Roberto aceptara ser su padre espiritual. Para dar más fuerza a su empeño se dirigieron al papa Alejandro II, para que aprobara su sociedad, y así obtener un breve que ordenase al abad de Moutier-la-Celle que les enviara a Roberto como prior de San Ayoul. Roberto se alegró mucho y aceptó el encargo que le permitiría disfrutar junto a ellos tanto de la vida solitaria como de la vida en común. Con el tiempo se dio cuenta de la insalubridad del lugar escogido por aquellos antiguos solitarios y trasladó la comunidad al bosque de Molesmes, cerca del riachuelo de Laignes. Allí construyeron pequeñas celdas con ramas de árbol y levantaron, hacia 1075, un pequeño oratorio en honor de la Santísima Trinidad. Eran unos trece los que allí empezaron a servir a Dios plenos de emulación y un entusiasmo increíbles, en el hambre y en la sed, en los rigores del calor y del frío, en la desnudez y en la carestía, esperando con-

fiadamente que un día recogerían abundantemente lo que entonces sembraban entre lágrimas.

Su género de vida austera causó admiración entre los pueblos vecinos; entonces, el obispo de Troyes les hizo una visita y se quedó sorprendido y edificado de su espíritu de abnegación y de pobreza; encontró, no obstante, algunas carencias inhumanas y mandó que se les dieran algunos objetos indispensables. Varios señores vecinos de Molesmes imitaron este ejemplo; pero esta caridad que servía de mérito a sus autores comenzó a ser perniciosa para los monjes. El paso de la escasez a la abundancia no supo ser bien asumido y poco a poco fue diluyendo el antiguo fervor. El gran número de los que se presentaban para servir a Dios allí, sirvió de pretexto para ampliar los edificios, y empezar a levantar un gran monasterio. La relajación siguió a estas nuevas circunstancias y los monjes empezaron a abandonar el trabajo manual. Roberto trató de reconducir aquel declive pero sus oraciones y advertencias fueron inútiles y les abandonó para volverse a su soledad.

A través de varios signos sensibles, Dios hizo conocer a Roberto que no debía desanimarse y que su santificación tenía que fructificar en el dolor y el trabajo que le causaba la salvación de los otros. Los monjes de Molesmes, entristecidos por su ausencia, fueron a rogarle que volviera: le expresaron un sincero arrepentimiento y le prometieron una sumisión perfecta a sus órdenes. Además, para lograr su vuelta pidieron al papa, por mediación del obispo de Langres, que mandara a Roberto volver a Molesmes. Al retornar al monasterio llamó de nuevo a otros buenos monjes que también se habían exiliado tras su salida, especialmente Alberico, que había sido su prior, y Esteban Harding. Durante el primer año que siguió a su regreso los monjes de Molesmes soportaron sumisamente los remedios que el santo abad aplicó a sus males, pero esta disposición no duró mucho. Una vez más Roberto vio la lamentable debilidad de aquellos monjes que volvían a las andadas y optó por retirarse nuevamente. Esta vez Roberto se retiró acompañado de Alberico, de Esteban y de otros dos, y se fueron al desierto de Vinic. Pero ahora fue el obispo de Langres el que intervino amenazando con la excomunión a los monjes fugitivos.

Unos biógrafos cuentan que, presionados por tales intenciones, los monjes volvieron a Molesmes, pero otros aseguran que, siguiendo el consejo de Esteban, salieron de la diócesis de Langres.

Así pues, como todos los intentos de Roberto para reformar Molesmes resultaban infructuosos, se concertó con Alberico y Esteban para estructurar una nueva comunidad en que la Regla benedictina se observase con toda fidelidad. Después de haber orado mucho, quisieron, esta vez, evitar todas las dificultades asegurándose la autorización de la Santa Sede. A comienzo de 1098, Roberto, con seis de sus monjes, fue a encontrarse con Hugo, obispo de Lyón y legado del Papa en Francia, y éste les dio una carta con las siguientes líneas generales:

> «En vuestras circunstancias creo que lo mejor es que os retiréis al lugar que la divina Providencia os depare y así podáis servir al Señor en el fervor y la paz. A todos vosotros, pues, que os habéis presentado ante mí: el abad Roberto, y los hermanos Alberico, Odón, Juan, Esteban, Letalde y Pedro, así como a todos los que se hayan decidido a seguiros, os permito seguir en este buen propósito, y os exhorto a perseverar. Y por las presentes letras confirmo a perpetuidad esta decisión en virtud de la autoridad apostólica y por la colocación de nuestro sello» *(Exordium magnum cisterciense,* dist.1, c.XII).

El lugar escogido por el grupo fue Cîteaux (Císter), un bosque entonces impenetrable y apartado, en la diócesis de Chalon-sur-Saône; el terreno pertenecía a Renaud, vizconde de Beaune, que concedió generosamente el espacio requerido para edificar un monasterio. Roberto, elegido abad por el sufragio unánime de sus hermanos, recibió el báculo pastoral de manos de Gaultier, obispo de Chalon; todos, mediante una renovación de su profesión solemne, se obligaron a permanecer en aquel lugar elegido y observar la regla de San Benito, con toda fidelidad y sin tratar de buscar los alivios y dispensas tan comunes en la época. La ceremonia tuvo lugar el 21 de marzo, fiesta de San Benito, pero que aquel año coincidía con el domingo de Ramos.

Pero los monjes de Molesmes presentaron un recurso a Roma para obligar a Roberto a volver con ellos (1099). Urbano II remitió el arreglo de este asunto a su legado. Éste, juzgando que la nueva comunidad de Cîteaux estaba bien asegurada,

ordenó el regreso de Roberto a Molesmes. Obligado por la obediencia, Roberto se inclinó sacrificadamente ante las órdenes del pontífice. Puso en su lugar como abad a Alberico, y a Esteban como prior y volvió a Molesmes, no habiendo permanecido en Cîteaux más que trece o catorce meses. Dios bendijo su obediencia y se produjo una sana revolución en los espíritus de los monjes relajados por la que el monasterio de Molesmes no estuvo menos reformado que el de Cîteaux. Roberto gobernó Molesmes durante nueve años, muriendo el 21 de marzo de 1110.

Su cuerpo fue enterrado en medio de la nave de la iglesia abacial. Dos milagros acaecidos junto a su tumba fueron suficiente para que el papa Honorio III lo canonizara en 1222.

Hemos visto cómo Alberico fue nombrado segundo abad de Cîteaux. Nada se sabe de su vida antes de unirse al grupo de solitarios de Collon, pero todos están de acuerdo en presentarlo como un hombre de una piedad y de una ciencia poco corriente tanto en letras divinas como en las humanas; y que, de joven, renunció a las esperanzas que el mundo le ofrecía para ponerse bajo la dirección de Roberto.

Con la comunidad de Collon, Alberico se retiró a Molesmes en 1075 donde recibió el cargo de prior de esta colonia, viviendo muy pobremente, pero con un fervor que era la edificación de todos. Ya sabemos cómo, tras la pobreza, la afluencia de donaciones relajó el primitivo fervor. Roberto con la ayuda de su prior intentó detenerla. El abad se retiró y poco más tarde el propio prior fue tachado de intransigente y duro, con lo que no tuvo más remedio que exiliarse de su propio monasterio acompañado, entre otros, por Esteban.

Los monjes de Molesmes, entrando en sí, pidieron perdón y volvieron a llamar a sus antiguos superiores pudiéndose restablecer la antigua disciplina. No duró mucho aquel arranque de fervor y de nuevo entrevieron que en aquella comunidad no lograrían el deseado cumplimiento de la regla. Alberico con su abad y otros compañeros fervorosos, en 1098, se retiraron a Cîteaux donde pudieron hallar el camino de perfección deseado. Y cuando al poco de transcurrir un año, Roberto fue obligado por la Santa Sede a volver a un Molesmes verdaderamen-

te reconvertido, Alberico fue reconocido como su sucesor en Cîteaux.

La nueva comunidad no estaba lejos de parecerse a los monjes de la antigua Tebaida. Se levantaban a media noche para cantar los salmos, se aplicaban al trabajo para labrar aquellas incultas tierras, leían piadosamente a los padres antiguos y, además del oficio divino, se entregaban a una vida de intensa oración, no dándose descanso ni de día ni de noche; tal era el programa de sus ocupaciones diarias. La innovación más evidente fue la adopción de un hábito gris que posteriormente daría paso a la túnica blanca y al escapulario negro. Y lo que más admiró a todos fue el trabajo de organización y el ejemplo admirable dado por el propio abad a todos sus monjes yendo por delante en una admirable vida de entrega, oración, mortificación y trabajo.

En una de sus visitas a Cîteaux, el legado del Papa animó a Alberico a pedir a la Santa Sede la confirmación de su nueva organización comunitaria y gracias al empeño del arzobispo de Lyón, Cîteaux fue puesto bajo la protección del Papa, con lo que Alberico experimentó una gran paz. Redactó varios estatutos y normas para facilitar una mejor observancia de la Regla de San Benito. Durante varios años, se le vio con un celo siempre nuevo componer, perfeccionar y aplicar lo que se llama las «Instituciones» de los monjes de Cîteaux salidos de Molesmes. Para el cuidado de las fincas y el cultivo de las tierras lejanas al propio monasterio, Alberico resolvió contratar a *obreros laicos,* lo que permitía a los religiosos permanecer en su clausura. Estos empleados eran generalmente hombres sencillos y piadosos, que, aunque no sabían ni leer, ni escribir, ni cantar, no eran menos dignos de vivir religiosamente, por lo que poco a poco empezaron a gozar de la hermandad y las gracias de los mismos monjes, se entregaban a la comunidad mediante votos simples que no les obligaba al coro y les permitía, viviendo casi en un monasterio paralelo, entregarse a un intenso trabajo y a una virtud y vida íntima con Dios no menos acendrada.

Alberico, entrado en años y agotado por sus grandes trabajos y sus continuas penitencias, suspiraba por el descanso del cielo. Una fiebre violenta le advirtió que su última hora estaba

cerca, hizo venir a sus hermanos para animarlos y dirigirles las últimas recomendaciones. Después recitó con voz clara el símbolo de los apóstoles y diversas oraciones a la Santísima Virgen, y cuando pronunció la invocación: «Santa María, ruega por nosotros...», su venerable figura se transfiguró, y entregó dulcemente su alma a Dios el 26 de enero de 1109.

Se representa a Alberico recibiendo de manos de la Santísima Virgen la cogulla blanca, característica de los religiosos benedictinos de la reforma de Cîteaux por lo que empezaron a ser llamados «monjes blancos» por contraposición a los otros monjes que fueron llamados «monjes negros». Las gracias obtenidas por intercesión de San Alberico fueron muchas y aunque nunca fue formalmente canonizado, fue inscrito en el martirologio romano en el siglo XVI.

A Alberico le sucedió en Cîteaux Esteban Harding. Nacido en Inglaterra, probablemente antes de la conquista normanda, ingresó de niño en la escuela monástica de la abadía benedictina de Sherbone, en Dorset. Fue a continuación a estudiar a Escocia y a París, donde llevó una vida normal de estudiante; pero con la ayuda de la gracia, que le dio una energía infatigable, empezó a buscar el camino al que Dios le llamaba. Con un eclesiástico al que estaba unido por amistad, hizo un viaje a Roma, guardando un riguroso silencio, sólo interrumpido por la salmodia.

A la vuelta, Esteban pensaba ingresar en Sherbone, pero Dios, que dirigía los pasos de los dos viajeros a través de Francia, una tarde, atravesando el bosque de Langres, hizo que llamaran a la puerta de un pobre monasterio, Molesmes, inaugurado hacía poco tiempo. Esteban, viendo a aquellos pobres y fervorosos monjes, sintio que aquél era el lugar donde podría dar paso a sus deseos de practicar íntegramente la regla benedictina. Dejó que se fuera su acompañante al que inútilmente solicitó que imitara su ejemplo, y pidió su admisión en la comunidad; así, por un amigo que perdía, iba a encontrar dos en la persona del abad Roberto y de su prior Alberico.

Bajo la guía de estos dos hábiles maestros, hizo rápidos progresos en la virtud. Y cuando Roberto, como ya se ha contado, dejó Molesmes, Alberico no dudó en compartir con Esteban el

peso de la comunidad. Sus esfuerzos no obtuvieron resultados y ambos tomaron la decisión de abandonarla. Finalmente, cuando guiados por Roberto se inauguró Cîteaux, Esteban siguió a sus amigos y hermanos.

A la muerte de Alberico, Esteban, tras las exequias, se dirigió a los monjes diciéndoles:

> «Vosotros habéis perdido un padre venerable y el guía de vuestras almas; en cuanto a mí, lloro no solamente un padre, sino un amigo, un compañero de armas, mi general en los combates del Señor, a aquel que el venerable P. Roberto condujo desde los comienzos mismos de nuestra fundación a una ciencia espiritual y una piedad admirables. Pero no lloremos más sobre el valeroso soldado que reposa ya en la paz; lloremos por nosotros mismos colocados ahora al frente de batalla; convirtamos en oraciones nuestros tristes lamentos y roguemos a nuestro Padre, que ha llegado a la gloria del triunfo, que no tolere que el león rugiente triunfe jamás sobre nosotros».

Dicho esto, Esteban, dejó momentáneamente Cîteaux esperando que, estando ausente, se pensaría menos en él, y que elegirían otra persona por abad. Pero fue en vano pues todos los monjes, unánimemente, lo eligieron por su abad.

Su primer cuidado en el ejercicio de su cargo fue instaurar significativamente una más estricta pobreza. Esta vez tocó el turno a los mismos objetos del culto divino y mandó desprenderse de todo objeto de oro, plata y seda, para sustituirlos por otros de estaño y hierro; sólo los cálices fueron exceptuados de esta regla, y admitió que pudieran ser de plata e incluso sobredorados, lo mismo que la cánula metálica con que los monjes, todavía en aquella época, comulgaban del cáliz.

El nuevo abad quiso también asegurar a los monjes el recogimiento y suplicó al duque de Borgoña que no viniera con su corte a celebrar las grandes fiestas litúrgicas en Cîteaux. Hugo, el nuevo duque que había sucedido a Eudes, muerto en las cruzadas, y que había heredado de su padre el amor a la comunidad naciente de Cîteaux, se sintió ofendido y retiró a los monjes su generosidad, abandonándoles a su suerte, que no fue sino la de la extrema pobreza.

Esteban no se asustó: en las pruebas, su fe y confianza en Dios no hacían sino aumentar. En esto, un día, el monasterio

se encontró sin pan. Esteban se hizo mendigo y recorrió las aldeas vecinas acompañado de un hermano. A la vuelta vio que lo recogido por otro grupo de hermanos había sido más abundante que lo suyo: «¿Dónde habéis hecho la colecta? —les preguntó Esteban con una sonrisa—, pues veo que habéis espigado en un campo más rico que el mío». Los monjes contestaron que un sacerdote conocido había sido el que había llenado sus alforjas. Y como resultaba que aquel eclesiástico era un simoníaco notorio el abad les dijo: «A Dios no le gusta que comamos del pecado». Y llamando a unos pastores que acampaban en las cercanías les entregó el pan de tan dudosa procedencia.

Entonces, cuando la carestía fue total, la fe de Esteban se creció y mandó llamar al ecónomo del monasterio al que dirigió estas palabras:

> «Ya estás viendo cómo la vida de nuestros hermanos está en peligro, pues padecen hambre, frío, y toda clase de necesidad. Vete pues al mercado de Vézelay que va a abrirse y compra tres carros, y para cada uno de ellos un tiro de tres caballos fuertes y robustos, porque han de transportar grandes fardos; entonces carga los carros de vestidos, comestibles y de todo lo demás que sabes necesitamos; y vuelve pronto pues te esperamos llenos de esperanza».

El monje le dijo que estaba dispuesto a partir al punto pero que esperaba que el abad le diera dinero para tales compras pues él no tenía una sola moneda.

> «Hijo mío —respondió Esteban—, para todo lo que te mando traer sólo tengo tres pequeñas monedas. Tómalas, si quieres; en cuanto al resto, la bondad de nuestro Señor Jesucristo proveerá a todo lo demás. Vete sin temor, porque el Señor enviará a su ángel ante ti y todo se desarrollará felizmente».

El monje salió para Vézelay. Llegado a la ciudad, fue a contar sus cuitas a uno de sus amigos. Y resultó que en aquellos momentos un vecino de aquel amigo, estando en su lecho de muerte, estaba distribuyendo sus bienes entre los pobres. El buen amigo fue a contarle las penalidades de los monjes y el enfermo hizo llamar al hermano y le dio todo el dinero necesario para sus compras. Muy contento de haber podido cumplir su encargo, el hermano volvió a Cîteaux, mientras, por adelantado, hacía llegar a su

abad las buenas noticias; éste convocó a la comunidad, y, con el báculo en la mano, salió en procesión a recibir a la puerta del monasterio los dones que el Señor les enviaba.

Pero también el fervor, la regularidad y las austeridades de Cîteaux promovieron murmuraciones en los monasterios más cercanos. Aquellos monjes únicamente veían en esta conducta una condena a su vida holgada y poco austera. Acusaron a Esteban de ser un innovador peligroso, y poco faltó para que no se le tratara de cismático. Además, durante los años 1111 y 1112, la muerte hizo estragos entre sus monjes y nadie se presentaba para llenar los puestos vacíos. Esteban comenzó a dudar del porvenir de su obra y resolvió consultar al Señor por uno de esos medios que sólo un santo puede permitirse. Un día, reunió a los hermanos alrededor del lecho de un monje moribundo y después de haber recitado las oraciones prescritas en aquellas circunstancias, dijo al moribundo: «Bien sabes, querido hermano, en qué angustia estamos todos y cómo se debilitan nuestras esperanzas. Hemos hecho lo que hemos podido para seguir el camino recto, y hacer lo que nuestro bienaventurado Padre San Benito nos ha marcado. Los monjes de otros lugares nos miran como a innovadores; pero más grande es nuestra desesperanza cuando vemos el pequeño número de miembros de nuestra comunidad. La muerte nos los arrebata uno tras otro; temo que esta institución perezca. Por esto, en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, por cuyo amor hemos abrazado esta vida, te pido que después de muerto retornes a nosotros, en el tiempo y lugar que al Señor le plazca, y nos des certeza, si te lo permite la divina misericordia, sobre si hemos acertado en nuestra elección». El hermano moribundo le respondió: «Con el auxilio de tus oraciones, Padre y Señor mío, obedeceré tus órdenes». Y murió.

Algunos días después, Esteban trabajaba en los campos con los monjes, dio la señal de descanso, se alejó un poco, y calándose la capucha hasta cubrir sus ojos se puso a orar. Al momento se le apareció radiante de gloria el monje difunto que, tras asegurarle que estaba en la gloria, le dijo:

> «El Señor me manda para tranquilizarte sobre vuestro genero de vida ten por seguro que esto es verdad, desecha toda duda, vuestra vida es santa y agradable a Dios El dolor que os causa la

falta de vocaciones, se transformara en gozo y en alegria Tus hijos gritaran y cantaran "Tu casa es demasiado pequeña, haznos otra para que quepamos" El Señor hara grandes cosas con vosotros Os enviara un gentio de vocaciones, entre los cuales habra un gran numero de sabios y nobles Semejantes a las abejas que forman sus enjambres rapidamente, volando de colmena a colmena, saldran volando de aqui y se extenderan por toda la tierra, esta es la buena semilla del Señor que, por su gracia, ha sido sembrada en tu campo, de ella se formará un numero infinito de gavillas de almas santas»

Esteban se quedó mudo de alegría y de reconocimiento escuchando estas palabras. Entonces se dio cuenta de que el celeste mensajero le miraba en silencio, esperando, y le dijo: «¿Qué me quieres?». A lo que el antiguo monje respondió: «Antes de marchar te pido la bendición como siempre he hecho». Esteban, atónito, exclamó: «Hermano, tú ya has pasado de la corrupción a la incorruptibilidad, de la vanidad a la realidad, de las tinieblas a la luz, de la muerte a la vida, ¿cómo vas a recibir la bendición del que todavía gime bajo el peso de todas estas miserias? Más bien eres tú el que me debes bendecir». «No —respondió el hermano—, el Señor te ha dado el poder de bendecir; te ha constituido en dignidad y yo no soy más que un discípulo; por tus cuidados yo escapé del pecado del mundo, dame tu bendición, pues no me iré si no me la concedes». Esteban, confuso, tuvo que bendecir a su glorioso hijo, tras lo cual la visión desapareció.

Basta recordar la vida de San Bernardo (ver el 20 de agosto) para ver cómo se cumplió colmadamente la predicción en 1112. A partir de aquel momento, el número de monjes se multiplicó y Esteban tuvo que fundar nuevos monasterios. Un año después de la llegada de Bernardo, se fundó la abadía de Pontigny cerca de Auxerre, precedida un poco antes por La Ferté en la diócesis de Chalon. Vinieron enseguida Claraval y Morimont en 1115. Y estas cuatro primeras hijas de Cîteaux se convirtieron a su vez en madres de un gran número de monasterios.

Esteban en 1116 quiso volver a ver a sus hijos, y saber cómo les iba en sus casas y los reunió en un Capítulo, el día de la Exaltación de la Santa Cruz. Fue la primera reunión que se tuvo para hacerse un mutuo examen acerca del mantenimiento de la

disciplina regular; la feliz innovación fue pronto adoptada por las otras órdenes religiosas

Esteban estableció lazos jerárquicos entre las casas. El abad de la casa madre debía visitar sus monasterios filiales y las cuatro hijas de Cîteaux debían vigilar a su vez la disciplina de Cîteaux. Así pudo mantenerse por mucho tiempo la regularidad y el fervor primitivos. En 1119, el Capítulo general redacto unas Constituciones que el papa Calixto II, que era amigo y admirador de Esteban, aprobo. En 1118, se fundaron otros cuatro monasterios· Prully, La Cour-Dieu, Troisfontaines y Bonnevaux. Y en 1119, Bouras, Fontenay, Cadouin y Mazan. Los últimos años de Esteban estuvieron dedicados al desarrollo de su Orden. En 1125, visitó el monasterio de Saint-Vaast en Arras y en 1128 asistió con San Bernardo al Concilio de Troyes Salió todavía de su retiro en 1132 para solicitar algunas gracias al papa Inocencio II que visitaba Francia y consintió en prestar todos los servicios que de él y sus hijos dependían, como entregarle a Esteban, para que fuera obispo de París, o a Enrique, como arzobispo de Sens Finalmente al sentirse agotado por la edad y habiendo perdido la vista, dimitió del cargo abacial en el Capítulo general tenido en 1133 No tenía más que un solo deseo: ocuparse en paz de Dios y de sí mismo en la dulce soledad de la contemplación

El libro de los *Comienzos de Cîteaux* cuenta así los últimos momentos de Esteban Harding:

> «Cuando llego el momento en que el anciano padre, extendido sobre su lecho de muerte, despues de haber terminado sus trabajos, iba a entrar en el gozo de su Maestro, y que desde la extrema pobreza escogida en este mundo, siguiendo el consejo del Salvador, estaba a punto de entrar en el rico banquete de su Señor en los cielos, todos sus hijos y unos veinte abades se reunieron alrededor de su lecho para dar muestras de filial obediencia y para acompañar con sus oraciones al amigo fiel y al Padre solicito en su camino hacia la patria Cuando estaba en su agonia y proximo ya a morir, los hermanos comenzaron a despedirse mientras le llamaban bienaventurado, hombre admirable, ya que habia producido tantos frutos en la Iglesia de Dios, diciendole que podia, con toda seguridad, comparecer ante el Señor Esteban al escuchar tales halagos, juntando todas sus fuerzas les dijo en tono de reproche "Hermanos mios, ¿que es lo que estais diciendo? En verdad os digo, que voy hacia Dios con temor y temblor, como si no hubiera

hecho nunca ningun bien Porque si ha habido en mi alguna virtud, y si algun bien se produjo en mi debilidad, fue por el socorro de la gracia de Dios, y tengo miedo de solo pensar que quizas he recibido esta gracia indignamente y sin hacer el buen uso requerido" Y así con este acto de humildad, despojandose del hombre viejo, y recusando con todas sus fuerzas los dardos envenenados del enemigo, traspaso dulcemente las puertas del cielo para ser coronado en son de un triunfo merecido La muerte de Esteban acaecio el 28 de marzo de 1134»

Entre las obras de Esteban Harding, o que se le atribuye, está la *Carta de caridad.* Es un escrito digno de su piedad e inteligencia organizativa y en total consonancia con los otros dos primeros abades de Cîteaux. Prescribe medios para conservar la caridad, la unión entre monasterios para formar un solo cuerpo. La *Carta* comprende dos partes, la primera, interpreta la regla, y la segunda señala los lazos jurídicos que unen las casas entre sí. Los hermanos deberán observar en todos sus puntos la regla de San Benito de la misma manera que es observada en Cîteaux, sin cambiar su sentido con nuevas interpretaciones, de modo que la entiendan y practiquen «como los santos Padres nuestros predecesores y los monjes de Cîteaux la han entendido y practicado hasta el presente». Tal es el principio fundamental y la razón de ser de Cîteaux.

La segunda parte trata del gobierno: cada abadía conserva su autonomía y su independencia temporal; tiene su propio abad, que es el verdadero jefe de la comunidad tanto en lo espiritual como en lo temporal, y los miembros de la comunidad están sujetos por la estabilidad al lugar donde habitan. Para asegurar en todas partes la regularidad y la uniformidad, se establecen dos organismos: Primero: Todas las casas recibirán cada año la «visita regular» del «Padre inmediato» o abad del monasterio fundador. Segundo: para la orden entera habrá también, todos los años, un «Capítulo general» con asistencia de todos los abades. Se tratará en ellos de todo lo relacionado con la salvación de las almas, la observancia de la Regla y los estatutos de la orden. En ellos se establecerá todo lo que haya de corregirse y se prescribirá lo que haya que hacerse en cualquiera materia, sea espiritual, disciplinar o temporal.

La *Carta de caridad* es verdaderamente la «regla de oro» de la Orden de Cîteaux: Cuanto más escrupulosamente se la observa,

más prospera la Orden, y cuanto más se la olvida, más tendrá la Orden necesidad de reforma. Después de Calixto II que confirmó esta célebre Carta en 1119, conviene notar que obtuvo el consentimiento, tras voto deliberativo, de todos los abades y demás hermanos de cada uno de los monasterios entonces existentes. Establecida sobre esta carta, la Orden de Cîteaux conoció durante un siglo una expansión prodigiosa.

El cuerpo de Esteban fue colocado junto a la tumba de Alberico su predecesor, y que estaba todavía en el claustro, cerca de la iglesia, antes de la Revolución de 1789. Varios milagros dejaron ver la gloria que gozaba en el cielo. Es tradición que, como Alberico, fue favorecido con varias apariciones de la Santísima Virgen, por la que sentía una tierna devoción que supo transmitir a toda la Orden El martirologio romano cita a San Esteban el 17 de abril, que se supone fue el día de su canonización.

LUIS M. PEREZ SUAREZ, OSB

Bibliografía

BAUDOT-CHAUSSIN, «Monjes *benedictinos* de Santa Maria de Paris», en *Vie des Saints* (Paris), Janvier, 529-531, Avril, 419-427, 731-735
COROT, G , *Los santos de cada dia Abril* (Madrid 1958) 129 134, 215 219
PEREZ DE URBEI , J , *Año cristiano,* II (Madrid 1940)
RAYMOND, M , *Tres monjes rebeldes* (Argentina, etc , ³1951)
VAN-DAMME, J -B , *Los tres fundadores del Cister* (Huelgas, Burgos 1998)

C) BIOGRAFIAS BREVES

SAN AGUSTÍN ERLANDSSON
Obispo († 1188)

Agustín o Eystein Erlandsson era un eclesiástico noruego del s. XII, perteneciente a una acreditada familia, y que fue agregado a su corte por el rey Inge Krokrygg como capellán suyo. Esta amistad suya con el rey le valió la nominación como arzobispo de Nidaros el año 1157.

Agustín hubo de tener relaciones continuas con la corte real, estando en buenas relaciones unas veces y otras en no tan

buenas con el rey de turno. Agustín era el arzobispo metropolitano de Noruega porque en 1152 se había llegado a un acuerdo entre la corona noruega y la Santa Sede que así lo establecía, y, por tanto, cuando la ocupó Agustín ya era Nidaros o Trondheim, como ahora se llama, sede metropolitana.

Agustín fue un buen pastor de su rebaño y procuró en todo momento atender a la predicación sagrada y a la administración de los sacramentos y al mantenimiento de la disciplina eclesiástica. Hubo de dejar el país tres años, 1180-1183, años que pasó en Inglaterra, pero a su vuelta tuvo ánimo para comenzar la reconstrucción de la catedral gótica, que naturalmente no estaba concluida a su muerte. Defendió celosamente los derechos de la Iglesia frente a toda usurpación real y nobiliaria, y su fortaleza espiritual, llena de mansedumbre, contribuyó mucho a la fama y veneración de santo que tuvo desde su muerte, ocurrida el 26 de enero del año 1188.

BEATO MIGUEL KOZAL

Obispo y martir († 1943)

Miguel Kozal nace en el seno de una familia católica de muy modesta economía, que inculca al niño los principios religiosos con mucho celo. El lugar de su nacimiento fue Ligota y su fecha el 27 de septiembre de 1893. Llegado a la adolescencia siente la vocación sacerdotal e ingresa en el seminario diocesano de Gniezno donde cursa con provecho los estudios sacerdotales y se ordena sacerdote el 23 de febrero de 1918 con veinticinco años de edad.

El apostolado parroquial como vicario sera su primer destino, y en el muestra su habilidad para organizar y dirigir movimientos católicos juveniles. Esto hace que, pasados unos años, el obispo lo destine al Liceo Católico de la población de Bydgoscz, a donde llega en 1923. Aquí quedó demostrado definitivamente que su carisma era la formación de la juventud y por ello el año 1927 el obispo le confia la dirección espiritual del seminario, donde vuelve a ponerse de manifiesto su capacidad de sintonizar con los jóvenes y saberles orientar en el camino de la vida espiritual Dos años llevaba de director espiritual

cuando el obispo, que tanto lo estimaba, decide ponerlo al frente del seminario como rector. Serían diez años fecundos, en los que el seminario experimentó la acertada dirección que el P. Miguel sabía imprimir a la institución en todos los ámbitos de la misma. Su crédito entre el clero fue enorme, porque los nuevos sacerdotes que salían del seminario extendían por el clero el aprecio al rector. A nadie extrañó por ello que el 12 de junio de 1939, habiendo de ponerse un obispo auxiliar en Woclawek, se eligiera a Miguel. Todos tenían claro que Miguel tenía talla de obispo.

Llegado a la diócesis, se puso a disposición del obispo titular para los ministerios que quisiera encomendarle y comenzó a efectuar visitas pastorales y administrar confirmaciones con gran celo. Pero el 3 de septiembre de aquel año se declaraba la guerra y las cosas cambiaron notablemente Ante la invasión alemana Miguel mantuvo la serenidad y la dignidad, alentando a los fieles y al clero a confiar en Dios y a estar en su sitio con gran responsabilidad. Esta conducta le hizo odioso a los ocupantes, que pasaron a arrestarlo el 3 de abril de 1941. Tras su detencion fue encarcelado y en la cárcel estuvo un tiempo hasta que se decidió su internamiento en el campo de concentracion de Dachau. En este campo, tristemente célebre por el trato humillante dado a sus detenidos, Miguel supo ser un padre para los mas de doscientos sacerdotes de su diócesis confinados en él, a quienes alentó a la confianza en Dios y al martirio si fuera preciso para estar a la altura del ministerio sacerdotal Se hizo notable por su paciencia y mansedumbre, enfermando muy pronto por los malos tratos, privaciones y miserias de la prisión. Rodeado de la admiracion de sus compañeros del campo y con fama de santo entre ellos, Miguel murió por una inyección letal el 26 de enero de 1943. Fue beatificado el 14 de junio de 1987.

27 de enero

A) MARTIROLOGIO

1. En Brescia, Santa Ángela de Mérici († 1540), virgen, fundadora de la Sociedad de Santa Úrsula **.
2. En Sora (Lacio), San Julián (s. II), mártir.
3. En Le Mans (Francia), San Julián, primer obispo de la ciudad (s. III).
4. En Mariana (Córcega), Santa Devota († 300), virgen y mártir.
5 En el monasterio de Bodon, Sisternon (Francia), San Mario o Mauro († 550), abad
6. En Roma, San Vitaliano († 672), papa *
7. En Tonnerre (Borgoña), San Teodorico († 1022), obispo de Orleáns.
8. En Cahors, San Gilduino († 1077), diácono de la diócesis de Dol, que rechazó su elección episcopal *.
9. En Thérouanne (Francia), Beato Juan de Warneton († 1130), obispo y antes canónigo regular *
10. En Lombardía, Beato Manfredo Settala († 1217), presbítero y ermitaño.
11. En Angers (Francia), Beata Rosalía du Verdier de la Sorinière († 1794), monja y mártir durante la Revolución Francesa
12 En Mengo (Uganda), San Juan María Muzei († 1887), mártir *.
13. En Gilet (España), San Enrique de Ossó y Cervelló († 1896), presbítero, fundador de la Compañía de Santa Teresa **.
14. En Kauna (Lituania), Beato Jorge Matulaitis o Matulewicz († 1927), obispo de Vilna y legado apostólico en Lituania, fundador de la Congregación de Clérigos Marianos y de las Religiosas de la Inmaculada Concepción de la Bienaventurada Virgen María **.

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SANTA ÁNGELA DE MÉRICI
Virgen († 1540)

Fundadora de las Ursulinas. Nació de familia modesta el 21 de marzo de 1470 o 1474 en Derizano (República de Venecia). Perdió a sus padres a los 15 años de edad y se fue a vivir con una hermana junto a su tío en Saló, con lo cual pudo par-

ticipar con mayor facilidad en la santa misa, confesarse y comulgar.

Cuando murió su tío, volvió a Derizano. Tenía 20 años. Hacia 1497 tuvo una visión en la que se le presentó la primera idea de su fundación religiosa. Despues de ella Ángela comenzó a reunir a niñas y adolescentes pobres para instruirlas en el trabajo y en el cuidado de los enfermos. Renunció a muchas propuestas de matrimonio, pues había decidido no amar ni desposarse mas que con Cristo.

En 1516 la familia Pantagola la invitó a trasladarse a Brescia, donde continuó sus trabajos asistenciales. Hizo varias peregrinaciones, entre ellas una a Tierra Santa y a Roma, sobre todo en 1525 con ocasión del Año jubilar. El papa Clemente VII le dijo que se quedara en Roma, pero ella volvió a Brescia.

En 1529 se marchó a Cremona para librarse de los soldados de Carlos V. Dios la curó de una grave enfermedad. Profetizó el final de la guerra. En 1533 volvió a Brescia, donde reunió a 12 jóvenes de diversas clases sociales junto a la colegiata de Santa Afra y con ellas fundó la Compañía de Santa Úrsula. No tenían vínculos monásticos y se dedicaban a aliviar las necesidades de la infancia bajo la protección de Santa Úrsula que la había animado con diversas apariciones.

La obra de Ángela se reveló muy necesaria en el Renacimiento y la consiguiente paganización de la sociedad. Era menester una gran renovación espiritual y moral en la familia, y muy especialmente en la mujer, para defender las costumbres cristianas.

Se considera el 25 de noviembre de 1535 como la fecha de la fundación de las ursulinas, ya que en ese día las jóvenes, después de un período de preparación, se dedicaron íntegramente a las obras de caridad. La Regla de las ursulinas constaba de 12 capítulos y fue aprobada por el cardenal Cornaro, obispo de Verona, el 8 de agosto de 1536. Era una vida muy simple, llevada con gran sacrificio, al servicio de la Iglesia.

El 8 de marzo de 1537, en el primer capítulo de las ursulinas, Ángela fue elegida superiora vitalicia. El 27 de enero de 1540, después de una grave enfermedad, murió en Brescia y fue sepultada en la cripta de la colegiata y en 1580 en la iglesia superior.

Los últimos años de su vida Ángela quiso dedicarlos a la formación espiritual de sus hijas y dio a su confesor, Gozzano, *Los recuerdos de las avisadoras,* su *Testamento espiritual* y la *Regla,* que fue aprobada por el papa Pablo III el 9 de junio de 1544. De 159 que eran a la muerte de Ángela se multiplicaron muchísimo por todo el mundo en tres formas: ursulinas seculares, colegialas y claustrales.

El culto a Santa Ángela se desarrolló rápidamente. Desenzano la nombró su patrona. En 1587 se permitió el culto a su imagen. En 1608 se dedicó a Santa Ángela una capilla en la iglesia principal de Desenzano. San Carlos Borromeo inició el proceso diocesano de canonización. Clemente XIII promulgó el decreto el 30 de abril de 1768. Fue canonizada por el papa benedictino Pío VII, el 24 de mayo de 1808. El Beato Pío IX fijó su fiesta el 11 de julio y extendió su culto a toda la Iglesia. León XIII unificó las diversas ramas ursulinas el 17 de julio de 1903. Se celebró luego su fiesta el 31 de mayo. En el nuevo calendario se ha fijado el 27 de enero, día en que murió.

MANUEL GARRIDO BONAÑO, OSB

Bibliografía

BARTOLETTI, A., *Historia di Angela de Merici, vergine bresciana* (Brescia 1926)
Bibliotheca sanctorum, t I cols 1161-1165
SALVATORI, F., *Vita de la santa Madre Angela de Merici* (Roma 1807)

SAN ENRIQUE DE OSSO Y CERVELLÓ

Presbítero († 1896)

San Enrique de Ossó y Cervelló fue un sacerdote diocesano español hondamente preocupado por la formación cristiana de la juventud, para lo que fundó la Compañía de Santa Teresa de Jesús, Instituto religioso femenino actualmente extendido por diecinueve países de Europa, América y África. Desde 1998 es patrono de los catequistas españoles.

Vivió durante 56 años, entre 1840 y 1896, en los que puso de manifiesto su espíritu de fe, su confianza, su celo apostólico, su fidelidad al Señor y, en suma, su amor a Dios y a los hermanos.

Nació en Vinebre (Tarragona), un pueblecito a las orillas del Ebro, en una familia cristiana de labradores acomodados. No es indiferente la fecha incierta en que vio la luz, 15 o 16 de octubre, pues entre lo que consta en la partida de nacimiento, día 16, y lo que le decía su madre, doña Micaela Cervelló: «tú naciste el 15», está por medio la fiesta de Santa Teresa de Jesús, inspiradora de todas sus obras apostólicas. Fue bautizado muy poco después, el 17 de octubre. Tuvo dos hermanos, Jaime y Dolores.

A los 12 años su padre, don Jaime de Ossó, le envió a Quinto de Ebro (Zaragoza) a casa de su tío Juan, comerciante de tejidos, para que aprendiese este oficio. A causa de una grave enfermedad regresó al domicilio familiar y, temiendo por su vida, le fue administrada la primera comunión como viático. Restablecida su salud, continuó preparándose para el comercio en casa de don Pedro Ortal, en Reus, donde fue enviado por su padre en 1853. Pero al año siguiente una epidemia de cólera acabó con la vida de su madre, hecho decisivo en la orientación vocacional del joven Enrique. Años después recordaba:

> «Estuve presente a su muerte santa y lloré mucho, porque mucho sentí verme privado de ella. Mas a esto que parece desgracia debo tal vez mi dicha y mi suerte, porque luego me vino deseo de ser sacerdote recordando lo que me decía mi buena madre (e.p.d.) [...]: *"Fill meu, Enric, fes-te capellà. Quin goig em daries!". "No quiero"*, le decía. *"¿Pues qué quieres ser?". —"Vull ser mestre"*».

De niño le atraía ser maestro. Sin embargo, las citadas palabras de su madre, que conocía bien las cualidades de su hijo —«¡qué gusto me darías si fueras sacerdote!»—, entrañaban su más profunda vocación, perfectamente compatible con la del magisterio. En efecto, Enrique descubrió su llamada al sacerdocio a la muerte de su madre cuando, a los 14 años de edad, estaba trabajando en Reus como aprendiz de comerciante. Entonces comprendió que Dios le llamaba y que ser maestro y sacerdote podían hermanarse.

Decidido a emprender este camino, huyó a Montserrat para poner en manos de la Virgen su vocación de entrega al Señor. Era también la constatación de su temprana devoción mariana, inculcada por su abuelo y por su madre, y de la intensa piedad de este joven que se había alimentado con la confesión frecuen-

te y con la lectura de libros piadosos. Allí, a los pies de Nuestra Señora de Montserrat, patrona de Cataluña, le encontraron su padre y su hermano, que le obligaron a regresar a casa. Pero sin duda por intercesión de ella consiguió doblegar la oposición del padre, y el mismo año 1854 ingresaba en el Seminario de Tortosa, donde cursó estudios literarios y de filosofía. Entre 1863 y 1866 hizo la teología en el de Barcelona, y recibió su ordenación de presbítero el 21 de septiembre de 1867, por D. Benito Vilamitjana y Vila, Obispo de Tortosa.

En su época de seminario, durante las vacaciones de verano los niños de Vinebre solían recibir los primeros afanes apostólicos del joven Enrique. «Por los niños a la conquista de los mayores», será su ideal catequético que estrenó en su pueblo natal y que, después de ordenado sacerdote y siendo profesor de matemáticas y de física en el Seminario, desarrolló tanto en Tortosa. Fruto de esta experiencia fue su libro *Guía práctica del catequista,* esencial para comprender su intensa actividad evangelizadora. El Emmo. Sr. Cardenal D. Marcelo González, primer biógrafo de D. Enrique de Ossó, escribe sobre este texto: «llego a dudar, no sé si por mi ignorancia, que pueda haber algún otro más eficaz para despertar y nutrir la afición a enseñar el catecismo, condición indispensable de la vocación sacerdotal».

Era muy notorio el número de niños inscritos en las catequesis organizadas por Ossó en la ciudad de Tortosa. Durante el trienio de 1869-1871 comenzó con ochocientos, elevándose a mil doscientos dos años después: prácticamente todos los niños que había en la ciudad. Estaban agrupados en ocho secciones generales que, a su vez, se dividían en otras menores. Para esta tarea, D. Enrique movilizó y obtuvo la ayuda de sacerdotes y seminaristas amigos, consiguiendo entre todos un cambio radical en la conducta de pequeños y mayores, cambio que no pasó inadvertido en Tortosa. Una anciana del lugar se expresaba en estos términos: «¡Nadie podía pensar tres años atrás que esto iba a suceder! ¡Alabado sea Dios!».

Su celo apostólico no descansó con la educación y formación cristiana de los niños. Deseoso de atender también a los mayores, a partir de 1870 inició una serie de fundaciones, la pri-

mera de ellas la Asociación de Congregantes de la Purísima Concepción, compuesta exclusivamente por jóvenes labradores. En 1873 organizó la Archicofradía de Hijas de María Inmaculada y Teresa de Jesús para jóvenes que quisieran vivir seriamente el cristianismo en su propio ambiente, con el fin de que éstas bajo la mirada de la Virgen «forjen su espíritu en el molde de Teresa de Jesús, así España se regenerará». Y en 1876, la Hermandad Josefina, para hombres, y Rebañito del Niño Jesús, para jóvenes (hoy Club de Amigos de Jesús). Refiriéndose a estas actividades, D. Marcelo González, Cardenal emérito de Toledo, afirma: «D. Enrique de Ossó tiene la gloria de haber sido un auténtico precursor de la Acción Católica».

Tiene asimismo la gloria de haber confiado en la mujer. En 1876 fundó su principal obra, la Compañía de Santa Teresa de Jesús, una congregación religiosa dedicada a la educación y la enseñanza cristianas. Había percibido con singular clarividencia que la educación cristiana de la mujer podía regenerar, en primer lugar, a las familias y desde ellas a toda la sociedad: «educar a un niño es formar a un hombre, educar a una mujer es formar una familia».

Como una importante manifestación de su celo apostólico, D. Enrique cultivó también el periodismo católico. Primero, en 1870 fundó el semanario *El Amigo del Pueblo* que, por su contenido batallador al servicio de la fe católica, fue suspendido en mayo de 1872. En octubre del mismo año dio vida a la revista *Santa Teresa de Jesús,* que dirigió personalmente casi durante un cuarto de siglo. Las palabras del Obispo de Tortosa, doctor Vilamitjana, aprobando la publicación son un resumen magnífico de las intenciones que Enrique de Ossó expuso al Prelado al solicitar su permiso:

> «Estimado D Enrique El pensamiento de publicar una revista cuyo objeto sea Santa Teresa merece mi aprobacion, y bendigo con toda la efusion de mi alma a Vd , que la ha concebido, y a sus colaboradores Mucha necesidad tiene nuestra amada España de la proteccion de la Santa, y nada mejor para obtenerla que la imitacion de sus virtudes Ahi esta la devocion verdadera y eficaz. Mas para imitar las virtudes de Teresa es necesario conocerlas, y la revista se encargara de ponerlas periodicamente a la vista de sus piadosos lectores».

Su confianza ilimitada en lo que él consideraba voluntad de Dios se podría probar con múltiples anécdotas. Valga una significativa por su encuadre personal e histórico. Encargó la construcción de la casa-colegio de la Compañía de Santa Teresa en Barcelona a D. Antonio Gaudí, el más ilustre de los arquitectos catalanes del momento. El edificio se hizo en unos solares que entonces costaron 130.000 ptas. El día en que se firmó la escritura de su adquisición no había en la administración del nuevo Instituto nada más que una peseta, pero D. Enrique había dicho a sus hijas: «Si tenéis confianza en Dios, ¡adelante!».

Por su parte vivía de este modo el abandono en el Señor:

> «Pensar como Cristo Jesus, sentir como Cristo Jesus, obrar como Cristo Jesus, conversar como Cristo Jesus, hablar como Cristo Jesus, conformar, en una palabra, toda nuestra vida con la de Cristo, revestirnos de Cristo Jesus, he aquí el único negocio y ocupacion esencial, primera, de todo cristiano Porque cristiano quiere decir *alter Christus,* otro Cristo, y nadie puede salvarse si no fuere hallado conforme con la imagen de Cristo»

Son bien conocidas las complejas y variadas situaciones que tuvo que atravesar la Iglesia Católica de España al ritmo de los distintos avatares políticos de la nación. No faltó la persecución de la crítica rigurosa e infundada, ni las expropiaciones de bienes, ni las acusaciones de todo género, destinadas a desprestigiar una Institución que algunos hubieran deseado eliminar. Atento a tan difícil contexto, San Enrique de Ossó supo acudir a lo que la Iglesia necesitaba de su sacerdocio, que vivió siempre hasta las últimas consecuencias.

Su espíritu de fe y esperanza se pusieron de manifiesto en multitud de ocasiones. Todas sus obras, como obras a mayor gloria de Dios, sufrieron persecuciones, desprecios o murmuraciones. En algún momento las incomprensiones nacieron en la mente o en el corazón de sus amigos más íntimos, e incluso de sus religiosas al final de su vida. Pero él no flaqueó nunca. Su frase preferida era «contradicción de buenos». También solía decir: «no os dañará ninguna adversidad si no os domina ninguna iniquidad. Haga yo lo que deba y suceda lo que suceda. En no habiendo pecado nada temo».

En el artículo «Desde la soledad», que apareció en la revista *Santa Teresa de Jesús* en octubre de 1879 sobre la fe y esperanza

en Dios que inculcaba a sus lectores, San Enrique exhortaba a decir y a obrar con San Pablo y Santa Teresa: «Todo lo puedo en Aquel que me conforta. Sólo Dios basta». Esto es lo que estaba viviendo en primera persona.

La caridad teologal, en su doble faceta de amor a Dios y amor a los hermanos, tuvo también en nuestro Santo un horizonte que invita a imitarlas. Sus trabajos por extender el Reino de Dios en los niños, en los jóvenes y en los adultos en medio de dificultades políticas e incluso religiosas, son una prueba de la firmeza, vivencia y coherencia de su vida sacerdotal alimentada siempre por la oración. El grito de «Todo por Jesús» y «Viva Jesús» era para él como un banderín de enganche que le impelía a obrar con el amor más exquisito a Jesucristo, Dios y hombre verdadero, y que trató siempre de enseñar y hacer vivir a los demás.

El espíritu de oración que aprendió de Santa Teresa de Jesús le llevó a vivir entrañablemente «la amistad personal con quien sabemos nos ama» y a procurar transmitirla. Intentó que todas sus obras se alimentasen del trato frecuente, diario con Dios. Los libros *Viva Jesús, Devoto josefino, Tesoro de la juventud* y, sobre todo, el *Cuarto de hora de oración,* llamado el Kempis teresiano, son una prueba de su magisterio de oración, que enseñó no sólo predicando en numerosas misiones populares, sino también escribiendo. San Enrique acuñó una frase que él atribuyó a Santa Teresa de Jesús, que tuvo y tiene una fuerza grande para atraer a los cristianos a cultivar la oración: «Dadme un cuarto de hora de oración y os daré el cielo». Cuando alguien le preguntó por qué limitaba el tiempo, el contestó con gran conocimiento del alma humana: «Para que no se espanten, para que vean fácil y corto el camino, si se inician en ello, ya llegarán por sí mismos a ampliar el tiempo».

San Enrique amó a los hombres sus hermanos sin poner límite a la caridad. Desde que era seminarista perteneció a las conferencias de San Vicente de Paúl. Todos los jueves acudía al hospital de Tortosa para buscar a los enfermos más solos y abandonados y les socorría en las necesidades más íntimas y penosas. En los veranos, en Vinebre, y aprovechando la ausencia de su padre D. Jaime, menos propenso a la caridad, daba a los pobres

todo lo que le parecía que sobraba en la despensa de su casa. Ya sacerdote, en el barrio más pobre de Tortosa, el de pescadores, acostumbraba a que su palabra apostólica cayese sobre las personas que habían recibido por adelantado pan, ropa, dinero... todo lo que les faltaba y era primera necesidad. A sus religiosas les inculcó siempre la generosidad más exquisita con quien llamase a sus puertas. Les ordenó que a nadie excluyeran de los colegios por ser pobres y que en todos ellos se concediera una beca a una niña de familia necesitada por cada diez alumnas de pago.

No sólo la caridad. Con ella le vinieron todos los bienes. Don Marcelo González en la citada biografía del santo la estudia no sólo en su ejercicio, sino vinculada a otras virtudes según la doctrina de San Pablo (1 Cor 13,4-7). Es una excelente síntesis de las virtudes de don Enrique de Ossó que años más tarde su causa de canonización confirmó haber practicado de modo heroico.

San Enrique amó apasionadamente a la Iglesia, *esposa de Cristo.* Su celo apostólico de sacerdote *enteresianado* hasta la médula de sus huesos, se alimentó de la frase de la Santa de Ávila que él hizo suya: «Soy hijo de la Iglesia», y que dejó como epitafio para su tumba. Basta asomarse a la *Revista Teresiana* para percibir el amor a la Iglesia y al Santo Padre que quería contagiar a sus lectores. Sus cartas desde la Ciudad Eterna palpitan de entusiasmo ante la liturgia romana; por la historia de la Iglesia que él descubre en las catacumbas, en las basílicas... y todo esto vivido en momentos difíciles para él, cuando la prueba de personas de la Iglesia era más dura y lacerante. Los hombres podían decir y hacer equivocándose; la Iglesia, no. Ella le estimulaba a vivir la «contradicción de buenos» como camino de identificación con Jesucristo.

En los últimos años de su vida tuvo que afrontar la difícil situación de verse implicado en un doloroso pleito con las autoridades eclesiásticas, lo que le comportó el abandono o la sospecha de muchos. Con heroica fortaleza defendió la verdad, que se hizo manifiesta algunos años después de su muerte. Entonces tuvo prolongada ocasión de cumplir en primera persona lo que aconsejaba a los demás:

> «Debemos ahogar el mal con la abundancia del bien No seamos vencidos jamas por el mal, sino venzamos con el bien el mal»

Bien cimentada en la propia experiencia estaba también esta recomendación suya, motivada por su único deseo de ser fiel a la misión que le había confiado el Señor:

> «No nos estorbemos los buenos cuando se trata de promover la mayor gloria de Dios o los intereses de Jesus, sino mas bien ayudemonos mutuamente»

Un mes antes de su muerte dijo a sus hijas del Noviciado de Tortosa despidiéndose de ellas: «Pido al Señor no tener nada a la hora de la muerte, morir sólo de amor divino». El 2 de enero de 1896 se retiró al convento franciscano de *Sancti Spiritus* de Gilet (Valencia), buscando soledad y silencio para recogerse y orar. Hizo ejercicios espirituales del 6 al 13 y permaneció en aquel retiro escribiendo su obra póstuma: *La novena al Espíritu Santo.* El 27 de enero le sorprendió la muerte en la noche, a causa de un derrame cerebral. Cuando llegaron los frailes a asistirle era ya cadáver. Su ataúd lo pagó de limosna el párroco de Gilet, y el sepulcro se lo prestaron los franciscanos. Se cumplió así su deseo de morir en pobreza absoluta

El siervo de Dios Enrique de Ossó y Cervelló fue declarado Beato en la Basílica de San Pedro del Vaticano el 14 de octubre de 1979. Los milagros que le llevaron a la gloria de Bernini fueron la curación instantánea y permanente de dos religiosas de la Compañía de Santa Teresa de Jesús, la Madre Antonia Barrera Reig y la Madre María Cinta Monfort Ferrando Ambas alcanzaron una edad longeva, 91 y 87 años respectivamente. Llegaron a la casa del Padre más de 50 años después de haber sanado.

El papa Juan Pablo II canonizó al Beato Enrique en Madrid, en la plaza de Colón, el 16 de junio de 1993, durante el viaje apostólico que hizo a España. Un médico paraguayo, el Dr. Hugo Galli Riart fue el beneficiario del milagro: subita curación de un quiste en el lóbulo interior derecho del pulmón precisamente la víspera de la operación que pensaban realizarle.

Sus restos reposan hoy en la capilla del Noviciado de la Compañía de Santa Teresa de Jesús en Tortosa. La inscripción del sepulcro: «Soy hijo de la Iglesia», eco del sentir de la Santa castellana que tanto habia venerado, expresa su verdadera acti-

tud a lo largo de toda su existencia y, en especial, durante los momentos difíciles del final de su vida

«Conocer y amar a Jesús y hacerle conocer y amar por todos» es el lema que hizo propio y que hoy continúa ofreciendo San Enrique de Ossó.

M ª ENCARNACION GONZALEZ RODRIGUEZ

Bibliografía

AA VV, *Mano de oro Enrique de Osso, sacerdote y teresianista* (Burgos 1979)
ALTES Y ALABART, JUAN BAUTISTA, *Enrique de Osso, fundador de la Compañia de Santa Teresa de Jesus Apuntes biograficos* (Barcelona 1926)
GABERNET, J, *Un contestatario leal* (Barcelona 1987)
GONZALEZ MARTIN, M, *Don Enrique de Osso, la fuerza del sacerdocio* (Barcelona 1953) Nueva ed revisada en BAC Normal 440, ²1993
MACCA, V, *Enrique de Osso, fundador de la Compañia de Santa Teresa de Jesus (1840 1896),* (BAC Popular, 85, Madrid 1987)
MARTORELL, J, *Enrique de Osso, maestro* (Barcelona 1990)
MOLINS, V, *Asi era Enrique de Osso* (Burgos 1993)
VASANZIBIO, S DA, *Los intereses de Jesus en el Beato Enrique de Osso y Cervello* (Barcelona 1981)

BEATO JORGE MATULAITIS

Obispo († 1927)

Dentro de la carta apostólica de Juan Pablo II a los obispos de Lituania con motivo del sexto centenario del «bautismo» de aquella nación, el día 5 de junio de 1987, anunciaba para el próximo día 28 del mismo mes la beatificación del obispo lituano Jorge Matulaitis. Su festividad se fijaba para el día 27 de enero, coincidiendo con el aniversario de su muerte

El Papa hace notar en el n 10 la «fecundidad de su servicio eclesial» a lo largo de su vida. Por eso nos parece oportuno dar a conocer al público de lengua española los orígenes de este personaje, tal vez desconocido para nosotros, y que encierra una decidida opción por el Señor, que le hará superar innumerables dificultades de todo género. El reconocimiento de la Iglesia de sus heroicas virtudes se unió a una celebración solemnísima que coronaba el recuerdo del «bautismo» de una nación para la fe, su patria de Lituania, y «ofrecía la ocasión de ahondar en esa fe, en la oración y en la renovación espiritual».

Jorge Matulaitis, o Kalowski, nació en Luginé, parroquia de Marijampolé, Lituania, el 13 de abril de 1871, octavo hijo de una humildísima familia lituana. Pero las cosas empeoraron al perder al padre cuando el pequeño Jorge contaba apenas tres años, quedando siete años después sin madre. Naturalmente, sus hermanos se esmeraron en los cuidados del niño, pero para su desarrollo normal le faltaba lo principal: el calor de los padres. Debido sin duda a las dificultades económicas, el niño fue pronto víctima de la tuberculosis, que arrastraría durante su vida. Hemos podido contemplar una fotografía siendo obispo de Vilna, Lituania (1907), en la que puede adivinarse un semblante fuerte y resignado, pero que refleja ser víctima del sufrimiento. Superando las dificultades emprendió en Marijampolé, su parroquia, a partir de 1879, los estudios elementales, dando ya muestras de sus facultades y piedad. Eran sus formadores los religiosos denominados Marianos, a los que más tarde, como veremos, dedicará todas sus energías y solicitud. En 1882 emprendía sus estudios secundarios, pero debido a su delicada salud tuvo que renunciar a ellos y retirarse con sus hermanos en 1887, ayudándoles en las labores agrícolas.

Un primo suyo, Juan Matulewicz, desempeñaba por entonces el trabajo de profesor de latín y griego en el gimnasio de Kielce (Polonia), y le animó a trasladarse a dicha ciudad para continuar sus estudios. Su primo le daba clases privadas de latín y griego. Jorge, seguramente por razones de seguridad, mudó su apellido por el de su primo Matulewicz, en quien hallaba el apoyo necesario.

A los 20 años ya se hallaba dispuesto a tomar una dirección en su vida, y «como su espíritu estaba desde niño impregnado de una sólida piedad así como de un singular ingenio y proceso en su madurez, se consolidó en él la vocación sacerdotal que desde pequeño había sentido» *(AAS)*. En 1891 entraba en el seminario diocesano de Kielce, que ya debía conocer, y hacia el que sin duda debió guiarle un tío suyo, F. Matulewicz, sacerdote y profesor en el mismo seminario. Por desgracia este seminario fue clausurado en 1893 por la autoridad zarista, y los seminaristas se dispersaron por Polonia. Nuestro Jorge halló acogida en el seminario de la archidiócesis de Varsovia, permaneciendo

en él hasta 1895, en que pasó a la Academia Católico-Romana de Petroburgo donde defendió su tesis teológica con el título *De iure belli et de pace aeterna,* obteniendo en 1899 el grado de maestro en teología, a lo que renunció.

Ya el año 1898 había sido ordenado sacerdote por el obispo Niedzia Kowski, rector de la susodicha Academia Católica. Se le propuso por parte de sus superiores trasladarse a la Europa occidental a fin de desarrollar sus estudios y poder después ocupar la cátedra de teología en la Academia. Pero Jorge prefirió regresar a su diócesis, donde el obispo lo nombró vicario de una parroquia próxima a la ciudad. Esta primera labor pastoral duró muy poco, ya que el deterioro de su salud le obligó a trasladarse a Kreuznach, en Alemania, donde hallaría la oportuna asistencia médica. Terminado el reposo, pasó a Suiza, donde bajo el nombre de Montvydas (a fin de no despertar sospechas en la policía zarista de Rusia), se inscribió en la universidad de Friburgo. Residió en la parroquia de San Juan, para sufragar sus elementales gastos y a la vez practicar provechosamente la pastoral. En Friburgo fue sometido a una operación quirurgica que agravó sus dolencias, y una vez restablecido, prosiguió sus estudios, que terminó en 1902, publicando la tesis bajo el título de *Doctrina russorum de statu iustitiae originalis,* y obteniendo el título de Doctor en teología.

El mismo año 1902 regresó a Kielce, ejerciendo la labor de vicario parroquial en Imielno, desde donde se trasladó a Plaseczno para asistir a su tío sacerdote, gravemente enfermo, que murió el 6 de noviembre del mismo año, y a su regreso fue nombrado al cabo de unos meses profesor de latín y de Derecho Canónico en el seminario diocesano, luego vicerrector en el mismo y finalmente canónigo. Pero de nuevo la salud le traicionó, hallándose cada vez peor de su tisis ósea, viéndose obligado a trasladarse a Varsovia para una mejor atención médica. Allí se encontró con la condesa Cecilia Plater-Zyberk, quien le ayudaría a redactar las constituciones de la comunidad religiosa de las Siervas del Santísimo Corazón de Jesús, fundada en el anonimato. Durante su permanencia en Varsovia se dedicaría del 1904 al 1907 a la acción pastoral social. «Fue muy celoso en conocer la doctrina de la Iglesia, estudiando con entusias-

mo toda la problemática que esto implicaba, sobre todo en la encíclica *Rerum novarum* de León XIII, quien declaró la doctrina de la Iglesia contra las perversas corrientes de la época» *(AAS)*. Por entonces colaboró en la doctrina social con el conocido sociólogo y amigo suyo Marcelo Godlewski. Por su iniciativa se fundó la Asociación de Obreros Cristianos de Varsovia, y en 1907 organizó las «Semanas Sociales». Orientada hacia la juventud estudiantil, fundó la sociedad «Resurgir», promoviendo para los laicos cursos de doctrina social, a la vez que ejercía entre los lituanos residentes en Varsovia una intensa labor pastoral. Fue por entonces elegido como Presidente de la Asamblea de Sacerdotes que ejercían en las escuelas la enseñanza religiosa.

Todo este currículum de actividades y responsabilidades eclesiales así como la sólida formación, a pesar de su física debilidad, no podían dejar de hacer de él un hombre de Iglesia llamado a la responsabilidad en el ministerio. Si se advierten en él los frecuentes movimientos de puestos de trabajo, siempre obedecen a su estado de salud, ya que su enfermedad no le dejó hasta la muerte, y frecuentemente la crisis era profunda. Él jamás se arredró por ello; al contrario, trató de superar las situaciones con su abandono en las manos de Dios y una férrea voluntad. Podemos advertir su decidida inclinación por la formación cristiana del mundo obrero. Este punto es muy importante, ya que no se funda en la propia experiencia de su niñez, sino en el descubrimiento de la persona de Cristo, en cuya fuente, junto con la doctrina social de la Iglesia, bebería hasta la saciedad. Leemos como en su testamento:

> «Haz, Jesús, que yo me inmole por tu Iglesia, por la salvación de las almas redimidas con tu sangre, para vivir contigo, para trabajar contigo, para padecer contigo y, como espero, también para morir y reinar contigo» *(Diario)*.

En 1907 fue enviado de nuevo a Petroburgo para ejercer de profesor en la Academia Católico-Romana, explicando primeramente sociología y más adelante también teología dogmática. Al año siguiente se le encargó la dirección espiritual de los estudiantes, y poco después es nombrado vicerrector de la misma Academia.

Fue en 1909 cuando junto con Vicente Secowski, último superviviente de los Marianos, comenzó la restauración del instituto religioso. Al morir el padre Secowski, y para evitar la extinción de instituto de los Marianos, emitió, con especial dispensa de la Santa Sede, los votos simples, sin exigirle noviciado. Algo más adelante, en 1911, en el local de una sacristía parroquial, tuvo lugar la celebración del Capítulo general de los Padres Marianos, al que asistieron tres miembros del instituto: Matulewicz, Francisco Bucys y Juan Totoraitis. Vicente Secowski había fallecido en 1911. En este primer capítulo fue elegido J. Matulaitis general, cargo que ejercerá hasta 1927.

Pronto las autoridades zaristas comenzaron a sospechar de las comunidades religiosas clandestinas, lo que motivó el traslado a Friburgo de Suiza del general y sus hermanos Marianos. En Friburgo, en un colegio denominado «Canisianum», establecieron el noviciado, y Matulaitis escribió las *Instrucciones,* consideradas como un comentario a las constituciones de la congregación. Simultáneamente escribió el *Diario,* o sea, los apuntes espirituales hallados al morir entre sus escritos.

Desde Friburgo, en 1911, se trasladó por segunda vez a Roma, a fin de obtener el permiso de abrir el noviciado y ejercer el cargo de maestro de novicios, cargo que al ser general no podía ejercer. Durante su estancia en Roma, Mons. A. Sapieha, futuro arzobispo de Cracovia, le propuso el cargo de representante de la Iglesia polaca ante la Santa Sede, cargo que no acepto.

En 1913 viajó a los Estados Unidos con el objeto de fundar una casa, la cual se establecería en Chicago, donde fijó la Provincia Lituana de San Casimiro. Aconsejado por Mons Eduardo Quigley, arzobispo de Chicago, los Marianos se encargaron en dicha ciudad del trabajo pastoral entre los Lituanos en la parroquia de San Miguel Arcángel.

Pero el celo pastoral de Matulaitis no se contentó con la restauración de los padres Marianos, sino que vio la necesidad de nuevos institutos femeninos, como tantos contemporáneos suyos del siglo XIX y principios del XX. Creó el Instituto de las Hermanitas de los Pobres, más tarde conocidas con el nombre de Siervas de la Inmaculada Concepción de la Bienaventura-

da Virgen María, y las Siervas de Jesús en la Eucaristía. Redactó, además, las constituciones de 11 congregaciones religiosas, adaptándolas al CIC.

Al estallar la primera guerra mundial en 1914, Matulaitis permaneció en Polonia, viviendo en un antiguo monasterio camaldulense en Bielan, cerca de Varsovia, donde estableció un noviciado y un orfanato que pudiera albergar a 200 huérfanos. Y terminada la guerra se trasladó a la parroquia de Marijampolé, en Lituania, donde de nuevo se establecieron los Marianos. Pero su estancia duraría muy poco.

En 1918 el papa Benedicto XV lo nombró obispo de la sede de Vilna, en Lituania, sede que se hallaba vacante desde hacía siete años, tras el exilio del obispo Eduardo Van Ropp. Naturalmente, hallo la diócesis desamparada, y dedicóse rápidamente al trabajo apostólico, como pastor y padre, visitando todas sus parroquias y ayudando siempre a los más pobres de cualquier nacionalidad. Trató de serenar los conflictos políticos y nacionales que perturbaban la paz del pueblo y del clero Finalmente, el 1 de septiembre de 1925, Pío XI lo nombró arzobispo titular de Aduli Y es que tras el concordato de la Santa Sede con Polonia, la diócesis de Vilna fue elevada a arzobispado, y Mons. J. Matulaitis, para evitar dificultades a la Santa Sede con el nombramiento de un nuevo metropolitano, trató por dos veces de ser exonerado de la administración de la diócesis. Pío XI aceptó la renuncia el 14 de julio de 1925, y Mons Matulaitis quiso al punto dedicarse totalmente a su congregación El mismo año 1925 se dirigió de nuevo a Roma para organizar la casa generalicia y un colegio Mariano internacional, pero fue precisamente en ese año cuando Pío XI lo nombró arzobispo de Aduli, y a la vez Visitador Apostólico de Lituania.

Comenzó en 1926 su nueva misión apostólica, dedicándose a recomponer la Iglesia lituana. Es sin duda a esta labor apostólica a la que el papa Juan Pablo II hace el mayor elogio del trabajo del arzobispo Matulaitis. Pero no dejó de lado la preocupación por su amado Instituto de Marianos. En 1925 se había trasladado la casa generalicia de Marijampolé a Roma, donde se abrió un colegio internacional para los estudiantes del instituto. En diversas casas del oriente europeo iban progresando los

candidatos, dándole nueva vida y posibilidad de extenderse, y a veces, motivado por las dificultades halladas en Polonia y Lituania, viose obligado a buscar otras naciones. Jorge Matulaitis murió el 23 de enero de 1927 en Kaunas, su residencia como Visitador Apostólico de Lituania. Los restos mortales descansan en la iglesia de los padres Marianos de Marijampolé. Su beatificación tuvo lugar, como se ha dicho, el domingo 28 de junio de 1987.

Hasta 1928 los Marianos extendieron su trabajo pastoral al pueblo de rito oriental, fundando a este fin una casa con colegio en Harbin (Manchuria). Mas adelante, al ser clausurada esta casa por orden del Estado en 1948, los Marianos de rito oriental se trasladaron nuevamente, ejerciendo su trabajo en Inglaterra, USA, Polonia y Australia. Incluso en 1963, unida a la provincia de USA, fundóse una casa en Balsamão (Portugal). En 1939 los Marianos comenzaron su actividad misionera en Argentina. Al morir el restaurador, el Instituto de Marianos contaba con 319 miembros

En Marijampolé fundó en 1918 el instituto o congregación de derecho diocesano de las Hermanas de la Inmaculada Concepción de la Bienaventurada Virgen María Hasta esta fecha, estando Lituania ocupada por la Rusia zarista, no era posible este hecho, ya que todas las congregaciones religiosas se hallaban suprimidas. Por eso Matulaitis, tras la renovación de los Clérigos Regulares Marianos, fundó clandestinamente la congregación femenina. En 1918 redactó las constituciones, ya adaptadas al CIC, que fueron aprobadas por el obispo de Seinai La congregacion se denominó Hermanas de los Pobres del Inmaculado Corazón de María.

Esta congregación tenía como fin la docencia y la educación de los niños, con escuelas elementales propias, jardines de infancia, institutos de educación para las niñas. Propagaban, además, estampas, libros y periodicos. En 1940, al ser ocupada Lituania por Rusia, todas las casas de institutos fueron suprimidas, y las hermanas se dispersaron, siendo muchas deportadas a Siberia para trabajos forzados. La congregación sobrevive en USA. Las cinco primeras hermanas llegaron a Thomson desde Lituania el año 1936 En 1976 se hallaban entre USA y Canada 48 miembros.

Otra congregación femenina de derecho pontificio fue fundada por J. Matulaitis siendo obispo de Vilna. El instituto fue fundado con el nombre de Siervas de Jesús Eucaristía. El fin del instituto se hallaba ya definido con las primeras constituciones redactadas por el propio fundador: la asistencia de los pobres, la divulgación de buenos libros, escuelas, reuniones, hospitales. Al morir el fundador pasó la dirección a manos del padre Andrés Cikoto, superior de los Marianos de Druia, y más adelante superior general de su instituto. El padre Cikoto redactó nuevas constituciones, aprobadas por Mons. Romualdo Jalbzikowski, arzobispo de Vilna, en 1936.

El instituto, que contaba por entonces un centenar de miembros, hubo de padecer mucho, ya porque se hallaba en territorio soviético, ya por la falta de nuevas candidatas. Al llegar la aprobación pontificia, pasado ya el año 1962, el instituto contaba con 172 miembros: 82 en Polonia, 86 en Rusia y 4 en Libia. Ambos institutos femeninos se hallaron muy presentes en Roma con motivo de la beatificación del fundador.

PLÁCIDO M. GIL IMIRIZALDU, OSB

Bibliografía

AAS 80 (1988) 10-15; 1384-1388.

BAR, J.-ROCCA, G., «Serve di Gesù nell'Eucarestia», en G. PELLICA-G. ROCCA (eds.), *Dizionario degli istituti de perfezione,* VIII (Roma 1988) col.1328.

DUOBA, G., «Immacolata Concezione della Beata Vergine Maria», en ibid., IV (Roma 1977) cols.1646-1648.

KALOWSKI, J.-KRZYZANOWSKI, C., «Mariani Chierici Regolare Mariani», en ibid., V (Roma 1978) cols.987ss.

L'Osservatore Romano (28-6-1987) 24; (5-7-1987) 2 y 6.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN VITALIANO

Papa († 672)

No se sabe nada de este santo con anterioridad a su elección como papa el año 657. Se le cree natural de Segni, en la campiña romana.

Vitaliano quiso desde primera hora paz con Constantinopla, así con el emperador Constante como con el patriarca Pedro, y para ello envió legados, que fueron recibidos amistosamente. Pedro colocó el nombre de Vitaliano en los dípticos. Esta actitud amistosa fue vista posteriormente como sospechosa de heterodoxia, pero en el VI Concilio ecuménico quedó claro que Vitaliano no había participado en las doctrinas monotelitas. Igualmente se prestó a ambigüedad el que Vitaliano recibiera con grandes muestras de regocijo en Roma al emperador Constante, del que no se podía olvidar que había sido el verdugo del papa San Martín I. Constante llegó a Roma el 5 de julio del año 663 y fue recibido por el papa en las afueras de la ciudad así como a la puerta de la basílica vaticana.

Durante el episcopado de Vitaliano se consolidó el cisma de Rávena por la actitud rebelde del obispo Mauro, pero como el emperador le sostenía, Mauro murió excomulgado por Vitaliano.

Envió a Canterbury como arzobispo al monje San Teodoro, acompañado del monje San Adrián, y ambos fueron decisivos en las estrechas relaciones de la iglesia inglesa con Roma. Varias intervenciones suyas en Creta, Alemania, Francia y España indican que tenía una gran preocupación por la disciplina eclesiástica.

Vitaliano murió en Roma el 27 de enero del año 672, siendo sepultado en San Pedro.

SAN GILDUINO

Diácono († 1077)

En un bombardeo de la II Guerra Mundial fue alcanzada en Francia la iglesia de Champhol y salieron a la luz las reliquias de San Gilduino, diácono, canónigo de Dol, que habían sido ocultadas en ella el año 1793, previniendo las posibles profanaciones de la Revolución Francesa. Reconocidas oficialmente por el obispo de Chartres en 1948 y depositadas en la iglesia de San Pedro, al santo se le nombró patrono de los peregrinos de aquel santuario.

Gilduino había nacido en Comburg el año 1052, hijo del conde de Dol y sobrino del arzobispo de la ciudad. Sus padres le buscaron, cuando ya era un adolescente, un buen partido matrimonial pero el joven contestó que tenía vocación eclesiástica y entonces fue adscrito al clero diocesano, obteniendo en seguida por influencia de su familia una canonjía en la catedral y ordenándose de diácono.

El arzobispo Judicael que ocupaba por entonces de manera simoníaca la sede de Dol, dio, además, el escándalo de vivir con una mujer y atreverse a dotar a sus hijos con los bienes de la Iglesia. Los obispos vecinos acudieron al papa San Gregorio VII, que lo depuso en 1075. Hubo entonces por parte del cabildo catedral la acostumbrada elección canónica que vino a recaer en Gilduino, el cual quedó horrorizado de que a un chico de 23 años lo eligieran para obispo. Pero la propuesta del cabildo pareció muy bien a los fieles y Gilduino comenzó a ser presionado para que aceptara. Él alegó su juventud e inexperiencia y decidió que era mejor poner el asunto en manos del papa, y por ello junto con el abad de San Melanio de Rennes, Eveno, acudió a Roma. El papa examinó el asunto, se avino a las razones expresadas por Gilduino y nombró por su autoridad como nuevo obispo a Eveno, en cuya compañía emprendió el viaje de vuelta. Su familia y el pueblo de Dol esperaban verlo llegar consagrado obispo por el papa, y él, quizás temiendo enfrentarse a la desilusión que iba a producirles su regreso, decidió peregrinar a Chartres. Aquí se sintió enfermo, pidió alojamiento en el monasterio benedictino de Saint-Pierre-en-Vallée y allí murió santamente el 27 de enero de 1077 a los veinticinco años de edad. Enterrado allí mismo, su tumba floreció en milagros y creció el culto religioso al santo diácono, hasta que, ocultado, como queda dicho, su cuerpo por causa de la Revolución Francesa, se renovó el culto tras ser hallado a consecuencia del bombardeo.

BEATO JUAN DE TERUANA
Obispo († 1130)

Juan nace en la segunda mitad del siglo XI en Warneton, junto a Lille. Uno de sus maestros fue el famoso Ivón de Chartres, y muy joven obtuvo una canonjía en la colegiata de Lille. Pero Juan era un joven piadoso y que se tomaba en serio la profesión clerical, y el ambiente de escasa regularidad y piedad que halló en la colegiata le disgustaba hondamente, por lo que decidió ingresar en la vida religiosa, haciéndose canónigo regular en la abadía de Mont-St.-Eloi, junto a Arrás. Aquí vivía feliz y entregado a la oración litúrgica y las buenas obras cuando la creación por el papa Urbano II de la diócesis de Arrás incidió en su plan de vida. Fue nombrado primer obispo de la diócesis un condiscípulo suyo, Lamberto de Guines, que le suplicó insistentemente se fuera con él como arcediano. Por espíritu de caridad y servicio Juan dejó su amada abadía y se fue a Arrás. Aquí mostró enseguida sus buenas cualidades y prestó una eficaz colaboración al obispo, tanto que, vacante la sede de Teruana, fue elegido para la misma y confirmado como tal por el citado papa Urbano II. Juan recibió la consagración episcopal el 17 de julio de 1099.

Fueron treinta años de fructuosa pastoral los que Juan ejerció el episcopado. Se admiraba su extrema austeridad y pobreza, su absoluto desprendimiento de los bienes terrenos y su dedicación plena y sacrificada a los deberes episcopales, así como su firmeza en combatir la simonía, entonces tan en boga.

Celoso de la reforma de la Iglesia, acudió a numerosos sínodos para apoyarla. Se rodeó de los más ejemplares clérigos como colaboradores e impulsó la fundación de casas religiosas tanto de monjes como de canónigos regulares. Murió con la muerte de los justos el 27 de enero de 1130 y fue enseguida tenido por santo. Su diócesis fue más tarde trasladada de sede, a Saint Omer, y posteriormente suprimida.

SAN JUAN MARÍA MUZEI
Mártir († 1887)

El último de los mártires de Uganda era natural del poblado de Ninziro, hijo de un hombre de negocios. Pero su padre tenía confianza del rey Mutesa que lo nombró jefe del poblado de Kakuto y en él se crió el muchacho. Llevado a la corte al cumplir los 13 años, el rey lo hizo ayudante de un funcionario musulmán y por influencia de éste abrazó el Islam y tomó el nombre de Yamari.

Pero al estallar la epidemia de 1881 se refugió en Mutundubé, donde conoció a los cristianos y quedó impresionado por su piedad. Vuelto a la corte fue admitido entre los pajes y rechazó las propuestas inmorales del monarca, decidiéndose por el cristianismo definitivamente y llevando ya antes de su bautismo una vida verdaderamente cristiana por su piedad, pureza y caridad. Recibió el bautismo el día 1 de noviembre de 1885 con el nombre de Juan María.

Cuando el rey Mwanga decidió acabar con los cristianos de su corte, buscó a Juan María pero éste se había ocultado oportunamente en casa de un amigo. Mwanga ofreció seguridad a los que habían sido pajes de su padre. Juan María no se fiaba pero decidió presentarse, no sin antes recibir los sacramentos en la misión. El rey al verlo le mandó buscar a los demás cristianos, pero Juan María les avisó que se escondieran. Cuando regresó a la corte sabía que le esperaba el martirio. Fue degollado en Mengo por orden del rey el 27 de enero de 1887, a los 33 años de edad. Su cuerpo fue arrojado a una ciénaga. Fue canonizado el 18 de octubre de 1964 por el papa Pablo VI.

28 de enero

A) MARTIROLOGIO

1. La memoria de Santo Tomás de Aquino († 1274), presbítero, religioso dominico, doctor de la Iglesia. Murió en Fossanova el 7 de marzo, pero sus reliquias se llevaron a Toulouse tal día como hoy **.

2 En Riome (Francia), San Juan († 554), presbitero y monje

3 La conmemoracion de Santiago, ermitaño en Palestina, que por penitencia vivio en un sepulcro (s VI)

4 En Cuenca (España), San Julian († 1208), obispo **

5 En el monasterio de San Frediano (Pisa), Beato Bartolome († 1224), lego camaldulense

6 En Plevin (Bretaña Menor), Beato Julian Maunoir († 1683), presbitero de la Compañia de Jesus, misionero popular *

7 En Mao-Keou (China), los santos Agueda Lin-Tchao, virgen, Jeronimo Lou-Tin Mey y Lorenzo Ouang-Pin († 1858), catequistas y martires *

8 En Tai-Kia-Chwang (China), Beato Jose Freinademetz († 1908), presbitero, de la Sociedad del Verbo Divino, misionero *

9 En Picassent (España), Beata Maria Luisa Montesinos Orduña († 1937), virgen y martir *

10 En el campo de concentracion de Kharsk (Siberia), Beata Olimpia Olga Bida († 1952), religiosa de la Congregacion de San Jose, virgen y martir *

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SANTO TOMÁS DE AQUINO

Presbitero y doctor de la Iglesia († 1274)

Medieval el ambiente de intrigas, de luchas y apetencias políticas que rodearon su aristocrática cuna napolitana. Medieval el clima de renovación monástica y de contienda universitaria en que cuajó su vocación religiosa y su formación intelectual Medieval también la gran crisis ideológica que dividía a la cristiandad y que habría de encontrar en Tomás el más genial y supremo moderador. Pero la figura de Tomás de Aquino trasciende todo encasillamiento temporal, conquistando actualidad y vigencia siempre palpitantes, de multiple y fecunda irradiación.

No ha sido Tomás de los santos más desfigurados por leyendas ingenuas o tradiciones biográficas, desprovistas de rigor histórico y de penetración psicológica. Mas sus dimensiones de gigante suelen hacer que sea muy fragmentariamente conocido. La preeminencia de su mision intelectual y personalidad científica, que le colocan en la cúspide del pensamiento católico, a veces le distancia de nosotros, restando atractivo y eficacia a su

patronato sobre la juventud estudiosa. Por eso no quisieramos silenciar otros aspectos muy humanos de su vida, que le sitúan ante aquellos problemas, inquietudes y luchas propias de la edad juvenil.

Se presenta —a la visión sensible— como una naturaleza vigorosa, de dimensiones atléticas en su cuerpo y de energías esforzadas en el alma. Alto, grueso, bien proporcionado, color trigueño y frente despejada, de porte distinguido y sensibilidad extraordinaria. Síntesis acabada de una herencia lombarda en la línea paterna de Aquino y normanda por la materna de los condes de Teate. Último hijo varon de familia numerosa; doce hermanos que integraron un variado panorama de trayectorias: guerreros y caballeros, poetas y teólogos, abadesas o madres.

Destinado por decisión familiar a la vida monástica en Montecasino, recibio de los monjes negros su primera instrucción, con afición enraizada a las observancias regulares y a la vida litúrgica. Azares de guerra entre el Pontificado y el Imperio le llevaron a continuar sus estudios a la Universidad de Nápoles, donde tuvo ocasión de conocer —en sus primeros fervores— a la Orden de Santo Domingo, donde por iniciativa propia, reflexión madurada y voluntad inflexible, vino a encauzar su vocación a los diecinueve años. Frente a los derroteros del éxito facil, que le prometían su talento y su linaje por los caminos del mundo, se dibujan en su vida —con rasgos duros— los designios de la Providencia: renuncia de su yo y entrega generosa a una vocación dominicana. Y junto a los obstáculos íntimos del alma invitada a negarse, las desgarradoras contiendas de una obstinada oposición familiar. Claro, pero espinoso y accidentado, se le abre el camino del porvenir. Tomás, revestido con los blancos hábitos de Santo Domingo, comienza virilmente la gran batalla de su destino Hombre de carácter, enfrentado con la realidad de la vida, temple recio de joven que no retrocede cuando no se debe retroceder. Supera con suave diplomacia los halagos insistentes de su madre —la condesa Teodora— y de sus amadas hermanas; se mantendrá esforzado y valiente ante el atropello brutal de sus hermanos guerreros, que le raptarán en Acquapendente cuando con el general de la Orden se dirigía a Bolonia; si dolorosa fue la lucha en que le arrancaron sus há-

bitos de fraile, mas violenta y trascendental la pelea y la victoria cuando en el castillo de San Juan ahuyenta, esgrimiendo en la mano un tizón incandescente, la insinuante provocación de una mala mujer que sus hermanos hicieran penetrar en su estancia «Sintió rebelarse en su cuerpo aquel estímulo carnal que siempre había sabido someter a la razón», escribe su mas antiguo biógrafo... Y «aquella victoria valió para la Iglesia toda la santidad y la ciencia de Tomás», replicaría un romano Pontífice; conquistó también un equilibrio apacible de sentimientos y amores que jerarquizaron para siempre su varonil afectividad. Años más tarde hará inutiles las ofertas en firme y con refrendo papal de la abadía mitrada de Montecasino y de la sede arzobispal de Nápoles. La visión íntima de su vocación había quedado radiante y asegurada, por gracias especiales de Dios, por los consejos de los superiores de la Orden y por el providencial magisterio de Alberto Magno, que le reafirmarán la conciencia y responsabilidad de aquella trascendental empresa intelectual y apostólica que la Providencia les confiara. Se salvó, en la generosidad de su entrega y en la fortaleza contrastada de su defensa, no sólo la vocacion personal de Tomás, sino la orientación doctrinal de su Orden, y uno de los más grandes servicios que se hayan rendido a la Iglesia.

En los designios de Dios sobre aquel joven excepcional no solo tienen decisiva importancia las dotes extraordinarias de inteligencia preclara y laboriosidad infatigable; la trayectoria de su formación pausada y lenta enriquecerá aquellas posibilidades haciéndole alcanzar proporciones insospechadas. Ciencia de las escuelas en Montecasino y en Nápoles, es su primer bagaje de artes, letras y filosofía. Con diecinueve años de edad y catorce de estudios, llega al ambiente de formación profunda de la Orden Dominicana, cuyo lema nadie mejor que Tomás supo formular despues de vivido· «Contemplar y transmitir el fruto de la contemplación». Roma y Bolonia, Nápoles y Roccasecca fueron el escenario de un noviciado muy especial, en el que las inquietudes y las luchas ayudaron a enraizar y conjuntar el estudio con la oracion, la doctrina con la vida. La Orden, con visión certera, le llevará a continuar sus estudios de teología en las aulas de mejor solera: Santiago de París, en pleno ambiente de

polémica universitaria, y principalmente en Colonia durante cuatro años de trascendental importancia junto a un maestro —también excepcional—, Alberto Magno. La Biblia y los Padres de la Iglesia, las sentencias y los teólogos, la ciencia natural y la renovación aristotélica de la filosofía, fueron penetrando fecundantes en aquel Tomás singular que no dejaría nunca de aprender y estudiar. El prestigio y la fama de su saber y de su virtud le ascendieron pronto a la cátedra de la Universidad.

Podrá considerarse poco normal el que desde sus días infantiles comenzara a atormentarle aquel profundo interrogante: «¿Quién es Dios?». Mas no era tanto inquietud de duda como ansia creciente de saber y amor esforzado de la verdad. Toda su existencia vendrá a dar contestación a aquella pregunta en lenguaje de vida y claridad de ciencia. La síntesis de su programa de formación, de lo que fue su vida estudiantil aquellos largos años, nos la describe Tomás —guardando anonimato— en aquellos certeros consejos a un estudiante: «Pureza exquisita de conciencia; aplicación incansable en las horas de estudio, esfuerzo para comprender a fondo cuanto se lee y oye; trabajo para superar toda duda y llegar a la certidumbre; refugiarse cuanto pueda en la sala de armas del espíritu». ¡Qué humanos y qué al alcance de todos estos rasgos que reflejan limpieza de alma y espíritu de piedad!, pero sobre todo, subrayan insistentes el esfuerzo tenaz, la laboriosidad perseverante, la sacrificada estudiosidad, sin los cuales tantas veces quedan estériles y ocultas grandes capacidades.

Si el estudiante Tomás destacó por su talento, también conquistaba por su sencillez y humildad. Detalles generosos de compañerismo en sus tareas escolares nos han recogido sus biógrafos; más tarde se reflejarán también en las maravillosas páginas que dejará escritas sobre la amistad y el amor. La exquisita sensibilidad de su temperamento se enriqueció con experiencias de intenso convivir humano que contrapesarán siempre en él la claridad y equilibrio de su inteligencia con un sentido de realidad y aguda perspicacia de los problemas humanos.

Primeramente el servicio del prójimo y la ayuda privada a sus compañeros; más tarde las públicas disputaciones escolásticas le pusieron en marcha en las tareas de polémica y enseñanza

en las que pronto habría de elevarse hasta el supremo magisterio. Comienza en Colonia, pero pasará enseguida a París, principal escenario de su magisterio, a propuesta del mismo San Alberto y del cardenal Hugo de Sancaro. Actúa como bachiller bíblico y despues como sentenciario, en el Estudio General de Santiago. Ensayo turbulento de una docencia fustigada durante cuatro años por Guillermo de Santo Amor y los seculares. La distancia de siglos suaviza la tensión y acritud de aquel estado de cosas, y hoy nos resultan ridículas las invectivas violentas en aquella polémica entre unos y otros maestros, entre regulares y seculares, involucrando cosas, intrigando ante Pontífices y prelados y hasta hostilizando con plantes, huelgas y violencias en los ambientes universitarios. Sin duda, fue Tomás una de las piedras de mayor escándalo en la polémica. También fue el mas contundente refutador, cuyo informe pesó más sin duda en la decisión terminante del papa Alejandro IV, que mandó conferir a Tomás —de treinta y un años de edad— el grado de maestro y la «licentia docendi». A los pies del Sagrario, en humilde súplica y encendida oración, impetraba Tomás del Señor la ciencia y la gracia para bien comenzar y cumplir exactamente su oficio de maestro. Siguieron las intrigas, y hasta las coacciones físicas, de resistencia al magisterio de Tomás, hasta que el Papa mandó a la Facultad recibir en su seno con plenitud de honores y derechos a fray Tomás de Aquino y a fray Ventura de Bagnorea. Maravillosa siempre en medio de la polémica su mesura y equilibrio en los modos, la elegancia y altura de su disertación y, sobre todo, la caridad y el amor a la verdad. Tres años duró su primer magisterio en París como regente de la catedra de extranjeros, compatible con las delicadas tareas del asesoramiento real y del consejo al maestro general de la Orden. Y sorprendente es que aquella incansable actividad no le entorpeciera su difícil y profunda actividad científica, plasmada en *Los comentarios a la Sagrada Escritura,* y al *Maestro de las sentencias,* Pedro Lombardo, sus tratados *De Trinitate* y *De veritate,* y el comienzo de la *Summa contra gentiles,* obras -entre otras de menor importancia- escritas en aquellos agitados años de París.

Las circunstancias llevaron a Tomás al capítulo general de Valenciennes, donde con Alberto Magno, Pedro de Tarantasia,

Bonhome de Bretaña y Florencio de Hesdin, redactaron una nueva «Ratio Studiorum» para las casas de formación de la Orden, de trascendental importancia en la renovación de la cultura filosófica y teológica. Se traslada seguidamente a Italia en 1259, donde durante nueve años —como teólogo del Estudio General de la Corte Pontificia— desarrollará la más intensa y fecunda etapa de su vida. Profesor universitario con abrumadora concurrencia de alumnos y prestigio sorprendente; consultor pontificio de máxima autoridad, a quien se multiplican las consultas y se piden dictámenes por numerosas jerarquías de la Iglesia que le hacen colaborar en problemas de gobierno y de disciplina. No deben silenciarse aquellas conversaciones y entrevistas que juntaron en la corte papal de Orvieto a San Alberto y a Santo Tomás con el papa Urbano IV y que terminaron con el encargo oficial a Tomás de corregir y depurar los estudios filosóficos aristotélicos para que pudieran eficazmente servir en el desarrollo de la teología. Junto a Tomás, el gran helenista dominicano Guillermo de Moebeker hizo posible la revisión directa de textos e ideas de Aristóteles, que había de tener extraordinaria trascendencia en la cultura occidental y en la evolución de la enseñanza teológica.

El itinerario de su magisterio al servicio de la corte pontificia peregrinante, dibuja la ruta sinuosa de su producción escrita en esta etapa trascendental. En Anagni y Orvieto comentará a San Pablo, terminará la *Summa contra gentes* y dará comienzo a su glosa escriturística *Catena aurea,* que será terminada en Santa Sabina de Roma, donde dará comienzo a su obra trascendental: la *Summa Theologica,* que continúa en Viterbo y concluye en París. De 1268 a 1272 quedará redactada esta obra cumbre de su genio y pieza trascendental de la ciencia sagrada.

Nuevamente en París, comienza la segunda etapa de su enseñanza universitaria, a las viejas polémicas —casi domésticas— con Guillermo de Santo Amor van a suceder otras profundas contiendas ideológicas con Siger de Brabante y Boecio de Dacia. La perversión averroísta de la filosofía de Aristóteles puso en serio peligro aquella gran renovación doctrinal que capitaneaban Alberto y Tomás. Más peligrosa y trascendental, y

no menos acre y violenta, esta nueva batalla iba a poner en claro la doctrina y equilibrio de Tomás en plena madurez de inteligencia y en espléndida fecundidad doctrinal. No sólo termina la *Summa* y compone otros importantes tratados teológicos, sino que comenta ampliamente los libros de Aristóteles y polemiza sobre su sentido e interpretación en numerosos escritos. En esta época alcanza el máximo prestigio en la corte real de San Luis y la más popular adhesión de sus alumnos, que recogieron aleccionadores y ejemplares recuerdos de su gestión universitaria. Con todo, el ambiente de huelgas y desórdenes, de intrigas y de luchas volvió a interrumpir las tareas docentes de Tomás en París y se trasladará nuevamente a su patria, reclamado para regentar cátedra en la Universidad de su ciudad natal.

Cambio de ambiente, cambio de preocupaciones, la vida de Tomás en plena madurez parece adentrarse más en los problemas de la vida. Breve será esa última etapa de su magisterio napolitano, que nos presenta al teólogo entrañablemente ocupado en asuntos de su propia familia, para ayudar a su hermana viuda; en asuntos de su provincia dominicana, reorganizando la casa de estudios y acudiendo a los capítulos y consejos, le vemos más que nunca participando en la labor ministerial de la palabra, en largas e intensas jornadas de predicación apostólica que subrayan otra faceta de su rica personalidad, el Santo Tomás predicador. Predicador apostólico en los difíciles ambientes de aquella turbulenta Universidad, en la que mereció el nombramiento de predicador general conferido por su provincia en 1260. Predicador excepcional ante el Papa y los cardenales cuando, en 1264, se le confió la delicada tarea de cantar litúrgicamente las glorias del Sacramento, en aquella obra maestra de devoción y poesía que fue el oficio del Corpus Christi, y se le encomendó también aquel trascendental y devotísimo sermón predicado ante el Consistorio, que es de los cantos más tiernos y teológicos a la Sagrada Eucaristía. Pero también predicador popular en las basílicas romanas de 1265 a 1267, singularmente en los famosos sermones de Semana Santa predicados en Santa María la Mayor, de los que se ha podido escribir este acertado comentario: «Conmovió al pueblo hasta las lágrimas cuando hablaba de la pasión de Cris-

to; y el día de Pascua, lo movió hasta los mayores transportes de alegría, asociándolo al incontenible gozo de la Santísima Virgen por la resurrección de su Hijo». Y tal vez más patéticos e impresionantes aquellos sermones que en 1273 predicaba en el púlpito de la iglesia de Santo Domingo de Nápoles en su propia lengua natal, el dialecto napolitano. «Predicaba con los ojos cerrados o estáticos y dirigidos al cielo», testificará en su proceso de canonización Juan de Blas, justicia de Nápoles. «La muchedumbre se agolpaba para escucharle, oyéndole con tanta atención y reverencia, como si hablase el mismo Dios», escribía Guillermo de Tocco. La madurez de su alma por aquellos años había elevado el rango de su magisterio intelectual a la cálida expansión de su experiencia mística. Y lo mismo que un día, después de la visión sobrenatural que iluminó intensamente su alma con la ciencia de los santos durante la celebración de la misa de San Nicolás, Santo Tomás dejará de escribir porque todo le parecía «paja» en lo escrito frente a lo contemplado, también dejará de predicar y de hablar con los hombres para quedar sumido en la intensa oración, diálogo directo con Dios Nuestro Señor, que fue regalo espléndido de Dios en los últimos días, a quien durante toda su vida se había ejercitado intensamente en la oración y mística contemplación. Nunca hubo para él ni dualidad ni oposición entre la oración y el estudio, entre la acción y la contemplación. Hombre «miro modo contemplativus», escribió de él Guillermo de Tocco, su más antiguo biógrafo. Sabiduría, caridad y paz serán las tres notas dominantes y características de su vida espiritual, comentará Mons. Grabmann, uno de sus más modernos apologistas.

Vocación, formación, magisterio, producción científica, predicación apostólica, son dimensiones —aunque extraordinarias— humanas de la personalidad de Tomás. Su dimensión sobrenatural, la medida y matices de su santidad y ejemplaridad fueron solemnemente proclamados por la Iglesia en Avignon el 18 de julio de 1332, medio siglo después de su dichosa muerte en el monasterio de Fossanova. Si la excepcionalidad de sus cualidades humanas lo distancia de nosotros, la heroicidad probada de sus virtudes lo eleva sin distanciarlo... porque el camino

de la oración, de la humildad, de la prudencia y de la caridad, de la fortaleza y de la sobriedad, de la pureza y de la paciencia en las que Tomás sobresalió, es camino para todas las almas.

JOSE MANUEL AGUILAR, OP

Bibliografía

Act SS Boll, 7 de marzo, biografías de TOCCO y LUCCA con otros materiales
CHESTERTON, G K, *Santo Tomas de Aquino* (Madrid [11]1985)
GETINO, L A, *Leyenda de Santo Tomas de Aquino, s XIV* (Madrid 1925)
GOMÁ, I, *Santo Tomas de Aquino Epoca, personalidad, espíritu* (Barcelona 1924)
GRABMANN, M, *Santo Tomas de Aquino* (Barcelona 1930)
MANDONNET, P DESTREZ, J, *Bibliographie thomiste* (Le Saulchoir 1921)
Obras de Santo Tomas ed VIVES, 34 vols (Paris 1871s), ed LEONINA, I XIV fols (Roma 1882 1926), ed BAC *Suma teologica*, en latin, 5 vols, bilingue, latin y castellano, 16 vols
RAMIREZ, S, OP, *Síntesis biografica de Santo Tomas* (BAC, 29, Madrid [2]1957)
SAINZ, OP, *Vida de Santo Tomas de Aquino, patrono universal de las escuelas catolicas* (Vergara 1909)
SERTILLANGES, A D, *Santo Tomas de Aquino*, 2 vols (Buenos Aires 1945)

SAN JULIÁN

Obispo de Cuenca († 1208)

En el año 1128, y en Burgos, entonces capital de Castilla, nace para la vida y la santidad el futuro obispo conquense. Fue linajuda su cuna, *pis honestis parentibus,* sus progenitores, y entre prodigios y misterios envuelto su nacimiento Era este niño la realidad hecha vida de aquel sueño que tuvieron los padres del Santo unos meses antes de nacer él, que fue una verdadera revelación. Leyenda o realidad, pero la tradición asegura que, apenas nacido San Julián, con su manecita derecha trazó la bendición episcopal sobre padres, familiares y amigos, testigos de su nacimiento.

Al atardecer el día en que naciera, fue bautizado en la entonces parroquia de San Pedro, según se cree, y apenas comenzado el rito sacramental, una bandada de ángeles batían sus alas en las alturas del templo, dejándose oír —nos refiere la tradición— una voz angélica, que decía: «Hoy ha nacido un niño que en gracia no tiene igual».

Fue el hogar paterno la primera escuela de aprendizaje para su espíritu y su inteligencia, cultivados con esmero, en aquellas escuelas catedralicias en las que, junto al clérigo de los monasterios, se había refugiado la ciencia por aquel entonces: siglo XII.

Aquel varón singular, que se concibió, nació, vivió y murió entre prodigios y misterios, terminados sus estudios primarios en Burgos, aconsejado por sus padres y maestros, marchó a Palencia, para hacer los estudios superiores en la escuela de esa ciudad, que el obispo Poncio convirtió en Estudio, y Alfonso VIII elevó a la categoría de Universidad, y el papa Urbano VI enriqueció con todos los privilegios de la Universidad de París. El joven estudiante burgalés causó bien pronto la admiración de estudiantes y profesores, terminando sus estudios con el brillante título de Doctor. Reunido el claustro de profesores, bien ponderadas las extraordinarias cualidades del nuevo doctor y su esmerada y completa preparación científica, acuerda nombrarle profesor de filosofía y teología en la célebre universidad palentina, de la que sólo unos meses antes era alumno. Sucedió esto en el 1153 y tenía entonces San Julián veinticuatro años. Durante los veintiún años que estuvo en Palencia —once de estudiante y diez de profesor- su habitación no era sólo salón de estudio y oratorio, sino, además, obrador de menestral, pues por aquel su espíritu de caridad, ejercido a lo largo de toda su vida, trenzaba unas cestillas con mimbre y sarga, que luego repartía como limosna, jueves y sábados, a los pobres, que se alimentaban con el producto de su venta.

En su cátedra enseñó San Julián con claridad, sencillez y aprovechamiento tal, que Paulo V le coloca en la categoría de los grandes teólogos de su siglo.

Su fama crecía de día en día y la admiración por el joven profesor no tenía límites. Gallardo y apuesto joven, de los de calzas de raso y plumilla en el sombrero, al estilo de la época, a pesar de su modestia y recogimiento, no podía evitar que todas las miradas se clavaran en él. Se adentra más y más en sí mismo y, para alejar la tormenta que rebramaba en su alma, decide abandonar Palencia para retirarse «dejos del mundanal ruido».

Treinta y cinco años tenía San Julián cuando, pisoteando la fama y la gloria, abandona Palencia para vivir en Burgos en una

humilde casa, que construye fuera de la ciudad, una vida de retiro, preparación para el sacerdocio y el apostolado.

Ya han muerto los padres de nuestro Santo. Su madre, antes de venir de Palencia, y su padre, apenas llegado a Burgos: es el año 1163. Esta situación, lastimosa y triste, favorece su inquietante idea de retiro. Recibe la tonsura y las órdenes menores, y acompañado del más joven criado de su casa paterna, el fiel Lesmes, marchan los dos a vivir a una casita en la vega de «La Semella», junto a Burgos y a orillas del Arlanzón. La oración, la mortificación y el estudio son sus ocupaciones constantes: bajo la sabia y experta dirección espiritual de un religioso agustino del cercano convento, llega a la altísima dignidad del sacerdocio, que recibe en 1166. Permanece aún algún tiempo en aquel retiro de «La Semella» antes de comenzar su intensa vida de apostolado.

Los primeros ensayos del novel misionero los hizo por los alrededores de la capital burgalesa, penetrando después de lleno en la ciudad de Burgos: las rivalidades, envidias, egoísmos y odios de los Castro y los Lara hicieron estéril su predicación allí y se decidió por hacerse misionero por España.

Un buen día, San Julián llamó a su criado Lesmes, a quien dijo:

—¿Quieres acompañarme, Lesmes?...

—¿A dónde, señor?

—A recorrer España, dijo San Julián.

—Con vos, hasta la muerte, respondió Lesmes.

Y sin más bagaje que el breviario, un crucifijo, una estampa de la Virgen y una muda, salió San Julián, transformado en caballero andante a lo divino, sobre el brioso corcel de su celo, por toda la geografía de España.

Grande fue el fruto de su predicación y muchos los convertidos por el santo misionero San Julián. Hasta la Córdoba averroísta, donde tantas veces fuera de estudiante, conoció el trallazo de su silogismo y la fuerza de su argumentación. Hacia 1190 llegó predicando por tierras de Toledo, después de veinte años de excursión evangelizadora. En 1191 predicaba y misionaba junto a la capital toledana, y aquel mismo año muere su arzobispo Gonzalez Pérez.

El mismo año de 1191 es nombrado arzobispo de Toledo don Martín López, quien en los primeros meses de su pontificado, conocida la santidad, sabiduría y celo por la gloria de Dios del misionero burgalés, le nombra arcediano de la catedral toledana, que tuvo que desistir en su negativa ante la insistencia del señor arzobispo y porque le aseguró que el arcedianato no sería obstáculo para su vida apostólica y misionera. Ya en su nuevo cargo, alternaba las tareas del gobierno de la archidiócesis, que pesaba sobre él, con la intensa vida de apostolado en predicación y administración de sacramentos, quedándole tiempo para la confección de sus célebres cestillas, que daba en limosna a sus pobres. Cada año se retiraba unos días, para dedicarse más íntimamente a sí mismo en una especie de práctica de ejercicios espirituales en la finca que en La Sagra compró al abad de Santa María de Usillos, cuyos beneficios, a la vez que los del arcedianato, entregaba en limosna a sus pobres.

Cinco años lleva San Julián de arcediano en Toledo, cinco años que han servido para que todos le admiren y quieran. El 14 de diciembre de 1195 muere «el noble y prudente» primer obispo de Cuenca, don Juan Yáñez, sede episcopal fundada por Alfonso VIII en 1182, después de la reconquista de la ciudad del cáliz y la estrella. Conocía Alfonso VIII las virtudes y celo del arcediano de Toledo y creyó, ciertamente, que ninguno mejor que él podría ser el segundo obispo de la recién creada diócesis conquense. De nada valieron las negativas y oposición de San Julián: en el mes de junio de 1196, a la edad de sesenta y ocho años, fue consagrado obispo entre la alegría y tristeza de los toledanos, que si veían hecho obispo a su santo arcediano, les dolía el perderle. Apenas consagrado obispo, acompañado de su fiel Lesmes, sale para Cuenca, cuya distancia con Toledo la salvan caminando a pie por sendas y vericuetos. En el camino se entera del gran recibimiento que preparan los conquenses, y, ya a corta distancia de la ciudad, espera que llegue la noche y hace su entrada cuando todos duermen: todos menos un rapazuelo del hoy Barrio de San Antón que les guía hasta el Palacio Episcopal y a quien el Santo protege, muriendo, según la tradición, de arcediano de Cuenca.

Sobre su labor como obispo de Cuenca, diremos lo que apunta uno de sus biógrafos: «Sólo un espíritu de dinamismo multiplicado como el de San Julián podía llegar a una actuación tan compleja y ordenada». Cuenca y su obispado estaban en aquella época ocupados por tres clases de moradores: musulmanes, judíos y cristianos: a todos visita y catequiza; a todos instruye y forma; grande es su trabajo, mayor su celo, y el fruto no se hace esperar, haciendo una ciudad cristiana: hasta en los repliegues bravíos de la serranía, en los altozanos ondulantes de la Alcarria y en las llanuras sin fin de la Mancha, dejó prendido San Julián el encendido eco de su voz apostólica y misionera.

Tuvo una gran preocupación y predilección por sus sacerdotes, que los quería santos y apóstoles. En sus célebres visitas pastorales ponía especial cuidado en corregir el deplorable estado de muchos de sus sacerdotes, y los insolentes e incorregibles de siempre le proporcionaron serios disgustos: por ser antes el deber que la amistad para San Julián, hubo de enfrentarse con su metropolitano y gran amigo don Martín López, a quien acudían, engañándole, esos desgraciados sacerdotes descarriados. Preocupóse grandemente por el Cónclave Levítico, especie de Seminario, que recogía los niños donados a la Iglesia. En definitiva: su labor episcopal en Cuenca fue tan abrumadora como de felices resultados, haciendo una ciudad y diócesis eminentemente cristiana.

De todas las virtudes de San Julián, la que más sobresale es su caridad: caridad ardiente por las almas de sus diocesanos, a quienes instruye y forma; caridad por los cuerpos, que socorre abundantemente, en todas sus necesidades materiales. No sólo durante la peste que asoló a Cuenca y provincia en el primer año de su pontificado, sino siempre; caridad para con todos: cristianos, judíos, mahometanos; su corazón y su caridad no distinguían credos ni sectas. Para todos era su pan, muchas veces milagroso, y para todos la delicadeza y exquisitez de sus cuidados. Solía el Santo anualmente retirarse unos días a una gruta abierta sobre el Cerro de la Majestad, para practicar esa especie de ejercicios espirituales que tanto le fortalecían: días de ayuno y asperezas, de oración intensa y mortificación constante. Lla-

maba el Santo este sitio *el lugar de mi tranquilo día;* junto a la gruta, que hoy se conserva, se levanta una sencilla ermita en honor del Santo, y ese lugar lo llaman los conquenses *San Julián el tranquilo.* En esos días de retiro fabricaba sus célebres cestillas, que repartía en limosna a los necesitados y que todos procuraban tener, pues a su contacto se veían libres de enfermedad, rubricando con esta costumbre su apodo de *obispo limosnero.*

El ídolo conquense, el hombre de santidad colmada y alma rota por el dolor ajeno, el obispo sabio y santo, predicador, apóstol y limosnero, llama a su capellán y fiel criado, a quien dice: «Lesmes, mi buen Lesmes: voy a morir y debo prepararme». Habrá que resignarse ante lo inevitable, y Lesmes, con el corazón deshecho por el dolor, prepara la llegada del capitán Cristo Jesús hecho Eucaristía, que visita a su fiel soldado San Julián. Sobre su cuerpo quemado por la fiebre, tiembla la llorosa amatista de los hábitos episcopales: San Julián recibió el Viático revestido de pontifical. Arrobado y extasiado por la gracia de la Eucaristía, muere San Julián: era el anochecer del 28 de enero de 1208; los ángeles, con manos invisibles, hicieron hablar, con ronco sonido, todas las campanas de la ciudad, que decían: «Ha muerto el siervo fiel y prudente San Julián: Cuenca está de luto».

El papa Clemente VIII, por el Breve de 18 de octubre de 1594, recibido en Cuenca el 1 de febrero de 1595, conocidos los portentos obrados por intercesión de San Julián, le canonizó y concedió para Cuenca oficio y misa propia. Sus restos se conservaron en una arqueta, puesta en el altar del ábside dedicado al Santo, donde hoy se conservan los fragmentos óseos que el obispo don Inocencio Rodríguez Díez mandó autenticar, y donde el Santo recibe la oración plural de los conquenses, que aman de verdad al santo burgalés, que es y será San Julián de Cuenca.

ARISTEO DEL REY PALOMERO

Bibliografía

ALCAZAR, B , *Vida de San Julian* (Madrid 1693)
MARTINEZ, B , *Biografia de San Julian de Cuenca* (Cuenca 1754)
POZA, *Vida de San Julian* (Cuenca s a)
PRIETO, M , *Santoral burgense* (1642)

C) BIOGRAFIAS BREVES

BEATO JULIÁN MAUNOIR

Presbítero († 1683)

Nace en St-Georges-de-Reitembault, diócesis de Rennes en Francia, el 1 de octubre de 1606. De joven siente la vocación religiosa y con diecinueve años ingresa en la Compañía de Jesús, donde hace el noviciado, profesa como religioso y se prepara al sacerdocio.

Ordenado sacerdote, se distingue por su celo apostólico y sus superiores estiman que esta dotado para la predicación popular y lo destinan a ella Bretaña será su campo de apostolado y los muchos años que le quedaban de vida, cuarenta y tres, cuando en 1640 recibe el encargo de la predicación popular, los dedicará íntegramente al intento de renovar la fe religiosa del pueblo y acercar a todos los alejados a una intensa vida cristiana.

Julián comprendió que al pueblo había que hablarle en su propia lengua y por ello aprendió bien el bretón para que hasta los analfabetos tuvieran acceso a su mensaje. Buscó fórmulas catequéticas populares, como láminas de colores en que se representaba la vida de Cristo o símbolos que le servian para sus explicaciones de la doctrina cristiana. Preparaba una especie de teatro religioso en el que se representaban escenas de los evangelios, haciendo así participar a actores tomados del propio pueblo y poner de manera muy viva los relatos evangélicos ante los ojos de los fieles sencillos. Dotado de muy buena voz y muy buen oído, a sus pláticas misionales unía los cantos religiosos, utilizando melodías populares y componiendo él mismo algunas canciones que el pueblo aprendía con facilidad.

Junto con él misionaban otros sacerdotes que seguían sus métodos y que eran conscientes de que la ignorancia religiosa era el primer mal a combatir, instruyendo con perseverancia y paciencia a los sencillos, destinatarios primeros —así lo sentían ellos— del mensaje del Reino. Combatió también y con éxito prácticas supersticiosas, reliquias ancestrales algunas al parecer de cultos paganos desaparecidos hacía siglos pero que perduraban en la conciencia popular.

Julián anduvo miles de kilómetros de una parte a otra de Bretaña y dio cerca de cuatrocientas misiones, todas ellas de muchos días y con mucho trabajo, inaccesible al desaliento y sin cansancio.

Murió en Plévin, diócesis de Quimper, que había sido el principal teatro de sus andanzas misioneras, el 28 de enero de 1683. Lo beatificó Pío XII el 20 de mayo de 1951.

SANTOS JERÓNIMO LOU-TIN-MEY, LORENZO OUANG Y ÁGUEDA LIN

Seglares y mártires († 1858)

El 28 de enero del año 1858 tuvo lugar en Mao-Keou, población de la provincia china de Kouy-Tcheou, el martirio de estos tres santos, que sellaron con su sangre la confesión de fe que habían dado.

Desde 1852 había una misión cristiana en aquella población, y la semilla del evangelio había caído en numerosos corazones como en buena tierra. La comunidad pensó que le era necesaria una iglesia y que lo mejor era construirla en el mismo poblado, no en las afueras. El promotor de la idea era el catequista Jerónimo Lou. Pero apenas había sido puesta la primera piedra cuando un tío y un primo de Jerónimo que veían con malos ojos el crecimiento del cristianismo acudieron al mandarín Tay-Lou-Iche en queja. La denuncia iba contra el dicho Jerónimo y también contra el otro catequista del poblado, Lorenzo Ouang.

El mandarín mandó comparecer a ambos y les indicó que quería su inmediata renuncia a la fe cristiana. Ambos respondieron que no pensaban renunciar a ella. El mandarín entonces los despidió. Pero a la mañana siguiente los volvió a llamar y junto con ellos hizo también comparecer a la cristiana Águeda Lin, a los cuales les intimó de manera perentoria a renunciar a la religión. Los tres contestaron que no pensaban hacerlo, y entonces el mandarín de manera expeditiva los condenó a muerte y mandó que fueran decapitados, sentencia que se cumplió.

Jerónimo Lou-Tin-Mey había nacido en la citada población el año 1810 en el seno de una familia pagana. Su profesión era

maestro de escuela y tenía como tal un alto prestigio. Leyendo un libro, conoció el cristianismo y buscó a los misioneros para que lo instruyeran y bautizaran, y se bautizó junto con su familia. Posteriormente realizó una magnífica labor misionera recorriendo entre 1853 y 1856 los pueblos de la región de Kouy-Yang, logrando hacer doscientas conversiones, y facilitando la llegada del misionero San Augusto Chapdelaine. En 1856 volvió a su pueblo, donde ejercía como catequista de la comunidad cristiana.

Lorenzo Ouang, natural de Kouy-Yang, había nacido en 1811 en el seno de una familia cristiana. En 1831 se casó con María Ly-Che y tuvo con ella cinco hijos. Era un cristiano responsable y fervoroso y por ello Mons. Albrand lo hizo catequista en 1853, ejerciendo su ministerio de la catequesis en diversos poblados. Estaba en Mao-Keou con su amigo Jerónimo cuando fue arrestado y martirizado.

Águeda Lin había nacido en 1817 en Ma-Trang al tiempo que su padre, cristiano, estaba detenido a causa de la fe. Al llegar a la adolescencia decidió consagrar su virginidad a Dios y rechazó por tres veces el matrimonio. Mons. Albrand le encomendó que enseñara religión y lo hizo en varios poblados, siéndole finalmente encomendada la enseñanza de las niñas cristianas de Mao-Keou, donde la acogió Jerónimo en su casa. Con él fue arrestada y martirizada.

Estos tres santos fueron canonizados con los demás mártires chinos el 1 de octubre del año 2000 por el papa Juan Pablo II.

BEATO JOSÉ FREINADEMETZ

Presbítero († 1908)

Nace en Badía (Austria) el 15 de abril de 1852 en el seno de una cristiana familia campesina. Fue un chico inteligente y despierto que, tras estudiar en el colegio de San Clemente de Bressanone, ingresó en el seminario diocesano, donde, completados los estudios, se ordenó sacerdote el 5 de agosto de 1875.

Enviado a la capellanía de San Martín, se distinguió enseguida por su atractivo personal, gracias a su amable trato, a su ale-

gría y a sus buenas condiciones como catequista y predicador. Pero al verse rodeado de afecto y facilidades pensó que quizas el Señor prefiriese para el una vida de mayores sacrificios y entonces pensó en las misiones. Sabía que en Steyl había abierto un colegio misionero el fundador de la Sociedad del Verbo Divino, Beato Arnoldo Janssen, y le escribió contándole sus inquietudes. Arnoldo lo visitó y quedó encantado con el joven sacerdote. Ambos visitaron al obispo de Bressanone y obtuvieron la licencia para que José ingresara en la Sociedad. Los padres de José también dieron su licencia.

En 1879 él fue elegido para inaugurar con otro religioso la misión de China. José se dedicó enseguida al estudio de la lengua china, y recibida la orden de partir, marchó con su compañero a Roma donde León XIII los recibió y bendijo. Embarcados en Ancona, se dirigieron por mar hasta Hong Kong. Fue destinado a un puesto misional del sur de Shantung donde ya había otros misioneros. Lo primero fue aprender el dialecto que allí se hablaba, luego lo designaron misionero itinerante. Adoptó la vestimenta china y se esforzó en ser abierto y amable con todos Diez años más tarde de su llegada a China contaba con unos mil catecúmenos en los distintos pueblos, no menos de treinta, de su distrito. Escribió un librito narrando su trabajo misional, titulado *Triunfo de la Gracia,* y fue notable su buen aprendizaje del chino, lengua en que publicó un volumen de sermones.

Conoció las dificultades propias de la guerra entre China y Francia, la protectora de los misioneros, y pudo ver cómo a algunos de sus fieles les llegaba la hora del martirio. En 1885 Mons Anzer lo nombro pro-vicario de la prefectura apostólica y su superior Janssen lo nombro a su vez visitador de los puestos misionales encomendados a la Sociedad. Muy pronto se dio cuenta de la necesidad del clero nativo y se abrió un seminario que en 1896 dio sus primeros sacerdotes. Llegada la revolución de los boxers, que causo tantas victimas, fue obligado a abandonar su zona pero volvio pronto Nombrado provincial, hubiera sido tambien nombrado obispo para suceder a Mons. Anzer pero se negó. Continuo en su puesto misional con ánimo esforzado y sin arredrarse ante ningún trabajo. Su muerte tuvo lugar

en Tai-Kia-Chwang el 28 de enero de 1908, tras haberse contagiado en una epidemia de tifus. Fue beatificado el 19 de octubre de 1975 junto con el Beato Arnoldo Janssen.

BEATA MARÍA LUISA MONTESINOS ORDUÑA

Virgen y mártir († 1937)

Nació en Valencia el día 3 de marzo de 1901, hija de unos padres muy cristianos, de quienes recibió una excelente educación. Fue alumna del Colegio de Nuestra Señora de Loreto y sus maestras la estimaron mucho por sus buenas cualidades y aplicación.

De adolescente y joven perseveró en la práctica de la religión y se inscribió en la Acción Católica para responder así al llamamiento de los papas y dar un testimonio más fehaciente de fe en medio de la comunidad cristiana. El estar soltera le dejaba más tiempo libre, que ella decidió dedicar a las buenas obras que se practicaban en la Acción Católica. María Luisa se esmeró particularmente en colaborar con el catecismo parroquial de los niños, transmitiéndoles la fe con mucho interés y dedicación. Igualmente colaboraba en la obra de atender a los necesitados, a quienes visitaba y socorría en cuanto le era posible.

El año 1931 falleció su madre y ella se hizo cargo de su padre, viviendo también con ellos su tía materna; estaban también con ellos su hermana Isabel y sus dos hermanos solteros.

María Luisa era una persona de sólida piedad, sacrificada y servicial, y en lo humano era alegre, extrovertida, comunicativa y de buen criterio, que daba paz y alegría a su alrededor.

Desatada la contienda civil, fue testigo de los acontecimientos terribles que se produjeron en Valencia, singularmente de la quema de iglesias y conventos y del sacrificio de tantos sacerdotes, religiosos y personas católicas. Y fue consciente de que, habiéndose distinguido en la Acción Católica como persona religiosa, ella misma podía correr peligro.

La denuncia contra ella fue presentada por una criada, a quien su familia tenía en la casa pensando que era persona religiosa, pero que se contagió del clima existente y creyó sacar provecho de su denuncia. El día 28 de enero de 1937 se presentaron

en su casa milicianos de la FAI del Grao de Valencia, y procedieron a arrestar a María Luisa y a todos sus familiares: su padre, su anciana tía, y sus tres hermanos citados. La causa de la detencion fue la pertenencia de María Luisa a la Acción Católica.

Todos ellos fueron llevados a la carretera y cerca de Picassent fueron fusilados.

Seguidamente sus restos mortales fueron enterrados en el cementerio de Picassent, de donde en 1939 fueron trasladados al de Planes, el pueblo de donde eran originarios sus padres. El 5 de mayo de 1957 las reliquias de María Luisa fueron trasladadas a la capilla del sagrario de la parroquia de Planes, donde los fieles la han hecho objeto de su veneración, sancionada por el papa Juan Pablo II cuando procedió a beatificarla el día 11 de marzo de 2001.

BEATA OLIMPIA OLGA BIDÁ

Virgen y martir († 1952)

Olga Bidá nacio el año 1903 en la población de Tsebliv, en la región de Lvov. Habiendo sentido la vocación religiosa, ingresó en la Congregación de Religiosas de San José y profeso con el nombre de Hermana Olimpia. Fue destinada a la casa de su congregación en el pueblo de Zhuzhil, no siendo muchos los detalles que se conocen de sus primeros años como religiosa. Cuando en 1945 arrecio la persecución religiosa, la Hermana Olga paso a la clandestinidad en su labor, animando a las comunidades católicas que habían quedado sin sacerdotes por ser llevados a campos de concentración y negarse a abandonar el catolicismo y hacerse ortodoxos. La intrépida monjita recorría las casas exhortando a los católicos a permanecer firmes en la comunión con la Iglesia.

En 1950 fue arrestada, en compañía de otra religiosa, al tiempo que ambas acompañaban a un católico difunto al cementerio. El 27 de mayo de 1950 ella y su compañera, sor Lorenza Herasymiv, fueron declaradas culpables de actividades antisoviéticas y condenadas al campo de concentración de Kharsk en Siberia. Aquí ambas se animaron a perseverar en la fe y la paciencia, atendiendo sor Olimpia a su compañera, que

había contraído la tuberculosis. A causa de sus muchas penalidades y falta de asistencia médica murió el 28 enero 1952. El papa Juan Pablo II beatificó a ambas religiosas el 27 junio 2001 en Lvov.

29 de enero

A) MARTIROLOGIO

1. En Edesa, los santos Sarbelio, presbítero, y Bebaya, su hermana († 250), mártires.
2. En Roma, en la Via Nomentana, en el cementerio mayor, los santos Papías y Mauro, militares y mártires (s. III).
3. En Perugia (Umbría), San Constancio (s. III), obispo.
4. En Tréveris (Francia), San Valerio (finales s. III), obispo.
5. En Antioquía de Siria, San Afraates († 378), anacoreta, que defendió por escrito la fe contra los arrianos *.
6. En Bretaña Menor, San Gildas el Sabio († 570), abad.
7. En Bourges (Aquitania), San Sulpicio Severo († 591), obispo.
8. En Florencia (Toscana), Beata Vilana de Botti († 1361), madre de familia, terciaria dominica *.
9. En Bialystoc (Polonia), Beata Boleslava María Lament († 1946), virgen **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

BEATA BOLESLAVA MARÍA LAMENT
Virgen († 1946)

Boleslava María Lament nace el 3 de julio de 1862 en Lowicz, Polonia, primogénita de ocho hijos del matrimonio Martín Lament y Lucía Cyganowska, hogar bien avenido y muy cristiano cuyo cabeza de familia era zapatero y de quien dependía la manutención y el pilotaje de la nave de aquella iglesia doméstica, en tanto que la madre, antigua alumna del colegio privado de las religiosas bernardinas del lugar, atendía a la educación de los hijos según los sanos principios católicos, hermosa tarea en la que Boleslava, por ser la mayor de los hermanos,

será de gran ayuda. El 17 del mismo julio es bautizada en la iglesia parroquial del Espíritu Santo en Lowicz: hace de padrino el canónigo y vicario de la colegiata del lugar, Germán Grabowski. Recibe la primera comunión el año 1871, y en 1883 la confirmación.

Mucho influyó en su delicado espíritu la muerte en el corto espacio de unos años de tres de sus hermanitos. Abrió la mala racha Helena cuando Boleslava tenía sólo siete de edad; y ya ella con diez, siguió Leocadia, de seis primaveras. Metida en los once, tocó el turno a Martín, de sólo tres. El conocimiento de la religión en casa y en la iglesia junto a tan dolorosas pérdidas familiares empezaron, pues, a curtir su carácter desde la infancia. Niña más bien alegre, vivaz ella incluso, de complexión no muy fuerte, procuró ajustarse desde el principio al Evangelio, preocupada de atesorar tesoros en el cielo mediante la práctica de piadosas obras en la tierra (cf. Mt 6,20). Así, cuando sus padres le daban alguna golosina o unos dinerillos para sus juegos, renunciaba generosa en beneficio de los pobres. Terminados la escuela primaria y el colegio ruso en Lowicz, estudió costura en Varsovia. Apenas llegó a sus manos el diploma de modista, abrió en su pueblo un taller que empezó a llevar con la hermana menor Estanislava. Al margen del trabajo profesional, desarrollaba una vida de profundo recogimiento bajo la dirección del padre Antonio Chmielowski, vicario de la colegiata.

Durante 1892-1893, lejos ya de su patria chica, se volcó en caridad con los abandonados de la sociedad varsoviense. Y es que, fiel al confesor, Boleslava acabó ingresando con Estanislava en la Congregación de la Familia de la Virgen en Varsovia, una institución privada. Concluido el noviciado y hechos los votos temporales, se puso a trabajar como instructora de costura, maestra e institutriz en varias casas que la Congregación tenía en el Imperio ruso. Además de Varsovia, pues, estuvo en Illukszta, Petersburgo, Odessa y Symferopol. Semejante actividad supuso el cultivo de una profunda vida interior. Pese a lo cual, y no obstante el alto aprecio que la vida religiosa despertaba en su alma, opto por no dar el paso de la profesión perpetua, toda vez que le empezaron a asaltar serias dudas de si en dicha Congregación estaba cumpliendo la voluntad de Dios.

Expuestas las dudas al confesor, Boleslava terminó por desligarse de sus vínculos en 1891, quizás 1892, para ingresar en una orden de clausura. Parentesis que aprovechó para visitar Lowicz y hacer ejercicios espirituales. Tratando de buscar un poco de luz, se arrodilla ante el vicario de la iglesia del Espíritu Santo, padre Zygmunt Mscichowski, y salta la sorpresa: más que hacia la vida contemplativa sería preferible darse al trabajo sociorreligioso entre niños y jóvenes expuestos a perder la fe. Aquel sacerdote le hace asimismo ver la necesidad de una vida religiosa orientada a la gloria de Dios y a la lucha contra un mal siempre al acecho. La desconcertada joven puede escuchar más: «Todas las inquietudes me las llevo yo; usted empiece una vida nueva, preocupada por la gloria divina, y desafíe al mal que nos atormenta».

Aceptado el inesperado consejo como expresión de la voluntad divina, a la que siempre deseaba ser dócil, se entregó esos mismos días a discernir con ayuda de la oración. El desconcierto era grande, ciertamente; y el cambio, brusco. Tampoco pequeño ni fácil. Significaba nada menos que abrazar otro carisma renunciando al que había germinado desde tiempo atras en la tierra fértil de su corazón. Al cabo de aquel tira y afloja resolvió instalarse en Varsovia, donde empezó abriendo el taller de modista. En realidad, éste no era más que la base donde apoyarse materialmente, porque lo fundamental era su entrega al apostolado. Y lo primero que salió fue llevar un hospicio para los sin techo en el barrio varsoviense llamado Praga.

Por descontado que un trabajo así requería mucho coraje, gran resignación, y sobre todo la renuncia a cualquier promoción social propia. Era tanto como servir a la gente más ruin de la sociedad, a ese personal aparcado en la cuneta de la vida entre abandono y cochambre, a esa gente ulcerosa de enfermedades, castigada por el alcoholismo y la vida licenciosa. Así fue cómo, de buenas a primeras, una mujer que años atrás había llevado sola un taller de modista, que había sido maestra e institutriz de niños y jóvenes, y luego, sedienta de íntima unión con Dios, había pensado encerrarse en clausura para mejor escalar las cumbres de la mística, vino a encontrarse de pronto, a los 30 años, con la especial diaconía entre gente suburbial y desharra-

pada. Hecha toda ella caridad, Boleslava insistía siempre en la rectitud religiosa de sus pupilos. Los preparaba a los sacramentos, en especial el bautismo, la penitencia y el matrimonio. Visitaba a los enfermos, propiciaba su reconciliación y cuidaba de los niños abandonados.

La repentina muerte de su padre —fue en Lowicz durante el cólera, julio de 1894— supuso para Boleslava una sobrecarga en los deberes: decidió que su madre tenía que vivir con ella en Varsovia y procuró asegurar el mantenimiento de Esteban, hermano menor, que iba a un colegio varsoviense como aspirante al sacerdocio. Pero ello no fue impedimento para el cultivo de su propio progreso espiritual. Inmediatamente después de llegar a la capital, Boleslava ingresó en la Tercera Orden seglar de San Francisco y entró en contacto con el padre Honorato Kozminski, OFMCap, residente entonces en Nowe Miasto n. Pilica. Él sería su director espiritual y director de sus ejercicios anuales.

Así las cosas, llega 1900 y con él una dolorosísima experiencia familiar. Su hermano Esteban, a quien ella tanto quería, del que cuidaba económicamente según se ha dicho, y al que esperaba ver un día sacerdote, se ahogó en el Vístula socorriendo a un compañero. Boleslava vio en ello una señal divina que la incitaba al cumplimiento de su propia vocación religiosa. Mientras, el *Ut unum sint* (Jn 17,21) de Jesús empezó a emerger en su corazón como insoslayable compromiso ecuménico entre los ortodoxos. Para sacarlo adelante vino en su ayuda la terrateniente Sianozecka, oriunda de Mohylew n. Dnieprem, que se había dirigido al padre Kozminski pidiéndole religiosas de cualesquiera órdenes por él fundadas para que cuidaran de la Tercera Orden de San Francisco y promoviesen tareas educativas. El hoy Beato Kozminski, conocedor de las aspiraciones de su penitente, puso a Boleslava en contacto con Sianozecka. Boleslava, pues, terminó acudiendo en 1903 a Mohylew n. Dnieprem —capital de un distrito de Bielorrusia—, donde los católicos no eran entonces más que el 6,5 por 100 de la población. Aparte el dirigir un colegio con internado para las jóvenes polacas y su espléndida labor parroquial, empezó a nutrir cada día más y más el proyecto de fundar una congregación religiosa orientada al trabajo entre los ortodoxos. Después de mucho darle vueltas a

la idea, la oportunidad llegó con el padre Feliks Wiercinski SJ, proveniente de Moscú. Con él fundó en 1905 la Congregación de las Hermanas Misioneras de la Sagrada Familia cuyo principal carisma no era otro que fomentar el regreso de los ortodoxos a la Iglesia católica y fortalecer a los católicos en la fe.

Elegida superiora general de la Congregación, emigró con ella en 1907 a Petersburgo, capital del Imperio ruso, para dirigir allí las actividades en las parroquias de San Casimiro (barrio Narwska) y de la Visitación (barrio Wyborska). Mantenido en secreto el carácter religioso del trabajo, las hermanas se ocupaban de instruir y educar a los pequeños en un orfanato y a los jóvenes en dos colegios parroquiales, llevando asimismo un colegio privado y otro de nivel secundario con internado. También estaban comprometidas en varias labores parroquiales y en obras de caridad. Pero todo ello no terminaba de llenarla. Su principal afan era, más bien, el ecuménico. El colegio de Narwska Brama Tryumfalna estaba igualmente abierto a colegialas ortodoxas a fin de que todas «formasen una Iglesia». Las ortodoxas constituían el 20 por 100 del total de las alumnas. Ella, pues, hacía cuanto estaba de su mano por crear en Petersburgo condiciones del auténtico ecumenismo social y del entendimiento mutuo basado en la amistad entre alumnas y familias de distintos ambientes confesionales y nacionales. Entendía la unificación, claro es, según los papas de entonces, o sea como conversion y regreso de los cristianos separados a la Iglesia católica.

Siguiendo su aspiración ecuménica, funda en 1913 una casa en Wyborg, tierras de la protestante Finlandia: las religiosas preparan en sus colegios a los niños para los sacramentos, celebran con solemnidad los oficios típicos del catolicismo, sobre todo procesiones y adoraciones eucarísticas. Los ejercicios espirituales, organizados cada año para niños y jóvenes alumnos, ocupan un sitio relevante en la obra de animación y fortalecimiento de la fe. Madre Boleslava intenta de igual modo influir en la sociedad utilizando otros metodos. Una de las formas de ecumenismo en la sociedad de Petersburgo fue, precisamente, ofrecer espectáculos de tema religioso con ayuda de los niños y jóvenes al cuidado de las hermanas misioneras. Los textos para el escenario los escribia ella misma. El análisis de su escritura nos revela

hoy que su propósito era proclamar la gloria divina en público impartiendo catequesis de los principales dogmas de la fe con ayuda del arte, que penetra más hondo en el alma.

Durante los difíciles años de la primera guerra mundial y de la revolución bolchevique ayudó mucho a los necesitados. Desdichadamente a raíz de octubre se impidió a la Congregación continuar en la Unión Soviética: ella y las hermanas tuvieron que retirarse en agosto de 1921 a tierras del Estado polaco, donde siempre mantuvo el esfuerzo unionista con la Iglesia ortodoxa. Solía insistir en la pronta disponibilidad a continuar, siempre que se lo permitiesen, la actividad misionera en el Este. El afán por fortalecer la Congregación presidió los años 1922-1935: entiéndase por tal su actividad ecuménica, sus gestiones para la aprobación papal y, sobre todo, la consolidación de la vida religiosa con el espíritu por ella infundido. Lo malo fue Polonia a su regreso. No sólo carecían de casa donde vivir, sino que, y era lo peor, ni siquiera tenían documento alguno con el que certificar su legalidad. Como las congregaciones religiosas no habían sido autorizadas oficialmente en Rusia, ninguno de los obispos había promulgado tampoco el decreto de institución. Así que Madre Boleslava, hasta ganarse la confianza de la Jerarquía polaca, tuvo que llevar con las hermanas vida de exiliada. Después de mucho buscar e insistir, incluso de tener el noviciado en pabellones utilizados antes por soldados, brilló por fin el sol en 1925: obtiene entonces un antiguo monasterio bernardino en Ratów, diócesis de Plock, donde inmediatamente instala la dirección general y el noviciado de la Congregación.

A partir de ahí empieza a desarrollar una intensa actividad en Polonia oriental, donde los católicos vivían entre mayoría ortodoxa. Las hermanas salían por semanas a las aldeas más alejadas con el fin de preparar a los niños para los sacramentos. También dirigían oficios litúrgicos en casas de lugareños y compartían la pobreza de los indígenas, sobre todo en Polesie. Como general fundó 22 comunidades. En 1933 envió un grupo de religiosas a Estonia, país casi por completo de confesión luterana. Por supuesto que no desconocía las dificultades, de ahí que antes de proceder al destino mantuviese con la interesada una conversación sobre las condiciones que aguardaban. Las

hermanas estaban convencidas de que lo hacía llevada de una fe profunda en el copioso fruto que el trabajo entre las distintas confesiones habría de reportar. Ello y el gran deseo de ganar para la Iglesia católica el mayor número posible de fieles fue compartido por la Congregación.

Quería misioneras no sólo de nombre, sino también de espíritu, y le importaba el buen desarrollo de la entera Congregación, interés que se traducía en la oración diaria y en el trato a las comunidades, ya por carta, ya con visitas. Para viajar se valía de una carreta. Y si ni eso había, andando, aunque fuese a precio de alguna enfermedad. Pasaba cada año dos o tres meses en este servicio, pues para eso había puesto la Providencia dichas tierras orientales, comprendidos católicos y ortodoxos en ellas, al cuidado de la Congregación. De ahí su radical negativa a aplazar el trabajo en las fronteras orientales polacas hasta momentos mejores. Nunca relacionó el desarrollo de la actividad religiosa con la prosperidad económica del Instituto. Trabajó por conseguir el decreto de aprobación de la Sede Apostólica, y aunque ella no lo obtuvo, jamás desistió. En el Capítulo general del 13 de agosto de 1935, renunció al generalato, tenía 73 años y muy precaria salud, pero apenas un mes más tarde, su hermana de sangre María Lament, superiora local en la reciente fundación de Bialystok, le pidió ayuda para organizar aquello. Tardó poco en hacerse notar su presencia: guarderías infantiles, cursillos de costura para las jóvenes, cursos que pronto fueron de escuela profesional, reemplazada en 1939 por un liceo. Poco después otra casa de la Congregación, internado para chicos jóvenes y un comedor para los intelectuales pobres. Antes de la segunda guerra mundial era ya superiora de todas las hermanas en Bialystok. Coordinó su trabajo en las parroquias: enfermos, pobres, presos, albergue para mujeres desocupadas. Fue, en fin, la encargada de adaptar la actividad religiosa a las condiciones externas: primero al régimen soviético, luego a la ocupación nazi.

En 1941, y debido, parece ser, a su intensa actividad, llegó la parálisis a la parte derecha de su cuerpo. Desde entonces hasta su muerte, casi cinco años, hubo de guardar cama. Aun así, nunca dejó de ser útil a las hermanas: remató entonces, por

ejemplo, el «Directorio» de las Constituciones. Durante los últimos años, de estrecha unión con Dios, los problemas de la Iglesia entera encontraban acogida en el regazo de su oración frecuente. El hecho de ocupar habitación contigua a la capilla le permitía participar en la misa y adorar al Santísimo. Las hermanas solían visitarla para recibir sus consejos, tan necesarios entonces. Acabado el conflicto, se ocupó de las hermanas que en el marco de la llamada repatriación abandonaban los territorios de la antigua frontera oriental de Polonia. Murió en olor de santidad el 29 de enero de 1946 por la tarde, en la casa de la Congregación en Bialystok, calle Stoleczna. Se fue a la casa del Padre llena de fe, con alegre ánimo y bondadoso espíritu de amor. Apenas horas después, trasladaron su cadáver a la cercana iglesia de San Roque, donde presidió los funerales el arzobispo Romual Jalbrzykowski con numerosos eclesiásticos y alumnos del seminario, así como religiosas y seglares. Terminadas las exequias, el ataúd fue colocado en la capilla lateral de la Virgen de Ostra Brama y luego transportado a Ratów en la diócesis de Plock, donde el día 4 de febrero de 1946 fue enterrado en la cripta de la iglesia de San Antonio.

El resumen de los 25 años de servicio a la Congregación y 69 de la propia vida canta en esta frase: «A la voluntad de Dios le debo todo; durante mi vida la estuve buscando siempre». Diríase que trataba los acontecimientos con teología propia. Gracias a su fe era capaz de intuir a Dios en los avatares más simples. Cuando surgía alguna idea nueva, la contrastaba por ver si se adecuaba a la divina voluntad, diapasón para la sinfonía de su vida interior. Rasgo característico fue su espíritu apostólico, misionero y ecuménico, y la idea de intercesión y penitencia. Clavados los ojos en la Pasión de Jesucristo con la misa y el vía crucis, procuraba asociarse a la realidad del Cuerpo Místico, en cuyo mensaje el supremo valor lo tiene el sacrificio. Repetía que los sacrificios y dolores unidos al de la Cruz son la contribución más valiosa a la continuidad del plan salvífico de Dios: «La hermana misionera responde mejor a la gran vocación misionera mediante el sufrimiento», de modo que «el Señor Jesús busca las almas y quiere que su salvación dependa de nuestros sacrificios».

«La oración intercesora y la expiatoria deberían levantarnos siempre hacia el cielo como dos alas», solía decir, y cifraba dicha expresión en el culto al Sagrado Corazón de Jesús. Como patronos de la Congregación eligió a la Sagrada Familia: su fe, docilidad, pobreza y trabajo, así como la unidad, los rasgos familiares, la sencillez y la oración debían servir de ejemplo a cada hermana misionera. Nada extrañe, por eso, que su fama de santidad pidiera a voces incoar cuanto antes el proceso de beatificación en Vilna. El 5 de abril de 1976 se obtuvo de la Congregación de los Santos el decreto «Nihil obstat», solemnemente declarado el 26 de septiembre de 1976.

La primera sesión fue el 22 de octubre de 1976 y la última el 8 de noviembre. Entre 1977-1978 se llevó a cabo el proceso de los escritos y en 1983 el del milagro. El 8 de marzo de 1979 los restos mortales, exhumados en presencia del tribunal eclesiástico, fueron trasladados de la cripta de la iglesia de San Antonio de Ratów, a una de sus capillas laterales, llamada Ogrójes, y depositados en un sarcófago especial. El 25 de noviembre de 1983 la Congregación de los Santos confirmaba la validez del proceso de la vida y virtudes, y el 8 de mayo de 1987 la del milagro. El 22 de enero de 1991 se reconocía por decreto que Boleslava María Lament había ejercido de modo heroico las virtudes teologales, y las anexas cardinales, y, por fin, el 14 de mayo de 1991 era promulgado ante el Papa el decreto sobre el milagro: se determinaba fijar la beatificación para el 5 del mes siguiente en Polonia. Durante su viaje apostólico a Polonia en junio de 1991 Juan Pablo II, en efecto, elevó a la gloria de los altares, en la propia ciudad donde la sierva de Dios había muerto, a esta humilde religiosa polaca. Vivían numerosas personas que la conocieron. Todavía con el ambiente del Jubileo 2000 flotando en el aire y aludiendo a la marginación que los católicos sufren en Rusia, monseñor Tadeusz Kondrusiewicz, arzobispo católico de Moscú, nombraba a nuestra Beata entre los ejemplos a seguir: «San Rafael Kalinowsky, mártir de Siberia, los Beatos Jorge Matulievic-Matulaitis, Antón Leschewicz, Boleslava Lament, Úrsula Leduchowska y cuantos dieron la vida por Cristo en tierra rusa».

PEDRO LANGA, OSA

Bibliografía

AA. VV., *Bialystok* (Archivo de la Congregación de las Hermanas Misioneras de la Sagrada Familia).
BAR, J., «Lament, Boleslawa Maria», en G. PELLICA-G. ROCCA (eds.), *Dizionario degli istituti de perfezione,* V (Roma 1978) cols.435s.
KWIATKOWSKI, W., *La Lowicz ai tempi del Primate* (Varsovia 1967).
Martyrologium Romanum, o.c., 116.
SODANO, S. (Pros. Status), *«Venerabili Servae Dei Boleslavae Mariae Lament Beatorum honores decernuntur»: AAS* 84 (1992) 945-946.
WASILEWSKA, G. K., *Sulla via dell'apostolato, l'opera di m. Boleslawa Lament fondatrice della Congregazione delle Suore Missionarie della S. Famiglia* (París 1971).
WOLOSZYN, G. B., *Madre Boleslawa Maria Lament fondatrice della Congregazione delle Suore Missionarie della S. Famiglia (1862-1946)* (Bialystok 1967).
— *La serva di Dio Boleslawa Lament* (Roma 1977).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN AFRAATES
Anacoreta († 378)

El *Martirologio romano* sitúa en este día la memoria de San Afraates, anacoreta, dejando la denominación de obispo, y en el fondo viniendo a acordar que fueron dos los Afraates del siglo IV. A éste se le supone fallecido hacia el 378.

Afraates era persa de nacionalidad y en esta nación se educó. Su llegada a la fe se debió a un viaje que hizo a Belén, y que fue así una repetición del viaje de los Magos, que de Oriente vinieron a Belén. Una vez convertido, se fue a Edesa, y aquí se estableció como solitario, viviendo en una pequeña celda fuera de las murallas de la ciudad. Pero cuando el emperador Valente desterró al obispo Melecio de Antioquía por defender la ortodoxia, Afraates salió de su retiro y fue a Antioquía para manifestar su apoyo a la fe nicena y atacar el arrianismo. Se cuenta que llegó incluso a la presencia del propio Valente, quien le preguntó qué hacía un anacoreta fuera de su celda, y le contestó que cuando hay fuego es de caridad acudir a apagarlo en vez de quedarse cómodamente en la celda, y que había en la Iglesia un gran fuego, el fuego infernal del arrianismo.

Circulan escritos con el nombre de Afraates, que parecen hechos por una persona constituida dentro de la Iglesia en autoridad, es decir, por un obispo. Se les ha llamado cartas, ho-

milías, discursos, pero sobre todo *Demostraciones*. Cada pieza está numerada y comienza por una letra del alfabeto siríaco según su orden. Tratan cuestiones morales y ascéticas (fe, penitencia, oración, ayuno, etc.) o teológicas (la resurrección, la divinidad de Cristo), y las últimas estan dirigidas contra los judíos y sus prácticas (sábado, circuncisión, pascua...). Su terminología es un poco ambigua o imperfecta pero es obvio que profesa la divinidad de Cristo así como la del Espíritu Santo, y hay referencias a algunos sacramentos, tales como el bautismo, la eucaristía y la penitencia. La parte más arcaica de su teologia es la escatología, ya que admite el llamado sueño de las almas, es decir, que entre la muerte y la resurrección el alma entra en una especie de sueño, y admite la eternidad tanto de la gloria como del infierno.

BEATA VILANA DE BOTTI

Esposa († 1361)

Nace en Florencia el año 1332 hija de un rico comerciante. A los trece años huye de casa para ingresar en un convento, pero su padre la reclama enérgicamente y ella se ve obligada a volver a su casa. No mucho después se ve en la precisión de contraer matrimonio con el esposo que le buscara su padre, Rosso di Piero. Ella hasta entonces había llevado una vida piadosa pero, una vez casada, se vino abajo en su fervor religioso y su vida fue mundana y disipada

Un día, al mirarse al espejo, ve un horrible rostro reflejado en él y se da cuenta que es la imagen de su alma. Su corazón da un vuelco y se vuelve a Dios, siendo la suya una sincera conversión. Logra licencia de su marido e ingresa en la Orden Tercera de Santo Domingo.

A partir de entonces ella se dedica a obras de piedad y misericordia, sin dejar por ello de cumplir sus deberes como esposa. Y lee asiduamente las cartas de San Pablo y las vidas de los Santos, cuyas virtudes desea imitar.

Su amor a los pobres no tiene límites, y cuando ha agotado su dinero no duda en pedir por las calles para ellos.

Su vida interior crece por días, y el Señor la favorece con éxtasis y visiones, que se hacen públicos y provocan que empiece a ser tenida generalmente por santa. Cuando muere, la gente corta sus vestidos para tener reliquias de ellas. Su muerte tuvo lugar el 29 de enero del año 1361. Su culto inmemorial fue confirmado por el papa León XII el 27 de marzo de 1824.

30 de enero

A) MARTIROLOGIO

1. En Jerusalén, San Matías (s. II), obispo.
2. En Edesa, San Barsimeo (s. III), obispo.
3. En Roma, la conmemoración de Santa Martina, bajo cuyo título se dedicó una iglesia en el Foro por el papa Domno el año 677.
4. En el territorio de París, Santa Batilde († 680), reina, fundadora de varios monasterios *.
5. En Mabeuge, en el monasterio de Henao, Santa Aldegunda († 684), abadesa.
6. En Pavía, Lombardía, San Armentario († 731), obispo.
7. La pasión de San Teófilo el Joven († 792), militar y mártir.
8. En Burgos (España), San Lesmes o Adelelmo († 1097), abad *.
9. En Dublín (Irlanda), Beato Francisco Taylor († 1621), mártir bajo el reinado de Jacobo I *.
10. En Viterbo (Lacio), Santa Jacinta de Mariscotti († 1640), de la Tercera Orden Regular de San Francisco **.
11. En Turín, Beato Sebastián Valfré († 1710), presbítero, de la Congregación del Oratorio *.
12. En Seúl (Corea), San Pablo Ho Hyob († 1840), militar y mártir *.
13. En Tonkín, Santo Tomás Khuong († 1860), presbítero y mártir *.
14. En Guadalajara (México), San David Galván († 1915), presbítero y mártir *.
15. En Malonne (Bélgica), San Muciano María Wiaux († 1917), religioso de los Hermanos de las Escuelas Cristianas *.
16. En el monasterio de Maredsous (Bélgica), Beato Columba José Marmion († 1923), presbítero y abad benedictino **.
17. En Torrent (España), Beata Carmen García Moyon († 1937), virgen y mártir **.
18. En Gdeszyn (Polonia), Beato Segismundo Pisarski († 1943), párroco, martirizado junto al templo parroquial *.

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SANTA JACINTA MARISCOTTI
Religiosa († 1640)

Santa Jacinta Mariscotti, hija de Marcantonio Mariscotti y de Ottavia Orsini, condesa de Vignanello, lugar cercano a Viterbo, nació en Vignanello el año 1585, al parecer el 16 de marzo. El matrimonio Mariscotti tuvo cuatro hijos más, que fueron los siguientes: Ginebra, que el año 1594 ingresó religiosa en el convento de Terciarias Franciscanas de San Bernardino de Viterbo, donde, con el nombre de sor Inocencia, vivio santamente hasta su muerte, que tuvo lugar en el mes de julio de 1631. Hortensia (1586-1626), joven virtuosa, el año 1605 casó con Paolo Capizucchi, marqués de Podio Catino. Sforza (1589-1655) casó en 1616 con Vittoria Ruspoli, y heredo el título de la familia de los Mariscotti. Galeazzo (1599-1626) fue abreviador de las letras apostólicas, y murió en la Curia Romana.

Jacinta, a quien en el bautismo habian impuesto el nombre de Clarix, niña aún, fue enviada por sus padres al monasterio de San Bernardino de Viterbo, al lado de sor Inocencia, para que al ver de cerca la santa vida que practicaba su hermana y las Venerables sor Inés Guerrien, virgen romana, y sor Lucrecia Fracassini, tenidas por muy virtuosas dentro y fuera del convento, se educara en el santo temor de Dios. Pero estos buenos ejemplos y los de otras piadosas religiosas influyeron poco en el animo de la joven Clarix, que no pensaba más que en la mejor manera de hacer resaltar su conocida hermosura y hablar con vanidad y jactancia de la prosapia de su familia. Como no soñaba más que en llevar una vida mundana, y no soportando por más tiempo el retiro del monasterio, se determinó a abandonarlo para regresar al lado de sus padres.

Bella y coqueta, tenía sus pretensiones y aspiraba a conseguir un matrimonio brillante; por eso fue para ella una gran decepción cuando vio que su hermana Hortensia, más joven, pero muy prudente y virtuosa, casaba con el noble romano Paolo Capizucchi, mientras que a ella no se le presentaba ningún partido ventajoso. Se volvió entonces más ligera y mundana, no pensando más que en afeites y reuniones profanas y parecía in-

capaz de poder tener alguna idea seria. Sus padres estaban preocupados con esta hija que, al no poder casarse, llevaba una vida tan extraviada que podía terminar en su completa ruina espiritual, por lo que deciden, aunque la joven manifiesta una extrema repugnancia hacia la vida religiosa, convencerla para que ingrese en un monasterio. Accedió Clarix, con más despecho que vocación y afecto a la nueva vida que se proponía abrazar, a tomar el hábito de terciaria franciscana en el mismo convento de San Bernardino de Viterbo que unos años antes había abandonado, cambiando el nombre de pila por el de Jacinta con que ahora la conocemos. Sucedió esto el 9 de enero de 1605, cuando nuestra joven contaba veinte años de edad. Los asistentes derramaron abundantes lágrimas en el rito de la vestición, mientras que ella no dio señales de la menor emoción al pronunciar las palabras rituales de su total entrega a Dios.

Durante los diez primeros años (1605-1615) lleva en el convento una vida mundana, detestando las pequeñas habitaciones de las religiosas, por lo que se hace construir para sí una celda magnífica que adorna con todo lujo, más propio de una princesa mundana que de una servidora de Cristo. Practica con tibieza los ejercicios de piedad y soporta con fastidio los rigores prescritos por la regla del convento, amando sobre todo la vida regalada y cómoda. Ni las amonestaciones de los superiores, ni las exhortaciones de sus parientes, ni siquiera el asesinato de su padre, perpetrado el 4 de septiembre de 1608 por Ubaldino y Hércules de Marsciano en el lugar de Parrano, fueron suficientes para volverla a una conducta de vida más conforme con el espíritu del santo instituto que había profesado.

Pero en 1615, cuando tenía treinta años de edad, el Señor se dignó echar sobre ella una mirada de su divina misericordia. Sor Jacinta cayó gravemente enferma, y aquejada de agudos dolores, dio en pensar horrorizada qué sería de su alma si en aquel estado calamitoso y de infidelidades fuera llamada a juicio delante de Dios Nuestro Señor. Pidió, pues, con insistencia la presencia de un sacerdote que la oyera en confesión, y para atenderla espiritualmente llegó al monasterio el franciscano P. Antonio Bianchetti, varón de sólida piedad, el cual, al penetrar en una habitación tan suntuosamente enriquecida con tantos obje-

tos lujosos impropios de la pobreza franciscana, retrocediendo rehusó oírla en confesión, declarando que el paraíso no estaba reservado para los soberbios y las religiosas de vida cómoda.

Ante esta enérgica decisión por parte del padre franciscano, muy dolorida de todos sus pecados, hizo al día siguiente confesión general de todos ellos, determinándose resueltamente a cambiar la vida que llevaba. Pronto dio evidentes señales de sincero arrepentimiento. No obstante la grave enfermedad que la aquejaba, se levantó del lecho en que estaba postrada, y después de cambiar por un tosco sayal la fina ropa de seda que hasta entonces usaba, presentóse en el refectorio, donde se dio la disciplina en presencia de sus hermanas las religiosas, a quienes pidió perdón con lágrimas en los ojos. Las religiosas, llenas de alegría, en vista de esta súbita transformación, la consolaban y animaban a continuar en esta santa vida, prometiéndole por su parte la ayuda de sus mejores oraciones. Jacinta, que comenzaba a vivir para el Señor, no quiso que en lo sucesivo le recordaran la grandeza de los Mariscotti, para lo cual rogó que la llamaran solamente sor Jacinta de Santa María.

Eligió por patronos en el cielo a santos que como ella se habían dejado arrastrar en los primeros años de su vida por los atractivos de las vanidades mundanas: por padre escogió a San Agustín; por madre, a Santa María Egipciaca; por hermano, a San Guillermo, por hermana, a Santa Margarita de Cortona; por tío suyo, a San Pedro; finalmente, por sobrinos, a los tres niños del horno de Babilonia. Con la ayuda de esta familia celestial que ella misma se había elegido, se proponía más fácilmente conseguir los fines que se había propuesto: santificarse en esta vida y ganar el cielo en la otra. Abrazó entonces una vida de penitencia tan austera que no podemos pensar en ella sin estremecernos. Se impuso el sacrificio de no volver a ver a sus parientes y amigos mientras no se lo ordenara la abadesa, para practicar de esta manera la virtud de la obediencia que tantas veces había despreciado; Jesucristo sufriendo por nosotros en la cruz, será desde ahora su único pensamiento y su único amor.

Jacinta poseía la virtud de la humildad en sumo grado. Rica en todos los dones de la naturaleza y de la gracia, verdadera-

mente santa a los ojos de Dios y de los hombres, se consideraba la mujer más pecadora. La más pobre hermana conversa tenía un hábito mejor que el suyo y una habitación menos pobre. Aprovechaba todas las ocasiones que se le ofrecían para ejercitar la virtud santa de la humildad. Frecuentemente iba al refectorio con una cuerda echada al cuello, y en estas condiciones besaba los pies a las religiosas pidiendoles perdón por los escándalos que les había dado con su mala vida pasada. Cuando la nombraron vicesuperiora del convento y maestra de novicias, tuvieron que imponerselo por obediencia, pues ella no quería aceptarlo, pretextando que, no sabiendo gobernarse a sí misma, mal podía gobernar a las demás

Profundamente convencida de los grandes pecados por ella cometidos, Santa Jacinta soportaba con una tranquilidad y una calma perfectas los sufrimientos que Dios tenía a bien enviarle y que ella consideraba el mejor medio para limpiarse y purificarse de su vida pasada. Durante diecisiete años fue atacada de cólicos casi continuos, producidos por las malas comidas a las que se había sometido y por las austeridades excesivas que se había impuesto. El demonio, que veía con furor cómo esta alma privilegiada se le escapaba de las manos, ensayo contra ella toda clase de tentaciones y astucias, pero los poderes del infierno no prevalecieron contra la esposa de Cristo, sostenida por el amor de su Dios y la gracia del Espíritu Santo, las largas meditaciones al pie del Crucificado, la lectura de los buenos libros y los sabios consejos de su confesor el P. Bianchetti

Sentía hacia los pecadores una inmensa piedad, que se traducía en palabras y oraciones tan tiernas, que no podían menos de prometerle la enmienda y la vuelta al seno de la Iglesia. Entre los pecadores de Viterbo sobresalía Francisco Pacini, hombre atrevido, poderoso y deshonesto, a quien la Santa no solamente convirtió al Señor y lo convenció a llevar una vida de ermitaño, sino que fue en lo sucesivo su principal colaborador en la organización y desarrollo de las dos Cofradías por ella fundadas.

La primera fue la Compagnia del Sacconi (o Cofradía de los encapuchados de Viterbo), que Santa Jacinta fundó en 1636, con sede en la Iglesia de Santa María delle Rose, regida por unos Estatutos que, compuestos por los mismos cofrades,

fueron aprobados por el cardenal Tiberio Muti († 1636), obispo de Viterbo. El fin de la Cofradía era procurar el cuidado material de los enfermos y ayudarles a bien morir espiritualmente. Santa Jacinta añadió a los Estatutos de los cofrades especiales ejercicios que se habían de hacer en los últimos días de carnaval, con públicas procesiones y visita a las iglesias donde estaba expuesto el Santísimo Sacramento, por lo que introdujo entre estos cofrades la práctica del piadoso ejercicio de las *Cuarenta horas,* que en el siglo anterior ya había adoptado el papa Clemente VIII.

La Congregación de los oblatos de María, fundada también por Santa Jacinta en 1638, estableció su sede en la vieja iglesia de San Nicolás, en el llano de Ascazano, donde los oblatos de San Carlos Borromeo les hicieron donación del hospicio que ellos habían erigido en 1611 para ancianos e inválidos. La Congregación de los oblatos de María fue aprobada, después de no pequeñas dificultades, por el ordinario, Francisco María, cardenal Brancacci, el 5 de julio de 1639; el mismo ordinario aprobó, el 2 de marzo de 1643, las Constituciones de los dichos oblatos, redactadas por Santa Jacinta. Según las mismas, la Casa Madre era conocida con el nombre de *Il Fratello* (el Hermano); se prescribe un año de probación, y el noviciado, el Oficio divino, oraciones y varias meditaciones, austeridades y abundantes penitencias. Esta legislación, que más convenía a monjas contemplativas de clausura que a una congregación de seglares, dados a obras de caridad y actividades apostólicas, fue la causa principal de que la Congregación de los oblatos de María tuviera escasa duración.

Sería muy largo enumerar aquí todas las conversiones que consiguió la Santa, los conventos que ella reformó por medio de severas cartas dirigidas a superioras demasiado remisas en el cumplimiento de sus obligaciones; las villas donde la fama de su santidad cambió en reuniones piadosas las asambleas mundanas y frívolas. De todas partes le pedían consejos y oraciones. Debido a su iniciativa, Camila Savelli, duquesa de Farnesio y de Savella, fundó dos monasterios de clarisas en Farnesio y en Roma; las novicias acudían al convento de Viterbo para marchar bajo su dirección por el camino de la vida espiritual, muchas de las

cuales, entre otras la Beata Lucrecia, siguieron tan a la letra sus enseñanzas que murieron en olor de santidad.

Había en el coro del convento siete capillas donde las religiosas podían ganar las indulgencias de las siete iglesias de Roma. Todas las noches, aun en invierno, Jacinta recorría las siete capillas orando devotamente delante de las imágenes de Jesucristo y de la Santísima Virgen y de los demás santos que allí se veneraban. Hacía esta especie de peregrinación llevando los pies desnudos y con una pesada cruz sobre sus espaldas, practicando al mismo tiempo otras duras penitencias. Tenía gran devoción al arcángel San Miguel, cuya asistencia invocaba en todas sus necesidades. Mas su principal abogada en el cielo era la Santísima Virgen, de manera que su corazón se consumía de amor cada vez que pronunciaba su dulce nombre. El santo sacrificio de la misa, donde el Salvador se ofrece todos los días como víctima expiatoria por los pecados de los hombres, le hacía derramar abundantes lágrimas. Oraba continuamente y sacaba de sus oraciones el consuelo y la esperanza que necesitaba para sobrellevar los sufrimientos de su vida. Dios quiso recompensar ya a su sierva en este mundo concediéndole el don de profecía, de milagros, de penetración de los corazones, abundantes éxtasis y arrebatos espirituales y otros favores que sería largo enumerar aquí. Una vida tan rica en méritos y en virtudes no podía ser coronada más que con una muerte preciosa delante del Señor. El 30 de enero de 1640 el alma de sor Jacinta volaba a las eternas moradas del cielo.

Desde el momento en que la nueva de su muerte se extendió por la villa de Viterbo, la emoción de las gentes fue general, e inmenso el número de los que concurrieron a sus funerales. Los muertos que ella resucitó, los enfermos que ella curó y tantos otros prodigios por ella realizados después de su muerte manifestaron claramente el gran poder de que ella gozaba delante de Dios. Esta ilustre virgen fue beatificada en 1762 por Benedicto XIII, de la familia de los Orsini, a la cual pertenecía Ottavia, la madre de nuestra Santa, como ya hemos visto, el 24 de mayo de 1807 el papa Pío VII la inscribió en el catálogo de los santos. El cuerpo de Santa Jacinta descansa en el monasterio de Terciarias Franciscanas de San Bernardino de Viterbo, que

había sido testigo de sus virtudes heroicas: después de dos siglos, allí se conserva incorrupto a la veneración de los fieles.

MANUEL DE CASTRO, OFM

Bibliografía

ANNIBALI DE LATERA, FL M, OFM, *Vita della Vergine Santa Giacinta Mariscotti* (Roma 1805) Utiliza los procesos de canonizacion

BARONCELLI, L, OFM, *S Giacinta Mariscotti* (Viterbo 1932)

CHIAPPINI, A, *Annales Minorum, ad annum 1640*, vol 28 (Quaracchi 1941) 604s Buen resumen, con ocasion del tercer centenario

LEON, P, *L'aureole seraphique Vie des saints et des bienheureux des trois Ordres de S François*, I (Paris 1882) 250s

PIO VII, *Litterae decretales super canonizatione B Hyacintae de Mariscotti* (Roma 1807)

REGIS, J, *S Bernardino e S Giacinta (1426 1807) Notizie storiche* (Viterbo 1907)

BEATO COLUMBA MARMION

Presbitero († 1923)

Entre los frutos de santidad que la orden benedictina ha producido a lo largo de su secular existencia, Dom Columba Marmion ocupa un lugar preeminente en los tiempos modernos. La Iglesia acaba de pronunciarse recientemente sobre sus virtudes y milagros Ello justifica una semblanza en este catálogo hagiográfico para los lectores de lengua española del que el célebre dominico P. Antonio Royo Marín denominaría el gran maestro de la vida espiritual del siglo XX.

El Beato Columba Marmion había nacido en Dublín el 1 de abril de 1858, de buena familia irlandesa y madre francesa, de suerte que mezcló en sus venas la mejor sangre cristiana de occidente. Después de cuatro hijas, era el primer varón que venía al mundo, y sus padres, con ingenua piedad, lo habían consagrado a Dios. No obstante, a la hora de ingresar en el seminario, mantuvo una violenta lucha interior para escoger con libertad Dom Thibaut, en su monumental biografía, no dice formalmente cuál fue el objeto de esta lucha: «¿No podía ser que este debate se librara entre vida religiosa y sacerdocio diocesano?». Joel —tal era su nombre de pila—, siendo seminarista, escribía en 1881 a monseñor Salvado, obispo de Australia:

«Durante todos mis estudios, es decir, en estos últimos ocho años, he experimentado continuamente un gran atractivo por el estado religioso; he dado diversos pasos para realizar mis deseos, aunque vivamente contrariado por los miembros de mi familia, pero jamás he tenido éxito a causa de la negativa de mi obispo, el difunto cardenal Cullen».

Hizo sus estudios filosóficos en Clonliffe, en el colegio de Holy-Cross. Después, el nuevo arzobispo de Dublín, monseñor Mac Cabe, lo envió a Roma, al colegio de la Propaganda Fidei, para terminar su teología. Allí se reveló excelente estudiante, como para salir el primero de su curso con medalla de oro. Pero, sobre todo, la piedad nativa de este hijo de la «Isla de los Santos» encontraría en la enseñanza y el ambiente romanos los robustos asideros que le sostendrán toda su vida.

Y ahora, al día siguiente de su ordenación en Roma —16 de junio de 1881—, la impresión de Maredsous iba a terminar de orientarle. Volvió a su patria y aceptó como hijo sumiso los cargos que el arzobispo le confió: Vicario de Dundrum, en los suburbios de la capital, con las capellanías de una prisión y un convento de religiosas; después, en la función de profesor de filosofía en Clonliffe, pero sin desoír nunca la llamada a una vida más perfecta todavía, de obediencia total y plegaria continua.

Era necesario reflexionar y asegurarse antes de dar el paso. Tras la muerte de su padre, en abril de 1878, se había sentido el mayor de los hijos, con deberes frente a su hermano menor: quería subvenir en la medida de sus posibilidades a sus estudios universitarios, lo que no podría hacer más que restando a sus propios ingresos. Razón suficiente para retrasar la decisión.

Así pues, hasta el 21 de noviembre de 1886, fiesta de la Presentación de Nuestra Señora, con la autorización de su obispo, con gran pesar por parte de amigos y discípulos, y muchas profecías del estilo de «no ha de perseverar», no lograría el joven sacerdote irlandés volver a la abadía de Entre-Sambre-et-Meuse, para recibir el escapulario de los antiguos monjes y el nombre de uno de los más ilustres de entre ellos: Columba, gloria de la Iglesia de Irlanda.

No imaginemos, pues, que el joven postulante, que acabamos de dejar en la abadía el 21 de noviembre de 1886, iba a encontrar un lecho de rosas. Ha venido a sufrir, a humillarse, a

obedecer, para dar testimonio así de la entereza de su amor a Cristo. «Aridez, tentaciones, tedio», es literalmente o en sustancia lo que se encuentra frecuentemente en su diario íntimo, al fin de cada día.

A pesar de todo, perseverará, recompensado en su renuncia continua por «duces» —como hace notar en sus diarios— sobre el misterio de Cristo y sobre la vida interior, e incluso, por la dulzura misma de algunas oraciones en medio de la aridez.

Reza, escucha las lecciones y reprimendas de un maestro de novicios bastante austero, lee y saca jugo para su vida de los autores espirituales. Con sus lecturas y sus meditaciones, construye, sobre la base teológica que ya poseía, su propia teología. Hace cuanto se le encomienda, profundizando en el sentido de la obediencia religiosa. Y así pasa, despues de los tres meses acostumbrados de postulante, el año de noviciado. Fray Columba, admitido por unanimidad en Capítulo, hará su profesión el 10 de febrero de 1888.

Pero mientras los otros jóvenes religiosos permanecen bajo régimen especial de formación hasta que terminen los años de preparación al sacerdocio, él, sacerdote ya, se mantendrá por dos años todavía bajo la férula del venerado pero tremendo padre Maestro

Fuera ya del noviciado, el P Columba recibirá su parte en los trabajos de la casa. Se le probara primeramente como vigilante de la escuela abacial «Pero —escribe Dom Thibaut— el ser extranjero, su acento, su carácter jovial, las equivocaciones ocasionadas por su imperfecto dominio de la lengua francesa, no le predisponían en absoluto a mantener la disciplina entre los chicos traviesos y revoltosos. En este terreno, tenia que naufragar». Si permaneció durante seis años en la escuela, fue tan sólo como profesor de ingles.

Mas acertado fue destinarle a otra enseñanza, la de filosofía, que ya había practicado en Clonliffe. Los jóvenes Desclée, hijos de los fundadores de Maredsous, le fueron confiados y, con el fin de efectuar periódicos repasos, los antiguos alumnos de Maredsous llegaron a ser estudiantes de Lovaina.

Pero enseguida demostró otra aptitud: una verdadera vocación de predicador. Un dia, un cura de los alrededores de Ma-

redsous, el de Graux, a una legua de la abadía, vino a buscar un padre para predicar su adoración. «Me coge usted de improviso —debió responder el prior—, no tengo a nadie disponible [...] Hay un joven monje extranjero, pero realmente no sé lo que se puede esperar de él: habla el francés imperfectamente; me temo que no le va a servir». «Déjemelo cuanto antes; siempre será una novedad para mis parroquianos». Tres días después, al devolver a Dom Columba, el cura declaraba: «Jamás he tenido un predicador semejante en mi parroquia».

Un día de septiembre de 1891, uno de esos pastores anglicanos inquietos y tentados de unirse a la Iglesia romana, llegó a Maredsous. Emocionado por la liturgia allí desplegada, pidió a Dios un signo: «Si el P. Abad me manda llamar para hablarme antes de comer, o si me envía a alguno para que me hable de mi alma, abriré mi corazón; si no, partiré esta misma tarde y no diré nada». El P. Abad le envió a Columba: «Sí —dijo al reunirse con el huésped después de la misa conventual—; él me ha mandado buscarle y me ha dicho que debía hablarle de su alma. La cosa no me ha hecho mucha gracia, pero lo hago por obediencia». ¿Será necesario añadir que el pastor abjuraría unos meses después? Incluso se hizo monje de Maredsous, y después de Downside, en Inglaterra, siendo un eminente escritor católico: Dom Beda Camm. Su conversión puede ilustrar la acción espiritual de Dom Columba.

El 13 de abril de 1899, una colonia de monjes partía de Maredsous para instalarse sobre la colina cargada de historia de Mont-César. A su cabeza, Dom Robert de Kerchove, pronto primer abad, que escogería a Dom Columba Marmión para prior. La divina Providencia había preparado este candelabro de donde pudo surgir la luz que el joven monje tenía dentro de sí.

Si no parecidos, al menos eran complementarios. Dom Robert mantuvo en el cargo a Dom Columba los diez años que éste permaneció en Mont-César, y tenía suficiente confianza en su prior como para obligarle a aceptar el abadiato. «He debido hacerle sufrir, dirá después de la muerte de Marmión, pero no he vuelto a encontrar religioso más obediente que él». En verdad, el abad Robert fue, con mucho, después del padre Maestro de antaño, el segundo forjador de su virtud.

Para los monjes jóvenes agrupados en Mont-César para su preparación al sacerdocio, Dom Columba, prior, fue, además, el encargado de la dirección espiritual y profesor de dogma.

El profesor, que era también padre espiritual, marcó así las almas con una señal indeleble. Su mejor éxito fue ese joven monje que debía morir en Maredsous, a los 27 años, en auténtico olor de santidad: Dom Pío de Hemptinne.

Verdaderamente, la influencia que Dom Marmión ejerció a lo largo de estos años de Lovaina fue enorme. De allí saldrá un potente movimiento litúrgico animado por su doctrina. En esta época se intentaba devolver al clero el sentido y el sabor de ritos y fiestas, enseñarles a sacar de la liturgia la sustancia de su meditación, conformar su vida interior a su función sagrada: justo a lo que tendía Dom Columba. Dom Cunibert Mohlberg, monje de María Laach, recordaba haber asistido por entonces a «una conferencia de domingo, durante la cual Dom Marmión comentaba a su manera, propiamente carismática, la misa de un simple "domingo verde"». Esto ocurría en 1905 o 1906. En el transcurso de esa conferencia, el P. Beauduin, el futuro Dom Lambert, se enfervorizó. Terminó haciendo profesión benedictina en Mont-César, y aquí se convirtió en el animador que todos conocemos. Dom Mohlberg ha querido indicar con las líneas que acabamos de transcribir, una de las fuentes de este fervor. Hay que reconocer a Dom Marmión el mérito de un descubrimiento personal y de una sabrosa comunicación del sentido profundo de la liturgia católica, que gira en torno a Cristo en sus misterios. Tuvo conciencia propia, y debía infundirla en un vasto público, del valor nutritivo, vital, de la plegaria oficial de la Iglesia.

En la mañana del 29 de septiembre de 1909, dos monjes extraños a la abadía se presentaron en las puertas de Mont-César pidiendo entrevistarse con el prior, Dom Columba Marmión. Venían de parte del capítulo de Maredsous con una noticia importante: Dom Columba acababa de ser elegido, o, más exactamente, propuesto para abad de Maredsous. Tenían el encargo de comunicarle la elección y de rogarle la aceptara.

En realidad ya lo sabía desde el día anterior, cuando recibió un telegrama que le hizo pasar una noche horrible, porque se

daba cuenta de la responsabilidad que eso suponía. «Durante esta noche —anota el día 29— libré una dura batalla; me tentó el desaliento y la desesperación. Después de la misa de San Miguel, sentí una gran paz y confianza. Creo que el arcángel será mi protector».

Así es como volvió a la abadía que había escogido en su juventud. Aunque, verdaderamente, no hacía más que diez días que había salido de ella por última vez, después del retiro que acababa de predicar allí. Pero en esta ocasión, se echaron las campanas al vuelo mientras él se acercaba al monumento gótico ceñido por el follaje púrpura y oro del otoño; volvía como prelado. En el capítulo, cuando se le hubo preguntado si aceptaba su elección, este fiel hijo de San Benito respondió: *«Oboedio.* Obedezco la voluntad de Dios». Y como divisa tomó estas admirables palabras de la Regla, en el capítulo que dedica al abad: *Prodesse magis quam praeesse.* O sea, «Ser útil, servir, más que mandar». Se le entregaron las llaves de la iglesia y el sello de la abadía.

Su abadiato estará jalonado de alegrías y de penas, como la vida de cualquier hombre. Entre las alegrías incluyamos, por lo menos, estos dos acontecimientos: en 1912, la semana litúrgica de Maredsous; en 1913, la conversión de Caldey, famosa abadía anglicana conquistada por él para el catolicismo.

Y henos aquí, en vísperas de la guerra, con un episodio privilegiado, esta vez, en el capítulo de amarguras. ¡Qué cantidad de desgracias y desórdenes de toda especie sembrados por doquier! La guerra ha cambiado el rumbo de vidas y personas.

Agosto de 1914: invasión alemana en Bélgica. Después de subvenir en Maredsous a las necesidades más inmediatas de heridos y refugiados que habían llegado a la abadía, en septiembre, el abad creyó conveniente, después de tomar consejo, escapar fuera del país ocupado, para asegurar un refugio —por algo es padre— a la juventud que debería reunirse con la armada nacional o, por lo menos, librarse del dominio del enemigo.

Él mismo intranquilo, por lo que pudiera pensarse de su ausencia de Maredsous, rechazando el consejo del cardenal Mercier, que trataba de tranquilizarlo, no paró hasta conseguir volver a su abadía.

Su salud, trastornada desde los tiempos de la guerra, no volverá a recuperarse del todo. Una obesidad, que no es necesariamente señal de buena salud, no dejaba de entorpecerlo. Y aquella humillante somnolencia que le perseguía por doquier. Menos mal que su humor disimulaba el ridículo.

En vísperas del viaje a Lourdes, en septiembre de 1922, que le había ordenado su obispo, imploraba oraciones porque decía que «mis sesenta y cuatro años comienzan a pesar». A la vuelta, comentaba con el monje que le acompañaba: «Hace unos años, fue Paray, y eso me pareció una gran gracia. Poco después, era elegido abad de Maredsous. Ahora vuelvo de Lourdes, donde he tenido una estancia muy agradable. En adelante, me retiraré a la soledad hasta que el Señor me lleve». A partir de entonces, pensaría mucho en la muerte.

Las fiestas jubilares de octubre no lo distrajeron demasiado. Guiado por este pensamiento, decide dar su última conferencia a las queridas monjas de Maredret el 17 de diciembre. El 30 de diciembre de 1922 escribe a las clarisas de Cork, postrado y agotado. Al día siguiente por la tarde, sacó al azar, como patrono del nuevo año a San Juan de Dios.

No obstante, siguió respondiendo a las exigencias de la vida. Se rindió al deseo largamente mantenido por su comunidad, conforme a la tradición, de mandar pintar su retrato: ya era hora de realizarlo. Fue, pues, a Anvers, al taller del gran pintor Janssens. A la vuelta, se pasó por el convento del Sagrado Corazón de Linthout y el querido carmelo de Lovaina. Aquí dio a sus queridas hijas una última conferencia, hablándoles del cielo y diciéndoles a modo de despedida: «Mis queridas hijas, nos reuniremos en el seno del Padre». Esta expresión, a decir verdad, les resultaba familiar, porque fluía de un corazón acostumbrado a la inmensidad de la paternidad de Dios.

El abad volvió a Maredsous el 20 de enero, fuertemente resfriado. Allí había cundido la gripe, y una veintena de religiosos estaban en cama. Dom Columba, pese a encontrarse en baja forma, visitó a los enfermos para darles ánimos. El 25 apenas conseguía mantenerse en pie, pero tenía que celebrar la misa de la Conversión de San Pablo. Había prometido, en su última carta espiritual fechada el 23, a una pequeña novicia irlandesa que

profesaba ese día, ofrecer la misa por ella: fue su última misa. Al prior le pareció aquella misma tarde que estaba francamente acabado. «Puedo decirle —le declaraba el enfermo— que desde hace años, no pasa una hora sin que yo piense en la muerte».

Al día siguiente, 26, recibió la extremaunción. «Reverendísimo padre, ¿acepta usted la voluntad de Dios?», preguntó el prior, que le administraba el sacramento. «Enteramente», respondió Dom Marmión, con toda la diligencia y fervor que podía poner en su respuesta un hombre que había profundizado tanto en el sentido de la obediencia religiosa. «Al día siguiente —cuenta Dom Thibaut—, la postración era extrema. El enfermo se deshacía reconociendo los más pequeños servicios recibidos, y agradeciéndolos con una humildad emocionante. Jamás se mostró exigente, incluso llegó a rechazar el colchón que se le ofrecía, prefiriendo seguir en el jergon ordinario; pero, ante la insistencia del enfermero, cedió finalmente, sometiéndose a todas las prescripciones con una simplicidad de niño. El alma, a pesar del abatimiento, permanecía presente. La intoxicación causada por la uremia acarreó la torpeza de los sentidos exteriores, pero la vida interior seguía viva». Uno de sus hijos le dijo que su presencia era todavía necesaria; Dom Columba respondió: «Yo me abandono en manos de Dios». «Poco tiempo después, habiéndole preguntado otro si estaba contento de irse al cielo, él le contestó de la misma manera».

«Dadme mi Vía crucis» —dijo varias veces—. Durante muchos años él había hecho el Vía-crucis todos los días, excepto el de Pascua, era su devoción preferida. Pensaba, con Lacordaire, que «la meditación de los sufrimientos de Jesucristo es la que ha formado a todos los santos».

El 29 de enero, es la fiesta de San Francisco de Sales, tan querido por él. Le presentaron la imagen del santo obispo; él la besó y mandó que se le leyera su oración, pero añadió: «No se tiene mucha devoción cuando uno está malo».

Rezaron en alta voz a su alrededor para sostener su fervor. Los telegramas recibidos de la reina de los belgas y del cardenal Mercier, a pesar de los amables recuerdos que esos nombres debían evocar en su corazón, no provocaron en él reacción perceptible.

Sin embargo, se conmovió ante la llegada del abad de Lovaina, ahora presidente de la Congregación benedictina belga, Dom Robert de Kerchove, pero después de recibirlo, no logró trabar conversación con él.

El 30, el enfermo estaba demasiado debilitado para que pudiese decir nada. Tan sólo cuando por la tarde su confesor le dijo:

> «Reverendísimo Padre, pronto va a comparecer ante Nuestro Señor Jesucristo, demuestrele ahora aquella confianza inquebrantable que usted nos ha predicado tan a menudo», solo entonces se le oyo murmurar muchas veces este versículo del Magnificat «El Señor ha acogido a Israel, su siervo, acordandose de su misericordia»

Exhaló su último suspiro poco antes de las 10 h. de la noche, el martes 30 de enero de 1923.

El más elocuente de los monjes de Maredsous de aquel entonces, Dom Maurice Festugière, había compuesto la oración fúnebre, en la que se propuso poner de manifiesto cómo el difunto había realizado la divisa escogida por él: «Más servir que mandar».

Después de los responsos, los restos mortales de Dom Columba fueron trasladados al panteón de abades, a donde llegarían bien pronto, y cada vez más, cristianos de países lejanos tanto como paisanos de los alrededores, arrodillándose ante su lapida para pedirle que intercediera por ellos

Cristo es la verdadera sed del alma El mérito de Dom Marmion estuvo en descubrirlo «Cristo, vida del alma», «Cristo en sus misterios», «Cristo, ideal del monje», «Cristo, ideal del sacerdote» . siempre la persona de Cristo como centro de la religion, del pensamiento, de la vida. «La misión providencial de Dom Marmión —escribía el P. Philipon, O.P.—, estuvo en devolver a la espiritualidad moderna su fuente: la persona de Cristo» Su papel es el de redescubridor, restaurador; él fue el primero en defenderse contra la opinión de que era un innovador tras San Pablo... Hay que remontarse muy atrás en el camino seguido por los grandes místicos, para encontrar una comprensión tan poderosa del misterio de Cristo, del cual la obra de Dom Marmión no es más que una larga y perspicaz meditación en la que espíritu y corazón se funden: es una comprensión apasionada.

«He comprendido —escribe a su abad en 1901— que la perla preciosa de que habla el evangelio es Jesucristo» «Si me preguntan: ¿en qué consiste la vida espiritual? yo responderé: en Cristo». «Se ha apropiado —escribe el P. Buzy— la tesis de San Pablo»

El abad de Maredsous había muerto, pero su mensaje, que había penetrado fuertemente en la espiritualidad cristiana, permanecia vivo. Cristo era la verdad y el todo. Dom Marmión pretendió explicar a las almas que se llaman cristianas toda la realidad de lo que significa pertenecer a él, que es la causa, el modelo y el fin de su vida sobrenatural o de su santificación, de manera que su conciencia quede embebida de esta verdad.

Pero si los cristianos son miembros de Cristo, serán también hijos de Dios, su Padre. Su adopción, es decir, su libre incorporación a Cristo, los injerta en la misma vida de la Trinidad. La Trinidad no es una abstracción teológica, sino una realidad viva y personal capaz de transformar el ser y la vida del cristiano. Esta idea de la adopción divina, descubierta y desarrollada por Dom Marmión, le valió el título de «doctor de la adopción divina» concedido por el P. Philipon.

Cristo en sus misterios es una meditación mantenida a lo largo del año litúrgico, acerca de los objetos particulares de las fiestas que lo jalonan: acontecimientos de la vida histórica de Dios hecho hombre, etapas de la obra redentora y de la santificacion de los hombres, conmemoraciones que deben producir frutos de santidad. Entre la obra escrita, este libro es el que justifica mejor el título, otorgado a su autor por Dom Lambert Beauduin, de «teologo de la liturgia». Quizá habría que decir, con mayor precisión, «de la espiritualidad litúrgica».

En *Cristo ideal del monje,* propone al monje benedictino la imitación de las virtudes del Señor hecho hombre, pero tienen la misma utilidad para todo religioso, y aun para cualquier cristiano, como manual de ascesis católica. Ya se sabe que la *Regla* de San Benito, utilizada abundantemente por Dom Marmión, es cristocentrica. «Cristo, ideal del sacerdote», siempre Cristo, pero tomado como modelo particular de aquellos que, imitando y continuando su misión esencial, deben manifestar su presencia en el mundo, continuar su obra litúrgica y pastoral, y condu-

cir al pueblo de Dios a través de Cristo: *Sponsa Verbi,* por su parte, se destina a las vírgenes, esposas del Señor.

Nos resta el tesoro, en parte inédito, de sus cartas, que suman más de 1.700. Escritas todas de puño y letra, son, naturalmente, la más auténtica expresión de sí mismo. Cartas de amistad o de dirección espiritual, marcadas todas por la preocupación principal, si no exclusiva, de un hombre de Dios.

Este mensaje de Dom Marmión, predicado acá y allá siguiendo la necesidad o la oportunidad, repetido incansablemente, aunque jamás en términos idénticos, sino adaptándose a cada auditorio ¿es realmente nuevo? No, repetimos, en tanto que la fidelidad a la teología de Santo Tomás es continuamente afirmada, pero podemos decir que nadie, desde hacía tres siglos, había recogido con tanta viveza, ni expuesto con tanta insistencia, el papel de Cristo en la elaboración de la santidad cristiana, concebida como adopción del hombre por Dios.

Esta elevada teología ha sido presentada en un lenguaje familiar, asequible a todo el mundo: «El plebiscito silencioso que significa la difusión universal de las obras de Dom Marmión —escribe Dom Capelle—, se debe, sin duda, a la enorme desenvoltura con la que nos presenta las verdades más elevadas como lo más simple del mundo».

Dom Marmión fue un maestro de la vida espiritual en todo el rigor del término. En él, el teólogo no se separó jamás del apóstol, y el apóstol, en todos sus contactos con las almas, recurría siempre a las luces del teólogo. Pero su teología no tenía nada de seca ni de altiva... Conocía todo el valor científico de la filosofía y teología tomistas. Pero le habría parecido faltar a su misión si no las hubiese aplicado a la vida espiritual. Su enseñanza no era solamente fruto de la especulación, sino, sobre todo y ante todo, el fruto de su oración. No la entendía más que como un medio de llevar a los demás hacia Dios: «La primera caridad, como dice Lacordaire, es la caridad de la doctrina».

Del testimonio aportado por el sucesor del cardenal Suhard en la sede de París, monseñor Feltin, por entonces arzobispo de Burdeos, transcribimos estas líneas:

> «¿Cómo no voy a responder a su deseo, después de leer y releer frecuentemente lo que Ud. llama trilogía de Dom Marmión? Aho-

ra que, particularmente mientras viajo, utilizo las *Palabras de vida al margen del misal,* precioso auxiliar en la meditación cotidiana [...] Ahora, sobre todo, que tengo conciencia de lo mucho que he adquirido en contacto con esos volúmenes [...] Uno de mis colegas en el episcopado, con el que yo charlaba hace algunos meses de espiritualidad y de obras recientemente aparecidas, me dijo: Desde hace varios años no utilizo para mis retiros y mis meditaciones más que los escritos de Dom Marmión; en él encuentro siempre algo nuevo y apropiado para mi vida [...] Jamás se agota la riqueza de sus obras [...]» (1947).

Leamos la opinión de otro obispo, monseñor Guerry, arzobispo de Cambrai:

«La personalidad de Dom Marmión dominará la historia de la espiritualidad del siglo XX. El influjo de este eminente maestro de la vida espiritual es extraordinario [...] Lo que entusiasma en Dom Marmión es, en primer lugar, su doctrina profunda, luminosa, que eleva. En segundo lugar, la doctrina que él enseña es una guía para la vida espiritual. En tercer lugar, un soplo de vida pasa a través de todas las páginas de Dom Marmión y arrebata a sus lectores, porque desde los primeros contactos con él, se intuye que todas las verdades que les presenta las ha vivido previamente en su alma».

«Eminente maestro de vida espiritual» le llamó el secretario de Estado de Pío XII, monseñor Montini, más tarde S.S. Pablo VI, agradecido por el envío de *Cristo ideal del sacerdote.* Después, en 1958 el mismo Pío XII evocará las obras «tan notables por la justicia de la doctrina, la claridad de su estilo, la profundidad y riqueza de pensamiento», que «representan una inestimable contribución al tesoro de escritos espirituales de la Iglesia».

Monseñor Beaussart, arzobispo auxiliar de París, escribía por su parte en 1947:

«La simplicidad y profundidad de esta doctrina, su auténtico catolicismo, su perfecta armonía y su solidez sin falta, su influencia poderosa y dulce sobre la vida interior y apostólica, no me parecen explicables más que por la santidad del Padre».

Pero la canonización es algo que sólo pertenecerá a la autoridad suprema. Los monjes de Maredsous cediendo a las múltiples invitaciones llegadas de las voces más autorizadas, y uniéndose a la «fama de santidad» que rodeaba ya a la memoria de su difunto abad, iniciaron el proceso de beatificación con monse-

ñor André-Marie Charue, doctor y maestro en teología de la Universidad de Lovaina, que había manifestado en diversas ocasiones su gratitud y su admiración por el maestro espiritual de su generación. Inauguró el proceso diocesano el 7 de febrero de 1957, que no concluyó hasta el 28 de noviembre de 1961. Ese día el obispo de Namur, en Maredsous, selló y lacró los expedientes enviados a Roma y sometidos al juicio de Pedro.

El postulador, Dom Benoît Becker, procurador de los benedictinos belgas en Roma, apenas se había hecho cargo de la causa, cuando obtuvo la conformidad de uno de los más eminentes príncipes de la Iglesia, el cardenal Gaetano Cicognani, para hacerse responsable de la causa como ponente o relator. Pero éste no llegaría a ver el fin del proceso romano: muerto en 1962, fue reemplazado en este puesto por S. E. el cardenal Larraona, que le sucedió también como presidente de la Congregación de Ritos.

Finalmente concluido el proceso, S.S. Juan Pablo II beatificó a Dom Columba Marmión el 3 de septiembre del año 2000. En tan solemne acto estuvieron presentes, aparte de la comunidad benedictina de Maredsous, todos los abades y priores conventuales de la orden.

TOMAS MORAL, OSB

Bibliografía

DELFORGE, T y T MORAI, «Dom Columba Marmion (Siervo de Dios)» *Nova et Vetera* 17 (1981) 37 46

Proceso y Breve de beatificacion *AAS* 92 (2000) 79ss, 93 (2001) 342ss

THIBAUT, R, *Dom Columba Marmion, un maestro de la vida espiritual* (Buenos Aires 1950)

— *Dom Columba Marmion, su vida, su doctrina, su direccion espiritual* (Buenos Aires 1941)

TEITIEY, M, *Dom Columba Marmion, a biography* (Dublin 1994)

BEATA CARMEN GARCÍA MOYON

Virgen y martir († 1937)

De todos los sacrificios el más completo es sin duda el holocausto por cuanto supone la consumición total de la víctima

por el fuego. Ese fue el martirio de la Beata Carmen García Moyon, miembro fundador de la Real Pía Unión de San Antonio de Padua, de la parroquia de Nuestra Señora de Monte Sión de Torrent (Valencia).

> «El espectaculo era dantesco —afirma uno de los testigos del hecho—, tanto que llego incluso a horrorizar a los mismos asesinos, puesto que era una tea ardiente vagando por el campo Hasta que se desplomo en el suelo Y asi se consumio totalmente»

¡Perdón!, ¿he dicho totalmente? Pues no, totalmente no, porque el fuego, según el decir de varios testigos del proceso, respetó uno de sus zapatos, y.. poquita cosa más de su cuerpo, para testimonio fehaciente de los hechos. ¡Ah!, ¿que quién fue Carmen García Moyon?

Carmen Marie Anne Garcia Moyon, que así aparece en el registro civil en su partida de nacimiento, vio la luz en Nantes, Francia. De aqui que, cuando pasó a esta parte de los Pirineos, frecuentemente se la conociera con el apelativo cariñoso de *La Francesita*

Su buen Padre, don Jose García, fue un *carlistón* de mucho cuidado. De armas tomar, como aseguraban entonces. Y dicen que tambien lo fue el padre de su padre, don Raimundo García. Por otra parte, ¿que otra cosa se podía ser en el Segorbe de aquel entonces? Lo cierto es que don José no pudo tomar parte en la segunda guerra carlista, la de 1848-1850, pues vio la luz del sol el 26 de mayo de 1854. Pero sí tuvo tiempo todavía para luchar a favor de don Carlos en la tercera, la de 1872-1876, año este ultimo en el que probablemente se vio obligado a cruzar los Pirineos, como tantos otros, en el noble intento de tratar de salvar su pellejo ante el alto precio y aprecio que por el mismo manifestaban los buenos y celosos liberales.

En el país vecino inicialmente pasó a prestar sus servicios como mayordomo de unos marqueses de ascendentes españoles. Precisamente en el desempeño de su cargo conoció a la que luego sería su mujer, doña Marie Josephine Octavie Moyon, dama de llaves de los marqueses y cinco años más joven que él. El 21 de julio de 1883 se celebró la unión matrimonial. La nueva familia, seguramente que con ocasión de la boda, y luego de diversas vicisitudes, se independizó de la familia de Ignacio Sán-

chez de Silvera, si bien de por vida se siguieron profesando mutuo afecto y estima. Pasaron a vivir a la calle Launay 14, de Nantes, a la vez que regentaban un ultramarinos

En Launay 14 vendrían a la luz sus cinco retoños. Joseph Marie, nacido el 16 de abril del siguiente año 1884. Luego Marie Mélanie Thérèse, que vio la luz el 18 de enero de 1886; después vino a alegrar la familia García Moyón su tercer vástago, Manuel Eugenio, el 22 de junio de 1887; posteriormente, Carmen Marie Anne, nuestra biografiada y ya Beata, que nació el 13 de septiembre de 1888. Y, finalmente, vendría a completar el gozo de la familia Consuelo Marie, último de los retoños, el 23 de julio de 1891.

Vamos, que, a don José García, su afición por Dios, Patria y Rey le nació casi con el pelo. Pues, antes de los cuarenta años, ya había tenido tiempo de perder la tercera guerra carlista, fijar su residencia en Francia, contraer nupcias con Marie Octavie Moyón, haberse puesto por cuenta propia y tener ya formado un respetable hogar con cinco hijos de familia.

Carmen Marie Anne nació un 13 de septiembre de 1888, como digo. Y recibió las aguas bautismales el día 23 del mismo mes y año, y de manos del señor vicario, Monsieur L. Mérigne, en la iglesia parroquial de Notre-Dame de Bon Port. Siempre de Nantes, Francia, naturalmente.

Se ignora la fecha exacta en que la familia García Moyón, o, mejor dicho, don José García y familia, volvió a España. Pero nada sería de extrañar que retornase a finales del siglo XIX, o primeros años del XX, en que España se vio más postrada y en Francia se dio un giro hacia el laicismo imperante de la mayor parte del siglo anterior. ¡Ah!, y las autoridades españolas se mostraban ya mucho más tolerantes.

Asimismo tampoco se sabe con certeza si fue en Francia, o ya en España, pero lo cierto es que los dos hijos varones de la familia García-Moyón fallecieron en su primera edad, quedando reducida muy pronto la familia a cuatro mujeres y al patriarcal don José. Y no cabe duda de que quedarse sin hijos que mandar a la guerra, para un carlista de toda la vida como lo era don José, debió de suponer para él un contratiempo de no poca importancia.

Lo cierto es que la familia se trasladó a Barcelona, donde fijó su residencia en calle Rosellón 278-2.ª Así como también es seguro que durante toda su vida doña Marie Josephine Octavie siempre hablaba en francés, idioma en que asimismo se expresaban sus hijas y esposo. Sea como fuere, lo cierto es que Carmen fue educada en el seno de una familia muy católica. Y que muy pronto dio muestras sobradas de verdaderos sentimientos cristianos que luego defendería con todas sus fuerzas.

Un apunte biográfico de primera época dice de Carmen que fue una mujer de un temperamento heroico y de una amabilidad sin límites. Se revolvía furiosamente sintiendo en sí *hervir la ira de Dios,* cual si fuera otro San Juan Eudes a la vista de un hereje, para defender sus derechos y los de la Iglesia.

A su debido tiempo recibió la confirmación, y poco más tarde la primera comunión. Luego de una larga catequesis, por supuesto. Pues se creía en aquel entonces que para recibir el *pan de los ángeles,* o *pan de los fuertes,* que también con este nombre se denominaba la Eucaristía, era preciso que los niños tuvieran mucho juicio y conocimiento.

Posiblemente a principios del pasado siglo XX la familia García Moyon dejase Barcelona para situarse en la ciudad de Segorbe (Castellón), patria del padre y donde todavía le quedaban algunos de sus familiares más cercanos. Pues nos han asegurado que «vivía de joven en Segorbe con sus padres y era conocida por ser llamada *La Francesita*». Seguramente que el contacto con las hijas del Venerable Padre Luis Amigó, que desde 1898 regían el Asilo de Nuestra Señora de la Resurreccion de la ciudad, y desde 1899 estaban presentes en el vecino pueblo de Altura, despertó en ella su vocación religiosa.

Rayana ya en sus treinta años, y con su amiga Asunción Fernández, se decide a ingresar en religión. Y lo hacen ambas el 1.º de junio de 1917, y en la Congregación de las Hermanas Terciarias Capuchinas de la Sagrada Familia, instituto fundado por el Venerable Luis Amigó en el ya lejano año de 1885 y que continuaba lleno de vitalidad.

Luego de los prescritos seis meses de *postulantado,* el 11 de enero de 1918 Carmen ingresa al noviciado. Y, como era costumbre en la Congregación entonces, trueca su nombre de pila

por el de Esperanza de Nantes. En lo sucesivo éste será su nombre de religión, al que llevará unido, consubstancialmente, el apelativo de *La Francesita.*

Sus dos años de noviciado pasaron con la rapidez de lo visto y no visto. Fue en la casa de Altura (Castellón), en pleno campo. Es verdad que en lo material fueron años de penuria, pero en cambio pudo disfrutar casi semanalmente, siempre el jueves por la tarde, de la visita de Mons. Luis Amigó, a la sazón Obispo de Segorbe y fundador de la Congregación. Tampoco le faltaron las tradicionales peregrinaciones al Santuario de Nuestra Señora de la Cueva Santa, en la serranía del Alto Palancia. Sin duda que los lugares de Segorbe y Altura traerían a su espíritu recuerdos nostálgicos de su familia. Por otra parte la dureza de la vida suele a menudo forjar caracteres fuertes que, si son animados luego por un sólido espíritu de fe, resultan envidiables por su celo y entrega al servicio de Dios y de las almas.

De sus años de estadía en la Congregación de Hermanas Terciarias Capuchinas de la Sagrada Familia, poco más podemos decir. Dado que los votos religiosos los emitían las hermanas inicialmente por tres años, al concluir el trienio Carmen no debió pedir la renovación de los mismos. Y tampoco Asunción Fernández. Pues, a principios de 1924, la encontramos junto con su inseparable amiga en el pueblo de Manises.

¿Que por qué salieron las dos amigas de la Congregación de Terciarias Capuchinas? ¡Vaya usted a saber...! ¡Averíguelo Vargas! Lo cierto es que al dejar el Instituto la ciudad de Manises les prestó hospitalidad. Trabajaban en el horno de Aliaga. La industriosa ciudad de Manises, la de las bellas cerámicas, les dio trabajo, casa y pan, que, en aquellos tiempos de la dictadura de don Miguel Primo de Rivera, aparte la seguridad personal, pocas cosas mejores les podía ofrecer.

Allí pasaron las dos amigas cuatro deliciosos años, hasta que un buen día la Providencia divina, que siempre vela por los más desvalidos, las llevó a Torrent. Y en Torrent se hospedaron en una casita sencilla, en la calle de Santa Ana 35, paralela a la conocida como la *Calle del Convent.* Calle ésta que, como su nombre indica, conducía directamente al conventito alcantarino de Nuestra Señora de Monte Sión, donde los Terciarios

Capuchinos desarrollaban sus actividades pastorales desde el lejano 1889.

Enseguida ambas amigas entraron en contacto con el convento de Monte Sión que, sobre una leve loma del pueblo, habían ocupado los frailes alcantarinos hasta los lejanos días de la exclaustración de 1835. El monasterio luego pasó a ser sucesivamente cuartel de la Guardia Civil, hospital, y varias otras cosas más. Desde 1889 lo habitaban los religiosos Terciarios Capuchinos. Y en las fechas de que nos ocupamos ejercía nuevamente de convento.

Celebradas fueron siempre en él sus funciones litúrgicas, sus catequesis a los niños del pueblo, sus funciones culturales... En el convento fue instaurada la Venerable Orden Tercera Seglar, se fundó la banda de trompetas y, especialmente, la Real Pía Unión de San Antonio de Padua.

Carmen enseguida se prestó a apoyar y ayudar a los hijos espirituales de Luis Amigó. Y asimismo su compañera Asunción Fernández. De la frecuente relación vino a resultar que ésta se casó con el maestro de cocina del convento. No obstante, ambas amigas siguieron viviendo en la misma casa. Asunción en el piso de arriba. Carmen en el piso inferior, donde colocaría su tallercito de corte y confección. Y aun acentuó más su ministerio en el convento de Nuestra Señora de Monte Sión.

Con el pasar del tiempo *La Francesita,* mujer de misa y comunión diaria, se emplea en dar catequesis a los niños de la escuela de los Padres, repasar las ropas sagradas del convento, limpieza de la hermosa iglesia, y hasta puso un tallercito de costura en su propia casa, como se indicó ya, donde enseñaba a las jóvenes torrentinas el arte de coser, zurcir y bordar ropas. Una verdadera trabajadora social.

Naturalmente, no resultaba suficientemente gratificante esta labor para un espíritu tan exigente y propenso hacia lo divino, como era el de Carmen García. Así que, cuando en 1934 don Enrique Puig funda la sección femenina de la Real Pía Unión de San Antonio de Padua, Carmen fue una de las primeras en ingresar, y lo hace como miembro fundador de la Real Pía Union. Y con Carmen, Asunción Fernández, Concha Planelles, Consuelo Vilarroya, Pepita Andreu, y María Chulia y Vicenta Ló-

pez, y Josefina March, y... tantas y tantas otras. Carmen fue una de las más fieles colaboradoras en la organización de la sección femenina. Y ocupó el cargo de tesorera en la primera junta directiva de la Real Pía Unión de San Antonio.

En 1931, concretamente en las elecciones del 14 de abril, en España triunfaron las izquierdas. Se proclamó la II República. Y tiempo faltó a los exaltados para iniciar la conocida quema de conventos. En el pueblo de Torrent una de las primeras acciones fue la de subir al convento y derribar la cruz que campeaba en lo alto del calvario. Carmen organizó, y llevó a efecto, una gran manifestación. Llevando al frente *una cruz de caña,* Carmen y el resto de las Antonianas se presentaron ante el Ayuntamiento del pueblo para protestar de tamaño ultraje. Seguramente desde entonces fue ya fichada por los integrantes del llamado Frente Popular.

Días después de la manifestación de Antonianas, también en Torrent, un grupo de exaltados subió nuevamente al convento y comenzó, por su cuenta y riesgo, a demoler el calvario. Un recoleto viacrucis, con casilicios de pobre mampostería, que rodeaba la plazuela del Santuario.

¡Ah!, pero no habían contado con la intrepidez de Carmen García Moyon y compañeras, las Antonianas de la Real Pía Unión de San Antonio de Padua. Y ellas no lo iban a permitir así como así. Por lo que inmediatamente subieron al convento y a Francisco Mares, el cabecilla del grupo demoledor, lo zarandearon bien a su gusto y placer. Al rumor de lo que sucedía, el padre Prudencio de Palmera que se asoma al reducido balcón del convento.

—«¿Ha dado Ud., padre, permiso para derruir el calvario?», preguntó Carmen.

—«No sólo no he dado permiso, sino que me opongo a ello», replicó el superior del convento de Nuestra Señora de Monte Sión.

Fue esto lo suficiente para que Carmen y compañeras mostrasen al piquete informativo —*velis nolis*— el camino de regreso al Ayuntamiento. Este incidente sembró en Francisco Mares aún más la inquina contra el padre Prudencio y su bendito convento. Pues una noche de 1936 se presentó en el mismo con la

siniestra intención de hacerle picadillo. Menos mal que para aquel entonces el fraile tenía la perspicacia suficiente y años ha que existía la Divina Providencia. Esto le permitirá narrar años más tarde el hecho con inusitada frecuencia hasta sus casi noventa y seis de vida bien cumplidos. Pero el convento sería derruido en 1936.

Los días anteriores al Alzamiento Nacional, Carmen seguía con su cotidiana labor de enseñar el catecismo a los niños del colegio de Monte Sión, de repasar las ropas del convento, de limpiar la elegante iglesia del santuario alcantarino y de impartir clases de corte y confección, en su tallercito de calle Santa Ana 35, a las jovencitas torrentinas.

Es verdad que el clima de reyerta se iba caldeando en demasía. Los días se fueron haciendo más inciertos y severos. La lucha de clases se fue enconando. Y, por fin, llegaron las elecciones legislativas de mayo del 36. Volvieron a ganar las izquierdas. No faltaron tampoco los chanchullos que así lo propiciaron.

Al amanecer del 24 de julio de 1936 el conventito de Nuestra Señora de Monte Sión fue invadido. Los frailes, expulsados de sus celdas conventuales. Y la iglesia comenzó a arder. Era como una tea encendida. A los gritos de la chusma se efectuó el asalto. Hubo griterío y confusión. Y hubo palabras soeces y de muy grueso calibre.

En el primer envite los frailes pudieron huir y refugiarse en las casas de sus familiares. Pero era evidente que la persecución no había hecho sino comenzar. Al amanecer del 26 de julio ardía también la iglesia mayor, la arciprestal de Nuestra Señora de la Asunción. El fuego tan sólo respetó la capilla de la comunión. Era claro que el paso siguiente sería el de sacar al clero de sus escondrijos, como así fue.

En este punto las cosas, Carmen no pudo ya intervenir. Sí, es verdad, había orden de no atacar a las mujeres. Esto permitió a Carmen y a su grupo de Antonianas seguir con su apostolado. Llevan ropas y alimentos a los católicos perseguidos. Les llevan la comunión. Tratan de mitigar sus dolores...

En los tres primeros meses de persecución en el solo Torrent fueron martirizados 20 sacerdotes y religiosos. Y, mien-

tras tanto, Carmen hace todo lo que en aquellas horas difíciles podía hacer: rezar, ayudar materialmente y dar consejos. ¡Ah!, y seguía impartiendo clases de corte y confección en su propia casa.

Apenas entrado el 1937, una chica del pueblo acude a Carmen para que la ayude a confeccionar su vestido de novia. Se iba a casar con uno, si no del Comité, por lo menos muy adicto al mismo. La boda, naturalmente, no podía ser sino por lo civil. A Carmen no se le ocurre otra cosa sino aconsejar a la joven: «Espera un poco a que se aclare esta situación de persecución y te podrás casar por la Iglesia».

Faltó tiempo a la chica para referírselo a su novio, el novio al Comité, y venir los del Comité con dos coches a casa de Carmen. También pretendían dar *el paseíllo* a su compañera Asunción Fernández. Menos mal que asuntos personales la tenían fuera de casa y alguien que la quería bien le avisó a tiempo para que no regresase aquella tarde a su hogar.

Al anochecer del día 30 de enero de 1937 (que las cosas detestables nunca se hacen a la luz del día) dos coches se pararon en la calle de Santa Ana 35. Llamaron a la casa de Carmen. Ésta, que llevaba de la mano a un pequeño de apenas cuatro años, hijo de su amiga, es conminada a subir a uno de los coches. Carmen instantáneamente se supuso que era para el consabido *paseíllo* sin retorno. Por lo demás, ya había asegurado ella muchas veces a las Antonianas en los años precedentes a la guerra: «A nosotras será a las primeras que nos arreglarán, porque somos católicas de cuerpo entero».

Y así fue. Carmen, mujer fuerte de cuerpo y de espíritu donde las haya, se resistió lo indecible. En su defensa acudió también la antoniana Consuelo Vilarroya, que vivía en la casa de al lado, calle Santa Ana 33. Pero un miliciano le colocó un pistolón ante el pecho. Ante media docena de hombres fornidos, Carmen hubo de acomodarse por fuerza en uno de los dos coches. Y ambos partieron por el camino de Montserrat, *Vía Sacra* de tantos y tantos mártires de Torrent.

Cuando los milicianos prendieron a Carmen, la tarde ya declinaba, como digo. Era entre dos luces. Apenas la subieron al coche éste enfiló la carretera de Torrent a Montserrat. Le seguía

un segundo coche con el aire de lo tétrico. Apenas traspuesto el cerrillo del alto la carretera desciende levemente hacia un valle apenas insinuado. Es el *Barranc de les Canyes,* no lejos de una casita de camineros. Hay unas viñas y algunas matas de algarrobos. Se para la caravana y proceden a descargar la víctima para el holocausto. ¿El lugar? *La Partida del Tollo,* en el término municipal de Torrent. ¿El ara? Un viñedo, a la izquierda del camino que va para *Morredondo.*

Cuentan que si quisieron abusar de Carmen y ella se resistió valientemente. «Primero me mataréis que abusaréis de mí», decía. Al menos de esto se jactaban los asesinos a su vuelta en el bar de *Lluiset,* en la plaza, frente a la torre almenada del pueblo. Pero, ¡vaya usted a saber!, que es propio de corazones ruines jactarse de grandes gestas, si no de llevarlas personalmente a cabo sí de inventarlas, por mas que éstas no sean de alabar. Y especialmente cuando el vaho del alcohol no les permite callar.

Lo cierto es que a la víctima la rociaron con gasolina y la prendieron fuego. «El espectáculo era dantesco, afirma uno de los testigos del proceso, tanto que incluso les llegó a horrorizar, puesto que era una tea ardiendo vagando por el campo. Hasta que se desplomó al suelo. Y así se consumió totalmente» ¿He dicho totalmente? Pues no, totalmente no, porque el fuego todavía respetó unas leves reliquias de su cuerpo, el cilicio y el rosario, para testimonio fehaciente de su holocausto y de su martirio

Desde luego el testimonio de Carmen, como cooperadora parroquial, como trabajadora social, como catequista y sobre todo como antoniana, es de una belleza impresionante y extraordinaria. Pero acrecienta sobre todo esa su grandeza el hecho de haber rubricado su testimonio, y nunca mejor dicho, con sangre martirial. Y un testimonio rubricado así, con la propia sangre, no se puede olvidar. Y no es posible olvidarlo por cuanto ha sido oficialmente proclamada entre el número de los santos, y así lo recoge ya el *Martyrologium romanum,* para perpetua memoria, hoy día 30 de enero.

AGRIPINO GONZALEZ, TC

Bibliografía

Bibliotheca sanctorum. Appendice secunda (Roma 2000) 219.
GONZÁLEZ, A., *Martirologio amigoniano* (Valencia 2001) 245-255.
— *Beata Carmen García Moyon* (Valencia 2001).
Martyrologium romanum, o.c., 118, 17 *.
VIVES, J. A., *Hombres recios y entrañables* (Valencia 2000) 210-220.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTA BATILDE

Reina († 680)

Batilde era una muchacha anglosajona que vendida como esclava vino a parar a la casa del mayordomo de palacio de Clodoveo II. Muy pronto sus buenas cualidades la hicieron medrar en la casa de su dueño como encargada de muchas importantes tareas. Habiéndola conocido el rey, se enamoró de su belleza y la hizo su esposa el año 649.

Ocho años más tarde moría el rey, dejando tres hijos varones, el mayor de los cuales, Clotario III, de cinco años, fue proclamado rey, pero naturalmente a esa edad necesitaba una regencia, la cual fue encomendada a Batilde.

Ella procuró ser una buena soberana y apoyó con mucho celo la religión. Promovió las reformas que propugnaban los santos de su tiempo, y se cuidó de la redención de esclavos, siendo normal que viera sobre todo con interés la liberación de los esclavos anglosajones. Fundó ella y dotó los monasterios de Corbie y de Celles, que tantos servicios darían a la religión, y mostró su apoyo y beneficencia a otros muchos monasterios de París, Tours y Soissons.

Llevaba ocho años rigiendo los destinos del país cuando una revolución de palacio le arrebató la regencia. Ella no opuso resistencia a la violencia, sino que decidió retirarse al monasterio de Celles y tomar el hábito monacal. Su vida varió por completo. En adelante no fue más que una monja más, humilde, obediente y trabajadora, que disimulaba por completo haber ceñido una corona. Así pasó el resto de su vida hasta que contrajo una grave enfermedad que la condujo al sepulcro. Esta enfermedad

fue larga y durante ella Batilde mostró la fortaleza de su ánimo y su paciencia. Murió el 30 de enero del año 680.

SAN LESMES
Abad († 1097)

Lesmes o Adelelmo era natural de Francia. En su juventud había profesado la carrera militar, pero su alma entró en crisis respecto a su futuro cuando, decidido a hacer una peregrinación a Roma, consultó con San Roberto de Chaise-Dieu, y éste lo convenció de que, abandonando el mundo, se hiciera monje. Hizo en efecto su deseada peregrinación y a su término ingresó en la abadía de Chaise-Dieu, de la que parece que llegó a ser abad.

Cuando la princesa Constanza de Borgoña contrajo matrimonio con el rey Alfonso VI de Castilla y León, Lesmes fue convencido por la soberana para que se trasladara a Burgos, donde se hizo cargo de un monasterio que el rey había construido. Lesmes entusiasmó a Burgos y a todo el reino con el ejemplo de sus insignes virtudes. Sus consejos eran oídos y su influencia religiosa se hizo notar en toda Castilla. Se le atribuyeron innumerables milagros. Él animó al rey en sus obras de reconquista, devolviendo al cristianismo las tierras ocupadas siglos antes por el Islam. Alcanzó a ver la reconquista de Toledo el año 1085 y murió el 30 de enero del año 1097, recibiendo enseguida culto como santo. Es uno de los patronos de Burgos, en cuya diócesis tiene memoria litúrgica en este día.

BEATO FRANCISCO TAYLOR
Mártir († 1621)

Francisco Taylor es uno de los muchos mártires que produjo la Iglesia de Irlanda en su resistencia frente al absolutismo de la Corona inglesa que, no solamente se había apoderado hacía siglos del país, sino que quería también arrancar del alma del pueblo la fe católica. Ya en el siglo XVI y bajo la feroz persecución de Isabel I, numerosos mártires habían confesado al precio

de su vida la fe católica. El cambio de monarca en 1604, cuando Isabel fue sustituida por el primer Estuardo, no trajo mutación de las cosas. Obispos, sacerdotes, religiosos y seglares irlandeses seguirían rubricando con su sangre su fidelidad a la Iglesia catolica.

El 30 enero 1621 moría mártir en Dublín el seglar Francisco Taylor. Era un hombre casado y padre de familia, que ademas de educar cristianamente a sus seis hijos, había prestado notables servicios a la comunidad y a la Iglesia. No había tenido empacho en abrir su casa a los sacerdotes católicos aun sabiendo que con ello se exponía a la muerte si era descubierto. Lo fue en efecto y en 1615 fue encausado por este motivo y encerrado en la cárcel. Aquí pasó siete durísimos años, en los que maduró en la santidad por el ejercicio de la fe, la paciencia y todas las virtudes. Enfermo, veía venir la muerte como consecuencia de su prisión en tan malas condiciones pero la aceptaba por total adhesión a la voluntad de Dios y por perseverancia en la fe católica. Al tiempo de su muerte era ya un anciano. Lo beatificó el papa Juan Pablo II el 6 julio 1991 junto con un grupo de gloriosos mártires irlandeses.

BEATO SEBASTIÁN VALFRÉ

Presbítero († 1710)

Nació en Verduno el 9 de marzo de 1629 en una familia humilde. Se ordenó sacerdote el año 1650 y al año siguiente ingresó en el Oratorio filipense. Su primer encargo fue el de cuidar del llamado Pequeño Oratorio, destinado a jóvenes, y en el que ejerció una magnífica influencia, dado lo bien dotado que estaba para el trato con la juventud. Por ello se le nombró después maestro de novicios. Sebastián fue a lo largo de toda su vida un gran apóstol de los jóvenes

Otros dos apostolados a los que se dedicó por vocación y carisma fueron la predicación y el confesonario. La predicación la ejerció por todo el Piamonte, sobre todo en exitosas misiones populares, y el confesonario fue el sitio donde ejerció una eficaz dirección de almas. Lo mismo personas del pue-

blo que gente de la nobleza se confesaban con él, entre otros el rey Amadeo II de Cerdeña. El monarca estimaba tanto a Sebastián que intentó que la Santa Sede lo nombrara arzobispo de Turín pero Sebastián se negó tenazmente, considerándose inepto para el cargo. Tenía tendencia al escrúpulo y se vigilaba estrechamente a sí mismo, pidiéndose una enorme dedicación a su ministerio. Visitaba las cárceles y los hospitales y era asiduo protector de los pobres. Murió en Turín el 30 de enero de 1710. Fue beatificado por el papa Gregorio XVI el 31 de agosto de 1834.

SAN PABLO HO

Martir († 1840)

El día 30 de enero de 1840 en la capital de Corea, Seúl, fue martirizado un cristiano seglar que antes de renegar del evangelio prefirió perder la vida temporal.

Se trataba de Pablo Ho Hyob. Había nacido en 1797 y como cristiano había dado siempre buen ejemplo a toda la comunidad católica. Era de profesión militar y se había visto sorprendido por la colisión entre las dos fidelidades: a su conciencia y a la autoridad de su país. Acusado de ser cristiano, fue detenido y sometido a interrogatorio. Confesó que era cristiano, y a continuación le dieron tantos tormentos que debilitaron su fortaleza y pareció por un momento que iba a renegar de la fe. Pero fue solamente un instante de debilidad; enseguida reaccionó y le dijo claramente al juez que seguía siendo cristiano y moriría por la fe. Se le dejó un tiempo en la cárcel y luego se le dio una muerte cruel: fue destrozado a hachazos hasta que entregó su alma a Dios.

Fue canonizado por el papa Juan Pablo II en Seúl, la ciudad de su martirio, el día 6 de mayo de 1984, junto con los demás mártires coreanos.

SANTO TOMÁS KHUONG

Presbítero y mártir († 1860)

Nacido en 1780, poco más o menos, tenía cerca de ochenta años cuando le llegó la hora del martirio Su familia era noble, su padre, a lo que parece, mandarín, y él se había hecho cristiano siendo un niño.

Hechos los estudios oportunos, se ordenó de sacerdote y se hizo también terciario dominico. Su cristianismo le costó la cárcel en la persecucion del emperador Minh-Manh, pero gracias a su alcurnia obtuvo la libertad.

Llevó desde entonces una vida prudente y retirada, aunque sin dejar de ejercer su ministerio, y gracias a ello sorteó los peligros de la persecución de Thieu-Tri (1840-1847), el siguiente monarca. Desatada en 1854 la persecución de Tu-Duc, pudo durante años esquivar su captura. Pero un jefe militar, con el fin de coger a los cristianos, puso una gran cruz en el puente de Tran-Xa de forma que era imposible atravesarlo sin pisarla. Volverse atrás antes de entrar en el puente era la señal de ser cristiano. Acertó Tomás, cuando cambiaba de escondite, a ir a pasar por el puente, y así que vio la cruz volvió sobre sus pasos, pero los soldados que espiaban le echaron mano. Llevado a Hung-Yen se le conminó a apostatar y a aconsejarlo así a los demás fieles, pero Tomás se negó firmemente a la propuesta y dijo que a sus ochenta años no era tiempo de cambiar de convicciones. Condenado a muerte, se dilató la ejecución de la sentencia un mes por si cedía, pero finalmente fue llevado al suplicio. El mártir había hecho con dos cañas una cruz Se postró ante ella y ofreció su cabeza al verdugo, que la segó de un tajo mientras su alma volaba al cielo.

Este mártir fue canonizado con los demás mártires de Vietnam el 19 de junio de 1988.

SAN DAVID GALVÁN BERMÚDEZ

Presbítero y mártir († 1915)

Era natural de Guadalajara (México) y tuvo la suerte de nacer, el 29 de enero de 1881, en un hogar cristiano de sólidas vir-

tudes. Su madre murió cuando él era niño. Hizo los primeros estudios en la Escuela de la Sociedad Católica. En 1895 entró en el seminario de Guadalajara pero a los cinco años se salió porque no sentía la vocación sacerdotal. Trabajó como maestro y obrero de zapatería y se echó novia, dejando a un lado su vida de piedad y dejándose llevar por la afición al vino y el mal carácter. Un día halló a su novia bailando con otro joven y, como no se contenía, la golpeó, lo que le valió la cárcel. Entonces reaccionó.

Estuvo un año entero pensando en su verdadera vocación y, muy corregido de sus defectos, volvió al seminario y completó los estudios sacerdotales, ordenándose el 20 de mayo de 1909.

Su primer destino fue el seminario como profesor de varias asignaturas, luego simultaneó su labor docente con la de capellán del Hospital de San José y la de capellán del Orfanatorio de la Luz, en Guadalajara. Era un buen sacerdote, cumplidor y celoso, muy amante de los pobres y muy al tanto del servicio pastoral a los enfermos.

Su martirio se debió a su interés por auxiliar a los heridos de las refriegas entre carrancistas y villistas que ensangrentaban Guadalajara. El día 30 de enero de 1915, luego de uno de esos enfrentamientos, David le pidió a un compañero sacerdote que fuera con él a atender espiritualmente a los heridos y, estando haciéndolo, fue tomado preso junto con su compañero y llevado por los militares al teniente coronel Vera. Éste reconoció al sacerdote y se alegró de tenerlo en sus manos, pues era el cura que había impedido que llevara adelante la seducción de una señorita a la que incluso pensaba raptar. Vio, pues, la oportunidad de vengarse y pidió enseguida permiso al gobernador del Estado para fusilarlo, lo que le fue concedido. El compañero sacerdote fue dejado para más tarde, y esto lo salvó pues se obtuvo el indulto, pero David fue fusilado con premura.

Conducido a la espalda del Hospital Civil y situado frente al pelotón, David señaló su corazón y dijo: «Peguen aquí». Recibio dos disparos, uno en la frente y otro en el pecho. Desde lejos algunas personas presenciaron el fusilamiento. Producido éste, se acercaron y empaparon sus pañuelos en la sangre del mártir,

para conservarlos como reliquia. Enterrado en el cementerio de Guadalajara al día siguiente, sus reliquias fueron luego llevadas a la parroquia del Rosario.

Juan Pablo II lo canonizó el 5 de mayo del año 2000.

SAN MUCIANO MARÍA WIAUX

Religioso († 1917)

Luis José Wiaux nació en Mellet el 20 de marzo de 1841, recibiendo en el seno de su familia una cristiana educación. A los quince años sintió la vocación religiosa e ingresó en la Congregación de Hermanos de las Escuelas Cristianas en Namur. Al entrar en el noviciado tomó el nombre de Muciano María.

Destinado a escuelas de primera enseñanza en Chimay y luego en la capital, Bruselas, experimentó ciertas dificultades que retrasaron su profesión perpetua hasta trece años después de su ingreso en la congregación.

Enviado al Instituto de St Berthuin de Malonne, ejerció el cargo de prefecto de estudios. Era el año 1859. St. Berthuin era la primera escuela normal de Bélgica y contaba, además, con un pensionado. Más tarde fue nombrado ayudante del profesor de musica y dibujo.

Muciano María perseveró con enorme entrega en su tarea docente, de forma modesta y eficaz, siendo poco a poco acreditado entre compañeros y alumnos por sus muchas virtudes. Su lema era el de «reza y trabaja» y su gran devoción la Eucaristía y el santo rosario, que rezaba sin descanso. Su intensa vida interior se traslucía en su insigne caridad y gran amabilidad con que estaba siempre disponible en el servicio a los jóvenes. Los suyos fueron sesenta años de vida religiosa sin especiales sucesos pero con total profundidad cristiana. Murió en Malonne el 30 de enero de 1917 y fue canonizado por el papa Juan Pablo II el 10 de diciembre de 1989.

BEATO SEGISMUNDO PISARSKI

Presbítero y mártir († 1943)

Mártir de la persecución nazi contra la Iglesia. Había nacido en Krasnystaw el 24 de abril de 1902, y luego de hacer los estudios en el seminario de Lublín, se ordenó sacerdote el 27 de abril de 1926. Trabajó en varias parroquias y cuando ya tenía una cierta experiencia pastoral se le encomendó una difícil tarea: organizar la parroquia católica de Zamch en medio de una población mayoritariamente ortodoxa.

Como era de esperar, su trabajo se vio rodeado de problemas de todo tipo, llegándose a las acusaciones personales, que provocaron una encuesta oficial sobre su conducta, de la que salió plenamente justificado. La superioridad entonces lo trasladó a Gdeszyn como párroco, donde pasaría diez años de fecunda actividad pastoral.

En octubre de 1939 los alemanes le arrebataron la iglesia parroquial y la entregaron a la comunidad ortodoxa. Segismundo convirtió entonces el salón de su casa en capilla y allí siguió administrando los sacramentos a la comunidad católica, sometida bajo el clima de terror creado por los ocupantes y por los nacionalistas.

A nadie extrañó que finalmente arrestaran al párroco católico y lo sometieran a interrogatorios crueles en los que se pretendía que el sacerdote delatara a los comunistas y a los que se habían quedado con las llaves de la iglesia. Nada dijo el firme y paciente detenido, y entonces optaron por fusilarlo. Sacado a las afueras del pueblo acabaron con su vida. La comunidad católica lloró sinceramente a su pastor, un hombre austero y modesto que había conquistado el amor de sus feligreses.

El papa Juan Pablo II lo beatificó como mártir el 13 de junio de 1999.

31 de enero

A) MARTIROLOGIO

1. En Turín, San Juan Bosco († 1888), presbítero, fundador de la Sociedad de San Francisco de Sales y de la Congregación de Hijas de María Auxiliadora **.
2. En Corinto (Acaya), los santos mártires Victorino, Víctor, Nicéforo, Claudio, Diodoro, Serapión y Papías († 250), mártires bajo el imperio de Decio.
3. La conmemoración de San Metrano († 249), mártir en Alejandría de Egipto.
4. En el mismo lugar, los santos Ciro y Juan (s. IV), mártires.
5. En Módena (Emilia), San Geminiano (s. IV), obispo.
6. En Persia, San Abrahán († 345), obispo y mártir.
7. En Novara (Liguria), San Julio, presbítero (comienzos del s. IV).
8. En Roma, la conmemoración de Santa Marcela († 410), viuda *.
9. En Ferns (Irlanda), San Aidano o Maedoc († 626), obispo y antes abad.
10. En Coutances, San Waldo, obispo de Evreux (s. VII).
11. En el Monte de San Víctor, junto a Voralberg (Suiza), San Eusebio († 884), monje de San Galo y luego ermitaño.
12. En Roma, Beata Luisa Albertoni († 1533), viuda, terciaria franciscana *.
13. En Nápoles, San Francisco Javier María Bianchi († 1815), presbítero, religioso teatino **.
14. En Corea, los santos Agustín Pak Chong-Won y sus cinco compañeros (Pedro Hong Pyongjiu, Magdalena Son Sobyog, Águeda Yi Kiong-I, María Yi Indog, virgen, y Águeda Kwon Chini) que en 1840 fueron martirizados por la fe *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN JUAN BOSCO

Presbítero y fundador († 1888)

Como dice Pío XI en la bula de canonización, muy difícil es bosquejar en pocas líneas esta figura gigantesca. Nació en Becchi (Castelnovo de Asti, Italia), el 16 de agosto de 1815, y el mismo día fue regenerado con el agua bautismal. A los dos años quedó huérfano de padre, que se llamaba Francisco. Afor-

tunadamente su madre, Margarita Occhiena, inteligente y santa mujer, supo educar a sus dos hijos José y Juan y al hijastro Antonio como mejor no se podía pedir. Modelo de madres, su vida merece ser conocida, difundida e imitada.

Desde la más tierna infancia Juan manifestaba gran despejo de inteligencia, apego a su propio juicio, tenacidad en sus propósitos, tendencia al dominio sobre los demás, ternura de corazón, desprendimiento y generosidad. Margarita supo cultivar lo bueno y cercenar lo malo de todas estas inclinaciones. Ante todo, fomentó en sus hijos la piedad, una piedad varonil y profundamente sentida, franca y abiertamente practicada. «Dios nos ve, Dios está en todas partes, Dios es nuestro Padre, nuestro Redentor y nuestro Juez, que de todo nos tomará cuenta, que castigará a los que desobedecen sus leyes y mandatos y premiará con largueza infinita a los que le aman y obedecen Debemos acostumbrarnos a vivir siempre en la presencia de Dios, puesto que Él está presente en todo»

Les enseñó a amar e invocar a la Virgen Santísima y al ángel de la guarda, y a apreciar debidamente el tesoro del tiempo.

Pronto se desarrolló en Juanito la sagrada fiebre del apostolado. Ya a los siete años reunía a sus compañeros para enseñarles a rezar, repetirles lo que oía en las pláticas y lo que su santa madre le enseñaba, pacificarlos en sus riñas y disensiones, corregirlos cuando hablaban o procedían mal, jugar con ellos y entretenerlos «para ayudarlos a hacerse buenos».

Juan Bosco es uno de los hombres que más han «soñado», es decir, que Dios le manifestaba en sueños su voluntad y le decía muchas cosas, como a José, el hijo de Jacob, que precisamente por sus sueños llegó a ser virrey de Egipto, como al profeta Daniel, como al mismo patriarca San José. A los nueve años tuvo el primero de sus «grandes sueños». Bajo la alegoría de una turba de animales feroces que se truecan en corderos y algunos en pastores, se le indica su misión en el mundo: educar la juventud, trocar, mediante la instrucción religiosa, cívica, intelectual y moral, a los díscolos en buenos y perfeccionar a los buenos. Es el mismo Jesús quien se la asigna, y para que pueda desempeñarla, le da por madre y maestra a la Virgen Auxiliadora. Para cumplirla, desea hacerse sacerdote.

Pero ¡cuántas dificultades le salen al paso!: pobreza, oposición de su hermanastro, burlas, muerte de su principal bienhechor... Mas de todas triunfa con la constancia y la confianza en Dios.

Aunque deseara ardientemente hacer la primera comunión, sólo a los diez años —y eso tan sólo en atención a su gran preparación— se le concede. En esa ocasión hizo propósitos que fueron norma de toda su vida.

Antes de poder estudiar regularmente, y durante sus primeros estudios, para ayudar a pagarse la pensión tuvo que servir como mozo en granjas y en cafés, trabajar de sastre, de zapatero, de carpintero y herrero, de repostero y sacristán, como que tenía que fundar y dirigir prácticamente escuelas profesionales y agrícolas. En todas partes seguía ejerciendo el apostolado. Entre sus compañeros fundó la «Sociedad de la alegría» y una especie de academia artístico-literaria. Y para atraer a los catecismos a chicos y mayores se hizo hábil titiritero, atleta e ilusionista. Dotado de una magnífica voz y de un oído finísimo, cantaba y tocaba armonio, piano, violín y algunos otros instrumentos. Dueño de una memoria prodigiosa y una inteligencia comprensiva, además de las asignaturas de los cursos filosóficos y teológicos, estudió a fondo las literaturas italiana, griega, latina y hebrea, y llegó a hablar el francés y el alemán lo suficiente para entender y hacerse entender. Todo esto era una providencial preparación para cumplir debidamente la misión asignada por Jesús, desde el primer sueño. Éstos seguían jalonando su vida, a medida que se iba acercando el tiempo de ponerla en ejecución.

Mientras estudiaba el segundo año de teología hizo pacto con su compañero Luis Comollo de que el primero que muriera vendría, permitiéndolo Dios, a darle al otro noticia de la otra vida Murió Comollo y la misma noche se presentó en el dormitorio con tremendo aparato, para decir al amigo, oyéndolo todos, que estaba salvo. De la impresión muchos enfermaron, entre ellos el mismo Juan, quien dice en sus memorias que «esos pactos no se deben hacer, porque la pobre naturaleza no puede resistir impunemente esas manifestaciones sobrenaturales».

Ordenado sacerdote en 1841, por consejo de su director San José Cafasso, siguió en el Convictorio Eclesiástico de Turín los tres cursos de perfeccionamiento de la teología moral y pastoral, y al mismo tiempo estudiaba las condiciones sociales de la ciudad, del campo y del tiempo en que vivía. Ejerciendo el ministerio en cárceles y hospitales, y reparando en lo que sucedía en las calles y plazas, en los talleres industriales y en las construcciones, le llamó la atención el número enorme de chicos que, abandonados de los padres, o huérfanos, vagabundeaban, con evidente peligro de perversión y constituyendo una amenaza social: y decidió remediarlo en cuanto pudiera. Así concibió la idea de los «oratorios festivos» y diarios. Pronto la Providencia le deparó la ocasión de empezar. En la iglesia de San Francisco de Asís —el santo del amor universal— estaba revistiéndose para celebrar la santa misa, cuando entró, curioseando, un chico de quince años, albañil de oficio, y pueblerino. El sacristán le dijo que ayudara la misa, y como no sabía, lo riñó y golpeó. Don Bosco tomó su defensa y, terminada la misa, se entretuvo consolándolo y haciéndole las preguntas que convenían a su intento. Ignoraba hasta el padrenuestro y el avemaría, lo invitó a arrodillarse con él ante un cuadro de la Virgen, y rezaron con inmenso fervor el avemaría. Y, acto seguido, le dio la primera clase de catecismo. Le invitó para el domingo siguiente. Y el chico cumplió, trayendo otros compañeros. La obra de los oratorios festivos había nacido y con ella toda la grandiosa obra salesiana. Aquella oración a la Virgen le dio gracia y fecundidad.

Al salir del Convictorio se le ofrecieron halagadores empleos en la diócesis. Mas como no sentía atractivo hacia ninguno de ellos, consultó con su santo director San José Cafasso. Éste le consiguió la dirección del «refugio», obra para niñas, de la piadosa marquesa Julieta Colber de Barolo, y allí, a su vera, pudo desarrollar su Oratorio. Como éste crecía sin cesar y a la señora marquesa le molestaba la algazara de los chicos, lo puso en opción o de abandonar a los chicos o de dejar el refugio. Dejó el refugio. Y... se encontró en la calle, con una grande obra entre manos, sin un céntimo, por añadidura. En sueños, la Virgen le confortó. Y algunos medios le vinieron. El Oratorio tuvo

una vida trashumante: una plaza, un cementerio abandonado, unos prados. Pero hasta de éstos tuvo que emigrar. Fue la única vez que sus chicos le vieron triste y llorar. Mientras paseaba lleno de amargura por un extremo del prado, llama su atención hacia otro prado vecino un resplandor: ve una grande iglesia y alrededor de su cúpula este letrero de luz y oro: *Hic domus mea; inde gloria mea* («aquí mi casa; de aquí saldrá mi gloria»). Por la noche, otro sueño más detallado le dejó entrever el porvenir y hasta la fundación de una nueva congregación religiosa adaptada a las necesidades de los nuevos tiempos.

Pudo comprar el prado. Su dueño, el señor Pinardi, le dio facilidades. La providencia le mandó bienhechores y cooperadores. Edificó una casa y una capillita.

Pero aún estaba solo. Propuso a su madre fuera a acompañarlo. Y aquella santa mujer, que aun en su pobreza vivía como una reina con su hijo José y sus nietecitos, lo abandonó todo, y fuese a Turín a compartir con su hijo sacerdote la pobreza y las penalidades, pero también la gloria y las satisfacciones de un apostolado original y fecundísimo. Diez años vivió allí, siendo la madre de tantos huérfanos, viendo la proliferación de aquella obra que se consolidó en unas escuelas de externos e internos y dio origen a varios otros oratorios base de nuevas obras, hasta el 25 de noviembre de 1856, día en que el Señor se la llevó para premiarle sus sacrificios y la caridad ejercidos por su amor. Algún tiempo después se apareció a Juan y le dejó entrever una ráfaga de las delicias del cielo.

El Santo levantó una iglesia para sus niños, dedicándola a San Francisco de Sales. Las visiones o sueños le daban a entender que debía fundar una congregación religiosa que, aplicando sus métodos, educara a las juventudes, especialmente a los obreros, y tratara de armonizar las clases sociales, y que los socios tendría que formárselos entresacándolos de los mismos niños que él educaba. Así nació la sociedad salesiana, cuyos primeros socios profesaron en 1859 y que fue definitivamente aprobada en 1868.

En 1865 puso la primera piedra del santuario de María Auxiliadora, y en 1867 la última. A fuerza de milagros la Virgen se había edificado su casa. El santuario-basílica es uno de los cua-

tro o cinco en que se manifiesta más claro y poderoso el influjo de la Virgen. Con el santuario nació la «Archicofradía de María Auxiliadora».

En 1872 fundó la Congregación de las Hijas de María Auxiliadora, con reglas similares a las de los salesianos. También se fundó la Asociación de Antiguos Alumnos En 1875 fue aprobada por la Santa Sede la Pía Unión de los Cooperadores Salesianos o Tercera Orden Salesiana. Por órgano le dio el *Boletín salesiano.*

La actividad del Santo se desplegaba en todos los campos del apostolado católico. La prensa le debe multitud de publicaciones fijas y periódicas: hojas volantes, libros de texto y de propaganda, colecciones de clásicos italianos, latinos, griegos, biblioteca de la juventud, biblioteca de dramas, comedias, cantos, romanzas, zarzuelas, música religiosa. Entre los talleres de sus escuelas profesionales nunca falta la imprenta. Hasta fundó una fábrica de papel, la primera que funcionó en Piamonte Don Bosco es también un gran escritor. Presta a la Iglesia grandes servicios como diplomático oficioso.

Las dos congregaciones y la Tercera Orden crecieron fabulosamente. Tuvieron casas en todas partes En 1875 inauguró las misiones, cuya primera expedición destinó a la evangelización de las tribus de la Patagonia y Tierra del Fuego, en Argentina y Chile.

«Lo sobrenatural se había hecho natural en él», según frase de Pío XI. Leía en las conciencias, predecía el futuro, con la bendición de María Auxiliadora curaba toda clase de enfermedades, resucitó tres muertos. Sobre todo en sus últimos años, las multitudes lo seguían pidiéndole la bendición. Triunfales fueron sus visitas a París y Barcelona. En sus últimos años edificó la iglesia de San Juan Evangelista, en Turín, y la basílica del Sagrado Corazón, en Roma.

Aunque de fibra robustísima, el Señor le purificó con frecuentes enfermedades y molestias que no lograron debilitar su celo ni aminorar su espíritu de trabajo En efecto, Don Bosco «es uno de los hombres que mas han trabajado en el mundo», como es «uno de los que más han amado a los niños». Y dejó a los suyos el trabajo y la piedad como lema

Murió en Turín el 31 de enero de 1888. San Pío X lo declaró Venerable en 1907; Pío XI, que le había tratado personalmente, lo beatificó en 1929 y lo canonizó solemnemente el día de Pascua de Resurrección, 1 de abril de 1934. Es el patrono del cine, de las escuelas de artes y oficios, de los ilusionistas...

RODOLFO FIERRO, SDB

Bibliografía

AMEDEI, A, *D Bosco e il suo apostolato,* 2 vols (Turin 1940)
BARBERA, M, *S Giov Bosco educatore* (Turin 1942)
CERIA, E, *S Giovanni Bosco e la sua opera* (Turin 1932)
CHIAVARINO, *Don Bosco que rie Vida anecdotica* (Bilbao 1942)
FIERRO TORRES, R, *Biografía y escritos de San Juan Bosco* (BAC, 1955)
LEMOYNE, J B, *Vita de D Bosco,* 2 vols (Turin 1911-1913) En español· LEMOYNE, J B FIERRO TORRES, R, *Vida de San Juan Bosco* (Barcelona 1957)
Memorie biografiche di S Giovanni Bosco 20 vols (Turin)
SCHNEIDER, O, *Meister Don Bosco* (Viena 1952)

SAN FRANCISCO JAVIER MARÍA BIANCHI

Presbítero († 1815)

Francisco Javier M.ª Bianchi nació en Arpino, patria de Cicerón, el 2 de diciembre de 1743, y fue bautizado el día de San Francisco Javier, cuyo nombre recibió con el agua bautismal.

Su padre, Carlos Antonio, tenía una fábrica de tejidos de lana, en la que el buen ejemplo de las virtudes del propietario y la caridad con que éste conjugaba la justicia con las necesidades familiares de sus obreros, hacía del lanificio Bianchi un excelente modelo. La madre, Faustina Morelli, excedía al esposo en virtudes cristianas de toda clase, principalmente en la caridad, completamente entregada al servicio social de la ciudad arpinatense, habiendo transformado su casa en un hospital o asilo, donde se acogía continuamente a dieciséis enfermos o necesitados. Con el ejemplo de tantas virtudes se formó y templó el espíritu de nuestro santo, dando ya desde su más tierna infancia frutos prometedores de santidad.

Para completar su formación literaria, fue mandado al seminario de Nola, cursando el bachillerato, confirmándose en su ánimo la vocación religiosa, contribuyendo a ello la escogida di-

rección espiritual, que no escatimaba medios para poner a disposición de los futuros levitas los grandes maestros del espíritu. En este centro de formación conoció y trató con el fundador de los redentoristas, San Alfonso María de Ligorio.

Cursados los estudios de filosofía en Nola y pasado algún tiempo en Nápoles, donde tuvo que vencer muchas dificultades, entró en el instituto de los barnabitas en 1762, y habiendo hecho su profesión y realizado diversas pruebas, el año 1765 empezó el curso de teología en el colegio que los barnabitas tenían en San Carlos alle Mortelle, de Nápoles, y en esta misma ciudad recibió las órdenes mayores del subdiaconado, diaconado y presbiterado, los días 11, 18 y 25 de enero de 1767, celebrando su primera misa el día de San Francisco de Sales de dicho año.

Para reponer su salud, algo quebrantada, con los aires de la patria, fue destinado a Arpino, enseñando en el gimnasio público retórica durante dos años, transcurridos los cuales, fue enviado de nuevo a Nápoles, al colegio de San Carlos, esta vez como profesor de filosofía. El año 1773 pasó al colegio que los barnabitas tenían en Santa María in Cosmedin o de Portanova, en la misma ciudad de Nápoles, con la misma misión pedagógica. No había aún cumplido los treinta años cuando fue nombrado prepósito de dicho colegio, cargo que regentó durante doce años.

Los testigos, llamados a declarar en los procesos de beatificación, le llaman el *San Felipe de Nápoles,* porque ambos santos, el *Bianchi* y el *Neri,* como se decía agudamente, tienen muchos rasgos paralelos, no sólo por su largo apostolado de dirección espiritual, sino también por el don de discreción de los espíritus.

Durante estos doce años, su apostolado fue fecundo, principalmente en el confesionario y en el púlpito, y sobre todo, conforme exigían los calamitosos tiempos, con el ejemplo que dio siempre de la más observante disciplina regular. Director y consejero de la clase más escogida de Nápoles, su discreción y su cultura se propagaba entre los círculos concéntricos de su celda y del confesionario, a donde acudían cada día toda clase de personas, principalmente del ambiente intelectual. Movido por esta

fama, el rector magnífico de la Universidad de Nápoles, monseñor Mateo Genaro Testa Piccolomini, titular de la sede de Cartago, le ofreció una cátedra en el Estudio General, que Bianchi rehusó. A pesar de esto, el rector del Ateneo, el 15 de septiembre, extendió el nombramiento de profesor de teología dogmática y polémica a favor del padre Bianchi, y el 21 de marzo del año siguiente (1779), el príncipe de Francavilla, presidente de la Academia de Ciencias y Letras, propuso fuera nombrado socio de número de dicha Academia, propuesta que fue aceptada por unanimidad.

Debemos tener presente que el siglo XVII transmitió al XVIII gérmenes de ideas nuevas, que se manifestaban externamente en una fiebre de saber. Por otra parte, los barnabitas, con sus renombrados colegios, recogían este afán de cultura, manifestada en la amplitud y brillantez de conocimientos que comunicaban a los escolares de su tiempo, pero principalmente a los religiosos de su instituto, que habían de profesarlos en sus cátedras. San Francisco Javier alcanzó este afán, que él llamaba *intemperantia litterarum,* que fue moderada después por consideraciones espirituales, religiosas, que desembocaron en sus últimos años al apostolado de la predicación y del consejo, en medio del cual, como en su ambiente propio, terminó los últimos años de su sufrida existencia.

Así se explica la nutrida correspondencia que mediaba entre el tío, canónigo, y el sobrino, barnabita, pidiendo éste libros a don Antonio y reclamando éste su devolución. Un modelo de esta erudición son también las notas que preparaba para sus lecciones y conferencias. Y la variedad de sus conocimientos se adivina en la lista de los libros del Santo, en la cual figuran tratados de *omni re scibili,* desde las lenguas, hebreo, griego y latín, literatura italiana y cristiana, hasta la filosofía, cristiana y profana, entre cuyos autores se distinguen Voltaire y Rousseau, para combatirlos, pues sabían todos que había obtenido del Santo Oficio permiso para leer estos autores. Cuando fue decretada la persecución a las órdenes religiosas, intentó salvar dos cosas: la caja o fondo de la beatificación de la madre Francisca de las Llagas, de la que era el promotor con permiso de sus superiores, y treinta cajas de libros que quiso poner a salvo de las ruinas

y destrucciones, que van siempre emparejadas con todas las persecuciones religiosas.

Los procesos están llenos de testigos que narran sucesos extraordinarios o experimentados en sus propias personas o presenciados u obrados en otros.

Queremos reducir a pocos casos verdaderamente atestiguados por personas que los presenciaron: se refieren a las erupciones del Vesubio. La revolución, y la invasión francesa después, habían creado en Nápoles un ambiente de materialismo capaz de ahogar el espíritu religioso y moral que había conservado la tradición de la ciudad y los grandes ejemplos de santidad dados por una legión de sacerdotes y religiosos edificantes y santos. Los terremotos habían agrietado muchas casas de la ciudad, y el Vesubio, de cuando en cuando, rugía arrojando de sus entrañas ríos de fuego vivo. El dedo de Dios, vengándose de tantas iniquidades, parecerá evidente a las personas más temerosas y religiosas; pero, en medio de tantas pruebas, era también potente el Dios consolador, que hacía surgir hombres extraordinarios para conservar su fe con sus prodigios.

Dos casos solamente. El 22 de mayo se hallaba el padre Bianchi en Torre del Greco, a las faldas del Vesubio, en el Retiro de la Visitación. Instantáneamente, las llamas del volcán se desbordan y avanzan hacia el Retiro. La destrucción de la casa religiosa parecía inminente. Los más desesperados intentaron salvar lo irreparable, poniendo a salvo muebles y enseres. Este nerviosismo contrastaba con la calma y serenidad del padre Bianchi, asegurando que no pasaría nada. Enfermo, a duras penas pudo subir a la terraza, y ante aquel espectáculo apocalíptico del fuego que avanza, se detiene, musita una oración rogando a Dios detuviera aquel torrente amenazador. Y la lava se detuvo al margen mismo del Retiro, y se solidificó, no pasando adelante. En el mismo muro, formado por la solidificación de la lava, el cardenal arzobispo Guillermo Sanfelice levantó una capilla.

El día 12 de agosto, desde Pietra Bianca, escribe a las religiosas del refugio de Via dei Portici que se pongan a salvo, pues el Vesubio quiere vengarse. La carta llegó al día siguiente; pero aquella noche, a las doce, el volcán irrumpió de nuevo y la casa fue destruida. El volcán estaba imponente y ante el gran peligro

que todos presentían, el padre Bianchi fue llevado casi a cuestas al encuentro de la lava, y al hallarse frente a frente, venció la oración del padre Bianchi, pues la lava se detuvo instantáneamente a los pies del Santo.

La alcantarina Francisca de las Llagas le predijo una enfermedad larga y dolorosa Y el vaticinio fue cumplido al pie de la letra. Empezó con una hinchazón en las piernas, que ni la ciencia de los médicos ni los cuidados de los amigos podían detener. Y en medio de terribles sufrimientos, recluido en la soledad de su celda, continuaba su apostolado de consejo y de edificación. A sus médicos les pedía sufrimientos, pues sus dolores eran las misericordias de Dios. Un alma eucarística como la suya sufría solamente ante el temor de no tener fuerzas para celebrar la santa misa. Sus amigos lo bajaban a la iglesia, y cuando ni esto podía hacer, le fue concedida la gracia de celebrarla en su celda. Durante la misa todos notaban la alegría que se leía en su semblante, como si se le hubieran pasado todos los dolores. Se probó todo, incluso el cambio de clima; su amigo Buoncuore le hospedó en su casa de Castelamare durante los años 1804-05. Un poco de alivio animaba a Bianchi físicamente, pero las calamidades morales que se cernían sobre la Iglesia y sus amigos le atormentaban extraordinariamente y quiso volver a animar a todos desde su soledad de Portanova. La dispersión de las órdenes religiosas fue un golpe duro para su alma apostólica. El párroco de Santa María in Cosmedin se arregló para que la celda que ocupaba en el contiguo colegio de Portanova fuese considerada como formando parte integrante de la parroquia, atendida la impotencia en que se hallaba el padre Bianchi. Esto sucedió el año 1910. Un cáliz más amargo tuvo que apurar hasta las heces: el abandono casi total de sus amigos, precisamente cuando más necesitaba de ellos: hubo tiempo en que era un peligro para el gobierno el trato con el padre Bianchi, y el espionaje funcionaba.

Los últimos días de su existencia no tenía fuerzas para celebrar; pero cada día tuvo el consuelo de recibir la santa eucaristía. El último aviso llamó a su puerta el día 27 de enero de 1815 bajo la apariencia de un accidente simple y fortuito. En virtud de una especie de contrato que había hecho con la Venerable

Francisca de las Llagas, ésta se le apareció para anunciarle que había llegado la hora de recibir el Viático, para el cual se preparó sonriente y alegre con todos los que le visitaron. El 31 del mismo mes de enero, muy de mañana, insistió en que le administraran la sagrada Eucaristía, habiendo recibido la noche anterior la extremaunción, y poco después de haber sido confortado con el pan de los ángeles, plácidamente expiró.

La fama de su santidad corrió rápidamente después de su muerte. Las gracias por él concedidas eran innumerables. Probáronse con la suficiencia requerida los milagros necesarios, y el barnabita padre Francisco Javier Bianchi fue solemnemente canonizado por la Iglesia.

Para el mundo, la vida es un hombre entre dos fechas: 2 de diciembre de 1743 —Francisco Javier María Bianchi— y 31 de enero de 1815.

Para el cielo, una estrella que brilla eternamente.

JOSÉ RÍUS SERRA

Bibliografía

BARAVELLI, A. M., *Vita del P. Francesco Saverio M. Bianchi* (Roma 1893)
SALA, F. M., *L'Apostolo di Napoli: S. Francesco Saverio M. Bianchi, sacerdote barnabita* (Roma 1951).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTA MARCELA

Viuda († 410)

Nace en Roma el año 325. Casa en su juventud, queda viuda a los siete meses de matrimonio, y entonces decide dedicar su vida a Dios. Empezó a llevar vida de gran austeridad emulando a los padres del yermo, cuya fama corría ya por Roma, y organizó una comunidad de mujeres que compartían su ideal de vida austera y piadosa.

Cuando San Jerónimo se establece en Roma, Marcela se pone bajo su dirección, y aunque discrepaba del fuerte temperamento del santo, se sintió atraída por la sabiduría y por la firme disciplina del gran director de almas. Como Marcela era per-

sona instruida y conocedora del griego, pudo compartir con San Jerónimo el interés por la exégesis bíblica.

Marcela perseveró en su santo género de vida hasta que ya anciana hubo de pasar por el saqueo que Alarico y sus godos hicieron en Roma. Como se pensaba que conservaba grandes riquezas, se la maltrató para que dijera dónde estaban. Marcela murió a consecuencias de esos malos tratos.

BEATA LUISA ALBERTONI

Viuda († 1533)

Nace en Roma en 1473 en el seno de una noble y rica familia. Al casar su madre por segunda vez, fue entregada a los cuidados de su abuela y de sus tías. Contrajo matrimonio con Jacobo de Cithara, con quien tuvo tres hijas. El suyo fue un matrimonio feliz y ambos esposos vivieron en unión hasta que Jacobo murió joven en 1506.

Luisa pasó por una fuerte crisis a la muerte de su esposo, pues su matrimonio hasta entonces había significado su vida. Superó la crisis consagrándose al Señor, haciéndose terciaria franciscana y vistiendo externamente el hábito de la Orden. Se dedicó a la oración, en la que empleaba horas y horas y en obras de caridad, que realizaba en su propio palacio atendiendo en él a innumerables pobres y buscándolos en sus tugurios. Con ocasión de una calamidad pública, cuando ya no tenía nada más vendió su palacio y tras dar su importe en obras de caridad, quedó convertida en una pobre más.

El Señor la favoreció con frecuentes éxtasis y en uno de ellos tuvo lugar su santa muerte en Roma el 31 de enero de 1533. Su culto fue confirmado el 28 de enero de 1671.

SANTOS AGUSTÍN PAK CHONG-WON Y COMPAÑEROS

Mártires († 1840)

El día 31 de enero de 1840 en el curso de la furiosa persecución contra el cristianismo desatada en el reino de Corea dieron

su vida por la fe seis cristianos seglares de la perseguida comunidad, los cuales se mantuvieron firmes pese a que fueron atormentados, no una vez solamente, con diferentes clases de suplicios para ablandar su resistencia. En vista de que las tentativas de hacerlos apostatar eran inútiles, los seis fueron finalmente decapitados.

Sus datos son: Agustín Pak Chong-Won, que era catequista muy celoso de su misión; estaba casado con Bárbara Ko Suni, la cual también moriría mártir y sería canonizada con él, y tenía cuarenta y ocho años; Pedro Hong Pyongjiu, igualmente catequista como Agustín y benemérito por ello de la misión católica; Magdalena Son Sobyog, que tenía 56 años y estaba acreditada como señora de grandes virtudes, especialmente muy caritativa; su hija Águeda Kwon Chini, de 27 años de edad, y su pariente Águeda Yi Kiong-I, joven de 21 años, y María Yi Indog, hermana de otras mártires con las que hacía vida común, y tenía 22 años.

Su Santidad Juan Pablo II canonizó a estos seis mártires, y a los demás de Corea, en Seúl el 6 de mayo de 1984.

Domingo siguiente al de Epifanía

BAUTISMO DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

En el año decimoquinto del imperio de Tiberio César... momento ruidoso y solemne en los fastos de Israel, a la manera de los antiguos profetas, *vino la palabra de Dios sobre el mayor de ellos, Juan, hijo de Zacarías, en el desierto* (Lc 3,1-2), donde crecía su recia juventud desde que dejara las rientes montañas de Aïn Karim.

Obedeciendo al instante, vino por toda la región cercana al bajo *Jordán,* frondosa de vastas praderas y estepas, *predicando* en el despoblado *un bautismo de penitencia para la remisión de los pecados* (v.3).

Después de varios siglos reanudaba la tradición de los profetas, encarnando el espíritu y las trazas del más austero de ellos, Elías. Avasallaba con su ejemplo. Un vestido de pelos hirsutos de camello, y un ceñidor paupérrimo de cuero alrededor de sus lomos. Cual su indumento, tal su comida: langostas, secadas al sol o al horno y estrujadas luego, manjar de gentes po-

bres, y miel silvestre, destilación gomosa de ciertos árboles, a falta de la exquisitez de las abejas. Su austeridad de profeta, el tema de su predicación de profeta, que recrimina los vicios sin acepción de personas, y su mensaje de más que profeta sobre el Mesías próximo, junto con el rito inusitado de un bautismo, figurativo de la reforma interior de vida, conciliándole gran autoridad, promovía un fuerte movimiento religioso, que aquellas caravanas orientales se cuidaban de extender hasta los últimos confines.

Las turbas sencillas, los publicanos y soldados, arrepentidos, se inmergían en el baño, *confesando sus pecados,* con una especie de *confiteor* general.

Los soñadores de apocalipsis no veían represalias, ni desquites contra los gentiles, sino ejemplos de conversión real y verdadera.

El «juicio» del Mesías estaba próximo: *Ya el bieldo está en sus manos para limpiar su era, y meter su trigo en el granero y quemar la paja en un fuego inextinguible* (Mt 3,12). Los saduceos, escépticos, y los fariseos, aferrados a sus tradiciones muertas, se mantenían, ciegos, a la expectativa. *¡Raza de víboras! ¿Quién os enseñó a huir de la ira de Dios inminente? Haced, pues, frutos dignos de penitencia. La segur está ya puesta a la raíz del árbol. Así que todo árbol que no dé buen fruto, será cortado y arrojado al fuego* (Mt 3,7-10).

Por aquel tiempo, Jesús, que tendría unos treinta años, *vino de Galilea al Jordán en busca de Juan para ser de él bautizado* (v.13).

Juan, empero, iluminado interiormente, con profundo respeto, se resistía diciendo: Yo he menester ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí? (v.14). *Y Jesús responde: Déjame hacer ahora, porque así nos conviene cumplir toda justicia.*

Juan entonces condescendió con él (v.15).

Por las mismas razones que en la circuncisión, Jesús, el Santo de los Santos, se somete a toda la Ley. Aquí da autoridad al bautismo de Juan, verdadera preparación y preanuncio del que establecerá, más tarde, el mismo Jesús para que sean los hombres incorporados de verdad en su reino, la Iglesia. Muestra prácticamente la real senda de la penitencia, necesaria a todos; y consagra el agua, comunicándole «la virtud santificadora», para que sea instrumento adecuado de regeneración.

Bautizado, pues, Jesús, al instante que salió del agua se le abrieron los cielos y vio bajar al Espíritu de Dios a manera de paloma (o en forma corporal como de una paloma [Lc 3,22]) *y posar sobre Él. Y oyóse una voz del cielo que decía: Éste es mi querido Hijo, en quien tengo puesta mi complacencia* (v.16-17).

Ante este movimiento religioso, la autoridad teocrática no pudo por más tiempo permanecer indiferente y quiso tomar informes directos del caso. Era su obligación, por otra parte, investigar sobre ritos nuevos, y sobre cuanto tuviera alguna relación con el advenimiento del Mesías.

Y los judíos le enviaron de Jerusalén sacerdotes y levitas, miembros del Sanedrín, para preguntarle: *¿Tú quién eres?*

Y Juan responde, tajante, que no es el Cristo, ni Elías, ni el profeta legendario esperado, sino simplemente la voz del que clama en el desierto: *Enderezad el camino del Señor, como lo tiene dicho el profeta Isaías* (Jn 1,20-23).

—*Pues, ¿cómo bautizas...?*

Respondióles Juan: Yo bautizo con agua —un rito exterior, extraordinario, que simboliza la remisión de los pecados, y a lo más, excita a penitencia interna—, por contraste con el bautismo *en el Espíritu y en el fuego* (Mt 3,11), que conferirá el Mesías.

—*Yo bautizo con agua* —dice—, *pero en medio de vosotros está Aquel a quien no conocéis. Él es el que ha de venir después de mí, el cual ha sido preferido a mí, y a quien yo no soy digno de desatar las agujetas de sus zapatos* (v.26-27).

¡En medio de vosotros está el Rey de los judíos! ¡Qué emocionante revelación oficial a la autoridad teocrática! Un poco más y podrá señalarle con el dedo a sus propios discípulos: *¡Ved ahí el Cordero de Dios!*

Al día siguiente de esta embajada, vio Juan a Jesús que venía, victorioso del desierto de la cuarentena, *a encontrarle. Y Juan, gozoso, le señala a sus discípulos anhelantes: He aquí el Cordero de Dios; ved aquí el que quita el pecado del mundo. Éste es aquel de quien yo dije: En pos de mí viene un varón, el cual ha sido preferido a mí, por cuanto era ya antes que yo. Yo no le conocía, personalmente; pero yo he venido a bautizar con agua, para que él sea reconocido por Mesías en Israel* (v.29-31).

Y dio entonces Juan este testimonio de Jesús, diciendo: Yo he visto al Espíritu Santo descender del cielo en forma de paloma y reposar sobre él. Yo antes no le conocía (de una manera cierta, completa, oficial); mas el que me envió a bautizar con agua, me dijo: Aquel sobre quien vieres que baja el Espíritu Santo y reposa sobre él, ése es el que bautiza con el Espíritu Santo. Yo lo he visto y por eso doy testimonio de que él es el Hijo de Dios (v.32-34).

Tres grandes cosas entraña este nuevo, precioso y más explícito testimonio de Juan, de grandes alcances teológicos y escriturísticos.

1.° *Es el Cordero de Dios.*

a) El *cordero pascual* sacrificado por los israelitas antes de salir de la esclavitud de Egipto, significaba que el mundo iba a salir, con la venida del Mesías, de la servidumbre del pecado.

b) El *cordero* que mañana y tarde se ofrecía en el templo en expiación de los pecados del pueblo, anunciaba que Jesús iba a quitar con su sacrificio el *pecado* (raíz, suma y carga de todos los) *del mundo.* ¡Aspecto doloroso y al mismo tiempo el más noble del destino de Jesús! ¡Su vida, pasión y muerte aseguran la *universalidad de la redención!*

c) Numerosos textos del Antiguo Testamento presentan al futuro Mesías manso y humilde, como un cordero. Isaías, más claramente que los demás profetas, en su llamada *Passio secundum Isaiam,* nos descubre el cuadro impresionante del «Siervo de Yahvé». Aquel «Varón de dolores» tomó sobre sí nuestras enfermedades, y le reputamos como leproso y herido de Dios. Llagado por nuestros crímenes, con sus cardenales fuimos sanados. Se ofreció porque quiso, y no abrió su boca como oveja que va al matadero, y como cordero que enmudece delante del que le trasquila. Habiendo Él ofrecido su vida en sacrificio por el pecado, verá una descendencia muy duradera, y la voluntad (redentora) del Señor se cumplirá por su mano (en la Iglesia) hasta el fin de los siglos (Is 49-57).

d) La doctrina de la satisfacción substitutiva del verdadero *Cordero de Dios que quita el pecado del mundo,* la satisfacción vicaria, ofrecida por el Mesías en vez del hombre pecador y aceptada por Dios —o sea el desagravio, la reparación de los daños y el restablecimiento del orden quebrantado—, está

aquí tan típicamente perfilada que el Nuevo Testamento no hace más que llenar del nuevo y *perfecto contenido las frases correspondientes del profeta.*

e) Hemos sido redimidos —dirá San Pedro—, *no con oro ni plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como del Cordero inmaculado y sin defecto, predestinado antes de la creación del mundo y manifestado al final de los tiempos en gracia de vosotros* (1 Pe 1,19-20).

f) San Pablo, resumiendo la economía del *Cordero pascual,* añadirá: *Él por medio de la muerte destruyó al que tenía el señorío de la muerte, libró del poder del ángel exterminador infernal a todos aquellos que con el miedo de muerte estaban sujetos a la esclavitud* (Heb 2,14-15).

g) San Juan Evangelista, en su *Apocalipsis,* presentará la visión del *Cordero ante el trono de Dios, de pie,* resucitado, *como degollado,* por conservar gloriosas sus llagas, *digno de abrir los siete sellos del libro misterioso* que contiene los destinos escatológicos de la Iglesia, pues que Él fue *degollado y nos rescató para Dios en su sangre, de toda tribu y lengua, pueblo y nación, y nos hizo para nuestro Dios reyes y sacerdotes* (Ap 5,6-9).

2.° Otra gran cosa destaca en este último testimonio de Juan. Él es el que bautiza *en el Espíritu y en el fuego.* El Precursor bautiza con agua, un signo exterior que prepara los ánimos y los estimula a penitencia, solamente. Él, que ha sido preferido a todo profeta, por su dignidad intrínseca y divina, propina, con los dones óptimos, la gracia que nos hará *consortes de la divina naturaleza* (2 Pe 1,4).

3.° Y, finalmente, da testimonio de que *Él es el Mesías* esperado de Israel; y este Mesías es el *Hijo de Dios,* propio, coeterno con su Padre, que imparte a los hombres la adopción de hijos y los hace herederos del cielo.

¡Qué cúmulo de ideas elevadas, de verdades consoladoras, de importantes perspectivas apologéticas, suministra este último testimonio de Juan! El propio Bautista hace resaltar que sus testimonios de la mesianidad y divinidad de Jesús se fundan en una revelación recibida de Dios, y en el prodigio que se obró en el momento del bautismo.

Yo antes no le conocía personalmente; cosa que no es de maravillar, dice el Crisóstomo, porque desde su niñez vivía Juan en el

desierto, y quizá nunca había visto a Jesús, que habitaba en Nazaret. Pero *el que me envió a bautizar con agua* (cosa, por tanto, de lo alto y con un significado de preparación mesiánica), me dijo: *Aquel sobre quien vieres que baja el Espíritu Santo y reposa sobre él, ése es el que bautiza con el Espíritu Santo. Yo lo he visto, y por eso doy testimonio de que es el Hijo de Dios.*

Sube Jesús del agua, brota el milagro, se abren los cielos, baja el Espíritu de Dios (Mt 3,16), *en forma corporal como de una paloma* (Lc 3,22), y oye la voz del cielo: *Éste es mi querido Hijo, en quien tengo puestas mis complacencias.*

Así, con esta teofanía, de rasgos trinitarios, y con aquella voz misteriosa, quedó Jesús acreditado por Dios como el *Mesías* prometido, cual le vaticinaron los profetas; *ungido con la plenitud del Espíritu Santo, Hijo de Dios verdadero y predilecto del Padre.*

No lo fue Jesús por el bautismo, *per aquam,* pues lo era en su sacratísima humanidad desde el momento de la encarnación, *per sanguinem,* por la sangre recibida entonces y derramada «a borbotones» en la cruz. Pero Dios lo quiso atestiguar solemnemente en aquella ocasión inaugural del reino de Dios.

En el «gran conflicto» del Martes Santo, la comisión oficial de «los príncipes de los sacerdotes y ancianos del pueblo», arrogantes, ante la multitud del pueblo sencillo, le interrogan: *¿Con qué autoridad haces estas cosas, y quién te ha dado esta potestad?* (Mt 21,23).

Con hábil evasiva les contrapregunta el Maestro: *El bautismo de Juan, ¿de dónde era?, ¿del cielo o de los hombres?* Mas ellos, desleales siempre, discurrían consigo mismos esta cobardía falsa: *Si respondemos: Del cielo, nos dirá: Pues ¿por qué no habéis creído en él? Si respondemos: De los hombres, tememos que el pueblo nos apedree. Porque todos miraban a Juan como a profeta* (v.25-26).

Y rompen con el pasado y con los profetas, representados en el último y más grande de ellos, fingiendo ignorar una cuestión esencial: *No lo sabemos. Pues tampoco yo os diré* —replica Jesús— *con qué autoridad hago yo estas cosas* (v.26-27).

Y tomó, a su vez, la ofensiva contra aquellos hipócritas confundidos ya entre el vulgo: *En verdad os digo que los pecadores y meretrices os precederán en el reino de Dios. Por cuanto vino Juan por las sendas de justicia, y no vosotros, sino éstos, creyeron en él* (v.28-32). Su

causa estaba ligada con la de Juan. Con su precursor comenzó Jesús la carrera mesiánica; y ahora, agradeciendo emocionado su testimonio de sangre, va a terminarla también de una manera cruenta.

La manifestación de la Santísima Trinidad que se esbozó, augural, en el bautismo de Jesús, preside la iniciación cristiana.

Instruid —dice el Señor— *a todas las naciones en el camino de la salud, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo* (Mt 28,19). El bautismo, eficaz como todo sacramento, producirá en el alma la limpieza y santidad que significa, en virtud de la invocación y confesión de las tres divinas personas. Ellas presiden el nacimiento espiritual del nuevo cristiano —ese «nacer de nuevo en agua y en el Espíritu Santo para ver el reino de Dios», expuesto por Jesús a Nicodemo (Jn 3)—, ese nuevo cristiano que se vota, consagra y mancipa, con un compromiso sagrado, al servicio, al nombre, a la esencia vital de la mismísima Trinidad augusta.

En cada bautismo se repite en cierto modo lo que aconteció en el Jordán. Ábrese el cielo, que es la herencia del neófito, el Espíritu se cierne sobre éste, y el Padre celestial le reconoce por hijo suyo, por hermano de Cristo, miembro de su cuerpo, la Iglesia, y coheredero con Cristo de los cielos.

Desde comienzos del siglo II se estableció en torno del 6 de enero la festividad de la triple «manifestación de Dios», en el nacimiento del Salvador, en la adoración de los Magos y en el bautismo de Jesús en el Jordán. Cuando la *fiesta romana* de la Navidad se impuso en el Oriente, la liturgia de la Epifanía substituyó la conmemoración del nacimiento del Salvador por la primera «manifestación de Dios» en otro orden de testimonios divinos: los milagros, y escogió el primero de ellos: el de las bodas de Caná. Al introducirse, relativamente tardía, la octava de Epifanía, se reservó para el día octavo la *conmemoración* del susodicho *bautismo de Jesús.*

Los herejes gnósticos, con Cerinto a su cabeza, ya desde los días de San Juan Evangelista, propugnaron que Jesús no era el Mesías ni el verdadero Hijo de Dios. Según ellos, Jesús era hijo de José y María. Al ser bautizado en el Jordán, una virtud del Dios supremo descendió sobre Él y permaneció en Él hasta la

pasión exclusive. Semejante entidad divina era el Eón Cristo. Por su unión con ella, Jesús se transformó en Jesucristo. Con esto, si se admitía cierta mesianidad de Jesús, se negaba la identidad personal entre Jesús y Cristo. San Juan, no contento con afirmar esta identidad personal, añade que Jesús era no sólo *Mesías,* sino también *Hijo de Dios.*

Contra la ruidosa pompa de esta celebración herética clamaban las palabras del discípulo del amor: *Jesucristo es el que vino por el agua y por la sangre* (1 Jn 5,6), es decir, en calidad de redentor y de Hijo de Dios, no solamente en las aguas del Jordán, sino en la cruz, derramando la sangre de su cuerpo tomado en la encarnación misma, cuyo espectáculo arrancó a los circunstantes aquel grito: *¡En verdad era el Hijo de Dios!* Dos actos exteriores, dos hechos históricos harto significativos, que marcan el comienzo y el final oficiales de su ministerio propiamente dicho, que era establecer el reino de Dios.

En la misma Roma antigua, menos accesible a las exaltaciones místicas del Oriente, se administraba también el bautismo solemne en aquella celebridad de las «Santas lumbreras» —*in Sancta Lumina*—, puesto que el bautismo es la iluminación sobrenatural del alma.

ANDRÉS CAIMARI

Bibliografía

AIGRAIN, R., «Liturgia», en *Encyclopédie populaire des connaissances liturgiques* (París 1931).
CAIMARI, A., *Himnario litúrgico.* I. *Ciclo temporal.*
MEYEMBERG, A., *La práctica del púlpito* (Madrid 1908).
MOLIEN, L. A., *La prière de l'Église,* II (París 1924).
RIGHETTI, M., *Historia de la liturgia,* 2 vols. (BAC, 132 y 144; Madrid 1955 y 1956).
(Puede completarse con la bibliografía del día 1).

APÉNDICE

12 de enero

SAN VICTORIÁN
Abad († ca.560)

Las diócesis de Barbastro-Monzón y Huesca celebran como memoria obligatoria la de San Victorián o Victoriano de Asán, a quien no conmemora el *Martirologio romano.*

Las noticias que se dan de él son en sustancia que se trataba de un hombre religioso natural de Italia, donde fundó diferentes monasterios y hospitales y que en Francia, concretamente en el Languedoc, ejerció un amplio apostolado, pasando luego a la Península Ibérica y asentándose en Asán (Huesca), donde llevó vida de anacoreta. Pero pronto le rodearon discípulos deseosos de seguir su camino de perfección cristiana, lo que le hizo reunirlos en un monasterio, que enseguida llevaría su nombre y llegaría a hacerse famoso. Sus discípulos también florecerían en santidad, contándose entre ellos San Gaudioso, obispo de Tarazona. Victoriano murió ya octogenario.

Cuando tenían sitiada la ciudad de Huesca los aragoneses en la Reconquista se dice que llevaron consigo las reliquias del santo y a su intercesión atribuyeron la toma de la ciudad.

Los PP. Centeno y Rojas, ambos agustinos, que añadieron vidas de santos españoles a la edición del *Año cristiano* de Croisset, de la Librería Religiosa, del año 1853, añaden otras noticias sobre este santo. Dicen que nació en Italia de ilustres progenitores y que le proporcionaron una buena educación literaria y religiosa. Aplicado a las letras humanas, no halló el joven en ellas la sabiduría que buscaba y entonces decidió buscarla en las Sagradas Escrituras, en las que muy pronto fue versado. Su vida de piedad corría pareja con su aplicación a las ciencias sagradas, y este buen ejemplo le atrajo el afecto y la admiración de todos.

Victorián quiso rehuir esta buena fama y, habiendo repartido todo su patrimonio entre los pobres y dedicado otra parte de él a la fundación de casas religiosas y benéficas, con algunos compañeros partió hacia Francia. Aquí se dio a predicar la palabra de Dios con gran fruto de sus oyentes, animados no solamente por la palabra que oían de él sino por el ejemplo de virtud que en él contemplaban. A esta predicación añadió la fundación de varios monasterios donde mucha gente convertida por el a la vida de perfección vino a recogerse.

Pero el santo, cuando vio que de nuevo era objeto de una universal estima y veneración, para huir de ella, dejó Francia, como había dejado Italia, y se vino a España en tiempos del rey Amalarico. Deseoso de vida solitaria y contemplativa, se estableció en un áspero monte, de difícil subida, en la parte occidental de un pueblo llamado Asán, no distante del Monasterio de San Martín, en la región de Huesca. En ese monte edificó un oratorio que dedicó a San Miguel y aquí comenzó a llevar vida contemplativa y penitente. Pero no pasó mucho tiempo sin que por los pueblos de alrededor circulase la fama de santidad del ermitaño y comenzase la gente a subir al monte para pedir sus consejos y sus oraciones, comenzando la fama de que con ellas se obtenía la curación de los enfermos. Entonces la gente le hizo ver al ermitaño la gran dificultad con que se subía a la ermita y le suplicaron se estableciera mejor en algún sitio llano. Movido de su caridad el santo se estableció en la heredad llamada Aserrate, junto al río Cinca, donde labró pobres celdas para él y sus discípulos. Desde ellas voló su fama de santidad por los pueblos de España, llegando el rey Teuda, pese a ser arriano, a oír con gusto los consejos del eremita, que le invitaba siempre a gobernar con justicia y a hacerla observar de todos. Teuda, además, quería colocar a Victorián en las mayores dignidades del reino para que velara él por la justicia, pero Victorián se resistió eficazmente a todos los ofrecimientos regios. Sí tuvo éxito en cambio otra iniciativa que tanto los monjes como el clero propusieron al rey, y fue la de que le confiara la dirección del cercano monasterio de Asán. Esta vez Victorián se vio impelido por la caridad a aceptar y fue nombrado abad del mismo.

Este monasterio era en realidad una laura o conjunto de ermitas en la que cada monje vivía como solitario, y Victorián lo transformó en un cenobio, estableciendo una verdadera vida común. Ella fue fuente de santificación para muchos monjes que acreditaron que el monasterio era una verdadera escuela de perfección cristiana, y además del citado San Gaudioso, florecieron otros monjes que fueron llamados a la dignidad episcopal, como Aquilino de Narbona, Tranquilino de Tarragona, Efronio de Zamora y Vicente de Huesca. Victorián vivió siempre en la austeridad y la pobreza, en el ejercicio de la caridad y las demás virtudes y la fecha de su muerte, cuando ya era octogenario, se sitúa el 12 de enero del 560, en el reinado de Atanagildo.

Hasta aquí las noticias proporcionadas por los dos citados religiosos agustinos.

JOSÉ L. REPETTO BETES

Bibliografía

Acta sanctorum, enero II p.738ss.
AYNSA, F., *Población y excelencia de la ciudad de Huesca* (Huesca 1619).
Bibliotheca sanctorum, XII col.1298.
CROISSET, J., *Año cristiano* (Barcelona 1853).

29 de enero

SANTOS JULIÁN Y SERRANO

Obispos (s. VII)

La venerable Iglesia de Oviedo celebra en el 29 de enero la memoria de los santos Julián y Serrano, obispos. Su celebración viene de muchos siglos y ha sido confirmada por la Santa Sede al admitir esta celebración en la última conformación del propio de los Santos de la Iglesia asturiana con fecha 7 de octubre de 1991. La categoría de la celebración es la de memoria libre.

El motivo de la celebración no es que se trate de santos asturianos o de pastores que fueran de aquella Iglesia diocesana, sino que sus sagradas reliquias se encuentran allí y son veneradas desde hace muchos siglos. En efecto, hay que remontarse a la conquista de España por los árabes en 711 y siguientes y señalar que no pocos cristianos, para huir de caer en sus manos, emigraron hacia el Norte, donde las altas montañas pudieran servirles de baluarte frente a la invasión. Y al huir llevaron consigo, entre otras cosas, las reliquias de santos que se veneraban por el pueblo en aquel tiempo. Algunas de estas reliquias vinieron a quedar depositadas en la llamada Arca Santa, dentro de la denominada Cámara Santa, de Oviedo. Esta Arca Santa fue abierta en el siglo XI en tiempos del rey de Castilla y León Alfonso VI, el mismo que el 25 de mayo de 1085 devolvería a la cristiandad la insigne ciudad de Toledo, capital política y espiritual de España durante la monarquía visigoda.

Las reliquias de estos dos santos, Julián y Serrano, fueron halladas dentro del Arca Santa y de ahí procede la veneración con que la Iglesia asturiana celebra su memoria.

En orden a su identificación hay que decir que el primero es San Julián, metropolitano de Toledo, muerto santamente el año 690 después de haber gobernado sabiamente la Iglesia toledana. De niño había sido ofrecido como oblato a la Catedral, en cuyos claustros se crió. Pasó luego a ser parte de las filas del clero, en las que brilló por su santidad y sabiduría, siendo elegido metropolitano a la muerte de Quirico el año 680. Presidió tres concilios de Toledo y se dice que en tiempos de este metropolitano la sede toledana alcanzó su más alto nivel en la jerarquía eclesiástica nacional.

Aunque su fiesta la celebra la diócesis toledana este día, el *Martirologio romano* nuevo celebra su memoria el día 6 de marzo, y en dicho día se ofrece una oportuna biografía en este nuestro *Año cristiano.*

De San Serrano, en cambio, apenas es posible dar otras noticias que no sean su condición de pastor de la Iglesia, su fama de santidad que hizo que los fieles venerasen su memoria y la inclusión por ello de sus reliquias entre las llevadas a Asturias

cuando los cristianos huyen de la invasión musulmana de comienzos del siglo VIII.

Los datos relativos a la identidad de ambos santos han sido proporcionados por el delegado diocesano de Liturgia de Oviedo, D. José Luis González Vázquez, canónigo de la catedral ovetense.

JOSÉ L. REPETTO BETES

CALENDARIO ESPAÑOL

MEMORIAS QUE CELEBRAN LAS DIÓCESIS ESPAÑOLAS

Día 2	En Granada, la Bienaventurada Virgen María Auxilio de los cristianos.
	En Zaragoza, la Venida de N.ª S.ª del Pilar.
Día 3	En Bilbao, la Dedicación de la Iglesia Catedral.
Día 4	En Zaragoza, Beata Genoveva Torres, virgen.
Día 7	En España, San Raimundo de Peñafort, presbítero.
	En Sevilla y Segorbe, San Juan de Ribera, obispo.
Día 9	En España, San Eulogio de Córdoba, presbítero y mártir.
Día 12	En Barbastro-Monzón y Huesca, San Victorián, abad.
	En León, San Martín de León, presbítero.
Día 14	En Valencia y Orihuela-Alicante, San Juan de Ribera, obispo.
Día 15	En Palencia, San Francisco Fernández de Capillas, presbítero y mártir.
	En Sevilla, San Berardo y compañeros, mártires.
Día 16	En Plasencia, Cartagena y Sevilla, San Fulgencio, obispo.
Día 18	En Urgel, San Jaime Hilario, religioso y mártir.
Día 19	En Sevilla, Málaga, Coria-Cáceres, Cádiz y Asidonia-Jerez, Beato Marcelo Spínola Maestre, obispo.
	En Mérida-Badajoz y Salamanca, San Juan de Ribera, obispo.
	En Córdoba, los santos Gumesindo y Servideo, mártires.
Día 20	En España, San Fructuoso, obispo, y compañeros, mártires.
Día 21	En Cataluña, San Fructuoso, obispo, y compañeros, mártires.
	En Valencia, Beata Josefa M.ª de Santa Inés, virgen.
Día 23	En España, San Ildefonso, obispo.
	En Tortosa, San Francisco Gil de Frederich, presbítero y mártir.
	En Teruel y Albarracín, Santa Emerenciana, virgen y mártir.
Día 24	En Toledo, la conmemoración de la Bienaventurada Virgen María.
Día 27	En Tortosa, San Enrique de Ossó y Cervelló, presbítero.
Día 28	En Cuenca, San Julián, obispo.

Día 29 En Zaragoza, Lérida y Valencia, San Valero, obispo.
En Tortosa, Beato Manuel Domingo y Sol, presbítero.
En Barcelona, San Pedro Nolasco, religioso.
En Oviedo, San Julián y San Serrano, obispos.

Día 30 En Burgos, San Lesmes, abad.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

1. Santos y beatos

Adrián de Canterbury, San († 710), día 9, 204.
Aelredo, San († 1167), día 12, 274-276.
Afraates, San († 378), día 29, 612-613.
Agatón, San († 681), día 10, 240.
Águeda Lin, Sta. († 1858), día 28, 598-599.
Águeda Yi, Sta. († 1840), día 9, 205-206.
Agustín Erlandssön, San († 1188), día 26, 558-559.
Agustín Pak Chong-Won, San († 1840), día 31, 663-664.
Airaldo, Bto. († 1146), día 2, 62.
Albano Roe, San († 430), día 21, 431-433.
Alberico de Cîteaux, San († 1109), día 26, 545-558.
Ambrosio Fernandes, Bto. († 1620), día 7, 182-183.
Ana de los Ángeles Monteagudo, Bta. († 1686), día 10, 228-233.
Anastasio, San († 628), día 22, 460.
Andrés Alfredo Bessette, Bto. († 1937), día 6, 164.
Andrés Chong, San († 1840), día 23, 470.
Andrés Corsini, San († 1373), día 6, 163.
Ángela de Foligno, Bta. († 1309), día 4, 80-86.
Ángela de Mérici, Sta. († 1540), día 27, 561-563.
Antero, San († 236), día 3, 78.
Antonio Abad, San († 356), día 17, 350-358.
Antonio Fatati, Bto. († 1484), día 9, 205.
Antonio María Pucci, San († 1892), día 12, 257-263.
Antonio Swiadek, Bto. († 1945), día 25, 533.
Apolinar el Apologista, San († s. II), día 8, 198-199.
Arcángela Girlani, Bta. († 1495), día 25, 532-533.
Arnoldo Janssen, Bto. († 1909), día 15, 324-332.

Basilio Magno, San († 389), día 2, 43-53.
Basilisa, Sta. († ca.304), día 6, 136-140.
Batilde, Sta. († 680), día 30, 643.
Bautismo de Nuestro Señor Jesucristo, domingo siguiente a Epifanía, 664-671.
Benito Biscop, San († 690), día 12, 253-257.
Berardo, Sto. († 1220), día 16, 349-350.
Bernardo de Corleone, San († 1667), día 13, 277-278.
Bernardo Scammacca, Bto. († 1487), día 11, 249-250.
Boleslava María Lament, Bta. († 1946), día 29, 603-611.

Canuto Lavard, San († 1137), día 7, 180-181.
Carlos de San Andrés, Bto. († 1893), día 5, 129.

Carlos de Sezze, San († 1670), día 6, 148-152.
Carmen García Moyon, Bta. († 1937), día 30, 633-642.
Casimiro Grelewski, Bto. († 1942), día 9, 206.
Cipriano Miguel Iwene Tansi, Bto. († 1964), día 20, 400-406.
Ciriaco Elías Chavara, Bto († 1871), día 3, 71-78.
Columba Marmión, Bto. († 1923), día 30, 621-633.
Conversión de San Pablo (ca.34), día 25, 497-500.
Convoyón, San († 868), día 5, 127.
Cristina de Aquila, Bta. († 1543), día 18, 378.

Daniel, San († s. IV), día 3, 79.
David Galván Bermúdez, San († 1915), día 30, 647-649.
Domingo Pham Trong An Kham, San († 1859), día 13, 297-298.

Eduardo el Confesor, San († 1066), día 5, 99-106.
Eduardo Waterson, Bto. († 1593), día 8, 199.
Emerenciana, Sta. († s. IV), día 23, 469.
Emilio Szramek, Bto. († 1942), día 13, 298.
Enrique de Ossó y Cervelló, San († 1896), día 27, 563-571.
Enrique de Upsala, San († 1160), día 20, 408-409.
Enrique Seuse (Suso), Bto. († 1366), día 25, 510-519.
Epifanía del Señor, día 6, 130-136.
Epifanio de Pavía, San († 496), día 21, 429.
Esteban Harding, San († 1134), día 26, 545-558.
Esteban Min Kukka, San († 1840), día 30, 410-411.
Estefanía Quinzani, Bta. († 1530), día 2, 64.
Eustoquio Calafato, Sta. († 1491), día 20, 409-410.

Fabián, San († 250), día 20, 406-407.
Félix de Nola, San († ca.260), día 14, 299-304.
Francisca de Sales (Leonia) Aviat, Sta. († 1914), día 10, 234-238.
Francisco de Sales, San († 1622), día 24, 473-481.
Francisco Fernández Capillas, San († 1648), día 15, 317-323.
Francisco Javier M.ª Bianchi, San († 1815), día 31, 657-662.
Francisco Rogaczewski, Bto. († 1940), día 11, 251-252.
Francisco Taylor, Bto. († 1621), día 30, 644-645.
Fructuoso, San († 259), día 21, 416-420.
Fulgencio de Écija, San († 632), día 14, 313-314.
Fulgencio de Ruspe, San († 533) día 1, 40.

Gamelberto, San († 800), día 17, 358-359.
Genoveva de París, Sta. († ca.502), día 3, 67-71.
Genoveva Torres Morales, Bta. († 1956), día 5, 112-123.
Gil de Lorenzana, Bto. († 1518), día 10, 242-243.
Gilduino, San († 1077), día 27, 579-580.
Godofredo de Kappenburg, Bto. († 1127), día 13, 295-296.
Gonzalo de Amarante, Bto. († 1259), día 10, 243-244.
Gregorio de Langres, San († 539), día 4, 96.

Gregorio Nacianceno, San († 390), día 2, 43-53.
Gregorio Niseno, San († ca.400) día 10, 238-239.
Gregorio X, Bto. († 1276), día 10, 221-227.
Gúdula, Sta. († ca.712), día 8, 195-198.
Guillermo Carter, Bto. († 1584), día 11, 250-251.
Guillermo de Bourges, San († 1209), día 10, 241-242.
Guillermo Ireland, Bto. († 1679), día 24, 493.
Guillermo José Chaminade, Bto. († 1850), día 22, 443-451.
Guillermo Pattenson, Bto. († 1592), día 22, 461.
Guillermo Repin, Bto. († 1794), día 2, 64-66.
Gumesindo, San († 853), día 13, 295.

Higinio, San († 142), día 11, 246-247.
Hilario de Poitiers, San († 367), día 13, 281-287.
Honorato de Arlés, San († 429), día 16, 348.

Ildefonso de Toledo, San († 667), día 23, 463-468.
Inés, Sta. († ca.304), día 21, 411-415.
Isabel Ana Bayley Seton, Sta. († 1821), día 4, 87-90.

Jacinta Mariscotti, Sta. († 1640), día 30, 615-621.
Jacobo de Castel la Pieve, Bto. († 1304), día 15, 334.
Jaime Hilario Manuel Barbal Cosán, San († 1937), día 18, 379-381.
Jenaro Sánchez Delgadillo, San († 1927), día 17, 360-362.
Jerónimo Lou-Tin-Mey, San († 1858), día 28, 598-599.
Jorge Matulaitis, Bto. († 1927), día 27, 571-578.
José Antonio Tovini, Bto. († 1897), día 16, 344-347.
José Freinademetz, Bto. († 1908), día 28, 599-601.
José María Tommasi Caro, San († 1713), día 1, 17-22.
José Nascimbeni, Bto. († 1922), día 22, 451-459.
José Pawlowski, Bto. († 1942), día 9, 206.
José Pham Trong Cai Ta, San († 1859), día 13, 297-298.
José Vaz, Bto († 1711), día 16, 339-344.
Josefa María de Santa Inés, Bta. († 1696), día 21, 420-428.
Juan Bautista Turpin du Cormier, Bto. († 1794), día 21, 430-431.
Juan Bosco, San († 1888), día 31, 651-657.
Juan Calibita, San († s. V), día 15, 332-333.
Juan de Rávena, San († 595), día 19, 393-394.
Juan de Ribera, San († 1611), día 6, 141-147.
Juan de Teruana, Bto. († 1130), día 27, 581.
Juan Grove, Bto. († 1679), día 24, 493.
Juan Lego, Bto. († 1794), día 1, 41.
Juan María Muzei, San († 1887), día 27, 582.
Juan Nepomuceno Neumann, San († 1860), día 5, 106-108.
Juan Ni Youn Il, San († 1867), día 21, 433-434.
Julián, San († ca.304), día 6, 136-140.

Julián, San (s. VII), día 29, 675-677.
Julián de Cuenca, San († 1208), día 28, 591-596.
Julián Maunoir, San († 1683), día 28, 597-598.

Laura Vicuña, Bta. († 1904), día 22, 461-463.
Lesmes, San († 1097), día 30, 644.
Lorenzo Bâtard, Bto. († 1794), día 2, 64-66.
Lorenzo Justiniano, San († 1456), día 8, 184-188.
Lorenzo Ouang, San († 1858), día 28, 598-599.
Lucas Pham Trong Cai Thin, San († 1859), día 13, 297-298.
Luciano de Antioquía, San († 312), día 7, 180.
Luisa Albertoni, Bta. († 1533), día 31, 663.

Macario de Alejandría, San († ca.408), día 19, 382-388.
Macrina, Sta. († 304), día 14, 312-313.
Manuel Domingo y Sol, Bto. († 1909), día 25, 501-509.
Manuel González García, Bto. († 1940), día 4, 91-96.
Marcela, Sta. († 410), día 31, 662-663.
Marcelo, San († 309), día 16, 335-338.
Marcelo Spínola y Maestre, Bto. († 1906), día 19, 389-393.
Marcolino Amanno, Bto. († 1397), día 2, 63-64.
Margarita Bourgeoys, Sta. († 1700), día 12, 263-269.
Margarita de Hungría, Sta. († 1270), día 18, 363-368.
María Ana Sureau Blondin, Bta. († 1890), día 2, 54-62.
María Luisa Montesinos Orduña, Bta. († 1937), día 28, 601-602.
María Marcelina Darowska, Bta. († 1911), día 5, 108-111.
María Poussepin, Bta. († 1744), día 24, 486-491.
María Repetto, Bta. († 1890), día 5, 13, 128-129.
María Teresa de Jesús Le Clerc, Bta. († 1622), día 9, 200-203.
María Teresa Fasce, Bta. († 1947), día 18, 378-379.
María Teresa Juana Haze, Bta. († 1876), día 7, 171-179.
María, Madre de Dios, Sta., día 1, 4-17.
Mariano Konopinski, Bto. († 1943), día 1, 41-42.
Martín de León, San († 1203), día 12, 276-277.
Mateo Guimerá, Bto. († 1451), día 7, 181-182.
Meinrado, San († 861), día 21, 430.
Melquiades, San († 314), día 10, 217-221.
Miguel Kozal, Bto. († 1943), día 26, 559-560.
Muciano María Wiaux, San († 1917), día 30, 649.

Nicolás Bunkerd Kitbamrung, Bto. († 1944), día 12, 278-280.
Nicolás Gross, Bto. († 1945), día 23, 471-472.
Ninón, Sta. († s. IV), día 14, 313.

Odilón, San († 1048), día 1, 40-41.
Odón de Novara, Bto. († 1200), día 14, 314-315.
Odorico de Pordenone, Bto. († 1331), día 14, 315-316.
Olimpia Olga Bidá, Bta. († 1952), día 28, 602-603.

Pablo, primer ermitaño, San († ca.341), día 10, 207-217.
Pablo Ho, San († 1840), día 30, 646.
Paula Gambara Costa, Bta. († 1515), día 24, 492-493.
Paula Romana, Sta. († 404), día 26, 541-545.
Paulino de Aquileya, San († 802), día 11, 248-249.
Pedro Bonilli, Bto. († 1935), día 5, 124-126.
Pedro de Capitolías, San († 713), día 13, 293-295.
Pedro de Castelnau, Bto. († 338), día 15, 333.
Pedro Donders, Bto. († 1887), día 14, 305-312.
Pedro Francisco Jamet, Bto. († 1845), día 12, 270-274.
Pedro Tomás, San († 1366), día 6, 162-163.
Pedro Urséolo, San († 988), día 10, 241.
Popón, San († 1048), día 25, 531-532.

Rafaela María del Sagrado Corazón, Sta. († 1925), día 6, 152-162.
Raimundo de Peñafort, San († 1275), día 7, 165-170.
Regina Protmann, Bta. († 1613), día 18, 369-377.
Remigio de Reims, San († ca.530), día 13, 287-293.
Remigio de Ruán, San († ca.765), día 19, 394-395.
Renato Lego, Bto. († 1794), día 1, 41.
Rigoberto de Reims, San († 743), día 4, 97.
Roberto de Molesmes, San († 1110), día 26, 545-558.
Rosalina, Sta. († 1329), día 17, 359-360.

Sebastián Valfré, Bto. († 1710), día 30, 645-646.
Sebastián, San († ca.304), día 20, 396-400.
Segismundo Gorazdowski, Bto. († 1920), día 1, 35-39.
Segismundo Pisarski, Bto. († 1943), día 30, 650.
Serrano, San (s. VII), día 29, 675-677.
Servideo, San († 853), día 13, 295.
Severino, San († 482), día 8, 189-194.

Telesforo, San († 136), día 2, 62.
Teodosio Cenobiarca, San († 529), día 11, 247-248.
Teresa Grillo Michel, Bta. († 1944), día 25, 519-531.
Teresa Kim, Sta. († 1840), día 9, 205-206.
Timoteo Giaccardo, Bto. († 1948), día 24, 482-486.
Timoteo, San, día 26, 534-541.
Tito, San, día 26, 534-541.
Tomás de Aquino, Sto. († 1274), día 28, 583-591.
Tomás de Cori, Sto. († 1729), día 11, 244-246.
Tomás Khuong, Sto. († 1860), día 30, 647.
Tomás Plumtree, Bto. († 1570), día 4, 97-98.

Valero de Zaragoza, San († 305 o 316), día 22, 459-460.
Verónica de Binasco, Bta. († 1497), día 13, 296.
Vicente, San († 304), día 22, 435-439.
Vicente Lewoniuk, Bto. († 1874), día 24, 494-496.

Vicente María Strambi, Sto. († 1824), día 1, 22-29.
Vicente Pallotti, San († 1850), día 22, 439-442.
Victorián, Sto. († ca.560), día 12, 673-675.
Vilana de Botti, Bta. († 1361), día 29, 613-614.
Vitaliano, San († 672), día 27, 578-579.
Vulstano de Worcester, San († 1095) día 20, 407-408.

Zedislava de Lemberk, Sta. († 1252), día 1, 30-35.

2. Colaboradores

Aguilar, J. M. 583-591.
Alcántara, P. de 350-358.
Alonso Blanco de la Dolorosa, P. 22-29.
Andrés Martín, M. 217-221.
Arnaldich, L. 207-217.
Arteaga, C. de 541-545.
Aunós, E. 67-71.

Caimari, A. 664-671.
Castro, M. de 615-621.

Díaz Fernández, J. M.ª 87-90 94-96 482-486.
Domínguez del Val, U. 281-287.

Echeverría, L. de 473-481.
Escribano, I. 497-500.

Ferrando Roig, J. 396-400 435-439.
Ferri Chulio, A. de S. 108-111 124-126 234-238 389-393 439-442.
Fierro, R. 651-657.
Fita Revert, R. 200-203 344-347.
Franquesa, A. M. 130-136.

Garganta, J. M. de 165-170.
Garrido Bonaño, M. 106-108 244-246 561-563.
Gil Imirizaldu, P. M. 571-578.
González, A. 633-642.
González, M. 335-338.
González Rodríguez, M.ª E. 112-123 228-233 563-571.
González Villanueva, J. I. 35-39 305-312 324-332 339-344.

Hortelano, A. 195-198.

Iniesta Collant-Valera, E. 99-106 189-194.

Jiménez Duque, B. 510-519.

Langa, P. 420-428 443-451 603-611.
Llorca, B. 221-227 253-257 287-293 382-388.

Mañas, R. L. M.ª 4-17 519-531.
María de la Eucaristía 411-415.
Maroto Herranz, A. 171-179 369-377.
Melendres, M. 416-420.
Montero Moreno, A. 184-188.
Moral, T. 621-633.

Pérez Suárez, L. M. 400-406 451-459 545-558.
Pou y Martí, J. M.ª 148-152.

Repetto Betes, J. L. 30-35 40-42 54-62 62-66 71-79 96-98 127-130 162-164 180-183 198-199 204-206 238-244 246-252 274-280 293-298 312-316 332-335 348-350 358-362 378-381 393-395 406-411 429-434 459-463 469-472 486-496 531-533 558-

560 578-582 597-603 612-614 643-651 662-664 673-677.
Rey Palomero, A. del 591-596.
Riesco Pontejo, P. 317-323 363-368.
Ríus Serra, J. 657-662.
Rivera Recio, J. F. 463-468.
Robres Lluch, R. 141-147.
Rullán Ferrer, P. A. 17-22.
Sánchez, E. 152-162.
Sendín Blázquez, J. 43-53.
Soria, V. 136-140.

Useros Carretero, M. 257-263.

Vázquez, I. 80-86.
Velado Graña, B. 263-269 270-274 501-509 534-541.
Vives, J. 299-304.

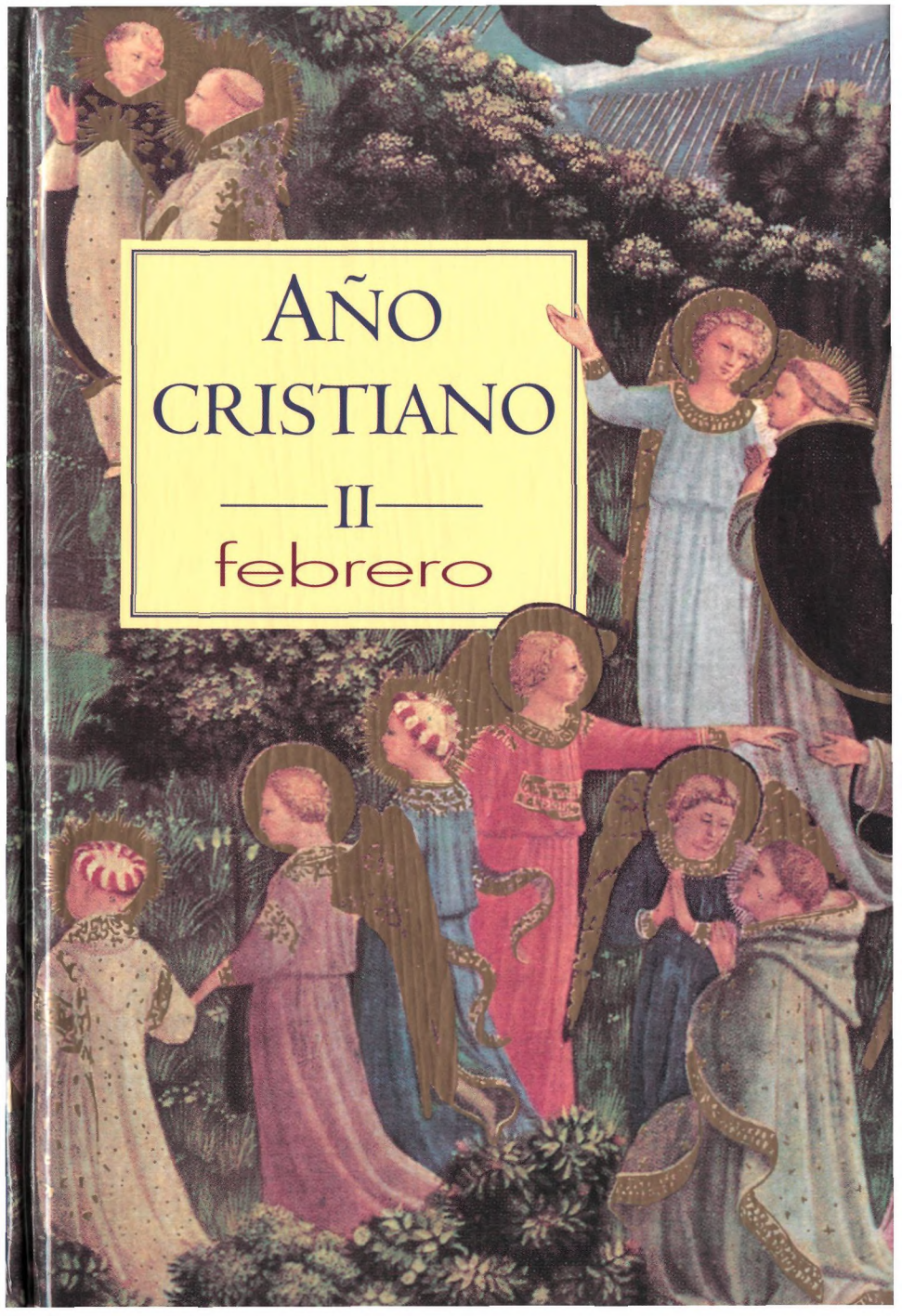

AÑO CRISTIANO

II

febrero

AÑO CRISTIANO

II

Febrero

COORDINADORES
Lamberto de Echeverría (†)
Bernardino Llorca (†)
José Luis Repetto Betes

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS
MADRID • 2003

Ilustracion de portada *Juicio final* (detalle), Fra Angelico

Guardas *El juicio universal* (detalle), Giovanni di Paolo

Diseño BAC

© Biblioteca de Autores Cristianos
Don Ramon de la Cruz, 57, Madrid 2003
Deposito legal M 51 998 2003
ISBN 84-7914-629-X (Obra completa)
ISBN 84 7914 636-2 (Tomo II)
Impreso en España Printed in Spain

ÍNDICE GENERAL

Págs.

COLABORADORES IX

PRESENTACIÓN XI

NOTA INTRODUCTORIA XV

Santoral de febrero (martirologio, biografías extensas y biografías breves) 3-613

APÉNDICE 615

CALENDARIO ESPAÑOL: MEMORIAS QUE CELEBRAN LAS DIOCESIS ESPAÑOLAS 623

ÍNDICE ONOMASTICO 625

COLABORADORES

A) BIOGRAFIAS EXTENSAS

ALBALA, Alfonso
ÁLVAREZ NAVARRETE, Anselmo, OSB (Valle de los Caídos)
ARADILLAS AGUDO, Antonio
ARTEAGA, Cristina de, OSH
CAMBA, Francisca, ACI
DIAZ FERNANDEZ, José María
ECHEVERRIA, Lamberto de
ESCOBAR, Juan, OFM
FÁBREGA GRAU, Ángel
FAGOAGA, Blas
FERRI CHULIO, Andrés de Sales
FITA REVERT, Ramón
GALLASTEGUI, Luis, CM
GARCIA LAHIGUERA, José M.ª
GARCIA MORENTE, Almudena
GARRIDO BONAÑO, Manuel, OSB (Valle de los Caídos)
GIL IMIRIZALDU, Plácido Miguel, OSB (Leyre)
GONZALEZ MOLINA, Antonio, SI
GONZÁLEZ RODRIGUEZ, M.ª Encarnación
GONZALEZ VILLANUEVA, José Ignacio, OSB (Valle de los Caídos)
HUERGA, Álvaro, OP
JESUS DE LA VIRGEN DEL CARMEN, OSST
LANGA, Pedro, OSA
LLABRES, Pere
LLIN CHAFER, Arturo
LLORCA, Bernardino, SI
MARIA DE SAN PEDRO ALCANTARA, MR
MAROTO HERRANZ, Alfredo, OSB (Valle de los Caídos)
MARTIN HERNANDEZ, Francisco
MARTINS, Mario, SI
MONTULL BELIO, Joaquín, OSB (Valle de los Caídos)
MORAL, Tomás, OSB (Valle de los Caídos)
MORILLO, Santiago, SI
MUNDO, Anscario, OSB
PEREZ SUAREZ, Luis M., OSB (Leyre)

REPETTO BETES, José Luis
SEGOVIA, Augusto, SI
SENDÍN BLÁZQUEZ, José
TELLECHEA IDÍGORAS, José Ignacio
VELADO GRAÑA, Bernardo
VIGURI, María Ángeles, ODN
VIVANCOS, Miguel C., OSB
VIVES, José

B) BIOGRAFIAS BREVES

REPETTO BETES, José Luis

PRESENTACIÓN

Tras largos años de total *agotamiento editorial* vuelve ahora felizmente al catálogo de la BAC una obra que ocupaba en él un puesto relevante y que fue, durante décadas, alimento espiritual seguro y sabroso para infinidad de lectores: el AÑO CRISTIANO.

Quede, ante todo, constancia de la satisfacción con que la BAC devuelve al público lector —y en cierto modo a toda la Iglesia de habla española— esta obra preciada que tanto se echaba de menos y que nos era requerida con insistencia por muchos lectores y amigos. Larga ha sido la espera. Pero la BAC se complace ahora en relanzar un AÑO CRISTIANO compuesto y acicalado como lo piden las circunstancias eclesiales y articulado en doce volúmenes que irán apareciendo sucesivamente y que ofrecerán al lector la variedad y la riqueza del entero santoral de la Iglesia católica.

Las razones del dilatado eclipse que ha sufrido el AÑO CRISTIANO a pesar de su notorio éxito editorial de antaño son pocas y escuetas. Y muy fáciles tanto de explicar cuanto de entender.

El proceso de aceleración en canonizaciones y beatificaciones que ha experimentado la Iglesia después del Vaticano II —y muy singularmente en el pontificado del Papa Wojtyla— obligaba obviamente a complementar, corregir y ajustar el venturoso descalabro que el tiempo iba originando en los bosques y jardines de la hagiografía cristiana del pasado. Se imponían una poda y una plantación de renuevos cuya envergadura queda ahora patente en el estirón —de cuatro a doce— que ha experimentado este AÑO CRISTIANO.

Semejante tarea de revisión y actualización la hubiera emprendido la BAC. Era su obligación y su deseo. Pero su efecto habría sido precario. El pontificado de Juan Pablo II estaba ya demostrando con creciente evidencia que la santidad cristiana es una realidad de cada día y de cada latitud; que, por consiguiente, el martirologio o santoral, lejos de ser memoria fosili-

zada, es un caudal fresco y abundante que riega generosamente el hoy de la Iglesia. ¿Cómo intentar la actualización de algo que cambia y crece sin cesar?

Por otra parte, es sabido que el Concilio Vaticano II, en su constitución *Sacrosanctum Concilium,* ordenó la revisión y adaptación de todos los libros litúrgicos. El mandato alcanzaba también al Martirologio o Santoral, libro litúrgico de pleno derecho y de peculiar significación y complejidad dadas sus implicaciones históricas que requerían estudios críticos minuciosos y especializados. La tarea de su revisión podía resultar dilatada. ¿Cómo arriesgarse como editorial responsable a componer un AÑO CRISTIANO sin contar con la referencia obligada del Martirologio romano ya autorizadamente puesto al día? ¿No había que sacrificar las prisas editoriales o comerciales a la firmeza histórica y a la seguridad doctrinal que ofreciera la edición posconciliar? ¿No era ésa la mejor forma de servir a los intereses de los lectores?

El proceso de reforma y adaptación del martirologio romano ha durado desde 1966 hasta 2001, año en que apareció finalmente la llamada «edición típica». Una espera que ha otorgado al Martirologio romano una mayor credibilidad histórica, un orden hagiográfico más acorde con la doctrina y las reformas derivadas del Vaticano II y, en consecuencia, mayor fiabilidad para la vida litúrgica y la piedad cristiana.

Contando ya con la pauta insoslayable del martirologio reformado y renovado, se imponía ponerlo cuanto antes al servicio de los lectores y usuarios de habla castellana, tanto en España como en Hispanoamérica. Es un reto que la BAC ha asumido con responsabilidad editorial y que trata ya de cumplir con prontitud y rigor.

Estoy seguro de que nuestros lectores compartirán con la BAC la impresión de que la larga y obligada espera que ha tenido que observar nuestro AÑO CRISTIANO no le priva de sentido ni de oportunidad. Todo lo contrario. El momento presente, con sus grandezas y miserias, con sus luces y sombras en la parcela de lo religioso, hace especialmente atinada la publicación de un santoral serio y documentado de la Iglesia católica.

Son tiempos, los nuestros, de secularización que quiere decir, lisa y llanamente, de descristianización. A su sombra, las verdades de la fe y los juicios de la moral cristiana pierden vigencia y hasta significado. Algo que ocurre también en el terreno de la hagiografía. No es que haya desaparecido el culto a los santos, pero sí se ha nublado en buena parte su relevancia para la vida cristiana. Con la ignorancia ha sobrevenido la confusión. La cantera del santoral para dar nombres de pila a las personas está en declive. El conocimiento de las vidas de los santos se ha reducido hasta confundirlos con héroes o dioses de los martirologios paganos. Se ha acentuado, aún entre los que se profesan devotos de advocaciones concretas, la brumosidad de los contornos y de los conceptos.

En paralelo con el desconocimiento correcto de las hagiografías, han proliferado las supersticiones y las desviaciones de lo que debería ser una auténtica veneración de los santos. Se observa una notoria reducción de la piedad al utilitarismo. A los santos se los mete cada vez más en la zambra de los videntes, los adivinos, las cartas, la superchería y las voces de ultratumba. Ahora hay santorales para agnósticos y santorales de puro humor a costa de los santos que pueden alcanzar cotas notables de acidez o de impiedad. ¿No es el caso, nada infrecuente, de anuncios y montajes publicitarios a cargo del santoral y al servicio de cualquier producto en el mercado?

El servicio que la BAC pretende prestar con este renovado AÑO CRISTIANO a sus lectores y a la Iglesia tiene perfiles muy precisos.

Principalmente, la mejora de los recursos didácticos para una sabia y atinada catequesis. Los santos, sus vidas y ejemplos, son fuente inagotable para la educación cristiana. No es su utilidad terapéutica o milagrera lo que de ellos nos interesa, sino la enseñanza cristiana que se deriva de sus virtudes y conductas como testigos de Jesucristo, como reflejos de su vida y como *caminos* que nos llevan al *Camino* por excelencia, que es Él.

Este AÑO CRISTIANO no pretende, por tanto, fomentar la *santería* en detrimento de la *cristería,* dicho en términos populares. Muy al contrario, es una contribución a la *Cristología* a través de la *hagiografía.*

Algunos pastores y pastoralistas han alertado sobre el peligro de que el culto a tantos santos y beatos, la proliferación de tantas devociones particulares, pudiera difuminar, como *efecto colateral,* el aprecio central e irremplazable de Jesucristo. Sería aquello de que los árboles no dejaran ver el bosque.

Ni el peligro ni la advertencia son sólo de hoy. Léanse si no las constituciones conciliares *Lumen gentium* y *Sacrosanctum Concilium.* También la introducción que figura en la edición típica del Martirologio romano.

En cualquier caso, la BAC pone ahora en circulación esta nueva edición de su AÑO CRISTIANO como homenaje a Jesucristo cumbre de la santidad y modelo de todos los santos y beatos que la Iglesia ha reconocido a lo largo de los siglos como seguidores e imitadores del Maestro. «Por la hagiografía al Cristocentrismo» podría ser el lema de ese propósito editorial.

Perfiladas las circunstancias y las intenciones de esta obra, nada he de decir sobre su articulación, ni sobre los criterios metodológicos o redaccionales que se han seguido en su elaboración. Tanto estos como otros particulares técnicos que ayudarán en su utilización figuran en la *nota introductoria* preparada por el coordinador de la edición.

Con laudes o elevaciones solían cerrar sus páginas los santorales antiguos. La BAC se suma al amén, así sea, que venía después. Y se permitirá a la vez (no podía ser de otra manera) confiar el buen fruto de esta obra a la intercesión de todos los santos y beatos que —sin distinción de grado, sexo o condición— poblarán las páginas de este AÑO CRISTIANO renacido en los umbrales todavía del tercer milenio.

JOAQUÍN L. ORTEGA
Director de la BAC

NOTA INTRODUCTORIA

Definido el propósito de reeditar el AÑO CRISTIANO, empezamos por fijar criterios que sirvieran de guía para la nueva edición, y que ahora exponemos para información del lector y facilidad de su uso.

En primer lugar se fijó el criterio de que, con muy escasas excepciones, se reeditaría todo el conjunto de artículos que componía la segunda edición, la de 1966. Su texto no ha sufrido revisión ni variación. Va tal cual lo escribieron en su tiempo los diferentes y acreditados autores que lo firman. En el fondo no han tenido más añadidura que la referencia a la canonización de aquellos santos que entonces eran solamente beatos. Y esas excepciones son sobre todo las debidas a las variaciones introducidas por el nuevo Misal de Pablo VI, de 1969, que tiene algunos cambios en la denominación de fiestas, como la del 1 de enero, o en el santoral.

Pero no se quería simplemente reeditar, sino que se quería también completar y poner al día. Para completar, hemos añadido santos o beatos importantes anteriores a las últimas canonizaciones y beatificaciones y que en su día no se biografiaron en las primeras ediciones. Para poner al día, hemos añadido los nombres de muchos santos y beatos que en estos últimos tiempos han sido declarados tales por la Iglesia, y cuyo número, como es bien sabido, es grande.

Nos pareció que saldría una obra demasiado abultada si a cada uno de todos estos santos o beatos les señalábamos una nota biográfica de la misma extensión que las de las ediciones anteriores. Y para evitar ese tamaño demasiado crecido pero para no pasarlos tampoco en silencio hemos dividido las biografías en *extensas* y en *breves*. El criterio seguido para asignar a un santo o beato una biografía extensa o breve ha sido el de su importancia en el santoral: por ser más o menos conocido, por ser significativo de un tiempo o una situación, o por ser intere-

sante al público de habla hispana, o por ser fundador o fundadora de una comunidad religiosa, a todos los cuales fundadores o fundadoras hemos tomado el criterio de dedicar una biografía extensa. Y naturalmente hemos tenido en cuenta el cada día mayor santoral de las iglesias iberoamericanas.

Hemos añadido también artículos referentes a los tiempos litúrgicos, p. ej. *Cuaresma,* ya que son parte importante y vital de lo que se llama el año cristiano.

Y hemos añadido a cada día su martirologio o lista de los santos y beatos que para esa fecha señala el Martirologio romano. De esta forma, cada día puede saber el lector cuáles son los santos que la Iglesia conmemora, y de la mayoría de ellos tiene una nota biográfica, extensa o breve.

Esta obra sigue el nuevo *Martirologio romano* que, como edición típica, ha sido publicado el año 2001. Este seguimiento ha hecho que no demos entrada en el *Año cristiano* sino a los santos y beatos que en dicho Martirologio se recogen, enviando al apéndice las notas biográficas de otros que no están incluidos en él pero que pueden resultar interesantes, por ejemplo, por celebrarlos, en su propio de los santos, alguna diócesis española. De todos modos son muy pocos. Igualmente ha obligado el seguimiento del nuevo Martirologio romano a resituar no pocas biografías que en las ediciones anteriores se encontraban en otras fechas y que han sido pasadas al día que ahora se les asigna.

Nos parece que este criterio de seguir el nuevo Martirologio no necesita defensa. Pues aunque se le hayan encontrado al texto del mismo algunos fallos de detalle, sustancialmente es un texto definitivo. No olvidemos que el Martirologio es un libro litúrgico, editado por la Congregación del Culto Divino y de la Disciplina de los Sacramentos, promulgado por la autoridad del Romano Pontífice, cumpliendo una determinación del Concilio Vaticano II. Se trata del registro oficial de santos y beatos que hace para su uso la Iglesia Romana y que tiene vigencia en todo el ámbito, tan mayoritario dentro de la Iglesia, del rito romano. Hay que decir que en su actual edición se ha hecho una grande e inmensa labor, verdaderamente meritoria, y que con ella se ha cumplido el objetivo conciliar de máxima historicidad, y el de

poner al día esta lista oficial con la añadidura no solamente de los nuevos santos sino también de los beatos, ya que, aunque en distintos niveles, unos y otros reciben legítimamente culto público en la Iglesia.

Con respecto a la bibliografía digamos que hemos seguido el criterio que se usó en las ediciones anteriores. Se ofrece en el primer volumen una bibliografía general actualizada. En ella se indican las obras que se refieren a todo el calendario o a una parte de él, por ejemplo, el santoral de una nación, el de una congregación u orden religiosa, el de los mártires de una persecución, etc. La bibliografía específica de cada santo o beato de las biografías extensas va al final de cada una de ellas.

Hemos pensado que con estos criterios volvemos a darle al lector el ya clásico AÑO CRISTIANO de la BAC pero con ampliaciones y mejoras que esperamos merezcan su atención.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES
Coordinador

AÑO CRISTIANO

II

Febrero

1 de febrero

A) Martirologio [1]

1 En Frigia, conmemoración de San Trifón (s. III), mártir

2. En Rávena (Flaminia), San Severo († luego de 342), obispo.

3 En Saint-Paul-Trois-Châteaux (Francia), San Pablo (s. VI), obispo

4 En Kildare (Irlanda), Santa Brígida († ca 521), abadesa, patrona de la nación **

5 En Aosta (Los Alpes), San Urso, presbítero (antes del s IX)

6. En Puy (Aquitania), San Agripano (s. VII), obispo y martir

7 En Metz (Austrasia), San Sigisberto III († 656), rey, favorecedor de los pobres y constructor de monasterios *.

8 En Ciruelos (España), San Raimundo de Fitero († 1163), fundador de la Orden de Calatrava **.

9 En Saint-Malo, San Juan de la Cratícula († 1163), abad y obispo, que había sido monje bajo San Bernardo

10 En París, Beato Reginaldo de Orleáns († 1220), presbítero y religioso dominico *.

11. En Castelfiorentino (Toscana), Beata Viridiana († 1242), virgen y reclusa *.

12 En Scalambra (Lacio), Beato Andrés dei Conti di Segni († 1302), presbítero, religioso franciscano y ermitaño *

13. En Dublín (Irlanda), los beatos Cornelio O'Devany, obispo de Down, y Patricio O'Lougham, presbitero († 1612), mártires bajo el rey Jacobo I *

14. En Londres, San Enrique Morse († 1645), presbitero, de la Compañía de Jesús, y mártir bajo el rey Carlos I *.

15. En Angers (Francia), el martirio de las beatas Ana Maria Vaillot y cuarenta y seis compañeras (Otilia Baumgarten, religiosa, las tres hermanas Gabriela, Susana y Petrina Androuin, Victoria Bauduceau, madre de familia, Francisca Bellanger, Petrina Besson, Magdalena Blond, Juana Bourigault, Renata Cailleau, madre de familia, María Cassin, viuda, María Juana Chauvigné, madre de familia, Simonne Chauvigné, esposa, Catalina Cottonceau, Carola Dhabi, Luisa Rallier de la Tertinière, viuda, y su hija Luisa Amada Dean de Luigné, María Fausseusse, viuda, Juana Fouchard, viuda, María Galard, esposa, María Gesnier, esposa, María Grillard, Renata Grillard, Petrina María Grille, Juana Gruget, viuda, Ana Hamard, Petrina Ledoyen, María Lenée, esposa, María Leroy, esposa, María Leroy-Me-

[1] Los asteriscos que aparecen en el martirologio hacen referencia a las biografias que siguen a continuacion, que seran extensas (**) o breves (*)

rit, Renata Martin, esposa, Francisca Michau, Jacobina Monnier, Francisca Pagis, esposa, Magdalena Perrotin, esposa, María Pichery, viuda y madre de familia, María Rouault, viuda, Petrina Carola Phélyppeaux, madre de familia, Petrina Juana Sailland d'Espinaz, madre de familia, y sus hijas Juana María y Magdalena, Francisca Bonneau, Renata Valin y Ana Francisca de Villeneuve), que fueron martirizadas durante la época del Terror en la Revolución Francesa († 1794) *.

16. En Seúl (Corea), los santos Pablo Hong Yongju, catequista, Juan Yi Munu, activo seglar, y Bárbara Ch'oe Yong-i, viuda, mártires († 1840).

17. En Turín (Piamonte), Beata Juana Francisca de la Visitación Ana Michelotti († 1888), fundadora de la Congregación de Hermanitas del Sagrado Corazón **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTA BRÍGIDA DE KILDARE

Abadesa († ca.521)

Es conveniente acercarse a la vida de Santa Brígida a través de dos tramos consecutivos. El primero es relatar lo que una seria investigación histórica propone como cierto o altamente probable; el segundo es acercarnos con ojos limpios y sencillos a lo que la tradición y devoción nos ha conservado. Uno y otro son necesarios para comprender el alcance de una vida que han fundamentado una fe y una religiosidad que caló muy hondo en un pueblo recién convertido al cristianismo.

El primer tramo es realmente muy breve y lo podemos resumir así: Brígida de Kildare —también conocida en antiguas hagiografías como Brígida de Escocia— nació en Fochard (Fothairt), en Ulster, poco después de que Irlanda fuera bendecida por la luz de la fe, hacia el año 450. Su padre, del clan cercano a los de los Lagin, fue Dubthoch y su madre, Broicsech, cuenta la tradición, fue una sierva, de la que tuvo Dubthoch a Brígida, fuera del matrimonio. Recibió el velo de las vírgenes en su juventud, de las manos de San Mel (Machill), sobrino y discípulo de San Patricio. Vivió sola y retirada en una celda bajo un gran roble, de ahí el nombre de Kill-dara, o celda del roble. Como era costumbre en la época se le unieron posteriormente muchas doncellas, y Kill-Dara se convirtió en un monasterio que, en si-

glos sucesivos, dio vida a otros muchos por toda Irlanda. Murió Santa Brígida entre los años 518 al 521.

Las cinco vidas que la antigua tradición nos ha transmitido son un relato ejemplar y maravilloso de milagros y obras de caridad que explica la grandísima veneración en que siempre la tuvo el pueblo irlandés.

Floreció en los inicios del siglo VI, como se dice en el martirologio de Beda, y en todos los demás desde esta época. En Irlanda tiene dedicadas muchas más iglesias que el mismo San Patricio. Su culto se propagó enseguida por Escocia e Inglaterra. De ahí pasó al continente y se extendió por el área norte o sajona de Europa, descendiendo, en ocasiones, a Francia e Italia.

Su cuerpo era venerado con los de San Patricio y San Columba, en un triple panteón en Down-Patrick, al menos desde 1185, como nos informa Giraldus Cambrensis. Los tres fueron trasladados a la catedral de esta misma ciudad. Pero en tiempos de la reforma anglicana y protestante fueron destruidos sus sepulcros y dispersadas sus cenizas.

Para recorrer el segundo tramo es preciso, primero, abordar una tradición recogida y escrita en un tiempo relativamente cercano a la vida de Santa Brígida, pues la *Vita* escrita por Cogitosus es sólo un siglo posterior, el VII; y, segundo, comprender que en la alta y baja Edad Media hay un género literario para escribir las vidas de los santos, bastante distanciado del nuestro, que tenía una misión ejemplarizante y catequética para con el pueblo sencillo. Como sucede con el Evangelio de Jesús, la vida, las parábolas y el ejemplo llegan mejor a los rústicos entendimientos que los conceptos o los fríos datos de unas fechas o unos nombres.

La vida de Santa Brígida es un faro de luz para los pueblos escotos de la Irlanda del norte recién convertidos por San Patricio y arraigados todavía en las oscuras raíces de la superstición y la idolatría. Entender, seguir y enseñar la doctrina cristiana en aquellas épocas era una ardua tarea que la obra de Dios consigue con los signos maravillosos de su providencia y que realiza por obra de los santos. Ciertamente no podemos entrar a valorar la exactitud y la certeza de los relatos múltiples y variados

que de Santa Brígida nos han legado sus cinco *Vitae,* pero sería caer en un error menospreciarlos y «ponerlos bajo el celemín».

Las maravillas, milagros y prodigios que nos relata la tradición no están muy lejos de otros prodigios y sucesos no menos «arduos» y «misteriosos» que han ocurrido en nuestros días. En general, la cercanía a algunos de los episodios de la vida de santos modernos como San Juan M.ª Vianney, Don Bosco, el P. Pío, y por qué no recordar el milagro de la multiplicación del arroz de San Juan Macías, impide que no sean tomados con seriedad y rigor histórico. Rechazar, pues, de entrada y por principio, los relatos y prodigios de los santos de la antiguedad porque no hubo «luz y taquígrafos» en el preciso momento, nos parece un contrasentido que va contra el valor evangélico de los «signos» que Dios realiza en cada momento de la historia para salvar a su pueblo y encaminarle por el sendero de la fe.

Iluminados con estos criterios, es posible adentrarse en la vida «prodigiosa» de Santa Brígida en la que, a falta de un conocimiento expreso de su vida interior, nos queda una muestra palmaria de su donación virginal a Jesucristo mediante una vida completamente entregada a socorrer, aliviar y salvar al pueblo que vivía en su entorno.

Así pues, respetando casi íntegramente el lenguaje y el estilo decimonónico, nos atrevemos a trasladar aquí lo que escribe la edición de Croisset de 1862 en una traducción del jesuita P. Isla, entresacándola de las *Vitae* de las *Acta sanctorum;* eso sí, hay que hacer una aclaración: la selección hecha por Croisset es sesgada, elimina los relatos de milagros con alimentos y animales que realizó la Santa a favor de sus coetáneos y de los que está llena la vida de Santa Brígida, uno de cuyos signos iconográficos es ser representada con una vaca o buey a sus pies. Esto ya indica cómo en todas las épocas los prejuicios del más diverso género distorsionan la historia y llegan a enjuiciar negativamente los signos por los que Dios salva y consuela a su pueblo y que se complace en guiarnos a través de los signos más humildes y sencillos de su creación. Sea como fuere, he aquí la selección resumida del jesuita Croisset:

> «Maravilloso es Dios en sus obras e infinita su bondad, pues saca bien de nuestros males, y por los pecados de los padres no condena las almas de los hijos, antes, muchas veces escoge de las

espinas rosas, y produce luz de la oscuridad de la noche. Vese esto ser verdad en la vida de Santa Brígida, virgen escocesa, que fue de esta manera:

»Hubo en Escocia un hombre llamado Duptaco, que compró una esclava de buen parecer y de buenas costumbres, a la cual se aficionó de manera, que quedó preñada de él. La mujer de Duptaco cuando supo el mal recado, sintiólo mucho: indignóse contra su marido, y procuró que vendiese la esclava y la echase de su casa; y no bastaron ruegos, ni amonestaciones, ni aun algunas revelaciones que tuvieron dos obispos, siervos de Dios, del tesoro que tenía la esclava en su vientre, para que se sosegase la buena mujer, hasta que vio la esclava fuera de su casa.

»Parió a su tiempo una hija, y llamáronla Brígida, y siendo ya algo crecida en edad, el padre la trajo a su casa, y allí la crió con mucho cuidado, porque era muy honesta, humilde, callada, obediente, y sobre todo muy caritativa y limosnera, dando a los pobres todo lo que podía haber de la casa de su padre. Con esta tan grande virtud del alma se juntaba una extremada belleza del cuerpo y particularmente del rostro, y una lindeza de ojos que robaba los corazones de los que la miraban. Pretendieron muchos casarse con ella por su rara hermosura. Su padre le habló, y le dijo que escogiese por marido uno de los muchos que la pedían, porque él ya no se podía valer con ellos ni sabía qué responderles; mas Brígida tenía otros intentos, y deseaba sobremanera tomar a Jesucristo solo por su esposo y consagrarle su perpetua virginidad, y sabiendo que la hermosura de sus ojos era la que hacía guerra, se puso en oración, y con grande afecto y muchas lágrimas suplicó a Nuestro Señor le afease el rostro de suerte, que ninguno la codiciase ni la quisiese por mujer. Oyóla el Señor, y perdió un ojo. Quedó la Santa doncella tan fea, que ninguno la pidió más por mujer; antes su padre le dio licencia para retirarse a servir a Nuestro Señor, que era lo que ella tanto deseaba.

»Al tiempo de tomar el velo de las vírgenes de mano del obispo, que se llamaba Machila, discípulo de San Patricio, vio el obispo sobre la cabeza de Brígida una columna de fuego, y bajando ella la cabeza, tocó con su mano el pie del altar, que era de madera seca, y luego en tocándola reverdeció, y el ojo de la virgen quedó sano, y su rostro tan hermoso como antes; porque el Señor no quiso que la que por no perder su limpieza había querido perder la belleza del cuerpo, quedase con fealdad alguna. Cosa sería larga de referir las raras y excelentes virtudes de esta sagrada virgen, y los muchos y grandes milagros que el Señor obró por ella, pero diremos algunos.

»Convidóla una vez una doncella; estando en la mesa vio Santa Brígida un demonio que estaba sentado junto a la doncella que la había convidado. Preguntóle la Santa qué hacía allí, y a qué había venido. Y él respondió que la flojedad y pereza de aquella doncella

le había traído, porque hallaba muy buena morada en ella, como el demonio respondiese estas palabras claramente y de manera que la doncella las pudo oír, y hecha la señal de la cruz sobre sus ojos, había visto a aquella bestia espantosa echar llamas de su cabeza, reconoció su culpa, y enmendo su vida, y de allí adelante quedó libre de aquel monstruo infernal.

»Trajo una mujer ciertas manzanas presentadas a Santa Brígida a tiempo que unos pobres leprosos llegaban a la puerta a pedir limosna. Díjola la virgen que diese las manzanas a aquellos pobres, y la mujer, o por asco o por miseria, no se las quiso dar, y respondió que para ella y para sus monjas, no para los leprosos, habia traído las manzanas Reprendióla Brígida, y con espíritu profético le dijo que en castigo de aquel pecado se secarían los árboles de su huerta, y perpetuamente serían estériles, y así fue

»Una mujer flaca y ruin parió un hijo, y para cubrir su maldad echó la culpa a un santo obispo, diciendo que había concebido de él. Llamóla Santa Brígida, y preguntóla cuyo era aquel hijo, y ella con mucha desenvoltura y desverguenza dijo que era del obispo. Entonces Brígida hizo la señal de la cruz sobre la boca de la mujer, y al momento se le hinchó la lengua Hizo asimismo la cruz sobre la lengua del niño, y preguntóle quién era su padre; y respondió el niño que no era el obispo, sino un vil y desdichado hombre. Y con esto se supo la verdad, y el obispo quedo con su honra, y la pobre mujer hizo penitencia de su pecado, y loaron todos al Señor.

»Una doncella principal, hija de un gran señor, había dedicado su virginidad con voto y tomado a Cristo por esposo; pero el padre hizo fuerza a su hija para que se casase El día de las bodas, estando el convite aparejado, la doncella secretamente huyó de la casa de su padre, y se fue, como a sagrado, a Santa Brigida. Siguio el padre a su hija con mucha gente de a caballo para sacarla por fuerza. Al verlos venir Santa Brígida, hizo la señal de la cruz en tierra, y luego quedaron los hombres y los caballos como si fueran de piedra Reconoció la mano de Dios el padre, hizo penitencia de su culpa, y con esto quedaron libres, y la hija perseveró en su santo proposito.

»Vinieron dos leprosos a Santa Brígida para que los sanase. ella hizo oración, y echó la bendición sobre un poco de agua, y les dijo que el uno al otro se lavasen con aquella agua Uno de los dos quedó limpio, y diciéndole la Santa virgen que lavase a su compañero, estuvo tan contento con la salud que había alcanzado, y tan temeroso de perderla, que no se atrevió a lavar a su compañero porque no se le pegase la lepra· mas luego se hallo lleno de ella, y vio a su compañero sano por la oración de la Santa virgen.

»Había en el monasterio de Santa Brígida una monja de buen parecer y poca edad, muy fatigada de pensamientos sensuales, a los cuales ella había dado ocasion por haber puesto los ojos con poco recato en un hombre. Crecía la llama de la torpe aficion, y el de-

monio, como suele, la atizaba, y no dejaba reposar a la pobre monja —tanto importa el guardar las puertas de nuestros sentidos, por las cuales entra la muerte en el alma—, y estando ya para caer, haciendo Santa Brígida oración por ella —porque el Señor le habia revelado lo que pasaba—, la monja inspirada de Dios tomó un poco de fuego, y con los pies descalzos le comenzó a pisar; y de esta manera con un fuego venció otro fuego, y con el dolor del cuerpo el ardor carnal que la atormentaba. El día siguiente le habló Santa Brígida, y le dijo· «Porque esta noche peleaste valerosamente, y el fuego de la lujuria no te acabó de abrasar, de aquí adelante serás libre de él, no caerás en el del infierno»; y con esto hizo oración por ella, y luego quedó sana de las llagas de los pies que le había hecho el fuego, y libró de las tentaciones que la acosaban

»Una virgen que se llamaba Daría, era ciega: rogó a Santa Brígida que le echase la bendición sobre sus ojos para que viese· hízolo la Santa, y Daría luego cobró la vista perfectamente; mas alumbrada con otra luz interior, conoció que todo lo que podía ver en este mundo, era perecedero y caduco, y que muchas veces lo que vemos con los ojos del cuerpo es embarazo e impedimento para el alma, y tornó a rogar a Santa Brígida que le restituyese su ceguedad. Hizo la Santa oración, y con ella cerró los ojos que antes había abierto.

»Una matrona noble de Escocia tenía una hija muda de su nacimiento, y siendo de doce años la llevó a Santa Brígida, la cual, tomando de la mano la niña, la dijo· "¿Quieres por amor de Cristo guardar la pureza de tu cuerpo y ser perpetuamente virgen?" Respondió la madre que su hija era muda y no sabía hablar. A esto dijo la Santa virgen "Pues yo no la dejaré de la mano hasta que me responda". Luego habló la niña, y dijo que haría lo que le mandase; y permaneció en virginidad, y de allí adelante habló perfectamente.

»Concertáronse nueve hombres de matar a otro, súpolo Santa Brígida, y rogóles que no lo hiciesen, y que desistiesen de aquella maldad Ellos estaban tan obstinados, que no pudo hacer mella ni ablandar sus duros corazones, volvióse a Dios, y suplicóle que atajase aquella ofensa suya; y el día que ellos iban a ejecutar su mal intento, vieron la figura de aquel hombre que iban a matar, y creyendo que era el mismo hombre, dieron tras él, y diéronle muchas heridas, y dejáronle por muerto, y como victoriosos se fueron a Santa Brígida dándole cuenta de su gozo y triunfo La Santa les declaró que aquel que pensaban haber muerto no era verdadero hombre, sino una fantasma y sombra de su enemigo, y con esto ellos reconocieron su culpa y enmendaron sus vidas.

»Otros muchos milagros hizo Nuestro Señor por Santa Brígida: muchos ciegos cobraron vista, muchos mudos habla, muchos leprosos y otros enfermos entera salud Por su oración convirtió el agua en cerveza, y un río caudaloso mudó su corriente, y echó por otra parte; y, lo que es más, muchos hombres perdidos, por sus

santas amonestaciones dejaron sus vicios y pecados, y se recogieron al puerto de la Santa Religión, donde vivieron y acabaron santamente en servicio del Señor.

»Finalmente, habiendo Santa Brígida corrido felicísimamente su carrera, y padecido grandes trabajos por Jesucristo su esposo, supo su muerte, y aviso de ella a una doncella que ella había criado, señalándole el día en que habia de salir de esta vida, e ir a gozar de su Esposo, en cuyas manos dio su puro espíritu en la isla de Hibernia el primer día de febrero del año del Señor, según Sigiberto, de 518, y según Mariano Escoto el de 521, imperando Justino el más viejo

»Escribió la vida de Santa Brígida un autor llamado Cogitoso, como dice el cardenal Baronio, aunque esta vida no está impresa. Otra trae Surio en su primer tomo, que es la que nosotros hemos seguido. Hace de ella mención el Martirologio romano, y dice, que en testimonio de su virginidad, tocando el madero del altar, luego reverdeció, como dijimos. También hacen mención de ella los otros Martirologios, de Beda, Usuardo y Adon, y el cardenal Baronio en sus Anotaciones, y en el séptimo tomo de sus Anales.

»Pues ¿quién no ve en esta vida de Santa Brígida, virgen, las grandezas y maravillas de la bondad de Dios, que del pecado de sus padres sacó una joya tan preciosa como esta Santa virgen, y de una madre esclava, a la que había de librar del cautiverio y servidumbre del pecado a tantas almas? ¿Cómo pudo caber en tan vil y frágil vaso de una niña, tanta nobleza de condición, tanto amor a la virtud y tan encendido deseo de la pureza virginal, que por no perderla quisiese perder los ojos y aquella belleza con que las mujeres andan tan vanas y locas? Como se ve, ¡cuán suave y benigno es el Señor para con los que le sirven, pues restituyó a Brígida la hermosura de su rostro que para su bien y por su ruego antes le había quitado! Y así no es maravilla que la que tan bien había sabido guardar su pureza virginal y hacer de sí sacrificio a Dios alcanzase con sus oraciones para con las otras doncellas el mismo don, ni que Dios nuestro Señor haya obrado por esta Santa virgen las maravillas que aquí quedan referidas Él sea bendito, alabado, glorificado y ensalzado por lo que es en sí mismo y por lo que hace por sus santos. Amén.»

LUIS M. PEREZ SUÁREZ, OSB

Bibliografía

BUTLER, A , *Vida de los santos Edicion abreviada* (Alcobendas 1998)
CROISSET, J , *Año cristiano Febrero* (Barcelona 1862)
MC GRATH, C , en *Bibliotheca sanctorum,* t II cols 430-438
SANTIAGO DE LA VORAGINE, *La leyenda dorada,* II (Madrid 1995) 903-905

SAN RAIMUNDO
Abad de Fitero († 1163)

> «Fue así que, impelido y forzado de divino impulso, se levantó como en sueños, y, despavorido, se fue al aposento de Raimundo, que estaba contiguo al suyo, y con voces desmedidas y alteradas, que no parecían de su ordinaria modestia, le despertó diciendo: "Santo Padre, vamos a la guerra contra los moros". El santo viejo, admirado de lo que miraba, como quien conocía la religión, quietud y discreción de fray Diego, le despidió con amor y con blandura. Mandóle se volviese a su aposento, diciéndole: Que la verdadera guerra del monje había de ser la quietud y soledad, hacer penitencia y llorar sus culpas y las del pueblo».

Esto ocurría en Toledo, en una noche de enero de 1158. Y es que la tarde anterior, fray Diego Velázquez, hombre de ilustre linaje, burgalés de Bureba, amado del rey emperador, muerto poco ha, había escuchado del rey don Sancho III, su amigo de infancia, el gran peligro que corría la plaza de Calatrava, llave estratégica de Toledo, y, por tanto, en aquel entonces, de la cristiandad de la Península Ibérica. Sentía en sus venas el fuego del caballero de antaño, hoy escondido tras los pliegues del hábito monacal, y la pesadilla durante el sueño era la congoja del antiguo soldado. Raimundo Abad lo había llevado consigo a Toledo, desde el monasterio de Santa María de Fitero, entonces tierra de Castilla, para tener más fácil acceso ante el rey, quien había convocado Cortes en dicha ciudad imperial, al heredar de su padre Alfonso VII el reino y la corona. Era necesario confirmar los privilegios y concesiones que Raimundo en sus años de abad había conseguido para su monasterio en tiempos del emperador.

Raimundo, cuya cuna se disputan, aun hoy día, y ya quizá hasta el fin de los tiempos, San Gaudencio de Francia, Tarazona de Aragón, así como Tarragona y Barcelona, fue, desde sus más tiernos años, «en las costumbres compuesto, en el hablar parco, en las palabras grave, en las acciones modesto. Con los mayores reverente, con los iguales benévolo, con los inferiores apacible. Y en suma, por aquellas pueriles disciplinas, abrió bien aprisa camino a una gran perfección, y en aquel primer bosquejo dio bien claro indicio de la belleza de la imagen que había de representar por el tiempo adelante». Sujeto de tales prendas, era natural que su destino fuera para el santuario.

Bien pudiera ser que fuese hijo de alguno de los gloriosos conquistadores de Tarazona, ganada a los moros en 1120. Y así lo vemos canónigo de aquella iglesia, como lo atestiguará más tarde su primer obispo, don Miguel, monje benedictino, quien en escritura de donación, fechada en 1148, decía: «Hago esta donación a ti, Raimundo, venerable y religioso varón, antiguamente hijo de Nuestra Iglesia, mas ahora mudado para mejor orden y mejor hábito, abad de Nienzabas». El trato con su obispo, monje benedictino, y la fama de santidad de la Orden del Císter, ¿influyeron en la vocación monacal de Raimundo? Bien pudiera ser. Lo cierto es que de canónigo de Tarazona pasa a monje del monasterio de Nuestra Señora de Scala Dei, fundado en la provincia de Gascuña.

Su virtud, con la consecuente reputación, le traicionaba, y a pesar de su humildad, los ojos de los monjes, y más los de los superiores, se clavaban en él. Por eso, cuando el abad de Scala Dei, que se llamaba don Bernardo, quiso fundar en España, eligió como abad del nuevo monasterio al piadoso Durando, y como prior del mismo al santo Raimundo.

Con los brazos abiertos los recibió el rey emperador, quien los envió a llamar, aunque no pudo despacharse a su gusto, porque andaba en guerras con el de Navarra. Por orden del rey Alfonso VII, hicieron primer asiento en un monte llamado Yerga, donde, ya de tiempos antiguos, existía una ermita dedicada a la Santísima Virgen. Pero al año siguiente, que era el de 1140, les donó el rey una villa arruinada por los moros, y que se llamaba Nienzabas. A los cuatro años, y muerto el abad Durando, fue elegido Raimundo, cuya fama de santo y taumaturgo se extendía por todos los alrededores. Abad de Nienzabas, aparece ya en la escritura de 1146 en que el rey emperador donaba al monasterio la Serna de Cervera y los Baños de Tudesón, los actuales Balnearios de Fitero.

Como tal abad, asistió Raimundo, con los otros abades de la Orden, al capítulo general del Císter. Allí se encontraba el Sumo Pontífice, monje de igual hábito, Eugenio III. A música suave sonaría en los oídos de Raimundo, y dulce miel gustarían sus labios, el oír y leer el gran privilegio de amparo que el Pontífice concedió en esta ocasión para el monasterio de Nienzabas:

> «Eugenio, obispo siervo de los Siervos de Dios, a los amados hijos Raimundo, abad de Santa María de Nienzabas, y a sus monjes, así presentes como futuros [...] Le recibimos debajo de la potestad del bienaventurado San Pedro y nuestra [...] A los quince de las Kalendas de octubre, año de la Encarnación del Señor, de mil y ciento y cuarenta y ocho, de nuestro Pontificado en el tercero».

En este mismo año, y mejorando notablemente, trasladó el monasterio a Castejón, lugar más acomodado que todos los anteriores. Como abad de Santa María de Castejón aparece en la donación que, aún en vida de su padre el emperador, hizo el futuro rey Sancho III, del castillo de Tulungen y asimismo, con igual título, en la concesión de otras mercedes, hechas por el rey don Sancho el Sabio, de Navarra. Pero Castejón tampoco fue el sitio definitivo.

Ignorado el lugar del nacimiento de nuestro santo abad, daría, empero, Raimundo existencia y vida, renombre y gloria, a una heredad llamada Fitero (por el nombre de un montículo denominado Hitero —hito o mojón— que hoy conserva su nombre Piedrahitero) donada en 1150 por don Pedro Tizón y su mujer doña Toda, de Tudela, abuelos del gran arzobispo, navarro de nacimiento, don Rodrigo Jiménez de Rada. Allí se fundó el monasterio de Santa María de Fitero, cuyo grandioso templo de piedra, con sus tres amplias naves, sería más tarde construido, casi en su totalidad, por el antedicho arzobispo don Rodrigo. De este monasterio de Santa María de Fitero, fue primer abad San Raimundo, que, con Durando, primer fundador en España, llegarán a setenta y seis, hasta fray Bartolomé Oteyza, bajo cuyo gobierno fue suprimido en 1834. Así podrá afirmarse siempre que la mayor gloria de Fitero es su abad San Raimundo. Al que dejaron perplejo las voces de su fidelísimo monje, fray Diego, en aquella noche de enero de 1158.

¡Calatrava! También quedaría inmortalizado este nombre, más que por el santo monje Raimundo, eso lo fue Fitero, por el guerrero valiente, invicto soldado, fundador de la orden militar. ¿Mitad monje, mitad soldado? ¡Monje de cuerpo entero, soldado de pelo en pecho!

Si tranquilo quedó fray Diego con el mandato del abad, preocupado quedó Raimundo, quien, puesto en oración, comprendió que Dios le pedía el hacerse cargo de la defensa de

Calatrava. Y el abad Raimundo y fray Diego Velázquez, se presentaron al rey, caballeros andantes de páginas de leyenda, pidiéndole la defensa de la plaza de Calatrava, entregada al soberano por los caballeros templarios, defensores de la misma desde la conquista por Alfonso VII en 1147, pero temerosos ahora, 1158, ante los formidables preparativos que hacían los enemigos del nombre cristiano. La santidad del abad y el recuerdo del valor guerrero de fray Diego, movieron a Sancho III a escribir lo siguiente en Almazán:

> «Yo, el rey Don Sancho, por la gracia de Dios, hijo del ilustre emperador de las Españas de buena memoria, por inspiracion divina, hago carta de donacion y texto de escritura para siempre, vale dero a Dios, y a la bienaventurada Virgen Maria, y a la Santa Congregacion del Cister, y a vos dom Raimundo, abad de Santa Maria de Fitero, y a todos vuestros frailes, asi presentes como futuros, de la villa que se llama Calatrava, para que la tengais y poseais, libre y pacifica, por juro de heredad, de ahora para siempre, y la defendais de los paganos enemigos de la Cruz de Cristo, con su favor y nuestro Fecha la carta en Almazan en la era de mil y ciento y noventa y seis (año 1158), en el mes de enero del año en que murio el famosisimo señor don Alfonso emperador de las Españas Yo, el rey Don Sancho, rubrico y confirmo con mi propio sello esta carta, que yo mande escribir»

Asegurada la defensa de Calatrava, Raimundo volvió a Fitero, y con su «Dios lo quiere» enardecido, regresó a la plaza al frente de veinte mil hombres —monjes, labradores y artesanos— a los cuales estableció en sus nuevos dominios entre campos y aldeas, alrededor de la fortaleza, convirtiendo en posición inexpugnable lo que, hasta entonces, había sido temor y angustia insuperables.

Con esto quedó de hecho trasladada la abadía de Fitero a Calatrava, aunque no quedó la primera vacía y abandonada, ya que el abad de Scala Dei, que llevó muy a mal la obra de Raimundo por haberse hecho sin tomar su parecer, envió monjes en número suficiente para continuar la vida monacal, como hasta entonces, ejemplar y edificante.

Una tradición secular afirma que el santo abad aprovechó esta oportunidad para pedir y obtener del rey el regalo de una preciosa imagen de la Santísima Virgen, que, bajo la advocación de Nuestra Señora de los Remedios, se veneraba en Toledo y a

la que San Raimundo profesaba especial devoción. Enviada al monasterio de Fitero, es desde tiempo inmemorial la patrona del pueblo con el poético título de la Virgen de la Barda (barda o zarza sin espinas), y cuya fiesta se celebra el domingo inmediato posterior al 8 de septiembre. Así lo cree, así lo reza y así lo canta Fitero en su estrofa y estribillo:

«En Toledo venerada
fuiste algún tiempo Señora
y en Fitero sois ahora
de todos Madre aclamada.
Pues sois imán verdadero
que roba los corazones
colmadnos de bendiciones
¡oh Patrona de Fitero!».

Raimundo creyó llegado el momento de organizar aquella muchedumbre, que le seguía entusiasmada, al estilo de las órdenes militares, que tantos laureles obtuvieron peleando en distintos lugares de la cristiandad, y fundó en ese mismo año 1158 la orden militar religiosa de Calatrava, la más antigua de las españolas, cuya constitución fue aprobada por Alejandro III en bula de 25 de septiembre de 1164, y que tanta gloria daría a España en el transcurso de los siglos. Monjes y caballeros, bajo el manto del santo abad, según la regla de San Benito y constituciones del Císter.

El rey don Sancho fue testigo de la vida de aquellos monjes-soldados, de aquellos soldados-monjes.

> «Hallóse en Calatrava un día que se ofreció rebato de moros. Vio la prisa y ánimo con que los monjes y caballeros salían al enemigo, y vio a los mismos, después de recogidos, en el coro a completas, las manos cruzadas, los ojos en tierra, cantando las divinas alabanzas con notable espíritu. Admirado de tal mudanza, dijo al abad: Paréceme, padre, que el son de las trompetas hace a vuestros súbditos lobos, y el de las campanas corderos. Será, respondió el santo abad, porque aquéllas los llaman para resistir a los enemigos de Cristo y vuestros, y éstas para alabarle y rogar por vos».

Pero quien mejor refleja lo que era la vida de aquellos calatravos es el mismo arzobispo don Rodrigo, cuando años más tarde escribía:

> «Su multiplicacion es la corona del principe Los que alaban al Señor con salmos se ciñeron espada, y orando gemian para la defensa de la patria Su pasto es una comida tenue y ligera su vestido la aspereza de la lana La continua disciplina los prueba, la guarda del silencio los acompaña, el frecuente arrodillarse los humilla, la vigilia de noche los quebranta, la oracion devota los enseña, y el continuo trabajo los ejercita»

Ésta era la obra del santo abad, porque Raimundo era asi Podía entonar el *Nunc dimittis,* y exclamar con San Pablo· *Cursum consummavi.* En efecto, pasados cinco años de abad de Calatrava, «haciendo igual guerra a los enemigos de la cruz, a los demonios cantando en el coro, y a los infieles peleando en el campo», lo encontramos en Ciruelos, donde, adornado de múltiples laureles, obtuvo en 1163 la victoria definitiva, corona de santo monje, palma de caballero militar fundador, que el justo juez colocó sobre su cabeza y puso en sus manos

En Ciruelos fue enterrado su cuerpo, hasta que en 1471 fue trasladado al monasterio de Monte Sión de Toledo, quedando definitivamente en sepulcro rico y curioso, mandado construir en 1570 por el abad de Fitero, venerable fray Marcos de Villalba En él se lee esta inscripción·

> «Aqui yace el bienaventurado fray Raimundo, monje de esta orden, primer abad de Fitero, por quien Dios ha hecho muchos milagros, el cual, de licencia del rey Sancho el Deseado, defendio a Calatrava de los moros, e instituyo en ella el orden militar de Calatrava Murio año de mil y ciento y sesenta y tres trasladose aqui, año de mil y quinientos y noventa»

Hoy día, y desde el siglo pasado con motivo de la exclaustración, las reliquias del santo abad de Fitero se encuentran en la catedral de Toledo, encerradas en preciosa urna, sobre la que campea victoriosa la cruz de Calatrava La fiesta de San Raimundo se celebra el 15 de marzo.

¿Anacrónica esta vida? ¿Trasnochada esta historia? ¿Fuera de lugar en páginas de actual *Año cristiano?* Hermano lector, nuestra vida es lucha, combate y pelea, como dice el Espíritu Santo Nuestra alma tiene sus tres grandes enemigos Tambien ella constituye para nosotros el gran castillo interior, la Calatrava de nuestro espíritu. Hay que defenderla sin tregua ni cuartel Se nos dice que debemos ser mitad monjes, mitad soldados

Está bien. Pero, en este combate espiritual, donde la oración es el arma principal y donde la cooperación a la gracia debe ser generosa, mejor será imitar a San Raimundo, modelo para todas las épocas, siendo como él: «Monjes de cuerpo entero, soldados de pelo en pecho». Que él así nos lo alcance.

JOSE M.ª GARCIA LAHIGUERA

Bibliografía

Act SS Boll, 6 de febrero
Art en *Cath Enzycl*
FERNANDEZ GUERRA Y ORBE, *Historia de las Ordenes de Caballeria Orden de Calatrava* (Madrid 1864)
FLOREZ, E, *Espana sagrada*, I p 27s
REVILLA VIELVA, R, *Ordenes militares de Santiago, Alcantara, Calatrava y Montesa* (Madrid 1927)

BEATA JUANA FRANCISCA DE LA VISITACIÓN

Religiosa († 1888)

En el Turín del siglo XIX, sacudido por los belicosos aires de la unificación italiana, encendió el Señor una de las grandes luminarias de la Iglesia contemporánea, San Juan Bosco. Puede ser entendido como la estrella central de una constelación de santos. En su órbita también se inscribe la Beata Juana Francisca de la Visitación, que nos ofrece un suave destello de luz y esparce un calor manso, como una brasa viva y silenciosa. Sintió como él el hechizo que produce siempre la figura de San Francisco de Sales, dechado de bondad y de mansedumbre. Si Don Bosco fundó la Sociedad Salesiana, nuestra beata logró dar vida al primitivo proyecto de San Francisco de Sales de fundar una congregación de monjas dedicadas a visitar y cuidar a los enfermos pobres.

Murió a los 44 años exactamente, un día después de San Juan Bosco, el 1 de febrero de 1888. Se llamó antes de ser religiosa Ana Michelotti, nacida en Annecy, en la Alta Saboya, el 29 de agosto de 1843, de padre piamontés y madre saboyana. Fue la tercera de cuatro hermanos, huérfanos de padre en la niñez. La madre, viuda y reducida a gran pobreza, demostró un temple extraordinario en el sostenimiento de los hijos, sacando tiempo

para visitar y atender a enfermos necesitados. El influjo en su hija Ana fue decisivo desde sus primeros años. Cuando visitaba enfermos la acompañaba, y en su corazón brotaba la compasión y el interés por los demás. Así, la vocación a la vida religiosa brotó en ella con la mayor espontaneidad, en ambiente de estrechez suma pero atenta a los que todavía sufrían más

A los diecisiete años entró en el monasterio de las Hermanas de San Carlos, de Lyón, una congregación dedicada a la enseñanza, y muy pronto comprendió que su lugar no era aquél. La acogió en el mismo Lyón una señorita muy piadosa, y comenzó el apostolado entre los enfermos. Su madre falleció en 1864 y el único hermano que le quedaba, cuatro años después. A sus veinticinco años seguía viviendo de prestado en Lyón, sin hogar familiar de referencia: sola. En su camino se cruzó un alma inquieta, sor Catalina, ex novicia de las Hermanas de San José de Annecy. Ambas coincidieron en la idea de poner en marcha el proyecto que habían tenido San Francisco de Sales y Santa Juana de Chantal de fundar una congregación de hermanas para visitar y asistir a enfermos pobres. La gente comenzó a llamarlas «las dos señoritas de los pobres». Su casa se reducía a dos pequeñas habitaciones en una buhardilla, pero contaban con la bendición del arzobispo de Lyón, ante el que emitieron los votos el 29 de julio de 1869. Ana Michelotti asumió nuevos nombres de clara resonancia salesiana: Juana Francisca de Santa María de la Visitación. ¡Todo un programa!

En el camino de muchos santos hay trechos marcados por desconciertos y fracasos. No es del todo facil de explicar la separación de las dos compañeras en 1870. Ana permaneció durante un tiempo en Annecy; luego halló cobijo junto a algunos familiares de la rama paterna en Almese, en el Piamonte, continuando su entrega a los enfermos, siempre dispuesta a obedecer. Respondió con prontitud, volviendo a Lyón, cuando se vio reclamada autoritariamente, y se encontró reducida a simple novicia, y sometida a grandes pruebas y humillaciones, ella que a todas luces era cofundadora. Retornó a Annecy, y la comunidad de Lyón, por cierto, no tardó en extinguirse. En Annecy, su ciudad natal, había para ella un sitio privilegiado de oración junto a la urna que guardaba las reliquias de S. Francis-

co de Sales. ¿Qué hacer? ¿Qué rumbo debía tomar la monja fracasada, ya llegada a los 28 años? Los santos permanecen siempre a la escucha y en su corazón a veces resuenan «palabras sustanciales», que dan fuerza para realizar lo que significan. Tales fueron las que oyó internamente con toda claridad: «Encamínate a Turín. Allí te quiere el Señor para que allí establezcas tu monasterio».

Hacia Turín se dirigió a finales de 1871 y allí se estableció definitivamente en 1873. Sus biógrafos hacen especial mención de dos personas de vida muy santa que le prestaron ayuda: el P. Félix Carpignano, del Oratorio de San Felipe Neri, y María Clotilde de Saboya. Buscó para su fundación una designación que denota humildad, devoción y amor: *Piccole Serve del Sacro Cuore di Gesù,* Siervecillas del Sagrado Corazón de Jesús, al servicio de enfermos pobres. Sólo eran tres para comenzar pero bastaron para que el cardenal Gastaldi, arzobispo de Turín, autorizase la obra en 1874, año en que las tres tomaron el hábito. El 2 de octubre de 1875 emitieron los votos de pobreza, castidad y obediencia. Sorprendentemente, el mismo cardenal que tan duro e incomprensivo se mostró con Don Bosco, cuando la obra de éste ya resultaba asombrosa, supo prestar su apoyo a una pobrecita mujer que echaba a andar de modo tan insignificante.

La dedicación a los enfermos pobres supuso sacrificios mayores de los imaginados. Varias de las poquitas monjas de los comienzos fallecieron víctimas del contagio. Pero pocos años después ya eran veinte. En 1880 pudieron abrir la segunda casa en Milán y en 1882 otra nueva en Valsalice, cerca de Turín, que se convirtió en casa-madre. Pronto siguieron otras fundaciones. La sombra benéfica de Don Bosco la acompañó en los momentos más difíciles. La consolidación y la expansión de una Congregación religiosa no es simple fruto de planificación y capacidad organizadora. Se requiere en los fundadores un carisma especial que suscite en otros el seguimiento, formándolos luego y sosteniéndolos con la enseñanza y el ejemplo. Beata Juana Francisca cifró su atención en el Corazón de Jesús que le inspiró la entrega sacrificada, abrazándose a la cruz. Pablo VI no duda en afirmar que responde fielmente al ideal de la mujer fuerte de la Biblia (Prov 31,17-20):

> «En ciudad ajena, pobre y careciendo de todo, falta de salud, afectada y afligida por muchas dificultades, alcanzó tal grado de virtud que siguió a Cristo con omnímoda libertad, imitándolo muy de cerca y logrando fundar una familia de religiosas que ha superado ya el siglo de existencia viviendo de su carisma de caridad».

Gravemente enferma, cesó como madre general de su congregación en enero de 1887. Falleció santamente el 1 de febrero del año siguiente. Fue enterrada con la máxima simplicidad en un pobre cementerio y hubiera ido a parar al osario común, si no hubiesen sido recogidos sus restos diez años después. Desde el año 1923 descansan en la capilla de la casa-madre de Valsalice. Fue proclamada Beata por el papa Pablo VI en Roma el 1 de noviembre del Año Santo de 1975.

JOSE M.ª DÍAZ FERNÁNDEZ

Bibliografía

CASTANO, L., *A braccia spalancate. La Beata Anna Michelotti fondatrice delle Piccole Serve del Sacro Cuore* (Turín 1975).

FRANCHETTI, D., *La madre dei malati poveri, la serva di Dio Suor Giovanna Francesca Michelotti* (Turín 1939)

REDIGOLO, G., *Oggi vengo a casa tua Beata Anna Michelotti, fondatrice delle Piccole Serve del Sacro Cuore di Gesu* (Milán 2000)

TUNINETTI, G., *Anna Michelotti (1843-1888) e le Piccole Serve del Sacro Cuore di Gesu (1875-1988): un profilo storico spirituale* (Pinerolo 1988).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN SIGISBERTO

Rey († 656)

Este joven de sólo 24 años sirvió a Dios y a su pueblo con verdadera buena voluntad y dedicación de modo que al morir nadie puso en duda su condición de santo. Era hijo del rey merovingio Dagoberto I, de quien se dice que llevó una vida disipada hasta el nacimiento de su hijo. Había exiliado al obispo San Amando porque había recibido de él duros reproches por su mala conducta pero lo mandó llamar cuando nació su hijo el año 632 para que lo bautizara.

Se encargó de la educación del príncipe un auténtico santo, Pipino de Landen, que procuró que ésta fuera lo más cuidadosa en todos los aspectos en que el príncipe debería estar preparado. Pipino fue, además, el regente cuando a la muerte en 638 de Dagoberto heredó Sigisberto de él el reino de Austrasia, es decir, la parte este del dominio paterno; la otra parte la heredó su hermano Clodoveo. Pipino consiguió que hubiera paz en ambos reinos y que los hermanos se aceptaran y quisieran.

Sigisberto era un joven piadoso, amante de los monasterios y que fundó doce de ellos, siendo los principales los de Stavelot y Malmédy. Era, además, muy caritativo y por sí mismo daba limosnas a los pobres y visitaba los hospitales, siendo también muy generoso con las iglesias.

Murió santamente el 1 de febrero de 656.

BEATO REGINALDO DE ORLEÁNS

Presbítero († 1220)

Nace en Saint-Gilles (Languedoc) hacia el año 1180. Estudió leyes en París y en 1212 obtuvo una canonjía en la colegiata de Orleáns. Era persona piadosa y buen cumplidor de sus deberes como sacerdote. Había tenido una especie de visión o sueño en que Dios le mostraba un guía espiritual a quien debería seguir. Decidido a hacer una peregrinación a Roma, procuró que ésta estuviera llena del mejor espíritu, encomendándola a la Virgen María.

Era el año 1218 y en Roma encontró Reginaldo a Santo Domingo de Guzmán. El trato con él le dejó maravillado y reconoció en Domingo al guía espiritual que le había sido avisado por la Virgen en su sueño. Y entonces pidió a Domingo ser admitido en la nueva Orden de Predicadores, en la que profesó. Domingo estimó en mucho a aquel instruido sacerdote y lo hizo su vicario durante su ausencia de Roma. Luego lo mandó a Bolonia para que fundara allí una casa de estudios, y luego lo envió a París con el mismo propósito. Parecía que iba a dar mucho más de sí pero murió en París el 1 de febrero de 1220 como primicia de la Orden en el santoral. Su culto fue confirmado por el papa Pío IX el 8 de julio de 1875.

BEATA VIRIDIANA ATTAVANTI
Virgen († 1242)

Viridiana nació en Castelfiorentino el año 1182 y desde joven se granjeó el amor de sus paisanos por su conducta edificante y claras virtudes. Decide la joven ir en peregrinación a Roma y Compostela y sus paisanos le hacen prometer que volverá antes de dejarla ir. A su vuelta da a conocer su voluntad de vivir como reclusa, dedicada a la oración, y se le construye para ello una celda junto a la ermita de San Antonio Abad, al lado del río. Hizo el voto de reclusión en la parroquia y recibió como hábito una basta túnica y acompañada del clero y del pueblo marchó a la celdilla donde quedó recluida.

Se alimentaba de ordinario de pan y agua, entregada a la mortificación y la oración; pero los fieles le daban donativos que ella enseguida repartía entre los pobres. Venían los vecinos a contarle sus cuitas y recibían de ella palabras de consuelo y consejos orientadores.

En 1221 la visitó el propio San Francisco de Asís y la admitió en su recién creada Orden Tercera.

Muerta en olor de santidad el 1 de febrero de 1242, el papa Clemente VII confirmó su culto en 1533.

BEATO ANDRÉS CONTI
Presbítero († 1302)

Nace en Anagni en la familia de los condes de Segni que dio a la Iglesia varios papas y numerosos prelados. Era sobrino del papa Alejandro IV. Su nacimiento tuvo lugar el año 1240.

Se sintió atraído en su juventud por la vida religiosa y entró en el convento franciscano de San Lorenzo en Roma. Ordenado sacerdote, obtiene permiso para vivir como ermitaño en una gruta del Apenino, donde se entrega a la contemplación y la penitencia. Dios le favorece con una altísima oración y una gran comprensión de las verdades de fe. Escribió un tratado sobre la Encarnación que se ha perdido. Su tío el papa Alejandro IV viene a verle a su retiro y quiere nombrarle cardenal, pero Andrés se niega eficazmente a dejar su soledad. Años después su sobri-

no el papa Bonifacio VIII quiso igualmente adscribirlo al colegio cardenalicio pero Andrés repitió su negativa.

Lleno de méritos y con fama de taumaturgo, muere el 1 de febrero de 1302. Fue beatificado el 15 de febrero de 1724 por el papa Inocencio XIII, que igualmente era de la familia de los condes de Segni.

BEATOS CORNELIO O'DEVANY Y PATRICIO O'LOGHRAM

Mártires († 1612)

Estos dos gloriosos confesores de la fe dieron la vida por Cristo y su Iglesia el 1 de febrero del año 1611 ante una multitud de personas que habían acudido a su ejecución. El uno en su juventud había ingresado en la Orden Franciscana y, acreditado por su celo apostólico, fue nombrado por el papa como obispo de Down y Connor y era vicario del primado de Irlanda. El segundo era sacerdote secular y capellán de Hugo O'Neil, el jefe de los católicos ingleses.

Cormac, hermano de Hugo, era muy amigo del obispo O'Devany y le costeó el viaje que el prelado hizo por Italia y España, dos países católicos que hacían fuerte contraste con la situación del catolicismo en Irlanda.

El 28 de enero anterior el obispo y el sacerdote fueron juzgados y ambos fueron hallados culpables de negarse a reconocer la primacía religiosa del rey. Por ello fueron condenados como reos de alta traición.

Producida la condena, el prelado rogó a los católicos que no movieran influencias para evitarle el martirio, pues deseaba dar la vida por Cristo. Por ello el decreto que reconoce su martirio lo compara a San Ignacio de Antioquía.

Al llegar al sitio destinado al suplicio en la ciudad de Dublín, el verdugo le pidió perdón, que el santo obispo concedió amablemente, y seguidamente elevó una oración el mártir por su querida Irlanda. Por su parte el sacerdote, entonando el *Nunc dimittis,* se presentó ante el verdugo. Su última acción sacerdotal fue bendecir a los muchísimos fieles que habían acudido a su ejecución.

Con otros mártires irlandeses ambos fueron beatificados el 17 de septiembre de 1992.

SAN ENRIQUE MORSE

Presbítero y mártir († 1645)

Era natural de Brome, en el condado de Suffolk. Nació en 1595 en el seno de una familia protestante. Se convirtió al catolicismo en su juventud y marchó a Douai para hacer los estudios eclesiásticos. Volvió a Inglaterra pero como no quiso hacer el juramento de acatamiento a la supremacía religiosa de la Reina, fue desterrado. Marchó a Roma y terminó los estudios teológicos en el Colegio Romano y se ordenó de sacerdote. Sintió la vocación jesuita y pidió al padre general de la Compañía de Jesús su ingreso pero volvió a Inglaterra sin realizarlo. Aquí, luego de un año de trabajo apostólico, fue de nuevo detenido y en la cárcel de York bajo la guía de un jesuita también detenido hizo el noviciado en la Compañía y pronunció los primeros votos. Otra vez detenido y desterrado, pasó al noviciado jesuita de Watten y atendió pastoralmente a soldados ingleses.

En 1633 volvió a Inglaterra y durante la peste de los años 1636-1637 ejerció una abnegada labor asistencial, sin hacer distinción entre católicos y protestantes, y contagiándose él mismo, aunque logró sanar. En 1637 vuelve a la cárcel pero sale de ella por influencia de la reina Enriqueta y es de nuevo desterrado en 1641. En Flandes es capellán de tropas y luego de varios conventos de monjas, hasta que vuelve otra vez a Inglaterra. Aquí trabaja por más de un año, es apresado, huye y otra vez es capturado y de la prisión de Durham pasa a Londres. Es condenado a muerte y la sentencia se ejecuta el 1 de febrero de 1645 en la plaza londinense de Tyburn ante una multitud, entre la que estaban los embajadores de España, Francia y Portugal.

Fue canonizado el 25 de octubre de 1970.

BEATA ANA MARÍA VAILLOT Y COMPAÑERAS

Mártires († 1794)

El 19 de febrero de 1984 el papa Juan Pablo II beatificó a ochenta y ocho mártires de la diócesis francesa de Angers, que habían muerto por la fe en los días de la Revolución Francesa De esos ochenta y ocho mártires eran doce sacerdotes, tres religiosas, cuatro varones seglares y ochenta mujeres seglares De estas tal día como hoy fueron fusiladas cuarenta y siete, todas las cuales dieron insigne testimonio de fe y de perseverancia, no importándoles las dificultades, penalidades y la misma muerte, y siendo todas ellas cristianas convencidas y consecuentes en sus familias y excelentes ciudadanas en el cumplimiento de sus deberes en el mundo.

Detrás de cada uno de sus nombres hay una historia de heroica fidelidad a la Iglesia Algunas eran viudas, otras casadas, otras solteras, y de las fusiladas tal día como hoy, una sola, Otilia Baumgarten, era religiosa, pero de esta forma los cuatro estados posibles de la mujer (soltera, casada, viuda, monja) glorificaron a Dios con su martirio

2 de febrero

A) MARTIROLOGIO

1 Fiesta de la Presentacion del Señor y Purificacion de Nuestra Señora **

2 En Orleans (Francia), San Flosculo († 450), obispo

3 En Canterbury (Inglaterra), San Lorenzo († 619), obispo, que convirtio a la fe al rey Edbaldo *

4 En Baviera, San Burcardo († 754), obispo

5 En Florencia (Toscana), Beato Simon Fidati de Casia († 1348), presbitero, de la Orden de Ermitaños de San Agustin

6 En Susa, Beato Pedro Cambiani de Ruffia († 1365), presbitero, religioso dominico y martir

7 En Prato (Toscana), Santa Catalina de Ricci († 1590), virgen, terciaria regular dominica **

8 En Burdeos (Aquitania), Santa Juana de Lestonnac († 1640), viuda, fundadora de la Orden de Hijas de Nuestra Señora **

9 En Roma, Beato Nicolas Saggio de Longobardi († 1709), religioso mínimo *

10 En Genazzano (Italia), Beato Esteban Bellesini († 1840), presbítero, de la Orden de Ermitaños de San Agustín *

11 En Hanoi (Tonkín), San Juan Teofanes Venard († 1861), presbítero de la Sociedad de Misiones de París y mártir **

12 En Dernbach (Renania), Beata María Catalina Kasper († 1898), virgen, fundadora del Instituto de las Pobres Siervas de Jesucristo **

13 En Milán, Beato Andrés Carlos Ferrari († 1921), obispo y cardenal **

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

PRESENTACIÓN DEL SEÑOR Y PURIFICACIÓN DE NUESTRA SEÑORA

Muy posiblemente, con cuatro o cinco duros de los nuestros hubiera tenido bastante José, esposo de María, naturales de la ciudad de Belén, para el rescate del Niño Jesús.

La ley se expresaba así: «Habló Dios a Moisés y le dijo: Conságrame todo primogénito. Todos los primogénitos de entre los hijos de Israel, tanto de los hombres como de los animales, míos son» (Éx 13,1-2).

En los tiempos primeros estos primogénitos fueron destinados al culto de Dios. Pero cuando fue confiado este culto en exclusiva a la tribu de Leví, decidió la ley que esta exención fuera compensada mediante el pago de cinco siclos, que se destinaba a engrosar el tesoro del templo.

Hay que advertir que no era necesario llevar a Jerusalén al infante Bastaba con que el padre pagase el impuesto al sacerdote de turno, no antes de los treinta y un días después del nacimiento, para cumplir religiosamente con lo estatuido en la ley.

Segun otras disposiciones legales (Lev 12,1-8), cuarenta u ochenta días después del alumbramiento, según se tratase de un hijo o de una hija, las madres hebreas habían de presentarse en el templo para purificarse de la impureza legal que habían contraído

También hay que hacer constar que no siempre la madre estaba obligada a presentarse en persona. Podía ser reemplazada

por alguna otra persona que ofrecía el sacrificio en su nombre, si existía alguna causa que justificase su ausencia.

Huelga decir que ni Jesús ni María estaban obligados a estos preceptos legales. Jesús estaba infinitamente por encima de toda la ley, y la Virgen Santísima, al haber dado a luz virginalmente, al margen, por lo tanto, de las condiciones naturales previstas por el legislador, no tenía necesidad de purificarse de nada.

La humildad, la obediencia, el propio respeto más exquisito a las instituciones legales del pueblo de Dios y el cariño más fino a la vida ordinaria sin excepción y exenciones, hicieron posible que la Sagrada Familia se trasladara a Jerusalén para cumplir con estas prescripciones rituales.

En un mismo día se podía llegar a Jerusalén, asistir a las ceremonias legales y regresar, por la tarde, con tiempo sobrado, a Belén.

Muy posiblemente que esto sería lo que hiciera la Sagrada Familia.

La purificación de las madres tenía lugar por la mañana.

Entraría María por el atrio llamado de las mujeres, se colocaría en la grada más alta y allí sería rociada con el agua lustral por el sacerdote de turno, que a la vez recitaría sobre ella unas preces.

Aunque la parte más importante del rito consistía en la oblación de dos sacrificios. Uno que se denominaba «sacrificio por el pecado», cuya materia siempre era una tórtola o un pichón, y otro «sacrificio de holocausto», cuya víctima exigida era, para los ricos, un cordero de un año, y para los pobres un pichón o una tórtola.

Lo dice San Lucas (2,24), y, además, históricamente nos lo imaginamos nosotros, que San José compraría un par de palomas o tórtolas al administrador del templo o a alguno de aquellos mercaderes aprovechados cuyas jaulas serían volteadas un día por Cristo.

Los pobres siempre están lo que se dice de enhorabuena en la vida de Cristo.

El sacerdote cortó el cuello del ave y sin separarlo del cuerpo derramó la sangre al pie del altar.

La paloma que sirvió para el holocausto fue quemada sobre las ascuas del altar de bronce.

Las ceremonias del rescate consistían tan sólo en el pago de los cinco siclos legales.

Y ahora comienza una misa. Es el ofertorio. Terminará esta misa en el monte Calvario, cuando pasen treinta y tres años.

El primer sacrificio digno de Dios se está ofreciendo en estos instantes en el templo sagrado de Jerusalén. El velo de muchas profecías se escinde en estos precisos momentos. El templo —aquel templo de entonces— aventaja en mucho a aquel templo primero que no pudo ser marco de la vida ritual del esperado Mesías.

Cristo se ofrece al Padre. Y se ofrece así:

> «Entonces yo dije Heme aqui que vengo para hacer, ¡oh Dios!, tu voluntad Los sacrificios, las ofrendas y los holocaustos por el pecado, no los quieres, no los aceptas » (Heb 10,7s)

María, en nombre de toda la humanidad, se ofrece también.

Es éste uno de los momentos más solemnes de la vida de la Santísima Virgen.

Ella se ofrece y ofrece. Coofrece.

Es parte integrante en la misa. Lo confirma la espada.

El mejor elogio que se pudo hacer de un hijo de Abraham, se lo hace San Lucas al anciano Simeón, que ahora aparece en escena:

> «Habia en Jerusalen un hombre, llamado Simeon, justo y piadoso, que esperaba la consolación de Israel y el Espiritu Santo estaba en él Le habia sido revelado por el Espiritu Santo que no veria la muerte antes de ver al Cristo del Señor Movido del Espiritu Santo vino al templo y, al entrar los padres con el Niño Jesus para cumplir lo que prescribe la ley sobre Él, Simeon lo tomo en sus brazos y, bendiciendo a Dios, dijo Ahora, Señor, puedes ya dejar ir a tu siervo en paz, segun tu palabra, porque han visto mis ojos tu salud, la que has preparado ante la faz de todos los pueblos, luz para iluminación de todas las gentes y gloria de tu pueblo, Israel»

Su padre y su madre estaban maravillados de las cosas que se decían de Él. Simeón los bendijo y dijo a María, su madre:

> «Puesto esta para caida y levantamiento de muchos en Israel y para blanco de contradiccion y una espada atravesara tu alma

para que se descubran los pensamientos de muchos corazones» (Lc 2,25ss).

Simeón es todo un personaje colocado en la cumbre de la estructura mesiánica.

Un santo. Un iluminado. Un profeta.

Sabe acunar a Cristo en sus brazos añosos. Y llamarle «consolación de Israel». Y supo dejarnos la joya lírica del *Nunc dimittis* como un testamento precioso que suena a relevo de centinelas, a libertad de prisioneros, a feliz liberación de cautivos... y que tiene un colorido de perspectiva salvadora, de horizontes lejanos, universales, católicos...

Todo el misterio de Cristo pasa ante sus ojos venerablemente abiertos, a punto ya de cerrarse a la espera y a la carne.

¡Amigo, qué santo tan grande y tan bíblico es este viejo Simeón!

¡Y qué gran santa también aquella mujer llamada «Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser, casada en los días de su adolescencia, que vivió siete años con su marido y permaneció viuda hasta los ochenta y cuatro, que no se apartó del templo sirviendo con ayunos y oraciones noche y día y que también alabó a Dios y hablaba de Él a cuantos esperaban la redención de Jerusalén»! (Lc 2,36ss).

Ya es tarde.

El ajetreo se pierde en los recintos del templo.

Son siete u ocho los kilómetros que les separan de Belén. La Sagrada Familia se pone en camino.

La Virgen medita y contempla. En lontananza se oyen ruidos de sables.

El Niño se ha quedado dormido, acurrucadito en el regazo de María y mecido por el balanceo suave del alegre paso del burro.

José, retrasándose un poco, contempla la escena.

Simeón puede ya morir en paz. Abre los ojos y siente la caricia cordial de los ojos infinitamente hondos del Niño.

Ana prolonga aquella noche su oración en el templo un poco más tiempo del acostumbrado, dando gracias a Dios porque la redención de Israel está ya tan cerca...

Litúrgicamente comenzó a celebrarse esta fiesta en Oriente, bien pronto.

La peregrina Eteria nos habla de ella resaltando la alegría semipascual que imprimía esta fiesta en la crecida concurrencia de fieles cristianos que se reunían en Jerusalén para celebrarla.

Con el nombre de *Hypapante (occursus Domini)* se extendió por todo el Oriente y, algún tiempo después, también Roma la acogió entre sus fiestas y la celebró muy solemnemente, teñida al principio de un color vigoroso de penitencia pública.

El Papa, el clero y el pueblo, con los pies descalzos, salmodiando y cantando antífonas y llevando en sus manos candelas encendidas, se dirigían desde la iglesia de San Adrián hasta la estacional de Santa María la Mayor, en donde se celebraba la misa solemne.

Unas iglesias le dieron a esta fiesta un marcado carácter cristológico y otras liturgias resaltaron más el carácter mariano.

Históricamente es dudosa la posible procedencia de anteriores fiestas paganas, llámense *amburbalias* o *lupercales,* para explicar la procesión litúrgica de las candelas en esta celebración cristiana en la que el simbolismo de la luz tiene una dimensión tan exacta.

De suyo, la Iglesia es la única institución que existe en el mundo capaz de procesionar adecuadamente la luz.

La luz fue siempre símbolo manifestativo del honor debido a una persona. Y símbolo de gozo y de alegría.

Estos son los primeros pasos de la luz en la simbología eclesiástica.

Pero el paso más litúrgico lo da la luz en su representación de la gloria celestial y en presentarse como reflejo del resplandor de Dios, que es todo luz. La Luz verdadera.

Jesucristo fue anunciado como luz. Él mismo se llamó «luz del mundo» Las propiedades físicas de la luz anuncian la obra redentora de Cristo: permite ver las cosas en su verdadera forma: Cristo y los apostoles —luz del mundo— enseñaron la verdad. Y de la misma manera que la luz natural vivifica los organismos, se dice también de Cristo que «en Él estaba la vida y la vida era luz de los hombres» (Jn 1,4).

Simbólicamente, Cristo se hace presente en medio de nosotros vestido de luz. Cristo es luz. Es la Luz.

La entrada en el templo la hizo en los brazos de la Santísima Virgen. Una vela litúrgica encendida es un símbolo vivo de Cristo. Somos portadores de Cristo, con una vela en la mano.

Nosotros lo recibimos a Él de manos de nuestra santa madre la Iglesia. Sólo la Iglesia tiene poder para darnos a Cristo. Como las de la Candelaria, las manos de la Iglesia son manos cariñosamente maternales.

Para recibir a Cristo necesitamos acudir a la Iglesia.

La fiesta de la Purificación tiene en la vida cristiana una realidad acuciantemente actual. «Antes erais tinieblas, ahora sois luz en el Señor. Caminad como hijos de la luz» (Ef 5,8s).

Amigo lector, procura que nunca se apague en tus manos esa luz. Es la luz de tu santo bautismo.

El cristiano es un ser iluminado. Es una fuente de luz. Reflejo perfecto de la luz increada y vehículo fiel del resplandor de Dios para todos los hombres. Piensa si eres tú de verdad una fuente de luz: «luz para la iluminación de las gentes».

Por definición, la luz ha de expandir sus fulgores. Por las venas del alma cristiana cabalgan mensajes de luz. Somos focos. El mundo precisa de nuestra luz. La frente pagana de tantos problemas humanos ha de ser iluminada con esos rayos de luz.

La verdad de nuestra vida cristiana es una candela encendida de luz. La mentira en la vida es un apagón de la luz. La verdad es un acto de culto a la luz. La mentira es una ceremonia del culto a Luzbel, el ángel apagado.

Que nos queme la luz en el pecho. Y que todas las luces del alma y del cuerpo que hayamos de tocar en la vida, hayan podido ser arrancadas de un pedernal litúrgico y transmitidas por un beso caliente de las candelas encendidas en la fiesta de la Purificación de la Virgen.

Es de desear que esas velas cobijen bajo su luz sagrada todos los problemas familiares de los hogares cristianos en la vida de todos los días. Que no falte entre los utensilios de las casas cristianas esa vela bendita, tratada y usada como un objeto sagrado, dispuesta a ser colocada en la mano del que muere, como un anticipo de su presentación gaudiosa ante el trono de

Dios, como un recuerdo de la inmortalidad que Cristo nos ha merecido y como una señal inequívoca de la protección de la Virgen. «Tened en vuestras manos encendidas las antorchas y sed semejantes a los que aguardan a su señor» (Lc 12,25).

Nuestra santa madre la Iglesia resume el sentido cristianamente luminoso de esta festividad en la oración de la bendición de las candelas, que es un manjar exquisito para el alma cristiana.

Léela y medítala lo más sabrosamente que puedas:

> «¡Oh Señor Jesucristo, luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo!, ilustra nuestros corazones con tu invisible fuego, con el resplandor del Espíritu Santo y cura la ceguera de nuestros pecados, para que, purificada así la vista de nuestra alma, podamos conocer lo que a Ti te agrada y lo que es provechoso para nuestra salvación y merezcamos alcanzar, tras los peligros y tinieblas de este mundo, la luz inextinguible Por Ti mismo, Salvador y Redentor nuestro, que en Trinidad perfecta vivis y reinais, Dios, por todos los siglos de los siglos Amen»

Amigo, con esa luz revisa hoy tu vida. Contémplala con ojos iluminados por la presencia de Cristo. Pídele prestados los ojos al anciano Simeón y proyecta a Cristo, hecho luz, en tu vida.

Y, ya sabes, decídete a caminar ahora por el año litúrgico de cara a la luz, siguiendo las huellas luminosamente claras de Cristo, que pasó por tu vida en el momento del santo bautismo transfigurándote en foco de luz

El anciano Simeón tan sólo deseó ver un instante la luz de Dios para cerrar después sus ojos con esa imagen tan bella enclaustrada en sus pupilas, momentos antes de abrirse a los resplandores eternos de la gloria del cielo.

En la nueva economía de la gracia, el cristiano puede estar constantemente viendo a Cristo y sintiendo su caricia de hermano que se nos ofrece acunado en los brazos de la Santísima Virgen.

Por favor, que no se te olvide: históricamente es cierto que la Santísima Virgen —su madre y tu madre— tiene todavía maternalmente extendidos sus brazos dispuesta a acunarte sobre ellos y poder así ofrecerte al Padre en el templo santo del cielo.

Es éste su oficio.

De nuevo te lo voy a recordar, y a la vez —para ti, para mí y para todos— le vamos a pedir esta gracia a la Virgen con las mismas palabras de la sagrada liturgia de la fiesta de hoy:

> «Omnipotente y sempiterno Dios: suplicamos humildes a vuestra Majestad que, así como vuestro unigénito Hijo fue presentado hoy en el templo con la sustancia de nuestra carne, así nos concedáis presentarnos a Vos con almas puras de todo pecado. Por el mismo Cristo Nuestro Señor. Amén».

ANTONIO ARADILLAS AGUDO

Bibliografía

Act. SS. Boll., 2 de febrero, comentario histórico de la fiesta.
Varios artículos de *Diccionarios* y *Enciclopedias* de antigüedades cristianas. En partic.: *Cath. Encycl.*, vol.3, p.245s.
DUCHESNE, L. (ed.), *Liber pontificalis*, o.c., I, p.381s.
Obras generales de GUERANGER, SCHUSTER, PARSCH, etc.

SANTA CATALINA DE RICCI

Virgen († 1590)

Nació el 23 de abril de 1523. Sus padres fueron Pierfrancesco de Ricci y Catalina Panzano. A los cinco años murió su madre y fue recogida en el monasterio benedictino de San Pedro de Monticelli en donde tenía una tía que fue abadesa del mismo. Desde muy niña sentía grandes atractivos en la meditación de la Pasión del Señor, en la que centraría más tarde toda su espiritualidad. Con el deseo de abrazar la vida religiosa visitó varios monasterios, pero no le agradó ninguno. Por fin decidió ingresar en el convento de las dominicas de San Vicente del Prado. Su padre se opuso y ella sufrió tanto que enfermó, casi a punto de morir. Curada prodigiosamente, su padre dio su consentimiento y pudo ingresar en el convento de las dominicas de San Vicente del Prado el 18 de mayo de 1535, cuando tenía 12 años, con la ayuda de su tío el Padre Timoteo Ricci. Tuvo que sufrir mucho en la vida religiosa, pues las demás religiosas del convento no comprendían sus éxtasis ni las gracias extraordinarias con que Dios la favorecía. Interpretaron todo esto como desequilibrios psíquicos. Por esto, estuvo a punto de ser despedida del convento cuando se acercaba la fecha de su profesión reli-

giosa. Ella lo consiguió con sus lágrimas y oraciones, el 24 de junio de 1536.

Se mezclaron en su vida enfermedades grandes y extraordinarias curaciones, como la que sucedió en la noche del 22 al 23 de mayo de 1540, aniversario de la muerte de Savonarola.

Con heroica paciencia y dócil humildad Catalina supo cautivarse poco a poco la admiración y el respeto de las demás religiosas. Los tormentos físicos y morales fueron la preparación para pruebas más extraordinarias que conocemos por el relato que ella hizo a su maestra de novicias, Sor Magdalena Strozzi, por imposición de su tío el Padre Timoteo.

El primer jueves de febrero de 1542 tuvo su primer éxtasis de la pasión del Señor, fenómeno místico que se repitió semanalmente durante 12 años, desde el medio día del jueves hasta las cuatro de la tarde del viernes. En ese éxtasis revivía todos los pasos de la pasión del Señor. Tenía una comunión espiritual con la Virgen María. Durante toda la semana sufría muchísimo en todo su cuerpo.

Esto se conoció pronto, incluso fuera del convento, y tuvo que intervenir la autoridad eclesiástica, entre otros el Padre General de los dominicos, Alberto de las Casas. Fue tan alarmante que el mismo papa Paulo III envió a un cardenal para examinar el caso y dio un juicio positivo.

El 9 de abril de 1542 le concedió el Señor el anillo de su místico desposorio. El 14 del mismo mes y año tuvo los estigmas que permanecieron visibles en todo su cuerpo. En la Navidad del año siguiente le fue prometida una corona de espinas, cuyos pinchazos le duraron hasta la muerte.

Tuvo revelaciones sobre el estado de diversas personas de su comunidad y de la Iglesia en general. Fue muy atacada por los protestantes. Sintió de un modo especial la invitación del Señor a ofrecerse como víctima por la unidad de la Iglesia.

Ayudada por la imagen del crucificado y enriquecida con muchos dones sobrenaturales inició una silenciosa y fecunda labor apostólica, como puede verse por su epistolario. A su alrededor creció un grupo de discípulos, conquistados a veces milagrosamente. Ellos acudían a ella con frecuencia y los ayudaba con sus oraciones, consejos y obras de beneficencia. Se relacio-

nó epistolarmente con San Felipe Neri, con San Carlos Borromeo, con Santa Magdalena de Pazzi, con los Médici, con Juan de Austria y con otras muchas personas. Pero su acción más fecunda fue en su convento, donde fue muchas veces subpriora y priora durante unos siete años en los que la comunidad floreció material y numéricamente, tanto que llegó a tener el convento 160 religiosas, a las que ayudó con gran celo y éxito en la vida espiritual, siendo modelo de observancia religiosa. Murió el 2 de febrero de 1590. Fue beatificada el año 1732 y canonizada el año 1746.

MANUEL GARRIDO BONAÑO, OSB

Bibliografía

AGRESTI, G. DE, «Santa Catalina de Ricci y la Virgen», en *Memorie Dominicane* 38 (1962) 167-184.

ÁLVAREZ, P., *Santos, bienaventurados y venerables de la Orden de Predicadores* (Vergara 1920).

BAYONNE, G., *Santa Catalina de Ricci, la Santa di Prato* (Prato ²1960).

SANTA JUANA DE LESTONNAC

Viuda († 1640)

Burdeos. Mediodía de Francia. Fría mañana de 1556.

Ricardo de Lestonnac, noble magistrado y consejero del rey, que preside su felicísimo hogar en la calle de Cours de Fossés, recibe del cielo la bendición más anhelada para su corazón: una hija, la primogénita, Juana, que llena con la luz de sus ojos azules y su encanto especial la noble morada.

Juana Eyquen de Montaigne, la noble y feliz castellana, recibe en sus brazos el frágil cuerpecito y lo estrecha contra su corazón. Pero se opone tenazmente a que las aguas del bautismo católico corran por la blanca frente de la niña. Es la voluntad firme del padre la que triunfa en la lucha, y Juanita comienza su vida en el campo del rudo combate familiar, que ha de poner en grave peligro la pureza de su fe.

Historietas malvadas y atractivas, en que salen malparados los sacerdotes y el Vicario de Cristo. Veneno entre mieles de caricias maternas. Ausencia total de la Virgen en sus relatos y

en sus charlas. Todo lo que la nueva apóstata calvinista anhela inocular en el tierno corazón de aquella privilegiada criatura, a quien su tío, el célebre filósofo Miguel de Montaigne, llamó sin titubeos «[...] bella princesa, albergada en magnífico palacio».

Sus tíos, los señores de Beauregard, se unen a la madre hereje para malear la inocencia de Juana. Miguel, el señor de Montaigne, vela por la guarda de su fe. Y la niña triunfa en la lucha con la firme ayuda de su padre y con la cooperación de Guy, el mayor de los hermanos varones, que cada noche repite en sus charlas fraternales cuanto ha aprendido en el colegio que frecuenta, regentado por los padres jesuitas.

La fe, combatida, acaba por hacerse recia y valiente. La devoción a la Virgen arraiga íntima en su alma, y su anhelo de sacrificar el porvenir brillante que el mundo ofrece cede tan sólo ante la insistencia paterna, que teme los claustros y monasterios del mediodía de Francia, invadidos por la herejía.

¿Será la voluntad de Dios? ¿Hablará el cielo por la reiterada petición de Gastón de Montferrant Soldán de la Tray, barón de Landirás y de la Mothe, que sueña por hacerla su esposa y lo ruega insistentemente?

Consciente, creyendo acatar así los designios de Dios, acepta Juana.

Y veinticuatro años de felicísimo matrimonio en el baronesado de Landirás son la respuesta afirmativa a su ambición de hacer siempre lo más perfecto.

Ocho veces es Juana madre. Las tres primeras disfruta breves instantes de sus hijos. Muy pronto vuelan al cielo sus angelitos, dejando el baronesado entero sumido en lágrimas y desolación. Las otras cinco —dos varones y tres hembras— van llenando poco a poco, con su alegría y con sus trinos, las dilatadas posesiones bajo sus desvelos de madre y de santa.

La baronesa, la mujer fuerte que canta la Escritura, les enseña cada día los deberes de la cristiana caridad en las visitas a los pobres, a sus colonos, en la abnegada labor de atender y dar hospitalidad a los mendigos que llaman a sus puertas. No sin razón un día la apellidará el mundo entero «honor y gloria de Francia y de la Iglesia».

La primavera del año 1597 ve colgar en los torreones del castillo crespones enlutados. Gastón de Montferrant, fortalecido con su último viático, ha subido al cielo. Y la mano firme y valiente de la baronesa cierra sus ojos para siempre con profundo dolor, pero con inmensa resignación.

Seis años más tarde, cuando el heredero del baronesado ha seguido a su padre a la Patria, después que su hijo Francisco ha fundado su hogar y Marta y Magdalena se han consagrado a Jesús en las Anunciatas de Burdeos, deja a su pequeña Juanita al cargo de Francisco y de su esposa, ya padres de familia, y ella ingresa en las fuldenses de Tolosa, anhelando tan sólo consagrarse por entero al Señor. La mañana de su partida, saliendo muy temprano de palacio, pretende evitar las despedidas, pero su corazón de madre tiene que desgarrarse al ver llegar y arrojarse sobre su pecho a su benjamina deshecha en llanto y queriendo retenerla en Burdeos, en su casa, con sus bracitos frágiles pero potentísimos.

Viste Juana el santo hábito y su felicidad no encuentra límites. Sin embargo, su palidez preocupa a la comunidad, y las rigurosas penitencias agotan sus fuerzas por completo. Ella prefiere la muerte antes de ser infiel a su Dios, y, cuando su madre superiora le indica que es preferible seguir la prescripción facultativa y regresar a su castillo de Landirás, la pena la embarga por completo.

Aquella noche, mientras esfuerza su alma en abrazarse con la voluntad de Dios y en aceptar la prueba, una visión celestial la hace ver el abismo del infierno. Caen en él las jóvenes, en espantoso torbellino, y tienden los brazos implorando su auxilio. Sobre el cuadro espantoso se dibuja, magnífica y grandiosa, la imagen de María.

La voluntad de Dios la vence por completo. Y la futura Compañía de María, en beneficio de la juventud femenina, empieza a diseñarse en aquella velada última de un aposento de una novicia fuldense.

Vida de caridad y apostolado en su palacio de Burdeos. Providenciales intervenciones divinas, y revelaciones celestiales a los padres Bordes y Raymond, de la Compañía de Jesús. Horas de luz en que se van plasmando las nuevas reglas, calcadas tam-

bién en las de San Ignacio. Generosa respuesta a la gracia por parte de las primeras compañeras, y el 11 de mayo de 1608 Burdeos entero, engalanado, presencia la toma de hábito de las cinco primeras religiosas que se ciñen para el combate en la Compañía de la Virgen.

El cardenal De Sourdis, protector en un principio de la Obra, desea más tarde acoplarla a la regla de las ursulinas, y les niega la profesión en mayo de 1610. Pero el 7 de diciembre, en su castillo de Lormont, recibe una gracia particular de la Santísima Virgen, que aboga por sus hijas, y en la festividad de la Inmaculada, en el monasterio de la calle del Ha, recibe la entrega total de la madre santa y de sus primeras compañeras, que son nueve.

Fuerte vendaval de persecución sacude repetidas veces el tierno arbolito. Por eso quizá arraiga más fuertemente. Béziers, Poitiers, Tolosa, Périgueux... Letanía maravillosa que, antes de la partida de la madre al cielo, se desgrana en cuarenta preciosas y florecientes advocaciones... En ellas, jalonando su fecunda producción, sufrimientos y preocupaciones de todas clases. Desde los desprecios de Lucía de Teula, fundadora frustrada de Tolosa, que no escatimó insultos y persecuciones, secreto de la prosperidad de los nuevos palomares de la Virgen, hasta la traicion de una de sus hijas, única infiel entre el grupo de sus primeras religiosas, que ingrata a la madre, y cediendo a una tentación ambiciosa, hace llegar hasta el prelado falsas acusaciones e inculpaciones de todas clases.

«La parte que Jesús nos da de su cruz nos hace conocer cuánto nos ama», repite más tarde la santa fundadora. Y, tras un silencio santo y ejemplar, su estancia en Pau, la benjamina de sus fundaciones, llena de admiración a cuantos tienen la dicha de tratarla. Van recibiendo sus últimos maravillosos ejemplos de humildad al verla ocuparse personalmente en las clases de las niñas más pobrecitas... De magnanimidad, de amor al Instituto y a las Reglas, para cuya impresión logran sus hijas bordelesas que regrese a la cuna de la Orden a los setenta y ocho años de edad

La enamorada de la Eucaristía, la angelical religiosa que tributaba culto tan especial al ángel de su guarda, la hija amantísi-

ma de la Iglesia y de la Virgen, a la que consagró su compañía; la madre caritativa y buena, que en épocas de epidemia daba a manos llenas los remedios adquiridos para la comunidad entre los mendigos y los necesitados, la hija confiada en la providencia del Padre celestial, que vivió siempre pendiente de la Providencia en todas su empresas, el 2 de febrero de 1640, tras rapidísima enfermedad de dos días, rodeada de sus hijas y pronunciando con dulzura celestial los nombres de Jesús, María y José, se durmió tranquilamente en la paz del Señor, en medio de la veneración y el amor de tantas hijas dispersas por las cuarenta casas del Instituto...

... Revolución francesa. Profanación de los restos venerados, enterrándolos cerca de la osamenta de un caballo. Celo y amor de la madre Duterrail, que, al restaurar las casas de Francia, acabada la Revolución, logra, tras afanes inmensos, encontrar sus restos venerados. Y, por fin, transcurridos trescientos años de espera, el 15 de mayo de 1949 la santidad de Pío XII la eleva a la gloria de los altares.

Santa Juana de Lestonnac bendice hoy las ciento quince casas de la Orden de la Compañía de María Nuestra Señora, que, esparcidas por todo el mundo, anhelan vivir intensamente el ideal de su santa madre fundadora: «O trabajar o morir por la mayor gloria de Dios».

MARÍA ÁNGELES VIGURI, ODN

Bibliografía

HOESL, P., *Au service de la jeunesse. Sainte Jeanne de Lestonnac, épouse, mère, fondatrice* (París 1949).

TESTORE, C., *Santa Giovanna de Lestonnac, fondatrice dell'Ordine delle Figlie di Nostra Signora (Compagnia di Maria)* (Roma 1949).

VIGUESOURI ELCORO, M. DEL C., *Exclaustrada y misionera, o Vida de Santa Juana de Lestonnac..., fundadora de la Orden de Nuestra Señora (Enseñanza)* (Bilbao 1949).

BEATO ANDRÉS CARLOS FERRARI

Cardenal († 1921)

Este buen pastor de la Iglesia mediolanense entre los siglos XIX y XX, imagen preclara en la contemporaneidad del único Buen Pastor de la Iglesia, Jesucristo, beatificado precisamente

en el domingo IV de Pascua de 1987, «dominica del Buen Pastor», nació en Lalatta di Patropiano, diócesis de Parma, el 13 de agosto de 1850. Era hijo de Jose Ferrari y de Magdalena Longarini, y recibió en el bautismo el nombre de Andrés. Desde su infancia, de la mano de sus piadosos padres, aprendió a caminar por el sendero de la voluntad de Dios.

Por eso apuntó muy tempranamente en él la vocación al sacerdocio. Cursó sus estudios elementales en el seminario de su diócesis desde 1861, del cual fue alumno interno en 1867. Recibió el orden presbiteral el 20 de diciembre de 1873. Al año siguiente fue nombrado párroco de Mariano, cerca de Parma, muy pronto fue coadjutor del arcipreste de Fornovo di Taro y en 1875 vicerrector del seminario de Parma y profesor de física y matemáticas. En 1877 fue nombrado rector del seminario y en 1878 profesor de teología fundamental, historia eclesiástica y teología moral En 1885 publicó un compendio de teología dogmática general.

Por su fidelidad en el seguimiento de Cristo y amor a la Iglesia, por sus dotes humanas y sacerdotales, la Santa Sede se fijó en él para elegirle obispo de Guastalla, una pequeña diócesis de 25.000 habitantes. Recibió su ordenación episcopal en Roma el 29 de mayo de 1890.

Sólo un año después, fue trasladado a la sede de Como, en cuya catedral entró solemnemente el 25 de octubre de 1891. En visita pastoral a su extensa diócesis, hasta los lugares más remotos y difíciles, ya que el buen pastor debe conocer a sus ovejas y estas lo deben conocer a él (cf. Jn 10,14), no cesaba de anunciar la Palabra divina, de administrar los sacramentos de la confirmación y de la penitencia, de celebrar la Eucaristía y de presidir otras acciones litúrgicas, de exhortar a todos a una fidelidad creciente al Evangelio, a la Iglesia y al sumo pontífice. Educado en actitudes de catolicismo intransigente, no fue sensible al principio a los problemas político-sociales de fin de siglo, hasta que participó en Génova, en octubre de 1892, en el *Congresso dei cattolici italiani.* En éste, captó la realidad y los imperativos ineludibles de la cuestión social y de las injusticias que padecían las capas más pobres de la sociedad. Luego, en Como, inició la *Opera dei Congressi,* de marcado apostolado social.

León XIII, apreciando las virtudes pastorales de este celoso obispo, lo promovió al cardenalato el 18 de mayo de 1894 y el siguiente día 21 le confió la archidiócesis de Milán. En veneración a su santo predecesor Carlos Borromeo, el cardenal Ferrari añadió al nombre de su bautismo el de Carlos, al iniciar, en noviembre, su servicio episcopal a la sede ambrosiana.

En marzo de 1895 comenzó la primera de sus cuatro visitas pastorales a su vasta archidiócesis (con más de 700 parroquias entonces y 1.700.000 habitantes).

El cardenal Ferrari alentó con decisión el «movimiento católico» como pastor de la Iglesia mediolanense: favoreció las iniciativas sociales de los católicos, su compromiso en la política y la difusión de una cultura cristiana coherente con el avance de la cultura contemporánea.

En la homilía de su beatificación, Juan Pablo II expuso el talante de aquel buen pastor:

> «Consciente de que la ignorancia de los principios esenciales de la fe y de la vida moral exponía a los fieles a la propaganda atea y materialista, organizó una forma de catequesis moderna e incisiva. También renovó el estilo pastoral: inspirándose en el "buen Pastor", repetía insistentemente que no se tenía que esperar pacientemente que los fieles se acercasen a la Iglesia, sino que era indispensable volver a recorrer, como Jesús, las calles y las plazas para salir a su encuentro, hablando su mismo lenguaje... Ante su acción pastoral incansable, exclamaban algunos: "¡Ha vuelto San Carlos Borromeo!"».

Reanudó la serie de Sínodos mediolanenses, interrumpida desde 1687, convocando los de 1902, 1910 y 1914. En 1906 reunió un Concilio provincial.

Siguiendo las enseñanzas de León XIII en su *Rerum novarum,* instituyó la cátedra de economía social en su seminario, deseoso de que la «sociología cristiana» impregnara la mentalidad del clero, se dedicó con entusiasmo a las obras sociales (cajas rurales, sociedades de socorros mutuos, ligas obreras, agrícolas, etc.). Dedicó sacerdotes al apostolado obrero, organizó misiones para los trabajadores, la casa de los muchachos, otra para la reeducación de antiguos presos, unió los esfuerzos, a veces contrastantes, de la prensa católica. Fundó el diario *L'Unione,* llamado luego *L'Italia.*

Frente a la prensa intransigente y cerrada en un catolicismo intolerante, mostró su apoyo a un periodismo de penetración, para que el pensamiento cristiano se metiera en el corazón del mundo moderno. Intuía el cardenal, dice Juan Pablo II en la homilía citada, «la urgencia de involucrar a los laicos en la vida de la comunidad eclesial, organizando sus fuerzas para una presencia cristiana más incisiva en la sociedad. Fue activo promotor de la Acción Católica masculina y femenina que, con su decisivo impulso, creció y desde Milán proyectó su influjo benéfico sobre toda Italia».

Deseó que se superara el «non expedit» pontificio que cerraba el paso a la participación de los católicos italianos en la política tras la caída de Roma en 1870, auspició diálogo y entendimiento con el Estado y la monarquía de la nueva Italia, intentos que resultaron infructuosos. Tuvo que sufrir mucho a causa de sus tendencias conciliatorias y de su empeño por «modernizar» y actualizar la presencia de la Iglesia y del pensamiento cristiano en la sociedad contemporánea.

Sus actitudes abiertas e innovadoras despertaron recelos a la nueva «inquisición» antimodernista, que surgió tras la publicación en 1907, por Pío X, de la encíclica *Pascendi.* Aunque el cardenal Ferrari, en la inauguración del año académico de 1907-1908 en la Facultad de teología milanesa, previno frente al contagio modernista y el siguiente mes de noviembre amenazó con penas canónicas a los difusores del *Programma dei modernisti* y del *Rinnovamento,* el papa Sarto mantuvo siempre hacia él una desconfianza obsesiva. Milán, con su cardenal al frente, simbolizaba ante la intransigencia vaticana del momento la vanguardia del catolicismo liberal. Principalmente los hermanos Scotton de Breganze (Vicenza), aliados de Pío X en la persecución antimodernista, desde su semanario *La Riscossa* lanzan su más pesada artillería contra el cardenal Ferrari. Éste en ningún momento se ve defendido por el papa, a quien acude en diferentes ocasiones. Tres visitas apostólicas ordena Pío X, en 1905, 1908 y 1911, al seminario y al arzobispado de Milán. Las dos primeras concluyen en absolución. La tercera termina con fuertes críticas a la acción del arzobispo. El Papa llega a advertir a Ferrari que no quiere verlo en Roma. Pío X ve en el proyecto de Ferrari un

proyecto pastoral alternativo al suyo. El Papa desconfía de los nuevos acontecimientos históricos que no comprende, mientras Ferrari intenta comprender los retos de los nuevos tiempos para ofrecerles una respuesta cristiana. Tal confrontación arrancó lágrimas al cardenal, siempre deseoso de permanecer fiel a la Sede apostólica. El breve de beatificación cualifica dulcemente el conflicto como «un martirio del corazón, superado por la fuerza de la humildad, de la caridad apostólica y de una sincera fidelidad a la Sede de Pedro». Al final, Pío X confesó, en conversación privada, que había sido engañado respecto del arzobispo de Milán. El sucesor de Ferrari, el Beato cardenal Schuster, refirió que Pío XI —también sucesor de Ferrari en la sede de San Carlos— se había lamentado de que hubieran querido involucrar al cardenal Ferrari con el modernismo: «a él que no vivía más que de celo por la gloria de Dios, de amor a la Iglesia y de devoción al Papa». Durante su «martirio de corazón», el bienaventurado pastor se encerró en el silencio y en la oración, esperando que pasara la hora de las tinieblas.

El sucesor de San Pío X, Benedicto XV, nada más subir a la cátedra de Pedro declaró a otro insigne perseguido, el cardenal Maffi, que la era de las delaciones se había terminado. Fue disuelta la red del espionaje antimodernista.

Entonces el Beato Andrés Carlos Ferrari vuelve al dinamismo de siempre, con corazón ensanchado. Entre 1915 y 1918, en que Milán padece los desastres de la primera guerra mundial, se desvivió por los huérfanos, las viudas, las familias destrozadas, los soldados, los prisioneros; colaboró en la búsqueda de los desaparecidos. Creó la «Casa del pueblo» para aunar las organizaciones de apostolado de los laicos y de asistencia social, conocida luego como *Opera Cardinal Ferrari.* El arzobispo la confió a una asociación de sacerdotes y laicos, la Compañía de San Pablo. Colaboró con el P. Gemelli y otros católicos milaneses y les prestó todo su apoyo en la fundación de la Universidad Católica del Sagrado Corazón.

> «El secreto de la incansable acción apostólica del nuevo beato —predicó Juan Pablo II el 10 de mayo de 1987— está en su vida interior, cimentada sobre profundas convicciones teológicas, impregnada de tierna y filial devoción a Nuestra Señora, centrada en Jesús Eucarístico y en el Crucificado, expresada en una actitud

constante de gran bondad hacia todos, de solicitud ardiente hacia los pobres, de heroica paciencia en el sufrimiento».

Después de la gran guerra, las fuerzas del cuerpo empezaron a flaquearle. Hasta el final trabajó con brío e ilusión, hasta que quedó postrado en el lecho de muerte. «El buen Pastor da la vida por sus ovejas» (Jn 10,11). Éstas reconocieron la heroica actividad pastoral de su arzobispo: numerosos fieles de la diócesis ambrosiana, como en peregrinación, acudieron a recibir la última bendición de su pastor. Murió santamente cuando el sol de la fiesta de la Presentación, 2 de febrero de 1921, se hundía en el ocaso, mientras el siervo bueno y fiel entraba en la luminosa y eterna fiesta de su Señor (Mt 25,21).

Enseguida el pueblo lo tuvo por santo. El Beato Ildefonso Schuster lo renonoció en 1951, al abrir su causa de canonización:

> «Si estuviera aún en vigor la antigua disciplina eclesiástica que permitía a los fieles, es decir a la Iglesia viva, la canonización de los santos, ciertamente ahora ya veríamos al cardenal Ferrari elevado a la gloria de los altares, al lado de San Carlos».

El Beato Juan XXIII —que también había tenido que sufrir por la campaña antimodernista— elogió la figura del bienaventurado arzobispo cuando admitió, en 1963, su causa en la Congregación de Ritos. Pablo VI lo declaró venerable por la heroicidad de sus virtudes en 1975. Juan Pablo II lo inscribió en el catálogo de los beatos, en San Pedro del Vaticano, el 10 de mayo de 1987.

PERE LLABRES

Bibliografía

Bibliotheca sanctorum, t V cols 647-649

Breve de beatificacion *AAS* 84 (1992) 832-835

CAPOZZI, M , *Come visse ed insegno il cardinal Ferrari* (Milan 1950).

Homilía en la beatificación *AAS* 74 (1987) 1295-1301.

PENCO, G - GAIBIATI, B , *Vita del Cardinal Andrea Carlo Ferrari, archivescovo di Milano* (Milan-Roma 1926)

PENCO, G , *Il Cardinal Ferrari nel suo spirito e nei suoi scritti* (Milan 1939)

RICCARDI, A , «Andres Carlos Ferrari», en C. LEONARDI - A RICCARDI - G ZARRI (dirs.), *Diccionario de los Santos,* I (Madrid 2000) 171-174

ROSSI, G., *Il Cardinal Ferrari* (Asis 1956)

SNIDER, C., *L'episcopato del cardinal Carlo Andrea Ferrari*. I: *Gli ultimi anni dell'Ottocento (1891-1903)* (Vicenza 1981); II: *I tempi di Pio X (1903-1914)* (Vicenza 1982). El tercer volumen no ha sido publicado.

SAN JUAN TEÓFANES VÉNARD

Presbítero († 1861)

Juan Teófanes Vénard, siempre conocido por el segundo nombre, nació en Saint-Loup-sur-Thouet (departamento Deux-Sèvres), diócesis de Poitiers, la inolvidable sede gala de San Hilario, el 21 de noviembre de 1829. El matrimonio Juan Vénard y María Guéret tuvo seis hijos, de los que sobrevivieron los cuatro primogénitos: Melania, Teófanes, Enrique y Eusebio, sacerdote diocesano el tiempo andando. Segundo, pues, de la familia, muy unida ella y de raíces cristianas, Teófanes adquirió desde su primera juventud costumbres de honradez y piedad. Tuvo en el padre a su primer maestro, quien no tardó en advertir en el hijo una marcada inclinación al sacerdocio. La vocación, de hecho, se le despertó al futuro mártir cuando sólo tenía nueve años mediante la lectura de una noticia que refería «la vida y la muerte del venerable Carlos Cornay», de Loudun, martirizado en Tonkín.

Él, sin embargo, guardó en secreto lo de las misiones y puede que también del sacerdocio, ya que, según referencia de su hermano Eusebio, sólo expresó la voluntad de estudiar. De modo que, secundado por los suyos en tan laudable propósito, su padre lo encomendó primero al párroco para el latín, y en 1841 al Colegio de Doué-la-Fontaine, donde un aciago día de 1843 supo la triste nueva de que su madre había muerto, vacío que vino a llenar Melania, la hermana. En el último bienio de estudios fue presa de tales crisis vocacionales que su perseverancia, por incomprensión de los profesores mayormente, llegó a verse comprometida. Apoyado, sin embargo, por las cartas del padre y de Melania, consiguió recuperarse y, luego de superado todo, entrar con buen pie a sus dieciocho años, primero en el seminario de filosofía de Montmorillon y, enseguida, en el diocesano mayor de Poitiers. Corría octubre de 1848.

El sacerdote de Saint-Loup y luego sus profesores y directores completaron la formación religiosa del joven, sobre todo

M Baudry, su director en Poitiers, al que veneró y amó con especial cariño. De todos modos, quien más impronta dejó en él fue M. J. Barran (1797-1855), director en el Seminario de Misiones Extranjeras, cuya costumbre era inculcar en el ánimo de los aspirantes la sublime idea de la vocación: insistía con énfasis en la santidad, la de un sacerdote en razón de sus funciones, y más aún la del misionero. «Que nadie, decía, se arriesgue a la vida apostólica sin una vocación especial». Recordaba sin cesar que el primado en dicha obra de la gracia, tan delicada, suave, misteriosa ella, corresponde a la iniciativa divina, de suerte que, para el hombre, la perfección consiste en responder entregado a lo que Dios disponga. «Que la vida, solía repetir Barran, es dulce a los que saben mantenerse en una tal infancia espiritual». La educación y la gracia templaron el espíritu de Teófanes para recibir con fruto esta sublime enseñanza, aunque no utiliza la expresión *infancia espiritual.*

Mucho amó a su familia y siempre supo exteriorizarlo. Su vida espiritual aparecía como sublimación de la familiar. La Virgen María empezó a centrar su ser y quehacer a raíz de la muerte de la madre, fallecida cuando él tenía doce años. Se comprometió entonces a rezar diariamente el rosario, y todavía un año antes de su muerte, enero de 1860, tuvo la feliz ocurrencia de recopilar la fórmula montfortiana intitulada «Consagración de mí mismo a Jesucristo por las manos de María», cuyo pasaje esencial llegó a transcribir con su sangre.

Las cartas al padre revelan nítida una vocación misionera. De hecho, subdiácono ya, llegó a pedir permiso al obispo de Poitiers, monseñor Pie, para entrar en el seminario de Misiones Extranjeras, cosa que ocurrió el 3 de marzo de 1851. Una vez ordenado sacerdote el 5 de junio de 1852, expresó el deseo de ir pronto a Tonkín. Tuvo que esperar, claro es, pero la paciencia dio resultado, ya que, al fin, pudo embarcarse rumbo a Hong-Kong en el Philotaxe, Anversa (23 de septiembre), en sustitución de un misionero impedido, como le había ocurrido en su día a San Francisco Javier. Desde Anversa a Hong-Kong hizo la travesía junto a uno de sus mejores amigos, José Theurel, destinado a Tonkín. Luego de cuatro meses y medio de navegación, pudo saludar en Singapur a cuatro seminaristas viet-

namitas, causa para él de conmoción al considerarlos hijos y hermanos de mártires que habían dejado la propia «tierra de mártires» con riesgo de la vida.

El 19 de marzo de 1853 llegaban a Hong-Kong. Theurel continuó hasta Tonkín, donde un año después le alcanzaría Teófanes enviado también allí a causa de las recientes bajas en la misión. Mientras aguardaba destino en Hong-Kong, probó a estudiar la lengua china y en ello estaba cuando un billete del superior de París, Barran, le anunció un buen día de febrero de 1854: «A usted, señor Vénard, está encomendada la gema del Tonkín». Llega a Cua Cam el 13 de julio de 1854, y allí, en Vinh Tri, residencia episcopal y centro de la Misión, es objeto de un caluroso recibimiento por parte de monseñor Retord, obispo que regía entonces la Misión del Tonkín Occidental, cuyo coadjutor era monseñor Jeantet.

Teófanes seguía estudiando con tesón la lengua, de modo que, pasados apenas unos meses, fue capaz de acompañar al obispo en las visitas pastorales. Contaba entonces el Vicariato con ocho misioneros, 10 sacerdotes del país, 30 estudiantes de teología, 300 latinistas repartidos en cuatro colegios y centenares de catequistas. El obispo lo confió al provicario, M. Castex, encargado del distrito de Hoang-nguyen y director del colegio del lugar; pero a su llegada se vio de pronto aquejado de tisis y estuvo enfermo hasta finales de 1856. Ya convaleciente en el centro de la misión (Ke-vinh, o Vinh Tri), fue reenviado a Hoang-nguyen, donde Castex había recibido el refuerzo de Theurel. Fallecido Castex el 6 de junio de 1857, monseñor Retord nombró a Theurel provicario y a Teófanes responsable del distrito de Hoang-nguyen, que entonces contaba con 300.000 habitantes, cuya capellanía de unos 12.000 cristianos atendían siete sacerdotes autóctonos. Teófanes ejerció este ministerio hasta el 10 de junio de 1858.

Aquel día, una columna de perseguidores de los cristianos devastó Hoang-nguyen. Así empezaba para él un período de clandestinidad, a menudo bajo tierra o entre dos tabiques, durante el cual la fiebre se llevó para siempre a monseñor Retord. Convertido Theurel en obispo coadjutor, Teófanes tradujo entonces al vietnamita la *Concordantia evangelica* de Migne, los *He-*

chos de los Apóstoles, las *Epístolas* y el *Apocalipsis.* Fue asimismo nombrado responsable del seminario de teología, en su reapertura, función que jamás llegó a ejercer debido a su arresto bajo denuncia en Dong-bao, el 30 de noviembre de 1860. La síntesis de su final fue así: metido en una jaula, encadenado, conducido a Hanoi, presentado al tribunal, requerido a pisar la cruz y, ante su negativa, condenado a muerte. Murió decapitado el 2 de febrero de 1861, tenía 31 años. Beatificado el 2 de mayo de 1909, su canonización llegó el 19 de junio de 1988. Veamos esto despacio.

Desatada la persecución, el emperador Tu Duc, instigado, pese a su carácter dulce, por los mandarines, ordenó que todo sacerdote europeo fuese arrojado al río, todo sacerdote vietnamita descuartizado en dos y los bienes, confiscados ya al condenado, ya a quienes lo hubiesen escondido, pasaran con 300 talentos de plata como premio al delator (Edicto del 3-3-1851). Abundaron los espías, sobre todo entre los apóstatas. La curación que un sacerdote encarcelado a causa de la fe procuró al hijo del gobernador, valió a los misioneros una cierta simpatía y que les fuera mitigada la aplicación del Edicto. Pero no bien fue decretada por un segundo Edicto la proscripción general de los cristianos (18-9-1856), el gobernador Nguyên dinh-Hung envió un catequista a su amigo el sacerdote, Lê Bao Thinh, para avisarle de la proyectada persecución del seminario de Vinh Tri por parte de los mandarines. Desdichadamente, antes de que éste llegara, las tropas circundaron el centro misionero. El P. Lê Bao Thinh se presentó solo al oficial, en calidad de director, permitiendo así a monseñor Retord, a Teófanes, a un sacerdote europeo y a tres vietnamitas con cien estudiantes más esconderse en las cavernas cercanas. El P. Thinh fue decapitado, los nobles exiliados y la aldea destruida.

Errante por el monte y medio perdido entre varias localidades, nuestro misionero vino a dar, después de muchas vueltas, con el seminario de Hoang-nguyen, donde era posible vivir, dada la menor crueldad de Hoàng van Thu, gobernador de Hanoi, cabeza de partido del distrito. Instigado, sin embargo, por el colega de Nam Dinh, también él envió tropas para arrestar allí a tres sacerdotes vietnamitas, un diácono y diez seminaristas.

Teófanes entonces se escondió con un misionero francés primero en el convento de las Amantes de la Cruz (But Dông), despues en la casa del alcalde pagano de la aldea Tân. Las numerosas defecciones de los cristianos, a los que éste daba asilo, solicitaron de Teófanes la visita a varios lugares del distrito para conseguir de los fieles el retorno a la religión. Así fue como un traidor pudo revelar su presencia en la casa de una anciana pobrísima de Kim Bang: los soldados se llevaron al catequista Luong y luego, roto a patadas un tabique de bambú, descubrieron a Teófanes, que fue conducido en barca, atadas las manos sobre el dorso, a la casa del delator que lo encerró en una jaula de madera para, de ese modo, ser conducido con el catequista bajo la argolla, a la prefectura de Phu Ly.

Terminado el breve interrogatorio (4-12-1860), Teófanes compareció ante el gobernador dentro de una jaula menos estrecha portada en brazos por ocho hombres. En la parada de Ke Voi, recibió del alcalde Pablo Uong Moi, cristiano, una carta del coadjutor monseñor Theurel. Llegó a Hanoi hacia el mediodía despertando la atención de muchos curiosos: ante la Puerta del Este, los soldados, indiferentes a sus protestas, arrastraron al catequista para que pisara la cruz extendida a propósito en tierra. Pero éste empezó a agitarse tanto en la jaula que amenazó con volcarla, lo que obligó a los soldados a removerla. Interrogado por el gobernador mediante dos asesores, se le invitó en vano a pisotear la cruz. Así fue como Teófanes y el catequista fueron condenados a muerte el 17 de diciembre de 1860. La sentencia llegó de Huè, la corte adonde había sido enviada para su ratificación, después de ocho semanas. Teófanes mientras, encerrado en una jaula más grande que las anteriores, salía de ella alguna que otra vez, circunstancia que aprovechaba para ver a los sacerdotes vietnamitas en la cárcel y confesarse. Pero luego, al no consentírselo más la rígida custodia, el coadjutor les envió para ello, a él y al catequista, al P. Thinh. También la comunión por una mujer de confianza. Los guardias eran por lo común discretos con Teófanes, el cual se fue preparando al sacrificio lleno de calma y recogimiento. La plegaria le permitió vencer el fuerte envite de una última tentación de aferrarse a la vida en la noche del 18 de diciembre de 1860.

Cuando el decreto de inmediata ejecución llegó a palacio portado por el correo imperial, un soldado cristiano se lo comunicó a los catequistas Pedro Khang y Juan Batta Luong. Fingiéndose Teófanes presa de violentos dolores, Luong permitió a Khang conducir al enfermo hasta el sacerdote europeo, célebre médico. Los dos podían así referir al padre la noticia. Éste añadió: «¡Bien!». Después, confesados ambos, se recogió en oración. El soldado católico Domingo pidió a la viuda Nghiên, encargada de suministrar alimentos al padre, que le preparase vestidos nuevos. Se permitió a los amigos catequistas acercarse al condenado, quien los confortó dejándoles sus vestidos, y a la viuda Nghiên el breviario, el rosario y el crucifijo. Probó también del dulce y las bebidas que los soldados le presentaban e hizo que participasen los catequistas.

La imprudente llegada de Ana Xui con el viático provocó un tumulto al creer los soldados que se trataba de un veneno. La viuda, corriendo a las invocaciones de Ana, que estaba atada a un palo, consiguió del comandante que le fuera entregada la caja con la sagrada forma. Le faltó tiempo para explicar que, lejos de veneno, aquello era, más bien, «medicina que da la vida». A la ironía del criminal asesor y lector de la sentencia, Teófanes respondió que, en vez de vengarse una vez muerto, como él se temía, rogaría por él. Fue al suplicio, pues, entre doce soldados, precedido del prefecto criminal a caballo, y del adjunto encargado de llevar la «tablilla de la sentencia», mientras cerca de cien militares guiados por dos oficiales a lomo de elefante cerraban el cortejo.

De tal suerte había venido soñando desde niño con el martirio que, al recibir su destino a Tonkín, creyó ver en ello la señal de la Providencia de que un día sería mártir. Pareja disposición había contribuido luego a crear en su corazón un espíritu de generoso desprendimiento y disponibilidad total. Sin embargo, como todos sus Hermanos de Religión, llegada la hora suprema, hizo lo imposible, cómo no, por escapar de sus perseguidores. En una de esas escaramuzas, el colega Pedro Néron había sido hecho prisionero unos meses antes y luego decapitado. Después de su captura, no se hizo ninguna ilusión sobre su suerte y empezó a presentir lo peor, pero tampoco ello impidió que su serenidad habitual fuera, si cabe, más patente, también

más gozosa, y que, llegado el momento supremo, decidiese acudir al suplicio cantando el *Magnificat.*

Se interrumpió la marcha a la puerta de la ciudad, cuando vio en tierra la cruz. Al no querer pisotearla, fue arrastrado por la fuerza. Buscó entonces inútilmente con la vista al sacerdote Thinh que, según el mensaje del coadjutor, habría debido encontrarse por el camino. Y así, como un viacrucis redivivo, llegado al lugar para el sacrificio, se colocó él mismo sobre la tela preparada al efecto por algunas piadosas mujeres. Un soldado entonces le partió con las tenazas las pesadas cadenas al cuello y a los pies. Libre de alzarse, trató de encontrar más allá de los soldados que lo circundaban al P. Thinh para recibir de él la absolución. Después, al no verlo, trazó un signo de bendición sobre los presentes y se arrodilló junto al palo de bambú. A la pregunta del verdugo sobre la suma a percibir a cambio de una muerte con menor sufrimiento, su respuesta fue: «Nada, haz tu trabajo». Fijado al palo con los antebrazos atados detrás de la espalda para tener alta la cabeza, cesado el redoble de tambores y el sonido de los címbalos, el verdugo descargó el primer golpe, que sólo rozó la mejilla izquierda del mártir; al segundo, la espada se rompió y la degollación no pudo completarse sino con dos nuevos tajos. Era el 2 de febrero de 1861. Había nacido en Périgueux (Francia), moría mártir en Hanoi (Vietnam).

Los fieles rescataron el venerado cuerpo y los hábitos del ajusticiado, pero no pudieron impedir que su cabeza, expuesta por tres días, fuese arrojada al río. Cristianos y paganos enjugaron la sangre derramada con la que Teófanes había sellado su brillante carrera apostólica de misionero en Vietnam. Todo seguía muy vivo y el recuerdo empezó a rebasar las fronteras vietnamitas. Así que sus despojos mortales llegaron en 1865 al seminario de Misiones Extranjeras de París mientras la cabeza, encontrada por los pescadores, permaneció bajo custodia en Tonkín. Recurriendo el aniversario del martirio, el mismo monseñor Pie, obispo de Poitiers, quiso pronunciar el panegírico. La fama crecía más cada día. Teófanes empezaba a ser conocido en su Francia del alma.

Imbuida de amor misionero dentro de la clausura, Santa Teresa del Niño Jesús descubrió en noviembre de 1896 al mártir,

cuyos escritos su hermano había tenido la buena idea de publicar a raíz de la muerte. La santa compuso un poema sobre el martirio el 2 de febrero de 1897; y el 17 de marzo escribía: «He leído la vida [...] de Teófanes Vénard que me ha llegado y tocado más de lo que no sabría decir». De esta suerte reconocía en el mensaje vivido por nuestro mártir la vida de infancia espiritual que ella había redescubierto: su alma y la del mártir, decía, eran una sola por la comunión de sentimientos. En el capítulo de la *Historia de un alma* que sus hermanas redactaron al efecto las últimas semanas de la santa, el lector podrá degustar un testamento espiritual compuesto casi todo de frases de Teófanes, convertido mientras en uno de sus «pequeños santos» preferidos.

San Pío X lo proclamó beato con los veintinueve vietnamitas compañeros de suplicio el 2 de mayo de 1909, a pesar de haberse iniciado el proceso en 1878. La canonización llegó el 19 de junio de 1988 por el magisterio de Juan Pablo II, quien encabeza su bula precisamente con estas palabras de San Agustín:

> «Con la semilla de su sangre casi se llenó de mártires la tierra; de esa semilla brotó la cosecha de la Iglesia. Dieron mayor testimonio de Cristo con su muerte que con su vida. Aún hoy hablan de él, aún hoy lo anuncian; calla la lengua, pero resuenan los hechos» *(Sermón,* 286, 3).

Las palabras del Vidente de Patmos en el Apocalipsis parecen contener premonitoriamente lo que pasó con nuestro misionero en Hanoi: «Vi debajo del altar las almas de los degollados a causa de la Palabra de Dios y del testimonio que mantuvieron» (Ap 6,9).

Sobre nuestro santo mártir Teófanes y sus compañeros, y en concreto sobre su mensaje para el mundo de hoy, dijo Juan Pablo II el día de la canonización cuanto sigue:

> «Los mártires vietnamitas "sembrando entre lágrimas", en realidad iniciaron un diálogo profundo y liberador con la población y la cultura de su nación, proclamando ante todo la verdad y la universalidad de la fe en Dios y proponiendo, además, una jerarquía de valores y de deberes particularmente adecuada a la cultura religiosa de todo el mundo oriental [.]. Los conflictos y las tensiones políticas que surgieron en las relaciones de los cristianos con las autoridades, los intereses de otras confesiones religiosas, las razones económicas y sociales, la incomprensión sobre la trascenden-

cia y la universalidad de la fe, formaron aquel crisol terreno en el cual se ofreció y difundió la pureza y la fuerza de este extraordinario testimonio».

La celebérrima frase de Tertuliano, en fin, se adveraba una vez más: «la sangre de los mártires, es semilla de cristianos».

PEDRO LANGA, OSA

Bibliografía

CUSSAC, G , «Les Missions de la Péninsule Indochinoise», en *Histoire unverselle des Missions catholiques,* III (Cannes 1958) 235-237

ÉMONNET, G , *Deux athlètes de la foi, Théophane et Thérèse* (París 1988)

GUENNOU, J , «Théophane Vénard (Saint)», en *Dict Spirit.,* XV (París 1991) cols.522-524

HOA NGUYEN VAN HIEN, S., «Vénard, Teofane», en *Bibliotheca sanctorum,* t XII cols 987-991 (buena semblanza).

JUAN PABLO II, «Litterae Decretales Andreae Dung-Lac presbytero, Thomae Thiên et Emmanueli Phung laicis, Hieronymo Hermosilla O P., Valentino Berrio-Ochoa O. P. et aliis sex episcopis, Theophani Vénard presbytero M. E P et CV sociis martyribus sanctorum honores decernuntur»: *AAS* 83 (1991) 377-381

— «Los mártires, vitalidad para la Iglesia vietnamita. Homilia durante la misa de canonizacion de 117 mártires del Vietnam (Roma, 19-6 88)»: *Ecclesia* (1988) n 2379, p 23-25

Martyrologium Romanum, o.c , 124.

SIMONNET, C , *Theophane, celui qui embellissait tout* (Paris 1983).

TROCHU, F , *Un martyr du 19e siècle Le Bx Théophane Venard* (Lyon-París 1929) (importante)

VENARD, E (hermano del santo), *Lettres choisies* (Poitiers 1929, Namur 1961).

BEATA MARÍA CATALINA KASPER

Virgen († 1898)

Nació Catalina Kasper el 26 de mayo de 1820, en Dernbach, cerca de Montbaur (Alemania), séptima hija de padres pobres, pero ricos en fe. Recibió las aguas regeneradoras del bautismo pocos días después. Creció en edad, en piedad y gracia, la gracia de Dios que movió a la niña desde el principio de su paso por este mundo. A los 14 años, según costumbre de la época, se acercó por vez primera a la mesa eucarística.

Recibió una instrucción muy rudimentaria pues su niñez se desarrolló en una aldea de las montañas del Westerwald, en la que no había ni iglesia ni escuela. Esta situación se vio agravada por la condición enfermiza de la niña. Además, pronto tuvo que ayudar a sus padres campesinos en las labores agrícolas. Ya

adolescente, leía asiduamente la santa Biblia y libros de piedad, guiaba solícitamente a sus compañeros de infancia y adolescencia al santuario de Heilborn, asiduamente se retiraba a rezar y se recogía en su interior. Como anticipándose al carisma que recibiría del Espíritu, visitaba a enfermos y pobres, pues era consciente de que Dios le iba a exigir algo extraordinario, para que dedicara su vida a cuidar de los más necesitados y abandonados.

A los 22 años la familia perdió al padre, y se encontró en una precaria situación económica; tuvieron que vender la casa y vivir en alquiler. Catalina tuvo que emplearse en el servicio doméstico y hasta tuvo que trabajar, partiendo piedras, en el empedrado de las calles. De este modo se procuraba el sustento propio, el de su madre y de sus hermanos, y hasta el de los pobres que acudían a su reconocida generosidad, pues en busca de cobijo y alimento llamaban a la puerta de su casa menesterosos y desamparados, de tal forma que su domicilio familiar llegó a ser como un hospital de enfermos y un hospicio de ancianos.

El párroco de Montbaur fue su maestro en la doctrina cristiana y en el ejercicio de todas las virtudes.

Con otras seis muchachas, organizó en su aldea una «Asociación de la caridad cristiana», una especie de instituto secular, que tenía por objeto cuidar de los cuerpos de los enfermos para procurarles no sólo los cuidados temporales sino el remedio de la inmortalidad. Acogían también a niños huérfanos o desamparados. Algunas de las que formaban esta hermandad emitían sus votos en privado pero seguían viviendo en sus propias casas.

Al principio, las autoridades eclesiásticas del lugar no acababan de comprender la obra y los fines de Catalina. Pero, avanzando el testimonio admirable de Catalina y de sus compañeras, el obispo de Limburg, Mons. Peter Joseph Blum, que no tenía ninguna congregación de religiosas en su diócesis, juzgó como de gran calibre espiritual esta obra de caridad y, como padre y pastor, confirmó en 1850 los estatutos de las muchachas asociadas. Al año siguiente, en la fiesta de la Asunción de Nuestra Señora, les dio el hábito religioso y recibió los primeros votos de Catalina y de sus primeras compañeras, quienes los emitieron después de larga reflexión. La fama de las nuevas religiosas ya

se había extendido tanto que la ceremonia de la vestición y de la profesión tuvo que celebrarse al aire libre y no en la parroquia de Wirges donde estaba programada. Con motivo de su profesión religiosa, Catalina añadió a su nombre de pila el de María, como homenaje a la madre y señora del hogar de Nazaret, pues las hermanas dieron a su nuevo hogar el nombre de «Pequeña casa de Nazaret», denominación muy elocuente por las características de la misión en la Iglesia que las nuevas religiosas querían continuar y propagar. Desde entonces la gente conoció a la fundadora con el nombre de «Madre María».

Por cierto que, durante la construcción de la «Pequeña casa de Nazaret», Catalina experimentó no pocos sinsabores y contratiempos: unas lluvias torrenciales derribaron lo que se llevaba construido, murió su madre y ella enfermó de tifus.

El Instituto, aprobado por el obispo de Limburg, tomó el nombre de «Pobres Esclavas de Jesucristo», título acorde plenamente con el carácter humilde y sacrificado de que se habían revestido, con la intención bien explícita en el carisma fundacional, que empujaba a las hermanas a vivir y demostrar el amor a Dios y al prójimo doliente, en quien ellas querían ver y servir a Jesucristo. Las Pobres Esclavas, en efecto, comprendían su carisma como imitación de la humildad, mansedumbre y pobreza de María, la sierva del Señor, que las estimulaba a servir a su Señor y Esposo en los más humildes de este mundo. Sorprendente era entonces, para la mentalidad de la época, la forma de servicio que las Esclavas asumieron: acudían al domicilio de los enfermos y abandonados y les prestaban su cuidado maternal y fraterno.

En 1852 el obispo Blum les dio una regla provisional, adaptada de las que tenían las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl. El Instituto con sus constituciones sería aprobado definitivamente por León XIII en 1890.

En breve la Congregación, con la ayuda de la gracia de Dios, fue creciendo en número; a imitación de la casa madre se abrieron nuevas pequeñas casas para salir al encuentro de las necesidades más perentorias de cada lugar. En cada casa, la comunidad estaba formada por cuatro hermanas, dos se dedicaban a los enfermos, una a la guardería infantil y otra llevaba la

casa y atendía a los pobres. Durante sus primeros ocho años, se establecieron 20 fundaciones en la diócesis de Limburg, 12 en Colonia, 5 en Paderborn; también se abrieron casas en Trier y Roermond. El noviciado crecía incesantemente por la llegada de nuevas vocaciones. Entre 1851 y 1861 tuvo que ampliarse tres veces la casa noviciado. En 1880 llegaban a 688 las hermanas, establecidas en 98 casas.

Pronto al cuidado de pobres y ancianos las Pobres Esclavas añadieron la tarea de la educación de los niños. En 1853 ya eran 18 los niños y niñas huérfanos acogidos en la casa madre. Madre María pensó que debía proporcionárseles la debida instrucción. En 1854 contrató a un maestro y abrió una escuela elemental. El obispo dispuso que los niños acudieran a las escuelas de los Hermanos de la Misericordia en Montbaur, mientras, al ingresar una maestra en las Pobres Esclavas, ésta se encargó de la educación de las niñas. Así la Congregación tomó el carácter de comunidad docente de niñas pobres. Tal labor la constituyó como firme muralla frente a la extensión y a las pretensiones del laicismo que iba penetrando en los pueblos de Europa.

La obra de Madre María se desarrolló en medio de no pocas dificultades. Cuando llegó la represión del *Kulturkampf,* que cerró escuelas y orfanatos católicos en Alemania, muchas Esclavas tuvieron que exiliarse, sobre todo en Holanda. Para todas la Beata María Catalina fue una segunda madre. En 1859 abrió la primera casa en este país; era escuela de niños, escuela normal o de magisterio y noviciado. A ésta se añadirían luego otras casas en Holanda.

Durante las guerras de 1866 y 1870-1871, Madre María y sus religiosas demostraron toda su caridad acogiendo, asistiendo y curando a los soldados heridos. Brilló entonces el sacrificado servicio del Instituto doblemente: por su amor a la Iglesia y por su atención maternal y fraterna a la sociedad civil. Por sus heroicos servicios, la Congregación fue condecorada con la Cruz de Hierro por el emperador Guillermo I.

En 1868 el obispo de Fort Wayne, en Indiana, conocedor de la gran obra de las Pequeñas Esclavas, rogó a la fundadora que su Congregación se hiciera cargo de un orfanato en Chicago; les brindó luego Rockil Hose para que establecieran el Hospital

de San José como casa central de la Congregación en América. En los Estados Unidos florecieron asimismo las vocaciones: en 1898, la Congregación contaba con 226 hermanas americanas.

En 1873 Madre María fue invitada a mandar hermanas a Londres para que trabajaran con los inmigrantes alemanes. Dos años más tarde, el cardenal Manning lograba este objetivo, muy acariciado por su celo pastoral. Las Pobres Esclavas abrieron casas en el Reino Unido para, fieles a su misión, visitar a los enfermos, acoger a los niños, fundar escuelas parroquiales. También Bohemia recibió el amparo materno de la fundación de la bienaventurada María Catalina.

Tantos éxitos y méritos, al servicio de los más humildes, eran primeramente dones de Dios como ella misma humildemente confesaba; pero, contando con este apoyo divino, la fundadora de las Pobres Esclavas tiene que ser reconocida como impulsora de una obra de fraternidad y servicio tan admirables. Por su empeño caritativo, se la debe considerar una de las iniciadoras y formadoras de la política social, la pedagogía y la emancipación de la mujer en el siglo XIX. Mediante el amor al prójimo, María Catalina efectuó una verdadera revolución social; pero hay que afirmar que el fundamento de su obra no era puramente social y caritativo; en verdad era religioso, de honda raigambre espiritual y cristiana, apoyado siempre en el amor de Dios que impregnaba toda la vida y la acción de la fundadora.

La santidad de la Beata Kasper no es una santidad teórica: es sencilla y natural, siempre dispuesta a la entrega por amor. Su libro y su sabiduría era el Evangelio que leía a los enfermos, a los pobres y a los niños. Amaba la pobreza, que para ella era liberación de egoísmo y disponibilidad generosa hacia el pobre. Optó serena y dulcemente por la vida humilde; hasta prohibió a sus hermanas que la llamaran fundadora. Suyas son estas palabras: «Todas nuestras religiosas deben llegar a santas, pero santas *escondidas*». A pesar de todo, cinco veces fue elegida superiora general del Instituto que había fundado. A lo largo de muchos años cuidó también de la formación de las novicias. Infundía constantemente en sus hijas el ideal de ejercer su ministerio de caridad hacia los enfermos como ángeles, de ser maestras de virtud en la educación de la niñez.

«Esta aldeana sencilla y pobre —predico el siervo de Dios Pablo VI en la homilía de beatificacion— vivio como Cristo en medio de trabajos y privaciones, abrazando las humillaciones y contrariedades que encontro en su camino como manifestaciones de la voluntad del Padre celestial Al igual que Cristo, se dedicó sobre todo y con solicitud incansable a aliviar muchas formas de miseria física y espiritual [ ] siempre con el corazón abrasado en amor grande a los hermanos necesitados, alimentado con la conversación continua y casi connatural con el Dios "de toda consolación" (2 Cor 1,3), conocido mejor a traves del amor que por medio de especulaciones ambiciosas.

Fue justamente esta mujer humilde, desprovista de los medios que ofrece el progreso técnico, sin cultura y sin dinero, quien logró dar vida a una gran obra de cultura y de promoción social, confirmando de este modo la profunda verdad de las palabras de San Pablo que dice: "Eligió Dios la flaqueza del mundo para confundir a los fuertes" (1 Cor 1,27)».

«Para la Madre María Catalina, el amor filial a Dios lo era todo, y encontró expresión auténtica de él en el amor ilimitado al prójimo».

«Ella deseaba únicamente ser instrumento docil en las manos del Maestro divino, ser esclava pobre y humilde de Jesucristo [. .] La pobreza personal, el amor a los pobres, la sencillez y la humildad, y la propia dedicación al servicio del prójimo por amor de Cristo, son las caracteristicas esenciales que distinguen la piedad y el apostolado de nuestra nueva beata [.] La Madre María Catalina nos es modelo sobre todo por la fidelidad y seriedad en los deberes pequeños e insignificantes de cada día y por su anhelo de cumplir la voluntad de Dios en todas las situaciones de la vida [..] La frase inspiradora de su comportamiento suena asi: "La santa voluntad de Dios me solicita y debe cumplirse en mí, a través de mí y por mí" Sobre la base de esta conexión profunda y de esta sintonía con la voluntad y la acción de Dios, su actividad y su vida entera se transforma en oración y alabanza permanentes a Dios De la misma manera el servicio social es para ella fundamentalmente servicio a Dios y medio de santificación del mundo».

El verdadero mensaje de la Beata María Catalina es «la lección incomparable de amor a Dios, actuado en la caridad a los hermanos».

Después de servir a su Esposo y Señor tantos años, fue invitada definitivamente a las bodas eternas. El 27 de enero de 1898 sufrió un grave ataque de corazón. Al día siguiente de celebrar en la tierra la divina presentación y la purificación de Santa María, la Beata María Catalina se durmió plácidamente en el Señor el 3 de febrero de 1898, en su aldea natal, Dernbach. Dejaba

como herencia a la Iglesia y a la sociedad un humilde Instituto de dos mil religiosas. A sus exequias acudió un gentío inmenso. Su fama de santidad se esparció, como vivo olor de Cristo, desde su sepulcro y desde la memoria agradecida de cuantos habían sido destinatarios de su fecunda caridad materna.

Tal fama de santidad creció de día en día, aumentada por la atribución de multitud de milagros que Dios obraba por su intercesión. A pesar de la primera oposición de las Esclavas, que juzgaban la glorificación de su fundadora como contraria a la humildad de la misma, a «su santidad escondida», el obispo de Limburg mandó, en 1926, recoger los escritos de María Catalina. Entre 1928 y 1935 se desarrolló el proceso informativo. En 1974 Pablo VI declaró sus virtudes heroicas y en 1977 aprobó el milagro exigido para la beatificación. Ésta se celebró solemnemente en San Pedro del Vaticano el día 16 de abril de 1978, en un domingo radiante de gozo pascual, «ofreciendo al mundo —aseguró Pablo VI— el testimonio eficiente de un catolicismo empeñado en el servicio del prójimo para gloria de Dios».

En 1987 había 1.470 Pobres Esclavas de Jesucristo, reunidas en 123 casas, diseminadas por Alemania, Holanda, Gran Bretaña, Estados Unidos de América, México, Brasil y la India.

PERE LLABRÉS

Bibliografía

Bibliotheca sanctorum, t VII col 1039
Breve de beatificacion: *AAS* 70 (1978) 784-786.
Butler's lives of Saints, II (Minnesota 1998) 30-32
HILPISCH, D , *Mutter Maria Kasper* (Limburg 1898).
MEYER, W., *Mutter Maria Kasper* (Wiesbaden 1937)
NIGG, W , *Die verborgene Heilige K. K. (1820-1898)* (1978)
PERSCH, M , «Kasper (Ordensname Maria) Katharina», en F W BAUTZ (ed), *Biographisch-Bibliographisches Kirchenlexicon*, cols.1203-1206.

C) BIOGRAFIAS BREVES

SAN LORENZO DE CANTERBURY
Obispo († 619)

Era un monje del monasterio romano de San Andrés del Monte y fue elegido para formar parte del primer grupo de monjes que el papa San Gregorio Magno envió, con San Agustín de Canterbury al frente, a la evangelización de las Islas Británicas. Llegado a Inglaterra, compartió con San Agustín los primeros trabajos y, cosechados los primeros éxitos, fue enviado por él a Roma a que informara al Papa acerca de todo lo hecho y sucedido.

Volvió a Inglaterra el año 601, el mismo de la conversión y del bautismo del rey Etelberto, y llevaba consigo las respuestas del Papa a las consultas que Agustín había elevado a la sede apostólica. Agustín no dudó en consagrar obispo a Lorenzo y en designarle su sucesor, un procedimiento irregular pero que tuvo efecto, pues, muerto Agustín el año 604, Lorenzo le sucedió en la sede cantuariense. Su estilo de gobierno pastoral fue similar al de Agustín y su éxito parecido. Muerto Etelberto, su hijo y sucesor Edbaldo se negó a ser cristiano. Lorenzo estuvo tentado de abandonar Inglaterra pero desistió finalmente y logró la conversión del rey. Murió el 2 de febrero del año 619.

BEATO NICOLÁS DE LONGOBARDI
Religioso († 1709)

Juan Bautista Saggio era hijo de Fulvio Saggio y de Aurelia Pizzini, y nació en Longobardi, junto a Cosenza, el 6 de enero de 1649. Educado piadosamente por su madre, al llegar a la adolescencia ayudaba a su padre en las tareas del campo, al tiempo que llevaba una vida ejemplar.

Había en su pueblo un convento de religiosos mínimos de San Francisco de Paula y a él acudió Juan Bautista para encauzar la vocación religiosa que intensamente sentía. Sus padres, pese a ser personas piadosas, se opusieron con toda energía, y hubo el

joven con gran paciencia y la ayuda extraordinaria de Dios de vencer esta resistencia y poder realizar su vocación.

Fue enviado a Paola a hacer su noviciado, recibiendo el hábito en calidad de oblato y tomando el nombre de hermano Nicolás. Destinado a su propio pueblo natal por dos años, pasó luego al de S. Marco Argentano, desempeñando los oficios de cocinero, jardinero y limosnero. Posteriormente pasó por otros cuatro conventos con idénticos oficios. En todos los conventos dejaba una estela de ejemplaridad en el cumplimiento de la regla y en el espíritu de fervorosa piedad. El corrector general de la Orden, P. Pedro Curti de Cosenza, se lo llevó a Roma, al convento de San Francisco de Paula ai Monti, donde fue sacristán y luego portero. Dios le concedió extraordinarios dones místicos que le hicieron notable en su comunidad y fuera de ella, teniendo general fama de santo en Roma. Faltó de la Ciudad Eterna entre 1693 y 1697, viviendo un año en el convento de su pueblo natal, cuya iglesia logró restaurar con las limosnas recogidas. Vuelto a Roma, volvió a ser objeto de la veneración universal por su contagiosa piedad y su humildad evangélica. Cuando se puso enfermo, acudieron a visitar su pobre celda cientos de personas, entre ellos cardenales y prelados de la Curia. Murió el 2 de febrero de 1709. Fue beatificado por Pío VI el 11 de julio de 1786.

BEATO ESTEBAN BELLESINI

Presbítero († 1840)

Natural de Trento, donde nació en 1775, muy joven sintió la vocación religiosa e ingresó en la Orden de los Ermitaños de San Agustín. Estudió en Roma y Bolonia, pero cuando Napoleón ocupó los Estados Pontificios volvió a Trento. Hubo de abandonar la vida comunitaria a causa de la supresión de los conventos y se dedicó a la catequesis y la predicación.

Una vez vuelto Pío VII a Roma, logró reunir su comunidad en Bolonia. Pasó luego a Roma y posteriormente a Città della Pieve, desarrollando siempre una actividad apostólica llena de celo. Finalmente se le destina a Genazzano, a un convento que

era parroquia y también santuario del icono de la Virgen del Buen Consejo.

Esteban fue un celoso pastor de almas, predicador infatigable y ardiente propagador de la devoción a la Virgen María. Murio el 2 de febrero de 1840, contagiado de atender a los enfermos de cólera de una epidemia, en la que había dado un alto ejemplo de heroismo cristiano. Fue beatificado por el papa San Pío X el 27 de diciembre de 1904.

3 de febrero

A) MARTIROLOGIO

1 En Sebaste de Armenia, San Blas († 320), obispo y martir **

2 En Bremen (Sajonia), San Oscar († 865), obispo, antes monje de Corbie, legado papal de Gregorio IV y apostol de Suecia, Dinamarca y todo el Norte europeo **

3 En Jerusalen, los santos Simeon, anciano, y Ana, viuda y profetisa, que saludaron a Jesus en su presentacion en el templo

4 En Cartago, los santos Celerino, lector, y su tio paterno Laurentino, su tio materno Ignacio y su abuela Celerina, todos ellos martires (s III)

5 En Poitiers (Aquitania), San Leonino, presbitero, discipulo de San Hilario (s IV)

6 En Gap (Francia), los santos Tigidio y Remedio (s IV o V), obispos

7 En Lyon (Francia), San Lupicino (finales s V), obispo

8 En Celles, San Adelino († 696), presbitero y abad

9 En Chester (Inglaterra), Santa Werburga († 700), abadesa y fundadora de monasterios *

10 En Moorsel (Brabante), Santa Berlinde († 995), virgen y monja

11 En el monasterio de Froidmont (Francia), la conmemoracion de Beato Helinando († 1230), monje cisterciense

12 En Londres, Beato Juan Nelson († 1578), presbitero, de la Compañia de Jesus y martir bajo la reina Isabel I *

13 En Lyon (Francia), Santa Claudina Maria de San Ignacio Thevenet († 1837), virgen, fundadora de la Congregacion de Hermanas de Jesus Maria **

14 En Bourg Saint Andeol (Francia), Beata Maria Ana Rivier († 1838), virgen, fundadora de la Congregacion de Hermanas de la Presentacion de Nuestra Señora **

15 En Steyl (Holanda), Beata Maria Elena Stollenwerk († 1900), virgen, cofundadora de las Misioneras del Espiritu Santo **

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN BLAS

Obispo y mártir († ca.316)

La Iglesia conmemora en este día a un santo muy popular cual es San Blas, mártir, obispo de Sebaste.

La existencia de este santo armenio, su episcopado en Sebaste, su glorioso martirio, su culto antiguo extendido en la Iglesia oriental y occidental, su fama de taumaturgo, la popularidad de su devoción son hechos plenamente históricos que la tradición cristiana ha encuadrado en la leyenda de San Blas, no del todo segura en cuanto a todos los detalles, por proceder de fuentes históricas que no remontan más allá del siglo IX aunque derivan de tradición y culto muy antiguos.

Cuatro son las Actas de San Blas que traen los bolandistas. De ellas extraemos la semblanza del Santo, que presentamos a continuación, modernizada y aumentada con notas históricas referentes a su vida, devoción y culto.

Nació San Blas en Armenia, en la ciudad de Sebaste, la actual Sivas, en la segunda mitad del siglo III. Según quieren algunos, fue médico. El ejercicio de la medicina de los cuerpos lo preparó y le dio a la vez ocasión para ejercer la medicina de las almas, exigida por su fervoroso proselitismo cristiano. Ponderan las Actas las virtudes de este ejemplar cristiano: su humildad, mansedumbre, paciencia, devoción, castidad, inocencia; en una palabra, su santidad.

Estas virtudes contribuyeron a que, vacante el obispado de Sebaste, fuera propuesto por voz unánime del clero y pueblo para ocupar la sede.

Terribles eran las circunstancias. La persecución desencadenada por Diocleciano a principios del siglo IV y continuada por sus sucesores Galeno, Máximo y Daia y Licinio, se ensañó particularmente en la iglesia de Sebaste, e hizo allí ilustres mártires: San Eustracio y compañeros, San Carcerio y consortes, San Blas, los famosos cuarenta soldados mártires. Los cristianos vivían perseguidos y escondidos, como si fueran alimañas. San Blas fue el pastor prudente, celoso e intrépido elegido por

la Providencia para presidir aquellas trágicas cuanto gloriosas circunstancias.

Escasas son las noticias que nos dan las Actas acerca de su gobierno pastoral. San Blas, oculto por la persecución, sostenía, alentaba y edificaba ocultamente a los cristianos con su palabra y con el ejemplo de su santa vida.

Las Actas nos han conservado, sin embargo, un episodio que revela el temple apostólico del Santo. San Eustracio se encuentra en la cárcel condenado a próxima muerte. Sale su obispo del escondrijo; obtiene por dinero el acceso a la prisión; besa emocionado las cadenas del confesor de Cristo; lo conforta; pasan toda la noche en celestiales coloquios; le administra la santa eucaristía. Eustracio entrega a San Blas su testamento, confiándole la ejecución del mismo. Al rayar el alba se despiden dándose el ósculo de paz. San Blas vuelve a su escondite y Eustracio al día siguiente rubrica su fe con glorioso martirio.

Arreciando más la persecución bajo el prefecto Agrícola, comisionado por Licinio para exterminar el cristianismo, San Blas, siguiendo el consejo de Cristo, huye a las montañas (Armenia es país muy montañoso), y se refugia en una gruta del monte Argeo. Allí hace vida eremítica, entregado a la penitencia y a la contemplación, privado de todo consuelo humano, pero abundando en consuelos celestiales. Cual otro Moisés, ora San Blas en el monte por su dispersa y desolada grey.

La leyenda, al relatar la estancia de San Blas en las soledades del Argeo, nos describe escenas paradisíacas. Al perseguido por los hombres le hacen compañía las fieras, que se agrupan en tropel a la entrada de la gruta, esperando respetuosas a que el santo anacoreta termine su oración, para recibir de él su bendición y obtener también la curación de sus dolencias. Así lo encontraron los satélites del prefecto Agrícola en una cacería organizada por aquellos montes, quedando estupefactos ante el nunca visto espectáculo. Comunican el caso al prefecto y ordena éste que le traigan al obispo solitario.

En la noche precedente a la prisión se le aparece por tres veces el Salvador instándole para que le ofrezca el sacrificio, entendiendo San Blas que el Señor lo llamaba para ofrecer el cáliz del martirio. Se levanta, ofrece los sagrados misterios y se pre-

sentan los ministros del prefecto. «Salte de tu gruta, le dicen; el prefecto te llama». Responde el Santo a la citación con rostro sonriente y palabras cariñosas. «Bienvenidos seáis, hijitos míos. Me traéis una buena nueva. Vayamos prontamente, y sea con nosotros mi Señor Jesucristo que desea la hostia de mi cuerpo».

El traslado de San Blas a Sebaste constituyó una apoteosis popular. Las gentes, incluso los mismos paganos, acudían en tropel para presenciar el paso del santo obispo, implorando su bendición, el remedio de los males, la curación de las dolencias. San Blas, olvidado de su extrema necesidad propia, atendía a las súplicas, repartía bendiciones, encomendaba al Señor las necesidades.

De pronto, una madre le presenta a su hijo moribundo, a causa de una espina atravesada en la garganta, clamando: ¡Siervo de Nuestro Salvador Jesucristo, apiádate de mi hijo; es mi único hijo! Compadecido San Blas, impone la mano sobre el agonizante, signa su garganta con la señal de la cruz, ora por él..., y devuelve el niño, sano y salvo, a la desolada madre. Y dilatando su caridad a través del tiempo y del espacio, pide que cuantos recurran a su intercesión en trances semejantes obtengan la protección del cielo.

Presentado San Blas al prefecto, éste le propone con blandas palabras la renuncia al cristianismo y la adoración de los dioses. Rechaza San Blas con santa indignación la idolátrica propuesta. En consecuencia es apaleado terriblemente. El brutal castigo no arranca de San Blas una queja. Los esbirros, cansados, lo encierran en la cárcel.

Otro día intentan quebrantar su fortaleza suspendiéndolo de un madero y desgarrando sus carnes con garfios de hierro... Pero el santo pastor no había de ofrecer solo el sacrificio; lo habían de acompañar sus ovejas y corderos. Al volver a la prisión regando el suelo con sangre, siete fervorosas cristianas recogen su sangre y se ungen con ella. Detenidas por ello, confiesan intrépidas su fe en Jesucristo sin que hagan vacilar su fortaleza los más crueles y variados tormentos, y alentadas por el ejemplo de su pastor perseveran firmes, hasta ser decapitadas. Una de estas heroínas encomienda a San Blas sus dos hijitos, que querían seguirla por la senda celestial del martirio.

No tardó el pastor en consumar su sacrificio. El prefecto lo condena a la decapitación con los dos niños. Y en las afueras de Sebaste es sacrificado el pastor con los dos corderos. Ocurrió el glorioso martirio, según la opinión más probable, el año 316.

El culto de San Blas se extendió prontamente por toda la Iglesia. En el Oriente se celebra su fiesta desde muy antiguo con culto solemne el 11 de febrero. En Constantinopla había un templo dedicado a San Blas. En Armenia existio la Orden Militar de San Blas. El culto de San Blas es también muy antiguo en Occidente. Según el cardenal Schuster, en la Edad Media se erigieron en Roma no menos de 35 iglesias en honor de San Blas. Una de ellas llegó a ser contada entre las 24 abadias privilegiadas de Roma.

La república independiente de Ragusa (Yugoslavia) lo tenía por patrón principal. Lo honraba con fiesta de precepto muy solemne. Su efigie figuraba en las monedas. Uno de los principales monumentos de Ragusa es el templo de San Blas. En el calendario romano figuraba la fiesta de San Blas con rito simple, pero muchas diócesis de Europa occidental la celebran con rito doble. En muchas iglesias se conservan reliquias insignes.

Paralela al culto oficial ha sido la devoción del pueblo cristiano a San Blas, devoción popular y típica. Se le cuenta entre los 14 santos protectores, llamados así porque se les tiene por abogados eficaces en las penalidades de la vida.

Se le invoca especialmente como abogado en las enfermedades de la garganta. Como tal lo reconoce el Ritual. Es considerado como especial protector de los niños: San Blas bendito, que se ahoga este angelito En Rusia es el patrón de los ganados En otras naciones tambien se le atribuye cierto patronato sobre los mismos. Los cardadores y sombrereros lo veneraban por patrón. En el día de su fiesta se bendicen pan, vino, agua y frutos que se dan después a hombres y ganados. En muchas diócesis de Alemania, Bohemia, Suiza y también de otras naciones se da la bendición de San Blas por medio de dos velas cruzadas que se ponen sobre la cabeza de los fieles y con ellas se toca la garganta. En Roma y otras partes por unción del cuello con una candela mojada en aceite bendecido.

San Blas es el santo humano, bondadoso, accesible. Invoquémoslo en nuestras necesidades en las enfermedades de la garganta no sólo materiales, sino también espirituales: respeto humano para confesar nuestra fe, angustias de pecados mortales ocultados, intemperancias en la bebida, etc. En este sentido hay una hermosa oración indulgenciada en el *Enquiridión de indulgencias.*

BLAS FAGOAGA

Bibliografía

Act. SS. Boll., febrero, día 3. Varias *Actas.* Cf. *Anal. Boll.* 1 (1882) 614s; 16 (1897) 321s; 20 (1901) 210s.
GAUTHEY, L., *St. Blaise, son histoire, son culte...* (Paray-le-Monial 1878).
GUIRAUD, J., *Du culte de St Blaise, le miraculeux...* (París 1893).
PEDRAZ, V., *Vida del glorioso San Blas* (1856).
PISTRE, *Vie de saint Blaise, évêque de Sebaste* (Toulouse 1861).

SAN ÓSCAR

Obispo († 865)

«Apóstol del Norte» llaman los alemanes y escandinavos a San Óscar. Durante el siglo IX los pueblos escandinavos, muy florecientes por aquel entonces, desarrollaban grande actividad. Por su dominio absoluto del comercio y navegación en los mares del norte, y más aún con sus continuas piraterías por las costas y hasta el interior del continente europeo, tenían al imperio franco en estado constante de alarma. Se comprende que así Carlomagno como Luis el Piadoso y sus sucesores pusieran el mayor interés en atraer a su órbita política aquellos fogosos pueblos; y no siendo posible imponerles el dominio político, por lo menos reduciéndolos a la paz y tranquilidad por medio de la religión. Óscar fue el hombre providencial que debía emprender la batalla pacífica del norte.

Nació probablemente en las cercanías de Amiens hacia el año 801. Apenas contaba cinco años cuando perdió a su madre. No pudiendo atender debidamente a su formación, su padre lo confió a los monjes benedictinos de Corbie, en donde tomó el hábito a los trece años de edad. Ya desde su niñez fue agraciado con visiones que encendieron en él el deseo de evangelizar a los

pueblos infieles. Aquellos favores extraordinarios lo confirmaron al mismo tiempo en el amor a las virtudes y al estudio de las ciencias. Su progreso en ambos aspectos hizo que desde los dieciocho años sus superiores le confiaran los pequeños educandos para su custodia.

En el año 822 el célebre monasterio de Corbie fundó filial en Westfalia, que se llamó Korvey o Nueva Corbie. Entre los enviados contábase Óscar, que fue allá con el cargo de director de estudios y predicador. Pasó cuatro años tranquilos en su nueva residencia, preparándose para cuando la Providencia dispusiera el comienzo de su vocación misionera. Un día del 826 llegó a la corte de Luis el Piadoso el pretendiente al trono de Dinamarca, Haroldo, para solicitar del emperador ayuda contra sus enemigos, prometiendo en cambio su conversión al cristianismo. Poco después Haroldo recibía el bautismo. Para afianzar la reciente conversión pidió al emperador algunos misioneros para que le acompañaran. El abad Wala de Corbie, consejero imperial, propuso a su fiel monje Óscar, el cual, a pesar de la oposición de muchos de sus amigos, se lanzó a su nuevo cometido, contando con un solo compañero. Empezó por fundar una escuela en el palacio real para la educación cristiana de los niños que le mandaba el rey, y de los que él mismo rescataba de los piratas, muy numerosos por aquellos mares. Pero por lo visto su primer esfuerzo apostólico dio poco fruto: apenas pudo reunir una docena de niños y convertir a algunos infieles. Para colmo de males, al año siguiente el rey Haroldo fue echado de sus tierras, con lo que Óscar tuvo que volverse a su monasterio.

Muy pronto, sin embargo, pudo reanudar sus actividades misioneras. Esta vez fue el rey de Suecia quien en 829 envió sus delegados a la corte del emperador pidiéndole misioneros. De nuevo el abad Wala propuso a Óscar, que, no hace falta decirlo, aceptó contento el encargo. Encontróse un solo voluntario, el monje Witmaro, para acompañarle. Durante el viaje los misioneros fueron sorprendidos por los piratas que les robaron los presentes mandados por el emperador al rey Björn, y, además, una rica colección de libros destinados a la enseñanza en la misión. Llegados al término de su viaje, dirigieron su apostolado a los cautivos cristianos, y pronto también a los paganos del país.

Un gobernador, consejero del rey, que se convirtió al cristianismo, construyó la primera iglesia en aquellos territorios.

Vistos los buenos sucesos conseguidos por Óscar, el papa Gregorio IV, de común acuerdo con Luis el Piadoso, pensó en fundar una nueva diócesis en Hamburgo, para dirigir y asegurar desde allí las conquistas que para la fe cristiana se realizaran en los países del norte. Como primer titular fue elegido Óscar en 831. El nuevo obispo emprendió enseguida un viaje a Roma, en donde el Papa confirmó la erección de la nueva diócesis y le otorgó el palio arzobispal, nombrándole, además, su legado. Sus primeros cuidados como legado papal se dirigieron a consolidar la misión de Suecia. Envió allá a Gozberto, a quien consagró obispo. Sin embargo, al cabo de algunos años, ese obispo delegado tuvo que abandonar el país debido a la reacción intolerante de los paganos. Parecía otro fracaso de los esfuerzos de Óscar; pero no era más que una prueba para aquella misión, para robustecerla más tarde. En Hamburgo, Anscario se consagró durante diez años a la construcción de iglesias y de un monasterio, sin descuidar la solícita instrucción de jóvenes daneses para el sacerdocio. Pero su actividad debía padecer otro grave contratiempo: en 845 los piratas normandos devastaron Hamburgo y quemaron la catedral y el monasterio con todos sus libros. Óscar huyó llevándose sólo las reliquias. Para colmo de contrariedades, el nuevo rey Carlos el Calvo, en lucha contra sus hermanos, confiscó a Óscar las propiedades que para la subsistencia material de la sede hamburguesa recibiera del emperador. Con la pérdida de los subsidios materiales se apartaron de él sus pocos compañeros.

Por aquel entonces murió el obispo de Brema. Dada la situación crítica de Óscar y sus misiones, el rey Luis el Germánico quiso concederle el obispado vacante. El modo poco legal como se efectuó la nómina sin contar con la aprobación pontificia, y otras dificultades, hicieron que Óscar no aceptara inmediatamente el proyecto real. En los años sucesivos, aunque sin su participación, se arregló el asunto, quedando finalmente unidas las diócesis de Brema y Hamburgo. Óscar envió a Roma un delegado para que el Papa zanjara definitivamente el asunto. Así lo hizo Nicolás I en el año 864.

Mientras tanto, Óscar, infatigable en sus empresas, había recomenzado hacia 847 la misión entre los daneses. Al fin logró la amistad del rey Horico. Con ello pudo construir una iglesia dedicada a la Virgen Santísima en Sleswig, la primera en Dinamarca. Tampoco esta vez duró mucho la bonanza, ya que el sucesor de Horico le obligó a cerrar la iglesia y no permitió a los cristianos el ejercicio de su religión. Óscar no se dio por vencido. Con paciencia y habilidad llegó a convencer al nuevo rey de la utilidad del cristianismo para consolidar su reino. Con ello obtuvo el permiso para abrir de nuevo la iglesia de Sleswig y construir otra, a la que dotó de campanas, por cierto muy temidas de los supersticiosos paganos.

Apenas algo afianzada la misión danesa, ya se había dirigido de nuevo a Suecia, gobernada a la sazón por Olaf. El rey no hizo oposición al retorno del obispo misionero. Olaf obtuvo de la asamblea general del reino el consentimiento para que Óscar predicara el Evangelio y construyera una iglesia. Pronto tuvo que marcharse, dejando allí un sacerdote discípulo suyo para continuar la misión.

De vuelta a Brema prosiguió como antes su incansable actividad pastoral. Fundó monasterios, construyó escuelas, redimió cautivos, ayudó sin tregua a los pobres, enfermos y viajeros para los que construyó un albergue... Con todo lo cual no dejó ni por un solo día sus obligaciones de monje austero y devoto, llegando normalmente a los grados más altos de la contemplación. Se dedicaba con sus manos a confeccionar redes de pescar. Nunca quiso aprovechar en su propio favor las altas amistades que tuvo con reyes y príncipes. Aunque el Señor le favoreció con el don de milagros y con revelaciones proféticas quiso siempre ocultarlas, y no permitió a sus discípulos que divulgaran tales favores hasta después de su muerte. Como razón de su humildad respondía que Dios haría el mayor milagro si hiciera de el una buena persona. Deseaba el martirio, que creía le concedería el Señor según una visión que tuvo; pero una nueva visión habida poco antes de morir le hizo comprender que su vida, llena de enfermedades y sufrimientos, había sido un verdadero martirio incruento. Su muerte acaeció en el día de hoy del año 865. El papa Nicolás I reconoció públicamente su santi-

dad de vida. El sepulcro de San Óscar fue muy venerado por todos los pueblos cristianos del norte; pero con las revueltas protestantes del siglo XVI, sus reliquias fueron dispersadas por los herejes.

Los resultados obtenidos en vida por el «Apóstol del Norte» pudieron parecer menguados a los ojos de sus contemporáneos. Chocó generalmente con la falta de colaboradores; los pocos que le siguieron continuaron con éxito variable la obra empezada. Sin embargo, el fruto se vio más tarde, cuando pueblos enteros, como la Sajonia superior, Dinamarca y Suecia, abrazaron en masa la fe sembrada en aquellas tierras por el humilde monje. De su actividad como escritor queda sólo alguna carta, y la narración de los milagros de su antecesor en Brema, San Wilehado. Perdiéronse una colección de oraciones sacadas de los salmos, que intituló «bálsamo oloroso», y una narración autobiográfica detallada de sus viajes apostólicos.

ANSCARIO MUNDÓ, OSB

Bibliografía

Act. SS Boll., febr., día 3. La *Vita*, por RIMBERTO, su sucesor Puede verse asimismo en PL 118,959s, y WAITZ, en *Mon. Germ. Hist, Scrip. Rer. Germ* (Hannover 1884) Cf. *Anal. Boll.* 30 (1911) 372s.

MOREAU, E. DE, *S. Anschaire, missionnaire en Scandinavie* (Lovaina 1930)

OPPENHEIM, F, *Der hl. Ansgar und die Anfange des Christentums in den nordischen Landern* (Munich 1931).

ROBINSON, C. H., *Anskar, the Apostle of the North* (Londres 1921).

SANTA CLAUDINA THÉVENET

Virgen († 1837)

Nace en Lyón el 30 de marzo de 1774, hija de Filiberto de Thévenet, negociante en sedas, y María Antonieta Guyot de Pravieux, siendo cristianada al día siguiente. Fue la segunda de siete hijos de una familia burguesa. Heredó de su madre el carácter firme y enérgico, dando pruebas en distintas ocasiones de intrepidez y abnegación. Según expresión familiar fue conocida como Glady. En 1782, y por reveses económicos, probablemente causados por la insolvencia de los deudores, la familia redujo su tren de vida. En ese tiempo Glady se matricula como

alumna interna en la abadía de San Pedro, donde recibe una esmerada educación durante unos siete años.

Los problemas políticos desde 1788 se agravan día a día y se precipitan en 1791. El rey Luis XVI ha sido arrestado en Varennes, la Asamblea legislativa declara la guerra a los soberanos extranjeros y se asalta, finalmente, el Palacio de las Tullerías. La familia real es aprisionada y en las cárceles se asesina cruelmente. Se proclama la República y estalla la Revolución Francesa. Lyón se subleva contra París. Es la segunda ciudad de Francia. La familia Thévenet se decide: el padre llevará a los cuatro hijos pequeños a Beley, a casa de su hermana, los tres mayores quedan con la madre. El padre no puede regresar, lo impide la rebelión popular que pide voluntarios y los hermanos Thévenet se enrolan, provocando que Lyón sea bombardeada por el ejército jacobino desde agosto a octubre de 1793, capitulando, finalmente, el 9 de octubre.

Los hermanos de Claudina son encarcelados, regresando el padre, que intenta salvar a sus hijos, pero son condenados a muerte. En enero de 1794 Claudina sale en busca de noticias y se encuentra con una doble fila de condenados, entre los cuales reconoce a sus hermanos, a quienes se acerca valientemente: «Perdona, Glady, como nosotros perdonamos», le dicen ambos.

En 1815 muere su padre, y queda sola con su madre, pues sus hermanos han tomado estado, religioso o matrimonio. En este tiempo el padre Andrés Coindre llega como vicario a la parroquia de San Bruno de Lyón, encontrando un día a dos niñas abandonadas tiritando de frío. Las recoge y entrega a la señorita Thévenet que se compromete a atenderlas, y unos días más tarde ya son siete a su cargo. El padre Coindre la ayudará a conocer su auténtica vocación. Se inician los primeros pasos de la Providencia del Sagrado Corazón en 1815. El 28 de julio de 1816 el mencionado religioso explica el espíritu de la Pía Unión del Sagrado Corazón de Jesús, cuyas bases redactó él mismo y la señorita Thévenet.

Tras los desastres de la revolución y sus trágicas consecuencias comienza la renovación espiritual en la Iglesia de Lyón. El 31 de julio de 1818 el P. Coindre encarga a Claudina que organice una comunidad con las señoras que le ayudan, instalándose

el 6 de octubre del mismo año en una casa de la calle de Pierres-Plantées, donde se funda la Congregación de Jesús-María. Tiene 44 años y las niñas acogidas son 11. A fines de año la comunidad cuenta con 12 religiosas y 20 huérfanas: «No hay mayor desgracia que vivir y morir sin conocer a Dios».

Algunos de sus paisanos no comprenden su activa caridad y el chiste fácil y grosero abunda. Su madre fallece el 28 de mayo de 1820 y entonces decide instalarse más lejos de su barrio. Lo hará frente al célebre santuario mariano de Fourvière. Tiene clara la finalidad de su obra: acoger a niñas pobres y sin porvenir, ocuparse de ellas hasta que sean capaces de tomar en sus manos su propia existencia, porque está convencida de que las miserias del mundo provienen de no conocer a Dios.

En Fourvière estaban las religiosas de coro, dedicadas a la enseñanza, las hermanas auxiliares, encargadas del trabajo de las niñas y de vigilar los talleres, y las hermanas encargadas de los trabajos de casa.

En noviembre de 1821 se hace cargo de un pensionado para jóvenes de familias acomodadas y una escuela de niñas en Belleville-sur-Saône. Trabajarán por la formación de sus alumnas, pero sobre todo por su salvación y perfección.

A comienzos de 1822 un grupo de veintidós jóvenes se preparan para formular los votos que efectuarán el 25 de febrero de 1823 como Damas de los Sagrados Corazones de Jesús y de María. Dos años más tarde los Estatutos de la Congregación son aprobados.

Consagró su vida a reintegrar a las niñas y jóvenes a la vida social en condiciones sanas y dignas, reuniendo en la enseñanza el sentido de lo humano y lo divino: «El mejor director no es el que inflige el mayor número de castigos, sino el que tiene el talento para hacer que se evite el mayor número de faltas».

Gracias a una fortísima unidad entre la atención constante a Dios, el amor a Jesús y a María, y la obediencia fiel a la Iglesia fundó la Congregación de Jesús-María, que le permitió dar a su obra educativa una amplitud creciente. Llena del amor de Dios para llevar a las niñas a la luz de la verdad: «Que la caridad sea como la niña de vuestros ojos». Insiste en la delicadeza del amor en los menores detalles del trabajo diario.

El 30 de mayo de 1826 fallece el P. Coindre, siendo Vicario General de Blois, y en triste coincidencia se produce la insurrección de los obreros de la seda de Lyón, descontentos con el bajo salario y el paro de muchos, consiguiendo parar cuatro mil telares. Una nueva bajada de los salarios provoca una nueva huelga general en febrero de 1834, que no se llevó a la práctica pero motivó que trece miembros del Consejo fueran encarcelados. La agitación revolucionaria estalla y se levantan barricadas, combatiéndose durante cinco días en distintos barrios de la ciudad. Por ser la colina de Fourvière punto estratégico para los dos bandos enfrentados la Madre San Ignacio se halla entre dos fuegos.

Las tropas irrumpen en el jardín de la Casa permaneciendo durante tres semanas. Con gran serenidad anima y calma a todos. El ejército intenta fortificar aquel lugar, pero finalmente no se lleva a cabo, aquellas abnegadas mujeres, sencillas y humildes, tendrían que haberse trasladado a otro lugar. Después del motín Lyón vuelve a la calma, y Madre San Ignacio intenta poner en orden todas las cosas.

Comprende que la enseñanza evangélica y la cura de los enfermos representan dos aspectos del mismo precepto evangélico, abandonándose en la Providencia a quien ofrece sin condiciones su carisma: sobre todas las cosas Jesús el Maestro. Y con el corazón de Cristo, el corazón de María. Aguardó esperanzada el futuro al lado de María, invitando a sus hijas a imitar la paciencia de la Virgen Madre y a preparar con esperanza el futuro.

Su apostolado educativo creció en las condiciones del ambiente social de la época revolucionaria con las consiguientes tensiones socio-políticas. Vive en primera persona la tragedia de esos años, con experiencias imborrables en el seno de su familia. Por eso se empeña en ofrecer una sólida formación a las jóvenes que les permita enfrentarse a un mundo complejo y difícil. De ese modo participa en la construcción de un mundo nuevo, pues las dificultades exigen un sistema educativo fecundo.

Su ardiente deseo era dar a conocer el amor de Dios a todos los hombres, de principal modo a las jóvenes, sus predilectas. Sus religiosas educadoras, animadas por un ardiente amor a

Dios, desean llevarlo al corazón del hombre. Apenas cinco años después de su muerte, en 1842, las primeras misioneras parten para la India, empleando diez meses en arribar al puerto de Agra. «Dios proveerá» son palabras que expresan su total confianza en la bondad paterna y misericordiosa de Dios.

Con inaudito coraje emprende en la época del «terror» una experiencia religiosa en clandestinidad, haciéndose testigo de su fe con una total adhesión a las directrices de la Iglesia, que será más tarde el distintivo de su instituto. Empeñada en la fidelidad y el trabajo por la Iglesia, dispuesta a «mantenerse en perfecta sintonía con la Iglesia de Roma prefiriendo morir antes que abandonar la fe».

Pertenece al grupo de los santos benefactores de la humanidad, sin desdeñar las pequeñas cosas o las mínimas circunstancias, para superarse configurándose al amor de Dios:

> «Todo lo sufro, nada hago sufrir». Su itinerario apostólico no estuvo privado de dificultades, pero su fuerte espíritu, atemperado por la gracia, le permitió dedicarse en cuerpo y alma a la educación cristiana de las jóvenes. Ignorándose para conocerse mejor en las mismas imperfecciones, abandonándose ardientemente en los Corazones de Jesús y de María: «No hablar nunca de mí, ni en bien ni en mal».

Desea llevar a término las obras de la capilla de la Casa madre y crear una Sociedad civil que dé personalidad jurídica a la Congregación, permitiéndole ser propietaria de los inmuebles en donde lleva a cabo su apostolado. La iglesia se terminará cuando haya fallecido.

En los últimos días de madre San Ignacio el capellán fue el P. Pousset, de quien tuvo que soportar reproches amargos diariamente, por su deseo de erigirse en superior de la Congregación.

El 1 de febrero de 1837 las religiosas oyeron: «¡Cuán bueno es Dios!», falleciendo el 3 de febrero, a los 63 años de edad.

En 1973 se introdujo la Causa de canonización. Fue declarada venerable en 1978. El decreto sobre el milagro se promulgó el 30 de mayo de 1981, siendo beatificada el 4 de octubre de 1981. En 1992 se promulgó el Decreto del milagro para la canonización, siendo proclamada Santa por Juan Pablo II el 21 de marzo de 1993.

Milagro para la beatificación

Contando 17 años de edad Luis Alfonso Soto Villa que vive en Angostura (Colombia), próxima a Medellín, se produjo una herida en la pierna izquierda trabajando en faenas agrícolas, que no curó, al contrario, empeoraba. En 1961 se le diagnosticó gangrena debiendo serle amputada de inmediato, huyendo del hospital. Dos años más tarde está inválido, aumentando el sufrimiento de tal modo que decide retornar al hospital de Medellín. En el dispensario que regentan las religiosas de Jesús-María reconocen no haber visto nunca una herida igual. Tiene fiebre y su salud peligra. La religiosa que le atiende invita a los familiares a iniciar una novena el 9 de junio de 1972. Al día siguiente ya no sufre dolores, ni tiene fiebre. El 20 de junio la llaga ha desaparecido, está completamente curado.

Milagro para la canonización

El 1 de abril de 1986 en Cardona (Uruguay) al intentar Elida Mesa Rodríguez poner en marcha un motor para extraer el agua acumulada, mientras se hacía funcionar el conmutador tuvo la mala fortuna de que cortaran la corriente, quedando sus manos pegadas al motor que se desprendió y cayó sobre ella. Elida cayó de espaldas, perdiendo el conocimiento. La creyeron muerta, pero la hermana Luisa María, religiosa de Jesús-María que estaba presente, acudió ante el Sagrario pidiendo al Señor a gritos que devolviera la vida a Elida por intercesión de la Beata Claudina Thévenet.

El médico constata que clínicamente está muerta, no respira y sus ojos están en blanco. Transcurrieron unos treinta minutos y en el momento en que recibe Elida la santa Unción en la frente empieza a dar señales de vida. Trasladada rápidamente al hospital le dieron un calmante, y al día siguiente regresó de nuevo a su trabajo, sana y recuperada.

ANDRES DE SALFS FERRI CHULIO

Bibliografía

AAS 84 (1992) 482-484; 86 (1994) 5-7.
Bibliotheca sanctorum. Prima appendice, t.II cols.1370-1371.
GABRIELA MARÍA, RJM, *De aquella noche en Pierres Plantées* (Barcelona [2]1975).
Index ac status causarum, o.c., 592.
Martyrologium romanum, o.c., 126.
L'Osservatore Romano (4-10-1981 y 21, 26-3-1993).

BEATA MARÍA ANA RIVIER

Virgen († 1838)

Nació María Rivier en Montpezat-sous-Bauzon (en el departamento francés de Ardèche), el 19 de diciembre de 1768, en un hogar de tradiciones cristianas. Sus padres le procuraron las aguas bautismales dos días después de su nacimiento.

A los dieciséis meses, quedó inválida debido a una caída de la cama que le inutilizó las piernas y los pies, en modo tal que ni podía andar ni estar de pie. Para moverse, tenía que arrastrarse sobre la espalda ayudándose de las manos. La invalidez iba en aumento al ritmo de la edad, pues todos sus miembros iban endureciéndose. La madre, muy piadosa, la llevaba cada mañana a la capilla de la aldea y la sentaba a los pies de Nuestra Señora de los Dolores. La desgraciada niña, cuando despertó al uso de razón, expresaba día tras día su confianza en la curación que la Virgen le iba a conceder. La pequeña formuló también la promesa de que, si la liberaba de su invalidez, le traería niñas, les daría clase y las enseñaría a amarla. En la fiesta de la Natividad de Nuestra Señora de 1774, cuando contaba seis años, obtuvo la gracia de la curación.

No sabía cómo agradecérselo a su celestial Señora: tal vez retirándose al desierto —algo impensable a su corta edad—; empero optó por cumplir la promesa hecha a la Virgen. Empieza a reunir a los niños y niñas de su edad, y a sus madres, les enseña la doctrina cristiana, les hace rezar oraciones: todos la llaman la «pequeña mamá». También extiende su incipiente apostolado a los pobres y a los enfermos, a quienes visita y socorre.

La primera comunión acrecienta en María el deseo de ser toda de Dios y apóstol. Ella misma, por encargo del párroco,

prepara a otros niños para recibir la eucaristía por vez primera. Entra luego, con una hermana mayor, en el pensionado de la Compañía de María en Pradelles (Alto Loira). Terminados los estudios, pide su ingreso en la congregación religiosa de Santa Juana de Lestonnac, pero no es admitida debido a su salud frágil. «Ya que no me quieren en el convento, yo haré uno», es su reacción ante la negativa de las religiosas.

En junio de 1786, María regresa a su pueblo natal y vuelve a abrir su pequeña escuela. Arde en ella el deseo apremiante de fundar un Instituto docente. La educación que imparte la joven maestra es valorada altamente por los padres y madres, que le confían sus hijas. Empieza por reunir a algunas muchachas, les inculca las virtudes cristianas y espera que algunas de ellas aspiren a la consagración religiosa.

Pero en Francia ya soplaban los vientos que presagiaban la Revolución, nada favorables a la obra emprendida por la joven maestra. Pero ella no se arredra. Clandestinamente prosigue su obra de educación en la fe; enseña e instruye como si fuera un sacerdote, despreciando todo peligro.

El 1793 muere su madre. Distribuye su herencia entre los pobres, se traslada a Thuyets el 14 de junio del año siguiente y abre una escuela y un colegio para niñas internas. La Revolución ya había estallado con todo su furor antirreligioso. En Thuyets todos ven como una temeridad antirrevolucionaria tal osadía; pero el temor se convierte en alabanza. El pueblo carece de párroco; entonces los fieles, deseosos de práctica y enseñanza religiosa, rodean a María porque ven en ella el substituto del pastor de la parroquia; cada domingo les enseña el catecismo.

Vivía entonces, escondido en Thuyets, un sacerdote sulpiciano, M. Pontanier, el cual dirige a María y la aconseja en la fundación de la congregación que hace tiempo ha concebido en su mente para adoctrinar al pueblo de Dios. Las jóvenes que se han sentido atraídas por la labor educadora de María la acompañan el 21 de noviembre de 1796, fiesta de la Presentación de Nuestra Señora, en plena Revolución Francesa, para dar inicio a la fundación. En el colegio, durante la misa que celebra el citado sacerdote, María promete ante sus compañeras y sus alumnas «ofrecer su persona y su obra a la Reina del cielo».

Un año después, las once primeras socias de la Presentación, con la fundadora, se comprometen a observar la regla provisional, redactada por el Rdo. Pontanier. Cuenta también la fundadora con la prudencia y los consejos del vicario general de la diócesis de Viviers, el Rdo. José Vernet. Surgen y se multiplican entonces las compañeras de María, que no eran mujeres rudas e iletradas, sino doctas y con estudios. Siguiendo los pasos de la fundadora, los domingos, cual abejas laboriosas, salían del colegio para predicar por las aldeas, para conversar con la gente del pueblo, para confortar a los vacilantes, visitar a los enfermos, para llamar de noche a los sacerdotes a fin de que clandestinamente administraran los sacramentos. Su prudencia, fortaleza e ingenio las puso a buen cobijo de la ira de los dictadores revolucionarios.

El arzobispo de Vienne, Francisco Carlos d'Aviau, que era administrador apostólico de Viviers durante la Revolución, aprobó la regla el 7 de agosto de 1801. Al contemplar a una joven fundadora débil, enferma, sin gran formación y sin medios, que en el revuelo de aquellos tiempos había sido capaz de levantar una comunidad apostólica con escuelas, catecismo, exhortaciones al pueblo, promoción de la vida religiosa en el seno de la parroquia, visitas a los enfermos, etc., exclamó: «Hijos míos, aquí está el dedo de Dios que marca su huella en esta fundación y en sus obras».

El 15 de agosto de 1801 se firmó el Concordato entre Francia y la Santa Sede; tal evento animó los orígenes de la nueva fundación, surgida cuando las otras congregaciones iban desapareciendo por la furia revolucionaria. En 1803 se forma el primer noviciado y florece la primera expansión, bendecida por el papa Pío VII. Entre 1805 y 1808 se abren 23 nuevas casas de la Presentación. La fundadora visita las casas para animar a sus hijas a la vida de oración y de ferviente apostolado; ella continúa su original predicación de la palabra de Dios a la gente. Todos la escuchan fascinados por su oratoria, a veces coloquial, a veces solemne e incisiva, ocurrente, llena de anécdotas, alegre o patética, siempre atrayente y conquistadora. A la predicación de la santa mujer, siguen las confesiones, las conversiones clamorosas, surgen vocaciones.

La casa-madre de Thuyets se ha quedado pequeña para acoger a pensionistas, huérfanas, religiosas y novicias. María compra en 1815 un antiguo monasterio de la Visitación en Bourg-Saint-Andéol, en la región del Ródano, donde fija la casa central de su Instituto y apostolado. En 1820 las reglas de su Instituto reciben la aprobación eclesiástica y son impresas. La congregación sigue extendiéndose fuera de los límites de Ardèche. María funda en Provenza, Saboya, Auvernia...; sigue instruyendo y formando a sus hijas, persevera en su misión apostólica; a las religiosas, las exhorta a no perder nunca de vista el ejemplo de Jesucristo, la santa regla y la virtud de la humildad.

«Emuló a los santos apóstoles en fe y en trabajo», dice el breve de beatificación. Su gran ideal era llevar a los hombres a conocer a Dios y a amarlo.

> «Carecia de riquezas pero era rica y colmada de fe [ ] Muy se vera consigo misma, indulgente y dulce con los demas, sobre todo con los pobres Su oracion fluia de los labios como el agua de una fuente inagotable La cruz condiciono toda su vida En vida era te nida ya por santa esta sierva de Dios, adornada con tantas virtudes y gracias»

Entre 1837 y 1838 empezaron a declinar las fuerzas de su cuerpo. El 2 de febrero confiesa a la hermana que la asiste que la fiesta de la Presentación del Señor la empuja a inmolarse con Cristo Sí, siente el deseo de inmolarse por la salvación de las almas el día en que nuestro Señor, no contento con haberse encarnado, quiso ofrecerse al Padre como víctima por todos los hombres y en que la santa Virgen ha hecho con él el mismo ofrecimiento. El 3 de febrero consumó su supremo sacrificio en la alcoba desde la cual en los últimos años había dirigido la congregación con aquella fuerza de autoridad que hizo exclamar a un magistrado: «La Madre hubiera sido capaz de gobernar Francia hasta durante la Revolución».

Fama de santidad y de milagros, obrados por su intercesión, se extendió rápidamente después de su muerte. Ya en 1842 el obispo de Viviers inició el proceso informativo de beatificación que concluyó en 1846. Pío IX, que admiraba a aquella sierva de Dios y la llamaba «mujer apóstol», acogió en Roma la causa. En 1890 León XIII la declaró venerable reconociendo la heroici-

dad de sus virtudes. Juan Pablo II la beatificó el 23 de mayo de 1982.

En 1838 la Congregación de Hermanas de la Presentación de María contaba con 130 casas. En 1841 las Hermanas de María Rivier fundaron en Suiza, en 1853 cruzaron el Atlántico y difundieron su apostolado por Canadá y los Estados Unidos de América. Cuando arreciaban los vendavales antirreligiosos en Francia, a principios del siglo XX, muchas Hermanas de la Presentación emigraron a Inglaterra, España e Italia. Después de la segunda guerra mundial, fundan en África, Japón, Filipinas y América Latina. En 1967 la casa general se establece en Castelgandolfo, cerca de Roma. Hoy la congregación acoge a 1.625 Hermanas, presentes en 18 Estados.

Desde su radical pobreza: «Si hubiera sido rica —afirmaba— no hubiera acometido tantas obras; como estoy necesitada de todo, lo que he comenzado ha sido para bien»; apóstol y enamorada de Jesucristo; pequeña en su cuerpo débil y maltrecho, gigante por su energía y por su oración altísima, la Beata María Rivier concentra en su vida y en su gloria la exclamación del Apóstol: «Cuando soy débil, entonces soy fuerte» (2 Cor 12,10).

PERE LLABRES

Bibliografía

Bibliotheca sanctorum, t XI cols.222-226

Breve de beatificacion *AAS* 78 (1986) 707-710

DIOM, A , «Beata Maria Rivier, virgen», en *Nuevo año cristiano Febrero* (Madrid 2001) 76-79

HAMON, J , *Vie de Madame Rivier, fondatrice et premiere superieure de la congregation des Soeurs de la Presentation de Marie* (Avignon 1842)

MOUIARD, A , *La vie apostolique de la venerable Marie Rivier* (Paris 1934)

— *Petites fleurs de la Venerable Anne-Marie Rivier* (Aubenas 1943)

MOURRET, F , *La venerable Marie Rivier, fondatrice des Soeurs de la Presentation de Bourg-Saint-Andeol (Ardeche) (1768-1838)* (París 1898)

ROUME, CH , *Origines et formation de la Communauté des prêtres de Saint Basile Contribution a l'histoire religieuse du Vivarais* (Privas 1965)

BEATA MARÍA ELENA STOLLENWERK

Virgen († 1900)

Cuando la lámpara del bautismo crece sin interrupción en claridad hasta convertirse en llama de amor viva, toda la existencia resplandece en santidad. Entonces los datos concretos interesan poco, y nada importa la ausencia de referencias llamativas. De la Beata María Elena Stollenwerk pocos datos se registran fuera de los obligados.

Nació el 28 de noviembre de 1852 en el pequeño poblado de Rollesbroich, hoy perteneciente a Aquisgrán, en la Alemania Occidental, de una familia campesina. Como otras niñas de la localidad se inscribió en la Obra Misional de la Santa Infancia y en el Apostolado de la Oración. Fueron sus escuelas de vida interior y vocación misionera, mantenida silenciosamente durante largos años sin dejar de suplicar al Señor le deparase un instituto religioso en que realizarla. Tenía ya treinta años cuando entró en contacto con el P. Arnold Janssen que en 1875 había fundado una casa en Holanda para la formación de sacerdotes y hermanos misioneros. Allí vino a parar en calidad de sirvienta. Poco después el mismo P. Arnold fundó la Congregación de Misioneras Siervas del Espíritu Santo, en la que fue admitida el 8 de diciembre de 1889, a los treinta y siete años. Dos años después emitió los primeros votos junto con once compañeras.

Dada su madurez espiritual y su edad, nada extraña que pronto fuera designada superiora de la incipiente congregación, desempeñando el cargo de 1891 a 1898 en seguimiento fiel del espíritu y las directrices del fundador. Durante su mandato se fundaron casas en Argentina y en Togo. Pronto se evidenció en algunas religiosas la tendencia a la vida puramente contemplativa con dimensión misional. El fundador consideró llegado el momento de constituir una rama autónoma dedicada a la contemplación. Surgió así en 1896 la Congregación de Hermanas Siervas del Espíritu Santo de la Adoración Perpetua por obra del mismo fundador. Secundando su petición, María Elena hizo su ingreso en 1898. Tuvo que iniciar un nuevo noviciado de dos años que no llegó a concluir. Una meningitis tuberculosa segó su vida en Steyl el 3 de febrero de 1900. Todos los que la habían conocido se mostraron unánimes en reconocer su santidad.

Murió, pues, siendo novicia de la nueva congregación, pero estando vigentes sus votos en la congregación del Espíritu Santo y falleció como religiosa profesa de esta Institución, de la que es reconocida cofundadora. Es un caso extraordinario de vocación misionera desde niña: un deseo consciente registrado como primer recuerdo, lo que equivale a una iluminación mística. En su vida interior se dejó esclarecer y caldear por el Espíritu Santo, siendo su jaculatoria preferida «Ven, Espíritu Santo». La misma devoción mariana confluía en esta dirección, invocando a Santa María, esposa del Espíritu Santo. En la carta apostólica de su beatificación Juan Pablo II resalta una consecuencia obvia: «La eficacia de una devoción plena al Espíritu Santo se evidenciaba en su amor al prójimo». Y proclama con solemnidad: «María Elena Stollenwerk constituye un ejemplo admirable de espíritu misionero y adorador».

Fue beatificada por Juan Pablo II en Roma el 7 de mayo de 1996.

JOSÉ M.ª DÍAZ FERNÁNDEZ

Bibliografía

REHBEIN, F. C., *Helen Stollenwerk: a charism nurtured. Mission and surrender* (Roma 1995).

STEGMAIER, O., *Hacia inmensos horizontes: Elena Stollenwerk (1852-1900). Proceso de maduración y misión de la co-fundadora de las Misioneras Siervas del Espíritu Santo a la luz de su imagen de Cristo* (Roma 1995).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTA WERBURGA

Virgen († 700)

Esta princesa era hija del rey de Mercia Wulfero, y era hija, nieta y bisnieta de mujeres santas. Su madre era Santa Ermengilda. Nació el año 650 y se crió en la corte paterna. Se cuenta que tuvo al llegar a la juventud muchos pretendientes, pero que ella respondía que su corazón ya pertenecía a Jesucristo, y por su parte el rey decía que contra la voluntad de su hija no pensaba darla en matrimonio.

No fue hasta la muerte de su padre en 675 y ascensión al trono de su tío Etelredo cuando ella pudo realizar su íntimo deseo de ser religiosa y tomó el velo en el monasterio de Ely y profesó como monja. Unos años más tarde su propio tío le pidió que lo dejara para encargarse de una serie de casas religiosas de mujeres, no formalmente monjas, cuya vida de comunidad y dedicación a Dios quería el monarca que estuviese regida por un orden más estricto del que llevaban. Werburga cumplió el encargo a plena satisfacción, dando la primera un gran ejemplo de piedad, regularidad y dedicación a la vida religiosa. A una de esas casas, la de Weedon, consiguió convertirla en un verdadero monasterio de monjas. Murió el 3 de febrero del año 700, al parecer en la casa de Therckingham, y fue enterrada por su deseo en la de Hanbury. Llevadas sus reliquias más tarde a la catedral de Chester, aquí se convirtieron en objeto de un asiduo culto popular, siendo muchos los peregrinos que se acercaban a Chester para visitar la tumba de la santa, tumba que fue profanada y destruida por la impiedad del rey Enrique VIII cuando organizó la religión inglesa a su entero capricho.

Hermosas leyendas adornan su memoria, propias de la Edad Media en que su culto estuvo tan extendido.

BEATO JUAN NELSON

Presbítero y mártir († 1578)

Tres hermanos sacerdotes de la noble familia Nelson —Juan, Martín y Tomás— desafiaron la ira de la reina Isabel y propagaron en Inglaterra el catolicismo. Los dos últimos no fueron martirizados, el primero sí. Tenía unos 42 años cuando se ordeno sacerdote en Douai el 11 de junio de 1576, siendo natural de Skelton en el North Yorkshire.

Llegado a Inglaterra en noviembre de 1576, el 1 de diciembre del siguiente año era arrestado acusado de catolicismo y detenido en la cárcel de Newgate. Había sido el suyo un breve apostolado, en cuyo desempeño él puso lo mejor de sí mismo.

Los cargos lanzados contra él fueron que se negaba a reconocer a la Reina como cabeza suprema de la Iglesia y que la ha-

bía llamado hereje y cismática. Devuelto a la cárcel tras su condena, pidió y obtuvo ser admitido en la Compañía de Jesús.

Llegado el día del martirio, 3 de febrero de 1578, fue arrastrado en un zarzo desde Newgate hasta la plaza londinense de Tyburn, donde fue ahorcado y descuartizado por ser católico y ser fiel a su conciencia.

Fue beatificado el 29 de diciembre de 1886.

4 de febrero

A) MARTIROLOGIO

1. En Roma, en las catacumbas de la Vía Apia, San Eutiquio, mártir (fecha incierta).
2. En Perge de Panfilia, los santos Papías, Diodoro y Claudiano y Conón (s. III), mártires.
3. En Alejandría de Egipto, San Fileas, obispo, y San Filoromo, militar (s. IV), mártires.
4. En Pelusio (Egipto), San Isidoro († 449), presbítero y anacoreta.
5. En Chartres, San Aventino († luego del 511), obispo.
6. En Troyes, San Aventino († 537), criado del obispo San Lupo.
7. En Maguncia (Franconia), San Rabano Mauro († 856), obispo, antes monje de Fulda *.
8. En Constantinopla, San Nicolás Estudita († 868), hegúmeno del monasterio de Estudio, gran defensor de las sagradas imágenes *.
9. En Sempringham (Inglaterra), San Gilberto († 1189), presbítero, fundador de la Orden Gilbertina, cuyos monjes cumplían la regla de San Agustín, y las monjas la de San Benito **.
10. En Bourges (Aquitania), Santa Juana de Valois († 1505), un tiempo reina de Francia, fundadora de la Orden de la Anunciación de la Bienaventurada Virgen María **.
11. En Durham (Inglaterra), Beato Juan Speed († 1594), martirizado bajo la reina Isabel I por haber ayudado a los sacerdotes católicos *.
12. En Amatrice (Abruzo), San José de Leonisa († 1612), presbítero, religioso capuchino *.
13. En Urgur (India), San Juan de Brito († 1693), presbítero, de la Compañía de Jesús y mártir **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN GILBERTO DE SEMPRINGHAM
Presbítero († 1189)

Presbítero. Fundador de la Orden Gilbertina. Nació en Sempringham hacia el año 1085. Murió en la misma población el 4 de febrero de 1189. Fue canonizado en 1202.

Los siglos XI y XII marcan un resurgir emotivo de la actividad religiosa de la Iglesia en una doble dirección. Hacia el exterior se van a dirigir las cruzadas. En el interior aparecen una serie de congregaciones que vitalizan el espíritu fecundo de la fe, quizás como contrapunto a la deserción de la Iglesia Oriental. Surgen congregaciones de espiritualidad profunda, como los Camaldulenses en 1012, los de Valleumbrosa en 1038, los Cartujos en 1084, los Cistercienses en 1098, los Premostratenses en 1124, los Trinitarios en 1198... Se añaden o derivan de otras ya existentes como la de los Benedictinos, que, después del impacto sufrido por la invasión árabe, renuevan sus esencias inclinándose hacia mayores exigencias, hasta el punto de que a mediados del siglo XI sus directrices ya se hallaban presentes prácticamente en todas partes.

Uno de sus máximos exponentes llega desde los Cluniacenses cuya reforma marcará el espíritu del siglo, adaptando la espiritualidad de San Benito, hacia un mayor intimismo, que se traduce incluso en la aparición de numerosos monasterios, consecuencia de un compromiso más espiritualista que lleva a no pocos monjes a bucear con mayor profundidad en las mismas características de la vida eremítica, para incorporarlas a su particular ascetismo.

Quizás se tratara de equilibrar el espíritu de aquellos otros cristianos que pensaban y servían a lo religioso con la intrepidez de las conquistas y el mismo dinamismo bélico.

No podemos olvidar que es también la época de las grandes aventuras que llamamos Cruzadas, en cuyo fondo late siempre la exigencia de lo religioso como contrapunto a las invasiones ambiciosas de los árabes. Es el momento de los Hospitalarios en 1050, Templarios en 1119, Alcántara y Santiago en 1175.

Parece como si en la balanza de la historia se quisieran compensar las dos dimensiones que agitan el alma de los hombres, aunque sean creyentes. Un equilibrio que se resuelve muchas veces gracias al valor silencioso de personajes que apenas hacen ruido al pasar por la existencia.

Es aquí donde encaja a la perfección la figura de San Gilberto, fundador de la Orden Gilbertina, única Orden considerada específicamente inglesa.

Nació Gilberto, hacia el año 1085, en Sempringham, poblado situado en el condado inglés de Lincolnshire y del cual era noble señor su propio padre.

Debido a su especial conformación física, su padre no quiso que siguiera la carrera militar, tradicional en la familia, y lo dedicó a los estudios.

Para ello fue enviado a Francia donde alcanzó una notabilísima formación, llegando incluso a ejercer por algún tiempo la docencia. Muy pronto volvería a su tierra, donde se le dieron los beneficios de Sempringham y Terrington, pero cuyas rentas distribuía entre los pobres o fundando escuelas para niños.

Muy estimado por el obispo Roberto Bloe de Lincoln, recibió las primeras órdenes sagradas de sus manos. Un poco más tarde el nuevo obispo Alejandro lo ordenó sacerdote, para retenerlo a su lado como penitenciario. No obstante, en 1130 volvió definitivamente a su Sempringham con el propósito de dedicarse por completo a la vida parroquial, que tanto le atraía.

Entregado en profundidad a la parroquia, consiguió reunir a su alrededor un grupo de jóvenes, que quisieron organizarse en comunidad religiosa, aceptando gustosos la regla de San Benito entonces en pleno auge religioso con nuevas y reformadas inspiraciones gracias a la reforma de Cluny. Una renovación casi universal que afecta no sólo a los monasterios sino que llega también al Pontificado y a toda la vida eclesiástica. Ahora incluso con nuevas versiones de monasterios y reglas principalmente en Italia, Francia y España.

Corría el año 1131, cuando Gilberto se sintió inspirado para dotar a Inglaterra de una Orden específicamente suya. Un macroproyecto que germinó de casi una impensable simiente, gracias a la fuerza de un profundo espíritu, puesto a disposición de Dios.

Muy pronto se vio la necesidad de que la comunidad se ampliara con hermanas legas, impregnadas del mismo espíritu de renovación. Se completaría, además, con un cuerpo de capellanes, encargados de atender religiosa y cultualmente a la recién nacida comunidad, organizados ellos también como canónigos regulares bajo la regla de San Agustín. El año 1148 aparece ya la fundación al completo con sus tres casas para cada una de las ramas fundacionales. Gilberto pasó a ser el padre general de la nueva Orden. Incluso se añadió una dimensión caritativa con un orfanato para niños huérfanos o abandonados y un hospital para atender a enfermos afectados de la lepra, mal endémico en aquella Edad Media.

Hacia 1147 viajó por Francia e Italia, trabando amistad y cambiando impresiones con los personajes eclesiásticos más significativos de aquel tiempo, como S. Bernardo, S. Malaquías y el propio papa Eugenio III.

Los estatutos de su Orden fueron precisamente aprobados por Eugenio III en 1148 y confirmados posteriormente por Adriano IV y Alejandro III.

Gilberto fue siempre con su ejemplo de oración y penitencia el alma y vida de la fundación. A pesar de todo no le faltaron pruebas venidas de dentro y de fuera, cuando ya era de edad avanzada. Aun así, supo resolverlas con dignidad y coraje.

Dentro de la Orden comenzó una especie de malestar de los que podemos llamar legos, que juzgaban excesivamente austeras las reglas fundacionales para unos legos como ellos. Destacaban en su rebeldía Ogero y Gerardo, hasta el punto de degenerar en una abierta oposición que tuvo que llegar hasta la propia Roma, pero que al contar siempre con el aval de los obispos ingleses fue zanjada por el propio romano Pontífice Alejandro III a favor de Gilberto, quien confirmó nuevamente la Orden por los años anteriores a 1181, fecha de la muerte del Pontífice.

Más dolor le produjo ser acusado de estar a favor de Tomás Becket, el arzobispo que había caído en desgracia del rey Enrique II, con el que mantenía una seria controversia. Se le quiso hacer jurar su oposición al arzobispo de Canterbury, y plegarse a las exigencias reales. Algo rechazado por Gilberto, ya anciano

de 80 años y que amaba de corazón a quien después fue asesinado y santo. Eran unos momentos difíciles para la Iglesia de Inglaterra por la mezcla de intereses y ambiciones. Gilberto lo vería en los altares canonizado por Alejandro III el 21 de febrero de 1173, campeón de la libertad de la Iglesia frente al poder real.

La multitud de sufrimientos que le propiciaron tan dolorosas situaciones y la delicada salud de una tan larga ancianidad, pues llegó a quedarse casi ciego, le animaron a renunciar a su cargo de Superior General, viviendo como uno más de los miembros de la comunidad por él fundada sin privilegio alguno, después de haber prestado total obediencia a su sucesor Roger. Murió el 4 de febrero de 1189. Una vida más que centenaria, que tuvo inmediata recompensa con la canonización de Gilberto por Inocencio III, el 11 de enero de 1202. Su fiesta se celebra el 4 de febrero, fecha de su muerte.

La simiente estaba echada y se esparció por toda Inglaterra hasta el punto de que las casas de la Orden a principios del siglo XVI sumaban unas veinte. Cosecha fecunda que sería arrasada por Enrique VIII, quien, en 1538, mandó cerrar todos los monasterios ingleses, entre ellos los Gilbertinos.

JOSÉ SENDÍN BLÁZQUEZ

Bibliografía

ATTWATER, D., *A Dictionary of Saints* (Aylesbury 1965).
Bibliotheca sanctorum, t.VI cols.453-454.
Enciclopedia universal ilustrada, t.26 (Madrid-Barcelona 1994) 49.
«Gilbert of Sempringham», en *Enciclopedia británica,* V p.262.

SANTA JUANA DE FRANCIA

Reina († 1505)

Todavía parece flotar por los campos de Francia el glorioso estandarte de Juana de Arco, la libertadora de Orleáns, la santa guerrera y valiente, cuando viene al mundo, en plena corte y no en un pueblecito aislado, otra Juana que también va a llenar de gloria a Francia y a toda la Iglesia: Juana de Valois, hija de Luis XI y de Carlota de Saboya. Gran expectación reinaba en

todo el país al anunciarse el próximo nacimiento de un vástago real, el segundo, que todos, y más que nadie Luis XI, estaban convencidos sería un varón. La primogénita había sido una niña: Ana. Desagradable y decepcionante fue, pues, la noticia de que una segunda hija había venido a ocupar su sitio en la corte francesa. El rey, malhumorado, no quiso apenas verla; y cuando al transcurrir los primeros años pudo notarse que la princesita no era agradable de rostro y empezaba a exhibir una cojera incipiente debida a una desviación de cadera, mandó que la aislaran de la corte y la condujeran al castillo de Linières en el Berry. El calvario de Juana de Francia había empezado: a los cinco años se separa de su madre para no volver a verla jamás.

De esa madre desconocida, resignada y obediente a su marido hasta en los más mínimos detalles, «dama virtuosa llena de paciencia y tolerancia tan necesarias para vivir con un rey como Luis XI» —así la pinta un cronista de la época—, heredará Juana su gran sentido de ponderación y su vida interior. De su padre, hombre extraordinariamente complejo, lleno de contradicciones, duro y dominante, político sutil, audaz en las guerras y pusilánime en las enfermedades, amante a veces de la popularidad y otras encerrado en una soledad misántropa, tendrá nuestra heroína su prudente administración en los negocios, su voluntad indomable y el convencimiento de la propia dignidad de la majestad real a la que ha sido llamada por Dios y que conservará en todas las ocasiones al lado de su deformidad física.

La infancia de Juana se desliza, solitaria y monótona, en el castillo de Linières, cuyos dueños la tratan con cariño, respeto y solicitud, sufriendo intensamente del estado de abandono, no sólo moral sino material, al que la ha reducido Luis XI. Aprende a bordar y a tocar el laúd, pero sobre todo dedica la mayor parte del tiempo a leer salmos y libros piadosos y a la oración. Desde su infancia, se ve en ella a la predestinada a gozar de las comunicaciones divinas: un día revela a la señora de Linières que la Virgen le ha hablado; le ha dicho: «Antes de tu muerte, fundarás una Orden en mi honor». Y se queda pensativa considerando qué dirá su padre, el rey.

Luis XI, alguna vez acompañado de su escolta de caballeros, después de una desenfrenada caza de lobos, hace una ruidosa

aparición en el castillo de Linières. Ni siquiera quiere ver un minuto a su hija. Mientras le preparan la comida, comenta brutalmente con el señor del castillo que no sabe qué espera para matar a esa hija contrahecha que le ha nacido en lugar de un varón. Una vez satisfecho su voraz apetito, por uno de esos contrastes tan desconcertantes en él, declara solemnemente que quiere velar por la buena conducta de su hija y que le pidan que elija al punto un director de conciencia. No permite la menor dilación y tienen que buscar a la princesa, que se halla ya acostada. Pero ella, a pesar de su humillante posición y de su temprana edad, es absolutamente consciente de sus derechos y deberes. Cuando el señor de Linières espera que la hija sumisa responda que hará en eso como en todo la voluntad de su señor, oye la respuesta mesurada y prudente de la futura santa: «Necesito reflexionar antes de decidir un asunto tan importante; mañana contestaré». El rey acató con deferencia la decisión de su hija y a la mañana siguiente, después de la misa, la niña anunció con naturalidad que el padre Juan de la Fontaine, franciscano, sería su confesor.

Luis XI, que no deseaba lo más mínimo encontrarse con su hija, se preocupaba no obstante de su porvenir, mejor dicho, había decidido meterla en uno de sus engranajes políticos a los que tanto acostumbraba. Un hombre que no tenía el menor escrúpulo en hacer y deshacer matrimonios a su antojo, que forzaba realmente a sus súbditos a que se casasen con quien él decidía, era natural que siguiera la misma costumbre al tratarse de su propia hija. Casi desde el nacimiento de Juana, el rey de Francia concertó su matrimonio con Luis de Orleáns, hijo del duque Carlos de Orleáns y de María de Clèves, su más próximo pariente en todo el reino, y a quien concedió el honor de ser su padrino. Pero aún le pareció poco tener por ahijado al pequeño duque y, queriendo evitar disgustos por medio de esa rama poderosa de la familia, pensó convertirlo en su yerno para tenerle más en mano. Los años pasaron y en toda Francia empezó a susurrarse que la segunda hija del rey era jorobada y coja, rumor que, naturalmente, llegó al castillo de Blois, donde Luis de Orleáns, el futuro Luis XII, huérfano ya de padre, llevaba una vida de lujo y de placer al lado de su madre, terrible contraste con la vida monótona y triste de su prometida. Al recibir María

de Clèves al emisario del rey que le notificaba la ratificación de los esponsales entre su hijo y la princesa Juana, creyó que se trataba de un error y que la futura duquesa sería Ana, la hija mayor del rey, pero, al ver con sus propios ojos el escrito de Luis XI, exclamó midiendo toda la tragedia que se avecinaba: «La casa de Orleáns está perdida». Y enseguida, majestuosamente, se negó en rotundo. Para Luis XI no suponía nada la negativa, más aún: la repugnancia de los Orleáns. El monarca llegó a amenazar con la muerte al joven duque y en estas condiciones, mientras la infeliz Juana no sospechaba lo más mínimo y, mujer al fin, esperaba con ilusión la felicidad al lado del esposo que todo el mundo alababa por sus maneras afables y corteses, se decidió la boda para el 8 de septiembre de 1476 en la capilla de Montrichard. Todavía un momento antes de la ceremonia, a la que el rey no se dignó asistir, el obispo, preocupado, preguntó al duque de Orleáns: «Monseñor, ¿estáis decidido a pasar por todo?», a lo que el joven respondió: «Se me hace fuerza, no hay remedio». Y se efectuó la triste ceremonia en la que el novio no tuvo ni una mirada, ni una palabra para la pobre princesa, que empezaba a comprender que aún la esperaba un calvario más amargo, que tenía que seguir realizando el nombre que la aplicarán más tarde: la cenicienta de los Valois.

La vida no cambió para Juana, únicamente lo que antes era como una espera de algo, se convirtió en una realidad sin esperanzas. De cuando en cuando, por orden expresa del rey, va Luis a visitar a su esposa, pero apenas se hablan ni se ven. Cada vez renace la esperanza en el corazón de la mujer que siempre amó a su marido, y de nuevo la triste realidad, la amarga desilusión. En cuanto a su padre, una vez le verá antes de morir el rey, para sufrir aún más amargamente al comprender el estupor de aquella mirada, pues nunca creyó Luis que era tanta la deformidad de su hija. Ella le quería y le admiraba, pero no pudo quedarse con él y tuvo que volver a su soledad mientras veía, sin ninguna envidia de su parte, a su hermana Ana objeto de las complacencias de su padre. Luis XI muere asistido por San Francisco de Paula y la vida de Juana va a cambiar al subir al trono su hermano Carlos VIII, que la aprecia y quiere tenerla cerca de él. Pero otra prueba la espera: durante la minoría de

Carlos, es Ana de Beaujeu, la hermana mayor, la que llamaron «el rey de Francia», la que tiene las riendas del gobierno. El duque de Orleáns, levantisco y rebelde, aunque muy querido de su cuñado, se mete en varios movimientos contra la corona y es detenido y apresado. Juana emplea toda su diplomacia y todo su corazón para obtener el perdón del que tanto la martiriza a ella. En una ocasión va a verle al calabozo y su marido se vuelve del otro lado, molesto, sin tener una mirada de agradecimiento para la santa y sufrida mujer que tanto hace por él. Pero la fortuna es cambiante y movediza y cuando Luis de Orleáns ve venir a los emisarios reales, creyendo que le traen una nueva orden de detención, estupefacto los ve doblar la rodilla, llamarle señor y comunicarle el fallecimiento repentino de su cuñado y la noticia de que en un momento ha pasado a regir los destinos de Francia.

¿Será Juana la reina, como parece de todo derecho? Dios le reserva aún una cruz más pesada antes de coronar la obra sublime de su santificación: los trámites de la anulación del matrimonio, que había comenzado Luis ocultamente, van a apresurarse ahora. De las causas alegadas en favor de la anulación, las dos de más valor son: la fuerza exigida al esposo y la no consumación del matrimonio. Sobre el primer argumento se encuentra una carta escrita de puño y letra de Luis XI a Antonio de Chabannes, gran dignatario del reino, en la que, además, da por hecho que Juana no podrá tener descendencia. En cuanto al segundo, ante el desacuerdo de las partes, Luis XII tiene que hacer juramento público de la no consumación del matrimonio. Por ese mismo hecho, Alejandro VI extiende la bula de anulación y enseguida el rey contraerá matrimonio con Ana de Bretaña, la viuda de Carlos VIII.

¿Y Juana? Para darle la noticia se reúnen sus buenos amigos el cardenal de Luxemburgo y el obispo de Albi con su confesor, que se lo comunica como en broma. Ella lo comprende al punto y por un momento se siente desfallecer y temblar. Más tarde descubrió un secreto a su confesor: «En ese momento Dios le concedió la gracia de comprender que Él así lo permitía para que realizase un gran bien. Y que ahora, sin sujeción a ningún hombre, podría hacerlo plenamente».

Por orden del rey, la que debía haber sido reina se convertía en duquesa de Berry y fijó su residencia en Bourges. Entonces decidió poner en práctica lo que oyó en su oración cuando era niña: fundar una Orden religiosa en honor de la Santísima Virgen. Varias muchachas jóvenes, con deseo de vida religiosa, se reunieron con ella y, después de muchas vicisitudes, Alejandro VI aprobó la regla de la nueva Orden de la Anunciación, justo cuando alboreaba el siglo XVI. En realidad ella era la fundadora, pero siguió viviendo en el mundo y gobernando sus estados de Berry. Hizo, no obstante, su profesión religiosa el 26 de mayo de 1504 y siempre fue un ejemplo y una madre para sus hijas, que la veneraban ya como santa. El Señor juzgó que pronto debía dar el premio a una vida tan llena de sufrimientos y trabajos y en febrero del año siguiente, después de haber dado sus últimos consejos a su confesor y a sus hijas, descansó en la paz del Señor

Desde el principio fue venerada como santa en Bourges y luego en toda Francia, los milagros se suceden alrededor de sus despojos mortales, el 13 de enero de 1632 se introduce la causa de beatificación; en 1742 se aprueba el culto público y se la declara beata. Después la causa parece sumirse en un profundo letargo, hasta que un milagro notabilísimo la hace resurgir en 1932 y culmina con la canonización solemne el día de Pentecostés de 1950 en que Pío XII quiere glorificar a Francia y a la Iglesia entera con esta nueva y esplendorosa joya: Santa Juana de Francia.

ALMUDENA GARCIA MORENTE

Bibliografía

ATTICHY, I D', *Tableau sacre de la sainte vie et mort, vertus et miracles de Jeanne de France* (Paris 1625)
CAGNAC, M , *La bse Jeanne de Valois* (Paris 1930)
FLAVIGNY, *Une fille de France* (Paris 1896)
GRELTE, MGR , OB DE MANS, «Ste Jeanne de France Les epines d'une couronne» *Rev des Deux Mondes* (1952) 1 mayo
LEVIS-MIREPOIX, *Ste Jeanne de France, fille de Louis XI* (Paris 1950)
REDIER, A , *Jeanne de France* (Paris 1946)
SANZ BURATA, L , «Juana de Valois, Reina de Francia » *Ecclesia* (1950) mayo

SAN JUAN DE BRITO
Presbítero († 1693)

El jesuita misionero San Juan de Brito, nació en Lisboa el 1 de marzo de 1647. Era hijo de Salvador de Brito Pereira, más tarde gobernador de Río de Janeiro y del Brasil, y de doña B. Pereira, familia noble y piadosa al servicio de los duques de Braganza. Fue martirizado por la fe de Cristo en Urgur de la India, el 4 de febrero de 1693.

Su hermano y biógrafo, Fernando Pereira de Brito, nos comunica muy pocas noticias sobre la infancia de Juan de Brito en su *Historia del nacimiento, vida y martirio del venerable P. Juan Brito,* de la Compañía de Jesús, mártir del Asia y protomártir de la Misión del Maduré. Era de frágil salud, inteligente y sosegado. En cumplimiento de una promesa, y también por gusto, siendo todavía pequeño, vistió la sotana de la Compañía de Jesús durante un año entero en el palacio de Juan IV, donde era paje del infante don Pedro y, más tarde, del rey de Portugal. De ahí que le designaran con el mote de «apostoliño», pues los jesuitas eran llamados apóstoles en Portugal.

Así, pues, vistiendo ya la sotana de la Compañía de Jesús, entró en el noviciado en la fiesta de Navidad y continuó los estudios en Évora. Su debilidad era tan grande que llegó a arrojar sangre por la boca. De Évora partió para Coimbra a fin de cursar allí la filosofía, hasta que fue trasladado al colegio de San Antonio de Lisboa, donde enseñó humanidades. Su madre, viuda desde hacía mucho tiempo, tuvo mucha dificultad en dejarlo partir a lejanas tierras; pero, esto no obstante, embarcó él con grandes ánimos para la Misión del Maduré en la India oriental, el 25 de marzo de 1673. Contaba entonces veintiséis años de edad. Detúvose algún tiempo en Goa para terminar los estudios teológicos, llevando en este tiempo una vida de gran austeridad; no usaba cama para dormir; no comía carne ni pescado, sino solamente legumbres, hortalizas, frutas, arroz y leche, adiestrándose de este modo para la vida misionera y sufriéndolo todo por amor de Cristo.

En 1674 dio comienzo a su gesta misionera a través de la India, empezando por el Malabar. Vestido de asceta, con los pies hinchados por el mucho caminar, llevando consigo algunos

libros para sus controversias con los paganos y una piel de tigre para sentarse y para dormir, recorrió los reinos de Ginje y Tanjaor; estuvo en la Costa de la Pesquería y en Travancor, disputó con los brahmanes e hindúes, sufrió persecuciones, estuvo preso, fue atormentado y convirtió millares de infieles.

Como Nóbili y otros jesuitas del Maduré, vestía a manera de *saniasi.* Con más exactitud: San Juan de Brito escogió la clase religiosa de los *pandarás-suamis,* es decir, penitentes de orden inferior, a quienes se permite tratar con varias castas de la India, con lo cual podía extender su apostolado a un círculo más amplio de personas. Pero él decía simplemente que era un *saniasi* romano. Y ésta es precisamente una de sus glorias: desprenderse, por muy doloroso que fuera, de su occidentalismo y meter a Cristo en las duras prácticas ascéticas de los anacoretas y penitentes de la India, y esto no sólo como medio pedagógico o apostólico de conquista, sino también para gustar el sacrificio por Cristo. De esta manera, no comía carne ni huevos, no bebía vino; practicaba muchos ayunos, andaba constantemente vestido de cilicio, y tomaba sangrientas disciplinas.

Dominando así la cultura brahmana, estudiando y orando, anduvo de un territorio a otro, vestido de una túnica de cuero entre roja y amarilla, sometiéndose a los ritos sociales de los bonzos brahmanes, pero sin caer en sus errores. Sin embargo, algunas personas de mirada estrecha lo acusaron de heterodoxia a causa de este modo de obrar, y esto le hizo sufrir mucho.

Notemos otra característica de su personalidad, que podemos designar como *humanismo religioso:* poseía unas maneras agradables; gustaba de leer y escribir cartas a personas amigas, y aun mostraba cierta *galantería,* según testifica el padre Antonio Franco. Sabía sonreír y ser amable, interesarse por los sobrinos; decir al hermano que no lo tratase como *muy reverendo* ni como *señor,* etc. Todavía en la víspera de su muerte, tuvo suficiente serenidad para deshacer en el agua un pedazo de carbón y escribir desde la cárcel una última carta. Escuchemos las últimas palabras de esta carta. «Adiós, buen amigo Fevereiro, 3 de 1693. Sirva ésta para todos los Reverendos Padres. Este año bauticé a cuatro mil».

Era su último grito de alegría: en aquel año había bautizado cuatro mil almas.

Mucho peregrinará por amor de Cristo. Recorrerá a pie los caminos de la India; embarcará para Europa en 1687 en busca de misioneros y de subsidios y asimismo para dar cuenta sobre el estado de las misiones. Vientos contrarios lo llevaron a las costas del Brasil, de donde navegó a Portugal hasta entrar por la barra del Tajo. Allí habló con el rey; obtuvo dinero para sus catequistas y regresó nuevamente a la India, volviendo a la Misión del Malabar. Ahora va a morir en Urgur, después de ver quemar las iglesias y saquear las casas de los cristianos.

El 4 de febrero de 1693 lo llevaron a una colina sobre el río Pamparru; se arrodilló para rezar, mientras el verdugo afilaba la cuchilla. De este modo permaneció una media hora. Después se levantó, sonrió y se entregó a los verdugos en medio de una gran polvareda. Le hicieron sentar, le ataron las manos y sus grandes barbas, y seguidamente le cortaron la cabeza, y luego las manos y los pies. Al caer San Juan, quedó de costado con los ojos abiertos y las piernas extendidas. Luego, con los miembros mutilados atados al tronco, fue levantado sobre un palo. Al cabo de ocho días, todo cayó, y la cabeza rodó por la pendiente hasta sumergirse en el río, donde fue arrastrada por la corriente. Las fieras devoraron el cuerpo del mártir, de quien muy pocas reliquias se salvaron.

Para él, el día de la muerte fue el día más bello de su vida. Sentía ansias del martirio desde hacía muchos años, y ya el 22 de julio de 1691, escribía al padre Manuel da Costa:

> «Dicen ahora que en Marava se ha dicho que esperaban prenderme y cortarme la cabeza y así poner término a la predicación del Evangelio en sus tierras. Si así lo han de hacer, ¿para qué hablar? Iremos, pues, pronto al cielo».

Y de hecho así sucedió. Bien pronto entró en el cielo a ver a Dios.

Fue beatificado en 1852 y canonizado el 22 de junio de 1947.

MARIO MARTÍNS, SI

Bibliografía

BEAUVAIS, G. F. DE, *La vie du V. P. Jean de Brito* (París 1746).
Brotéria 44 (1947) 833s.

COIMBRA, M. DE, *Breve relação do illustre martirio do V. P. João de Brito* (Lisboa 1695)
MORESCHINI, C. A , *San Giovanni de Brito* (Florencia 1947)
PEREIRA DE BRITO, F , *Historia do nascimento, vida e martirio do Ven. P João de Brito* (Coimbra 1722)
PRAT, J. M., *Histoire du bienheureux Jean de Brito .., composée sur les documents authentiques* (París 1853).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN RABANO MAURO
Obispo († 856)

No hay seguridad de si era alemán, inglés o escocés. De todos modos su educación tuvo lugar en el monasterio de Fulda bajo el abad Bangulfo. Profesada la regla monástica fue enviado a Tours a ampliar estudios bajo Alcuino, el gran maestro palatino de Carlomagno. Aquí adquirió una magnífica cultura con la que pudo escribir magníficos tratados sobre temas eclesiásticos, que le dieron un gran crédito. Reclamado por su monasterio, se le encargó la dirección de sus obras de ampliación y se ordenó de presbítero el año 815, siendo elegido abad el año 822. Procuró no solamente acabar las obras del monasterio sino incrementar la observancia monástica y el espíritu de piedad de los monjes. El año 840 renunció a su abadía y pudo llevar vida de retiro unos años, hasta que en 847 es elegido arzobispo de Maguncia. Se dedicó plenamente a la tarea pastoral, exigiendo el cumplimiento de la disciplina eclesiástica y animando a todos a una vida más cristiana. En un sínodo del año 852 condenó a Godescalco. Murió el 4 de febrero del año 856 y su culto se desarrolló en Alemania.

SAN NICOLÁS ESTUDITA
Abad († 868)

Era un cretense que fue enviado al monasterio de Estudio para su educación bajo el abad Teófanes. A los dieciocho años ingresó en el monasterio como monje.

Cuando llegó la persecución iconoclasta contra los que veneraban las sagradas imágenes, Nicolás acompañó al destierro a

su abad Teodoro y al patriarca Nicéforo de Constantinopla, que se oponían a la herejía del emperador León el Armenio, a cuya muerte todos volvieron. Muerto Teodoro el año 826, Nicolás fue elegido abad de Estudio. De nuevo padeció exilio cuando el emperador Teófilo volvió a la iconoclastia, pero su viuda restauró la ortodoxia y Nicolás pudo regresar a su monasterio.

Nicolás apoyó al patriarca San Ignacio cuando éste fue depuesto por el emperador Miguel III y sustituido por Focio, y por ello marchó a destierro voluntario. El emperador le mandó volver, y como no lo hizo, puso a otro abad en su lugar y luego lo mandó arrestar y confinar en su monasterio. Cuando el emperador Basilio restauró a Ignacio en la sede bizantina, quiso también que Nicolás recuperase su abacía pero éste alegó su vejez. Vivió ejemplarmente hasta su muerte el 4 de febrero del año 868.

BEATO JUAN SPEED

Mártir († 1594)

Juan Speed, conocido también por Juan Spence, era un católico seglar de Durham, fervoroso y valiente, que, arrostrando el peligro serio que ello suponía, albergaba en su casa a los sacerdotes católicos y los acompañaba de un sitio a otro en el desempeño de su ministerio apostólico.

Delatado como tal católico y sospechoso de dar albergue a sacerdotes católicos, fue arrestado y detenido en la cárcel. Llegado el juicio, se le acusó de albergar sacerdotes, lo que entonces era un crimen a tono con las tiránicas disposiciones de la reina Isabel. Se le condenó a muerte pero al mismo tiempo se le ofreció la vida y la libertad tan sólo con que se hiciera protestante. Juan prefirió la pureza de su conciencia y se negó a apostatar de su fe. Por ello, en el propio Durham, fue ahorcado y descuartizado el 4 de febrero de 1594. Fue beatificado por el papa Pío XI el 15 de diciembre de 1929.

SAN JOSÉ DE LEONISA

Presbítero († 1612)

Eufranio Desideri nació en Leonisa, en italiano Leonessa, el 8 de enero de 1556. Creció en un ambiente cristiano que cultivó su espiritualidad y tenía tan sólo 17 años cuando se acercó a los capuchinos a pedir el hábito de San Francisco. Admitido, hace la profesión religiosa y toma el nombre de fray José de Leonisa. Hechos los estudios pertinentes, es ungido sacerdote y siente vibrar en su corazón las ansias de un gran trabajo apostólico.

La respuesta divina a sus anhelos tiene lugar en 1587 cuando se entera de que su Orden organiza una expedición de religiosos a Estambul a fin de proporcionar auxilio espiritual a los muchos cautivos cristianos del Imperio turco. José se siente llamado a prestar este servicio a las almas y se ofrece con gran resolución. Se le concede lo pedido y marcha con resolución a la antigua Constantinopla, ahora ya muy lejos de ser la capital cristiana que fuera siglos antes.

Llegado a la ciudad penetra en las cárceles y mazmorras para consolar y animar a los muchos cristianos presos y esclavizados y busca a los que no están en la cárcel para ayudarles a perseverar en la paciencia y la religión. Su bondad, amabilidad, caridad y palabra fraterna consuelan infinitos corazones, atraen de nuevo a Dios a los alejados y dejan una estela benéfica por donde va pasando. No se hace este trabajo sin dificultades y problemas, a veces sufriendo incluso malos tratos físicos, pero la paciencia del capuchino corre parejas con su tesón en acercarse a todos los necesitados de su evangélica palabra.

Viéndose en medio de musulmanes, recuerda el ardor apostólico de su padre San Francisco y de toda su Orden, especialmente cuando en pleno siglo XIII, Francisco se presentó personalmente en Egipto a predicar a Cristo. Con gran audacia se introduce en el palacio imperial y quiere evangelizar al sultán. Detenido apenas puso los pies en la regia morada, es juzgado reo de traición y destinado a la muerte. Suspendido en un cadalso de unos garfios que le atenazaban un pie y una mano, resiste tres días en esta tremenda tortura, gozoso de padecer por Jesús y su santo nombre. Al cabo de esos días es liberado, se dice que milagrosamente, y regresa a Italia.

Aquí se dedica a la predicación popular, especialmente entre los aldeanos y campesinos, a los que lleva con fervor contagioso la palabra divina. La austeridad y la pobreza, la caridad más exquisita y todas las virtudes acompañan al misionero popular, cuya vida —se decía— predicaba aún mejor que su palabra. Su alma, entre tanto, crece en la unión con Dios y el Señor le distingue con éxtasis y otros carismas místicos.

Veinte años fueron aquéllos de continuo peregrinar apostólico, sembrador incansable de la doctrina cristiana, hasta que se siente enfermo en el convento capuchino de Amatrice y entrega su santa alma al Señor el 4 de febrero de 1612. Beatificado el 22 de junio de 1737, es inscrito en el catálogo de los santos por el papa Benedicto XIV el 29 de junio de 1746.

5 de febrero

A) Martirologio

1. En Catania (Sicilia), Santa Águeda († 251), virgen y mártir **.
2. La conmemoración de muchos santos mártires en el Ponto en la persecución de Maximiano (finales del s. III).
3. En Vienne (Francia), San Avito († 518), obispo *.
4. En Sabion (Retia), San Ingenuino o Genuino († 605), obispo.
5. En Brixen (Tirol), la conmemoración de San Albuino († 1005), obispo, que trasladó la sede de Sabion a Brixen.
6. En Colonia (Alemania), Santa Adelaida († 1015), primera abadesa de Villich y luego de Santa María de Colonia **.
7. En Nagasaki (Japón), el martirio de veintiséis santos, que se conmemoran mañana.
8. En Laval, Beata Francisca Mézière († 1794), virgen y mártir *.
9. En Roma, Beata Isabel Canori Mora († 1825), madre de familia, terciaria trinitaria **.
10. En Valtierrilla (México), San Jesús Méndez († 1928), presbítero y mártir *.

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SANTA ÁGUEDA

Virgen y martir († 251)

Santa Águeda, una de las vírgenes y mártires cristianas más populares de la antiguedad, aparece ante nosotros con una aureola de heroísmo y de santidad tan atrayente, que no es extraño haya dado motivo a las más felices leyendas que ha ido agrupando a su alrededor durante siglos la devoción siempre creciente de los fieles. Las Actas de su martirio, como lo demuestra el crítico francés P. Allard, no responden siempre a una veracidad histórica. Con todo, en ellas encontramos los pasos principales, confirmados también por otros testimonios, de la vida y martirio de la noble virgen siciliana.

Nacida en Catania o en Palermo hacia el año 230, de nobles y ricos padres, dedica su juventud al servicio del Señor, a quien no duda en ofrecer no ya sólo su vida, sino también su virginidad y las gracias con que profusamente se veía adornada. Águeda, como Cecilia, Inés, Catalina..., prefiere seguir el camino de las vírgenes, dando de lado las instituciones y promesas que pudieran ofrecerle sus admiradores.

Le ha tocado vivir, por otra parte, en tiempos de persecución, y mas ahora, cuando en el trono de Roma se sienta un príncipe ladino, Decio, que pretende deshacer en sus mismas raíces toda la semilla de los cristianos, harto extendida ya en aquel entonces por todos los ámbitos del Imperio. Decio, «execrable animal», como le llama Lactancio, comprende la inutilidad de hacer tan sólo mártires entre los cristianos, y pretende ahora organizar de manera sistemática su total exterminio. Inventa nuevos artificios y seducciones; se ha de emplear el soborno y los halagos Después, en caso de negarse, la opresión, el destierro, la confiscación de bienes y los tormentos. Sólo como último recurso se les había de condenar a muerte.

Por el año 250 hace que se publique un edicto general en el Imperio, por el que se cita a los tribunales, con el fin de que sacrifiquen a los dioses, a todos los cristianos de cualquier clase y condición, hombres, mujeres y niños, ricos y pobres, nobles y plebeyos. Es suficiente, para quedar libres, que arrojen unos

granitos de incienso en los pebeteros que arden delante de las estatuas paganas o que participen de los manjares consagrados a los ídolos. Al que se negara, se le privaba de su condición de ciudadano, se le desposeía de todo, se le condenaba a las minas, a las trirremes, a otros tormentos más refinados y a la misma esclavitud. El intento del emperador, al decir de San Cipriano, no era el de «hacer mártires», sino «deshacer cristianos», con todos los malos tratos posibles, pero sin el consuelo de la condenación y de la muerte. Esto se vino a hacer con nuestra santa, Águeda, que por entonces residía en Catania, donde mandaba, en nombre del emperador, el déspota Quinciano, gobernador de la isla de Sicilia.

Si hemos de creer a las Actas, ya de antes Quinciano, el procónsul, se había enamorado de Águeda, «cuya belleza sobrepujaba a la de todas las doncellas de la época». Ésta había rechazado siempre sus pretensiones, y ahora el desairado gobernador se prometía reducirla intimándola con la persecución y los tormentos a que se hacía acreedora por su constancia en defender la religión cristiana.

Obedeciera o no a esta medida, el hecho es que Águeda, como tantos cristianos de la isla, fue llevada ante el tribunal para que prestara también su sacrificio a los dioses. La Santa no teme a la muerte, pero la hacen temblar los infames propósitos del gobernador para hacerla suya. Decidida y llena de fe y de confianza, ofrece de nuevo al Señor su virginidad y se prepara para el martirio.

No eran éstos, sin embargo, los propósitos inmediatos del procónsul que, para forzar su voluntad e intimidarla, la pone en manos de una mujer liviana y perversa, y en compañía de otras de su misma deplorable condición. Durante treinta días estuvo la Santa sufriendo duramente en su sensibilidad, pero no pudieron desviarla de seguir en su propósito de esposa de Jesucristo.

Desengañado, el procónsul manda llamar a Águeda a quien increpa ásperamente: «Pero tú, ¿de qué casta eres?». «Aunque soy de familia noble y rica —le contesta—, mi alegría es ser sierva y esclava de Jesucristo».

Quinciano se enfurece. La hace ver los castigos a que la va a condenar si sigue en su decisión, como a un vulgar asesino; la

vergüenza que con ello vendría a su familia, la juventud, la hermosura que va a desperdiciar...

«¿No comprendes, le insinúa, cuán ventajoso sería para ti el librarte de los suplicios?».

«Tú sí que tienes que mudar de vida, le responde, si quieres librarte de los tormentos eternos».

Desarmado ante tal fortaleza, Quinciano manda la sometan al rudo tormento de los azotes, y ya despechado, sin tener en cuenta los sentimientos más elementales de humanidad, hace que allí mismo vayan quemando los pechos inmaculados de la virgen, y se los corten después de su misma raíz. Deshecha en su cuerpo y en los espasmos de un fiero dolor, es arrojada la Santa en el calabozo, donde a media noche se le aparece un anciano venerable, que le dice dulcemente: «El mismo Jesucristo me ha enviado para que te sane en su nombre. Yo soy Pedro, el apóstol del Señor». Águeda queda curada, da gracias a Dios, pero le pide a su vez que le conceda por último la corona del martirio.

Pronto el gobernador la vuelve a llamar a su tribunal.

—¿Quién se ha atrevido a curarte?

—Jesucristo, Hijo de Dios vivo.

—¿Aún pronuncias el nombre de tu Cristo?

—No puedo —le responde decidida— callar el nombre de Aquel que estoy invocando dentro de mi corazón.

Quinciano quiere tentar la última prueba. Allí mismo prepara una hoguera de carbones encendidos y hace extender el cuerpo desnudo de la Santa sobre las brasas. En esto, un espantoso terremoto se extiende por toda la ciudad. Mueren algunos amigos del gobernador. El pueblo mismo se solivianta. Y entonces Quinciano manda se lleven de su presencia a la heroica doncella, que está casi a medio expirar. Cuando la vuelven a meter en el calabozo, su alma se le va saliendo por las heridas, y después de balbucir: «Gracias te doy, Señor y Dios mío», descansa tranquila en la paz de su martirio y de su virginidad. Era el 5 de febrero del año 251, último de la persecución de Decio.

Los cristianos recogen sus reliquias y pronto se extiende por todas las cristiandades la fama de su heroísmo. Con la paz de la Iglesia, escriben de ella los Padres y Doctores y son numerosos

los templos que van levantándose por todas partes en su honor. En el pueblo queda prendida la llama de su constancia y de su martirio, llegando a ser su devoción una de las más extendidas de todos los tiempos.

Las reliquias de Santa Águeda reposaron en un principio en Catania, pero ante el temor de los sarracenos fueron llevadas por un tiempo a Constantinopla, de donde se rescataron por fin en el año 1126. Hoy se veneran todavía en la misma ciudad que fuera testigo de su martirio.

FRANCISCO MARTÍN HERNÁNDEZ

Bibliografía

Act. SS. Boll., 5 de febrero, una serie de documentos: *pasión* de la Santa; poema de ALDHELMO; otra pasión métrica, etc., sobre todo un discurso atribuido a SAN METODIO de Constantinopla.

ALLARD, P., *Histoire des persécutions*, II, 301s.

CONSOLI, B. G., *Santa Ágata* (1951).

KIRSCH, P., art. en *Cath. Encyclop.* Asimismo, artículos en *Dict. Arch. Lit.* y *Dict. Hist. Géogr. Eccl.*

TILLEMONT, L. S. DE, *Mémoires pour servir à l'histoire ecclésiastique des six premiers siècles...*, III (Venecia) 409s.

BEATA ISABEL CANORI MORA

Madre de familia († 1825)

Isabel Canori Mora nace en Roma el 21 de noviembre de 1774 hija de Tomás y Teresa Primoli, familia de buena posición económica, cristiana y siempre atenta a la educación y formación de los hijos. De 1785 a 1788 estudia con su hermana Benedicta en el Colegio de las Agustinas de Cascia, distinguiéndose por su inteligencia profunda, su vida interior y su espíritu de penitencia. A los doce años, «por orden del Señor», hace voto de castidad. El ambiente monástico, recogido, silencioso, junto con el testimonio edificante de las religiosas, avivan y consolidan los sentimientos e inquietudes espirituales de Isabel. Con ocasión de su primera comunión confesará: «Qué contento, tranquilo y gozoso estaba mi corazón, oh Jesús mío, oh esposo mío». Apenas tiene doce años y ya vive una intensa experiencia espiritual e inicia el camino de identificación con el Cristo-Re-

dentor, por quien se siente intensamente bendecida y amada: «A los pies del Crucificado desahogaba mi alma, abría mi corazón, pedía luz y fuerza. Mi pobre alma no tenía otro director que Jesús crucificado».

De nuevo en Roma, emprende una vida social en familia (1788-1795) y, poco a poco, va olvidándose del voto y empieza a enfriarse en la vida espiritual a la vez que, animada por sus padres, a frecuentar los encuentros de la alta sociedad. Es elegante y atractiva. A los 19 años conoce a un joven de buen aspecto, inteligente, con buen porvenir, hijo de uno de los mejores médicos de la Roma de entonces, con el que contrae matrimonio el 19 de enero de 1796 en la iglesia romana de Santa María en Campo Carleo. Más tarde dirá que este paso fue un «temerario atentado», un «enorme delito», un «nefando perjurio». Del matrimonio nacen cuatro hijas, de las que sobreviven sólo dos: Mariana y Lucina, que será monja y escribirá la vida de su madre. Todo al principio rueda perfectamente y es continua luna de miel, aunque muy pronto Cristóbal Mora, el joven abogado romano a quien ha unido su vida, cae en la obsesión amorosa, en el amor posesivo, y los celos empiezan a erosionar su personalidad. Apenas un año después de haber ido juntos al altar, Isabel detecta en él un cambio tan brusco que amenaza seriamente con romper la estabilidad matrimonial. Son momentos penosos y de mucho dolor, es cierto, pero su oración y su fe en Cristo y en María consiguen hacerla salir triunfante de la prueba.

En vista de que Cristóbal ha tomado una amante son muchos, hasta el mismo confesor, los que sugieren a Isabel la separación. Ella, sin embargo, decide seguir con el marido, ofreciendo por su conversión el sacrificio de la vida y una incesante plegaria. También su caridad alcanza a la amante, sobre la que no permite que se hable con resentimiento, deseando «tenerla junto a sí en el paraíso». Convencida de la santidad del sacramento del matrimonio, mantiene absoluta fidelidad, dedicación y abnegación hacia el esposo, asistiéndolo con amor en la enfermedad, soportando el escándalo, cuidando de la casa y ganándose con sus propias manos la vida para sí y para sus hijas. A la violencia física y psicológica de su marido ella responde con

una fidelidad total. Dispone de poco tiempo, es verdad, pero nunca descuida la oración, el servicio a los más necesitados del barrio y la asistencia a los enfermos. Su casa se convierte así en un centro donde se reparten bienes materiales y espirituales a quienes llaman a la puerta, sobre todo las mujeres con familia en dificultades.

Anda, pues, Isabel sin poderlo evitar por caminos torcidos: se ha desviado de su genuina vocación al casarse y no le queda más remedio que vivir en adelante una situación conyugal y familiar desastrosa. Sin embargo, el Salvador misericordioso no abandona a quien diariamente tanto le pide y suplica. El cielo se va a encargar de abrir caminos luminosos en medio de noches con tanta oscuridad. En 1803, a los veintinueve años, tiene las primeras experiencias místicas. De 1807 a 1824 consigna en el *Diario íntimo* tales maravillas. Su vida de oración y penitencia caminan siempre de la mano con los deberes de esposa y de madre, sin descuidar un ápice tampoco su generosa entrega a los pobres y a los enfermos.

Conocida y profundizada la espiritualidad trinitaria, ingresa el año 1807 en la Orden Tercera Trinitaria bajo la dirección espiritual del padre Fernando de San Luis Gonzaga, trinitario descalzo, director él también de otra terciaria, la Beata Ana María Taigi (1769-1837), amiga de Isabel, casada con un portero, madre de siete hijos y gran mística. Sacrifica Isabel su vida por la conversión del marido, por el Papa, por la Iglesia y por su ciudad de Roma, donde muere el 5 de febrero de 1825, siendo sepultada en la Iglesia de San Carlino. Poco después de su muerte, Cristóbal, vencido por la santidad de su difunta esposa, se convierte al Señor y reconoce sus pecados y entra en la Tercera Orden Trinitaria de San Carlino (1825). En 1834 muere su hija Mariana y él se hará fraile menor conventual como hermano lego. Pero algo más tarde, según lo había predicho su esposa, recibe el sacerdocio. Muere con fama de santidad en el convento de Sezze (Latina) el año 1845, es decir, veinte después que su esposa.

Conviene que los caminos de la vida secular se rectifiquen a veces según el Evangelio para facilitar el progreso del laicado hacia la santidad. A la mayor parte de los seglares, sin embargo,

bien por incapacidad personal, bien por limitaciones circunstanciales, eso no se les hace tan fácil. Por otra parte, quién duda que se puede caminar rectamente por caminos torcidos. Nuestra Beata es buena prueba de ambas cosas. Pasó la mayor parte de su vida, dicho está, por circunstancias terriblemente dolorosas, lo que no fue impedimento para que en su ánimo prevaleciesen la luminosidad contemplativa y el gozo en Dios. Las páginas de su *Diario* reflejan con frecuencia a una Isabel inundada de alegría: «gozaba verdaderamente un paraíso de delicias», escribe. Tanto por lo menos como uno se goza en el amor de Dios, se duele luego al verlo rechazado. A los 44 años, por ejemplo, tiene la visión mística del cuadro apenas descrito sobre la situación del mundo secular.

Isabel Canori Mora, por otra parte, fue una vidente de las tribulaciones de los últimos tiempos de la Iglesia. Favorecida por Dios con los dones de la visión y de la profecía, agraciada incluso con los estigmas de la pasión de Cristo, a lo San Francisco de Asís, el Señor le mostró con escenas de veras grandiosas las duras batallas que la Iglesia militante tendrá que librar en los últimos tiempos frente al poder de las tinieblas. El 25 de marzo de 1816 vio «a los miserables que cada día con mayor orgullo y desfachatez, de palabra y de obra, con incredulidad y apostasía, van pisoteando la santa religión y la divina Ley. Se sirven de las palabras de la Sagrada Escritura y del Evangelio, corrompiendo su verdadero sentido para respaldar así sus perversas intenciones y sus torcidos principios». El 15 de octubre de 1818, vuelve a escribir que «le fue mostrado de repente el mundo». Lo veía todo en revolución, sin orden ni justicia. Los siete vicios capitales (soberbia, lujuria, ira, envidia, pereza, gula y avaricia) eran llevados en triunfo, y por todas partes se veía reinar la injusticia, el fraude, el libertinaje y toda clase de iniquidades. Vio también sacerdotes despreciando la Santa Ley de Dios y cómo se cubría el cielo de nubes negras; se levantaba un tremendo huracán y en el mayor desconcierto se mataban los hombres unos a otros. En castigo de los soberbios que con impía presunción intentaban demoler la Iglesia desde los cimientos, permitía Dios a los poderes de las tinieblas abandonar los abismos del infierno. En 1821 oyó al Señor hablar del triunfo

de la Iglesia, pues ésta saldría *renovada* de aquellas tormentas, encendida en el primitivo celo de la Gloria de Dios, universalmente recordada por los pueblos. Vendrá la reforma de la Iglesia «y la restauración de todas las cosas no se verificará sin un profundo trastorno de todo el mundo, de todas las poblaciones»

Todavía más:

> «El dia 15 11-1818 mi pobre espiritu fue favorecido por el Señor en la oracion con una gracia particular Me vi envuelta en un interno reposo, y mi pobre alma gozaba en el descanso de la dulce presencia de su amado Señor, que, por medio de intelectuales ilustraciones, me daba *particular conocimiento de sus justisimos juicios* [ ] Mi pobre alma se mantenia abismada en si misma y, llena de santo temor, estaba plena de admiracion, penetrando los divinos e inescrutables juicios de Dios [ ] El alma, en este conocimiento, se complacia en su amorosisimo Dios, encontrando sus divinos juicios todos santos, todos rectos, todos justos [ ] Pero cuando estaba gozandome en este sumo bien, que no se ni puedo expresar, me vi inundada de una nueva ilustracion, y de repente *me fue mostrado el mundo Veia yo a este todo revuelto, sin orden, sin justicia,* llevando en triunfo los siete vicios capitales, y por todas partes veia reinar la injusticia, el engaño, el libertinaje y toda clase de iniquidad El pueblo, abandonado a las malas costumbres, sin fe, sin caridad, todos inmersos en el desenfreno y en las perversas maximas de la moderna filosofia [ ] Pero otra vez, en un instante, cambia la escena Se me manifiesta *la indignacion de Dios, que de pronto circunda a todo el mundo,* haciendo probar a aquel pueblo de malas costumbres el rigor de su justisima y rectisima justicia»

Isabel describe tambien con realismo el patético mensaje de sus visiones, a ratos con remembranzas bíblicas, diríase, con acentos de un moderno Apocalipsis:

> «¡Oh, que gritos, cuantas lagrimas, cuantos suspiros de debiles voces se oian resonar de aquel teatro de amarguras! Veia tambien en medio de tanta gente malvada un demonio horrible que recorria el mundo con gran soberbia y altaneria Mantenia a los hombres en una penosa esclavitud, y con imperioso orgullo queria que todos los hombres le estuvieran sujetos, y que renunciaran a la fe en Jesucristo, por la inobservancia de sus santos mandamientos, por entregarse al libertinaje y a las doctrinas perversas del mundo, aceptando la vana y falsa filosofia de nuestros modernos y falsos cristianos»

Aquella gran miseria provoca en su corazón copiosas lágrimas al ver que detrás de esas falsas doctrinas *corrian locamente*

toda clase de personas, de todo rango, de toda edad, no sólo seglares, sino también eclesiasticos de todos los grados, tanto seculares como regulares Su reacción, como los místicos, es de honda pena, de creer que no podrá soportar ver a Dios tan ofendido, de hacer lo que fuere con tal de contrarrestar las graves injurias de los falsos cristianos contra Dios. El final no puede ser otro que el ofrecimiento total a quien todo lo puede:

> «En esta situacion, mi pobre alma se ofrecio a padecer cual quier pena que fuera, cualquier trabajo, cualquier maltrato diabolico Presente esta pobre ofrenda mia al eterno Padre divino, uniendo mi sacrificio al de su santisimo Hijo, y le pedi que, por los infinitos meritos de Jesucristo, se dignase recibir mi pobre sacrificio, prometiendo entregarme a ejercitar con mas rigor y dureza la penitencia, el ayuno, la oracion, las vigilias, como, con la gracia de Dios, cumpli exactamente, con el permiso de mi buen padre espiritual»

Y Dios la bendijo, como a Ana María Taigi, con extraordinarios dones proféticos y sobrenaturales visiones, como la de la liberación de algunas almas del purgatorio (el alma de Pío VI concretamente, según los biógrafos) y la de la lucha contra la «herejía» en la Iglesia, pero también con el regreso de Pío VII de su prisión napoleónica, la restauración de la Compañía de Jesús y el triunfo final de la fe.

El mal del mundo, he aquí el mensaje de la Beata Isabel, es un abismo oscuro y misterioso, pues viene a ser nada menos que la sombra del inefable amor divino rechazado. Acerca de él, en bastantes ocasiones, se ha pronunciado el Magisterio apostólico en los últimos dos siglos, y reconocemos en su palabra una especial autoridad docente. Cuando son otros los que hablan, filósofos y teólogos, historiadores y sociólogos, su palabra no ofrece lógicamente un crédito semejante, pues en buena parte expresan sobre el mundo sus propias ideas, ya que no suelen alcanzar a «verlo» Por el contrario, los místicos «ven» el mundo por los ojos de Cristo, y no dicen de él su propio pensamiento —que a veces ni siquiera lo tienen—, sino que expresan simplemente la realidad que alcanzan a ver. San Juan de la Cruz hace notar que lo propio del místico contemplativo, y éste es el deleite grande de este recuerdo, es *«conocer por Dios las criaturas,* y no por las criaturas a Dios, que es conocer los efectos por su causa,

y no la causa por sus efectos, que es conocimiento trasero, y esotro esencial» *(Llama de amor viva,* Canc. 4,5).

La realidad del mundo secular es, pues, la que los místicos ven y describen, no la que nosotros podamos imaginar desde nuestras ideas y observaciones. Y ellos nos descubren que hay en el mundo moderno, también en el pueblo cristiano, una sobreabundancia de pecado, que provoca la indignación de Dios. A consecuencia de lo cual no cabe otra alternativa que unirse al Redentor del mundo a través del ayuno y la oración y la penitencia y la cruz y la sobreabundancia de obras buenas, que, a juzgar por la marcha del mundo, tendrán que ser heroicas. La extraordinaria grandeza de los bienes que la Providencia quiere realizar en nuestro tiempo diríase que es proporcional a la magnitud de los males. Hoy los cristianos sólo podremos *rechazar* lo que es indigno de nuestro nombre y *cumplir* cuanto en él se significa, si nos abrimos con una infinita esperanza a los designios del amor de Dios sobre nuestro tiempo.

Esposa y madre de familia, terciaria trinitaria, mártir del amor fiel en la vida matrimonial, exponente cumbre de la vida mística y modelo de santidad para nuestros días, la Beata Isabel Canori Mora fue mujer que tomó el amor de Cristo como ejemplo del amor hacia su esposo infiel y, por Cristo sostenida, siguió amándolo durante toda la vida, mereciendo, con su sacrificio, como una Santa Mónica rediviva, su conversión: sin lamentos ni búsqueda de compensaciones afectivas; es más, encontrando en el amor de Dios la fuerza para dedicarse a la educación de las hijas, aceptando realizar trabajos humildes y fatigosos para mantenerlas y mantenerse, ofreciendo al mismo tiempo un ejemplo de servicio a los pobres y una diligente atención a los tormentosos sucesos eclesiales y civiles de su tiempo. Una lectura religiosa de la propia trayectoria personal, la llevó a relacionar su propio dolor e incomprensión con lo sufrido por Jesús; así, ofrecerá sus padecimientos y su misma vida por la paz y la santidad de la Iglesia, así como por la conversión del marido y de todos los pecadores. De hecho, el ofrecimiento fue aceptado e Isabel moría el 5 de febrero de 1825 asistida por sus hijas. En estado agónico ya, sus palabras vuelan hacia su querido esposo: «No olvidéis el respeto y aprecio que debéis a vues-

tro padre, procurad ayudarlo en el alma y en el cuerpo. Compadecedlo, soportadlo lo mejor que podáis».

Por supuesto que la dimensión mística de esta madre de familia romana no se agota en aquel ofrecimiento, con ser él tan importante, fundamental incluso, en la iglesia doméstica de su hogar. Es más, su figura hagiográfica femenina, similar a la de su paisana y contemporánea Ana María Giannetti Taigi, que, como ella, fue esposa, madre de familia y terciaria trinitaria, ilustra otros aspectos admirables de la vida espiritual que la convierten en paradigma y signo de referencia de hogares cristianos en el mundo de hoy. El de nuestra Beata Isabel Canori Mora es un modelo a imitar en su cuádruple dimensión de amor oblativo, desinteresado, creyente y apasionado por Dios y el hombre, desde su condición de esposa y madre, y antes que nada de mujer con una feminidad madura, consciente y responsable. No parece sino que el Concilio Vaticano II hubiera tenido presentes casos como el de la Beata Isabel, con aquella tenacidad en permanecer junto al marido pese a sus infidelidades, cuando sobre la familia dice: «Hoy constituye la parte más importante del apostolado de los esposos manifestar y demostrar con su vida la indisolubilidad y santidad del vínculo matrimonial» (AA 11).

La causa de beatificación de Isabel fue introducida con cierto retraso el 20 de febrero de 1874, cuando el clima eclesial y espiritual comenzaba a tener necesidad de un adecuado modelo conyugal y familiar. Fue Pío XI, el Papa de las misiones, de la Acción Católica y de la *Casti connubii,* quien deseó su glorificación (reconocería, de hecho, la heroicidad de sus virtudes el 26 de febrero de 1928), viendo la posibilidad de dirigir a los fieles un mensaje de igual significado y del mismo alcance que el de la beatificación de Ana María Taigi (1920). Pero los milagros realizados por intercesión de la madre de familia romana, a consecuencia de lo que fuere, no terminaban de llegar y la causa quedó así, al menos durante un tiempo, bloqueada. Tendrían que soplar los nuevos vientos del Espíritu desde obras tan emblemáticas como *Jalones para una teología del laicado,* del eximio teólogo y luego cardenal Congar, y sonar la hora de otro gran profeta del mundo moderno, el Beato Juan XXIII, convocando el Concilio Vaticano II, del que salieron documentos tan primoro-

sos como el decreto *Apostolicam actuositatem* sobre el apostolado de los seglares, y la constitución pastoral *Gaudium et spes* sobre la Iglesia en el mundo actual; habría que esperar incluso al pontificado de Juan Pablo II, con su exhortación apostólica postsinodal *Christifideles laici* para advertir el singular papel que Isabel Canori Mora desempeñó en su tiempo desbloqueando así las cosas con los nuevos aires laicales y empujando definitivamente la causa hacia la Gloria de Bernini.

Fue Juan Pablo II, en efecto, quien el 10 de abril de 1992 aprobó el decreto sobre el milagro, y el 24 de abril de 1994 elevaba al honor de los altares a la sierva de Dios Isabel Canori Mora en coincidencia con el Año Internacional de la Familia, proponiéndola a todo el pueblo cristiano «como esposa y madre ejemplar, entregada a una fidelidad sacrificada, en los valores más exigentes y permanentes del Evangelio». La nueva beata fue además nombrada protectora de la institución matrimonial y de los tradicionales «valores de la fidelidad, de la castidad, del sacrificio». Hay que interpretar, pues, la beatificación de Isabel Canori Mora como una acción providencial del Espíritu Santo a favor de su Iglesia y, muy particularmente, de la institución familiar. Ella es vivo testimonio ante los retos sociales y eclesiales de nuestros azarosos días del siglo XXI: emancipación de la mujer, puesto insustituible del laicado en la Iglesia, vocación y misión del matrimonio y de la familia. Esta esposa y madre, en fin, tiene mucho que decir a los hogares de hoy, a los laicos, a los matrimonios de nuestro tiempo. Sus restos se veneran en la Iglesia de San Carlino alle Quattro Fontane de Roma. Su espíritu vive en Dios. No parece sino que Fray Luis de León hubiera pensado en ella cuando escribió muchos años antes esta bellísima frase: «y la raya hasta donde la buena mujer ha de llegar es el ser corona y luz y bendición y alteza de su marido» *(La perfecta casada,* c.12).

PEDRO LANGA, OSA

Bibliografía

ALAMINOS MONTEALEGRE, L. M., OSST, *Isabel Canori Mora, Madre de Familia y Terciaria Trinitaria* (Córdoba-Salamanca 1994).

Beata Isabel Canori Mora, esposa y madre, Terciaria Trinitaria (1774-Roma-1825). Memoria Litúrgica, 4 de febrero (Roma 1994).

«Canori-Mora, Elisabetta, b.», en V SCHAUBER - H. M. SCHINDLER, *Diccionario ilustrado de los Santos* (Barcelona 2001) 100

GIOVETTI, P., *Elisabetta Canori Mora Sposa, madre e mistica romana* (Roma 1994)

JUAN PABLO II, «Venerabili Dei Servae Elisabethae Canori Mora Beatorum honores decernuntur (14-IV-1994)»: *AAS* 87 (1995) 124-127.

Martyrologium romanum, o c., 128.

MORETTI, G , «Canori-Mora, Elisabetta», en *Ency. Cathol.,* III (Città del Vaticano 1949) col 608.

PAGANI, A., *Biografia della ven. E. C M.* (Roma 1911).

PALMA, F. DE, «Isabel Canori Mora», C. LEONARDI - A. RICCARDI - G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los Santos,* 1 (Madrid 2000) 1103-1104.

REDI, P., *Elisabetta Canori Mora Un amore fedele tra le mura di casa* (Roma 1994).

[TESTORE, C.], *Inviti all'eroismo,* II (Roma 1942) 159-164.

SANTA ADELAIDA DE VILLICH

Abadesa († 1015)

Estamos en el siglo X, que en la historiografía corriente es presentado como la época más oscurantista del pasado europeo. Ciertamente fueron tiempos difíciles, pues estaba culminando el ciclo de las invasiones bárbaras, cuyas devastaciones y posterior intento de asentamiento sobre el suelo conquistado levantaban enormes obstáculos al esfuerzo civilizador. Pero ello hace más meritorio que a lo largo de los primeros siglos medievales prosperaran manifestaciones muy diversas del espíritu y de la cultura, cuyo mejor conocimiento nos va reconciliando con la herencia de esa etapa de nuestra historia.

A ese patrimonio pertenece también la muy extensa contribución que esos siglos aportaron a los anales de la santidad cristiana: hombres y mujeres de todas las condiciones y estados, a los que el pueblo de Dios y la Iglesia reconocieron la excelencia de sus virtudes y tributaron la veneración reservada a los santos. Pero fueron los monasterios, masculinos y femeninos, los que de manera especialmente abundante forjaron un sinnúmero de almas entregadas al seguimiento de Cristo, la mayor parte de las cuales han permanecido en el anonimato, pero muchas fueron dejadas por Dios como ejemplo manifiesto de perfección espiritual para su tiempo y para las generaciones venideras. El santoral de la Iglesia recoge sus nombres, aunque en ocasiones no tengan un eco notorio en la devoción de los fieles.

A esa multitud de santos forjados en los claustros monásticos pertenece Santa Adelaida de Villich, cuya vida transcurrió entre los siglos X y XI en tierras germánicas. Su vida nos es conocida gracias a la biografía escrita por Berta, monja del monasterio fundado por Adelaida. Escrita en latín, con una notable destreza literaria, fue compuesta algunos años después de la muerte de la santa, a la que no conoció. Pero Berta sometió su obra a los peritos en las artes liberales para obtener su aprobación literaria, y a las monjas del monasterio para confirmar la veracidad de su historia. De hecho, la cercanía en el tiempo, el trato con testigos directos, entre ellos su asistente personal Engilreda, y la utilización de documentos y testimonios de primera mano, hacen razonablemente fiable el retrato de quien califica como «santa madre», a la que declara «celebérrima».

Adelaida había nacido hacia 960, en el seno de una familia de la alta nobleza. Fueron sus padres Megengoz y Gerburga, quienes, según el historiador medieval Surio, se contarían entre los antepasados de los Señores de Luxemburgo. Tuvieron cuatro hijos, de los cuales el varón, Godofredo, murió al servicio del emperador de Bohemia. Las tres hermanas se consagraron a Dios, una de ellas, de nombre Bertrada, en el monasterio benedictino de Santa María in Capitolio, en Colonia, donde fue «señora y madre», es decir, superiora. Adelaida ingresó en el monasterio de Santa Úrsula, también en Colonia, donde permaneció hasta que asumió la dirección de la comunidad de Villich. La tercera hermana se incorporó a un convento que seguía la Regla de San Jerónimo, donde cultivó la filosofía, con notable provecho para su alma y su espíritu.

A raíz de la muerte de Godofredo los padres establecieron, con las rentas y bienes que le correspondían, una dote de la que «constituyeron a Dios como heredero», dice Berta. Con intención de que sirviera también para sufragio del difunto, su importe fue destinado a la construcción del monasterio de Villich, continuando así una tradición que está en el origen de muchos monasterios medievales. A partir de este momento, ambos decidieron separar sus vidas para entregarse más libremente a Cristo. Sin descuidar la administración de sus posesiones, Megengoz dedicó la mayor parte de su tiempo a la escucha de las

Sagradas Escrituras en la naciente lengua teutónica, mientras su esposa Gerburga seguía de cerca las tareas de construcción del monasterio, activando las obras y proponiendo múltiples sugerencias, mientras cultivaba su vida de piedad y de ayuno.

El cenobio se levantaba en la localidad de Villich, en la confluencia del Rin y del Siga, en la diócesis de Colonia. Su primera observancia se estableció según la Regla de los Canónigos Regulares y estaba atendido espiritualmente por éstos Una vez instalada en él la comunidad de vírgenes, Adelaida fue puesta a la cabeza del mismo, previo su traslado desde Colonia. A pesar de su juventud se reveló como una administradora eficaz en lo temporal, actuando como madre solícita que distribuye a su tiempo el pan a los suyos, dice su biógrafa. Sus padres contemplaban gozosos el progreso de aquellas mujeres, y deseando ver incrementado su espíritu religioso, sugirieron el cambio de hábito de canonesas por el de la Regla de San Benito. Inicialmente Adelaida se opuso a la idea, pues estaba encariñada con el que había vestido desde muy joven, y argumentaba que Dios sólo aprecia lo que brota espontáneamente del corazón. La madre consideró prudente la respuesta y renunció a insistir.

Una de las iniciativas de la emprendedora superiora fue la de poner el convento bajo la tutela del emperador Otón III, quien le otorgó la exención de la jurisdicción secular, lo que suponía que ningún juez podía intervenir en su territorio sin la autorización de la autoridad monástica, así como el derecho de que las monjas pudieran elegir entre ellas mismas a su prelada. Se libraba, así, del flagelo de la investidura que, según costumbre de la época, otorgaba a personas ajenas al monasterio la potestad de designar al abad o abadesa de los mismos. El privilegio sería confirmado por el papa Gregorio V en 996, y por el sucesor de Otón, Enrique II, en 1003, según documentos que fueron celosamente guardados en el archivo del monasterio.

Tras el fallecimiento de su madre, hacia 995, Adelaida recogió, con mejor acuerdo, su propuesta de cambio de hábito y de Regla, pero prefirió no acelerar la decisión hasta haber medido bien sus fuerzas. Así, hizo la prueba practicando la abstinencia de carnes y de otros alimentos delicados, limitándose a los que señalaba la práctica monástica. Algo que llevó a cabo sin que lo

percibieran sus monjas, excepto la que había sido puesta al corriente para ayudarla a disimular el plan. Igualmente, bajo el vestido externo de lino empezó a llevar otro de áspero sayal adherido al cuerpo, a fin de ofrecer esa penitencia al Señor y hacer la experiencia del nuevo hábito que habría de llevar toda la comunidad.

Tras un año de prueba, acompañada por la oración y la deliberación, la abadesa convocó a sus monjas a las que recabó su opinión e invitó a adoptar la nueva forma de vida religiosa más estricta. No fue aceptado por algunas, que volvieron al mundo. Hacia las restantes volcó entonces una entrega aún más acentuada, interponiendo su oración y ayuno, y precediendo a todas con el ejemplo de su humildad y austeridad. Siguiendo las consignas de San Benito, supo utilizar la persuasión maternal con una prudente severidad, mientras se disculpaba ante las más ancianas por el esfuerzo que les pedía.

Por este tiempo murió también su padre, hecho del que tuvo noticia, según la biógrafa, mientras estaba sucediendo, gracias a unas voces que oyó esa misma noche, lo que le fue confirmado por un correo cuando a la mañana siguiente lo estaba comentando con sus monjas. Los bienes entonces heredados fueron destinados al sostenimiento del monasterio, mientras la abadesa multiplicaba los gestos de caridad hacia las religiosas, atendiéndolas con afecto entrañable cuando enfermaban, calentándolas los pies con sus propias manos en invierno. Liberadas así de las preocupaciones materiales, el aprovechamiento en la vida regular fue ejemplar.

Esta caridad la extendió también al exterior del monasterio, algo que ha sido práctica común a todos ellos a lo largo de la historia de los monjes. A este fin, dispuso que una parcela de las propiedades del convento estuviera destinada perpetuamente a alimentar y vestir a quince pobres con sus frutos o réditos, además de quince sólidos que se les darían en la fiesta de Navidad. Determinó, igualmente, que de los ahorros de la Abadía se alimentara a otros quince pobres, añadiendo donativos especiales en tiempo de cuaresma y en las fiestas de los apóstoles, mientras adoptaba precauciones para que esta práctica no cayera en desuso. Este ejercicio de la caridad fue conocido en todo el am-

plio contorno del monasterio, y cuando el hambre arreciaba se encargaba de que se hicieran repartos de comida a los menesterosos que acudían en gran número, procurando que a cada uno llegase según sus verdaderas necesidades. Y no sólo eran muestras externas, a todos patentes; también en secreto, y con la mayor discreción, fueron muchas las indigencias que alivió, de manera que cuando no podía dar una limosna se desprendía de algo propio, como en una ocasión en que entregó sus propias sandalias.

Esta generosidad fue recompensada por Dios, tanto en lo temporal, con abundantes donaciones hechas al monasterio, como en lo religioso, pues su dedicación al aprovechamiento espiritual de las monjas, que fue siempre su máxima preocupación, se tradujo en una consolidación de la vida regular y un auge del espíritu religioso dentro de las peculiaridades del «servicio divino» característico de San Benito.

Al mismo tiempo, desarrollaba también las aficiones culturales de su comunidad con el estudio de las artes liberales, entreteniéndose, por ejemplo, en formular cuestiones gramaticales que, cuando eran respondidas adecuadamente, obtenían una calurosa felicitación.

Entretanto, su hermana Bertrada, abadesa del monasterio de Santa María in Capitolio, fue llamada por el Señor, falleciendo hacia el año 1000. El prelado coloniense, San Eriberto, creyó entonces que la mejor sucesora sería, sin duda, Adelaida, y así se lo hizo saber. Pero fue necesaria la intervención del emperador Otón, entonces residente en Aquisgrán, para vencer su porfiada resistencia, justificada por ella en su insuficiencia e indignidad. Desde ese momento el arzobispo no sólo le profesó una veneración constante, sino que requirió habitualmente los consejos de esta mujer insigne en sus tareas pastorales y de gobierno.

Recayó entonces sobre ella la administración de las dos comunidades, manteniéndose con las religiosas de Villich, a las que había criado y educado, en perpetua comunión de corazones, y no dejó de visitarlas con toda la frecuencia que sus nuevas obligaciones le permitían, para que no dejaran de sentir el calor de su amor indefectible. Se preocupó, además, de que en su ausencia no les faltara nada de lo necesario, ni en lo temporal

ni en lo espiritual. Cada vez que regresaba, sin que las hermanas lo advirtieran les dejaba en el almacén diversos alimentos, destinados sobre todo a las niñas que se educaban en el monasterio y a las enfermas. Ello le acarreó algunos disgustos con sus hijas de Santa María, porque tales donativos los hacía a expensas de su nueva comunidad. Para las de Villich fue siempre bendita la memoria de estos «hurtos» piadosos que revelaban el vivo amor que siempre las profesó Adelaida.

Era exigente en el coro y en los trabajos. A las que no contaban con un timbre de voz armonioso las reprendía con energía, lo que bastaba para que en adelante su voz se dulcificara casi melodiosamente. A los campesinos que trabajaban en las propiedades del monasterio les reprochaba con firmeza su pereza en las labores agrícolas porque con ello defraudaban a Dios y a las religiosas, y ponían en peligro su salvación.

En una ocasión, habiendo avisado a la administradora que llevara vino en una copa, impulsada ésta por la obediencia corrió de inmediato a su presencia, sin reparar que el líquido podía verterse por la boca abierta de la copa. Cuando se dio cuenta y temió lo peor, la piadosa abadesa la tranquilizó amablemente diciéndole: «no te contristes por lo sucedido porque es algo que puede repararse con la ayuda de Dios; vamos a comprobarlo». Al recorrer el trayecto observaron que no se había derramado una sola gota y que la copa no había disminuido en nada. Ambas atribuyeron entonces la una a la otra el mérito de lo ocurrido, refiriéndolo la una a la santidad de la superiora y ésta a la obediencia de la súbdita, rogando finalmente Adelaida que no divulgara el hecho mientras viviese. Pero no lo consideró oportuno la procuradora, juzgando que no debía silenciar una intervención divina, y lo puso en conocimiento de unas pocas hermanas para que no faltase a Dios la gloria que le correspondía. Siempre tuvo la preocupación de evitar los halagos humanos, temerosa de que ello pudiera poner en peligro su salvación final. Pero, nos dice Berta, Dios no permitió que esta luz quedase escondida bajo el celemín, sino que debía brillar para muchos.

Lo que así habría de suceder con mayor evidencia tras su muerte. Ésta empezó a anunciarse con el debilitamiento cre-

ciente de sus fuerzas, por lo que decidió adoptar algunas previsiones en relación con el monasterio de Santa María de Colonia. El día de San Blas (3 de febrero) le sobrevino un fuerte dolor de garganta. Advertida su fiel Yda, que desde niña se había educado junto a ella en el claustro, la acomodó lo mejor posible en el lecho, segura de una pronta recuperación. La enferma, en cambio, se dispuso a pasar la noche en vela ante el presentimiento de una muerte inminente que, como dice Berta, siempre debe ser temida por justos e impíos, ya que para todos es «amarga y fuerte»: el mismo Señor se afligió en presencia de ella.

Pero no pudiendo soportar la lentitud de las horas, se dirigió al oratorio donde rezó el oficio de maitines y, llegada la aurora, pidió que se celebrara una misa para ella, fortaleciéndose con el cuerpo y la sangre de Cristo. Después quiso conversar con San Eriberto sobre sus religiosas y acerca de ella misma, extinguiéndose mientras hablaba en su presencia.

El arzobispo quedó muy afectado, pero el aviso que envió a las monjas de Villich decía solamente, para no entristecerlas en exceso, que Adelaida se encontraba algo enferma, por lo que debían venir a visitarla. Ignorantes de la verdad, determinaron ponerse en camino al día siguiente. Un nuevo mensajero llevó la noticia de que, entretanto, el alma de la abadesa se había unido ya al Esposo, por quien tan insistentemente había suspirado.

Para mitigar su dolor, propusieron el traslado de sus restos al monasterio de Villich, para que al menos poseyeran en herencia a la que nunca hubieran querido ver separada de ellas. La resistencia de Eriberto fue tenaz en un primer momento, esperando que por ella el Señor obrara grandes cosas en su ciudad, pero terminó cediendo ante el clamor y las lágrimas de aquellas religiosas. Esto ocurría el día de Santa Águeda, a la que el santo arzobispo equiparó la santidad de Adelaida. Él mismo, acompañado de los religiosos y religiosas de la ciudad y de numeroso pueblo, condujo el cadáver hasta su destino. Los restos fueron depositados en una barca, la cual, antes de que fuera dotada de remos y de que estuviera a bordo el piloto, comenzó a remontar impetuosamente la corriente del Rin, dando así a entender la difunta dónde deseaba ser enterrada. Le sucedió en el gobierno

de Santa María su sobrina, probablemente la misma Yda que hemos encontrado junto a ella.

La biografía compuesta por la monja Berta concluye con el relato de algunos de los muchos milagros obrados por Santa Adelaida, principalmente junto a su sepulcro. Fue la afluencia masiva de peregrinos hasta el monasterio en busca de sus favores lo que motivó que su cuerpo tuviera que ser trasladado desde el claustro, donde primeramente fue enterrada, hasta la iglesia conventual.

Su fiesta aparece celebrada en el mismo día de su muerte, el 5 de febrero, juntamente con Santa Águeda, según testimonian los *Natalicios de los Santos Belgas.* En esta ocasión se bendecían y distribuían, por la abadesa de Villich, gran cantidad de panes, costumbre que en el siglo XII se trasladó a las ferias de Pentecostés, recibiendo entonces el nombre de *Pan de Adelaida,* al que se atribuían propiedades curativas. Su nombre no aparece, sin embargo, en el *Breviario de Colonia,* lo que puede explicarse por la gran cantidad de santos honrados en esta diócesis, que excedían en mucho el número de días del año. De aquí, probablemente, surgieron las dudas sobre su inclusión en el martirologio y sobre su culto, hasta que éste fue confirmado el 27 de febrero de 1966. También su madre y su hermana vivieron con fama de santidad, pero no hay constancia de que hayan sido alguna vez objeto de veneración.

ANSELMO ÁLVAREZ NAVARRETE, OSB

Bibliografía

Acta sanctorum, t.I (París 1883) 719-727.
Bibliotheca sanctorum, t.I cols.236-237.
CHEVALIER, *Répertoire,* I col.42.
Dict. Hist. Géogr. Eccl., I col.517.
SCHORN, F. - BREIDENEICH, P., *Die Heilige Adelheidis, Abtissin von Vilich und von St. Maria in Kapitol* (Neup 1957).
Mon. Germ. Hist. Scriptores, XV, 754-763.

C) BIOGRAFIAS BREVES

SAN AVITO DE VIENNE
Obispo († 518)

Avito fue el segundo sucesor de San Mamerto de Vienne, y sucesor de su propio hermano Isiquio. Llegó a la sede vienense el año 490. La gobernó con celo y prudencia en unos tiempos difíciles. Convirtió a la fe cristiana a San Segismundo, rey de Borgoña, y tuvo el respeto de todos.

Conocida la conversión de Clodoveo, rey de los francos, le escribió una carta gratulatoria. Sobresalió por su piedad con los pobres y también por las obras que dejó escritas.

Antes de ser obispo había estado casado, pero hacia los cuarenta años renunció al mundo y se hizo monje, de donde lo llamaron para el episcopado. Murió el 5 de febrero del 518.

BEATA FRANCISCA MÉZIÈRE
Virgen y martir († 1794)

Nació en Mézangers el 20 de agosto de 1745 en el seno de una humilde familia. Criada en un colegio de religiosas, recibió de éstas una sólida formación cristiana. No se sintió llamada a la vida religiosa pero sí a consagrarse a Dios en medio del mundo, eligiendo ser lo que se llamaba una de las «hermanas de las escuelas y de la caridad», personas que atendían las escuelas parroquiales y, además, a los enfermos, tanto en la vertiente material como en la espiritual. En 1772 ocupó este puesto en Saint-Léger-en-Chernie, cuya parroquia contaba con un cura y un coadjutor. Ella se puso bajo la dirección espiritual de este último, el abate Morin, y avanzó mucho por la senda de la perfección cristiana.

Llegada la Revolución Francesa y expulsados de sus puestos los sacerdotes que no quisieron jurar la constitución civil del clero, el abate Morin paso a la clandestinidad. Francisca fue uno de los fieles que se negaron a recibir los sacramentos de manos de los sacerdotes juramentados En abril del año 1791 también a los maestros se les obligó al juramento. Francisca se negó

y su escuela fue clausurada, pero se la autorizó a seguir como enfermera.

Tomada Laval por los vandeanos y debiendo evacuarla al poco tiempo, dos de ellos quedaron heridos en el bosque y privados de todo auxilio. Francisca que lo supo acudió a socorrerlos repetidamente. Sorprendidos ambos soldados, no dejaron de decir que Francisca les atendía. Llamada ésta, los dos vandeanos en su presencia la reconocieron y afirmaron haber sido atendidos por ella. Detenida el 3 de febrero de 1794, fue enviada a Laval donde fue juzgada. Ante el tribunal se negó a jurar la constitución civil del clero y a delatar dónde había otros soldados escondidos. Condenada a muerte, dio las gracias al tribunal por enviarla tan pronto a ver al buen Dios. Era el 5 de febrero de 1794 y seguidamente fue guillotinada. La beatificó el papa Pío XII el 19 de junio de 1955 con los otros mártires de Laval.

SAN JESÚS MÉNDEZ

Presbítero y mártir († 1928)

Nace en el pueblo de Tarímbano, del Estado de Michoacán, en México, el 10 de junio de 1880, hijo de Florentino y María Cornelia, que le educaron bien en el ambiente modesto del pueblo y conociendo la pobreza. Por ello hubo de recibir ayuda de los vecinos del pueblo para sufragar los estudios cuando a los 14 años decidió estudiar para sacerdote en el seminario de Michoacán. Se ordenó sacerdote el 3 de junio de 1906.

Luego de pasar por varios pueblos como coadjutor, y habiéndose resentido su salud, pasó finalmente a Valtierrilla, donde se distinguió por su amor a los pobres y los enfermos y por su celo apostólico en el catecismo, la Adoración Nocturna, las Hijas de María y otras asociaciones promovidas por él.

Llegada la persecución, pasó a la clandestinidad, y siguió en medio de los fieles celebrando la misa, predicando la palabra divina y administrando los sacramentos.

Planeado en Valtierrilla un levantamiento cristero para el 5 de febrero de 1928, antes de que sucediera fue descubierto el propósito, y aquel día se presentaron tropas en el pueblo.

Al terminar de celebrar la misa de las 5 de la mañana, como ya sonaban disparos, tomó el copón y quiso huir pero fue descubierto por los soldados. Éstos, al ver que llevaba un copón con formas, le preguntaron si era sacerdote y él asintió. Entonces llegaron su hermana y la sirvienta y quisieron defenderle. Él les entregó el copón pidiendo tuvieran el debido cuidado con las sagradas formas y les rogó que no se opusieran a su detención.

Los soldados lo llevaron unos metros más allá de la plaza, lo sentaron en un tronco y aunque dispararon los rifles varias veces no hicieron blanco, no se sabe si voluntariamente o no. Entonces se acercó el oficial. Le mandó poner de pie, lo registró y le quitó el crucifijo y las medallas que llevaba, disparó y lo mató.

El cuerpo se lo llevaron a Cortázar y lo dejaron sobre las vías para que el tren lo destrozara, pero antes hicieron desfilar ante él a todos los detenidos para que lo vieran. Las mujeres de los oficiales tomaron el cuerpo y lo llevaron a un portalillo, y le preparaban ya los soldados una fosa cuando un feligrés, llamado Elías Torres, pidió, como otro José de Arimatea, el cadáver para poder enterrarlo. Se le concedió y luego de velarlo unas horas lo enterró piadosamente. Cinco años después fueron llevados sus restos a Valtierrilla. Ha sido canonizado por el papa Juan Pablo II el 21 de mayo de 2000.

6 de febrero

A) MARTIROLOGIO

1 La memoria de los santos Pablo Miki, jesuita, y compañeros (Juan de Goto, jesuita, Santiago Kisai, jesuita, Pedro Bautista Blasquez, presbítero, franciscano, Martín de la Ascensión Aguirre, presbítero, franciscano, Francisco Blanco, presbítero, franciscano, Felipe de las Casas, franciscano, Gonzalo García, franciscano, Francisco de San Miguel de la Parilla, franciscano, León Karasuma, Pedro Sukejiro, Cosme Takeya, Pablo Ibaraki, Tomás Dangi, Pablo Suzuki, catequistas, Luis Ibaraki, Antonio, Miguel Kozaki y Tomás su hijo, Buenaventura, Gabriel, Juan Kinuya, Matías, Francisco de Meako, Joaquín Sakakibara, Francisco Adaucto, neo-

fitos), los cuales fueron crucificados y muertos por el nombre de Cristo en Nagasaki, Japón, el año 1597 **.

2. En Auvergne, San Antoliano (s. III), mártir.

3. En Emesa, Fenicia, la conmemoración de San Silvano († 235), obispo, martirizado con los santos Lucas, diácono, y Mocio, lector.

4. En Cesarea de Capadocia, Santa Dorotea, virgen, y San Teófilo, abogado, mártires († 304) **.

5. En Ardagh (Irlanda), San Mel († 488), obispo.

6. En Arrás (Francia), San Vedasto († 540), obispo *.

7. En Elne (Francia), San Amando († 679), obispo de Utrecht, evangelizador de los eslavos *.

8. En Tongres, Santa Rénula o Renilde, abadesa (s. VIII).

9. En Preneste (Lacio), San Guarino († 1159), obispo *.

10. En Skara (Suecia), San Brinulfo Algotsson († 1317), obispo.

11. En Nápoles, Beato Ángel de Furci († 1327), presbítero, religioso agustino *.

12. En Rivolta d'Adda (Italia), Beato Francisco Spinelli († 1913), presbítero, fundador de las Adoratrices del Santísimo Sacramento **.

13. En Durango (México), San Mateo Correa († 1927), presbítero y mártir **.

14. En Angri (Italia), Beato Alfonso María Fusco († 1910), presbítero, fundador de la Congregación de Hermanas de San Juan Bautista **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

LOS MÁRTIRES DE NAGASAKI
(† 1597)

—¿Y toda la tierra aquí señalada pertenece al rey de España?

—¡Claro que sí —respondió un contramaestre español extendiendo orgulloso un mapa del mundo—, y conquistada con el valor de sus armas!

—¿Y cómo es posible, si los soldados de vuestros barcos son muy pocos?

—Señor —volvió a responder el contramaestre—, primero se envían a predicar misioneros y después llega la armada vencedora.

Quizá pocas veces unas palabras dichas falsamente a voleo habrán dado ocasión a tan desastrosas consecuencias. La jactanciosa afirmación tardó muy poco en llegar a oídos de Taikosama, emperador del Japón, que, con fingida indignación, instigado por las maquinaciones de los *bonzos,* especialmente por el envidioso

Jacuin, decidió aprovecharlas como pantalla de sus predeterminados planes de aniquilación de la «religión occidental».

A la llegada de San Francisco Javier a Japón, aquel gran Imperio, formado por numerosas islas, no estaba bajo la jurisdicción de un solo emperador, sino que se encontraba dividido en sesenta y seis pequeños feudos, todos ellos independientes entre sí y ordinariamente en no muy cordiales relaciones.

En el invierno de 1551, fecha de partida de Javier para la India, el número de japoneses cristianos ascendía a 2.000, juntamente con dos príncipes de los más poderosos del país. La obra evangelizadora, secundada por sus inmediatos sucesores, fue creciendo rápidamente con ritmo optimista. A los veinte años de la breve estancia del Santo en el Japón, toda la isla de Amakusa era cristiana con su rey Miguel, añadiéndosele después los reyes de Bungo, Arima y Gofo. Templos cristianos fueron construidos en varias provincias y las escuelas y los colegios católicos empezaron a cobrar importancia. En Kyushu, sólo en dos años fueron bautizados más de 70.000 japoneses, entre los que figuraban altos jefes civiles y militares. A la venida del padre Valiñano, SI (1579), en calidad de visitador, el Imperio del Sol Naciente contaba con 150.000 cristianos y 54 jesuitas, 22 de los cuales eran sacerdotes. Las alabanzas de Javier sobre la buena disposición de los «japoneses» para recibir la fe de Cristo no eran puras ilusiones de exaltado, sino auténtica clarividencia de profeta.

Pero el camino ancho y fácil no ha sido nunca la vía elegida para acercarse a Dios los hombres. El Japón, como antes el Occidente pagano, tropezó pronto con graves dificultades que le incluían sangrientamente en la economía tradicional del evangelio de un «crucificado».

En 1582 la geografía política del Japón recibió una terrible sacudida, que le costaba, primero, el trono al rey Nobunaga y después al cabecilla del partido de la oposición, Akechi, que moría asesinado al poco tiempo. De la desorientación reinante entre ambas facciones supo sacar provecho un antiguo leñador, Hideyoshi, que había obtenido los más altos cargos del ejército. Grandes dotes de gobierno, firmeza y audacia sin escrúpulos de ninguna clase, fueron los escalones que le ascendieron rápidamente hasta el poder.

Desde los primeros momentos se mostró favorable para la nueva religión y sus predicadores, pero poco a poco su vida licenciosa privada le llevó a odiar a esa «religión extranjera» que condenaba sus bestiales pasiones. En julio de 1587, escuchando las insinuaciones del *bonzo* Jacuin, decretaba la inmediata deportación de todos los misioneros y la demolición de los templos y escuelas cristianas, en el plazo de veinte días.

Sin embargo, la prudente conducta de los misioneros evitó, por el presente, derramamiento de sangre. La Iglesia del Japón empezaba en este caluroso verano de 1587 su «primera época de catacumbas». Los jesuitas se vistieron a la japonesa y fueron suprimidas las manifestaciones públicas del culto.

El emperador, a pesar de estar informado de estas actividades clandestinas, «se contentaba —escribe el padre Froes, SI, provincial entonces de los misioneros— con vernos retirados en esta forma, sin atreverse a descubrirnos y castigarnos como a transgresores de sus órdenes». Quizá también por miedo a estropear el frecuente y productivo comercio con españoles y portugueses.

En este peligroso *statu quo* en que se encontraban las relaciones de los cristianos del Japón, desembarcó la primera expedición de franciscanos procedente de Filipinas. Desde el primer día, con admirable celo se dedicaron los nuevos misioneros a la predicación y a las obras de caridad con pobres y enfermos, cosechando rápidamente abundante fruto espiritual entre los paganos. Levantaron iglesias, hospitales, etc. Gentes de todas clases sociales acudían para presenciar aquellos maravillosos espectáculos de caridad y ver a los frailes vestidos miserablemente y cuidando maternalmente a los pobres leprosos. «Dichosos frailes que tan buen Dios tenéis y tan santa ley predicáis», decían muchos presentes, según fray Ribadeneira, OFM, miembro de la primera expedición.

La bondad de los santos frailes se ganó pronto la simpatía de todos, aun del mismo emperador, que fue olvidándose cada vez más del exterminador edicto y mostrándose inofensivo para los legalmente proscritos cristianos. Sin embargo, todo vino a resultar «calma precursora de tormenta...».

En noviembre de 1590, nueve años después del edicto, el galeón español *San Felipe,* en ruta desde Manila a Nueva Espa-

ña, tuvo una arribada forzosa en las costas de Urando, empujado por una tormenta. Nobunaga, conocedor de la formidable mercancía y de su estupendo armamento, dio inmediatamente órdenes de expropiación, a pesar de las protestas del capitán español, don Matías Landecho. Entre las cosas expropiadas figuraba un mapa marinero y a la vista del cual se desarrolló la escena referida al principio. Para encubrir este robo y violación, el emperador acusó a los frailes de predicar la fe cristiana en contra de sus órdenes expresas, y tachó la arribada forzosa de premeditados planes militares de invasión española, aprovechando las inconsideradas palabras del citado contramaestre. De nada sirvieron las explicaciones y las embajadas. La misma noche del 8 de diciembre de 1596 ordenaba al gobernador de Osaka el encarcelamiento de los misioneros y de sus adeptos.

La promulgación del nuevo edicto en Meako y Osaka produjo una impresión desconcertante entre los millones de paganos, que no entendían la nueva y extraña manera de comportarse de estos «perros cristianos». Según todas las crónicas, más parecía que se había publicado un edicto de coronación y gloria que de muerte. Las calles se llenaban de grupos de cristianos que, con extraordinarias muestras de alegría, corrían a las casas custodiadas de los misioneros para ponerse a sus órdenes, ofreciendo sus bienes y sus vidas, orgullosos de poder confesar con su sangre la fe de Cristo. Como escribía San Pedro Bautista, OFM, superior de los franciscanos en el Japón y uno de los mártires:

> «Bendito sea Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo por hacernos esta merced de padecer con alegría por su amor. El Señor dé a V. C. su divino espíritu, porque no hay lugar de escribir más...».

Al poco tiempo moría crucificado.

Hasta los niños no se acobardaban al ver la fortaleza de los mayores. En Nagasaki un niño preguntó a un misionero si todos los cristianos debían morir.

—Sí —contestó el misionero—, y ¿qué harás tú cuando se enteren de que eres cristiano?

—Así —contestó el pequeño, poniéndose de rodillas y bajando la cabeza.

—¿Y qué le dirás al verdugo, cuando vaya a matarte?

La pobre criatura se echó a llorar porque creía que era necesario decir algo especial y él no sabía...

—Diré ¡Jesús, María! ¡Jesús, María! Hasta que me hayan cortado la cabeza...

Pero el emperador Taikosama meditaba fríamente sus planes. Aconsejado por el gobernador Gibunoshi de los perjuicios económicos que se seguirían de una ruptura de comercio con las naves portuguesas, restringió a última hora la extensión del edicto a «sólo los que han llegado de Filipinas y a sus acompañantes». En la lista de ejecución quedaban, por tanto, únicamente cinco franciscanos de Meako, 15 japoneses bautizados por los frailes y otro franciscano con dos cristianos de Osaka. A los cuales se les añadieron otros tres japoneses, encontrados en casa de los jesuitas de Osaka: Pablo Miki, Juan de Goto y Diego Kisai.

A pesar de las gestiones ante el gobernador, alegando que éstos no estaban legalmente incluidos bajo el edicto, «la lista ya está en poder del emperador», respondió secamente. Los dos últimos se hubieran podido librar, además, manifestando que no pertenecían a la Compañía de Jesús, pero prefirieron aprovechar esta ocasión del martirio y pidieron al padre Provincial ser admitidos en la Orden.

El día 3 de enero, los mártires fueron conducidos a la parte inferior de la ciudad de Meako y se les cortó la mitad de la oreja izquierda. Después, las víctimas, de tres en tres en las carretas, recorrieron las calles de la ciudad, precedidas del edicto de muerte. Al día siguiente emprendieron la sangrienta marcha hacia Nagasaki. El plan del emperador era infundir terror en los japoneses hacia el cristianismo. Pero el resultado fue asombrosamente contrario. Su presencia dolorosa por pueblos y ciudades era una exposición sublime de heroísmo y fidelidad, y en sus cuerpos mutilados resplandecía la grandeza de la fe y el valor de los cristianos.

El gobernador de Nagasaki se hizo cargo de la ejecución. Al recibir a los condenados y encontrarse entre ellos con su íntimo amigo, Pablo Miki, maldecía el sanguinario edicto que le obligaba a tal crimen. «Mi muerte no es digna de llanto —le contestó el mártir—, sino de envidia. Muero por predicar la ley del Dios verdadero y la única salvación».

El lugar señalado para la ejecución fue la colina situada enfrente de la ciudad, que actualmente se venera como *Colina de los mártires.* Las cruces fueron enfiladas y se había señalado el orden de los mártires para que todos supieran en dónde se hallaba la víctima que más les interesaba.

La cruz japonesa consta de dos travesaños clavados a un tronco y el reo queda sujeto por medio de cinco anillos de hierro, que le aprisionan las manos, los pies y el cuello. La muerte se produce con dos lanzas que, entrando por los costados, se cruzan en el pecho y salen por los hombros.

A la señal del capitán las veintiséis cruces fueron izadas y quedaron alineadas mirando a la ciudad. Y entonces, mientras iban ascendiendo en el patíbulo, en el valle de Nagasaki empezaron a resonar las voces gloriosas de los testigos de Cristo, que se acercaban a las puertas de la muerte con un sublime *Te Deum* de acción de gracias.

La *Colina de los mártires* está de pie todavía ante el Japón y ante el mundo entero, como una custodia de sangre cuajada con los dolores de estos 26 mártires de Nagasaki, fusión mística y redentora de los primeros misioneros franciscanos y jesuitas en la gran empresa del Reino de Cristo.

ANTONIO GONZÁLEZ MOLINA, SI

Bibliografía

Act. SS. Boll., 5 de febrero.
BAYLE, C., *Un siglo de cristiandad en el Japón* (Barcelona 1935).
FROIS, L., SI, *Relación del martirio de los veintiséis cristianos en Nagasaki* (Roma 1935).
LAURES, J., *The Catholic Church in Japan* (Tokio 1954).
MURDOCHI, J., *A history of Japan,* II (Londres 1925).
RIBADENEYRA, M. DE, *Evangelización de Filipinas y Japón* (Madrid 1947).

SANTA DOROTEA

Virgen († 304)

El maravilloso árbol del cristianismo necesita siempre el riego fertilizante de sangre de mártires. Brotó entre las ondas de un manantial divino en la cima del Calvario. Sus primeros brotes adquirieron vigor y frescura con las rojas oleadas que alzaron las persecuciones de los primeros siglos de la Iglesia. En sus

tiempos primitivos, como en el siglo en que vivimos, el cristianismo se vigoriza, pasan sobre él ráfagas de juventud, se remoza y diríamos que adquiere nuevo optimismo al sentir ese riego que le da encantos de primavera. Fueron entonces los altivos emperadores romanos, más tarde los heresiarcas, vendrán las revoluciones dirigidas por fuerzas satánicas, los gobiernos ateos, el comunismo... Nunca faltarán mártires en la Iglesia de Cristo, testigos que den su vida en defensa de la fe.

Situémonos al comienzo del siglo IV. Es la era de los mártires. Por todo el Imperio romano corre el huracán de la gran persecución. En el año 303 se han publicado tres edictos imperiales: decretan la destrucción de los edificios religiosos, la quema de las Sagradas Escrituras, la confiscación de los bienes y el encarcelamiento de todos los cristianos. Al comenzar el 304 un nuevo decreto más riguroso impone la muerte de todos los seguidores de la religión de Cristo. Hoy día los procedimientos son distintos, pero idénticos los fines: la guerra a Cristo.

Con el recrudecimiento de la persecución llegaba a la capital de Capadocia, Sapricio, el nuevo gobernador de Cesarea. No pudo pasarle inadvertida una de las más bellas figuras de aquella cristiandad: Dorotea, joven, distinguida, hermosa, con todos los encantos de la bondad, simpatía y dulzura. Era ya conocida entre los cristianos con el nombre de «esposa de Jesucristo». Había desdeñado todos los pretendientes a su mano. El amor a Cristo se había adueñado íntimamente de su alma.

Profundo dolor tenía consternada aquella cristiandad. Dos jóvenes, Crista y Calixta, aterradas ante la perspectiva de los tormentos, habían apostatado de su fe. Su cobardía las hizo sucumbir e incensaron a los ídolos. Sapricio, envalentonado con este éxito, llamó a su presencia a Dorotea. Y entre el gobernador y la joven cristiana se entabló uno de esos admirables diálogos que nos han transmitido las *Actas de los mártires.*

—¿Cómo te llamas?

—Dorotea es mi nombre.

—Te mando que sacrifiques a los dioses según las augustas órdenes.

—El Dios del cielo y de la tierra, que es el Augusto, me manda no servir sino a Él solo, según está escrito: «Adorarás al

Señor tu Dios y a Él solo servirás». ¿A qué emperador debemos servir, al del cielo o al de la tierra?

—Si quieres salir de aquí sana y salva, deja esas quimeras y sacrifica a los dioses. De lo contrario te abandonaré a la severidad de las leyes y tu ejemplo servirá de escarmiento a los demás.

—Yo quiero dar ejemplo de temer solamente a Dios, a fin de que no se dejen seducir por los hombres.

—Por lo que veo estás resuelta a permanecer en tu religión, insensata, y quieres morir como los otros. Atiende lo que te digo y sacrifica: es la única manera de evitar los tormentos del potro.

—Los tormentos del potro son de unos momentos; los del infierno son eternos. Tengo presentes las palabras de mi Maestro: «No temáis a los que matan el cuerpo y no pueden matar el alma, sino temed a quien puede mandar alma y cuerpo a los infiernos».

—Teme a los dioses, que en su cólera pueden perder tu cuerpo y tu alma si no les ofreces sacrificios.

—Sapricio, jamás me persuadirás de que sacrifique a los demonios, que moran en esos hombres cuya vida haría enrojecer el contarla, y cuya muerte es semejante a la de las bestias. Sus almas arden en el infierno y allí irán los que desconociendo a su Creador adoran esas estatuas como a dioses...

Sapricio ordenó a los verdugos:

—Extendedla en el potro; cuando se vea entre los tormentos ya consentirá.

Dorotea responde al momento:

—¿A qué esperáis?

Y a Sapricio:

—Haz lo que debes hacer. Pueda yo ir pronto por el amor a quien no renuncio ni por los tormentos ni por la muerte.

—¿Quién es ése que tú tanto deseas?

—Es Cristo, el Hijo de Dios.

—¿Y dónde está ese Cristo?

—Como Dios, en todas partes. Como hombre (ya que la débil razón humana no comprende sino lo que está contenido en un lugar) decimos que está sentado a la diestra de Dios, su Pa-

dre todopoderoso. Él nos invita al jardín de sus delicias, donde en todo tiempo los árboles dan fruto y las flores fragancia, los campos y los montes son siempre verdes, las fuentes bulliciosas, las aguas frescas y las almas de los santos rebosan alegría inmortal en Cristo. Hazme caso, Sapricio, busca tú también la verdadera libertad y trabaja para merecer entrar en las delicias de Dios.

Dorotea se mostraba irreductible. Pensó el gobernador que la astucia sería más eficaz que las amenazas, y ordenó fuera llevada a casa de las dos apóstatas, Crista y Calixta. Estas desgraciadas la recibieron con muestras de alegría.

—Accede —le dijeron— a los deseos del juez. Sólo así te verás libre de las torturas que te aguardan.

Caricias, lágrimas, todo se puso en juego para doblegar la firmeza de la joven cristiana. Pero ésta, iluminada por la luz de la más viva fe y llena de celo por aquellas almas, les habló con palabras tan ardientes de amor a Cristo, que las dos infelices, deshechas en llanto, cayeron a sus pies arrepentidas de su apostasía.

—¿Cómo es posible —decían— que podamos volver a la fe de Cristo y nos perdone nuestro pecado?

Poco después fueron llamadas a la presencia del gobernador. El rostro de Sapricio se demudó al ver el resultado obtenido. Crista y Calixta, con energía hasta entonces no usada, le dijeron:

—Nosotras hemos pecado; por temor a los dolores de un momento nos habíamos condenado a los eternos. Estamos arrepentidas, y es nuestra hermana Dorotea con su oración quien nos ha alcanzado la misericordia de Cristo.

Sapricio no pudo más. Mandó que echaran a las dos jóvenes en un enorme brasero encendido. Dorotea, entre tanto, las exhortaba a la confianza:

—Estad seguras que vuestro pecado ha sido perdonado y que habéis recuperado la palma perdida.

«La esposa de Cristo» está por segunda vez extendida en el potro. Le aplican a los costados hachas encendidas y sufre por largo tiempo el suplicio de los palos y ser abofeteada cruelmen-

te. Al fin, vencido Sapricio por la firmeza de Dorotea, ordenó que, sacándola afuera, el verdugo le cortara la cabeza.

Salía del palacio del gobernador, cuando en el vestíbulo se cruzó con un joven abogado, llamado Teófilo, que le dijo burlonamente:

—Adiós, esposa de Cristo; ya me enviarás del jardín de tu Esposo flores y frutas...

—Sí, lo haré —repuso sencillamente Dorotea.

Al llegar al lugar de su martirio le pidió al verdugo unos instantes para hacer oración antes de morir. Y en aquel momento apareció a su lado un ángel en forma de niño, como de cinco años, que le presentó una canastilla con tres hermosas rosas y tres frutos. Dorotea le dijo:

—Llévalo a Teófilo y dile de mi parte: «He aquí lo que me has pedido del jardín de mi Esposo».

En aquel instante la espada del verdugo remataba a la virgen de Cristo.

Estaba el abogado comentando entre risas y burlas con sus compañeros la promesa de Dorotea, cuando se le llegó el niño entregándole la canastilla con las tres rosas y los frutos: «Dorotea te envía lo que te prometió; son del jardín de su Esposo». Teófilo quedó sobrecogido; una luz sobrenatural invadió todo su interior. Y volviéndose a sus compañeros, dice:

—Creo, creo que Cristo es el Dios verdadero y que no hay mentira en Él.

—¿Estás loco, Teófilo?

—No; no estoy loco, ni hablo en son de burla: ¡Cristo es el verdadero Dios!

Los amigos lo miran con asombro.

—¿En qué mes estamos?

—En febrero.

—Sí, en febrero y un frío glacial reina en toda Capadocia: ¿cómo han podido brotar estas flores y estos frutos?

—Es cierto, ni en la estación de las flores se ven semejantes.

—Yo insulté a Dorotea al verla marchar hacia el suplicio y le pedí me enviara flores y frutos del jardín de su Esposo. Apenas ha dejado esta vida cuando ha cumplido ya su promesa. Dichosos los que creen en Cristo y sufren por su causa.

Inmediatamente fue denunciado al gobernador por sus propios amigos.

Éste le dice:

—Me admira que un hombre de tu prudencia se haya dejado seducir por los secuaces de esa religión de la que tú mismo abominabas hace un momento.

—Es verdad; y esta conducta mía debe convenceros de que es el mismo Dios quien me ha convertido del error a la verdad y me ha hecho reconocer en Cristo al Dios verdadero.

—Los hombres, de ordinario —le contesta Sapricio—, se hacen más sabios con la edad, pero tú de un golpe te has vuelto insensato, ya que confiesas por Dios al que los mismos cristianos dicen haber sido crucificado por los judíos. Pero, dinos, si ayer sacrificabas a los dioses, ¿cuándo te has hecho cristiano?

—Desde el momento en que confesé a Cristo, comencé a creer en Él. Su nombre es inmaculado, su nombre es santo, su nombre no es impostura ni mentira como son los ídolos.

—¡Qué dices! Entonces ¿reina la impostura en nuestros dioses?

—Sí, son simulacros hechos por manos de hombres [...] Es preciso que tú, puesto para juzgar a los que cometen imposturas, te separes de la mentira y busques la verdad.

—¡Pobre Teófilo! ¿Quieres morir de muerte desastrada? Ten piedad de tu persona, de tu patrimonio, de tus padres, de tus hijos; no te expongas a una muerte pública destinada tan sólo a locos, imprudentes y desatinados.

Teófilo, puesto a tormento, exclamaba:

—Ya verdaderamente soy cristiano, pues estoy extendido en la cruz.

Y con palabras encendidas de amor confesaba a Cristo.

Sapricio dio la orden suprema:

—Que Teófilo, quien hasta ayer había sacrificado a los dioses inmortales y que ha abjurado de su culto, sea decapitado.

Las últimas palabras del mártir fueron: «¡Oh Cristo, te doy gracias!».

Tres almas, fruto inmediato del martirio de Dorotea, eran con la suya presentadas a Cristo. Así devolvía ella a su Esposo

divino las tres rosas y los tres frutos que le había enviado de su jardín celestial.

FRANCISCA CAMBA, ACI

Bibliografía

Act. SS. Boll., 6 de febrero. *Passion de sainte Dorothée:* «Catalogue hagiogr. de Paris», II, 608s.
QUENTIN, H., *Les martyrologes historiques du Moyen Âge* (París 1908) 156s.
TILLEMONT, L. S. DE, *Memoires pour servir à l'histoire ecclésiastique des six premiers siècles...*, III (Venecia) 497s; 782s.

SAN MATEO CORREA

Presbítero y mártir († 1927)

San Mateo Correa Magallanes es uno de los numerosos sacerdotes mexicanos que sufrieron el martirio durante la despiadada persecución anticatólica del gobierno de Plutarco Elías Calles. Su caso es especialmente significativo por la causa concreta que motivó su muerte: se negó a revelar el secreto de confesión. Engrosa, de este modo, el grupo de sacerdotes mártires del sigilo sacramental, como San Juan Nepomuceno. En efecto, solicitado directamente a la sacrílega revelación, prefirió morir antes que traicionar sus deberes sagrados. La Iglesia, al canonizarle, lo propone a los sacerdotes de hoy y de siempre como modelo de fidelidad en el ejercicio de su ministerio. Su vida y su martirio son un claro ejemplo de cómo hay que atender a las almas, incluso con riesgo de la propia vida.

Mateo Correa Magallanes nació en Tepechitlán, diócesis de Zacatecas, el 23 de julio de 1866. Fueron sus padres Rafael Correa y Concepción Magallanes. Al día siguiente de su nacimiento fue bautizado en la iglesia parroquial.

Realizó sus estudios de primaria, ayudado por el sacerdote Eufemio Estey, en Jerez, Zacatecas, y los terminó en Guadalajara, Jalisco. El 12 de enero de 1881 regresó a Zacatecas para ingresar en el seminario, donde fue admitido de caridad y en el que, durante cuatro años, desempeñó el cargo de portero. Por su buena conducta y aplicación al estudio se le concedió una beca, convirtiéndose así en alumno interno.

Recibió la ordenación sacerdotal el 20 de agosto de 1893, cantando su primera misa el 1 de septiembre en la parroquia de Fresnillo, Zacatecas. Durante año y medio fue capellán de la Hacienda de Mezquite y luego, durante otros diez meses, fue capellán de la Hacienda de Trujillo. Desempeñó después varios oficios como vicario cooperador de la parroquia de Valparaíso.

De 1898 a 1905 fue párroco de Concepción del Oro, Zacatecas. Allí conoció y tuvo amistad con la familia Pro Juárez. Dio la primera comunión a Miguel Agustín Pro Juárez, más tarde sacerdote jesuita, y bautizó asimismo a Humberto Pro Juárez, ambos mártires también.

Otros pueblos de los Estados de Zacatecas, Jalisco y Guanajuato fueron testigos de sus desvelos sacerdotales. De 1905 a 1914 fue párroco de Colotlán. En aquellos años estalló la persecución maderista. Los revolucionarios le persiguieron con saña, viéndose obligado a abandonar por un tiempo su parroquia, conforme a las órdenes de sus superiores.

De 1914 a 1917 fue párroco de Noria de los Ángeles, Zacatecas. En diciembre de 1917 fue nombrado párroco de Huejúcar, Jalisco, hasta 1920, fecha en que recibió la parroquia de Guadalupe, Zacatecas. En 1922, y durante el resto del año, trabajó en la parroquia de Tlaltenango. En 1923 regresó a Colotlán, donde, además de ser párroco, fue también vicerrector del seminario. En 1926 se trasladó a Valparaíso, después de restablecer su salud en la ciudad de Zacatecas.

Su llegada a Valparaíso coincidió con la labor que el grupo de la Acción Católica de la Juventud Mexicana (A.C.J.M.) hacía en el pueblo. Estaban recogiendo firmas para presentar al Congreso un manifiesto redactado por el Comité General de la Acción Católica en el que se pedía la derogación de las leyes anticatólicas. Enterado el general Eulogio Ortiz de estas actividades, lleno de ira, mandó que se presentaran ante él los sacerdotes Correa y Arroyo, a quienes hacía responsables de la labor de dicho grupo. Al mismo tiempo, dio órdenes para que fuesen encarcelados los jóvenes Vicente Rodarte (más tarde sacerdote), Pascual R. Padilla y Lucilo J. Caldera, presidente de la A.C.J.M.

Una vez presentes los sacerdotes Mateo Correa y J. Rodolfo Arroyo ante el general Ortiz, fueron sometidos al siguiente interrogatorio:

—«¿Cuál es su labor aquí?», preguntó el general al señor cura Mateo Correa.

—«Labor de paz», contestó inmediatamente.

—«¿Ésta es labor de paz?», repuso el general mostrando el manifiesto y las firmas recabadas.

—«El señor cura no sabe nada, no conoce el manifiesto, pues acaba de llegar», aclaró el P. Arroyo.

Lleno de ira, el general Ortiz gritó:

—«Sí, no sabe nada, no conoce el manifiesto y haciendo lumbre».

Luego añadió:

—«Prepárense, porque los voy a llevar a Zacatecas para ponerlos presos por sediciosos. ¿Tienen en qué ir?».

—«No», contestaron los sacerdotes.

—«Pues irán a pie», agregó el general.

—«Como guste, mi general», dijo el P. Correa.

Todo el pueblo estaba enterado de las arbitrariedades del general y los ánimos se exaltaban, pero tanto nuestro mártir como su vicario se dedicaron a calmar los ánimos y fue grande su preocupación, pues se estaban planeando medidas drásticas contra el general y sus soldados. Por miedo al pueblo, que ya se había propuesto impedir que sus sacerdotes y sus muchachos de la Acción Católica fueran llevados a Zacatecas, muy de mañana el día 3 de marzo, el general Ortiz y sus quince soldados salieron de Valparaíso, hasta sin desayunar. Se dice que dejaron la mesa servida.

Desde la hacienda de San Mateo, el general Ortiz mandó recado al Presidente municipal de Valparaíso, ordenándole que mandara a Zacatecas a los sacerdotes y los muchachos de la A.C.J.M. En el pueblo se acordó que una comisión de damas fuera a Zacatecas para ver si lograba que todo quedara en paz; pero nada consiguieron con el general, quien trató muy mal a aquellas personas: las señoras María Santos Medina y Cenobia Cosío, y las señoritas María López y Rosa Rivas. También ha-

blaron con el gobernador interino, D. Leonardo Dávila, pero nada positivo pudieron lograr.

El 8 de marzo regresaron a Zacatecas la señora Cosío y la señorita López e inmediatamente comunicaron al P. Correa que Ortiz estaba inflexible y que además el señor Obispo, D. Ignacio Plasencia y Moreira, les aconsejaba que cumplieran con la orden del general y se presentaran en Zacatecas. El mismo día, a las ocho de la noche, el señor cura, su vicario y los tres muchachos de la A.C.J.M. se pusieron en camino y llegaron a Zacatecas el día nueve a las diez de la mañana. Ya en Zacatecas, fueron directamente a ver al gobernador, quien les hizo saber que ciertamente no había delito que perseguir, pero que Ortiz se había propuesto molestarlos. Les aconsejó que durante ese día se escondieran; que no se presentaran a Ortiz; que era prudente esperar a ver si efectivamente el general se iba de la ciudad y dejaba la jefatura, ya que había rumores de que ese día Ortiz saldría para Durango y no regresaría a Zacatecas.

Fueron a hospedarse al Hospital de San José, donde el P. Correa tenía una hermana religiosa. A las diez de la mañana del 10 de marzo, el gobernador mandó llamar a nuestro santo sacerdote para comunicarle que no había otro remedio, que se presentaran ante el general. Inmediatamente se fueron a la jefatura. El general Ortiz, al tener en su presencia a los sacerdotes y a los jóvenes, preguntó:

—«¿Por qué no habían venido?».

—«Por falta de dinero», respondió el P. Correa.

—«Pobrecito clero mexicano, ¡tan pobre que está!», dijo Ortiz con marcada ironía.

El general regañó con palabras muy duras a los muchachos, luego ordenó a su secretario que fueran consignados al Agente del Ministerio Público bajo el cargo de sedición.

Desde el 10 de marzo hasta el día 13, los cinco reos estuvieron encerrados en un cuarto inmundo, luego fueron llevados a la cárcel de Santo Domingo, donde estuvieron hasta el día 16 del mismo mes. En este lugar les permitieron tener visitas y todo lo necesario. Ese mismo día, el juez del distrito ordenó su libertad por no haber delito que motivara su encarcelamiento. La justa sentencia se convirtió, como era de esperar, en el ri-

dículo más sonado que jamás había tenido el general Ortiz, quien juró públicamente que había de vengarse del cura Correa, a quien manifestaba el odio más irracional y perverso.

El 17 de marzo, después de celebrar la santa misa, el señor cura y sus acompañantes regresaron a Valparaíso, con la venia del prelado de la diócesis. El pueblo entero salió a recibirles entre lagrimas, vítores y enramadas de flores. Fueron a la iglesia a rezar el santo rosario y, al terminar, el P. Correa predicó sobre el amor a los enemigos. Los miembros de la A.C.J.M. pidieron que se les diera la bendición con el Santísimo.

De nuevo en su parroquia, nuestro santo sacerdote se entregó con renovado fervor a su ministerio, en unos meses especialmente convulsos, que culminarán con el decreto de suspensión del culto católico el 31 de julio de 1926.

Su celo pastoral es resaltado por todos los testigos. Hablan de él como «un sacerdote edificante, abnegado, humilde, muy caritativo, amante de la pobreza; sencillo, de corazón noble; muy devoto del Santísimo Sacramento. Se levantaba muy temprano para estar con el Señor, como a las dos o tres de la madrugada; causaba impresión verlo celebrar la misa por su modo edificante de hacerlo». Le llamaban el «cura de los pobres, de los niños y de los jóvenes». Era, efectivamente, el cura de todos, cumpliendo ejemplarmente las obligaciones de su sacerdocio. Fue fiel a Dios y a la fe católica, tan arraigada en sus comunidades eclesiales, a las cuales sirvió también promoviendo su bienestar material.

La predicación de nuestro mártir hizo que muchos enemigos de la Iglesia reconocieran sus errores y se convirtieran. Numerosos descarriados volvieron al buen camino. Se intensificó la fundacion de grupos de la A.C.J.M., constituyéndose el párroco en el alma de esta campaña.

Los miembros de la A.C.J.M. de Valparaíso, enardecidos por la persecución, desarrollaron una intensa labor y, por haberse fijado en las paredes de las casas ejemplares del manifiesto y programas de la *Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa,* varias personas fueron llevadas presas a la ciudad de México. Pero, como no había delito que perseguir, se les puso en libertad, siendo otro fracaso para el general Ortiz que fue quien tomó

presos a los muchachos, y con esto aumentaba su odio contra el P. Correa, ya que creía que el párroco de Valparaíso era el director y responsable de todo lo que los jóvenes hacían.

El 23 de diciembre de 1926 el P. Correa se trasladó a la hacienda de San José de Sauceda por invitación de José María Miranda, con el fin de descansar allí unos días. El domingo 30 de enero de 1927 tuvo que trasladarse con urgencia al rancho de la Manga para administrar los últimos sacramentos a una señora gravemente enferma cuyo hijo había venido para este fin a buscar al sacerdote. En un carro tirado por mulas salió rumbo al rancho donde estaba la enferma, acompañado por el señor Miranda. Al llegar a la Mesa de San Pablo vieron a lo lejos una espesa polvareda y el señor Miranda dijo a nuestro mártir:

—«Se me hace que aquello es tropa que viene, vamos a regresarnos para ocultarnos».

—«No», dijo el santo sacerdote, «nos pueden ver y nos hacemos de delito».

Solamente tomaron cierta precaución: el P. Mateo Correa tomó las riendas del carro como si fuera un servidor del señor Miranda y siguieron adelante. Al poco rato se encontraron efectivamente con un destacamento de soldados, mandados por el mayor José Contreras, que cuatro días antes había sido derrotado por los cristeros de Huejuquilla, Jalisco. Ya había pasado parte de la tropa y nadie los había molestado, pero entre los soldados iba un agrarista llamado J. Encarnación Salas, quien conocía perfectamente al P. Correa y al señor Miranda. Le comunicó al mayor que ahí estaba el señor cura de Valparaíso y el mayor mandó inmediatamente a un oficial para que los aprehendiera. Al presentarse el oficial, el señor Miranda dijo que aquel hombre era su sirviente, pero el oficial inmediatamente sacó de la bolsa del saco de nuestro mártir el *Manual de párrocos* en donde estaba escrito su nombre y le preguntó:

—«¿A dónde iba a decir misa el padrecito?».

Les comunicó que quedaban detenidos y que podían ir delante o detrás de la columna militar. Esta circunstancia fue aprovechada por el santo sacerdote para ir a toda prisa y llegar a la hacienda antes de que lo hicieran los soldados y depositar en el sagrario de la capillita el sagrado Viático que llevaba a la en-

ferma. Además del *Manual de párrocos* los soldados recogieron los santos óleos, una patena y un mantel.

El sacerdote se despidió de los otros acompañantes, entre los que se encontraba su hermana, y les dijo que no lloraran, que iba muy contento. De la hacienda siguieron para Fresnillo, Zacatecas, en compañía del señor Miranda. Llegaron aproximadamente a las cinco de la tarde. Los reos fueron llevados a la inspección de policía y, de esa dependencia, poco más tarde, fueron conducidos a la cárcel pública, donde los presos se mofaron del P. Correa, quien pacientemente soportó todas las burlas. De la cárcel común los trasladaron a una sala que llamaban *la enfermería* y ahí pasaron la noche del domingo y del lunes. El martes, como a las cuatro de la tarde, los sacaron y los llevaron a la estación del ferrocarril para trasladarlos a Durango, a donde llegaron el día 3 de febrero a las nueve y media de la noche. Fueron recluidos en una cárcel común. Desde aquí el P. Mateo escribió a sus hermanas diciéndoles entre otras cosas: «Tiempo es ya de padecer por Cristo Jesús, que murió por nosotros».

Durante estos días de encarcelamiento, el santo sacerdote compartía su comida con los presos y al terminar de tomar los alimentos daban gracias a Dios. Por la noche todos rezaban el santo rosario. El sábado 5 de febrero, fiesta del protomártir mejicano San Felipe de Jesús, como a las nueve de la mañana, rezó el oficio divino y durante todo ese día se le vio muy preocupado. Por la noche, después de merendar, él solo rezó el rosario y, al terminar, se puso a platicar con los demás presos. Éstos eran el señor Miranda, Jacinto Marrufo y Emilio Valdez. Cuando más enfrascados estaban en la conversación llegó el sargento de guardia y dijo:

—«Señor Mateo Correa, arregle sus cosas porque le manda hablar el general Ortiz».

Aquello fue terrible para todos pues sabían perfectamente el odio que *Eulogio el cruel* tenía al cura de Valparaíso y las amenazas que había proferido contra él públicamente. El señor cura se levantó dispuesto a obedecer la orden, se despidió afectuosamente de todos dando una especial bendición al señor Miranda, a quien no volvería a ver en la tierra.

El general Ortiz, al tener delante al padre, le insultó como era su costumbre. Le dijo que quería fusilar también al señor Miranda, pero el sacerdote le alcanzó la gracia de su liberación. Unos soldados testigos nos han transmitido la conversación entre el militar y el sacerdote:

—«Cura, le dije a usted que no se volviera a presentar en Valparaíso y no me hizo caso, ¿no lo recuerda?, se lo va a llevar usted... [palabras groseras]».

El sacerdote contestó:

—«Haga de mí lo que guste, yo andaba cumpliendo con mi misión, pero le pido piedad y misericordia para mi compañero (el señor Miranda), que tiene varios hijos».

—«También a ése se lo va a llevar la... [palabras groseras]», fue la respuesta del general.

El P. Mateo contestó:

—«Yo llegaré primero a la presencia de Dios y no le pasará nada a mi compañero».

A continuación, el general ordenó al santo sacerdote que confesara a unos prisioneros. Le dijo:

—«Primero va usted a confesar a esos bandidos rebeldes que ve ahí y que van a ser fusilados en seguida; después ya veremos qué hacemos con usted».

Aquellos «bandidos» eran unos cristeros encarcelados. El señor cura les confesó y preparó para la muerte, proporcionándoles grandísimo consuelo. Llamando de nuevo al padre, el general Ortiz le dijo:

—«Ahora va usted a decirme lo que esos bandidos le han dicho en confesión».

—«Jamás lo haré», respondió resueltamente el sacerdote.

—«¿Cómo que jamás?», vociferó el general.

Inmediatamente, muy irritado, gritó:

—«Voy a mandar que lo fusilen inmediatamente».

—«Puede hacerlo», fue la respuesta, «pero no ignora usted, general, que un sacerdote debe guardar el secreto de la confesión. ¡Estoy dispuesto a morir!».

El día 6 de febrero de 1927, de madrugada, los soldados sacaron a nuestro glorioso mártir de la Jefatura Militar y le llevaron a las afueras de la ciudad, junto al cementerio, y allí le quita-

ron la vida. En el mismo lugar de su muerte quedó el cadáver insepulto durante tres días, al cabo de los cuales unos soldados lo enterraron allí mismo. Ocho días después algunas personas encontraron su cuerpo que «no exhalaba mal olor de ninguna clase como era de esperarse por el tiempo que tenía muerto» y lo trasladaron al cementerio de Durango. Actualmente los restos de San Mateo Correa Magallanes se encuentran en la catedral de Durango, depositados en la capilla de San Jorge, mártir.

Un testigo presencial narraría luego los detalles de su muerte. «Se le veía muy calmado y sereno», dijo. Tenía cuando murió 60 años de edad y 33 de sacerdocio.

Su causa de canonización fue instruida por la diócesis de Guadalajara de México juntamente con la de veintiún sacerdotes diocesanos y tres jóvenes seglares, todos ellos martirizados en la misma persecución anticatólica mexicana, aunque en fechas y lugares distintos. Fue beatificado el 22 de noviembre de 1992 y canonizado, en pleno año santo jubilar, el 21 de mayo de 2000, V domingo de Pascua.

A. MAROTO HERRANZ, OSB

Bibliografía

CARDOSO, J., *Los mártires mexicanos* (México 1959).
HAVERS, G. Mª, *Testigos de Cristo en México* (Bogotá 1989)

BEATO FRANCISCO SPINELLI

Presbítero († 1913)

En los momentos de mayores convulsiones siempre se registra la postura estable y operativa de los santos. La observación es perfectamente aplicable al Beato Francisco Spinelli, nacido en Milán el 14 de abril de 1853 y fallecido en Rivolta d'Adda el 6 de febrero de 1913: sesenta años de vida sacerdotal irrelevante a los ojos del mundo, sin ningún cargo importante, ningún título eclesiástico pomposo, ningún ruido, pero en todo momento, el suave olor de Cristo, el aroma silencioso de la santidad. Lo mismo que Santa Teresa de Jesús, el Beato Spinelli consideró como la mayor gracia de Dios el haber nacido de pa-

dres cristianos: Bartolomé y Emilia Cagliaroli, Milán, 14 de abril de 1853. Niño todavía, se trasladó a Bérgamo, donde realizó los primeros estudios en el colegio de San Alejandro y, seguidamente, los cursos de teología en el Seminario, como alumno externo. En la carta apostólica de su beatificación Juan Pablo II hace mención expresa de su tío paterno, el sacerdote Pedro Cagliaroli, párroco de San Alejandro in Colonna en la misma ciudad de Bérgamo. Con él vivió hasta recibir la ordenación sacerdotal, el 17 de octubre de 1875; y junto a él continuó como vicario parroquial. Simultaneó las tareas parroquiales con la docencia en el mismo liceo donde había sido alumno, y se hizo famoso ante el pueblo como predicador de la palabra de Dios. En Italia, lo mismo que en España, se suscitaron en el siglo XIX múltiples movimientos de apostolado eucarístico que alcanzaron su culmen con San Pío X, el papa de la Eucaristía. Francisco Spinelli respiró este clima y contribuyó él mismo a acrecentarlo. No había cumplido aún los treinta años cuando en unión con la Sierva de Dios Catalina Comensoli puso en marcha el instituto religioso de las Hermanas Adoratrices del Santísimo Sacramento, con la finalidad principal de la adoración perpetua al Santísimo Sacramento, traducida luego en obras de caridad a favor de los más pobres. Las incomprensiones a que tuvo que hacer frente el joven fundador fueron enormes. La citada carta apostólica habla expresamente de vejaciones y dificultades que obligaron al Beato Spinelli a dejar a sus monjas y su propia diócesis de Bérgamo y trasladarse a Rivolta d'Adda, diócesis de Cremona, donde las Adoratrices ya habían fundado una segunda casa. Todo deja entrever que a esta ciudad llegó muy difamado. Al obispo Mons. Bonomelli le conmovió profundamente la humildad y la paciencia del atribulado sacerdote y pronto se convenció de su acrisolada virtud. Bonomelli fue más adelante: la casa de Cremona quedó segregada de la de Bérgamo, convirtiéndose en nueva Congregación de Adoratrices que reconoce a Spinelli por fundador. El Señor le concedió ver desarrollada su obra. Él la presidió hasta la muerte, gobernándola con admirable prudencia. Brilló por la fidelidad a la vocación sacerdotal, por su fervor eucarístico, por su amor a Dios y al prójimo, por su humildad extrema, por la oblación de sí mismo y la gran pa-

ciencia con que sobrellevó grandes tribulaciones a lo largo de su vida. Murió en Rivolta d'Adda en olor de santidad el 6 de febrero de 1913, encargando a las Hermanas que amasen la Eucaristía, sirviesen a los pobres y perdonasen siempre a todos. Fue beatificado en Caravaggio (Bérgamo) por el papa Juan Pablo II el 21 de junio de 1992.

JOSÉ M.ª DÍAZ FERNÁNDEZ

Bibliografía

BORGONOVO, G. (ed.), *Lucerna ardens et lucens: il patre Francesco Spinelli* (Milán 1938).
PESENTI, G., *Beato Francesco Spinelli, fondatore delle Suore Adoratrici del SS Sacramento* (Milán 1992).

BEATO ALFONSO MARÍA FUSCO

Presbítero († 1910)

Italia se ha mostrado en todo tiempo tierra de santos. En la antigüedad produjo la legión de los mártires de las persecuciones romanas, cuyos sagrados despojos han conservado las catacumbas, y no ha habido ninguna época de la historia eclesiástica en que no haya producido multitud de santos y santas que han promovido la vitalidad y actividad de la Iglesia. Pero el siglo XIX fue particularmente fecundo en santos italianos y, dentro del santoral de la por entonces convulsa Península, fecundo en santos sacerdotes, que a su vez han sido fundadores de congregaciones e instituciones religiosas que hoy sirven a la causa del Reino de Dios en las cinco partes del mundo. No hubo parte alguna de Italia que no produjera en el siglo XIX santos sacerdotes, lo mismo en el clero religioso, mediante la observancia de los tres votos, que en el clero secular, cuyo camino de santidad es la caridad pastoral.

Y es que el corazón de un verdadero sacerdote no puede menos que inquietarse cuando en el desarrollo de su misión espiritual se encuentra con alguna necesidad material, máxime si esta necesidad es también ocasión o peligro de miserias morales. Y al quererle dar respuesta, se han volcado los sacerdotes en obras de envergadura que solamente su decidida voluntad de servicio, ayudada de la gracia divina, ha podido llevar adelante.

Y para conservar esas obras y consolidarlas han creado congregaciones religiosas masculinas o femeninas que siguiendo el carisma del fundador prolonguen en la Iglesia la buena obra.

Al número de estos santos sacerdotes producidos por Italia en el siglo XIX pertenece el Beato Alfonso María Fusco. Vino a nacer en un pueblo de la provincia de Salerno, llamado Angri. Su nacimiento fue el 23 de marzo de 1839. Su familia era modesta, vivía de su trabajo en el campo, y le concedió el Señor que esta familia fuera religiosa y honesta, llena de todas esas sólidas virtudes que han adornado a las familias tradicionales cristianas. Ya en la cuna le enseñó su madre a invocar a Dios, palabra que al abrir los ojos a la vida oyó pronunciar en su hogar con sumo respeto. Le enseñaron sus padres a ser honesto y bueno, y a tener responsabilidad y dominio de sí mismo. El chico resultó ser de un natural excelente, pues su carácter era amable y por índole propia era bondadoso. En su casa guardaban para los pobres, daban desde su modestia, y Alfonso aprendió en esa escuela a mirar con amor a los más necesitados, y ya de niño su corazón se conmovía ante el frío o el hambre de los mendigos.

Sus padres, llamados Aniello Fusco y Giuseppina Schiavone, se recreaban en este hijo bueno, primogénito de los cinco que tuvieron, al que esperaron durante cuatro para ellos largos años desde su boda en la Colegiata de San Juan Bautista el 31 de enero de 1834, y lo llevaron a la catequesis parroquial en cuanto tuvo siete años para que recibiera con la preparación debida la santa Eucaristía. El nombre de Alfonso se le puso en honor de San Alfonso María de Ligorio y porque un redentorista, el P. Pecorelli, consolaba a los padres diciéndoles que tendrían un hijo y le llamarían Alfonso, como así fue. La primera comunión la hizo Alfonso el año 1846. Muy poco después, aprovechando la visita del obispo diocesano, el niño fue sellado con el sello del Espíritu en el sacramento de la confirmación. Aquellos dos grandes sacramentos fueron para Alfonso una honda experiencia de Dios y sembraron en su alma un propósito que se perfiló como auténtico muy pronto: quería ser sacerdote. Sus padres se alegraron mucho. El párroco dio los oportunos pasos para su ingreso en el seminario y cuando solamente contaba once años, el 5 de noviembre de 1850, entraba Alfonso en el seminario

diocesano de Nocera de Pagani. Empezaba su larga marcha hacia el sacerdocio. El seminario estaba organizado a tono con los deseos del Concilio de Trento. Acogía a los chicos en la entrada de la adolescencia y los conducía a la juventud mientras maduraban su voluntad de ser sacerdotes. Venían primero los años de Humanidades, para hacerse con el latín y el pensamiento clásico. Luego había que estudiar la Filosofía escolástica, y los últimos años, cuando ya la vocación estaba probada por años de internado, venía el estudio de la teología. Alfonso fue pasando por todos los años con la ilusión de verse algún día sacerdote y se fue formando en él el alma de un celoso transmisor de la doctrina de Cristo y un servidor apasionado del bien de las almas. Siendo seminarista tuvo un sueño: sueña que se le aparece Jesús Nazareno y le manda fundar un instituto de religiosas y un orfanato. El sueño fue premonitorio. Llegados los momentos fijados por la costumbre de entonces recibió la tonsura y las órdenes menores, y luego ascendió por los peldaños de las órdenes mayores hasta el sacerdocio. Éste lo recibió pleno de emoción y dulzura interior el día 29 de mayo de 1863, a los casi trece años de su ingreso en el seminario. Lo ordenó el arzobispo de Salerno, monseñor Antonio Salomone. El entusiasmo de los habitantes de Angri cuando Alfonso dijo allí su primera misa fue indescriptible y el júbilo de sus padres no menos.

¿Estaba preparado aquel joven de 24 años para ejercitar las responsabilidades del sacerdocio? Hay que decir que sí. Pues en cuanto tuvo un destino parroquial en la Colegiata de San Juan Bautista de Angri, se volcó en los sectores que inmediatamente vio más necesitados de su ministerio. Le atraían los campesinos, la gente pobre, los niños. Tenía simpatía y atractivo para convocar a muchas personas y a muchos niños a la catequesis y la formación religiosa y para que se le abrieran en el confesonario confiándole sus almas necesitadas de luz y orientación. Se pasaba horas y horas en el confesonario, pues cada día más nuevas conciencias se abrían a sus consejos y orientaciones.

Muy pronto cayó en la cuenta de la necesidad de reevangelizar a tanta gente como, cristiana de nombre y sentimiento, carecía sin embargo de ilustración religiosa suficiente. Él se daba cuenta de que Dios le había dotado de una palabra fácil, pro-

funda, sencilla e incisiva, y vio que donde mejor podría ejercer este carisma del Señor era en la predicación misionera popular. Y por eso se agregó a los Misioneros de San Vicente, que recorrían los pueblos predicando infatigables la palabra divina. Durante más de quince años, es decir, hasta 1887, gastará sus energías en este menester, empleando sus mejores años y sus mejores fuerzas en la evangelización directa de los sencillos. Cuánto bien hizo. Cuántas almas llamó a la conversión. A cuántos niños congregó para que oyeran la palabra divina. Cuántos hombres y mujeres que habían abandonado la práctica religiosa volvieron a los sacramentos llamados por la voz de Alfonso y de sus compañeros misioneros. Y al lado de la palabra divina esparcida sin descanso, cuántas horas y horas de confesonario, perdonando pecados, orientando corazones, consolando personas atribuladas por las penas de la vida, devolviendo paz y serenidad a infinidad de espíritus.

Su contacto continuo con el pueblo sencillo, le hizo ver las verdaderas necesidades morales y materiales que el pueblo padecía y le hizo ver cuáles eran concretamente entonces los sectores más precisados de una atención especializada. Y él llegó a la conclusión de que en forma muy primera hay que atender a los niños huérfanos, había que formar, orientar y proteger a los aprendices y había que prestar asistencia a los enfermos pobres, cuya situación era muy triste. Alfonso María era consciente de que él solo no podía remediar tanta necesidad, pero al mismo tiempo cayó en la cuenta de que debía hacer lo que pudiera hacer, que todo lo posible era obligatorio, supuesta la caridad de Cristo ardiendo en su corazón. Entonces empezó a pensar en un instituto religioso de mujeres abnegadas que atendieran a estas finalidades y en abrir cuanto antes un orfanatorio. Hubo algo, además, que lo impulsó aún más a hacer realidad su deseo: en 1869 hubo una fuerte epidemia de cólera, y él, en vez de evitar el contagio, se lanzó a cuidar y atender a los enfermos como tal sacerdote. Se contagió y estuvo a las puertas de la muerte, pero como se curó, entendió que el Señor lo dejaba en la vida para que llevara a cabo su propósito, más preciso cuando la epidemia había dejado tantos huérfanos. Y entonces fue cuando el Señor le mandó la persona providencial que fuera su colabora-

dora eficaz: Magdalena Caputo. Tenía las cualidades y la virtud necesaria para encabezar una nueva congregación, que se titularía de San Juan Bautista o Bautistinas, y que se formalizó el 28 de septiembre de 1878. Tuvo lugar la fundación en una destartalada casa de Scarcella, en el distrito de Ardinghi en Angri.

Alfonso sería el superior de la congregación todo el tiempo de su vida. Y como tal haría frente a la labor de consolidar la institución, de hacerla fiel a sus propósitos originales y de expandirla. Para ello hubo de soportar privaciones, oposiciones y dificultades, pero siempre aceptó las pruebas por duras que fueran, manifestando una completa conformidad con la voluntad de Dios, una heroica obediencia a la autoridad de la Iglesia y una inmensa confianza en la Providencia divina. Entre las dificultades que soportó Alfonso estuvo la tentativa injusta del obispo diocesano, Mons. Saverio Vitagliano, de remover a don Alfonso de director de la obra basándose en una larga serie de acusaciones falsas. Hubo de hacer frente a la tentativa de división de un grupo de sus religiosas. Las de la casa de la congregación en Via Germanico en Roma se negaron a abrirle la puerta cuando él llamó. Y el Cardenal Respighi, vicario de Roma, llegó a decirle que había hecho bien en fundar una buena congregación pero que era la hora de retirarse.

Su espiritualidad estuvo basada en un gran amor a la Eucaristía, en una devoción fervorosa a la pasión del Señor y en una filial devoción a la Virgen de los Dolores.

Dirigía la congregación con gran sabiduría y prudencia, y como padre amoroso cuidaba de las religiosas y de las huérfanas. De las primeras cuidaba infundiéndoles el verdadero espíritu de la mujer consagrada a Dios, olvidada de sí misma y volcada en la tarea apostólica y caritativa que al entrar en la congregación asumía. Les pedía que se entregaran con total abandono a la voluntad de Dios, y que viviesen con intensidad la humildad, la modestia, la pobreza, la negación de sí mismas y un amor inmenso y generoso a Jesucristo crucificado. Velaba por su progreso en la vida espiritual y estaba atento a todas sus necesidades. De los huérfanos se ocupaba haciéndose cargo de que no solamente necesitaban comida, vestido e instrucción cultural: necesitaban amor que compensara la falta de sus pa-

dres, y ese amor era el que quería Alfonso que recibieran de las religiosas para que el orfanatorio fuera un verdadero hogar. Cuando llegaron tiempos de escasez, insistía Alfonso en que Dios proveería.

Él no ahorró ningún esfuerzo conducente a hacer feliz y provechosa la vida de los jóvenes, comprendiéndolos, queriéndolos y preparándolos para la vida. Los quería cristianos convencidos y ciudadanos responsables.

La colaboración sabia y prudente de Sor Crucificada, que es el nombre que tomó Magdalena Caputo en religión, hizo que la marcha de la congregación fuera ascendente. Primero le pidieron hiciera nuevas fundaciones en Campania, y más tarde le llegaron peticiones de otras muchas partes de Italia. Sor Crucificada murió santamente el 4 de febrero de 1903, como primera superiora. Alfonso tardaría aún siete años en seguir a su colaboradora a la casa del Padre, y la muerte le llegó el 6 de febrero de 1910 en Angri, cuando estaba rodeado de sus hijas espirituales, y dándole gracias a Dios por todo repetía que había sido un siervo inútil. Cientos de personas acudieron a ver su cadáver y orar ante él repitiendo todos que había muerto un santo.

Su causa de beatificación se introdujo el 22 de junio de 1951, siendo declaradas heroicas sus virtudes el 12 de febrero de 1976. El 1 de julio de 2000 se aprobaba el milagro atribuido a su intercesión, y el papa Juan Pablo II lo beatificaba el 7 de octubre del 2001.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 43 (1951) 866.
ANON, *Il servo di Dio Alfonso M. Fusco* (Roma 1939).
GRILLA GREMIGNI, V., *Il servo di Dio Can. Alfonso M. Fusco* (Roma 1953).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN VEDASTO
Obispo († 540)

Vedasto o Vaast o Gastón llegó siendo un joven, parece que procedente del Perigord, a la diócesis de Toul y, buscado un si-

tio oportuno, emprendió vida eremítica. Se acreditó muy pronto en vida tan santa y el obispo lo llamó y le pidió que se hiciera sacerdote para provecho de la Iglesia, recibiendo de sus manos seguidamente la ordenación. Cuando el rey Clodoveo, persuadido por su esposa santa Clotilde, pasaba por Toul camino de Reims donde pensaba bautizarse, le pidió al obispo que le designara un sacerdote que lo preparara e instruyera para el bautismo. Y el obispo designó a Vedasto, el cual se unió a la comitiva real. En ella Vedasto puso lo mejor de sí mismo para instruir al rey, siendo fama que hizo algunos milagros que confirmaron la incipiente fe del monarca. Llegados a Reims y bautizado Clodoveo, Vedasto se unió a San Remigio, el obispo de Reims, en la evangelización de los francos, y en 499 Remigio lo consagró obispo de Arrás.

Cuando Vedasto llegó a esta ciudad la halló en ruinas, devastada por los vándalos, y hubo de dedicarse a la reconstrucción material y moral de la misma. Ésa fue su tarea a lo largo de los años, debiendo decirse que su Iglesia diocesana pasó de las ruinas a un estado floreciente. Vedasto murió el 6 de febrero de 540.

SAN AMANDO

Obispo († 679)

Amando fue natural de Aquitania y debió nacer hacia el 584. A los veinte años ingresa en el monasterio de la isla de Yeu, frente a La Rochelle, y pasa más tarde a Tours, donde recibe la ordenación sacerdotal. Pasa a Bourges, donde lleva vida de recluso junto a la catedral bajo la dirección del obispo San Austregisilo. Pasados dieciséis años peregrina a Roma y es ordenado obispo misionero por disposición papal, sin sede fija, con el fin de convertir a los pueblos paganos. Con gran resolución evangelizó el norte de Francia y Flandes. Primero tuvo el apoyo del rey Dagoberto pero cuando Amando le reprendió por su vida disoluta lo mandó salir de sus dominios, no llamándolo hasta que, nacido su hijo, el futuro San Sigeberto, mandó llamar a Amando para que lo bautizara.

Amando continuó su labor evangelizadora, siendo dudoso que fijara su sede en Maastricht, y llenando de monasterios lo que hoy es Bélgica, tanto monasterios masculinos como femeninos, y edificando numerosas iglesias.

Ya muy anciano se retiró al monasterio de Elne, donde entregó su alma a Dios el 6 de febrero de 679, según parece.

SAN GUARINO

Obispo y cardenal († 1159)

Natural de Bolonia e hijo de una familia acomodada. Siente la vocación eclesiástica y obtiene un puesto entre los canónigos de la catedral, distinguiéndose ya muy joven por su celo religioso y por su sabiduría, ya que enseñaba teología con gran crédito.

Pero sintió la llamada a la vida religiosa y tomó el hábito de los canónigos regulares de San Agustín en el convento de la Santa Cruz, en Mortara, donde llevó una vida penitente y santa que hizo fuera elegido obispo, pero logró esconderse hasta que la sede estuvo cubierta por una nueva elección. Decidió entonces llevar vida eremítica, pero ya el papa Lucio III, que lo conocía, había pensado en él para darle sitio en la curia romana, y en una peregrinación de Guarino a Roma lo obligó a quedarse. Lo nombró obispo de Palestrina y lo agregó, por consiguiente, al colegio cardenalicio. En ambos cargos —obispo y cardenal— mostró Guarino el acierto de su elección. Fue un leal y magnífico colaborador de los papas y un excelente pastor de su diócesis, a la que se entregó con plena dedicación. Murió el 6 de febrero del año 1159, siendo desde entonces venerado como santo.

BEATO ÁNGEL DE FURCI

Presbítero († 1327)

Nace en Furci el año 1246 luego de que sus padres por mucho tiempo no tuvieran hijos. Habían ofrecido consagrar al Señor el hijo que tuvieran. Y por ello su madre lo llevó cuando era

un jovencito al convento agustino de Cornaclano, del que un hermano de ella era prior Vuelto a casa unos años más tarde, estuvo a punto de contraer matrimonio pero su padre en el lecho de muerte le contó cómo habia sido ofrecido a Dios al nacer Ángel entonces volvió al convento y se hizo fraile agustino

Luego de cursar estudios brillantemente en París, volvió a Italia y los superiores lo destinaron al convento de Nápoles como profesor de teologia Ésta fue su gran tarea a lo largo de la vida, enseñar la teología a los jóvenes estudiantes de su Orden, al tiempo que predicar la palabra de Dios y dirigir muchas almas por la senda de la perfección cristiana Su perfecta observancia de la Regla, sus grandes virtudes y su admirable sabiduría lo hicieron notorio ante el pueblo, que lo tuvo por santo. Murió el 6 de febrero de 1327 Su culto fue confirmado por el papa León XIII el 20 de diciembre de 1888

7 de febrero

A) MARTIROLOGIO

1 En Nola (Campania), San Maximo (s III), obispo
2 En Lampsaco (Helesponto), San Partenio (s IV), obispo
3 En la region del Sinai, San Moises († 389), ermitaño y luego obispo
4 En Florencia (Toscana), Santa Juliana (s V), viuda
5 En Siponte (Apulia), San Lorenzo († 545), obispo
6 En Moriac, Beato Guillermo o Vulermo de Leaval, presbitero (s VII)
7 En Luca (Toscana), la deposicion de San Ricardo († 720), padre de los santos Wilibaldo y Walburga *
8 En Soterion de la Focida, San Lucas el Joven († 955), ermitaño
9 En Muzzia (Piceno), Beato Ricerio († 1236), uno de los primeros discipulos de San Francisco de Asis *
10 En Asis (Umbria), Beato Antonio de Stroncone († 1461), religioso franciscano *
11 En Londres, Beato Tomas Sherwood († 1578), seglar martir bajo el reinado de Isabel I *
12 En Aubenas (Vivares), los beatos Santiago Sales, presbitero, y Guillermo Saultemouche († 1593), religiosos jesuitas y martires a manos de los calvinistas *

13. En Nápoles, San Gil María de San José Francisco Pontillo († 1812), religioso franciscano **.

14. En Cian-Sa (China), San Juan de Triora, de seglar Francisco María Lantrua († 1816), presbítero, religioso franciscano y mártir *.

15. En París, Beata María de la Providencia (Eugenia Smet) († 1871), virgen, fundadora de las Hermanas Auxiliadoras del Purgatorio **.

16. En Roma, Beato Pío IX († 1878), Papa, que definió el dogma de la Inmaculada Concepción de la Bienaventurada Virgen María y celebró el Concilio Vaticano I **.

17. En Pont de Molins (España), los beatos Anselmo Polanco, obispo y religioso agustino, y Felipe Ripoll, presbítero († 1939), mártires por su fidelidad a la Iglesia **.

18. En Auschwitz, Beato Adalberto Nierychlewski († 1942), presbítero y mártir, religioso de la Congregación de San Miguel Arcángel, que murió a consecuencia del trato recibido en el campo de exterminio *.

19. En el campo de concentración de Angarsk (Siberia), Beato Pedro Verhun († 1957), presbítero y mártir *.

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SAN GIL MARÍA DE SAN JOSÉ

Religioso († 1812)

«La Iglesia proclama hoy la gloria de Dios manifestada en la santidad de vida de Gil María de San José, auténtico hijo espiritual de San Francisco de Asís», dijo el papa Juan Pablo II al elevarle al supremo honor de los altares el 2 de junio de 1996. «Gil —continuó el Papa— vivió el ardor de una caridad sin límites gracias a la contemplación de los misterios de Cristo, inspirando su propio camino espiritual *en la humildad de la encarnación y en la gratuidad de la Eucaristía*».

Nació en la vieja Taranto medieval el 16 de noviembre de 1729. Su nombre de pila era Francisco Antonio Pascual Domingo Pontillo, como un anuncio de la familia espiritual a la que iba a pertenecer. Y no se ha de olvidar que la pobreza que vivió en su casa no era menor profecía de los caminos por los que Dios tuvo a bien conducirle. Su padre, Cataldo, y su madre, María Gracia Procaccio, se veían con muchas dificultades para procurar el mínimo sustento a la familia. Siendo aún muy pequeño se le adiestró en el aprendizaje del doble y duro oficio de sus padres: cordeleros y obradores de fieltro. La primera comu-

nión señaló para Francisco Antonio un aumento de fervor, que desde aquel primer encuentro con Jesús en la eucaristía se consagró a un culto asiduo a su presencia real por la participación diaria en la eucaristía, la comunión tan frecuente como entonces se permitía, el acompañar como monaguillo al sacerdote para distribuirla a los enfermos, y las visitas al Santísimo. Y también manifestó desde su niñez una gran devoción a la Santísima Virgen, a la que se encomendaba y trataba de honrar viviendo con pureza el despertar de su pubertad. Se inscribió en la Confraternidad del santo rosario.

Entre sus compañeros de infancia se distinguía por la modestia y la amabilidad de sus modos, con lo cual no le fue difícil ganarse la estima y admiración de muchos. Por desgracia nos faltan datos que nos revelen las dificultades, las luchas y desconsuelos de Francisco Antonio, que aun siendo bueno no pudo menos que sufrir mucho al ver a sus padres angustiados algunas veces por la escasez del pan, y él mismo verse humillado al no poder estudiar ni poder tampoco sacar a su familia de apuros a pesar de trabajar tan duramente.

Al no poder asistir a la escuela no pudo tener una formación intelectual. A pesar de que algo se intentó por su parte y la de su padre, no se puso el fundamento a tiempo y no tuvo más remedio que dedicarse al trabajo. Nunca se entregaba al trabajo si antes no había participado en la santa misa en la iglesia de los alcantarinos. Y una vez que estaba dispuesto a comenzarlo se recogía, hacía la señal de la cruz y una pequeña oración. Su conversación era siempre o de Dios, o en torno a la práctica de la virtud. Su jefe en el trabajo solía decir: «Desde que tengo conmigo a Francisco Antonio, mi bodega se ha convertido en un oratorio».

A sus 18 años, habiendo quedado huérfano de padre, se convirtió en el único sostén de su pobre familia. Ya bullía en su corazón el deseo de consagrarse enteramente al Señor en la vida religiosa, pero ahora no podía siquiera pensar en ello hasta que sus hermanos fueran mayores. Tenía que mirar por su madre viuda y sus tres hermanos pequeños. Lo cual le obligó a trabajar mucho más. Pero no por eso disminuyó su ayuda a los pobres, para los que siempre se reservaba una pequeña parte. Los

compañeros de trabajo que veían lo que hacía, le preguntaban cómo se las iba a arreglar al día siguiente si daba todo. Y él solía responder: «El Señor se ocupa de eso».

Un desdichado acontecimiento venía a profundizar la llaga abierta por la muerte de su padre y el dolor que le suponía el retraso en sus proyectos: la decisión de su madre de casarse de nuevo. Todos los hijos tienen una especie de sabiduría infusa para darse cuenta de lo arriesgado que es introducir en la familia huérfana un padrastro o una madrastra. Nada pudo hacer ante la determinación inquebrantable de su madre. Las adversidades que Dios en su bondad de Padre permite sucedan a sus hijos siempre son para un bien mayor. Esta Providencia amorosa no se suele percibir inmediatamente y muchos no llegan a convencerse, aunque lo intuyen. Francisco Antonio sintió el zarpazo de la carne como cualquier humano; pero gracias a la genuina fe cristiana que le transmitieron sus padres, a que había sufrido muchas frustraciones y las había recibido con espíritu sobrenatural —y a ello contribuyó no poco su sólida piedad—, pudo sobreponerse a la rabia y al desánimo.

El padrino resultó dispuesto a cargar con el peso de la familia y le dejó libre. Y así resultó que la muerte del padre retrasó el poder entrar en la vida religiosa, y, en cambio, la nueva situación, tan temida por él, resultó beneficiosa para su vocación.

Francisco Antonio había trabajado incansablemente para sacar adelante a su familia, y era llegada la hora de realizar su antigua aspiración de «poder pensar y trabajar solamente para el Señor». La única dificultad era saber dónde quería el Señor le sirviese. Como era sensato pidió consejo a quien podía ayudarle, pero no sacó nada en claro. Oró para que el Señor se lo manifestase de la forma que dispusiera, e inició una novena a la Reina celestial. Al séptimo día vio que dos religiosos alcantarinos le invitaban a entrar en su Orden. Se presentó al convento de franciscanos alcantarinos recién fundado en Taranto. Dio las señas de los dos frailes que había visto, el uno sacerdote y el otro profeso, y pensaron que era un pobre iluso. Entró a la iglesia de aquellos frailes dolido por verse incomprendido, pero no desanimado. Y allí, a los pies de Jesús, se desahogaba de su pro-

funda congoja. Y en una ocasión en que alzó los ojos vio las imágenes de San Pedro de Alcántara y San Pascual Bailón. Ésos eran los religiosos que él había visto. Y entendió que era la Orden de aquellos santos a donde Dios le llamaba.

Se presentó al día siguiente al Provincial y al padre Guardián que, una vez cumplidos los requisitos que prescriben sus normas, le acogieron entre los Hermanos Menores Alcantarinos de la Provincia de Lecce como hermano lego, pues no tenía formación y había cumplido 24 años.

Fue iniciado en su vida franciscana en el convento de Galátone (Lecce). Cambió su nombre, como era obligado, para significar su rompimiento con el mundo y vivir una nueva vida, y adoptó el de Fray Gil de la Madre de Dios. En aquel ambiente de fervor hizo rápidos progresos en la humildad, obediencia y en cumplir todas las observancias que prescribían las reglas, ganándose el aprecio de sus hermanos. No conocemos los detalles de sus luchas internas, el dolor de la separación de los suyos, el aprendizaje costoso de las costumbres y los rezos que él no conocía, los caracteres tan diversos de personas a las que nunca había tratado y que no sabía cómo iban a reaccionar en cada caso. Todo esto y mucho más le tuvo que costar a fray Gil y hacer derramar más de una lágrima. Pero, sin duda, también se sentiría en otros momentos un privilegiado al poder dedicarse a la contemplación de los misterios divinos.

Entonces eran otras las normas que había en la Iglesia para admitir a la emisión de los votos, y bastaba un año de preparación a la profesión perpetua. Así que, en el propio convento de Galátone, el 28 de febrero de 1755, de manos del ministro provincial fr. Damián de Jesús y de María, emitió su profesión religiosa. Fue entonces cuando recibió el nombre definitivo de fray Gil María de San José.

Desde febrero de 1755 hasta los primeros meses de 1759, tuvo que dejar la dulce soledad de Galátone e ir a vivir al convento de Squinzano (Lecce) ejerciendo el oficio de cocinero de la comunidad.

Después de una breve estancia en el convento de Capurso (Bari), situado junto al santuario de la Virgen del Pozo, de la que fue siempre muy devoto, en mayo de 1759 fr. Gil María fue

destinado a Nápoles, en donde los franciscanos alcantarinos de Lecce tenían un pequeño hospicio, el de San Pascual de Chiaia, elevado, durante el capítulo de 1759, al grado de «guardianato» (priorato).

Ya en Nápoles, nuestro santo permanecerá durante 53 años, es decir, hasta el día de su muerte, ejerciendo uno tras otro los oficios de cocinero, de portero y el de hermano limosnero, con edificación de todos, especialmente de los pobres, que acudían numerosos al convento de Chiaia para recibir de fr. Gil María una ayuda o una palabra de consuelo.

Con solicitud franciscana y caridad activa, el santo consagró todas sus energías al servicio de los dolientes más necesitados, injertándose profundamente en el tejido de la ciudad de Nápoles que, en aquellos años difíciles, estaba atravesando un período lleno de tensiones sociales con motivo de los acontecimientos políticos que conmocionaron el entonces Reino de Nápoles, afectando incluso a la Iglesia y a sus pastores. En este ambiente cargado de pasiones encontradas, fray Gil puso paz, como subrayó el Papa al canonizarle:

> «Supo estar atento a las necesidades de las personas que encontraba, tanto en la realización de las tareas más humildes de la fraternidad como en el servicio a los pobres. En sus peregrinaciones diarias por las calles de Nápoles, donde vivió durante muchos años, llevó la palabra evangélica de reconciliación y de paz a un ambiente afectado por tensiones sociales y caracterizado por situaciones de extrema pobreza, tanto económica como espiritual».

Fueron incontables los prodigios que acompañaron la misión de pacificación y de obras buenas que realizó fr. Gil María. Los pobres encontraron en él remedio constante. Buscaba remedio tanto para su hambre, sus enfermedades, su carencia de vestido, como consuelo en sus desgracias y angustias. En cuanto se le llamaba acudía a remediar las calamidades que le presentaban. El poder taumatúrgico estaba en él al servicio de la caridad, tal como resplandece en los milagros de Jesús. Sólo quiso ser, conforme a su divino modelo, un servidor de la bondad del Padre celestial. Tanto fue así, que ya durante su vida le llamaban popularmente «el consolador de Nápoles».

«Nadie quedaba excluido —dijo Juan Pablo II en su canonización— de su atención solícita. Manifestaba este afecto espiri-

tual con la exhortación evangélica "Amad a Dios, amad a Dios", invitando así a todos a la conversión del corazón a Dios». Los nobles y las personas cultas gustaban de conversar con este franciscano de palabras sencillas e impregnadas de fe. No le faltaba, estando iluminado con la inspiración divina, la sabiduría que ilustraba a unos y resolvía los intrincados asuntos de otros. Tanta era su mansedumbre, que hasta a los hombres más iracundos y agresivos los calmaba con la suavidad de su trato. Los enfermos encontraban consuelo en sus sufrimientos, recibiéndolo con alegría junto a sus cabeceras. Los pobres, los marginados y los explotados descubrían en el humilde limosnero el rostro misericordioso del amor de Dios.

Sin embargo, la vida de nuestro santo fue esencialmente contemplativa. Cómo no recordar su prolongada oración nocturna delante del Santísimo Sacramento de la Eucaristía, su tierna devoción a la Virgen Madre de Dios, el amor que tenía al misterio de la Natividad del Redentor, su devoción particular a San José y a San Pascual Bailón. Precisamente porque fue «un contemplativo en medio de la actividad», tuvo la capacidad de ver el sufrimiento y la miseria de los hermanos, siendo todo él un fuego de caridad y de ternura.

Llegado el momento de entregar su alma a Dios, no hacía más que repetir piadosas jaculatorias: «Mi Jesús, Señora mía, mi San José, llevadme al Paraíso». Tal era su deseo del eterno descanso. Al llevarle el viático se quiso poner de rodillas, pero el superior se lo prohibió; antes de recibir la última comunión y la Unción de los enfermos, pidió perdón a todos sus hermanos por lo que les hubiese desagradado o dado algún mal ejemplo. Rogó al superior que le vistieran con el hábito más viejo y estropeado, tras lo cual se sumergió en un profundo silencio y meditación de las cosas celestiales. Llegada la hora cercana al mediodía les preguntó la hora a sus hermanos y les pidió que se fueran a comer que todavía no iba a morir. Su caridad con los hermanos no cesó de mirar por ellos antes que por sí mismo, hasta en este último instante de su vida. Pero sus hermanos de comunidad no quisieron abandonarle. Poco después entraba en agonía, no sin antes decirle al superior: «Padre guardián, diga las letanías porque debo irme enseguida».

Apenas terminada la recitación de las oraciones por el moribundo, cerró los ojos e inclinó lentamente la cabeza para entrar en el sueño de los justos.

Era el mediodía del 7 de febrero de 1812, primer viernes de mes, la hora en que las pequeñas campanas de la pobre iglesia franciscana tocaban el Ángelus. Tenía entonces 83 años.

La voz del pueblo era unánime proclamándole santo. En 1868 el Beato Pío IX afirmó la heroicidad de sus virtudes, y el papa León XIII celebraba la solemne beatificación el 5 de febrero de 1888.

Después de un siglo la Iglesia y la familia franciscana, junto con la numerosa estela de sus admiradores y devotos, pedían la canonización, reasumida la causa en 1952 y concluida con un consistorio público el 10 de abril de 1995 en el que los cardenales y obispos presentes pidieron al Papa su canonización. Juan Pablo II procedía a la misma el 2 de junio de 1996, fiesta de la Santísima Trinidad, en la plaza de San Pedro.

J. I. GONZÁLEZ VILLANUEVA, OSB

Bibliografía

Bula de canonización: *AAS* 90 (1998) 305-307.

COCO, P., *Cenni della Vita del Beato Egidio taumaturgo di Taranto* (Ditta G. Uff. E. Cressati, 1931).

FERRINI, G. - RAMIREZ, J. G., *Santos franciscanos para cada día* (Asís 2000).

JUAN PABLO II, «Homilía durante la misa de canonización» y «Discurso a los peregrinos que acudieron a Roma para la canonización»: *L'Osservatore Romano* (ed. en español) (1996) n.23, 7-9.

JULIACCI, P. P., *Breve vita popolare* (Nápoles 1958).

BEATO PÍO IX

Papa († 1878)

El pontificado de Pío IX (16-6-1846 a 7-2-1878) ha sido el más largo de toda la historia de la Iglesia: 31 años, siete meses, y veintidós días, superando con mucho la apócrifa profecía «annos Petri non videbis»: «No verás los años de Pedro», cuyo pontificado romano duró veinticinco años.

Fue también uno de los más dramáticos por los cambios acelerados en el pensamiento y en la política, en el corazón del

siglo XIX cuando se asienta un régimen liberal en Europa. Un largo período rico en acontecimientos de la mayor importancia como fueron el Concilio ecuménico Vaticano I, la pérdida de los Estados Pontificios, las definiciones dogmáticas de la Inmaculada Concepción de María y de la infalibilidad del Papa, la condenación de los errores modernos en el Syllabus, etc.

La vida y el ministerio de Pío IX se desarrolló en paralelo con la de personajes contemporáneos suyos tan influyentes como Proudhon, Marx, Engels, Comte, Nietzsche, Darwin, Metternich, Cavour, Bismarck, Napoleón III, por no citar más que algunos filósofos y políticos notables, que protagonizaron las tensiones y luchas en las que se vio envuelto el gobierno espiritual y temporal de la Iglesia.

Ya al final de sus días, el mismo Pío IX, consciente y humilde, hizo esta confidencia a monseñor Czacki:

> «Mi sucesor debera tomar inspiracion de mi amor a la Iglesia y de mi deseo de hacer el bien En cuanto a lo demas, todo ha cambiado a mi alrededor Mi sistema y mi politica ya han visto pasar su epoca Pero yo soy demasiado viejo para cambiar de orientacion, eso sera la obra de mi sucesor» (D FERRATA, *Memoires,* I [Roma 1920])

El balance es certero. Se podría criticar el mayor o menor acierto de sus decisiones, pero lo cierto es que estamos ante un hombre que se movió guiado por la caridad pastoral en grados heroicos de entrega.

Por eso ha sido beatificado el 3 de septiembre del año 2000

Juan Pablo II, con acierto y valentía, sin hacer caso de acerbas críticas, quiso unirle en la glorificación al popularísimo Juan XXIII, apellidado *el párroco del mundo,* que le había tenido gran admiración y simpatía, según propio testimonio:

> «Pienso siempre en Pio IX de santa y gloriosa memoria, e imitandole en sus sacrificios querria ser digno de celebrar su canonizacion»

Ciertamente hay grandes afinidades entre los dos: ambos convocaron los dos últimos concilios, a los dos les vincula su caridad pastoral, su buen humor, su tierna devoción a San José, pero sin ser figuras antitéticas, las divergencias y los contrastes no faltan, sobre todo en el talante que les distancia: Pío IX en

su dura confrontación con el mundo contemporáneo, con el que Juan XXIII entabló diálogo abierto y esperanzador.

La rica personalidad de Pío IX reunía muchas y muy buenas cualidades: una presencia llena de dignidad y atractivo, ingenio y fantasía, profundo sentido religioso, sensibilidad para la belleza, en especial para la música pues era un magnífico violinista. Su emotividad impresionable le jugó algunas malas pasadas en decisiones puntuales, dada la complejidad de la situación.

Giovanni María Mastai-Ferretti nació en Senigallia, en el Piceno, muy cerca de Ancona, mirando al Adriático, el 13 de mayo de 1792. Su padre, Girolamo, pertenecía a una noble familia de Lombardía. Su madre, Caterina Solazzi, también descendía de una ilustre familia.

Recibió el bautismo en el mismo día de su nacimiento. Educado por su piadosa madre, mostró desde niño tierna devoción al Santísimo Sacramento y un delicado amor a la Santísima Virgen María.

Cursó los primeros estudios en el colegio escolapio de Volterra, en Toscana, y sintiendo inclinación al estado eclesiástico, recibió la clerical tonsura en 1809. Pero, enfermo de epilepsia, se vio obligado a interrumpir los estudios. Entonces fue peregrino al santuario de Loreto ante la incertidumbre de su futuro. Poco a poco se fue curando de su dolencia y, con la ayuda personal del papa Pío VII, pudo completar los estudios de filosofía y teología en el Colegio Romano y fue ordenado presbítero el 10 de abril de 1819.

Ya entonces hizo el propósito de buscar únicamente la gloria de Dios y la salvación de los hombres, sin ambición alguna de cargos y dignidades. Antes y después de ser sacerdote vivió intensamente la vida espiritual con la oración y las demás prácticas de piedad, pero también con las reuniones sacerdotales, inscribiéndose en la Tercera Orden de San Francisco. En algún tiempo pensó hacerse jesuita.

Fue su primer cargo la dirección del orfelinato «Tata Giovanni», donde su entrega y generosidad dejó grato recuerdo y abundantes frutos educacionales.

A los cuatro años de su ordenación, en 1823, fue nombrado para acompañar al arzobispo Juan Muzzi, visitador apostólico,

en su difícil viaje a América del Sur, llegando a Chile donde abrigaba la esperanza de quedar como misionero. Durante casi dos años recorrió Argentina, Chile, Bolivia, Perú, Colombia y Uruguay, donde pudo conocer a fondo la situación de la Iglesia en aquellas misiones.

A su regreso, en 1825, es nombrado canónigo de Santa María y director del Hospicio Apostólico de San Miguel de Roma, donde brilló su talento administrativo no menos que su caridad, e introdujo la gran novedad de enseñar un oficio a los niños allí acogidos. Por entonces dedicó también mucho tiempo a la predicación en distintas iglesias y organizaciones romanas.

El 24 de abril de 1827, el papa León XII, conocedor de sus eximias virtudes y excelentes cualidades, le nombró arzobispo de Spoleto. Allí en el escaso tiempo de un quinquenio su habilidad y celo pastoral mejoró la formación del clero, reformó los monasterios y logró elevar la moralidad pública. Durante las revoluciones de 1831 dio pruebas fehacientes de su espíritu conciliador entre los italianos y los austriacos.

Con gran sentimiento de sus diocesanos se trasladó a Ímola, en Emilia, a donde le envió el papa Gregorio XVI en 1832. Allí renovó también el seminario, abrió una residencia para sacerdotes ancianos, fomentó la enseñanza y organizó en su palacio una escuela bíblica.

El mismo Papa le hizo cardenal en 1840, permaneciendo en Ímola donde cada día era más estimado y admirado en su ejercicio del ministerio episcopal.

Se acentuó su fama de liberal, que ya le venía de su mismo ambiente familiar. Acogía a todos sus diocesanos sin distinción, incluso a los liberales, entre los que tuvo verdaderos amigos. Como su diócesis pertenecía a los Estados Pontificios, envió a la Santa Sede sus famosos *Pensieri relativi all'amministrazione pubblica dello Stato pontificio,* en 1845, con 58 peticiones razonables y renovadoras.

A la muerte de Gregorio XVI se presentaba difícil la elección de un sucesor que resolviera con acierto y moderación los intrincados asuntos políticos de la soberanía temporal sobre los Estados de la Iglesia en las complejas circunstancias en que se estaba fraguando con entusiasmo delirante la unidad de Italia.

Se presagiaba un largo cónclave por las presiones exteriores que señalaban como candidato al cardenal Gizzi, muy popular en Roma, o a Lambruschini, Secretario de Estado con el Papa anterior, y porque los mismos cardenales miraban en distintas direcciones y con varias candidaturas.

Contra todo pronóstico, al 2.º día, en la 4.ª votación, salió elegido el cardenal Mastai-Ferretti, que, por gratitud a Pío VII, tomó su mismo nombre.

El decreto de amnistía general y sus primeros nombramientos daban la impresión de confirmar el talante liberal del nuevo Papa, en cuya familia, al decir de su predecesor, *eran liberales hasta los gatos.*

Pero pronto se desvaneció esa falsa imagen agigantada por las infundadas expectativas que alimentaban los extremistas revolucionarios. Al grito de *Viva el Papa,* soñaban que el mismo Pío IX se pusiera al frente del movimiento unionista contra el poder austriaco que había invadido el Véneto y Ferrara. No comprendieron la neutralidad del Papa que, en virtud de su ministerio, abrazaba a todos los pueblos con el mismo afecto paterno (Alocución del 29 de abril de 1848).

La defensa de los Estados Pontificios, como condición indispensable para asegurar la libertad del Papa y de la Iglesia, encontró en Pío IX un paladín incansable y heroico. Todavía estaban lejos los días en que esa pérdida y despojo se iban a ver como una auténtica y providencial liberación, ganándose en prestigio e influencia moral mucho más de lo que se perdía, pues el poder temporal resultaba una carga y un obstáculo. Solamente algunos soñadores lo intuían, como Gioberti, o antes Lorenzo Valla.

Para Pío IX esa defensa supuso un prolongado martirio a partir de las revoluciones de 1848. En septiembre, para dominar la anarquía que reinaba en Roma, confió la presidencia del Consejo de ministros al prudente y enérgico Pellegrino Rossi que aspiraba a un gobierno constitucional según el modelo francés. Pero fue asesinado el 15 de noviembre de 1848 en la misma apertura del Parlamento.

Asediado Pío IX en el Quirinal, hubo de huir disfrazado a Gaeta, donde permaneció 17 meses ante la conmoción del

mundo católico. El 9 de febrero de 1849, la chusma revolucionaria le privaba del gobierno temporal y proclamaba la república. Corrían de boca en boca los versos de Monti:

> «Arrancale al pescador de Tierra santa
> el cetro de rey y mandale que como antes
> tienda su red sobre la arena desnuda»

El extraño nombramiento del protosecretario de Estado, cardenal diácono Antonelli, endureció las cosas, pues más hombre de mundo que de Iglesia, giró hacia formas teocráticas y autoritarias. Y el Papa se vio forzado a recabar ayuda militar extranjera, en vez de dialogar con el Parlamento romano, como aconsejaba el filosofo Rosmini. El 30 de junio de 1849 Roma fue conquistada por los franceses tras la defensa heroica de Garibaldi; y el 12 de abril de 1850 el Papa pudo regresar a Roma.

Diez años más tarde, en septiembre de 1860 el ejército del Papa fue derrotado por los piamonteses de Víctor Manuel II en Castellfiardo, perdiendo Romaña, Las Marcas y Umbría La excomunión contra los depredadores no tuvo ningún efecto El Papa rechazaba siempre las propuestas de Camilo Cavour con las palabras: *Non possumus.*

Aunque en 1867 las tropas pontificias y francesas derrotaron a Garibaldi en Metano, el estallido de la guerra francoalemana animó a los piamonteses a ocupar Roma el 20 de septiembre de 1870. Y en junio de 1871 Roma fue proclamada capital de Italia El Quirinal se convirtió en el palacio del Rey.

Pío IX rechazó la ley de garantías, confió en el óbolo de San Pedro y se consideró prisionero del Vaticano. Lo mismo hicieron sus sucesores hasta que la «cuestión romana» se resolvió en 1929 con los tratados de Letrán, que determinaron el «status jurídico» del pequeño estado de la Ciudad del Vaticano.

Pese a tantos y tan dramáticos sucesos, el pontificado de Pío IX fue de extraordinaria vitalidad para la Iglesia. Su dedicación ejemplar al ministerio pastoral y su gran eficacia espiritual se explican y se reflejan en el horario de su vida, muy similar también al del Beato Juan XXIII.

Los testimonios de quienes le trataron de cerca en la documentación recogida en su proceso de beatificación acreditan que su vida estuvo orientada por una fe muy profunda. Se le-

vantaba habitualmente a las cinco de la mañana. Dedicaba dos horas a la oración, misa y acción de gracias por la comunión. En una hora despachaba los asuntos más urgentes y desayunaba a las nueve. El resto de la mañana hasta el almuerzo, que era a las dos, atendía la correspondencia y recibía a los cardenales y prefectos de las congregaciones. Tras el almuerzo rezaba el rosario y el breviario paseando por las galerías o jardines del Vaticano.

Antes de perder los Estados Pontificios, acostumbraba a recorrer las calles de Roma interesándose por sus gentes y por la enseñanza del catecismo a los niños. A las cinco comenzaba de nuevo los despachos hasta las nueve. Cenaba y rezaba el resto de oficio y se retiraba a descansar.

Nunca pretendió hacer carrera ni buscó ascensos ni prebendas. Cuando las tuvo, siempre la caridad marcó su rumbo.

Dos características de su vida interior fueron la confianza y el abandono en la divina Providencia y su devoción filial a la Santísima Virgen.

Cordial, simpático, bromista, con sentido común e inteligencia práctica, generoso y humilde, fue muy amado por el pueblo cristiano, pero también odiado y calumniado.

Las prolongadas tribulaciones maduraron su confianza en Dios. La figura del Papa recluido tras los muros del Vaticano agigantó el prestigio del pontificado y se pusieron de moda las peregrinaciones a Roma, culminando en los años jubilares.

Su vida interior no cambió cuando fue Papa. Celebraba fervorosamente la Eucaristía. Rezaba de día y de noche. Come frugalmente. Utiliza muebles sencillos. Disimula molestias de las piernas. Sonriente, caritativo, daba a manos llenas los donativos que recibía de los fieles. Valiente y piadoso, la aureola que le rodeó brotaba de su conducta de pastor. Con la fervorosa adhesión de los fieles superó tensiones irritantes de las iglesias nacionales.

La vida de la Iglesia se potenció con el perfil nuevo de la curia romana regida por verdaderos pastores, con celo apostólico, preparados en las ciencias eclesiásticas, que levantaron sus ojos de los asuntos temporales italianos a horizontes más universales.

Pío IX cuidó con esmero el nombramiento de los obispos de todo el mundo cristiano en el que intervino directamente y se abrió a la extensión misionera de la Iglesia en los continentes extraeuropeos, especialmente en América del Sur.

Nombró el primer cardenal norteamericano. Además de crear el Patriarcado latino de Jerusalén, erigió 29 sedes metropolitanas, 132 episcopales, 3 prefecturas apostólicas y tres delegaciones. En tierras de misión, 33 vicariatos apostólicos, y 15 prefecturas. Restableció la jerarquía eclesiástica en Inglaterra y en Holanda.

Fomentó las tradiciones y ritos orientales y canonizó a San Josafat, obispo y mártir oriental. Puso los cimientos de la futura congregación para las Iglesias Orientales, con una sección autónoma en la congregación de «Propaganda Fide». Dedicó el máximo interés en la formación espiritual e intelectual del clero abriendo nuevos seminarios en todo el mundo y en Roma, especialmente el que lleva su nombre.

Igualmente impulsó la vida religiosa. En su pontificado florecieron y se renovaron las órdenes y congregaciones religiosas antiguas y se fundaron muchas nuevas que lo tienen por autor. Así los salesianos de D. Bosco lo consideran como segundo fundador.

Defendió a los pueblos oprimidos, como los polacos, con palabras y con obras. Reivindicó los derechos y libertad de la Iglesia considerándolo un sagrado deber. La fortaleza y la paciencia se fueron acrisolando en su larga vida

De su tiempo son el Santo Cura de Ars, Juan María Bautista Vianney, Santa Teresa del Niño Jesús, Don Bosco, Bernadette Soubirous, a quien la Virgen de Lourdes le dijo: *Yo soy la Inmaculada Concepcion,* en 1858, a los cuatro años de la definición.

Creció la piedad del pueblo cristiano con la devoción al Sagrado Corazón de Jesús y el culto eucarístico, superado el rigorismo jansenista. Declaró patrono de la Iglesia universal a San José sacándolo del silencio de siglos (8-12-1870).

El magisterio de Pío IX se abrió con la encíclica *Qui pluribus* (9-11-1846) sobre la armonia entre la fe y la razón, el peligro del indiferentismo religioso y la condena del comunismo como lo más contrario al derecho natural. Fue una denuncia profética

dos años antes de que Marx y Engels proclamaran el manifiesto comunista (1848).

El 8 de diciembre de 1854 definió el dogma de la Inmaculada Concepción, verdad muy arraigada en el *sensus fidelium,* mediante la bula *Ineffabilis Deus.* En el documento se alude a la infalibilidad con que Jesucristo ha investido a su vicario en la tierra.

La doctrina del magisterio pontificio *ex cathedra* quedó definida en la constitución dogmática *Pater aeternus* (18-7-1870) del Concilio Vaticano I, por él convocado el 29 de junio de 1868. De los 51 esquemas preparados sólo llegaron a discutirse dos: sobre la fe católica y sobre la Iglesia. Treinta y siete sesiones se dedicaron a la infalibilidad con apasionadas discusiones.

El obispo Gasser de Brixen, el 11 de julio, había logrado disipar con su exposición las condiciones para la infalibilidad, las dudas de los que se oponían; y se obtuvo una votación ampliamente favorable que pronto se convirtió en aplastante mayoría.

Sólo una minoría principalmente alemana, la de los *veteres catholici,* encabezada por Ketteler, obispo de Maguncia, se negaron a aceptarla. Al leer la declaración definitoria el 18 de julio estalló una tormenta pavorosa, que algunos interpretaron como una protesta del cielo; y otros, como el rugido furioso del infierno. Días después estalló la guerra franco-alemana y el Papa hubo de despedir a los padres conciliares.

La definición afirmaba que el Papa tiene potestad episcopal plena, ordinaria y directa sobre la Iglesia universal y sobre cada uno de los obispados. Y tal potestad se extiende tanto a las cuestiones de fe y costumbres como a la disciplina y a la dirección eclesiales. Cuando el Papa habla *ex cathedra,* es decir, en la forma más vinculante, empleando su plena autoridad pastoral y doctrinal, y toma una decisión definitiva para toda la Iglesia en alguna cuestión de fe o de costumbres, tal decisión es infalible e inmutable *por sí misma y no por el consentimiento de la Iglesia.*

Tal vez lo más agriamente polemizado del magisterio del Beato Pío IX han sido las proposiciones del *Syllabus,* un elenco de 80 enunciados, compendio de errores derivados de la ideología liberal anticristiana, contenido en la encíclica *Quanta cura* del 8 de diciembre del 1864. Este documento no se puede leer con la mentalidad actual para juzgarlo, sino a la luz de los documen-

tos precedentes. Para no pocos sigue siendo un arma arrojadiza contra la Iglesia considerándola como una institución retrógrada.

Pero en realidad, tras el lenguaje en apariencia un tanto negativo, formulan con valentía y agudeza la incompatibilidad de posiciones y afirmaciones concretas con la fe cristiana: naturalismo a ultranza, pretensión de ordenar la sociedad humana sin religión, laicización de todas las instituciones, la hostil separación de la Iglesia y el Estado, la falsa libertad de prensa y de cultos, en definitiva, la libertad de conciencia en total subjetivismo que, como vemos hoy, llega hasta confundir el bien con el mal. La historia ha venido a dar la razón al magisterio del Beato Pío IX.

Ya anciano de 86 años siguió atendiendo las audiencias hasta los primeros días de febrero de 1878. Afectado por un catarro con ligera fiebre, el día 6 su vida se extinguió suavemente cuando el rosario que rezaban en la habitación del moribundo llegaba al cuarto misterio doloroso. Cuatro semanas antes había oficiado los funerales del rey de Italia, Víctor Manuel.

Según sus deseos, en 1881 fueron trasladados sus restos desde la tumba provisional en San Pedro a San Lorenzo Extramuros. Unos clérigos alemanes, con peligro de su vida, impidieron entonces que la chusma revolucionaria los arrojara al Tíber.

En 1907 se introdujo en la curia romana su causa de beatificación. Interrumpido el proceso por falta de datos en 1922, fue abierto de nuevo en 1954 y concluyó su primera fase con el decreto del 6-7-1985 que reconoce y declara que Pío IX vivió en grado heroico las virtudes cristianas (cf. *AAS* 77 [1985] 108-115). El decreto con la declaración del milagro para la beatificación está en *AAS* 92 (2000) 439ss. Y el breve de beatificación en *AAS* 93 (2001) 652-655.

La homilía de Juan Pablo II (3 de septiembre de 2000) es una sintética valoración del Beato Pío IX:

> «En medio de los acontecimientos turbulentos de su tiempo, fue ejemplo de incondicional adhesion al deposito inmutable de las verdades reveladas Fiel en toda circunstancia a los compromisos de su ministerio, supo siempre dar la primacia a Dios y a los valores espirituales

»Su larguísimo pontificado no fue ciertamente fácil, y tuvo que sufrir mucho en el cumplimiento de su misión de servicio al evangelio.

»Fue muy amado, pero también odiado y calumniado. Fue precisamente en medio de estos contrastes donde brilló más resplandeciente la luz de sus virtudes: las prolongadas tribulaciones fortalecieron su confianza en la divina Providencia, de cuyo soberano dominio sobre las vicisitudes humanas nunca dudó».

De aquí nacía la profunda serenidad de Pío IX, incluso en medio de las incomprensiones y los ataques de tantas personas hostiles.

A quien estaba a su lado solía decir:

«En las cosas humanas hay que contentarse con hacer lo que se pueda y, en el resto, abandonarse a la Providencia, la cual sanear á los defectos y las insuficiencias del hombre» *(Ecclesia* [2000] n.3014, p.1409).

En la documentación recogida para la beatificación *(Romana seu senigallensis... servi Dei Pii IX positio super virtutibus,* 3 vols. [Ciudad del Vaticano 1961-1962]) se contienen muchos datos de su vida, que estuvo siempre orientada por una fe viva y profunda.

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

AUBERT, R. «Pío IX y su época», en A. FLICHE - V. MARTIN, *Historia de la Iglesia,* XXIV (Valencia 1974).
GELMI, J., *Los papas. Retratos y semblanzas* (Barcelona 1986) 198-205.
KELLI, J. N. D., *Grande dizionario illustrato dei papi* (Casale Monferrato 1986) 732-735.
PAREDES, J. (dir.), *Diccionario de los Papas y Concilios* (Barcelona ²1998) 438-456.

BEATOS ANSELMO POLANCO Y FELIPE RIPOLL

Mártires († 1939)

A quienes había unido la estrecha colaboración en el ministerio pastoral y la corona del martirio, al P. Anselmo Polanco, obispo de Teruel, y a su vicario general, Rdo. Felipe Ripoll, el papa Juan Pablo II los beatificó conjuntamente el primero de octubre de 1995. Ambos fueron víctimas del odio fratricida que tiñó de sangre, también martirial, la Iglesia y la sociedad españolas a lo largo de la guerra civil de 1936 a 1939. En tan amargas circunstancias, en el enfrentamiento de los dos bandos irre-

conciliables al pueblo español, los dos pastores mártires se mantuvieron firmes en su fidelidad y en sus convicciones, hasta dar la vida por las ovejas, como el único Buen Pastor, Jesucristo (Jn 10,11).

Anselmo Polanco Fontecha, hijo de Basilio y de Ángela, nació en Buenavista de Valdavia (Palencia), el 16 de abril de 1881. Fue bautizado el siguiente día 21 y confirmado el 20 de julio de 1889 por el obispo de León.

Felipe Ripoll Morata era natural de Teruel, donde nació el 27 de julio de 1881.

El futuro obispo mártir cursó sus primeros estudios eclesiásticos, desde 1892, en la preceptoría de Barriosuso, y entró en el colegio de los Padres Agustinos en Valladolid en junio de 1896. El siguiente 1 de agosto, empezó el noviciado en la orden agustina, en la que profesó el 2 de agosto de 1897. Cursó los estudios de filosofía en Valladolid y de teología en La Vid (Burgos). Recibió la ordenación sacerdotal el 17 de diciembre de 1904. Pasó seis meses en Alemania, adonde le enviaron sus superiores seguramente para que aprendiera nuevas técnicas pedagógicas. Regresó luego a Valladolid para dedicarse, con sucesivos cargos, a la formación e instrucción de los jóvenes religiosos. En 1909 obtuvo el grado de «lector» en la Orden y fue nombrado maestro de los profesos. En 1913 pasó a enseñar teología en La Vid, en 1916 consiguió el título de «regente» y en 1921 se graduó como «maestro» en teología de la Orden.

Entre 1922 y 1929 ejerció el cargo de superior en Valladolid, donde fue director de estudios desde 1923. Asistió al capítulo general de la Orden en 1925. En 1926 intervino en el capítulo provincial que erigió la nueva provincia del Santísimo Nombre de Jesús de España, para que la provincia de Filipinas continuara autónomamente su secular tradición misionera.

Como superior, demostró su profunda vocación religiosa, su aprecio a la Orden, exigente consigo mismo y con los demás en la observancia de los votos y de las constituciones. Vivía y enseñaba la vocación a la santidad, a la que es llamado particularmente el religioso.

> «Mas que nadie —predicaba— hemos sido elegidos para ser santos en el cuerpo y en el espíritu, con la verdadera santidad que

nace del interior y se extiende y derrama hacia fuera, esparciendo el buen olor de Cristo».

El capítulo provincial de 1929 lo eligió como consejero de la Provincia de Filipinas, a la que pertenecía, y se trasladó a aquellas islas. En 1933 fue elegido prior provincial y trasladó a España la sede de la provincia religiosa. En virtud de su cargo, tuvo que visitar las casas del vasto territorio de la provincia en Filipinas, China, Norteamérica, Argentina, Colombia, Perú, la Amazonia... Brilló en todo momento por su apasionada vocación misionera. Escribió en 1935:

> «Entre todos los ministerios a los que consagran su actividad los religiosos de la Provincia, uno de los que más la honran, y que, sin duda, atrae sobre ella las bendiciones del cielo, es el apostolado y la evangelización de los infieles».

Esta larga trayectoria de virtud y celo apostólicos, de ejemplaridad en la profesión religiosa, de amor a la Iglesia y al bien de las almas, hizo que la Santa Sede se fijara en él para designarle, en momentos harto difíciles, obispo de Teruel. Fue elegido por Pío XI para esta sede aragonesa, que llevaba adjunta la administración apostólica de Albarracín, el 21 de junio de 1935. No eran aquéllos los mejores tiempos para ser obispo, sentenció su madre, llena de sabiduría popular. Exhortó a su hijo a comportarse con valor: «¡También los mártires dieron su sangre por Cristo!», añadió. Palabras proféticas, suscitadas por la vía dolorosa que recorría la Iglesia en España y por la crisis que escindía la sociedad civil.

Fray Anselmo Polanco recibió la ordenación episcopal en Valladolid, en la iglesia del Santo Nombre de Jesús, que él había terminado siendo superior del colegio agustino, el siguiente 24 de agosto. El 7 de octubre, desde Zaragoza, firmaba la primera carta pastoral que enviaba a sus nuevos hijos en la fe:

> «He venido a dar la vida por las ovejas [...] Vivamos unánimes y concordes, seamos perfectos perseverando en un mismo querer, amándonos los unos a los otros, y orando juntos, de manera que al final de la jornada arribemos todos a la puerta [...] Que podamos aplicarnos las palabras del Pastor y Obispo de las almas por excelencia: "No hemos dejado perecer a ninguno de los fieles que entregasteis a nuestro cuidado y vigilancia"».

Al día siguiente hacía su solemne entrada en la ciudad episcopal, acogido por el entusiasmo de esta porción del pueblo de Dios que le había sido confiada. El siguiente día 12 realizaba igual función en Albarracín, siendo recibido con iguales manifestaciones de júbilo.

Empezó su servicio episcopal bajo el lema que había grabado en su escudo: «Yo de muy buena gana me gastaré y desgastaré por vuestras almas» (2 Cor 12,15). El nuevo obispo era muy consciente de que habían llegado los tiempos de la actividad y de la lucha. Gastó y desgastó todas sus fuerzas en el pastoreo diligente de los fieles, en la dedicación a los sacerdotes, a los seminaristas, a los religiosos y religiosas, en la promoción del apostolado seglar. En su acción pastoral, la Eucaristía era su centro y fuente de piedad y de apostolado. Promovía la devoción a la Virgen María. La catequesis atraía toda su atención. Se preocupaba, cual otro Santo Tomás de Villanueva —también obispo agustino—, de los pobres, a quienes socorría con todo el amor efectivo de su corazón y de sus manos.

Como primer colaborador de su ministerio episcopal, cuando no había transcurrido un mes de su entrada en la diócesis, eligió a un sacerdote, lleno de ciencia y de piedad, el canónigo Felipe Ripoll. Lo designó vicario general el 4 de noviembre de 1935. Había recibido la ordenación presbiteral el 23 de marzo de 1901, tras cursar sus estudios en el seminario turolense. Dice la bula de beatificación:

> «Desde el inicio de su ministerio, se dedicó a la formación de los seminaristas, de quienes fue profesor y rector. Fue canónigo y arcediano de la Catedral. Deseoso de progresar hacia la santidad, entró en la Compañía de Jesús, pero su salud no soportaba este tenor de vida, por lo que tuvo que interrumpir el noviciado y regresar a la diócesis, donde fue celoso y prudente penitenciario, y ejerció fervientemente su sagrado ministerio en la Acción Católica y en otras asociaciones. Fue un varón de Dios humilde, pobre, modesto, afable, devoto de la Sagrada Eucaristía, muy dado a la oración. El obispo Polanco lo eligió su vicario general y entre ambos surgió una fraternal comunión de espíritus».

Ya contaba 46 años cuando decidió ingresar en la Compañía de Jesús. Fue un celoso y prudente director espiritual. Ejerció su apostolado social en el Círculo de Obreros Católicos.

Ante las elecciones del 16 de febrero de 1936, el P. Polanco recordó a sus diocesanos el deber de votar en conciencia en aquel momento tan decisivo para la cuestión política y social del Estado. En su exhortación, empleando términos de «La Ciudad de Dios» de San Agustín, describe el momento presente como un enfrentamiento de las dos ciudades enemigas, «dos bandos opuestos del bien y del mal». Llama a sus fieles a acudir al «campo de batalla a ocupar el puesto que nos corresponde. Dios lo quiere; la Iglesia y la Patria lo reclaman». En las elecciones, triunfó el Frente Popular. Como era de prever, mal anduvieron las relaciones, ya deterioradas, entre la Iglesia y las fuerzas políticas dominantes en la II República española. El obispo de Teruel exhortaba:

> «Sed corteses y atentos con las autoridades civiles, mostrando que deseáis la concordia y que sois amadores de la paz [...] Si os fuese preciso defender los derechos de la Iglesia, hacedlo con celo y entereza; pero discretamente, sin violencia de lenguaje y evitando que se menoscabe la nobleza de la causa con los resquemores del amor propio».

No fue posible la paz y estalló la guerra fratricida, que muy pronto tomó, en el lado republicano, signos claros de venganza y persecución religiosa, en el bando llamado «nacional», muestras claras de revancha y de persecución también sangrienta a cuantos simpatizaban con el frente opuesto.

Entre el 18 y el 19 de julio toda España se vio inmersa en la guerra civil, por el levantamiento de varios jefes militares, desde diversas ciudades de la península y de las islas, contra las autoridades republicanas. España quedó escindida en dos zonas en guerra: la republicana y la llamada «nacional». Al principio de la contienda, Teruel quedó situada en esta última, pero ya el 20 de agosto estuvo cercada por el ejército republicano y sufrió un prolongado sitio. El obispo se refugió en el Seminario el primero de octubre. Junto a él, estaba su vicario general, pues afirmaba que su puesto era estar junto a su obispo. Estando en Zaragoza, cuando le aconsejaron no retornar a Teruel, don Felipe respondió: «Es preciso volver a Teruel aunque estemos en peligro; debemos estar dispuestos al martirio».

Al Seminario llegaban las tristes noticias de los destrozos de personas y de bienes eclesiásticos sufridos en su diócesis. Al Se-

minario acudían a refugiarse también muchos de sus sacerdotes perseguidos, a quienes el obispo acogía con inmensa caridad y con quienes hacía vida de comunidad. Aunque salió para realizar algunos viajes a la otra zona en conflicto, por ejemplo en ocasión de la muerte de su madre (agosto de 1937), volvió enseguida a Teruel porque —decía— «mi puesto está al lado de mis ovejas». Añadía: «Mientras haya un alma en la ciudad, tiene grey el obispo».

El domingo de Pasión, 14 de marzo de 1937, escribió una exhortación pastoral, que puede considerarse anticipo de la que el primero de julio saldría con la firma de la mayoría de los obispos españoles —entre ellos, el obispo Polanco que la firmó desde su ciudad episcopal asediada—, avalando como «Cruzada» el «Alzamiento nacional». En su escrito, el obispo Polanco, herido en su corazón de pastor y padre de la comunidad católica, menciona a los sacerdotes turolenses que han muerto «mártires de la fe», invita a los que quedan y volverán a sus parroquias a restaurar el espíritu cristiano, a «reedificar el templo de la fe, de la esperanza y del amor». Anima a todos a levantar el ánimo: «El amor redime y eleva. Es el instrumento que, diestramente manejado por la mano del soberano artífice, transforma las almas y las perfecciona, modelándolas y haciéndolas conformes a la imagen de Cristo crucificado». Así, pues, el Beato Polanco predica el amor para superar aquella horrible guerra entre dos bandos, que él mismo califica: uno formado por «los defensores de la religión, de la Patria y del orden», y el otro «los blasfemos que alardean de llamarse a sí mismos los sin Dios y sus aliados».

Desde el Seminario, en la medida de sus posibilidades, seguía animando la fe de sus diocesanos. Salía de su refugio para socorrer a las víctimas del asedio y de los bombardeos, en el durísimo y caótico invierno de 1937. Hubiera podido trasladar su residencia a Albarracín, ciudad ya en poder de las fuerzas «nacionales», pero prefirió quedarse con los que sufrían las embestidas de las tropas enemigas. Cada día en el Seminario visitaba, consolaba, atendía a los heridos y a los enfermos allí refugiados como él.

La ciudad de Teruel cayó en manos de las fuerzas republicanas el 7 de enero de 1938, tras 22 días de intenso asedio. Enton-

ces el obispo y su vicario general ya residían en el convento de Santa Clara, pues las bombas habían destruido el Seminario. Al día siguiente, el obispo, vestido de fraile agustino y con la cruz pectoral sobre el pecho, se presentaba a las tropas republicanas, con los sacerdotes que habían compartido su refugio, entre ellos el vicario general Felipe Ripoll.

En la comandancia republicana aseguraron al obispo que ni la vida de él ni la de sus sacerdotes corría peligro. Indalecio Prieto, ministro de Defensa, consideró al obispo prisionero de guerra, oponiéndose desde el principio a su fusilamiento. El aprisionamiento del P. Polanco tuvo amplio eco en la prensa española y extranjera. Al obispo y a su vicario, los condujeron en coche, primero a Rubielos de Mora y luego, en tren, hasta Valencia, donde fueron alojados en la cárcel de San Miguel de los Reyes, un antiguo monasterio cisterciense.

Empezarían ya las largas conversaciones sobre el destino y posible canje del ilustre prisionero entre las autoridades de la República —entre las que destacaba el Ministro de Justicia, Manuel de Irujo—, el régimen de Franco, el Vaticano y otras instancias y personalidades extranjeras.

En su cautiverio, el obispo mantuvo siempre su dignidad y sus ideas, no abjuró de su firma en la carta colectiva de 1937 del episcopado español, se desvivió para hacer llevadera, con admirable caridad, la suerte de sus compañeros presos.

El 17 de enero de 1938 el obispo Polanco, con sus compañeros de cautiverio, fueron trasladados de Valencia a Barcelona. Primeramente, por poco tiempo, quedaron detenidos en el cuartel «Pi i Margall», antiguo convento de dominicas de Monte Sión; luego pasaron al «depósito de prisioneros 19 de julio», anteriormente convento de las Siervas de María. Aquí recibió visitas de personajes ilustres, entre los cuales la del citado ministro Indalecio Prieto, que se interesaron para ponerlo en libertad. Ante la propuesta de exiliarse al extranjero, siempre respondió que en todo se sujetaría a la decisión de la Santa Sede. Mientras tanto, en su prisión de Barcelona perseveraba en la oración y en el apostolado, unido siempre a su vicario general.

Por la Navidad de 1938 las tropas franquistas se acercaban a Barcelona. En una operación de emergencia, los prisioneros de

la cárcel del «19 de julio» y de otra fueron evacuados conjuntamente hacia el norte, siguiendo los pasos de tantos republicanos hacia la frontera francesa, del propio ejército que se retiraba en desbandada. El 24 de enero de 1939, el P. Polanco y sus compañeros son conducidos en tren a Ripoll; de allí, a pie, son obligados a marchar, al anochecer del día 27, hacia Sant Joan de les Abadesses, adonde llegan el siguiente día 29. Al mediodía, el obispo de Teruel, los canónigos que le acompañaban y los mayores de 50 años, son hacinados en un camión que parte en dirección a Figueres. El 3 de febrero el obispo y sus compañeros estaban en Pont de Molins, en una masía.

Un puñado de milicianos de las tropas derrotadas, descontroladas, que practican la táctica de tierra quemada en su huida hacia Francia, se apoderan de los prisioneros en la casa de campo. A empujones los montan en un camión, los maniatan y desvalijan, los sujetan de dos en dos por las muñecas y, al llegar al barranco de Can Tretze, fusilan a los 42 prisioneros, queman sus cuerpos y los arrojan en la hondonada. Esto sucedía el 7 de febrero.

Hasta el día 17 un pastor no encuentra, casualmente, los cadáveres de las 42 víctimas. Dos días más tarde son enterrados en el cementerio de Pont de Molins, en una fosa común. El 3 de marzo fueron exhumados los restos venerables del P. Polanco y de su vicario Felipe Ripoll. Vía Barcelona y Zaragoza, los despojos son trasladados a Teruel y sepultados en la capilla de Santa Emerenciana, en la catedral, el día 5. Allí permanecieron hasta después de su beatificación, cuando fueron depositados en la cripta bajo el altar mayor, el 7 de febrero de 1996. La inscripción del altar reza: «Juntos hasta dar la vida por amor».

En 1950, el obispo sucesor de fray Anselmo Polanco, el franciscano fray León Villuendas, abrió la causa de canonización de los dos siervos de Dios. En 1952 el proceso entró en la Congregación de Ritos. En 1994 el papa Juan Pablo II aprobó el proceso del martirio de los dos fieles compañeros y los beatificó en San Pedro del Vaticano el día primero de octubre de 1995.

Ambos fueron testigos («mártires») de la fe en tiempos ásperos para la Iglesia y para la sociedad española; fueron pasto-

res que dieron la vida por sus ovejas, amando hasta el extremo, imitando al verdadero buen Pastor y primer mártir, Jesucristo.

PERE LLABRÉS

Bibliografía

Bibliotheca sanctorum. Prima appendice, t.I cols.1067-1069.
Breve de beatificación: *AAS* 88 (1996) 796-799.
Sobre el obispo Polanco:
ALONSO, C., *Beato Anselmo Polanco, obispo y martir* (Valladolid 1996).
— *Nuevo año cristiano. Febrero* (Madrid 2001) 128-134.
APARICIO LOPEZ, T , *Anselmo Polanco. Al servicio de Dios y de la Iglesia* (Madrid 1995).
BELTRAN, J., *Tras las huellas del P. Polanco* (Teruel 1989).
— *Anselmo Polanco Fontecha,* en C. LEONARDI - A. RICCARDI - G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los Santos,* I (Madrid 2000) 214-217.
CAMBLOR, L., *El obispo mártir de Teruel. Reseña biografica del Excmo. y Rdmo. P. Anselmo Polanco, OSA* (Madrid 1952)
FERRERES GUARDIOLA, E., *Fiel hasta la muerte* (Barcelona 1941).
FUEYO, A. DEL, *Heroes de la epopeya. El obispo de Teruel* (Barcelona 1941).
MARTIN ABAD, J., *Dar la vida por amor* (Roma 1955).
PASTOR SANJOSE, M., *El P. Anselmo Polanco, modelo de religioso agustino al servicio de la Iglesia* (Carta circular del Provincial de Filipinas) (Madrid 1995).
RAGUER, H., *La pólvora y el incienso. La Iglesia y la guerra civil española (1936-1939)* (Barcelona 2001).
Sobre el Beato Felipe Ripoll:
BELTRAN, J., *Felipe Ripoll. Historia de una fidelidad* (Madrid 1955).
— *Felipe Ripoll,* en C. LEONARDI - A. RICCARDI - G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los Santos,* I (Madrid 2000) 784-786.

BEATA MARÍA DE LA PROVIDENCIA (EUGENIA SMET)

Virgen († 1871)

Larga es la lista de fundaciones femeninas en el siglo XIX. Coinciden la mayoría en la insignificancia de sus orígenes, motivo de burla y contradicción en los ambientes circundantes. Hoy, cabalgando sobre una centuria muy rebasada, percibimos las claves de su permanencia y su extensión, reconociendo la mano de Dios que se complace en realizar grandes obras valiéndose de lo que el mundo desprecia. El caso de María de la Providencia, Eugenia Smet, se ve ilustrado con llamativa prolijidad y ponderación por el papa Pío XII, en la carta apostólica de su beatificación.

Su vida se reduce a 46 años, transcurridos en un continuo crecer en santidad desde el cristiano hogar paterno en Lille hasta su muerte en París, crucificada con Cristo por un cáncer terrible. Señalemos desde el comienzo la nota original de esta fundadora: tendió un puente de amor entre la Iglesia militante y la Iglesia purgante. El nombre de la congregación por ella fundada denota una novedad que sorprende: Hermanas Auxiliadoras de las Almas del Purgatorio; pero se nutre vigorosamente de los principios de la escatología católica hasta el punto de apropiarse como norma de vida las palabras de San Bernardo, referidas a las almas del Purgatorio: «Iré en su auxilio, interpelaré con gemidos, imploraré suspirando, ofreceré oraciones y sacrificios...».

Nació en Lille (Francia) el 25 de marzo de 1825, en una acomodada familia muy piadosa. Fue la tercera de los seis hijos que tuvieron Enrique Smet y Paulina de Montdhiver. En el bautismo, el mismo día de su nacimiento, le impusieron los nombres de Eugenia, María y Josefa. Cinco años después la familia se fue a vivir a Loos, en la periferia de Lille, en una deliciosa casa de campo. Pío XII comenta el dato haciendo concesiones a la poesía: «En campo verde y florido, Eugenia, como flor selectísima, se adornó interiormente con la hermosura celestial». Habiendo hecho la primera comunión a los diez años, dio continuas muestras de piedad tanto en su propia casa como en la modesta iglesia rural. El clima de devoción popular a las Benditas Almas del Purgatorio propició sus primeros propósitos de ofrecer por ellas su vida.

En 1836 entró en el colegio de las Hermanas del Sagrado Corazón de la ciudad de Lille. Fueron siete años de formación en los que quedó muy acreditada como laboriosa y dócil. Practicó los ejercicios espirituales ignacianos junto a las monjas en 1842. Al terminarlos, el 25 de enero, se sintió llamada a entrar en el Instituto del Sagrado Corazón, pero aplazó el ingreso por consejo del director espiritual y de sus propios padres. Pese a todo, registró la fecha del 25 de enero de 1842 como el día de su *conversión,* ya que desde ese día vivió enteramente consagrada a Dios: colaboración en las obras parroquiales, especial dedicación a las obras misionales de la Propagación de la Fe y de la Santa Infancia.

En 1850 el confesor le permitió hacer voto de virginidad, primero temporal y luego perpetuo. Lo vivió en solitario, confiando plenamente en los planes de la providencia, mientras su espiritualidad se centraba cada vez más en las almas del Purgatorio. En la mañana del Día de Todos los Santos (1 de noviembre de 1853), cuando estaba rezando por los fieles difuntos, tuvo la inspiración de fundar una asociación de fieles que ofrecieran sus oraciones y sacrificios por las almas del purgatorio. El mismo día por la tarde reclutó a los primeros miembros, entre ellos sus propios padres. Pero al día siguiente, Día de los Fieles Difuntos, vio el proyecto con nueva precisión: la fundación de una verdadera congregación religiosa. En medio de dudas y vacilaciones suplicó del Señor especiales señales de aceptación, entre ellas la de encontrar un sacerdote —no sabía cuál— que secundase el proyecto. Como, además, la fama del Santo Cura de Ars se había difundido por toda Francia, ella recabó su consejo, que obtuvo respuesta profética: «Fundará la Orden para las almas del Purgatorio».

La Providencia venía disponiendo las cosas... En París, el humilde sacerdote P. Largentier había reunido a cinco piadosas mujeres para el mismo fin. Hubo comunicación epistolar entre ambos y Eugenia viajó a la capital y fue puesta al frente de la pequeña comunidad. El 27 de diciembre de 1856 la fundadora y sus compañeras hicieron los votos temporales de pobreza, castidad y obediencia, añadiendo un cuarto voto: «Rezar, sufrir y trabajar por las almas del Purgatorio». Había visto con tanta claridad la mano de Dios que decidió llamarse desde entonces María de la Providencia. También aquí se repitió la difícil sintonía entre la fundadora y el sacerdote ayudador que se siente fundador.

En la carta apostólica se hace mención, sin nombrarla, de una señora «riquísima y munificentísima» que la Providencia puso en su camino: pudo así contar con casa apropiada. Más difícil fue encauzar a la incipiente comunidad: demostraron no valer algunas de aquellas mujeres; otras vinieron a reemplazarlas y el número se incrementó. La fundadora formaba con sus instrucciones y, sobre todo, con su ejemplo. El tiempo demostró cuán hondo había calado en ella el espíritu de San Ignacio de

Loyola desde sus primeros años en el Colegio del Sagrado Corazón. Su director espiritual durante siete años, P. Olivaint, dio forma en 1859 a la Regla definitiva, adaptando, como otras tantas congregaciones del siglo XIX, las constituciones de la Compañía de Jesús. Pronto se ofreció la posibilidad de abrir nuevas casas, pero la fundadora buscaba sobre todo «que se robustecieran las raíces».

El primer impulso misionero reverdeció en ella con fuerza... En 1864 comenzó los trámites para ir a China, determinando fundar en Shangai. Fue el germen de la expansión misionera de la Congregación. Sus últimos años estuvieron marcados por un cáncer dolorosísimo, asistida espiritualmente por el P. Olivaint en la casa de París. La agonía se prolongó varios meses, en continuo ofrecimiento de sus dolores.

Falleció el 7 de febrero de 1871. Fue beatificada en Roma por Pío XII el 26 de mayo de 1957.

JOSÉ M.ª DÍAZ FERNÁNDEZ

Bibliografía

GANUZA, J. M.ª, *Eugenia Smet* (Burlada 1959)

GARDEY DE SOOS, T., *Comme attraverso il fuoco (1 Cor 3,16): Eugenia Smet, Beata Maria della Provvidenza fondatrice delle Ausiliatrici del Purgatorio (1825-1871)* (Cinisello Balsamo 2000).

RENE-BAZIN, M., *Visse il suo nome, Beata Maria della Provvidenza* (Brescia 1955).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN RICARDO

Seglar († 720)

La verdadera historia de este santo es que se trataba de un piadoso señor inglés que con sus hijos, Wilibaldo, Winibaldo y Walburga, iba en peregrinación a Roma y al pasar por Luca murió allí. Sus hijos, que todos fueron santos, quisieron luego llevarse los restos paternos pero el pueblo de Luca lo impidió.

Wilibaldo fue compañero de San Bonifacio en su labor evangelizadora, fue monje en Heidenheim y fue consagrado obispo de Eichstätt; Winibaldo fue también compañero de San Bonifa-

cio y estuvo al frente del monasterio masculino de Heidenheim, al tiempo que Walburga presidía el monasterio femenino.

Todos ellos procedían de Wessex en Inglaterra, cruzaron el Canal de la Mancha y desembarcaron en Francia, donde visitaron numerosos santuarios y sepulcros de santos con gran piedad y devoción.

Solamente una leyenda tardía hacía a San Ricardo rey en Inglaterra, lo que no fue.

BEATO RICERIO DE MUZZIA

Presbítero († 1236)

Nació en Muzzia en el último cuarto del siglo XII. Era un joven estudiante en Bolonia cuando oye predicar a San Francisco de Asís y, lleno de entusiasmo, le pide el hábito franciscano. Lo admite el Santo y le hace completar los estudios, tras de lo cual le manda se ordene sacerdote y, comprobada su capacidad y disponibilidad, Francisco lo envía a la Marca de Ancona como provincial. Realiza su oficio a plena satisfacción de San Francisco. Pero le asalta una terrible prueba interior: desespera de su salvación y decide volver a Asís a abrir su alma a su padre y mentor. Francisco estaba en su última enfermedad pero, ya antes de que llegara, le envía un mensaje asegurándole su amor de padre y cuando Ricerio se postra ante él le hace la señal de la cruz en la frente y disipa aquella turbación para siempre. Ricerio se quedó en Asís y asistió al tránsito y entierro de San Francisco.

Vuelto a Ancona, vivió diez años de intensa actividad apostólica, celoso del bien de su Orden y del de las almas. La muerte le llegó estando en el eremitorio de Santiago, cerca de su pueblo, Muzzia, el 7 de febrero del año 1236. Su culto inmemorial fue aprobado por el papa Gregorio XVI el 14 de diciembre de 1838.

BEATO ANTONIO DE STRONCONE

Religioso († 1461)

Hijo de Luis e Isabel Vici, nace en Stroncone hacia el año 1381 en el seno de una noble familia y muy religiosa. Muy joven

entra en la Orden franciscana en la rama de los Observantes donde profesó.

Tuvo la misión de procurar la vuelta a la obediencia de la Orden a los llamados espirituales o fraticelos, los hermanos «de vida pobre». Desempeña su misión primero en la zona de Siena y luego en Córcega. En 1431 se retiró al convento de Carceri, cerca de Asís, donde llevó una vida de austeridad increíble. En 1460 pasó a San Damián en el propio Asís. Allí murió santamente el 7 de febrero de 1461. El papa Inocencio XI confirmó su culto el 28 de junio de 1687.

BEATO TOMÁS SHERWOOD

Seglar y martir († 1578)

Este joven seglar inglés, a quien el martirio impidió ingresar en el seminario de Douai, a donde aspiraba entrar en cuanto mejorara su padre, fue martirizado el 7 de febrero de 1578 por su condición de católico.

Lo denunció el hijo de una amiga mientras iba por la calle, y fue encerrado en la Torre de Londres donde se le presionó para que dijera los lugares donde se celebraba la misa y quiénes eran los otros católicos que él conocía. El mártir se mantuvo firme. Intentó ayudarlo William Roper, el yerno de Santo Tomás Moro.

Tras estar en la Torre seis meses, fue sentenciado a muerte y ejecutado en la plaza londinense de Tyburn, siendo ahorcado y luego descuartizado. El joven se había mantenido firme en la confesión de la fe y no había traicionado a sus hermanos católicos. Fue beatificado el 15 de diciembre de 1929.

BEATOS SANTIAGO SALÈS Y GUILLERMO SAULTEMOUCHE

Religiosos y martires († 1593)

El 7 de febrero de 1593 en Aubenas padecieron martirio los religiosos jesuitas padre Santiago Salès y hermano Guillermo Saultemouche. El segundo, hermano coadjutor, podía haber salvado la vida pero se negó a separarse del sacerdote, a quien

decía le había dado la obediencia por compañero. Llegada la hora, cuando vieron que en efecto se disponían sus verdugos a darles muerte, ambos se arrodillaron para esperar la muerte en actitud de oración. Ambos, además, se pusieron a orar encomendando sus almas al Señor. El sacerdote recibió un arcabuzazo, luego una puñalada y finalmente otro le clavó un cuchillo en la garganta que acabó con su vida. El hermano Guillermo se echó entonces sobre el cadáver del sacerdote afirmando que nunca se separaría de él. Con una espada le atravesaron el costado, siendo luego rematado con sables y mazazos. Expirando no dejaba de pronunciar el nombre de Jesús. Eran las dos de la tarde.

Santiago había nacido en Lezoux (Francia) el año 1556. Muerta su madre cuando tenía diez años, fue confiado al colegio jesuita de Billon, de donde le vino su vocación a la Compañía en la que ingresó el año 1573. Hechos los estudios y ordenado sacerdote, fue profesor de teología unos años, pasando luego a las misiones populares, en las que inculcaba una gran devoción al Santísimo Sacramento. Devuelto a Tournon para enseñar otra vez teología, simultaneó este encargo con la predicación popular. El gobernador de Aubenas, ciudad reconquistada de los hugonotes, solicitó para el adviento de 1592 un jesuita que fuera buen teólogo pues era inevitable la disputa con los protestantes. Fue designado Santiago y se le dio por compañero al hermano Guillermo Saultemouche que lo acompañase y asistiese.

Guillermo había nacido en Saint-Germain-l'Herm (Francia) en 1557, hijo de un italiano, por lo que su apellido originario era Saltamocchio, pasado luego al francés. Había ingresado en la Compañía de Jesús en 1579 y estaba destinado en Tournon hacía poco, con fama de religioso cumplidor y diligente. Ambos marcharon animosos a cumplir el encargo.

El domingo primero de Adviento hubo el primer sermón, y acudieron también protestantes a oírlo. Sus predicaciones gustaron tanto que se le pidió al provincial de la Compañía lo dejaran allí hasta Pascua, y así se concedió. Hecha la predicación en la ciudad, se pensó en visitar también los pueblos cercanos, y en efecto Santiago y Guillermo los visitaron. Pero en Ruoms uno

que se había hecho protestante sin pensarlo demasiado, como tenía dudas de conciencia, le pidió al P. Santiago que tuviera una discusión pública con el ministro protestante Pedro Labat. Y se convino que la discusión tendría efecto, pero Labat no se presentó.

El P. Santiago llega a percatarse de que los hugonotes pensaban romper la tregua y apoderarse de Aubenas, y decidió por ello volver a esta ciudad y dar el aviso. Pero no se le hizo caso sino que se insistió en que los hugonotes guardarían la tregua. Esta falsa confianza sirvió para que en efecto el 6 de febrero de 1593 la ciudad fuera asaltada por los hugonotes, que fácilmente se apoderaron de ella. En cuanto la ciudad fue suya, buscaron y detuvieron a los dos jesuitas. Llevados a la casa del juez La Faye, había allí varios ministros protestantes que tuvieron diatribas con el sacerdote católico sobre diversos puntos de doctrina, discutiéndose especialmente sobre el sacramento de la eucaristía. Uno de los pastores protestantes era Labat, el que no compareció a la diatriba preparada días antes. A éste le entregó el P. Santiago un manuscrito con los argumentos católicos a favor de la presencia real de Cristo en la eucaristía. Labat lo tomó y en un sermón público que dio a continuación rebatió la doctrina católica sobre el asunto. Seguidamente incitó al jefe de los hugonotes a que acabara con la vida del jesuita. Y acompañado del mismo y otra gente armada acudió a donde ambos religiosos estaban detenidos. Cuando llegaron y el P. Santiago vio su intención intentó salvar la vida del hermano, haciendo ver que no era más que su acompañante, pero cuando se fueron a llevar al sacerdote, el hermano Guillermo se negó a abandonarlo. Y por ello ambos fueron martirizados, como queda narrado más arriba. Los cuerpos de los mártires fueron luego arrastrados por las calles de la ciudad.

El papa Pío XI beatificó a ambos mártires el 6 de junio de 1926.

SAN JUAN DE TRIORA

Presbítero y mártir († 1816)

Francisco María Lantrua, que en religión se llamó Juan, nace en Triora el 15 de marzo de 1760. Siente la vocación religiosa en la adolescencia e ingresa a los 17 años en los franciscanos observantes de la provincia romana. Pronuncia sus votos y se prepara para el sacerdocio, que ejercita con manifiesto celo en la predicación y en la dirección de las almas.

Su Orden lo estima como varón de Dios y le confía el cargo de guardián en varios conventos, distinguiéndose por su celo en la guarda de la observancia conventual. En 1798 solicita ser enviado a las misiones, y es aceptada su demanda, siendo destinado a la China. En 1799 llega a Macao, y de allí pasa al territorio que se le había asignado, las provincias de Shansi y Hunan. Aquí trabaja sin descanso, recorriendo cientos de kilómetros para visitar exiguos centros cristianos que habían sido antes comunidades florecientes. Reanima a los cristianos que quedan y al tiempo extiende a otros muchos su labor evangelizadora.

En 1804 pasa a Kiang-si, donde trabaja con gran dedicación hasta el año 1812 en medio de graves peligros, pues las leyes persecutorias estaban vigentes y se llevaban en aquella provincia a rajatabla. Una de esas leyes era la recompensa sustanciosa que se ofrecía a quienes delatasen a los sacerdotes extranjeros. Un catequista lo denunció y, aunque se produjo el asalto a su casa, fray Juan pudo huir y refugiarse en el Hunan.

Fray Juan fue apresado en el verano de 1815 y llevado a un oscuro calabozo de Shansi, donde permaneció siete meses, con las manos, pies y cabeza sujetos a unas argollas, que a su vez estaban sujetas a un muro, en un tormento continuo. Sobrellevó el largo tormento con la continua plegaria y el ofrecimiento a Dios de su vida por la causa de su Reino. Le proponen salvar la vida si pisa la cruz, pero se niega, y entonces es condenado a muerte. Sacado de la cárcel y llevado al lugar del suplicio, adoró al Señor con cinco postraciones, según el uso de los fieles chinos. Entrega unas monedas al verdugo y le ruega no lo desnude. Fue ahogado con un nudo corredizo echado a su cuello. Era el 7 de febrero de 1816. Medio siglo más tarde, sus reliquias serían llevadas al convento de Araceli de Roma. Ha sido cano-

nizado el 1 de octubre del año 2000 con los demás mártires de China.

BEATO ADALBERTO NIERYCHLEWSKI

Presbítero y mártir († 1942)

Fue el primogénito de una familia numerosa, siendo sus padres Juan y Ana, y naciendo el 20 de abril de 1903 en Dabrowice (Polonia).

En Wloclawek fue alumno del instituto y ya entonces mostró su caridad y sociabilidad ayudando a los niños que no tenían escuelas a aprender las primeras letras. En cuanto llegó a la adolescencia, surgió en él la vocación religiosa, que él ponderó detenidamente antes de dar el paso decisivo, lo que aconteció en el mes de julio de 1923, en que ingresó en la Congregación de San Miguel Arcángel.

Hizo con notable aprovechamiento el noviciado y emitió los votos religiosos el 15 de octubre de 1925, y dos años más tarde, el día de la Inmaculada se le permitía emitir la profesión religiosa perpetua.

Hizo a continuación los estudios de filosofía y teología en la Universidad Jagellónica de Cracovia, y en esta ciudad recibió la ordenación sacerdotal el 20 de julio de 1932.

Su congregación lo destinó a la enseñanza en el seminario menor de la misma y también en la Escuela Profesional de Pawlokowice, pasando luego como educador a Miejcse Piastowe.

En 1938 los superiores lo envían de nuevo a Cracovia, esta vez como superior de la casa religiosa de su congregación, y responsable de la editorial Templanza y Trabajo.

Estaba ejerciendo con gran dedicación sus deberes cuando, tras la ocupación alemana de Polonia, es arrestado el 20 de octubre de 1941 y llevado a la cárcel de la calle Montelupich en la propia Cracovia. De ahí fue llevado a comienzos de 1942 al campo de concentración de Auschwitz. Murió víctima de una pulmonía que cogió a consecuencia de los baños calientes-fríos que practicaban con los presos los responsables del campo. Su muerte tuvo lugar el 7 de febrero de 1942. Fue beatificado por Juan Pablo II el 13 de junio de 1999. Fue un hombre de profun-

da religiosidad, ejemplar desde joven, entregado a su ministerio por completo y llevó la cárcel y el confinamiento en el campo de exterminio con gran paciencia, mostrándose afable y servidor de todos.

BEATO PEDRO VERHUN

Presbítero y mártir († 1957)

En su visita pastoral a Ucrania del mes de junio del año 2001 el Santo Padre Juan Pablo II beatificó en la ciudad de Lvov un escogido número de siervos de Dios, los más de ellos mártires durante la dura persecución antirreligiosa llevada a cabo por el comunismo a lo largo de su dilatada permanencia en el poder.

Entre esos mártires estaba este sacerdote de la archieparquía de Lvov de los Ucranios, visitador apostólico de los católicos ucranianos residentes en Alemania. Había nacido en la población de Horodok, región de Lvov, el 18 de noviembre de 1890. Habiendo sentido la vocación sacerdotal y hechos los pertinentes estudios había accedido al sacerdocio el 30 de octubre de 1927.

Habiendo no pocos ucranianos católicos en territorio alemán, Pedro fue destinado a atenderlos espiritualmente, y el joven sacerdote puso en ello gran dedicación y voluntad, consciente de la situación delicada en que estos compatriotas suyos vivían y deseando ayudarles en todo, singularmente en la perseverancia en la fe católica. Como su labor era muy sobresaliente y se quería subrayar la satisfacción de la Santa Sede por ella, el papa Pío XI le concedió en 1937 el título de prelado doméstico de Su Santidad.

Monseñor Verhun continuó su labor con gran celo y eficacia, pese a las dificultades por las que en la Alemania nazi pasaba en general la Iglesia y concretamente los no ciudadanos alemanes. Y para reforzar su autoridad y salir al paso de cualquier problema derivado de la dependencia de obispos situados fuera de Alemania, en 1940 el papa Pío XII estimó más oportuno que Monseñor Verhun fuera nombrado visitador apostólico de los católicos ucranianos residentes en Alemania. Continuó su labor

apostólica y social en los años más que difíciles de la guerra y hubo de asistir al derrumbamiento del III Reich.

Un mes más tarde de la capitulación de Alemania, la policía secreta rusa lo detuvo estando el en Berlín bajo la acusación de traicion y fue por ello juzgado y condenado a ocho años de trabajos forzados. Pedro llevó con gran paciencia y serenidad de alma esta tremenda prueba y no dejó de dar un testimonio coherente de fe y fortaleza cristiana en medio de los trabajos que hubo de realizar a lo largo de siete años y que minaron su salud de forma irremediable Por fin se le dejó en libertad en 1952. Pero estaba ya gravemente enfermo y de resultas de la enfermedad vino a morir lleno de méritos y virtudes en Angarsk (Siberia) el 7 de febrero de 1957. Como su muerte estuvo directamente relacionada con sus sufrimientos en los campos de trabajos forzados, la Iglesia lo considera un verdadero mártir.

8 de febrero

A) MARTIROLOGIO

1 En Somasca, territorio de Bergamo, San Jeronimo Emiliano († 1537), fundador de la Congregacion de Clerigos Regulares de Somasca **

2 En Schio (Italia), Santa Josefina Bakhita († 1947), virgen, religiosa de la Congregacion de las Hijas de la Caridad **

3 En Alejandria de Egipto, la conmemoracion de Santa Cointa († 259), martir *

4 En Pavia, San Juvencio († 397), obispo

5 En Constantinopla, los santos monjes del Monasterio de Dio, que por llevar cartas al papa San Félix III contra Acacio, fueron martirizados (s V)

6 En Bretaña, San Jacuto (s VI), abad

7 En Milan, San Honorato († 570), obispo

8 En Verdun, San Pablo († 647), obispo y monje, que instituyo la vida comun de sus canonigos

9 En Albano (Lacio), Beato Pedro llamado Igneo († 1089), cardenal obispo y antes monje de Valleumbrosa *

10 En Muret, San Esteban († 1124), abad, fundador de la Orden de Grandmont **

11. En Savignano (Turín), Beata Josefina Gabriela Bonino († 1906), virgen, fundadora de la Congregación de la Sagrada Familia de Nazaret **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN ESTEBAN DE MURET
Abad († 1124)

Fundador de la Orden de Grandmont. Nació en Thiers (Auvergne) el año 1046. Murió en Muret el 8 de febrero de 1124. Canonizado en 1189.

> «Si vienes aquí, tendrás que clavarte en la Cruz y perder tu dominio sobre tus ojos, tu boca y los demás miembros de tu cuerpo [...] En otros monasterios es donde hallarás magníficos edificios y campos y buenos establos [...] Aquí solamente la pobreza y la cruz».

Quien así hablaba era un hacendado francés, hijo del vizconde de Thiers, que después de repartir sus bienes entre sus hermanos Guido y Guillermo, reservándose solamente un anillo, emblema familiar, salió en busca de la aventura de Dios sin otro rumbo que el que le deparara la Providencia. Y Dios, que no falla nunca, después de atravesar parajes solitarios, le deparó el hallazgo de una gruta-ermita donde vivía un santo eremita, llamado Gaucher, que, alejado del mundo, gozaba del fervor de la vida solitaria.

Esteban en el fondo de su alma sintió con claridad que aquel lugar y aquellas personas eran los señalados por Dios para satisfacer las ansias que con tanto anhelo buscaba.

Allí, bajo la dirección experimentada de aquel siervo de Dios, templó su alma para luego adentrarse en solitario por los bosques de Muret, a tres leguas de Limoges, fijando su residencia en lo alto de un montículo.

El novel ermitaño tenía unos treinta años.

Sólo le acompañaba el recuerdo de la vida a la que había renunciado, actualizada siempre por el anillo, único objeto de su pasado nobiliar.

Comenzó su generosa entrega con una fórmula de consagración a Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo y la re-

nuncia a todas las seducciones del demonio y a todas las pompas y vanidades del mundo.

Aquella consagración fue incluso un voto, que iba a ser recordado de por vida gracias al anillo, que ahora se convertía en un signo de renuncia y defensa para llegar hasta las puertas de la eternidad.

Él mismo se construyó una humilde cabaña con las ramas de los árboles y los hierbajos que crecían salvajes en la espesura del bosque.

El esquema de su vida no podía ser más sencillo y por ello rayano en la sublimidad:

— Votos: no volver más al mundo. Renuncia absoluta.

— Comida: pan y agua. Sólo en los momentos de extrema debilidad tomaba un potaje compuesto de hierbas y harina.

— Cama: dormía en una fosa cavada en la tierra en forma de tumba.

— Hábito: un tosco sayal de saco oscuro.

— Ropa: un cilicio de puntas aceradas que se clavaba en sus pocas y debilitadas carnes.

— Compromiso: la oración y el sacrificio permanente.

— Rezos: los oficios de la Trinidad, la Virgen y los difuntos.

— Trabajo: recibir y aconsejar a cuantos se acercaban hasta su persona.

— Aspecto: el de un ángel con una permanente sonrisa en los labios.

— Postura preferida: de rodillas, humillándose hasta el punto de criar callos en los codos y en las rodillas.

— Duración: unos cincuenta años. Hasta su muerte.

— Muerte: un día cualquiera de un frío invierno: 8 de febrero de 1124.

No resulta nada fácil aceptar todos los extremos de este retrato. Sólo los certificados de la historia más rigurosa, nos obligan a humillarnos ante la existencia de un personaje tan singular.

Esteban, llamado hoy Esteban de Muret o Esteban de Thiers, era hijo del vizconde de Thiers y de su esposa Cándida o Blanca, de la nobleza más relevante de la vecina Francia. Matrimonio piadoso, les faltaba para colmar su felicidad la presencia de un hijo, que les regaló la Providencia en 1046, cuando ya

habían pasado bastantes años de matrimonio. Llegarían después otros. Fue, por eso, el primero, considerado como una gracia especial y lo consagraron al servicio divino.

Siendo jovencito, hacia los doce años, su padre lo llevó de viaje por Italia, lugar siempre atractivo para los creyentes.

Al llegar a Benevento, en el sur de Italia, Esteban enfermó y como se dilatara su curación el padre lo dejó al cuidado de los obispos diocesanos, primero Ulderico y luego sus sucesores Aurelio y Milo o Milón.

Tan pronto como marchó su progenitor, el joven comenzó a mejorar con tal rapidez que a todos les pareció el signo con el que la Providencia marcaba el deseo de que Esteban permaneciera al lado del obispo, quien le rodeó de excelentes maestros y educadores e incluso él mismo lo instruía personalmente en no pocas ocasiones. El tiempo que estuvo en el arzobispado de Benevento se calcula en doce años, hasta los veinticuatro de la vida del santo.

Se le consideró tan aventajado que muy pronto estaba en condiciones de volver a su tierra. Antes de regresar visitó una comunidad religiosa en Calabria que le absorbió hasta el punto de quedarse entre ellos el tiempo suficiente para asimilar su penitencial espíritu. El joven Esteban quedó prendado de la exclusiva dedicación a la contemplación de los monjes calabreses, ajenos por completo a los intereses materiales, que quedaban en manos de los hermanos legos.

Visitó luego Roma, pero a pesar de ser incluso acogido por ilustres purpurados nada le pareció igualar el espíritu que había respirado en Calabria. Por eso enseguida pensó volver a Francia, dispuesto a crear una comunidad como la que había admirado en el monasterio calabrés.

Antes quiso comunicar sus deseos al papa Alejandro II, quien admirado de la ejemplaridad de Esteban, prefería retenerlo a su lado. Allí continuó algún tiempo incluso con su sucesor Gregorio VII. No acertaban a comprender cómo un joven de tan brillante linaje y porvenir estaba empeñado en dejarlo todo en pro de una vida tan extraordinariamente oscura y austera. Le ofrecieron altas dignidades y beneficios, sin conseguir doblegar sus propósitos.

El Sumo Pontífice se convenció personalmente del designio especial que pesaba sobre Esteban y le dejó marchar aprobando anticipadamente sus deseos por una bula que lleva fecha del 1 de mayo de 1073.

Sin pérdida de tiempo, ya en Francia, comenzó a traducir la experiencia eremítica que había asimilado en Calabria Fue entonces cuando se encomendó a la Providencia y salió a la aventura de dejar, confiado, en manos de Dios la realización de su plan que ya hemos dicho realizó en los bosques de Muret a tres leguas al noroeste de la ciudad de Limoges, centro-oeste de Francia.

El ascetismo practicado por Esteban atrajo muy pronto la atención de los habitantes de los alrededores, que convirtieron la humilde cabaña en centro de peregrinación para buscar bendiciones y pedir consejos. Todos estaban convencidos de que había sido regalado por Dios con el don de discernir los espíritus. Una tarea en la que consumía no sólo el día sino también no pocas horas de la noche y que, sin embargo, no era justificación para dejar su vida de oración y penitencia. Al contrario, no pocas veces le impedía tomar su frugal alimento de pan y agua.

Un tan claro ejemplo de virtud atrajo con rapidez otros imitadores. Se cree que al año de su retiro ya aparecieron los dos primeros seguidores Sin embargo, se sentían incapaces de imitar sus exigentes austeridades Se conformaban con seguir una discreta frugalidad en la comida y un austero vivir, junto al silencio necesario para buscar la unión con Dios.

Nunca aceptó que le llamaran maestro, abad o padre, sino simplemente «corrector», justificándose como el servidor de los siervos de Dios. No quiso pasar nunca del diaconado. Si tenía alguna predilecccción era para los pobres, a quienes dedicaba lo mejor de su tiempo y sus más hermosas solicitudes. Con ellos pasaba largas horas. Y cuando se quedaba con su sola compañía solía repetir

> «¿Ahora quereis que me retire, cuando Jesucristo esta con nosotros? No quiera Dios que incurra en semejante falta de delicadeza es deber mio servir al divino Salvador en la persona de estos sus miembros» *(El Santo de cada dia)*

Entre los visitantes que llegaron hasta su choza se cuentan los cardenales Gregorio Papareschi, luego Sumo Pontífice con el nombre de Inocencio II, y Pedro de León, Anacleto II, que en 1130 se opuso al verdadero sucesor de Pedro aupado por la familia de los Pierleoni. Unas visitas de las que dudan no pocos historiadores, pero que sirven para realzar la consideración y la estima de Esteban en aquel momento difícil para la Iglesia.

En una vida de a la vez tan sencillas y heroicas obligaciones Esteban comprendió que llegaba la hora de partir de este mundo. Inundado de un radiante gozo reunió a sus discípulos y se despidió de ellos con palabras como éstas:

> «Hijos míos, os lego en herencia a Dios nuestro Señor, ¿qué tenéis que temer? Por encima de todo amad al Señor, que es todo bondad; amaos los unos a los otros. Practicad fielmente vuestras Reglas y abrazad sin descanso la santa pobreza y la mortificación. Si camináis resueltamente por la senda que os he mostrado, el Señor os concederá cuanto necesitéis. Nunca me ha faltado nada durante los cincuenta años que resido en estas soledades. Otro tanto acaecerá con vosotros, si en nuestro Padre celestial cifráis vuestra confianza y si cumplís fielmente las Reglas que os dejo» *(El Santo de cada día).*

Fortalecido por los divinos auxilios moría, acto seguido, el día 8 de febrero de 1124.

Inicialmente recibió sepultura en Muret, pero cuatro meses más tarde sus monjes se vieron obligados a emigrar de allí, pues los agustinos de Limoges hacían valer sus derechos sobre aquel monte. Fundaron una nueva casa en Grandmont, un monte estéril, que por su propia estructura predicaba la penitencia. Serviría para dar nombre a la nueva congregación.

En vida de Esteban, les había bastado a sus discípulos el ejemplo del que solamente aceptaba ser llamado su Corrector. No parece que se hubiera formalizado como tal congregación religiosa. Les servía la regla del Evangelio aunque le parecían muy dignas de tenerse en cuenta las reglas de San Agustín y San Benito, junto a los ejemplos de los santos que él leía con avidez.

La conversión de sus seguidores en una verdadera congregación monástica se hizo por obra del cuarto superior, Esteban de Liciac, entre 1150-1160, ya hecho el traslado a Grandmont.

Este mismo superior, por el año 1143, recopiló todos los recuerdos y enseñanzas del fundador en un libro titulado *Liber sententiarum seu rationum.*

En él se recoge el espíritu captado por Esteban en el monasterio de Calabria sintetizado en una austeridad extrema, sin propiedades ni legados, sin boato ni ruido exterior, dejando toda la administración temporal en manos de los conversos o legos. Para muchos pasan estas obras como realizadas por el propio fundador, ya que en ellas se recoge con suma perfección el espíritu de la nueva fundación.

Tras la muerte de Esteban el proceso de canonización no se hizo esperar. Comenzado en tiempos de Honorio II, fue introducido por Urbano III y canonizado por Clemente III, el 21 de marzo de 1189. El día de la publicación de la bula pontificia en Grandmont, 30 de agosto de 1189, supuso una brillante jornada a la que asistieron 28 prelados y el cardenal Juan Conti como legado pontificio.

Para entonces, todavía en vida del santo, ya se habían certificado varios milagros, como el asalto al proveedor del monasterio o la mujer que vio multiplicada su última moneda tras haber gastado su fortuna en remediar sus dolencias.

Incluso se llega a afirmar que el momento de su muerte fue anunciado por un niño gravemente enfermo que, ante la perplejidad de los asistentes que le rodeaban, anunció: «Vamos a recibir el alma de Esteban de Muret y acompañarla al cielo. Y en prueba de la verdad de esto yo también voy ahora mismo a mi Creador». Y expiró como un ángel.

JOSÉ SENDÍN BLÁZQUEZ

Bibliografía

Bibliotheca sanctorum, t.XI cols.1406-1408.
Butler's lives of Saints, II (Collegeville, MN 1998) 83ss.
Enciclopedia universal ilustrada, XXII (Madrid-Barcelona 1994) 743.
El Santo de cada día, I (Zaragoza 1946) 443-451.

SAN JERÓNIMO EMILIANO

Presbítero († 1537)

Es San Jerónimo Emiliano, o de Miani, uno de esos santos de la caridad, de vida silenciosa y callada, pero que impresiona con sólo asomarnos a cada uno de sus detalles, llenos de fino heroísmo y de la sensibilidad más delicada para con sus hermanos. Hombre de todos, se puede decir de él, como del Maestro, que pasó por la vida haciendo bien, derramándose en aquellos que más le necesitaban: los pobres y los afligidos.

Nace en Venecia en 1481. Su padre, Angiolo, pertenece a una de las familias de vieja solera militar y senatorial. Su madre se llama Diomira Morosoni. Desde muy joven se dedica Jerónimo a la milicia y pronto tiene que combatir contra los franceses en la Liga de Cambray, que habían formado contra éstos la República de Venecia, el Papa y Fernando de Aragón. El 14 de julio de 1494 asiste victorioso a la batalla de Fornovo, pero unos años más tarde, en 1511, su ejército es derrotado en el Friuli y se tiene que rendir, con las tropas que mandaba, al general francés La Palisse. Ha llegado para él la hora de Dios. Condenado a duros grillos y cadenas, tiene tiempo para pensar en la cárcel sobre la caducidad de las cosas de la tierra y, viendo que humanamente no tenía remedio para salir de aquella aflicción, sólo encuentra consuelo en la oración y en la esperanza que tiene puesta en todo momento en la Virgen María. Ésta viene en su auxilio. Y un buen día, como San Pedro, ve que se deslizan de él sus cadenas, que puede atravesar las guardias sin ser notado, y que se encuentra libre y lejos de la prisión. Cuando se enteran los venecianos vienen a él para que acepte de nuevo sus anteriores cargos militares, pero no saben que Jerónimo ya no les pertenece, porque se ha decidido a vivir solamente para Dios y para sus hermanos.

Jerónimo va directamente a Tarviso y allí, ante el altar de María, hace su ofrenda de soldado a lo divino, dejando a sus pies las cadenas de los exvotos y las armas de su milicia terrena. En Venecia empieza a estudiar con todo fervor, y a los pocos años, en 1518, tiene el consuelo de ser ordenado sacerdote. Pronto iba a comenzar la admirable misión que Dios le había encomendado.

En este tiempo corría por Italia un movimiento de reforma, que había agrupado a una serie de varones apostólicos, impulsados por la gracia de Dios y por una ardiente y delicada caridad. Eran sus características: el fomentar entre el pueblo una vida más intensa de piedad y la asistencia a todos aquellos que fueran pobres, enfermos o desvalidos. Muy pronto van a aparecer una serie de fundaciones que se dedican a atender hospitales, casas de recogidas, de huérfanos y vagabundos. En Génova había dado comienzo en 1497 el famoso Oratorio del Divino Amor, ejemplo clásico de una unión de apóstoles para hacer la caridad. En el Oratorio están Santa Catalina de Génova, Ettore Vernazza, que lo lleva a Roma en 1515; San Cayetano de Thiene, que funda otro hospital de incurables en Venecia en 1522; San Camilo de Lelis, el cardenal Caraffa, San Bernardino de Feltre, etc. Con ellos se pone en contacto enseguida nuestro Santo, dando comienzo a la gran obra de caridad que ha de extender después por toda su vida.

Sus preferencias eran los pobres y los niños que vagaban por las calles solos y desamparados. A aquéllos los recoge en los hospitales, les lleva alimentos y medicinas, los consuela. A éstos, como más tarde haría Don Bosco, los va recogiendo de los rincones de la ciudad, los lleva a su propia casa y allí los alimenta y los instruye. Ayudado de nobles conocidos y otras buenas personas, logra de este modo abrir el primer hospicio de Venecia en 1531. Le ayuda en sus propósitos su padre espiritual, Caraffa, que había de ser más tarde Papa con el nombre de Paulo IV, y con su consejo extiende sus fundaciones a Brescia, Padua, Vicenza, Verona y Bérgamo. En esta ciudad, que va a ser de ahora en adelante el centro de sus actuaciones apostólicas, San Jerónimo construye una gran casa con dos pabellones: uno para niños y otro para niñas. Junto a ella, y era la primera vez que se llevaba a cabo este género de fundaciones, había instalado otra para mujeres arrepentidas, que él iba rescatando y ennobleciendo de nuevo.

No es extraño que el ejemplo de este santo varón hiciera pronto mella en algunas de sus amistades y admiradores. Unos se ofrecen para ayudarle en sus obras de caridad; otros, con el deseo de seguir de cerca sus pasos, quieren llevar su misma vida

de sacrificio y de entrega. De estos últimos, casi todos son sacerdotes, y al cabo de algún tiempo ve San Jerónimo la necesidad de unirse más íntimamente en una nueva asociación o comunidad para asegurar en toda su eficacia los intereses de la obra. De este modo, en un pequeño lugar de las cercanías de Bérgamo llamado Somasca, nace la Congregación de los Siervos de los Pobres, que fue aprobada enseguida por el papa Paulo III. Cuando muere el Santo, en 1537, sus discípulos empiezan a llamarse clérigos regulares somascos, y más tarde son elevados al rango de Orden religiosa con votos solemnes por San Pío V en 1567.

Grande era el ejemplo que daba San Jerónimo con su vida, hecha toda de caridad. Nadie que llamara a su puerta era desatendido, y vino a ser el paño de lágrimas de todos los que sufrían y lloraban. A los niños les da techo, alimento y vestido, a la vez que buenos maestros para su educación. Nunca repara en sacrificios con tal de hacer el bien.

Por otra parte, se dedicaba a dar misiones a los campesinos, recorriendo los campos donde trabajaban para dejarles siempre un poco de consuelo. Ellos reconocían en él al amigo y protector y se le confiaban en todas sus necesidades. El Santo les cura de sus enfermedades apestosas, besa sus heridas putrefactas, que a veces quedan curadas con sólo su contacto, y por todas partes se extiende la fama de sus milagros, tanto que, ya en vida, se le viene atribuyendo la gracia sobrenatural de las curaciones.

El Señor iba a premiar pronto a su siervo. Por el año 1537, y a causa de las guerras que estaban asolando la región, se declara por ella una terrible peste, testigo del supremo esfuerzo de caridad de nuestro Santo. Él acude a los puestos más difíciles, cura con sus propias manos a los enfermos, y, cuando éstos mueren, los carga sobre sus hombros para llevarlos a enterrar. Pronto se contagia, y, después de terrible enfermedad, entrega su alma al Señor en el mismo año, cuando contaba los cincuenta y seis de edad. La fama de su vida y milagros se extiende por Italia y por el mundo. El papa Benedicto X le declara Beato y el 12 de octubre de 1766 Clemente XIII le eleva al honor de los altares.

FRANCISCO MARTÍN HERNÁNDEZ

Bibliografía

Acta sanctorum, febrero 11, p 217ss
CISTELLINI, A , *Figure della riforma pretridentina* (Brescia 1948)
Monografías de W E HUBERT (1895) y B SEGALLA (Roma 1928)
L'Ordine dei chierici regolari Somaschi nel IV centenario della sua fondazione (Roma 1928)

SANTA JOSEFINA BAKHITA

Esclava y religiosa († 1947)

A esta santa africana, que en el terror de un secuestro olvidó su verdadero nombre, la llamamos hoy Josefina (Giuseppina, Josephine), tal como fue bautizada el día 9 de enero de 1890 en Venecia (Italia) cuando contaba unos 20 años de edad, y Bakhita, que quiere decir «Afortunada», nombre irónicamente impuesto por quienes la raptaron de niña para venderla como esclava.

Había salido con una amiga a un campo cercano al poblado donde vivía Llegaron dos jóvenes tapados que invitaron a la otra niña a marcharse y a ella se la llevaron engañada. Mientras en el camino se iba dando cuenta de lo sucedido, le preguntaron el nombre pero estaba tan asustada que, aunque quería, no pudo decirlo. Se le había olvidado. Nunca lo pudo recordar. Tampoco el de sus padres, ni el de sus hermanos, ni el del lugar donde había nacido. «Te llamaremos Bakhita», le dijeron entonces.

Sólo sabía que era de una aldea de la isla de Darfour (Sudán), muy adentro, que su tío era el jefe de la tribu y su padre uno de los magnates, que la madre vigilaba a los campesinos en el trabajo y que tenía tres hermanos mayores que ella, buenos mozos y muy robustos, y tres hermanas, una de las cuales era gemela suya. La mayor estaba casada y tenía un hijo pequeño. Se querían mucho entre sí. No había poligamia en la tribu y tenían gran sentido de la familia. Eran honestos y muy apreciados en el poblado. Seguían las prácticas tradicionales de la religión africana: creencia en un ser superior y culto a los antepasados. Cultivaban grano en unos campos lejos de la cabaña donde vivían y cuidaban animales. Estaban en buena situación y eran felices.

Bakhita debió nacer entre 1869 y 1872 en una tribu nubia del oeste del Sudán, país que se encontraba entonces bajo el dominio turco-egipcio. La religión oficial era la musulmana y desde 1873 estaba prohibida la trata de esclavos en el país, pero no se cumplía esta norma. Periódicamente los negreros árabes hacían incursiones en aquellas zonas del África central y se llevaban a algunos de sus habitantes, especialmente niños, para venderlos como esclavos. Durante diez años ésta fue la suerte de Bakhita, hasta que llegó a la casa del cónsul italiano en Sudán que la llevó con él a su país de origen y la regaló en Italia a unos amigos. Acercada por éstos al catolicismo, se bautizó y después se hizo religiosa. En 1910, cuando contaba unos cuarenta años de edad, por deseo de su superiora escribió sus memorias personales, principal fuente de información sobre su infancia y juventud. También son importantes los testimonios de la señora Ida Zanolini, su primera biógrafa, que la conoció siendo niña poco antes de su bautismo y después se interesó por todos los detalles de su vida.

Así narra Bakhita lo primero que podía recordar:

> «Mi familia se componía de padre, madre, tres hermanos y tres hermanas. Yo era gemela de una de mis hermanas [...]. Yo vivía completamente feliz, sin conocer el dolor. Un día mi madre fue a los campos, donde teníamos muchas plantaciones y ganado, para ver si los obreros hacían bien su trabajo. Quiso que todos sus hijos la acompañásemos. Mi hermana mayor, que estaba enferma, pidió, y se le permitió, quedarse en casa con la más pequeña. Mientras estábamos en los campos oímos ruidos de pelea: gritos, carreras [...] Todos pensamos en un ataque de los negreros al pueblo. Volvimos enseguida a casa y no puedo explicar nuestro inmenso dolor cuando mi hermana pequeña, temblorosa y aterrada, nos contó que los negreros se habían llevado a nuestra hermana mayor [...] Éste fue mi primer dolor [...] ¡Y cuántos me aguardaban más tarde!».

Esta hermana mayor, con el marido, estaba pasando unos días en casa de su familia, después de haber dejado al niño con los abuelos paternos. Nunca la volvió a ver.

Lo siguiente le sucedería a ella misma:

> «Tenía casi nueve años cuando una mañana, tras el desayuno, me fui a pasear con una amiga de doce o trece años por los campos [...] Nos alejamos de casa [...] Mi amiga y yo jugamos un poco y luego comenzamos a recoger hierbas. De pronto salieron dos ex-

> tranjeros de los matorrales Uno de ellos dijo a mi compañera: "Deja que la pequeña vaya al bosque a buscarme un paquete. Volverá enseguida Tú sigue tu camino y ella se reunirá inmediatamente contigo" [..] Yo no dudé. Obedecí como lo hacía siempre con mi madre, y fui hasta el bosque Y cuando estaba allí buscando el paquete que nunca encontré, vi a los dos hombres tras de mí. Uno de ellos me sujetó bruscamente con una mano y con la otra sacó un cuchillo del cinto; me lo puso en el costado y me dijo: "Si gritas, te mato [...] ¡Adelante, camina, síguenos!". El otro hombre me apuntaba a la espalda con un fusil. Yo estaba paralizada por el miedo y temblaba de la cabeza a los pies [...] Quería gritar, pero tenía la garganta atenazada [. .] No pude hablar ni llorar».

Nunca olvidó el extenuante viaje de muchos kilómetros caminando entre sus secuestradores.

> «Me sangraban las piernas y los pies por las heridas que me causaban las piedras y los espinos [...]. Llamaba a mi madre y a mi padre con el corazón lleno de pena, pero nadie me oía».

Llegados a un poblado, la tuvieron encerrada en un chamizo durante más de un mes: «No hay palabras para describir lo que sufrí».

No llegó a ser expuesta en un mercado de esclavos, pero sí vendida: «El amo me presentó a un tratante, que me compró y unió a los otros esclavos», comenzando así otra etapa del camino.

> «Viajamos durante ocho días consecutivos, siempre a pie· atravesamos bosques, montañas y desierto. La caravana iba aumentando a medida que pasábamos por las aldeas. Estaba formada así· primero los hombres; después, las mujeres. Los hombres iban atados de dos en dos o de tres en tres por gruesas cadenas alrededor del cuello. ¡Pobre del que se inclinase o se parase! ¡Pobre su cuello y el de sus compañeros! Aquellos cuellos estaban llenos de unas llagas que daban miedo. ¡Pobrecillos! Como si fuesen bestias de carga, sobre las espaldas de los más fuertes se habían atado enormes fardos que debían transportar kilómetros y kilómetros. Las más pequeñas no íbamos encadenadas: marchábamos en último lugar, custodiadas por los amos. Por la noche, cuando descansábamos para dormir, sí que nos encadenaban los pies».

Llegados a un mercado de esclavos, mientras eran vendidos algunos, a Bakhita y a otra niña de su edad las tenían encadenadas y encerradas en una choza. Se les presentó la ocasión de escaparse cuando una noche llegó el amo con un carro cargado

de mazorcas de maíz y les dijo que las descargaran y las fueran desgranando. Para que trabajaran mejor les soltó las cadenas de los pies y, mientras se fue a cenar, viéndose sin ataduras, se echaron a correr hacia los campos, sin saber dónde estaban ni a dónde se dirigían. Sufriendo hambre y sed, llegaron a una selva y atravesaron lugares sin plantas, que ella llamaba desiertos. Querían encontrar un poblado, pero sólo dieron con una cabaña donde vivía un pastor al que ingenuamente pidieron ayuda. Las invitó a descansar y a comer, pero en la noche fueron encadenadas y nuevamente vendidas como esclavas a un mercader que las unió a su caravana. Con sorpresa, vieron que algunos de los esclavos pertenecían al amo del que habían huido.

> «Nos describieron su rabia y su furor cuando desaparecimos: gritaba que nos haría pedazos cuando nos encontrara [...] Ahora soy más consciente de la bondad del Señor, que también entonces me salvó milagrosamente».
>
> «La caravana llegó a una ciudad, probablemente El Obeid —continúa la narración—, y fuimos conducidas a la casa del amo. Era un hombre muy rico, que tenía muchísimos esclavos, todos jóvenes. Mi compañera y yo fuimos destinadas al servicio de sus hijas, que nos tomaron cariño enseguida. La intención del amo era ofrecernos como regalo de boda a su hijo. En esta casa me trataron bien y no me faltaba de nada. Pero un día cometí una falta, no sé cuál, con el hijo del amo. Él cogió una fusta para pegarme y yo corrí hacia otra habitación para esconderme tras sus hermanas. ¡Qué equivocación! Se puso rabioso, me arrancó de allí, me arrojó al suelo y me golpeó sin cesar con la fusta y a patadas. Finalmente me dio un golpe en la cadera y me quedé como muerta. No recuerdo nada más: me desvanecí y otras esclavas debieron de llevarme a mi camastro, en el que permanecí más de un mes».

Este árabe riquísimo era jefe de varios negreros que hacían razias por los entornos capturando esclavos. Con ellos era feroz, pero no en casa, por lo que las niñas estaban bastante a gusto al servicio de sus hijas. En este ambiente Bakhita se había resignado al estado de esclavitud sin rebelarse, creyendo que los hombres estaban divididos en amos y esclavos. Pero después del incidente con el chico le cambió algo la situación al entrar en el turno normal de la servidumbre, empezando entonces el verdadero trabajo de esclava. Además, convenía que saliera de la casa.

El mercader la vendió a un general de la armada turca acampada en El Obeid, que la destinó al servicio de dos señoras muy

exigentes: su madre y su mujer. Fue un período de atroces sufrimientos para Bakhita:

> «Eran muy inhumanos con los pobres esclavos que trabajaban duramente en la cocina, el lavadero y los campos Nosotras no podíamos alejarnos de las amas un solo instante debíamos vestirlas, perfumarlas, abanicarlas [ ] Durante los tres años que estuve a su servicio no recuerdo ni un día en que estuviese libre de heridas y llagas cuando no se me habían curado unas, me golpeaban otra vez Y nunca supe por qué»

Aludiendo a uno de los acontecimientos más duros, escribe:

> «Me acuerdo de como el látigo me golpeó muchas veces en el muslo, me arrancó piel y carne y me abrió una herida que me tuvo postrada en mi camastro varios meses [ ] ¡Cuantas de mis compañeras de infortunio murieron a causa de los golpes!»

Describe también el momento en que, junto con otras dos esclavas, le grabaron las ciento catorce incisiones que llevó ya siempre sobre su cuerpo. Según indica, el tatuaje se realizaba sobre los signos dibujados por los amos con harina blanca en la piel de los esclavos, con una cuchilla afilada que entraba en el músculo aproximadamente un centímetro y cuya herida se abría a continuación para introducir en ella sal, de modo que fuera más gruesa y duradera la cicatriz. Después de narrar con trazos que producen espanto lo sucedido delante de sus ojos a su primera compañera, dice refiriéndose a sí misma, que le tocó después:

> «La tatuadora me hizo seis incisiones en el pecho, sesenta en el vientre y cuarenta y ocho en el brazo derecho Yo creía morir a cada instante, sobre todo cuando me frotaba las heridas con sal Hecha un mar de sangre, me llevaron por fin a mi camastro, donde estuve inconsciente varias horas [ ] Durante mas de un mes mis compañeras y yo tuvimos que estar acostadas sobre una estera sin podernos mover, sin un mal harapo de tela para enjugar el agua que brotaba constantemente de las heridas que nos había causado la sal Puedo asegurar que no morí por un milagro del Señor, que me destinaba a cosas mejores»

En 1882 el general tuvo que volver a Turquía y partió con 16 esclavos, entre ellos Bakhita. También fue maltratada en el viaje. Pero, llegados a Jartum, la capital, decidió vender a algunos de estos esclavos y a ella le dijo que siguiera a una señora europea, de mirada dulce, a la que Bakhita se había acercado es-

pontáneamente. Era la gobernanta de la casa del comerciante italiano Calixto Legnani de Como, que también era agente consular de Italia en Sudán. Él recibió a Bakhita en su despacho. Le vio con aspecto paterno y se sintió aliviada. De él recibió los primeros vestidos —antes no los había tenido nunca, según era costumbre incluso en su tribu natal—; fue tratada muy bien y le ayudó, sin éxito, a buscar a su familia.

> «Esta vez sí que fui realmente afortunada, porque el nuevo amo era muy bueno y me quería mucho. Mi trabajo principal era ayudar a la sirvienta en las tareas de la casa; no había reproches, ni castigos, ni golpes y a mí me parecía imposible gozar de tanta paz y tranquilidad».

En este ambiente pensaba más en el Ser superior, preguntándose con frecuencia: «¿Quién será el amo que hace encender todas esas luces en el cielo y las hace apagar cuando llega el alba? Debe ser poderoso y bueno». Y, como naturalmente era buena, le brotaban sentimientos favorables hacia él.

Estuvo en esta casa dos años, hasta que en 1884 el cónsul Legnani fue llamado con urgencia a Italia, a causa de la guerra declarada en Sudán. Como ella les había oído hablar mucho de ese país europeo, lejano y distinto, deseaba conocer una tierra tan querida para su dueño y pidió acompañar a la familia en el viaje.

Salieron con un amigo del cónsul llamado Augusto Michieli, y con un niño negro, abandonado, que habían recogido para regalarlo a unos amigos hoteleros de Génova. En el puerto de Suakin el cónsul tuvo noticia de que la noche siguiente a su salida su casa había sido arrasada y robados todos los esclavos. Bakhita se alegró de haberse librado de un nuevo secuestro.

Llegados a Génova, se dirigieron al hotel donde les esperaban María Turina Michieli, esposa del señor Augusto —único nombre que recordaba Bakhita—, y Mimmina, la hija de tres años, que enseguida se aficionó a Bakhita. La señora, viendo la alegría de la niña, reprochó duramente a su marido por no haber traído una esclava negra, y el cónsul Legnani, aunque de no muy buen grado, se vio obligado a regalarle a Bakhita. Desde ese día pasó a ser propiedad de la nueva dueña, que la llevó a su casa de Mirano Veneto. «El cónsul partió para Padua —dice Bakhita— y nunca supe nada más de él».

Esta señora era de religión griega ortodoxa y el marido católico, pero no practicaban. La niña sabía el Padrenuestro, el Ave María y el Gloria y Bakhita lo aprendió de memoria, sin conocer el significado.

El administrador de los bienes de Augusto Michieli, Illuminato Checchini, había intentado convertir al catolicismo a la esposa de éste y se esforzó también en enseñar a Bakhita los principios de la religión cristiana. Pero las dificultades del lenguaje eran grandes. Ella recordaba después con cariño a este señor y a dos de sus cinco hijos. En una ocasión le había regalado un crucifijo:

> «Cuando me lo dio —escribe Bakhita—, lo beso con devocion, despues me explico que Jesucristo, el Hijo de Dios, habia muerto por nosotros Yo no sabia que era aquel objeto pero, impulsada por una fuerza misteriosa, lo escondia por miedo a que la señora me lo quitara Jamas habia escondido nada antes porque no me sentia atada a nada Recuerdo que miraba el crucifijo a escondidas y sentia algo que no sabia explicar»

Después de tres años, la familia Michieli partió de nuevo hacia África porque habían comprado un hotel en Suakin, el puerto sudanés del mar Rojo. A Bakhita le costó dejar Italia, no sabiendo entonces que ésta había de ser su última estancia en Sudán. Decididos a quedarse allí, pasados unos meses Augusto envió a Italia a su mujer y a su hija para que vendieran las propiedades que tenían en este país. Mimmina quiso llevarse a Bakhita: «Mi corazón se despidió de África para siempre. Una voz interior me decía que no vería más mi patria».

Pasados dos años en Mirano Veneto, aunque no había concluido aún las últimas ventas, María Turina debía partir de nuevo para África y retornar a Italia en breve tiempo. Llevar a la hija y a la esclava era un gasto fuerte, por lo que decidió dejar a esta última.

El señor Checchini había insistido en esta solución, viendo en ella la ocasión para atraer a la fe a Bakhita, y propuso internarla en el Pío Instituto de los catecúmenos de Venecia, que dirigían las madres canosianas, donde esperaría el regreso de la dueña para volver con ella a Sudán. La señora consintió. Pero en el momento de despedirse, la niña se abrazó de tal modo a Bakhita y dijo con tanta fuerza que quería quedarse con ella,

que nadie se opuso a este deseo. Por otra parte, tal vez le convenía más permanecer en Italia que emprender para poco tiempo tan largo y fatigoso viaje. El señor Checchini se preocupó de que Mimmina fuese admitida también en el Catecumenado y firmó un acuerdo de hacerse cargo de los gastos en el caso de que faltara la madre.

Bakhita y Mimmina se quedaron, pues, en Venecia, con las religiosas canosianas. Bakhita fue instruida en la religión cristiana con paciencia admirable por la catequista M. María Fabretti, no indiferente a la dificultad del lenguaje y a la inteligencia poco cultivada de su alumna africana de unos 19 años de edad. Bakhita se sintió feliz al saber que el Señor conocía sus sufrimientos.

Durante diez meses deseó ardientemente el bautismo. Pero a finales de 1889, cuando iba a llegar el día esperado, apareció María Turina, dispuesta a llevarse a su hija y a su esclava definitivamente a Sudán. Con su mejor voluntad indicó a Bakhita que le tenía reservado el oficio de camarera, lo cual suponía una buena colocación. Pero ella comprendió que volviendo a África peligraría su fe y, aunque le costaba mucho abandonar a Mimmina, mirando un gran crucifijo que había en la pared, por primera vez en su vida tuvo fuerza para resistir y dijo: «No, no la seguiré. Yo me quedo aquí».

No fue fácil la decisión pues reconocía los deberes que tenía respecto a su dueña, de quien había recibido favores. Y quería mucho a Mimmina. Pero amaba al Señor y temía no encontrar en Sudán las ayudas necesarias para mantener su fe. La lucha y el desconcierto fueron mayores cuando la madre catequista aconsejó a Bakhita no resistir a la señora, no ser ingrata y no hacer sufrir a la niña. Pero la respuesta fue firme: «No dejaré la casa del Señor; sería mi ruina espiritual». Ante tal actitud, la religiosa y la señora se quedaron muy asombradas; porque siempre la habían visto sumisa. Tras nueva discusión, en vista del motivo que impedía marchar a Bakhita, la madre catequista decidió apoyarla.

María Turina, convencida de que la esclava era de su propiedad, acompañada de una amiga al día siguiente intentó convencerla de nuevo. La discusión impresionó a la religiosa, que in-

formó al superior del Instituto. Éste pidió consejo al Patriarca de Venecia, Cardenal Agostini, que recurrió directamente al procurador del Rey, haciéndole saber la actitud de Bakhita frente a su señora.

El caso causó sensación. Pocos días después se reunían en el locutorio del catecumenado las más altas autoridades de Venecia· el Cardenal patriarca, el procurador del Rey, el Prefecto, la superiora de las canosianas y algunas religiosas, el presidente de la Congregación de Caridad, el superior del Instituto y otros. Y junto a ellos, la señora María Turina, la hija, su amiga y un pariente, alto oficial del ejército. En medio de la sala, Bakhita, delante de una gran mesa, en actitud humilde y decidida. En la pared, el crucifijo.

Habló el Patriarca, provocando sus palabras gran contraste de pareceres. La señora reclamaba el derecho de propiedad de Bakhita, que era su esclava según la ley africana. Bakhita, invitada a exponer su deseo, respondió que amaba a la señora y que le explotaba el corazón ante el pensamiento de separarse de la niña, pero que no saldría de allí porque no quería perder al buen Dios. El procurador del Rey zanjó la discusión y, pronunciando una especie de sentencia, declaró libre a Bakhita, porque quien ponía el pie en Italia, libre o esclavo, tenía el derecho a disponer de sí mismo. En esta ocasión, el abrazo de Mimmina a Bakhita, no queriendo separarse de ella, fue interrumpido por la madre, que la invitó a dar un beso de despedida a «esa ingrata, a quien no verás más».

Bakhita hablaba con reconocimiento y cariño de la señora María Turina pero, en efecto, no se volvieron a encontrar. Y tampoco con su hija. Ida Zanolini, la aludida primera biógrafa de Bakhita, era una niña de la edad de Mimmina que se había hecho muy amiga de ella y de su niñera negra. Uno de sus primeros recuerdos es cuando Bakhita le dijo llorando que Mimmina se había ido a África y que ella se iba a bautizar.

Bakhita esperaba con ansia el bautismo, aunque se sentía indigna de él y le parecía imposible que Dios se abajara hasta su persona. Pero lo recibió con gran alegría de manos del Cardenal Agostini, que le impuso los nombres de Josefina Margarita Fortunata Bakhita, los dos primeros por las señoras que fueron sus

madrinas. El mismo día, 9 de enero de 1890, fue confirmada y recibió su primera comunión. Según propia confesión, desde entonces sintió vivo deseo de ser toda del Señor y de no dejar nunca aquel lugar. Es la oración que hizo al comulgar por primera vez.

Los catecúmenos solían permanecer un año en el Instituto después de recibir el bautismo. Bakhita se quedó dos, en los que hizo trabajos de bordado y maduró su vocación de entrega a Dios.

> «Cuando comprendí que el Señor me llamaba a la vida religiosa sufrí mucho, porque no sabía cómo explicarme. Me sentía indigna, siendo de raza negra; estaba convencida de hacer mala figura en el Instituto y no me aceptarían. Recuerdo que recé a la Virgen y ella me dio fuerza para hablar al confesor de mi angustia y mi lucha, que duraba dos años. "¿Puede una muchacha africana ser monja?", le pregunté [...] Me aconsejó hablar con la superiora de la casa, sor Luigia Bottesella, quien escribió a la superiora de la casa madre, en Verona, sor Anna Previtali [...] "¿Por qué no?", respondió ésta [...] "Porque yo sólo veo en la orden monjas italianas", repliqué yo».

El confesor, además de animar a Bakhita a expresarse, le facilitó el camino indicando a la superiora el deseo que le había manifestado. Ésta ya había intuido el trabajo de la gracia en el alma de Bakhita, pero prefirió esperar a que ella misma tomara la iniciativa.

Estaba bien instruida y decidida. Le habían propuesto ir con la familia Checchini, los primeros que la acercaron a la fe cristiana, a quienes ella estimaba mucho, que la hubieran tenido como hija. Además, la M. Fabretti, su catequista, le hizo ver con realismo las dificultades de la vida consagrada. «¿Por qué me queréis echar? ¿No soy hija vuestra?», solía repetir a las religiosas.

La petición de ingresar en las Hijas de la Caridad, llamadas vulgarmente canosianas por su fundadora Magdalena de Canosa, fue enviada a Verona, donde la M. Previtali y el Cardenal Luigi Canosa se alegraron mucho de aceptarla. Cuando la respuesta afirmativa llegó a Venecia, Bakhita lo agradeció de todo corazón y cayó de rodillas.

Para ella la vida religiosa consistía en servir y amar a Dios y hacer el bien. Éste era el único deseo de su vida. No se plantea-

ba otros problemas: le bastaba cumplir la voluntad de Dios expresada por sus superiores y por la Regla. «Lo que quiera el *Paron* [amo, dueño]», solía repetir con frecuencia, gustosa de aceptar y cumplir cuanto deseara el Señor. Comprendió pronto que la vida religiosa no era cómoda, y tuvo que vencer resistencias como su timidez y sensación de inferioridad.

Empezó el noviciado el 7 de diciembre de 1893 en la misma casa de los catecúmenos de Venecia y la acompañó como maestra la M. Fabretti, que había sido su catequista. Después de año y medio fue a tomar el hábito a Verona, y volvió a Venecia para realizar otro año y medio de noviciado. Al final la examinó el Cardenal Giuseppe Sarto, entonces Patriarca de Venecia, después papa S. Pío X, a quien hizo muy buena impresión. A ella le dijo: «Ponunciad sin temor los santos votos. Jesús lo desea así. Jesús os ama». Y a las religiosas: «Vosotras amadle y servidle siempre así».

Emitió sus votos temporales en Verona el día de la Inmaculada Concepción, 8 de diciembre de 1896, encontrando en este vínculo su verdadera libertad, y regresó de nuevo a Venecia, donde continuó con sus primorosos bordados.

En 1902 fue destinada a Schio, en el Véneto italiano, diócesis de Vicenza, donde se le encomendó la cocina. La recuerdan llevando una vida sencilla y fervorosa, con gran amor a la Eucaristía y con detalles de ternura fraterna como calentar los platos para que el caldo no se enfriara. También fue portera y sacristana, cargos que desempeñó con prontitud y esmero.

Durante la I Guerra Mundial (1914-1919) continuaba en Schio, y la casa de las monjas canosianas fue transformada en hospital. Ella y otras religiosas se quedaron custodiando el edificio, pero nunca actuaron como enfermeras. Recuerdan que los soldados la escuchaban con respeto.

Desde 1933 a 1935 le pidieron sus superiores que realizara algunos viajes por Italia para dar a conocer su vida, acompañada de la M. Leopolda Benedetti, misionera en China durante mucho tiempo. Esta experiencia fue de gran sufrimiento para ella: «El Señor sabe que cuando me veía delante de toda aquella gente, sentía como si me hundiese en la nada». Durante este período dedicado a la animación misionera residió en el noviciado

de las Madres Canosianas de Vimercati (Milán), colaborando en la portería. Después volvió a Schio, donde permaneció hasta el final de su vida.

En plena II Guerra Mundial (1939-1945), el 8 de diciembre de 1943, cumplió 50 años de vida religiosa y le ofrecieron una fervorosa y cordial fiesta que ella vivió con alegría y gratitud.

Por lo demás, la vida de *Madre Moretta,* como cariñosamente solían llamarla, fue muy sencilla, del todo normal, caracterizada por lo extraordinario de su verdadera sencillez y humildad, unida al amor.

Desde siempre había destacado en ella la bondad. Comenzó aceptando su condición de esclava sin odiar a nadie. Después no recordaba con rencor a quienes la habían maltratado de modo tan severo. Consideraba a sus amos incapaces de hacer el bien por su condición social y por la falta de religión:

> «Los pobrecillos quizás no sabían que me hacían tanto daño... Ellos eran los amos y yo era su esclava. Así como nosotros estamos acostumbrados a hacer el bien, así los negreros hacían lo que hacían por hábito, no por maldad».

Decía que desde que había conocido el cristianismo no dejaba de rezar por quienes la habían hecho sufrir tanto. «Mis dueños, esos pobrecitos», solía repetir con piedad y compasión. Por otra parte, Ida Zanolini testifica que, a pesar de su vida llena de torturas y crueldades, a su pregunta sobre la castidad Bakhita le respondió que ninguno de sus amos ni ninguno de los esclavos la habían tocado nunca.

> «He estado en medio del barro —decía— pero jamás me manché [...] Por la gracia de Dios siempre fui preservada [...] La Virgen Santa me protegió aunque entonces yo no la conociese [...] En muchas ocasiones me he sentido protegida por un ser superior».

Siempre deseó encontrar a los suyos.

> «Tengo confianza plena en que nos abrazaremos todos de nuevo en el paraíso. Porque espero que el Señor me otorgue el regalo de que también ellos sean cristianos. Éste es el sueño que embellece mi vida... ¡Sí, Jesús, por favor: concédeme ese deseo!».

El frío del norte de Italia, unido a la edad, hacia 1940 comenzó a minar su salud. Las frecuentes pulmonías y bronquitis daban muestra de ello. Además, una artritis deformante impedía

cada vez más sus movimientos, de modo que llegó a verse obligada a usar una silla de ruedas. Recuerdan que en los últimos momentos de su vida, ya anciana, decía con sencillez:

> «Me voy lentamente hacia la eternidad [...] Me voy con dos maletas; una contiene mis pecados; la otra pesa mucho más porque contiene los méritos infinitos de Jesucristo. Cuando comparezca ante el tribunal de Dios, taparé mi maleta con los méritos de la Virgen y después abriré la otra, presentaré los méritos de Jesús y le diré al Padre eterno: "Ahora juzgad lo que veis" [...] ¡Estoy segura de que no me rechazará! Entonces me volveré hacia San Pedro y le diré: "Puedes cerrar la puerta, porque me quedo aquí"».

Murió el 8 de febrero de 1947, cuando contaba unos 77 años de edad. Poco antes, al darse cuenta de que era sábado, había dicho: «¡Estoy contenta! La Virgen Santísima, la Virgen Santísima...». Enseguida acudió la gente de Schio. Largas filas de personas, que se encomendaban a ella atraídas por su fama de santidad, acompañaron sus restos hasta el cementerio local. Con el mismo fervor de multitud se trasladaron años después, en 1969, a la sede del Instituto de las madres canosianas de la misma ciudad.

Bien pronto, en 1955, se instruyó su causa de canonización. Realizados todos los procesos, fue beatificada por el papa Juan Pablo II el 17 de mayo de 1992 y ha sido canonizada el 1 de octubre de 2000, año del gran Jubileo.

MARÍA ENCARNACION GONZALEZ RODRIGUEZ

Bibliografía

CAMBRA, P., «Beata Giuseppina Bakhita. Carta sobre una mujer verdaderamente libre a una mujer presuntamente liberada», en AA.VV., *Santas del siglo XX* (Barcelona 1997)
CRISTANI, Mons., *Backita. Mere Josephine, des Soeurs Canossiennes* (Léopoldville, Kinshasa 1960)
DAGNINO, M.ª L., *Bakhita racconta la sua storia* (Roma 1989)
FACCO, G., *Bakhita* (Padua 1981)
FLORES DE LEMUS, I., *Una flor del desierto* (Barcelona 1961)
ZANOLINI, I., *Storia meravigliosa* (1931 y 1947).
— *Bakhita* (Milan 1947)

BEATA JOSEFINA GABRIELA BONINO
Virgen († 1906)

Nace el 5 de septiembre de 1843 en Savigliano (Cuneo) único fruto del matrimonio formado por el doctor Domingo Bonino, médico, y Josefina Ricci, recibiendo las aguas bautismales al día siguiente. Sus padres, profundamente religiosos, le transmitieron una sólida educación basada en el amor a los humildes, creciendo en su corazón una extraordinaria caridad hacia el prójimo. La primera comunión la recibió en 1851.

En 1855 sus progenitores se avecindaron en Turín, recibiendo enseñanza superior en las Hermanas de San José y una tierna devoción a María Santísima. Con el consentimiento de su director espiritual emitió el voto de castidad, consciente de su decidida vocación, aunque sin saber con certeza cuál era el designio de Dios.

Al cabo de catorce años, en 1869, regresaron sus padres a Savigliano, dedicándose por entero a la atención paterna debido al agravamiento de la enfermedad que, finalmente, le condujo a la muerte el 16 de enero de 1874. Durante este tiempo ingresa en la Tercera Orden del Carmen y en la de San Francisco de Asís, deseosa de avanzar en la perfección espiritual, disponiéndose a la vocación que Dios le envíe para ser verdaderamente «la misionera de su voluntad».

Después del fallecimiento de su padre es elegida presidenta de las Hijas de María de su ciudad natal, distinguiéndose en la devoción y piedad a María Santísima. En 1876 sufre una neoclasia en la columna vertebral que la obligó a someterse a una operación quirúrgica. El mal uso del cloroformo por parte de los anestesistas convirtió esa intervención en un doloroso sufrimiento: «Dadme el crucifijo y los operadores hagan libremente su deber», dejando impresionados a los doctores. Recuperó la salud estando firmemente convencida de haber sido un milagro de la Virgen, por lo cual, en septiembre del año siguiente y acompañada de su madre, peregrinó a Lourdes en acción de gracias. Estando en oración en la gruta de la aparición recibió una luz interior, sintiéndose inspirada a consagrarse totalmente al servicio de los pobres.

Al fallecer su madre el 1 de diciembre de 1877, y aconsejada por su director espiritual, estableció un orfanato que puso bajo la protección de la Sagrada Familia de Nazaret, consciente de la importancia de la familia en la sociedad en un momento en que los lazos de unidad familiar se estaban rompiendo. Acoge en el orfanato de su ciudad natal los niños que nadie quiere, huérfanos por el abandono de sus padres, quedando expuestos a cualquier peligro y al desamparo. Firmemente convencida de su misión materna, persevera en este encargo a pesar de algunos comentarios de sus paisanos, considerándola una «fanática».

Tres años más tarde, y después de dos experiencias en sendos conventos de distintas órdenes de clausura, en 1880 se empeña en fundar un Instituto religioso dedicado a la enseñanza de niñas huérfanas, instruyéndolas humana y religiosamente, y dedicando también su amorosa entrega a los enfermos. Toma como modelo la Sagrada Familia, imitando su pobreza, humildad, laboriosidad y modestia. Su corazón rebosa de celo por la gloria de Dios y salvación de las almas más desamparadas. En 1881 es elegida superiora del Instituto de Hermanas de la Sagrada Familia, desempeñando este cargo con prudencia y caridad admirables hasta su muerte.

El 6 de octubre de 1867 Josefina y otras once compañeras reciben el hábito y emiten los votos religiosos, consagrándose a la caridad. Su ejemplo y dedicación permiten que en poco tiempo se funden varias casas en distintas poblaciones, con espíritu de sacrificio, dedicación absoluta a las niñas y entrega a los enfermos. Su vida mostró el testimonio evangélico en grado heroico de una verdadera maestra de la vida religiosa, testimoniando de este modo la necesidad de la vida familiar, amenazada en este tiempo por la pérdida de los valores morales y la desorientación de las conciencias. Con la ayuda del Espíritu Santo se empeñó en defender la familia cristiana como lugar de encuentro, como corazón del mundo.

Su carisma será, por tanto, organizar familias sanas, ayudarlas y sostenerlas, enseñando a las jóvenes, aconsejándolas para llevar una vida matrimonial con gran espíritu de sacrificio y un amor inmenso.

Formó a sus religiosas en una atmósfera familiar, amando tiernamente a sus hijas para que se convirtieran en madres tiernísimas para formar auténticas familias, que se consagraran a servir a todos transmitiéndoles «calor humano y doméstico». Se trataba de servir al Señor con alegría amando a la Iglesia como una madre: «Vivamos de su vida, de sus alegrías, de sus dolores, de sus deseos, de sus sufrimientos».

Su carisma descubría un aspecto inédito: el estilo familiar según la Sagrada Familia. La experiencia familiar es la raíz de su carisma y su Instituto vivirá el estilo de la familia dedicándose totalmente a la familia cristiana. En un ambiente familiar se pueden vivir los valores evangélicos. Consagrados a Dios pero no fuera del mundo. Juntos como familia para crecer en el apostolado familiar. Se trata de ofrecer a la familia el apoyo y el auxilio necesarios que la ayuden a integrarse en el plan de Dios al servicio de la Iglesia.

Sus consejos abren el corazón a la esperanza: «Sé buena, cordial, conserva la sonrisa en los labios siempre, aun cuando estés sola». Su corazón se abre a todos los sentimientos más nobles y más grandes, demostrando la piedad profunda y silenciosa que iluminaba su mundo interior. Dotada de un carácter nervioso y pronto, hacía a diario ejercicios de indulgente tolerancia, con paciente mortificación. Unas características que reflejan la dulce realidad del hogar de la Familia de Nazaret.

Durante la invasión colérica de 1884 en Savigliano fue la primera en atender a los contagiados en el lazareto, compartiendo con todos «una sonrisa de esperanza». Peregrinó a Loreto en 25 ocasiones, ofreciéndose en la santa casa con el verdadero espíritu de la Sagrada Familia, paternalmente aconsejada por el padre Pedro de Málaga, capuchino, que fue siempre para ella padre y consejero. Tras una breve enfermedad catarral falleció el 8 de febrero de 1906 en Savona, como había profetizado, a los 62 años de edad, recibiendo sepultura en el cementerio local.

En abril de 1961 sus restos mortales fueron trasladados a la iglesia de la casa madre.

El 26 de marzo de 1994 fue declarada venerable, siendo proclamada beata por Juan Pablo II el 7 de mayo de 1995, quien

destacó los dos elementos de su carisma: «la dedicación a la familia y la consagración a Dios. Su carisma ha sido la caridad familiar de la familia como iglesia doméstica a la comunidad religiosa como familia espiritual. La familia, lugar de amor extraordinario en las cosas ordinarias».

El milagro para la beatificación

En el otoño de 1956 sor Gema Alloa Casale sufre desgarros en el aparato digestivo, agravándose los síntomas con vómitos. Tras varios ingresos en distintos hospitales fue con los enfermos a Lourdes en septiembre de 1957, regresando a Turín en gravísimo estado. La noche del 20 al 21 de septiembre la pasó en la casa madre de Savigliano y a la mañana siguiente se encontró completamente curada, atribuyéndose la curación a la intercesión de madre Josefina, a quien habían acudido las religiosas.

El 26 de mayo de 1993 la consulta médica es unánimemente favorable, así como los consultores teólogos, promulgando Juan Pablo II el decreto sobre el milagro el 15 de diciembre de 1994.

ANDRES DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

AAS 88 (1996) 90 92
Bibliotheca sanctorum Prima appendice (Roma ²1992) col 198
Index ac status causarum, o c , 259
Martyrologium romanum, o c , 134
MINA, G , *Quando l'amore chiama* (Cavallermaggiore 1993)
L'Osservatore Romano (5 y 7 9 mayo 1995)

C) BIOGRAFIAS BREVES

SANTA COÍNTA

Mártir († 259)

Tenemos adecuada constancia del martirio de esta santa por lo que acerca de ella escribió el obispo San Dionisio de Alejandría, texto que reproduce el historiador Eusebio de Cesarea. En su carta al obispo Fabio de Antioquía el obispo alejandrino le cuenta los martirios que han tenido lugar en su ciudad en la

persecución de Valeriano, años 258-259, y entre ellos le dice que una mujer llamada Quinta o Coínta fue llevada por la fuerza a un templo pagano. Aquí la querían por la fuerza hacer apostatar de Cristo y ofrecer un sacrificio a los dioses.

Coínta volvía la cabeza horrorizada de lo que se la quería obligar a hacer y se negaba en redondo a consentir en la idolatría que se le proponía entre gritos y amenazas. Entonces la ataron de los pies y la llevaron arrastrando por las mal pavimentadas calles de la ciudad, padeciendo muchísimo por los porrazos con las piedras y la crueldad del arrastre. Así la llevaron el tiempo que quisieron, hasta que, llegados a un lugar, se dedicaron a apedrearla. Coínta sobrellevó con paciencia el tormento y perseveró en la fe. Las pedradas acabaron con su vida y así consumó su glorioso martirio.

BEATO PEDRO ÍGNEO

Obispo y cardenal († 1089)

Pertenecía a la familia Aldobrandini y había nacido en Florencia hacia el año 1000. Vistió el hábito benedictino en la congregación de Valleumbrosa. El apelativo de Ígneo con que se le conoce se debe a que San Juan Gualberto y sus monjes de Valleumbrosa acusaban de simonía al arzobispo de Florencia, Pedro de Pavía. Esta acusación suscitó división de opiniones en el pueblo y enojó enormemente al prelado, contra el cual se habían puesto también otros monjes de la ciudad mientras que el clero lo apoyaba. Se propuso entonces acudir a la prueba del fuego, y ésta se dispuso en la mañana del miércoles de Ceniza. Se sorteó a quién le tocaría pasar la prueba y la suerte cayó sobre el monje Pedro Aldobrandini. Dijo éste la misa cantada, y al llegar al Agnus Dei, Pedro dejó la casulla y acompañado de cuatro monjes se dirigió a la hoguera, invocó al Señor pidiendo salir ileso si de verdad el arzobispo era simoníaco. Y en efecto atravesó el fuego sin quemarse, saliendo de él ileso. El pueblo lo aclamó, y al conocer el suceso el papa Alejandro II depuso al arzobispo como simoníaco. Desde entonces se le llamó Pedro Ígneo.

El papa San Gregorio VII en 1074 lo nombró cardenal obispo de Albano, y le confió una legación en Alemania, y más tarde otra en Francia, donde excomulgó al antipapa Clemente III.

Muerto el 8 de febrero del año 1089, su cuerpo fue llevado a la abadía de Valleumbrosa.

9 de febrero

A) MARTIROLOGIO

1. En Alejandría (Egipto), Santa Apolonia († 250), virgen y mártir *.
2. En Alejandría, muchos santos martirizados por la facción del jefe arriano Siriano (s. IV).
3. En Lemela (África), los santos Primo y Donato († 361), diáconos, martirizados por los donatistas.
4. Cerca de Apamea (Siria), San Marón († ca 410), ermitaño, de quien toman origen los maronitas **.
5. En Llandaff (Gales), San Teliavo († 560), obispo y abad.
6. En Canosa de la Pulla, San Sabino († 566), obispo, que fue legado papal en Constantinopla.
7. En el monasterio de Hautmont (Sambre), San Ausberto († 695), monje y luego obispo de Ruán, que murió expulsado de su sede por Pipino de Heristal *.
8. En Baviera, San Altón, abad, fundador de un monasterio que luego llevó su nombre (s. VIII).
9. En Nocera, San Rinaldo († 1222), obispo, antiguo monje camaldulense *.
10. En Premiá de Mar (España), San Miguel (Francisco) Febres Cordero († 1910), religioso de los Hermanos de las Escuelas Cristianas **.

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SAN MARÓN DEL LÍBANO

Ermitaño († ca.410)

Es sorprendente que San Marón, a quien San Juan Crisóstomo denomina en la carta que le dirige desde su destierro del

404 al 407 «presbítero y solitario», haya tenido una influencia tan determinante en el futuro de sus monjes y de su pueblo. En efecto, de él ha tomado el nombre una fuerte colonia monacal de hombres y un pueblo del Oriente que todavía lleva su nombre: los maronitas. Así se denominan hoy los 3.304.000 fieles católicos orientales que pertenecen a un Patriarcado, si bien han tenido que emigrar a muy distintas regiones.

Esta Iglesia ha pertenecido siempre a la fe católica original. Y no es que haya nacido de alguna división histórica o comunión con otra iglesia que buscara la unión; ella se confesó siempre católica y, superando todas las dificultades de incomunicación, pudo mantener su unión a Roma.

La Iglesia maronita se ha visto siempre como ligada y protegida por el asceta Marón, muerto hacia el 410. Su sepulcro se hallaba situado en un monasterio del valle de Oronte, en Apamea de Siria, siendo muy venerado. Desconocemos el lugar y la fecha de nacimiento de Marón. Su único biógrafo, si así lo podemos llamar, es el obispo de Ciro, Teodoreto, quien siendo ya obispo, o sea, entre el 423 y el 458, escribió su *Historia de los monjes*. Teodoreto no pudo conocer a San Marón, pero sí a sus discípulos, algunos de los cuales están incluidos en su obra. Por estos datos seguros de Teodoreto, suele datarse la muerte de San Marón hacia el 410, puesto que el autor nos habla de una maravillosa iglesia y la suntuosa tumba que contiene. Es tal la admiración que siente por su biografiado, que llega a denominarle «divino», el «grande», el «sumo». De él nos dice que

> «Habiendo decidido vivir a cielo descubierto, se retiró a la cima de una montaña, que en su tiempo los paganos habían destinado a su culto, y consagró a Dios aquel lugar santo que había sido poseído por los demonios. En este lugar estableció su morada y sólo raramente hizo uso de una pequeña tienda que se había construido».

La forma de vida asumida por San Marón responde a la practicada en Siria por los estilitas, colocados sobre una torre prefabricada, o también, en nuestro caso, podría tratarse del ramaje de un frondoso árbol, como hacían los «dendritas». Naturalmente, la dureza de esta vida radicaba en la superación de todas las inclemencias atmosféricas, dedicados a la oración en la total soledad. Y Teodoreto nos cuenta cómo las gentes comen-

zaron a frecuentar las visitas al santo, a fin de que lo que no podían curar los médicos con sus múltiples medicamentos, lo hiciera Marón con su oración. Pero se nos recuerda que no sólo atendía a la salud de los cuerpos enfermos, sino que saturaba de vida espiritual las almas.

La vida de San Marón se hizo célebre no sólo en las montañas, sino que se extendió hasta Antioquía y más allá. Se le describe como un asceta original, como lo fueron en general los sirios; y no sólo los monjes que pronto le rodearon en sus chozas trataban de imitarle, sino que el mismo pueblo cristiano admitía cierto ascetismo en sus costumbres religiosas penitenciales: ayunos, oraciones, peregrinaciones. De este modo la vida del santo fue un foco de auténtica cristianización. El nombre de maronitas se aplicó primeramente a los monjes que imitaban al santo asceta, pero después se extendió al mismo pueblo, en cuya formación tuvo un influjo determinante.

La carta que desde su destierro le dirigió San Juan Crisóstomo entre los años 404 al 407, «a Marón, sacerdote y solitario», muestra no solamente la veneración del patriarca de Antioquía, sino el deseo de mantener con él la comunión espiritual por medio de la correspondencia. Pero ésta se le hacía muy difícil porque no encontraba medios de poder dirigirle sus escritos ni nadie que se dirigiera hacia su país. Se había enterado de cómo se hallaba mejorado en su enfermedad, y le ruega que cuide su salud.

A la muerte de San Marón dos poblados se discuten la posesión de sus restos mortales. Esto sucedía entre los años 405 al 423, más probablemente hacia el 410. «Los habitantes de un poblado se precipitaron sobre los otros, los expulsaron y se apoderaron de aquel tesoro» *(Historia de los monjes,* 16). Este lugar correspondería al monasterio de Beth Moroun, que sería el núcleo en torno al cual se agrupará una comunidad cristiana, la cual, tras la invasión árabe de Siria y la vacante de la sede patriarcal de Antioquía, se constituirá en Iglesia autónoma, con su rito propio, y se denominará «maronita». Al quedar vacante la sede antioquena, los monjes de Beth Moroun eligieron a Juan Marón, un monje de su federación, como primer patriarca maronita a finales del siglo VII, y con el título de Antioquía. Este

patriarcado, para defenderse de las incursiones árabes, se trasladó definitivamente al Líbano hacia el 939. De hecho la sede antioquena había quedado sin patriarca calcedonio (melquita) desde el 609 al 702, aunque entre tanto habíanse nombrado varios que por distintas razones no llegaron a ocupar la sede. A partir del 702 la sede quedó vacante al menos durante cuarenta años, sin nombramiento de patriarca alguno. Y es en este período vacante cuando surge por obra de los monjes el nombramiento del primer patriarca maronita. El primer autor maronita que señala en 1495 el nombre de Juan Marón como primer patriarca maronita, es Gibrâ'il ibn al-Quila, en el que se inspiró F. Ferone para redactar una *Vida* novelada en la que se convierte a Juan Marón como descendiente de Carlomagno, siguiendo una leyenda original de la época de las Cruzadas, en la cual, no obstante, no se menciona el nombre del primer patriarca.

Frente a todas estas corrientes pseudohistóricas, ha expuesto un criterio más radical acerca de San Marón J. M. Sauget. Admite como único historiador a Teodoreto, según el cual Marón «habría sido anacoreta y santo, pero no sacerdote. Tal como se ha señalado, se retiró a la cima de un monte, donde había existido un culto pagano, y construyó una cabaña, aunque vivía al aire libre. El severo ascetismo y su santidad le merecieron el don de curar enfermos, lo cual atrajo a su montaña muchedumbres. Teodoreto habla de discípulos de Marón, entre los que figura un cierto Jacobo, pero no da a entender que hubiera dado origen a una institución cenobítica en las cercanías y, menos aún, dirigida por él. Marón murió tras una breve enfermedad». Los restos del asceta habrían sido motivo de conflictos entre los poblados cercanos. Se lo llevaron los que más pudieron, y su sepulcro en tiempo de Teodoreto era lugar de peregrinaciones. Tan sólo se puede afirmar que es anterior al 423, o sea, antes de la elección de Teodoreto como obispo de Ciro. Se ignora del todo la localidad donde vivió el santo.

Nos da cierta luz —siempre siguiendo al citado autor— sobre la cronología lo que Teodoreto refiere sobre el susodicho discípulo de Marón, Jacobo de Cirréstica, quien habría vivido con su maestro 38 años antes de que escribiese Teodoreto, hacia el 444, su *Historia filotea.* Según esto, habría que concluir que

Marón se hallaba en vida todavía en el 406. Esta deducción no sería suficiente para probar la identificación de San Marón con el sacerdote homónimo, entre el 404 al 407, destinatario de una carta de Juan Crisóstomo, pues nada daría que pensar que el anacoreta descrito por Teodoreto fuera sacerdote.

Siguiendo la crítica de J. M. Sauget, basada en estudios más recientes, la tumba de Marón en Cirréstica y la gran veneración que la rodea, no justificaría la construcción de un monasterio en este lugar. Este problema tan importante no ha obtenido todavía una clara justificación. Y no parece posible afrontar el problema de la relación de Marón con el monasterio que lleva su nombre, que fue fundado en la región de Apamea hacia el 452, o con la comunidad cristiana maronita.

Asimismo, para S. J. Voicu, los maronitas serían una comunidad cristiana vinculada en un principio al importante monasterio de San Marón, en Apamea de Siria. Sus monjes, durante las controversias cristológicas del siglo VI, figuran entre los más acérrimos defensores de la definición de Calcedonia (451). Ciertos indicios nos permiten concluir que los monjes maronitas abrazaron en el siglo VII la doctrina monotelita. Pero, como se ha dicho, a finales del siglo VII, forzados por la invasión de los árabes, los monjes maronitas emigraron hacia las regiones del Líbano, donde hacia el 939 se convirtieron en el centro espiritual de la comunidad con el traslado del patriarcado de la sede de Antioquía. Durante las Cruzadas la iglesia maronita entró en comunión, más o menos interrumpida hasta el siglo XV, con la iglesia de Roma. Esta unión con Roma de los maronitas fue total, sin dejar ninguna comunidad separada. La liturgia maronita, siempre en lengua árabe, es de tipo oriental, pero, a la par que las estructuras eclesiales de la comunidad, ha sufrido un profundo proceso de latinización.

Esta crítica más moderna rechaza como vemos la referencia de San Juan Crisóstomo con Marón, a la vez que la existencia del monasterio de Beth Moroun como punto de arranque de la creación del patriarcado maronita de Antioquía. No obstante, la tesis no está fundamentada. Primeramente es cierto que Juan Crisóstomo hace de San Marón un sacerdote, cuando Teodoreto solamente habla de un «asceta». Y la explicación que se nos

da es que el Crisóstomo bien pudo referirse a un homónimo del biografiado por Teodoreto, el cual silencia el «sacerdocio». Pero por otra parte hallamos ciertos indicios en la carta de San Juan Crisóstomo que inducen a identificar el personaje. Nos habla de la dificultad de dirigirse a él por escrito, ya que no halla quien se dirija hacia las soledades de Marón; y esta dificultad obedecía a los lugares abruptos donde moraba San Marón, y a la distancia: unos 200 kilómetros de Antioquía (aunque ignoramos el lugar del destierro del Crisóstomo, que podría ser aún más distante). Otro punto correlativo entre ambos escritos es la poca salud del asceta. A ella se refiere Teodoreto, pero no olvidemos que el patriarca desterrado le ruega al asceta que «cuide mucho su salud, para que recibamos buenas noticias sobre ella estando tan separados corporalmente».

Hemos hablado de Juan Marón, también monje y santo, quien habría sido constituido primer patriarca de Antioquía a finales del siglo VII. Según Teodoreto se habrían fijado en torno a San Marón muchos eremitas, algunos de los cuales son biografiados por el mismo Teodoreto, sobresaliendo Jacobo, el cual le llegaría a superar en su ascesis. Y no solamente se trata de varones, sino que también encontramos mujeres, que llegan a mayor heroicidad que aquéllos.

Tras la muerte de Teodoreto se continúa hablando del monasterio situado en Ciro, Beth Moroun, al cual pertenecía el primer patriarca Juan Marón. Este monasterio ha sido fundado como cenobio en torno al sepulcro de San Marón. De diversos documentos se puede deducir que el archimandrita del monasterio regía a los vecinos monasterios de la Siria II. Existe una carta de los monjes de Jerusalén y de la Siria II —es decir, el actual Líbano— dirigida a Justiniano, cuya serie de firmas concluye así: «Pablo, por la misericordia de Dios diácono y legado del monasterio de San Marón, el más importante entre los venerables monasterios de la Siria II, el cual gobierna todos los archimandritas y monjes de la dicha Siria II».

De este monasterio nos dice al-Masudi († 956) que «se hallaba rodeado de más de trescientas celdas, que poseía oro, plata y piedras preciosas en considerable cantidad, y que fue destruido en las incursiones árabes». Tomás, obispo de Kfar-

tab (s. XI), dice que en este monasterio moraban ochocientos monjes

En otro aspecto, hay que hacer notar que al ser destruida una imagen de San Marón por el patriarca melquita Cirilo, quien negaba públicamente que se tratara de un santo, Benedicto XIV, el doce de agosto de 1744, concedió una indulgencia plenaria que se podía ganar el día de San Marón, el 23 de septiembre de 1753 y, además, escribió una carta a Nicolás Lercaro, secretario de la Congregación de Propaganda Fide para los asuntos orientales, mostrando, en una exposición muy erudita, la santidad de Marón, el único santo que había dado su nombre a un pueblo entero

Teodoreto de Ciro, en su citada *Historia de los monjes,* describe la historia de muchos de ellos. Estos monjes no se limitaban a la vida contemplativa, y se enfrentaban vigorosamente contra la herejía de la época y defendían con ardor el Concilio de Calcedonia. Por esta razón se levantó una horrible persecución desencadenada contra ellos por el monofisita Severo, que había usurpado la sede de Antioquía, y por Pedro, obispo de Apamea. La descripción de estos hechos se halla en una carta dirigida por veinticuatro archimandritas de la Siria II al papa Ormisda en el 517. El primero de todos se firma: «Yo, por la misericordia de Dios, sacerdote y superior del monasterio de San Marón...». De esta carta se desprende que Severo y Pedro habían dirigido una durísima persecución contra los defensores del Concilio de Calcedonia, y que algunos monjes habían muerto a causa de los padecimientos sufridos e infligidos por aquéllos, pues mientras una gran multitud de monjes se dirigía en procesión al santuario de San Simón estilita, fue atacada inesperadamente por los herejes, quienes mataron 350, dejando a otros heridos. Estos herejes no respetaron ni siquiera la iglesia, matando igualmente a algunos monjes que se habían refugiado junto al altar del vecino monasterio Añade, además, la carta que otros monjes fueron quemados y raptados, y concluía diciendo que una copia de esta carta había sido enviada al emperador Anastasio, el cual, no obstante, había apresado con desprecio a los dos mensajeros que se la habían presentado, demostrando haber sido el instigador de la persecución.

El Papa respondió el 10 de febrero de 518. Y los mismos monjes escribieron también a los obispos de la Siria II para informarles de esta sanguinaria persecución. Y la primera firma de esta carta corresponde a la misma de la carta dirigida al papa Ormisda. La fiesta de los mártires maronitas fue introducida por Baronio en el Martirologio romano el día 30 de julio, día en que era celebrada en la Iglesia maronita como día de precepto, hasta que el actual patriarca lo ha dispensado.

Por todo cuanto hemos dicho se deduce que los monjes de San Marón fueron grandes defensores del Concilio de Calcedonia. Los fieles que originariamente se agregaron a ellos fueron denominados «calcedonianos», y más adelante, tal vez no sin ironía, *«maronitas»*, nombre que ha prevalecido en la historia hasta nuestros días. En 1888 fue descubierta la *Crónica* de Miguel el Siro, patriarca de los Siro-Jacobitas, que contiene gran parte de los Anales de otro patriarca Jacobita, Dionisio de Tell-Mahre (818-845). En estos Anales se dice que el Califa Marwan hizo elegir en 746 un patriarca y lo mandó con una armada para librarse del patriarcado maronita. El proyecto fracasó, y Dionisio acaba diciendo que continuaron tal como ahora se encuentran (s. IX), bajo un patriarca y obispos maronitas, «ordenados del mismo monasterio». Estas últimas palabras prueban cuanto anteriormente hemos dicho ya acerca de las instituciones maronitas, confirmadas con autoridad, ya que el patriarca Dionisio nació en el siglo VIII y murió en el 845.

Añadiremos, finalmente, que Pío VII, el 30 de enero de 1820, concedió indulgencia plenaria a quienes visitaran la iglesia de nuestro santo en Kfaphray del Líbano, el día de su festividad, 2 de marzo; y el día 17 de mayo de 1821 el mismo pontífice extendió este privilegio a todas las iglesias maronitas. La fiesta de Juan Marón era de precepto para los maronitas hasta que el actual Patriarca (2001), por razones de calendario civil, la ha suspendido.

PLÁCIDO MIGUEL GIL IMIRIZALDU, OSB

Bibliografía

CHRISOSTOMUS: PG 52,630

GONZALEZ MONTES, A., *Las Iglesias Orientales* (BAC, Madrid 2000)

MANSI, *Collectio conciliorum,* VIII, 475ss; 429, 996, 1021, 1026
«Marón», en C. LEONARDI - A. RICCARDI - G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los Santos,* II (Madrid 2000).
MORONITE: DS XI (I), 631-644.
SFAIR, P., *Bibliotheca SS,* VIII, 1094-1097.
THEODORETUS: PG 82,1418.

SAN MIGUEL FEBRES CORDERO
Religioso († 1910)

Ecuatoriano. Religioso del Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas (1854-1910). Además de sobresalir por sus excelsas virtudes, destacó también en el campo de las letras. Murió en Premiá de Mar (Barcelona) el 9 de febrero de 1910. Fue canonizado por Juan Pablo II el 21 de octubre de 1984.

Miguel Febres Cordero nació el 7 de noviembre de 1854 en Cuenca (Ecuador), en una familia de origen español ya arraigada en aquel país hispanoamericano. Su madre era muy piadosa y su padre un hombre de negocios creyente sincero. Fue bautizado con el nombre de Francisco, que cambiaría por Miguel al profesar en los Hermanos de La Salle.

Nació con una deformación notable en los pies, la cual no le impidió ser un muchacho de buen corazón, sencillo de trato, simpático, piadoso, inteligente y aplicado. Leía mucho y escribía con soltura. Se narran episodios extraordinarios de su vida ya desde la infancia, como, por ejemplo, la mejoría, por intercesión de la Virgen, de sus pies deformes. La devoción a María fue característica de su vida.

Pronto manifestó deseos de entrar en el Instituto de Hermanos de las Escuelas Cristianas, a cuyo colegio asistía. Pero sólo en 1868 logró vencer la resistencia y la actitud extremadamente fría de su padre; tomó el hábito el 25 de marzo de dicho año. Terminado el noviciado, fue a Quito y comenzó una carrera fecunda de maestro, catequista y escritor. Años oscuros y monótonos pero intensos por la asiduidad a la oración. En 30 años editó un centenar de textos escolares y, por su conocimiento de varias lenguas, hizo una gran labor traduciendo textos clásicos.

Profesor exigente y celoso apóstol, se desvivía por los alumnos. En 1890 fue nombrado responsable de la residencia estudiantil aneja al nuevo colegio que contaba con más de mil alumnos. Jamás dudó en presentar un cristianismo comprometido y exigente a los jóvenes. En 1892 fue llamado a ser uno de los diez miembros de la Academia Ecuatoriana de la Lengua. Similares reconocimientos culturales le fueron otorgados por instituciones de Francia y Venezuela. Pero su campo de acción preferido fue la catequesis: durante 26 años tuvo a su cargo la preparación a la primera comunión. Publicó, además, una historia sagrada, una vida de Cristo y otros muchos libros y artículos relacionados con la piedad y la religión. Su labor de estudioso estuvo siempre en función de la actividad pedagógica directa. Y con verdadero espíritu evangélico buscó siempre que su dedicación preferente fuera enseñar a los niños más pobres económica, cultural y espiritualmente, viendo en ellos la persona y el rostro de Cristo.

Miguel Febres Cordero participó de manera heroica en los sufrimientos de Cristo crucificado. Entre las varias cruces que tuvo que llevar durante su vida, no fue la menor la malformación de los pies, que le producía considerables dolores al caminar. Pero él, de la debilidad sacaba fuerza; del dolor, motivo de alegría, haciendo vida propia «el lenguaje de la cruz» (1 Cor 1,18), escándalo y locura para quienes rehúsan aceptar a Cristo crucificado como Salvador y Señor. La aceptación gozosa de la cruz era para todos motivo de edificación y de cristiano ejemplo. Su alegría en el sufrimiento despertaba un profundo respeto y admiración. Prueba clara de que había asimilado profundamente la enseñanza paulina: «La debilidad de Dios es más fuerte que los hombres» (1 Cor 1,25).

Se puede decir que el itinerario ejemplar de su vida como maestro es un válido modelo para educadores cristianos de hoy, a la vez que un estímulo para valorar la gran importancia del apostolado e ideales de la enseñanza católica que tiene por objetivo ofrecer a las nuevas generaciones una sólida cultura impregnada a la luz del evangelio.

En 1907 se traslada a la casa general de Bélgica y allí redacta textos escolares para los colegios de Iberoamérica. Sin embargo, a causa del clima se ve obligado a marchar a Premiá de Mar

(Barcelona). En la «Semana Trágica» la persecución obliga a los Hermanos a ir a Barcelona y el Hermano Miguel va con ellos. Vuelve pronto a Premiá de Mar y allí fallece el 9 de febrero de 1910, a consecuencia de una pulmonía. Una de sus últimas frases fue: «otros trabajarán mejor que yo [...] Jesús, José y María, os doy el corazón y el alma mía». Tenía 56 años de edad. En Ecuador, el gobierno decretó luto nacional; era su hijo más preclaro. Murió con fama de santidad.

Fue beatificado por Pablo VI el 30 de octubre de 1977; canonizado por Juan Pablo II en solemne ceremonia celebrada en la Basílica de San Pedro el 21 de octubre de 1984.

El Papa quiso inscribir en el catálogo de los santos a este ecuatoriano, miembro del Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, en la jornada misional del Domund. Juan Pablo II lo definió como «un ejemplar misionero, un evangelizador de América Latina» (Discurso al CELAM, Santo Domingo, 12-10-1984, n.5), y quiso que su canonización inaugurase la novena preparatoria del V centenario de la evangelización de América.

Su fiesta se celebra el 9 de febrero.

RAMÓN FITA REVERT

Bibliografía

Ecclesia (1984) n.2194, p.15; (1984) n.2195, p.7 y 11
LOPEZ MELUS, J., en C. LEONARDI - A. RICCARDI - G. ZARRI (dirs), *Diccionario de los Santos,* II (Madrid 2000) 1723-1724
MUNOZ BARRERO, E., *Hermano Miguel* (Quito 1953)
— *Un académico a los altares* (Quito 1977)
— *Fratel Michele* (Roma 1977).
OLIVE, M., *El Beato Miguel* (Roma 1977)

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTA APOLONIA

Virgen y mártir († 250)

Nos consta de su martirio por Eusebio de Cesarea que, en su *Historia eclesiástica,* transcribe una carta de San Dionisio de Alejandría en la que se cuenta su martirio.

Era en los años finales del reinado de Felipe el Árabe, concretamente en 249. Un poeta en Alejandría promovió un tumulto contra los cristianos. Sus casas fueron robadas y saqueadas por la plebe, y al menos tres cristianos perecieron, uno de ellos Apolonia.

Era una virgen consagrada, seguramente diaconisa, que, reconocida como cristiana, fue torturada. Primero le partieron los dientes a martillazos y luego la obligaban a blasfemar o la amenazaban con echarla a una hoguera encendida. Apolonia pidió un momento para pensarlo y, cuando la soltaron, ella misma se echó al fuego preparado, en el que pereció.

San Dionisio no ve nada digno de censura en este espontáneo martirio sino que elogia grandemente a esta testigo de Jesucristo. A lo largo del tiempo se ha reflexionado sobre este caso y se estima que el suceso no puede menos que deberse a una especial moción del Espíritu. En la antigüedad el culto de Apolonia se extendió por Oriente, pasando luego a Occidente.

SAN AUSBERTO DE RUÁN

Obispo († 695)

Primero llevó vida seglar y llegó a ser canciller en la corte del rey Clotario III. Pero su inclinación era la vida monástica y profesó como monje en 673. Más tarde fue nombrado abad de Fontanelle, sucediendo a San Lamberto, que era nombrado obispo de Lyón.

Como abad tuvo un gran prestigio, porque dio nuevo impulso a las tareas culturales del monasterio con la edificación de una nueva biblioteca, donde reunió libros religiosos y clásicos. El rey Teodorico III le pidió que fuera su confesor, y cuando en 684 vacó la sede de Ruán lo presentó para arzobispo de la misma.

Ausberto fue un prelado celoso y ejemplar y fue capaz de renovar la vida religiosa de su diócesis. Pero tuvo un conflicto con Pipino de Heristal, el cual lo desterró al monasterio de Hautmont-sur-Sambre donde murió santamente el 9 de febrero del año 695.

SAN RINALDO
Obispo († 1222)

Rinaldo o Rainaldo nació a mitad del s. XII en el castillo de Postignano, junto a Nocera, en el seno de una noble familia. En su juventud decidió consagrarse a Dios y llevó vida eremítica por sí mismo, pero luego se unió a los monjes camaldulenses de Fonte Avellana. Aquí se acreditó al extremo de que en 1218 lo nombraron prior.

Conocido y estimado por el papa Honorio III, fue nombrado obispo de Nocera a finales del mismo año en que había sido nombrado prior.

Rinaldo fue un obispo excelente. Dio un alto ejemplo de responsabilidad pastoral, no dudando en excomulgar a quienes habían profanado la iglesia de un pueblo y sentando todos los días a un niño pobre a su mesa con los honores correspondientes al propio Jesucristo.

Pero su episcopado no fue largo, porque el 9 de febrero de 1222 moría con la muerte de los justos, dejando una clara estela de santidad en el pueblo, que enseguida lo tuvo por santo. Su culto continúa en Nocera.

10 de febrero

A) MARTIROLOGIO

1 En Monte Casino (Campania), Santa Escolastica († ca 547), virgen, hermana de San Benito **

2 En Magnesia (Asia), los santos Caralampio, Porfirio, Daucto y tres mujeres, martires en el imperio de Septimio Severo (s III)

3 En la Via Labicana, los santos Zotico y Amancio (s III o IV), martires

4 En Terracina (Campania), San Silvanio (s IV), obispo

5 En Saintes (Aquitania), San Troyano († 550), obispo

6 En Besançon (Borgoña), San Protadio († 624), obispo

7 En una aldea de Ruan, Santa Austreberta († 704), virgen y abadesa

8 En Establo de Rodas (Toscana), San Guillermo († 1157), ermitaño de Malavalle, que dio origen a varias congregaciones de ermitaños *

9. En Prémontré (Francia), Beato Hugo de Fosses († 1163), abad, sucesor de San Norberto al frente de la Orden Premonstratense *.

10. En Rímini del Piceno, Beata Clara Agolanti († 1326), viuda, fundadora de un monasterio de clarisas *.

11. En Angers, los beatos Pedro Frémond y cinco compañeras (Catalina du Verdier de la Sorinière, María Luisa, su hermana, Luisa Margarita Bessay de la Voute, María Ana Hacher du Bois y Ludovica Poirier, mujer casada), que fueron martirizados durante la Revolución Francesa († 1794).

12. En Krašić, Beato Luis Stepinac († 1960), obispo y cardenal, mártir **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTA ESCOLÁSTICA

Virgen († ca.547)

Las fuertes pisadas de los bárbaros recorrían ya todas las vías del Imperio. La capital del orbe, sobre cuyo cautiverio lloró San Jerónimo lágrimas de sangre cuando la tomó Alarico (410), había sufrido otro terrible saqueo de los alanos y de su rey Genserico (455), llamado por la misma Eudoxia, esposa del emperador Máximo. Ahora, acaba de ser depuesto Rómulo Augústulo, verdadero diminutivo de los augustos césares, por el rey de los hérulos, Odoacro (476). Los pueblos germanos se derramaban en aluvión por Italia, las Galias, Hispania y África. Godos, visigodos y ostrogodos, vándalos, suevos, sajones, alanos, imponían su paganismo o su arrianismo, mientras el Oriente se enredaba en la herejía eutiquiana. ¡Qué solo iba quedando el Vicario de Cristo, San Simplicio (468-483), sucesor de San León Magno, el gran papa que, al dejarlo pasar humildemente, contuvo al «azote de Dios»!...

Cruel es la labor del arado que levanta y vuelca la tierra, pero ella orea los gérmenes fecundos que al fuego del sol florecerán espléndidamente. Así, de esta tierra imperial desbaratada, arada por las lanzas de pueblos jóvenes, brotaría con renovado vigor la fuerza oculta de las antiguas razas. Santa Clotilde convertiría a Clodoveo y al pueblo franco; Leandro e Isidoro se harían dueños del alma visigoda; San Patricio ganaría a Irlanda; San Gregorio el Grande, por medio de San Agustín, evangelizaría a los anglosajones... Y para ser los precursores de la Edad

Media, la de las catedrales góticas, la de las abadías insuperables, focos del Espíritu Santo, nacieron en Italia, cerca de la Umbría, en esa «frígida Nursia» que canta Virgilio *(Eneida,* l.8 v.715), y de un mismo tallo, Benito y Escolástica.

Se dice que sus padres fueron Eutropio y Abundancia y es seguro que pertenecían a la aristocracia de aquel país montaraz, de costumbres austeras, símbolo de la fortaleza romana, que aun bajo el paganismo había dado varones como Vespasiano, el emperador, y Sertorio, el héroe de la libertad. Si por el fruto se conoce el árbol, grande debió ser el temple puro y el cristianismo de los padres que dieron el ser y la educación a tales hijos. Del varoncito, *Benedictus,* dijo el gran San Gregorio, su biógrafo, que fue «bendito por la gracia y por el nombre»; de su hermana sabemos, por la misma fuente, que fue dedicada al Señor desde su infancia.

¿Quién influyó en quién? Benito, descendiente de los antiguos sabinos que tuvieron en jaque a los romanos, maduró su carácter cuando todavía era niño. Sin duda, dominó a su hermana, que miraría con admiración al joven, prematuramente grave, llamado a ser padre y director de almas. La ternura, la delicadeza que revela la regla benedictina, la atribuyen, sin embargo, sus comentaristas a la dulce y temprana influencia de su hermanita y condiscípula, Escolástica, en el alma del futuro patriarca.

Como en jardín de infancia, vivieron y se espigaron juntos en la finca paterna, una de esas «villas» romanas, mezcla de corte y cortijo, esbozo familiar de futuros monasterios. Según la moda del día, velaba sobre ellos Cirila, una nodriza griega, que les enseñó a balbucear la lengua helénica. ¡Qué contraste con ese doble sello de Roma y Grecia —toda la cultura antigua impresa en sus primeros años— no haría esa invasión de los ostrogodos, que en 493 entregaría de nuevo la urbe por excelencia a las tropas de Teodorico!

Con todo, se decidió que Benito iría a Roma ya adolescente, para perfeccionarse en los estudios liberales. ¡Qué dura la separación para estos gemelos, unidos antes de nacer! Escolástica, consagrada a Dios desde su infancia, llevaba, quizá, el velo de las vírgenes; ¡cuánto oraría por el joven estudiante preso de esa Roma fascinadora que, pese a todos los saqueos y a las divisio-

nes del cisma, seguía señoreando al mundo por su arte, por su lujo, por sus escuelas!

Sujeto también a grandes peligros, en ambiente difícil, exclamaba otro hermano de la que esto escribe, héroe de la religión y de la patria: «Nos han imbuido tanto tradicionalismo y catolicismo, que no puedo faltar a lo que tengo dentro. Donde quiera que esté, llevo, como el caracol, mi casa a cuestas». Fue el caso de Benito, amparado por su educación y por el incienso de las oraciones de Escolástica, que cruzó ileso la edad de las pasiones y cuando podía ingresar en un mundo de corrupción, decidió despreciarlo.

Tendría cerca de veinte años, que es cuando se coronaban los estudios. Empapado de romanidad y de jurisprudencia, dueño de un lenguaje firme y sobrio, que la gracia castigaría aún más, pues con razón se ha escrito que «el decir conciso es don del Espíritu Santo», Benito se dispuso a imitar a los eremitas del Oriente, que San Atanasio primero y San Jerónimo después, habían dado a conocer a Roma. Buscando una sabiduría más alta que la de los retóricos, acordó dejar sus libros, su familia y su patrimonio, prueba de que su padre había muerto y de que era dueño de sí.

Los santos no llegan de repente al despojo absoluto. Es enternecedor, para nuestra flaqueza, el ver que Benito, desprendido por la distancia del amor fraterno, aún se dejó escoltar por su «chacha» griega, en el éxodo que le apartaba de Roma y siguiendo la vía Tiburtina le llevaba hacia las montañas sabinas para fijar su tienda en la aldea de Eufide, al amparo de una montaña y de la iglesia de San Pedro. ¿Cómo iba a prescindir él de sus cuidados maternales, tan necesarios para dedicarse, olvidado de sí, a la oración y al apostolado? ¡La quería tanto! Como que lloró con ella cuando la pobre mujer, consternada, vino a mostrarle los dos pedazos en que se partió el cedazo de barro para cernir el trigo que le había prestado una vecina. Benito se puso en oración hasta que los dos trozos se juntaron y floreció el milagro. «¡Es un santo, es un santo!», clamó la vecindad electrizada al enterarse del hecho, merced al entusiasmo de esta nueva samaritana. Y Benito, que huyó siempre de ser canonizado en vida, comprendió el peligro de la vanidad y del cariño, lo

urgente que era romper con este último lazo de filial ternura que aún le ligaba al mundo.

¡Oh qué dramática debió ser la llegada de Cirila a Nursia, refiriendo entre sollozos a Escolástica virgen, y tal vez a su madre viuda, cómo se le había fugado, sin despedirse siquiera, el hijo de su alma! Hacia dónde, Señor, ¡sólo Dios lo sabía! Seguramente hacia una soledad abrupta, donde, lejos de los hombres, trataría a solas con Él.

Los años pasaron. Moriría Abundancia. Escolástica, en su orfandad, se uniría a otras vírgenes compartiendo su vida de oración, de recogimiento y de trabajo. No olvidaba al desaparecido, ni desfallecía, más tenaz que el tiempo, su esperanza.

Nada supo de sus tres años de soledad y penitencia extrema, vestido de la túnica que le impuso el monje Román, en la gruta asperísima de Subiaco, en lucha consigo mismo y con ese tentador que persigue los anacoretas. Ni de que un día le descubrieron los monjes de Vicovaro y le obligaron a regir su multitud indisciplinada. ¡Cómo hubiera sufrido sabiendo que su hermano estaba en manos de falsos hijos, capaces de servirle una copa envenenada! ¡Y cómo hubiera gozado viéndole huir de nuevo a la soledad y acoger en ella a los hijos de bendición que venían a pedirle normas de vida, en tal número, que hubo de construir doce pequeños monasterios en las márgenes del lago formado por el Anio!

La luz no estaba ya bajo el celemín. Nobles patricios confiaban sus hijos, Mauro y Plácido, al abad de Subiaco; bajo su cayado, trabajaban romanos y godos y habitaban juntos el león y el cordero. Su fama voló hasta Roma, llegó a la Nursia. El padre Benito no podía ser otro que aquel santo joven que huyó de Eufide, dejando una estela milagrosa. Las lágrimas que arranca la noticia del hermano recuperado y que parecía para siempre desaparecido, debieron rodar por las mejillas de Escolástica.

Hubo, sin embargo (la persecución escolta a los santos), un clérigo envidioso, Florencio, capaz de enviar también al santo abad un pan envenenado y un coro de bailarinas que invadiera su recinto santo. Benito había aprendido la lección evangélica de no resistir. Por amor de sus hijos, a los que dejó en buenas manos, desamparó con un grupito fiel la gruta de sus amores y,

como otro Moisés camino del Sinaí, se dirigió a lo largo de los Abruzos hacia el mediodía, llegó a la fértil Campania y encontró su pedestal soñado, siguiendo la vía latina de Roma a Nápoles. Era el monte Casino, magnífica altura, vestida de bosques y aislada, como palco presidencial, en el gran anfiteatro que forman las cadenas desprendidas de los Apeninos.

Allí, con más de cuarenta y cinco años, el varón de Dios, en la plenitud de su doctrina espiritual, escribió la ley de la vida monástica, ese código inmortal de su santa regla. A poca distancia del gran cenobio, que iba surgiendo como una ciudad fortificada, tuvo la dicha de recobrar en Dios lo que por Él había dejado. Escolástica, madre de vírgenes, volvió a ser la discípula de sus años maduros. No aparecía, se ocultaba; podía decir como el Bautista: «Conviene que Él crezca y que yo disminuya». El santo patriarca, «lleno del espíritu de todos los justos», florecía como la palma y se multiplicaba como el cedro del Líbano. Sus palabras, sus obras, sus milagros, esparcían el buen olor de Cristo sobre el mundo bárbaro. Él era el tronco del árbol de vida, cuyas ramas se extenderían sobre Europa para cobijar a innumerables pájaros del cielo. Escondida a su sombra, con raíz vivificante, como manantial oculto que corre por las venas de la tierra, Escolástica, aún más hija del espíritu que de la letra, daba a la religión naciente esa oración virginal, esa santidad acrisolada, esa inmolación fecunda llamada a reproducirse en las exquisitas flores del árbol benedictino: Hildegarda, Matilde, Gertrudis...

Hay que pasar bruscamente del primero al último acto para comprender lo que fue la unión tan humana y divina entre aquel a quien ella llamaba *frater* y aquella a quien él respondía *soror*.

Una vez al año (no es mucho conceder al espíritu y a la sangre), nos cuenta San Gregorio con sencillez evangélica, se encontraban ambos en una posesión, no muy distante, de Montecasino. Aquel año, ya en el umbral de la senectud, acompañaban al padre abad varios de sus hijos, a Escolástica no le faltaría su compañera. ¡Oh, cuán bueno habitar los hermanos en uno! En el gozo de aquella reunión alternaron divinas alabanzas y santos coloquios, que se acendraron en la intimidad de la refección, al caer las sombras de la noche. Era quizá la hora de completas,

cuando canta el coro monástico el *Te lucis ante terminum,* pero en el calor de la conversación, se había hecho tarde y Escolástica creyó poder rogar:

—Te suplico que esta noche no me dejes, a fin de que, toda ella, la dediquemos a la conversación sobre los goces celestiales.

—¿Qué dices, oh hermana? ¿Pasar yo una noche fuera del monasterio? ¡Cierto que no puedo hacerlo!

Y al conjuro de la observancia, el Santo miraba la serenidad del cielo y se disponía a marchar. Escolástica, que conocía su firmeza, optó por dirigirse a la suprema Autoridad. Decía su santa regla: «Tengamos entendido que el ser oídos no consiste en muchas palabras, sino en la pureza de corazón y en compunción de lágrimas» (c.20). Sus manos cruzadas para suplicar cayeron sobre la mesa y, apoyando la frente entre sus palmas, comenzó a llorar en la divina presencia.

Benito la miraba sobrecogido, dispuesto a no ceder, cuando ella alzó la cabeza y un trueno retumbó en el firmamento. Corrían las lágrimas por el rostro de Escolástica y un aluvión de agua se derrumbaba desde el cielo, repentinamente encapotado.

—El Dios omnipotente te perdone, oh hermana. ¿Qué has hecho?

Ella respondió:

—He aquí que te he rogado y no has querido oírme; he rogado a mi Dios y me ha oído —y añadió, con una gracia triunfal, plenamente femenina—: Sal ahora, si puedes, déjame y vuelve al monasterio.

Y, pese a su contrariedad, se vio precisado el Santo a pasar toda la noche en vela, fuera de su claustro, satisfaciendo la sed de su hermana con santos coloquios.

Al día siguiente se despidieron los dos hermanos, regresando a sus monasterios. Sólo tres días habían pasado cuando, orando San Benito junto a la ventana de su celda, vio el alma de su hermana que en forma de blanquísima paloma «salía de su cuerpo y, hendiendo el aire, se perdía entre los celajes del cielo». Lleno de gozo, a vista de tanta gloria, cantó su acción de gracias y llamando a sus hijos les comunicó el vuelo de Escolástica, suplicándoles fueran inmediatamente en busca de su cuerpo para trasladarle al sepulcro que para sí tenía preparado.

Hace catorce siglos que las reliquias de ambos hermanos, fundidas en el seno de la tierra madre, germinan incesantemente en frutos de santidad. Porque «todo lo que nace de Dios vence al mundo», sobrevive San Benito, en su monasterio y en su Orden, a todas las injurias de los tiempos. La vida oculta de Santa Escolástica tiene el valor de un símbolo. Ella encarna el poder de la oración contemplativa, «razón de ser de nuestros claustros», la que, en alas de un corazón virginal, lleno de fe, arrebata a los cielos su gracia y la derrama a torrentes sobre esta tierra estéril, pero rica en potencia, que con el sudor de su frente labran los apóstoles y que fue prometida a los patriarcas...

CRISTINA DE ARTEAGA, OSH

Bibliografía

Act. SS. Boll., 10 de febrero.
Annales Ord. S. Bened., VI p.746s.
GREGORIO, SAN, *Diálogos*, l.2 c.33 y 34. Fuente fundamental.
HEURTEBISSE, B. - TRIGER, R., *Sainte Scolastique, patronne de Mans* (1897).
MABILLON, *Act. SS. Ord. Bened.*, I p.35s.
MORIN, G., «La translation de saint Benoît et la chronique de Lens»: *Rev. Bénéd.* 19 (1902) 337s.

BEATO LUIS STEPINAC

Obispo y cardenal († 1960)

Obispo, cardenal y mártir. En la Yugoslavia comunista de Tito, este santo prelado representó la serena fortaleza de la Iglesia: el juicio, la condena, la reclusión minaron su salud y murió mártir de la fe confesada y vivida. El papa Juan Pablo II lo beatificó el 3 de octubre de 1998.

Nació el 8 de mayo de 1898 en Brezarć, parroquia de Krašić, en el seno de una familia numerosa en la que se vivían el orden, la oración y el trabajo. Sirvió como oficial en el ejército austríaco y fue apresado por los italianos en 1918. Al final de la guerra se dedicó a la agricultura; al mismo tiempo estaba comprometido en el movimiento de la juventud católica. Después de un gran tiempo de maduración, decidió ser sacerdote. En 1924 el arzobispo de Zagreb monseñor Antun Bauer lo envió a Roma a estudiar en el colegio germano-húngaro. Fue alumno

de la Pontificia Universidad Gregoriana y se doctoró en filosofía y teología.

Recibió la ordenación sacerdotal en Roma el 26 de octubre de 1930, en la solemnidad de Cristo Rey. Celebró su primera misa en la basílica de Santa María la Mayor, ya que desde pequeño fue muy devoto de la Virgen.

El papa Pío XI lo nombró arzobispo coadjutor con derecho a sucesión de Mons. Antun Bauer el 29 de mayo de 1934; recibió la ordenación episcopal el 24 de junio siguiente. Al morir Mons. Bauer, se puso al frente de la archidiócesis de Zagreb Fue un pastor solícito, que dejó una huella profunda en todos los ámbitos de la vida eclesial. Durante la segunda guerra mundial y los primeros años de la posguerra, en circunstancias muy difíciles, fue un valiente y constante predicador, defensor de los derechos de Dios, de la Iglesia y de toda persona.

En septiembre de 1945 los obispos católicos de Croacia publicaron una carta colectiva de la que Mons. Stepinac fue su principal inspirador. Entre otras cosas decían:

> «En nombre de la justicia eterna, elevamos nuestra voz no solo para defender a los sacerdotes injustamente condenados, sino tambien para defender el recuerdo de miles y miles de víctimas inocentes condenadas a muerte sin poder defenderse en absoluto»

Poco después el arzobispo Stepinac dijo a un amigo refiriéndose al régimen comunista: «me hubieran perdonado todo, excepto esta carta».

Fue arrestado por primera vez el 17 de mayo de 1945. El 3 de octubre de 1946 fue llevado ante el tribunal de Estado, allí pronunció su confesión: «Ante Dios y ante los hombres mi conciencia está tranquila [...] Pero si me veo en la necesidad de dar mi vida por haber cumplido con mi deber, la daré». El 11 de octubre, el tribunal lo condenó a dieciséis años de cárcel y de trabajos forzados y cinco de privación de los derechos civiles. El 5 de diciembre de 1951 fue trasladado a la cárcel de Lepoglava, en Krašić.

Pío XII lo creó cardenal el 12 de enero de 1953, mientras estaba bajo arresto domiciliario en Krašić. Murió santamente, perdonando a sus enemigos y perseguidores, el 10 de febrero de

1960. Ofreció su vida como sacrificio voluntario por la Iglesia. En su testamento espiritual se leen estas palabras, que son reflejo de lo que él vivía: «amad a vuestros enemigos [...] Que la conducta de vuestros enemigos no os aleje del amor hacia ellos, porque una cosa es el hombre y otra su maldad».

Los venerados restos mortales del Beato Luis Stepinac se encuentran en la Catedral de Zagreb. La beatificación del cardenal Stepinac se produjo apenas 38 años después de su muerte. Fue beatificado por el papa Juan Pablo II el día 3 de octubre de 1998 en el famoso santuario de Marija Bristrica. El Episcopado croata fue quien pidió al Papa que la beatificación tuviera lugar en este célebre santuario. Y Juan Pablo II, conocedor de lo que ese espacio sacro representa, quiso que la solemne ceremonia se llevase a cabo junto a la venerada imagen de la Virgen con el Niño, proclamada *Reina de los croatas*. Muchos de los que estuvieron presentes en aquel acto habían padecido sufrimientos semejantes a los que tuvo que soportar el cardenal Stepinac por mantenerse fieles a Cristo. En la beatificación del arzobispo de Zagreb la Iglesia quiso reconocer la victoria del Evangelio de Cristo sobre las ideologías y los regímenes totalitarios: el fascismo, el nazismo y el comunismo; la victoria de los derechos de Dios y de la conciencia sobre la violencia y los abusos; la victoria del perdón y de la reconciliación sobre el odio y la venganza. El Beato Stepinac constituye, así, un símbolo para aquellos cristianos que, habiendo sufrido por causa de Cristo, quieren perdonar, quieren reconciliarse venciendo el mal con el bien.

El Beato Stepinac es un punto de referencia, no sólo para el pueblo croata, sino para toda la Iglesia católica, pues en él resplandece plenamente la respuesta católica: fe en Dios, consideración al hombre, amor a todos confirmado por el perdón, y unión con la Iglesia guiada por el Sucesor de Pedro. Con su elevación a los altares se evidencia esa lucha entre el Evangelio y el Anti-Evangelio que recorre la historia. Los mártires del siglo XX son el gran símbolo de ese combate. Y la Iglesia, como siempre, sigue afrontando los desafíos del mal y anunciando con impávida fortaleza la palabra del Evangelio. Porque las persecuciones del siglo XX han sido tan crueles y feroces como las que sufrieron los primeros cristianos, pero la providencia de Dios ha ilu-

minado este siglo con figuras de mártires tan espléndidas como las antiguas. Un exponente es el Beato Luis Stepinac.

Y, aunque el Beato Luis Stepinac no derramó su sangre en el sentido estricto de la palabra, su muerte se produjo a causa de los prolongados sufrimientos que tuvo que soportar. Los últimos quince años de su vida fueron una continua serie de vejaciones, en medio de las cuales expuso con valentía su vida para testimoniar el Evangelio y la unidad de la Iglesia. Puso en manos de Dios su propia vida. El lema de su pontificado fue: *«In te, Domine, speravi»*.

El martirio de muchos pastores y simples fieles, hombres y mujeres de toda edad y condición, unido a los sufrimientos de Cristo, es un extraordinario testimonio que, con el paso del tiempo, no pierde nada de su elocuencia, sino que sigue irradiando luz e infundiendo esperanza, porque forman parte de la multitud de los que, vestidos con vestiduras blancas y con palmas en las manos, están ya ante el trono del Cordero (cf. Ap 7,9). El papa Juan Pablo II lo dijo en la ceremonia de beatificación:

> «Hoy nos sentimos llenos de alegría al dar juntos gracias a Dios por el nuevo fruto de santidad que la tierra croata da a la Iglesia en la persona del mártir Luis Stepinac, arzobispo de Zagreb y cardenal de la santa Iglesia romana»

El Beato Stepinac participa de modo singular en el misterio pascual: como grano de trigo «cayó en tierra», y al morir dio fruto, mucho fruto. «El que odia su vida en este mundo, la guardará para la vida eterna» (Jn 12,25). «Padre, glorifica tu nombre» (Jn 12,28).

Con su itinerario humano y espiritual, el Beato Luis Stepinac brindó a su pueblo una especie de brújula para orientarse. Él sabía muy bien que no se puede hacer descuento sobre la verdad, porque la verdad no es mercancía de cambio. Por eso afrontó el sufrimiento antes que traicionar a Cristo y a la Iglesia.

RAMON FITA REVERT

Bibliografía

Bibliotheca sanctorum Appendice secunda (Roma 2000) cols 1390 1395
Breve de beatificacion *AAS* 91 (1999) 925

Ecclesia (1998) n.2914, 20-21.
Martyrologium romanum, o.c., 137.
L'Osservatore Romano (ed. en español) (9-10-1998) 3-10.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN GUILLERMO DE MALAVALLE
Ermitaño († 1157)

Parece que era francés. Primero fue militar y cedió a los vicios que solían tener los de su profesión. Arrepentido, dejó la milicia y fue en peregrinación a Roma, donde el papa Eugenio III le puso como penitencia una peregrinación a los Santos Lugares. A su vuelta de Tierra Santa visitó otros santuarios hasta que en 1153 se estableció en Toscana para llevar vida de ermitaño. La fama de su vida santa le hizo ser elegido abad de un monasterio junto a Pisa, pero él halló la disciplina tan relajada que abandonó el cargo. Fundó entonces un monasterio en Monte Pruno con un grupo de sus discípulos, pero le pareció que la cosa seguía igual, y decidió entonces volver a la vida eremítica. Se estableció en un lugar agreste llamado Malavalle, llevando una vida de increíble penitencia. Dos discípulos suyos lo acompañaron en sus últimos meses de vida y por ellos se conoce su santa muerte el 10 de febrero de 1157. Enterrado junto a su cueva, se levantó allí una ermita, habitada por ermitaños que formaron una congregación a la que el papa Gregorio IX dio la regla de San Benito. Guillermo fue canonizado en 1202 por el papa Inocencio III.

BEATO HUGO DE FOSSES
Abad († 1163)

Nace en Fosses, en la actual Bélgica, hacia el 1093. Huérfano desde pequeño, se educó en una abadía benedictina y entró de joven al servicio del obispo de Cambrai, Burcardo.

Por entonces San Norberto había abandonado ya su beneficio eclesiástico para dedicarse a la predicación, viviendo pobremente, e ir de un lado a otro proponiendo a los fieles la

adopción de una vida verdaderamente cristiana. Norberto era conocido del obispo Burcardo y en una cierta ocasión el obispo y el santo se encontraron. Hugo quedó impresionado de tal modo por la persona de San Norberto que solicitó permiso a su obispo para dejar su servicio e irse con San Norberto, el cual no tenía aún discípulos ni acompañantes pero aceptó consigo al joven Hugo.

Ordenado Hugo como sacerdote, se convirtió en colaborador de las tareas apostólicas de Norberto y junto con él evangelizó por diferentes zonas. Finalmente Norberto funda en Prémontré la primera comunidad de canónigos regulares de lo que será su Orden Premonstratense y tiene en Hugo su primer religioso y su primer propagador, pues luego de la casa madre surgieron otras varias casas de la misma regla, casas que se fundaron muchas de ellas gracias al trabajo personal de Hugo.

En 1126 San Norberto es nombrado arzobispo de Magdeburgo y pudo verse que las tareas pastorales y los muchos compromisos que su cargo traía consigo le impedían poder atender debidamente a la orden religiosa que él había fundado. Por ello dimitió en 1128 de su cargo de general de la misma y éste vino a recaer en Hugo, elegido de forma unánime abad general de la Orden. Hugo era un hombre de fuerte carácter y entendía que había que mantener con firmeza el espíritu original de la Orden así como la disciplina interior.

Luego de dirigir santamente la Orden muchos años, murió el día 10 de febrero del año 1163. Su culto inmemorial fue confirmado por el papa Pío XI el 13 de julio de 1927.

BEATA CLARA DE RÍMINI

Viuda († 1326)

Clara Agolanti nace en Rímini el año 1262 en el seno de una familia rica.

Era una joven de escasa piedad y vivencia religiosa cuando contrajo matrimonio, muriendo a poco sus padres y también su marido, viéndose ella dueña de riquezas y dueña de sí misma, capaz de seguir lo que fueran sus inclinaciones. Se entregó sin freno a una vida relajada y derrochaba su dinero en ello. Con-

trajo luego segundas nupcias, que no la hacen mudar de vida, pues el mal marido la deja en libertad para hacer su voluntad y continuar en sus frivolidades.

El Señor la miró con ojos de misericordia y un día que oía misa con no poca distracción, una moción interior la lleva a rezar con seriedad y ve de pronto el desorden y el pecado que reina en su vida, quedando horrorizada.

Decide cambiar de vida y así se lo expone a su marido, de quien recaba licencia para hacer penitencia. Se despoja de sus lujosos vestidos, se viste el hábito de terciaria franciscana, y desafiando lo que pudieran decir de ella se dedica a una vida de piedad y penitencia ejemplares.

Viuda por segunda vez, ahora usa su libertad para hacer hasta términos increíbles austerísima penitencia y volcar su dinero en obras generosas de caridad. Decide por fin darlo todo y abrazarse con la pobreza. Y sucede que otras jóvenes deciden acompañarla en sus buenas obras y se forma en torno a ella un grupo que vive en la piedad, la caridad y la penitencia. Clara pedía limosnas por las calles para los pobres y las pidió también para construir el monasterio de Nuestra Señora de los Ángeles, en el que se integraron sus compañeras y profesaron la Regla de Santa Clara. Parece que ella no profesó como religiosa sino que perseverando en el hábito de la Tercera Orden de Penitencia sirvió bajo él al Señor hasta el fin de sus días. Creció extraordinariamente en la vida interior y el Señor la favoreció con varios carismas. Murió el 10 de febrero de 1326. Su culto inmemorial fue confirmado por el papa Pío VI el 7 de septiembre de 1798.

11 de febrero

A) Martirologio

1. La aparición de la Inmaculada Virgen María en Lourdes (Francia) el año 1858 **.

2. En Roma, en el cementerio de la Via Apia, Santa Sotera († 304), virgen y mártir.

3 En Numidia, muchos santos que fueron martirizados por negarse a entregar las Sagradas Escrituras

4 En Volturno (Campania), San Castrense, obispo (fecha incierta)

5 En Apulia, San Secundino (s III o IV), obispo

6 En Castro-Landon (Francia), San Severino, abad del monasterio de Agaunum (s VI)

7 En Roma, San Gregorio II († 731), Papa, defensor de las sagradas imagenes, el cual envio a San Bonifacio a la evangelizacion de Alemania **

8 En Roma, San Pascual I († 824), Papa, que traslado a la ciudad los cuerpos de muchos santos martires *

9 En Borgoña, San Ardano († 1066), abad de Tournus

10 En Chihuahua (Mexico), San Pedro Maldonado († 1937), presbitero y martir durante la persecucion contra la Iglesia *

11 En Vinaroz (España), Beato Tobias Francisco Borras Roman († 1937), religioso de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios, martiriza do durante la guerra española *

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

NUESTRA SEÑORA DE LOURDES

En 1858 Lourdes era un pueblecito desconocido, de unas cuatro mil almas. Simple capital de partido judicial, tenía su juzgado de paz, su tribunal correccional y hasta un pequeño destacamento de gendarmería. Esto y un mercado bastante concurrido era lo único que le daba un poco de superioridad sobre los demás pueblecillos de los alrededores, perdidos, como él, en las estribaciones de los Pirineos

Poco tiempo antes, un célebre escritor, Taine, garabateó en su cuaderno de viaje esta apresurada nota: «Cerca de Lourdes, las colinas se vuelven rasas y el paisaje se entristece Lourdes no es más que un amasijo de tejados sucios, de una melancolía plúmbea, amontonados junto al camino». Fue injusto. Hoy admiramos en Lourdes algo que no ha podido cambiar desde entonces: la belleza de su paisaje. El jugoso verde de las orillas del Gave, las perspectivas maravillosas de los Pirineos nevados, la airosa construcción del castillo dominando toda la villa... y hasta las callejuelas, empinadas algunas de ellas, no exentas de una cierta gracia pirenaica.

Si el paisaje no ha cambiado, la población en cambio se ha transformado por completo. El pueblecillo, entonces ignorado, es hoy conocido en todo el mundo. Sin sombra de duda se puede asegurar que Lourdes es, de toda Europa, el punto por el que pasan un mayor número de personas. Es cierto que otros le superan en cuanto al arte de retenerlas mucho tiempo. El flujo y reflujo de Lourdes durante la época de las peregrinaciones no conoce descanso y es algo único e impresionante. De aquí el nacimiento de una nueva ciudad, la de los hoteles y las tiendas de recuerdos, que han venido a erigirse y casi a eclipsar a la antigua.

¿Qué ha ocurrido?

Algo increíble. Y, sobre todo, inesperado. Podemos conocerlo hasta en sus más insignificantes detalles. Una literatura inmensa, una legión de investigadores, una serie de procesos cuidadosamente elaborados, nos permiten hoy saber cómo era el Lourdes de 1858, cuántos habitantes tenía, en qué se ocupaban, qué actitud tomaron ante los acontecimientos, qué periódicos se leían, qué cartas escribieron. Recientes están los descubrimientos de documentación que han acabado de arrojar completa luz sobre todo lo relacionado con las apariciones. No creemos que haya habido acontecimiento histórico sobre el que se conserve una documentación contemporánea tan abundante y tan exhaustiva.

La historia la conoce todo el mundo. Había en Lourdes una pobre niña, analfabeta, que por su rudeza no había podido aprender el catecismo ni estaba aún en condiciones de hacer su primera comunión. Ni siquiera sabía hablar francés, y tenía que expresarse en el dialecto de la región. Era hija de padres pobrísimos, que atravesaban por aquellos días una situación de auténtica miseria. Pero, aunque pobre en las cosas materiales, era riquísima en las del espíritu, buena, humilde, caritativa, pura y, sobre todo, sincera. El testimonio de cuantos convivieron con ella a lo largo de su existencia es terminante sobre este punto: antes y después de las apariciones María Bernarda Soubirous, que así se llamaba la niña, había dicho siempre la verdad con la sinceridad más plena.

Un 11 de febrero, cuando ella llevaba escasamente quince días en Lourdes, a su regreso de Bartres, donde había estado

haciendo de pastorcita, salió en busca de leña y de huesos, en compañía de una hermana suya y de una amiguita. Estaba en una pequeña isla, formada por el Gave y el canal que en él desembocaba. Sus compañeras la habían dejado sola. Era el mediodía. Oyó un fragor como de tempestad, dirigió su vista hacia una concavidad que había en la roca por encima de ella, y la encontró ocupada por una jovencita de su misma estatura, de rostro angelical, vestida de blanco, ceñida por una banda azul, cubierta con un velo, que tenía un hermoso rosario entre las manos.

Había comenzado una serie de dieciocho apariciones que se sucederían durante los días siguientes, con algunos intervalos, hasta terminar el 16 de julio. Durante esa temporada, las autoridades estarían alerta, el pueblo dividido, el clero en un silencio total y más bien reticente. Sospechas, que humanamente podían considerarse fundadas, habrían de envolver a la niña. Era mucha la miseria que había en casa de los Soubirous para que se pudiera excluir la hipótesis de que acaso se estuviese buscando una solución a tan trágica coyuntura económica.

María Bernarda sufrió con paz celestial y sin inmutarse toda clase de pruebas. Ya sea el procurador imperial, ya el comisario de policía, ya el párroco, ya los visitantes..., a todos contestará con absoluta serenidad y paz, repitiendo exactamente las mismas expresiones. En vano los visitantes buscarán con habilidad la manera de sorprender su buena fe. Ella se mantendrá firme, dando testimonio de la verdad de lo que ha visto. Cuando los alrededores de la gruta estén rebosantes de público y la aparición no se produzca, ella dirá con toda sinceridad que nada ha visto. Cuando la amenacen para que calle, ella continuará diciendo siempre que ha sido verdad la aparición. Será testigo de la verdad, sin conocer un instante de vacilación, ni un desfallecimiento.

El párroco ha pedido una señal del cielo: quisiera que floreciese el rosal que está junto a la gruta. La aparición no ha querido que fuese así. Pero se va a producir un acontecimiento con el que nadie contaba. A lo largo de una aparición extraña, que decepciona al público, mientras Bernardita prueba unas hierbas no comestibles y araña la tierra, ésta se abre bajo sus dedos y

brota una fuente. El público se marcha decepcionado. Hay críticas. Más de uno siente vacilar sus anteriores convicciones, favorables a la aparición. Y, sin embargo, aquel jueves, 25 de febrero, será decisivo en la historia de Lourdes. La fuente continuará brotando, para no secarse ya jamás. Muy pronto esa agua comienza a ser instrumento de maravillosas curaciones. Y el rumor de esas curaciones empezará a atraer las muchedumbres a Lourdes, que tampoco faltarán ya jamás.

La aparición ha dado a la niña un encargo concreto: decir al clero que han de edificar una capilla, y que se ha de ir allí en procesión. El cura de Lourdes se ha mostrado severo. No puede creer en semejante encargo, sin más ni más. Por otra parte, la aparición no ha dicho todavía su nombre. Es lo menos que puede exigírsele.

Y un día, el de la Anunciación, lo dice: «Yo soy la Inmaculada Concepción». La niña no sabe lo que significa aquello. Es más, las primeras veces que cuenta lo que ha ocurrido, pronuncia mal la palabra «Concepción», hasta que las hermanas del hospicio de Lourdes la corrigen y la enseñan a decirlo bien. No importa. Esta misma ignorancia suya será una de las pruebas de que no se trata de nada que haya sido fingido. Ahora ya se sabe quién se aparece: la Santísima Virgen, a quien poco tiempo antes el Papa ha declarado solemnemente libre del pecado original desde el mismo instante de su concepción.

La serie de apariciones se va a cerrar rápidamente. El 7 de abril, doce días después de la Anunciación, tiene lugar la decimoséptima aparición, y el 16 de julio, fiesta de la Virgen del Carmen, la decimoctava. Bernardita no volverá a ver a la Santísima Virgen mientras esté en la tierra.

El demonio no podía contemplar lo que estaba sucediendo sin intentar algo por desacreditarlo. Ya en una de las primeras apariciones, exactamente en la cuarta, unos diabólicos aullidos fueron apagados instantáneamente por una mirada severa de la Santísima Virgen. Era sólo el comienzo. Poco tiempo después, una epidemia de visionarios se produce en la pequeña ciudad pirenaica. Ahora son unas mujeres que dicen haber visto extrañas apariciones; luego unos niños momentáneamente delirantes y posesos; más tarde extravagantes hombres, que apare-

cen como portadores de extraños mensajes, y tienen que ser retirados por alucinados. Es cierto que nunca tan sacrílegas mascaradas llegan a poder utilizar la misma gruta. Pero sus alrededores son manchados con esta clase de manifestaciones. Es notable: el contraste con la serena majestad, con la humildad y dulzura de Bernardita es tal, que puede decirse que esta clase de manifestaciones, lejos de servir para oscurecer su gloria, sirvió, por contraste, para enaltecerla más y más. La diferencia entre la única vidente verdadera y las burdas falsificaciones diabólicas, apareció siempre manifiesta y clara.

Con todo, no iba a ser fácil la realización de lo que la Virgen había pedido. Durante no poco tiempo la gruta misma iba a estar cerrada, y el acceso a la misma prohibido. Se conserva todavía el cuaderno en el que el guarda jurado fue apuntando, con pintoresca ortografía, los nombres de los contraventores. Un día fue la señora del almirante Bruat, aya de los hijos del emperador. El mismo día, Luis Veuillot, el temible polemista. Estas visitas producen una cierta emoción en la ciudad. Hasta que, por orden del emperador Napoleón III, desaparecen las barreras y se decreta de nuevo que el acceso a la gruta es enteramente libre. Fue un día de inmensa alegría en Lourdes.

Pero ¿hasta qué punto se podía hablar de apariciones verdaderas? El obispo de Tarbes había mantenido hasta entonces una actitud sumamente prudente. Casi al mismo tiempo que se decretaba la libertad para ir a la gruta, monseñor Laurence daba, por su parte, otro decreto constituyendo una comisión de información sobre los hechos ocurridos en Massabielle. Y la comisión comenzaba inmediatamente, de manera concienzuda, sus informaciones. Éstas habrían de tardar más de dos años. Por fin, entregaba sus conclusiones al señor obispo. Éste quiso presidir personalmente la sesión final, que tuvo lugar en la sacristía de Lourdes.

La asamblea era impresionante. En torno al señor obispo, todas las personalidades que formaban parte de la comisión. En medio, Bernardita, tocada con su capuchón, calzada con zuecos, hablaba con absoluta sencillez, pero con una autoridad sorprendente. Sobre todo, como siempre solía ocurrir, cuando llegó el momento en que reprodujo el gesto de la Virgen, juntó

sus manos, alzó su mirada y dijo: «Yo soy la Inmaculada Concepción», y pareció envuelta de una gracia tan celestial, que un escalofrío circuló por toda la reunión. El anciano obispo sintió cómo se le humedecían las mejillas, y dos gruesas lágrimas resbalaron por su rostro. Apenas salió la niña, exclamó movido por la emoción: «¿Han visto ustedes esta niña?».

Sólo faltaba proclamar la verdad. El sábado 18 de enero de 1862 el obispo firmaba la «Carta pastoral con el juicio sobre la aparición que tuvo lugar en la gruta de Lourdes». Después de haber expuesto los antecedentes, declaraba con toda solemnidad:

> «Juzgamos que la Inmaculada Virgen María, Madre de Dios, se apareció realmente a Bernadette Soubirous el 11 de febrero de 1858 y días siguientes, en número de dieciocho veces, en la gruta de Massabielle, cerca de la ciudad de Lourdes; que tal aparición contiene todas las características de la verdad y que los fieles pueden creerla por cierta... Para conformarnos con la voluntad de la Santísima Virgen, repetidas veces manifestada en su aparición, nos proponemos levantar un santuario en los terrenos de la gruta».

Las dificultades no iban a ser, sin embargo, pequeñas. Unas veces nacerían del criterio restrictivo del ministerio de cultos, que había de dar su autorización para el nuevo santuario. Otras serían minúsculas cuestiones locales, como un pleito que hoy se nos antoja ridículo, entre el cabildo de Tarbes y la prefectura a propósito de la construcción de unos almacenes y unas cuadras en terreno de ésta, otras veces se mezclarían miras puramente humanas en lo que debiera ser única y exclusivamente sobrenatural. No importa: pese a tantas dificultades, el santuario de Lourdes habría de ser un hecho y, rápidamente, Massabielle cambiaría de fisonomía: ya el 22 de enero de 1862 escribía el párroco al señor obispo que «la nivelación del terreno le da un aspecto grandioso». El arquitecto diocesano concibió un proyecto atrevido, que en un principio se creyó irrealizable: dar por corona gigantesca a la roca de la aparición un edificio que armonizase con el círculo de las graciosas colinas y cuya flecha ostentaría la cruz a una altura de cien metros sobre el nivel del Gave. De esta forma la gruta continuaría de la misma manera que cuando la consagraron las visiones de Bernadette, abierta siempre sobre el río y su murmullo, bajo el cielo azul y las estre-

llas. No a todos gustó este proyecto, y se conserva la airada carta de un cura español al obispo de Tarbes, amenazándole con toda suerte de castigos del cielo si se llegaba a realizar. Pero a pesar de todo fue el que se llevó a cabo, y hoy los peregrinos agradecen tan feliz idea.

El 14 de octubre de 1862 se dio el primer golpe de pico para poner los cimientos de la futura capilla. Entre los sesenta obreros que trabajaban, se contaba Francisco Soubirous, padre de Bernardita, orgulloso de cooperar, desde puesto tan humilde, a tan grandiosa obra. El 4 de abril de 1864 se colocaba en la gruta la estatua que todos los peregrinos conocen. Rápidamente Lourdes fue tomando el aspecto que hoy presenta. El 19 de mayo de 1866, vigilia de Pentecostés, quedaba consagrada la cripta, que había de ser el cimiento de la futura capilla. Su inauguración quedó señalada para dos días después, lunes de Pentecostés, en presencia de una inmensa multitud. Todavía pudo asistir a ella Bernardita. Pero le costaba reconocer el terreno. Estaba todo muy cambiado.

En 1873 se inician las grandes peregrinaciones francesas. En 1876 es solemnemente consagrada la basílica y coronada la estatua de la Virgen. Los veinticinco años de las apariciones se celebran con afluencia de una inmensa multitud, y colocando la primera piedra de la iglesia del Rosario, para suplir la insuficiencia de la primitiva basílica. Seis años más tarde era inaugurada esta iglesia, que fue solemnemente consagrada en 1901. Todavía con la marcha del tiempo habría de resultar insuficiente, y el 25 de marzo de 1958, el cardenal Roncalli, futuro papa Juan XXIII, consagraba una nueva y más inmensa basílica subterránea, dedicada a San Pío X.

No todas estas construcciones llenan por completo las exigencias del buen gusto. Lourdes es, en su aspecto artístico, fruto de una época de indecisión estilística. Aun sin admitir la tesis extrema de Huysmans, que sostiene que el mal gusto es la venganza que el demonio se ha tomado por el triunfo de la Santísima Virgen, sí que hay que reconocer que tiene una parte de razón. Pero no importa mucho. Es más, creo que todos los peregrinos protestarían si la fisonomía de Lourdes se alterara. Hay un algo maravilloso que flota en el ambiente, que penetra

hasta lo más profundo del alma y que hace que Lourdes sea un sitio único para saciar la devoción cristiana.

Y en primer lugar, como lugar de oración. La ciudad, con sus tiendas de recuerdos, sus hoteles y fondas, suele causar una impresión desagradable al peregrino. Una multitud tan inmensa exige todo eso. Pero desilusiona un poco ese contraste entre la finalidad espiritual del viaje y estas exigencias de la naturaleza humana. Todo cesa, sin embargo, desde el momento en que se entra en el dominio de la gruta. Hay un ambiente sobrenatural de oración, de silencio, de recogimiento. Los hombres descubiertos, las mujeres como en la iglesia, y dominándolo todo, el rumor de los cánticos que brotan de las iglesias o de la gruta.

Al llegar a ésta, se olvida todo. No cabe más que dejarse envolver por el silencio, apenas turbado por el rumor del río y el paso de los trenes que ponen como una nota lejana de recuerdo de que todavía existe un mundo que se afana y corre. Allí todo es calma. La muchedumbre, de rodillas, en silencio, ora sin cansarse.

Sin embargo, no todo es paz y calma. Las peregrinaciones se suceden, ateniéndose todas a un mismo reglamento. Entran en la ciudad, se dirigen a la gruta, se lee allí la sencilla narración de las apariciones. Se realizan una serie de actos piadosos, misas cantadas, de comunión, vía crucis, etcétera, para partir después y dejar su sitio a otras que le seguirán. Todo en medio de un orden admirable.

Hay, sin embargo, todos los días dos actos cumbres, a los que concurren todas las peregrinaciones presentes en la ciudad: la procesión con el Santísimo y la de las antorchas.

Exactamente a las cuatro de la tarde se pone en marcha la procesión con el Santísimo. Avanza triunfal la Custodia, entre las filas de los peregrinos. Llega a la explanada y allí es esperada por la multitud de los enfermos. Es necesario haber contemplado aquel espectáculo para captar toda su significación.

El Señor ha entrado en la plaza y, oculto bajo las especies eucarísticas, comienza a recorrer las filas de camillas y carritos en que se encuentran los enfermos. Y una voz se alza penetrante, llena de vibración y energía: «¡Señor, creemos en ti!». La muchedumbre contesta al unísono: «¡Señor, creemos en ti!».

Son miles y miles de gargantas. Toda una generación trabajada por la escuela laica, acosada por unas costumbres corruptoras, influenciada por un ambiente de escepticismo... hace el acto de fe más emocionante, más lleno de sentido que puede imaginarse. Las lágrimas pugnan por salir, mientras las invocaciones, de evangélicas resonancias, se van sucediendo. Hace más de mil novecientos años que salieron de otros labios. Ahora, el mismo Señor, oculto bajo las especies eucarísticas, vuelve a escucharlas: «¡Señor, si quieres, puedes curarme!». «¡Señor, que vea!». «¡Señor, aquel que Tú amas, está enfermo!».

Por la noche, en cambio, el espectáculo es diferente. Los treinta, cuarenta o cincuenta mil peregrinos presentes en la ciudad, cantan acompasadamente la melodía sencilla, monótona, sin especial valor, pero devotísima del *Ave,* recorriendo un largo trayecto por todo el dominio de la gruta. Al final van agrupándose, ordenadamente, en la gran plaza, que se transforma en ascua de oro y de fuego, ante la confluencia de tantos miles de antorchas. Y entonces surge potente, arrollador, el canto del *Credo.* Venidos de los puntos más diversos del orbe, cantan, sin embargo, al unísono todos los peregrinos, proclamando a una voz su única fe. Espectáculo maravilloso y conmovedor.

Hay que decir algo, sin embargo; otro espectáculo, también consustancial con Lourdes: el de los enfermos. Sacudidos por un viaje interminable, heridos de muerte por sus enfermedades, incómodamente instalados en sus carritos..., son ellos los sembradores de una suavísima sensación de paz y consuelo. La tienen ellos, y la van derramando por doquier a su paso. Cada uno de ellos, cada mirada enfebrecida, cada llaga purulenta, cada mano retorcida, inflamada y monstruosa, va dejando en el alma del peregrino una gota de la más sobrehumana y deleitosa paz. Es ésta una de las grandes paradojas de Lourdes. Uno de sus milagros permanentes.

De vez en cuando, sin someterse a ley alguna, se produce el milagro. Unas veces ante la gruta, otras durante la procesión del Santísimo, otras en el viaje de vuelta. No hay ley alguna, lo repetimos. En medio de la multitud o lejos de ella, en Lourdes, o a muchos kilómetros de allí, la Santísima Virgen viene operando maravillas a centenares, a millares. Algunas de ellas llegan a

comprobarse científicamente, con un rigor que no deja nada que desear. Otras, no. El alivio que ha recibido el enfermo, o su curación, no podrán comprobarse, porque no había lesión orgánica, o por falta de datos previos, pero eso no importará nada: quien recibió el beneficio disfrutará de él. De vez en cuando, en una prosa helada, que en su misma frialdad es el mejor argumento de la veracidad del hecho, *Le Journal de la Grotte* dará la noticia de que en esta o aquella diócesis se ha reconocido canónicamente la realidad de un milagro. Pero el más colosal milagro es el que todos los días se realiza en Lourdes: el de que una inmensa multitud de enfermos que ha peregrinado allí pidiendo su salud, se retire consolada, alegre, con dulce resignación. Y el de que la multitud que le rodea, en contacto permanente con el dolor, viendo con sus propios ojos aquel espectáculo de sufrimiento que presentan los enfermos, no haga de Lourdes una ciudad triste, sino todo lo contrario. Todos los peregrinos os dirán que Lourdes es una ciudad en la que ellos han pasado días de paz, de bienestar, de profunda e íntima alegría.

No ha faltado el sello oficial de la Iglesia. En 1869, Pío IX, por un breve de 4 de septiembre, proclamaba la luminosa evidencia de los hechos. León XIII autorizó un oficio especial y una misa en memoria de la aparición, que San Pío X, su sucesor, extendió por decreto de 13 de noviembre de 1907 a la Iglesia universal. Todos los romanos Pontífices han rivalizado en dar muestras de benevolencia a este santuario mariano. Es digna de destacarse la preciosa encíclica *Le pèlerinage,* de Pío XII, con motivo del grandioso centenario de las apariciones. Con tales testimonios de la Iglesia, el fiel cristiano puede invocar con seguridad a la Virgen de Lourdes y descansar tranquilo en su maternal regazo. Ella visitó la tierra y se dignó alegrarla con su presencia. La Iglesia de una parte, y los continuos milagros de otra, nos lo aseguran así.

LAMBERTO DE ECHEVERRÍA

Bibliografía

BEAUCORPS, J. DE, *Lourdes, les apparitions* (París 1911).
BERTRIN, G., *Histoire critique des évènements de Lourdes* (París 1912).
BORDEBAT, *Les apparitions de Notre-Dame de Lourdes et la société contemporaine* (París 1909).

CROS, L, *Lourdes 1858 Temoins de l'evenement* ed por P M OLPHE GALLIARD, SI (Paris 1957)
LAURENTIN, R BILLET, B, *Lourdes Dossier des documents authentiques,* 5 vols (Paris 1957 1959)
MOIS, R, «Lourdes 1958 Jalons bibliographiques» *Nouv Rev Theol* 80 (1958) 1076s
MONIQUET, P, *Les origines de Notre Dame de Lourdes* (Paris 1901)

SAN GREGORIO II

Papa († 731)

San Gregorio II (715-731), considerado por algunos historiadores como el mejor Papa del siglo VIII, fue digno sucesor de Gregorio Magno, a quien se pareció en la alteza de miras que lo guió en todas sus acciones y en la magnitud de empresas en que tuvo que intervenir.

Procedente de una ilustre familia patricia, nació en Roma, donde recibió la educación propia de la nobleza en el palacio de Letrán. De este modo se apropió ya desde un principio aquella erudición eclesiástica que luego lo distinguió y tan excelentes servicios prestó a la Iglesia. Algunos autores suponen que fue monje benedictino, pero los bolandistas lo desmienten. En realidad, no aparece como tal en todo el desarrollo de su actividad eclesiástica. Bien pronto entró en servicio directo de la Iglesia, pues el papa Sergio I (687-701) lo puso al frente de la tesorería pontificia y luego lo ordenó de diácono. En medio de todas estas ocupaciones y honores eclesiásticos, distinguióse Gregorio ya desde entonces por la sencillez y humildad de su conducta, así como también por su absoluta fidelidad al servicio de la Iglesia.

Pero Dios lo tenía destinado para altas empresas y para defender a su Iglesia en problemas y momentos difíciles, por lo cual quiso introducirlo pronto en los asuntos más trascendentales que entonces se debatían. El papa Constantino I (708-715), a quien él debía suceder en el solio pontificio, tuvo que hacer un viaje a Oriente, con el objeto de terminar las discusiones que habían surgido después del célebre concilio Quini-Sexto o Trullano II, del año 692 Tomó, pues, consigo como asesor y técnico al diácono Gregorio, y notan los historiadores del tiempo que, gracias a su profundo conocimiento de las cuestiones ecle-

siásticas, se fueron resolviendo pacíficamente las dificultades que surgieron en la controversia. Por lo demás, la acogida de que fueron objeto el Papa y su acompañante fue realmente tan grandiosa, que en nada presagiaba las turbulencias que debían seguirse poco después.

No mucho después, el 19 de mayo del año 715, a la muerte de Constantino I, Gregorio fue elegido Papa y como tal tuvo que intervenir desde un principio en importantes asuntos de la Iglesia, en todos los cuales aparece siempre su extraordinaria virtud y el esfuerzo constante, puesto en la defensa de los derechos eclesiásticos y pontificios.

Siguiendo el ejemplo de su gran predecesor y modelo, San Gregorio Magno, en primer lugar, afianzó definitivamente el prestigio y posición del Romano Pontífice en Roma y en toda Italia. Ya desde la invasión de los lombardos en Italia hacia el año 570, dos poderes se disputaban la posesión de estos territorios: los lombardos, que poseían el norte con su capital en Pavía, y los bizantinos, que desde Justiniano I (527-565) dominaban el sur y centro de la Península. En medio de estas dos fuerzas se hallaba el Romano Pontífice, quien, territorial y civilmente, era súbdito del emperador bizantino, mas por un conjunto de circunstancias se fue desligando de él e independizando cada vez más. Precisamente en esto consiste el mérito especial de San Gregorio II, en haber sabido aprovechar las circunstancias para aumentar el prestigio del Romano Pontífice. De hecho, ya de antiguo poseían los Papas, en Roma y en sus cercanías, en Sicilia y aun en Oriente, algunas posesiones, fruto de donativos personales de algunos príncipes. Esto los constituía en señores feudales, como tantos otros de su tiempo, y formaba lo que se llamó *patrimonio de San Pedro.* Uno de los grandes méritos de San Gregorio Magno consiste precisamente en haber organizado y valorizado debidamente este *patrimonio,* de donde se sacaban los recursos económicos para sus grandes empresas.

Pues bien, Gregorio II se propuso desde un principio dar la mayor consistencia posible a la posición en que se encontraba el Romano Pontífice. Uno de sus primeros cuidados fue reparar y consolidar los muros de la Ciudad Eterna, para poderse de-

fender contra las incursiones posibles de los lombardos. Al mismo tiempo restauró algunas iglesias y monasterios. Es célebre, sobre todo, la restauración que realizó del monasterio de Montecasino, derruido por los lombardos ciento cuarenta años antes. Para ello envió el año 718 algunos monjes de Letrán, a cuya cabeza puso al abad Petronax. De este modo surgió de nuevo el gran monasterio de Montecasino, cuna de la Orden benedictina. Gregorio II reconstruyó asimismo otros monasterios junto a San Pablo y a Santa María la Mayor, y, a la muerte de su madre, transformó su propia casa en convento en honor de Santa Águeda.

Esta actividad constructora y renovadora ayudó poderosamente al Papa para aumentar el prestigio de la Iglesia. Pero al mismo tiempo procuró fomentar la vida eclesiástica y la disciplina interior de la Iglesia, para lo cual celebró el 5 de abril del año 721 un sínodo, al que asistieron numerosos obispos y el clero de Roma, a los que se juntaron otros veintiún prelados. Este prestigio romano fue aumentando a medida que los emperadores bizantinos se iban haciendo más impopulares en Italia. En efecto, empeñado León III Isáurico (717-741) desde el principio de su gobierno en reformar la administración del imperio, inició una serie de impuestos y exacciones sobre todas las provincias y en particular sobre Italia, que sus exarcas exigían con la mayor brutalidad. A esto se añadió poco después la violenta campaña contra las imágenes, que quiso extender asimismo a Italia e imponer por la fuerza al Romano Pontífice. El resultado fue un aumento creciente de la antipatía del pueblo italiano hacia el emperador bizantino y, por el contrario, un crecimiento cada día mayor del prestigio del Romano Pontífice.

Todo esto aumentó extraordinariamente cuando, en diversas ocasiones, ante las incursiones de los lombardos, no obstante las reiteradas instancias del Papa, los exarcas bizantinos no acudían en su ayuda y en defensa del pueblo, y entonces el mismo Papa, con los recursos que le proporcionaba su patrimonio, se defendía a sí y al pueblo frente a las violentas acometidas lombardas. De este modo, Gregorio II mejoró notablemente la posición de los romanos Pontífices, con lo cual se sintió con fuerzas para otras grandes empresas que iba acometiendo.

Efectivamente, el celo por la gloria de Dios y el ansia de extender su reino por todo el mundo, dieron principio a una serie de obras que constituyen una de las principales glorias del pontificado de Gregorio II. La primera es la de la evangelización del centro de Europa, sobre todo de Alemania, y en particular la protección de San Bonifacio, apóstol del gran imperio de los francos. Como San Gregorio Magno tiene el gran mérito de haber enviado a Inglaterra a San Agustín con sus treinta y nueve compañeros, y con ellos la gloria de haber iniciado la gran empresa de la conversión de los anglosajones, de una manera semejante a San Gregorio II le corresponde el extraordinario mérito de haber enviado a San Bonifacio a Alemania, y dado con ello comienzo a la gran obra de completar su evangelización y organización de sus iglesias.

Ya el año 716, segundo de su pontificado, Gregorio II había enviado tres legados a Baviera, con el objeto de erigir allí una provincia eclesiástica y fomentar el movimiento iniciado de conversiones al cristianismo. Al mismo tiempo, sostenía en la parte noroeste de Alemania la obra apostólica de San Wilibrordo. Pero el año 718 compareció en Roma un monje sajón, llamado Winfrido, a quien Gregorio II impuso el nombre de Bonifacio, por el que es conocido en la historia. A él, pues, le confió la gran empresa de completar la evangelización de Alemania. Cuatro años más tarde, después de iniciar su obra en Frisia y Hesse con la conversión de millares de paganos, se presentó de nuevo Bonifacio en Roma. Gregorio II lo consagra obispo y lo colma de facultades espirituales, de reliquias y cartas de recomendación para fomentar la evangelización germana, y durante los años siguientes continúa apoyando con todo su poder la gran obra realizada por Bonifacio en la gran Germania. En realidad, pues, esta obra se debe en buena parte al celo apostólico del papa San Gregorio II.

Roma misma se iba convirtiendo cada vez más en centro a donde afluían los peregrinos de toda la cristiandad, a lo cual contribuía eficazmente el prestigio que iba adquiriendo San Gregorio II. Los católicos anglosajones, cuya conversión y organización había quedado terminada hacia el año 680 por la obra de Teodoro de Tarso, arzobispo de Cantorbery, experi-

mentaban una prosperidad extraordinaria Sus grandes monasterios, exuberantes de vocaciones y ansiosos de expansión, enviaban ejércitos de misioneros a Europa, como San Wilibrordo y Winfrido o Bonifacio. No contentos con esto, enviaban a Roma embajadas especiales, con el objeto de testimoniar su adhesión al Romano Pontífice. Gregorio II recibió las del abad Ceolfrido, quien le presentó como obsequio el famoso códice *Amiatinus,* y del rey Ina con su esposa Ethelburga, quienes fundaron en Roma la *Schola Anglorum.* Asimismo recibió las visitas y homenajes del duque de Baviera y otros príncipes de la cristiandad.

Otro problema muy diverso dio ocasión a Gregorio II a manifestar claramente su ardiente celo por la gloria de Dios y la defensa de los principios cristianos, sin detenerse ante la más horrible persecución y la misma muerte. Nos referimos a la tristemente célebre cuestión iconoclasta, es decir, la horrible persecución de las imágenes y de sus defensores, desencadenada en Oriente desde el año 726 por el emperador León III Isáurico.

Las causas que motivaron esta violenta persecución de las imágenes son muy diversas. Por una parte, la posición del Antiguo Testamento, poco simpatizante con el culto de las imágenes; la aversión de algunas sectas contra este culto; el influjo especial del Islam, que ya en un edicto de 723 no permitía ninguna clase de imágenes en las iglesias cristianas de los territorios sometidos a los mahometanos. Por otra, algunos excesos y abusos ocurridos en la veneración de las imágenes, particularmente fomentadas en la Iglesia griega y promovidas por el monacato oriental; todas estas causas habían ocasionado, hacía ya tiempo, en el seno de la Iglesia griega la formación de un poderoso partido enemigo del culto de las imágenes, cuyo principal sostén era el obispo de Nacoleo de Frigia, Constantino. Este partido consiguió finalmente mover al emperador León III a publicar en 726 el primer decreto iconoclasta. Indudablemente, León III, que trataba de afianzarse definitivamente en el trono, perseguía fines políticos. Por una parte, esperaba con esta conducta, en el exterior, atraerse la simpatía de sus vecinos, los musulmanes, y en el interior, implantar una política de absoluto

dominio en lo civil y en lo religioso que deshiciera el predominio del monacato y de la jerarquía eclesiástica.

Pero no se contentó León III con envolver a todo el Oriente en aquella violenta persecución. Mientras ésta se desarrollaba, cada vez con más rigor, en todo el Oriente y aparecían los héroes de la ortodoxia, San Germano de Constantinopla y San Juan Damasceno, el emperador se dirigía al Occidente y exigía en los territorios italianos sometidos a su dominio la admisión y aplicación del edicto iconoclasta. A esta intimación de León III respondió el papa Gregorio II con la entereza de un mártir, sin amedrentarse por el peligro a que con ello se exponía. Ante todo, según refieren algunas crónicas, celebró en Roma un sínodo, en el que se rebatieron todas las razones que oponían los orientales al culto de las imágenes y se probó con toda suficiencia su licitud. Luego, el Papa se dirigió personalmente, por medio de una carta, al emperador bizantino, en la que protestaba contra estas intromisiones en el terreno dogmático. Por otro lado, dirigió el Papa un llamamiento a la cristiandad occidental, para que estuviera alerta frente a los enemigos de Dios, que trataban de levantar cabeza.

Los acontecimientos que siguieron prueban una vez más, por un lado, la santidad, celo y entereza de Gregorio II en defensa de los intereses divinos, y por otra, la ceguera de León III, con lo que fue aumentando cada vez más su impopularidad en Italia, que fue la ocasión de la pérdida de estos territorios para el imperio bizantino. En efecto, ciego de furor por la oposición que encontraba en Italia, amenazó a sus habitantes con las más horribles represalias. Entonces, pues, levantáronse en manifiesta rebelión contra los bizantinos, y aprovechándose del desorden reinante, el rey lombardo Luitprando, en un golpe de mano, se apoderó de Ravena. La situación para el Papa era verdaderamente comprometida. Si se ponía de parte de los revoltosos o de Luitprando, comprometía su porvenir, pues los bizantinos, como los más fuertes, podían luego volver con más fuerzas y aplastarlos a todos. Por esto, no obstante los atropellos de que había sido víctima de parte de los bizantinos, pidió auxilio a Venecia en favor de Ravena, y gracias a su intercesión, los bizantinos volvieron a recuperarla.

Pero la conducta de los bizantinos acabó de exasperar al pueblo, que amaba sinceramente a los Papas. En lugar de agradecer a Gregorio II su generosidad para con ellos, el nuevo exarca de Ravena se dirigió a Roma el año 728 con el objeto de apoderarse por la fuerza de la ciudad si no se publicaba en Roma y en toda la Italia bizantina el decreto iconoclasta. El Papa, con heroísmo de mártir, contestó excomulgando al exarca Paulo. Éste intentó entonces aplicar por la fuerza el edicto, pero murió en la refriega contra los insurrectos. El nuevo exarca Eutimio fue excomulgado igualmente, pero esto no obstante, con el intento de apoderarse de la persona del Papa, intentó unirse con su enemigo Luitprando, pero el Papa se le adelantó, pues, con el único intento de salvar al pueblo romano, acudió personalmente al rey lombardo y se puso a sí y al pueblo en sus manos. Conmovido éste entonces por la actitud humilde y caritativa del Romano Pontífice, se arrojó a sus pies, y entrando luego en Roma junto con el Papa, depositó ante San Pedro su espada y sus insignias reales, y para que todo terminara felizmente, pidió perdón para sí y para el exarca Eutimio, que Gregorio II concedió generosamente.

Todo parecía terminar favorablemente, pero entonces se inició una revuelta más peligrosa en Toscana, que puso en verdadero peligro al exarca bizantino. Dando de nuevo las más elocuentes pruebas de magnanimidad, Gregorio II se constituyó en defensor de los bizantinos, induciendo a los romanos a prestarle auxilio, con lo que se logró dominar a los rebeldes. Pero ni aun con tan repetidos actos de magnanimidad consiguió Gregorio II desarmar a León Isáurico, quien continuó en su ciega campaña contra las imágenes y contra el Papa, todo lo cual, en último término, fue preparando la ruina de los bizantinos en Italia.

El *Liber pontificalis* le atribuye obras importantes de restauración de la basílica de San Pablo extramuros, de Santa Cruz de Jerusalén y de San Pedro de Letrán. Asimismo, testifica que dejó «una suma de doscientos sesenta sueldos de oro para distribuir entre el clero y los monasterios, las diaconías y los mansionarios; otro legado de mil sueldos, para la iluminación del sepulcro de San Pedro», todo esto, además de las innumerables

limosnas y obras de caridad, que constantemente practicaba. Finalmente, consumido por sus trabajos, murió el 11 de febrero del año 731. Durante su vida, y sobre todo durante todo su pontificado, dio las más claras pruebas de virtud cristiana, elevación de espíritu, inflamado amor de Dios y de la Iglesia, fortaleza y constancia frente a las mayores dificultades, magnanimidad y mansedumbre frente a sus enemigos.

BERNARDINO LLORCA, SI

Bibliografía

Act. SS. Boll., 11 de febrero, contiene un buen comentario histórico.
DUCHESNE, L. (ed.), *Liber pontificalis*, o.c., II p.396s.
MABILLON, *Act. SS. Ord. Bened.*, III 1 p.521s.
HUBERT, H., «Étude sur la formation des états de l'Église»: *Rev. Hist.* 69 (1899) 1s; 241s.
Art. en *Dict. Théol. Cath.*

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN PASCUAL I
Papa († 824)

Pascual, hijo de Bonoso, era romano. Estudió en la escuela de Letrán y recibió las órdenes sagradas. Luego fue nombrado abad de San Esteban el Mayor, junto al Vaticano. El *Liber pontificalis* dice que se acreditó por su santidad, castidad, piedad y sabiduría religiosa.

El mismo día de la muerte del papa Esteban IV, 24 de febrero del año 817, fue elegido para sucederle, en conformidad con la plena libertad de elección del papa que Ludovico Pío había garantizado a los romanos. Al día siguiente se consagró obispo y comenzó su pontificado.

Luego de comunicarle su elección a Ludovico, Pascual lo invitaba a venir a Roma y confirmar los pactos entre el reino franco y la sede romana. Ludovico no fue personalmente a Roma, pero, como había confiado los asuntos de Italia a su hijo Lotario, hizo que éste sí fuera a la Ciudad Eterna donde fue recibido con todos los honores por Pascual, el cual, puesto que Ludovi-

co lo había asociado al trono, coronó a Lotario emperador el día de pascua del año 823.

Posteriormente tuvo lugar el oscuro asunto de la muerte violenta en Letrán de dos funcionarios papales, a quienes se achacaba su lealtad a Lotario. Ludovico mandó hacer una investigación, y a su vez Pascual envió a Ludovico unos legados. De todos modos y como no faltaba quien decía que Pascual era cómplice de las muertes, hubo una asamblea de obispos en la que Pascual juró no haber tenido parte en ellas, aunque afirmó que los dos muertos distaban mucho de ser inocentes. Ludovico, recibida noticia del juramento de Pascual, mandó echar tierra al asunto.

Pascual se ocupó de la evangelización de Dinamarca y de Suecia, y asimismo escribió a León V sobre el tema del culto a las sagradas imágenes. Cuando murió, el 11 de febrero del 824, un grupo de romanos se opuso a su entierro en San Pedro. Él había construido las basílicas de Santa Cecilia en el Trastévere, Santa María en Dominica y Santa Práxedes en el Esquilino, y fue aquí donde su cadáver tuvo sepultura.

SAN PEDRO MALDONADO

Presbítero y mártir († 1937)

Nace en Sacramento, Chihuahua, el 8 de junio de 1892 en el seno de una familia pobre. Recibió educación de los PP. Paúles y a los 17 años ingresó en el seminario de Chihuahua. Por falta de salud hubo de dejar el seminario un tiempo, que aprovechó para estudiar música, y luego volvió. Se ordenó sacerdote el 25 de enero de 1918.

Pasó por cinco parroquias antes de que se le asignara la del pueblo de Santa Isabel. Era un sacerdote consciente y celoso, que llevaba adelante la atención pastoral de los fieles con mucha responsabilidad. En el tiempo de la persecución religiosa se mantuvo discretamente en el pueblo y pudo así seguir su ministerio con todos los que se le acercaban. Pero no fue hasta 1934 cuando se tomaron medidas contra él. Estuvo detenido y fue maltratado, pero no se le fusiló, sino que se le conminó a abandonar México e irse a El Paso, Texas. Aquí edificó a los sacer-

dotes americanos por su humildad y espíritu de sacrificio. No pasó mucho tiempo sin que volviera ocultamente para atender a sus feligreses, poniendo su sede en un poblado cercano, llamado La Boquilla del Río. Aquí administraba los sacramentos, celebraba la eucaristía, daba catecismo, predicaba en las cuaresmas, etc., con bastante libertad de movimientos, pero siempre con cautela.

Su martirio empezó el 10 de febrero de 1937, Miércoles de Ceniza. Acababa de imponer la ceniza a los fieles cuando llegaron soldados que lo detuvieron, luego de que se refugiara en un cuarto de una huerta cercana donde fue descubierto. Pidió le llevaran el sombrero y junto con él le dieron la cajita con las sagradas formas. Descalzo y acompañado de mucha gente, con la que rezó el rosario por el camino, anduvo hasta Santa Isabel. Aquí fue llevado a la Presidencia municipal, donde el presidente le recibió con un golpe. Poco después el cacique de los políticos de la región le dio un pistoletazo en la cabeza que le quebró el cráneo y le hizo saltar el ojo izquierdo. Lo golpearon con las culatas de los fusiles y lo arrastraron, dejándolo luego en el suelo desangrándose. Un grupo de mujeres logró llegar a Chihuahua y pedir justicia al Gobernador, que envió una comisión a Santa Isabel para conocer lo sucedido. Cuando los comisionados llegaron encontraron al sacerdote desangrándose y semiinconsciente. Los policías levantaron acta y metiéndolo en un coche lo llevaron a Chihuahua y lo entregaron en el Hospital Civil. Al conocer el obispo, Mons. Guízar Valencia, lo sucedido, envió a un sacerdote al Hospital, que le administró los sacramentos y fue a dar aviso a la familia del moribundo. Volvió con otro sacerdote y estuvo con él hasta que en la mañana del día 11 de febrero expiró. Cuando fueron a arreglarlo vieron que la cajita de las sagradas formas estaba vacía. Había podido consumirlas el tiempo que estuvo tirado en el suelo.

Lo llevaron a la casa del Obispo, lo velaron en una sala y a hombros de sacerdotes, tras el oficio exequial, fue llevado al cementerio, acompañado de millares de fieles que se sumaron al entierro del mártir, venidos de la ciudad y de las poblaciones cercanas.

El papa Juan Pablo II lo canonizó el 21 de mayo de 2000.

BEATO TOBÍAS BORRÁS ROMÁN

Religioso y martir († 1937)

Francisco Borrás Román nace en San Jorge (Castellón de la Plana) el 14 de abril de 1861. Fue educado cristianamente y a los 23 años contrajo matrimonio. Las buenas cualidades de su esposa y su buen deseo de llevar una vida conyugal armoniosa contribuyeron a que el tiempo de su matrimonio fuera un tiempo feliz. Pero en 1886 ambos contrajeron el cólera en la gran epidemia que padeció España y su esposa murió.

Pensó entonces Francisco que podía dedicar su vida a Dios sirviéndole en los pobres y los enfermos y solicitó el ingreso en la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios. Aceptado al noviciado tomó el nombre de Hermano Tobías y concluido el noviciado pronunció los cuatro votos de la Orden.

Fue destinado sucesivamente a las comunidades de Ciempozuelos, Zaragoza, Carabanchel Alto y Granada, y en todas ellas dejó la estela de un hermano bondadoso, humilde y responsable, celoso en el cumplimiento de su servicio a los enfermos. Finalmente se le destinó al manicomio de Ciempozuelos.

Aquí estaba cuando comenzó la guerra civil y los hermanos fueron arrestados el 7 de agosto de 1936. Seguidamente fue llevado a la cárcel situada en el Colegio de San Antón de Madrid, donde compartió las privaciones y molestias de los demás hermanos. Era claro que se trataba ya de un hombre muy mayor y con numerosos achaques, y parece que fue por esto por lo que el día 2 de noviembre de 1936 fue dejado en libertad.

Como era valenciano, se dirigió a Valencia pensando que tal vez la casa de Malvarrosa estuviera intacta pero al llegar comprobó que todos los hermanos habían sido asesinados. Él no negó su condición de religioso, lo que le llevó a su detención y nuevo encierro, siendo finalmente fusilado el 11 de febrero de 1937 en Vinaroz. Ésta es la verdadera fecha de su martirio y no la del 24 de noviembre de 1936 que se había dado anteriormente. Fue beatificado el 25 de octubre de 1992.

12 de febrero

A) MARTIROLOGIO

1. En Cartago, los santos Saturnino, presbítero, Dativo y toda la congregación cristiana reunida para la celebración de la misa dominical en Abitina, África, los cuales todos, apresados, dieron un claro testimonio de Cristo y fueron martirizados el año 304. Sus nombres son: el citado presbítero Saturnino y sus cuatro hijos: Félix, lector, Hilarión, niño, Félix y Emérito, lector; Rogaciano, Maximiano o Máximo, Rogaciano, Jenaro, Victoriano, Ceciliano, Prima, Rogaciano, Rogato, Segunda, Saturnina, Clauto, Margarita, Honorata, Victorino, Fausto, Matrona, Victoria, virgen cartaginesa, Segunda, Jenara, Saturnino el joven, lector, María, Dativo o Senador, otro Félix, Ampelio, lector, Quinto, Telica o Tacelita, Rogato, Casiano, Vicente, Restituta, Eva, Givalio, Pomponia, Jenara, Martín, Félix el joven, Mayor, Regiola, Pelusio, Daciano, Cecilia, Berectina y Matrona.
2. En Barcelona (España), Santa Eulalia († ca.304), virgen y mártir **.
3. La conmemoración de San Melecio († 381), obispo de Antioquía, el cual, estando presidiendo el Concilio I de Constantinopla, pasó al Señor *.
4. En Cornelimünster, Aquisgrán (Alemania), San Benito de Aniano († 821), propagador de la regla de San Benito y de la liturgia romana **.
5. En Constantinopla, San Antonio Cauleas († 901), obispo *.
6. En Jullys-les-Nonnains (Borgoña), Beata Humbelina († 1136), viuda, abadesa, hermana de San Bernardo *.
7. En Schera (Alsacia), San Lúdano († 1202), peregrino.
8. En Londres, los beatos Tomás Hemerford, Santiago Fenn, Juan Nutter, Juan Munden y Jorge Haydock († 1584), presbíteros, martirizados por la fe católica bajo la reina Isabel I *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTA EULALIA DE BARCELONA

Virgen y mártir († ca.304)

Eulalia nació en las inmediaciones de la ciudad de Barcelona, probablemente hacia los últimos años del siglo III. Descendía, a lo que parece, de noble familia; sus padres, con quienes vivía en una quinta de su propiedad, más que amarla la mimaban cariñosísimamente, impelidos por la humildad, la sabiduría y la prudencia que resplandecían en ella de una manera impropia de su tierna edad. Por encima de todo brillaba en aquella

virtuosa niña un acendrado amor a Dios Nuestro Señor; su piedad la llevaba a encerrarse cotidianamente en una pequeña celda de su casa con un grupo de amiguitas que había reunido junto a sí para pasar buena parte del día en el servicio del Señor, rezando oraciones que alternaban con el canto de himnos. Habiendo llegado a la pubertad, hacia los doce o trece años, llegó a los oídos de los barceloneses la noticia de que la persecución contra los cristianos volvía a arder de nuevo en todo el Imperio, de manera que quienquiera que se obstinara en negarse a sacrificar a los ídolos era atormentado con los más diversos y espantosos suplicios.

Los emperadores romanos Diocleciano y Maximiano, que habían oído contar la rápida y maravillosa propagación de la fe cristiana en las lejanas tierras de España, donde hasta entonces había sido tan rara aquella fe, mandaron al más cruel y feroz de sus jueces, llamado Daciano, para que acabara de una vez con aquella «superstición».

Al entrar en Barcelona hizo, con todo su séquito, públicos y solemnes sacrificios a los dioses, y dio orden de buscar cautelosamente a todos los cristianos para obligarles a hacer otro tanto. Con inusitada rapidez divulgóse entre los cristianos de Barcelona y su comarca la noticia de que la ciudad era perturbada por un juez impío e inicuo como hasta entonces no se había conocido otro. Oyéndolo contar, Eulalia se regocijaba en su espíritu y se la oía repetir alegremente:

> «Gracias os doy, mi Señor Jesucristo, gloria sea dada a vuestro nombre porque veo muy cerca lo que tanto anhele, y estoy segura de que con vuestra ayuda podre ver cumplida mi voluntad»

Sus familiares estaban vivamente preocupados por la causa de aquel deseo tan vehemente que Eulalia les ocultaba, ella que precisamente no les escondía ningún secreto, sino que siempre les explicaba con la prudencia y circunspección debidas cuanto Dios Nuestro Señor le revelaba. Pero Santa Eulalia seguía sin contar a nadie lo que iba meditando en su corazón, ni a sus padres, que tan tiernamente la amaban, ni a alguna de sus amigas o de sus servidoras que la querían más que a su propia vida; hasta que un día, a la hora de mayor silencio, mientras los suyos dormían, emprendió sigilosamente el camino de Barcelona, al

rayar el alba. Llevada de las ansias que la enardecían y la hacían infatigable, hizo todo el trayecto a pie, a pesar de que la distancia que la separaba de la ciudad fuese tal como para no poder andarla una niña tan delicada como ella.

Llegado que hubo a las puertas de la ciudad, y así que entró, oyó la voz del pregonero que leía el edicto, y se fue intrépida al foro. Allí vio a Daciano sentado en su tribunal y, penetrando valerosamente por entre la multitud, mezclada con los guardianes, se dirigió hacia él, y con voz sonora le dijo:

> «Juez inicuo, ¿de esta manera tan soberbia te atreves a sentarte para juzgar a los cristianos? ¿Es que no temes al Dios altísimo y verdadero que está por encima de todos tus emperadores y de ti mismo, el cual ha ordenado que todos los hombres que Él con su poder creó a su imagen y semejanza le adoren y sirvan a Él solamente? Ya sé que tú, por obra del demonio, tienes en tus manos el poder de la vida y de la muerte; pero esto poco importa».

Daciano, pasmado de aquella intrepidez, mirándola fijamente, le respondió, desconcertado:

> «Y ¿quién eres tú, que de una manera tan temeraria te has atrevido, no sólo a presentarte espontáneamente ante el tribunal, sino que, además, engreída con una arrogancia inaudita, osas echar en cara del juez estas cosas contrarias a las disposiciones imperiales?».

Mas ella, con mayor firmeza de ánimo y levantando la voz, dijo:

> «Yo soy Eulalia, sierva de mi Señor Jesucristo, que es el Rey de los reyes y el Señor de los que dominan: por esto, porque tengo puesta en Él toda mi confianza, no dudé siquiera un momento en ir voluntariamente y sin demora a reprochar tu necia conducta, al posponer al verdadero Dios, a quien todo pertenece, cielos y tierra, mar e infiernos y cuanto hay en ellos, al diablo, y lo que es peor, que quieres obligar a hacer lo mismo a aquellos hombres que adoran al Dios verdadero y esperan conseguir así la vida eterna. Tú les obligas inicuamente, bajo la amenaza de muchos tormentos, a sacrificar a unos dioses que jamás existieron, que son el mismo demonio, con el cual todos vosotros que le adoráis vais a arder otro día en el fuego eterno».

Oyendo Daciano tales requerimientos, mandó que la detuvieran y que inmediatamente la azotaran sin piedad. Mientras, sin compasión, se ejecutaba el suplicio, decíale Daciano, en son de burla:

«Oh miserable doncella. ¿Dónde está tu Dios? ¿Por qué no te libra de esta tortura? ¿Cómo te has dejado llevar por esta imprudencia que te hizo ejecutar un acto tan atrevido? Di que lo hiciste por ignorancia, que desconocías mi poder, y te perdonaré enseguida, pues hasta a mí me duele que una persona nobilísima como tú, ya que vienes, según me han dicho, de rancio abolengo, sea tan atrozmente atormentada»

A cuyas palabras repuso Santa Eulalia:

«Esto no será jamás, y no me aconsejes que mienta confesando que desconocía tu poderío; ¿quién ignora que toda potestad humana es pasajera y temporal como el mismo hombre que la tiene, que hoy existe y mañana no? En cambio, el poder de mi Señor Jesucristo no tiene ni tendrá fin, porque es el mismo que es eterno. Por esto, no quiero ni puedo decir mentiras, porque temo a mi Señor, que castiga a los mentirosos y sacrílegos con fuego, como a todos los que obran la iniquidad. Por otra parte, cuanto más me castigas, me siento más ennoblecida; nada me duelen las heridas que me abres, porque me protege mi Señor Jesucristo, que, cuando sea Él quien juzgue, mandará castigarte por lo que habrás hecho con penas que serán eternas»

Enfurecido y rabioso, Daciano mandó traer el potro. La extienden en él, y mientras unos esbirros la torturaban con garfios, otros le arrancaban las uñas. Pero Santa Eulalia, con cara sonriente, iba alabando a Dios Nuestro Señor, diciendo:

«Oh Señor mío Jesucristo, escuchad a esta vuestra inútil sierva, perdonad mis faltas y confortadme para que sufra los tormentos que me infligen por vuestra causa, y así quede confuso y avergonzado el demonio con sus ministros».

Díjole Daciano:

«¿Dónde está este a quien llamas e invocas? Escúchame a mí, oh infeliz y necia muchacha. Sacrifica a los dioses, si quieres vivir, pues se acerca ya la hora de tu muerte y no veo todavía quién venga a librarte».

Mas he aquí que Santa Eulalia, gozosa, le respondió:

«Nunca vas a tener prosperidad, sacrílego y endemoniado perjuro, mientras me propongas que reniegue de la fe de mi Señor. Aquel a quien invoco está aquí junto a mí, y a ti no es dado el verle porque no lo mereces por culpa de tu negra conciencia y la insensatez de tu alma. Él me alienta y conforta, de manera que ya puedes aplicarme cuantas torturas quieras, que las tengo por nada».

Desesperado ya y rugiendo como un león ante aquel caso de insólita rebeldía, Daciano mandó a los soldados que, extendida todavía sobre el potro, aplicaran hachones encendidos a sus virginales pechos para que pereciera envuelta en llamas. Al oír aquella decisión judicial, Santa Eulalia, contenta y alegre, repetía las palabras del salmo:

> «He aquí que Dios me ayuda y el Señor es el consuelo de mi alma. Dad, Señor, a mis enemigos lo que merecen, y confundidles; voluntariamente me sacrificaré por Vos y confesaré vuestro nombre, pues sois bueno, porque me habéis librado de toda tribulación y os habéis fijado en mis enemigos».

Y habiendo dicho esto, las llamas empezaron a volverse contra los mismos soldados. Viendo lo cual Santa Eulalia, levantando la vista al cielo, oraba con voz más clara todavía, diciendo:

> «Oh Señor mío Jesucristo, escuchad mis ruegos, compadeceos misericordiosamente de mí y mandad ya recibirme entre vuestros escogidos en el descanso de la vida eterna, para que, viendo vuestros creyentes la bondad que habéis obrado en mí, comprueben y alaben vuestro gran poder».

Luego que hubo terminado su oración se extinguieron aquellos hachones encendidos que, empapados como estaban en aceite, debían haber ardido por mucho tiempo, no sin antes abrasar a los verdugos que los sostenían, los cuales, amedrentados, cayeron de hinojos, mientras Santa Eulalia entregaba al Señor su espíritu, que voló al cielo saliendo de su boca en forma de blanca paloma. El pueblo que asistía a aquel espectáculo, al ver tantas maravillas, quedó fuertemente impresionado y admirado, en especial los cristianos, que se regocijaban por haber merecido tener en los cielos como patrona y abogada una conciudadana suya.

Pero Daciano, al ver que después de aquella enconada controversia y que, a pesar de tantos suplicios, nada había aprovechado, descendió del tribunal, mientras, enfurecido, daba la orden de que fuera colgada en una cruz y vigilada cautelosamente por unos guardianes: «Que sea suspendida en una cruz hasta que las aves de rapiña no dejen siquiera los huesos». Y he aquí que al punto de ejecutarse la orden cayó del cielo una copiosa nevada que cubrió y protegió su virginidad. Los guardas, aterro-

rizados, la abandonaron para seguir vigilándola a lo menos desde lejos, según se les había ordenado.

Tan pronto se divulgó lo acaecido por los poblados circunvecinos de la ciudad, muchos quisieron ir a Barcelona para ver las maravillas obradas por Dios. Sus mismos padres y amigas corrieron enseguida con gran alegría, pero lamentando al propio tiempo no haber conocido antes lo sucedido.

Después de tres días que Santa Eulalia pendía de la cruz, unos hombres temerosos de Dios la descolgaron con gran sigilo, sin que se dieran cuenta los soldados o guardianes; y habiéndosela llevado, la embalsamaron con fragantes aromas y amortajaron con purísimos lienzos. Entre ellos había uno que dicen se llamaba Félix, que con ella había también sufrido confesando a Cristo, el cual con gran alegría dijo al cuerpo de la Santa: «Oh señora mía, ambos confesamos juntos, pero vos merecisteis la palma del martirio antes que yo». Y he aquí que la Santa le contestó con una sonrisa. Los demás, mientras la llevaban a enterrar, alegrábanse entonando cánticos e himnos al Señor: «Los justos os invocarán, oh Señor, y Vos los habéis escuchado, mientras les librabais de cualquier tribulación». Al oírse aquellos cantos, fue asociándose a la comitiva una gran multitud, hasta que con gran regocijo le dieron sepultura.

ÁNGEL FABREGA GRAU

Bibliografía

FABREGAS GRAU, A., *Santa Eulalia de Barcelona: revisión de un problema histórico* (Roma 1958).
— *Pasionario hispánico,* I (Madrid 1953) 108s, II (Barcelona 1955) 233s.
FLOREZ, E., *España sagrada,* XXIX p.287s; 371s.
GARCIA VILLADA, Z., *Historia eclesiástica de España,* I (Madrid 1929) 283s.
PONSICH Y CAMPS, R. DE, *Vida, martirios y grandezas de Santa Eulalia, hija, patrona y tutelar de Barcelona* (Madrid 1770).

SAN BENITO DE ANIANO

Religioso († 821)

A Benito de Aniano se le ha llamado «Benito Segundo» y «el misionero de la observancia benedictina». Se ha escrito que «nadie ha influido más ampliamente en los destinos del monacato

occidental después del gran patriarca, San Benito de Montecasino». Tuvo «un papel decisivo» en la «renovación de la vida monástica».

Se llamaba Witiza. Pertenecía a una familia aristocrática visigoda de Septimania o «Gotia», región meridional del reino franco en la frontera con España. Nació a mediados del siglo VIII. Su padre, que era el conde visigodo de Maguelonne y estaba ligado por *fidelitas* con el soberano franco, lo confió todavía de niño a la reina Berta para que fuese educado en la corte del rey Pipino y después de Carlomagno. Witiza entró así en el círculo político-militar carolingio, y sirvió a los soberanos francos cubriendo el importante cargo de «copero», es decir, de funcionario encargado de los servicios annonarios para el mantenimiento del rey y de la corte.

En el ánimo del joven aristocrático fue empero madurando lentamente un proceso de conversión que le acercó a la vida monástica. Según su biógrafo Ardón Esmaragdo, el acontecimiento decisivo se produjo en el 774, cuando Witiza, que se encontraba en el séquito de Carlomagno ocupado en Italia en la campaña militar contra los longobardos, corrió el peligro de morir ahogado con su hermano al atravesar un río embravecido. Atribuida a Dios la salvación, Witiza se hizo monje con el nombre de Benito en el Monasterio de Saint-Seine en las cercanías de Dijon.

Hecha su profesión con el nombre de Benito, se dio con ahínco al estudio de las distintas reglas monásticas, sintiéndose más atraído por la de Benito de Nursia. Se entregó generosamente a la práctica de un riguroso ascetismo. Maltrató duramente su cuerpo, no tomando por alimento más que un poco de vino y agua, concediéndose un poco de descanso sobre un desnudo lecho a ras de tierra y pasando buena parte de la noche en oración. Para acrecentar esta mortificación permanecía con los pies desnudos sobre el suelo en lo más crudo del invierno, acentuando el rigor penitencial con la práctica de los más humildes trabajos. Algunos de sus hermanos que menospreciaban tales austeridades porque les reprochaba su propia tibieza, le tildaron de demente y extravagante. Pero él conservaba una serenidad inalterable, muy feliz de ser considerado como el divino

Maestro. Dios le concedió el don de lágrimas y el de hablar de las cosas santas de una forma conmovedora y persuasiva.

Otra era la forma de pensar sobre Benito del abad: en su aparente demencia, él descubría una sublime sabiduría. Le confió la administración de la abadía. En este su cargo se mostró austero consigo mismo, celoso cumplidor de las prescripciones de la santa Regla, concediendo lo que le solicitaban y rehusando aquello que le dictaba su deber. No hacía acepción de personas en la distribución de lo necesario, excusándose humildemente cuando no podía satisfacer plenamente sus deseos. Desempeñó este cargo durante seis años, hasta la muerte del abad. Todos aquellos que antes le habían despreciado, ahora convencidos de sus cualidades pensaron en él para la dignidad abacial. Benito quedó sumamente sorprendido cuando se le propuso; su humildad le persuadió de que debía eludir esta carga y este honor.

Insatisfecho, además, con la disciplina monástica de Saint-Seine, no se sentía a gusto entre unos hermanos que concebían la vida monástica de un modo tan diferente de como él mismo creía que debía ser. Finalmente, hacia 779-780, decidió abandonar el cenobio para retirarse a sus tierras de origen, en Aniano (Languedoc), sobre el homónimo y pequeño río, donde construyó una celda junto a la iglesia de San Saturnino.

Al aumentar el número de los discípulos, erigió un segundo monasterio, consagrado a Santa María, de vida sumamente austera. Con el tiempo Benito trató de moderarse, aunque no mucho. Afluyeron nuevos postulantes. Con el abad, vivían de limosna, se alimentaban de pan y agua. Como la comunidad iba aumentando, Benito tuvo que replantearse el sistema económico, pues las limosnas eran limitadas.

Entonces tuvo lugar su famosa «conversión», cuya causa ignoramos. Ardón Esmaragdo hace hincapié en ella con inusitada energía. De repente Benito cambia de mentalidad. Hasta entonces se había inspirado en las austeridades de los Padres del yermo, creía que el código casinense era propio de cobardes y apocados. Ahora todo es querer amoldarse a la *aurea mediocritas* de la Regla de San Benito. Procura conocerla bien. Para ello recorre los monasterios, interroga a los peritos en la materia, reúne

otras «reglas de los santos». Pero es la Regla benedictina la que, según Ardón Esmaragdo, de verdad le interesa. Pregunta a los que han estado en Montecasino cómo viven los descendientes espirituales del gran San Benito de Nursia.

Para hacernos palpar la «conversión» del abad de Aniano contrasta el biógrafo la simplicidad primera con la nueva magnificencia. Antes vivían los monjes en edificios modestos, pobres; ahora su abad emprende la construcción de un monasterio suntuoso. Antes tenía una idea austerísima del culto divino, eco de la simplicidad del monacato copto; ahora organiza la liturgia con opulencia. Antes los vasos sagrados eran de madera, luego de cristal; ahora, finalmente, son de plata y «de buen tamaño». Los ornamentos litúrgicos de tela basta han sido sustituidos por ornamentos de seda. Antes el oratorio parecía una cabaña; ahora la nueva basílica resplandece con sus mármoles preciosos. ¿A qué se convirtió el abad de Aniano? ¿A la Regla de San Benito, interpretada literalmente, como pretende hacernos creer Ardón Esmaragdo, o al espíritu teocrático de la corte carolingia que había penetrado en los monasterios y se reflejaba muy especialmente en las magníficas celebraciones litúrgicas? La respuesta es obvia. Benito de Aniano procurará en adelante juntar la observancia de la Regla con el esplendor, riqueza y poderío de los grandes monasterios carolingios.

Benito era un intelectual, un erudito. Quiso que sus monjes se formaran bien. Les proporcionó maestros en la «ciencia de las Escrituras, algunos de los cuales llegaron a ser obispos». Fundó una gran biblioteca. Llegaron a juntarse más de trescientos monjes.

Benito de Aniano pudo realizar todo esto gracias al apoyo de Carlomagno y, sobre todo, a la generosidad de Ludovico Pío. La fama de santidad de Benito, en efecto, había llegado a «los oídos reales e imperiales»: los reales de Ludovico Pío, rey de Aquitania, y los imperiales de Carlomagno. Obtuvo de éste, sobre todo, los privilegios de inmunidad y de libre elección del abad. Ludovico Pío tuteló la labor de proselitismo que estaba realizando incansablemente y le encargó la reforma de todos los monasterios de Aquitania y más tarde la de todos los del Imperio.

Llamado por el nuevo emperador, Ludovico Pío, Benito dejó el monasterio de Aniano para iniciar una nueva singladura monástica en Maurusmunster y, en cuanto estuvo habitable, en el magnífico monasterio que para él Ludovico Pío mandó edificar a orillas del Inden —del cual tomó el nombre—, a seis kilómetros de Aquisgrán, llamado más tarde Cornelimunster. El piadoso emperador esperaba que este monasterio ejemplar fuera un semillero de abades y proporcionase un cuerpo de inspectores que aseguraran el buen funcionamiento de los cenobios. Benito de Aniano compartía esta esperanza.

Durante unos dos años el emperador y el abad fueron madurando sus planes. El objetivo era claro: terminar la obra monástica de Carlomagno haciendo obligatoria la observancia de la Regla de San Benito y lograr, de este modo, la unidad del mundo monástico. No impusieron el cambio por un decreto-ley, a la fuerza. El emperador convocó un sínodo de abades y monjes para que deliberaran.

Benito gozaba de gran autoridad. El emperador le había puesto al frente de todos los cenobios de su reino. Por orden de Ludovico Pío, los «padres de los cenobios» y numerosos religiosos se reunieron en Aquisgrán el 817 en asamblea durante muchos días. Ante asamblea tan extraordinaria e ilustre desplegó el abad Benito de Aniano la vasta sabiduría monástica que había acumulado a fuerza de experiencia, estudio y reflexión. Explicó «toda la Regla», dilucidó los pasajes oscuros, aclaró las dudas, arrumbó antiguos errores y confirmó las costumbres convenientes. Hizo con todo ello un *Capitulare institutum* y lo presentó a la aprobación del emperador para que lo mandara observar en todos los monasterios. Ludovico Pío lo sancionó. Hizo más: puso «inspectores» en cada monasterio para que vigilaran el cumplimiento del *Capitulare institutum* o *Capitulare monasticum,* e instruyeran sobre todo ello a los ignorantes. Así, pues, se consiguió que se observara en todas partes la misma Regla y todos los monasterios se redujeran a tal unidad que parecía que todos los monjes se habían formado en un mismo lugar y bajo un solo maestro. A todos se propuso «una misma medida en la bebida, en la comida, en las vigilias, en el canto».

Benito de Aniano murió en Cornelimünster el 12 de febrero de 821 con la muerte de los santos monjes. Durante su última enfermedad no cesó de orar con lágrimas y escuchar lecturas de «las vidas y las muertes de los Santos Padres», y cumplió hasta el último día con la obligación de recitar el oficio divino, como refiere Ardón Esmaragdo. Conocemos los detalles de los últimos días de su vida a través de una carta de los monjes de Cornelimünster dirigida a Ardón: Cuatro días antes de su muerte, el santo abad conversaba con el emperador en el palacio de Aix-la-Chapelle. Le sobrevino una fuerte fiebre que le obligó a tornar a su celda monástica. Al día siguiente los cortesanos le visitaron. Estaba rodeado de tantos obispos, abades y monjes que con dificultad podíamos aproximarnos a él para atenderle. El abad Hélisacar permaneció junto a él hasta el último momento. Al tercer día se agravó la enfermedad. Dos días antes de morir, el emperador envió al monasterio a su camarlengo Taneulfe, para convencer a los monjes de hacer llegar al abad al palacio para que muriera en brazos de sus infantes. Hasta ese momento logró el emperador retener en palacio a Benito, ya que, no obstante la gravedad de su enfermedad, todavía podía exhortar y dar buenos consejos. La víspera de su muerte, al amanecer, fue trasladado al monasterio y permaneció solo a lo largo de tres horas por propia voluntad; después de este paréntesis, Hélisacar y nuestro prior fueron a interesarse por él, respondiéndoles que jamás había vivido momentos tan dichosos. «Me parecía —dijo— estar ante Dios en medio de los coros angélicos». Después reunió a todos los monjes en torno a su lecho, dándoles consejos saludables y terminando diciendo: «Hace ya cuarenta años que llegué a Aniano; ni un solo día de mi estancia ha transcurrido sin verter lágrimas ante Dios, antes de tomar el pan que constituía mi único alimento». Ese mismo día redactó un último consejo dirigido al emperador y dictó diversas normas relativas a la observancia de los monasterios.

Ardón nos ha descrito de forma emotiva los últimos momentos de su vida:

> «Cuanto más fuertes eran las acometidas de su enfermedad, tanto más intensamente perseveraba en la oración y la lectura. Nadie le vio ocioso, absolutamente nadie le halló perezoso para el oficio divino, nadie le encontró ocupado en conversaciones vanas y

frívolas. Ora se dedicaba personalmente a la lectura, ora escuchaba atentamente al que leía. ¿Quién le vio solo sino llorando? ¿Quién, entrando de repente donde él se hallaba, vio sus mejillas secas, o no lo encontró postrado en tierra, o de pie con las manos levantadas al cielo, o reteniendo las lágrimas con los puños para no humedecer la página del sagrado volumen con sus superabundantes llantos? [...] Mandaba que se le leyeran las vidas y las muertes de los Santos Padres; con tales lecturas recuperaba el ánimo y se hacía más fuerte. ¡Oh Buen Jesús, con qué suspiros y lágrimas se abrasaba el alma deseando morir y estar con Cristo, sin por ello rehusar el trabajo, si todavía le necesitaban los hermanos! Agravándose la enfermedad [...] se despidió de los hermanos, pasó toda la noche orando y salmodiando, y cumplió con el oficio del día. Al día siguiente, al rezar el oficio [...] llegó a la frase: "Justo eres, Señor". Cantando este versículo, dijo: "Me muero". Y a continuación: "Haz con tu siervo según tu misericordia, Señor". Y así, entre las palabras de la oración, exhaló su espíritu, adornado de virtudes».

De su muerte se resintió la reforma, todavía demasiado tierna para perder a su padre espiritual. Su obra, sin embargo, se dejó sentir. Muy concretamente en el dominio de la liturgia con el canto de los quince salmos graduales antes de las vigilias del oficio monástico: esta costumbre la hallamos en la *Regularis concordia* inglesa y en varias *Consuetudines* de tipo cluniacense. Juan de Salerno, biógrafo de San Odón, abad de Cluny, afirma que Benito de Aniano —el abad Euticio, forma latina de Witiza, dice él— instituyó «las costumbres que todavía están vigentes en nuestros monasterios».

En el pensamiento del santo se pone de relieve la tendencia hacia una centralización; la necesidad de una interpretación de la Regla; el esplendor de la liturgia, contrario a la simplicidad que dimana del código benedictino.

Pasado un siglo, Cluny heredará este mismo espíritu y a través de la abadía de Borgoña todo el occidente monástico se sentirá tributario de Benito de Aniano; hasta tal punto que después del gran patriarca de Nursia, ninguno influyó más en los destinos del monacato occidental.

Estaba dotado Benito de una vastísima cultura teológica y patrística. Escribió el *Liber ex regulis diversorum Patrum collectio,* que fue editado por vez primera en 1661 por L. Holstein en Roma con el título más conocido de *Codex regularum;* y la *Concordia regularum,* auténtico comentario a la Regla benedictina basado en textos de

otras reglas. La vida de Benito nos informa de cómo compuso numerosas homilías; algunos creen que se han perdido, otros, en cambio, las consideran insertas en el *Codex regularum.*

Se le han atribuido también dos colecciones de sentencias o fragmentos, con frecuencia muy difusas; tratados de las obras de diversos Padres y quizás incluso un tratado *De virtutibus,* que todavía hoy permanecen inéditas. Muchas instrucciones sobre la vida monástica, si no han salido de su mano, al menos deben a él la inspiración. A él se debe el arriba mencionado *Capitulare monasticum* del 817; seguramente también el *Institutio canonicorum* y el *Institutio sanctimonialium* del 816; los *Excerptus diversorum modus paenitentiarum;* el *Ordo regularis apud eos qui in arce regulari pollent;* quizás los *Capitula notitiarum;* la obra *Testimoniorum nubecula,* contra el adopcionismo; la *Disputatio adversus Felicianam impietatem.* De la abundante correspondencia, fruto de su actividad y de sus numerosas relaciones, a las que se refiere su biógrafo, sólo han llegado hasta nosotros tres cartas.

No sólo se ocupó de la restauración de la vida monástica, sino que influyó considerablemente en la ortodoxia de la fe católica. Tuvo a su lado en esta empresa a Alcuino, a quien dedicó su *Libellus adversus Felicis Haeresim,* orientado a refutar la herejía adopcionista. Fue al frente de una comitiva enviada por Carlomagno a la Marca Hispánica para predicar la verdadera doctrina, examinar la situación, y a persuadir a Félix de Urgel, promotor de la herejía, a que asistiera al sínodo de Urgel en 799. Terminado éste se le encomendó otra misión que dio óptimos resultados. Contra la herejía escribió otros tres tratados.

No obstante esta su aureola, a Benito de Aniano no le cupo la misma suerte con el culto que al santo abad de Casino. En vano nos esforzaríamos por identificar iglesias, santuarios o ermitas que lleven su advocación; catedrales o basílicas que le dediquen algunas de sus capillas; sillerías corales renacentistas o barrocas con relieves en los respaldos representando al abad anianense; retablos con imágenes suyas. Aunque su nombre pasara pronto al martirologio y misal romanos, al suplemento al martirologio galicano de Du Saussay, al martirologio benedictino de H. Ménard, y a los propios de Montpellier, de Strasbourg y de Poitiers, su culto quedará limitado al estricto marco

de los monasterios benedictinos occidentales, sin que ninguno de ellos, por otra parte, ostente su titularidad. Por ello, la iconografía de San Benito de Aniano que ha llegado hasta nosotros es muy pobre. Se limita a algunas miniaturas en varios códices medievales y diversos grabados y diseños que van al frente del día de su fiesta en libros litúrgicos propios de algunas congregaciones benedictinas como las de San Mauro, San Vitón y San Idulfo, Santa Justina de Padua o San Benito de Valladolid. En estos casos la iconografía apenas varía de la de Benito de Nursia. Lleva la misma amplia cogulla, el cerquillo monástico o tonsura en su cabeza, la barba y portando en cada una de sus manos el báculo abacial y el libro —unas veces abierto, otras cerrado— de la Santa Regla.

TOMÁS MORAL, OSB

Bibliografía

COLOMBAS, G. M., *La tradición benedictina,* III (Zamora 1987) 98-136.
LENTINI, A., *Dizionario degli istituti di perfezione,* I (Roma 1971) 1081-1086
LINAJE CONDE, A , *San Benito y los benedictinos,* II (Braga 1994) 341-344, 350-359, 520-529.
MANNOCI, I., en *Bibliotheca sanctorum,* t II cols.1094-1096.
PEREZ DE URBEL, J , *Semblanzas benedictinas,* I (Madrid 1930) 529-536.
SCHMITZ, «Histoire de l'ordre de Saint Benoît, 2»· *Maredsous* (1947) 265-340.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN MELECIO DE ANTIOQUÍA

Obispo († 381)

Nacido en Mitilene en el seno de una familia de origen armenio, se sabe que fue elegido obispo de Sebaste en Armenia, pero que al poco tiempo hubo de dejar su sede por diversos disgustos y se dedicó a la vida eremítica. De aquí lo sacaron los antioquenos que, católicos y arrianos, estuvieron acordes en elegirlo obispo. Melecio venía siendo un hombre pacífico, poco dado a las disputas teológicas, y esta especie de equidistancia entre las posiciones radicales parece ser que favoreció su elección. Todos no estuvieron de acuerdo, pero Melecio pudo ocupar la sede. Pero cuando el emperador Constancio II fue a

Antioquía, le pidió que explicara el pasaje del libro de los Proverbios en el que la Sabiduría divina dice que ella es la primera de las criaturas divinas, texto favorito de los arrianos. Melecio lo comentó en el sentido de que se refería a la encarnación, lo que llenó de desilusión a los arrianos y de disgusto al emperador que lo desterró y puso en su lugar otro obispo. La comunidad se dividió entonces.

Juliano el Apóstata lo sacó del exilio y lo devolvió a Antioquía pero Valente volvió a desterrarlo, no regresando hasta el tiempo de Graciano, para hallar entonces que la comunidad católica tenía un obispo, Paulino, reconocido por Roma. La confusión de los ánimos fue enorme. Los más puros ortodoxos estaban con Melecio, que, muerto San Basilio, quedó como el campeón de la ortodoxia en Oriente. Convocado el concilio ecuménico segundo, cuya sede se fijó en Constantinopla, a Melecio se le dio la presidencia del mismo, pero falleció durante su celebración el 12 de febrero del año 381. San Gregorio Niseno y San Juan Crisóstomo le dedicaron grandes elogios.

SAN ANTONIO CAULEAS

Obispo († 901)

Los padres de Antonio eran partidarios de las sagradas imágenes, y al llegar al poder los iconoclastas, temerosos de padecer las consecuencias de su fe, se marcharon de Constantinopla a un pueblo de las cercanías, donde nació su hijo Antonio. Muerta su madre cuando el chico tenía 12 años, el jovencito se decidió por la vida monástica y fue admitido, siguiéndole luego su padre. En el monasterio se acreditó como un buen monje, recibió las sagradas órdenes y fue elegido abad. Llevaba años rigiendo su monasterio con prudencia y celo cuando a la muerte del patriarca Esteban el año 893 fue elegido para sucederle.

La elección no puede menos que enmarcarse en la difícil situación de división y confusión por la que había pasado la Iglesia de Constantinopla a propósito de sus patriarcas. En efecto, destituido el patriarca San Ignacio en 867, fue sustituido por Focio, que tuvo un pontificado turbulento, y fue por segunda y última vez expulsado del trono patriarcal en 886 y sustituido

por el patriarca Esteban, hermano del emperador León VI. Los partidarios de Ignacio nunca aceptaron a Esteban como legítimo patriarca porque había recibido el diaconado de manos de Focio, pero ahora, muertos Ignacio, Focio y Esteban, de Antonio no se podía alegar ordenación alguna ilegítima, y por ello se sintió el nuevo patriarca capacitado para buscar la paz y recomponer la unidad. Ésta fue su aspiración y su tarea, y en ello se esforzó, procurando atraerse a los partidarios de ambos bandos. La Santa Sede, que había enviado legados cuando Esteban subió al patriarcado, volvió a ofrecer sus buenos servicios en tiempos de nuestro santo, y todo indica que la Sede romana, ocupada por el papa Juan IX, un hombre también conciliador, estuvo de acuerdo en la paz que se hizo el año 899 y por la cual se reconocía como legítimos patriarcas a Ignacio, a Focio y a Esteban.

Sin duda el patriarca Antonio era personalmente un hombre santo, siendo evidente su espíritu de piedad, austeridad y celo por la Iglesia. Restauró un monasterio que tomó su nombre y en él mandó enterrarse. Su muerte sucedió el 12 de febrero de 901.

BEATA HUMBELINA DE FONTAINES

Abadesa († 1136)

Hermana de San Bernardo, nació hacia el año 1092 y se cría en el castillo de Fontaines en un ambiente de sólida piedad como era el de aquella familia, llamada «la que alcanzó a Cristo».

Llegada a la juventud sobresalía por su belleza y distinción, y contrajo matrimonio con Guido de Marcy, de la nobleza de Lorena. Llevaba una vida ordinaria, según se estilaba en su tiempo y en su clase social.

Su crisis espiritual tuvo lugar cuando, yendo un día a Claraval a visitar a su hermano Bernardo, éste se negó a recibirla a causa del boato de sus vestidos y tren de vida. Ella pidió que la recibiera como a una pecadora.

Impactada por las palabras de su hermano, surgió en ella el deseo de una vida diferente, y logró de su esposo el permiso para ingresar como monja en las benedictinas de Jully-les-Non-

nains, donde profesó como religiosa. Años más tarde fue nombrada abadesa. Aunque apreciaba mucho a su hermano y la obra que llevaba adelante en el Císter, fundando ella incluso el convento de monjas cistercienses de Tart, nunca se hizo cisterciense sino que siguió siendo de hábito negro hasta el fin de sus días. Murió acompañada de Bernardo, Andrés y Nivardo, tres hermanos suyos que, como ella, son venerados en los altares. Su muerte fue el 12 de febrero de 1136.

BEATOS JUAN NUTTER Y COMPAÑEROS

Presbíteros y mártires († 1584)

En la plaza londinense de Tyburn tuvo lugar el 12 de febrero de 1584 el martirio de cinco sacerdotes católicos, acusados los cinco de traición y por ello sentenciados a ser ahorcados y descuartizados. Los cinco llegaron a Tyburn serenos y pacientes, sintiéndose indignos de la gloria del martirio y agradecidos a Dios que coronaba sus trabajos apostólicos con esta insigne corona. Los cinco habían trabajado con celo y constancia en la tarea de mantener en la fe a los católicos ingleses y atraer de nuevo a ella a los que por debilidad la habían dejado.

Uno tras otro subieron al patíbulo, sus cuerpos fueron suspendidos un tiempo del lazo y luego fueron descuartizados en horrible y pública carnicería. Habían sido juzgados en Westminster el 7 de febrero y los cinco se habían negado a reconocer que la reina fuera la última instancia religiosa, por no ser ésa la voluntad de Cristo. Habían padecido prisión en Marshalsea y dos de ellos en la famosa Torre de Londres.

Juan Nutter, hermano del también mártir Roberto Nutter, era natural de Reedley Hallows y tenía al tiempo de su muerte treinta y cuatro años. Convertido al catolicismo en su juventud, decidió hacerse sacerdote y se había ordenado en Reims hacía entonces dos años. Llegó a Inglaterra enfermo y estaba reponiéndose cuando fue descubierto y arrestado a comienzos de 1583. Su apostolado lo hizo en la cárcel, donde se ganó el afecto de los presos y atrajo a varios de ellos a la fe católica.

Juan Munden, nacido en Coltely (Dorset) en 1543, había sido maestro de escuela y luego había optado por el sacerdocio.

Se ordenó en Roma en 1582 y ese mismo año volvió a Inglaterra. Trabajó apostólicamente desde agosto a febrero, en que una denuncia produjo su prisión. Detenido en la Torre de Londres, sufrió malos tratos y diversos interrogatorios.

Santiago Fenn era natural de Montacute (Somerset), donde nació en 1535. Estudiaba teología cuando ascendió al trono Isabel, siendo expulsado de Oxford cuando no quiso reconocer la supremacía religiosa de la reina. Contrajo matrimonio y se ganaba la vida dando clases particulares. Muerta su esposa, se decidió por el sacerdocio y se ordenó sacerdote en Reims el año 1579. Entre mayo de 1580 y agosto de 1582 ejerció el ministerio en Inglaterra. Enviado a la cárcel de Marshalsea, no era conocida su condición sacerdotal y pudo por ello ejercer su ministerio con los presos. Pero, descubierto su sacerdocio, fue sometido a estrecha vigilancia. Cuando lo llevaban a ejecutar le salió al encuentro su pequeña hija Francisca llorando amargamente. Él la consoló y la bendijo y continuó sereno su camino.

Tomás Hemerford era del condado de Dorset y tenía 30 años al tiempo de su muerte. Era de familia católica, estudió derecho en Oxford y luego se decidió por el sacerdocio, que recibió en Roma en 1583. Al poco de llegar a Inglaterra fue detenido, pasando muchas penalidades en la cárcel.

Jorge Haydock era del condado de Lancaster y tenía 27 años al tiempo de su muerte. Era sobrino del cardenal William Allen, fundador del colegio inglés de Douai. Hizo sus estudios sacerdotales en Douai, Reims y Roma, y pudo poco tiempo ejercer su ministerio, pues fue descubierto y arrestado. Por ser el más joven y por asustar a los demás, lo ahorcaron a él primero y como lo tuvieron un rato colgando estaba muerto cuando lo bajaron para descuartizarlo, mientras que los otros cuatro fueron bajados vivos.

Los cuatro primeros fueron beatificados el 15 de diciembre de 1929, y el último el 22 de noviembre de 1987.

13 de febrero

A) Martirologio

1. En Atenas, San Martiniano († 398), anteriormente ermitaño en Cesarea de Palestina.
2. En Karden, San Cástor de Aquitania (s. IV), presbítero y ermitaño.
3. En Todi (Umbría), San Benigno (s. IV), presbítero y mártir.
4. En Lyón (Francia), San Esteban († 515), obispo.
5. En Rieti (Sabina), San Esteban (s. VI), abad.
6. En Osnabruck (Westfalia), San Gosberto († 874), obispo, misionero de los suabos.
7. En Carcassonne (Francia), San Guimera († 931), obispo.
8. En Lodève, San Fulcrano († 1006), obispo.
9. En Meaux (Francia), San Gilberto († 1009), obispo.
10. En Acre (Palestina), Beato Jordán de Sajonia († 1237), presbítero, sucesor de Santo Domingo al frente de la Orden de Predicadores **.
11. En Espoleto (Umbría), Beata Cristina († 1458), viuda y terciaria agustina *.
12. En Padua, Beata Eustoquio Lucrecia Bellini († 1469), virgen, monja benedictina *.
13. En Tog-Kiao-Tchang (China), San Pablo Lieou Han Tso († 1818), presbítero y mártir *.
14. En Thi Nghe (Tonkín), San Pablo Le Van Loc († 1859), presbítero y mártir **.

B) Biografías extensas

BEATO JORDÁN DE SAJONIA, OP

Presbítero († 1237)

París, 1219. La ciudad iba a confirmar, una vez más, el hermoso papel que ha jugado y continúa jugando en la historia de la Iglesia. Porque en París iban a coincidir dos hombres. Uno de ellos venía de España, se llamaba Domingo de Guzmán, y con su palabra de fuego conmovía a las muchedumbres. Le traía a París el deseo de ayudar a la naciente comunidad dominicana, que tantas dificultades venía experimentando para desenvolverse. El otro es un joven alemán, descendiente de los condes de Eberstein, que llevaba ya unos nueve años estudiando en la

Universidad. Había recibido el subdiaconado y era ya bachiller en teología. Pero estaba dudando cuáles serían los planes de Dios Nuestro Señor sobre él. No acababa de encontrar su camino. La muchedumbre de estudiantes que acude a oír a Santo Domingo de Guzmán le arrastra también. Hay después una entrevista a solas. Santo Domingo le anima, le decide a recibir el diaconado y a proseguir su vida de estudio y oración. Sin embargo, Jordán, que así si llamaba aquel joven, no entra todavía en la Orden dominicana.

Pero no es cuestión más que de unos meses. La vida y el ejemplo de Santo Domingo le han impresionado profundamente. Cuando al poco tiempo viene a París el Beato Reginaldo, otra de las grandes figuras de la Orden naciente, Jordán hace voto de entrar en ella. Pero antes de cumplirlo conquista a dos amigos suyos, fray Enrique de Colonia y fray León. El miércoles de ceniza del año 1220 entran los tres en el convento parisino de Santiago, célebre en la historia de la Iglesia universal.

Y allí se inicia la carrera fulgurante del Beato Jordán. Recibido el hábito, el capítulo general que aquel mismo año se celebra en Bolonia le encarga de comentar el Evangelio de San Lucas a los frailes de París. Al año siguiente es elegido provincial de Lombardía, la provincia más importante y difícil de administrar entre las recientemente establecidas. Y, al año siguiente, el 22 de mayo de 1222 es elegido unánimemente, por el capítulo general, maestro general de la Orden, como sucesor de Santo Domingo de Guzmán, cargo que desempeñó hasta su muerte el 13 de febrero de 1237. Pocos casos habrá en que un novicio recién ingresado se transforme, en tres años, en superior general de la Orden y sucesor de su propio fundador.

¿Cuál habría de ser su papel? «Si a Santo Domingo —ha escrito el padre Mortier— pertenece el título incomunicable de fundador de la Orden, a Jordán pertenece el más modesto, pero no menos glorioso, de propagador». Y es así, en efecto. Por medio de una actividad asombrosa, que aun hoy, en tiempos de fáciles comunicaciones, nos pasmaría, el Beato Jordán consigue dar un formidable impulso a la Orden de Predicadores. Baste indicar que durante su vida se fundaron 249 conventos dominicanos, de hombres y de mujeres, y se establecieron cuatro nue-

vas provincias. Es más, los mismos conventos que ya existían recibían, al contacto con él, nueva vida. Así nos lo dice, con emocionadas palabras, Gerardo de Frachet, en su libro *Vidas de los hermanos:*

> «Los conventos donde él moraba parecían, por los muchos que entraban y por los que de allí salían destinados a otras provincias, colmenas de abejas. Por eso, al llegar a los conventos, mandaba hacer muchas túnicas, teniendo confianza en Dios de que recibiría más frailes».

Y no se piense que se trataba de vocaciones vulgares, de un reclutamiento en medios fáciles, entre gentes humildes, piadosas y sin cultura. Nada de eso. El gran empeño y la gran preocupación del Beato Jordán fueron precisamente las universidades. Tan pronto predicaba la Cuaresma en París como en Bolonia. Y puede decirse que no hubo centro intelectual de aquel entonces al que no llegara con su palabra y su ejemplo. Pasó a Inglaterra, para visitar la Universidad de Oxford, y predicó también a los estudiantes en las universidades de Alemania. De la magnitud de sus conquistas da idea el hecho de que fuera él quien conquistó a Alberto de Falkemberg o Pedro de Tarantasia, más tarde papa Inocencio V; a Humberto de Romans; a Hugo de S. Caro; a Juan de San Gil, etc., etc. Es cierto que otras veces parecía ser excesivamente poco exigente en su manera de reclutar. Sin embargo, los hechos vinieron a darle la razón, y aquellos jóvenes a quienes él invitaba a la vida religiosa fueron la savia providencial enviada por Dios para robustecer y dilatar el árbol dominicano.

Ni cabe tampoco pensar que todo se redujo a esta labor de reclutador. Es cierto que Santo Domingo había dejado expuesto con toda nitidez cuál era el ideal de la nueva Orden. Quedaban, sin embargo, no pocos aspectos del gobierno de la misma por detallar y completar. A esta tarea se dedicó también el maestro general, dejando impresa una profunda huella en la legislación dominicana.

Tan formidable labor la pudo realizar gracias a unas cualidades que excedían en mucho de lo común: austeridad de vida, angelical integridad de costumbres, olvido heroico de sí mismo, palabra penetrante, afable acogida, maneras dulces.

Resulta encantador ver, por ejemplo, la riqueza de aspectos y la hondura sobrenatural de su amistad con fray Enrique de Colonia. «La convivencia les estrechó en una suave y entrañable unión de corazones». Cuando murió, nadie lloró tanto como fray Jordan, pero «lágrimas por el que nació para Cristo, no por el que murió en la carne», como el mismo fray Jordán nos diría. «Él partió feliz —comenta—, mas a mí, miserable, me dejó en este mundo». E idéntica sensibilidad, idéntica adaptación a una amistad auténticamente sobrenatural, limpia y pura, muestra el Beato Jordán en relación con la Beata Diana de Andaló, que en tantos aspectos recuerda la que existió entre San Francisco y Santa Clara.

Comprensivo, lleno de caridad, ardía siempre en deseos de amoldarse a todos. Él mismo nos confiesa:

> «Siempre he procurado estudiar el modo de conformarme con la voluntad de los demas, para no situarme en oposicion con la mia, esto es, amoldandome ya a un soldado, ya a un religioso, bien a un clerigo o al que esta tentado»

Las *Vidas de los hermanos* nos han conservado una graciosa anécdota que bien merece la pena transcribirse:

> «Acaecio que llevando consigo el maestro muchos novicios que habia admitido a la Orden, en cierto lugar donde no habia convento, mientras rezaba las completas con ellos y con sus socios en una posada, uno de ellos solto la risa y al verlo los demas comenzaron a reir a mandíbula batiente Alguno de los socios del maestro comenzo a hacerles señas de que reprimiesen la risa, al paso que ellos reian mas y mas Dejando entonces el rezo de las completas, y dicho el *Benedicite,* comenzo el maestro a reprender a aquel socio Y, volviendose a los novicios, les hablo asi "Reid, carisimos, reid fuertemente y no dejeis de hacerlo por este fraile, yo os doy licencia para ello, pues verdaderamente teneis motivo suficiente para alegraros y reiros, porque habeis salido de la carcel del diablo y roto las fuertes cadenas con las que durante muchos años os tuvo atados Reid, pues, carisimos, reid"»

Se corre, sin embargo, el peligro, al ponderar la caridad y la comprensión de los santos, de olvidar que ellos supieron siempre unirlas a la firmeza. Así, durante las luchas entre el Pontificado y el Imperio, los dominicos supieron resistir a Federico II, y el mismo Jordán, tan inclinado siempre a la condescendencia, no temió acudir a Federico en persona para reprocharle su con-

ducta y conjurarle a poner término a aquel escándalo que estaba dando a la cristiandad. Otras veces la firmeza en no condescender sabía teñirse de un delicado humor. Así, al procurador de un convento que le pedía con insistencia ser relevado del cargo, le contestó: «Hijo mío, este cargo lleva consigo cuatro cosas: la negligencia, la impaciencia, el trabajo y el mérito; yo te descargo de las dos primeras... pero te dejo las otras dos».

Su característica más singular fue, sin embargo, la fuerza de persuasión que le hacía irresistible tanto en el púlpito cuanto en la conversación privada.

> «El Señor le había otorgado tal prerrogativa y gracia singular, no sólo para predicar, sino también para conversar, que en cualquier parte y con cualquiera que estuviese le fluían siempre palabras encendidas y alumbraba la conversación con oportunos y eficaces ejemplos, de tal modo, que a cada uno hablaba, aconsejaba y persuadía según la condición de su carácter. Por lo cual, todos estaban sedientos de oír sus palabras».

Baste, como muestra, recordar una hermosa y significativa anécdota que nos han conservado las tantas veces citadas *Vidas de los hermanos:*

> «Cierto día de fiesta, al terminar de predicar, admitió a la Orden a un estudiante, y como estuviesen presentes otros muchos, les dirigió la palabra diciendo: "Si alguno de vosotros fuese a una gran fiesta y a un opulento banquete, ¿acaso todos sus compañeros serían tan descuidados que ninguno quisiera ir en su compañía? Pues he aquí que, sin embargo, veis a éste, que ha sido invitado por Dios a un gran festín, y ¿le vais a dejar ir solo?". Y fue tal la eficacia de su palabra, que al momento cierto estudiante dijo: "Maestro, convencido por vuestra palabra, me asocio a éste, en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo"».

Dios le otorgó, antes de morir, dos inmensas alegrías: la de proceder al traslado del cuerpo de Santo Domingo y la de ver el día de su solemne canonización. En efecto, por orden de Gregorio IX, los restos de Santo Domingo fueron solemnemente trasladados el 12 de marzo de 1233. Y poco tiempo después, el 3 de julio de 1234, después de una información canónica en Bolonia y Tolosa de Francia, el mismo Gregorio IX presentaba a toda la Iglesia universal, como modelo de santidad, a aquel Domingo de Guzmán con quien Jordán de Sajonia había hablado por vez primera, cuando tenía treinta años, en París, y cuyo

sucesor había sido. La noticia le cogió en Estrasburgo, llegándole con una carta de San Raimundo de Peñafort, entonces en funciones de penitenciario del Papa.

Podía decirse que su misión en este mundo estaba cumplida. Así pareció apreciarlo la Providencia. En 1236, dos años después, Jordán se embarca para visitar los conventos de la Orden establecidos en Tierra Santa y venerar los Santos Lugares. Todos los hermanos tenían pena al verle partir porque su salud estaba quebrantada. Sin embargo, el viaje se realizó con toda felicidad. No así el de retorno. La nave, asaltada por una furiosa tempestad, fue lanzada a las costas de Siria frente a Tolemaida. La mayor parte de los pasajeros perecieron ahogados. Entre ellos estaba Jordán, con dos de sus compañeros. Era el 13 de febrero de 1237. Sus religiosos lograron rescatar el cadáver y enterrarlo en la iglesia de los dominicos de Tolemaida.

Pronto los milagros vinieron a confirmar la fama de santidad de que siempre había estado rodeado, aun en vida. Sin embargo, el reconocimiento canónico de esta santidad tardó mucho. Durante cinco siglos se le venía dando tradicionalmente el título de Beato, e inscribiéndole así en no pocos martirologios. Pero sólo en 1826 el papa León XII aprobó el culto inmemorial que se le venía dando en su Orden.

LAMBERTO DE ECHEVERRÍA

Bibliografía

ARON, M., *Un animateur de la jeunesse au XIII siecle: vie, voyages du Bx Jourdain de Saxe..* (París 1930).
BERTHIER, *Opera ad res O. P. spectantia* (Obras de J de Saj.) (1891).
DANZAS, A., *Études sur les temps primitifs de l'Ordre de Saint-Dominique,* I (Poitiers 1873)
GOMEZ, C., «Un apóstol universitario, el Bto. Jordán de Sajonia»· *Ideales* 34 (1953-1954) 63s
MORTIER, OP, *Histoires des maîtres généraux de l'Ordre des Frères Prêcheurs,* I (París 1903) 137s
MOTHON, *Vie du bienheureux Jourdain de Saxe* (Paris 1885).
REICHERT, *Monumenta Ordinis fratrum praedicatorum historica,* I (Lovaina 1896)
Vitae fratrum Chronica, de CALVAGNO DELLA FLAMMA; *Acta Capitulorum*
WALZ, A., OP (ed), *Beati Iordani de Saxonia epistulae* (Roma 1951).

SAN PABLO LOC

Presbítero y mártir († 1859)

Pablo Loc es uno de los 117 santos mártires del Vietnam, canonizados por Juan Pablo II el 19 de junio de 1988, encabezados por San Andrés Dung Lag. A petición de la Conferencia episcopal vietnamita, fueron introducidos en el calendario general. Su memoria se celebra el 24 de noviembre.

Nunca había celebrado la Iglesia una canonización tan numerosa y significativa, donde están presentes 8 obispos, 50 presbíteros y 59 laicos, de tres nacionalidades: Vietnam, Francia, España. Once eran dominicos, diez de la Sociedad de Misiones extranjeras de París, treinta y siete del clero diocesano, un seminarista, muchos padres de familia, una madre, dieciséis catequistas, seis militares, cuatro médicos, un sastre, varios campesinos, pescadores, jefes de comunidades cristianas.

Pío VI y Gregorio XVI alabaron sus virtudes. Los 117 mártires fueron beatificados en cuatro etapas y grupos: 64, en 1900, por León XIII; 8, por San Pío X, en 1906 y 20 en 1909, por el mismo pontífice; 25, por Pío XI, en 1925. La Sagrada Congregación para el culto de los santos, el 18 de abril de 1986, reunió a todos en una sola causa de canonización.

El cristianismo había sido sembrado en las tierras de Tonkín, Annam y Cochinchina, que hoy forman el Vietnam, a mediados del siglo XVI, por misioneros europeos.

Durante el siglo XIX, cuando ya había arraigado en no pocas comunidades, se desataron reiteradas persecuciones sangrientas.

La expansión misionera de la Iglesia experimentó una espléndida floración en el siglo XIX, en el que se fundaron nuevos institutos evangelizadores. Pero el paso de misiones extranjeras a Iglesias locales se hizo difícil por los vínculos políticos y diplomáticos que oscurecían en ocasiones la labor de los misioneros.

La presentación del cristianismo en choque con las culturas autóctonas, la protección de los misioneros por parte de las autoridades de su país de origen, muchas veces el mismo colonizador, daban en ocasiones la falsa imagen de confundir el

Evangelio con la cultura de Occidente, estimada orgullosamente como superior y casi única.

Unas palabras luminosas y certeras de H. de Lubac ponen el dedo en la llaga:

> «La edad de la expansión de Europa fue también con demasiada frecuencia [...] un siglo de bárbara ceguera [...] Hasta ese punto nos ha hecho injustos para con los otros pueblos el orgullo de nuestras máquinas y nuestras armas, hasta ese punto nos ha impedido captar las bellezas creadas por el hombre bajo otros cielos la miopía de una educación que pretendía darnos la única cultura humana» *(Catholicisme* [París 1938] 225).

No siempre se siguió la acertada y luminosa orientación que ya en 1659 venía de Roma instruyendo a los misioneros: «No busquéis nunca que esos pueblos cambien sus ritos, sus usos y tradiciones, a no ser que se opongan abiertamente a la religión y las buenas costumbres».

Minh-Manh, su nieto Thieu-Tri y más que todos su biznieto Tu-Duc, forman una serie de nerones que no parece se habían propuesto otro ideal de gobierno que el de exterminar el cristianismo del imperio.

La corta vida de Pablo Loc (?-1859) coincide plenamente con la llamada por antonomasia y con toda justicia «la era de los mártires», que abarca desde 1830 a 1864, con ligeros paréntesis menos violentos. Alcanzó su punto culminante con Tu-Duc, cargado de tal crueldad que, a petición de los mismos misioneros, tuvieron que intervenir Francia y España para evitar que siguiera corriendo sangre cristiana.

Obligado por las armas, se vio en la precisión de promulgar un decreto de libertad religiosa en 1862, si bien no fue cumplido más que a medias hasta que en 1885 los franceses ocuparon el país.

En siete años, más de cuarenta mil cristianos dieron la vida en la confesión de su fe al ser sometidos a los más refinados y atroces tormentos. Como resultado de la masacre, las misiones quedaron en la más completa desorganización: sin iglesias, escuelas, seminarios. Pero la fe no pudo ser extirpada por edictos, premios, castigos ni suplicios. A los cristianos del Vietnam les tocó vivir muy adversas circunstancias: errantes durante muchos años, viviendo en pequeñas embarcaciones,

siendo sorprendidos y capturados como presa codiciada por los mandarines.

La formación recia y el ejemplo heroico de los misioneros dio fortaleza y temple a los cristianos vietnamitas. Una carta del 20 de julio de 1840, escrita por el dominico Francisco Hermosilla, martirizado años después, en 1861, refleja bien el ambiente y destrozos de la persecución:

> «Las iglesias que en 1832 pasaban de mil y que en 1838 existían aún en gran parte, han sido todas destruidas. Los ornamentos sagrados se han perdido casi todos. Lo mismo sucedió con los libros. Los dos colegios, uno de Gramática —seminario menor— y otro de Teología —seminario mayor—, ya no existen».
>
> «No existen tampoco las casas de residencia de los misioneros que ahora no tienen donde acogerse. Los estudiantes y criados van errantes por los campos con los catequistas. Si van a sus familias, los mandarines los prenden y hacen renegar; si resisten, los atormentan».

Los decretos persecutorios obligaban a entregar los libros de religión y objetos de culto para ser destruidos públicamente. A los cristianos se les obligaba a hacer constar por escrito que renegaban y abandonaban la fe. En caso contrario serían mutilados, rapadas las cabezas y grabados en sus rostros los caracteres «religión falsa». Muchos cristianos fueron hechos prisioneros y marcados con esa señal ignominiosa y desposeídos de los escasos bienes con que contaban.

Las dos etapas más prolongadas de persecución sistemática fueron las de los reyes Minh-Manh y Tu-Duc. Los primeros años de este último (1841-1847) fueron de relativa calma, en comparación con los anteriores. Pero a partir de 1851 se recrudeció de nuevo y se prolongó hasta 1883 con ferocísimos decretos. Uno de ellos ordenaba que a los sacerdotes nativos se les aserrase por medio.

Y la persecución arreció al organizarse la expedición franco-española de 1858, con la que ambas naciones pretendían proteger a sus misioneros europeos que estaban en Tonkín. El resultado fue contraproducente, pues la persecución se volvió más dura, rápida e inflexible. El rey temía que los sacerdotes nativos se pusieran de parte de los invasores. Una vez más la confusión equívoca de lo político y lo religioso contribuía a

presentar el cristianismo como algo extraño y contrario a lo indígena.

En esta persecución de Tu-Duc fue martirizado y decapitado Pablo Loc.

La carta de Mons. Lefèbvre, Vicario apostólico en Cochinchina Occidental, publicada en los *Anales de la Propagación de la Fe* 31 (1859) 329-335, en su edición italiana, nos da noticias directas de esta persecución y de este martirio.

Pablo Loc, nacido en An-Nhom, estudió primero en el seminario de Cai-Nhum y después en el de Penang durante seis años. Volvió a su patria y ejerció el oficio o ministerio de catequista, con tanto celo y entrega que, en un solo año de permanencia, logró ganar para la fe a más de doscientas personas.

Después consiguió plaza para enseñar en el colegio de Tu-Duc, e inmediatamente fue llevado a Thi-Nghe donde adquirió tanto prestigio como profesor y educador que el Obispo le ordenó de presbítero en 1857 y le confió la dirección del colegio.

Eran los momentos álgidos de la persecución. La llegada de la flota francesa a Tourane con la intención de proteger a los misioneros, azuzó las iras de los mandarines. Pensando que los cristianos indígenas harían causa común con sus correligionarios extranjeros invasores, decidieron exterminarlos a todos antes de que ellos llegaran.

El colegio de Thi-Nghe se quedó vacío y los misioneros se refugiaron en otros lugares. Pero Pablo no tardó en retornar para poder tener noticias de sus jóvenes alumnos. Allí lo localizaron y lo prendieron.

En los distintos interrogatorios supo responder con tanto aplomo y sabiduría que los mandarines, en un primer momento, pensaron en absolverlo y hasta llegaron a ofrecerle, si apostataba, el puesto de secretario primero en la prefectura. Pero todo intento fue inútil ante su firmeza en profesar la fe.

Mientras tanto los franceses avanzaban y ya estaban bombardeando Saigón. Los mandarines, sin esperar más, le condenaron a muerte y le decapitaron inmediatamente fuera de la ciudad el día 13 de febrero de 1859.

Fue beatificado por San Pío X el 2 de mayo de 1909.

El papa Juan Pablo II inició las *letras decretales* con el siguiente texto de San Agustín:

> «Como sementera de sangre, está la tierra llena de mártires; y de aquella sementera surgió la cosecha de la Iglesia. Más testificaron a Cristo muertos que vivos. Hoy siguen testificando, hoy también predican: calló su lengua, siguen resonando sus hechos» *(Sermo* 286: PL 38,1298).
>
> «Este pensamiento de San Agustín —sigue diciendo el Papa— nos hace volver los ojos en la historia de la salvación cuatro siglos atrás, al Vietnam, la nación asiática que se asoma al oriente y al mediodía, comprendiendo Tonkín, Annam y Cochinchina».
>
> «Tierra feracísima por el agua y el sol y ubérrima por el gran número de los mártires que dieron el testimonio de su vida en fidelidad a la palabra de Dios» *(AAS* 83 [1991] 377-379).

Entre los presbíteros de la larga lista se encuentra a Pablo Le Van Loc.

El Papa subraya la ejemplaridad significativa de esta canonización tan variada en estados de vida, profesiones y ministerios, para quienes la cruz de Cristo, que prefirieron adorar y no pisotear, fue vida y salvación.

Y en la homilía de la canonización pone de relieve la palpitante actualidad de su testimonio y los frutos ubérrimos de su martirio.

> «Los mártires vietnamitas, sembrando entre lágrimas, en realidad iniciaron un diálogo profundo y liberador con la población y la cultura de su nación proclamando ante todo la verdad y la universalidad de la fe en Dios y proponiendo, además, una jerarquía de valores y de deberes particularmente adecuada a la cultura religiosa de todo el mundo oriental...».
>
> «Ante las imposiciones coactivas de las autoridades acerca de la práctica de la fe, ellos afirmaron su libertad para creer, sosteniendo con humilde valentía que la religión cristiana era la única cosa que no podían abandonar, pues no podían desobedecer al supremo soberano: el Señor».
>
> «Además afirmaron con vigor su voluntad de lealtad a las autoridades del país, sin contravenir a todo aquello que fuera justo y recto; y enseñaron a respetar y venerar a los antepasados, según las costumbres de su tierra, a la luz del misterio de la resurrección».
>
> «La Iglesia vietnamita, con sus mártires y mediante su testimonio, ha podido proclamar su voluntad y su compromiso de no rechazar la tradición cultural y las instituciones legales del país; al contrario, ha declarado y demostrado que quiere encarnarse en

ella, contribuyendo con fidelidad a la verdadera edificación de la patria» (*Ecclesia* [1988] 1027-1029).

La predicación evangélica, a pesar de las persecuciones, o tal vez porque «la sangre de los mártires es semilla de cristianos», se desarrolló vigorosamente antes de terminar el siglo; en 1898 contaba con 336 sacerdotes nativos, pese a que una tercera parte del clero había pagado con la vida su fidelidad a la Iglesia durante la persecución de 1857-1862. En 1972 se instituyó la jerarquía católica. En la actualidad son 25 las diócesis y seis millones de católicos.

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

AAS 1 (1909) 452-458.
Beatificación: *AAS* 83 (1991) 377-381.
LEFEBVRE, D. G., «Lettera di Mons. Vicario Apostolico della Cocincina Occidentale»: *Annali della Propagazione della Fede* 31 (1859) 329-335.
SALOTTI, C., *I nuovi martiri annamiti e cinesi* (Roma 1909) 36-44.
TESTORE, C., «Loc, Paolo», en *Bibliotheca sanctorum,* t.VIII cols.82-83.
ZURDO, F., «Vietnam bajo el signo de la persecución», en *Cuatro siglos de evangelización (1587-1987)* (Madrid 1987) 203-217.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

BEATA CRISTINA DE ESPOLETO

Viuda († 1458)

Era natural de Porlezza, donde nació hacia 1436. Muy joven contrajo matrimonio con un escultor y fijó su residencia en Laglio, pero su marido murió muy pronto, y entonces volvió a contraer matrimonio con un campesino. Faltando a sus deberes matrimoniales, tuvo una relación adulterina de la que nació un hijo que vivió poco tiempo. Y poco tiempo después se produjo el asesinato de su segundo marido.

Este suceso la llevó a reflexionar y se arrepintió de su vida poco arreglada, dedicándose entonces a la penitencia y haciéndose terciaria agustina. En calidad de tal fue admitida por las monjas agustinas de Verona para hacer vida de comunidad, pero el proyecto no cuajó y dejó el convento.

Vivió seguidamente en varios sitios, llevando una vida ejemplar de penitencia, piedad y obras de caridad, reconociendo todos cuánto había cambiado. Luego de hacer una peregrinación a Roma y Asís, se detuvo en Espoleto donde enfermó y murió el 13 de febrero de 1458, rodeada de fama de santidad. Surgieron leyendas en torno a su nombre pero hoy parecen claros los datos verdaderos de su biografía. El papa Gregorio XVI confirmó el culto que se le tributaba el día 19 de septiembre de 1834.

BEATA EUSTOQUIO BELLINI

Virgen († 1469)

Lucrecia Bellini era hija de una monja del monasterio de San Prosdócimo de Padua, que faltó a sus votos, y tuvo esta hija con Bartolomé Bellini el año 1444. Se crió en el convento y desde niña fue sujeto de extrañas manifestaciones que se tomaron por posesión diabólica. Los autores están de acuerdo en la historicidad de los fenómenos, interpretados como posesión, porque están bien atestiguados.

La observancia regular del convento era más bien escasa y sucedió que en 1460, a la muerte de la abadesa, el obispo Jacopo Zeno quiso imponer una observancia mejor, pero ello trajo consigo la dispersión de la comunidad así como de las chicas que en él se educaban, exceptuando a Lucrecia que no se marchó. El obispo reemplazó a las religiosas que se habían marchado con una comunidad de benedictinas procedentes del monasterio de Santa María de la Misericordia. Y entonces Lucrecia se decidió a pedir el velo en la nueva comunidad. Parece que hubo alguna oposición dado su nacimiento bastardo, pero el obispo le dio la licencia para profesar y el 15 de enero de 1461 tomó el hábito de manos de la abadesa Justina da Lazzara.

Empezó para la novicia una época difícil. Volvieron los fenómenos extraños: fuera de sí y como dominada por una fuerza extraña, aterrorizaba a las hermanas, que llegaron primero a atarla a una columna durante días y días, y luego, culpándola de la extraña enfermedad de la abadesa, la encerraron y la tuvieron durante meses a pan y agua. Y se la amenazó con abrirle un proceso por brujería. Invitada a abandonar el noviciado y vol-

ver al mundo, respondía la joven que su voluntad decidida era ser religiosa y que quería expiar el pecado que se cometió al engendrarla con una vida santa en el mismo sitio de su comisión. Rezaba continuamente y, fuera de las extrañas manifestaciones, aparecía serena, humilde y confiada en Dios. Por ello la sacaron de su encierro, pero los fenómenos entonces volvieron a darse, soportándolos ella con increíble paciencia, tanta que las monjas se convencieron de su virtud y buena voluntad y, pese a todo, la admitieron a la profesión que efectuó el 25 de marzo de 1465. Su vida en los años que le quedaron fue la de una persona enferma que, centrada en la meditación de los dolores de Cristo, se asociaba a ellos con entrega total. Ella se confiaba a la misericordia divina, que continuamente imploraba, y así le llegó la muerte el 13 de febrero de 1469.

El papa Clemente XIII, que anteriormente había sido obispo de Padua, concedió misa y oficio de la Beata a su convento, luego a la ciudad y diócesis de Padua y por fin, en 1767, a toda la República de Venecia.

SAN PABLO LIEOU HAN TSO

Presbítero y mártir († 1818)

Nació en Lo-Tche-Hien hacia el año 1780 en el seno de una familia cristiana que cuidó con mucho interés su educación religiosa.

Primero se ocupó en la guarda del ganado, pero de pastor de animales pasó a pensar en ser pastor de almas y optó por el sacerdocio. Este pensamiento le vino de que el misionero de su distrito, viéndolo tan inteligente y piadoso, le propuso se planteara el tema de su vocación sacerdotal. Pablo ingresó seguidamente en el seminario y cuando tenía unos 30 años se ordenó sacerdote.

Se le encomendaron sucesivamente los distritos de Sin-Tou y Te-Yang, ambos en la orilla del río Yang-Tse y se mostró como un sacerdote amable, modesto y sencillo. Llegada la persecución, redobló su celo apostólico.

Estaba celebrando la santa misa el día 15 de agosto de 1817 cuando llegaron para prenderlo. Pidió licencia para acabar la

santa misa, y al término de la misma se entregó, siendo arrestado junto con su criado. Conducido a la cárcel, fue azotado con tiras de cuero y luego se le dijo que si pagaba una determinada cantidad obtendría la libertad; pero no se pudo reunir la cantidad pedida.

Fue enviado entonces al mandarín, el cual lo interrogó, y él confesó ser cristiano y sacerdote y estar dispuesto a dejarse matar antes que apostatar. El mandarín lo condenó a muerte y pidió a la corte imperial la confirmación de la sentencia, estando mientras tanto en la cárcel. Llegó la confirmación y Pablo fue estrangulado en Tog-Kiao-Tchang el 13 de febrero de 1818.

Juan Pablo II lo canonizó el 1 de octubre de 2000 con los otros mártires de China.

14 de febrero

A) Martirologio

1. La memoria de los santos Cirilo († 869), monje, y Metodio († 884), obispo, grandes evangelizadores de los eslavos, patronos de Europa **.

2. En Roma, en la Via Flaminia, junto al Puente Milvio, San Valentín, mártir (fecha incierta) **.

3. En Espoleto (Umbría), San Vital, mártir (fecha incierta).

4. En Roma, en el cementerio de Pretextato, en la Via Apia, San Zenón, mártir (fecha incierta).

5. En Alejandría de Egipto, la conmemoración de los santos Basiano, Tonión, Proto y Lucio, que fueron arrojados al mar, y Cirión, presbítero, Agatón, exorcista, y Moisés, que fueron echados al fuego, y Dionisio y Anmonio, que fueron muertos a espada (fecha incierta).

6. En Ravena, San Eleucadio (s. III), obispo.

7. En Bitinia, San Auxencio, presbítero y archimandrita (s. V) *.

8. La conmemoración de San Nostriano († 450), obispo de Nápoles.

9. En Sorrento (Campania), San Antonio († 830), que se hizo ermitaño cuando los sarracenos destruyeron su monasterio *.

10. En Córdoba (España), San Juan Bautista de la Concepción García († 1618), presbítero, reformador de la Orden de la Santísima Trinidad **.

11. En Valencia (España), Beato Vicente Vilar David († 1937), seglar, mártir en la persecución religiosa durante la guerra española **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN VALENTÍN

Presbítero y mártir († ca.270)

La historia carda —dolorosamente a veces— la leyenda. ¿Por qué, cuando uno escribe sobre vidas de santos, aflora y fluye siempre, insistente y donoso, por sobre el dato histórico —veraz y escueto— el colorido jubiloso de la leyenda, donde la verdad es una maciza y ancha ternura amasada con piadosas exageraciones que la tradición mantiene severamente? ¿Por qué el pueblo cristiano incorpora su miedo o su júbilo cósmicos al santoral?

No sólo continuamos en la Iglesia la pasión de Cristo, sino que continuamos también su redención y esa restauración total, plena, del cosmos que, en nosotros y por medio de nosotros, realiza el sacerdocio de Cristo.

Sería interesante hacer, en la historia de la espiritualidad, una cala que mostrase esas interpolaciones que el pueblo —no sabemos cómo— ha hecho en el santoral, en función de necesidades y problemas religiosos o humanos determinados por el riesgo en que su propio «compromiso» cristiano le sitúa ante esas actitudes negativas que de vez en cuando surgen en núcleos aislados de la cristiandad.

Es posible, por ello, que el patronazgo de San Valentín sobre el amor humano obedezca al empeño de cristianizar viejas costumbres de matiz pagano, cuya reiteración conmemorativa coincidiera con el aniversario de su martirio, ocurrido hacia el año 270, en la Via Flaminia de Roma, cuando la primavera gusta de anticiparse jubilosamente —un poco franciscanamente aún— y el ciclo de la expectación de la fecundidad se inicia en la naturaleza. Vuelve a los árboles la savia por entonces, inician su regreso las aves y a Roma vuelven —*ut viderent Petrum*—, en romería, los romeros. Entraban por la puerta Flaminia, que se llamó puerta de San Valentín, porque allí, en recuerdo de su

martirio, el papa Julio I —siglo IV— construyó en su honor una basílica...

Fue allí, en el umbral de Roma —cuando a Roma se llega desde la Umbría—, donde San Valentín —sacerdote y mártir— sería degollado por orden del emperador Claudio II. Por haber socorrido a los cristianos encarcelados, Valentín hubo de soportar, ante el tribunal del emperador, un largo, severo y minucioso interrogatorio. ¡Con qué amorosa firmeza declaró, profesó y defendió la verdad San Valentín! Por ello, el prefecto Calpurnius le condena. Su lugarteniente Asterius recibe y acepta la misión de custodiarle. Pero él —Asterius— tiene adoptada una niña en casa, cuyos menudos ojos nada ven hace tiempo ya. ¿Qué movió a Asterius a la súplica? ¿Acaso aquella sensación de frialdad triste que se remansa en el rostro ciego, en la belleza inútil de las adolescentes esculturas grecolatinas? ¿Por qué condicionó Asterius su súplica a la promesa de creer en Cristo si Valentín encendía los ojos de la niña? Porque Valentín aceptó sacerdotalmente, y en nombre del Señor obró el prodigio, y con él se hizo la luz no sólo en Asterius, sino en su casa toda, y toda la familia recibe el agua bautismal, para recibir, con ella, el martirio...

Los peregrinos que de Roma vuelven, por la Via Flaminia, regresarán con reliquias de San Valentín —sacerdote y mártir— y el recuerdo de aquellos ojos muertos a los que dio videncia. Se referirá la historia fervorosamente y la fe, con el júbilo de creer y poseer la verdad, coloreará la anécdota hasta hacerse precisos varios San Valentín para completarla, y para mantenerla varias serán las ciudades de la cristiandad que reclamen después —y aún hoy— su oriundez.

Un escritor —de confesionalidad protestante— francés cuenta en un libro de viajes publicado en 1698 cómo la vigilia de San Valentín, en Inglaterra, siguiendo una —según él— antiquísima costumbre, celebran una fiesta en la que cada *Valentín* elige su *Valentina* precisamente al llegar la conmemoración del santo romano —sacerdote y mártir—, que es cuando la naturaleza va a iniciar un nuevo ciclo de pujanza y desarrollo. Y lo curioso es que no faltan severos sermonarios protestantes en los que se denunciaba ya esta efeméride como festividad de cuño «papista» y pagano al mismo tiempo.

San Francisco de Sales, en cambio —que ve también un indudable poso de paganía en la vieja tradición de los *valentinos*—, aconseja a los jóvenes que imiten las virtudes del Santo. Nosotros pensamos que muchas de las costumbres y celebraciones paganas que Roma extendió por su vasto imperio coincidieron, en las épocas de las persecuciones, con testimonios y martirios que, cual el de San Valentín, supusieron después, en la Edad Media, una motivación providencial para enjugar de sentido cristiano viejas tradiciones paganas. De aquí, tal vez, el que San Valentín fuera incorporado por la misma Iglesia discente, de un modo popular, colectivo y espontáneo, al patronazgo del amor humano, porque donde está el amor, y con él su proyección y su gesto, que es la caridad, allí está Dios. *Ubi charitas et amor Deus ibi est,* canta la Iglesia el Jueves Santo. Y amar —Santo Tomás de Aquino así lo afirma— es querer el bien para aquel a quien se ama.

Nuestra vocación cristiana es —*hic et nunc*— el amor. Precisamente porque hay muchas moradas en la casa, en el hogar del Padre, son muchos los llamados... Es, por ello, necesario conocer nuestra vocación específica, personal e intransferible, y darnos, entregarnos —esto es amor— a ella sin reservas, por amor de Dios Nuestro Señor... Porque el cristiano —*viator,* peregrino siempre— regresa constantemente, un día y otro, hacia Dios. Y es Cristo —*verbum Dei,* palabra, verdad, pujanza y vida— el camino San Pablo insiste en que «cada uno ande según Dios le dio y según le pidió», y si a unos pide Dios que regresen hasta Él negándose a sí mismos, gallardamente, todo el apoyo que las criaturas de Dios prestan para posibilitar este plebiscitario, eclesial regreso hacia Él, a otros —los más— llama Dios pidiéndoles que utilicen distintos vasos donde consagrar su vida y ofrecerla para la gloria de su nombre y la piadosa, amorosa edificación de los hermanos.

Todo amor verdadero es fecundo. Todo amor verdadero es un don de Dios. Únicamente se impone la renuncia al amor propio —el odio propio, que así le llamó Santa Teresa—, porque el don del amor exige dar, entregarse, totalizar ese sacerdocio menor para el que el amor nos prepara, desde nuestra propia e íntima vigilia de San Valentín hasta el borde mismo del

sacramento en que Dios —¡aquella oración sacerdotal de Cristo... *ut sint unum!*— hace, de dos, una sola carne, para que alcancen —conforme a la impresionante expresión paulina— «la medida de la edad en Cristo»...

Señor San Valentín: tú que diste videncia a aquellos ojos ciegos, niños, en casa del lugarteniente Asterius, cura esta torpe, maciza ceguedad en nuestros ojos, por que logremos ver y otear la impresionante hondura, la jubilosa perspectiva de ese misterio estremecedor del amor humano, para que, como tú, sepamos dar testimonio de la verdad, en la presencia del Dios que nos une... *Congregavit nos in unum Christi amor.*

ALFONSO ALBALÁ

Bibliografía

Act. SS. Boll., 14 de febrero. Cf. *Anal. Boll.* 11 (1892) 471s.
DELEHAYE, H., *Les origines du culte des martyrs*, o.c., 270s; 315s.
GRISAR, H., *Rom beim Ausgang der Antiquen Welt* (Geschichte Roms und der Päpste, 1; Friburgo 1901) 655s.
MARUCCHI, O., *Il cimitero e la basilica di S. Valentino* (Roma 1890).
TILLEMONT, L. S. DE, *Mémoires pour servir à l'histoire ecclésiastique des six premiers siècles...*, IV (Venecia 1732) 679s.

SANTOS CIRILO Y METODIO

Monje († 869) y Obispo († 884)

Las vidas paralelas de estos dos santos hermanos del siglo IX adquieren relieve de trascendente actualidad en el siglo XXI. Son ellos, no sólo apóstoles de los países eslavos, sino también portaestandartes de la fidelidad a Roma en los tiempos borrascosos que preludiaron el cisma oriental. Focio, que había de ser patriarca de Constantinopla y primer promotor de la ruptura bizantina con Roma, fue profesor y jefe eclesiástico de ambos. Supieron ellos a tiempo desligarse del cismático patriarca, para seguir en unión con Roma, centro de la catolicidad. Su táctica marca un hito perenne en los actuales problemas de la unión de los cristianos.

Los hermanos Cirilo y Metodio nacieron en Salónica, hermosa y antigua ciudad de la Macedonia griega, a principios del siglo IX. La ciudad se distinguía por su carácter cosmopolita, y

los tesalonicenses aprendían con gusto los más extraños idiomas, gloriándose de poder entender hasta a los bárbaros del Norte y mantener activo comercio con las regiones más recónditas de la Panonia, de la Misia y de la Dacia. El valle del río Vardar, en cuya desembocadura se encuentra la ciudad, forma como un corredor de entrada a la península Balcánica y a la región danubiana. Salónica era por eso plaza fuerte tan celosamente atendida por los emperadores bizantinos, ya que, perdida ella, podía darse por terminada la dominación griega en los Balcanes. Eslavos y búlgaros intentaron varias veces apoderarse de Salónica, pero en su fracaso llegaron a establecerse pacíficamente en los suburbios de la ciudad. Entre estas gentes sencillas aprendieron los dos hermanos el difícil e inculto idioma eslavo.

Su padre se llamaba León y ocupaba el alto cargo de lugarteniente general de la zona militar; hombre versado no sólo en asuntos militares, sino filosóficos y religiosos, en su biblioteca abundaban las obras de los Santos Padres, particularmente las de San Gregorio Nacianceno. Tanto él como su esposa eran de noble abolengo y muy piadosos. Tuvieron siete hijos, de los que Metodio era el primero y Cirilo el último. Aquél nació en 815, éste en 826. Lo mismo el nombre de Metodio que el de Cirilo son monásticos; Cirilo se llamaba Constantino, debiendo el nombre de Metodio de empezar igualmente por M, según la costumbre monacal de permutar el nombre propio por otro que empezase por la misma letra.

Muy joven aún, Metodio fue nombrado gobernador de la provincia de la Macedonia interior, en las fronteras de la actual Albania, donde ya se establecían los eslavos. Allí conoció el espíritu y las necesidades de este pueblo.

Cirilo inició sus estudios en Salónica. En ese tiempo leía y releía las obras de San Gregorio Nacianceno, aprendiendo de memoria sus maravillosas composiciones poéticas y aspirando a la sabiduría divina que brillaba en los escritos del maestro Muerto prematuramente León, cuando Cirilo tenía sólo catorce años, fue éste acogido bajo la protección de Teoctistos, canciller imperial y primer ministro de la emperatriz Teodora, quien le llamó a Constantinopla para completar allí su formación.

Constantinopla estaba en el siglo IX en el apogeo de su esplendor: era, efectivamente, la capital del mundo civilizado y centro importantísimo de cultura cristiana. El patriarcado gozaba de muchísimos privilegios, lo que, unido a la intromisión de los poderes civiles en el terreno eclesiástico, ofrecía campo propicio a las intrigas y a la venalidad de los altos dignatarios de la Iglesia. Los monjes eran los que preferentemente salvaguardaban la ortodoxia y defendían a la Iglesia de las injerencias civiles. El pueblo era profundamente piadoso, datando de entonces el incremento del culto a las sagradas imágenes, con la derrota de la herejía iconoclasta el 19 de febrero de 842. Gobernaba el patriarcado el santo monje Ignacio.

Teoctistos cedió a Cirilo un cuarto en su propio palacio y le inscribió en la Universidad Imperial, que funcionaba en la misma corte, no lejos de Santa Sofía. Sus maestros fueron León, el sabio más ilustre de la ciudad, por sobrenombre el Filósofo o el Matemático, y Focio. Éste, a despecho de haber alumbrado el cisma oriental, poseía, con todo, una ciencia prodigiosa y grandes méritos en el campo filosófico, histórico y aun teológico. Focio era entonces seglar. Cirilo hizo notables progresos en el conocimiento de la antigüedad clásica y en las obras de los Santos Padres. No pudo, en cambio, mantener relaciones cordiales con el arrogante Focio, que odiaba al canciller, a la emperatriz, al santo patriarca Ignacio y a los monjes en general. A Cirilo le asqueaba la vida oficial y decidió retirarse a un monasterio. Ante las súplicas de Teoctistos y la influencia de la emperatriz demoró Cirilo su retiro. El año 847 recibió la ordenación sacerdotal y fue nombrado bibliotecario patriarcal, archivero curial y secretario del Consejo Eclesiástico. Ante las injusticias de que a diario era testigo en el desempeño de su cargo, Cirilo desapareció misteriosamente. Obligado a regresar a Constantinopla, en el momento en que su maestro Focio era elevado a la dignidad de patriarca, aceptó sustituirle en la cátedra de filosofía; tanto se distinguió en ella que a los veinticinco años era ya universalmente conocido con el sobrenombre de «filósofo».

Durante los reinados de Teodora y Miguel venían del Norte y del Oriente legaciones de pueblos extranjeros a Constantinopla, buscando en Bizancio protección y luz. Los emperadores

enviaban embajadores mitad religiosos mitad políticos, para poner trabas a las empresas mahometanas y germanas.

Cirilo fue escogido el año 851 para acompañar, en calidad de intérprete y consejero, una delegación imperial a la corte del califa de Bagdad.

Coincidiendo con su retorno a Constantinopla se acentúan sus ansias de soledad y sus preocupaciones por la vida monástica. Debió estar en correspondencia con su hermano Metodio, quien, tras los desengaños experimentados en su gobierno, abandonó la carrera administrativa y abrazó la vida monástica, entrando el año 853 en un monasterio del monte Olimpo. Este monte Olimpo no tiene relación alguna con el Olimpo griego, morada de los dioses mitológicos; estaba situado en el Asia Menor, no lejos del mar de Mármara, cerca de la actual ciudad de Brus; era conocido como el Olimpo asiático o bitinio, centro monacal de contemplación y de estudio. Cirilo siguió a su hermano Metodio en las soledades del monasterio.

Fue ésta una época de paz para ambos hermanos, en la que harían grandes acopios de santidad y de ciencia sagrada. Constantinopla, en cambio, era un volcán de pasiones. Bardas, hermano de Teodora, hombre ambicioso e inmoral y tutor de Miguel, legítimo heredero del trono, acabó por encarcelar y asesinar a Teoctistos, expulsar del trono a Teodora, desterrar al patriarca Ignacio y entronizar al arribista Focio. Éste no olvidó a los dos hermanos y para captárselos a su bando les ofreció dignidades, que ellos rehusaron valientemente. Focio buscaba desde entonces un pretexto para alejarlos diplomáticamente del Imperio; en esto coincidía con los deseos de ambos hermanos, que no podían reconocer la autoridad de Focio. Pronto se presentó una ocasión oportuna para ello.

El kan de los kázaros envió, hacia el año 861, una embajada a Constantinopla, solicitando misioneros que confutasen los errores islámicos y judíos. Cirilo y Metodio parecieron los sujetos más aptos para esta empresa; Cirilo como director, Metodio como consejero. A través del Quersoneso, al sur de la península de Crimea, se dirigen el año 861 al país de los kázaros en la costa del mar Negro, entre el Don y el Cáucaso, donde fueron recibidos con todos los honores. Dios bendijo en

forma extraordinaria esta misión, en la que los hermanos demostraron dotes excepcionales, además de la santidad de sus vidas, para adaptarse a mentalidades extrañas, para aprender lenguas extranjeras y, sobre todo, para no mezclar en su apostolado la religión con el nacionalismo o la política. Su labor fue sencillamente cristianizar, a base del respeto a los usos y costumbres de los pueblos. Cirilo escribió entonces una obrita para confutar los errores judaizantes de que estaban contagiados los kázaros. Metodio la tradujo al eslavo, pero de ella no quedan sino pocos fragmentos. Más de 200 dignatarios abrazaron el cristianismo y la amistad entre Bizancio y el kan quedó firmemente cimentada.

Un suceso llenó de alegría el corazón de los hermanos a su paso por Kerson: el hallazgo del cuerpo de San Clemente Romano en unas ruinas de la islita que está frente a la ciudad, en la tarde del 23 de enero. Los sagrados despojos fueron llevados primeramente a la catedral, donde quedó una parte de ellos; la otra la conservó Cirilo, llevándola consigo a Constantinopla y más tarde a Roma.

De vuelta a Constantinopla, el emperador y el patriarca los recibieron con el honor que correspondía al éxito de su misión. Los dos hermanos volvieron a retirarse al monasterio del monte Olimpo, pero su retiro debió de durar poco tiempo.

Entran ahora en escena los pueblos eslavos. Ratislao, príncipe de Moravia, enviará una embajada a Bizancio solicitando también misioneros. Hacia el siglo IX se habían extendido ya los eslavos desde las llanuras de la Rusia meridional, por el norte, hasta el mar Blanco; por el sur, hacia el Adriático y el Egeo; por el occidente habían penetrado hondamente en Alemania y por el este llegaban al Volga. Se habían formado incluso varios Estados eslavos, tanto al norte como al centro y sur de Europa. Entre ellos se distinguía por su creciente poderío la nación morava.

Moravia había sido ya precedentemente cristianizada, al menos en parte, por misioneros alemanes, pero con escaso éxito, debido, sin duda, a la falta general de adaptación al medio ambiente. Es natural que a un pacto entre príncipes se unieran el motivo religioso y el político; el rey moravo soñaba con poner

trabas a la expansión germánica, el emperador bizantino acariciaba la idea de extender su influencia entre los pueblos de Centroeuropa. Cirilo y Metodio, ajenos a las miras políticas de ambos reyes, pensaron solamente en cristianizar. Estudiaron mejor las costumbres del país, se hicieron rápidamente cargo del sistema conducente a la evangelización de los eslavos y sacaron la conclusión de que se imponía una liturgia oriental en lengua del país, en consonancia con la doctrina de la adaptación.

La empresa debió ser ardua por muchos conceptos. Primero, por lo que parecía una innovación en metodología misional; segundo, por la oposición de los alemanes.

No debía ser, efectivamente, fácil introducir una liturgia en lengua nativa, dado que no existía alfabeto eslavo. Cirilo, que ya en un principio se había esforzado por transcribir algunas palabras eslavas con la ayuda del alfabeto griego, renueva ahora ahincadamente sus esfuerzos, logrando definitivamente adaptar los caracteres cursivos griegos a la lengua eslava, supliendo con media docena de signos originales los sonidos eslavos inexistentes en la fonética griega. Surge así el alfabeto llamado «glagolita» (de *glagol* = palabra), con el que tradujeron progresivamente los libros indispensables para el culto y el conocimiento de la Sagrada Escritura. Este milagro lingüístico produjo enorme impresión en la corte bizantina.

El alfabeto «glagolita» no debe confundirse con el «cirílico», basado en la aplicación a la fonética eslava de los signos unciales griegos. Aunque este último lleva el nombre de «cirílico» por San Cirilo, con todo, su autor parece que fue Clemente, uno de sus discípulos. Cirilo es únicamente autor del «glagolita». Digamos de paso que las traducciones de la Sagrada Escritura a la lengua eslava llevan el sello de los mejores códices antiguos conservados por los monjes del monte Olimpo, siendo, aunque tardías, de gran importancia para la crítica textual y para la restauración del texto bíblico original.

El éxito de los dos hermanos entre los moravos fue enorme, pero chocaron con la resistencia tenaz de los misioneros germanos, que veían en ellos dos vagabundos filósofos, perturbadores de la paz religiosa en los terrenos feudos de Germania. Pero el príncipe los protegía con su apoyo, el pueblo los quería,

admirando en ellos unos griegos finos, cultos y enérgicos, que hablaban la lengua de su país y les presentaban la palabra de Dios adaptada a su mentalidad. La mies fue tan copiosa que faltaban sacerdotes para tanto fruto de conversiones. Ninguno de los dos era obispo, y Metodio ni siquiera sacerdote.

Con la intención de interesar algún prelado en la empresa de convertir a los eslavos se ponen en camino, acompañados de algunos de sus discípulos; atraviesan la parte inferior de la Panonia, donde entran en relaciones con el príncipe Kocel, que la gobernaba como vasallo del Imperio germánico. Estuvieron allí unos seis meses; Kocel aprendió la escritura eslava y puso bajo el magisterio de Cirilo 50 jóvenes de su séquito, para que les enseñase los libros eslavos y los rudimentos de la fe; él mismo acompañó a los peregrinos hasta las fronteras de su reino y más tarde se había de interesar ante Roma en que Metodio fuese nombrado obispo de Panonia. Al llegar a Venecia encontraron, por el contrario, fría acogida por parte del patriarca y del clero, prevenido ya por los rumores adversos que sobre ellos corrían; estos rumores, en forma concreta de acusación de apostasía y de herejía, habían llegado hasta Roma, promovidos por el clero germano. De no mediar el elemento político, que encendía las pasiones nacionalistas y ofuscaba la inteligencia de la verdad católica, no se explicaría esta hostilidad contra los apóstoles hermanos. Ellos practicaban sencillamente la adaptación, cual lo había hecho Jesucristo, los apóstoles, toda la Iglesia primitiva al evangelizar el mundo; pero, aun dado caso que en el siglo IX o en los pueblos eslavos no conviniera ya continuar el mismo sistema, una cosa meramente metodológica no es para provocar acusaciones tan graves.

Los dos hermanos continúan viaje a Roma. El recibimiento fue apoteósico y, por ende, inesperado. Había corrido la voz de que eran portadores de las reliquias de San Clemente; el papa Adriano II, numerosos cardenales y obispos, una muchedumbre inmensa de ciudadanos les salieron al encuentro y llevaron procesionalmente el santo cuerpo del Papa romano. El Papa tuvo ocasión de conversar largamente con Cirilo, y prendado de su profunda piedad, de su intachable ortodoxia, de su celo apostólico, bendijo largamente a los hermanos y aprobó sus

proyectos misioneros. Metodio y otros tres eslavos recibieron la ordenación sacerdotal y celebraron su misa en rito eslavo, los días 5 y 6 de enero, respectivamente, del año 868. Los libros eslavos, bendecidos por el Papa, recibieron como su consagración al ser colocados oficialmente sobre el altar de Santa María *ad praesepe* (Santa María Mayor). Ante una reunión de cardenales, obispos y teólogos, presidida por el Papa, Cirilo expuso sus proyectos apostólicos; fue aplaudido unánimemente, excepción hecha de los que simpatizaban con el emperador de Alemania, que veían en la nueva liturgia eslava una barrera al poder expansionista de los príncipes germanos.

Se quiso nombrar obispo a Cirilo; pero, enfermo desde la misión a los kázaros, se agravó rápidamente y tras despedirse de su hermano Metodio y de todos los presentes, se durmió en la paz del Señor el 14 de febrero de 869. Antes de morir, y después de recibir los últimos sacramentos, hizo la profesión monacal y cambió el nombre de Constantino por el de Cirilo. Los funerales fueron presididos por el mismo Papa, quien mandó que su cuerpo recibiera sepultura en la basílica de San Clemente, junto a las reliquias que él mismo había traído.

Metodio, que, a pesar de ser mayor que su hermano, había sido siempre su fiel ayudante, toma ahora el timón de la desolada misión morava. Si no tenía la preparación teológica y científica de su hermano Cirilo, poseía, en cambio, en alto grado el don de mando y de gobierno. Regresa al Oriente en calidad de «misionero apostólico de los eslavos» y de «legado pontificio», y portando cartas para los príncipes Ratislao, Kocel y Sviatopolk. Llamado nuevamente a Roma, volvió a la Ciudad Eterna acompañado de nobles varones y de veinte candidatos al sacerdocio. Metodio fue consagrado obispo a fines de 869 y nombrado primer arzobispo de Sirmio (Srem), diócesis que se extendía a Moravia, Panonia, Servia y por el norte hasta la Sarmacia (desde la frontera griega hasta más allá de los Cárpatos). Esta archidiócesis debía separar el Oriente bizantino y el Occidente romano-germánico, germen de seculares luchas.

Cuando, en 870, Metodio torna a la misión para tomar posesión de su archidiócesis, encontró las cosas cambiadas. Sviatopolk, tío de Ratislao, había hecho causa común con los prínci-

pes y obispos alemanes; Ratislao, protector fiel de Metodio, fue hecho prisionero y desapareció, sin vestigio, de la escena. Metodio fue encerrado en una torre, donde le hicieron sufrir ultrajes y humillaciones durante dos años y medio, queriéndole obligar a renunciar sus cargos y dignidades. El año 872 tuvo noticias del secuestro el papa Juan VIII, quien mandó bajo excomunión que fuese puesto en libertad; el obispo de Ancona, «legado pontificio *ad hoc*», le liberó de la cárcel y Metodio prosiguió incansable su obra evangelizadora. Por todas partes era recibido como «enviado del cielo». Sus discípulos se extendieron por el norte entre los ucranianos y polacos, y por el sur entre los panonios, croatas y servios.

Los alemanes arreciaban en sus acusaciones de herejía contra Metodio, y el Papa le impone el sacrificio de abandonar la liturgia eslava. Importaba menos a Metodio el triunfo momentáneo de sus enemigos que el fracaso de una misión tan fecunda; por eso emprendió un nuevo viaje a Roma en 879, para responder de las acusaciones de herejía y de innovación en la liturgia. Juan VIII aprobó enteramente su ortodoxia y su liturgia. Metodio pudo volver justificado a su misión. Hacia el 882 lo encontramos en Constantinopla y poco tiempo después muere entre sus fieles el 6 de abril de 884. Se le hicieron grandiosos funerales con oficios en latín, griego y eslavo: «Reunido el pueblo en masa con cirios y lágrimas, acompañó a su buen pastor. Allí estaban todos, hombres, mujeres, niños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos, viudas y huérfanos, extranjeros e indígenas, enfermos y sanos, porque Metodio se había hecho todo para todos, para salvarlos a todos».

Su cuerpo fue llevado posteriormente a Roma y colocado en San Clemente, junto al de su hermano Cirilo. Un cuadro sintetiza su santidad: el alma de Cirilo es presentada al supremo juez por sus dos santos protectores, Miguel y Gabriel, príncipes de las milicias celestiales; San Andrés y San Clemente asisten al trono divino y el hermano Metodio levanta suplicante el cáliz eucarístico en sufragio del difunto. Ambos juntos suelen ser pintados por los iconógrafos bizantinos leyendo y bautizando en Moravia, con un hombre arrodillado a sus pies, que les ofrece pan y sal, según el rito de los eslavos, en signo de amistad.

Los sepulcros de Cirilo y Metodio en Roma son lazo de unión, profesión de ecumenicidad, garantía de esperanza en una no muy lejana recuperación del Oriente cristiano a la obediencia del Papa.

Cirilo y Metodio esperan en Roma la hermosa hora del encuentro y del abrazo. Son como el Oriente hincado en el corazón de Roma. Son como los testigos de una caridad unitiva que traspasa pueblos y coliga siglos.

Además de las fiestas en el día de su muerte (14 de febrero y 6 de abril), se les honra con una fiesta común, lo mismo en la Iglesia oriental que en la latina. León XIII puso sus nombres en el Misal romano el 25 de octubre de 1880, fijando su fiesta para el 5 de julio, que luego, en diciembre de 1887, fue trasladada al 7 del mismo mes; en el rito oriental se celebra el 11 de mayo, tanto por los católicos como por los disidentes. Ahora se celebra el 14 de febrero. Son patronos de Europa.

SANTIAGO MORILLO, SI

Bibliografía

GRIVEC, FR, *Die heiligen Slavenapostel Cyrillus und Methodius* (Olomuc-Mainz 1926).
LEAL, J., «SS. Cirilo y Metodio», en *Año cristiano* (Madrid ²1961) 628s.
«Les sources de l'histoire des SS. Cyrille et Méthode»: *Échos d'Orient* 34, p.272-306.
NAGAEVSKYJ, I., «Kirilo-Metodiivske Jristianstvo v Rusi-Ukraini»: *Analecta Ordinis S. Basilii Magni Sectio I* (1954).
«Vitae Constantini et Methodii». *Acta Acad. Velebrad* 7.

SAN JUAN BAUTISTA DE LA CONCEPCIÓN

Presbítero († 1618)

En Almodóvar del Campo, provincia de Ciudad Real, vio la luz Juan Bautista Rico. Esta noble villa del entonces Campo de Calatrava dio en el siglo XVI varios varones insignes, entre quienes destacan el Beato Juan de Ávila y el Beato Juan Bautista Rico, conocido con el nombre y apellido religioso de Juan Bautista de la Concepción. Nacido el jueves 10 de julio de 1561 y bautizado el 17 del mismo mes y año, viene a reanudar la serie de esforzados reformadores que conoció España en aquel siglo. El ambiente religioso y severo de la familia a que pertenece,

Marcos García e Isabel López Rico, distinguidos en el pueblo por su posición de acomodados labradores y por su acendrada piedad, le marca desde los primeros años y le orienta por los caminos de Dios. Los ejemplos de los santos que oyó leer y ponderar en la casa de sus padres, fueron objeto de su imitación desde los primeros años. Con ingenua sencillez y, si queremos, con puerilidad comienza desde estos años a jugar al santo. Los relatos que su hermano mayor nos ha dejado de estos años nos parecerían exageraciones si no se viesen confirmados con las señales que dejaron en Juan para toda la vida. Cilicio, disciplinas, ayunos, lecho duro, fue probando a escondidas de sus padres, y también a sabiendas, aunque procurando refrenarle. La salud se le estragó, viniéndosele a secar un lado y durándole este mal casi dos años. Más valiosas que las austeridades fueron las devociones fundamentales que de aquel hogar sacó, cuales son el espíritu de caridad con los pobres y la devoción a la Virgen María y el amor al sacramento de la eucaristía. A imitación de una santa cuya vida leyó, hizo a los nueve años voto de virginidad.

Contaría Juan trece o quince años cuando pasó la Santa Madre Teresa por Almodóvar y se hospedó en la casa de Marcos García. Dice el hermano mayor de Juan que, al llegar éste del estudio, le dijo la Santa: «Juan, estudia, que me has de seguir». Y en la despedida, presente toda la familia, volvió sobre el mismo tema, diciendo a la madre: «Usted, patrona, tiene aquí un hijo que ha de ser un muy gran santo, patrón de muchas almas y reformador de una cosa grandísima que se verá». Esto acaeció en el 1574 o en el 1576.

Dotado el niño Juan de espíritu despejado, muy pronto fue iniciado en la gramática, que más tarde perfeccionó en dos cursos con los PP. Carmelitas Descalzos de Almodóvar. Después comenzó la teología en Baeza y la prosiguió en Toledo, donde conoció a los PP. Trinitarios Calzados. En 28 de junio de 1580 toma el hábito en el convento trinitario de Toledo y hace el noviciado bajo la dirección del P. Alonso de Rieros. Extraña mucho que, habiéndose amamantado en el austero espíritu carmelitano y profesando una entrañable devoción a la Santa Madre Teresa, cuyas obras vemos por sus escritos que conoce a

perfección, fuera a parar a una Orden de regla mitigada y sin grandes austeridades. Aquí se abre un paréntesis a su espíritu penitente, que vivirá doce años con la vida más suave y llevadera de los PP. Calzados, enlazando al fin con la austeridad, al instaurar la reforma de la Orden Trinitaria y la vuelta a la regla primitiva. La pasión de Cristo fue el tema predilecto de oración durante el noviciado. Profesa el 29 de junio de 1581. El Beato Simón de Rojas, que entonces comenzaba a ser profesor de Artes y más tarde fue conocido en la corte de Felipe III, estaba probablemente en aquel año en Toledo y con él repasó la filosofía. Cursa cuatro cursos de teología en Alcalá de Henares. Acabados sus estudios, el espíritu de este hombre no es detenido por su maltrecho cuerpo. La predicación durante las Cuaresmas y por el año era su quehacer principal. Un compañero suyo decía al padre superior: «Mande al padre Juan que no predique de esa manera, que nos acaban y quitan la vida las confesiones generales que vienen». En efecto, por las pláticas que dejó escritas vemos una elocuencia abundante, llena de imaginación, conceptuosa y llena del amor a Cristo.

El espíritu de Juan Bautista no estaba sosegado en el marco de vida morigerada que en Sevilla llevaba. Ve con buenos ojos un conato de recolección de los PP. Calzados que con modos imprevistos comenzó a ejecutarse. El padre Dueñas, que lo iniciaba, quiso tener consigo al padre Juan, pero no estaba decidido. «Mi poca salud, dice él, que aún me tenía casi de ordinario con calentura continua». Luego la consideración de sus pecados. Y, por fin, le atizaba el respeto humano de qué dirían por sepultarse en una aldea.

Con estas luchas íntimas sale de Sevilla. Ya había pasado de Écija, cuando «viene una nube sobre mí que sin saber dónde se juntó y formó, con tales truenos, relámpagos, piedras y aire, que cada relámpago que sobre mí caía era un rayo que me decía: enmiéndate, que si no acabarás. Pasó la tempestad y yo quede Recoleto con voto y con obligación, con deseo y con voluntad».

Entonces se abrazó Juan Bautista a la voluntad de Dios de tal modo que ya jamás se desviará de ella. Consigue ir de ministro a Valdepeñas. Después decide ir a Roma para salvar la reco-

lección. Superados muchos obstáculos, llega a la Ciudad Eterna el 21 de marzo de 1598.

Aquí fueron sus trabajos indecibles. Los PP. Calzados movilizan toda su influencia en la corte de España. El Procurador lleva la lucha contra el reformador sin escrúpulo en los medios. Éste se ve inmovilizado casi dos años en el convento de los PP. Carmelitas Descalzos. En esta época sufre unas purificaciones pasivas que le acercan a Dios. Se abraza denodadamente a la cruz de Cristo. «Me enamoré de la vida de trabajos, la que acepté, la quise, la abracé, la amé y la reverencié en nombre de Jesucristo».

Consiguió el breve de erección de la reforma el 20 de agosto de 1599.

Vuelve a España y toma posesión del convento de Valdepeñas en 1600. Entonces estuvo a punto de perecer en manos de sus contrarios. Pronto comenzó a recibir nuevos religiosos que llevaban una vida de mucho rigor en la comida y en el vestido, vacaban a la contemplación y a las obras de caridad propias de los trinitarios. Desde 1601 al 1605 se preocupa de consolidar la reforma, fundando ocho conventos, entre ellos Alcalá, Madrid y Salamanca. Las dificultades que hubo de vencer en algunos de ellos fueron muy serias, añadiéndose los impedimentos que le puso el visitador a fin de prolongar un mandato que cesaba con la fundación de la octava casa. Esta contradicción brotará otra vez y será causa de padecimiento al reformador hasta la hora de su muerte.

Elegido provincial, continúa fundando hasta siete casas, algunas importantes, cuales son Salamanca, Baeza, Córdoba, Sevilla y Pamplona. Visita los conventos, alienta a los religiosos, predica, escribe y no conoce descanso. Su actividad literaria, que llena ocho nutridos tomos y es un rico arsenal místico, ascético y autobiográfico, corre durante estos años colmados de preocupaciones por la descalcez. Es un espíritu en carne flaca, pero lleno de amor a Cristo. Cesa de ser provincial en el 1609, no sin antes haber padecido la visita del padre Andrés de Velasco, que, sin embargo, declaró no haber hallado pecado venial en la religión.

Sin amargor, sin resentimiento por los padecimientos personales, sólo se queja del daño que padece la religión. Con mu-

chos trabajos realiza la fundación de Toledo (1611). Generosamente se ofrece a llevar a cabo la de Sanlúcar de Barrameda, a pesar de la dolorosa operación de vejiga que acaba de sufrir. Desangrado y sin fuerzas llega a Sanlúcar y comienza los trámites para fundar. Le ordena el padre provincial que suspenda sus gestiones. Obedece sin réplica y no se para a considerar el modo violento con que se transmite esta orden. Se retira a Córdoba acabado de la infección que había minado su organismo, y, tendido en cama, recibe el anuncio de la muerte con las palabras del salmista: «Heme alegrado en lo que se me ha dicho, iremos a la casa del Señor». Exhaló su espíritu para entregarlo al Señor, mientras cantaban los religiosos a su alrededor el símbolo de la fe. Era el jueves 14 de febrero de 1618. La senda de rigor y entrega a Cristo por él iniciada fue seguida en la descalcez trinitaria primitiva por figuras tan grandes como son el Venerable Tomás de la Virgen y San Miguel de los Santos. Él injertó nueva vida en el tronco multisecular de la Orden Trinitaria, rejuveneciéndola con una vuelta a la austeridad primitiva y al celo por la salvación de las almas que él mismo concretizó en la redención de los cautivos cristianos, en la misión entre infieles y en la predicación de la palabra de Dios entre los cristianos. Gracias a su iniciativa pudo superar la Orden los sucesivos vendavales que casi la extinguieron, teniendo su brote en la rama Descalza. Canonizado por Pablo VI el 25 de mayo de 1975.

JESÚS DE LA VIRGEN DEL CARMEN, OSST

Bibliografía

DIEGO DE LA MADRE DE DIOS, FR, *Primera parte de la Cronica de los Descalzos de la Santísima Trinidad Redencion de Cautivos* (Buenos Aires ²1944).

JOSE DE JESUS Y MARIA, FR., *Vida del apostólico varon y venerable Padre Fray Juan Bta. de la Concepción* (Madrid 1676).

Obras, 8 (Roma 1831). Él mismo cuenta el origen y desarrollo de la reforma.

BEATO VICENTE VILAR DAVID

Seglar y mártir († 1937)

Vicente Vilar David tuvo como marco histórico de su vida la última década del siglo XIX y las cuatro primeras décadas del

siglo XX, años caracterizados por fuertes contrastes e inestabilidad política, así como acusadas transformaciones socio-económicas que desembocaron en la proclamación de la república (1931-1936) y la guerra civil (1936-1939). En este clima y circunstancias ambientales concretas se desenvolvió la vida de Vicente Vilar David, que como seglar católico supo dar una respuesta válida a las necesidades sociales y eclesiales de su tiempo.

Nació en Manises (Valencia) el 28 de junio de 1889. Sus padres se llamaban Justo Vilar Arenes y Carmen David Gimeno. Fue el último de ocho hermanos. Recibió al día siguiente de su nacimiento el bautismo en la iglesia parroquial de San Juan Bautista de manos del sacerdote Nicolás David Campos, primo hermano de su madre. Vivió y fue creciendo en el ambiente de un hogar cristiano, saturado de virtudes cristianas y amor al prójimo. El 1 de abril de 1898 el cardenal Ciriaco Sancha y Hervás, arzobispo de Valencia, le administró el sacramento de la Confirmación. Y el 24 de abril de 1900 el cura párroco, José Catalá Sanchís, le dio la primera comunión.

Cursó la enseñanza primaria en su pueblo natal. De su maestro Buenaventura Guillem, recibió ya los cimientos, en los que se edificaron los valores cristianos y humanos, que constituyeron su rica personalidad. Realizó los estudios de segunda enseñanza en el colegio de los padres escolapios de Valencia y los de ingeniero industrial en la escuela superior de Barcelona.

En Barcelona, en la parroquia de la Concepción, a cuya demarcación parroquial pertenecía la casa donde residía, se presentó con la disposición de colaborar en las actividades pastorales en las que pudiese ser útil. Allí se inscribió en la Adoración Nocturna y en las Conferencias de San Vicente de Paúl. Para realizar sus actividades apostólicas se hacía acompañar de sus amigos, a los que procuraba orientar en su vida cristiana. Durante sus seis años de universitario fue testigo de las inquietudes que los catalanes católicos sentían sobre la cuestión social. Todo ello lo vivió de cerca, lo asimiló y con todo el bagaje recibido se dispuso a aplicar las directrices de la doctrina social de la Iglesia en el mundo laboral donde iba a desarrollar su trabajo profesional.

Contrajo matrimonio con Isabel Rodes Reig, el 30 de septiembre de 1922, en la parroquia de la Asunción de Nuestra Señora de Cocentaina, y desde entonces ambos se dedicaron con gran entrega al apostolado en la parroquia de Manises.

Al fallecer su padre y terminados los estudios de ingeniería industrial, tomó la dirección de la empresa de cerámica, llamada «Hijos de Justo Vilar»: aquí ejerció con su acción seglar ejemplar el campo principal de apostolado, especialmente en el aspecto social, sembrando siempre armonía de ánimos, buscando la paz en las desavenencias y logrando que se llegara a un acuerdo. Desde un principio se dedicó a atender y mejorar las condiciones de los trabajadores, y así, era frecuente que aparte del jornal que percibían, si se encontraban en alguna necesidad, se les diese un suplemento.

Instauró dentro de la fábrica el seguro de enfermedad y de vejez. Puso especial empeño en el primero, que sin duda era más urgente. Para el seguro de vejez abrió una cuenta en el banco y de su peculio particular entregaba cinco pesetas, una peseta los trabajadores y la empresa les daba una cantidad igual. Destacó en el respeto, la educación, la caridad en el trato con los operarios. Fue correspondido con el cariño de todos los suyos, que vieron en él al amigo entrañable, que remediaba constantemente sus necesidades, y compartía sus legítimas aspiraciones de superación social personificando la imagen entonces perfecta del patrono católico.

Al regresar de Barcelona a Manises traía consigo ideas de renovación en el campo de la cerámica y la ilusión de buscar los medios para hacerlo realidad. Pensó que para que en Manises se consiguiese algo en este sentido, había que comenzar por la base. Para ello había que impartir una adecuada formación profesional, artística y técnica, a través de una escuela que fuese impartiendo la múltiple y variada enseñanza que la cerámica comporta. Comenzó por interesar, en primer lugar, al alcalde de la población y consiguió la colaboración de un grupo de profesores para que impartiesen la docencia. La fundación de la escuela de cerámica, poco después, mostraba una visión de futuro, ya que con ello se conseguía la actualización industrial de la cerámica para competir en el ámbito internacional.

En la construcción del aeropuerto de Valencia, en el término municipal de Manises, personalmente, con gran acierto, eligió el emplazamiento de los solares. Por ello recibió la felicitación de la junta municipal y especialmente del alcalde del ayuntamiento de Valencia.

El celo de Vicente Vilar no se limitó sólo al ámbito del trabajo, sino que alcanzó también al campo de la vida parroquial. A las afueras de la población de Manises había familias que vivían en cuevas. Las condiciones en que vivían aquellas gentes eran muy precarias. Religiosamente estaban bastante abandonadas. Hacía falta una mayor atención espiritual. Vicente Vilar, consciente de ello, quiso impartir catequesis a los niños y jóvenes que vivían en este barrio, por ser el más necesitado de la población. Y colaboró personalmente para que el apostolado se fuera incrementando y produjera su fruto espiritual entre aquellas gentes.

Era miembro de la cofradía del Santísimo Sacramento y de la Adoración Nocturna, procurando que las horas que tuviese que hacer el turno de vela fuese el que menos concurrencia tuviese. Siempre llevaba algunos niños y jóvenes, para ir de este modo formándoles en la piedad. Era tal la dedicación a esta obra, que según testimonio de un sacerdote que siendo seminarista asistía a la vigilia de la Adoración Nocturna, impresionaba la unción con que leía y rezaba. Otro testimonio afirma que edificaba verle mientras por las mañanas oía la santa misa y hacía su oración en la parroquia.

Colaboró generosamente en las necesidades del Seminario Conciliar de Valencia y de los seminaristas. Ayudó igualmente a las casas de formación de la provincia franciscana de Valencia, en cuya orden su esposa tenía dos hermanos de su madre. Cooperó con el jesuita padre Carlos Ferrís en la construcción del Sanatorio para leprosos de Fontilles. Y ayudó con donativos a monseñor Atanasio Vicente Soler y Royo, hijo de Manises, obispo titular de Citarizo y Vicario Apostólico de la Guajira (Colombia), en la promoción religiosa, humana y cultural de los indios de su misión.

Al implantarse el régimen de persecución a la Iglesia, con la república, en 1931, Vicente Vilar ayudó a los sacerdotes a salvar

la situación apostólica, por ejemplo, en el campo de la enseñanza religiosa y parroquial, así como otras organizaciones pastorales. Para llevarlo a cabo hizo posible la fundación del Patronato de Acción Social. Al presentarse algunas dificultades para que se aprobase de parte del Gobierno Civil el reglamento por el que se tenían que regir las escuelas parroquiales, insistió ante las autoridades, que al constatar su interés, lo aprobaron el 16 de julio de 1931. La labor que realizó el Patronato y sus escuelas, fue muy eficaz en el progreso religioso y cultural de la población.

Vicente Vilar animaba a todos a ir adelante. Era hombre de pocas palabras, pero muy eficaz, y de una sencillez que se adueñaba de cuantos le trataban.

En agosto de 1936, en plena efervescencia de la persecución religiosa, fue destituido como secretario y profesor de la escuela de cerámica, por su condición de católico. En aquellas fechas críticas, fue la ayuda de todos y sembrador de alegría y paciencia cristianas. Sus mismos trabajadores en aquellos momentos difíciles le protegieron, demostrando así su aprobación a la conducta social y cristiana que con ellos siempre había mantenido.

Su condición de católico y apóstol era difícilmente perdonable en aquellos días de persecución. En la noche del 14 de febrero de 1937 ante un tribunal reafirmó su condición de católico, afirmando que era el título más grande que tenía. Fue asesinado inmediatamente, mientras perdonaba a todos, especialmente a los mismos que le martirizaban.

El sentir general desde el primer momento es que fue asesinado únicamente por su condición de católico y celoso apóstol, especialmente en el campo social. Nunca tuvo afiliación política alguna.

El proceso de beatificación y canonización, fue iniciado en la curia diocesana de Valencia en 1963, y una vez concluido, fue trasladado a Roma en 1968. El 6 de julio de 1993 el papa Juan Pablo II aprobaba el Decreto de la Sagrada Congregación para las causas de los santos sobre la declaración de su martirio. Fue beatificado, junto a otros mártires valencianos, españoles y franceses, el 1 de octubre de 1995.

En pocos años ha cambiado profundamente el clima religioso que se respiraba entre nosotros. Los intensos cambios so-

ciales y culturales de estas últimas décadas, están produciendo un debilitamiento de la fe en no pocos cristianos, y un deterioro de la vida moral personal, familiar y social. Nuestra sociedad necesita testigos de una fe viva, que hayan vivido con fuerza el Evangelio. Sin ese testimonio el Dios de Jesucristo permanece inaccesible para muchos.

El papa Juan Pablo II en la audiencia del 2 de octubre de 1995, con ocasión de la beatificación de Vicente Vilar David, acaecida el día anterior, reconoce su testimonio con estas palabras:

> «Pedimos a Dios que la muerte de este hombre bueno y coherente con su fe, martirizado a causa de sus convicciones religiosas, suscite en la Iglesia, que se aproxima al jubileo del año dos mil, nuevos y valientes testigos del Evangelio en la familia, en el campo profesional y en la vida pública» *(L'Osservatore Romano,* ed. en español [6-10-1995] 4).

En su mensaje de santificación en y desde las realidades terrenas, el Beato Vicente Vilar David manifiesta con gran claridad la índole de la vocación cristiana. Es una espiritualidad en la que se conjuga la visión de todo desde la óptica de la fe y el vivo sentido del valor de las realidades terrenas. Indica que la vocación cristiana se vive a través de la respuesta a la santidad en la entrega diaria, y en el ejercicio de las virtudes en medio de las actividades corrientes de los hombres.

Monseñor Agustín García-Gasco, arzobispo de Valencia, en la homilía de la misa de acción de gracias por la beatificación de Vicente Vilar David en la Iglesia Catedral de Valencia el 20 de octubre de 1995 dijo, citando el concilio Vaticano II:

> «El mismo Señor llama a sus discípulos —ciudadanos de la ciudad temporal y de la Ciudad Eterna— a cumplir con fidelidad sus deberes temporales, guiados siempre por el espíritu evangélico. Se equivocan los cristianos que, pretextando que no tenemos aquí una ciudad permanente, pues buscamos la futura, consideran que pueden descuidar las tareas temporales, sin darse cuenta que la propia fe es un motivo que les obliga al más perfecto cumplimiento de todas ellas según la vocación personal de cada uno. Pero no es menos grave el error de quienes, por el contrario, piensan que pueden entregarse totalmente a los asuntos temporales, como si éstos fueran ajenos del todo a la vida religiosa, pensando que ésta se reduce meramente a ciertos actos de culto y al cumplimiento de

determinadas obligaciones morales. El divorcio entre la fe y la vida diaria de muchos debe ser considerado como uno de los más graves errores de nuestra época (GS 43)» *(Boletín Oficial del Arzobispado* [octubre 1995]).

El Beato Vicente Vilar David supo llevar como una misma realidad, por una parte, la vida diaria, con sus ocupaciones, sus relaciones familiares y sociales y, por otra, su vida espiritual. Tanto la vida interior, como el apostolado y el trabajo bien hecho, constituyeron en él diversos aspectos de la misma santidad. El cristiano de nuestros días tiene con su testimonio un claro ejemplo que imitar. Su fiesta litúrgica se celebra el 15 de febrero.

ARTURO LLIN CHÁFER

Bibliografía

CARCEL ORTI, V., *Mártires españoles del siglo XX* (BAC, 1996) 605-608.
GARCIA-GASCO Y VICENTE, A., «Beato Vicente Vilar David», en *No tengáis miedo, testigos ante el tercer milenio* (Toledo 1996) 137-141.
LLIN CHAFER, A., *Beato Vicente Vilar David, testigo de Jesucristo en el mundo* (Valencia 1996).
— *Un santo seglar de nuestro tiempo* (Valencia 1995).
— «Vicente Vilar David», en C. LEONARDI - A. RICCARDI - G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los Santos,* II (Madrid 2000) 2195-2197.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN AUXENCIO

Presbítero y archimandrita († s. V)

En su ermita del Monte Escopa, junto a Calcedonia, falleció el 14 de febrero de 473 el venerable ermitaño y gran director espiritual San Auxencio.

Él era hijo de un persa, de nombre Addas, y en su juventud perteneció a la guardia imperial de Teodosio II. Era un joven de hondas preocupaciones religiosas y habiendo madurado la idea, decidió dejar la guardia imperial y hacerse ermitaño, y para ello se estableció en el desierto de Oxia, a unas nueve millas de Constantinopla. Se entregó a una vida de absoluta austeridad y dedicación a la contemplación de las cosas divinas, lo que hizo

que unos años más tarde empezara a acudir gente a consultarle sus problemas espirituales, gente que él recibía con bondad y caridad. Su fama creció poco a poco, pero al mismo tiempo comenzó a sospecharse que pertenecía al sector monofisita, lo que no hubiera resultado extraño teniendo en cuenta sus relaciones con la corte de Teodosio II. Muerto este emperador, la ortodoxia pudo salir por sus fueros y convocarse el Concilio de Calcedonia en 451, al que fue llamado el ermitaño Auxencio para que se sincerara doctrinalmente. El Concilio condenó en los más firmes términos a Eutiques y su doctrina monofisita, pero aceptó como ortodoxa la fe que expuso Auxencio, que salió de esta forma indemne de la prueba.

Edificó una nueva ermita en Monte Escopa, junto a Calcedonia, y allí se le reunieron muchos discípulos que querían aprender de él el camino de la vida espiritual y la práctica del eremitismo. Él los instruyó con paciencia, sabiduría y gran celo por su santificación. Y a los discípulos varones se unieron también mujeres que querían seguir su mismo camino y que agrupó en una comunidad con un hábito distintivo. Todos estos discípulos y discípulas admiraban la santidad de vida de Auxencio y se esforzaban por amar la soledad y la contemplación de la misma forma que él lo hacía. Al morir, Auxencio fue enterrado en la iglesia de las discípulas.

SAN ANTONIO DE SORRENTO

Abad († 830)

Había sido monje en un monasterio no identificado pero hubo de abandonarlo y se estableció en Castellamare, junto a Sorrento, donde muy pronto fue estimado por la gente y por el propio obispo diocesano, el de Sorrento. El prelado no cesaba de tratar con el santo monje y se le antojó dejar la vida pastoral para hacerse ermitaño, rogando a Antonio velara él por su rebaño. Se dice que estando ambos en un monte se les apareció el arcángel San Miguel y por ello se le puso a aquel lugar Monte Angelo.

Roma llamó la atención al obispo por haber abandonado su diócesis y lo mandó prender mientras se sustanciaba el juicio, y

aunque los fieles de Sorrento le pedían a Antonio que no los abandonara, ingresó en el monasterio de San Agripino. Aquí vivió santamente y fue elegido abad del mismo. A su muerte, el 14 de febrero del año 830, fue enterrado en la muralla de Sorrento. La ciudad lo tiene por su patrón.

15 de febrero

A) MARTIROLOGIO

1. La conmemoración de San Onésimo, discípulo de San Pablo **.
2. En Brescia, los santos Faustino y Jovita, mártires (fecha incierta).
3. En Antioquía de Siria, los santos Isico, presbítero, Josipo, diácono, Román, Zósimo, Baral, y Ágape, virgen y mártires (s. IV).
4. En Auvergne, Santa Georgia, virgen (s. V o VI).
5. En Vaison (Francia), San Quinidio († 578), obispo.
6. En Interocrea, provincia de Valeria, San Severo, presbítero (s. VI).
7. En Capua (Campania), San Decoroso († luego del 680), obispo.
8. En Palazzuolo (Toscana), San Walfrido Gherardesca († 765), abad *.
9. En Vaxjo (Suecia), San Sigfrido († 1045), obispo, apóstol de Suecia, que bautizó al rey Olav *.
10. En Borgo San Sepolcro (Umbría), Beato Ángel Scarpetti († 1306), presbítero, de los ermitaños de San Agustín *.
11. En Paray-le-Monial (Borgoña), San Claudio de la Colombière († 1682), presbítero, de la Compañía de Jesús, director espiritual de Santa Margarita María de Alacoque **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN ONÉSIMO
Discípulo de San Pablo

1. San Ignacio de Antioquía († 107), durante el viaje que le condujo a Roma para consumar allí su martirio, escribió varias cartas a las iglesias del Asia Menor; en la carta a Éfeso, alude a la visita que le hizo Onésimo, su obispo y varón de inenarrable caridad, y, por el testimonio de Onésimo, al fervor con el que

viven su fidelidad cristiana (PG 5,645.649). Muchos, ciertamente, han querido identificar a este Onésimo con el esclavo que originó la carta de San Pablo a Filemón; de hecho, en el *Martirologio romano* (edición 1956) se lee:

> «En Roma la memoria del bienaventurado Onésimo; por su causa San Pablo apóstol escribió a Filemón. También le ordenó obispo de los efesios, sucesor de San Timoteo, encomendándole la tarea de predicar. El mismo Onésimo, conducido a Roma como prisionero y apedreado a causa de su fidelidad a Cristo, allí mismo fue primeramente sepultado; después su cuerpo fue trasladado al lugar para el que fue ordenado obispo».

Nota: Esta identificación es rechazada por la crítica histórica. No es verosímil que Pablo sobreviviera a Timoteo. El nombre de Onésimo era frecuente entonces; de ahí la confusión por simplificadora. El tomo II dedicado al mes de febrero de las *Actas Sanctorum,* obra de Juan Bolando impresa en París en 1864, contiene un exhaustivo estudio (p.856-860) que analiza y critica dicha identificación, cuyo único fundamento histórico son las afirmaciones de San Ignacio de Antioquía. El mero enunciado de los capítulos dará idea de la envergadura del estudio. «Capítulo primero: Conversión de San Onésimo, nombre de apóstol. Carta de San Pablo a Filemón a favor suyo. Capítulo segundo: Episcopado apostólico de San Onésimo. ¿Sucedió a San Timoteo en la sede de Éfeso? ¿Predicó en España? Capítulo tercero: Episcopado efesino de San Onésimo. Su martirio en Roma. Confusas actas de dos santos Onésimo». En esta reseña biográfica de San Onésimo nos limitamos a lo que sugiere la carta de San Pablo a Filemón.

2. Los pocos datos que sobre Onésimo se hallan en la carta a Filemón son suficientes para acercarnos a él y trazar una semblanza ejemplar para nuestros días.

Onésimo pertenece a la familia de Filemón, hombre rico de Colosas que, como paterfamilias, cuida de unidades más pequeñas como son las de los hijos y familiares no independizados, las de los criados, y otras, sencillamente, las de los esclavos. Residen en Colosas, pequeña población del Asia Menor, situada unos 180 km al este de Éfeso. La familia, que había aceptado la fe cristiana, constituye una iglesia doméstica presidida por

Arquipo (Flm 2; Col 4,17). Los Hechos de los Apóstoles mencionan conversiones en bloque de familias enteras (Hch 10,24.44-48; 16,34; 18,8).

Onésimo es un esclavo; sus padres eran esclavos. La situación de los esclavos es humana en líneas generales. De sobra es conocido que el cristianismo no abolió la esclavitud; surgió espontáneamente a su tiempo en virtud del dinamismo del Evangelio. Entre los creyentes no existe distinción real entre libres y esclavos, ya que todos son uno en Cristo Jesús (Gál 3,28); la única distinción se halla en las buenas obras (Ef 6,8). San Pablo indica también que no debe importar la situación: puede ser un bien renunciar a la libertad (1 Cor 7,21-23); son todos libres por el bautismo (1 Cor 12,13); se mueve en una perspectiva trascendente. En la carta a los romanos (Rom 16,11) Pablo manda saludos a los cristianos de la casa de Narciso, que, según Tácito, era liberto y ministro del emperador Claudio (Stefano M.ª Peci: «Amados odiados, en todo caso conocidos»: *30 Días* 17 [1999] n.5, p.25-27). Resulta curiosa la historia del papa San Calixto I. Era esclavo del cristiano Carpóforo, familiar del emperador Cómodo; por sus dotes financieras, se convirtió en hombre de confianza de su amo, que le nombra administrador de sus bienes. Ingresa grandes sumas en un banco, pero éste se declara en quiebra y él se ve obligado a huir; fue en vano. Carpóforo le somete a castigo hasta que los cristianos interceden por él puesto que no había sido culpable del fracaso económico. Fue protegido de los papas San Víctor (189-199) y San Ceferino (199-217), sucediendo a éste al frente de la iglesia de Roma; esta protección papal suscitó la envidia del clérigo Hipólito, discípulo de San Ireneo, que le rechazó como obispo de Roma; reconciliado después, la Iglesia le venera como mártir junto a San Ponciano. Como papa, San Calixto es considerado como uno de los más importantes de la Iglesia («Calixto I [San] Papa [217-222]», en *Enciclopedia de la religión católica* [1951] 285-286).

Onésimo es esclavo, y tiene la inmensa suerte de ser esclavo de un amo cristiano. Pero no se encuentra a gusto; quiere vivir su vida. Quizás la misma benigna humanidad del amo fue determinante en la obnubilación de su mente; olvidó su condición de esclavo. Le fascinó la posibilidad de vivir su vida en libertad.

Es la misma experiencia de adolescentes y jóvenes que abandonan sus familias para sentir que son ellos mismos. La idea le rondó tanto que al final le dominó. ¿Tardó mucho en tomar la decisión? ¿Era abierto, comunicativo? ¿Inseguro, cerrado sobre sí mismo? ¿Un misterio para los demás? Terminó abandonando su casa, sustrayendo quizá algo para empezar a vivir (Flm 18-19).

Sale de casa; estrena libertad, pero... la vida no es como la había imaginado; se encuentra como el hijo pródigo (Lc 15,11-32). ¿Qué hacer? ¿Volver a su amo? Si hubiera sido capaz de conocer la experiencia de un afecto cristiano como el hijo pródigo evocó el afecto de su padre...

No sabemos cómo llegó hasta Pablo; el hecho es que acudió a él. Pablo lo acoge con solicitud. Esa solicitud subyace en la carta que escribe cuando juzga llegado el momento.

3. Pablo vive ahora una experiencia singular; se halla encarcelado.

Nota: La carta no ofrece datos que permitan identificar el lugar de su prisión. El libro de los Hechos alude a una noche que pasó en la cárcel de Filipos (Hch 16,22-39), y a los encarcelamientos de Cesarea y Roma (c.21-28). Las grandes cartas paulinas aluden a otras prisiones, todas ellas anteriores a la de Cesarea; de modo genérico las evoca en 2 Cor 11,23. En Rom 16,7 manda saludos para Andrónico y Junias, compañeros suyos de prisión; en 1 Cor 15,32 recuerda el duro combate sostenido en Éfeso contra las fieras; ya no tiene relevancia precisar si sólo quiere designar así la crueldad de sus enemigos. En 2 Cor 1,8 indica que vivió una situación angustiosa, que incluso perdió la esperanza de seguir viviendo. Durante el tercer viaje apostólico, Éfeso se convirtió en centro de operaciones durante tres años (Hch 19,8.10; 20,31); el mismo libro testifica las dificultades allí padecidas, por lo que parece evidente la existencia de una prisión efesina. En esta carta a Filemón, junto con los saludos de Epafras, a la sazón compañero de prisión (Flm 23), Pablo remite los saludos de Marcos, Aristarco, Dimas y Lucas (Flm 24); estos mismos saludos se incluyen en la carta a los colosenses, en la que se indica que Aristarco es compañero suyo de

prisión (Col 4,10.14). Por los Hechos, sabemos que en Cesarea embarcaron con Pablo, rumbo a Roma, Aristarco y Lucas (Hch 27,2). Pablo, ¿escribe desde la cárcel de Cesarea?

Pablo, prisionero, tiene la suerte de hallarse libre de muchas solicitudes. Puede reflexionar; lo necesitaba. Ya se buscó unos días de sosiego cuando la voz del cielo le derribó camino de Damasco. Alcanzado por Cristo (Flp 3,12), reconsideró el misterio y destino de Israel a la luz de la nueva experiencia y de las Escrituras; ya entonces se entregó totalmente a Cristo (1 Tim 1,12-14). Pronto, como ninguno, inició años intensos de intensa actividad apostólica. Disfruta ahora de un reposo que le va a permitir profundizar en lo más profundo del misterio de Cristo. Empieza a intuir el papel central de Cristo, que no tardará en plasmar en las cartas a los colosenses y a los efesios, contemporáneas ambas al momento de su vida en el que Onésimo llega hasta él.

Pablo le acoge; sabe de dónde viene; conoce a su amo. Quiere ayudarle a ver claro en el misterio de su vida para que encuentre el sosiego que le falta. Le escucha.

El afecto de Pablo y la necesidad de sentirse escuchado, comprendido, desata su lengua. Evoca su infancia, las inseguridades de su adolescencia, sus relaciones, sus amistades, sus afectos. Piensa también en la persona que, ante el misterio de la vida que asomaba, le hacía sentirse como persona única e irrepetible. Recuerda sus ocupaciones, sus ilusiones, sus conflictos, sus frustraciones; cómo surgió la idea de huir... Mientras Onésimo memora su pasado, Pablo va conociendo circunstancias, situaciones humanas, normales en el contexto temporal de la familia, que hicieron inevitable esa huida. Pablo deja hablar; no es necesario suponer que muchas cosas las sabe ya por otras fuentes...

Ahora es Pablo el que habla; tiene presente el misterio de su propia vida; fue perseguidor de Jesucristo. Se siente agradecido a Dios que le eligió para revelarle a su Hijo y darle el encargo de anunciar el mensaje de salvación a los que no son judíos (Gál 1,15-16); quiere compartir con Onésimo, como antes lo hiciera con Filemón, el gozo que procede del conocimiento de Cristo.

Le habla del Dios del cielo (Hch 13,15-16); de la condición sagrada de la persona humana; *estirpe de Dios* afirmó uno de los

poetas griegos (Hch 17,28-29); alude a la división interior que experimenta todo ser humano (Rom 7,15-25). En el misterio de Cristo, muerto y resucitado, se halla el sentido de las incidencias propias de la existencia temporal.

Onésimo abre los ojos ante lenguaje tan desconocido; no comprende, pero se siente fascinado por Pablo. Sabe de su prestigio aunque se encuentre en la cárcel; algo de eso recordaba haber percibido en la casa de su amo... Pero entonces eran otras sus preocupaciones... Ahora descubre un gran tesoro. Pide el bautismo. Pablo se cerciora de sus intenciones.

Su vida va cambiando; todo lo contempla con nueva luz. Onésimo quiere volver a casa; quiere reconciliarse con su amo; sabe que no alcanzará paz mientras no haya satisfecho por el agravio que causó a su amo... No le importan los castigos; sabe que los merece. ¿Qué importan los castigos si otorgan la paz que anhela?

Pablo calma sus ansias. Desde el misterio de Cristo posee un singular conocimiento de Filemón y conoce que no está ansioso por recuperar al fugitivo.

4. De Asia Menor ha llegado Tíquico, compañero suyo durante el tercer viaje apostólico (Hch 20,4); le trae noticias (Ef 1,15-16; Col 1,9). Solícito por los suyos, se servirá de él para escribirles. Será portador de cartas a los colosenses (Col 4,7-9) y a los efesios (Ef 6,21-22); éstas manifiestan la inmensidad de su gozo por intuir, gracias a la cárcel, «cuán grande y ancho, cuán alto y profundo es el amor de Cristo que desborda toda ciencia humana, y colma de la plenitud misma de Dios» (Ef 3,18-19). Ha comprendido mejor el misterio, el plan secreto, Cristo, escondido desde antiguo, revelado ahora por Dios a los creyentes (Col 1,26-27; 2,2); ha comprendido que todas las naciones comparten una misma herencia, participan de la misma promesa de Cristo (Ef 3,4-11), que Cristo lleva la historia a su punto culminante (Ef 1,10), que él es el primogénito de todo lo creado, y que en él todo tiene consistencia (Col 1,17-18). En estas cartas encontramos, además, junto con el gozo que le inunda por la cercana experiencia del misterio, consejos de vida cristiana coherentes con las luces recibidas; en ellos adquieren un singular relieve, por las confidencias de Onésimo, los que tienen pre-

sentes las relaciones entre amos y esclavos; recomienda a los esclavos acatar con lealtad las órdenes de sus amos, sean o no creyentes, como las del mismo Cristo; los esclavos deben ser tratados con consideración: todos tienen un amo en el cielo (Col 3,22 = 4,1; Ef 6,5-9).

Tíquico no volverá solo. Pablo prepara cartas. La carta a los efesios es impersonal; sólo menciona a Tíquico, su portador (Ef 6,21); parece una circular para las comunidades de Éfeso y su entorno: Laodicea, Hierápolis, Colosas (Col 4,13). La carta a los «creyentes de Colosas, hermanos fieles en Cristo» (Col 1,2), ya es otra cosa. Allí reside Filemón; para él tiene algo muy especial; se trata de una carta singular. La carta a los colosenses, la encabeza con Timoteo; ¿su secretario, quizás? Menciona a Epafras, preso con él (Flm 23), que fue quien evangelizó Colosas (Col 1,6-7). Les manda, como a Filemón (Flm 24), saludos de Marcos, Aristarco, Lucas y Demas (Col 4,10.14). Encarga que indiquen a Arquipo que desempeñe con esmero el ministerio que se le ha encomendado (Col 4,17); ¿será quizás el responsable de la iglesia que se reúne en casa de Filemón? (Flm 2). Escritas las cartas anteriores, prepara ahora la carta a Filemón.

5. Desde el misterio de Cristo, que tan bien se le ha iluminado en la prisión, sabe que Filemón es radicalmente fiel; indica que conoce la ejemplaridad de su vida, la fe y el amor que profesa a Jesús y a todos los creyentes (v.4-5). Con este elogio le prepara el ánimo para que acoja benigno el ruego que va a hacerle: «¡Ojalá que tu fe, compartida con nosotros, se vuelva eficaz, y llegues así a descubrir todo el bien que podemos hacer por Cristo!» (v.6), acogiendo comprensivo a Onésimo. A renglón seguido le confiesa que su afecto cristiano le ha proporcionado alegría y consuelo, cual bálsamo para el corazón de los creyentes (v.7).

Cree haber preparado los ánimos de Filemón; inicia ahora su intercesión. Renuncia a su autoridad de apóstol para acercarse al corazón del hermano (v.8-9). Onésimo es un hijo querido, engendrado entre cadenas (v.10); entre cadenas lo ha recuperado para su amo ganándolo para Cristo. Como conocedor de Onésimo, añade, jugando con el significado de su nombre, «en

otro tiempo te fue inútil; hoy, en cambio, se ha vuelto onésimo, útil, tanto para ti como para mí» (v.11). Gracias a Onésimo, Pablo ha conocido particularidades concretas en la vida de los esclavos; Filemón ganará mucho con la experiencia humana de Onésimo transformada por la fe en Cristo. «Te lo mando como si te enviase mi propio corazón» (v.12). No le dice lo que tiene que hacer; se conforma con darle a conocer sus deseos.

Pablo le ha manifestado su ruego; lo quiere completar; quiere que descubra el bien que puede hacer por Cristo. Le anuncia que Onésimo le iba a ser muy útil para la causa del Evangelio; le ilusionaba retenerle; haría las veces de su amo, y en él manifestaría cuánto aprecia a su amo, pero reconoce que no puede arrebatárselo (v.13-14). Manifiesta a continuación el sentido providencial de todo lo ocurrido: perdió a un esclavo para encontrar un hermano muy querido, como persona y como creyente (v.15-16). Refuerza su deseo aludiendo a su amistad (v.17). Él, Pablo, si fuere necesario, le resarcirá todas las pérdidas que acaso le hubiere ocasionado Onésimo con su huida; lo avala con su firma (v.18-19); con todo, también le recuerda que él le es deudor suyo (v.19); ¿acaso Filemón llegó a la fe gracias a Pablo? ¿Bautizado por Pablo? Una vez más le ruega que como creyente le haga el favor que le pide confortando su corazón en Cristo (v.20). «Te escribo en la confianza de que me escucharás. Incluso estoy seguro de que harás más de lo que te pido» (v.21).

Con los saludos de aquellos colaboradores que tan cercanos tiene ahora (v.23-24), tiene la confianza de decirle: «De paso, prepárame hospedaje, pues espero que vuestras oraciones consigan de Dios la gracia de que vuelva a visitaros» (v.22).

Nota: Estas palabras, que abrigan la esperanza de una pronta liberación, inducen a pensar que escribe desde Cesarea, en la costa mediterránea de Palestina; consecuentemente, allí tuvo que redactar las cartas a los efesios y a los colosenses. En Pentecostés del 58, un tumulto provocado por sus adversarios judíos hizo necesario su arresto (Hch 21,28.33). Trasladado a Cesarea (Hch 23,23), el gobernador Félix, que desde el año 52 en que inició su mandato acumulaba informaciones de primera mano acerca de la nueva doctrina

(Hch 24,22), no hizo mucho caso de las acusaciones; lo mantuvo en la cárcel, pero ordenando que le permitiesen cierta libertad y la asistencia de los suyos (Hch 24,23). Incluso, con frecuencia él, y su mujer la judía Drusila, conversaban con él acerca de la fe cristiana (Hch 24,24). La verdadera razón es que Félix esperaba recibir dinero para concederle la libertad; Pablo estuvo así dos años hasta que Félix terminó su mandato (Hch 24,26-27).

6. Pablo vuelve a leer la carta; lo ha hecho otras veces; quiere matizar, quiere llegar al corazón de Filemón; ahora puede decir *ya está,* no sobra ni falta nada. Y, mientras preparaba las cartas y el momento de remitirlas, sigue conversando con Onésimo; lo ve integrado al grupo de los hermanos. Sabe que quiere volver, que arde en deseos de volver a su amo para que su adhesión a Cristo sea verdadera; sin embargo, le ve también experimentar algo así como miedo a lo desconocido. Pablo le escucha; le comprende. Vivió también esa experiencia; sabe muy bien que no hay angustia capaz de arrebatarle el amor de Cristo (Rom 8,35), por eso, todo es basura con tal de ganar a Cristo (Flp 3,8). La inseguridad que vive Onésimo, lo sabe muy bien, le va a conducir a la inefable sabiduría de la Cruz, escándalo para los judíos, necedad para los gentiles, pero poder y sabiduría de Dios para los que Dios ha llamado (1 Cor 1,22-24). En la inseguridad que impide abrazarse por completo a la Cruz de Cristo radica el origen de todas las infidelidades. Pablo le escucha, le comprende, pero nunca devaluará las exigencias de la Cruz; confía en que su ejemplo le sostenga en el necesario salto al vacío que le permitirá despertar en los brazos del Todopoderoso.

7. Llegó el día. Tíquico y Onésimo parten hacia los suyos. El abrazo de Pablo le deja un regusto que le conforta. No vale la pena detenerse en averiguar cuáles pudieron ser sus sentimientos mientras se acercaban a Colosas. Durante el viaje, conoce nuevas comunidades de hermanos; celebra con ellos la Cena del Señor. Le impresiona la liturgia sagrada; todos comparten una misma fe; viven compenetrados en un mismo sentir y pensar (Hch 4,32). Cristo «siendo de condición divina, se despojó de su rango; tomó la condición de siervo; obediente hasta la muerte, y muerte de Cruz [...] Dios lo exaltó y le dio el nom-

bre sobre todo nombre, para que todos proclamen que Jesucristo es Señor para gloria de Dios Padre» (Flp 2,6-11).

Filemón sabe que regresa el fugitivo; sabe que estuvo con Pablo; lo acogerá como hermano, y como hermano le ayudará a cumplir la pena que determinen las leyes velando por el bien común...

La cercanía de su casa le inunda de sentimientos que le desbordan. Piensa en sus padres; en sus compañeros; pronto estará con ellos. Piensa en su amo; piensa en tantas cosas... Quiere que pase todo.

Entra en casa. Le acompaña Tíquico; se siente objeto de muchas miradas. De nuevo piensa en Pablo. Se halla ante su amo; se acerca temeroso: se siente hijo pródigo... Esperaba otra cosa; no importa; ya está con los suyos. Él también forma la iglesia que se reúne en la casa de Filemón.

Llega el primer día de la semana; se une a todos para comer la Cena del Señor, proclamando su muerte hasta que venga (1 Cor 11,20-26). Este día es especial; con ellos se halla Tíquico; dará a conocer la carta de Pablo antes de llevarla a Laodicea (Col 4,15-16). Preside Arquipo; le cede la palabra, y Tíquico lee:

> «... Ya no hay fronteras de raza, religión, cultura o posición social, sino que Cristo es todo en todos. Sois elegidos de Dios; él os ha consagrado y os ha dado su amor. Sed, pues, profundamente compasivos, benignos, humildes, pacientes y comprensivos. Soportaos mutuamente, y, así como el Señor os perdonó, perdonaos también vosotros, si alguno tiene quejas contra otro. Y por encima de todo, practicad el amor, que es la cumbre de la perfección [...] En fin, cuanto hagáis o digáis, hacedlo en nombre de Jesús, el Señor, dando gracias a Dios Padre por medio de él» (Col 3,11-17).

Su corazón vibra; se siente uno más entre los suyos. Tíquico sigue leyendo: «De mi situación os informará Tíquico, el hermano querido y fiel compañero mío en el servicio cristiano. Os lo envío expresamente para que tengáis noticia de mis cosas y para que os anime». Tíquico hace una pausa intencionada, levanta los ojos y mira. «Con él va Onésimo, vuestro paisano, no menos fiel y querido». Un latigazo corta su respiración; se siente objeto de muchas miradas; intuye el afecto de una muy singular que le conmociona... «Ellos os informarán de todo cuanto sucede por aquí» (Col 4,7-9).

Tíquico ha terminado; Arquipo toma la palabra. Él, Onésimo, oye, hay algo que le embarga, que le domina. Le invitan a presentar la ofrenda eucarística. Le emociona el silencio religioso con el que todos acogen las palabras de bendición que recuerdan lo que hizo el Señor en la Última Cena. En su nueva vida, siempre le ha impresionado ese momento; hoy mucho más. Un solo corazón y una sola alma dirige al Padre la oración que Cristo enseñó. Anhela participar con los suyos del pan y del cáliz, pero antes, Arquipo les invita a darse el beso de la paz. Queda bloqueado; junto a él se ha colocado Filemón. Como autómata, se deja hacer; se siente un esclavo. Es incapaz de percibir más. ¡Qué importa lo que fue su vida! ¡Qué importan las penas que deba padecer a causa de su culpa! ¡Todo es nada comparado con lo que está viviendo!

8. Ciertamente, la carta a Filemón, las circunstancias de la misma, no dan más de sí para acercarnos a Onésimo. Habiendo encontrado a Cristo, se dejó arrastrar por él. La piedad cristiana querrá conocer muchas más cosas; querrá conocer cómo fue su vida posterior. Todo eso carece de importancia; más importante es contemplar cómo la gracia lo fue transformando; el dinamismo que él vivió lo hace ejemplar para muchos jóvenes que en los umbrales de la vida buscan y no encuentran.

La Iglesia le venera como santo; también a Filemón. Él, como Pablo, pudo exclamar al final de su carrera: «La gracia no se ha malogrado en mí [...] Sé de quién me he fiado [...] he luchado con valor, he corrido hasta llegar a la meta, he conservado la fe» (1 Cor 15,10; 2 Tim 1,12, 4,7). Las maravillas que la gracia obra en las personas, las maravillas que la gracia obra por medio de las personas que «nada anteponen al amor de Cristo» *(Regla benedictina,* 4,21) hacen posible exclamar también con el apóstol: «¡Qué profundidad de riqueza, de sabiduría y de ciencia la de Dios! ¡Qué insondables sus decisiones y qué irrastreables sus caminos! Porque ¿quién conoce el pensamiento del Señor? ¿Quién fue jamás su consejero? [...] Él es el origen, camino y meta de todas las cosas. ¡A él sea gloria por siempre! Amén» (Rom 11,33-36).

JOAQUIN MONTULL BELIO, OSB

SAN CLAUDIO DE LA COLOMBIÈRE

Presbítero († 1682)

Lyón ha cumplido recientemente dos mil años. Con este motivo se ha recapitulado su historia religiosa, y se ha recordado el papel, tan decisivo en muchos aspectos, que le ha correspondido en la vida católica de Francia y aun de Europa entera.

Mediaba el siglo XVII cuando al colegio de la Santísima Trinidad que en Lyón tenían los padres jesuitas acudió un joven perteneciente a una familia muy cristiana radicada en Viena del Delfinado. Ya antes había sido alumno del colegio de jesuitas del Buen Socorro, en la misma Viena. Y había recibido cristianísima educación en su familia, a la que los anales de la Visitación llaman «familia de santos». Su misma madre, en el lecho de muerte, le había profetizado: «Hijo mío, tú tienes que ser un santo religioso».

Y, en efecto, en contacto con los jesuitas del colegio, Claudio de la Colombière sintió nacer en su alma la vocación religiosa. No sin repugnancia. Él mismo nos dirá más tarde, en sus apuntes de ejercicios, que sentía una grandísima aversión a la vida que iba a abrazar. Porque, añade, «los planes de Dios nunca se realizan sino a costa de grandes sacrificios». Pero no importaba el precio cuando se trataba de conseguir la realización de su ideal de santidad. Su fino instinto le había dicho que en la Compañía de Jesús podría llegar a santo. Y por eso se decidió a solicitar la admisión.

> «He ingresado —escribía después— en la Compañía por el aprecio que siempre tuve a sus sabias reglas y por haber visto que los superiores sabían exigir de tal modo su observancia, que me persuadí sería cosa muy fácil en la Compañía santificarse uno mismo y ayudar con la palabra y el ejemplo a la santificación de los demás».

De esta manera fue como el 25 de octubre de 1658, a los dieciocho años de edad, Claudio entraba en el noviciado de Avignon. Eran días muy revueltos para la ciudad de los Papas. Como consecuencia de las disensiones entre el Beato Inocencio XI y Luis XIV, la ciudad se iba a ver invadida por las tropas francesas, ocupación que añadiría nuevas zozobras a las que ya producían la tensión existente entre los nobles y los plebeyos, y la actividad proselitista de los calvinistas. Pero todas estas cosas

antes le sirvieron a Claudio de estímulo para realizar con mayor perfección sus dos años de noviciado y sus estudios de filosofía, además de ejercitarse en el magisterio con los niños, alumnos externos, en el colegio de la misma ciudad.

Avignon, pacificada ya, celebró con gran solemnidad la canonización de San Francisco de Sales. El sermón que con esta ocasión pronunció el joven y fervoroso Claudio de la Colombière, le hizo destacarse de tal manera que fue destinado a estudiar teología en París, la gran ciudad formadora de santos. Allí le esperaba un cargo importante: el de regente de estudios de los dos hijos de Colbert, el célebre ministro del Tesoro de Luis XIV. Y le esperaba también una gran pena· había recogido en un cuaderno, junto a otras curiosidades literarias, un epigrama contra el ministro. Sin mala intención, puramente por el ingenio con que estaban redactados los versos. Pero le sorprendieron el cuaderno. El ministro se quejó amargamente al padre Provincial y exigió la destitución inmediata del preceptor y su alejamiento de París. Así fue destinado de nuevo a Lyón. Y en su antiguo colegio de la Santísima Trinidad trabajó, desde 1670 a 1674, como excelente maestro y, sobre todo, como acertado director de la congregación mariana.

Faltaba dar la última mano a su formación jesuítica Por eso sus superiores le enviaron a hacer la tercera probación Fue una época decisiva en su vida. En los ejercicios espirituales de mes, bajo el influjo de la gracia, en pleno fervor, hizo voto de guardar con exactitud todas las reglas y constituciones de la Compañía, después de haberlo cumplido algún tiempo por vía de ensayo. Sabemos cuáles fueron los motivos que le movieron a tan heroica resolución:

> «Imponerme la ineludible necesidad de cumplir, en cuanto sea posible, todos los deberes de mi estado y ser fiel al Señor aun en las cosas mas mínimas, romper de un golpe y para siempre las ca denas del amor propio, quitandole toda esperanza de ser alguna vez tenido en consideracion, adquirir en poco tiempo los meritos de una vida larga, reparar las irregularidades pasadas, dar a Dios una prueba de gratitud por las infinitas gracias recibidas, y hacer de mi parte cuanto pueda para ser de Dios sin reserva alguna»

Tal espíritu debió demostrar el joven tercerón y tales dotes debieron de brillar en él que, sin terminar su tercera probación,

fue admitido a los votos solemnes, que hizo el 2 de febrero de 1675, y destinado como superior de la residencia y del colegio que funcionaban en Paray-le-Monial.

Allí, de la manera más impensada, iba a encontrar el joven jesuita su misión en la tierra.

Tiene hoy Paray-le-Monial muy poco más de seis mil habitantes. Algunos menos tenía cuando llegaba allí el Beato Claudio. Se trataba, por consiguiente, de una residencia relativamente tranquila, enmarcada en un ambiente provinciano, en el que no parecía fácil que se presentaran grandes complicaciones.

Y, sin embargo, las complicaciones le estaban esperando ya. En el monasterio de la Visitación había una religiosa que aseguraba haber tenido visiones y revelaciones, a través de las cuales se trataba de introducir una nueva devoción dirigida al Sagrado Corazón de Jesús. La religiosa estaba siendo juzgada de manera muy diversa, y no eran pocos quienes estimaban que todo aquello no pasaba de ser una ilusión, producida por su enfermiza sensibilidad. Dentro de los muros del monasterio existía una fuerte corriente de oposición, basada en las mismas constituciones de la orden de la Visitación. Y las personas de fuera que habían sido consultadas, parecían inclinarse casi unánimemente hacia esta misma solución negativa.

La religiosa, Margarita María de Alacoque, se encontraba, por consiguiente, en extrema aflicción. Pero había oído un día al Señor decirle: «Vive tranquila. Yo te enviaré a mi siervo fiel».

Y el siervo fiel llegó. El nuevo superior de los jesuitas se acercó al monasterio y dirigió una plática a la comunidad. Margarita María oyó una voz que le decía con toda claridad: «Es ése el que te he enviado». Y los acontecimientos lo confirmaron ampliamente.

> «Bien pronto —escribe la Santa— me di cuenta de la verdad de tales palabras, puesto que en la primera confesión que hice con él durante las témporas, sin que nunca antes nos hubiésemos visto ni tratado, me habló como quien conocía perfectamente lo que me pasaba. Volví a los pocos días y, aunque entendía ser voluntad de Dios que le hablara, experimenté una muy extraña repugnancia cuando me llegó el turno de acercarme al confesionario. Le manifesté sencillamente lo que me sucedía, y me contestó que él estaba contento de poderme proporcionar oportunidad para ofrecer un sacrificio al Señor. Libre entonces de toda pena le abrí mi alma to-

talmente, tanto lo bueno como lo malo Fue grande mi consuelo cuando me aseguro que no tenia nada que temer por el espiritu que me guiaba, mientras no me desviara de la santa obediencia, y que estaba obligada a seguir sus impulsos hasta el sacrificio y la inmolacion»

La reacción que esta manera tan decisiva de comportarse del joven jesuita, recién salido de la tercera probación y apenas llegado a la residencia de Paray-le-Monial, tenía que producir, llegó en efecto No faltaron críticas ni juicios poco favorables. «El padre —nos dice la Santa— tuvo que sufrir mucho por causa mía. Decíase que yo pretendía engañarle con mis ilusiones. Pero él no se preocupaba de habladurías, y no dejó de ayudarme en el corto tiempo que estuvo en la ciudad, y siempre ha continuado ayudándome».

No todo fueron penas. Hubo también alegrías. Así, hubo un día en que el padre fue a celebrar misa a la Visitación, circunstancia que aprovechó el Señor para conceder al director y a la dirigida extraordinarios favores. En el momento en que Santa Margarita se acercaba a recibir la sagrada comunión vio el Sagrado Corazón de Jesús ardiendo en llamas, y dos corazones que se acercaban a Él, mientras oía: «De esta suerte mi amor une para siempre estos tres corazones». Fue aquel mismo día, pocos instantes después, cuando el Sagrado Corazón dio el encargo al padre Claudio de trabajar por dar a conocer sus riquezas y los beneficios de la devoción al mismo Corazón. Encargo que él recibió humildísimamente.

Los acontecimientos se sucedían con rapidez. El día de la octava de Corpus de aquel año, 1675, el Señor hacía la gran revelación de su amor y de la extraordinaria misión que quería confiar a la Compañía de Jesús Después de haber pedido una fiesta especial, en el día siguiente a la octava de Corpus, dedicada a su Corazón, prometió derramar con abundancia su amor sobre cuantos le dieren y procuraren que otros le tributasen honor. Y cuando la Santa, sintiéndose incapaz de cumplir tal encargo, puso alguna dificultad, el Sagrado Corazón le remitió de nuevo al padre la Colombière. El viernes después de la octava de Corpus, 21 de junio, fiel a esta invitación, Claudio de la Colombière se consagraba por entero al Corazón de Jesús.

No imaginemos, sin embargo, que todas las tareas del padre Claudio se reducían en Paray a la dirección de Santa Margarita. Había reorganizado, dándole nuevo empuje, la congregación mariana del colegio del que era rector, con gran fruto para toda la ciudad. Y, lo que era más importante, había fundado otra congregación mariana para nobles y profesionales, consiguiendo de esta manera agrupar a los caballeros católicos de la ciudad, permitiéndoles actuar conjuntamente y oponerse al influjo de los protestantes, que hasta entonces habían venido prevaleciendo.

Y cuando todo marchaba viento en popa, he aquí que la divina Providencia le obliga, por medio de la obediencia, a dejar el confesionario de la Visitación, el cuidado del colegio y de las congregaciones, y a marchar muy lejos: a Londres. Por recomendación del padre Lachase, confesor de Luis XIV, iba a desempeñar el cargo de capellán de María Beatriz de Este.

Sabido es que esta piadosa señora, hija del duque de Módena, había prescindido de sus deseos de ir a un convento, por consejo del papa Clemente X, que le aconsejó más bien que aceptara ser esposa del duque de York, entonces católico, y futuro rey de Inglaterra con el nombre de Jacobo II. Se había concedido a la duquesa el libre ejercicio y práctica de la religión católica, con derecho a tener una capilla en su palacio, y el correspondiente capellán. Pero el padre Saint-Germain, que venía ejerciendo este oficio, fue acusado de proselitismo religioso y expulsado de Inglaterra. El padre de la Colombière iba a ser su sucesor.

Y, en efecto, después de haber pasado por París, salió a fines de septiembre para Londres, a donde llegó el 13 de octubre. Su vida en el palacio fue ejemplar en todo: en su oración y en su mortificación; en su aislamiento del torbellino de la corte, pues vivió, según él mismo decía, «como si estuviese en un desierto». Jamás subió a la terraza para contemplar el espléndido panorama que desde el palacio se divisaba, ni tuvo interés por visitar ninguno de los monumentos de la gran ciudad. Su único interés era propagar la devoción a la Sagrada Eucaristía y al Corazón de Jesús:

> «Lleno de compasión por estos ciegos que no quieren rendirse a creer tan grande e inefable misterio, daría gustoso mi sangre para convencerlos de esta verdad que creo y profeso. En este país en que se hace gala de negar la presencia real en el augusto sacramen-

to, experimento inmenso consuelo al repetir con frecuencia actos de fe en la realidad de vuestro cuerpo adorable bajo las especies del pan divino».

Trabajó con celo. Predicando en público, en la capilla del palacio con sermones exquisitamente preparados. Y con la dirección espiritual y la administración del sacramento de la penitencia. Muchas almas de la aristocracia de Londres, movidas por su ejemplo, se orientaron hacia una vida de mayor perfección. Envió a algunas a conventos de Francia y otras las reunió en Londres, cerca de la iglesia de San Pedro, en una especie de vida religiosa, sin apariencias exteriores, pero con una intensa vida interior.

Era demasiado para lo que el ambiente consentía. La persecución tenía que llegar. Y llegó por un conducto rastrero y vil. Un sacerdote francés, Verio de Fiquet, refugiado en Inglaterra por ciertos delitos que había cometido, recurrió al santo para que le socorriera. Así lo hizo durante algún tiempo, pero, cuando el desdichado sacerdote mostró de nuevo la bajeza de sus inclinaciones, se vio obligado a despedirle. Juró venganza el apóstata, y para lograrla acusó a su bienhechor ante los jueces de haber tomado parte en la célebre conspiración amañada por Tito Oates. Bajo el peso de tal acusación el 24 de noviembre de 1678 era detenido y conducido a la cárcel.

Dos días después comparecía ante los jueces. Nada se le pudo probar en relación con la falsa conjuración. Pero le condenaron por proselitismo religioso, por haber convertido a súbditos ingleses, haber recibido abjuraciones y fundado un convento en Londres. Sabida es la crueldad con que los ingleses trataban a los católicos. Algo le tocó conocer de la misma al santo sacerdote: devuelto a la cárcel, fue encerrado en un calabozo tan lóbrego, tan mal acondicionado y con tan deficiente alimentación, que al poco tiempo el prisionero comenzó a echar sangre, y se temió por su vida. Una intervención de Luis XIV se la salvó y pudo regresar a Francia en 1679, después de haber pasado diez días en el palacio restableciéndose lo imprescindible para poder efectuar el viaje.

El jesuita que llegaba, en enero de 1679, a París era otro enteramente que el que poco más de dos años antes había partido hacia Londres. Completamente extenuado, deshecho por la fie-

bre, fue devuelto primero, durante diez días, a Paray-le-Monial y después, durante unos meses, a su pueblo natal, Saint Symphorien d'Ozon. Al llegar el otoño volvió destinado al colegio de la Santísima Trinidad de Lyón en el que había pasado su adolescencia, y donde había recibido la gracia insigne de la vocación religiosa. Iba como director espiritual de los filósofos jesuitas. Allí pudo desplegar, por consiguiente, con toda libertad su fervor y su entusiasmo por la devoción al Corazón de Jesús. Entre los jóvenes religiosos que le escuchaban se encontraba uno, el padre José de Gallifet, nombre célebre en los anales de esa devoción, pues tanto hizo con sus escritos por propagarla y defenderla contra mil ataques e incomprensiones.

Días de inmenso consuelo espiritual, pero de tremendo desgaste corporal. El santo sacerdote veía que de un momento a otro iba a quedar reducido a absoluta inercia, pues la enfermedad avanzaba implacable. Dios dio a entender a Santa Margarita María que no entraba en sus planes que el padre la Colombière recobrara su salud.

> «Según las miras humanas —escribe la Santa— parece que su salud es de mayor gloria de Dios; mas los sufrimientos le dan una gloria mucho mayor... puesto que el Señor tiene gusto en dar un realce inestimable a sus padecimientos, uniéndolos a los que Él sufrió, para difundirlos después como rocío celestial sobre las semillas que Él esparció en tantos lugares, y hacerlas crecer y desarrollarse en su santo amor».

Así era, en efecto. El invierno de 1681 fue durísimo para el enfermo, a pesar de que ya desde agosto los superiores habían dispuesto que se trasladara desde Lyón a Paray, donde el clima le había de resultar más benigno. Así pareció al principio, durante el otoño, pero el invierno le fue, como decimos, muy duro: «Le he visto dos veces —escribe Santa Margarita— y apenas puede hablar. Tal vez Dios lo permita así a fin de que tenga más tiempo para hablar a su gusto con el Corazón Divino».

Parecía necesario tomar una decisión. Su hermano, el canónigo Florís de la Colombière, arcediano de la catedral de Viena, en el Delfinado, logró permiso de sus superiores para tenerle como huésped en su casa. El 23 de enero de 1682 estaba todo dispuesto para el viaje. Cuando he aquí que llega una señorita con un encargo de parte de Santa Margarita. La Santa rogaba al padre que,

si no era contrario a la obediencia, se quedara en Paray «porque el Señor me ha dicho que quiere aquí el sacrificio de su vida».

El superior de la casa fue de la misma opinión, y negó su permiso para el viaje. Sólo quedaban unos días de vida al santo enfermo. El sacrificio total de la vida no iba a tardar en llegar. En efecto, sus condiciones de salud fueron agravándose de día en día. Y el 15 de febrero de aquel mismo año 1682 Claudio de la Colombière entregaba su alma a Dios. Contaba sólo cuarenta y un años y trece días de edad.

Quedaba sobre la tierra, confortada por su santa muerte, Santa Margarita María. Unas horas después de los funerales decía llena de confianza a una señorita amiga: «Deje ya de afligirse; invóquelo con toda confianza porque él puede socorrernos».

Fue beatificado por el papa Pío XI en 1929 y canonizado por Juan Pablo II el 31 de mayo de 1992.

LAMBERTO DE ECHEVERRIA

Bibliografía

Biografías del P Claudio de la Colombiere de P CHARRIER y E SEGUIN
Art en *Dict Spir*, II col 939s
MONIER VINARD, H , *Bx Claude Notes spirituelles et pages choisies* (Paris 1929)
PHILIP, M , *A Jesuit at the English Court The life of the Venerable Claude de la Colombiere* (Londres 1922)
POURRAT, P , *La spiritualite chretienne* (Paris 1947)
YEO, M , *These Three Hearts* (1940)

C) BIOGRAFIAS BREVES

SAN WALFRIDO

Abad († 765)

Pertenecía a la familia Gherardesca, una de las principales de Pisa, ciudad en que nació a finales del s. VII. Llegado a la juventud casó con la joven Tesia, igualmente de buena familia, y tuvo con ella cinco hijos varones y una hija. Componían ambos un matrimonio piadoso, bien avenido y de excelentes costumbres, que se esforzaba por vivir en todas las cosas en concordancia con la voluntad de Dios.

Madurando en el deseo de ser cristianos perfectos, llegaron ambos a la conclusión de que su mejor camino, una vez criados

sus hijos, sería el pasar de la vida matrimonial a la vida monacal. Y ambos decidieron hacerse monjes.

Para llevar a cabo su propósito fundaron sendos monasterios, uno para hombres y otro, a una cierta distancia del primero, para mujeres, ambos en las cercanías de Palazzuolo, en un paraje llamado Monte Verde. En el masculino ingresaron Walfrido y su hijo, y en el femenino Tesia y su hija.

En este doble monasterio ambos llevaron vida religiosa ejemplar, distinguiéndose Walfrido no solamente por sus virtudes personales sino también por la buena dirección que supo imprimir a su monasterio, del que había sido elegido abad. Su vida la escribió el monje Andrés, hijo de Gundualdo, uno de los amigos con los que Walfrido dio comienzo a la fundación.

SAN SIGFRIDO

Obispo († 1045)

Sigfrido era un presbítero de York y se dice que también monje, a quien el rey Etelberto envió, con la cualidad de obispo misionero, al rey Olav Tryggvason de Noruega. De ahí pasó a la evangelización de Suecia y se dice que el año 1008 bautizó al rey Olav Kotkonung.

Junto con otros misioneros levantó una iglesia en Vädjö, de la que hizo su sede, y desde allí prosiguió la evangelización de otros sitios y el establecimiento de numerosas comunidades cristianas. Pasó también a Dinamarca donde prosiguió su labor, acompañándole en vida la fama de milagros.

Murió en Vädjö el 15 de febrero del año 1045, al parecer. Se ha venido diciendo que lo canonizó en 1158 el papa inglés Adriano IV, que también había estado de misionero en los países nórdicos.

BEATO ÁNGEL DE BORGO SAN SEPOLCRO

Presbítero († 1306)

Nace en Borgo San Sepolcro en la primera mitad del s. XIII, en el seno de la familia Scarpetti. Ingresa en los Ermitaños de San Agustín el año 1254.

Fue enviado a Inglaterra para tratar de difundir allí su Orden, lo que logró con la fundación de varios conventos. Vuelto a Italia, trabajó apostólicamente entre la gente más pobre de varias ciudades, logrando establecer nuevos conventos de su Orden. Fue un religioso humilde y pacífico, a quien el pueblo a su muerte lo tuvo enseguida por santo. Murió en el mismo pueblo en que había nacido, el 15 de febrero del año 1306. Su culto inmemorial fue confirmado por el papa Benedicto XV el 27 de julio de 1921.

16 de febrero

A) MARTIROLOGIO

1. En Campania, Santa Juliana, virgen y mártir (fecha incierta).
2. En Cesarea de Palestina, los santos Elías, Jeremías, Isaías, Samuel y Daniel y otros más: Pánfilo, Valente, Pablo, Porfirio, Seleuco, Teódulo y Julián († 309), mártires *.
3. En Martirópolis (Persia), San Marutas († ca.420), obispo *.
4. En Borgo San Pietro (Italia), Beata Felipa Mareri († 1236), virgen, monja clarisa *.
5. En Perugia (Umbría), Beato Nicolás de Paglia († 1256), presbítero, religioso dominico *.
6. En Turín, Beato José Allamano († 1926), presbítero, fundador de los Misioneros y Misioneras de la Consolata **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

BEATO JOSÉ ALLAMANO

Presbítero († 1926)

En una diócesis cuna de santos, y en una familia y ambiente que de cerca habían contemplado y contemplaban destellos de santidad, nació el 21 de enero de 1851 José Allamano, hijo de José y de Mariana, hermana de San José Cafasso (1811-1860). Vino al mundo en el mismo pueblo donde viera la primera luz San Juan Bosco en 1815, Castelnuovo d'Asti (que hoy lleva el

nombre de Castelnuovo Don Bosco). Fue el cuarto de cinco hijos en una familia de campesinos. A los tres años quedó huérfano de padre, que murió repentinamente cuando la madre esperaba el quinto hijo. Ésta fue la primera educadora de su hijo en la fe y en la piedad cristianas. Su maestra en los estudios primarios, en Castelnuovo, fue Benedetta Savio, que contribuyó en gran medida a la educación cristiana del niño. Le influyó grandemente también el ejemplo y el celo pastoral de su tío, San José Cafasso, el gran apóstol de Turín, «perla del clero italiano».

Cursó estudios secundarios con un hermano suyo, a partir de 1862, en Valdocco, en el colegio de San Francisco de Sales, fundado por Don Bosco. Este santo educador y fundador de los salesianos fue su confesor y maestro en el camino del espíritu, y lo invitó, después de los estudios de secundaria, a ingresar en el Instituto que estaba formando. Pero José optó por el ministerio en la diócesis, y así, en 1866, entró en el seminario metropolitano de Turín.

Aquí cimentó, con la dedicación al estudio y a la vida espiritual, su personalidad sacerdotal. En sus años de Seminario, ya sintió cómo apuntaba su vocación misionera. Hasta pensó en hacerse misionero. Esta primera llamada se hizo más potente al escuchar a un misionero en Etiopía, Guillermo Massaia, quien pasó por el Seminario de Turín y descubrió a los futuros sacerdotes la perspectiva de la misión *ad gentes*. Fue éste el inicio serio de la llamada a la misión del futuro fundador. Por otra parte, el ejemplo de San José Cafasso, gran maestro de los sacerdotes y seminaristas de Turín, consolidó y potenció la vocación de su sobrino. Tanto se esforzó el joven Allamano en su dedicación al estudio y a la piedad que su salud se resquebrajó. Esta endeblez ya lo acompañaría toda la vida, poniéndole en más de una ocasión al borde de la muerte. Eran, por otra parte, aquéllos unos años difíciles para la sociedad y para la Iglesia pues se estaba forjando, desde Turín, la unidad de Italia en torno a los reyes del Piamonte, de la casa de Saboya.

El 20 de septiembre de 1873 José Allamano recibió la ordenación sacerdotal. El arzobispo le confió el primer cargo nombrándole prefecto de los estudiantes de teología del Seminario. Completó sus estudios teológicos en 1874 con el doctorado. Se

impuso luego una pausa en su actividad, a causa de su delicada salud; tiempo en que el joven sacerdote ayudó en el trabajo pastoral a varias parroquias. En 1876 fue nombrado director espiritual del Seminario, cargo que simultaneó con el de profesor de Teología en la Facultad que el arzobispo había erigido algunos años antes.

El 2 de octubre de 1880, a los 29 años, el arzobispo le confió el cuidado y dirección del Santuario más célebre de la ciudad y más querido de los torineses: la Consolata. Junto al venerable icono de la Madre, Consoladora de los afligidos, José Allamano desarrollará una vasta labor de rejuvenecimiento de la Iglesia de Turín, restaurando la casa material de Nuestra Señora, con la aportación de su patrimonio privado y las ofrendas de la nobleza y burguesía torineses que consideraban a este canónigo de la metropolitana su consejero y oráculo. Desde el santuario de la Consolata, renovó con su ímpetu apostólico la vida cristiana de los fieles y su devoción mariana, mientras abría la diócesis a nuevos horizontes más allá de sus fronteras.

Junto al santuario de la Consolata se levantaba el convictorio sacerdotal, años atrás dirigido por su tío San José Cafasso, para la formación más intensa de los jóvenes sacerdotes. Entonces estaba cerrado a causa de los enfrentamientos y perturbaciones que había sufrido por cuestiones de raíz jansenista. El celoso custodio del santuario lo volvió a abrir, con permiso del arzobispo. Así continuó la obra de su tío, a quien se parecía hasta en lo físico y cuyo espíritu de fortaleza y dulzura compartía en el servicio de la Iglesia contribuyendo poderosamente a elevar el nivel pastoral y espiritual de sus hermanos sacerdotes.

El ideal de la santidad sacerdotal brilló y ardió siempre en la mente y el corazón del bienaventurado modelo y maestro de sacerdotes. Así lo predicó Juan Pablo II en la homilía de su beatificación: «No ahorró esfuerzos para que innumerables grupos de sacerdotes fueran plenamente conscientes del don de su vocación y de la altura de su misión. Él mismo dio ejemplo uniendo su compromiso de santidad con la atención a las necesidades espirituales y sociales de su tiempo». Había arraigado en él la profunda convicción de que «el sacerdote es ante todo el hombre de la caridad», «destinado a hacer el mayor bien posible», a

santificar a los demás «con el ejemplo y la palabra», con la santidad y la ciencia. La caridad pastoral —afirmaba— exige que el presbítero «arda en celo por la salvación de los hermanos, sin poner reservas o tardanzas en la donación de sí mismo».

> «Atento a las necesidades de su tiempo —dice también el papa en el Breve de beatificación— emprendió diversos proyectos pastorales para ayudar a la acción social de la Iglesia, a la edición de prensa católica y a la creación de asociaciones obreras; estimuló sobre todo a los fieles cristianos para que cooperaran en la obra de la Redención junto con la Virgen Madre de Dios».

Fundó una revista para la promoción del culto mariano.

Desde 1885 ardía en su espíritu la idea de formar un seminario misionero para formación de sacerdotes y laicos para las misiones extranjeras. «No habiendo podido yo mismo ser misionero, a causa de mi delicada salud, me he propuesto ayudar a todos aquellos que tengan esta vocación». En 1891 empieza gestiones para realizar su gran proyecto misionero. Lo llevará adelante con el apoyo de su compañero de seminario, entonces arzobispo de Turín, el cardenal Agustín Richelmy, y después de superar una enfermedad que lo lleva a las puertas de la muerte. Proyectaba una institución regional de sacerdotes dedicados únicamente a las misiones, que atenderían unidos en un determinado lugar, dependiendo de los propios superiores. Preveía que los sacerdotes seculares, con vocación misionera, después de una prueba y preparación suficientes en Turín se comprometieran a ir a Misiones por cinco años, tras emitir los tres votos de pobreza, castidad y obediencia. Era un proyecto realmente innovador por el que tuvo que luchar, dada la incomprensión, por parte de la jerarquía piamontesa, en los primeros momentos. Allamano va convenciendo a los obispos de que una Iglesia sin misiones está muerta, que las diócesis no se empobrecen sino que se enriquecen enviando jóvenes sacerdotes y misioneros a predicar el Evangelio más allá de sus fronteras. Creía que la comunidad diocesana debía abrir sus oídos al mandato del Señor: «Id al mundo entero y predicad el Evangelio a toda la humanidad» (Mc 16,15).

Un año después de su milagrosa curación, el 29 de enero de 1901, obtuvo finalmente la aprobación del cardenal arzobispo para su obra de fundación misionera. Escribió entonces

en la revista de su santuario estas palabras: «El culto de la Consolata no será solamente contemplativo, sino activo», expresión que encerraba y dejaba entrever la dimensión apostólica, misionera, *ad gentes,* que la advocación mariana adquiría a partir de la fundación de los misioneros de la Consolata. La que era «consoladora de los afligidos» sería la madre de una nueva comunidad misionera, como lo había sido de la comunidad apostólica en el primer Pentecostés. A María dedica y confía el rector de la Consolata su obra: no le gusta que le llamen fundador; replica:

> «La fundadora es la "Madonna", yo soy el "fundidor", la fundadora es la Consolata. Yo sólo hago fundir las ofrendas de los bienhechores».

El fundador Allamano, elegido y siempre confirmado superior general de su Instituto, se ocupará hasta su muerte de la formación espiritual e integral de sus misioneros.

Al año siguiente de la aprobación, el 8 de mayo, partieron los primeros cuatro misioneros de la Consolata hacia Kenia: dos sacerdotes y dos cooperadores laicos, todos muy jóvenes, de alrededor de 20 años de edad.

En 1905 la congregación romana *De Propaganda Fide* confió las misiones de aquel país africano a los misioneros de la Consolata. En 1909 quedaba erigido el vicariato apostólico de Kenia y el Instituto de la Consolata recibía el «decretum laudis».

Comprendió muy bien el bienaventurado fundador que la presencia de la mujer era necesaria en la obra misionera, para estimular la promoción integral de la mujer, para la fundación de nuevas Iglesias. Primeramente se sirvió de las religiosas vicentinas de San José Cottolengo. En abril de 1903 partieron ocho misioneras vicentinas para Kenia. Pero el mismo San Pío X le animó a fundar sus propias misioneras durante una audiencia que le concedió en 1909. El 29 de enero del año siguiente el Beato Allamano fundó las Misioneras de la Consolata. En noviembre de 1912 las primeras quince misioneras de esta Congregación llegaron a Kenia.

La labor de los misioneros de la Consolata llegaba a otros países. En 1916 el P. Barlassina entró en Etiopía, en 1919 los cuatro primeros misioneros de la Consolata llegaban a Tanza-

nia; en 1924, misioneros y misioneras del Beato José Allamano entran en Somalia; en 1925, otros ocho misioneros empiezan a evangelizar en la gran isla de Mozambique.

Tal expansión misionera se lleva a cabo siguiendo el «método Consolata» —como gustaba de llamarlo Pío X—, que es el que trata —son palabras del Beato Allamano— de «hacer de los indígenas hombres laboriosos para poderlos hacer cristianos; hay que mostrarles los beneficios de la civilización para atraerlos al amor de la fe. Amarán aquella religión que, además de las promesas de la vida eterna, los haga más felices sobre esta tierra». Por eso Juan Pablo II, al dirigirse a los misioneros de la Consolata en el centenario de su fundación, les decía que tenían el carisma peculiar de unir a la evangelización un esfuerzo concreto de promoción humana, privilegiando la atención a los más pobres y marginados.

José Allamano, en efecto, dejó como diez mandamientos a sus misioneros:

> «Elevaos sobre las ideas estrechas que predominan en el ambiente; amad una religión que ofrece la promesa de la otra vida y os hace felices en esta tierra; escoged la mansedumbre como vía de transformación; apuntad hacia la transformación del ambiente, no sólo de los hombres; sed fuertes, viriles, enérgicos en el apostolado; sed como conchas y no canales respecto a los dones espirituales, canales y no conchas respecto a los dones materiales; haced bien el bien y sin ruido; buscad sólo a Dios y su voluntad; poned la santidad en primer lugar; nunca digáis: no me toca a mí».

No quería que sus misioneros se portasen como colonizadores; quería que asumiesen la óptica, la lengua, de los pueblos a los que eran enviados; que atendieran a las necesidades de estas gentes; que buscasen el contacto personal; que elevaran el ambiente y que luego evangelizaran explícitamente: único objetivo y fin específico de la obra misionera.

El «espíritu» que reclamaba a sus hijos era de fe, de caridad, de sacrificio, de humildad, de familia, de obediencia y unidad de objetivos e intereses.

«Os quiero santos, luego misioneros», repetía también. Por eso inculcaba a los suyos el espíritu de oración, para que reconocieran que el éxito de sus fatigas dependía únicamente de Dios.

Lo que predicaba a sus misioneros, lo había asumido él y lo practicaba como norma de vida.

> «Los fundamentos de su vida espiritual —dice Juan Pablo II en el Breve de la beatificación—, la que él vivió y enseñó, eran éstos: la búsqueda constante de la voluntad de Dios y únicamente de su gloria, el culto a Dios presente, el amor a la palabra de Dios y a la liturgia, la adoración de la Eucaristía y la piedad mariana, el deseo ardiente de la salvación de las almas».

En 1923, ya en el ocaso de su vida consumida como sacerdote diocesano al servicio de su Iglesia particular, con proyección auténticamente católica y universal hacia la misión *ad gentes,* recibió de la mano de Dios y de su Madre, Consoladora de sus hijos en cualquier circunstancia de la vida, tres dones que alegraron su corazón sacerdotal y misionero: la congregación *De Propaganda Fide* aprobó las constituciones del Instituto de la Consolata, el 20 de septiembre celebró el quincuagésimo aniversario de su ordenación sacerdotal con el gozo de recibir una carta autógrafa de Pío XI, asistió a la beatificación de su tío José Cafasso, tan unido a él no sólo por vínculos de carne y sangre, sino por el seguimiento de su labor pastoral sobre todo en pro de sus hermanos sacerdotes. El sobrino había promovido con celo la causa de canonización de su venerado tío.

Su débil salud volvió a resentirse en 1925. El 16 de febrero del año siguiente, el siervo bueno y fiel entró en el gozo de su Señor (Mt 25,21.23). La ciudad de Turín se conmovió ante el anuncio de la muerte del celoso padre y pastor. Una multitud de fieles veneró ya sus restos mortales, que aguardan la resurrección en la casa madre de la Consolata. Pero el Beato José Allamano no moría solo: era el grano sembrado en tierra, en su misma tierra de Turín, que daría fruto (Jn 12,24) para la Iglesia de Cristo en su avance entre las gentes, para que a todos llegara el mensaje salvador. Él había sido fiel a la voz de su Maestro que lo escogió y le confió la misión de ir y dar fruto, un fruto que duraría siempre (Jn 15,16).

Al ir afianzándose su fama de santo, el arzobispo de Turín abrió en 1944 el proceso ordinario en orden al reconocimiento eclesial de la santidad del siervo de Dios, proceso que terminó en 1961. El papa Juan Pablo II lo declaró «venerable» en 1989 al reconocer sus virtudes teologales y cardinales en grado heroico.

El decreto de aprobación del milagro fue firmado el 10 de julio de 1990 y el 7 de octubre del mismo año Juan Pablo II celebró su solemne beatificación en la plaza de San Pedro del Vaticano, ante una multitud de conciudadanos del nuevo beato, de misioneros y misioneras de la Consolata y de fieles de tierras lejanas, llamados al Evangelio por la solicitud misionera del fundador de la Consolata.

Efectivamente. La obra del Beato Allamano, desde hace ya más de cien años, no ha dejado de dar fruto en la extensión y edificación de la Iglesia de Cristo. Nacida en un ambiente regional, el Instituto de la Consolata se ha ido afianzando como Congregación que ha arraigado en diversos países y ha evangelizado a muchos pueblos a lo largo y ancho de la geografía mundial. A partir de Kenia, las misiones de la Consolata se han extendido por Uganda, Tanzania, Etiopía, Mozambique, Sudáfrica, Congo y Costa de Marfil. En América Latina, Brasil, Colombia, Ecuador, Argentina y Venezuela se han beneficiado de su celo evangelizador. Corea, en Asia, también cuenta con misioneros de la Consolata. En Canadá y en los Estados Unidos de América, los misioneros del Beato Allamano despiertan sensibilidad misionera en aquellas Iglesias particulares. En Europa, los misioneros de la Consolata están presentes en Italia, en España (desde 1955), Gran Bretaña, Portugal y Suiza. La inculturación del mensaje cristiano y su «africanización» son empeño de los misioneros de la Consolata desde sus inicios. En América Latina atienden a los grupos étnicos más marginados: los indígenas, los afroamericanos y los suburbios de las grandes ciudades. En Europa y América del Norte su campo de acción son la animación misionera y vocacional y el trabajo con inmigrantes. En todas partes, quieren ser fieles a su «método Consolata»: sin dignidad humana no hay fe; la evangelización debe liberar, dignificar y salvar al hombre. Fue la gran intuición del Beato José Allamano, la nota de su carisma evangelizador, el gran mérito y ejemplo del sacerdote diocesano de Turín con ansias de misionero *para todas las gentes,* fiel al mandato que el Señor Resucitado dio a sus apóstoles (Mc 16,15). Por su ministerio y celo, la consolación y el gozo de la dignidad humana y de la fe, que simboliza y encarna Nuestra Señora, la «Consolata»,

han llegado a una multitud de hijos de Dios dispersos por el mundo.

PERE LLABRÉS

Bibliografía

AAS 83 (1991) 645-647.
AGASSO, D., *Giuseppe Allamano Fare bene il bene* (Borgo San Dalmazzo 1990), ed. castellana: *Hacer bien el bien· José Allamano* (Madrid 1991).
BARSOTTI, D., *Primauté de la sainteté: profil spirituel de Joseph Allamano, fondateur des Missionnaires de la Consolata* (Montréal 1980).
BERTOLOTTI, A. M., «José Allamano», en C. LEONARDI - A. RICCARDI - G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los Santos,* II (Madrid 2000) 1220-1222.
Bibliotheca sanctorum. Appendice prima (Roma [2]1992) cols.39-40
BONA, C., *La missione nel cuore* (Roma 1990).
CASTRO, L. A., *Padre y maestro de misioneros* (Turín 1986).
COTTI, M. M., *Giuseppe Allamano: la grande aventure* (Montréal 1990)
— *Joseph Allamano: the great adventure* (Toronto 1991).
PALACIO, A., *Beato José Allamano,* en *Nuevo Año cristiano. Febrero* (Madrid 2001) 246-254.
PARE, J., *Naître la mission: la vie de Joseph Allamano, fondateur des Missionnaires de la Consolata* (Montréal 1991).
PASQUALETTI, G., *Missionario per il mondo nella chiesa locale* (Turín 1976).
SALES, L., *Il Canonico Giuseppe Allamano fondatore dei Missionari e delle Missionarie della Consolata* (Turín 1936).
— *Compendio della vita del servo di Dio Giuseppe Allamano* (Turín 1945).
TUBALDO, I., *Giuseppe Allamano. Il suo tempo, la sua vita, la sua opera,* 4 vols. (Turín 1982).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN ELÍAS Y COMPAÑEROS

Mártires († 309)

El 16 de febrero del año 309 fueron torturados horriblemente y decapitados luego en Cesarea de Palestina cinco cristianos egipcios que volvían de visitar en las minas de Cilicia a los cristianos condenados a trabajo forzado en ellas.

Arrestados y llevados ante el gobernador Firmiliano, confesaron abiertamente su condición de cristianos y dijeron ser su patria Jerusalén, es decir, la Jerusalén celestial, verdadera patria de los creyentes en Cristo. No hubo modo de que apostataran; permanecieron firmes en la fe y alcanzaron la corona del martirio.

Cuenta su martirio Eusebio de Cesarea que estuvo presente.

SAN MARUTAS
Obispo († ca.420)

Marutas era obispo de Maiferkhat (Siria) en la frontera con el reino de Persia, donde hubo en el s. IV terribles persecuciones contra el cristianismo por mano del rey Sapor. Cuando subió al trono persa el año 399 el rey Yezdigerdo, Marutas comprobó que era un hombre de talante pacífico y tolerante y acudió a Constantinopla para pedir al emperador que procurara utilizar su influencia con el nuevo rey a fin de conseguir libertad para el cristianismo. Pero el emperador Arcadio, metido en los problemas con la destitución de San Juan Crisóstomo, apenas hizo caso del obispo sirio. Pero San Juan Crisóstomo, que en el exilio supo la estancia de Marutas en Constantinopla, pidió a su confidente y amiga, la santa diaconisa Olimpiades, que visitara al obispo y se informara de la situación religiosa persa.

Marutas se decidió a ir personalmente a la corte persa y abordar al rey, sirviéndole sus conocimientos de medicina que puso a disposición de la salud del rey, que mejoró. Naturalmente los sacerdotes de Zoroastro intentaron y lograron impedir que el rey fuera a convertirse al cristianismo, pero Marutas logró licencia para reunir el concilio de Seleucia, restaurar las destruidas iglesias del reino y hacerse con las reliquias de muchos mártires, en cuyo honor compuso himnos, y se las llevó a su propia ciudad episcopal que fue llamada Martirópolis.

La persecución volvería a la muerte de aquel rey, pero Marutas había muerto piadosamente antes que el monarca, fallecido en 420, calculándose que precedió al rey en cuatro o cinco años. Su memoria se celebra el 16 de febrero.

BEATA FELIPA MARERI
Virgen († 1236)

Era natural de Cicoli, junto a Rieti, donde nace a finales del s. XII hija del señor de Mareri.

Era muy joven cuando San Francisco de Asís se hospedó en su castillo y lo oyó predicar, quedando decidida a consagrar su virginidad a Jesucristo y renunciar a las cosas del mundo.

Era una joven instruida y se dice que sabía hablar perfectamente en latín.

Su padre le ofrece un ventajoso matrimonio, pero ella responde que se quiere consagrar a Cristo, a lo que su padre y su hermano se niegan. Ella se corta el cabello, se pone un hábito burdo y huye de su casa a una montaña para llevar vida de ermitaña junto con unas amigas que tenían sus mismos ideales. Esto conmueve a su hermano, que la busca, le ofrece un viejo convento de su propiedad, se lo acondiciona y puede establecerse allí el grupo de amigas como una comunidad religiosa. Recordando a San Francisco, elige la regla de las clarisas.

Felipa vive en la más evangélica pobreza y sigue con perfección todas las normas de la vida religiosa hasta su santa muerte ocurrida el 16 de febrero de 1236. Su culto inmemorial fue confirmado por el papa Pío VII el 30 de abril de 1806.

BEATO NICOLÁS DE PAGLIA

Presbítero († 1256)

Nació en Giovinazzo a finales del s. XII. Estando estudiando en la universidad de Bolonia oyó predicar a Santo Domingo de Guzmán y fue tanta la impresión que le causaron sus palabras que decidió dejarlo todo e ingresar en la Orden de Predicadores, en la que fue aceptado por el santo. Dedicó sus bienes a la fundación de conventos de la Orden.

Domingo apreció en Nicolás una inocencia y un candor admirables y decidió tenerlo como compañero en sus predicaciones. De esta forma se hizo un verdadero discípulo del santo, de cuyo espíritu se empapó.

Nombrado provincial en 1230, sobresalió por el éxito en reclutar nuevas vocaciones a la Orden, siendo muy fiel al espíritu primitivo de celo apostólico y vida sencilla. En 1255 otra vez fue nombrado provincial pero murió el 14 de febrero del año 1256 en Perusa. Su culto inmemorial fue confirmado el 24 de agosto de 1771.

17 de febrero

A) Martirologio

1. La memoria de los siete santos fundadores de la Orden de los Siervos de María, a saber: Bonfilio, Bartolomé, Juan, Benito, Gerardino, Ricóvero y Alejo, el cual fue el que pasó al Padre tal día como hoy del año 1310 **.
2. En Amasea del Ponto, San Teodoro († 306), mártir.
3. En Tréveris, San Bonoso († 373), obispo, ardiente defensor de la fe contra los arrianos.
4. En Armenia, San Mesrop († 440), monje y escritor insigne, que tradujo al armenio las Sagradas Escrituras *.
5. La conmemoración de San Flaviano († 449), obispo de Constantinopla, defensor de la ortodoxia, por lo que padeció destierro y murió **.
6. En Cluain Ednech (Irlanda), San Fintano († 603), abad *.
7. En Lindisfarne (Inglaterra), San Finano († 656), obispo.
8. En Auchy-les-Moines, San Silvino (ca.720), obispo regionario.
9. En Cava (Campania), San Constable († 1124), abad.
10. En Ratzeburgo (Alemania), San Evermodo († 1178), obispo, religioso premonstratense, discípulo de San Norberto.
11. En Padua, Beato Lucas Belludi († 1286), presbítero, religioso franciscano, compañero de San Antonio de Padua *.
12. En P'yong-yang (Corea), San Pedro Yu Chongyul († 1866), padre de familia y mártir *.
13. En Rosica (Polonia), Beato Antonio Leszczewicz († 1943), presbítero y mártir *.

B) Biografías extensas

LOS SIETE SANTOS FUNDADORES SERVITAS

(s. XIII-XIV)

Se ha hablado alguna vez de «constelaciones de santos». En efecto, en el cielo de la Iglesia, como en el cielo astronómico, los astros no se suelen presentar aislados, sino formando parte de «constelaciones»: grupos de santos que se influyen entre sí, se prestan mutuamente sus luces, se ayudan y se estimulan. Sin embargo, aunque esto sea verdad, no es menos cierto que cada uno de esos santos es luego, salvo el caso de los mártires, objeto de un culto individual, al que han precedido una beatificación y una canonización también individuales. Hay, sin embargo, una

excepción: el caso singularísimo de los siete fundadores servitas cuya fiesta celebra la Iglesia el 17 de febrero. Este grupo de siete almas, llegó a fundirse en el único ideal de «servir» a su Señora, y servirla de manera tan perfecta que las notas personales apenas tuvieran un valor relativo. Después de su muerte, su memoria y su culto fueron y siguen siendo algo esencialmente colectivo, y así sus nombres son prácticamente desconocidos, porque siempre se habla de ellos bajo la apelación de «los siete fundadores servitas».

Por eso, cuando las más antiguas crónicas tratan de la vida de fray Alejo de Florencia, el último en morir, y el que por estas circunstancias pudo ofrecer a los biógrafos alguna mayor ocasión de ser considerado individualmente, esos mismos biógrafos se apresuran a asegurarnos que la santidad de él mostraba la de sus seis compañeros Oigámosles:

> «Hubo siete hombres de tanta perfeccion, que Nuestra Señora estimo cosa digna dar origen a su Orden por medio de ellos No encontre que ninguno sobreviviera de ellos, cuando ingrese en la Orden, a excepción de uno que se llamaba fray Alejo [ ] La vida de dicho fray Alejo, como yo mismo pude comprobar con mis ojos, era tal, que no solo conmovía con su ejemplo, sino que tambien demostraba la perfeccion de sus compañeros y su santidad»

Es éste el único caso en que se da culto colectivo a varios santos confesores, y la misma liturgia, en el oficio divino y en la misa de este día, se ve forzada a modificar sus esquemas habituales para poder adaptarlos a una fiesta tan singular. Caso hermosísimo, que alienta a cuantos lo contemplamos a ir por el camino de la imitación Llegar a la santidad, es muy hermoso, pero todavía sería más hermoso aún que lográsemos esa santidad dentro de un grupo, ayudándonos unos a otros, estimulándonos con nuestro buen ejemplo, siguiendo las huellas de este hermoso caso de santidad colectiva.

Nos encontramos en el siglo XIII. Y he aquí que entonces va a producirse un fenómeno que ya antes se había producido muchas veces en la Iglesia, que hemos visto repetirse ante nuestros propios ojos en los días que vivimos, y que, sin duda, ha de continuar produciéndose también hasta el fin de los siglos. La fundación de una Orden o Congregación religiosa sin que, quienes

intervienen en ella, tuvieran al principio la más remota idea de emprenderla.

No sabemos si fueron estos siete jóvenes nobles de Florencia quienes, por sus relaciones comerciales, trajeron a la ciudad toscana la idea de aquella nueva cofradía. Acaso estuviera ya fundada y llevase unos años funcionando. Poco importa para nuestro intento. Lo cierto es que en Florencia, al comienzo del siglo XIII, encontramos una hermandad, llamada oficialmente sociedad de Santa María, pero más conocida por su nombre vulgar de los *laudesi,* o alabadores de la Santísima Virgen, a la que pertenecían siete mercaderes de las mejores familias de Toscana. Las crónicas nos han conservado su nombre: Bonfilio Monaldi, Bonayunto Magnetti, Manetto de l'Antella, Amideo Amidei, Ugoccio Ugoccioni, Sostenio de Sostegni y Alejo Falconieri. Tengamos, sin embargo, en cuenta que algunos de ellos cambiaron su nombre al hacer la profesión religiosa. Los siete formaban parte de lo que hoy llamaríamos la junta directiva, es decir, el elemento más vivo y entusiasta de la cofradía. No sabemos la fecha de su nacimiento, pero ciertamente eran todavía jóvenes cuando, en 1233, comenzaron los acontecimientos que vamos a narrar.

Fue el día 15 de agosto, ese día que, además de estar consagrado a la Asunción de la Santísima Virgen, ha sido también señalado para tantos y tantos acontecimientos importantes de la historia eclesiástica. Los siete gentileshombres florentinos sintieron aquel día una común inspiración. Oigamos, una vez más, al cronista clásico:

> «Temiendo su propia imperfección, pensaron rectamente ponerse a sí mismos y a sus propios corazones, con toda devoción, a los pies de la Reina del cielo, la gloriosísima Virgen María, a fin de que, como mediadora y abogada, les reconciliara y les recomendase a su Hijo, y supliendo con su plenísima caridad sus propias imperfecciones, impetrase misericordiosamente para ellos la fecundidad de los méritos. Por eso, para honor de Dios, poniéndose al servicio de la Virgen Madre, quisieron, desde entonces, ser llamados siervos de María».

Pidieron para eso la bendición de su obispo, que se la otorgó contento; se despidieron de sus familias, y el 8 de septiembre del mismo año 1233 se recogieron en una casita, Villa Camarzia, en un suburbio de Florencia, no lejos del convento de los

franciscanos, y en las inmediaciones de la antigua iglesia de Santa Cruz. Sin embargo, la casita, que ni siquiera era propiedad de ellos, sino de otro miembro de la cofradía, resultó pronto excesivamente céntrica para sus deseos de oscuridad, olvido y renunciamiento. Pasaron a otra casa que la cofradía tenía en el Cafaggio, en la que transcurrió bien poco tiempo, y pronto se planteó la cuestión de encontrar una sede que en cierto modo pudiera llamarse definitiva.

Pero antes un milagro vino a señalar cuán grata era a Dios la empresa que habían acometido. Alrededor de la fiesta de Epifanía del siguiente año, 1234, iban de dos en dos recorriendo las calles de Florencia y solicitando humildemente la caridad por amor de Dios, cuando se oyó exclamar a los niños, incluso los que aún no hablaban, señalándoles con el dedo: «He ahí los servidores de la Virgen: dadles una limosna». Entre aquellos inocentes niños que sirvieron para proclamar el agrado de Dios sobre la nueva Orden estaba uno que todavía no había cumplido los cinco meses, y que con el tiempo habría de ser una de sus más preciadas joyas: San Felipe Benicio.

El milagro vino a agravar la situación: las gentes empezaron a fijarse más en aquel humilde grupo y se hizo también más urgente la necesidad de alejarse de la ciudad. Por eso recurrieron ellos al obispo de Florencia, que tan acogedor se había mostrado desde el primer momento. Él, con el generoso consentimiento del cabildo catedral, les ofreció una porción de terreno en el monte Senario. Y allí se instalaron el día de la Ascensión del año 1234.

Es aquí, en el monte Senario, donde se inicia propiamente la vida religiosa. Hasta entonces sólo había habido una especie de tentativa. En el monte Senario construyen una iglesia, edifican unos míseros eremitorios de madera, separados unos de otros, e inician observancia con todo rigor. Reciben la visita del cardenal de Chatillon, legado del papa Gregorio IX en la Toscana y la Lombardía, quien les anima a continuar su vida, si bien moderando sus excesivas austeridades.

Pero la mejor y más preciada confirmación la tuvieron el Viernes Santo de 1239: la Santísima Virgen se apareció para encargarles que llevaran un hábito negro, en memoria de la pasión

de su Hijo, y para presentarles la regla de San Agustín. Después de esta aparición, ya no había lugar a dudas. Acudieron al obispo de Florencia para regularizar, por decirlo así, su situación canónica.

Y, en efecto, el obispo impuso a los siete el hábito que les había mostrado la Virgen, recibió sus votos y les dio las sagradas órdenes. Fue precisamente en esta ocasión cuando algunos de ellos cambiaron de nombre. Y fue también en esta ocasión cuando San Alejo Falconieri mostró sus deseos de no ser ordenado sacerdote, lo que consiguió, muriendo como hermano.

La obra estaba ya, en cierto modo, encauzada. Quienes sólo habían pensado en vivir con mayor entusiasmo los ideales de su piadosa confraternidad, encontraban ya ordenados sacerdotes, con unos votos emitidos y con una regla, la de San Agustín, recibida al par de la Santísima Virgen y de la autoridad eclesiástica. Faltaba, sin embargo, dar un último paso para que naciera una nueva Orden religiosa: la admisión de novicios. Hubo sus discusiones, y mientras unos se inclinaban a admitirlos, contando con el favor del obispo, siempre inclinado en este sentido, otros preferían mantener su vida en el cuadro de la primitiva sencillez.

El hecho es que en el huerto en el que trabajaban para huir del demonio de la ociosidad, se había producido, en la noche que precedió al tercer domingo de Cuaresma del año 1239, un significativo milagro. Una viña, mientras todo el resto del terreno estaba endurecido por la helada, se cubrió de frutos sin haber tenido previamente flores, y extendió de manera maravillosa sus brazos fecundos. Ya no cabía duda: todos vieron en el prodigio una señal de la voluntad de Dios y un presagio de los futuros destinos de la naciente familia religiosa.

Y, en efecto, los novicios empezaron a llegar en gran número. El fervor se mantuvo y atrajo las simpatías de toda la región. No faltaron tampoco insignes aprobaciones. San Pedro de Verona visita el monte Senario y alienta a los servitas en su vida religiosa. Poco después, en 1249, el cardenal Capocci, legado del Papa en Toscana, aprueba la Orden y la coloca bajo la jurisdicción de la Santa Sede. Dos años más tarde, el 2 de octubre de 1251, el papa Inocencio IV nombra al cardenal Fiechi primer

protector de los servitas. En 1255 un rescripto del papa Alejandro IV daba la aprobación definitiva a la Orden y la autorización para nombrar un superior general. Nuevas aprobaciones llegaron de los papas Urbano IV y Clemente IV.

¿Será necesario decir algo de cada uno? En realidad las vidas corren casi paralelas y resulta difícil separarlas. El más anciano de ellos, Bonfilio Monaldi, fue el primer superior que gobernó la comunidad durante los dieciséis primeros años de tentativas. En 1251 fue nombrado superior general de la Orden, de manera provisional. Cuando en 1255, Alejandro IV aprueba solemnemente la Orden, convocó un capítulo general y dimitió su cargo. Ya desde entonces sólo se dedicó a la oración y a la penitencia en el retiro. En 1262, volviendo de visitar los conventos de la Orden, acompañando a San Felipe Benicio, devolvió dulcemente su alma a Dios después de maitines, encontrándose en el oratorio.

Le había sucedido, como general de la Orden, primero en el sentido canónico, Juan Magnetti. Pero por poco tiempo. De los siete, fue éste el primero en volar a Dios el 31 de agosto de 1257. Con una muerte hermosísima: celebró la santa misa en presencia de sus hermanos, anunció su próximo fin, dio a conocer algunos detalles de la vida futura de la Orden que le habían sido revelados por Dios. Después, como era viernes, quiso, según era uso entre ellos, comentar la narración de la Pasión. Y al llegar a las palabras: «En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu», expiró.

También al tercero de los tres compañeros le correspondió gobernar toda la Orden. Elegido superior general en 1265, contribuyó extraordinariamente al desenvolvimiento de la Orden por su actividad y el resplandor de su virtud. Dos años después renunció a su oficio y consiguió que fuera elegido para sucederle San Felipe Benicio. A los pocos meses, el 20 de agosto de 1268, moría asistido por su propio sucesor.

Mucho más sencilla es la vida del cuarto, Amideo Amidei. Había nacido en 1204 en el seno de una familia dividida por violentas enemistades. Era de un candor tal, que su misma familia evitó siempre mezclarle para nada en aquellas animosidades. Su vida religiosa fue también sencilla, limpia, retirada,

humilde. Fue elegido prior de Monte Senario y, después, de Cafaggio. Pero no pudo decirse que tales dignidades llegasen a cambiar el humilde curso de su vida. El 18 de abril de 1266 entregaba su alma a Dios. Todo el convento se sintió envuelto por un perfume celestial, mientras una resplandeciente llama volaba desde su celda hasta el cielo.

Pero acaso sea todavía más encantadora la vida de otros dos de los siete compañeros: Ugoccio Ugoccioni y Sostenio de Sostegni. Eran amigos desde su misma juventud. Juntos entraron a formar parte del grupo. Juntos se santificaron en los largos años de preparación de la Orden. Cuando ésta empezó a extenderse, les fue, sin embargo, forzoso separarse. Sostegni fue elegido vicario general de Francia; Ugoccioni, de Alemania. Los dos trabajaron con todas sus fuerzas en la difusión de la Orden en sus respectivas provincias. Ya ancianos, San Felipe Benicio les llamó a Viterbo para la celebración de un capítulo general que habría de reunirse en mayo de 1282. En Monte Senario, al que tantos y tan dulces recuerdos les ligaban, se encontraron los dos ancianos, y allí hablaron largamente de todas las cosas que habían ocurrido en los últimos cincuenta años, y de lo que habían hecho por la propagación de la Orden. Hablando estaban cuando se dejó oír una voz que decía: «Servidores de Dios y de María, no lloréis más la prolongación de vuestro destierro: vuestros trabajos tocan ya a su fin». En efecto, llegados al convento, el agotamiento y la fatiga les obligaron a acostarse. Y al mismo tiempo murieron, el 3 de mayo de 1282. San Felipe Benicio vio aquella noche dos lirios de una blancura deslumbrante que eran cortados en la tierra e inmediatamente presentados a la Virgen en el cielo. Comprendió que los dos ancianos habían dejado este mundo, y así se lo anunció a los religiosos que estaban con él en Viterbo.

Nos queda San Alejo Falconieri. Es el que más vivió, pues alcanzó los ciento diez años de edad. Nacido en Florencia en 1200, murió el 17 de febrero de 1310. Entró el más joven de todos en la Orden, rehusó siempre ser sacerdote y vivió con gran humildad, dedicado, como hermano lego, a recoger limosnas y a trabajar en las más humildes tareas. Fue el instrumento de que Dios se sirvió para la santificación de su sobrina, Santa Juliana

Falconieri, y quien la animó a abrazar la vida religiosa. Su larga vida le hizo presenciar un episodio harto doloroso que se produjo en 1276... y su feliz solución.

En efecto, en ese año 1276 el papa Beato Inocencio V comunicó a la Orden de los servitas que la Iglesia la consideraba como extinguida, a causa del canon 223 del segundo concilio de Lyón. Habían desaparecido ya de la tierra cuatro de los siete fundadores. Otros dos de ellos estaban ausentes de Italia. La tempestad parecía amenazante y hubo momentos en que todo estuvo a punto de perderse. Hay quien dice que de hecho se habría perdido si no hubiera mediado la fortaleza y el ánimo de San Felipe Benicio.

Fue él quien levantó la bandera mariana y alegó que la Orden había sido aprobada repetidas veces por los Romanos Pontífices. Sólo San Alejo llegó a ver la victoria. San Felipe Benicio y los otros dos fundadores supervivientes murieron antes de que el 11 de febrero de 1304 el papa Benedicto XI la confirmara de nuevo. Todavía había de vivir seis años gozando de la admirable expansión que tras esta confirmación tuvo la Orden.

En efecto, como si el triunfo después de tan deshecha tempestad hubiera sido la señal que se esperaba para lanzarse por todo el mundo, la Orden se extendió desde entonces con particular fuerza, y en el siglo XIV contaba con más de cien conventos y con misiones en Creta y en las Indias. La reforma protestante le hizo perder un buen número de conventos en Alemania, pero la Orden prosperó en el mediodía de Francia. El final del siglo XVIII le fue funesto, como a todas las Órdenes religiosas. Pero en el siglo XIX se extendió a Inglaterra, y después a América. Muy recientemente se ha implantado también en España.

Como hemos dicho, desde el primer momento, al poco tiempo de muerto San Alejo, la historia nos habla del culto colectivo a los siete fundadores. Sin embargo, habría de pasar mucho tiempo antes de que este culto obtuviera la plena aprobación canónica. Todos ellos habían muerto en Monte Senario, salvo San Alejo, cuyo cadáver fue prontamente transportado allí. Benedicto XIV atestiguaba que en sus tiempos los cuerpos estaban conservados en la iglesia de Monte Senario, bajo el altar

de la capilla situada bajo el coro. Sin embargo, este Papa creó una seria dificultad para su posible canonización, exigiendo que para cada uno de los siete fueran presentados cuatro milagros, y que, por consiguiente, las siete causas se vieran independientemente. De hecho, los primeros bolandistas no los mencionaban, con la única excepción de San Alejo.

En 1717, Clemente XI aprobaba el culto del Beato Alejo, y en 1725, el de los otros seis. Sólo en tiempo de León XIII, como consecuencia de un clamoroso milagro ocurrido en Viareggio como consecuencia de la invocación colectiva a los siete fundadores, se pudo volver al primitivo procedimiento: estudiar simultáneamente y en una sola causa la santidad de los siete. La causa tuvo éxito feliz, y el 15 de enero de 1888 fueron solemnísimamente canonizados. El 28 de diciembre del mismo año se fijaba su fiesta para el 11 de febrero. Años después, la fiesta fue pasada al 12, para dar lugar a la celebración de la aparición de la Inmaculada en Lourdes. Así sus fieles siervos cedieron, por medio de la Orden por ellos fundada, a la Santísima Virgen el lugar que venían ocupando en el calendario.

LAMBERTO DE ECHEVERRÍA

Bibliografía

Annales Ord. S. Mar., I, 2.ª ed. Asimismo, *Monum. Ord. Serv. Mar.*, t.XVI (para la historia de la Orden).

HÉLYOT, P., *Histoire des Ordres monastiques*, III (París 1714-1719) 296s.

MORINI, A. - SOULIER, P. (eds.), *Monumenta Ordinis servorum sanctae Mariae* (Bruselas 1897-1905) I p.60s; III p.53s.

MORINI, A., *Studi storico-critici sopra i Santi Fondatori dell'Ordine dei Servi di Maria...* (Siena 1888).

Sobre San Alejo: LEPICIER, A., *Saint Alexis Falconieri, des saints fondateurs de l'Ordre des serviteurs de Marie* (Bruselas 1910).

SAN FLAVIANO DE CONSTANTINOPLA

Obispo († 449)

Se sabe poco de su vida anterior a su pontificado. Teodoro el Lector (s. VI) dice que Flaviano fue sacerdote y que guardaba los vasos sagrados de la iglesia catedral de Santa Sofía en Constantinopla. Parece que fue discípulo de Teodoro de Mopsuestia,

tal vez en el sentido general de seguir la cristología antioquena. En julio del año 446 fue elegido para la sede del patriarcado de Constantinopla, como sucesor de San Proclo. Pronto entró en conflicto con la corte imperial, en la que dominaba el eunuco Crisafio, por haber enviado a Teodosio II sólo un pan bendito y no eulogias de oro, que a Flaviano le parecía era simoníaco. Otro episodio fue que Crisafio quería que Santa Pulqueria, hermana de Teodosio II, fuese diaconisa, con el fin de alejarla de la corte, a lo cual se opuso Flaviano.

Flaviano era recto y modesto, de una gran mansedumbre, pero poco hábil para la oratoria sagrada. No quiso inmiscuirse en la contienda cristológica que continuó después del concilio de Éfeso (431) en el que fue condenado Nestorio. Buscó siempre la paz y el bien de la Iglesia, pero sin dejar su responsabilidad. Intervino en la deposición de Bassiano, obispo de Éfeso (448). Formó un tribunal con el fin de examinar lo referente al nestorianismo de Iba, obispo de Edesa. Intervino mucho en lo referente al monofisismo de Eutiques. Fue el que estaba a la cabeza de los oponentes de Eutiques, más bien por su autoridad y virtud que por sus conocimientos teológicos y actividad doctrinal. Esto explica que toda esa controversia fuese como un duelo entre Dióscoro, patriarca de Alejandría, representante del monofisismo, y el pacífico patriarca de Constantinopla Flaviano, personificación de la doctrina ortodoxa de las dos naturalezas en Cristo. Estando así las cosas, Flaviano celebró un sínodo en Constantinopla, en el que trató de conciliar las dos partes, pero a instancia de otros obispos el sínodo defendió las dos naturalezas en Cristo. Fue invitado Eutiques a dar cuenta de su doctrina, pero en un principio evadió esa invitación. Por fin, se presentó y se negó a admitir las dos naturalezas en Cristo. Por eso, habiéndose puesto de manifiesto la herejía de Eutiques por su propia confesión, el sínodo lanzó anatema contra él y contra todos sus partidarios.

Fue el primer paso dado oficialmente contra el monofisismo. Pero Eutiques y los suyos no se sometieron. Por medio de pasquines que colocó por las calles de la capital, protestó contra el sínodo de Constantinopla. No contento con esto, apeló al papa León I, a quien envió informe detallado de todos los

acontecimientos, mirados desde su punto de vista. Más aún, por medio de Dióscoro y de Crisafio, obtuvo que el emperador enviara también él cartas favorables al Papa.

Al leer el papa León I el memorial de apelación enviado por Eutiques y las recomendaciones de la corte imperial, se dio cuenta inmediatamente de la gravedad de la situación. Pero quiso mayor información por parte de Flaviano y de otros. Cuando llegó esa información se dio cuenta del estado del asunto, compuso la célebre respuesta de la Carta a Flaviano en la que exponía la doctrina de las dos naturalezas en Cristo. Aprobaba, por lo mismo, lo decidido por Flaviano y el sínodo de Constantinopla.

Mas, como era de esperar, ni Eutiques ni Dióscoro aceptaron la solución del Papa, sino que, al contrario, se dedicaron más que antes a propagar sus errores e incluso a provocar que el emperador convocase un sínodo general en Éfeso. Para guardar las formas se invitó al Papa, el cual envió como legados suyos a los obispos Julio y Renato, y al diácono Hilario. Se fijó la fecha de su celebración para el mes de agosto del año 449.

Lo que pasó en este sínodo fue una continua violencia desde el principio hasta el fin. Por decisión del emperador la presidencia la ocupó Dióscoro, acompañado de gran número de monjes que más bien parecían fuerzas de asalto. Su plan era deshacer lo establecido por el sínodo de Constantinopla y, por lo tanto, también lo dispuesto por el Papa en su Carta a Flaviano. Más que sínodo fue una rebelión manifiesta. Se procedió a la deposición de Flaviano, objeto particular de los celos y de los odios de Dióscoro. Al ver que Flaviano apelaba al Papa y los legados pontificios protestaban de la violación de los derechos del Papa, Dióscoro, lleno de ira, llamó a la fuerza de los soldados imperiales, quienes arrastraron al patriarca Flaviano fuera del local y le condujeron como malhechor al destierro. Fueron tales los malos tratos que le infligieron que murió en el camino. Esto se conoce con el nombre del Latrocinio de Éfeso, desautorizado por el Papa. Después de muchos hechos lamentables, por parte de todos se decidió convocar un nuevo concilio que se celebró en Calcedonia el año 451, en el que se leyó la Carta de San León Magno a Flaviano y los obispos allí reunidos pro-

nunciaron la célebre frase: «Ésta es la fe de los Apóstoles. Así lo creemos todos. Pedro ha hablado por la boca de León».

En los Sinaxarios griegos Flaviano es conmemorado el 17 de febrero. Hilario I (461-468) hizo construir al lado del baptisterio lateranense oratorios, decorados con mármoles preciosos y mosaicos, el de la Santa Cruz tenía la figura de San Flaviano con la corona y la palma del martirio.

MANUEL GARRIDO BONAÑO, OSB

Bibliografía

Acta sanctorum, februarii, III (Anvers 1658) 72-80.
CAMELOT, P. TH., *Éphèse et Chalcédoine* (París 1926).
LLORCA, B., *Historia de la Iglesia Católica. Edad Antigua* (BAC, 1955) 571-562.
Y en general todas las Historias de la Iglesia y de los Concilios.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN MESROP
Obispo († 440)

Mesrop fue un gran hombre de Iglesia en el s. V, realizando una gran labor en Armenia, su patria, y en Georgia. Nació h. el año 360 y fue un estrecho colaborador del patriarca armenio Isaac el Grande († 439) y de su obra de inculturación de la liturgia y la enseñanza de su Iglesia.

Un tiempo llevó vida de ermitaño y se dedicó al estudio de las lenguas griega, siríaca y persa, lo que le dio acceso a la literatura de estas lenguas. Ordenado sacerdote, comenzó a realizar un gran trabajo apostólico y echó de menos que la Sagrada Escritura, las obras de los Santos Padres y la propia liturgia no estuvieran en la lengua del pueblo. Pensó entonces en su traducción al armenio pero se halló con que no había un alfabeto. Abordó entonces la composición de un alfabeto propio, hecho a partir del griego, y seguidamente la traducción de la Biblia, siendo suya la del Nuevo Testamento y el libro de los Proverbios. Luego se pasó a la traducción de la liturgia.

Consagrado obispo, extendió su actividad misionera a Georgia, con idéntico afán de acercar Biblia y liturgia al habla del pue-

blo y se dice que mandó buscadores de manuscritos tan lejos como a la propia Roma. Estableció una escuela en Georgia y luego volvió a Armenia.

En Armenia fue animado por el patriarca San Isaac a la fundación de una escuela similar, en lo que se ocupó con éxito, siendo él así el verdadero padre de la literatura armenia.

Murió en Valarshapat en febrero del año 440.

SAN FINTANO

Abad († 603)

A este San Fintano se le conoce por de Clonenagh por ser éste el sitio donde primero llevó vida eremítica y luego, cuando acudieron a él innumerables discípulos, organizó un monasterio.

Este santo irlandés pasa a la historia del monasticismo por haber sido quizás el más exigente de todos en materia de abstinencia de alimentos, reducida la comida a pan y verduras no cultivadas, hierbas en el verdadero sentido de la palabra. Pero esta abstinencia, que a no pocos les resultó imposible de cumplir, no hacía de él un hombre hosco o rudo. Por el contrario, era la amabilidad y dulzura personificada, y era capaz de comprender a quienes no podían seguir su sistema de vida, bien que otros muchos sí podían, tanto que se dice que no había modo de contar el número de sus monjes. También se dice que los monasterios vecinos protestaron del descrédito que a ellos les venía de la excesiva austeridad del de Fintano.

Se le atribuyeron muchos milagros. Murió en su monasterio el 17 de febrero del año 603.

BEATO LUCAS BELLUDI

Presbítero († 1286)

Era natural de Padua, donde nace hacia el año 1200 en el seno de la poderosa familia Belludi. Cuando tenía veinte años oye predicar a San Francisco de Asís y se siente atraído por su ejemplo de tal modo que ingresa en la Orden de Menores. Hace

el noviciado, y una vez profeso, San Francisco lo destina al sacerdocio, que recibe.

Cuando San Antonio de Padua recibe la tarea de ser predicador popular por los pueblos del norte de Italia y sur de Francia, fray Lucas le es asignado como compañero y colaborador, y ésta es la tarea que Lucas ejerce hasta la temprana muerte del Santo Doctor.

Lucas se opone valientemente a la tiranía de Ezzelino, cuyo representante Ansidisio tuvo que escuchar las invectivas de Lucas contra la crueldad de su gobierno y contra sus atropellos a la Iglesia. La venganza no se hizo esperar: Lucas fue desterrado y a su propia familia le llegó también la cólera del tirano, ya que le fueron confiscados sus bienes. Las cosas no pudieron arreglarse hasta después de la muerte de Ezzelino.

Lucas prosiguió su trabajo en Padua, y producida la canonización de San Antonio, trabajó en la construcción de una basílica en su honor. Elegido provincial de la Orden, levanta un magnífico convento junto a la basílica y logra al mismo tiempo la creación de otros conventos de su Orden.

Lucas perseveró en su tarea evangelizadora que se completaba con el ejemplo de vida santa que dio siempre, sobresaliendo por su caridad y humildad. Vino a morir con ochenta y cinco años el 17 de febrero de 1286 y fue enterrado en la misma sepultura en que inicialmente estuvo el cuerpo de San Antonio. Su culto inmemorial fue confirmado por el papa Pío XI el 17 de mayo de 1927.

SAN PEDRO YU CHONGYUL

Mártir († 1866)

Pedro era un cristiano coreano, que no porque se hubiese desatado la persecución contra el cristianismo abandonó sus convicciones religiosas. Era un hombre casado y padre de familia, y decidió colaborar en mantener la fe de los fieles, y para ello por la noche celebraba reuniones en casa del catequista de P'yong-yang, pueblo del que era él, y allí leía a los reunidos el evangelio y los animaba a perseverar.

Una delación hizo que la policía supiera de estas reuniones y fuera Pedro sorprendido cuando leía el evangelio a los fieles. Aprehendido, se le intimó la apostasía pero Pedro se mantuvo firme y entonces fue azotado tan bárbaramente que de resultas de los azotes expiró. Era el 17 de febrero de 1866.

Pedro fue canonizado en Seúl junto con otros muchos mártires coreanos por el papa Juan Pablo II el 6 de julio de 1984.

BEATO ANTONIO LESZCZEWICZ

Presbítero y mártir († 1943)

Nació el 30 de septiembre de 1890 en Abramowszczyzna, parroquia de Wojstom, diócesis de Vilna, hijo de Juan y Carolina.

Estudió el bachillerato en San Petersburgo y pasó luego al seminario diocesano donde concluyó los estudios sacerdotales y se ordenó presbítero el 13 de abril de 1914. Seguidamente fue destinado al ministerio parroquial y estuvo en Irkucz, Czyta y Harbin, todas estas parroquias en Manchuria, distinguiéndose por su celo apostólico tanto en su calidad de párroco como en la de profesor de religión. En 1937 marchó a Polonia, donde decidió su vocación religiosa e hizo el ingreso en la Congregación de Padres Marianos, emitiendo la profesión religiosa el 13 de junio de 1939.

En agosto de ese mismo año los superiores le encomiendan se ponga al frente de un centro pastoral en Druja, Bielorrusia. Tras la ocupación rusa, vino la ocupación alemana, que de momento no significó persecución contra la Iglesia. Se organizó un equipo misionero, al frente del cual se puso al P. Antonio y que desarrolló una vasta labor para sostener la fe de la población católica. Se supo que los nazis iban a tomar represalias contra los agentes de esta misión y se les advirtió a los sacerdotes componentes que abandonaran la región, pero el P. Antonio y su compañero el P. Kaszyra decidieron quedarse y correr el riesgo. Y esto trajo consigo el que fuera asesinado el 17 de febrero de 1943.

Ha sido beatificado como mártir por Juan Pablo II el 13 de junio de 1999.

18 de febrero

A) MARTIROLOGIO

1. En Beit Lapat (Persia), San Sadoc, obispo, con ciento veintiocho compañeros, presbíteros, clérigos y vírgenes consagradas, los cuales por negarse a adorar al Sol fueron atormentados y muertos († 342) *.

2. En Toledo (España), San Eladio († 633), obispo y anteriormente abad **.

3 En Constantinopla, San Tarasio († 806), obispo, que abrió el Concilio Niceno II para la aprobación del culto a las sagradas imágenes *.

4. En el monasterio de St. Riquier o Centula, San Angilberto († 814), abad, que se hizo monje al tiempo que su esposa ingresaba en un monasterio y renunció a sus cargos palatinos.

5. En Coimbra (Portugal), San Teotonio († 1166), fundador de los canónigos regulares de la Santa Cruz *.

6. En Roma, Beato Juan de Fiésole, llamado el Beato Angélico († 1455), presbítero, de la Orden de Predicadores, sublime pintor y patrono de los artistas **.

7. En Londres, Beato Guillermo Harrington († 1594), presbítero y mártir bajo el reinado de Isabel I *.

8. En Londres (Inglaterra), Beato Juan Pibush († 1601), presbítero y mártir bajo el reinado de Isabel I *.

9. En Ou-Thang-Fu (China), San Francisco Regis Clet († 1820), presbítero, de la Congregación de la Misión, mártir **.

10. En Kay-Tcheu (China), San Juan Pedro Neel († 1862), presbítero, de la Sociedad de Misiones de París, que junto con los santos Martín Ou-Sue-Chang, catequista, Juan Tchang, neófito, y Juan Tchen, padeció martirio por la fe *.

11. En Bérgamo (Lombardía), Beata Gertrudis (Catalina) Comensoli († 1903), virgen, fundadora de la Congregación de Adoradoras del Santísimo Sacramento **.

12. En Rosica (Polonia), Beato Jorge Kaszyra († 1943), presbítero, religioso de la Congregación de Clérigos Marianos, mártir *.

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SAN ELADIO

Obispo y abad († 633)

El nombre de San Eladio nos traslada al siglo de oro de la Iglesia visigótica, fruto éste del gran movimiento religioso que siguió a la conversión de Recaredo en 589. Aunque introducido

en edad muy temprana, el cristianismo peninsular hubo de superar no sólo la era de las persecuciones, sino los años tumultuosos de las invasiones bárbaras, alanos y suevos sobre todo, que devastaron la sociedad hispana tanto en el terreno civil como en el religioso y eclesiástico cuando éstos apenas estaban tomando cuerpo después de la paz de Constantino. Más tarde la monarquía visigoda echó los cimientos de un Estado que lentamente estabilizó el orden político y social pero que, como en otros reinos godos que sucedieron al poder de la Roma imperial, era de confesión arriana. Existía, por tanto, una escisión entre la monarquía y la mayor parte de la población española, que quedó subsanada cuando en el III Concilio de Toledo el monarca visigodo abrazó la fe católica.

Desde ese momento la preocupación máxima de la Iglesia se centró en afianzar la unidad y solidez de la fe ya común y en perfeccionar la vida interior de la comunidad cristiana. Ello se tradujo en un florecimiento de la vida y de las instituciones de la Iglesia española, impulsada también por otros concilios provinciales que siguieron inmediatamente al de Toledo: Sevilla, en 590; Zaragoza, en 592; Toledo en 597; Huesca, en 598; Barcelona, en 599. A ellos seguirían, a lo largo del siglo VII, muchos otros, tanto generales como regionales. Es sabido que, sobre todo los concilios de Toledo, tuvieron una influencia decisiva sobre la vida de la nación española a la que aportaron la fe y la cultura religiosa cristianas, que fue el aglutinante fundamental de la misma. Una acción dirigida por un notable plantel de obispos que dejarían una huella muy profunda, tanto en la vida eclesial como en la nacional: Leandro e Isidoro de Sevilla, Braulio y Tajón de Zaragoza, Eladio, Eugenio, Ildefonso y Julián de Toledo, Martín de Dumio, Juan de Biclara, Fructuoso de Braga, etc. Son los grandes prelados de la España visigoda, muchos de ellos inscritos en el santoral de la Iglesia universal.

Pero esta contribución de la Iglesia se expresó también en otros dos ámbitos. Uno de carácter cultural, como fue la transmisión de la herencia del mundo clásico: su pensamiento, su arte y sobre todo el derecho romano, del que muchos eclesiásticos fueron maestros y supieron dirigir su aplicación a las situa-

ciones cambiantes de la nueva sociedad hispana, tanto en sus propias instituciones como en las del Estado. Otra de esas esferas fue la cooperación prestada por la Iglesia al fortalecimiento de la unidad nacional, establecida sobre dos referentes esenciales: el de la monarquía visigoda y el de la fe católica común. Ambos factores conformaron la sociedad hispano-visigoda durante dos siglos, aunando estrechamente el Estado, la Iglesia y el pueblo en una empresa conjunta cuya fuerza, todavía persistente, fue más adelante el punto de partida para la reacción frente a la invasión musulmana.

Como en el resto de la Iglesia, también la de España conoció, en esta época visigótica, una institución de gran arraigo y de muy intensa influencia, tanto espiritual como social y cultural. Ya hay indicios de vida monástica en el siglo IV, pero habría que esperar dos siglos más para que pudiera desarrollarse vigorosamente a lo largo de toda la península. Lo cual ocurrió bajo sus dos formas: eremítica y cenobítica, la primera de las cuales encontraría una expansión muy notable durante largo tiempo. Pero fueron sobre todo los monasterios los que constituyeron centros de vida religiosa a los que afluyeron hombres y mujeres atraídos por un ideal de consagración a Dios y de servicio a los hombres. De no pocos de estos monasterios tenemos la referencia pero no el nombre: los autores y documentos de la época aluden a los monjes y a los eremitorios y cenobios existentes en una u otra región, pero sin que esas noticias aporten, en muchos casos, datos concretos.

Sí conocemos, afortunadamente, uno de los más importantes del reino, el de San Cosme y San Damián de Agali, junto a la ciudad de Toledo y en las orillas del Tajo. Su cercanía a la capital política y religiosa y la seriedad de las observancias que en él se practicaban atrajo a buen número de personas, procedentes con frecuencia de la nobleza. Seguramente, a lo largo del siglo VII fue el monasterio más conocido de la península y el que prestó mayores servicios a la sede de Toledo. De él salieron, para regirla, media docena de obispos en un siglo, de los que algunos más insignes ya han sido mencionados arriba. San Ildefonso, que fue uno de ellos, escribe de su cenobio: «ilustre y de todos conocida es esa casa que con cariño de madre me ha hecho monje. Todos

saben que en ella brillan los dones de Dios y la hermosura de la santidad clara y perenne» *(Varones ilustres,* VII).

Puede decirse que sobre los monjes recayó lo más importante de la tarea de dirección, expansión y animación de la Iglesia. Es algo de lo que refleja la crónica Biclarense cuando atribuye a San Leandro y a Eutropio, abad del monasterio servitano, la organización de todos los asuntos relacionados con el III Concilio de Toledo, cuyos resultados culminaron en el acceso pleno de Recaredo a la fe de la Iglesia con la abjuración de su antigua fe arriana. A ellos perteneció San Eladio, cuyos datos biográficos, muy someros, debemos al mismo San Ildefonso, quien, siguiendo la línea de San Jerónimo y más cercanamente de San Isidoro, escribió la obra *De viris illustribus,* en la que narra brevemente la vida de personajes importantes. Es una de las fuentes más interesantes que poseemos para el conocimiento de la vida eclesiástica española y de sus protagonistas, y en menor medida para los asuntos políticos, sociales y religiosos de la época.

La historia nos presenta a Eladio como un personaje visigodo en quien se unía la pureza de la sangre a dotes humanas y espirituales que tenían el reconocimiento de todos. Nada más sabemos de él antes de que el brillo de esas cualidades mereciera el aplauso de todos. Fue ello lo que atrajo la atención del rey Sisebuto, quien le convocó a la corte, en la que pronto se ganó la estima de todos, adquiriendo una gran relevancia en el mismo estamento de los «muy ilustres» que rodeaban al rey. Estas dotes motivaron que algún tiempo después fuera elevado a la categoría de gobernador de los negocios públicos, aunque se desconoce la naturaleza exacta y la extensión de sus funciones. Eladio desempeñó, pues, una actividad política y civil de la máxima responsabilidad antes de incorporarse a la vida eclesiástica.

En realidad, el atractivo por la vida virtuosa y por el servicio de Dios era una vieja inclinación, alimentada seguramente al calor de la familia y en el proceso de su maduración espiritual. Lo que sabemos con certeza es que no esperó a encontrarse en el monasterio para poner en acción algunas prácticas más propias de un religioso que de un seglar: «todavía en hábito civil, realizó las obras y aspiraciones de un monje», dice el autor de la nota biográfica por la que le conocemos. El hecho es que las ocupa-

ciones de gobierno, el bullicio palatino y las relaciones humanas a las que debía atender, no le impidieron compartir su tiempo con la comunidad del monasterio de Agali y con las sencillas tareas a que sus monjes dedicaban parte del día. Por eso, siempre que podía, abandonaba la ciudad y participaba en los trabajos manuales monásticos, lo que, según las Reglas medievales, constituía una de las ocupaciones de los religiosos durante muchas horas al día. El trabajo había sido considerado por los legisladores monásticos como uno de los ingredientes capitales en la organización de la vida interna de los cenobios, no sólo como ocupación destinada a evitar el ocio indolente, sino como elemento ascético que permitía cumplimentar el mandato divino del trabajo. Un valor que era también humano y social, y que a lo largo de la Edad Media influyó de manera decisiva en la formación de la civilización occidental como aportacion de los monjes a la construcción de Europa.

Por otra parte, los monasterios eran, por lo común, entidades autónomas que debían asegurar por sí mismas sus propias necesidades económicas, para lo que debían disponer de recursos e instalaciones para el caso Parece que la abadía toledana contaba con algunos de esos equipamientos, como la panadería, para cuyo horno el aristócrata Eladio transportaba, cuando se encontraba conviviendo con la comunidad, los materiales combustibles: leña, paja, ramaje. Sin embargo, lo que preferentemente buscaba era la soledad y el trato con los religiosos, siempre preocupado de que los asuntos temporales no le impidiesen el cultivo de la contemplación, hacia la que cada vez se sentía más inclinado.

La atracción por ella se mostró, al fin, más fuerte, y un día resolvió abandonar los quehaceres y halagos del mundo. Dios le llamaba a su servicio con la entrega total de su vida en el silencio y la austeridad del convento, una opción que sin duda no le impedía servir la causa del rey y de la sociedad por otros caminos, he hecho más eficaces. Resolvió, pues, renunciar completamente a las actividades de la alta administración y a las preocupaciones y honores que la acompañaban y, tras haber comunicado su decisión al monarca, pidió a los monjes su admisión y la confraternidad con ellos.

No hay datos sobre las circunstancias y la fecha de este ingreso en el monasterio, ni sobre el tiempo que transcurrió hasta que la capacidad de gobierno que había mostrado en el siglo le fue solicitada para que rigiera ahora aquella comunidad. Convertido en abad, puso todas esas dotes de espíritu y de dirección en la guía de aquel grupo de monjes, tanto en lo espiritual como en lo temporal. El resultado fue un notable incremento en su patrimonio de virtud, no menos que en el de los bienes materiales, ya que, como era práctica habitual, Eladio traspasó al monasterio al menos una buena parte de los suyos.

Tampoco sabemos cuánto tiempo pudo disfrutar de la paz de aquel lugar y de la compañía de aquellos hermanos. Lo cierto es que esta doble experiencia en el gobierno de los hombres propició que San Eladio fuera elegido por el rey Sisebuto para la mitra de Toledo. Sucedió en ella a Aurasio en el año 615 y, a pesar de su avanzada edad y de sus achaques, rigió el obispado de la ciudad real durante dieciocho años, la mayor parte bajo el reinado de Suintila (621-631). La prudencia del administrador y la austeridad del monje marcaron su actuación en unos años en que la Iglesia de España debía consolidar su régimen institucional y afianzar la intensidad de la vida religiosa cuando todavía estaba dando sus primeros pasos tras la etapa abierta por la entrada del reino godo en la comunidad católica.

Discreción y firmeza eran cualidades indispensables en estos años iniciales, tanto de la Iglesia como de la nación, cuando ambas acababan de asentar las bases de su unidad. En esta difícil empresa una responsabilidad muy particular recaía sobre los titulares de la metrópoli toledana, tanto por su proximidad al centro de decisiones políticas, como por la primacía que de hecho ejercían en la gestión de los asuntos eclesiásticos.

Pero junto a estas cualidades de visión, energía y tacto, era necesaria también, en su caso, la santidad, como condición no sólo de la ejemplaridad, sino como fuerza que hace recto y eficaz el ejercicio de la autoridad. San Ildefonso subraya, breve pero fuertemente, esta combinación de buen juicio y de perfección en la virtud que Eladio aportó a la administración de la Iglesia de Toledo. Una de sus características, asegura el mismo,

fue el ejercicio de la caridad, pues consideraba a los desvalidos como sus propias entrañas y miembros de su cuerpo. Sabemos que ello era una práctica común entre los obispos y clérigos visigodos, como se nos ha transmitido, entre otros, de San Julián y San Fructuoso. Lo cual permitía a la Iglesia estar en contacto inmediato con las necesidades de las gentes más humildes, en línea con la caridad evangélica, que hace inseparable el amor a Dios y al prójimo, la entrega de los dones espirituales y la preocupación por las carencias humanas.

Al contrario que otros obispos de su tiempo, como Isidoro, Braulio, Ildefonso, Julián, San Eladio no dejó ningún escrito. Fue un hombre de hechos más que de palabras, por lo que prefirió que hablara su vida: «se negó a escribir, pero su existencia de cada día constituye una página de su doctrina», dice bella y exactamente San Ildefonso. Lo que significa que sus contemporáneos, sobre todo los más cercanos a él, supieron detectar la excelencia superior de sus cualidades espirituales y leyeron en ellas el testimonio elocuente de las ideas que dirigieron sus actos ejemplares. Su biógrafo no le conoció por mucho tiempo, pero recogió de quienes más le habían frecuentado las pruebas de esta reputación, de la que él mismo pudo tener la evidencia directa a través del corto contacto personal con él. Ildefonso, en efecto, recibió de él, un año antes de su muerte, el grado de levita, cuando ya era él también monje en Agali. La convivencia con quienes habían conocido al abad y al obispo Eladio, su predecesor en la sede toledana, a la que accedió procedente del mismo monasterio, le suministró una segura información acerca de su personaje, aunque nos hubiera gustado mayor abundancia de información.

Poco más sabemos de su vida, ni tampoco de su actitud en la pugna sostenida por los magnates y el clero para desposeer a Suintila, lo cual finalmente se hizo sin derramamiento de sangre. Se conserva una carta de San Isidoro dirigida a Eladio en coincidencia con un sínodo presidido por él. En ella se refiere al delito contra la castidad cometido por el obispo de Córdoba, instándole a que, juntamente con los obispos reunidos en asamblea, le impusieran una penitencia. Más tardíamente, San Eulogio nos informa en su *Apología de los mártires* que él fue quien lle-

vó a cabo la consagración, en 618, de la basílica de Santa Leocadia, edificada por orden del rey Sisebuto. Convertida en una de las iglesias más antiguas y representativas de la capital visigoda, ella fue la que acogió la mayor parte de las asambleas de los concilios generales de Toledo, y también de los restos de los obispos toledanos del siglo VII, probablemente también los de San Eladio.

El santo arzobispo de Toledo murió, con toda probabilidad, el 18 de febrero del 633, durante el reinado de Sisenando (631-636). No asistió, por tanto, al IV Concilio de Toledo que comenzó ese mismo año, el 5 de diciembre, reunido en la basílica de Santa Leocadia. Con él se abrió la serie de los concilios generales de Toledo. Pero es lógico conjeturar que sí intervino en las tareas previas de organización y que, de hecho, debió dejarlas bastante avanzadas. Tanto la temática como las propuestas que habrían de formularse tendrían en él el apoyo o la iniciativa de quien era, en la fase preliminar de la reunión conciliar, la primera autoridad de la Iglesia y a la que habría de corresponder la presidencia en las sesiones, seguramente compartida con el rey, que es quien lo había convocado. Cabe, pues, pensar en una participación intensa en los trabajos preparatorios y una aportación personal importante en la selección y enfoque de los asuntos que iban a abordarse.

Las actas del Concilio nos ilustran sobre lo que fueron las cuestiones y preocupaciones que ocuparon de hecho a los conciliares. Las más importantes estuvieron relacionadas con la consolidación de la fe católica, tanto a nivel colectivo como personal, después de que en el 589 hubiera tenido lugar el acontecimiento de la plena comunión del rey Recaredo con la doctrina católica. La Iglesia comprendió la necesidad de asentar este hecho, que afectó muy hondamente al conjunto de la sociedad hispana, tanto en la esfera religiosa como en la civil, lo que requería un esfuerzo de afianzamiento y arraigo en el interior de las conciencias y en las instituciones del país.

A este efecto, el canon primero rubricó la confesión completa de la fe apostólica. Con la finalidad, además, de robustecer esta fe colectiva, se institucionalizó la convocatoria del Concilio general, que sería anual cuando los asuntos estuvieran relacio-

nados con la promoción de la fe y del culto, y que podían ser provinciales cuando se tratara de cuestiones disciplinares. En su mayor parte los trabajos de este IV Concilio de Toledo versaron sobre la reforma y disciplina interior de la Iglesia, como soporte fundamental para enriquecer la práctica de la vida religiosa.

En estrecha relación con ello, estuvo presente en las deliberaciones la disputa sobre la conversión de los judíos, pues una vez convertidos los arrianos, eran ellos los únicos que permanecían fuera de la unidad religiosa. Frente a la presumible resistencia que esta medida podría encontrar entre los hebreos, el rey Sisenando, que participaba, con otros estamentos civiles, en las deliberaciones, planteó la utilización de la coacción, proponiendo la imposición del destierro a los que se negaran. Ello provocó la reacción crítica de San Isidoro, aunque también él postulaba esa conversión, y él mismo indujo a otros obispos, como San Braulio *(Ep. XXI),* a optar por el método de la predicación y el ejemplo. La razón del interés por esa conversión se fundaba no sólo en razones eclesiales, sino en la necesidad experimentada de impedir que los judíos pudieran romper la unidad religiosa recién lograda. Y puesto que ésta era el aglutinante esencial de la unidad política, Estado e Iglesia coincidieron en un esfuerzo común por lograr esa conversión que eliminara una eventual amenaza para la integridad de la nación.

San Eladio había desaparecido, pero no sin dejar preparado el camino hacia su misma silla episcopal de Toledo a una serie de discípulos que se formaron bajo su experta dirección, más o menos inmediata, en el monasterio de Agali, el mismo que le había acogido a él: los obispos Justo, Eugenio e Ildefonso.

ANSELMO ÁLVAREZ NAVARRETE, OSB

Bibliografía

Acta sanctorum, o.c , III, 81ss.
ALDEA, Q. - MARIN, T. - VIVES, J., *Diccionario de historia eclesiastica de España,* II (Madrid 1972) 781.
FLOREZ, E , *España sagrada,* V, 240-244
ILDEFONSO, SAN, *De viris illustribus,* VII· PL 96,201-202.
ISIDORO, SAN, *Epistola V Isidori Helladio...:* PL 83,902.
MABILLON, *Acta sanctorum OSB,* feb. 111, 81-84.
PEREZ DE URBEL, J , *Los monjes españoles en la Edad Media,* II (Madrid 1934) 298-302
YEPES, A. DE, *Crónica general de la Orden de San Benito,* II (Madrid 1959-1960) 49-50.

BEATO ANGÉLICO O JUAN DE FIÉSOLE

Presbítero († 1455)

El fraile dominico Juan de Fiésole gastó su vida como pintor, y sólo representó temas cristianos. Giorgio Vasari (1511-1574) lo define como realmente muy santo y sencillo en sus costumbres, lo que le permitía pintar a los santos como verdaderos santos. Equivale a decir que en sus cuadros se trasluce la luminosidad de su vida interior. Pero a Vasari se le adelantó en muchos años el provincial de la Orden de Predicadores Doménico de Corella al calificar al artista como un pintor angelical; de ahí la denominación de Angélico, que muy pronto le aplicaron los dominicos: junto al Doctor Angélico con libro y pluma, Santo Tomás de Aquino, situaron imaginariamente al Pintor Angélico, Juan de Fiésole, con su paleta y su pincel. Su santidad quedó de algún modo proclamada a raíz de su muerte, en el epitafio grabado en su sepulcro: *Non mihi sit laudi quod eram sicut alter Apelles, sed quod lucra tuis omnia, Christe, dabam.* «No se me alabe por haber sido como otro Apeles, sino, oh Cristo, porque todo lo he dado por tu amor».

La denominación de *Beato Angélico* pronto se vio popularizada. Apurando conceptos, Hegel es rotundo al resaltar en fríos términos de filósofo la grandeza interior del fraile pintor: «Fray Angélico creó una obra que nunca ha sido superada en la profunda sinceridad de su concepción». Cabe decir, en consecuencia, que así como en los escritos de San Agustín o de Santa Teresa de Jesús se evidencia su verdad íntima, así en las pinturas de Fray Angélico fulgura la pureza lírica de su alma.

Y a la vista está el singular proceso de su beatificación: mientras que para otros santos han sido argumento importante sus propios escritos, para Fray Angélico, del que ni siquiera nos ha quedado una sola carta, lo son todos y cada uno de sus cuadros. De su biografía se ocupó ampliamente el citado Vasari, que le dedica sabrosas páginas, atendiendo muchas veces a la diversa ubicación de los cuadros, y sazonándolas con anécdotas recogidas de algunos dominicos, ninguno de los cuales, por cierto, había tratado en vida al fraile pintor. La búsqueda de referencias escritas en actas conventuales, testamentos y libros de cuentas ha sido últimamente muy fecunda para fijar con exacti-

tud fechas y lugares. La principal consecuencia es que Fray Angélico no fue un pintor retardatario florecido en un retiro monacal: hubo un pintor Guido di Pietro que se convirtió en el pintor Fray Juan de Fiésole.

Guido o Guidolino, el nombre que le fue impuesto en el bautismo, nació en Mugello, cerca de Vicchio, no lejos de Florencia, el año 1400 cuando terminaba el siglo del Gótico y comenzaba el del Renacimiento. De su familia sabemos que su padre se llamaba Pietro, hijo de un tal Gino, y que tuvo un hermano que ingresó también en la Orden de Predicadores (Fray Benedetto) y una hermana (Monna Checca) casada en Florencia. Muy probablemente toda la familia se trasladó a esta ciudad, y aquí comenzó su formación artística en alguno de los florecientes talleres de pintura. Su primera obra artística, *Madonna con bambino,* hoy conservada en el Institute of Fine Arts de Detroit, tal vez la realiza ya en 1417 y ciertamente no después de 1420. Hay datos sobre otras pinturas que se le encargan en el mismo año de 1417.

Su primer contacto con los dominicos de que hay constancia se produce el año 1419: Fray Borghese, del convento florentino de Santa María Novella, le encarga y paga una pequeña obra efímera que adquiere muy bello significado: la decoración del cirio pascual. La actividad artística del joven pintor se ejercita en este convento, y en él madura su vocación religiosa, que quizás alumbró definitivamente al encenderse el cirio pascual por él decorado. Es precisamente en este año de 1419 cuando los frailes de Santa María Novella donaron a Bernabé degli Agli el pequeño convento de Santo Domingo de Fiésole, clausurado diez años antes, para que, restaurado y engrandecido, pudiera reabrirse pronto como un centro de la reforma dominicana. No pudo este convento comenzar mejor su nueva andadura un año después: tuvo como primer prior nada menos que al sabio y santo Antonino Pierozzi, que andaba entonces por los 31 años. Es el famoso San Antonino de Florencia. Entre los primeros novicios que en el mismo año recibieron el hábito figuró el joven de veinte años Guido di Pietro, que pasó a llamarse fray Juan de Mugello.

Su noviciado y su primera formación —filosofía y teología— transcurren bajo el mandato de Pierozzi, a quien conti-

nuó vinculado durante toda su vida. La reforma dominicana supuso algunas novedades llamativas dentro de la Orden. A Fray Angélico le afectó muy positivamente la de no considerar la pintura como oficio servil, incompatible con la misión del fraile dominico. En los conventos no reformados el pintor sólo habría podido dedicarse a su oficio en la condición de hermano converso, sin recibir el orden sacerdotal. Con la reforma, en cambio, tan fraile predicador podía ser el que supurara teología por el pincel como el que lo hiciese mediante la pluma. Seguramente la sabiduría de San Antonino tuvo a punto esta visión para aplicarla desde el comienzo al genial pintor.

Otro dato hay digno de tenerse en cuenta: las casas de las órdenes mendicantes —tales las de dominicos y franciscanos—, emplazadas en centros urbanos, no eran centros aislados de vida monacal como las abadías benedictinas o cistercienses; así, los frailes dominicos se desplazaban desde sus conventos a localidades cercanas o distantes para cumplir con su misión de *contemplata aliis tradere,* transmitir a otros lo contemplado. La obediencia, además, imponía cambios de residencia al compás de las necesidades de la Orden. Y bien atestiguados están los movimientos y contactos con constructores y artistas del fraile pintor desde Fiésole, que fue su convento durante 18 años, hasta finales de 1438 o comienzos del 39: en adelante será ya Fray Juan de Fiésole.

¿Cuándo fue ordenado de sacerdote? Aunque falta el documento preciso, se da por muy probable el año 1427. Poco después es elegido vicario (1432), elección que se repite en 1435. Con su arte propició día a día el ambiente contemplativo de la casa poniendo un toque divino en las distintas estancias. El último domingo de octubre de 1435, se celebró la consagración de la iglesia embellecida con la gran tabla del altar mayor y las de otros dos altares laterales. En el retablo central de 212 × 237 es patente el poderío espiritual y la jerarquización devocional definitivamente alcanzada por Fray Angélico a sus 35 años: la Virgen entronizada, en quien Cristo niño tiene su mejor sede, rodeada de ángeles, dos de los cuales le ofrecen canastillas de rosas, bella alusión, sin duda, a la devoción mariana del rosario, y los tres santos de la Orden que tantas veces volvería a pintar

con los mismos atributos: Santo Domingo, el fundador, con la azucena de pureza, Santo Tomás de Aquino con el libro y la pluma, y San Pedro de Verona, con la palma del martirio... ¡Un claro programa de contemplación, estudio devoto y ascetismo que llega profundamente a las almas mediante la luz y el color! De la etapa fiesolana de Fray Angélico quedan otras obras maravillosas realizadas para este convento, algunas repartidas actualmente por distintos museos (entre ellas la *Anunciación* del Museo del Prado), y otras que atestiguan sus desplazamientos atendiendo a peticiones de su propia Orden, de los monjes camaldulenses de Florencia, de los frailes servitas de Brescia, de los franciscanos de Montecallo de Valdarno... Las pinturas en tabla pudo perfectamente realizarlas en Fiésole, con la ayuda cierta de algunos colaboradores, en adecuado taller que, evidentemente, fue para los discípulos escuela de piedad. Consta que en 1438 estuvo en Cortona para hacer entrega del tríptico en el que figura la Virgen con cuatro santos y escenas de Santo Domingo en la predela. De esta estancia es testimonio pictórico el fresco de la luneta sobre la puerta que da acceso a la iglesia.

En enero de 1436, el papa Eugenio IV, a petición de Cosme y Lorenzo de Medici, promulga una bula por la cual daba a los dominicos de Fiésole el convento de San Marcos de Florencia, que antes había pertenecido a los silvestrinos. Varios dominicos de Fiésole se trasladaron aquí ese mismo año. Fray Angélico llegó a comienzos de 1439, con la gran suerte de tener de nuevo como prior a San Antonino (1439-1444). La remodelación arquitectónica se había confiado a Michelozzo, y él debía realizar la decoración pictórica. Sin duda los frescos de San Marcos son lo más importante que legó a la posteridad. Tras recorrer el convento queda en el alma profunda impresión de severidad y una inefable sensación de luz. Y se nos revela la santidad del autor sobre todo cuando entramos en cada una de las celdas destinadas a novicios, hermanos legos y frailes predicadores. Dichoso el religioso que tuvo la suerte de ocupar, por ejemplo, la celda 27, teniendo permanentemente ante los ojos el fresco de *Cristo atado a la columna;* ni la Virgen ni Santo Domingo asistieron a este misterio de dolor, pero Fray Angélico los introduce en el cuadro para que el fraile ocupante contemple con María e

imite a su padre Santo Domingo. Se cree que no existe un plan general que inspire el conjunto de las pinturas de las celdas, a diferencia de lo que ocurre en el ciclo de los frescos de siglos posteriores; y se da por cierto que el pintor respondió fraternalmente con su arte a las preferencias devocionales de cada fraile, casi siempre marcando la presencia de la Virgen y de Santo Domingo...

Fue, sin duda, su sistema de contemplación: ver a Cristo a través de los ojos de María para seguir el modelo del santo fundador. A la comunidad conventual de San Marcos le hablaban continuamente las visiones ultraterrenas con que pobló los austeros muros de las estancias comunes: el gran crucifijo del claustro ante el que permanece arrodillado Santo Domingo; sobre la puerta de la hospedería, dos dominicos que reciben al mismo Cristo en hábito de peregrino; sobre la de la sacristía, San Pedro de Verona que invita al silencio; en la sala capitular, una gran crucifixión con multitud de figuras bíblicas de enorme fuerza narrativa y santos de distintas épocas y lugares, todos de tamaño natural: quiere dar sentido a las reuniones conventuales y a su proyección hacia el exterior. Al rematar la escalera que conduce al primer piso, la escena de la Anunciación invita a la devoción mariana: «Cuando pases por delante de la Virgen Inmaculada, recuerda que debes saludarla con un Ave».

El *retablo de la Iglesia de San Marcos* es la creación más importante de Fray Angélico en este género. A la consagración de este templo (el 6 de enero de 1443) asistió el papa Eugenio IV con todo el colegio cardenalicio y numerosos obispos presentes en la ciudad con motivo del Concilio de Florencia. Los años que Eugenio IV permaneció aquí corresponden a la presencia de Fray Angélico (1438/9-1445). Ya de regreso a Roma, el Papa lo reclama: su primer trabajo debía consistir en pintar al fresco la capilla de San Pedro en la basílica homónima. La persona de Fray Angélico impresionó tanto al Papa que muy pronto lo quiso nombrar arzobispo de Florencia. No quiso aceptar, y por indicación suya fue designado San Antonino. El dato está registrado en el proceso de beatificación de este santo.

Para el mismo papa Fray Angélico decoró la Capilla del Sacramento de los palacios vaticanos. Fue destruida en 1540 en

aras de las nuevas construcciones de Pablo III, y bien podemos suponer que la poesía eucarística de Santo Tomás de Aquino movió su prodigioso pincel. El 11 de enero de 1447 se encuentra de nuevo con San Antonino que acude a Roma para su primera visita *ad limina*. Poco después, el 23 de febrero, fallecía Eugenio IV asistido por el santo. La elección del nuevo papa Nicolás V tuvo lugar el 23 de marzo. De lo pintado por Fray Angélico en Roma sólo se han conservado las pinturas con que decoró la capilla pontificia de los santos Esteban y Lorenzo, ayudado principalmente por Benozzo Gazzoli; y con razón es considerada como uno de los monumentos más insignes del arte italiano. El fasto de la corte pontificia no dejó de impactar al fraile pintor: hay un toque de ostentosa magnificencia, bien distinto de la severidad que en San Marcos inspiraba la reforma dominicana. Si aquí pintó complaciendo a sus frailes, en Roma debió satisfacer los gustos renacentistas de Nicolás V.

El de Fiésole seguía siendo su convento amado y a él regresa a finales de 1449, seguramente urgido por la enfermedad de su hermano Fray Benedetto, prior del convento, que muere al año siguiente. Fray Angélico le sucede en el priorato, sin interrumpir su predicación mediante el pincel. Desde la catedral de Prato lo reclaman para que pinte la capilla mayor y hasta recurren a la mediación de San Antonino. Fray Angélico se traslada a esta ciudad, pero regresa sin aceptar la propuesta, incompatible tal vez por su absorbente tarea de prior y algunos síntomas de falta de salud. Pero su destino final era Roma, a donde acude de nuevo terminado su priorato, llamado por los dominicos de la Minerva. En 1439, hallándose en San Marcos, había pintado un crucifijo que perdura con un dominico arrodillado y junto a él el capelo cardenalicio: parece una buena indicación de que el comitente fue el munífico cardenal español Tomás de Torquemada. Se cree que la llamada a Roma se debió a este cardenal, deseoso de enriquecer con sus pinturas el claustro de la Minerva...

No pudo realizar el ambicioso plan. Falleció el 18 de febrero de 1455 y fue sepultado dentro de la iglesia conventual, en la capilla de Santo Tomás de Aquino. ¡Bello destino! El pintor Angélico reposa desde entonces en la capilla del Doctor Angélico.

El título de Beato sólo empezó a tenerlo oficialmente en la Iglesia a partir del 3 de octubre de 1982, con la beatificación decretada por Juan Pablo II. Dos años después, el 18 de febrero de 1984, lo proclamó *Patrono universal de todos los artistas,* diciendo junto a su sepulcro la primera misa que se celebró en su honor. Entonces pronunció la bellísima homilía en la que se incluyen estas palabras: «El Beato Juan de Fiésole fue un religioso ejemplar y un gran artista, un sacerdote-artista que supo traducir en colores la elocuencia de la palabra de Dios».

JOSÉ M.ª DÍAZ FERNÁNDEZ

Bibliografía

ARGAN, G. C., *Fra Angelico* (Ginebra 1955).
BARTZ, G., *Guido di Piero, llamado Fra Angelico* (Colonia 2000).
CENTI, T. M. - ODDASSO, A. C., «Giovanni da Fiesole», en *Bibliotheca sanctorum* (Roma [2]1996) 797-805.
VASARI, G., *Las vidas de los más excelentes arquitectos, pintores y escultores italianos desde Comabue a nuestros tiempos* (Madrid 1998) 267-271.
VENCHI, I., «Giovanni da Fiesole», en *Bibliotheca sanctorum. Appendice prima* (Roma [2]1992) cols.568-569.

SAN FRANCISCO REGIS CLET

Presbítero († 1820)

¿Sucedió hace un siglo? ¿Ocurrió quizá ayer por la tarde? ¿Ha salido en los periódicos de esta mañana la noticia de que un sacerdote francés ha sido asesinado en China? ¿O quizá mañana? ¿O siempre? Es una vieja historia. Desde el anciano Ignacio, el de Antioquía, comido por los leones, hasta el sacerdote que quizás ahora está muriendo en una cárcel de cualquier parte, la cadena de sacerdotes pasando de mano en mano la antorcha de la fe, manchada en sangre, no muere nunca, hasta el fin. Francisco Regis Clet fue un eslabón. Nadie ha dicho que tú o yo no podamos ser otro.

Francisco Regis Clet fue un paúl francés. Francisco Regis Clet fue durante catorce años profesor de teología de un seminario. Durante un año fue director de novicios. Durante veintisiete años fue misionero en China. Desde hace ciento veintiocho años es un habitante del cielo. No fue obispo. No fue predicador de Notre Dame. No murió joven, ni fue un santo

arrollador en los que el brazo de Dios obra a modo de relámpago. Apenas hizo nada que no pueda hacer un profesor de seminario. Pero tuvo el coraje de subir paso a paso hasta la cumbre.

Siempre quiso ser mártir, pero no murió mártir hasta los 72 años. Murió sin prisa, año a año, en Europa y en China, pensando siempre: «Para mí, vivir es Cristo, y morir, una recompensa». Una recompensa cuando Dios quiso, y mientras tanto evitó la muerte que dejaría a muchos cristianos sin sacerdote, huyó de las persecuciones chinas, se refugió con sus cristianos en las montañas, se escondió en los pozos y en las cuevas, huyó de casa en casa.

Una mañana, disfrazado de comerciante, con una vasija de aceite en la mano, Regis Clet salía de la última casa que le había servido de refugio. Aquella noche alguien le llamó mientras dormía:

—¡Francisco, Francisco, que vienen los soldados, levántate!

Francisco siguió dormido. Entonces ese alguien le tiró del brazo.

—De manera que están los perseguidores a la puerta y tú duermes tan tranquilo.

Se levantó de la cama. No vio a nadie. (¿Será el ángel?) Celebró la misa, se disfrazó y abrió la puerta para escapar. Allí estaban los soldados. El cristiano renegado que venía con ellos dijo:

—Ése es.

Francisco se adelantó.

—Amigo, ¿a qué has venido?

Sabía muy bien que ningún lugar de prendimiento, aunque sea Ho-nan, allá en China, está muy lejos de Getsemaní. Ni tampoco está muy lejos del Calvario aquella cruz de Hou-pe donde murió dos años después.

El 17 de febrero de 1820 los soldados de la prisión de Hou-pe entraron en la celda donde estaba el padre Clet con el sacerdote nativo Chen. Dijeron a Clet:

—Síguenos.

—¿Me volveréis de nuevo aquí?, preguntó Clet.

Los soldados callaron. Entonces el padre Chen les miró.

—Decid la verdad. Los europeos no temen la muerte.

—La verdad es que no ha de volver.

El padre Clet pidió unos momentos para hablar con su compañero, del que recibió por última vez la absolución sacramental. Quisieron darle unos vestidos nuevos para ir al suplicio por estar ya viejos los que llevaba. «No voy al suplicio como un mártir, contestó, voy como un penitente». Antes de salir se volvió hacia los cristianos que lloraban tras él, diciendo: «No abandonéis jamás la fe». Y salió.

Apenas había amanecido. En Pekín, a muchas leguas de allí, tampoco había amanecido ni amanecería en todo el día, ni al día siguiente. Durante tres días estuvo la ciudad envuelta en tinieblas cerradísimas que muchos atribuyeron a castigo por el asesinato de Clet. En Hou-pe apenas había amanecido. Un grupo de soldados conducía hacia las afueras de la ciudad a un viejecito de setenta y dos años, mal vestido, con su barba blanca demasiado larga, encorvado y gastado, pero sonriente. Llegaron al campo de los ajusticiados. Había allí una cruz, no muy alta. Sólo lo preciso para que un hombre pudiese morir en ella estrangulado. Clet, después de haber estado un momento arrodillado junto a ella, levantóse diciendo: «Podéis atarme ya». Y le amarraron. Con las cuerdas, bajando desde el cuello, le sujetaron las manos a la espalda, y le ataron los pies, uno sobre otro.

Ya no quedaba más que morir. Pero, en China, morir estrangulado es morir tres veces. El verdugo aprieta tres veces el cuello para hacer regustar el tremendo sabor de la muerte. Los cristianos pagaron a los verdugos para evitar que el suplicio fuese tan cruel con este pobre anciano. Pero fue inútil. El verdugo apretó hasta el límite de la muerte y soltó. Un momento más de vida para volver a morir. Un instante más para volver a ver los setenta y dos años de vida que se van.

Dicen que al morir la vida aparece junta y más clara. Toda la vida como es, como un suspiro, que dice el salmo. Francisco Regis Clet había reunido ahora, como en un puñadico, todo lo que quedaba de su vida, todos los recuerdos. En su prisión, cuando volvía al calabozo despedazado, hecho polvo después de las torturas de los interrogatorios, Francisco Regis Clet no dormía. Rezaba y recordaba durante toda la noche, arrodillado en un banquillo. Una noche el carcelero le vio así, solo y despierto y aún sangrando. «¿Qué prodigio, preguntó a la mañana

siguiente, qué prodigio quería obtener este anciano que ha pasado de ese modo en vela toda la noche?». El prodigio de morir por Cristo, de ofrecerle todo lo que había sido su vida. Otro carcelero puso una cadena sobre el banquillo para que no se arrodillase. Pero él hizo como si no se diese cuenta y se volvió a arrodillar allí, rezando y recordando.

Ahora, desde el umbral de la muerte, lo tiene todo fresco en la memoria, todo junto para ofrecérselo a Dios. Desde la soga de estrangulado puede ver allá lejos, más allá de estas montañas de China, mucho más allá de lagos y bosques, la dulce Francia, y aquella ciudad de Grenoble, al pie de los Alpes, donde nació el 19 de agosto de 1748. Puede recordar a su padre, comerciante de tejidos, a su madre, Claudina Bourquy. Recordar su despedida para ingresar en el seminario de la Congregación de la Misión de Lyón. Su ordenación sacerdotal en 1773, sus años de profesor de teología en Annecy, donde era llamado «biblioteca ambulante». Su marcha a París para la Asamblea General de la Congregación, y su nombramiento de director de novicios. Y aquella noche del 12 al 13 de julio, cuando las turbas que hicieron la Revolución Francesa asaltaron la casa de San Lázaro a las dos de la madrugada. Él, con los demás sacerdotes, se había refugiado en las casas cercanas. Cuando volvieron al día siguiente sólo encontraron lo que queda después de una tormenta, un montón de muebles y altares destrozados en medio de unas paredes desnudas. Y muy cerca de allí un cuerpo en su ataúd. El cuerpo de Vicente de Paúl. Cuando las turbas, gritando, derrumbándolo todo, se encontraron de repente ante el cuerpo de San Vicente de Paúl, callaron. Allí estaba el padre de los pobres, el hombre del pueblo, el único corazón de Francia que podía detener todas las revoluciones del hambre y del odio. Y dejando las hachas y descubriendo las cabezas, cargaron el ataúd y en un silencio de muerte lo transportaron a la próxima iglesia.

Francisco se acuerda de Vicente de Paúl. Siempre ha vivido bajo su luz. Hace ya veintinueve años, poco después del asalto a San Lázaro, besó por última vez sus reliquias.

¡Tantas cosas sucedieron hace veintinueve años! ¡Qué lejos quedó Francia desde entonces! ¡Qué lejos su casa, su familia, su hermana María Teresa! María Teresa, la hermana mayor,

había sido como una madre para los hermanos pequeños de la familia Clet. Francisco era el décimo de los quince hermanos. Son emocionantes las cartas de despedida entre los dos hermanos, antes de embarcarse Francisco para China. María le escribió llorando que no les abandonase para siempre. Francisco contestó:

> «Aprovecho la noche que precede a mi salida para contestar a tu ternísima carta. Ya esperaba yo que tu constante y dulce cariño hacia mí no te había de permitir obedecer a la invitación que te hacía de que no intentaras quebrantar mi proyecto... Las cosas han avanzado demasiado y no me arrepiento en modo alguno de mi conducta. No por falta de amor hacia ti, sino porque creo que en esto sigo los designios de la Providencia hacia mí».

Todo el cariño más puro y más fuerte que puede contener el pecho de un hombre se levantó entonces en el corazón de Francisco. Hace falta haber sufrido este género de pena para comprenderlo. María Teresa era para él el amor de su madre muerta, el amor de la familia, el hogar, toda su infancia personalizada en una persona. Era la parte que en su vida había cabido al amor humano. Pero la voluntad de Dios estaba más allá del mar. A pesar de todo, allí se iría, pues. No se vieron al despedirse, no se habrían de volver a ver en la vida. Pero no importa. Unos momentos antes de embarcarse le escribió de nuevo: «[...] Ruega al Señor que me haga cumplir exactamente su obra. Comunica otra vez mis afectos a mis queridos hermanos, así como también a mi cuñado y sobrinillos. Encomiéndame a las oraciones de mi tía, de la carmelita, y persuádete de que por muy apartado que de ti me halle, jamás te olvidaré». Y cruzó el mar, dejándolo todo detrás, dejando su tierra que amaba como un francés ama a Francia, dejando cuarenta y tres años, media vida, detrás. Ahora estaba en China, ahora iba a morir. Pero, «por muy apartado que de ti me halle, jamás te olvidaré».

Después de un noviciado de costumbres y usos chinos, marchó a la misión del Kiang-si. Pero el lenguaje chino no se aprende en un día. Francisco necesitó toda su paciencia y tesón para aprenderlo. Enseguida marchó al Hou-Kouang, subdividida en las provincias de Hou-pe y Ho-nan, donde había diez mil cristianos diseminados, refugiados en las montañas por causa de la persecución de 1784, y por miedo a los Peisien-kiao, ban-

das de sublevados contra el emperador. Y para tantos cristianos, a veces cinco sacerdotes, a veces tres, a veces sólo el padre Clet, caminando de monte en monte, disfrazado. «Para ponernos al abrigo de una sorpresa, escribe, hemos formado, en unión de nuestros cristianos, campos fortificados en las cumbres de los montes». Y ni aun esto bastaba, porque los revolucionarios venían a cualquier hora quemándolo todo. Así, escribió Clet:

> «Han visitado mi casa y se han llevado cuanto han querido; pero no la han incendiado. La casa tiene dos cuartos e invadieron el primero mientras yo me estaba tranquilamente en el segundo. No tenían más que abrir la puerta y me hubieran prendido. Pero no abrieron, sino que se entretuvieron en beberse el vino que encontraron, y después se marcharon».

En medio del peligro salía hacia grupos de cristianos que hacía veinte o treinta años no habían visto un sacerdote. Y en los días de descanso confesaba durante nueve o diez horas seguidas, y al final todavía conservaba su buen humor para decir: «Aquí hay algunos cristianos tibios, pero gracias a Dios no existen filósofos ni mujeres teólogas».

A todos los rincones llegaba la fama de su abnegación, sabiduría y santidad, y era considerado como el oráculo de los misioneros de China, según testimoniaba muchos años más tarde otro mártir de China, el Beato Gabriel Perboyre. Si un día libraba del demonio a una mujer con sólo tocarla con la estola, otro día conseguía una lluvia torrencial después de haberse puesto a rezar a petición de los cristianos, y de haberla anunciado. Un día, navegando por el río, le dijo el barquero: «Si no se levanta un viento favorable que nos aleje de la orilla, le reconocerán y prenderán». No había el viento suficiente para hacer temblar la hoja de una flor de loto. Pero, de improviso, mientras rezaba, se levantó un viento que alejó la barca de la costa... Volvía otro día a casa y unos paganos le esperaban en un recodo del camino para abalanzarse sobre él y despojarle de cuanto llevaba. Pero no pudieron moverse de espanto al verle venir rodeado de luz y avanzando sin pisar el suelo.

Bueno, ya estamos en el fin. Cuánto ha tardado en llegar. ¡Hacerse viejo en los escondrijos, vivir sabiendo que el mandarín ha ofrecido tres mil tails y la condecoración nacional por la cabeza de uno! ¡Y todavía en estas circunstancias tener valor y

humor para escribir desde su escondite: «No deseo de las cosas de aquí abajo más que un buen reloj de bolsillo, pues de los que me enviaron hace dos años sólo uno está medianillo. Los otros se adelantan una o dos horas al día; de pronto fueron asaltados de una calentura intermitente que los condujo a la muerte!». ¡Santo Dios! «No deseo de las cosas de aquí abajo más que un buen reloj de bolsillo». A los setenta años, perseguido, a punto de ser capturado y estrangulado, tener serenidad y coraje para decir que no desea de las cosas de aquí abajo más que un buen reloj de bolsillo. Nunca entenderemos la maravilla de sublimidad y sencillez de que está hecho un santo.

Quizá ahora, ahora que está atado y a punto de ser estrangulado, entre sus pobres ropas, lleva su buen reloj de bolsillo. Desde ahora ya no importará que el reloj se atrase o se adelante, ¿verdad? Ya todo es lo mismo. Todo está cumplido. Los veinte meses de prisión también. Y todos sus tormentos.

Pero, a pesar de todo, aún se puede sonreír, aún está sonriendo, esperando a que el verdugo apriete definitivamente. Siempre ha sonreído, pase lo que pase. Hasta entre los tormentos y los interrogatorios, de rodillas ante el tribunal. Mientras el tribunal estaba distraído, dijo un día el padre Lamiot, que acababa de llegar encadenado, al padre Clet:

—¡Ánimo! Me encomiendo a vuestras oraciones. ¿Cómo estáis?

Entonces Clet sonrió:

—Ya no sé hablar francés, ni latín, ni chino.

Y, al verles sonreír, les separaron.

C'est tout. Sencillo y emocionante. De tanta sencillez que podría hacer llorar. Pero el verdugo no llora; el verdugo aprieta. La pobre garganta ya no resistirá más. Es la garganta de un profesor de seminario y la garganta de un apóstol y la garganta de un habitante de las catacumbas. Eso, la garganta de un cristiano. Ahora ya no sabe hablar ni el francés del seminario, ni el chino de las misiones, ni el latín de las catacumbas. Ahora ya no puede hablar. Sólo sonríe.

... Más allá de las montañas está Francia. Más allá de las nubes está Dios...

El mandarín dio la señal. El verdugo le apretó por tercera vez la garganta, sin miedo, hasta el fin. Francisco Regis Clet sonrió. Eso es, sonrió. Y murió.

Fue canonizado por Juan Pablo II el 1 de octubre de 2000.

LUIS GALLÁSTEGUI, CM

Bibliografía

Le disciple de Jésus, obra anónima, excelente monografía (1853).
GUITTON, G., *Saint Jean François Régis* (París 1941).
LAUNAY, A., *Histoire des Missions de Chine... Les 52 serviteurs de Dieu,* II (Vannes 1907-1908) 287s; *Salle des martyrs du Séminaire des Missions.*
LECLERCQ, H., *Les martyrs,* o.c., X.
WALTER, H., *Leben, Wirken und Leiden der 77 sel. Märtyrer von Annam und China* (Friburgo 1903).
WOLFERSTAN, B., *The Catholic Church in China from 1860 to 1907* (Londres 1909).

BEATA GERTRUDIS (CATALINA) COMENSOLI

Virgen († 1903)

La Beata Gertrudis Comensoli nació en Bienno (Brescia, Italia) el 18 de enero de 1847. En su bautismo recibió el nombre de Catalina. Era la quinta de los diez hijos que tuvieron sus cristianos padres: Carlos Comensoli y Ana Milesi. El nivel social de su familia era muy modesto. Su padre trabajaba como herrero y cerrajero.

Muy niña aún, respondiendo a la gracia divina y a la buena educación recibida en su casa, empezó Catalina a manifestar un fuerte amor a Dios y una especial veneración a la Eucaristía y a la Virgen María. Se pasaba a menudo horas enteras en silencio ante el sagrario («pensando», como solía decir). Ella misma cuenta que, siendo aún muy pequeña, se le incrustó en el alma el deseo de «fundar un instituto religioso dedicado a la adoración perpetua». Así se lo manifestaba con espontánea simplicidad a sus amigas desde la cumbre del monte de la Magdalena, que domina la ciudad de Bienno: «¡Qué hermoso sería construir aquí un convento y pasar en él la vida entera adorando la Eucaristía».

Su primera comunión fue uno de los días más felices de su vida. Se había preparado con todo esmero para aquel primer

abrazo de amor con su Jesús querido. Fue para ella la culminación de un anhelo ardiente, guardado celosamente en su pecho: «¡Ya no podía más en mi deseo de acercarme al Santísimo Sacramento!». Cogió también la costumbre de confesarse todos los sábados, pues «no deseaba permanecer con su corazón lleno de pecados». A sus siete años, hizo el propósito de permanecer siempre virgen y de no tener otro esposo fuera de Jesucristo. Le prometió *solemnemente:* «Señor, os juro un millón de veces que seré siempre vuestra, y si por casualidad fuese infiel, llevadme en seguida». Años más tarde, comentará: «No sabía yo entonces muy bien lo que era la virginidad, pero sí que sabía perfectamente apartarme de la compañía de los niños y niñas malas». Antes que en los juegos infantiles, sus ilusiones estaban puestas en el servicio del Señor y del prójimo; en la oración y en la penitencia.

Con el pasar de los años, se hizo apóstol de la Eucaristía. Instituyó entre sus mejores compañeras la «Guardia de Honor». Con la ayuda de su confesor, se esforzó en progresar en el camino de la perfección cristiana. Para conseguirlo mejor, hizo el propósito de huir de todo pecado venial voluntario, además de practicar con diligencia las virtudes fundamentales: la obediencia, la humildad, la negación de sí misma y la perfecta conformidad con la voluntad divina.

Pensando que en la vida religiosa era donde mejor y más plenamente podía realizar sus grandes ideales de santidad, ingresó a los 15 años (1862) en el Instituto de las Hijas de la Caridad, fundado por Santa Bartolomea Capitanio en Lóvere (Brescia). Pero al cabo de unos meses, todavía postulante, tuvo que volver a su casa por falta de salud.

Después de esta breve experiencia de vida religiosa, se inscribió en la Compañía de Santa Ángela de Mérici de Bienno, fundada por Isabel Girelli de Brescia, cumpliendo fielmente su reglamento de vida y desarrollando un fecundo apostolado entre la juventud de la parroquia.

Entre tanto, su fervor, en el que hasta entonces había vivido, empezó poco a poco a disminuir e, influenciada por algunas amigas, probó algo del vano atractivo del mundo. Pero al fin su amor a Dios triunfó, y de nuevo, y ya para siempre, se adueñó plenamente de su corazón.

En 1869, las condiciones económicas de su familia cambiaron bruscamente, obligándola a trasladarse a Chiari en donde se puso a servir en casa del párroco, el P. Juan Bautista Rota, que unos años después fue elevado a la sede episcopal de Lodi. Después se estableció en San Gervasio de Adda (Cremona) como señorita de compañía de la condesa Fé-Vitali, permaneciendo en esta casa durante diez años.

En la fiesta del Corpus Christi de 1878, con el permiso de su confesor, hizo voto de perpetua virginidad. Sin descuidar sus deberes domésticos, se dedicó a la educación de los niños de San Gervasio y llevó una vida de mortificación, oración, intensa vida interior y práctica de las obras de misericordia. En esta misma localidad, en 1879, se encontró por primera vez con don Francisco Spinelli, al que confió su antiguo proyecto de fundar una congregación religiosa de clausura dedicada a la adoración perpetua a Jesús Sacramentado. El P. Spinelli consideró este encuentro como providencial, pues también él, desde 1875, tenía la misma idea de fundación. En efecto, en ese año, orando en la basílica de Santa María la Mayor, en Roma, había «soñado» una multitud de vírgenes adorando al Santísimo Sacramento.

Catalina expuso también estas intenciones al obispo de Bérgamo, que estaba residiendo como huésped en la casa de los condes. Hizo un viaje a Roma con sus patronos y pudo ver al papa León XIII, a quien comunicó su proyecto fundacional. El gran Papa la escuchó paternalmente y le sugirió que uniera a la adoración eucarística la educación de las jóvenes obreras. Eran, en efecto, los difíciles años del desarrollo industrial. Muchas jóvenes inexpertas se encontraban inmersas de golpe en un mundo desconocido para ellas, expuestas al influjo nocivo de ideologías materialistas. Catalina acogió esta insinuación del Papa como una expresa consigna del Espíritu Santo. Aunque ella se veía incapaz por sí misma de tal empresa, sabía que no estaba sola: Jesús-Eucaristía la atraía fuertemente y la Virgen la sostenía también. Así solía invocar a la Señora: «¡Tú serás mi fuerza, tu nombre será mi escudo...!».

A la muerte de sus padres (1879), Catalina trató de hacer realidad sus ideales fundacionales. Se liberó, no sin dificultades, de la familia Fé-Vitali, que la consideraba como a una hija, y se

trasladó a Bérgamo. En esta ciudad, bajo la dirección espiritual de don Francisco Spinelli (a quien el obispo de Bérgamo, Mons. Cayetano Camilo Guindani, había nombrado superior del nuevo Instituto), el 15 de diciembre de 1882, junto con su hermana Bartolomea y la joven María Pandini, empezó, en una pobre casa de la calle Cavette, la Obra de las Adoratrices del Santísimo Sacramento. En ese día se tuvo la primera hora de adoración ante un cuadro del Sagrado Corazón, pues no poseían aún una capilla propia, la cual se inaugurará al año siguiente.

Dos años después, al término de unos días de ejercicios espirituales y con la bendición del obispo, el 14 de diciembre de 1884, cinco Adoratrices vestían el hábito religioso, tomando Catalina el nombre de Gertrudis del Santísimo Sacramento y convirtiéndose, desde ese mismo día, en superiora de la comunidad. Otras nueve religiosas habían hecho antes su profesión religiosa. Se ocupaban también, conforme al deseo del papa León XIII, en la educación de la juventud pobre y obrera. Más adelante la adoración al Santísimo será continua.

La madre Gertrudis imprimió en sus hijas un espíritu fuerte y exigente en la práctica de las virtudes, especialmente en la abnegación y en la humildad, tal y como ella misma las practicaba, según lo vemos reflejado en estas notas íntimas suyas: «No levantaré nunca la voz, no me justificaré nunca, ni cuando tenga razón ni cuando se trate de una equivocación. Sufriré todo en silencio, sin mirar qué es lo que me hacen». También les pedía una gran pobreza interior de espíritu: «Desconfianza de sí, humildad grande, generosidad en el sufrir y gran caridad en el trato con los demás». Su lema era: «¡Jesús, amarte y hacer que te amen!».

El instituto, gobernado por ella con gran prudencia, creció rápidamente en vocaciones y en nuevas fundaciones: en 1884 fundaron en Borgo de Santa Catalina, en la misma ciudad de Bérgamo; en 1885, en Rivolta de Adda, en la diócesis de Cremona, con la ayuda económica de don Constancio, hermano del P. Spinelli; en Lenno, junto al lago de Como, fundaron en 1886; en 1887, en Alzano Maggiore, en Verdello y en Lodi.

Pero en 1890 la congregación sufrió una crisis gravísima, forzándola a variar completamente de dirección. Una descomu-

nal quiebra económica, fruto de un descuido financiero, causó la expropiación de los bienes materiales del instituto, poniendo en serio peligro la existencia misma de la reciente congregación. El P. Spinelli se vio envuelto inesperadamente, y sin culpa suya, en esta repentina bancarrota. A él le tocó afrontar todas las consecuencias del escándalo financiero, puesto que las casas de la congregación estaban registradas a su nombre. Las razones de esta quiebra no están todavía suficientemente aclaradas, ya que documentos importantes se hicieron desaparecer. A pesar de todo, la inocencia de don Francisco Spinelli y de la madre Gertrudis está fuera de toda sospecha.

El proceso judicial que siguió al embargo, y que duró más de tres años, declaró culpable a don Francisco Spinelli. Éste, en obediencia al obispo Guindani, dejó la diócesis de Bérgamo y se refugió en la única casa que pudo librarse del embargo (Rivolta de Adda), pues estaba puesta a nombre del hermano del P. Spinelli. Allí, con las religiosas que le permanecieron fieles, superados los primeros momentos dramáticos y apoyado por el obispo de Cremona, Mons. Jeremías Bonomelli, dio una nueva estructura a su instituto independizándolo definitivamente del de Bérgamo.

Así pues, desde 1892, hubo dos ramas, completamente independientes: la de Bérgamo bajo la dirección de la madre Gertrudis, que empezó a llamarse Hermanas del Santísimo Sacramento de Bérgamo, y la de Rivolta de Adda, que conservó la denominación inicial de Adoratrices del Santísimo Sacramento.

Este duro golpe, fue, sin duda, una dolorosa prueba para todos y, además, causa de grandes daños morales. Tanto la ciudad de Bérgamo como las autoridades religiosas de la diócesis, empezaron a mirar con desconfianza y recelo a la nueva congregación. La madre Gertrudis sufría en silencio, desahogándose así con el Señor en aquellos dolorosos momentos:

> «Jesus mio, dentro de algunos minutos [ ] vendran a precintarlo todo [ ] Los hombres quieren nuestras cosas Tu *sella mi corazon* [ ] Tenme siempre junto contigo, mi amado Jesus»

Su verdadero refugio, como lo fue siempre a lo largo de toda su vida, era el sagrario:

> «Tendré mi corazón siempre dirigido al altar donde habita el amado Jesús. Cansada y oprimida, afligida, desolada, allá estará mi lugar de descanso, mirada sólo por mi Jesús [...] Mi vida debe quedar sepultada en Dios, en su divino costado».

En estas terribles circunstancias, la madre Gertrudis se distinguió por su gran espíritu de humildad, de paciencia y de caridad hacia todos, perdonando de corazón a los verdaderos culpables del descalabro económico.

Hoy, al cabo de tantos años de distancia de los acontecimientos, es posible juzgar los hechos con mayor objetividad. La santidad en las intenciones de los dos fundadores, como hemos señalado, está fuera de toda duda, así como su buena fe.

La quiebra económica fue, efectivamente, la circunstancia que produjo la separación definitiva entre don Francisco Spinelli y la madre Gertrudis. Sin embargo, el verdadero motivo de tal escisión era mucho más profundo y se remontaba al año 1885 (la apertura de la fábrica de hilados en Borgo Santa Catalina): la madre Gertrudis quería dar precedencia absoluta a la adoración eucarística, a la que se agregarían, como complemento secundario, las obras asistenciales; don Francisco Spinelli también quería lo mismo, pero dando mayor relieve a las actividades caritativas.

La última carta de don Francisco Spinelli a la madre Gertrudis, escrita desde Rivolta de Adda, lleva por fecha el 3 de marzo de 1889. En esos momentos las religiosas eran 110. De éstas, 73 siguieron con la madre Gertrudis y 33 se pusieron bajo la dirección de don Francisco Spinelli en Rivolta de Adda. Sólo 4 religiosas abandonaron el instituto.

El obispo Guindani, que había pensado disolver la congregación, aconsejó a la madre Gertrudis que se alejara con sus hijas por algún tiempo de la ciudad de Bérgamo. Se establecieron en Lodi, acogidas paternalmente por el obispo Rota (1888-1913), al que ya conocía Catalina desde 1867. Este prelado adquirió para ellas una casa en Lavagna Comazzo y concedió a las religiosas, con el visto bueno del obispo de Bérgamo, la tan deseada aprobación diocesana (8 de septiembre de 1891). Al año siguiente pudieron volver a su antigua casa, rescatada por fin de su hipoteca. La madre Gertrudis hizo su profesión solemne y fue nombrada superiora general. Desde este momento

ella será la única fundadora, encargándose, hasta su muerte, de la dirección del instituto, que experimentó una sorprendente expansión, y de la formación de las hermanas, en las que imprimió su auténtica fisonomía espiritual, centrada en la reparación y adoración al Santísimo Sacramento.

Lo que enseñaba a las demás, ella misma lo ponía en práctica con todas sus fuerzas y con un gran espíritu de alegría. Sólo apetecía una cosa: progresar sin interrupción en la imitación de Cristo, siguiéndolo con fidelidad heroica, sin condiciones ni restricciones, y extender el Reino de Dios en la tierra.

Con el fin de agradar a Dios, se negaba continuamente a sí misma, llevando su cruz con fortaleza y optimismo Castigaba su cuerpo con la penitencia; observaba escrupulosamente sus votos religiosos y era constante tanto en su oración privada como en la comunitaria. Consideraba la presencia real de Jesús en el sagrario como su «paraíso en la tierra», fomentando constantemente en sus hermanas y en el pueblo fiel la adoración al Santísimo Sacramento.

Su unión constante con Cristo alimentó en la madre Gertrudis un amor puro e incansable al prójimo. Fue una verdadera madre, tanto para sus hijas como para las niñas huerfanas a las que atendían. Su preocupación era la salvación de las almas y la conversión de los pecadores; consolaba a los enfermos y afligidos; era generosa con los pobres, pronta al perdón de los que la ofendían.

Se caracterizaba, además, por su fidelidad a la Iglesia, de la que se consideraba verdadera hija, acogiendo con agrado sus normas y doctrina. Tenía gran veneracion al Papa, a los obispos y a los sacerdotes, a los que ayudaba desde su específico carisma religioso

Así vivió todos estos años, hasta que una imprevista y breve enfermedad la condujo a la eternidad. La madre Gertrudis, como siempre había hecho, abrazó con gran paz esta última voluntad de Dios. Antes de dejar este mundo, les dijo a sus hermanas: «Os exhorto a observar la Regla, el silencio, la mortificación, la pobreza y la obediencia». Confortada con la bendición de León XIII y del patriarca de Venecia, el cardenal Sarto, con los que se había entrevistado a menudo y que la estimaban mu-

cho y, después de dirigir una última mirada a su sagrario tan querido, que ella podía ver desde su lecho de enferma a través de una pequeña ventana, entregó su alma a Dios el 18 de febrero de 1903, a los 56 años de edad. Su cuerpo, enterrado en el cementerio municipal de Bérgamo, fue trasladado en 1926 a la casa madre y depositado en la capilla contigua a la iglesia.

La vida de la Beata Gertrudis Comensoli, como podemos apreciar por estas breves líneas biográficas, es, en sí misma, un testimonio elocuente de que la Eucaristía es el centro de la vida de la Iglesia y de las almas. Ése es el mensaje fundamental que ella nos ha legado. Del misterio eucarístico, meditado y adorado con solicitud constante, aprendió la Beata Gertrudis a seguir las huellas del divino Maestro, sirviéndolo, desde su niñez hasta su muerte, con fidelidad y amor. Su difícil itinerario espiritual y las duras vicisitudes de la fundación de su instituto, dan prueba de todo ello. Por eso, su ejemplo sigue dando copiosos frutos y la herencia espiritual que las Hermanas del Santísimo Sacramento de Bérgamo han recibido de su madre y fundadora sigue vitalizando a los hijos de la Iglesia. Están presentes en Europa, África y América. Sus numerosas capillas abiertas al público, en las que siguen adorando perpetuamente a Jesús Sacramentado, son verdaderos centros de irradiación eucarística. En ellas, muchos grupos de cristianos hacen turnos de oración ante el Santísimo. De este modo, el lema de la Beata Gertrudis Comensoli («¡Jesús, amarte y hacer que te amen!») sigue configurando la vida de la Congregación. Su razón de ser sigue siendo adorar y reparar al Señor realmente presente en la Eucaristía y, al mismo tiempo, invitar a todos como Marta de Betania: «El Maestro está ahí y te llama...» (Jn 11,28).

El proceso diocesano informativo de la Beata Gertrudis Comensoli comenzó el 18 de febrero de 1928, exactamente 25 años después de su muerte. Pío XII introdujo su causa el 4 de junio de 1941 y Juan XXIII, bergamasco él también, aprobó el decreto de heroicidad de sus virtudes el 26 de abril de 1961. Fue beatificada por Juan Pablo II en Roma, el domingo 1 de octubre de 1989.

ALFREDO MAROTO HERRANZ, OSB

Bibliografía

AAS 82 (1990) 317ss
COMENSOLI, C , *Un anima eucaristica, M Gertrude* (Bergamo 1936)
LOCATELLI, G , *Giuro un milione de volte* (Turin 1965)

C) BIOGRAFIAS BREVES

SAN SADOC Y COMPAÑEROS

Martires († 342)

En la persecución terrible que contra el cristianismo llevó adelante el rey Sapor II de Persia en mitad del s. IV cayeron numerosas víctimas que se negaron a apostatar del Dios vivo para adorar al sol.

Luego de que en la primavera del año 341 murieran el obispo Simeón y sus compañeros, fue elegido para suceder al prelado martirizado el diácono Sadoc, que quedó consagrado obispo de Seleucia-Ctesifonte. Como tal diácono, había representado a su obispo en el concilio de Nicea, donde se adhirió, en nombre de su Iglesia, a la fe católica contra el arrianismo.

Sadoc tuvo un sueño del que dedujo que su martirio iba a suceder pronto, y se preparó a él espiritualmente, dispuesto a confesar a Dios hasta la muerte. Cuando el rey Sapor llegó a Seleucia mandó arrestar enseguida al obispo cristiano y con él a ciento veintiocho cristianos entre presbíteros, diáconos, clérigos y vírgenes consagradas.

Sapor II quería a todo trance la apostasía de los detenidos que, de entrada, fueron metidos en tenebrosas cárceles y allí durante meses fueron atormentados con tormentos terribles, ofreciéndoles continuamente el cese de los tormentos y la vida si adoraban al sol. Sadoc no dejó de contestar que el sol era una simple criatura, no un dios, y que solamente el Dios vivo merecía adoración. Los demás mártires no dejaron de manifestar idéntica fe y determinación.

Cargados de cadenas, los mártires fueron sacados a las afueras de la ciudad y ejecutados A Sadoc se le llevó a otra población y allí fue degollado.

SAN TARASIO
Obispo († 806)

Cuando la emperatriz Irene, que regentaba el Imperio bizantino por la menor edad de su hijo Constantino VI, quiso restaurar de modo oficial el culto a las imágenes sagradas, pensó que una de las cosas imprescindibles era tener un patriarca de Constantinopla que le fuera fiel y fuera adicto a sus ideas al respecto. Hizo dimitir al patriarca Pablo y en su lugar eligió a un seglar, su propio secretario Tarasio.

No puede olvidarse que el año 754 el emperador Constantino V había reunido un concilio de más de trescientos obispos en el que la iconoclastia se había elevado a categoría de dogma, y aunque ninguno de los patriarcas había dado su asentimiento al concilio pero la corte sí lo tenía en calidad de verdadero concilio y su resolución era ley del Imperio. Por ello lo primero necesario era contraponerle un nuevo concilio que declarara la licitud de los sagrados iconos.

Irene hizo abrir nuevamente los monasterios clausurados por su apoyo al culto a las sagradas imágenes y tomó las medidas precisas para que la nueva situación se consolidase. Tarasio fue consagrado obispo el 25 de diciembre del año 784 y seguidamente dirigió una carta al papa Adriano I dándole los motivos de su aceptación del episcopado desde la condición seglar y proponiéndole la celebración de un concilio ecuménico que restableciese la ortodoxia frente a la iconoclastia. Por su parte la emperatriz Irene también escribió al papa en el mismo sentido. Adriano estuvo de acuerdo en la celebración del concilio y envió para ello dos representantes.

Vencidas algunas dificultades, el concilio tuvo lugar en Nicea, y se le conoce como II de Nicea, el año 787. Estuvieron presentes los representantes del papa, pero llevando la dirección de los debates el propio Tarasio. Él propuso se distinguiera entre adoración, culto reservado a Dios, y veneración o respeto religioso, que era lo que proponía para los sagrados iconos, y en este sentido se pronunció el concilio. Aprovechando la reunión, se trataron temas de disciplina eclesiástica, poniendo Tarasio de manifiesto el alto concepto que tenía de la dignidad sacerdotal y de la santidad requerida a los sacerdotes.

Tarasio procuró ser un patriarca responsable, y por ello se negó a aceptar el divorcio del emperador Constantino VI y a bendecir su nuevo matrimonio Castigó al pope que casó al emperador por segunda vez pero no excomulgó al monarca. Los monjes rompieron entonces la comunión con Tarasio y cuando la propia Irene destronó a su hijo, Tarasio se vio obligado a tomar las duras medidas que se reclamaban de él. Más tarde, destronada Irene por Nicéforo, Tarasio no cayó con ella pues el nuevo emperador lo dejó en paz

Tarasio fue personalmente un hombre humilde y sencillo, que no se aprovechó de su cargo para envanecerse o enriquecerse, pues vivió con pobreza y modestia, no queriendo criados ni pajes. Sus circunstancias fueron muy difíciles y su buena voluntad evidente. Era muy devoto de la Santísima Virgen María. Murió el 18 de febrero del año 806.

SAN TEOTONIO

Presbítero († 1166)

Fue natural de la ciudad de Tuy donde nació hacia el año 1086, y muy pronto pasó a Coimbra donde su tío era el obispo. El muchacho manifestó inclinación al estado eclesiástico y se preparó para las órdenes sagradas.

Una vez sacerdote, fue enviado a Viseo como arcipreste, y aquí su santidad de vida y su ardiente predicación le atrajeron el interes de multitud de fieles que acudían a oírle.

Por dos veces peregrinó a Tierra Santa, llenándose su alma de religiosos sentimientos y de ansias de perfección cristiana en dichas peregrinaciones.

Esto le llevó a pensar en profesar la vida religiosa, y por ello decidió ingresar en el nuevo monasterio de canónigos regulares de San Agustín que se había abierto en Coimbra. Admitido y habiendo profesado, fue un religioso modelo, que unos años más tarde era elegido prior del monasterio, cargo que ejercería por mas de veinte años.

Teotonio tuvo el aprecio universal de todo Portugal, convertido en reino independiente por entonces bajo el cetro del

rey Alfonso Enríquez, el cual a su vez encomendaba a Teotonio todas sus acciones políticas o militares.

Teotonio murió en su convento de Santa Cruz el 18 de febrero de 1166.

BEATO GUILLERMO HARRINGTON

Presbítero y mártir († 1594)

Era hijo de una noble familia de York y nació en 1566. Ya en su juventud se convierte al catolicismo y decide hacerse sacerdote, para lo que marcha a Douai y luego a Reims, ordenándose en 1592.

Al poco de su ordenación vuelve a Inglaterra, pero pudo realizar su apostolado por poco tiempo, pues descubierto y detenido, fue encarcelado en Newgate. A los dos años de estar preso, escribió al Lord del Sello Privado afirmando su lealtad a la Reina pero declarándose católico. Ello aceleró su proceso. Condenado a muerte como traidor, fue ahorcado y descuartizado en la plaza londinense de Tyburn el 17 de febrero de 1594. Fue beatificado por el papa Pío XI el 15 de diciembre de 1929.

BEATO JUAN PIBUSH

Presbítero y mártir († 1601)

En julio de 1593 fue arrestado en la región de Gloucester el sacerdote católico Juan Pibush, que, natural de Thirsk y nacido en 1557, había estudiado en Reims y se había ordenado en 1589, y desde entonces trabajaba apostólicamente en aquella región. Llevado a la cárcel londinense de Gatehouse, logró escaparse pero fue detenido y devuelto a la prisión. Juzgado y condenado a muerte el 1 de julio de 1595, fue trasladado a la cárcel de Queen's Bench, donde recibió durante años malos tratos de los carceleros y los compañeros de prisión hasta que su bondad y paciencia les granjeó su estima y hasta le permitieron que dijera misa en una celda.

Cuando iba a ser trasladado a una nueva cárcel, el juez descubre que es un condenado a muerte olvidado y decide que sea inmediatamente ejecutado. Lo fue en Southwark el 18 de febrero de 1601. Fue beatificado el 15 de diciembre de 1929.

SAN JUAN PEDRO NEEL Y COMPAÑEROS

Mártires († 1862)

Juan Pedro Neel era sacerdote de la Sociedad de Misiones Extranjeras de París. Había nacido en Ste.-Catherine-sur-Riverie el 16 de octubre de 1832. Desde el seminario mayor de Largnetière pasó al de misiones en 1855, donde se ordenó sacerdote en 1858. Seguidamente y tras un viaje de siete meses llegó a Hong Kong donde estudió la lengua china, entrando en Kay-Tcheu el 2 de diciembre de 1859. Al año siguiente ya estaba al frente de veinte comunidades, y trabajaba al principio de 1862 en la fundación de una nueva en Kia-Cha-Long, cuando el 18 de febrero fue arrestado por orden del general Tien, gran enemigo del cristianismo. Aquel mismo día era ejecutado junto con varios cristianos.

Martín Ou era un laico catequista, nacido en 1815 y casado en 1835, pero su mujer lo abandonó para dedicarse al vicio. Él intentó recuperarla pero fue inútil y se dedicó al servicio de la misión como catequista.

Juan Tchang Tianchen había nacido en familia pagana el año 1805, y ya mayor llegó a la fe cristiana desde el budismo, desplegando a continuación un gran apostolado entre sus familiares y amigos. Había sido bautizado el día 16 de febrero cuando a los dos días recibió el martirio.

Juan Tchen Xianheng tenía 30 años y en un viaje había conocido el cristianismo, que aceptó de corazón. Sirvió primero a la misión de Gan-Chouen y luego a la de Kia-Cha-Long.

Los tres fueron decapitados fuera de la población.

Canonizados el 1 de octubre del año 2000.

BEATO JORGE KASZYRA

Presbítero y mártir († 1943)

Nació el 4 de abril de 1904 en Aleksandrowo, región de Vilna, siendo sus padres Tadeo y María, agricultores pobres. Sus padres eran ortodoxos y en esta confesión bautizaron al hijo en la parroquia de Czeressy, pero a los 18 años él y su madre ingresaron en la Iglesia Católica.

Con veinte años comenzó los estudios de bachiller en el colegio de los PP. Marianos, y estando allí sintió la vocación religiosa, la maduró e ingresó en el noviciado de esa congregación en Druja. El día 2 de agosto de 1926 hizo los primeros votos religiosos y pasó a estudiar filosofía en el colegio de su congregación en Roma. Terminados estos estudios, pasó a Wilno a hacer los estudios teológicos y el 20 de junio de 1935 era ordenado sacerdote.

Su primer destino fue el de prefecto de estudios en Wilno y en Druja, siendo luego destinado al convento de Rasna como superior, cerca de Brest.

En septiembre de 1939 la región fue invadida por las tropas soviéticas, debiendo él marcharse a Skorcec y luego a Lituania. Al sobrevenir la ocupación alemana, en julio de 1942 se marchó a Druja y los superiores le encargaron fuera parte del grupo misionero que lideraba el P. Antonio Leszczewiccz. En el ejercicio de este ministerio hallaría el martirio, pues, capturado, fue fusilado el 18 de febrero de 1943.

Todos conocían la piedad profunda y sincera de este sacerdote, su observancia de las reglas de su congregación, su laboriosidad, su intensa vida interior y su profundo equilibrio espiritual. Hombre amable y sonriente, pronto siempre a ayudar y a prestar su colaboración, su martirio coronó una vida intensamente religiosa. Fue beatificado por el papa Juan Pablo II el 13 de marzo de 1999.

19 de febrero

A) Martirologio

1. En Nápoles, la deposición de San Quodvultdeus († 439), obispo de Cartago, que, puesto con su clero en una nave sin velas ni remos, llegó, no obstante, a Nápoles, donde descansó en paz.

2. La conmemoración de los santos monjes y otros fieles que en Palestina fueron martirizados por los sarracenos el año 507.

3. En Milán, San Mansueto († 680), obispo, que luchó contra la herejía de los monotelitas.

4 En Benevento (Campania), San Barbado († 682), obispo, apostol de los longobardos

5 En el monasterio de Vabres, en Rodez (Francia), San Jorge († 877), monje

6 En La Chambre (Bruselas), Beato Bonifacio († 1260), un tiempo obispo de Lausana *

7 En Neto (Sicilia), Beato Conrado Confalonieri de Plasencia († 1351), terciario franciscano y ermitaño

8 En Córdoba (España), Beato Alvaro de Zamora († 1430), presbitero, religioso dominico, predicador insigne de la pasion del Señor **

9 En Mantua (Lombardia), Beata Isabel Picenardi († 1468), virgen, mantelata servita *

10 En Kay-Tcheu (China), Santa Lucia Yi Zhenmei († 1862), virgen y martir *

11 En el campo de concentracion de Dachau (Baviera, Alemania), Beato Jose Zaplata († 1945), religioso de la Congregacion del Sacratisimo Corazon de Jesus y martir *

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

BEATO ÁLVARO DE CÓRDOBA

Presbitero y religioso († 1430)

Beato Álvaro de Córdoba —como le llama vulgarmente el pueblo andaluz— o Fr. *Alvarus Zamorensis* —como escriben los bularios y registros pontificios de súplicas— no debe ser confundido con Álvaro Paulo, alias Álvaro Cordobés, nacido de noble familia a principios del siglo IX en la Córdoba de los Omeyas, amigo entrañable de San Eulogio y Juan Hispalense, defensor de la fe católica y escritor de muchos quilates. El Beato Álvaro de Córdoba, dominico, vivió en tiempos quizá más difíciles que los de su homónimo: los tiempos de la *Claustra* del Cisma de Occidente.

La semblanza de este hombre excepcional hay que trazarla a través de su obra, porque en ella cristalizó lo mas puro de su alma grande y, en cierto modo, también buena parte de lo que su tiempo encierra de afán de trascender y superar una situación cristiana y religiosa que motivó una de las más graves crisis del catolicismo. Esa obra se llama Escalaceli. ¿Un nombre poético? ¿Un símbolo? Eso y mucho más. Encarnación de un sueño de reforma auténtica, Escalaceli, a siete kilómetros de Córdoba, en las estribaciones de Sierra Morena, no muy lejos de las

ermitas, es la obra del Beato Álvaro. Una obra que hay que valorar en sus tres características: primero, como cuna de la reforma de la vida dominicana a raíz de aquel funesto bache de la *Claustra,* provocado por la tristemente famosa *peste negra* y acentuado por el Cisma de Occidente; segundo, porque en Escalaceli se levantó, según parece, el primer *Vía crucis* de Europa, y tercero, porque ese rincón de la Sierra Morena ha sido la fuente inexhausta donde Andalucía bebió su entrañable devoción a la pasión de Cristo.

El Beato Álvaro de Córdoba es una figura señera, vibrante de inquietud y de dinamismo paulino. Maestro por la universidad de Salamanca, pasó sus mejores años en la paz de los claustros y de las aulas, pero, al nacer el siglo XV, abandonó la cátedra aguijoneado por la urgencia del apostolado y recorrió las ciudades y los asendereados caminos de España, de Provenza, de Saboya, de Italia... atareado en la siembra de la palabra divina; buena falta hacía entonces esta labor, pues el campo de la fe era barbecho en el que germinaba la cizaña del desconcierto, de la corrupción de costumbres, de la holganza infecunda, mientras los pastores y los sembradores disputaban por la solución de un drama terrible: en la Iglesia llegó a haber tres tiaras al mismo tiempo, todas tres con ínfulas de legitimidad. El Beato Álvaro de Córdoba predica, pero también observa; reza, pero sin cerrar los ojos a la cristiandad lancinada; paladín de la unidad, anhela la solución del largo conflicto; hay mar revuelto incluso en las Órdenes religiosas; la peste negra, que devastó a media Europa, dejó los conventos casi vacíos, y después se fueron poblando de hombres sin tensión espiritual. La crisis se agravó con el cisma, cuyo resultado más calamitoso fue la escisión de la unidad católica. Mientras unos reinos reconocían como legítimo Papa al que residía en Avignon, otros se mostraban adictos al que estaba en Roma; para empeorar las cosas, algunos cardenales se reunieron en Pisa y eligieron un tercer Papa. La algidez del problema se puso así al rojo vivo. De todas partes apremiaban a los tres Papas a renunciar a sus supuestos o legítimos derechos en bien de la Iglesia; un concilio acabaría con ese estado de confusión eligiendo un Papa único, previa la renuncia de los otros tres.

Por otra parte, los religiosos se esforzaban también en reducir a los cauces tradicionales sus propios institutos. Gracias a Dios, en medio de la desolación, abundaban los hombres de buena voluntad y de gran sabiduría. Sólo la Orden de Predicadores ofrece en esa época un magnífico santoral, casi todos ellos trabajadores incansables de la restauración de la Iglesia bajo un solo Pastor, dechados del espíritu genuino que debía animar la vida monástica de su Instituto, luchadores por la paz y la unidad en el recinto de los conventos: San Vicente Ferrer († 1419), San Antonino de Florencia († 1459), Beato Juan Dominici († 1419), Beato Álvaro de Córdoba († 1430), Beato Andrés Abelloni († 1450), etc. La relajación sesteaba a la sombra de la división. Si en la Iglesia había tres tiaras, la Orden de Santo Domingo tenía tres jerarcas, uno para cada sector de obediencia a un Pontífice. La reforma se fue llevando a cabo poco a poco, con un temple admirable de prudencia, pese a los altibajos inevitables; por eso no se resquebrajó la unidad de la Orden como iba a acontecer en otros institutos religiosos. El Beato Raimundo de Capua, confesor y biógrafo de Santa Catalina de Siena, es la figura más representativa de esa reforma. La idea clave que preside su empeño es sustraer a los observantes de la jurisdicción del provincial; un vicario general se encargará de regir los conventos reformados; a la muerte de Raimundo de Capua —5 octubre 1399— le sucede en el generalato de la Orden Tomás de Fermo, que emprendió un camino distinto. El sucesor del espíritu del capuano es fray Juan Dominici, fundador del convento de Fiésole, que dio el hábito a Antonino Pierozzi, más tarde San Antonino de Florencia. El convento de Fiésole, en un paisaje vencido por la ternura, vio cómo dos años después de su fundación, en 1407, llamaban a la puerta los jóvenes Benedetto y Guidolino, hermanos y artistas. Son de Vicchio, cerca de Mugello, donde vio la luz el Giotto. Guidolino tomó, con el hábito, el nombre de Fra Giovanni de Fiésole, pero la posteridad se lo cambiará por otro aún más bello: Fra Angélico.

Después de la coronación de Alejandro V en Pisa, 7 de junio de 1409, la situación de la Iglesia y, en consecuencia, la situación de la Orden de Predicadores se hizo más dramática; los dominicos quedaron divididos, como la cristiandad entera, en

tres secciones: parte —los adictos a Benedicto XIII— bajo el régimen de Juan de Puinoix; parte —los entusiastas del concilio de Pisa y de su papa Alejandro V— a las órdenes de Tomás de Fermo; parte, en fin —fieles a Gregorio XII—, congregándose en torno a Juan Dominici. El drama se agravó enormemente. Los conventuales de Fiésole, por citar un ejemplo, reciben el imperativo de Fermo para que se adhieran a Alejandro V y nieguen la obediencia a Gregorio XII. La disyuntiva era agobiante. Pero aquel puñado de auténticos religiosos optó por la huida, porque la voz de la conciencia era más fuerte que la autoridad de Fermo. Y una noche, a la luz de la luna, cruzaron la verde campiña toscana rumbo a Foligno, orando y llorando. Entre los fugitivos van artistas y santos. Algunos nos son ya conocidos. San Antonino, Fra Angélico...

En 1414 Dati sucede a Fermo; el drama se orientó, bajo su mandato, hacia la solución anhelada. Asistió al concilio de Constanza, en el que fue elegido único Papa Martín V el 11 de noviembre de 1417, y reinstauró el método de reforma esbozado por Capua, cuyo representante era Juan Dominici, cardenal y luego legado de Martín V.

El Beato Álvaro de Córdoba ha vivido intensamente esos días del plural cisma, le ha dolido el alma como a buen religioso, ha mirado con simpatía los esfuerzos de los reformistas italianos durante los días que estuvo predicando en Lombardía, a su ida y a su regreso del viaje a Tierra Santa —del que hablaremos pronto—. Fray Álvaro de Córdoba va a ser el maestro y el peón de la reforma en España. Esta empresa suya puede analizarse desde un doble ángulo de vista: primero, en lo que tiene de común con la reforma de los dominicos italianos; segundo, en lo que presenta de fisonomía propia. En el primer plano, se advierte que conoce bien el patrón de la reforma patrocinada por Raimundo de Capua y llevada adelante por Juan Dominici; en el segundo aspecto, es peculiar el tacto con que la realiza, huyendo de la lucha imprudente. En una ocasión se había acudido en Palermo a plantar un convento reformado frente por frente de otro no reformado. Casi como un reto. Fray Álvaro de Córdoba limó todo posible encono de las relaciones fraternas.

A su regreso a España es elegido confesor de la reina Catalina de Lancáster y de su hijo Juan II Iluminado ya de unidad y esperanza el panorama de la Iglesia, fray Álvaro dice adiós a la corte. Su ideal es la reforma. El rey don Juan —el padre de Isabel la Católica— y su esposa doña María, hija del rey de Aragón don Fernando de Antequera, lo quieren como se quiere a los varones de Dios. Es un hombre virtuoso, maduro, emprendedor. No hay que cortarle la marcha. Expone sus planes y los apoyan con una crecida limosna. Fray Álvaro va a Córdoba y, en mitad de la Sierra Morena, funda Escalaceli como una lanza erguida de reconquista espiritual. Es la conclusión de todas sus experiencias y la puesta en marcha de un sueño fecundo. Ha trabajado incansablemente en la Corte de Castilla por la unidad de la Iglesia, en la Corte de Aragón otro dominico batalla por la misma causa· fray Vicente Ferrer.

El prestigio de fray Álvaro en la corte es extraordinario. A sus ruegos, el rey don Juan escribe a Martín V solicitando la fundación en sus reinos de media docena de conventos observantes El 5 de febrero de 1418 Martín V expide dos breves: en uno decreta la división de la provincia de Castilla en tres —las otras dos serán la de Galicia y la de Aragón— para que puedan ser reformadas con más facilidad; en el otro accede complacido a la súplica de que se funden seis conventos reformados, autorización necesaria, pues Bonifacio VIII había prohibido a las Órdenes mendicantes hacer nuevas fundaciones sin licencia de la Santa Sede; por otra parte, el capítulo general que la Orden celebra en Metz, 1421, exige que en cada provincia haya al menos un convento de observancia. Fray Álvaro, a quien acompaña fray Rodrigo de Valencia, compra la Torre Berlanga, en la sierra cordobesa, el 13 de junio de 1423 y allí funda el primer convento reformado de su Orden en España, el breve de Martín V no ha sido letra muerta; pero, además, el paraje elegido, con sus olivares y sus torrenteras, tiene un encanto cautivador para fray Álvaro: recuerda la topografía de Jerusalén, tan pegada al alma del dominico desde los días de su peregrinación a los Santos Lugares. La vieja torre moruna fue rebautizada con un nombre bello: Santo Domingo de Escalaceli. Religiosos de espíritu austero, reclutados en diversos conventos, forman la nue-

va comunidad. Son ocho en total, amén del fundador: fray Juan de Valenzuela, fray Rodrigo de Valencia, fray Pedro Morales, fray Juan de Mesta, fray Juan de Aguilar, fray Bernabé de la Parra, fray Miguel de Paredes y fray Juan de San Pedro. Un mes más tarde el convento otorga públicos poderes a Pedro Sánchez de Sevilla y a Alfonso García para que reciban lismosnas para la construcción de un convento amplio y digno. Los gastos consumieron el donativo del rey, las limosnas de los cordobeses; los obreros se negaron a seguir trabajando. Fray Álvaro pasa la noche en oración y disciplinas. Dios oye su oración. Según refieren los testigos del proceso de su culto inmemorial, vinieron los ángeles y descargaron de sus carros aéreos el material que era menester. Por la mañana los obreros reanudaron, gozosos y asombrados, la obra, mientras el alba sonreía por los picos de Sierra Morena. Así se construyó, sobre roca viva, sobre penitentes oraciones, Santo Domingo de Escalaceli, primer convento reformado de la Orden en España.

Pero fray Álvaro, medidor de dificultades, solucionador a lo divino de problemas humanos, hombre prevenido —que siempre vale por dos, y aun por cien—, buscó apoyo en la corte y, por medio de ésta, en Roma. Había que ahuyentar el peligro de que el primer convento reformado naufragase por oposición o por otras causas. Necesitaba, en una palabra, cierta autonomía o independencia con relación a los no reformados. Con este fin, la reina María escribió a Martín V pidiéndole la institución de un vicario general de todos los conventos que abracen la reforma. Martín V expide el suplicado breve el día 4 de enero de 1427. Fray Álvaro, «profesor de teología, quien con licencia de la Santa Sede ha construido recientemente» un convento en Escalaceli, donde reina la más estricta observancia, es nombrado de por vida —*quoad vixerit*— prior mayor de todos los conventos reformados.

El historiador de la Orden, P. Mortier, ve en esto la primera congregación dominicana de observancia, casi en todo independiente del general de la Orden, con superiores elegidos por los mismos reformados. El módulo italiano de reforma ha sido superado en perfección y en eficacia, y se suman algunos elementos jurídicos que parecen estar inspirados en la Congre-

gación de San Benito de Valladolid, bien conocida por fray Álvaro.

La vitalidad lograda en Escalaceli no sólo fue jurídica, sino también expansiva. En 1426 los frailes de Escalaceli fundan el convento de Portaceli, en Sevilla; y, casi por las mismas fechas, una hospedería en Córdoba con el fin de dar servicio auxiliar para los religiosos que bajaban del monte a las tareas apostólicas. La ciudad, conmovida por el ejemplo de los predicadores, hizo donación del solar «al honrado y sabio varón fray Álvaro, maestro en santa teología», según dice la escritura notarial. La hospedería era una cabeza de puente y, andando el tiempo, el P. Posadas la hará famosa (véase la semblanza de éste en el 20 de septiembre).

La reforma había empezado. Conducida a término superaba ya las posibilidades de quien fue alma y motor de ella. Pero la semilla estaba echada. «No fueron estériles los esfuerzos del Santo cordobés —dice el P. Beltrán de Heredia—. Gracias a ello se despertó una tendencia reformadora que, luchando con enormes dificultades, logró abrirse paso hasta conquistar totalmente el campo».

Junto a este aspecto de la obra del Beato Álvaro pongamos otro que tiene un valor singular en la historia de la piedad cristiana: en Escalaceli se construyó el primer *Vía crucis* de Europa.

La Edad Media, con las cruzadas, con la predicación de San Bernardo y de los mendicantes, centró la devoción del pueblo hacia los misterios de la vida y pasión de Cristo. Fray Álvaro, hombre de su siglo, era devotísimo de la pasión del Señor. Un cuadro que se halla en San Esteban de Salamanca nos lo presenta en pie, amorosamente abrazado a la cruz. Impulsado por ese fervor pasionario peregrinó a Tierra Santa. Al empezar la reforma comprendió que era necesario orientarla por un cauce de austeridad y ascetismo. Si eligió la sierra de Córdoba para fundar, fue porque la topografía presentaba una gran semejanza con la de Jerusalén; él haría que se pareciese aún más. En lo alto de la ladera del lado este del convento, pasado el valle por el que se precipitan las aguas serranas, levantó una capilla que bautizó con el nombre de «Cueva de Getsemaní»; al valle lo llamó «Torrente Cedrón»; pero hay más: desde el convento —Jerusalén

cordobesa— hasta un montecico situado al sur y que dista, como han podido apreciar los técnicos, tanto como el lugar de la crucifixión de la Ciudad Santa, edificó una serie de estaciones que terminaban en el «Calvario», donde puso tres cruces. Otras capillitas construyó en torno a Escalaceli, conmemorativas de lugares santos; pero interesa, sobre todo, destacar el *Vía crucis.* No han faltado quienes han querido derribarlo con la pica de un criticismo anodino, porque, dicen, no se encuentran en él elementos *formales* ni coincidencia con la estructura definitiva; fútil argucia, aún blandida por el P. Zedelgen, pues es clara verdad que el Beato Álvaro construyó el *Vía crucis* con un obvio fin de meditación y acompañamiento del itinerario doloroso del Señor. La vida religiosa, ejercitándose en ese camino ascético, adquiría así una tónica robusta y catártica. Fray Álvaro y sus religiosos meditaban los sufrimientos del Redentor por esa *Vía dolorosa* recordadora. Los biógrafos y el proceso del culto inmemorial del Beato relatan escenas impresionantes de esta plástica devoción pasionaria del fundador de Escalaceli. Fray Álvaro pasaba las noches en oración, amparado por el silencio de los olivos y el éxtasis de las estrellas, en la capilla de Getsemaní; a veces, cuando muy de madrugada acudía a rezar los maitines con la comunidad, los ángeles le ayudaban a subir la áspera pendiente o vadear la torrentera. Un testigo del proceso cuenta haber oído a su abuelo, amigo del Santo, que éste se disciplinaba junto a aquellas cruces levantadas a la vera del camino como pregón de eternidad y redención bajo las nubes altas, fugitivas, del cielo cordobés. En una ocasión, narra otro testigo, retornaba fray Álvaro de su tarea apostólica en la ciudad y, antes de llegar al convento, halló un mendigo moribundo; lo envolvió en su capa, lo echó a su hombro y cuando intentó descubrirlo en la portería, el mendigo ya no era un mendigo: era un Cristo en la cruz, el mismo, según una secular tradición, que se venera hoy en la iglesia del convento.

Sería pueril querer buscar en el *Vía crucis* del Beato Álvaro un *Vía crucis* exacto al hoy usual e indulgenciado. Pero la idea, la sustancia es la misma. El sentido realista del hombre meridional, sensibilizador de los temas espirituales, explica el porqué del gran éxito de esta reconstrucción pasionaria que hacía en

cierta manera asequible para todos la «peregrinatio spiritualis» a Jerusalén en aquella época enardecida de sueños de cruzadas, cuando la peregrinación real era punto menos que imposible.

El haber en Escalaceli otras capillas que no se refieren a la *Vía calvari,* no es una razón suficiente —como han querido algunos— para decir que no era un *Vía crucis* lo que San Álvaro hizo en Escalaceli, como si lo más excluyese lo menos, el todo a la parte...

Los demás *Vía crucis* conocidos en Europa son todos posteriores al de Escalaceli, como el del Monte Varallo, el de Romans-sur-Isère, el de Fribourg, el de Lovaina, el de Adam Krafft en Nuremberg, etc. Además, si la primacía cronológica de los *Vía crucis* le corresponde a España, también es suya la primacía de intensidad, es decir, en ninguna parte arraigó tan profundamente como en España esa devoción. En cuanto a la estructura hay que confesar que ha sufrido una notable evolución y que la obra del holandés cristiano Adricomio —fines del siglo XVI— sobre el modo de practicar esa devoción, y los *Ejercicios espirituales,* del P. A. Daza, OFM, que fue el que dio el número de las 14 estaciones (1625), han ejercido un influjo definitivo. La devoción del *Vía crucis,* nacida como flor natural en el ambiente medieval de fervor por la meditación y el rescate de los Santos Lugares, plasmada por el Beato Álvaro en Escalaceli en un atisbo certero y espontáneo, alcanzó su forma última con San Leonardo de Porto Maurizio, el santo que construyó en Italia nada menos que 572 *Vía crucis,* adoptando la forma española de las 14 estaciones. De España le venía también su fervor por este apostolado, como él declara: «Habiendo sabido, por religiosos españoles que me informaron, que en España se erigían los *Via crucis* con gran provecho para las almas, se me encendió el espíritu de un ardiente deseo de procurar un tan gran bien para Italia».

Después de haber visto las dos dimensiones anteriores de Escalaceli, tan homogéneas y ensambladas, es facil pasar al tercer eslabón: Escalaceli ha sido la fuente donde Andalucía ha bebido su honda devoción a la Pasión, a la «Semana Santa». No es una conclusión; es un corolario de lo que precede Por Escalaceli llegamos inmediatamente a las más profundas raíces de ese

fervor del pueblo andaluz por sus Cristos, sus Macarenas y sus «pasos». El Cristo del Beato Álvaro, las cruces de Escalaceli abrieron un abismal surco en el alma religiosa de Andalucía; en él han florecido, como máximo exponente, esas procesiones —consteladas de cera y suspiros—, esos Cristos sangrantes y esas Vírgenes sublimemente consternadas, que labraron gubias tan creyentes como las de Martínez Montañés, Juan de Mesa o Cristóbal de Mora. Escalaceli fue meta de peregrinaciones; el proceso canónico del culto del Beato Álvaro abunda en confesiones de este tipo. Los peregrinos se pasaban noches enteras velando delante del Cristo del Beato Álvaro y durante el día visitaban las capillas que evocaban los santos lugares y recorrían la *Vía crucis.*

Ésta es la obra —y también la biografía— del Beato Álvaro de Córdoba. Allí, en aquel nido de águilas espirituales, murió en 1430. Escalaceli siguió largo tiempo la ruta trazada por el fundador. El Beato Álvaro ha seguido velando por su continuidad. En 1530 los religiosos lo abandonaron, trasladándose al monasterio de los santos mártires Acisclo y Victoria; intentaron llevarse los restos del fundador, pero sus reiteradas intentonas se vieron frustradas por prodigios celestes. Fray Luis de Granada recibe en 1534 el encargo de reconstruir material y espiritualmente el célebre convento. Y, con su celo y juventud, renovó los mejores tiempos de Escalaceli. A fines del siglo XVI se erigió la Cofradía del Beato Álvaro, inscribiéndose en pocos años más de 4.000 hermanos. La flor de la nobleza andaluza abrazó los estatutos; en 1655 medio centenar de caballeros cordobeses escriben al P. Provincial de Andalucía ofreciéndole su ayuda para restaurar el santuario, que, por las inclemencias de los temporales y por los años, se estaba desmoronando. En el siglo XVIII el conde de Cumbre Hermosa, Lorenzo María de la Concepción Ferrari, alto personaje de la corte, tomó el hábito y, electo prior, rehizo el convento y dejó cuantiosos bienes para convertirlo en un centro de misiones, decisión que el hagiógrafo cordobés Sánchez de Feria comentó como «idea propia del cielo». Por esa época, 1741, se logró dar remate al proceso de beatificación de fray Álvaro; Benedicto XIV, el gran maestro clásico de las causas de beatificación y canonización, había estudiado detenida-

mente el caso típico que presentaba el proceso; en su monumental obra sobre la materia se refiere repetidas veces a este proceso. La desamortización y exclaustración del siglo XIX amenazó una vez más de ruina a Escalaceli; pero el Beato Álvaro veló por su convento. Devotos cordobeses restauran la «Hermandad del Santísimo Cristo y del Beato Álvaro de Córdoba» y la reina Isabel II con toda la familia real fueron recibidos en ella; el P. Ferrari había logrado que Fernando VI adoptase a Escalaceli bajo el patronato real. En 1900 volvieron los dominicos. Las Cortes de Cádiz habían querido reformar la Iglesia española inspirándose en la obra del Beato Álvaro, a quien dedican elogios que más parecen sarcasmos que otra cosa. Porque mientras le encendían una vela, Escalaceli se estaba derrumbando. Aún hoy sobre el Monte Calvario tres cruces medio caídas recuerdan, en su anhelo de brazos extendidos, enclavados, abiertos sobre la ciudad lejana, su historia antigua. Pero pese a esta desgracia, que el hombre malo no ha permitido remediar, unos sencillos mojones de cal y canto rematados en cruz de hierro señalan el camino del primer *Vía crucis* de Europa y la gente vuelve a subir en romería y en peregrinación durante todo el año, especialmente en el tiempo penitente y nazareno de la Cuaresma. Un poco más allá, donde arranca la primera estación, está el convento rehecho, con su castillo al lado. Y casi medio centenar de novicios dominicos están curtiendo el cuerpo y el alma bajo el patronato del santo fundador. Para el peregrino, lo mismo que para los novicios, los versos de la puerta son un memorial inolvidable:

> Alcázar de la fe, sagrado asilo...
> la cristiana piedad goza en tu historia,
> que escala te apellida de la gloria.

Todo en Escalaceli, el convento que yergue su hermosura en el mar grisáceo de la sierra como un blanco navío, invita a enfilar el alma proa a Dios.

ÁLVARO HUERGA, OP

Bibliografía

Art. en *Dict. d'Hist. Géogr. Eccl.*, II col.880s.
CASTAÑO, R., *San Álvaro de Córdoba y su convento de Escalaceli* (Vergara 1906).

GETINO, L. A., *Dominicos españoles confesores de reyes* (Madrid 1917).
GUTIERREZ, M., *Fundaciones monásticas en la Sierra de Cordoba* (Córdoba 1909).
MARIETA, J., *Vida del Bto. Álvaro de Córdoba* (Madrid 1601).
MORTIER, A., *Histoire des maîtres généraux...*, III p.210s.
SOTILLO DE MESA, L., *Breve compendio de la vida... del siervo de Dios Fr. Álvaro de Córdoba...* (Córdoba 1620).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

BEATO BONIFACIO DE BRUSELAS

Obispo († 1260)

Algunos lo llaman Bonifacio de Lausana por la sede de la que fue obispo. Bruselas fue su patria, donde nació el año 1182.

Con diecisiete años marchó a París para estudiar y lo hizo de forma seria y responsable. Entre 1222 y 1229 fue profesor en la Universidad parisina, pero al comprobar el desorden que se había instalado en el mundo estudiantil y que los estudiantes en realidad se negaban a estudiar, dejó París por Colonia, donde obtuvo una cátedra en la escuela de la catedral. Aquí se volvió a acreditar como en París por su conducta ejemplar, seriedad religiosa y celo por las buenas costumbres, y en 1231 fue nombrado obispo de Lausana.

Al llegar a su diócesis quiso poner en marcha un programa de reformas al que su clero no se mostró inclinado, y que disgustó también al emperador Federico II que no le disimuló su antipatía. Más aún, en 1239 padeció un atentado que por poco le cuesta la vida y que lo dejó maltrecho. Pensando él que no tenía salud para dirigir su diócesis, se dirigió a la Santa Sede y propuso ser exonerado de la misma, a lo que el Papa accedió.

Libre de su atadura con la diócesis, se ofreció como capellán al convento de monjas cistercienses de La Chambre, en cuya iglesia desarrolló un vasto apostolado como predicador y como director de almas. De muchos sitios lo llamaban para consagrar iglesias y altares y predicar la palabra divina. Bonifacio adoptó el hábito cisterciense, pero no hay constancia alguna de que hubiera profesado en la Orden. En 1245 acató la llamada de Inocencio IV para que acudieran a Lyón todos los obispos y estuvo presente en el concilio celebrado en dicha ciudad. Vuelto a La

Chambre perseveró en su vida santa y apostólica hasta su muerte el 19 de febrero del año 1260. El papa Clemente XI permitió en 1702 a la Orden cisterciense celebrar su memoria.

BEATA ISABEL PICENARDI

Virgen († 1468)

Nace en Mantua hacia el año 1430, siendo su padre un caballero al servicio de los Gonzaga, la familia señora de la ciudad. Cuando tenía unos quince años su padre le propuso un matrimonio ventajoso y oyó con sorpresa que ella en su corazón ya se había consagrado a Dios.

Esta consagracion no la vivió en el seno de una comunidad religiosa sino en su propia casa, tomando el hábito de las terciarias seglares servitas, llamadas mantelatas. Luego pasó a vivir en casa de su hermana Orsina. Llevó una vida de retiro, oración y penitencia, no saliendo de casa sino para ir cada día a misa a la iglesia de los servitas.

La ciudad la tenía por santa y mucha gente se encomendaba a sus oraciones. Murió el 19 de febrero de 1468 y al amortajarla sus familiares descubrieron que a raíz de la carne tenía un áspero cilicio que la habría hecho vivir en perpetua penitencia.

Venerada por santa desde su muerte, el papa Pío VII confirmó su culto el 10 de noviembre de 1810.

SANTA LUCÍA YI

Virgen y martir († 1862)

Lucía Yi Zhenmei nace el año 1813 en la provincia china del Su-Tchuen. Llegó al cristianismo siendo una niña y recibió por ello una esmerada educación cristiana. Siendo adolescente se sintió movida a consagrar a Dios su virginidad y a darle a su vida un tono eminentemente religioso.

Los misioneros apreciaron las bellas cualidades de la joven y la admitieron entre los catequistas, labor para la que fue adecuadamente preparada. Realizó su labor a lo largo de su vida en varios sitios y entre ellos en Kouay Yang, a donde llegó pensando en el martirio que anhelaba.

El 25 de diciembre de 1861 llegó por destino superior a Kia-Cha-Long, donde estaba como jefe de la misión San Juan Pedro Neel, joven sacerdote francés de la Sociedad de Misiones Extranjeras. Aquí fue arrestada el 18 de febrero de 1862, y mientras que aquel mismo día eran ejecutados el misionero y otros tres cristianos, a ella la dejaron para el día siguiente, en que fue decapitada.

Fue canonizada el 1 de octubre de 2000 junto con los demás mártires chinos.

BEATO JOSÉ ZAPLATA

Religioso y mártir († 1945)

Era hijo de José y María, pertenecientes a la clase agrícola, y nació el 5 de marzo de 1904 en Jerka (Polonia). Los escasos medios de su familia no le permitieron otra cosa que hacer los estudios elementales. Joven piadoso y puro, en cuanto terminó el servicio militar ingresó en la Congregación de Hermanos del Santísimo Corazón de Jesús, haciendo en Poznam la primera profesión el 8 de septiembre de 1928 y diez años más tarde, el 10 de marzo de 1938, la profesión solemne.

Trabajó en la curia episcopal de Poznam a las órdenes del cardenal primado Augusto Hlond. Pasó luego a Lvov, donde trabajó como sacristán en la iglesia de Santa Isabel, siendo al mismo tiempo superior de su comunidad religiosa.

Ocupada Poznam por los nazis, fue arrestado y detenido en la Cytadela de la ciudad. En agosto de 1940 fue enviado al campo de concentración de Mauthausen, del que pasó a Gusen y el 8 de diciembre de 1940 al de Dachau.

En febrero de 1945 se declaró en el campo una epidemia de tifus, y los enfermos fueron aislados en barracones. José fue consciente de que ofrecerse a cuidarlos era exponerse a la muerte, pero llevado de su caridad se ofreció. Solamente duró diez días, al cabo de los cuales se contagió, muriendo del tifus el 19 de febrero de 1945. El papa Juan Pablo II lo beatificó el 13 de junio de 1999.

Era un religioso ejemplar, que en sus años de servicio a su congregación, había cumplido las reglas de manera perfecta, dando alto testimonio de espíritu de fe, de oración y de segui-

miento radical de los consejos evangélicos. En los campos de concentración demostró una caridad continua, haciendo cuantos servicios podía a sus compañeros y entregado a consolar y ayudar a todos. Su escasa comida la repartía con otros y no dudó en dar su sangre para salvar a un enfermo de gangrena. Su decisión de servir a los enfermos de tifus no hizo sino coronar una vida presidida por la caridad de Jesucristo.

20 de febrero

A) MARTIROLOGIO

1. En Alejandría, conmemoración de San Serapión, mártir en tiempos del emperador Decio.
2. La conmemoración de cinco gloriosos mártires que padecieron en Tiro de Fenicia muchos tormentos y finalmente fueron muertos a espada en el año 303, bajo el emperador Diocleciano.
3. En Antioquía de Siria, conmemoración de San Tiranión († 311), obispo de Tiro, que con el presbítero Zenobio alcanzó la corona del martirio.
4. En Tournai (Bélgica), San Eleuterio († 532), obispo *.
5. En el monasterio de San Trudón (Bélgica), tránsito de San Euquerio († 738), obispo de Orleáns, que por causa de Carlos Martel murió fuera de su sede, entre los monjes **.
6. En Catania (Sicilia), San León († 787), obispo.
7. En Aljustrel (Portugal), Beata Jacinta Marto († 1920), niña, admirable por su paciencia y devoción a la Virgen María **.
8. En Stutthoff (Polonia), Beata Julia Rodzinska († 1945), virgen, de la Congregación de Hermanas de Santo Domingo, mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN EUQUERIO DE ORLEÁNS

Obispo († 738)

A comienzos del siglo VIII la Iglesia franca, lo mismo que el reino franco, yacía por tierra. En este momento se hace sentir la acción de San Bonifacio. Consagrado como obispo misionero en Roma el año 722 por Gregorio II, éste lo recomendó a Carlos Martel (no al rey) y bajo su protección —aunque no en cola-

boración directa con él— obtuvo grandes éxitos contra los usos paganos y, sobre todo, logrando el nombramiento de buenos obispos. Tal es el ámbito en que se inscribe San Euquerio, fallecido varios años antes de que San Bonifacio, ya octogenario, sufriera el martirio. Es celebrado como obispo de Orleáns, diócesis señalada desde mucho antes con un dato muy singular: el primer concilio de la Iglesia franca de que tenemos noticia fue celebrado en Orleáns en 541. En él se asignó directamente a los obispos la responsabilidad fundamental del suministro de auxilios a los pobres.

La biografía de San Euquerio se rellena con datos distribuidos, a primera vista, conforme al esquema común a otros santos de la Alta Edad Media: nacimiento en significada familia, pronta huida del mundo secular al mundo monacal rico en religiosidad y cultura, período episcopal al frente de una diócesis, retorno a la paz del claustro donde fallece santamente, floreciendo luego el milagro en su sepulcro. Pero se rompe un poco el esquema con San Euquerio: fue forzado a dejar su grey, vivió largamente la inseguridad y la incertidumbre del destierro, obteniendo cobijo, al fin, en el remoto monasterio de San Trudón (Sarchinium), no famoso por su prosperidad.

Es precisamente en el *Martyrologium trudonense* donde se señala claramente su memoria celebrativa el 20 de febrero, lo que repiten otros santorales anteriores al año 1000, concienzudamente estudiados por Baronio al ser incluido San Euquerio en el *Martirologio romano.* Para este santo se cuenta, además, con una *Vida* anónima, pero escrita en muy buen latín y, lo que es más importante, formada con los testimonios de monjes que habían conocido al santo, por lo que puede hablarse de una *Vida* coetánea, altamente fiable.

San Euquerio nació en Orleáns, a finales del siglo VII, de una familia merovingia muy pudiente. De los famosos monasterios del momento el más próximo era el de Jumièges, una de las implantaciones del monaquismo celta, sumamente severo, debidas a San Columbano. Sintiéndose llamado a la soledad, dice el anónimo biógrafo, Euquerio solicitó la admisión y aquí pasó siete años. El ascetismo lo marcó desde la adolescencia. Desde mediados del siglo VII, los monasterios celtas, y concretamente

el de Jumièges, muy disciplinados, supusieron un movimiento agrícola de primer orden que en tres generaciones convirtió un área de pantanos y matorrales en tierra de primera calidad, determinando en cierto sentido la historia futura de Europa, siendo, además, centros importantes de cultura, aunque con las limitaciones que hoy nos sorprenden: en el siglo VIII una biblioteca que contara con cien libros era un centro de cultura destacado. El *escriptorio* de Jumièges, por cierto, no llegó a compararse con el de Autum o el de Corbier.

En larguísimos espacios nocturnos de oración, horas empujando el arado o roturando el bosque, y lectura memorizante de textos sagrados se distribuyen los siete años que San Euquerio pasó en Jumièges: ¿Trascendió su fama? Tío carnal de Euquerio era el obispo de Orleáns Savarico. Al fallecer éste fue muy normal que se pensase para sucederle en el sobrino monje, que debía de andar por los veinticinco años. Euquerio fue consagrado obispo de Orleáns. En la *Vida* coetánea se escenifica muy bien el requerimiento del clero y pueblo de Orleáns, su hondo pesar al renunciar al retiro y los fastos de su ordenación episcopal con concurrencia nunca vista desde todos los lugares del obispado.

¿Acciones concretas? No le tocó encarnar la figura del obispo *defensor civitatis,* que en décadas anteriores exigían las circunstancias. El peligro sarraceno se veía alejado por Carlos Martel, mientras Euquerio se entregaba a la norma del Concilio de Orleáns de auxiliar a los pobres. En la *Vida* no se nos da cuenta detallada de actuaciones pastorales; pero se nos ofrece la mejor semblanza: «Vio en el cargo no un honor, sino un gran peso; empezó inmediatamente a mejorar las iglesias, amar a su clero, corregir al pueblo con su predicación, visitar con frecuencia los monasterios, tratando a los monjes con fraterna caridad. En correspondencia, el amor del clero y del pueblo era tanto que ponían a su disposición sus bienes y sus personas». Y nos lo retrata con cinco pinceladas: «Era de mente apacible, rostro sereno, aspecto amable, hermosa presencia y corazón esforzado».

Su intrepidez —«corazón esforzado»— se demostró frente a los desmanes de Carlos Martel. Ciertamente con los *mayordomos* francos —Pipino de Heristal († 717) y su hijo Carlos Mar-

tel— se obtuvo un notable robustecimiento político, pero con Carlos Martel la Iglesia sufrió terribles saqueos. San Euquerio desaprobó estas actuaciones y lo pagó con el extrañamiento de su diócesis: se vio forzado a seguir a Carlos Martel hasta París, desde donde fue exiliado a Colonia y aquí permaneció algún tiempo, muy bien acogido por la comunidad cristiana. Por los mismos años en que nació San Euquerio había fallecido en Sarquinium San Trudón. Hoy aquella localidad de la diócesis de Maastricht lleva su nombre. Allí había fundado una abadía, donde falleció con gran fama de santidad probablemente el año 693.

Cuando San Euquerio se hallaba desterrado, la fama de sus milagros estaba ya muy extendida y a su sepulcro concurrían peregrinos desde lugares lejanos. ¿Concurrió también como peregrino el exiliado Euquerio? El dato cierto es que ingresó como monje en este monasterio y que allí murió con fama de santidad el año 740 o, según investigaciones recientes, el 738, sin alcanzar los cincuenta años. Fue sepultado junto a San Trudón y, desde entonces, los peregrinos concurrieron a venerar a ambos santos.

Los monjes anotaron singulares milagros de San Euquerio y comenzaron a celebrar su memoria el 20 de febrero, fecha de su fallecimiento. Hay leyendas que más que impostura son exageraciones desorbitadas de un dato fundamentalmente cierto. En el presente caso el dato fundamental estriba en los terribles saqueos a la Iglesia obrados por Carlos Martel y en la valiente denuncia de San Euquerio. La leyenda va mucho más allá: dice que, al fallecer Carlos Martel, San Euquerio lo vio sumergido en las llamas del Infierno. La muerte de Carlos Martel (741) es ciertamente posterior a la de San Euquerio. La leyenda, introducida en el siglo IX, supuso un aviso muy serio para cuantos pretendiesen despojar a la Iglesia.

JOSÉ M.ª DÍAZ FERNÁNDEZ

Bibliografía

Acta sanctorum, III (Bruselas) 208-221.

WASSELYNCK, R., «Eucherio, vescovo di Orléans», en *Bibliotheca sanctorum,* V cols.140-141.

BEATA JACINTA MARTO Y BEATO FRANCISCO MARTO

Niños de Fátima († 1920 y 1919)

Quien se acerque a la Basílica de Nuestra Señora de Fátima en Cova de Iría (Portugal) durante un día cualquiera, el 13 de cada mes —y en el de mayo en especial—, o con ocasión de las peregrinaciones de los últimos papas a este santuario, habrá podido percibir el alcance actual del testimonio de unos niños que aseguraron haber visto allí a la Santísima Virgen y cuyos restos yacen en ese lugar. Y quien, además, haya podido desplazarse hasta la cercana aldea de Aljustrel, e incluso entrar en las sencillas casas de los familiares de Lucía, Francisco y Jacinta, habrá experimentado con fuerza en qué ambiente nacieron y estaban viviendo quienes recibieron gracia tan singular.

En este momento, año 2003, sor Lucía, cuenta 95 de edad y está en el Carmelo de Coimbra (Portugal). Francisco murió el 4 de abril de 1919 con algo más de 10 años y Jacinta el 20 de febrero de 1920 cuando aún no los había cumplido. Ambos han sido beatificados por el papa Juan Pablo II en Fátima el día 13 de mayo de 2000, año del gran Jubileo de la Iglesia universal. Son los beatos más jóvenes de la historia.

¿Puede un niño ejercitar la heroicidad de la virtud tal como es requerida en las Causas de canonización? La temprana muerte de Francisco y de Jacinta fue despertando mucho fervor hacia ellos, acentuado al ser publicadas sus primeras biografías y por el testimonio de algunas personas que afirmaban haber obtenido gracias por su intercesión. Y al Obispado de Leiría comenzaron a llegar solicitudes de incoar la Causa de ambos. Esta posibilidad comenzó a considerarse en 1945, pero la primera sesión de los procesos informativos no tuvo lugar hasta 1952, y la última en 1979, llevándose después a Roma toda la documentación. Pero allí se encontró con un serio y prolongado interrogante: desde 1935 en que fue planteada, estaba sin resolver en la Congregación de las Causas de los Santos la cuestión teológica y jurídica de la posibilidad de canonización de los niños.

La llegada de los procesos de Francisco y Jacinta urgió la respuesta, y dicha Congregación convocó una reunión plenaria sobre el tema, cuidadosamente preparada con numerosos pare-

ceres de especialistas en psicología y pedagogía y en teología dogmática, moral y espiritual. Se celebró en el Vaticano del 24 de marzo al 2 de abril de 1981. El periódico de la Santa Sede *L'Osservatore Romano* de 10 de abril del mismo año, dio una amplia información sobre «La idoneidad de los adolescentes al ejercicio heroico de las virtudes y martirio», introducida por el artículo del Cardenal Pietro Palazzini, Prefecto de la Congregación de las Causas de los Santos, «Meditada respuesta a los interrogantes». Seguían diversos y documentados estudios, de los que se deduce que, si bien los niños no pueden ejercer la virtud como un adulto, según su edad y condiciones de vida sí que pueden practicar la virtud de modo heroico.

Esta reunión plenaria, de cuyo contenido se informó al Papa, no dio lugar a un documento concreto, pero el resultado se hizo evidente a través de la decisión de continuar las Causas de niños pendientes y aceptar las que en el futuro fueran presentadas.

Francisco y Jacinta eran del todo normales y estaban psíquicamente sanos. Aunque eran buenos, después de la aparición del ángel en 1916 y de la Virgen en 1917, se realizó un cambio decisivo en su vida espiritual: se hizo más intensa su unión con Dios, resultaba evidente su gran devoción a Nuestra Señora y también el amor a los demás, concretado en sus oraciones y sacrificios por la conversión de los pecadores y, en síntesis, afloró y se tradujo en hechos de vida un verdadero deseo de agradar a Dios y de cumplir en todo momento lo que «la Señora» les iba indicando. No cabe duda de que todo esto conllevaba un evidente ejercicio de la virtud, por lo que suponía un claro signo de santidad. Además, la actitud de los Papas no deja ninguna duda sobre la legitimidad de las apariciones de Fátima y su carácter sobrenatural.

Francisco nació el 11 de junio de 1908 y Jacinta, su hermana menor, el 11 de marzo de 1911. Era un momento muy difícil para la sociedad y para la Iglesia en Portugal y, poco después, también para el mundo. A la proclamación de la República el 5 de octubre de 1910, igual que en otros países europeos, estaba siguiendo una oleada persecutoria contra la Iglesia y sus instituciones: expulsión de las órdenes y congregaciones religiosas,

destierro de algunos obispos, expropiación de templos, fiscalización del culto público, fomento del laicismo, ley de separación de la Iglesia y el Estado (20 de abril de 1911) planteada en términos polémicos, etc. Según Alfonso Costa, Ministro de Justicia y Cultos, el objetivo era extinguir el catolicismo en Portugal en dos o tres generaciones. Tanto el papa Pío X como el episcopado portugués reaccionaron contra esta pretensión.

En 1917, año de las apariciones, la persecución religiosa se había mitigado algo, principalmente a causa de haber entrado los portugueses en la Primera Guerra Mundial (1914-1919). La participación en esta contienda, decidida por el gobierno en 1916, era mal vista por el pueblo, por lo que no convenía exacerbarlo por motivos religiosos. Pero continuaba el ambiente hostil hacia la Iglesia y no había cesado del todo la persecución.

Cuando nacieron estos niños, Fátima era una reducida parroquia rural de unos 2.300 habitantes, situada en un pequeño altiplano de la Sierra del Aire, y formaba parte del vecindario de Vila Nova de Ourén, perteneciente entonces al Patriarcado de Lisboa, hoy Diócesis de Leiría-Fátima. La feligresía estaba formada por un reducido núcleo central en torno a la iglesia parroquial y por algunos caseríos o aldeas. En uno de estos «lugarejos», como lo califican las actas de bautismo, llamado Aljustrel, vieron la luz los hermanos Francisco y Jacinta. También, un poco antes, en 1907, su prima Lucía.

Los habitantes se dedicaban a tareas agrícolas y pastoriles, y algunos al comercio y a la artesanía local. La mayoría eran pobres y analfabetos, sobre todo las mujeres. Era una zona bastante aislada, donde apenas llegaban periódicos y visitantes, atravesada por una carretera poco frecuentada que conducía a Vila Nova de Ourén, a Batalha y a Leiría. Aunque seguramente allí no se vivía demasiado la situación de hostilidad de los poderes públicos respecto a la Iglesia a que hemos aludido, con motivo de las apariciones de Nuestra Señora también llegó la intolerancia religiosa a un lugar tan pequeño y apartado. Verdadera persecución fue el arresto de los tres niños del 13 al 15 de agosto de 1917, ordenado por el administrador del municipio de Vila Nova de Ourén, Arturo Oliveira Santos. Y también tuvo este carácter el hecho de que, en la noche del 5 al 6 de marzo de

1922, cuando ya habían muerto los dos niños, fuera dinamitada por los perseguidores la pequeña capilla que el pueblo había levantado en el lugar de las apariciones.

Contando con un testimonio tan cualificado como las *Memorias de la hermana Lucía,* escritas entre 1935 y 1941 y repetidamente publicadas, nos basamos principalmente en él para ofrecer algunos rasgos biográficos de sus primos Francisco y Jacinta, con quienes compartió la dicha de ver a «la Señora». Los tres recibieron de ella el mandato de aprender a leer y escribir, pero se llevó a Francisco y Jacinta antes de que acometieran esta tarea. Sólo Lucía ha podido dejarnos relaciones escritas, con ortografía y caligrafía progresivamente mejoradas. Pero tienen el incuestionable valor de ser fuente de primer orden, imprescindible para acercarnos a esa realidad.

Francisco y Jacinta eran los hijos más pequeños, 6.° y 7.°, respectivamente, de Miguel Pedro Marto y Olimpia de Jesús, una familia sencilla y cristiana del pueblecito de Aljustrel. Francisco fue bautizado a los 9 días de nacer, el 20 de junio de 1908. Dos años después vino al mundo Jacinta y a las dos semanas, el 25 de marzo de 1911, recibía el sacramento del bautismo, igual que Francisco, en la iglesia parroquial de Fátima. La madre de estos niños era hermana de Antonio dos Santos, padre de Lucía, nacida en la misma aldea el 22 de marzo de 1907 y bautizada el día 30 del mismo mes.

Lo propio del ambiente era que los pequeños colaboraran desde muy pronto en los trabajos de la casa con el cuidado de los rebaños, posponiendo su instrucción, que era difícil de adquirir por la lejanía de las escuelas Así, los hermanos Marto juntaron su pequeño rebaño con el de su prima, algo mayor, ocupándose los tres de llevarlo a los campos a pastar. Escribe Lucía en su *Primera memoria.*

> «No se por que, tanto Jacinta como su hermano Francisco, sentian por mi una predileccion especial y me buscaban siempre para jugar No les gustaba la compañia de otros niños, y me pedian que fuese con ellos junto a un pozo que tenian mis padres en el huerto Una vez alli, Jacinta escogia los juegos con los que íbamos a entretenernos Los juegos preferidos eran, casi siempre, jugar a las chinas o los botones [ ]
>
> »A los dos pequeños les costaba mucho separarse de mi Por ello pedian continuamente a su madre que les dejase, tambien a

ellos, guardar su rebaño. Mi tía, tal vez para verse libre de tantas súplicas, a pesar de que todavía eran muy pequeños, les confió el cuidado de sus ovejas. Radiantes de alegría fueron a darme la noticia y a planear cómo juntaríamos todos los días nuestros rebaños. Una vez juntos, decidíamos cuál sería el pasto del día; y para allá íbamos felices y contentos, como si fuéramos a una fiesta [...].

»A Jacinta le agradaba mucho tomar los corderitos blancos, sentarse con ellos en brazos, abrazarlos, besarlos y, por la noche, traérselos a casa a cuestas, para que no se cansasen».

Los dos niños tenían muy diferente temperamento. Según Lucía, «Francisco no parecía hermano de Jacinta, sino en la fisonomía del rostro y en la práctica de la virtud. No era tan caprichoso y vivo como ella. Al contrario, era de un natural pacífico y condescendiente». Reservado y tranquilo, «lo que más le entretenía cuando andábamos por los montes era sentarse en el peñasco más elevado y tocar su flauta o cantar. Si su hermana bajaba conmigo para echar algunas carreras, él se quedaba entretenido allí con su música y sus cantos». Jacinta, aunque más expresiva, juguetona y enfadadiza cuando la contrariaban, «tenía muy buen corazón y el buen Dios le había dotado de un carácter dulce y tierno que la hacía, al mismo tiempo, amable y atractiva» *(4.ª Memoria)*.

Todos habían sido educados en la fe y desde muy pronto habían aprendido, en la familia y en la parroquia, algunas oraciones y ejercicios piadosos que ellos hacían compatibles con sus diversiones:

«Nos habían recomendado que después de la merienda rezáramos el rosario, pero como todo el tiempo nos parecía poco para jugar, encontramos una buena manera de acabar pronto: pasábamos las cuentas diciendo solamente ¡Ave María, Ave María, Ave María! Cuando llegábamos al fin del misterio decíamos muy despacio simplemente: ¡Padre Nuestro!, y así, en un abrir y cerrar de ojos, como se suele decir, teníamos rezado el rosario» *(1.ª Memoria)*.

Precisamente al acabar uno de estos rosarios, experimentaron el primer hecho prodigioso de su vida, la visión de una figura, al principio con rasgos confusos:

«A medida que se aproximaba íbamos divisando sus facciones: un joven de unos 14 o 15 años, más blanco que la nieve, el sol lo hacía transparente, como si fuera de cristal, y de una gran belleza. Al llegar junto a nosotros dijo:

—No temáis, soy el Ángel de la Paz. Rezad conmigo

Y, arrodillándose en tierra, dobló la frente hasta el suelo y nos hizo repetir por tres veces estas palabras:

—¡Dios mío! Yo creo, adoro, espero y os amo. Os pido perdon por los que no creen, no adoran, no esperan y no os aman

Después, levantándose, dijo:

—Rezad así. Los Corazones de Jesús y de María están atentos a la voz de vuestras súplicas» *(2.ª Memoria).*

Entre primavera y otoño de 1916, en plena Guerra Mundial, cuando Lucía había cumplido 9 años de edad, Francisco 8 y Jacinta 6, tuvieron lugar las tres apariciones del ángel: la primera y la tercera en la Roca del Cabezo, y la segunda en el Pozo do Arneiro, situado junto a la casa de Lucía.

«Sus palabras se grabaron de tal forma en nuestras mentes —continúa— que jamás se nos olvidaron. Y, desde entonces, pasábamos largos ratos así, postrados, repitiéndolas muchas veces, hasta caer cansados» *(2 ª Memoria).*

En una de las ocasiones en que estaban rezando de este modo, tuvo lugar la tercera aparición del ángel, que les enseñó otra oración y les dio la comunión:

«Se arrodilló junto a nosotros, y nos hizo repetir tres veces·

—Santísima Trinidad, Padre, Hijo, Espíritu Santo, os ofrezco el preciosísimo Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, presente en todos los sagrarios de la tierra, en reparación de los ultrajes, sacrilegios e indiferencias con que Él mismo es ofendido y por los méritos infinitos de su Santísimo Corazón y del Inmaculado Corazón de María, os pido la conversión de los pobres pecadores.

Después se levanta, toma en sus manos el Cáliz y la Hostia Me da la Sagrada Hostia a mi y la Sangre del Cáliz la divide entre Jacinta y Francisco, diciendo al mismo tiempo·

—Tomad y bebed el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo, horriblemente ultrajado por los hombres ingratos Reparad sus crímenes y consolad a vuestro Dios» *(2 ª Memoria)*

Estas apariciones prepararon las de la Santísima Virgen, que vendrían poco después. El día 13 de mayo de 1917, mientras cuidaban el rebaño en Cova de Iría, les sorprendió la primera, que Lucía describe así:

«Estando jugando con Jacinta y Francisco encima de la pendiente de Cova de Iría, haciendo una pared alrededor de una mata, vimos, de repente, como un relámpago.

—Es mejor irnos para casa —dije a mis primos—, hay relámpagos; puede haber tormenta.

—Pues, sí.

Y comenzamos a descender la ladera, llevando las ovejas en dirección del camino. Al llegar poco más o menos a la mitad de la ladera, muy cerca de una encina grande que allí había, vimos otro relámpago; y, dados algunos pasos más adelante, vimos sobre un carrasco una Señora, vestida toda de blanco, más brillante que el sol, irradiando una luz más clara e intensa que un vaso de cristal, lleno de agua cristalina, atravesado por los rayos del sol más ardiente. Nos detuvimos sorprendidos por la aparición. Estábamos tan cerca que nos quedábamos dentro de la luz que la cercaba, o que ella irradiaba. Tal vez a metro y medio de distancia más o menos.

Entonces Nuestra Señora nos dijo:

—No tengáis miedo. No os voy a hacer daño.

—¿De dónde es Vd.? —le pregunté.

—Soy del Cielo.

—¿Y que es lo que Vd. quiere?

—Vengo a pediros que vengáis aquí seis meses seguidos, el día 13 a esta misma hora. Después os diré quién soy y lo que quiero. Después volveré aquí una séptima vez.

—Y yo, ¿también voy al Cielo?

—Sí, vas.

—Y ¿Jacinta?

—También.

—Y ¿Francisco?

—También; pero tiene que rezar muchos rosarios.

Entonces me acordé de preguntar por dos muchachas que habían muerto hacía poco [...].

—¿Queréis ofreceros a Dios para soportar todos los sufrimientos que Él quisiera enviaros, en acto de desagravio por los pecados con que es ofendido y de súplica por la conversión de los pecadores?

—Sí, queremos.

—Tendréis, pues, mucho que sufrir, pero la gracia de Dios será vuestra fortaleza.

Fue al pronunciar estas últimas palabras (la gracia de Dios, etc...) cuando abrió por primera vez las manos comunicándonos una luz tan intensa como un reflejo que de ellas se irradiaba, que nos penetraba en el pecho y en lo más íntimo del alma, haciéndonos ver a nosotros mismos en Dios que era esa luz, más claramente que nos vemos en el mejor de los espejos.

Entonces por un impulso íntimo, también comunicado, caímos de rodillas y repetíamos íntimamente: "Oh Santísima Trinidad, yo os adoro. Dios mío, Dios mío; yo os amo en el Santísimo Sacramento".

> Pasados los primeros momentos, Nuestra Señora añadió:
> —Rezad el rosario todos los días para alcanzar la paz para el mundo y el fin de la guerra.
> —Enseguida comenzó a elevarse suavemente, subiendo en dirección al naciente, hasta desaparecer en la inmensidad de la lejanía. La luz que la rodeaba iba como abriendo camino en la bóveda de los astros, motivo por el cual alguna vez dijimos que habíamos visto abrirse el cielo» *(4.ª Memoria).*

Aunque habían acordado guardar secreto respecto a este acontecimiento, Jacinta, la pequeña, al llegar a casa no pudo evitar contárselo a su madre, hecho que tuvo algunas consecuencias para los tres, en orden a sufrir serias advertencias.

El 13 de junio y el 13 de julio se repitieron las apariciones en Cova de Iría. Pero el 13 de agosto no pudieron acudir al lugar, como «la Señora» les había indicado, porque se presentó en Aljustrel el administrador del municipio de Vila Nova de Ourén y se llevó a los tres pequeños para evitar que se repitiera el hecho religioso que estaba atrayendo la atención de cada vez mayor número de personas. Tres días permanecieron detenidos, en los que, a pesar de las fuertes amenazas, defendieron con heroica valentía la verdad de lo sucedido.

Puestos en libertad el 15 de agosto, el día 19, domingo, tuvo lugar la cuarta aparición de la Virgen en el lugar llamado Valinhos, y en septiembre y octubre se repitieron de nuevo los encuentros con «la Señora», el día 13, en Cova de Iría. En el último les reveló, como había anunciado, qué deseaba y quién era:

> «Quiero decirte que hagan aquí una capilla en mi honra; que SOY LA SEÑORA DEL ROSARIO; que continúen rezando el rosario todos los días. La guerra va a acabar y los soldados volverán con brevedad a sus casas» *(4.ª Memoria).*

Y tuvo lugar el también anunciado milagro: entre los nubarrones de un día muy lluvioso apareció de repente un sol radiante, girando sobre sí mismo, e iluminando todo el firmamento. Para los más escépticos fue la confirmación de cuanto decían los niños.

Un año después, en octubre de 1918, Francisco y Jacinta, como casi toda la familia, fueron víctimas de la epidemia de bronconeumonía, enfermando seriamente.

Francisco tuvo alternancias de salud, hasta que se agravó de nuevo a fines de marzo de 1919 Ante la crítica situación, el 2 de abril acudió a confesarlo el Rvdo Moreira, sustituto del párroco de Fátima. El 3 recibió el viático y la primera comunión y el día 4 de abril, viernes, a las 10 de la noche, moría en su casa de Aljustrel. El día 5 se celebraron sus funerales y fue enterrado en el cementerio de Fátima.

Jacinta había mejorado un poco pero, a raíz de la muerte de Francisco, se le presentó una pleuresía purulenta, persistente y con complicaciones, que debía ser tratada en un centro adecuado. Desde el 1.° de julio hasta el 31 de agosto de 1919 permaneció en el «Hospital de Santo Agostinho» de Vila Nova de Ourén. Pero lejos de sanar, se le abrió una gran llaga en el pecho que la hacía sufrir mucho. Pareció conveniente que volviera a su casa, donde pasó algunos meses sin conseguir reponerse Ante una nueva crisis en su estado de salud, a finales de enero de 1920 la llevó su madre a Lisboa, pero pasando antes, a petición suya, por Cova de Iría para orar en el lugar de las apariciones.

En Lisboa fue acogida en el Orfanato de Nossa Senhora dos Milagres, donde recuerdan sus largas visitas al Santísimo desde una tribuna y que algunos días salía con su madre a confesar y comulgar. El 2 de febrero tuvo que ser internada en el Hospital D. Estefanía, también de Lisboa, donde, además de la pleuritis purulenta, le diagnosticaron una osteítis en dos costillas. Había que intervenir quirúrgicamente, aunque ella aseguraba que sería inútil. La operación, realizada el día 2 de febrero, consistió en extraerle al vivo las dos costillas afectadas, quedando con una gran herida y muchísimo sufrimiento. El día 16 del mismo mes tuvo lugar una nueva aparición de la Virgen, y le cesaron los dolores.

El 20 de febrero, hacia las 6 de la tarde se sintió muy mal y ella misma pidió los sacramentos. Hacia las 8 fue el párroco a confesarla Jacinta insistió en recibir el Viático pero él, creyendo que no era tan urgente, se lo prometió para el día siguiente. Murió a las 10 y media de la noche con serenidad, sin la compañía de familiares ni conocidos, completamente sola, tal como ella misma había anunciado El 24 de febrero fue sepultada de

modo provisional en Vila Nova de Ourén, en una tumba caritativamente cedida.

Quince años después, el 12 de septiembre de 1935, se trasladaron sus restos incorruptos a Fátima, sepultándolos en el cementerio parroquial, con los de Francisco. Con este motivo se hicieron varias fotografías, algunas de las cuales fueron enviadas por el Obispo de Leiría-Fátima Mons. José Alves Correira da Silva a la Hermana Lucía, entonces religiosa Dorotea en Pontevedra. Le respondió agradecida:

> «No podría decir cuánto las aprecio, en especial la de Jacinta [...]. Era niña sólo en los años; en lo demás sabía practicar la virtud y demostrar a Dios y a la Virgen Santísima su amor por la práctica del sacrificio».

Las afirmaciones de sor Lucía indujeron al Sr. Obispo a solicitarle escribir todo lo que recordara sobre Jacinta y, en efecto, elaboró la Primera Memoria, con dicho contenido, en diciembre de 1935. Pero poco después, la suposición de que Lucía conservaba otros recuerdos no expresados, motivó al Sr. Obispo a pedirle la redacción de una Segunda Memoria, realizada entre el 7 y el 21 de noviembre de 1937.

Mientras tanto, el 13 de octubre de 1930 el Obispo de Leiría había declarado dignas de crédito las apariciones de Fátima, permitiendo el culto a Nuestra Señora en ese lugar. Además, en 1934 el Dr. Ludwig Fischer había publicado la primera biografía de Jacinta y preparaba otra D. José Galamba de Olveira, que salió de la imprenta en 1938: la primera edición en mayo, y la segunda en octubre. Este libro, titulado *Jacinta. Florinhas de Fátima,* motivó la Tercera Memoria de Lucía, ya que el Obispo, en carta de 26 de julio de 1941, le anunció una visita del Dr. Galamba para completar datos con vistas a futuras ediciones. No tuvo lugar entonces este encuentro, pero Lucía, apenas recibido el aviso, a lo largo del mes de agosto redactó la solicitada Memoria, en la que desvelaba las dos primeras partes del secreto de Fátima. Poco después, el 7 de octubre de 1941 acudían a visitarla el Sr. Obispo y el Dr. Galamba. Recogieron el escrito de la *Tercera Memoria,* y los amplios interrogatorios que llevaban trajeron como consecuencia la rápida elaboración de la Cuarta, la más larga de todas, que Lucía concluyó el 8 de diciembre del mismo

año 1941. En ella debía escribir sobre Francisco como lo había hecho sobre Jacinta, narrar con más detalle las apariciones del ángel y de Nuestra Señora, recordar las canciones que entonaban y anotar lo que no considerara exacto del libro *Nossa Senhora de Fátima,* que el P. Da Fonseca acababa de publicar.

Al mismo tiempo, como hemos indicado, crecía la veneración de los fieles hacia los dos niños que habían visto a «la Señora», se multiplicaban las gracias y favores atribuidos a su intercesión y comenzó a pensarse en una posible beatificación. Con esta perspectiva, el 30 de abril de 1951 tuvo lugar la exhumación y reconocimiento de los restos de Jacinta, y el 1 de mayo fueron trasladados a la Basílica de Cova de Iría. Unos meses después, el 17 de febrero de 1952, se exhumaban los de Francisco y el 13 de marzo se colocaban también en la Basílica. Eran las vísperas del comienzo del proceso ordinario informativo sobre la santidad de estos niños, cuya primera sesión tuvo lugar el 30 de abril de 1952. El de Jacinta se prolongó hasta el 2 de junio de 1979, y el de Francisco concluyó el 3 de agosto del mismo año.

Se estaba poniendo de manifiesto la práctica heroica de la virtud por parte de unos niños que, en escasos años de vida, habían llegado a muy alto grado de santidad.

En los dos hermanos destacó su gran amor al Señor manifestado a través de largas horas de oración y de grandes deseos de comulgar Respondiendo a la invitación de la Virgen, querían sufrir con Cristo, darle alegría y consuelo y ofrecerse a Dios en acto de desagravio por las ofensas que recibía y de súplica por la conversión de los pecadores. Y a ambos les había impresionado mucho la visión del infierno de la aparición del mes de julio, suscitando en ellos grandes deseos de rezar y de hacer sacrificios para evitar que las almas cayeran en él. Pero vivieron de diferente modo estos rasgos de su fisonomía espiritual. En Francisco primaba su afán por dar consuelo y alegría a Jesus, tan ofendido y ultrajado, y lo más característico de Jacinta era haberse ofrecido como víctima por la conversión de los pecadores.

Estos deseos ni en uno ni en otra eran vagos sentimientos. Se traducían en hechos muy concretos, como su gran fidelidad

y aceptación del sufrimiento y su firmeza y verdad. A veces no les fue fácil mantener estas actitudes, que debieron sostener con heroica fortaleza, como durante su arresto en agosto de 1917, cuando supieron soportar las violentas amenazas con que intentaban obligarles a desvelar el secreto que les había confiado «la Señora», o en la larga y penosa enfermedad con que concluyó la vida de ambos, sobre todo la de Jacinta.

Lucía cuenta que, en una ocasión, Francisco no había querido acompañarlas en la merienda, pero sí deseaba rezar con ellas después:

> «Subimos a lo alto del peñasco, donde apenas cabíamos los tres puestos de rodillas y le pregunté:
> —Pero ¿qué estás haciendo aquí durante tanto tiempo?
> —Estoy pensando en Dios que está muy triste debido a tantos pecados. ¡Si yo fuera capaz de darle alegría!» *(4.ª Memoria).*

Y entre los muchos recuerdos de Jacinta, evoca su amor a «Jesús escondido» en la Eucaristía y, como Francisco, su voluntad de sacrificio:

> «Le dije un día: —Jacinta, no comas eso [bellotas y aceitunas], que amarga mucho. —Las como porque son amargas, para convertir a los pecadores» *(1.ª Memoria).*

Además, lo que fue específico suyo:

> «Jacinta se pone en pie y me llama:
> —¿No ves muchas carreteras, muchos caminos y campos llenos de gente que lloran de hambre por no tener nada para comer? ¿Y el Santo Padre en una Iglesia, rezando delante del Inmaculado Corazón de María? ¿Y tanta gente rezando con él?» *(3.ª Memoria).*

Al presentarlos al mundo como modelos de santidad decía en Fátima el papa Juan Pablo II el 13 de mayo del año 2000:

> «En el pequeño Francisco era grande el deseo de reparar las ofensas de los pecadores, esforzándose por ser bueno y ofreciendo sacrificios y oraciones. Y Jacinta, su hermana, casi dos años menor que él, vivía animada por los mismos sentimientos [...].
> »Expreso mi gratitud a la Beata Jacinta, por los sacrificios y oraciones que ofreció por el Santo Padre, a quien había visto en gran sufrimiento.
> »"Yo te bendigo, Padre, porque has revelado estas verdades a los pequeños". La alabanza de Jesús reviste hoy la forma solemne de la beatificación de los pastorcillos Francisco y Jacinta. Con este

rito, la Iglesia quiere poner en el candelero dos velas que Dios encendió para iluminar a la humanidad en horas sombrías e inquietas»

M.ª ENCARNACION GONZALEZ RODRIGUEZ

Bibliografía

DE MARCHI, J M, *Era una Senhora mais brilhante que o sol* (Fatima [14]2000)
LEITE, F, SI, *Francisco de Fatima* (Braga [4]1966)
— *Jacinta de Fatima* (Braga [4]1966)
LUCIA, HNA, *Memorias* (Fatima [2]1985)
— *Llamadas del Mensaje de Fatima* (Madrid 2001)

C) BIOGRAFIAS BREVES

SAN ELEUTERIO
Obispo († 530)

Fue el primer obispo de Tournai, Bélgica, y su muerte se sitúa el 20 de febrero de 532. Su figura está rodeada de leyendas, pero los datos básicos podrían resumirse diciendo que, nacido en Tournai, en el seno de una familia cristiana, tuvo por compañero de escuela al futuro San Medardo. Fue nombrado obispo de Tournai ya antes del bautismo de Clodoveo, alrededor del año 485. El año 501 marchó a Roma donde visitó al papa San Símaco y sometió sus escritos a la aprobación de la Santa Sede, obteniéndola del papa San Hormisdas, que sucedió a Símaco. Fue un excelente y celoso predicador y logró convertir a no pocos francos, siendo algunas veces masivos los bautizos que administró. Se dice que murió de resultado de los malos tratos que le infligieron los arrianos cuando celebraba la eucaristía.

BEATA JULIA RODZINSKA
Virgen y martir († 1945)

Hija de Miguel y de Mariana Sekula, nace el 16 de marzo de 1899 en Nawojowa y a los diez años tuvo la desgracia de perder a su madre, ocupándose de ella las Hermanas Dominicas, que la instruyeron en la escuela elemental y bachillerato y luego la ins-

cribieron en la Escuela de Magisterio. Pero en 1916 interrumpe sus estudios para ingresar en el convento de las Hermanas de Santo Domingo en Wielowies y cambió su nombre de Estanislava por el de Julia. Hecha la profesión religiosa, continuó hasta concluir los estudios de Magisterio. En 1924 sería admitida a la profesión perpetua.

Desde la conclusión de sus estudios estuvo destinada en diversas casas de su congregación (Mielzyn, Rawa, Ruska y Vilna), dedicada a la educación de niños huérfanos y abandonados. Luego de haber dirigido la Escuela Elemental Estatal de Vilna, en 1934 fue nombrada superiora de la comunidad religiosa y directora del Instituto de Huérfanos, cargo en el que se distinguió por su bondad y amor a los huérfanos, de los que era calificada como verdadera madre.

Llegada la invasión nazi, continuó ejerciendo su cargo y haciendo cuanto podía por los necesitados. El 12 de julio de 1943 fue arrestada y encarcelada en la prisión de Luziszki de Vilna. Y un año más tarde trasladada al campo de concentración de Stutthoff. Extenuada de los padecimientos y extremadamente debilitada, contrajo el tifus y murió el 20 de febrero de 1945. Persona de profunda fe, vivió su trágica suerte con enorme confianza en la providencia divina, dando alto ejemplo de mansedumbre y serenidad. Fue beatificada el 13 de junio de 1999.

21 de febrero

A) MARTIROLOGIO

1. La memoria de San Pedro Damián († 1072), cardenal obispo de Ostia, y antes monje de Fonte-Avellana, doctor de la Iglesia, cuya reforma procuró con gran celo. Su tránsito fue tal día como mañana **.
2. La conmemoración de San Eustacio († 338), obispo de Antioquía, que por la defensa de la fe católica murió en el destierro *.
3. En el monasterio de Grandval (Suiza), los santos Germán, abad, y Randoaldo, monje († 667), que fueron martirizados por defender a los pobres *.
4. En Londres, Beato Tomás Pormort († 1592), presbítero y mártir *.

5 En Londres, San Roberto Southwell († 1595), presbítero, de la Compañía de Jesús, mártir bajo el reinado de Isabel I **

6 En Angers (Francia), Beato Noel Pinot († 1794), presbítero y mártir durante la Revolución Francesa **

7 En Turín, Beata María Enriqueta Ana Catalina Dominici († 1894), superiora general de las Hermanas de Santa Ana y de la Providencia *

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN PEDRO DAMIÁN

Obispo y doctor († 1072)

San Pedro Damián fue, indudablemente, uno de los hombres que más intensamente trabajaron en el siglo XI para fomentar el espíritu de consagración absoluta a Dios y de la más austera vida de soledad y penitencia, al lado de San Romualdo, San Juan Gualberto y San Nilo. Mas, forzado por la necesidad de los tiempos y en particular por la obediencia al Romano Pontífice, trabajó también incansablemente por la reforma eclesiástica en multitud de legaciones y otras difíciles empresas, con todo lo cual debe ser considerado, al lado de San Gregorio VII, como uno de los hombres más insignes y beneméritos de la Iglesia en el siglo XI.

Nacido en Ravena en 1007, Pedro era el último de los hijos de una familia pobre y numerosa, y después de muchas privaciones, habiendo quedado huérfano en la más tierna edad, fue educado con dureza por uno de sus hermanos mayores. Tratado como un esclavo, iba con los pies desnudos y vestido de andrajos, y ya en su temprana edad fue ocupado en apacentar los animales. Mas, compadecido de él otro hermano suyo, llamado Damián, hombre piadoso y de buen corazón, lo tomó a su cargo e hizo de padre con el. De este modo, Pedro pudo adquirir una sólida formación sucesivamente en Ravena, Faenza y Parma, y, en agradecimiento a su hermano, se llamó en adelante Pedro Damián. Más aún: con sus extraordinarias cualidades, a los veinticinco años era profesor en Parma y más tarde en Ravena.

Pero ya desde entonces se sintió atraído de un modo irresistible hacia Dios. Empezó a ejercitarse en rigurosos ayunos, vigilias y oración; ciñóse un cilicio debajo de sus vestidos, para defenderse contra las tentaciones de la carne, y daba todo lo que podía a los pobres y necesitados, y sintiendo que Dios le exigía más todavía, decidióse a abandonar el mundo y abrazar la vida monástica en el más absoluto apartamiento.

Mientras se entretenía él con estos pensamientos, presentáronsele dos monjes del desierto de *Fonte-Avellana,* donde Landolfo, discípulo de San Romualdo, había fundado un monasterio. Con su mediación, se dirigió Pedro a esta soledad, donde comenzó inmediatamente a ejercitarse en las prácticas de la vida monástica. Los ermitaños de Fonte-Avellana vivían a pares en celdas separadas, ocupábanse sobre todo en la oración y lectura espiritual y llevaban una vida de gran austeridad. Pedro se entregó de lleno a este género de vida, por lo cual fue pronto admitido a la profesión. Sintiéndose entonces como en su centro y movido de su abrasado amor de Dios, ejercitóse en las mayores austeridades; pero el resultado fue que experimentó fuertes dolores de cabeza y gran debilidad en su salud. Esto le hizo comprender que debía moderar aquellos excesos, y, en efecto, así lo hizo en adelante, procurando aprovechar esta enseñanza en la dirección de los demás. Todo esto le ofreció ocasión oportuna para entregarse al estudio de la Sagrada Escritura, que utilizó siempre en sus instrucciones a los monjes. Al mismo tiempo se preparó de esta manera para la composición de las importantes obras que más tarde escribió.

Con su vida ejemplar y con los conocimientos que fue adquiriendo, se constituyó bien pronto en el verdadero maestro de los ermitaños reunidos en Fonte-Avellana. La fama del monasterio atrajo cada día nuevos discípulos. Pedro Damián fue algún tiempo ecónomo y a la muerte del prior fue elegido él para sucederle en el cargo. Organizóse en las proximidades otro monasterio llamado *Nuestra Señora de Sitria,* y asimismo se fundaron otros cuatro centros de ermitaños, cuya dirección mantenía Pedro Damián. La forma de vida de los camaldulenses tomó algunas características especiales, que constituyen la obra de San Pedro Damián, cuyo centro principal era Fonte-Avellana. No nos

dejó el Santo ninguna regla completa; mas con lo que podemos ver en sus escritos, aparecen los rasgos más característicos. Se observaba el más absoluto silencio, y aunque no se habla de trabajo manual, sabemos que éste constituía una de las bases de la vida de los ermitaños. Por otra parte, él mismo les dirigía frecuentes instrucciones y les inspiró desde un principio un amor filial a la Santísima Virgen.

En realidad, pues, San Pedro Damián puede ser incluido en el número de los fundadores de este nuevo género de vida religiosa, mezcla de vida solitaria y de comunidad, que tanto fruto reportó a la Iglesia. Entre sus discípulos sobresalieron algunos por sus altos cargos y por sus virtudes, como Santo Domingo Loricatus y San Juan de Lodi, sucesor suyo como superior, quien escribió su vida y más tarde fue obispo de Gubbio.

Pero su celo por la gloria de Dios y el bien de las almas no se limitó a estos monasterios que estaban bajo su dirección. Todavía durante esta primera etapa de su vida, en que se nos presenta como gran asceta cristiano, como fundador de monasterios y maestro de aquella vida austera de soledad y penitencia, mantuvo contacto con diversos monasterios o religiosos de otras órdenes y aun con eminentes seglares, como aparece en algunas de sus cartas y otros escritos. Pero debemos observar que este contacto con el mundo exterior no tenía otro objeto que la exaltación de la vida de austeridad y penitencia y el corregir los vicios y corrupción, que tantos estragos hacían en todas partes.

De este modo se preparaba San Pedro Damián para lo que debía ocuparlo durante la segunda parte de su vida, que era el servicio de la Iglesia con importantes cargos y legaciones, es decir, con una vida apostólica de intensa actividad, tan contraria a su inclinación espiritual a la soledad y penitencia. Aunque apartado por completo del mundo, Pedro Damián conocía perfectamente la triste situación de la Iglesia hacia el año 1044 durante el pontificado del tristemente célebre Benedicto IX (1032-1044) Por otro lado, sabía muy bien el profundo arraigo que tenían en la Iglesia los dos vicios fundamentales de la simonía y el concubinato. Por esto saludó con transportes de alegría el advenimiento de Gregorio VI (1045-1046), quien, lleno de los mejo-

res deseos, fue el primero en echar mano del gran Hildebrando, el futuro Gregorio VII. Luego, en 1046, asistió en San Pedro de Roma a la coronación del emperador Enrique III, quien providencialmente ponía término al estado irregular de la Iglesia, y en 1047 al concilio de Letrán, en que fueron promulgados importantes decretos de reforma.

Pedro Damián se volvió entonces a su retiro de Fonte-Avellana, decidido a seguir la vida de soledad y penitencia.

Pero entonces precisamente era necesario poner al servicio inmediato de la Iglesia y del Papado su elevado espíritu y el gran prestigio de santidad de que gozaba. Por esto, el noble emperador Enrique III, que tanto estimaba sus virtudes, lo decidió a intervenir. Así pues, Pedro Damián, impulsado por Enrique III, compuso y dirigió una célebre carta a Clemente II (1048), en la que lo exhortaba a dar un impulso más eficaz a la reforma eclesiástica. Pero la muerte del Papa impidió se tomara ninguna medida en este punto. Fue León IX (1048-1054) quien inició con mano enérgica la nueva campaña contra la simonía y relajación eclesiástica, para lo cual nombró cardenal-diácono a Hildebrando, quien fue en adelante el alma del movimiento reformador.

Por su parte, Pedro Damián, que sólo ansiaba el mejoramiento de la Iglesia, publicó entonces su célebre obra *Libro gomorriano,* como si dijéramos, *Libro de los incontinentes,* que dedicó al papa León IX. Su realismo vivo y a las veces algo exagerado va encaminado a convencer a los Papas y a todos los dirigentes a poner remedio a tanto mal. León IX reconoció la buena intención de Pedro Damián; pero no creyó prudente proceder con tanto rigor. De hecho, mientras Hildebrando desarrollaba una intensa actividad reformadora durante este pontificado, Pedro Damián no tuvo apenas intervención en ningún asunto público. Lo mismo sucedió durante el pontificado siguiente de Víctor II (1054-1057), si bien se conservan cartas sumamente interesantes, dirigidas por él durante este tiempo a ambos Papas.

Pero desde el pontificado de Esteban IX (1057-1058) cambió por completo la situación. El nuevo Papa decidió crearlo cardenal-obispo de Ostia y sólo utilizando los medios extremos de amenaza de excomunión logró vencer la resistencia de su profunda humildad. Él mismo, personalmente, puso en su dedo

el anillo episcopal Pero la muerte prematura de este Papa frustró los vastos planes de reforma que proyectaba con la ayuda de Pedro Damián. Hubo entonces un conato de cisma y Damián se retiró algún tiempo a Fonte-Avellana; mas, con la elección de Nicolás II (1058-1061), Pedro Damián volvió de nuevo a su campo de batalla y precisamente los años siguientes significan el período de su mayor actividad por medio de las más importantes legaciones.

En efecto, ya el año 1059 recibió del Romano Pontífice su primera legación a Milán, que se hallaba en una situación desesperada, sobre todo por la simonía y la incontinencia de los clérigos. Pedro Damián y Anselmo de Lucca, designados como legados pontificios, celebraron inmediatamente un sínodo y, tras enconadas luchas, se restableció el orden.

El pontificado de Alejandro II (1061-1073) dio de nuevo ocasión a Damián para prestar extraordinarios servicios a la Iglesia y ejercitar su celo apostólico. Al ser nombrado el antipapa, Pedro Damián compuso una de sus más célebres obras, dirigida a la asamblea de Augsburgo de 1062, que contribuyó eficazmente a la solución del cisma. En 1063 desempeñó otra legación, acompañado de Hugón de Cluny, en favor de la abadía de Bourgogne y de otras cluniacenses frente a Drogón, obispo de Maçon. El resultado fue enteramente favorable. Asimismo visitó Limoges y trabajó por la reforma de la abadía de San Marcial; estuvo en Sauvigny, donde fue ocasión de un milagro de San Odilón de Cluny. Por todo ello, los cluniacenses le quedaron sumamente agradecidos. Finalmente intervino con el joven rey alemán Enrique IV, a quien dirigió luego una excelente carta en defensa de los derechos pontificios.

Después de todo esto, renováronsele sus ansias de soledad y de oración, por lo cual suplicó a Alejandro II le permitiera renunciar a todas sus dignidades. Hildebrando, que apreciaba en lo justo la fuerza de su virtud y ejemplo para la realización de las empresas que se le encomendaban, le opuso toda clase de dificultades, diciéndole al fin con su buen humor que, si se empeñaba en ello, le imponía una penitencia de cien años. A esto repuso Damián que aceptaba la penitencia y, en efecto, se retiró a Fonte-Avellana.

Vuelto a su amado retiro, se entregó de nuevo con alma joven a la vida de austeridad y oración, que él tanto amaba. Renovó los ayunos, vigilias y toda clase de mortificaciones. En el capítulo, después de dirigir alentadoras exhortaciones a todos, se acusaba de sus propias faltas, como pudiera hacerlo el más sencillo novicio, y tomando la disciplina, se flagelaba sin compasión. Tan precioso ejemplo sirvió para renovar el espíritu de todos los monjes.

Todavía tuvo que abandonar su amada soledad en servicio de la Iglesia. En 1066 acudió a Montecasino, donde pasó veinte días, dando los mejores ejemplos a todos sus moradores. El mismo año fue a Florencia, enviado por Alejandro II, para terminar un conflicto con los monjes de Valleumbrosa. Algo más tarde se vio de nuevo forzado a emprender, en nombre del Papa, un viaje a Alemania para tratar con Enrique IV el asunto de su divorcio, y en un concilio hizo triunfar los derechos de la moral cristiana. Finalmente, poco antes de su muerte, a principios de 1072, desempeñó una última legación en la que logró reconciliar a los habitantes de Ravena con el Romano Pontífice.

Precisamente cuando volvía de prestar este último servicio a la Iglesia y se dirigía a Roma a dar cuenta del resultado de su misión, se sintió en Faenza atacado por la fiebre, retiróse al monasterio de Nuestra Señora de los Ángeles y allí murió el 22 de febrero de 1072 en presencia de gran número de monjes.

Su muerte fue, en verdad, digna de una vida de piedad y servicio de Dios y de su Iglesia. San Pedro Damián fue un precursor de la gran obra reformadora que completó Gregorio VII (el antiguo Hildebrando) desde su elevación al Pontificado en 1073. Sus exhortaciones y sermones están llenos de la más cristiana elocuencia. Sus voluminosos escritos, que le han merecido el título de Doctor de la Iglesia, están llenos de gran erudición y con su vehemencia característica ensalzan la belleza y elevación de la vida monástica o descubren las horribles lacras de la corrupción y relajación de su tiempo.

BERNARDINO LLORCA, SI

Bibliografía

Act. SS. Boll., 23 de febrero. *Vita,* de JUAN DE LODI, ob. de Gubbio, discípulo suyo. Esta *Vita* se halla también en MABILLON, *Act. SS. Ord. Bened.,* VI p.2: PL 144,113s.

BIRON, R , *St. Pierre Damien* (París 1908).

BLUM, O. J , *St Peter Damian* (Washington 1947)

CAPECELATRO, A., *Storia di S. Pier Damiano e del suo tempo* (Florencia 1862)

DUMAS, A., en A. FLICHE - V. MARTIN, *Histoire de l'Eglise.* VII: *Saint Pierre Damien* (París 1940) 339s.

FLICHE, A., *La Reforme Grégorienne,* I p.175s.

KNOWLES, D., *The Monastic Order in England* (Cambridge 1949) 193s.

Obras de San Pedro Damiano: PL 144 y 145

SAN ROBERTO SOUTHWELL

Mártir († 1595)

En el día de hoy conmemora la Iglesia a uno de los más insignes mártires de la Edad Moderna en Inglaterra, el P. Roberto Southwell, de la Compañía de Jesús, que juntamente a otros veinte, en diferentes ocasiones, dieron su sangre por Cristo durante la terrible persecución que siguió al establecimiento del anglicanismo en la Gran Bretaña. A estos últimos se los designa como *compañeros,* no porque hubieran sufrido el martirio *juntamente* con el P. Southwell, sino porque se *asociaron* a él, derramando su sangre por la fe católica en diversos tiempos desde 1594 a 1679. Aparte estos veintiún mártires, conmemora la Iglesia otros más de la Compañía de Jesús, a cuya cabeza se hallan San Edmundo Campion (1 de diciembre) y el escocés San Juan Ogilvie (10 de marzo).

El P. Roberto Southwell tiene una doble significación en la fiesta de hoy. La primera es la propia e individual, por su particular significación y méritos personales en la Iglesia de Inglaterra. Como tal, indudablemente destaca entre los otros mártires ingleses. Pero, además, diríamos que tiene la significación de ejemplo o de símbolo. Se conmemora, pues, de un modo especial su actividad apostólica durante aquella terrible persecución, las horribles torturas que tuvo que sobrellevar y el glorioso martirio que sufrió, indicando al mismo tiempo que algo semejante se pudiera decir de cada uno de los otros mártires mencio-

nados. Se presenta este martirio en particular como una especie de muestra de los que sufrieron todos los demás.

Procedente el P. Roberto Southwell de una noble y rica familia católica, nació en Norfolk en 1561. Preocupados sus padres por su educación católica, lo enviaron a Douai, donde fue discípulo del célebre teólogo jesuita P. Leonardo Lessio. Luego continuó su estudio en París y, contando sólo diecisiete años, pidió su admisión en la Compañía de Jesús, gracia que por el momento no consiguió, dando con ello ocasión al primer escrito que de él poseemos, donde se explaya en ansias amorosas hacia Dios y manifiesta la estima que tiene de la vocación. Sin embargo, el mismo año 1578 fue admitido en la Orden e ingresó en el noviciado de Roma. Cursados allí brillantemente los estudios, fue ordenado sacerdote en 1584, y dos años después partía para su ansiada misión de Inglaterra.

Ya en esta primera etapa de su vida religiosa aparecen sus extraordinarias cualidades de escritor, como puede verse en las cartas y otros textos que de él se han conservado. En ellos se descubre, ante todo, el intenso amor de Dios en que se abrasaba y el tierno amor que profesaba a su vocación.

«¡Cuán grande es —escribe— la perfección que se exige de un jesuita; pues debe estar dispuesto en cualquier momento a partir para cualquier parte del mundo y a cualquiera clase de gente, sean herejes, turcos, paganos o bárbaros!».

En esta actitud, en efecto, se encontraba él, como lo demostró en su entrada en Inglaterra. Pero entonces dio igualmente las más claras pruebas de las ansias de martirio que lo consumían. Conocía perfectamente la situación en que se encontraban los hijos de la Compañía de Jesús que trabajaban en Inglaterra, y los gravísimos peligros a que estaban expuestos en cada momento. Tuvo noticia del martirio de Edmundo Campion, el protomártir jesuita de Inglaterra, y con este motivo compuso una de sus más inspiradas composiciones, en que aparecen juntamente sus condiciones de poeta y cómo se daba perfecta cuenta de que podía sucederle a él lo mismo que a Campion.

En estas disposiciones entró el P. Southwell en Inglaterra, donde durante seis años desarrolló una intensa actividad apos-

tólica. Después de un corto período de trabajo, en el que se veía obligado constantemente a disfrazarse de las más variadas maneras, a cambiar de habitación y a correr siempre en busca de las almas, quedó algún tiempo como capellán de la condesa Ana de Arundel, tan benemérita de la causa católica, y cuyo esposo murió poco después mártir y es venerado como beato. Sin embargo, como se sabía que ya los espías habían dado aviso de la entrada del P. Southwell en Inglaterra, se mantuvo durante dos años enteramente oculto. Ni los criados de la casa tenían noticia de él, para lo cual se veía obligado a comer de las sobras de la mesa. Al amparo de las sombras de la noche, salía para ejercer su apostolado.

Pasados estos dos años, y suponiendo que el peligro era menor, intensificó su trabajo entre los católicos, que tan faltos se hallaban de aliento espiritual en medio de tantos peligros. Para ello se sirvió de la pluma, componiendo en este tiempo algunos escritos y aun poesías, que le han dado fama de buen escritor y exquisito poeta lírico. Todo esto se imprimía en una imprenta clandestina, instalada en la misma casa de la condesa de Arundel y contribuyó eficazmente a levantar los ánimos de los católicos. Escribió asimismo una carta al esposo de la condesa, preso en la Torre de Londres. Son preciosos los pensamientos sobre el martirio como el mejor medio de probar a Dios nuestro amor y nuestra fe.

De particular importancia fueron otros dos escritos publicados por el P. Southwell en este tiempo. El primero es una carta, en la que trataba de instruir debidamente y proporcionar armas para la defensa de su fe a los sacerdotes y a los dirigentes seglares. El segundo era otra carta dirigida a su propio padre, que se había enfriado en la fe católica, donde, con verdadera ternura de hijo, trata de inducirlo a volver al verdadero sendero de Dios. Pero el escrito más interesante es la célebre y conmovedora súplica redactada en 1591. Va dirigida a la reina Isabel, y en ella procura convencerla de que debe cesar aquella persecución, fundada en la falsa creencia de que los católicos eran traidores a su persona. Un buen número de poesías, como las *Lágrimas de Magdalena,* sirvieron maravillosamente para consolar y alentar a los católicos.

Con todo esto, no es de sorprender que, a pesar del cuidado con que se procedía, el nombre del P. Southwell fuera universalmente conocido, incluso entre los anglicanos, que ansiaban hacerlo desaparecer. La traición de la hija de Ana, de la familia Bellamy, a donde había ido a ejercer sus ministerios sacerdotales, lo puso finalmente en manos del verdugo Topcliffe. Era el 5 de junio de 1592. Con satisfacción y jactancia pudo escribir éste a la reina: «Nunca se ha logrado apresar una persona tan importante». Allí, pues, con la anuencia del omnipotente valido de la reina, Lord Cecil, lo sometió a las más horribles torturas que pudo inventar su espíritu sanguinario y su concentrado odio a los católicos y, sobre todo, a los jesuitas. Hasta diez veces, según testificó más tarde la misma víctima, lo sometió a un horrible tormento inventado por él, en el cual se suspendía a la víctima de una pared atándole las muñecas con unas argollas y quedando suspendido con el consiguiente descoyuntamiento de miembros, y en esta forma se le dejaba seis, siete y más horas, hasta que llegaba a desvanecerse.

En medio de tan duras torturas, que se repitieron durante varios meses, mantuvo el P. Roberto Southwell aquella firme constancia que llegó a admirar al mismo Lord Cecil, quien presenció alguna vez tan inaudito tormento. Por esto llegó éste a escribir que ya no sería solamente la Roma antigua la que podía gloriarse con la constancia y heroísmo de sus mártires, sino que también la época moderna e Inglaterra misma poseía aquel jesuita, que, sometido hasta trece veces a aquella tortura, no había titubeado en la fe.

Ante el evidente fracaso de este intento de doblegar la firmeza del P. Southwell, fue éste conducido a la cárcel de Gatehouse, donde pasó dos meses en medio de tanta suciedad y miseria que llegó a ser presa de los más repugnantes parásitos. Poco después fue trasladado a la tristemente célebre Torre de Londres, donde pasó otros tres meses en la más absoluta soledad. Ésta fue aprovechada por él para la composición de algunas de las más preciosas poesías y otras obras que salieron de su pluma. En ellas palpita el más ferviente amor a Dios, por el que está dispuesto a ofrecer su propia vida; presenta de la manera más viva la belleza de la renuncia a todos los placeres del mundo, la eterna paradoja

cristiana de no tener nada y poseerlo todo. Es preciosa la versión que compuso en verso inglés del himno de Santo Tomás *Lauda Sion Salvatorem.* Sus obras poéticas colocan al P. Southwell entre los mejores poetas líricos de su tiempo.

Pero entre tanto llegó el final de aquella sangrienta tragedia. El mismo P. Southwell escribió a Lord Cecil suplicándole que se juzgase su causa o se le pusiera en libertad. La respuesta fue trasladarlo al penal de Newgate entre la hez de los criminales, de donde lo sacaron el 20 de febrero de 1595 para llevarlo ante el tribunal. Y es digno de notarse que era tal el renombre que había alcanzado el P. Southwell que, a pesar de las medidas tomadas para realizarlo todo sin publicidad, y no obstante haber hecho circular la noticia de que se iba a ajusticiar a un vulgar criminal en el Tyburn, de hecho fue tan grande la aglomeración de público, que sólo a duras penas pudieron avanzar los esbirros que conducían al reo.

El tribunal y todo el juicio que se entabló contra el P. Southwell fueron sumamente característicos de esta clase de juicios contra los sacerdotes católicos, en los que aparece con toda evidencia cómo éstos morían efectivamente por su fe católica y por su obediencia al Papa. El presidente Popham ponderó las sublevaciones, conjuraciones, rebeldías y guerras que habían tenido lugar, principalmente por la actitud rebelde de los católicos y, sobre todo, por el influjo de los jesuitas; y luego presentó al jesuita Roberto Southwell como reo de todos esos delitos. Y concretando más todavía, lo acusó de haberse hecho sacerdote católico y jesuita fuera de Inglaterra, de haber regresado como tal a la patria, y de haber contravenido con todo eso las leyes del reino, lo que equivalía a una rebelión contra la reina.

A tan solemnes inculpaciones respondió el padre que admitía que era sacerdote católico y jesuita y que daba gracias a Dios por ello. Asimismo, que había entrado en Inglaterra, aun conociendo las leyes contrarias. Pero que invocaba a Dios por testigo de que no le había movido ningún intento de rebeldía contra la reina, sino únicamente el deseo de obedecer a Dios y hacer bien a las almas.

Estas declaraciones excitaron hasta lo sumo el apasionamiento del tribunal, que se manifestó en una serie de nuevas y

apremiantes preguntas, a las que respondía el reo con la mayor serenidad. Finalmente, vinieron a parar al punto más candente, de que, por el mero hecho de obedecer al Papa antes que a la reina, se manifestaba reo de lesa majestad. Entonces el fiscal Coake tuvo una disertación, en la que trató de probar que la reina Isabel no tenía en la tierra ningún superior, ni en lo humano ni en lo divino, y, por consiguiente, obedeciendo él al Papa se rebelaba contra su legítima soberana, y, para probar su afirmación, aducía el texto «dad al César lo que es del César». Se siguieron violentos altercados, pues no permitían al P. Southwell que tomara la palabra por temor de que se soliviantaran en su favor los espectadores. Al fin, pudo el reo responder con toda solemnidad:

«Ni yo ni ningún católico negamos a la reina lo que se debe a un príncipe temporal. Pero damos al Papa, como representante de Dios, lo que es de Dios. Por esto el texto entero dice: "Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios". ¿En dónde consta que Cristo haya dado su representación en lo espiritual y el poder de las llaves del cielo a otro que no sea Pedro y en él a sus sucesores?».

Con todo esto llegó al punto culminante el apasionamiento de los jueces. Trataron todavía de confundirlo con otro género de acusaciones y falacias, sobre todo por medio de la supuesta inmoralidad de la restricción mental. Respondió él de nuevo con tanto ingenio, que los dejó a todos sin palabra, por lo cual, ciegos por la pasión y por la ira, le impusieron violentamente silencio y dictaron con toda solemnidad la sentencia de muerte, por ser sacerdote católico, por haber predicado la doctrina católica en Inglaterra y por anteponer la autoridad del Papa a la de la reina, con todo lo cual se había declarado en rebelión contra las leyes del Estado y hecho reo de lesa majestad.

Lejos de inmutarse el P. Southwell al escuchar la sentencia de muerte, dio las gracias al carcelero diciéndole que le había dado la mejor noticia del mundo. Al llegar al lugar de la ejecución, contempló por unos momentos la horca en ademán de satisfacción; subió luego al carro que estaba debajo de ella, y dirigiéndose al público dio testimonio solemne de su fe católica, de su condición de sacerdote y jesuita, de su respeto a la reina y

de su disposición a sufrir mil muertes por cualquier punto de la doctrina católica. Luego avanzó rápidamente el carro y el nuevo mártir quedó suspenso, en el aire, y entregó, momentos después, su alma a Dios. Su cadáver, descuartizado, según la costumbre inglesa, fue levantado sobre un palo, donde estuvo expuesto algunos días.

Entretanto, el P. Garnet escribía al reverendo P. Aquaviva, general de los jesuitas:

«Puedo presentarle una preciosa flor de vuestro jardín, un exquisito fruto de vuestra planta, una piedra preciosa de vuestro tesoro [...] un valiente mártir de Cristo. Roberto Southwell, en un tiempo mi querido hermano, es ahora mi patrono y mi modelo».

En realidad, decimos nosotros, Roberto Southwell dio su vida por Cristo y por su fe. Las mismas declaraciones del tribunal que lo condenó pusieron bien en claro que éste era el verdadero motivo de su muerte. Fue, pues, un auténtico mártir. Su canonización, junto con la de otros mártires ingleses, tuvo lugar el 25 de octubre de 1970.

BERNARDINO LLORCA, SI

Bibliografía

CHILD, H H, *Cambridge history of English literature,* IV
HOOD, C M, *The book of Robert Southwell* (Oxford 1926)
JANELLE, P, *Robert Southwell, the writter* (Londres 1935) Obra fundamental
SOUTHWELL, R, *Humble supplication to Her Majesty* (Cambridge 1953) Cf *Anal Boll* 72 (1954) 301s
THURSTON, H, artículos en *The Month,* febrero marzo 1895, septiembre 1905, etc, *The Cath Encycl,* XIV, 164s

BEATO NOEL PINOT

Presbítero y mártir († 1794)

Noel Pinot, uno de los más insignes mártires de la persecución religiosa que sufrió Francia a finales del siglo XVIII, nació el 19 de diciembre de 1747 en Angers, antigua capital del Condado de Anjou. Su venida a este mundo coincidió con la muerte de su hermanito José, que tenía algo más de un año y que era el que le precedía. Fue bautizado al día siguiente en la iglesia de

San Martín, en la que sus padres, René Pinot y Claude La Grois, se habían casado diecinueve años antes. Quiso Dios bendecir a estos sencillos y cristianos esposos con una numerosa descendencia: 16 hijos, de los que tanto el primogénito como el *benjamín,* René y Noël respectivamente, serán sacerdotes.

Su infancia estuvo dolorosamente marcada por la muerte de algunos miembros de su familia: la de su hermana Margarita, con seis años, y especialmente la de su padre, que dejó este mundo a la edad de cincuenta años. En la partida de defunción se nos dice que era «maestro tejedor». Dos meses después que su padre es Juana, la quinta de los hermanos, la que muere con sólo veintitrés años, mientras que el pequeño Noël tiene ocho.

Sus primeros estudios los realizó en la escuela parroquial y en el colegio del Oratorio. A los trece años, siente la llamada de Dios que le quiere sólo para Él. Dócil a su voz, ingresa en el seminario, dirigido, como casi todos los seminarios franceses de entonces, por la compañía de San Sulpicio.

Noël Pinot fue ordenado sacerdote en 1771. Durante diez años ejerció su ministerio sacerdotal como vicario parroquial en Bousse (Sarthe) y en Corzé. A últimos de junio de 1781 se trasladó a Angers por orden de sus superiores, para ocupar el cargo de capellán del Hospital de Enfermos Incurables, que pertenecía a la parroquia de San Martín. Allí tuvo la dicha de volver a ver a su hermano René, que era capellán de la Catedral, y de compartir con él experiencias sacerdotales. Pero a los pocos meses de su llegada, el 28 de octubre, el gozo natural de estar cerca de los suyos, se vio tristemente ensombrecido por el fallecimiento de su querida madre a la edad de 76 años. Y al año siguiente, el 27 de diciembre de 1782, su hermano mayor René partía también a la casa del Padre. Sin duda, Dios iba purificando y fortaleciendo por medio del sufrimiento al joven sacerdote para capacitarlo para su heroica misión.

La buena labor espiritual desarrollada en el Hospital de Incurables durante algo más de siete años, le granjeó ante sus superiores una excelente reputación, que va a ser recompensada con el nombramiento de párroco de una de las más importantes parroquias rurales de la diócesis de Angers: Louroux-Bé-

connais, que por aquel entonces contaba con unas 30.000 almas y que, con sus 7.000 hectáreas de territorio, era también la más extensa de toda la diócesis. El domingo 14 de septiembre de 1788, fiesta de la Exaltación de la santa Cruz, tomaba posesión de la parroquia. Sin embargo, sólo durante dos años pudo desarrollar con paz su fructífero ministerio sacerdotal, pues enseguida se vio envuelto por la tormenta revolucionaria.

Sus contemporáneos nos han transmitido algunos rasgos de la personalidad sacerdotal de su nuevo pastor y de su actividad apostólica: se entregaba con ardor a todas las formas de apostolado que emprendía; tenía el don de palabra en sus predicaciones y sus instrucciones eran sólidas y amenas; era muy solícito en la formación cristiana de los niños; se le encontraba siempre dispuesto a oír las confesiones de sus feligreses, las almas encontraban en él a un director lleno de sabiduría... Sin embargo, los que le trataron destacan especialmente una virtud: su caridad para con los pobres y enfermos. En el transparente y caritativo uso que hizo de las grandes rentas de la parroquia, que pasaban íntegramente a las manos de los pobres y necesitados, y en el modo de vida realmente pobre que llevaba, de una gran austeridad consigo mismo, demostró que lo único que le interesaba era la salvación de las almas a él encomendadas y no el prestigio que comportaba su cargo ni la búsqueda de privilegios y prebendas. En una palabra, él se sentía pastor de almas y sólo eso quería ser, como va a demostrarlo con sus hechos.

Recorramos ahora brevemente los principales acontecimientos políticos y sociales que durante los dos años (1789 y 1790) de su ministerio sacerdotal como párroco, trastocaron la vida apacible de la feligresía de Louroux-Béconnais y la de su ejemplar pastor. El domingo 8 de marzo de 1789 tuvo lugar la reunión del «tercer estado» de la parroquia, «en el vestíbulo de la iglesia a la salida de misa y a toque de campana». Fueron elegidos cuatro representantes que tomaron parte en la elección de los diputados para los Estados Generales, que se realizó el 18 de marzo. La ley de 14 de diciembre de 1789 había ordenado el establecimiento de nuevas juntas municipales para todo el reino. El pueblo se había convertido en cabeza de partido del distrito de Angers, teniéndose la primera asamblea del cantón el 28

de abril en la iglesia parroquial. El alcalde, Jean Boré (que va a tener enseguida un triste protagonismo), fue elegido presidente de la misma.

Por otra parte, el 12 de julio de 1790 se aprobó la *constitución civil del clero* que, en medio de una enorme agitación social, fue promulgada el 24 de agosto. Siguieron meses de una gran confusión por parte del clero francés, falto de instrucciones precisas y carente del debido discernimiento. Sin embargo, el cura de Louroux-Béconnais, guiado por la sabiduría de su juicio y la ortodoxia de su fe, se opuso resueltamente desde el principio a esta «constitución», que el Papa no tardó en declarar herética y cismática (10 de marzo de 1791). Esta oposición, como vamos a ver a continuación, fue el comienzo de la feroz e injusta persecución de la que va a ser objeto.

El domingo 23 de enero de 1791, al terminar la misa mayor, el alcalde y toda la junta municipal se acercaron a la sacristía para recibir el juramento de fidelidad del párroco, tal y como prescribía la constitución. Éste se negó por dos veces a estampar su firma de juramento. El alcalde, ante su negativa, le advirtió que, conforme a la ley, sería considerado en adelante como párroco dimisionario y no podría ejercer ninguna función eclesiástica en dicha parroquia. Sería, además, perseguido como perturbador del orden público. El sacerdote le respondió con firmeza que ni la ley ni el alcalde le podían retirar los poderes que él había recibido de parte de Dios y de la Iglesia y que, por consiguiente, no sólo seguía siendo cura legítimo de Louroux, sino que, además, en conciencia delante de Dios nunca se sometería a unas leyes injustas.

A partir de este momento los acontecimientos se precipitan. El 6 de febrero, los electores del departamento eligieron en Angers a un obispo constitucional, el prior de Beaufort, localidad limítrofe a Louroux. Viendo, por tanto, que antes o después iban a nombrar a un sacerdote juramentado como sucesor suyo (como efectivamente sucedió), con las consecuencias funestas que esto comportaba, lleno del celo que le caracterizaba, se decidió el 27 de febrero, al término de la misa mayor, a dirigir desde el púlpito a sus feligreses una ardorosa y valiente alocución, en la que defendió con firmeza los derechos de Dios y de

la Iglesia y en la que advirtió a sus feligreses, con lenguaje claro y directo, de los peligros de cisma que les amenazaban.

Las palabras del santo sacerdote, como él mismo preveía, provocaron las iras del alcalde y de los funcionarios del ayuntamiento allí presentes. Dando gritos se atrevieron a interrumpir al párroco diciéndole: «¡Bájate de ahí! ¡Tú nos dices que el púlpito es la cátedra de la verdad y no haces más que decir mentiras!». Se produjo un gran alboroto, pues los demás fieles empezaron también a protestar indignados contra el alcalde y su junta. Al salir éstos de la iglesia, se dirigieron precipitadamente al Ayuntamiento y redactaron un informe detallado de las palabras de «este cura sedicioso y perturbador», con el fin de denunciarlo ante las autoridades del departamento de Maine-et-Loire. Al volver el valiente sacerdote a la sacristía para quitarse los ornamentos, tuvo lugar una entrañable escena que nos da idea del genuino espíritu sacerdotal que le animaba. Les dijo sencillamente a los monaguillos: «Quedaos, hijos míos, en la iglesia y preparaos para confesaros mientras yo voy a almorzar, pues es muy probable que en mucho tiempo no haya un sacerdote católico que os pueda absolver. Se avecinan malos días» Y a uno de ellos le dio al día siguiente la primera comunión.

La denuncia, efectivamente, no tardó en producir su efecto. El padre Noel Pinot fue arrestado durante la noche del 4 de marzo por más de cincuenta hombres bien armados de la Guardia Nacional. La intención de las autoridades era que lo trasladaran a Angers al día siguiente, sábado y día de mercado, a mediodía y con gran aparato, con el fin de que el mayor número de personas pudiese presenciar la detención de un cura refractario. Por consiguiente, el santo sacerdote atravesó la ciudad escoltado por la Guardia Nacional como si se tratara de un peligroso asesino. Inmediatamente fue internado en la prisión real. El día 12, después de recibir una áspera reprimenda, fue condenado a vivir durante 2 años a una distancia de 8 leguas de su parroquia.

Al estallar el levantamiento popular campesino y católico de La Vendée (que tuvo precisamente su origen en Saint-Florent-le-Vieil, un pueblo de la diócesis de Angers) y ocupar la «Armada católica» la parroquia de Louroux, Noel Pinot pudo entrar en su querido pueblo el 22 de junio de 1793. Fue para él una

gran satisfacción proclamar de nuevo la Palabra de Dios en medio de sus feligreses. Pero su alegría duró pocos días, ya que el descalabro que sufrieron el 29 de junio las intrépidas pero mal armadas masas vandeanas en Nantes (al que seguirá el exterminio sistemático de aquellas tierras y gentes que se habían levantado sencillamente para defender su religión y que los historiadores han calificado como el primer genocidio de la historia moderna) hizo que toda la orilla derecha del Loira retemblara aún más fuertemente que antes bajo el yugo de la Convención, cuyo lema aterrador era: «libertad, igualdad, fraternidad *o muerte*». Este cambio brusco le obligó a proseguir su vida errante, perseguido por los revolucionarios que habían prometido una recompensa a quien lo denunciase. Ahora sí que se trataba de una persecución en toda regla.

Ocho meses le quedan de vida a nuestro mártir, ocho meses de heroico calvario que coinciden con el período revolucionario del Terror: desde junio de 1793 hasta febrero de 1794. Va a vivir una maravillosa y dramática aventura apostólica. Podía perfectamente haberse refugiado con tiempo en un lugar seguro o haberse expatriado como lo hicieron más de 30.000 eclesiásticos en aquellos años, acogiéndose a la ley de 26 de agosto de 1792, que ordenaba la deportación de todos los sacerdotes no juramentados, salvo los enfermos o los que tenían más de 60 años, los cuales sufrían un internamiento administrativo. Sin embargo, él prefirió aplicarse a sí mismo literalmente las inequívocas palabras de Cristo: «El buen pastor da la vida por las ovejas; el asalariado, que no es pastor ni dueño de las ovejas, ve venir al lobo, abandona las ovejas y huye; y el lobo hace estrago y las dispersa; y es que a un asalariado no le importan las ovejas...» (Jn 10,11-13). Sigámosle, pues, en su *viacrucis* solitario y glorioso.

Su parroquia, como ya hemos visto, era la más vasta de la diócesis. Se extendía por un radio de unos seis kilómetros del punto central. Una quincena de pueblos y amplios cortijos se asentaban en su territorio. Páramos inmensos y lagunas daban al terreno un aspecto salvaje y estéril. Los caminos eran pocos y difíciles. Árboles muy frondosos e hileras espesas de arbustos salpicaban de manchas oscuras los campos. Estas condiciones del terreno favorecían el refugio de un cura proscrito.

Por otra parte, él confiaba en la discreción y prudencia de su feligresía a la que conocía muy bien. Era gente muy cristiana, afecta a sus sacerdotes y generalmente, como en todo el oeste de Francia, muy poco proclive a la causa revolucionaria. Así que, muy determinado en su plan y abandonado en manos de la providencia divina, el intrépido pastor de almas empezó por disfrazarse con el peculiar vestido pardo de los campesinos de la región.

Sus proyectos eran muy simples. Conocía perfectamente el extenso territorio de su parroquia y sabía qué familias le podían ofrecer un refugio seguro. Sus escondites habituales estarían situados en la periferia y en los lugares más solitarios. De esta forma podría también echar una mano a las parroquias limítrofes, cuyos sacerdotes se habían exiliado casi todos. Atendería a los enfermos, bautizaría a los niños, bendeciría los matrimonios...

Las familias más piadosas y discretas sabían cómo y dónde encontrar al santo sacerdote. Cuando se tenía necesidad de su ministerio, le avisaban y él se dirigía al punto indicado. Sus desplazamientos los hacía por la noche y si las distancias eran grandes, iba a caballo. Durante el día permanecía escondido en casas de campo solitarias o en los graneros y establos. Distribuía ese tiempo entre la oración, el rezo del breviario, la lectura y el descanso necesario. Cuando las primeras sombras de la tarde protegían sus pasos, el despierto y solícito centinela iniciaba su ministerio. La primera parte de la noche la aprovechaba ordinariamente para sus relaciones con las personas y oír sus confesiones. A media noche se preparaba todo para la celebración de la santa misa, que se celebraba en las casas, a veces incluso en los establos. ¡Qué impresionante espectáculo!: un pobre sacerdote, perseguido como si fuese un malhechor, renovando el sacrificio redentor de Cristo en aquellas condiciones. Sin duda que le vendría a la mente la figura de María depositando a Jesús en las frías pajas del pesebre o el recuerdo de los primeros cristianos reunidos en fervorosas vigilias de oración...

Pero antes o después, tenía que pasar lo que era casi inevitable. Tras muchas penalidades sufridas: frío, soledad, angustia...; tras innumerables peripecias y después de haber escapado de

sus perseguidores por puro milagro en algunas ocasiones, el cerco se hizo tan estrecho que por fin dieron con él. Fue arrestado efectivamente la noche del 9 de febrero de 1794, domingo, en la Melandrerie, una alquería aislada, mientras se disponía a celebrar la santa misa, revestido ya de sus ornamentos. Una patrulla de la Guardia Nacional irrumpió de repente en su refugio e inició un minucioso registro hasta dar con el sacerdote que se había escondido precipitadamente en un armario. Fue llevado en seguida al pueblo y allí mismo el juez de paz le hizo un primer interrogatorio, en el que el acusado reconoció haber permanecido escondido durante los últimos meses dentro del territorio de su parroquia, si bien no estaba dispuesto a dar ningún nombre de los que le habían ocultado.

Al día siguiente, después de obligarle a revestirse de su sotana y de encasquetarle el bonete, como si de una corona de espinas se tratara, fue llevado ante el Comité revolucionario de Angers, que tenía su sede en el obispado. Y de nuevo se repitió la triste pantomima de su primera detención. Se le hizo atravesar la ciudad, guiado por los guardias, en medio de gritos de muerte de algunos y de indignación silenciosa e impotente de los más.

Los miembros del Comité se contentaron con el interrogatorio que les habían remitido y no hicieron ningún otro. Después de inscribir su nombre en el registro oficial, el padre Pinot fue encarcelado en la prisión real y arrojado al calabozo, en el que por todo mobiliario había un catre de paja. Durante los días de su reclusión, le tuvieron a pan y agua. En este estado, consumido por la humedad, la suciedad y los piojos, se le prohibió además hablar ni recibir a nadie. ¡Había llegado su hora...!

El viernes 21 de febrero, el tribunal militar interrogó al confesor de la fe. Las sesiones públicas tuvieron lugar en la antigua capilla de los dominicos. He aquí un extracto del interrogatorio cuyo original se conserva en los archivos del Tribunal de Apelación de Angers:

> «[...] Habiéndosele preguntado al acusado aquí presente su nombre, edad, condición y domicilio, ha respondido que se llama Noël Pinot, natural de Angers, parroquia de San Martín, domiciliado en Louroux, sacerdote refractario, anteriormente cura párroco del citado municipio de Louroux, de 47 años de edad.»

Habiéndosele preguntado por qué no se ajustó a la ley relativa a la deportación de los sacerdotes no juramentados, ha respondido que él quería instruir a la parroquia que Jesucristo, que es Dios, le había encargado.

Se le preguntó dónde están los documentos que prueban la misión de la que él dice con descaro que le ha sido encargada por Jesucristo. Ha respondido que la prueba de su misión es la jurisdicción que la Iglesia le había dado de la parroquia de Louroux y que solamente la Iglesia se la podía retirar.

> «[...] Habiéndosele preguntado qué hacía durante el tiempo que él ha permanecido en esta localidad, ha respondido que explicaba la doctrina de la religión cristiana, que es la única verdadera y que ahora se quiere destruir.»

Inmediatamente después de este interrogatorio, digno de las actas de los mártires de la Iglesia primitiva, el tribunal militar le condenó a la pena de muerte, que había de ejecutarse en el plazo de 24 horas.

La comedia estaba servida, los farsantes sentados a la mesa, ¡iba a dar comienzo el macabro banquete! Y para que no faltase ningún ingrediente, los guardias, en plan de mofa, le preguntan al *manso cordero* si le gustaría ir a la guillotina revestido de los ornamentos sagrados. Él, sin pensárselo dos veces, respondió con todo entusiasmo que ésa sería su mayor alegría. Sale, pues, de la *prisión-sacristía* dispuesto a ofrecer el sacrificio de sí mismo al Padre sobre el ara del patíbulo. ¡Maravillosa conjunción de sacerdote y víctima...!

Avanza el cortejo de ejecución a toque de tambor por las calles de Angers, como si de una procesión religiosa se tratara, hasta llegar a la plaza donde estaba preparado el cadalso. Su semblante contento y satisfecho pregona la alegría íntima que experimenta de identificarse plenamente, ¡por fin!, con Cristo sumo y eterno sacerdote.

Sube los peldaños del tablado y, humildemente, se presenta ante el verdugo. Éste, sin darse cuenta del significado simbólico de lo que va a hacer, le despoja de la casulla que le estorba para realizar su repugnante trabajo. Y, en medio de un profundo silencio, interrumpido sólo por algunos gritos de *vive la République* por parte de sus jueces, el ronco recrujir de la cuchilla deslizán-

dose por los bastidores de la guillotina y su golpe seco final, es inmolada la víctima inocente. Son las tres y media de la tarde. La semejanza de su muerte con la de su Maestro y Señor no puede ser más evidente.

Su cuerpo, transportado inmediatamente al cementerio, fue sepultado en una fosa común sin que posteriormente pudiese ser identificado. Setenta años después de su muerte y cuando vivían aún personas que lo habían conocido, se instruía, el 26 de agosto de 1864, una intensa investigación sobre su vida, proceso y martirio. El 24 de febrero de 1905 se inició su proceso de canonización. Fue beatificado por Pío XI, después de hacerse público el decreto con el que se reconocía su martirio, el 31 de octubre de 1926.

A. MAROTO HERRANZ, OSB

Bibliografía

GRUGET, S, *Memoires et journal de l'abbe Gruget* (Angers 1902)

TROCHU, F, *Le bienheureux Noel Pinot, cure du Louroux Beconnais au diocese d'Angers, martyr, 1747 1794* (Angers 1955)

UZUREAU, F, *Noel Pinot cure du Louroux Beconnais, guillotine a Angers le 21 fevrier 1794* (Angers 1912)

C) BIOGRAFIAS BREVES

SAN EUSTACIO

Obispo († 338)

San Eustacio fue uno de los primeros prelados clarividentes que comprendieron enseguida el grado de mutación sustancial que el arrianismo quería introducir en la fe cristiana. Había nacido en Side de Panfilia y había adquirido en su juventud una magnífica cultura. El año 320 más o menos fue elegido y consagrado obispo de Berea de Tracia y en 324 por su gran crédito como pastor había sido trasladado a la sede de Antioquía.

Él fue uno de los obispos que acudió a la convocatoria del concilio de Nicea el año 325, siendo recibido por la corte imperial y los demás obispos a tono con su categoría de obispo antioqueno, y enseguida se declaró adverso a las tesis de Arrio, y

colaborando en su condena y en la redacción de la fórmula de fe adoptada.

Vuelto a Antioquía siguió siendo un pastor celoso, que, además, cuidaba de que fueran bien elegidos los sujetos propuestos para obispos de las sedes dependientes de la antioquena. Como perseveraba en la fe nicena, comenzó a tener problemas con Eusebio de Cesarea que protegía a los arrianos, los cuales, además, fueron consiguiendo el favor de la corte imperial y pudieron lograr del emperador Constancio en 330 la deposición de Eustacio. Antes de su partida, una gran muchedumbre pudo recibir sus últimas enseñanzas, en las cuales reafirmó su fe ortodoxa. Tras su partida se eligió otro obispo, pero muchísimos miembros de la comunidad antioquena se negaron a reconocerlo como pastor, afirmando que el único legítimo era el desterrado. El destierro fue a Trajanópolis en Tracia. No se sabe el sitio exacto de su muerte, aunque se supone que fue en esa misma ciudad el 21 de febrero de 338. Escribió un tratado contra los arrianos y otras obras que se han perdido, sobreviviendo solamente algunos fragmentos.

SANTOS GERMÁN Y RANDOALDO

Religiosos y mártires († 667)

En la víspera de la fiesta de la Cátedra de San Pedro los soldados del duque Cathic dieron muerte al abad de Grandval y al prior del monasterio, llamados Germán y Randoaldo respectivamente.

Ambos fueron violentamente desnudados; Germán fue luego atravesado por una lanza y Randoaldo decapitado.

El motivo del martirio estuvo en que el abad había reprochado al duque su mala actitud y malos tratos hacia los monjes y los habitantes de la región, singularmente el perjuicio que las medidas tomadas por él causaban a los más pobres. De momento pareció que sus palabras habían tenido buena acogida, pero los soldados, como si fueran una banda de forajidos, se presentaron en los alrededores del monasterio y comenzaron a maltratar a los vecinos. Germán y Randoaldo quisieron aplacarlos con palabras de paz, pero la respuesta fue darles muerte.

El monje Baboleno dejó una relación del martirio y la vida del santo abad. Éste había sido criado como un hijo por el santo obispo Modoaldo de Trier, pero en su juventud se puso bajo la guía de San Arnulfo para que lo orientara en la vida de ascetismo y se hizo monje en Remiremont. Luego marchó a Luxeuil, cuyo abad Waldeberto introdujo la regla benedictina en el monasterio; por último fue enviado como abad al monasterio de Grandval.

Este martirio parece que tuvo lugar el año 667.

BEATO TOMÁS PORMORT

Presbítero y mártir († 1592)

Era natural de Little Limber en el condado de Lincoln. Luego de estudiar en el Trinity College de Oxford pasó a Reims en 1581 para hacerse sacerdote, pero fue enviado a Roma donde completó los estudios y se ordenó sacerdote en la basílica de Letrán.

Estuvo luego al servicio de Owen Lewis, quien, al ser ordenado obispo de Cassano en el reino de Nápoles, lo envió a Inglaterra en 1588. En Londres trabajó con San Roberto Southwell, jesuita, usando apellidos falsos.

Su detención en julio de 1591 se debió a que un sacerdote lapso lo denunció. Logró escaparse pero fue de nuevo localizado en septiembre y llevado por Topcliffe a su casa, donde padeció terribles torturas.

El 8 de febrero de 1592 fue juzgado y acusado de alta traición, por lo que se le condenó a muerte. Fue ejecutado en el cementerio de Saint Paul's el 20 de febrero de 1592.

Fue beatificado por Juan Pablo II el 22 de noviembre de 1987.

BEATA MARÍA ENRIQUETA DOMINICI

Virgen († 1894)

Nació en Borgo Salsazio di Carmagnola, en el Piamonte, el 10 de octubre de 1824 en el seno de una familia muy religiosa

de condición modesta. A los cuatro años queda huérfana de padre y se encarga de su educación su madre junto a un tío suyo, párroco de Borgo San Bernardo.

En su adolescencia nada indicaba en ella la futura santa; era una muchacha normal, más bien extrovertida y algo vanidosa. Sin embargo, a los consejos que se le dieron reaccionó bien, se hizo más responsable en sus estudios y ayudó a su tío como catequista en la parroquia. Progresó en la vida de piedad y daba muy buen ejemplo a los jóvenes del pueblo. Su salud era delicada.

De pronto anuncia que desea ser religiosa y halla una inesperada oposición en su casa, seguramente por parecer que carecía de salud para ser religiosa. Por fin, a los 26 años, logra el ingreso en la comunidad de las Hermanas de Santa Ana y de la Providencia, recientemente fundada. Hizo el noviciado y profesó la vida religiosa con tal entrega que muy pronto se distinguió por sus virtudes en el seno de la comunidad, y solamente tenía veintisiete años, es decir, a poco de profesar, cuando la nombraron maestra de novicias en el noviciado de Castelfidardo. Y tanto se acreditó que en 1858 fue transferida con el mismo cargo a Turín. Le tocó a ella formar a numerosas novicias, a las que dirigió con mano firme hacia la entrega total de los votos religiosos.

En el capítulo general de 1861 se trataba de elegir nueva superiora general, y por extraño que parezca los votos de las reunidas se centraron en aquella religiosa de sólo 37 años y once de vida religiosa para que fuera la nueva superiora general. Y su gobierno fue de tal agrado a la comunidad que sería reelegida a lo largo de toda su vida, es decir, los más de treinta años que faltaban para su muerte.

Fueron años difíciles para la vida de la Iglesia en Italia y para las comunidades religiosas, pero María Enriqueta, que es el nombre que asumió de religiosa cambiando el suyo original de Catalina, supo estar a la altura de lo que se pedía de ella y durante su generalato se abrieron nada menos que treinta casas de su congregación, que no cesó de crecer y de emprender nuevas obras de caridad y religión para servicio de la Iglesia y del pueblo.

Ella insistía en el espíritu de piedad filial hacia Dios, subrayando cómo Jesús se dirigía a Dios llamándole *abba,* y ella lo

imitaba llamando a Dios *papaíto,* y por ello el suyo fue el camino de la infancia espiritual. Por eso mismo insistía en la necesidad de la humildad, que era su virtud predilecta. Murió recomendándola a sus religiosas el 21 de febrero de 1894. La beatificó el papa Pablo VI el 7 de mayo de 1978.

22 de febrero

A) MARTIROLOGIO

1. Fiesta de la Cátedra del Apóstol San Pedro en Roma **.
2. En Hierápolis (Frigia), San Papías, obispo, discípulo de Juan el Anciano (s. II) *.
3. En Vienne (Francia), San Pascasio, obispo (s. IV).
4. En Ravena, San Maximiano († 556), obispo.
5. En Faenza, San Pedro Damián, cuya memoria se tuvo ayer.
6. En Longchamp (París), Beata Isabel († 1270), virgen, hermana de San Luis, rey de Francia, y fundadora de un monasterio de clarisas donde vivió humildemente *.
7. En Cortona, Santa Margarita († 1297), penitente y terciaria franciscana **
8. En Xendai (Japón), Beato Diego Carvalho († 1624), presbítero, de la Compañía de Jesús, mártir *.
9. En Florencia (Toscana), Beata María de Jesus Emilia de Oultremont († 1878), viuda, fundadora de las Religiosas de María Reparadora **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

CÁTEDRA DE SAN PEDRO

El divino Maestro como correspondencia a la firme confesión de su fiel apóstol Pedro: «Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo», le dirigió aquellas trascendentales palabras:

> «Bienaventurado tú, Simón Baryona, porque no es la carne ni la sangre quien eso te ha revelado, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo te digo a ti que tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Yo te daré las llaves del reino de los cielos y cuanto atares en la

tierra sera atado en los cielos, y cuanto desatares en la tierra sera desatado en los cielos» (Mt 16,17-19)

Con estas palabras el divino Redentor anunciaba la concesión a Pedro de una serie de privilegios sobre los demás apóstoles. Con ellos le hacía entrega del supremo poder de gobierno y magisterio, de legislador e intérprete de la doctrina evangélica, base esencial de la existencia misma de la obra de Jesús. «Todo reino dividido será desolado», había dicho el mismo divino Maestro. Y como el reino de Cristo debía existir por los siglos de los siglos hasta la consumación del mundo, aquel supremo poder debía naturalmente perpetuarse en los sucesores de Pedro. Todos estos privilegios y su perpetuación en los romanos Pontífices se quisieron simbolizar y conmemorar en la institución de la fiesta de la Cátedra de San Pedro, cuyo origen histórico y litúrgico vamos a explicar para promover la devoción a esta solemnidad.

Uno de los medios más sencillos y eficaces de enseñar e inculcar al pueblo fiel la doctrina evangélica han sido siempre las representaciones plásticas históricas o simbólicas. De ahí la riqueza de figuraciones artísticas de las diferentes escenas referentes a la institución del supremo magisterio de San Pedro.

De San Pedro, como la roca fundamento de la Iglesia, tenemos un hermoso relieve en un sarcófago lateranense. Se ven en él una basílica, un baptisterio y un palacio en el plano superior, y más abajo, las figuras del Salvador y de su fiel apóstol, todo descansando sobre una roca. No hay duda que la basílica quería representar la de Letrán, madre de todas las iglesias, como lo indica el baptisterio contiguo y el palacio que quería recordar el que Constantino regaló a la Iglesia romana. De esa manera se expresaba al mismo tiempo que esta Iglesia era la sucesora del apóstol.

Aún más expresiva es otra representación, y ésta conservada en muchos ejemplares, de la llamada «Traditio legis» o consigna, entrega de la ley a Pedro. Se quiso aplicar al apóstol, que había de ser el legislador supremo de la cristiandad, la escena tan conocida del Antiguo Testamento en que Dios entrega las Tablas de la Ley a Moisés, el legislador del pueblo escogido. Se encuentra principalmente en relieves marmóreos de sarcófagos cristianos. En ellos se ve la majestuosa figura de Jesús sobre el monte,

del cual fluyen los cuatro ríos del paraíso, con la diestra en alto, alargando con la izquierda el rollo abierto de la Ley a Pedro, que lo recibe, en señal de respeto, con las manos cubiertas, y llevando al hombro una cruz ricamente decorada. La noble figura de San Pablo está al otro lado en actitud de aplaudir la elección hecha por Jesús del primer apóstol como supremo legislador. En algunos ejemplares aparecen también los demás apóstoles en la misma actitud. La ley que recibía Pedro era la doctrina y toda la doctrina cristiana, esto es, la suma de los artículos de la fe y de los preceptos. Por esto en un ejemplar de Arlés se grabó en el rollo el crismón, símbolo de Jesús y de su doctrina.

Aunque todos los demás apóstoles tenían ciertamente el poder, recibido directamente del divino Maestro, de enseñar la ley evangélica, no se halla ninguna representación de la entrega de la ley a ellos, porque no había de residir en sus personas ni en sus sucesores el poder supremo de legislar, independiente del de Pedro.

Con esta representación se significaba principalmente que Pedro era el depositario, el guardián de la ley cristiana, pero Jesús le hizo, además, el maestro por excelencia que había de transmitirla a todos los confines de la tierra. De ahí la representación simbólica de la Cátedra de Pedro. La voz *cátedra* significaba materialmente el trono o silla episcopal, pero ya los Santos Padres la usan particularmente como símbolo de la autoridad de la enseñanza cristiana, atribuida generalmente a los obispos, pero especialmente a la sede de Pedro, la de Roma. San Cipriano en el siglo III decía: «Se da a Pedro el primado para que se muestre que es una la Iglesia de Cristo y una la cátedra». Y recalcando aún más la unidad, añadía: «Dios es uno, uno el Cristo y una la Iglesia y una la cátedra fundada sobre Pedro por voz del Señor» (CIPRIANO, *Epist.,* 43,5). Y que esta cátedra era y seguía siendo la de Roma, lo atestiguaba el mismo santo Doctor, quien para indicar que por la muerte del papa Fabián vacaba la sede de Roma, lo expresaba así: «Como el lugar de Fabián, esto es, el lugar de Pedro [...] vacase» (ID., *Epist.,* 55,8). Por lo mismo el concilio de Calcedonia (a. 451) declaraba al recibir una carta del papa León Magno: «Pedro nos ha hablado por la voz de León» (MANSI, VI 971).

El apóstol, en los ejemplares más antiguos, aparece sentado sobre una roca, la de la confesión, para recordar la que según la palabra del Señor, debía ser fundamento de la Iglesia. En las manos tiene desplegado el rollo de la doctrina evangélica, en actitud de enseñar mientras dos soldados vienen a arrestarlo, significando así que la enseñanza de la doctrina cristiana fue la causa de las persecuciones. Hay ejemplares de esta preciosa escena no sólo en Roma y en Italia, sino también en varias provincias del Imperio. En un ejemplar de Arlés en el rollo se ve inciso el crismón, como en el antes mencionado relieve de la *Traditio.* Pedro enseña la doctrina de Cristo en su integridad, simbolizada en el anagrama de su nombre. Para expresar aún con más fuerza esta verdad, el artista colocó junto a Pedro la figura del Señor en actitud de hablar al apóstol, absorto en su tarea catequética. De esta manera se quiso plasmar la inspiración divina bajo cuya influencia hablaría el apóstol y sus sucesores.

En otros muchos ejemplares Pedro está sentado sobre una silla o verdadera cátedra. Tampoco conocemos una representación semejante para ninguno de los demás apóstoles.

Por otra parte, el pueblo romano veneraba una verdadera cátedra de madera ya en el siglo IV y mucho antes en la que, según la tradición inmemorable, se habría sentado el Príncipe de los Apóstoles.

Esta veneranda y preciosa pieza se conserva en el Vaticano, sustancialmente en la misma forma original. Se le añadieron al correr de los siglos algunos adornos para enriquecerla, pero sin cambiar su estructura.

Es una gran silla o trono de madera de encina formada por una caja cuadrilátera de unos 89 centímetros de ancho por 78 de alto hasta el asiento, con unos pilares en los ángulos y un respaldo o dosel terminado por un tímpano triangular. Tiene en los pilares unas anillas para poder ser fácilmente trasladado. En el cuadrilátero frontal anterior, debajo del asiento, la enriquecen tres hileras de seis casetones cada una con sendos marfiles incrustados de oro, muy antiguos. Los que asimismo adornan el dosel son aún de mayor antiguedad y seguramente tallados expresamente para esta cátedra.

Durante toda la Edad Media estuvo visible y fue muy venerada. Los peregrinos, con devoción indiscreta, tomaban fragmentos de la madera para guardarlos como reliquias. En un principio habría estado en Santa Prisca, en el Aventino, en el lugar donde, según la tradición, habría residido el apóstol. Nuestro papa San Dámaso, en el siglo IV, la trasladó al baptisterio del Vaticano por él construido. Al levantarse en el siglo XVI la actual imponente basílica Vaticana, se creyó conveniente guardar como una reliquia la veneranda cátedra. Bernini, el último gran arquitecto de las obras, emplazó en el fondo del ábside un grandioso altar barroco que tiene, a manera de imagen principal, una colosal cátedra de bronce, sostenida por ángeles y que es el relicario que custodia la antigua silla del apóstol. En ocasiones extraordinarias puede ser mostrada a la veneración de los fieles, como se hizo en 1867, bajo el pontificado de Pío IX, al celebrarse el XVIII centenario de la muerte de San Pedro.

Si el arte y las tradiciones populares pudieron propagar así la admiración y devoción al magisterio supremo de Pedro, simbolizado en la cátedra, la liturgia debía consolidarlas y extenderlas a todo el orbe cristiano de todas las épocas. Por esto se instituyó muy pronto en Roma y en las provincias del Imperio la fiesta de la *Cátedra de San Pedro.*

El primer testimonio escrito que ha llegado hasta nosotros, es la *Depositio martyrum:* deposición de los mártires, incipiente calendario litúrgico romano del año 336, pocos lustros después de alcanzada la paz constantiniana.

Entre las poquísimas fiestas de santos, unas dos docenas, del año litúrgico, señala este calendario para el día 22 de febrero el *Natale Petri de Cathedra,* natalicio de San Pedro en la cátedra, o sea el día de la institución del pontificado de Pedro. El haber escogido este día para celebrar un acontecimiento del que no se podía saber la fecha exacta, parece se debió a querer suplantar con una fiesta cristiana importante la pagana de honrar a los muertos de la familia con banquetes frecuentemente escandalosos. San Agustín reprende duramente a los cristianos que en dicha fecha se entregaban a tales abusos. Lo mismo hace un concilio de Tours del año 567, al deplorar que haya fieles que, después de haber recibido dicho día el cuerpo del Señor, no se

avergonzaran de manchar su alma con manjares dedicados al demonio. Quizá también, y en primer lugar, se puede creer que dicha fecha guarda relación con la fiesta de la basílica de Santa Prisca en donde, según lo dicho, se guardaba la cátedra, fiesta que coincide con el 22 de febrero. Sea como sea, lo que sí es seguro es que en los primeros siglos, IV y V cuando menos, nuestra fiesta de la cátedra se celebraba en Roma, no como hoy el 18 de enero, sino el 22 del mes siguiente. Así lo atestiguan varios libros litúrgicos.

Con esta fiesta se quiso solemnizar el episcopado de Pedro, su potestad jerárquica y magisterio universal y particularmente el episcopado de Roma, cabeza del Imperio, centro de la unidad, desde el año 42, que perduró durante veinticinco años.

Era costumbre antigua, continuada hasta hoy, la de conmemorar la consagración o entronización de los obispos en su sede. Pero, salvo raras excepciones, la conmemoración sólo se extendía a la propia diócesis. Sólo a la de San Pedro se le dio el nombre majestuoso de *cátedra,* y ésta fue la única que se extendió a todo el mundo cristiano. San Agustín, dirigiéndose a sus diocesanos del África, decía: «Cuando celebramos el natalicio de la cátedra, veneramos el episcopado de Pedro apóstol». En este texto se ve bien que la fiesta de la cátedra, sin otra distinción, era de la cátedra por excelencia, la de jurisdicción universal, la de Pedro, y, queriendo exponer el mismo santo Doctor el origen de esta denominación, advertía: «La hodierna solemnidad recibió de nuestros antepasados el nombre de cátedra, porque, según se dice, el primero de los apóstoles recibiría hoy la cátedra del episcopado». Por esto en los textos de la misa romana actual, como en los antiguos, se recuerdan principalmente los pasajes evangélicos referentes a los privilegios de magisterio y gobierno otorgados por el Señor a su fiel apóstol. «Oh Dios que, al entregar las llaves del reino de los cielos a tu santo apóstol Pedro, le concediste potestad de atar y desatar...», se dice en la colecta. Después, en el tracto, en el ofertorio y en la comunión se reproducen las palabras de Cristo: «Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia...» Se sabe que en el siglo IV y hasta el VI se celebraba con solemnidad especial esta fiesta en la capital de la cristiandad y era motivo de atracción de grandes

grupos de peregrinos. A ella acudió el año 450, según se desprende de un sermón del tiempo, el emperador Valentiniano III con sus hijas Placidia y Eudoxia. Asistieron a la vigilia litúrgica de la fiesta y al día siguiente fueron recibidos por el Papa y numerosos obispos de Italia.

Por causas no bien explicadas esta solemnidad desaparece de los libros litúrgicos romanos de los siglos VII-X. Cuando reaparece, se ha trasladado al día 18 de enero. La causa de este traslado parece fue el que la antigua fecha caía frecuentemente en la Cuaresma, tiempo de ayuno, en que se evitaban esta clase de fiestas. El papa Paulo IV, en 1558, fijó definitivamente la fecha del 18 de enero para la de la Cátedra de San Pedro en Roma, asignando a la data anterior del 22 de febrero otra fiesta de la Cátedra de Pedro en Antioquía.

En cambio en las provincias y particularmente en España, a donde había pasado ya en el siglo V, siguió celebrándose siempre, mientras se conservó la liturgia hispano-mozárabe, con toda solemnidad en la antigua datación del 22 de febrero.

Los libros de dicha nuestra liturgia nos ofrecen una riqueza de textos para esta fiesta no superada por ninguna otra de las liturgias occidentales. En el llamado *Oracional visigótico,* manuscrito el más antiguo de un oracional completo, del siglo VII, procedente de Tarragona y conservado hoy en Verona, adonde pasó con los fugitivos de la invasión árabe, se dan nada menos que una docena de oraciones sólo para el rezo del oficio divino, ya que el oracional era precisamente el libro del preste para este rezo. Estas oraciones van acompañadas de antífonas, responsorios, aleluyáticos, sólo iniciados, que después vemos completos y en mayor abundancia y con la correspondiente música en el famoso Antifonario de León, del siglo X, y en otros manuscritos de Toledo, San Millán, etc.

Una prueba de lo muy difundida y lo muy popular que debió ser en España ya en el siglo V esta celebración de la Cátedra de San Pedro nos la manifiesta una inscripción sepulcral, encontrada hace pocos lustros en Tarragona, en la que como datación del día del entierro se anota el de la *Deposición de Pedro Apóstol,* es decir, deposición en la cátedra, como también era llamada dicha fiesta en España y en las Galias.

Concluyamos con la primera oración del mencionado *Oracional visigótico,* para las primeras vísperas:

> «Cristo, Hijo de Dios, que para edificar tu Iglesia sobre la roca, diste al beatísimo Pedro, príncipe de todos los apóstoles, las llaves del reino de los cielos, a fin de que la Iglesia en primer lugar edificada surgiera en aquel que mereció antes que los demás no sólo amarte, sino también confesarte, concedenos que en este día, en el cual él recibió la suprema gracia del pontificado, recibamos nosotros la santidad en toda perfección, para que por aquel a quien concediste el poder de atar y desatar en la Iglesia, por él mismo ordenes nos sean perdonados los pecados y entrar en el reino de la vida perpetua»

JOSE VIVES

Bibliografía

CABROL, F., «La Chaire de Saint Pierre a Rome», art. «Fete de », en H. LECLERCQ F. CABROL (eds.), *Dictionnaire d'archeologie chretienne et de liturgie,* III (Paris 1924-1953) col. 76s.
KIRSCH, J. P., «La festa della Cathedra di S. Pietro» *Riv. di Archeol. Crist.* 2 (1925) 62s.
— «Die beiden Apostelfeste Petri Stuhlfeier und Pauli Bekehrung» *Jahrb. Liturgiew.* 5 (1925) 48s.
WILPERT, G., *Cathedra Petri,* en *I sarcofagi cristiani antichi,* I (Roma 1929) 185s.

SANTA MARGARITA DE CORTONA

Penitente y terciaria franciscana († 1297)

El pie descalzo de Francisco de Asís dejó una huella perenne de su paso en 1221 por las plazas de la indómita república cortonense: un convento de frailes menores y una siembra del ideal evangélico que germinará ubérrima, medio siglo después.

La penitente de Toscana no se asomó a la vida en Cortona. Fue en un pueblecito umbro, Laviano, situado en el valle del Chiana, cerca del lago Trasimeno. Aquí, en el calor de una familia labradora, rica en piedad, sonrió por primera vez la hija de Tancredo Bartolomé en el año 1247.

Inocencio IV empuñaba enérgico el timón de la barca de Pedro, resistiendo firme los embates de Federico II, el emperador déspota que trata de imponer su «supremacía» sobre la invicta cátedra papal. Monarca, por otra parte, dotado de brillantísimas cualidades políticas, llamado por algunos «el trans-

formador de su siglo» y que de haber perdurado hubiera resultado la más dolorosa sorpresa para el difunto Inocencio III. ¡Quién habría de decirle que aquel joven emperador, entonces obsequioso, protegido y exaltado por él, sería pronto el escándalo de cristianos y el azote de la Iglesia de Dios, contra el cual un sucesor suyo, de su mismo nombre, tendría que reunir todo un concilio ecuménico en Lyón!

La primera infancia de Margarita es clara y risueña. La madre, excelente, acierta a inyectarle una sencilla y sólida devoción. «Señor Jesús —repetía la pequeña esta oración aprendida de su madre—, te ruego por la salvación de todos aquellos por quienes quieres que se ruegue».

Prematuramente se quiebra este discurrir sereno y luminoso; antes de cumplir los siete años, con ojos atemorizados, contempla el ataúd de su madre. En adelante, tendrá que vivir de las reservas depositadas por aquella mujer inolvidable; y aunque, durante cierto tiempo, aquel tesoro parezca enterrado ya para siempre, el recuerdo de los ejemplos maternos no dejará sosegar a Margarita en la abyección, siendo, después, el germen pujante de resurrección a la gracia.

Dos años más tarde, una segunda mujer gobierna despóticamente el débil temperamento de Tancredo. La madrastra, envidiosa, se complace en postergar a la niña. Margarita crece triste, desconfiada, buscando ávida fuera del hogar la felicidad que éste le negaba. A los quince años causa impresión en quienes la contemplan, parece una princesa... Elegante, grácil y flexible, con suaves y soñadoras facciones. Le es precisa, más que nunca, la sombra tutelar materna; pero ella está sola y deseando sacudir el pesado yugo doméstico.

Un día, cuenta ya diecisiete, se le acerca un caballero de Montepulciano, Guillermo de Pécora, marqués del Monte, con señorío sobre Valiano y Palazzi. Margarita escucha sus palabras de amor y la invitación a seguirle para vivir en sus castillos. Una débil resistencia (es la deshonra lo que se le ofrece) que es vencida con espléndidos regalos y la promesa, ¡ay!, falaz, de matrimonio.

El marqués dispone todo para que la huida permanezca secreta. En el sigilo nocturno rema ansiosamente para, juntos,

atravesar el ensanchado cauce del Chiana. Un choque, la barca vuelca. Guillermo a nado consigue salvar a Margarita que, aterida y empapada, piensa si este primer accidente no será un aviso de lo alto. Pero seguirá esquivando, obstinadamente, la luz durante ocho años.

En Montepulciano la rodea el lujo, los halagos de una servidumbre obsequiosa y la lisonja de otros acaricia sus oídos, sin embargo, no es feliz, añora el hogar paterno en donde, si no venturosa, al menos tenía honor. Fluctúa entre la veleidad de romper con el pecado y la debilidad con su pasión, nada logra aquietar esta inquietud, ni la mirada inocente del hijo habido en esta unión ilegítima. «En Montepulciano —dirá más tarde— perdí la honra, la dignidad, la paz; todo, menos la fe». ¡Quién adivinaría esa violenta batalla cuando la veían atravesar las plazas a caballo, espléndida por su gracia, el cabello flotante, amplios vestidos de seda y escarcela de raso a la cintura!

Para acallar, en alguna manera, los gritos de la conciencia, reparte limosnas a manos llenas. Cuando los pobres quieren expresarle su agradecimiento: «No digáis eso —les opone—. Una pecadora como yo no merece esas señales de respeto». Es su temperamento rectilíneo que, lejos de alardear su caída, la deplora como cobardía. Por eso muchas veces huye a la soledad para llorar. «¡Qué bien se puede orar aquí! ¡Qué bien se pueden cantar las alabanzas del Creador! ¡Qué bien se puede hacer penitencia!».

Cosa extraña. Llegó ella misma a predecir su conversión. «No hagáis caso de estas cosas —decía a las amigas envidiosas de su elegancia—, día vendrá en que peregrinaréis para visitar mi sepulcro».

La conversión profetizada llegó inesperadamente. Residían temporalmente en Palazzi. Una mañana el marqués va a visitar las posesiones acompañado de su inseparable lebrel. En el bosque de Petrignano unos hombres armados le cosen a puñaladas y esconden su cuerpo ensangrentado bajo unas ramas. Al segundo día, Margarita advierte la vuelta del perro, que no salta regocijado como otras veces cuando auguraba la inminente llegada de Guillermo. Hoy emite aullidos lastimeros y tira insistente de la falda de su ama como diciendo: «Sígueme». Ella le sigue, apretado el corazón con dolorosos presentimientos. En el

bosque, debajo de un roble, frente al cual se detiene el can, hay amañado un montón de ramas. Margarita las separa y, en estado de putrefacción, con horrorosas heridas, reconoce el cadáver.

Como relámpago, siente la sacudida de la gracia. Primero dolor, avivado por el remordimiento; enseguida, la confianza en la misericordia divina. Enérgica, resuelve virar. Nunca es tarde.

El cambio ha de ser tan radical que decide despojarse de todo. Por un momento sube a Montepulciano, cede a los padres de Guillermo todas sus alhajas y tesoros y, cogiendo de la mano a su hijo de siete años, se encamina a Laviano, pobre como había salido, aunque ahora va enriquecida por la experiencia de la desventura que acarrea el pecado.

Pero el hogar paterno no se abre. Una vez más, Tancredo es el débil que cede. Aquella mala mujer es implacable ante el arrepentimiento de la «hija del escándalo», como la llamaba. Desorientada, llena de angustia, Margarita se sienta bajo la higuera que hay en el huerto familiar. ¿Qué hacer? El momento es estratégico, el tentador no deja inactiva su batería de ataque. «Eres hermosa, tienes veinticinco años. Regresa allí y con la riqueza no faltará quien te ame». El combate es violento, pero la gracia sobreabunda y el recuerdo de su madre es pila de energía y decisión. *Tu padre terreno te ha abandonado, tu Padre celestial te recibirá. Ve a Cortona y ponte bajo la dirección de los frailes menores.*

Sobre la falda del monte San Gil, cresta del Apenino toscano, Cortona luce orgullosa su autonomía. Dos damas nobles, la condesa Moscari y su nuera, advierten que junto a la puerta de la ciudad se detiene indecisa una forastera triste, acompañada de un niño de corta edad. Con palabras de sincera caridad se ofrecen para ayudarla; la convertida muestra su corazón dolorido a estos otros tan acogedores. Está decidido: ellas la protegerán, se encargarán de la educación del pequeño (luego franciscano), y, ahora, la encaminan al padre Giunta Bevegnati, admirado por su virtud y prudencia.

Este padre será el primer historiador de la Santa, a cuya descripción precisarán ir a documentarse todos los posteriores. Pero más que su biógrafo, será el director experimentado que sabrá guiar su espíritu ardoroso, por la penitencia reparadora y la confianza, hasta el ápice de la unión consumada.

Desde junio de 1276 pertenece a la Tercera Orden Seráfica. Al principio los frailes menores diferían el atender sus peticiones de ingreso, como exigiéndole pruebas durables de su conversión. Un día pone Margarita tal acento en su súplica que los religiosos no demoran más el entregarle las insignias terciarias: túnica gris, cordón y velo.

Si la vida que lleva resulta admirable por su austeridad y penitencia, resplandece con mayor lustre aún por el ejercicio de la caridad, por la serenidad de su espíritu y por la radiante confianza en el perdón divino. Gusta acercarse a los pobres, y cuidar a los enfermos. Pero con quien más derrocha sus tesoros afectivos es con las mujeres que se hallan en el trance sublime de ser madres, la Santa las asiste y las vela, aceptando despues, gustosa, el actuar de madrina en el bautismo. Así se lo requerían todas las familias cortonenses. Recordando aquello, es invocada hoy con especial confianza por las parturientas, sintiéndose éstas seguras bajo la protección de quien, además de haber sido madre, dio lo mejor de su amor y desvelos a las que estaban próximas a serlo.

Como vemos, la santidad de nuestra protagonista es suave y simpática, calcada en la de su seráfico Padre.

Asombra la rehabilitación de la gracia en esta pecadora. De una mujer degradada surge un ser angélico que gusta experimentalmente de las efusiones de los dones místicos más insólitos. El mismo Jesús le dio la clave de este misterio.

> «He dispuesto que seas como una red para los pecadores Quiero que el ejemplo de tu conversion predique la esperanza a los pecadores desesperados Quiero que se convenzan los siglos venideros de que siempre estoy dispuesto a abrir los brazos de mi misericordia al hijo prodigo que, sincero, se vuelve a mi » Y continuo «Ama y respeta a todas las criaturas y no desprecies a ninguna »

Un día, en la célebre iglesia de San Francisco, tan frecuentada por ella, ve cómo se abren los labios del Crucificado para preguntarle: *¿Qué quieres, pobre pecadora mía?* La respuesta es inmediata: «Yo no quiero ni busco sino a Ti».

Durante varios días resuena en sus oídos, con cierto dejo de temor, el «pobre pecadora mía». «¿Me habrá perdonado Dios todos mis pecados...?». Y la «nueva Magdalena», la que con la

penitencia rompe continuamente el alabastro —antes manchado— de su cuerpo en perfume de reparación; la que, según ella, «amo tanto a Dios que tan grande fue su misericordia en perdonarme mucho, que ya nada me separará jamás de él»; ésta, oye palabras absolutorias semejantes a las que percibió su modelo: *Yo, Hijo del Padre Eterno y tu salvador, crucificado por ti, te absuelvo de tus pecados que has cometido hasta hoy.* La calma habitual vuelve a renacer; nunca más fallará su humilde seguridad en el perdón. Escucha también las palabras más deseadas, esas que los místicos llaman «locuciones substanciales», porque obran lo que significan. *Hija mía,* y Margarita experimenta que se le infunde el espíritu filial, desbordando su gratitud. «¡Oh bondad infinita de mi Dios! ¡Oh día prometido por Cristo y esperado con impaciencia! ¡Jesús me ha llamado hija suya!», era el 27 de diciembre de 1276. Pocos días después otra «locución», *Esposa mía,* consuma el matrimonio espiritual. Como consecuencia se establece una íntima y sabrosa comunicación de bienes, como de esposo a esposa; su alma goza un sentimiento sobrenatural y permanente de la presencia experimental de Dios y de su unión con él. *Glorifícame y yo te glorificaré; ámame y yo te amaré; interésate por mis cosas y yo me interesaré por las tuyas.* Una mañana, después de comulgar, la gracia la impulsa a un acto de fe espontáneo y profundo, inspirado en el de Simón Pedro. «Tú eres, oh Cristo, el Hijo de Dios vivo». *Y tú* —replicó el Verbo humanado— *te declaro que eres mi esposa.*

Santa Margarita de Cortona es considerada como una de las precursoras de la devoción al Sagrado Corazón. En la oración le fue descubierta la llaga abierta del costado, refulgente de luz. La contemplativa fija en ella su ansiosa mirada y descubre al corazón, fuente inagotable de vida. Sus grandes amores son la Eucaristía, la cruz y María Santísima.

Dios la asiste también con la virtud de hacer milagros.

Las gracias místicas alientan su actividad, al par que la constituyen contemplativa. En 1286 funda un hospital y unas nuevas terciarias para asistirlo, «las Hermanas pobrecitas», aprobadas por el obispo de Arezzo, que «tenían por regla la Tercera Orden, el velo por reja y el hospital por claustro». Es la primera institución social de este género que nos presenta la Edad Media.

Pocos años después su espíritu vibra por los intereses de la cristiandad. El momento es grave, los musulmanes atenazan a los pueblos cristianos (mutuamente divididos), desplegando una amplia media luna que se extiende desde Argel hasta Constantinopla, incluyendo el corazón de los Santos Lugares, cuya liberación es preocupación constante de los Papas. Por entonces se quiere organizar una segunda cruzada, la humilde penitente aporta a esta gran causa su oración y su limitada influencia, exhortando a los de Cortona a adherirse a esta empresa que aún tardará en ser realidad.

En 1297 está gravemente enferma. Entre nostalgias de cielo y los ardores del reuma, recibe el 3 de enero el anuncio preciso de su próxima partida. «Enjuga tus lágrimas, Margarita. Al despuntar el alba del 22 de febrero volarás a las mansiones de los escogidos, donde la divina misericordia te reserva un puesto de honor». La alegría invade su alma estos días de espera. Toda Cortona acude para recoger su testamento. Éste es claro y optimista, eco de su confianza en el amor: «El camino de la salvación es fácil; basta amar».

Se vuelve al padre Giunta y le reclama con voz apagada:

> «Padre, mostradme los tesoros de las paginas sagradas, habladme de Dios, habladme de Jesus La Sagrada Escritura es luz para mi espiritu, fuerza para mi voluntad, licor embriagador para mi alma que olvida entonces los sufrimientos de este pobre cuerpo»

El 22, como le fue anunciado, se desmorona la cárcel terrestre, libre, vuela a las bodas eternas. «Dios mío, te amo», fue su postrer suspiro. Tenía cincuenta años.

Junto a su tumba se multiplican los milagros. En su honor se levanta una basílica, exhortando los obispos vecinos la peregrinación a ella. En 1515, el mismo sucesor de Pedro, León X, se postra ante su sepulcro y permite la celebración de su fiesta en determinadas diócesis. Urbano VIII extiende este privilegio a toda la Orden franciscana. Clemente IX inscribe el nombre de la bienaventurada en el martirologio. Finalmente, Benedicto XIII, el 16 de mayo de 1728, promulga el decreto de su canonización. Momentos antes de emitir su juicio infalible traza un paralelo entre la penitente de Magdala y la de Cortona: ambas

escucharon idénticas palabras de perdón porque habían derramado las mismas lágrimas de amor.

MARÍA DE SAN PEDRO DE ALCÁNTARA, MR

Bibliografía

Act. SS. Boll., 22 de febrero, *Vita*, de JUNETA DE BEVAGNA.
CORDOBA, G. DE, *Del solar franciscano* (Madrid 1957).
CORNEJO, J., *Vida de Santa Margarita de Cortona* (Madrid 1728).
CRIVELLI, E., *Vita di S. Margherita di Cortona* (Prato 1879).
CUTBERTEH, A., *A tuscan penitent. The life and legend of St. Margaret of Cortona* (Londres 1907).
GARZI, V., *Santa Margarita de Cortona* (1952).

BEATA MARÍA DE JESÚS EMILIA DE OULTREMONT

Viuda († 1878)

Nació el 11 de octubre de 1818 en Wégimont (Lieja), hija del conde Émile y de la condesa Marie de Lierneux de Presle, recibiendo las aguas sacramentales el mismo día. Sus nobles padres la educaron junto con sus dos hermanos en una excelente formación. Su padre fue embajador de Bélgica ante los Estados Pontificios, y viaja mucho.

Accediendo al deseo de sus progenitores contrae matrimonio en 1837 con Víctor van der Linden d'Hooghwost, con quien procreó cuatro hijos. La felicidad matrimonial duró escasamente diez años, pues el marido falleció en 1847, después de una grave enfermedad. A partir de este momento se entregó confiada a la voluntad divina encargándose de la formación de sus hijos, visitando a los enfermos y ayudando a los pobres. Sucesivamente, en 1850 y 1851, fallecieron su madre y su padre, quedando con el natural desconsuelo. Se siente orientada a consagrarse a Dios, y con ese deseo y queriendo discernir con mayor libertad, se establece en París el año 1854, en donde se hallan estudiando sus dos hijos varones.

El 8 de diciembre de ese año, mientras el Beato Pío IX proclamaba en el Vaticano el dogma de la Inmaculada Concepción, Emilia se vio favorecida con una manifestación decisiva: la Virgen María le hizo comprender un *«deseo de su corazón»*, verse sustituida cerca de su Hijo, muy ofendido y menos aún conocido,

consagrándose a Él, con la delicadeza del amor que se encuentra en el corazón de una madre.

Aconsejada por los padres jesuitas Petit y Studer, se decide a fundar la Congregación de María Reparadora, que inicia en París y es acogida muy pronto en la diócesis de Estrasburgo. El 1 de mayo de 1857 tuvo lugar la vestición del hábito por parte de Madre María de Jesús y otras 10 compañeras. Los años siguientes se fundaron los conventos de Maduré (India, 1859), Isla Mauricio, Tolosa, Londres, Tournai y Lieja. La Casa Generalicia se estableció en Roma el año 1865.

En mayo de 1860 peregrinó al Santuario de Loyola (Guipúzcoa), como confirmación de una constante presencia en su vida espiritual de San Ignacio de Loyola, a quien reconoce como *«el verdadero Padre de su alma»*. Fruto de la dirección espiritual del P. Paolo Ginhac, SI, la M. María de Jesús une a una oración ciertamente mística, una extraordinaria mortificación junto con una actividad desbordante.

En 1862 anota en sus meditaciones:

> «Nadie mejor que María puede enseñar mejor a amar a nuestro Señor, porque nadie mejor que ella ha comprendido el Corazon de Dios y el corazón del hombre [ ] y ella nos pide que seamos su compañero de dedicacion, de reparacion, de adoracion y de amor»

Circunstancias personales para demostrarlo no le faltarán. En 1867 su hija Margarita, que había entrado siete años antes en la Congregación, muere tuberculosa. Su hija mayor, Olimpia, que había profesado también años antes, enfermó gravemente. Siempre con quebradiza salud, falleció en 1872, a los 29 años de edad. Tuvo que soportar profundos sufrimientos en su alma, al ser acusada de haberles influido en su vocación. Sin embargo, la razón de su Instituto estaba en su mente bien clara:

> «Me sentia impulsada a abrazar la vida religiosa, reuniendo a mi lado almas que, como yo, quisieran consagrarse a una vida de reparacion y a imitar a Maria, tomandola como Madre y modelo en su amor a Jesus [ ] Solo Dios sabe lo que un corazon de madre puede soportar»

Todas estas desgracias la M. María de Jesús las afrontó con un abandono espiritual radical. Una terrible noche que tuvo

que superar con gran fuerza de ánimo y los evidentes éxitos con las nuevas fundaciones establecidas en Francia, Bélgica y España.

El 23 de diciembre de 1873 llegó a Roma de donde habían sido expulsados los jesuitas, encontrando en el P. Semenenko, superior general de los Resurreccionistas, el apoyo espiritual que necesitaba. Nuevas pruebas y dificultades la aguardan, aceptándolas con un notable progreso en la paciencia y el amor a Dios. Surgen problemas en la propia Congregación ante el temor de una excesiva influencia del P. Semenenko que pudiera apartarla del ámbito ignaciano. Pero la vida de Emilia estaba centrada en el Señor, a quien gustaba llamar: *«Maestro. Tú sólo en mi vida»*. La instruía, la custodiaba, y en él encontraba la vida. Un Dios de amor y ternura, que suscita en ella un gran deseo de dar a conocer en el mundo la ternura del amor de Dios a todos los hombres. La M. María de Jesús se siente llamada a amar totalmente y ayudar a los demás a conocer y amar mejor a Dios.

Ésta es para ella la llamada profunda que siente en su corazón de madre para llegar a la reparación, la reconciliación que Jesús Redentor nuestro realizó por el amoroso designio del Padre. Su corazón, por tanto, quiere «ser María para Jesús», y para ello, la Virgen Madre ocupará un lugar fundamental en su vida. Para responder al amor de Dios es preciso vivir en el amor y la reparación del Corazón de María. Un camino, por tanto, de presencia sencilla y amorosa, cumpliendo siempre su voluntad.

Para M. María de Jesús la misión de Reparadora de María Santísima es universal, y no conoce fronteras. Por esa razón, debemos hacer presente a Jesús a través del amor, la oración, la adoración, el respeto, ayudando a los necesitados a descubrir que Cristo es el amor de Dios. O sea, debemos construir la civilización del amor. El sufrimiento lo ofrecía a Cristo en comunión con María, su Madre, dejándose forjar por la voluntad de Dios. Ése es el carisma original de su Instituto: la unión personal a Cristo presente en la Eucaristía y darlo a conocer y amar.

La condición primaria para la evangelización es la unión personal con Cristo en la adoración eucarística y en la devoción reparadora al Sagrado Corazón de Jesús, junto con una filial devoción a María, que colabora a la obra de la Redención de Cris-

to, el único Reparador y Redentor de la humanidad. Su particular deseo hacia Dios no le impedía experimentar la lucha que debe realizar para dominar su carácter fuerte y decidido, fruto de un espíritu independiente muy acentuado, que no se sometía si no era a la fuerza.

Otros sufrimientos proceden de dolorosas experiencias de separación que han contribuido, directa o indirectamente, a nuevas congregaciones, algunas de las cuales llegaron a ser muy florecientes, como las Franciscanas Misioneras de María fundadas por la M. María de la Pasión, joven profesa de la Congregación de María Reparadora, y las Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús, fundadas por Santa Rafaela M.ª de Porras y Ayllón, novicia también de la Congregación de María Reparadora. Así se cumplió incluso en su propio cuerpo la ley de la existencia humana: a través de las pruebas se afirma la propia vocación y se triunfa en la vida.

El milagro para la beatificación

Sor Ana María Berra, religiosa de la Congregación de María Reparadora, de 32 años, fue operada de apendicitis en 1953, advirtiéndose después de la intervención un acusado síndrome adherencial. Al cabo de tres años se procede a la aparatomía, pero tras una breve recuperación reapareció una grave tumefacción al lado derecho Ante la gravedad de la situación y la imposibilidad de intervenir quirúrgicamente, considerando ineficaz la medicina en este gravísimo caso las religiosas comenzaron una novena a la M. Emilia, pidiéndole la curación de la enferma.

El último día de la novena, en el transcurso de la noche del 21 al 22 de febrero de 1967, la enferma notó un imprevisto alivio, incorporándose a la mañana siguiente, y comprobando que la tumefacción había desaparecido. Recuperada la salud y restablecido su organismo, se dedicó por entero a la Congregación, falleciendo en 1993, 36 años más tarde.

El papa Juan Pablo II la beatificó en San Pedro del Vaticano el 12 de octubre de 1997, recordando a sus hijas espirituales que «las religiosas de María Reparadora [...] según su propio caris-

ma, responderán a su misión: despertar la fe de sus contemporáneos y ayudarles en su crecimiento espiritual, participando así activamente en la edificación de la Iglesia». En la actualidad las Hermanas de María Reparadora se hallan en 21 países de África, América y Europa.

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

AAS 92 (1999) 387ss.
GENSAC, H. DE, SJ, *Présentation historique de la Société de Marie Réparatrice (1818-1953)* (Roma 1992).
Index ac status causarum, o.c., 538.
Martyrologium romanum, o.c., 152.
L'Osservatore Romano (12-10-1997).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN PAPÍAS

Obispo (s. II)

En patrística se ha llamado «dos presbíteros», es decir los más ancianos, a los que vivieron entre los años 70 y 150 de la era cristiana y que pudieron ver y tratar a los apóstoles, de cuya doctrina por tanto se convirtieron en testigos. Autores antiguos nos han conservado algunas palabras de estos hombres, recogidas por tradición oral. Los más conocidos son aquellos de quienes nos habla San Ireneo en su obra *Contra las herejías,* y uno de ellos es Papías, cuya memoria se celebra hoy.

San Ireneo tiene a Papías ciertamente en gran estima, lo llama familiar de Policarpo y oyente de Juan, nos dice que llegó a la ancianidad y que escribió varios libros.

Distinguiendo entre el apóstol San Juan y el presbítero Juan, se negó luego que Papías hubiera conocido al santo apóstol, pero de lo que no cabe duda es de que, de todos modos, Papías estuvo en contacto al menos con quienes habían conocido a los apóstoles.

Papías fue obispo de Hierápolis en Frigia y escribió una obra en cinco libros titulada *Explicación de las sentencias del Señor.*

Esta obra, además de contener el comentario a las palabras del Señor, trataba también de la vida y los hechos de Cristo que nos trae el evangelio y también se hacía eco de otras tradiciones extraevangélicas, de las que no se excluye el carácter fabuloso.

El historiador Eusebio le atribuye profesar el milenarismo o teoría de que antes del fin del mundo habría sobre la tierra mil años de reinado de Cristo

La muerte de Papías se sitúa en los años 120-130 y otros la retrasan hasta el 140-160.

BEATA ISABEL DE FRANCIA

Virgen († 1270)

Nació el año 1225 y era hija del rey Luis VIII de Francia y de su esposa Blanca de Castilla, y era, por tanto, hermana del rey San Luis IX.

Isabel se cría en la corte paterna bajo los cuidados de su madre que infundió en ella, como en su hermano Luis, los más fervorosos sentimientos religiosos y el horror al pecado. Ya de pequeña aprendió a amar a los pobres y a emplear mucho tiempo en los actos de piedad y culto divino.

Solicitó su mano el príncipe Conrado, hijo y heredero del emperador Federico II La propuesta fue acogida con satisfacción por la reina viuda Blanca de Castilla y por su propio hermano Luis, y al papa Inocencio IV, a quien se había dado noticia de la petición, le pareció buena para soldar la paz entre los príncipes cristianos y le escribe a Isabel diciéndole que contaría con su bendición. Pero Isabel contesta al papa que ella ha hecho voto de virginidad y que desea mantener su consagración a Dios. Inocencio IV contesta a la princesa que no puede menos que alabarla por esta deliberación y que la animaba a proseguir en tan santo propósito.

Isabel prosigue entonces en medio de la corte llevando una vida dedicada a la caridad y a la piedad y puede ver cómo su hermano Luis, llevado de un alto idealismo, marcha a las Cruzadas, donde sus armas no consiguen el triunfo esperado sino que incluso es apresado y a gran precio recupera la libertad. Estando su hermano ausente muere su madre Blanca.

A partir de entonces ya no se cree necesaria en la corte y piensa poner en práctica el propósito concebido de fundar un convento de clarisas en el que pasar el resto de sus días. Su hermano le da la oportuna licencia y surge así el convento de Longchamp el año 1257, que ella coloca bajo la advocación de la humildad de Nuestra Señora. Parece claro que, aunque la Orden Franciscana presenta a Isabel como monja de la segunda orden y con ese título se confirmó su culto, en realidad ella nunca profesó ni emitió los votos religiosos. Vivió en un ala del convento, en una especie de casa aparte, no en las celdas de las monjas, y continuó su costumbre de generosidad extrema con los pobres. De esta forma además evitó el que las monjas la pudieran elegir abadesa.

Su vida fue santa: toda ella dedicada a la oración, la penitencia y las buenas obras, pudiendo ser vista en éxtasis con que el Señor la favorecía.

Murió el 22 de febrero del año 1270, y su culto fue confirmado por el papa León X el año 1521 al permitir al monasterio de Longchamp celebrar su fiesta, que posteriormente el papa Inocencio XII, a finales del s. XVIII, extendió a toda la Orden Franciscana.

BEATO DIEGO CARVALHO

Presbítero y mártir († 1624)

Nació en la población portuguesa de Coimbra el año 1578. Con 16 años entró en la Compañía de Jesús y, habiéndose ofrecido para las misiones, fue enviado a Macao el año 1600. Aquí hizo los estudios filosóficos y teológicos y se ordenó sacerdote.

Habiendo aprendido la lengua japonesa, entró en Japón el año 1609 cuando el cristianismo gozaba de paz teniendo a su favor un decreto expreso del emperador que lo permitía. Pudo trabajar apostólicamente hasta 1614 en que el emperador Deifusama dio un decreto persecutorio contra los ya para entonces setecientos mil cristianos del Imperio. En este decreto se contenía la expulsión del país de todos los misioneros, lo que puso a éstos en la necesidad de salir del Japón o pasar a la clandestinidad. Hubo unos misioneros que se marcharon y otros que se

quedaron, y también otros que, marchados primero del Japón, luego volvieron clandestinamente, dispuestos a jugarse la vida pero no dejar abandonadas las cristiandades niponas.

El P. Diego Carvalho fue uno de los que en un primer momento acataron la orden del emperador y se marcharon del país, aprovechando esta circunstancia para empezar el trabajo misionero en otra parte, concretamente en Cochinchina con el P. Francisco Burzoni. Pero luego meditó en la necesidad de atender pastoralmente a tantos cristianos perseguidos y llamados a la apostasía, y en 1616 volvió clandestinamente a Japón.

Fue destinado a las zonas del norte del país, zonas pobres y frías, pero a las que también había que llevar el consuelo de la palabra divina y los sacramentos, y en ello trabajó sin descanso el P. Diego. Hubo de sufrir mucho, evitar ser descubierto y disfrazarse en numerosas ocasiones para salvar la libertad y la vida. Pudo de esta manera trabajar intensamente durante cuatro años. Pasó en 1620 a la isla del Yeso, primera visita de un misionero, y luego fue a Tacavoca donde vivían en campo de concentración las familias cristianas nobles en castigo de su fe. Pasó luego a Minage, de donde era señor un fervoroso cristiano, Juan Goto, a fin de celebrar allí las navidades. Pero cuando supo que se estaban urgiendo las leyes persecutorias y que Goto estaba en peligro por alojarlo, decidió marcharse de su casa. En efecto, llegaron soldados con orden de arrestarlo pero no lo hallaron.

Pero dos apóstatas dieron aviso de que se encontraba visitando la cristiandad de Oroxie y allá fueron, pero el P. Diego, advertido, había huido junto con unos sesenta cristianos a un profundo valle, donde levantaron chozas. Pese a sus precauciones los soldados descubrieron el sitio y el P. Diego con otros cristianos fue apresado. Llevados a Madzuzava, comenzaron los martirios para algunos de los cristianos apresados, y el 17 de febrero llegaban a la capital de aquel reino, Xendai, donde fueron expuestos a las burlas de los paganos mientras los tenían por varias horas en un estanque de agua helada. Algunos de ellos murieron cuando los devolvían a la cárcel. En la cárcel recibieron los mártires varias propuestas para que apostataran pero fue en vano. En la mañana del 23 de febrero de 1624 fueron devueltos al estanque de agua helada. Aquí los volvían a invitar a

la apostasía. El P. Diego y los otros mártires se mantuvieron firmes en la fe, ayudándose mutuamente a perseverar hasta que fueron muriendo a lo largo del día. El último en morir, ya a la caída de la tarde, fue el P. Diego. Fue beatificado el 7 de julio de 1867 con otros muchos mártires del Japón.

23 de febrero

A) MARTIROLOGIO

1. En Esmirna (Asia), San Policarpo († 155), obispo y mártir, discípulo de San Juan **.
2. En Sirmio, San Sireno o Sinero († 307), hortelano y mártir.
3. En Wedloch (Inglaterra), Santa Milburga († 722), virgen y abadesa.
4. En Maguncia (Alemania), San Willigis († 1011), obispo **.
5. En Estilo (Calabria), San Juan Teristes († 1127), monje de la Orden de San Basilio.
6. En Bilbao (España), Beata Rafaela Ybarra de Vilallonga († 1900), viuda, fundadora de las Religiosas de los Santos Ángeles Custodios **.
7. En Rochefort (Francia), Beato Nicolás Tabouillot († 1795), presbítero y mártir durante la Revolución Francesa.
8. En Roma, Beata Josefina Judit Adelaida Vannini († 1911), virgen, fundadora de la Congregación de Hijas de San Camilo **.
9. En Poznam, Beato Luis Mzyk († 1942), sacerdote profeso de la Congregación del Verbo Divino y mártir *.
10. En el campo de concentración de Dachau (Baviera, Alemania), Beato Esteban Vicente Frelichowski († 1945), presbítero y mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN POLICARPO DE ESMIRNA

Obispo y mártir († ca.150)

Fue en Esmirna, la bella urbe asiática que, asentada en la ladera del monte Pagus, abraza las aguas del mar Egeo. La ciudad milenaria, resucitada de su ruina por Alejandro Magno, vivió un día más de fiesta clásica en la romanidad. Pero aquel 22 de febrero del año 155 haría que la Iglesia de Cristo, al congregarse

junto al altar, volviese su memoria y su corazón a Esmirna por los siglos venideros. Habían terminado los juegos de cacería en el estadio público; el populacho excitado e irresponsable esperaba con salvaje avidez de sangre la sentencia del procónsul sobre Policarpo, el anciano obispo de la ciudad. Hacía pocos días que en aquel mismo lugar habían exigido a gritos su muerte, al contemplar el martirio valiente de un joven cristiano, llamado Germánico. Y allí se encontraba por fin el venerable obispo ante la autoridad romana.

—Jura por el genio del César. Grita, mueran los ateos.

El procónsul Estacio Cuadrado, siguiendo con ello el rumor popular, designaba con el nombre de ateos al grupo cristiano, que rechazaba el culto a las divinidades paganas. Policarpo, con la gravedad de sus muchos años, levantó su brazo, y señalando los graderíos repletos, donde se agolpaban los esmirnotas seguidores de la diosa Cibeles, mientras los iba repasando con su mirada, exclamó: «Sí, mueran los ateos».

Insatisfecho con esta respuesta ambigua, el procónsul insiste:

—Jura por el genio del César. Maldice de Cristo y te pongo en libertad.

Hay algo más precioso que la libertad misma para un cristiano: Aquel a quien libremente se ofrece la vida entera. Por eso Policarpo responde pausadamente, como reviviendo todo su mundo interior:

—Ochenta y seis años hace que le sirvo y ningún daño he recibido de Él, ¿cómo puedo maldecir de mi rey, el que me ha salvado? Si tienes por punto de honor hacerme jurar por el genio, como tú dices, del César, y finges ignorar quién soy, óyelo con toda claridad: YO SOY CRISTIANO.

¡Maldecir de Cristo... Policarpo! Cuando la persona de Jesús le aparecía confundida con los primeros recuerdos de su niñez. Cuando la lista de sus servicios a Cristo se iniciaba exactamente en la hora en que su conciencia se abría a la responsabilidad. No es palabra vacía e insustancial el ser cristiano. Sin querer viene a la memoria la definición del viejo catecismo: «Cristiano es el hombre que tiene la fe de Jesucristo y está ofrecido a su santo servicio». ¿Comprendemos en este siglo de altas traiciones o de heroicas entregas a ideales humanos lo que significa tomar en

serio la fe y el servicio de Cristo, y esto durante ochenta y seis años? No basta el ímpetu brioso, pero breve, de quienes llegaron a Cristo en la hora undécima. No. El soportar el peso del día y del calor de toda una vida consagrada a Cristo encierra un alto significado de fidelidad extrema. La fe en Cristo iluminó la cuna de Policarpo. Él pudo beber de labios de San Juan, el discípulo amado, el recuerdo caliente y minucioso de todo lo que dijo e hizo el Señor. Más tarde, fue probablemente el mismo apóstol que encomendó a su cuidado episcopal la grey cristiana de Esmirna. Cuando cesó de latir aquel pecho que sintió reposar sobre sí la cabeza del Salvador en la noche trágica y se cerró aquel archivo viviente de recuerdos de Jesús, Policarpo pudo repasar con ansiedad el testamento del apóstol, su Evangelio espiritual, sus cartas profundas, su Apocalipsis misterioso, y asimilar definitivamente su mensaje inflamado: Dios es Amor. Amad. Amaos unos a los otros como Cristo os ha amado.

Servir a Cristo es una sinfonía de amor... también para un obispo. Pero su melodía ha de discurrir por el cauce de un real pentagrama. Porque para él servir es amar, y amar significa enseñar y vigilar y perdonar, animar y corregir, buscar y esperar, consumir su vida pensando en los demás.

Y Policarpo enseñaba sin fatiga, desde su cátedra o desde la carta pastoral, que Cristo murió y resucitó por nuestros pecados y vendrá a juzgarnos de nuestras obras. Y vigilaba sobre la pureza de la fe de sus ovejas: «Todo el que no confesare que Jesucristo ha venido en Carne es un anticristo, y el que no confesare el testimonio de la cruz, procede del diablo, y el que torciere las sentencias del Señor en interés de sus propias concupiscencias, ese tal es primogénito de Satanás».

Pero además de maestro era padre y por eso levantaba a los casados camino de disciplina y temor de Dios y a las viudas a mayor oración y prudencia. Ponía freno y vigor en los jóvenes, exigía blancura intachable en las vírgenes e invitaba largamente a los ancianos a la solicitud sincera por enfermos y pobres, a tener entrañas de misericordia y comprensión para con todos y a no pecar por severidad excesiva, por lucro o favoritismo.

Su programa es elemental y transpira sencillez evangélica: orar siempre, hacer el bien, vivir unidos a Cristo para gloria del

Padre. Porque en el centro de todo, eso sí, está Cristo, «nuestra esperanza y prenda de nuestra salvación», «el que levantó sobre la cruz nuestros pecados», «el que lo soportó todo por nosotros». Un jovencito acurrucado a los pies de Policarpo recoge este mensaje sin perder una palabra o un gesto, grabando fijamente en su memoria la figura respetable de Policarpo, sus modos de andar y hablar, hasta el timbre de su voz gastada. Es Ireneo, el futuro gran obispo de Lyón. Muchos años más tarde recordará estas escenas en una carta al amigo de la infancia con calor y viveza conmovedores e imborrables.

¡Qué grande es después de mil ochocientos años sentirse incorporado al santo obispo en la misma fe y como hermanado con él en la gran familia cristiana! Y no todo son luces en los tiempos pasados ni fueron aquellos cristianos de otra raza. Policarpo nos insinúa en sus escritos las venganzas miserables, las lenguas venenosas que muerden en su nombre de cristiano. Entonces como hoy era indiferente apostar por los verdes o ser partidario de los blanquiazules. Pero no existía neutralidad ante la condición del cristiano. Entonces tenían la culpa de que se perdiesen las batallas o saliesen de madre los ríos; hoy de que no funcionen los trenes o prosperen los ambiciosos. Para esta raza de acusadores no basta nuestra vigilancia y la reforma constante de nuestras vidas: se requiere una virtud especial que se llama paciencia y es una manifestación brillante, aunque no aparatosa, de otra virtud que se llama fortaleza. Además, la visión gozosa de que así participamos de algo esencial del misterio del cristianismo, que es la cruz de Cristo. Ya lo dijo el obispo de Esmirna: «Seamos, pues, imitadores de la pasión de Cristo, y si por causa de su nombre tenemos que sufrir, glorifiquémosle, porque ése fue el ejemplo que Él nos dejó en su propia persona y eso es lo que nosotros hemos creído».

El aire triunfal cristiano, su serenidad de redención, nada tienen que ver con el jolgorio mundano, con la libertad contra toda ley freno, con la prepotencia política o económica. Dios y el mundo no van de acuerdo cuando se trata de poner a los hombres la corona de «bienaventurado». Pero, ¿no dijo San Pablo que «pasa la figura de este mundo»? (1 Cor 7,31). ¿No había dicho en aquel mismo estadio de Esmirna pocos días antes el

joven Germánico que «quería verse lejos de una vida sin justicia y sin ley como la de los paganos»? ¿Y no dijo el Señor que «vino a traer la guerra»? (Mt 10,34).

Servir a Cristo ochenta y seis años representa una larguísima pelea. No la batalla fulminante en que se elimina al adversario. Sino el penoso combate del desgaste diario, en que la valentía de la ofensiva y el tesón de la defensiva se reparten por igual el mérito del heroísmo y de la fortaleza. En el servicio de Cristo hay días generosos que exigen gestos nobles y definitivos. Y días sencillos —nunca anónimos— de ofrenda humilde. Lo que importa es el amor de cada instante: que no nos falte vigor para el martirio, aunque nos falte el martirio mismo.

Policarpo conoció de cerca la garra de la persecución. Quedaba lejos el recuerdo de la muerte luminosa de los apóstoles todos. Más cerca los zarpazos de Plinio en Bitinia con las apostasías tristes y los gloriosos martirios. Luego inolvidable la marcha hacia la muerte de Ignacio, el obispo de Antioquía. Fue el año 117 cuando, atado a un pelotón de salvajes, pasó camino de Roma, con ansias de muerte y de plenitud cristiana. Todavía vibraba su palabra deportivamente cristiana: «Sé atleta». Cristo se merecía esta actitud combativa integral. Y lo reclamaba también la solidaridad y comunión con los otros hermanos cristianos —los mártires— en tiempos en que seguir a Cristo equivalía a ser oficialmente candidato a la muerte cruenta.

> «Os exhorto pues a todos —decía Policarpo en su carta— a que obedezcáis a la palabra de la justicia y ejecutéis toda paciencia, aquella, por cierto, que visteis con vuestros propios ojos no sólo en los bienaventurados Ignacio, Zósimo y Rufo, sino también en otros de entre vosotros mismos, y hasta en el mismo Pablo y los demás apóstoles. Imitadlos, bien persuadidos de que todos éstos no corrieron en vano, sino en fe y justicia [...] porque no amaron el tiempo presente, sino a Aquel que murió por nosotros».

Tampoco Policarpo corrió en vano ochenta y seis años para jugárselo todo ligeramente al final de la vida. Sus últimos días tuvieron horas de servicio intensivo. Resonó en aquel estadio el odio masivo contra él: ¡Policarpo al fuego! Y vino la congoja de la huida, la angustia de quien se siente perseguido, el lenitivo de la oración viva y reposante, o de la amistad sin ficción de quienes se arriesgaban al ocultarlo en sus villas de campo. Luego el

momento negro de la delación de pobres esclavos atormentados, el instante siempre fatal del descubrimiento y el arresto sin remedio. Más tarde la sorpresa y el sonrojo de los soldados al ver la pobre vejez del tan ansiosamente rebuscado, el covachuelismo de los amigos que empujan a la cobardía y pasan del fingido amor a las injurias humillantes, el acceso penoso al estadio lleno de tumulto y el consuelo cordialmente agradecido de la voz amiga: «Policarpo, ten buen ánimo y pórtate varonilmente». Por último, tras el diálogo conciso, la confesión sincera, pero mortífera: «Yo soy cristiano»

Su nombre es su sentencia. Se hace un silencio espeso en el ambiente y se escucha por tres veces la sentencia del heraldo desde el centro de la arena: «Policarpo ha confesado que es cristiano». La muchedumbre ruge y pide fieras contra el anciano obispo; el procónsul lo niega, pero decreta la muerte por el fuego. Mientras unos puñados de hombres buscan afanosamente por talleres y baños de la ciudad leña seca para la pira, «sobre todo, los judíos, con el fervor que en esto tienen de costumbre», otros vociferan en el estadio, y en su furor ciego pronuncian la bula de canonización de San Policarpo: «Ése es el maestro de Asia, el padre de los cristianos, el destructor de nuestros dioses, el que ha inducido a muchos a no sacrificarles ni adorarlos». Eran sus servicios a Cristo. . los de los días ordinarios y sin relieve «Morir cada día un poco es el modo de vivir».

Los detalles no importan. La muerte magnanima es el gesto supremo del hombre y por eso es capaz de ennoblecer cualquier existencia y de hacer respetable una causa equivocada. Pero cuando se trata de Cristo, lo dijo Él: «Nadie tiene mayor amor que el que da la vida» (Jn 15,13). Hay pobretones de espíritu que quieren apagar el halo martirial diciendo que es fácil morir por Cristo y difícil vivir según Cristo. Muchos que así hablan no viven plenamente con Cristo y parecen incapaces de morir por Él. Por eso conviene repetir las palabras del Maestro: Nadie tiene mayor amor... aun cuando al morir tiemblen las piernas y sienta miedo el espíritu, aun cuando sea el primero y postrero, el único acto radicalmente cristiano de una vida humana.

El procónsul no permitió que fuesen las fieras las que acabasen con el cuerpo viejo de Policarpo. Fue la pira abundante,

el golpe de gracia de la puñalada en el pecho, la cremación de sus despojos. Los huesos calcinados del venerable maestro y padre son testimonio fuerte de su amor perfecto de Cristo. No quiso que le clavaran al palo, no por temer o rechazar el sufrimiento, sino porque su amor era tan intensamente decisivo como los clavos. Atado al poste, con las manos atrás, «como carnero egregio escogido de entre tan gran rebaño... levantados los ojos al cielo dijo»:

> «¡Señor, Dios omnipotente, Padre de tu amado siervo Jesucristo, por quien hemos recibido el conocimiento de Ti! [...] Yo te bendigo porque me tuviste digno de esta hora, a fin de tomar parte, contado entre tus testigos (mártires), en el cáliz de Cristo para resurrección de eterna vida. Yo te alabo por todas las cosas, te bendigo y te glorifico [...] por mediación de Jesucristo, tu siervo amado...»

Es su testamento, su gesto de plenitud en el amor. Levantar los ojos al cielo y con ellos todo el espíritu —lo único que no pueden atar ni clavar los hombres— y optar, escoger en suprema libertad el servicio, la esclavitud voluntaria de Cristo. Ser cristiano es transformarse sustancialmente. Y así transformado y transfigurado por el fuego se aleja del mundo el santo anciano, sumergiéndose en llamas y en Cristo, que es «llama de amor viva». Ni siquiera un ademán de perdón para sus verdugos; su alma se levanta con brío sobre nuestras categorías humanas.

Sin querer nos golpea la mente la fórmula elemental del Catecismo. Ser cristiano es tener fe en Cristo y hacer profesión de servirlo. Con la perspectiva de ser dignos de una hora de martirio, para la mayoría imposible; pero con el vigor necesario para ella. El pórtico del Catecismo nos señala una alta meta final, que se confunde ya con el pórtico mismo de la eternidad. ¿Somos verdaderamente cristianos? ¿Desde hace cuántos años?

JOSÉ IGNACIO TELLECHEA IDÍGORAS

Bibliografía

Martirio de San Policarpo. Nos es conocido en forma de una carta de los cristianos de Esmirna a la iglesia de Philomelium. Texto ed. USHER, *Ignatii Antiocheni et Polycarpi Smyrnensis martyria* (París 1647). Ed. RUINART, *Acta Mart...* Véase en parte D. RUIZ BUENO (ed.), en BAC Normal 75, p.263s.

Obras: FUNK, *Opera Patrum Apost.,* 2 vols. (Tubinga 1901).

Sobre todo, D. RUIZ BUENO (ed.), *Padres apostólicos* (BAC Normal 65).
LIGHTFOOT, J B., *The Apostolic Fathers,* 2 vols. (Londres 1883)
DELFHAYE, H , *Les passions des martyrs...* (Bruselas 1921) 11s.
Cf las referencias de SAN IRENEO y, sobre todo, de EUSEBIO, *Hist. Eccles.,* l.4 c.15.

SAN WILLIGIS DE MAGUNCIA

Obispo († 1011)

La fecha y lugar de nacimiento del hombre de Iglesia y de Estado que fue San Willigis de Maguncia resultan prácticamente desconocidos, como bastante oscuras se hacen asimismo las circunstancias de los primeros años de su vida. Las informaciones llegadas hasta nosotros, aquellas que pueden ser merecedoras de alguna credibilidad por su garantía y su rigor, las más completas también, provienen de los datos contenidos en las fuentes narrativas de la época, principalmente la *Crónica* de Thietmar de Merseburg (976-1018), autor contemporáneo, prolijo pero de una gran sinceridad y de un interés capital para la historia de su tiempo, a completar con lo reseñado en los *Anales* de Hildesheim, preciosa fuente que se para en el año 993, pero cuya primera continuación va hasta el 1040. A todo ello cabe añadir el *Chronicon Quedlinburgense,* que retoma las narraciones de los *Anales* de Hildesheim hasta el año 1000.

De todas estas fuentes se desprende que Willigis, cuyo nombre significa el vástago de la voluntad *(der Sproß des Willens),* era originario de Niedersachsen (Baja Sajonia), donde habría nacido el año 940, y que su padre era un agricultor de Schöningen, aun cuando una errada leyenda lo hace hijo de un carretero, quizás simple fabricante. Fue su madre en todo caso quien le preparó para el estado eclesiástico, su verdadera maestra diríase, hasta que Wolkold, preceptor del futuro Otón II, reparó en las virtudes y despejada inteligencia del joven y lo encaminó hacia los estudios sacerdotales haciéndolo su discípulo.

En el año 969 Wolkold ciñe la mitra de Meissen (969-992) y Willigis entonces, a la sazón canónigo de Hildesheim, toma su puesto como preceptor, capellán y consejero del joven príncipe. Pronto sus dotes de consejero lo hacen acreedor a simpatías y reconocimiento general por parte del entorno palaciego, de modo que su actividad en la corte es ya bien conocida cuando

el 1 de diciembre de 971 se le nombra canciller de Alemania. «Willigisus cancellarius advicem Rotberti archicapellani notavi» (cf. MGH DD O. I., Nr. 404, 550, Z. 36). Durante el desempeño de tan alta función tiene como superior a Bruno, hermano de Otón el Grande, y luego a Liutolfo y Liutgero, pero estos últimos tuvieron que ceder el puesto a los capellanes palatinos Bruno y Guillermo.

Sobresalientes fueron los esfuerzos de Otón I el Grande por restaurar la cultura intelectual, plausible cometido en el que le sirvió de ayuda, ésa es la verdad, su hermano Bruno, destacada figura y hombre de los más instruidos de la época, que fomentó y propagó la enseñanza eclesiástica y la civil o laica, llamando para estos nobles oficios a muchos ilustres profesores de Lorena e Italia. Todo esto constituyó para nuestro personaje, San Willigis, una excelente escuela de tirocinio en la carrera política y la mejor posibilidad de evidenciar sus brillantes cualidades pastorales y de gobierno. Se reveló capaz y devoto a la vez, así como indispensable pieza palaciega en asuntos de corte. Bajo su impulso, en la cancillería es restituido el orden y la estipulación de los actos sobreviene con regularidad y de acuerdo a un formulario preciso, cosa que antes no había ocurrido.

Poco después de su coronación en Roma (2-2-961), Otón promulga su controvertido *Privilegium Ottonianum* por el que ordena al papa Juan XII hacerle juramento de obediencia. El Papa, claro es, se rebela y conspira con los enemigos de Otón. Hacia finales del año 963 Otón convoca un concilio en Roma, el cual destituye a Juan XII por conspiración y mala conducta. En su lugar es elegido León VIII, candidato puesto por Otón mismo, quien considera deber suyo preservar y fortalecer las instituciones eclesiásticas. Pretende valerse de la Iglesia como influencia estabilizadora en Europa, pero al mismo tiempo una Iglesia sometida a la autoridad imperial. Otón busca una alianza entre el Imperio Romano de Oriente y el de Occidente, para lo cual entabla negociaciones, sin éxito, dicho sea de paso, con el emperador oriental Nicéforo Focas de la ciudad de Constantinopla. Más tarde, empero, el hijo de Otón se casará con Teófana, hija del emperador oriental Romano II. Su alianza con la

princesa bizantina será determinante para que, en el año 972, el emperador oriental reconozca a Otón. Muere Otón el Grande el 7 de mayo de 973 y es sepultado en Magdeburgo. Deja un imperio pacífico y seguro.

Después de la muerte de Otón I, el canciller de Alemania, es decir, nuestro santo Willigis, permaneció bajo el reino de Otón II el Rojo (973-983), hijo del difunto y de su segunda esposa Adelaida. La mejor prueba de su acierto en asuntos de Estado y de su éxito en cuestiones de palacio fue, sin duda, su designación como sucesor del arzobispo de Maguncia, Ruperto, fallecido el 13 de enero de 975. Es entre los historiadores bien sabido que en este período de la Iglesia imperial los soberanos alemanes eran muy escrupulosos en los nombramientos episcopales, que solían conceder sólo a sus fieles preferidos. La antedicha decisión fue inmediatamente conocida el 25 de enero de 975 y su tempestiva circunstancia fue testimonio inequívoco del favor que Willigis había encontrado en Otón II. Esta orden imperial, por lo demás, le renovaba a Willigis de Maguncia las inmunidades y los privilegios concedidos a su predecesor Ruperto y hacía de su persona el más importante prelado de Alemania, o sea, primado, a todos los efectos, para los títulos de archicanciller y «coronador de rey», así como, precisamente por primado, para la presidencia de todos los sínodos. La bula de confirmación del papa Benedicto VII le llegó en marzo del mismo año.

Pero la diócesis le aguardaba maltrecha de veras y en estado más bien penoso. San Willigis probó pronto a remediar estos males: para empezar, emprendió la construcción de una nueva catedral; luego, hizo reedificar muchas iglesias, entre las cuales San Esteban y San Víctor de Maguncia, más tarde, restauró el Capítulo de Disibodenberg y, en fin, llevó el esplendor a la abadía de Jechaburg en Turingia. Por si fuera poco, desde los primeros años de su episcopado reforzó y consolidó su autoridad episcopal con la incorporación de la diócesis de Praga, de nueva creación (972), cuyo titular Theotmaro no tardaría en complicar las cosas y encender los ánimos distanciandose, allá por el mes de enero del año 976, de la autoridad imperial. Desde finales de abril del año 976, reunió un sínodo en Aschaffenburg para con-

jurar una huelga de estudiantes. Ese mismo año, quizás ya 977 más bien, la dirección de los asuntos de Estado empezó a hacerse difícil en Baviera, a raíz de la ambición de Enrique II el «Pendenciero», en lucha contra Otón, hijo de Conrado el Rojo, familiar de Otón II. Decidió entonces el arzobispo Willigis consolidar la situación del obispo de Passau, Piligrimo, sostén de Otón en esta zona. Participó en un sínodo tenido en Ingelheim el año 980, donde se acordó reunir bajo un solo abad las abadías de Stavelot y de Malmedy. En los años 981-982 consagra a los obispos Retaro de Paderborn y Eticón de Augusta; al siguiente, impone asimismo las manos al gran Adalberto de Praga; y en el 993, a Bernardo de Hildesheim.

San Willigis de Maguncia, decíamos antes, se convierte, a la muerte de Otón II (7-12-983), en uno de los más eminentes personajes del Imperio, sin duda el más activo. Días después de fallecido el príncipe, Willigis consagra al joven hijo Otón III, de tres años, rey germano en Aquisgrán: es el día de Navidad del año 983. Había sido nombrado rey en la Dieta de Verona poco antes de la muerte de su padre, pero, como apenas tenía tres años de edad, su madre y su abuela decidieron actuar en calidad de regentes. De la regencia en Alemania se encargó Teófana, la madre. En Italia ejercía el poder en nombre de su nieto la abuela Adelaida. Recibió una educación brillantísima, de la que se encargaron el conde sajón Hoiko, el sabio Juan de Calabria, obispo de Plasencia, y Bernardo, obispo de Hildesheim. Se encargó de completarla el ilustre Gerberto, futuro papa Silvestre II. Tales progresos hizo el joven monarca, y tanta admiración despertaron sus talentos, que fue llamado *Mirabilia Mundi.*

El Rey alcanza la mayoría de edad el año 994. Dos años más tarde, atendiendo una solicitud del papa Juan XV, sofoca una rebelión en Italia, pero cuando llega a Roma, el Papa ya ha pasado a mejor vida. Otón entonces hace elegir a su primo Bruno de Carintia como Gregorio V. Éste es el primer papa germano. El 21 de mayo de 996 Gregorio V corona a Otón como sacro emperador romano, el cual convierte así a Roma en el centro administrativo del Imperio y allí pasa gran parte de su tiempo. El año 998 fija en su sello la inscripción *Renovatio Imperii Romanorum,* «Restauración del Imperio de los Romanos». Los ideales

romanos, pues, siguen fuertes en Europa Occidental. A lo largo de la Edad Media, el título imperial y el trono germano conservarán su unión indisoluble. A partir de entonces los sacros emperadores romanos serán reyes de los romanos, coronados por el papa. Alemania es el corazón y el centro del poder en el Imperio. La corona octogonal del Sacro Imperio Romano será durante siglos el símbolo mismo del concepto de la unidad europea.

Otón comprende que la Europa unida de su diseño y su dinastía necesitan un digno jefe religioso. Es preciso elevar el papado a una posición de respeto en Europa. Hay que revivir su influencia. Con la muerte del papa Gregorio V en el año 999, Otón propone a su antiguo maestro, el erudito Gerberto de Aurillac. Gerberto se convierte en papa y toma el nombre de Silvestre II. Es el primer papa francés. Tanto Silvestre como Otón sueñan con un imperio donde el emperador y el papa sirvan como jefes conjuntos de una entidad unificada. Gerberto, esforzándose por elevar la reputación del papado en toda Europa, denuncia a algunos de sus antecesores indignos como «monstruos de una iniquidad más que humana» y como «anticristos sentados en el templo de Dios haciendo el papel de Dios». Otón entonces espera forjar una alianza armoniosa entre los futuros emperadores y papas. No será así, ésa es la verdad.

Por otra parte, entre Adelaida y Teófana hubo poco o ningún entendimiento, de manera que algún mes más tarde Teófana logró eliminar a la suegra. Mujer de inteligencia despejada y dotada de sentido político superior, Teófana se retiró ante el arzobispo San Willigis de Maguncia sabiéndose impopular en Alemania y se reservó los asuntos de Italia. La gran empresa de nuestro santo arzobispo en toda esta historia fue mantener la Baviera fiel al Imperio disolviendo las oposiciones. Así las cosas, Enrique el «Pendenciero», azuzado por los reyes de Bohemia y de Francia, así como por numerosos obispos de la región, secuestra al joven Otón III y reivindica la regencia. Pero la maniobra no prospera, pues la alta nobleza bávara no secunda su plan y el episcopado en general termina por darle la espalda y serle hostil.

Proclamado rey en Quedlinburg el 23 de marzo de 984, Enrique el «Pendenciero», ante la resuelta actitud del duque de

Sajonia, no tiene más remedio que renunciar a su disparatado sueño y entregarse/rendirse al pequeño Otón III. Al año siguiente confirma su sometimiento obteniendo el perdón y la parcial restitución del ducado. Tras la muerte de Teófana (991), el gobierno vuelve a Adelaida que vive hasta el final del año 999, ya sin influencia desde que en 994 se había retirado de la corte. San Willigis permaneció como su consejero preferido durante los tres años de gobierno, si bien en este período la lucha contra los eslavos no hizo sino procurarle preocupaciones sin cuento y múltiples quebraderos de cabeza. Las continuas expediciones del joven rey fueron el resultado de semejante política: en el 991 Brandenburgo es una vez más retomada, al año siguiente perdida y en el 993 definitivamente recuperada. También San Willigis incita a Otón III a que renuncie a Italia para concentrar en la parte de acá del Elba todas las fuerzas materiales y morales de que el Imperio disponía, no obstante la reluctancia de aquel príncipe, discípulo de San Adalberto, obispo de Praga, atraído por la civilización helénica más que por la severidad germánica.

He aquí un rasgo característico de la política de San Willigis: en junio del año 996, a requerimiento suyo, el emperador dejó Roma donde había sido coronado el 21 de mayo por Gregorio V, primer papa alemán, en cuya consagración había participado nuestro santo aquel mismo año (3-5-996). Pese a la aparente concordia entre el emperador, el papa y los romanos, Willigis temía mucho la influencia de estos últimos sobre un emperador a la postre fantasioso y de espíritu atormentado. También recelaba, y con razón, de la empresa de San Adalberto de Praga, de un tiempo a esa parte influyente compañero de Otón (moriría el 23 de abril de 997 mártir en Prusia). A raíz de la prematura muerte de Otón III (21/23-1-1002) surgieron dificultades sucesorias, que cesaron cuando el arzobispo San Willigis coronó a San Enrique II (1002-1024) y a su mujer Cunegunda en Paderborn el 7 de junio de 1002. El santo arzobispo habría de presidir todavía el sínodo de Francfort en 1007. Sirvió, en resumen, a cuatro monarcas y él mismo se mantuvo en todo ese tiempo como influyente arzobispo de Maguncia. San Willigis de Maguncia, pues, continuó sirviendo fielmente tam-

bién a este tercer soberano cuyas ideas, aun cuando más modestas que las del predecesor, encontraban perfecta coherencia con las suyas: o sea, en primer lugar poner freno a las invasiones eslavas.

Una historia que parece hubieran montado exageradamente los historiadores, nos pone de manifiesto la limitación de su poder. En el año 1000, el obispo de Hildesheim le acusó de haber invadido sus derechos consagrando, a petición de la abadesa, la nueva iglesia de Gandersheim situada en su diócesis, pero ya en los confines de Maguncia. La intervención pontificia quitó la razón a Willigis y decidió enviar un legado para informarle de la decisión de Silvestre II en el sentido de hacer respetar los límites diocesanos: el contencioso duró largo tiempo y Roma no pudo hacer triunfar su causa. Pero en el 1007 el mismo Enrique II, alumno de la escuela de Hildesheim y aficionado de suyo al obispo del lugar, obligó a San Willigis a renunciar a sus pretensiones sobre la abadía de Gandersheim.

Quien había sido sobrenominado «Padre del Emperador y del Imperio» *(Vater des Kaisers und des Reiches),* señalándose con ello el alto cometido de sus funciones, vio con pena cómo se debilitaba el poder real en Alemania, la oposición de los príncipes bárbaros se agigantaba, y las dificultades en Polonia, Italia y Borgoña crecían. Una sola fuerza siguió dándole esperanza: el apoyo de la Iglesia en reconocer al emperador una potencia territorial, de cuyo ininterrumpido crecimiento los prelados recibían los correspondientes poderes.

Si lo esencial de la actividad de San Willigis es de orden político, ocupando durante tres reinados consecutivos el primer puesto entre la crema dirigente del Imperio y sirviendo a sus soberanos, eso sí, con la más grande devoción y, sobre todo, con un excepcional sentido de la cosa pública, cumple, sin embargo, considerar también y valorar en su justa medida la obra ministerial de su episcopado. Atrás se ha dicho ya cómo procuró restaurar la autoridad en su diocesis y reconstruir numerosas iglesias e implantar un orden canónico hasta entonces poco regular La catedral de Maguncia, que tan dentro de su corazón llevaba de puro ser él mismo su diligente constructor, fue pasto de las llamas hasta los muros el 29 de agosto de 1009, aniversa-

rio de su consagración: sería reconstruida más tarde, ya bajo el arzobispo Bardone. Pero él, en un meritorio esfuerzo que le honra, hizo también cuanto estuvo de su mano por impulsar el progreso en las artes y en las letras. Procuró realizar plenamente el plausible lema «por el arte, la ciencia y el servicio de Dios». También se preocupó, y mucho por cierto, de la caridad pública, cosa rara en aquella época: creó, por ejemplo, una fundación de por vida para distribuir cotidianamente víveres a treinta pobres.

San Willigis murió en Maguncia el 23 de febrero de 1011 y fue sepultado en la iglesia de San Esteban de dicha ciudad. Sus restos se conservan hoy en un busto relicario. También puede verse en la misma iglesia una planeta suya. Su fiesta recurre el 23 de febrero. Una *Vita Willigisi,* redactada poco después de su muerte y dedicada al abad Ricardo de Fulda (1018-1039), está incluida en el Oficio del santo. En realidad es un breve panegírico que resume lo esencial de aquello que por entonces se conocía. Tenemos, por otra parte, una *Vita recensior,* amplificación literaria de la primera, y de los *Miracula,* redactados no después del siglo XII, que completan las informaciones hagiográficas. Su designación como santo precede a la práctica de la canonización papal. Fue en el siglo XII, cuando todavía no existía esa formal canonización por parte del obispo de Roma, cuando fue elevado en Maguncia al honor de los altares. Desde el punto de vista litúrgico, es preciso añadir el *Officium sancti Willigisi,* debido a Hartmann, preboste de la catedral de Maguncia (1142-1153). Pero las informaciones más completas se encuentran, según digo al principio, en las fuentes narrativas de la época, principalmente la *Crónica* de Thietmar de Merseburg (976-1018); los *Anales* de Hildesheim, a los que procede añadir el *Chronicon Quedlinburgense* que retoma las narraciones de los *Anales* de Hildesheim hasta el año 1000, pero que a partir de esta fecha, describe especialmente los ambientes de la corte imperial. Cumple también tener en cuenta los numerosos diplomas willigenses dando fe de su actividad diplomática.

A raíz de la muerte de San Enrique II (1002-1024), último de los gobernantes sajones de Alemania, a quien San Willigis había coronado, el poder pasa a manos de Conrado II, duque

de Franconia (1024-1039), con quien comienza lo que los historiadores llamarán el gran período del Sacro Imperio Romano. Arzobispo de Maguncia y legado papal en Alemania, San Willigis, en definitiva, pertenece a esa raza privilegiada de influyentes hombres de Estado que, sin dejar nunca de ser y de actuar como celosos pastores de la Iglesia, aciertan a brillar por su talento político y a edificar por sus virtudes.

PEDRO LANGA, OSA

Bibliografía

BEUMANN, H., *Die Ottonen* (Stuttgart 1984)
BÖHMER, H., *Heiliger Willigis* (Lipsia 1895)
BROUETTE, E., «Villigiso», en *Bibliotheca sanctorum,* XII cols.1122-1126.
BRUCK, A., *Heiliger Willigis* (Maguncia 1962).
BRUNHÖLZ, F, *Die Geschichte der lateinischen Literatur des Mittelalters,* 2 (Munich 1992).
EULER, C., *Erzbischof Willigis von Mainz in den ersten Jahren seines Wirkens* (Naumburg 1860)
Martyrologium romanum, o c, 153.
MORAW, P., «Aufstieg und Wirken des Willigis von Mainz»: *Damals* 2 (1990) 161-180
«Otón», en *Enciclopedia universal ilustrada,* XL p.1030-1035
SCHUTTE, A., *Handbuch der deutschen Heiligen* (Colonia 1941) 352-353
TESTORE, C., en *Enc. Cath.,* col.1433-1434.
VOLUSIUS, G., *Officium vetustissimum beati Willigisi* (Maguncia 1675).
«Willigis, San, Arzobispo de Maguncia», en SCHAUBER, V. - SCHINDLER, H M, *Diccionario ilustrado de los Santos. Mas de 4 000 santos y beatos. 1.500 ilustraciones* (Barcelona 2001) 760

BEATA RAFAELA YBARRA

Viuda († 1900)

La Beata Rafaela Ybarra fue una notable mujer de gran corazón y destacada talla espiritual, que abarcó las diversas facetas de la vida familiar y social. Señora rica, culta, hija y esposa de dos grandes empresarios y madre de numerosa familia, atenta siempre a los más necesitados, impregnó el suelo de Vizcaya con su buen hacer y encarnó un nuevo estilo de santidad en el estado laical. Con evidente sentido profético, supo salir al paso de los límites y carencias de la aburguesada y dispar sociedad decimonónica bilbaína por medio de su inconfundible y

destacada capacidad de amar. Se extendió pronto su fama de santidad.

A lo largo de su biografía expresó la calidad de este amor como hija, como esposa, como madre, como fundadora y como persona a la que no pasaban desapercibidas las situaciones de carencia, peligro o injusticia. Pero fueron su intensa vida espiritual y su notable inquietud apostólica las que le proporcionaron esa personalidad tan peculiar que le hizo acometer obras de gran magnitud, como la Congregación de Religiosas de los Ángeles Custodios, destinada a evangelizar y a ayudar a los más necesitados, con el singular carisma de prevenir y acompañar a las niñas y a las jóvenes en sus diversas realidades, en especial a las de más difícil situación personal o familiar.

Su vida intensa, serena y apasionada se desarrolló durante los 57 años comprendidos entre 1843 y 1900. Primera de los cinco hijos de don Gabriel María de Ybarra y Gutiérrez de Caviedes y de doña Rosario Arámbarri y Mancebo, nació en Bilbao el 16 de enero de 1843. Fue bautizada al día siguiente, recibiendo los nombres de Rafaela, María de la Luz, Estefanía.

El padre, don Gabriel, era uno de los siete hijos de don José Antonio de Ybarra, empresario que explotaba el filón minero de Triano, y de doña Jerónima Gutiérrez de Caviedes, de una señorial familia de Potes (Cantabria). Uno de los tres hijos varones de don José Antonio, José María, se había establecido en Sevilla, creando la Compañía Naviera Ybarra. Sin embargo, los otros dos, Gabriel y Juan María, habían preferido permanecer junto al padre constituyendo una sociedad minera que, con el tiempo, se transformó en Altos Hornos de Vizcaya.

La madre, doña Rosario Arámbarri, había nacido en la Isla de Santo Tomás, en las Pequeñas Antillas, pertenecientes entonces a Dinamarca. Era la única hija de don Pablo Fausto de Arámbarri, guipuzcoano de Azcoitia, emigrado a las Indias, y de doña Rafaela Mancebo Trocóniz, cubana. Ésta, después de enviudar dos veces, había establecido su residencia definitiva en Bilbao, junto con sus tres hijas. Allí conoció Rosario, la mayor, a los hermanos Ybarra, casándose con Gabriel en 1842. Fueron padres de Rafaela, Fernando Luis, Rosario, Amelia y Virginia.

Rafaela fue educada con esmero, junto con sus cuatro hermanos, en el seno de esta familia perteneciente a la alta sociedad y profundamente cristiana. Acudió de niña a un colegio de Bilbao y completó luego sus estudios en Francia, como solían hacer las familias acomodadas, donde transcurrió su adolescencia. Pronto comenzaron a dibujarse en ella los rasgos más salientes de una personalidad alegre, expansiva, bondadosa y dotada de genio vivaz y aguda inteligencia.

En 1861, a los 18 años de edad, contrajo matrimonio con don José Vilallonga y Gipuló, nacido en 1822 en una rica familia catalana de Figueras (Girona) asociada a los Ybarra en la explotación minera. Era un ingeniero formado en Francia, Bélgica e Inglaterra, de carácter activo y emprendedor, que, muy bien preparado profesionalmente, había intervenido de modo eficaz en la instalación de algunas Fábricas de Hierro con nuevos sistemas de fundición, y colaboró después en la instalación de los Altos Hornos de Vizcaya.

De este matrimonio nacieron siete hijos, dos de los cuales murieron de niños. Vivieron al comienzo en el Casco Viejo de Bilbao, ambiente en el que ella había nacido. Después, en 1869, se trasladaron a la finca «La Cava», en el término municipal de Deusto, un lugar entonces bastante apartado y solitario, donde transcurrieron los años más gratos de su vida familiar, los más fecundos de su acción apostólica y donde santamente murió.

Durante los primeros años de casada su vida fue de entrega a su esposo, a sus hijos, a sus padres y a toda su numerosa familia, que ya desde entonces recibía el visible influjo de su cariño junto con la paz que sabía transmitir en su entorno. En sus oraciones le pedía al Señor: «Que yo sea cada día mejor esposa, mejor madre, mejor hija. Haz, Señor, que llegue a ser una mansión de paz en medio de la familia».

A causa de la situación insegura creada en Vizcaya por la segunda guerra carlista, en 1873 los Ybarra se trasladaron a Santander, donde permanecieron tres años. Pero allí una desgracia turbó su vida personal y familiar: la enfermedad y muerte de dos de sus hermanas, una de las cuales, Rosario, esposa de don Adolfo de Urquijo, fallecida en 1875 a los 28 años de edad, le encomendó sus cinco hijos aún pequeños. De acuerdo con su

cuñado, asumió decididamente esta gran responsabilidad, integrando a los niños en su propia familia.

De nuevo en «La Cava», cayó gravemente enferma en la primavera de 1878, a los 35 años de edad, y en la obligada convalecencia leyó algunos libros espirituales. La gracia la invadió de tal manera que se sintió fuertemente atraída hacia la vida perfecta, con una fuerte inquietud por la situación social que en aquellos tiempos de la industrialización se vivía en el País Vasco. Su radio de acción dentro de la numerosa familia no podía ya satisfacer su exigencia espiritual y se lanzó a un apostolado más amplio, sin límites ni distancias, dispuesta siempre a acudir a cualquier parte donde le llamara la necesidad, bien para situarse a la cabecera de los enfermos y darles toda clase de atenciones espirituales y corporales o bien para ocuparse de los niños y de los jóvenes, con frecuencia expuestos a diversos géneros de peligros y carencias en aquella sociedad tan plural.

Lanzada de lleno a este género de actividades, y al cuidado de la numerosa familia, tuvo que vivir además la dramática muerte de su madre en plena estación de París. Pero con todo ello, fue la parálisis infantil de su hijo menor el hecho que más puso a prueba su temple de mujer fuerte y su incondicional entrega a la voluntad del Señor.

Todos y cada uno de estos penosos acontecimientos, incluida la propia enfermedad, maduraron decisivamente su espíritu, ayudándola a profundizar en el privilegiado valor de la cruz. Abrazada con el sufrimiento como inequívoco camino de identificación con Jesucristo, logró asumirlo con dulzura y suavidad, proyectando en su entorno estas mismas actitudes. Así lo expresa en algunos de sus escritos:

> «No hay amor sin sacrificio, y Tú, Jesús, nos diste primero ejemplo muriendo ignominiosamente en la cruz por nosotros, por mí [...] Pues bien, yo también quiero sufrir por tu amor y morir crucificada. ¡Preparada estoy! Pero no te separes de mí pues necesito tu cercanía y protección».
>
> «¿Qué cruz puede llamarse grande si Tú, Señor, ayudas a llevarla? Por dura y pesada que parezca a nuestra fragilidad, enseguida se transforma en suave y ligera con tu apoyo».
>
> «Con ayuda de la gracia divina quiero imitar en lo posible a Jesús; sufrir cuantos trabajos, humillaciones y penas sean necesarios.

Renuncio a todo tipo de halagos, a las riquezas, honores y placeres de este mundo, solo aspiro a cumplir su santa voluntad»

A los 42 años de edad, en plena madurez humana y espiritual, con la complacencia de su marido, formuló votos temporales de pobreza, castidad y obediencia, votos que unos años después, en 1890, ofreció de manera perpetua, añadiendo el de practicar siempre lo que entendiera ser más perfecto. Puede parecer insólito que una señora casada, situada en medio de la alta sociedad y al frente de una numerosa familia, se comprometiera a una vida de perfección por medio de unos votos religiosos. Lo facilitó el hecho de que, en profunda sintonía de sentimientos, encontrara en su esposo el mejor apoyo, confidente, consejero y cooperador, tanto respecto a su vida espiritual como en los trabajos y obras apostólicas que estaba emprendiendo. Don José, por su parte, se sintió plenamente satisfecho y agradecido a su esposa: «A Rafaela se lo debo todo», solía repetir a menudo.

Ella, por su parte, se expresaba de esta manera:

«He renovado mis propositos de entregar todo a Dios Nada quiero reservar para mi Tuyo es cuanto poseo "Tu me lo diste, a Ti, Señor, lo devuelvo", como decia San Ignacio, afectos de familia, intereses, la salud, la vida, todo te lo doy Haz de ello lo que quieras Yo me abrazare a tu cruz y con ella no me faltara nada Solo espero tu gracia y la de tu Santisima Madre Maria»

Sólo la gracia, ciertamente, que puso en juego las relevantes cualidades humanas con que Dios la había dotado, pudo producir en ella el admirable efecto de fortaleza, dulzura, prudencia, comprensión y ternura que hubo de necesitar para armonizar situaciones que podían parecer tan dispares. Y sólo las filigranas de amor que saben hacer los santos pudieron lograr que aquella gran señora de la alta sociedad ocultara, tras la fina elegancia de su trato, las fuertes exigencias de unas virtudes practicadas en grado verdaderamente heroico.

Estos fragmentos de sus escritos pueden reflejar de algún modo la hondura de su propia experiencia espiritual:

«Tengo presente ante mi a Jesus crucificado, el Rey a quien prometi seguir No hay otro para mi si quiero llegar a la perfecta caridad y humildad Con El quiero ser pobre, humillada y crucifi cada Con El obediente a la voluntad del Padre y por El quiero amar a mis enemigos y hacerles todo el bien que pueda ¡Empeño

difícil por flojedad e inconstancia! Pero, ¿retrocederé? No, adelante. Empezaré con renovado ánimo la lucha, pues no estoy sola, son muy grandes los apoyos que Él me da. Y si no consigo la perfección deseada, al menos quedaré más cerca de ella que de la mediocridad».

«Si me he ofrecido a seguirte con la cruz, también debo imitar tu caridad y mansedumbre en ella. Te prometo amar a mis hermanos como Tú les amas, haciendo por ellos todo lo que pueda, aunque no me lo agradezcan y se burlen de mí. Si a Ti, tan inocente y justo, te despreciaron y humillaron, ¿qué puedo esperar yo, débil y pecadora?; no quiero quejarme nunca por esto. A Ti, Señor, y a tu Madre, tan humilde siempre, pido que me ayudéis a cumplir estas promesas».

Los frutos inmediatos del amor que la desbordaba por completo fueron sus trabajos apostólicos, que hicieron su vida intensamente fecunda y dieron la verdadera talla de su atractiva personalidad.

Cuando la edad de sus hijos y de sus sobrinos huérfanos no hacía ya necesarios los minuciosos cuidados de la infancia, le quedó a ella más amplio margen de tiempo, que supo aprovechar al máximo para desplegar su caridad con una actividad tan incansable y tan fuerte como el ideal de donde emanaba.

Era el momento de la nueva revolución industrial, que estaba afectando de lleno a la explotación de la minería vizcaína por la creciente necesidad de hierro y de acero para la fabricación de maquinarias, ferrocarriles y armamento. Bilbao se estaba enriqueciendo vertiginosamente por la enorme demanda de su producción minera y por la consiguiente afluencia de inversiones extranjeras; llegaban también muchas personas atraídas por la gran oferta de trabajo; pero junto a ello crecía la especulación, la injusticia laboral, el abuso que conllevaban las muchas horas de trabajo a cambio de ínfimos salarios. Y, a la vez que unos pocos consolidaban ingentes fortunas, la escasez de viviendas e instrucción agravaba la situación de la mayoría, degradándose sus condiciones de vida en todos los aspectos.

Es cuando Rafaela, socialmente situada entre los poseedores de recursos, coherente con su actitud espiritual y con su invariable línea de conducta, acentuó y consolidó su voluntad de oponer amor, entrega, renuncias personales y todo género de esfuerzos a las evidentes opresiones, carencias e injusticias a

que era sometida la población pobre, trabajadora o desocupada, especialmente las mujeres y los niños

Fue inmenso el bien que hizo en su derredor remediando toda clase de carencias, volando a dondequiera que la necesitara alguna persona, especialmente si era alguna joven o niña. Sacrificaba todo: su tiempo, su bienestar, su dinero y hasta su propia vida, que tantas veces expuso al penetrar en ambientes sospechosos donde se sabía amenazada.

A su temperamento vivo, jovial y expansivo unía una fortaleza de carácter que, junto con la simpatía de sus palabras, le facilitaba el éxito de los trabajos emprendidos. El rasgo más característico que imprimía un sello especial a toda su persona era precisamente su mirada, detalle que no olvidó ninguno de cuantos la trataron: era un mirar el suyo firme, dulce y transparente que dejaba traslucir la reciedumbre y fortaleza de su espíritu.

En su finca de «La Cava» recibía diariamente a gentes de todas las clases sociales que acudían a ella en busca de ayuda material y espiritual. Todos la veneraban, y atraídos por su sencillez y cercanía la designaban con el calificativo de «la Madre». Verdaderamente que eso era para todos ellos: una madre capaz de comprender sus debilidades y hasta sus enredos en el vicio. Los escuchaba con paciencia, compartía sus sentimientos y les repartía con prudencia y acierto las cuantiosas sumas de dinero que recibía para este fin de su generoso marido, de sus hijos y de familiares y amigos.

Además, la fama de sus bondades desbordó muy pronto los límites de su ambiente y desde lugares lejanos le llegaban cartas y personas atraídas por su renombrada generosidad.

La multitud y la magnitud de las buenas obras de Rafaela se caracterizan por el cúmulo de detalles de virtud que en sí entrañaron y, además, por la clarividencia de desear que trascendieran a su propia persona, por lo que repetía con frecuencia: «Las obras quedan, las personas desaparecen».

Admiraba mucho las instituciones dedicadas a la juventud femenina necesitada de cuidados y de recursos, por lo que colaboró muy estrechamente con las Religiosas del Refugio de Begoña. Favoreció también con decisión y empeño el estableci-

miento de las Adoratrices en Bilbao (1880), logrando la ayuda de sus familiares para ese fin.

Ella fue la vida y el verdadero motor de las obras sociales de su padre don Gabriel, pues supo potenciar al máximo su destacada sensibilidad humana y cristiana. Uno de los más notables frutos de esta influencia fue la fundación en 1887 de las Escuelas de Nuestra Señora del Rosario de Deusto, a cargo de los Hermanos de la Doctrina Cristiana, denominada así en memoria de la esposa y madre fallecida, doña Rosario de Arámbarri. Eran unas escuelas gratuitas para niños de condición humilde, en unos tiempos en que la enseñanza y educación estaban reservadas casi exclusivamente para las clases más pudientes.

También con la ayuda de su padre, que era el propietario de las fincas, abrió unos hogares para albergar a las jóvenes que llegaban a Bilbao buscando trabajo y que, por su ignorancia e inexperiencia, se veían expuestas a diversos peligros. Y cuando esta empresa adquirió mayores vuelos, desbordándola a ella y al grupo de señoras que la secundaban, tramitó y llevó a cabo la fundación de colegios, confiados a diversos Institutos religiosos. Por su parte, continuó protegiendo y ayudando estas obras hasta su muerte.

Atendió también a las muchachas embarazadas que, por esta causa, eran despedidas de las casas donde trabajaban internas y se veían también rechazadas por sus propias familias. Insistió ante las autoridades para que se abriera una Casa de maternidad, que no existía en Bilbao, y ante la repetida negativa se decidió a instalarla ella misma, poniendo al frente a las Hijas de la Caridad. Posteriormente la Diputación se hizo cargo de la obra, pero ella siguió trabajando con las jóvenes para ayudarlas también a la salida de la maternidad. El complemento era la Casa cuna de San Vicente, creada para los pequeños por su hermano don Fernando Ybarra.

En su afán apostólico deseaba abarcarlo y coordinarlo todo. Por eso instituyó la gran obra social denominada «Junta de obras de celo», que aunaba los esfuerzos de otras muchas señoras también impulsadas por tan buenos deseos. Ella era la principal animadora de todo, pero supo huir de personalismos en aquella obra común y ocultarse cuidadosamente ante la fama

que iba suscitando su creciente actividad. Esta «Junta» produjo grandes frutos en un extenso campo de acción: hospitales, cárcel de mujeres, casas de observación, acogida y colaboración con otras instituciones, especialmente las dedicadas a jóvenes y niñas.

Pero su obra cumbre, la que coronaría su caridad y perpetuaría su nombre y su espíritu, es la Congregación de Religiosas de los Ángeles Custodios para jóvenes y niñas con difícil situación familiar o personal.

En 1893 abrió un primer colegio en la calle Hernani de Bilbao, ampliado poco después, a medida que crecía la obra, en la calle Santa María. En vano intentó encontrar una comunidad religiosa que coincidiera con su carisma y, con el aliento del Obispo de Vitoria, a cuya diócesis pertenecía entonces Bilbao, se decidió a emprender ella la fundación, superando toda clase de dificultades y contradicciones.

En mayo de 1898 —apenas dos años antes que ella— falleció don José, su esposo y colaborador, lleno de méritos y de buenas obras. En el ámbito profesional había sido uno de los más grandes industriales de España en el siglo XIX. No es preciso enumerar los exquisitos cuidados y atenciones que le dedicó Rafaela durante la última enfermedad. Bien acostumbrado estaba él a sus delicadezas, como reconocía en una de sus cartas: «Y a ti, querida mía, ¿qué he de decir que no sepas de lo mucho que admiro y estimo en ti de bueno para con todos y de santo para con Dios?».

Rotos ya los lazos que la retenían en el hogar familiar, sintió deseos de incorporarse a su naciente fundación, pero la inesperada muerte de su joven nuera la volvió a atar con otros lazos que consideró ineludibles: los seis nietos huérfanos de madre en una edad en la que necesitaban de su cariño y dedicación. Y aceptó con gozo y sumisión lo que el Señor disponía en aquel momento para ella: «Una sola cosa es grande: hacer la voluntad de Dios». Además, desde el comienzo ésta había sido la constante de su actitud espiritual y de su actividad apostólica:

> «Destinada por Ti, Dios mío, al frente de una numerosa familia, es en medio de ella donde tengo que santificarme. Quiero ser cada día mejor esposa, mejor madre y mejor hija; dame la paciencia necesaria para cumplir los deberes que esto me impone y, sobre todo, ya

que tengo puesta toda mi persona en Ti, haz que este amor que Tú mismo has puesto en mí hacia estos seres queridos esté libre de todo resabio egoísta, amándolos en Ti, por Ti y para Ti».

Entretanto su obra se robustecía y se consolidaba, y prometía aún mayores frutos en un futuro muy próximo, al trasladarse el colegio a un edificio de nueva planta que con gran ilusión estaba edificando. Pero su salud comenzaba a debilitarse progresivamente, consumida por la enfermedad y por la intensidad de su entrega sin límites. No obstante, continuaba trabajando lo que sus fuerzas le permitían, a la espera del momento en que pudiera incorporarse a la Comunidad religiosa por ella fundada.

No eran éstos, sin embargo, los planes del Señor. En diciembre de 1899 se le acentuaron los dolores y la pérdida de fuerzas producidos por el tumor canceroso que padecía en el estómago. Vio acercarse su fin y lo aceptó con la misma paz y serenidad con que había vivido siempre, convirtiendo sus últimos momentos en un acto ininterrumpido de conformidad con la adorable voluntad del Señor. «Sólo quiero lo que Dios quiera», solía repetir.

Consciente de lo que ella significaba para sus primeras religiosas, les ofreció un verdadero testamento espiritual en el que condensaba sus sentimientos más íntimos, pidiéndoles que fuesen siempre verdaderas madres para las niñas y las jóvenes del colegio. Y a éstas les dejaba, a la entrada del edificio, las palabras del salmista: «He mandado a mis Ángeles cerca de ti para que te guarden en todos tus caminos».

Al acercarse sus últimos momentos quiso despedirse de todos, familiares, religiosas, amigos y personal del servicio, para quienes tuvo palabras de verdadero afecto. Bendijo uno por uno a sus hijos y a los «hijos de su corazón», como cariñosamente había llamado siempre a los sobrinos que había criado. Les dejaba, por escrito, buenísimos consejos. Así se expresaba en la carta que dirigió a cada uno para cuando ella hubiese muerto:

«Hijos queridos: Cuando leáis estas líneas que os dirige vuestra madre en la presencia de Dios Nuestro Señor, ya habré entregado mi alma en sus manos.

»Como no sé si en los últimos momentos de mi vida podré daros estos últimos consejos, quiero dejaros este recuerdo y expre-

sión de mis sentimientos para que los conservéis todos los días de vuestra vida [...].

»Esto es lo que me mueve a dirigirme a vosotros antes de mi muerte: el suplicaros en nombre de Jesús, que tanto nos ama, y de su Santa Madre, que este pensamiento de la eternidad nunca se separe de vosotros, no para atormentaros, bien sabe Dios que no es ésa mi intención, pero sí para que os conservéis en el santo temor de Dios y en su divina presencia. Mirad todos los bienes de la tierra como pasajeros; no pongáis en ellos vuestro gozo; habéis sido criados para el cielo y allí deben dirigirse siempre vuestras miradas. Con la misericordia de Dios, allí os espera vuestra madre; no lloréis mi muerte, hijos, como los que no tienen fe; voy a unirme a Dios y os espero en el cielo. Estad siempre muy unidos y ayudaros mutuamente en vuestras necesidades. Os encomiendo a todos muy especialmente a vuestro hermano pequeño como el más indefenso, tratadle con mucho cariño, que yo os bendeciré desde la otra vida. Os recuerdo también que tenéis otros hermanos [sus primos], que la unión que tenéis desde niños no se rompa nunca. Si vuestro padre, mi querido esposo, me sobrevive, consoladle y animadle mucho, lo necesitará; sed muy buenos y cariñosos con él y decidle en mi nombre que su aflicción esté mezclada con esa dulce esperanza que nuestra fe cristiana nos da; no entristeceros, que muy pronto estaremos otra vez reunidos. Vivid santamente, haced todo el bien que podáis a vuestros prójimos, devolved bien por mal, que Dios os lo pagará. No temáis malgastar vuestra fortuna ayudando a los necesitados, la encontraréis acrecentada en aquel banco seguro de Dios. Os doy mi bendición en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo».

Y una vez más, olvidada de sí misma ante la muerte que se acercaba, se ocupó en animar y consolar a sus religiosas, llamadas a consolidar y perpetuar su obra.

Atendida por su director espiritual y contestando a las exhortaciones de su hijo jesuita, renovó los votos que desde hacía tantos años la vinculaban al Señor. Poco después entraba en una suave agonía y el 23 de febrero de 1900 se encontraba definitivamente con quien tanto había amado en la tierra.

La fama de su santidad superó en mucho a la que la había rodeado en vida por la magnitud de sus obras. Cuantos habían tenido la dicha de tratarla estaban persuadidos de que habían conocido a una santa, una mujer que había pasado por el mundo haciendo sólo el bien.

Tras los procesos ordinarios en la Curia episcopal de Vitoria y los apostólicos en Roma, el papa Pablo VI promulgó en 1970

el decreto sobre la heroicidad de sus virtudes. El 30 de septiembre de 1984 fue beatificada en Roma por el papa Juan Pablo II, quien la propuso como modelo de hija cariñosa, esposa fiel, madre cristiana y religiosa cabal. En todos estos estados llegó a la perfección, armonizando en una misma personalidad un desarrollo humano tan completo junto con una admirable santidad. Es la primera mujer bilbaína elevada a los altares.

Y como, según su expreso deseo, las obras habían de prolongar y superar su propia acción apostólica, la Congregación de los Santos Ángeles Custodios se extendió por otras provincias españolas, así como por Italia y América Latina. En todos estos ámbitos las seguidoras de la Beata Rafaela Ybarra están desarrollando una fecunda actividad apostólica por medio de Colegios, Hogares, Residencias, Pisos de acogida y Pastoral parroquial. En todos estos ámbitos se proporciona a las niñas y jóvenes una preparación cultural, profesional y cristiana, a fin de que puedan conseguir un futuro más prometedor y una integración social plena. Actualmente cuarenta Comunidades continúan este apostolado, teniendo siempre como objetivo sus ideales fundacionales. La acogida, la educación, el apoyo y la orientación oportuna son sus herramientas de trabajo apostólico.

«Nació para ser madre» lleva por título una de las biografías de Rafaela, en la que se hace referencia a sus sentimientos de cariño y afecto, a su actitud atenta y maternal que transformó a tantas jóvenes haciéndoles ver sus valores y llenando sus vidas de luz y esperanza. Es ésta una hermosa herencia que sus religiosas han recogido y que constituye la impronta y el signo diferenciador de su talante apostólico.

La Beata Rafaela hoy bendice desde el cielo los más de cien años de historia de sus religiosas; ellas tratan de seguir sus pasos, llevando a la sociedad el tesoro de su generosidad, su humanidad y su amor. Su espíritu y el testimonio de su vida siguen estando presentes en sus obras y en sus tareas, dando realidad a uno de sus más bellos mensajes: «No os canséis de hacer el bien».

M.ª ENCARNACIÓN GONZÁLEZ RODRÍGUEZ

Bibliografía

ABAD, C. M.ª, SI, *Vida de la Sierva de Dios Doña Rafaela Ybarra de Vilallonga, fundadora de la Congregación de Religiosas de los Santos Angeles Custodios*, 2 vols. (Bilbao 1919).
CHAVARRIA Y ARRONDO, A., *Nació para ser madre La vida y la obra de Rafaela Ybarra de Vilallonga, Fundadora de la Congregación de los Santos Angeles Custodios* (Buenos Aires 1953).
—*Semblanza de un alma grande* (Buenos Aires 1965).
MEDINA, B., *Beata Rafaela Ybarra* (Sevilla 1984).
SCHENK, J. E., *Rafaela Ybarra* (Valencia 1984).
UGAZ, L. DE, *Rafaela Ybarra de Vilallonga, 1843-1900. Al margen de una vida* (Madrid 1926)
VILLEGAS, P., *Rafaela Ybarra, alla santita attraverso l'amore* (Roma 1990).

BEATA JOSEFINA JUDIT (ADELAIDA) VANNINI
Virgen († 1911)

Nació en Roma el 7 de julio de 1859. A los siete años de edad quedó huérfana de padre y de madre. Ingresó en el conservatorio Torlonia de Roma. A los 21 años sintió en lo más profundo de su corazón el deseo de consagrarse a Dios en la vida religiosa. Eligió el Instituto de las Hijas de la Caridad que conoció en el conservatorio. Fue aceptada cuando tenía 24 años e hizo el postulantado en el hospital civil de Perugia. El noviciado lo hizo en Siena el año 1884. Pero después de cincuenta días en el mismo fue despedida, debido a su débil salud, lo cual le causó grandes sufrimientos. Al año siguiente fue de nuevo admitida, pero pasados cuatro años la despidieron definitivamente. Era el año 1888 y tenía 29 años.

Su director espiritual le aconsejó que hiciera ejercicios espirituales y los practicó el año 1891, en una casa de las religiosas de Nuestra Señora del Cenáculo. Allí encontró al padre Luis Tezza, procurador general de los camilos o Ministros de los Enfermos que había recibido el mandato de fundar un instituto religioso femenino con la misma finalidad de los camilos, esto es, dedicarse a curar enfermos, incluso con enfermedad contagiosa.

La situación hospitalaria en el siglo XIX en toda Europa, a pesar del esfuerzo de varias congregaciones religiosas, estaba pasando una grave crisis: negligencia y falta de personal competente en la dirección y en la asistencia de los enfermos, desor-

den y falta de higiene. Esta situación es la que movió al padre Tezza a la creación de una institución religiosa femenina para que en los hospitales pudieran hacer una acción benemérita en favor de los pobres enfermos y de este modo transformar los mismos hospitales. En 1893, siendo capellán del hospital de San Juan de Roma el padre Tezza, animó a sus hijas espirituales, con el ejemplo, su piedad, su ardor apostólico y, de modo especial, su caridad para con los enfermos, a realizar esa benemérita labor humanitaria. Pero hay que tener muy presente que el padre Tezza era un verdadero contemplativo. Dio a sus hijas como regla la «fórmula de vida» con que San Camilo comienza el texto de las Reglas y Constituciones de la Orden de los Camilos o Ministros de los Enfermos. Deseaba que se distinguiesen por la caridad, entregándose totalmente a sí mismas, con el voto de servirlos incluso con el riesgo de su propia vida, y todo por un intenso amor a Cristo que dijo: «estuve enfermo y me curasteis»...

Judit aceptó la invitación del padre Tezza y con él fundó el Instituto de las Hijas de San Camilo. El 2 de febrero de 1892, en la habitación en que murió San Camilo, convertida en capilla, que se encuentra en la casa generalicia de los camilos en Roma, recibió con otras dos postulantes el escapulario y la cruz roja, propia de los camilos. El 19 de marzo del mismo año recibió el hábito religioso y le impusieron el nombre de Josefina.

Como es propio en casi todas las fundaciones religiosas no faltaron las contradicciones y sufrimientos, que Josefina soportó con gran resignación y toda entregada y abandonada en la providencia divina. Estas contradicciones vinieron principalmente de la suprema autoridad eclesiástica que amenazó repetidas veces con suprimir ese Instituto religioso, pues no comprendían su misión peculiar, o mejor, porque ya había muchos institutos con la misma finalidad. De hecho, la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares se opuso a su aprobación. Se sabe que fue el mismo papa León XIII quien más se oponía, pues él se había reservado el examen de los nuevos institutos religiosos que se iniciaran en Roma.

Se le quitó a la hermana Josefina la ayuda del padre Tezza que, en 1898, fue enviado a Francia y en 1900 lo enviaron a

Lima (Perú) como visitador general, y allí permaneció hasta su muerte, acaecida el 26 de septiembre de 1923. Antes había escrito a la madre Josefina: «No tengo necesidad de deciros cuánto sufre en mí la pobre naturaleza por esta dolorosísima separación, pero me consuelo y alegro haciéndome saborear Dios bendito, cada vez más, el gran bien que resultará de ello para vosotras». Así sucedió realmente.

La hermana Josefina quedó sola en el gobierno de su instituto religioso, pero supo llevar todo con gran altura espiritual y pudo superar todas las dificultades, incluso la principal de la aprobación de su instituto religioso. Dios la bendijo con muchas gracias espirituales y de un modo especial con la afluencia de numerosas vocaciones. Por lo cual pudo hacer varias fundaciones en Italia. La primera fue en Cremona en 1893. Eran tantas las vocaciones, y era también tanta la estima que en general se tenía por estas religiosas y por su finalidad, que pronto pasó al extranjero. Se hicieron fundaciones en Bélgica y en Francia en 1906.

En Argentina asumió la asistencia como enfermeras en hospitales civiles, pensionados y casas de convalecencia. Tuvo sumo cuidado en la preparación de sus religiosas, no sólo en el aspecto espiritual, sino también en su capacitación en centros especiales, para que adquirieran una formación técnica-profesional. Por eso quiso que los noviciados estuvieran próximos a hospitales, con el fin de que la formación espiritual fuese integrada y completada con la experiencia práctica junto al lecho del enfermo.

El resto de las fundaciones que presenció la madre Josefina y las vivió intensamente se cierra con la fundación de Viterbo, donde trabajaron las religiosas desde 1907 a 1911; la de Villa Loreto, donde estuvieron desde 1907 a 1917, y la de Salsomaggiore, que tuvo una vida efímera en los años 1909-1910. Otros intentos de fundaciones quedaron sólo en proyecto que no llegaron a cuajar por diversas causas. Pero las religiosas eran muy estimadas, tanto que las pidieron desde Venecia, Pesaro, Ancona, Matelica, Schio, Bérgamo, Ascoli Piceno y otros muchos lugares.

De todas estas fundaciones, Villa Loreto tuvo un significado especial para el naciente instituto religioso. Porque en ella se es-

tableció lo que la madre Josefina Vannini denominaba «el noviciado para el cielo». Allí iban destinadas las religiosas enfermas para encontrar ayuda y cuidados en sus propias hermanas. Estas hermanas enfermas eran consideradas como «columnas que sostienen las demás casas religiosas». Eran las «hijas predilectas de Jesucristo».

En 1909 el cardenal Respighi, Vicario de Roma, elevó el instituto a congregación diocesana. El decreto de alabanza se tuvo más adelante, en 1922, y la aprobación definitiva en 1931, ambas cosas después de la muerte de Josefina, en tiempo de su sucesora como madre general, Alfonsina Ferrari.

La madre Josefina Vannini tuvo una espiritualidad muy rica, sobre todo con la práctica de las virtudes teologales y de un modo especial de la caridad. Tuvo siempre muy arraigada en su corazón aquella enseñanza de Cristo: «estuve enfermo y me visitaste», y esto en todos los aspectos, incluso en la asistencia a los enfermos en sus respectivas casas.

Llena de méritos murió en Roma el 23 de febrero del año 1911. Fue sepultada en el cementerio de Roma en el campo Verano. En 1932 fue trasladada a la capilla de la casa madre en Roma-Torpignattara (via dell'Acqua Bullibante, 4). Más tarde, en 1976 trasladaron sus restos mortales a la iglesia interna de la casa generalicia del instituto, en Grottaferrata.

Si bien no se puede dudar, en ningún momento, de la genuina inspiración camiliana que animó la vida de la madre Josefina Vannini desde el momento en que se puso incondicionalmente en manos del padre Luis Tezza, tampoco ha de echarse en olvido la formación religiosa que ella recibió en el Conservatorio Torlonia. Allí se pusieron los cimientos de la futura espiritualidad evangélica-camiliana. El trato diario con las Hijas de la Caridad llevó a la entonces Judit Vannini a apreciar el servicio caritativo hecho a los pobres (encarnación del mismo Cristo), a los que se sirve por amor de Dios. Aunque también es cierto que no sabemos hasta qué punto los sinsabores vividos en su fracasado intento de pertenecer a las Hijas de la Caridad, pudieron llegar a oscurecer este ideal. Con todo, no deja de ser significativo que ella consultara con los Padres Paúles, entre los cuales se encontraba su director espiritual, y que aceptara el proyecto del

padre Luis Tezza cuando ellos le indicaron que «San Vicente de Paúl estaba de acuerdo con San Camilo y que tanto uno como otro la protegerían».

Es verdad que la madre Josefina Vannini no encontró su camino y el rostro de Cristo doliente en una lectura, interpretación o iluminación personal del Evangelio. Tuvo necesidad de muchas meditaciones y de ponderar una y muchas veces las enseñanzas del padre Tezza y dejarse invadir de la figura y actuación de San Camilo que había creado, según la expresión de la bula papal de su canonización,

> «una nueva escuela de caridad [ ] una compañía de hombres piadosos y de bien que, no por dinero, sino voluntariamente y por amor de Dios, sirvieran a los enfermos con aquella caridad y afecto que suelen tener las madres con sus propios hijos enfermos»

Fue una discípula dócil en manos de sus maestros y, sobre todo, de Dios.

Todo se condensa en dos palabras: amar y servir. Amar a Cristo en el hombre enfermo y doliente; servir sin descanso, hasta la entrega de la propia vida, mediante las obras de misericordia espirituales y corporales a los hombres llagados en el cuerpo y heridos en el alma, como ha dicho muy bien Don Manuel González en su breve biografía de la Beata Josefina Vannini.

Un componente de su personalidad fue su salud delicada. Tuvo una patología congénita que fue definida de diversos modos: salud débil, complexión delicada, dolores frecuentes de cabeza e intestinales, mal de corazón miocarditis. Pero, a pesar de todo esto, fue capaz de mantenerse fiel a las pequeñas cosas, usos y costumbres de la vida comunitaria, viviendo al mismo tiempo el ritmo exigentemente amoroso de su vida interior. Una vida interior tan intensa y un ejercicio de las virtudes cristianas tan en grado heroico, que ha merecido ser beatificada.

El proceso informativo diocesano para la causa de su beatificación y canonización se inició en Roma en 1955 y duró hasta 1956. Se hicieron otros procesos rogatoriales en Buenos Aires (1956) y en Cambrai (1956). Sus escritos fueron aprobados en 1961. El decreto de no culto se dio en 1979. El decreto del milagro el 23 de diciembre de 1993. La solemne beatificación se tuvo en Roma el 16 de octubre de 1994.

Los escritos de la Beata Josefina Vannini se reducen a sus actividades como fundadora y superiora general de su instituto religioso. Constan principalmente de circulares, resúmenes de conferencias y documentos en orden a la revisión de las constituciones de su instituto, sobre todo en 1895 y 1899.

Las Hijas de San Camilo tienen hoy 75 casas repartidas en las siguientes naciones: Italia, Alemania, Polonia, España, Portugal, Argentina, Brasil, Perú, Colombia, Benín, Burkina, Faso, Costa de Marfil e India. Las preside la figura de Cristo misericordioso en una doble imagen: la de la Hija de San Camilo que sirve y la del enfermo que es servido. Por eso, las Hijas de San Camilo tratan a los enfermos con un amor activo que llega hasta las últimas consecuencias. Toda su vida consiste en testimoniar el amor siempre presente de Cristo a los enfermos, mediante el ministerio espiritual y corporal, ejercido aun con el riesgo de su propia vida, como se dice en sus Constituciones. Se ha iniciado el proceso de beatificación y canonización del Padre Luis Tezza.

MANUEL GARRIDO BONAÑO, OSB

Bibliografía

Positio para su causa de beatificación y canonización (Roma 1971).
DIÉGUEZ, M. M., *Josefina M. Vannini. El carisma de una fundadora* (Roma 1990).
GONZÁLEZ, M., *Josefina Vannini. Inolvidable madre buena* (Madrid 1995).
GRIECO, G., *Beata Josefina Vannini, El amor de la vida* (Bérgamo 1944).
PIRIES, A., *Luis Tezza. Amor misericordioso sin límites* (Madrid 1996).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

BEATO ESTEBAN VICENTE FRELICHOWSKI

Presbítero y mártir († 1945)

Nace en Chelmiza (Polonia) el 22 de enero de 1913 en el seno de una familia de hondas convicciones religiosas, en la que vio, además, practicar la caridad con la más cariñosa acogida a los pobres.

En 1927, con catorce años, ingresa en el Movimiento Scout y toma de él lo mejor de su espíritu de compañerismo, respon-

sabilidad e idealismo. Y en esos años de su adolescencia madura su vocación sacerdotal.

Hace los estudios en el seminario de Pelplin y se ordena sacerdote el 24 de marzo de 1937 Durante el primer año de su sacerdocio el obispo lo retiene junto a sí para que sea su capellán y secretario particular, y en 1938 lo destina como vicario parroquial a la parroquia de la Santísima Virgen María en Torun.

Aquí recibe el encargo de ser el capellán de los scouts, además de su ministerio general en la parroquia, y muestra sus buenas cualidades, pues obtiene muy pronto la confianza de todos y especialmente de los jóvenes.

Declarada la guerra con Alemania, las tropas alemanas alcanzan Torun el 9 de septiembre de 1939 y ese mismo día arrestan a todos los sacerdotes Luego del interrogatorio los demás sacerdotes son liberados, pero Esteban Vicente es retenido por constar su influencia sobre la juventud.

Es destinado al campo de concentración de Stuthof, donde comienza a pasar grandes penalidades, que se continuaron en el de Schasenhausen, de donde fue llevado al famoso campo de Dachau.

Esteban Vicente mostró desde el principio una gran fortaleza de alma y una gran paciencia, y se dispuso a aprovechar las nuevas circunstancias para hacer todo el bien que pudiera, ejerciendo su sacerdocio en obras de ayuda y consuelo a los demás en todo cuanto pudo. Todos sus compañeros de prisión, no importando su nacionalidad o su religión, recibieron de él el trato y el apoyo fraterno que le fue posible brindarles, compartiendo trabajos, miserias y hambre.

Su muerte se produjo como coronación de una gran obra de caridad. En el otoño de 1944 llegaron al campo nuevos internos que venían enfermos, muchos de ellos del temible tifus. Para aislarlos se los llevó a todos juntos a un barracón donde empezaron a languidecer hasta que iban muriendo. Esteban Vicente se ofreció para atenderles, a sabiendas del riesgo de contagiarse él también. Pero prefirió brindarles sus servicios mientras pudiera, en lo material y en lo espiritual. Su ofrecimiento fue aceptado y pudo así asistir a los enfermos de tifus durante el invier-

no de 1944 y primer mes de 1945, pero se contagió él también, como era previsible, y se agotó su vida el 23 de febrero de dicho último año.

Como a mártir de la fe y la caridad el papa Juan Pablo II lo beatificó el 9 de junio de 1999 en la propia localidad de Torun donde había ejercido su ministerio sacerdotal, en el curso de su visita apostólica a Polonia.

BEATO LUIS MZYK

Presbítero y mártir († 1942)

Nace en Chorzów Stary (Silesia) el 22 de abril de 1905 en el seno de una familia piadosa, de la que él era el quinto hijo. Entró en el seminario menor de la Congregación del Verbo Divino en Nysa y, aprobado el examen de madurez, ingresó en la congregación. Tras hacer los primeros votos y estudiar filosofía fue enviado a Roma para hacer la teología y en Roma se ordenó sacerdote el 30 de octubre de 1932, licenciándose en teología al año siguiente. Pasó a Viena como ayudante del maestro de novicios, y luego volvió a Polonia con el cargo de maestro de novicios en Chludowo, casa de la que fue nombrado rector posteriormente.

Llegada la ocupación nazi, su casa religiosa fue convertida en prisión de religiosos y sacerdotes. El 25 de enero de 1940 fue arrestado por la Gestapo y llevado al Fuerte VII de Poznam, donde estuvo preso en duras condiciones y torturado hasta que el 23 de febrero de 1942 lo asesinó uno de los guardias. Lo beatificó Juan Pablo II el 13 de junio de 1999.

Fue un religioso de grandes virtudes, que vivía con extraordinario celo su vocación sacerdotal y religiosa, dando alto ejemplo de fe y de confianza en la divina Providencia. Soportó con heroica paciencia los maltratos de la cárcel y demostró una gran humildad y pureza de intención en todas sus actuaciones, dirigidas siempre al bien del prójimo.

24 de febrero

A) MARTIROLOGIO

1 En Nicomedia (Bitinia), San Evecio († 303), que arranco y partio el decreto imperial contra los cristianos y fue por ello martirizado bajo Diocleciano

2 En el mismo sitio, San Pedro Palatino († 303), martir

3 En Treveris (Francia), San Modesto († 480), obispo

4 En Canterbury (Inglaterra), San Etelberto o Edilberto († 616), rey de Kent, primero de los reyes anglos convertido al cristianismo **

5 En Ascoli del Piceno, Beato Constancio Servoli de Fabriano († 1481), presbitero, de la Orden de Predicadores *

6 En Mantua, Beato Marcos de Marconi († 1510), de los Ermitaños de San Jeronimo *

7 En Algemesi (España), Beata Josefa Naval Girbes († 1893), virgen consagrada a Dios en medio del mundo **

8 En Pagani (Italia), Beato Tomas Maria Fusco († 1891), presbitero, fundador de la Congregacion de Hijas de la Caridad de la Preciosisima Sangre **

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SAN ETELBERTO DE KENT

Rey († 616)

San Etelberto (o Edilberto) de Kent jugó un papel decisivo en la conversión de los pueblos anglosajones al cristianismo. Es de palpitante actualidad para la nueva evangelización su talante sereno y el sorprendente respeto a la libertad de sus súbditos. Para comprender mejor lo que significó su vida ejemplar ayudarán no poco unos breves trazos históricos como ambientación

Cuando el Imperio romano cedió su lugar a un conjunto de reinos instalados por los invasores germánicos, se logró, a costa de grandes dolores, calamidades y ruinas, la transmutación historica que hizo posible el nacimiento de los pueblos que forman la Europa de hoy.

En las zonas marginales del Imperio, donde el cristianismo se hallaba menos sólidamente implantado y donde los estragos de las invasiones fueron mayores, se produjo un desvaneci-

miento casi total de la Iglesia. Quedan apenas algunas supervivencias señaladas por la minuciosa investigación arqueológica. Son restos mínimos, casi imperceptibles: unas leves brasas ocultas por la ceniza.

Esas regiones sólo volverán a ser cristianas después de un nuevo esfuerzo de evangelización. Así en Britania, el solar de lo que va a ser Inglaterra, los celtas, más o menos romanizados, pero ya en gran parte cristianizados, retroceden a las regiones occidentales o son progresivamente y definitivamente absorbidos por las oleadas de los invasores anglosajones.

A Britania, la actual Inglaterra, colonizada por los romanos, había llegado muy pronto el cristianismo, pues ya en la primera mitad del siglo IV encontramos allí varios obispos. Las ciudades donde residían los funcionarios del Imperio, muchos de ellos procedentes de Roma, fueron evangelizadas mucho más que la población rural, siempre lenta en los cambios y más arraigada en sus tradiciones paganas.

A principios del siglo V era una Iglesia rica, preocupada por la evangelización de los pueblos vecinos. De ella partieron, como misioneros, Patricio para evangelizar Irlanda y Niano para evangelizar las regiones del norte, Caledonia, la actual Escocia, que había permanecido aislada de la colonización romana y del cristianismo. Allí convirtió a los pictos acaudillados por sus reyezuelos.

Mientras el cristianismo se extendía por la isla, la caída del Imperio romano de Occidente en el 476 debilitó su empuje. La retirada del ejército los dejó abandonados y desprotegidos, dando ocasión a nuevas invasiones devastadoras, de los pueblos germánicos.

Las dos grandes ciudades, de Londres y York, con sedes episcopales desde el 314, sufren la irrupción de los sajones (408) y la pérdida de las instituciones romanas. Las invasiones transformaron profundamente la Gran Bretaña.

Entre los años 457-604, ni se menciona Londres y York. En todo el este del país desapareció prácticamente el cristianismo ante la avalancha de los conquistadores paganos. Por el contrario, la afluencia de bretones hacia las regiones occidentales parece que fue favorable a la implantación del cristianismo.

El baño de romanidad que habían recibido desaparece muy pronto prevaleciendo definitivamente los caracteres celtas.

El cristianismo se mantiene virgen en la península de Cornualles y el país de Gales Las inscripciones cristianas de los siglos V-VII se extienden geográficamente a lugares que caen fuera de la época romana.

Se trata de un nuevo período en la historia del país y de la Iglesia Cuando el Imperio romano cedio su lugar a un conjunto de reinos instaurados por los invasores, se obró con grande dolor.

Durante los siglos V y VI, Europa y el Mediterráneo experimentaron un cambio progresivo y profundo. Los pueblos que vivían más allá de las fronteras del Imperio romano, germanos y eslavos, godos y francos, anglos y sajones, turcos y árabes, se mueven en masivas invasiones. De su encuentro con los antiguos pueblos de Occidente y de la fusión de diversas tradiciones y concepciones de vida, surge un mundo nuevo y una nueva oportunidad para el crecimiento de la Iglesia

En esa coyuntura de nueva evangelización, providencialmente se cruzan las vidas de tres grandes personajes, la de Etelberto, rey de Kent, con la del papa Gregorio Magno, que desde la lejanía de Roma sueña en el envío de misioneros, y la del monje Agustín, después arzobispo de Cantorbery, que realiza la gran empresa.

San Gregorio admiraba la cultura clásica. Y, enamorado de la vida monástica que añoraba, abrió un monasterio benedictino en su propia casa del monte Celio. Comprendió pronto que el futuro pertenecía a los nuevos pueblos establecidos ya en las tierras del antiguo imperio romano. Por eso decide confiar a sus queridos monjes la tarea de anunciar a Cristo y elevar la cultura de estos pueblos.

Había oído hablar de los anglosajones que habitaban la antigua Britania. Tras largos preparativos, cuarenta monjes guiados por el abad Agustín, amigo personal del Papa, abandonaron el Celio y embarcaron en Ostia, rumbo a Inglaterra.

Era una empresa arriesgadísima para aquellos tiempos por las dificultades del viaje y por la falta de experiencia. Algunos monjes, al llegar a Francia, estuvieron a punto de dar marcha

atrás y renunciar a la aventura. Pero una carta de San Gregorio les animó a proseguir la tarea iniciada en nombre de Dios, y por fin, en la primavera del 597 lograron arribar a las costas de Bretaña, en los dominios del rey de Kent, uno de los pequeños reinos anglosajones recientemente establecidos allí.

Etelberto, vástago descendiente del legendario fundador de la casa real de Kent Eugisto, había nacido en torno al año 552, y siendo todavía muy joven sucedió a su padre, Ermenrico, muerto en 560.

Nombrado en 593 *bretwalda* o jefe de la confederación, su influencia se extendía a los reinos que la formaban: Kent, con la capital en Cantorbery; Essex, en torno a Londres; Sussex, Wessex, Est-Anglia, Mercia y, por último, Northumberland.

Aunque pagano, estaba casado hacia el 583, con una cristiana, la princesa Berta o Aldeberga, hija del rey merovingio de París Cariberto, biznieta de Clodoveo, con la condición de no ponerle ningún obstáculo ni a ella ni a su capellán, el obispo Leitardo de Seulis, en el libre ejercicio y práctica de su religión.

Sin duda por la influencia de su esposa, Etelberto acogió favorablemente la embajada de los monjes misioneros enviados por San Gregorio que, en torno a la fiesta de la Pascua, habían desembarcado en la pequeña isla de Thaet, en la desembocadura del Támesis. Por indicación del Papa, les acompañaban algunos sacerdotes franceses para servirles de intérpretes.

Dieron aviso al rey de Kent de su llegada. Venían a anunciar la Buena Nueva de Jesucristo con la promesa de un reino eterno. Etelberto les pidió que le esperaran porque quería salir a su encuentro para cerciorarse por sí mismo, con exactitud, de los motivos de su misión.

Y en el día por él señalado, según dicen las crónicas, con el solemne cortejo de sus caballeros, acudió a la cita y se sentó al aire libre para ahuyentar los malos espíritus y escuchar con atención y benevolencia el mensaje de los misioneros.

Ellos, para comenzar, organizaron ante los ojos del Rey y de sus acompañantes una solemne y expresiva procesión al estilo romano. Iba delante la Cruz al frente del cortejo. Seguían los monjes cantando las letanías y antífonas. Una de ellas pedía al

Señor que mirara con benignidad al territorio que aún no se había abierto al evangelio.

En este expresivo ambiente litúrgico, las palabras de Agustín, que, valiéndose de intérprete, explicó los motivos de tan singular embajada, penetraron en el corazón de Etelberto y el de los caballeros de su regia comitiva. Pidió tiempo para reflexionar, proveyó a la subsistencia de los misioneros, les facilitó una morada en Canterbury y les dio plena libertad para predicar a quienes quisieran voluntariamente escucharles.

En todo ese proceso de cercanía y cooperación, se ve la mano de la esposa, pues les dio la antigua capilla de San Martín, donde ella venía practicando su culto y su fe.

Desarrollado el plan de predicación apostólica se convirtieron en poco tiempo numerosos anglosajones, pasando de sus creencias ancestrales a la fe de Jesucristo, entre ellos el mismo Etelberto, que recibió el bautismo de manos de Agustín el 1 de junio de 597, vigilia de Pentecostés.

En adelante su apoyo a la naciente Iglesia cristiana fue constante y creciente, ejerciendo de verdad el *ministerium regis* que San Gregorio describe cuando dice que «el poder se concede para poner el reino temporal al servicio del reino de los cielos».

Gregorio VII más tarde, en la cuestión de las investiduras, llevaría este principio a sus últimas consecuencias.

Fue el primer rey cristiano de Inglaterra y apoyó por todos los medios la difusión del evangelio en sus reinos convirtiéndose en el protector nato de la naciente Iglesia anglosajona. Sin forzar a nadie para abrazar el cristianismo, ayudó con entusiasmo a los que espontáneamente se fueron adhiriendo a ella. Se calcula que más de diez mil de sus súbditos se bautizaron en aquel año 597.

El piadoso Rey cedió su palacio a Agustín, que fue consagrado obispo en Arlés el 16 de noviembre y trasladó su residencia a Reculver. Ayudó a reedificar una antigua iglesia romana en ruinas Dedicada al Salvador, se convirtió en la catedral metropolitana de Inglaterra, Christ Church.

A su piedad profunda y sincera se debió también la construcción de la abadía monacal y de la iglesia dedicada a los san-

tos Pedro y Pablo en las cercanías de Canterbury. Después de la muerte del santo obispo, tomó el nombre de Agustín.

En su tiempo se erigió también la nueva sede episcopal de Rochester y construyó una iglesia nueva con el título de San Andrés, donde fue entronizado el obispo Justo, consagrado por el mismo Agustín.

En el año 601 Etelberto acoge con entusiasmo a Mellito con otra leva de misioneros romanos. Traían biblias, ornamentos y libros litúrgicos, pero también eran portadores de una carta del papa San Gregorio dirigida al Rey *(Ep.,* XI,37). Le exhortaba a borrar las huellas paganas supersticiosas, sin destruir los templos sino adaptándolos al culto del Dios único y verdadero, cristianizando sus fiestas.

A Etelberto se debe también la conversión del virrey de Essex en torno a Londres, sobrino suyo, hijo de su hermana Ricula, a quien animó a construir la catedral de San Pablo y seguir las enseñanzas de su obispo Mellito. Logró también la conversión del rey de Est-Anglia, Redwaldo, que, a pesar de recibir el bautismo, retornó de nuevo al culto de sus ídolos.

Por encargo de Agustín publicó Etelberto el primer código inglés de leyes penales escritas «iuxta exempla romanorum», con un elenco *(doms)* de penas especiales por ofensas contra el clero.

Viudo de Berta en 613, contrajo segundas nupcias con una joven doncella cuyo nombre desconocemos. Y tras largos y gloriosos años de reinado que duró 56 años (20 de ellos ya cristiano) falleció el 24 de febrero de 616 y fue enterrado en la capilla de San Martín, en la iglesia abacial de los santos Pedro y Pablo, junto a Berta y Agustín.

De allí fue exhumado para colocarlo bajo el altar mayor. La fiesta se ha venido celebrando el 24 de febrero o el 25 en algunos calendarios. Actualmente, en las diócesis de Westminster, Southwark y Northampton.

Modelo de reyes cristianos, procuró leyes justas en favor de todos, inspiradas en el derecho romano y en la doctrina evangélica. San Beda, el Venerable, califica su reinado de gloriosísimo.

Una lamentable incomprensión recíproca impidió durante mucho tiempo la colaboración efectiva del apostolado celta y del romano. Esta gran base inicial de recristianización apoyada

por Etelberto de Kent hubo de ser más adelante reforzada por otra nueva misión enviada por el papa Vitaliano (667-672).

BERNARDO VELADO GRANA

Bibliografía

DEI RE, N , «Etelberto», en *Bibliotheca sanctorum,* V cols 116 118
DEMONGEOT, E , *Gregoire le Grand et la conversion du roi germain* (Paris 1986)
MARROU, H I , «Hacia la conversion de la Europa del Norte», en J ROGIER (dir), *Nueva historia de la Iglesia,* I (Madrid 1964)

BEATA JOSEFA NAVAL GIRBÉS

Virgen († 1893)

La Beata Josefa Naval Girbés fue una sencilla mujer dedicada de por vida al servicio de Dios y de los hermanos en el pueblo levantino donde vivía. La «señora Pepa», como cariñosamente solían llamarla —y la siguen llamando— sus convecinos, fue maestra en el sentido más pleno de la palabra, porque enseño a muchos distintos saberes y habilidades, y a todos el arte de la virtud y de la santidad.

Una mujer de pueblo, sin más estudios que los elementales, que desde muy joven tuvo que hacerse cargo de varios miembros de su familia y que por este motivo no pudo nunca salir de aquel ambiente ni elegir otro modo de vida, de qué manera desarrollaría su actividad cotidiana, sin más *exceso* que el decidido servicio a los demás con inmenso amor y notorio sacrificio, que alcanzó ya en vida amplia y merecida fama de santidad.

Su vida entera transcurrió en Algemesí (Valencia, España), a lo largo de 73 años del siglo XIX Esta bonita villa en la ribera del río Júcar no era, como hoy, una populosa ciudad con fértiles cultivos e importantes industrias y almacenes de exportación de frutas que dan trabajo a cuantiosa mano de obra, con lugares de cultura y salud, con centros oficiales de enseñanza, colegios de religiosos y varias parroquias. Era una localidad de unos 7.000 habitantes, la mayoría de ellos dedicados a labores agrícolas, con un hospital, un convento, escasos centros de instrucción, unas pocas industrias elementales y una sola parroquia, la de San Jaime.

A esta antigua parroquia, que contaba con dos siglos de existencia, estuvo siempre vinculada, desde su bautismo hasta su muerte, la vida de la «señora Pepa». En ella participó de la intensa devoción popular a la Virgen de la Salud, venerada en una de las capillas. Y de ella salió un día camino de Valencia, el 14 de abril de 1931, el Rvdo. D. Joaquín Llopis, cura de Algemesí, acompañado de un grupo de feligreses, para pedir al Sr. Arzobispo, Dr. D. Prudencio Melo y Alcalde, dos cosas para ellos muy importantes: autorización para exhumar y trasladar los restos mortales de Doña Josefa Naval Girbés desde su nicho del cementerio a una sepultura en la parroquia, y que nombrara un delegado suyo para tomar autorizadamente declaraciones a las personas que convivieron con ella o la habían tratado de cerca. Ambas les fueron concedidas.

Habían pasado 38 años de su muerte y, aunque el traslado de sus restos no tuvo lugar hasta 1946, sí se nombró enseguida al referido delegado, el sacerdote hijo de Algemesí Rvdo. D. Bernardo Asensi Cubells, autor de la primera biografía de la Beata. Quedaron entonces fijados por escrito los interesantísimos testimonios de un grupo de discípulas de Josefa, que no recogían sino lo que ya era del conocimiento de todos, porque se había ido transmitiendo de mayores a jóvenes, pero que, al ser declarado bajo la obligación de decir la verdad que conlleva un juramento, se constituía en la base de lo que el pueblo entero estaba deseando, sin saber bien cómo había que proceder: iniciar su causa de canonización. Este deseo no pudo hacerse efectivo hasta 1943, porque todo quedó bruscamente interrumpido al estallar la guerra civil en 1936. Pero perduró el recuerdo y la devoción a la «señora Pepa», que continuaba alimentando la fe, la esperanza y el amor no sólo de sus convecinos, sino de muchos otros creyentes de la amplia comarca valenciana, e incluso de fuera de ella.

La vida de esta mujer, que todos consideraban santa, había comenzado en Algemesí el 11 de diciembre de 1820. Era la primogénita de una familia modesta y cristiana, y fue bautizada ese mismo día, recibiendo los nombres de María Josefa, aunque siempre la llamaron sólo por el segundo.

Sus padres, don Vicente Naval Carrasco y doña Josefa Girbés Niclós, tuvieron después otros cinco hijos, dos de los cuales

murieron de niños y una a los 14 años de edad. Quedaron María Joaquina, fallecida con 43 años, y Vicente, que enviudó pronto y se trasladó a vivir con su hermana Josefa.

Desde niña fue educada en la fe y aprendió la doctrina cristiana en su parroquia de San Jaime. Fue confirmada a los 8 años de edad, el 10 de noviembre de 1828, y al año siguiente recibió la primera comunión. Según comentaba mucho tiempo después a su discípula Genoveva Gutiérrez:

> «El día de la Primera Comunión concede Dios gracias especiales. El Espíritu Santo me dio mucha luz para entender las cosas de Dios y yo siempre lo tengo presente».

De carácter bastante enérgico desde muy joven, a la vez que adquirió una cultura elemental y aprendió a bordar, cultivó una intensa vida espiritual, acudiendo todos los días a misa en la parroquia y, lo que no era entonces frecuente, recibiendo cotidianamente la sagrada comunión.

A los 13 años quedó huérfana de madre. Era el 19 de junio de 1833. La Virgen del antiguo convento de los padres dominicos inspiró a Josefa que no la abandonaría, como, en efecto, sucedió. Ante la nueva situación, se trasladó con el padre y los tres hermanos menores a la casa de la abuela y tío maternos, ocupándose con admirable altruismo de toda la familia.

El 4 de diciembre de 1838, en vísperas de la fiesta de la Inmaculada Concepción de María, a punto de cumplir los 18 años de edad, no pudiéndose consagrar a Dios en la vida religiosa, como hubiera sido su deseo, con serena decisión hizo voto de castidad, entregándose para siempre al Señor. Desde este momento vivió, como virgen, un modo seglar de consagración a Dios. Y, con la orientación del párroco don Gaspar Silvestre, comenzó a llevar una vida muy retirada, a la vez que fue intensificando el apostolado con los jóvenes y las obras de caridad con los más necesitados de Algemesí.

La abuela murió en 1847, a los 75 años de edad, cuando Josefa contaba 27, quedando ella al cargo de su padre, del tío Joaquín y de sus hermanos M.ª Joaquina y Vicente.

Como la casa heredada de la abuela, donde vivía desde los 13 años, era bastante espaciosa, en ella estableció poco después —en 1850, a los 30 años de edad— una escuela-taller de borda-

dos para jóvenes. Tenía un patio descubierto y al fondo un jardín con plantas, muchas flores y algunos naranjos. Allí, en este grato ambiente de la calle Berca, 16, además de aprender un trabajo, las discípulas de la «señora Pepa» eran educadas en la piedad y virtudes cristianas.

> «En aquella casa —afirma una de ellas— se respiraba una atmósfera de fe, piedad y virtud cristiana y, sobre todo, de alegría y de caridad. Nuestra maestra inspiraba devoción y recogimiento: vivía lo espiritual con mucha piedad y sencillez y nos infundía deseos de ser cada día mejores».

De esta escuela salieron varias vocaciones a la vida consagrada. Se cuenta que el Cardenal Guisasola, Arzobispo de Valencia, en una visita pastoral a Algemesí se preguntaba: «¿Qué pueblo es este que tiene tantas religiosas en todos los conventos de nuestra archidiócesis?».

En la llamada «Escuela dominical» atendía del mismo modo a señoras y a jóvenes que se preparaban para el matrimonio. Según una de ellas,

> «la casa de nuestra maestra era casa de oración. Su conversación era de cosas espirituales, alentándonos a seguir perfectamente nuestra vocación. Nos llevaba a Dios por amor. Nos decía: "habéis de llevar vuestra cruz y cumplir el propio deber como Dios manda: las solteras como solteras y las casadas como casadas"».

Unas y otras recuerdan algunas tardes pasadas en el «Huerto de la Torreta», a la salida de Algemesí camino de Alcira, lleno de naranjos y árboles frutales, que les ofreció el padre de una alumna para momentos de descanso y asueto. Allí, en recordados atardeceres, Josefa les abría su corazón con palabras como éstas:

> «Hijas mías, imaginémonos que estamos aquí como el Señor rodeado de sus apóstoles. Yo en su nombre os digo: "sed buenas, hacedlo todo por amor; tened mucha caridad unas con otras; vivid con espíritu de abnegación y sacrificio"».

Pero su actividad no se limitó a esta «escuela». Siempre dispuesta a salir al paso de cualquier necesidad, mediante las Conferencias de S. Vicente de Paúl se hizo promotora de obras de caridad a favor de los más desfavorecidos del pueblo, que también recuerdan agradecidos el olor de sus buenas obras. Sin duda reflejando su propio hacer, decía a sus discípulas: «¿Dar li-

mosna? ¡Siempre! Cuando un pobre os pida limosna, si no tenéis más que el desayuno, dádselo».

No hay que olvidar que Josefa vivió en una época especialmente crítica en lo que al mundo del trabajo y la marginación social se refiere. Bien sabido es que el siglo XIX experimentó la fuerza de los orígenes y desarrollo del movimiento obrero, que reivindicaba mejores condiciones laborales y de vida, y que acentuaba su distancia respecto a la Iglesia católica. Ocuparse de los más pobres tanto para atender a sus justas demandas materiales y profesionales como para la formación cristiana de sus conciencias, era una acción apostólica ineludible para quien se sentía llamado a vivir a la luz de las enseñanzas de Jesús y era asimismo situarse en los precedentes de la doctrina social de la Iglesia, que también entonces se estaba formulando. En este sentido, la Beata Josefa supo aportar toda la fuerza de su entrega y abnegación en sólidas acciones a favor de quienes verdaderamente estaban necesitando este género de testimonios.

En sus talleres y escuelas la «señora Josefa» formó a mujeres trabajadoras, a madres de familia, a religiosas. Y, en su amplia acción apostólica y social, hizo sentir directa o indirectamente la influencia de sus enseñanzas y orientaciones a quienes después habían de formar en las filas de la naciente Acción Católica —de jóvenes, hombres y mujeres—, y a quienes habían de dar su vida en martirio, como supremo testimonio de fe, en los duros momentos de persecución religiosa que experimentó España, y desde luego la región levantina, en 1936.

El testimonio y el magisterio de una mujer tan sencilla y carente de recursos como ella, sólo podía tener adecuada consistencia y eficacia animado por un amor inmenso, por una abnegación sin límites, por una decidida voluntad de sacrificio y, en síntesis, por una profunda vida interior.

Laboriosa y prudente, en profunda coherencia con sus enseñanzas, no descuidó ni por un momento los propios deberes y los que tenía respecto a su familia. Para salir al paso de esta necesidad había renunciado a su secreto deseo de hacerse religiosa, pero no a cuidar con esmero su vida espiritual acogiéndose a la ayuda y orientaciones de los sabios, expertos y santos sacerdotes que rigieron la parroquia de San Jaime: don Gaspar

Silvestre, el agustino P. Juan Bautista Lloret, don José Sanmartín, al que llamaba «el santo», don Joaquín Espert y don Joaquín Cabanes. Josefa dio siempre gran importancia a la dirección espiritual y, con discreción y realismo, por este camino introdujo a sus discípulas. «Sed sencillas al dar cuenta al director —les decía—; obedecedle con fidelidad y perseverancia; y prohibido hablar de confesores...».

En las orientaciones a sus alumnas iba reflejando su propio bagaje espiritual, hecho de fe sólida, de evidente sensatez, de heroica caridad y de experiencia acrisolada. Según algunos testimonios de las discípulas, éstas eran las enseñanzas más persistentes de la maestra:

> «El deber es la voluntad de Dios, y el amor es el grado de virtud con que se cumple. Todo lo que hagáis, hacedlo con la recta y pura intención de agradar a Dios. ¡Qué lástima: la mayor parte de las almas salen de este mundo sin haber cumplido el plan de Dios! ¡Quién pudiera remediarlo!».
>
> «Tengamos mucha devoción a la Santísima Trinidad, que mora en nuestra alma en gracia».
>
> «Correspondamos al amor sacrificado de Jesús en su pasión. Habéis de llevar vuestra cruz, cumpliendo el deber como Dios manda. Sufre con amor, aprovechando todas las ocasiones de pequeñas molestias. Amar, amar y sufrir en silencio [...]; el amor se prueba en el sacrificio. Sacrificad vuestros gustos».
>
> «Acudamos a la santísima Virgen para que nos enseñe y ayude a ser fieles a Dios».
>
> «Oración, oración; haced cada día un rato de oración y todo os resultará llevadero y suave. Aprended a hablar con Dios sin palabras y haced de este modo un rato de oración meditativa. Ante el sagrario hemos de estar con grandísima fe y reverencia».
>
> «Amemos a la Iglesia a la que pertenecemos y aprovechémonos de sus medios de santificación. Tengamos respeto y veneración a los ministros de Dios».
>
> «Proceded siempre con pureza de intención y humildad de corazón. Para ser mejor, ama, obedece, sufre, calla [...] Cumple lo que debes hacer con esfuerzo y perseverancia. En vuestras casas sed ángeles de paz. No huyáis de las molestias, adelantaos a tomar el trabajo de Dios y no hagáis pecados. Procurad la perfección con sencillez».

Por su parte, vivió escondida y penitente, aceptando con serena confianza los frecuentes sufrimientos físicos que debía padecer. Simplicidad de vida, pobreza, desasimiento de las cosas

del mundo, fueron sus principales características. Dispuesta a intervenir sólo cuando se trataba de llevar la paz a las familias.

El padre de Josefa murió en junio de 1862 a los 62 años de edad, cuando tenía ella 42. La vida de su tío Joaquín, soltero, se prolongó hasta los 77 años, muriendo en 1870. Entonces Josefa invitó a estar con ella a su discípula y confidente Josefa Esteve Trull, a quien dejó al morir sus bienes en usufructo vitalicio, para que continuara sus obras

De salud muy delicada, la «señora Pepa» sufrió desde joven varias enfermedades, como fuertes dolores de cabeza y complicaciones cardiacas que, unidas a las mortificaciones, se hicieron crónicas. Los dos últimos años de su vida los pasó casi continuamente en cama. «Mi ideal —decía con cierto humor y mucha verdad— no es alargar la vida, sino santificar mi alma». Sus discípulas, que la acompañaron siempre, recuerdan estas palabras de los últimos momentos:

> «Hijas mias, permaneced muy unidas como los apostoles Asi como las brasas que estan muy unidas conservan el fuego, y las que estan separadas prontamente se apagan, asi vosotras, si permaneceis unidas, hablando de cosas de Dios, conservareis el fuego del fervor, pero si os separais y dejais de tratar de estas cosas del espiritu, el fuego se apagara [ ] Yo me voy, pero a ver si perseverais en el genero de vida que habeis emprendido»

Murió con fama de santidad el 24 de febrero de 1893, repitiendo hasta el final a sus discípulas: «Estad unidas, sed fervorosas, sacrificaos por Nuestro Señor»

Su cuerpo fue depositado en un nicho del cementerio local, siendo punto de confluencia de cada vez mayor numero de devotos Allí permaneció incorrupto hasta su traslado a la parroquia el 20 de octubre de 1946

A pesar de la ininterrumpida y creciente veneración con que siempre se conservó su memoria por considerarla una verdadera santa, como hemos indicado, la causa de canonización no se instruyó hasta 57 años después de su muerte. Fue en 1943 cuando el párroco de Algemesí, don Juan Belda, y el alcalde de la ciudad, don Eusebio Llorca, dirigieron una instancia al Sr Arzobispo suplicándole la apertura del proceso ordinario informativo sobre la fama de santidad, virtudes y milagros de la sierva de Dios El proceso se realizó al fin en Valencia de 1950 a

1952, seguido de un proceso anexo en 1956. El 3 de enero de 1987 se promulgaba el decreto de la heroicidad de las virtudes y, después de aprobar como milagro la inexplicable curación de una enfermedad intestinal crónica a la señora Josefa Girbés Castell, que había tenido lugar en Algemesí en 1935, fue beatificada por el papa Juan Pablo II el 25 de septiembre de 1988.

Escribía sobre ella el Sr. Arzobispo de Valencia, Mons. Miguel Roca Cabamellas, con motivo de su beatificación:

> «Josefa ciertamente hizo suyas las palabras de S. Pablo: "Me he hecho débil con los débiles para ganar a los débiles; me he hecho todo para todos, para salvarlos a todos" (1 Cor 9,22).
>
> »Por eso se alinea, sin ninguna duda, en la fila de los grandes apóstoles sociales que surgieron en la segunda mitad del siglo XIX, preocupados por insertar en la Iglesia, a través de múltiples métodos, a la naciente clase obrera [...].
>
> »Josefa es un ejemplo a imitar por todos, especialmente por los laicos que viven y trabajan en el mundo [...].
>
> De modo particular, Josefa es un brillante ejemplo para los catequistas, para los que cuidan a los enfermos, para los "voluntarios de la caridad" de nuestro tiempo».

M.ª ENCARNACIÓN GONZÁLEZ RODRÍGUEZ

Bibliografía

ASENSI CUBELLS, B., *Una flor parroquial. La sierva de Dios Josefa Naval Girbes, virgen seglar de Algemesí (Valencia, España) 1820-1893* (Valencia ²1961).

COMES DOMENECH, J., *Una virgen seglar llamada Josefa* (Valencia 1988).

L'Osservatore Romano (25-9-1988) 9, enteramente dedicado a «Josefa Naval Girbés vergine consacrata a Dio nel mondo»: M. ROCA CABAMELLAS, Arzobispo de Valencia, «Un esemplio per gli operatori della comunita parrocchiale. Si dedicò alla formazione delle giovani con pazienza e metodi originali», V. CASTELL MAIQUES, «Le virtù che la sostennero nelle prove. Purezza, preghiera, sacrificio e assiduità nella penitenza», T. ZAMALLOA, Postulatore, «Due guarigioni istantanee hanno aperto la via al riconoscimento della sua santità», E. ALLAGA GIRBES, «Ammaestrata dalla parola di Dio, docile agli insegnamenti della Chiesa e attenta ai segni dei tempi. Geniale precorritrice del moderno apostolato dei laici».

BEATO TOMÁS MARÍA FUSCO

Presbítero († 1891)

En la diócesis de Nocera-Sarno hay una bella población que se llama Pagani, y en ella nació el 1 de diciembre de 1831 un niño que andando el tiempo subiría a la gloria de los altares por la multitud de sus buenas obras, hechas bajo la gracia miseri-

cordiosa de Dios. Era hijo de Antonio Fusco y de su amada esposa la noble señora Stella Giordano, matrimonio cristiano y bien avenido que se propuso al recibir este hijo educarlo en el santo temor de Dios. Aquel mismo día de su nacimiento el pequeño fue llevado a la parroquia de San Félix y Cuerpo de Cristo para que recibiera el sacramento del bautismo, en el que se le impuso el nombre de Tomás.

El padre de Tomás era farmacéutico y de la farmacia sacaba lo suficiente para atender a su familia, en la que el clima era de piedad y concordia, impactando la mente del chico, apenas se abría a la vida, la caridad con que sus padres trataban a los pobres que llamaban a la puerta y cómo le señalaban que era preciso para ser buen cristiano hacer obras de caridad. A Tomás le habían precedido en el nacimiento seis hermanos y aún le seguiría un octavo, siendo él, por tanto, el séptimo de una familia de ocho hijos. Chico despierto y alegre, un hecho infortunado vino a turbar la normalidad de su infancia: en 1837, cuando Tomás se acercaba a cumplir los seis años, murió su madre. Esta muerte se enmarcó en unas durísimas circunstancias por las que pasó toda aquella región, y fue la epidemia de cólera que pasó segando vidas, tantas de ellas jóvenes, por dondequiera que se extendió. El padre de Tomás quedó lleno de profunda aflicción y no veía el modo de poder atender bien a tantos hijos, a los que debía dejar para acudir a su farmacia. Vino en su ayuda un hermano suyo sacerdote, Don José, que le pidio llevarse consigo al niño Tomás y hacerse cargo él de su educación. Así lo acordó el Sr. Fusco, y de todos modos aquella solución u otra similar hubiera tenido que ser tomada cuatro años más tarde con todos los hermanos, cuando en 1841 era el padre el que también fallecía, quedando Tomás y sus hermanos en completa orfandad.

Pero el clima de la casa de su tío era un buen clima para la educación humana y religiosa que el buen sacerdote se esforzaba en darle a su sobrino y a la que éste se mostraba atento y receptivo. Don Fusco daba al joven, junto a la instrucción primaria, el mejor ejemplo y le mostraba la belleza de la vida sacerdotal encarnada en su persona. Su piedad y celo apostólico iban dejando huella en el muchacho. Tomás pensaba en su futuro y veía que era Dios quien le atraía y que no tendría mayor felici-

dad que la de dedicarse a su servicio. Le atraía el ministerio sacerdotal pero también la vida religiosa. Y por ello se decidió a pedir la entrada en la Compañía de Jesús. El ideal apostólico de Ignacio de Loyola, su dedicación completa a la salvación de las almas, le parecía que podría llenar su vida por entero. Pero su petición de ingreso en la Compañía de Jesús no fue aceptada. Vino pronto una contestación negativa. Y el jovencito se sintió muy decepcionado. Su tío lo animó. Le hizo ver que si la vida jesuita se le acababa de cerrar, la vida sacerdotal no por ello tenía que aparecerle como un ideal de menor entidad, y que en definitiva lo importante era servir a Dios como sacerdote. Tomás lo pensó y se decidió por el clero diocesano, y fue presentada su solicitud al seminario diocesano de Nocera. Estudiado su caso y examinadas sus cualidades, en el otoño de 1847 el joven marchaba a Nocera y era admitido entre los alumnos del seminario. Tenía 16 años de edad. Y aquel año pasaba por la pena de perder a su tío sacerdote, un segundo padre para él.

En este seminario de Nocera coincidía con su hermano mayor Rafael, que para entonces estaba a dos años de acabar la carrera sacerdotal. Tomás fue un buen seminarista. Se preparó moral e intelectualmente para el sacerdocio con seriedad y entusiasmo. En 1849 tuvo la inmensa alegría de ver a su hermano Rafael subir al altar, animándose más aún a sí mismo al ver a su hermano ya ungido ministro del Señor. En el curso de su estancia en el seminario recibió el sacramento de la confirmación (1 de abril de 1851) y fue madurando poco a poco su vocación sacerdotal, que se tornó en él absolutamente clara y firme. Un gran dolor le aguardaba en mitad de sus años de seminarista: en 1852 su hermano sacerdote Rafael moría en plena juventud, debiendo Tomás hacer a Dios una vez más el sacrificio de un ser inmensamente querido. Su consuelo estuvo en su inmensa devoción a Cristo crucificado y a la Virgen Dolorosa, en quienes Tomás puso el corazón y los ojos para no apartarlos nunca a lo largo de su vida.

Por fin llegó para él el día soñado de la ordenación sacerdotal. Lo ungió sacerdote de Cristo el obispo de Nocera monseñor Agnello G. d'Auria. Tomás se propuso ser un buen sacerdote, un celoso sacerdote, un santo sacerdote.

Su primera preocupación como sacerdote fueron los jóvenes y los niños. Para éstos abrió en su propia casa una escuela elemental que él mismo atendía por las mañanas, y en la parroquia de San Félix y Cuerpo de Cristo dio nueva vida a la Capilla vespertina destinada a promover la formación cristiana de los jóvenes, a la que pronto se sumaron adultos que querían aprovecharse de las sustanciosas lecciones de vida cristiana que Don Fusco daba en ellas. Recordando a San Alfonso María de Ligorio, tan venerado en Pagani, la Capilla se convirtió en sitio de conversiones y de plegarias.

Pero Pagani era un marco estrecho para las ansias apostólicas que bullían en el corazón del joven sacerdote. Era su íntimo deseo llevar la palabra de Cristo a cuantas más almas le fuese posible y halló el cauce de colmar estas ansias en la Congregación de Misioneros de Nocera, en la que fue admitido en 1857. Esta congregación, puesta bajo el patrocinio de San Vicente de Paúl, intentaba la evangelización de los sencillos, y se ocupaba de dar misiones y predicaciones populares por todas las regiones de la Italia meridional. Fueron tres los años que estuvo dedicado por entero y en exclusiva a esta tarea misionera itinerante, y volcó en ella todas sus mejores fuerzas, llamando a la conversión a muchas almas, alentando a las ya fervorosas y dirigiéndose con especial amor a los pecadores, a los enfermos, a los niños. Obtuvo el título de «misionero apostólico».

En 1860 se abrirá un período distinto de su vida. Nunca dejará de dar misiones, esto debe quedar reseñado. Su espíritu misionero le hacía estar disponible para la predicación misionera, pero la obediencia le iba a encomendar varios cargos fijos en los que también hubo de trabajar, y no poco, apostólicamente. El primero será el de capellán del Santuario de la Virgen del Carmen, llamada «delle Galline», en Pagani. El segundo será de 1874 a 1887: párroco de la iglesia matriz de San Félix, de Pagani, donde él mismo había sido bautizado.

En el Santuario incrementó las asociaciones masculinas y femeninas, erigió el altar del Crucificado y la Pia Unión de la Preciosísima Sangre de Jesús, que era su especial devoción. En 1862 abrió en su casa una Escuela de Teología Moral para sacerdotes, a fin de preparar más y mejor al clero al oficio del

confesonario, que tanto estimaba. Y ese mismo año instituyó una Compañía del Apostolado Católico, en la que se inscribían los sacerdotes que querían colaborar en las misiones populares. Pío IX dará en 1874 su aprobación apostólica a esta Compañía.

Su exquisita caridad con los más pobres le llevará a la fundación de una congregación religiosa. En efecto, un día se encontró con una niña huérfana, a la que no tenía donde llevarla. Pensó en la necesidad de dar respuesta a esta desgraciada situación con la fundación de un orfanatorio. Ello requería una comunidad religiosa que lo dirigiera. Había que fundarla. Tomás se entregó aún más a la oración pidiendo a Dios luz y fuerza para esta empresa fundacional. Lanzó la idea. Acudieron tres jóvenes dispuestas a encabezar el nuevo instituto. Tomás acudió a su obispo, monseñor Rafael Ammirante. Este prelado celoso, que conocía las buenas cualidades de Tomás, era igualmente consciente de que había numerosas huérfanas y huérfanos por toda la diócesis necesitados del amparo de la caridad cristiana. Dio a Tomás licencia para la fundación. El día 6 de enero de 1873 en el Santuario de la Virgen del Carmen el propio Obispo presidía la ceremonia de la vestición del hábito a las tres primeras hermanas, que tomaban el nombre de Hijas de la Caridad de la Preciosísima Sangre, y seguidamente el Obispo bendijo la casa destinada al primer orfanatorio en que a partir de aquel día se albergarían las siete primeras huérfanas acogidas. La noticia de la fundación se hizo llegar hasta el bondadoso pontífice Pío IX que envió paternalmente su bendición a la nueva obra. Tomás aprovecharía sus recorridos misionales para ir dejando por todo el sur de Italia nuevos orfanatorios en los años siguientes. Dios bendecía la obra: se abrían nuevas casas, acudían nuevas vocaciones. Tomás vigilaba el espíritu de la congregación naciente, que tuvo en él un padre y un pedagogo. Otras congregaciones religiosas también se aprovechaban de la sabiduría espiritual de Don Fusco. Era pedido como confesor extraordinario de las monjas de clausura de Pagani y de Nocera.

Cuando se fundó la congregación dedicada a la Preciosísima Sangre, el propio Obispo, con palabras proféticas, le dijo: «¿Has elegido el título de la Preciosísima Sangre? Pues prepárate a beber el cáliz de la amargura». Y así fue. Sus éxitos apos-

tólicos y su santidad suscitaban envidias, y era víctima de comidillas y comentarios malévolos que le producían dolor y humillación, pero en 1880 un hermano sacerdote se atrevió a levantarle una infamante calumnia, que circuló por toda la diócesis y que ponía en entredicho su buen nombre. Tomás no respondió. Prefirió un dignísimo silencio en el que se asemejara al silencio de Cristo ante sus acusadores. En mitad de la crisis repetía que no debemos tener otra gloria que trabajar y sufrir por Dios, y que Dios es nuestro consuelo en la tierra y nuestro premio en el cielo. Y decía que la paciencia es la salvaguarda de todas las virtudes.

Esta actitud de paciencia, silencio y humildad le granjeó un crédito aún mayor en el clero y entre los fieles de la diócesis. Numerosos sacerdotes y seglares lo tenían por santo. La Congregación seglar del Santuario de la Virgen del Carmen que lo tenía por padre espiritual no podía menos que enfervorizarse con su ejemplo de caridad y con su palabra siempre ardiente, dirigida siempre al bien espiritual de los fieles.

Enfermó. Su hígado acusó los esfuerzos y sufrimientos, y vio venir la muerte. La recibió con entrega plena a la voluntad divina. Recitaba el «Nunc dimittis» cuando el 24 de febrero de 1891, amado de todos, entregaba su alma al Señor. Al día siguiente el «Comune» de Pagani emitía un manifiesto en el que lo calificaba de sacerdote ejemplar de fe invicta, de caridad ardiente, que ha trabajado infatigablemente en nombre de la sangre redentora por la salvación de las almas; ha vivido amando a los pobres y ha muerto perdonando a los enemigos.

Su obra ha perseverado y se ha extendido a varias partes del mundo. En 1955 se inició su proceso de beatificación. El 24 de abril de 2001 se declararon heroicas sus virtudes, y habiendo sido aprobado un milagro obrado por su intercesión, el papa Juan Pablo II procedió a beatificarlo el 7 de octubre de 2001.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

Bibliotheca sanctorum. Appendice prima (Roma ²1992) cols.519-520.
MANGINO, B., *Il servo di Dio can. Tommaso Maria Fusco* (Roma 1954)

C) BIOGRAFÍAS BREVES

BEATO CONSTANCIO DE FABRIANO
Presbítero († 1481)

Constancio Bernocchi nace a comienzos del s. XV en Fabriano, población de la Marca de Ancona, en el seno de una familia de condición modesta. A los quince años ingresa en la Orden de Predicadores y tiene como maestros de su vida religiosa al Beato Lorenzo de Ripafratta y a San Antonino de Florencia. Luego es enviado al estudio general de Bolonia, siendo su prior el Beato Conradino de Brescia. Pasó luego a San Marcos de Florencia y enseñó posteriormente teología en varias casas de su Orden, acreditándose como un buen profesor.

Fue prior de Fabriano, de Perusa y de Áscoli Piceno, y fue enviado como reformador al de Camerino por encargo del capítulo general de la Orden del año 1468. Todos estos encargos los realizó sin detrimento de su gran actividad como predicador, procurando la reforma de las costumbres y la paz social. Era general la estima en que fue tenido y su fama de santidad en vida. Murió en Áscoli Piceno el 24 de febrero del año 1481. El papa Pío VII confirmó su culto el 22 de septiembre de 1811.

BEATO MARCOS DE MARCONI
Presbítero († 1510)

Nace el año 1480 en el seno de una familia pobre en la localidad de Milliarino, junto a Mantua.

Sintió la vocación religiosa e ingresó en la comunidad de frailes jerónimos del convento de San Mateo, de Mantua, el año 1496. Esta congregación había sido fundada por el Beato Pedro de Pisa.

Aquí Marcos se entregó por entero a la vivencia de la vida religiosa y se ordenó sacerdote. Procuró vivir con intensidad el carisma de su congregación: estudio de la palabra divina, oración continua y recogimiento, mortificación y olvido de sí mismo. Los fieles comenzaron a estimarlo por su bondad y caridad.

Murió con apenas 30 años el 24 de febrero de 1510, y en su tumba comenzaron a florecer los favores y gracias que los fieles decían obtener por su intercesión. San Pío X, siendo obispo de Mantua, tuvo interés en el proceso de confirmación de culto de este bienaventurado y pudo concederla cuando ya era Papa el 2 de marzo de 1906.

25 de febrero

A) MARTIROLOGIO

1 En Perge de Panfilia, San Néstor († 250), obispo de Magydos y mártir.

2 En Nacianzo, San Cesáreo († 369), médico, hermano de San Gregorio Nacianceno *

3. En el monasterio de Maubeuge, Santa Aldetrudis († 526), virgen y abadesa

4. En el monasterio de Heidenheim (Alemania), Santa Walburga († 779), virgen y abadesa *

5. En Agrigento (Sicilia), San Gerlando († 1100), obispo.

6. En el priorato de Orsan (Francia), Beato Roberto de Abrissel († 1116), presbítero, fundador del monasterio de Fontevrault *.

7. En Luca (Toscana), Beato Avertano († 1386), religioso converso de la Orden del Carmen.

8. En Puebla de los Ángeles (México), Beato Sebastián de Aparicio († 1600), religioso franciscano **.

9. En Lauria (Campania), Beato Domingo Lentini († 1828), presbítero *

10. En Medina (Isla de Malta), Beata María Adeodata (María Teresa) Pisani († 1855), virgen, monja benedictina *.

11. En Su-Lik-Hien (China), San Lorenzo Pe-Man o Bai-Xiao-man († 1856), obrero, que padeció el martirio al poco tiempo de recibir el bautismo *.

12 En Tequila (Guadalajara, México), Santo Toribio Romo († 1928), presbítero y mártir.

13. En Li-Thau-Tseul (China), los santos Luis Versiglia, obispo, y Calixto Caravario, presbítero († 1930), religiosos salesianos y mártires **

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

BEATO SEBASTIÁN DE APARICIO
Religioso († 1600)

El año de 1533 llegaba a las playas mejicanas, confundido entre los numerosos viajeros, un joven, de nombre Sebastián, que había nacido el 20 de enero de 1502 en el pueblo de Gudiña, de la provincia de Orense (España). Su niñez transcurrió junto a sus padres, Juan de Aparicio y Teresa del Prado, ambos cristianos de vieja cepa, caritativos y de nobles costumbres; su mocedad y parte de su juventud pasó en medio del campo, entregado a las labores agrícolas para ganar el sustento diario y reunir la dote suficiente para sus dos hermanas. Salamanca, Zafra de Extremadura y Sanlúcar de Barrameda vieron a Sebastián trabajar afanosamente y pudieron admirar sus grandes virtudes —pese a sus años mozos—, entre las que sobresalían su simplicidad, rectitud de corazón y su amor por la castidad.

De la antigua Veracruz, donde desembarcó Sebastián, se dirigió a la ciudad de La Puebla, recién fundada por el franciscano fray Toribio de Benavente, conocido más bien con el sobrenombre de Motolinia. Las grandes extensiones de terreno baldío y la seguridad que daba la Audiencia Real a todos los españoles que quisieran residir en la dicha ciudad, atrajeron a Sebastián y lo indujeron a dedicarse a la labranza. Dotado, empero, de un ingenio natural poco común y de una mirada de vastos horizontes, Sebastián concibió la idea de adaptar el camino de México a Veracruz para que por él pasasen las carretas que muy pronto construyó con un amigo suyo español. Esas carretas fueron las primeras que, tiradas por toros o novillos amansados por el mismo Sebastián, hollaron el suelo de México. Con esa obra resolvía dos problemas fundamentales: primero, el difícil transporte de mercancías, y segundo, aliviar a los indios de la fatiga que padecían al tener que transportar todo sobre sus requemadas espaldas.

Pasados algunos años, Sebastián se dirigió nuevamente a la Real Audiencia de México con el fin de pedir permiso para abrir un nuevo camino que traería prosperidad y progreso para todos. Se propuso nada menos que abrir un camino que fuese de

la capital mejicana hasta Zacatecas, que empezaba a manar plata de sus entrañas. Hoy en día admira aún la obra titánica de Sebastián por sus vastas y grandiosas proporciones: tuvo que allanar hondonadas, rodear montes, construir puentes de madera, llevar provisiones para sus trabajadores y, sobre todo, lograr la amistad con las tribus chichimecas, tristemente célebres por su ferocidad y canibalismo. Ante esta obra de gigantes y de santos, Sebastián no se arredró. Su mente y su corazón aspiraban a mayores cosas y en pocos años vio terminada la obra que lo inmortalizaría para siempre. Sus cuadrillas de carretas recorrieron aquellas larguísimas distancias sin ser molestadas por los chichimecas, quienes al ver la mansedumbre y caridad con que los trataba Sebastián le amaron, le protegieron y nunca le hicieron daño alguno. Esas mismas cuadrillas se convirtieron también en seguro refugio para los pasajeros y gracias también a los esfuerzos de Sebastián los pequeños poblados aumentaron considerablemente, como la ciudad de Querétaro.

Durante unos dieciocho años Sebastián había entregado lo mejor de sus fuerzas para abrir caminos y fomentar el comercio en México; pero ya en 1552 decidió dejar su oficio, que pingües ganancias le había acarreado, y compró unas tierras por las afueras de la capital mejicana, entre Atzcapotzalco y Tlalnepantla. Sus nuevos proyectos fueron provechosos para todos, ya que sus campos eran una escuela práctica donde aprendían los indios la labranza; su hogar se convirtió en asilo seguro donde no sólo encontraban los pobres y menesterosos refugio, sino el pan diario y consejos para volver a amar la vida y el trabajo, y donde podían aprender las virtudes cristianas que Sebastián no dejaba nunca de ejercitar. Entre estas virtudes sobresalía su amor ardiente al Santísimo Sacramento y a la Virgen María, cuyo rosario no omitió en todos los días de su vida.

Las riquezas que honrada y justamente había adquirido Sebastián atrajeron las miradas codiciosas de varios vecinos suyos para persuadirle a contraer matrimonio. Las proposiciones no podían ser sino ventajosas; y con todo, Sebastián las rechazó constantemente, hasta que un día él mismo resolvió casarse con una joven pobre, pero de muy nobles virtudes. Era el año de 1562. Sebastián se comportó con su esposa en público como

marido que era de ella, mas en privado la persuadió a guardar la virginidad. A la hora del descanso, ella dormía en el lecho y él tendía una estera en el suelo, donde se acostaba. Un año había apenas transcurrido y Sebastián se encontró viudo. Dos años después, movido de su caridad en favorecer a otra pobre joven, de nombre María Esteban, contrajo con ella matrimonio, sin cambiar por ello su antiguo modo de dormir en el suelo y de mortificarse en todo lo que podía. A pesar del tenor de vida que Sebastián llevaba, no le faltaron dificultades y pruebas que soportó cristianamente. Una enfermedad que lo puso a un pie del sepulcro y la muerte inesperada de su segunda mujer fueron los vendavales que sacudieron hasta sus raíces aquel fuerte árbol, que, desprendiéndose más y más de los bienes terrenales, empezó a meditar consigo mismo de qué modo serviría más perfectamente al Señor y alcanzaría con menores peligros su salvación eterna.

Pasó todavía algún tiempo trabajando en sus campos, hasta que, guiado por los consejos de su confesor, resolvió dejarlo todo. Vendió sus bienes, entregó el precio a las religiosas de Santa Clara de México, tomó el hábito de donado franciscano y pasó a servir a las mismas religiosas en calidad de mozo. Contaba ya en aquella sazón setenta y un años de edad. La gracia divina siguió moviendo suavemente aquel corazón que desde pequeño le pertenecía y lo envió al convento de San Francisco de México, donde tomó el hábito y, a pesar de las inmensas dificultades que encontró en su resolución, profesó el 13 de junio de 1575.

Durante aquel año de recogimiento, oración y mortificación, Fr. Sebastián meditó sobre las virtudes de San Francisco: su obediencia, su pobreza, su amor a la Pasión del Señor, su amor hacia todas las cosas por ser creaturas de Dios, y con mejores alas remontó su alma a una entrega cada vez más perfecta en las manos de la Madre de Dios, cuyo rosario traía siempre consigo y devotamente recitaba varias veces al día. Apenas habían pasado unos dos meses de su profesión, la obediencia le mandó al convento de Tecali, donde había necesidad de un hermano que cuidase de la cocina, portería y huerta pequeña. Los religiosos admiraron la virtud del humilde hermano lego, que

atendía todos los menesteres del convento con alegría y prontitud; mas poco tiempo estuvo en aquel lugar, pues recibió nuevas órdenes de trasladarse al convento de Las Llagas de N. S. P. S. Francisco de Puebla de los Ángeles. Partió al punto con la misma alegría y contento que había manifestado y, llegado que hubo, le encargaron de un oficio por lo demás penoso y duro, tenida cuenta de su avanzada edad: el de limosnero. Con su acostumbrada alegre obediencia tomó sobre sí el nuevo cargo. Tenía que recorrer la extensa campiña de Puebla en busca de alimentos y demás provisiones, que serían el sustento de más de cien religiosos que moraban en ese convento.

Pidió de limosna algunos toros y construyó carretas, que fueron sus inseparables compañeros hasta los últimos días de su vida. Los labradores de los pueblos circunvecinos tuvieron oportunidad de admirar su paciencia, mortificación, caridad y desprendimiento de todas las cosas. Tiraba su viejo manto sobre el suelo y dormía debajo de las carretas sin importarle que lloviera, hiciera frío o cayera nieve. Además de esto añadía dolorosas penitencias para tener sujeto y a raya al «hermano asno», que pronto y sujeto le obedecía en el servicio del Señor. En la ciudad de Puebla repartía sigilosa y caritativamente limosnas a familias vergonzantes y jamás el convento notó la falta de lo necesario. La simplicidad de Fr. Sebastián pasó a ser proverbial. Ésta no era más que el fruto precioso de su amor a Dios y de su obediencia inmediata a las órdenes de sus superiores. Tal simplicidad de corazón le abrió un camino nuevo en la vía de la santidad. Todo lo veía a través de su «fe de acero», como solía repetir, y su preocupación era «no perder a Dios de vista». Por amor a Dios llevó a cabo hasta los mínimos actos de su vida religiosa y Dios le premió con favores inauditos. En cierta ocasión el padre guardián le ordenó ir a traer madera del monte de La Malinche, distante unos 25 kilómetros de la ciudad de Puebla. Al tener ya cargada la carreta se le rompió el eje de una rueda. Fray Sebastián no dudó en emprender el camino en esas condiciones desastrosas. Apenas había llegado al convento y se disponía a componer la carreta, el padre guardián le ordenó que fuera a Tepeaca, distante unos 36 kilómetros, a traer unas limosnas. El fraile obedeció al punto. Tomó su carreta, que de

hecho no tenía más que una sola rueda, y así fue y regresó sin lamentar cosa alguna. Por cumplir la obediencia Dios obró el prodigio de que la carreta cargada de leña y el mismo Fr. Sebastián volaran sobre la barranca de Quautzazaloyan (hoy en día, Barranca de los Pilares), obstruida en aquellos momentos por otras carretas descompuestas.

Tuvo un gran dominio sobre los toros y animales indómitos. Cierto día, el superior le ordenó acarrear piedra del río —que pasa cerca del convento— sobre un mulo que nadie había podido domar, pero ni siquiera acercarse a él. Fray Sebastián fue al bruto animal y le dijo que era menester trabajar. El antes salvaje y rudo mulo a las palabras del fraile dócilmente se sujetó. Otra vez venía de Atlixco a Puebla y pernoctó en un lugar donde había enjambres de hormigas. Sucedió que durante la noche se llevaron el trigo que traía. Al día siguiente, al notar Fr. Sebastián la merma del trigo, ordenó a las hormigas que lo devolviesen, cosa que ellas cumplieron al punto.

Los labradores le buscaban para que conjurara las tempestades o acabara con las plagas que azotaban sus sementeras, lo que siempre hacía llevado de su gran caridad. Su cuerda se hizo famosa en muchísimas partes. Al contacto de ella sanaban enfermos y las mujeres en difíciles partos daban a luz felizmente. Uno de los más antiguos biógrafos del Beato Sebastián, la llama el «sanalotodo» o medicamento universal. No podemos menos de citar el milagro que Dios obró por medio de su siervo. Aconteció que un niño de catorce meses de edad, hijo de unos bienhechores del convento, radicados en Huejtozingo, se metió debajo de una carreta tirada por bravos toros. Asustados éstos, arrancaron y la pesada rueda pasó sobre el niño, enterrándolo en la tierra. Poco después llegó Fr. Sebastián y los padres del niño se lo presentaron muerto, rogándole hiciese algo por ellos. El fraile rogó a Dios y el niño resucitó por sus súplicas.

Después de veinticuatro años que sirvió al convento como limosnero, Fr. Sebastián oyó la voz de Dios que lo invitaba a descansar en su reino. Llegó el 20 de febrero de 1600 atacado por fuertes dolores de la hernia que por muchos años le martirizó. Cinco días después, tirado en el suelo sobre una cobija, es-

peró a la «hermana muerte corporal» con toda la alegría de su espíritu. A las ocho de la noche del día 25 entregó su espíritu en las manos del Señor.

Apenas muerto, los prodigios se multiplicaron y es fama constante que hoy en día aún no cesan. Su cuerpo quedó incorrupto y despidiendo un aroma exquisito, que todavía en nuestros tiempos se percibe.

La fama de sus virtudes y milagros llegó a Roma y el papa Pío VI lo declaró Beato el 17 de mayo de 1789, concediendo al mismo tiempo oficio y misa a la Orden franciscana.

Los años han volado, pero la fama del taumaturgo poblano sigue aumentando y su culto propagándose por toda la República mejicana y fuera de ella. Los conductores de toda clase de vehículos consideran al Beato Sebastián como a celestial patrón. Esperamos que no esté lejano el día en que la inmortal Roma inscriba en el catálogo de los santos al «fraile carretero», que trabajó como pocos en México, y dio pruebas de acrisoladas virtudes y lustre a la Orden de San Francisco de Asís.

JUAN ESCOBAR, OFM

Bibliografía

LETONA, B DE, FR , *Relacion autentica de la vida, virtudes y maravillas del V. Fr Sebastian de Aparicio,* ed. de FR FIDEL CHAUVET, OFM (México 1947)

LEYVA, D. DE, *Vida y milagros del venerable siervo de Dios Fr. Sebastian de Aparicio* (México 1685)

TORQUEMADA, J DE, FR , *Vida y milagros del santo confesor de Cristo Fr. Sebastian de Aparicio* (México 1602).

SANTOS LUIS VERSIGLIA Y CALIXTO CARAVARIO

Religiosos († 1930)

Mártires en China. Miembros de la Sociedad Salesiana de San Juan Bosco. Luis Versiglia, obispo; Calixto Caravario, sacerdote. Asesinados juntos el 25 de febrero de 1930 en Li-Thau-Tseul. Beatificados el 15 de mayo de 1983, fueron canonizados por Juan Pablo II el 1 de octubre de 2000, junto con 118 compañeros mártires.

El Evangelio de Jesucristo se anunció en China en el siglo V. Al inicio del VII, se erigió allí la primera iglesia. No es de extrañar que, especialmente en la época moderna, es decir, desde el siglo XVI, cuando las comunicaciones entre Oriente y Occidente comenzaron a ser más frecuentes, haya existido por parte de la Iglesia católica el deseo de llevar a este pueblo la luz del Evangelio, a fin de que ésta fertilizase aún más el tesoro de tradiciones culturales y religiosas tan ricas y profundas.

A partir de las últimas décadas del siglo XVI, varios misioneros católicos fueron enviados a China: se había elegido con gran esmero a personas que, además de tener espíritu de fe y de amor cristiano, estuviesen dotadas de competencia cultural y cualidades humanas en diversos campos de la ciencia, en especial la astronomía y las matemáticas. La calidad de la vida religiosa de estos misioneros indujo a no pocas personas chinas de alto nivel a sentir la necesidad de conocer mejor el espíritu evangélico que animaba a los evangelizadores. A finales del siglo XVI y primeros del XVII, fueron numerosos los que, una vez adquirida la debida preparación, pidieron el bautismo y llegaron a ser cristianos fervientes, manteniendo siempre con justo orgullo su identidad de chinos y su cultura. En aquel período el cristianismo se vio como una realidad que no se oponía a los más altos valores de las tradiciones del pueblo chino, ni se ponía por encima de ellos, sino que los enriquecía con una nueva luz y una nueva dimensión.

Pero desgraciadamente, desde la primera década del siglo XVII hasta el siglo XX, de manera abierta o solapada, violenta o velada, la persecución se extendió en sucesivas oleadas matando a misioneros y a fieles laicos y destruyendo no pocas iglesias. En 1648 dieron muerte a Francisco Fernández de Capillas, sacerdote de la Orden de los Frailes Predicadores. Este dominico ha sido considerado como el protomártir de China. Hacia mitad del siglo XVIII otros misioneros españoles, también dominicos, fueron asesinados como resultado de una nueva ola de persecución. Posteriormente, en el siglo XIX, una nueva fase de hostigamiento se desencadenó en relación con la religión cristiana. Las leyes chinas impedían que los chinos siguiesen los estudios para recibir las órdenes sagradas y a los sacerdotes el que

propagasen la religión cristiana. En 1813 un decreto eximía de cualquier castigo a los que apostataran voluntariamente del catolicismo, pero amenazaba a los demás.

En 1842 China firmó el primer tratado internacional de los tiempos modernos, al que siguieron muy pronto otros con Estados Unidos y Francia, que sustituyó a Portugal como potencia protectora de las misiones. Fueron promulgados dos decretos: uno en 1844, por el cual se permitía a los chinos seguir la religión católica; otro en 1846, mediante el cual se suprimían las antiguas penas contra los católicos. La Iglesia pudo entonces vivir abiertamente y ejercer su acción misionera, desarrollándola también en el ámbito de la educación superior, universitaria y de la investigación científica.

Gradualmente se establecieron lazos cada vez más profundos entre la Iglesia y China con sus ricas tradiciones culturales. Esta colaboración con las autoridades chinas favoreció de un modo creciente la mutua estima y participación de aquellos valores que deben regir siempre toda sociedad civil. Transcurrió así un siglo de expansión de las misiones cristianas, con la excepción del período en que se abatió sobre ellas la desgracia de la insurrección de la *Asociación de la justicia y de la economía* —conocida comúnmente como los *boxers*—, que ocurrió a principios del siglo XX y causó el derramamiento de sangre de muchos cristianos.

Además de los asesinados por los boxers, años después, iban a unirse algunos miembros de la Sociedad Salesiana de San Juan Bosco: el obispo Luis Versiglia y el sacerdote Calixto Caravario, asesinados juntos el 25 de febrero de 1930 en Li-Thau-Tseul.

Luis Versiglia nació en Oliva Gessi (Italia, en la provincia de Pavía) el 3 de junio de 1873, hijo de Juan Constantino y de María Giorgi. Durante los años 1884 a 1888 hizo sus estudios medios en el Oratorio Salesiano de Turín. En 1893 se laureó en filosofía en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma. Y fue ordenado sacerdote el 21 de diciembre de 1895.

Los albores de su vida salesiana hicieron concebir las más ilusionadas esperanzas, tanto que, apenas ordenado sacerdote, fue enviado a dirigir la casa de Gezano recibiendo, al mismo tiempo, la responsabilidad de maestro de novicios.

En 1906 partió como jefe de la primera expedición de misioneros salesianos a China. En Macao asumió la dirección de un orfanato, que llevó diligentemente al mayor grado de desarrollo, construyendo cerca unas escuelas profesionales, siendo la admiración de toda la ciudadanía. En 1910, a causa de la revolución portuguesa, tuvo que refugiarse, junto con sus hermanos de religión, en Hong Kong. Fue entonces cuando el obispo de Macao ofreció a los Salesianos la Misión de Heung Shan. Luis Versiglia emprende en aquel momento la verdadera vida del misionero. Un reflejo de las dificultades de aquella empresa se descubre en la *vida* que él mismo escribe a su hermano en religión Luis Olive, compañero de misión en Heung Shan, y también en sus habituales informes en el *Boletín Salesiano.*

En 1914 regresó a la dirección del orfanato de Macao. En 1918 se le encomendó a la Congregación Salesiana una extensa región de Kwang Tung, que poco después pasará a ser Vicariato Apostólico de Shiuchow. Luis Versiglia fue designado primer vicario apostólico. Nombrado obispo titular de Caristo, recibió la consagración episcopal el 9 de enero de 1921, de manos del obispo de Cantón Mons. De Guébriant.

La nueva misión de Shiuchow fue obra de Luis Versiglia, ayudado por sus compañeros salesianos. Su fervor apostólico suscitó por todas partes fecundas iniciativas. Bajo su impulso se multiplicaron las casas de misión: institutos, asilos, orfelinatos, florecieron aun en las zonas más abandonadas. Entre las instituciones más importantes fundadas por nuestro santo cabe destacar el orfelinato de Hosi, dos escuelas de maestros dotadas con todo lo necesario para la enseñanza y el seminario de nativos.

San Luis Versiglia tuvo las cualidades que se le requieren al buen pastor: una caridad extraordinaria, espíritu de abnegación y un particular impulso evangélico. Cuatro veces fue hecho prisionero por los piratas y siempre, con su calma, tranquilidad y serena audacia, los venció y se escapó. Era bueno e indulgente con los demás y austero consigo mismo. Cuando murió se encontraron en un maletín cerrado, que siempre tenía consigo, cinco cilicios y una disciplina de hierro, manchada de sangre,

formada con espesos nudos de los que estaban sujetos alambres de espino.

Calixto Caravario nació en Courgné Canavese (Italia, en la provincia de Turín) el 18 de junio de 1903, hijo de una familia de modestos operarios que se trasladaron a Turín en 1908. El niño frecuentó primero la escuela elemental y después el colegio salesiano de San Juan Bautista.

Los días festivos era constante su asistencia al Oratorio de San José, atendido por los padres Salesianos. En ese ambiente, la tierna piedad sembrada por su buena madre, de la que había dado pruebas significativas en su adolescencia, prosperó en vocación sacerdotal. Hizo los estudios medios en el Oratorio Salesiano de Valdocco y el noviciado en Fogliozzo Canavese. La primera profesión religiosa la hizo el 19 de septiembre de 1919. Prosiguió los estudios superiores en Turín, donde consiguió, en 1923, la licencia de enseñanzas clásicas. Comenzó sus prácticas como asistente, en el Oratorio de Valdocco, en el que había sido alumno.

Habiendo confiado a sus superiores su vivo deseo de consagrar su vida a las misiones, en octubre de 1924 partió para China. Shanghai y la isla de Timor fueron su primer campo de trabajo y de preparación para el sacerdocio, que anhelaba fuese un sacerdocio santo: son impresionantes los testimonios expresados al respecto en la correspondencia dirigida a su madre Fue ordenado sacerdote el 18 de mayo de 1929 por Mons. Luis Versiglia, que sería compañero de martirio. El santo obispo envió al neosacerdote al territorio de misión de Linchow, el más lejano del Vicariato de Shiuchow. En aquella comunidad cristiana incipiente Calixto Caravario demostró dotes de celo y de virtud sacerdotal y apostólica poco comunes en un joven.

Apenas habían pasado seis meses de su llegada a Linchow, recibió con alegría un aviso de que Mons. Luis Versiglia venía en visita pastoral, para confirmar en la fe a aquella joven comunidad cristiana. Al momento, Calixto Caravario optó por acudir a Shiuchow para recibir a su obispo y acompañarlo después a Linchow.

Se unieron a ellos dos mujeres, una maestra y una catequista de la misión. El 25 de febrero de 1930 la barca de los misione-

ros, que estaba remontando el río de regreso a Linchow, fue asaltada por los piratas bolcheviques, quienes golpearon bárbaramente a los dos misioneros que se oponían al rapto de la maestra y de la catequista, los remolcaron a la orilla y los mataron por odio a la fe; a continuación, en medio de escarnios e insultos a la religión, quemaron todos los objetos piadosos encontrados en la barca.

El proceso diocesano informativo sobre el martirio de estos dos santos se inició en el vicariato de Shiuchow en 1934. El procedimiento apostólico dio comienzo el 21 de septiembre de 1953. Fueron beatificados el 15 de mayo de 1983. Juan Pablo II los canonizó, junto con 118 mártires chinos, el día 1 de octubre de 2000.

Con esta canonización la Iglesia ha querido poner de relieve la fidelidad heroica de los dignos hijos de China —y de los misioneros que allí acudieron—, a quienes no acobardaron las amenazas de una persecución feroz.

RAMÓN FITA REVERT

Bibliografía

Breve de beatificación: *AAS* 78 (1986) 137.
BOSIO, G., en *Bibliotheca sanctorum,* XII cols.1058-1060.
— *Martiri in Cina, Mons. Luigi Versiglia e don Callisto Caravario nei loro scritti e nelle testimonianze di coetanei* (Leumann, Turín 1977).
LEONARDI, C. - RICCARDI, A. - ZARRI, G. (dirs.), *Diccionario de los Santos,* II (Madrid 2000).
Martyrologium romanum, o.c., 156.
L'Osservatore Romano (ed. en español) (29-09-2000) 474-475; (6-10-2000) 482-483.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN CESÁREO DE NACIANZO

Médico († 369)

Era hermano de San Gregorio Nacianceno, y su vida es conocida por la oración fúnebre que le dedicó su hermano y en donde narra detalles de su vida.

En Alejandría estudió oratoria, filosofía y medicina, a cuya profesión se dedicó, tras haber ampliado estudios de lo mismo

en Constantinopla, donde adquirió gran reputación como médico. Quiso dejar la ciudad pero Juliano el Apóstata le hizo quedarse y prestarle sus servicios como médico. Por un lado Juliano intentó que Cesáreo, que no estaba bautizado sino que era simplemente catecúmeno, volviera al paganismo, pero por otro lado no hizo de esto cuestión esencial y por ello no lo hizo objeto de persecución sino que le permitió ser religiosamente lo que él prefiriera. Muerto Juliano, su sucesor Joviano lo confirmó en el puesto de primer médico de la corte que le había otorgado Juliano. El sucesor de Joviano, Valente, lo nombró su tesorero privado al tiempo que tesorero también de la provincia de Bitinia.

Estando en Nicea, el año 368 quedó horrorizado del tremendo temblor de tierra que hubo y recapacitó que estaba aún sin bautizar, por lo que pidió el bautismo y lo recibió con gran piedad. Recibido el bautismo, ya no quiso ocuparse más de sus cargos seculares sino que se dedicó a la oración y la misericordia y, cuando sintió cercana la muerte, dispuso que todos sus bienes fueran a parar a los pobres. Su padre, que era el obispo de Nacianzo, vivía cuando Cesáreo murió el 25 de febrero del año 369, y en su entierro predicó, como queda dicho, su hermano San Gregorio. Éste le dedicó grandes elogios que han servido para que se le tenga por santo y entre en el *Martirologio romano.*

SANTA WALBURGA

Virgen y abadesa († 779)

Una nube de santos acompañó a San Bonifacio en su tarea de evangelización de la Germania, y uno de ellos fue esta santa que era sobrina de San Bonifacio y hermana de los santos Wilibaldo y Winibaldo.

Ella era natural de Wessex y entró como religiosa en el monasterio de Winborne donde tuvo como abadesa y maestra a Santa Tata. Y fue ella la que decidió que fuera Walburga una de las monjas que, a petición de San Bonifacio, se enviaban a Germania para el establecimiento allí de monasterios. Del 750 al 752 estuvo en el monasterio de Tauberbischofheim, y de ahí pasó al monasterio doble que su hermano San Winibaldo había establecido en Heidenheim. Su hermano la nombró abadesa del

monasterio femenino. Pero cuando murió Winibaldo en 761, su otro hermano, Wilibaldo, que para entonces acababa de ser nombrado por San Bonifacio obispo de Eichstätt en Baviera, la nombró superiora de ambos monasterios, el masculino y el femenino, quedando así los monjes bajo la autoridad de esta abadesa. Es tradición que rigió de manera magnífica el doble monasterio y a su muerte su memoria quedó como la de una santa, que muy pronto tuvo culto popular. Cuando Walburga murió el 25 de febrero del año 779 fue enterrada en su convento, pero al año siguiente sus reliquias fueron trasladadas a Eichstätt junto a las de su hermano, y comenzó la tradición de que un aceite que mana de su tumba es instrumento de muchos milagros.

BEATO ROBERTO DE ABRISSEL

Abad († 1116)

Roberto nace en Abrissel, de donde tomó nombre, hacia el año 1050 en el seno de una familia modesta. Sus deseos de ser sacerdote le llevaron a París, donde estudió y se hizo persona de gran erudición.

Vuelve a su diócesis de Rennes, donde el obispo lo ordena sacerdote y le encomienda el cargo de arcipreste, que significaba estrecha colaboración con el prelado. Roberto traía ideas muy claras acerca de la reforma que la Iglesia necesitaba: todas en la línea de San Gregorio VII, el papa reformador de aquel tiempo. Estas exigencias de reforma, contradiciendo la incontinencia de los clérigos y la injerencia de los seglares en las cosas espirituales, le procuraron muchos enemigos, pero como Roberto tenía el apoyo del obispo, mientras éste vivió, perseveró en el cargo. Muerto el obispo en 1093, Roberto fue echado de la diócesis y se marchó a Angers, donde comenzó a dar clase, pero luego optó por la vida de eremita.

En efecto, se estableció en la foresta de Craón y allí empezó a llevar una vida de absoluta penitencia y de total entrega a la contemplación. Pero muy pronto comienzan a llegar hasta él grupos de personas que le piden dirección espiritual y a quienes él comienza a dirigir pláticas y sermones que le hacen famoso y atraen a multitudes a oírlo. Como muchos de estos seguidores

desean vivir la vida religiosa, Roberto funda para ellos la abadía de La Roé bajo la Regla de San Agustín.

Estaba reciente esta fundación cuando el papa Beato Urbano II, de paso por Angers en 1096, lo llamó y le pidió que dejase la vida de ermitaño o canónigo regular y se dedicase a la predicación. Obtuvo Roberto la conformidad del obispo de Angers y comenzó a predicar por toda esta diócesis con gran celo y enorme éxito, dando lugar su palabra a la fundación de varias casas religiosas.

Él por su parte funda una con trazas de originalidad, que fue la de Fontevrault, que dio nombre a la orden formada a partir de esta fundación. En ella había un doble monasterio, el de las mujeres y el de los hombres, éstos más bien como capellanes y guardianes de las monjas, a cuya abadesa correspondía la autoridad sobre el monasterio entero. Filiales de este monasterio, puesto bajo la Regla de San Benito, se fundaron en años posteriores.

Roberto vivió los años finales de su vida en este monasterio, aceptando él también la autoridad de la abadesa y dando grandes ejemplos de vida cristiana. Murió piadosamente el 24 de febrero de 1116.

BEATO DOMINGO LENTINI

Presbítero († 1828)

Nació en Lauria, junto a Potenza en Italia, el 20 de noviembre de 1770. Sus padres eran de modesta condición económica pero ricos en fe y religiosidad, y se ocuparon de que éste, el último de sus cinco hijos, recibiera también la mejor educación que pudieran darle. Domingo resultó ser un niño bueno y obediente en quien sus padres se miraban.

A los 14 años manifestó que tenía vocación sacerdotal y comenzó a hacer los estudios oportunos para este propósito, ordenándose de diácono el año 1793. Al año siguiente, el 8 de junio, recibía la ordenación sacerdotal en la catedral de Marisco Nuovo.

Su propio pueblo natal, Lauria, sería el escenario de sus virtudes y trabajos sacerdotales, pero su celo lo llevaría también como predicador por toda la diócesis.

Ante todo celebraba la santa misa cada mañana con el fervor de un ángel, fervor que se contagiaba a quienes asistían a ella y se daban cuenta de que la misa era el secreto de la vida y la espiritualidad de Domingo. Luego pasaba largas horas en el confesonario, instrumento de su apostolado de dirección de innumerables almas que recurrían a él. Tenía el don de saber aconsejar con prudencia y acierto y de llamar a verdadera penitencia a cuantos se confesaban con él. Y estaba siempre dispuesto a predicar.

Domingo era un predicador sin ampulosidades oratorias, entonces tan en boga, sino de forma simple y directa, buscando que la palabra divina llegara a las almas con profundidad. Sabía mover los corazones de sus oyentes y atraerlos a mejor vida cristiana, utilizando un lenguaje cercano siempre al evangelio y nutrido de las grandes verdades eternas del cristianismo. Predicaciones cuaresmales, ejercicios espirituales, misiones populares, homilías... estaban siempre impregnados de evangelio, de doctrina de los santos Padres y de referencias constantes a la enseñanza oficial de la Iglesia. Lo llamaban de todas partes y a todas partes acudía.

Su espiritualidad era afectiva, centrada en la pasión del Señor y en los dolores de María al pie de la cruz.

Su ejemplo personal era admirable: vivía en una gran pobreza y sencillez, con su casa abierta a todos, y acudían allí a conversar con él y a oírle numerosos jóvenes a quienes formó en la ciencia del evangelio. Era, además, muy atento al bien de los pobres, a quienes socorría largamente y para quienes buscaba socorro continuo. Era, además, muy penitente y muy humilde, dirigiéndose a todos con gran blandura.

Murió el 25 de febrero de 1828. Fue beatificado por el papa Juan Pablo II el 12 de octubre de 1997.

BEATA MARÍA ADEODATA PISANI

Abadesa († 1855)

Nace en Nápoles el 29 de diciembre de 1806, y recibe en el bautismo el nombre de María Teresa. Era de familia noble. Por la desgracia de que sus padres se separaron, se encargó de su

educación su abuela paterna y, muerta ésta cuando la niña tenía diez años, fue confiada a un internado de religiosas donde recibió una buena formación humana y cristiana.

En 1821 su padre es desterrado a la isla de Malta. María Teresa se traslada allí pero para vivir con su madre en la población de Rabat. Intentaba su madre casarla y que con ese fin hiciera vida social, pero María Teresa, que ya llevaba una intensa vida interior, no quería salir de casa sino para acudir a la iglesia. Impactada por la predicación de un religioso y tras vencer la resistencia de sus padres, ingresó en el monasterio benedictino de San Pedro en Medina, tomando el nombre de sor María Adeodata. Hizo la profesión solemne el 8 de marzo de 1830.

Se distinguió muy pronto por su humildad, dulzura de carácter y espíritu de servicialidad. No buscaba sino servir, y de momento ocupó puestos humildes en el monasterio. Pero, vistas sus cualidades, fue elegida primero maestra de novicias y posteriormente abadesa. Hizo una espléndida labor como superiora, animando a toda la comunidad en el camino de la observancia religiosa y siendo la primera en el trabajo monacal y en la oración, cumpliendo con exactitud admirable el ideal benedictino. Murió de un infarto el 25 de febrero de 1855. El papa Juan Pablo II la beatificó en La Valetta el 9 de mayo de 2001.

SAN LORENZO PE-MAN

Mártir († 1856)

Lorenzo Pe-Man (Bai-Xiaoman) era un modesto obrero que había nacido en la provincia de Chouy-Tchen, y había ido al Kuang-si cuando tenía veinte años en busca de trabajo. Aquí se encontró con San Augusto Chapdelaine y se decidió por la fe cristiana, recibiendo el bautismo de manos del santo misionero.

Desde aquel momento fue un excelente cristiano y no quiso separarse del sacerdote. Lo acompañó a Su-Lik-Hien donde el misionero esperaba hallar asilo, y con él fue arrestado y llevado al tribunal. En él declaró firmemente su fe y se negó a apostatar, como se le exigía para salvar la vida. No valiendo las amenazas, fue sometido a tortura pero no se vino atrás. Y en vista de su tenacidad en confesar a Cristo fue decapitado el 25 de febre-

ro de 1856. Lo canonizó el papa Juan Pablo II el 1 de octubre del año 2000 con los otros mártires de China.

SANTO TORIBIO ROMO GONZÁLEZ

Presbítero y mártir († 1928)

El padre Toribio Romo fue asesinado el día 25 de febrero de 1928 cuando los federales irrumpieron en su casa con las armas preparadas para dispararlas. Era de madrugada y él y su hermana dormían en la casa. Cuando el P. Romo los vio entrar se identificó y pidió que no dispararan pero no tuvo tiempo de más. Dispararon contra él que se dirigió a la puerta, y en ese momento entraba su hermana en cuyos brazos cayó. Ella le dijo que tuviera valor y lo encomendó al Señor. Seguidamente murió.

Había nacido el 16 de abril de 1900 en Santa Ana de Guadalupe, Jalisco, en el seno de una familia pobre, donde halló un clima de fervorosa piedad. Entró en el seminario de San Juan de los Lagos, de donde pasó luego al de Guadalajara, y en ambos fue un seminarista ejemplar, distinguido por su celo apostólico.

Ordenado sacerdote el 23 de diciembre de 1922, fue coadjutor en varias parroquias hasta que le encargaron como párroco de la de Tequila. Arreciaba la persecución y ya esa parroquia había sido rechazada por peligrosa, pero Toribio se decidió a realizar en ella clandestinamente los actos sacerdotales, en un descampado a donde acudían los fieles. El día 12 de diciembre de 1927, mientras celebraba una ceremonia de primera comunión de niños, se ofreció públicamente a Dios por la paz de la Iglesia en México.

Vivía con su hermano Román, sacerdote, y su hermana ya citada. El día 23 de febrero de 1928 se confesó con su hermano y le pidió que se fuera a Guadalajara y le dio una carta que no debería abrir hasta que no se lo dijera él mismo. El día 24 estuvo poniendo orden en todos los asuntos de la parroquia. Cuando su hermano se enteró de su muerte abrió la carta y en ella le decía que cuidara de sus ancianos padres y que dijera algunas misas que él debía, o sea, que se figuraba que iba a recibir el martirio que en efecto recibió.

Los federales tomaron su cadaver y sobre una camilla fue llevado a Tequila y arrojado delante de la presidencia municipal, pero una familia lo recogió, lo veló y al día siguiente lo llevaron a enterrar. Sobre su tumba colocaron una cruz con las palabras del evangelio: «El buen pastor da la vida por sus ovejas».

Fue canonizado por el papa Juan Pablo II el 21 de mayo del año 2000 junto con los otros mártires mexicanos.

26 de febrero

A) MARTIROLOGIO

1 La conmemoracion de San Alejandro († 326), obispo de Alejandria, que excomulgo a Arrio y luego lo condeno con los demas padres en el *Concilio de Nicea* **

2 En Bolonia (Emilia), San Faustiniano (s IV), obispo

3 En Gaza (Palestina), San Porfirio († 421), obispo, anteriormente anacoreta, que atrajo a la fe a numerosos paganos *

4 En Nevers (Francia), San Agricola († 594), obispo

5 En Arcis-sur-Aube (Champagne), San Victor (s VII), ermitaño

6 En Florencia (Toscana), San Andres (s IX), obispo

7 En Londres, Beato Roberto Drury († 1607), presbitero y martir bajo el rey Jacobo I *

8 En Olesa de Montserrat (España), Santa Paula de San Jose de Calasanz Montal Fornes († 1889), virgen, fundadora del Instituto de Hijas de Maria de las Escuelas Pias **

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SAN ALEJANDRO

Patriarca de Alejandria († 326)

San Alejandro, patriarca de Alejandría, tiene una especial significación en la historia de la Iglesia a principios del siglo IV, por haber sido el primero en descubrir y condenar la herejía de Arrio y haber iniciado la campaña contra esta herejía, que tanto preocupó a la Iglesia durante aquel siglo. A él cabe también la gloria de haber formado y asociado en el gobierno de la Iglesia

alejandrina a San Atanasio, preparándose de este modo un digno sucesor, que debía ser el portavoz de la ortodoxia católica en las luchas contra el arrianismo.

Nacido Alejandro hacia el año 250, ya durante el gobierno de Pedro de Alejandría se distinguió de un modo especial en aquella Iglesia. Los pocos datos que poseemos sobre sus primeras actividades nos han sido transmitidos por los historiadores Sócrates, Sozomeno y Teodoreto de Ciro, a los que debemos añadir la interesante información de San Atanasio. Así, pues, en general, podemos afirmar que las fuentes son relativamente seguras.

El primer rasgo de su vida, en el que convienen todos los historiadores, nos lo presenta como un hombre de carácter dulce y afable, lleno siempre de un entrañable amor y caridad para con sus hermanos y en particular para con los pobres. Esta caridad, unida con un espíritu de conciliación, tan conforme con los rasgos característicos de la primitiva Iglesia, proyecta una luz muy especial sobre la figura de San Alejandro de Alejandría, que conviene tener muy presente en medio de las persistentes luchas que tuvo que mantener más tarde contra la herejía; pues, viéndolo envuelto en las más duras batallas contra el arrianismo, pudiera creerse que era de carácter belicoso, intransigente y acometedor. En realidad, San Alejandro era, por inclinación natural, todo lo contrario; pero poseía juntamente una profunda estima y un claro conocimiento de la verdadera ortodoxia, unidos con un abrasado celo por la gloria de Dios y la defensa de la Iglesia, lo cual lo obligaba a sobreponerse constantemente a su carácter afable, bondadoso y caritativo, y a emprender las más duras batallas contra la herejía.

De este espíritu de caridad y conciliación, que constituyen la base fundamental de su carácter, dio bien pronto claras pruebas en su primer encuentro con Arrio. Éste comenzó a manifestar su espíritu inquieto y rebelde afiliándose al partido de los melecianos, constituido por los partidarios del obispo Melecio de Lycópolis, que mantenía un verdadero cisma frente al legítimo obispo Pedro de Alejandría. Por este motivo Arrio había sido arrojado por su obispo de la diócesis de Alejandría. Alejandro, pues, se interpuso con todo el peso de su autoridad y prestigio,

y obtuvo, no sólo su readmisión en la diócesis, sino su ordenación sacerdotal por Aquillas, sucesor de Pedro en la sede de Alejandría.

Muerto, pues, prematuramente Aquillas el año 313, sucedióle el mismo Alejandro, y por cierto son curiosas algunas circunstancias que sobre esta elección nos transmiten sus biógrafos. Filostorgo asegura que Arrio, al frente entonces de la iglesia de Baucalis, apoyó decididamente esta elección, lo cual se hace muy verosímil si tenemos presente la conducta observada con él por Alejandro. Mas, por otra parte, Teodoreto atestigua que Arrio había presentado su propia candidatura a Alejandría frente a Alejandro, y que, precisamente por haber sido éste preferido, concibió desde entonces contra él una verdadera aversión y una marcada enemistad.

Sea de eso lo que se quiera, Arrio mantuvo durante los primeros años las más cordiales relaciones con su obispo, el nuevo patriarca de Alejandría, San Alejandro. Éste desarrolló entre tanto una intensa labor apostólica y caritativa en consonancia con sus inclinaciones naturales y con su carácter afable y bondadoso. Uno de los rasgos que hacen resaltar los historiadores en esta etapa de su vida, es su predilección por los cristianos que se retiraban del mundo y se entregaban al servicio de Dios en la soledad. Precisamente en este tiempo comenzaban a poblarse los desiertos de Egipto de aquellos anacoretas que, siguiendo los ejemplos de San Pablo, primer ermitaño, de San Antonio y otros maestros de la vida solitaria, daban el más sublime ejemplo de la perfecta entrega y consagración a Dios. Estimando, pues, en su justo valor la virtud de algunos entre ellos, púsoles al frente de algunas iglesias, y atestiguan sus biógrafos que fue feliz en la elección de estos prelados.

Por otra parte se refiere que hizo levantar la iglesia dedicada a San Teonás, que fue la más grandiosa de las construidas hasta entonces en Alejandría. Al mismo tiempo consiguió mantener la paz y tranquilidad de las iglesias del Egipto, a pesar de la oposición que ofrecieron algunos en la cuestión sobre el día de la celebración de la Pascua y, sobre todo, de las dificultades promovidas por los melecianos, que persistían en el cisma, negando la obediencia al obispo legítimo. Pero lo más digno de notar-

se es su intervención en la cuestión ocasionada por Atanasio en sus primeros años. En efecto, niño todavía, había procedido Atanasio a bautizar a algunos de sus camaradas, dando origen a la discusión sobre la validez de este bautismo. San Alejandro resolvió favorablemente la controversia, constituyéndose desde entonces en protector y promoviendo la esmerada formación de aquel niño, que debía ser su sucesor y el paladín de la causa católica.

Pero la verdadera significación de San Alejandro de Alejandría fue su acertada intervención en todo el asunto de Arrio y del arrianismo, y su decidida defensa de la ortodoxia católica. En efecto, ya antes del año 318, comenzó a manifestar Arrio una marcada oposición al patriarca Alejandro de Alejandría. Ésta se vio de un modo especial en la doctrina, pues mientras Alejandro insistía claramente en la divinidad del Hijo y su igualdad perfecta con el Padre, Arrio comenzó a esparcir la doctrina de que no existe más que un solo Dios, que es el Padre, eterno, perfectísimo e inmutable, y, por consiguiente, el Hijo o el Verbo no es eterno, sino que tiene principio, ni es de la misma naturaleza del Padre, sino pura criatura. La tendencia general era rebajar la significación del Verbo, al que se concebía como inferior y subordinado al Padre. Es lo que se designaba como *subordinacianismo,* verdadero racionalismo, que trataba de evitar el misterio de la Trinidad y de la distinción de personas divinas. Mas, por otra parte, como los racionalistas modernos, para evitar el escándalo de los simples fieles, ponderaban las excelencias del Verbo, si bien éstas no lo elevaban más allá del nivel de pura criatura.

En un principio, Arrio esparció estas ideas con la mayor reserva y solamente entre los círculos más íntimos. Mas como encontrara buena acogida en muchos elementos procedentes del paganismo, acostumbrados a la idea del *Dios supremo* y los dioses subordinados, e incluso en algunos círculos cristianos, a quienes les parecía la mejor manera de impugnar el mayor enemigo de entonces, que era el *sabelianismo,* procedió ya con menos cuidado y fue conquistando muchos adeptos entre los clérigos y laicos de Alejandría y otras diócesis de Egipto. Bien pronto, pues, se dio cuenta el patriarca Alejandro de la nueva herejía e inmediatamente se hizo cargo de sus gravísimas consecuencias en la

doctrina cristiana, pues si se negaba la divinidad del Hijo, se destruía el valor infinito de la Redención. Por esto reconoció inmediatamente como su deber sagrado el parar los pasos a tan destructora doctrina. Para ello tuvo, ante todo, conversaciones privadas con Arrio; dirigióle paternales amonestaciones, tan conformes con su propio carácter conciliador y caritativo; en una palabra, probó toda clase de medios para convencer a las buenas a Arrio de la falsedad de su concepción.

Mas todo fue inútil. Arrio no sólo no se convencía de su error, sino que continuaba con más descaro su propaganda, haciendo cada día más adeptos, sobre todo entre los clérigos. Entonces, pues, juzgó San Alejandro necesario proceder con rigor contra el obstinado hereje, sin guardar ya el secreto de la persona. Así, reunió un sínodo en Alejandría el año 320, en el que tomaron parte un centenar de obispos, e invitó a Arrio a presentarse y dar cuenta de sus nuevas ideas. Presentóse él, en efecto, ante el sínodo, y propuso claramente su concepción, por lo cual fue condenado por unanimidad por toda la asamblea.

Tal fue el primer acto solemne realizado por San Alejandro contra Arrio y su doctrina. En unión con los cien obispos de Egipto y de Libia lanzó el anatema contra el arrianismo. Pero Arrio, lejos de someterse, salió de Egipto y se dirigió a Palestina y luego a Nicomedia, donde trató de denigrar a Alejandro de Alejandría y presentarse a sí mismo como inocente perseguido. Al mismo tiempo propagó con el mayor disimulo sus ideas e hizo notables conquistas, particularmente la de Eusebio de Nicomedia.

Entre tanto, continuaba San Alejandro la iniciada campaña contra el arrianismo. Aunque de natural suave, caritativo, paternal y amigo de conciliación, viendo la pertinacia del hereje y el gran peligro de su ideología, sintió arder en su interior el fuego del celo por la defensa de la verdad y de la responsabilidad que sobre él recaía, y continuó luchando con toda decisión y sin arredrarse por ninguna clase de dificultades. Escribió, pues, entonces algunas cartas, de las que se nos han conservado dos, de las que se deduce el verdadero carácter de este gran obispo, por un lado lleno de dulzura y suavidad, mas, por otro, firme y decidido en defensa de la verdadera fe cristiana.

Por su parte, Arrio y sus adeptos continuaron insistiendo cada vez más en su propaganda. Eusebio de Nicomedia y Eusebio de Cesarea trabajaban en su favor en la corte de Constantino. Se trataba de restablecer a Arrio en Alejandría y hacer retirar el anatema lanzado contra él. Pero San Alejandro, consciente de su responsabilidad, ponía como condición indispensable la retractación pública de su doctrina, y entonces fue cuando compuso una excelente síntesis de la herejía arriana, donde aparece ésta con todas sus fatales consecuencias.

Por su parte, el emperador Constantino, influido sin duda por los dos Eusebios, inició su intervención directa en la controversia. Ante todo, envió sendas cartas a Arrio y a Alejandro, donde, en la suposición de que se trataba de cuestiones de palabras y deseando a todo trance la unión religiosa, los exhortaba a renunciar cada uno a sus puntos de vista en bien de la paz. El gran obispo Osio de Córdoba, confesor de la fe y consejero religioso de Constantino, fue el encargado de entregar la carta a San Alejandro y juntamente de procurar la paz entre los diversos partidos. Entre tanto, Arrio había vuelto a Egipto, donde difundía ocultamente sus ideas y por medio de cantos populares y, sobre todo, con el célebre poema *Thalia* trataba de extenderlas entre el pueblo cristiano.

Llegado, pues, Osio a Egipto, tan pronto como se puso en contacto con el patriarca Alejandro y conoció la realidad de las cosas, se convenció rápidamente de la inutilidad de todos sus esfuerzos. Así se confirmó plenamente en un concilio celebrado por él en Alejandría. Sólo con un concilio universal o ecuménico se podía poner término a tan violenta situación. Vuelto, pues, a Nicomedia, donde se hallaba el emperador Constantino, aconsejóle decididamente esta solución. Lo mismo le propuso el patriarca Alejandro de Alejandría. Tal fue la verdadera génesis del primer concilio ecuménico, reunido en Nicea el año 325.

No obstante su avanzada edad y los efectos que había producido en su cuerpo tan continua y enconada lucha, San Alejandro acudió al concilio de Nicea acompañado de su secretario, el diácono San Atanasio. Desde un principio fue hecho objeto de los mayores elogios de parte de Constantino y de la mayor parte

de los obispos, ya que él era quien había descubierto el virus de aquella herejía y aparecía ante todos como el héroe de la causa por Dios. Como tal tuvo la mayor satisfacción al ver condenada solemnemente la herejía arriana en aquel concilio, que representaba a toda la Iglesia y estaba presidido por los legados del Papa.

Vuelto San Alejandro a su sede de Alejandría, sacando fuerzas de flaqueza, trabajó lo indecible durante el año siguiente en remediar los daños causados por la herejía. Su misión en este mundo podía darse por cumplida. Como pastor, colocado por Dios en una de las sedes más importantes de la Iglesia, había derrochado en ella los tesoros de su caridad y de la más delicada solicitud pastoral, y habiendo descubierto la más solapada y perniciosa herejía, la había condenado en su diócesis y había conseguido fuera condenada solemnemente por toda la Iglesia en Nicea. Es cierto que la lucha entre la ortodoxia y el arrianismo no terminó con la decisión de este concilio, sino que continuó cada vez más intensa durante gran parte del siglo IV. Pero San Alejandro había desempeñado bien su papel y dejaba tras sí a su sucesor en la misma sede de Alejandría, San Atanasio, quien recogía plenamente su herencia de adalid de la causa católica.

Según todos los indicios, murió San Alejandro el año 326, probablemente el 26 de febrero, si bien otros indican el 17 de abril. En Oriente su nombre fue pronto incluido en el martirologio. En el Occidente no lo fue hasta el siglo IX.

BERNARDINO LLORCA, SI

Bibliografía

Act. SS. Boll, 26 de febrero, comentario de *Henschenius.*
Art en *Dict. Theol. Cath.*, I col.764s
Art. en *Dict. Hist Géogr. Eccl.*, II col.182s
En general, todas las *Historias de la Iglesia*, principio del *Arrianismo.*
Fuentes antiguas· SOCRATES, SOZOMENO y TEODORETO en sus respectivas *Historias de la Iglesia.*
HEFFLE, C. J - LECLERCQ, H, *Histoire des Conciles*, I (París 1907-1952) 357s, nota
TILLEMONT, L S DE, *Memoires pour servir a l'histoire ecclesiastique des six premiers siecles...*, VI (Venecia) 213s

SANTA PAULA MONTAL Y FORNÉS DE SAN JOSÉ DE CALASANZ

Virgen († 1889)

Un hogar de trabajadores —el padre, Ramón, era cordelero y la madre, Vicenta, era hábil artesana de puntas y encajes— acogió con amor y educó cristianamente a Paula Montal y Fornés, nacida en Arenys de Mar, de la diócesis de Girona, el 11 de octubre de 1799, cuando fenecía el siglo de las luces y estaba a punto de amanecer el XIX, centuria tan sobrecargada de revoluciones y discordias en lo político, lo social y lo religioso, como abierto a nuevos horizontes con sus restauraciones eclesiales y la amplia y profunda transformación de la sociedad. Paula era el primer fruto del matrimonio del viudo Ramón Montal y de su segunda esposa Vicenta, al que seguirían cuatro hijos más, mientras del matrimonio anterior de Ramón con Teresa Clausell quedaban otros cuatro hijos. En la tarde del día de su nacimiento, la primera hija de Vicenta y Ramón fue hecha hija de Dios en la pila bautismal de Santa María de la Asunción de Arenys, parroquia en la que crecería en edad, sabiduría y gracia, e iniciaría su camino apostólico. El 4 de junio de 1803 recibe, por la confirmación, el don del Espíritu Santo de manos del obispo de Girona.

La familia piadosa del padre y de la madre y de los cuatro hermanos acunó el despertar a la fe y a la vida en Cristo de la niña Paula. En el hogar no faltaron ni las desgracias ni el luto. El padre, Ramón, murió a los 53 años, en septiembre de 1809. El hermanito pequeño de Paula murió meses después.

También fue decisiva la influencia de la parroquia en la vida cristiana de la muchacha y de la joven. Participó en la catequesis, celebró su primera comunión en 1811, se inscribió como cofrade de Nuestra Señora del Rosario y más adelante dio su nombre a la Congregación de Nuestra Señora de los Dolores, la cual exigía de sus miembros una dedicación más intensa a la vida espiritual, con la participación en la misa por la comunión, con la lectura espiritual, el rezo de la corona, la asistencia a procesiones, y también la atención a los pobres y necesitados. Fue la mejor auxiliar de su párroco en las tareas del catecismo parroquial. Ya mayorcita, organizaba excursio-

nes con las niñas, en las que no faltaban los actos de piedad en las ermitas de Arenys.

Los capuchinos, que habían abierto convento en la villa marinera en 1618, acompañaron la formación religiosa de la joven Paula. Ésta encontró en el guardián fray Roque de Sant Julià el director espiritual que necesitaba para orientar su incipiente vocación a la perfección cristiana

En una de las *costures,* escuelas elementales de niñas, dedicadas sobre todo a enseñar las labores del hogar, dio los primeros pasos en su formación artística e intelectual. Fue la primera en la familia que aprendió a leer, escribir y hacer cuentas. Muy unida a la madre viuda, de ella aprenderá el trabajo realizado con esmero, con maestría artesana, de *puntaire* o encajera, realizando en el hogar finas obras de blondas y puntas, ayudando así al mantenimiento de su madre y de sus hermanos pequeños. De discípula, la joven Paula se convirtió en maestra, abriendo su taller y su enseñanza a niñas y jóvenes de Arenys. La acompañaban en su labor dos muchachas de la localidad marinera, Inés Busquets y Felicia Clavell. Ya apuntaba entonces en Paula la vocación a dedicarse a la enseñanza de las niñas pobres, pues había detectado la gran injusticia de la marginación de las niñas, con respecto a los muchachos, en el acceso a la enseñanza.

La providencia les brindó la oportunidad de trasladar su incipiente labor de enseñanza a Figueres, la capital del Empordà. Un fabricante de curtidos y un abogado, sensibles a la falta de escolarización de niñas en dicha población, ofrecieron apoyo a las tres compañeras para que abrieran escuela en Figueres. En un pobre palomar, primero, luego en espacios más capaces, sin apenas contar con respaldo económico, Paula e Inés iniciaron la aventura, fiadas ya del patrocinio de un pionero de la educación popular, el fundador de la Escuela Pía, San José de Calasanz Más tarde se les unió Felicia Clavell. Perturbaciones políticas interrumpieron dos años (1830-1832) la experiencia naciente, pero la obra popular de instrucción de niñas continuó en la Navidad de 1832: se consolida la enseñanza como colegio. Las maestras Paula y Felicia se habían aprestado a ampliar sus conocimientos: caligrafía, matemáticas. La pequeña comunidad inicial va creciendo con nuevas incorporaciones: el Instituto reli-

gioso que va naciendo, inspirado claramente desde 1837 en la obra de San José de Calasanz, es el primero en España que tiene como misión específica y exclusiva la enseñanza y educación cristiana integral de las niñas.

En 1841 Paula funda colegio en su villa natal: Arenys de Mar. Aquí las maestras empiezan a llamarse Hijas de María y, dirigidas por los escolapios de Mataró, visten el hábito de las Escuelas Pías: el ceñidor sobre el hábito negro escolapio. Las compañeras de Paula, en efecto, realizan con las niñas la obra educadora que los escolapios llevan a cabo con los muchachos.

El 24 de septiembre de 1846 la fundadora abre colegio en Sabadell con el firme propósito de que todas las niñas de la ciudad, que va abriéndose a la vida industrial, puedan acceder a la enseñanza, sin discriminación alguna, y en todas las ramas de la instrucción: labores, caligrafía, gramática, aritmética, geografía, historia. Un plan de estudios completo, según las nuevas exigencias del tiempo. El propósito de la madre Paula es muy claro y ambicioso, en medio del progreso y de las convulsiones de su tiempo: quiere salvar a las familias enseñando a las niñas el santo temor de Dios. Promoción de la mujer, educación integral, apostolado desde el colegio. «Piedad y letras», el lema calasancio, va cuajando en el Instituto que surge para la instrucción de las niñas. El ayuntamiento de Sabadell apoya a las Hijas de María con generosidad.

El mismo año 1846 se restaura y reorganiza en España, tras los malos tiempos de la exclaustración, la Institución docente de las Escuelas Pías. El comisario apostólico para tal restauración, nombrado por Pío IX, es el P. Jacinto Feliu, residente en Sabadell, y en esta ciudad toma posesión de su cargo. Enseguida también se encarga de la dirección espiritual de la hermana Paula Montal. El P. Feliu fue el artífice de la incorporación plena a la familia escolapia de la fundadora de las Hijas de María y de sus primeras compañeras; al dejar Sabadell para desempeñar su nuevo cargo, deja al P. Agustín Casanovas como encargado de las hermanas maestras. El P. Agustín prepara a Paula Montal y a las primeras hermanas, Inés Busquets, Felicia Clavell y Francisca de Domingo, y a otras hermanas para que el 2 de febrero

de 1847 emitan sus votos de castidad, pobreza, obediencia y dedicación a la educación de las niñas, este cuarto voto según la fórmula escolapia. La fundadora de la congregación que nacía añadió a su nombre de pila y a sus apellidos «de San José de Calasanz», para que no quedara duda de su adhesión al carisma del fundador de las Escuelas Pías. Sobre el pecho las nuevas escolapias lucían el anagrama de *María, Madre de Dios,* la «theotokos», tan querida e invocada del santo fundador.

El siguiente 14 de marzo se celebró el primer capítulo para nombrar superiora del Instituto. Ocho votos: los de las cuatro profesas de Sabadell más cuatro que habían llegado por correo de las otras casas. Resultó elegida superiora general, por unanimidad, la madre Felicia Clavell de Santa Teresa. Francisca Domingo y Carmen Galiana, todavía no profesa, son elegidas consejeras. «La primera, a quien ocurrió, o Dios inspiró, tan santo pensamiento», según expresión del P. Feliu y esperada por él como primera superiora general, queda al margen de la dirección.

Nunca la madre Paula llevó jurídicamente el timón del Instituto que ella en verdad había fundado. Acató en la humildad, la obediencia y el silencio la voluntad de Dios, manifestada por el voto de sus discípulas y compañeras. La marginación del primer capítulo general fue para ella el inicio de su itinerario de amor, obediencia, pobreza y sobre todo humildad, virtudes vertebradoras de la santidad auténtica de la fundadora. El 20 de marzo fue nombrada superiora de la comunidad de Sabadell y maestra de novicias.

A finales de 1847, se conoció el nombramiento del nuevo obispo de Girona, Florencio Lorente. Desde un principio valoró la obra de las Hijas de María y fue el primer prelado que dio la aprobación canónica al Instituto. Entre 1851 y 1852 los obispos de Girona, Vic, Barcelona y Tarragona fueron dando la aprobación a las Hijas de María, establecidas en sus diócesis.

Aunque al margen de la dirección central de la Congregación, Paula, entre 1849 y 1859, impulsó la expansión de su obra. En junio de 1849 abrió casa y colegio en Igualada, capital de la Anoia, de la diócesis de Vic, la cuarta fundación. El 31 de diciembre de 1850 Paula inaugura la quinta fundación en El Ven-

drell, en el Baix Penedés. En 1852, abre la casa de El Masnou, en el Maresme.

Pero en octubre del mismo año, Paula regresa a Sabadell para hacerse cargo de la dirección del noviciado. En él trabajó incansablemente para transmitir a las novicias el carisma que ella había recibido del Espíritu para la educación de la mujer, según el modelo que José de Calasanz había estrenado para los niños y adolescentes. Su impronta en la naciente Congregación fue viva y fecunda en las primeras generaciones de escolapias: 130 religiosas recibieron de la primera maestra de novicias una formación íntegra en una espiritualidad recia, orientada a la tarea de instrucción y formación de las futuras esposas y madres. Quería asentar la fuerza del Instituto en el espíritu de oración, que ella había aprendido de su gran maestra, Teresa de Jesús.

En febrero de 1853 se imprimieron las Constituciones de las Escolapias, aprobadas por los prelados de las tres diócesis en que estaban establecidas. La aceptación de las Constituciones escolapias fue la culminación de todo un proceso, iniciado en 1847, cuando el P. Feliu mandó a la Madre Paula un compendio de las Constituciones, redactadas para las Escuelas Pías, por San José de Calasanz. En 1855 empezaron las gestiones para la aprobación pontificia de la Escuela Pía femenina y de sus Constituciones, que en Roma llevaba a cabo el P. General de los Escolapios. En 1860 el papa Pío IX aprobó la Congregación, la primera de España en el siglo XIX que obtuvo el reconocimiento pontificio. En 1865 la reina Isabel II le otorgó la aprobación civil como Institución docente. Las Constituciones fueron aprobadas el 1870 interinamente por el mismo pontífice; en 1887 recibieron la aprobación definitiva de León XIII.

La primera fundación que no realizó personalmente la madre Paula fue la de Girona, en mayo de 1853. El colegio de Blanes se abrió al año siguiente. En 1857 se inauguraron los colegios de Barcelona y de Sóller (Mallorca).

El 15 de diciembre de 1859 la madre Paula llegó a Olesa de Montserrat para establecer comunidad y colegio de Escolapias. En Olesa se acrisoló la santidad de la fundadora, en todos los aspectos, dedicada plenamente a la educación de sus alumnas y

a la formación y dirección de la pequeña comunidad, pobre y austera. Sólo un breve paréntesis, en 1860, la alejará de su querida Olesa para poner orden en el colegio de Barcelona.

En 1871 la Congregación se reúne para capítulo general Resulta elegida la madre Francisca de Domingo. Vuelve a quedar fuera del Consejo general la fundadora. La madre Paula es nombrada en 1874 cuarta consejera general, por fallecimiento de la madre Felicia Clavell, y luego superiora provincial de Catalunya. Pero estos dos nombramientos son puramente formales, sin poder decisorio alguno. Cabe hacer notar que la Congregación iba ensanchando su presencia, tanto que la segunda general erigió en 1872 la Provincia de Castilla, bajo la advocación de Santa Teresa de Jesús. En 1863 se había abierto el colegio de Santa Isabel en Madrid y en 1871 el de Carabanchel, y el de Lucena, en la provincia de Córdoba.

En estos años, hasta llega a obscurecerse y casi a negarse el rango fundador de la madre Paula, en papeles y declaraciones oficiales. Cuando más, se la llama «iniciadora» Ella, lejos de toda ambición de gobierno y protagonismo, vive su vocación profundamente y es regla viva del Instituto que fundara desde su quehacer de educadora de niñas y adolescentes, y de madre de una comunidad escolapia en Olesa. Durante los tiempos duros de la revolución «gloriosa» de 1868 y de la primera República (1873-1875), madre Paula se mantiene firme en su puesto de educadora, siempre al lado de sus alumnas.

En medio de los sinsabores del Instituto —cambio de la toca por la general Domingo que tanto revuelo armó, desviación del carisma escolapio por influencia del integrista Dr. Félix Sardá y Salvany—, madre Paula se mantiene en la discreción y en la firmeza de su vocación primera. Resplandece, sobre todo, por su ejemplaridad religiosa, por la santidad que transparentan sus actitudes y manifestaciones. Su vida interior va labrándose en una perfección admirable. Los últimos treinta años de su existencia los va desgranando en el quehacer cotidiano. Se desvive sobre todo por las alumnas más pobres, las hijas de los obreros que tienen que ausentarse de la villa para ir a ganar el sustento familiar a varios kilómetros de distancia. Practica generosamente la caridad y la enseña a sus alumnas, en los días tan

convulsos que descargaban su rigor en las clases populares y obreras. Enseña a sus niñas a orar, las inicia en el camino de la virtud. Como a lo largo de toda su vida, profesa y enseña a profesar una honda y tierna devoción a la Madre de Dios, patrona de la Orden calasancia. En la ancianidad, mantiene y profundiza su carisma fundacional y lo vive si cabe más intensamente: «Salvar a la familia educando a las niñas en el santo temor de Dios». Unió a su impulso apostólico para promover cristiana y socialmente a la mujer y salvaguardar los valores de la familia, el cultivo de todas las virtudes. En la piedad, fue extraordinaria su devoción a la santísima Eucaristía, que reconocía como fuente primera de santificación de las almas y sacrificio de expiación agradable a Dios. En su postrera edad, consiguió un grado altísimo de oración contemplativa.

> «Al final de su vida —predicó Juan Pablo II cuando la canonizó— dará muestra de la autenticidad, el temple y la ternura de su espíritu, un espíritu modelado por Dios, durante los treinta años de vida escondida en Olesa de Montserrat».

A su dulce y bien amado retiro, le llegan noticias de la expansión de la obra que ella comenzara en Figueres, allá por el 1829. En 1883 deja de ser superiora de la comunidad de Olesa. Cuenta ya 84 años.

Con los pies en el suelo, como modelo de educadores, pero con la cabeza y el corazón en el cielo, termina de pasar por este mundo haciendo el bien, a los ochenta y nueve años, la tarde del 26 de febrero de 1889. Desde su pobre celda se había despedido de las alumnas mayores. Murió con esta invocación en los labios: «Mare, mare meva» (Madre, madre mía), que cierto subió hasta Montserrat y de allí a la presencia gloriosa de la Madre de Dios y madre nuestra.

A su muerte, el Instituto fundado por madre Paula contaba con 308 religiosas, 35 novicias y 3 postulantes; en sus 19 colegios se educaban 3.464 alumnas.

En 1929 se celebró el primer centenario de la fundación de madre Paula. Su figura fue reconocida plenamente en el Instituto y se enaltecieron sus virtudes. Se pensó en iniciar el proceso de beatificación, pero, por las dificultades de aquellos años, no se llevó a término; fue abierto finalmente en la curia diocesana de

Barcelona en 1957. El 28 de noviembre de 1988 el papa Juan Pablo II reconoció la heroicidad de sus virtudes; en 1992 aprobó el milagro obrado por intercesión de la Venerable y la beatificó el 18 de abril de 1993. El 25 de noviembre de 2001 el papa celebró su canonización en la basílica de San Pedro del Vaticano.

A fines de 2001, 810 Escolapias, reunidas en 112 comunidades, educaban en sus colegios a 32.000 alumnos y alumnas, en 18 Estados: Argentina, Brasil, Colombia, Cuba, Chile, Ecuador, España, Estados Unidos, Filipinas, Guinea Bissau, Guinea Ecuatorial, Italia, Japón, México, Polonia, Puerto Rico, República Dominicana y Senegal.

Propuesta, desde su canonización, como modelo para la Iglesia universal en el seguimiento auténtico de su Esposo y Señor, la veneramos como testigo, por su palabra y acción, del amor salvador del Padre a la familia y a la sociedad entera, pues gastó todas sus energías en la promoción integral de la mujer y la educación cristiana de la infancia y de la juventud *(Oración litúrgica de la misa).* Los valores y los derechos de la mujer cristiana, con su proyección y protagonismo como esposa y como madre, la importancia de la familia —iglesia doméstica— en la Iglesia y en la sociedad de nuestros días, tan discutida y zarandeada por nuevos modelos y aspiraciones nuevas, encuentran en Santa Paula Montal una luz de regeneración y de esperanza. Sus virtudes de acatamiento en todo de la voluntad de Dios, de obediencia para el bien de la comunidad religiosa y humana, de humildad alejada de todo protagonismo, autentifican la verdad perenne del Evangelio: «Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, da mucho fruto» (Jn 12,24).

PERE LLABRÉS

Bibliografía

AA.VV. (Instituto de Hijas de María. Religiosas de las Escuelas Pías), *Madre Paula Montal, educadora de la mujer* (Madrid 2001).
ALMIÑANA, C., *Madre Paula y las Bienaventuranzas* (Roma 1998).
Bibliotheca sanctorum. Appendice prima (Roma ²1992) col.931.
Breve de beatificación: *AAS* 86 (1994) 15-17.
CUEVA, D., *Diez escritos de M. Paula Montal* (Sabadell 1969).
— *Madre Paula, apóstol de la familia y de la escuela* (Madrid 1989).
— *Paula Montal, madre y maestra de la juventud* (BAC, 1988).

FERNANDEZ, F., *El lema de Paula Montal en los albores del tercer milenio* (Roma 1997).
JAVIERRE, A. M., *Bicentenario de la Beata Paula Montal (1799-1999)* (Roma 2000).
LABARTA, M. L., *Lugares de Paula Montal* (Zaragoza 1989).
— *Memoria histórica de la beatificación* (Roma 1996).
MORAZA, P. DE, *Origen y Espíritu* (Valencia 1918).
MORIONES, P., *Al servicio de la Iglesia* (Barcelona 1962).
RABAZA, C., *Alma humilde* (Barcelona 1933).
RODRÍGUEZ DE URETA, A., *Flores ascéticas* (Barcelona 1895).
VÁZQUEZ, M. I., «Beata Paula Montal», en *Nuevo año cristiano. Febrero* (Madrid 2001) 368-376.
VIDAL, D., *Reseña histórica* (Barcelona 1916).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN PORFIRIO DE GAZA
Obispo († 421)

Porfirio nació en Tesalónica a mediados del siglo IV en el seno de una familia rica. A los veinticinco años decidió abandonar el mundo y entregarse a la vida solitaria e hizo vida de anacoreta, primero en el desierto de Egipto y luego en una cueva en las cercanías del río Jordán.

Arruinada su salud, se trasladó a Jerusalén, donde se dedicó a la oración en los santos lugares, yendo de un lado a otro con ayuda de muletas. Entonces encontró a Marcos, que sería su compañero y su biógrafo. Le encomendó ir a su tierra a vender una propiedad que había heredado y cuyo importe él quería dar a los pobres. Así lo hizo Marcos y a su vuelta halló a Porfirio completamente curado y habiendo experimentado una visión en la que Cristo le había invitado a tomar su cruz. Repartido el dinero a los pobres, Porfirio y su compañero vivieron de su trabajo manual.

Porfirio se acreditó en Jerusalén como varón santo, como hombre de Dios, y por ello el año 393 el obispo de Jerusalén lo ordenó de sacerdote y lo puso de guardián de la reliquia de la Santa Cruz.

El año 396, cuando contaba unos cuarenta años, fue elegido obispo de Gaza sin él saberlo, y fue a Cesarea engañado sobre el verdadero fin de su viaje. Consagrado obispo no sin gran repugnancia por su parte, hubo de irse a Gaza, donde le esperaba un pueblo pagano y supersticioso que achacaba la gran sequía

que se padecía a un castigo de los dioses. Pero cuando tras unas rogativas organizadas por Porfirio llovió, la lluvia se atribuyó a Cristo y muchos paganos se acercaron al cristianismo

La reacción pagana no se hizo esperar y se intentó excluir a los cristianos del comercio y de los cargos públicos. Porfirio entonces apeló al emperador y le solicitó licencia para acabar con los templos paganos aún existentes. La medida era fuerte pero la intervención de San Juan Crisóstomo y de su propia esposa movieron al emperador a conceder lo solicitado y para ello envió tropas imperiales que llevaron a cabo la destrucción de los templos en medio de un gran escandalo. Los paganos se vengaron saqueando la casa de Porfirio, que salvó la vida de milagro.

Porfirio construyó un hermoso templo que llamó Eudoxiano en honor de la emperatriz, y se dedicó el resto de su vida a atraer a los paganos al cristianismo, consiguiéndolo de muchos de ellos. Finalmente murió en paz el 26 de febrero del 421.

BEATO ROBERTO DRURY

Presbítero y mártir († 1607)

Había nacido en el Buckinghamshire y se sabe que llegó a Reims a estudiar para el sacerdocio en abril de 1588. Dos años más tarde fue enviado al colegio inglés de Valladolid, y aquí recibió la ordenación sacerdotal.

En 1605 se embarcó en Sevilla para Inglaterra, donde cuando llegó se estaba en el gran tema de la llamada conjuración de la pólvora. Pudo trabajar durante dos años y fue arrestado en Londres en febrero de 1607. Llevado a la prisión de New Gate se le ofreció la libertad si prestaba juramento al acta de supremacía, pero se negó. Fue entonces condenado a muerte.

Con él iba a ser ahorcado también William Davies pero en el último momento fue perdonado. El día antes de su muerte pudo confesarse con un sacerdote y entregar una relación de su prisión y condena. Fue ahorcado y descuartizado el 26 de febrero del año 1607. Fue beatificado por el papa Juan Pablo II el 22 de noviembre de 1987 con un amplio grupo de mártires ingleses.

27 de febrero

A) MARTIROLOGIO

1. La conmemoración de los santos Julián y Euno, mártires en Alejandría de Egipto (s. III).
2. La conmemoración de San Besa, soldado y mártir en la misma ciudad (s. III).
3. En Reims, Santa Honorina, virgen y mártir (fecha incierta).
4. En Lyon, San Baldomero († 660), subdiácono *.
5. En Constantinopla, los santos Basilio y Procopio Decapolita († 741), monjes, defensores de las sagradas imágenes.
6. En Loudun, San Hipólito († 770), abad y obispo.
7. En el monasterio narecense en Armenia, San Gregorio († 1149), monje, doctor de la Iglesia armenia.
8. En Mesina (Sicilia), San Lucas († 1149), abad del monasterio del Santísimo Salvador, de la Orden de San Basilio.
9. En Londres, Santa Ana Line († 1601), viuda **, y los beatos Marcos Barkworth, presbítero *, de la Orden de San Benito, y Rogerio Filcock, presbítero *, de la Compañía de Jesús, mártires bajo Isabel I.
10. En Londres, Beato Guillermo Richardson († 1603), presbítero y mártir bajo el reinado de Isabel I *.
11. En Sencelles (España), Beata Francisca Ana Cirer Carbonell († 1855), virgen, fundadora de las Hermanas de la Caridad de San Vicente de Paúl **.
12. En Isola de los Abruzos, San Gabriel de la Dolorosa (Francisco Possenti) († 1862), clérigo acólito, religioso pasionista **.
13. En Marsella (Provenza), Beata María de Jesús Deluil Martiny († 1884), virgen, fundadora de la Congregación de las Hijas del Corazón de Jesus **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN GABRIEL DE LA DOLOROSA

Clérigo († 1862)

Asís, la ciudad embalsamada por el recuerdo de San Francisco y Santa Clara, fue su cuna. Cuando nació pertenecía aún a los Estados Pontificios, en cuya administración de justicia trabajaba, como juez asesor, su padre.

Vino al mundo el 1 de marzo de 1838. Pocos años después, cuando el pequeño Francisco tenía sólo cuatro años, murió su madre. Él quedó huérfano, junto con sus doce hermanos, al

cuidado de su padre, ejemplar y cristianísimo. Y a su padre debió una firme educación familiar, gracias a la cual pudo llegar a superar el obstáculo de un carácter propenso a la cólera, y que no dejaba de dar frecuentes muestras de terca obstinación.

Francisco Possenti, que así se llamaba antes de entrar en religión, hizo sus estudios primero con los hermanos de las Escuelas Cristianas, y después con los jesuitas de Spoleto, a donde se había trasladado su padre. Ya de escolar se iniciaron en él las luchas en torno a la vocación religiosa, que tanto habían de alargarse.

A los dieciséis años, la pubertad logra enfriar algo sus fervores infantiles. Una enfermedad le sirve de advertencia, y él, vuelto hacia el Señor, le promete entrar en religión si se cura. Pero, recobrada la salud, no tarda en olvidar aquella promesa. Nuevo aviso, nueva enfermedad, más peligrosa aún que la anterior. Perdida casi toda la esperanza, se encomienda al entonces Beato San Andrés Bobola y renueva su promesa de entrar religioso. En efecto, al aplicarle la imagen de San Andrés, queda dormido y horas después se despierta completamente curado. Pero... el mundo tiraba de él con fuerza. Se encontraba en plena juventud, tenía éxito entre las muchachas de Spoleto y, por otra parte, la vida religiosa se hacía muy dura para su carácter independiente.

Nuevo aviso del cielo: el cólera se lleva a una de sus hermanas, que él quería tiernamente. Parecía ya imposible desoír la voz de Dios. Y, en efecto, Francisco habla un día seriamente con su padre y le manifiesta que quiere entrar en religión. Cosa curiosa, su padre, tan cristiano, se niega. Le parece imposible que un muchacho tan frívolo pueda perseverar, y quiere probar antes aquella vocación que más le parece fruto de una impresión fuerte, la causada por la muerte de su hermana, que de una serena reflexión. Y hay un momento en que parece que todo le daba la razón. A pesar de haber manifestado tan seriamente su deseo de marchar del mundo, Francisco vuelve a su vida anterior, y, aun frecuentando los sacramentos, se muestra aficionado al teatro y se deja envolver por las vanidades del mundo.

El golpe definitivo iba a llegar de la manera más inesperada. El día de la octava de la Asunción de 1856 Francisco está vien-

do pasar, como simple espectador, una procesión en la que se lleva una imagen de la Santísima Virgen de gran veneración en Spoleto: regalo de Federico Barbarroja a la villa, se decía que había sido pintada por San Lucas. De pronto el joven levanta su mirada al cuadro de la Virgen, y se siente sobrecogido al ver fijos en él los ojos de la imagen. Le parece escuchar una voz que dice: «Francisco, el mundo no es para ti. Tienes que entrar en religión».

Se siente anonadado. Ya no hay que deliberar más. Lo que importa es poner cuanto antes por obra la decisión tomada. Pero su padre continúa oponiéndose. Y más cuando ve que el joven ha pedido su ingreso nada menos que en la austera congregación de los pasionistas. Buen cristiano, deja su padre el asunto en manos de dos eclesiásticos respetables. Los dos, al principio, se inclinan a pensar que Francisco no resistirá la vida pasionista. Los dos, después de haber escuchado al joven, se conciertan con él para eliminar las últimas dificultades. Y así el 21 de septiembre de 1856 Francisco Possenti cambiaba de hábito y de nombre. Pasaba a ser un novicio pasionista y a llamarse Gabriel de la Dolorosa. Había dejado su casa paterna y se encontraba en el retiro de Morrovalle.

Su vida religiosa iba a ser breve, pero intensísima. La adaptación le costó terriblemente. Acostumbrado al género de comidas propio de una casa acomodada, los toscos alimentos del pobre convento pasionista le causaban una repugnancia invencible. A pesar de las protestas de su naturaleza insistía en comer, hasta que los superiores, compadecidos, le permitieron temporalmente algún alivio. Lo mismo ocurría con todos los demás aspectos de la observancia. Sin querer aceptar la más mínima singularidad, seguía siempre al pie de la letra un horario y unos ejercicios que costaban mucho a su delicada complexión.

En febrero de 1858 comienza sus estudios, que le llevan primero al convento de Preveterino, después al de Camerino y finalmente al de Isola. En todos estos conventos dejó el recuerdo de su ejemplar aplicación. Dicen que tenía siempre ante los ojos aquellas palabras que había escrito un glorioso santo de su misma congregación, San Vicente María Strambi: «Cuando tenéis que entregaros al estudio, imaginaos que estáis rodeados por

una multitud innumerable de pobres pecadores privados de todo socorro y que os piden con vivas instancias el beneficio de la instrucción, el camino que conduce a la salvación» Ésta era la única preocupación de Gabriel· prepararse para el sacerdocio, al que, sin embargo, por sabios designios de Dios no habría de llegar.

De una parte estarían los trastornos políticos del reino de Nápoles. Y de otra parte lo impediría también su propia salud. Cuando ya empezaba a aproximarse la fecha de su ordenación sacerdotal, cuando ya, el 25 de mayo de 1861, había recibido las órdenes menores, la salud de Gabriel empezó a empeorar rápidamente. La tuberculosis se apoderó de él. Fue necesario recluirse en la enfermería y dedicarse de lleno a aceptar, con toda alegría y sumisión a la voluntad de Dios, aquel inmenso sufrimiento. De vómito de sangre en vomito de sangre, de ahogo en ahogo, vivirá así un año enteramente entregado a Dios, ofreciéndose a Él como holocausto y víctima.

Había sido ejemplar mientras estuvo sano. Sus compañeros quedaban maravillados al contemplar la ejemplaridad de la observancia. A la meditación de la pasión, típica de la congregación en la que había ingresado, añadió siempre un amor entusiasta, ingenioso, encendido a la Santísima Virgen. Se podría sacar un tratado completo de devoción a ella espigando detalles de la vida de San Gabriel. Desde lo intelectual, con el estudio continuo de lo que se refiere a la Santísima Virgen y la lectura repetida de *Las glorias de María,* de San Alfonso, hasta lo más menudo y cariñoso: todo un cúmulo de expresiones filiales que a cada paso surgen de sus labios y de su pluma. El amor a la Santísima Virgen fue ciertamente la palanca que le permitió subir rápidamente por el camino de la perfección.

Ejemplar también en la práctica de las virtudes religiosas. Amante de la pobreza hasta en los más mínimos detalles. Obedientísimo siempre, con anécdotas que casi nos hacen pensar en el mismo escrúpulo. Y hasta su amor a la castidad, con el voto que hizo de no mirar nunca a la cara a mujer alguna.

Y fue también muy ejemplar mientras estuvo enfermo. La presencia de Dios, que con tanta frecuencia solía él recordar, según es uso entre los pasionistas, en sus recreos, se hizo ya para

él completamente actual durante todo el día. Solo en la enfermería, podía darse de lleno a tan santo ejercicio. Sus mismos padecimientos le daban ocasión de ejercitar su caridad para con sus hermanos a quienes, ni en lo más agudo de sus sufrimientos, quería nunca molestar. Así se constituyó en la admiración y el ejemplo de todos los estudiantes del convento.

Hacia el fin de diciembre de 1861 un nuevo vómito de sangre puso en peligro su vida. Aún pudo asistir a una misa el día de Navidad. Su estado quedó estacionado hasta el domingo 16 de febrero. Nueva crisis, nuevos y más horribles dolores, nuevo vómito de sangre. Al fin se vio claro que aquello no tenía remedio humano. Cuando se lo dijeron, tuvo primero un ligero movimiento de sorpresa, e inmediatamente después una gran alegría. Recibió el viático, y pidió perdón públicamente a todos sus hermanos. Pero aún no era la hora. Sólo el 26 de febrero se le dio la extremaunción. En la noche siguiente, tras de rechazar reiterados asaltos del enemigo, Gabriel pidió por última vez la absolución. Y habiéndola recibido, cruzadas las manos sobre el pecho, iluminado su rostro juvenil por una luz celestial, rindió su último suspiro suave y dulcemente. Había comenzado el 27 de febrero de 1862.

Se le hubiera creído dormido cuando, echado en tierra sobre una tabla, según el uso de los pasionistas, le pudieron contemplar los religiosos antes de proceder a la inhumación en la capilla del convento. Pero, pese a la sencillez de su vida, transcurrida sin contacto con el mundo, entre las paredes de las casas de estudio pasionistas, pronto corrió por todas partes la voz de su admirable santidad. En 1892 se hizo la exhumación de sus restos. Iban llegando de todas partes noticias de milagros obtenidos por su intervención. En 1908 San Pío X procedía a su beatificación, teniendo el consuelo de asistir, anciana ya, una señora que en su juventud le había tratado bastante, hasta el punto de haber entrado en los planes de la familia Possenti el proyecto de una boda entre ambos. Años después, el 13 de mayo de 1926, Benedicto XV le canonizaba.

Muerto a los veinticuatro años de edad, minorista aún, después de seis años de profesión religiosa, todo el mundo mira a San Gabriel de la Dolorosa como modelo y protector de la ju-

ventud de los seminarios, noviciados y casas religiosas de estudio. Y como modelo también de admirable y sentida devoción a la Santísima Virgen María.

LAMBERTO DE ECHEVERRIA

Bibliografía

AAS 2 (1909) 292s, 10 (1918) 252s.
BERNARD, *Vie du bienheureux Gabriele dell'Addolorata* (Arrás 1911).
— *Vie abrégée et lettres du bienheureux..*
DOLOROSA, A. DE, *Vida de San Gabriel de la Virgen Dolorosa* (1920).
Lettere di San Gabriele dell'Addolorata (1920).
HOLLOBOUGH, C., *St. Gabriel, Passionist* (Nueva York 1923).

SANTA ANA LINE

Viuda y mártir († 1601)

Inglaterra ya había consumado su ruptura con la catolicidad. Cuando nace Anne Heigham en Dunmox, en el condado de Essex, parece que el año 1566, ya Enrique VIII había muerto luego de dejar el reino que encontró católico convertido por la fuerza a una nueva religión, una nueva manera de entender el cristianismo, que los católicos hemos denominado el cisma de Inglaterra. A su gusto y capricho había dejado o quitado dogmas, costumbres y ritos sagrados, y había delineado una religión nacional, de la que él era la cabeza, y de ningún modo el obispo de Roma, del que decía que nada tenía de autoridad sobre las iglesias del reino inglés.

Enrique había tenido muchas mujeres, hasta seis, pero muy pocos hijos, solamente tres, que serían reyes sucesivos de Inglaterra, y cuyos reinados marcarían la pasmosa fluctuación religiosa de la Inglaterra del s. XVI: con Eduardo VI entraría el calvinismo a enroscarse en la recién nacida Iglesia nacional, pese al odio que el difunto Enrique le había tenido a la reforma protestante; con María I, la hija primogénita, se rehizo una fugaz integración de Inglaterra al catolicismo; pero con Isabel se terminó de perfilar el protestantismo inglés y se consagró lo que hoy llamamos anglicanismo, episcopalianismo en el exterior del Reino Unido.

El calvinismo, que toma este nombre de Juan Calvino, se había establecido y consolidado en Ginebra, y desde allí se había extendido a parte de Francia, a Holanda, a Escocia y a otras partes de Europa y había tenido influencia decisiva, como ya decimos, en la protestantización de Inglaterra, donde consiguió fervorosos e intransigentes partidarios.

La familia Heigham lo era. Formada por el matrimonio de Guillermo Heigham y de Ana Allen y sus hijos, en ella se practicaba con convicción la religión reformada. Y ésa fue la que Ana recibió de sus padres cuando abrió sus ojos a la vida. El ritmo de vida de su casa era conforme a la espiritualidad calvinista. Era una familia bien situada socialmente, con medios de fortuna, en la que se apreciaba el trabajo y el dinero. Austera y morigerada, sus costumbres puritanas le daban a la familia un alto grado de respetabilidad social, que sintonizaba perfectamente con el giro protestante que bajo Isabel tomaba decisivamente Inglaterra.

La familia tenía dos hijos, Guillermo y Ana, a los que sus padres criaban con esmero y les daban la formación humana y literaria que era acorde con su posición social. Ambos muchachos eran inclinados a la piedad y su padre veía con buenos ojos la afición que ambos tenían a la Biblia y a las cosas religiosas. Eran dos jóvenes preocupados por la religión y la moral.

La corona inglesa no había logrado erradicar el catolicismo del país. Lo había regado abundantemente ya con la sangre de los mártires pero no había logrado destruirlo. Y ello por varias razones. Primero, porque mucha gente no apostató sino que se calló, y aunque disimulada al exterior, conservaban la vieja religión en sus corazones. No tenían quizás oportunidad de recibir los sacramentos y de practicarla en comunidad, pero hacían oídos sordos a la predicación protestante, que denigraba la misa, abolía el culto a la Virgen María y presentaba al papa como un enemigo público de la nación inglesa. Esta gente silenciosa seguía siendo católica. En segundo lugar, muy pronto la conciencia católica, que había logrado nuevos sacerdotes bajo el reinado de María, seguía aprovechando el ministerio clandestino de éstos para seguir recibiendo los sacramentos y alimentando su fe. Es verdad que no los había en todas partes, pero donde los

había constituyeron un alimento para la fe de los católicos. En tercer lugar, porque la conversión de muchos al protestantismo fue insincera. No les habían convencido los razonamientos protestantes pero pensaron que no había otro remedio que hacerse protestante para poder llevar una vida normal en el país, y así sin convicción engrosaron las filas de las comunidades parroquiales reformadas. Es claro que estaban proclives a volver al catolicismo si alguien lograba infundirles el valor necesario para ello. Y por fin, la Iglesia Católica no se resignó a perder a Inglaterra para siempre, y conociendo la existencia de tantos católicos silenciosos y tantos convertidos insinceros, decidió enviar misioneros que sostuvieran la fe de los unos y atrajeran de nuevo a los otros, y para ello se fundaron varios seminarios, como los de Douai, Roma, Valladolid. ., donde estos misioneros se prepararan.

La corona reaccionó airada ante la noticia del envío de estos misioneros y preparó los textos legales necesarios para que tanto ellos como quienes les acogieran o ayudaran fueran declarados traidores y tratados como tales, llevándolos al patíbulo. Para que de ellos no pudiera decirse que eran mártires, alegaron que se les condenaba por causas políticas, pero los mismos que querían hacerlos pasar por traidores sabían bien que el motivo era religioso, y la mejor prueba es cómo se les ofrecía la vida y la libertad si se pasaban al anglicanismo.

Éste será el marco histórico y legal en el que Ana Heigham desarrolle su vida y alcance el martirio. Porque hacia 1584, cuando la joven contaba unos dieciocho años, ella y su hermano Guillermo abrazaron el catolicismo. El contacto con sacerdotes católicos los llevó a los dos a ponderar las razones de una y otra religión y a decidirse finalmente por el catolicismo. A Ana y a su hermano todo les sonreía en el seno de su familia. Queridos y bien tratados por sus padres, a la una le esperaba un conveniente matrimonio, del que sin duda su padre se encargaría, y al que podría aportar los bienes que su padre le señalara, y al joven le esperaba la herencia paterna, con la que podría diseñar una vida acomodada. Ninguno de los dos ignoraba que, dada la ardiente fe calvinista de su padre, hacerse católicos sería mirado por él como algo horrible y que su padre podría tomar

represalias muy fuertes. El ánimo de los jóvenes no dejó de sopesar las posibles consecuencias, aunque quizás confiaron en el amor paterno y pensaron que las cosas serían más suaves a causa de lo mucho que sus padres los querían.

No sabemos si los padres de Ana y Guillermo llegaron a olerse que el interés religioso de sus hijos los estaba llevando al paso al catolicismo. Pero cuando vinieron a enterarse era cosa hecha que ambos jóvenes habían sido recibidos ya en la Iglesia Católica. La ira del padre no tuvo freno. No solamente no se mostró dispuesto a comprender sino que les dijo a ambos con toda claridad que sólo los miraría y trataría como hijos si, dejando a un lado lo hecho, volvían al protestantismo sin dilación alguna; de lo contrario —añadió— ambos serían expulsados de la casa y dejarían de ser considerados como hijos. Días terribles pasaron los dos muchachos, no educados ni preparados para ganarse la vida por su cuenta fuera del hogar paterno, mientras el padre insistía en que su determinación era firme y que primero los quería muertos que católicos. Fue sin duda en la oración en donde ambos hermanos hallaron fuerza para poder abordar la tempestad que se les venía encima. Robustecidos con ella, contestaron al padre que su decisión era firme y que seguirían siendo católicos aun al precio de su vida. A la calle, fue la contestación paterna. Y a la calle se fueron los dos. Seguidamente el padre legalizó la medida por la que desheredaba a ambos. Hay que decir, sin embargo, que el padre no los denunció ante las autoridades. Al salir de la casa y desheredarlos, se olvidó de ellos. El martirio de Ana no fue a causa de ninguna denuncia paterna.

Ana y Guillermo fueron acogidos por los católicos, que naturalmente hubieron de pensar en el futuro de ambos muchachos. Guillermo, en efecto, pudo buscarse la vida por sí mismo. A Ana se le buscó una solución que ella aceptó de buena gana. Un joven convertido al catolicismo, Roger Line, le fue presentado a Ana, y resultó que él tenía una historia semejante. También lo habían expulsado de su casa por hacerse católico. Ahora estaba dispuesto a ganarse la vida con su trabajo. Los dos jóvenes sintonizaron y en 1585 ambos se unieron mediante el sacramento del matrimonio. La vida de los católicos ingleses era muy

difícil Estaban expuestos en cualquier momento a ser detenidos, y todo cuidado era poco cuando se atrevían a asistir a alguna misa, celebrada siempre con la mayor clandestinidad. La policía, por usar palabra moderna, estaba muy en guardia para la detención de los misioneros y de sus colaboradores. Ana y Roger se llevaban bien, vivían unidos por la fe y el amor, y el matrimonio se sostenía por el trabajo de Roger. Pero la adversidad se abatiría muy pronto sobre la pareja. Llevaban un año de casados cuando Roger fue detenido. Motivo: lo habían sorprendido oyendo la santa misa. Llevado a la cárcel, Ana procuró hacer por él lo que le era posible, y vivió con ansiedad la causa que se formó en su contra y que fue sustanciada con una condena a muerte. La suerte del joven parecía ser el martirio. Pero se lograron influencias a su favor y se revisó la sentencia, dejándola en la de destierro. Roger hubo de marchar a Flandes, y Ana no le acompañó, seguramente porque ello hubiera despertado ulteriores sospechas sobre ella o porque pareció que desde Inglaterra podía hacer algo para que el destierro le fuera levantado. En Flandes no dejó de acudir a las autoridades y contar su caso, solicitando ayuda al rey Felipe II. El monarca español beneficiaba a los exiliados ingleses y decidió que se le diera una pequeña pensión, que Roger enseguida compartió con su mujer, mandándole una parte a Londres, donde Ana había quedado. Ella se sostuvo con esta aportación, compartiendo ambos esposos la pobreza. Y así pasaron ocho difíciles años hasta que Roger, enfermo y pobre, murió en Flandes, acabándose para Ana hasta aquella pequeña pensión que recibía de él. Por su parte Ana había perdido la salud en estos duros años de separación de su marido, y era, pese a su juventud, una mujer enferma cuando se vio viuda y sin recurso alguno, otra vez igual que cuando hubo de salir de casa de sus padres.

La caridad de una señora católica vino en su ayuda. Mrs. Wiseman, que mas tarde terminaría su vida con el martirio, la acogió en su casa. Ana se fue con ella a Braddox, en su condado natal de Essex. Pero en 1595 el jesuita P. Gerald abrió en Londres una casa donde pudieran hospedarse los sacerdotes misioneros, con residencia en Londres o de paso por la capital, y necesitándose una mujer que fuera el ama de llaves de la misma,

pensó en Ana y la mandó llamar, proponiéndole esta forma de servicio a la causa de la fe. Ana no dejó de ver que aquello era peligroso, y que si era descubierta, podría ser condenada a muerte, pero no dudó en responderle al P. Gerald, cuando se le hacía ver este peligro, que ella nada deseaba más que morir por Cristo. Con decisión y energía tomó el camino de Londres y se hizo cargo de la casa.

Fueron cinco los años que Ana cuidó de aquella necesaria institución, y como dicen los testimonios, fue una madre para los sacerdotes. Padecía ella de frecuentes jaquecas, seguramente la enfermedad llamada migrañas, pero no por ello dejaba de acudir a todo cuanto se necesitaba en la casa. Se ha dicho que ponía en su servicio el afecto de una madre y la diligencia de una criada.

Los cinco años no pudo pasarlos materialmente en la misma casa, porque en el año 1597 el P. Gerald fue detenido y encerrado en la cárcel mientras se le sustanciaba la causa. Ana no dejó de visitarle, haciéndose así visible su conexión con él, y por ello no faltó quien se fijara en ella y se diese una primera sospecha sobre su persona. Aunque parezca imposible, el P. Gerald logró evadirse de la Torre de Londres en 1597.

El cambio de casa se hizo en cuanto el P. Gerald fue cogido preso. En la nueva casa Ana siguió acogiendo y sirviendo a numerosos sacerdotes, y destaca la prudencia con que sabía tratar a quienes, desconociendo la naturaleza verdadera de lo que allí se hacía, preguntaban a Ana. Tenía una gran sagacidad y buena mano para dar contestaciones apropiadas que desviaran la atención. De carácter amable y pacífico, era exactamente la mujer ideal para aquella delicada responsabilidad. Ella estaba, además, al frente de las finanzas de la institución y sabía con mucha mesura programar los gastos. Pese a saberse en peligro, no vivía alterada ni nerviosa, y contagiaba así su serenidad a los que hospedaba.

Pero el martirio era una palma que Dios tenía desde la eternidad predestinado otorgarle. El alma de Ana, piadosa, bondadosa, madurada en el dolor y la enfermedad, estaba preparada para él. Aunque la casa donde vivía estaba muy apartada del centro de Londres, no dejaron los vecinos de suponer que po-

dría tratarse de una casa de católicos, y decidieron exponer sus sospechas a las autoridades.

Y es que el día 2 de febrero de 1601 se tenía en la casa, a hora muy temprana, la santa misa. Muchos católicos querían asistir a ella, lo que no era exactamente prudente, pero Ana había consentido que un buen grupo asistiera. Y este número levantó las sospechas. Como se hacía siempre, entrados los asistentes a la misa, se cerró la puerta y se echaron las barras y cierres acostumbrados. Estaba todo preparado para celebrar la misa cuando llegó la policía y llamó a la puerta. La presencia en la calle de hombres armados les dio a los reunidos la certeza de que había habido una delación. El Beato Francisco Page, por entonces sacerdote secular y que dentro de la cárcel sería admitido en la Compañía de Jesús, era el que se disponía a celebrar la misa. Se quitó con celeridad los ornamentos y los ocultó. Abierta la puerta, los sicarios subieron aceleradamente la escalera y hallaron una habitación llena de gente con un altar preparado para la celebración de la misa. Se formó una gran confusión y entonces Ana, con enorme habilidad, empujó al P. Page a un escondite que había preparado. Preguntaron repetidamente por la presencia de un sacerdote, pero todos contestaron que allí no había ninguno, pues en efecto no estaba allí sino en el escondite. La evidencia del altar justificó que Ana Line fuera en aquel momento detenida y llevada a la prisión de Newgate.

Ana no se hizo ilusiones acerca de lo que le esperaba, pero se puso en las manos de Dios y aceptó lo que le viniera ofreciéndolo por su amor. La cárcel no hizo sino empeorar su débil salud. Se preparó en los días siguientes un jurado popular y se la citó a juicio el día 26 de febrero, presidiendo Lord Popham, Jefe de Justicia. Contra ella no había otro indicio que haber sido hallado un altar católico en su casa. A esto se añadió que un tal Marriott testificó haber visto en la casa de Ana a un hombre con un hábito blanco, parece que quería decir vestido de alba como para la misa. El juez, abandonada toda imparcialidad, le dijo al jurado que las pruebas eran suficientes, y el jurado naturalmente dio un veredicto de culpabilidad. Se le aplicaba a Ana el llamado estatuto 27 de la reina Isabel que condenaba como

traidores a quienes favorecieran a los sacerdotes católicos. Ana quedó aquel día condenada a muerte.

Ana estaba tan maltrecha de salud que debió comparecer ante el tribunal siendo llevada en una silla. Cuando le leyeron la sentencia, ella manifestó alegría y dio gracias a Dios por el martirio. Devuelta a la prisión de Newgate, escribió una carta al P. Page en la que disponía de sus escasas pertenencias. Una cruz de oro que tenía y su lecho se los dejaba al P. Gerald.

Llegó el 26 de febrero del año de gracia de 1601. Era el día señalado por la Providencia para que Ana fuera transplantada desde la Iglesia de la tierra a la Iglesia del cielo. Apenas amaneció un guardián se hizo presente en su celda y le comunicó que aquel día se cumpliría en ella la sentencia de muerte. Ana no se sobrecogió de miedo, más aún, no mostró el menor temor, sino que se dispuso a padecer la muerte por su fe con la entereza de un atleta, como lo era ella de su religión. Y a la hora de ser sacada y subida en el carro que debía llevarla al suplicio, vio que la acompañaban otros dos mártires. De ellos recibiría aliento y ella misma lo brindaría a ambos confesores de la fe con su fortaleza manifiesta.

Uno de los mártires era un religioso benedictino, llamado Marcos o también Lamberto Barkworth. Había nacido en el Lincolnshire y había recibido una exquisita educación en Oxford. Convertido al catolicismo, optó por el sacerdocio y para ello marchó al colegio de Roma, de donde pasó al de Valladolid. Una vez aquí sintió la vocación religiosa y pidió y obtuvo ser admitido en la abadía benedictina de Irache, Navarra, donde hizo la profesión monacal. Enviado a Inglaterra a difundir la fe católica, estaba destinado a ser el primer monje benedictino que, tras la supresión de los monasterios, diera la vida por Cristo en la plaza de Tyburn.

El otro era el P. Roger Filcok, sacerdote jesuita, originario de la región de Kent, y con el que Ana había tenido una estrecha amistad espiritual como hija suya de confesión. En efecto, en el tiempo en que había regido la casa residencia de Londres ella había confiado su conciencia a este padre jesuita, a quien estimaba muchísimo y en cuyos consejos y orientaciones espirituales ella confiaba del todo. Ahora lo veía unido a sí misma en la confesión pública de la fe y en la muerte martirial por Cristo.

La carreta, con su carga de mártires, dejó las puertas de la prisión de Newgate y enfiló las calles londinenses. Los viandantes miraban y comprendían. Otros tres católicos —decían— que son llevados a la horca. Los mártires iban en fervorosa oración. No es posible dudar que Ana recibió la absolución sacramental al tiempo que ambos sacerdotes se la daban entre sí. Luego ambos sacerdotes cantaron la antífona *Haec dies,* es decir: «Éste es el día en que actuó el Señor, sea nuestra alegría y nuestro gozo». Confortados con el sacramento y la oración llegaron a la plaza de Tyburn, glorioso escenario de la muerte de tantos santos desde los tiempos del rey Enrique VIII, y allí se encontró Ana con la desagradable sorpresa de que la esperaban varios ministros protestantes a fin de exhortarla a abandonar su fe católica. Con toda decisión Ana se dirigió a ellos y les dijo: «Fuera de aquí. Yo no tengo nada que ver con vosotros».

Había una multitud reunida para presenciar la ejecución. Y ésta no pudo menos que admirar y comentar que el P. Marcos se las había ingeniado para que le hicieran la tonsura monacal y había logrado un hábito benedictino para morir con él sobre el patíbulo. Se dirigió a la multitud y recordó que era el hábito de los monjes que habían hecho católica a Inglaterra.

Le llegó a Ana la hora de subir al patíbulo y lo hizo con mucha paz. Y cuando ya encima de él iban a ponerle el lazo para ahorcarla, dijo que quería hablar y la dejaron hacerlo. Se dirigió casi a gritos a la multitud y dijo: «He sido condenada a muerte por haber dado hospitalidad a un sacerdote católico. Estoy muy lejos de arrepentirme. Ojalá hubiera podido hospedar a mil en vez de a uno solo»

Calló la mártir y el verdugo le echó el lazo al cuello. Ella comenzó a orar y el verdugo tiró de la cuerda que la levantó y la tuvo un tiempo pendiente hasta que la débil mujer perdió el conocimiento. Entonces fue bajada y el verdugo la abrió el pecho, le sacó el corazon y descuartizó sus restos, cumpliéndose así la horrible carnicería que era habitual con los mártires católicos, siendo expuesta su cabeza como la de una traidora a la reina.

Ana Line fue considerada desde el principio como una verdadera mártir, e incluida en la larga lista de los gloriosos confe-

sores de la fe a quienes el papa Pío XI colocó en el catálogo de los bienaventurados el 15 de diciembre de 1929. Y cuando se hizo una selección de mártires en orden a su canonización, su nombre fue elegido y quedó incluido en la lista de cuarenta a quienes el papa Pablo VI proclamó santos el 25 de octubre de 1970.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 22 (1930) 15ss; 64 (1972) 257ss.
CAMM, B., *The English Martyrs* (Cambridge 1929).
TESTORE, C., *Il primato spirituale di Pietro difeso dal sangue dei martiri inglesi* (Isola del Liri 1929).
TIGAR, C., *Forty Martyrs of England and Wales* (Londres 1970).

BEATA FRANCISCA ANA CIRER CARBONELL

Virgen († 1855)

Nació el 1 de junio de 1781 en Sencelles (Mallorca), hija de Juan Cirer y Juana María Carbonell, padres de otros cinco niños, una familia acomodada y profundamente piadosa. En su infancia solía rodearse de niñas a quienes preguntaba y enseñaba la doctrina cristiana, pues destacaba entre todas por su apostolado y «la más sólida piedad». Una virtud precoz que manifestaba su tierna religiosidad, demostrada en sus frecuentes visitas al Sagrario, donde permanecía arrodillada. Un sacrificio al que añadía sus particulares renuncias a escondidas de sus padres, y mortificaciones, ofreciendo su merienda a algún niño pobre.

Recibió la confirmación en 1788, creciendo con docilidad en su deseo de amar a Dios. La Primera Comunión tuvo lugar tres años más tarde, donde, según un relato oral, Francisca Ana pronunció estas frases: «Desde pequeña, siempre he sido de Jesús, pero ahora Jesús es mío y yo soy de Jesús».

Su decidida inclinación a la oración y a llevar una vida de piedad, motivó que sus padres intentaran disuadirla; sin embargo, cada día eran más notorias su profunda piedad, y el recato y modestia en el vestir. Debido a la muerte prematura de sus her-

manos su padre se opuso a que tomara estado religioso, aceptando de nuevo la voluntad divina que la tenía destinada para «mostrar a todos [...] los tesoros de su bondad». Su alma se forma en la recia experiencia de sufrimiento y soledad.

Al no poder profesar en un convento se consagró a la vida espiritual en su propio domicilio, manteniéndose unida a Dios, que la protege constantemente. Su madre fallece en 1807, quedando su alma llena de serena entereza, uniéndose con todas sus fuerzas al consuelo de la fe. Una fe que aun en medio del dolor y la tristeza llena su corazón de paz y alegría, como lo reconocían las buenas gentes que la saludaban como *Xiroia,* alegre. ¿Cómo podía estar alegre con el corazón tan probado por el dolor? Es cuestión de gracia, de la gran virtud de la caridad: alegría para todos, el dolor para ella.

Al cuidado de su anciano padre, ambos trabajan a diario para mantener el patrimonio familiar, transcurriendo al tiempo entre la humildad, el servicio, la oración, la mortificación, adentrándose día a día en el camino de la perfección espiritual. En 1821 fallece su padre, Francisca Ana queda sola, y tiene 40 años. Decide acoger a varias señoras de buena fama, para vivir en comunidad, para crecer en devoción y virtudes cristianas, llevando una vida de religiosas. El patrimonio que había heredado de sus padres y administraba con experimentada rectitud, le permitía distribuir limosnas a pobres y necesitados, encargando, además, sufragios por las almas del Purgatorio. Junto con esta práctica de caridad, el trabajo manual, ocupándose en coser, fabricar cintas y flecos, entre otras cosas.

En 1826 dicta testamento, dejando todos sus bienes para que en la casa familiar se instale una congregación religiosa, con una regla de vida, bajo la dirección espiritual del párroco de la localidad. Más que fundar convento, se trataba de un «beaterio», una reunión de jóvenes que a falta de dote para contraer matrimonio, podían vivir en perfección cristiana, sin profesar en una congregación. Su decidido amor al prójimo la indujo a poner todo, incluso su propia persona, en servicio a los hermanos. Sobre todo los niños, a quienes impartía el catecismo para formar buenos cristianos, y, además, las niñas, a las que enseñaba a coser y bordar.

Se compadecía con gran deseo de los pecadores, a quienes pedía que se convirtieran y cambiaran su vida. Visitaba asiduamente a los enfermos, «exhortándoles a conformarse con la voluntad de Dios», deseando ardientemente su salvación, y ofreciéndose en todo como víctima: «venga todo sobre mí, perdona a este pecador». Muy próxima a los hermanos y «muy afable y cariñosa con todos, sencilla y natural», nunca ninguna tribulación le pudo arrancar la alegría de su rostro. A medida que iba creciendo su fama de mujer virtuosa, abnegada y comprensiva, se convertía en confidente y guía espiritual de quienes andaban buscando la paz del alma, y acudían a ella con gran confianza. Hablaba al corazón de cada uno, descubriéndole el amor de Dios, llenándolo con la amable unción de sus palabras, y animándole a tener confianza en la divina bondad, con gran calor persuasivo que nacía de su amante corazón, quedando todos pacíficos y consolados. En su íntima y callada unión con Dios gozaba de la paz en su alma, así fructificaba su amor al prójimo en fecunda cosecha de frutos espirituales.

Su amor se purificaba en la vida mortificada que practicaba de manera habitual con el ayuno, los cilicios y disciplinas, infligiéndose sufrimientos voluntarios. Humilde con todos, aficionada a la oración, «parecía que siempre estaba orando», y en algunas ocasiones este rezo se transformaba en éxtasis y arrobamientos.

Aunque no era eso lo que deseaba, en 1851 autorizó que se estableciera en su casa una comunidad de hermanas de la Caridad de San Vicente de Paúl, contaba con 70 años, y pretendía la venerable anciana fundar «una comunidad de religiosas que se llamaría de la Virgen de los Dolores». Y lo consiguió. El 7 de diciembre del mismo año 1851 tuvo lugar la fundación del convento, profesando la Madre Francisca Ana de los Dolores de María y otras dos mujeres. Las obligaciones que imponían las Constituciones eran claras y precisas: «instruir a las niñas en el santo temor de Dios y en las labores propias de su sexo, dedicarse al cuidado de los enfermos, y a la enseñanza de la doctrina cristiana». Madre superiora, pues, cuanto más avanza en virtud tanto más se oye hablar de intervenciones diabólicas, que la atormentan, pero vive tan unida enteramente a Dios que venció

siempre. Y Dios la regala con éxtasis, como el que tuvo lugar el 29 de junio de 1853, que fue conocido por toda Mallorca, y por lo que «todos la tenían por santa».

En 1854, en consideración a sus dolencias y achaques, podía oír misa en el pequeño oratorio del convento. Recuperada la salud, el 27 de febrero de 1855 se acercó al templo parroquial, y después de comulgar, se encontró mal, siendo llevada al convento, donde recibió la unción de los enfermos y murió santamente a las diez de la mañana, quedando el pueblo «lleno de consternación y llanto» Su entierro tuvo lugar a los tres días de su muerte, debido al gran gentío que se congregó, acompañándola hasta el cementerio En 1881 sus restos mortales fueron reinhumados en el templo parroquial, y cuatro años más tarde, en el convento, donde fueron reconocidos en 1904. El proceso ordinario para la beatificación quedó concluido en 1926 El año 1956 comenzaron las sesiones preliminares del proceso de milagros. Y, finalmente, en 1985, Juan Pablo II la declaró Venerable

La lectura del decreto de beatificación tuvo lugar el 28 de noviembre de 1988, siendo solemnemente beatificada por el papa Juan Pablo II el 1 de octubre de 1989 en la plaza de San Pedro del Vaticano.

El carisma de la Beata Francisca Ana se muestra en su vida enteramente dedicada a su parroquia, consagrándose en su propia casa al apostolado catequético, convirtiéndola en una iglesia doméstica viva y abierta a todos los necesitados del amor de Dios. En medio de sus paisanos la Beata Francisca Ana encontró el camino de la santificación, participando en la vida parroquial activa y responsablemente, trabajando incansablemente en la catequesis, en la atención a las necesidades del templo y la visita a los enfermos. Esta vida parroquial comprometida y diligente se alimentaba de Jesús Eucaristía y del amor generoso al prójimo. Experta catequista, su corazón amaba a Dios y por ese motivo lo daba a conocer a todos, de palabra y de obra. Con paciencia, con perseverancia, con infinita caridad. Su casa y su corazón estaban abiertos a todos, generosa para con los necesitados, austera para sí misma.

Su vida, probada fuertemente por el sufrimiento y las renuncias, la condujo al deseo de compartir la pasión de Cristo.

Un camino de cruz y sufrimientos, identificándose con María, dolorosa al pie de la Cruz de su Hijo. Y todo ello fue posible por «saber tener el corazón libre para consagrarlo y dedicarlo solamente a Él».

El milagro para la beatificación: le ocurrió a María Vallés Cirer, mujer de constitución robusta, a quien en junio de 1941 se le despertó un tumor en la glándula mamaria derecha y, a pesar de la terapia, su estado se agravó, de tal modo que se temió por su vida. Sus familiares comenzaron el 11 de febrero de 1942 una novena aclamándose a la M. Francisca Ana, y el séptimo día la enferma sanó instantáneamente, desapareciendo el tumor y el dolor del brazo. Esta mujer falleció en 1979, y contaba 71 años de edad. Fue aprobado este milagro por la consulta médica el 15 de abril de 1988.

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

AAS 82 (1990) 1379.
«Carta pastoral del Sr. Bisbe de Mallorca» (septiembre-octubre 1989).
COLOMBAS LLULL, B., MB, *Francisca Ana Cirer. Una vida evangélica* (1971).
Index ac status causarum, o.c., 512.
Martyrologium romanum, o.c., 158.
L'Osservatore Romano (1-10-1989).
RESCH, A. (ed.), *Miracoli dei Beati* (Roma 1999) 484-489.

BEATA MARÍA DE JESÚS DELUIL MARTINY

Virgen († 1884)

Nació el 28 de mayo de 1841 en Marsella (Francia), hija del abogado Pablo Deluil-Martiny, destacado miembro del foro marsellés, y Anaïde María Francisca de Solliers, procedente de una noble familia de Provenza, un hogar cristiano donde su padre es admirado por su rectitud y honradez, generoso con los pobres y administrador del Hospicio de Caridad de la ciudad. Una persona, por tanto, de indudable rectitud y espíritu cristiano.

Su ejemplar madre le inculcó una piadosa devoción al Sagrado Corazón de Jesús, según venerable tradición familiar, influyéndola poderosamente debido a su incontrolable carácter,

dotado, además, de una inteligencia despierta y sorprendente improvisación. Este carácter curioso, alegre y vivo hacía a veces muy difícil entretenerla en su niñez de forma convencional. Intentando lo mejor para ella ingresó en la enseñanza de las religiosas de la Visitación de Marsella, en donde tuvieron algún que otro problema con ella, debido a su impetuoso carácter, como queda indicado. Durante esta enseñanza fue confirmada por San Eugenio Mazenod, arzobispo de la diócesis marsellesa, a quien las monjas comentaron las características personales de la joven, respondiéndoles éste: «No se preocupen mis hermanas, son cosa de la infancia, ya verán que un día será Santa María de Marsella».

Los estudios superiores los realizó en el Sagrado Corazón de la Ferrandière de Lyón, al término de los cuales intentó resolver la vocación de su vida. En 1856, antes de regresar a Marsella, se acercó a la parroquia de Ars para pedirle consejo a San Juan María Vianney, el santo cura de Ars, quien la previno de las dificultades que el estado religioso conlleva, aconsejándole que lo meditara con más detenimiento. Regresó con sus padres a Marsella, y a pesar de sus prudentes consejos para que tome estado matrimonial, se compromete día a día más con los suyos a quienes amaba con todo afecto, abriendo su corazón al sufrimiento con decidido afán. Sus cuatro hermanos fallecieron sucesivamente: Clementina (1859), a quien amaba especialmente, Margarita (1867), Amelia (1872) y Julio (1872). Su corazón se dedicó a obras de caridad, y de manera distinguida a divulgar la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, una devoción que se propagaba en 1864 aún más con motivo de la beatificación el 19 de agosto de la venerable madre Margarita M.ª de Alacoque, humilde visitandina del convento de Paray-le-Monial, donde en 1675 había recibido la admirable revelación del corazón de Cristo.

En este tiempo fueron muy frecuentes sus visitas al monasterio de la Visitación de Marsella, y en una de ellas se informa de la Guardia de honor al Sagrado Corazón de Jesús, fundada en 1863, que escoge una hora del día para glorificar, amar y consolar a Cristo, convirtiendose en la primera celadora de esta piadosa asociación, empeñándose en propagar la de-

voción al Corazón de Jesús, el apostolado del amor al amor de Dios.

Su esforzado afán consigue que numerosos prelados de la Iglesia de Francia aprueben esta piadosa obra, inscribiéndose ellos mismos, para que «la sangre del Corazón de Jesús conforte y sostenga tu alma». Le mueve una gran pasión: Jesús ha derramado su sangre por la salvación del mundo, por eso, vive al pie de la cruz de Cristo, como su Madre, ante el Sagrario donde sigue vivo ofreciéndose en amor por todos.

En 1865 estuvo en el monasterio de la Visitación de Bourg, donde coincidió con el Beato Daniel Comboni, un gran misionero italiano apasionado por la evangelización de África, quien reconoce que «tiene una misión que cumplir, de la cual debe considerarse indigna, pero que ya ha comenzado a cumplir difundiendo la Guardia de honor». Con singular acierto escoge en 1866 al padre Juan Calage, SJ, como director espiritual. Día a día su compromiso personal se va esclareciendo, y al fin comprendió su vocación: «Hacer de su vida una continua inmolación en unión a la inmolación de Jesús Eucaristía».

Jesús desea una obra: la adoración a la Santísima Trinidad a través de su corazón eucarístico. Las almas que pertenezcan a esta obra se unirán a Él, sacerdote y víctima, en una única oblación, con el fin de obtener para la Iglesia, el ministerio sacerdotal y las almas los frutos de la redención. Su modelo será la Virgen María, asociada íntimamente al sacrificio de Jesús en el Calvario:

> «El centro de todo, el único, es el Corazón de Jesús, con su amor desbordante, infinito [...] María, Madre de Jesús y de la Iglesia [...] es el modelo y el camino a seguir».

Un acontecimiento va a marcar decisivamente la vida familiar. En 1869 la generosidad y franqueza del abogado Pablo Deluil-Martiny ha sido traicionada por aquel que se vio favorecido en su necesidad, aun a riesgo de los bienes patrimoniales. Este riesgo ocurrió, y la familia Deluil-Martiny perdió gran parte de su hacienda. María sufre y se asocia a la Pasión de Jesús, víctima de obediencia y amor con Él. Al año siguiente Mons. Van den Berghe, obispo de Bourg, pasa algunos días en Marsella y se entrevista con María. Quiere el prelado organizar en Bélgica la

fundación que va a nacer; sin embargo, los acontecimientos provocados por la guerra franco-prusiana lo van a impedir.

El 8 de diciembre de 1867, durante la misa que celebra el padre Calage, se consagra a Dios con voto perpetuo de virginidad, y el obispo de Berchem (Amberes) le pide que establezca su obra en Bélgica. Allí sería presentada al cardenal Dechamps, arzobispo de Malinas y Primado de Bélgica, quien después de entrevistarse con ella confió a sus colaboradores: «Hoy he visto la Teresa de nuestro siglo». Regresó el mismo año 1872 a Marsella con sus padres, dedicándose a redactar la Regla y Constituciones del nuevo instituto. Finalmente, el 8 de diciembre de 1872 monseñor Dechamps aprueba y erige en Amberes el monasterio de las Hijas del Corazón de Jesús.

En mayo de 1873 acompañando a su madre estuvo en la Basílica de Paray-le-Monial con motivo del 2.° Centenario de las Apariciones del Sagrado Corazón de Jesús, e inicia, con bravo empeño, una suscripción popular pidiendo el regreso de los Jesuitas como administradores de tan celebrado templo. El 15 de junio de 1873 partió hacia Bélgica, y el 20 de junio recibió el velo de manos del obispo Van den Berghe, junto con otras compañeras. Como Regla tomó la de San Ignacio de Loyola, adaptándola a las exigencias de la vida contemplativa, que fue aceptada en 1876 por el Cardenal arzobispo de Malinas. Este mismo año perdió a sus padres, en breve distancia uno de otro, nueva prueba de amor que supo ofrecer a su divino Esposo. Dos años más tarde (1878) fue consagrada en Berchem la nueva Basílica-Santuario nacional del Sagrado Corazón de Jesús, templo votivo de la Iglesia de Bélgica, que se comenzó a construir tres años antes. La custodia de esta magnífica iglesia le fue encomendada a la M. María de Jesús, emitiendo los votos perpetuos en agosto de 1878.

La suprema prueba de amor suya fue ofrecer su propia vida como víctima por las intenciones del Papa. Este deseo fue comunicado al Beato Pío IX por carta y, a su fallecimiento, a León XIII, sucesor suyo. El Señor aceptó su ofrenda y el 27 de febrero de 1884, miércoles de ceniza, encontrándose en Marsella, moría asesinada a manos del jardinero del convento, Luis Chave, por odio a la religión según el ideario anarquista. Mu-

riendo se la oyó exclamar: «Le perdono, le perdono... Por la obra... ¡Por la obra!». Sus restos mortales fueron depositados en el panteón familiar, pero en 1906 se trasladaron a la Basílica del Sagrado Corazón de Berchem. El año 1896 León XIII aprobó la Congregación de las Hijas del Corazón de Jesús, iniciándose en 1921 la causa de beatificación. El año 1987 el papa Juan Pablo II la declaró Venerable.

El milagro de la beatificación se aprobó el 6 de junio de 1989, y le ocurrió a Juana Callewarrt, de 24 años de edad, en Namur (Bélgica), quien, después de haber invocado la intercesión de la M. María de Jesús, obtuvo el 8 de noviembre de 1926 la curación, casi instantáneamente, de una gravísima úlcera en el duodeno. El 22 de octubre de 1989 Juan Pablo II la proclamó Beata en la plaza de San Pedro del Vaticano. En diciembre de ese mismo año el cuerpo incorrupto de la Beata María de Jesús fue colocado en una urna acristalada, bajo el altar del Sagrado Corazón de la Basílica votiva de Berchem.

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

AAS 83 (1991) 876ss.
Index ac status causarum, o.c., 513.
Martyrologium romanum, o.c., 159.
L'Osservatore Romano (22-10-1989).
RESCH, A., *Miracoli dei Beati* (Roma 1999) 302-308.
RISSO, P., *La mia vita nel tuo cuore...* (1996).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN BALDOMERO

Subdiácono († 660)

Nacido en una aldea de las cercanías de Lyón, se ganaba la vida en esta ciudad como cerrajero, al tiempo que era persona piadosísima, que empezaba todos los días su jornada en la iglesia teniendo durante la plegaria una actitud edificante, y así por muchos años.

El abad Vivencio, del monasterio de San Sulpicio, viendo su gran piedad le ofreció una celda de su monasterio para que en ella pudiera dedicarse con total libertad a la oración. Baldomero aceptó la invitación y se trasladó al monasterio.

El obispo Gaudry comprobó, además, que era buen conocedor de las sagradas Escrituras y le quería ordenar de sacerdote. De no muy buena gana recibió el orden del subdiaconado, pero ya de ahí no pasó pues se consideraba absolutamente indigno del ministerio sacerdotal.

Perseveró en su género de vida ascética y piadosa hasta su muerte el 27 de febrero del año, al parecer, 660.

BEATOS MARCOS BARKWORTH Y ROGERIO FILCOCK

Presbíteros y mártires († 1601)

Estos dos gloriosos sacerdotes acompañaron en el patíbulo a Santa Ana Line, cuyo martirio está relatado entre las biografías extensas de hoy.

Marcos era religioso benedictino. Había nacido en Searby (Lincolnshire) en 1572 en el seno de una familia anglicana. Luego de estudiar en Oxford, marchó a Douai donde abrazó la fe católica y se decidió por el sacerdocio. Enviado al colegio inglés de Valladolid, aquí se ordenó sacerdote el año 1599 y conoció a los benedictinos. Enviado a la misión inglesa, pasó por el monasterio de Irache, en Navarra, donde recibió licencia para profesar en la Orden si se hallaba en peligro de muerte Usó en Inglaterra el apellido Lambert, lo que no le sirvió para impedir su pronto arresto y encarcelamiento. Varios de los miembros del jurado que lo sentenció a muerte eran antiguos compañeros suyos. Logró hacerse con un hábito benedictino para usarlo en su ejecución y pudo lograr se le hiciera la tonsura monacal. En el patíbulo pudo decir a la multitud que él era monje de aquella Orden que el papa San Gregorio Magno envió para evangelizar Inglaterra.

Rogerio Filcock era natural de Sandwich (Kent) y entró en el colegio de Douai en 1588, de donde partió a Valladolid. Se ordenó sacerdote en 1590. Pidió la admisión en la Compañía de Jesús y se le difirió hasta que hubiera trabajado en la misión in-

glesa. Llegó a Inglaterra en 1597 y trabajó con gran celo apostólico, lo que le valió que en 1599 el provincial jesuita lo admitiera en la Compañía. Iba a pasar al Continente a hacer el noviciado cuando fue arrestado y encarcelado en Newgate. Pese a la falta de pruebas, fue condenado a muerte como traidor.

Ambos fueron ahorcados y descuartizados seguidamente de Santa Ana Line el 27 de febrero de 1601. Ambos fueron beatificados el 15 de diciembre de 1929.

BEATO GUILLERMO RICHARDSON

Presbítero y mártir († 1603)

Guillermo nació en el condado de York, en el pueblo de Wales, hijo de una humilde familia, alrededor del año 1572. Católico convencido, cuando era un joven de veinte años no dudaba en arriesgarse en prestar los servicios que le eran posibles a los sacerdotes presos en Wisbech.

Decidido a ser sacerdote, marchó a Douai e ingresó en el seminario, pero le enviaron a Valladolid en julio de 1592 y en octubre del mismo año pasó a Sevilla, en cuyo colegio inglés hizo todos los estudios eclesiásticos y en la misma ciudad se ordenó de sacerdote.

En 1600 fue autorizado a volver a Inglaterra, donde usó el apellido de Henderson como medio de disimular su presencia. Pudo trabajar apostólicamente en su país hasta el 12 de febrero de 1603 en que fue detenido por una delación. Se le encerró en la cárcel de Newgate y no se permitió que nadie le visitase durante los días que duró su detención. Compareció ante el juez sir John Popham. Éste trató ante todo de establecer que Guillermo era un sacerdote católico y que había sido ordenado fuera de Inglaterra, lo cual ya constituía de por sí un delito de traición. Guillermo no negó ni su fe ni su sacerdocio e incluso esta declaración la firmó.

El juez llevó este escrito al jurado y, aunque no había otras pruebas, fue considerada suficiente como para declararlo culpable. Guillermo negó ser jesuita y no dudó en decirle al juez que era una persona sanguinaria, deseosa de la sangre de los católicos, ante lo cual el juez dejó el tribunal.

Guillermo fue llevado al ordinario suplicio de la horca y posterior descuartizamiento. Guillermo dio en todo momento pruebas de serenidad, paciencia y presencia de ánimo, mientras que Popham no pudo disimular su ira y odio contra los sacerdotes católicos. Era la segunda quincena del mes de febrero de 1603, día 28 según el calendario romano, aunque se le recuerda hoy.

Fue beatificado el 15 de diciembre de 1929.

28 de febrero

A) MARTIROLOGIO

1 En Alejandría, los santos presbíteros, diáconos y fieles que, durante la peste habida en el imperio de Valeriano el año 262, no dudaron en sufrir la muerte al contagiarse de asistir a los apestados, y a quienes la comunidad venero como mártires *

2 En St Romain de la Roche, San Roman († 463), presbítero y abad

3 La conmemoración de las santas Marana y Cira, vírgenes y reclusas en Berea de Siria

4 En París, Beato Daniel Brottier († 1936), presbítero, de la Congregación del Espíritu Santo *

5 En Oswieicim (Polonia), Beato Timoteo Trojanowski († 1942), religioso franciscano conventual y mártir *

Día 29, en los años bisiestos

Los años no bisiestos estos santos se conmemoran el día 28

1 En Roma, en Vía Tiburtina, San Hilario († 468), Papa **

2 En Worcester, San Oswaldo († 992), obispo de Worcester y arzobispo al mismo tiempo de York **

3 En Aquila de los Abruzos, Beata Antonia de Florencia († 1472), viuda, fundadora del monasterio de Corpus Christi, de monjas clarisas

4 En Sy-Lin Hien, San Augusto Chapdelaine († 1856), de la Sociedad de Misiones Extranjeras de París, presbítero y mártir **

B) Biografías extensas

SAN HILARIO
Papa († 468)

Su nombre latino es ordinariamente Hilarus, a veces Hilarius. Natural de Cerdeña. Siendo diácono de Roma fue enviado en 449 por el papa San León I al concilio [Latrocinio] de Éfeso en calidad de legado pontificio. Aquí se negó a firmar la deposición de San Flaviano, patriarca de Constantinopla. Temiendo las iras de sus adversarios, Hilario partió ocultamente, llevando consigo la apelación que Flaviano dirigía a San León, texto hallado en 1882 por Amelli en la Biblioteca Capitular de Novara. Ya en Italia, el enviado pontificio escribió a la emperatriz Pulqueria, informándola de lo ocurrido. Todavía diácono, despliega otra actividad muy distinta, de carácter litúrgico: encarga a un tal Victorio de Aquitania la composición de un Ciclo Pascual, donde se intenta fijar la verdadera fecha de la Pascua, punto sobre el que aún no estaban de acuerdo griegos y latinos. El mismo Hilario estudió previamente la cuestión; pero, para informarse de los escritos de aquéllos, se valió de traducciones latinas, pues, según parece, conocía bien poco el griego. Por lo demás, el cómputo de Victorio fue ley en la Galia hasta el siglo VIII.

Hilario sucedió a San León en la Sede de San Pedro a fines de 461. Durante sus siete años de pontificado no ocurrieron acontecimientos de gran importancia para la Iglesia universal. El mérito del Santo consiste principalmente en la firme defensa de los derechos de la Iglesia en materia de disciplina y jurisdicción. Ya al año escaso de su consagración, como Pastor supremo, tuvo que dirigirse a Leoncio, arzobispo de Arlés, pidiendo informes sobre la usurpación del episcopado narbonense, llevada a cabo por Hermes: el Papa se extraña de que, siendo el asunto de la incumbencia de Leoncio, éste no le haya escrito antes sobre el conflicto. Poco después, presente «numeroso concurso de obispos», reúne en Roma un concilio donde, por bien de la paz, se consiente dejar a Hermes en la sede narbonense, pero, para prevenir futuros abusos, se le priva del derecho de ordenar obispos, derecho que pasa a Constancio, prelado de Uzès. La resolución conciliar fue enviada el 3 de diciembre, año

462, a los obispos de la Galia meridional en una carta donde también se prescribe que, convocados por Leoncio, se reúnan cada año, a ser posible, todos los titulares de las provincias eclesiásticas a quienes se dirige el documento, o sea de Viena, Lyón, dos de Narbona y la Alpina: en tales asambleas se han de examinar costumbres y ordenaciones de obispos y eclesiásticos, si ocurren causas más importantes que no puedan «terminar», consulten a Roma.

Asimismo tuvo que atender Hilario al asunto del arzobispo de Viena, Mamerto, que había consagrado ilegalmente a Marcelo como obispo de Die. El Papa, manteniendo los principios legales y renunciando a imponer penas (supuesta la sumisión del acusado), remite la cuestión a Leoncio, a quien pertenecía en este caso el derecho de consagrar.

Abusos semejantes, cometidos en España, fueron considerados en un concilio de 48 obispos que congregó el Papa en Santa María la Mayor (noviembre del 465). En la carta referente a este sínodo, enviada a los prelados de la provincia de Tarragona, que previamente habían consultado a Hilario, manda el Pontífice, entre otras cosas: 1.° Sin consentimiento del metropolitano tarraconense, Ascanio, no sea consagrado ningún obispo. 2.° Ningún prelado, dejando su propia iglesia, pase a otra. 3.° En cuanto a Ireneo, sea separado de la iglesia de Barcelona y retorne a la suya. 4.° A los obispos ya ordenados, los confirma el Papa, con tal que no tengan las irregularidades señaladas en el concilio.

Otro mérito de San Hilario fue el haber impedido la propaganda herética en Roma al macedoniano Filoteo, y esto a pesar del apoyo que encontró el hereje en el nuevo emperador de Occidente, Antemio.

Tal rectitud de Hilario en lo tocante a la disciplina y a la fe, brota de lo que podríamos llamar norma de su vida y su gobierno: «En pro de la universal concordia de los sacerdotes del Señor, procuraré que nadie se atreva a buscar su propio interés, sino que todos se esfuercen en promover la causa de Cristo» (epist. *Dilectioni meae,* a Leoncio, ed. Thiel, 1,139).

En cuanto a lo referente a la piedad personal y fomento del culto, señalemos que Hilario edificó, entre otros, dos oratorios

en la basílica constantiniana de Letrán: el de San Juan Bautista y el de San Juan Evangelista. Otro, dedicado a la Santa Cruz, con ocho capillas, se alzaba al noroeste de aquél. El Papa profesaba especial devoción al santo Evangelista, pues a él atribuía el haberse salvado de los peligros que corrió en el Latrocinio de Éfeso: en señal de gratitud hizo grabar a la entrada del oratorio la siguiente inscripción: «A su libertador, el Beato Juan Evangelista, Hilario obispo, siervo de Dios». A este mismo Papa atribuye el *Liber pontificalis* la construcción de un servicio de altar completo, destinado a las misas estacionales: un cáliz de oro para el Papa; 25 cálices de plata para los sacerdotes titulares que celebraban con él; 25 grandes vasos para recibir las oblaciones de vino presentadas por los fieles y 50 cálices ministeriales para distribuir la comunión. El servicio se depositaba en la iglesia de Letrán o en Santa María la Mayor, y el día de estación se transportaban los vasos sagrados a la iglesia donde iba a celebrarse la asamblea litúrgica. También levantó Hilario un monasterio dedicado a San Lorenzo, y cerca de él una casa de campo, probablemente residencia o «villa» papal, con dos bibliotecas.

Murió el Santo el 9 de febrero de 468. Fue enterrado en San Lorenzo *extra muros*. Largo tiempo se celebró su aniversario el 10 de septiembre, conforme a ciertos manuscritos jeronimianos; pero ya desde la edición de 1922 del *Martirologio romano*, se trasladó su memoria al 28 de febrero.

AUGUSTO SEGOVIA, SI

Bibliografía

Act. SS. Boll., septiembre, vol.3.
DUCHESNE, L. (ed.), *Liber pontificalis*, I p.242s.
HEFELE, C. J. - LECLERCQ, H., *Histoire des Conciles*, II (París 1907-1952).
TILLEMONT, L. S. DE, *Mémoires pour servir à l'histoire ecclésiastique des six premiers siècles...*, XVI (Venecia) 35s.
BARDY, G., en A. FLICHE - V. MARTIN, *Histoire de l'Église*, IV p.219s; 337s.
AMANN, E., artículo en *Dict. Théol. Cath.*, VI col.2385s.
GRISAR, H., *Rom beim Ausgang der Antiquen Welt* (Geschichte Roms und der Päpste, 1; Friburgo 1901) 323s.

SAN OSWALDO DE WORCESTER
Obispo († 992)

La Iglesia celebra el día de la muerte de los santos porque es su natalicio para el cielo. El 2 de febrero del año 992, cercano ya el final del primer milenio cristiano, fallecía en olor de santidad el Obispo de Worcester, Oswaldo, después de haber lavado los pies a doce pobres y haberles sentado a su mesa.

Worcester, en la orilla izquierda del río Severn, es actualmente una ciudad del Reino Unido, capital del condado de Hereford y Worcester, con casi cien mil habitantes.

Tiene una bella catedral gótica de los siglos XI-XIV. Es un centro industrial muy antiguo, con manufacturas y fábricas de maquinaria y utensilios agrícolas, cueros, porcelanas, etc.

Hijo de padres daneses, Oswaldo era pariente de San Oda, Arzobispo de Canterbury, apellidado «el Bueno», consejero de reyes y mecenas de estudiosos, en la mitad del siglo X. También estaba emparentado con Oskytel, Arzobispo de York.

Se hizo monje benedictino en la famosa abadía francesa de Fleury, junto al río Loira, probablemente por influjo de San Oda.

En el año 959, ya sacerdote, regresa a Inglaterra. Y en 961, por recomendación de San Dunstano, con quien compartía los ideales monásticos, fue nombrado Obispo de Worcester.

Allí, con tenacidad delicada y cortés —contrastando con los bruscos procedimientos de San Etelvoldo en Winchester— logró transformar su cabildo en una auténtica comunidad monacal, el año 964.

Fundó también un monasterio en Westbury-on-Trym, muy cerca de Bristol, y el aún más notable de Ramsey (Huntingtonshire), de donde más tarde nacieron Pershore y Evesham (Worcestershire).

Para su preferido monasterio de Ramsey recabó la ayuda del de Fleury donde se había formado. Y le prestaron como maestro, por algunos años, a San Abbon, que ya gozaba de justa fama entre los monjes.

Abbon, nacido en Orleáns entre 945-950, murió el 13 de noviembre de 1004. Después de una exquisita y vasta formación adquirida en la abadía benedictina de Fleury, e incansable-

mente ampliada en París y Reims —por lo que su erudición se extendía por las áreas de la astronomía, la música, la retórica y la geometría—, llegó a ser uno de los más fecundos escritores de su tiempo. Son famosos sus *Syllogismi didactici.* Con sus escritos de cálculo y de astronomía pudo refutar a los que veían inminente el fin del mundo con los estertores del milenio.

Nada extraño que San Oswaldo le llamara a dirigir la escuela abacial de Ramsey el año 982, pues la fama de Abbon se extendía por doquier.

En la floreciente abadía de Fleury se enseñaban todas las ciencias, hasta la misma taquigrafía. En Inglaterra, Abbon permaneció dos años, gozó de gran prestigio y pudo anudar profundas relaciones de amistad con eminentes personalidades religiosas y civiles.

A su regreso, fue nombrado abad de Fleury en 988. Y, por medio de él, llegó a los monasterios fundados por San Oswaldo la ilusión, el aire primaveral de reforma y renovación que venía de Cluny.

La inteligente labor de San Oswaldo fructificó abundantemente más tarde en los escritos de Byrthferth, sobre todo en el *Manuale,* que fue el más importante y el mejor tratado científico escrito en Inglaterra después de San Beda.

Sin dejar su sede episcopal de Worcester, se le añadió el arzobispado de York, pobre en tierras y bienes. Era de esperar, pues Oswaldo se había convertido en la figura más relevante del renacer monástico que surgió en el siglo X y que iba a dar a Inglaterra muchos obispos esclarecidos, artistas creadores y centros de estudio florecientes, ya antes de la Conquista. Y una pléyade de misioneros para los Países Escandinavos.

En cambio, los hechos demostraron que fue un fracaso su acariciado intento de restaurar la vida monástica en Ripon. A la muerte de San Edoardo, mártir, se produjo una fuerte reacción antimonástica. El rey de Marcia, Elfhere, dispersó las comunidades de Oswaldo, aunque la reacción hostil fue pasajera y no llegó a afectar al monasterio de Ramsey.

Como obispo y pastor, Oswaldo tuvo un objetivo claro y directo: mejorar la deseada formación y educación del clero y la fiel observancia del celibato eclesiástico. Su característica genti-

leza, su natural elegancia, su cortesía y buen humor, le granjearon el amor entrañable de su pueblo.

Después de una vida y muerte ejemplares, su venerado cuerpo fue honoríficamente trasladado a un sepulcro nuevo por San Wulfstano, uno de sus insignes sucesores en el episcopado desde 1062-1095, émulo de sus abstinencias y de su amor a la vida monástica, imitador devotísimo de los santos ingleses, San Beda, San Dunstano y de nuestro San Oswaldo.

El culto a sus reliquias se produjo enseguida. Y en Worcester se celebraba, además de la fiesta de su memorable tránsito el 28 de febrero, la de la traslación el día 15 de abril y la de su ordenación episcopal el 1 de junio.

Un anónimo biógrafo contemporáneo escribió su *Vita,* a la que con toda justicia Eadmero tilda de prolija y pesada. No obstante, los estudiosos modernos la consideran de gran importancia por la información que suministra de aquellos lejanos tiempos.

A la vista está la importancia que en la vida de la Iglesia cobran los monasterios y la vida consagrada. En la época de San Oswaldo se fundaron unos sesenta que dieron sus frutos más tarde. Baste recordar que, durante casi cincuenta años de este siglo, los obispos de las tierras anglosajonas salieron de los monasterios.

Los tres grandes reformadores que renovaron la vida monástica con aportaciones continentales, fueron monjes y después obispos: Dunstan de Londres y después de Cantorbery, Etelvoldo de Winchester, y Oswaldo, el danés, de Worcester y York.

Esta renovación de la vida benedictina impulsada por Cluny y otros famosos cenobios fue uno de los factores principales decisivos para la renovación de la vida cristiana de las comunidades, tantas veces interrumpida, casi hasta la extinción, por las sucesivas invasiones devastadoras.

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

FARMER, H., «Osvaldo», en *Bibliotheca sanctorum,* IX cols.1296-1297.
«Vita», en J. RAINE (ed.), *Historians of the Church of York* (Londres 1879) 399-475.
EADMERO, «Vita», en ibid., 1-59.

SAN AUGUSTO CHAPDELAINE

Presbítero y mártir († 1856)

Nació el 6 de enero de 1814 en la hacienda de La Métairie de La Rochelle Normande (Francia), hijo de Nicolás Chapdelaine y Magdalena Dodeman, padres de una prolífica prole, dedicándose hasta la edad de veinte años a tareas agrícolas. Decidido a ordenarse sacerdote ingresó en el Seminario de Coutances, donde al término de sus estudios recibió el presbiterado el 10 de junio de 1843. Su primer cargo pastoral fue el de vicario de la parroquia de Boucey, donde permanece durante siete años entregado a la predicación y administración sacramental de sus feligreses. Deseoso de ir a evangelizar a tierras de misión, es admitido en la Sociedad de Misiones Extranjeras de París en 1851, y el 29 de abril del año siguiente parte para las misiones de dos grandes provincias del sur de China: Kouang-Tong (Gran Este) y Kouang-Si (Gran Oeste) y la isla de Hainán.

El padre Augusto Chapdelaine embarca en el puerto de Amberes con otros seis sacerdotes el 5 de mayo de 1852, llegando a Hong-Kong en el mes de diciembre, acogiéndose en la nueva procura de las Misiones Extranjeras instalada en aquel lugar, concedido a Inglaterra después de 1842. Durante diez meses el P. Chapdelaine reside en esta casa, a la espera de su nuevo destino misionero.

En compañía del P. Payan parte el 12 de octubre de 1853. Asaltados por un grupo de corsarios que les despojan de cuanto llevaban a bordo, deben regresar a Cantón. En noviembre, a bordo de un barco armado con cuatro cañones, consiguen atemorizar a los piratas que les franquean el paso. Después de un largo periplo por los montes de Humán a pie, en palanquín o en sampán por la orilla del río, llegan a Kouy-Yang, capital de la provincia de Koy-Tcheou «Tierra preciosa» en febrero de 1854. Él mismo escribirá recordando este penoso viaje:

> «Muy fatigados de nuestro viaje después de tres largos meses pasados en barcas descubiertas a todos los vientos, siempre sentado o tendido, sin poder ni salir ni levantarme, ni respirar el aire, ni ver el cielo, sin poder leer ni trabajar. ¡Qué largas y frías son las noches!».

En Kouy-Yang su primera atención fue estudiar la lengua que desconoce. Es acogido en casa de una familia piadosa con la que puede intercambiar sólo unas pocas frases. Tres meses más tarde recibirá el cargo de superior de la Misión y comenzará con otros dos compañeros a predicar apostólicamente. En julio reciben la visita de un cristiano recientemente convertido, Jerónimo Lou Tingmei, que le narra la evangelización de Macao, su país de origen, y en una región vecina a Kouang-Si. Este celoso neófito es un «Miao» de Macao, un hombre culto convertido gracias a la llegada a Macao de cristianos procedentes de Zening. Gente de su etnia emigró de dicha región vecina donde instruyeron en la fe cristiana a un grupo de unos 300.

A mediados de agosto el P. Chapdelaine parte a visitar a los cristianos que habitan en los montes de Kouang-Si, más allá del valle de Hongshuijiang, «el río de las aguas rojas», donde permanece hasta el mes de noviembre. En diciembre un grupo de diez neófitos vienen a buscarlo enviados por Lou Tingmei, recibiendo una acogida afectuosa. Emprendió las visitas a estos nuevos cristianos, en particular visitando Yaoshán en el cantón de Sy-Lin. Esta primera estancia del P. Chapdelaine en Kouang-Si sólo dura algunos meses. A su lado estaba el traidor.

El 8 de diciembre de 1854 celebra la primera misa en Kouang-Si, escogiendo el nombre chino de Ma, lo que le acarreará bien pronto el enojo de algunos, debido a que entre los musulmanes es la primera sílaba del nombre de Mahoma. Un pariente de un neófito, llamado Bai San, le denuncia al prefecto de Sy-Lin como cómplice de los rebeldes musulmanes. El prefecto Tao es un hombre íntegro y descubre pronto la falsedad de la acusación, pidiendo al misionero que le hable del Evangelio que ha tenido ocasión de apreciar, aconsejándole que se quede en la población por razones de seguridad y se retire de inmediato de Kouy-Tcheou, según refiere el mismo misionero a sus superiores:

> «El enemigo del bien se encuentra instalado en su imperio, no ha tardado mucho en suscitar obstaculos Diez dias solo despues de nuestra llegada un familiar de un neofito nos ha denunciado ante el gran mandarin del lugar»

La curiosidad del mandarín por conocer la religión cristiana le hizo preguntar al misionero: «¿Cómo podéis creer en el paraíso y en el infierno sin verlos?», pidiendo, además, que le enseñara los libros religiosos que llevaba «que retuvo unos diez días».

Estuvieron presos unos 18 días, durante los cuales los labradores acudían en masa para verlo y oír predicar el catecismo. Recuperada la libertad el 19 de marzo de 1855, fiesta de San José, bautizó a 809 personas junto con un antiguo y fervoroso budista, Bai Man, que fue bautizado como Lorenzo Pe-Man, retirándose en abril a Kouy-Tcheou y regresando a Kouang-Si en diciembre del mismo año.

La segunda estancia del P. Chapdelaine en Kouang-Si no durará más que dos meses y diez días, desde el 17 de diciembre de 1855 hasta el 28 de febrero de 1856. Durante este tiempo el prefecto Tao ha sido sustituido por un nuevo mandarín, Tchang Ming-Tong, muy hostil para con los cristianos. En Sy-Lin se entera de la nueva situación, al regresar de visitar a los cristianos de Banbo y Yaoshán. Su antiguo denunciante Bai San le persigue y renueva su denuncia, acusando en esta ocasión al extranjero de difundir una religión perversa que autoriza todos los crímenes. La acusación es presentada el 19 de febrero de 1856, encontrándose el tribunal de vacaciones. Sin embargo, el mandarín recluta a varios sicarios y los envía el 24 de febrero a Yaoshán. Los cristianos ruegan al P. Chapdelaine que regrese rápidamente a Kouy-Tcheou, respondiéndoles: «Si yo os dejo, sufriréis por mi causa, para evitar males mayores yo estaré entre vosotros», accediendo, sin embargo, a refugiarse junto con el letrado Luo Gongye, una respetada personalidad local. Al no encontrarle en el poblado, los sicarios asaltan las viviendas y arrestan a la catequista Inés Tsao-Kouy. Al día siguiente, lunes, el misionero, Bai Man y otros cuatro cristianos son conducidos a juicio acompañados por el letrado Luo Gongye. Invitan a Bai Man a renunciar a su religión, se niega, y recibe 300 golpes. El P. Chapdelaine es sometido a crueles torturas y multitud de golpes, atribuyendo el mandarín su paciente humillación a un sortilegio. Lorenzo Bai es decapitado y el P. Chapdelaine encerrado en una pequeña jaula de hierro, donde expira en la noche del 27

al 28 de febrero. Una vez muerto también fue decapitado, arrojando sus cuerpos a los perros.

El prefecto apostólico de Kouang-Si denunció la muerte del P. Chapdelaine como una violación del artículo 23 del Tratado de 1844. Estas muertes fueron utilizadas políticamente para justificar la segunda guerra del opio que concluyó en 1858, con una cláusula que aseguraba la protección de los cristianos. El martirio del P. Chapdelaine y de sus compañeros, ocurrido en plena expansión colonial francesa, señala un nuevo desarrollo en las relaciones occidentales y China. El comportamiento cruel de algunos mandarines tenía como fundamento la resentida venganza de quienes no aceptaban la grandeza moral de unos hombres que predicaban el amor de Dios.

Fue beatificado por León XIII el 27 de mayo de 1900 y proclamado santo por Juan Pablo II el 1 de octubre de 2000, quien recordó a «los misioneros que dejaron su tierra y trataron de introducirse en la realidad china, asumiendo con amor sus características, con el deseo de anunciar a Cristo y servir a ese pueblo».

A pesar de los decretos de 1844 y 1846 que permitían a los chinos convertirse a la fe cristiana, suprimiendo, además, las antiguas penas contra los católicos, la persecución contra los cristianos se mantuvo latente. La lenta transformación de la sociedad china produjo en distintas épocas situaciones especialmente dramáticas, como la muerte del P. Chapdelaine.

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

Acta Leonis XIII XX (1900) 74-82.
BEASSE, J., *Auguste Chapdelaine normand et chinois* (Avranches 2000).
CHARBONNIER, J., «Les 120 martyrs de Chine canonisés le 1er octobre 2000»: *Missions Étrangères* (2000) 72-87
CONFERENCIA EPISCOPAL DE TAIWAN, *Vies des Saints Martyrs de Chine* (2000).
Index ac status causarum, o.c., 478
Martyrologium romanum, o.c , 357-358.
TOUSSAINT, J., *Un martyr normand. Le bienheureux Auguste Chapdelaine* (Coutances 1955)

C) BIOGRAFÍAS BREVES

LOS MÁRTIRES DE LA PESTE DE ALEJANDRÍA
(† 262)

A lo largo de los siglos los seguidores de Cristo no solamente han muerto por la fe sino también a causa de su entrega al servicio del prójimo, es decir, por la caridad de Dios con la que el cristiano ama a su prójimo como Cristo nos amó a nosotros. Esto que puede verse en santos de las épocas cercanas a nosotros, también podemos verlo en santos de la antigüedad cristiana, a quienes la Iglesia tuvo por verdaderos mártires de la caridad.

Quizás el caso más clásico y notable es el de los llamados «mártires de la peste», sucedido en la gran ciudad de Alejandría. Era en tiempo del emperador Valeriano, cuyo odio a la Iglesia hizo que tantos cristianos recibieran la corona del martirio. Y en el año 262 una epidemia de peste asoló la ciudad de Alejandría, siendo miles las personas afectadas de la enfermedad y que murieron a causa de ella.

San Dionisio, obispo de Alejandría, en una carta cuyo texto nos conserva Eusebio de Cesarea en su *Historia eclesiástica* (7,22,7-10), nos cuenta lo ocurrido:

> «Muchos de nuestros hermanos por su mucha caridad, no teniendo en cuenta su propia salud y pensando en los demás, se dedican a visitar sin escrúpulos y con audacia a los enfermos y los asisten asiduamente, y por ello murieron, entregándose de buen grado al cuidado de la enfermedad ajena y atrayendo a sí de algún modo la enfermedad de los otros y padeciendo y sufriendo en sí el dolor ajeno. Y ocurrió que muchos que a otros habían logrado curar y restituir a la salud, ellos mismos murieron...».

Añade el santo obispo alejandrino detalles de las obras de misericordia de estos intrépidos cristianos: no solamente prestaban todo tipo de cuidados a los enfermos sino que se lo hacían también a los muertos, lavándolos, cerrándoles los ojos y la boca, y vistiéndolos... Y cuando estos campeones de la caridad sucumbían, otros cristianos se relevaban en el empeño prestando los mismos servicios que los ya difuntos habían prestado.

Cuenta igualmente San Dionisio que en este servicio de caridad no hubo distinción en la comunidad cristiana: lo prestaron los presbíteros, los diáconos y los seglares. Fue verdaderamente ejemplar este testimonio unánime de una comunidad entera cumpliendo el mandato del Señor de dar la vida por los hermanos.

Por ello —añade San Dionisio— su gesto es muy alabado y es convicción general que esta muerte a causa de la piedad y la firmeza religiosa no es menor que el propio martirio.

La Iglesia romana los conmemora hoy en su *Martirologio.*

BEATA ANTONIA DE FLORENCIA

Viuda († 1472)

Nace en Florencia el año 1401 en una familia de la clase media. La religión la aprende en su hogar, donde se respira un clima de piedad que deja fuerte impacto en Antonia.

Llegada a la juventud se le propone el matrimonio y la joven acepta, y quiere dentro del matrimonio cumplir sus deberes como esposa, pero muy pronto queda viuda sin haber aún tenido hijos. Sus padres le insisten en que contraiga un nuevo matrimonio, pero ella ha resuelto que, habiéndose Dios llevado a su querido esposo, ya no tendrá otro esposo sino a Jesucristo.

Se funda por entonces en Florencia un monasterio de terciarias franciscanas regulares y Antonia decide consagrarse al Señor en él, ingresando en el mismo el año 1429. No ha hecho más que emitir los votos cuando le piden que se traslade a Foligno nada menos que como abadesa de aquel monasterio de su Orden, y en él ejerce con prudencia y celo su oficio, tanto que tres años más tarde le piden que sea la abadesa del monasterio de Aquila.

Pero en el corazón de Antonia empieza a madurar una idea que deseaba ella saber si venía de Dios: quería vivir bajo la estrecha regla de Santa Clara, es decir, en la segunda Orden franciscana. Lo consulta con San Juan de Capistrano que visita su monasterio y el santo aprueba su propósito y se ofrece a ayudarla en la consecución del mismo. San Juan de Capistrano recurre al papa Nicolás V, el cual aprueba que pase Antonia al

nuevo monasterio de Corpus Christi, fundado en Aquila, y que en él se observe en toda su estrechez la regla de Santa Clara. Doce religiosas, escogidas por ella, pasan del monasterio terciario al nuevo, y Antonia queda como abadesa de la nueva institución.

Siete años dirigirá Antonia la marcha de este monasterio, al que por su perfecta observancia se le llamó dentro de la Orden un nuevo San Damián. Era su ideal vivir la pobreza franciscana en toda su pureza, dedicarse con entera libertad interior a la alabanza divina y crecer cada día en la unión perfecta con el Señor por medio de todas las virtudes cristianas.

Una enfermedad dolorosísima postra a Antonia durante los últimos quince años de su vida, dando entonces el ejemplo de su fortaleza y su paciencia a todas las religiosas. Pasa al Padre el 28 de febrero del año 1472. Su culto secular fue confirmado por el papa Pío IX el 17 de septiembre de 1847.

BEATO DANIEL BROTTIER

Presbítero († 1936)

Daniel Alejo Brottier nació en La Ferté-Saint-Cyr el 7 de septiembre de 1876 de padres de condición económica modesta, que lo educaron cristianamente. Sintiendo la llamada de Dios, con 14 años entró en el seminario diocesano de Blois donde continuó los estudios necesarios hasta su ordenación sacerdotal el 22 de septiembre de 1899. El obispo lo envió como profesor al colegio diocesano de Pontlevoy, donde cumplió sus deberes docentes los cursos 1899 y siguientes hasta que pensó que su verdadera vocación era otra. Había surgido en su corazón el deseo de entregarse a la gran causa de las misiones y, convencido de que era Dios quien le llamaba, el 24 de septiembre de 1902 entró en el noviciado de la Congregación del Espíritu Santo, que era la que había elegido. Hecho el noviciado, pronunció los votos religiosos al año siguiente y sin solución de continuidad fue destinado a las misiones del Senegal.

Dio lo mejor de sí en la tarea misional pero su salud se resintió de manera notable, especialmente debido a la fuerte jaqueca que sentía continuamente. Los superiores en 1906 le or-

denaron volver a Francia. Aquí se sometió a tratamiento médico que lo mejoró, de modo que a comienzos de 1907 volvía a Senegal, donde en cuanto llegó le volvieron las migrañas. En vista de ello lo enviaron definitivamente a Francia. Y aquí pensó que podría hacer algo por las misiones senegalesas, y entonces fundó la obra «Recuerdo Africano» que se dedicó a recoger fondos para poder construir la catedral de Dakar, lo que se logró.

Cuando estalló la guerra europea de 1914 Daniel se preguntó qué podría hacer en medio de la tragedia y entendió que su manera más segura de estar cerca de gente necesitada de consuelo y ayuda era hacerse capellán castrense. Como tal recorrió todos los campos de batalla del corazón de Europa, con una abnegación y un valor admirables, que lo harían acreedor, pasada la contienda, a la Legión de Honor y la Cruz de la Guerra. Heridos y moribundos, muchachos asustados, desanimados y perdidos en medio del peligro y la matanza, hallaron en Daniel al amigo, al hermano, al compañero que prestaba auxilio y confortación.

Terminada la guerra empezaría para él un nuevo trabajo importante: se le encargaría la Casa de Huérfanos de Auteuil, que él amplió y llevó adelante por medio de la recogida de limosnas hasta alcanzar una acogida de cerca de mil quinientos chicos. Lanzó también la Unión Nacional de Excombatientes para su apoyo mutuo y llegó a contar con dos millones de afiliados.

Todos los que trataban con él admiraban su fe en la Providencia, su caridad inagotable, su entrega generosa a todos los trabajos y su enorme vida interior, virtudes que hicieron fructuosa una vida que parecía sin futuro especial cuando regresó enfermo de África. Era especialmente devoto de Santa Teresita del Niño Jesús. Murió el 28 de febrero de 1936 en París. Lo beatificó el papa Juan Pablo II el 24 de noviembre de 1984.

BEATO TIMOTEO TROJANOWSKI

Religioso y martir († 1942)

En el bautismo recibió el nombre de Estanislao Antonio, que cambió por el de Timoteo al hacer la profesión religiosa.

Nació en Sadlowo (Polonia) el 29 de julio de 1908, hijo de Ignacio y Francisca.

Como era una familia pobre la suya, tuvo que trabajar desde pequeño y por ello, además, no pudo ir a la escuela más que los tres primeros cursos de la enseñanza elemental.

Sintiendo la vocación religiosa y cuando tenía 22 años entró en el convento de franciscanos conventuales de Niepokalanow. Dos años más tarde emitía la profesión simple y el 11 de febrero de 1935 la solemne.

Se le destinó a la redacción de la revista *El Caballero de la Inmaculada* y también era el enfermero de la comunidad. Declarada la guerra, tuvo la opción de irse pero prefirió permanecer con los religiosos, siete de los cuales, y él entre ellos, fueron arrestados el 14 de octubre de 1941 y llevados a Varsovia, donde fueron encarcelados. A comienzos de enero del año siguiente fue llevado al campo de concentración de Oswieicim, donde contrajo una pulmonía que le llevó a la muerte el 28 de febrero de 1942.

Religioso observante, humilde y entregado a su vocación, hombre de oración y de intensa vida interior, soportó con paciencia y fe las duras condiciones de la cárcel y del campo de concentración, que minaron su salud. Era devotísimo de la Inmaculada. El papa Juan Pablo II lo beatificó el 13 de junio de 1999.

APÉNDICE

13 de febrero

SANTA ENGRACIA

Virgen y mártir († s. XI)

La Iglesia diocesana de Mérida-Badajoz celebra el 13 de febrero la memoria de Santa Engracia, virgen y mártir, memoria que no viene recogida por el *Martirologio romano.*

Según la tradición que da fundamento a esta memoria, la santa era natural de Badajoz y vivió en mitad del s. XI en el reinado de Fernando I de Castilla y León. Era una joven que, movida de sus sentimientos religiosos, había hecho a Dios voto de su virginidad, pero a la que sus padres habían prometido en matrimonio. Para permanecer fiel a su voto, cuando supo que sus padres querían casarla, abandonó el hogar paterno y se fue a Castilla. Pero el novio la siguió y pudo encontrarla en los montes de Carvajales junto a León y, despechado, le cortó la cabeza, que llevó consigo pero luego tiró a una laguna, de donde fue tomada más tarde y llevada a Badajoz, mientras su cuerpo era piadosamente enterrado por los agustinos de un cercano monasterio. Un acuerdo capitular de Badajoz del año 1580 introdujo la memoria litúrgica de la virgen mártir.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

CROISSET, J., *Año Cristiano, adicionado con las vidas de los santos y festividades que celebra la Iglesia de España, y que escribieron los PP. Pedro Centeno y Juan de Rojas OSA,* IV (Barcelona 1853) 44-45

19 de febrero

SAN BEATO DE LIÉBANA

(† ca.800)

Casi todo el mundo identifica a Beato de Liébana como autor de un libro que gozó de extraordinaria difusión en la Edad Media y cuyos códices conservados, por lo general bellamente iluminados, gozan hoy de gran popularidad. Pero, ¿quién es verdaderamente Beato de Liébana? Desgraciadamente, es muy poco lo que sabemos de este personaje, y los escasos datos sobre su vida que conocemos vienen envueltos en los escritos que provocara la controversia adopcionista. Una supuesta *Vita,* en la que se confunde a Beato con Oveco o Bieco de Valcavado, es obra tardía, compuesta en el siglo XVII por Tamayo de Salazar y de nulo valor histórico. Como es normal en personajes de tan remota antigüedad, ignoramos el lugar y la fecha, siquiera aproximada, de su nacimiento. En varios escritos es tildado de lebaniego o de asturiano, pero esto puede significar tanto que había nacido allí como que simplemente habitaba en aquel país. No hay forma de inclinarse por alguna de las dos posibilidades con mayor o menor certeza. No hay que olvidar que, por los años en que debió nacer, España estaba ya casi en su totalidad en manos de los árabes y sólo unos pocos cristianos resistían en las montañas de Asturias. Alfonso I, hacia el año 741, asoló la meseta superior, llevándose a su reino a cuantos cristianos pudo encontrar, con la idea de crear una especie de barrera desértica entre el Islam y los cristianos; algunos historiadores opinan que entre éstos podría encontrarse nuestro Beato. En cualquier caso, lo que sí es indudable es su condición de presbítero; sólo Alcuino, sin conocerle directamente, le da el apelativo de abad. Tampoco es del todo seguro que fuera monje, y menos aún en el monasterio de San Martín, llamado más tarde Santo Toribio de Liébana, aunque algunos indicios apuntan en esta dirección. De hecho, el mismo Beato da a entender su condición monástica cuando en el prólogo a su famoso comentario al Apocalipsis dice haberlo compuesto *ob ædificationem studii fratrum,* para instrucción de los hermanos. Además, Alcuino, en su carta al mis-

mo Beato, llama a San Martín «vuestro patrón y protector», el mismo que el del monje Vicente, a quien él recibió en Tours como enviado de Beato. Queda, por otro lado, la tradición del propio monasterio de Santo Toribio, donde siempre se le tuvo por monje de la casa.

Dando lo cierto como cierto y lo probable como probable, podemos decir que Beato, presbítero asturiano y quizás más concretamente lebaniego, acaso monje de San Martín de Turieno (hoy Santo Toribio de Liébana), escribió el año 776 una primera redacción de los *Commentaria in Apocalypsin.* En realidad, éste es el primer dato cierto con que contamos de su vida, que resulta del análisis de la fecha que dan algunos manuscritos. Para entonces Beato tendría ya la edad suficiente como para poseer la formación cultural elevada que se transparenta en su escrito. Sabemos también que en el año 784 rehizo de nuevo su comentario.

Pero será este mismo año cuando sepamos algo más de nuestro personaje. Un sínodo reunido en Sevilla condenó como hereje a un tal Migecio, que profesaba doctrinas erróneas sobre la Trinidad y llegó a creerse una nueva encarnación de Cristo. El debelador de la herejía fue Elipando, arzobispo de Toledo. Con tal motivo, difunde por toda España un nuevo *Credo* que no deja de sorprender a muchos, pues por combatir doctrinas erróneas cae él mismo en la herejía. Elipando ataca frontalmente la doctrina tradicional de la Iglesia sobre la Trinidad; utilizando una formulación cuando menos confusa, afirma que Cristo, en cuanto hombre, debe ser tenido como hijo adoptivo de Dios, lo que supone caer en el subordinacionismo y negar la unicidad de persona en Cristo. La herejía como tal no era nueva en la Iglesia; ya había sido defendida en el siglo V por Nestorio y la escuela antioquena, pero en la España del siglo VIII adquiere inusitado rebrote. Además, es nada menos que el arzobispo de Toledo su más acérrimo defensor. Resulta aventurado enfrentarse con tan alta jerarquía eclesiástica, pero Beato, acompañado de su amigo Eterio, obispo de Osma, no duda en hacerlo. No sabemos cómo, pero el año siguiente el arzobispo de Toledo tiene noticias de que un presbítero lebaniego y un obispo que, por imperativos de la invasión musulmana y de las campañas de

Alfonso I, no puede residir en su diócesis, le llevan la contraria. La mansedumbre evangélica no es una cualidad que adorne a Elipando; lleno de ira, escribe una carta al obispo Ascario de Astorga y al abad Fidel. Éste la recibe en el mes de octubre del año 785 y la hace pública antes de ponerla en conocimiento de aquellos contra los que arremete directamente. El 26 de noviembre, Beato y Eterio se hallan en Pravia en la profesión monástica de la reina Adosinda, obligada a tomar el velo por favorecer la candidatura al trono de su sobrino Alfonso en contra del rey Mauregato, y pueden, por fin, leer la carta que ya empieza a ser famosa, y en la que se ven tildados de ignorantes y cismáticos.

Eterio y Beato no se quedan cruzados de brazos; ambos deciden responder a la diatriba del toledano con una obra que quizás ya tenían pergeñada. Surge así el *Apologeticum* en forma de carta dirigida «a nuestro eminentísimo amado de Dios, Elipando, arzobispo de la sede toledana». El presbítero y el obispo guardan las formas ante el arzobispo de Toledo, a cuya autoridad espiritual se saben sujetos. Pero, con toda la educación del mundo, no dudan en tacharlo de hereje y mentiroso, soberbio, vanidoso e insensato. Pero quizás, lo que más pudo encolerizar al arzobispo de Toledo fue ver unido su nombre a los de otros herejes famosos, como Arrio, Sabelio o Joviniano, y ser todos ellos, en cuanto herejes, llamados testículos del Anticristo. Ignoramos qué participación tuvo Beato en los acontecimientos posteriores, que llevaron la disputa doctrinal más allá de los Pirineos y terminaron con la condena de las tesis adopcionistas en el sínodo provincial de Narbona del año 788 y en otras asambleas eclesiásticas. Con el *Apologeticum,* definido por Menéndez Pelayo como «libro bárbaro, singular y atractivo, donde las frases son de hierro, como forjadas en los montes que dieron asilo y trono a Pelayo», Beato desaparece de la escena. Sabemos que en el año 786 debió retocar por tercera vez su comentario al Apocalipsis, añadiendo la dedicatoria a Eterio y completándolo con el comentario de San Jerónimo al profeta Daniel y las genealogías isidorianas, formando así un todo que será el más recogido por los manuscritos que nos quedan. Otra obra suya, el himno *O Dei Verbum,* en honor del apóstol Santia-

go, fue escrita en los años del reinado de Mauregato (783-788), a quien va dedicada. En ella canta su firme convicción de la presencia del apóstol en España, lo invoca como celestial patrono y prepara el camino para la no lejana invención de su sepulcro en Compostela. Si Beato apoyó la causa de Mauregato frente a la del futuro Alfonso II (como lo da a entender la dedicatoria del himno y su presencia en la profesión religiosa de Adosinda), nada tiene de extraño que, al advenimiento al trono del nieto de Alfonso I, se retirara discretamente de la corte. Elipando, empero, seguirá arremetiendo contra él; en su carta a los obispos de las Galias, del año 794, llama a Beato nefando presbítero y pseudoprofeta, que «constantemente se acuesta con prostitutas». Conociendo el tono que Elipando usa contra sus enemigos, contra Alcuino, Eterio o el mismo Beato, no parece que haya que dar mucho crédito a esta acusación. Alcuino, por el contrario, proclama la fama de la caridad del lebaniego. Más creíble es la acusación que le hace el arzobispo toledano de ser un milenarista, esto es, uno de aquellos que esperaban con inminencia el fin del mundo. Según Elipando, Beato esperó el fin de los tiempos en la vigilia de Pascua de no sabemos qué año, profetizando a un tal Ordoño el evento; con un grupo de fieles aterrorizados ayunaron toda la noche hasta que, llegada la tarde del domingo y visto que nada sucedía, el citado Ordoño, como sintiera hambre, dijo al pueblo: «Comamos y bebamos; pues, si hemos de morir, que al menos estemos hartos». Es posible que la lengua viperina de Elipando haya inventado esta historia para desacreditar aún más a su oponente, pero no hay que olvidar que Beato profesaba un milenarismo siquiera mitigado. En su comentario al Apocalipsis llega a decir que el fin del mundo tendrá lugar el año 800, aunque a Dios toca alargar o acortar el plazo. Sin embargo, sensatamente añade que «cuando sale cada uno del mundo, es entonces para él el fin del mundo». A él debió llegarle hacia el año 800. Si la tradición del monasterio de Santo Toribio es exacta, pudo morir un 19 de febrero, día en que se celebra su fiesta, ya que en la Liébana ha recibido culto inmemorial. Sin embargo, nunca ha sido oficialmente canonizado ni autorizado su culto, que no ha salido de los estrechos márgenes de las montañas cántabras.

Muy alejados del tiempo de Beato y de sus preocupaciones teológicas, los libros que él escribió se nos presentan hoy difíciles de digerir y portadores de un mensaje que no nos parece el adecuado para nuestras inquietudes. Pero hay algo en su figura que, hoy como ayer, resulta atrayente: su amor por la palabra de Dios, que le lleva a una lectura asidua de la Escritura y de los comentarios de los Santos Padres que tenía a su alcance, y su profundo amor a la verdad. Beato, hombre de su tiempo, escribió y actuó de forma comprensible para sus coetáneos, centrándolo todo en la figura de Jesucristo. Con los medios que pone hoy Dios a nuestro alcance, no es otra nuestra misión como verdaderos discípulos de Cristo.

MIGUEL C. VIVANCOS, OSB

Bibliografía

Actas del Simposio para el estudio de los códices de «Comentarios al Apocalipsis» de Beato de Liébana, 3 vols. (Madrid 1978-1980).

GONZALEZ ECHEGARAY, J., «Beato de Liebana», en *Comentarios al Apocalipsis de Beato de Liébana* (Barcelona 1995) 9-55

GONZALEZ ECHEGARAY, J. - CAMPO, A. DEL - FREEMAN, L. G., *Obras completas de Beato de Liébana* (BAC Maior 47, 1995).

VIVANCOS, M. C., «El Apocalipsis de Juan y Beato», en *Comentarios al Apocalipsis de Beato de Liebana* (Barcelona 1995) 57-77

23 de febrero

SANTA MARTA DE ASTORGA

Virgen y mártir († s. III)

La Iglesia diocesana de Astorga celebra el 23 de febrero la memoria litúrgica de Santa Marta, virgen y mártir, memoria que no recoge el nuevo *Martirologio romano.* Sí la recogía el anterior, y la había introducido en él el Card. Baronio, el cual en nota justificativa de su introducción apela al tabulario de la Iglesia asturicense. Los antiguos martirologios no recogen esta memoria que, como indica A. Quintana Prieto, no aparece con anterioridad al s. IX, en el cual ya existía dentro de los muros de la ciudad

un monasterio que estaba dedicado a la Santa, como lo estaba asimismo el monasterio de Tera, uno de los más insignes de la diócesis, y los privilegios reales concedidos al monasterio hablan de los milagros que se atribuían a la intercesión de la Santa.

Según la tradición, era una joven virgen cristiana consagrada al Señor y que en la persecución de Decio (250-251) fue llevada ante el procónsul Paterno, el cual la mandó atormentar para que adorase los ídolos, pero la joven perseveró en su fe. Variando el método, pasó de los tormentos a las lisonjas y le propuso casarla con su propio hijo si apostataba del cristianismo, siendo ello también en vano, pues la mártir alegó estar ya consagrada a Jesucristo. Entonces fue decapitada.

Santa Marta es patrona de la ciudad de Astorga, donde se la celebra con rango de solemnidad el día 23 de febrero.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

El Santo de cada día, I (Zaragoza 1946) 552.
Martyrologium romanum, o.c., 106.
QUINTANA PRIETO, A., en *Bibliotheca sanctorum,* VIII cols.1203-1204.

CALENDARIO ESPAÑOL

MEMORIAS QUE CELEBRAN LAS DIÓCESIS ESPAÑOLAS

Día 1	En Granada, San Cecilio, obispo y mártir.
Día 3	En Orense, San Francisco Blanco y compañeros, mártires.
Día 7	En Teruel, Beatos Anselmo Polanco, obispo, y Felipe Ripoll, presbítero, mártires.
Día 9	En Burgos, San Sisebuto, abad.
Día 12	En Barcelona, Santa Eulalia, virgen y mártir.
	En Huelva, dedicación de la Iglesia Catedral.
Día 13	En Mérida-Badajoz, Santa Engracia, virgen y mártir.
Día 15	En Ciudad Real y Córdoba, San Juan Bautista de la Concepción, presbítero.
	En Valencia, Beato Vicente Vilar David, mártir.
Día 16	En Astorga, Beato Juan de Santo Domingo, mártir.
Día 18	En Toledo, San Eladio, obispo.
Día 19	En Córdoba, Beato Álvaro de Córdoba, presbítero.
Día 23	En Astorga, Santa Marta, virgen y mártir.
	En Bilbao y San Sebastián, Beata Rafaela Ybarra, viuda.
Día 25	En Orense, Beato Sebastián de Aparicio, religioso.
Día 26	En Barcelona, Santa Paula Montal, virgen.
Día 27	En Mallorca y Menorca, Beata Francisca Ana Cirer, virgen.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

1 Santos y beatos

Adalberto Nierychlewski, Bto. († 1942), día 7, 188-189.
Adelaida de Villich, Sta. († 1015), día 5, 114-121.
Águeda, Sta. († 251), día 5, 102-105
Alejandría, Mártires de la peste de († 262), día 28, 609-610
Alejandro, San († 326), día 26, 556-562.
Alfonso María Fusco, Bto. († 1910), día 6, 146-151.
Álvaro de Córdoba, Bto. († 1430), día 19, 404-415.
Amando, San († 679), día 6, 152-153.
Ana Line, Sta. († 1601), día 27, 578-587
Ana María Vaillot, Bta. († 1794), día 1, 25.
Andrés Carlos Ferrari, Bto. († 1921), día 2, 39-44.
Andrés Conti, Bto. († 1302), día 1, 22-23.
Ángel de Borgo San Sepolcro, Bto. († 1306), día 15, 341-342.
Ángel de Furci, Bto. († 1327), día 6, 153-154.
Angélico o Juan de Fiésole, Bto. († 1455), día 18, 377-383.
Anselmo Polanco, Bto. († 1939), día 7, 171-179.
Antonia de Florencia, Bta. († 1472), día 28, 610-611.
Antonio Cauleas, San († 901), día 12, 279-280.
Antonio de Sorrento, San († 830), día 14, 321-322.
Antonio de Stroncone, Bto. († 1461), día 7, 183-184.
Antonio Leszczewicz, Bto. († 1943), día 17, 367.
Apolonia, Sta. († 250), día 9, 228-229.
Augusto Chapdelaine, San († 1856), día 28, 605-608
Ausberto de Ruán, San († 695), día 9, 229.
Auxencio, San († s. V), día 14, 320-321.
Avito de Vienne, San († 518), día 5, 122.

Baldomero, San († 660), día 27, 595-596.
Beato de Liébana, San († ca.800), día 19, 616-620.
Benito de Aniano, San († 821), día 12, 270-278.
Blas, San († ca.316), día 3, 63-67.
Bonifacio de Bruselas, Bto. († 1260), día 19, 415-416
Brígida de Kildare, Sta. († ca 521), día 1, 4-10.

Calixto Caravario, San († 1930), día 25, 544-549.
Catalina de Ricci, Sta. († 1590), día 2, 33-35.
Cátedra de San Pedro, día 22, 461-468.
Cesáreo de Nacianzo, San († 369), día 25, 549-550.
Cirilo, San († 869), día 14, 301-310.
Clara de Rímini, Bta. († 1326), día 10, 242-243.

Claudina Thévenet, Sta. (1837), día 3, 71-77.
Claudio de la Colombière, San († 1682), día 15, 333-340.
Coínta, Sta. († 259), día 8, 216-217
Constancio de Fabriano, Bto († 1481), día 24, 537.
Cornelio O'Devany, Bto († 1612), día 1, 23-24.
Cristina de Espoleto, Bta. († 1458), día 13, 294-295

Daniel Brottier, Bto. († 1936), día 28, 611-612.
Diego Carvalho, Bto. († 1624), día 22, 481-483.
Domingo Lentini, Bto. († 1828), día 25, 552-553.
Dorotea, Sta. († 304), día 6, 130-136.

Eladio de Toledo, San († 633), día 18, 368-376.
Eleuterio, San († 530), día 20, 434.
Elías, San († 309), día 16, 350.
Engracia, Sta. († s. XI), día 13, 615
Enrique Morse, San († 1645), día 1, 24.
Escolástica, Sta. († ca.547), día 10, 231-237.
Esteban Bellesini, Bto. († 1840), día 2, 61-62.
Esteban de Muret, San († 1124), día 8, 191-196.
Esteban Vicente Frelichowski, Bto. († 1945), día 23, 515-517.
Etelberto de Kent, San († 616), día 24, 518-524.
Eulalia de Barcelona, Sta. († ca.304), día 12, 265-270.
Euquerio de Orleáns, San († 738), día 20, 418-421.
Eustacio, San († 338), día 21, 457-458.
Eustoquio Bellini, Bta. († 1469), día 13, 295-296.

Felipa Mareri, Bta. († 1236), día 16, 351-352.
Felipe Ripoll, Bto († 1939), día 7, 171-179
Fintano, San († 603), día 17, 365
Flaviano de Constantinopla, San († 449), día 17, 361-364.
Francisca Ana Cirer Carbonell, Bta. († 1855), día 27, 587-591.
Francisca Mézière, Bta. († 1794), día 5, 122-123.
Francisco Marto, Bto. († 1919), día 20, 422-434.
Francisco Regis Clet, San († 1820), día 18, 383-390
Francisco Spinelli, Bto. († 1913), día 6, 144-146.
Fundadores Servitas, Siete Santos († s. XIII-XIV), día 17, 353-361

Gabriel de la Dolorosa, San († 1862), día 27, 573-578.
Germán, San († 667), día 21, 458-459.
Gertrudis (Catalina) Comensoli, Bta († 1903), día 18, 390-398.
Gil María de San José, San († 1812), día 7, 155-161.
Gilberto de Sempringham, San († 1189), día 4, 86-89.
Gregorio II, San († 731), día 11, 254-261.
Guarino, San († 1159), día 6, 153.
Guillermo de Malavalle, San († 1157), día 10, 241.
Guillermo Harrington, Bto. († 1594), día 18, 401.
Guillermo Richardson, Bto († 1603), día 27, 597-598.
Guillermo Saultemouche, Bto († 1593), día 7, 184-186.

Hilario, San († 468), día 28, 599-601.
Hugo de Fosses, Bto. († 1163), día 10, 241-242.

Humbelina de Fontaines, Bta. († 1136), día 12, 280-281.

Isabel Canori Mora, Bta. († 1825), día 5, 105-114.
Isabel de Francia, Bta. († 1270), día 22, 480-481.
Isabel Picenardi, Bta. († 1468), día 19, 416.

Jacinta Marto, Bta. († 1920), día 20, 422-434.
Jerónimo Emiliano, San († 1537), día 8, 197-200.
Jesús Méndez, San († 1928), día 5, 123-124.
Jordán de Sajonia, Bto. († 1237), día 13, 283-288.
Jorge Kaszyra, Bto. († 1943), día 18, 402-403.
José Allamano, Bto. († 1926), día 16, 342-350.
José de Leonisa, San († 1612), día 4, 100-101.
José Zaplata, Bto. († 1945), día 19, 417-418.
Josefa Naval Girbés, Bta. († 1893), día 24, 524-531.
Josefina Bakhita, Sta. († 1947), día 8, 200-212.
Josefina Gabriela Bonino, Bta. († 1906), día 8, 213-216.
Josefina Judit (Adelaida) Vannini, Bta. († 1911), día 23, 510-515.
Juan Bautista de la Concepción, San († 1618), día 14, 310-314.
Juan de Brito, San († 1693), día 4, 95-97.
Juan de Triora, San († 1816), día 7, 187-188.
Juan Nelson, Bto. († 1578), día 3, 84-85.
Juan Nutter, Bto. († 1584), día 12, 281-282.
Juan Pedro Neel, San († 1862), día 18, 402.
Juan Pibush, Bto. († 1601), día 18, 401.
Juan Speed, Bto. († 1594), día 4, 99.
Juan Teófanes Vénard, San († 1861), día 2, 45-53.
Juana de Francia, Sta. († 1505), día 4, 89-94.
Juana de Lestonnac, Sta. († 1640), día 2, 35-39.
Juana Francisca de la Visitación, Bta. († 1888), día 1, 17-20.
Julia Rodzinska, Bta. († 1945), día 20, 434-435.

Lorenzo de Canterbury, San († 619), día 2, 60.
Lorenzo Pe-Man, San († 1856), día 25, 554-555.
Lourdes, Nuestra Señora de, día 11, 244-254.
Lucas Belludi, Bto. († 1286), día 17, 365-366.
Lucía Yi, Sta. († 1862), día 19, 416-417.
Luis Mzyk, Bto. († 1942), día 23, 517.
Luis Stepinac, Bto. († 1960), día 10, 237-241.
Luis Versiglia, San († 1930), día 25, 544-549.

Marcos Barkworth, Bto. († 1601), día 27, 596-597.
Marcos de Marconi, Bto. († 1510), día 24, 537-538.
Margarita de Cortona, Sta. († 1297), día 22, 468-475.
María Adeodata Pisani, Bta. († 1855), día 25, 553-554.
María Ana Rivier, Bta. († 1838), día 3, 77-81.
María Catalina Kasper, Bta. († 1898), día 2, 53-59.
María de Jesús Deluil Martiny, Bta. († 1884), día 27, 591-595.

María de Jesús Emilia de Oultremont, Bta. († 1878), día 22, 475-479.
María de la Providencia (Eugenia Smet), Bta. († 1871), día 7, 179-182.
María Elena Stollenwerk, Bta († 1900), día 3, 82-83.
María Enriqueta Dominici, Bta († 1894), día 21, 459-461.
Marón del Líbano, San († ca.410), día 9, 218-226.
Marta de Astorga, Sta. († s. III), día 23, 620-621
Marutas, San († ca.420), día 16, 351
Mateo Correa, San († 1927), día 6, 136-144.
Melecio de Antioquía, San († 381), día 12, 278-279.
Mesrop, San († 440), día 17, 364-365.
Metodio, San († 884), día 14, 301-310.
Miguel Febres Cordero, San († 1910), día 9, 226-228

Nagasaki, Mártires de, día 6, 125-130.
Nicolás de Longobardi, Bto. († 1709), día 2, 60-61
Nicolás de Paglia, Bto. († 1256), día 16, 352.
Nicolás Estudita, San († 868), día 4, 98-99.
Noel Pinot, Bto. († 1794), día 21, 448-457

Onésimo, San, día 15, 322-332
Óscar, San († 865), día 3, 67-71.
Oswaldo de Worcester, San († 992), día 28, 602-604.

Pablo Lieou Han Tso, San († 1818), día 13, 296-297.
Pablo Loc, San († 1859), día 13, 289-294.
Papías, San († s. II), día 22, 479-480
Pascual I, San († 824), día 11, 261-262.
Patricio O'Loghram, Bto. († 1612), día 1, 23-24.
Paula Montal y Fornés de San José de Calasanz, Sta († 1889), día 26, 563-571.
Pedro Damián, San († 1072), día 21, 436-442.
Pedro Ígneo, Bto. († 1089), día 8, 217-218.
Pedro Maldonado, San († 1937), día 11, 262-263
Pedro Verhun, Bto. († 1957), día 7, 189-190.
Pedro Yu Chongyul, San († 1866), día 17, 366-367
Pío IX, Bto. († 1878), día 7, 161-171.
Policarpo de Esmirna, San († ca 150), día 23, 483-490.
Porfirio de Gaza, San († 421), día 26, 571-572.
Presentación del Señor, día 2, 26-33
Purificación de Nuestra Señora, día 2, 26-33.

Rabano Mauro, San († 856), día 4, 98.
Rafaela Ybarra de Vilallonga, Bta. († 1900), día 23, 498-510.
Raimundo, San († 1163), día 1, 11-17
Randoaldo, San († 667), día 21, 458-459
Reginaldo de Orleáns, Bto. († 1220), día 1, 21.
Ricardo, San († 720), día 7, 182-183.
Ricerio de Muzzia, Bto. († 1236), día 7, 183.
Rinaldo, San († 1222), dia 9, 230

Roberto de Abrissel, Bto. († 1116), día 25, 551-552.
Roberto Drury, Bto. († 1607), día 26, 572.
Roberto Southwell, San († 1595), día 21, 442-448.
Rogerio Filcock, Bto. († 1601), día 27, 596-597.

Sadoc, San († 342), día 18, 398.
Santiago Salès, Bto. († 1593), día 7, 184-186.
Sebastián de Aparicio, Bto. († 1600), día 25, 539-544.
Sigfrido, San († 1045), día 15, 341.
Sigisberto, San († 656), día 1, 20-21.

Tarasio, San († 806), día 18, 399-400.
Teotonio, San († 1166), día 18, 400-401.
Timoteo Trojanowski, Bto. († 1942), día 28, 612-613.
Tobías Borrás Román, Bto. († 1937), día 11, 264.
Tomás María Fusco, Bto. († 1891), día 24, 531-536.
Tomás Portmort, Bto. († 1592), día 21, 459.
Tomás Sherwood, Bto. († 1578), día 7, 184.
Toribio Romo González, Sto. († 1928), día 25, 555-556.

Valentín, San († ca.270), día 14, 298-301.
Vedasto, San († 540), día 6, 151-152.
Vicente Vilar David, Bto. († 1937), día 14, 314-320.
Viridiana de Attavanti, Sta. († 1242), día 1, 22.

Walburga, Sta. († 779), día 25, 550-551.
Walfrido, San († 765), día 15, 340-341.
Werburga, Sta. († 700), día 3, 83-84.
Willigis de Maguncia, San († 1011), día 23, 490-498.

2. **Colaboradores**

Albalá, A. 298-301.
Álvarez Navarrete, A. 114-121 368-376.
Aradillas Agudo, A. 26-33.
Arteaga, C. de 231-237.

Camba, F. 130-136.

Díaz Fernández, J. M.ª 17-20 82-83 144-146 179-182 377-383 418-421.

Echeverría, L. de 244-254 283-288 333-340 353-361 573-578.
Escobar, J. 539-544.

Fábrega Grau, A. 265-270.
Fagoaga, B. 63-67.
Ferri Chulio, A. de S. 71-77 213-216 475-479 587-595 605-608.
Fita Revert, R. 226-228 237-240 544-549.

Gallástegui, L. 383-390.
García Lahiguera, José M.ª 11-17.
García Morente, A. 89-94.
Garrido Bonaño, M. 33-35 361-364 510-515.
Gil Imirizaldu, P. M. 218-226.
González Molina, A. 125-130.
González Rodríguez, M.ª E. 200-212 422-434 498-509 524-531.
González Villanueva, J. I. 155-161.

Huerga, A. 404-415.

Jesús de la Virgen del Carmen, 310-314.

Langa, P. 45-53 105-113 490-498.
Llabrés, P. 39-44 53-59 77-81 171-179 342-350 563-571.
Llin Cháfer, A. 314-320.
Llorca, B. 254-261 436-442 442-448 556-562.

María de San Pedro Alcántara, 468-475.
Maroto Herranz, A. 136-144 390-398 448-457.
Martín Hernández, F. 102-105 197-200.
Martíns, M. 95-97.
Montull Belío, J. 322-332.
Moral, T. 270-278.
Morillo, S. 301-310.
Mundó, A. 67-71.

Pérez Suárez, L. M. 4-10.
Repetto Betes, J. L. 20-25 60-62 83-85 98-101 122-124 146-154 182-190 216-218 228-230 241-243 261-264 278-282 294-297 320-322 340-342 350-352 364-367 398-403 415-418 434-435 457-461 479-483 515-517 531-538 549-556 571-572 578-587 595-598 609-613 615 620-621.

Segovia, A. 599-601.
Sendín Blázquez, J. 86-89 191-196.

Tellechea Idígoras, J. I. 483-490.

Velado Graña, B. 161-171 289-294 518-524 602-604.
Viguri, M.ª A. 35-39.
Vivancos, M. C. 616-620.
Vives, J. 461-468.

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR ESTE VOLUMEN DE «AÑO CRISTIANO. FEBRERO», DE LA BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS, EL DÍA 23 DE ENERO DEL AÑO 2003, FESTIVIDAD DE SAN ILDEFONSO, OBISPO, EN LOS TALLERES DE SOCIEDAD ANÓNIMA DE FOTOCOMPOSICIÓN, TALISIO, 9. MADRID

LAUS DEO VIRGINIQUE MATRI

AÑO CRISTIANO

III

marzo

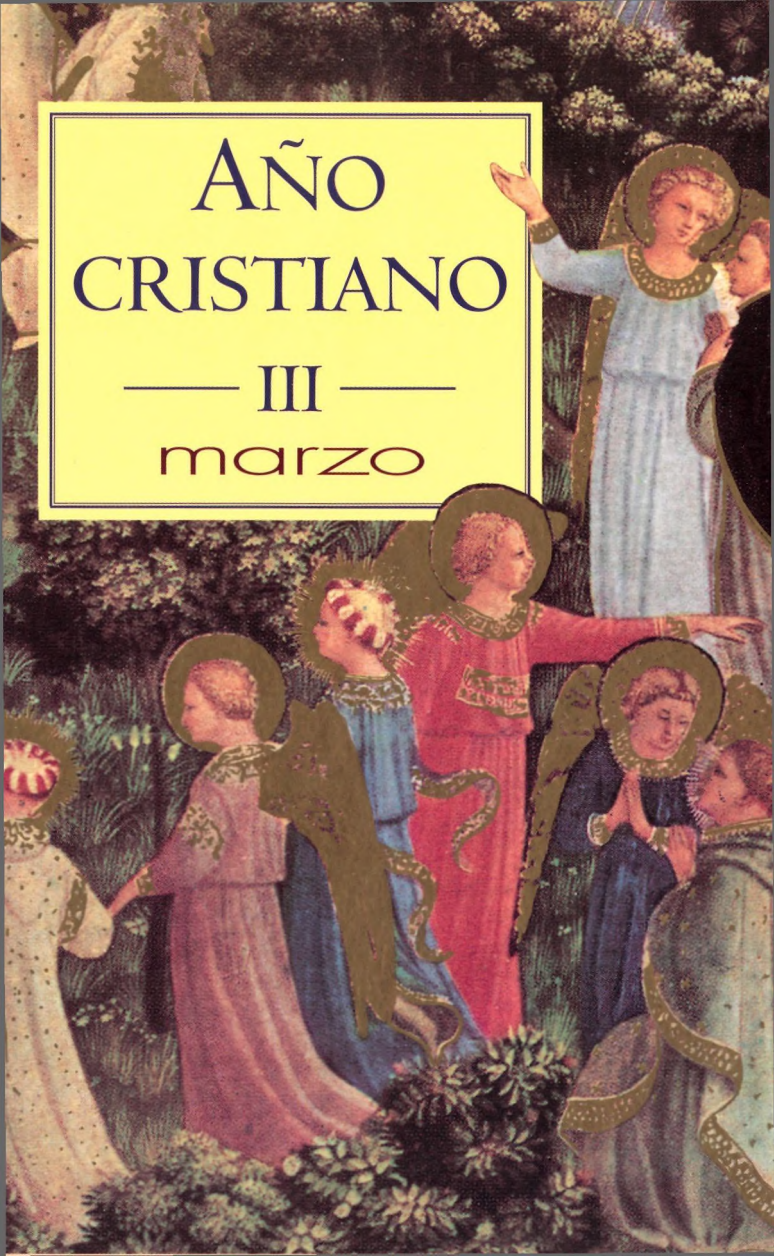

AÑO CRISTIANO

III

Marzo

COORDINADORES
Lamberto de Echeverría (†)
Bernardino Llorca (†)
José Luis Repetto Betes

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS
MADRID • 2003

Ilustración de portada: *Juicio final* (detalle), Fra Angelico.

Guardas: *El juicio universal* (detalle), Giovanni di Paolo.

Diseño: BAC

© Biblioteca de Autores Cristianos
Don Ramón de la Cruz, 57, Madrid 2003
Depósito legal: M. 51.998-2002
ISBN: 84-7914-629-X (Obra completa)
ISBN: 84-7914-663-X (Tomo III)
Impreso en España. Printed in Spain.

ÍNDICE GENERAL

Pags

COLABORADORES IX
PRESENTACION XI
NOTA INTRODUCTORIA XV
Santoral de marzo (martirologio, biografías extensas y biografías breves) 3
LA SANTA CUARESMA 561
APENDICE 569
CALENDARIO ESPAÑOL: MEMORIAS QUE CELEBRAN LAS DIOCESIS ESPAÑOLAS 579
ÍNDICE ONOMASTICO 581

COLABORADORES

A) Biografias extensas

Arnaldich, Luis, OFM
Ausejo, Serafín de, OFM cap
Bejarano, Virgilio
Carro Celada, José Antonio
Cases, José María
Chico Gonzalez, Pedro, FSC
Dalmau, José M., SI
Diaz Fernandez, José María
Dominguez del Val, Ursicino, OSA
Echeverria, Lamberto de
Fernandez Ogueta, Jesus
Fernandez Ruiz, Doroteo
Ferrando Roig, Juan
Ferri Chulio, Andrés de Sales
Fierro, Rodolfo, SDB
Flores Arcas, Juan Javier, OSB
Fontecha, José Francisco
Garcia Martinez, Félix
Gil Imirizaldu, Plácido Miguel, OSB (Leyre)
Gil, Cesáreo
Gonzalez, Marcelo
Gonzalez Rodriguez, M ª Encarnación
Greenstock, David L
Iribarren, Jesús
Langa, Pedro, OSA
Llabres, Pere
Martin Abad, Joaquín
Martinez Almendres, Gregorio, CSSR
Martinez Goñi, Faustino
Morales Oliver, Luis
Nunez Uribe, Félix
Pedroarena, José Antonio X , OSB (Leyre)
Perairf Ferrer, Jacinto
Perez de Urbel, Justo, OSB
Perez Lozano, José María
Perez Suarez, Luis M , OSB (Leyre)
Pujol, Buenaventura
Repetto Betes, José Luis

RIESCO PONTEJO, Pedro, OP
RIVERA RECIO, Juan Francisco
ROMERO, Agustín, OCSO
RUIZ BUENO, Daniel
SANCHEZ ALISEDA, Casimiro
SENDIN BLAZQUEZ, José
VELADO GRAÑA, Bernardo

B) BIOGRAFIAS BREVES

REPETTO BETES, José Luis

PRESENTACIÓN

Tras largos años de total *agotamiento editorial* vuelve ahora felizmente al catálogo de la BAC una obra que ocupaba en él un puesto relevante y que fue, durante décadas, alimento espiritual seguro y sabroso para infinidad de lectores: el AÑO CRISTIANO.

Quede, ante todo, constancia de la satisfacción con que la BAC devuelve al público lector —y en cierto modo a toda la Iglesia de habla española— esta obra preciada que tanto se echaba de menos y que nos era requerida con insistencia por muchos lectores y amigos. Larga ha sido la espera. Pero la BAC se complace ahora en relanzar un AÑO CRISTIANO compuesto y acicalado como lo piden las circunstancias eclesiales y articulado en doce volúmenes que irán apareciendo sucesivamente y que ofrecerán al lector la variedad y la riqueza del entero santoral de la Iglesia católica.

Las razones del dilatado eclipse que ha sufrido el AÑO CRISTIANO a pesar de su notorio éxito editorial de antaño son pocas y escuetas. Y muy fáciles tanto de explicar cuanto de entender.

El proceso de aceleración en canonizaciones y beatificaciones que ha experimentado la Iglesia después del Vaticano II —y muy singularmente en el pontificado del Papa Wojtyla— obligaba obviamente a complementar, corregir y ajustar el venturoso descalabro que el tiempo iba originando en los bosques y jardines de la hagiografía cristiana del pasado. Se imponían una poda y una plantación de renuevos cuya envergadura queda ahora patente en el estirón —de cuatro a doce— que ha experimentado este AÑO CRISTIANO.

Semejante tarea de revisión y actualización la hubiera emprendido la BAC. Era su obligación y su deseo. Pero su efecto habría sido precario. El pontificado de Juan Pablo II estaba ya demostrando con creciente evidencia que la santidad cristiana es una realidad de cada día y de cada latitud; que, por consiguiente, el martirologio o santoral, lejos de ser memoria fosili-

zada, es un caudal fresco y abundante que riega generosamente el hoy de la Iglesia. ¿Cómo intentar la actualización de algo que cambia y crece sin cesar?

Por otra parte, es sabido que el Concilio Vaticano II, en su constitución *Sacrosanctum Concilium,* ordenó la revisión y adaptación de todos los libros litúrgicos. El mandato alcanzaba también al Martirologio o Santoral, libro litúrgico de pleno derecho y de peculiar significación y complejidad dadas sus implicaciones históricas que requerían estudios críticos minuciosos y especializados. La tarea de su revisión podía resultar dilatada. ¿Cómo arriesgarse como editorial responsable a componer un AÑO CRISTIANO sin contar con la referencia obligada del Martirologio romano ya autorizadamente puesto al día? ¿No había que sacrificar las prisas editoriales o comerciales a la firmeza histórica y a la seguridad doctrinal que ofreciera la edición posconciliar? ¿No era ésa la mejor forma de servir a los intereses de los lectores?

El proceso de reforma y adaptación del martirologio romano ha durado desde 1966 hasta 2001, año en que apareció finalmente la llamada «edición típica». Una espera que ha otorgado al Martirologio romano una mayor credibilidad histórica, un orden hagiográfico más acorde con la doctrina y las reformas derivadas del Vaticano II y, en consecuencia, mayor fiabilidad para la vida litúrgica y la piedad cristiana.

Contando ya con la pauta insoslayable del martirologio reformado y renovado, se imponía ponerlo cuanto antes al servicio de los lectores y usuarios de habla castellana, tanto en España como en Hispanoamérica. Es un reto que la BAC ha asumido con responsabilidad editorial y que trata ya de cumplir con prontitud y rigor.

Estoy seguro de que nuestros lectores compartirán con la BAC la impresión de que la larga y obligada espera que ha tenido que observar nuestro AÑO CRISTIANO no le priva de sentido ni de oportunidad. Todo lo contrario. El momento presente, con sus grandezas y miserias, con sus luces y sombras en la parcela de lo religioso, hace especialmente atinada la publicación de un santoral serio y documentado de la Iglesia católica.

Son tiempos, los nuestros, de secularización que quiere decir, lisa y llanamente, de descristianización. A su sombra, las verdades de la fe y los juicios de la moral cristiana pierden vigencia y hasta significado. Algo que ocurre también en el terreno de la hagiografía. No es que haya desaparecido el culto a los santos, pero sí se ha nublado en buena parte su relevancia para la vida cristiana. Con la ignorancia ha sobrevenido la confusión. La cantera del santoral para dar nombres de pila a las personas esta en declive. El conocimiento de las vidas de los santos se ha reducido hasta confundirlos con héroes o dioses de los martirologios paganos. Se ha acentuado, aún entre los que se profesan devotos de advocaciones concretas, la brumosidad de los contornos y de los conceptos.

En paralelo con el desconocimiento correcto de las hagiografías, han proliferado las supersticiones y las desviaciones de lo que debería ser una auténtica veneración de los santos. Se observa una notoria reducción de la piedad al utilitarismo. A los santos se los mete cada vez más en la zambra de los videntes, los adivinos, las cartas, la superchería y las voces de ultratumba. Ahora hay santorales para agnósticos y santorales de puro humor a costa de los santos que pueden alcanzar cotas notables de acidez o de impiedad. ¿No es el caso, nada infrecuente, de anuncios y montajes publicitarios a cargo del santoral y al servicio de cualquier producto en el mercado?

El servicio que la BAC pretende prestar con este renovado AÑO CRISTIANO a sus lectores y a la Iglesia tiene perfiles muy precisos

Principalmente, la mejora de los recursos didácticos para una sabia y atinada catequesis. Los santos, sus vidas y ejemplos, son fuente inagotable para la educación cristiana. No es su utilidad terapéutica o milagrera lo que de ellos nos interesa, sino la enseñanza cristiana que se deriva de sus virtudes y conductas como testigos de Jesucristo, como reflejos de su vida y como *caminos* que nos llevan al *Camino* por excelencia, que es Él.

Este AÑO CRISTIANO no pretende, por tanto, fomentar la *santera* en detrimento de la *cristería,* dicho en términos populares. Muy al contrario, es una contribución a la *Cristología* a través de la *hagiografía.*

Algunos pastores y pastoralistas han alertado sobre el peligro de que el culto a tantos santos y beatos, la proliferación de tantas devociones particulares, pudiera difuminar, como *efecto colateral,* el aprecio central e irremplazable de Jesucristo. Sería aquello de que los árboles no dejaran ver el bosque.

Ni el peligro ni la advertencia son sólo de hoy. Léanse si no las constituciones conciliares *Lumen gentium* y *Sacrosanctum Concilium.* También la introducción que figura en la edición típica del Martirologio romano.

En cualquier caso, la BAC pone ahora en circulación esta nueva edición de su AÑO CRISTIANO como homenaje a Jesucristo cumbre de la santidad y modelo de todos los santos y beatos que la Iglesia ha reconocido a lo largo de los siglos como seguidores e imitadores del Maestro. «Por la hagiografía al Cristocentrismo» podría ser el lema de ese propósito editorial.

Perfiladas las circunstancias y las intenciones de esta obra, nada he de decir sobre su articulación, ni sobre los criterios metodológicos o redaccionales que se han seguido en su elaboración. Tanto estos como otros particulares técnicos que ayudarán en su utilización figuran en la *nota introductoria* preparada por el coordinador de la edición.

Con laudes o elevaciones solían cerrar sus páginas los santorales antiguos. La BAC se suma al amén, así sea, que venía después. Y se permitirá a la vez (no podía ser de otra manera) confiar el buen fruto de esta obra a la intercesión de todos los santos y beatos que —sin distinción de grado, sexo o condición— poblarán las páginas de este AÑO CRISTIANO renacido en los umbrales todavía del tercer milenio.

JOAQUÍN L. ORTEGA
Director de la BAC

NOTA INTRODUCTORIA

Definido el propósito de reeditar el AÑO CRISTIANO, empezamos por fijar criterios que sirvieran de guía para la nueva edición, y que ahora exponemos para información del lector y facilidad de su uso.

En primer lugar se fijó el criterio de que, con muy escasas excepciones, se reeditaría todo el conjunto de artículos que componía la segunda edición, la de 1966. Su texto no ha sufrido revisión ni variación. Va tal cual lo escribieron en su tiempo los diferentes y acreditados autores que lo firman. En el fondo no han tenido más añadidura que la referencia a la canonización de aquellos santos que entonces eran solamente beatos. Y esas excepciones son sobre todo las debidas a las variaciones introducidas por el nuevo Misal de Pablo VI, de 1969, que tiene algunos cambios en la denominación de fiestas, como la del 1 de enero, o en el santoral.

Pero no se quería simplemente reeditar, sino que se quería también completar y poner al día. Para completar, hemos añadido santos o beatos importantes anteriores a las últimas canonizaciones y beatificaciones y que en su día no se biografiaron en las primeras ediciones. Para poner al día, hemos añadido los nombres de muchos santos y beatos que en estos últimos tiempos han sido declarados tales por la Iglesia, y cuyo número, como es bien sabido, es grande.

Nos pareció que saldría una obra demasiado abultada si a cada uno de todos estos santos o beatos les señalábamos una nota biográfica de la misma extensión que las de las ediciones anteriores. Y para evitar ese tamaño demasiado crecido pero para no pasarlos tampoco en silencio hemos dividido las biografías en *extensas* y en *breves*. El criterio seguido para asignar a un santo o beato una biografía extensa o breve ha sido el de su importancia en el santoral: por ser más o menos conocido, por ser significativo de un tiempo o una situación, o por ser intere-

sante al público de habla hispana, o por ser fundador o fundadora de una comunidad religiosa, a todos los cuales fundadores o fundadoras hemos tomado el criterio de dedicar una biografía extensa. Y naturalmente hemos tenido en cuenta el cada día mayor santoral de las iglesias iberoamericanas.

Hemos añadido también artículos referentes a los tiempos litúrgicos, p. ej. *Cuaresma,* ya que son parte importante y vital de lo que se llama el año cristiano.

Y hemos añadido a cada día su martirologio o lista de los santos y beatos que para esa fecha señala el Martirologio romano. De esta forma, cada día puede saber el lector cuáles son los santos que la Iglesia conmemora, y de la mayoría de ellos tiene una nota biográfica, extensa o breve.

Esta obra sigue el nuevo *Martirologio romano* que, como edición típica, ha sido publicado el año 2001. Este seguimiento ha hecho que no demos entrada en el *Año cristiano* sino a los santos y beatos que en dicho Martirologio se recogen, enviando al apéndice las notas biográficas de otros que no están incluidos en él pero que pueden resultar interesantes, por ejemplo, por celebrarlos, en su propio de los santos, alguna diócesis española. De todos modos son muy pocos. Igualmente ha obligado el seguimiento del nuevo Martirologio romano a resituar no pocas biografías que en las ediciones anteriores se encontraban en otras fechas y que han sido pasadas al día que ahora se les asigna.

Nos parece que este criterio de seguir el nuevo Martirologio no necesita defensa. Pues aunque se le hayan encontrado al texto del mismo algunos fallos de detalle, sustancialmente es un texto definitivo. No olvidemos que el Martirologio es un libro litúrgico, editado por la Congregación del Culto Divino y de la Disciplina de los Sacramentos, promulgado por la autoridad del Romano Pontífice, cumpliendo una determinación del Concilio Vaticano II. Se trata del registro oficial de santos y beatos que hace para su uso la Iglesia Romana y que tiene vigencia en todo el ámbito, tan mayoritario dentro de la Iglesia, del rito romano. Hay que decir que en su actual edición se ha hecho una grande e inmensa labor, verdaderamente meritoria, y que con ella se ha cumplido el objetivo conciliar de máxima historicidad, y el de

poner al día esta lista oficial con la añadidura no solamente de los nuevos santos sino también de los beatos, ya que, aunque en distintos niveles, unos y otros reciben legítimamente culto público en la Iglesia.

Con respecto a la bibliografía digamos que hemos seguido el criterio que se usó en las ediciones anteriores. Se ofrece en el primer volumen una bibliografía general actualizada. En ella se indican las obras que se refieren a todo el calendario o a una parte de él, por ejemplo, el santoral de una nación, el de una congregación u orden religiosa, el de los mártires de una persecucion, etc. La bibliografía específica de cada santo o beato de las biografías extensas va al final de cada una de ellas.

Hemos pensado que con estos criterios volvemos a darle al lector el ya clásico AÑO CRISTIANO de la BAC pero con ampliaciones y mejoras que esperamos merezcan su atención.

JOSE LUIS REPETTO BETES
Coordinador

AÑO CRISTIANO

III

Marzo

1 de marzo

A) MARTIROLOGIO [1]

1 En Roma, San Félix III († 492), papa, antepasado del papa San Gregorio Magno *.
2 En Angers, San Albino († 550), obispo *.
3. En Mynyw (Gales), San David († ca.601), obispo *.
4 En Le Mans (Francia), San Siviardo († ca.680), abad.
5 En Kaiserswerdth (Sajonia), San Suitberto († 713), obispo *.
6 En Vasconia, San León (s. IX), obispo y mártir *.
7 En Calabria, San León Lucas († ca.900), abad.
8. En Celanova, San Rosendo († 977), obispo y abad **.
9 En Taggia (Liguria), Beato Cristóbal de Milán († 1484), presbítero de la Orden de Predicadores *.
10 En Bassano (Véneto), Beata Juana María Bonomo († 1670), abadesa de la Orden de San Benito **.
11 En Xilinxian (China), Santa Inés Cao Kuiying († 1856), viuda y martir *.

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SAN ROSENDO

Obispo y abad († 977)

«... Y dicen que el obispo imberbe —dieciocho abriles— modificó las armas de sus ascendientes, quitando los adornos a la "cruz deaurata" y cambiando el alfa y omega por un compás y un espejo...».

«¿Por qué —le preguntarían hoy los reyes de armas—, por qué ese cambio en su escudo?».

A diez siglos de distancia, y con la historia en la mano, me atrevo a responder yo, sin temor a herir la humildad del hijo de don Gutierre:

[1] Los asteriscos que aparecen en el martirologio hacen referencia a las biografías que siguen a continuación, que seran extensas (**) o breves (*)

Prefiere la cruz sin los tres globitos que remataban sus brazos, porque el nuevo prelado quería implantar la bandera de la auténtica «cruz» de Cristo —de la cruz sin falsear— en su diócesis y en todos sus dominios. Quiso que esa «cruz» sencilla siguiese siendo de oro, porque veía en el «oro» de la cruz de sus mayores el oro de ley, de las vidas crucificadas. Exigió en el escudo un «compás», porque opinaba que, para crucificarse con Cristo, debía añadir al símbolo de la Redención el compás de la vida, sometida en todo momento a una regla. Mandó que, paralelo al compás, hubiese un «espejo», porque, puesto por Dios sobre el candelero de la cátedra episcopal, se creía obligado a ser espejo para todos: lo mismo para los nobles, que para los plebeyos y para los esclavos.

Según eso, el escudo de armas de San Rosendo es su mejor retrato; no sólo porque en él resaltan los tres rasgos más característicos de su vida privada: su crucifixión en la cruz del deber, su santificación en el molde de un plan o regla de vida, y su constante e intachable ejemplaridad; sino también, porque, además, en él se sintetiza toda su labor social y apostólica, esa labor que cifró: en emplear y recomendar el empleo de las riquezas —oro— en el servicio del Crucificado —cruz—, levantándole iglesias y monasterios; en poner orden —compás— en las familias y en los pueblos de aquella época tan agitada; y en exigir la limpieza de corazón —espejo— a los eclesiásticos y a los fieles de aquella edad de hierro del cristianismo.

Estudiemos, pues, ese su escudo, hecho vida por él mismo en su peregrinar hacia Dios durante setenta años, y descubriremos la figura del patriarca de los monjes del noroeste de España.

Los portugueses, con don Rodrigo de Acuña a la cabeza, tratan de hacerle nacer por casualidad en Portugal, a unas cuatro leguas de Oporto.

Los gallegos y la tradición quieren que haya abierto sus ojos a la luz en Salas, pueblo de la provincia de Orense.

Respeto la opinión del arzobispo de Lisboa, don Rodrigo, y la de los cronistas que copiaron de él. Pero me quedo con la tradición. En primer lugar, porque no me merece crédito un cronista que, siendo oriundo de Galicia, se constituye en defensor

infatigable de la Casa de Braganza y se presenta como un enemigo declarado de los gallegos. En segundo lugar, porque la lógica de los hechos así lo exige: Santa Ilduara era oriunda de Puertomarín (Lugo); de ordinario vivía en las posesiones que su esposo don Gutierre tenía en la cuenca del Arnoya (Orense); cuando en 907 Alfonso III emprendió la marcha contra Coimbra, llevando consigo al conde don Gutierre, que era uno de sus principales caudillos, ¿vamos a creer que don Gutierre iba a consentir que su esposa, doña Ilduara, subiese, en estado, por la Vía romana de Astorga a Braga, las montañas del Jurés, Santa Eufemia y Porteladome —tres leguas de cuestas empinadas y de despeñaderos peligrosísimos— y recorriese, entre soldados y carros de guerra, las otras catorce leguas que separan a Porteladome de Oporto? ¿No parece más humano que la dejase con sus familiares en Puertomarín o en alguno de los pazos que poseía entre las actuales villas de Ginzo, Bande y Allariz? Opino con la tradición que la dejó en un pazo a orillas del río Salas.

La tradición reza como sigue:

> «No era estéril la condesa. Pero se le morían los hijos, recien nacidos Una vez que el conde don Gutierre se fue en la expedicion de don Alfonso III contra Coimbra, vino Ilduara, su esposa, a orar a este valle Estando aquí, una mañana, subió a la ermita de San Salvador, sola y descalza, y llorando Llegó fatigadísima Asi y todo, se puso enseguida en oración Muy devota de San Miguel, se postró lo primero ante su altar Allí permaneció largo rato De pronto, oyó una voz que le decía. "Alégrate, Ilduara, que tu oración ha sido atendida. He aquí que concebirás y darás a luz un hijo que será grande delante de Dios y de los hombres" Y sucedió así como el arcángel le profetizó Santa Ilduara, para agradecérselo, mandó construirle una iglesia en aquellos contornos. Al terminarla, le nació el niño. Pensaba bautizarle en San Salvador. Pero, al subir unos carreteros al monte con la pila bautismal de la parroquia, se les rompió el carro Fueron a buscar otro Y, mientras tanto, San Miguel se llevó la pila a su ermita Entendió la condesa que, con aquella faena, el angel queria indicar su deseo de que fuese bautizado el niño en la nueva iglesia; y asi lo ordenó a los suyos. Le pusieron por nombre Rosendo Sucedió todo esto a finales del siglo nono o a principios del diez».

Como todas las tradiciones, la de San Rosendo llegó a nosotros envuelta en las gasas de la leyenda. La bola de nieve, al dar vueltas y vueltas, a través de los siglos, falseó algunos hechos y

ocultó otros. Por ejemplo· hoy, a la luz de los documentos históricos, es insostenible el mayorazgo de San Rosendo, pues el mayor de los hijos logrados de don Gutierre y de Santa Ilduara consta que fue Munio, el que asistió el 27 de septiembre de 911 a la junta de prelados y magnates convocada por Ordoño II en Aliobro (Portugal) y el que fue padre de don Arias, sucesor de su tío San Rosendo en la mitra mindoniense. A la luz de esos mismos documentos históricos tampoco se puede sostener ninguna enmarcación exacta del pazo en que nació el santo. Así y todo, la tradición es verídica en lo sustancial del relato· que el nacimiento fue anunciado por San Miguel y que el bautismo revistió mucha solemnidad.

El nacimiento tuvo lugar el 26 de noviembre del 907 El bautismo, a los pocos días. En él actuó de bautizante Sabarico, tío del recién nacido. Con tal ocasión la nobleza felicitó a los condes. Todos los colonos hicieron fiesta. Los esclavos, que recibieron la libertad aquel día, saltaron de gozo Hubo regocijo general.

Don Gutierre, en acción de gracias, sin dejar sus cargos, se dedicó en adelante a fundar monasterios y reconstruir iglesias. Hábil gobernante y cristiano piadoso, transfundió a su hijo el rico legado de su carácter robusto.

Doña Ilduara, por su parte, fue dotando las iglesias y monasterios que su marido construía, con fincas, con vestiduras, con vasos sagrados Noble y desprendida, fervorosa y santa, mereció el premio que le profetizara el mensajero celestial· «un hijo grande delante de Dios y de los hombres».

Rosendo, vencida la cuesta de la infancia, pasó a Mondoñedo con su tío paterno, Sabarico II En los claustros de la iglesia episcopal aprendió los latines e hizo sus primeras escaramuzas por la sagrada Biblia. De sus años allí dicen los biógrafos·

> «Juventud con peso de anciano, palabras dulces y eficaces, nada de infantilismos ni de vanidades del mundo, amigo de la sole dad y de la oracion, aplicado en sus estudios, modesto y grave aun que sin desabrimientos, alegre y feliz, pero sin ligerezas, de rostro agradable, de estatura mediana »

Cuando uno se encuentra en los cronicones con fichas escolares como la precedente, siente la tentación de preguntar· ¿no

serán elogios de relleno? En el caso del hijo de Santa Ilduara la negativa nos la dan los reyes, los prelados y los nobles que le asocian desde sus doce años a su gobierno, y a sus decisiones, y a sus escrituras; el 18 de mayo de 919 ya suscribe en la corte de los reyes de León, con los prelados y con los magnates, el diploma que su tío Ordoño II concede a aquella iglesia.

No sabemos cuánto tiempo ni en qué año, pero parece indiscutible que pasó una buena temporada en algún monasterio benedictino, que pudo ser muy bien el de San Salvador y Santa Cruz de Puertomarín. En él estudió letras y ciencias. En él saboreó la Sagrada Escritura y leyó a los Santos Padres. En él dicen algunos que fue abad durante unos meses. En él quizá le sorprendieron los que le llevaban la mitra episcopal. En él, al menos, se retiró para medir sus fuerzas antes de dar el sí. En él, sin duda, oró a Dios de esta manera:

> «Señor, cuando en mi casa paterna yo crecía entre el relinchar de los caballos y los gritos de los hombres de guerra, Tú me arrancaste de aquel ambiente. Cuando, después, pasé unos años con mi tío, en Mondoñedo, entre clérigos y cortesanos, Tú me trajiste a este remanso de paz... Soy feliz con mis estudios y con mis rezos. Me encanta la soledad y el olor a tojo. ¿Por qué te acordaste ahora de mí? Déjame saborear la cruz desnuda de la pobreza, de la castidad y de la obediencia. Déjame vestir el hábito de San Benito...».

Y allí, en la confusión de su mente y en lo encontrado de sus sentimientos, tuvo la revelación de que hablan todos sus biógrafos: de que su cruz era la mitra.

Hacia Mondoñedo, por el camino, las espinas de los tojos pinchaban sus pies delicados. Pero el oro de sus flores llenaba, al mismo tiempo, su alma ambiciosa. Cruz-oro, trabajo-mérito, apostolado-santidad, dolor-cielo. Ése era el programa que gritaban a sus oídos los espinosos tojales que florecían en oro en aquel invierno del 925, cuando él contaba apenas dieciocho años.

Mondoñedo —tierra verde, regada como el paraíso terrenal por cuatro ríos— le recibió con los brazos en cruz. Lo mismo el clero que el pueblo yacían sepultados en el marasmo consiguiente a la pérdida irreparable de su pastor Sabarico II; y lo mismo los nobles que los plebeyos y que los esclavos vivían en continuas y enconadas luchas: estaban en la cruz de la orfandad

y en la cruz de las desavenencias. En circunstancias tan críticas necesitaban el santo que les enseñase a sacar gusto a su cruz, entusiasmándoles con la cruz de Cristo; el sabio que enfocara y centrara sus vidas desordenadas, calmando los ánimos perturbados e insatisfechos; el guerrero que humillara de una vez a los perturbadores de la paz. Todo eso esperaban del descendiente de los Arias. Todo eso prometía y hacía esperar el peso, y el saber, y la nobleza de Rosendo.

Sentado en la silla de su tío, lo primero que pidió a Dios fue la paz.

Para conseguirla, empezó por reconstruir, ayudado de sus padres, los monasterios e iglesias que lo necesitaban. Con ello serenó y conquistó a los abades de toda Galicia, la nobleza eclesiástica de entonces.

Emparentado por línea paterna y materna con reyes y condes —la nobleza civil de aquellos tiempos—, se granjeó enseguida su amistad reconciliando a unos, dirimiendo las contiendas de otros, aconsejando a sus parientes los reyes de León.

De profundos sentimientos humanitarios, sufría horrorosamente ante los abusos con la esclavitud. Eso le llevó a trabajar por su abolición, empezando por dar él paulatinamente libertad a sus esclavos; y siguiendo por recomendar lo mismo a los nobles y señores. Con eso se convirtió en el padre de todos los libertos. Con eso centró en sí todas las esperanzas de todos los que aspiraban a la libertad. Y con eso calmó los ánimos de todos los oprimidos.

Esa triple actividad del hijo de Santa Ilduara: en el orden monacal, en el orden militar y político y en el orden social, refleja el carácter singular, por lo multiforme, de su episcopado en Mondoñedo.

Lo segundo que pidió San Rosendo al Señor desde la silla de su tío fue la gracia de retornar a la vida ordenada del claustro.

> «Y sucedió que, hallándose una vez en oración en el monasterio de Caaveiro, le reveló el Señor que era su voluntad que fundase un gran monasterio en el lugar de Villar, en tierra de Bubal, a orillas del Sorica o Sorga, afluente del Arnoya. Esta revelación debió tenerla hacia el año 934; por ella comprendió San Rosendo que el nuevo monasterio había de ser su lugar de descanso».

El primer paso que dio fue asegurar la posesión del solar, consiguiendo que su hermano Fruela y su prima Jimena cediesen todos sus derechos sobre la finca de Villar a favor del futuro monasterio.

Asegurada la posesión, en aquel valle de la provincia de Orense, «donde los vientos eran apacibles, los bosques bienolientes, el riachuelo suave y la soledad mucha», se oyó por primera vez el martillo y tableteo de los que preparaban andamiajes. A los pocos días, el repiqueteo desacompasado de los canteros hizo pensar en el próximo repique de las campanas y en la salmodia rítmica de los futuros monjes.

Ocho años. Donaciones de ricos y de pobres. Sobre todo, de Santa Ilduara. Idas y venidas del obispo de Mindoni. Entusiasmo en todos. Expectación.

Y el 25 de septiembre del año 942 —domingo— San Rosendo vio coronados sus anhelos. Recibió el abrazo fraternal y de felicitación de once obispos —los de los reinos de Galicia y León—. Le besaron afectuosamente la mano veinticuatro condes. Le reverenciaron como a padre y pastor larga serie de abades, presbíteros, diáconos, monjes. Y oyó los aplausos de la muchedumbre, entusiasmada ante la grandiosidad del monasterio y la solemnidad del acto.

Consagrada la iglesia y firmada la escritura de dotación, en la que nos dejó un perfecto retrato de su alma, entregó el báculo de Celanova (que así se llamó desde entonces Villar) al monje Franquila, abad que había sido de Ribas del Sil. Y Celanova fue en adelante el blanco de las miradas de todos los fieles, el espejo de todos los monasterios de Galicia, y la heredera casi forzosa de todos los familiares del santo y de muchos condes y reyes del noroeste de la Península.

El fundador de Celanova se volvió a su Mondoñedo. Allí siguió apagando rencores, satisfaciendo avaricias, pacificando matrimonios, sofocando conspiraciones, serenando ánimos... De vez en cuando se le recrudecía la tentación de Puertomarín:

—Los nobles creen. Los demás, también. Pero las pasiones, que los siglos legaron a unos y a otros, no se calman con un soplo. ¿Qué habré hecho yo para que el Señor me condene a esta lucha y a este destierro? ¡Si mi mundo es el claustro!...

Otras veces recordaba la visión de Caaveiro:

—Señor, ya está terminada la Celanova. ¿Ha llegado la hora de irme?

Y un día cayó en la tentación de renunciar a la sede mindoniense Y otro, se arrodilló ante San Franquila, abad de su monasterio, y le habló así:

—Padre, el hábito y un rincón

Y otro, le vieron los monjes como uno de tantos, rezando y estudiando, y trabajando.

Fue feliz, lejos de los negocios y de los nobles y de las responsabilidades de la mitra. Sólo tres personas turbaron su paz: el ángel de su guarda, su madre y el rey. El ángel de su guarda porque bajaba al coro a rezar con él y le alumbraba con sus alas de luz, y le obligaba a profetizar el futuro, y le infundía compasión para que curara a los enfermos y resucitara a los muertos... Su madre porque cada día le llegaba con una nueva donación y porque, después de asegurar detrás de sí una espléndida estela de santidad, murio como los justos en su monasterio de Vilanova —a cuatro kilómetros de Celanova— el 20 de diciembre del 948. El rey Ordoño III porque le sorprendió con la orden siguiente:

> «Ordoño rey, al padre y señor Rosendo Salud en el Señor Por el mandato serenísimo de este nuestro decreto te encargamos el gobierno de la provincia que mando tu padre y terrenos adyacentes hasta la mar, de suerte que todos concurran allí a obedecerte en las cosas de nuestro servicio y cuanto dispongas lo cumplan sin excusa ninguna Dado el 19 de mayo del año 955»

Es ésta otra faceta de la vida de San Rosendo. La patria le arrancó de la paz de su celda. Por la patria, el monje se trocó en gobernador. Y por la patria sus labios, que sabían bendecir y salmodiar, ahora dieron órdenes y refrenaron abusos; sus manos, que habían empuñado el báculo y consagrado iglesias, ahora sujetaron las riendas de un caballo de guerra y blandieron la espada.

Durante su gobierno cruzaron los moros el Mondego y llegaron hasta el Miño, como una ola de sangre y de terror. Enterado nuestro héroe, les salió al paso. Y les obligó a retornar, maltrechos, a sus reales.

Poco después —en 968— tuvo lugar la invasión de los normandos. Un año entero de robos, de incendios, de profanaciones, de raptos... de horror. San Rosendo, mientras reunió y armó a sus tropas, dejó que se cebara la furia y la avaricia de los invasores. Cuando vio que, cargados de despojos, intentaban embarcar para sus tierras, lanzó contra ellos al conde don Gonzalo. Y los hijos de Odín, impetuosos como su dios Thor, se encontraron con que habían agotado el furor salvaje de las valkirias y con que les arrollaba la venganza más que justa de los indígenas. Borrachos de triunfos y de botines, se habían creído inatacables. Pero la realidad fue que, en virtud de la táctica y estrategia militar de San Rosendo y del valor del conde Gonzalo, las olas vieron expirar a todos y cada uno al filo de la espada, y el mar acogió en su seno a sus naves vacías. Al día siguiente, los techos de paja de las cabañas normandas de Foz, Cervo, Villaronte y Ribadeo no echaban humo. San Rosendo desde lo alto de la Agrela —acantilado cuyos pies lamen las olas cantábricas— respiró paz y satisfacción y agradecimiento popular. Y bendijo las aguas que tragaron a sus enemigos, y las aldeas e iglesias destruidas y a todas las familias afectadas por el horror de la invasión.

Y una riada de tranquilidad y de prosperidad inundó a toda Galicia.

Mientras tanto, su libertador, normalizadas todas las actividades industriales y agrícolas, pensó en retirarse de nuevo a las órdenes de San Manilán, el sucesor de San Franquila en Celanova.

En esto, hacia el año 970, quedó vacante la sede compostelana. Todos le señalaron a él con el dedo. Pero su humildad y la esperanza de volver a Celanova le obligaron a negarse. Sólo a instancias de los nobles y de la infanta doña Elvira, tutora del rey don Ramiro III, aceptó la administración provisional de la diócesis del apóstol. Se cuidó, empero, muy mucho de firmar: «Apostolicae Cathedrae et Sedis Iriensis Rudesindus Episcopus commissus». Temía que diesen por hecho que aceptaba la propiedad.

Poco tiempo rigió la diócesis del apóstol. Aun así, en ese breve tiempo, reformó la disciplina de varios monasterios, revi-

só, para evitar complicaciones, las escrituras de dotación de las diversas iglesias, asistió a un concilio en León, acompañado de San Pedro de Mezonzo, y contagió dinamismo apostólico a los monjes y a los clérigos.

Hacia el 974 cayó definitivamente en la tentación de encerrarse en Celanova.

Allí pasó sus últimos años, entregado a la oración y a la predicación. Y a la edificación de los monjes con el ejemplo. El diácono Egilano, en una donación que hizo a Celanova, le retrata en este período de su vida con estas palabras: «A vos, egregio obispo, señor Rosendo, padre santísimo, verdadero maestro, que enseñáis a vuestros súbditos con la palabra y con las obras...».

Allí se rodeó de un buen grupo de monjes con grandes valores humanos y les dio su impronta de piedad y amor a la cruz, su impronta de disciplina monacal y su impronta de ejemplaridad para todos. Con otras palabras: allí perpetuó el simbolismo de su escudo de armas.

Y allí apagó sus días el 1 de marzo del 977, después de haber reflejado en su testamento su fe, su saber escriturístico, su humildad, su amor a la Orden benedictina, su predilección por Celanova y su deseo de vivir por toda la eternidad como había vivido todos los días de su azaroso peregrinar por la tierra: «bajo la providencia de Dios».

Los monjes que cerraron sus ojos, conservaron sus restos mortales como el mayor y mejor de los tesoros del monasterio.

CESÁREO GIL

Bibliografía

Act SS Boll, 1 de marzo, diversos documentos antiguos

GAMS, P B, *Die kirchengeschichte von Spanien,* II/2 (Ratisbona) 405s

LOPEZ FERREIRO, A, *Biografia de San Rosendo* (Mondoñedo 1907)

LOPEZ Y CABALLEIRA, A, *San Rosendo siglo X* (Santiago de Compostela 1909)

MABILLON, J -D'ACHERY, L, *Acta Sanctorum Ordinis Sancti Benedicti,* V (Paris) 524s

MIRANDA, P DE, *El bautista español y el predicador verdadero San Rosendo* (Madrid 1665)

SAEZ, E, «Los ascendientes de San Rosendo (Notas para el estudio de la monarquia asturleonesa durante los siglos IX y X)» *Hispania* 8 (1948) n 30-31 p 3-76

SAEZ, E, «Notas al episcopologio minduniense del siglo X» *Hispania* 6 (1946) n 22 p 3 79, 119 233

— Actualizacion

ARAUXO IGLESIAS, M A, *San Rosendo, bispo e fundador* (Celanova 1999)

CELANOVA, O DE, *Vida y milagros de San Rosendo* (La Coruña 1990)

BEATA JUANA MARÍA BONOMO

Abadesa († 1670)

Uno de los hagiógrafos de la benedictina Beata Bonomo señala certeramente que los santos contemplativos suelen ser menos conocidos; son joyas escondidas que parecen no interesar más que al amor y al gusto de Dios por vivir, amar y ser amado por los hijos de los hombres. En efecto, la vida de Juana, una vida escondida con Cristo en Dios, a nuestros ojos, apenas tuvo resonancia social externa y no fue ni más ni menos que la que podía tener una monja italiana en una ciudad provinciana de la alta Italia del siglo XVII.

Pero deberíamos hacer mayor caso de los contemplativos y recoger cada una de sus palabras como un tesoro. Solemos mirarlos como espíritus que viven en un mundo distinto del nuestro, que caminan por unas sendas que para nosotros no tienen el menor interés. Y, sin embargo, son ellos los que más pueden decirnos del *unum necessarium* del Evangelio, de la necesidad imperiosa y angustiosa de nuestro corazón; ellos, los únicos que lograron en este mundo entrever los misterios del cielo.

Entre los contemplativos hay tanta variedad como entre las flores. Una distinción que se impone con mayor evidencia es la que pudiéramos llamar de místicos curvilíneos y rectilíneos. Hay almas a quienes el Espíritu Santo escoge desde el principio de su existencia y las señala el camino. Pero esas almas se tuercen, se extravían, se detienen, dan rodeos misteriosos y difíciles de explicar. Santa Teresa, Santa Gertrudis, Santa Catalina de Génova: tres predestinadas que, algunas veces, siquiera fuese inconscientemente y sólo por breve tiempo, se olvidaron de su destino.

Hay otras almas que desde el primer momento se sienten tan subyugadas, tan fascinadas por la mirada de Dios, que ni se les ocurre siquiera pensar que se puede ir por camino distinto del que Dios les traza. El Espíritu las arrebata con tanta violencia, que pasan por este mundo con una seguridad, con respecto al bien, que se parece a la que tienen los bienaventurados en el cielo. Son como la flecha que busca el blanco sin vacilar.

Sólo teniendo presente estos principios es como podemos acercarnos al misterio divino que encontramos en la vida de

Beata Juana María. Su vida es casi como un cuento, no de hadas, sino de amor, un cuento extraordinario que signa la caridad de Dios por la humanidad. Un cuento místico, más que misterioso, en que se nos da la señal y el sacramento de la gracia a través de la vida ejemplar, aunque escondida, de una monja del siglo XVII.

El nombre de Juana es el nombre no de bautismo —el de pila era María— sino el que solía ponerse a los religiosos el día de su entrada en religión. Parece ser que fue elegido por ella misma por amor a su padre. La llamaremos así desde ahora. Juana María fue la primogénita y única hija del matrimonio formado por Giovanni Bonomo y Virginia Ceschi de Volsugano. Nació al año siguiente de los desposorios de sus padres, el domingo 15 de agosto de 1606, solemnidad de la Asunción de María al cielo.

Giovanni Bonomo era un rico comerciante de Asiago, una ilustre villa del norte de Italia muy cerca de la capital de la región, la conocida ciudad conciliar de Trento, no lejos de otras no menos conocidas como Verona, Padua y Venecia. Su madre, Virginia, de antigua nobleza provinciana, era una hermosa mujer, de acendrada piedad cristiana aunque de delicada salud. El alumbramiento de Juana fue difícil, pero al fin pudo remontarse el problema y la vida siguió con otros que, a los pocos años, la llevarían al sepulcro. En efecto, Giovanni aun siendo un cristiano caballeroso y creyente padecía de unos celos mortales, aun sin motivos; simplemente no podía permitir que nadie mirase ni dijera una palabra de más sobre la belleza de su mujer. Tuvo diversos percances, hasta que llegó un día que, en una reyerta nacida de ese maléfico mal, malhirió casi de muerte a un pretendido rival; preso y llevado a juicio, fue condenado a unos años de cárcel en la cercana Vicenza. Tuvo esto lugar a los pocos meses del nacimiento de su hija. Puede suponerse en aquella época la deshonra y el dolor de la esposa en este trance. Todo lo fue soportando Virginia con el consuelo de poder atender a la educación de su hija. A los tres años, por fin, volvió el marido, pero en tal situación de depresión y debilidad que se pensó que volvía a casa para meterse en cama y morir. La curación del enfermo, según algunos, fue uno de los primeros prodigios de la pe-

queña Juana. La fiebre consumía al padre y el desánimo se había apoderado de todos. La chiquilla de apenas cuatro años queriendo ayudar a su padre, tomó un papel sobre el que estaba escrito el nombre de Jesús y subiendo a la cama del enfermo lo puso sobre el pecho de su padre, cuentan que en aquel mismo instante quedó dormido en un sueño reparador, del que despertó para ponerse bien en pocos días.

Como en algunas biografías de santas, parece que el amor de Jesus no se arredra en hacer saber que tiene sus predilecciones, incluso con los de pequeños de más corta edad, dando a conocer a ellos y a veces a los que los rodean cuáles son sus futuras intenciones. La vida mística de Juana empieza pronto, así como sus visiones, por las que Dios fue preparando el corazón de su esposa. De esta época, según ella misma cuenta, en una autobiografía que por obediencia escribió, tuvo su primera «catequesis» celestial por la que asistiendo con sus padres a una misa solemne, Jesús eucaristía se le mostró en su divinidad y en su humanidad. Su devoción y amor a la Eucaristía no la abandonara jamás y por ella sufrirá lo indecible.

La felicidad de la familia Bonomo duró poco. Virginia murio a los pocos años de estos sucesos, cuando Juana sólo contaba con seis años de edad. Su padre la retuvo con él hasta los nueve años cumplidos, ante los que la exigencia de su clase y la inteligencia de la hija exigía una educación más adecuada. En la capital de la región, Trento, tenía fama por aquel entonces el colegio de «madaminas» que regentaban las religiosas de Santa Clara en su propio convento. Allí la llevó Giovanni Bonomo. La educación de las jóvenes de la época consistía en todo aquello que podría servirles para ser unas buenas amas y señoras de su casa, comenzando por un exacto conocimiento de las verdades cristianas y una práctica fervorosa de las devociones, se extendia a todos los menesteres: cuentas, coser, bordar, danza, música, buenas maneras. Juana María se aplicó concienzudamente a todo y pronto destacó en canto, música y en el aprendizaje del violin, del que cuentan que fue más que una experta. Había en Juana María algo maravilloso. Sus compañeras, las niñas del internado de Santa Clara de Trento, lo sabían y la admiraban. Cobraronle también mucho cariño porque ella lo conquistaba con

su gracia y su bondad. Ágil, dulce y amable, tenía ángel, sobre todo, para cantar, y sus deditos infantiles eran una maravilla para el dibujo y la pintura. Las colegialas se reunían en torno suyo, escuchando embobadas las canciones que acompañaba con el clave o el violín.

A los diez años hizo su primera comunión, después de haber rogado mucho y de haberse preparado de forma extraordinaria. Desde aquel día, como ya hemos apuntado, el Pan eucarístico será su amor, su fuerza y el fundamento inconmovible de su fe y esperanza. Dicen que verla comulgar era toda una experiencia, que conmovía más que muchas explicaciones y catequesis sobre la Eucaristía.

A los doce años, en una de las visitas que su padre hacía al colegio en Trento, Juana le manifestó su deseo de ser religiosa. No era una decisión de niña; era algo anhelado desde hacía tiempo y puesto en su corazón por el Señor. El carácter brusco de Giovanni se vio contrariado, como suele acontecer en estas ocasiones, aun en familias cristianas. Soñaba para su hija una boda suntuosa, una familia llena de nietos... Pensó que las monjas clarisas, sus educadoras, tenían la culpa de tales «manejos y teorías» e inmediatamente la sacó del colegio y se la llevó a casa.

El carácter celoso de su padre la mantuvo alejada del mundo de la vida religiosa durante tres años hasta que cumplió los quince. Vivió en su casa, compartiendo vida con la nueva esposa de su padre, a la que siempre amó y respetó, y yendo y volviendo a casa de parientes cercanos y lejanos, un modo de tratar de distraerla de su vocación. Nada pudo disuadirla y el padre, al llegar a la edad canónica en que se permitía la entrada en la vida religiosa, no tuvo más remedio que darse por vencido, no sin antes exigir que él mismo elegiría el convento donde debía ingresar. Este golpe de efecto, difícil de comprender en la actualidad, lo permitió la Providencia para que ingresara en el monasterio de benedictinas de San Girolamo (Jerónimo) en la Villa de Bassano, el más próximo a su pueblo, el 21 de junio de 1621.

Vestido el hábito a los dos meses de su ingreso, el 8 de septiembre, fiesta mariana por excelencia, y transcurrido un año exacto de noviciado, el 8 de septiembre de 1622, Juana hizo su profesión monástica. Con el comienzo de su vida como monja

benedictina se amplían y profundizan una serie de fenómenos místicos y prodigiosos, que no se interrumpirán hasta su muerte La primera vez que Cristo se le apareció, le dijo: «Querida esposa mía, ámame apasionadamente». A esta visión siguieron otras muchas acompañadas de arrobamientos y coloquios celestiales Es famosa en la hagiografía el éxtasis de Juana el día de su profesión durante la misma ceremonia:

> «Vi —dice ella misma— al Señor en su gloria, aceptando amorosamente mi ofrenda A su lado estaba la Señora Santísima, San Benito y muchos santos y ángeles El Señor me puso al cuello tres cadenas de oro purísimo, diciéndome que a mí me tocaba llenarlas de perlas y esmaltes»

Esforzábanse las monjas por volverla a la realidad (tal es la expresión bastante pretenciosa de nuestro lenguaje); pero hasta que la profesa no volvió en sí espontáneamente, fue imposible continuar la ceremonia.

Después, los favores siguen en aumento.

> «A los dos años de vivir en la caverna amorosa donde se purificaba y embellecía su alma fue sacada de ella para el beso divino Es imposible expresar lo que se siente, ¡oh Dios mío!, al decirte aquellas palabras Bésame con el beso de tu boca»

Poco después se celebró el matrimonio místico; Juana contaba veinte años de edad. El Esposo vino acompañado de su Madre y un espléndido cortejo: doce profetas, doce apóstoles, doce caballeros mártires, doce vírgenes y otras tantas heroínas de la fe. El Novio celeste dijo a su elegida: «Voy a desposarme contigo en la fe». Luego le puso en el dedo un anillo de oro con una inscripción que decía: «Tú, para mí; Yo, para ti». Uno de los primeros regalos que Cristo trajo a su sierva, después de esta solemne ceremonia, fue la corona de espinas. Ella sentía las puntas agudas en su cabeza y derramaba sangre copiosa. Años más tarde, en 1632, Cristo le dijo: «Querida mía, no es conveniente que la esposa sea diferente del esposo. Te voy a engalanar con mis propias joyas». Las llagas aparecieron en las manos, en los pies y en el costado de la monja de Bassano el Viernes Santo de aquel mismo año. Tenía devoción especial a la pasión de Cristo, y quería imitar esa pasión. Todos los viernes quedaba extasiada con un éxtasis que a veces duraba varios días.

Tales arrobos y manifestaciones externas no podían menos de acarrearle disgustos y penalidades de todo tipo. Algunas monjas la llamaban ilusa y falsaria; las habladurías no la molestaban pero le hacía estremecer la posibilidad de ser engañada por el maligno. Un consuelo hallaba en pensar «que la nada no puede producir más que la nada». Tuvo dos confesores que no lo comprendieron así, y se negaron a creerla, haciéndola pasar por las mayores humillaciones. Hasta se le negó la comunión por largas temporadas. Siempre lo mismo; el mundo está miope y no acierta a distinguir entre la luz y la oscuridad. En medio de sus penas, Cristo se presentaba delante de ella, para consolarla y en alguna ocasión hasta para darle la comunión que le negaba el confesor. En sus últimos años Dios le otorgó que desaparecieran los signos externos de su vida mística. Pero todo en ella fue una vida perdida en el océano del amor de Dios.

Y como el amor del mundo engendra los celos, el amor de Dios tiene también su hijo: el celo que sólo desea que el amor del Amado se derrame por todas partes. Este deseo era una hoguera en el corazón de Juana María. Llevó a Dios el alma de su padre e hizo de él un santo. Cuando murió Juan Bonomo, su misma hija lo guió místicamente hasta el cielo por encargo de Cristo. Otras muchas almas sintieron su bienhechora influencia, obteniendo el perdón de Dios y la reconciliación con sus enemigos por medio de la palabra o las oraciones de Juana, no faltando también otro tipo de gracias, como curaciones, predicciones y conversiones morales insospechadas. Las monjas de su comunidad, al fin, quedaron todas prendadas de su virtud y en dos ocasiones la eligieron trienalmente como su abadesa. Es más, aun siendo una monja de clausura, y pasando una buena parte de su vida muy enferma y aquejada de dolores y malestares físicos, nunca cejó en su empeño de cuidar y atender a los pobres y afligidos que se presentaban en el monasterio, solicitando o la caridad general de la comunidad o el favor personal de la generosidad, que se hizo proverbial, de Juana. Pero sólo el amor de Dios la llevaba hacia fuera, pues «las criaturas le parecieron siempre —lo que son en realidad— sombras que pasan».

Ese amor había consumido materialmente su corazón durante los cuarenta y siete años de vida totalmente entregada a su

divino Esposo, clavado en cruz y oculto por nuestro amor en el pan de vida de la Eucaristía. Ni la vida ni la muerte, ni las penas ni los dolores pudieron nunca apartarla de su Amado al que había entregado su corazón. Ya durante su vida se susurraba que en Bassano vivía, sin corazón, una monja, y parece ser cierto, pues, incomprensiblemente, no lo hallaron en su cadáver. Así se vislumbra que hablase ella con frecuencia del ansia de su alma.

> «Os confieso —escribía a su padre— que yo no soy yo, sino que hay otro en mí que tiene la posesión entera de mi ser, es mi dueño absoluto ¡Dios mío, Dios mío! Dicen que estoy poseída, pero yo no sé como arrojarlo de mí Solo una cosa sé que veo la luz, que siento la fuerza que anima mi espíritu, que mi alma no está sola ¡Dios mío, Dios mío! Tú eres mi creador, a ti solo me he entregado, y a ti solo me entrego ahora para siempre»

Juana María Bonomo murió el 1 de marzo de 1670 y, cuando expiró, su alma fue vista subir al cielo en forma de llama. Hay almas que pueden tener como símbolos una flor, una onza de oro o un puñal; para la abrasada extática de Bassano, el mejor símbolo era una llama, que iba a perderse en el horno del costado de Cristo. Fue beatificada por el papa Pío VI en 1783

LUIS M. PEREZ SUAREZ, OSB

Bibliografía

PEREZ DE URBEL, J, *Año cristiano,* I *Enero Marzo* (Madrid 1940)
ROSA, I, *La Beata G M Bonomo, monaca benedettina* (Praglia 1933)

C) BIOGRAFIAS BREVES

SAN FÉLIX III
Papa († 492)

Era romano y perteneciente a la nobleza senatorial. Su padre, al enviudar, había ingresado en las filas del clero. Félix también contrajo matrimonio y tuvo hijos, uno de ellos fue abuelo de San Gregorio Magno. Tenía gran experiencia en los asuntos temporales. Una vez viudo, ingresó también en las filas del clero romano y se acreditó dentro de él.

Elegido Papa el 13 de marzo de 483, a la muerte de San Simplicio, contó en su gobierno con la ayuda inestimable de Gelasio, que sería su sucesor. A causa de los problemas creados por el decreto de pretendida unidad, llamado el Henotikon, envió a Constantinopla una delegación que no dejó de alegar el primado de San Pedro para exigir acatamiento a la sede romana. En Constantinopla se reaccionó con vehemencia y se amenazó a los delegados romanos hasta el punto de que éstos aceptaron la comunión con los monofisitas bizantinos. Vueltos a Roma, el Papa convocó un sínodo, desautorizó a los delegados y se vio obligado a excomulgar a Acacio de Constantinopla, lo que trajo una ruptura entre Oriente y Occidente que duraría treinta y cinco años. Félix intentó ganarse la voluntad del emperador Zenón pero no dejó de recordarle que el emperador en la Iglesia no estaba para enseñar, pues su papel era otro, y así no pudo impedir el rumbo que tomaron las cosas en Oriente. Félix murió en Roma el 1 de marzo de 492.

SAN ALBINO DE ANGERS

Obispo († 550)

Natural de Vannes, donde nace de noble familia hacia el año 470. Llegado a la juventud, profesó como monje en el monasterio de Tincillac, del que llegó a ser abad. Se mantuvo en este cargo durante veinticinco años y en ellos se granjeó el afecto de sus monjes y el crédito de los fieles, quienes insistieron que fuera elegido obispo de Angers hacia el año 530.

Como tal tomó parte en los Concilios III y IV de Orleáns. Muy amante de la disciplina eclesiástica, luchó contra los matrimonios incestuosos, frecuentes sobre todo en la clase alta, y ante los que parece que otros obispos se mostraban más tolerantes, aunque logró que San Cesáreo de Arlés estuviese de acuerdo con sus puntos de vista. Esta rigidez moral le atrajo disgustos y amenazas, pero el santo obispo fue firme en sus convicciones y tuvo el apoyo del pueblo que veía sus santas obras. Murió en Angers el 1 de marzo de 550. Tenido por santo, no muchos años después de su muerte ya se le erigió una iglesia en Angers, a la que se trasladaron sus reliquias. Junto a esta igle-

sia surgió un monasterio. Su culto se extendió por varios países europeos.

SAN DAVID

Obispo († ca 601)

Aunque su biografía ha llegado a nosotros ligada a leyendas muy posteriores al tiempo de su vida, parece que puede reconstruirse lo esencial de su biografía.

Natural del sur de Gales, concretamente del valle de Rhos, parece que, luego de recibir adecuada instrucción, se ordenó sacerdote y seguidamente se dedicó a la vida eremítica, en la que su interés estuvo sobre todo en el estudio de la Sagrada Escritura. Abrazó luego la vida monástica y, ya monje, realizó un apreciable trabajo como evangelizador. Fue el fundador del monasterio de Mynyw, donde implantó una regla austerísima, y se convirtió en la casa madre de otra serie de monasterios erigidos en Gales, Irlanda e Inglaterra.

Obispo del lugar que por él se llama St. Davids, se acreditó con una gran fama de santidad y milagros. Presidió numerosos sínodos en los que se tomaron importantes acuerdos sobre liturgia y disciplina de la Iglesia. Murió el 1 de marzo del año, al parecer, 601.

SAN SUITBERTO

Obispo († 713)

Monje inglés que formó parte del equipo misionero que en 690 pasó al Continente bajo la guía de San Wilibrordo. Predicó con éxito en Brabante, Gelderland y Kleve.

En 693 fue elegido obispo regionario, yendo a Inglaterra a consagrarse de manos de San Wilfrido y predicando seguidamente el evangelio por las orillas del Rin. Fundó el monasterio benedictino de la isla de Kaiserswerth, junto a Dusseldorf, que le fue donada por el rey Pipino. En este monasterio pasó el último tiempo de su vida y en él fue donde murió el 1 de marzo de 713.

SAN LEÓN DE BAYONA

Obispo y martir (s IX)

Las diocesis de Bilbao, Pamplona, Tudela y San Sebastián celebran la memoria litúrgica de este santo.

La tradición referente al mismo se recoge tardiamente en documentos de los siglos XIV-XV. Según esa tradicion había nacido en Carentan hacia el año 855 y había sido primero cortesano de Luis el Germánico, pero su vocación era religiosa y se hizo clérigo. En un viaje a Roma, luego de haber hecho estudios en París, el propio papa Esteban V lo habría consagrado arzobispo de Ruán. Este cargo no le impidió sus afanes misioneros entre infieles que abundaban todavía en la zona de Bayona, ciudad de la que parece haber sido primer obispo, y desde allí difundió el evangelio por lo que hoy es Navarra y el País Vasco. Fue martirizado por unos piratas. El Martirologio señala su memoria el 1 de marzo.

BEATO CRISTOBAL DE MILÁN

Presbitero († 1484)

Nacido en Milán a comienzos del siglo XV, al llegar a la juventud elige la vida religiosa e ingreso en el convento de San Eustorgio y profesó en la Orden de Predicadores. Terminados los estudios se ordena sacerdote en 1438.

Deseaba vivir la vida religiosa con gran observancia y por ello se unió a la congregación de los reformados. Impactado por el ejemplo de predicador ambulante dado por San Vicente Ferrer hacía tan poco tiempo, se dedicó a este ministerio con gran fruto. Predicó por la Lombardía, el Véneto, la Romaña y las Marcas, acompañando su predicación de un alto ejemplo de vida virtuosa. En 1446 la Orden lo reclamó como maestro de novicios en Mantua, y por ello hubo de dejar la predicación popular de momento. Compiló sus enseñanzas a los novicios en un volumen que tituló *De servitute Dei,* exponiendo su concepto de la vida religiosa como un servicio continuo a Dios.

Cinco años más tarde, terminado su magisterio de novicios, volvió a la predicación popular, recorriendo esta vez Bolonia,

Florencia, Roma, Nápoles y llegando hasta Palermo. Luego volvió al norte de Italia, predicando por todas las poblaciones ligures Fundó en 1460 el convento de Taggia, donde impuso una rígida observancia regular Este convento se convirtió en escuela de religiosos santos, celosos y bien formados. Desde este convento no dejaba de dar giras apostólicas por Liguria y el sur de Francia, realizando una notable labor pastoral. Dejó numerosos escritos. Murió el 1 de marzo de 1484. Su culto fue confirmado el 3 de abril de 1875.

SANTA INÉS CAO KUIYING

Viuda y martir († 1856)

El 1 de marzo de 1856 murió en la población china de Xilinxian, provincia de Guangxi, la fervorosa catequista Inés Cao Kuiying, que había nacido en el seno de una familia cristiana y se había criado en un orfanato católico. Había estado casada con un hombre violento que la había hecho sufrir mucho, pero al que ella soportó con gran paciencia y atendió con gran caridad en su enfermedad.

Una vez muerto su esposo, el obispo le propuso que se dedicara a la catequesis y así lo hizo con gran celo, siendo éste el motivo de que fuera detenida, tentada inútilmente de apostatar, encarcelada y de que padeciera atroces suplicios de cuyas resultas murió. Fue canonizada el 1 de octubre de 2000.

2 de marzo

A) MARTIROLOGIO

1 En Neocesarea (Ponto), San Troades († 251), martir
2 En Lichfield (Inglaterra), San Ceada († 672), obispo *
3 En Brujas (Flandes), Beato Carlos el Bueno († 1127), conde de Flandes, martir **
4 En Sevilla (España), Santa Ángela de la Cruz (Maria de los Angeles Guerrero Gonzalez) († 1932), virgen, fundadora de la Compañia de Hermanas de la Cruz **

BEATO CARLOS EL BUENO

Mártir († 1127)

Nació en torno a 1082/6, siendo primogénito de San Canuto II, rey de Dinamarca, y de Adela, hija de Roberto I el Frisón, conde de Flandes. Su padre accedió al trono dinamarqués a la muerte de su hermano Harald, estableciendo a ejemplo de otras naciones europeas un reino fuerte sobre bases religiosas. La Iglesia tuvo en él a un extraordinario valedor, colmando de privilegios y donativos las catedrales de Dalbuy, Lund, Odense... En la lucha de las investiduras se puso al lado del Papa.

En la primavera de 1085 hizo detener a su hermano Oluf como traidor, pues se oponía a los proyectos del reino, y lo envió a su suegro Roberto, conde de Flandes. El 10 de junio de 1086 los rebeldes lo asesinaron en la iglesia de San Albano de Odense, venerándolo su país como mártir al servicio de la Iglesia, siendo incluido en el *Martirologio romano* el 19 de abril de 1100 (1101?). El admirable ejemplo de su padre marcaría las pautas del hijo fielmente hasta el martirio.

En 1086, año del asesinato de su padre, Carlos era aún un niño pequeño y junto con su madre Adela y sus hermanas Inger y Cecilia llegó a Flandes en 1087, estableciéndose en el condado de Harlebeke hasta las segundas nupcias de Adela con Roger, duque de Pouille, celebradas poco después de 1090. A partir de este momento el joven pasa a la corte de su abuelo, Roberto el Frisón, donde aprende a leer y escribir, recibiendo una formación literaria muy rara en su tiempo en las familias reinantes. Creado caballero, pasa a Tierra Santa al servicio de los cruzados, permaneciendo poco tiempo. Regresó a Flandes y a la muerte en 1111 de su tío Roberto II se convierte en el principal consejero de su sucesor Balduino VII, que contaba 18 años de edad. En 1117 obtuvo el condado de Amiens.

Durante las nuevas incursiones militares en Normandía y los meses de la enfermedad del Conde dirige todos los asuntos, administrando el condado con reputada justicia. En 1119 muere Balduino VII como consecuencia de una herida mal curada, habiendo designado a Carlos como su sucesor, a pesar de las in-

trigas de su madre Clemencia de Borgoña, que prefería la candidatura de Guillermo de Leoo, nieto de Roberto el Frisón. Contraria a Carlos, Clemencia contrajo matrimonio con Godofredo de Lovaina, duque de Brabante, incitando contra su sobrino una peligrosa coalición.

Desde el inicio de su reinado Carlos se propuso hacer respetar la voluntad de Balduino, aplicando, además, la *pax Dei,* decretada desde el inicio del siglo XI por los obispos de la provincia eclesiástica de Reims, convirtiéndose en el primer defensor y su principal garante, haciendo observar esta legislación de origen eclesiástico. Además, para salvaguardar el orden público obligó a respetar los tiempos de tregua y paz, prohibiendo llevar armas en ciudades y mercados e invitando a los nobles a resolver sus litigios ante un tribunal, antes que resolverlos por las armas. Estas medidas exaltaron los ánimos de los revoltosos, favoreciendo un clima contrario a su persona.

Contrajo matrimonio con Margarita, hija de Rainaldo, conde de Clermont, aunque no tuvieron descendencia. El renombre de su coraje y prudencia le hizo en dos ocasiones entrar en la política europea, rehusando en 1123 la corona de Jerusalén, y en 1125, a la muerte del emperador Enrique V, oponiéndose a la presentación de su candidatura en el Imperio. Sus extraordinarias cualidades humanas, y sobre todo su bondad, eran conocidas por todos. Sus intervenciones y generosas ofrendas en favor de la Iglesia son numerosas.

Favoreció el comercio, sobre todo el de la lana, creando diversos núcleos de población que se convirtieron en las grandes ciudades flamencas de Brujas, Gante, Douai, Saint-Omar... Desplegó una organización ejemplar en su condado con agentes militares, administrativos y judiciales, cada uno de los cuales estaba al frente de una circunscripción que, generalmente, coincidía con un antiguo condado. Durante la hambruna que asoló Europa en 1124-1125 dispuso medidas favorables para los pobres, manteniendo el orden, la justicia y la paz.

Queriendo defender los intereses de su territorio, ordenó realizar un censo de siervos. La familia de los Erembaud, una de las más eminentes del condado, estaba emparentada con las mejores familias de la nobleza local, pero era de origen siervo.

Tenía como jefe a Bertoux, preboste de San Donaciano de Brujas, y en esta oportunidad Carlos se creyó obligado, para no invalidar una política señorial vigente en este momento, a proseguir su derecho y hacer reconocer a los Erembaud que no tenían un origen libre, permitiéndoles que pudieran probar su condición de libertad con juramento prestado por uno de sus miembros y 12 testigos nobles. No pudieron encontrar los testigos ni tampoco pudieron presentar la prueba exigida. Sintiéndose deshonrados concibieron un odio tenaz contra el Conde.

A este conflicto se unió otro que, finalmente, había de provocar la muerte de Carlos. Un sobrino de Bertoux, Bouchard, mantenía una guerra privada contra Tancmar de Straten, su vecino. En numerosas ocasiones Carlos les había ordenado respetar la tregua de Dios.

Después de una nueva violación del juramento de paz cometido en detrimento de Tancmar y habiendo quedado impune, en ausencia del conde, Bouchard organiza, en tiempo de paz aún, una incursión armada en los dominios de Tancmar, cometiendo diversos crímenes que invalidaban la defensa de la legislación de la paz de Dios, arrasando casas, robando bienes, asesinando. A su regreso, Carlos decidió castigar esta injuria hecha «menos a él que a Dios», que violaba las leyes que legislaban la paz. Convocó a sus barones en Ypres, acudiendo a los lugares devastados, y a instancias de sus nobles ordenó aplicar el derecho de castigo sobre la casa de Bouchard, culpable de la infracción de la paz, considerando esta violación de la paz de Dios digna de un castigo ejemplar, aunque esta medida le iba a acarrear un gran riesgo El 27 de febrero de 1127 Carlos es sabedor de un posible complot en contra suya, y el 2 de marzo de 1127, Bouchard, furioso por el castigo recibido, asesina al Conde en la iglesia de San Donaciano de Brujas.

El mismo día los eclesiásticos de Brujas reconocen este asesinato como ejemplo de muerte en el ejercicio del deber y lo declaran mártir, entablando una defensa contra las pretensiones del abad de San Pedro de Gante para la salvaguarda del *precioso tesoro* de su cuerpo, convertido en reliquia insigne, sentimiento compartido por numerosos contemporáneos. Los motivos de la furiosa venganza de Bouchard demostraban haber incumplido

y violado la institución eclesiástica de la paz de Dios, dejando al descubierto su maldad. Esta muerte procovó una guerra civil que se prolongó hasta la llegada al trono de Flandes de Thierry de Alsacia, hijo del conde de Lorena (1128).

Su culto fue aprobado por León XIII el 9 c febrero de 1882. El padre y el hijo, mártires, por la defensa de la paz y la justicia.

ANDRES DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

Bibliotheca sanctorum, t III cols 794 798
BAUDRILLART, A (dir), *Dictionnaire d'histoire et de geographie ecclesiastique,* II (Paris 1953) cols 483 486
Index ac status causarum, o c , 418
Martyrologium Romanum, o c , 163

SANTA ÁNGELA DE LA CRUZ GUERRERO Y GONZÁLEZ

Virgen y fundadora († 1932)

Santa Ángela de la Cruz es uno de los testimonios más elocuentes de cómo la humildad y la alegría se hacen inseparables cuando se entrega todo por amor a quienes padecen mayor necesidad: los pobres y los enfermos. Favorecida por la especialísima gracia de participar en el sufrimiento redentor de Cristo Jesús uniendo su propia cruz a la del Señor, la fundadora de las Hermanas de la Compañía de la Cruz dedicó sus 86 años de vida, tan austera y sacrificada, a llenarla del incontenible amor que da sentido y plenitud a la propia existencia y que se convierte en inequívoco signo del Reino de Dios.

Nació en la periferia de Sevilla, en una familia modesta y muy cristiana, el 30 de enero de 1846. Fue bautizada en la parroquia de Santa Lucía dos días después, el 2 de febrero, recibiendo el nombre de María de los Ángeles Martina de la Santísima Trinidad. La llamaron siempre Angelita. El padre, don Francisco Guerrero, era cardador de lana y la madre, doña Josefa González, costurera. Para contribuir a la nunca sobrada economía familiar, ambos realizaban algunos servicios en el con-

vento de los Trinitarios: él en la cocina y ella cosiendo. Tuvieron catorce hijos, de los que sobrevivieron tres niños, José, Antonio y Francisco, y tres niñas, Joaquina, Angelita y Dolores.

En casa no faltaba lo necesario, pero rara vez podían permitirse lo superfluo. Este ambiente sencillo, austero, de constante trabajo y esfuerzo, y también de paz y armonía, incidió de modo decisivo en Angelita, que creció animosa y confiada, y aprendió pronto a «dar gracias a Dios por lo que tiene y no quejarse de lo que le falta». La sólida formación religiosa recibida en la familia también le enseñó tempranamente a acudir a Dios en las necesidades cotidianas y a descubrir su providencia en cada acontecimiento.

Con notable vivacidad, juguetona, traviesa y ocurrente, sabía idear bromas y entretenimientos y le gustaba divertirse con los niños de su edad. Desde pequeña manifestó gran bondad y fervor. Cuando iba con su padre a la parroquia, le gustaba recorrer los altares y echar besos a los santos. O se escapaba, y la encontraban rezando a la Virgen de la Salud También afloró pronto en ella su corazón compasivo, como cuando llevó la única manta de su cama a un mendigo que se había cobijado por el frío en un portal.

A los ocho años, en 1854, recibió la primera comunión y el 18 de marzo del año siguiente, el sacramento de la confirmación. Desde entonces comenzo a guardar las propinas que le daban los domingos para repartirlas después entre los necesitados del barrio.

Angelita era inteligente e ingeniosa pero, como tantas niñas pobres de entonces, no frecuento mucho la escuela. Escasamente aprendió a escribir y lo más elemental. A los doce años tuvo que ponerse a trabajar para ayudar a la numerosa familia, empezando como aprendiz en el «taller de zapatería» de doña Antonia Maldonado, donde llegó a ser «aparadora», oficio que consistía en hacer lazos y adornos para botines.

Entrar en este ambiente fue providencial para ella. Allí se rezaba diariamente el rosario, lo cual favoreció su vida de piedad; entregar el salario a sus padres, la obligó a continuar viviendo con sencillez, y la convivencia con sus compañeras le ayudó a forjar su carácter y personalidad, aprendiendo a ser tolerante, a

ceder, a asumir lo dificultoso y a procurar evitar en sí misma los defectos que veía en las demás. Pero sobre todo, a través de la dueña encontró, a los 16 años, un extraordinario director espiritual, don José Torres Padilla, canónigo de la Catedral. Su «Cirineo», como le llamaría después, de unos 50 años entonces, era fino, inteligente, estudioso, humilde y austero, y tenía fama de santo Doña Antonia, que se confesaba con él, le había contado que tenía una oficiala excepcional y le facilitó una entrevista. La joven obrera no olvidó nunca su primer encuentro con él: se veía insignificante ante tan respetable figura, pero no dudó en confiarse a su dirección espiritual.

Angelita era buena artesana y persona de muy buen corazón, por lo que dedicaba sus tiempos libres a enseñar el oficio de zapatería a las niñas de «Las Arrepentidas», una conocida institución de esa Sevilla noble y cortesana. Pero pronto empezó a pensar que sería mejor ocuparse de los que estaban «enfermos y solos» que hacer los adornos de los botines de las damas presumidas de la ciudad.

Dispuesta a ser «lo que Dios tenga pensado de ella», según confiaba entonces a una amiga, sentía «gran deseo de vivir desprendida de todo y pisar la tierra sin pisarla». Quería vivir como San Francisco de Asís, «que parecía no posar los pies en el suelo», y así se lo manifestó al P. Torres. El acierto de éste fue estar muy atento a percibir la voluntad de Dios sobre ella, no fácil de discernir en estos primeros momentos. Por su parte, Angelita, con actitud sencilla y obediente, se comprometió «en humildad y en sinceridad» a darle cuenta por escrito de todo lo que fuera sintiendo por dentro.

Convencida de que Dios le pedía ser monja, en septiembre de 1865 llamó a las puertas del Carmelo fundado por Santa Teresa de Jesús en Sevilla. Pero no fue admitida, por considerar que no gozaba de la salud suficiente para una vida tan austera. Se quedó bastante desconcertada.

Buscando otro camino para dar cauce a la vocación religiosa que creía percibir en Angelita, dada su atracción por los pobres y los enfermos, el P. Torres Padilla le aconsejó que ingresara en las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl. Sin poner ninguna objeción, se despidió de sus padres y hermanos, que acepta-

ron la decisión resignados. Hizo su postulantado en el Hospital Central de Sevilla, y el día 2 de mayo de 1868 ingresó en el noviciado, donde la recibieron con ilusión y alegría. Tomó el santo hábito en 1869.

Mientras tanto, D. José había tenido que marchar a Roma, nombrado por el papa Pío IX consultor pontificio de la Comisión de Disciplina Eclesiástica del Concilio Vaticano I. En este período de tiempo la joven religiosa enfermó y sus superiores la trasladaron a la Casa de Beneficencia de Cuenca, pensando que ese clima la favorecería más. En vista de que no era así, decidieron llevarla al «Asilo Marqués de Campo» de Valencia y, como tampoco mejoraba, la enviaron a la «Casa cuna» de Sevilla, por si lograban que en su tierra se recuperase. Estaban haciendo todo lo posible por retener a la «perla», como la llamaba su superiora, pero los frecuentes vómitos y el progresivo mal estado de salud impedían su estancia entre ellas. En 1870, con 24 años de edad, a pesar de su entrega y fidelidad generosas, tuvo que dejar las Hijas de la Caridad y volvió a su trabajo en el taller de zapatería.

Concluido pronto el Concilio Vaticano I a causa de la invasión de Roma por las tropas unificadoras de Italia, el P. Torres regresó a Sevilla y tuvo noticia de lo ocurrido a Angelita. Ambientalmente eran momentos difíciles también en España: en 1868 acababa de tener lugar «la gloriosa», revolución que había despojado del trono y expulsado del país a la Reina Isabel II. La sustituyó un gobierno transitorio, que en 1870 ofreció la corona a Amadeo I de Saboya. Fracasado este intento monárquico, en 1873 se proclamó la I República, que en su único año de vida tuvo cuatro presidentes. La situación consiguió estabilizarse restaurando la monarquía con Alfonso XII, hijo de la Reina destronada y, sobre todo, con la Constitución de 1876, vigente durante casi medio siglo.

Desde su condición de mujer trabajadora en un rincón de Sevilla, seguramente participó Angelita, como todos los ciudadanos, del desconcierto provocado en el país por tanta inestabilidad y falta de perspectivas, precisamente entre 1870 y 1875, cuando ella misma estaba librando su propia batalla interior. Fueron años duros, de oscuridades e inseguridad, pero vividos

con la honda paz de quien sólo deseaba abandonarse a la voluntad del Señor, que ella se propuso buscar a través de la obediencia fiel a su director espiritual.

Como medio para encontrar el camino a seguir, don José le pidió que pusiera por escrito hasta su más mínimo pensamiento, y así lo hizo con toda puntualidad. Abierta a lo que Dios deseara de ella, dedicaba a esta tarea los días de fiesta y los tiempos que le permitía el trabajo. Tanto interés tenía don José Torres en este ejercicio, que a veces le cedía su despacho y su mesa, para que escribiera sus *papeles de conciencia* con toda concentración y paz.

El 1 de noviembre de 1871 anota: «María de los Ángeles Guerrero, a los pies de Cristo crucificado, promete vivir conforme a los consejos evangélicos». Y durante la cuaresma de 1873, el 22 de marzo, escribió en una cuartilla con letra vacilante y algunas faltas de ortografía, sin título ni introducción, lo que sigue:

> «El monte Calvario Nuestro Señor enclavado en la cruz y la cruz levantada de la tierra. Otra cruz en la misma altura, pero no a la mano derecha ni a la izquierda, sino enfrente y muy cerca
>
> Pues conocía yo que el que quiere llegar a la santidad debe imitar a nuestro Señor en todo Y bien, ¿qué han hecho los santos todos, sino seguir los pasos de su divino Salvador, imitandole primero en su vida oculta, cuando viviendo con su familia sin que apareciese en ellos ninguna cosa extraordinaria ellos se preparaban para el Calvario con la practica de las virtudes con las que han asombrado al mundo, que no comprende ese misterio, ni puede darse la explicacion de como se realiza? Y no lo comprenden porque no conocen a Dios
>
> Pero yo, que al ver a mi Señor crucificado, deseaba con todas las veras de mi corazón imitarle, conocia con bastante claridad que en aquella cruz que estaba frente a la de mi Señor, debía crucificarme con toda la igualdad que es posible a una criatura, y en lo intimo de mi alma sentia un llamamiento tan fuerte para hacerlo asi, con unos deseos tan vivos y una ansia tan vehemente y un consuelo tan puro, que no me quedaba duda que era Dios quien me convidaba a subir a la cruz
>
> Era tan fuerte este llamamiento, que yo no podia resistir, y parece que me ofrecía toda a mi Dios, deseando el momento de verme crucificada frente a mi Señor»

Esta gracia tan particular no la invitaba sólo a tomar la cruz sobre sus hombros y seguir a Jesús por el camino del Calvario;

se trataba de vivir crucificada en estado permanente, arriba, en la cumbre de las humillaciones, muy cerca del Señor. El P. Torres quedó muy impresionado con la lectura de este texto y propuso a su dirigida usar el nombre de «Ángela de la Cruz», con el que desde entonces solía firmar sus escritos. Nadie sospecharía que esta muchacha alegre, animosa, sencilla y servicial, vivía interiormente crucificada con Cristo en humillación permanente o, como diría más tarde con una palabra propia, en profunda «abyección».

Ángela había visitado a una enferma que vivía en una casa de vecinos, oyéndoles comentar que también había ido a verla una señora acomodada, que se limitó a aconsejarla que tuviera mucha paciencia... La hizo reflexionar lo ocurrido, porque es fácil pedir al otro resignación cuando a uno no le falta de nada. «¿Cómo se puede ayudar a los pobres sin herirlos?», comenzó a ser para ella el tema de oración y reflexión constante. Y en su alma se fue configurando esta idea: «Hay que hacerse pobre con los pobres para llevarlos a Cristo». Para entenderlos, para hablarles, para comprenderlos, tenemos que ser como ellos; para atraerlos, para evangelizarlos, tenemos que cultivar en nuestra vida personal la pobreza. Escribía después a su padre espiritual:

> «Si para aconsejar a los pobres que sufran sin quejarse los trabajos de la pobreza, es preciso llevarla, vivirla, sentirse pobre [ ] ¡que hermoso sería un Instituto que por amor a Dios abrazara la mayor pobreza, para de este modo ganar a los pobres y subirlos hasta Él!»

Estaba recibiendo, de hecho, la inspiración de fundar una Compañía, y sentía llena su alma de algo imposible de explicar. El P. Torres Padilla, aunque la escuchaba con atención, prefirió hacerla esperar hasta cerciorarse mejor: «Tú, quédate en tu nada [...] en tu nada», dejándola desconcertada. Porque, aunque deseaba obedecer, percibía que se iba consolidando en su interior la idea de un Instituto pobre junto a los pobres, y repetía al P. Torres que no podía apagar esta idea. Él la escuchaba pero, prudentemente, prefirió continuar sometiéndola a la prueba de que escribiera todo. Sorprende cómo una mujer sin letras, con deficiente caligrafía y faltas ortográficas y gramaticales, pudo describir de modo tan admirable la identidad de un Instituto

que pretendía no ejercer la caridad desde arriba, sino ayudar a los pobres desde dentro, identificándose plenamente con ellos. «La primera pobre, yo», afirmaba sin vacilar.

Más tarde diría a sus seguidoras:

> «Nuestro modelo es Cristo crucificado, viviremos vida comun de sumo desprendimiento, humillacion, trabajo, austeridad y sacri ficio Desprendimiento de todo lo creado, para tener todas las cosas por basura con tal de alcanzar a Cristo»

Y paso a paso precisaba, al dictado de las mociones del Señor, el carisma que había de configurar a la Compañía que se estaba gestando:

> «Enfrente y muy cerca, contemplandolo en humillacion per manente, y sin perder la presencia contemplativa, salir de dos en dos en silencio y compartir la pobreza y el sufrimiento de los mas desheredados, para seguir contemplando a Cristo vivo, que sufre en los pobres»

Quedó esbozado, pues, desde el principio, lo que incansablemente repetirá después a quienes habían de ser, «entre los pobres, las más pobres». Éstas son algunas de sus ideas primeras, fielmente mantenidas despues:

> «Los pobres son nuestros señores»
>
> «Hablara una, solamente lo que sea preciso, para consolar, fortalecer, enseñar y aconsejar, y siempre con dulzura Nunca preguntaran por curiosidad»
>
> «Tenemos que estar dispuestas para cualquier servicio que ne cesiten, por muy bajo y humillante que sea Los asistiremos en sus necesidades materiales y espirituales en sus propios domicilios y nunca cobraremos nada por nuestro trabajo [ ] aceptaremos con agradecimiento cuantos socorros nos proporcione la divina provi dencia, y pediremos de puerta en puerta para socorrerlos a ellos y fomentarnos el espiritu de humillacion»

Sus escritos asombraban al P. Torres, que percibió cómo estaba mejorando incluso su caligrafía. Pero era tanto lo que ella quería expresar y se veía tan limitada, que el 16 de febrero de 1875 le dice: «Si yo tuviera la pluma de Santa Teresa para trasladar a este papel lo que algunas veces conozco...». Aunque, pudorosa, con cabal aceptación de sí misma y no sin fino sentido del humor, continúa: «Padre, perdone Usted mi falta de humildad. Yo no la quería [la pluma de Santa Teresa] nada más que

para un ratito, para que se enterara Usted bien y pronto, y después quedar tan mala escribana como antes».

En julio de 1875 abandonó el taller para dedicarse plenamente a iniciar la Compañía, y el 2 de agosto de ese mismo año el P Torres celebraba una inolvidable Eucaristía en la iglesia del convento jerónimo de Santa Paula, momento fundacional de la misma. A ella asistieron Ángela, que era terciaria franciscana, y otras tres mujeres que, como sencilla «patrulla», se ofrecían al Señor en el silencio del amanecer· Juana M.ª de Castro, Josefa de la Peña y Juana Magadán. Sin nada extraordinario, en el más absoluto silencio, don José las ofrecía a Jesús:

> «Aqui las tienes Señor, que sean fieles a su vocacion de cruz Que se inclinen siempre ante la humillacion, que la busquen ¡Señor!, que sean almas que se tengan por el desecho del mundo, que busquen el oprobio y la ignominia Que no pierdan nunca su horizonte Enfrente y muy cerca es decir, con espiritu contemplativo Pobres con los pobres, dedicadas a esta sola actividad»

¿Activas o contemplativas? Seguramente sobra la disyuntiva para afirmar que eran contemplativas en acción, lo cual les dará oportunidad para no ser bien comprendidas. Las gentes valorarán su misión y la admirarán, pero se interrogarán ante una forma de vida tan distinta de los criterios dominantes. Y dirán: «¡Si son activas! ¡Son contemplativas!». Y ellas sonreirán en silencio, conscientes de su vocación de víctimas. «La víctima obedece, calla, padece y muere..., yo debo hacer más por mi Dios, por mis hermanos... yo me ofrezco como víctima a derramar hasta la última gota de mi sangre».

Y las cuatro víctimas, ofrecidas como holocausto en la hondura de aquella primera Eucaristía, celebrada al amanecer en Santa Paula, se dirigieron gozosas a la calle San Luis, 13, donde habían alquilado un cuartito con derecho a cocina. Sólo tenían una mesa, cuatro sillas y unas esteras de juncos que servían de colchón y almohada, un crucifijo y un cuadro de la Virgen de los Dolores. Estaban naciendo las Hermanas de la Cruz. El padre Torres confió a sor Ángela la dirección. Todas se llamarán Hermanas y ella, Hermana mayor. La «patrulla» recibió el nombre de «Hermanas de la Cruz».

Sor Ángela comenzó por formar a las Hermanas en el carisma de la humillación, organizando el trabajo de la calle y culti-

vando el espíritu de contemplación que no debían perder, sino potenciar, en la actividad. La fe era su verdadero apoyo, el auténtico resorte que ayudaba a vencer las inevitables dificultades del comienzo de la fundación, junto con el firme y valioso respaldo de don José Torres Padilla.

La novedad de los primeros días despertó en los sevillanos gran interés, curiosidad e incluso extrañeza de su vida demasiado austera y de verlas por las calles. «Me parece que esas monjitas nuevas que tú diriges son demasiado exageradas, con tanto trabajo y tan dura penitencia —comentó un amigo al P. Torres—. Al menos, que cuando descansen por la noche, tengan una cama, no una tabla». La respuesta fue clara: «Si quitamos a las Hermanas de la Cruz la austeridad y la penitencia, serán cualquier cosa menos Hermanas de la Cruz. Vamos a dejarlas así». Y así quedaron, de frente a la cruz del Señor, con una vida también crucificada, y acudiendo a las casas de los enfermos más abandonados para asistirlos. Por otra parte, era tal la entrega y la bondad que sor Ángela derramaba en los pobres, y tanta su capacidad para comprender y ayudar a sus Hermanas, que comenzaron a llamarla «Madre».

La fundadora imprimió en su Compañía un ambiente de limpieza, de saludable alegría y de austera belleza: bastaba un buen blanqueo con un poco de cal y unas macetas bien colocadas para que sus casas tuvieran una armonía y un atractivo especial. Su estilo sería el de mujeres sencillas, del pueblo, alejadas de toda grandiosidad, llenas de alegría y dulzura. Y la gente comenzaba a agradecer ese modo de querer a Dios y a los pobres.

Poco a poco Sevilla fue descubriendo el regalo que Dios hacía a la ciudad cada amanecer con sor Ángela de la Cruz y su «patrulla», y cada día aparecían nuevas jóvenes que pedían ser incorporadas en su lista, por lo que la habitación de San Luis fue quedando pequeña, y hubieron de pasar a otro aposento más grande, que encontraron en la calle Hombre de Piedra, 8, junto a la parroquia de San Lorenzo. Allí ejercía su ministerio don Marcelo Spínola Maestre, hombre apostólico, de oración y mucha caridad, llamado «el mendigo», que llegaría a ser cardenal-arzobispo de Sevilla, y que ha sido beatificado en 1987. Presentadas a él por el P. Torres, las acogió con gran entusiasmo,

les ofreció su ayuda, e incluso firmó un documento que las acreditaba en su parroquia. Don José consiguió también autorización oficial del alcalde para cuanto las Hermanas necesitaran en relación con la ciudad.

El 3 de abril de 1876 obtuvieron el decreto de aprobación del Instituto por el cardenal Lastra, arzobispo de Sevilla. Quiso que se vistieran de religiosas y sor Ángela ideó con mucho acierto el hábito que continúan usando. Sencillo, pobre, austero, higiénico, cómodo, adaptado para el trabajo que realizan a domicilio: limpiar, cocinar, lavar la ropa, asear a los enfermos. Es una especie de túnica de bayeta parda del color natural de la lana y escapulario de la misma tela, un grueso cordón franciscano a la cintura, toca blanca y, por calzado, alpargatas.

La pequeña «patrulla» siguió aumentando. Además, empezaron a recoger niñas huérfanas de los enfermos a quienes atendían, por lo que tampoco cabían en la casa y pasaron a otra más grande en la calle Lerena, 3, donde ya pudieron contar con la presencia de la Eucaristía. Atendían a personas que estaban solas y enfermas en sus casas, y con una mano pedían limosna y con otra la repartían.

En sor Ángela seguían resonando las palabras del P. Torres: «Tú, quédate en tu nada», por lo que se vigilaba cuidadosamente. Así le escribe en una ocasión:

> «En la presencia de Dios me encuentro desnuda de todo [...] gracias a Dios, que lo es todo y yo la nada [ ] no le digo a Usted por esto que este libre de algun pensamiento de vanidad, pero esto, por la misericordia de Dios, ¿que impresion puede hacer en mi, con la luz que tengo de mi nada? La misma que si oyera a un loco disparatar, ¡como me reiria de sus embustes! El segundo beneficio es la completa indiferencia que siento en todo, despues de cumplir con la obediencia por la que conozco la voluntad de Dios, nada me altera ni me turba, siempre conservo en mi interior una paz inalterable, aun en las cosas contrarias»

En su responsabilidad por la conservación del Instituto, sor Ángela tuvo que enfrentarse con todas las imprevisibles dificultades que surgían día a día: enfermedades y muerte de las Hermanas, falta de dinero, epidemias, etc. Y la pequeña «patrulla» vive las dificultades en el silencio, sin quejas, con alegría.

Con el aumento de las actividades, las Hermanas tuvieron que organizar un colegio de internas y externas, viviendo una epoca de crecimiento notable y de gran tranquilidad. Mientras tanto, sor Ángela atravesaba una profunda crisis personal, que manifiesta de este modo:

> «Algunas veces me parece que yo le engaño a Usted, y que esta obra no es voluntad de Dios, y yo la culpable de todo [ ] quitandome a mi del medio todo saldrá mejor [ ] por Dios, tenga Usted compasion de mi y dejeme bajar hasta donde pueda bajar una criatura»

El padre la escucha y le dice: «Quédate quieta y silenciosa en tu cargo». Más tarde, el 29 de agosto de 1875 escribía: «María, además de ser nuestra Reina, nuestra Madre, nuestra Maestra, nuestra Superiora, será también nuestra *Hermana Mayor*». Y en junio de 1877: «El Padre no quiere, ni le da lástima de mí. No es la voluntad de Dios».

El fundamento profundo de la vocación de sor Ángela estaba en la gracia que Dios le hizo de comprender el valor de la humillación. Por eso quería entrar en un convento donde se refugien las mujeres arrepentidas. «Entrar de arrepentida, y después pasar lo que me quede de vida por una mujer infame». Y, si esto no fuera posible, propone «pasar por loca o por tonta». Y un tercer proyecto: salirse por algún tiempo de la Compañía y aparecer más tarde disfrazada como una pobre mujer muda para hacer los servicios que necesiten. Éstos eran «los secretos de mi conciencia». A sor Ángela le pesaban los honores de fundadora y quería encontrar una solución: «No crea Usted que esto es una tontería; que yo lo creo un deber de conciencia decírselo a Usted».

El 2 de agosto de 1877 sor Ángela de la Cruz pronunciaba los votos temporales. Y en este año se hizo la primera fundacion fuera de la ciudad, en Utrera (Sevilla). Pero llegó lo inesperado: el 23 de abril de 1878 el P. Torres Padilla cae enfermo y muere, con lo que tuvo que seguir guiando a la Compañía sin su prestigio, ayudas, talentos y orientaciones.

En esta situación de apoyo sólo en Dios, el 8 de diciembre de 1878 sor Ángela hizo la profesión perpetua. El Instituto había asumido la dirección del P. José María Álvarez Delgado, que

redactó las primeras constituciones a base de los *Escritos íntimos* de sor Ángela. una síntesis de oración y austeridad, contemplación y alegría en el servicio a los pobres. Fueron aprobadas el 8 de mayo de 1879 por el arzobispo de Sevilla Fr. Joaquín Lluch y Garriga. Dos años después, el 19 de marzo de 1882, en una especie de Capítulo, sor Ángela de la Cruz fue nombrada Madre general. Al poco, el 12 de mayo del mismo año, falleció el P Alvarez. Le sucedió el P. Rodríguez Soto, último director de la Compañía.

Debido al aumento de religiosas, después de haber pasado unos años —desde 1881— en la calle Cervantes, 8, casa que pronto también quedó pequeña, en 1887 encontraron en Los Alcázares una como sor Ángela deseaba: espaciosa, ventilada y de aspecto relativamente modesto. Providencialmente adquirida, las Hermanas la han mantenido siempre, por considerarla su «Casa madre», y en ella reposan hoy los restos de sor Ángela, reside la Madre general y tienen instalado el noviciado y el juniorado.

El 9 de abril del 1894 sor Ángela, «Madre Angelita» o simplemente «Madre», como se la llamaba en Sevilla, viajó a Roma acompañada de la Hermana Adelaida de Jesús, a la que Fray Diego de Cádiz había hecho un milagro por el cual lo beatificaban junto con el Maestro Juan de Ávila. Aprovechó sor Ángela para tramitar la aprobación de la santa regla y pudo ser recibida en audiencia por el papa León XIII, quien el 10 de noviembre de 1898 concedía el *Decretum laudis* previo a la aprobación del Instituto.

Después de haber redactado la fundadora las «Costumbres y prácticas del Instituto», el 25 de junio de 1904 tenía lugar la aprobación Pontificia del Instituto, y el 14 de julio de 1908 la de las Constituciones, ambas por el papa San Pío X.

En 1908 tuvo lugar el primer Capítulo general después de la aprobación pontificia, y sor Ángela fue elegida primera Superiora general, cargo para el que fue reelegida cuatro veces sucesivas. En el de 1928, cuando se acudió a la Santa Sede para que confirmara la elección, remitieron el asunto a la discreción del cardenal-arzobispo de Sevilla, quien decidió que se hiciera una nueva votación para elegir a una religiosa que no fuera la funda-

dora, asumiendo el cargo la Hermana Gloria. Sor Ángela dio gran testimonio de humildad. Al enterarse de la noticia exclamó con mucha gracia: «Dios se lo pague a Dios». Y se puso a disposición de la nueva Madre general, aconsejando a las Hermanas, y a cuantas personas acudían a ella, que hicieran lo mismo.

Mientras tanto, acogiendo numerosas vocaciones, las Hermanas de la Cruz se habían ido extendiendo por Andalucía, Extremadura y Madrid; un total de 25 fundaciones en vida de sor Ángela. Más tarde han abierto nuevas casas en España y también en Italia y América.

El 2 de agosto de 1925 se celebraron las bodas de oro de la fundación y sor Ángela, que había compuesto una oración nombrando a la Virgen por verdadera Superiora y Madre del Instituto, manifestó su deseo de que se rezara siempre en esa fecha en todas las casas.

En esos «felices años veinte», de progresos, mejoras y alza del nivel de vida nacional, Sevilla fue favorecida por la Exposición Iberoamericana de 1928. Pero continuaba habiendo pobres en la ciudad. En significativo contraste con el selecto e intenso flujo turístico que llenaba las zonas más atractivas, las Hermanas de la Cruz seguían rondando los barrios más abandonados, identificadas con los carentes de recursos y teniendo siempre presente la insistencia de Madre Angelita: «Nuestro país es la cruz, fuera de él somos extranjeras». Estar «instaladas en la cruz», «enfrente y muy cerca de la cruz de Jesús», era la única aspiración de las Hermanas.

Así había sido toda la vida de sor Ángela que, en este momento, estaba llegando al final. En la mañana del 7 de junio de 1931, cayó desplomada a causa de una embolia cerebral que, nueve meses después, la llevaría a la muerte. El 28 de julio dijo que le había pedido al Señor que la situara de modo que no tuviera que intervenir en nada, que la dejara un tiempo para prepararse para la muerte y que no olvidaran los consejos del padre Torres: «No ser, no querer ser; pisotear el yo, enterrarlo si posible fuera». No pudo seguir hablando. Ésas fueron sus últimas palabras. Se agravó en la mañana del 2 de agosto, pero quedó estacionada en la enfermedad, con el lado derecho del cuerpo paralizado, y con grandes dolores, molestias y necesidad de cui-

dados que hicieron resplandecer su humildad, su caridad y su deseo de evitar molestias a los demás.

Después de una larga agonía y de haberle administrado los últimos sacramentos, murió en Sevilla, en su tarima de dormir, en la madrugada del miércoles 2 de marzo de 1932. La ciudad entera pasó, durante tres días, ante sus reliquias, que no presentaron ningún signo de corrupción, por lo que no fue necesario embalsamarla. Por concesión especial del Ministerio de la Gobernación, fue sepultada en la cripta de la «Casa madre», y el Ayuntamiento republicano de la ciudad celebró una sesión extraordinaria para tributarle oficialmente los bien merecidos elogios y para proponer que la calle de Los Alcázares llevara el nombre de «Sor Ángela de la Cruz», todo lo cual fue aprobado por unanimidad.

Durante su primer viaje a España, Juan Pablo II la beatificó el 5 de noviembre de 1982 en la misma ciudad donde había transcurrido toda su existencia. Casi 21 años despues, el mismo Papa fijó el día 4 de mayo de 2003 para su solemne canonización en Madrid. En esta nueva visita apostólica, con el lema «Seréis mis testigos», el Santo Padre levanta la luz de quien, espiritualmente colocada en el Calvario, ha recibido la gracia de «vivir cosida a la cruz, una cruz enfrente y muy cerca» de la cruz redentora del Señor.

M.ª ENCARNACION GONZÁLEZ RODRIGUEZ

Bibliografía

AMIGO VALLEJO, C., *«Dios nos ha tomado de su cuenta»* Pastoral del arzobispo de Sevilla en la canonizacion de la Beata Angela de la Cruz, 2-2 2003 (Sevilla 2003)

ÁNGELA DE LA CRUZ (SOR), *Escritos intimos* (BAC 362, Madrid 1992)

— ID., *Epistolario personal* (BAC 634, Madrid 2003)

CARO ROMERO, J., *Sor Angela, zapatera de Dios* (Madrid 1987)

GONZALEZ, L., *Florecillas de Sor Angela de la Cruz* (BAC, Madrid 1982)

JAVIERRE, J. M.ª, *Madre de los pobres* (Sevilla [6]1999, [7]2003, reducida)

ROS, C., *Vida de Sor Angela de la Cruz* (Madrid 1996)

— ID., *Pequeñeces de Sor Angela de la Cruz* (Sevilla 1982)

RUIZ JURADO, M., *Donde el bajar es subir. Biografia espiritual de Sor Angela de la Cruz* (BAC biografias, 16, Madrid 2003)

UNA MISIONERA CRUZADA DE LA IGLESIA [M.ª Luz Tassara de Sangran], *Madre Sor Angela de la Cruz. Fundadora de las Hermanas de la Compañia de la Cruz* (Sevilla 1997)

SAN CEADA

Obispo († 672)

Ceada o Chad nació a finales del siglo VI en Nortumbria y, decidido por la vida monástica, fue discípulo de San Aidano en el monasterio de Lindisfarne. Pasó luego unos años en Irlanda hasta que vuelve a Inglaterra al ser elegido abad de Lastingham como sucesor de su hermano San Cedd.

Como San Vilfrido, que había viajado a Francia para su consagración como arzobispo de York, tardaba mucho en regresar, el rey Oswy estimo que debía elegirse otro arzobispo y propuso a Ceada fuese él Con la mejor buena fe se dejó consagrar obispo por Wine, obispo de los sajones occidentales, y comenzó a ejercer con gran celo su cargo episcopal, visitando a pie su diócesis y dando pruebas de ser un verdadero pastor. Pero regresado por fin Vilfrido en 666, el primado cantuariense San Teodoro, a quien se llevó el asunto de dos obispos en una misma sede, consideró ilegal la elección de Ceada, y aceptando éste con humildad tal criterio, volvió a su monasterio.

Impresionado con esta conducta humilde, San Teodoro rectificó su opinión sobre él y lo nombró obispo de la Mercia con sede en la ciudad de Repton, reordenandolo por el rito de la Iglesia romana, no seguido en su anterior consagración. Aquí siguió la misma vida humilde y austera que había llevado como arzobispo de York, no decidiéndose a viajar a caballo hasta que el propio primado se lo indicó así. Trasladó la sede episcopal a Lichfield, y aquí edificó una iglesia catedral, poniendo un monasterio anejo a la misma, a fin de poder llevar también vida monacal cuando no estaba de visita pastoral por su territorio. Como cuenta San Beda el Venerable, su alma fue vista marchar al cielo al tiempo de su muerte junto con la de su hermano San Cedd, acompañada de un coro de ángeles. Murió el 2 de marzo de 672.

3 de marzo

A) Martirologio

1 En Cesarea (Palestina), los santos Marino, militar, y Asterio, senador († ca.260), mártires.

2. En Calahorra (España), los santos Emeterio y Celedonio (s. IV), mártires **.

3. En Amasea (Ponto), los santos Cleónico y Eutropio (s. IV), mártires.

4. En Brescia, San Ticiano († ca.526), obispo.

5. En Cornualles, San Winwaleo († 533), abad.

6. En Benevento, Santa Artelaida († ca.570), virgen.

7. En Nonantola, San Anselmo († 803), abad y fundador del monasterio *.

8. En Kaufungen (Hesse), Santa Cunegunda († ca.1039), esposa de San Enrique Emperador y luego monja *

9. En Frisia, Beato Federico († 1175), primero párroco y luego abad de la Orden Premonstratense *.

10. En Palermo, Beato Pedro Geremía († 1452), presbítero, de la Orden de Predicadores *.

11. En Vercelli, Beato Jacobino de Canepacci († 1508), de la Orden del Carmen *.

12. En Gondar (Etiopía), beatos Liberato Weiss, Samuel Marzorati y Miguel Pío Fasoli de Zerbo († 1716), presbíteros y mártires, de la Orden de Menores *.

13. En Vannes, Beato Pedro Renato Rogue († 1796), presbítero y mártir, de la Congregación de la Misión **.

14. En Brescia, Santa Teresa Eustoquio Ignacia Verzeri († 1852), virgen, fundadora del Instituto de Hijas del Sacratísimo Corazón de Jesús **

15. En Bérgamo, Beato Inocencio de Berzo (Juan Scalvinoni) († 1890), presbítero, de la Orden de Menores Capuchinos *.

16. En Filadelfia (Estados Unidos), Santa Catalina Drexel († 1955) virgen, fundadora de la Congregación de Hermanas del Santísimo Sacramento, distinguida por su caridad con los indios y los negros **

B) Biografías extensas

SANTOS EMETERIO Y CELEDONIO

Mártires († s. IV)

Con razón Prudencio se lamentaba:

«¡Oh inveterado olvido de la antiguedad callada! Esto mismo se os envidia, y se extingue la misma fama. El blasfemo perseguidor

nos arrebato hace tiempo las Actas para que los siglos no esparcieran en los oidos de los venideros, con sus lenguas dulces, el orden, el tiempo y el modo indicado del martirio» *(Peristephanon,* himn 1, v73-78)

Y lo confirma Eusebio, diciendo que bajo el imperio de Diocleciano se promulgó un edicto imperial ordenando destruir los sagrados códices en los que se contenían las Actas de los mártires, para que nada de ellos quede de recuerdo (C. Kirch, *Enchiridium fontium,* n.446).

Por eso hemos de bucear cuidadosamente en los escritos antiguos para deducir lo que quisiéramos tener por cierto, no sea que las laudes que de los mártires Emeterio y Celedonio digamos, no se encierren en los marcos ciertos que son su mejor orla.

Calahorra celebra desde el siglo III la gloria de dos hijos suyos llamados Emeterio y Celedonio, que sufrieron martirio por la fe de Jesucristo en una de tantas persecuciones como el Imperio romano decretó contra la Iglesia.

Pocos son los documentos de la antiguedad que narren sus vidas y su martirio. El poeta Aurelio Prudencio, gloria calagurritana, ha dejado descrita parte de la vida y bellamente narrado su martirio en el primer himno del *Peristephanon,* escrito, como dicen los críticos, antes del año 401, fecha en que se ausentó de Calahorra para trasladarse a Roma.

Sabemos dónde los santos —como Calahorra llama a sus mártires— labraron el final de su corona; no sabemos, empero, dónde el sol iluminó sus cunas ni dónde la fe los amamantó para Cristo.

Bien pudo ser Calahorra, la gloriosa e histórica, quien acunó a sus Santos, ya que en tiempos antiguos fue lugar preeminente de reclutamiento para dar soldados expertos y valientes al Imperio. Y, fieles como pocos, fueron elegidos para cuidar de la sagrada vida de los que regían los destinos del mundo, como narra Suetonio al hacernos saber que Augusto tuvo su guardia personal de calagurritanos *(Vitae Caesarum Augustus,* 49,1).

Soldados sí lo fueron:

«Los soldados que quiso Cristo para si —dice el vate calagurritano— no habian llevado antes una vida desconocedora del duro

trabajo, el valor, en la guerra acostumbrado y en las armas, lucha ahora en pugnas sagradas» (v31-33)

Y de Calahorra posiblemente fueron naturales, porque en esta historica ciudad les sorprendió la persecución: habiendo tenido que dejar «las banderas del César, eligen la insignia de la cruz, y, en vez de las clámides hinchadas de los dragones con que se vestían, llevan delante la señal sagrada que deshizo la cabeza del dragón» (v.34-36).

¿Cuál había de ser su refugio al abandonar la legión romana, sino su pueblo natal, donde, al abrigo de parientes y amigos, cultivan las tierras o se dedican a la artesanía, tan apreciada por entonces?

Ha sido para muchos motivo de duda, e incluso motivo de dar a los santos la ciudad de León como lugar de nacimiento, el dato que nos suministran los antifonarios, leccionarios y breviarios de León, pertenecientes al siglo XIII. Dicen que Emeterio y Celedonio eran *ex legione,* traduciendo esa frase: de León. Sin duda alguna ha de leerse: pertenecientes a la Legión VII Gemina Pia Felix, que estuvo acampada cerca de la antigua Lancia (hoy León), y que, por ello, con toda seguridad, tiene dedicada León una calle a la Legión VII

Aclara este concepto el documento histórico llamado *Actas de Tréveris,* del siglo VII probablemente, al expresar que «es fama que los soldados Emeterio y Celedonio fueron legionarios en el lugar del que toma hoy el nombre la ciudad».

Durante el ejercicio militar fueron honrados con la condecoración romana de origen galo llamada torques, o collar, como dice el poeta: «Quitadnos los collares de oro, premios de graves heridas» (v.65). Esta condecoración estaba tachada de pagana en los días de Prudencio y lo expresa la carta que los Padres conciliares de Aquilea dirigen a los emperadores Graciano, Valentiniano y Teodosio.

No es sorprendente que a las distinciones primeras sucedan ahora los vituperios y persecuciones, porque la historia nos testifica de altos oficiales vilmente degradados, incluso soldados ignominiosamente arrojados del servicio militar por el *grave delito* de ser cristianos. Apostasía o abandonar el ejército romano, puede ser el lema de esta persecución, conforme dice Pruden-

cio: «Sucedió entonces que el cruel emperador del mundo ordenó que todos los cristianos se llegaran a los altares a sacrificar a los negros ídolos y dejaran a Cristo» (v.40-42), por lo que si para los ajenos a la legión era difícil pasar desapercibidos, mucho más lo sería para estos soldados, que tenían ciertos ritos paganos como obligatorios en sus ordenanzas militares.

No queda a los santos otra salida que dejar la legión romana y retirarse a su ciudad natal, donde, al amparo de los hermanos en la fe, pueden seguir sirviendo a Cristo y ser ejemplos vivos de entereza cristiana para aquellos habitantes, que no todos, por desgracia, sentían pujante en sus entrañas la vitalidad religiosa de la fe.

Sorprende un dato digno de tenerse en cuenta: como no registra Prudencio el lugar de nacimiento de los mártires, tampoco expresa circunstancias ni nombres por donde vengamos en deducir la fecha aproximada de su martirio. ¿Fue en la persecución de Diocleciano, al principio de la misma, cuando estaba en apogeo la influencia de Galerio en Oriente y en Occidente la de Maximiano Hércules? ¿Fue en la persecución de Valeriano, en la segunda mitad del siglo III como los mártires de Cirta, cuyas cabezas fueron segadas en las márgenes de un río, por donde rodaron aquellos sagrados despojos?

> «Ignorase a punto fijo la epoca de su martirio —escribe La Fuente— y que suele fijarse a mediados del siglo III, y aun algunos escritores la adelantan al siglo II Es lo cierto que el poeta Prudencio, nacido a mediados del siglo IV, habla de aquel suceso como de cosa antigua, lo que no pudiera decir si el martirio hubiese tenido lugar en tiempo de Daciano, hacia el 304, epoca a la cual alcanzaron los padres del poeta» *(Historia eccl*, t I p 106)

Sin embargo, como las fechas y el lugar no parecen tener importancia para los escritores antiguos, hemos de conformarnos con seguir la huella gloriosa que de ellos nos ha dejado el poeta en sus bellos versos tetrámetros trocaicos catalectos, relegando estos datos que a nuestra crítica moderna tanto importan. Tanto mejor para ilustrar con el dulce recuerdo aquellos años que no los podemos contar.

Existe en la parte alta de Calahorra, en donde antaño estuvo la catedral y más tarde un convento de franciscanos, una magnífica iglesia dedicada al Salvador, título que conserva, casi con

seguridad, como imborrable recuerdo de aquella primera catedral visigótica dedicada al Salvador y que fue destruida por la invasión musulmana por el año 932, conforme reza el codice primero del archivo catedralicio

Se había construido, como otras catedrales, junto a la residencia real y que, por su altura excepcional, fue elegida en tiempos remotísimos como lugar de defensa primordial de las margenes del Ebro contra posibles invasiones.

A este lugar, sin duda alguna, fueron presentados ante los gobernadores romanos, especialmente ante el capitán de la guardia romana, y de éste, al juez que habría de entender en la causa denunciada.

Y aquí serían sometidos a largos interrogatorios que nos han quedado registrados en muchas actas de mártires, en los que brilla tanto la sagacidad de los jueces con insidiosas promesas, como su odio satanico, no permitiéndose descanso hasta conseguir la apostasía o el martirio.

Antes de ser llevados a las márgenes del arenal que baña el Cidacos para su triunfo definitivo, los santos fueron llevados y aherrojados en las oscuras mazmorras que estaban construidas en los bajos del enorme torreón que se levantaba en la parte noroeste de la ciudad, con sus puentes levadizos y con su magnífica atalaya, desde donde se domina la hermosa y fértil vega que se filtra por entre los montes que se estriban en Peña Isasa.

Aún hoy existe aquel lugar, sobre cuyas ruinas se levantó hace siglos una suntuosa «casa santa», como el pueblo devoto la llama, y a donde acuden fervientes los devotos a implorar proteccion, y desde donde, antaño, salían las procesiones para trasladarse a la catedral y venerar las santas reliquias en tiempos de peste y guerras.

En aquel lugar, sin luz ni ventilación apenas, se desarrollarian las dramaticas escenas que canta Prudencio:

> «El ceñudo tirano urgia con la espada la libre creencia que, manteniendose firme e integra en el amor de Cristo, solicitaba los azotes, las segures y las uñas de doble gancho La carcel oprime con duras cadenas los cuellos amarrados, el verdugo atormenta por toda la plaza, la acusacion corre como si fuera verdad, la voz veridica se condena La virtud herida golpeo el triste suelo con la espada y, arrojada sobre las tristes piras, absorbio las llamas con su

aliento Dulce cosa parece a los santos el ser quemados, dulce el ser atravesados por el hierro» (v 43-51)

La oración y santa emulación serían constantes compañeras de los soldados cristianos para sostenerse felices en la cárcel, entre cadenas y tormentos.

> «Ninguna de ambas cosas tratemos de evitar, podrían decir con San Ignacio de Antioquía, sino que en las injusticias aprendo yo mas bien a ser discípulo, a fin de alcanzar a Jesucristo ¡Ojala goce yo de los tormentos que me estan preparados, pues no son dignos los padecimientos del tiempo presente en parangon de la gloria que ha de revelarse en nosotros!» *(Padres apostolicos y apologistas griegos [s II]* [BAC 629, Madrid 2003] 424)

«Entonces se enardecen los corazones amados de los dos hermanos, a quienes había unido siempre la comunion de la misma fe: están dispuestos a sufrir cuanto su última suerte les depare», dice el poeta (v.52-54).

Esta fraternidad la hallamos en los códices y breviarios, en los autores que los consideran como hermanos de sangre. No obstante, lo obvio y lógico de esta fraternidad estriba en la identidad de fe, de nacimiento, de profesión militar y de tormentos, puesto que, cristianos ambos, se habían amamantado juntos en la misma cuna de la diócesis calagurritana; juntos habían compartido en la legión romana los días felices y las fatigas de la vida militar; juntos habían sido detenidos y aherrojados a las cárceles y juntos también bajarían al arenal para juntas volar sus almas al cielo.

Ahora podemos aplicarles bellamente aquellas palabras del misal gótico en la misa de estos santos: «Arrojan las lanzas, se despojan de todo signo militar y se sienten movidos a trabar una batalla celeste que al principio no habían conocido».

Los santos se hacen reflexiones que pone en sus labios el poeta Prudencio:

> «¿Por ventura hemos de ser entregados al demonio, nosotros que somos creados para Cristo y llevando la imagen de Dios hemos de servir al mundo? No, el alma celestial no puede mezclarse con las tinieblas» (v 58-60)

«Ya es tiempo de dar a Dios lo que es propio de Dios», exclama el poeta de Calahorra, haciendo alusión a la vida que los

mártires han llevado en el servicio del César. «Cuando esto dijeron los mártires —prosigue Prudencio—, se ven cubiertos con mil tormentos, y el rigor airado ata con ligaduras entrambas manos y una cadena rodea en pesados círculos sus cuellos heridos» (v.70-72). Es la secuela del odio del tirano.

> «Oh tribunos Quitadnos los collares de oro, premios de graves heridas, ya nos solicitan las gloriosas condecoraciones de los angeles Alli Cristo dirige las blanquisimas cohortes y, reinando desde su alto trono, condena a los infames dioses y a vosotros, que teneis por tales los monstruos mas grotescos» (v 64-69)

Es la contestación a la ira de los verdugos. Hermosa contestación de todos los tiempos y de todos los mártires, ya que el Espíritu de Dios es quien inspira a ellos lo que han de decir a los perseguidores. Y la multitud presenció el martirio de los santos. Tanto los testigos como el verdugo vieron con estupor dos prodigios que relata Prudencio: el anillo de Emeterio, simbolizando la fe, se eleva por las nubes en tanto el pañuelo que al cuello lleva prendido Celedonio le es arrebatado para perderse en las alturas.

> «Esto lo vio la multitud que estaba presente, y lo vio tambien el verdugo Vacilante contuvo su mano y palidecio de pavor, pero, con todo, descargo el golpe para que no faltase la gloria» (v 91 93)

El arenal del Cidacos, por donde hoy está la bella catedral, se tiñó de sangre, en tanto las almas de nuestros santos «volaron como dos regalos enviados al cielo e indicaron con sus fulgores que tenían abierto el camino de la gloria» (v.83s)

Así, como corresponde al hecho sublime, con sencilla expresión de poeta, queda narrada la gloriosa muerte de los santos.

Sus sagrados despojos los recogio la iglesia calagurritana con inmensa devoción. Los llevó a su catedral del Salvador, donde les rindió extraordinario culto durante siglos

Su gloria se extendió por la Iglesia española y traspaso los Pirineos. Y sus reliquias también fueron llevadas a multitud de lugares que aún en nuestros días les tributan su homenaje en iglesias a su nombre levantadas. Guipúzcoa y Vizcaya con Navarra se glorían de tenerlos en suntuosos templos. Y dicen que Santander debe su nombre a San Meder, como era llamado Emeterio en los primeros tiempos, tiene en su catedral, bajo el

altar mayor de rico mármol, envueltas en ricos joyeros de oro y plata con piedras preciosas, insignes reliquias de los santos.

Calahorra, junto al arenal, construyó su catedral y pulcro baptisterio, al que dedicó Prudencio su himno VIII del *Peristephanon.* Y en su altar mayor guarda con mimo y venera con devoción las sacrosantas reliquias. Allí acuden, somos testigos, los fieles de Calahorra y de Soria, los de Navarra y Burgos, hasta de las regiones más apartadas saben acudir fervientes, buscando amparo y alivio cabe estas reliquias sagradas.

Nadie les invoca sin fruto y el lloroso peregrino puede volver alegre a su hogar obtenido cuanto de justo pidió, pues Cristo bueno nada niega a sus testigos del arenal.

Su fiesta se celebra el 3 de marzo, pero como recuerdo del traslado de las sagradas reliquias que desde la antigua catedral del Salvador fueron llevadas en procesión, con asistencia de prelados de la Iglesia y gobernantes de España, su fiesta litúrgica más solemne en Calahorra ha quedado el día 31 de agosto.

> «El Salvador mismo nos dio este don —terminamos con el vate—, para que gocemos de él, al destinar a nuestro pueblo los miembros de estos mártires. Hoy libran de peligros a todos los habitantes de las tierras que el Ebro baña» (v.115-117).

JESUS FERNÁNDEZ OGUETA

Bibliografía

ALLARD, P., «Les persécutions en Espagne pendant les premiers siècles du Christianisme»: *Rev. Q. Hist.* 39 (1886) 22s.

AURELIO PRUDENCIO, *Himno:* PL 60,275s; «Peristéfanon/Peristephanon», en *Obras completas de Aurelio Prudencio en latín y castellano* (BAC 427; Madrid 1981) 481ss.

Breviario de Calahorra, siglo XIV, Arch. Cat.

GREGORIO DE TOURS, SAN, «Liber in Gloria Martyrum», en ARNDT-KRUSCH (eds.), *Mon. Germ. Hist. Script. Rer. Merov.,* I (1884-1885) 448s.

LORENZANA, F. A. (ed.), *Missale Gothicum* (Roma 1804).

— Actualización:

MARTINEZ SAN CELEDONIO, F. M.-RINCON ALONSO, M.ª J. DEL, *Dioses, mitos, héroes y santos en Calahorra: Emeterio y Celedonio, soldados de la Legion VII Gémina Pía Félix, mártires, santos y patronos de la ciudad de Calahorra y de su vasta diócesis* (Calahorra 1999).

BEATO PEDRO RENATO ROGUE

Presbítero y mártir († 1796)

Dar la vida por Cristo y por su fe, aceptada como el sentido supremo de la vida, ha sido desde San Esteban hasta el último de los mártires de nuestros días, una constante y una gloria en la Iglesia, ha sido su mejor corona. El culto a los mártires ha sido el primero y el más apreciado en la veneración que los fieles han tributado a los que en la vida y en la muerte siguieron al Señor Jesús heroicamente. La Iglesia de los tres primeros siglos se engalanó con la púrpura de los primeros mártires. Pero, a lo largo de las siguientes generaciones, no faltaron nunca, en la viña del Señor, testigos de la fidelidad a Jesucristo hasta el derramamiento de la propia sangre. Ha venerado también la Iglesia a los pastores del pueblo de Dios que, a imitación del Buen Pastor Jesucristo, han dado la vida por las ovejas, gastándola en su ministerio y dedicación a la predicación de la Palabra, a servir los sacramentos, a conducir los creyentes en el testimonio de su fe en el mundo. Pastor y mártir, con caridad exquisita y con fidelidad total a su vocación y a su ministerio, fue el sacerdote y misionero bretón que, en la más dura encrucijada de la Iglesia en Francia, murió víctima del odio a la fe católica dando testimonio de su consagración al Señor y de su celo pastoral en favor de las ovejas que Dios le había confiado.

Un 3 de marzo fue el nacimiento para el cielo de Pedro Renato Rogue, que había nacido en la ciudad de Vannes, en la Bretaña francesa, el 11 de junio de 1758. En la tierna infancia quedó huérfano de padre. Su madre, una bretona de noble entereza y de gran religiosidad, le educó en la fe y en la piedad, la mejor herencia de su pueblo profundamente cristiano.

Pedro Renato cursó los estudios clásicos en el colegio de San Ivo de su ciudad natal; después ingresó en el Seminario diocesano para cursar los estudios eclesiásticos. El Seminario de Vannes era dirigido por misioneros de la Congregación que fundara en el siglo XVII San Vicente de Paúl, el cual había transmitido a sus hijos el carisma de la dedicación a la formación del clero, juntamente con la promoción y cuidado de las obras de caridad hacia los pobres. En sus años de seminario, Pedro brilló ante superiores y condiscípulos por su aprovechamiento en los estudios y por

su gran piedad. Fue ordenado sacerdote el 21 de septiembre de 1782. Inició su ministerio apostólico en una casa de ejercicios para mujeres de Vannes. Muy pronto, después de cuatro años de labor sacerdotal, llevado de su deseo de mayor perfección, ingresó en la Congregación de San Vicente de Paúl trasladándose a la casa madre de París, a San Lázaro, para iniciar el noviciado. No lo terminó allí, pues los superiores lo destinaron al Seminario de Vannes para que enseñara teología. Emitió sus votos en la Congregación en 1788. En 1789, año del estallido de la Revolución Francesa, asumió el cargo de vicario en la parroquia de Santa María *du Mené,* que sirvió con dedicación ejemplar.

La Revolución, mientras tanto y desde sus inicios, minó unas relaciones justas y aceptables con la Iglesia católica. La reacción, hay que reconocerlo, contra privilegios sobre todo de la alta jerarquía reclamando la igualdad de todos los ciudadanos, pero también la ideología enciclopedista antirreligiosa que, bajo apariencias de postulados filosóficos, ardía en muchos revolucionarios y se traducía en odio exacerbado y violento a todo lo que llevara el nombre de cristiano para arrancarlo de raíz, junto con los excesos antihumanos de numerosos dirigentes revolucionarios, provocaron, en distintos momentos de terror y según las tendencias, más o menos radicales, del poder de turno, persecuciones que suscitaron el testimonio, hasta el derramamiento de la propia sangre, de muchos discípulos y discípulas de Cristo que, como proclamó Pío XI en la beatificación de Pedro Renato, «despreciando las realidades mundanas y los vínculos sociales y hasta los afectos familiares, amaron la verdad por encima de todas las cosas y al Señor nuestro Jesucristo, quien se ofreció por nosotros como sacrificio y víctima a Dios». La Iglesia, Esposa de Cristo, brilló en el territorio francés, con la corona gloriosa de numerosos mártires, especialmente por la constancia de una multitud ingente de ministros del evangelio y de personas consagradas.

La Asamblea constituyente de Francia, reunida en 1790 tras el estallido de la Revolución, declaró nulos los votos de los religiosos y propició el regreso de los mismos a sus hogares. El 27 de noviembre aprobó la constitución civil del clero: ésta determinaba que obispos y párrocos debían ser elegidos por las

asambleas electorales del pueblo, que elegían asimismo a sus representantes y autoridades civiles. El 4 de enero de 1791 se reclamó al clero el juramento de esta constitución, que el 13 de abril fue condenada como herética por el papa Pío VI. Pedro Renato se negó a prestar este juramento y animó a muchos sacerdotes a tomar esta misma decisión. En octubre del mismo año la Asamblea legislativa endureció la postura anticlerical ordenando que quienes negaran el juramento, los «refractarios», no podrían ejercer su ministerio. Al año siguiente se prohibió el hábito eclesiástico y se suprimió lo que aún quedaba de las Congregaciones religiosas; se decretó el exilio y deportación de los «refractarios». Los que permanecieron en los límites del Estado revolucionario, debieron ejercer su ministerio en la clandestinidad y con peligro de la propia vida. En 1793 se suprimió todo culto religioso. La nueva Constitución de 1795 abrió nuevo camino a la represión anticatólica y llevó a muchos sacerdotes a la guillotina.

El sacerdote y misionero Rogue, persistiendo en la fidelidad a sus convicciones, negó obediencia a esta Constitución, que contenía muchas leyes injustas e impías, y continuó dedicándose clandestinamente a su ministerio. Permaneció en Vannes para proseguir su labor pastoral, con traje civil, mientras aconsejó a otros sacerdotes que se pusieran a salvo de la persecución. Cambiaba de domicilio frecuentemente, se escondía alternativamente en distintos refugios, proseguía asistiendo espiritualmente de buen grado a los fieles de la parroquia de Santa María *du Mené,* para que no se vieran privados completamente de los sacramentos de la fe.

Finalmente, como era de prever, un revolucionario lo denunció al Procurador de la República. En la vigilia de Navidad de 1795, cuando llevaba el viático a un moribundo, fue arrestado. Mientras era conducido al calabozo, consumió las sagradas formas que llevaba consigo y aún rechazó el ofrecimiento de escapar que le brindaron. Con ánimo alegre se dejó meter en la cárcel, donde permaneció casi tres meses de crudo invierno. Durante su prisión, se fijó, dentro de los límites de su situación, un horario y unas normas de vida que observó hasta la muerte. Se dedicaba asiduamente a la oración, daba a cuantos le rodea-

ban ejemplo de paciencia y de fortaleza de ánimo, brindaba el consuelo de la fe a sus compañeros de prisión con el ejercicio de su sagrado ministerio.

El día primero de marzo de 1796 fue llevado ante el tribunal acusado de clérigo «refractario». Al día siguiente, los jueces, llevados de su odio a la fe católica, pronunciaron la sentencia: Pedro Renato era condenado a ser decapitado. Al escuchar la sentencia, el sacerdote misionero enseguida y ante todos dio gracias a Dios por la gracia de ser coronado con el martirio por la fe y se preparó para su último momento con serenidad y fortaleza de espíritu.

El 3 de marzo fue el día de su nacimiento para el cielo. Así lo vivió y lo expresó cuando aquella tarde marchó hacia el patíbulo recitando el salmo 121: «Me alegré cuando me dijeron: iremos a la casa del Señor. Nuestros pies están pisando tus atrios, Jerusalén». Había preparado este canto en la cárcel con gran piedad, con la esperanza y el deseo del tránsito pascual de su vida.

Llegó el momento de su supremo sacrificio. Contaba sólo 38 años de edad. Con rostro alegre, elevando sus ojos y sus manos al cielo, como Cristo en la cruz, pronunció las mismas palabras del Señor en su muerte: «A tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu» (Lc 23,26). El golpe de la guillotina segó su vida terrena y, con el martirio, le abrió de par en par las puertas del Reino y del Paraíso, configurado al primer mártir y al sacerdote único y verdadero.

Su cuerpo fue enterrado, como el de cualquier ajusticiado, en el cementerio común. Pero su testimonio invicto de santidad, celo y caridad apostólica, no pasó desapercibido ni aún a sus enemigos. Todos estaban convencidos de que Pedro Renato era verdadero mártir de la fe, víctima del odio contra la religión católica. Creciendo su fama de santidad, la curia eclesiástica de Vannes inició el proceso informativo que, una vez concluido, fue presentado a la Congregación de Ritos. Pío XI aceptó la causa en Roma el 12 de junio de 1929. El mismo pontífice declaró el martirio del siervo de Dios el 24 de abril de 1934 y el siguiente día 29 abrió la vía de la beatificación, que se celebró solemnemente en el Vaticano el 10 de mayo del mismo año.

PERE-JOAN LLABRES Y MARTORELL

Bibliografía

AAS 26 (1934) 292-296
Bibliotheca sanctorum, t XI col 297
BRETAUDEAU, L , *Un martyr de la Revolution a Vannes, P R. Rogue* (Paris 1908)
GUSTAPANE, R , «Martires de la Revolucion Francesa», en C LEONARDI A RICCA DI G ZARRI (dirs), *Diccionario de los Santos,* I (Madrid 2000) 1675-1677
MISERMONT, L , *Le bienheureux P R. Rogue* (Paris 1937)

SANTA TERESA EUSTOQUIO VERZERI

Virgen y fundadora († 1852)

En el norte de Italia, a 40 kilómetros de Milán, se encuentra la preciosa ciudad de Bérgamo, patria de nuestra amiga Teresa. La ciudad tiene dos partes, como toda ciudad bien construida. La parte antigua, «la ciudad alta», está completamente amurallada. Es un estilo a Ávila. Sus puertas, torres y paredes estan en un estado de conservación perfecto. Da gusto entrar allí.

Dentro de las murallas hay monumentos maravillosos: la catedral, con un crucifijo del que se cuentan hechos asombrosos, la basílica de Santa María la Mayor, la capilla de Bartolomeo Coleoni, un militar, capitán, que levantó aquel edificio para su enterramiento. Y frente a la catedral, el baptisterio separado del templo. Todo grandioso.

La parte nueva, ya se sabe: industrias y casas de reciente construcción que sirven para vivir Arriba, el arte y la magia. Abajo, el pan nuestro de cada día.

Y en este precioso conjunto nació nuestra amiga, la santa que recordamos hoy: Teresa Eustoquio Verzeri.

Nació el día 31 de julio de 1801. Era el día de San Ignacio de Loyola. La bautizaron al día siguiente. En su casa aprendió la devoción a San Jerónimo, sacerdote y doctor de la Iglesia De hecho, a un hermano le pusieron por nombre Jerónimo. Luego fue sacerdote y obispo de Brescia. Ella se añade el nombre de Eustoquio en recuerdo de una virgen dirigida por San Jerónimo.

Llega a la virtud heroica por medio de los sacramentos. Recibe el bautismo al día siguiente de nacer. A los 5 años, recibe la penitencia. A los 10 años, la primera comunión. A la confirmación la prepara el canónigo de Bérgamo, José Benaglio. Siempre

antepuso la voluntad del director espiritual a la suya. Fue obediente en grado sumo.

Era la primera de siete hermanos. El padre se llamaba Antonio y la madre, Elena. Se cuenta de esta mujer que tuvo sus tentaciones de meterse religiosa de vida monástica, franciscana clarisa, pero una tía suya, Antonia Grumelli, de esa misma Orden, le dijo que no se le ocurriera, que iba a ser madre de hijos santos.

Aquella tía parecía tener aires proféticos, porque de hecho ocurrió precisamente eso. Era una familia noble, religiosa y distinguida. El caso es que aquellos padres se casaron, fueron felices y tuvieron hijos. Y nació Teresita para alegría de todos los de casa.

Teresa, desde pequeña, conoció en su hogar los verdaderos valores cristianos. Y por si fuera poco, el canónigo José Benaglio, amigo de la familia, les acompañaba en estas labores catequísticas.

Dicen las crónicas que Teresa iba desarrollándose como una chica inteligente, de corazón abierto y talento claro. Pero todo esto le produjo no pocos disgustos, porque la persona que es tonta no se da cuenta de nada, pero Teresa se daba cuenta de sus propias limitaciones, de sus orgullos, de sus miedos para entregarse del todo a Dios. Así fue buscando el camino de la simplicidad, del desprendimiento de sí misma, de la purificación interior, hasta llegar a buscar por encima de todo la voluntad de Dios. Cosa difícil en todos los tiempos. Llegó a sentir con honda tristeza lo que hoy se llama «la ausencia de Dios». Las palabras de Jesús: «Padre, ¿por qué me has desamparado?», Teresa las entendió muy bien.

Tiene una época de dudas, ansiedades, tormentos del espíritu, arideces, tentaciones, angustias. Todos sabemos que el camino de la vida cristiana puede pasar por un camino de purgaciones, la vía purgativa.

Pasados estos primeros apuros espirituales, entró en el monasterio de benedictinas de la Santa Gracia, en Bérgamo. Pero pronto vio que aquélla no era precisamente la voluntad de Dios. Y se salió. Después de salir de este convento funda una escuela en el lugar llamado Gromo. Es el principio de su fundación.

En todo ello, estaba a su lado el canónigo José Benaglio. Feliz él que tuvo a una santa a su lado durante muchos años. Con su ayuda, ella fundó la congregación de las Hijas del Sagrado Corazón, el 8 de febrero de 1831, en Bérgamo, su querida ciudad.

Tendríamos que explicar en qué época vivió nuestra amiga Teresa. Por aquellas fechas (1801) Italia estaba hirviendo. Por no ir más lejos, el Papa estaba desterrado. Fueron años muy duros, con la resaca de la Revolución Francesa. Gracias al invasor Napoleón, que se metía donde nadie le llamaba, la Iglesia se veía amenazada de muerte. Lo que más hubiera querido el señor Bonaparte es que la Iglesia Católica hubiese desaparecido de la faz de la tierra. Todos los dictadores han tenido siempre los mismos instintos. Para prueba, un botón: hasta el calendario cristiano se lo quitó de encima y empezó a hablar de brumarios y otros meses laicos.

Los tiempos que le tocaron vivir a Teresa fueron muy duros: de iluminismo, de aversión a la Iglesia, de jansenismo y frialdad religiosa. Pero gozaba de una tenacidad poco común. Así, el 14 de mayo de 1841, se aprueba el nuevo instituto en la Sagrada Congregación de Obispos, siendo presidente el cardenal Ángel Mai, natural de Bérgamo.

En medio de tantas persecuciones y revueltas, Teresa dedicó su Instituto al Sagrado Corazón y empezó a trabajar en todos los frentes que se le presentaban, inspirada por la caridad cristiana. Y ahí estaba, en disponibilidad absoluta, al lado de las chicas en peligro, de los hogares deshechos, de los niños sin familia. Y así, asistía a las escuelas públicas, daba catecismo y asistía a los enfermos. Yo no sé qué tienen los santos, que siempre están allí donde más se necesita su presencia. Y, puesta a enseñar, a ser maestra, se destacó en esta vocación como verdadera artista: era guía espiritual, apóstol y pedagoga. Decía:

> «Hay que cultivar la mente y corazon de las muchachas mientras sean jovenes, hay que prevenir los peligros que les puedan llegar mas tarde Hay que evitar que vengan a caer, por inadvertencia, cuando sean mayores»

Una buena educadora siempre ha sido amante de la libertad de sus educandos. Porque nadie puede educarse si no es acep-

tando voluntariamente el buen camino. Se trata de una santa libertad para escoger el bien; éste no debe acogerse como una carga y con violencia. Fomentó la educación personalizada, estudiando los temperamentos, inclinaciones y posibilidades de cada uno. Un estilo de educación que no se usaba en su tiempo. Una renovadora de métodos educativos.

El 6 de febrero de 1831 hace los primeros votos juntamente con sus compañeras Antonia Verzeri, su hermana, Virginia Simoni y Catalina Manghenoni. Se imponen una vida de mucha penitencia. Y todo lo toleran gracias a la eucaristía. Se le unen sus hermanas María, Judit, Catalina y la madre, ya viuda.

Iban muchas chicas, como vocaciones floridas. Y escribe las reglas para la Congregación. En la curia romana toman estas reglas como modelo para otras congregaciones. Sin duda, las escribió bajo la inspiración de Espíritu Santo.

Tiene un momento de graves crisis. El obispo de Bérgamo, Carlos Gritti Morlacchi, que había favorecido mucho al nuevo Instituto, le pone más tarde grandes dificultades. En momentos de serias dudas, piensa unirse a una nueva congregación que había nacido en Francia, la de Sofía Barat, muy encarnada en la devoción al Sagrado Corazón. Pero al fin no se logra esta unión y quedan separadas, aunque sus fines sean muy parecidos.

Su amigo, el canónigo José Benaglio, falleció en 1836, cuando más le necesitaba ella. Y entonces llegó la mejor ocasión para demostrar el coraje de esta mujer Porque ella sola tuvo que aguantar persecuciones por todas partes, de las autoridades civiles y de las religiosas. Sólo la sostuvo su increíble fortaleza de espíritu y su entrega decidida a que se hiciera siempre en ella la voluntad de Dios.

Teresa murió en Brescia el 3 de marzo de 1852, cuando tenía 50 años cumplidos. Había trabajado como una heroína. Acogió a toda clase de necesitados, dejó aprobada la Congregación, escribió las Constituciones, mandó mas de 3.500 cartas a toda clase de personas. No sé qué tienen los santos, que sacan tiempo para todo. Llevan dentro un fuego abrasador. Les arrastra un motor de un gas incombustible. Y a través de sus cartas podemos apreciar el valor inmenso de esta hermosa mujer. Tenía un rostro alargado, fino, de un estilo real. Por la cara, podría

haber sido reina. Sus ojos eran penetrantes, con ellos horadaba el espacio y los rostros de sus visitantes Toda su cara rezumaba bondad

Toda su espiritualidad estaba fundada en la devoción al Sagrado Corazón de Jesús En sus tiempos, el amor a Cristo se manifestaba por medio de esta devoción, completamente teológica y definitivamente aprobada por los Papas. ¡Que cantidad de actos de amor se han dedicado a este Sagrado Corazón! ¡Cuántas congregaciones de aquel tiempo se han basado en la confianza al Sagrado Corazón de Jesús! ¡Cuántas imágenes! ¡Cuántas entronizaciones! ¡Cuántos desagravios! Y cuánta entrega amorosa hacia los pobres se ha hecho a través de esta hermosa devocion. Si de corazón se trata, hay que pedirle un corazón como el suyo. Y se entregaban a los pobres con una dedicación total.

Ella lo expresaba con mucha claridad

> «Las Hijas del Corazon de Jesus han de tener un corazon como el de Jesus Deben arder en el mismo fuego que el Corazon de Jesus Su caridad no ha de tener otra intencion que la gloria de Dios y el bien de las almas Ha de ser una caridad universal que no excluye a nadie y abraza a todos Una caridad que no rehuye el sufrimiento, no se asusta por la contradiccion, sino que crece en la oposicion, aumenta en el sufrimiento, conquista las almas por medio de la paciencia»

Las hijas de Teresa, animadas por este amor universal, continúan su misión en Italia, Brasil, Argentina, Bolivia, Camerún, en la India y en Albania. No se asustan por nada. Llegan hasta el fin del mundo Al contemplar al Corazón de Jesús, se sienten animadas para llegar a cada hombre y cada mujer, sobre todo a los más pobres, buscan la promoción y la dignidad de las personas. La madre Teresa es venerada en la capilla de las Hijas del Corazón de Jesús en Bérgamo, la tierra que la vio nacer.

Como Jesús, fue siempre obediente. Dulce, llena de mansedumbre, buscando siempre la gloria de Dios y el bien de las almas. Sobresalio por la fe, la oración asidua, la devocion a la Eucaristía, al Sagrado Corazón y a la Virgen María. Se mostraba humilde ante Dios y le reveló éste su divina presencia. Veía el rostro de Jesús en los enfermos a los cuales ayudaba material y espiritualmente. Su afán era difundir el Reino de Dios. Apartada

de todo afecto terreno, ejercitaba la pobreza y dedicaba toda su vida a Cristo y a su Iglesia. Se hizo famosa en el cólera morbo, dando su tiempo, su salud y su alma en bien de los enfermos.

Fue canonizada el 10 de junio de 2001 por el papa Juan Pablo II, día de la Santísima Trinidad. Ese día, el Papa animaba a los cristianos a seguir su ejemplo de caridad, cuya fuente es Cristo Jesús. Y recalcaba que en nuestro tiempo, lleno de dificultades, no podemos llevar una vida cristiana adulta sin oración, sin amor a la Eucaristía y sin devoción a María.

FÉLIX NÚÑEZ URIBE

Bibliografía

Bula de canonización: *AAS* 94 (2002) 249ss.
Breve de beatificación: *AAS* 39 (1947) 25ss.
www.vatican.va/news_services/liturgy/saints/

SANTA CATALINA DREXEL

Virgen y fundadora († 1955)

No lo precisan las biografías con adornos de fecha ni de lugar, pero cuentan todas de manera unánime que Catalina María Drexel, siendo sólo una adolescente, hizo un viaje con sus padres al Oeste americano y la imagen de aquella realidad, en la que comprobó cómo vivían y eran tratados los nativos y los negros, se le quedó grabada y nunca más se le borró de la memoria. Incluso, el descubrimiento de aquella pobreza y degradación social marcó y orientó para siempre su vida. Optó, pues, esta mujer fuerte, que casi llegó a centenaria, por los marginados, en este caso —y en aquel tiempo y lugar— por los indios y los afroamericanos. Toda su vida la dedicó a luchar por ellos.

La verdad es que la familia de Catalina Drexel no sólo tenía recursos, sino que era inmensamente rica. Nacida en Filadelfia, en el estado norteamericano de Pensilvania el 26 de noviembre de 1858, era la segunda hija de Francisco Antonio Drexel y de Ana Langstroth, que murió al mes de nacer Catalina. Su padre, un conocido hombre de negocios, poseedor de una gran fortuna, se distinguía por una espléndida generosidad. Cuando se quedó viudo y con dos hijas tan pequeñas —Catalina, recién

nacida; e Isabel, de tres años de edad— el señor Drexel decidió buscar de nuevo esposa, pero sobre todo madre para sus niñas, y la encontró en Emma Bouvier, con la que tuvo otra hija, llamada Luisa. La señora Bouvier, ascendiente de la que sería esposa del presidente Kennedy, Jacqueline Bouvier, era conocida en Filadelfia por el honroso apelativo de «la señora generosa» a causa del dinero, las medicinas y los buenos consejos que repartía entre los más necesitados de la ciudad.

La enorme fortuna de la familia Drexel no corrompió sus objetivos de generosidad, que no eran en este caso puros discursos filantrópicos, sino verdadero compromiso de ayuda. Evidentemente, con tan alta posición social familiar, las tres hijas conocieron de primera mano los lujos de la sociedad más potentada, pero también los atavismos con que ésta actuaba o despreciaba a los menos afortunados. Las chicas, Catalina también, vivían rodeadas de afecto familiar, atendidas por profesores particulares en su propia casa, y sobre todo educadas cristianamente con el máximo esmero por unos padres profundamente cristianos. En uno de sus escritos recuerda, por ejemplo, que en casa «la oración era como la respiración», y la caridad, uno de los pilares que sostenían y engrandecían la familia. Las hijas no necesitaban para entenderlo más que mirar a sus padres, empeñados en compartir sus riquezas, que eran muchas, con los más necesitados mediante una red de ayudas institucionalizadas.

Contaba Catalina Drexel, y lo repiten todas sus semblanzas, que sus padres las enseñaron a ella y a sus hermanas que la riqueza no se tenía en propiedad, sino que se nos daba en préstamo, por tanto, debía ser compartida generosamente con los demás. Esta enseñanza la transmitía y contagiaba como una consigna, y alguna vez se oyó su eco entre sus hermanas religiosas. Explicaba Kathleen Kajer, directora de un colegio elemental, que «vivía para la justicia social, para los derechos de la persona; quería que todo niño tuviera oportunidad de una buena educación; y enseñaba que la riqueza no es para uno mismo, sino para los demás».

Murió su madrastra Emma en 1883 y su padre dos años más tarde. Desde aquel momento la inmensa fortuna heredada —se dice que alcanzaría unos 250 millones de dólares de hoy—

se iba a convertir en sostenimiento de muchas obras de caridad, en ayuda a misiones y misioneros de diversos Estados, en atención a los más abandonados de la sociedad americana: los pieles rojas y los afroamericanos. Porque con todos estos recursos patrimoniales había heredado también el espíritu de generosidad y caridad de su padre. Haría suya la causa de estos grupos social, cultural, política y económicamente marginados.

Tomaba cuerpo en sus proyectos de ayuda aquella imagen decepcionante que descubrió en su viaje de adolescente al Oeste, para remediarla con un compromiso netamente cristiano: compartir los bienes y la vida con aquella gente menospreciada para rescatarla y darle educación cristiana. Porque, aún habiéndose decretado en 1865 la liberación de los esclavos negros de los Estados Unidos, lo cierto es que esta población no sólo era objeto de prejuicios raciales sino que estaba sumida en la ignorancia y en la pobreza. Clamaba contra el racismo, contra la explotación laboral de los negros y se propuso la tarea de un cambio de mentalidad en la sociedad norteamericana

Sentia atraccion Catalina Drexel por la vida religiosa, y tenía la convicción de que era llamada a la vida contemplativa para así apoyar con la oración y la penitencia la expansión misionera. La primera fuerte inclinación ya la había descubierto en 1883. Pero ahora, embarcada en esta tarea de apoyar a las misiones, vino a cambiarle la vida o a decidir su cambio una anécdota ocurrida en Roma que se ha convertido en eje de su biografía.

Corría el año 1887, Catalina Drexel viajó a Roma con el deseo de que León XIII la recibiese en audiencia. El motivo principal de esa entrevista era pedir al Papa que le enviase más misioneros para algunas misiones que ella financiaba. El Papa, que escuchaba atentamente sus demandas, se quedó pensativo un instante y la invitó inesperadamente a que se hiciera ella misma misionera. La sorpresa fue mayúscula pues no se esperaba tal respuesta, pero la invitación resultó al cabo inexcusable. El obispo James O'Connor, su director espiritual, la animó a tomar la decisión de hacerse religiosa, misionera, como le había sugerido León XIII.

Dicho y hecho, se unían de esta manera su atracción contemplativa y su compromiso de servicio en favor de los indios y

de los afroamericanos. Consciente de la profunda vinculación entre eucaristía y caridad, soñaba con plantar en tierras americanas un nuevo carisma de vida religiosa femenina pensando en la eucaristía y en la evangelización de los nativos y negros americanos. Para irse acostumbrando a la vida religiosa entró en el noviciado de las Hermanas de la Misericordia, pero con la decidida intención de fundar ella una congregación.

Su fundación, iniciada en 1891, tomó el nombre de Hermanas del Santísimo Sacramento para los Indios y los Negros. La regla recibió la aprobación definitiva de Roma en 1913, con desusada rapidez para lo acostumbrado, y obtuvo, ademas, un permiso todavía menos frecuente por aquellas fechas, que era poder comulgar a diario. Sin duda esta centralidad eucarística del carisma de la fundación, cuya finalidad consistía en hacer a Cristo presente entre aquellos marginados sociales, fue determinante para actuar con tanta diligencia. Nadie dudaba entonces de que esta obra tan específica fundada por la madre Catalina Drexel venía a dar respuesta cristiana y social a un problema grave de racismo en los Estados Unidos.

Si hubiera que ponerles número y calidad a las escuelas y misiones que fundó en el Oeste y el Suroeste de los Estados Unidos serían no menos de 60, y siempre cuidando la preparación, la actitud de servicio del profesorado y la especial sensibilidad hacia el alumnado indio y afroamericano. La primera de estas escuelas la abrió en Santa Fe, Nuevo México, en 1887.

También promovió y financió la madre Drexel iniciativas de gran trascendencia para la cultura e integración de los aborígenes, como la elaboracion por parte de los franciscanos de un diccionario de la lengua de los indios navajo. Pero sobre todo, la cima y joyel de sus esfuerzos en el campo educativo fue la creación de una universidad para católicos afroamericanos que resolviera el problema doloroso de las universidades católicas del sur donde no había estudiantes de color. El centro superior universitario se abrió en 1925 en Nueva Orleáns, Estado de Louisiana, con el nombre de Xavier University, y ha sido punto de referencia integrador en la educación norteamericana, primera universidad que acogió a los negros, y expresión práctica de cohesión entre estudiantes.

La siembra que Catalina Drexel fue haciendo por los territorios y rincones menos considerados socialmente la llevó también a ser andariega o, por mejor decir, viajera, cliente de todas las incomodidades del transporte y asidua al ajetreo de los traslados, con los sufrimientos que ello comportaba. Visitaba con frecuencia los centros misionales y las escuelas más alejadas Ella que había dado toda su fortuna para socorrer las necesidades de los indios y negros, entregaba a diario mucho más dándose a sí misma. «Si Jesucristo —decía— ha dado su vida por mí, es muy justo que yo la dé por él». Su forma de darla fue eligiendo a los pobres, una opción que se recogía incluso en la fórmula de los votos: terminaba comprometiéndose a «ser madre y servidora de los indios y de la gente de color».

Esto suponía una entrega total para educar cristianamente, visitar familias, ayudarlas en sus problemas sociales, acudir a hospitales y prisiones. Y luchar siempre por la justicia social. Fue una luchadora admirable por la dignidad y por los derechos de los nativos y de los negros. No lo tuvo nada fácil. En varios Estados del sur del país se oponía una fuerte resistencia a la integración de los negros, se dificultaba la educación de quienes habían sido esclavos, por lo que las cortapisas y zancadillas a la obra de la madre Drexel eran bastante frecuentes.

Cuando no era la interposición de acciones legales para impedir que Catalina Drexel pudiera comprar un terreno con destino a una de sus escuelas, era una campaña de prensa contra sus proyectos, o incomodidades, amenazas y violencias contra sus propiedades. Su valentía y persistencia, fogueada por una experiencia de la fraternidad cristiana, la convirtió en tenaz denunciadora de las injusticias sociales que sufrían las minorías étnicas en Estados Unidos. Pero sobre todo, en palabras de Juan Pablo II, fue y dejó un «excelente ejemplo de caridad práctica y solidaridad generosa con los menos afortunados».

Los achaques de la edad y serios problemas de salud la obligaron, ya en 1935, a cancelar sus viajes y a renunciar a sus responsabilidades dentro de la congregación y de su comunidad. Una enfermedad crónica y grave la encadenó a una inmovilidad casi absoluta que, sin embargo, no pudo mermar en nada su vida contemplativa. Dedicó su vida, ya sin las fatigas de su acti-

vidad apostólica, a la oración, a la adoración eucarística, pues la eucaristía, que siempre constituyó para ella y para sus religiosas el centro de su espiritualidad, era el corazón de su amor por los pobres y oprimidos. El papa Juan Pablo II recordó esa «unión orante con el Señor eucarístico», fundamento de su «servicio entusiasta a los pobres y a las víctimas de la discriminación racial».

Tras 18 años de vivir abrazada a su grave enfermedad y a una purificadora contemplacion, murió la madre Catalina María Drexel llena de días, a los 96 años de edad bien cumplidos, en Cornwells Heights (Pensilvania) Era el 3 de marzo de 1955. Beatificada por Juan Pablo II el 20 de noviembre de 1988, le bastaron solo 12 años para escalar la cima de la canonización celebrada el 1 de octubre de 2000, en la misma ceremonia en que también fueron elevados a los altares Agustín Zhao Rang y 119 compañeros mártires de China y declaradas santas otras dos mujeres, la española María Josefa del Corazon de Jesús Sancho de Guerra y la sudanesa Josefina Bakhita. El milagro aprobado para la canonización fue la curación de un niño de dos años, sordo de nacimiento, que recuperó el oído en 1994 debido a su intercesión.

Catalina María Drexel, segunda santa nacida en Estados Unidos, apóstol de los indios de América y de los negros americanos, constituye una viva muestra de cómo administrar cristianamente las riquezas, y así lo reconocía el Papa el día de la canonización, pidiendo que «su ejemplo ayude a los jovenes a apreciar que el mayor tesoro que puede hallarse en este mundo es el de seguir a Cristo con un corazón indiviso y emplear con generosidad los talentos recibidos en el servicio a los demás, con vistas a construir un mundo más justo y fraterno».

JOSE ANTONIO CARRO CELADA

Bibliografía

JUAN PABLO II, «Homilia en la canonizacion (1 10 2000)» *Ecclesia* (2000) n 3 018 p 28 30

MOLINARI, P , «Katharine Drexel» *L'Osservatore Romano* (1 10 2000) 16

L'Osservatore Romano (ed en español) (29 9 2000) 11, (6 10-2000) 7 8

L'Osservatore Romano (2/3 10 2000) 8 11

SAN ANSELMO DE NONANTOLA

Abad († 803)

Nacido en Cividale o Verona en torno al año 720, era hijo de Wectari y lombardo de nación, y era hermano de Giseltrada, la esposa del rey Astolfo. Tenía el cargo de duque de Friuli, siendo, además, un rico terrateniente y estando bien situado en la vida.

Pero él prefirió la vida religiosa. Abandona hacia el 749 su cargo político y la vida seglar y funda en un terreno donado por Astolfo el monasterio de Fanano y un hospicio para peregrinos, llamado de San Jacopo del Val d'Amola, en el que los atiende con gran caridad Se trataba de una tierra de paso por donde los peregrinos transitaban en gran número y se hizo famosa la acogida amorosa que en el dicho hospicio se les brindaba. Tras la toma de Rávena por Astolfo en 750, éste le dona el terreno donde edifica Anselmo el monasterio de Nonantola. Aquí él y sus monjes se ponen a trabajar de forma que todo el terreno se vuelva feraz y signifique un despegue económico de la zona.

Creó otros tres monasterios dependientes de Nonantola, siendo más de mil los monjes que integraban aquella federacion de monasterios. En todos ellos se llevó adelante una gran labor tanto en los campos como en los escritorios, transcribiendo códices, y acogiendo con mucha caridad a los transeúntes. Desterrado a Montecassino unos años por causas no del todo claras, se preocupó de adquirir códices para su monasterio, al que pudo volver a la muerte del rey Desiderio. En la guerra franco-lombarda procuró ser agente de paz. Sin duda por ello Carlomagno favoreció a Anselmo y a su monasterio. Murió el 3 de marzo de 803.

SANTA CUNEGUNDA

Emperatriz († ca 1039)

Nació hacia el año 980, hija del primer conde de Luxemburgo, Sigfrido, y de su esposa Adesvigis. Educada por sus padres

con esmero, a los veinte años contrajo matrimonio con el duque de Baviera, coronado rey de Alemania en 1002 y coronado asimismo emperador en 1014 y al que se conoce con el nombre de San Enrique II. La tradición, recogida en la propia bula de canonización de esta santa por el papa Inocencio III, es que ambos esposos guardaron castidad perfecta y que éste fue el motivo por el que ambos no tuvieron hijos. Esta supuesta virginidad de Santa Cunegunda estaba recogida también en el *Martirologio romano* de Baronio, silenciándola en cambio el nuevo Martirologio. Pues este tema ha sido objeto de estudios recientes y lo que parece deducirse de las fuentes más antiguas no es que vivieran ambos en castidad perfecta sino que, comprobada la esterilidad de Cunegunda, no por ello Enrique quiso apelar al derecho germánico y repudiarla sino que, habida cuenta de sus virtudes, la retuvo junto a sí como su esposa.

Parece igualmente leyenda la narración, también recogida en la bula de canonización, de que, habiendo sido acusada de infidelidad, Enrique le pidió pasara la prueba del fuego, como así hizo Cunegunda sin padecer ningún daño.

Coronada emperatriz en Roma por Benedicto VIII en 1014 junto con Enrique, llena de piedad y virtud acompañó la obra religiosa de su esposo, interviniendo muy activamente en la edificación de la catedral de Bamberg.

Muerto San Enrique, ingresó en el monasterio de Kaufungen, fundado por ella, luego de haber depuesto con toda formalidad los hábitos e insignias imperiales y haberse vestido de una tela basta, dedicando su patrimonio a obras de caridad y religión. En el monasterio vivió con sencillez y humildad, sin que nada indicara su pasada dignidad. Hacía los mismos trabajos que las demás religiosas y encontraba especial gusto en atender a las ancianas y enfermas. Murió el 3 de marzo de 1039. Enterrada junto a su esposo en la catedral de Bamberg, su culto fue creciendo hasta lograrse su canonización por Inocencio III el 29 de marzo de 1200.

BEATO FEDERICO DE MARIENGART

Presbítero († 1175)

Nació en Hallum (Frisia) en el seno de una modesta familia, no obstante lo cual pudo hacer estudios en Munster. Ya sacerdote, es primero profesor y luego párroco de su propio pueblo natal, cargos que ejerce con dedicación y celo. Su deseo de santidad le lleva a la Orden Premonstratense en la que profesa. A él se debió la fundación de la abadía de Mariengart o Mariengarde, es decir, el Huerto de María. Como abad de este monasterio puso gran empeño en que los ideales de la Orden se cumplieran y para ello empezó por dar gran ejemplo de regularidad. También se debió a él la fundación en Oudberk de un convento de monjas.

Se preocupó mucho por la observancia regular en su Orden y con este fin visitó muchos de los monasterios premonstratenses. Estaba en Bethlehem predicando en un monasterio de monjas cuando se sintió enfermo y decidió volver a su natal Hallum, donde había construido una capilla. Murió con fama de santidad el 3 de marzo de 1175. Su memoria, no incluida en el Martirologio de Baronio, ha sido recogida en el nuevo Martirologio.

BEATO PEDRO GEREMÍA

Presbítero († 1452)

Natural de Palermo, donde nace el 1 de agosto de 1399 en el seno de una familia distinguida, asiste a la escuela que los dominicos tenían en Palermo, los cuales, vista la inteligencia del muchacho, lo estimulan a que estudie derecho en Bolonia.

No había alcanzado aún el doctorado cuando, sin saberlo sus padres, decide entrar en la Orden de Predicadores, y es enviado a Fiésole a hacer el noviciado, siendo San Antonino prior de aquel convento. Pasa luego a Florencia, donde completa sus estudios y se ordena sacerdote, y vuelve a Bolonia. Se decide a trabajar con gran celo por la reforma de la Orden, volviendo a la más estricta observancia regular. Se estaba acreditando como predicador cuando es enviado a Oxford en 1430 en cali-

dad de profesor. Aquí está poco tiempo. Pasa luego al convento reformado de Gaeta como prior y, posteriormente, a Palermo.

Logra inculcar en muchos religiosos jóvenes el ideal de una vida religiosa completamente ajustada a la observancia. Asistió al Concilio de Florencia, en el cual actuó como teólogo y recibió del papa Eugenio IV el encargo de trabajar por la reforma del clero en Sicilia. Cumplió este encargo con gran humildad y fortaleza. Estimado por las autoridades eclesiásticas y los fieles, desarrolló una amplia labor, toda ella encaminada al incremento de la vida cristiana y al mejoramiento de las estructuras eclesiásticas. Murió en Palermo el 3 de marzo de 1452. Su culto fue confirmado el 12 de mayo de 1784.

BEATO JACOBINO DE CANEPACCI

Religioso († 1508)

Jacobino de Canepacci, llamado también de Crevacuore por el pueblo donde nació, fue un hermano lego carmelita que en el convento de Vercelli dio un alto ejemplo de santidad. Fue un tiempo el portero del convento y también fue limosnero en el doble sentido de recoger limosnas y dar limosnas, porque además de andar por la ciudad recogiendo limosnas para su casa religiosa, daba luego generosamente limosnas a los pobres, que acudían a él con confianza, y cuando no tenía nada más que dar, entregaba su propia comida. Su vida de oración fue altísima. Murió contagiado de la peste el 3 de marzo de 1508. Su culto fue confirmado el 5 de marzo de 1845.

BEATOS LIBERATO WEISS, SAMUEL MARZORATI Y MIGUEL PÍO FASOLI DE ZERBO

Presbíteros y mártires († 1716)

El 3 de marzo de 1716 fueron lapidados en Gondar, Etiopía, tres religiosos franciscanos que desde el año 1712 se dedicaban a hacer el bien, dando testimonio de Cristo en medio de los etíopes.

Eran fray Liberato Weiss, natural de Konnesreuth (Baviera), donde había nacido el 4 de enero de 1675, habiendo ingresado en la Orden Franciscana el 17 de octubre de 1693, profesando luego en ella y ordenándose de sacerdote; fray Samuel Marzorati, natural de Varese (Italia), donde nació el 10 de septiembre de 1670 y era igualmente sacerdote; ingresó en la Orden a los 22 años y, llegado a El Cairo en 1701, había intentado inútilmente abrir una misión en la isla de Socotora; fray Miguel Pío da Zerbo, natural de esta población italiana donde nació el 3 de mayo de 1676, era miembro de la provincia de San Diego en Insubria y estaba ordenado de sacerdote, habiéndolo declarado misionero apostólico la Sagrada Congregación de Propaganda Fide el 21 de enero de 1704.

Cuando la Santa Sede encomendó a los franciscanos la misión de Etiopía, los tres se ofrecieron junto con otros religiosos, pero al intentar entrar en Etiopía no pudieron a causa de la guerra civil estallada en el país y entonces se volvieron a El Cairo. Al insistir Roma en que renovasen el intento, salieron hacia el país llevando el P. Weiss el título de prefecto apostólico. Lograron esta vez entrar y así llegaron a Gondar, la capital del país, el 20 de julio de 1712, alcanzando permiso del rey Justos para estar, pero sin entrar en polémicas religiosas. Los tres religiosos se encargaron de curar a los enfermos y se dedicaron a aprender las lenguas locales. Difundidas calumnias contra los misioneros, el clima en torno a ellos se volvió espeso, y el rey, para evitar males mayores, les pidió que se trasladasen a la provincia del Tigré (septiembre de 1715). Pero, a poco, fue destronado el rey y los nuevos amos de la situación hicieron volver a los misioneros a Gondar, donde los sometieron a una parodia de proceso, los condenaron a muerte y los lapidaron por su condición de sacerdotes católicos. Se hubieran podido salvar accediendo a ser circuncidados y a participar en su eucaristía, lo que se les pedía en señal de apostasía del catolicismo, y los misioneros se negaron. Fueron beatificados el 20 de noviembre de 1988.

BEATO INOCENCIO DE BERZO

Presbítero († 1890)

Nació en Niardo (Italia) el 19 de marzo de 1844 y se llamaba Juan Scalvinoni. Era la suya una familia campesina. Habiendo perdido muy pronto a su padre, quedó al cuidado de su madre que lo educó con esmero, estudiando las primeras letras en la escuela de Lovere.

Se decidió por la vocación eclesiástica y, tras ser admitido por el obispo Verzeri, hizo los estudios sacerdotales en el seminario de Brescia, progresando normalmente en sus estudios. Se ordenó el 2 de junio de 1867. Fue coadjutor de la parroquia de Cevo, donde tuvo la suerte de estar bajo un párroco diligente y celoso que lo oriento en sus primeros años de ministerio. Ya entonces se mostró como un sacerdote atento a sus obligaciones, asiduo a la predicación y al confesionario y visitador amoroso de los enfermos. Luego fue destinado a vicedirector del seminario diocesano. Él puso su mejor voluntad en este cargo pero echaba de menos la pastoral directa, y por ello al año era nombrado párroco de Berzo, donde ejerció una notable acción pastoral, siendo muy querido de sus feligreses. Pero en su corazón hallaba la disposición a la vida apostólica enmarcada en una comunidad religiosa.

En 1874 se decidió y pidió el ingreso en la Orden Capuchina, tomando el nombre de Inocencio de Berzo, en recuerdo del pueblo en el que había sido párroco. Estuvo destinado en varios conventos, buscando él siempre tener oficios humildes y dedicarse por entero a la oración y la vida interior. Destinado a predicar, lo hizo con eximia caridad, y fue un excelente director de almas. Creciendo cada día en la vida interior, hizo de la humildad su virtud característica. Murió en Bérgamo el 3 de marzo de 1890, y sus antiguos feligreses lograron llevarlo a enterrar al pueblo. Fue beatificado el 12 de noviembre de 1961.

4 de marzo

A) MARTIROLOGIO

1. En Grodno (Lituania), San Casimiro († 1484), príncipe de Polonia **.
2. En Nicomedia de Bitinia, los santos Focio, Arquelao, Quirino y otros diecisiete (s. III-IV), mártires.
3. En Tréveris, San Basino († 705), obispo.
4. En Commachio (Flaminia), San Apiano (s. VIII), monje y luego ermitaño.
5. En el monasterio de Cava (Campania), San Pedro († 1123), obispo de Policastro.
6. En Chambery (Saboya), Beato Humberto III († 1188), conde de Saboya *.
7. En Londres, los beatos Cristóbal Bales, presbítero, Alejandro Blake y Nicolás Horner († 1590), mártires en la persecución de Isabel I *
8. En Saint-Sauveur-le-Vicomte (Normandía), Beata Plácida Viel († 1877), virgen, fundadora del Instituto de Hermanas de las Escuelas Cristianas **.
9. En Vicenza, Beato Juan Antonio Farina († 1888), obispo, fundador de las *Maestras de Santa Dorotea Hijas de los Sagrados Corazones* **.
10. En Berezwecz (Polonia), los beatos Miecislao Bohatkiewicz, Ladislao Mackowiak y Estanislao Pyrtek († 1942), presbíteros y mártires *

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SAN CASIMIRO

Rey († 1484)

Cuando nació San Casimiro el día 3 de octubre de 1458 en el castillo de Wawel, en Cracovia, habían pasado setenta y dos años desde que su abuelo, el célebre Jaguelón, gran duque de Lituania, se posesionara del trono de Polonia con el nombre de Ladislao II. Amenazados continuamente por los asaltos de los caballeros de la orden teutónica y por las incursiones de los tártaros y los rusos, lituanos y polacos, aunque tan dispares en lengua y estirpe, habían resuelto, al fin, unir su suerte creando una federación o «república», como entonces se decía, la cual

sería regida por un jefe único, pero conservando ambos estados sus derechos y sus prerrogativas, con ejército, parlamento y cargas civiles propias.

Jaguelón solamente tuvo hijos de su cuarta esposa, la princesa lituana Sofía de Alsenai, entre éstos se encontraba el padre de nuestro santo, llamado también Casimiro, que fue desde 1440 gran duque de Lituania y desde 1447 rey también de Polonia. Casó con la princesa austríaca Isabel de Habsburgo, de la cual tuvo trece hijos, siendo el segundo San Casimiro.

Las familias numerosas son consideradas en los salmos como una bendición: «Tus hijos, como retoños de olivo alrededor de tu mesa». Y a menudo los santos han salido de estas familias con mucha prole, y en la actualidad demuestran las estadísticas que de estas familias salen las mejores vocaciones religiosas y sacerdotales.

Volviendo a nuestro santo hemos de decir que, como sus hermanos y hermanas, tuvo una educación sólida y profundamente cristiana.

Por lo que toca a su madre no puede dudarse. Era una de las princesas más piadosas de su siglo. Pero, además, tenemos un testimonio excepcional. Una carta de la propia Isabel de Habsburgo, escrita en 1502 a su hijo Ladislao, rey de Bohemia y Hungría, en la cual describe minuciosamente cómo deben los padres educar a sus propios hijos. Y sin duda que los sabios consejos que da la madre son sencillamente la exposición de su experiencia personal.

A esta labor básica e insustituible de los padres se juntó la obra de excelentes maestros.

En primer lugar, la del humanista polaco Juan Dlugosz, conocido entre los contemporáneos con el nombre latinizado de *Joannes Longinus senior.* Fue canónigo de Cracovia y consejero del obispo y por su defensa de los derechos de la Santa Sede mereció el destierro, que pronto le levantó el rey Casimiro para encargarle de la educación de sus hijos. Rechazó el arzobispado de Praga y posteriormente aceptó el de Lemberg, en 1479, muriendo antes de ser consagrado. Su fama literaria le viene de haber escrito una *Historia polonica,* en que hermana sabiamente el amor a la patria y a la religión. Pero haber sido preceptor de San Casi-

miro le sigue mereciendo mayores citaciones y probablemente también mayor gloria en el cielo.

Con él compartió la grave responsabilidad de educar a los príncipes el humanista italiano Filippo Bonaccorsi, llamado «Ca límaco» En los tiempos de Pío II llegó a ser miembro de la célebre Academia Romana, pero a la muerte del papa Piccolomini, sospechoso de haber tomado parte en la conjuración contra Paulo II, hubo de huir de Roma y refugiarse en el extranjero. Fue bien acogido en la corte polaca, al servicio de la cual perduró treinta años. Calímaco debió enseñar a sus regios discípulos el latín y la retórica y para San Casimiro tuvo el preceptor italiano una frase que lo canonizaba en vida, pues le llamaba *divus adolescens,* joven divinizado. Opinión que concuerda con la del propio Dlugosz, que le definió como «mancebo maravilloso, de raras dotes y espléndida instruccion».

Claro está que ni los cuidados exquisitos de sus padres ni la competencia de sus maestros alcanzaran gran cosa si el príncipe Casimiro no hubiera correspondido generosamente a la gracia. Porque sus otros hermanos, a pesar de haber recibido la misma educación y criarse en circunstancias semejantes, no sólo no llegaron a su mismo grado de perfección, sino que su vida dejó bastante que desear en cuanto a ejemplaridad cristiana.

El primer biógrafo del santo fue otro humanista italiano, enviado a Polonia por León X, a los pocos años de su muerte, con el fin de que recopilara los datos para su vida, por ser tan general la fama de su santidad. Zacarías Ferreri nos describe en la vida de San Casimiro, en un latín de corte clásico, sus virtudes eminentes. Nos habla de su piedad, de su mortificación, de las tres virtudes teologales, fe, esperanza y caridad, y de las cuatro cardinales, prudencia, justicia, fortaleza y templanza... Hemos de confesar que tal enumeración de virtudes se nos antoja un tanto convencional. Ferreri hizo el esquema y después lo fue aplicando al piadoso príncipe. Pero lo cierto es que los hechos revelan un alma de santidad no común.

El continuo esfuerzo del jovencito de agradar a Dios y estar siempre unido a él denotaba una conducta muy por encima de lo ordinario. Para domar su cuerpo y evadir los peligros de la

corte renacentista, tan poco propicia a la abnegación, se ejercitaba en las mortificaciones más austeras. Usaba cilicio, se azotaba con disciplinas, practicaba el ayuno corporal, dormía en la dura tierra...

De la mortificación de los sentidos no hay que decir. Ni los vestidos ricos, ni los regalos de palacio, ni los pasatiempos frívolos, ni las fiestas mundanas conseguían atraerle. No podía concebirse mayor inocencia, mayor compostura, mayor devoción en tan tierna edad. En el templo, sobre todo, sobrecogía por su actitud piadosa y recogida, olvidado de todo y arrebatado a Dios.

Principalmente fue devoto de la pasión de Cristo.

A lo largo de toda la Edad Media las almas religiosas habían ido penetrando en el misterio insondable de la redención, y una ascética pujante llevaba a los espíritus a conformarse con Cristo crucificado.

Del hieratismo de los crucifijos bizantinos se pasó a la humanización del arte gótico. Fue una exaltacion continua de los sufrimientos del Salvador, que llega a su ápice en las tablas de los maestros flamencos y de los primitivos italianos.

Las cruzadas primero y las peregrinaciones después fomentaron el mismo sentimiento de devoción a Cristo crucificado. Los grandes místicos medievales, Santa Matilde, Santa Brígida, Santa Catalina de Siena, San Francisco de Asís, crucifijo viviente, adornado de los sagrados estigmas, Ruusbroec, con los místicos alemanes y más cercanos a nuestro santo, Gerardo Groot y los religiosos de Windesheim... todos exaltan la meditación sobre temas de la pasión de Cristo.

Nuestro joven príncipe se abismaba en la contemplación del Crucificado, y al oír hablar de los dolores y agonías que se le presentaron al Redentor en el huerto, de los escarnios que padeció en el atrio de los sumos sacerdotes, de las befas y ludibrios de la flagelación y la coronación de espinas, así como de las caídas del terrible itinerario y de la crucifixión y muerte a la hora de nona, las lágrimas brotaban de sus ojos compasivos y el corazón se le desmayaba en deliquios amorosos.

Embebido en pensamientos tan divinos, ninguna otra cosa le apetecía, y por su gusto todo su tiempo lo pasara en oración tan sabrosa.

Y no siendo esto posible, por los deberes ineluctables de su alto rango, aprovechaba las noches para tan piadosa ocupación y para visitar las iglesias, pues tan grande como su piedad hacia la pasión de Cristo era su amor al Santísimo Sacramento.

Y como no puede haber amor divino sin caridad para con el prójimo, San Casimiro socorría a manos llenas a los necesitados, amparaba a los débiles, ejercitaba su influencia en favor de los oprimidos, de los prisioneros, de los enfermos y angustiados. Vida tan santa resulta más admirable en una corte del cuatrocientos, en un ambiente poco propicio a la abnegación y a la virtud.

Esta santidad del príncipe Casimiro nos la atestigua su propia madre, en carta que escribe a su hijo primogénito Ladislao. En ella le recuerda el ejemplo edificante de su hermano, como digno de toda imitación. Le presenta como un hombre ocupado singularmente en las cosas divinas, que buscaba en todo la verdad, concluyendo que su memoria perdurará a través de los siglos. Expresiones de este género en la carta de una madre que escribe al hijo que ha sido compañero de juego y testigo de la vida cotidiana de su mismo hermano, deben asentarse en la sólida realidad.

Pero no concluyamos de aquí que Casimiro, entregado a sus devociones, se desentendiese de sus obligaciones de príncipe o rehuyese el trato social

La historia nos lo presenta como un muchacho alegre y emprendedor, de extraordinarias cualidades para el estudio, sumamente despierto. A los trece años tuvo un breve discurso latino en presencia del legado pontificio, el cardenal Marco Barbo. Dos años más tarde saludaba igualmente en latín al embajador veneciano Ambrosio Contarini.

Pero lo más admirable es la campaña, que emprendió el 2 de octubre de 1471, a los trece años, para la conquista del reino de Hungría.

Los nobles húngaros, cansados del gobierno irregular de Matías Corvino, hicieron gestiones ante el rey de Polonia para que les enviase al joven Casimiro, al cual no faltaban títulos dinásticos por parte de su madre para aspirar a la corona de San Esteban. Al último momento no prevaleció su candidatura, porque Sixto IV intervino para poner paz entre Matías y sus va-

sallos, y porque el peligro turco aconsejaba no fomentar disensiones entre los reyes cristianos.

Sin embargo, San Casimiro continuó titulándose «señor natural por derecho de nacimiento del reino de Hungría», y no perdió las esperanzas de ocupar en la ocasión propicia aquel trono; si bien nunca llegó a realizarse aquel proyecto, que nos habla de las legítimas aspiraciones del valiente príncipe.

Lo que hizo fue asociarse al gobierno paterno, y desde los diecisiete años le encontramos continuamente en viaje, ya con su padre, ya haciendo de lugarteniente suyo cuando se ausentaba.

Así fue como en 1475 se acercó por vez primera a Lituania, a la que tan profundo afecto profesaba su padre, que, después de haber sido por siete años gran duque de aquella provincia, no consintió en ocupar el trono de Polonia sin asegurarse primero que podría conservar íntegramente sus derechos al ducado de Lituania y la libertad de movimiento para acudir a la misma siempre que lo desease. Desde entonces su hijo, todos los años, pasaba largos períodos de tiempo en Lituania. En 1483, estando en Vilna, se ocupó de la administración del gran ducado.

Por aquella fecha su padre manifestó su voluntad de que contrajese matrimonio con una hija del emperador Federico III. Los cronistas contemporáneos nos refieren que el rey intentaba la boda de su hijo por razones de estado, pero, además, porque según el dictamen de los médicos palatinos, la salud vacilante del príncipe, que por entonces había contraído la tuberculosis, padecería grave riesgo si no se casaba.

Este peregrino consejo de los doctores, que juzgaban ser la vida austera y continente del santo la causa de su mal, no tuvo efecto, pues él prefirió ser fiel a su voto de castidad, aunque ello le acarrease la muerte.

Efectivamente, la enfermedad se agravó y el santo moría de tisis el día 4 de marzo de 1484, a los veinticuatro años de edad, como otros santos que tanto se le parecen: San Luis Gonzaga, San Gabriel de la Dolorosa, Santa Teresita del Niño Jesús.

Que su muerte fue edificante nos lo abona la santidad de su vida, pero también el hecho de que supo esperarla serenamente, habiendo recibido los santos sacramentos, y con sus ojos clava-

dos en la imagen del crucifijo e invocando a su dama, la Virgen María. Testigos hubo que aseguraron haber visto su alma, llena de gran claridad, ascender hasta el cielo, donde era recibida por los coros de los ángeles.

Murió en Gardinas (Grodno), pero su cuerpo fue enterrado en la catedral de Vilna, capital de Lituania, en la capilla de Nuestra Señora, lugar escogido por el santo doncel para ser fiel hasta la muerte a tan buena madre

Cuando ciento veinte años despues, en 1604, fue abierta su sepultura para el reconocimiento de sus reliquias, fue hallado entero y sin corrupción su sagrado cuerpo, así como sus vestidos, a pesar de la humedad del enterramiento. Y sobre el pecho del santo se encontró una copia del himno latino *Omni die dic Mariae meae laudes animae.* No contento con haberlo rezado diariamente, para demostrar así su devocion a la Virgen, quiso el santo llevarlo consigo al sepulcro. Este himno se compone de sesenta estrofas rimadas, de seis versos cada una:

Cada dia,
alma mia,
di a Maria
alabanzas
A sus fiestas,
a sus gestas,
tú les prestas
culto y prez

Durante mucho tiempo se creyó que el propio San Casimiro había sido el autor de este himno que el juglar de la Virgen cantaba en las iglesias de Cracovia ante sus imágenes. Mas la crítica moderna ha demostrado que se trata de una composición medieval, más de cien años anterior, que algunos atribuyen a San Anselmo de Cantorbery. Con todo, queda el hecho de que el santo fue quien la propagó, y a su gran devoción mariana se debe el que no se perdiera. Por eso hicieron muy bien los monjes de Montserrat, en la reciente decoración del camarín de la Virgen morenita, en poner la efigie de San Casimiro entre los amantes de María, pronunciando las estrofas del *Omni die*

Entre las virtudes de San Casimiro hay que mencionar su celo por promover la fe católica. Tal vez no sea del todo exacta

la noticia de las lecciones del segundo nocturno del breviario, donde se dice que consiguió de su padre una ley prohibiendo a los cismáticos rutenos levantar nuevas iglesias o reparar las ruinosas. Esta prohibición estaba ya en vigor cincuenta años antes, desde los tiempos de su abuelo; lo que sí hizo el joven príncipe fue favorecer por todos los medios la extensión del catolicismo y luchar decididamente contra las herejías y movimientos subversivos que en el siglo XV, época de hussitas y wiclefitas, tenían en conmoción al centro de Europa.

Este joven, dulce y amable, es para lituanos y polacos un santo guerrero, algo así como un Santiago del Este, que hace frente a las embestidas moscovitas.

El padre Sarbieswski, famoso latinista, celebró en versos de corte clásico las dos victorias milagrosas que el débil ejército lituano reportó de los rusos en 1518 junto a Polock, y posteriormente en 1654, cuando el general Seremetieff avanzaba con el intento de invadir el gran ducado. San Casimiro se aparece cabalgando un corcel blanco como la nieve y vestido de roja púrpura, dando a los suyos el triunfo.

La canonización de San Casimiro se fija el año 1521, habiendo compuesto su oficio litúrgico el propio Ferreri, su primer biógrafo. Su culto se extendió con rapidez por su tierra natal, congregándose el 4 de marzo millares de fieles junto a su tumba en Vilna. Desde el siglo XVIII se tiene en esta ciudad la mayor feria del año, llamada «kaziukes», corrupción popular de Casimiro. En tal ocasión se vendían hierbas medicinales y golosinas en forma de corazón. De manera tan ingenua la gente sencilla pone bajo la protección de San Casimiro la salud de los enfermos y el amor de los novios.

Los campesinos polacos y lituanos acostumbran a colocar estatuillas de madera del santo para guardas de sus heredades, y son muchas las poblaciones que han puesto su imagen en los cuarteles de su escudo.

La opresión de la época zarista sobre Lituania y Polonia y después el comunismo soviético obligaron a la emigración a masas enormes de los habitantes de ambos países, lo que ha contribuido a extender por todo el mundo el culto a San Casimiro. En Estados Unidos, en Canadá, en Argentina, Venezuela

y aun en Australia hay muchas parroquias, instituciones, organizaciones y círculos de juventudes puestos bajo la protección del glorioso santo. El arzobispo metropolita monseñor Skvireckas consiguió en 1943 de Pío XII que San Casimiro fuese proclamado patrón principal de la juventud lituana, en «cualquier parte del mundo que se encuentre».

Bien lo necesita el martirizado pueblo lituano. Y San Casimiro no abandona a los suyos. Precisamente, en mayo de 1953 los soviéticos convirtieron la catedral de Vilna y la capilla donde reposaban sus reliquias en museo antirreligioso. Hubo que transportar aquellos restos sagrados a un lugar más modesto, a una parroquia de los suburbios de la capital. Así, en esta hora de prueba, el santo duque de Lituania vuelve en medio de sus hijos más humildes para sostener su fe y su esperanza.

CASIMIRO SANCHEZ ALISEDA

Bibliografía

FERRERI, Z , *Vita,* en *Act SS Boll,* 4 de marzo
FLORIDI, U A , si, «San Casimiro e la Lituania» *La Civilta Cattolica* (1959) 467s
HOWLETT, J A , art «Abraham», en *The Catholic Enciclopedia,* I
PRILFSZKY, *Vita,* en *Acta SS Hungariae,* I (1743) 121s
RIBADENEIRA, P DE, *Flos sanctorum,* dia 4 de marzo

BEATA PLÁCIDA VIEL

Virgen y fundadora († 1877)

Victoria Eulalia Jacobina Viel, la octava hija de los once hijos de un matrimonio de labradores católicos, compuesto por Herveo Viel y Ana La Lande, nació el 26 de septiembre de 1815 en Quettehou (Manche) en la Normandía francesa. Fue bautizada en ese mismo día y, aunque con la instrucción elemental como las demás niñas del mundo rural de su tiempo, destacaba por su fervor y piedad. Después de su primera comunión oraba frecuentemente. En su adolescencia aprendió a coser y cortar vestidos.

En 1833, a los dieciocho años, ingresó en la Congregación de las «Pobres Hijas de la Misericordia», fundada hacía poco

tiempo por Santa María Magdalena Postel (1746-1846), precisamente con el carisma y misión de promover a la mujer en la educación académica y cristiana ya desde niña. Este instituto religioso venía a ofrecer con sus escuelas una educación religiosa y moral para que sus alumnas en el futuro pudieran crear verdaderos «hogares domésticos donde fuera agradable vivir». Estas escuelas eran muy avanzadas en el ámbito pedagógico, pues eliminaban los castigos sustituyéndolos por el trato con las alumnas para razonar con ellas las verdaderas motivaciones en orden a su buen comportamiento.

En el mismo instituto había entrado antes una tía suya, María. Pero fue en la fundadora, Santa María Magdalena, en el Monasterio de Saint-Sauveur-le-Vicomte (edificado en una antigua abadía benedictina en ruinas que había comprado en 1832), en quien Victoria encontró a una verdadera madre que la ayudó a progresar en la fidelidad a la vida religiosa y madurar en la vida de santidad ante los ojos de todos.

Desde ese año este convento se convirtió en la casa madre de la Congregación y, junto a él, las Hermanas fundaron un orfanato, un internado para señoras, un colegio para muchachas y una escuela primaria gratuita para niñas pobres. Éste fue el ambiente donde Victoria se formó en su tiempo de noviciado.

Hizo su primera profesión el 1 de marzo de 1835 recibiendo el nombre de Plácida y emitió su profesión solemne el 21 de septiembre de 1838. Desempeñó distintos oficios en la comunidad, incluso los más humildes, como la administración de la despensa y la cocina. En el Monasterio de Saint-Sauveur-le-Vicomte había también una granja agrícola, llevada por las mismas religiosas, de la que obtenían todo lo necesario para su subsistencia. Trabajaba en ella como una más.

Justamente en este tiempo el Padre Delamare, bajo cuya autoridad había sido puesta la Congregación, hizo que las constituciones de los Hermanos de San Juan Bautista de la Salle fueran adoptadas por ellas y, por eso, se empezaron a llamar «Hermanas de las Escuelas Cristianas de la Misericordia», contrayendo la triple misión de: formar niños y jóvenes pobres, atender a enfermos en los hospitales y mantener una fidelidad directa al Papa.

La fundadora, al conocer de cerca la personalidad y los dones que Dios había concedido a Placida, decidió ofrecerle, junto a otras compañeras, una mayor formacion intelectual y religiosa para asegurar en el futuro su propia sucesión. De distintas edades, una y otra descubrieron los anhelos de santidad como una clara llamada de Dios mutuamente compartida en vocación y en amistad. Por eso María Magdalena envió a Plácida a seguir unos cursos en Argentan para completar su formación inicial que había sido como la de las demás jóvenes del mundo rural.

En 1840 Plácida fue profesora y consejera de la Congregación. Una vez que abrió una escuela para niñas en Avranches, vista su experiencia y su capacidad para educar también en la vida religiosa, a sus veintisiete años, el 1 de enero de 1842 fue nombrada maestra de novicias y al mismo tiempo primera consejera de la Congregación.

En espíritu de obediencia y sacrificio se sometió durante muchos años a largos viajes a pie o en carro para atender a sus hermanas y para recaudar fondos para la institución. A pesar de que era muy tímida, todavía medio derruidos el monasterio, la iglesia y su torre, viajó por distintas regiones para solicitar ayudas en orden a la reconstrucción de la sede de la Congregación. En toda esta experiencia manifestó una serenidad y un espíritu equilibrado de tal forma que recaudó por todas partes, incluso a la misma reina, fondos suficientes para la edificación del templo de Saint-Sauveur-le-Vicomte. Con su esfuerzo se fundó otra casa de la Congregación en París.

Cuando murió la fundadora el 16 de julio de 1846, Plácida fue elegida en el capítulo superiora general aunque no tenía más que treinta y un años. Pero no pudo tomar el pleno ejercicio de sus funciones por causa del impedimento que le hacía su tía María y el capellán, quienes se consideraban más dignos que ella para asegurar la dirección del instituto en razón de la experiencia de su mayor edad. Más que entrar en disputas para tratar de hacer valer sus propios derechos, Plácida Viel se consagró a la extensión de la Orden y a su reconocimiento civil y canónico. Sólo a partir de 1857, después de la muerte de su tía, pudo finalmente dirigir de hecho la Congregación y ejerció el gobierno de

su familia religiosa con sencillez y abnegación, a la vez que con decisión y firmeza.

Llamaba a todas las puertas y recorría los caminos, incluso descalza, para mendigar ante pobres y ricos para su obra, hasta llegar a Colonia y Berlín, donde fue recibida por el rey de Prusia, y Viena. En Frohsdorf se encontró con el rey Enrique V. El 28 de agosto de 1856, el obispo de Luçon consagró el templo de Saint-Sauveur-le-Vicomte. Mientras tanto iban creciendo las vocaciones en su instituto de tal forma que en 1859 fue a Roma y recibió para su congregación el decreto de aprobación pontificia del Beato Papa Pío IX.

Mostró siempre un gran amor a la Eucaristía y a la Santísima Virgen María, viviendo sin otra preocupación que la de cumplir la voluntad de Dios. Al mismo tiempo ejercía la caridad con todos, especialmente con los pobres, enfermos y ancianos.

Durante la guerra de 1870 dio pruebas de un gran ardor apostólico y de caridad heroica recogiendo en sus casas a los heridos y a las víctimas de la guerra. Fiel al espíritu de su santa fundadora, se dedicó a mantener y acrecentar la Congregación con una gran apertura de espíritu.

Nunca quiso aprovecharse de su cargo de superiora general y dormía, como las demás hermanas, en dormitorio común. En una ocasión, cuando un hombre le dio un bofetón, le respondió con toda paz: «Esto se me debe a mí, ¿pero qué me das para esta santa casa?».

Se confiaba en todo a la Providencia de Dios, especialmente en lo que concernía a concretar y aplicar a la vida los valores del carisma, la espiritualidad y la misión de Santa María Magdalena Postel. Mientras Plácida fue superiora general, las casas pasaron de treinta y siete a ciento cinco y las religiosas de ciento cincuenta a más de mil.

Cuando cuatro profesoras alemanas le pidieron entrar en la Congregación, en ello vio una llamada evidente de Dios para realizar el ideal misionero de María Magdalena Postel: «Ir más allá de las fronteras para hacer el bien en el país vecino». Recibió a estas nuevas religiosas el 7 de octubre de 1862, en presencia del obispo Konrad Martin, en Heiligenstadt/Eichsfeld (Alemania). Después, algunas religiosas francesas y otras alemanas

vinculadas a Francia, y con su apoyo, fueron abriendo distintas casas en Alemania.

Amada y venerada como madre de los pobres y de los que sufren, fatigada y avejentada prematuramente por los innumerables viajes y afectada por dolorosas crisis de asma, madre Plácida Viel murió en el monasterio de Saint-Sauveur-le-Vicomte a la edad de sesenta y dos años, el 4 de marzo de 1877.

Su sepulcro, en la casa madre, junto al de su fundadora, comenzó a ser visitado por el pueblo dada la fama de santidad que bien pronto se extendió más allá de la diócesis, como certificó el mismo obispo de Coutances.

El 22 de julio de 1925 se introdujo su causa de beatificación. En 1941 fueron declaradas sus virtudes heroicas por Pío XII, quien la inscribió en el catálogo de los beatos el 6 de mayo de 1951. Su memoria litúrgica se celebra el día 4 de marzo.

JOAQUIN MARTIN ABAD

Bibliografía

CANUET, L , *La bonne mere Placide* (Coutances 1925)
CRISFNOY, P DE, *La venerable Placide Viel* (Coutances 1942)
PERL, A , *Pilgern auf endlosen Strassen* (Stuttgart 1961)

BEATO JUAN ANTONIO FARINA

Obispo y fundador († 1888)

Este gran pastor de la Iglesia que, además de servirla con todas sus fuerzas, fue el instrumento de Dios para el nacimiento de una nueva congregación religiosa, brilla con luz propia en el muy poblado cielo de estrellas de la santidad que es la Italia del siglo XIX. Su obra permanece y se ha extendido a varias partes del mundo, sirviendo a Dios con actividades asistenciales, religiosas y educativas.

Nació en Gambellara, en la diócesis de Vicenza, el 11 de enero de 1803, siendo sus padres Pedro Farina y Francisca Bellame. En su hogar al abrir los ojos lo que vio fue un clima de religiosidad y sanas costumbres. Tenía muy pocos años cuando su padre murió, y su madre viuda junto con sus hijos fue acogida por Don Antonio Farina, un santo sacerdote, hermano del

padre, que asumió con total entrega esta obra de caridad y procuró imbuir al muchacho de los más cristianos principios. En el pueblo no había escuelas públicas, y por ello su tío hizo de preceptor. Le enseñó todo lo que corresponde a la enseñanza primaria y aún fue más allá comenzando a instruir a Juan Antonio en las humanidades.

Don Farina no presionó a Juan Antonio para que este eligiera el camino del sacerdocio, pero la vida diaria de entrega y caridad de su tío le hizo pensar que a nada mejor podía dedicar su vida que al sacerdocio, y por ello, luego de pensarlo y haberlo expuesto a su tío, hizo la formal solicitud de ingreso en el seminario diocesano de Vicenza Era el otoño del año 1818 y tenía Juan Antonio quince años El seminario funcionaba bien y había en él buen espíritu. Sus estudios estaban organizados desde las humanidades a la teología y los cánones, pasando por la filosofía. Juan Antonio fue un buen alumno, así en piedad como en letras. Estaba bien dotado para el estudio Sus notas eran excelentes. A su capacidad unía su trabajo y los resultados eran excelentes, pero, además, los superiores del seminario alababan en él la bondad y la buena conducta. Por otro lado sus contestaciones en las clases hacían ver que no solamente era capaz de estudiar sino que lo era también de exponer lo que sabía, y por ello los superiores tomaron una determinación. En el curso 1824-1825, cuando a él le faltaban aún unos años para terminar su carrera, le pidieron que diera clases auxiliares a los alumnos, lo que hizo a satisfacción de todos. Para entonces ya se perfilaba en el la personalidad que luego se vería en su sacerdocio. Hombre profundo, dado a la oración, pero también muy activo, muy decidido a hacer a su alrededor todo el bien que le era posible. Los superiores decidieron que si, llegado al sacerdocio, se dedicaba a la enseñanza, podría hacer un gran bien a la infancia, y que por ello era oportuno que se preparara a diplomarse como maestro de primera enseñanza. Esto lo conseguiría en efecto a poco de su ordenación sacerdotal.

El 15 de enero de 1827 le llegó la hora del sacerdocio Con profunda emoción recibió la ordenación sacerdotal y dijo su primera misa, prometiendo a Dios ser un sacerdote entregado por completo a la causa de la salvación de las almas Juan Anto-

nio no perdería nunca el amor al sacerdocio y a las almas que le prometió a Dios en su primera misa. La fidelidad más exquisita a su vocación de ministro del Señor será característica suya a lo largo de los años de su vida. Estaba muy lejos de saber a qué concretos ministerios lo destinaba el Señor, pero él por su parte estaba disponible para lo que el Señor quisiera pedir de él. De forma muy particular estaba dispuesto a llevar el evangelio a quienes más lo necesitasen.

La obediencia le destina a la parroquia de San Pedro, en la propia capital diocesana, Vicenza. No fue destinado a ella como párroco —era muy joven—, pero ni siquiera como vicario parroquial. Su destino era el de capellán. Tenía que celebrar todos los días allí la santa misa y estar disponible a otros encargos que quisieran hacerle. Estaría en este cargo durante diez años, que no fueron por supuesto años anodinos. Porque el obispo conocía que Juan Antonio era capaz de enseñar, y por ello a muy poco de su ordenación sacerdotal lo llamó a que diera clases en el seminario diocesano. Apenas, pues, lo había dejado como alumno, volvió al seminario como profesor, aunque, como queda dicho, ya el seminario lo conocía en este aspecto pues en sus últimos años de seminarista había dado algunas clases. Lo hizo muy bien y tuvo tanto crédito entre los alumnos y a los ojos de la superioridad que su tiempo de profesor en el seminario fue el de 18 años seguidos. Atrajo a los seminaristas no solamente al estudio de las asignaturas que él explicaba sino también a enamorarse más de su vocación, pues el ejemplo de piedad, bondad y seriedad del profesor Farina ayudaba a los jóvenes a reafirmarse en su decisión de ser sacerdotes.

Pero estaba claro que las clases del seminario no agotaban ni su tiempo ni sus posibilidades. Se le confiaron dos obras parroquiales sumamente necesarias e interesantes. La primera se llamaba la «Pía obra de Santa Dorotea» y la segunda «La escuela de caridad». Juan Antonio se volcó en hacer a través de ellas cuanto bien podía, y de su actuación sacaba la conclusión de la necesidad de una atención prioritaria a la educación y asistencia de las chicas de la ciudad. Por otro lado se le dio una nueva oportunidad de tratar con la infancia y la adolescencia: se le nombró director de la Escuela Pública Primaria y Superior. En

este cargo mostró su capacidad organizativa, su buen hacer como jefe de un grupo de enseñantes y sus dotes de mando, ejercido con suavidad y dulzura y al mismo tiempo con notable eficacia.

Había sonado en su vida la hora del Señor. Iba a ser padre de una nueva congregación religiosa, que nacería, como todas, por la voluntad de respuesta en la caridad a concretas y verdaderas necesidades. Las dos obras que él iba dirigiendo desde hacía un tiempo le dieron a conocer la oportunidad de fundir ambas obras en una y de transformarla en algo más profundo. Un grupo de mujeres jóvenes estaban dispuestas a seguirle por el camino que él empezaba a trazar. En 1831 un grupo de ellas se entregó a servir a Dios en una nueva institución dedicada a la instrucción religiosa y humana de las chicas. La nueva obra empezó a funcionar con acierto y efectividad, y se pudo ver cuán providencial era aquella escuela popular femenina. Juan Antonio lo pensaba: aquella obra solamente sería permanente si las maestras daban el paso de abrazarse a la vida religiosa y configurarse como una nueva congregación. Planteado el tema, las maestras dijeron que sí. Ahora se lleva el asunto al obispo, que igualmente está de acuerdo, y así es como el año 1836 se funda la Congregación de Maestras de Santa Dorotea Hijas de los Sagrados Corazones. Su finalidad la expresó así: «maestras de auténtica vocación, consagradas al Señor y dedicadas por entero a la educación de las niñas pobres».

Pero tras esta inicial dedicación de la congregación a las niñas pobres, otras preguntas surgieron en su interior: ¿acaso no necesitan también educación cristiana las niñas de las clases sociales no pobres?, ¿no pide la caridad cristiana que cuidemos también de los enfermos y los ancianos tanto en su domicilio como en los hospitales o en los asilos? Y decidió que había que ampliar el campo de destino de la congregación, y que sería tanto la enseñanza como la asistencia caritativa el fin de la congregación. Así se reflejó en las constituciones de la congregación, y se le presentó la iniciativa al papa Gregorio XVI. Éste mandó que las reglas redactadas por Juan Antonio fueran estudiadas en la congregación correspondiente y, pasado el examen, el 1 de marzo de 1839 el Papa les daba su decreto de alabanza. La Con-

gregación emprendió magníficas obras: la escuela popular para niñas, pobres o menos pobres, y un sector muy concreto de la infancia tuvo especial acogida en la congregación: las niñas ciegas, las niñas sordomudas, las niñas con deficiencias psíquicas. Las hermanas de Santa Dorotea abrieron a todas ellas sus brazos maternales y comenzaron a acogerlas, a amarlas, a educarlas, procurando que la vida les fuera todo lo mejor posible. Juan Antonio dirigió la marcha y expansión de la congregación con su continua entrega. Mirando lejos, veía que la sociedad tendría algún día que ocuparse de estas criaturas que tan fácilmente pueden ser marginadas, y él quiso adelantarse a los tiempos ofreciendo ya a estas criaturas, de tantos derechos como las demás, un futuro lo más acomodado posible a sus capacidades.

Juan Antonio desarrollaba una admirable labor como sacerdote y como iniciador de una nueva y oportuna congregación religiosa. A Roma no le pasaba desapercibida esta labor ni las capacidades que suponían en tan ejemplar sacerdote. Era claro que las dificultades de los tiempos exigían una muy responsable elección de los candidatos al episcopado. El nombre de Juan Antonio sonó en la Curia romana, se hicieron de él las oportunas investigaciones, y el nuevo papa, Pío IX, aceptó la candidatura del celoso sacerdote de Vicenza y lo nombró obispo de Treviso. Para Juan Antonio fue una gran sorpresa. Su personal humildad le hacía muy ajeno a pensar en esta dignidad, pero comprendió que la llamada venía de Dios y se dispuso a ser tan buen obispo como había sido buen sacerdote. Lo dispuso todo de forma que el 19 de enero de 1851 recibía la consagración episcopal.

Diez años iba a estar en Treviso, diez años de trabajos y también de algunos importantes sufrimientos. Su convicción es que la Iglesia necesitaba un empujón hacia delante. Creía sinceramente que había que vivificar la acción pastoral con nuevos alientos y nuevos métodos y con el establecimiento de aquellas nuevas obras que la salvación de las almas exigiera. Había que sacudir un trasnochado tradicionalismo que paralizaba la acción pastoral. Él lo tenía muy claro: quería un clero instruido y celoso, y para ello era menester que todos los sacerdotes, no importa en qué pequeño pueblo estuvieran, tuvieran afán de forma-

ción, la cual no terminaba con el seminario. Propulsó por ello la formación continua de los sacerdotes. Pero igualmente veía que sin una adecuada formación no habría verdaderos cristianos comprometidos con la causa del evangelio, y por ello hacía un enorme hincapié en la catequesis de niños y de jóvenes, labor que recomendaba a los párrocos como labor prioritaria. Igualmente tenía muy claro que la aliada de los pobres tenía que ser ante todo la Iglesia, y por ello insistía en que en todas las parroquias hubiese asociaciones de atención espiritual y caritativa a las personas más pobres. No quería ninguna parroquia sin ellas.

El obispo Farina encontró el medio natural y espontáneo de ir exponiendo a todo su clero su programa pastoral señalado: la visita pastoral. Pueblo a pueblo visitó toda la diócesis, conoció uno a uno a los sacerdotes, se hizo cargo de la situación real de la pastoral en su diócesis y fue dejando la estela de que sabía muy bien lo que quería. Los sacerdotes lo oyeron insistir en los ejercicios espirituales, las catequesis, las obras de caridad, las homilías bien preparadas, la fraternidad sacerdotal, el ejemplo de vida. Insistió tanto en la atención a los necesitados que empezaron a decirle «el obispo de los pobres». Preocupado por la preparación de los sacerdotes, no podía suponer que aquel joven al que el 18 de septiembre de 1858 imponía las manos en la catedral de Castelfranco y ordenaba sacerdote llegaría a papa y a santo y sería venerado en la Iglesia con el nombre de San Pío X, el cual sería antes de ascender al episcopado canónigo de Treviso, pero para entonces ya Juan Antonio había dejado esta diócesis.

Como luego haría en Mantua en 1888 el futuro San Pío X, celebrando un sínodo diocesano, también monseñor Farina quería celebrarlo en su diócesis, pero tuvo problemas con el cabildo catedral en uno de los típicos rifirrafes canónicos que tantos cabildos catedrales tuvieron con sus respectivos obispos entre Trento y el Vaticano I. El obispo, no sin gran sentimiento, hubo de renunciar a su celebración. Otras iniciativas de su programa pastoral quedaron también paralizadas a cuenta de este conflicto. Juan Antonio manifestó gran caridad y paciencia, sentido exacto de las responsabilidades episcopales, y se ha podido ver que sólo le movía el amor a las almas y a la Iglesia.

Del *impasse* que esta situación conflictiva significaba lo vino a sacar la Santa Sede cuando el 18 de junio de 1860 se hacía público su traslado a la diócesis de Vicenza, a su propia diócesis natal. Se abrían ante él veintiocho años de un fecundo episcopado. No cambió su programa pastoral sino que se dispuso a llevarlo adelante en un medio que le iba a ser más comprensivo.

En primer lugar abordó la visita pastoral, y todos los sacerdotes pudieron ver la vida piadosa, mortificada y activa que llevaba su pastor, ya entonces cercano a los sesenta años. No se echaba atrás si había que recorrer a pie o a lomos de una mula los kilómetros necesarios para alcanzar hasta los pueblecitos más remotos. No quería que se quedara sin visitar ninguna parroquia por pequeña o distante que estuviera. Sus consejos eran los mismos que en Treviso: que cada sacerdote siguiera formándose; que atendiera a crear grupos de fieles dedicados a la caridad y las obras de misericordia para que la prioridad de la Iglesia fuera en todas partes la atención a los pobres; que estuviera bien organizada la catequesis de niños y jóvenes en todas las parroquias; que se fomentara la vida espiritual de los fieles mediante la práctica de los ejercicios espirituales y mediante sólidas devociones, que él centraba en la Eucaristía, el Sagrado Corazon y la Virgen María. Le preocupaba también la situación material de los sacerdotes ancianos y creó para socorrerlos una fraternidad que los atendiera.

Comprendió que el futuro de la diócesis dependía mucho de lo preparadas que salieran las nuevas hornadas de sacerdotes que proporcionaba el seminario diocesano, y por ello se dedicó a una reforma del mismo que afectó tanto al plan de estudios, que él quiso renovado y exigente, como a la disciplina que él trajo a seriedad y rigor, haciendo de ella el estuche para la formación intelectual, moral y espiritual de los aspirantes al sacerdocio. Pudo ver los felices resultados de su reforma.

Pudo celebrar el deseado Sínodo diocesano. El último celebrado en la diócesis se remontaba a 1689, es decir, durante casi dos siglos no había habido sínodos diocesanos en Vicenza. Lo preparó a conciencia y lo celebró con la debida participación del clero, que acordó un programa pastoral adecuado a los tiempos que corrían.

Escuchando la llamada de Pio IX, en diciembre de 1869 acudió a Roma a participar en la celebración del Concilio Vaticano I. En el concilio, y cuando surgió el tema de la infalibilidad pontificia, él se alineó claramente y desde el principio con los partidarios de definirla como dogma de fe. En ello era coherente con la actitud de pleno apoyo a Pío IX que monseñor Farina venía prestando en los años anteriores con motivo, por ejemplo, de la encíclica *Quanta cura* y del *Syllabus*. Llegada la hora votó positivamente y se alegró de que, justo cuando el poder temporal de los papas iba a caer, se reforzara con esta definición la autoridad religiosa del pontífice. El obispo Farina siguió mostrando su adhesión al Papa tras los sucesos de la toma de Roma y reclusión del Papa en el Vaticano. Su testimonio de adhesión al Papa fue limpio e incondicional

Pasados los años, una parte mayoritaria de su diócesis mostró al obispo su complacencia y gratitud por su dedicación pastoral y por el testimonio de su vida santa. Pero hubo de hacer frente a injustos ataques que le causaron fuertes sufrimientos pero que no alteraron la paz espiritual con que siempre hizo todas las cosas y soportó las dificultades. No se defendió. Optó por el silencio y el perdón y los mejores diocesanos aprobaron la mansedumbre del prelado como propia del verdadero hombre de Dios.

Su declive físico se hizo muy patente en 1886 cuando empezó a aquejarle una grave enfermedad, de la que en realidad no se repuso sino que se fue agravando. Su debilidad se hacía patente a todos hasta que a comienzos de marzo de 1888 le dio un ataque de apoplejía. Recibió los sacramentos y pasó al Padre el 4 de marzo de dicho año.

La beatificación de este pastor de la Iglesia ha hecho ver que no eran exagerados los elogios que se le han dedicado. Con toda razón se ha dicho que no conoció la mediocridad sino que caminó siempre esforzadamente hacia las cumbres de la santidad. Logró contagiar su ejemplo a los sacerdotes formados por él, que fueron misericordiosos y celosos, como era su propio programa de vida. Su virtud principal fue la caridad con los necesitados. Los pobres, los infelices, los abandonados, los que padecían cualquier género de sufrimiento eran objeto de su

preocupación y de su celo. Obispo, visitaba los hospitales, pero no para visitas de cortesía sino para prestar sus servicios a los enfermos, y atrajo a esta conducta a numerosos sacerdotes de la diócesis. Convencido de que todo depende de la educación, promocionaba una educación integral, que él llamaba «la educación del corazón», e insistía en que los docentes deben estar bien preparados y con espíritu de entrega. Insistió en la colaboración entre la escuela y la familia, y manifestaba su convicción de que la reforma de la sociedad donde tiene que gestarse es en la escuela, una escuela abierta a todos, y que la educación no sea privilegio de algunos sectores sino derecho de todos.

Al morir, fue mayoritario el sentimiento de que el obispo Farina había sido un santo. Muy pronto empezó a ser invocado. Su causa empezó en 1990, y en pocos años ha sido sustanciada. El milagro alegado ha sido la curación de sor Inés Torres Córdoba, afectada de un tumor maligno con metástasis. La curación se efectuó el año 1978. El 24 de abril de 2001 se declararon heroicas sus virtudes y, aprobado el milagro ese mismo año, el 4 de noviembre de 2001 era solemnemente beatificado en Roma por el papa Juan Pablo II.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

GALIARO, L , *Mons. G. A. Farina, vescovo di Vicenza, fondatore delle Suore Maestre di S. Dorotea, Figlie dei Sacri Cuori* (Vicenza 1959).

RUMOR, R , *L'Istituto delle Suore Maestre di Santa Dorotea e il fondatore barone G A. Farina, vescovo* (Vicenza 1978).

Ufficio delle celebrazioni liturgiche del Sommo Pontefice. Notificazione. «Cappella Papale, presieduta dal Santo Padre Giovanni Paolo II, per la beatificazione dei Servi di Dio .. Giovanni Antonio Farina, vescovo, fondatore delle Suore Maestre di S Dorotea Figlie dei Sacri Cuori». Piazza di San Pietro 4 novembre 2001.

B) BIOGRAFÍAS BREVES

BEATO HUMBERTO III

Conde de Saboya († 1188)

Nació en el castillo de Avigliana junto a Turín hacia el año 1136, hijo del conde Amadeo III de Saboya, al que sucede en el condado en 1148 cuando tiene doce años. Humberto llegará a

tener hasta cuatro esposas sucesivas, siendo de la última de la que tuvo a su heredero Tomás.

Como gobernante tendió a limitar las autonomías feudales y comunales, lo que le llevará a conflictos con algunos obispos, entre ellos San Antelmo de Belley, que no dudará en excomulgarlo, pero prospera su apelación al papa Alejandro III que le levanta la excomunión. En el conflicto guelfo-gibelino, Humberto intenta una obra de mediación, procurando conservar la amistad tanto del emperador como del papa. Pero no pudo evitar su roce con el emperador y que éste lo citara en vano ante la justicia imperial llegando a declararlo contumaz (2 de septiembre de 1185).

Fue un hombre de acendrada religiosidad y piedad en el que influyó notablemente el Beato Amadeo de Lausana, de cuyos consejos y asesoramiento se sirvió. Se mostró siempre generoso con las iglesias y monasterios, y favoreció a la Iglesia todo cuanto pudo.

Sintió el deseo de abrazar la vida religiosa, pero comprendió que esto le era imposible por necesitarlo sus súbditos al frente de sus Estados. Como compensación no deja de acudir al claustro para vivir con sinceridad tiempos de retiro, integrándose el tiempo que pasaba en los monasterios en la vida de la comunidad. La muerte le llegó cuando estaba en la abadía de Haute Combe, vistiendo el hábito cisterciense, el 4 de marzo de 1188. Su culto fue confirmado el 7 de septiembre de 1838.

BEATOS CRISTÓBAL BALES, ALEJANDRO BLAKE Y NICOLÁS HORNER

Martires († 1590)

El día 4 de marzo de 1590 fueron ejecutados como traidores en Londres el sacerdote secular Cristóbal Bales o Bayles, y los seglares Alejandro Blake y Nicolás Horner.

El primero era natural de Conischiff, había nacido en 1564 y luego de estudiar en Reims y Roma se ordenó sacerdote en 1587. Pese a su tuberculosis volvió a Inglaterra, donde pudo desarrollar un año de apostolado, siendo arrestado en enero de 1590.

El segundo era dueño del hostal Gray's Em Lane en Londres, y era un católico fervoroso al que se le acusó de haber albergado sacerdotes, lo que estaba igualmente castigado con la muerte.

El tercero era natural de Grantley, en Yorkshire, era sastre y tenía residencia en Smithfield. Fue arrestado en 1588 acusado de negarse a prestar el juramento de acatamiento a la supremacía religiosa de la Reina y de haber hospedado sacerdotes en su casa. Las cadenas con que estuvo detenido en Newgate le provocaron unas heridas tales que hubo de serle amputada una pierna, ocasión en que mostró su gran paciencia.

Cristóbal y Nicolás murieron juntos, pero Alejandro fue ejecutado en la puerta de su hostal para que su muerte sirviera de escarmiento a los católicos. El primero fue beatificado el 15 de diciembre de 1929, los otros dos el 22 de noviembre de 1987.

BEATOS MIECISLAO BOHATKIEWICZ, LADISLAO MACKOWIAK Y ESTANISLAO PYRTEK

Presbíteros y mártires († 1942)

En el bosque de Borek, cerca de Berezwecz (Lituania) fueron fusilados por los ocupantes nazis estos tres sacerdotes el 4 de marzo de 1942. No habían valido las firmas y presiones de los fieles de sus parroquias para salvar sus vidas, que arrostraron el peligro de interceder por ellos con tal de conseguir los dejaran con vida.

El primero, nacido en la región de Vilna el 1 de enero de 1904, era sacerdote desde 1933, estaba de párroco en Pelikany y atendía también la parroquia de Dressa, y fue arrestado el 3 de enero de 1941, siendo llevado a varias cárceles sucesivamente.

El segundo era originario de Sykty (Vilna) y se había ordenado sacerdote en 1939, siendo destinado a la parroquia de Ikazn. Pese a recibir amenazas una vez producida la ocupación alemana, decidió quedarse en el pueblo. Fue arrestado el 3 de diciembre de 1941.

El tercero era natural de Bystra Podhalansa (Vilna) y era sacerdote desde 1940, siendo coadjutor del segundo. Al ser arrestado su párroco fue a interceder e interesarse por él, con el resultado de que fue también arrestado. Fueron beatificados el 13 de junio de 1999.

5 de marzo

A) Martirologio

1 La conmemoracion de San Teofilo († 195), obispo de Cesarea de Palestina
2 En Panfilia, San Conon († 250), martir
3 En Roma, en la Via Apia, en el cementerio de Calixto, la deposi cion de San Lucio I († 254), papa *
4 En Sinope (Ponto), San Focas, martir (s IV)
5 En Cesarea (Palestina), San Adrian († 309), martir
6 En Palestina, junto al rio Jordan, San Gerasimo († 475), anacoreta *
7 En Saighir, region de Ossory (Irlanda), San Kierano († 530), obispo y abad
8 En Arles (Provenza), San Virgilio († 618), obispo
9 En Taggia (Liguria), Beato Cristobal de Milan († 1485), presbite ro, de la Orden de Predicadores
10 En Napoles (Campania), Beato Jeremias de Valaquia († 1625), religioso capuchino *
11 Igualmente en Napoles, San Juan Jose de la Cruz († 1734), pres bitero, de la Orden de Menores **

B) Biografias extensas

SAN JUAN JOSÉ DE LA CRUZ

Presbitero († 1734)

San Juan José de la Cruz es un santo franciscano italiano que nace el 15 de agosto de 1654 en la bella isla de Ischia (Italia), en el mismo golfo de Nápoles, de padres nobles y piadosos.

Educado cristianamente con los padres agustinos, muy pronto, a los quince años, decidió por inspiración divina ingresar en la Orden de los Franciscanos descalzos reformada por San Pedro de Alcantara, donde tomó el hábito en 1670 en el solitario convento napolitano de Santa Lucia en el Monte.

Contribuyó a su decisión Juan de San Bernardo, franciscano descalzo de esta reforma, venido de España para establecer en Italia la reforma alcantarina Llegó a Ischia y conquistó el corazón del joven para la causa que predicaba A partir de ese momento decidió consagrarse enteramente a Dios.

Sus biógrafos hablan elocuentemente de la profundidad y seriedad con que optó por la vida religiosa. Se comentaba la heroicidad en la práctica de las virtudes desde sus tiempos de noviciado, concluido en enero de 1671 con la profesión religiosa.

Al poco tiempo fue mandado con un grupo de hermanos de religión al Santuario de Santa María Occorrevole en Piedimonte de Alife, a los pies de los montes Apeninos, donde por iniciativa suya se construyó un convento y se mandó una comunidad.

A partir de ese momento, su vida transcurrió en medio de la rigidez ascética que le hizo famoso. Para ello contaba con el testimonio, no sólo de su santo fundador Francisco de Asís, sino también del santo franciscano español Pedro de Alcántara, beatificado en 1699.

Ordenado sacerdote el 18 de septiembre de 1677, ya desde entonces al igual que Pedro de Alcántara, tuvo el don de «una admirable penitencia y de una altísima contemplación». Como él, se construyó una celda apartada en el fondo del bosque para dedicarse, sin miradas humanas, a la penitencia que le llevaba a la contemplación de las cosas de Dios.

De la época de su ordenación sacerdotal en 1677 data el *Ceremoniale della messa. Officio et altri atti solenni* editado en Nápoles, compilación y adaptación de diversos usos para la reforma alcantarina.

Su vida se divide entre el cargo de maestro de novicios en Nápoles y guardián del convento de Santa María Occorrevole. Libre del cargo de guardián, fue elegido en 1690 definidor de la orden y a la vez repuesto en el cargo de maestro de novicios, desempeñándolo por espacio de cuatro años en Nápoles y en Piedimonte.

No obstante ser hombre de paz, se vio envuelto en contiendas entre sus propios hermanos, los llamados alcantarinos, hasta que un breve pontificio del 15 de septiembre de 1702 dividía y separaba a los alcantarinos españoles de los italianos, que se quedaron con dos casas. San Juan Jose luchó por defender la provincia italiana, de la que fue nombrado provincial en 1703 y se dedicó a imponer una severa observancia de la regla.

Acabado su mandato se quedó en Nápoles invitado por el arzobispo Francisco Pignatelli para dirigir setenta y tres monasterios y retiros en Nápoles y, posteriormente, en la cercana diócesis de Aversa. De ese modo, se consagraba como padre espiritual, guía de almas y reformador de casas religiosas. A él acudían, como experto director de conciencias, infinidad de personas buscando ayuda espiritual. Incluso le buscó con este fin San Alfonso María de Ligorio.

Fue conocido también por las gracias y milagros que por su intercesión se concedían. Uno de ellos tuvo lugar en Roma, la curación del joven marqués Genaro Spada.

Se dice de sus penitencias que fueron muchas y abundantes, igual que su vida ascética. Su maestro en todo ello fue el crucifijo. Tenía en su celda una cruz larga, guarnecida con puntas agudas. Llegó a hacerse dos iguales que se ponía en la espalda y en el pecho, apretándolas y sujetándolas con fuerza. Dedicaba poquísimo tiempo al sueño. En los últimos treinta años de vida no probó ningún tipo de bebida alcohólica.

El padre Juan José de la Cruz tuvo frecuentes éxtasis místicos, mereciendo el insigne favor de tener al Niño Jesús en sus brazos en varias ocasiones, de modo especial en la noche de Navidad.

Murió el 5 de marzo de 1734, con ochenta años, lleno de amor y aprecio por todas partes. Todos sus biógrafos insisten en que era «admirable por sus penitencias, sus milagros y su austeridad de vida». Gozó de gracias extraordinarias, como la bilocación, la profecía, el don de escrutar las conciencias, éxtasis, apariciones de la Virgen y del Niño Jesús.

Fue canonizado el 26 de mayo de 1839 por el papa Gregorio XVI.

JUAN JAVIER FLORES ARCAS, OSB

Bibliografía

Acta Gregorii XVI, II 314-339
Bibliotheca sanctorum, VI cols 1009-1012
ROSTOLI, J , *Vita di S Gian Giuseppe* (Roma 1939)
SALVATORE, A M , *San Giovanni Giuseppe della Croce* (Napoles 1954)

SAN LUCIO I

Papa († 254)

No es mucho lo que sabemos de este papa. A la muerte, en junio de 253, del desterrado papa San Cornelio, Lucio, que era romano, fue elegido el día 26 de aquel mes para sucederle. Pero la furia del emperador Treboniano Galo lo mandó al destierro igual que a su predecesor, mostrándose el Papa paciente y humilde ante la adversidad. Murió el 5 de marzo de 254.

SAN GERÁSIMO

Anacoreta († 475)

Nació en Licia, sin que pueda precisarse más. Fue primero monje y luego anacoreta en su propia región pero luego pasó a Palestina y se estableció en las cercanías del Mar Muerto. Era el tiempo de la gran controversia a la que respondió el Concilio de Calcedonia definiendo la doble naturaleza de Cristo, pero es bien sabido cómo no todos acataron la definición conciliar. Gerásimo, influido por el obispo intruso Teodosio, abrazó el monofisismo. Pero San Eutimio el Grande logró sacarlo de él y devolverlo a la ortodoxia.

Hacia el 455 funda una laura junto al río Jordán, donde debían vivir en comunidad los aspirantes antes de pasar a la vida eremítica. Con gran santidad y prudencia presidió él el monasterio hasta su muerte. Se cuenta de él que cada año acudía en la Cuaresma junto a Eutimio y observaba un riguroso ayuno que solamente interrumpía para recibir la eucaristía. Es muy célebre la leyenda de haber curado a un león sacándole una espina de la pata y que el animal se quedó con él hasta que, muerto el santo, el león se echó sobre su tumba donde murió. Su muerte tuvo lugar el 5 de marzo de 475.

BEATO JEREMÍAS DE VALAQUIA

Religioso († 1625)

Juan Kostist nació en Zazo, en la provincia de Valaquia, de la Moldavia inferior, el 29 de junio de 1556. Tuvo la suerte de nacer en una familia católica, que mantenía su fe pese al entorno acatólico en que se hallaba. El muchacho fue criado esmeradamente y mostraba tener un natural pacífico y amable.

A los 18 años decide su vocación religiosa y, buscando un entorno católico, marcha a Italia. Aquí llegó hasta Bari y se sintió un poco desilusionado porque no recibió de todos los católicos el testimonio de vida que esperaba. Estaba ya para volverse a su tierra cuando se sintió llamado a seguir la regla de San Francisco, ingresando en los capuchinos de Nápoles el 8 de mayo de 1578 y tomando el nombre de fray Jeremías de Valaquia.

Cocinero y hortelano de varios conventos, es enviado por fin al de San Eframo Nuovo de Nápoles, donde haría de enfermero durante cuarenta años con increíble caridad. Aceptaba con amor los oficios más fatigosos y se comportaba con celestial humildad. Su santidad no pasó desconocida a los fieles, ya que repartía limosnas a los pobres y daba catecismo a los niños, y se le atribuyeron milagros. Era devotísimo de la Virgen María y difundía esta devoción con mucho celo. Murió el 5 de marzo de 1625. Los fieles, al saber su muerte, acudieron en gran número a venerar su cadáver y el concurso fue tal que su entierro hubo que disponerlo en secreto y de noche. Pero su fama de santidad no dejaba de difundirse. Pero con las vicisitudes de los tiempos su memoria pareció olvidarse hasta que en el siglo XX se decidió reemprender el proceso de beatificación iniciado a poco de su muerte. Fue beatificado el 30 de octubre de 1983.

6 de marzo

A) MARTIROLOGIO

1 En Tortona (Piamonte), San Marcilano, obispo y mártir (fecha desconocida)

2 En Nicomedia (Bitinia), San Victorino, martir (fecha desconocida)
3 En Treveris (Francia), San Quiriaco (s IV), presbítero
4 La conmemoracion de San Evagrio († 378), obispo de Constantinopla
5 En Toledo (España), San Julian († 690), obispo **
6 En Sakingen (Suiza), San Fridolino (s VIII), abad
7 En Metz, San Crodegando († 766), obispo *
8 En Siria, el martirio de cuarenta y dos santos († 848)
9 En Barcelona (España), San Olegario († 1136), obispo de Barcelona y Tarragona al mismo tiempo **
10 En Viterbo, Santa Rosa († 1252), virgen, terciaria franciscana **
11 En Praga (Bohemia), Santa Ines († 1282), virgen, abadesa de la Orden de Santa Clara *
12 En Gante (Flandes), Santa Coleta Boylet († 1447), virgen, reformadora de la Orden de las Clarisas **

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SAN JULIÁN
Obispo († 690)

«Nació en la misma ciudad de Toledo, recibió el bautismo en la iglesia catedralicia de Santa María y fue educado en los claustros de dicho templo». Así nos introduce en la semblanza de San Julián el primero de sus biógrafos e inmediato sucesor en la sede metropolitana. De estirpe judía, aunque de padres ya cristianos, su nacimiento vino a ser como flor lozana y fragante que redime de espinas a la zarza en que brotó.

Muy niño, este toledano auténtico fue ofrecido por sus padres para que en calidad de oblato se educase en los claustros de la basílica metropolitana para el servicio del santuario

Allí recibio su formación espiritual y literaria bajo la direccion del preceptor Eugenio, el más distinguido poeta de toda la época y que, después de haber regido como metropolitano la sede toledana, es hoy venerado como santo

Durante el tiempo de permanencia en el atrio episcopal, Julián trabó estrechísima amistad con su compañero Gudila y se resalta el paralelismo de aquellas dos vidas destinadas a ocupar puestos de gran relieve en la administración eclesiástica de su tiempo Hubo un momento en la vida de ambos en el que de

mutuo acuerdo pensaron seriamente en abrazar la vida monástica, deseosos de mayor perfección, mas, después de pedir ahincadamente la iluminación celestial y el consejo de los prudentes, decidieron continuar en el orden secular, ascendiendo paulatinamente por los grados de la jerarquía.

La personalidad de Julián se abrillanta cada día más en el candelero enhiesto que era la ciudad real. Fue sobre todo desde la muerte de San Ildefonso cuando descuella y alcanza creciente celebridad en sus ministerios de diácono y presbítero. El conjunto de dotes naturales, la experiencia y maestría reveladas en el cumplimiento de los cargos desempeñados, en la recta gestión de los asuntos, en el trato social, en la digna manera de comportarse, el prestigio de sus virtudes y de su saber hicieron de Julián un dechado que Toledo entero podía admirar y que no podía ocultarse como luz bajo el celemín. Era el «varón de consumada prudencia».

A finales del verano de 679 su alma recibió un golpe durísimo con la muerte de su entrañable amigo, a la sazón arcediano, Gudila. A principios de enero del año siguiente moría también el metropolitano Quirico. La sede-vacante duró breves días, pues los electores unánimemente designaron para ocupar la silla de Toledo al esclarecido clérigo Julián, elegido el 16 de enero del 680 y consagrado el domingo, día 29, en el marco opulento de la basílica de Santa María por el obispo de Játiva.

Alrededor de los sesenta años debía de contar el nuevo metropolitano cuando recayó sobre él la pesada carga del arzobispado de Toledo, que unía a las responsabilidades comunes de los otros prelados las que particularmente se relacionaban con las peculiares de ser obispo de la sede real y metropolitano de la provincia cartaginense, integrada por una veintena de diócesis sufragáneas, con cuyos prelados había de celebrar frecuentes consultas para el mejor resultado de las gestiones pastorales y civiles, someterlos a su propio tribunal, cuando la conducta de éstos así lo exigiera, y convocarles a concilio según las normas canónicas de la Iglesia hispana.

Era tal la amplitud de funciones y de ejercicio de la jurisdicción, que es fácil suponer la actividad del nuevo metropolitano.

En los comienzos del pontificado un hambre horrenda fustigó a España. Las muertes por inanición se multiplicaban por doquier. Con tal motivo Julián hubo de desvivirse para remediar a los necesitados en grado tal, que las fuentes visigoticas, que apenas aluden en ningun momento a la beneficencia, reservan para el metropolitano de Toledo unas frases llenas del mayor encomio:

> «No podia ver que nadie estuviera necesitado sin lanzarse inmediatamente en su socorro, y fue tan extraordinaria su caridad, que jamas negaba cosa alguna al que se le acercaba, con tal modo de proceder buscaba hacerse grato a Dios y util a los hombres»

Un asunto de enorme trascendencia política se produjo cuando apenas llevaba ocho meses ocupando la sede toledana Traidoramente se había suministrado un narcótico al rey Wamba y durante el sopor producido por el bebedizo, el conde Ervigio, taimado autor de la felonía, hizo llamar al metropolitano a la residencia real y en ella le mostró un documento firmado por el monarca, a quien todos los ajenos a la conjura consideraban gravemente enfermo y sin sentido. En este documento, que el arzobispo vio refrendado por la suscripción real, el rey manifestaba vehementes deseos de morir con la profesión y hábito de penitente público Engañado con tamaña falacia, procedió Julián a tonsurar al inconsciente monarca, reduciéndole al estado penitencial, por lo que quedaba incapacitado, si recuperaba la salud, para continuar ocupando el trono.

La añagaza bizantina de Ervigio para adueñarse del cetro visigótico hizo de San Julián un cómplice inconsciente, pues debe descartarse toda voluntariedad en la farsa, ya que, con posterioridad a ella, a la pluma ágil del metropolitano de Toledo se debe la mejor apología del depuesto monarca.

Por el bien de la paz, el gran ideal de la Iglesia hispana, se aceptó el hecho consumado y el arzobispo se vio compelido por la fuerza de las circunstancias a acatar la elección de Ervigio, reconocido como rey por quienes en la legislación vigente eran los legítimos electores.

Otro incidente serio, con el que se ha querido teñir de antirromanismo cismático la aureola de San Julián, se produjo con ocasión de haberse recibido en España para la adhesión del

episcopado peninsular las actas del Concilio III de Constantinopla, sexto de los ecuménicos. A la expresa aceptación de los obispos españoles, Julián, fogoso teólogo, adicionó un escrito donde se encontraron expresiones que en la curia pontificia parecieron malsonantes, sobre todo en aquella época en la que cualquier impropiedad de léxico podía acarrear tolvaneras de polémica. Al conocer el metropolitano la sospecha de heterodoxia, surgida en Roma sobre la pureza de su fe, tuvo una reacción enérgica, redactó otro escrito, avalado con testimonios de la Sagrada Escritura y de los Santos Padres, y lo remitió al Romano Pontífice con sensibles muestras de enojo, deslizando en él palabras duras para los contradictores. Esta nueva explicación, impecable desde el punto de vista teológico, satisfizo plenamente y traducida al griego se hizo llegar hasta el palacio imperial de Bizancio y tanto aquí como en la corte pontificia del papa Agatón mereció los más cumplidos elogios.

Fue durante su episcopado cuando la sede toledana alcanzó su más alto nivel en la jerarquía eclesiástica nacional. Celebrábase en los primeros días de enero del 681 el XII Concilio de Toledo. Tuvo carácter de asamblea nacional de todos los obispos del reino y en él se reunieron treinta y nueve prelados. El hecho de que Toledo fuera la sede metropolitana de la corte y el sistema en uso de la intervención real en el nombramiento de los cargos eclesiásticos inspiró la idea de que, para la mayor rapidez en la terminación de las sedes vacantes, los restantes metropolitanos cedieran en favor del de Toledo sus derechos de examen y confirmación de los obispos electos, quienes únicamente quedaban obligados a presentarse ante su respectivo arzobispo en el plazo de tres meses posteriores a su consagración. Esto, que canónicamente fue una norma de gobierno, acrecentó extraordinariamente la figura jerárquica del metropolitano de Toledo. A partir de «tan singular prerrogativa» —así se la designa en los textos conciliares—, el arzobispo de Toledo adquiere una indiscutible preeminencia sobre todos los prelados del reino. Él sera el primero en estampar su firma en las actas de los concilios y en presidir las sesiones sin guardar para nada el orden acostumbrado de antiguedad en la sede; en los casos de urgencia es él quien resuelve, muy en breve será su provincia la primera en

reunirse para dar la norma a las demás sobre la citada adhesión al concilio ecuménico de Constantinopla, mandando los demás metropolitanos sus representantes al sínodo de Toledo. En pocas palabras, tenemos la primacía de la iglesia toledana surgida canónicamente en los tiempos en que el metropolitano Julián vive el primer año de pontificado. La densa biografía de este insigne prelado, el más preclaro sin duda entre los celebérrimos que ocuparon la sede a lo largo del siglo VII, es difícil de condensar en una breve semblanza.

Hay, sin embargo, un aspecto, el de su producción literaria, que no puede ser pasado por alto. En la nota bibliográfica se hace un elenco de las obras llegadas hasta nosotros. En ellas se atiende a las necesidades presentes y todas manifiestan un clima de madurez, un perfilado estilo literario y una agudeza de pensamiento, que coronan el ciclo intelectual iniciado con San Isidoro a principios de la centuria.

El domingo, 6 de marzo de 690, fallecía San Julián a los diez años, un mes y siete días de haber ocupado la silla toledana. Su cuerpo, como el de sus antecesores, recibió sepultura en la basílica martirial de Santa Leocadia, junto al venerado cuerpo de la santa.

Quien le trató íntimamente durante la vida y le sucedió a su muerte, nos ha dejado el más cumplido panegírico de sus virtudes episcopales.

Fue —escribe— limosnero con exceso, si en ello puede darse exceso, acudiendo prontamente al socorro de los desgraciados y poniéndose en el lugar de los débiles oprimidos.

> «En sus intervenciones era discreto, y valiente en la resolucion de los negocios intrincados, justo en dirimir los juicios, estuvo siempre inclinado a la aminoracion de la pena, y dispuesto siempre a salir por los fueros de la justicia
>
> Unianse a estas dotes el laudable dominio de si durante los debates, la fluidez de su palabra y la admirable devocion sentida por la exactitud en el rezo de las divinas alabanzas, estando siempre pronto para salir al paso de la mas leve duda surgida sobre ello
>
> Cuidadoso en extremo de la iluminacion de los templos, se mostro eximio en vindicar el derecho de las basilicas, alerta en el gobierno de los subditos y preparado siempre para escuchar a los humildes
>
> Si en el ejercicio de tan alto cargo quiso rodearse de la magnificencia digna de su autoridad, privadamente estaba dotado de una

humildad evangélica y sobresalia por la probidad integral de sus costumbres

Fue tal su misericordia que jamas hubo angustiado a quien no procurase aliviar, y era tan caritativo que nunca nego lo que por caridad se le pedia

De esta forma trabajo por hacerse agradable a Dios en todo y util a los hombres, consiguiendo siempre agradar a Aquel y, en cuanto le fue posible, satisfacer a estos por Dios

Y si en los dones naturales no fue inferior a ninguno de sus nobles predecesores, tampoco les fue desigual por la abundancia de sus dignos merecimientos»

Tan bella apología, que como una estela laudatoria de su preclara existencia ha llegado hasta nosotros, se centra en torno a las tres grandes virtudes episcopales· celo, justicia y caridad, en las que sobresalió en grado preeminente, aunque la posteridad le estime más por la herencia recibida de su insigne magisterio doctrinal.

J. FRANCISCO RIVERA RECIO

Bibliografía

Act SS Boll, 8 de marzo Biografia de Felix, sucesor de Julian

FELIX TOLETANUS, *Sancti Iuliani toletani episcopi vita seu elogium* PL 96,44s, ANONIMO TOLEDANO, ibid , col 1 260s

Obras de San Julian PL 96 Algunas han sido publicadas en otras colecciones o revistas

RIVERA RECIO, J F , *San Julian, arzobispo de Toledo (s VII)* Epoca y personalidad (Barcelona 1944)

SAN OLEGARIO

Obispo († 1136)

El siglo XI conoce una catarata de acontecimientos políticos y religiosos que van a marcar el ser definitivo de España. La reconquista sigue consolidándose y ni la llegada de nuevas oleadas de invasores africanos será capaz de alterar unos movimientos arrolladores que dejan profunda huella sobre todo en la mitad norte de las tierras reconquistadas.

Los sucesos son de muy variado signo y, sin embargo, se nos muestran, en no pocas ocasiones, estrechamente unidos Junto a la aparición del primer conde de Barcelona en la persona de Ramón Berenguer y los avances expansionistas de Aragón y Casti-

lla, encontramos una magnífica floración de obispados y monasterios que nos parecen decisivos en la configuración de aquellos siglos.

Centrándonos en la región catalana, quedará definitivamente restablecida como cabeza religiosa Tarragona, impulsada desde la propia Barcelona, junto a la creciente aparición de monasterios decisivos en el contexto religioso de la época. A los ya anteriores de San Pedro de Roda en Gerona o San Miguel del Fai en Barcelona, se añaden otros, como Santa María de Montserrat, Santa María la Real, San Miguel de Fluviá, San Juan de la Peña y muchos más en las tierras pacificadas.

Algunos de estos monasterios pasaron enseguida al primer plano de popularidad. Otros, sin embargo, por hallarse en lugares más ignotos y difíciles sólo serán apetecidos por varones ansiosos de soledad y penitencia. Pero como los planes divinos son distintos a los humanos, no debe extrañar que en esas soledades Dios busque hombres providenciales para llevar adelante sus inescrutables designios. Tal es el caso de San Olegario retirado en penitenciales monasterios y alternando con los primeros planos de la política del momento.

Olegario u Olaguer, hijo del caballero ilustre y principal Olaguer y de Guilia, de la mejor ascendencia goda, nace en Barcelona, hacia el 1060, según el P. Flórez. Su situación nobiliar le permite una educación esmerada al lado de los mismos hijos del conde Ramón Berenguer. A pesar de todo, sus padres, fervorosos creyentes, quieren para su hijo una educación preferentemente religiosa y a los diez años entregan al niño al Cabildo de canónigos de la catedral de Santa Cruz de Barcelona en culto a Santa Eulalia, mediante la donación de una heredad y una viña, que tenían en el condado de Vich, en el lugar llamado de San Armengol.

Aquí cursa sus estudios con llamativo aprovechamiento, siendo ordenado sacerdote en 1093 y llegando muy pronto a presidir aquel su cabildo. Pero el alma de tan selecto varón cristiano busca otras metas y muy pronto entra en la comunidad agustiniana de San Adrián de Besós, fundada en conformidad con el de San Rufo de la Provenza por el obispo don Beltrán, quien le había ordenado sacerdote y ahora le impone el santo hábito. Buscando

una mayor perfección y contra los deseos de los canónigos y del mismo Sr. Conde, toma la decisión de marchar al monasterio de San Rufo, también agustiniano. Aquí nuevamente llamó la atención por la ejemplaridad de vida y enseguida, hacia el año 1110, a la muerte del abad que lo había recibido emocionado, es elegido abad por votación de los propios monjes.

Muy pronto los planes de la Providencia iban a intervenir decisivamente cambiando el signo de Olegario. El año 1115 el nuevo conde Ramón Berenguer III ponía cerco a la ciudad de Mallorca, todavía en poder de los moros, liberando a una inmensa multitud de cautivos cristianos. La esposa del Conde, doña Dulce (Dolça), busco a Olegario para que en Barcelona participara de la alegría de la victoria.

En esta situación muere inesperadamente el obispo de la ciudad D. Ramón Guillén. Corría el año de 1116. El pueblo y los obispos provinciales, conociendo su presencia, lo aclaman como nuevo pastor. Al enterarse, Olegario huye precipitadamente y de noche a su retiro de San Rufo, deseoso de sustraerse a tan nueva dignidad.

Empeño imposible, porque la decisión estaba tomada, y salen en su busca, alcanzándole en Perpignán para traerlo definitivamente a Barcelona, donde es consagrado obispo, tras conocerse la aprobación del papa Pascual II, a través de los legados enviados por el propio conde, para obligarlo a aceptar su nombramiento, lo cual se hizo ante el legado cardenal Boson. Tratóse incluso de su consagración que fue realizada por el cardenal, con toda solemnidad, en la catedral de Magalona, no lejos de Montpellier en la misma Provenza.

En Barcelona rige la diócesis con tal acierto que es considerado como una de las figuras más ilustres del episcopado español del momento.

Pastor ejemplar, se vuelca en los más desfavorecidos en una acción caritativa mezclada con lo que es su verdadera vocación, la predicación, para la que se halla especialmente dotado. Unas formas evangélicas que llegan a conocimiento del papa Gelasio II, quien le llama para conocerlo personalmente y porque va a jugar una baza definitiva en la estructuración religiosa de aquella región catalana.

Reconquistada Tarragona a los árabes, provisionalmente se une la ciudad al obispado barcelonés. El conde Ramón Berenguer III solicita de Roma la reinstalación de su categoría de sede metropolitana. Para llevar adelante el empeño es nombrado Olegario. Una fecha histórica: 21 de marzo de 1118. El papa Gelasio II en persona le entrega el palio para regresar a Cataluña el nuevo arzobispo, donde es aclamado fervorosamente. Cataluña dejaba en esos momentos de depender de Narbona. A la nueva sede metropolitana se le conceden la ciudad con todos sus términos como se declara en el Privilegio fundacional, que lleva fecha del año 1117.

La tarea no es nada cómoda porque Tarragona se halla destruida y el nuevo pastor tiene otra vez que demostrar sus fervores caritativos. Una tarea que se mezcla con graves compromisos eclesiales, pues como tal metropolitano debe asistir en 1119 al Sínodo de Toulouse, presidido por el propio papa Calixto II. Luego al de Reims. Y finalmente marcha a Roma donde en 1123 toma parte en el I Concilio ecuménico Lateranense, donde se elaboraron decisiones tan famosas como la cuestión de las *investiduras y el celibato de los sacerdotes.*

En España nuevamente se compromete, como era costumbre entonces, en las campañas de la reconquista al lado siempre de Ramón Berenguer y con el título de legado pontificio para estas empresas.

Por entonces cumple uno de sus mayores anhelos: visitar la Tierra Santa de Palestina. Incluso llega a Siria y Egipto. El obispo de Trípoli y el patriarca de Antioquía le dispensan entusiasta acogida. Vuelve a Cataluña empapado del fervor que prende en quienes pisan la Tierra de Jesús.

De nuevo en España, tiene que asumir la prueba creada a la muerte del papa Honorio II, cuando aparecen nombrados Anacleto II e Inocencio II. Olegario se inclina por Inocencio, a quien conocía ya de su estancia en Roma, y lo visita en el Sínodo de Clermont, donde se pone fin a la situación creada, excomulgando a Anacleto II como antipapa.

En España nuevamente, marcha a Zaragoza, donde se dirimió el conflicto entre Ramiro II de Aragón y Alfonso VII de Castilla.

En 1131 lo vemos asistiendo a su valedor el conde Ramón Berenguer III en su última hora, quien muere vestido con el hábito de los templarios a los que había logrado atraer a sus tierras. Olegario quedaba como testamentario principal según testamento otorgado el 8 de junio de 1131.

Pocos años les separó la muerte a quienes habían estado tan unidos en vida. Cansado de tan comprometida y azarosa existencia presiente que se halla al final de su estancia terrena. Algunos creen que le fue revelada. Todavía encuentra fuerzas para reunir un sínodo que se prolongó por espacio de tres días. El santo prelado se prepara ejemplarmente para presentarse delante de Dios. El 12 de febrero de 1136 lega sus bienes a la diócesis. Pidió oraciones a todos sus fieles. Recibidos los sacramentos y auxilios de la Iglesia, muere en la tarde del 6 de marzo de ese mismo año de 1136. Aquella tarde murieron juntos el sol que iluminaba las tierras catalanas y el obispo Olegario que las había llenado de vida religiosa.

Su cuerpo se conserva incorrupto en la misma catedral de Barcelona en la antigua Sala capitular, en el lado de la epístola, conocida hoy como capilla de San Olegario y del Santísimo Sacramento. Se halla colocado sobre el sagrario en un magnífico sepulcro barroco con estatua yacente del santo obispo. Aquí también fue trasladado el Santísimo Cristo de Lepanto. Parece como si en este sitio se quisieran dar cita las mejores galas de la religión y de la historia.

El culto a San Olegario fue confirmado el 25 de mayo de 1675, tras el correspondiente proceso de canonización. Su fiesta se celebra el 6 de marzo por ser el día de su muerte.

JOSÉ SENDÍN BLÁZQUEZ

Bibliografía

CROISET, J., *Año cristiano. Marzo* (Barcelona 1862) 87-92.

Enciclopedia Espasa. Tomo letra O, p 993-996.

GARCIA FRAILE, P. M., «Olegario», en C. LEONARDI-A. RICCARDI-G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los Santos,* II (Madrid 2000) 1785-1786.

Gran Enciclopedia Rialp Tomo letra G.

ORDONEZ, V., *Los Santos. Noticia diaria* (Barcelona 1996) 100-101.

REPETTO BETES, J. L., «Olegario», en J. A. MARTINEZ PUCHE (dir.), *Nuevo año cristiano. Abril* (Madrid 2001) 68-71.

SARTHOU, C.-NAVASCUES, P., *Catedrales de España* (Madrid 1996) 55.

SANTA COLETA BOYLET

Virgen y reformadora († 1447)

Nació en Corbie, poblado de la Picardía, al norte de Francia, el año 1381. Murió en Gante en 1447.

Fue hija única de unos padres muy humildes, que la engendraron en edad avanzada, hacia los cincuenta años, creyendo siempre que se debió a la milagrosa intervención de San Nicolás, por lo que agradecidos la pusieron el nombre de Nicolette o Colette.

Desde muy pequeña dio muestras de una especial predilección por los pobres y necesitados siendo ella misma amante de la pobreza. Al morir sus padres, hacia 1399, cuando tenía solamente 18 años, repartió sus bienes entre los necesitados y buscó una especial dedicación a Dios en congregaciones religiosas pobres.

Inicialmente decidió entregarse a Dios en las religiosas llamadas Beguinas, después en las Benedictinas de Corbie, para terminar en las Clarisas de Moncel. Siguiendo los consejos de su confesor Enrique de Beaume, se hizo de la Orden Tercera de Penitencia de San Francisco en Hesdin d'Artois, sin encontrar calmadas sus ansias de espiritualidad ya que las que profesaban este instituto no vivían aún en comunidad. Por eso ella misma terminó por encerrarse en una pequeña celda, cercana a la iglesia de Notre Dame donde oía misa y comulgaba, siempre con la aprobación del abad de Corbie Aquí pasó cuatro años, ayunando toda la cuaresma a pan y agua, haciendo esto mismo otros muchos días al año. Su cama era un manojo de sarmientos extendidos sobre el suelo.

Posiblemente también aquí recibió un mensaje especial del cielo, donde el propio San Francisco se le apareció para pedirle que se comprometiera en la reforma de la Orden de las Religiosas de Santa Clara. Ella se resiste por su timidez y pobreza y la dificultad del proyecto a que parecía llamada. Quizás por eso de repente se vio muda y ciega como se le había pronosticado, en señal del destino para el que Dios la llamaba. Con tan clara señal se rindió a la voluntad del Señor y al instante recobró la vista y el habla.

Su tiempo conoció multitud de reformas en casi todas las órdenes religiosas, promovidas por humildes personajes. Ella era una de las elegidas.

Aconsejada por fray Enrique de Beaume y convencida de tan especial llamamiento se presentó ante el papa Benedicto XIII en Avignon, a quien entonces tanto España como Francia obedecían como papa verdadero. Le expone con tal unción sus deseos de tomar el hábito de Santa Clara y observar la primitiva regla reformando los conventos de la Orden, que el Papa extendió una bula con fecha del 16 de octubre de 1406 aprobando sus propósitos y eligiéndola como abadesa futura de cuantos monasterios funde.

Coleta hizo un llamamiento a las religiosas que quisieran compartir sus experiencias de reforma y, aunque durante algún tiempo hubo bastante resistencia, terminó por encontrar un grupo de seguidoras, suficientes para permitir la existencia de un primer monasterio en Besançon. Luego vendrían otros también sobresalientes, como los de Auxonne, Poligny, Gante, Amiens hasta un total de dieciocho. En tan ingente empeño la prestaron su apoyo, además de su director espiritual, personajes tan relevantes como la condesa de Ginebra y las duquesas de Borgoña y Baviera. Era realmente la Providencia la que había puesto en marcha una de las más ascéticas reformas de la Iglesia valiéndose de un instrumento tan ínfimo como el de la humilde Coleta.

Nos lo resume el P. Croiset:

> «De esta manera se fundó y se propagó por toda Europa, aun en vida de Coleta, la famosa reforma, que fue como segundo renacimiento de la Religión de santa Clara, según el verdadero espíritu de su primitivo instituto. Consérvase en el día de hoy en todo su vigor y se ven resucitados en estos últimos tiempos aquellos grandes dechados de perfección; aquellos insignes ejemplos de inocencia, de fervor y de humildad; aquellos milagros de penitencia, de abnegación propia y de total desasimiento de todas las cosas, que admiramos tanto en los siglos más retirados; y los vemos con asombro renovados en tantas nobilísimas, ilustrísimas y santísimas doncellas, que sin reparar en la ternura de la edad, en la delicadeza de la complexión, ni en el regalo con que fueron criadas observan severísimamente la primitiva regla de santa Clara, y sepultadas en su oscuro retiro se hacen invisibles a las criaturas, aspirando únicamente a que las vean los ojos de su criador [...] Esto es lo que en

parte se debe al infatigable celo, a los gloriosos sudores, y a la eminente virtud de nuestra santa Coleta» (p.86).

Aquella ejemplar siembra con el título de clarisas pobres, perseguía el deseo de una auténtica pobreza real, una renuncia sin límites, una ejemplar austeridad, cual la predicada y exigida por Santa Clara de Asís, un par de siglos antes.

Para conseguirlo redactó unas constituciones que fueron aprobadas por el ministro general de la orden franciscana en 1434 y años más tarde, en 1458, por el papa Pío II.

Coleta también extendió su influjo y deseos de reforma a los Hermanos Menores.

El 6 de marzo de 1447, a los 66 años de edad, con ejemplar resignación, Coleta murió en Gante, cargada de méritos y sacrificios y después de recibir los santos sacramentos.

El proceso de su canonización iniciado a los pocos años de su muerte, en 1472, no fue realidad hasta bastantes años después. Fue beatificada por el papa Sixto IV y Urbano VIII dio licencia para que se celebrase su fiesta en los conventos franciscanos. Pero no fue canonizada hasta el 24 de mayo de 1807 por el papa Pío VII. Su fiesta se celebra en el mismo día de su muerte: el 6 de marzo.

Pero ya antes las señales de un especial destino y su veneración habían comenzado, según relata el P. Croiset:

> «Habiendo abierto el año de 1536 por orden y a presencia del obispo de Sarepla, sufragáneo del de Tornay, observó el prelado, y lo hizo observar también a los circunstantes, que chorreando agua la bóveda por todas partes, a causa de su excesiva humedad, no caía ni una sola gota sobre las preciosas reliquias de Coleta, y el paño de damasco blanco en que estaban envueltas se halló tan entero y tan fresco como el día en que se puso» (p.85).

JOSÉ SENDÍN BLAZQUEZ

Bibliografía

BARONE, G., «Coleta Boyleb», en C LEONARDI-A. RICCARDI-G ZARRI (dirs), *Diccionario de los Santos,* o.c., t.I p 554-556.

CROISET, J., *Año cristiano. Marzo* (Barcelona 1862) 82-86

Diccionario Espasa Tomo letra C

Héroes del cristianismo (Madrid 1901) 6 de marzo

SANTA ROSA DE VITERBO

Virgen († 1252)

Gertrudis von le Fort ha escrito que la verdadera genialidad de la mujer se encuentra en lo religioso, y que el mundo profano no ha dado a la historia nombres comparables a Juana de Arco o a Catalina de Siena. Rosa de Viterbo se halla en la línea de lo genial en el mundo religioso.

El barrio gótico de Viterbo es uno de los lugares más evocadores de la Edad Media. Cuando se habla de aquella época hay que evitar dos escollos: o considerarla como la edad ideal del cristianismo, o fijarse sólo en sus defectos, que los tuvo. Sin embargo, prevalecen los aspectos positivos. En ninguna otra edad de la historia se dejó sentir tan intensamente el influjo del cristianismo en la vida pública y privada, política y social, cultural y artística. Un verdadero y sentido universalismo unió a los pueblos bajo la dirección del Papa y del Emperador. Todos tenían fe, y se sujetaban gustosos al magisterio de la Iglesia, no faltando, naturalmente, las excepciones. ¿Qué otro tiempo puede gloriarse de creaciones como las universidades, las catedrales, las cruzadas, la *Suma* de Santo Tomás y la *Divina Comedia* de Dante? Los héroes que se llevaban las simpatías de todos eran los santos. Santos del calibre de un Tomás de Aquino, de un Domingo, de un Francisco de Asís.

Rosa nació en Viterbo en 1235. Viterbo formaba parte entonces del patrimonio de San Pedro. En 1216 había muerto Inocencio III, a quien se ha llamado el Augusto del pontificado. Con él se llegó a la cúspide de la autoridad de la Iglesia sobre el mundo. Pero, a su muerte, el emperador Federico II estuvo en lucha constante con los papas Gregorio IX e Inocencio IV. De la lucha salieron debilitados los dos poderes, el imperial y el pontificio. Se acercaban días malos para la Iglesia.

Los padres de Rosa eran pobres y excelentes cristianos. Ya en su más tierna infancia todos se dieron cuenta de que Dios tenía grandes planes sobre ella. De verdad que es asombrosa la mezcla de lo natural y de lo sobrenatural en su vida. En vez de entregarse a los juegos propios de su edad, se pasaba largos ratos ante las imágenes de los santos, especialmente si eran imágenes de la Virgen Santísima. Impresionaba la atención con que

oía a sus padres cuando hablaban de cosas de Dios. Desde muy pequeña sintió ansias de vivir en soledad, ansias que casi nunca se realizaron del todo. Y siempre fue una enamorada de la penitencia. Los viterbianos se avezaron a ver por sus calles a una niña que iba siempre descalza y con los cabellos en desorden. Grandes eran sus austeridades en la comida, llegando a pasarse días enteros con un poco de pan. Pan que muchas veces iba a parar a la boca de los pobres, otra de sus santas debilidades. Corría tras los pobres y con cariño inmenso les ofrecía todo cuanto tenía. Si fuera de su casa era caritativa, es fácil imaginar el respeto y amor con que mimaba a sus padres.

En Viterbo había un convento de religiosas, llamado de San Damián. A sus puertas llamó nuestra heroína, pero inútilmente, porque era pobre y porque era niña. Entonces decide convertir su casa en un claustro. Allí se excedía santamente en las penitencias corporales, llegando a disciplinarse hasta perder el conocimiento. Los de su casa intentan apartarla del camino emprendido, pero es tanta la gracia humano-divina que se refleja en toda su persona, que convence a todos. Y las horas de oración se sucedían sin interrupción en su vida.

A los ocho años, víctima de sus penitencias, contrae una gravísima enfermedad, que dura quince meses. Fue milagrosamente curada por la Santísima Virgen, quien le mandó tomar el hábito de la Tercera Orden de San Francisco, hábito que recibió en la iglesia de Santa María. Aquel día empezó su vida de apóstol. Al salir de la iglesia predicó con tal fervor sobre la pasión de Nuestro Señor Jesucristo y los pecados de los hombres, que todos se volvieron compungidos a sus casas, mientras ella regresaba gustosa a su soledad. Día tras día, toda la ciudad, atónita, oyó sus predicaciones. Difícilmente comprendemos hoy el ardor con que las multitudes medievales iban tras el predicador de la palabra de Dios, las conversiones, las públicas reconciliaciones que provocaba, por ejemplo, un San Antonio de Padua. Y si el predicador resultaba ser una niña de pocos años.

No faltaron las contradicciones ni las penas. Los partidarios de Federico II, enemigos de la Santa Sede, enseguida la hicieron objeto de sus ataques. Tras las mofas y las calumnias vino el destierro. Todo ello sirvió para demostrar el temple de aquella

niña, quien, como los apóstoles en otro tiempo, dijo que no podía dejar de predicar la divina palabra. Y la Providencia se valió de la malicia de sus perseguidores para que la semilla de la verdad fructificara en otras partes. Con sus padres tuvo que salir de noche de Viterbo, mientras la nieve barría los caminos. Agotados por el cansancio y el sufrimiento, llegaron al día siguiente al pueblo de Soriano. Sin embargo, todos los sufrimientos físicos se desvanecieron ante el dolor de su alma por la disolución moral de aquellas gentes. Allí continúa predicando, y su predicación se convierte, al cabo de algunos meses, en abundantes conversiones. Acuden también a oírla hombres y mujeres de los pueblos vecinos. A sus oyentes un día les anunció la muerte de Federico II, ocurrida en Fiorentino de Puglia el 13 de diciembre de 1250. Al fin de su vida el emperador se reconcilió con la Iglesia.

Y los pueblos de Vitorchiano, Orvieto Acquapendente, Montefalcone y Corneto, oyeron, extrañados y al fin convencidos, la voz de aquella niña que atraía con su sola presencia, y que, si era preciso, confirmaba su predicación con milagros. Uno de los defectos que se achacan, con razón, a la Edad Media es la excesiva credulidad con que admitía los hechos extraordinarios Hoy los biógrafos de nuestra santa rechazan algunos de los milagros que se le atribuyeron, pero sin duda ninguna que hizo grandes milagros, porque de otro modo no se explican la polvareda espiritual que su paso levantó por todas partes. Su vida entera era un milagro.

A los dieciocho meses de haber salido de su pueblo natal pudo regresar a él, después de la muerte de Federico II. El pueblo entero salió a recibir a la mujer extraordinaria, contentos todos de recuperar aquel tesoro, que ahora apreciaban más después de haberlo perdido

A pesar de sus triunfos apostólicos, su alma deseaba la soledad, para entregarse más decididamente a la oración y a la penitencia. Es la constante historia de todos los verdaderos apóstoles. San Bernardo había escrito poco tiempo antes que el apóstol debe ser concha y no simple canal.

Por segunda vez intenta entrar en un convento. Esta vez el monasterio lleva el bonito nombre de Santa Maria de las Rosas.

Pero por segunda vez se le cierran las puertas del claustro. Dios no la destinaba a la vida religiosa.

Y por consejo de su confesor, Pedro de Capotosti, decide de nuevo convertir su casa en el claustro soñado; esta vez, sin embargo, tendrá que preocuparse de la santificación de otras almas. Algunas amigas suyas de Viterbo se unen a ella para guardar silencio, cantar salmos y oír sus exhortaciones espirituales. Ante la constante afluencia de nuevas jóvenes, el confesor de Rosa les compra un terreno cerca de Santa María de las Rosas. Allí floreció una comunidad que tomó la regla de la Orden Tercera de San Francisco.

De nuevo las humanas pequeñeces estorbaron la obra de Dios. Inocencio IV suprimió la obra, a indicación de las monjas de San Damián.

El biógrafo de San Francisco de Asís, Tomás de Celano, dice que «cantando recibió la muerte». Un canto de alegría fue también la muerte de Rosa. Gastada prematuramente por las penitencias y el apostolado, se preparó para salir al encuentro del Esposo de las vírgenes. Al recibir el viático quedó largo rato en altísima contemplación. Cuando volvió en sí se le administró la extremaunción. Pidió perdón a Dios de todos sus pecados y se despidió de sus familiares con la exquisita caridad de siempre. *Jesús, María,* fueron sus últimas palabras. Tenía diecisiete años y diez meses.

Puede fácilmente imaginarse el dolor de los viterbianos. ¡Había sido tan rápido su paso sobre la tierra! Su cuerpo, que despedía un perfume muy agradable, fue sepultado en Santa María

Inocencio IV inició su proceso de canonización, pero la muerte le impidió terminarlo. Entonces nuestra santa se aparece a Alejandro IV, que a la sazón se hallaba en Viterbo, y le indica que traslade su cuerpo a la iglesia de San Damián Se organizó una magnífica procesión, presidida por el Papa, a quien acompañaban cuatro cardenales, para el traslado de sus reliquias a la iglesia aludida. Desde entonces el monasterio se llama de Santa Rosa.

Nicolás V ordenó al consejo de la villa de Viterbo que en la procesión de la Candelaria tres cirios de cera blanca recordaran

a todos la luz de su apostolado, su amor a Dios y a los hombres, y su blancura virginal.

Calixto III la colocó en el catálogo de los santos. Desde su muerte, el lugar que guarda su cuerpo incorrupto ha sido centro de constantes peregrinaciones. En 1357 ocurrió en Viterbo un gran milagro. Quedó reducida a cenizas la capilla que guardaba sus reliquias, y se quemó la caja que las contenía; el cuerpo santo sólo cambió un poco de color.

Se la representa recibiendo la sagrada comunión junto a un altar, y viendo en sueños los instrumentos de la pasión de Nuestro Señor Jesucristo.

¿La lección de Rosa? Yo diría que es una lección de sobrenaturalismo. Nuestro tiempo, escéptico ante lo extraordinario, y excesivamente enamorado de lo humano, conviene recuerde que Dios tiene marcada preferencia por servirse de instrumentos inadecuados para obtener sus victorias. Sobre todo deberían recordar frecuentemente la vida y la obra de Rosa de Viterbo todos los que se dedican al apostolado.

JOSE MARIA CASES

Bibliografía

Act SS Boll, 4 de septiembre

BARASCAUD, D , *Sainte Rose de Viterbe* (Paris 1902).

Historias de la Orden Franciscana, en partic L DE WADDING, *Annales Ordinis Minorum,* 19 vols (Roma 1731-1745), P LEON, *L'aureole seraphique Vie des saintes et des bienheureux des trois Ordres de S François,* III (Paris) 315s

KERVAL, L DE, *Sainte Rose de Viterbe, sa vie et son temps* (Vannes 1896)

MASCARO, A , *Espejo de perfeccion franciscana* (Barcelona 1914)

Vita di Santa Rosa da Viterbo (Viterbo 1929)

— Actualizacion

PIACENTINI, E M , OFM CONV, *Santa Rosa da Viterbo (biografia critica) La Contromenta, ovvero La fantastoria di Anna Maria Vacca* (Viterbo 1983)

PLENTZ, U , *Vida de Santa Rosa de Viterbo* (Minas Gerais 1998)

SAN CRODEGANDO DE METZ

Obispo († 766)

Nació en Hesbaye, Brabante, hacia el año 715 en el seno de una familia acomodada y recibió su formación en el cenobio benedictino de Saint-Trond. En 737 Carlos Martel lo nombró refrendario del reino de Austrasia, sin que su cargo le apartase de la vida piadosa que le había sido inculcada en el monasterio. Es más, al rey le queda claro que su canciller era hombre de Iglesia y por ello es elegido en 742 obispo de Metz, sin perder de momento su cargo en el reino.

Él se dedicó con todas sus fuerzas a la reforma de la Iglesia y singularmente a la del clero. Su intención era hacer vivir a los sacerdotes diocesanos como religiosos, con vida comunitaria y regla de vida, que él redactó teniendo delante la de San Benito. En esa regla inculcaba a los sacerdotes diocesanos el espíritu de San Benito, al tiempo que les daba normas sobre el desempeño de su quehacer pastoral. Se ha subrayado con razón la influencia de esta regla en la vida del clero en los siglos siguientes y muy concretamente en la institución canonical.

El papa Esteban II en un viaje que el prelado hizo a Roma le dio la categoría de arzobispo aunque no con rango de metropolitano y le concedió el palio. Es claro que Crodegando amaba la liturgia y las costumbres eclesiásticas romanas. Presidió varios concilios en Verneuil, Compiègne y Attigny, siempre en la línea de reforzar la presencia y actividad pastoral de la Iglesia. Volvió a Roma el año 765 y logro que el papa San Paulo I le hiciera donación de las reliquias de varios mártires. En 748 fundó la abadía de Gorza, y fue en ella en la que murió el 6 de marzo de 766.

SANTA INÉS DE BOHEMIA

Virgen y reformadora (1282)

Fue hija de Otocar I de Bohemia y de su esposa Constanza y nace en Praga el año 1202. Fue educada cristianamente y muy pronto aparecen en ella unas tendencias especiales hacia la vida

devota, muy en concreto aspira desde muy joven a consagrar a Dios su virginidad.

Pero por tres veces estuvo comprometida en matrimonio. La primera vez fue prometida al futuro duque de Silesia, Boleslao, y para que recibiera una educación correspondiente a su rango fue confiada a las monjas del monasterio cisterciense de Treinitz. Llevaba tres años en este cenobio cuando el joven prometido falleció. Pero no por ello se vio libre de una nueva promesa de matrimonio hecha por su padre. Prometida al príncipe Enrique, hijo de Federico II, se celebran solemnemente los esponsales, y para que la joven aprendiera las costumbres y lenguas alemanas, es llevada a la corte, donde recibe los honores propios de la prometida del príncipe. Pero ella en su interior seguía sintiendo la llamada a la virginidad consagrada y se decide a hacer el voto de virginidad, dispuesta a cumplirlo costare lo que costare. Sin intervención de ella la boda con Enrique quedó aplazada primero y descartada después. Pero a ella se le ofrece un matrimonio que parecía imposible de impedir: es nada menos que con el propio emperador Federico II, su frustrado suegro, que había quedado viudo. Inés, dándose cuenta del peligro que corría su propósito, recurrió al papa Gregorio IX exponiéndole que había hecho voto de virginidad. Habla ella igualmente con el rey Wenceslao, su hermano, y le expone su caso. Wenceslao sabe que el emperador se enfadará mucho, pero se recurre a hacer ver que Inés no dejaba al emperador terreno por otro monarca temporal sino por el propio Rey de los cielos, y esto logra aplacar la ira del emperador y deshacer el futuro enlace, quedando libre para consagrarse a Dios.

Funda un convento de clarisas con las cinco monjas que la propia Santa Clara le envía desde Asís y en él profesa para vivir la vida del claustro, olvidada por completo de su noble origen. Santa Clara se mostrará siempre satisfecha de esta hija preclara a la que escribe cartas alentadoras. Nombrada abadesa a su pesar, presidió con gran santidad y prudencia el monasterio a lo largo de cuarenta años. Murió el 6 de marzo de 1282. Aprobado el culto de esta santa el 3 de diciembre de 1874, posteriormente se ha procedido a hacerle el adecuado proceso en orden a su canonización y así ha sido canonizada el 12 de noviembre de 1989.

7 de marzo

A) Martirologio

1 La memoria de las santas Perpetua y Felicidad († 203), mártires en Cartago **.

2. Allí mismo, el martirio de los santos Sátiro, Saturnino, Revocato y Secundino.

3. En Cesarea (Palestina), San Eubulio († 309), martir.

4. En Quersoneso, los santos Basilio, Eugenio, Agatodoro, Elpidio, Eterioo, Capitón y Efrén (s. IV), obispos y mártires.

5. En la Tebaida (Egipto), San Pablo el Simple (s. IV), discipulo de San Antonio Abad.

6. En Brescia, San Gaudioso (s. V), obispo.

7. En el monasterio de Aniano (Septimania), San Ardon Esmaragdo († 843), presbítero, socio de San Benito de Aniano.

8. En Prusa (Bitinia), San Pablo († 850), obispo, defensor de las sagradas imagenes

9. En el monasterio de Fossanova (Lacio), Santo Tomás de Aquino, de quien se hace memoria el 28 de enero.

10. En Londres, los beatos Juan Larke y Juan Ireland, presbíteros, y Germán Gardiner († 1544), mártires bajo la persecución de Enrique VIII *.

11. En Florencia, Santa Teresa Margarita Redi († 1770), virgen, carmelita descalza **.

12. En Seúl (Corea), San Juan Bautista Nam Chong-sam († 1866), mártir *.

13 En Sai-Nam-Tho (Corea), los santos Simeón Berneux, obispo, Justo Ranfer de Betenières, Luis Beaulieu y Pedro Enrique Dorié († 1866), presbiteros de la Sociedad de Misiones Extranjeras de Paris y martires *.

14. En Vjadka, Beato Leónidas Fedorov († 1934), obispo y mártir *.

B) Biografias extensas

SANTAS PERPETUA Y FELICIDAD

Martires († 203)

Los nombres de las santas Perpetua y Felícitas figuran de antiguo en el canon primero de la misa. Habían muerto en el anfiteatro de Cartago el año 203. En el calendario filocaliano de Roma del tiempo de San Dámaso, aparece su fiesta el 7 de marzo. Después se perdió la memoria de su celebración, que a prin-

cipios de este siglo restauró San Pío X. Fue con motivo de las excavaciones que se realizaban cerca de Túnez, en el emplazamiento de la vieja Cartago. Aparecieron los restos de una basílica paleocristiana y fue hallado el epitafio de estas célebres mártires.

Las Actas auténticas del martirio de las célebres santas es uno de los documentos más realistas y emocionantes que se conocen. Habremos de contentarnos con espigar algunos de sus más bellos párrafos.

Las Actas constan de tres partes, dos autobiográficas y una narrativa. La primera escrita por la pluma de la misma mártir protagonista: Santa Perpetua; la segunda débese a Sáturo, compañero de martirio de la misma, y lo restante —preámbulo y epílogo— corresponde al armonizador de toda la pieza literaria, tal vez Tertuliano, que la debió ofrecer al público en griego y latín.

Como consecuencia del edicto de Septimio Severo contra los cristianos, promulgado el 202, fueron apresados al año siguiente varios cristianos de Cartago, todavía catecúmenos: Revocato y Felícitas, que eran de condición servil, o sea, esclavos, y Saturnino y Secúndulo. Con ellos estaba Vibia Perpetua, de ilustre cuna, de exquisita formación, casada con la dignidad de las matronas, a quien vivían sus padres y dos hermanos y un niño de pecho. Tendría como veintidós años.

A estos mártires se les agregó después espontáneamente Sáturo, diácono, que había sido su maestro de catecumenado y fue quien después les sostuvo en la larga lucha. Santa Perpetua nos va narrando los incidentes del proceso. Primero fueron detenidos en una casa particular, con guardias de vista. Allí comenzaron las luchas con su padre, que era pagano. Estando en esta custodia atenuada recibieron el bautismo y a los pocos días fueron metidos en la cárcel pública.

Quien haya visto la cárcel mamertina de Roma puede imaginarse lo que era una cárcel de los tiempos del Imperio.

> «Me horroricé —dice Perpetua—, jamas habia sentido sensacion de tal oscuridad ¡Terrible dia!, insoportable estrechez por el hacinamiento, pero mi mayor preocupacion era por el chiquitin»

Entonces intervinieron dos diáconos ante los carceleros y trasladaron a los presos a las celdas del piso superior, desde

donde podía verse el mar. Y dice la santa con una frase muy meridional: «sentimos un refrigerio».

Porque, además, le permitieron tener consigo al niño. «Yo daba el pecho al niño, que estaba esmirriado por no haber mamado nada». Mas la preocupación por su familia no la dejaba sosegar. «Me consumía viendo lo que ellos se consumían por lo que me querían»

Cuando al fin, tras algunas gestiones, logró que le dejaran consigo al niño, «noté como si la cárcel se me hubiese convertido en pretorio», y ya prefería estar allí a ningún otro sitio Sí, el pretorio era el palacio del procónsul o gobernador, algo equivalente a nuestras capitanías generales.

Aquellos días Santa Perpetua tiene una visión. Sube por una larga escalera, a cuyos lados aparecen innumerables instrumentos de suplicio y cuyo primer peldaño custodia un terrible dragón El diácono Sáturo la anima y hollando la cabeza del dragón sube hasta lo alto. «Y ante mis ojos —dice— se abrió como un inmenso jardín».

La santa nos hace la más bella descripción del paraíso, llena de alusiones a la representación iconográfica de Cristo en la primitiva Iglesia y a los ritos de la Eucaristía.

> «En medio del jardín estaba sentado un hombre alto, como en traje de pastor, y ordeñaba las ovejas Y a su alrededor, millares de personas vestidas de blanco Y levantando la cabeza fijo los ojos en mí y me dijo "Bienvenida, hija" Y pronunciando mi nombre, me dio a comer un bocado de queso que estaba cuajando Yo lo recibí con las manos juntas y lo comí Y todos los circunstantes dijeron "Amen" Al ruido de las voces volví en mí y todavía me quedaba no se que saboreo de dulcedumbre»

La santa comprendió que la esperaba el martirio, que no se reduciría exclusivamente a dar la vida por la fe, sino a sufrir antes mucho por el dolor de su padre pagano.

La escena que se desarrolla ante el tribunal, al tiempo del interrogatorio, es de un patetismo conmovedor.

> «Subió mi padre a donde yo estaba (el tablado del tribunal) para hacerme cambiar y me dijo "Hija mía, ten compasión de mis canas, ten compasión de tu padre, si es que merezco de ti el nombre de padre Y, pues he hecho con el trabajo de estas manos que llegases hasta la flor de la edad, e incluso te he mejorado sobre todos tus hermanos, no seas al fin mi baldón a los ojos de los hom-

bres Mira a tu madre, mira a tus hermanos, mira a tu madre y a tu tia materna, mira a tu hijito que no podra sobrevivir a tu muerte No seas empedernida ni la ruina de todos nosotros ¿Quien de nosotros osara abrir la boca con libertad si te cae esta pasion?"

Estas palabras poniale en los labios su corazon de padre Me besaba las manos, se echaba a mis pies, y con lagrimas me suplicaba, llamandome no hija, sino señora suya Yo era la primera en sentir el trance de mi padre, y veia que el seria el unico de toda la parentela que no se alegraria de mi martirio»

La santa le dio ánimos como pudo y el padre se apartó del tribunal entristecido.

Al día siguiente, con motivo del interrogatorio en el foro, en que todos confesaron ante el procurador Hilariano su fe cristiana, el padre volvió a la carga.

«Y como mi padre insistiera para que yo renegase, Hilariano, cansado, mando que le echasen fuera y le golpearon con una vara Senti los varazos como si me los hubieran dado a mi Entonces Hilariano fallo sentencia contra todos nosotros, condenandonos a las fieras Y todos, alegres, bajamos a la carcel

Como ya el niño se habia habituado a tomarme el pecho y sentia placer en estar conmigo, mande aprisa al diacono Pomponio para que se lo pidiese a mi padre Este se nego a darlo Pero gracias a Dios resulto que el niño no tenia mas ganas de mamar, con lo que me senti aliviada al verme libre de la preocupacion del pequeño y de la molestia de los pechos»

Se acercaba el aniversario de Geta, hijo del emperador, en cuyo honor se darían unos juegos, siendo el numero fuerte del programa el martirio de los encarcelados. La víspera les permiten recibir la visita de los parientes, y, por última vez, el padre de Perpetua quiere disuadirla. «Decía tales cosas que ablandarían a los peñascos. A mí me afligía tan infeliz vejez».

La víspera del combate Perpetua volvió a tener otra visión Se encontró en medio del anfiteatro ante la expectación de la muchedumbre. Le tocaba luchar contra un atleta de proporciones ciclópeas, un egipcio de mala catadura. En los escritos primitivos el demonio es representado en tipo de egipcio, quizás por el color negro de la piel. La santa logró vencerle y recibir de manos del presidente del combate un ramo con manzanas de oro, al tiempo que la besaba, diciendo· «Hija, la paz contigo». «En esto desperte. Y conocí que mi lucha acabaría no con las bestias, sino contra el diablo. Pero no dudaba de la victoria» Y

termina así su relación: «Esto lo he anotado yo misma hasta la víspera de la lucha: si alguno quiere, escriba lo que ocurrirá el mismo día del "juego"».

El diácono Sáturo dejó la reseña de otra visión, que venía a confirmar la victoria por el martirio, mas la relación de éste se la debemos a un autor anónimo, a quien todos identifican como Tertuliano.

Él nos refiere cómo Felícitas, la esclava, que estaba encinta de ocho meses y temía no poder acompañar al suplicio a sus compañeros por causa del embarazo, dio finalmente a luz merced a las oraciones de todos los mártires, que unánimemente lo pidieron.

Y como se quejase por los dolores del alumbramiento, díjole uno de los guardianes:

—Pues si ahora sientes esos dolores, ¿qué será echada a las fieras?

—Ahora soy yo la que sufro —replicó ella—, pero allí otro será quien sufrirá por mí, ya que yo sufriré por Él.

Dio a luz una niña, encargándose una hermana, esto es, una cristiana, de su crianza y educación.

Perpetua lleva hasta el último momento la dirección del pequeño grupo. Ella se enfrenta con dignidad con el tribuno de la cárcel, que en los últimos días extrema su rigor con los detenidos. «¿Cómo no miras un poco más por nuestro bien para que aparezcamos lustrosos en las luchas del aniversario del César?».

El tribuno se ruboriza y les permite la visita de amigos y parientes.

La víspera de los juegos se les concede la «cena líbera», como era uso en tales casos. Una comida que ellos convierten en ágape cristiano. Sáturo reprende la curiosidad de los paganos que acuden a la cárcel a contemplar las víctimas del día siguiente. Muchos marchan confusos, otros se convierten a la fe.

Brilla por fin el día del sacrificio. Van todos al anfiteatro «como en viaje al cielo, alegres, con los rostros bañados de satisfacción. Perpetua marcha llena de majestad, como matrona de Cristo, resplandeciente el semblante. Cerca Felícitas, jubilosa por haber dado ya a luz».

Llegadas a la puerta, quieren vestirles con ornamentos que recuerden los juegos paganos: los hombres como los sacerdotes de Saturno; las mujeres como las sacerdotisas de Ceres.

Perpetua se opone al atropello y al fin les ahorran tal injuria.

Tuvieron suerte los mártires en morir de la muerte que habían deseado. Ellos, a zarpazos y dentelladas de las fieras. Perpetua y Felícitas, envueltas en redes, fueron expuestas a las embestidas de una vaca, que las derribó.

Perpetua, digna hasta el fin, «apenas cayó, más preocupada del pudor que del dolor, atrajo la túnica al lado de la rasgadura para tapar el muslo. Después —bello rasgo femenino—, tomando una horquilla, se sujetó los cabellos desordenados, pues no era decoroso que una mártir diera en el momento de su gloria sensación de plañidera».

Los santos mártires no murieron del todo a causa de las heridas de las bestias. Fueron llevados a la puerta sanavivaria, donde antes de recibir el golpe de gracia, «se besaron mutuamente para completar así su martirio con el signo litúrgico de la paz».

Allí todavía Perpetua tuvo que asir la mano vacilante del verdugo y guiarla hacia su propio cuello. «Tal vez una mujer tan varonil y tan temida por el diablo no podía morir de otro modo sino queriéndolo ella». Éste es el relato de la «pasión» de los que Tertuliano llama «fortísimos y bienaventurados mártires». Una página tiernísima de la historia de la Iglesia. Él, contemporáneo del suceso, dice que «estos maravillosos ejemplos de nuestros días, no menos que los antiguos, sirven para edificación de la Iglesia». Ciertamente, y su fondo familiar y humano nos parece recordar hechos de las persecuciones que actualmente ocurren. El heroísmo martirial que sin cesar se repite.

CASIMIRO SÁNCHEZ ALISEDA

Bibliografía

Acta SS Boll, 7 de marzo.
CABROL, F -LECLERCQ, H., art. en *Dictionnaire d'archéologie chretienne et de liturgie.*
D'ALES, A., «L'auteur de la "Passio Perpetuae"»: *Revue d'Histoire Ecclesiastique*
DELEHAYE, H., *Les passions des martyrs et les genres littéraires* (Bruselas 1921) 63
MONCEAUX, P., *Histoire littéraire de l'Afrique chrétienne,* I (París 1901) 70s
Passio SS MM. Perpetuae et Felicitatis, ed. L. HOLSTENIUS (Roma 1663), ed H DE VALOIS (París 1664).

PILLET, A , *Les martyrs d Afrique Histoire de sainte Perpetue et de ses compagnons* (Paris 1885)
RUINART, T , *Acta primorum martyrium sincera* (Paris 1689)
RUIZ BUENO, D , *Actas de los martires* (BAC 75, Madrid ²1996) 397s
— Actualizacion
BONET PALUZIE, R , *Santes Perpetua i Felicitat, martirs de Crist hagiografia i poema ex vot, Santa Maria verge i mare de Deu i mare meva de les meves poesies, Panegiric* (Olot 1983)

SANTA TERESA MARGARITA REDI

Virgen († 1770)

Es el Carmelo plantel privilegiado de flores tempranas que en tiempo récord exhalan un perfume definitivo. Casos muy notorios son los de Santa Teresa de Lisieux, hoy Doctora de la Iglesia y, muy recientemente, Santa Teresa de los Andes. Las precedio en pleno siglo XVIII otra Teresa, fallecida en el Carmelo de Florencia antes de cumplir los 23 años: Santa Teresa Margarita del Corazón de Jesús Redi, «eximio adorno del jardín carmelitano», como la definió Pío XI. Su primer biógrafo en España, Lucinio del SS. Sacramento (1959), juega bellamente con el nombre:

> «Como "Margarita" se parece en todo a esta flor Es sencilla, blanca, escondida, regala su tenue perfume unica y recatadamente a quien se le acerca su existencia es como una sonrisa perenne, en su efimero paso por este mundo su talle se deja ver primaveral, soleado y juvenil, pero silencioso y huidizo»

Creo que el caso se resume muy bien en aquel endecasílabo de San Juan de la Cruz: «Me hice perdidiza y fui hallada». En efecto, a los tres años de su muerte comenzaron los informes para el proceso de beatificación y en toda Italia se desencadenó inmediatamente un fervor e interés incontenibles. La recogida de datos llevó a un abrumador balance muy convincente:

> «De no haber sido por la Revolucion Francesa que ya amagaba y que durante unos lustros arrasaria a Europa entera, Santa Teresa Margarita Redi hubiera batido el record de la escalada a la gloria de Bernini, en competencia incluso con su futura hermana Santa Teresa del Niño Jesus»

Fue beatificada, al fin, por Pío XI el 9 de junio de 1929 y canonizada por el mismo Papa cinco años después, el 19 de mar-

zo de 1934. En 1950 el famosísimo autor de espiritualidad Gabriel de Santa María Magdalena publicaba una voluminosa obra sobre la santa, en la que nos ofrece su singular visión:

> «Santa Teresa Margarita pertenece a la progenie espiritual sanjuanista mas pura La llama oscura del amor infuso que la abrasa y la consume ilumina y dirige toda su vida, haciendole tocar las cumbres de la vida trinitaria, desde donde se abre y desciende hecha cascadas del mas ardiente apostolado contemplativo»

Nació en una ciudad antigua y gloriosa, Arezzo, situada sobre la ladera meridional de los Apeninos, a menos de cien kilómetros de Florencia, a cuya prepotente republica quedó sometida desde el siglo XIV. Nuestra santa, lo mismo que Santa Teresa de Jesús, debió reconocer como principal gracia del cielo el haber tenido unos padres muy cristianos y virtuosos: Ignacio Redi y María Camila Ballati. De los trece hijos que tuvieron, Margarita fue la segunda. Adelantemos el sorprendente balance de esta privilegiada progenie: Gregorio, casado con la condesa Elena Brozzi, de ilustre prosapia toscana; Santa Teresa Margarita, carmelita descalza, otras tres hermanas monjas profesas en la Orden Benedictina, dos hermanos jesuitas, otro hermano religioso teatino. Los cinco restantes murieron muy niños.

Era, desde luego, una familia muy acomodada, hasta tal punto que el padre vivió dedicado a la administración de sus propiedades y a la dirección de su propia familia, cuidando muy directamente de la educación de sus hijos. Fue, por lo demás, una de las muchas familias de Italia preservadas del ambiente descristianizador del momento y marcadas especialmente por la *nueva* devoción al Corazón de Jesús, antes aún de que ésta obtuviera los grandes refrendos oficiales de los Sumos Pontífices. La familia Redi se había consagrado al Corazón de Jesús.

Nació precisamente en el día de la Virgen del Carmen, 16 de julio de 1747, y se celebró su bautismo al día siguiente, con gran solemnidad, en la catedral de San Pedro, recibiendo el nombre de la abuela paterna: Ana María. En clima familiar de gran piedad, su alma se abrió al Señor, «como a la luz del sol se abren las flores».

Dados los abundantes medios económicos, D Ignacio Redi fue encaminando a sus hijos a importantes centros religiosos de formación: el hijo mayor, Gregorio, ingresó interno, a los nueve

años, en el Colegio de los Jesuitas de Prato y, al año siguiente, nuestra Ana María en el de las Benedictinas de Florencia: «Tenía nueve años, cuatro meses y ocho días», anota puntualmente su padre. Se trataba de un colegio que hoy no nos resulta fácil de entender. Muchas comunidades de clausura acogían niñas que recibían la formacion bajo determinadas maestras de la misma comunidad Ni que decir tiene que muchas de estas niñas terminaban profesando las mismas reglas de sus maestras.

Recibió la confirmación el 9 de febrero siguiente a su entrada en el convento y, poco después, la Primera Comunión, que en una primera etapa, siguió recibiendo cada ocho días; algo más tarde se le permitió comulgar, lo mismo que las religiosas, dos veces por semana. Pasarán muchos años hasta que S. Pío X acerque a los niños a la Eucaristía y fomente con decisión la comunión frecuente Pero no se piense que destacaba en el ambiente con luz excepcional de santidad. En el proceso una de sus propias hermanas nos la presenta como *corrientita:* no sobresalía en el estudio, de genio vivo, algo perezosilla tal vez y con cierta infantil vanidad. Cuando recién fallecida corrió la fama de su santidad, algunas de sus antiguas maestras benedictinas, que la recordaban muy al vivo, expresaron sin miramientos su desconcierto. Salvando cualquier minucia, el juicio definitivo se impone: fue una colegiala ejemplar en todo el período que va de los nueve a los diecisiete años. En las primeras aventuras del fervor espiritual se vio asistida de un buen director espiritual, el sacerdote Pellegrini.

En su corazón comenzaba a fraguarse una gran decisión como el secreto mejor guardado. En su afán de entregarse a Dios del todo, la santa oscilaba entre las benedictinas y las carmelitas. Una amiga de la infancia llegó de Arezzo para ingresar en el Carmelo de Florencia y pasó a visitarla. Fue un encuentro decisivo. Ana María creyó escuchar con claridad la llamada directa de la misma Santa Teresa de Jesús. Su destino iba a ser el mismo Carmelo de Florencia. En 1764 la encontramos en el hogar paterno, madurando en silencio su determinación. Al fin, escribe pidiendo la admisión. La respuesta de la madre priora de Florencia no tarda en llegar. Se fija el 1 de septiembre para su ingreso y Ana parte de Arezzo acompañada de su padre.

El convento al que se dirige tiene ya una gran solera, vinculado muy directamente a los orígenes teresianos. De Malagón partieron en 1590 para Génova las tres carmelitas españolas que fundaron un Carmelo en la capital de la Liguria. Pronto irradió fundaciones carmelitanas por toda Italia; la del de Florencia es del año 1629. En el momento de llegar la futura santa es priora la M. María de Jesús Guadagni, sobrina del papa Clemente XII e hija del marqués de este nombre, y hay monjas que se apellidan Piccolomini, Capponi, Baldocci, Medici-Gherardini..., hijas de senadores y aristócratas. El mismo apellido de nuestra santa hace buen coro con todas ellas. Pero aquí las honras del mundo no cuentan, porque se asumen nombres nuevos y los apellidos se silencian.

Como estaba previsto, entró en el convento el 1 de septiembre de 1764 y comenzó el período de prueba y conocimiento mutuo denominado postulantado. Desde el primer momento irradió esa inconfundible alegría que es señal clara de vocación firme y de equilibrio psíquico. Huidiza de toda singularidad, eran evidentes las ventajas que extraía de la formación alcanzada. Había en ella una finísima vena lírica que la enardecía, pudiéndose expresar en solazados versos. La carta en verso que escribe a su padre, terminado el postulantado, es una radiografía de su alma desde las primeras estrofas:

«Querido padre: te escribo
desde mi celda, y alabo
a Dios, puesto que al cabo
me dio esta paz en que vivo
Que Jesús reine en tu alma
y quiera darte su amor
y una idea del fervor
que siento en tan dulce calma»

Efectuó su ingreso solemne en el noviciado (todo un ceremonial fastuoso y colorista) el día 10 de marzo: entró en traje de novia y quedó vestida de marrón y blanco. Las campanas tocaron a muerto (¡qué tiempos!) para significar que la señorita Redi había terminado y comenzaba a vivir la hermana Teresa Margarita del Corazón de Jesús.

El 12 de marzo de 1766 emitió sus votos ante la nueva priora, M. Teresa Victoria (Malaspina). No había entonces votos

temporales, así que esta profesión tuvo carácter solemne y definitivo. En los propósitos que redacta estos mismos días, traspasada de amor esponsal a Jesucristo, nos impresiona especialmente su sentido del amor al prójimo:

> «Considerando, ¡oh Dios mío!, que mis prójimos son imagen vuestra, hechos a vuestra semejanza, producto de vuestro divino amor, precio de vuestra sangre, nunca sucedera ya mas que yo en adelante deje de mirarlos con aquel ojo de caridad verdadera que Vos me mandais, proponiendoos en este momento de compadecerlos en todas las ocasiones, de ocultar y excusar sus defectos, de hablar siempre con estima y, finalmente, de nunca faltar advertidamente a la caridad contra los mismos, ni de pensamiento, ni de palabra, ni de obras»

La fidelidad a este propósito hasta la muerte está del todo acreditada, con lo que tenemos a mano la piedra de toque de su santidad. Las ilustraciones pormenorizadas de su pobreza, castidad y humildad, vividas en grado heroico, se tiñen de luminosidad con «la soledad sonora» y «la música callada» sirviendo a Dios escondido, en escondido: también aquí son algunos poemas el testimonio que mejor nos ilustra, como el dedicado a la celda, que comienza:

> «Oh celda, cielo mío, donde puedo
> gozarme en mi Bien en paz alada,
> y a mi gusto con El estar sin miedo
> a sus pies voladores abrazada»

Su mensaje más actual es el de un silencio fecundo, combinando el verbo *callar* con otros verbos positivos y operantes: «Callar y pensar; callar y sonreír; callar y orar, callar y padecer, callar y trabajar, callar y amar al Señor», etc., etc. Desde esta postura, la estima por las que la rodeaban crecía de día en día, como se refleja en numerosas cartas al P. Ildefonso, su confesor:

> «Me apena el pensar que no sirvo para otra cosa mas que para que todas ejerciten la paciencia y otras virtudes, en vista de mis malos ejemplos No se como me aguantan Ando a veces abochornada y ni me atrevo a mirarlas a la cara»

Ya hemos adelantado que en su unión con Cristo vivio de modo especial la devoción al Sagrado Corazón de Jesús: es una

de las ideas sintéticas que definen a esta Santa. Su biógrafo, P. Lucinio, dice textualmente:

> «Esta devoción la llevo hecha apellido y reclamo permanente junto al "nombre nuevo" y peculiar que la quintaesencia y la expresa adecuadamente en el Carmelo Santa Teresa Margarita del Corazon de Jesus es para la historia de esta devocion un documento de doble valor, sea por lo que representa de antiguedad y refrendo historico, sea por lo que ostenta de interioridad teologica, coincidiendo con los momentos mas dificiles y decisivos de la misma»

Conocemos el entusiasmo con que organizó la primera fiesta del Sagrado Corazón en el Carmelo de Florencia el año 1767, en que era sacristana. En sus cartas repetirá el consejo de «encerrarse en el corazón de Jesús». Se ha observado que a los elementos genéricos de esta devoción, se sobreponen en nuestra carmelita los que provienen de su intensa vida de oración, sintetizados en la vida eucarística y en el empeño de completar la pasión de Cristo.

Los dos oficios que le tocó ejercitar en su vida de profesa riman perfectamente con su fervor eucarístico y su entrega a Cristo en el hermano dolorido: sacristana y enfermera. También aquí abundan las anécdotas tocadas de intención hagiográfica. Pero a todas ellas se sobrepone la lozanía de una carta de 5 de febrero en la que propone una fiestecilla de despedida de su cargo de enfermera, sugiriendo que en dicha fiesta se aluda «a lo que continuamente disfrutan las monjas gastándose bromas y chanceándose a propósito de que me creen un poco picarilla». ¡Sólo le quedaba un mes de vida! ¿Lo sabía? Hay versos suyos, transidos de ansias ardorosas, que casi son plagio de los de Santa Teresa de Jesús: «Ven, muerte. .». Y hubo algún testigo en su proceso de beatificación afirmando que presentía una muerte muy próxima.

A eso de las siete y media de la tarde del lunes, cinco de marzo, mientras tomaba a solas la colación cuaresmal (había llegado con retraso al refectorio por haber estado atendiendo a las enfermas), sintió unos fuertísimos cólicos... Intentó por sí misma llegar a la celda. Tuvo que gritar pidiendo ayuda y al momento acudieron varias religiosas que la acomodaron en la cama. Fallaron los médicos, que tardaron en percatarse de la gravedad suma. Ha quedado, como documento precioso, la car-

ta de una religiosa, relatando fiel y detalladamente todo lo sucedido: «Llegó el confesor justo, justo para poder darle la absolución. Al administrarle los santos óleos ya tuvimos dudas de si estaría aún viva». Murió el miércoles, siete de marzo de 1770, sobre las cuatro de la tarde. Tenía veintidós años, siete meses y diecinueve días.

Sorprendió a todos la tersura del cadáver, que por momentos se iba tornando bello y sonrojado. Una pintura local lo retrató. Acudió el mismo Arzobispo de Florencia a comprobar la incorrupción con el canciller y varios testigos. Habían pasado dieciséis días y continuaba insepulta, difundiendo suavísimo olor. Al fin se cerró y selló el ataúd. El hecho trascendió y el pueblo comenzó a invocarla como santa. Sin esta circunstancia de la incorrupción de su cuerpo es posible que, como sucedió con tantas religiosas de gran santidad, sólo hubiera quedado su recuerdo en el ámbito del propio convento. La incorrupción y el perfume virginal indujeron a la invocación y a la exhumación de los más leves recuerdos, tejiéndose la relación de su vida santa hasta verse definitivamente inscrita en el catálogo de los santos.

El mismo perfume que exhaló su cuerpo sigue despidiéndolo el puñado de versos que han quedado. Son otras tantas flores, inconfundibles, de un perfumado Carmelo de la Toscana.

JOSE M.ª DIAZ FERNANDEZ

Bibliografía

GABRIELLE DI SANTA MARIA MADDALENA, *La spiritualita di S Teresa Margherita del Cuore di Gesu* (Florencia 1950)

LUCINIO DEL SS SACRAMENTO, *Abscondita Santa Teresa Margarita del Corazon de Jesus (Redi), 1747 1770* (Madrid 1959)

PAPASOGLI, G , *Nel fuoco consumante Santa Teresa Margherita Redi del Cuore di Gesu* (Roma 1984)

— ID , *Santa Margherita Teresa Redi* (Milan 1958)

BEATOS JUAN LARKE, JUAN IRELAND Y GERMÁN GARDINER

Martires († 1544)

El 15 de febrero de 1544 fueron juzgados en Westminster los sacerdotes Juan Larke y Juan Ireland y junto con ellos el seglar Germán Gardiner Su delito fue su negativa a aceptar la nueva situación religiosa impuesta por el rey Enrique VIII y en la que, al reconocerse al monarca como cabeza suprema de la Iglesia de Inglaterra, se negaba el primado papal y se cortaba la comunión con la Iglesia Católica. A los tres se les condenó como traidores a la corona, pero se les advirtió que se les perdonaría la vida si accedían a reconocer la supremacía religiosa del monarca, negándose los tres, y entonces se les ahorcó y descuartizó en la plaza londinense de Tyburn el día 7 de marzo siguiente.

Juan Ireland había sido el capellán de Santo Tomás Moro, al que sostuvo en su lucha y desgracia, pasó luego a serlo de Guillermo Roper, yerno del mártir, hasta su detencion

Juan Larke había sido rector de varias iglesias y, últimamente, llevaba la rectoría de Chelsea, cargo que le había dado Santo Tomás Moro Era ya un anciano cuando fue detenido y juzgado.

Germán Gardiner, hombre de estudios, venía ejerciendo el cargo de secretario del obispo de Winchester y no había ocultado su oposición a las novedades religiosas introducidas por el rey. Ireland fue beatificado el 15 de diciembre de 1929, los otros dos el 29 de diciembre de 1886.

SAN JUAN BAUTISTA NAM CHONG-SAM

Martir († 1866)

Nació en 1810 y vivió en Seúl, con el cargo de camarero del rey. Era una persona muy docta, conocía el chino y, por su familia, era de origen noble. Había desempeñado el cargo de mandarín de forma tan prudente y discreta que se había conciliado el amor del pueblo, a lo que contribuía su humildad y modestia personal. Pero su conversión al cristianismo le hizo mal

visto por numerosos miembros de la corte, los cuales promovieron su captura e interrogatorio, en el cual se le pedía sobre todo que diera los nombres de los cristianos. Al negarse fue primeramente encarcelado y luego atormentado con diferentes formas de tormento. Se negó a apostatar y se mantuvo firme en la fe, por lo que fue condenado a muerte, sentencia que él mismo suscribió. Fue decapitado el 7 de marzo de 1866. Canonizado el 6 de mayo de 1884.

SANTOS SIMEÓN BERNEUX, JUSTO RANFER DE BETENIERES, LUIS BEAULIEU Y PEDRO ENRIQUE DORIÉ

Presbíteros y mártires († 1866)

El 7 de marzo de 1866 fueron conducidos al poblado coreano de Sai-Nam-Tho y decapitados a la orilla del río Hang-gang el obispo Simeón Francisco Berneux y los sacerdotes Justo Ranfer de Betenières, Luis Beaulieu y Pedro Enrique Dorié, pertenecientes todos ellos a la Sociedad de Misiones Extranjeras de París.

Detenido cada uno de ellos en el lugar de su trabajo apostólico, habían sido reunidos en una cárcel de Seúl, donde aprovecharon el tiempo para orar largamente juntos, animarse mutuamente a la perseverancia en la confesión de la fe y a morir por Cristo. Padecieron duros interrogatorios en los que manifestaron no haber ido a Corea a otra cosa que a evangelizar y soportaron terribles tormentos que superaron con gran fortaleza moral.

Los cuatro eran franceses. Berneux era natural de Château-du-Loir y había nacido en 1814. Ordenado sacerdote en 1837, era profesor del seminario cuando sintió la llamada de las misiones e ingresó en la Sociedad de Misiones Extranjeras de París. Llega a Tonkín en 1840, pero es arrestado, juzgado y condenado a muerte, salvándolo un comandante francés. Pasó a Manchuria y realizó aquí una excelente labor durante diez años hasta que en 1854 es nombrado Vicario apostólico de Corea. Pudo trabajar diez fecundos años hasta su detención en febrero de 1866.

Ranfer de Betenières había nacido en Chalon-sur-Saone en 1828 y siendo seminarista pasó a la Sociedad de Misiones Extranjeras. Ordenado en 1864 fue destinado a Corea, a la que llega en mayo de 1865 y puede trabajar un año como misionero hasta que el 27 de febrero de 1866 es detenido.

Beaulieu nació en Langon en 1840, pasando del seminario de Burdeos al de Misiones Extranjeras, ordenándose en 1864 y siendo enviado a Corea. Igualmente sólo pudo trabajar un año, pues en febrero de 1866 fue detenido.

Dorié había nacido en Port, La Vendée, en 1839, y pasó desde el seminario de Luçon al de Misiones Extranjeras. Ordenado en 1864, fue destinado a Corea, a donde llega en mayo de 1865. Pero en febrero del siguiente año es detenido

Fueron canonizados el 6 de mayo de 1984.

BEATO LEÓNIDAS FEDOROV

Obispo y martir († 1934)

Nació en San Petersburgo (Rusia) en el seno de una familia ortodoxa el 4 de noviembre de 1879. Ya alumno de un seminario ortodoxo, viaja a Roma en 1902 e ingresa en la Iglesia católica, estudiando en Roma, Anagni y Friburgo hasta su ordenación el 25 de marzo de 1911 como sacerdote de rito oriental.

Ingresa luego en la comunidad de monjes estuditas y regresa a su ciudad natal. Arrestado y deportado a Siberia, recobra la libertad y en 1917 es nombrado exarca de la Iglesia católica rusa de rito oriental Arrestado de nuevo en 1923, pasa diez años de internamiento en el campo de concentración de las islas Solovski y Vjadka. Muere el 7 de marzo de 1934.

Como sacerdote y obispo había hecho cuanto había podido por la mejor atención pastoral de la comunidad cristiana, desempeñando con gran celo su ministerio y mostrando una gran fortaleza espiritual en medio de las duras condiciones de vida a que fue sometido. Las dificultades no disminuyeron nunca la convicción con que se había unido a la Iglesia católica y mantuvo siempre su comunion con Roma con sacrificio y profundidad. En los campos de internamiento por los que pasó supo dar

un limpio testimonio de fe, de caridad fraterna y de paciencia evangélica. Fue beatificado el 26 de junio de 2001.

8 de marzo

A) Martirologio

1. En Granada (España), San Juan de Dios († 1550), fundador de la Orden Hospitalaria que lleva su nombre **.
2. La conmemoración de San Poncio (s. III), diácono de Cartago, que escribió la vida y martirio de San Cipriano.
3. En Antínoo (Egipto), los santos Apolonio y Fileón († 287), mártires.
4. En Como (Liguria), San Provino († 420), obispo.
5. En Scattery Island, San Senán (s. VI), abad.
6. En Dunwich (Inglaterra), San Félix († 646), obispo, que evangelizó en el país.
7. En Nicomedia de Bitinia, San Teofilacto († 840), obispo, desterrado por defender el culto a las sagradas imágenes.
8. En Therouanne (Francia), San Hunfrido († 871), obispo y abad.
9. En Tayne (Escocia), San Duthac († 1065), obispo de Ross.
10. En Estella (España), San Veremundo († 1095), abad de Irache **.
11. En Obazine (Aquitania), San Esteban († 1159), abad cisterciense *.
12. En la abadía de Jendrzejow, Beato Vicente Kadlubek († 1223), obispo de Cracovia, que se hizo monje cisterciense *.
13. En Getafe (España), Beato Faustino Míguez de la Encarnación († 1925), presbítero, de la Orden de los Clérigos Regulares de la Madre de Dios de las Escuelas Pías, fundador del Pío Instituto Calasancio de Hijas de la Divina Pastora **.

B) Biografías extensas

SAN VEREMUNDO DE IRACHE

Abad († 1095)

Tanto en el dilatado calendario monástico-benedictino, como en el no menos fecundo santoral navarro, San Veremundo de Irache ocupa un puesto excepcional en la hagiografía y en la devoción. De él se ha escrito que es el único santo navarro de los

más venerados, que ha sido sepultado en su amada patria y es uno de los que han alcanzado mayor popularidad, firme y duradera. Puede afirmarse con toda certeza que nació en el año 1020, por el contrario, el lugar de su nacimiento es incierto; un velo misterioso cubre la cuna de San Veremundo. A falta de datos históricos al respecto —laguna fácilmente comprensible, ya que en el siglo XI no había archivos parroquiales ni judiciales ni se daba importancia al lugar de nacimiento— dos entusiastas pueblos navarros, Villatuerta y Arellano, mantienen con igual razón la paternidad de San Veremundo y destacan entre los demás pueblos por un culto parigual a su hijo más esclarecido. A falta de datos históricos, ambas villas aportan sus argumentos en pro de su respectiva tradición. Mientras tanto, la historia da su juicio sereno e imparcial y nos atenemos a este juicio, aunque nos parece natural y laudable que ambas villas sostengan con fe entusiasta que nació y se crió en la suya, sin que jamás se hayan dado casos de rivalidad o pendencias. Únicamente rivalizan en obsequios y condescendencias mutuas, por sentirse ligados con lazos de verdadera fraternidad espiritual, sintiéndose contentos de que «su hijo» reciba homenajes fervientes fuera de casa.

Pero si no conocemos con exactitud la cuna de San Veremundo, sí conocemos lo que puede decirse que fue su cuna espiritual. En las estribaciones del histórico Montejurra, a dos kilómetros de Estella, álzase sereno e inconmovible el monasterio de Irache. No se conoce ni el año ni el siglo de su fundación. El P. Yepes, historiador benedictino del siglo XVIII, opina que fue fundado en el tiempo de los godos y que no fue destruido en la invasión sarracena. Otros historiadores se inclinan a creer que la fundación de Irache tuvo lugar en el siglo VIII, época del gran florecimiento del monacato. Hasta mediados del siglo X no hay datos de ningún abad. El edificio actual lleva el sello de distintos estilos: románico, gótico, plateresco y herreriano, formando un conjunto artístico y monumental. Irache fue desde un principio una escuela de santidad bajo la Regla de San Benito. De ella salió en el siglo XI un maestro de esa ciencia calificada llamado Veremundo, prototipo y padre espiritual de los monjes venideros.

En los siglos XVII y XVIII Irache fue universidad de la que salieron hombres célebres en todas las ramas de la ciencia ecle-

siástica. Así mismo el monasterio de Irache fue el primero de los cenobios navarros que celebró solemnemente la fiesta de la Inmaculada Concepción.

Veremundo, que significa «verdaderamente limpio», ingresó muy joven en el monasterio de Irache El abad Munio, que era tío suyo, y los monjes le recibieron con gran gozo y en aquella mansion de paz Veremundo encontraba gozo y felicidad. Dios lo quería para su divino servicio en Irache y Veremundo quiso ante todo cumplir la voluntad de Dios. Por eso renunció generosamente a otras posibilidades y se hizo monje benedictino y después, santo. Entre San Veremundo e Irache existe la misma relación que entre el rosal y el jardín. El jardín hace florecer al rosal y éste es su mejor adorno Ni Irache sería todo lo que es y fue sin San Veremundo, ni éste sin Irache. Los dos se ayudaron y completaron mutuamente. Irache prestó a San Veremundo la savia jugosa de la Regla de San Benito que hace florecer las virtudes y Veremundo, hecho santo, devolvió con creces el préstamo recibido, con un censo a perpetuidad de fama, renombre y protección.

Bajo la dirección sapientísima del abad Munio, el monasterio florecía en disciplina, ciencia y santidad. No es extraño que el abad tuviera especial cuidado de modelar escrupulosamente el alma, de suyo docil y buena, de su sobrino. Y así, Veremundo crecía en ciencia y santidad, como flor cuidada con mimo, bien aconsejado y dirigido por su tío y provechosamente aleccionado con el ejemplo de los monjes.

La madurez de juicio y santidad de vida de Veremundo a pesar de sus años jóvenes, hace que el abad Munio, debidamente aconsejado, confíe a su sobrino la responsabilidad de la portería del monasterio. La Regla de San Benito manda que el portero sea monje maduro, experimentado y prudente. Por razon de su cargo se ve obligado a tratar con gentes del mundo. En Irache, además, eran frecuentes las visitas de reyes y príncipes, prelados y magnates, caballeros y nobles, cuyo trato exigía educación fina y porte exquisito.

En el cumplimiento de su cargo, Veremundo destacó rápidamente por la caridad para con los necesitados. Puede decirse que los pobres eran la porción predilecta del portero de Irache.

Al monasterio acudía diariamente un buen número de pobres en busca de una limosna Siempre llamaron pobres a la puerta de los monasterios benedictinos En la mente y en el corazón de San Benito entraba de lleno esa obra de misericordia. Y siempre acudieron pobres al monasterio de Irache, pero más y más desde que Veremundo estaba en la portería. ¿Eran mayores las necesidades? ¿O es que conocían el flaco del portero dadivoso y desprendido? Lo cierto es que cada día llamaban a las puertas de Irache bandadas de pobres y desvalidos que recibían, junto con la limosna material, una sonrisa de cariño y unas palabras saludables de labios del portero. Así lo prueba el encantador milagro con el que el cielo vino en su auxilio:

> «Un dia llevaba Veremundo, para socorrer a los pobres, unos pedazos de pan encubiertos en los habitos, y como le encontrase el abad, le pregunto que llevaba Entonces el santo joven le respondio que llevaba unas astillas Mando el abad que las descubriese y, al manifestar lo que llevaba oculto, se hallo que los pedazos de pan se habian convertido en astillas, mostrando Dios por medio de este milagro cuan grata era a sus divinos ojos la profusa caridad que Veremundo ejercia con los pobres El abad que le habia visto salir de la despensa, a la vista del prodigio, dijole "Hijo, haz cuanta caridad desees, el cielo cuidara de nosotros"»

Los años transcurrían y las fuerzas y la salud del abad Munio comenzaban a declinar. Veremundo fue agregado al gobierno de la abadía en calidad de abad coadjutor, hasta que en 1054, muerto al abad Munio, Veremundo fue elegido para ocupar la sede abacial de Irache. Era todavía joven para el desempeño de ese cargo tan difícil como honroso, pero sus dotes de gobierno suplían con creces la deficiencia de los años. La norma del nuevo abad fue seguir las huellas bien trazadas de su tío Munio y llevar a cabo los planes de su antecesor. En el gobierno de la abadía supo conjugar la rectitud inflexible con la bondad paternal Aconsejaba a la comunidad la delicadeza en el servicio divino, el exacto cumplimiento de la Regla y el anhelo de perfección En la mente de San Benito el monasterio es como una ampliación de la familia bajo la dirección del abad. La comunidad de vida y el espíritu de familia son las notas fundamentales de la Orden benedictina. Así concebida la vida monástica, es claro que el abad desempeña el papel de padre. Recto y firme

para alcanzar la máxima observancia y bondadoso y compasivo para hacer agradable y ligero el yugo de la Regla, con el perfumado y suave bálsamo de la caridad.

La santidad del abad Veremundo influyó más que ninguna otra causa en la vida ejemplarmente observante de los monjes de Irache. El ejemplo y las exhortaciones del abad eran el estímulo más poderoso de la observancia de sus monjes. De ahí que el monasterio de Irache fuera tenido por modelo y que a él se agregaran otros monasterios de vida más lánguida

Durante el abadiato de San Veremundo el monasterio de Irache floreció espléndidamente con posibilidades materiales de hacer el bien a los necesitados. Sin que la grandeza material sea, ni muchísimo menos, lo más esencial del monasterio, contribuyó notablemente a cumplir uno de sus fines, que es practicar la caridad con los pobres. Los bienes donados a Irache durante el abadiato de San Veremundo, sirvieron para ampliar la caridad. Además de socorrer a los pobres que acudían a las puertas del monasterio, se atendía a los peregrinos venidos del extranjero, en el hospital levantado junto a la abadia a petición del rey navarro García de Nájera, hacia el año 1045, hecho que contribuyó aún más a estrechar los lazos de amistad entre el rey y el monasterio de Irache. Con San Veremundo el hospital de Irache alcanzó todo su apogeo y en él encontraron franca acogida los devotos peregrinos que se dirigían a Compostela. San Veremundo a imitación del buen samaritano, extendió la caridad y la hizo universal en su hospital de peregrinos. Asimismo, durante su abadiato quedó más patente la vinculación histórica entre el abad de Irache y los reyes navarros. Ya antes de San Veremundo existió esa vinculación, traducida en numerosas donaciones. Los Reyes acudían a los monasterios en busca de protección divina y del sabio consejo de los abades. Así aconteció con los reyes Sancho Garcés, García de Nájera, Sancho el de Peñalén y Sancho Ramírez

Lo mismo que el lugar de nacimiento de San Veremundo, es incierto el año de su muerte. Según los Bolandos, murió el 8 de marzo de 1092 y según el leccionario de Irache el mismo día de 1095. La fama de su santidad y milagros era tan notoria y popular que, luego de su muerte, la Iglesia lo proclamó santo y au-

torizó su culto público. Fue canonizado por el obispo de Pamplona Pedro de Roda, en conformidad con la costumbre de los tiempos. A la muerte de San Veremundo se oyó, clamorosa, la voz del pueblo que le proclamaba santo. Así clamaron los monjes de Irache, que vieron vivir y morir como un santo a su insigne padre abad. Así los magnates que de labios de San Veremundo recibieron saludables consejos. Así los pobres que tantas veces recibieron una sonrisa de sus labios y una limosna de sus manos. Y así los que en los hechos, palabras y semblante de San Veremundo, vieron un reflejo palpable de su santidad. El coro popular de alabanzas al santo abad en el día de su muerte, fue unánime y ferviente. La voz del pueblo llegó a oídos del obispo de Pamplona y le confirmó más y más en su juicio favorable a la declaración pública de la santidad de Veremundo. La voz del pueblo era, en verdad, la voz de Dios. La colocación del cadáver de San Veremundo en el altar mayor, la erección de altares en su honor, la invocación de su nombre en las letanías y la celebración de la misa propia en su honor, son pruebas evidentes de la reconocida santidad de San Veremundo.

Por último, la canonización primitiva de San Veremundo hecha por el obispo de Pamplona según la costumbre de aquella época, quedó ratificada por los romanos pontífices, al conceder indulgencias a los devotos del santo abad.

El pueblo rubricó todas las pruebas de la santidad de San Veremundo, por nadie puestas en duda, con este refrán secular: «Mientras el mundo sea mundo, el 8 de marzo San Veremundo».

En la actualidad y tras el abandono del monasterio de Irache en el año 1839, víctima como tantos otros de la Ley de desamortización, las sagradas reliquias de San Veremundo son guardadas y veneradas con igual derecho y el mismo cariño por las villas de Arellano y Villatuerta, que cada 5 años celebran con extraordinaria solemnidad el traslado de las sagradas reliquias de San Veremundo. En esa fecha hay en una villa adioses amorosos de despedida y en la otra, jubilosa bienvenida y recibimiento entusiasta en los pueblos de tránsito.

Como colofón de todo lo dicho, señalamos el último honor tributado a San Veremundo en su Navarra natal. A petición de

la Asociación «Amigos del Camino de Santiago de Estella», el 20 de febrero de 1969, el entonces arzobispo de Pamplona, cardenal D. Arturo Tabera Aráoz, nombró y declaró a San Veremundo de Irache, ilustre figura del santoral navarro y que tanta vinculación tuvo con los peregrinos a Santiago de Compostela, patrono del Camino de Santiago en Navarra.

JOSE ANTONIO X. PEDROARENA, OSB

Bibliografía

PEREZ DE URBEL, J , *Semblanzas benedictinas* (Madrid 1925) 95 99
RODRIGUEZ GONZÁLEZ, P , *San Veremundo* (Pamplona [4]1991)
SOTO SANDOVAL, M DE, *Vida del glorioso San Veremundo* (Pamplona 1764)

SAN JUAN DE DIOS

Religioso y fundador († 1550)

Que sin arrebatos de divina locura no se puede llegar a la santidad, es evidente. Los cuerdos, según el mundo, jamás llegarán a la santidad heroica. La vida sin complicaciones, sin exabruptos de generosidad, la vida atiborrada de cálculos egoístas —burguesa—, se opone diametralmente a la de los santos. No hay compatibilidad entre los santos y los que jamás abandonan sus cómodas casillas; lo mismo que no la hay entre el volcán y la llanura esteparia, ni entre los héroes —hombres de arranque— y los adocenados.

Se explica que los santos tengan que ser locos, locos de remate, para el mundo. Porque ¿no es la doctrina evangélica la más disparatada locura de tejas abajo y la sabiduría más sublime para los que están tocados de Dios? Los santos —como los genios o los héroes— rompen moldes, los moldes de la vulgar ramplonería humana, y por eso chocan con la realidad monótona. Tienen dinamita en el alma y su generosidad les hace estallar hacia lo imprevisto e inédito.

Pero, ¿qué hacen sino seguir las huellas de Aquel que dio en la cresta a la sabihonda cordura humana, provocando ante la humanidad el más sonado de los escándalos: el de su muerte en una cruz? No cabe duda, con este hecho comenzó la era de la locura. ¡Bienvenida! En pos de él siguieron legiones de «chifla-

dos»: los que se dejaron descabezar por amor de Dios, los que abandonaron su patria —¡con lo bien que se está en casita!— para difundir el Evangelio entre caníbales, los que maltrataron sus cuerpos hasta convertirlos en piltrafas humanas, los que se abrazaron a los apestados —¡uf, qué asco!—, los que dijeron mil veces *no* cuando todos dicen *sí*, y *sí* cuando la mayoría dice *no*...

Ahondad en la vida de los santos y veréis cómo, bajo las apariencias más normales, existe el contagio. Todos están *tocados* por la locura de la cruz.

San Juan de Dios fue uno de esos locos. La *venada* le dio fuerte. Lo vais a ver.

Era el día de San Sebastián de 1537. En la histórica ermita del santo de la ciudad de Granada predicaba el Beato Maestro Juan de Ávila, que, cual otro Pablo de Tarso, se había hecho célebre por sus infatigables correrías apostólicas por Andalucía. Durante su sermón, atacó duramente contra los vicios y predicó sobre las virtudes y el amor de Dios.

Un hombre de cuarenta y dos años le escuchaba absorto sin perder sílaba. Era conocido en la ciudad por su tenderete de libros, y en toda la comarca, porque lo veían con frecuencia vendiendo libros, estampas e imágenes por los pueblos.

De repente se oyó un grito en la pequeña ermita abarrotada de fieles: «¡Misericordia, Señor!». Todos quedaron pasmados ante el hombre que había gritado, y mucho más cuando le vieron darse cabezadas en el suelo, mesarse las barbas y cejas y dar muestras de un profundo dolor y pesar de sus pecados.

Salió de la ermita y se dirigió precipitado hacia su tenducho. ¡Pobrecito, se había vuelto loco! Sus gestos y sus gritos lo manifestaban bien a las claras. Ya en su casa, rompió cuantos libros de caballerías tenía en venta, distribuyó los devotos entre los curiosos que le habían seguido y se despojó de sus vestidos quedándose con lo imprescindible. ¡Hecho una facha! ¡Le fallaban los cascos! Así pensaba la gente.

Nuestro hombre se confesó, entre lágrimas, con el padre Ávila. Posiblemente, incluso este mismo santo varón sospechó que su penitente estaba perturbado. Pero sus sospechas hubieron de desvanecerse ante las palabras del hombre que tenía

a sus pies. Lo consoló y le animó a seguir las inspiraciones de Dios.

Pero el Beato Maestro Ávila tenía que ausentarse de Granada y aquí tenemos a Juan Ciudad (que éste era el nombre del extraño converso) comenzando una vida nueva.

Los vecinos de Granada vieron que las locuras de Juan Ciudad seguían en aumento· se metía en los lodazales y daba saltos por las calles haciéndose el demente. Quería el desprecio. Deseaba que le tuvieran por mentecato. Y lo consiguió.

Unos días después, Juan Ciudad era internado en el Hospital Real de Granada, donde eran cuidados los que habían perdido el juicio. No podía estar libre por las calles aquel hombre que era la irrisión de chicos y grandes, que le corrían e insultaban gritando: «¡Al loco, al loco!».

En el Hospital Real estuvo algún tiempo. Los loqueros le trataron mal. Incluso quisieron volverle el juicio a base de azotainas. Porque era, por lo visto, un remedio muy socorrido en la época éste de los azotes para curar la locura.

Sobre las flacas carnes de Juan Ciudad cayeron frecuentemente los látigos y los cordeles de los loqueros, si bien veían en él una demencia singular: se alegraba de los malos tratos que le daban, mientras que reprendía severamente a los enfermeros por la dureza con que se comportaban con los pobres dementes Cierto, aquel hombre era un caso clínico sin precedentes...

Años más tarde, toda Granada se conmovería ante la muerte de aquel que fue tenido por loco. Y después de lustros y de siglos, cuantos leyeran la vida de Juan sentirían tal vez que las mejillas se les humedecían ante tanto heroísmo.

Pero queremos interrumpir el proceso de la santa locura de Juan para plantarnos de golpe ante su fase más aguda. Era cuando Juan estaba maduro ya en la santidad y cuando se apellidaba «de Dios». Ya no tenía curación, el amor de Dios y del prójimo se había apoderado totalmente de su ser.

Juan se pasó los últimos años de su vida en medio de la podre humana. ¿Quién sino un loco por Dios hubiera soportado lo que él soportó?

Del breve, pero interesante, epistolario del santo entresacamos algunos párrafos que valen más que todas las descripcio-

nes que pudiéramos hacer del ambiente en que derrochaba amor Juan de Dios. Dice en una ocasión:

> « En esta casa (en el hospital por el fundado) se reciben generalmente de todas enfermedades y suerte de gentes, ansi que aqui ay tollidos, mancos, leprosos, mudos, locos, perláticos, tiñosos y otros muy viejos y muy niños »

Y en otra ocasion:

> « Cada dia se me recresen las necesidades y angustias y en demas hagora y de cada dia mucho mas ansi de deudas como de pobres que vienen muchos desnudos y descalzos y llagados y llenos de piojos, que ha menester un hombre o dos que no hagan mas que escaldar piojos en una caldera hirviendo y este trabajo será de aqui adelante todo el invierno »

Ante estas y otras miserias, que sólo de contarlas dan náuseas, se derretía el alma de Juan de Dios Y no había privación, dolor, trabajo o humillación que Juan no aceptara contento para remediarlas.

San Juan de Dios fue un santo extraordinario. Comparable a San Francisco de Asís por su sencillez, pobreza y humildad y también por su encendido amor de Dios y del prójimo. Ninguno de los dos fue sacerdote. Y, sin embargo, uno y otro conmovieron profundamente a sus contemporáneos y fueron verdaderos padres de las almas.

Es lástima que no se pueda resumir la vida de nuestro santo en unas breves páginas. Merecería la pena, ya que es hondamente edificante. Sobre todo desde el período de su ruidosa conversión (que rápidamente hemos transcrito), su vida fue una entrega heroica ininterrumpida a Dios y al prójimo. A todos extendía su ardorosa caridad: a los enfermos, a las viudas, a los huérfanos, a los pobres, a los ancianos, a los labradores arruinados por las cosechas, a las mujeres de mala vida, a los obreros sin trabajo, a los soldados que no recibían sus pagas, a los estudiantes que se encontraban en apuros, etc., etc. Se podrían escribir paginas y páginas con un sabrosísimo anecdotario sobre la caridad de San Juan de Dios.

Como botón de muestra de lo que venimos diciendo, queremos traer unas líneas de uno de los primeros biógrafos del santo en las que se nos describe uno de los últimos rasgos de caridad del santo, en el remate ya de su divina locura. Dice así:

«Eran tantos los trabajos en que Ioan de Dios se ocupaba por dar remedio a los de todos, asi de caminos y salidas que hacia, en que padecia muchas frialdades, como del trabajo ordinario de la ciudad, que *se desvencyo* (¡se hizo polvo! diriamos en nuestra epoca), y de esta enfermedad, como el le hacia poco regalo, padecia gravi simos dolores, y disimulaba cuanto el podia, por no darlo a enten der y dar pena a sus pobres en vello malo, mas estaba ya tan flaco y debilitado y sin fuerzas, que no lo podia ya disimular Y sucedio a esta sazon, que el rio Genil vino aquel año muy crecido por las grandes aguas que habia llovido, y dixeronle a Ioan de Dios que el rio con la corriente traia mucha leña y cepas Y el determinose, con la gente sana que habia en casa, de illa a sacar, porque el invierno era muy fuerte de nieves y frios, para que los pobres hiciesen lum bre y se calentasen De meterse en el rio en tal tiempo, cobro tanta frialdad, sobre la enfermedad que tenia, que aquexandole mas gravemente el dolor que solia, cayo muy malo, y la causa de meterse tanto en el rio fue que, de la gente pobre que venia a sacar leña, un mozuelo entro incautamente en el rio mas de lo que se sufria, y la corriente arrebatolo y llevabalo, y Ioan de Dios, por socorrelle, en tro mucho, y al fin se ahogo, que no pudo asille Y desto cobro mucha pena, de manera que su enfermedad se iba agravando cada dia mas »

Juan de Dios siguio «desvencijado», como dice su biógrafo, pero infatigable en sus extremadas penitencias y en sus trabajos por los pobres y enfermos. Hasta que le tocó caer en la brecha. Fue el 8 de marzo de 1550. Tenía cincuenta y cinco años

Presintiendo la hora de su muerte, ya en su última enfermedad, pidió que le trajeran el Santisimo Antes se había confesado con gran fervor Comulgar no pudo, por no resistir su estomago ningún alimento. Habiendo llamado a Anton Martín, a quien tiempo atrás había convertido y hecho su colaborador más fiel, le recomendo atendiera en lo sucesivo a sus pobres y enfermos Y viendo que se moría, se levantó de la cama, se puso de rodillas y, abrazando un crucifijo, dijo: «Jesus, Jesús, en tus manos me encomiendo». Momentos después, entregaba su alma a Dios, quedando su cadáver de rodillas, con suma admiracion de todos los que estaban presentes a su muerte

Su entierro fue uno de los más solemnes que jamás conociera la ciudad de Granada. El que doce años antes había sido corrido por las calles como loco, era proclamado por todos unánimemente como santo. Pero era igual. ¿No había sido realmente loco, loco por el amor de Dios?

Había nacido Juan en Montemayor el Nuevo, pequeña ciudad de la diócesis de Évora (Portugal) en el año 1495 en el seno de una familia hondamente cristiana. Sus padres, Andrés Ciudad y Teresa Duarte, lo educaron en el temor de Dios. Sus biógrafos aseguran que hubo presagios maravillosos de lo que había de ser, desde el momento de su nacimiento. Aunque la hipercrítica los rechazara, da igual, ya que su vida —sobre todo desde su conversión definitiva— fue un prodigio continuo.

A los ocho años, no se sabe a punto fijo por qué motivos, abandonó la casa paterna para trasladarse a España. Un sacerdote lo atendió en los primeros días hasta que vino a parar a Oropesa, en la provincia de Toledo. Aquí lo prohijó un tal Francisco Mayoral, hombre probo y de excelente corazón. En esta ciudad fue durante algún tiempo pastor de los rebaños de su protector. Pasados los años, el carácter de Juan cautivó a su bienhechor, hasta el punto de que quiso casarlo con su hija. Pero él rehusó tal propuesta haciéndose soldado.

Juan comenzaba una vida nueva llena de peripecias y de peligros. Se alistó de momento en las tropas que guerreaban contra Francisco I de Francia. En 1521 se encuentra en Fuenterrabía, que el francés había sitiado. Tal vez se extravió algo entre la soldadesca. Por lo menos de su fervor inicial Hasta que, salvado por la Virgen providencialmente de la horca, a la que le había condenado uno de sus jefes por haberse dejado arrebatar un botín que a su custodia había sido confiado, decidió cambiar de vida y regresar a Oropesa. Cuatro años estuvo esta vez con su protector, que le había recibido con gran alegría. Hubo nuevas propuestas de matrimonio con su hija, y él huyó de nuevo.

Por segunda vez se alistó en el ejército. Ahora había de luchar por tierras de Austria-Hungría contra el gran turco Solimán II, que había puesto en apuros al hermano de Carlos V, Fernando.

Rechazados los turcos de las cercanías de Viena, Juan regresó a España por mar, desembarcando en Coruña. Desde allí se dirigió a su pueblo natal. Allí se enteró de que sus padres habían muerto, la madre poco después de su salida de Portugal y el padre años más tarde como religioso en un convento. Con honda pena abandonó su tierra pasando a Ayamonte, en cuyo hospital

se dedicó al servicio de los enfermos. Poco después llega a Sevilla, donde se acomodó de pastor durante una temporada.

Poco después se dirige a Ceuta en compañía del caballero portugués D. Luis Almeyda, su esposa y cuatro hijas. La enfermedad postra en cama a casi todos los miembros de esta familia, agotando todos sus recursos económicos.

Entonces, Juan trabaja en las fortificaciones de la ciudad para sostener a aquellos amigos suyos que se encontraban en un duro trance. Iba ya madurando en su alma aquella caridad que no había de conocer límites. Por evitar peligros para su alma con el contacto de los infieles, Juan pasó a la Península quedándose en Gibraltar, donde comenzó su pequeño negocio de venta de estampas y libros piadosos. Aunque más que negocio era apostolado lo que hacía. Su alma estaba cada vez más preparada para dar el vuelco definitivo. Si sus biógrafos aseguran que Juan fue siempre muy buen cristiano, muy sencillo, caritativo y devoto de la Virgen María, hay que reconocer que es en esta época de su vida donde se va viendo más claramente que Dios le iba preparando para lo que sería después. Los historiadores hablan de una aparición del Niño Jesús en forma de pequeño mendigo, el cual, como hubiera sido atendido con inmensa caridad por Juan, le dijo que fuera a Granada, donde tendría su cruz, manifestándosele después como el Hijo de Dios. Lo cierto es que ya había dado pruebas Juan hasta estas fechas de una exquisita caridad.

Hemos hablado un poco de la conversión definitiva a Dios de Juan a poco de llegar a Granada, donde llevaba unos meses dedicado a la venta de estampas y libros piadosos, lo mismo que había hecho en Gibraltar.

También lo hemos visto tenido por loco y recluido en un manicomio. Salió por fin de allí, habiendo dejado muestras de una humildad a toda prueba y de un espíritu de sacrificio extraordinario.

A partir de este momento encontramos a Juan completamente enloquecido por Dios y soñando únicamente en servirle cada vez mejor. Para ello eligió como director de su conciencia al ya mencionado padre maestro Juan de Ávila, gran santo y gran conocedor de las ciencias teológicas. Habiendo pedido

consejo Juan a este santo varón, le confirmó en sus deseos de entregarse al cuidado de los enfermos. Para ello, después de haber peregrinado a Guadalupe, Juan alquila una casa y la convierte en hospital Poco a poco va acomodando a cuantos enfermos encuentra, dando muestras, en aquella Granada que le había tenido por loco unos meses hacía, de una santidad extraordinaria.

Juan pedía limosna para sus pobres a todas horas y sin el más mínimo respeto humano, así como recogía y llevaba a hombros a los enfermos más repugnantes para cuidarlos en su hospital. Era frecuente que cambiara sus vestidos por los harapos de los indigentes. De tal modo que, para que en adelante no lo hiciera, el arzobispo de Tuy, don Sebastián Ramírez de Fuenleal, presidente de la chancillería de Granada, mandó hacerle una especie de hábito religioso, que él mismo le impuso, cambiándole a la vez su nombre de Juan Ciudad por el de Juan de Dios.

Las virtudes que Juan de Dios practicó durante los trece años que vivió a partir de su conversión son admirables. Dios premió su generosidad con hechos extraordinarios. Obtuvo conversiones increíbles y fue mucho mayor el bien que hizo a las almas que a los cuerpos. Sus dos colaboradores más íntimos y primeros religiosos de su Orden fueron dos enemigos irreconciliables que se odiaban a muerte y que fueron subyugados enteramente por las virtudes del santo. Nos referimos a Antón Martín y a Pedro Velasco, que murieron con fama de santidad siendo hermanos de San Juan de Dios.

Fueron también notables los viajes del santo, siempre a pie y descalzo, buscando limosnas para sus enfermos. Uno de sus viajes, ya al fin de la vida, lo hizo a la corte, que se encontraba a la sazón en Valladolid. Felipe II y sus cortesanos quedaron maravillados de la santidad del siervo de Dios.

No es extraño que a este bendito varón le colmara el Señor con toda clase de bendiciones. Una vez se le apareció el mismo Jesucristo en forma de pobre.

Entre los hechos más notables de su vida se cuenta que, habiéndose originado un incendio en el Hospital Real de Granada, estuvo sacando enfermos del mismo en medio del fuego sin que las llamas le tocasen.

Por fin, extenuado por sus innumerables trabajos y penitencias, entregó su alma al Señor, con una muerte envidiable, como hemos visto.

La estela de sus virtudes fue imborrable y este humilde servidor de Jesucristo dejó a la Santa Iglesia una legión de hijos, émulos de sus virtudes, los Hermanos Hospitalarios de San Juan de Dios.

Fue beatificado por el papa Urbano VIII, por un breve del 21 de septiembre de 1630 y canonizado por Inocencio XII el 15 de julio de 1691.

Ésta es la historia de Juan de Dios, un «loco a lo divino», como lo han sido todos los santos.

¡Que él y ellos nos contagien de su locura!

FAUSTINO MARTINEZ GOÑI

Bibliografía

ALARCON CAPILLA, A., *La Granada de oro. San Juan de Dios* (Madrid 1950).
AYUCAR, F A., OH, *El hombre maravilloso* (Villafranca del Penedés 1950).
CASTRO, FR., *Historia y sanctas obras de Juan de Dios* (Granada 1585)
CRUSET, J , *San Juan de Dios. Una vida iluminada* (Madrid [4]1977).
GOMEZ MORENO, M., *Primicias históricas. San Juan de Dios* (Madrid 1950; repr. facsímil 1976).
JARDIM DE CASTRO, R , *San João de Deus* (Lisboa 1946).
TOMAS, M., *San Juan de Dios* (Vidas de santos españoles; Madrid 1939).
— Actualización:
MARTINEZ GIL, J. L., *San Juan de Dios, fundador de la Fraternidad Hospitalaria* (BAC maior 71; Madrid 2002).
RIESCO ÁLVAREZ, V A., *Y Dios se hizo hermano. vida de San Juan de Dios* (Madrid 1994)
SANCHEZ MARTINEZ, J., *«Kénôsis-diakonía» en el itinerario espiritual de San Juan de Dios* (Madrid 1995).

BEATO FAUSTINO MÍGUEZ DE LA ENCARNACIÓN

Presbítero y fundador († 1925)

El 9 de septiembre de 1869 fue un día fausto para los anales de la población andaluza de Sanlúcar de Barrameda. Nadie aquel día le dio importancia a la fecha, y aun hoy, si se le pregunta a cualquier sanluqueño, no sabría decir por qué fue un día fausto para su pueblo, pero en cuanto se le diga que fue el de la llegada por primera vez del P. Faustino a Sanlúcar estará de acuerdo en que es una fecha que merece recuerdo. La bella ciudad está situada en la desembocadura del Guadalquivir, y a la

hora de la gran epopeya del Descubrimiento de América la tocó ser el antepuerto de Sevilla y despedir desde su playa a tantos hombres ilustres como desde ella se hicieron a la mar. Notable singularmente fue haber salido Cristóbal Colón de ella el 30 de mayo de 1598 en su tercer viaje, y muy notable haber sido el punto en donde se culminó la primera vuelta al mundo, con Sebastián Elcano al frente, el 7 de septiembre de 1522. Era también notable por su benigno clima, sus playas, sus vinos exquisitos, sus hortalizas y sus pescados y mariscos. Sanlúcar se había sentido alborozada a la llegada de una comunidad de escolapios que abrieron colegio en el antiguo convento de San Francisco cerrado en 1835 a cuenta de la exclaustración general. Sanlúcar querría mucho al P. Faustino, y éste se haría merecedor por muchos títulos del amor con que Sanlúcar lo distinguía. Él por su parte querría siempre mucho a Sanlúcar Iban a ser dos las estancias del P. Faustino en Sanlúcar, una entre 1869 y 1873 y otra entre 1879 y 1888. En la primera se destacaría sobre todo el sabio, y el P. Faustino lo era; en la segunda se destacaría el santo, y el P. Faustino lo era también. Regresaremos a Sanlúcar en nuestra narración, pero ahora sigamos al P. Faustino en el periplo de su vida.

Se llamaba originariamente Manuel Míguez González, y había nacido el 24 de marzo de 1831 en la aldea de Xamirás, en el municipio de Acebedo del Río, a 30 kilómetros de Orense, en la verde Galicia. Era su padre Benito Míguez, labrador y criador de ganado, y su madre María González. Eran personas honradas y cristianas. Le habían precedido tres hermanos: María del Carmen en 1822, Juan Antonio en 1826 y José María en 1828. Bautizado al día siguiente de nacer en la parroquia de San Jorge de Robledo del Río, recibiría el sacramento de la confirmación el 24 de octubre de 1832 de manos del obispo de Orense. Sus primeras letras las aprendió en la escuela municipal y luego pasó con su hermano Juan Antonio a la preceptoría del santuario de Los Milagros, del Monte Maedo en Maceda, donde por cuatro años aprendió latín y humanidades. Su adolescencia estaba ya por ello marcada por la inclinación al sacerdocio. En cuanto fue un jovencito ya ayudaba al párroco a dar catecismo a los niños pequeños. En la preceptoría llevó una conducta aco-

modada al modo de vida que se estilaba en ella, y por la que pasaba gran parte del futuro clero diocesano. Sin embargo, Manuel deseaba no la vida del clero secular sino una comunidad religiosa. Restablecida la Orden escolapia en España por Real Decreto de 27 de febrero de 1845, se abrió el noviciado de la misma en el colegio madrileño de San Fernando y se nombró maestro de novicios al P. Pedro Álvarez del Espíritu Santo. Su hermano pasaría de la preceptoría al seminario diocesano y llegaría a ser sacerdote, párroco sucesivamente de varios pueblos. La vocación le vino de que conoció, estando en la preceptoría, a un escolapio, tío de un compañero suyo. Su padre parece haberle puesto alguna dificultad, que luego apartó, y su párroco dio de él magníficos informes. Fue admitido en el noviciado el 5 de diciembre de 1850. Lo hizo con seriedad y buen espíritu y el 16 de enero de 1853 pronunciaba con emoción los votos religiosos, tomando el nombre de Faustino de la Encarnación. En aquel mismo colegio de San Fernando hizo los estudios de filosofía y teología, y tras recibir las órdenes anteriores oportunamente, se ordenó sacerdote en la parroquia de San Marcos de Madrid el 8 de marzo de 1856. Anotemos que el día de su entrada en el cielo sería también un 8 de marzo. El día 19 siguiente, fiesta de San José, celebró su primera misa cantada en la capilla del colegio, predicándole el P. Provincial. Se le destinó al mismo colegio a regentar la clase de 2.° de primaria.

El gobierno español por un lado y San Antonio María Claret por otro tenían mucho interés en la presencia de los escolapios en Cuba. Aquél por contrarrestar el naciente separatismo con la educación española y el arzobispo por estar convencido de que la escuela cristiana es la base de la comunidad catolica. Se le pidió al P. Comisario general de las Escuelas Pías en España enviara religiosos a una fundacion que se instalaba en Guanabacoa, en las cercanías de La Habana, como Escuela Normal y a otra que se establecía en Puerto Príncipe. La provincia de Castilla envió al P. Luciano González y a nuestro P. Faustino. Ambos embarcaron en el vapor Velasco y llegaron a La Habana el 10 de enero de 1857. El P. Faustino se dedicó en cuerpo y alma a su labor docente y muy pronto cosechó crédito y notable fruto en su alumnado, que fue el de los chicos mayores, y a los

que explicaba las ciencias naturales, la física y la agricultura. Hubiera estado allí mucho tiempo pero su salud se avino mal al clima de Cuba y los superiores decidieron su vuelta a España.

Salía de Cuba el 12 de febrero de 1860 y el 5 de marzo llegaba a Madrid, al colegio de San Fernando donde estaba de nuevo destinado. Estará el curso 1860-1861 porque tuvo roces con el P Superior del colegio al parecerle que éste exigía actividades fuera de las constituciones de la Orden. Al sentirse atacado por el mismo, se defiende con un enérgico alegato que muestra que su aparente intolerancia era en el fondo un sincero amor a la justicia y la verdad. Hubo de salir de Madrid y el 29 de septiembre de 1861 llegaba al colegio de Getafe, el pueblo que más tarde sería el de su más larga estancia y el de su santa muerte Había en el colegio 150 internos y tres clases para externos de la población, y era un colegio en auge que en 1865 sería reconocido civilmente como centro oficial de segunda enseñanza. El P. Faustino estuvo siempre en este colegio destinado a la segunda enseñanza y ocupó las prefecturas del internado hasta que en 1866-1867 desempeñó la dirección general. Su cultura era muy variada, como se puede ver por las asignaturas que llegó a impartir: latín, griego, historia universal, aritmética y álgebra, retórica y poética, trigonometría y geometría, física y química e historia natural. Además de dominar el latín y el griego, dominaba el frances y tuvo suficientes conocimientos de inglés e italiano. Cuando se acercaba a la edad de cuarenta años, en plena edad adulta, no era exagerado decir que el P. Faustino era un verdadero sabio. Lo eran no pocos de sus hermanos en religión, como siempre ha sido propio de las Escuelas Pias.

El crédito del P. Faustino llegó también a las autoridades del Estado, las cuales supieron que no solamente era un hombre cultísimo y un maestro eficaz sino también un sacerdote piadoso y celoso que podía con gran provecho del pueblo fiel desempeñar la tarea episcopal. Y por ello le ofrecieron presentarle al Papa para una mitra, según era entonces lo concordado entre el reino español y la Santa Sede. El P. Faustino no quiso dejar su vida de comunidad y su dedicación docente por ascender a ninguna dignidad. Como él mismo dirá, el amor a su santo hábito le hizo contestar negativamente a la propuesta del episcopado.

Se acordó en 1867 la fundación del colegio de Celanova en un antiguo monasterio benedictino, titulado de San Rosendo. Y a él fue enviado el 3 de agosto de 1868 el P. Faustino, donde estaría solamente un año, porque el 18 de agosto de 1869 se le destinaba al nuevo colegio de Sanlúcar de Barrameda. Aquí además de profesor sería procurador de la Casa y vocal para el capítulo provincial, al que no llegaría a ir por estar entonces preparando su obra sobre las aguas de Sanlúcar, y fue también bibliotecario del colegio. Su fama de hombre sabio corrió enseguida por la ciudad así como las investigaciones que hacía con tanto fruto, y por ello el 5 de abril de 1872 el Ayuntamiento sanluqueño le encargó oficialmente que emprendiese la tarea del análisis de los distintos manantiales de agua del municipio. Provisto de los medios necesarios, cumplió el encargo a plena satisfacción, determinando entonces el mismo Ayuntamiento publicar el resultado, llevando el libro el título *Análisis de las Aguas de Sanlúcar de Barrameda* (Sevilla 1872). En el curso de sus investigaciones descubrió un manantial en el sitio llamado Las Piletas y se mandó colocar por los munícipes en el sitio una lápida de mármol titulando al mismo «Manantial escolapio». Y consignó oficialmente que en adelante consideraba Sanlúcar al P. Faustino como uno de sus mejores hijos. Y se decidió además a estudiar las cualidades terapéuticas de las aguas, y avalando los médicos sus conclusiones, comenzó la gente espontáneamente a consultarle sus dolencias, lo que le haría a él adentrarse en el campo de la medicina y hacerse un experto en homeopatía. Al mismo tiempo el Padre desarrollaba en la iglesia del colegio una magnífica labor como confesor y director de conciencias, pues muchas personas le confiaban sus almas y lo hallaban maestro seguro en el mundo del espíritu, desde la experiencia de su intensa y bien orientada vida interior. Buen maestro, era también buen predicador, y la palabra de Dios era sembrada con fervor en los fieles que acudían a la espaciosa iglesia barroca del colegio.

Pero aquéllos fueron tiempos políticamente difíciles. Estaba España en el sexenio revolucionario. Y llegó el 30 de junio de 1873. A las seis de la mañana la Junta Internacionalista que el día anterior había quedado como poder municipal acudió al colegio escolapio y requirió la presencia de todos los religiosos,

entre ellos el P. Faustino. La turba armada los llevó a la Casa del Cabildo. Entraron todos los religiosos en ella y se hallaron con la sorpresa de que se les intimaba prisión. ¿Irían a la cárcel? El sastre del colegio, Rafael Ortega, tuvo la buena idea de ofrecer su casa como sitio de detención de los religiosos. Esto los libró de peores consecuencias, pues ya se hablaba de fusilarlos. La situación creada no podía ser más dificultosa, pues no se les permitió a los religiosos ir al colegio a recoger las cosas más elementales de su uso ni mandar a por ellas, sino que hubieron de quedar todo el día con lo puesto y no pudieron ni tener siquiera el breviario. Avanzada la noche se acordó dejarlos marchar y a la mañana siguiente pudieron caminar por el paseo llamado La Calzada y dirigirse ocho de los religiosos, entre ellos el P. Faustino, a la playa, donde tomaron un falucho que los llevó a Sevilla. Y de esta forma tan dramática tuvo lugar la salida primera del P. Faustino de su amada Sanlúcar.

Cerrado provisoriamente el colegio sanluqueño, los superiores destinaron al P. Faustino al colegio de El Escorial, donde daría clases hasta 1875. Este colegio, establecido en el famoso Monasterio, le dio la oportunidad de frecuentar su maravillosa biblioteca y parece que pudo compulsar algunos manuscritos referentes a la virtud curativa de las plantas, de lo que asimismo parece que por entonces trató con un profesor italiano. Sea ello cierto o no, lo seguro es que su dedicación a la homeopatía creció por entonces. De El Escorial hubo de salir cuando el Gobierno canceló su compromiso con los escolapios por voluntad real. Y entonces fue destinado como rector al colegio de Monforte de Lemos, entonces de reciente fundación. Este rectorado se le confió porque era necesaria una persona del temple y prestigio del P. Faustino en aquellos primeros años de la institución. Llevó adelante su tarea con plena entrega y sin dejar su continuo estudio del valor medicinal de las plantas. Las cultivaba en el huerto del colegio y logró curaciones muy sonadas. Hubo de defender con fortaleza los intereses y derechos del colegio pues no todos los obligados a su sostenimiento cumplían sus deberes. Su fortaleza dio buen resultado. Pero él era poco apegado a cargos de mando, y por ello presenta nada menos que seis veces la renuncia al mismo. Sólo se le acepta el 7 de septiembre de

1878 al cumplir el trienio reglamentario. No deseaba ser superior sino un padre de la comunidad, dedicado a la docencia, el apostolado y su labor caritativa médica. Recibió permiso para marchar a Buenos Aires a unirse a los religiosos de un colegio escolapio que se había fundado con intención de vivir en plenitud las primitivas constituciones de la Orden. Pero esta licencia no tendrá trascendencia. Y se le destina de nuevo a Sanlúcar de Barrameda, a donde llega en septiembre de 1879. Aquí le aguardaba la providencia de Dios para una obra espléndida.

No bien recibido por todos los religiosos de la comunidad, se elevan quejas contra él, y la superioridad querrá acallar las mismas proponiéndole al P. Faustino cargos honrosos como el rectorado del colegio de Archidona o la maestría de novicios. El Padre no quería volver a un rectorado, ya que había dejado uno voluntariamente, y lo que sucedía es que el Señor disponía que fuera padre y promotor de una obra destinada a los más altos fines apostólicos. El Padre veía con claridad que los beneficios que las Escuelas Pías reportaban a los chicos varones no había una institución que los reportara en Sanlúcar a las chicas del pueblo No atendía ya por entonces a obligaciones en el internado sino solamente las clases y la iglesia, donde habían vuelto o empezado a ir a su confesonario muchas y escogidas almas que deseaban andar por los caminos de Dios. Su propia religiosidad maciza y firme le hacía ver que tenía tiempo y capacidad para meterse en alguna obra de Dios compatible con su misión escolapia. Entre sus dirigidas estaba Doña Catalina García, que regentaba una escuelita del tipo de las llamadas amigas, que recogían a las niñas y les enseñaban algunos elementales conocimientos de leer, escribir, cuentas, catecismo, labores, etc. Colaboraban con ella dos señoritas, Nicolasa y Pepita, que igualmente se dirigían espiritualmente con el P. Faustino. Visitando esta amiga o escuelita, el Padre tuvo la idea de fundar un colegio para niñas. Estaba entonces de confesor extraordinario del convento de monjas dominicas de Madre de Dios y tuvo la idea de consultar con una religiosa, que era tenida en buena opinión de alma muy espiritual, si debía dedicar su tiempo libre a confesar religiosas o a fomentar una escuela de niñas. La religiosa le dijo sin dudar que la enseñanza de las niñas era mucho más ur-

gente y necesaria. A esto se sumó la visita del Cardenal Ceferino González a Sanlúcar, y su paso por la escuelita. El Padre le contó su propósito y le habló de una asociación de docentes al servicio de la misma. El Cardenal le prometió aprobarla. La fundación tuvo lugar el 2 de enero de 1885 y de ella dio cuenta el *Boletín del Arzobispado,* titulándola Asociación de Hijas de la Divina Pastora, y señalando que su fin era apostólico y docente y que tomaban por norma de vida la Regla de San Agustín y las constituciones de San Francisco de Sales. Se buscó una maestra en Sevilla, se reunieron cuatro candidatas y se alquiló la casa de la calle Carril de San Diego frente a la calle de la Luz. La apertura de las clases tuvo lugar el 9 de abril de aquel año. Se habían obtenido los permisos civil y eclesiástico. Hubo cambios en las personas que comenzaron y por fin el postulantado se inició el 5 de junio de 1885, fiesta del Sagrado Corazón de Jesús. El Padre se convirtió en el alma de la casa, pues era él quien infundía cada tarde ánimo y espíritu de perseverancia en una obra que era una planta pequeña y débil. El Padre comenzó a aplicar a esta obra las limosnas que recibía por sus curaciones, lo que no todos en la comunidad escolapia aprobaban. El día 2 de agosto de 1885 se empezaba finalmente el noviciado de la que sería M. Ángeles González y otras cuatro hermanas. Acudió el arcipreste, y las autoridades civiles, y se tuvo una fiesta adecuada. Vestido el hábito, fueron a Sevilla a recibir la bendición del Cardenal. La congregación se tituló Pío Instituto Calasancio de Hijas de la Divina Pastora. Empezaron los trabajos, las dificultades, los contratiempos, y los traslados de casa para adaptarse al crecimiento continuo de la obra, entre otras cosas por la apertura de un internado de niñas. El Padre quiso ante todo asegurarse del buen espíritu, de la entrega generosa a Dios y a su vocación y de su capacidad de sacrificio, poniéndose por completo en las manos de Dios. Fue consciente de que había que luchar pero insistió en que la lucha tenía que ser «sin más armas que la caridad». Su paciencia, fortaleza, firmeza, buen tino, sabiduría espiritual y aguda sensibilidad para captar los dolores y preocupaciones de aquellas almas les brindó en todo momento confortación y aliento. Quedaba lo más difícil: se lograba por parte de los no afectos al religioso y a su obra el traslado del Pa-

dre, que debía dejar Sanlúcar. Él les dijo a sus hijas que la marcha era designio de Dios para que se viera si la obra era divina o no, porque si lo era marcharía bien sin la presencia física del fundador. Y les prometió que si perseveraban verían la recompensa.

Su traslado fue al colegio de Getafe donde ya había estado y a donde llegó el 30 de agosto de 1888 Desde Getafe él procuró trabajar en lo posible para la consolidación de la obra. Logro se aprobara el primer reglamento, y luego las primeras Reglas, que las aprobaba en 1897 el Beato Marcelo Spínola, arzobispo de Sevilla. Se acordó la profesión en 1890 de las cinco primeras y logró licencia para ir a Sanlúcar a presidirla. Tuvo lugar en la iglesia de Regina el día 2 de agosto. Al irse, el arcipreste, Sr. Rubio Contreras, se prestó a proteger la obra, como en efecto hizo por entonces. Nuevas vocaciones acudían. La obra se extendería. Se llegarían a abrir casas en Chipiona, Villamartín, y Monovar, Getafe, etc. En vida del Padre fundador se obtendría la aprobación de la Santa Sede.

En Getafe continuó su labor curativa y para ello obtuvo las licencias correspondientes. Se puso de acuerdo con los farmacéuticos para que vendieran sus específicos, y muchos enfermos iban a visitarle no solamente de Getafe sino de Madrid y de otros sitios. Los enfermos mejoraban o curaban con estos específicos, sin que faltara quien quisiera atribuir estas curaciones a pretendidos poderes mágicos. El P. Faustino, deseoso solamente de hacer el bien, no hizo caso de críticas malévolas Al principio tenía el laboratorio en su propia celda, pero cuando sus religiosas se establecieron en Getafe, estableció allí el laboratorio que él dirigía. Los médicos se quejaban de que les quitaba clientes. Las enfermedades del hígado, del pulmón y la diabetes eran las que más se remediaban con sus específicos. Se cuenta que entre los enfermos que visitó estuvo el propio rey niño Alfonso XIII.

Los anticlericales hallaron en las actividades curativas del P. Faustino un motivo de ataque a la Iglesia. Algunos periódicos madrileños se cebaron en su persona, levantando contra él toda clase de calumnias a cuenta de una defunción sucedida en su consulta. Él soportó con fortaleza y humildad la campaña em-

prendida contra su persona y actividades. Mucho tuvo que sufrir también con motivo de que el cardenal de Sevilla, algunos eclesiásticos y personas notables de la sociedad pusieron interés en lograr que volviera a Sanlúcar ya que estimaban que era necesario para la buena marcha de la obra que había dejado fundada. Pero cuando estas recomendaciones, en nada iniciadas o alentadas por el P. Faustino, llegaron a los superiores de la Orden, el padre se vio malinterpretado e incluso calumniado hasta el extremo de verse en la necesidad de acudir al P. General de las Escuelas Pías. Y viendo que no era del agrado de sus superiores el que siguiera de director de la naciente Congregación de la Divina Pastora decidió dejar este encargo y así se lo pidió al Sr. Arzobispo de Sevilla, rogando proveyera como estimase conveniente. Pero nunca dejó de destinar a esta obra los ingresos procedentes de las limosnas por sus curaciones, de lo que por tranquilidad de conciencia pediría sanación en raíz más tarde, y les dejaría a sus hijas espirituales la propiedad de sus específicos. Ante la inhibicion del P Faustino en los asuntos de la congregación se hizo cargo de ellos el arcipreste de Sanlúcar hasta que sus ocupaciones en la fundación de un colegio de la Compañía de María le impidieron ocuparse de las hermanas de la Divina Pastora. Posteriormente el mismo P. Faustino volverá a ocuparse de la congregación, velando por sus asuntos y acudiendo varias veces a Sanlúcar a especiales acontecimientos, como profesiones de votos y similares. En 1907 con caridad y firmeza hizo frente a una crisis en el interior del reciente instituto. Comenzó aquel año el generalato de la M. Julia Requena, sustituyendo a la M. Ángeles González de Leon, y este generalato, sostenido por el P. Faustino con su energía y santidad, se tradujo en expansión del Instituto, fundándose las casas de Aspe, Daimiel, Beas de Segura, Martos, Monforte y Belalcázar. Hubo de sacrificarse mucho y sufrir mucho el P. Faustino por el sostenimiento de su obra. La madre general y el padre fundador se entenderán perfectamente y se animarán uno al otro para perseverar en la obra que Dios les encomendaba. El 28 de octubre de 1923 moría la M. Julia. El P. Faustino no podía menos que sentirlo sinceramente. En su larga ancianidad el P. Faustino fue un ejemplo vivo de espiritualidad, celo apostólico, caridad

comprometida y humildad. Solamente la gloria de Dios y el bien de las almas movían todas sus acciones. Su devoción al Sagrado Corazón y a la Virgen María inspiraban sus obras. Y le hicieron crecer cada día en la perfección evangélica. Rodeado de fama de santo murió en Getafe el 8 de marzo de 1925. Fue beatificado el 25 de octubre de 1998.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

Breve de beatificacion *AAS* 91 (1999) 1.106.
ÁLAMO, A DE, SCH P , *Biografia del siervo de Dios P Faustino Miguez, escolapio, fundador de la Congregación «Hijas de la Divina Pastora Calasancias»* (Madrid 1975).
OLEA, P J., *Vida del venerado P. Faustino Migues, Sch.P.* (Salamanca 1954).

C) BIOGRAFIAS BREVES

SAN ESTEBAN DE OBAZINE
Abad († 1159)

Nació en el Limusín a fines del siglo XI y, venciendo la escasez de medios, logra ordenarse sacerdote. Deseoso de una vida retirada y contemplativa, luego de haber repartido sus bienes entre los pobres, junto con otro sacerdote se adentró en la selva de Obazine, en la diócesis de Limoges.

Pero se le unieron pronto muchos compañeros deseosos de la vida religiosa y se decidió en 1130 la construcción de un monasterio, al que siguió el de Coyroux para monjas. Tenía ya fundados otros dos monasterios filiales cuando en el capítulo general del Císter en 1147 obtuvo la integración de todos sus monasterios en esta Orden. Posteriormente fundó otros dos monasterios más. Dio siempre un gran ejemplo de virtud y vida interior. Murió en Bonnaigue el 8 de marzo de 1159.

BEATO VICENTE KADLUBEK

Obispo y monje († 1223)

Nació en Kargow, Polonia, en 1150 en el seno de una noble familia. Luego de optar por la vida eclesiástica se doctora en Bolonia y es nombrado director de la escuela catedralicia de Cracovia. Pasa más tarde a la colegiata de Santa María de Sandomierz con el cargo de preboste.

En 1207 aquellos canonigos de Cracovia que deseaban la reforma de la vida eclesial logran obtener mayoria y lo eligen para arzobispo, confirmando la elección Inocencio III y consagrándose obispo al año siguiente Su línea de actuación fue claramente reformista y se apoyó en algunos otros obispos polacos que deseaban eso mismo, como se vio en el sínodo de 1210.

Llamado por el papa asistió en Roma al IV Concilio de Letrán (1215) Reformó la escuela catedralicia de Cracovia e introdujo mejoras en los cabildos y monasterios de la diócesis Pero viendo que no lograba todos sus objetivos, presento la dimisión en 1218 y pudo ingresar en el monasterio cisterciense de Jendrzejow, donde pronuncio los votos monásticos y vivió como religioso hasta su muerte el 8 de marzo de 1223. Su culto fue confirmado el 18 de febrero de 1764.

9 de marzo

A) MARTIROLOGIO

1 En Roma, Santa Francisca Romana († 1440), viuda, fundadora del monasterio de las Oblatas Benedictinas **

2 En Sebaste (Armenia), el martirio de cuarenta militares capadocios en tiempos del emperador Licinio († 320) **

3 En Barcelona (España), San Paciano († 390), obispo **

4 En Moravia, San Bruno de Querfurt († 1009), obispo y martir, con veintidos compañeros *

5 En Bolonia, Santa Catalina de Bolonia († 1463), virgen, monja clarisa **

6 En Mondonio, Santo Domingo Savio († 1857), adolescente **

7 En Nei-Ko-Ri (Corea), los santos Pedro Choe Hyong y Juan Bautista Chong Chang-U († 1866), mártires *

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

CUARENTA MÁRTIRES DE SEBASTE
(† 320)

La época de las sangrientas persecuciones tocaba a su fin y alboreaba para el cristianismo un período de relativa paz dentro del vasto Imperio romano. En efecto, a principios del año 312 los emperadores Constantino y Licinio publicaron conjuntamente un edicto favorable a los cristianos. Su enemigo Majencio fue derrotado por Constantino, el 28 de octubre del mismo año, cerca del puente Milvio. Con ello quedó Constantino único emperador de Occidente, pactando con Licinio, su asociado en el Imperio y soberano de Oriente, al cual dio a su hermana Constancia en matrimonio. Todo inducía a creer que las persecuciones contra la Iglesia se habían conjurado definitivamente. Constantino mostrábase cada día más propicio a los cristianos, a medida que se familiarizaba con ellos e intimaba con los obispos. Licinio, aunque pagano, quiso que la lucha que sostuvo en Oriente contra Maximino Daia no tuviera el carácter de conflicto armado entre el cristianismo y el paganismo. Pero al ser vencido Daia y quedar Licinio dueño del campo, el ambicioso emperador se quitó la máscara, según frase de Eusebio (*Vita Constantini,* lib.4 c.22), e inició una satánica persecución contra los cristianos sujetos a su mandato.

Un edicto imperial mandaba que los oficiales del ejército que rehusaran sacrificar a los dioses fueran degradados y juzgados como traidores al Imperio. A los soldados se les amenazó con un lento martirio en caso de mostrarse contumaces. Debían ser muchos los cristianos enrolados en el ejército de Licinio, ya que la Iglesia tenía mucho interés en que hubiera gran número de ellos ejerciendo esta profesión, como lo prueba el canon tercero del Concilio de Arlés (314), al dictar sentencia de excomunión contra los que abandonaran la carrera militar en tiempos de paz. Pero mientras Constantino se apoyaba prefe-

rentemente sobre tropas cristianas, Licinio quiso eliminarlas de su ejército.

La defensa del Asia Menor estaba encomendada principalmente a las legiones romanas XII *Fulminata* y a la XV *Apollinars.* La historia ha conservado la memoria de cuarenta soldados pertenecientes a la legión que tan famosa se hizo en tiempos de Marco Aurelio por la lluvia milagrosa y la victoria conseguida por sus oraciones a causa de haberse opuesto a las órdenes de Licinio, escogiendo el martirio antes de renegar de su fe cristiana En una traducción latina antigua de las Actas de los mártires se ha conservado el nombre de los cuarenta atletas de Cristo. Según este testimonio, que posee bastantes indicios de ser verídico, los mártires se llamaban: Domiciano, Enoico, Sisinio, Heraclio, Alejandro, Juan, Claudio, Atanasio, Valente, Eliano, Melitón, Endicio, Acacio, Viviano, Helvio, Teódulo, Cirio, Flavio, Severiano, Cirión, Valerio, Clidión, Sacerdón, Prisco, Eutico, Esmaragdo, Filotimón, Aerio, Micalio, Lisímaco, Domno, Teófilo, Euticio, Hancio, Angio, Leoncio, Isiquio, Calo, Gorgonio y Cándido. Se admite que la tradición popular pudo desfigurar algunos de estos nombres, pero no por ello es lícito concluir que deba dudarse de la autenticidad de todos ellos. En contra de la misma se esgrime el argumento de las diferencias que se notan en los distintos documentos escritos y el silencio que sobre este particular han guardado San Basilio y otros Santos Padres.

Enterado el prefecto de que los soldados persistían en su actitud, intentó convencerles de la necesidad de acatar las órdenes del emperador como único medio de evitar un cruel martirio, precursor de una muerte lenta. Pero aquellos soldados, acostumbrados a la vida dura de la milicia, rechazaron decididamente aquella diabólica invitación, diciendo que si hasta entonces habían permanecido fieles al emperador romano y por él habían puesto en peligro sus vidas, ahora, en el trance de decidir entre servir a Cristo o al emperador, preferían oponerse a un soberano temporal antes de renegar de su Rey celestial. Esta postura varonil impresionó hondamente al prefecto, mayormente después de haber comprobado él cómo algunos otros cristianos habían apostatado cobardemente. Entonces, nos dice San Gregorio de Nisa, el prefecto trató de intimidarles,

pero no sabía qué clase de martirio pudiera impresionar a aquellos atletas.

> «Si les amenazo con la espada —se decía—, no reaccionaran, por estar familiarizados con ella desde su infancia Si los someto a otros suplicios, los sufrirán generosamente Tampoco sus cuerpos curtidos por el sol y el aire temerán el martirio del fuego»

Pensó entonces en otro suplicio más molesto y largo.

Era invierno, en cuya estación se deja sentir intensamente el frío en Armenia, mayormente cuando sopla el helado cierzo del norte. Aquel día en la ciudad de Sebaste reinaba un frío tan intenso que, según expresión de San Gregorio, se helaban aun los cabellos. Un riachuelo que desciende de las montañas del norte, el actual Murdan-su o Tavra-su, se había helado. El lago (San Efrén) o estanque (San Basilio), alrededor del cual se había construido la ciudad, era duro como una piedra, tanto que los animales y personas transitaban por él sin peligro alguno (San Gregorio). Aprovechando esta coyuntura mandó el prefecto que se despojara a los mártires de sus vestidos y fueran arrojados sobre el hielo del estanque. Lejos de intimidarse ante aquella cruel orden, «la alegre juventud», en medio de juegos y risas, corrió hacia el lugar del martirio. Los circunstantes que presenciaban aquel insólito hecho quedaron pasmados de ver cómo aquellos jóvenes atletas emprendían una veloz carrera para conseguir cuanto antes la palma del martirio

La permanencia en aquel lugar de torturas se alargaba, pero mientras el hielo entumecía sus miembros y daba un color lívido a sus carnes, crecía el valor de su ánimo. Tiritaban sus cuerpos, sus miembros iban congelándose uno tras otro, la gangrena hacía su aparición. El prefecto esperaba que el tormento doblegara la voluntad de los mártires, invitándoles a abandonar aquel lugar de torturas y entrar en un estanque próximo de aguas termales. Pero ellos se animaban mutuamente a permanecer fieles hasta la muerte con estas palabras que, en cuanto al sentido, nos ha conservado San Basilio:

> «Amargo es el invierno, dulce el paraíso, desagradable es la congelación del cuerpo, pero dichoso el descanso que nos espera Suframos un poco y después seremos confortados en el seno de los patriarcas A una noche de torturas seguirá toda una eternidad feliz Por lo mismo, que todos sean valientes, que nadie de oídos a

las voces del demonio Somos mortales y, por lo mismo, algun dia tendremos que morir, aprovechemos ahora la ocasión cuando se nos presenta en perspectiva inmediata la gloria eterna Unanime era la siguiente oracion "¡Señor!, cuarenta hemos bajado al estadio, haz que los cuarenta seamos coronados Que no disminuya este numero sagrado que Tu y tu profeta Elias santificasteis con el santo ayuno"»

El desaliento se apoderó de uno de ellos, el cual, secundando los deseos del prefecto, salió del estanque helado y buscó refrigerio en el baño caliente, en donde murió al poco de entrar. No quiso Dios que se defraudara la oración de los mártires. El encargado de custodiarlos, favorecido por una visión y movido por la entereza de los mártires, se declaró públicamente cristiano y manifestó su deseo de compartir los tormentos con aquellos mártires, ocupando el lugar que había dejado el apóstata. Despojóse de sus vestiduras y se arrojó al estanque de hielo, muriendo poco después, juntamente con sus compañeros de suplicio. Era el 9 de marzo del año 320.

No es posible aunar y dar crédito al testimonio de los historiadores en cuanto a las particularidades del martirio. Todos convienen en señalar la naturaleza del mismo, pero difieren en algunos pormenores. Por ejemplo, no puede darse crédito a la noticia conservada por Nicéforo Calixto de que, juntamente con los cuarenta soldados, fueron martirizadas sus mujeres, también en número de cuarenta. La Iglesia griega celebra su fiesta el día primero de septiembre. Tampoco convienen los historiadores en la localización del estanque helado, ni todos mencionan la existencia de unos baños termales en las cercanías. Parece incontrovertible que el martirio tuvo lugar en Sebaste, no lejos de la actual villa de Sivas.

Antes de morir, uno de los mártires, en nombre de todos, redactó un testamento, calificado por los historiadores como «pieza hagiográfica única en su género». Durante algunos años se dudó de su autenticidad, pero a últimos del siglo pasado adujo Bonwetsch buenas razones en pro de la misma. Según Leclercq:

«El conjunto del testamento ofrece tales caracteres de sinceridad y supone situaciones tan concretas, que no permite suponer que sea una pieza hagiografica fabricada como tantas otras»

La finalidad del testamento era impedir que, después del martirio, los cuerpos de los mártires, que habían muerto juntos por defender las mismas santas creencias, fueran dispersados. En su escrito manifestaban su voluntad de ser enterrados en una sepultura común, en un lugar llamado Sarcim, no lejos de la villa de Zela, en el Ponto San Gregorio dice que el lugar donde reposaron sus cuerpos no estaba lejos de Ibora, a unas cinco horas de camino de Zileh. Las Actas afirman que todos los mártires eran capadocios, pero no es fácil explicar por qué unos mártires muertos en Sebaste escogieron a Zela, en el Ponto, como lugar de su sepultura.

Según San Basilio, los cuerpos de los mártires fueron quemados y el que escapó del fuego fue precipitado en el río. Cuenta el mismo santo Doctor que, al ir a recoger los emisarios del prefecto los cuerpos de los mártires para quemarlos, vieron que vivía todavía el más joven de ellos, de nombre Melitón. Creyendo que cambiaría de parecer, le dejaron en las riberas del estanque, mientras cargaban con los cadáveres de los otros. Al ver la madre del joven la conducta de aquéllos, se acerco a su hijo y le exhortó a perseverar fiel a su fe hasta morir. El joven así se lo prometió con una ligera señal de su mano moribunda. Entonces aquella valerosa mujer cargó con sus propias manos el cuerpo de su hijo en el carro en que iban amontonados los cadáveres de los otros, temiendo que su hijo no fuera partícipe de la corona que se reservaba a aquellos mártires en el cielo.

El martirio de los cuarenta soldados de la legión XII *Fulminata* fue muy celebrado en la antiguedad cristiana por la valentía de los mismos y su constancia en medio de los tormentos. Con su ejemplo demostraban a los jóvenes su desprendimiento al renunciar a una vida larga y a una situación de privilegio por mantener inhiesta la bandera de Cristo. En su vida supieron hermanar sus deberes religiosos con su condición de soldados, pero cuando el poder humano les exigió que renunciaran a sus creencias cristianas no vacilaron un momento en renunciar a todo lo humano con tal de permanecer fieles a Cristo, derramando su sangre por confesarle. Sus reliquias, según San Gaudencio, eran adquiridas a peso de oro. Su gran panegirista, San Gregorio de Nisa, proclamaba desde el púlpito el gran poder de intercesión

de los santos soldados mártires, diciendo que tenía él tanta confianza en ellos que colocaba sus reliquias junto a los cuerpos de sus padres, para que éstos, al resucitar en el último día, lo hicieran juntamente con sus valientes protectores. Su culto se propagó en Constantinopla Hacia la mitad del siglo V Santa Melania la Joven hizo depositar sus reliquias en la iglesia del monasterio que ella había edificado en Palestina En Roma, en el Trastevere, existe una iglesia dedicada a los santos mártires de Sebaste, que sirven los Padres Franciscanos de la provincia de San Gregorio, de Filipinas

LUIS ARNALDICH, OFM

Bibliografía

BASILIO, SAN, *In sanctos quadraginta martyres* PG 31,507s

DELEHAYE, H , «The forty martyrs of Sebaste» *American Quarterly Review* 24 (1899) 161s

FRANCHI DE CAVALIERI, P , *Note agiografiche fascicolo 3 °* (Roma 1909) 64s

GREGORIO DE NISA, SAN, en PG 46,749s

La Pasion o *Actas* del martirio de estos martires constituye el fundamento de todas las noticias de la antiguedad sobre ellos El texto O L VON GEBHARDT (ed), *Acta martyrum selecta* (Berlin 1902)

I ECLERCQ, H , «Quarante martyrs de Sebaste» *Dictionnaire d archeologie chretienne et de liturgie,* t 14 col 2003s

SAN PACIANO

Obispo († 390)

De San Paciano tenemos noticia contemporánea: las líneas que le dedicó San Jerónimo en el libro *De viris illustribus,* escrito hacia el año 392

> «Pacianus, in Pyrinaei iugibus, Barcinonae episcopus, castigatae eloquentiae (leccion mas segura que castitate et eloquentia que dan algunos manuscritos), et tam vita quasi sermone clarus, scripsit varia opuscula, de quibus est Cervus et contra Novatianos Sub Theodosio principe iam ultima senectute mortuus est» («Paciano, obispo de Barcelona, en las faldas del Pirineo, de correcta elocuencia, y tan esclarecido por su vida como por su diccion, compuso varios opusculos, entre los cuales el Cervus y contra los novacianos Murio en la extrema ancianidad, bajo el emperador Teodosio»)

Por el mismo San Jerónimo sabemos que Paciano, casado en su juventud, tuvo un hijo llamado Dextro que ocupó altos cargos en la administración imperial en tiempo de Teodosio y de Honorio. Debió de ser, por tanto, Paciano, de familia distinguida. Sus obras denotan una alta cultura literaria, sagrada y profana, y confirman plenamente el elogio que tributa San Jerónimo a su elocuencia. No quedan pormenores sobre su actuación pastoral en el gobierno de la diócesis barcelonesa. Podemos con todo asegurar, así por la indicación de San Jerónimo como por los escritos del santo obispo, que su celo por el bien espiritual de sus diocesanos fue muy activo e ilustrado

Aunque no se puede determinar con precisión el intervalo de tiempo en que gobernó la diócesis de Barcelona, parece que debió de regirla por largos años, y se le da como sucesor inmediato de Pretextato, que en 347 asistió como obispo de Barcelona al concilio de Sárdica. Como quiera que Teodosio comenzó a imperar en 379, la muerte de San Paciano debe colocarse entre esta fecha y 391, ya que en 392 la conocía San Jerónimo.

San Paciano nos es conocido por sus escritos. Se ha perdido uno de los que cita San Jerónimo, el *Cervus,* de cuyo contenido tenemos no obstante alguna noticia por el mismo Paciano en su *Paraenesis.* Nos quedan, además, sus tres cartas *ad Simpronianum Novatianum* y un *Sermo de baptismo ad catechumenos.* Tampoco se ha conservado, si es que llegó a escribirlo, otro tratado o carta contra los novacianos, a que el mismo santo alude en su tercera carta a Simproniano. ¿Sería el tratado que cita San Jerónimo, o se refiere éste a sus cartas a Simproniano? El conocido investigador dom Germán Morin, OSB, había atribuido a San Paciano otras dos obras: *Ad Iustinum manichaeum contra duo principia et de vera carne Christi,* que en los manuscritos se dice del retórico africano Cayo Mario Victorino, y el anónimo *De similitudine carnis peccati contra manichaeos.* Este último escrito tiene por autor al presbítero Eutropio, como demostró el padre José Madoz, SI; ni son claros los argumentos en favor de la paternidad del primero Se admiten, pues, como obra de San Paciano, los cinco opúsculos citados.

Estos escritos, aunque breves, dan a San Paciano un lugar apreciable en la patrología del siglo IV, como testigo y doctor de

la doctrina católica en puntos importantes, y por otra parte nos ponen de manifiesto el espíritu religioso y lleno de celo por el bien de los fieles a él encomendados de un obispo santo, conforme al dechado que diseñó San Pablo en sus cartas a Timoteo y Tito.

El escrito perdido *Cervus* (o *Cervulus,* como él dice) era, según él mismo refiere, una celosa diatriba contra los perversos e impúdicos desórdenes que se cometían, aun por algunos cristianos, en una especie de carnaval de primero de año, mala costumbre conocida ya por otros autores eclesiásticos y disposiciones de los concilios de aquella época. Para entregarse la gente más libremente y sin pudor a la maldad, se disfrazaban en figuras monstruosas de animales, las más ordinarias de ciervos, de cabras y de terneras.

El *Sermo de baptismo* es una instrucción a los competentes, catecúmenos ya próximos al bautismo. En ella les quiere enseñar San Paciano «cómo nacemos y nos renovamos en el bautismo». Expone primero el estado de muerte y degradación en que yace el hombre antes del bautismo, explicando con toda precisión, según el capítulo V de la carta de San Pablo a los Romanos, la doctrina del pecado original, en forma interesante para la historia del dogma, ya que atestigua la clara conciencia que de esta doctrina tenía la Iglesia en vísperas de la negación pelagiana y antes de la defensa y ulterior explicación que de ella hizo San Agustín. De esta muerte nos sacó Cristo; tomando la naturaleza humana, redimió al hombre de la esclavitud del pecado y lo presentó puro e inmaculado a los ojos de Dios. Describe el santo con viveza la lucha que sostuvo Cristo en su vida con el demonio y sus ministros hasta la muerte de cruz, a la que siguió la gloria de la resurrección. Esta victoria de Cristo se hace nuestra; porque, así como naciendo en Adán se hizo el hombre pecador, así renaciendo en Cristo se hace santo. Cristo nos engendra en la Iglesia por el bautismo, para que, como Cristo resucitó, así nosotros vivamos vida nueva, a la que fervientemente les invita el santo obispo.

Las tres cartas a Simproniano son más citadas por su importancia en la teología penitencial. Era Simproniano, a lo que parece, un hombre distinguido (San Paciano le llama «clarissi-

mus»), que se había separado de la unidad católica, adhiriéndose al cisma herético de los novacianos, que ya hacía siglo y medio hería a la Iglesia. En la primera carta que Simproniano escribió al obispo de Barcelona, sin declararse claramente novaciano, se oponía al nombre de católica que se da a la Iglesia verdadera, y al perdón de los pecados por la penitencia. Paciano le contesta defendiendo el nombre de católica por el ejemplo de los santos y doctores anteriores, en particular de San Cipriano, cuyas doctrinas se apropia Paciano, y por la necesidad de distinguir con un nombre la Iglesia «principal», en medio de la confusión sembrada por las herejías. Aquí tiene Paciano la hermosa sentencia: *Christianus mihi nomen est; catholicus vero cognomen,* «Cristiano es mi nombre, católico mi apellido». Católico significa, según el santo, unidad y obediencia total de todos, la Iglesia es católica porque es una en todos y una sobre todos: «in omnibus una et una super omnes». El perdón de los pecados por la penitencia lo defiende Paciano con ardiente y sentida elocuencia y una abrumadora serie de testimonios de la Sagrada Escritura.

> «Nunca amenazaría Dios al que no hace penitencia, si no perdonase al penitente Pero dirás "Solo Dios puede hacerlo", es verdad, pero lo que por sus sacerdotes hace es potestad suya»

En la segunda carta responde caritativa pero claramente a las argucias e indicios de poca buena voluntad con que reaccionó Simproniano a la primera del santo obispo.

La tercera, la más larga, un verdadero tratado, es la refutación de los argumentos de los novacianos, expuestos en un escrito que le había remitido Simproniano. La doctrina de este escrito era «que después del bautismo no se puede hacer penitencia; que la Iglesia no puede perdonar el pecado mortal; más aún, que ella misma perece al recibir a los pecadores». Es importante esta precisión con que por San Paciano conocemos el estadio contemporáneo de la doctrina novaciana, que varió mucho en los cuatro o cinco siglos que perduró. Con viveza y elocuente energía rechaza San Paciano los sofismas de los que se llamaban a sí mismos «cátaros», puros, porque no querían admitir a reconciliación a los pecadores penitentes. La historia de Novaciano, su jefe, le proporciona al obispo armas eficaces de combate. La santidad de la Iglesia, en la que pretendían fun-

darse, le da ocasión para explayar en cálidas frases su amor a ella, no sólo virgen y Esposa de Cristo, sino su mismo cuerpo, madre fecunda y llena de compasivo amor hacia sus hijos pródigos, que no se mancha por exhortarlos a penitencia y acogerlos plenamente en su seno después de cumplida la satisfacción, que no era ciertamente cosa de placer. Toda esta refutación de los errores novacianos, rica en textos bíblicos, con que deshace las falsas interpretaciones de los herejes, está impregnada de santa indignación por las argucias con que engañan a sus seguidores, pero también de caridad hacia su corresponsal, a quien invita con el espectáculo de la Iglesia católica en su unidad y universalidad, «la reina vestida toda de oro con matices de varios colores [..], la vid rica en ramos que campean en sus largos sarmientos [...], la casa grande que muestra su opulencia en preciosos vasos de oro puro y tersa plata, pero no se avergüenza en servirse también de vasos de barro y madera».

La *Paraenesis, sive libellus exhortatorius ad paenitentiam* nos resarce en parte de la carencia del opúsculo que se proponía escribir San Paciano como complemento de sus cartas a Simproniano. Trata el santo directamente de la penitencia pública que se practicaba por ciertos pecados más graves, pero sus exhortaciones tienen carácter general y son aptísimas para mover al pecador a salir de su estado por la penitencia. Divide el santo su exhortación en cuatro partes. En la primera declara cuáles son estos pecados por los que se imponía la penitencia pública· apostasía, homicidio, adulterio y fornicación, sin que pretenda dar una distinción adecuada entre pecado mortal y pecado venial. En la segunda acosa con celo pastoral a los que por verguenza no quieren manifestar sus culpas, *post impudentiam timidos, post peccata verecundos, qui peccare non erubescitis et erubescitis confiteri,* «tímidos después de la impudencia, vergonzosos después del pecado, que no os avergonzáis de pecar y os avergonzáis de confesar». La tercera se dirige a los que, manifestadas sus culpas, no tienen valor para sujetarse a las obras penosas de la penitencia pública, semejantes a los enfermos que, declarada su enfermedad, no quieren sufrir la cura dolorosa que el médico juzga necesaria. Por último les exhorta vivamente a la penitencia con la simple representación de los castigos con que la Sagrada Escritura

amenaza a los impenitentes, y con la promesa del perdon para los que con la penitencia se humillan ante Dios, recordándoles una vez más las parabolas evangélicas de la dracma y la oveja perdida y el regocijo de los ángeles por el pecador arrepentido.

El culto de San Paciano no figura en los libros litúrgicos mozárabes. Las primeras menciones de San Paciano son de los martirologios del siglo IX, en los santorales y misales de Barcelona se halla la fiesta del santo el 9 de marzo desde el siglo XII, y actualmente tiene en la diocesis rito doble mayor. Los trabajos emprendidos en el siglo XVI por el obispo de Barcelona don Juan Dimas Loris para hallar los restos del santo, no condujeron a resultados ciertos.

JOSE M. DALMAU, SI

Bibliografía

Act SS Boll 9 de marzo
DALMAU, J M, «La doctrina del pecat original en S Pacia» *Analecta Sacra Tarraconensia* 4 (1928) 203s
JERONIMO, SAN y RUFINO, en PL 13,1051s
MORIN, *Un traite inedit du IV siecle Le «De similitudine carnis peccati»* Et Text Dec, t I 18s
NOGUERA, V (ed), *D Paciani episcopi barcinonensis opera quae extant* (Valencia 1780)
TILLEMONT, L S DE, *Memoires pour servir a l'histoire ecclesiastique des six premiers siecles*, VIII (Venecia) 539s

SANTA FRANCISCA ROMANA

Viuda y fundadora († 1440)

Francisca nacio en Roma a comienzos de 1384 Su padre fue Pablo de Bassi y su madre Giacobella de Roffredeschi, pertenecientes, ambos, a nobles familias emparentadas de cerca con los Orsini, Savelli y los Mellini.

De ingenio despierto y madurez que hoy llamaríamos precoz, la vida de Francisca como cristiana responsable comienza muy pronto. Con muy pocos años su madre la educa en las piadosas costumbres de la época: vida austera, abstinencias, oracion, lecturas santas, se hacían cada día visitas a las iglesias en donde se podía ganar las indulgencias y comenzó a demostrar un gran celo por la práctica de aquella costumbre de las estacio-

nes romanas a la manera de los primeros siglos. La iglesia favorita de su madre era Santa María Nuova (más tarde llamada Santa Francisca Romana) confiada a los monjes benedictinos de Monte Oliveto. Allí, Giacobella confió la dirección de su hija al monje Antonio di Monte Savello, dirección que duraría treinta y cinco años; todos los miércoles, Francisca iba a confesarse con él; y le consultaba sobre sus ocupaciones, sus ejercicios religiosos, sus estudios, obedeciéndole exactamente en sus menores avisos. A los once años, Dios la favoreció con gracias extraordinarias, pero sobre todo con un deseo ardiente de servir a los pobres y de hacer el bien a todos.

Francisca sintió pronto inclinación hacia la vida del claustro, pero al comunicárselo a su director, éste para ponerla a prueba, le hizo practicar las austeridades de una de las órdenes religiosas más severas. Inquietos sus padres ante esas prácticas preguntaron a la pequeña qué estaba sucediendo y entonces Francisca les confesó su deseo. No fue del agrado del padre su respuesta pues, según costumbre de la época, ya había prometido su hija como futura esposa a Lorenzo Ponziani, joven de noble familia y todo un caballero en cualidades, carácter y fortuna. El corazón de Francisca desfalleció ante el propósito paterno e intentó inútilmente, con oraciones y lágrimas, conseguir cambiarlo. Su padre permaneció inflexible. Entonces, de acuerdo con su director, la joven dio su consentimiento, y la boda se celebró con gran satisfacción de las dos familias. Francisca fue acogida con alegría y ternura en la casa de su esposo. A pesar de todo, no pudo ocultar su pena íntima a las miradas penetrantes de Vanozza, la mujer de Paluzzo, el hermano mayor de Lorenzo. A esta hermana, a la que le unió un amor y cariño grande hasta la muerte, le confió el secreto de su pena: la de no poder haber sido enteramente del Señor, en la vida religiosa. Recibió los consuelos de su cuñada y éste fue el punto de partida de una amistad que iba a ser, para las dos, fuente de los mayores consuelos en adelante.

Francisca, sin embargo, se manifestó una esposa amante y abnegada. Conformándose a los deseos de Lorenzo, consintió en presentarse en público con todo el decoro de su posición, llevando vestidos preciosos y las joyas que su esposo le prodiga-

ba, aunque algunos sabían que bajo los suntuosos tejidos, junto a la piel llevaba una tosca túnica de estameña. Por otra parte, fiel a sus piadosas costumbres, continuó todos los miércoles sus visitas a Santa María Nuova para confesarse con el P. Antonio, y comulgaba con la misma ferviente devoción. Se levantaba muy temprano, rezaba y hacía su lectura espiritual Durante el curso del día, si tenía un momento libre, lo aprovechaba para orar o hacer una visita a una iglesia, cada sabado, iba a visitar al dominico, prior de San Clemente, que la instruía en todo lo referente a la doctrina cristiana.

Esta vida austera no gustaba a la gente mundana, por eso comenzaron a criticarla, se la puso en ridículo y pidieron a Lorenzo que le prohibiera esas «excentricidades». No obstante, ni él ni los otros miembros de la familia pusieron el menor reparo a Francisca, a la que todos, en su familia, consideraban un ángel de paz.

De pronto la joven cayó enferma y se puso en peligro de muerte. Fueron grandes los temores en los padres, familiares y amigos que vieron en esta enfermedad un castigo divino, el padre, sobre todo, se reprochaba interiormente haberse opuesto a la vocación de su hija Sólo Francisca estaba tranquila, poniendo su vida en manos de Dios. La gravedad de la enfermedad se mantuvo un año entero. Cuenta ella que San Alejo, el del Aventino, se le apareció dos veces, preguntándole la primera vez si deseaba curarse y en la segunda le dijo que Dios quería que permaneciera en este mundo para glorificar su nombre. Entonces San Alejo echando sobre ella su manto, desapareció dejándola completamente curada. Francisca se levantó a toda prisa para dar gracias a Dios, y sin despertar a los sirvientes, fue a contar su visión a Vanozza: «Ahora que esta amaneciendo, añadió, démonos prisa en ir las dos a Santa María Nuova y a la iglesia de San Alejo, en acción de gracias». Cuando volvieron a casa, todos miraban a Francisca como una recién resucitada.

La enfermedad hízola meditar profundamente sobre los planes de la Providencia, y junto con Vanozza se propusieron llevar una vida más concorde con el evangelio. Se pusieron de acuerdo en renunciar a las diversiones inútiles para consagrar más tiempo a la oración y a las buenas obras En una especie de

gruta que tenían al final del jardín pusieron un oratorio; establecieron ciertas horas del día para las obras de caridad, como era visitar el hospital del Santo Espíritu, cuidar a los enfermos, distribuir limosnas a los más necesitados, etc. Pero el director no quiso permitirles que abandonaran las ropas espléndidas de las mujeres de su rango, aunque las autorizó a llevar bajo sus magníficos vestidos un tosco vestido de lana, y poder practicar secretamente diversas austeridades corporales.

El pueblo de Roma llegó pronto a considerarlas como dos santas y otras nobles damas atraídas por su ejemplo tomaron la resolución de seguir sus pasos. El maligno, por su parte, emprendió una serie de pertinaces agresiones para dificultar el progreso de estas almas heroicas, con tentaciones, sufrimientos y terribles percepciones espectrales. Una de estas trampas fue la de sugerir a Cecilia, su suegra, la idea de que la vida ascética necesariamente alteraba su salud; de ahí, las dificultades que comenzaron a ponerles a sus prácticas caritativas y de devoción, tratando de que, por intervención de sus maridos, las abandonasen. Un día, en julio de 1399, Francisca y Vanozza habían ido a San Pedro del Vaticano; se ensimismaron en la oración y no salieron de la Basílica hasta pasado el mediodía. Se lanzaron presurosas a través de las calles menos frecuentadas para llegar pronto a su casa; en el camino se acercaron un momento al Tíber para refrescarse con un poco de agua; al inclinarse sobre el río, Francisca recibió un golpe violento, de una fuerza invisible, que la lanzó al agua. Vanozza, por ayudarla, también cayó con ella; y mientras la fuerte corriente se las llevaba abrazadas sin dejarles entrever un medio de salvación, clamaron a Dios en su angustia, y al instante se encontraron sanas y salvas en la orilla.

Por aquel tiempo, Francisca recibió del cielo el favor de tener, en su ángel de la guarda, un auxiliar temible que la reprendía de las faltas más ligeras. A la menor imperfección, antes incluso que ella tuviera tiempo de echárselo en cara ella misma, sentía el golpe de una mano misteriosa, y el ruido de este golpe invisible podía ser oído por los que estaban a su alrededor. Una vez que se había abstenido, por respeto humano, de interrumpir una conversación demasiado frívola, el golpe «angélico» fue dado con tal fuerza que llevó la marca durante varios días. Le

vino la tentación de esconder a su director las gracias y favores de que era objeto, o al menos de no darle a conocer más que una parte. La primera vez que fue a confesarse después de este suceso, se abstuvo de mencionar esta gracia. Al instante, fue echada por tierra por mano de su celeste vigilante; confeso entonces a su director, con viva contrición, la falsa humildad que la había engañado, y le reveló, con perfecta franqueza, todas las gracias pasadas y presentes de Dios para con su alma. Desde aquel momento siempre le expuso todo a su confesor con total sencillez y candor infantil.

En el año 1400 tuvo su primer hijo, que fue inmediatamente bautizado en la Iglesia de Santa Cecilia «in Trastevere» (margen derecho del Tíber), recibiendo el nombre de Juan Bautista; Francisca quiso darle el pecho ella misma, y, para prodigarle todos sus cuidados, no dudó en sacrificar algunas prácticas de caridad y de devoción. Lo educó, corrigiendo sus ataques infantiles de terquedad, obstinación, y cólera, enmendó sus defectos sin ceder nunca a sus lágrimas y a su impaciencia. Un año después del nacimiento de Juan Bautista, Francisca perdió a su suegra, y aceptando la voluntad de toda su familia, se encargó de gobernar la casa de los Ponziani. Lo hizo con tanta disposicion e inteligencia que todos tenían tiempo para cumplir sus deberes religiosos, pues la salvación de sus almas era la primera de sus preocupaciones No podía tolerar que Dios fuera insultado en su casa, y aunque era la más dulce y la más tímida de las mujeres, supo desplegar en esas ocasiones la mayor firmeza. Si alguno de la casa caía enfermo, era ella su enfermera, y la última de sus criadas era atendida por ella como una madre y una hermana; y si el mal presentaba algún peligro iba a buscar un sacerdote, incluso a altas horas de la noche. Se cuenta que estando su cuñada Vanozza seriamente enferma y no pudiendo tomar ningún alimento, quiso comer un pescado que no se le podía proporcionar, Francisca rogó a su Señor que le consiguiera aquel pescado con una fe ardiente y una ingenua simplicidad, y su oración fue escuchada, y Vanozza, habiendo comido de este pescado, recobró la salud.

Cuando una hambruna y la peste se abatieron doblemente sobre Roma, Francisca se mostró de una gran liberalidad en so-

correr a los pobres. Su suegro se alarmó, pues ya había vendido todas las provisiones que no eran indispensables para su uso y el de sus hijos. Es más, sobreponiéndose a toda falsa verguenza, Francisca y Vanozza se hicieron mendicantes para socorrer a los pobres; se las vio estacionadas en las puertas de las iglesias, llamar a las puertas de los palacios, seguir a los ricos en las plazas públicas, recibir con alegría sus limosnas, y también los rechazos y las palabras hirientes. Un día, cediendo a una inspiración repentina, Francisca dijo a su cuñada y a una sirvienta: «Venid conmigo al granero, a ver si con suerte encontramos entre la paja algunos granos de trigo para los pobres». De rodillas, durante varias horas, cribaron la paja y a fuerza de trabajo recogieron unos kilos de trigo que se llevaron gozosas. Lorenzo, el marido, llegó en aquel momento al granero, y en lugar de la paja amontonada, vio como unas cuarenta fanegas de trigo tan dorado y tan brillante que se hubiera dicho madurado en el paraíso y recogido por los ángeles. El mismo prodigio se produjo al querer llevarles un poco de vino, cuando fue recogido por Francisca lo poco que quedaba en un tonel, se comprobó que al instante volvió a estar lleno del vino más exquisito. Una especie de temor reverencial se adueñó de Lorenzo a la vista de estas maravillas y desde entonces dejó a su esposa completamente libre para ordenar sus obras y disponer de su tiempo. Francisca, con el permiso de su director, puso, pues, por obra un deseo largamente esperado: vendió sus ricos trajes, sus joyas, sus adornos, y distribuyó el dinero entre las familias pobres; en adelante no se vistió sino con ropas sencillas y colores poco vistosos. Sus mortificaciones aumentaron; sin embargo, continuó ocupándose de sus hijos, del arreglo de su casa, de ir a visitar los hospitales y a los pobres enfermos en sus domicilios, y de frecuentar las iglesias por la mañana y por la tarde.

A los veinte años de edad dio a luz a su segundo hijo, Juan Evangelista, que fue bautizado el mismo día en que nació. Fue un niño dotado maravillosamente por el cielo, pues a los tres años, ya tenía la facultad de leer y pronosticar el futuro de los hombres. Predijo a su padre que sería peligrosamente herido, lo que sucedió cuando Roma fue invadida por las tropas de Ladislao Durazzo. Tres años después de Evangelista, nació su her-

mana Inés, que era en todo muy parecida a su hermano. La madre, pensando que quizá un día podría ser religiosa, empezó a cuidarla con más cuidado y atención que a sus hermanos.

En 1400 dos mujeres piadosas, Rita Celli y Lucía Aspalli, se unieron al grupo de Francisca y Vanozza. Asistían a los sermones que los franciscanos y los dominicos predicaban algunas veces en la iglesia de *Ara coeli*. Su director espiritual les había permitido comulgar varias veces por semana, práctica considerada en esta época como un privilegio. Uno de los sacerdotes de Santa Cecilia, donde comulgaban habitualmente, escandalizado de esta frecuencia entre mujeres casadas, persuadido de que no podían tener las disposiciones requeridas se aventuró a darles una forma no consagrada. Dios reveló a Francisca aquel fraude e informó a su director. El P. Antonio desveló al culpable el secreto que le había sido confiado y éste, asombrado, confesó su culpa, implorando perdón a Dios y a Francisca.

En esta época de su vida, permitió Dios que el maligno pudiera asaltar a Francisca con violentas y aparatosas manifestaciones, mas estos asaltos fueron siempre vencidos por la gracia y la serenidad de Francisca. Contó que una vez, durante algunos minutos estuvo suspendida por los pelos sobre un precipicio; ella, sin asustarse, se encomendó a Jesús y al instante se vio sana y salva en su casa, este caso tuvo como consecuencia que Francisca se cortase su hermosa cabellera en reconocimiento a Dios que la había salvado del infernal enemigo.

Unos años más tarde, en 1409, comenzaron tremendas calamidades temporales para Roma. Por haber defendido la causa de la Iglesia, Lorenzo Ponziani, como le había predicho su pequeño Evangelista, fue traidoramente herido por un tremendo golpe y se le dio por muerto. Su esposa al llevársele la noticia pareció un instante abrumada por el dolor, pero reponiéndose, levantó los ojos al cielo, perdonó al asesino e hizo el sacrificio de la vida de Lorenzo y de la suya propia. Entonces saliendo al encuentro de los que traían el cuerpo de su marido, observó en él algunos síntomas de vida y envió a buscar a un sacerdote y un médico; inspiró a Lorenzo, en el entretanto, palabras de perdón para sus enemigos y sobre todo para su asesino. Le infundió una firme confianza en Dios y a fuerza de cuidados pudo de-

volverle a la vida. Sin embargo, en estas contiendas el conde de Traya descargó su venganza contra las familias afectas al Papa, siendo una de ellas la de los Ponziani; hizo arrestar al marido de Vanozza, quiso tomar como rehén al joven hijo de Lorenzo, de ocho años, y juró que en caso de no cumplir sus órdenes daría muerte a su tío Paluzzo. Francisca no sabía qué partido tomar; consultar a Lorenzo en aquellas circunstancias podía producirle la muerte, y por otra parte no podía entregar a su hijo. Pensó entonces en esconderlo. El P. Antonio, con el que pudo ponerse en contacto, le ordenó, sin embargo, que llevara al niño al Capitolio; obedeció, sabiendo bien que aquello era como entregar su hijo al tirano. Sin pensarlo más, se fue a la iglesia del *Ara coeli* (que está en el Capitolio, junto a la residencia del antiguo gobernador romano) y prosternada en el interior de la basílica ante la imagen de la Virgen, le pareció oír estas palabras: «No temas nada, estoy aquí para protegerte». Llegó, entonces, a la puerta el conde de Traya, mandó recoger al niño, le hizo subir sobre su caballo y quiso llevárselo; pero la cabalgadura rehusó andar y moverse de aquel sitio. Asustado el conde por tal anomalía, devolvió al niño a su madre que no había dejado de rezar ante el altar.

Después de la muerte de Alejandro V, en 1410, Ladislao vino sobre Roma por segunda vez; engañando al Papa recién elegido, simulando que venía en son de paz, tomó Roma entregándola al pillaje. Aconsejaron a Lorenzo que huyese enseguida y Francisca se vio expuesta a los más grandes peligros, al quedarse sola, sin protección, con sus dos jóvenes hijos Inés y Evangelista. Bien pronto la muerte le arrebató a este último. El palacio devastado fue transformado temporalmente en un hospital en el que Francisca y Vanozza recogían los niños y los enfermos, curando a muchos y convirtiendo otros. Pero los recursos faltaban, y las dos caritativas damas tuvieron que volver a mendigar para sus huéspedes. Se vio a Francisca ir a la pequeña viña que poseía cerca de San Pablo «extra muros» y recoger haces de leña y ramas secas, colocarlo todo sobre un asnillo y atravesar la ciudad, parándose ante las casas de los pobres para repartirles el fruto de sus trabajos. Estos actos de caridad fueron acompañados de muchos milagros en los que los muchos enfermos recobraron la salud.

Un año después de la muerte de Evangelista, su querido hijo se apareció a su madre para revelarle la gloria que gozaba en el cielo, y anunciarle la próxima muerte de Inés. Murió en efecto también su hija y la virtud y fortaleza de Francisca en la fe se vio recompensada con poder tener siempre a su lado —visible sólo para ella— a su pequeño Evangelista. Hacia 1414 cayó enferma de peste, y casi todos la abandonaron temiendo el contagio. Sólo Vanozza se quedó a su cabecera Tranquila en medio de sus sufrimientos, Francisca cumplía sus obras de devoción en cuanto sus fuerzas se lo permitían. Dios no consintió que muriese y después de varios meses de largos sufrimientos, súbitamente quedó restablecida en perfecta salud. Finalmente, a la muerte de Ladislao, quedó restablecida la paz en Roma.

También terminaron los sufrimientos de los Ponziani que pudieron regresar del exilio, siéndoles devueltas sus propiedades. Lorenzo y Bautista, el único hijo que les quedaba, volvieron a su palacio; Francisca, a fuerza de oraciones, obtuvo de su marido que se reconciliara con su enemigo. Lorenzo, renunciando a la vida pública, se entregó casi enteramente a las prácticas de perfección, Francisca por su parte ejercía fuera un apostolado verdaderamente fecundo, convirtiendo de su descarrío, incluso, a un monje benedictino.

Por aquella época la obediencia de Francisca fue recompensada con un hecho prodigioso. Ella y Vanozza pidieron permiso a su director para visitar la basílica de la Santa Cruz de Jerusalén; el director se lo concedió, con la condición de que, durante la peregrinación, no levantaran ni una sola vez los ojos para mirar a su alrededor. Cuando pasaban, de este modo, cerca de San Juan de Letrán, oyeron gritos de terror pues un toro se había escapado y, asustado por los gritos, iba chocándose con todo lo que encontraba. Las dos mujeres continuaron andando tranquilamente, los ojos fijos en la tierra; el toro, a su vista, se paró, permaneció tranquilo y no volvió a su carrera hasta que ellas hubieron pasado. Ellas, al parecer de todos, ni se dieron cuenta de lo acontecido.

Con el casamiento de su hijo Bautista, volvieron las pruebas sobre la familia pues la nuera no debía ser muy devota, sin embargo, gracias a las oraciones de la suegra se la pudo atraer y ponerla en el buen camino. Francisca puso al frente de la casa a la

esposa de su hijo y ella pudo, por fin, entregarse sin reservas al servicio de los pobres y de los hospitales. Fue entonces cuando se empezó a gestar la obra que la convertiría en fundadora de una orden religiosa. Lorenzo le dio completa libertad de acción, poniendo como única condición que viviese en casa y no dejara de guiarle por el camino de la santidad.

La iglesia de Santa María Nuova, cerca del Foro, estaba atendida desde hacía unos cincuenta años por los benedictinos del Monte Oliveto, congregación fundada en 1319 por el Beato Bernardo Tolomeo. La congregación que fundó Francisca quedó constituida sobre este modelo En sus visitas a esta iglesia, Francisca había encontrado, a menudo, otras mujeres, sus amigas y cooperadoras. Una tarde, saliendo de sus rezos, les habló de la Orden de San Benito, de la santidad de su fundador, de las virtudes y buenas obras de sus miembros, y de las facilidades que tendrían en poder participar de sus méritos y de sus privilegios. Acogieron ellas de buena gana estas ideas. El P. Antonio, al que se le habló del proyecto, se mostró favorable, y así se formó la Asociación de las Oblatas de María, admitidas a participar en los sufragios y en los méritos de la Orden de San Benito. El 15 de agosto de 1425, nueve damas romanas junto con Francisca se ofrecieron al servicio de Dios y de la Santísima Virgen, mediante la misma fórmula que utilizan los monjes benedictinos, afiliándose sencillamente a la Orden pero sin emitir votos solemnes. Así se dio comienzo a la Comunidad de la que Francisca fue madre y fundadora. En los primeros tiempos, su director, el P. Antonio, no les asignó ninguna ocupación especial; sólo les recomendó la sumisión más escrupulosa a los mandamientos de Dios y de la Iglesia, moviéndolas a tener siempre una tierna devoción a la Madre de Dios, a la participación en los sacramentos, al ejercicio de todas las virtudes cristianas, y a darse a algunas obras de caridad. Vivían cada una en su casa y sus reuniones tenían lugar cuando, en las fiestas de la Virgen, todas acudían a Santa María Nuova para participar en la misa, comulgar y escuchar la cálida palabra de Francisca a las que todas aceptaban como a su madre en las cosas espirituales, de modo que sus más simples deseos eran para ellas órdenes, sirviéndolas en su conducta como ejemplo a seguir.

En el verano de 1426, Francisca, Vanozza y Rita peregrinaron a la tumba de San Francisco de Asís; se convino en hacer este viaje al estilo evangélico: a pie, sin dinero, sin provisiones y sin las cosas más necesarias. Lorenzo y Paluzzo que habían consentido en la peregrinación, dudaron antes de aceptar esas condiciones. Francisca rogó al Señor para que las dejasen ir pobremente, al final les dijeron: «Id en paz, hacedlo según creáis conveniente, pero rogad por nosotros». De esta peregrinación cosecharon gracias extraordinarias, pero a la vuelta una dura prueba las esperaba: el P. Antonio, su director espiritual, había muerto en su ausencia. Esto causó una pena profunda en Francisca; este docto monje que la había guiado desde su infancia le faltaba en el momento en que ella tenía más necesidad para su fundación. Sin perder ánimo, oró con fervor para tomar otro nuevo guía espiritual y su elección recayó en Juan Mattiotti, párroco de Santa María «in Transtévere», con el que ella se había confesado varias veces. Era éste un hombre de carácter irreprochable y de gran piedad, pero de disposiciones inestables e irresolutas, algo difícil de conciliar para ser un buen director. Su actuación puso a prueba la virtud de Francisca, pero la obediencia y sumisión paciente de ésta, apoyadas en ocasiones en gracias extraordinarias, salvaron todos los obstáculos, para mayor gloria de Dios. Dos nuevas pruebas aparecieron en su camino: el superior mayor de los olivetanos recibió quejas acerca de la nueva afiliación de oblatas y la muerte se llevó a Vanozza, la entrañable amiga y casi hermana de Francisca con la que todo lo había compartido en el camino de la santidad. Como contrapartida, desde aquel momento aumentaron las gracias extraordinarias. Un día oyó una voz dulce y melodiosa que le dijo:

> «Tu camino esta sembrado de espinas, varios obstaculos se han puesto para que tu pequeño rebaño pueda ser reunido Pero recuerda que el granizo no sigue siempre a la tempestad, y que el mas brillante sol resplandece a menudo aun en medio de las mas sombrias nubes»

Animada por estas palabras, estudió los medios de establecer su Congregación, y aprovechando unos días en que estaba ausente su marido, reunió a las oblatas en su casa y les expuso su plan para formar una comunidad. Después de diferentes in-

dagaciones, encontró no lejos de Santa María Nuova un edificio al lado de la antigua torre llamada «Torre de los Espejos» *(Tor di Specchi)* cuya adquisición hizo hacia finales de 1432. Francisca, obligada a quedarse con su marido, no pudo unirse a ellas pero se ocupó de redactar las constituciones y las reglas comunitarias; las nuevas normas comenzaron a tratarse y discutirse «capitularmente» con sus piadosas compañeras. Y como no llegaran a ponerse de acuerdo en todo, convinieron en pedir ayuda al cielo. Se cuenta que Francisca tuvo varias visiones en las que la Virgen, San Juan Bautista y San Pablo le «revelaron» cómo debían establecerlo todo. El resultado fue la serie de normativas que, todavía hoy, observan en su conjunto las *oblatas benedictinas de Tor di Specchi.*

El 25 de marzo de 1433, las oblatas en número de diez, después de haber escuchado la santa misa y comulgado en la iglesia de Santa María «in Trastévere», marcharon en procesión a la casa que debían habitar. Se vistieron el hábito que prescribía la regla y comenzaron una vida de oración y de caridad, no sin ser blanco de murmuraciones y críticas. El papa Eugenio IV confirmó la regla en 1444. Francisca, comprometida como estaba a permanecer junto a su esposo, no pudo seguir a sus hermanas. Estableció una superiora en la casa, y, en el curso de sus frecuentes visitas-estancias entre ellas, no quiso nunca ser objeto de distinción alguna. No ahorrándose ni siquiera de pedir la bendición a la superiora, Inés de Sellis, al llegar y al marcharse del convento.

Tras cuarenta años de matrimonio, pudo asistir final y amorosamente a Lorenzo durante su larga y penosa enfermedad, y cuando le cerró los ojos, con el permiso de sus familiares, se presentó en Tor di Specchi, no como fundadora, sino como una humilde postulante que solicitaba su admisión: al pie de la escalera, se quitó su ropa negra, su velo de viuda, sus zapatos, y se puso una cuerda al cuello; entonces, de rodillas, besó el suelo, y recitando en voz alta el «yo pecador» en presencia de todas las oblatas, pidió permiso para quedarse entre ellas como la más humilde de sus sirvientas. La abrazaron todas al recuperarla, y la vistieron con el sencillo hábito de la Orden y luego la llevaron a la capilla para dar gracias a Dios. A continuación, en el capítulo,

la superiora Inés de Sellis renunció en seguida a su cargo y todas la pidieron que lo aceptase ella; como Francisca se resistiese a aceptarlo, el director Don Juan tuvo que intervenir para ordenarla que lo aceptara.

El 3 de marzo de 1440 recibió el aviso de que su hijo Bautista estaba enfermo y fue inmediatamente al palacio Ponziani. Al llegar encontró a su hijo mucho mejor, no obstante, consintió en quedarse aquel día con su familia. Pero aquella misma tarde Francisca empezó a encontrarse tan débil que apenas podía tenerse de pie, persistió, sin embargo, en volver a pie al convento. Se detuvo durante el camino en la iglesia de Santa María «in Trastévere», y encontrando al párroco y su director en la capilla de los Ángeles le pidió su bendición. Don Juan al ver su palidez y su agotamiento, la exigió por obediencia que volviera inmediatamente al palacio Ponziani para pasar la noche. Fue para ella una dura prueba: presentía que si no volvía ahora a *Tor di Specchi,* no volvería a ver su monasterio. Obedeció no obstante. Durante la noche se le declaró una violenta fiebre y por la mañana Francisca envió a buscar a su director y dar aviso a sus hijas espirituales. Cuatro de ellas acudieron y comprendieron que su partida de esta tierra no tardaría mucho en llegar. La enferma las consoló dulcemente y las despidió al atardecer; sólo quedó con ella Agustina, que permaneció para velarla y fue testigo de un éxtasis. Nuestro Señor se apareció a su fiel servidora, y le anunció que, en siete días, moriría y recibiría en el cielo su recompensa. Durante los dos días que siguieron, sufrió mucho, pero no dejó escapar ninguna queja. Pidió los sacramentos, se confesó, comulgó, y recibió la unción de los enfermos. Piadosas jaculatorias, y aspiraciones al cielo era lo único que salía de sus labios.

En la mañana del 9 de marzo las oblatas vienen a recibir sus últimas instrucciones. Una sola faltaba, Francisca dei Veroli, retenida en cama por una grave enfermedad. Las últimas palabras de Francisca a sus hijas fueron conmovedoras y consoladoras:

> «Amaos las unas a las otras y sed fieles hasta la muerte Satan os atacara como me ha atacado a mí, pero no temais nada, le venceréis por la paciencia y la obediencia, ninguna prueba sera demasiado dolorosa si estais unidas a Jesus»

Después dio las gracias a su director, Don Juan, en su nombre y en nombre de la Orden. En aquel momento, su hijo Bautista entró en la habitación. Echó sobre él una mirada escrutadora y le dijo: «¿Será posible que te hayas peleado con los pobres pastores y que hayas cambiado la gloria de Dios por un trato con el infierno?». Las lágrimas y los signos de arrepentimiento de Bautista ante su madre probaron a los asistentes que no estaba delirando; el hijo confesó ante todos que había consultado en secreto a una bruja para saber si su madre se curaría. Ninguno conocía tales manejos, por lo que la censura de la moribunda cayó sobre él como un reproche directo de Dios y como una advertencia solemne para el resto de sus días.

Al final del día, Francisca estaba ya muy débil. «¿Qué dices?», le preguntó su director, en un momento en que la vio mover los labios. «Rezar las Vísperas de la Santísima Virgen», repitió con voz muy débil. Desde su infancia había tenido la piadosa costumbre de hacer este acto litúrgico en honor a María y quería mantenerla hasta su muerte. Después su rostro se volvió resplandeciente y luminoso. Su confesor le preguntó por última vez qué veían aquellos ojos tan brillantes y vivos: «Veo el cielo abierto —murmuró—. Han llegado los ángeles y el mío ha concluido su tarea; está de pie delante de mí y me indica que le siga». Fueron sus últimas palabras. Una sonrisa maravillosa brilló sobre su rostro y su alma dejó la tierra.

Francisca Romana ha dejado constancia escrita de noventa y siete visiones que ella misma dictó a su confesor. Se encuentra el texto latino de estas narraciones en los bolandistas, *Acta sanctorum,* en el día de su muerte, 9 de marzo.

Muchos milagros siguieron a la muerte de Francisca: una muchedumbre de romanos fueron al palacio de los Ponziani para orar junto a su cuerpo y para intentar llevarse algunas reliquias; siguiendo el deseo por ella manifestado, su cuerpo fue enterrado en Santa María Nuova. Cuando el cortejo pasó cerca de *Tor di Specchi* donde se encontraba la oblata enferma, Francisca dei Veroli, ésta pidió que la sacasen fuera de casa y le dejaran llegar hasta el cuerpo de Francisca; quedó curada con sólo tocarlo.

Aunque desde el primer momento se hicieron indagaciones y se recogieron datos sobre la vida de Francisca y se trabajó

para que fuera canonizada, esto no ocurrió hasta dos siglos más tarde bajo el pontificado de Paulo V en 1608. Interrogado sobre la oportunidad de este acto, el santo cardenal Bellarmino manifestó: «La proclamación de la santidad de Francisca aprovechará de un modo admirable a muy diversas clases de personas: a las vírgenes, a las mujeres casadas, a las viudas, a las religiosas». Después de la canonización la iglesia de Santa María Nuova comenzó a ser llamada «iglesia de Santa Francisca Romana», tal como hoy se la conoce. *Tor di Specchi* sigue albergando a sus hijas, las oblatas benedictinas, con la nota curiosa de ser, en esa sola casa, comunidad y Orden entera, al mismo tiempo.

LUIS M. PEREZ SUAREZ, OSB

Bibliografía

BAUDOT, J CHAUSSIN, L, OSB, *Vie des Saints et des bienheureux* , III (Paris 1941) 197 211

CROISSET, J , SJ, *Ano cristiano Marzo* (Barcelona 1862) 144 151

LEAL, J , SJ, *Año cristiano* (Madrid 1946) 252 256

MORALES, T , SJ, *Semblanzas de testigos de Cristo para los nuevos tiempos Marzo* (Madrid 1944) 91 97

PEREZ DE URBEL, J , *Año cristiano,* I *Enero Marzo* (Madrid 1940) 392-394

SANTA CATALINA DE BOLONIA

Virgen y religiosa († 1463)

Una serie de coincidencias nada comunes van a hacer de esta santa una de las más populares de nuestro martirologio, cuando su vida fue normalísima aunque muy atractiva por vivirla en entrega heroica. Esas coincidencias tienen que ver con la renovación de las religiosas clarisas, sus escritos místicos y el perfume de su cadáver.

Para formarnos una idea del personaje ante el que nos hallamos nos basta repasar la *Chronica seraphica,* que ya en el año 1719, en su quinta parte, bajo el título de la «Vida Admirable de la gloriosa Santa Catalina de Bolonia, Virgen de la esclarecida Orden de Santa Clara», le dedica 158 páginas, escritas a dos columnas.

La enumeración de los capítulos sin más es suficiente para comprender la vida de tan especial mujer santa: nos hablan

de la terrible desolación de espíritu, que padeció la Sierva de Dios por espacio de cinco años. De sus conflictos y tribulaciones. De su profunda humildad, paciencia, obediencia, altísima pobreza, alentada confianza, castidad angélica, rigurosa penitencia, fe obsequiosa, esperanza ardiente, encendida caridad, abrasado celo por la gloria de Dios y de las almas, milagrosa caridad, prodigiosa misericordia, amor tiernísimo al Niño Jesús, ardiente devoción a la Eucaristía y a Cristo Crucificado, milagros con que ya en vida se vio favorecida, singulares favores recibidos...

Y cuando ya nos tiene deslumbrados, el autor serafico pasa a la narración de los hechos históricos y biográficos de la Santa, donde se ponen de manifiesto una amplia serie de acontecimientos, incluso milagrosos, realmente deslumbrantes, de los que forman también parte enfermedades, pruebas, cargos, escritos... verdaderamente deslumbrantes.

Cuesta trabajo, por lo tanto, intentar condensar una vida con tan excepcionales dimensiones en lo divino más que en lo humano.

Catalina nació en Bolonia el 8 de septiembre de 1413, en el seno de una familia de la más exquisita nobleza italiana Su padre Juan era gentilhombre de Ferrara, de la ilustre familia de los Vigri. Su madre Benvenuta Mammolini, de la familia de los Acomobini de Bolonia Muy pronto se traslada a Ferrara, la patria de su padre. A los catorce años fue nombrada dama de honor de la princesa Margarita de Este, hija de Nicolás III, pasando entonces a vivir en la corte, donde recibe una esmerada formación acorde con los sentimientos de aquellos instantes que ya se barruntaban como renacentistas. Catalina aprende latín, música y pintura

Muy pronto, en 1426, se casa la princesa Margarita y Catalina se aleja de la corte. Se une a un grupo de unas cincuenta damas con el objetivo de formar una congregacion piadosa dirigida por Lucía Mascheroni, tomando como sede la casa de ésta. El experimento no cuaja y después de cinco años se fracciona el grupo y Catalina con algunas otras crean una nueva comunidad adheridas al espíritu de las religiosas clarisas. Es el monasterio llamado *Corpus Domini,* también de la Tercera Orden de San Francisco.

En 1432 hace sus votos solemnes y es nombrada maestra de novicias, como reconocimiento a su modélico comportamiento. En 1456 Catalina pasa a una nueva fundación en su ciudad natal, un monasterio con idénticos aires renovadores y conocido con el mismo nombre *Corpus Domini.* Fue acogida con gran deferencia por el legado de la Santa Sede cardenal Besarión, por el arzobispo, las autoridades y el pueblo en masa. Aquí, ahora abadesa, va a imprimir a la fundación un ejemplar aire de reforma. Ella misma se adentra en un especial ascetismo y contemplación hasta llegar a una auténtica unión mística con Dios, de la que son exponente sus escritos místicos.

En esta situación su alma ya plenamente madura es llamada por Dios para unirse definitivamente a Él. Con sólo cincuenta años de edad muere el 9 de marzo de 1463, día de su fiesta.

Las últimas palabras con que se despidió de sus religiosas son realmente admirables por su ternura: «Amadas hijas mías de mi corazón, no lloréis más sobre mí, desperdiciando lágrimas: llorad sobre vosotras y sobre las penas de nuestro Esposo Jesús, para que tenga vuestro llanto mejor y más debido empleo. Su voluntad santísima, movida de solos sus méritos, bondad y misericordia, quiere que hoy salga mi alma de la cárcel del cuerpo a tomar la posesión de la Gloria, entrando en ella por las puertas precisas de la muerte [...] La caridad, con que por la gracia de Jesús os he amado en esta vida, debéis creer que levantará mas vigorosa y más perfecta llama en la otra y hara que mis ojos estén siempre sobre vuestras necesidades y mi corazón dentro de vuestros corazones».

Pero es después de su muerte cuando comienzan los hechos que van a dar singularidad a tan ilustre santa, patrona actual de Bolonia.

Hoy están todos de acuerdo en que Catalina de Bolonia en Italia como Coleta en Francia, han sido instrumentos elegidos por Dios para la renovación de las religiosas clarisas de San Francisco.

Su ascensión hasta la declaración definitiva de su santidad, inicialmente fue un camino difícil y, también, prolongado, porque su ejemplo y su memoria fue vista con desinterés por sus paisanos, por motivos ajenos a la vida de la religiosa. Tienen

que pasar casi dos siglos para ser reconocida santa de forma solemne, realidad que no llega hasta el año 1712. Hay una obra italiana de Boesch Gajano y Sebastiani que trata y esclarece todo el asunto referente a su canonización.

La primera biografía fue publicada muy pronto hacia 1469 por la religiosa Illuminata Bembi, sólo seis años después de su muerte. A partir de la celebridad creada por su obra *Las armas espirituales* se repetirán muchas más a comienzos del siglo siguiente, una de ellas en latín para formar parte de las *Acta sanctorum.*

El segundo hecho, del que no hablan muchos de sus biógrafos, está referido a una situación posterior a su muerte.

Al morir Catalina, antes de ser enterrada, de su cuerpo brotó un perfume exquisito, que llegó a todas las religiosas presentes. A pesar de todo, el cadáver fue depositado en el hoyo correspondiente sin caja alguna, cubierto por un pobre sudario blanco y una tabla. Quizás fuera el deseo propio de la pobre abadesa y quizás también por eso la propia Providencia quiso demostrar que aquella pobreza de los hombres no se correspondía con la riqueza donada por el cielo. Cuantos se acercaban hasta allí sentían el mismo perfume penetrante que en el momento de su muerte.

En los capítulos 33 y 34 de la *Chronica seraphica* se narran una serie de maravillas que acompañaron a su cuerpo muerto.

> «Apenas la sepultaron, cuando rompieron el sepulcro, a pesar de las tinieblas, resplandecientes rayos de luz al modo que los suele despedir el sol en el ocaso
>
> Para ilustrar sepulcro tan glorioso le enviaba el Cielo sus luces en hermosas estrellas, que, tocandole, inmediatamente le servian de antorchas [ ] En testimonio de que al Señor no eran desagradables tales demostraciones, dio repentina salud a todas las monjas enfermas»

Con permiso del confesor, «a los diez y ocho días después del entierro de la Santa [...] colocaron el cadáver incorrupto en una caja de madera». Cuando lo estaban desenterrando, como el cementerio se hallaba en un campo sucedió que cayó un terrible aguacero que amenazaba con inundar todo el convento e incluso los restos de la santa. Pero por la oración de una de las monjas asistentes cesó la lluvia inmediatamente.

«Oh Cielo, de parte de Dios te mando que te pongas claro y sereno, si es tu voluntad que el cuerpo de esta fiel esposa tuya tenga la veneracion que merece»

El cadáver «quiso Dios que, después de muerta, no tuviese su rostro mácula, ni ruga, sino que fuese toda hermosa, como verdadera Sunamitis».

Pero el momento culminante llegó

«apenas quedo el santo cuerpo delante del Altar Mayor, cuando a vista y con estupendo asombro de toda la comunidad, se incorporo en la caja, como si estuviese vivo, y abriendo los ojos, juntando las manos sobre el pecho e inclinando tres veces la cabeza, adoro al Santisimo Sacramento [ ] Hechas las tres adoraciones al Santisimo Sacramento, volvio a acomodarse en la caja, como antes estaba, apagandose al mismo punto los incendios del rostro y retirandole del todo la celestial fragancia y el licor que despedia»

Cuando colocaron nuevamente el cadáver en un ataúd, a pesar de que parte de su rostro había estado comprimido por la tabla y la tierra, cuando le cambiaron el hábito

«comenzo a sudar un genero de licor oloroso, tan extraordinario, que a veces era rojo como sangre viva, otras cristalino como agua, y otras blanco y encarnado como una leche rociada de sangre Fue tan copioso que calo toda la toca»

Pensaron las religiosas que todas estas maravillas eran una acusación contra las limitaciones del primer enterramiento. Por eso, como desagravio, dejaron sus restos expuestos durante algún tiempo a la veneración pública, porque el pueblo se amotinaba pidiendo a gritos conocer el prodigio.

La noticia se había propagado por toda la ciudad y no sólo los boloneses sino Italia entera acudía a contemplar el milagro. A la santa no se la pudo devolver a la tierra sino que se la mostró sentada en un sillón con su cuerpo momificado.

El tercero de los hechos referidos a Santa Catalina son sus escritos. Se agrupan en tres apartados:

— *Las siete armas para la batalla espiritual.*

— *De algunas particulares revelaciones.*

— *Rosario métrico de la vida de la Virgen María y de los misterios de la pasión de Cristo.*

La más celebrada es la primera, pues se refiere a las armas que puede emplear el alma en esta vida hasta llegar a Dios.

Esas armas son la diligencia, la desconfianza de uno mismo, la confianza en Dios, la situación de nuestra peregrinación hasta la muerte, la memoria de los bienes que nos esperan y la memoria de la Santa Escritura

Podíamos acompañar estas afirmaciones con las propias palabras de la santa, que tienen toda la frescura de su sencillez y vivencia. Pero es en la última, la Sagrada Escritura, donde se detiene la santa demostrando a ejemplo de Jesús que aquí tenemos todos los medios necesarios para llegar a Dios, con el ejemplo de Cristo y las virtudes que aparecen en su vida evangélica, formando parte importante de este itinerario la ayuda que nos presta la Eucaristía y el perdón de los pecados. Utiliza con tanto aplomo las palabras evangélicas que parecen más bien propias de un especialista.

La obra se propagó inmediatamente por todas partes gracias a las copias ofertadas por sus religiosas. La primera impresa ya se conoce en 1475. Luego se tradujo a todas las lenguas europeas importantes.

Hoy es reconocida como una de las grandes figuras de su siglo. Incluso hasta los pintores de Bolonia la han elegido como patrona, ya que dominó perfectísimamente la técnica al menos de la miniatura. Pasó muchas horas iluminando su personal breviario de rezos.

La *Chronica seraphica* introduce la vida de Santa Catalina con estas palabras, que a nosotros nos sirven de epitafio laudatorio:

> «Entre estos —frutos de santidad y virtudes— goza uno de los primeros lugares la Ilustrisima y Prudente Virgen Santa Catalina de Bolonia decoroso lustre de la esclarecida Orden de Clarisas y del Templo de la Universal Iglesia Lampara refulgente toda cristales por la Caridad Serafica, toda resplandores por las Heroycas Virtudes de su prodigiosa Vida En ella la veremos caminar con firme planta y hermosos pasos a la remontada cumbre de la perfeccion, hasta llegar a reclinarse en brazos del Amado»

JOSE SENDIN BLAZQUEZ

Bibliografía

Diccionario Espasa Tomo letra C, p 447

GONZALEZ, E , sj, *Chronica seraphica* , Quinta parte (Madrid 1719) c I XLI p 297 455

SPANON, S , «Catalina de Bolonia», en C LEONARDI A RICCARDI G ZARRI (dirs), *Diccionario de los Santos,* I (Madrid 2000) 448-449

SANTO DOMINGO SAVIO

Adolescente († 1857)

Alumno de San Juan Bosco, nació en Riva de Chieri, provincia de Turín (Italia), el 2 de abril de 1842, y ese mismo día fue bautizado. Su padre era herrero y se llamaba Carlos; su madre, costurera, y tenía por nombre Brígida Agagliate; ambos muy buenos cristianos, deseosos de que sus hijos se educaran en la religión y las letras. Niño superdotado, a los cinco años sabía ayudar a misa y a los siete se le admitió a la primera comunión, a pesar de que la costumbre común no la permitía antes de los doce. De su talento son pruebas los «propósitos» que tomó ese día:

> «Primero, me confesare con frecuencia y comulgare todas las veces que me lo permita el confesor, segundo, santificaré los días de fiesta, tercero, mis amigos serán Jesus y Maria, cuarto, antes morir que pecar»

¿No son un patrimonio para las juventudes de todos los tiempos?

A los doce años su padre se lo presentó a Don Bosco. Éste, después de sondearle, le dice: «Me parece que hay buena tela». «¿Para qué puede servir esta tela?» —responde el hijo del herrero y de la costurera—. «Para hacer un buen traje y regalárselo a Nuestro Señor». «Entendido: pues yo soy la tela y usted el sastre, hagamos ese traje». Y así entró Savio en el colegio de Don Bosco, llamado «el Oratorio».

A la entrada del despacho vio un letrero que decía: *Da mihi animas, cetera tolle.* Con el poco latín que ya sabía y la ayuda de Don Bosco, sacó su traducción: «Dadme almas y quedaos con lo demás». «Comprendo —dijo Savio—; es un negocio de cielo, no de la tierra; quiero entrar en él». Y con esas disposiciones entró en el colegio.

Poco después oyó una plática en que el director decía a sus alumnos que: Primero, *es voluntad de Dios que todos nos hagamos santos;* segundo, que como Dios no manda cosas imposibles y, además, ayuda, *es fácil hacerse santo,* aunque no sea de altar; tercero, que *hay grandes premios para quien se hace santo.* Esto confirma a Domingo en sus ideas y propósitos. Decidió hacerse santo. Y

por primera medida escogió un confesor fijo y director de espíritu, eligiendo al mismo Don Bosco. Tenía una idea un poco errada de la santidad, creyendo que era necesario macerarse el cuerpo a fuerza de ayunos y penitencias. Su confesor y director le enseñó que «la esencia de la santidad está en hacer la voluntad de Dios y en servirle con santa alegría». A ciertos reparos del chico, el director le enseñó que «la penitencia que de él quería Dios —pues que no le dispensaba de ella— era: combatir las propias pasiones cuando se desordenen, conservar la paz y alegría de espíritu, sobrellevar con paciencia las molestias del prójimo y las inclemencias y variedades del tiempo, convirtiendo así en virtud voluntaria lo que es necesidad, cumplir alegremente el propio deber y, sobre todo, trabajar por la salud de las almas, ejerciendo apostolado especialmente entre los propios compañeros y en el ambiente en que se vive».

Domingo tomó con todo empeño el desarrollo de este programa de santidad, tan práctico y relativamente tan fácil. Tenía su geniecito: un día que un compañero le gastaba unas bromas demasiado pesadas, Domingo le dio unos arañazos que le hicieron sangre. Quedó tan apesadumbrado, que se propuso refrenarse a costa de cualquier esfuerzo, y lo logró tan perfectamente, que otro día respondió a un bofetón de otro compañero iracundo con estas palabras: «Mira, podía hacer otro tanto contigo, pero no lo hago; ahora, no lo hagas con otros compañeros, que te podría ir muy mal».

Tuvo su pequeña crisis. La lucha y las naturales dificultades, la misma edad, le infundieron cierta melancolía. Su sabio director le advirtió que, «en medio de la turbación, no se puede oír la voz de Dios»; y le repitió la consigna: «Serena y constante alegría; perseverar en el cumplimiento de los deberes; empeño en la piedad y el estudio; participar siempre en los recreos de los compañeros, porque también el recreo puede y debe santificarse; hacerles todo el bien que pueda».

Tan bien comprendió la lección, que se consagró en alma y cuerpo al apostolado, tanto en el internado como en el oratorio festivo, del que era catequista, y en las calles y en el colegio a que iba a recibir las clases de bachillerato, pues el oratorio aún no las tenía, empleando acuciosidad, prudencia, amabilidad,

celo, sonrisa, servicios de toda clase. Dice Don Bosco que «Savio llevaba más almas al confesionario con sus recreos que los predicadores con sus sermones».

Un día dos compañeros del instituto se enfadaron tanto el uno contra el otro, que se desafiaron «a muerte»: las armas eran piedras, y el campo, la explanada de la ciudadela, la hora, una en que nadie pudiera estorbarlos. Domingo lo supo, los acompañó al «campo del honor» (!) y allí, a riesgo de su propia salud, logró amistarlos y hacerlos confesar.

Savio amó el deporte y practicó el canto. Tenía una voz hermosísima. Fue uno de los solistas del oratorio, en las iglesias y el teatro. No sin razón Su Santidad Pío XII lo ha nombrado patrono y modelo de los *Pueri Cantores* del mundo entero. En sus cantos ponía la mayor rectitud de intención: agradar sólo a Dios. Un día que había cantado un solo en la catedral y recibido muchas felicitaciones, le sorprendieron llorando. Preguntado por la causa, respondió: «Mientras cantaba, sentía cierta complacencia; ahora me felicitan..., así pierdo todo el mérito». En la clase se distinguió siempre entre los primeros, siendo esto parte del buen ejemplo que daba a sus compañeros. Sabía que «cada minuto de tiempo es un tesoro».

La caridad entre sus compañeros la practicó de mil maneras: ayudándoles en los estudios y trabajos, avisándoles de sus defectos e irregularidades para evitarles castigos, socorriéndoles en las necesidades, dándoles buenos consejos, consolándoles, interceciendo por ellos y hasta prestándose a sufrir castigos por ellos. En un invierno muy crudo, regaló a un compañero sus guantes, aunque él mismo tenía sabañones. Durante una epidemia de cólera morbo, que azotó la ciudad, se prestó, con otros compañeros, a servir a los apestados.

No podía oír una palabra malsonante y mucho menos una blasfemia sin repararla con una jaculatoria, y frecuentemente avisando al mal hablado; y lo hacía con tanta gracia y caridad, que, lejos de llevárselo a mal, se esforzaban por enmendarse. Cierta vez que compañeros malos llevaron una sucia revista y los chicos se entretenían mirándola, Savio se la arrancó de las manos y la hizo mil pedazos, afeándoles su malsana curiosidad. Otra vez que un corifeo de las sectas trataba de sembrar sus

perversas doctrinas entre los chicos, Savio lo apostrofó, y como no se alejara, le quitó todos los oyentes. No tenía el menor respeto humano, al contrario, era valiente y franco en la profesión de la fe, en la práctica de la oración y en el cumplimiento exacto de todos los deberes del buen cristiano.

Secundó a su maestro en practicar y difundir la más tierna y práctica devoción a María Santísima y a Jesús Sacramentado. En los días en que Roma se preparaba para la definición del dogma de la Inmaculada Concepción, vibraba de entusiasmo, se preparó a la novena con la confesión general y el día de la fiesta estuvo rumiando en su interior algo especial para honrar a su dulce Madre y Señora. Don Bosco vino en su ayuda y así instituyó y perfiló esa admirable «Compañía de la Inmaculada», que pervive en todos los colegios y escuelas salesianas, haciendo un bien incalculable, y cuyo principal objetivo es santificar a sus socios mediante la exactitud en los deberes, el culto a la Santísima Virgen y a la Eucaristía, y el ejercicio activo del celo apostolico. Cuando rezaba el Ángelus y el Rosario parecía un ángel.

¿Y qué decir de su amor a Jesús Sacramentado? Apenas despertaba, su corazón volaba al sagrario. Oía la santa misa como si asistiera a la última cena y a la muerte del Señor en el Calvario. Era feliz cuando podía ayudarla. Ya a los pocos meses de estar en el oratorio su director le dio permiso de comulgar diariamente y hacíalo como pudieran los serafines. Durante el día, y especialmente durante los recreos, hacía frecuentes visitas «al prisionero del altar», ya solo, ya acompañado de muchos condiscípulos.

Fiel alumno de Don Bosco, otra de sus grandes devociones era la del Papa. Lo amaba tiernísimamente, viendo en él al vicario y representante de Jesús. Oraba por él, hablaba de él, narraba sus hechos, secundaba, como podía, sus disposiciones y deseos. Antes de morir, le dio a su director el encargo de saludar al Papa y contarle una visión que había tenido, en la cual le había visto portando el Santísimo a través de un país nebuloso, el cual se iluminaba a medida que avanzaba; y que ese país era Inglaterra.

Nuestro Señor premió tanto amor con gracias y carismas singulares. Un día, durante la misa, después de comulgar, quedó

en éxtasis hasta las dos de la tarde, en que Don Bosco lo sorprendió detrás del altar mayor elevado del suelo y con la mirada fija en la parte que daba al tabernáculo. Despertado, preguntó si ya había terminado la misa. Las dulzuras que en estos raptos disfrutaba no se pueden expresar con palabras.

En sus visitas y en sus comuniones recibía, a veces, mensajes para el Papa, las autoridades, el mismo Don Bosco. Un día, durante el cólera, le sacó urgentemente de su despacho y lo llevó a través de unas callejas, hasta una buhardilla, donde, sin que nadie se hubiera dado cuenta, agonizaba una enferma, la cual así pudo ser asistida en su muerte. Preguntado cómo lo había sabido, miró indefiniblemente a su director y se echó a llorar. Este respetó su silencio

De pronto, una enfermedad misteriosa empezó a minar su salud. Consultado el médico, que era una celebridad, Tomás Vallauri, diagnosticó: «A esta perla de muchacho, tres limas le están royendo contemporáneamente las fuerzas vitales: la precocidad de su inteligencia, la debilidad causada por su rápido crecimiento y la tensión de espíritu». Ésta provenía de su intensa aplicación al estudio —pues deseaba ser un sacerdote sabio y santo—, de la diligencia permanente de excogitar medios de ayudar a sus compañeros y salvar almas, especialmente en las misiones, y el fervor en la oración mental, que había llegado ya a ser contemplación.

En la enfermería ayudaba al enfermero a servir a los otros enfermos.

A pesar de sus deseos de morir en el oratorio, como todos, incluso los médicos, tenían esperanza de que los aires nativos y el reposo le devolvieran la salud, tuvo que marchar a Mondonio, hermoso pueblecito en las rientes colinas del Monferrato. Los primeros días hubo alivio. Según costumbre de entonces para curar la pulmonía, se le practicaron diez sangrías, que él miraba con la sonrisa en los labios y la alegría en el corazón: se unía a su Jesús.

Sintiendo acercarse la muerte, pidió los santos sacramentos, y luego a su padre que le rezara las letanías de la buena muerte, como se hace en el oratorio, y poco antes de terminarlas, abrió los ojos, levanto las manos y dijo: «¡Qué cosas hermosas estoy viendo! ¡La Santísima Virgen viene a llevarme! ¡Adiós, papá!

¡Valor!». Y así expiró. Era el 9 de marzo de 1857. Poco después se apareció a su padre y a Don Bosco, radiante de gloria y al frente de una multitud de niños y de personas mayores. Pío XI lo declaró Venerable en 1938, Pío XII lo elevó al honor de los altares como Beato el 1 de junio de 1950 y como Santo el 12 y 13 de junio de 1954.

Cuatro aspirantes de Acción Católica han hecho de él esta semblanza:

> «1) Fue siempre el primero en todo, por amor de Cristo Rey 2) Vivio de Jesus 3) Entrego su corazon a la Virgen 4) Fue alegremente obediente 5) Fue heroicamente leal 6) Fue eucaristicamente puro 7) Fue siempre alegre 8) Fue apostol 9) Amo al Papa 10) Amo a la patria»

RODOLFO FIERRO, SDB

Bibliografía

CAVIGLIA, A , *Studi di pedagogia salesiana e di spiritualita S Domingo Savio nel ricordo dei contemporanei* (Turin 1957)

FIERRO, R , *Santo Domingo Savio Modelo de juventudes* (Madrid 1954)

JUAN BOSCO, SAN, *Vida de Santo Domingo Savio,* ult ed cast , revisada por E CERIA y el P ALCANTARA (Barcelona [11]1955)

RAGUCCI, R M , *Florecio el lirio* (Buenos Aires)

— Actualizacion

BOSCO, T , *Santo Domingo Savio* (Madrid 1983)

GONZALEZ VINAGRE, A , *Domingo Savio* (Madrid 1995)

C) BIOGRAFIAS BREVES

SAN BRUNO DE QUERFURT

Obispo y martir († 1009)

Se llegó a diferenciar a Bruno y a Bonifacio de Querfurt como dos personajes distintos, pero hoy está claro que fueron uno solo, que se llamó sucesivamente Bruno por su bautismo y Bonifacio por su profesión monacal.

Nació en Querfurt hacia el año 974 en el seno de una noble familia sajona. Tras estudiar en la escuela catedralicia de Magdeburgo, ingresó en la corte de Otón III en la que llegó a capellán, al que acompañó en 998 en su viaje a Italia, y recibió también una canonjía en la catedral de Magdeburgo. Pero en Italia optó

por la vida monástica y profesó como monje en la abadía romana de los Santos Bonifacio y Alejo. Luego conoció a San Romualdo y entonces se decidió por vivir junto al gran fundador, yendose al desierto de Pereo, junto a Rávena, y tomó el nombre de Bonifacio.

Habiendo escrito la vida de San Adalberto, a la muerte del emperador Otón en 1002 se sintió llamado a continuar la obra del gran misionero y evangelizar a los prusianos. Consagrado obispo y recibido el palio de manos del papa Juan XVIII, comenzó a evangelizar entre los magiares junto con varios compañeros Pasó luego a Kiev y de ahí fue al encuentro de las tribus prusianas, entre las que encontro la muerte al ser martirizado con 18 compañeros el 9 de marzo de 1009 en Braunsberg.

SANTOS PEDRO CHOE HYONG Y JUAN BAUTISTA CHONG CHANG-U

Martires († 1866)

Mártires coreanos, naturales ambos de la ciudad de Seúl y ambos tipógrafos de profesión, lo que aprovecharon para la edición de libros cristianos. Ambos eran casados y padres de familia, teniendo el primero 57 y el segundo 55 años de edad al tiempo de su martirio. Los dos colaboraban en la catequesis y tenían licencia del obispo San Simeon Berneux para administrar el bautismo

Detenidos, juzgados y atormentados a causa de su fe, permanecieron firmes en ella, siendo ambos decapitados en el poblado de Nei-Ko-Ri el 9 de marzo de 1866. Fueron canonizados el 6 de mayo de 1984.

10 de marzo

A) MARTIROLOGIO

1 En Apamea (Frigia), los santos Cayo y Alejandro (después del 171), martires

2 En Africa, San Victor, martir (fecha desconocida).

3 La conmemoracion de San Macario († 325), obispo de Jerusalen
4 En Roma, San Simplicio († 483), papa *
5 En Paris, San Droctoveo († 580), abad
6 En Bobbio, San Atala († 626), abad *
7 En Glasgow (Escocia), San Juan de Ogilvie († 1615), presbitero, de la Compañia de Jesus, martir bajo el rey Jacobo I **
8 En Paris, Beata Maria Eugenia Milleret de Brou († 1898), virgen, fundadora de la Congregacion de Hermanas de la Asuncion **
9 En Cortazar (Mexico), Beato Elias del Socorro Nieves († 1928), presbitero, de la Orden de San Agustin, martir **

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SAN JUAN DE OGILVIE

Presbitero y martir († 1615)

En el otoño de 1613 desembarcaba en el pequeño puerto de Leith, a pocas millas de Edimburgo, un apuesto oficial de treinta y tres años, que decía llamarse capitan Watson. No era capitán, ni se llamaba Watson, sino Juan de Ogilvie, jesuita disfrazado, audaz, alegre y agudo. Año y medio más tarde, el 10 de marzo de 1615, después de mil peripecias, ofrecían al joven sacerdote, en matrimonio, a la hija del arzobispo hereje Jacobo Spottiswood en una escena que superaba a toda fantasía. O boda, o muerte: la proposición se hacía en diálogo con la multitud vociferante, desde lo alto de un tablado, al pie de la horca. Minutos más tarde el verdugo tiraba de las piernas del jesuita, para ayudarle gentilmente a dar el último suspiro. Probablemente la joven desdeñada se alegraba en su corazón de no recibir a un marido cojo, con la médula de los huesos reventada en las torturas de los últimos días. Pero la Iglesia, esposa de Cristo, se alegraba todavía más, porque tenía en el cielo a un nuevo mártir de la fe, del primado romano y de la castidad sacerdotal. He aquí cómo ocurrieron las cosas.

En 1572, a la muerte del sacerdote apóstata y dos veces casado, Juan Knox, amigo de Calvino en Ginebra y cabecilla de la Reforma en Escocia, quedaba ya firme y sangrientamente asentado el presbiterianismo en todo el país. Según sus doctrinas, algunos hombres están absolutamente predestinados para el cielo y los mas, irremisiblemente predestinados para el infierno. La

Iglesia sólo es la reunión de los elegidos. ¿Quién sabe, pues, quiénes son los miembros verdaderos de la Iglesia? En el sacramento de la Cena del Señor, el pan y el vino no se cambian en el cuerpo y la sangre de Cristo, que está sólo en el cielo. No hay distinción entre obispos y sacerdotes. No es el Papa el que tiene autoridad sobre la Iglesia. En el orden administrativo, la dirección reposa sobre un órgano mixto de seglares y «ancianos», llamado presbiterio. En el orden legislativo, la única autoridad es Cristo personalmente: por eso ningún rito ni ceremonia es legítimo, si «Dios no lo ha mandado con palabras expresas». De ahí que, como Cristo no lo ordenó explícitamente, en las iglesias presbiterianas no hay altar, ni baptisterio, ni crucifijo, ni velas, ni imágenes, ni, hasta hace muy poco tiempo y sólo en algunos sitios, órgano La oración no tiene fórmulas fijas, sino que queda totalmente a la iniciativa del pastor, el cual predica incansablemente llenando con sus palabras el vacío del culto. Es rigurosísimo el reposo «sabático» del domingo, porque fue mandado por Dios, pero no existe ninguna fiesta litúrgica. La censura de las costumbres es severa y el tono y continente humano de los presbiterianos es sombrío y austero. ¿Quién sabe quién se salvará?, parece preguntarse siempre adustamente el puritano escocés, a quien la aterradora incógnita no le deja lugar para ninguna clase de expansión artística. Del centenar de monasterios que florecían en Escocia no quedó ninguno. Las catedrales fueron desmanteladas como «monumentos de la idolatría y de la arquitectura», ambas cosas igualmente aborrecibles. Knox definió a la Iglesia de Roma como «la última bestia» y al Papa como «anticristo». El Parlamento escocés ordenó en 24 de agosto de 1560 que «nadie dijera misa, ni la oyera, ni estuviera presente a ella bajo la pena de confiscación de todos sus bienes y el castigo corporal a discreción de los magistrados». Knox afirmaba que «una misa era para él más temible que si diez mil enemigos armados desembarcaran en cualquier parte del reino».

En este ambiente nació en 1580 Juan de Ogilvie, de familia noble, donde la madre había conservado la fe católica, pero el padre era uno de los comisarios encargados de descubrir y apresar jesuitas. El pobre hombre temblaba pensando que su mujer pudiera hacer de Juanito un «papista», y tratando de evitarlo le

envió al continente, para que hiciera en Europa sus estudios, en cuanto el chico cumplió trece años. No podía imaginarse que a los dieciséis años sería católico y a los diecinueve ingresaría en la Compañía de Jesús.

Tiempos de formidable transformación del mundo los de la juventud de nuestro héroe. Cuando él nace comienza Rusia la conquista de Siberia (1581), se hace la reforma gregoriana del calendario (1582), desde la América que los españoles exploran penosamente se introduce en Europa la patata (1584), se inventa el microscopio, que abre una ventana hacia el fondo de la naturaleza (1590), se edita la *Vulgata clementina* (1592), se fija la primera tarifa postal en Alemania (1599), Shakespeare puebla de personajes los escenarios del teatro inglés (hacia 1600), Galileo descubre las leyes de la gravitación y del péndulo (1602), los españoles luchan en Flandes mientras *Don Quijote* hace por la pluma de Cervantes su primera salida (1605)... Descubrimientos de tierras, esplendor de las bellas artes, nacimiento de las ciencias exactas, transformación del comercio. Las universidades hablan un lenguaje común y facilitan el trasiego de las ideas y de los estudiantes desde un rincón al otro de Europa.

Juan de Ogilvie había sido puesto bajo la protección de buenos amigos de su padre. Pero ¿quién cierra las puertas al viento y corta el paso a las ideas que llegan hasta un estudiante despejado? Se instruye en la fe en Lovaina, pasa de allí a Ratisbona, luego a Olinutz y más tarde a Viena, donde se hace jesuita. El padre Claudio Aquaviva, a la sazón general, le envía sucesivamente a París y Rouen. Es entonces cuando el contacto renovado con los emigrantes y viajeros de su tierra, cargados de noticias de amigos, de mártires, de peligros, de proezas, le agujonea para que pida a sus superiores la difícil misión de predicador clandestino. Y ya tenemos en Edimburgo a nuestro capitán Watson, si no acaudillando soldados, sí dispuesto a decir misas, esas terribles misas que para el hereje Knox equivalían a diez mil enemigos desembarcados en la costa.

Las leyes abiertamente injustas no obligan en conciencia: si para obedecer a Dios es preciso burlar reglamentos humanos, para el misionero no cabe opción. Entre dejar de instruir, bautizar y decir la misa o celebrar para todo ello reuniones clandesti-

nas, usar disfraces y fingir apellidos, Juan de Ogilvie opta decididamente por la vida ilegal, bajo la constante amenaza de los guardias y de los soplones. En febrero de 1614 le encontramos en Londres consultando en la corte de Jacobo I un proyecto de tregua religiosa. Por Pascua visita París para tratar con su provincial, y el resto del tiempo tan pronto se halla en Edimburgo como en Glasgow, lo mismo en el piso de una viuda, convertido en capilla, que en el corredor de una cárcel a donde ha logrado introducirse fraudulentamente.

No podía faltar la traición, y al cumplirse el año justo de su arriesgado juego con la boca del lobo, una falsa cita le hizo caer en la trampa del arzobispo Spottiswood.

Fue entonces cuando el jesuita dio toda la medida de su valor humano: cabeza fría y clara, respuesta contundente, chanza en los dolores, energía en el mantenimiento de los derechos humanos y divinos contra la letra de la ley y la arbitrariedad. Son notables sus salidas con jueces y verdugos. Al obispo, no legítimamente consagrado, le dijo: «Lego sois y no tenéis más jurisdicción espiritual que la que pueda tener vuestro báculo». La tortura del «quebrantapiernas» consistía en unos anillos que se cerraban sobre la pantorrilla. Por entre ellos y el hueso se introducían cuñas a golpe de martillo, hasta que el hueso oprimido se rompía y la medula se desparramaba. Cuando le amenazaron con el quebrantapiernas, Ogilvie se rió y dijo: «No estimo más mis piernas que vosotros vuestras ligas». Y como los verdugos insistieran en amedrentarle, prosiguió: «No se me da más de las amenazas de todos vosotros que del graznar de otros tantos gansos». Uno de sus guardianes le asegura que le quemarían vivo y Ogilvie replicó: «Pues ningún tiempo más a propósito, porque estoy muerto de frío».

No era cinismo ni bravuconería hueca; en el tribunal no quiso delatar a nadie, se negó a jurar como reo decir la verdad, afirmando su derecho a ser tenido por inocente mientras no se demostraran sus pretendidos delitos, no por confesión propia, obtenida por la coacción y la tortura, sino por pruebas exteriores. Rechazó la autoridad del rey en materia religiosa y defendió el primado del Papa; y lo hizo con una agudeza y una precisión apenas concebibles en quien llevaba nueve noches y ocho días

consecutivos en que no se le había permitido dormir un solo minuto. Fue providencial que un preso católico de una celda vecina pasara diariamente al padre Ogilvie algunas hojas de papel y las recogiera otra vez por debajo de la puerta, una vez que el mártir había escrito su diario. Conocemos así un relato de todas sus aventuras, lleno de humor y de sobrenatural heroísmo.

Al fin fue condenado a muerte: pero, como suele ocurrir, el tribunal tuvo exquisito cuidado en que la sentencia no pareciera recaer sobre opiniones religiosas, sino sobre delitos civiles: se le condenaba por traición al rey y por violación de las leyes del Estado. Y aquí vino la jugada maestra del audaz jesuita, que no se resignaba a morir como un contrabandista vulgar, falsificador de pasaportes, sino que quería ser un mártir.

Sabiendo lo que ganaba el protestantismo con la adquisición de aquella energía y de aquel talento, el ministro Scott prometió al reo, camino del cadalso, la mano de la hija del arzobispo y una buena prebenda si abjuraba. Fingiendo ceder, pero querer seguridades, el jesuita le dijo ante la multitud ávida del espectáculo de su horca: «Repetidme esa oferta con testigos». Repetida que fue, siguió preguntando el jesuita: «Entonces, ¿no se me perseguiría por traición?». «No», contestó el ministro, coreado por miles de voces que gritaban: «¡Baja del cadalso!». «¿Sólo es mi apostasía del catolicismo lo que importa?» —remachó el jesuita, mientras los católicos temblaban de pena y de inquietud entre el público—. «Solo eso» —replicó la multitud—. «Entonces, muero como mártir» —concluyó Juan de Ogilvie—. Y dejó alegremente, encomendándose a la Virgen, que izaran con el nudo corredizo su cuerpo joven de treinta y cinco años. El alma voló al cielo.

Fue beatificado el 22 de noviembre de 1929 por el papa Pío XI y canonizado por el papa Pablo VI el 17 de octubre de 1976.

JESUS IRIBARREN

Bibliografía

ADDIS, W E ARNOLD, M A , art «Presbyterian, Scottish», en *The catholic dictionary* (Londres 1951)
ANTONELLI, G , *Il B Giovanni Ogilvie* (Isola del Liri 1929)
ATTWATER, D , art «John Ogilvie», en *A dictionary of saints* (Londres 1958)

Autobiografia impresa en Douai en latin, en 1615, fue utilizada por los antiguos biografos J E NIEREMBERG, SI, *Varones ilustres de la Compañia de Jesus* (Bilbao 1890) 151s
BROWN, W E , *John Ogilvie* (Londres 1925) Aprovecha y reproduce documentos del proceso
FORBES, J , *L'Eglise catholique en Ecosse a la fin du 16 siecle Jean Ogilvie ecossais* (Paris 1901)
— Actualizacion
St John Ogilvie S J 1579 1615, an illustrated history of his life, martyrdom and canonisation (Glasgow 1979)

BEATA MARÍA EUGENIA MILLERET

Virgen y fundadora († 1898)

La figura y el mensaje de María Eugenia Milleret es de sorprendente y palpitante actualidad por el contexto de su vida, por el proceso de maduración que la llevó a la santidad y por la originalidad de su proyecto apostólico.

Sorprende, ante todo, en su biografía, y es causa de profunda admiracion, la certeza de que Dios actuaba poderosamente en su alma, y esto de forma inesperada.

Lo más frecuente en la vida de los santos es que florecen en el ambiente propicio de una familia cristiana. Santa Teresa de Lisieux, en su total entrega, tuvo la ayuda inestimable de la extraordinaria fe de sus padres y el testimonio ejemplar de sus hermanas que la precedieron y acompañaron en el Carmelo.

No fue éste el caso de la pequeña Ana Eugenia Milleret de Brou. Nació el 25 de agosto de 1817 en la ciudad provinciana de Metz (Lorena francesa), en el seno de una familia poco o nada cristiana. Su padre era un descreído volteriano, y su madre, Leonor de Brou, sin grandes convicciones religiosas, pero mujer atractiva y enérgica, rica de cualidades humanas. El padre, Jacques Milleret, recaudador general de impuestos, había heredado el ilustre apellido, de origen italiano, Miglioretti, que tuvieron sus antepasados, servidores de Francisco I.

Disfruta de excelente posición económica, con tres bancos de su propiedad y una hermosa finca en Peisch, entre Metz y Luxemburgo. Allí, en la capilla del castillo, recibió ella el bautismo, por seguir una tradición familiar, y en ese paisaje transcurrieron los años de su infancia.

Desde 1829, acude a un colegio de inspiración católica en Metz, dentro de las corrientes liberales. Con escasa preparación, la noche de Navidad de ese mismo año, a los 12 de su edad, recibe por primera vez la eucaristía, en la Misa de gallo, acompañada por su madre Tuvo entonces una experiencia íntima, rápida, inexplicable e inolvidable. Ella misma, ya de mayor, contaba así esa honda vivencia fugaz:

> «Me sobrecogio la infinita grandeza de Dios y mi extrema pequeñez Era como sentirme en la presencia de Dios Fue un instante, pero no lo olvido»

El Señor le dio a entender que perdería a su madre, pero que él mismo sería más que una madre para ella, y serviría a la Iglesia que aún no conocía. Fue un presagio de su futura vocación.

A los 13 años, una grave enfermedad la obligó a interrumpir los estudios escolares, que más tarde hubo de continuar ella sola. Se abre un camino que irá descubriendo progresivamente para vivirlo cada vez con mayor entrega hasta su muerte, en 1898. Numerosas pruebas la van asociando a la pasión y resurrección de Cristo: la temprana desaparición de sus hermanos Carlos e Isabel, el hundimiento y la ruina completa del patrimonio familiar en la revolución de 1830, hasta vender la casa de Metz y la finca de Peisch.

El matrimonio no se entiende, y el fracaso llega a la dolorosa separación que tanto afecta a los hijos. Ana se va con su madre a París donde, para colmo de males, ésta fallece víctima del cólera en 1832. Duro golpe. Su padre no la lleva consigo, la confía a unos amigos. Y María Eugenia, a sus quince años, queda en absoluta soledad.

El ambiente mundano de la familia que la acogió en Chalons, envuelto en frivolidad y, más tarde, en París, la compañía de sus primos, poco practicantes, la sumieron en honda crisis de tristeza, perdida en la barahúnda de la gran ciudad. Estos terribles sufrimientos interiores hicieron más hondos sus angustiosos interrogantes sobre el sentido de la vida y de la muerte, predisponiéndola a escuchar la voz de Dios: «Mis pensamientos son un mar agitado que me cansa y me pesa».

Entonces —primavera de 1836— es cuando le llegan al corazón las Conferencias cuaresmales del famoso predicador do-

minico, P. Enri Lacordaire, restaurador de la orden en Francia, predicadas en la catedral de Notre-Dame. Más tarde ella misma escribe:

> «Su palabra respondía a todos mis pensamientos, me infundía una generosidad nueva, una fe que por nada debía vacilar Yo estaba realmente convertida y había concebido el deseo de entregar todas mis fuerzas, o mas bien toda mi debilidad, a la Iglesia, que era la unica, de ahora en adelante, que tenia el secreto y el poder del bien»

Por eso repetirá una y otra vez: «Mi vocación viene de Notre-Dame». Allí sintió la llamada de Dios y allí le abrió sus puertas. Pero, ¿cómo realizarla?

Preparada como estaba por la vida, con la energía y las cualidades humanas heredadas de su madre, la plena apertura a las necesidades sociales de su tiempo admiraba vivamente a los católicos que habían tomado conciencia de los cambios y signos de la época: Lamennais, Montalembert, Ozanam, Cazalès, Veuillot. En sus notas nos dice: «Soñaba en ser un hombre para ser profundamente útil como ellos».

Ante la mediocridad y el egoísmo de su propio ambiente, quería inventar nuevas estructuras de libertad, de justicia y de fraternidad, colaborando así con el catolicismo social del siglo XIX, después de la tormenta revolucionaria despegándose de las frecuentes y anacrónicas actitudes eclesiales, nostálgicas del pasado.

Al año siguiente, 1837, en la iglesia de San Eustaquio, escucha la predicación ardiente del abate Combalot, un sacerdote rebosante de celo, que estaba entre los discípulos del tan discutido Lamennais y el grupo de L'Avenir. Combalot proyectaba una nueva congregación religiosa para transformar la sociedad por medio de la educación de la mujer; juzgó que Ana Eugenia era la persona que estaba buscando para ponerla en marcha, y así se lo propuso cuando conoció, a través de la dirección espiritual, las excepcionales condiciones de su penitente.

Después de varios intercambios y dudas, Ana Eugenia se decide a iniciar la obra, y así, el 30 de abril de 1839, se reúne con su primera compañera para comenzar la vida de comunidad. Meses más tarde se les unen otras dos, organizándose una especie de noviciado, primero, en las benedictinas de la calle

Santa Genoveva, en París, y más tarde, en el Instituto de las visitandinas, Côte de St. André, en el Delfinado Éstos fueron los comienzos de la nueva congregación religiosa, consagrada a Ntra. Señora de la Asunción. Sus miembros unirían la contemplación a las tareas educativas de la juventud femenina, principalmente de la buena sociedad, de la aristocracia liberal, tan necesitada.

Ana Eugenia fue perfeccionando su formación con estudios de teología dogmática y moral, Sagrada Escritura y pedagogía.

Combalot hizo en 1841 un esbozo de regla. Era un predicador ardiente, pero un tanto inestable; carecía del vigor y de la tenacidad serena que necesita un buen organizador. Pronto surgieron los conflictos que por su autoritarismo se multiplicaban, hasta que él mismo pidió que eligieran entre Ana Eugenia y él. Todas se agruparon en torno a ella. Combalot marchó a Roma y fueron confiadas al arzobispo de París, Mons. Affre. La Providencia les deparó el apoyo luminoso del que iba a ser fundador de los PP. asuncionistas, el abate Alzón.

La autoridad eclesiástica manifiesta recelos ante un proyecto que no parecía realista La joven fundadora, buscando solución a la crisis, escribe al arzobispo y le explica la urgente necesidad del proyecto y la eficacia esperanzadora de las nuevas pedagogías, y obtiene el permiso para continuar la obra y abrir el primer colegio en París, al llegar la primavera de 1842. Afluyen numerosas alumnas hasta que se instalan en Auteuil, donde continúa aún la casa generalicia

El día de Navidad del 1844, las cuatro primeras madres emitían los votos perpetuos, y Ana Milleret tomó el nombre de María Eugenia de Jesús.

El pequeño árbol que había sido necesario dejar morir, comentaba Pablo VI en la homilía de la beatificacion, echa muy pronto raíces fuera de Francia y se extiende hasta África del Sur, en Inglaterra, en España, en Italia y en Oceanía, en las Islas Filipinas y America Latina, adquiriendo desde sus comienzos dimensiones internacionales.

La Congregación, después del «Decreto de alabanza», 2 de abril de 1855, obtuvo de León XIII la aprobación definitiva de las constituciones el 11 de abril de 1888. La regla armoni-

za orgánicamente la vida de contemplación con las obras de apostolado.

Dado el objetivo principal de la Congregación, se les pide a sus miembros especial preparación intelectual en las materias de su enseñanza, la recitación del Oficio divino, plegaria oficial de la Iglesia, y centrar su vida de apostolado en Cristo Eucaristía.

La madre María Eugenia de Jesús gobernó a sus hijas con sabiduría y prudencia hasta su santa muerte, el 10 de marzo de 1898, en Auteuil (París). Al encontrarse con el Señor, pudo repetir el lema de toda su vida, que llevaba grabado en el anillo: «Señor, tú sabes que te amo».

La causa de beatificación y su proceso se inicia el 17 de abril de 1940; y el 25 de julio de 1962, Juan XXIII proclamó la heroicidad de sus virtudes. Pablo VI la beatificó el 9 de febrero de 1975, primera de las beatificaciones de aquel Año Santo. En esa fecha la Congregación contaba con 1.800 religiosas, en 30 países, y 200 comunidades; 44 casas en España, con 300 religiosas.

El Papa, en su homilía, no sólo presentó la ejemplar y extraordinaria figura de la fundadora, sino también la actualidad y la originalidad específica de las religiosas de la Asunción. Suyos son estos textos finales:

> «Ha llegado ya el momento de contemplar de frente la originalidad de esta familia religiosa. La Madre María Eugenia se preocupa extraordinariamente de lo que considera como los dos ejes esenciales: la adoración y la educación, y que resumirá posteriormente en dos lemas: "Laus Deo" y "Adveniat regnum tuum".
>
> Ella da una explicación de esto: "Las religiosas dedicadas a la educación tienen más necesidad que otras personas de reconfortarse en la adoración". Coincide en esto con Teresa de Ávila: "¿No constituirá una pretensión absurda querer regar un jardín dejando de captar las aguas del pozo o del arroyo?". "Al buscar cuál debe ser la nota más característica de nuestro Instituto —continúa nuestra beata— me encuentro siempre detenida ante este pensamiento: que en todo y de todas formas debemos ser adoradoras y defensoras de los derechos de Dios".
>
> Tú eres hija de la Asunción. Este misterio que pertenece más al cielo que a la tierra, es un misterio de adoración... Si en alguna ocasión ha existido una adoradora en espíritu y en verdad ésta ha sido, indudablemente, la Santísima Virgen. Fe, silencio, oración, unión, son palabras que se repiten espontáneamente en sus confidencias y en sus directrices. Y, siguiendo su ejemplo, un verdadero ejército

de adoradoras da testimonio de que Dios es lo máximo, y busca en la oración prolongada el significado y la fecundidad de su acción.

En suma, la madre Milleret, que ha hecho converger hacia sí y hacia sus hijas la espiritualidad de San Benito, de San Juan de la Cruz y de San Ignacio, quiere una familia religiosa apasionada por continuar el misterio de Cristo que ora y que enseña». *(Ecclesia* [1975] p. 307-311).

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

Breve de beatificación: *AAS* 67 (1975) 244-255.

CHIERETTI, L., *Maria Eugenia di Gesu (Anna Milleret de Brou),* en *Bibliotheca sanctorum,* t VIII col.1.064-1.065.

PABLO VI, «Homilía en la beatificacion de María Eugenia Milleret (9 de febrero de 1975)»: *Ecclesia* (1975) n.1731 p.307-311.

POINSENET, M. D., *Fuego verde al final de un siglo* (París-Friburgo 1971).

QUIROS, A., «Beata María Eugenia Milleret», en J. A. MARTINEZ PUCHE (dir.), *Nuevo año cristiano. Marzo* (Madrid 2001) 111-117

ELÍAS DEL SOCORRO NIEVES

Presbítero y mártir († 1928)

Elías del Socorro Nieves Castillo nace el 21 de septiembre de 1882 en la minúscula isla de San Pedro, ayuntamiento y laguna de Yuriria, estado mexicano de Guanajuato. Y muere mártir el 10 de marzo de 1928 en la carretera que une La Cañada de Caracheo y Cortázar, no lejos de la ciudad de Celaya. Ramón y Rita, sus padres, católicos practicantes ellos y de sanos principios, eran humildes agricultores tirando, más bien, a hogar pobre que a familia de posibles. Elías viene al mundo con dificultades a las seis de la mañana, en vista de lo cual, y puesto que se debate entre la vida y la muerte y se teme lo peor, se le bautiza una hora después en la iglesia de la parroquia, ceremonia que oficia el sacerdote diocesano secular don Pablo Juárez, vicario parroquial, con licencia del párroco agustino Blas Enciso, más tarde preconizado obispo de Linares y muerto a comienzos de 1885, antes de haber sido consagrado.

El sacramento de la confirmación llega el 1 de septiembre de 1883 por las manos del arzobispo michoacanense José Ignacio Arciga; actúa de padrino Manuel Guzmán. El día de San

José de 1890, frisa ya la criatura los ocho, recibe la primera comunión de manos del entonces párroco Fray Rafael Villafuerte en la ermita de Santa María, primer templo construido por los agustinos cuando asentaron sus reales en Yuriria (apócope de Yuririapúndaro), ciudad que a la llegada de los españoles en 1522 contaba con unos 6.000 habitantes: tarascos, otomíes y chichimecas. Cuentan las crónicas de familia que el pequeño Mateo Elías (nombres bautismales: había nacido el día de San Mateo) dijo entonces que de mayor quería ser como el padre que le había dado la primera comunión.

Fueron los agustinos, en efecto, quienes hicieron de Yuriria un pueblo cristiano, laborioso y próspero: hubo que sanear sus terrenos pantanosos, reconvertir su potencial hidráulico y estimular sus múltiples posibilidades. Pronto alzaron allí los hijos de San Agustín convento e iglesia adyacente, majestuoso complejo religioso-cultural desde el que siempre atendieron solícitos a los lugareños. De hecho, nunca llegarían a abandonar Yuriria, ni siquiera después de conseguida la independencia, y supieron en todo momento guardar entre aquellas buenas gentes un difícil equilibrio conciliador cuando las fuerzas de «carrancistas» y «villistas» estuvieron enfrentadas entre 1912 y 1918.

A la formación del pequeño Mateo Elías contribuyeron tres importantes factores: la familia, la escuela y la parroquia. Los tres le ayudaron a forjar un temple fuera de lo común, puesto muy pronto a prueba por la tuberculosis aguda que lo tuvo al borde de la muerte, hasta tal punto que en la Nochebuena del año 1894 se le administró la unción de los enfermos y el viático, crisis que él superó sereno, con elevación de espíritu y una extraña seguridad de sí mismo, convencido de que saldría bien librado de aquélla, pues «tenía que ser sacerdote». La trágica muerte de su padre vendrá un año después a curtir aún más su corazón sufrido, ya que, de momento, da al traste con las ilusiones vocacionales: a sus trece años no tiene más remedio que aparcar los estudios y ponerse a trabajar para sacar adelante a toda la familia. De su atractiva sencillez brotó generoso el perdón hacia los asesinos del papá, como en su tiempo había hecho con los de su esposo Santa Rita, cuyo nombre ahora llevaba su madre.

El año de 1900 se abrió para la familia con el traslado a Celaya, ciudad a la que habían sido invitados por el primo hermano agustino Adeodato Castillo. Mateo Elías trabaja como bracero y su hermana de costurera. Habrá que agarrarse a un clavo ardiendo, a lo que sea, con tal de ganar honradamente unos dineros que permitan a la familia salir adelante. Dentro de una extrema pobreza saben conjugar maravillosamente el verbo compartir, lo que permite ir paliando no pocas necesidades surgidas en el seno familiar, sensiblemente incrementado con la incorporación de algunos parientes.

Pero el paso de los años no consigue apagar la llama de su vocación. De modo que se las agencia como puede y se aplica hasta bien entrada la noche para estudiar, a la melancólica luz de un quinqué, algunos libros comprados de segunda mano para irse abriendo camino llegada la hora del ingreso. Le ayuda en el latín un tío suyo franciscano, Antonio, aunque por muy breve tiempo, ya que, como las desgracias, según dice el refrán, nunca vienen solas, el pájaro negro de la muerte no tarda en cobrarse las preciosas vidas, en menos de una semana, del tío Antonio y de su mamá Rita. Diríase que cada golpe demoledor de aquéllos, lejos de arredrar al joven, le reafirmaba más y más en sus convicciones. El nuevo caso de tan contradictorio signo se presenta al alba del siglo XX: el 1 de enero de 1901, en efecto, fiesta de la dedicación del Santuario de la Preciosa Sangre, su primo hermano el padre Adeodato, al recibirle en el atrio de la iglesia donde fuera bautizado de niño, se le descuelga con este imprevisto comentario, decepcionante como una ducha de agua fría: «Elías, quítate esa idea de la cabeza. ¿Cómo vas a ser agustino y sacerdote, si no podrás con el colegio?».

Y, sin embargo, pudo. Venciendo múltiples obstáculos, es cierto; esforzándose contra viento y marea, faltaría más, pero pudo. Su biografía trae a la memoria, en este aspecto, estampas bíblicas del Nuevo Testamento, diáfanas de fe, ungidas de esperanza, calientes de amor como la del ciego de Jericó suplicando a Jesús poder ver: Mateo Elías, en efecto, de puro haber tenido que estudiar en precarias condiciones, muchas veces a la tímida luz del quinqué, sin comer apenas, falto de vitaminas, había terminado perdiendo practicamente la vista. Pero Dios se le allega

corazón adentro con inspiraciones de lo alto y mediaciones humanas que lo ponen en manos de buenos médicos. En adelante, eso sí, tendrá que usar lentes de por vida. Las oraciones a la Virgen del Socorro y la ayuda material de doña Soledad Orozco hicieron esta vez el «milagro». Tampoco aquí las reiteradas negativas, como en el caso de Santa Rita, pudieron doblegar la voluntad ni detener el entusiasmo por abrazar la vida agustiniana. Cosa que ocurrió el 19 de enero de 1910, pontificado de San Pío X. Ese día toma el santo hábito de la Orden de San Agustín junto a sus paisanos Rafael Díaz y Raimundo Pardo.

Será Raimundo quien atestigue más tarde acerca del recogimiento y espíritu piadoso, de la radical obediencia, de la prontitud en aceptar las correcciones, en resumen, de su acabado ejemplo de fraternidad agustiniana para todos. Al año justo de noviciado, 20 de enero de 1911, emite la profesion religiosa de votos temporales ante su provincial, Miguel Zamudio Martínez. Toma entonces como nombre Elías del Socorro, en honor de la advocación de su Virgen y Madre del Socorro, a la que tanto había recurrido en momentos de zozobra. De manera que Mateo Elías pasa a llamarse y firmar en adelante: Elías del Socorro Nieves, como queriendo significar que nace a la vida religiosa de las manos de María, bajo el título del Socorro, que los agustinos por doquier propagan y que, en su caso, tiene muy claros matices biográficos.

Era entonces Elías, al decir de su provincial, sencillo, fervoroso y jovial. La alegría con que vivía la vocación religiosa iluminaba diariamente su rostro de profeso agustino entregado en Aguascalientes, ciudad a la que se le envió para completar en el seminario los estudios eclesiásticos de filosofía y teología. La convivencia esos años con seminaristas seculares, futuros pastores de almas, será de impagable ayuda con el correr del tiempo en el ministerio de la parroquia. Por otra parte, las notas que saca son cada vez mejores: su inteligencia va despejándose poco a poco, lo que viene a probar que los estudios, a medida que se opera en él ese progresivo desarrollo de sus encogidas aunque reales facultades, le van abriendo a más anchurosos horizontes. Los problemas que se le plantean a la Iglesia en México durante estos años de formación seminarística irán asimismo desple-

gando las velas de su inquieto corazón para cuando llegue la borrasca.

Elías profesa de solemnes en 1914. Siguen poco después los otros pasos hacia el sacerdocio: órdenes menores, subdiaconado y diaconado. Hasta que llega, por fin, el tan ansiado día: aquel 9 de abril de 1916, en efecto, ya en el pontificado de Benedicto XV, con 33 años a las espaldas, es ordenado de presbítero en la iglesia parroquial de San José de Aguascalientes por la imposición de manos del obispo Ignacio Placencia y Moreira. Pasados tres meses, así era entonces la costumbre, concretamente el 2 de julio de 1916, canta su primera misa en la iglesia parroquial de Yuriria. Él mismo había elegido ese día por ser fiesta de la Visitación y, en consecuencia, memoria de la advocación mariana del Socorro. Predicó en tan solemne circunstancia el agustino Fulgencio Villagómez, párroco entonces de Yuriria, tomando como lema del sermón el Salmo 46: «Pueblos todos, batid palmas, aclamad a Dios con gritos de júbilo».

La Providencia dispuso que el primer destino fuera precisamente su parroquia natal, con las más de treinta rancherías a la redonda. En noviembre de 1916, Adeodato Castillo pide al provincial que su primo Elías le eche una mano como vicario en San Nicolás de los Agustinos. Esta vez no hay ducha de agua fría: el año de ministerio compartido basta para evidenciar al primo el error de su diagnóstico años atrás: «Pos mira tú, diatiro, me equivoqué cuando te decía que apenas servirías para el otro arado y que en este de Cristo se te quebraría la reja [...] Pero ni siquiera te salen los surcos chuecos...».

En noviembre de 1917 le reclama el confesonario de Aguascalientes. Será la plataforma desde la que demostrar sus excelentes dotes como maestro de espíritu. Era la suya, en verdad, alegría contagiosa que le permitía hacerse cercano y cordial entre los fieles. Iba directo a la Palabra de Dios, con finura de forma y hondura de espíritu, y el Evangelio por brújula y bandera de puro llevarlo siempre en el corazón Los testimonios orales y escritos que de entonces se conservan, gracias no sólo a sus cartas, sino a las referencias de contemporáneos, destacan en nuestro bienamado P. Nieves una obediencia, una sencillez y una bondad admirables.

A finales de 1919 vuelve a Yuriria de vicario. Tiempo, éste, de hondas pruebas interiores por haber sido víctima de celos, envidias y calumnias, producto de pasional rencor y de imprevistas neurosis en el cercano entorno. Salió inocente de todo, sí, mas no sin haber sangrado antes su corazón sensible hasta ponérsele la suave y tersa piel del alma en carne viva. Es lo cierto, por lo demás, que una madurez así acrisolada facilitó el primer destino como vicario fijo en Peñícuaro, junto al estado de Michoacán, pueblo con muchos indígenas, donde puso en marcha la catequesis con grupos parroquiales de niños, jóvenes y adultos. Los testimonios del nuevo destino revelan su generosa entrega a los pobres, su austeridad de vida y su absoluto abandono a la oración.

Tras sucesivos servicios pastorales en ciudades y pueblos, llega el nombramiento que va a ser en él definitivo: a partir del 2 de diciembre de 1921 ejercerá, hasta su muerte, de «vicario fijo» en La Cañada de Caracheo, pueblo bastante mal comunicado con la sede municipal, sin luz eléctrica, ni escuela, ni médico, de tres mil habitantes no más, mil de los cuales, aproximadamente, diseminados por las rancherías. Era entonces el «vicario fijo», en realidad, un coadjutor dependiente de la parroquia central, pero con demarcación territorial propia y jurisdicción de cuasipárroco. Lo primero que tendrá que hacer el P. Nieves no bien haya llegado a la parroquia será rematar las obras del templo, avanzadas ya, es cierto, pero inconclusas todavía, cosa que ocurre en noviembre de 1923, pontificado de Pío XI. En 1925, como recuerdo de aquel Año santo jubilar, costea y coloca un reloj, con carillón, para propagar la hora de Dios por el pueblo y las montañas. Todavía hoy es llamado «el reloj del Padre Nieves».

Los testimonios de sus parroquianos de entonces podrían reducirse a esta declaración de José Sierra Vera: «Dio ejemplo de mansedumbre, de paciencia y de celo por el cumplimiento de sus deberes sacerdotales. Dio pruebas de mucha confianza en Dios». A ejemplo de Jesús en el Evangelio, también él conocía a sus ovejas por el nombre y por la voz (cf. Jn 10,3-14), lo que muchas veces cristalizó en solicitudes de éstas para resolver problemas y remediar necesidades, cuando no en prontitud por

su parte a la limosna para atajar casos desesperados. Amigo y aliado de los pobres, también los niños se dejaban ganar por su bondad: a veces una golosina, en ocasiones una caricia, de cuando en cuando una estampita, siempre cercanía y cariño, en todo momento ternura y amor. Todo su afán consistía en procurar que sus parroquianos fueran hombres de Iglesia, de sacramentos, de oración personal y comunitaria.

Pero en su México lindo iban a soplar sin tardanza vientos huracanados a causa de las revueltas de «agraristas» y «cristeros», y de la persecución del presidente Calles. Pasado el vendaval, se irá comprobando que la vorágine se ha llevado por delante muchas vidas humanas y la persecución religiosa habrá tronchado en flor un sinfín de plantas en el exótico jardín mexicano: una de ellas, preciosa de veras, la del P Nieves. Entre otras disparatadas determinaciones, ordenó el Gobierno que los sacerdotes se concentraran en la capital, abandonando sus parroquias rurales El episcopado aconsejó a los sacerdotes atender en lo posible a los fieles privadamente, y de ese modo mantener a salvo sus vidas: no querían obligar a los sacerdotes rurales a permanecer en sus puestos, dada la heroicidad de semejante decisión, pero tampoco prohibir, a quien lo prefiriese, la clandestinidad: los sacerdotes así podían celebrar en las casas o en las cuevas y algunos fieles cristianos llevar la comunión a los enfermos. Como es lógico, eran severamente perseguidos donde estuvieran, no ya sólo por impedirles el ejercicio del ministerio, sino también para apresarlos y llevarlos a México capital. Muchos, por desdicha, fueron vilmente asesinados, sin juicio previo, sin defensa posible, con la ferocidad y el sadismo propios del odio salvaje contra la fe. Fue el caso de nuestro Beato.

El temporal de la persecución descargó sobre La Cañada cuando caía la tarde del 7 de marzo de 1928, miércoles de la segunda semana de Cuaresma. Elías del Socorro llevaba viviendo catorce meses en una cueva de los montes cercanos. Quince días antes, el 22 de febrero, había celebrado a escondidas la misa parroquial e impuesto la ceniza. Gracias a Dios, su celo pastoral había conseguido mantener a sus feligreses apartados cuando la furiosa reacción armada de los «cristeros» contra las

represivas disposiciones gubernamentales. El culto público, eso sí, estaba prohibido. Así que el capitán del destacamento militar del Regimiento de caballería que se apoderó del pueblo, Manuel Márquez, mostró pronto interés en detener al religioso. En ese tira y afloja de unos soldados en su busca por el pueblo y alrededores, y de él hallando refugio aquí y allí entre los parroquianos más generosos o por los riscos más inhóspitos y mejor a reparo de posibles pesquisas, nuestro agustino sopeso pros y contras de si adelantarse o esperar, salir al encuentro como Cristo en el Huerto de Getsemaní (cf Mt 26,46, Jn 18,4), o aguantar prudentemente en el escondite, como tantos santos y dignísimos pastores en la historia de las persecuciones. Él, en cualquier caso, estaba dispuesto a todo y tenía bien asumido que «el buen pastor da la vida por las ovejas» (Jn 10,11).

La hora del prendimiento sonó a media mañana del 9 de marzo, de paso él, como un lugareño más, por el rancho San Pablo y cuando el pelotón de soldados de refuerzo acordonó de pronto los alrededores. Aunque de paisano entre los rancheros, sus gafas delataban sin querer la pinta de cura. El diálogo fue breve:

—«Usted es el cura».

—«Sí, soy sacerdote».

—«Pues dése por preso».

Lo demás, los parroquianos con él apresados, el diálogo que siguió, el interés de los feligreses por salvarle la vida pagando en oro a los captores, las vicisitudes de aquellas horas trágicas, tal y como la historia ha sido narrada por testigos oculares, es digno de las más antiguas actas martiriales. Fusilados y rematados los Sierra tras haberse confesado con él, Manuel Márquez, el capitán, se le adelanta pistola en mano: «Ahora le toca a usted. A ver si morir es como decir misa».

La respuesta prueba que el Espíritu Santo se encargó de refrendar también aquí la promesa de Jesús, poniendo en sus labios palabras llenas de sabiduría: «Has dicho verdad, hijo, porque morir por la Religión es sacrificio agradable a Dios».

El Gólgota le aguardaba junto a un poste de teléfono, cerca de un puente sobre el camino real, a medio camino entre Las Fuentes y Cortázar, apenas dos kilómetros distante de esta po-

blación, en un paraje denominado El Llano. Nervioso ante la serenidad del religioso que había dicho estar listo para el sacrificio, el capitán le pregunta la hora. El P. Nieves entonces alarga con sus manos el reloj y su cobija al capitán, diciéndole: «Aquí tiene este reloj y esta cobija, por si un día pueden servirle».

Quiso dar su bendición en señal de perdón a los soldados, quienes se arrodillaron para recibirla. Pero el capitán pasaba de bendiciones y de gestos rituales: «Yo no necesito bendiciones de curas, me basta mi pistola».

Sonaron varios disparos y el P. Nieves empezó a desplomarse mientras trazaba la señal de la cruz, musitando entre los estertores de la muerte: «Dios te perdone, hijo mío. ¡Viva Cristo Rey!».

El despiadado capitán tuvo aún sangre fría para acercarse a darle el tiro de gracia. Perpetrado el crimen, salió con la tropa a *galope tendido, como alma que lleva el diablo, cual si quisiera* huir de los remordimientos que, en feroz carrera persecutoria, le seguían a la grupa como jauría de mastines. Un pastorcillo se encargó de avisar en La Cañada, una vez descubierto el cadáver. Luego, una especie de silencio cómplice se extendió por el lugar a manera de sudario, como queriendo acallar el grito desgarrador de la tragedia. Todo había ocurrido a las tres de la tarde. Igual que a Jesús en el Gólgota. Ese 10 de marzo, el P. Nieves, que no había podido celebrar, pudo así cantar la misa solemne con la Pascua de su propia vida.

Los restos mortales fueron depositados al día siguiente en un lugar del Panteón municipal de La Cañada de Caracheo. Allí reposaron hasta el 18 de noviembre de 1935, fecha del traslado a la iglesia parroquial, junto al altar del Sagrado Corazón. La fama de mártir corrió celérica por los más remotos rincones del país. Su mismo verdugo Márquez, que treinta años después conservaba todavía la cobija y lentes del P. Nieves, no cesó de repetir en diferentes entrevistas concedidas entre 1957 y 1958 que lo que había comunicado en el parte «es la mentira oficial, porque así acostumbramos nosotros», pero el «Padre Nieves murió como un héroe y como un santo».

Gran capacidad de trabajo la suya. Tenaz en sus propósitos, sincero, jovial, enemigo de la mentira, de natural tímido, pro-

fundamente piadoso, desprendido ante las necesidades ajenas, humilde recibiendo las reprensiones, sin asomo de resentimiento contra sus ofensores, agustino de corazón inquieto, sacerdote íntegro, celoso pastor de almas, profundamente mariano, contemplativo de vocación y de acción, entrañable con sus feligreses, radicalmente identificado con la cruz de Cristo, mártir a carta cabal. La santa Madre Iglesia así lo entendió el 12 de octubre de 1997 con la solemne beatificación por el papa Juan Pablo II, quien titula el breve de la misma con palabras de San Agustín comentando el Evangelio de San Juan: «En cuanto los mártires [= *Quatenus martyres*] derramaron su sangre por los hermanos, no hicieron más que dar lo que recibieron de la mesa del Señor» *(In Io. Eu. tr.* 84,2), fino detalle si tenemos en cuenta que, junto a los beatificados ese mismo día, estaba también la madre María Teresa Fasce, durante muchos años abadesa agustina del convento de Santa Rita de Cascia.

PEDRO LANGA, OSA

Bibliografía

CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, *Morelien. Beatificationis seu declarationis martyrii Servi Dei Eliae a Succursu Nieves, O.S.A., in odium fidei uti fertur interfecti. Positio super martyrio* (Roma 1993).

— ID., *Relatio et vota Congressus peculiaris super martyrio* (Roma 1996).

— ID., *Decretum super martyrio* (Roma 1996)

JUAN PABLO II, Breve de beatificación: «Quatenus martyres»: *AAS* 91 (1999) 153-156

LLAMAS, J., OSA, «Nuestro mártir el P. E. del S. N. agustino»: *VerAg* 1 (1928) 305-307

MARTIN ABAD, J., *Elias del Socorro Nieves 1882-1928. Agustino, pastor y mártir. Ilustraciones de Dante Ricci* (Roma 1997)

Martyrologium romanum, o.c., 174, n. 9, 736

MEYER, J., *La Cristiada* 1: *La guerra de los cristeros* (Mexico-Madrid 1973), 2: *El conflicto entre la Iglesia y el Estado 1926-1929* (Mexico-Madrid 1973), 3: *Los cristeros* (Mexico-Madrid 1974)

NAVARRETE, N., *El Viacrucis de un agustino. Semblanza biográfica del Siervo de Dios R. P. Fr. Elias del Socorro Nieves, O.S.A. (1882-1928)* (México 1960; reimp. 1978)

ORDUÑA, T., «Un mártir agustino de Cristo Rey, R. P. Fr. Elías del Socorro Nieves» *Archivo Historico Agustiniano* 34 (1930) 142-147.

ROJO, F., «Bto. Elías del Socorro Nieves (1882-1928)», en: ID. (ed.), *La seduccion de Dios. Perfiles de hagiografía agustiniana* (Roma 2001) 273-274.

SAN SIMPLICIO

Papa († 483)

Simplicio fue elegido papa el 3 de marzo del 468 a la muerte del papa Hilario y hubo de hacer frente a muy serias dificultades tanto en Oriente como en Occidente.

En Oriente se encontró con que obispos monofisitas alcanzaban las históricas sedes de Antioquía, Alejandría y Jerusalén, y ello preparaba el que el emperador Basilisco mostrara su complacencia hacia los monofisitas con un decreto que los favorecía. El papa protestó en vano, y la cosa siguió adelante hasta el extremo de que el siguiente emperador Zenón, a instancias del patriarca Acacio de Constantinopla, dio el edicto de unidad llamado *Henotikon* que quería ser una componenda entre la ortodoxia y el monofisismo, eludiendo Calcedonia. No sirvieron tampoco las protestas del Papa, pero quedó claro que éste cumplía su deber y salía siempre en defensa de la fe verdadera.

En Occidente hubo de ser el Papa testigo de la completa invasión del Imperio occidental por los bárbaros y de la supresión del propio imperio con la deposición del último emperador, y tuvo que ver a Odoacro dueño de Italia. Pese a ello, el Papa siguió mostrando su preocupación por las iglesias, y prueba de ello es el nombramiento del obispo Zenón de Sevilla como vicario papal en España. Reparó en Roma las iglesias arruinadas por los bárbaros y reorganizó el servicio de las basílicas. Murió el 10 de marzo de 483.

SAN ÁTALA

Abad († 626)

Natural de Borgoña y de noble familia, se educó bajo la guía del obispo de Gap y hubiera desembocado en las filas del clero diocesano si no hubiera sentido la vocación religiosa y marchado al monasterio de Leríns.

Este famoso monasterio no llenó sus deseos de perfección y se fue al de Luxeuil, donde la regla de San Columbano sí colmó

las ansias de vida austera y recogida que él ansiaba, poniéndose por completo bajo la guía del gran santo. Cuando éste es expulsado por Teodorico de Austrasia de su monasterio y tiene que irse a Italia, Átala se fue con él, y con él se establece en Bobbio.

Al morir San Columbano, es elegido Átala abad (año 615). Hizo frente a la división producida a la muerte de Columbano: unos querían mitigar el rigor monastico del difunto, otros, y Átala entre ellos, querían conservar el camino de vida trazado por él Átala fue firme pero paciente y logró que los descontentos terminasen volviendo e integrandose en la regla del monasterio No puede decirse sino que gobernó santamente mostrando mucho amor a sus monjes y mucha serena fortaleza que le dio una gran autoridad Murió el 10 de marzo de 626.

11 de marzo

A) Martirologio

1 En Esmirna (Asia), San Pionio († 250), presbitero y martir
2 En Laodicea (Siria), los santos Trofimo y Tales (s IV), martires
3 En Escocia, San Constantino (s VI), rey y martir
4 En Leon (España), San Vicente († 630), abad de San Claudio *
5 En Jerusalen, San Sofronio († 639), obispo **
6 En la abadia de St Vaast, San Vindiciano († 712), obispo de Arras-Cambrai
7 En Milan, la deposicion de San Benito († 725), obispo
8 En Tallaght (Irlanda), San Oengo el Cúldeo († 824), monje y hagiografo
9 En Cordoba (España), San Eulogio († 859), presbitero y martir Su memoria la celebra la Iglesia española el 9 de enero **
10 En Cupramontana (Italia), Beato Juan Bautista de Fabriano Righi († 1539), presbitero, de la Orden de Menores *
11 En York (Inglaterra), Beato Tomas Atkinson († 1616), presbitero y martir bajo el rey Jacobo I *
12 En Clonmell (Irlanda), Beato Juan Kearney († 1656), presbitero, de la Orden de Menores, martir bajo Oliver Cromwell
13 En Hung Yen (Tonkin), Santo Domingo Câm († 1859), presbitero y martir *
14 En Sai Nam The (Corea), los santos Marcos Chong Ui bae, catequista, y Alejo U Se yong († 1866), martires *

SAN SOFRONIO

Obispo († 639)

A una de las grandes figuras de la antiguedad lo conocemos mejor por sus escritos que por detalles concretos de la propia vida. Y nos hallamos ante una figura estelar elegida por Dios para poner coto a los herejes monotelitas, que defendían la existencia de una sola energía, una sola voluntad en Cristo. Creían que era la manera de satisfacer a los monofisitas y a los católicos. Una doctrina que según Sergio, patriarca de Constantinopla y patrocinador de la doctrina, servía de fórmula común para los católicos que defienden las dos naturalezas en Cristo y para los monofisitas que sólo aceptan una. La doctrina llegó a entusiasmar al propio emperador Heraclio, que quiso obligar a todos a aceptarla como fórmula de concordia.

Es entonces cuando surge la figura del monje palestinense Sofronio, que llegó a enfrentarse al propio Sergio e incluso llevó su doctrina hasta Roma, porque inicialmente el papa Honorio no estuvo debidamente informado sobre la gravedad del asunto. Al final resplandecería la doctrina de Sofronio, con tal grandeza de exposición que su misma carta se incluyó en las actas de la XI sesión del III Concilio de Constantinopla, VI de los universales.

Muy poco podemos decir de la vida de este monje al margen de sus continuos viajes obligados para defender la verdadera doctrina de la Iglesia.

Sofronio, con toda probabilidad, nació en Damasco de Siria el año 550 y murió en Jerusalén en 638 o 639. A juzgar por sus escritos debió tener una esmerada juventud, con clases de retórica y teología. Muy pronto se hizo monje basilio de San Sabas, pero enseguida marchó a Palestina para conocer los monasterios, famosos en aquellos tiempos, como enclaves de sabiduría y ascetismo. Le llamó la atención el solitario Juan Mosco del monasterio de San Teodosio, diócesis de Jerusalén, y por eso pidió ingresar en él. La amistad entre ambos llegó a tan perfecta identificación que en adelante se convirtieron en compañeros inseparables de sus diversas correrías apostólicas.

Viajeros incansables, conocen los lugares más llamativos de los cristianos como Egipto y el Sinaí, volviendo después a Palestina, y tras visitar Antioquía marchan nuevamente a Egipto donde el patriarca de Alejandría les encomendó luchar contra los monofisitas, herejía que estaba haciendo profundos estragos en su comunidad al negar nada menos que en Cristo hubiese dos naturalezas, la divina y la humana.

De aquí pasaron a Roma para visitar al Papa hacia el año 614, pero muy pronto moriría Juan y Sofronio en 619 busca consuelo volviendo a la paz de su monasterio de San Teodosio. No por eso cesó su lucha contra los monofisitas. Su esfuerzo se vio recompensado con el nombramiento de patriarca de Jerusalén en el año 633 o 634. Fue en esta situación cuando conoció la nueva herejía del monotelismo o monoenergismo, pretendiendo concordar la tan dispar doctrina de los monofisitas con la de la Iglesia afirmando que en Cristo sí había dos naturalezas pero una sola energía o voluntad.

Sofronio se vio inmerso en otra más grave confrontación doctrinal y entonces más que nunca reunió en el 634 un sínodo de obispos de su provincia donde se esclareció con nitidez la verdadera doctrina resumida en las actas sinodales con una clara refutacion de los errores monotelitas y la exposición neta de la doctrina católica, enviando a Roma la famosa carta que pasaría a las actas del Concilio III de Constantinopla por los años de 680-681 El monotelismo estaba definitivamente condenado. A las dos naturalezas distintas, divina y humana, corresponden igualmente dos fuerzas agentes distintas.

Aún ahora la doctrina allí contenida exhala una claridad deslumbradora, donde al mismo tiempo se desvela el misterio de María en el plan redentor de los hombres como Madre de Dios:

> «En cuanto a la Encarnacion, yo creo que Dios Verbo, el Unigénito del Padre que ha nacido antes de todos los siglos y de todos los tiempos, en la impasibilidad del mismo Dios y Padre, lleno de piedad, en su amor por los hombres, por nuestra naturaleza caida, por su libre decisión, por la voluntad de Dios que lo ha engendrado, y con el divino consentimiento del Espiritu, sin abandonar el seno de su Padre, descendio hasta nuestra bajeza Segun la voluntad comun del Padre y del Espíritu, y segun su naturaleza y su ser infinito, no sufriendo ninguna limitacion, ignorando nuestras infi-

delidades sucesivas, obrando por naturaleza de forma totalmente divina, ha penetrado en el seno completamente resplandeciente de virginal pureza de María, la Santa y Radiante Virgen, llena de una divina sabiduría, y exenta de toda mancha del cuerpo, del alma y del espíritu Se encarnó, El, el incorporeo tomó nuestra forma, El, que, según la esencia divina, era exento de forma en cuanto al exterior y a la apariencia tomó un cuerpo como el nuestro, Él, el inmaterial, y se convirtió en verdadero hombre, sin dejar de ser reconocido como Dios Se le ve llevado en el seno de su Madre, a El, que está en el seno del Padre Eterno, El, el inmortal, recibe un comienzo en el tiempo, todo esto, no sin motivo, sino aniquilándose verdadera y realmente por completo, por la voluntad de su Padre y la suya, y asumiendo toda nuestra miseria humana, tomando una carne consustancial a nosotros, un alma racional, semejante a la nuestra, un espíritu idéntico al nuestro, puesto que es en esto en lo que consiste el hombre Y El se ha convertido en verdadero hombre por la sublime concepción de la Virgen Santísima Pues El ha querido hacerse hombre para purificar lo semejante por lo semejante, salvar al hermano por el hermano, iluminar lo idéntico por lo idéntico He aquí por qué una Virgen Santa es elegida Ella está santificada en su alma y en su cuerpo, y al ser pura, casta e inmaculada, Ella se convierte en la cooperadora de la encarnación del Creador»

Después de llevar adelante tan reconfortantes jornadas, ya hacia el final de su vida, pudo contemplar con inmenso dolor cómo Jerusalén caía en manos de los musulmanes por obra del Califa Omar. El santo pastor hizo cuanto pudo por aliviar la suerte de los cristianos, pero Dios quiso llamarlo a su lado. Era el 11 de marzo del año 639. Había muerto uno de los hombres más sobresalientes de su siglo, cuya vida se puede resumir en dos palabras: santidad e integridad doctrinal.

Las obras que hoy conocemos de San Sofronio son las siguientes:

— *Cuatro homilías.*

— *Elogio y milagros,* (70), de los mártires egipcios San Ciro y San Juan.

— *Vida de Santa María Egipciaca.* (Hay dudas de su autenticidad).

— *Discursos sobre la presentación de Jesucristo en el Templo.*

— *Troparios, himnos y cantos diversos.* Algunos dentro de las liturgias orientales e incluso romanas, como los viejos tropos que

se cantaban en latín hasta hace muy poco durante la adoración de la Cruz el Viernes Santo: «Popule meus».

JOSE SENDIN BLAZQUEZ

Bibliografía

LLORCA, B , SJ, *Manual de historia eclesiastica* (Barcelona 1942) 204ss

MARTINEZ PUCHE, J A , «San Sofronio de Jerusalen», en J A MARTINEZ PUCHE (dir), *Nuevo año cristiano Marzo* (Madrid 2001) 132-135

VARALDA, P , «San Sofronio», en C LEONARDI-A RICCARDI-G ZARRI (dirs), *Diccionario de los Santos,* II (Madrid 2000) 2083 2084

SAN EULOGIO DE CÓRDOBA

Presbítero y mártir († 859)

San Eulogio es el gran padre de la mozarabía, el renovador del fervor religioso entre la cristiandad cordobesa y andaluza en medio de la lucha que hubo de sostener con las autoridades islámicas durante el siglo IX. Conocemos su figura por sus propios escritos: las cartas, el *Memorial de los mártires,* el *Documento martirial,* y por la biografía que de él escribió su amigo Álvaro Paulo. Aunque estuvo empeñado en una lucha porfiada con el Islam, su nombre no aparece en las historias hispanoárabes, cuyos autores miraron con la mayor indiferencia la gran epopeya martirial.

Nacido hacia el año 800 en el seno de una de las más rancias familias de Córdoba que, en medio de la apostasía general, había conservado fielmente las prácticas de la vida cristiana, recibió en el hogar los primeros rudimentos de la educación religiosa. Su primer maestro fue un abuelo, que llevaba el mismo nombre que él y que cada vez que oía la voz del almuédano anunciando la hora de la oración a los musulmanes, rezaba de esta manera: «Dios mío, ¿quién puede compararse a ti? No calles ni enmudezcas. He aquí que ha sonado la voz de tus enemigos y los que te aborrecen han levantado la cabeza». Se le confió después, en vista del atractivo que tenía para él el estudio de los libros santos, a la comunidad de sacerdotes de la iglesia de San Zoilo, bajo cuya dirección dio los primeros pasos en el ejercicio de la piedad y de la ciencia sagrada. Juntóse a esto la in-

fluencia del más famoso de todos los maestros cristianos de Córdoba, el piadoso y sabio abad Esperaindeo, que gobernaba el monasterio de Santa Clara, cerca de Córdoba. Allí conocio a otro alumno que había de ser su biografo, Álvaro, y allí estrechó con el una amistad que había de durar mientras viviese

Alvaro fue el amigo perfecto, el partícipe de sus santos ideales, el colaborador leal en todas sus empresas, apasionado como él de la ciencia isidoriana, y como él, inquebrantablemente asido a las viejas tradiciones patrias. Él, a su vez, ve en el descendiente de los magnates de la *civitas patricia* la cifra de todas las perfecciones: un alma grande encerrada en un cuerpo fino y delicado, irresistible en el trato, una suave claridad en el semblante, el brillo del abolengo, la agudeza del ingenio, y en las costumbres, tesoros de gracia y de inocencia. Pero lo que no puede olvidar es aquella mirada bañada en un fulgor ultraterreno. Si Álvaro es el hombre impulsivo, Eulogio tiene una naturaleza inclinada al reposo de la contemplación. Pasados los umbrales de la juventud, se entrega a las actividades de la vida clerical, y entra a formar parte del colegio de sacerdotes que servía la iglesia de San Zoilo. No tarda en darse a conocer por su inflamada elocuencia y por la integridad de su vida

> «Todas sus obras, dice el biografo, estaban llenas de luz, de su bondad, de su humildad y de su caridad podia dar testimonio el amor que todos le profesaban, su afan de cada dia era acercarse mas y mas al cielo, y gemia sin cesar por el peso de la carga de su cuerpo»

Sólo él estaba descontento de cuanto hacía.

> «Señor, decia mas tarde, yo tenia miedo de mis obras, mis pecados me atormentaban, veia su monstruosidad, meditaba el juicio futuro y sentia de antemano el merecido castigo Apenas me atre via a mirar al cielo, abrumado por el peso de mi conciencia»

Para aminorar el tormento que le causaba este sentimiento de su indignidad pensó tomar el báculo de peregrino y hacer a pie el viaje a Roma. Esto era entonces una cosa casi imposible en Andalucía, y así se lo dijeron cuantos le rodeaban. Álvaro nos lo dice con estas palabras: «Todos resistimos aquella tentativa, y al fin logramos detenerle, pero no persuadirle». Tal vez Eulogio cedió, porque entre tanto las circunstancias le obliga-

ron a hacer otro viaje, que no era menos difícil, pero que estaba justificado por una necesidad familiar: el deseo de saber noticias de dos hermanos a quienes los azares de la vida comercial habían llevado al otro lado de los Pirineos, y según se rumoreaba negociaban en las ciudades del Rhin. Era el año 845. Por más que hizo Eulogio no pudo salir de España. En Cataluña encontró los pasos cerrados por las luchas entre los hijos de Ludovico Pío. Retrocedió hasta Zaragoza y desde allí subió hasta Pamplona, donde le dieron las peores noticias de lo que pasaba al otro lado de Roncesvalles. Se acercó, sin embargo, a Gascuña, pero no pudo pasar el puerto. Para no perder completamente el viaje, decidió visitar los monasterios del país, Seira, Siresa, San Zacarías, etc., donde le regalaron libros preciosos, que se llevó como un botín a Córdoba. Eran obras de Porfirio, de Avieno, de Horacio, de Juvenal, de San Agustín. Los discípulos del abad Esperaindeo habían emprendido la noble tarea de restaurar en El Ándalus la cultura isidoriana, sofocada por la invasión, y al frente de todos ellos estaba Eulogio. Fomentar los estudios, crear escuelas, formar librerías era para él defender la religión de sus padres y resucitar el sentimiento nacional.

> «Cada día, dice su amigo y biógrafo, nos daba a conocer nuevos tesoros y cosas admirables desconocidas Diríase que las encontraba entre las viejas ruinas o cavando en las entrañas de la tierra [ ] No es posible ponderar debidamente aquel afán incansable, aquella sed de aprender y enseñar que devoraba su alma Y, ¡oh admirable suavidad de su alma!, nunca quiso saber cosa alguna para sí solo, sino que todo lo entregaba a los demás, a nosotros, los que vivíamos con él, y a los venideros Para todos derramaba su luz el siervo de Cristo, luminoso en todos sus caminos luminoso cuando andaba, luminoso cuando volvía, límpido, nectareo y lleno de dulcedumbre»

Por el prestigio de su sabiduría y de su santidad el maestro de San Zoilo se había convertido en jefe del grupo más ferviente de la cristiandad cordobesa, sacerdotes celosos, fieles fuertemente apegados a sus creencias, ascetas de la sierra, monjes y monjas de una veintena de monasterios que había en la ciudad o en sus alrededores. La opresión musulmana, que a muchos los llevaba a la apostasía, había producido en ellos una reacción de amor exaltado a sus creencias. Es verdad que no había persecución propiamente dicha, pero la misma ley hacía la vida inso-

portable para un cristiano, y a la ley se juntaba el fanatismo popular, más intolerante tratándose de monjes y sacerdotes, cuya presencia en la calle daba lugar con frecuencia a escenas desagradables. A fines del reinado de Abd al-Rahman II la intolerancia se hizo más violenta, y en los primeros meses del año 850 empezaron los martirios y las decapitaciones: primero un sacerdote, después un mercader. Los cristianos más fervorosos protestaron presentándose ante el cadí para declarar la divinidad de Jesús y las imposturas de Mahoma. Inmediatamente eran torturados y degollados. Son ufanas doncellas, vírgenes admirables educadas desde la niñez en los monasterios, anacoretas encanecidos en la penitencia, soldados y gentes del pueblo. Algunos que habían renegado del Evangelio en un momento de debilidad, aprovecharon aquel procedimiento para lavar su culpa. Otros, que eran cristianos ocultos, cuando la ley los obligaba a ser musulmanes, fueron arrastrados ante el juez por sus propios parientes.

El sultán, no sabiendo qué medida tomar contra aquellos hombres que se reían de los tormentos, acudió al arzobispo de Sevilla, Recafredo, y le dio orden de que anatematizase a los mártires e hiciese callar a sus defensores y panegiristas. Pareció al principio que esta medida iba a detener aquellos entusiasmos, pero hubo un grupo numeroso, que rechazaba todo pacto con la infidelidad, que fue a parar en el calabozo. Al frente de ellos estaba el maestro de San Zoilo, que, lejos de someterse a las imposiciones del metropolitano, empezó a escribir un libro intitulado *Memorial de los mártires,* en que se proponía dar una historia de sus combates y una defensa de su heroísmo. Ya le tenía casi terminado, cuando un día de otoño de 851 se presentó en su casa la policía, y entre los lamentos de su madre y de sus hermanos lo llevaron a la cárcel. Aquel encierro le llena de alegría, porque le permite convivir con los otros prisioneros, instruirles y alentarles. Un día le dicen que dos jóvenes encerradas en un calabozo cercano están a punto de desmayar, vencidas por los sufrimientos y las amenazas. Inmediatamente se pone a escribir un libro, al cual dio el título de *Documento martirial.* Destinado a sostener el ánimo de estas dos vírgenes llamadas Flora y María, tuvo un éxito completo. Al mismo tiempo lee, reza, predica y

escribe. Escribe su larga carta al obispo Viliesindo, de Pamplona; y con un detenido examen de los poetas clásicos, descubre las reglas de la prosodia latina, que se habían olvidado en España después de la invasión árabe.

Recobra la libertad a los pocos meses, pero sin renunciar a su culto admirativo por los confesores de la fe. La persecución arrecia cuando el emir Muhammad sucede a su padre Abd al-Rahman. Muchas iglesias fueron destruidas y muchas comunidades disueltas. El catálogo de los mártires se aumentaba cada día, y Eulogio aumentaba al mismo tiempo las páginas de su *Memorial.* Su escuela había sido clausurada, pero él seguía siendo el oráculo de la religión perseguida. Unas veces anda huido por la ciudad, otras se esconde entre las fragosidades de la sierra. Responde a los detractores de los héroes sacrificados con una obra, intitulada el *Apologético,* notable por su estilo, lleno de sinceridad y elegancia. Diez años duró aquella lucha épica, contra los musulmanes y los malos cristianos, diez años que fueron para él de un heroísmo continuado, tenso y jovial.

No obstante, Eulogio estaba triste al ver que iban muriendo y triunfando sus amigos, y que él estaba en pie. Su renombre era tal que, cuando en 858 murió el arzobispo de Toledo, el clero y los fieles de la sede primada de España eligieron para sucederle al humilde sacerdote de San Zoilo. Pero era necesaria la aprobación del emir, que le impidió salir de Córdoba. Por lo demás, Dios quería poner sobre su cabeza aquella corona del martirio, por la cual él había suspirado tanto.

Había en Córdoba una joven llamada Lucrecia, a quien la ley condenaba a ser musulmana por ser hija de padre musulmán. Sin embargo, ella creía en Cristo, lo cual le acarreaba continuas amenazas y malos tratamientos. Huyendo de la venganza de los suyos, se refugió en la casa de Eulogio, el cual la recibió, sin temor a las leyes, que la condenaban a ella a perder la vida por su apostasía, y a él al tormento por el crimen de proselitismo. La policía se puso en movimiento. Entre tanto Eulogio rezaba, y hacía que la joven cristiana se refugiase en la casa de unos amigos. Al poco tiempo los dos fueron detenidos. Acusado de haber apartado a Lucrecia de la obediencia que debía a sus padres y al Islam, Eulogio contestó que no podía negar su

consejo y su enseñanza a quien se la pedía, y que, según los principios mismos de los perseguidores, era preciso obedecer a Dios antes que a los padres Llegó, incluso, a proponer al juez que le enseñaría el camino del cielo demostrándole que Cristo es el único camino de salvación. Irritado por estas palabras, ordenó el cadí que preparasen los azotes. «Será mejor que me condenes a muerte, dijo el mártir al verlos. Soy adorador de Cristo, hijo de Dios e hijo de María, y para mí vuestro profeta es un impostor».

Al proferir estas palabras, Eulogio no era ya solamente un proselitista, sino tambien un blasfemo, incurso en pena de muerte. Sin embargo, el juez no se atrevió a cargar con una responsabilidad como aquélla. El primado electo de Toledo, el sacerdote más respetado por los cordobeses, debía ser juzgado por el consejo del emir. Se le llevó al alcázar y allí se improvisó un tribunal, formado por los más altos personajes del gobierno. Uno de los visires, íntimo de Eulogio, compadecido de él, le habló de esta manera:

> «Comprendo que los plebeyos y los idiotas vayan a entregar inutilmente su cabeza al verdugo, pero tu, que eres respetado por todo el mundo a causa de tu virtud y tu sabiduría, ¿es posible que cometas ese disparate? Escuchame, te lo ruego, cede un solo momento a la necesidad irremediable, pronuncia una sola palabra de retractacion, y despues piensa lo que mas te convenga, te prometemos no volver a molestarte»

Eulogio dejó escapar una sonrisa de indulgencia y de agradecimiento, pero su respuesta fue firme:

> «Ni puedo ni quiero hacer lo que me propones ¡Oh, si supieses lo que nos espera a los adoradores de Cristo! ¡Si yo pudiese trasladar a tu pecho lo que siento en el mio! Entonces no me hablarias como me hablas y te apresurarias a dejar alegremente esos honores mundanos»

Y dirigiéndose a los miembros del consejo, añadió:

> «Oh principes, despreciad los placeres de una vida impia, creed en Cristo, verdadero rey del cielo y de la tierra, rechazad al profeta que tantos pueblos ha arrojado en el fuego eterno»

Condenado a muerte, fue llevado al lugar del suplicio. Al salir del palacio, un eunuco le dio una bofetada. Sin quejarse por

ello, Eulogio le presentó la otra mejilla. Ya en el cadalso, se arrodillo, tendió las manos al cielo, pronunció en voz baja una breve oración, y después de hacer la señal de la cruz en el pecho, presentó tranquilamente la cabeza. «Éste —dice Álvaro— fue el combate hermosísimo del doctor Eulogio; éste su glorioso fin, éste su tránsito admirable. Eran las tres de la tarde del 11 de marzo». El 15 fue decapitada Lucrecia

Los fieles de Cordoba recogieron los sagrados restos y los sepultaron en la iglesia de San Zoilo. El 1 de junio del año siguiente, 860, fueron solemnemente elevados, y en ese día empezó a celebrarse la memoria de los dos santos mártires. En 883 fueron trasladados de Cordoba a Oviedo. Su urna se conserva todavía en la Cámara Santa de esta ciudad. Los escritos del santo· *Memorial o Actas de los mártires* en tres libros, *Documento martirial, Apologético* y varias cartas fueron publicados por Flórez en los tomos X y XI de la *España sagrada,* de donde pasaron al volumen CXV de la *Patrología latina.*

JUSTO PEREZ DE URBEL, OSB

Bibliografía

Act SS Boll, 11 de marzo

DOZY, R P, *Historia de los musulmanes españoles hasta la conquista de Andalucía por los Almoravides,* II (Madrid 1877) 130s

FLOREZ, E, *España sagrada,* t X y XI *Obras de San Eulogio,* de *Alvaro de Cordoba,* del *Abad Esperaindeo,* etc

GARCIA VILLADA, Z, *Historia eclesiastica de España,* III (Madrid 1934)

MADOZ, J, «El mundo mozarabe», en G DIAZ PLAJA (dir), *Historia de las literaturas hispanicas* I *Desde los origenes hasta 1400* (Barcelona 1949) 264s

PEREZ DE URBEL, J, *San Eulogio de Cordoba* (Madrid 1942)

SIMONET, F J, *Historia de los mozarabes en España* (Madrid 1897 1903)

C) BIOGRAFIAS BREVES

SAN VICENTE

Abad († 630)

El nuevo *Martirologio romano* recoge la memoria de San Vicente, abad de San Claudio, de León, sin darle el apelativo de mártir ni asociarlo a la memoria de San Ramiro y otros monjes igualmente mártires. Conserva así la memoria del abad San Vi-

cente, claramente atestiguada incluso en su inscripción sepulcral, pero prescindiendo de la narración del martirio que nos llega en una pasión tardía y legendaria. Desde luego en el siglo XI, cuando sus reliquias ya habían sido llevadas a Oviedo, ya ostentaba el título de martir. Y la memoria de este santo junto a la de San Ramiro y compañeros la sigue celebrando la Iglesia de León el 11 de septiembre. La fecha de su muerte es el año 630.

BEATO JUAN BAUTISTA DE FABRIANO RIGHI

Presbitero († 1539)

Nació en Fabriano, de la provincia italiana de Ancona, en 1469 en el seno de una familia acomodada. Recibe una esmerada educación que desemboca en su tierna vocación a la vida religiosa, eligiendo la Orden franciscana en su rama observante. A esta vocación lo despertó la lectura de la vida de San Francisco. Ingresó en el convento de Forano, donde hizo el noviciado, la profesión religiosa y los estudios necesarios.

Ordenado sacerdote, es enviado al convento de Cupramontana, entonces Massaccio, donde perseverará hasta su muerte. Su labor pastoral en el púlpito y el confesonario atrajo a él innumerables fieles, que se edificaban, además, con su ejemplo de vida austera y pobre, con su humildad y modestia y su exquisita caridad con todos

Se ha subrayado, con razón, la extrema austeridad de vida de este santo, al que se ha comparado con los padres del desierto. Ayunaba con extraordinario rigor, pasándose semanas enteras a pan y agua. Asiduo estudioso de los Santos Padres, nutría de ellos su vida espiritual y su altísima oración, en la que a veces pasaba la noche entera, y de la doctrina de los Padres nutría igualmente su predicación y sus consejos en el confesonario.

Murió el 11 de marzo de 1539. Enseguida se le tuvo por santo y comenzaron los fieles a venerar su sepulcro. Su culto fue confirmado el 7 de septiembre de 1903.

BEATO TOMÁS ATKINSON

Presbítero y mártir († 1616)

Nació en Yorkshire hacia 1546. Decidido por el sacerdocio marchó a Douai donde hizo los estudios y se ordenó sacerdote en Laon el 11 de junio de 1588, regresando en noviembre de aquel año como misionero a Inglaterra.

El Señor le concedió poder trabajar apostólicamente durante veintiocho años en su mismo condado natal, trabajo acompañado de peligros y fatigas. Solía ir a pie a todas partes y a veces por mayor seguridad viajaba de noche, y por ello se rompió una pierna que, mal curada, le obligó a ir en adelante a caballo. Mostraba una extremada caridad con los pobres. Atrajo a numerosos protestantes a reintegrarse en la Iglesia Católica y confirmó en la fe a muchísimos católicos que persistieron en la fe a pesar de la hostilidad oficial y de la horrorosa persecución con que intentaba la corona inglesa acabar con el catolicismo.

Estaba acogido en una casa católica en Willitoft cuando fue arrestado junto con Mr. Vavaser, que era quien le hospedaba. Era ya un anciano de setenta años. Ni negó ni reconoció ser sacerdote, porque deseaba salvar de represalias a la familia que lo había hospedado, pero se le encontró un rosario y una lista de indulgencias concedidas por el papa que él llevaba consigo. Y ésta fue la prueba suficiente para ser declarado traidor. Sobrellevó con gran paciencia su prisión y se mostró fuerte y animoso a la hora del martirio. Fue ahorcado y descuartizado en York el 11 de marzo de 1616. Beatificado el 22 de noviembre de 1987.

SANTO DOMINGO CÂM

Presbítero y mártir († 1859)

Nació en Cam-Chuong (Tonkín) en 1800 en una familia pagana, pero en la adolescencia se convierte al cristianismo, tomando en el bautismo el nombre de Domingo e ingresando en la Orden Tercera de Santo Domingo.

Los misioneros lo prepararon al sacerdocio, que recibió con mucha alegría y lo ejerció con celo y entrega a lo largo de mu-

chos años, incluyendo los de la persecución iniciada en 1851, en los cuales trabajó en la clandestinidad con gran eficacia por mantener a los cristianos en la fe. Vivía escondido, pero sabía dejar oportunamente su escondite para administrar los sacramentos y atender pastoralmente a los fieles.

Su presencia fue denunciada al mandarín de la provincia, que mandó buscarlo y logró arrestarlo en Ha-Lang el 29 de enero de 1859. Fue llevado a Hung-Yen, capital de la provincia, y acusado de profesar una religión prohibida. Con gran entereza dio testimonio de su fe y se negó a abandonarla. El juez quería salvarlo pero no pudo dada la claridad con que el mártir se declaraba cristiano. Pasó varios meses en la cárcel, en la que pudo recibir visitas animando a todos en el camino de la perseverancia. Por fin fue condenado a muerte. Fue decapitado el 11 de marzo de 1859. Canonizado el 19 de junio de 1988.

SANTOS MARCOS CHONG UI-BAE Y ALEJO U SE-YONG

Seglares y martires († 1866)

Son dos mártires coreanos, de los cuales, el primero, Marcos, había nacido de noble familia el año 1794. Se hizo maestro, se casó y enviudó sin tener hijos, y entonces asistió al martirio de dos sacerdotes, hecho que le impresionó vivamente y le movió a interesarse por el cristianismo. Llegó a la fe, se bautizó y mereció la confianza de los misioneros que le encargaron de la catequesis y de la atención a los pobres. Volvió a casarse y adoptó un niño. Al arreciar la persecución, ayudó a muchos cristianos a escapar y ocultarse pero él permaneció en su puesto y fue arrestado el 25 de febrero de 1866.

El segundo, Alejo, era un joven de 19 años, que pertenecía tambien a una familia rica y que, habiendo oído hablar del cristianismo, hizo un largo viaje para encontrar al obispo San Simeón Berneux. Éste se lo encomendó a Marcos para que lo instruyera y oportunamente se le dio el santo bautismo. Dejando a su familia se fue a vivir con Marcos y empezó a ayudarle en la traduccion de libros religiosos. Pero el 1 de enero de 1866 fue detenido y acusado de ser cristiano. Alejo renegó del cristianis-

mo y enseguida lo soltaron Pero se arrepintió de su debilidad, visitó en la cárcel al obispo Berneux y le confesó su apostasía, recibiendo la absolución Cuando se supo que había vuelto al cristianismo lo arrestaron otra vez, pero ahora se mantuvo firme, pese a las torturas.

Marcos y Alejo fueron decapitados el 11 de marzo de 1866, no sin que antes sus propios familiares les hubieran reprochado su fe. Fueron canonizados el 6 de mayo de 1984.

12 de marzo

A) MARTIROLOGIO

1 En Tebaste (Numidia), San Maximiliano († 295), martir
2 En Nicomedia (Bitinia) los santos Migdón, presbitero, Eugenio, Maximo, Domna, Mardonio, Pedro, Esmaragdo e Hilario († 303), martires
3 En el mismo sitio, San Pedro, martir, junto con los Santos Doroteo y Gorgonio († 303), tambien martires *
4 En Roma, la deposicion de San Inocencio I († 417), papa *
5 En Saint-Pol-de Leon, San Pablo Aureliano (s VI), obispo
6 En Roma, la deposicion del papa San Gregorio Magno, cuya memoria se celebra el 3 de septiembre (cf ** 3 de septiembre)
7 En Sigriano, la deposicion de San Teofanes el Cronografo († 817), monje, muerto en el exilio por su defensa de las sagradas imagenes *
8 En Winton, San Elfego († 951), obispo
9 En San Geminiano (Toscana), Beata Fina († 1253), virgen *
10 En Recineto (Italia), Beato Jeronimo Gherarducci († 1369), presbitero, de la Orden de San Agustin *
11 En Arezzo (Toscana), Beata Justina Francucci Bezzoli († 1319), virgen, de la Orden de San Benito *
12 En Guiyang (China), San Jose Zhang Dapeng († 1815), martir *
13 En Cracovia (Polonia), Beata Angela Salawa († 1922), virgen **
14 En San Romulo (Liguria), Beato Luis Orione († 1940), presbitero, fundador de la Pequeña Obra de la Providencia **

BEATA ÁNGELA SALAWA

Virgen († 1922)

Nació el 9 de septiembre de 1881 en Siepraw, población situada a 18 kms. de Cracovia, siendo la undécima hija de Bartolomé Salawa y Eva Bochenek, su segunda esposa, una familia piadosa de escasos recursos económicos que vio morir alguno de sus pequeños de corta edad. Eran tan pobres que pasaban hambre, levantándose en muchas ocasiones de la mesa con el estómago vacío. La madre, por su parte, exhortaba a sus hijos a llevar una vida de buena conducta: «Enseñándonos a comer poco, trabajar mucho y rezar». Así creció, sutil, pequeña de estatura y de aspecto enfermizo. Bien pronto comprenderá su «inutilidad», que Dios eligió para convertirla en un sacrificio agradable, para que fuera útil. «Y como había pensado, así lo hizo», aceptando todo con gran mansedumbre. Es posible que a sus 8 años de edad, como contó una vecina, no deseara otra cosa que poder estar siempre con Dios.

Al cumplir 16 años se trasladó a Cracovia, empleándose de sirvienta hasta el final de sus días, imitando a su hermana mayor Teresa, que la había precedido.

En 1899 profundamente conmovida por la serena aceptación de la muerte de parte de su hermana, e impulsada interiormente por una llamada especial, tomó la firme voluntad de buscar la santidad en este tipo de vida, humilde y pobre, consagrándose virginalmente a Dios. Durante toda su vida permaneció firme en la creencia de haber venido a este mundo a servir, como Cristo, llevando una vida llena de renuncias, sacrificios y humillaciones. Un oscuro y silencioso apostolado entre las numerosas mujeres dedicadas al servicio doméstico en aquella importante ciudad polaca, a quienes ayudaba, instruía y dirigía espiritualmente, reuniéndolas fuera del horario de sus labores cotidianas.

Un activo apostolado debido a su ejemplar vida, alimentada con la oración para fortalecerse en su ímprobo trabajo que amaba para parecerse más a Cristo, pobre y humilde. A pesar de su débil salud se mostraba a todos siempre alegre y sociable.

Su devoción a la humildad se caracterizaba por su condición de sierva voluntariamente elegida por Dios, a quien encomendó esta misión, aceptada, además, con el sufrimiento inherente a ese servicio, sin reserva alguna, por amor a Dios. Su existencia estaba totalmente dedicada y dominada por el amor exclusivo al Señor, para la expiación de los pecados del mundo y la salvación de todos los hijos de Dios. Un auténtico itinerario espiritual que la condujo a la santidad, despacio, lentamente, pues, como decía: «Al cielo, sí, pero sin prisa, sin prisa», dejando libre el arduo camino de fe trazado por Dios en su vida, recorriéndolo con el ritmo adecuado, fundamentado sobre los deberes cristianos del trabajo, renunciando a todo y convirtiéndose fielmente a los deberes cristianos día a día, lentamente, abandonándose en la voluntad divina y ayudada eficazmente por la gracia de Dios. Renunció a sí misma entregándose al Señor en cuerpo y alma, quien no tiene límites sino el infinito amor, ardiendo en un deseo siempre colmado de conocer mejor a Cristo para amarlo aún más.

La cruz llego también cuando, fatigado su cuerpo por el trabajo y llena de gozo espiritual, experimentó la soledad del abandono por parte de sus compañeras. Pero con ella andaba también el Señor. Creció en el deseo de sacrificarse por amor a Dios y al prójimo, reconociéndose como víctima propiciatoria «pronta a aceptar todo sufrimiento, ofreciendo a Dios su vida, su muerte y la eternidad». Con el sufrimiento se siente próxima a Dios, conforme a su Señor, a quien tiene como modelo y a quien ama totalmente su alma. Se ofreció al Padre en amor total, y puesto que nunca pudo lograr por diferentes motivos entrar en el claustro, supo reconocer en este hecho la voluntad de Dios que quería santificarla en la vida propia y peculiar del laicado. Para ello tuvo que corresponder a la llamada divina con un elevado grado de perfección cristiana. Su vida, de este modo, se convirtió en un ejemplo admirable de vivir en el mundo sin ser del mundo. Fermento en la masa mediante el ejercicio de sus obligaciones bajo la guía del espíritu evangélico.

Su vida de perfecta caridad, a pesar de no ser una persona consagrada por los votos, la elevó a un estado de consagración especial. Al escoger voluntariamente la condición de «sierva»,

unido a su voto privado de castidad perpetua y el acto de ofrecerse a Dios como víctima por la salvación de los hombres son expresión ciertamente heroica de vida cristiana que pone el Reino de Dios por encima de todas las cosas terrenas.

Además, para participar mejor de los frutos del espíritu quiso profesar la Regla de la Tercera Orden de San Francisco, inspirándose en el admirable ejemplo del fundador de la Orden Seráfica. Una experiencia espiritual en donde destaca una dimensión mística que se manifiesta en su vida llena de la acción de los dones del Espíritu Santo, de la oración y contemplación, y otros dones extraordinarios, con particulares hechos de purificación y sufrimientos expiatorios. Su vida fue una absoluta entrega a la voluntad de Dios: «Vivo porque tú lo has querido, moriré porque tú lo quieres, sálvame porque tú lo puedes», de modo que su vida ha estado «donde Dios me ha llamado desde mi infancia», rebosando su corazón al término de su vida al pensar que su sacrificio había sido aceptado por Dios, y que pronto estaría con Aquel de quien no había rehusado nunca nada.

Renunció al matrimonio, no por temer la condición de vida conyugal, sino por desear entrar en un convento, pero al no tener dote nunca pudo acceder al claustro. Espontáneamente decidió hacer voto de castidad perpetua y consagrar a Dios su virginidad, una decisión que el padre Estanislao Mieloch, SJ, aceptó y consintió. Voluntariamente renunció a cualquier fortuna que se le ofrecía, para escoger a Dios como única felicidad.

A ojos del mundo era, simplemente, una empleada doméstica, pero su alma se elevaba continuamente a Dios. Su ingreso en 1901 en la «Unión de las servidoras domésticas católicas» o «Asociación de Santa Zita» le produjo un gran beneficio espiritual, pues los jesuitas estaban al frente de la misma, fomentando la lectura espiritual junto a una tierna devoción a la Virgen María, a quien profesó un amor excepcional. En 1903 se relacionó con los redentoristas, eligiendo al padre Estanislao Chochlenski como confesor, a quien le encomendó su crecimiento espiritual.

Descartada la profesión religiosa, cae en la cuenta de la «fortísima inclinación al sufrimiento y a la pobreza» que la acompañaban desde niña, pudiendo ser una gracia del Señor. Y así lo quiso. «Por eso he elegido voluntariamente la condición de sier-

va, he elegido ser una sierva». Estaba convencida de haberla escogido Dios por el camino de la humillación y no quiso seguir otro camino para encontrarse con él en la vida cotidiana. A partir de 1905 entró a trabajar en casa del abogado Edmundo Fischer, donde permaneció durante diez años, en las mejores condiciones que una sirvienta podía soñar. Unos años durante los cuales Dios le concedió un período de servicio tranquilo, para demostrar que en el más humilde trabajo y la ocupación menos reconocida se puede pretender alcanzar la perfección con alegría. Cumplir sinceramente la voluntad divina con buena intención, porque el lugar que ocupa cada uno es indiferente, y es posible salvarse porque el Señor lo quiere.

Aplicada en el servicio diligente en sus deberes, asistía diariamente a la santa misa, conciliando sus obligaciones con las prácticas religiosas. Seguía sus deberes con exactitud y fidelidad para servir a Cristo, uniéndose espiritualmente con él: «La obediencia vale más que la devoción». Su diligencia en el trabajo, su prudencia y solicitud, la honestidad en las cuentas y el respeto que demostraba a sus patronos, consiguieron que la señora a quien servía compartiera con ella confidencias y conversaciones sobre «las cosas de Dios», despertando en ella una gran admiración por su doméstica. Los singulares dones de su sirvienta despertaron el ánimo de la señora, entablándose una gran amistad entre ambas. Esta confianza llegó al punto de concederle el gobierno de toda la casa, disponiendo de una gran suma de dinero que administraba con exquisita discreción y tacto.

Su tempestuoso temperamento fue vencido con más ardor en el reconocimiento de sus errores, sin excusarse nunca, soportando todo por Jesús y «aún mucho más». Humillada ante Dios se reanimaba a buscarle y a superar sus propias imperfecciones, aceptando y recordando a cada paso por quién trabajaba y a quién quería complacer: «Mi alma arde en deseo de correr hacia Dios». En la iglesia de los franciscanos, próxima al hogar donde servía, acudía diariamente a la primera misa, y por la tarde, concluidas las tareas, participaba en las funciones religiosas, adorando al Santísimo Sacramento durante largo rato con gran recogimiento, hablando «a mi Señor y amigo con la simplicidad de una niña, con el respeto de una sirvienta».

Al llegar a casa anotaba aquellas frases que la habían llenado durante la predicación de la Palabra divina, llegando a tener su humilde estancia en su última etapa de vida llena de estas notas. Los libros de mística que leía ejercieron una gran influencia en sus actos de virtud, dedicándose a su lectura concluida la tarea diaria. Además, en los momentos libres de la jornada anotaba párrafos de los libros que leía para memorizar o meditar posteriormente, con el fin de perseverar en el camino de la humillación, confiando en la misericordia divina

Dios llenaba siempre su alma y a él ofreció con alegría toda su vida, amándole de todo corazón, y amando al prójimo, deseándole la felicidad que sólo el amor de Dios puede dar.

Los pobres de Cracovia conocían su afable corazón y acudían a su notable caridad en demanda de comida o limosnas. Con gran solicitud se encarga por encontrar un trabajo a las nuevas jóvenes que llegaban a Cracovia como sirvientas, siendo considerada por su comportamiento y pureza de corazón «como si no fuese de este mundo». Instruida en las verdades de la fe más que otras personas cultas, paciente, piadosa, humilde y llena de bondad, «hablaba con mucha delicadeza», afirmando sus compañeras que había adquirido la virtud de la paciencia hasta el heroísmo. Renunciando a sí misma se lleno de Dios mortificando sus deseos y pasiones en recuerdo de la Pasión del Señor, que meditaba con asiduidad «muriendo cada día» Dios la iba guiando por el camino del sufrimiento, preparandola para la gran prueba «de la hipocresía, la falsedad y la vileza».

El período de purificación interior comenzó en el verano de 1911 y duró algunos meses. Dolores agudos de estómago la impedían dedicarse diligentemente a su trabajo, y su madre, pensando que no necesita nada, la deshereda. Su señora enfermo gravemente, y después de pedirle consejo a su sirvienta ejemplar pidió los sacramentos, falleciendo el 15 de septiembre de 1911. Su madre, cuatro días más tarde. Se vio privada del amor familiar y del afecto de un corazón amigo. En su nuevo domicilio el abogado le prohibió que recibiera a sus compañeras, a las que aconsejaba e instruía fuera del trabajo. Se quedaba sola. Pero Dios aún deseaba que, abandonada de todos, sufriendo por amor, se ofreciese a él como víctima.

En 1912 el padre redentorista que la confesaba tomó la decisión de no atenderla espiritualmente más, haciendo caso a las denuncias presentadas injustamente por algunas personas envidiosas de sus largas confesiones, que impedían participar a otros penitentes. En estos actos refería sus experiencias y dificultades espirituales, gracias a visiones extraordinarias que recibía, alargándose el tiempo en demasía. El P. Chochlenski le prohibió que volviera a confesarse con él públicamente, humillándola con grandes voces: «¿No has comprendido que no quiero oírte en confesión?», con gran complacencia de quienes envidiaban su virtud. «Me ha dejado sola [...], ¿y qué haré ahora? [...] ¿adónde iré?». Las calumnias hicieron perder la paciencia al confesor y lo indujeron a amonestarla vergonzosamente.

Ahora estaba verdaderamente sola en el mundo, injustamente tratada y ofendida. Comenzaba el sufrimiento a causa de la injusticia, confiando en que Dios lo permite todo por nuestro bien a pesar de nuestra incomprensión. ¿Por qué se debe sufrir tanto? Dios permite que el sufrimiento y el dolor sean el último acto de purificación de las almas elegidas para que progresen en la perfección espiritual. Por esa razón estaba «pronta a sufrir sin preocuparme de dónde venga o de quién».

En el verano de 1916 fue despedida, después de once años de lealtad, sin aviso previo, con la acusación de haberse apropiado de diversos bienes de su antigua señora, aunque la razón provenía de la situación irregular en que vivía el abogado con una divorciada, pasando a servir a otra familia, pero su estado comenzó a empeorar y en 1917 se retiró.

A partir de 1920 su confesor jesuita, lleno de amor por Polonia, su patria, deseaba la justa prosperidad para sus tierras, sugiriéndole que ofreciera su sufrimiento y oraciones por la patria que recuperaba la independencia, después de largos años de servidumbre impuesta por las guerras. Aceptó la propuesta y el 8 de septiembre de 1922 escribió de su puño y letra el acto de su sacrificio, ofreciendo su sufrimiento, la vida y la muerte por la gloria de Dios en Polonia. De noviembre de 1921 hasta finales de enero de 1922, en que falleció, soportó con gran entereza las vejaciones diabólicas que la atormentaron.

El agravamiento de su enfermedad aconsejó que fuera trasladada al hospital de Santa Zita, donde falleció santamente el 12 de marzo de 1922. Pronto comenzaron sus compañeras a recoger noticias y palabras de esta admirable mujer, produciendose también las primeras gracias extraordinarias obtenidas por su intercesión. En 1948 el Cardenal Adam Stephano Sapieha abrió el Proceso Ordinario informativo y el 13 de mayo de 1949 sus restos fueron trasladados a la basílica de San Francisco, introduciéndose la causa de canonización el 30 de marzo de 1981.

Juan Pablo II la proclamó Beata el 13 de agosto de 1991, en la plaza del Mercado de Cracovia, refiriendo en su homilía:

> «[ ] deseo hacer resonar sus propias palabras "Deseo que Tu seas adorado tanto como eres destruido", reconociendo que "Dios tenia para mi alma grandes proyectos creandome a su imagen" Estas palabras de nuestra beata permanecen en nuestra mente y en nuestro corazon Vivio una parte notable de su vida en Cracovia Esta ciudad fue el ambiente de su trabajo, de sus sufrimientos y de su maduracion en la santidad, mostrando una sensibilidad insolita ante la accion del Espiritu Santo Los escritos que nos dejo dan testimonio de ello»

ANDRES DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

Angela Salawa (1881-1922) Il Diario (Roma 1985)
Bibliotheca sanctorum (Roma 1992), cols 1212 1213
Index ac status causarum, o c , 518
Martyrologium romanum, o c , 163
L'Osservatore Romano (16 y 23 8 1991)
WOJTCZAK, A , OFM Conv , *Angela Salawa (1881 1922)* (Roma 1984)

BEATO LUIS ORIONE

Presbítero († 1940)

Luis Orione nace el 23 de junio de 1872 en Pontecurone, diócesis de Tortona en el Piamonte italiano. Es el cuarto hijo de una familia humilde. Su padre, Víctor Orione, trabaja de picapedrero y peón caminero, de ideas antipapales y muy afecto y admirador de Garibaldi. No es practicante, pero tolera la religiosidad de su mujer, Carolina Feltri, hija de braceros y analfabeta, pero honrada y de gran personalidad, enérgica e incansable en

las faenas domésticas y agrícolas, que ayudo mucho a la formacion del carácter y de la fuerte personalidad de su hijo. Se preocupará asimismo de ir formándole en la fe y en la caridad, enseñándole la compasión al necesitado, el respeto a los demás y la constancia en el trabajo. Él la calificará mas tarde de «una gran madre desde todo punto de vista».

La pobreza de la familia le hizo experimentar a Luis, ya desde niño, la inseguridad, la injusticia y el sufrimiento, tanto que tuvo que interrumpir sus estudios para ayudar a su padre en el trabajo y experimentar, entre los diez y trece años, la vida dura de obrero recogiendo pasto, que una vez seco se vendia, ayudando así a la débil economía familiar.

Solicitó el ingreso en el convento de los franciscanos de Voghera, y después de muchas dudas, en septiembre de 1885 fue aceptado por ellos, lo que le lleno de inmensa alegría. Pero en abril del año siguiente, y mientras se está preparando para recibir el hábito, una aguda broncopulmonía pone en peligro su vida, y aunque mejora algo, los frailes deciden enviarlo a su casa. Él se vuelve a su familia llorando, pero grabado por el ideal franciscano de pobreza y de entrega a los más pobres, necesitados y desvalidos, que le va a marcar ya para toda su vida.

Y si Dios cierra aparentemente una puerta abre otra de inmediato Y así, tras una breve estancia en su casa, el joven Orione ingresa el 4 de octubre de 1886 en el Oratorio salesiano de Valdocco, en Turín. Aquí tiene la suerte de conocer personalmente a San Juan Bosco, se confiesa y dirige espiritualmente con él y recibe y acepta sus consejos Empieza a experimentar la presencia de Dios, el cariño a la Virgen y el amor al Papa. Termina los estudios necesarios y cuando se decide a ingresar en el Oratorio salesiano, y haciendo ya los ejercicios espirituales para empezar el noviciado, decide, tras un consciente discernimiento, dejar el Oratorio e ingresar, en octubre de 1889, en el seminario de su diócesis de Tortona, donde es aceptado para iniciar los estudios de teología.

La providencia de Dios lo va sosteniendo siempre y ayudando a sacar el bien y la experiencia necesaria para su vida futura en donde aparentemente sólo hay fracaso y derrota. Del con-

tacto con Don Bosco aprendió el compromiso futuro con el mundo de los jóvenes.

Como era pobre y carecía de medios económicos para pagar el seminario, durante los tres años de los estudios de teología aceptó el pesado oficio de custodio de la catedral. Vivía en un cuartito humilde del templo y aquí reunió un grupo de muchachos ocupándose de su formación cristiana y religiosa. El obispo, Mons. Higinio Bandi, le cedió el jardín del obispado, y allí fue donde nació, en 1892, el Oratorio de San Luis. Es el inicio de la congregación orionista.

Su temple de apóstol se reafirma con la presencia de tantos jóvenes que encontraban en él un amigo, un protector y un guía, y bajo la protección del obispo de Tortona, el clérigo Orione abre su primer instituto para muchachos pobres el 15 de septiembre de 1893. Para ello ha de alquilar una casa en el barrio de San Bernardino en la periferia de la ciudad, donde usa los mismos medios que aprendiera de los salesianos. Es la providencia divina quien le ayuda a pagar el alquiler gracias a la aportación generosa de una mujer desconocida.

El 13 de abril de 1895 es ordenado sacerdote. Ve colmados sus deseos y se entrega ya totalmente a extender su obra de la «Divina Providencia». El *lema* de toda su vida será, como en San Pablo, «instaurar todas las cosas en Cristo». Su *grito de acción:* «almas, almas». Siente el ardor y la necesidad de conseguir almas para Cristo. Sus grandes *amores* serán, ya para siempre: Jesús, María, la Iglesia, la Eucaristía, la Cruz y el Papa. Aprendió de Santa Catalina de Siena el gran amor y fidelidad apasionada a la Iglesia y al Papa. Llega a afirmar que «el Papa es la razón de nuestra vida», «somos totalmente del Papa...», «el Papa es nuestro credo», expresiones todas que si no vinieran de un alma tan recta, entregada y santa, rozarían el fanatismo.

Italia se ve sacudida por las primeras y violentas reivindicaciones sociales en el año 1898, donde hay violencia y muertes. El corazón de padre de Don Orione tiene que intervenir con su amor y formación cristiana para solucionar tantos problemas. Para evitar estas situaciones en el futuro, necesita formar cristianamente a los jóvenes más necesitados. Les ofrece asilo y calor de familia con escuelas y colonias agrícolas. Para atender esta si-

tuación humana da vida, en julio de 1899, a los «Eremitas de la Divina Providencia», bajo la regla benedictina y su lema *Ora et labora.* Este cuerpo especialmente contemplativo será, dice Don Orione, «como los pelotones que corren detrás del celeste Capitán coronado de espinas...».

El 10 de enero de 1902, Don Orione expone al papa León XIII la finalidad de su Instituto. El Papa le anima y bendice y al mismo tiempo le aconseja que trabaje en favor de la unidad ecuménica de la Santa Iglesia, consejo que él convierte en mandato y que nunca olvidará. Y por fin, en marzo de 1903, el obispo de Tortona concede a la Congregación de la «Pequeña Obra de la Divina Providencia» la primera aprobación canónica diocesana.

San Pío X sucede a León XIII en el gobierno de la Iglesia en 1903. Este Papa lo rodea de afecto y estima, y es con él con quien Don Orione va a intensificar especialmente su entrega a la obra de la evangelización, su laboriosidad caritativa con los más pobres, necesitados y los damnificados y huérfanos durante los terremotos de Regio Calabria y Mesina en 1908, y su adhesión y la de sus seguidores al magisterio de la Sede Apostólica. Empieza en Roma, por indicación del Papa, su actividad parroquial en el barrio Appio, «la Patagonia romana», como la definió el mismo Papa, y en la iglesia de Santa Ana, cerca del Vaticano. En junio de 1909 el Papa lo nombra Vicario general de la diócesis de Mesina, en Sicilia, y aquí está durante tres años.

Finalizado este servicio y en una audiencia privada, Don Orione emite sus votos perpetuos en manos de Su Santidad y prepara ya la primera expedición de sus misioneros al Brasil, lo que se llevará a cabo en 1913.

Su caridad no tiene medida ni su corazón un momento de sosiego, porque a él le preocupan todos los problemas y desventuras de todos los hombres. Y en enero de 1915 Don Orione lleva a cabo en Avezzano los mismos gestos de heroísmo y caridad que ya realizase en Mesina durante el terremoto que asoló la Marsica.

Todos sus seguidores de entonces eran pocos ante tantas necesidades y tantas peticiones de ayuda que había que socorrer. Por eso la divina providencia le sugirió la idea de iniciar, en

junio de 1915, la fundación de la familia religiosa de las «Pequeñas Hermanas Misioneras de la Caridad», a las que confía principalmente el servicio de los enfermos, de los más pobres y de los jovenes en peligro moral. Para ello da vida a los «Pequeños Cotolengos»:

> Son «verdaderos pararrayos de las grandes ciudades —escribira el—, sobre cuyas alas atraen, con el apostolado del sufrimiento y de la oracion, las bendiciones del cielo [ ] La puerta del Pequeño Cotolengo no pregunta a quien entra si tiene un nombre, una religion, sino tan solo si tiene un dolor, porque nuestra caridad no cierra las puertas [ ] Los pequeños, los pobres, los ciegos, los afligidos, los huerfanos, los enfermos son mi sueño, el cántico que resuena en mi alma »

Desde Brasil lo llaman sus primeros misioneros, a los que en dos ocasiones ha enviado y que ya han fructificado y se han extendido por varios lugares del país. En agosto de 1921 viaja a Brasil, los alienta en las iniciativas existentes y los exhorta a emprender otras. Viaja también a Argentina, donde el Secretario de la Nunciatura le invita a predicar y a conocer las muchas necesidades humanas y espirituales por las que están pasando sus paisanos italianos residentes allí.

Los diez años que van de 1924 a 1934 señalan la llegada de la «Pequeña Obra» a varias naciones del extranjero. Entran nuevos misioneros en Brasil y Argentina, llegan otros a Uruguay y Chile. Ante tanta necesidad es urgente la «colecta de vocaciones» que le asegurará en el futuro muchos sacerdotes y religiosos que seguirán extendiéndose por todo el mundo. Tal vez por ello necesita una nueva institución que le asegure la oración continua por estas vocaciones. Por eso en 1927 funda la rama femenina contemplativa de las «Hermanas Sacramentinas Ciegas», que habrían de secundar la labor *Ora et labora* de sus «Hermanos Eremitas». Decía Don Orione: «Tengo pocas ambiciones, pero ésta la tengo: de ser el sacerdote de las vocaciones». Siempre, al hablar e instruir a los jóvenes, los orientaba hacia la entrega absoluta al Señor, y si era a través de la vocación religiosa o sacerdotal, mejor.

Continúa la extensión de nuevas fundaciones en Europa y Oriente: en Inglaterra, Albania, Rodas, Palestina y sobre todo en Polonia, tan agredida y atribulada y por él tan querida.

Extiende también su acción misionera a Oceanía y a América del Norte.

El año 1934 emprende su segundo viaje a América del Sur que le va a llevar tres años de mucho trabajo. Viaja en el «Conte Grande» a Argentina para participar en el Congreso Eucarístico Internacional de Buenos Aires, al que asiste con el Cardenal Pacelli, futuro Pío XII, que lo hace en calidad de legado pontificio del mismo En el cono sur de América estuvo tres años que dedicó a animar a sus misioneros y a lanzarlos a instalar allí nuevas instituciones, como: casas de caridad, colonias agrícolas, orfanatos y escuelas, fundó también nuevos «Pequeños Cotolengos». Visita varias veces Chile, Argentina, Brasil y Uruguay, siempre prestando ayuda y dando esperanza a sus hermanos. Todo este extenso campo se le hace pequeño para su inmenso corazón.

Regresa a Italia, desembarcando en Nápoles el 24 de agosto de 1937. Esta gran actividad desarrollada en América lo fatigó sobremanera. Pasara sus tres últimos años de vida en Tortona dedicado a robustecer el ánimo de todos su hijos, a confesar y predicar. Se le nota agotado, pero no quiere ceder a la dura realidad.

«Quiero morir de pie, mirando al cielo y trabajando», repite a todo el que le aconseja que ceda un poco en su impulso misionero.

Tras sufrir un infarto, unido a la diabetes y al cansancio general, se teme por su vida. Pide y recibe el viático y la santa unción de enfermos el 9 de febrero de 1940 Los médicos aconsejan que sea llevado a un lugar tranquilo y es ingresado en la villa de Santa Clotilde, en San Remo, el 9 de marzo de 1940. Sólo estará aquí tres días, ya que muere el 12 de marzo suspirando: «Jesús, Jesús, Jesús... Voy...»

En su ultimo viaje, desde San Remo a Tortona, alrededor de sus restos mortales se suceden indescriptibles manifestaciones de llanto y dolor por parte de todos sus hijos, de las autoridades civiles y religiosas, eclesiásticos y de la multitud en todos los lugares por donde hubo de pasar el cortejo fúnebre. Su cuerpo fue sepultado el 19 de marzo en la cripta del santuario de la Virgen de la Guardia, mandado construir por él en

Tortona, en el barrio de San Bernardino e inaugurado el 29 de agosto de 1931.

El papa Pío XII lamenta su muerte, definiéndolo como «Apóstol de la caridad, padre de los pobres y bienhechor de la humanidad dolorida y desamparada»

El 26 de octubre de 1980 fue proclamado Beato, en la plaza de San Pedro, en Roma, por el papa Juan Pablo II, quien hizo de Don Orione este perfil espiritual y apostólico, diciendo entre otras cosas:

> «Don Orione se nos ofrece como una maravillosa y genial expresion de la caridad cristiana Fue una de las personalidades mas eminentes de este siglo por su fe cristiana abiertamente profesada, y su caridad heroicamente vivida [ ] Se ha dejado siempre guiar por una logica henchida de amor amor inmenso y total a Dios, a Cristo, a Maria, a la Iglesia, al Papa, y amor, igualmente absoluto, al hombre, alma y cuerpo, y a todos los hombres [ ] con particular bondad y ternura a los que sufren, los marginados y desesperados [ ] Cristo viene llevando sobre su corazon a la Iglesia y en las manos las lagrimas y la sangre de los pobres, la causa de los afligidos y de los oprimidos, de las viudas y de los huerfanos, de los humildes y abandonados [ ] Tuvo el temple y el corazon del apostol Pablo, tierno y sensible hasta las lagrimas, infatigable y valiente hasta la extenuacion, tenaz y dinamico hasta el heroismo, enfrentando peligros de todo tipo, iluminando a hombres sin fe, convirtiendo pecadores, siempre recogido en constante y confiada oracion, a veces acompañada de grandes penitencias [ ] Admirable es Dios en sus santos y Don Orione queda para todos como ejemplo esplendente y consuelo en la fe» (cf *Acta Apostolicae Sedis* 72 [1980] 187 188)

Creo que es el mejor resumen que se puede hacer de la vida del Beato Luis Orione.

PEDRO RIESCO PONTEJO, OP

Bibliografía

AAS 73 (1981) 477ss

CONFERENCIA ESPAÑOLA DE RELIGIOSOS, *Una luz multicolor* (Madrid 1987) 200 203

D'ANGELO, A , «Luis Orione», en C LEONARDI A RICCARDI G ZARRI (dirs), *Diccionario de los Santos,* I (Madrid 2000) 1 521 1 523

SANTAMARIA, F , «Beato Luis Orione», en J A MARTINEZ PUCHE (dir), *Nuevo año cristiano Marzo* (Madrid 2001) 138 147

VENTURELLI, Juan, FDP, *El Beato Don Luis Orione Padre de los pobres* Folletos «Con El» Testimonios y testigos, num 99

SANTOS PEDRO, DOROTEO Y GORGONIO

Mártires († 303)

Nos llega por Eusebio de Cesarea la noticia del martirio de estos santos, que sucedió durante la estancia de Diocleciano en Nicomedia. El mortal enemigo del cristianismo se encolerizó al saber que en la propia casa imperial había cristianos. Entonces mandó que toda su servidumbre sacrificara a los dioses. Pero los cristianos se negaron y el primero en hacerlo fue el mayordomo Pedro. Desnudado, se le azotó sin piedad, luego se le suspendió en el aire y se le siguió dando azotes hasta que se le vieron los huesos, y a continuación se le echó vinagre y sal en las heridas. Pedro permanecía impávido. En vista de ello se le hicieron cortes, se le pisoteó y finalmente se le tiró al fuego donde se tostó y murió. Otros dos cristianos confesaron su fe intrépidamente en aquella ocasión: Gorgonio y Doroteo, a los que se dio muerte tras tormentos similares a los de Pedro. Era el 12 de marzo de 303.

SAN INOCENCIO I

Papa († 417)

Era, según el *Liber Pontificalis,* natural de Albano en el Lacio y pertenecía al clero romano, que lo eligió papa el año 401 a la muerte de San Anastasio I, del que era como un hijo.

Fue papa durante dieciséis años y tuvo clara conciencia de su dignidad papal y del puesto que la sede romana ocupa en el concierto de la Iglesia Universal. Escribió a numerosos obispos sobre asuntos eclesiásticos, defendió el celibato sacerdotal y apoyó a San Juan Crisóstomo cuando éste fue depuesto y exiliado. Cuando los obispos africanos condenaron el pelagianismo en los concilios de Cartago y Mileto, escribieron al papa Inocencio que confirmó sus acuerdos, y fue entonces cuando San Agustín dijo su famosa frase de «Roma locuta, causa finita».

Durante dos años Alarico cercó Roma, y la ciudad carecía de defensas suficientes frente a la bien nutrida tropa goda. El

partido pagano levantaba cabeza dentro de la ciudad con la clásica afirmación de que la ruina de Roma era resultado del abandono del culto a los dioses Pudo el Papa concertar una tregua con Alarico, que le permitió marchar a Rávena a obtener del emperador tierras en Italia para los godos. Y en efecto, acompañado de algunos senadores, partió Inocencio para Rávena. Pero estando el papa en esta ciudad pidiendo ayuda al emperador Honorio, los godos saquearon Roma en 24 de agosto de 410 y obligaron a sus habitantes a entregarles un fuerte tributo. El papa volvió a Roma el año 412 Inocencio murió cargado de méritos el 12 de marzo de 417.

Se ha señalado con razón la importancia de las cartas que de este pontífice se conservan, y de las que más de treinta son suyas sin duda, habiendo otras cuya autenticidad se discute En todas ellas aparece clarísima la conciencia de la dignidad primacial de la Iglesia de Roma, con la que deben convenir todas las iglesias particulares, cuyas decisiones tienen que ser siempre —dice Inocencio— sin perjuicio de lo que establezca la Iglesia romana.

SAN TEÓFANES EL CRONÓGRAFO

Monje († 817)

Este insigne monje murió víctima de la persecución que el emperador iconoclasta León el Armenio suscitó contra quienes persistían en la doctrina y la praxis de la Iglesia de venerar las sagradas imágenes. Bien merecería el título de mártir.

Nace en una noble y riquísima familia. Su madre, viuda, lo educa esmeradamente, y se concierta el casamiento del joven con una princesa. Pero ambos aspiraban a la vida religiosa, y por ello se separaron, ingresando cada cual en un convento. Él ingresó en el de Sigriano y a poco edificó uno en la isla Calomio con su propio peculio. Pero luego volvió a Sigriano, donde edificó otro monasterio del que fue elegido hegúmeno. El año 787, e invitado por el patriarca San Tarasio, asistió al II Concilio de Nicea, en el que quedó definida la licitud de las sagradas imágenes.

En su monasterio llevaba una rígida vida ascética, dedicado a la oración y al estudio, componiendo una crónica de la historia del mundo, de verdadero mérito y por la que se le llama el Cronógrafo. Pero León el Armenio quiso que el prestigioso monje apoyara su campaña iconoclasta y lo llamó a la corte. Acudió el santo y se negó en redondo a abandonar la fe ortodoxa. Fue entonces detenido, encarcelado, azotado y abandonado en una inmunda cárcel a lo largo de dos años. Muy enfermo ya fue enviado a la isla de Samotracia, donde murió a poco de llegar, el 12 de marzo de 817.

BEATA FINA DE SAN GEMINIANO

Virgen († 1253)

Fina nace en San Geminiano, Toscana, y su vida es un acto continuado de paciencia en medio de grandes enfermedades. Paralítica desde los diez años, llena de llagas y huérfana, acepta su situación con plena entrega a la voluntad de Dios, uniéndose a los dolores de Cristo.

Edificó a toda la comunidad cristiana con su admirable paciencia, con su vida de continua oración y se convirtió en un ejemplo de las más eximias virtudes cristianas. Madura para el cielo, el Señor la llamó a sí el 12 de marzo de 1253. El pueblo la tuvo enseguida por santa y comenzó a darle culto.

BEATO JERÓNIMO GHERARDUCCI

Presbítero († 1369)

No hay muchas noticias acerca de este bienaventurado. El papa Pío VII en 1804 concedió a la diócesis de Recanati misa y oficio propios de él, viniendo así a oficializar el culto que desde su muerte venía recibiendo en dicha iglesia particular.

Fue un sacerdote de la Orden de Ermitaños de San Agustín y que vivió y murió en el convento de Recanati (Italia). Sobresalió por sus esfuerzos en pro de la paz y la concordia entre las gentes y los pueblos. Por ejemplo compuso las diferencias entre los vecinos de Fermati y los de Ascolani. Murió el 12 de marzo

de 1369, y su tumba fue objeto de culto enseguida, acompañado de fama de milagros. En Recanati se elegían todos los años siete hombres y siete mujeres que hicieran en nombre del santo obras de caridad y buscasen la reconciliación entre las personas enemistadas.

BEATA JUSTINA FRANCUCCI BEZZOLI

Virgen († 1319)

Nació en Arezzo y en la adolescencia siente la vocación religiosa, ingresando y profesando en el monasterio benedictino de San Marcos, de su pueblo natal. Luego pasó a otro convento benedictino de su ciudad, el de Todos los Santos.

Pero sentía la llamada a la vida solitaria y entonces decide unirse a una mujer piadosa que vivía como reclusa cerca del castillo de Civitella. Aquí perseveró un tiempo, pero muerta su compañera, consideró mejor volver a un monasterio y unirse a la vida de la comunidad. Fue recibida en el monasterio de San Antonio, donde llevó vida ejemplar y dejó fama de santa cuando murió el 12 de marzo de 1319. Se le comenzó a dar culto que fue finalmente confirmado por el papa León XIII el 14 de enero de 1891.

SAN JOSÉ ZHANG DAPENG

Seglar y mártir († 1815)

José Zhang Dapeng (o Tchang Ta-Pon) nació en Tou-yu-fou (China) en el seno de una familia pagana en el año 1754.

Persona muy religiosa desde joven, su inquietud espiritual le llevó del budismo al taoísmo. Muy joven marchó a vivir a la capital de su provincia, Guiyang, donde se colocó con un mercader de seda, llamado Ouang. Un hijo del mercader se hizo cristiano en Pekín y a su vuelta logró convertir a algunos amigos, interesando a nuestro futuro santo en la religión, de cuya verdad le convenció finalmente un catequista. Pero tenía ya dos esposas y esto era un obstáculo para su bautismo. Por fin se se-

paró de la segunda, de la que tenía un hijo, la dotó convenientemente y la casó con otro cristiano.

Pero un tío del hijo del comerciante denunció a ambos como cristianos y Ouang se vio precisado a comprar a la policía para obtener su libertad. Y entonces prohibió practicar la religión en su casa

Esto obligó a Zhang a establecerse por su cuenta. Hizo el catecumenado, recibió el bautismo en 1800 con el nombre de José y en 1802 la primera comunión. Acusado por su familia y producidos algunos arrestos, José huyó pero volvió pronto Fue nombrado catequista e hizo un exitoso apostolado. Volvió a huir cuando arreció la persecución en 1811, negándose su hijo a denunciar su paradero, lo que costó al joven el destierro, donde murió al cabo de un año. Llamado por el obispo retorno a su pueblo y continuó el apostolado, siendo arrestado en 1813. No se logró su apostasía Fue condenado a muerte, sentencia confirmada por el emperador en enero de 1815. Fue ejecutado en Guiyang el 12 de marzo de aquel año. Canonizado el 1 de octubre de 2000.

13 de marzo

A) MARTIROLOGIO

1 En Nicomedia (Bitinia), los santos Macedonio, presbítero, Patricia, su mujer, y Modesta, su hija, martires (fecha desconocida)

2 En Hermopolis (Egipto), San Sabino (s IV), martir

3 En Persia, Santa Cristina († 559), martir

4 En Poitiers (Aquitania), San Pienclo (s VI), obispo

5 En Sevilla, San Leandro († 600), obispo, cuya memoria celebra la Iglesia española el 13 de noviembre (cf ** 13 de noviembre)

6 En Novalesa (Italia), San Eldrado († 840), abad *

7 En Cordoba (España), los santos Rodrigo, presbitero, y Salomon († 857), martires *

8 En Camerino (Italia), San Ansovino († 868), obispo

9 En el monasterio de Cava, Beato Pedro Segundo († 1208), abad

10 En Oxford (Inglaterra), Beato Agnelo de Pisa (s XIII), presbitero, de la Orden de Menores **

11 En Ernée (Francia), Beata Francisca Trehet († 1794), virgen, de la Congregacion de la Caridad, martir en la Revolucion Francesa *

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

BEATO AGNELO DE PISA

Presbitero († 1236)

Francisco de Asís, seguidor apasionado y apasionante de Jesucristo, atraía a las almas con poderosa fuerza. Y uno de los primeros en sentir este atractivo y dejarlo todo para seguir con Francisco al Señor fue el joven Agnello Agnelli. Era natural de Pisa, pertenecía a una rica familia, y educado en la fe y la moral del evangelio, era un joven de sana religiosidad y limpias costumbres que, a sus 17 o 18 años, no había dado, sin embargo, señal alguna de que aspirara a la vida religiosa. Pero el Serafín de Asís pasó por Pisa el año 1211. Agnelo lo escuchó, y la palabra de Francisco penetró como una tea incendiaria en su corazón y lo convirtió en una hoguera de entusiasmo religioso por Cristo y su evangelio. En aquel punto decidió abandonarlo todo para irse con Francisco y ser así uno de sus doce primeros discípulos. Agnelo se ofrece a Francisco y éste, viendo la sinceridad profunda con la que el joven pide ser agregado a la Orden Franciscana naciente, lo admite entre los suyos y en la propia ciudad de Pisa, donde Francisco funda un convento, le da el hábito tosco y pobre, distintivo de la vida evangélica que abraza

Pasan unos años que son de maduración espiritual de Agnelo pero al mismo tiempo de incremento del fervor con que vive su vida franciscana, y llega a comprenderla tan bien que muy pronto el mismo San Francisco se da cuenta de que en Agnelo tiene un instrumento apto para la difusión del franciscanismo, porque es claro que Agnelo se empapaba cada día más del más genuino espíritu de San Francisco de Asís. Éste decide que Agnelo reciba las órdenes sagradas, y para la fecha de 1217 cuando iba a tener lugar el capítulo general de la Orden, Agnelo era ya diácono. En este capítulo se decide el envío de frailes a diferentes sitios del mundo para la predicación del evangelio y la implantación del franciscanismo y uno de los sitios decididos

fue Francia, donde la Orden estaba destinada a echar firmes raíces. Agnelo es asignado al grupo que debe ir a Francia y es nada menos que el propio Francisco el que decide ir como líder del grupo. Pero el Cardenal Hugolino, futuro papa Gregorio IX, convence a Francisco de que se quede en Italia, y entonces Francisco a su vez decide que el jefe del grupo que va a Francia sea el diácono Agnelo.

Revestidos de su atractiva humildad y con su ejercicio fervoroso de la pobreza los franciscanos emprenden su camino a pie y descalzos, sin medios humanos para hacer valer su propósito pero firmes y seguros en que Dios está con ellos y las oraciones de Francisco les acompañan, y así llegan a París, la noble capital del reino francés, donde los descendientes de Hugo Capeto tenían su trono. París era una grande y activa ciudad, en la que la política, el comercio y la cultura tenían sólido asentamiento. Pero a Agnelo y su grupo lo que de verdad les importaba era que había muchas almas a las que llamar a la perfección de la vida cristiana y muchos pecadores a los que atraer a la penitencia y la vuelta a Jesucristo

¿Quién les acogería? Los acogió caritativamente un monasterio, el famoso monasterio de San Dionisio, cuyo abad, viendo claramente en los recién llegados a verdaderos siervos de Dios, les proporcionó una casa donde residir y desde la que irradiar sobre el pueblo de Dios su palabra y su ejemplo. El pueblo de Dios, conforme los conoció, los amó muy pronto. Agnelo se encontró con que los fieles enseguida se sintieron tocados a favorecer a aquellos religiosos venidos de Italia y que, en contraste con tantas otras instituciones, vivían en la mayor simplicidad y austeridad y predicaban a Cristo desde un limpio testimonio de vida. Comenzaron a llegar las vocaciones. Jóvenes franceses y no franceses que vivían en París comenzaron a pedir seguir ellos también el camino de Francisco, y Agnelo, reconociendo el dedo de Dios en esta afluencia de vocaciones, no dijo no a ninguno que vio apto para la causa del reino y se encontró muy pronto con que la primera casa era incapaz de albergar a todos los religiosos. Así comenzó la fundación de casas filiales por los alrededores de París, donde fueron quedando instalados los nuevos frailes, y cada una de ellas se convirtió a su vez en llama-

da para la aparición de nuevas vocaciones. El pueblo seguía emocionado la difusión del franciscanismo en el área parisina y proporcionaba a los frailes sus limosnas con generosa voluntad, mostrándose a través de estas limosnas la Providencia de Dios prometida a Francisco.

Pero Agnelo se da cuenta de que si entre los hermanos había algunos a los que debía promoverse a las órdenes sagradas era imprescindible prepararlos culturalmente. Ello exigía la apertura de una casa dedicada a los frailes estudiantes que cursaran sus estudios en la ya floreciente universidad parisina, una casa toda ella ordenada al seguimiento adecuado de los estudios. Pensó Agnelo que no se avenía a esto la misma casa donde estaban los demás religiosos y por ello abrió un segundo convento en París. Se abría así una activa y fecunda relación entre la orden franciscana y la universidad parisina. Por ella pasarán Alejandro de Hales, San Buenaventura y tantos otros insignes maestros franciscanos.

Agnelo había mostrado suficientemente en París su capacidad organizativa, su carisma como líder. Y San Francisco pensó que el hombre que había sido apto para introducir tan bien la Orden en Francia lo sería igualmente para su introducción en el reino de Inglaterra y decidió que Agnelo, acompañado de ocho frailes, marchara a la Gran Bretaña y trabajara allí por la implantación de la Orden. Agnelo recibió con docilidad la voluntad de Francisco, al que seguía teniendo una extrema adhesión. Entre sus ocho acompañantes varios eran ingleses, y uno de ellos, Ricardo de Ingworth, era ya sacerdote. Marcharon a la costa y fueron acogidos por los monjes de Fécamp, los cuales, además, extremando su generosidad, les pagaron el pasaje para Inglaterra, y así cruzaron el Canal de la Mancha, desembarcando en el puerto de Dover el 10 de septiembre de 1224. Una vez en Dover resolvió Agnelo que su primer destino sería Canterbury, la ciudad arzobispal, donde entonces era prelado Esteban Langton. También como en París necesitaron de la caridad para ser acogidos luego de llegar descalzos y vestidos de su tosco sayal tras haber andado desde el puerto de su desembarco. Y la casa que los acogió era propio que los acogiera. Se trataba de la «Casa de los Sacerdotes Pobres», una institución que no andaba

muy sobrada de medios, pero que les dio lo que tenía: una adjunta escuelita, donde de día se daba clase a los niños y, cuando caía la tarde, se convertía en habitación de los frailes franciscanos, los cuales estaban hacinados en una muy pequeña habitación durante el día. En esta habitación no era posible encender un fuego. Había que esperar al atardecer para poder ocupar la escuela y entonces sí era posible intentar calentarse con un fuego. El temprano invierno inglés hizo pasar a los hermanos ya en octubre una vida incómoda. Pero Agnelo y sus frailes no exhalaron una queja, no buscaron un mejor alojamiento, y se conformaron humildemente con aquella pobre morada al tiempo que se limitaban a comer mendrugos de pan y un poco de cerveza aguada. Todo ello llevado con tanta naturalidad y alegría que enseguida el favor del pueblo comenzó a señalarlos como verdaderos discípulos de Cristo e incluso el arzobispo no dudaba en decir, a quien quisiera oírlo, que lo que acababa de llegar a Inglaterra era la Orden de los apóstoles, pues los franciscanos estaban llenos —decía— del verdadero espíritu apostólico. El director de la «Casa de Sacerdotes Pobres» tuvo un rasgo de caridad cristiana con los franciscanos. Viéndolos tan mal acomodados les ofreció un terreno de su propiedad, que tenía el inconveniente de ser cenagoso y no contar, además, con alcantarillado. Pero Agnelo lo aceptó porque significaba la independencia de la comunidad. No puso a los frailes a construir en el terreno una casa cómoda; se limitó a la construcción de unos cobertizos o chozas, donde la comunidad viviría nada menos que medio siglo, dando un ejemplo admirable de sencillez y pobreza.

Establecido Agnelo y su grupo en Canterbury, él pensó enseguida en otros dos centros ingleses en los que habría que tantear el establecimiento de la presencia franciscana, y éstos fueron Londres y Oxford. A Londres mandó al citado hermano Ricardo con otros tres religiosos, y a su llegada fueron acogidos por los dominicos que ya estaban en la ciudad. Pero muy poco después los franciscanos alquilan una casa en Cornhill, donde se establecen y comienzan sus actividades. Abierta la casa, el hermano Ricardo se va a Oxford a intentar igualmente abrir allí un convento, y cuando Agnelo tiene noticias de que está abierta

una casa en la ciudad de Londres se traslada a esta población. Agnelo encontró poco adecuada la fría casa de Cornhill a lo que tenía que ser el convento y busco una casa algo mayor, a la que se mudaron en 1226 y que fue en Stinking Lane. En 1229 esta casa hubo que agrandarla porque, igual que en Francia, en Inglaterra se produjo enseguida una afluencia de vocaciones buscando la vida franciscana. Y parece que éste fue el inicial propósito de la casa de Oxford, proporcionar vocaciones procedentes de la juventud estudiantil allí tan abundante, pero muy pronto, igual que en París, la casa de Oxford hubo de ser centro de preparación cultural de numerosos frailes. Esta casa de Oxford estaba llamada a dar figuras tan grandes como Roger Bacon, Duns Scoto o Guillermo de Ockham. Posteriormente los franciscanos pasarían también a Cambridge, el otro gran centro universitario inglés.

A Agnelo no le importó solamente la difusión de la Orden sino que ésta permaneciera en su espíritu original. Él lo conservó fielmente en sí mismo, llevando una vida de pobreza suma, de asidua oración y de gran celo apostólico. Su humildad, como a Francisco, le impedía pasar del diaconado al sacerdocio, pero un capítulo general de su Orden así lo estableció y él obedeció Lo apreciaba mucho el rey Enrique III, que lo aceptó como mediador para hacer las paces tras la rebelión del Conde de Marshall Nunca tuvo muy buena salud y por ello cuando solamente frisaba en los cuarenta años de edad falleció en Oxford el 13 de marzo de un año no determinado, 1235 o 1236. Su culto inmemorial fue confirmado el 4 de septiembre de 1892.

JOSE LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

CORDOBA, G DE, *Del solar franciscano* (Madrid 1957)
LITTLE, A G, *The Gray Friars in Oxford* (Oxford 1892)
MARIOTTI, C, *Il Beato Agnello da Pisa* (Roma 1895)
MOORMAN, J R H, *The Franciscans in England* (Londres 1974)

SAN ELDRADO

Abad († 840)

Hijo de una rica familia de Provenza, heredó una gran fortuna que administraba bien, destinando una parte de ella a obras de caridad, como el hospital que él mismo edificó y costeaba.

Pero se sentía llamado a vivir la pobreza evangélica y decidió desprenderse de sus bienes, dando una parte de ellos a la Iglesia y otra parte distribuyéndola entre los pobres. Buscando un austero monasterio en el que profesar eligió el de Novalesa en Italia.

Fue un monje observante y ejemplar, siéndole confiado el cuidado de los jóvenes monjes. Elegido abad años más tarde, fue un abad celoso que procuró en todo el bien del monasterio, levantando nuevas iglesias, revisando el salterio y abriendo hospicios en los pasos de Mont Cenis y Lautaret. Murió en el año 840. Su memoria es el 13 de marzo.

SANTOS RODRIGO Y SALOMÓN

Mártires († 857)

Rodrigo era un sacerdote de la ciudad de Egabro, hoy Cabra, en Andalucía, fervoroso en el cumplimiento de sus deberes sacerdotales.

Tenía dos hermanos, uno de los cuales había abrazado el Islam y por ello discutía frecuentemente con el otro que perseveraba cristiano. Una vez ambos hermanos llegaron a las manos y Rodrigo intervino queriendo poner paz, pero en medio de la reyerta quedó gravemente lesionado hasta el punto que se temió por su vida. El hermano musulmán, aprovechándose de la situación de Rodrigo, sin sentido ya y como en agonía, difundió la especie de que el sacerdote se había convertido en musulmán.

Recuperado Rodrigo, cae en la cuenta del peligro que significaba dejarse ver en público, toda vez que si daba signos de cristianismo se le tendría por apóstata del Islam. Marchó, pues, a un pueblo de la serranía y allí pudo vivir cinco años hasta que al cabo de ellos fue un día a Córdoba. Se topó con su hermano

musulmán y éste entonces lo denunció como apóstata. Arrestado y llevado ante el cadí, puntualizó que siempre había sido cristiano y que nunca se había convertido al Islam, por lo que no podía ser acusado de apóstata. El juez intentó con blandas palabras atraerlo al Islam y hacerle renegar de la divinidad de Cristo, pero el sacerdote se mantuvo firme en su confesión de fe. El juez enojado con la negativa lo mandó a la cárcel común para que estuviera entre los condenados a muerte. El siervo de Dios conservó la calma y se dispuso al martirio.

Aquí, en la cárcel, encuentra a Salomón, del que no da otros detalles San Eulogio, que es quien nos narra este martirio, sino que un tiempo había sido musulmán pero se volvió al cristianismo y estaba por ello acusado de apóstata y condenado a muerte. Dice también que era distinto en dignidad y origen respecto a Rodrigo, lo que da a entender que era seglar. Ambos confesores de la fe establecieron ayudarse mutuamente con palabras y oraciones a ser fuertes y abordar con generosidad la muerte por el nombre de Cristo. Irritado el juez de la santa familiaridad de ambos mártires mandó separarlos y a poco los hizo comparecer de nuevo ante su presencia, instándoles en vano a que abrazasen el Islam. Una orden del emir los condenó a muerte.

Al salir para el lugar de la ejecución, ambos mártires se dieron el beso de la paz y se volvieron a animar a dar la vida por Cristo. Llegados al sitio de la ejecución, volvió el juez a tentarles, pero volvieron los mártires a adherirse a Cristo y a no separarse de su confesión. A orillas del río Guadalquivir ambos fueron decapitados, pero la cabeza de Salomón no llegó a desprenderse del todo de su tronco. San Eulogio y otros más acudieron a ver los cuerpos de los mártires, los cuales por la tarde, atados sus pies a unas piedras, fueron arrojados al río. Pero ambos cuerpos aparecieron poco después y pudieron los cristianos darles digna sepultura. El martirio tuvo lugar el 13 de marzo de 857.

BEATA FRANCISCA TRÉHET

Virgen y martir († 1794)

Nació en Saint-Mars-sur-la-Futaie (Francia) el 8 de abril de 1756 en el seno de una familia de granjeros. Llegada a la juven-

tud ingresó en la Congregación de Hermanas de la Caridad, que se dedicaban a la enseñanza de la niñez y a obras de misericordia y a las que por su hábito gris las llamaban las «Hermanas Grises» Fue destinada a Saint-Pierre-des-Landes, y se acredito muy pronto por sus virtudes. Era de carácter enérgico y organizaba muy bien las cosas.

Llegada la Revolución, una ley del 17 de abril de 1791 impuso que todos los maestros y maestras tenían que jurar la constitución civil del clero. Francisca se negó, y perdió su cargo de maestra. Pero continuó ejerciendo como catequista y siguió visitando a los enfermos. En la escuela tenía como compañera a la Beata Juana Véron, que seria martirizada poco después que ella. Ambas fueron detenidas a finales de febrero de 1794 y llevadas a Ernée. Francisca pasó a la cárcel y Juana al hospital por estar gravemente enferma. El día 13 de marzo siguiente compareció ante la Comisión revolucionaria formada por los representantes del pueblo en el departamento de «La Mayenne», la llamada Comisión Clément por el nombre de su presidente. La sesion pública tuvo lugar en Ernée en el «templo de la Razón», un 23 ventoso del año II de la República Las acusaciones fueron tres· haber acogido a sacerdotes refractarios, haberse negado a jurar fidelidad a la patria y haber alimentado y protegido a los «chouans», es decir, a los soldados vandeanos Francisca rechazó dar vivas a la República y dijo que como cristiana ella ayudaba a todos, porque todos eran sus hermanos en Cristo. Fue condenada a muerte y guillotinada aquel mismo día Fue beatificada el 19 de junio de 1955.

14 de marzo

A) MARTIROLOGIO

1 En Pidna (Macedonia), San Alejandro († 390), martir
2 En Milan (Italia), San Lazaro (s v), obispo
3 En Cahors (Francia), San Leobino († 557), obispo
4 En Quedlinburg (Sajonia), Santa Matilde († 968), reina *
5 En Fulda (Alemania), Santa Paulina († 1107), religiosa

6 En Lieja, Beata Eva de Monte Cornillon († 1265), reclusa *

7 En Palermo (Sicilia), el Beato Santiago Cusmano († 1888), presbítero, fundador de los Siervos y Siervas de los Pobres **

8 En Roma, Beato Placido Riccardi († 1915), presbítero, de la Orden de San Benito *

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

BEATO SANTIAGO CUSMANO

Presbítero y fundador († 1888)

Una cualidad cristiana, nada fácil por cierto, es ver el rostro de Jesús en la cara de los desgraciados. Una persona puede ser piadosa, justa, cariñosa, es una buena persona. Pero eso de leer despacio el evangelio de Mateo, el juicio final, y aplicarlo todos los días a la propia vida, eso es difícil. Y si no, ya lo estamos viendo.

Se está hablando en la Iglesia, por activa y por pasiva, de la opción por los pobres. Los más parlanchines de nuestros ambones se ponen de puntillas para hablar de la caridad. Los pobres por aquí y los pobres por allá.

Pero esos mismos vocingleros no aparecen nunca cuando hay que llevar a un pobre, que duerme en invierno en la calle, a dormir a una casa decente. No es fácil. Ven a un pobre durmiendo en la acera y llaman corriendo a Cáritas o al Ayuntamiento diciendo que se lo lleven cuanto antes. Podían meterlo en su casa, digo yo, pero no se les ocurre.

Y es que la caridad, vivida como Santiago Cusmano, es una virtud heroica. Y en ello estamos cuando recordamos a este personaje ilustre, llamado Santiago Cusmano.

Por esta razón, las crónicas de su beatificación empiezan así:

> «Veía el rostro de Cristo en la cara de los pobres, lo veía como si se tratara de una eucaristía Los pobres, para él eran el sacramento de la presencia de Dios entre los hombres»

Había nacido en Palermo el 15 de mayo de 1834, hermosa ciudad italiana que pertenece a la provincia de su nombre, la cual linda con la provincia de Mesina y el mar Mediterráneo. Tiene 5.000 kms. cuadrados de extensión. La ciudad de Paler-

mo está a orillas del Mediterráneo, al fondo del golfo que lleva su nombre. Tiene un importante puerto, industria y comercio muy activos, una hermosa catedral, universidad, un observatorio astronómico, un museo de arqueología y un jardín botánico, que es uno de los mejores de Europa. O sea, no es una ciudad cualquiera. Palermo se hizo famosa en 1282, pues allí comenzaron aquellas matanzas de franceses que son conocidas con el nombre de «vísperas sicilianas». La ciudad la habían fundado los fenicios. Luego fue dominada por Cartago y, después de varios vaivenes, cayó en poder de Roma el año 254 a.C.

Volvamos a nuestro amigo Santiago. Sus padres eran ricos en piedad, bienes y origen. Cuando Santiago tenía solamente tres años, muere la madre. Y lo cría su hermana mayor, Vicenta. Desde niño le enseñaron el amor a los pobres, de tal forma que, siendo pequeño, daba a los pobres lo que él ahorraba con sus infantiles ayunos. Estudió en el Colegio Máximo de los padres jesuitas.

Es preciso describir ahora cómo estaba el ambiente de la calle en Italia, porque también Santiago lo vivió. Las cosas estaban así.

Cuando Santiago tenía doce años, Pío IX sube al trono pontificio (1846-1878). Y a los tres años de hacerse Papa, Víctor Manuel II se convierte en rey de la futura Italia (1849-1878). Son dos vidas casi opuestas. El sueño de la calle era la unificación de Italia. Cosa muy natural en nuestros días, pero fuerte pretensión en aquel entonces. Y se forman dos bandos: los que quieren la unidad a toda costa y sin Papa, y los que buscan la unidad con el Papa al frente de todos los Estados.

Pío IX quiere ganarse a todos, lo cual es la mejor forma de no quedar bien con nadie. Se tiene que refugiar en el Quirinal y por fin huye a Gaeta (2-2-1849). El Papa está secuestrado y se proclama la república italiana. Entre tanto, Francia, Austria y España, que defienden al Papa, organizan una guerra y consiguen que vuelva a Roma en abril de 1850. Así pasan veinte años. El 20 de septiembre Víctor Manuel II entra en Roma. Reconoce al Papa su inviolabilidad; le concede una renta anual de 3 millones y medio de liras, le otorga los palacios del Vaticano, de Letrán y Castel Gandolfo. El Papa rechaza todo esto y queda

como preso en el Vaticano. Toda esta situación se solventará de una vez por todas con el Tratado de Letrán, que firma Pío XI en 1929.

Éste es el ambiente en que vive Santiago. Pero poco a poco se va despegando de todas las preocupaciones políticas y se centra en el servicio a los más pobres. Dejó la idea de la unidad italiana y pensó marchar misionero, con horizontes más grandes. Pero alguien le recomendó que se dejara de misiones y que se dedicara a trabajar en la tierra que le había visto nacer. Le convencieron y se fue a la Universidad de Palermo con la idea expresa de hacer medicina y ayudar a los enfermos más pobres.

Terminó la carrera y ejerció medicina durante cuatro años (1855-1859). Como médico era maravilloso; como negociante, un desastre, porque, además de no cobrarles nada a los enfermos, les repartía el dinero que llevaba encima. Una ruina personal. Enseguida se dio cuenta de que la peor enfermedad de los seres humanos es el pecado. Y decidió dedicarse a curar las almas, siendo sacerdote. Un amigo, Domingo Turano, le ayudó a tomar estas decisiones.

Siempre se ha dicho que un buen amigo es un tesoro; y para tomar serias decisiones en la vida, el buen amigo es un regalo de oro puro. Con ese amigo contó Santiago para decidirse a ser sacerdote. Ojalá hoy fuera tan fácil seducir a los jóvenes para ir al seminario y hacerse sacerdotes.

Se hace sacerdote el 21 de diciembre de 1860. Seis años antes, el Papa había declarado el dogma de la Inmaculada Concepción (8 de diciembre de 1854). A los diez años justos, Pío IX publica el *Syllabus,* que era una exposición condenatoria de todos los errores modernos: liberalismo, socialismo. Y empieza el Concilio Vaticano I (1869-1870). En este concilio, el paso más llamativo será la proclamación de la infalibilidad pontificia. Después de muchísimas discusiones, se llega a un acuerdo casi unánime (533 obispos que sí y 2 que no). En esto, estalla la guerra franco-prusiana y los obispos tienen que salir corriendo de Roma, dejando la continuación del Concilio hasta que lleguen mejores días (20 de octubre de 1870). Esos mejores días nunca llegaron, y así la continuación de este concilio tomó otro nombre: Vaticano II.

En este ambiente tan revuelto, Santiago se dedica con cuerpo y alma a dar catequesis, predicar la palabra de Dios y curar a los enfermos, sobre todo a los que estaban en peligro de muerte. Y empieza la aventura: abre una casa para dar de comer a los pobres; deja de pensar en sí mismo y funda una congregación en beneficio de los más necesitados que se llamará «el bocado del pobre». Todo se desarrolla con mucha sencillez, pero encauzado.

De esa congregación formarán parte sacerdotes y seglares. Tratan de recoger colectas, distribuir las limosnas, dedicarse a los niños huérfanos, a las chicas en peligro, a los ancianos necesitados y a los enfermos. Funda casas «de la misericordia». La lista de sus fundaciones se puede fijar así:

—Congregación de las Siervas de los pobres, en 1880.

—Congregación de los Hermanos de los pobres, en 1884.

—Congregación de los Misioneros Siervos de los pobres, en 1887. Esta institución se va extendiendo por toda Sicilia; más tarde llega al resto de Italia, África y América.

En la actualidad se encuentran en México, en la ciudad de Chihuahua, en un asilo de ancianos llamado «El bocado de los pobres». *Por ellos sabemos algunas de sus actividades y conocemos* el espíritu de su fundador, Santiago Cusmano:

> «A través de cuatro hermanas Siervas de los pobres, auxiliadas por otras diez personas, les ofrecen a los 65 ancianos un apoyo integral que abarca los aspectos físico, moral y espiritual
>
> »Les dan un hogar, comida, servicios de salud, así como el cariño que todo individuo necesita, ya que incluso han recogido a gente que andaba en la calle sin alimento, es ahí donde entra la ayuda que requieren para recobrar la esperanza, la fe, la dignidad y sobre todo, el sentido de su vida
>
> »La atención médica que reciben esta en manos del doctor Juan Cruz Baca, quien de manera gratuita acude diariamente a revisarlos, recetarles medicamentos y si es necesario canalizarlos con otros médicos o llevarlos al Hospital central según la enfermedad que presenten
>
> »La mayoría son personas con enfermedades crónicas y tratamiento de por vida Las hermanas Siervas de los Pobres se valen de limosnas, ya que se trata de gente de muy escasos recursos»

El lema de Santiago era: «caridad sin límites». Y quería emplear siempre la dulzura de San Francisco de Sales. Pío XI apro-

bó la congregacion, afiliándola a las obras de San Vicente de Paúl y a la Tercera Orden de San Francisco. El mismo Santiago Cusmano atendía a los enfermos, los acariciaba, los besaba, no tenía ningún escrúpulo para acercarse a los más enfermos.

Murió muy joven. Estas vidas, entregadas del todo, pueden acabarse pronto y éste fue el caso de nuestro amigo Santiago. El 14 de marzo de 1888 entregaba su alma a Dios, cuando tenía 54 años. Había dicho: «Mi misión ha acabado». Y murió.

Su fama de santo era enorme. El proceso de beatificación se inicia el 24 de mayo de 1961. En 1982 se produce un milagro debido a su intercesión y el 30 de octubre de 1983 es declarado Beato por Juan Pablo II. Fue beatificado juntamente con Domingo del Santísimo Sacramento y Jeremías de Valachia.

Gloria de los sacerdotes que se entregan totalmente a servir a los pobres. Ejemplo de todos los seglares que por medio de Cáritas y otras organizaciones humanitarias, llegan a buscar la salud del cuerpo para elevar la vida del espíritu en el enfermo. Llamada impetuosa a los médicos de nuestro tiempo para que sigan los pasos de este médico insigne que buscó la salud del enfermo en toda su realidad corporal y espiritual.

FELIX NUÑEZ URIBE

Bibliografía

Breve de beatificacion *AAS* 77 (1985) 112ss
www giacomocusmano org
www neomedia it/associazionegiacomocusmano/
www online com mx/el-heraldo/fraterno/20010725/1 html

C) BIOGRAFIAS BREVES

SANTA MATILDE

Viuda († 968)

Nació en Engern, Westfalia, hacia el año 895 en el seno de una noble familia. La educó su abuela paterna, que era abadesa en el monasterio de Erfurt.

Llegada a la edad adecuada, fue dada en matrimonio a Enrique, un hijo del duque Otón de Sajonia, al que por su afición a

la caza se le conoce con el sobrenombre de «el Pajarero». Enrique sucedió primero a su padre en el ducado sajón y en 919, al morir sin hijos el rey Conrado, accedió al trono alemán Matilde y Enrique se entendieron perfectamente y ella aprovechó esta buena inteligencia para llevar el género de vida devota y caritativa que deseaba y obtuvo licencia para emplear sus bienes en la fundación de varios monasterios. El matrimonio tuvo cinco hijos· Otón, el futuro emperador; Enrique, el predilecto de su madre, Bruno, futuro arzobispo de Colonia y santo; Gerberga, que llegaría a ser reina de Francia, y Eduvigis, que fue madre de Hugo Capeto.

Muerto Enrique en 936, Matilde comenzó enseguida a vestir con modestia renunciando a la pompa real. El sucesor era Otón, pero Matilde hizo lo que pudo por favorecer la candidatura de Enrique, el cual, elegido su hermano, organizó una rebelión y, derrotado, fue perdonado a instancias de Matilde y convertido en duque de Baviera. Ambos hermanos se pusieron después en contra de su madre acusándola de manirrota y ella se vio obligada a retirarse de la corte Pero la mujer de Otón salió en su favor y pudo volver. Enrique volvió a sublevarse contra su hermano y los disgustos no terminaron sino con la muerte del príncipe. Otón le confió a su madre la regencia durante su viaje a Roma para ser coronado emperador.

Matilde empleó su tiempo en buenas obras. Su paciencia, caridad y humildad le atrajeron la fama de santa con que la rodeaba el pueblo. Tuvo el dolor de conocer la muerte de su hijo San Bruno en 965. Retirada al monasterio de Nordhausen, no profesó en la Orden benedictina, de la que sólo fue oblata. Su muerte tuvo lugar en Quedlinburg el 14 de marzo de 968.

BEATA EVA DE MONTE CORNILLÓN

Virgen († 1265)

Eva nació a comienzos del siglo XIII y su amistad con Santa Juliana de Monte Cornillón la indujo a consagrarse al Señor como reclusa junto a la iglesia del monasterio de San Martín de Lieja, del que era priora Juliana. En la celda recibía la

visita de Juliana y allí ésta se refugió cuando hubo de dejar su convento.

Convencida por Juliana de la utilidad de una fiesta del Corpus Christi, se unió a ella en los trabajos por conseguirla y en ellos siguió tras la muerte de su amiga. Ella convenció al obispo de Lieja, Enrique de Gueldre, para que intercediera ante el papa Urbano IV, el cual instituyó esta festividad para la Iglesia universal en 1264. Eva murió al año siguiente. Su culto fue confirmado el 1 de mayo de 1902.

BEATO PLÁCIDO RICCARDI

Presbítero († 1915)

Nació en Trevi (Umbría), en el seno de una familia acomodada, el 24 de junio de 1844 y recibió en el bautismo el nombre de Tomás. Hechos los estudios primarios en el Colegio Lucarini, nada indicaba que tuviera vocación religiosa, aunque era un joven honesto y piadoso que se hizo terciario franciscano.

En 1863 marcha a Roma y en Santa María sopra Minerva estudia filosofía con los dominicos. Le tocaba hacer el servicio militar pero, como estaba en Roma, pensó que podía zafarse y, alegando los estudios, escribió en este sentido a las autoridades de su zona natal. Luego de visitar Loreto y pensarlo bien ante Dios en unos ejercicios espirituales, decide su vocación monástica e ingresa el 12 de noviembre de 1865 en la abadía de San Pablo Extramuros, de Roma, haciendo la profesión religiosa el 19 de enero de 1868, tomando el nombre de Plácido.

A poco de la toma de Roma por el gobierno del Reino de Italia es detenido como desertor del servicio militar que no había hecho y es enviado a Livorno a cumplirlo en infantería. Pero en febrero de 1871, considerando las autoridades militares que su salud era escasa, pudo volver al monasterio y hacer en marzo la profesión solemne. El 25 del mismo mes y año recibía la ordenación sacerdotal.

Permaneció en la comunidad dando un alto ejemplo de observancia religiosa, dedicado a la enseñanza y dirección de los jóvenes alumnos. Confesaba en la basílica a los fieles e iba también a confesar a las monjas de Santa Cecilia «in Trastévere».

Cuando fue menester restaurar la observancia religiosa en el monasterio femenino de San Magno en Amelia fue enviado él como vicario abacial. Con paciencia y mucha caridad se dedicó al logro del objetivo. En 1885 debió intervenir en el asunto de las supuestas revelaciones que recibía un novicio, y que el maestro de novicios y otros más en el monasterio consideraban auténticas. Don Plácido logró demostrar la impostura y por ello hubo de reemplazar al maestro de novicios, que quedó muy desautorizado con el caso.

En 1894 fue enviado al monasterio de Farfa «in Sabina» como rector y allí estuvo hasta 1912 dando un alto ejemplo de espiritualidad y mostrando un gran celo apostolico. Vivio con dos hermanos legos en la granja de Sanfiano y cumplió su misión lo mejor que supo, dando a todos un ejemplo de vida santa, austera y pobre, y llena al mismo tiempo de una inmensa alegría. Mucha gente, incluyendo eclesiásticos, lo buscaban como confesor y director espiritual.

Cuando le dio un ataque de parálisis el 17 de noviembre de 1912, fue llevado a San Pablo Extramuros, y pese a las fiebres y a la debilidad de su parálisis procuro en todo observar la regla monástica, pero ya no podía hacer nada sin ayuda ajena, y hubo entonces de echar mano de mucha paciencia, que demostró a lo largo de esos últimos años de vida Murió el 14 de marzo de 1915 dejando una estela de santidad que movió a su monasterio a promover su causa de beatificacion. Fue beatificado el 5 de diciembre de 1954.

15 de marzo

A) MARTIROLOGIO

1 En el Helesponto, San Menigno († 250), batanero, martir
2 En Roma, San Zacarias († 752), papa *
3 En Cordoba (España), Santa Leocricia († 859), virgen y martir *
4 En Burgos (España), San Sisebuto († 1086), abad *
5 En York (Inglaterra), Beato Guillermo Hart († 1583), presbitero y martir bajo Isabel I *

6 En Paris (Francia), Santa Luisa de Marillac († 1660), viuda, fundadora del Instituto de Hijas de la Caridad **

7 En Viena (Austria), San Clemente Maria Hofbauer († 1820), presbitero, religioso de la Congregacion del Santisimo Redentor **

8 En Przemysl (Polonia), Beato Juan Adalberto Balicki († 1948), presbítero *

9 En Viedma (Argentina), Beato Artemides Zatti († 1951), religioso de la Congregacion de San Francisco de Sales *

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SANTA LUISA DE MARILLAC

Viuda († 1660)

A finales del siglo XVI la situación religiosa en Francia era bien lamentable.

Mientras en Alemania cedía el protestantismo por obra de la Contrarreforma, en España la mística alcanzaba sus más altas cimas y en Italia se apagaba la bacanal del Renacimiento con una floración de nuevos santos, la iglesia de Francia tuvo bastante con sobrevivir a las guerras de religión, sin tiempo para aplicar las reformas y remedios propuestos por el Concilio de Trento.

Al subir al trono francés Enrique IV, consigue la paz, aunque fuese a costa de igualar los derechos de hugonotes y católicos por el edicto de Nantes

Bajo el vigoroso impulso de este monarca y de su ministro Sully, el país va a conocer una era de prosperidad insospechada. En el reloj de la historia ha sonado la hora de Francia, no sólo en lo político, artístico y literario, sino también en lo religioso.

Llegan a París de España e Italia las Órdenes nuevas: jesuitas, carmelitas, capuchinos y oratorianos. Francia asimila rápidamente las nuevas formas de espiritualidad, dándoles un tinte propio, además de la santidad de los claustros intentará proporcionar a los cristianos que viven en el mundo los medios de perfección.

París, la antigua Babilonia, ¿se convertirá en una equivalencia de la Ginebra protestante?

Una eclosión de fervor despierta en la gran ciudad. La mística invade los salones y los círculos piadosos hacen competencia a las tertulias del gran mundo.

Alrededor de un director espiritual se juntan las damas de la aristocracia. Se leen las obras de los místicos alemanes, los escritos de los carmelitas españoles, del obispo de Annecy y del cardenal de Bérulle.

Esta piedad no se reduce a la devoción interior, sino que se ejercita en las más variadas obras de misericordia: limosnas de alimentos y vestidos a los pobres, visitas de hospitales y cárceles, socorro a los menesterosos.

Sí, París es ahora un *carrefour de saints,* una encrucijada de santos, en que coinciden madame Acarie, en el Carmelo, sor María de la Encarnación, Francisco de Sales y Juana Francisca, San Vicente de Paúl y Luisa de Marillac.

Vicente de Paúl, a quien todos llaman familiarmente monsieur Vincent, quiere llegar a grandes metas. Pretende hacer de la caridad individualista un movimiento arrollador que acuda al remedio de todas las necesidades. Su vida está llena de aventuras tan fabulosas que parece una novela.

Emprende la carrera eclesiástica ya mayor. Estudia en Zaragoza y en Toulouse. En un viaje por mar, desde Marsella a Narbona, cae en poder de piratas turcos, que matan a todos sus compañeros, menos a él, que es vendido como esclavo en Túnez. Después de dos años de cautiverio, huye con su propio amo, al que logra convertir. Va a Roma y desde allí a la corte de Enrique IV. Después de pasar por varios cargos eclesiásticos, es nombrado preceptor de los hijos de la familia Gondi. Entonces se percata de las circunstancias dificilísimas por que atraviesa el país y decide entregarse de lleno a las obras de caridad, fundando asociaciones de damas que socorran a los pobres, y para evangelizar a los aldeanos funda la Congregación de la Misión.

En estas circunstancias es cuando conoce a Santa Luisa de Marillac, viuda a los treinta y cuatro años, quien, por consejo de su director, San Francisco de Sales, se pone a disposición de San Vicente. Desde ahora los dos grandes santos irán asociados al más generoso esfuerzo que se haya hecho para atender a los pobres.

Santa Luisa nació el 12 de agosto de 1591. Era de la segunda nobleza. En la más tierna edad quedó huérfana de madre. Su padre, el señor de Marillac, hombre de extraordinaria inteligencia y de gran virtud, no omitió medio para que su hija recibiera una educación esmerada. Literatura, arte, filosofía e incluso el latín, fueron la base de sus estudios. Al mismo tiempo se ejercitaba en los oficios propios de su sexo.

A los quince años se entregó con gran fervor a la oración y quiso ingresar en el convento de capuchinas, pero su constitución física, muy delicada, no se lo consintió, disuadiéndola el padre Champigny, provincial de los capuchinos· «Hija mía —le dijo—, yo creo que son otros los designios de Dios».

A esa misma edad perdió también a su padre No pudiendo entrar en religión, ni permanecer sola en el mundo, accediendo a las instancias de sus parientes se desposó con Antonio Le Gras, secretario de la reina María de Médicis, celebrándose el matrimonio en San Gervasio, de París, el 5 de febrero de 1613, fijando su residencia en la capital francesa.

Los testigos del proceso de su beatificación declaran:

> «Luisa de Marillac fue un dechado de esposas cristianas Con su bondad y dulzura logro ablandar a su marido, que era de caracter poco llevadero, dando el ejemplo de un matrimonio ideal, en que todo era comun, hasta la oracion, que hacian juntos»

Bendijo Dios su matrimonio con el nacimiento de un hijo. El amor que la señora Le Gras tuvo a su hijo no conoció límites. San Vicente le escribiría más tarde: «Jamás he visto una madre tan madre como usted, apenas parece usted mujer en otra cosa».

Y en otra carta le diría:

> «¡Oh que dicha el ser hijo de Dios! Pues este Señor ama a los suyos con afecto aun mas tierno que el que usted tiene a su hijo, con ser este amor tan grande que apenas he visto cosa igual en ninguna otra madre»

Estas experiencias maternales, valiosísimas, servirían a Santa Luisa para derrocharlas en la fundación a que el cielo la destinaba.

Porque el señor Le Gras murió santamente, en brazos de su esposa, el 21 de diciembre de 1625. Entonces ella no pensó más

que en consagrarse del todo a Dios y a las buenas obras. «¿No es razon que me entregue a Dios —diría— después de haber sido tanto tiempo del mundo?».

En lo de haber sido del mundo Santa Luisa exageraba. Los directores de su espíritu declararon a su muerte que era un alma angelical, que no había perdido la inocencia de su bautismo. Pero, ciertamente, estando desligada ya de compromisos familiares, la viuda Le Gras va a ser la colaboradora eficacísima de monsieur Vincent. Ella sabrá poner la nota femenina en sus obras de caridad. Será el ama de casa, providente y buena, que solucione con tacto femenino los conflictos que surjan a cada paso en la organización del bien.

San Vicente había fundado ya las «Caridades», asociación de damas o señoras al servicio de los pobres a domicilio, especialmente en los pueblos y aldeas, donde las dejaba como fruto de sus misiones. Pero sin conexión con el fundador, tales obras languidecían pronto. Santa Luisa se ofrece a visitar las «Caridades» y el santo la anima con estas palabras:

> «Parta usted, vaya en nombre del Señor Ruego a su Divina Bondad la acompañe, que El sea su consuelo en el camino y su fuerza en el trabajo, y finalmente nos la devuelva con perfecta salud y llena de buenas obras»

Las palabras de San Vicente no eran pura retórica. Los viajes en aquellos tiempos eran por demás penosos y peligrosos Malos vehículos, malos caminos, malas comidas, malos alojamientos...

Su primer biógrafo nos ha descrito aquellas correrías, que recuerdan las de Santa Teresa.

> «Solia llevar consigo gran cantidad de lienzos y medicinas, y sus viajes y limosnas eran siempre a sus expensas Apenas llegada al lugar, reunia a las mujeres de la cofradia de la Caridad, las imbuia en el espiritu de la obra, animaba su fervor con el fuego de sus alocuciones y hacia por aumentar su numero Luego visitaba ella misma a los enfermos y era tanta su gracia y actividad, que a su marcha todo quedaba renovado»

Al compás del apostolado su alma crecía en ardores místicos. El 5 de agosto de 1630, aniversario de su boda terrena, escribió sus impresiones despues de comulgar: «Parecióme

que Nuestro Señor me inspiraba la idea de recibirle por esposo de mi alma, considerando aquel acto como una especie de esponsales».

Aquellas visitas le hicieron ver otra enorme deficiencia: el abandono de las niñas y jovenes en punto a instrucción y educación, y también atendía con sus pláticas y esfuerzos a proveer a tan gran necesidad

Entretanto, desgracias familiares pesan terriblemente sobre ella. Su tío, el mariscal Marillac, cae en desgracia del rey y es ajusticiado públicamente en París. Su tía muere de pena, otro pariente cercano desfallece en la prisión. Empero nunca consintió que se hablase mal de Luis XIII ni del cardenal Richelieu, causantes de tantas desgracias.

Su alma se va afinando y acerando para las cosas de Dios. Y bien lo necesitaba aquella Francia de comienzos del XVII. En un informe al Parlamento se aseguraba que era tanta la miseria de ciertas regiones, «que los aldeanos se ven obligados a pacer la hierba de los campos a la manera de las bestias»

Para remediar tales males no bastaban las «Caridades» fundadas por San Vicente, porque, siendo las damas señoras de la buena sociedad, se desdeñaban de descender a los servicios más humildes y necesarios Había que pensar en «sirvientas de las Caridades», en viudas y jovenes que se entregaran al servicio exclusivo de ellos. La primera que colaboró con Santa Luisa en tan bella obra fue Margarita Naseau, natural de Suresnes, a diez kilómetros de París, aldeana que había aprendido a leer sola, conduciendo su rebaño y preguntando a los caminantes por el significado de las letras de su abecedario.

Otras muchas jóvenes siguieron los pasos de Margarita, y en 1633 recibía Luisa a las cuatro primeras hermanas, hasta convertirse en un verdadero noviciado al cabo de algunos meses. Santa Luisa pensó en que formularan sus votos, pronunciando los primeros en la fiesta de la Anunciación del año 1634, la fecha en que renuevan anualmente los suyos las Hijas de la Caridad de todo el mundo.

A partir de entonces la bola de nieve que decía San Vicente se transforma en alud arrollador. Resulta imposible, en tan breve reseña, seguir paso a paso a los dos santos fundadores en la

obra portentosa que emprendieron en favor de sus señores los pobres, como ellos respetuosamente les llamaban.

Realizaron visitas a los hospitales, tan espantosamente abandonados, que los enfermos se resistían a la fuerza a ingresar en ellos. Baste el dato de que la escasez de camas obligaba a juntar a tres y cuatro en el mismo lecho Donde más actividad desplegaron, con éxito rotundo, fue en el hospital de Angers, del que se hicieron cargo en 1639.

Luego vendrían las obras en el mismo París, como la asistencia y cuidado de los niños expósitos. Más de cuatrocientos eran recogidos cada año en la gran ciudad y muchísimos fallecían por falta de atenciones.

También hubo fundaciones en el arrabal de Saint Denis, con la gran basílica de San Dionisio, mausoleo de los reyes de Francia Después en Nantes, a donde llega Santa Luisa acompañada de ocho hermanas, recibiéndolas una multitud inmensa que acude de todas partes para aclamarlas.

De 1649 a 1652 la guerra asola las provincias de Champaña, Picardía y Lorena. Los moribundos yacen abandonados a lo largo de los caminos, las religiosas huyen de la soldadesca, las iglesias son profanadas.

San Vicente envía al campo de operaciones a las Hijas de la Caridad, para cuidar a los enfermos, distribuir alimentos, procurar refugio a las jóvenes arrojadas de sus hogares. Se multiplican los casos de heroísmo, pero nuevas hermanas acuden a reemplazar a las que mueren en el cumplimiento del deber.

En 1658 es Flandes el escenario de nuevos horrores bélicos. La reina ruega a San Vicente que las hermanas se hagan cargo de los hospitales militares y establecen un ambulatorio en Calais.

Pero ya no es Francia solamente el campo de sus actividades. Luisa María de Gonzaga, hija del duque de Nevers, visitadora asidua con las damas de la Caridad del hospital de París, conoce bien a Santa Luisa y su espíritu. La Providencia la levanta a reina de Polonia, y desde allí escribe a los santos fundadores que manden hermanas, por hallarse el país sumido en guerras y catastrofes.

En 1653 surge otra obra nueva, un asilo de pobres de ambos sexos, gracias a la limosna de cien mil francos que donó un

caballero parisiense. Santa Luisa funda un establecimiento modelo. A los hombres los ocupa en diversos oficios, a las mujeres las dedica a hilar. Busca materias primas, cáñamo, lana, mobiliario. La alegría y el trabajo reinaban en el gran asilo general para todos los mendigos de París. Posteriormente otro establecimiento, «Las Casitas», acoge a locos y enfermos mentales.

No hay dolencia, desgracia o miseria, material o espiritual, que no haya sido remediada por Santa Luisa y su obra.

Y a todo esto, los santos fundadores, absorbidos por su trabajo de organización, ni se habían preocupado en dar forma canónica al nuevo instituto. Al fin, en 1655, después de veinte años, San Vicente y Santa Luisa presentan una instancia al arzobispo de París, que erige la congregación de las Hijas de la Caridad el 18 de enero de aquel año.

El 30 de mayo reúne San Vicente a sus hijas y, después de haberles leído las reglas, les dice: «De hoy en adelante, llevaréis el nombre de Hijas de la Caridad. Conservad este título, que es el más hermoso que podéis tener».

Santa Luisa, de constitución débil, tiene un espíritu fuerte. Su actividad no conoce cansancio. Su humildad es profundísima. Jamás consintió en tener capilla ni que se dijera misa en ninguna de sus casas. «Quizá —como dice uno de sus biógrafos— temiera que fuera en detrimento del cuidado de los enfermos y cayeran sus hijas en la tentación de hacerse religiosas».

Ya en 1647 decía San Vicente: «La señora Le Gras debiera haber muerto hace diez años; al verla se diría que sale de la tumba: tan débil está su cuerpo y tan pálido su semblante».

Y, sin embargo, hasta 1660 no entregó su alma al Creador, tras una enfermedad penosa, que comenzó por gangrenarle un brazo. No tuvo el consuelo de que San Vicente la acompañara, pues también enfermo, le envió este sencillo recado: «Usted va delante, pronto la volveré a ver en el cielo». Falleció mientras le rezaban las preces de los agonizantes, el día 15 de marzo, lunes de Pasión, entre las once y las doce de la mañana.

Parodiando a fray Luis de León al hablar de Santa Teresa, podríamos decir que a Santa Luisa de Marillac la podemos conocer por sus escritos y por sus hijas.

Asombra pensar que tuviera tiempo de escribir cientos de cartas, resumir numerosas conferencias de San Vicente, que luego se encargaba de hacer circular, hacer extractos de sus meditaciones y ejercicios espirituales, hasta formar tres volúmenes de 1.500 páginas sus obras completas

Consejos, alientos, normas y avisos, todo se desliza en su correspondencia familiar Parece que asistimos al crecimiento de la congregación. No caeré en la ingenuidad de citar párrafos devotos Quizá éste retrate mejor a la fundadora:

> «Me han dicho que sor Marta se ha puesto tan gruesa que casi no se la conoce ¡Oh Dios mio! ¡Cuanto temor me dan los establecimientos en donde se esta con mas comodidades de lo que a nuestra condicion conviene! Os encargo que procureis que este ocupada lo mas que pueda y en trabajo muy fuerte ¿No teneis enfermos en los pueblos vecinos?» (Carta a sor Isabel Turgis, en Chars)

Las Hijas de la Caridad son en la actualidad unas 24.500, extendidas por todo el mundo, en más de noventa paises (datos de 2003), encontrándose en París, en el número 140 de la Rue du Bac, la casa madre, en cuya capilla, la misma de las apariciones de la Virgen Milagrosa a Santa Catalina Labouré, está el sepulcro de Santa Luisa.

Contrariamente a lo que ha ocurrido con otras comunidades, las Hijas de la Caridad siempre han permanecido al servicio de los pobres, en hospitales, asilos, orfanotrofios, manicomios, casas de beneficencia

Su espiritualidad se funda en la caridad, generadora del celo, en la humildad personal y en la sencillez, que repugna todo lo falso o afectado. Aunque aplicadas a las obras exteriores, llevan una vida interior sustentada por prácticas de devocion repartidas a lo largo del día Se levantan a las cuatro, y toda la vida es común: dormitorio, comidas, recreo. Sus votos son anuales y se renuevan el 25 de marzo.

Sí, Santa Luisa de Marillac no ha muerto. Todavía sentimos el tintineo de su largo rosario cuando cruzan junto a nosotros las tocas blancas de alguna Hija de la Caridad.

Santa Luisa de Marillac fue beatificada por el papa Benedicto XV el 9 de mayo de 1920 y su canonizacion tuvo lugar el 11 de marzo de 1934 por el papa Pío XI. El 10 de febrero de 1960

el papa Juan XXIII la proclama «celestial patrona de los que se dedican a la acción social cristiana».

CASIMIRO SANCHEZ ALISEDA

Bibliografía

Art «Filles de la Charite», en *Catholicisme*
CASTANARES, P , *Cartas y escritos de Santa Luisa de Marillac,* 3 vols (Madrid 1945)
COSTE, P , *S Vincent et les Dames de la Charite* (Paris 1917)
— ID , *Les Filles de la Charite de S Vincent de Paul* (Paris 1923)
ECHARRI, M DF, *Santa Luisa de Marillac* (Vida popular) (Madrid 1943)
— Actualizacion
DIRVIN, J O , CM, *Santa Luisa de Marillac* (Salamanca 1981)
CHARPY, E , *Vida de Santa Luisa de Marillac* (Madrid ²2000)
Santa Luisa de Marillac correspondencia y escritos (Salamanca 1985)

SAN CLEMENTE MARÍA HOFBAUER

Presbítero († 1820)

Cierto día, en una taberna de Varsovia, entra un sacerdote pidiendo limosna, un jugador, al verle, le insulta y le escupe en la cara. El sacerdote saca el pañuelo, se limpia y dice blandamente: «Caballero, esto es para mí, ¿puede darme ahora alguna cosa para los huérfanos del Niño Jesús?». Aquel hombre se sintió vencido y se hizo amigo de quien así le respondía. Al verle desaparecer por la puerta de la taberna, todos se preguntaban quién podía ser aquel cura de manteo descolorido, que tenía tal dominio.

Era un santo, y se llamaba Clemente María Hofbauer Noveno de los doce hijos de un carnicero, había nacido en Tasswitz (Moravia), en 1751. A los siete años, y en plena guerra, muere su padre. Desde ese momento tendrá que ir haciéndose la vida casi solo. Solo, no, después del entierro, su madre le lleva delante de un crucifijo y le dice: «Mira, hijo, en adelante éste será tu padre. Guárdate de afligirle con un pecado».

Quiere ser sacerdote, pero la vida le obliga a mudar seis veces de ruta, a los treinta años consigue estudiar teología, gracias a la generosidad de unas señoras, a las que más tarde el santo sabrá agradecer; solo a los treinta y cuatro llega a ser sacerdote,

en Roma, cuando entra en la Congregación de los Redentoristas.

En 1785 vuelve a Viena. El emperador José II está en el apogeo de sus reformas, con lo que se llamó el *josefinismo,* queriendo someter la Iglesia al Estado, y acaba de suprimir centenas de casas religiosas. Clemente marcha con su compañero a Polonia, para trabajar en la iglesia de San Bennón, de Varsovia. Los comienzos fueron duros; no tenían nada; dormían sobre una mesa, porque la humedad entraba por todos los lados. El aspecto de la ciudad era malo: el jansenismo y el regalismo atenazaban toda la vida católica; la masonería se había apoderado, sin trabajo, de las clases altas; los alemanes, que formaban la colonia más numerosa, preferían ir a las capillas protestantes antes que a las iglesias polacas.

Poco a poco, la iglesia de San Bennón se convierte en un centro de irradiación religiosa, llegando nuevas vocaciones para el trabajo. Cinco veces al día se renovaba la asistencia, llenándose la iglesia, que tenía capacidad para unas mil personas; había diariamente tres sermones en polaco y dos en alemán; tres misas solemnes, a veces con orquesta, viacrucis, visita al Santísimo Sacramento y oficio parvo, oración de la mañana y de la noche, con meditación. El santo no perdonaba gasto ninguno para el esplendor del culto, que era una gran atracción, incluso para incrédulos y judíos, siendo el comienzo de muchas conversiones. A pesar de las influencias jansenistas, las comuniones ascienden a 104.000 por año.

Clemente presiente y utiliza los métodos del apostolado moderno. Mantiene gratuitamente una escuela de primera enseñanza y profesional, para trescientos niños y doscientas niñas, a los que enseña a ser apóstoles de sus familias. Abre un orfanato; para mantenerlo se ve obligado a mendigar por casas y tabernas; un día se le vio llamando a la puerta del sagrario. Funda un colegio-seminario de vocaciones sacerdotales. Organiza una asociación de laicos, hombres y mujeres, con algunas características de los actuales institutos seculares; tenían días de retiro, círculos de estudio y apostolado; después de un año de prueba, hacían el voto de fidelidad a la Iglesia y al Papa, y la promesa de edificar el reino de la gracia en los prójimos. Al mismo tiempo

piensa en el establecimiento de su Congregación; funda personalmente seis casas, pero ve con tristeza que apenas levanta el pie, la fundación desaparece; dos tentativas en los Balcanes y Ucrania no tuvieron mejor éxito; los redentoristas que están bajo sus órdenes tienen que buscar diez casas sucesivas en once años; los gobiernos protestantes o regalistas los echan de una diócesis a otra, el mismo Clemente, por este motivo, estuvo preso.

En 1808, Napoleón, el amo de Europa, desde Bayona, expulsa a los redentoristas de Varsovia, gloriándose en el decreto de haberlos expulsado de otras ciudades. El 17 de junio un batallón de militares rodea la iglesia; el Santísimo estaba expuesto; San Clemente tuvo que bajar del púlpito y los otros padres interrumpir las confesiones. Después de una prisión de un mes, fueron dispersados por cuatro naciones. Para el santo fue el mayor dolor. Su fe es fuerte y no se desanima: «Nos abandonamos al querer de Dios... Que Él sea glorificado».

Buen caminante, después de ser preso dos veces más y de pasar por el peligro de ser fusilado como espía, llega a Viena, que lo recibe con cuatro días de cárcel, como a un ladrón. Se encuentra otra vez en el comienzo, como hacía veinte años. Pero ve una gran claridad: «Todo lo que a nosotros nos parece contrario, nos conduce donde Dios quiere».

Sus caminos se han terminado. Exteriormente su vida tiene un marco muy oscuro; desde 1813, capellán de las monjas ursulinas. A pesar de que el Gobierno mantiene sus reformas, que atan meticulosamente las actividades apostólicas, y a pesar de que la situación de Europa central es, según la frase del santo, peor que en los tiempos de Lutero, Santa Úrsula se transformará en un fermento de vida católica. Después de predicar el primer domingo a media docena de personas, las monjas ven, admiradas, que el siguiente la iglesia está llena. Aquella predicación era un acontecimiento en la ciudad. Se predicaba de la caridad y del cristianismo universales, pero San Clemente habla precisamente de lo que los otros callan: de la Iglesia católica, del papa, de la Virgen, de la redención, de los sacramentos. Es un atrevimiento que cada día le trae un auditorio mayor. El grupo más numeroso, después del pueblo sencillo, es el de los estu-

diantes, artistas y profesores de la universidad. Toda su vida predicó sencillamente, dando la sensación de que era como un testigo que había visto y palpado las cosas. No era el gusto de oírle, era volver a casa transformado. Sus argumentos no admitían réplica; cuando habló sobre los sacramentos, había dicho una mujer: «¿Qué diría la gente si la vieja del herrero comulgase muchas veces?». Otro día alude San Clemente desde el púlpito: «¿Y qué diría la gente si la vieja del herrero fuera al infierno?». Quien no faltaba a sus sermones era la policía, que le dio el mayor disgusto de la vida: le prohibió predicar.

El confesionario y los moribundos nadie se los podía quitar; le veían de noche, envuelto en su viejo manteo y con una linterna en la mano, entrar por los barrios más apartados; solía decir que si tenía tiempo para rezar un rosario en el camino, el éxito era seguro. Cierta noche, insultado y rechazado, se clavó en la puerta, diciendo con una calma glacial: «Veo la muerte que llega y he visto morir a muchos que se salvaban; ahora quiero ver cómo muere un condenado». El moribundo se confesó. Los pobres tampoco se los quitaban, y a su entierro, entre una multitud de ellos, asistió un buen grupo de viejos soldados que los gobiernos abandonaban después de estropearlos en las guerras. Hasta las mismas monjas sintieron frecuentemente su caridad; en cierta ocasión se les presentó con un cordero bajo el manteo.

La obra más bella de estos años fue el trabajo con la juventud de Viena. Fue como el comienzo de una Acción Católica. Reunió un grupo grande de escritores, estudiantes y artistas de toda clase. El romanticismo católico fue acunado por San Clemente. Uno de los más destacados fue Federico Schlegel, convertido del protestantismo y verdadero iniciador de la escuela romántica; junto a él podríamos poner una lista de celebridades, como Muller, Werner, Veit, Rauscher, más tarde cardenal, el poeta Brentano y muchas personas de la nobleza austríaca. El movimiento de conversiones fue grande, especialmente entre protestantes, judíos y católicos tibios. Algunos de éstos fueron a Roma, donde se formo otro centro unido a Clemente y donde maduraron muchas conversiones, como la del pintor Overbeck. Con intuición alegre de sus necesidades y aspiraciones, les dirigía personalmente y les daba una formación seria y seguridad

contra el racionalismo, les acostumbraba a la pobreza, a la humildad, a la frecuencia de sacramentos, se preocupaba de sus necesidades materiales, los llevaba a pasear por las calles de Viena, haciéndoles perder el respeto humano. Les metía un rosario en el hueco de la mano y les mandaba ser apóstoles

La influencia de estos jóvenes era como un contagio de Cristo. Fundaron un colegio para las clases dirigentes. En la universidad protestaban contra los errores de los profesores; el de Derecho llamó a la policía, que echó la culpa a Clemente, «pues trastornaba la cabeza de los estudiantes». La mayor parte eran escritores y bajo la inspiración del santo fueron los primeros que atacaron a los enciclopedistas franceses y filósofos alemanes; fundaron varios periódicos y revistas de arte y filosofía, siendo los iniciadores del periodismo católico. A la sombra del santo fue naciendo el partido romántico católico, cuya influencia político-religiosa se notó en el Congreso de Viena, 1814, donde se quería reorganizar Europa y donde varios de sus discípulos tomaron parte. Estrechamente vigilado por la policía, el santo tenía contacto directo con el nuncio y con muchos de los congresistas, que le buscaban en su propia casa, como el príncipe heredero, Luis de Baviera. Se consiguió, y no fue poco, que la Iglesia no quedase parcelada en iglesias nacionales, como muchos congresistas y eclesiásticos querían.

San Clemente era el hombre de la Iglesia, a la que amaba apasionadamente, sintiéndose totalmente feliz como hijo de ella, y para ella pensaba en todos los medios de apostolado. Era un auténtico genio católico y Zacarías Werner decía que las tres fuerzas de su tiempo eran Napoleón, Goethe y Clemente.

En noviembre de 1818 le obligan a escoger el destierro, por ser religioso. Y en los siete meses en que suspenden la sentencia y en que los treinta años de trabajo parecen una cadena de fracasos, sigue esperando, aquí está la grandeza del santo: estar seguro de Dios. Y Dios le prepara la contradicción más bella En 1819 el emperador Francisco II es recibido en Roma. De tal manera le habla el Papa sobre Clemente, que desde Italia da una orden que muda totalmente su suerte. El santo, aunque sabe que no verá el triunfo en la tierra, prepara sus futuros novicios, eran treinta y dos. Su salud va decayendo y el 6 de marzo de

1820 termina su último sermón exhortando a pensar «porque el árbol, del lado que caiga, así quedará por toda la eternidad».

El 16 llega el decreto imperial autorizando la Congregación y es depositado junto al cadáver del santo. Había muerto el día anterior, al toque del Ángelus. Fue canonizado en 1909.

GREGORIO MARTINEZ ALMENDRES, CSSR

Bibliografía

DESURMONT, A , *Saint Clement Marie Hofbauer, redemptoriste (1751 1820)* (Paris 1909)
HOFER, J , *Der heilige Klemens Maria Hofbauer ein Lebensbild* (Paderborn 1921)
HOSP, E , *Der heilige Klemens M Hofbauer* (Viena 1951)
LASILIER, G , *Un apôtre precurseur saint Clement Hofbauer* (Paris 1909)
RAMOS, T , *Vida de San Clemente Maria Hofbauer* (Madrid 1909)

C) BIOGRAFIAS BREVES

SAN ZACARÍAS

Papa († 752)

Nació en el seno de una familia griega en San Severino, Calabria, y era hijo de Policronio. Entró en las filas del clero romano, y aparece firmando como diácono en las actas del concilio romano del año 732, sucediendo al papa Gregorio III en diciembre del 741. Para su consagración no se pidió consentimiento alguno al emperador o a su exarca de Rávena, pero cuando mandó noticia de su elección al emperador bizantino, no dejó de pedirle cesara en su enemiga a las sagradas imágenes.

Fue un hombre de paz, que la intentó repetidamente en Italia, procurando que Luitprando desistiera de la toma de Rávena, para lo que no dudo en entrevistarse con el monarca. Apoyó la obra misionera de San Bonifacio, cuya esplendida siembra del evangelio no podía menos que merecer el aliento del papa. Estuvo de acuerdo en que Pipino se declarara rey puesto que lo era de hecho, concluyendo así la dinastía merovingia. Celebró dos concilios en Roma, y mostró gran preocupación por el buen orden en el interior de la Iglesia. Restauro numerosas iglesias romanas. Y para que fuera conocido el libro en Oriente tradujo al griego los *Dialogos* de San Gregorio Magno. Se mostró

firme adversario del comercio de esclavos. Murió en Roma el 15 de marzo de 752.

SANTA LEOCRICIA

Virgen y martir († 859)

Era hija de noble familia cordobesa musulmana. En la niñez una parienta suya, llamada Liliosa, la había hecho bautizar y en secreto la educaba cristianamente infundiéndole los principios de la religión cristiana, a los que la jovencita se mostró enseguida receptiva.

Conocida por sus padres su religión, trataron de devolverla al Islam, primero con palabras y razonamientos, que nada consiguieron, y luego apelando a los azotes y castigos, sin tampoco conseguir nada. Duraba ya un tiempo esta situación cuando ella acudió a pedir consejo a San Eulogio y a su hermana Anulo. Eulogio la aconsejó huir de la casa paterna. Se vistió sus mejores galas, simuló que iba a una boda musulmana, y se refugió junto a San Eulogio y su hermana que la enviaron a casa de unos cristianos donde estaba bien oculta. Los padres, viéndose engañados, acudieron al cadí, el cual no dejó de molestar a diferentes familias, incluyendo sacerdotes y religiosas, intentando averiguar el paradero de Leocricia. Para guardar el secreto San Eulogio la cambió varias veces de morada. Ella, por su parte, vivía entregada a la oración y al ayuno, pidiendo a Dios la necesaria fortaleza.

Pero, deseando ver de nuevo a Anulo, la visitó y paso con ella la noche. A la mañana siguiente no apareció la persona que tenía que acompañarla a su escondite y no pudo por ello abandonar la casa de Eulogio. Y sucedió que de pronto la casa del santo se vio rodeada de soldados, lo que hizo imposible toda huida. Eulogio y Leocricia fueron arrestados y llevados ante el cadí. Eulogio no negó que él había instruido a Leocricia en el cristianismo a petición de ella, y confesó que era ésa su obligación como sacerdote. Esto le costó la vida al glorioso presbítero, que fue decapitado. Y en vano se le pidió a Leocricia la apostasia con halagos y amenazas. Ella perseveró firme y fue a su vez decapitada el 15 de marzo de 859.

SAN SISEBUTO

Abad († 1086)

No consta su patria ni el año de su nacimiento ni el de su ingreso en la vida monástica. Aparece en la historia como abad del monasterio de San Pedro de Cardeña en el que había profesado como monje, pero sin que se sepa tampoco la fecha exacta en que comenzó a ejercer la dignidad abacial, pero se suele dar la del año 1056. Entre ese año y 1086 aparece como tal abad en *numerosos documentos del monasterio.*

Participó en la fundación del monasterio de Santa María la Mayor de Valladolid, donde puso monjes bajo su misma regla de San Benito. Alcanzó gran esplendor bajo su mandato el monasterio, que se vio favorecido por los reyes, la nobleza y el pueblo.

Se identifica a Sisebuto con el abad Sancho que acoge al Cid Campeador y toma la tutela de la mujer e hijas del gran guerrero durante su destierro. Fue amigo de otros santos abades de su tiempo: Santo Domingo de Silos, San Íñigo de Oña, y San García de Arlanza. Murió el año 1086 y su memoria se celebra el 15 de marzo. En 1835, cuando la exclaustración decretada por el gobierno de la regente María Cristina, las reliquias del santo fueron llevadas a la catedral de Burgos, en cuya diócesis se celebra su memoria el 9 de febrero.

BEATO GUILLERMO HART

Presbítero y mártir († 1583)

Nació en Wells, en el condado de Somerset (Inglaterra), en 1558. Era el hijo mayor de una mujer que se había pasado al anglicanismo.

Estudió primero en el Lincoln College de Oxford hasta que, decidido por el sacerdocio, marcho a Douai y de ahí pasó a Reims cuando el colegio inglés se trasladó a esta ciudad. Se sometió a una operacion quirúrgica para que le extrajeran una piedra, ocasión en que demostró un enorme valor y gran resistencia. Marcho luego a Roma y acabó los estudios y se ordenó allí de sacerdote.

En mayo de 1581 volvió a Inglaterra y trabajó en Yorkshire, teniendo gran atención a los presos católicos a los que llevaba los sacramentos y aliviaba cuanto podía. Era una persona de evidente simpatía y encanto, de trato agradable, elocuente, muy caritativa.

Luego de un intento fallido de arrestarlo, pudieron por fin hacerlo en Navidad del 1582 y fue encarcelado en el castillo de York. Condenado a muerte por traidor el 9 de marzo de 1583, pasó los días que quedaban para su ejecución en ayuno y oración. Se le acercaron, incluso estando ya en el patíbulo, varios ministros protestantes proponiéndole abandonar la fe católica, pero él replicó: «Tened conmigo la cortesía de dejarme en paz el poco tiempo que me queda de vida». Fue ahorcado y descuartizado en York el 15 de marzo de 1583. Beatificado el 29 de diciembre de 1886.

BEATO JUAN ADALBERTO BALICKI

Presbítero († 1948)

Nació el 25 de enero de 1869 en Staromiesce, junto a Rzeszów, en la Polonia meridional, en el seno de una familia modesta, muy religiosa, e ingresa en 1888 en el seminario diocesano de Przemysl, ordenándose sacerdote el 20 de julio de 1892.

Es destinado como vicepárroco a la parroquia de Polna, donde ya mostró su celo apostólico y donde está un año. Pasó luego a Roma como alumno del Pontificio Colegio Polaco y se doctoró en teología en la Universidad Gregoriana el año 1897.

A su regreso fue profesor de dogmática y prefecto de estudios en el seminario diocesano durante muchos años, hasta que en 1928 fue nombrado rector del mismo, cargo que desempeñó ejemplarmente. Pero su larga estancia en el seminario no le impidió desarrollar actividades de pastoral directa, como la atención al confesonario y la dirección de almas así como la predicacion de misiones populares, ejercicios espirituales y numerosas conferencias. Fue también censor de libros y se le pidió el servicio un tiempo de hacer de juez en el tribunal diocesano. Estuvo igualmente encargado de la atención religiosa a los enfermos del Hospital Civil. Aquí tuvo ocasión de encontrar muchas jó-

venes que habían extraviado su camino en la vida. Para ofrecerles una respuesta abrió un centro de acogida para ellas, cuyo sostenimiento le costó numerosos sacrificios y sinsabores y alguna que otra calumnia.

Terminado su servicio en el seminario a causa de su mala salud y poca vista, se dedicó a su ministerio preferido, el de la confesión y dirección espiritual, para el que estaba magníficamente dotado y en el que hizo un bien inmenso a innumerables almas. Durante la II Guerra Mundial, tuvo oportunidad de socorrer a numerosos prófugos y perseguidos, entre ellos un buen número de judíos. Enfermo de tuberculosis, murió el 15 de marzo de 1948 en Przemysl. Fue beatificado el 18 de agosto de 2002.

BEATO ARTÉMIDES ZATTI

Religioso († 1951)

Nació en Boretto (Italia) el 12 de octubre de 1880 en una familia pobre que por ello hubo de emigrar a Argentina, estableciéndose en Bahía Blanca. Tenía Artémides 17 años.

Frecuentó la parroquia de los salesianos y de ahí le vino su vocación religiosa, ingresando entre ellos en abril de 1900, pero contrajo la tuberculosis y hubo de volver a su casa. Poco después, junto con Ceferino Namuncurá, fue enviado a Viedma, al Hospital de San José. Pidió la curación a María Auxiliadora y la obtuvo. Pudo así concluir su noviciado y emitir los votos religiosos como coadjutor el 11 de enero de 1908.

Destinado a dicho hospital, llevó primero la farmacia, y luego fue enfermero, administrador y vicedirector, extendiendo su acción benéfica a los enfermos de los alrededores. Sobresalió en el desempeño de estos encargos con evidentes virtudes y celo apostólico y sobre todo con una eximia caridad hacia los más necesitados. Acusado de haber acogido a un preso fugitivo, pasó cinco días en la cárcel, saliendo de ella, cuando fue absuelto, en olor de multitud. Se le declaró un cáncer de hígado, y sobrellevó su enfermedad con ánimo y fortaleza hasta que murió el 15 de marzo de 1951. Fue beatificado el 14 de abril de 2002.

16 de marzo

A) Martirologio

1 En Aquileya, los santos Hilario, obispo, y Taciano, martires (fecha desconocida)
2 En Seleucia (Persia), San Papas (s IV), martir
3 En Anazarbo (Cilicia), San Julian (s IV), martir
4 En Hamay (Francia), Santa Eusebia († 680), abadesa *
5 En Colonia (Alemania), San Heriberto († 1021), obispo **
6 En Vicenza (Italia), Beato Juan Sordi o Cacciafronte († 1181), obispo y martir *
7 En York (Inglaterra), los beatos Juan Amias y Roberto Dalby († 1589), presbiteros y martires bajo Isabel I *
8 Entre los hurones del Canada, San Juan de Brebeuf († 1649), presbitero de la Compañia de Jesus, martir *, cuya memoria liturgica se celebra el dia 19 de octubre con los demas martires del Canada (cf ** 19 de octubre)

B) Biografias extensas

SAN HERIBERTO DE COLONIA
Obispo († 1021)

Heriberto nacio en Eirichgau de Alemania hacia el año 970 Era hijo de los condes de Eirichgau, Hugo y Tietvides, de los que varios de sus hijos fueron obispos Ademas de Heriberto, llegaron a tan alta dignidad Enrique, obispo de Wurzburgo, y Gezmann, de Eichstatt, y que sucederia a su hermano Heriberto

A los siete años Heriberto fue confiado a la escuela catedralicia de Worms, siguiendo la costumbre nobiliar de la epoca de confiar los hijos a las escuelas catedralicias por el prestigio de su enseñanza y la seguridad de su formacion religiosa

En Heriberto prendieron profundamente las raices de lo religioso y muy joven marcho al monasterio de Gorze, que en aquellos momentos gozaba de un singular prestigio por haber aceptado la reforma Pero el obispo de Worms, que conocia perfectamente al joven, antes de que emitiera sus votos lo llamo junto a si haciendolo canonigo de su catedral, aun sin haber re-

cibido la ordenación sacerdotal. En esta misma situación pasó a la capilla real de la corte de Otón III, siendo ordenado sacerdote en 995.

Otón, luego coronado emperador en Roma por Gregorio V, se dio cuenta enseguida de los valores que atesoraba aquel joven sacerdote y lo nombró en 994 su canciller para Italia. Más tarde, en 998, lo sería también de Alemania.

Recién ordenado sacerdote en el año 995, fue designado para regir la diócesis de Wurzburgo, pero renunció generosamente en favor de su hermano Enrique.

Hacia el 999 fue aclamado por arzobispo de Colonia. Al morir Evergero, los fieles de la ciudad se habían dividido en dos bandos para elegir sucesor, y no hubo más solución de concordia que elegir al canciller real. Una delegación de nobles marcha a Italia para conseguir la aprobación del emperador y del papa. Heriberto, que se oponía tenazmente a su propia elección, tuvo que terminar por aceptarla, siendo consagrado en la propia catedral diocesana.

Dicen que en la ceremonia de la ordenación el libro de los evangelistas quedó abierto por este pasaje: «El espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido de su Espíritu y me ha enviado a evangelizar a los pobres». Al leerlo Heriberto lo toma como una profecía y lo acepta como lema de su pontificado arzobispal.

Quedaba así ligado a la persona del emperador, quien le siguió encomendando importantes misiones diplomáticas y le dispensó su confianza hasta su muerte. Lo acompañó a Italia y allí sería testigo del envenenamiento de su emperador, tiene que imponerse a los italianos y luego regresar a Alemania con el cadáver de su señor.

El sucesor de Otón III, Enrique II, que llegó a la dignidad imperial impuesto por la fuerza, no dispensó a Heriberto la misma confianza, pues se había opuesto a su sucesión en favor del duque Hermann de Suabia. Solamente en casos puntuales pidió su apoyo, como fue en la pacificación de Luxemburgo.

Pero como se trataba de dos santos, pues Enrique II e incluso su esposa Cunegunda de Luxemburgo tambien figuran en el catálogo de los santos, llego el momento de la reconciliación.

En realidad entre ellos no existía animadversión personal sino solamente discrepancias políticas.

El momento de la reconciliación el P. Llanos, en *El desfile de los Santos,* lo ha descrito lujosamente.

> «Delante de toda la corte Enrique abraza al santo arzobispo y le da tres besos en honor de la Santísima Trinidad Mas aquello no le parecio suficiente, a la noche, cuando el arzobispo se encontraba en su oratorio, llama a su puerta y en la misma entrada Enrique, santo emperador, se arroja a sus pies, fundiendose ambos en la mejor estampa de lo que significaba el Sacro Imperio»

Podría parecer que un arzobispo con una vida tan complicada en asuntos de Estado no habría tenido tiempo para la labor de pastor diocesano. Nada más inexacto, porque en vida fue conocida su entrega a los necesitados y pobres de Colonia. Incluso su personal espíritu en privado siguió siendo el mismo que respiró en inicial entrega monástica, hasta el punto de que fundó muy cerca de él el monasterio de Deutz, donde al morir quiso ser enterrado. Propició la creación de otros más, pues los monasterios significaban la mejor traducción de las concepciones de la época como centros de estudio, oración, retiro y servicio a las causas de los hombres.

El 16 de marzo de 1021 murió en Colonia, a donde llegó embarcado por el Rhin. La fiebre le había sorprendido visitando su diócesis. Aún tuvo tiempo de legar todos sus bienes a los pobres. Sus restos descansan dentro de un relicario en el monasterio de Deutz por él fundado.

> «Fue modelo de todas las virtudes y pastor incansable en el arreglo de su rebaño y de las costumbres publicas del imperio, tan relajadas en aquel siglo Despues de una laboriosa vida consagrada al bien de la religion y de la Humanidad, murio en Colonia» (J Croisset)

En la actualidad es invocado para pedir la lluvia, ya que en la biografía del santo, escrita por su mayordomo, se recuerda como muy popular un milagro referido a la lluvia.

Durante una gran sequía que asolaba la región, organizó una procesión penitencial desde la iglesia de San Severino hasta la de San Pantaleón. Heriberto convocó al pueblo y les exhortó fervorosamente para que oraran e hicieran penitencia. El pue-

blo congregado en la iglesia de San Severino escuchaba conmovido. Algunos incluso estaban viendo una paloma blanca volando cerca de su cabeza. Al terminar el sermón el arzobispo bajó y se arrodilló al frente de su pueblo humillándose casi hasta tocar la tierra. Así pasó un espacio largo de tiempo con su pueblo expectante alrededor. Un ruido llegado desde la calle le hizo levantarse entre los sollozos y murmullos de su pueblo. Llovía a raudales en el campo y en la ciudad. La cosecha se había salvado. Desde entonces Heriberto es invocado para pedir la lluvia.

JOSE SENDIN BLAZQUEZ

Bibliografía

CROISSET, J., SJ, *Año cristiano Marzo* (Barcelona 1862) 271-272
Diccionario Espasa Tomo letra H, p 1 178
HAARLANDER, S., «Heriberto», en C LEONARDI-A RICCARDI G ZARRI (dirs.), *Diccionario de los Santos*, I (Madrid 2000) 1019-1020
LLANOS, J Mª DL, *El desfile de los Santos* (Madrid 1956) 250 253
MARTINEZ PUCHE, J A, «San Heriberto de Colonia», en J A MARTINEZ PUCHE (dir.), *Nuevo año cristiano Marzo* (Madrid 2001) 197 199

C) BIOGRAFIAS BREVES

SANTA EUSEBIA DE HAMAY

Abadesa († 680)

Nace hacia el año 655, es hija de Santa Rictrudis y de su esposo Aldabaldo. Muerto el padre, Rictrudis decide hacerse monja en Marchiennes-sur-la-Scarpe y se lleva consigo a su hija. Pero la abadesa Gertrudis, pariente suya, reclama a la jovencita que es enviada al monasterio de Hamay-sur-la-Scarpe, donde es iniciada en la observancia regular de las monjas.

Muerta Gertrudis y no obstante su poca edad, Eusebia es elegida abadesa. Su madre insiste en reclamarla, pero Eusebia sentía el atractivo de Hamay y pese a los castigos de su madre huía nuevamente a su querido monasterio, en el que por fin la madre accedió a que se quedara. Ella rige santamente la comunidad hasta su temprana muerte el 16 de marzo de 680, como parece, no sin haber exhortado a las monjas a vivir en unidad y caridad fraterna.

BEATO JUAN SORDI

Obispo y martir († 1181)

Nació en Cremona en el seno de una noble familia. Muerto su padre, volvió a contraer matrimonio la madre con Adán Cacciafronte, y por ello Juan fue también conocido con ese apellido ya que el padrastro lo adoptó y lo quiso como un hijo.

A los 16 años decidió su vocación monástica, ingresando en San Lorenzo de Cremona donde profesó la regla benedictina. Acreditado como monje por sus virtudes, fue primero prior del convento filial de San Víctor y luego abad de San Lorenzo Al ser contestada la elección de Alejandro III por el emperador con la promoción de un antipapa, Víctor IV, el abad de San Lorenzo trabajó para que la ciudad desoyese las voces de sirena del emperador y se mantuviese fiel al legítimo pontífice. Esto trajo consigo que el emperador lo desterrase. Acogido por el papa, éste le encargó el gobierno de la diócesis de Mantua, tras la deposición de su obispo, y cuando se hizo la paz entre el papa y el emperador, volvió el depuesto a Mantua y el papa nombró a Juan como obispo de Vicenza.

Juan gobernó su diocesis con sabiduría y fortaleza, y ello le valió la muerte, pues un cierto Pedro, excomulgado por él, acechó su paso y lo asesinó el 16 de marzo de 1181. Enseguida fue tenido por santo y comenzó el pueblo a darle culto que fue confirmado el 30 de marzo de 1834.

BEATOS JUAN AMIAS Y ROBERTO DALBY

Presbiteros y martires († 1589)

Juan Amias era natural de York y había estado casado. Cuando enviudo se decidio por el sacerdocio y marchó a Reims en cuyo colegio hizo los estudios y se ordenó sacerdote el 25 de marzo de 1581, volviendo después a Inglaterra donde pudo ejercer su ministerio a lo largo de siete años hasta su arresto.

Por su parte, Roberto Dalby había sido ministro protestante y, convertido al catolicismo, marchó igualmente al colegio inglés de Reims donde recibió la ordenación sacerdotal y volvió a

Inglaterra en 1588. Pero no hizo más que desembarcar en Scarborough cuando fue arrestado y encarcelado.

Ambos mártires fueron juzgados juntos y condenados por traidores al haberse probado el crimen de ser sacerdotes católicos. Su ejecucion tuvo lugar el 16 de marzo de 1589 a una milla de distancia de York. Llegaron ambos mártires y se pusieron de rodillas para orar. El sheriff llamó a Amias, que se levantó serenamente y besó el patíbulo, y comenzó a decirles a los presentes que su muerte no se debía a traición sino a religión, pero fue interrumpido. Entonces hizo una oración encomendando su alma a Dios y otorgando perdón a los responsables de su muerte. Seguidamente fue ejecutado. Su compañero estuvo mientras tanto en oración y una vez llamado se entregó mansamente a la acción del verdugo. Ambos fueron beatificados el 15 de diciembre de 1929

SAN JUAN DE BREBEUF

Presbítero y martir († 1649)

Nació en Condé-sur-Vire, Normandía, el 25 de marzo de 1593. Ya con algunos estudios ingresó en la Compañía de Jesús en 1617. Deseaba ser hermano coadjutor pero los superiores lo destinaron al sacerdocio. Una vez ordenado, fue enviado a la misión de Quebec y empezó su apostolado entre los hurones en la aldea de Toanché y pudo comprobar cuán difícil era la conversión de aquellos hombres a la fe del evangelio.

En 1628 volvía a Quebec llamado por la obediencia y tras la capitulación de los franceses al mando de Champlain vuelve a Francia. Pero la paz de Saint-Germain de 1633 le permite volver con los hurones. Su trabajo halló muchas dificultades, su vida llegó a estar en peligro, pero la misión de Ossossane, fundada por el P. Brebeuf, florecía en conversiones y, ello no obstante, el misionero sólo deseaba ser sustituido como director de la misma, lo que consiguió en 1638, quedando él bajo la obediencia del nuevo superior. Tras romperse una clavícula marcha a Quebec para reponerse y con el encargo de procurador de la misión. Vuelve a ella en 1644, pero al poco tiempo es puesto al frente de la Misión de San Ignacio, que comprendía, además, la

aldea de San Luis. Aquí se encontraba con el P. Lalemant cuando fue hecho preso de los iroqueses que le infligieron una muerte dolorosísima. Le arrancaron las uñas, le clavaron leznas ardientes, le pasaron ascuas por las partes más sensibles del cuerpo, le cortaban trozos de carne que se comían ante su vista, le desollaron el cráneo y le cortaron los pies. Un hurón renegado le echó agua hirviendo sobre la cabeza en remedo del bautismo y otro, por fin, le hundió en la cabeza un hacha. Durante el martirio el sacerdote perdonaba a sus verdugos, y con esta oración murió. Era el 16 de marzo de 1649. Fue canonizado el 29 de junio de 1930.

De los mártires del Canadá hay una biografía extensa el 19 de octubre.

17 de marzo

A) MARTIROLOGIO

1 En Down (Irlanda), San Patricio († 461), obispo, evangelizador de esa nación **.

2 En Alejandría la conmemoración de los mártires que en tiempos de Teodosio fueron asesinados por los adoradores de Serapis († 392)

3 En Chalons-sur-Saone, San Agrícola († 580), obispo *

4 En Nivelles, Santa Gertrudis († 659), abadesa *

5 En Chipre, San Pablo († 770), monje, mártir por la defensa de las sagradas imágenes

6 En Molfetta (Apulia), Beato Conrado († 1154), ermitaño

7. En Olomuc (Moravia), San Juan Sarkander († 1620), párroco de Holleschau y mártir **

8 Entre los hurones del Canadá, San Gabriel Lalemant († 1649), presbítero de la Compañía de Jesús, mártir * Su memoria litúrgica se celebra el 19 de octubre con los demás mártires del Canadá (cf ** 19 de octubre)

SAN PATRICIO, APÓSTOL DE IRLANDA

Obispo († 461)

La labor y la vida del apóstol de Irlanda recuerdan las hazañas y la santidad de los grandes profetas del Antiguo Testamento. La razón no es difícil de encontrar si consideramos las circunstancias históricas que rodean su trabajo en aquella isla. El Imperio romano, al extenderse a Francia y a las Islas Británicas, dio lugar a la penetración del catolicismo en aquellas regiones, pero la fe, que había avanzado con las legiones, tuvo que retirarse juntamente con ellas y el paganismo llegó a dominarlas otra vez mediante la invasión de los bárbaros. La divina Providencia eligió nuevos apóstoles para aquellos países, apóstoles dotados de todos los carismas necesarios para la lucha contra las fuerzas primitivas del mal. Por eso las vidas de aquellos misioneros se llenaban de milagros que nos recuerdan las escenas en Egipto cuando Moisés se enfrentó con los magos de Faraón o cuando Elías retó a los sacerdotes de Baal.

El futuro apóstol de Irlanda nació en 372, pero no se sabe con exactitud el lugar de aquel acontecimiento. Algunos lo ponen en Inglaterra, otros en Francia o Escocia. Sin embargo, sabemos algo de sus padres. Su madre, Concessa, pertenecía a la familia de San Martín, obispo de Tours, mientras su padre, Calfurnio, fue oficial del ejército romano, de buena familia. Ambos fueron cristianos. En el bautismo el niño recibió el nombre de Succat —el nombre de Patricio le fue dado mucho más tarde por el papa Celestino, juntamente con la misión de predicar el Evangelio en Irlanda—. De todas maneras, nosotros le llamaremos Patricio desde ahora para evitar confusiones.

En el año 388, cuando tenía dieciséis años, unos piratas le hicieron prisionero, llevándole a Irlanda, donde fue vendido como esclavo a Milcho, jefe de Dalraida, en el norte de la isla. Según sus *Confesiones,* que escribió más tarde, pasó la vida de esclavitud cuidando de las ovejas de su amo. La divina Providencia utilizó esta etapa de su vida para prepararle para su futura misión, porque, en el silencio de las montañas, Patricio se dedicó a la oración muchas veces de día y de noche, de tal manera

que podemos afirmar sin reparo que este período de su esclavitud llegó a ser también el principio de su santidad.

Un día, durante sus oraciones, Dios le mandó un ángel para consolarle en su miseria y para revelarle la futura gloria de Irlanda Al mismo tiempo, el ángel le mandó escapar de su dueño y dirigirse a un puerto lejano donde encontraría un barco que le llevaría a la libertad. Patricio obedeció este mandato divino y, efectivamente, al llegar a su destino al sur de la isla, encontró el barco tal como le había dicho el ángel, pero el capitán negóse a ayudarle en su propósito de escapar. Sin perder sus esperanzas, Patricio se puso a rezar y, de repente, el capitán cambió de parecer, le mandó subir al barco y le llevó a Francia.

Una vez conseguida la libertad, Patricio se refugió con su pariente, San Martín, quien le recibió en un monasterio cerca de Marmoutier. Allí el obispo había construido pequeñas casas para algunos de sus monjes, mientras otros vivían en cuevas cercanas. En estas condiciones de vida ermitaña el joven pasó casi treinta años en preparación para su misión de apóstol. Los monjes vivían separados, reuniéndose solamente para rezar en común dos o tres veces al día según la costumbre de los monasterios orientales. En este ambiente de tranquilidad Patricio empezó el estudio de las Sagradas Escrituras, empapándose cada día más en la doctrina evangélica. Aquí también recibió otra visita angélica en la cual Dios le dio el mandato de convertir a la verdadera religión al pueblo de Irlanda. Al mismo tiempo oyó la voz de un irlandés llamándole para que volviese como misionero al país de su esclavitud.

Cuando murió San Martín, otro santo, Germán de Auxerre, tomó a Patricio bajo su protección de tal manera que se puede decir que, bajo la tutela de él, Patricio empezó la verdadera preparación para su misión. Primero se hizo monje, luego sacerdote y después se fue a la isla de Lerins, aislado del mundo, donde continuó su vida de eremita. Atraídos por la fama de su santidad, muchos otros monjes quisieron reunirse con él, y muy pronto Lerins llegó a ser uno de los más famosos monasterios del mundo. Sin embargo, Patricio se dio cuenta de su obligación de prepararse cada día más para la misión que Dios le había

confiado; por lo tanto se marchó a Roma para continuar sus estudios en el Colegio de Letrán.

San Germán le llevó consigo a Inglaterra para ayudarle en su labor de apostolado, pero, después de unos años, Patricio volvió a Roma y recibió del papa Celestino la comisión de ayudar a Paludio en su misión de convertir a Irlanda. Salió con verdadera alegría, pero, antes de marcharse de Italia, recibió las noticias de la muerte de Paludio y otra vez fue a ver al Papa, quien le mandó recibir la consagración como obispo, juntamente con los poderes necesarios para su misión. Le consagró Máximo de Turín en Eboria, la moderna Ivrea, en el año 432, en la presencia del papa Celestino, quien le dio el nombre de Patricio. El nuevo apóstol de Irlanda salió para empezar su apostolado cuando tenía sesenta años.

Unos meses más tarde llegó a Irlanda, y como la gente del pueblo de Bray no quisiera recibirle ni oírle, se marchó otra vez al condado de Meath. Allí convirtió a su primer irlandés, bautizándole con el nombre de Benigno. Este joven llegó a ser el sucesor de Patricio en el arzobispado de Armagh. Después de predicar unos meses en Meath, pasó al condado de Down, más al norte, y fue entonces cuando empezó aquella serie de milagros que nos recuerdan las escenas más famosas del Antiguo Testamento.

El jefe de una tribu de Down, un tal Dichu, quiso asesinar a Patricio, pero, en el momento de clavarle su espada, el santo le paralizó el brazo derecho, convirtiéndole luego a la fe con muchos de sus súbditos. De Down viajó otra vez hacia el norte, llegando al territorio de su antiguo dueño, Milcho, quien le había tenido como esclavo, mas éste, en vez de recibirle, se mató, después de haber prendido fuego a todas sus posesiones. Pero sus hijos se convirtieron con mucha gente de la región. Era ya Pascua de Resurrección del año 433. Patricio había estado en Irlanda solamente un año; sin embargo, el éxito de su misión estaba casi seguro. Pero ahora iba a enfrentarse con la prueba más dura de todas.

Todos los años, en aquellas fechas, los sacerdotes druidas tenían la costumbre de reunirse en Tara con el rey Laeghaire para la ceremonia del fuego sagrado. En este acto Patricio vio la

oportunidad para enfrentarse de una vez con aquellos sacerdotes paganos que tenían en esclavitud el alma del pueblo entero. Para ello, cuando estaban reunidos todos para encender el fuego sagrado, apareció Patricio con sus sacerdotes en una montaña de Tara, al otro lado del valle, y allí encendió el fuego del Sábado de Gloria. Nada más ver aquellas llamas, los sacerdotes acudieron presurosos al rey Laeghaire para decirle que, si aquel fuego sacrílego no era apagado enseguida, sería imposible apagarle ya nunca.

A pesar del mandato real y de todos sus esfuerzos los paganos no consiguieron apagar el fuego que había encendido el santo, ni tampoco matar a Patricio, quien, al día siguiente, fue a entrevistarse con el rey, rodeado de sus sacerdotes. Los druidas hicieron todo lo posible para vencer al apóstol mediante sus artes mágicas, pero no contaron con el poder milagroso de Patricio. Delante de todos cubrieron el cielo con una nube que convirtió el día en noche, pero no pudieron disiparla cuando les retó Patricio, quien, con una oración, hizo salir el sol. El jefe de los sacerdotes se hizo levantar en el aire por magia, pero después de otra oración de Patricio, fue lanzado contra las rocas, con tal fuerza, que murió en el acto. Así, en un ambiente que recuerda las famosas hazañas de los profetas del Antiguo Testamento, el cristianismo triunfó en Irlanda. El rey Laeghaire dio al santo permiso para predicar con toda libertad en la isla y muy pronto se verificó la profecía de los druidas, porque Patricio encendió el fuego de la fe entre los habitantes de Irlanda, de tal manera, que no ha sido nunca apagado desde entonces. Poco a poco consolidó la victoria ganada en Tara. En 444 construyó la iglesia de Armagh y desde allí viajaba constantemente por todas las provincias, construyendo iglesias, consagrando obispos y fundando monasterios. Según una tradición bien fundada, cuando murió había consagrado a 350 obispos y ordenado a más de 2.000 sacerdotes.

Sin embargo, como sabemos por su libro *Confesión,* escrito por el mismo Patricio, el éxito de su misión no se consiguió sin mucho trabajo y sin pasar por muchos peligros. Una docena de veces fue hecho prisionero por los secuaces de los sacerdotes druidas, escapando por milagro; otras veces trataron de matarle

y en una ocasión se salvó por el coraje de un sacerdote fiel, quien, sabiendo el peligro, ocupó el lugar de Patricio, sacrificando así su propia vida para salvar la del santo. Peor todavía fueron las luchas con el demonio, quien hizo todo lo posible para mortificarle e impedir su labor El santo tenía la costumbre de retirarse del mundo a veces para rezar y meditar. En una ocasion se retiró durante cuarenta días, como Moisés, en una montaña que se llama hoy día Croagh Patrick en su honor. Esta vez la razón de su ayuno y oración fue conseguir de Dios ciertos beneficios para el pueblo irlandés. Los demonios le atacaron con más furia que nunca, sabiendo algo de sus propósitos. Después de una lucha feroz, el santo les venció y, según la tradicion, dejaron al país y sus habitantes en paz durante siete años.

Pero ahora, como Jacob, tuvo que luchar con Dios mismo para conseguir lo que quería. Continuó ayunando y rezando hasta que, por fin, el ángel se le apareció para decirle que Dios le había concedido lo que pedía. Según la tradición, los favores especiales obtenidos por el santo en aquella ocasión fueron los siguientes: muchas almas se librarían del purgatorio mediante su intercesión, el que, en espíritu de verdadera penitencia y arrepentimiento, rezase su himno antes de morir, conseguiría la bienaventuranza eterna, los bárbaros no vencerían nunca su iglesia; siete años antes del fin del mundo, el mar cubriría la isla para salvar a sus habitantes de las tentaciones y males del anticristo; San Patricio mismo tendría el privilegio de juzgar, juntamente con Cristo, a todos los irlandeses en el juicio final.

Su vida estaba llegando ya a su fin. Una vez afirmada la posicion de la Iglesia en Irlanda, el santo empezó a prepararse para la muerte, habiendo recibido de Dios una revelación diciéndole el día y la hora en que iba a salir de este mundo para recibir el premio de sus trabajos. San Tassack le dio los últimos sacramentos, y el día 17 de marzo del año 461 murió en la ciudad de Saul, siendo enterrado en el sitio donde hoy día está la catedral de Down.

Ahora vamos a examinar su apostolado, para ver cómo consiguió en tan poco tiempo la conversión de toda la isla de Irlanda y de una manera tan duradera. Dejando aparte la divina Providencia, fuente de todo éxito sobrenatural, el se-

creto de su triunfo está en el hecho de que encontramos en la labor de San Patricio un modelo del verdadero espíritu misionero.

En primer lugar, nunca estuvo contento con dejar el trabajo a sus subordinados, sino lo hizo, cuando pudo, personalmente. En todas las regiones de la isla se puso en contacto primero con los jefes de las tribus, haciendo todo lo posible para convertirles a la fe, o por lo menos, conseguir su amistad y permiso para predicar en el territorio de ellos. La ventaja de este procedimiento se ve claramente, porque así consiguió reducir al mínimo la oposición oficial a su labor. Pero la conversión de los reyes o jefes de tribu siempre tuvo como objeto principal llegar con más facilidad al pueblo. De la misma manera, en vez de acudir a sacerdotes extranjeros para ayudarle en su trabajo, dio la sagrada ordenación a indígenas. Entre estos sacerdotes muchos fueron hijos de los jefes de tribu y alguno había sido antes sacerdote druida. Patricio fundó colegios especiales para los futuros sacerdotes y nunca ordenó a nadie sin asegurarse primero de su conocimiento de la fe y de su santidad moral. Pero quizá las dos cosas que conducían más que nada al éxito de su misión fueron su manera de predicar la fe y su revisión sabia de las leyes del país.

Predicó de una manera muy sencilla y directa, empleando imágenes y ejemplos tomados de la naturaleza y perfectamente adaptados al espíritu poético de la nación irlandesa. Quizás el más famoso es su empleo de la hoja de trébol para demostrar la Trinidad y la Unidad de Dios. Sus temas predilectos fueron la naturaleza y los atributos de Dios, la divina providencia, la redención y sus frutos, la penitencia por los pecados, las responsabilidades que siguen como consecuencia del bautismo, la necesidad de la oración y, sobre todo quizá, la señal de la cruz. Él mismo hacía la señal de la cruz cien veces cada día y noche. Entre las oraciones que compuso para el uso de su pueblo, la más famosa, sin duda, es la que se llama *La coraza de San Patricio.* Es larga y sencilla. Bajo muchas figuras tomadas de la naturaleza insiste en la presencia de Dios en el mundo, sus atributos, y, sobre todo, su especial providencia, cuidando siempre del cristiano fiel.

Otro elemento de su apostolado que ayudó muchísimo para consolidar la fe en Irlanda fue la sabia reforma de las leyes civiles hecha por el mismo Patricio. Al estudiar la constitución civil y política de la isla, encontró un fondo muy bueno y sabio, mezclado con elementos paganos contra la ley divina o natural. Con mucha paciencia reformó aquella constitución, de tal manera, que dejó intacto lo bueno, cambiando solamente aquella parte que era pagana y falsa Así la jurisprudencia irlandesa dio lugar al *Sanchus Mor,* el código irlandés de leyes civiles y religiosas De aquí nació, un poco más tarde, todo el sistema penitencial de los celtas. Quizá este mismo espíritu de adaptacion le llevó a determinar, como fecha para Pascua de Resurreccion, una fecha distinta de la del resto de Europa, tanto como el uso de la tonsura celta, adoptada por los monjes irlandeses, y, sin duda, de origen druida. También es digno de notar que en Irlanda, bajo el mando de San Patricio, el obispo de la diócesis fue, casi siempre, abad de un monasterio, un hecho que deriva de la constitución civil de las distintas regiones de la isla. Gran parte del éxito del apostolado de San Patricio se debe a esta adaptación del paganismo a la verdadera religión

Los escritos del santo, especialmente su *Confesión* y la *Epístola ad Coracticum,* nos permiten ver con bastante claridad el carácter y la personalidad del apostol de Irlanda Un hombre sencillo, con gran espíritu de humildad y de pobreza, demuestra al mismo tiempo un celo en su apostolado y una fortaleza que recuerdan los apostoles de Jesús y los profetas del Antiguo Testamento. Cuando no está ocupado con el apostolado activo, se dedica a la oración y a la penitencia. Cariñoso y bondadoso, insistiendo siempre en el perdón del enemigo, se revela al mismo tiempo temible en la represión del mal, especialmente contra los enemigos de la fe. Debido a esta firmeza, el nestorianismo nunca logró penetrar en el catolicismo de Irlanda, pero sí el pelagianismo, quizá por razón del origen celta de su autor. La prueba de la eficacia de su labor y apostolado se encuentra en el hecho de que el catolicismo de la nación irlandesa sigue siendo, aún hoy día, una de las estrellas más brillantes en la corona de la Iglesia de Dios.

DAVID L. GREENSTOCK

Bibliografía

Sobre el nos informan, ante todo, su *Confesion* (cf *Analecta Bollandiana* 26 [1907] 340s), y algunos otros escritos suyos y diversas *Vidas* o *Relaciones* medievales
BIFFER, L, *Life and legend of St Patrick* (Dublin 1949)
— (ed), *Works of St Patrick* (Westminster, MD 1953)
BURY, J B, *The Life of St Patrick and his place in history* (Londres 1905)
MORRIS, W B, *Life of St Patrick, the apostle of Ireland* (Londres [5]1898)
MULLER, K, *Der heilige Patrick* (1931)
RIGUET, *Saint Patrice* (Paris 1911)
RYAN, J, *Irish Monasticism* (Londres 1931) 59s
— Actualizacion
OSBORNE MCKNIGHT, J, *Una leyenda celta historia de San Patricio de Irlanda* (Barcelona 2001)

SAN JUAN SARKANDER

Parroco y martir († 1620)

En Olomuc y al aire libre, bajo una lluvia torrencial, era canonizado el 21 de mayo de 1995, en presencia de medio millón de personas, el sacerdote Juan Sarkander En la cárcel de aquella ciudad morava, actual República Checa, había muerto el 17 de marzo de 1620 este mártir, a quien Juan Pablo II calificó en su homilía como un orgullo para los moravos, un protector «en las horas más penosas» de su historia que brilla «con luz excepcional» cuando lo encarcelan y recibe la gracia del martirio. Y añadió, además, este otro significativo juicio: «En una época de turbulencias, él se reveló como señal de la presencia de Dios, de su fidelidad en medio de las contradicciones de la historia».

El Papa Wojtyla visitaba una geografía particularmente amada, un territorio muy sensible en la historia religiosa de Europa central. Había hecho el viaje a la República Checa con la finalidad principal de canonizar a este mártir del siglo XVII, una víctima de las guerras de religión. Evidentemente esta decisión no fue del agrado de amplios sectores de la Iglesia luterana, que la criticaron con dureza. Pero el Papa rodeó el momento de nuevo sentido y le dio una significación superadora de aquellas turbulencias. De hecho, publicaba pocos días después su encíclica *Ut unum sint* y en la ceremonia de canonizacion de Juan Sarkander —junto con Zdislava de Lemberk, esposa y madre de cuatro hijos— ensalzaba los méritos de este «sacerdote sencillo y gene-

roso» que al final de su vida ofreció «un raro ejemplo de paciencia y de constancia».

Quiso también el Papa explicar el alcance de aquel solemne acto.

> «Acaso —dijo— hoy mas que nunca, despues del Concilio Vaticano II y en los umbrales del tercer milenio cristiano, nos es permitido comprender la misteriosa consigna de Juan Sarkander para la Iglesia en Europa y en el mundo», y aclaro despues «esta canonizacion no debe, en modo alguno, abrir de nuevo las dolorosas heridas que en el pasado han marcado en estas tierras el Cuerpo de Cristo»

Fue en este preciso momento cuando Juan Pablo II pidió con solemnidad y humildad perdón, un histórico perdón que encontraba en aquel lugar y ceremonia una verdadera proyección ecuménica. Dijo:

> «Hoy yo, el Papa de la Iglesia de Roma, en nombre de todos los catolicos, pido perdon por los daños infligidos a los no catolicos a lo largo de la historia turbulenta de estas gentes, y, al mismo tiempo, garantizo el perdon de la Iglesia catolica por el daño que han padecido sus hijos Ojala que este dia pueda marcar un nuevo comienzo en el esfuerzo comun de seguir a Cristo, su Evangelio, su ley de amor, su anhelo supremo por la unidad de los creyentes en el *Que todos sean uno* (Jn 17,21)»

Es decir, que la proclamación de santidad del sacerdote y mártir Juan Sarkander llegaba no sólo reconociendo su inquebrantable firmeza, su fiel entrega al deber hasta la muerte, sino también pidiendo perdón y otorgándolo, pues en la biografía de este santo, torturado a muerte por los mandatarios protestantes de Olomuc, se entreven las turbulencias de la epoca, el torturado mapa que vivía Europa al comenzar la Guerra de los Treinta Años.

Nació Juan Sarkander el 20 de diciembre de 1576 en Skoczów (Silesia), que entonces formaba parte del reino de Bohemia y hoy es territorio de Polonia. Fueron sus padres Gregorio Matías Sarkander, bohemio, y Elena Górecka, polaca, casada en segundas nupcias. Era Juan un chico de trece años cuando murió su padre y se trasladó con su madre y hermanos a Pribor en Moravia, donde estaba de cura un hijo de Elena, nacido de su primer matrimonio. Allí frecuentó Juan la escuela parroquial e

hizo los estudios primarios; en 1593 ingresó en el colegio de los jesuitas de Olomuc —que tuvo que cerrar a causa de la peste— de tal manera que en 1599 continuó con los estudios en el colegio de Praga. En esta misma ciudad hizo el bachillerato y obtuvo el título de *magister* en filosofía en 1602. Se matricula después en la facultad de teología de Graz, pero la abandona en 1604 para buscar una colocación civil. Cuando se disponía a casarse en 1606 con una joven luterana llamada Ana Platska, se le murió la novia. Esta experiencia quebró tanto su ánimo y le produjo tal trauma que orientó de nuevo su vida al estudio de la teología y al sacerdocio.

Recibe Juan Sarkander la ordenación sacerdotal el 22 de marzo de 1609, en la ciudad de Brno, a los 33 años de edad, y desempeña sucesivamente la cura de almas en varias parroquias de la diócesis de Olomuc. Se estrenó en Jaktar ayudando a su hermano Nicolás, que era el párroco, y poco después desempeñó las funciones de coadjutor en Unicov. Ya en este medio tiempo conoció los sinsabores de la prisión, pues corrió idéntica suerte que su hermano, arrestado por sospechoso contra el imperio. Pero Juan salió absuelto de aquel trance al no encontrarse pruebas contra él, sino sólo suspicacias propias de una situación tan conflictiva.

Superado este problema, recibió en 1611 el nombramiento de párroco de Charvaty, una pequeña población aledaña a Olomuc, aunque tampoco allí duró más de un año, pues se opuso, contra la opinión de su feligresía, a que se cantaran los himnos en lengua vernácula. Los parroquianos presentaron sus quejas al cardenal Dietrichstein, quien se mostró comprensivo con las exigencias del pueblo, motivo por el cual Juan Sarkander se tuvo que ir de la parroquia. En 1612 fue trasladado a Zdounky donde permaneció tres años dando muestras de una actividad y un celo apostólico tan reconocido que el obispo acaba encomendándole la feligresía de Boskovice, una ciudad de mayor población y donde le esperaban nuevas y más arduas responsabilidades, pues allí existía una floreciente comunidad protestante de hermanos moravos. Su última parroquia fue Holesov, una pequeña ciudad situada en Moravia del sur, para la que fue nombrado el 15 de mayo de 1616. Allí tenía su sede Ladislav

Popel de Lobkovic, lugarteniente de Moravia, de quien el nuevo párroco iba a ser consejero y confesor.

Las tareas pastorales emprendidas en su parroquia de Holesov tratando de renovar la vida catolica no fueron nada fáciles, más bien lo contrario, sobre todo en la cresta de aquella hoguera, de aquella bronca situación en la que ya había prendido la guerra religiosa. Poco faltaba para la llamada Guerra de los Treinta Años. Las muchas dificultades que encontraba el párroco Sarkander se acrecentaron y complicaron tras la insurrección de los nobles de Bohemia —en su mayoría protestantes— contra el imperio de Austria

Lógicamente, en esta tesitura, cayó en desgracia el lugarteniente moravo Lobkovic, que acabó siendo degradado, destituido del cargo y recluido en prisión. Supo Juan Sarkander, y entendió, que no venían buenos tiempos, y tomó precauciones por lo que pudiera ocurrir. Eligió una solución reflexiva y devota. Bien podía emprender una peregrinación al santuario de Jasna Góra, en Czestochowa, que era un modo de esperar a que pasara la racha, y al mismo tiempo buena ocasión para armarse espiritualmente ante la dificultad que al parecer se avecinaba. En efecto, acudió en julio de 1619 al santuario mariano y se quedó en las cercanías de Raciborz, en territorio de Polonia, hasta el mes de noviembre del mismo año. Cinco meses de ausencia que se cortaron al recibir una carta de Lobkovic, ya liberado, con la que trataba de convencerle para que volviese a la parroquia. Y lo consigue, de tal manera que dentro del mismo mes de noviembre ya está de nuevo el párroco en Holesov.

Al sacerdote Juan Sarkander no le dio ningún buen resultado su estadía polaca, pues fue interpretada por sus enemigos como un viaje de calculada conspiración. Los hechos históricos nos cuentan que, en febrero de 1620, el rey Segismundo III de Polonia entró con la caballería cosaca en territorio de Moravia para apoyar al emperador austríaco Fernando III contra la rebelde aristocracia protestante de Bohemia. Y ocurrió que los soldados cosacos no atacaron ni saquearon Holesov, se dice que porque Sarkander organizó una solemne procesión eucarística con sus parroquianos, se puso al frente de ellos y salió al encuentro de las tropas para dificultarles el paso. Este gesto hizo

desistir a los soldados polacos, aunque no faltan críticos que lo toman por leyenda.

Sea como fuere, el respeto de los soldados por la ciudad de Holesov era un argumento más que avalaba la sospecha de los nobles moravos contra Sarkander: que lo tenían por conspirador con los polacos, y lo tachaban de espía del rey Segismundo III. Una vez que las tropas se alejaron del territorio, el nuevo juez supremo de Moravia, protestante, Wenceslao Bitoosky, dio orden de detener a todos los sacerdotes, pero Sarkander, que trató de ocultarse en el castillo de Tovacov, en su errática huida por los bosques cercanos fue localizado el 12 de febrero de 1620, detenido y encerrado después en la cárcel de Olomuc. La acusación lo llamaba traidor a la patria y causante de la intervención de las tropas polacas. Este carácter político de la acusación sólo era un pretexto, porque en realidad el desarrollo de todo el proceso y el trato dado al sacerdote Sarkander durante los interrogatorios tenían su causa en actitudes de persecución religiosa.

Durante seis días, del 13 al 18 de febrero de 1620, el párroco de Holesov, Juan Sarkander, fue acosado por cuatro largos, intensos y dramáticos interrogatorios, en los que no faltaron las torturas. La fundamental acusación que le hicieron durante el proceso fue que, siendo confesor de Lobkovic, había conocido los planes de invasión militar del ejército polaco sobre Moravia mediante la confesión. Le bastó a Sarkander oír esta insidia para responder con absoluta convicción que ninguno de esos planes ni nada parecido le había sido confiado en el sacramento de la confesión. Y añadió con admirable contundencia que, aun en el caso de que hubiese sabido cualquier cosa por confesión, nunca la revelaría aunque le amenazasen con cortarlo a trozos.

Y el sacerdote, acusado de traicionar a la patria y al pueblo, defendía su inocencia; pero después, cuando lo torturaban, daba muestras de admirable silencio. Durante los angustiosos interrogatorios lo sometieron a tormentos físicos de extraordinaria crueldad, entre ellos el potro, antorchas encendidas contra su cuerpo, así como también dándole una bebida repugnante. Fue tan intenso el deterioro físico que lo abandonaron maltrecho e inconsciente en una celda de la prisión de Olomuc. Uno

de los jueces dejó escrito, como testimonio, que «al fin de la tortura, sus venas estaban todas cortadas y sus costados abrasados por el fuego, de suerte que se le veían sus entrañas entre las costillas».

En aquellas condiciones de humedad y de oscuridad esperaba la muerte, que no tardaría en llegar, y para la que se preparaba entre grandes sufrimientos, que él aceptaba «con alegría inefable» como dijeron los fieles que lo acompañaron y consolaron en sus últimos días.

Pese a los terribles dolores que sufría, el sacerdote Sarkander mantuvo hasta el fin de sus días una fidelidad a toda prueba a sus deberes sacerdotales. Cuentan las actas del proceso que nunca abandonó el rezo del breviario, pero como no se podía valer por sí mismo para pasar las páginas, pedía ayuda a los presentes para que se las pasaran. Y cuando estaba solo y nadie le podía auxiliar, acercaba el libro a su boca con gran esfuerzo y él mismo pasaba las páginas con la lengua.

Tras un mes de sufrimientos, como consecuencia de los suplicios recibidos durante los interrogatorios, Juan Sarkander murió en la cárcel de Olomuc el 17 de marzo de 1620, a los 44 años de edad.

La noticia de su muerte se difundió con rapidez por toda Moravia, Silesia y las demás regiones del antiguo imperio austriaco, y enseguida despertó una veneracion nunca eclipsada entre la comunidad católica, siempre considerado mártir de la fe, de la fidelidad al servicio ministerial y particularmente al secreto del sacramento de la confesión. Muy pronto se habló de milagros debidos a su intercesión y no tardó en pensarse en su proceso de beatificación, que fue introducido en 1715, pero circunstancias históricas poco favorables alargaron su conclusión. El papa Pío IX lo proclamó beato en una solemne ceremonia celebrada en la basílica de San Pedro de Roma el 6 de mayo de 1860. Nuevas dificultades históricas, como las dos guerras mundiales, la ocupación nazi y la persecución comunista, impidieron la continuidad del proceso de canonización hasta que en julio de 1981 fue reemprendido. La curación de un sacerdote que padecía una «pancreatitis aguda hemorrágica» fue el milagro aprobado por la Causa de los santos en 1993 y el que abrió

las puertas de la canonización, celebrada en la República Checa, en la ciudad de Olomuc, donde Juan Sarkander recibió la gracia del martirio.

JOSE ANTONIO CARRO CELADA

Bibliografía

AAS 89 (1997) p 81ss
L'Osservatore Romano (18 5 1995) Suplemento especial, 15 18
L Osservatore Romano (22/23 5 1995) 8-9, 12 13
L Osservatore Romano (ed en español) (9-6 1995) 10, 13 14

C) BIOGRAFIAS BREVES

SAN AGRÍCOLA

Obispo († 580)

Nació el año 498 de una familia senatorial y recibe una esmerada educación. Fue elegido obispo de Chalons-sur Saone el 532 y durante medio siglo presidió ejemplarmente esta diócesis.

Llevaba un género de vida muy austero y era muy celoso de la continua transmisión del evangelio, predicando con unción y celo. Puso interés en dotar a la comunidad cristiana de los edificios religiosos oportunos para el cuidado pastoral de los fieles. San Gregorio de Tours elogia sus cualidades y su actividad Participó en varios concilios de Orleáns y en los de Clermont, París y Lyón. En 579 hubo un concilio en su propia ciudad episcopal. Murió el 17 de marzo de 580.

SANTA GERTRUDIS DE NIVELLES

Abadesa († 659)

Nació hacia el 626, hija de Pipino de Landen, mayordomo de palacio de la corte de Austrasia, y de Ida, su esposa, tan llena de sentimientos religiosos como él, y fue aquélla una familia de santos. Educada con esmero, la joven respondió que deseaba consagrarse a Cristo cuando le fue ofrecido un ventajoso matrimonio.

Cuando murió su padre, Gertrudis siguió a su madre a la vida religiosa e ingresó en el monasterio de Nivelles, fundado por aquélla. A los siete años su madre le dio el cargo de abadesa y muy pronto se granjeó la estima de la comunidad por su prudencia y habilidad en la conducción del monasterio pero también por su insigne caridad con los pobres y peregrinos. Acogió a los santos Filán y Ultano, echados de su monasterio por el rey de Mercia. Ellos fundan un monasterio bajo la protección de Ida y Gertrudis y fueron sus consejeros. Perseveró en la conducción del monasterio hasta que le falló la salud y entonces puso de abadesa a una sobrina suya. Llena de méritos murió el 17 de marzo de 659. Su culto ha sido muy popular.

SAN GABRIEL LALEMANT

Presbítero y martir († 1649)

Nace en París en 1610. En su juventud decide su vocación religiosa ingresando en la Compañía de Jesús, a la que ya pertenecían varios familiares suyos. Profesó en 1632 y se ofreció para las misiones de Nueva Francia. Ordenado sacerdote, fue destinado primero al colegio de La Flèche, luego al de Moulins y más tarde al de Bourges.

Enviado después, en 1646, a Nueva Francia, su deseo de trabajar entre los hurones no se vio colmado de momento Por fin, en agosto de 1648 fue asignado como auxiliar al P. Brebeuf, el superior de la misión. Su trabajo fue breve pero su celo y su virtud admiraron a todos. Estaba en la aldea de San Luis con dicho padre cuando asaltaron los indios la misión y los apresaron, dándoles a ambos un terrible martirio. Les arrancaron las uñas, hundieron en sus carnes leznas candentes, pasaron ascuas por las partes más sensibles de su cuerpo... Murió el P. Brebeuf el 16 de marzo y los indios siguieron atormentando al P. Lalemant que no expiró hasta la mañana siguiente, el 17 de marzo de 1649. Fue canonizado el 29 de junio de 1930.

De los mártires del Canadá hay una biografía extensa el 19 de octubre.

18 de marzo

A) Martirologio

1 En Jerusalen, San Cirilo († 386), obispo y doctor de la Iglesia **
2 En Cesarea (Palestina), la conmemoracion de San Alejandro († 250), obispo de Jerusalen y martir *
3 En Luca (Toscana), San Frigidiano († 588), obispo
4 En Tours (Francia), San Leobardo († 593), recluso
5 En Zaragoza (España), San Braulio († 651), obispo **
6 En Wareham (Inglaterra), San Eduardo († 978), rey y martir *
7 En Mantua (Lombardia), San Anselmo († 1086), obispo de Luca **
8 En Cagliari (Cerdeña), San Salvador de Horta († 1567), religioso de la Orden de Menores **
9 En Lancaster (Inglaterra), Beatos Juan Thules, presbitero, y Rogerio Wrenno († 1616), martires bajo Jacobo I *
10 En Saint-Sauveur-le-Vicomte (Normandia), Beata Marta Le Bouteiller († 1883), virgen, de la Congregacion de Hermanas de las Escuelas Cristianas de la Misericordia *

B) Biografias extensas

SAN CIRILO DE JERUSALÉN

Obispo y Doctor de la Iglesia († 386)

A Cirilo de Jerusalén, lo mismo que a otros grandes obispos del siglo IV, le tocó vivir una de las epocas más difíciles de la historia de la Iglesia. Las controversias teológicas sobre la divinidad del Verbo, que exigían, ciertamente, una precisión suma en la formulacion de los conceptos que se discutían, habían llegado a ser en aquellos días encarnizadas y poco edificantes. Cirilo, suave por temperamento, las aborrecía; quería permanecer neutral en la lucha, prefería estar alejado del campo de batalla, deseaba instruir más que polemizar, y por eso su figura adquiere el porte de un apostol y de un obispo pacificador.

Nació en Jerusalén o en sus cercanías, hacia el 313 o 315. Fue uno de aquellos jovenes ascetas que, sin retirarse al desierto, hacía una vida de santidad y continencia perfecta. Tal vez fuese más verídico afirmar, con un sinaxario griego, que desde

joven se retiró a un monasterio, en donde pasó la juventud consagrado a la ciencia y al conocimiento de la Escritura. Su buena preparación le hacía un candidato seguro al sacerdocio, y por eso, alrededor de sus treinta años San Máximo de Jerusalén le ordenó de presbítero.

En 348 era ya obispo. Sobre su consagración episcopal se cierne una sombra un tanto obscura. San Jerónimo nos dice que Acacio de Cesarea, metropolita palestinense, en acción común con otros obispos arrianos, habrían ofrecido a Cirilo la sede episcopal jerosolimitana, a condición de que repudiase la ordenación sacerdotal que había recibido de San Máximo. Cirilo, prosigue el Solitario de Belén, habría aceptado y, después de permanecer algún tiempo como simple diácono y haber depuesto los obispos arrianos a Heraclio, nombrado por San Máximo para sucederle, habría recibido cual recompensa la sede de Jerusalen. Rufino de Aquileya parece insinuar lo mismo

Observamos, sin embargo, que Jerónimo, al hablar de San Cirilo, transluce una información deficiente, que le lleva en muchos casos a afirmaciones erróneas; su testimonio, por tanto, es poco aceptable. Ofrece más garantía Teodoreto cuando dice que Cirilo, por su valiente defensa de la doctrina apostólica, mereció ser colocado al frente de la diocesis de Jerusalén a la muerte de San Máximo. Los Padres del Concilio I de Constantinopla (381), en carta al papa Dámaso, ademas de afirmar que Cirilo fue obispo de Jerusalén y que había sido ordenado canónicamente por los obispos de la provincia eclesiástica, le presentan como un atleta, que había luchado en varias ocasiones contra los arrianos Hilario de Poitiers fraternizó con él en Seleucia y San Atanasio le trataba como amigo

Los primeros años de su episcopado los pasó Cirilo consagrado a una intensa actividad episcopal. La aparición de una luminosa cruz en el cielo de Jerusalén el 7 de mayo de 351 reforzó la actuación espiritual del obispo y fue un motivo poderoso de entusiasmo y fervor, tanto para él como para sus fieles Cuando, en 357, Basilio el Grande visitó la iglesia de Jerusalen, nos asegura que estaba muy floreciente y nos informa también de que un gran número de santos le habían acogido y venerado.

De estos primeros años apacibles de su episcopado datan las principales obras de San Cirilo. En la Cuaresma del 348 predicó a los fieles de Jerusalén, de una manera sencilla, sus famosas *Catequesis*. Dieciocho de ellas, dirigidas a los catecúmenos, las tuvo en la Basílica de la Resurrección, erigida por Constantino en el emplazamiento del sepulcro del Señor. En ellas habla del pecado, de la penitencia, del bautismo y les comenta el Símbolo, artículo por artículo. Otras cinco, llamadas mistagógicas, las predicó a los neófitos, en la capilla particular del Santo Sepulcro, durante la semana de Pascua de aquel mismo año. Comenta el santo, en un lenguaje íntimo y mas cordial, las ceremonias del bautismo e instruye a los recién bautizados sobre la confirmación, la Eucaristía y la liturgia. Son verdaderas obras maestras en su género. Por ello le considera la Iglesia como el príncipe de los catequistas.

Después de diez años de paz e intenso apostolado se inicia una vía dolorosa para el santo obispo de Jerusalén. Por la interpretación del canon séptimo del concilio de Nicea, Cirilo se vio envuelto en una controversia, triste por los resultados, con el metropolita de Cesarea, Acacio. Este canon séptimo reconocia a la sede de Jerusalén un primado de honor que Cirilo justamente reclamaba y que Acacio, antiniceno por convicción, rechazaba de plano. Un conflicto de orden puramente jurisdiccional degeneró en polémica doctrinal. Cirilo veía en Acacio un obispo arriano y Acacio en Cirilo un defensor de las decisiones de Nicea. Durante la discusión el metropolita de Cesarea citó al obispo de Jerusalén a comparecer en su presencia. Cirilo, con sobrada razón, se negó a ello. Acacio reunió un sínodo en 357 o 358 y lo depuso, según decía él, por contumaz. Cirilo, con pleno derecho, apeló a un concilio superior e imparcial, apelación que fue aceptada por el emperador Constancio, pero antes de llevarse a cabo, Cirilo tuvo que ceder a la fuerza y salir de su diócesis camino del destierro. Las intrigas de Acacio se habían impuesto a los principios de la legalidad.

El obispo de Jerusalén se dirigió a Antioquía, cuya sede estaba vacante por muerte del titular. Prosiguió entonces su viaje hacia Tarso, donde el obispo Silvano le acogió benévolamente y le permitió ejercer las funciones episcopales, singularmente la

predicación. Como Silvano era partidario del grupo arriano de los homeousianos, le puso en relación con los gerifaltes de este partido. Junto a ellos aparece Cirilo en el Concilio de Seleucia del 359 y gracias al apoyo de este grupo y sus enérgicas reclamaciones recobró su silla. Pero al año siguiente (360), Acacio se vengó de él en el sínodo de Constantinopla, teniendo que iniciar Cirilo otro destierro, sin que sepamos ni el lugar ni las circunstancias del mismo.

A finales del 362, Cirilo entró de nuevo en su diócesis. Por esta época Juliano el Apóstata había dado órdenes a los judíos de reconstruir el antiguo templo jerosolimitano. El santo obispo, en medio de su pena, predijo el fracaso de tan impía empresa, como así efectivamente aconteció.

Por los años 365-366 habia quedado vacante la sede de Cesarea, por la muerte de Acacio. Cirilo nombro un sucesor en la persona de Filumeno. Desconocemos si por muerte o depuesto por los arrianos, el caso es que la diócesis de Cesarea volvió a quedar sin obispo. Eligió entonces Cirilo para esta sede metropolitana a su sobrino Gelasio, un sacerdote recomendado por su ciencia, por la pureza de la fe y también por su santidad. La elección no fue del agrado de los arrianos, que con sus intrigas le depusieron, y el mismo Cirilo tuvo que salir de su diocesis por tercera vez, camino del nuevo destierro, que duro once años (367-378) y del que nada sabemos.

Con la subida de Graciano al trono del Imperio, Cirilo pudo volver a su iglesia jerosolimitana, a finales del 378. Parece que durante su ausencia se habian dado cita en Jerusalén, con permisión, naturalmente, de los obispos intrusos, todos los errores dogmáticos. El santo encontró a sus fieles excitados y divididos. A esta división había seguido una relajacion grande en las costumbres. En los ocho años que todavía permaneció al frente de su diócesis cumplió con la misión de un gran pastor para devolver a su iglesia el antiguo fervor. La historia nos dice que consiguió unir con la Iglesia católica los macedonianos de Jerusalen y que obtuvo asimismo la sumisión de cuatrocientos monjes partidarios de Paulino de Antioquía. Murió en 386, a la edad de 70 o 72 años, después de unos veintisiete de episcopado y dieciseis de destierro En 1882 fue declarado Doctor de la Iglesia

Los dolores físicos de San Cirilo, inherentes a un destierro de dieciséis años, se vieron todavía aumentados con sufrimientos morales. Ya en sus días se polemizó en torno a su ortodoxia. Por sus relaciones con el partido arriano de los homeousianos se le ha considerado arrianizante por lo menos. Por otra parte, San Cirilo, en sus escritos, no habla ni una sola vez de Arrio ni de los arrianos, no usa nunca la palabra *omousios* ni otros términos que se prestaban a discusión

Estos hechos ciertos han sido maliciados por los adversarios del santo obispo. Lo que era en San Cirilo un acto de prudencia lo convirtieron sus enemigos en motivo de escándalo. Si bien es cierto que San Cirilo comunicó con los homeousianos, es todavía más seguro que nunca varió en su fe, que fue la de la Iglesia de Roma. Porque quiso desde un principio el obispo jerosolimitano observar la mas estricta neutralidad entre los partidos, por eso evita toda palabra, frase, fórmula que pueda enturbiar la convivencia o acrecentar la división. Un temperamento suave como el suyo y un auditorio sencillo, como eran sus fieles, explica satisfactoriamente que no utilizase nunca la palabra *omousios;* una catequesis dada a quienes todavía no eran cristianos, no se prestaba ciertamente para altas discusiones teológicas. Ante aquel auditorio hubiesen resultado cuestiones bizantinas. San Cirilo, con gran espíritu sacerdotal, quería instruir y no polemizar. Ni dejemos de observar que si sostuvo a los homeousianos fue en lucha con los homeos, que representaban la faccion intransigente de Arrio. También San Hilario de Poitiers les apoyó. Muchos de los homeousianos en el fondo eran completamente ortodoxos.

Es indiscutible que sus enseñanzas son de una ortodoxia incensurable y que, a pesar de que evita deliberadamente la palabra *omousios,* combate, sin embargo, con decisión la doctrina de Arrio En las obras del obispo jerosolimitano la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía se halla más claramente que en todos los Padres anteriores a él. Hermosa es también la insinuación que hace a sus fieles de cómo han de acercarse a recibir la sagrada comunión:

> «Haced de vuestra izquierda —les dice— como un trono en que se apoye la mano derecha, que ha de recibir al rey Santificad luego vuestros ojos con el contacto del cuerpo divino y comulgad

No perdais la menor partícula Decidme si os entregasen pajuelas de oro, ¿no las guardariais con el mayor cuidado? Pues mas precioso que el oro y la pedreria son las especies sacramentales»

No deja de ser un gran mérito de San Cirilo de Jerusalén haber expuesto unas enseñanzas tan claras, antes de que estuviesen en circulación las obras de los grandes escritores eclesiásticos.

San Cirilo no es un teologo como otros escritores de su tiempo, es un catequista que enseña. No es original ni como pensador ni como escritor, pero es un testimonio acreditado de la fe tradicional. Sus *Catequesis* son eso: una exposición sencilla y popular de la fe cristiana. Su mejor elogio es el odio de los arrianos. Los arrianos le odiaban porque veían en él un enemigo temible. Por odio tuvo que salir tres veces desterrado de la ciudad santa y por mantener sus creencias se vio obligado a recorrer las ciudades del Asia Menor, cual peregrino errante que sufre por amor a Cristo. Pero al fin sus penas recogieron el triunfo. Pocos años antes de su muerte pudo asistir al concilio ecumenico de Constantinopla, que definía como verídicas las enseñanzas de San Cirilo y de otros muchos obispos que, como él, habían sostenido una violenta lucha contra el arrianismo. El sueño de San Cirilo de ver apaciguados los espíritus entraba en su fase inicial y así entregaba su alma a Cristo, por quien tanto había sufrido.

URSICINO DOMINGUEZ DEL VAL, OSA

Bibliografía

Act SS Boll, 18 de marzo

Las Catequesis Trad castell por A ORTEGA (Madrid 1945)

DE LACROIX, G , *Saint Cyrille de Jerusalem, sa vie et ses oeuvres* (Paris 1865)

LE BACHELET, X , «Cyrille de Jerusalem», en *Dictionnaire de theologie catholique,* t III, cols 2 527 2 577

MADER, J , *Der heilge Cyrillus Bischof von Jerusalem* (Einsiedeln 1891)

Obras de San Cirilo PG 33 Lo encabeza una disertacion de DOM TOUTTEE sobre su *Vida*

TILLEMONT, L S DE, *Memoires pour servir a l'histoire ecclesiastique des six premiers siecles* , VIII (Venecia) 428s, 779s

Veanse asimismo las obras generales de *Patrologia* O BARDENHEWER, B ALTANER,

SAN BRAULIO

Obispo de Zaragoza († 651)

Hacia el penúltimo decenio del siglo VI nace Braulio, quien más tarde habría de ser obispo de Zaragoza y el más ilustre prelado, después de San Isidoro, en la primera mitad del siglo VII de la España visigótica

Aunque ignoramos el nombre de la madre y el del lugar de su nacimiento —ciertos indicios y alusiones de sus cartas parecen apuntar hacia Gerona, en tanto que otros orientan hacia Zaragoza—, nos es conocido, por San Eugenio de Toledo, el de su padre, Gregorio; y por San Ildefonso y el mismo Braulio, el de otro hermano suyo mayor, Juan, que habría de ser su predecesor en la sede zaragozana. El propio Braulio nos habla, además, en la dedicatoria de la *Vida de San Millán,* de otro hermano, Fruminiano, abad de cierto monasterio, y en sus cartas, de dos hermanas: Pomponia, abadesa, y Basila, acogida en la flor de su juventud y temprana viudez al mismo monasterio de Pomponia, superando así, como dice el ya citado San Eugenio, con el brillo de sus méritos el lustre de su linaje.

Los nombres de los miembros todos de la familia revelan claramente el origen hispano-romano de ésta, y como el mismo padre, Gregorio, terminó siendo obispo, según parece indicarlo un himno de San Eugenio, de una diócesis no identificada —¿tal vez de Osma?—, se nos ofrece aquí un ejemplar no raro en aquella época —baste recordar el del mismo San Isidoro, con dos hermanos obispos, Leandro y Fulgencio, y una hermana abadesa, Florentina— de una familia ilustre, de probada ortodoxia y religiosidad, con facil y casi hereditario acceso a las altas jerarquías eclesiásticas.

La primera formación piadosa y cultural la recibió Braulio de su hermano mayor, Juan, a quien llama su *maestro en la vida común, en la piedad y en la doctrina,* verosímilmente, en la escuela aneja al monasterio de Santa Engracia, en la misma Zaragoza, del que debió de ser abad dicho Juan, antes de su promoción al episcopado.

De otro pasaje de las cartas de San Braulio parece deducirse que tampoco fue ajeno a aquella formación su hermano Fruminiano.

San Ildefonso nos habla del docto magisterio de Juan en las sagradas letras y de su pericia en el cómputo eclesiástico y en la liturgia, para la que hubo de componer algunos himnos y otras piezas elegantes; y San Eugenio lo celebra como distinguido en toda clase de disciplinas, y *a quien la misma Grecia se inclina;* frase esta última que parece aludir a su formación humanística.

Con tan competente maestro logró Braulio adquirir aquella perfecta y amplia formación, de la que tan gallarda muestra nos dejó particularmente en su epistolario, no sólo en todo el ámbito entonces explorado de las ciencias eclesiásticas, sino también en las letras clásicas y aun en la poesía y la música, ya que también Braulio, como su maestro Juan y su discípulo Eugenio, llegará a componer la letra y la melodía de himnos sagrados, que fueron incorporados a la liturgia de la iglesia visigótica.

Pero la plenitud y madurez de esta formación hubo de cuajar en la escuela y al lado del gran San Isidoro de Sevilla. Empujado por la sed, nunca apagada, de aprender y atraído por el prestigio de este gran doctor de la Iglesia española, se traslada Braulio a Sevilla, donde, sin que podamos precisar fechas, debió de hacer prolongada estancia o pasar parte de su juventud.

De esta permanencia de Braulio al lado de Isidoro, más aún que en plan de discípulo y maestro en plan de compañerismo íntimo y aun de colaboración, data aquella profunda, tierna y nunca entibiada amistad entre ambos hombres de cultura y siervos de Dios, teñida, en todo caso, por un discreto matiz de protección paternal de parte del anciano y renombrado arzobispo hacia el joven arcediano y más tarde obispo de Zaragoza, que tan deliciosamente se revela en la mutua correspondencia.

De regreso ya Braulio en Zaragoza y nombrado arcediano de la misma, probablemente al ser promovido el año 619 a la sede episcopal su hermano Juan, le escribe Isidoro *llamándole carísimo y dilectísimo hermano. Señor en Cristo y amadísimo hijo;* le manda algún libro y le pide otro; le ofrece como obsequio y signo de amistad un anillo y un manto; y hace votos por volver a verle alguna vez, para que, *al que contristaste alejándote, de nuevo le alegres presentándote.* Corresponde Braulio con grandes demostraciones de cariño y admiración al que llama *el más grande de los obispos y el más excelso de los hombres, luminar esplendoroso e inextinguible;* expre-

sa, a su vez, vehementes anhelos de volver a encontrarse; le pide las actas de cierto sínodo y, sobre todo, le ruega con insistencia el envío del libro de las *Etimologías,* al que se cree con especial derecho, por la promesa que Isidoro le tiene hecha, y por haber sido escrito a ruegos del mismo Braulio.

Promovido éste, por muerte de su hermano Juan, el año 631, a la sede episcopal de Zaragoza, de nuevo escribe al arzobispo de Sevilla una larga carta, llena de elegancia y de humor, en la que simulando unas veces enfados, otras quejas doloridas, ya actitudes agresivas, ya súplicas rendidas y humildes, trata con todo ello de obtener el envío, tan deseado y aún no conseguido, del libro de las *Etimologías.*

Esta vez el insaciable bibliófilo obtiene su ferviente aspiración, puesto que recibe de Isidoro, junto con otros códices, los de las *Etimologías;* aunque no como él los deseaba y había pedido, *íntegros, enmendados y bien dispuestos,* sino, precisamente, para que llevase a cabo la enmienda —y ello es prueba del concepto que Braulio merecía a Isidoro—, que el propio autor, por falta de salud, dice no poder terminar. En toda esta correspondencia entre ambos siervos de Dios se advierte como una puja de mutua estima y de deferencias, de respetos y de confianzas, de caridad y de humildad, de piadosa devoción y de anhelos sobrenaturales, que encanta y edifica.

La presencia de ambos en el IV Concilio de Toledo, del anciano Isidoro en el cenit de su prestigio y autoridad, como presidente de la asamblea, y del recién nombrado y aún poco conocido obispo de Zaragoza —apenas si llevaría dos años en tal puesto—, debió de ser el último encuentro de los dos grandes amigos. Pero al fallecer, tres años más tarde, el arzobispo de Sevilla, Braulio viene a recoger, como por natural sucesión, la herencia moral y el prestigio de aquél, y a constituirse en la primera figura de la Iglesia española.

Ya en el V Concilio de Toledo, tres meses apenas después de la muerte de San Isidoro, parece haber sido nuestro santo quien dirige las deliberaciones y redacta los cánones, ordenados casi exclusivamente a la elección pacífica y seguridad de los reyes. Pero es, sobre todo, en el concilio siguiente, el VI de Toledo, donde el prestigio del obispo de Zaragoza se impone y

resplandece Sin ser él metropolitano, y a pesar de hallarse presentes cinco de estos: el de Narbona, el de Braga, el de Toledo, el de Sevilla y el de Tarragona, San Braulio es el comisionado para contestar, en nombre de la asamblea que reunía obispos, como rezan las *Actas, de las Españas y de las Galias,* a la queja del papa Honorio I contra los obispos españoles, por supuesta negligencia o sobrada lenidad en la defensa de la fe.

Esta queja del Papa, motivada al parecer por una defectuosa información, tal vez por una interpretación inexacta del canon LVII del Concilio IV de Toledo, en el que se censuraban las conversiones de los judíos obtenidas por la coacción, es rechazada por el portavoz de los obispos, con gran decisión y apostolica libertad, a la vez que con respetuosa y filial veneración al Pontífice, e inequívoco reconocimiento del primado de la cátedra romana. Por causas que ignoramos, San Braulio no asistió al VII Concilio de Toledo, que fue presidido por su antiguo discípulo y arcediano, ahora arzobispo de la sede primada, Eugenio, de quien el había hecho un teólogo, un poeta y un santo. Las señaladas posicion e influencia preeminentes de San Braulio en la iglesia visigotica española perdurarán ya hasta su muerte. A él acudirán de todas partes y personalidades las más ilustres en busca de consuelo o de consejo y en demanda de soluciones para sus dudas o cuestiones teológicas, escriturarias, canónicas o litúrgicas.

Entre otros: San Eugenio de Toledo, discípulo y arcediano que había sido, como ya hemos dicho, de San Braulio, y a quien éste, que tal vez le preparaba para sucesor suyo, cediera para la sede primada, forzado tan sólo por las presiones del rey Chindasvinto; y San Fructuoso, el legislador del monacato en la España visigótica y promovido más tarde a la sede metropolitana de Braga. Por una frase de San Braulio, respondiendo a éste, se ha querido deducir una relación de parentesco entre ambos. Si ello fuera verdad, tendríamos a San Braulio emparentado con la familia que dio un rey, Sisenando, al trono de Toledo. Los mismos reyes, como Chindasvinto y Recesvinto, reciben de nuestro santo consejo o lo solicitan en asuntos de Estado los más importantes. Al primero le sugiere San Braulio la conveniencia, para prevenir posibles perturbaciones en la elección de

un sucesor en la corona, de asociar ya en vida, como así se hizo, en el trono a su hijo Recesvinto. Éste, más tarde, le encarga con insistencia la revisión de un códice —probablemente el proyecto del *Fuero Juzgo,* presentado en su día al VIII Concilio de Toledo— en el que el rey tenía gran interés, y de cuya laboriosa corrección por el prelado zaragozano le queda muy agradecido.

Para satisfacer a toda esta correspondencia y al intercambio y copia de códices, a cuya búsqueda y adquisición, por donde quiera que averiguase o sospechase su existencia, se dedicó toda su vida con verdadera pasión de bibliófilo, hubo de organizar nuestro santo un *escritorio,* en el que, a veces, como él mismo dice, escaseaban los materiales o pergaminos.

Ejemplo de esa pasion bibliófila es su correspondencia con el célebre abad Tajón, quien habría de sucederle en la sede zaragozana. Éste, que había acudido también a Braulio con una consulta teológica, y dejó escrito del mismo: *¿Hay en nuestra época hombre mas elocuente, más sabio, más familiarizado con los secretos de la ciencia?,* había logrado traer de Roma algunos escritos de San Gregorio Magno, aún no conocidos en España, y nuestro santo se apresura a rogarle, con gran encarecimiento, se los deje para copiarlos. Por cierto que aquí hubo de echar en olvido, y aun compensar con las mas deferentes y afectuosas expresiones, las un tanto agrias con que, tiempo atrás, se había visto obligado a responder a alguna intemperancia del mismo Tajón, y de las que pueden ser muestra las siguientes líneas, en las que se revela la cultura clásica del obispo de Zaragoza:

> «También yo, si quisiera, podría replicar, [ ] que también yo, como dice Flaco, aprendí letras, y tuve que sustraer con frecuencia la palma al azote de la ferula, y también a mí se podría aplicar lo de *huye lejos, que lleva heno en el cuerno,* y aun aquello de Virgilio *también nosotros, padre, manejamos con diestra fuerte los dardos y el hierro, y también de las heridas que hacemos brota sangre* [ ] Pero soy siervo del amor y no quiero perder el tuyo, ni quiero poner en mis palabras cosa de burla o desagradable, como aconseja Ovidio, ni hacer, como dice Apio, alarde de *facundia canina,* [ ] antes, imitando la humildad del Maestro y Señor Cristo, queremos seguir a aquel que dice *ofrecí mi espalda a los azotes y mis mejillas a las bofetadas* »

Siempre en la correspondencia del santo aparece, por encima de todo, la mas exquisita cortesía, la delicadeza, la humildad

—el encabezamiento ordinario de sus cartas es el de: *Braulio, siervo inútil de los santos de Dios*—, la caridad, la bondad servicial, un gran sentido de humanismo indulgente y un equilibrio ejemplar de consejo y de conducta.

La carta que cierra el epistolario es la dirigida al abad San Fructuoso, en respuesta a las cuestiones escriturísticas que éste le había propuesto, y viene a ser como un pequeño tratado de exégesis bíblica, en el que se pone de manifiesto el gran conocimiento en nuestro santo de la patrística, del texto griego y de la *verdad hebraica*. Hacia el final de esta carta, se lee como una especie de presentimiento de su cercana muerte.

Ya en sus últimas cartas anteriores venía hablando con frecuencia el obispo de Zaragoza de la debilidad de sus fuerzas, de su inutilidad, de sus preocupaciones y contrariedades, compañeras inseparables del cargo pastoral, pero que se hacen más sensibles cuando las energías corporales van perdiendo su poder de resistencia, de sus achaques, en especial de su falta de vista, cansada, sin duda, en la lectura asidua de códices enrevesados y de letra difícil; pero en la última carta nos dice algo más concreto: *esperando estoy cada día el fin de mi doliente condición mortal.*

Y este presentimiento, que para el santo era una esperanza, se cumplió el mismo año de 651, fecha de la muerte de San Braulio.

Su mejor elogio fúnebre pudo ser el que en su carta le dirigía el mismo San Fructuoso, y que no era sino la expresión del común sentir de la Iglesia visigótica contemporánea:

> «Damos gracias incesantes a nuestro Creador y Señor, que en estos ultimos tiempos ha hecho que seais tal y tan grande pontifice, que en el merito de la vida y el don de la doctrina sigais en todo los ejemplos apostolicos, digno de alcanzar la inefable gloria de la patria suprema, junto con aquellos cuya vida incontaminada imitais en este tempestuoso mundo»

FIDEL GARCIA MARTINEZ

Bibliografía

Act SS Boll, 26 de marzo

LAMBERT, A , «La famille de Saint Braulio et l'expansion de la regle de Jean de Biclar» *Revista Zurita* 1 (1933) 65 80

LYNCH, C H.-GALINDO, P , *San Braulio Obispo de Zaragoza (631-651) Su vida y sus obras* (Madrid 1950), ed orig *Saint Braulio, Bishop of Zaragoza, his life and writtings* (Washington 1938).
MABILI ON, J.-D'ACHERY, L., *Acta Sanctorum Ordinis Sancti Benedicti,* I (París 1668) 205s
MADOZ, J., *Epistolario de San Braulio de Zaragoza* (Madrid 1941)
PEREZ DE URBEL, J., art. «Braulio», en *Dictionnaire d'histoire et de geographie ecclesiastique,* t.X p 441-453.
VAZQUEZ DE PARGA, L., *Sancti Braulionis Caesaraugustani Epis.. Vita de S. Emiliani* (ed crítica) (Madrid 1943)

SAN ANSELMO DE LUCCA

Obispo († 1086)

A San Anselmo de Lucca le han llamado también Anselmo II, seguramente por ponerle en relación con el primer gran Anselmo, el de Canterbury, Doctor de la Iglesia. O es posible que fuera por haber tenido un tío padrino suyo, pronto obispo de Lucca, Anselmo I, convertido poco después en el papa Alejandro II. Nuestro Anselmo no es doctor, ni tiene grandes aspiraciones; pero sus escritos, casi desconocidos, figuran en las más conocidas patrologías latinas. Otros ni lo nombran. Pero ya lo advierte la pequeña doctora de Lisieux: «Nadie puede asegurarnos que los santos canonizados sean mayores que los que no lo están». Ambos, monjes benedictinos, son de primera categoría, ambos muy santos, pero el primer Anselmo ha desarrollado mucho más la verdadera sabiduría; el nuestro murió joven, y los dos fueron obispos. Tenemos muchos Anselmos.

Anselmo de Lucca nació en Baggio, no lejos de Milán, de una noble familia. Un tío suyo, Anselmo como él, es canónigo en la catedral de Milán, al parecer canónigo primero. Su tío pronto fue nombrado obispo de Lucca, en 1050, cuando el niño contaba diez años, y el 1 de octubre ya es Papa, con el nombre de Alejandro II. Ha hecho una de las carreras más brillantes de la historia de la Iglesia. Se trata siempre de un hombre culto, religioso, incluso ve con buenos ojos la reforma que va surgiendo en la Iglesia; pero no olvida al sobrino, y ésa va a ser su gran debilidad, el nepotismo.

Ha surgido en Milán un movimiento reformista denominado Pataria, movimiento encabezado por dos clérigos, Landulfo

y Arialdo (1057), y va a influir en la reforma del clero. Se reúnen en el barrio milanés de los patareros, barrio no de la nobleza, y trafican sus habitantes con ropas usadas. De aquí su nombre de Pataria. Alejandro II ve con simpatía aquel movimiento de patarinos. Asaltan las casas de los clérigos concubinarios y arrojan de allí a las mujeres sospechosas. El movimiento de los patarinos reformistas se ha extendido por todo el norte de Italia, y el Papa lo favorece.

Entre tanto nuestro santo ha cursado en Milán la gramática, la retórica y la dialéctica, adquiriendo una cultura nada común en su tiempo. Ha conseguido una refinada cultura, y ha pasado al estado eclesiástico. Cerca del tío, su espíritu se nutre de ideas reformistas. Cuando aquél es nombrado obispo de Lucca, trata de enviar al sobrino nada menos que a la abadía de Bec, en las Galias, donde se hallan los grandes monjes-maestros, dirigidos por Lanfranco. Ya por entonces escribe una carta Berengario de Tours (1059) denunciando esa ambición del papa por tener cerca al sobrino. En efecto, se había reservado siendo Papa el obispado de Lucca.

Y aquí viene el momento decisivo de nuestro Anselmo. Parece que no opta por ir al Norte de Europa a estudiar, ya que parece ser que entra por entonces en el monasterio de San Benito de Polirone, cerca de Mantua. Allí completó su formación espiritual, teológica, e incluso jurídica. Pero pronto el Papa lo nombra su vicario en la diócesis de Lucca. ¿Y la reforma? Ya la lleva Anselmo inconmovible en el espíritu. El tío no le deja descansar, y manda al sobrino a recibir del emperador Enrique IV la investidura «per annulum et baculum». Pero Anselmo, llegado a Germania, se opone a la investidura, acompañado del cardenal Meinardo de Santa Rufina. No quería hacer un gesto inútil. Enrique IV se enfada, sintiéndose ofendido y despreciado en sus derechos. Y cuando regresa Anselmo a Roma, ya había fallecido Alejandro II, su tío, en mayo de 1073.

Ha sido elegido Papa el santo abad de San Pablo Extramuros de Roma, quien antes lo había sido de Santa María del Celio, del Aventino, y más adelante del mismo Cluny. Elegido abad del Monasterio de San Pablo Extramuros de Roma, inicia la reforma de las costumbres monásticas del célebre monasterio, y el

papa León IX lo envía a las Galias a hacer lo mismo. Por entonces la simonía reinaba por todos los campos, y más aún el nicolaísmo de los clérigos, que ya era un escándalo público. Por eso, llegado a la sede de Pedro, no duda en imponer el celibato al clero. Sus decretos desencadenaron las querellas de la investidura. Aquel abad intrépido, nacido en la Toscana hacia 1015 de muy humilde familia, fue consejero de seis Papas, y al morir Alejandro II, rápidamente el conclave lo hace Papa (1073).

Cuando el torturado obispo-vicario de Lucca regresa de Roma, corre a aconsejarse del nuevo Papa, quien a voz en grito le dice que se abstenga de caer en la tentación. Es impresionante el encuentro de estos dos hombres de Dios, monjes benedictinos, Gregorio VII, papa, y Anselmo de Lucca, nuestro joven obispo (MGH t.XII, 1-35 et saepe; cf. BS t.II p.26, *Diccionario ilustrado de los santos,* p.38).

Dejamos por un momento la biografía tan sorprendente del obispo-monje de Lucca, haciendo un parentesis necesario.

Los más modernos no están conformes, e ignoran si acaso Anselmo frecuentó la escuela de Bec o no; ven improbable que el santo «entrara en aquella época en el monasterio de San Benito de Polirone, dado que no tienen indicios históricos».

Para no mancharse con el pecado de simonía, se negó a ser investido por las manos del soberano, y su investidura oficial quedó aplazada por el nuevo papa Gregorio VII hasta que el emperador fuera absuelto de la excomunión (abril, 1074) Habiendo recibido la investidura, Anselmo se retiró a la abadía cluniacense de Saint-Gilles. Pero el Papa lo reclamó a su sede, recibiendo una nueva consagración episcopal, con la facultad de vestir su santo hábito.

Siguiendo, pues, a los críticos modernos, San Anselmo de Lucca continúa una estrecha relación con Gregorio VII y Matilde de Canosa. Tras una embajada a Milán, *su ciudad natal,* enviado por el Papa (1077), para reconciliar a la iglesia ambrosiana con la romana, se va a dedicar a la reforma del clero en su diócesis de Lucca. Promueve la vida común canonical, y la disciplina de la pobreza evangélica, aunque sólo le sigue una parte del clero, sobre todo los del condado de Matilde de Canosa, en Lombardía. Es cuando Gregorio VII excomulga a los canóni-

gos rebeldes de Lucca por su obstinación en seguir la política del emperador, y por atentar contra la vida de Anselmo, su obispo (1080). Y desde el exilio en Mantua, San Anselmo se hace el paladín de la reforma gregoriana en aquella Italia septentrional, nombrado vicario suyo por el Papa y apoyado por la condesa Matilde. Aquí fue extensa su acción de reformador, dedicándose ya a escribir y a dar ejemplo, incluso despues de la muerte del papa Gregorio VII, quien murió en Salerno, exiliado, el 25 de mayo de 1085. Anselmo, al fin, murió en Mantua sin ocupar la sede de Pedro, como Gregorio lo deseaba. Junto a su lecho se hallaban presentes Matilde y muchos obispos, aquel final del 18 de marzo de 1086, tan solo un año después del gran Gregorio, el de la reforma eclesiástica. Por intervención de Bonizone de Sutri, fue enterrado en la catedral, en calidad de obispo, a pesar de que había expresado el deseo de reposar en el Monasterio de Polinore, ya que era monje cluniacense.

Así concluye la vida de este inquieto monje y obispo, que no quiso someterse ni a los halagos del tío Papa, ni a la rudeza del terco emperador de Germania. Pero ya en su juventud se le encuentra preparado para seguir los mismos pasos de Jesús, de quien decían sus familiares: «¿A dónde quiere ir éste?... ¿Se ira a países lejanos a enseñar a otros?» (Jn 7,4). Sus escritos, como vamos a ver, brillarán algún tiempo en ediciones rápidas recogidas por los monjes de Cluny, cuando ya la Edad Media comenzaría a declinar pronto ante la fuerza de la *devotio moderna*. Nos quedan restos de sus maravillosos escritos. El papa Víctor III proclamo su santidad al año siguiente de su muerte. En 1392 se realizó un reconocimiento, en el que su cuerpo fue hallado «en buen estado de conservacion», y trasladado a la derecha del altar mayor de la catedral de Mantua. Desde 1565 de halla colocado debajo del mismo altar.

Si seguimos paso a paso la difícil trayectoria de este singular hombre, descubrimos los grandes valores evangélicos que había aprendido de los monjes, a los que no renunciara jamás. Por otra parte sorprende siempre su figura sencilla, más bien oculta, constante en todo lo que ha rumiado en su oración, cara a cara con los Evangelios. Desplegó en cada ocasion aquella espiritualidad recibida, que mantendrá incólume hasta la muerte en el

destierro. Sus enemigos habían sido únicamente los eclesiásticos desviados. Su última luz, el deseo de un santo Papa, monje como él, quien le confiará los más delicados legados de la Iglesia. El los realizó fielmente, en cuanto pudo, pues tenía frente a frente las corrientes políticas del emperador, y los vicios mundanos del clero de su amada Lucca, ese clero que él amaba «reverenter», con veneración. Inmediatamente después de la muerte del santo, la condesa Matilde ordenó a un anónimo una *Vida* de Anselmo en prosa. Este anónimo lo identificaron con el presbítero Bardón, pero no era tal, de modo que la obra figura como del «seudo Bardón».

Este «anónimo» nos va a contar por qué el gran Gregorio VII había diferido la nueva consagración episcopal de Anselmo de Lucca, esperando que Enrique IV pidiera la absolución de su excomunión. Entonces mandaría a Anselmo a recibir la investidura para que, vuelto a Roma, recibiera de nuevo la consagración; pero no como vicario suyo en Lucca, sino como verdadero y único pastor de aquel rebelde rebaño. El Papa lo amaba en gran manera, admirado de la madurez espiritual, su cultura teológica y jurídica, y la gran prudencia ante las realidades (cf. *Registrum Gregorii VII,* I-II, Epist. a Beatriz y Matilde de Toscana, 1073). Mientras Anselmo permaneció en Roma, sostuvo con el Papa encuentros de gran intimidad, dentro de su común realización de los ideales de la reforma. El Papa no deseaba una nueva redacción canónica adaptada a las necesidades del tiempo, sino una que fuera la base jurídica de la reforma y como soporte de su actuación. Entonces Anselmo comenzó su *Collectio canonum,* que un códice dice estar impreso «Iussu et mandato Gregorii VII» (cf. PL 11,483-534).

En el sínodo romano de febrero de 1075 promulga el Papa el decreto en el que se prohibía toda investidura laical, bajo pena de excomunión, con suspensión de oficio. Entonces, tanto Gregorio como Anselmo deploran la investidura imperial recibida por Anselmo con asentimiento del mismo Papa.

Anselmo, con grandes preocupaciones, dejó su diócesis y quizá se refugió en las Galias; pero fue llamado por el Papa para visitar su diócesis y conocer personalmente a su clero, interesándose por su formación espiritual. Dio a todos ejemplo con

una vida extremadamente austera, en la oración y el estudio y una densa actividad pastoral. Obtuvo de Beatriz y Matilde de Toscana bienes con que sostener la mesa episcopal, la catedral y otros beneficios de la iglesia. En marzo del 1080 en un nuevo sínodo romano, en el que el Papa renovo la excomunión de Enrique IV y sus legados, se encuentra también Anselmo, quien gira la dirección de su acción como consejero político y espiritual de Matilde de Toscana, que se encontraba en medio de un abandono total de los príncipes y los obispos, y permanecía en la Italia centro-septentrional como el baluarte mejor de Gregorio. Dice el «anónimo»: «Ella ejercía la potestad; él gobernaba; ella daba órdenes, y él aconsejaba». Una armonía perfecta en aquellos tiempos entre una condesa y un obispo. Ambos dignos de admiración.

Por entonces hubo un intercambio de escritos polémicos con el antipapa Clemente III, y Anselmo se preocupó de mantener, junto con Matilde, contactos con los que apoyaban a Gregorio. Y cuando Enrique IV bajó a Italia en la primavera de 1081 para sostener a los lombardos rebeldes y oprimir al Papa, Matilde trató de enfrentarse, evitando la bajada. Y no cesó ante la primera embestida. A mitad de noviembre de 1083, Gregorio VII, refugiándose en el Castillo de Sant'Angelo, convocó un concilio en Roma, en vistas a una eventual paz. Pero Enrique IV quiso poner impedimentos, haciendo arrestar a muchos obispos, entre ellos al mismo Anselmo. Por eso el Papa no tuvo más remedio que reafirmar una vez más su voluntad de aguantar en la lucha ya emprendida.

En mayo de 1084 Roberto el Guiscardo puso en libertad a Gregorio, quien abandonó Roma para fijar su morada en Salerno. Anselmo regresó a Lombardía, donde gran parte de la diócesis se hallaba privada de legítimos pastores, quienes trataban de librarse de las cargas del legado permanente, que era Anselmo. Éste se estableció en Mantua, posesión de la casa de Toscana, y desde allí dirigió su obra reformadora, guiando y sosteniendo a todos cuantos del clero y del pueblo habían permanecido fieles al Papa. Mantua se convierte en el centro popular de la vida religiosa de Lombardía. Anselmo cambia el modo de pensar de muchos, confunde a otros, y comienza a realizar

numerosas ordenaciones, procurándoles una iglesia. Sin embargo, lo que no ocurre con otros legados del Papa, no existe correspondencia entre Gregorio y Anselmo, lo cual nos demuestra que Anselmo tiene la mas plena libertad en su trabajo de reforma. Se ha escrito que hasta el 1079 no había sido creado cardenal. Pero no estamos seguros. El 25 de mayo de 1085 moría en Palermo Gregorio VII.

Antes de morir, invitado a designar a quién creía digno de ser su sucesor, pronunció los nombres de Anselmo, de Odón de Ostia y de Lugo de Lión (cf. Hugo de Flavigny, *Chronicon).* Al ser elegido abad de Montecasino un tal Desiderio, Anselmo, con la autoridad y prestigio que tenía entre los partidarios de la reforma, invitó a los obispos de las Galias a bajar a Roma para rendir homenaje al nuevo Papa, admitiendo su autoridad y facilitando de este modo el resurgir de la paz.

Anselmo murió en Mantua, asistido por Matilde y el obispo Ubaldo, que había sido curado por él milagrosamente. Era el 18 de marzo de 1086. Murió sin testamento, pues nada tenía que dejar, ya que siempre vivió en la pobreza y austeridad extremas. Sus últimas palabras, a imitación del papa Gregorio, fueron: «He amado la justicia y odiado la impiedad» (Sal 44,8), por eso muero en el destierro. Y nosotros añadiríamos este epitafio: «Casi dieron conmigo en la tumba; pero yo no abandoné tus *decretos»* (Sal 118,87).

Finalmente, debemos hablar un poco de las obras de este monje-obispo. Todos se hallan de acuerdo en que su obra máxima, inspirada en los deseos del Papa, fue su *Collectio canonica,* dividida en 13 capítulos y que, recogida por los maurinos, pasa a la PL (t.11, p.485-534). Esta obra la denominan también *Apologeticum;* defiende el primado de Roma, y en consecuencia al pontífice Gregorio VII. Implicaría tan sólo los 10 primeros capítulos (ed. F. Thaner, 1905-1915). Nos legó además la carta *Contra Wibertum antipapam...* (PL CDLIX, 445-476). Pero al ser recogidas por MGH, se las denominará todavía «polémicas». Una posterior figura del santo, lo representa como un luchador en defensa de la Iglesia, lo cual no cabe duda que lo fue. Pero ya no se trata del seudo-Bardón, que lo describe como escritor eclesiástico prolífico del siglo XI, cuando está plagado de obras de la

devotio moderna, tan fecunda. No, nuestro santo se nutrió más bien de la Sagrada Escritura y de los Santos Padres de la Iglesia, latinos o griegos. Por eso la innovación de MGH y otras colecciones simultáneas nos parece necesaria, sin olvidar las fuentes de que se nutren.

Anselmo es venerado como patrón de Mantua desde el siglo XIV, donde su culto obtuvo un gran impulso gracias a los Gonzaga. Es recordado también en Lucca, San Miniato y los benedictinos. En otras localidades lo confunden con el gran Anselmo de Canterbury (n. 1033). Su iconografía tan sólo consta a partir del siglo XV, lo que por otra parte es explicable. Se le representa como obispo en su sede, con capa, báculo y mitra, con un ejército que huye de él. Pero Anselmo había sido muy pacífico y misericordioso.

PLACIDO MIGUEL GIL IMIRIZALDU, OSB

Bibliografía

Bibliotheca sanctorum, t II p 26-38
Collectio canonum, ed Fr THANER (Innsbruck 1905-1915)
HUGO DE FLAVIGNY, *Chronicon,* en *Mon Germ Hist Scrpt* (MGH), t VIII, p 466
NOCENTI, S, «Anselmo de Luca», en C LEONARDI A RICCARDI-G ZARRI (dirs), *Diccionario de los Santos,* I (Madrid 2000) 212 214
PL 11,438-634
SCHAUBER, V -SCHINDLER, H M, *Diccionario ilustrado de los santos* (Barcelona 2001)
Vita Anselmi episcopi Lucensis auctore Bardone presbytero, ed R WILMANS, en MGH t XII, p 1ss

SAN SALVADOR DE HORTA

Religioso († 1567)

Santo franciscano español, nacido un domingo de diciembre de 1520 en el pueblo de Santa Coloma de Farnés, provincia y diócesis de Gerona, de una familia oriunda de Cerdeña. Huérfano de padre desde su más tierna infancia, se dirigió al santuario de Nuestra Señora de Montserrat, a cuya sombra y guiado por sus monjes benedictinos, aprendió los rudimentos de la vida espiritual. Más adelante, lo encontramos en los alrededores de Barcelona trabajando de payés. En torno a los veinte años decide hacerse religioso, concretamente fraile franciscano, en el

convento de Santa María de Jesús de Barcelona, donde ingresa un 3 de marzo de 1541.

Su formación dejó una profunda huella impresa en su espíritu: su intenso amor por la ascesis y la penitencia, de las que él siempre fue fiel y asiduo.

Los diversos trabajos que ejerció le hicieron amar los distintos oficios que se le habían encomendado. Fue hortelano, cocinero, sacristán, portero, enfermero y portero. Buscó siempre trabajos humildes y apartados en los conventos por los que pasó.

De Barcelona sería trasladado al convento de Santa María de Jesús de Tortosa, donde creció su fama de alta virtud e incluso de milagrero, lo que habría de propiciar su traslado, como ya había ocurrido antes en Barcelona. En esta ocasión fue destinado al convento de Bellpuig en Lérida, de donde, por idénticos motivos y con la misma sencillez y confianza en la voluntad de Dios, pasó al de Lérida. Sus biógrafos dicen de él que «era como un apóstol que predicaba más con el ejemplo que con la palabra». Ponía en práctica con veracidad la religión y la fe católica en su pureza, además, se dedicaba a la devoción a la Virgen y a la frecuentación de los sacramentos.

La fama de santidad de fray Salvador y las gracias que se obtenían por sus oraciones, llevaron a las puertas del convento tal número de personas que querían verle y encomendarse a él, que los padres vieron en esta afluencia continua un peligro para la paz del claustro y del mismo fraile. Se multiplicaron los signos y los hechos extraordinarios en torno a su persona. En consecuencia, se pidió al padre provincial que lo enviase a otro convento. Y fue trasladado de nuevo, esta vez a Nuestra Señora de los Ángeles de Horta de San Juan, diócesis de Tortosa, donde llegó, según sus biógrafos, antes de 1547.

Los diez años de permanencia en Horta le proporcionaron fama de santidad, narrando sus biógrafos abundantes milagros. Tanto fue así, que el provincial, haciendo visita a la casa, le instó en capítulo y, tras darle una disciplina pública, le mandó partir definitivamente para el convento de Reus con cartas de presentación del mismo provincial para el guardián de la casa, en las que se le prevenía sobre este fraile, considerándole como dísco-

lo, atrevido y turbulento, y estimando que con sus milagros había tenido revuelto al convento de Horta. Sin embargo, su fama de santidad llegó también al nuevo destino, donde la gente terminó por buscarle, produciéndose de nuevo sólo con su palabra y bendición las mismas curaciones que en otros lugares. Esto propició un nuevo traslado, ahora a la ciudad de Barcelona, pero pasando por el santuario de Montserrat, donde se dice que realizó curaciones extraordinarias que él atribuyó a la Santísima Virgen.

En Barcelona le aguardaban nuevas pruebas y también nuevos honores. Tras doce años de ausencia volvía al convento de Santa María de Jesús en el que había hecho su noviciado y emitido su profesión. Era el octavo traslado. Esta vez tuvo que vérselas directamente con el tribunal de la inquisición. Ante las acusaciones de su provincial, él respondía: «Yo no hago milagros, es Dios quien los hace. Yo no los hago, porque soy un hombre pecador». Ante una indicación de los mismos inquisidores, el santo realizó dos curaciones extraordinarias, lo que motivó que ellos mismos pidieran al padre provincial que lo dejara transitar libremente por la ciudad «para que muchos pudieran beneficiarse de los milagros que Dios hacía por su mano».

Su fama llegó incluso al rey Felipe II que lo mando llamar a la Corte, llegando probablemente a Madrid en el mes de mayo de 1560. Tuvo con el rey una conversación tan profunda que hizo llorar al monarca. Las crónicas refieren que pasó varios días en la Corte en agradable conversacion con los reyes. De allí pasó a Valencia, donde la obediencia le había mandado ir para participar en el capítulo provincial presidido por el padre general Fr. Francisco de Zamora que quería conocer de cerca a nuestro santo. Una vez allí, se multiplicaron sus prodigios hasta el punto de que no podía moverse por las calles dada la fama que había tomado.

Una vez en Barcelona partió para Cerdeña. No se sabe si lo hizo voluntariamente o fue forzado a aceptar ese destino. En la isla formó parte del grupo de franciscanos que se estableció en Cáller para implantar y dar vida a la observancia franciscana en el mes de noviembre de 1565. También allí se multiplicaron los

prodigios y curaciones de todas clases que sin cesar se le atribuían. Las crónicas insisten en que gozaba del don de profecía y de escrutar las conciencias.

El 12 de marzo de 1567 sintió fiebre alta, muriendo la tarde del viernes 18 de marzo a las tres en punto, abrazando el crucifijo y repitiendo: *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum* y repitiendo los nombres de Jesús y de María. Tenía 47 años de edad y hacía 27 que había profesado en la orden franciscana. Su cuerpo estuvo tres días expuesto en la iglesia del convento, pasados los cuales se le hicieron solemnes funerales.

El año de 1600 comenzaron las investigaciones sobre las virtudes heroicas y los milagros que se contaban de él. Se nombró un comisario, Juan Tomás Caldentey, que en nombre del arzobispo de Cáller recorrió toda Cataluña y Cerdeña recogiendo informaciones sobre el santo. Ese mismo año se hizo la primera exhumación y revisión del cadáver, que se encontró incorrupto, haciéndose una segunda revision en 1627. El mismo Felipe III mandó a Roma todo el proceso que contenía un sumario de la vida y milagros pidiendo su canonizacion, renovando Felipe IV dicha peticion Con fecha de 13 de septiembre de 1710 la Sagrada Congregación de Ritos elaboró el decreto de la aprobación del culto, aprobado por el papa Clemente XI el 19 de enero de 1711. Un decreto de 1724, aprobado por el papa Benedicto XIII, concedía el permiso para decir misa y oficio del beato en toda la orden franciscana y en las ciudades más importantes donde había transcurrido su vida: Horta, Santa Coloma de Farnés y Cáller. La canonización no llegaría hasta el 17 de abril de 1938 en la basílica de San Pedro del Vaticano por el papa Pío XI.

Un decreto de la Sagrada Congregación de Ritos lo declaraba el 5 de julio de 1939 patrón de la provincia franciscana de Cataluña.

Su cuerpo reposa en la iglesia de Santa Rosalía de la ciudad de Cáller, dado que durante los disturbios políticos en Cerdeña fue demolido totalmente el convento de Santa María de Jesús y las reliquias del santo, escondidas. Las crónicas populares siguen contando maravillas de quienes se acercan a venerar sus sagradas reliquias.

Fue considerado el gran taumaturgo del siglo XVI. A pesar de su resistencia a los fenómenos extraordinarios, las crónicas están llenas de ellos. Estos fenómenos le acarrearon la hostilidad de sus superiores e incluso un proceso en la Inquisición que no supo pronunciarse. Hacia él corrieron las multitudes en busca de salvación en todos los sentidos, lo que motivó sus continuos traslados. No le importaba. Su paz interior le mantenía sereno en su larga y humillante peregrinación, contento con su trabajo y ferviente oración. Dios se sirve siempre de personas humildes para grandes obras.

El decreto de heroicidad de virtudes dice de él que era «austero consigo mismo, jovial y afable con los demás, hombre de gran pureza y simplicidad. Mereció recibir de Dios la gracia de hacer milagros, especialmente de curar enfermos y de ayudar a los pobres y necesitados».

En San Salvador de Horta encontramos la sencillez hecha virtud y la virtud hecha heroicidad.

Un humilde fraile se convierte en atracción de masas. Algunos de los relatos que de él se cuentan nos hacen volver la vista hacia Jesús de Nazaret rodeado de multitudes en Palestina. Lo que éstas veían en el Hijo de Dios encarnado, lo contemplaban cuantos se acercaban a San Salvador, que no hizo otra cosa más que orar con y por los necesitados y su oración hizo el milagro. Como Cristo y a imitación suya, nuestro santo realizó maravillas por medio de su oración e intercesión. Fue un don de Dios para atraer hacia Él a multitudes que buscaban consuelo y ayuda, don que se repite en la Iglesia de ayer y de hoy.

JUAN JAVIER FLORES ARCAS, OSB

Bibliografía

AAS 30 (1938) 389 400
COLLELL, J , *Vida del beato Salvador de Horta* (Gerona 1906)
DIOTALLEVI, F , *Vita di san Salvatore da Horta, fratre minore* (Cagliari 1938)
FOGUET, J , *El taumaturgo catalan Beato Salvador de Horta* (Vich 1927)

SAN ALEJANDRO DE JERUSALÉN

Obispo y martir († 250)

Nació en la segunda mitad del siglo II en el seno de una familia pagana y su inquietud espiritual le llevo a probar diversos sistemas filosóficos, después de lo cual se interesó por el cristianismo y se convirtió. Fue alumno de la Escuela de Alejandría, donde oyó a Panteno y a Clemente, y en la persecución de Septimio Severo padeció cárcel.

Obispo hacia el año 212 de una sede capadocia, pasó después a Jerusalén como coadjutor de San Narciso en la sede jerosolimitana, en la que le sucedió. Fundó en la Ciudad Santa una biblioteca y una escuela. Fue amigo y protector de Orígenes, al que ordenó de presbítero. Era ya muy anciano cuando sobrevino la persecución de Decio, en el curso de la cual fue encarcelado y de las penurias de la prisión murió en la cárcel el año 250. Su memoria la recoge el *Martirologio romano* este dia 18 de marzo.

SAN EDUARDO

Rey y martir († 978)

Hijo del rey Edgar y de su primera esposa, fue bautizado por San Dunstano. Al morir su padre, intentó su madrastra entronizar a su propio hijo Etelredo, pero San Dunstano estuvo por la legitimidad de Eduardo.

Éste, muy joven, comenzó su gobierno bajo la guía del arzobispo, que no pudo impedir se formalizase un complot que acabó con el asesinato del monarca en Wareham, según unos por iniciativa de los partidarios de Etelredo y según otros a instigación de la madrastra que quería a su propio hijo en el trono. Eduardo tenía unos dieciséis años cuando fue asesinado. El pueblo lo tuvo por mártir al haber sido tan injusta su muerte y comenzó a hablar de sucesos sobrenaturales en su tumba. La muerte fue el año 978.

BEATOS JUAN THULES Y ROGERIO WRENNO

Martires († 1616)

Juan Thules era natural de Whalley (Inglaterra) y nació en 1568. Marchó a Douai donde se preparó para el sacerdocio y se ordenó en Roma en marzo de 1592. Vuelto a Inglaterra, fue arrestado pero pudo escaparse y siguió trabajando apostolicamente en Essex y Lancashire. Cuando fue arrestado y llevado a la cárcel de Lancaster halló allí a un católico, Roger Warren, llamado corrientemente Wrenno, el cual era de profesión tejedor, y había sido arrestado bajo la acusación de prestar asistencia a los sacerdotes católicos.

Ambos lograron escaparse de la cárcel pero, desorientados en la noche, en vez de alejarse de la ciudad, dieron vueltas en torno a ella y fueron localizados y devueltos a la prisión al día siguiente. En el juicio confesaron la fe con valentía, siendo condenados a muerte el uno por ser sacerdote católico y el otro por su ayuda prestada a los misioneros. Se les ofreció la vida y la libertad si prestaban el juramento de fidelidad al rey como cabeza suprema de la Iglesia inglesa, pero ambos rehusaron. Se les dio el acostumbrado martirio de ahorcamiento y descuartizamiento. Al ahorcar a Roger se partio la cuerda y él cayó pesadamente a la hierba. Repuesto del golpe, se arrodilló y se dedicó a rezar y volvió a rechazar la propuesta de prestar un juramento contrario a su conciencia. Seguidamente fue descuartizado Era el 18 de marzo de 1616. Fueron beatificados el 22 de noviembre de 1987

BEATA MARTA LE BOUTEILLER

Virgen († 1883)

Ana Le Bouteiller nació en Percy (Francia) el 2 de diciembre de 1816 en el seno de un hogar cristiano que le brinda una apropiada educación.

Decidida a seguir la vocación religiosa ingresa en la comunidad de las Escuelas Cristianas de la Misericordia, fundada por santa María Magdalena Postel. Contaba entonces 25 años. Con el hábito, recibido el 14 de septiembre de 1842, recibió también

el nombre de Marta. Enviada al santuario de Nuestra Señora en La Chapelle-sur-Vire, se lastimó las piernas en una caída durante su noviciado y llevó con gran paciencia la dificultad de andar.

Una vez profesó en 1844, estuvo empleada como cocinera, jardinera y despensera Alejados los niños, fue dedicada la casa a hospital de soldados durante la guerra franco-prusiana y aquella fue una gran oportunidad en la que mostró su gran caridad con los heridos. Fue una religiosa cumplidora, llena de humildad y modestia, que en el trabajo de cada día y con una gran vida interior, dio a todos un gran ejemplo de virtud y estela de santidad evangélica en cuantos la conocieron. Fue reconocida su humildad, su paciencia y su laboriosidad. Había tenido una relación filial con la Beata Plácida Viel, segunda superiora general de la congregación, y sufrió con ella las dificultades que padecio la M. Plácida, no siéndole permitido acudir a su lado cuando la santa religiosa estaba en el lecho de muerte. Murio en Saint-Sauveur-le-Vicomte el 18 de marzo de 1883. Fue beatificada el 4 de noviembre de 1990.

19 de marzo

A) Martirologio

1 Solemnidad de San Jose, esposo de la Bienaventurada Virgen Maria y Patrono de la Iglesia universal **

2 En Espoleto, San Juan de Pinna (s VI), abad

3 En Pavia, Beato Isnardo de Chiampo († 1244), presbitero, de la Orden de Predicadores *

4 En Siena (Toscana), Beato Andres Gallerani († 1251), fundador de la Hermandad de la Misericordia *

5 En Camerino, Beato Juan Buralli de Parma († 1289), presbitero, de la Orden de Menores *

6 En Pavia, Beata Sibilina Biscossi († 1367), virgen, reclusa *

7 En Vicenza, Beato Marco de Marchio de Montegallo († 1496), presbitero, de la Orden de Menores *

8 En el campo de concentracion de Dachau (Baviera), Beato Narciso Turchan († 1942), presbitero, de la Orden de Menores, martir *

9 En Mauthausen (Austria), Beato Marcelo Callo († 1945), militante de la JOC, martir **

SAN JOSÉ, ESPOSO DE MARÍA

Emprendemos el estudio de San José con veneración, con respeto, casi sin ruido, dispuestos a escuchar el callado rumor de un alma que embelesa. No es la suya una vida que se deslíe en el tiempo. Si nos limitásemos a ver al Santo Patriarca únicamente tras los tenues y velados acaecimientos de la historia, no sabríamos comprender el significado de su paso por la tierra. El perfil de su figura perdería peso, quedaría apenas dibujado de no ampliar nuestro horizonte hasta más allá de lo visible. Hay vidas que aturden por el estruendo de sus hechos de un día. Son simple anécdota, emoción fugitiva. Otras, en cambio, se deslizan con levedad, con la gracia apacible de un remanso. A primera vista parecen decir muy poco, pero si ahondamos, si sabemos deletrear su sublime abecedario, nos quedamos absortos ante el deslumbramiento. Tal es la vida del humilde artesano de Nazaret. En ella, con murmurio de colmena, el hervor resuena dentro.

San José es un abismo de interioridad. Mientras su cuerpo reluce como dechado de templanza, su alma, preparada para recibir comunicaciones divinas, se nos presenta como un trasunto del paraíso, como un reino de armonía, semejante a una lira pulsada por la mano de Dios. Respira cielo. Vive en la cumbre de todas las elevaciones No en vano tuvo a Jesús en sus brazos, le meció cuando pequeño, se oyó llamar padre por la Sabiduría y sintió el derretimiento producido por la contemplacion de aquel Niño en cuyas manos había florecido la pluralidad del universo. Por algo bebió durante una treintena de años en los ojos, en la sonrisa de su Hijo adoptivo el agua transparente que salta hasta la vida eterna. ¡Misterio inenarrable! No podemos llegar hasta nuestro Santo con las manos vacías. Para entenderle tenemos que llenarnos de perfecciones, afinar nuestros sentidos espirituales y añadir una nueva vibración a nuestro lenguaje. A su lado nos sentimos muy pequeños. Pero su amabilidad, reflejo angélico, nos anima, nos atrae, nos alienta con una ternura acogedora. Lleguémonos, pues, a la orilla de su vida con amor, con

el mismo amor con el que los evangelistas, los doctores, los teólogos nos hablaron, nos siguen hablando de él.

Desde que San Lucas y San Mateo nos delinearon los trazos definidores de la figura del Patriarca, los Santos Padres, los escritores eclesiásticos, los predicadores se han ido acercando paulatinamente al Santo con un afán cada vez más firme de intuir el misterio de su vida sencilla. Los primeros siglos dejaron un tanto en la penumbra el nombre de San José, atraídos por la luz irradiante de Jesús y de su Madre. Así lo exigía la realidad de entonces. Pero a medida que avanzaba el tiempo, la semilla de las Escrituras, las lecciones de San Jerónimo, de San Ambrosio, de San Agustín y de otros santos fructificaron de tal suerte a través de San Bernardo, de San Alberto Magno, de Santo Tomás de Aquino, que las generaciones de fines de la Edad Media y de las épocas siguientes pudieron entregarnos el valioso depósito de sus enseñanzas en libros llenos de entusiasmo y de doctrina. Así empezo a cobrar la vida de San José nuevo color y calor nuevo. Por momentos se iba interpretando más y mejor el río de su alma y día a día se agigantaba su personalidad adquiriendo dimensiones de amplitud teológica que sobrepasaban los límites de una simple hagiografía. De este modo surgió una literatura josefina prestigiada con los nombres de Gersar, Holano, San Francisco de Sales, Bossuet, el cardenal Vives, Lépicier, Sauvé, Renard, Michel y tantos más que descubrieron en la vida del Patriarca facetas de una magnitud insospechada. Por su parte Faber, verdadero poeta en prosa, supo extraer, con profundidad y maestría, un exquisito panal de belleza escondido entre los pliegues de Belén, centro de la humildad más encantadora y humana.

En este concierto de voces jubilosas, la aportación de España tuvo una especial trascendencia. Los dominicos con San Vicente Ferrer, los franciscanos con fray Bernardino de Laredo, los jesuitas con los padres Suárez y Rivadeneyra, los sacerdotes seculares con San Juan de Ávila, ensalzaron las virtudes sobrenaturales del santo en un alarde de confortadora agudeza. Y esto sin olvidar a los poetas, sin dar de lado el lirismo de Valdivielso, de Lope, de Antonio de Mendoza, de González Carvajal, ni el valor dramático de Guillén de Castro en su comedia ennoblecida con el título de *El mejor esposo.*

¿Cómo iban a callar quienes podían oír en la vida del santo artesano las notas estremecidas de un celeste poema? Todo se renovaba gradualmente en torno suyo. Fue, sin embargo, la espiritualidad carmelitana la que dio el toque definitivo, la que hizo triunfar, dentro y fuera de nuestras fronteras, la devoción al humilde Patriarca. Santa Teresa fue la moldeadora del prodigio. Ella tomó a San José por abogado, cantó sus excelencias, comenzó bajo su protección las *Fundaciones* y puso al cobijo de su nombre los primeros *portalitos*. Belén resplandecía. Los conventos teresianos aprendieron de su fundadora a confiar en el patrocinio del santo más bondadoso. ¡Está tan cerca de la fuente de la bondad! A partir de este instante los escritores carmelitas aquilataron hasta lo más fino su juicio y ganaron en penetración y en altura al analizar con moroso y amoroso detalle las prerrogativas del padre nutricio de Jesús. Díganlo, si no, las idílicas descripciones de fray José de Jesús María y el acabado estudio del padre Jerónimo Gracián, digno de conservarse como un precioso legado.

No podía detenerse en nuestros días este impulso ascensional. Una trayectoria tan fecunda en trabajos de primera línea necesitaba conservar indemne su juventud, su vigor teológico. Así ha sucedido. La bibliografía se ha visto incrementada con las obras del obispo de Oviedo Luis Pérez, del padre Bover y de otros especialistas hispánicos cuyas investigaciones han venido a enriquecer con valores nuevos y nuevos eslabones la cadena áurea de tratados aderezada con el broche singular de la *Teología de San José* escrita por el P. Llamera.

Pero no es esto todo. Aún podemos agregar, como síntoma esclarecedor de este grato clima, el ejemplo del fundador de la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos, colocando sus instituciones a la sombra del Santo de Nazaret, y la aparición de la revista de *Estudios Josefinos,* mantenedora del fuego de un amor siempre en hoguera.

Con tales antecedentes no es extraño que el culto de San José haya llegado a alcanzar proporciones inusitadas. Lo pedía el clamor de las naciones. Pronto recogieron y encauzaron con sabia mano esta devoción los romanos pontífices, nombrando a San José Patrono de la Iglesia universal por el decreto *Quemad-*

modum Deus de Pío IX, proclamándole abogado de los hogares cristianos en la jubilosa encíclica *Quamquam pluries* de León XIII y presentando al Patriarca como modelo de las familias pobres y trabajadoras en el «Motu proprio» *Bonum sane* de Benedicto XV. Fijémonos en que siglos antes Nueva España se había visto favorecida con una bula pontificia dirigida a premiar el buen espíritu de los vecinos del Yucatán y que, en 1679, Inocencio XI confirmaba sus letras apostólicas al patronazgo de San José sobre todos los dominios españoles. Esta España nuestra ha tenido la virtualidad de entronizar a San José en lo más entrañable de los hogares con el cariño de quien forma parte de la misma familia.

Una tradición tan amplia y persistente debía responder a un hondo fermento y afirmarse en sólidos motivos. No se explicaría de otro modo su universalidad Algo bulle en San José que lo acerca a nosotros, que lo humaniza, que nos permite gustar como una golosina el sabroso regalo de los santos. Algo vive también en el fondo de su alma que lo eleva, que nos arrastra hasta regiones donde no llega el planear de las águilas. Dispongámonos a seguir el hilo de su vida en el tiempo y el ritmo de su alma allí donde calla el rumor de las cosas. Penetremos en el *sancta sanctorum* de una existencia tejida por entero con copos blancos. Preparemonos, en suma, a aprender con San José, en su silencio, un idioma ecuménico, idioma ultraceleste, formado por una palabra única, la *palabra,* pronunciada junto a una cuna la noche inenarrable de Belén.

Las dos únicas fuentes inspiradas, canónicas, que nos dan a conocer con veracidad absoluta la persona y la vida del Santo Patriarca son los evangelios de San Mateo y de San Lucas. Dirigido el primero a convertir el alma de los judíos, y el segundo, discípulo de San Pablo, a atraer el corazón de los gentiles, ambos se presentan constelados por narraciones de insólita belleza. San Mateo parece que siente una llamada especial por los episodios dramaticos, movidos, a veces suntuosos. Es el evangelista de la congoja de San José, de los Magos cargados de ofrendas, de la huida a Egipto en medio de asechanzas. Pero en San Lucas encontramos la escena más esencial, la que puede calificarse como piedra clave del Evangelio de la Infancia: infor-

mado por testigos presenciales, habiendo oído probablemente de labios de la misma Madre de Jesús el relato conmovedor de los misterios de Dios hecho Niño, sólo en las páginas de San Lucas podemos saborear el celeste cuadro de la noche navideña. San Lucas es como el pintor de las pinceladas luminosas, líricas, musicales. Su evangelio de los días niños es una eclosión de cánticos, de himnos, de cromatismo translúcido. Nos alucina con la escena de la Anunciación, blanca como el ala de un ángel. Nos mece con la luz indefinible de la noche santa. Nos transporta con la himnodia del *Magnificat,* del *Gloria in excelsis,* del *Nunc dimittis,* del *Benedictus.* Nos lleva de la mano al templo los días de la Circuncisión, de la Purificación de Nuestra Señora, del Niño gozosamente encontrado. ¿Quién como él ha podido sorprender el silencio de aquella casita de Nazaret, recostada al pie de una colina? Alma de poeta y de artista, San Lucas ha inmortalizado las dos aldeas mas familiares, la que sirvió de cuna al Rey de los Reyes y aquella otra en la que fue creciendo, como hombre, en gracia y en sabiduría delante de Dios. Al socaire de su relato, Belén y Nazaret adquieren una luminosidad ultraterrena. En el fondo de estas estampas evangélicas plenas de delicia, no falta nunca la noble presencia del Patriarca bienaventurado.

Veamos ahora lo que nos dice el acendrado poema de su vida. Nada conocemos de sus primeros días, de su infancia, de su adolescencia, de sus ensueños. Ignoramos hasta el lugar de su nacimiento. El mutismo de los sagrados textos es aquí total. Podemos, sin embargo, pensar que, aun oriundo de Belén la real, su cuna se meció en Nazaret, que tenía nombre y aroma de flor. Lo que sí sabemos con certeza, a través de la genealogía de Jesús, puntualizada por San Mateo y San Lucas, es la prosapia y el nombre de nuestro Santo. Procedía del linaje de David, como la Virgen, y, al igual que el patriarca del Antiguo Testamento, figura suya, se llamó José, nombre que anunciaba con acento misterioso un creciente brote de virtudes y de dones en el niño que acababa de nacer.

Pasan después los años, muchos años, alrededor de cuarenta, sin referencia alguna, en la mayor oscuridad. Pero como el gusano en su capullo, la paloma preparaba ya sus alas. Llega,

por fin, el día en que San José se incorpora a la historia y le vemos pasar cumpliendo su misión excelsa en camino o en reposo, en oración o en trabajo, siempre junto al Niño, siempre al lado de la Esposa, siempre humilde, callado siempre, dándonos una lección perenne de amable, de acogedora santidad.

Su vida se desenvuelve desde ahora en la verdeante Nazaret, entre canciones de aguas y olores de pinos, en una región de viñas y terebintos, al amparo de aquella pequeña aldea que, muy en su punto, se adornaba con un nombre tan fragante. Allí trabajaba el descendiente de reyes en su modesto oficio de carpintero. Allí se desposó con la flor más bella a quien rendían acatamiento todas las azucenas del mundo. Difícil sería enumerar los merecimientos de aquella virginal doncella. Más limpia que el rayo de luna, más blanca que la nieve incontaminada de las cumbres, María era un reino de dulzura, de humildad, de ensimismamiento. Los angeles la servían y aprendían de ella mientras meditaba el misterio de la Encarnación, absorta al contemplar dentro de sí aquel Niño, futuro Enmanuel, anunciado por el arcángel.

San José se miraba en aquella mirada que tenía la insondable serenidad de un lago. Leía el libro de la perfección en aquellos ojos. Era feliz.

Fue entonces cuando experimentó la primera y no esperada congoja. Es que Dios prueba a sus amigos en fuego de tribulación hasta darles el mejor temple. Y a excepción de Nuestra Señora, ¿quién más preparado que José para gustar estos sabrosos sinsabores? El que iba a ser padre nutricio de un Niño después crucificado necesitaba probar de antemano el acíbar del Calvario. ¿Cómo analizar la magnitud de aquel sufrimiento? ¿Cómo medir la grandeza de esa aflicción? El Eterno sabe acendrar hasta el último cuadrante el alma de sus santos. Por el dolor se sube al amor. Por el fuego del infortunio se asciende a la llama clarificada de la visión divina. Sufría la Virgen. Sufría José. Pero ambos pusieron en Dios su confianza, la delicadeza y el silencio fue la norma de su conducta y no tardó en llegar la hora del íntimo gozo, la hora del blanco mensaje. Un ángel trajo el anuncio: «No temas recibir a María [...] porque lo que en ella ha nacido viene del Espíritu Santo». La faz de San José se iluminó con arrobo, su alma se llenó de gratitudes.

A partir de este momento la vida de San José adquiere rasgos cada vez más definidos y se afirma y se pule con una espiritualidad que tiene el hontanar en el fondo de su alma. Una triple misión se le asigna: la de ser imagen del Padre, custodio de la Sagrada Familia y artesano diligente en su taller. ¡Y con qué decisión lo cumple entre gozos y congojas que le perfeccionan! Leer las jornadas de su peregrinación es como abrir un libro sabio en enseñanzas. Sufre el dolor humilde del pesebre, la aflicción de la sangre vertida, la amargura de la profecía, los temores de la huida, las tribulaciones del Niño no encontrado en tres días. Y en otro aspecto, ¿quién podrá medir la altura y la profundidad de sus gozos? Alegría celeste, mensajes angélicos, voces y cánticos de pastores, presencia del Niño, candor de la Madre y amor divino fueron su acompañamiento glorioso. Junto al dolor, la felicidad de una mirada con destellos de la eterna hermosura. Así se forjan las grandes almas. Para ganar el premio es preciso merecerlo. Y San José se llenó de merecimientos. En su vida se equilibraron la acción y la contemplación. Parco en palabras, fue largo en obras. Le contemplamos en tensión de camino, en tensión de trabajo. Cuando Augusto César dispone el empadronamiento, camina. Cuando Herodes busca a Jesús para matarle, camina. Cuando el ángel le anuncia que retorne, camina. Cuando el Niño se queda en el templo, camina también. Una decisión, un vigor inquebrantable nimba su vida. Siempre alerta en Belén, en Egipto, en la apacible Nazaret, vive cumpliendo su misión de padre adoptivo. ¡Cuántas veces en el silencio de las noches, a la sombra de las palmeras o en las montañas de la verde Galilea, le animaría una voz inefable que le hablaba desde la excelsitud de su reino!

¿Y qué decir de la fatiga amarillenta del desierto? Mientras avanzaba entre arenales, con peligro de fieras y de bandidos, huyendo de los lazos de una persecución cruenta, nuevos méritos de incalculable trascendencia se engarzaban en la corona del heroico Patriarca. El desierto que le circundaba tenía su réplica en el desierto interior de los temores de su alma atenta a defender de enemigos la dulce familia que caminaba bajo su tutela. Se ha dicho que no pueden entrar fácilmente en el cielo los que no caminan por este desierto. Muy cerca de la patria eterna debía

de sentirse entonces San José. El desierto era la desolación y la congoja. Pero también el impulso y el gozo de la misión bien llevada. En medio de las arenas, a su lado, caminaban dos tesoros. El Santo se veía como rey de una creación nueva. Ante esta contemplación el desierto se le transformaba en un paraíso y los rumores temibles de la noche se le convertían en gorjeos. ¡Qué prodigiosamente sabe Dios llenar de bienaventuranzas las almas que suben por la tribulación hasta los umbrales de su trono!

La leyenda vino a añadir nuevas tintas al cuadro. La imaginación popular, los apócrifos, la devoción de todos los siglos no se limitó a seguir la sencillez de las escenas evangélicas, antes al contrario, acumuló efectos sorprendentes cuyo contenido no hemos de puntualizar. Baste decir que allí donde la Sagrada Familia pasa, el perfume de la leyenda deja su rastro. El naranjo, la palmera, el trigo, el salteador, se humanizan, guardan al Niño, lo defienden en presencia de San José. Los pájaros se enternecen. El agua recibe una virtud nueva. Es el tributo de las criaturas, que quieren, a su modo, agradecer. Al fin y al cabo las más bellas leyendas nacen del amor.

Llegan los últimos años. La vida de San José se desliza en Nazaret con la levedad de una poesía a lo divino, callada, oculta, sin rumores exteriores. Le vimos aparecer en el silencio. Le veremos marcharse en el silencio. ¿Cuándo? Debió de morir antes que Jesús comenzara su predicación, quizá a la edad de setenta años. No vuelve a sonar su nombre ni en Caná, ni en Siquem ni en Cafarnaúm. Tampoco en el Calvario. Probablemente el Hijo quiso llevarse antes de esas horas a su anciano Padre adoptivo, para evitarle el último dolor. Su misión era la de acompañar, sustentar, defender a la Sagrada Familia en los años niños y formativos, y la llenó de manera inigualada. Cumplida su obra, sólo le quedaba morir. Morir para nacer. Morir para recibir cuanto antes la palma del triunfo eterno; para inundar de luz sus ojos con la visión beatífica, para anegarse en la divina Sabiduría cuyos celajes había columbrado en la mirada del Niño. ¿Resucitó, como admiten Suárez y San Francisco de Sales, el mismo día que el Salvador? ¿Subió al cielo en cuerpo y alma? Es posible. Pero lo cierto es que, guiado por la sonrisa del Hijo, por la mi-

sericordia de la Madre, nos mira, nos alienta, nos guarda como un ángel y nos prepara el gran día en que nuestra alma sabrá definitivamente lo que es nacer.

¡Qué sobreabundancia de caridad, de primores, de cuidado puso Dios al moldear el alma de San José, al crear su cuerpo, al formar aquellas manos de artesano que le iban a sustentar, aquellos brazos que se extremarían en delicadezas al dormirle, aquel entendimiento arrebatado por la consideración de los misterios divinos, aquel corazón que se adelgazaba como una llama en el amor del Niño más hermoso! Dios rodeó con sus misericordias el espíritu y la vida de José. Cuando labraba su alma, cuando tallaba su cuerpo, cuando infundía la luz en la mirada de su nueva criatura, la misericordia velaba allí. Cuando preveía *ab aeterno* las virtudes del futuro Santo, la misericordia extremaba su obra. Y cuando lo soñaba para esposo de María, para padre adoptivo de su propio Hijo, para guardián de la Sagrada Familia, la misericordia envolvía en luminosidad esta creación portentosa. Era una luz que reflejaba los esplendores de la luz eterna. El Señor le concedió particulares privilegios que bastarían para llenar de admiración el cielo y la tierra. ¿Cómo no acercarnos a él? Como escribe bellamente fray Bernardino de Laredo, las armas de su genealogía son el Niño y la Virgen. Jamás un blasón semejante se había dado ni se podía dar en el mundo.

El Santo Patriarca tiene la gracia de la flor que sabe entregarnos con caridad su aroma. A su lado florece la bondad, arraiga la dulzura, fructifica el sosiego. No es el santo de una época ni de un siglo. Es el Patriarca de todos los milenios, de ayer y de mañana, de hoy y de siempre. Pasa enseñando el valor de la vida remansada. Nos invita a contemplar la belleza de los seres humildes. A su lado nos sentiremos más niños y oiremos de nuevo dentro de nosotros la callada resonancia de un lenguaje aprendido la noche de Belén.

LUIS MORALES OLIVER

Bibliografía

Act SS Boll, 19 de marzo
BOURASSE, J, *Histoire de Saint Joseph* (Tours 1871)

DUBOIS, L. E., *Saint Joseph* (Paris 1927)
FILAS, F. L., *The Man nearest to Christ* (Milwaukee 1944)
HOLZMEISTER, U , SI, *De sancto Joseph quaestiones biblicae* (Roma 1944).
LEPICIER, A. H. M., *Tractatus de Sancto Iosephi* (Paris 1908).
LLAMERA, B., OP, *Teologia de San Jose* (BAC 108; Madrid 1953)
LUCOT, P , *St Joseph· étude historique sur son culte* (París 1875).
MERCIER, V , SI, *Saint Joseph... d'apres l'Ecriture sainte et la tradition* (París ²1895).
RICART, *Saint Joseph, sa vie et son culte* (Lila 1893)

BEATO MARCELO CALLO

Seglar y mártir (1945)

> «Creció en una familia modesta pero trabajadora. En ella aprendió a amar a Dios, alabarlo, observar sus leyes y mandamientos; a amar al prójimo, respetar los derechos de la persona, practicar la solidaridad; dominar su carácter y el ardor de su temperamento».

Presentada la cuna de Marcel Callo. A cargo de Juan Pablo II. En la histórica mañana otoñal romana. Domingo, 4 de octubre de 1987. Cuando en Roma, rebosante de mitras y púrpuras, la dedicación oficial de la Iglesia jerárquica se centraba en las reuniones sinodales enmarcadas en la temática «Vocación y misión del laico en la Iglesia y en el mundo a los veinte años del Concilio».

El joven bretón compartía con las militantes italianas Pierina Morosini y Antonia Mesina la piadosa atención pontificia en la homilía de la triple beatificación.

> «Los tres son laicos, son jóvenes, son mártires»...

Subrayaba el Papa, cuya voz rejuvenecida, emocionada y emocionante, flotaba en el ambiente sacro, perfumado de incienso y espesado de fervor e ilusión, de la basílica vaticana.

También acentuaba:

> «Hijos de nuestro siglo [..] Perlas preciosas que el divino Agricultor ha cultivado en nuestro tiempo a través de la familia, a través de las asociaciones —especialmente la Acción Católica y la Juventud Obrera Católica—, a través del hogar y de la fábrica, a través del martirio...».

E insistente:

> «Jóvenes intrépidos [...] Ciudadanos de la Iglesia y del mundo, hermanos de una humanidad nueva, constructores pacíficos de

una civilizacion plenamente renovada, signo profético de la Iglesia en el tercer milenio »

Fue la semblanza, compartida, del mártir beato Marcel Callo. En labios del papa Juan Pablo II.

Marcel Callo estalló a la vida en Rennes. En el noroeste francés. En la rocosa y verde Bretaña, de pasado céltico, rica en folclore, mitos y leyendas; geografía de monumentos megalíticos y de *calvarios;* tradicional y católica.

Nacido el 6 de diciembre de 1921 y bautizado, transcurridas tan sólo veinticuatro horas, en la iglesia parroquial de San Albino. Recibió por primera vez la Eucaristía el 26 de mayo de 1932. Y confirmado en fecha 25 de junio del año siguiente.

Llegado segundo a la mesa familiar. Detrás aún vendrían otros siete hijos de Dios. Todos llovidos como un regalo del cielo en el cristianísimo hogar.

Sobre el que los bienes materiales precisamente no se prodigaban en proporción a la generosa fecundidad matrimonial. Los brazos paternos no sólo no daban para comodidades y posibles caprichos. Es que ni aún llegaban a cubrir la gama de necesidades personales y domésticas de la humilde familia obrera, con nueve personas en la mesa.

Marcel figurará entre los chavales listos y aprovechados de la clase. Unas dotes intelectuales, una aplicación y un interés escolar lastimosamente abortados.

Alumno brillante. Pero socialmente uno de tantos menudos ciudadanos. Un chaval normal. En casa, en la escuela, en los ambientes propios de la vida infantil urbana... Eso sí, con una marcada inclinación piadosa, sobre todo maternalmente estimulada, que, a los siete años, todas las mañanas le llevará a la parroquial de San Albino y le pondrá de monaguillo en el altar.

Total, pues, una infancia como tantas; una infancia normal. Pero normalidad en el adivinable y comprensible marco de privaciones e indigencias. Ellas, como hemos escrito, precisamente culpables del precoz recorte en la formación escolar y en el esparcimiento del adolescente que, en el otoño de 1934, sin haber cumplido los trece años, no seguiría cursos.

El día primero de octubre iniciaba andadura laboral. Aprendiz de tipógrafo en un taller de Rennes. Moviéndose entre lino-

tipias, mecanografiando textos, componiendo galeradas, respirando plomo, ensuciando manos y ropa. Pero, a la par, cultivando la ilusión de los cielos abiertos. Bosques, ríos y montañas le apasionaban locamente. Hasta tal punto que reservaba los ocios de final de semana y festivos para el escultismo, formalizando asociativamente su dedicación deportiva en las Navidades de 1933. Imprevisible que otro ideal pudiera arrastrarle más...

Es verdad que no siempre las previsiones se corresponden con la realidad. Y en este caso no se hubieran correspondido. Pues, justamente, casi de inmediato, terciaron otras inquietudes. Brilló la ilusión apostólica despertada por el admirable movimiento católico obrero de paternidad belga, y en propagación europea, arribado a Francia. Y el muchacho inicialmente compartiría ideales. Pero llegó un momento en que el atractivo de la *Jeunesse Ouvrière Chrétienne* fue mayor y Marcel plegó las velas del ocio. Total que, en 1936, sustituye el deporte por la militancia apostólica.

En cuestión de semanas dedicación exclusiva. Miembro activo, excelente militante y modelo de dirigentes. Pues, entre otras responsabilidades, presidirá la agrupación parroquial de San Albino.

Vivencia personal cristiana aparte, a través de la querida JOC local, el activo militante de Rennes se da de lleno a la proyección evangélica sobre los ambientes laborales a su alcance. Es un proselitismo dinámico. Arrollador...

Cauce abierto al apóstol que nace, precoz en su madurez humana y cristiana. Al que sus compañeros familiarmente apodan *Jesucristo.* Radical en la fidelidad a los compromisos bautismales. Con una intensa y viva piedad eucarístico-mariana contagiada maternalmente.

> «Recuerda, Madre mia, —era una de sus jaculatorias— que soy tuyo, guardame y defiendeme como bien y posesion que te pertenecen»

Y abriéndose apostólicamente al prójimo individualmente y en el marco del asociacionismo católico. Atento, solícito, animoso, extremadamente servicial... Formidable compañero, amigo fiel.

Se la merecía. Y, veinteañero, dio con ella. Con una muchacha hecha a su medida. Sencilla, buena, piadosa, también apóstol... La soñaba esposa y madre de sus hijos. Mantenían la ilusión de una familia netamente cristiana Enamoradísimos ellos... En 1942 formalizaron relaciones. Un noviazgo casto. Modélico. Pero que no florecería. Arrastrado, al año siguiente, por la ola expansionista nazi extendida sobre la geografía francesa.

En marzo de 1943 Marcel Callo, como tantos otros jóvenes del país, es enrolado en el «Service du travail obligatoire», con la consiguiente e inmediata deportación a Alemania. Brazos forzosos para la potenciación de la industria bélica hitleriana.

Mutilada la limpia relación amorosa. Pero no el apóstol, que viajó con afanes proselitistas en la maleta: «Voy no como obrero —anunciaba en sus ambientes antes de partir— sino como misionero. Y: «Ejerceré al máximo el apostolado».

Realmente protagonizará una labor entusiasta y eficaz entre la juventud gala castigada, arrancada del hogar, desatendida religiosamente, en circunstancias difíciles, en el campo de trabajo de Zehla-Melhis, auténtico purgatorio nazi en la ondulada superficie de Turingia. A partir del 24 del mismo mes.

Incansable, resistente a las penalidades personales, el bravo militante católico bretón descubre ocasiones y modos de sembrar consuelo, ánimos y fortaleza espirituales entre sus compañeros de desventura. Cumple con sus prácticas de piedad, con el precepto dominical, confiesa, comulga semanalmente. Se prodiga con los enfermos y se desvive por cualquier necesidad, prescindiendo de creencias y simpatías. Todos son hermanos. Llega incluso a formalizar la Acción Católica y organiza una especial celebración del mes de mayo.

Pero aquel proselitismo incontenible pinchó. Era demasiado osado, muy dinámico para no reventar la clandestinidad. Aguantó unos meses y desbordó. Alarmante... La solución, traslado. De mal en peor. A la prisión de Gotha, antigua capital del condado homónimo, también geografía de Turingia. Ahora recortados los horizontes. Enclaustrado.

Antes sufría castigo sin murallas, al sol, a la luz de la libertad. Y era una disciplina no tan inhumana, más llevadera.

Y enclaustrado, en fecha 19 de abril de 1944, bajo una curiosa acusación. Textualmente: «demasiado católico». Que conste...

Pese a todo, el prisionero seguiría sin poner freno a sus ansias apostólicas. Que los obstáculos sólo le sirven para vivir más heroicamente la fe que, por supuesto, no habrá quien se la robe. Y para sembrarla con mayor bravura y creciéndose en ilusión. Medio año de cautividad...

... Y suma y sigue: reclusión en Mauthausen.

Cayó en el infierno de Mauthausen. Le empujaron. El 4 del inmediato mes de octubre. Una fortaleza medieval, en la pequeña población agrícola del valle del Danubio, pegada al río. Tristemente célebre campo de exterminio, con entrada pero sin otra salida... que la chimenea. La chimenea por donde respiraban los hornos crematorios. Materialmente, una gran explanada amurallada. Con espesor de piedra, de alambre; de vigilancia eléctrica, canina y policial. Y, en el recinto terriblemente cerrado, la plaza del recuento; de las interminables, repetidas y terribles formaciones matutina, vespertina y de circunstancias. Y los barracones y el horno crematorio y las cocinas y los edificios administrativos... El terror.

Al ingreso seguían de inmediato la formación inicial, la confiscación de la ropa y de todo tipo de objetos personales, la rasura capilar y la ducha colectiva. Inhumanos chorros de agua fría que borraban nombres y apellidos, quedando los presos convertidos en simples números; carne humana con matrícula. Tatuada y vestida, de más o de menos, no raramente con andrajos y suciedad...

La primera noche... La primera y la siguiente y la otra. Todas. Noches eternas con final, aún a oscuras, a las cuatro de la madrugada. Noches de infierno, con veinte centímetros de litera compartida por individuo y una manta pequeña para cubrir hasta cinco cuerpos. Con los inevitables y mortificantes pisotones sobre piernas, brazos, barrigas, cabezas, rostros... buscando, en la oscuridad, el espacio momentáneamente ahuecado para el inevitable repetido alivio del cuerpo en los lejanos rudimentarios servicios, por supuesto a la intemperie...

Nada extraño. De una cena a base de pura agua sucia con sabor a nabo, no podía esperarse otra reacción corporal. Rigor

no sólo en la dieta nocturna. Puesto que un simulacro de café matinal más un maloliente gazpacho vegetal, apuntalado con una triste rebanada de pan y escasos gramos de salchicha, partiendo la jornada, completaban el diario cupo de calorías recibidas por los maltratados cuerpos humanos condenados a trabajos forzosos.

Empujados, en el mejor de los casos, a las fábricas de armamento. Arrastrados, en peor condición, a la pedrera. La encumbrada pedrera de Mauthausen, un gran negocio estatal y la más rentable de todas las anejas a los campos de exterminio, ofrecía losas a las calles de Linz y de Viena y alimentaba los sueños de grandeza paranoica hitleriana. Pero, sobre todo, era un matadero.

Auténtico matadero humano.. ¡La difícil, cuando no imposible, resistencia de doce horas efectivas laborales, entre caminata y caminata —matutina y vespertina—, con el cuerpo desnutrido, aguantando chubascos, frío, nieve y sarcasmos, empujones y latigazos! ¡El calvario de la escalera de Mauthausen! Exactamente ¡187! peldaños o desniveles, de desigual altura y superficie. Terrible el descenso con la carga a cuestas, discutiéndose el imposible equilibrio entre quince y veinte kilogramos de mole granítica y la castigada espalda de los bárbaramente arreados hombre-bestias...

Y la muerte. En las cámaras de gas o por asfixia acuatica o mediante descarga eléctrica o con inyección cardíaca de gasolina o en el paredón o en la horca... Siempre porque el frío, el calor, el hambre, el agotamiento, los golpes, los latigazos, la desatención médica, la incomunicación absoluta con el exterior, el terror... no habían acabado prematuramente con la víctima...

Circunstancias inevitablemente favorables al desespero. No rara, por consiguiente, la autoelectrocución. Corría el consejo: «Si te lanzas a las alambradas agarra un cable con cada mano. Así la muerte será más rapida». .

Marcel Callo sufrió en carne viva tanta barbarie. Pero sin desesperanza, sin pérdida de la paz interior. Y aún intentando levantar ánimos, estimulando y sembrando consuelo. Incomprensiblemente hizo llegar una nota escrita, de fecha 6 de julio de 1944, a manos de un hermano, futuro sacerdote, merece-

dora del recuerdo papal en la proclamación homilética de referencia.

Escribió:

> «Afortunadamente Jesucristo es un amigo que no me abandona un solo instante y me sostiene y me consuela El me torna soportables la pena y el dolor de las horas amargas ¡Cuanto le agradezco las circunstancias del momento! [ ] Todos mis dolores y sufrimientos los ofrezco por vosotros, padres y hermanos, por mi prometida, por Juan, para que sea fecundo su apostolado sacerdotal, por mis compañeros ¡Cuan dulce y agradable resulta sufrir por las personas que amamos!»

Y, tras la experiencia de Mauthausen, Gusen.

Gusen bautizaba una ampliación de Mauthausen Unos cinco kilómetros más allá. En la margen izquierda del Danubio. Donde ahora se levanta una moderna urbanización ajardinada. Se le ha descrito como uno de los campos de concentración más criminales. Uno de los más terribles centros de exterminio humano. Urbanísticamente doce barracones penitenciarios mas otra docena de instalaciones de almacenaje y administrativas. Total, veinticuatro construcciones pintadas de negro sobre cuatrocientos metros de superficie, siempre enfangada, bordeando la carretera...

El heroico militante jocista francés había llegado el 7 de noviembre de 1944. Débil, envejecido, exhausto; con el cuerpo roto, las energías destrozadas, hecho una piltrafa humana. Por eso vino, como todos, en calidad de víctima. Destinado al sacrificio... Que, eufemismos aparte, Gusen era el final. Al forzoso visitante no le esperaba más que la muerte. No raramente, adelantada, llegaba en el vehículo azul, el camión fantasma, durante el breve trayecto iniciado en Mauthausen. Servida con gas. Descargado el cadáver, pasaba ya directamente al crematorio.

O, también, final gaseado. En las simuladas, traidoras salas de ducha. Donde, a través de la pequeña mirilla acristalada, los verdugos podían contemplar el espeluznante espectáculo de los cuerpos desnudos y en promiscuidad, desesperados, enloquecidos, dándose de cabeza contra las paredes o absurdamente vengándose con uñas y dientes mutuamente o hundiendo los dedos en la garganta intentando aliviar las dificultades respiratorias...

Hasta derrumbarse, paulatinamente, unos sobre otros, sumando cadáveres verdosos.

Diferente la muerte en la barraca número 32, que ofrecía duchas de verdad. Repetidas, persistentes —tres, cuatro diarias; entre media hora y tres cuartos de duración—, que combinaban chorros de agua fría e inmersión, empujones, estacazos y zambullida forzosa... Los raramente resistentes a tanto martirio eran hundidos, aplastados por la cabeza, hasta ahogarse.

Cuando no venida, lentamente, dándole la mano la desnutrición y el hambre. Hambre derivada en antropofagia, terrible degradación humana.

Se daba.

Espeluznante testimonio directo:

> «Si salí con vida de Gusen fue gracias a haberme alimentado con carne humana [ ] El olor a carne asada que venía de los crematorios despertaba el apetito y era tanta el hambre que realmente muchos de nosotros la hubieramos comido »

Ignoramos la puntilla que acabó definitivamente con los veinticuatro años de Marcel. Años que hubieran podido ser hermosos y aparecían ajados. Allá, en la verde y legendaria Bretaña, llorados, añorados y esperados en el seno familiar y en el hogar de una muchacha enamorada... Pero sabemos que, en la mañana festiva del 19 de marzo de 1945, el bravo militante católico vertió su postrera sangre en el océano de la barbarie nazi. Vísperas de primavera sobre Gusen.

¡Estupendo muchacho!

> «Marcel —admirará un coronel del campo— tenía la mirada de un santo...».

JACINTO PERAIRE FERRER

Bibliografía

AAS 79 (1987) 1 337 1 342

BENSALOM, I , *Auschwitz Los campos de exterminio* (Barcelona 1993)

Bibliotheca sanctorum Appendice prima, p 240

JEGO, J B , *Marcel Callo, temoin du Christ* (Rennes 1966)

— ID , *Un exemple Marcel Callo, 1921 1945* (Rennes 1948)

«Martires del nazismo», en C LEONARDI A RICCARDI-G ZARRI (dirs), *Diccionario de los Santos,* I (Madrid 2000) 1 688-1 691

ROIG, M , *Els catalans als camps nazis* (Barcelona 2001)

BEATO ISNARDO DE CHIAMPO

Presbítero († 1244)

Natural de Chiampo, junto a Vicenza, como dote humana recibió una gran corpulencia. Marcha en su juventud a estudiar a Bolonia, donde conoce a Santo Domingo de Guzmán, a quien le pide el hábito, seguramente en el año 1218.

Al año siguiente es enviado a Milán con el Beato Guala y, ordenado sacerdote, será exactamente un gran predicador de la palabra divina. Enviado en 1230 a Pavía a fundar un convento de su Orden, gracias a su amistad con el obispo Redolbado pudo cumplir el encargo, estableciendo el convento junto a la iglesia de Santa María de Nazaret. Isnardo permaneció allí dedicado a la siembra del evangelio. Murió el 19 de marzo de 1244. Su culto fue confirmado el 12 de marzo de 1919.

BEATO ANDRÉS GALLERANI

Seglar y fundador († 1251)

Nació en Siena hacia el año 1200 y elige la profesión militar. Habiendo asesinado a un hombre, recibe como pena el destierro.

Cumplido el tiempo de exilio vuelve a Siena pero deja la profesión militar y se dedica a hacer penitencia por su crimen y a ejercer la misericordia con los pobres. Fundó con un grupo de amigos la Hermandad de la Misericordia, dedicada a obras de caridad. Sus componentes eran seglares, no haciendo ningún género de votos religiosos, pero viviendo unidos por el deseo de hacer el bien y la práctica continua de la misericordia cristiana, atendiendo a los enfermos, socorriendo a los pobres y a las viudas, acudiendo al lado del que sufre. En estas santas obras perseveró hasta su muerte el 19 de marzo de 1251. Su culto fue confirmado el 13 de mayo de 1798.

BEATO JUAN BURALLI DE PARMA

Presbítero († 1289)

Nace en Parma el año 1208. Era ya maestro de lógica cuando con 25 años decide su ingreso en la Orden franciscana.

Hechos los estudios y ordenado presbítero, enseñó y predicó en Bolonia, Nápoles y Roma. Producida en el seno de la Orden la discusión acerca de la pobreza, Juan mostró un punto de vista moderado, aunque los más radicales entendían que estaba de su parte. Convocado capítulo general en Lyón por orden del papa Inocencio IV, el anterior general no compareció, y en su lugar fue elegido Juan, que procuró tomar medidas para impedir que ninguno de los grupos dejara la Orden. Puso las propiedades de la Orden a nombre de la Santa Sede, no considerando a la Orden sino como administradora, siguiendo con ello la sugerencia papal. Como tal ministro general, visitó los conventos de Inglaterra, Francia, Borgoña, Provenza y España. Convocó capítulo general en Metz en 1249 e insistió en la observancia general de las Constituciones.

Aquel mismo año, el citado papa lo mandó a Constantinopla como parte de la embajada romana que gestionaba la unión con los orientales. Volvió al cabo de dos años y continuó rigiendo su Orden con mansedumbre y espíritu de caridad. Cuando pensó que ya no tenía la confianza de Roma dejó el cargo en 1257 y se retiró al eremitorio de Grecchio.

Dolido porque los griegos se alejaban de la unión firmada, en 1274 quiso ir a dialogar con ellos pero murió en Camerino el 19 de marzo de 1289. Su culto fue confirmado el 1 de marzo de 1777.

BEATA SIBILINA BISCOSSI

Virgen († 1367)

Nace en Pavía en 1287 y al quedar huérfana en la infancia, se gana la vida como criada, pero a poco queda ciega y entonces la acogen unas dominicas terciarias que vivían en comunidad. Ella toma el hábito de terciaria seglar y se recluye a vivir en una capilla adjunta a la iglesia de los dominicos, donde los fieles por

caridad le proporcionaban comida. Allí persevera en la oración y la penitencia durante muchos años, dando buenos consejos y exhortaciones a quienes se acercaban a visitarla. Murio el 19 de marzo de 1367. Su culto fue confirmado el 17 de agosto de 1854.

BEATO MARCO DE MARCHIO DE MONTEGALLO

Presbitero († 1496)

Nace en Fonditore, junto a Montegallo (Italia) y tras estudiar en Perugia y Bolonia se doctora en leyes y medicina. Ejerce la profesión de médico en Áscoli y contrae matrimonio. Pero al año de estar casados ambos deciden su vocación religiosa, ingresando ella en las clarisas y él en los franciscanos.

A poco de haber profesado es nombrado guardián del convento de San Severino, pero él se sentía inclinado a ejercer el ministerio de la predicación. Es lo que hará una vez ordenado sacerdote, sembrando la palabra de Dios por toda Italia y predicando la paz y la concordia en un tiempo de grandes banderías y divisiones. Se cuidó mucho de la suerte de los pobres y promovió los montes de piedad y los bancos populares. Fue un tiempo provincial de Las Marcas.

Su vida personal fue ejemplar por su altísima espiritualidad y notable austeridad y penitencia. Murió en Vicenza el 19 de marzo de 1496. Su culto fue confirmado el 20 de septiembre de 1839.

BEATO NARCISO TURCHAN

Presbitero y martir († 1942)

Nació en Biskupice (Polonia) el 19 de septiembre de 1879 en el seno de una familia acomodada. Luego de hacer el bachiller ingresó en la Orden franciscana, rama de los reformados, en Galizia (Austria) el 8 de septiembre de 1895, pero cuando profesó, reformados y observantes ya se habían unido en una sola provincia.

Terminados los estudios teológicos y hecha la profesión solemne, se ordenó sacerdote el 21 de junio de 1906 y trabajó como vicario parroquial, catequista, predicador y confesor. Separadas de nuevo las provincias, volvió a la suya original y fue guardian del convento de Stopnica hasta 1923, pasando luego al de Pilica y, posteriormente, a otros, siendo elegido en 1936 guardián del convento de Wloclawek. Aquí estaba cuando la Gestapo lo arresto el 6 de noviembre de 1940, siendo llevado un año mas tarde al campo de concentración de Dachau, donde, a consecuencia de las miserias del mismo, murio el 19 de marzo de 1942. Fue beatificado el 13 de junio de 1999

20 de marzo

A) MARTIROLOGIO

1 La conmemoración de San Arquipo, colaborador del apostol San Pablo

2 En Antioquia (Siria), los santos Pablo, Cirilo y otros, martires (fecha desconocida)

3 En Metz (Francia), San Urbicio († 450), obispo

4 En Braga (Portugal), San Martin de Dumio († 580), obispo **

5 En Lindisfarne, San Cutberto († 687), obispo *

6 En Fontenelle (Francia), San Vulframo († 700), obispo de Sens y misionero

7 La conmemoracion de San Nicetas († 733), obispo de Apolonia, desterrado por defender las sagradas imagenes

8 En la Laura de San Sabas (Palestina), ciento veinte monjes, martirizados a manos de los sarracenos († 797)

9 En Siena (Toscana), Beato Ambrosio Sansedoni († 1287), presbitero, de la Orden de Predicadores *

10 En Praga (Bohemia), San Juan Nepomuceno († 1393), presbitero y martir **

11 En Mantua (Lombardia), Beato Bautista Spagnoli († 1516), presbitero, de la Orden del Carmen *

12 En Florencia (Toscana), Beato Hipolito Galantini († 1619), fundador del Sodalicio de la Doctrina Cristiana **

13 En Ernee (Francia), Beata Juana Veron († 1794), virgen y martir *

14 En Tarragona (España), Beato Francisco de Jesus, Maria y Jose Palau Quer († 1872), presbitero, de la Orden del Carmen Descalzo, fundador de las Carmelitas Misioneras **

15 En Lvov (Ucrania), Beato Jose Bilczewski († 1923), obispo *

16 En Bilbao (España), Santa Maria Josefa del Corazon de Jesus Sancho de Guerra († 1912), virgen, fundadora de la Congregacion de las Siervas de Jesus **

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SAN MARTÍN DUMIENSE

Obispo († 580)

San Martín Dumiense debe su sobrenombre a Dumio, lugar próximo a Braga, capital que era, ésta, del reino de los suevos. A él se atribuye la conversión al catolicismo de este pueblo bárbaro, establecido desde comienzos del siglo V en la parte noroeste de la Península, y como apóstol de los suevos es conocido en la historia por antiguos y modernos Entre los antiguos aduzcamos ya el testimonio de San Isidoro de Sevilla, su contemporáneo algo posterior

> «Habian —dice San Isidoro— permanecido muchos reyes suevos en la herejia arriana, hasta que subio al trono Theudemiro Este, por celo y esfuerzo de Martin, obispo del monasterio de Dumio, hombre esclarecido por su fe y su ciencia, volvio a los suevos a la fe catolica»

Al importante hecho se le asigna la fecha de 560

Pero ni los suevos ni su apóstol son originariamente hispanos ¿Cómo vinieron unos y otro a España? ¿Cómo se encontró el apóstol con los que, ante Dios y ante la historia, serían su gloria y su corona?

Si abrimos un mapa clásico de la antigua Germania, entre las mallas de las arterias que forman el Elba con las aguas venidas de los montes Sudetes, hallamos en grueso trazo el nombre de *Suebi.* El mapa mismo, con el confuso cruzarse y entrecruzarse de los nombres de pueblos, nos da la impresión de un hormiguero humano, aprisionado entre sus bosques, ríos y montañas por el *limes* romano, el Danubio aquí, el Rhin más allá, las legiones por dondequiera. Los suevos, en alguna de las

ramas en que aparecen ya fraccionados a comienzos del siglo I, hubieron de ser mas de una vez el terror de Roma. En los dias de Marco Aurelio, cuados y marcomanos están frente a Roma (166-180), y fue tal el pánico de la urbe que el emperador estoico no halló en el Imperio adivinos bastantes a quienes consultar, ni víctimas suficientes que sacrificar para asegurar el éxito de la guerra. Pero a la larga, la frontera romana se resquebrajaba por todas partes En lo que ahora nos interesa, los últimos días del año 406, bandas de vándalos, alanos, cuado-suevos y una fraccion de vándalos silingos atraviesan, por Maguncia, el Rhin, que acaso estaba helado, e inician por tierras del Imperio la marcha que, a través de la Galia, habia de llevarlos a nuestra Península.

> «De un solo empujon —dice, resumiendo penalidades infinitas, San Isidoro— alcanzaron el Pirineo, llevandose a los francos por delante *Francos proterunt directoque impetu ad Pyrenaeum usque perveniunt» (Hist Goth* c 71) Pero no lo atraviesan entonces Aun sufren una derrota romana y solo el año 408 o 409 irrumpen por las provincias de España Hasta el año 411, estos pueblos devastan las tierras por donde pasan El 411 hubo un reparto de tierras en nuestras provincias Los barbaros —dice Idacio—, inclinados por la misericordia divina al camino de la paz, se reparten a la suerte las regiones de las provincias para habitarlas Los vandalos y los suevos ocupan la Galecia, sita en la extremidad occidental del mar oceano » *(Chronicon,* c 47)

Estos suevos que de un magnífico salto han venido de las orillas del Rhin a las del Miño, rompiendo por entre las lanzas de francos y romanos, eran paganos de religión. Todavia su rey Rékhila, que llevó sus armas victoriosas hasta la Bética y conquistó Sevilla, muere gentil el año 448 En este momento nos da Idacio esta noticia: «Al gentil Rékhila sucede inmediatamente en el reino su hijo Rekhiario, católico» *(Chron.,* c.137). A la conversión del rey sigue la de su pueblo. A qué y a quién se debiera esta conversión de rey y pueblo, es punto oscuro en la historia —de la historia de este pueblo suevo, que tantos puntos oscuros tiene.

Lo cierto es que cuando, a los pocos años, otro rey suevo se hace arriano, el pueblo se pasa también al arrianismo (si no hay, más bien, que pensar que el pueblo fuera ajeno a estos cambios de decoración religiosa). Y es que estas conversiones religiosas,

nota bien un moderno historiador, eran característicamente actos políticos. El nuevo rey arriano, Remismundo, de complicada historia política, aparece dueño único del reino suevo por el año 465. Está en relaciones con el poderoso rey godo Teodorico, con cuya hija se casa. La conversión, pues, fue también ahora acto político. El catequista fue un tal Áyax, gálata de nación, enviado, sin duda, por Teodorico. Las palabras de Idacio respiran indignación:

> «Ayax, galata de nacion, que, viejo ya, se habia hecho arriano, alzase entre los suevos a combatir, con el auxilio de su rey, la fe catolica y la divina Trinidad, propagando el virus pestifero del enemigo del genero humano, que habia traido de la region de las Galias, habitada por los godos» *(Chron*, c 232)

Si aceptamos para la conversion del pueblo suevo al catolicismo la fecha antes notada de 560, el arrianismo habría durado desde 465 a dicha fecha: un siglo aproximadamente. Y este siglo es justamente de total oscuridad historica por silencio de las fuentes. Se duda, incluso, sobre el nombre del rey suevo que pasó con su pueblo al catolicismo: Kharriarico, según San Gregorio de Tours, o Theudemiro, según San Isidoro en texto anteriormente citado. Vamos a prescindir de la cuestión de nombres. Según San Gregorio de Tours (538-594), el rey suevo arriano habría enviado una embajada al sepulcro de San Martín, suplicando la curación de un hijo enfermo. La embajada fracasa. Envía otra con grandes ofrendas. Los enviados reciben ahora las reliquias del santo, que, de paso, libera a los presos de la ciudad. Con próspero viento llegan, por mar, a Galicia. El hijo del rey, milagrosamente curado, sale a recibir aquel tesoro. .

> «Entonces llego tambien de lejanas regiones, movido de divina inspiracion, un sacerdote llamado Martin [ ] El rey con toda su casa confeso la unidad del Padre, Hijo y Espiritu Santo y recibio el crisma El pueblo quedo libre de la lepra hasta el dia de hoy y todos los enfermos fueron sanos [ ] Y aquel pueblo arde ahora tanto en el amor de Cristo, que todos irian gozosos al martirio si llegasen tiempos de persecucion» *(De miraculis S Martini,* I,11)

Este texto de Gregorio de Tours, contemporáneo de los hechos que narra, siquiera sobre ellos deje indefectiblemente caer el polvillo irisado del oro de la leyenda, pone finalmente en

contacto a San Martín Dumiense con el pueblo de que va a ser apóstol. No es inverosímil suponer que fue éste el momento en que, movido de divino impulso —*divinis nutitibus actus,* como dirá él mismo—, se determinó a dejar las Galias y pasar a la remota Galecia, dominada por un pueblo arriano, pero dispuesto a recobrar la fe ortodoxa. La perspectiva, para un alma de temple apostólico, no podía ser más halagueña. Y también aquí pudo haber tenido parte la política. Los francos eran católicos desde fecha remota —Clodoveo se bautizó el 25 de diciembre de 498 o 499— y, sin duda, se disputaban con los godos la influencia sobre el pueblo suevo. Por otra parte, Martín no era un desconocido en el reino franco. Venancio Fortunato, peregrino también del sepulcro de Martín de Tours, monje primero y obispo luego de Poitiers, inspirado poeta, fue amigo suyo y le exalta con alta inspiración en uno de sus poemas, que es bien citar aquí.

> Por el nuevo Martín salvada, Galicia aplaude,
> de estirpe apostólica fue este varon para ti.
> Por virtud a Pedro, por doctrina a Pablo, igualara.
> De Santiago y Juan la proteccion te trajo.
> De Panonia vino, segun dicen, de *parte Quirinis*
> Y fue más bien la salud la Galicia sueva

Gregorio de Tours, amigo también de Venancio Fortunato, hace del Dumiense este lapidario elogio: *Nulli secundus illis temporibus habebatur (Hist. Franc.* V,38: PL 71,352). Acaso conoció también el monasterio y la regla de San Cesáreo de Arlés. Estas estrechas relaciones con las grandes lumbreras eclesiásticas del reino franco suponen una estancia algo prolongada en él. Cabe, pues, imaginar que fue de Francia, acaso de la tumba misma del taumaturgo homónimo suyo, de donde San Martín Dumiense vino a España. Nada impide tampoco suponer que se agregara a la expedición regia que llevaba a Galecia las reliquias del Turonense. Ello sería por los años de 550-560.

Pero Martín no era franco ni galorromano de nación, y si la embajada piadosa del rey suevo le halló junto a la tumba de San Martín de Tours era simplemente una de tantas estaciones en una vida de largo peregrinar por tierras extrañas. Sólo en Galecia justamente hallará reposo. Él mismo nos dice en el epitafio

que, con ejemplar previsión, se compuso para su tumba en hexámetros virgilianos: «Nacido en Panonia, atravesando los anchos mares y movido por impulso divino, llegué a esta tierra gallega, que me acogió en su seno...».

San Martín Dumiense es, consiguientemente, de la misma patria lejana, la actual Hungría, muy hacia el Oriente, que su glorioso homónimo San Martín de Tours, de reciente memoria (relativamente reciente, pues San Martín muere el año 397) y cuyos milagros atraían a su tumba gentes de toda procedencia y categoría. El Dumiense hubo de nacer hacia el 510-520. De su juventud no se sabe nada. Apuntemos sólo que un siglo antes (después de 414) había muerto por sus tierras del Danubio un escritor notable, Nicetas de Remesiana, cuyas obras hubo de leer antes de emprender sus peregrinaciones. Acaso la primera de éstas le llevó a Palestina, donde se hizo monje y aprendió el griego. El monacato era entonces algo muy móvil. Martín puede seguir peregrinando; pero de Palestina se trajo el espíritu monacal que instaurará en tierras de Galicia y dos preciosos opúsculos: *Verba seniorum* y *Sententiae Patrum Aegyptiorum,* que serán la regla de su futuro monasterio dumiense. La visita de Roma era inevitable. De Roma pasaría al reino franco, donde le hemos hallado junto al sepulcro de San Martín y hemos supuesto que, desde allí, por mar, se dirigió al reino suevo, donde había de hallar término a su peregrinación y ancho campo a su celo apostólico. Éste sería el momento de su gran obra: la conversión del rey y el pueblo arriano a la ortodoxia católica. Ni San Isidoro ni San Gregorio de Tours nos dicen en qué consistió la acción del Dumiense en la conversión del rey y pueblo suevos. Acaso fue obra del prestigio de su fe y de su saber. El hecho es que en el primer Concilio de Braga, el año 561, San Martín desempeñaba el mismo papel que San Leandro en el tercero de Toledo. La conversión había sido tan entera que no fue menester lanzar nuevo anatema contra el arrianismo y los ocho obispos que firman sus actas se limitaron a leer la decretal del papa Vigilio y extractar de ella su canon quinto, que manda administrar el bautismo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Que la conversión hubo de estar relacionada con los milagros de San Martín de Tours lo prueban los versos del Du-

miense que figuraban en la basílica de Dumio, consagrada al taumaturgo turonense:

> «Admirando tus prodigios, el suevo ha conocido el verdadero camino, y, para sublimar tus meritos, ha levantado estos atrios, construyendo a Cristo un templo venerable, donde tu repartes tus gracias y el derrama sus plegarias»

Pero Martín, que hubo de frecuentar la corte y mezclarse entre las muchedumbres populares y presidir un concilio para la obra de conversión, era en el fondo un monje que se había traído de Palestina la nostalgia de la soledad, del silencio y la quietud, de la gloria de la oración lejos de todo mundanal ruido, aun del que trae consigo toda obra de apostolado (y éste es acaso el brazo más pesado de su cruz). Así, y apoyado, sin duda, por el poder regio, pronto funda el monasterio de Dumio, cerca de Braga, el primero de Galicia y acaso también de toda la España visigótica. Luego seguirán otros, de los que quedan escasas noticias. Lo cual no era abandonar la obra de conversión, sino asegurarla. Acaso Martín comprendió que no hay medio de cristianizar un pueblo como esos focos de intensa vida sobrenatural, que, como el fuego su calor, la irradian luego en torno suyo, sin estruendos pero con infalible eficacia. No sabemos como se llevó a cabo la fundación y se formó en torno a Martín ese vasto mundo aparte que era una abadía medieval Lo que sí sabemos es que muy pronto el abad de Dumio es creado obispo —*Dumiensis monasterii sanctissimus pontifex,* le llama San Isidoro—. Su jurisdicción debió de limitarse a la *familia servorum* del monasterio y acaso a la corte. Se supone que conoció la regla de San Cesáreo de Arlés († 27 de agosto de 543) y acaso también la de San Benito († ca.547). Pero en Dumio, Martín fue, sin duda, la regla viva. Y como fuente de inspiración para la formación de sus monjes, allí estaban los dos opúsculos que se trajera de Oriente: *Las palabras de los ancianos* y *Las sentencias de los padres egipcios.* Este último, que nos parece menos interesante, lo tradujo por sí mismo. Del primero encomendó la traduccion a su discípulo Pascasio, quien antepone a su labor un breve prólogo dirigido «al señor venerable padre Martín, abad y presbítero» Este prólogo nos interesa, como todo rastro que de sí deje un alma, pues Pascasio, monje de Dumio, puede representar el ideal de cultura

que San Martín señalaba a sus monjes. Pascasio emprende su trabajo, para él insólito, para obedecer a su padre santísimo. Él sabe —y es un saber precioso— que nada puede jamás leerse, escribirse o imprimirse, si el ingenio o el corazón con su íntima voz lo prohíben. Se acuerda de Sócrates y, como él, sabe que no sabe nada. Ha leído muchos libros elocuentísimos, aun por incitación de su abad, y si su version latina no lo es tanto, no se le inculpe a él, sino al mal manuscrito de que dispone. Le pide a su abad la ayuda de su oración y si halla, en fin, su trabajo digno de ser copiado, él se digne pulirlo con su buen estilo. El buen Pascasio termina: «No sabría que mi trabajo te ha agradado, si no veo algunas cosas que te hayan disgustado». La obrita es un tesoro de doctrina ascética, con la ventaja de ofrecérsenos no en tratados abstractos o en áridas sentencias, y menos en un código de imperativos, sino en narraciones, anécdotas y palabras vivas de los Padres del yermo. Son la flor de aquellas soledades en su mejor primavera de santidad. Son zumo sabroso de unos frutos de experiencia ya secular. Es difícil resistir a la tentación de transcribir aquí algunas de esas palabras de los viejos del yermo, no sólo por su perfume y su jugo, sino porque si no son obra de San Martín, por él llegaron a Occidente y él antes que nadie hubo de sentir su hechizo y modelar por ellas su espíritu y el de sus monjes. Tomemos el postrer capítulo.

> «Se reunen doce anacoretas y se conviene entre ellos que cada uno diga en que piensa y medita El primero dijo "He puesto un muro entre mi y el mundo exterior y solo me miro a mi mismo y espero la esperanza de Dios" El segundo "Desde que renuncie a la tierra, me dije hoy has empezado a servir a Dios" El tercero "Por la mañana subo a Dios y le adoro " El cuarto "Yo me imagino estar en el monte Olivete con el Señor y sus discipulos y me digo a mi mismo no conozcas a nadie segun la carne" El quinto "Yo estoy continuamente esperando mi fin y le digo a Dios preparado esta mi corazon " El sexto "Yo me imagino oir que el Señor me dice a la continua trabajad por mi y yo os dare el descanso " El septimo "Yo pienso continuamente en la fe, la esperanza y la caridad" El octavo "Yo miro como el diablo esta dando vueltas buscando a quien devorar " El noveno "Yo procuro vivir con mi mente en el cielo y cuanto hay en la tierra lo reputo ceniza y estiercol" El decimo "Yo miro continuamente al angel que me acompaña " El undecimo "Yo hago de las virtudes personas y me las imagino acompañandome por todas partes " El duodeci-

mo "Vosotros, padres, sois hombres celestes o angeles terrenos y por ello pensais en el cielo Yo bajo todos los dias al infierno y me digo a mi mismo estate con los que mereces, pronto te contaras entre ellos "»

Recojamos alguna deliciosa narracioncilla. San Martín recomendaba a sus monjes el desprendimiento de las cosas con este ejemplo:

El abad Macario sale un dia de su celda A la vuelta halla a un ladron que estaba cargando su jumento con los enseres del monje Macario se hace el extranjero, le ayuda a cargar la bestia y le acompaña diciendo «Nada trajimos al mundo y nada nos llevaremos de el»

Vaya esta otra por lo breve:

«Un viejo le dice a otro "Yo estoy muerto al mundo" El compañero le responde "No confies en ti mismo hasta que hayas salido de tu cuerpo, pues si tu estas muerto, el diablo no lo esta, y sus artes son incontables"»

Una sentencia de oro: «Todo trabajo sin humildad es vano...».

Contra la fácil tentación de soberbia que acecha al monje como elegido y predestinado, San Martín contaba a los suyos: El abad Silvano fue arrebatado en éxtasis en su celda. Vuelto del éxtasis, lloraba. Importunado por su discípulo, dijo finalmente:

«He sido arrebatado al juicio, hijo mio, y he visto a muchos con habito de monjes ir a los suplicios y a muchos laicos subir al cielo» *(Sententiae Patrum Aegyptiorum,* 48)

Y así fuera grato continuar.

Pero no eran sus monjes de Dumio la sola solicitud de San Martín. Para regular la vida del clero, recopiló, tradujo y ordenó una colección de cánones, tomados «de los sínodos de los antiguos Padres orientales», pero también de concilios españoles y africanos. Colección, sin duda, del mayor interés para el conocimiento de la organización y vida de la Iglesia y aun de las costumbres en general de aquellos tiempos. San Isidoro nos dice haber leído él mismo —*ego ipse legi*— un volumen de cartas en que «el obispo santísimo del monasterio dumiense exhortaba a la enmienda de la vida, al fervor en la oración, a la largueza en la limosna y, sobre todo, al culto de las virtudes y a la piedad».

Estas cartas se han perdido y su pérdida es bien de lamentar, pues ellas nos hubieran acaso guardado lo mejor del alma del abad de Dumio.

Al rey Miro, sucesor de Theudemiro, le dirige San Martín el opúsculo *Fórmula de la vida honesta.* El tratado hubo de ser pedido al santo por el rey mismo, que siente —dice Martín en el prólogo— sed ardentísima de la sabiduría y quiere ir a saciarla en las fuentes de donde manan los ríos de la ciencia moral. Si esta sed la suscitó, como es de suponer, el apóstol en sus conversos, ello sería gloria suya y de ellos. La *Fórmula* es un tratado de ética natural de corte e influencia senequista. San Martín Dumiense, de origen no hispano, es nuestro primer senequista. Hasta tal punto se penetra del estilo y pensamiento del cordobés, que la Edad Media nos ha transmitido la *Formula vitae honestae* bajo el nombre de Séneca. La nueva patria le prestó acaso también algo de su espíritu. A Séneca suena esta sentencia: «¿Qué importa que no estés en tu patria? Tu patria es el lugar donde has encontrado el bienestar, y la causa del bienestar no radica en el lugar, sino dentro del hombre mismo». Lo mismo se diga del tratado *De ira,* que recuerda otro del mismo título de Séneca.

Objeto, en fin, de la solicitud del abad obispo de Dumio era el pueblo humilde de los campos, imbuido aún de supersticiones paganas, célticas y germánicas. El tratado *De correctione rusticorum,* a par de un resumen de las verdades cristianas, da noticias de las supersticiones de las gentes del campo del reino suevo (y hay que suponer que de toda España). Para desacreditar la idolatría, San Martín apela a la teoría demónica. Muchos de los demonios expulsados del cielo presiden en el mar, en los ríos, fuentes y bosques, y los hombres que ignoran a Dios les dan culto como a dioses. En el mar los llaman Neptuno, en los ríos, Lamias, en las fuentes, Ninfas, en los bosques, Diana En realidad, Marte, Mercurio, Júpiter, Venus y Saturno fueron hombres pesimos entre los griegos. Notable cruce, pues, de la teoría demónica y del evemerismo (y notable también que aún haya quien crea hoy el aire poblado de demones...). San Martín no quiere que se den a los días de la semana los nombres de los dioses gentiles y es admirable que los portugueses le hayan obe-

decido. Citemos, en fin, por lo curioso, el culto a los ratones y a las polillas. Su hartazgo a principios de año era presagio de abundancia en la casa visitada por tan incómodos huéspedes.

Sólo podemos ya citar por su mero título otras obras del santo: *Pro repellenda iactancia, De superbia* y *Exhortatio humilitatis,* que tienen más sabor evangélico. Los opúsculos sobre la Pascua y *De trina mersione* responden a cuestiones muy debatidas en su tiempo.

San Martín fue también poeta, o, por lo menos, sabía manejar diestramente los hexámetros virgilianos. Se le han señalado influencias del poeta galorromano Sidonio Apolinar († 480-90). En el refectorio del monasterio de Dumio había una inscripción tomada casi a la letra de San Apolinar (cf. PL 72,52 y PL 58,722). En hexámetros virgilianos está compuesto por él mismo su epitafio, con que cerramos esta semblanza:

> «Nacido en Panonia, atravesando los anchos mares y movido de impulso divino, llegue a esta tierra gallega, que me acogio en su seno. Fui consagrado obispo en esta iglesia tuya, oh glorioso confesor San Martin, restaure la religion y las cosas sagradas y, habiendome esforzado en seguir tus huellas, yo, tu servidor Martin, que tengo tu nombre, pero no tus meritos, descanso aquí en la paz de Cristo»

Este descanso lo alcanzó el año 580. Cinco años más tarde moría también, bajo las armas victoriosas de Leovigildo, el reino suevo. San Isidoro le puso el epitafio: *Regnum autem suevorum deletum in Gothis transfertur, quod mansisse CLXXVII annis scribitur,* «Fue borrado el reino suevo que pasó a los godos y se dice haber durado ciento setenta y siete años». La obra, sin embargo, de San Martín no quedó borrada. Sólo unos años más tarde, España entera será católica y esta fe católica de España entera será la gran fuerza que la salvará, en lucha secular, de la suprema prueba que la historia le reservaba.

DANIEL RUIZ BUENO

Bibliografía

Act SS Boll, 20 de marzo
BARLOW, C W (ed), *Martini Episcopi Bracarensis Omnia* (New Haven 1950)
FLOREZ, E, *España sagrada,* t IV p 151s

GREGORIO DE TOURS, SAN, *De miraculis Sancti Martini*, p 1 c 11 ASIMISMO VENANCIO FORTUNATO PL 88
MENENDEZ PELAYO, M, *Historia de los heterodoxos españoles*, I (BAC 150, Madrid [5]1998) 257s
PEREZ DE URBEL, J, *Los monjes espanoles en la Edad Media*, I (Madrid [2]1945) 203s
Veanse las *Historias de la literatura cristiana* o *Patrologias* de B ALTANER, O BARDENHEWER, etc, en sus pasajes sobre San Martin

SAN JUAN NEPOMUCENO

Presbitero y martir († 1393)

Es curiosa la persistencia que las leyendas, sea cualquiera su signo, logran frente a la historia mejor fundada. Hoy conocemos ya con absoluta certeza cuál fue, en realidad, la vida de San Juan Nepomuceno, cuáles las vicisitudes de su culto y los fundamentos documentales de todo orden en que puede apoyarse. Y, sin embargo, mientras esto ocurre, nos encontramos con que todavía la leyenda persiste con toda su fuerza.

Y subsiste en primer lugar la leyenda de tipo negativo En 1835 un protestante alemán llamado Abel, con la intención que puede suponerse, dio suelta a su imaginación y presento la historia de San Juan Nepomuceno como un tardío intento, improvisado por los jesuitas, para conseguir borrar en el pueblo bohemo el recuerdo de Juan Hus Como los husitas negaban la confesión sacramental, se había insistido por parte de los jesuitas en hacer del fantástico santo un héroe de la misma confesión. Todavía el 7 de marzo de 1945 un filósofo de la talla de Benedetto Croce pronunciaba una conferencia sobre *Italia y Bohemia* en la que se hacía eco de semejante teoría·

> «De aquel Juan Nepomuceno, el legendario martir del secreto mantenido frente al rey sobre la confesion de la reina, con cuyo nombre se procuro borrar y sustituir el tenaz recuerdo popular que los bohemos conservaban todavia de otro Juan, de su heroe Juan Hus»

La teoría era completamente absurda por la obvia razón de que, cuando se pretende que ocurrieron estos hechos, sólo personas muy eruditas conocían a Juan Hus, y muy pocos bohemos habrían leído alguno de sus escritos. La verdad es que cuando los jesuitas llegaron a Bohemia el culto a San Juan Nepomuceno es-

taba ya sólidamente establecido y sumamente difundido entre el pueblo fiel. Pero no importa que la hipótesis protestante fuera absurda. La leyenda subsiste, y continuará con tenacidad.

Dígase lo mismo desde el punto de vista piadoso. Tengo a la vista, mientras escribo, los dos *Años cristianos* más difundidos en Italia, editados en los años 1952 y 1958. En ambos se recoge la leyenda, puesta en circulación y difundida por el jesuita Balbín, que hoy está fuera de duda, pues carece de fundamento crítico. Se trata del clásico esquema de vida medieval de santo: nacimiento de madre ya avanzada en edad, llamas maravillosas sobre su cuna, milagro en su favor durante la niñez por intercesión de la Virgen... Y así hasta el maravilloso resplandor que rodeó su cuerpo arrojado por orden del rey al río.

Frente a todo esto, frente a la insidia protestante, a la que los mismos benedictinos de París parecen dar algún valor, y la deformación piadosa que todavía corre, quisiéramos decir algo de su admirable vida ateniéndonos a lo que acerca de él nos enseña la historia.

Nos encontramos en el siglo XIV. Rige la extensa diócesis de Praga, con más de mil quinientas parroquias, el célebre arzobispo Juan Jenstein, que habría de morir en Roma y ser sepultado en Santa Práxedes. Era un hombre doctísimo, de vida santa, defensor incansable de la verdadera reforma de costumbres Él fue quien se opuso en más de una ocasión a las injustas pretensiones del rey de Bohemia Wenceslao, hijo del «Padre de la Patria», el emperador Carlos IV.

Junto a esta insigne figura de la historia eclesiástica encontramos la de Juan Nepomuceno. Había nacido en Nepomuk o Pomuk, en las cercanías de Zelená Hora, alrededor del año 1345. Ya en el año 1370 era notario de la Curia arzobispal. Ordenado sacerdote en 1379, le encontramos como párroco de San Gall, en Praga, simultaneando sus cuidados pastorales con el estudio del derecho eclesiástico en aquella célebre universidad, en la que obtiene el bachillerato. En 1382 el arzobispo le envía a Padua, donde se doctora en derecho canónico en 1387, volviendo luego a Praga. Allí es nombrado canónigo de la iglesia de San Gil. Permanece en ella sólo dos años y pasa luego a la iglesia colegiata de Vysehrad, en la capital de Bohemia. El 25 de

agosto de 1390 conmutó la parroquia de San Gall con el arcedianato de Zatec, oficio importantísimo que llevaba consigo el título de canónigo honorario en la catedral de San Vito, en Praga. Había sido nombrado ya vicario general de aquella amplísima archidiócesis.

Fue entonces cuando ocurrió el suceso que dio pie para que el rey actuara contra él. En la abadía de Kladruby había sido elegido un nuevo abad, llamado Olen, como sucesor del fallecido abad Racek. Como nadie había presentado objeción alguna a tal elección dentro del plazo establecido, el vicario general Juan Nepomuceno confirmó el nuevo abad. Pero tropezó con las pretensiones del rey Wenceslao, que quería suprimir la abadía para erigir una nueva sede episcopal y conferirla a un miembro de su corte, al parecer a Juan Nanko, preboste de Lebus, en la Silesia. Contrariado en sus planes, intentó presionar sobre el vicario general y, al no conseguirlo, dio orden de arrojarlo al río Vitava. Era el año 1393. Esta fecha, que sabemos está atestiguada por el abad agustino de Zahaní en Silesia, Lodolfo Loserth, que había hecho sus estudios en Praga en el año 1372, nos ofrece las máximas garantías. Por otra parte, el obispo Juan de Jenstein, en una amplia relación que envió a Roma, testimonia el martirio de su vicario general. Y el biógrafo del mismo obispo, escribiendo en el año 1401, habla del martirio y de los milagros que se han obtenido por intercesión de Juan Nepomuceno.

Sin embargo, podra extrañar que no hagamos alusión a la tradición que enlaza el martirio de San Juan Nepomuceno con la guarda del sigilo sacramental. Uno de los más insignes historiadores bohemos, Palacky, comentando la decisión del rey Wenceslao, sugiere ya algo cuando dice: «Había también otros motivos por los que el rey odiaba a este pío sacerdote».

¿Qué motivos eran éstos? Tomás Ebendorfer de Haselbach, que fue enviado al concilio de Basilea para tratar con los bohemos en los años 1433-1435, nos va a proporcionar un dato precioso. En su crónica, escrita años después, hacia 1450, indica abiertamente la existencia de una sólida tradición local sobre el sigilo sacramental como causa del martirio de San Juan Nepomuceno. Es más: la verdad de esta tradición no es negada ni por los mismos husitas, a pesar de la parte activa que en el martirio

tuvo el rey, protector de su naciente partido. Años después el historiador Pablo Zidek, en su célebre *Zpravovna* dedicada en 1471 al rey Jorge, repite la misma noticia y describe la tumba de Juan Nepomuceno en la iglesia de San Vito, donde el pueblo fiel veneraba el cuerpo del mártir como el de un santo. El historiador bohemo Pekar no se atreve a negar la posibilidad de que San Juan hubiera sido confesor de la reina.

No puede admirar, sin embargo, que no exista un testimonio inmediato. ¿En qué cabeza puede caber que el rey declarara expresamente que mandaba matar a Juan Nepomuceno porque tenía celos de su esposa y deseaba cerciorarse de la verdad obligándole a declararle lo oído en confesión? Evidentemente, esto sería absurdo. Lo lógico era buscar un pretexto cualquiera, el de su firmeza al defender los derechos de la Iglesia, para mandarlo matar. Luego la tradición se encargaría de conservar la memoria de lo que verdaderamente había ocurrido.

Y, en efecto, el culto a San Juan Nepomuceno tomó desde los primeros tiempos una gran fuerza. Así nos encontramos con muchísimos testimonios, no sólo arqueológicos, sino también literarios, en forma de canciones y poesías que nos testimonian el amor que el pueblo conservaba hacia el Santo y el fervor con que le tributaba culto.

Hacia el año 1541, sin embargo, ocurrió un hecho que ha venido a turbar durante tiempo la historia de San Juan Nepomuceno. El cronista Václav Hájek Libocan, escribiendo sobre una fuente histórica en la que la fecha del martirio aparecía fijada en 1383, dio como cierta tal fecha. Y cuando el jesuita Balbín y los dos canónigos de San Vito, Dlouhvesky y Pesina, promovieron la gran campaña en favor de la canonización de San Juan, trabajando sobre la crónica anterior, se encontraron con dos fechas para el martirio. Para salvar la dificultad y armonizar los datos escritos con los de la tradición supusieron que había habido dos Juanes· uno martirizado en 1383 por el sigilo sacramental y otro en 1393 por la cuestión de la independencia de la Iglesia. Únicamente aparecía una tumba, pero para este hecho se buscaron varias explicaciones. Y así la vida de Balbín, basada en la leyenda y partiendo del principio de este doble Juan, escrita en 1680, pasó a los Bolandistas y de ellos a la misma constitu-

ción apostólica de canonización. Balbín escribía con datos muy limitados, sin tener acceso al archivo capitular de Praga y sin conocer la vida del arzobispo Juan de Jenstein. Hoy sabemos la verdad que entonces apareció oscura, y nos parece absurdo pensar por un momento en dos mártires, que los dos se llaman Juan, los dos han nacido en Nepomuk, los dos han sido arrojados al río por orden del mismo rey, y, sin embargo, son diferentes Es muchísimo mas sencillo admitir el error, ya comprobado, en la fecha del martirio.

La campaña emprendida por Balbín y sus dos amigos canónigos obtuvo un éxito resonante. El papa Inocencio XIII declaró el 25 de junio de 1721 al mártir Juan Nepomuceno Beato, aprobando el documento del arzobispo de Praga, que atestigua la autenticidad de su culto inmemorial. Las cartas de los emperadores, de los obispos, de las Órdenes religiosas, de las Universidades de Viena, Praga y Bratislava, de la Facultad de Olomuc, pidieron a Roma la apertura del proceso de canonización, que el mismo Papa concedió el 18 de julio de 1722. Fueron examinadas las declaraciones de cincuenta y cuatro testigos. Se examinaron también los milagros que se atestiguaban. Y ocurrió entonces algo que pocas veces ha sucedido en una causa de esta clase.

El 27 de enero de 1725 la comisión presidida por el arzobispo de Praga, compuesta por dignidades eclesiásticas y civiles, de profesores de medicina y de dos cirujanos, examinó la lengua del mártir, que fue encontrada incorrupta, pero seca, y de color gris. De pronto, en presencia de todos, empezó a esponjarse y apareció rosa, como si se tratara de la de una persona viva. Todos se pusieron de rodillas, y este milagro, realizado en circunstancias tan solemnes, fue el cuarto de los que sirvieron para la canonización. Esta tuvo lugar el 19 de marzo de 1729, por Benedicto XIII, en la basílica de San Juan de Letrán. Desgraciadamente, el acta de la canonización se hizo eco de la teoría de Balbín acerca de la existencia de dos Juanes. Pero, evidentemente, esto no estorba para nada la realidad que hoy conocemos: hubo un solo Juan, el vicario general de Praga, canónigo, mártir del sigilo sacramental, a quien Benedicto XIII canonizó, aunque accidentalmente recogiera la opinión, entonces imperante, de la existencia de otro Juan. Y esto es todo.

San Juan Nepomuceno ha sido considerado siempre como el patrono del sigilo sacramental, y también, por cierta evidente conexión, como el patrono de la fama y el buen nombre. Sus biógrafos nos cuentan maravillosos ejemplos en los que ha brillado con claridad la eficacia de tal patronazgo.

Es también patrono secundario de la Compañía de Jesús. Y ejerce su patronato sobre la Bohemia y Moravia. El culto de San Juan Nepomuceno ha sido, a través de los siglos, como el punto de cita del sentir religioso y nacional de estos dos pueblos. El altar del santo mártir, con sus sagradas reliquias en la iglesia metropolitana de San Vito, era el imán que atraía todos los años el 16 de mayo hacia Praga innumerables peregrinos bohemos, moravos y eslovacos. Cuando iba desapareciendo en las escuelas la lengua materna, oprimida por la lengua alemana, los peregrinos de Praga oían con gozo hablar su propia lengua. La fiesta de San Juan Nepomuceno era el estímulo para la vida de la nación. Como escribía el 12 de abril de 1925 en una carta pastoral monseñor Carlos Kaspar, obispo de Hradec Králové: «El culto de San Juan Nepomuceno suscitaba la lengua bohema a nueva vida. No sé si, sin San Juan Nepomuceno, se oiría aún esta lengua en las regiones de nuestra amada patria».

Una providencia especial pareció velar siempre sobre sus reliquias. Se vieron libres primero de las profanaciones de los husitas, y después de las de los luteranos, en 1618. Su casa natal fue transformada en iglesia, y un altar señala el lugar de su nacimiento. En Praga, en el lugar donde fue tirado al río, en el puente que une las dos partes de la ciudad, se conservaba una imagen ante la que los habitantes de la ciudad tenían la piadosa costumbre de orar siempre que pasaban. No es raro encontrar imágenes semejantes en puentes de Alemania y Alsacia. Su culto se extendió también por influjo de la Compañía de Jesús a otros muchos países.

LAMBERTO DE ECHEVERRIA

Bibliografía

JAUGEY, J B , «Jean Nepomucene», en *Dict appol de la foi cath*, t 2 col 1210

PASSI, B , *La historia della vita, del martirio e dei miracoli di S Giovanni Nepomuceno* (Roma 1729)

BEATO HIPÓLITO GALANTINI

Seglar y fundador († 1619)

Florencia es uno de los lugares que destacan en el mundo por la riqueza de su arte y por ser cuna de excepcionales genios en las distintas ramas del saber humano. Siempre será una ciudad sobresaliente en el mundo. Pero muchas veces estos criterios de los hombres hay que ampliarlos a otras coordenadas donde los hitos vienen marcados claramente por valores espirituales en no pocas ocasiones nada coincidentes con nuestras selecciones y que, sin embargo, dejan profundas huellas de lo divino. Es el caso de algunos santos.

Cuando Florencia se hallaba en el apogeo de su grandeza en los siglos XV y XVI y volvía los ojos de su extremada admiración a sobresalientes escritores y artistas, Dios dirigía también su especial mirada hacia seres que nos parecían irrelevantes, por sencillos, honestos y de humildes cunas. Es el caso de Hipólito Galantini.

Nuestro santo nació en la misma Florencia el 12 de octubre de 1565. Sus padres, trabajadores muy normales, no pudieron darle otro futuro que el de tejedor de paños, oficio artesanal muy arraigado en la vieja ciudad. Inicialmente delicado de salud, su propia curación maravillosa cuando aún tenía doce años dejó una profunda huella en su corazón juvenil, cambiando sus pensamientos para entregarse por completo a Dios. Asociado con otros compañeros de profesión, igualmente sencillos y con las mismas inquietudes, en sus horas libres se dedicaron a la educación religiosa de los jóvenes, especialmente de los que ellos llamaban muchachos de la calle.

Fue tal la aptitud y entrega a este trabajo voluntario, que hasta el propio cardenal Alejandro de Médicis, más tarde papa León XI, le nombró maestro de la doctrina cristiana para la archidiócesis de Florencia asociándolo a la iglesia del Prato de Lucia. Allí pudo dar rienda suelta a sus fervores apostólicos hasta el punto de dividir su tiempo entre su trabajo de tejedor y la instrucción religiosa de niños y adultos pobres.

Ansioso de una mayor perfección quiso ser admitido entre los religiosos capuchinos, pero, por su mala salud, no pudo realizar ese sueño, volviendo a sus trabajos en las dos vertientes

anteriores: la artesanal al lado de los suyos y la apostólica. No le faltaron opositores envidiosos, a los que él venció con admirable paciencia. Fueron muchos más los que se pusieron de su lado y sus propios conciudadanos le donaron un oratorio donde tomó el hábito de terciario franciscano. Sería allí donde el 14 de octubre de 1602 fundó la Congregación de San Francisco de Asís para la Doctrina Cristiana.

Con la experiencia adquirida en Prato de Lucia experimentó su propio método pedagógico, dividiendo a sus alumnos en quince clases distintas, atendiendo a la edad y conocimientos de los asistentes. Al frente de cada una de ellas un responsable elegido entre sus propios seguidores.

Infatigable en su trabajo, su fama llegó hasta los florentinos ricos y pudientes que le permitieron ayudar a los pobres y extender su congregación a Voltera, Lucca, Pistoya, Módena y otros lugares donde él mismo permanecía por algún tiempo para que siguiera adelante su propósito.

Pero, como sucede siempre, también siguieron creciendo los enemigos, envidiosos de sus éxitos, quienes lo persiguieron con violencia y maldad hasta el punto de ser acusado de compartir errores afines a los de Lutero y de introducir nuevas reglas y reformas fuera de lo común. Incluso uno de sus hijos espirituales lo acusó ante el papa y el duque magnífico Cosino, por la excesiva severidad de sus reglas. Todo inútil. Salió con mayor fortaleza pues todos coincidieron en que su obra estaba destinada a la mayor gloria de Dios y bien de los hombres. Recibió incluso especiales ayudas del propio Duque. En su Congregación ingresaron personajes de alto rango social, movidos por el deseo de aprender sus métodos catequísticos y docentes.

Su profunda espiritualidad se nutría de la comunion frecuente, diaria, en una época en que esto todavía no se estilaba ni entre las almas buenas.

La inquietud de su vida lo llevó a visitar Loreto para poner su fundación bajo el patronazgo de la Virgen. Fue casi un viaje de despedida. Hipólito moriría muy poco después en la misma Florencia, a los 54 años de edad, purificado por los sufrimientos añadidos a los que ya le deparaba su obra. El día de Viernes Santo, 20 de marzo de 1619, con un Crucifijo entre las manos,

descanso placidamente en el Señor. Se ponía fin a 14 años de sufrimiento que soportó con gran espíritu de sacrificio y resignación.

Todos lloraron su desaparición. Pero quedaba muy en marcha su obra y su ejemplo. Por eso desde los primeros instantes el sepulcro del humilde catequista Hipólito se convirtió en meta de peregrinaciones al que acudían a llorar su desaparición y a pedirle favores porque Dios, por su intercesión, los derramaba en abundancia.

Los estatutos de su Congregación, los escritos y trabajos ascéticos del santo fueron aprobados por Benedicto XIV en 1747, quien luego lo declaró venerable en 1756. Definitivamente confirmados por el papa León XII mediante un decreto especial con fecha de 17 de septiembre de 1824. El mismo Papa lo beatificó solemnemente el 13 de mayo de 1825. Su fiesta se celebra el 20 de marzo.

JOSE SENDIN BLAZQUEZ

Bibliografía

BALDOCCI NIGETTI, D , *Vita del b servo di Dio Hippolito G , fondatore della Congregazione di S Francesco della dottrina cristiana* (Roma 1657)
Butler's lives of Saints New full edition, rev por T RODRIGUES (Minnesota 1998) 208
Bibliotheca sanctorum

BEATO FRANCISCO DE JESÚS, MARÍA Y JOSÉ PALAU Y QUER

Presbítero y fundador († 1872)

El florecimiento religioso producido en España en la segunda mitad del siglo XIX está marcado, en buena medida, por la acción pastoral de los religiosos exclaustrados en 1835. Trece, al menos, de las congregaciones femeninas que datan de esta época fueron fundadas por exclaustrados: capuchinos, dominicos, carmelitas, mercedarios, benedictinos, cistercienses, oratorianos... De todos ellos es el carmelita descalzo Francisco Palau y Quer el que ya ha alcanzado la beatificacion. Es una figura radiante del inconfundible sentido eclesial de la Doctora del Carmelo, la que después de haber escrito tantas páginas sublimes lo resumió todo en aquellas sus últimas palabras a punto de expi-

rar: «Al fin muero hija de la Iglesia». Él fue todavía más explícito, viendo llegar la muerte a los 61 años: «Cuán dulce, cuán agradable, cuán deleitable debe de ser el reposo en los brazos de una Madre virgen y tan pura cual es la Iglesia triunfante».

Su vida fue un itinerario de fe —«sin otra luz y guía, sino la que en el corazón ardía»— jalonado por cambios sucesivos que supusieron una permanente desinstalación: el paso del seminario al Carmelo, del Carmelo a la calle, de la Península al destierro, y el trueque del carmelita teresiano por el fundador del Carmelo Misionero. Una vida polifacética de contemplativo, predicador, escritor fecundo, organizador, que nos recuerda la del probadísimo Jerónimo Gracián, el famoso confesor de Santa Teresa de Jesús, cuya beatificación tanto se ha dejado desear.

Nació en Aytona (Lérida) el 29 de diciembre de 1811, el segundo de una humilde familia campesina, hijo de José Palau Miarnau y María Antonia Josefa Quer Esteve. El mismo día recibió el bautismo, y a los seis años —11 de abril de 1817— el sacramento de la confirmación. Cuando él llega a los 13 años su hermana mayor contrae matrimonio y se traslada a Lérida, acogiendo a Francisco en el nuevo hogar, que así puede proseguir sus estudios cuatro años mas. A los 17 años ha madurado en él la vocación sacerdotal e ingresa en el seminario de Lérida, donde estudia tres cursos de humanidades y filosofía y uno de teología. El camino estaba ya expedito para ser un buen sacerdote diocesano, pero una santa inquietud no le ha dejado y ahora, a sus 21 años, quiere consagrarse a Dios en pobreza, castidad y obediencia. ¿Qué orden religiosa elegir? El 23 de octubre de 1832 ingresa en el convento de Carmelitas Descalzos de Barcelona, iniciando el noviciado días después, el 14 de noviembre, con el nombre de Francisco de Jesús, María y José. Los tiempos que se avecinan son terribles, y él lo sabe, sin arredrarse. Evocará, años más tarde, el momento de su profesión con estas palabras:

> «Cuando hice mi profesion religiosa —15 de noviembre de 1833— la revolucion tenia en su mano ya la tea incendiaria para abrasar a todos los establecimientos religiosos, y no ignoraba yo el peligro apremiante a que me exponia ni las reglas de prevision para sustraerme a el Me comprometi, sin embargo, con votos solemnes a un estado, cuyas reglas creia poder practicar hasta la muerte, independiente de todo humano acontecimiento»

De 1833 a 1835 cursa en el mismo convento de San José los estudios de teología, y el 22 de febrero de 1834 es ordenado diácono, lo que lo sitúa ya en los umbrales del presbiterado. Pero acaeció lo temido: el 25 de julio de 1835 se produjeron los asaltos incendiarios de los conventos de Barcelona.

Los carmelitas tuvieron que huir precipitadamente, dejando el convento en llamas. Salió ileso, pero pronto se vio recluido con otros religiosos en la prisión de La Ciudadela. Pocos días después, obtenido un salvoconducto y vestido de seglar, se traslada a su pueblo natal, y se va convenciendo de que la deseada vuelta al convento se convertía en un sueño imposible. Pero vive el ideal carmelitano combinando la soledad y el silencio con sus servicios de diácono en la parroquia nativa, siempre en contacto epistolar con sus superiores. Un día le llega una carta con la indicación expresa de que se prepare para la ordenación sacerdotal El 2 de abril de 1836 la recibe en Barbastro de manos del obispo Santiago Fort y Puig. Desde ahora es un carmelita exclaustrado arrojado por la Providencia a un mar de circunstancias adversas. Él se pone a disposición de los obispos de Cataluña —encuadrada entonces en los dominios carlistas— dispuesto a ofrecer a las almas los frutos de la contemplación: de 1837 a 1840 se dedica principalmente a dar misiones populares, viéndose reclamado de todas partes. ¿Sería delito el haber actuado tanto y hacerse famoso en *territorio carlista?*

Por delante tiene el destierro a Francia que se prolongará durante once años. También aquí están suprimidos los Carmelitas, pero mantiene el fervor teresiano dando rienda a la soledad. Trabaja, ante todo, con los muchos españoles que también sufren el destierro, primero dos años en la diócesis de Perpiñán y los siguientes en la de Montauban, cobijándose junto al santuario mariano de Livron. Vive como anacoreta en una de las grutas de Mondéser: allí acuden curiosos y almas selectas y desde allí se desplaza a ayudar a los párrocos de las cercanías. En torno a él se producen brotes de vida comunitaria. Empieza la cosa a tomar forma y hasta llega a pensar en nacionalizarse en Francia. Emulaciones, envidias y malentendidos tejen en torno de él una red complicada que en vano trata de deshacer con las armas de la paciencia y la disuasión. La desinstalación sigue

siendo su signo y regresa definitivamente a España a finales de abril de 1851. Poco antes se había firmado el Concordato entre España y la Santa Sede. La situación de la Iglesia había mejorado, aunque todavía en España eran pocas las posibilidades de una pronta restauración de la vida conventual, en vista de lo cual se pone a disposición del obispo de Barcelona, José Domingo Costa y Borrás, que lo había conocido siendo obispo de Lérida y ahora le nombra director espiritual del Seminario.

A la sombra de los exclaustrados nacieron en España instituciones encaminadas a la formación de los cristianos. La más famosa y conocida de todas fue la «Escuela de la Virtud», debida a Francisco Palau. El proyecto debió de traerlo de Francia ya muy madurado, porque la «Escuela de la Virtud» se inauguró solemnemente el 16 de noviembre del mismo año de 1851. Pronto quisieron implantarla en otras diócesis y, desde luego, su irradiación en todos los campos culturales de Barcelona fue enorme. El acoso de los sectores anticlericales y revolucionarios no se hizo esperar. Sin que de nada sirvieran sus protestas y aclaraciones, sino al dictado de la calumnia, se decretó la supresión de la «Escuela de la Virtud» el 31 de marzo de 1854. Una semana después el fundador se embarcaba desterrado para Ibiza, solo y carente de todo recurso. Sus biógrafos anotan con tristeza que «amigos y colaboradores de la *Escuela* renunciaron a todo apoyo. Francisco Palau llegó a Ibiza calumniado, perseguido y vigilado».

Su destierro en Ibiza dura seis años, hasta la amnistía general concedida por el gobierno central de Madrid el 1 de mayo de 1860. En la isla encuentra el lugar retirado que tanto ansía el contemplativo que lleva dentro: un rincón junto al mar, cercano al pueblecito de San José. Los vecinos le toman cariño y hasta le ceden un pedazo de tierra en el que se fabrica una vivienda simplicísima, donde explaya su vocación de soledad y silencio; recorre los contornos, conversa con la buena gente y tiene tiempo para escribir muchas cartas reanudando contactos.

A Ibiza vienen a parar los antiguos discípulos, la vivienda se amplía y surge una nueva capilla. La imagen de Nuestra Señora de las Virtudes que presidía la «Escuela de la Virtud» de Barcelona es traída a este lugar, que se convierte en centro irradiador

de piedad para toda la isla: todos sus rincones fueron evangelizados por Francisco Palau. A Mallorca hubo de acudir varias veces a predicar, cada día más solicitado de todas partes. Tanta popularidad se le hace incómoda y termina por buscarse como refugio el islote del Veldra. «Aquel inmenso y pétreo vigía —dice bellamente E. Pacho— se convierte en su Patmos apocalíptico y revelador».

En la primera quincena de noviembre de 1860 se encuentra predicando en la ciudad menorquina de Ciudadela. Es aquí donde tuvo la iluminación mística que le hace comprender la misión que Dios le confía para el resto de su vida: predicar a los pueblos que la Iglesia es infinitamente bella y amable: «Éste es el objeto de mi misión, y tú, Iglesia, eres los prójimos formando en Dios una sola cosa».

Esta visión lo dinamiza por entero: se entrega con renovado ardor a la predicación tanto en grandes ciudades —Barcelona, Madrid...— como en otras localidades, en continuos y penosos desplazamientos, sin ceder ni al frío, ni al hambre ni al cansancio. Se multiplica en dar misiones populares en varias diócesis. Sus afanes fundacionales se reanudan en Menorca (1860-1861) con su Carmelo Misionero en las dos ramas masculina y femenina. La obra recibe consistencia con las fundaciones de Barcelona. Aquí la casa de Santa Cruz de Vallcara *(Els Penitents)* será el centro de su obra tanto para las Hermanas como para los Hermanos. La obra se extiende pronto por Cataluña y Aragón. Pocos meses antes de morir ve plenamente legalizada su obra y puede entregar a sus hijos e hijas espirituales las correspondientes Constituciones.

No debe silenciarse el punto más conflictivo de su vida. En su dedicación a enfermos incurables observó situaciones de muy difícil diagnóstico. ¿Esquizofrénicos agudos? ¿Desquiciados psíquicos? En algunos casos tuvo la certeza de hallarse ante posesos o endemoniados, y recurrió, por imperativo de conciencia, a la práctica de los exorcismos. La actitud del obispo de Barcelona fue contraria, aunque vio con buenos ojos que se dirigiese a Roma y expusiera al Papa sus ideas y actividades. Allí permaneció de diciembre de 1866 a marzo de 1867, aprovechando la estancia para regular su obra fundacional. Parece evi-

dente que en Roma no se halló rechazo a sus planteamientos, porque al regresar comenzó la publicación del semanario *El Ermitaño,* en cuyas páginas propugnó repetidamente la conveniencia de establecer el exorcistado como ministerio permanente de la Iglesia. Tan convencido estaba de ello que en los primeros meses de 1870 volvió de nuevo a la Urbe para presentar su proyecto a la consideración de los Padres conciliares del Vaticano I.

Francisco Palau se hizo sospechoso a las autoridades de Barcelona. Se le acusó de practicar la medicina de forma fraudulenta, y fue encarcelado con sus colaboradores el 28 de octubre de 1870. Después de un año de prisión, el juez decretó sentencia absolutoria. Le quedaban dos años escasos de vida y los llenó a tope: prolongados espacios de contemplación, dirección de sus hijos e hijas espirituales, largos viajes y visitas a las casas de sus fundaciones... El 10 de marzo de 1872 llega agotado y herido de muerte a Tarragona, a la casa de su última fundación. Y ahí fallece santamente, rodeado de sus carmelitas misioneras y de algunos otros carmelitas exclaustrados. Fue beatificado en Roma por Juan Pablo II el 24 de abril de 1988.

> «Francisco Palau, carmelita de cuerpo entero, contemplativo y apóstol en una pieza, abrió en el Carmelo Teresiano un canal nuevo y fecundo de espiritualidad eclesial que, a distancia de un siglo, sigue alimentando sueños y esperanzas» (E Pacho)

Como ya queda apuntado, Francisco Palau fundó una congregación de varones y otra de mujeres. Aquélla, denominada inicialmente «Hermanos Eremitas Carmelitas» y, posteriormente, «Hermanos Carmelitas de las Escuelas», sobrevivió con dificultades tras la muerte del fundador y terminó por desaparecer cuando la persecución a la Iglesia durante la guerra de 1936. La fundación femenina se dividió en dos ramas: «Carmelitas Misioneras» y «Carmelitas Misioneras Teresianas». Ambas congregaciones reconocen al Beato Francisco Palau por su fundador.

JOSE M.ª DIAZ FERNANDEZ

Bibliografía

GIL DE MURO, E , *Yo, Francisco Palau y Quer* (Burgos 1986)
PACHO, E , *Francisco Palau y Quer tipología y experiencia de Iglesia* (Burgos 1994)

PASTOR MIRALLES, J., *Francisco Palau, O.C.D · la libertad del amor* (Madrid 1988)
VIOLA I GONZALEZ, R., *Una vida d'amor a l'Esglesia. biografia del P. Francesc Palau i Quer* (Barcelona 2002).

SANTA MARÍA JOSEFA DEL CORAZÓN DE JESÚS SANCHO DE GUERRA

Virgen y fundadora († 1912)

La fundadora de las Siervas de Jesús de la Caridad, Madre María Josefa del Corazón de Jesús Sancho de Guerra, es la primera mujer vasca que ha sido canonizada. Así lo recordó el papa Juan Pablo II en la homilía de aquella solemne celebración, el 1 de octubre del año jubilar 2000, ante una inmensa muchedumbre, con estas palabras que diseñan su retrato espiritual:

> «En la vida de la nueva santa, primera vasca canonizada, se manifiesta de modo singular la acción del Espíritu. Éste la guió al servicio de los enfermos y la preparó para ser madre de una nueva familia religiosa. Santa María Josefa vivió su vocación como apóstol auténtico en el campo de la salud, pues su estilo asistencial buscaba conjugar la atención material con la espiritual, procurando por todos los medios la salvación de las almas. A pesar de estar enferma los últimos 12 años de su vida, no ahorró esfuerzos y sufrimientos y se entregó sin límites al servicio caritativo del enfermo en un clima de espíritu contemplativo, recordando que la asistencia no consiste sólo en dar las medicinas y los alimentos al enfermo; hay otra clase de asistencia y es la del corazón, procurando acomodarse a la persona que sufre» *(Ecclesia* [2000] p.1577).

A continuación, tuvo el Papa la gentileza y valentía de hablar en euskera aludiendo a la terrible plaga del terrorismo que azota a nuestra patria, con estas enérgicas y emotivas palabras:

> «Que el ejemplo y la intercesión de Santa María Josefa del Corazón de Jesús ayuden al pueblo vasco a desterrar para siempre la violencia, y el País Vasco sea una tierra bendita y un lugar donde siempre se respeten los derechos de todas las personas y nunca más se derrame sangre inocente» (ibid.).

María Josefa Sancho de Guerra nació en Vitoria el 7 de septiembre de 1842, en una familia pobre y humilde, siendo la mayor de tres hermanas. Sus padres, Bernabé Sancho, artesano, y

Petra Guerra, buenos cristianos, al día siguiente de su natalicio la llevaron a bautizar en la parroquia de San Pedro.

Cuentan sus biógrafos que apenas contaba tres años cuando cayó de un banco, se fracturó las dos piernas y quedó tullida. Sus padres la llevaron al santuario de San Miguel «in Excelsis» y quedó curada en el acto.

Contaba ocho años cuando de nuevo el dolor llama a sus puertas con el fallecimiento de su padre, en 1850. En adelante, con verdadero heroísmo, su madre asumió, ella sola, la orientación y educación de sus hijas transmitiéndoles sus hondas convicciones de fe y confianza en la Providencia, más con el testimonio de su ejemplo que con las palabras.

Desde la más temprana edad mostró María Josefa una explícita y decidida afición a la soledad. No le agradaba la compañía bulliciosa y juguetona de las otras niñas. Incluso, por esta razón, le resultaba difícil y fastidiosa la necesidad de acudir todos los días a la escuela pública.

Una vez que aprendió a leer, escribir y contar, prefirió, de acuerdo con su madre, el aprendizaje y el ejercicio de las tareas propias de la mujer en su época.

A los diez años, en 1852, recibe por primera vez la sagrada comunión, a la que la preparó el dominico P. Villanueva. Hablando años más tarde a las religiosas les decía confidencialmente: «El Señor, desde niña, me robó el corazón».

A los quince años deja la provinciana y tranquila Vitoria para irse a Madrid a completar su formación humana en casa de unos familiares. Ya había ido madurando por el sufrimiento y el trabajo, los ejemplos de su madre y por su mismo temperamento proclive a la reflexión.

Los tres años en la gran ciudad, la enriquecieron sin duda y fortalecieron su espíritu para tomar decisiones, las más importantes de su vida. En 1860, vuelve a Vitoria decidida plenamente a hacerse religiosa. Siente que Dios la llama y quiere responder generosamente a esta elección. Pero no sabe qué congregación o instituto elegir. Su madre la ayuda con espíritu de fe, a pesar de que tanto la necesitaba.

El P. Mariano de Estarta, de la orden de San Francisco, conociendo su inclinación al retiro, le aconseja las Concepcionis-

tas de Aranjuez, fundadas y reformadas por Sor Patrocinio, la Monja de las Llagas.

Cuando ya estaba admitida, no llega a ingresar por una grave afección de fiebre tifoidea que la puso al borde de la muerte, hasta recibir los últimos sacramentos. Los cuidados de su madre lograron la plena recuperación de su salud y el aliento para seguir soñando en realizar su vocación.

Vuelve a Madrid, a la calle de Hortaleza, donde vive su pariente Sinforosa. Cerca de allí, en la calle de Santa Engracia, estaba la casa de las Siervas de María, fundadas en 1851 por la Madre Soledad Torres Acosta y el sacerdote Miguel Martínez.

El 3 de diciembre de 1865, María Josefa entra en el noviciado que las Siervas de María, ministras de los enfermos, tienen en la plaza madrileña de Chamberí. El padre agustino Ángel Barra, su confesor, testificó que empezaba su vida religiosa con el alma «limpia como una patena».

La Congregación crecia El momento era favorable. Ella se entregó totalmente. Apreciando sus dotes, la madre Soledad llega a ponerla como superiora, siendo todavía novicia, al frente *de una nueva fundación, la del colegio de Huérfanos «Sagrado* Corazon de Jesús». La actividad es absorbente.

Pronto surgieron las vacilaciones y las dudas ante la inminente profesión. No la acaba de llenar la vida y la regla de las Siervas, aunque si la satisface el ideal de atender a los enfermos. Siente la necesidad de pedir consejo.

El confesor jesuita, P. Victoriano Medrano, considera que no debe profesar en la congregación de las Siervas, que no es ésa su verdadera vocación. Llega a decirle que si ella fuera hermana suya no la dejaría profesar.

Con total transparencia, la novicia expone a la madre Soledad su situación y sus dudas. Entre ambas deciden consultar al arzobispo Antonio María Claret, confesor de la Reina. Después de tres días de reflexión y oración, celebrada la misa del Espíritu Santo, les dio una respuesta clara y tajante:

> «En nombre de Dios le mandaba profesar en el Instituto de Caridad al que pertenecia, porque Dios la reservaba para obras grandes que ahora no podia entender Le aseguro que se santificaria de un modo muy alto y tanto que, muriendo el primero, la esperaria en el cielo, donde estarian juntos cerca del trono de Dios»

Sólo después de este dictamen, con el alma serena hace su profesión y emite sus votos el 15 de febrero de 1867, esperando y confiando en las palabras del santo.

Vuelve a su colegio de niños del Sagrado Corazón y más tarde al hospital de Medina del Campo, y a la asistencia domiciliaria de los enfermos.

Con esos años de experiencia activa, vuelven y crecen las dudas Sus más hondas aspiraciones a mayor recogimiento y a una vida de comunidad más intensa, estaban insatisfechas.

Algunas de las otras compañeras piensan lo mismo y lo exponen a la madre Soledad. Sólo después de maduras reflexiones y múltiples consultas, ve con claridad que tiene que buscar otro camino Pide la dispensa de los votos temporales al arzobispo de Toledo y la separación del Instituto. Obtenidos los debidos permisos, por fin abandona la Congregación de las Siervas de María. Sale, de acuerdo con los superiores, no para dejar la vida religiosa sino para abrir otro camino, el que bulle en su corazón.

Con ella salió Mercedes Eguren, y se fue con su familia esperando acontecimientos Unos días más tarde, Florencia Miguel y Mansilla y Juana Dávila. Por fin, la quinta del grupo, Joaquina Galarraga. Reunidas las tres, María Josefa, Florencia y Juana, echan los cimientos de una nueva congregación. Va a tener la misma finalidad de atender a los enfermos, especialmente en sus propios domicilios, pero con mayores exigencias en la vida de piedad y en el rigor de la disciplina, donde reside su originalidad. Un sacerdote bendice y les impone los hábitos elegidos y adoptan los nombres nuevos: María del Corazón de Jesús, María Sacramento y María Concepción

Resulta curiosa y sorprendente a la vez la elección de lugar, entre Madrid, Barcelona, Bilbao, para la primera fundación. Han oído que un abogado bilbaíno, Vicente Martínez, está buscando una comunidad que se haga cargo de los enfermos Se deciden, sin embargo, por Barcelona Pero, antes de ponerse en viaje, piden al sacerdote José Domingo Retolaza que celebre una misa del Espíritu Santo. Él, que desconocía totalmente el proyecto del viaje, terminada la misa les sorprende con la noticia de que durante la celebración del santo sacrificio ha tenido la inspiración de que Dios las quiere en Bilbao.

Y allá se dirigen en tren. Cuando llegan a Burgos, María Josefa se siente incapaz de seguir tan fatigoso viaje cual si fuera una temeridad imprudente. La animan sus compañeras y llegan a Bilbao la tarde del 24 de julio de 1871.

Providencial e inopinadamente las espera en la estación Lina, una mujer que tiene una hermana colaboradora del párroco de San Antón, Don Mariano Ibarguengoitia, y las lleva a su casa de Artecalle donde pasan la noche. En la mañana del 25, fiesta de Santiago, visitan al abogado Vicente Martínez que, sorprendido gratísimamente al ver ante sí la realización de sus sueños de atender a los enfermos en sus propios domicilios, las pone en contacto con su amigo D. Mariano, el párroco.

Era éste un sacerdote cabal y toma en serio el proyecto comenzando por unos ejercicios espirituales de diez días en el colegio de las Hijas de la Cruz. El mismo se los predica, y en ese clima de oración busca el discernimiento de lo que Dios quiere de ellas. El abogado les busca alojamiento en una buhardilla de la calle de la Esperanza y medios para poder vivir de su trabajo, cosiendo para varios comercios de la ciudad.

Bilbao empezaba un crecimiento prodigioso con la expansión industrial: los Altos Hornos, los astilleros, las minas. La necesidad de atender a los enfermos en sus propias casas era urgente porque las nuevas estructuras sociales lo estaban exigiendo. Era el momento propicio para la nueva fundación.

Pero necesitaban la aprobación del obispo de la diócesis, entonces el de Vitoria. El 18 de agosto de 1871, María Josefa y sor Sacramento van a entrevistarse con el obispo, D. Mariano Diego Alguacil, en su ciudad natal, donde había fallecido ya su madre el año anterior. El obispo las acogió con benevolencia y las puso oficialmente bajo la dirección del párroco, D. Mariano Ibarguengoitia, les dio tiempo de prueba y les exigió un mínimo de cinco candidatas.

María Josefa llamó a Joaquina Galarraga y a Mercedes Eguren, quienes, con los mismos ideales, respondieron con prontitud y alegría. Todas se sienten unidas junto a María Josefa que las aglutina por las singulares cualidades que Dios le había dado: claridad, firmeza y dulzura, propias de una fundadora.

Al año de llegar a Bilbao, cuando ya habían pagado a sus bienhechores, cambiaron de domicilio a la calle de la Ronda 23, donde pudieron instalar un pequeño oratorio y ampliar la comunidad con nuevas aspirantes.

La fundación se afianzó con verdaderos heroísmos por parte de las Hermanas en las circunstancias más adversas en plena guerra carlista que estalló en 1874. Hambres, epidemias, heridos, inseguridad. Hubieron de refugiarse en las afueras, en el convento de la Concepción, porque el casco urbano era objetivo preferido de las bombas. Dormían en el suelo, comían apenas, se multiplicaban las urgencias durante la epidemia de la viruela.

Pero salieron de la prueba con holgura. El obispo las felicitó y con la ayuda de D. Mariano Ibarguengoitia se redactaron las constituciones y reglas del Instituto que obtienen la aprobación diocesana el 9 de junio de 1874, permitiéndoles organizar el noviciado y hacer los votos a su término Les dio el nombre de Siervas de Jesús de la Caridad.

Seis años más tarde llega el decreto de alabanza, el 31 de agosto de 1880, y la aprobación definitiva de la Santa Sede, el 8 de enero de 1886.

La fundadora, elegida superiora general en 1875, desempeñó este cargo hasta su muerte, entregándose plenamente a Dios y a extender la congregación, formando a las hermanas directamente en el noviciado y tambien por medio de numerosas cartas y frecuentes visitas a las comunidades.

La expansion comenzó por Castro-Urdiales, poco tiempo después, Valladolid, Burgos, León, Gijón, Logroño, Alicante, Murcia, etc. Recorría la madre Josefa en sus viajes la geografía española respondiendo a las peticiones de obispos, ayuntamientos y personas particulares. Antes de su muerte se habían abierto ya cuarenta y dos casas, una de ellas, con gran ilusion allende el Atlántico, en Chile.

La clave de esta prodigiosa fecundidad está sin duda en su profunda vida interior. Su espiritualidad, tal como se refleja principalmente en las constituciones, en los directorios y sobre todo en la abundante correspondencia epistolar, consiste en el profundo amor a Dios y a los projimos, en especial a los enfer-

mos, en los que veía al mismo Cristo. Se distinguía también por su tierno amor a la Virgen y a los Santos.

Irradiaba la bondad mas atractiva con un encanto que rodea como un halo su figura y se comunica ahora en cuantos se acercan a su biografía, tan sencilla en apariencia pero tan llena de correspondencia a la gracia y de gozoso rendimiento a la voluntad de Dios.

A finales de 1898 comenzó a padecer una insuficiencia cardíaca prolongada y progresiva que la obligó a pasar los últimos catorce años de su vida inmóvil en un sillón, sin poder hacer el menor esfuerzo físico. Esta situación límite probó los quilates de su paciencia y de su madurez espiritual. Desde allí gobernó sabia y prudentemente su congregacion siempre en crecimiento. Una de sus hijas, Sor María Iciar Elguea Isasi, describe así los últimos momentos de esta preciosa vida que llega a su ocaso en este mundo para enlazar en la eternidad:

> «En 1912 su insuficiencia cardiaca se complica con bronquitis, hipertension y completa inmovilidad Su dieta se reduce a solo un poco de leche, pero su mente y su corazon estan tan despiertos y agiles como en sus mejores dias Siente que se acerca su fin y escribe a todas sus religiosas una carta de despedida, su "testamento espiritual", en la que recomienda el amor mutuo, la caridad con los enfermos, la continuidad en la obra empezada
>
> »Sentada en su sillon de enferma, sin poder apoyar la cabeza, del mismo modo que habian transcurrido todas las noches los catorce ultimos años de su vida En una oblacion total y generosa a Dios, de su vida y su obra, a las siete menos cinco de la mañana del dia 20 de marzo de 1912, entregaba al Señor su alma Los hilos de su vida se han parado definitivamente, el tapiz esta concluido y aparece ante los ojos de todos
>
> »La noticia de su muerte recorrio la ciudad de Bilbao en un abrir y cerrar de ojos Habia muerto una santa Todos estaban seguros Una multitud inmensa que la casa no lograba contener, llegaba pidiendo ver a "nuestra Madre", venerandola ya desde este momento
>
> »Los funerales fueron tambien multitudinarios Gentes de todas las condiciones que se sentian beneficiadas por ella, no conseguian apartarse de su feretro, y las campanas de las exequias eran los primeros tañidos de una llamada a gloria» (cf *Nuevo año cristiano,* 260)

Sepultada en el cementerio de Derio, sus restos fueron trasladados en 1926 a la iglesia de la casa madre de las Siervas de Je-

sús en Bilbao. Al hacerse el reconocimiento se encontró su cuerpo incorrupto.

Creciente la fama de santidad, y pasada la guerra civil española, de 1936-1939, se inició el proceso de canonización en 1951, en la recién creada diócesis de Bilbao. En Roma se desarrolló desde el 7 de enero de 1972 hasta culminar, después de la aprobación de las virtudes heroicas y de los milagros (1976 y 1984), en la solemne beatificación el 27 de septiembre de 1992

Juan Pablo II afirmó en aquella memorable jornada que «la beatificación de estos tres hijos predilectos de la Iglesia de España es motivo de profunda accion de gracias a Dios». Se refería al Hermano trapense Rafael Arnáiz y a la fundadora de las Misioneras Cruzadas de la Iglesia, Madre Nazaria Ignacia March Mesa, elevados al honor de los altares juntamente con la Madre Josefa, cuyo carisma propio señaló certeramente el Papa con estas palabras:

> «Tocada íntimamente por la afirmacion del Señor, "Estuve enfermo y me visitasteis [ ] Cuanto hicisteis a uno de esos hermanos mios mas pequeños a mi me lo hicisteis" (Mt 25,36-40), fundo las Siervas de Jesus de la Caridad, confiandoles el descubrir el rostro de Cristo en tantos hermanos y hermanas, solos y enfermos, y aliviandolos con el unguento del amor fraterno
>
> El amor preferencial de la Iglesia por los que sufren en el cuerpo o en el espiritu es el carisma que la Madre Maria Josefa ha dejado a las Siervas de Jesus de la Caridad, pero tambien a cuantos quieran dedicar su vida a enjugar las lagrimas de nuestros hermanos mas necesitados» *(Ecclesia* LII [1992] 1301)

El mismo Juan Pablo II la canonizó solemnemente el 1 de octubre de 2000.

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

ALDEA, Q , «Sancho de Guerra, Maria del Corazon de Jesus», en Q ALDEA VAQUERO T MARIN MARTINEZ J VIVES GALETI (dirs), *Diccionario de historia eclesiastica de España,* IV (Madrid 1972) 2173 2174

Cartas de la Madre Maria Josefa Guerra (Burgos 1976)

ELDEA ISASI, M I , «Santa Maria Josefa del Corazon de Jesus Sancho de Guerra», en J A MARTINEZ PUCHE (dir), *Nuevo ano cristiano Mayo* (Madrid 2001) 347 362

FERNANDEZ ALONSO, J , «Sanchez de Guerra, M G », en *Bibliotheca sanctorum Appendice prima* (Roma 1987) 1222 1223

GARCIA FRAILE, P M, «Maria Josefa del Corazon de Jesus», en C LEONARDI A RICCARDI G ZARRI (dirs), *Diccionario de los Santos,* I (Madrid 2000) 1612 1613
JUAN PABLO II, «Homilia en la canonizacion » (1 10 2000) *Ecclesia* (2000) n 3 018 p 1577 1579 (28 30)
NEBREDA, E, *Una heroina de caridad, la Madre Maria Josefa del Corazon de Jesus Sancho de Guerra* (La Coruña 1951)

C) BIOGRAFIAS BREVES

SAN CUTBERTO

Obispo († 687)

Cutberto era de familia anglosajona y debió nacer hacia el 634, no se sabe con certeza el sitio, pero parece que en Nortumbria.

Se cuenta que siendo pastor vio subir al cielo el alma de San Aidano y seguramente por ello comenzó a pensar en la vida religiosa y pidió su admision en el monasterio de Melrose, del que era abad San Eata. Acreditado como un buen monje, fue destinado a la nueva fundación de Ripon como encargado de la acogida de los huéspedes.

Elegido prior de Melrose, combinó la vida monástica con la predicación por los pueblos y la atención a los necesitados. En 664 acompañó a San Eata a Lindisfarne y no cejó en su trabajo apostólico por esta nueva zona. Entre 676 y 684 se dice que llevó vida solitaria en la isla de Farne

Elegido obispo de Hexham, cambió su sede con San Eata, que era obispo de Lindisfarne, y se dispuso a ser un buen obispo, predicando y enseñando, creando nuevas iglesias, fomentando la vida monástica masculina y femenina, dotando de buenos párrocos a los pueblos y cuidando de los pobres, mientras llevaba personalmente su antigua vida de profunda oración y severa austeridad. Pero su episcopado fue breve. Aureolado por la fama de austeridad y milagros murió en Farne el 20 de marzo de 687.

BEATO AMBROSIO SANSEDONI

Presbítero († 1287)

Nació en Siena en 1220. En 1237 ingresa en la Orden de Predicadores y es enviado a París a estudiar, y allí tiene por maestro a San Alberto Magno y por condiscípulo a Santo Tomás de Aquino. Ordenado sacerdote, se le destina a la predicación, que ejerce con fruto por Italia, Francia y Alemania. La Santa Sede le encomienda diversas embajadas. Fue maestro del Sacro Palacio. Murió de un derrame cerebral mientras predicaba en Siena un sermón contra la usura el 20 de marzo de 1287. En 1620 se le permitió a la Orden de Predicadores la celebración de su misa y oficio

BEATO BAUTISTA SPAGNOLI

Presbítero († 1516)

Nace en Mantua el 17 de abril de 1447, hijo de Pedro Modover, al que por su origen cordobés llamaban Spagnoli.

Cursaba estudios brillantemente cuando, con sorpresa de todos, deja el mundo y se hace carmelita en 1463. Profesa al año siguiente y prosigue los estudios en Bolonia, alcanzando el grado de maestro en 1475. Ordenado sacerdote, recibe muy pronto encargos de confianza en la Orden.

Es prior de Parma en 1471 y de Mantua en 1483. Fue Vicario general en 1483 y en 1513 prior general de la Orden. Participó en el Concilio de Letran de 1513 y el papa León X le encomendó una misión de paz entre el rey de Francia y el duque de Milán. Escribió numerosas obras, mostrándose atento a los problemas de su tiempo. Por su fino estro poético ha sido llamado el Virgilio cristiano, y se ha señalado también que sus críticas a los fallos eclesiales de entonces dieron argumentos a Lutero y a los protestantes. Admiró a todos por sus esclarecidas virtudes y brillantes cualidades morales e intelectuales. Murió en Mantua el 20 de marzo de 1516. Su culto fue confirmado el 17 de diciembre de 1885.

BEATA JUANA VÉRON

Virgen y martir († 1794)

Nació en Quelaines (Francia) el 6 de agosto de 1766. Educada cristianamente, al llegar a la juventud quiso dedicar su vida a Dios y a su causa, y para ello ingresó en la Congregación de las Hermanas de la Caridad, llamadas las «Hermanas Grises», dedicadas a la enseñanza de los niños y al cuidado de los enfermos.

Estuvo destinada en Quelaines, Noyen-sur-Sarthe y, por último, en Saint-Pierre-des-Landes o Dompierre, donde desarrolló con gran celo su labor, haciendo mucho bien a niños y enfermos.

Cuando el 17 de abril de 1791 se hizo obligatorio el juramento de fidelidad a la constitución civil del clero a todos los maestros, ella se negó a prestarlo y por ello fue despedida de la escuela. Se redujo entonces a su labor de atención a los enfermos y daba catecismo a los niños. Junto con la beata Francisca Tréhet es arrestada pero en vez de ser llevada a la cárcel, es llevada al hospital pues su salud se hallaba muy deteriorada. El 20 de marzo de 1794 debió comparecer en Ernée ante la comisión revolucionaria. Se negó firmemente a prestar el juramento que se le pedía y por ello fue condenada a muerte. Los motivos alegados para la condena fueron haber apoyado a los sacerdotes refractarios, negarse a prestar el juramento pedido y haber auxiliado a los soldados vandeanos. Fue guillotinada ese mismo día. Beatificada el 19 de junio de 1955.

BEATO JOSÉ BILCZEWSKI

Obispo († 1923)

Nació en Wilamowice (Polonia) el 26 de abril de 1860 en una familia campesina. Ingresó en 1880 en el seminario de Cracovia y se ordenó sacerdote el 6 de julio de 1884, continuando estudios en Viena, Roma y París, doctorándose en teología y especializándose en arqueología cristiana.

En 1891 comenzó su actividad como profesor de la Universidad Juan Casimiro de Lvov, en la que fue decano de teología y

rector. El 18 de diciembre de 1900 fue nombrado arzobispo de Lvov. Tenía ante sí una misión difícil, que se hizo aún más en la I Guerra Mundial, en el curso de la cual procuró ayudar a todos, como igualmente en la guerra polaco-ucraniana de 1918-1919. La invasión bolchevique subsiguiente significó un período de muchos sufrimientos, con la pérdida de numerosos sacerdotes El obispo Bilczewski supo ser padre de todos y estar a disposición de todos, defendiendo los derechos y la dignidad de cada uno. Murió en Lvov el 20 de marzo de 1923. Fue beatificado el 26 de junio de 2001.

21 de marzo

A) MARTIROLOGIO

1 En Egipto, San Serapion, anacoreta (fecha desconocida)
2 La conmemoracion de los martires alejandrinos sacrificados el Viernes Santo († 339)
3 En Lauconne, San Lupicinio († 480), abad
4 En Irlanda, San Endeo († 542), abad
5 En Monte Casino el natalicio de San Benito († 547), abad, cuya memoria se celebra el 11 de julio (cf ** 11 de julio)
6 En Constantinopla, Santiago el Confesor († 824), martir por defender las sagradas imagenes
7 En Valence (Francia), San Juan († 1145), abad de Bonnevaux y obispo de Valence *
8 En Ranft (Suiza), San Nicolas de Flue († 1487), ermitaño **
9 En Dorchester (Inglaterra), Beato Tomas Pilchard († 1587), presbítero y martir *, con el cual se conmemora al Beato Guillermo Pike († 1591), carpintero, martir, tambien bajo Isabel I
10 En York (Inglaterra), Beato Mateo Flathers († 1608), presbitero y mártir, bajo el reinado de Jacobo I *
11 En Sicuani (China), San Agustin Zhao Rong († 1815), presbitero y martir *
12 En Ronco (Liguria), Santa Benita Cambiagio Frasinello († 1858), fundadora del Instituto de Hermanas Benedictinas de la Providencia **.

SAN NICOLÁS DE FLUE

Seglar y ermitaño († 1487)

Todas las naciones aspiran a poder simbolizar su espíritu nacional en alguna gran figura histórica. Sencillamente cada nación tiene un genio. El de Francia es Juana de Arco, jefe y símbolo de la guerra. El de Suiza lo es Nicolás de Flue, consejero y símbolo de la paz.

Dichosos los católicos, dichosas simplemente las naciones que tienen un santo como suprema encarnación de su espíritu. Los valores humanos en que éstos han inspirado su conducta nunca se desviarán. Pero a sus conciudadanos les queda una indiscutible responsabilidad ante la historia.

Los franceses y suizos, conscientes de su dignidad nacional, reconocen —y esto les une— que ellos también han recibido de Juana de Arco o de Nicolás de Flue una impronta temporal.

En Suiza los católicos no son mayoría dentro de su población total y, por tanto, no son ellos quienes caprichosamente pueden elegir un príncipe temporal como patrono y protector. Para hacer realidad este sueño tendría que cambiar su Constitución. Por eso, cuando los católicos, y con ellos el Soberano Pontífice, saludan a San Nicolás de Flue como «el patrono y protector de Suiza», no piensan en el poder político, en un patrono o protector terrestre. Piensan, sobre todo, en un patrono y protector que está en los cielos, donde el amor y la oración del santo pueden socorrer los deseos de su amor y de su oracion.

Nicolás de Flue —señala Pío XII— es el santo de los católicos suizos «no solamente porque él salvó a la Confederación en un momento de crisis profunda, sino también porque él trazó para vuestro país las grandes líneas de una política cristiana».

La Suiza alemana del tiempo de Nicolás de Flue, la de los siglos XIV y XV, está toda empapada de corrientes ascéticas y místicas «favorables a la manifestación de una vida de ascesis y de visiones».

En el siglo XIV aparece en Estrasburgo el grupo de «los amigos de Dios». En Egelberg se forma un movimiento semejante. Uno de los miembros de este grupo, Matías Hattinger —vene-

rado en vida por la población—, habita en una ermita cerca de Wolfenschiessen, el pueblo natal de la madre de Nicolás.

Y estas corrientes de misticismo no quedan reducidas al clero y los monasterios. Se extienden a través de la enseñanza oral hasta llegar a los laicos, que también ocupan un lugar importante dentro de la mística alemana. Muchas de las notas de la vida espiritual de Nicolás de Flue son las características de la vida mística de su tiempo. Por ejemplo, «su ardiente reverencia y devoción por el venerable sacramento del cuerpo y de la sangre de Cristo». La misma contemplación de los distintos episodios de la pasión del Salvador —que Heini am Grund, su párroco, le enseña a sincronizar con la sucesión de las horas canónicas— había sido la devoción preferida de Juan Ruusbroeck y de Enrique Suso. El alto conocimiento del misterio de la Trinidad que había profundizado en sus visiones y la misma manera admirable como él quiso explicarle, pueden encontrar algunos antecedentes en los místicos de la época. Ni el hecho de un ayuno milagroso era la primera vez que sorprendía.

La idea de los grandes místicos que se mezclan en las complicadas actividades de la vida política no extraña tampoco después de los grandes ejemplos de San Bernardo, de Santa Catalina de Siena, de Santa Brígida, y, sobre todo, después de la epopeya, destinada a permanecer eternamente única, de Juana de Arco.

San Nicolás de Flue representa la suprema encarnación del genio de Suiza por ser el salvador y pacificador de la patria, el fundador de la Confederación y el primer patriota confederado. Pero al mismo tiempo es un santo, y un santo de la Iglesia católica. Y por eso nos pertenece a los catolicos de todo el mundo.

Es curioso observar cómo ya en el siglo XVI tanto protestantes como católicos reclaman su patronazgo, aunque, naturalmente, por razones distintas. Zuinglio cree que lo más admirable de Nicolás son las recomendaciones hechas a los suizos para que se mantengan dentro de sus fronteras, sin mezclarse en alianzas extranjeras y en la política europea. Los protestantes quieren ver en la interpretación de Nicolás de la imagen de la Trinidad una caricatura del anticristo y del Papa.

Los católicos de aquel tiempo —precisamente como contrarreacción a la propaganda protestante— promueven la canonización oficial. En 1591 se abre el protocolo del primer proceso de canonización. Veintiún años más tarde de que San Carlos Borromeo, después de celebrar la misa ante la tumba de Nicolás de Flue, diese su juicio: «Éste ha sido verdaderamente un santo». Con todo, la canonización no llegará antes de los cuatrocientos años después de su muerte. Esto mismo le sucedió a Juana de Arco. Aquí se unen la necesidad y la contingencia. Y es que la santidad, antes de ser oficialmente reconocida, está supeditada a unas contingencias históricas.

El emperador Maximiliano —que desea el apoyo de los suizos en su guerra contra Venecia— no cumple la promesa de interceder ante el Papa para obtener la canonización. En tiempo de Julio II no se introduce la causa porque el comportamiento político del cardenal Schiner y de los confederados no va de acuerdo con la doctrina enseñada por Nicolás. En tal situación es inoportuno despertar su recuerdo.

Se sabe que en 1648 Roma reconoce la existencia del culto inmemorial profesado en su país al siervo de Dios. Y que a partir de 1689 son los obispos quienes apoyan las peregrinaciones y ordenan oraciones públicas en los lugares que han tenido mayor significado en la vida de Nicolás.

Dos curaciones obtenidas en 1937 y 1939 son los milagros que aprueba la Congregación de Ritos para su canonización. Del tercero dispensa.

El decreto de canonización es Pío XII quien lo promulga el día de la Ascensión de 1947. Y desde ese día el «padre de la patria suiza» pasa a ser el santo de la Confederación.

Lo que más sorprende en la vida de Nicolás es que se puedan unir así en una misma persona lo ordinario y admirablemente perfecto con lo extraordinario y evidentemente divino. Uno, siguiendo los pasos de su vida, se da cuenta que hay hechos y conductas que trascienden el tiempo dando lecciones perdurables.

Y no cabe la duda frente a lo que aparentemente se puede quedar en pura leyenda. De San Nicolas de Flue existen biografías cargadas de esas notas que previenen las cuestiones y ase-

guran la confianza del lector. Para éste queda el salvar la distancia que separa el escrito de la vida, el signo de la realidad. Para ello basta manejar los espléndidos testimonios conservados.

Nicolás de Flue nace exactamente en 1417. El mismo año en que el Concilio de Constanza puso fin al gran cisma de Occidente con la elección de Martín V.

Para sus compañeros de infancia —como ellos, trabajaba en el campo— es «un joven casto, bueno, virtuoso, piadoso y sincero». Ellos se dan cuenta de que Nicolás busca espontáneamente la soledad y la oración al regreso del trabajo. Saben también que se impone ayunos severos —aunque lo disimula— cuatro días a la semana.

Hacia los treinta años contrae matrimonio con la joven de dieciséis Dorotea Wyss Veinte años de unión matrimonial. Diez hijos. De ellos sabemos que uno frecuenta la universidad y que su hijo primogénito llega a ser presidente de la Confederación.

De las vigilias pasadas en oración nos hablan su mujer y su hija Hans.

A los tres años de matrimonio tiene que intervenir en la liberación de Nuremberg. Durrer ha encontrado su nombre en la lista de los 699 suizos que forman la expedición. Interviene, además, en toda la vieja guerra de Zurich y en la guerra de la Turgovia contra Segismundo, duque del Tirol. Más tarde, Segismundo fundará una misa en la capilla de Ranft y regalará un cáliz en una de sus visitas.

El gran amigo de la paz no puede tomar parte en la guerra más que por orden de sus superiores. Pero a la hora de combatir por su patria, no puede permitir tampoco que por su falta de coraje triunfe la insolencia de sus enemigos.

A la edad de cincuenta años se retira a la vida eremítica, estableciéndose en la garganta del Ranft, donde vive entregado a la meditación y a las más duras penitencias. Y se retira con el consentimiento de su mujer y sus hijos. Desde entonces, sólo se verán cuando ella venga con el hijo pequeño a la capilla de Ranft o cuando él pase por delante de su antigua casa para ir a la iglesia parroquial de Sachseln los domingos y días de fiesta. Según Méatius, fueron sus mismos conciudadanos quienes

construyeron a Nicolás su ermita. Éste sería el primer gesto y signo de la extraña y misteriosa solidaridad que unirá al santo con todos los hombres de su nación.

El amor conyugal no ha perecido en esta separación, sino que se ha transformado un poco anticipadamente en ese amor que está destinado a tener en el cielo. Es el mismo, pero más bello y sin la exigencia carnal.

Es en Ranft donde hay que descubrir la indiscutible personalidad de Nicolás. Es en Ranft donde él resuelve la aparente contradicción que existe entre lo infinito y lo finito, entre lo poco que nosotros somos y la inmensidad del amor divino. En esa celda de dos ventanas pequeñas. La una daba al interior de la capilla. Así el asceta podía ver oficiar al sacerdote. La otra se abría a la naturaleza dulce y grandiosa del país de Unterwald. Así, Nicolás podía adorar a Dios en sus obras. Esta capilla, consagrada en 1469 por el obispo de Constanza en honor de la Virgen, de Santa María Magdalena, de la exaltación de la santa cruz y de los diez mil mártires, se convertirá en el centro espiritual de Suiza. Nicolás verá acudir a ella peregrinaciones y verá fomentarse el mismo culto litúrgico que aprueba Inocencio X y la Congregación de Ritos. Allí es donde descubre los motivos que le obligan a creer en los destinos de su país. Y allí es donde ocurre ese milagro que nadie ignora en Alemania. Para prevenir toda incredulidad están también los testimonios de los suizos contemporáneos y el del obispo de Constanza, que observa atentamente su vida y costumbres. Un día someterá a prueba la obediencia de Nicolás ordenándole romper el ayuno. El carácter milagroso de este ayuno es reconocido ya en tiempo de Alejandro VII, antes que Benedicto XIV sometiese a discusión y estudio el problema de los ayunos prolongados, precisamente a propósito de éste de Nicolás. Su único alimento durante estos años fue la Eucaristía. Se dice que duró veinte años porque esta abstinencia total fue el resultado prolongado de un ir suprimiendo poco a poco su alimento corporal hasta llegar a la abstinencia suma.

> «Si durante veinte años —dice Pío XII— el no se alimento mas que del pan de los angeles, este carisma fue el cumplimiento y la recompensa de una larga vida de dominio de sí mismo y de mortificacion por amor de Cristo»

El ayuno de Nicolás se nos revela simplemente como un esplendor exterior de una santidad interna, misteriosa, secreta. Ésta es la única explicación razonable que puede coordinar los datos de la historia y los de la psicología.

El retiro del mundo no señaló para Nicolás, como lo esperaba, el fin, sino el inicio de una obra histórico-política.

Nicolás fue juez y consejero de su cantón. Diputado en la Dieta federal de 1462 y rechazó el cargo de jefe de Estado. Su influjo en los asuntos federales aparece ya evidente en el tratado de paz perpetua con Austria en 1473. Sin embargo, su obra pacificadora importante comienza a partir de 1478.

La Confederación, a raíz de la guerra contra Carlos el Temerario, duque de Borgoña (1474-1477), vio surgir la división entre los cantones-ciudad y los cantones-campaña, a causa de la admisión de Fribourg y Soleure en la Confederación y de la repartición del botín de guerra. Nicolás trabajó por allanar dificultades y realizó con la Dieta de Stans el milagro de la reconciliación de unos ánimos totalmente exacerbados. Desapareció el peligro de la guerra civil y Fribourg y Soleure fueron recibidas en la Confederación con la firma del pacto de Stans, que —a pesar de la escisión religiosa— constituyó, hasta 1798, el derecho público de la Confederación. Otras muchas son las actuaciones públicas de Nicolás, pero esta de hacer nacer de nuevo la unidad de Suiza le valió el título de «padre de la patria» Título que se funda también en esa superabundancia y fecundidad de una vida que siempre había querido situarse fuera de toda política. Fue el fundador de la Confederación y fue el primer confederado. Fue un hombre integralmente fecundo.

Es cierto que la historia de la Edad Media está llena de intervenciones de los santos, de los solitarios, de los recluidos, que en las horas trágicas han llegado a salvar a sus ciudades. Recordemos, por ejemplo, a San Francisco de Asís y a San Bernardino de Siena. Pero lo que distingue a San Nicolás de Flue, comparándole con los demás, es que constituyó en alguna manera una obra política técnicamente, haciendo prevalecer práctica y teóricamente la idea de una común patria suiza, individida y capaz de desbordar las preocupaciones e intereses cantonales.

Pero volvamos a Ranft, en donde aún tenemos que copiar otro capítulo importantísimo de su vida. El más íntimo y el más profundo. Y, desde luego, el más impresionantemente divino. No podremos menos de reconocer otra vez que la grandeza de Nicolás consiste en haber afirmado abiertamente la primacía de la vida interior —él, que tuvo una vida pública tan fecunda y transcendente—, en haberse dejado poseer paulatinamente por los valores eternos. Porque sólo éstos son capaces de equilibrar los temporales.

Las visiones divinas son para Nicolás la explicación de los misterios de la fe. Para todos serán el esquema de una enseñanza popular de toda la visión grandiosa de la teología. El arte suizo —el retablo de la iglesia parroquial de Sachseln y la portada de la primera edición del *Tratado del peregrino* de Strasburgo— nos ha conservado esta concepción grandiosa del misterio trinitario, que Nicolás saboreó gozosamente. El contenido de estas visiones lo conocemos por el registro parroquial de Sachseln y por un manuscrito descubierto en Lucerna por el padre Adabert Wagner. Gracias a ellas podemos entender la doctrina espiritual del bienaventurado.

Cinco visiones menores que él cuenta a Heini am Grund, el cura de Stans. Desde el seno materno vio una estrella que, como su vida, ilumina al mundo entero, una roca tan firme como su decisión ante las dificultades, su bautizo en Kerns pasando por Ranft, la puerta y los cuatro candelabros que descienden del cielo para ser colocados sobre el lugar de su futura ermita y capilla. Es un anticipo de todo lo que será su vida.

Las tres visiones de las invitaciones divinas están llenas de sabor local, de advertencias y de presentimientos. La tercera, en la que se le aparece ya la Trinidad, por su amplitud, por su simplicidad y por su fuerza preludia a las tres grandes visiones del manuscrito de Lucerna. Son una invitación al renunciamiento, no solamente de lo superfluo, sino también de lo necesario.

La visión de Liestal es el origen del milagro de su ayuno. En ella descubre Nicolás que la voluntad divina es que vaya a Ranft.

Las tres grandes visiones de la encarnación redentora. Se puede asegurar que para Nicolás son la visión de la divinidad. Tres visiones que están sin nombre. La primera se puede titular

el «Cristo peregrino»; la segunda, «La fuente de la vida»; la tercera, «El hombre que presta servicio al Hijo de Dios». Las tres ilustran el gran tema dogmático del Creador, que desciende hasta los hombres para mendigar su amor. Las tres ofrecen un carácter de plenitud, de madurez, de universalidad. Para nosotros son de un precio inestimable, porque nos permiten entrar en el corazón del pensamiento de la ermita y porque miden el clima de su contemplación. Son una expresión de la articulación indiscutible que existe entre las cosas del cielo y las del mundo. Y son, además, el criterio que nos hace ver la amplitud y la grandeza de la ortodoxia de su fe.

El decreto de beatificación o canonización —tengámoslo en cuenta— no recae más que sobre lo esencial, esto es, sobre la santidad del servidor de Dios.

Sí, Nicolás ha pasado el Jordán. Ha pasado al otro lado de las cosas. Ahora ya puede dejarlas venir hasta el. Y vendrán no para entretenerle, sino para ser elevadas. Después que ha decidido prescindir de ellas, son ellas las que han entendido que no podrán pasar sin él. Porque Nicolás, ante todo, ha sido un titán de la oración. La vida de Nicolás se cierra con una terrible enfermedad cargada de dolor y de sufrimiento. Pero hasta el último día la paciencia es de la misma medida que la pobreza. Después de ocho días de intenso dolor recibe el cuerpo y la sangre de Cristo, para unirse definitivamente con él.

Hay un testigo a la hora de su muerte. Su discípulo Ulrich, nombre que probablemente se identifica con el autor anónimo del *Tratado del peregrino.* Nicolás había recibido frecuentemente sus visitas en el desierto, confiándole cosas íntimas. Entre ellas la fecha de su muerte. Cuando ésta se aproxima, ruega a Nicolás le permita habitar en una celda próxima a la suya. De esta manera puede ver morir y llorar al amigo tan admirado: 21 de marzo de 1487.

La noticia de la muerte de Nicolás se extiende enseguida por Austria, Milan, Alsacia, Bohemia y por toda la Europa central. Ahora sólo nos queda el acompañar a la mujer, a su esposa, que está rezando sobre su tumba.

Mientras, seguimos pensando que el milagro de esta vida es haber unido en ella maravillosamente el amor de lo infinito y el

amor de lo finito, la inquietud de lo espiritual y la de lo temporal, la inquietud del reino que no es de este mundo y el servicio generoso a una patria terrestre.

> «Nicolás de Flue —dice Pío XII— encarna, con una plenitud admirable, la unión de la libertad terrestre y de la libertad celeste».

JOSE FRANCISCO FONTECHA

Bibliografía

Act. SS. Boll., 21 de marzo. Buen comentario histórico.
ANDREY, A , *Le Saint vivant* (Ginebra 1939)
BELI OC, J DL, *Le bienheureux Nicolas de Flue* .. (París 1889).
DURRER, R., *Die altesten Quellen uber... Nikolaus von Flue, sein Leben und seinen Enfluss,* 4 vols. (Sarnen 1914-1921).
JOURNET, C , *Saint Nicolas de Flue* (París 1947).
LAVAUD, B , *Vie profonde de Nicolas de Flue* (Friburgo 1942).
PIO XII, «Discurso en su canonización», 15 de mayo de 1947.
— Actualización·
BAUD, P., *Nicolas de Flue* (París 2002)
BAUD, P , *Nicolas de Flue (1417-1487): un silence qui fonde la Suisse* (París 1993).

SANTA BENITA CAMBIAGIO FRASINELLO

Fundadora († 1858)

El 19 de mayo de 2002, Juan Pablo II, al canonizar a Benita Cambiagio Frasinello, afirmó que en ella «la Iglesia nos muestra un ejemplo de Santa que fue esposa, madre, religiosa y fundadora». Fue una mujer sencilla de pueblo, que se entregó a empresas arriesgadas, con una apertura fiel a la llamada de Dios y con una fe firme en su Providencia, que de manera desconcertante, como él suele, fue guiando sus caminos.

Los apellidos de Benita delatan su origen italiano, ligur para más señas; viene, pues, al mundo en Langasco, cerca de Génova, el 2 de octubre del 1791; sus padres se llamaban José y Francisca, que la bautizaron a los dos días de nacer. Era la cuarta de cinco hijos, los tres primeros varones y una hermana más pequeña, de nombre María, de carácter delicado y enfermizo. Sus padres, pequeños granjeros, de fe sencilla y genuina, la educaron en una fe cristiana, a veces rígida, pero dentro de un ambiente de afecto y de cariño; de aquí su carácter voluntarioso y perseverante.

Benita era una niña alegre y bonita, de una vitalidad desbordante, que invadía la casa, transmitiendo a todos la alegría de vivir; todos coinciden en resaltar su belleza de siempre. Sus padres sentían por ella una predilección especial, porque tenía algo que la distinguía de sus hermanos; era de carácter más expresivo y dinámico y se interesaba por las mil cosas de la vida hogareña.

La niña Benita lleva una vida apacible en el campo, ajena a los ajetreos políticos de la época y de la región, la revolución francesa y los movimientos de unificación italiana, que provocara aquélla. Sin embargo, en la delicada edad del paso de la niñez a la adolescencia, su vida se vio turbada de repente. Napoleón se anexiona la Liguria, y su ejército invade de pronto aquellas tierras; la más negra tragedia llama inexorablemente a la puerta de los campesinos de la comarca. Hambre, desolación, tristeza y muerte caen sobre la comarca, y muchos ligures se ven forzados a emigrar a otras tierras para ganarse la vida con más seguridad.

Los Cambiagio se enrolan en este movimiento migratorio. Venden la poca tierra que tienen y se dirigen hacia el Piamonte, donde se dice que la vida era más segura. Se detienen en la Lombardía, y en Pavía prueban suerte, compran una casa y ponen una tienda de frutas y verduras. A Benita la situación no la arredra, se enrola decididamente en el negocio familiar con una actividad desbordante, sin descuidar los más pequeños problemas de la tienda.

Se sabe muy poco de la instrucción escolar de Benita, sin embargo, como era de una mente viva y despierta, le gustaba mucho leer, lo que le sirvió para corregir las deficiencias que pudiera tener en este sentido. Su afán por la lectura, siempre dentro de un ambiente piadoso, la había llevado a leer unos textos del Evangelio, que después aprendió de memoria y que se le grabaron en su mente de adolescente, asumiéndolos como una interpelación apremiante dirigida a ella personalmente. Desde muy joven siente una imperiosa llamada a la oración, a la penitencia y a la soledad. Es precisamente en el ambiente de ajetreo, que rodea su trabajo en la tienda, cuando se decide a tomar en serio esta llamada, y un día huye de casa y se retira a una cueva,

que convierte en ermita, después de una semana de búsqueda, suponemos, angustiosa, la encuentra su madre y la retorna al hogar, tomando el hecho como fruto de su fantasía juvenil.

Pero Benita persiste en su deseo de vida de oración y de penitencia, animada por su director espiritual, Santiago de Filippi, canónigo regular de Somasca y párroco de San Miguel de Pavía, en cuyo distrito vive la familia Cambiagio. Como las chicas —Benita y su hermana María— son atrayentes y guapas, tienen pretendientes. María se había enamorado de un chico de Vigévano, Cristóbal Vignoli, con quien pocos años después, en 1812, se casará, a los tres años de matrimonio, su marido la repudia por enferma de un cáncer intestinal, que a no mucho tardar la llevará a la muerte.

A Benita la pretendía otro chico, Juan Bautista Frasinello, quien vivía en el mismo pueblo que su cuñado, pero que había nacido en Ronco Scrivia, cerca de Génova, dos años antes que Benita. También su familia es labradora y él un excelente carpintero, pero sobre todo, como demostrará después, un cristiano cabal. La solicitud del chico y los consejos de los padres, que veían en esta proposición el final de las veleidades de su hija, doblegaron la voluntad de Benita para contraer matrimonio con el.

El repudio de su hermana María provoca la boda de Juan Bautista y Benita, que se casan, el 7 de febrero de 1816, en la basílica de San Miguel de Pavía; se dedicarán los dos especialmente al cuidado de la hermana enferma. El nuevo matrimonio abre también una tienda de frutas, de la que especialmente se cuida Benita. A los dos años de casados y al ver que no tienen familia, Benita pide a su esposo que secunde el deseo que ha tenido toda su vida de consagrarse totalmente al Señor, y los dos, ante el obispo de Pavía, Mons. Tosi, que tendrá a partir de este momento decisiva importancia en su vida, hacen voto de castidad, a imitacion de la familia de Nazaret. Ambos esposos van a desarrollar una maternidad y una paternidad espirituales, en la fidelidad a su amor esponsal sublimado.

Con la muerte de María, parece que su objetivo de estar en el mundo ya se ha cumplido, y los dos deciden entrar en la vida religiosa, Benita no es aceptada en las capuchinas de Génova y la admiten, sin embargo, en julio de 1826, en las Ursulinas de

Capriolo (Brescia), donde se había reunido un grupo bastante heterogéneo de religiosas, provenientes de los conventos suprimidos por Napoleón. Él ingresa, como hermano lego, en los Somascos, en diciembre del mismo año; ambos tienen la aprobación del obispo. En el convento, encuentra Benita lo que buscaba de oración y soledad y se entrega a la vida religiosa y al servicio de las hermanas con decisión y energía.

Sin embargo, poco duró la perseverancia de Benita; siempre los caminos aparentemente desconcertantes de su vida; Benita siente una imperiosa llamada interior, de carácter sobrenatural, a dedicarse al apostolado de las jóvenes en peligro. En Pavía se había dejado impactar por el ambiente en que vivían las adolescentes y jóvenes de los pequeños pueblos de los alrededores que venían a la ciudad, abandonadas de sus padres y entregadas a la prostitución.

Las hermanas la quieren disuadir, pero ella se empeña; consultan al obispo, quien no ve inconveniente en que deje el convento. Al caer enferma, tiene que abandonar definitivamente el convento, y vuelve a casa de sus padres. San Jerónimo Emiliani, fundador de los Somascos, se le aparece, la cura casi repentinamente y le pide que se dedique a la salvación de las jóvenes y adolescentes abandonadas de Pavía.

Con la presencia de Benita fuera del convento, Mons. Tosi, preocupado por el grave problema de las jóvenes e incluso adolescentes, que se prostituían en las puertas mismas de la universidad, vio los cielos abiertos, y lanza a esta empresa a Benita, que se entrega con cuerpo y alma a la atención de estas muchachas; Benita comprende, por fin, que aquí está su vocación. Con solicitud maternal y mendigando de puerta en puerta, empieza esta obra de asistencia a las chicas pobres, acogiéndolas en la misma casa de sus padres, algo que ellos no toleran y que impiden casi con violencia.

En estas circunstancias, el obispo, pensando en la necesidad de un hombre al lado de Benita y dado que su padre no se prestaba, saca del noviciado a Juan Bautista, para que esté al lado de su esposa en esta labor que les encomienda. Juan Bautista deja su convento el 14 de septiembre de 1826 y a los pocos días y ante el obispo, el matrimonio renueva públicamente el voto de

castidad que ya habían hecho con anterioridad. Juan Bautista será la sombra callada, prudente, laboriosa y eficaz al lado de Benita, cual un cuadro tradicional de la Sagrada Familia. Con siete jóvenes y algunos adultos, entre ellos nobles y adinerados y, acompañada de su marido, Benita emprende la obra de Pavía, echando las bases humanas y también espirituales de su futura obra apostólica.

En esta empresa, no sólo tiene en cuenta el aspecto educativo-religioso sino también el moral y cívico. Su ideal era formar buenas cristianas que, aprendiendo las habilidades del propio estado, las ejerciten, e instruidas en todo trabajo útil y doméstico, sean un día verdaderas madres de familia y, al mismo tiempo, de provecho para sí mismas y para los demás. En 1831 llegan a un centenar las chicas acogidas y varias personas se le ofrecen para ayudarla. Redacta unas normas para la vida y la labor de educadoras y de educandas; esta casa de Pavía se puede considerar como un primer esbozo de la familia religiosa que fundará después.

Benita fue la primera y hasta entonces la única mujer, en la ciudad y en la provincia, que se preocupó por la educación de las niñas pobres; su obra responde a una necesidad social vivamente sentida en aquella época, la instrucción primaria, ajustándose a los programas oficiales de las escuelas elementales. La obra de Benita la asumieron los políticos como portadora del bien social; el gobierno austriaco, del que dependía entonces la región, autorizó el funcionamiento de la escuela interna, aprobó a las maestras y otorgó el título de «Promotora de la instrucción pública».

Pero Benita tiene que pasar por el crisol del sufrimiento y de la cruz; es el sello que da autenticidad a toda obra de Dios, como ocurrió con Jesús. Benita es objeto de las más graves y absurdas calumnias, la tildan de ladrona y asesina, en una campaña bien organizada que empieza en febrero de 1837; ella lo acepta todo con paciencia, espíritu de oración y entrega a sus jóvenes. El 1 de abril de 1837 lo cede todo a Catalina Bonino, para que la obra que había emprendido no desaparezca con ella. Catalina era una distinguida señora que desde hacía tiempo la ayudaba a llevar adelante su servicio a favor de las chicas; en los momentos de prueba esta amistad le sirvió de consuelo.

El golpe de gracia se lo dio el mismo obispo, que la había llamado para la empresa, la invitaba a que dejara la obra y abandonara la ciudad. El 16 de julio de 1838, lo deja todo en manos del obispo. Ese mismo año, el obispo, ante el deterioro de su propia salud, había delegado el gobierno de la diócesis en un equipo, entre los que se encontraban jansenistas y josefinistas, movimiento, este último, eclesial, separatista y austriaco, todos se unen a la persecución sorda y tenaz contra Benita y su obra. Los doce años de trabajo en Pavía terminan en el descrédito y la calumnia. Benita ve en todo ello la mano providente de Dios. Sus sentimientos los expresa en esta frase:

> «Esperando siempre en Dios, y persuadida de que vale mas un bendito sea Dios que la fuerza de cien demonios, me dedique con mayor ahinco a perseverar en la empresa y a afrontar cualquier dificultad»

Y comienza el éxodo de Benita, siempre en compañia de su marido. Cinco maestras del centro se le unen y quieren compartir con ella su suerte. Se dirige a su Liguria natal, para volver a empezar. Dos sacerdotes la habian indicado un pueblecito, Rivarolo, donde podría abrir una escuela; se dirige allí, pero se detiene, para descansar, en Ronco Scrivia, patria de su marido; aquí encuentra niñas sin escolarizar y jóvenes sin instrucción y funda una escuela primaria y gratuita.

Después de los primeros ensayos, crea, en 1840, una escuela pública, abierta a alumnas con haberes, propone a sus compañeras hacerse religiosas y solicita, para ello, la autorización del arzobispo de Génova, nace el Instituto de las Religiosas Benedictinas de la Providencia. El arzobispo aprueba la obra y las normas redactadas por Benita. Conjunta la enseñanza catequética con la formación al trabajo, quiere transformar las chicas en «modelos de vida cristiana» y asegurar así la formación de las familias. Desarrolla el carisma de Pavía, ampliando a todas las jóvenes la educacion, la instrucción y la formación cristianas, con su inconfundible espíritu de ilimitado abandono y confianza en la divina Providencia, y dentro de un clima de afecto maternal, entrega y olvido de sí.

Para las hermanas escribe una Regla y unas Constituciones, que ya no contemplan una comunidad, como la de Pavía, sino

una Congregación, más allá de los estrechos límites de Liguria. Se las llamó Benedictinas de la Divina Providencia, por la protección de San Benito, que sentían sobre ellas; sin embargo, su carisma es muy distinto del benedictino. En la Regla, muy estrechamente relacionada, por otra parte, con las reglas monásticas, inculca la obediencia, el espíritu de arrepentimiento, la humildad, la oración, el cultivo de la vida interior, el abandono incondicional a la Divina Providencia y sobre todo un gran amor a las niñas y a las jóvenes.

El sagrario y el crucifijo fueron la escuela y la fuente donde Benita bebía sus energías para trabajar incansablemente. Ya en Pavía adapta una capilla, para colocar estos dos tesoros. El primer reglamento de aquel Centro se cifraba en «Hacer todo para agradarle» y «Hacer todo por amor de Dios». Fue una verdadera contemplativa en la acción, sus experiencias místicas se repiten, sobre todo en las fiestas litúrgicas, sin distraerla de sus ocupaciones intensas. Su amor a las niñas llega hasta los mayores sacrificios, hasta perder sus bienes y su fama; fue singular su capacidad de desprendimiento.

La obra de Benita se desarrolla rápidamente. En 1847 funda en Voghera, en el Piamonte, con dos hermanas de sangre, de aquellas que la acompañaron desde Pavía. La ocasión surge porque tienen que cuidar de su padre enfermo y de una hermana ciega. No se limitan a esto, sino que se ponen a trabajar con chicas marginadas, como tenían costumbre; siempre con el cuidado y atención de la Madre, fundan un centro educativo. Cuarenta años más tarde, esta comunidad se escinde y nace otro Instituto, que se siente creación de Madre Benita y que se llamará Hermanas Benedictinas de la Providencia de Voghera.

Las HH. Benedictinas de la Providencia trabajan en la actualidad en Italia, España, África y América Latina. Su actividad se dirige particularmente a la educación de las jóvenes, a la enseñanza, a las actividades caritativas en hospitales y casas de reposo, y también a la obra misionera. La casa madre está en Ronco Scrivia (Génova).

En 1851, Benita es llamada de nuevo a Pavía, a donde retorna, acompañada de su marido y de otras religiosas, pero el proyecto no cuaja. Hasta más de mediados del siglo XX no vol-

verán a Pavía las Benedictinas de la Providencia. Desde Pavía llaman de nuevo a Benita, esta vez para fundar en San Quirico, Génova, y allá se dirige. La enfermedad, su débil corazón, la detiene en Ronco Scrivia, de donde ya no saldrá; es octubre de 1857.

Son casi seis meses de enfermedad grave, con sus altibajos, sigue pendiente de la fundación de San Quirico, que encarga a otras hermanas. Sus días en esta tierra terminan, de una manera simbólica, el día 21 de marzo de 1858, en que se celebraba antiguamente la fiesta de su patrono y protector San Benito; también en este último momento sigue acompañada de su marido. Tenía 67 años de edad y falleció en el día y la hora predichos por ella. Dios eligió a Benita para ofrecer a las jóvenes pobres y abandonadas educación y formación cristianas, como el Buen Pastor, como la mujer fuerte del libro de los Proverbios, fue para ellas «madre, maestra y guía».

Benita se dejó llevar siempre por la mano de la Providencia que la iba guiando, sin saber muchas veces por dónde. Desde la mente e intención de Dios es una trayectoria lineal, pero a nosotros nos suele dar la impresión de que es verdad que Dios escribe recto con renglones torcidos. No se privó de ningún sacrificio y sufrió toda clase de pruebas para llevar adelante su obra, en la que colaboró asiduamente su marido, aceptando la misión de su esposa y cooperando con ella en la entrega total a las jóvenes pobres y abandonadas.

Benita y Juan Bautista, éste más a la sombra, vivieron su matrimonio en la perspectiva del Reino de los cielos, lo que ha constituido tradicionalmente el objetivo de la vida celibataria de los religiosos. Despiertan, sin saberlo tal vez, perspectivas nuevas, en la construcción de la nueva humanidad, para lo que quedan configurados por el sacramento de matrimonio, que los consagra como pareja, al misterio pascual de Jesús y a su proyección al mundo. Es un valor profético, que puede hacer pensar a los cristianos del siglo XXI.

En esta vida ejemplar, en el pleno sentido de la palabra, todos los cristianos, además de los esposos, pueden encontrar un aliciente para vivir su vida cristiana en las actitudes más fundamentales: apertura a la voluntad de Dios, escucha, confianza en

el Dios que rige nuestra historia y entrega incondicional, con todo el ser, al servicio de los hermanos, con predilección especial a los más pequeños y a los más pobres.

AGUSTIN ROMERO, OCSO

Bibliografía

HERMANAS BENEDICTINAS DE LA PROVIDENCIA, *Madre Benita* (Palencia 2002).
MEDICA, G. M., *Beata Benedetta Cambiagio Frassinello, educatrice, catechista, formatrice, madre di due Famiglie Religiose* (Leumann, Turin 1988).
VASCONI, R , *Una luz en la niebla. Beata Benita Cambiagio Frassinello* (Madrid 1982)
VENTURINI, G , *Benedetta Cambiagio Frassinello* (Génova 1986).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN JUAN DE VALENCE

Abad y obispo († 1145)

Fue primero canónigo y, tras hacer un viaje a Santiago de Compostela, pidió el hábito cisterciense en el propio Cîteaux. Acreditado como monje ejemplar, fue designado para la fundación de la abadía de Bonnevaux, de la que en 1117 fue el primer abad, siendo él quien dio la profesión monástica al futuro Beato Amadeo de Lausana.

Tras ser depuesto el obispo de Valence en 1141, fue elegido Juan para ocupar dicha sede, lo que hizo con dignidad y ejemplaridad. Murió el 21 de marzo de 1145. El culto que se le venía dando fue confirmado por el papa San Pío X el 1 de diciembre de 1903.

BEATOS TOMÁS PILCHARD Y GUILLERMO PIKE

Mártires († 1587, 1591)

Tomás nació en Battle, del condado de Sussex, en Inglaterra, en 1557. Estudia en Oxford y consigue el grado de Maestro en Artes. Pero decidida su vocación sacerdotal marcha a Reims, donde hace los estudios y se ordena sacerdote en Laon en 1583,

volviendo después a Inglaterra. Arrestado y expulsado del país en 1585, regresa dos años más tarde, pero fue arrestado muy pronto, llevado a juicio y condenado a muerte por su condición de sacerdote católico, siendo ahorcado y descuartizado en Dorchester el 21 de marzo de 1587.

Con la suya, se celebra la memoria del también mártir Guillermo Pike. Éste era carpintero, y fue delatado por haberse reconciliado con la Iglesia Católica y por ello mismo condenado a muerte. Su conversión se debió al Beato Tomás Pilchard, al que en el juicio Guillermo llamó su maestro y dio testimonio de él diciendo que era un dignísimo sacerdote. Guillermo fue condenado a muerte y ejecutado también en Dorchester. El *Martirologio romano* dice que se ignora el día de su martirio, pero en la *Positio* en orden a su beatificación se señala el 22 de diciembre de 1591. Fueron beatificados el 22 de noviembre de 1987.

BEATO MATEO FLATHERS

Presbítero y mártir († 1608)

Nació en Weston, junto a Otley en el Yorkshire (Inglaterra) en 1560. Estudia en Oxford, y permanece seglar y sin contraer matrimonio hasta los cuarenta y cuatro años de edad, momento en el que decide su vocación sacerdotal y marcha a estudiar a Douai, en cuyo colegio ingresa el 18 de agosto de 1604, ordenándose sacerdote el 25 de marzo de 1606 en Arrás y regresando a Inglaterra como misionero.

Arrestado y expulsado del país, vuelve bajo el seudónimo de Major y trabaja apostólicamente en el Yorkshire hasta que es nuevamente arrestado y detenido en el castillo de Upsall. Juzgado y condenado a muerte como traidor, se le ofreció la libertad y la vida si prestaba el juramento de acatamiento a la supremacía religiosa de la corona. Al negarse, fue ahorcado y descuartizado en York junto a la puerta de Mickle Bar el 21 de marzo de 1608. Primero se le ahorcó, pero por muy breve tiempo, de modo que al caer a tierra estaba aún vivo, en cuya situación empezó a ser, con toda crueldad, descuartizado. Fue beatificado el 22 de noviembre de 1987.

SAN AGUSTÍN ZHAO RONG

Presbítero y mártir († 1815)

Agustín Zhao Rong (o Tchao-Suong) nació en Kweichow (China) el año 1746 en el seno de una familia pagana. Era guarda comunal de Wu-Chuan cuando tuvo que vigilar a algunos cristianos detenidos entre los que estaba el P. Mei, quien daba fervorosas pláticas a los cristianos compañeros de prisión, animándolos a perseverar en la fe. Y esas pláticas llevaron al joven guarda al cristianismo. Se bautizó el 28 de agosto de 1776 tomando el nombre de Agustín.

Pidió entonces ser admitido al sacerdocio, que recibió el 5 de mayo de 1781, resultando ser un excelente predicador y confesor. Destinado a la región de Yunnam, ejerció en ella su apostolado durante años, pero, cuando volvía de administrar los sacramentos a un enfermo, fue arrestado. Tras su arresto fue cruelmente torturado en orden a conseguir su apostasía, pero el mártir perseveró firme en medio de la tortura. Entonces se le dejó languidecer en la cárcel, donde murió no se sabe el día y mes del año 1815. El *Martirologio romano* lo conmemora el 21 de marzo. Fue canonizado el 1 de octubre de 2000.

22 de marzo

A) MARTIROLOGIO

1 La conmemoración de San Epafrodito, colaborador del apóstol San Pablo.

2 En Narbona (Francia), San Pablo (s III), obispo y mártir

3 En Galacia, los santos Calínico y Basilisa, mártires (fecha desconocida)

4 En Ancira (Galacia), San Basilio († 362), presbítero y mártir

5 La conmemoración de Santa Lea († 383), viuda romana *

6 En Osimo (Italia), San Bienvenido Scotivoli († 1282), obispo *

7 En Londres, San Nicolás Owen († 1606), jesuita y mártir **

8 En Angers, Beato Francisco Luis Chartier († 1794), presbítero y mártir *

9 En el campo de concentracion de Stutthof (Polonia), los beatos Mariano Gorecki y Bronislao Komorowski († 1940), presbiteros y martires *

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SAN NICOLÁS OWEN

Religioso y martir (1606)

Las palabras del apóstol: «Ha escogido Dios lo débil del mundo para confundir a lo fuerte» (1 Cor 1,27) tuvieron su pleno cumplimiento en la vida heroica y el martirio de este humilde hermano coadjutor de la Compañía de Jesús. Su azarosa biografía toma a veces aires de novela, de novela policíaca o de espionaje; pero lo cierto es que la fuerza de Dios se manifestó plenamente en este pequeño *Juanito, Little John,* como le llamaban cariñosa y familiarmente, aunque su verdadero nombre fuera Nicolás. Tanto se afianzó en él la fuerza de Dios que ha merecido el justo elogio de que pocos católicos han trabajado mas y mejor en la viña del Señor en Inglaterra, en los duros tiempos que le tocó vivir, que este hermano jesuita. En la isla, antaño tan devota y cercana a la Sede de Pedro, firme en la unidad católica, que desgajó de la comunión universal la pasión y el despotismo de Enrique VIII, iniciador cruel de la persecución contra los cristianos ingleses y galeses que permanecieron fieles a quien preside en la caridad las iglesias de Cristo y es el maestro supremo de la verdad salvadora.

Nicolás era probablemente uno de los cuatro hijos de Walter Owen, carpintero de Oxford. De su padre aprendió el oficio que combinó con el de constructor y maestro de obras. El mayor de sus hermanos se dedicó a la imprenta y se distinguió como celoso impresor católico. Otros dos hermanos fueron sacerdotes. Nicolás trabajó desde su juventud con los jesuitas. Era bajo de estatura y, además, sufrió un accidente al ser golpeado por un caballo que le dejó cojo. Cabe precisar, empero, que muy poco sabemos de su vida hasta que ingresó, secretamente, en la Compañía de Jesús el año 1580.

Reinaba entonces en Inglaterra y Gales Isabel I, continuadora por motivos políticos y religiosos de la dura persecución contra los católicos que iniciara su padre Enrique VIII. La ocupación principal del hermano Owen era la de proyectar y construir escondites en las casas de nobles católicos para proteger y salvar a correligionarios suyos frente a sus perseguidores. Salvó de la horca a muchos sacerdotes, que le pudieron agradecer la vida y la continuación de su ministerio. Salvó asimismo a muchas familias católicas de la confiscación de sus bienes.

En 1581 ya fue encarcelado, con otros tres compañeros, por defender de traición y proclamar la inocencia, con sumo coraje, del P. Edmund Champion, después que éste fuera martirizado. Las condiciones de la prisión que sufrió eran tan duras que uno de los encarcelados murió sin que los carceleros sacaran su cadáver. Fue torturado para que denunciara el escondite de los sacerdotes que él mismo había construido; no consiguieron sacarle ni una pista. Lo dejaron libre al fin porque un señor católico pagó por su liberación.

Desde 1586 a 1606 estuvo al servicio del P. Henry Garnet, provincial de los jesuitas. Durante 26 años viajó por toda Inglaterra dedicándose a su profesión de construir escondites con suma habilidad. Los edificaba en las casas de los señores de tal forma que sólo el dueño conocía la entrada y que nadie más era capaz de descubrir. A nadie hablaba de las obras que llevaba entre manos. De día simulaba trabajar en la casa haciendo reparaciones, por las noches, con sumo esfuerzo a pesar de su menguada salud y débiles fuerzas, emprendía los más duros e ingeniosos trabajos de albañilería para construir con suma habilidad los escondites para los católicos perseguidos. El refugio reunía unas mínimas condiciones de habitabilidad, a pesar de sus diminutas medidas. Mientras tanto, en su labor incansable, llevaba una intensa vida de piedad y oración. No empezaba su arduo trabajo antes de recibir la comunión eucarística, oraba continuamente mientras realizaba su oficio. De esta fuente espiritual y sacramental, sacaba fuerzas para derribar muros, trasladar grandes piedras, trabajar sin descanso, pese a su débil complexión y salud.

En 1594 viajó a Londres para acompañar al P. Juan Gerard, que acudió a la capital con el fin de adquirir una casa Cuando

hubieron concluido la operación, un criado de la familia Wiseman los traicionó denunciando su nuevo domicilio. El P. Gerard y el hermano Nicolás fueron arrestados inmediatamente y encarcelados por separado. Nicolás y un compañero de prisión, Richard Fulwood, fueron torturados pero no les pudieron arrancar confesión alguna. Owen fue liberado otra vez porque alguien pagó su rescate. El P. Gerard fue confinado en la Torre de Londres, de la cual el hermano Nicolás, con artimaña singular, logró sacarlo y, proporcionándole una cabalgadura, facilitarle la huida.

A la muerte de Isabel I, en 1603, le sucedió en el trono Jaime I, que ya reinaba en Escocia desde 1567. Indeciso de carácter, tuvo un comportamiento vacilante entre anglicanos y católicos; con unos y otros se enfrentó durante su reinado. En 1605 estalló el complot o conjuración, llamado de la pólvora, instigado por católicos.

Las sospechas de conspiración recayeron especialmente sobre los jesuitas. La represión, ordenada por el rey, fue durísima. El hermano Nicolás Owen, con otros tres jesuitas, los P. Garnet y Olcorne y el coadjutor Ralph Ashley, buscaron refugio en Hindlip Hall en Worcestershire. Los verdaderos conspiradores fueron detenidos y ejecutados. El secretario de Estado, Robert Cecil, conocía el escondite de los cuatro jesuitas pero no los denunció hasta que los reos pagaran el complot con sus vidas. Después de la ejecución, Cecil denunció al juez local, sir Henry Bromley, el refugio de los religiosos. Hasta cien hombres armados salieron a capturarlos, pero todo fue en vano. Durante una semana buscaron el escondite. Al fin se presentó Nicolás Owen y se entregó suplicando que dejaran libres a sus tres compañeros. No atendieron sus ruegos sino que los prendieron a todos. El P. Olcorne y el hermano Ralph Ashley fueron ahorcados y descuartizados en Worcester. El P. Garnet y el hermano Nicolás fueron trasladados a Londres. En mayo de 1606 el P. Garnet fue juzgado y ajusticiado.

A Nicolás lo encarcelaron en la Torre de Londres para torturarlo y hacerle declarar en qué lugares había construido los escondites. A pesar de los crueles suplicios, y de padecer una terrible hernia, los esbirros trataban de mantenerlo vivo

para que declarara. Ante sus torturadores, Nicolás sólo invocaba los nombres de Jesús y de María Nada más pudieron sacar de sus labios aquellos verdugos. Al fin su cuerpo extenuado por la tortura y la hernia reventó. El martir falleció tras terrible agonía el 22 de marzo de 1606. Los torturadores propalaron la calumnia de que el valiente confesor de la fe se había suicidado; pero el carcelero reconoció luego que había muerto en manos de quienes lo torturaban. También el embajador de Venecia ante Su Majestad británica, al día siguiente del martirio, comunicó a su gobierno el fin heroico del hermano jesuita y la calumnia divulgada por sus encarnizados torturadores.

El papa Pío XI, el 15 de diciembre de 1929, beatificó al siervo de Dios junto a 136 compañeros martires, sacerdotes, religiosos y laicos que en Inglaterra, por espacio de cerca de 150 años, despreciando toda clase de amenazas, prefirieron la miseria, los destierros, las cadenas, los tormentos y hasta la misma muerte antes que separarse de la Iglesia católica romana. Algunos de los sacerdotes beatificados se habían formado en los colegios españoles de Valladolid y Sevilla, y en otros de Roma y de Francia, colegios que fueron, según expresión del Beato Tomás Maxfield, «fuente de mártires». El Beato Nicolás Owen ocupaba el lugar nonagésimo del elenco de los beatificados.

El 25 de octubre de 1970, el siervo de Dios Pablo VI canonizó a cuarenta mártires de Inglaterra y Gales en San Pedro del Vaticano. San Nicolás Owen fue nombrado en el lugar trigésimo cuarto. Entre los nuevos santos, había sacerdotes seculares y regulares, religiosos de diversas Órdenes, laicos nobles y de modesta condición, mujeres, esposas y madres. En su homilía, Pablo VI afirmó que «nuestro tiempo necesita santos». Recordó las palabras del supremo mártir: «Nadie tiene un amor más grande que el que da la vida por sus amigos» (Jn 15,13).

> «Lo que caracteriza al hombre —predico Pablo VI—, lo que posee de mas vivo e intimo en su personalidad, es la capacidad de amar, de amar hasta el fondo, de darse con aquel amor que es mas fuerte que la muerte y que se prolonga por toda la eternidad El martirio de los cristianos es la expresion y el signo mas sublime de este amor»

Continuó el papa afirmando que los santos mártires ingleses y galeses fueron émulos dignos de los mártires de los tiempos

antiguos: por su gran humildad, intrepidez, simplicidad y serenidad. Fueron leales a la patria que amaban, fieles súbditos del poder real que reconocían legítimo en el orden civil y político. Su drama consistió en que esta lealtad a la autoridad civil chocó con su fidelidad a Dios desde su conciencia, iluminada por la fe católica, para mantener especialmente su adhesión a las verdades reveladas sobre el sacramento de la Eucaristía y sobre las prerrogativas del sucesor de San Pedro. Estos heroicos hijos de Inglaterra y Gales tomaron en serio su fe: la aceptaron como única norma de su vida, bebiendo de ella una gran serenidad y una profunda alegría espiritual.

PERE-JOAN LLABRES Y MARTORELL

Bibliografía

AAS 22 (1929) 9 19, 62 (1970) 745 753
Bibliotheca sanctorum, t IX cols 1 327 1 328
Butler's lives of Saints New full edition, rev por T RODRIGUES (Minnesota 1998) 221 223
TESTORE, C , *I martiri gesuiti d'Inghilterra e di Scozia* (Isola del Liri 1934) 323 324
TIGAR, C , *Forty martyrs of England and Wales* (Londres ²1970) 55 56

C) BIOGRAFIAS BREVES

SANTA LEA
Viuda († 383)

Conocemos su vida por San Jerónimo. Era una dama romana del siglo IV que, muerto su esposo, decidió consagrarse al Señor. Muy amiga de Santa Marcela, frecuentaba la casa de esta santa en el Aventino y, siguiendo los pasos de la amiga, se retiró con su servidumbre y algunas vírgenes a un campo suyo cerca de Ostia, donde empezó a llevar una vida ascética dedicada, por tanto, a la oración y la penitencia, en un modo enteramente semejante a la vida de los monjes. Humilde y caritativa, dio gran ejemplo de santidad. Murió el año 383. El Martirologio la conmemora el día 22 de marzo.

SAN BIENVENIDO SCOTIVOLI

Obispo († 1282)

Nació en Ancona (Italia), no se sabe exactamente la fecha. Muy joven se decidió por la vocación eclesiástica. Estudió derecho en Bolonia bajo la dirección del canónigo Silvestre Gossolino. Ordenado sacerdote, fue arcediano de su diócesis nativa.

En 1263 fue nombrado administrador apostólico de Osimo. Era un cargo delicado, pues esta diócesis, cuyo obispo y clero se habían adherido al partido de Federico II, había sido en castigo unida a la de Umana por el enérgico papa Gregorio IX. En esta administración apostólica le había precedido un eclesiástico de la familia Colonna, el cual había querido arreglar las cosas a golpe de excomuniones. Bienvenido usó una política de mayor tolerancia, procuró serenar los ánimos y no dejó de decir que lo propio era restablecer la diócesis para una completa reconciliación.

Satisfecho de la gestión llevada a cabo por Bienvenido, el papa Urbano IV restableció la sede de Ósimo, y el 13 de marzo de 1264 lo nombraba su obispo, cargo que desempeñó fielmente procurando la reforma de costumbres en el clero y en el pueblo. Cuidó la buena administración de los bienes de la Iglesia, cuya venta prohibió en el sínodo que celebró en febrero de 1273. Igualmente, reformó el cabildo de su catedral, al que dotó de nuevas normas en orden a la mejor celebración de los divinos oficios así como a la vida personal de los canónigos.

El siguiente papa, Clemente IV, le dio pruebas de su estima personal y de que apreciaba sus cualidades de gobernante y por ello le encomendó el gobierno de la Marca de Ancona. Tuvo también la confianza del santo papa Gregorio X.

Vivió ejemplarmente, entregado a su ministerio pastoral, con gran austeridad de costumbres y una intensa vida interior. Murió el 22 de marzo de 1282. Se ha dicho que profesó como franciscano antes de ser consagrado obispo, de lo que no hay constancia segura, como tampoco la hay de que lo canonizara Martín IV. El nuevo Martirologio subraya que con espíritu franciscano quiso morir sobre la tierra desnuda.

BEATO FRANCISCO LUIS CHARTIER

Presbítero y mártir († 1794)

Nació en Marigné (Francia) el 6 de junio de 1762. Sintió la llamada del Señor y optó por el sacerdocio. Fue nombrado párroco de Soeurdres.

Al ser promulgada la constitución civil del clero se negó a jurarla. Arrestado, confesó que había escondido el cáliz de la parroquia y no pensaba entregarlo y que había ejercido clandestinamente el ministerio y señaló que la constitución civil se oponía a la verdad de la Iglesia. Fue condenado a muerte y guillotinado en Angers el 22 de marzo de 1794. Beatificado el 19 de febrero de 1984.

BEATOS MARIANO GORECKI Y BRONISLAO KOMOROWSKI

Presbíteros y mártires (1940)

El Viernes Santo del año 1940, día 22 de marzo, en el campo de concentración de Stutthof fueron fusilados estos dos sacerdotes de la diócesis de Gdansk.

El primero había nacido en Poznam, el 21 de mayo de 1903 y se había ordenado presbítero el 1 de julio de 1928, ejerciendo diversos cargos parroquiales hasta que se le confió la parroquia polaca de Nuestra Señora de Czestochowa de Gdansk-Nowy Port, destinada a los muchos fieles polacos. Arrestado y torturado el 1 de septiembre de 1939, fue llevado al dicho campo de concentracion donde siempre fue tratado brutalmente, haciendo él gala de una ejemplar paciencia.

El segundo había nacido en Barlozno, el 25 de mayo de 1889 y se había ordenado sacerdote el 29 de mayo de 1914. Estuvo diez años en la parroquia de San Nicolás de Gdansk, y luego se le encomendó la parroquia personal polaca de San Estanislao, cuya constitucion no pudo llevarse a cabo por la protesta de los sectores alemanes de la poblacion. Pero ello no impidió que continuara trabajando en el sector polaco con gran celo. Arrestado el 1 de septiembre de 1939, fue llevado al dicho

campo de concentración. Ambos fueron beatificados el 13 de junio de 1999.

23 de marzo

A) MARTIROLOGIO

1. En Saña (Perú), Santo Toribio de Mogrovejo († 1606), arzobispo de Lima **.
2. En Cornualles, San Fingar († 460), mártir.
3. La conmemoración de los santos Victoriano, procónsul de Cartago, y otros mártires, sacrificados en la invasión de los vándalos († 484).
4. En Pontoise, San Gualterio o Walter († 1095), abad *.
5. En Ariano, San Otón († 1120), ermitaño.
6. En Gubbio, Beato Pedro († 1306), presbítero, de la Orden de Ermitaños de San Agustín *.
7. En York, Beato Edmundo Sykes († 1587), presbítero y mártir, bajo el reinado de Isabel I *.
8. En Naas (Irlanda), Beato Pedro Higgins († 1642), presbítero, de la Orden de Predicadores, mártir en el reinado de Carlos I *.
9. En Barcelona (España), San José Oriol († 1702), presbítero **.
10. En Cemmo (Lombardía), Beata Anunciada Cocchetti († 1882), virgen, superiora del Instituto de Hermanas de Santa Dorotea *.
11. En al-Dahr (Líbano), Santa Rebeca (Rafqa) Ar-Rayés de Himlaya († 1914), virgen, de la Orden Libanesa de San Antonio de los Maronitas **.
12. Metodio Domingo Trcka († 1959), presbítero, de la Congregación del Santísimo Redentor, y mártir *.

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SANTO TORIBIO DE MOGROVEJO

Arzobispo († 1606)

La sensación que se produce al ponerse en contacto con esta figura excepcional de la historia eclesiástica es de auténtico asombro. Resulta increíble lo que, sin embargo, está maravillosamente documentado. Santo Toribio de Mogrovejo puede muy bien parangonarse, sin temor alguno, con las más egregias figu-

ras de la historia eclesiástica universal. No es una impresion nuestra exclusivamente. Hace años que un especialista en historia eclesiástica de los más famosos, el padre Leturia, escribia así:

> «Nada de cuanto hasta ahora he manejado en el Archivo de Indias me ha impresionado mas vivamente que este ilustre metropolitano, gloria del clero español del siglo XVI, quien por su apostolado directo e infatigable en las doctrinas de indios, por su legislacion canonico-misional en los concilios de Lima, por sus relaciones y contiendas de subidisimo valor historico y misional con las grandes Ordenes evangelizadoras, por la firme, digna y confiada majestad con que se opuso a ciertas rigideces centralistas de su insigne admirador y protector el monarca Felipe II, y, sobre todo, por su afan indomable y eficaz en mantener —por encima de los virreyes y del Consejo de Indias— el contacto inmediato y constante con la Santa Sede, proyecta en la historia de las misiones americanas su multiple y procer silueta, digna de coronar [ ] el mismo Archivo de Indias de Sevilla»

Como ha escrito el señor arzobispo de Valladolid:

> «La epopeya homerica de los conquistadores halla un paralelo digno, y aun superior por sus fines y objetivos espirituales, en la labor inmensa del gran arzobispo A el se debe en grandisima parte la rapida y profunda cristianizacion de la America española, y el exito de su apostolado, y el florecimiento de sus maravillosas "doctrinas" de indios, la exuberancia del clero y de catequistas durante su fecundo pontificado, explican la supervivencia del espiritu y de la vida cristiana en aquellas dilatadas regiones, a pesar de las posteriores crisis y de la tremenda escasez actual de operarios evangelicos»

Sin embargo, triste es tener que reconocerlo, Santo Toribio continúa siendo prácticamente para la gran masa de los fieles, incluso españoles y americanos, un desconocido. Y hasta entre los mismos historiadores pesa más el tópico consabido de quienes dieron pie a la leyenda negra que la labor maravillosa realizada por este arzobispo, el mejor de los regalos que España hizo a su América.

Pasemos casi sobre ascuas por su niñez y juventud. Nacido en Mayorga, en las montañas de León, ya en las estribaciones de los Picos de Europa santanderinos, en noviembre de 1538, su niñez fue la que correspondía a un muchacho de casa hidalga en aquellos tiempos. Hasta los doce o trece años estudia en el mismo Mayorga. Después marcha a Valladolid, donde hace sus estudios de humanidades, lo que hoy llamaríamos bachillerato, y

los de derecho. Son los años de 1550 a 1560. En 1562 le encontramos ya en Salamanca, donde había de permanecer largo tiempo, hasta 1573. Hay, sin embargo, un paréntesis significativo: su tío, Juan de Mogrovejo, que luego había de morir canónigo de la catedral de Salamanca, le llamó junto a sí a Coimbra, donde él se encontraba entonces de profesor, y juntos, tío y sobrino, prepararon para la imprenta, durante los años 1564-1566, las lecciones de don Juan. Es el más extenso de los autógrafos de Santo Toribio que conservamos: cuatrocientos cincuenta y un folios de escritura preciosa y limpísima. No parece, sin embargo, que llegara a matricularse como alumno oficial en Coimbra. En cambio nos consta históricamente que en septiembre de 1568 acudió a Santiago de Compostela en peregrinación a pie, y aprovechó esta peregrinación para graduarse en aquella universidad. Por aquel tiempo la economía familiar tuvo un serio revés y Toribio se vio en la triste necesidad de ir enajenando, para ir viviendo, parte de la espléndida biblioteca que de su tío Juan había heredado. Se le ofreció ocasión de opositar a una beca en el Colegio mayor del Salvador de Oviedo. Hizo las oposiciones, triunfó con limpieza y brillantez, y continuó sus estudios con vistas al doctorado en derecho. Otros eran los planes de la divina Providencia, y Toribio no llegaría nunca a graduarse de doctor.

Eso sí, nos consta de toda su vida de estudiante la admirable santidad que ya entonces presentó. Cuando, después de su muerte, el Colegio mayor de Oviedo se dirigía a Su Santidad el Papa pidiendo la beatificación, diría: «Todavía rezuman las paredes, después de tantos años, el suavísimo olor de santidad de que esta casa quedó como consagrada con la vida en ella de este alumno divino». Y los testimonios de sus antiguos compañeros de colegio le acompañarían también en el mismo proceso de beatificación, proclamando el concepto de rectitud y de absoluta limpieza de vida en que entonces se le tuvo. Parece cierto que pensó en retirarse a la Orden cisterciense. Y no es improbable que la misma Santísima Virgen y San Bernardo intervinieran de manera milagrosa para enderezar sus pasos por otro camino. Al menos en el Museo provincial de Salamanca se conserva algún testimonio arqueológico que parece indicarlo.

Recibido en el Colegio mayor el 3 de febrero de 1571, llega de manera imprevista, en una noche de diciembre de 1573, su nombramiento como inquisidor de Granada. Inmediatamente comienzan los trámites, no pequeños, para incorporarse a tan importante destino, y en agosto de 1574 le encontramos ya tomando posesión e incorporado a sus difíciles tareas. Conservamos las actas de las reuniones de los inquisidores y los resultados de una visita, que, como correspondía a su cargo, hizo por diversos pueblos de la región granadina. Por lo que puede apreciarse, su prestigio debía de ser extraordinario, cuando tan joven se le dio un puesto de esta importancia, y el mismo Consejo supremo le trató siempre con una consideración que incluso no se encuentra en sus relaciones con inquisidores mucho más antiguos y avezados.

Por lo que podemos conjeturar, sus planes eran enteramente modestos. Simple tonsurado, como lo fue toda su vida su tío el canónigo y tantos otros letrados eclesiásticos de aquel tiempo, Toribio no parece que llegara a pensar en pasar a Indias o en llegar a difíciles cargos de gobierno eclesiástico. Pero otros eran los planes de Dios. El mismo antiguo colegial de San Salvador de Oviedo, don Diego de Zúñiga, que había conseguido su nombramiento para la Inquisición granadina, logró ahora que el rey le presentara para la más importante de las sedes de Indias: el arzobispado de la Ciudad de los Reyes, que hoy llamamos Lima. Y, en efecto, Felipe II accedió a solicitar del Papa que fuera nombrado para ese cargo aquel joven inquisidor, de treinta y nueve años de edad, que aún no había recibido ni una sola de las Órdenes menores. En junio de 1578 fue la elección. Tras mil vacilaciones y angustias, en agosto acepta. Pero antes era necesario que, al menos, fuera subdiácono para que se pudiera proceder al nombramiento. Y aquí tenemos a un arzobispo electo recibiendo, por sus tiempos, de una en una, sin querer dispensa, las diversas órdenes menores. Se hace la presentación oficial, el proceso de idoneidad, y, por fin, el 9 y 16 de marzo el nombramiento consistorial. El arzobispo, ya nombrado, recibe el diaconado y el presbiterado, realiza un viaje a su pueblo natal y a la corte, y por fin, en agosto de 1580, sin que sepamos la fecha exacta, ni el nombre del consagrante, ni ningún otro detalle

(cosa muy curiosa, pero no rara en aquellos tiempos), recibe la consagración episcopal en Sevilla y se dispone a pasar a las Indias. Aún no había cumplido sus cuarenta y dos años.

«La desmembración actual en pequeñas repúblicas nos aleja del concepto unitario de aquella primera organización política de sus reinos en los virreinatos del Perú para el Sur y de Méjico para el Norte», ha escrito muy justamente Rodríguez Valencia. Entonces era Lima la más importante de las metrópolis de América, como cabeza de jurisdicción en lo civil y en lo eclesiástico, puesto que la provincia eclesiástica comprendía casi todos los obispados del Continente hasta Nicaragua. «Los obispos coprovinciales —decía el Cabildo de Lima a Felipe II— tienen por ley lo que se hace en el arzobispado de Lima». Y la influencia religiosa y misional de Lima rebasaba incluso los mismos límites del virreinato, extendiéndose al Brasil, a Filipinas y en parte también a Méjico. Lima era, por otra parte, una ciudad hermosa: «parece otro Madrid», escribía el virrey don García Hurtado de Mendoza. Ciudad cortesana a la europea, con su Universidad de San Marcos, con su Cabildo catedral, con sus hospitales y su puerto de El Callao.

A Lima, pues, llega el 11 de mayo de 1581 el nuevo arzobispo. Y la ciudad le recibía con extraordinaria pompa y esplendor. Era una ceremonia prácticamente nueva para los limeños, pues la anterior entrada episcopal había tenido lugar hacía cuarenta años, en los comienzos del desarrollo urbano de la población. Cuando, rendido por el trabajo de aquel larguísimo viaje desde la Península, primero por mar y después por tierra, y de las interminables ceremonias de la entrada, terminaba don Toribio de cenar, dio orden a su paje de que le llamara muy de mañana al día siguiente. «Y ¿ha de ser esto así, siendo tanta la fatiga?», dijo su hermana doña Grimanesa. «Sí, hermana —contestó el santo—, hemos de empezar a trabajar muy de mañana, *que no es nuestro el tiempo*».

El duelo que iba a establecerse no era el duelo individual de un santo frente a un mundo. Contaba ya con unos principios de evangelización y una organización eclesiástica; contaba con el apoyo eficiente del Patronato español, con amplia generosidad de medios; contaba con su propia preparación jurídica, muy

completa, y contaba con un grupo excepcional de colaboradores. Allí está, junto a él, su cuñado don Francisco de Quiñones, que con tal lealtad le ha de servir a lo largo de los años, dando muestras de heroica fidelidad, está Sancho Dávila, su fidelísimo compañero desde los tiempos de Granada, que tantas noticias de su vida nos había de proporcionar, está don Antonio Valcázar, espléndido colaborador en materias jurídicas y pastorales, y el padre Acosta, y todos los jesuitas, que tanto le ayudaron. Y, sobre todo, su hermana doña Grimanesa. Es ella la que alzará su voz contra el exceso en las limosnas («Andad presto —dirá el arzobispo a unos pobres a quienes ha dado su mejor camisa—, mirad que no venga mi hermana»), quien urgirá que cuide algo de su salud, quien atenderá a las cosas materiales de aquella casa. Así, rodeado de un equipo excepcional, acomete su tarea.

Tarea ciclópea. En primer lugar como legislador. Sus tres concilios y sus diez sínodos diocesanos suponen el plantea miento legislativo de toda la organización eclesiástica de la Amé rica del Sur. Durante siglos, hasta el concilio plenario de America Latina que se tendrá en Roma a principios del siglo XX, América se regirá por las leyes que ha dado Santo Toribio. No importa que el Patronato ponga estorbos a la celebracion de los concilios, como estaba mandado. El cumplirá la ley y allá los señores del Consejo de Indias si impiden que los concilios no lleguen a promulgarse. Pero su éxito más fabuloso será el del primero de los concilios que reúne. Es algo increíble: unos obispos que se pelean durante meses, que se envuelven en una maraña de pleitos... saben, sin embargo, sobreponerse, que así eran los hombres de aquella época, a todas esas miserias humanas y proceder de común acuerdo a la hora de dictar las leyes eclesiásticas. El arzobispo pasa por las mayores humillaciones. Casi se lee hoy con lagrimas en los ojos la historia de aquellos días. Pero no le importa. Lo sufre todo a trueque de sacar adelante aquellas leyes que introducían, con fuerza y decisión, la reforma tridentina en las tierras de América.

El concilio se tuvo, y con el apoyo del rey, y con la aprobación de Roma, se aplicó inflexiblemente. A los pocos años un clero reformado emprendía una tarea pastoral maravillosa. El arzobispo, incansablemente, superaría nuevas cimas, y al final

de su vida la fisonomía de la diócesis limeña y de la provincia eclesiástica habría cambiado por completo. Sólo Dios sabe a trueque de cuántas lágrimas, dificultades y disgustos.

Pero no bastaba dictar leyes La experiencia estaba hecha. Su antecesor, Loaysa, había legislado también admirablemente y sus leyes habían quedado incumplidas. Santo Toribio quiso hacer más y ponerse en contacto inmediato con las duras realidades.

Y empezó su gigantesca visita. En una geografía atormentada, que iba desde las más deliciosas planicies hasta las cumbres de los Andes, sin caminos unas veces, las más, a pie, y otras en mula, soportando una diferencia de clima que ponía a prueba la salud de los más robustos, Santo Toribio recorrió aproximadamente cuarenta mil kilómetros. Nótese bien, cuarenta mil kilómetros de aguas y nieves, de subitas crecidas, de los ríos, de caminos jamás transitados, llegando hasta tribus que jamás habían visto un español, cuánto menos un obispo. Al final de su vida en un cálculo exacto —pues, anticipándose a las tendencias de ahora, Santo Toribio llevó siempre cuenta rigurosa de lo que llamaríamos hoy datos de sociología religiosa— Santo Toribio pudo calcular que había administrado el sacramento de la confirmación a ochocientas mil almas. La mayor parte de su pontificado transcurre en las doctrinas, en contacto con los indios y con sus párrocos. En este sentido su testimonio acerca de las cosas de aquellas tierras es excepcional. Únicamente un virrey, Toledo, que había cesado en su cargo al iniciar Santo Toribio el pontificado, hizo algo parecido, pero no en esta medida. El material de sus libros de visita, inconcebiblemente menospreciado por muchos historiadores, nos dice algo más e infinitamente más cierto y más seguro que las fantasías de otros muchos que escribieron sobre las Indias.

Es emocionante el anecdotario de la visita. Pero también inagotable. Jamás dejó de visitar a un solo indio, por pobre y alejado que estuviera. Baste un ejemplo por el que nos podemos hacer idea de lo que era aquello Se les había hecho de noche en la margen del río. Decidió acampar y esperar la normalidad de las aguas al día siguiente, pues el río había subido de repente. Los demás lo habían atravesado ya. Quedaron con él

sus dos capellanes y el negro Domingo que le servía. No había para cenar sino un pan que llevaba el negro. El prelado lo partió en cuatro partes, para los cuatro comensales, y con un poco de agua del río hicieron su cena. Rezo sus horas canónicas y se acostó al sereno. No habían descansado hora y media cuando sobrevino un aguacero muy terrible que duró hasta el amanecer y no les dejó conciliar el sueño. Al llegar el día el río continuaba crecido. Rodeado por la cuesta sin caminos ni posibilidad de cabalgadura. Llegaron al pueblo por el puente del río a las ocho de la mañana. Sin desayunar se dirigió a la iglesia, hizo oracion y predicó a los indios. Oyó misa y volvió a predicar durante ella. Se puso a confirmar y terminó a más de las dos de la tarde. A eso de las tres se sentaba a comer, «bien cansado y trabajado». Preguntó al doctrinero si faltaba alguno por confirmar. El padre, que conocía de lo que era capaz, respondió con evasivas. El arzobispo insistió y el religioso no tuvo más remedio que declararle que a un cuarto de legua había un indio enfermo. El arzobispo se levantó de la mesa y fue allá. Llevaron el pontifical. El indio estaba en un altillo «que si no era con una escalera no pudieran subir». *Consolo al indio, le instruyo y le confirmó con la* misma solemnidad pontifical que si se tratara de un millon de personas. Volvió a comer Y encargó mucho al cura dominico que cuidase de él, le consolase y mimase, y le dejó una limosna. Se sentó a comer a las seis de la tarde. «Bendito sea Dios que se ha confirmado este indio —decía—, y no irá ya por mi cuenta a morirse sin este sacramento».

Ocasión hubo en que Dios sello con milagros un celo tan extraordinario. Así, por ejemplo, cuando hizo lo que entonces llamaban «una entrada» hasta rincones a los que no había llegado jamás ningún español. Era tierra de infieles caribes y le salieron al encuentro «cantidad de ellos con sus armas. Y Su Señoría les habló de manera que se arrojaron a sus pies y le besaron la ropa». Sus acompañantes testificaron el milagro: el intérprete que llevaba no les entendía, pero el arzobispo «miró al cielo diciendo: "Dejad, que yo los entiendo", y volvió a hablarles en la lengua española, que en su vida habían oído, y en latín, del Santo Evangelio, y fue entendido de todos. Ellos, a su vez, le respondieron en su lengua, entendiéndoles el arzobispo, con que

se verificó este milagro, aunque él lo quiso ocultar por su mucha virtud y santidad».

Su gran amor fueron los indios y los negros. Por ellos padeció persecución, y bien recia, en tiempos de don García de Mendoza. En favor de ellos luchó con tenacidad para que se les admitiera a la Eucaristía. No es posible recoger los mil rasgos que de él se conservan en este aspecto. Les predicaba, se detenía con ellos en la calle, les invitaba a su mesa, les trataba con un cariño paternal, les recibía a cualquier hora. Es una epopeya emocionante de amor, entrega y afecto. Refugiémonos una vez más en la anécdota:

Ocurrió que entre la servidumbre de su casa arzobispal enfermó de gravedad un negro bozal de su caballeriza. A las dos de la madrugada entró un sacerdote a confesarle, y se retiraba ya a descansar. El arzobispo, que apenas dormía, le vio desde su ventana y le preguntó el objeto de su visita a estas horas. El sacerdote le explicó el caso y cómo lo había confesado ya. El arzobispo dijo era conveniente administrarle el viático. El sacerdote respondió que el negro era demasiado bozal e incapaz de recibirlo. Insistió el arzobispo que le instruyese y le hiciera capaz, y sin esperar más bajó de su habitación y se fue con el cura a la del enfermo; se sentó en la cama y, con palabras de consuelo y de ternura, comenzó a instruirle. Consiguió que el negro distinguiese suficientemente el pan eucarístico; levantó a los de su casa, limpiaron la habitación, entró en la catedral, sonaron las campanas, y bajo palio, con algunas personas que acudieron al toque de campanas, el sacerdote portó el viático seguido del arzobispo. Recibió el negro la comunión, volvió el arzobispo a la catedral acompañando al Señor. Reservado el sacramento, el prelado fue de nuevo a la habitación del negro para consolarle, supo que no estaba confirmado, pidió el pontifical y le administró la confirmación. Le exhortó a que pidiese la extremauncion. Lo hizo el negro. Se la administró el arzobispo y en estos ministerios llegó el alba. Inmediatamente el arzobispo emprendió su jornada ordinaria.

Esto no es más que una anécdota. Como éstas conservamos a millares. A cuál más edificante. Como edificantes sus relaciones con el clero secular, sus luchas por sacar adelante el semina-

rio, su amor y veneración hacia las Órdenes religiosas, su firmeza y su sentido profundo de respeto hacia la autoridad civil. No hay lugar a recogerlo todo. Durante cinco años interminables recibió un trato durísimo por parte del rey, que, inexplicablemente, se fiaba de las relaciones que enviaba don García Hurtado de Mendoza, quien en alguna ocasión no retrocedió ante la misma calumnia. Mucho tuvo que sufrir, hasta lo increíble. Nos consta, sin embargo, que jamás salió de sus labios una queja, sino, antes al contrario, tuvo explicaciones para todo. «No será como dice», decía siempre que en su presencia murmuraba alguno. Y cuando, con ocasión de un memorial en el que se le denunciaba por haber atacado el Patronato, la reprensión del rey llegó a extremos realmente increíbles, la contestación de él tiene una dignidad y un estilo que transparentan por completo la santidad:

> «No sé —dice— con que conciencia pudo persona alguna hacer relacion a Vuestra Majestad [ ] tan siniestra y contraria a la verdad [ ] Tendra su conciencia gravada y onerada para poder satisfacer a la buena fama y opinion y honra de la persona del prelado y dignidad pontifical que se tenia en estas partes [ ] Su Divina Majestad tenga misericordia de el, y le perdone y atraiga a conocimiento de su yerro, maldad y pecado, y a que satisfaga enteramente como esta obligado Dios Nuestro Señor me tenga en su mano, y me de fuerzas para trabajar en esta viña y poder descargar la conciencia de todos, no queriendo otro premio sino a El»

Aun hablando humanamente, y prescindiendo del aspecto sobrenatural, Santo Toribio fue un hombre realmente excepcional. Su salud, que sólo por milagro pudo resistir la increíble austeridad de vida y aquellos trabajos interminables; su inteligencia prócer, que se proyecta en la claridad extraordinaria de todos sus escritos; su estilo literario, de impresionante majestad, su propio dominio, aun en las circunstancias más difíciles, le elevan a una altura inconmensurable.

Murió como correspondía a un luchador de su talla: en pleno combate. Se sintió enfermo, y continuó, sin embargo, la visita. Le pedían y le suplicaban sus acompañantes que se cuidara un poco. Fue todo en vano. Continuó trabajando hasta el último momento. Había llegado a Saña medio muerto, con ánimo de consagrar allí los óleos. Le derribó la fiebre, y con todo, por

rigor de ayuno del tiempo (era Semana Santa), «no comió carne hasta tres o cuatro días antes de morir, por mandato del médico, lo cual fue mucha parte para apresurar su muerte, por no haberse dejado regalar estando enfermo». Allí, lejos de su iglesia catedral, rodeado de sus indios amadísimos y de los sacerdotes que habían concurrido para la consagración de los óleos, murió el día de Jueves Santo de 1606.

Su cabildo catedral tomó sobre sí, con fidelidad admirable, el trabajar por conseguir la beatificación. En 1679 se lograba. Y en 1726 era canonizado. Cuando, a principios del siglo XX, se reunía el concilio plenario de América Latina, los obispos reunidos en Roma con esta ocasion habían de pedir con insistencia que él fuera su modelo. «Prelado santísimo —decían en las aclamaciones que se cantaron en la solemne sesión de despedida—, intercede por nosotros para que nuestros trabajos sinodales produzcan fruto sempiterno». Al fin y al cabo los mismos prelados acababan ya de llamarle «ejemplar de todos los obispos de América Latina y ornamento espléndido de aquella santa Iglesia».

LAMBERTO DE ECHEVERRIA

Bibliografía

RODRIGUEZ VALENCIA, V , *Santo Toribio de Mogrovejo* (Madrid 1957 1958) En esta obra fundamental esta reseñada toda la bibliografia
— Actualizacion
SÁNCHEZ PRIETO, N , *Santo Toribio de Mogrovejo apostol de los Andes* (BAC popular, 78, Madrid 1986)

SAN JOSÉ ORIOL

Presbitero († 1702)

Barcelonés. Y lo que hubiera faltado es que encima fuera de Vich, para que formase constelación con San Antonio María Claret, con Torras y Bages, con Balmes y mi entrañable mosén Cinto, cuyas poesías tuve la osadía de leer en catalán. De todas formas, San José Oriol fue consagrado sacerdote en Vich por el obispo de esta diocesis, don Jaime Mas, el 30 de mayo de 1676, Témporas de la Santísima Trinidad... Y el seminario barcelonés no puede gloriarse de él sin someter la cuestión a «distingos»,

porque en los azarosos tiempos del santo beneficiado, en realidad, no existía.

Cautivado por la figura mansísima de San José Oriol, he de comenzar confesando un grave pecado: pecado de prejuicio. Porque me he enfrentado con él cargado de prejuicios malsanos. Un santo *beneficiado,* en medio de un paisaje estepario de prebendas eclesiásticas sin aureola de canonización durante varios siglos. Él se habría santificado en su silla coral, rasera con el suelo, asistiendo puntual al canto de horas en las misas conventuales, conforme al turno establecido. ¡Prejuicio! Y él sería también un caso de versión a lo divino de esa criatura de Dios que es el dinero, como hijo de un pueblo con sentido pitagórico, que sabe someter a número lo más bello que han visto mis ojos: la sardana. San José Oriol, cuya primera carta habla de reales y cuyo primer milagro convierte en monedas de plata unas tajadas de rábano, parecía tentarme a un escarceo de ascética económica, tan necesaria, sin duda.

Con situar estas dos cuestiones en su justo punto se haría algo aceptable, pero monstruosamente fragmentario. San José Oriol, que lo mismo puede enseñarme amor a los enfermos que cariño a la gramática hebrea, es un santo hecho por Dios para enseñar serenidad, efectividad en cualquier puesto, porque los suyos fueron todos simplicísimos. Hasta se podría incurrir en el gran pecado de presentarlo cargado de trivialidad. Ese beneficiado de más de cuarenta años se ha pasado diez de profesor particular de dos niños. Después hizo un viaje a Roma con buen resultado, porque de allí retornó con un beneficio en Santa María del Pino. De algo valio su amistad con los filipenses. Tiene la casa en un callejón adonde se entra por la calle de la Canuda. Le dio por marcharse a misiones, pero no llegó mas que a Marsella. Asiste a coro muy puntual. Confiesa en la capilla del Santísimo. Prefiere decir siempre la misa tarde. Al mes de tomar posesión del beneficio ya pidió que se le concediese celebrar la misa más tardía. No le fue concedido. En las reuniones de beneficiados no suele entrar en las deliberaciones. Un día se le ocurrió descolgarse pidiendo que se sustituyesen las pluviales viejas por otras menos pesadas. Muchos le tienen por santo y hasta dicen que hace milagros.

¿Queréis que os cuente lo que me dijo un taxista? Nos pusimos a hablar de curas, de los curas de la localidad, de los tres curas que él y yo conocíamos:

—Don N., se mata, no para.

—¿...?

—Es un torbellino ese hombre.

—¿Y don X?

—Ése no tiene una peseta, es un manirroto y por eso todos le quieren tanto.

—Basta. ¿Y don Z? (un pobre capellancito de monjas).

—¡Ah, padre!; ése. . canela fina..

Fueron las palabras que el buen taxista supo emplear cuando quiso hacer punto y aparte con el pobre capellán de ojos silenciosos. Fue su manera de decirme que aquél era un santo.

Si nos hubiésemos acercado a cualquiera de los tejedores o terciopeleros de 1695 para preguntar por el beneficiado de ojos azules y calva venerable que se postra ante el Santísimo después del canto de horas canónicas, nos habría dicho ineludiblemente: «es un santo». Sin más.

Porque en esta vida de cincuenta y un años no parecen aflorar todas esas cosas gravísimas, como los puestos de responsabilidad o las incumbencias pastorales, que obligan a moverse sin descanso. Cuando el celo apostólico aguijonea y se lanza a la vanguardia, una mano invisible le asienta nuevamente en su puesto y hay el peligro de que pueda tomarse su anhelo por una «quijotada». Y, sin embargo, florece el milagro a su paso. Es el gran taumaturgo de Barcelona, donde nace, vive y muere. Y aquí va ya la version exacta que cabe ofrecer.

El santo beneficiado es doctor en teología. Le han tocado los tiempos en los que quien mandaba en Francia era Richelieu y quien gobernaba en España era el conde-duque de Olivares. Lo que a Barcelona le tocó pasar ya se sabe. Y al seminario de Barcelona le tocó no funcionar durante mas de noventa años. A aquel pontífice de inigualado anecdotario —Benedicto XIV— le correspondió lamentarse de este gran mal. Pero entonces había lo que hoy casi no nos atrevemos a soñar: Facultad de Teología en las universidades civiles. En la de Barcelona se doctoró San José Oriol, antes de haber subido las gradas del altar, y con

la calificación de *nemine discrepante.* Antes había opositado ya a la cátedra de hebreo. Lujo espiritual el de este santo, que pudo dejar en el pobre inventario de sus cosas una Biblia y una gramática hebraica. Había soñado mucho con convertir judíos. Y se hubiera alegrado, sin duda, de saber que Juan XXIII iba a borrarles de la liturgia del Viernes Santo el adjetivo «pérfidos». Los tiempos cambian. De conversiones de judíos no me consta. Pero ya no fue poco leer —con puntos masoréticos o sin ellos— el texto original del Libro Sagrado. Santa Teresa de Lisieux se quedó con las ganas.

Había experimentado ya muchas cosas en su vida. Se me antoja que mamá Gertrudis tenía un semblante dulce y triste. Sus pupilas quedaron colmadas de eternidad con la despedida temprana de los siete hijos primeros y la de su esposo Juan, muerto a los treinta y siete años (cuando la peste de 1651). Gertrudis unió su vida a la de Domingo Pujolar. José Oriol encontró un padre, y el hijo de Pujolar (futuro sacerdote también) tuvo una madre en Gertrudis. Fue una solución no duradera. Pujolar murió pronto. José fue monaguillo de la ilustre y respetable comunidad de Santa María del Mar. Sólo los pobres entraban en tales funciones. La situación se comprende que era menos holgada. Pero aquellos señores eran buenos y, además, sabían ver. La cosa comenzó con música y gramática, y todo siguió por sus pasos hasta el flameante doctorado en teología, que alguna mano negra trató vanamente de frustrar. El doctorado era cuestión de talento y codos, ampliamente comprobados en este caso, pero no bastaba en aquellos floridos tiempos demostrar ciencia y santidad para aspirar a las Sagradas Órdenes. Se prerrequería una cosa tan elemental y tan poco aérea como estar en posesión de un beneficio eclesiástico que asegurase la «congrua sustentación» del ordenando. Lo escribo sin saberlo pronunciar: *bell-lloch,* obispado de Gerona. Gracias a un beneficio aquí vacante pudo ordenarse San José Oriol. Rentaba *un escudo de oro de cámara romano* = siete pesetas anuales. Beneficio real y simbólico a la vez, respaldado por el beneficio puramente real de un amigo sincero que se comprometió a suplir con una renta anual. Transcurre casi un mes entre la consagración sacerdotal y la primera misa, que no sé cuándo aprenderemos a llamar *la segunda...*

Una primera misa solemne o rezada. Lo mismo da. Es la primera misa de un santo, que pasa a ocuparse de la preceptoría de la familia Gasneri, alto militar de origen milanés. Pepito tiene seis años y Paquita dos todavía. Vive con ellos en familia durante diez años. Es ésta una vida de familia algo especial, porque, desde que sucedió el prodigio del pavo, se ha decidido a comer solo; y a pan y agua nada más. Muy sencillo: que en la abastecida mesa de los Gasneri José trinchó pavo, pero al servir su plato notó el brazo inmovilizado. Insistió dos veces, y lo mismo. Una mano como de hierro le atenazaba. Mano fuerte y dulcísima, que señalaba una ruta nueva. Un camino de austeridad extremada que no endureció su semblante. El rostro macilento a medida que se iba enflaqueciendo parecía adquirir mayor ternura.

Pepito hace la primera comunión a los diez años y Paquita a los ocho. El santo preceptor los ha preparado con mimo y reciedumbre a la vez. No es que viva consagrado a ellos exclusivamente. Hace unos años que en Barcelona se han establecido los de San Felipe Neri con su género de vida tan peculiar. Tienen vida común, pero son extraordinariamente abiertos, fieles al espíritu peculiar del santo fundador. José Oriol se siente como un miembro más de la Congregación. No le han preocupado nunca esas sutiles cuestiones de frailes o no frailes. En la iglesia del Oratorio confiesa, celebra misa, reparte la comunión. Es hombre que no deja los libros y predica unos sermones poco elocuentes, pero que llegan a las almas y producen consuelo. Hay colas ante su confesionario, y los filipenses están convencidos de que es un santo, aunque ignoran que ayuna a pan y agua durante todo el año.

¿Por qué José Oriol no vivió con mamá Gertrudis, viuda? Tampoco vivió San Pío X con su madre, amándola tanto. Tiene sus exigencias el apostolado. Y tienen a veces los santos esta precaución de no hacer partícipes de «sus líos» a los seres más queridos. Estuvo siempre pendiente de ella y recogió su último suspiro.

Año 1696. Con bordón y sayal de peregrino, con los ojos puestos en las estrellas y las manos mendigando el pan, José Oriol se dirige a Roma. Es la romería de un corazón ardiente al

sepulcro de los santos apóstoles... Los hijos de San Felipe Neri le ven llegar a Roma empujado por su fervor. Un ilustre conterráneo suyo había llegado años antes a Roma para agenciar un beneficio eclesiástico. Merodeaban los clérigos españoles en Roma esperando una vacante en la Península. San José de Calasanz no quiso esperar ocioso y encontró en Roma el centro de sus grandes realizaciones. Dura prueba supuso Inocencio X para su obra. Ahora reina un Papa radicalmente distinto en algún punto: Inocencio XI, el papa Odecalchi, hoy Beato Inocencio XI, que señala el puesto definitivo de su vida. El cardenal Coloredo es oratoriano e Inocencio XI lo estima en mucho. El puesto del santo barcelonés está en Barcelona. Allá debe volver para hacerse cargo de un beneficio en Santa María del Pino. No hay canónigos en esta iglesia. Solamente hay beneficiados y por debajo de éstos toda una teoría de capellanes, pasioneros y vicarios. Toda una vida compuesta de detalles a los que hay que ser fiel. Le acaban de nombrar «apuntador y bolsero». Horrible tarea la de controlar ausencias y retrasos. Más horrible aún la de dividir y subdividir las *partitiones inter praesentes* conforme a un sistema equitativo. El cargo de enfermero le va mejor. Visita y socorre, con sentido de la exactitud, con una caridad controlada que rehúye improvisaciones. Su régimen alimenticio le ha permitido hacer unos ahorros: 311 libras catalanas, que pasan a constituir la fundación de 48 misas por los pobres muertos que no tienen sufragios.

Llega siempre antes de comenzar el coro y permanece de rodillas junto a su silla coral hasta que se inicia la función litúrgica. Prefiere celebrar tarde la misa para así tener más horas de preparación. Todo se va aclarando. Corren los niños a su paso y se detiene con ellos en cualquier pórtico. Hay siempre gente esperándole en la capilla del Santísimo. Visita las cárceles, los hospitales. Va y viene sin hacer ruido, pero todos saben que hace grandes milagros. Él lo sabe también, y de todo da cuenta a su director espiritual, fray Juan de la Concepción, que es carmelita descalzo y le conduce por senderos de exigencia y humildad. San José Oriol lee mucho a San Juan de la Cruz. No se toma ni las vacaciones a que tiene derecho en su beneficio. Camina siempre a pie con sotana y manteo limpísimos. Suele andar sin

sombrero. (Por eso está tan nuevo el sombrero que se conserva entre sus reliquias.)

Nueva tentativa Peregrino otra vez. Varios años llevaba en su beneficio cuando emprendió otra aventura, mejor: la misma aventura no lograda. ¡Qué misionero soñador se esconde bajo la negra muceta del beneficiado! El cura de Ars no creía en una vocacion sacerdotal sin arrebatos misioneros. Cercano a Marsella le venció la enfermedad y hubo de regresar a Barcelona tras un mandato categorico de Nuestra Señora, que le mostró ya claro para siempre su camino.

Ha cumplido cincuenta y un años. Tiene hecho testamento desde antes de emprender la aventura misionera que Dios no quiso coronar. Es el hombre ordenado en todo, que dispone de su pobreza con la misma seriedad de quien tiene mucho que dejar: sus ropas corales, sus libros, apenas nada más. Ha sido el hijo de laboriosos artesanos que han sabido valorar el fruto del trabajo. Hasta ha sabido quejarse de que los franceses encarecían la vida, atento a la preocupación vital de la gente pobre, la más cercana a él. Si subís a su buhardilla la hallaréis paupérrima. Pero nadie tiene por qué saber el mérito de tanta pobreza. Sabe *el día y la hora en que va a morir y recoge el lugar.* Después del coro de la tarde ha confesado a sus penitentes y se dirige a casa de unos buenos amigos: los Llobet. Todo se sucede según el plan de Dios, no ignorado por él. Diariamente se ha confesado antes de celebrar misa. Ahora es la última confesión y la última comunión... la unción postrera.

Los ojos inmensamente azules se han clavado en la eternidad. Pero flota como un nimbo de belleza sobre la faz macilenta del santo beneficiado, en continuos cambiantes que impiden a los pintores fijar sus rasgos con exactitud. Mientras el pueblo *se reparte sus ropas en febril afán de reliquias, en su semblante* se posa la serenidad de los cielos. No conozco un santo que más me cierre el camino de las evasivas. He aquí a un amigo barcelonés hecho todo de ternura y exactitud. ¿No recuerdas haber conocido otros más por este estilo? Resulta fácil intuir a San José Oriol.

JOSE MARIA DIAZ FERNANDEZ

Bibliografía

ANZIZU, M ª E , *Vida de San Jose Oriol* (Barcelona ³1928)
BALLESTER Y CLARAMUNT, J , *Vida de San Jose Oriol, presbitero* (Barcelona 1909)
Bula de canonización *AAS* 1 (1909) 605s
Butler's lives of the Saints, rev y refun por H THURSTON y D ATTWATER, I (Londres 1956) 666s
MASDEU, F J , *Vida del Beato Josef Oriol* (Barcelona 1807)
SALOTTI, C , *Vita di s Giuseppe Oriol sacerdote e beneficiato di Barcellona* (Roma 1909)
— Actualizacion
VERGES, T , *El doctor Pan y Agua biografia y espiritualidad de san Jose Oriol* (Barcelona 1996)
VIVES, J , «Oriol, Jose», en ALDEA VAQUERO, Q -MARIN MARTINEZ, T -VIVES GALETI, J (dirs), *Diccionario de historia eclesiastica de España,* III (Madrid 1972) 1840-1841

SANTA REBECA (RAFQA) AR-RAYÉS

Virgen († 1914)

Nacida el 28 de junio de 1832, en el pueblo de Himlaya, a unos 30 kilómetros de Beirut, y en la vigilia de los Santos Pedro y Pablo, le fue impuesto en el bautismo el nombre de Petra.

Su madre, Rebeca Ar-Rayés, le enseñó a rezar y leer pero murió cuando ella tenía siete años, dejándola un gran vacío. Su padre, Mourad, que se encontraba en serias dificultades económicas, la envió, cuando tenía diez años, a Damasco, a casa de una familia católica d'El-Badwi como asistente o criada. A la edad de 14 años volvió al Líbano, y encontró a su padre casado por segunda vez.

Cuando Ar-Rayés entró en la juventud era hermosa, muy simpática y profundamente religiosa; una tía materna quiso casarla con su hijo y su madrasta con su hermano, asunto que fue causa de no pocas contrariedades. Zafándose de estos disgustos familiares, a los 21 años sintió la llamada de Dios a la vida religiosa y huyó de casa. El párroco José El-Gamayel le ayudó a entrar en la congregación de las Mariamitas (Hijas de María) en Bikfaya incluso contra la voluntad de su padre. Ella contaba que al entrar por primera vez en la capilla y puesta su mirada en la imagen de la Virgen sintió en su interior una voz que le decía «tú serás religiosa». Extrañamente la superiora la aceptó sin hacerla las preguntas de rigor en esos casos. Fue inútil que su padre y su familia vinieran a hacerla desistir de sus propósitos; así

pues, cumplidos el tiempo de postulantado y el año del noviciado hizo sus votos el 10 de febrero de 1856.

A primeros de agosto de 1858 Ar-Rayes fue enviada con otra hermana a hacerse cargo de la cocina del seminario de Ghazir, dirigido entonces por los padres jesuitas y a cuyo frente permanecio siete años. En la década de 1860 se produjeron sangrientas matanzas de cristianos y esto constituyo para ella una cruel experiencia de los sufrimientos humanos. Posteriormente, habiendo adquirido antes una modesta cultura (lengua árabe, ortografía y aritmética) durante su estancia en Ghazir, fue maestra y catequista durante dos años en Deir El-Qamar (1860-1862), un año en Biblos (1863), y siete años en el pueblo de Maad, en la region de Biblos (1864-1871). Siempre fue muy querida por sus alumnos y apreciada por los padres de familia, que depositaban en ella toda su confianza.

Pero las guerras y disturbios pasados hicieron tambalear la pequeña Congregación a la que Ar-Rayés pertenecía, pues se vieron desasistidas de los sacerdotes jesuitas que las ayudaban y que fueron expulsados o perseguidos durante la revolución religiosa del Líbano, de modo que en 1871 fue disuelto el instituto de las Mariamitas.

Ar-Rayés rogó mucho al Señor, pidiendole que la orientara en esta circunstancia ya que no quería abandonar la vida religiosa Y estando una tarde en oración en la capilla de San Jorge de Maad vio en sueños a tres hombres: un monje con barba blanca y una caña en la mano (San Antonio el Grande), un soldado con el traje militar (San Jorge) y un anciano (San Simón Estilita). Se le acercó el monje, empujándola con su caña, y le dijo: «Entra en la Orden libanesa Baladita» (actualmente: la Orden libanesa Maronita)

Al día siguiente, muy contenta, decidio ir al monasterio San Simon el Estilita en Aytou (Mar Semaan El-Qarn), Líbano-Norte, donde el 12 de julio de 1871, a la edad de 39 años, comenzó de nuevo un año de noviciado, finalizado éste, el 25 de agosto de 1872, recibió el velo de profesa y cambio de nombre tomando el de su madre, «Rebeca». Vivió en aquel monasterio durante 26 años, siendo siempre ejemplo vivo de obediencia, abnegación, oracion y trabajo silencioso.

Pero Dios la llamaba a una vida de entrega y holocausto total para, según el apóstol, «completar en su carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo, en favor de su cuerpo que es la Iglesia». Así fue como el primer domingo de octubre de 1885, mes del santo rosario, orando ante el Santísimo Sacramento, una moción interior la impulsó a proferir estas palabras:

> «¿Por qué, Dios mío, te alejas de mí y me has abandonado? ¿Por que no me visitas con una enfermedad? ¿Acaso me has olvidado? Dame la gracia de ser testigo de tu amor mediante mi comunión con el sufrimiento que tú padeciste por la redención de los hombres»

El Señor la escuchó y aceptó su oblación de amor incondicional y aquella misma noche, al acostarse, experimentó un fuerte dolor de cabeza que se extendía hasta los ojos. Así comenzó su camino del calvario que no finalizaría hasta su muerte en 1914.

Lógicamente, ante dolores tan fuertes y pertinaces los superiores la hicieron comenzar un rosario de consultas médicas, aunque «providencialmente» sin lograr nunca su curación. Las consultas y las terapias se convirtieron, por otra parte, en un martirio más. Un médico en Trípoli le hizo un sondeo con una punción que iba de oreja a oreja. Ar-Rayés mientras tanto repetía: «En comunión con los sufrimientos de Cristo».

Otro médico americano en Biblos juzgó que sería necesaria una operación del ojo. Ella rechazó la anestesia. Mientras le hacían la operación le arrancaron un ojo que cayó en tierra delante de ella, Rebeca sólo repetía: «Por la pasión de Cristo. Que Dios conserve sus manos. Que Dios les recompense».

Un nuevo médico militar de Batroun, habiéndola examinado, dijo: «El dolor que sufre esta monja en los ojos es indescriptible, porque está en el nervio óptico, y su curación es imposible». Mientras tanto, Ar-Rayés cuando el dolor se hacía más agudo repetía: «Para gloria de Dios, en comunión con la pasión de Cristo; por la corona de espinas de tu cabeza, Señor».

Una hermana del monasterio, sor Úrsula Doumit, fue atacada de un reumatismo articular y los médicos le prescribieron vivir en el litoral. La hermana Úrsula tenía un hermano en Maad, el padre Ignacio, que decidió fundar un monasterio para monjas

en Jarabta, en el distrito de Batrún, y el párroco Juan Basbús hizo donación de sus terrenos para la realización de este proyecto.

El 3 de noviembre de 1897, el patriarca Juan El-Hage autorizó que pudieran vivir allí seis monjas, bajo la protección de San José, procedentes del monasterio de San Simón Estilita. El monasterio se llamó San José Ad-Dahr, en Jarabta. Una de aquellas seis hermanas fue Rebeca Ar-Rayés, ya que las hermanas se sentían muy vinculadas a ella, como unas hijas con su madre, y pudieron preparar todo lo necesario para el nuevo monasterio, gracias a sus oraciones y a los buenos ejemplos que daba a las monjas.

Dos años después de la llegada al monasterio de San José, Rebeca se volvió completamente ciega; y algo más tarde comenzó a sentir unos dolores atroces en sus oídos y en todas sus articulaciones, de modo que no podía levantarse de la cama.

La cadera de su lado izquierdo se dislocó también, y atravesando la piel salió al exterior. Una gran cavidad se abrió bajo su omoplato izquierdo y la clavícula derecha rompía su piel. La espalda y los brazos estaban paralizados y unos huecos tremendos se formaron en su espalda. En fin, se le formó una llaga que le supuró durante cinco años y su cuerpo se volvió árido y seco, con una piel muy delgada. Total, era un esqueleto casi descarnado, y todos sus miembros, desmembrados, desarticulados. Ningún miembro tenía sano, a excepción de las articulaciones de las manos, de las que se servía para hacer punto y confeccionar medias de lana.

A juicio de los médicos, la hermana Rebeca estaba atacada de una «tuberculosis óseo-articular». Permaneció siete años acostada en su cama, siempre sobre su costado derecho (pues su parte izquierda no podía tocar el colchón) y con su cabeza apoyada sobre una almohada. Cuando se debía hacer su cama, o llevarla a la iglesia, hacía falta la ayuda de cuatro monjas. La llevaban con precaución, en una sábana, siempre temiendo que al colocarla en tierra, sus miembros se rompiesen y se esparcieran.

Ar-Rayés repetía siempre: «Hermanas mías, no olviden la sexta llaga de Cristo: ¡la llaga de su espalda! Esta llaga fue muy

dolorosa, porque sobre ella llevó la cruz de nuestros pecados». Ar-Rayés rezaba noche y día, y seis veces por día recitaba el Padrenuestro y el Ave María por las seis llagas de Jesús.

Rebeca Ar-Rayés prefería Dios a todo sufriendo todo por él, no en vano repetía frecuentemente las palabras de su Esposo, Cristo: «Padre, que no se haga mi voluntad, sino la tuya». Enfervorizaba a sus hermanas al repetirles: «Hermanas mías, haced comuniones espirituales en cuanto podáis, incluso hasta mil diarias». Tenía una gran devoción a la Santísima Virgen. Era dulce, apacible. Su corazón era de una gran sencillez.

Su humildad era grande y heroica. Una vez dijo a la hermana Marina, que la cuidaba: «Hermana, ¿te has lavado los pies?». No, le respondió aquélla. Rebeca le dijo entonces: «Hazlo, para que yo beba esa agua ya que te he hecho sufrir desde hace 27 años, tú me cuidas y me sirves, y yo soy incapaz de agradecértelo o de pagártelo, para mí, el beber esa agua con la que tú te lavas los pies, sería como una pequeña señal de mi reconocimiento».

Aunque enferma, alrededor de su cama explicaba las reglas y las virtudes monásticas a sus hermanas y enseñaba a las novicias las oraciones del breviario en siríaco y, además, les ensayaba los cantos, pues tenía una hermosa voz. Consolaba a la triste y pedía perdón en lugar de la hermana culpable o castigada.

En una fiesta del jueves del Santísimo Sacramento, Ar-Rayés dijo a su superiora: «¡Ojalá pudiera yo asistir a la misa, en este día tan grande!». Las hermanas trataron de transportarla asiendo las cuatro esquinas de la sábana, pero empezó a dolerle el lado izquierdo de la cadera y tuvieron que dejarla en su cama.

Comenzada la misa, estando las monjas en el oratorio, Rebeca entró sola en la iglesia arrastrándose. Las monjas sorprendidas no pudieron menos de conmoverse, mientras la superiora se levantaba para socorrerla; pero Ar-Rayés, con la cabeza hizo un signo para que la dejaran entrar sola, y pudo finalmente cumplir su deseo de participar en aquella solemne Eucaristía en la que el Señor se entregó por la salvacion de todos los hombres. Al finalizar la misa, la madre superiora le preguntó: «¿Cómo has podido hacer ese esfuerzo?». Ar-Rayés respondió: «No sé nada· he pedido a Jesús me ayudara; y de repente he sentido

mis pies resbalar de la cama, descendí al suelo y me pude arrastrar hasta la iglesia».

Un día, la madre Úrsula Doumit pidió a la hermana Rebeca: «¿No desearía ver nuestro nuevo monasterio y toda la hermosura que lo rodea, con sus montañas y bosques?». Entonces Ar-Rayes dijo: «Sí, me gustaría verlo durante una sola hora». La hermana sorprendida le pregunto: «¿Quiere ver una sola hora y después volver a ser ciega?». «Pues así es», le contestó la madre.

Entonces el rostro de Rebeca Ar-Rayés se volvió radiante. Y dijo sonriendo· «Veo, ¡Dios sea alabado!». Maravillada la hermana le dijo: «¿Qué es lo que hay a su espalda, junto a ese armario?». Rebeca volviendo el rostro hacia el armario, dijo: «La Santa Biblia y el Padre de los elegidos». Y mostró con los dedos algunas manchas que se encontraban sobre su cubrecama.

Rebeca vivió 82 años, de los que 29 los pasó sufriendo. El 22 de marzo de 1914, Ar-Rayés dijo a su superiora: «Querría despedirme de mis hermanas las monjas y escuchar su voz antes de morirme».

La mañana del 23 de marzo de 1914 pidió la santa comunión diciendo· «Dejadme tomar mi viático para el camino». Y las últimas palabras pronunciadas por Rebeca fueron· «¡Oh Jesús! ¡Oh María! ¡Oh San José!, os doy mi corazón, mi alma... En vuestras manos entrego mi espíritu».

Después de su entierro y durante dos noches seguidas, se vio que había luz sobre su sepultura.

La madre Ursula Doumit cuenta uno de los primeros favores de la santa:

> «Estaba sufriendo, desde hacia siete años, de una pustula en mi cuello, bajo la barbilla Era grande como una avellana y me hacia mucho daño, de modo que incluso me impedia tomar bien la bebi da, ademas, sentia continuamente un dolor de cabeza y por la tarde me causaba una fiebre muy fuerte Dije a las monjas que no me despertasen para la oracion de media noche
>
> Mientras dormia, oi llamar a la puerta de mi cuarto, y una voz me dijo "Toma tierra de la tumba de Ar-Rayes, y frotate en la gar ganta" Crei que era una de mis hermanas Y dije "¿Por que no me deja dormir?" Nadie me respondio Pero volvi a oir la misma voz repitiendo las mismas palabras
>
> Por la mañana, despues de haber preguntado a las monjas, comprendi que ninguna de ellas habia venido a despertarme por la noche Entonces fui y tome tierra de la tumba de Ar-Rayes y ha-

biendola disuelto en agua me frote con ella mi pustula Despues de esto alguien me ofrecio un vaso de leche y lo bebi sin ninguna dificultad Entonces me toque de nuevo la garganta y no encontré ni rastro de la pústula Desde este momento, quede completamente curada»

Ésta es la razón por la que las hermanas del monasterio de San José dan tierra de la tumba de Ar-Rayés, que continúa curando todos los enfermos que la piden con fe. Introducida su causa de beatificación en 1925, el 10 de julio de 1927 sus restos mortales fueron trasladados a un ángulo de la iglesia del monasterio, donde han reposado casi hasta nuestros días.

El 11 de febrero de 1982, la hermana Ar-Rayés, monja libanesa maronita, del monasterio de San José-Jarabta, fue proclamada Venerable, y el 17 de noviembre de 1985, el papa Juan Pablo II la declaró Beata.

La víspera de su beatificación, los santos huesos de Ar-Rayés fueron trasladados a una nueva tumba, en piedra tallada y en forma de antigua lamparilla de aceite, sobre la que campea una cruz. La nueva tumba, de color rojo, combinación de rojo y dorado, símbolo del sufrimiento y de la gloria, está situada al fondo de la capilla, en el presbiterio. Su sepulcro quiere expresar simbólicamente que Ar-Rayés ilumina nuestro camino hacia el Crucificado resucitado. También puede verse en él un navío que lleva un gran tesoro, y que navega a través de las desdichas de este mundo, para aliviar los sufrimientos, mientras nos orienta hacia el puerto de Cristo, nuestro reposo y nuestra salvación.

El 10 de junio del año 2001, el papa Juan Pablo II la canonizó solemnemente en la plaza de San Pedro, cuyo nombre recibio en su bautismo, poniéndola como ejemplo paciente y gozoso de saber unir sus sufrimientos y enfermedades en ofrecimiento generoso por la redención de los hombres en unión con los de Cristo, su maestro y esposo.

LUIS M. PEREZ SUAREZ

Bibliografía

AAS 94 (2002) 593-595
L'Osservatore Romano (ed en español) (8-6-2001) 10

SAN GUALTERIO DE PONTOISE

Abad († 1095)

Nació en Picardía y fue acreditado profesor de filosofía y retórica, pero prefirió la vida monástica y entró en la abadía benedictina de Rebais. Muy en contra de sus deseos se le hizo abad del nuevo monasterio de Pontoise. Deseoso siempre de una vida enteramente recogida, fue hasta Roma a pedir al papa le dispensara de su cargo abacial, pero no le fue concedida su petición e incluso se le dijo que no volviera a presentarla. Gobernó santamente a los monjes y fustigó con claras palabras a los clérigos simoníacos. Murió el 23 de marzo de 1095.

BEATO PEDRO DE GUBBIO

Presbítero († 1306)

Nacio en Gubbio, en la noble familia de los Ghisenghi. Estudio en Perugia y París, consiguiendo el doctorado en derecho. Vuelto a su patria ingresó en una congregación de ermitaños que seguía la regla agustina y que se uniría con las demás en 1256 para formar la Orden de Ermitaños de San Agustín. Fue un fraile ejemplar y la Orden le confió el cargo de provincial en Francia. Murió hacia el año 1306. Su culto fue confirmado el 5 de marzo de 1847.

BEATO EDMUNDO SYKES

Presbítero y mártir († 1587)

Nació en Leeds (Inglaterra) hacia el año 1550. Aunque se dijo que había estudiado en Oxford, este extremo no ha podido ser confirmado. Decidido por el sacerdocio, marchó a Reims, quizás en 1579 o el año anterior, y se ordenó sacerdote el 21 de febrero de 1581, celebrando su primera misa en la iglesia de San Esteban el 2 de marzo siguiente.

Vuelto al Yorkshire en junio de ese mismo año de 1581 en compañía del beato Juan Amias, también futuro mártir, pudo trabajar tres intensos años con gran celo apostólico, teniendo como punto de partida de su actividad su ciudad natal de Leeds. Un católico apóstata lo denunció y por ello pudo ser arrestado, siendo seguidamente encarcelado en Ousebridge en Kidcote. Las pésimas condiciones higiénicas de la prisión deterioraron su salud, pues padeció fiebres intermitentes que debilitaron mucho su salud. Y esta debilidad le llevó a aceptar ser llevado a una iglesia protestante y estar presente en el culto. Se arrepintió enseguida pero no quisieron escucharle y se le impuso la pena de destierro perpetuo.

Una vez en el Continente marchó a Reims, donde fue acogido y mejoró su salud. Y entonces decidió peregrinar a Roma como penitencia y pedir perdón al Papa. Estando en Roma se sintió llamado a retornar a Inglaterra y afrontar el peligro de muerte en vez de optar por la vida religiosa en algún convento, como estaba planeando. Y así lo hizo. Volvió a Inglaterra y fue su propio hermano el que lo delató a las autoridades, que lo encerraron en condiciones horribles. En el juicio manifestó su arrepentimiento por haber ido a una iglesia protestante, volvió a declarar su catolicismo y fue condenado a muerte. Se le mantuvo aislado hasta el día de su ejecución en York el 23 de marzo de 1587. Fue beatificado el 22 de noviembre de 1987.

BEATO PEDRO HIGGINS

Presbítero y mártir († 1642)

Nació en Dublín (Irlanda) hacia el año 1601, y en 1622 decide su vocación religiosa entrando en la Orden de Predicadores. Enviado a España, aquí completa sus estudios. Se ordena sacerdote en 1627.

Regresa a Irlanda en 1630 y es nombrado prior del convento de Naas. En 1641, durante la rebelion contra los ingleses, se prodigó para hospedar a los sin techo y para frenar la ola de violencias, salvando a muchas personas de en medio de los tumultos. En febrero de 1642 es arrestado y llevado a Dublín, donde se le ofrece la libertad y la vida si se pasa al anglicanismo.

Al negarse fue condenado a muerte, decisión que se ejecuta en St. Stephen's Grenn el 23 de marzo de 1642. A la hora de morir recordó que él era inocente, que había auxiliado a muchos protestantes y que su muerte se debía solamente a su fe católica. Y en prueba de ello exhibió una carta en la que el gobernador le ofrecía la vida si renunciaba a su fe. Fue beatificado el 27 de septiembre de 1992.

BEATA ANUNCIADA COCCHETTI

Virgen († 1882)

Anunciada Asteria Cocchetti nació en Rubato (Brescia) el 9 de mayo de 1800 en el seno de una familia rica de ideología radical. A los 8 años quedó huérfana y entonces hubo de pasar a vivir con su abuela, la cual le dio una sólida educación cristiana. En la adolescencia ya sentía la llamada interior a la consagración a Dios por entero. En 1822 se diplomó como maestra y fue la primera profesora de la recién creada escuela municipal. Muerta su abuela en 1823, pasó con su tío y tutor a Milán y aquí se mantuvo fiel al plan de vida que había llevado en Rubato.

Pero pasados ocho años su director espiritual le sugirió hacer una experiencia religiosa en el pueblo de Cemmo junto a una aspirante canosiana. Se trataba de una escuela en la que Anunciada trabajó durante diez años. Mientras tanto, su director espiritual había fundado una obra seglar que se difundía por Italia y que era la Pía Obra de Santa Dorotea, y a la que pertenecía la escuela en que ella misma había trabajado en Rubato.

Deseosa de consagrarse a Dios en la vida religiosa, no pudo ser religiosa canosiana, y entonces optó por el ingreso en el Instituto de Maestras de Santa Dorotea que había fundado Don Lucas Passi en 1842. Tras el noviciado en Venecia se le encomendó la fundación de la casa de Cemmo. Posteriormente su obispo Mons. Jerónimo Verzeri le confió la naciente fundación de las Religiosas de Santa Dorotea de Cemmo. Ella la rigió durante cuarenta años con sabiduría, fortaleza y humildad, siendo un gran ejemplo de todas las virtudes. Murió en Cemmo el 23 de marzo de 1882. Fue beatificada el 21 de abril de 1991.

BEATO METODIO DOMINGO TRCKA

Presbítero y mártir († 1959)

Nació en Frydlant nad Ostravici (Checquia) el 6 de julio de 1886. Estudia en el colegio de los redentoristas y de ahí le vino su vocación religiosa a esta congregación, en la que entra en 1902. Tras profesar y hacer los estudios teológicos se ordena sacerdote el 17 de julio de 1910.

Predica misiones populares, atiende material y espiritualmente a muchos prófugos durante la Guerra Europea y en 1919 es aceptado su ofrecimiento de trabajar entre los cristianos de rito oriental, para ello es enviado a Lvov, y para mejor asimilarse a ellos toma el nombre de Metodio. En 1921 es enviado a Eslovaquia, fundando en Stropkov la primera comunidad redentorista de ritos latino y bizantino. Superior en 1924 de la misma, fomenta la devoción mariana. En 1931 la comunidad se traslada a Michalovce. Desarrolla siempre una admirable labor apostólica.

Durante la II Guerra Mundial los redentoristas fueron acusados de fanatismo y propaganda contra el Estado por las autoridades eslovacas. El P. Metodio consideró oportuno dimitir y marchar a Ucrania, pero no recibió permiso de entrada en este país. A finales de 1945 se erige la viceprovincia redentorista de Michalovce y es elegido primer superior de ella. Reabre la casa de Stropkov y abre otra en Sabinov, participando en muchas misiones populares y también impulsando las publicaciones católicas.

Al quedar el país bajo régimen comunista, es suprimida la viceprovincia y los religiosos son arrestados y llevados a campos de concentración. El P. Metodio asume la responsabilidad de todo lo realizado por su congregación. Procesado en 1952, reconoció haber estado en contacto con el obispo Godjic y haberle dado informes que posteriormente pasaron a la Santa Sede. Acusado de traición y espionaje, fue condenado a doce años de cárcel. Todos los intentos para lograr una amnistía o reducción de la pena fueron inútiles. Él persevero en la paciencia y la oración, ofreciendo al Señor su encarcelamiento. En 1958 fue trasladado a la dura cárcel de Leopoldov, donde por cantar un canto religioso fue llevado a una celda de castigo y en ella cogió una pulmonía. No recibio ningún cuidado especial y mu-

rió el 23 de marzo de 1959. Fue beatificado como mártir el 4 de noviembre de 2001.

24 de marzo

A) Martirologio

1 En Cesarea (Palestina), los santos Timolao, Dionisio, Pausides, Romulo, Alejandro, otro Alejandro, Agapio y otro Dionisio († 303), mártires *

2 En Mauritania, San Secundulo, mártir (fecha desconocida)

3 En Clogher (Irlanda), San Maccartemo (s V), obispo

4 En Fabriano (Italia), San Juan del Baculo († 1290), presbítero y monje *

5 En Vadstena (Suecia), Santa Catalina († 1381), virgen, religiosa de la Orden de Santa Brígida, que era su propia madre **

6 En Ronda (España), Beato Diego Jose de Cadiz († 1801), presbítero, de la Orden de Menores Capuchinos **

7 En Pniewite (Polonia), Beata Maria Karlowska († 1935), virgen, fundadora de la Congregacion de Hermanas del Divino Pastor **

B) Biografias extensas

SANTA CATALINA DE SUECIA

Virgen († 1381)

En Suecia, hoy día, no sólo son luteranos casi todos sus habitantes, sino que también la cultura y la vida llevan impreso el sello del protestantismo; los católicos representan sólo una exigua minoría. Sin embargo, el país de Gustavo Adolfo ha pertenecido a la Iglesia romana durante seis siglos (del X al XVI) y en aquella época produjo admirables frutos de fe, de devoción y de santidad.

Santa Catalina de Suecia, llamada también Santa Catalina de Vadstena, nació hacia 1331, de padres nobles y cristianos. Era la cuarta entre los ocho hijos del príncipe Ulf Gudmarsson y de su esposa Birgitta Birgesdotter, que no es otra que Santa Brígida, cuya festividad celebra la Iglesia el día 9 de octubre De niña fue

confiada para su educación a la abadesa del monasterio cisterciense de Riseberga. Por decisión paterna se casó a los dieciséis años con el linajudo y virtuoso conde Egard Lydersson van Kyren. De común acuerdo, los dos esposos decidieron vivir en virginidad a imitación de la Santísima Virgen y San Jose, y entregados a la plegaria, los ayunos y las obras de caridad. El hermano mayor de Santa Catalina, Carlos, príncipe ligero y mundano, hizo todo lo posible por apartar a su hermana de esta vida de perfección, mas en vano, en cambio, Santa Catalina, con sus exhortaciones y su ejemplo, consiguio que su cuñada Gyda, la esposa de Carlos, renunciara a la vida lujosa y disipada que llevaba

La madre de Santa Catalina, Santa Brígida, despues de la muerte de su marido se encontraba en Roma A Santa Catalina le entró un ardiente deseo de ir a reunirse con su madre. Con permiso de su marido (pese a los intentos de su hermano Carlos para que no se lo concediera), Santa Catalina emprendio el largo viaje a Roma en el año santo de 1350. Cuando en el verano de dicho año Santa Catalina llegó a la Ciudad Eterna, su madre estaba fuera de Roma; solo después de algunos días, y gracias a haberse encontrado de manera providencial en la iglesia de San Pedro con el obispo Pedro de Skanninge, uno de los acompañantes de Santa Brígida, pudo ir a reunirse con ésta, que se encontraba en el monasterio de Farfa, en el Lacio.

Después de haber pasado junto a su madre unas semanas en Roma, disponíase Santa Catalina a regresar a Suecia. Santa Brígida, entre tanto, había tenido una revelación divina: que era precisamente su hija la compañera y colaboradora que Dios le había designado para dar cima a la obra que traía entre manos, es decir, para la fundación de la Orden del Santísimo Salvador. Santa Brígida le preguntó entonces a su hija si estaba dispuesta a pasar por Jesucristo penas y contrariedades; Santa Catalina le contestó afirmativamente, añadiendo que estaba dispuesta a seguir la voluntad divina, aunque para ello tuviera que dejar, no sólo su patria, amigos y parientes, sino a su mismo marido, a quien —son sus palabras— amaba más que a su propio cuerpo. Poco después Santa Brígida tuvo otra revelación: que su yerno, el conde Egard Lydersson van Kyren, había fallecido en su castillo de Suecia.

Santa Catalina entonces fue invadida por una gran depresión de ánimo; en medio de su tristeza sentía un gran amargor y desaliento, viéndose obligada a permanecer en casa mientras su madre y sus acompañantes visitaban las iglesias romanas para ganar indulgencias. Aparecíosele entonces la Virgen María, ordenándole la obediencia a su madre y a su director espiritual, y que abandonase la nostalgia de su tierra y amistades; al mismo tiempo, la Santísima Virgen le prometía su poderosa protección si permanecía junto a su madre. Santa Catalina así lo hizo.

En Roma vivían Santa Catalina y su madre en la más estrecha pobreza voluntaria, ganándose el sustento con el trabajo de sus manos, visitando las iglesias, dedicándose a rudas penitencias y ayunos sin abandonar por ello los ejercicios de piedad, especialmente la meditación en la pasión del Señor, y practicando la caridad: repartían limosnas a los menesterosos y enseñaban la doctrina cristiana a los pobres extranjeros. En medio de esta vida de santificación y mortificación, los biógrafos nos cuentan un hecho por el que se pone de relieve la ternura filial de Santa Catalina. Ella y su madre dormían siempre sobre el santo suelo; pero cuando Santa Brígida se había dormido, su hija procuraba poner una almohada bajo la cabeza de su madre.

Santa Catalina era joven y hermosa, y ambas cosas iban a acarrearle una serie de dificultades por parte de los numerosos pretendientes que surgieron entre los nobles romanos. Ella había confiado a San Sebastián la salvaguardia de su virginidad, y precisamente un día en que iba a la iglesia de este Santo, salió a su encuentro un conde con intención de raptarla: la aparición inesperada de un gamo, al que sin más pensar intentó darle caza, distrajo al raptor. Este mismo conde intentó repetir su fechoría otro día en que la santa se dirigía a la iglesia de San Lorenzo extramuros: en esta ocasión fue víctima de una ceguera repentina de la que curó después sólo gracias a las plegarias de Santa Catalina. Un día, desesperada ya, quiso estropear la belleza de su rostro por medio de un unguento repugnante y venenoso. Cuando, oculta en el jardín de la casa romana en que vivía con su madre, iba a poner en obra su intención, le cayó sobre la cabeza una piedra de la pared hiriéndola gravemente. Dios, que la había creado tan hermosa, no permitió que su belleza fuera

destruida. Pero Santa Catalina hubo de permanecer encerrada en casa hasta curarse, mientras su madre y sus amigos iban a visitar las iglesias: era una prueba más para la santa, pero también uno de los medios de que se valía el Señor para su santificación.

Santa Catalina y su madre realizaban peregrinaciones por Italia con el fin de visitar los más famosos santuarios, estos viajes en aquellos tiempos no estaban exentos de peligros. Por ejemplo, encontrándose en Asís para visitar la iglesia de San Francisco, fueron atacadas por una partida de bandidos, de los que milagrosamente consiguieron huir. También, juntamente con su madre, hizo Santa Catalina la peregrinación a Tierra Santa.

Poco después de haber regresado a la Ciudad Eterna, Santa Brígida, que ya se había sentido enferma en Jerusalén, fallecía en 1373, siendo enterrada provisionalmente en la iglesia de San Lorenzo *in panisperna*. Algún tiempo después, Santa Catalina, en compañía de su hermano Birger Ulfsson y sus amigos y compatriotas los obispos Pedro de Skanninge y Pedro de Alvastra, trasladaron a su tierra los restos mortales de Santa Brígida. A su paso por los diversos países de Europa, el fúnebre cortejo iba cumpliendo una verdadera actividad misionera: Santa Catalina dirigía a los pecadores saludables instrucciones, procuraba con sus hechos y palabras inspirar por doquier el santo temor de Dios, y al mismo tiempo daba a conocer las predicciones y revelaciones de su santa madre. Después de haber atravesado toda Europa, embarcaron en Danzig para Suecia, adonde llegaron, tocando tierra en Soderkoping, a mediados de junio de 1374. El paso de los restos mortales de Santa Brígida a través de Suecia fue una procesión triunfal: los milagros florecían a su paso y las gentes acudían de todas partes a oír los sermones de Pedro de Alvastra. Santa Brígida fue enterrada en Vadstena el 4 de julio de aquel año con gran solemnidad.

Después de haber enterrado a su madre, Santa Catalina se encierra en el monasterio de Vadstena, pintorescamente situado a orillas del gran lago Vattern, viviendo bajo la Regla que durante nada menos que veinticinco años había practicado en Roma junto a su madre. Poco tiempo después, y a pesar de no ser ése su deseo, Santa Catalina era elegida abadesa, pero tampoco ahora iba a poder disfrutar de una existencia tranquila: el

constante peregrinar era el sino de su vida. En efecto, en 1375 emprende de nuevo el largo y, en aquel tiempo, dificultosísimo viaje a Roma, esta vez con una doble finalidad: poner en marcha y activar el proceso de canonización de Santa Brígida, y conseguir del Papa la aprobación de la Orden del Santísimo Salvador. En esta ocasión Santa Catalina permaneció en Roma cinco años. La canonización de su madre se vio retrasada por el cisma de Occidente, que entonces desgarraba a la catolicidad: Santa Brígida fue elevada a los altares por el papa Bonifacio IX en 1401, mas esto ya no alcanzó a verlo Santa Catalina; en cambio, consiguio del sumo pontífice Urbano VI la constitución apostólica de 3 de diciembre de 1378, por la que se aprobaba la Orden del Santísimo Salvador y al mismo tiempo se concedían a Vadstena las mismas indulgencias que las que podían lucir los peregrinos que visitaban la iglesia romana de San Pedro *ad vincula*.

En 1380 Santa Catalina estaba otra vez en su amado retiro de Vadstena, donde murio el 24 de marzo de 1381, después de nueve meses de penosa enfermedad, contra la cual no quiso tomar ninguna clase de medicinas, y en cuyo largo desarrollo dio numerosos ejemplos de humildad, mortificación y paciencia. Santa Catalina recibía a diario, durante los últimos veinticinco años de su vida, el sacramento de la penitencia, y lo mismo continuo haciendo en su última enfermedad; pero a causa de los vómitos de que iba acompañada la dolencia, se veía privada de la comunión dominical (pues la costumbre de comulgar a diario no existía en la Edad Media), si bien pudo recibir la comunión antes de morir.

El final de su vida no fue el final de su influencia. Apenas había exhalado la santa el último suspiro, se vieron sobre su cuerpo luces que lo iluminaban maravillosamente, y durante varios días estuvo luciendo una brillante estrella sobre la casa donde estaban sus restos mortales, y en su entierro aparecieron innumerables luces delante y detrás del sarcófago, pero quienes las trajeron no se mostraron visibles. De esta manera, en los funerales de Santa Catalina, solemnemente celebrados por el arzobispo Birgen de Upsala y por los obispos Nicolás de Linkoping (después también elevado a los altares) y Tord de

Stragnas, y honrados por la asistencia del príncipe Erik, hijo del rey de Suecia, así como por los más importantes personajes del reino, se dio un hecho milagroso que fue como la coronación de los muchos milagros de la vida de la santa, continuados después de su muerte.

En efecto, se nos dice en su *Vida* que ya al nacer no quiso mamar la leche de su nodriza, que era una mujer de vida mundana, mientras tomaba muy bien el pecho de su madre y de otras mujeres honestas.

En una ocasión salvó a Roma de una inundación que se presentaba devastadora: las aguas del Tíber se retiraron milagrosamente al meter en ella los pies Santa Catalina.

Estando también la santa en Roma, cayó enferma la hermana de uno de sus conocidos, llamado don Latino; esta mujer había llevado una vida pecadora, y ahora, a pesar de estar enferma de muerte, no quería arrepentirse ni confesarse. Santa Catalina se postra de rodillas ante su lecho y pide a Dios que conmueva el duro corazón de la pecadora. De pronto, empieza a subir gran cantidad de humo desde el río, desencadenandose al mismo tiempo un violento huracán y una gran tormenta, todo lo cual produjo el efecto de ablandar el corazón de aquella mujer, que acabó haciendo una humilde confesion que le permitió tener una muerte cristiana.

En Nápoles rogó Santa Catalina por una posesa, con el resultado de que el espíritu inmundo abandonó a la mujer. Viajando por Prusia Santa Catalina, uno de sus criados se cayó del coche, pasandole por encima las ruedas del mismo y resultando gravemente herido; pero gracias a las plegarias de la santa sanó en el acto. En Vadstena sanó también a un hermano lego que se hirió gravemente al caerse de un lugar elevado. También curó a una muchacha tullida, llamada Cristina Persdotter, que fue luego monja de Vadstena.

En Vadstena los piojos no aparecian nunca, y el hecho se creía allí un milagro de la santa. Un hombre incrédulo, llamado Clemente, no quiso dar crédito a esto, y entonces se vio acometido por los piojos de una manera tan furiosa que no pudo verse libre de ellos sino después de rezar devotamente a Santa Catalina para que le librase de tan inmundos animalejos.

Después de su muerte, y el mismo día en que años más tarde se sacaban sus restos para cambiarlos de sitio, hizo otro milagro. Un muchacho de Mjolby, ciudad sueca hoy día populosa, se cayó en la presa de un molino; pero salió sano y salvo merced a la ayuda de una mujer vestida de blanco, que no era otra que Santa Catalina.

También Santa Catalina, como su madre, tuvo el don de las revelaciones y predicciones. Predijo, por ejemplo, la muerte en Noruega del rey de Suecia Magnus Eriksson en 1374, muerte que fue comprobada seis semanas más tarde, al regresar a Suecia los servidores que acompañaban al rey.

Otros numerosísimos milagros hechos por Santa Catalina, son enumerados por sus biógrafos y certificados con fidedignos testimonios en el proceso de canonización. El proceso fue iniciado por el obispo Enrique Tidemansson de Linkoping en 1469 y después proseguido en Roma: pocos años más tarde, en 1484, el papa Inocencio VIII permitía festejar la festividad de Santa Catalina como una segunda fundadora de los monasterios brigidinos.

Y no sin razón. Pues si bien fue Santa Brígida la autora de la Regla de la Orden y su comentarista, fue su hija quien de veras la puso en práctica en Vadstena, organizando conforme a ella el primer monasterio, y quien trabajó lo indecible hasta verla canónicamente aprobada. Efectivamente, la gran obra de Santa Catalina fue dejar asegurada la fundación de la Orden del Santísimo Salvador *(Ordo Sanctissimi Salvatoris),* de monjas y frailes, bajo la jurisdicción de la abadesa de Vadstena. Su finalidad principal era y sigue siendo alabar al Señor y a la Santísima Virgen según la liturgia de la Iglesia, ofrecer reparación por las ofensas cometidas contra la majestad divina y llevar, en la oración y la meditación (sobre todo en la meditación de la pasion del Señor), una vida perfecta para el honor de Dios y la salvación de las almas. La Orden llevó también a cabo, sobre todo al final de la Edad Media, una brillante obra cultural: los brigidinos tradujeron la Biblia a los idiomas escandinavos, y los monjes de Vadstena tuvieron la primera imprenta de Suecia. En el siglo XVI, una dama española, Marina de Escobar, da impulso a la rama española de la Orden, que perdura en España y en México. En Europa, por el contrario, la Orden sufrió mucho a consecuencia de la Reforma, prime-

ro, y de la Revolución Francesa, después, si bien sobrevivió en el monasterio bávaro de Altomunster.

Pero la actividad exterior de Santa Catalina, de fundadora tenaz y de incansable peregrina, cuya influencia se dejaba sentir incluso en la corte de los Papas, no era otra cosa que la manifestación de un alma ardiente llena de fe, de piedad y de fortaleza. Su figura se nos presenta en su juventud llena de encanto, lo mismo que resulta atractiva su figura de joven virgen y viuda decidida a llevar en Roma, mediante la obediencia y la oración, una vida nada común de gran humildad y pobreza. Y más todavía, si cabe, nos admira la nueva Catalina que sale a luz después de la muerte de Santa Brígida: la hija devota y decidida, que sin regatear esfuerzos traslada de Roma a Vadstena el cuerpo de su santa y admirada madre, la organizadora vigorosa y resuelta que dirige la suerte de Vadstena durante los primeros y más difíciles años de la fundación, que viaja a Roma y remueve incesantemente los estorbos que a su actividad se oponen; que lucha y vence; que nos da ejemplo de superación de la dureza de esta vida. Sin duda todo, porque hizo de la meditación en la pasión del Señor el centro de su vida, y porque, como dice una secuencia medieval de la santa: «Con alegría abrazó voluntariamente la cruz del Señor».

Para terminar diremos que la Orden del Santísimo Salvador, cuya fundación definitiva en la Edad Media fue la gran obra de Santa Catalina, ha sido restaurada en nuestros días, e incluso ha sido construido un nuevo monasterio en Vadstena, a la sombra misma de la famosa «Iglesia Azul» *(Blakyrka),* la primera de la Orden, gracias a los infatigables desvelos de otra tenaz mujer sueca, la madre Isabel Hesselblad, fallecida en 1957. En Suecia, su amada tierra, y en otros países, las hermanas brigidinas continúan caminando sobre las huellas de las santas fundadoras. El espíritu de Santa Catalina no ha muerto.

VIRGILIO BEJARANO

Bibliografía

Act SS Boll, 24 de marzo

COLLIJN, I (ed), *Processus seu negotium canonizationis beatae Kathernae de Vadstenis* (Upsala 1942 1946)

LUNDEN, T , «Vida y milagros de Santa Catalina de Vadstena, segun documentos medievales » *Rev Cat de Upsala «Credo»* 31 (1950) 65s
Ordo Sanctissimi Salvatoris (Estocolmo 1958)
Vita, escrita por U BIRGERSSON entre 1423 y 1426, con la ayuda de B GUNNARSDOTTER en 1420

BEATO DIEGO JOSÉ DE CÁDIZ

Presbítero († 1801)

Treinta años de activísima vida misionera no caben en unas páginas. No es posible reducir a tan breve síntesis la labor de este apostol capuchino, que, siempre a pie, recorrio innumerables veces Andalucia entera en todas direcciones, que se dirigió después a Aranjuez y Madrid, sin dejar de misionar a su paso por los pueblos de la Mancha y de Toledo, que emprendio mas tarde un largo viaje desde Roma hasta Barcelona, predicando a la ida por Castilla la Nueva y Aragón, y a la vuelta por todo Levante, que salió, aunque ya enfermo, de Sevilla y, atravesando Extremadura y Portugal, llegó hasta Galicia y Asturias, regresando por León y Salamanca.

Pero hay que recordar, además, que en sus misiones hablaba varias horas al día a muchedumbres de cuarenta y aun de sesenta mil almas (y al aire libre, porque nuestras más gigantescas catedrales eran insuficientes para cobijar a tantos millares de personas, que anhelaban oírle como a un «enviado de Dios»); que tuvo por oyentes de su apostólica palabra, avalada siempre por la santidad de su vida, a los príncipes y cortesanos por un lado y a los humildes campesinos por otro, a los intelectuales y universitarios y a las clases más populares, al clero en todas sus categorías y a los ejércitos de mar y tierra, a los ayuntamientos y cabildos eclesiásticos y a los simples comerciantes e industriales y aun a los reclusos de las cárceles; que intervino con su consejo personal y con su palabra escrita, bien por dictámenes más o menos públicos, bien por su casi infinita correspondencia epistolar, en los principales asuntos de su época y en la dirección de muchas conciencias; que escribió tal cantidad de sermones, de obras ascéticas y devocionales, que, reunidas, formarían un buen número de volúmenes, que caminaba siempre a pie, con el cuerpo cubierto por áspero cilicio, pero alimentando su alma

con varias horas de oración mental al día; y que, si le seguía un cortejo de milagros y de conversiones ruidosas, también supo de otro cortejo doloroso de ingratitudes, de incomprensiones y aun de persecuciones, hasta morir envuelto en un denigrante proceso inquisitorial.

¿Cómo describir, siquiera someramente, tan inmensa labor? La amplitud portentosa de aquella vida, tan extraordinariamente rica de historia y de fecundidad espiritual, durante los últimos treinta años del siglo XVIII, a lo largo y ancho de la geografía peninsular, se resiste a toda síntesis. Sólo de la Virgen Santísima, a la que especialmente veneraba bajo los títulos de Pastora de las almas y de la paz, predicó más de cinco mil sermones. Y seguramente pasaron de veinte mil los que predicó en su vida de misiones, las cuales duraban diez, quince y aun veinte días en cada ciudad.

La misión concreta de su vida y el porqué de su existencia podría resumirse en esta sola frase: fue el enviado de Dios a la España oficial de fines de aquel siglo y el auténtico misionero del pueblo español en el atardecer de nuestro Imperio.

Nuestros intelectuales de entonces y las clases directoras, con el consentimiento y aun con el apoyo de los gobernantes, abrían las puertas del alma española a la revolución que nos venía de allende el Pirineo, disfrazada de «ilustración», de maneras galantes, de teorías realistas. Todo ello producía, arriba, la «pérdida de Dios» en las inteligencias. Luego vendría la «pérdida de Dios» en las costumbres del pueblo. Aquella invasión de ideas sería precursora de la invasión de armas napoleónicas que vendría después.

No todos vieron a dónde iban a parar aquellas tendencias ni cuáles serían sus funestos resultados. Pero fray Diego los vio con intuición penetrante —y mejor diríamos profética—, ya desde sus primeros años de sacerdocio. Por eso escribía:

> «¡Que ansias de ser santo, para con la oracion aplacar a Dios y sostener a la Iglesia santa! ¡Qué deseo de salir al publico, para, a cara descubierta, hacer frente a los libertinos! ¡Que ardor para derramar mi sangre en defensa de lo que hasta ahora hemos creido!»

Dios le había escogido para hacerle el nuevo apóstol de España, y su director espiritual se lo inculcaba repetidas veces:

«Fray Diego misionero es un legítimo enviado de Dios a España». Y convencido de ello, el santo capuchino se dirige a las clases rectoras y a las masas populares. Entre la España tradicional que se derrumba y la España revolucionaria que pronto va a nacer, él toma sus posiciones, que son: ponerse al servicio de la fe y de la patria y presentar la batalla a la «ilustración». Había que evitar esa «pérdida de Dios» en las inteligencias y fortalecer la austeridad de costumbres en la masa popular. Y cuando vio rechazada su misión por la España oficial (¡cuánta parte tuvieron en ello Floridablanca, Campomanes y Godoy!), se dirigió únicamente al auténtico pueblo español, con el fin de prepararle para los días difíciles que se avecinaban.

En su misión de Aranjuez y Madrid (1783) el Beato se dirigió a la corte. Pero los ministros del rey impidieron solapadamente que la corte oyera la llamada de Dios. Intentó también fray Diego traer al buen camino a la vanidosa María Luisa de Parma, esposa de Carlos IV. Pero, convencido más tarde de que nada podía esperar, sobre todo cuando Godoy llegó a privado insustituible de Palacio, el santo misionero rompió definitivamente con la corte, llegando a escribir, más tarde, con motivo de un viaje de los reyes a Sevilla: «No quiero que los reyes se acuerden de mí».

Para cumplir fielmente su misión, el Beato recibió de Dios carismas extraordinarios, que podríamos recapitular en estos tres epígrafes: comunicaciones místicas que lo sostuvieron en su empresa, don de profecía y multiplicación continua de visibles milagros.

Pero Dios no se lo dio todo hecho. Hay quienes, conociéndole sólo superficialmente, no ven en él más que al misionero del pueblo que predica con celo de apóstol, acentos de profeta y milagros de santo. Pero junto al orador, al santo, al profeta y al apóstol, aparece también a cada momento el hombre. También él siente las acometidas de la tentación carnal; también él se apoca y sufre cuando se le presenta la contradicción; también él experimenta dificultades y desganas para cumplir su misión; y aun sólo «a costa de estudio y de trabajo» —dice él— logra escribir lo que escribe. Y a pesar de todo, nada de «tremendismo» en su predicación, como no fuera en contados momentos,

cuando el impulso divino le arrastraba a ello. Y así, mientras otros piden a Dios el remedio de los pueblos por medio de un castigo misericordioso, «yo lo pido —escribe— por medio de una misericordia sin castigo». Y no se olvide que vivió en los peores tiempos del rigorismo. ¿Y cómo no iba a ser así, si él fue siempre, como buen franciscano y neto andaluz, santamente humano y alegre, ameno en sus conversaciones y gracioso hasta en los milagros que hacía?

Pero el celo de la gloria de Dios y el bien de las almas le dominaron, de suerte que ello solo explica aquel perfecto dominio de sus debilidades humanas, aquella actividad pasmosa, lo mismo predicando que escribiendo, y aquel idear disparates: como el deseo de no morir, para seguir siempre misionando, o el de misionar entre los bienaventurados del cielo o los condenados del infierno, o el de marcharse a Francia, cuando tuvo noticias de los sucesos de París en 1793, para reducir a buen camino a los libertinos y forajidos de la Revolución Francesa.

Dícese de Napoleón que, desterrado ya en Santa Elena, exclamaba recordando sus victorias y su derrota definitiva: «La desgraciada guerra de España es la que me ha derribado». Pero esta guerra no la vencieron nuestros reyes ni nuestros intelectuales; la venció aquel pueblo que había recibido con sumisión y fidelidad las enseñanzas del «enviado de Dios». Este pueblo, fiel a la misión de fray Diego, no traicionó a su fe ni a su patria; los intelectuales y gobernantes, que habían rechazado esa misión, traicionaron a su patria, porque ya habían traicionado a su fe.

Sólo Dios puede medir y valorar —como sólo él los puede premiar— los frutos que produjo la constante y difícil, fecunda y apostólica actividad misionera del Beato Diego José de Cádiz. Describiendo él su vocación religiosa decía: «Todo mi afán era ser capuchino, para ser misionero y santo». Y lo fue. Realizó a maravilla este triple ideal. Su vida fue un don que Dios concedió a España a fines del XVIII. Por la gracia de Dios y sus propios méritos, fray Diego fue capuchino, misionero y santo. El papa León XIII lo beatificó en 1894.

SERAFIN DE AUSEJO, OFM Cap.

Bibliografía

AUSEJO, S DE, OFM cap, *Reseña bibliografica de las obras impresas del Beato D J de Cadiz* (Madrid 1947)

UBRIQUE, S DE, OFM cap, *Vida del Beato Diego J de Cadiz*, 2 vols (Sevilla 1926)

VALENCINA, D DE, OFM cap, *Cartas de conciencia que el Bto Diego J de Cadiz dirigio* (Sevilla 1904)

— ID, *El director perfecto y el dirigido santo* (Sevilla [4]1924)

— Actualizacion

CANDELAS LOPEZ, R, *El beato Fray Diego Jose de Cadiz (seleccion de elogios, sermones, discursos, recuerdos y celebracion del centenario de la beatificacion)* (Cadiz 1998)

CANETE CASTRO, C, *Beato Diego Jose de Cadiz, capuchino ¿Quien es fray Diego?* (Sevilla 1993)

BEATA MARÍA KARLOWSKA

Virgen y fundadora († 1935)

La Iglesia católica en Occidente vio florecer entre el siglo XIX, centuria de grandes convulsiones sociales y de no pocas revoluciones con fuertes ataques a la fe cristiana, y los inicios del siglo XX, un espléndido plantel de fundaciones religiosas, de mujeres y de varones, de marcado carácter social, con atención preferente a los más desfavorecidos y aún a los más despreciados de la sociedad, una sociedad que, a pesar de conflictos de todo tipo —políticos, bélicos, sociales, de lucha de clases—, iba progresando hacia un bienestar más extendido, aunque en forma desigual, entre las diversas capas de la población. Lo que hoy calificamos de «cuarto mundo», de «bolsas de pobreza» en una sociedad opulenta, iba ya apuntando en aquellos decenios con consecuencias terribles para quienes eran aplastados por los cambios sociales en frenética evolución. Muchas mujeres, presas en las redes de la explotación del vicio, padecían la mayor miseria material y espiritual, en el seno de una sociedad cada día más próspera. Por otra parte, la educación e instrucción de las clases sociales más desfavorecidas, sobre todo entre las muchachas, avanzaba muy lentamente y el analfabetismo y el abandono educacional eran moneda corriente en ciudades y en el ámbito rural.

En Polonia, a todas estas circunstancias tenemos que añadir la partición de gran parte de la nación entre Prusia y Rusia a partir del Congreso de Viena de 1815. A lo largo del siglo XIX

el ansia de liberación de los polacos estalló en varias insurrecciones contra las potencias citadas y Austria. Las represiones afectaron también al catolicismo tradicional de aquel pueblo oprimido. Hasta 1918 Polonia no gozó de una verdadera independencia.

En tales coyunturas históricas, nació esta intrépida fundadora que recibió del Espíritu de Jesús, el buen samaritano y el Buen Pastor, el carisma de salir al encuentro a una de las mayores miserias espirituales y materiales que ha arrostrado la condición femenina a lo largo de los siglos, miseria que ha degradado y esclavizado su dignidad de hija de Dios.

Nació María Karlowska en el pueblo de Slupowka (llamado actualmente Karlowo), en la provincia de Poznan, el 4 de septiembre de 1865. Fueron sus padres Mateo Karlowski y Generosa Eugenia Dembinska, de noble familia pero venida a menos. Sus progenitores la educaron en la fe y en la piedad cristianas. Inició sus estudios en Poznan, en las escuelas superiores para muchachas católicas. Su familia la orientó hacia el estudio de corte y confección, permaneciendo por ello un curso en Berlín. Luego trabajó en el taller de su hermana Wanda por espacio de diez años. Su oficio y su precoz caridad cristiana la acercó cordialmente a las mujeres que más sufrían por su condición y falta de medios económicos. Desde su juventud, había sido muy sensible al sufrimiento de los menesterosos y de los enfermos. Hacia ellos, imitando el amor del Corazón de Cristo, había volcado su corazón compasivo. A esta caridad unió su ansia de progreso en la perfección cristiana. A los 17 años emitió el voto de castidad, mientras cursaba estudios en Poznan. En 1891 se inscribió en la Cofradía del escapulario del Carmen.

Mientras ejercía su oficio de costurera en Poznan, empezó a dedicar su apostolado a las mujeres presas en las redes de la prostitución, a quienes exhortaba amorosamente a abandonar este género de vida y a ajustar su conducta a la voluntad de Dios. Sus esfuerzos, realizados con toda prudencia, le ocasionaron numerosos disgustos y reprensiones, que soportaba por amor a Cristo y para la salvación de aquellas que quería liberar de su oficio pecaminoso. Confiando únicamente en la divina Providencia, inició una ardua labor para rescatar a aquellas po-

bres mujeres educándolas en el amor de Dios para que llevaran una vida honrada y proporcionándoles un trabajo que les procurara lo necesario para vivir sin que tuvieran que ultrajar su dignidad femenina El 19 de marzo de 1894 abrió en Poznan un instituto bajo la advocación del Buen Pastor para acoger a estas muchachas. De Jesús, el Pastor por excelencia, tal como nos lo presentan los evangelios de Mateo (c.18) y Juan (c.10), María tomó inspiración y fuerza para buscar a las ovejas perdidas, para gastar la vida en la recuperación de las que se habían extraviado y malherido. En 1895 el instituto se trasladó a Winiary para disfrutar de mayor independencia.

Para realizar su difícil apostolado, María se rodeó de compañeras y auxiliares, con las cuales dio principio a una Congregacion religiosa. En enero de 1896 escribió unos estatutos que ya daban fe de este proyecto de fundación, a la cual quiso dar una impronta específica de acuerdo con el carisma que de Jesucristo, el Buen Pastor, había recibido para dejar las noventa y nueve ovejas en el aprisco y salir a buscar la que se había descarriado (Mt 18,12). Fiel a este objetivo evangélico, puso los cimientos de una nueva Congregación. El 20 de junio de 1902 emitió los votos perpetuos con el nombre religioso de sor María de Jesús Crucificado. Aquel mismo año estableció en Winiary un colegio para muchachos, que no prosperó, pues al cabo de un año tuvo que cerrar sus puertas.

Trabajo incansablemente para infundir en sus hijas y hermanas el espíritu del Buen Pastor, enseñandoles a gastar sus vidas en el servicio de Dios y de las pobres mujeres a las que dedicaban su consagración religiosa. En 1909 la Congregación de sor María recibió el nombre de Instituto del Buen Pastor de la Divina Providencia, que fue aprobado el 15 de mayo de 1912. Entonces abrió nuevas casas para extender su apostolado en Lublín, Torún, Bydgoszcz, Lodz, Topolno, Pniewite. Extendió la labor de su Congregación a mujeres asiladas en hospitales. Para las muchachas reeducadas y que deseaban cooperar con la Congregación del Buen Pastor, fundó la Compañía de Santa María Magdalena. En 1933 pudo llevar a término su sueño de inaugurar una escuela bienal gratuita para muchachas en Jablonowo Pomorskie.

Dirigió con fortaleza y espíritu maternal su Instituto durante toda su vida. Socorrió, con entrañas maternas, a cuantas mujeres acudieron a ella para encontrar la dulzura de la divina Providencia y de la misericordia del Padre. Para desarrollar su apostolado y para progresar en el camino de la perfección cristiana, recibía estímulo y fuerza de su participacion en la sagrada liturgia, de la lectura de la Palabra de Dios, de su devoción a la Eucaristía, a la pasión y al Corazón de Jesús, y a la Virgen María.

Imagen fiel del Buen Pastor y auténtica buena samaritana, volcó todo su celo en las mujeres aplastadas por la miseria material y espiritual. El fin que se había fijado para ella y para sus discípulas era el siguiente:

> «Debemos anunciar al Corazon de Jesus, es decir, debemos vivir de el, en él y por el de tal forma que nos volvamos semejantes a el, y para que en nuestra vida el aparezca mas visible que nosotras mismas»

Así la recordó el papa Juan Pablo II en la homilía de su beatificación:

> «Su entrega al sacratisimo Corazon del Salvador dio en ella como fruto un gran amor hacia los hombres Sentia una insaciable hambre de amor Un amor asi, afirmaba la beata Maria Karlowska, nunca dira "Basta", nunca se parara en el camino [ ] Gracias a este amor, devolvio la luz de Cristo a muchas almas y las ayudo a recuperar la dignidad perdida»

Llena de tanto amor y de tantos méritos apostólicos, murió santamente el 24 de marzo de 1935, en Pniewite. Más adelante sus despojos fueron trasladados y sepultados en el convento de Jablonowo.

Su fama de santidad creció entre sus conciudadanos que, ya en vida, habían apreciado sus meritorios trabajos en el campo social. Asimismo las autoridades de Polonia habían reconocido su valor.

Su causa diocesana de canonizacion fue introducida en 1945. En 1965 se abrio el proceso informativo para la beatificación y se abrió oficialmente la causa en Roma el 28 de noviembre de 1983. Juan Pablo II reconoció sus virtudes heroicas el 11 de julio de 1995 y más adelante aprobó el milagro que le fue atribuido en 1978. En uno de sus viajes a Polonia, su patria, Juan Pa-

blo II celebró solemnemente su beatificación en Zakopane en la solemnidad del Corazón de Jesús, el 6 de junio de 1997, junto a la de María Bernardina Jablnoska. Entonces el Papa dio gracias a Cristo Salvador por estas bienaventuradas hermanas que en su corazón habían hallado la fuente de su santidad.

PERE-JOAN LLABRES Y MARTORELL

Bibliografía

AAS 90 (1998) 19-21
Bibliotheca sanctorum Appendice prima, col 705
L'Osservatore Romano (7 6 1997)

C) BIOGRAFIAS BREVES

SANTOS TIMOLAO, DIONISIO, PÁUSIDES, RÓMULO, ALEJANDRO, OTRO ALEJANDRO, AGAPIO Y OTRO DIONISIO

Martires († 303)

Comenzada la durísima persecución de Diocleciano, que se proponía acabar con el cristianismo, el prefecto Urbano que regía la ciudad de Cesarea de Palestina obedeció con prontitud y gusto los decretos imperiales y no dejaba de buscar con afán que apostataran los cristianos que llevaban a su tribunal.

Sobre el 20 de marzo del 303 le llevaron arrestados a Timolao, Dionisio, Páusides, Rómulo y otros dos de nombre Alejandro ambos. El prefecto trató en vano de que renegaran de su fe, porque todos ellos, miembros activos de la comunidad cristiana local, confesaban a Cristo con constancia. Les dio un respiro de unos días como para que lo pensaran, amenazándolos con la muerte si no apostataban.

En ese tiempo otros dos cristianos, Agapio y Dionisio, fueron igualmente denunciados, arrestados, llevados al prefecto y conminados en vano a renegar de Cristo. Por ello el 24 de marzo, y en vista de su fiel perseverancia, fueron todos degollados y alcanzaron la corona del martirio.

SAN JUAN DEL BÁCULO

Presbítero († 1290)

Nació en Paterno, junto a Fabriano, Italia, en el primer tercio del siglo XIII. Estudió en Bolonia donde fue amigo de San Silvestre Gozzolini, por entonces estudiante como él. Terminados los estudios, volvió a Fabriano donde abrió un colegio frecuentado por los hijos de las más acomodadas familias del país.

Pero a los 30 años decidió hacerse monje e ingresó en el monasterio de Monte Fano siguiendo los pasos de San Silvestre. Sus deseos eran vivir como simple monje pero la obediencia le llevó a aceptar la ordenación sacerdotal y tomar el encargo de predicar, lo que cumplió fielmente, acompañando su predicación de una vida santa que edificaba a los fieles. Murió el 24 de marzo de 1290, creciendo enseguida la fama de milagros en su tumba y el culto popular a su memoria, que fue confirmado el 29 de agosto de 1772.

25 de marzo

A) MARTIROLOGIO

1 La Solemnidad de la Anunciacion del Señor **

2 La conmemoracion del Buen Ladron a quien Jesus prometió el paraiso estando en la cruz *

3 En Nicomedia, San Dula, martir (fecha desconocida)

4 En Roma, San Quirino, martir (fecha desconocida)

5 En Tesalonica (Macedonia), Santa Matrona, martir (fecha desconocida)

6 En Milan, San Mona († 300), obispo

7 En Aindre (Francia), San Hermelando († 720), abad

8 En Sazaba (Bohemia), San Procopio († 1053), abad

9 En Schaffhausen (Suabia), Beato Everardo († 1078), monje

10 En Costacciaro (Umbria), Beato Tomasio († 1337), anacoreta

11 En York, Santa Margarita Clitherow († 1586), martir bajo el reinado de Isabel I **

12 En Winton (Inglaterra), Beato Santiago Bird († 1592), martir *

13 En Montefiascone (Toscana), Santa Lucía Filippini († 1732), fundadora del Instituto de Maestras Pias **

14 En Chernovonohrad (Ucrania), Beata Josafata Miguelina Hordashevska († 1919), virgen, fundadora del Instituto de Esclavas de María Inmaculada **

15 En Majdanek (Polonia), Beato Emiliano Kovc († 1944), presbítero y mártir *

16 En el campo de concentración de Dachau (Baviera), Beato Hilario Januszewski († 1945), presbítero, carmelita calzado, mártir *

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

LA ANUNCIACIÓN DEL SEÑOR

¿Cómo fue María? ¿Cómo fue Gabriel? ¿Cómo fue aquella aurora resplandeciente para los hombres? ¿Cómo vino el sol tan callandito y se hizo de día sin que los hombres lo supieran?

¿Cómo fue Gabriel?

¿Imagináis? Es verdad que en los pintores del Renacimiento, como en el veneciano Pennacchi, vemos a María reclinada sobre silla de oro, vestida de seda y de brocado, en estancia lujosa a cuyo fondo se desvanece una perspectiva urbana de pináculo y perros fugitivos. Gabriel, en estos cuadros, despliega la gloria de sus alas, llenando la estancia mientras están frescas las azucenas del búcaro, que —como en casi todas las catedrales españolas— son el símbolo de la pureza de María y el recuerdo cristiano de este momento. Gabriel abre su mensaje, sobre la filacteria, donde caracteres aún góticos dejan ante nuestros ojos las palabras mágicas: «Ave Maria, gratia plena...».

Pero ¿fue así de veras? Lástima que la ley mosaica prohibiese pintar y esculpir imágenes, lo que ha hecho imposible la existencia de una iconografía contemporánea de nuestra Madre. ¡Si ni siquiera tenemos el rostro de María! En las catacumbas de Priscila, de principios del siglo II, está la más antigua imagen de María. Pero en tal estado que apenas si se advierte la figura de María sentada, con el Niño en brazos, morena la piel, las líneas suaves y las cejas pobladas.

En las mismas catacumbas está también la primitiva representación del gran momento. Y censurada por San Juan Crisóstomo, a quien no gustaba que el ángel fuese sustituido por un joven, porque tal restaba sobrenaturalidad a la escena. Un cu-

rioso libro del padre Interiam de Ayala, publicado en 1730, señala otros errores, como el herético de Valentino, en el que un cuerpecillo baja al seno de María en el raudal de luz celeste, y critica los fondos de palacios suntuosos, las vestiduras sacerdotales o la avanzada edad del ángel, así como la falta de equilibrio religioso o de dignidades en la escena.

Buscad, si queréis, en la historia de la pintura, de la escultura, de la miniatura... En los museos de antiguas ropas sacras y en las colecciones de miniaturas. En todo tiempo, y sobre todo durante el gótico y el románico, la Anunciación es el tema más querido de los artistas. Desde las grutas de Brudisi, del siglo XII, hasta hoy. Llenando el cántaro en la fuente, como en el díptico de Bugatti, o con anteojos y rezando el rosario, que pone a la Señora un pintor andaluz. En las planas y devotas pinturas del Giotto y Fra Angélico, de fray Lippi, de Cosa, de Ferrer Bassa, de Van Eyck...

Pero más nos gustan esas devotas y simples Anunciaciones que en los retablos levantinos anónimos, en los pórticos de las catedrales, en los remates de las columnas de los claustros, reviven la gran escena con la simplicidad admirable de una devoción fervorosa.

Pero... ¿cómo fue María? ¿Cómo fue Gabriel?

Bien sabemos que no había reclinatorios de oro, sino esterillas para el suelo, el suelo de tierra apisonada, endurecida, si acaso con algunas losas de piedra. Bien sabemos que no había estancias lujosas, sino una habitación interna, sin luz, o acaso el patio interior de la casa de María, con un brocal para el pozo, una parra para el sol y un poyo de piedra para el cansancio. Bien sabemos que no había perspectiva de pináculos y torres, ni senderos floridos de setos, sino, en todo caso, la sencilla visión de una callecita aldeana, con gallinas picoteando al sol, balidos lejanos, niños jugando en la tierra, el paso alegre de unas muchachas o el cansino y lento caminar de unos bueyes camino de la fuente comunal.

«El ángel entró a donde ella estaba...».

Sí. María estaba en su estancia, seguramente ese cuartito escaso de luz donde resplandecería misteriosamente la figura de Gabriel, correo de Dios. Como varón, igual que se presentó a

Daniel en Babilonia. Su luz, sin duda, hizo ver a María, junto a las palabras, que aquél era un enviado de lo Alto.

María tenía su corazón lleno de la esperanza del Mesías. Había decidido consagrarse a la oración. Dar a Dios su virginidad total a cambio de que Yahvé apresurase el envío del que habría de redimir a los hombres. ¡Los hombres! ¡Qué triste y larga historia de caídas, de cobardías, de suciedad, de blasfemias, de idolatría, de pecado, de lodo, de pobre miseria humana! Desde el día triste en que Adán y Eva pierden el favor del Creador, los hombres esperan que una mujer quebrante la cabeza de la serpiente. Los profetas han ido trayendo retazos de esperanza. Han indicado dónde nacerá y de quién, de qué familia, y cómo ha de morir, y cómo han de jugarse los hombres sus vestidos. La esperanza del mundo ha ido haciéndose más intensa, más dolorosa, a medida que los hombres mismos han ido cayendo cada vez más abajo por el camino abrupto de las cobardías y las traiciones a la Ley.

Sobre este mundo corrupto, en cada generación un puñado de hombres buenos montan la guardia de la esperanza. Muchos morirán sin ver el gran día. Pocos podrán tener la suerte de Simeón, a quien el Espíritu ha revelado que no morirá antes de haber visto al Ungido del Señor. Pero la esperanza se ha conservado intacta, de corazón en corazón, como en relevos, hasta llegar a este día. La doncella piensa en los libros, medita los salmos de su antecesor, el profeta y rey David, madura su corazón en lenta espera. María no espera al Salvador como a caudillo político, a cabeza de rebelión contra Roma. No ve en él, simplemente, un mejorador de la existencia humana del pueblo elegido. Sabe que esta salvación ha de ser total, definitiva, eterna. Zacarías, Ana la profetisa, Simeón, han tenido indicaciones de que el tiempo está ya cercano. Y María, que nace limpia de pecado, elegida ya desde siempre por la voluntad del Padre, está siendo cultivada por Dios mismo en esta ansia de ser mediadora, de ser holocausto, de ser tierra madre donde la semilla de Dios ha de germinar, para que crezca Jesús-árbol, a cuya sombra el mundo tendrá sentido y la Redención pesará sobre sus secas ramas en forma de cruz. Dios mismo es quien hace nacer en el corazón de María la decisión de consagrarse. De ser santa,

tabernáculo, primera custodia que mostrará a los hombres la redondez blanca de Cristo.

¿Imagináis, pues, con qué mesurada ansiedad estaría María dispuesta para algún desconocido signo que le mostrase, al fin, la voluntad de Yahvé? ¡Cómo sería remanso, para que en aguas plácidas se reflejase complacido el rostro del Padre! ¡Cómo sería silencio, para que la voz esperada resonase claramente! ¡Cómo sería «sí» para ayudar al Padre en la gran redención de los hombres!

María, llena de suspiros.

Pero un rosal necesita apoyo. Necesita muro que le guarde de los vientos, de la cellisca y de la nieve. Hacía falta el muro. Hacía falta José. María y José se desposan. José será la sombra ancha y fuerte que necesitarán María y Jesús. Ambos, José y María, han decidido vivir juntos su vida de virginidad. Dice Williams que «la vida oculta de Jesús influía ya de antemano en María y José». Y así, tras la apariencia ordinaria de unos desposorios vulgares, se escondía nada menos que la preparación del hogar de Jesús.

Es en este momento —sexto mes tras la noticia de la concepción de Isabel— cuando Gabriel es enviado por el Señor «a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen que estaba desposada con un varón llamado José, de la casa de David». Es ahora cuando María está en su cuarto, recogida en silencio y soledad, como un álamo suspirante de pájaros. Y Gabriel, hecho ascua de luz, delante de la doncella, da sus palabras de fuego y de sonrisa.

¿Cómo fue, María? ¿Cómo fue, Gabriel?

Vendría el ángel vestido de impaciencia. Traía, como flechas en aljaba, las palabras de Dios que disparar al corazón esperante de María. Vendría vestido de prisa y con el vestido rojo del amor. Con la sonrisa misma del Padre: «ve a ella y sonríele de esta manera». ¿Verdad que podemos pensar, enamoradamente, en cómo el Padre instruiría a Gabriel, en cómo le enseñaría a decir las tremendas palabras del saludo, de la felicitación, de la promesa y de la responsabilidad?

«¡Salve, llena de gracia, el Señor está contigo!».

Tú ya sabes, María, que eres llena de gracia. Es el tuyo, Señora, un conocimiento exacto, rotundo, sin pizca de vanidad

humana, con plena conciencia de lo que eres. Tú ya sabes que el Señor está contigo, porque seguro que has venido sintiendo estos años su presencia, porque de algún modo Él tiene que haber estado en contacto contigo, aunque sólo sea convirtiendo tu oración en misterioso diálogo. Tú ya sabes que eres la única criatura a quien Dios pueda saludar así, porque, desde Adán, ningún ser humano ha estado lleno de gracia y ha poseído al Señor como tú.

«Ella se turbó por tal lenguaje y consideraba qué podía significar aquel saludo...».

No era, no, un susto de los sentidos. Era ya el presentimiento del gran momento. María se sabe de Dios, pero ¿qué es lo que habrá de exigirla? ¿Cuál será su voluntad? Ni aun María, criatura del Padre desde su concepción sin pecado, es capaz de imaginar los planes de Dios. Por esto se turba María; ésta es la dirección del «consideraba». Pensar en qué manera, Señora, vas a ser utilizada para la Redencion, es algo, sin duda, esperado y, sin embargo, capaz de turbar incluso esta alma tuya, que no ha de sentir nunca las oleadas de los hombres. Pero he aquí que ya está el Padre previniendo con exquisito, con delicado amor, el pasmo de María·

—«No temas, porque has hallado gracia delante de Dios».

No temas, Señora. ¿Recuerdas ahora las palabras de Isaías?

—«El pueblo que andaba entre tinieblas y sombras de muerte ve una luz potente. A los que moraban en el país de oscuridades de muerte les brilla una luz. Tú multiplicas el pueblo y aumentas su alegría... Porque nos ha nacido un niño y se nos ha dado un hijo, sobre sus hombros descansa el señorío...».

María, absorta, tiene ya su corazón en calma. Sabe que es Yahvé mismo quien habla por boca del ángel, y que sus palabras están anunciando su destino, están diciéndole lo que se espera de ella. Aún antes de que el ángel termine de hablar, María está diciendo que «sí» con los ritmos de su corazón. Pero Gabriel sigue:

—«Mira, vas a concebir y dar a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. Será grande y será llamado Hijo del Altísimo. Dios, el Señor, le dará el trono de su padre David; reinará en la casa de Jacob eternamente y su reino no tendrá fin».

Éste es el momento, el gran momento por el que han suspirado los siglos. Las profecías ya tienen sentido y las palabras empiezan a encajar en sus sitios como ladrillos de un muro. La esperanza misma tiene nombre. Se llama Jesús y viene por los caminos de María, doncella de Nazaret.

Fuera de esta estancia, ya comprendéis, todo sigue igual. Las gallinas siguen picoteando al sol, jugando los niños en los charquitos de la calle, lejanos los hombres negados al misterio, encerrados, bobos ellos, en su prisa, su olvido, su risa y su ignorancia. No ha pasado nada fuera de esta estancia. No ha habido lluvia de estrellas, ni se ha incendiado una zarza, ni el sol ha girado en sí mismo, ni se ha eclipsado la luz. Los hombres, bobos ellos, no saben que la Luz ha venido a este mundo. Que la Luz está ya en este mundo, aunque este mundo no la conocerá sino demasiado tarde para advertirla en sí misma.

Pero aún María querrá allanar los caminos Y pregunta a Yahvé mismo, a través de Gabriel, con la sencilla admiración de su pureza:

—«¿Cómo se efectuará esto, pues yo no conozco varón?».

—«El Espíritu Santo descenderá sobre ti —dice el ángel, explicando lección de teología, aunque casi no hace falta— y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra. Por eso lo santo que nacerá de ti será llamado Hijo de Dios. Y mira, también Isabel, tu pariente, ha concebido un hijo en edad avanzada, y éste es ya el mes sexto para ella, que es considerada como estéril Porque para Dios no hay imposibles».

María quiere saber. Saber cómo vendrá a ella este Hijo misterioso. No es duda del poder omnímodo de Yahvé. Es el deseo, como dice algún comentarista, «de instrucción más precisa».

Y entonces María dice su palabra. Para los tiempos de los tiempos, ésta será «la palabra» de María. Ésta será la palabra que simbolice la aceptación gozosa de la voluntad de Dios: «Hágase». Es el «sí» de la Señora, el «sí» que el mundo espera anhelosamente en medio de su desconocimiento. Los justos que esperan resurrección al paraíso, los hombres de las generaciones precedentes, contienen un momento el aliento para escuchar la voz sencilla y cálida de María, la voz que va a allanar de veras los caminos de Dios:

—«¡He aquí la esclava del Señor! ¡Hágase en mí según tu palabra!».

A la gozosa hora del mediodía, cuando huele a pan caliente y horneado, cuando los niños gritan a la salida de los colegios; cuando los bronces de los relojes dan la letanía de las horas; cuando el sol está más arriba, millones de hombres, a lo largo de los siglos, van a repetir en la emocionante plegaria del Ángelus las palabras de María. Dios mismo no ha querido forzar las cosas. ¿No ven los fatalistas, los deterministas, los que pretenden negar la libertad humana, que Dios mismo necesita el «sí» del hombre para hacer su obra sin violentarle? ¿No ven el gran respeto del Padre por sus criaturas, cuando hasta su enviado espera la aceptación de esa muchacha de Nazaret para redimir al mundo? En aquel momento, María, con su «hágase», se abre como camino para que las cosas tengan sentido. Para que el hombre pueda reconciliarse con la herencia perdida y la historia se parta en dos.

«Hágase». La misteriosa palabra de María en la Anunciación.

JOSE MARIA PEREZ LOZANO

Bibliografía

Cf obras de caracter general *Vidas de la Virgen* o de *Cristo* Asimismo obras de *Liturgia,* como A SCHUSTER, P PARSCH, etc
CABROL, F , art «Annontiation», en *Dictionnaire d'archeologie chretienne et de liturgie*
JUGIE, M , art en *Analecta Bollandiana* 43 (1925) 86s
KELLNER, K A H , *Heortologie* (Friburgo 1908)
VAILHE, S , art en *Echos d Orient* 9 (1906) 138s

SANTA MARGARITA CLITHEROW

Seglar y martir († 1586)

Todo el mundo la quería. Tenía tan bellas cualidades. Eran las suyas una bondad y una dulzura tan atrayentes que su marido, sus hijos, sus amistades la amaban tiernamente. Era una mujer inteligente y hacendosa, volcada en los quehaceres de su casa. Amanecía a las cuatro de la mañana y la primera ocupación era una hora de rezo y oración que hacía. Pedía a Dios por todas las necesidades que conocía y singularmente pedía a Dios

por la causa de la Iglesia en aquel reino de Inglaterra. Luego, confortada con la plegaria de la mañana, levantaba a sus hijos y se disponía a hacer sus acostumbrados deberes en la casa: cocía el pan en el horno, destilaba la cerveza para su querido esposo, Juan, que regentaba su propia carnicería, curaba el famoso jamón de York y cocinaba lo preciso. Tenía chicas de servicio que la ayudaban a hacer las muchas tareas domésticas, porque ella en el hueco de la mañana atendía a una precisa ocupación: la escuela para niños católicos que tenía instalada en su propia casa. En efecto, los católicos rehuían llevar sus hijos a los maestros protestantes, lo que pondría en peligro los sentimientos católicos que ellos en el hogar les infundían. El peligro se alejaba llevando los niños a casa de Margarita, quien les enseñaba las primeras letras, las cuentas, a escribir, y catecismo católico. Un puñado de chicos y chicas aparecían, por tanto, por la casa de Margarita cuando amanecía y ella los tenía ocupados junto con sus propios hijos en labores escolares. Luego de almorzar y cuando todas las labores estaban hechas, a las cuatro se recogía Margarita en oración a la que asociaba a sus hijos para que el espíritu de oración fuera penetrando en ellos. Quizás por la mañana temprano había salido sigilosamente de la casa para acercarse a una casa de las cercanías en la que se alojaba algún sacerdote que decía la misa, y ella era solícita de poder oírla y comulgar. Otras veces el sacerdote estaba escondido en una habitación retirada de su propia casa y allí tenía lugar la celebración de la misa. Por si había peligro de que registrasen la casa, estaba previsto un escondite para el sacerdote con una salida secreta. A la caída de la tarde, tras la cena, otra vez madre e hijos se recogían en oración y así llenaban de diálogos con Dios el curso del día. A veces Margarita no cenaba porque era lunes, o miércoles o sábado y, además de no comer carne esos días, solamente tomaba alimento al mediodía. O quizás era viernes, y entonces todos los que se sentaban a la mesa veían cómo Margarita se limitaba a comer un trozo de pan y a beber un vaso de agua. Era su forma de asociarse al recuerdo de la pasion del Señor. Margarita quería mucho a su marido Juan, y éste se miraba en ella. Él había sido católico pero ahora era protestante. Ella al revés, habia sido protestante y ahora era católica. Pero ambos se

respetaban sus respectivas decisiones religiosas. Juan veía y conocía las actividades católicas de su esposa, pero hacía como que no se enteraba. Ni la apoyaba positivamente ni se molestaba con ella. La dejaba hacer, y en ese clima de respeto y libertad religiosa la casa funcionaba en paz y buena convivencia.

Juan sabía que Margarita era tan dulce como firme, y de esta firmeza había dado pruebas. Ella había nacido en York alrededor del año 1555 y se llamaba Middleton de apellido originario. Su padre era Tomás Middleton y era dueño de un negocio de cera. Era la suya una familia honorable y bien acreditada en York y profesaba la religión anglicana, en la que la pequeña Margarita fue bautizada y en ella fue educada. Su infancia y adolescencia habían sido normales. Tenía unos 18 años cuando en 1571 ella y su padre estuvieron de acuerdo en la pedida de mano que les había hecho el carnicero Juan Clitherow. El muchacho la cortejaba, y a ella le gustaba. La boda se ajustó y, habiendo él ya abandonado su catolicismo inicial, se casaron por el rito anglicano. Desde el principio el matrimonio fue bien: tuvieron un primer hijo varón, al que bautizaron en la parroquia anglicana con el nombre de Enrique, y una nueva criatura había alegrado en 1574 el hogar, la niña Ana, cuyo nombre en otras fuentes es Inés.

Tenía esta niña pocos meses cuando se produjo algo absolutamente decisivo en la vida de Margarita. Se encontró con un sacerdote católico que la convirtió al catolicismo. No quedan detalles de quién fue este sacerdote ni de las circunstancias en que se produjo esta conversión. Se supone que sería uno de los primeros misioneros que, procedentes del colegio de Douai, abierto en 1568, llegaron a Inglaterra precisamente en 1574. Pero no deja de ser una suposición. Vivían todavía sacerdotes católicos ordenados en Inglaterra bajo el reinado de María Tudor.

La conversión de Margarita al catolicismo fue absolutamente sincera. Y creó en ella un verdadero entusiasmo por la causa católica. ¿Qué podía hacer por ella? En primer lugar —se dijo—, vivir como una verdadera católica, dando un testimonio de vida santa que todos tendrían por admirable. En segundo lugar, acoger a los niños católicos para garantizar con ellos la continuidad del catolicismo. En tercer lugar, apoyar a los sacerdotes

católicos, dándoles alojo en su propia casa o buscándoles otros alojamientos. Y en cuarto lugar, negarse en adelante a ir a ninguna iglesia protestante, lo que no dejaría de ser advertido, y ella lo sabía, y podía causarle problemas. Se dispuso a afrontar los problemas. Tras convertirse al catolicismo, al domingo siguiente ya no acompañó a su esposo a la iglesia anglicana. Pasaron dos años y en 1576 fue denunciada su ausencia del culto protestante, fue arrestada y llevada a la cárcel. Cuánto hubo de sufrir de verse separada de su marido y de sus hijos pequeños, pero no se vino abajo moralmente. Ella sabía que podía pasarle algo similar, y cuando su confesor el P. Juan Mush le señaló esta posibilidad, ella le había indicado que estaba dispuesta incluso al martirio, pero que no creía que tanto honor le fuera a caber a ella. Se sentía en su humildad indigna del martirio. La prisión se prolongó por espacio de dos años, al cabo de los cuales volvió a su casa y se incorporó a sus deberes y a su matrimonio. La pareja tuvo a continuación un tercer hijo.

Salida de la prisión en 1578, parece que volvió a ser molestada y arrestada otras veces, pero nada de ello quitó a la intrépida católica su voluntad de ser útil dando alojamiento a los misioneros, buscándoselo en otras casas y dando catecismo a los niños. Pero el año 1585 tuvo lugar un hecho tenebroso que vino a hacer más peligrosa la actitud de Margarita. Se trató del famoso estatuto 27 de Isabel I, promulgado en el Parlamento en marzo de 1585 Se trataba con él de castigar con máximas penas a todos los jesuitas y sacerdotes de los seminarios abiertos en el Continente para proveer de clero a los católicos ingleses y que tuvieran la osadía de entrar en el reino de Isabel. En primer lugar, se mandaba salir del reino, en el plazo de cuarenta días, a todos los que se hubieran ordenado sacerdotes fuera del mismo a partir del año primero del reino de Isabel. Si pasado ese espacio de tiempo se quedaban en el reino o entraban en él, serían declarados reos de lesa majestad y se les aplicarían las leyes que castigaban dicho delito Pero se añadía un tercer mandato: todo el que «sabiéndolo y queriéndolo reciba, sustente, conforte, ayude o defienda a cualquiera de los dichos sacerdotes de los seminarios o jesuita o sacerdote o diácono o religioso o persona eclesiástica, tanto encarcelado como libre, por este delito será

castigado como si fuera reo de hurto o asesinato, sin que la condición clerical le sirva de atenuante para evadir el suplicio mortal, la expropiación de sus bienes y otras penas como las que suelen recibir los ladrones y homicidas» Fue imposible que sus amistades y aun su propio confesor no le hiciesen ver lo peligrosa que sería en adelante su acogida a los misioneros. Pero ella respondió con intrepidez: «Con la ayuda de Dios, todos los sacerdotes serán acogidos por mí mejor incluso que antes, y haré todo cuanto pueda por promover el servicio católico de Dios».

En marzo de 1586 hacía dieciocho meses de la última vez que fue arrestada. Estaba, desde entonces, en libertad, pero una libertad vigilada. El día 10 de marzo su casa fue de pronto rodeada por esbirros de los buscadores de sacerdotes. Y en efecto, en la casa había un sacerdote. Margarita lo envió rápidamente al escondite, y así, cuando entraron los esbirros, nada hallaron que la comprometiera pero decidieron llevarse a Margarita y a sus hijos y a algunos chicos de los que frecuentaban la casa. Ella y sus hijos no dijeron nada pero uno de los chicos, un flamenco de 16 años, aterrorizado, contó lo del escondite del sacerdote. *Cuando fueron a buscarlo, éste ya no estaba allí*, pero hallaron algunos ornamentos católicos, y entonces dejaron libres a todos menos a ella, a la que acusaron formalmente de hospedar sacerdotes.

El día 14 compareció ante los jueces. Le preguntaron si era culpable de haber hospedado a los sacerdotes traidores a la Reina. Ella contestó que no había hecho nada que pudiera ofender a la Reina. Se la invitó a que se defendiera y ella se negó en redondo. De esta forma, al no haber defensa, nadie sería llamado como testigo, sus amigos no serían molestados en el juicio, y se negó, además, a que hubiera un jurado al que se forzara a declararla culpable. Su suerte quedaba en las manos del juez. Este la condenó a muerte:

> «Volvera a la carcel de donde ha venido y en la parte mas baja de la prision sera desnudada y debera yacer extendida sobre la tierra y sobre su cuerpo sera colocado tanto peso como pueda soportar y asi estara por espacio de tres dias sin comida y bebida salvo un poco de pan y agua fangosa y el tercer dia para facilitar la muerte le seran atadas las manos y los pies y una punzante piedra estara a su espalda»

Ella respondió a la condena: «Si este juicio es conforme con vuestra conciencia, yo le pido a Dios que os juzgue de mejor modo cuando comparezcáis ante Él. Doy gracias a Dios por esto con todo el corazón» Y a quienes manifestaron su horror por la sentencia, ella decía· «Todo lo que Dios me mande, recibirá mi bienvenida».

Devuelta a la cárcel, empezó la última tentación. Hubo de soportar la visita de numerosos ministros protestantes que querían a todo trance atraerla al anglicanismo, lo que le hubiera devuelto la libertad y el derecho a vivir. Su propio padrino, que era el Lord Mayor de York, fue a visitarla. Margarita no dejaba de ver que al menos algunas de aquellas personas estaban movidas por sentimientos humanitarios y que sentían de verdad que una madre de familia perdiera la vida y dejara a su querido esposo y a sus hijos. Uno de ellos, el mayor, no estaba en Inglaterra. Hacía dos años que su madre lo había hecho marchar secretamente al Continente donde había entrado en el colegio seminario de Douai. Margarita no cedió a la tentación. Amando a Dios por encima de toda su vida, se dispuso a arrancarse de su familia por fidelidad a Cristo y cumplir así los preceptos del evangelio. Por fin, y en vista de que no cedía en su fe católica, se le comunicó que su ejecución tendría lugar el 25 de marzo.

En la noche del 24 al 25 se le permitio a una amiga acompañarla todo el tiempo. Ella, luego de conversar con su amiga, se entregó a la oración por espacio de tres horas, y al cabo de ellas dijo que quería descansar un rato, y tuvo serenidad para entregarse al sueño hasta que fueron las seis de la mañana. Rogó a la amiga que le entregara a su marido su sombrero en señal del amor que le tenía como a su cabeza y le envió a su hija sus zapatos en señal de que quería que siguiera sus huellas. Llegadas las 8 horas, le fue conminado ponerse en marcha hacia el lugar del suplicio. Ella estaba en la prisión de Ouse Bridge. Acompañada de dos sheriffs salio a la calle y se dirigió por su pie al Toll Booth llevando al brazo un lienzo blanco doblado. Iban también con ella los cuatro verdugos designados para la operación que iba a hacerse y les permitieron a cuatro amigas suyas acompañarla. Entró en la prisión y se dirigió al sitio determinado Al llegar, Margarita se puso de rodillas e hizo una oración por la

Iglesia Católica, por el Papa, por los pastores de la Iglesia, por los príncipes cristianos y de modo especial por la Reina Isabel, para que Dios la hiciera volver a la fe católica y de esta forma pudiera salvarse. Terminada la oración se levanta y de nuevo se arrodilla ante los sheriffs y les pide que la dispensen de tener que desnudarse. Ellos le responden que no. Y uno de ellos le añade que reconozca que muere como traidora. Ella contesta: «No, señor sheriff, yo muero por amor de mi Señor Jesús». Los hombres volvieron la vista a otra parte. Las amigas la rodearon. Se quitó entonces sus vestidos y se puso la bata blanca que traía preparada. Seguidamente se tendió sobre el suelo. Entonces se le puso en la cara un pañuelo. Los verdugos colocaron bajo ella una piedra afilada y sobre ella una puerta y ataron sus pies y manos a sendos postes. Seguidamente, los verdugos comenzaron a echar piedras y más piedras sobre la puerta que aplastaban a la pobre víctima sobre la piedra. Se la oía decir: «Jesús, Jesús, Jesús, ten piedad de mí». Y se le escapaban gemidos de dolor, y así por espacio de quince minutos. Hasta que se hizo el silencio porque el alma de la valerosa mártir había volado al cielo.

Entonces los sheriffs despidieron a las cuatro amigas y dieron las órdenes relativas a lo que se haría con el cadáver de la mártir. Llegada la noche, el cuerpo fue llevado sigilosamente a las afueras de la ciudad y arrojado en un pozo. Los católicos de York lamentaban profundamente no saber el paradero del mismo y tardaron seis semanas en averiguarlo. Cuando lo lograron, con todo sigilo fueron a por él y habiéndolo tomado y lavado hallaron que estaba todavía sin corromper pese a las aguas pútridas en que había estado metido. Y, entonces, procedieron a darle desconocida sepultura, habiéndose quedado, sin embargo, con una mano de la santa. Los dos hijos varones de Margarita fueron sacerdotes y su hija marchó a Lovaina, donde ingresó y vivió en un monasterio. La comunidad católica inglesa nunca tuvo dudas de que Margarita era una de las grandes mártires de la persecución anticatólica de Isabel I. Su confesor el P. Juan Mush escribió su vida, que vio la luz más tarde.

Margarita fue beatificada con otros muchos mártires ingleses el 15 de diciembre de 1929 por el papa Pío XI. Incluida en la lista de los cuarenta mártires que se proponían para la cano-

nización, fue efectivamente canonizada por Pablo VI el 25 de octubre de 1970.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

Bibliotheca sanctorum, t IV cols.61-63.
MILBURN, J. B., *A martyr of Old York* (Londres 1900)
SACRA RITUUM CONGREGATIONE, *Westmonasterien. Beatificationis seu declarationis martyrii venerabilium servorum Dei Georgii Haydock, sac. Joannis Roberts, sac O.S.B. Arthuri Bell, sac. O F.M. Roberti Southwell, sac S.J. Philippi Howard, comitis de Arundel et sociorum in odium fidei ut fertur in Anglia interfectorum*, 4 vols (Isola del Liri 1928)
TESTORE, C., *Il primato spirituale di Pietro difeso dal sangue dei martiri inglesi* (Isola del Liri 1929).
TIGAR, C., *Forty martyrs of England and Wales* (Londres ²1970)

SANTA LUCÍA FILIPPINI

Fundadora († 1732)

Quien visita la Basílica de San Pedro del Vaticano queda sorprendido por la enormidad y magnitud de la gran nave central que conduce a la tumba del príncipe de los apóstoles, San Pedro. En dicha nave se encuentran alojadas en magníficas hornacinas inmensas esculturas de los santos fundadores de órdenes religiosas. Entre ellas, no puede pasar desapercibida la de Santa Lucía Filippini, fundadora de las Maestras Pías Filipinas.

Tiene en su mano derecha un gran crucifijo, mientras que con la izquierda acaricia a una joven que sostiene un libro entreabierto. Su mirada, perdida, contrasta con el cuerpo en movimiento. Hasta su peculiar y característica toca religiosa parece que se mueve.

¿Quién es esta santa canonizada por el papa Pío XI el 22 de junio de 1930, sólo cuatro años después de su beatificación?

La vida de Santa Lucía Filippini transcurre entre el 13 de enero de 1672, día de su nacimiento en Cornetone-Tarquinia (Italia), y el 25 de marzo de 1732, fecha en que entregaba su alma a Dios en Montefiascone. Vivió 60 años intensos y fecundos. Fue co-fundadora de una floreciente y apostólica congregación religiosa: las Maestras Pías Filipinas. Vivió profundamente su vocación cristiana hasta la heroicidad en las virtudes.

Su personalidad y su obra no se pueden concebir sin la presencia del cardenal Marco Antonio Barbarigo, obispo de Montefiascone y Corneto, elegido por Dios para ayudarla en su vida y en su obra. Una intensa colaboración entre los dos que habría de dar abundantes frutos apostólicos se inicia a partir de 1687, fecha en la que ingresa el obispo en la diócesis un año después de ser nombrado cardenal por el papa Inocencio XI.

La joven Lucía recibió su educación en el monasterio benedictino de Santa Lucía en Corneto. A los 16 años la encontramos entre las jóvenes que se educaban en el monasterio de Santa Clara de su ciudad natal, donde la había mandado el cardenal-obispo. De 1688 a 1692 pasa cuatro años de su vida entre las monjas clarisas de aquella ciudad. Son años de formación y consolidación en las virtudes.

En su espiritualidad es fácil encontrar la influencia positiva que en ella dejaron las personas que en estos años de formación tuvo cerca, ayudándola a madurar y a crecer. El primero, sin duda, el propio cardenal Barbarigo. Lucía se formó en una total disposición al servicio de Dios, llevada con mano fuerte y segura por el cardenal, hombre de costumbres ascéticas e incluso severas —así lo describen sus biógrafos, cf. M. Rocca—. También se percibe en ella la huella de los ejercicios espirituales de San Ignacio de Loyola, en los que la mística, además de un ejercicio espiritual, se considera como servicio de Dios y aceptación de la voluntad divina.

Preocupado el cardenal por la situación de las jóvenes de la diócesis y, en particular, por las de la ciudad y queriendo velar así mismo por la educación de la juventud, le encomienda muy pronto la dirección de una escuela gratuita femenina por él fundada. Era el comienzo de una gran obra.

1704 se considera la fecha de la erección canónica del Instituto de las Maestras Pías Filipinas por obra del cardenal Barbarigo. Este Instituto tendría a Lucía Filippini como co-fundadora y, posteriormente, como primera superiora general. Fundó las llamadas «escuelas pías» y para mantenerlas, fundó las «maestras pías». Detrás de todo estaba la personalidad del obispo-cardenal.

En 1704 la superiora del monasterio de las clarisas en el que Lucía se había formado pidió dejar la comunidad para poder in-

gresar en las Maestras Pías. La siguieron las demas monjas, transformándose entonces el monasterio en casa madre de las Maestras Pías. El antiguo convento pasa a ser casa madre; la antigua pupila, superiora general y cofundadora. Sin embargo, poco después dificultades internas impidieron continuar en el convento La escisión total permitió a nuestra santa entregarse íntegramente a la nueva congregación dedicada a la formación de las jóvenes.

Desde pequeña, Lucía estuvo muy interesada en la educación de la juventud Esto le produjo duda y dolor en un momento importante de la vida, llegando a un conflicto de carácter vocacional: la elección entre vida contemplativa o activa. La ayuda inestimable del cardenal la hace optar por la segunda Más adelante comprenderá que la vida contemplativa no es cuestión de tiempo o lugar y que la soledad con Dios en el secreto de su corazón es siempre posible. Así, en medio de su ajetreada vida, fue capaz de llevar una vida interior fuerte exigida por su profundo amor de Dios. Se ha llegado a hablar de una «prueba purificante» que la lleva a una opción radical distinta de la que ella había pensado. La obediencia a su obispo fue la clave que la abre a la disposición para la obra que Dios le había encomendado.

Las nuevas escuelas se suceden en el alto Lacio y la Sabina, pero siempre en las cercanías de Roma. Sin embargo, su trabajo iba más allá: daba conferencias para las mujeres e incluso les predicaba retiros y ejercicios espirituales que duraban ocho días consecutivos, cuatro horas por la mañana y otras tantas por la tarde. Llenaba estas horas con lecturas bíblicas, espirituales, conversaciones personales y meditaciones. Esto no era normal y produjo tanta inquietud que llegó hasta el Santo Oficio. Sus biógrafos hablan de una «prueba de fuego». No todos comprendían su modo de hacer apostolado y, en los tiempos que vivía y los lugares que frecuentaba, todo esto resultaba demasiado nuevo, hasta el punto de ser acusada de quietismo por su forma de presentar la vida de piedad y la espiritualidad. Las acusaciones tuvieron lugar en 1707, mientras aún residía en Roma. Consistieron en que reunía a un grupo de mujeres para hacer ejercicios de oración mental, acogía en su casa a pecadoras públicas y dependía espiritualmente de algunos que estaban acusados de

quietismo —el quietismo consiste fundamentalmente en un proceso de interiorización que lleva consigo una progresiva disminución de las actividades personales para dar paso a la contemplación; este proceso reduce las actividades devocionales y los mismos ejercicios ascéticos a favor de una unión contemplativa llena de pasividad, cf. M. Petrocchi.

El proceso sirvió para probar y mostrar la fortaleza y humildad de Santa Lucía. Los que la interrogaron dejaron descrito el sano equilibrio de su espiritualidad y la seguridad de su doctrina. Y su vida siguió.

Las crónicas narran diversos aspectos de su vida que ayudan a conocer su rica personalidad. Una faceta que la caracterizó fue su lucha contra la enfermedad, hasta el extremo de describirse su vida como una continua enfermedad Estuvo siempre acompañada de gravísimas dolencias que la impedían comer durante mucho tiempo.

Era fuerte de carácter, pudiendo sobrellevar así las pruebas que se le presentaban. Notas importantes en ella fueron la inteligente comprensión de los problemas de los demás; su continua y decidida organización y, sobre todo, una perfecta coherencia de vida y una fuerte voluntad que la llevaba a realizar sus ideales al precio que fuese.

Tenía el don de la discreción y sabía penetrar dulcemente en el interior de las religiosas y de las jóvenes que educaba con un toque materno muy atrayente. Junto a ella, las primeras maestras pías sintieron fuerte la llamada a la perfección. Insistía mucho en la oración como fundamento de todas las virtudes y como medio indispensable para la propia santificación y para el ejercicio del apostolado. Del encuentro con Dios se debía de pasar al encuentro con los hermanos como el mejor medio para unir consagración religiosa y apostolado. Había que dividir el tiempo entre la contemplación, el culto a Dios y la asistencia al prójimo.

La eficacia del método de Lucía derivaba de su gran riqueza interior. Pío XI dijo de ella que, tras haber sido apóstol de sí misma y de su alma, se convirtió en apóstol de todas las almas y todas las familias. Fue una mujer fuerte que supo luchar por el bien de las escuelas que fundaba y dar la vida por la educación de la juventud.

Su piedad fue profundamente cristocéntrica, meditando frecuentemente en la pasión de Cristo, cuyo drama parecía revivir. Comulgaba seis días a la semana, lo que por entonces era muy raro. Vivía con particular fervor la santa misa y la adoración eucarística. Amó la cruz de Cristo como fuente y manantial de vida y de redención y adquirió un amor filial hacia la Santísima Madre de Dios, en su advocación de los Dolores.

Esta vida interior estaba al servicio de una profunda actividad. Pío XI dijo el día de su beatificación que cuando la Iglesia eleva al honor de los altares a sus santos, quiere que no sólo se exalte la grandeza de Dios, sino que también se aprenda de su vida aquello que les hizo tan grandes y gloriosos. En la bula de canonizacion dicho Papa dijo de ella que era maestra santa y formadora ejemplar de santas maestras —*magistra sancta et sanctarum magistrarum exemplar et formatrix.*

Su inmensa actividad en favor de la educación de la juventud y para sacar adelante la nueva congregación, sus continuas enfermedades y su agotamiento físico produjeron mella en ella. Murió el 25 de marzo de 1732. Su cuerpo fue sepultado en la catedral de Santa Margarita de Montefiascone, donde se encuentra actualmente. Su obra continúa en sus hijas, las maestras pías inseparables de las escuelas pías, difundidas por Italia, Estados Unidos, Inglaterra, Irlanda, Suiza, Brasil, Etiopia, Eritrea y la India.

JUAN JAVIER FLORES ARCAS, OSB

Bibliografía

PETROCCHI M , *Il quietismo italiano del Seicento* (Roma 1948)
ROCCA, M , *Il cardinale Marcantonio Barbarigo* (Roma 1989)

BEATA JOSAFATA MIGUELINA HORDASHEVSKA

Virgen y fundadora († 1919)

Nació el 20 de noviembre de 1869 en Lviv, en la entonces provincia de Halychyna (Galizia), perteneciente al imperio austro-húngaro, siendo bautizada con el nombre de Micaela y confirmada dos días más tarde según el rito greco-católico bizanti-

no-ucraniano. Sus padres, Jacinto Hordashevski y María Pukas Hordashevska, pertenecientes a la pequeña burguesía, formaron una gran familia de nueve hijas con grandes sacrificios. El padre estaba al frente de una carpintería, en donde se ganaba el pan diario.

Una vez terminada la enseñanza obligatoria pasó a trabajar en un negocio de vidrio, con el fin de aportar su pequeño esfuerzo a la vida familiar Junto con su hermana Ana practicaba una vida intensa de piedad, imitando la vida eremítica en una pequeña capilla del bosque vecino. El año 1888 los padres basilianos predicaron un retiro espiritual para jóvenes en Lviv, encontrando en el padre Jeremías Lomnisky, un joven misionero, un alma apostólica y un padre espiritual, confesor y consejero suyo que, junto con el padre Cirilo Seletsky, se convertirán en sus mejores apoyos para la fundación, años más tarde, de la Congregación de las Siervas de María Inmaculada.

En 1889, y con el permiso del padre Jeremías, emitió voto privado de castidad, quien reconociendo que tenía un alma excepcional preparada por Dios para unirse a él le pidió que dejase su empleo y aprendiese labores femeninas, mientras maduraba su vocación religiosa. Deseaba consagrarse totalmente al Señor, pero el padre Jeremías proyectaba la fundación de una congregación femenina de vida activa y rito bizantino-ucraniano para la enseñanza de las jóvenes. Los ucranianos en aquel tiempo no tenían escuelas, porque, además, no era obligatoria la enseñanza, y no faltaban razones para tener en casa a los jóvenes y muchachas para que ayudasen en las tareas agrícolas en una nación considerada el «granero de Europa». La frontera natural de la extensa llanura de Ucrania con Polonia y Rusia ha permitido que, por espacio de siglos, este pueblo eslavo haya sido absorbido y repartido por las naciones vecinas, estando bajo el dominio de unos y otros.

Durante el gobierno de la administración rusa el catolicismo fue casi destruido, permaneciendo sólo en la parte bajo el dominio austríaco, en la provincia de Halychyna, pero mientras los polacos eran católicos de rito latino, los ucranianos eran católicos de rito bizantino Eran eslavos, y su alfabeto cirílico.

El pueblo ucraniano no se confiaba fácilmente con las religiosas polacas dedicadas con fervoroso apostolado a la enseñanza, por temor a que sus hijos se latinizaran. Era urgente, por tanto, la fundacion de una congregación ucraniana femenina para la enseñanza en la Iglesia ucraniana. El padre Jeremías le presentó el proyecto de los basilianos de fundar una congregación femenina, invitándola a reflexionar esta importante decisión. «Reflexionando sobre las carencias de mi pobre pueblo y viendo esto como la voluntad de Dios en mí, me ofrecí voluntaria para todos los sacrificios». La ocasión oportuna se presentó pronto. En el mes de mayo de 1891 el padre Seletsky fue nombrado párroco de Rava Ruska, pero antes de abandonar Yuyel (Ucrania occidental), en donde ejercía su ministerio pastoral, encargo una misión a los basilianos bajo la dirección del padre Lomnitsky, quien, al terminar, recibió a tres jóvenes que le expresaron su deseo de consagrarse a Dios, aunque no tenían dote y sus estudios eran pocos. Precisamente esa pobreza fue la causa que permitió al padre Jeremías fundar la proyectada congregación. Esa misma tarde convenció al padre Seletsky para que permaneciera en su parroquia, encargándole de construir una casa para la nueva congregación femenina ucraniana, pues los basilianos no podían hacerse cargo de esta fundación por las reticencias del propio clero ucraniano y por estar reformándose la Orden por parte de jesuitas polacos a quienes León XIII había encomendado esta grave tarea.

El padre Seletsky no estaria solo en esta providencial aventura, pues los basilianos se ocuparían de la dirección espiritual de las religiosas, debiendo actuar él como procurador ante las autoridades, civiles y religiosas. Aceptó este reto y se aprestó a comprar un terreno donde construir la casa para las religiosas. El camino estaba abierto. La compra de la casa a una viuda polaca dio inicio a las obras. Por su parte, el padre Lomnitsky regresó a su monasterio de Lviv y comunicó a Micaela esta venturosa noticia, enviándola a las Hermanas Felicianas de Yovka, una congregación de vida activa de religiosas polacas, en donde durante dos meses observó la vida conventual y las responsabilidades de este modelo de vida a imitar.

Con 22 años regresó al hogar familiar y con la eficaz ayuda de su hermana Ana preparó un hábito de color azul para dar inicio a la Congregación de Esclavas de María Inmaculada. El 24 de agosto de 1892 vistió el hábito en la iglesia de San Onofre de Lviv, tomando el nombre de sor Josafata, del gran mártir ucraniano. En Yuyel encontró un grupo de jóvenes que pretendían entrar en la nueva Congregación. Tres días más tarde tuvo lugar la bendición de la primera casa, tomando posesión sor Josafata y las primeras siete postulantes. La próvida caridad de los vecinos y bienhechores resolvió los inicios de esta pequeña comunidad de gran pobreza, soportando con gran disposición de ánimo estas dificultades.

Su indulgencia con todos, amando a su pueblo totalmente, su prudencia y atenta solicitud permitieron que la nueva Congregación se mantuviera unida y alegre. Entregadas de lleno a los enfermos, procuraban remediarles asistiéndoles religiosamente con amor y sacrificio. En 1894 una epidemia de tifus y cólera llenó de dolor la población de Samulusky, y allí llegaron cuatro religiosas para atenderles aún no cumplidos dos años de su profesión, siendo tan estimadas que se las llamó «Ángeles de la caridad». Ante la falta de médicos para la gente pobre decidió enviar algunas religiosas al Hospital del Estado de Lviv, donde obtuvieron el título de enfermeras.

Por otra parte, la fundación de asilos para niños contó con la ayuda del padre Lomnitsky, quien encargó a la postulante Ana, su hermana, que asistiera a un curso práctico con las Hermanas Felicianas, que atendían a los niños pobres. En 1893 se fundó el primer asilo de las esclavas en la población de Zhuzhel, que pronto contó con el apoyo general, puesto que en primavera y verano los niños quedaban a su libre albedrío, abandonados, mientras sus padres se entregaban a la recolección de las cosechas. Las religiosas los instruían en la fe, enseñándoles a comportarse y recibiendo asistencia médica, prodigándose las vocaciones en gran número, de tal modo que en 1902, diez años después de la fundación, las religiosas eran 126 y las casas abiertas 23. Este mismo año la jerarquía bizantina en Ucrania decidió enviar una misión a Canadá, con cuatro religiosas Esclavas y cuatro padres Basilianos, donde se hallaban enraizados

numerosos emigrantes ucranianos. En 1906 se establecieron en Croacia y Serbia, y en 1911, en Brasil. En todas partes debían ir «donde más grande es la necesidad y educar el corazón del pueblo».

En 1902 el Metropolita decidió que las religiosas esclavas asumieran la administración de su Congregación, según prescribían las Constituciones. El capítulo general eligió superiora general a sor Josafata, recibiendo, previamente, por parte del padre Lomnitsky su dimisión como comisario para las religiosas. Considerado como su padre, superior y guía de la Congregación, la dimisión por obediencia supuso que algunas religiosas se resistieran al mandato de la recién elegida superiora general, pretendiendo el retorno del padre Jeremías. Las numerosas obras asistenciales que reclamaban la apertura de casas y hospitales permitieron que la formación religiosa no fuera la adecuada, y comenzaron a aparecer entre las religiosas serios conflictos. La firmeza de sor Josafata en conducir la congregación con rectitud y fidelidad provocó que algunas religiosas le pidieran que abandonara el cargo de superiora general, encontrando para ello el apoyo necesario en el padre Pelenshy, nuevo comisario para la Congregación.

Hubo nueva superiora general, sor Basilia Myshok, aunque el padre comisario actuaba como si no existiera superiora general, y por eso no podía decidir si intervenía el padre comisario. Éste, a su vez, remitió un informe al Metropolita presentando a sor Josafata como incapaz de gobernar la Congregación, acusándola de negligencia y de no tener cuidado en la formación y apostolado de las religiosas. La hostilidad declarada por el padre comisario obtuvo lo que pretendía, pero cuatro meses más tarde, el propio comisario escribía al Metropolita de nuevo presentando su dimisión al haber entrado en conflicto con la superiora general que él mismo había elegido.

Sor Josafata aceptó esta dolorosa injusticia en silencio, sin protestar, sometiéndose a la superiora general. Fue enviada a Truskavets, una de las casas más pobres de la Congregación, trabajando en las labores agrícolas. Al año siguiente fue destinada a Stanislaviv donde se encargó de un asilo, pasando en 1907 como superiora a la comunidad de religiosas que atendía

el Seminario en dicha ciudad. Este mismo año el Metropolita Sheptytsky convocó un capítulo de las religiosas esclavas para refrendar las nuevas Constituciones redactadas por los padres Lomnitsky y Lozinsky El 8 de septiembre de 1907 emitieron los votos perpetuos 33 religiosas, siendo admitidas la superiora general y sus consejeras, pero no sor Josafata ni su hermana Ana. Teniendo en cuenta las dotes espirituales y sus méritos como primera religiosa esclava es difícil comprender cómo la envidia y el resentimiento pudieron más que la caridad cristiana.

Sufrió con entereza esta humillación, soportando este acontecimiento y aceptándolo como voluntad de Dios, con gran paz en su corazón: «Pienso que la cruz que ha caído sobre mí viene de la voluntad de Dios, y yo la acepto con todo mi corazón». Tampoco fue admitida el año siguiente, cuando otras 30 religiosas emitieron los votos perpetuos en la Congregación.

En 1909 tuvo lugar un nuevo capítulo, en el que no pudo participar al no haber emitido los votos perpetuos, siendo elegida superiora general sor Vitalia Mikush, y vicaria general o vice-superiora, sor Josafata, estando ausente. Informado el Metropolita Andrés Sheptesky de la decisión de las religiosas, admitió que sor Josafata emitiera los votos perpetuos como vice-superiora de la Congregación, entregándose en cuerpo y alma a sus amadas esclavas Durante cinco años vivió en Lviv, enfermando en 1914 de tuberculosis osea, que le producía muchos sufrimientos al caminar, comenzando a servirse de un bastón que dio pábulo entre las religiosas a que estaba histérica, sufriendo en silencio esta injusta incomprensión. Un médico emitió una diagnosis equivocada, pues creyendo que se trataba de reumatismo le ordenó largas caminatas que le ocasionaron grandes dolores. Después de una breve estancia en Rabka, en los montes Cárpatos, fue llevada a Krestenopilh, empeorando su salud. El pus se acumulaba, debiendo ser extraído con grandes sufrimientos. El invierno de 1919 lo pasó en la cama en estado grave, el mínimo movimiento del cuerpo le procuraba un dolor terrible, maravillando a todos por su capacidad de sufrimiento pues las llagas en la espina dorsal eran grandes, uniéndose al sufrimiento de Cristo. Consciente hasta el momento de la muerte, falleció el 25 de marzo de 1919, recibiendo sepultu-

ra en el cementerio local que durante el régimen comunista fue cerrado.

En 1982 la Congregación obtuvo el permiso correspondiente para poder trasladar sus restos, primero, a Polonia, y luego, a la Casa Generalicia de Roma.

Su vida espiritual se fundaba en un amor intenso a Dios encarnado en un servicio dedicado a aliviar la miseria humana. La fe la guió en todas las adversidades de la vida causadas por la envidia, la ingratitud y el abandono de parte de quienes debían haber sido su apoyo y consuelo. La oración fue su fuerza y a ella dedicó gran parte de su vida. Su alma grande desarrolló el encargo del Señor en las dificultades y en las adversidades con decidida voluntad de imitar a Jesucristo.

Su intensa vida de piedad quedó reflejada en su obra, las esclavas, cuya fundación fue providencial en un tiempo en que la Iglesia se encontraba en una situación muy difícil, pues la ignorancia religiosa era general, y el analfabetismo y la superstición eran aspectos normales de la vida cotidiana de sus paisanos. Las esclavas tuvieron la gran misión de elevar los aspectos religiosos y morales de la persona humana y la realizaron conscientemente con gran capacidad de sacrificio.

Deseaba ardientemente «que su Congregación fuera una luz para el pueblo ucraniano a quien la historia había arrojado a las tinieblas». Mujer práctica y prudente, supo interpretar los signos de los tiempos dedicándose con gran coraje a una Congregación de vida activa para atender las necesidades humanas y espirituales de sus paisanos.

La Congregación para las Causas de los Santos dictaminó sobre sus virtudes heroicas favorablemente, siendo proclamada Venerable el 6 de abril de 1998. El 27 de junio de 2001 el papa Juan Pablo II la beatificó en Lviv (Ucrania), su ciudad natal.

ANDRES DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

Index ac status causarum, o c , 518
L'Osservatore Romano (15-12 1999 y 27-6 2001)
Martyrologium romanum, o c , 163
SLAWUTA, D , SSMI, *Una donna per gli altri Biografia della Serva di Dio Josaphata Michaelina Hordashevska* (Roma 1998)

EL BUEN LADRÓN

Siguiendo la tradición antigua, conocida por algunos Santos Padres, de que la muerte del Señor fue un 25 de marzo, se celebra hoy en el Martirologio la memoria del ladrón crucificado con Jesús, que se dirigió al Señor pidiéndole que se acordara de él en su reino y a quien Jesús anunció que aquel mismo día estaría con él en el paraíso. El evangelio no da más detalles y no da su nombre. Parece que tiene origen sirio el que se le llame Dimas o Dismas. En la semana santa española, y especialmente en Andalucía, no es infrecuente hallar la representación de las tres cruces en el Calvario, estando la de la derecha de Jesús ocupada por la imagen del Buen Ladrón, distinguido con una aureola de santidad y representado dirigiéndose a Jesús desde su cruz.

BEATO SANTIAGO BIRD

Martir († 1592)

Nació en Winchester en 1574 en el seno de una familia protestante, pero en su primera juventud se hizo católico, lo que, dada su poca edad —15 años—, hubo de mantener en secreto. Pero acudía a las misas y frecuentaba casas católicas.

Estaba en casa de la familia Hathe cuando hubo un registro policial en busca de un sacerdote. Sospecharon del joven y se lo llevaron arrestado y ante la pregunta del juez de si era católico contestó que sí. Esto era suficiente para condenarlo a muerte pero el juez le ofreció la libertad y la vida si se decidía a ir a una iglesia protestante. El joven rehusó. Su familia estaba espantada de que fueran a matarlo y presionó al muchacho para que acudiera a un culto reformado y salvara la vida, pero Santiago contestó que, habiendo obedecido siempre a su padre en todo, en esto no podía obedecerle, pues la ley de Dios está por encima. Llevado al patíbulo volvieron a ofrecerle la vida si iba a la iglesia protestante. El muchacho agradeció le hicieran aquella propuesta pues así le garantizaban que moría por su fe católica.

Con sus solos 19 años fue ahorcado y descuartizado el 25 de marzo de 1592. Beatificado el 15 de diciembre de 1929.

BEATO EMILIANO KOVC

Presbítero y martir († 1944)

Nació en Kosmach (Ucrania) el 20 de agosto de 1884, hijo de un sacerdote greco-católico. Estudia en Roma en el Colegio ucraniano y asiste a clases en la Universidad Urbaniana. Se ordena sacerdote el año 1911 y se incardina en la diócesis de Stanislaviv.

Fue capellán militar del ejército ucraniano durante la I Guerra Mundial. Se pasa a la diócesis de Lvov y ejerce el ministerio pastoral en Przemyslijany con gran dedicación. En 1941 es encarcelado por los comunistas pero al llegar las tropas alemanas lo dejan libre. Sin embargo al año siguiente es acusado de haber ayudado a los judíos y por ello arrestado el 30 de diciembre de 1942 y llevado al campo de concentración de Majdanek, junto a Lublín (Polonia). Allí murió el 25 de marzo de 1944. Fue beatificado el 26 de junio de 2001.

BEATO HILARIO JANUSZEWSKI

Presbitero y martir († 1945)

Pablo Januszewski nace en Krajenki, Polonia, el 11 de junio de 1907 en el seno de una cristiana familia. Estudia en Greblin y Suchary, y trasladado con su familia a Cracovia, se decide en 1927 por la vida religiosa ingresando en la Orden del Carmen, en cuyo noviciado de Lvov emitió la profesión religiosa el 30 de diciembre de 1928 con el nombre de fray Hilario. Luego de estudiar en Cracovia fue enviado a Roma, donde cursó estudios en el colegio internacional San Alberto y se licenció en teología. Se ordenó sacerdote el 15 de julio de 1934 y al año siguiente regresó a Polonia, siendo destinado al convento de Cracovia.

Fue profesor de teología dogmática y de historia eclesiástica hasta que el 1 de septiembre de 1939, justo cuando comenzaba la invasión alemana de Polonia, fue nombrado prior del con-

vento de Cracovia. Como tal prior hubo de asistir impotente en septiembre de 1940 al arresto de algunos religiosos, y cuando en diciembre la policía nazi vino a arrestar a otros, él se ofreció a ser arrestado a condición de que dejaran libre a un religioso anciano, como así fue.

Luego de un tiempo en la cárcel, fue enviado al campo de concentración de Dachau, donde procuró animar a los demás presos y sostener la fe de todos. A comienzos de marzo de 1945, habiéndose declarado el tifus en el campo, se ofreció a atender a los enfermos del barracón de afectados y se aceptó su ofrecimiento. Entró en el barracón el día 4 y, contagiado del tifus, moriría el 25 de aquel mismo mes. Su cuerpo fue reducido a cenizas en el horno crematorio. Fue beatificado el 13 de junio de 1999.

26 de marzo

A) MARTIROLOGIO

1 En Roma, San Castulo, martir (fecha desconocida)
2 En Anatolia, los santos Manuel, Sabino, Codrato y Teodosio, martires (fecha desconocida)
3 En Sirmio (Panonia), los santos Montano, presbitero, y su esposa Maxima († 304), martires
4 La conmemoracion de San Eutiquio († 356), subdiacono alejandrino, martirizado por los arrianos
5 En Sebaste (Armenia), San Pedro († 391), obispo, hermano de San Basilio Magno **
6 En Moutier-en Der, San Bercario († 685), abad y martir
7 En Monte Albano (Toscana), los santos Baroncio y Desiderio (s VIII), ermitaños
8 En el monasterio de Werden, San Ludgero († 809), obispo de Munster *
9 En Catania (Sicilia), Beata Magdalena Catalina Morano († 1908), virgen, del Instituto de Hijas de Maria Auxiliadora *

SAN PEDRO DE SEBASTE

Obispo († 391)

Resulta bastante frecuente encontrarnos en la historia de la Iglesia con familias en las que varios de sus miembros inscriben sus nombres en el Martirologio de los santos. Un hecho maravilloso para creer en la fuerza arrolladora de la familia cristiana y en la atracción de la sangre. Es el caso de San Pedro, obispo de Sebaste.

Nació el año 340, en Cesarea de Capadocia, décimo hijo de una ilustre familia, rica y noble, sobresaliente por su fe cristiana y su cultura griega. Además de la abuela materna, Santa Macrina, la verdadera transmisora de la fe familiar, la iglesia celebra como santos a sus padres Basilio, el Viejo, y Emelia o Enmelia, a su hermana mayor también Macrina y a sus hermanos San Naucracio, monje, San Basilio Magno y San Gregorio Niseno, contados los dos últimos entre los grandes padres de la Iglesia Oriental.

La celebridad e influencia del clan familiar les valió la persecución del emperador Galerio Maximiano (293-311), contagiado de las doctrinas arrianas, hasta el punto de que la familia entera tuvo que huir de la ciudad y refugiarse en las soledades del Ponto. Capadocia en otras épocas había sido reino independiente, pero desde el año 14 d.C. estaba incluida como provincia en el Imperio Romano. Fue cristianizada a partir del año 325 La familia de Basilio el Viejo pertenecía a un destacado sector de la aristocracia helenizada del Asia Menor, que abrazó muy pronto el cristianismo tras la paz constantiniana.

Por Pedro, como último hijo del matrimonio, su madre Enmelia sentía una predilección especial, pues prácticamente apenas había conocido a su padre, muerto en los primeros meses de su infancia. Quizás por eso su hermana mayor Macrina tomara a su cargo la educación del siempre considerado pequeño. Le formó en los conocimientos de la religión y del Evangelio, pero sobre todo le intimó un gran afecto por la austeridad, el sacrificio y la virtud, hasta el punto de que muy pronto se retiró al monasterio de hombres, uno de los dos que en Anesi,

junto al río Iris en el Ponto, había fundado su madre y que precisamente estaba encomendado a la dirección de su hijo Basilio. El de mujeres, al otro lado del río, se hallaba dirigido por Macrina. En verdad esta mujer, hermana mayor, sería la artífice de la santidad de la familia cuando desaparecieron sus padres. Y a ella hay que considerarla junto a sus hermanos, principalmente Basilio, como los verdaderos creadores del monacato de Oriente, un paso ascensional sobre el ascetismo individual del desierto y para el que San Basilio escribiría su regla monástica.

Aquí, cuando Basilio se trasladó a ejercer el sacerdocio a Cesarea, por el año 366, su hermano Pedro, a pesar de su juventud, fue elegido para sustituirle, dando muestras de una madurez muy superior a su edad. Solamente cuatro años después en el 370 recibió la ordenación sacerdotal, precisamente de manos de su propio hermano Basilio, ya obispo de la ciudad.

Cuando se desató el hambre en las provincias del Ponto y Capadocia, Pedro extremó su caridad hasta límites tales que llegó casi a dar lo que necesitaban sus propios monjes, teniendo que frenarle en sus deseos de ayuda a los necesitados, que llamaban diariamente a las puertas del monasterio.

Ya sacerdote fue llamado por su madre Enmelia, al conocer que estaba próxima su partida de este mundo. Quiso sentirse abrazada en esos decisivos instantes por el último y el primero de sus vástagos: Pedro y Macrina.

> «Señor, te consagro el primero y el último fruto de mis entrañas. Vuestra voluntad me ordena dedicaros estos dos seres que son un don preciadísimo de vuestra bondad santa. Santificad a la mayor como primicias de la familia. Santificad también al más pequeño, es el décimo».

No fue la única prueba de aquellos tristes años, porque muy pronto, el uno de enero del 379, moría también Basilio y en noviembre moría Macrina, a la que amaba como su segunda madre y quien realmente fue la inspiradora fundamental de él y de todos los hermanos.

Dios lo quería más comprometido y el año 380 fue nombrado obispo de Sebaste, en Armenia Menor, para sustituir a Eustasio, que profesaba el arrianismo y que por ello había odiado a su hermano Basilio. Éste sería su gran haber en aquella sede: desarraigar la herejía arriana.

En tan exigente compromiso asistió al II Concilio ecuménico, I de Constantinopla del año 381, donde estvieron presentes unos 150 obispos, entre los que se encontraban su hermano Gregorio Niseno, Cirilo de Jerusalén y Melecio de Antioquía, como presidente. Fueron condenados una vez más los arrianos y junto a ellos los eunomianos, macedonios, apolinaristas y sabelianos. Negaban principalmente la divinidad del Espíritu Santo.

Nos quedan de él pocos recuerdos. Solamente conocemos una carta dirigida a su hermano Gregorio Niseno, defendiendo a Basilio contra Eunomio, donde sabe estar a la altura y grandeza de sus otros hermanos. Y él fue quien inspiró al mismo Gregorio su obra contra Eunomio.

Su muerte ocurrió durante el verano del año 391. Por San Gregorio de Nisa sabemos que Sebaste le honró con unos solemnes funerales. El *Martirologio romano* lo venía conmemorando el 9 de enero. El *Martirologio jeronimiano* el 26 de marzo.

JOSE SENDIN BLAZQUEZ

Bibliografía

Gran enciclopedia Rialp Tomo letra P, p 185
El santo de cada dia, I (Zaragoza 1946) 100

C) BIOGRAFIAS BREVES

SAN LUDGERO
Obispo († 809)

Nace en el seno de una noble familia de Frisia hacia el año 742, y estudia en la escuela abacial de Utrecht, dirigida entonces por el abad San Gregorio. Ordenado diácono en York, cuando Aluberto fue consagrado obispo y su otro compañero Sigboldo presbítero, pasó un año junto a Alcuino, regresando después a Utrecht. Pero el afecto tomado a Alcuino le hizo insistir ante Gregorio y obtener licencia para volver a fin de estar junto al gran maestro y frecuentar su escuela.

Vuelto al cabo de casi cuatro años, asiste a la muerte de Gregorio y a la elección de su sobrino Alberico como sucesor, por lo que es enviado a Deventer a reconstruir la iglesia de San Lebuino. Logrado el objetivo, es enviado a las fronteras de Frisia para una seria labor evangelizadora. Poco después, aprovechando que Alberico iba a Colonia en 778 para ser ordenado obispo, Ludgero era ordenado presbítero al mismo tiempo y continuaba su labor, evangelizando en la zona del Ostergau y construyendo una iglesia en Dokkum, donde había sido martirizado San Bonifacio. Aquí trabajó con éxito a lo largo de siete años pero su obra era destrozada por la incursión de los sajones bajo el mando de Windukino.

Entonces marcha a Roma en peregrinación y se llega hasta el monasterio de Montecasino. Aquí estudia, sin profesarla, la Regla benedictina, y al saber la conversión del jefe de los sajones que arrasaron su obra volvió para continuar su labor misionera, que extendió a otras regiones con gran éxito. Es entonces cuando Carlomagno le invita a evangelizar Westfalia.

Su trabajo fue muy fructuoso debido a las excelentes cualidades humanas y morales de que estaba adornado y siempre su apostolado estuvo sostenido por una intensa vida interior y por un fuerte sentido de su responsabilidad como portador del evangelio a pueblos que no lo conocían todavía. Era un limosnero nato, porque no podía ver ninguna necesidad que no quisiera remediar al punto, y por ello fue acusado ante Carlomagno de dispendioso y mal administrador cuando ya era obispo, pero el santo supo responder adecuadamente a la acusación maliciosa.

Erigió en Mimigerneford el monasterio que dio origen y nombre a la ciudad de Munster y en el que impuso la regla de San Crodegando. Había dudado mucho en aceptar la dignidad episcopal pero finalmente en 804 consintió en su consagración como primer obispo de Munster. Continuó su incesante labor de evangelización los cinco años que restaban hasta su santa muerte el 26 de marzo de 809. Fue enterrado en el monasterio de Werden, fundado por el. Tenido enseguida por santo y reverenciada su memoria grandemente por cuantos le conocieron, ahora es el patrón de la ciudad de Munster.

BEATA MAGDALENA CATALINA MORANO
Virgen († 1908)

Nació en Chieri (Piamonte) el 15 de noviembre de 1847 en el seno de una familia de artesanos. Murió su padre cuando tenía 8 años y comenzó a trabajar con su madre en el telar. Con verdadera vocación hizo los estudios de maestra y obtuvo el título. Durante doce años ejerció su carrera, llena de piedad y dando un magnífico ejemplo.

Habiendo encontrado un sitio para su madre, pudo seguir su vocación religiosa y el año 1878 pudo entrar en las Hijas de María Auxiliadora y recibir el hábito de la propia fundadora, Santa María Mazarello. Al profesar dejó su nombre de Catalina para llamarse Magdalena Al año siguiente es enviada a Trecastagni (Sicilia), y en esta región trabajaría con celo por la gloria de Dios y el bien de las almas. Llegaría a ser provincial de su congregación en Sicilia y sería benemérita de la catequesis, que impartía sin descanso. Minada su salud por un cáncer, murió en Catania el 26 de marzo de 1908. Fue beatificada el 5 de noviembre de 1994.

27 de marzo

A) MARTIROLOGIO

1 En Salzburgo, San Ruperto († 718), obispo *
2 En Septempeda, Beato Peregrino de Falerone († 1232), presbítero, discípulo de San Francisco de Asís
3 En Quarona (Italia), Beata Panacea de Muzzi († 1383), virgen y mártir *
4 En Turín (Italia), Beato Francisco Faa di Bruno († 1888), presbítero, fundador de la Congregación de Hermanas del Sufragio **

BEATO FRANCISCO FAÁ DI BRUNO

Presbítero y fundador († 1888)

La vida de Francisco Faá di Bruno, primero militar y científico, luego fundador y sacerdote, es verdaderamente interesante, porque significa una muestra clara de cómo fructifica la gracia de Dios en el corazon humano cuando éste corresponde al don y la presencia de Dios en nuestras vidas.

Nació en Alessandría, en el norte de Italia, el 29 de marzo de 1825, duodécimo y último hijo de Luis, marqués de Bruno, conde de Carentino y señor de Fontanile, patricio ademas de Alessandría, y de Carolina Sappa de Milanesi, igualmente de noble familia. Le precedían siete hermanas y cuatro hermanos. Era la suya una familia sólidamente cristiana en la que se practicaba la religión con entusiasmo y se atendía con eficaz caridad a los necesitados. Dos hermanas suyas y dos hermanos también elegirán la vida religiosa, siendo uno de ellos, José María, superior general de la Sociedad del Apostolado Católico o palotinos. Se crió, pues, en un ambiente que le llevo desde pequeño a vivir la fe con intensidad.

Muerta su madre en 1834, ingresa dos años más tarde en el Colegio de Novi Ligure, bajo la dirección de los Padres Somascos. Aquí estará cuatro años de formación humana y religiosa hasta que decide su vocación militar y en 1840 ingresa en la Real Academia Militar de Turín Comienza así su formación militar que se prolongaría hasta 1846, año en que es nombrado lugarteniente en el Cuerpo del Estado Mayor General, iniciando el bienio de especialización en topografía y perfeccionando el francés, el inglés y el alemán. Cumple escrupulosamente sus deberes y vive una vida pura y religiosa, sin que se deje arrastrar a pérdida de la fe o disminución de su religiosidad. Llegada la guerra en 1848, participa en la batalla de Peschiera bajo las órdenes del propio príncipe heredero Víctor Manuel. Y viendo que el ejército no disponía de planos adecuados de la Lombardía veneciana que tanto deseaba invadir, dedicó la convalecencia tras las operaciones quirúrgicas que hubieron de hacérsele para dibujar un gran plano, que tan útil sería más tarde y que no

dejaría de proporcionarle algunos serios disgustos. Ascendido a capitán del Estado Mayor como oficial de ordenanza del futuro Víctor Manuel II, participa en la batalla de Novara, donde fue herido en una pierna y es condecorado con la Mención de Honor. Cuando el rey Carlos Alberto abdica y el príncipe heredero sube al trono, nombra a Francisco preceptor de matemáticas de sus hijos, los príncipes Humberto y Amadeo, que llegarían a reyes de Italia y España respectivamente. En vistas a este cometido es enviado a París a hacer cursos de ciencias naturales en la Sorbona. Aquí frecuenta la parroquia de San Sulpicio, se adhiere a las Conferencias de San Vicente de Paúl, con cuyo fundador, Federico Ozanam, hace amistad y atiende a su formación científica con gran esmero, logrando la licenciatura en ciencias, tras lo cual, en 1851, vuelve a Turín. Pero los elementos anticlericales de la corte se oponen a que un católico tan firme como Francisco sea el preceptor de los príncipes y es enviado a los Apeninos y la costa tirrena para hacer unos mapas de los confines marítimos del reino. Tras haberse negado a batirse en duelo, en marzo de 1853, pide la excedencia en el ejército. La activa presencia de la masonería en los altos grados del ejército le hacía muy difícil su presencia en él. Publica el *Manual del soldado cristiano,* en el cual ataca el duelo como impropio de la razón y la fe.

Fuera ya del ejército, publica la *Lira católica,* colección de cánticos sagrados populares, lo que pudo hacer gracias a su competencia en música. El libro sería elogiado por Liszt. Funda un coro en la parroquia de San Máximo, en Turín, compuesto por jóvenes y mujeres de la clase popular. Publica también *El gentilhombre,* un calendario con gran popularidad entre los campesinos piamonteses. Pero decide volver a París para obtener el doctorado en matemáticas y astronomía. Trabaja en el Observatorio Nacional francés, y decide entonces dedicarse a demostrar la armonía entre la ciencia y la fe. Vuelto a Turín en 1857, inicia en la universidad cursos libres sobre matemáticas y astronomía, mereciendo que en 1861 lo designen «doctor agregado» al tiempo que retoma la dirección del coro de San Máximo, en el que realiza un magnífico apostolado con sus componentes.

En 1860 da comienzo a una serie de iniciativas que constituirán grandes ayudas a personas necesitadas. Abre una institu-

ción, llamada la «Obra de Santa Zita». En esta casa muchachas de condición humilde y minusválidas físicas reciben asistencia material, moral y religiosa a cambio de su participación en las obras de la institución, por ejemplo la gran lavandería industrial, a la que llevarán sus ropas instituciones militares, docentes y hospitalarias por su gran eficacia y pericia. Funda también la «Enfermería de San José» para mujeres pobres enfermas y convalecientes y en 1862 funda el «Pensionado-hospicio», donde se acogen mujeres pobres ancianas o inválidas, e igualmente funda un «Liceo», donde los chicos puedan hacer cursos de enseñanza secundaria, y al que manda algunos de sus chicos el propio Don Bosco. A estas obras añadió un «Pensionado para sacerdotes», en el que acogía los eclesiásticos ancianos y pobres, reducidos a la miseria a causa de la confiscación de los bienes eclesiásticos. En 1864 funda la «Escuela de educandas» para la formación profesional de las jóvenes del pueblo, dándoles cursos de economía doméstica, a la que seguirá en 1866 la «Escuela de alumnas maestras e institutrices» a fin de formar profesoras de estudios primarios, que tendrá un gran éxito y será apoyada por numerosos ayuntamientos, agradecidos a la gran labor que en ella se ejercía.

Pero su obra fundamental era la llamada de Santa Zita en el barrio de San Donato. En 1868 decide comenzar la construcción de una iglesia aneja, que llamaría de Nuestra Señora del Sufragio Ésta sería la iglesia de la obra, pero sería también un templo dedicado al sufragio por los fieles difuntos necesitados de sufragios, pensando de manera especial en todos los soldados caídos en las guerras. Esta iglesia, con su alta torre señera, será un hito en la espiritualidad tan intensa de la ciudad de Turín. Comprende que la permanencia de la obra requiere la presencia de una congregación religiosa al frente, y entonces decide la fundación de la misma. El obispo de Alba le proporcionó la joven que sería la primera piedra de este edificio espiritual: Juana Gonella, persona inteligente y tenaz, que estaba destinada a ser la primera superiora general de la congregación. En 1869 se inicia la vida de la misma con la entrada en el postulantado del grupo de iniciadoras y se llaman Mínimas de Nuestra Señora del Sufragio y Santa Zita. Dedicará todo su empeño a la con-

solidación de esta congregación y de las obras que están encomendadas a la misma. Profesor numerario de la Universidad de Turín en 1871, en 1876 será nombrado profesor extraordinario, negándosele siempre, por el odio anticlerical allí presente, el título de profesor ordinario. Dirige por entonces varias revistas, funda una tipografía y crea una biblioteca ambulante, muy preocupado por la buena prensa.

En 1875, con el consejo, entre otros, de Don Bosco, decide hacerse sacerdote. Le parece será bueno para su congregación. Tiene problemas con el difícil arzobispo de Turín —que se lo digan a Don Bosco— y decide acudir a Roma, donde el papa Pío IX lo acoge, dispone su ordenación sacerdotal y le regala un cáliz. Se ordena el 22 de octubre de 1876, no sin disgusto de su arzobispo que, solamente siete meses después, decide olvidar el incidente de su ida a Roma. Vuelto a Turín funda la «Pía casa de acogida para madres solteras». En 1881 compra una finca en Benevello de Alba y funda allí un centro de formación profesional de las jóvenes, que aprovecha para dar retiros y ejercicios espirituales. Continúa dirigiendo sus múltiples obras con gran dedicacion, generosidad y acierto y creciendo en la unión con Dios hasta que fue llamado por el Señor el 27 de marzo de 1888, a los dos meses de la muerte de Don Bosco, su querido amigo. Su vida, llena de activa caridad con las jóvenes, los enfermos, los pobres, los ancianos y las almas del purgatorio, es menos conocida de lo que merece. Bien vale la pena que su figura sea dada a conocer por las muchas lecciones de cristianismo comprometido que comporta.

Fue beatificado por el papa Juan Pablo II el 25 de septiembre de 1988.

JOSE LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 81 (1989) 1 017ss

CONDIO, L , *Soldato, scienziato, sacerdote il cav abate Francesco Faa di Bruno, fondatore del Conservatorio di N S del Suffragio e di Santa Zita in Torino* (Turin 1932)

MESSORI, V , *Ser cristiano en un mundo hostil Hipotesis sobre la santidad Francisco Faa di Bruno* (Madrid 1997)

SAN RUPERTO

Obispo († 718)

No es seguro que fuera irlandés de nacimiento, pareciéndoles a algunos que era de ascendencia franca. No es seguro tampoco que hubiera sido monje en Luxeuil.

Aparece en la historia como obispo de Worms, de donde hubo de salir por ponérsele en contra los elementos arrianos y paganos de la población. Entonces aceptó la invitación del duque de Baviera, Teodo II, para predicar en su ducado, que comprendía una parte de Austria. Comenzó su labor evangelizadora en Ratisbona y la siguió a lo largo del Danubio. El duque le dio una vieja ciudad arruinada, llamada Iuvavum, y él la reconstruyó y la llamó Salzburgo. Erigió el monasterio de San Pedro, con catedral y escuela anejas, y construyó también el monasterio femenino de Nonnberg, a cuyo frente puso a su hermana, otros dicen sobrina, Erentrudis o Ermentrudis. Ambos monasterios seguían la Regla de San Benito. Buscó adecuados auxiliares para su labor evangelizadora y pudieron fundarse muchas iglesias y monasterios por la zona. Como abad-obispo él hizo sin duda una labor que le ha merecido el título de apóstol de Baviera y Austria. Murió hacia el año 718.

BEATA PANACEA DE MUZZI

Virgen y mártir († 1383)

Como acto final de una serie de malos tratos continuados durante años y llevados por la víctima con notable paciencia, la jovencita de 15 años Panacea de Muzzi fue asesinada en Quarona (Italia) por su madrastra el 27 de marzo de 1383.

Panacea se había quedado huérfana de madre muy niña y su padre había vuelto a contraer matrimonio. La madrastra, desde primera hora, odió a la pequeña y la hizo objeto de su inquina. La joven buscaba fuerza en la oración y ponía su vida en las manos de Dios. Aquel día llevó al campo las ovejas a pastar. Se puso a hacer oración y las ovejas volvieron solas a la casa. La

madrastra la buscó y al encontrarla orando perdió los estribos, la atacó con una piedra, la apaleó, y le clavó repetidamente el huso hasta matarla. Tenida por mártir, la Iglesia confirmó el culto de esta pequeña santa el 5 de septiembre de 1867.

28 de marzo

A) Martirologio

1. En Tarso (Cilicia), San Cástor, mártir (fecha desconocida).
2. La conmemoración de los Santos Prisco, Malco y Alejandro († 260), mártires.
3. En Heliópolis, Fenicia, San Cirilo († 362), diacono y mártir
4. En Alejandría (Egipto), San Proterio († 454), obispo y mártir.
5. En Borgoña, San Guntrammo o Gontran († 593), rey *.
6. Junto al Monte Olimpo (Bitinia), San Hilarión (s. VIII), hegúmeno *
7. En Cîteaux, San Esteban Harding († 1134), abad Su memoria la celebran benedictinos y cistercienses el 26 de enero, en cuya fecha hemos reseñado su biografía (cf ** 26 de enero).
8. En Nesi (Sicilia), Beato Conón († 1236), monje.
9. En Monticiano (Toscana), Beato Antonio Patrizi († 1311), presbítero, de la Orden de Ermitaños de San Agustín *
10. En Tours (Francia), Beata Juana María de Maillé († 1414), viuda *.
11. En York (Inglaterra), Beato Cristóbal Wharton († 1600), presbítero y mártir bajo Isabel I *
12. En Angers (Francia), Beata Renata María Feillatreau († 1794), mártir en la Revolución Francesa *.
13. En Przemysl (Polonia), San José Sebastián Pelczar († 1924), fundador de la Congregación de Esclavas del Sagrado Corazón **.

B) Biografias extensas

SAN JOSÉ SEBASTIÁN PELCZAR

Obispo y fundador († 1924)

Fue una figura interesante, curtida en luchas y en dificultades, hijo de una tierra dura y castigada por las guerras, pero protegida por la Providencia. Su tiempo estuvo sembrado de obs-

táculos. Las invasiones y adversidades sufridas a lo largo de los siglos por su patria polaca le ayudaron a ser firme en la fe y alegre en la esperanza.

La historia de Polonia, objeto de apetencias externas y de divisiones interminables, de repartos entre sus poderosos vecinos del Este, del Oeste y del Sur, forjó un pueblo luchador y creyente, en el que cada familia fue un templo para rezar y cada aldea un lugar para amar al prójimo y para cultivar la solidaridad.

En ese contexto nació el modelo de fortaleza y de serenidad que fue José Sebastián Pelczar, intelectual y pastor, austero consigo mismo y compasivo con los demás, sacerdote a carta cabal, alma de Dios y corazón nacido para amar a los hombres y ofrecerles gestos de misericordia y fraternidad.

Nació en Korczyna, cerca de Krosno, en las riberas del río Wistok, el 17 de enero de 1842. En ese momento su región de Galitzia estaba dominada por el imperio austro-húngaro y sometida a una cultura y lengua que no eran las propias. El Congreso de Viena de 1815 había perfilado el nuevo mapa de Europa. La zona polaca del norte era el Reino de Polonia, administrado por funcionarios rusos que fueron incrementando poco a poco su injerencia, hasta que fue declarado provincia rusa sin más en 1866.

La zona de la Galitzia se había proclamado república independiente, con capital en Cracovia. Sin embargo, la libertad estaba vigilada y coaccionada por los dirigentes extranjeros. La situación se mantuvo hasta 1846. Ahogada en sangre una rebelión de nacionalistas, se decidió la anexión a Austria. Todo buen polaco de cualquier tendencia nacía predispuesto a la lucha y la aversión hacia los extranjeros se respiraba desde los primeros días de la vida.

Ése era el ambiente cuando vino al mundo el niño José Sebastián el 17 de enero de 1842 en el hogar formado por el matrimonio Pelczar, agricultores modestos, honrados, intensamente piadosos. El cabeza de familia se llamaba Alberto. La madre era María Miesovicz. Él fue el tercer hijo del hogar. El bautismo lo recibió a los dos días de nacer. No conoció especiales penurias en su infancia, gracias al trabajo paterno, pero tampoco supo de abundancia ni de bienes excesivos.

La región de Galitzia estaba poblada por sufridos campesinos. En las aldeas se vivía desde la infancia en el trabajo de los campos y en el cuidado de los ganados y de las pocas pertenencias que sobrevivían a los fuertes tributos de los opresores unas veces y a las contribuciones exigidas por la nobleza nacionalista en otras ocasiones.

La armonía, el amor a la patria y el espíritu de lucha e respiraban en la sociedad, sobre todo en la juventud. Su caracter se mostró sereno y alegre desde los primeros años. A los 6 años ya era el pequeño monaguillo de la parroquia de la localidad. La primera comunión la recibió en 1850, cuando tenía 8 años. Estos datos indican que en el hogar se vivía intensamente el espíritu cristiano y se rezaba con frecuencia. Recibió la confirmación a los 12 años.

Asistió a la escuela parroquial de su localidad. Y luego, con esfuerzo por parte de los padres, fue enviado, al inicio del curso de 1858, al Gimnasio o Instituto estatal de Rzeszów, donde cursó parte de la enseñanza secundaria. Inteligente y expresivo, hizo todo lo que pudo para que el sacrificio familiar al enviarle a este centro quedara compensado con frutos abundantes Sobresalió pronto por la piedad que había respirado en el hogar.

Su idea desde niño había sido llegar a ser sacerdote Por eso acogió con ilusión la invitación a ingresar en el seminario diocesano de Przemysl. Lo logró en octubre de 1860, después del examen usual en aquellos tiempos. Acababa de cumplir los 18 años. Su vida de adolescente se identificó con la disciplina del seminario y con la piedad que se respiraba en el centro. Siguió con aprovechamiento los cuatro años de teología, al final de los cuales recibió las órdenes sagradas. Fue ordenado sacerdote el 17 de julio de 1864 en Przemysl por mons. Antonio José Monastyrski. Había cumplido los 22 años y sus ilusiones juveniles se hallaban en pleno crecimiento.

Los nuevos presbíteros seguían una experiencia pastoral prudente y acompañada al comienzo de su ministerio. Fue destinado como vicario parroquial a la localidad de Sambor, bajo la dirección del celoso párroco. Allí pasó un año sin otro rasgo especial que su entrega, su piedad y sus capacidades admirables para la predicación.

Sus buenas cualidades para el estudio y la seriedad de su vida le hicieron candidato preferente para ser enviado a Roma como becado, a fin de continuar su formación teológica y abrir su espíritu a la dimensión católica de la Iglesia. En la ciudad eterna estuvo entre 1865 y 1868. Residió en el Colegio polaco, donde fue encargado el segundo año como prefecto del mismo. Asistió a las clases en el Colegio romano y se entregó con empeño a sus deberes escolares. En esos pocos años consiguió graduarse en teología, consiguiendo el doctorado, y obtener la licenciatura en derecho canónico.

En Roma escribió la primera de sus obras piadosas. Llevaba por título *La vida espiritual.* Era libro sugestivo que luego sería editado repetidamente. Sirvió de lectura y de manual espiritual para muchos jóvenes y sacerdotes, pues en él se resaltaba el valor de la fe, la sinceridad para con Dios, la oración como condición de una vida evangélica auténtica. No fueron sus únicos escritos. Pasó dos veranos en Genzano di Roma. Allí escribió las crónicas o *Anales del Colegio polaco.*

Sus mejores recuerdos de los años romanos estuvieron ligados a la figura del pontífice Pío IX. Se despertó en el joven estudiante polaco gran admiración por el Papa y por su admirable celo sacerdotal. Sus impresiones quedarían luego guardadas en un folleto emotivo titulado *Pío IX y su pontificado,* en el que recogió comentarios sencillos y encomiásticos hacia su figura. Un día, siendo ya obispo, testimoniaría en el proceso de beatificación de tan singular pontífice.

Su trabajo de universitario en el extranjero no aminoró sus exigencias espirituales. Estuvo dirigido por el resurreccionista Pietro Semenenko, quien supo conservar el celo piadoso y la fe en su vocación sacerdotal.

Al regresar a Polonia, en abril de 1868, se dirigió a Sambor, pero recibió otros encargos pastorales en Calisto Gross y en Wojutycze. Mas pronto fue reclamado como prefecto en el seminario de Przemysl. Además, fue nombrado profesor de teología pastoral desde 1871 y luego de historia eclesiástica y de derecho canónico desde 1873. Una experiencia fuerte de aquel tiempo fue el viaje peregrinación que hizo a Tierra Santa en febrero de 1872 y cuyas impresiones dejó grabadas en el libro

La Tierra Santa y el Islam. Se ganó a los seminaristas por la seriedad de su vida, por su piedad sincera, por su amor a la Iglesia y por sus ideas claras y metódicas.

Pronto los superiores eclesiásticos comprendieron que su tarea podía ser muy beneficiosa en la Universidad «Jaguiellónica» *(Jaghiellonica Cracovensi),* la universidad cuyo nombre recordaba la grandeza de la familia real Jaguiellon y la piedad de algunos personajes de la Iglesia como el cardenal Federo Jaguiellon. Fundada en 1364 y protegida por Urbano V, era el primer centro de intelectuales del sur de Polonia en el siglo XIX. Llegó en 1877 y se alojó en el convento de franciscanos. Allí estuvo respirando el espíritu franciscano e ingreso en la Tercera Orden por su amor a la pobreza, su devoción al Santo de Asís y la austeridad de su vida.

Su cátedra universitaria fue la de historia de la Iglesia. Pero desde 1879 explicó Biblia y Nuevo Testamento. Desempeñó su trabajo académico con su prudencia proverbial y su claridad de criterios No fueron los suyos años fáciles ni cómodos, pues las actitudes políticas eran agrias y las tensiones entre «colaboracionistas» y «nacionalistas» se respiraban en la juventud universitaria. La vida académica le supuso una entrega plena. Sorteando las tensiones que las condiciones patrias originaban, supo moverse con admirable discernimiento.

En este centro superior, a las orillas del poético río Vístula y bajo la vigilante mirada de las susceptibles autoridades austriacas, pasó doce cursos, de 1877 a 1899. Se respiraba la exacerbación nacionalista, sobre todo desde la anexión en 1846 de Galitzia a la influencia austriaca. Y Cracovia era el «nido» de los «intelectuales nacionalistas» y objeto de singular vigilancia por los poderes austriacos.

El prestigio profesional le acompañó de tal forma que, en 1880, fue propuesto para vicerrector de la Universidad. Luego, el 19 de junio de 1882, fue elegido por el claustro como rector magnífico del centro. Coincidió su gobierno con el comienzo de las importantes obras que reestructuraron la universidad entre 1882 y 1887. Añadió obras en beneficio de la Iglesia, como una clínica, el llamado Colegio nuevo y una biblioteca popular para beneficio de los escolares. Se caracterizó por el sentido del

orden y de la justicia y por saber respetar las ideas políticas de cada persona, sin renunciar a las propias. Dirigir en aquellos años la vida universitaria no resultaba fácil, pero el sacerdote y catedrático Pelczar lo consiguió.

Pero su labor no agradó a muchos catedráticos y a personajes influyentes de la nobleza. Era normal: reclamó aumento de sueldo para los maestros malpagados en la enseñanza primaria, fomentó una relación personal con los estudiantes que suscitaba celos en muchos catedráticos distantes en el trato, pronunció alguna conferencia crítica para fortalecer la fe católica, como una que fue comentada cuando había ya dejado de ser rector y llevaba por título: *Sobre la necesidad de la religión y sobre las causas del ateísmo.* Con esas actitudes democráticas y pastorales era un rector «peligroso». Su cargo no fue renovado en la siguiente votación y se encargó de su alejamiento del gobierno universitario el partido más conservador y adherido a los ocupantes. Para él fue una liberación; para sus estudiantes, que le admiraban, un nuevo motivo de decepción.

Regresó a su vida de catedrático con gran dicha suya, pues sus preferencias estaban en el trato con los jóvenes y no en las luchas con los políticos. Especial amor puso antes y después de su período de gobierno en la reorganización de la Facultad de teología, pues elevó las cátedras de cuatro a siete, siendo él mismo el decano de la Facultad. Todo esto se lo tomó como un servicio a la Iglesia y con cierto sentimiento de que su tiempo se dispersaba de su esfera preferente que eran las tareas pastorales y los servicios sociales. Puso empeño en la animación de la revista *Prawda (La Verdad)* que inició en 1886. Y sabía hacer equilibrios admirables para que las tensiones no degeneraran en conflictos.

En el año 1880 había sido designado por el arzobispo como canónigo capitular de la catedral de Cracovia, la bella catedral gótica del siglo XIV con su piadosa cripta románica, construida sobre la meseta de Wawel y cercana al palacio-castillo real construido con estilo renacentista por Francesco de La Lora en los comienzos del siglo XVI. Los deberes del coro y los anejos oficios eclesiásticos, incluso las tensiones que su nombramiento canonical había suscitado en algunos miembros del cabildo,

fueron siempre compatibles para este intelectual y hombre de Dios con el ejercicio de la docencia y con la entrega cotidiana a obras de caridad. Ni los trabajos de la cátedra o del gobierno ni los deberes canonicales agotaron sus posibilidades sacerdotales. Sus inquietudes apostólicas le exigieron siempre otro tipo de acciones y por eso se entregó de lleno a diversas obras de celo y de misericordia.

Muchas veces le vieron algunas de las 40 iglesias que entonces había en Cracovia, hablando con los párrocos para ofrecer ayuda a alguna joven solitaria que se la demandaba. La calle señorial de Grodka Ulica, la de los paseos sociales y centro de referencia de la aristocracia de la urbe, poco vio su figura sacerdotal. Pero lugares cercanos a la Universidad, como los entornos de Santa Ana, donde descansan los restos mortales de Copérnico, o de la Santa Cruz, el templo tan original donde la bóveda se sostiene sobre un solo pilar, sí le descubrieron con frecuencia buscando personas, sobre todo jóvenes, a las que ayudar.

También supieron de su delicada caridad algunos centros de acogida como los hospitales de San Lázaro y el de San Luis y otras obras en beneficio de indigentes que, en 1893, se centralizaron en el «Asilo del príncipe Lubomirski» y en el «Hospital Helcel» para incurables. A esos lugares acudía a ofrecer sus servicios y asistencias sacerdotales, llevado del sentido de caridad de que siempre dio muestras.

Y no menos tacto y delicadeza manifestó con los ortodoxos, en ocasiones agresivos, y con los fieles de rito oriental que abundaban en toda la región. A todos sabía ofrecer sus servicios, su cordialidad y sobre todo su tolerancia aprendida en sus años de estudiante romano, en el corazón de la Iglesia católica.

Hubo un frente que le inquietó de forma especial: atender a las muchas jóvenes campesinas que acudían a la ciudad en busca de mejor vida material, y que se veían tentadas por los peligros morales. Su corazón compasivo le movió también a buscar soluciones para los ancianos desatendidos o para los muchos mendigos que quedaban abandonados a su suerte, sobre todo en los duros inviernos de aquella tierra. No le bastaba dar limosnas pasajeras con su bien ganado salario de catedrático o de rector. Buscaba ayudas más permanentes y eficaces. Para estos

hermanos y hermanas necesitados multiplicó los cauces de acogida. A unas las evitaba el camino del vicio. A otros ofrecía consuelo. A muchos les impedía llegar a la desesperación.

Pensó en organizar una sociedad de acogida y caridad. Reunió jóvenes, y no tan jóvenes, interesados en hacer algo por los demás. Así nació la «Fraternidad de María Reina de la Corona Polaca», para atender tantas necesidades.

Al principio fue una sociedad piadosa, pero con mucha carga cultural. Para atender a las muchachas del servicio doméstico abrió con esa sociedad un asilo y una escuela para ellas. Eran talleres de formación. El asilo o casa de acogida fue dirigida por una señora seglar Pero pronto se reclamó la presencia de varias religiosas esclavas de Jesús, fundadas por el P. Honorato Konzsminski Biala en Varsovia.

Como las obras y las demandas aumentaban, y las Hermanas ya no se daban abasto, aun contando con el espíritu de sacrificio de las llegadas de la zona de Varsovia, pensó en hacer una provincia autónoma con ellas en la diócesis de Cracovia para reclutar nuevas adeptas. Incluso lograría con ello eludir las dificultades que las autoridades le ponían para admitir más nuevas Hermanas. Incluso compró una casa en la Vía de la Santa Cruz, n.° 10 y la dispuso para la empresa.

Pero no pudo ser, a pesar de la correspondencia mantenida con el fundador y con la superiora de estas Hermanas, la madre Leonia Motylowska. Esta superiora se negó a ampliar sus actividades en la región de Cracovia. Entonces, con el consentimiento del cardenal de Cracovia, mons. Dunajewsky, se decidió a formar una Congregación propia, que hiciera posible la atención apostólica ya en marcha. El 15 de abril de 1894, con 12 religiosas, bajo la dirección de Clara Ludovica Szczesna (1863-1919), procedente del Instituto anterior, se dio comienzo a la obra ya autónoma. Su objetivo era la tarea educativa y la asistencia a los necesitados.

Pronto las vocaciones llegaron y hubo que pensar en otra casa más grande. Con ayudas generosas, sobre todo de la piadosa Sofía Volodkowizcowa, construyó una casa de nueva planta en la calle Garncarska Preparó también una hermosa capilla y un pequeño edificio para el gobierno de las otras obras del Instituto.

En pocos años las Hermanas se extendieron por las diócesis de Galitzia. En 1905 ya se pudo ampliar su acción benefactora a los emigrantes polacos de Francia. Vulgarmente se las comenzó pronto a llamar las «Sercanki». Más tarde, el 16 de noviembre de 1908, el Instituto se afiliaría a la Orden de los Hermanos Menores conventuales. El 15 de febrero de 1909 llegaría el decreto de alabanza del nuevo Instituto y el 19 de marzo de 1912 sería aprobado definitivamente por Pío X.

La tarea de fundador y animador espiritual de las Hermanas, junto con el seguimiento de sus obras que él se tomó muy en serio y con responsabilidad enorme, se vio compartida desde 1899 con el ministerio episcopal que la Iglesia reclamó de tan eminente hombre piadoso, intelectual cuando actuaba en la universidad y padre amoroso cuando se encontraba con las personas jóvenes o con los necesitados a quienes amaba de todo corazón.

El 27 de febrero de 1899 fue elegido obispo auxiliar «para los latinos» del titular de Przemysl, mons. Lucas Solecki. No tuvo más remedio que acoger lo que suponía de dignidad, a pesar de su humildad, y lo que significaba de incremento de responsabilidad eclesial. Lo hizo porque tal fue el designio divino y el reclamo de su pastor. El nombramiento por el papa León XIII le llegó con el breve del 27 de febrero de ese año.

Fue ordenado por mons. Solecki. Este pastor celoso era ya anciano y estaba enfermo. El nuevo obispo Pelczar intuyó que la hora del relevo vendría pronto. De hecho, sólo un año estuvo bajo su autoridad, apoyándole y remplazándole con frecuencia. Al morir su obispo el 2 de marzo de 1900, quedó él como titular y responsable de la diócesis, después del preceptivo y breve período de sede vacante, en el que él actuó como vicario capitular. Fue el 13 de enero de 1901 cuando tomó posesión de su sede y comenzó esta etapa de su vida y de su gobierno pastoral.

Su vida personal continuó con la austeridad de un asceta franciscano y con la sencillez de un ermitaño en la nueva casa episcopal. Sus virtudes más características siguieron siendo la gran devoción al Sagrado Corazón y a la Virgen María. Se vieron incrementadas con muchas horas de plegaria silenciosa.

Trató de infundir estos valores espirituales a sus religiosas, a las que siguió de cerca a pesar de sus viajes, visitas, y atención al clero y a los fieles de la diócesis.

Y no sólo se llevó bien con sus feligreses, sino que su amor a la paz y su sentido ecuménico, hizo posible una armonía perfecta con las otras confesiones y grupos de la ciudad, con los judíos, con algunas minorías moravas y evangélicas y, sobre todo, con la parte de la población de rito oriental ortodoxo, que tenía su propio Obispo y sus templos y prácticas piadosas.

Recordó con ilusión sus años de formación en Roma cuando el 11 de febrero de 1903 le correspondió hacer la visita «ad limina» al Papa, visitas que repetiría todavía otras tres veces, en 1908, en 1913 y en 1922. En 1914, la guerra atroz que ensangrentaba el sur de Polonia le impidió quedar en su diócesis y estuvo varios meses detenido en Roma sin obtener permiso para el regreso. Esos meses los aprovechó para redactar para la Curia romana un detallado informe sobre la situación social, moral y religiosa de Polonia y de la región de Cracovia, que se conserva en los archivos vaticanos.

Logró, en 1915, viajar a Viena, sin poder entrar en los territorios de su diócesis, ocupados por los rusos. Mientras esperaba, recogió donativos para reconstruir las iglesias destruidas y preparó algunos libros, como *Meditaciones para religiosas, Compendio histórico de la caridad en la Iglesia Catolica, Exhortación al trabajo para el renacimiento de la nación polaca* y *El Sagrado Corazón de Jesús.* Sólo los títulos ya indicaban su diversidad de atenciones e inquietudes.

Su trabajo al regreso estuvo centrado en la reconstrucción de tantas ruinas: el seminario, los templos, la atención a los feligreses. Multiplicó sus visitas, sus contactos con los sacerdotes, por cuya formación estaba empeñado, su atención a los indigentes. Escribió para sus fieles pastorales frecuentes. Aquel trabajo de reconstrucción y de animación de heridos, huérfanos, niños sin escuelas, familias destrozadas, le ocupó y casi agotó en el último período de su vida.

Una fotografía hermosa y clara de su vida espiritual la recogería años más tarde el decreto pontificio que reconocía la heroicidad de sus virtudes. Se diría en este documento romano:

«Fue sacerdote ejemplar de singular devocion a la Eucaristia y a Maria Santisima, adornado de celo ardiente por las almas, con gran deseo de extender la devocion al Corazon de Jesus, muy sensible a las necesidades de las personas cercanas, con tierna compasion para con los pobres, los niños y de forma especial hacia las jovenes campesinas desprotegidas»

Pero lo más impresionante de este santo obispo fue su inquietud por sus sacerdotes, de manera especial por los jóvenes. Su vocación de animador de seminaristas se conservó siempre latente desde su estancia en el seminario. Persuadido de que sólo con sacerdotes santos y bien formados se puede hacer la obra de Dios, aumentó las exigencias en el seminario y organizó formas de acompañamiento y de formación continua para el clero joven.

Con sus sacerdotes celebró durante sus años de episcopado tres sínodos especiales en 1902, en 1908 y en 1914, para resaltar el valor de la formación sacerdotal y para reclamar una intensa vida interior como base de la proyección externa. Preparaba el cuarto cuando le sorprendió la muerte el 28 de marzo de 1924.

Antes, como buen polaco, había sentido el gozo de ver reconocida internacionalmente la existencia de la nación, casi unificada del todo en la proclamación del 8 de octubre de 1918. La paz de Riga de 1920 reconoció también las fronteras de Polonia, aunque en el interior de ella quedaron fuertes minorías ucranianas, rutenas, judías, y alemanas, causa de posteriores tensiones.

Pero él ya no llegó a conocerlas, como no pudo sospechar la agitada historia del pueblo polaco a lo largo del siglo XX. En marzo celebró las bodas de plata de su ordenación episcopal entre mensajes de felicitación y gratitud. Unos días después cayó enfermo de pulmonía. El 28 de marzo fallecía consciente de que su vida había llegado al final. «Ven, Jesús, ven a salvarme», fueron sus últimas palabras. Tenía 86 años.

Fue sepultado en la capilla de Ntra. Sra. de Czestochowa, en la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús de Przemysl. Sus escritos y sobre todo sus obras se encargaron de mantener viva su memoria. Algunas notas recogidas después de su muerte, como el cuaderno con sus tareas personales, especie de *Autobiografía,*

es de lo más significativo que se encontró entre sus pobres y escasas pertenencias.

En 1954 diversos sacerdotes y organismos de la diócesis de Przemysl reclamaron que se iniciara el proceso de beatificación y así se hizo. Luego el proceso fue remitido a Roma. El 23 de octubre de 1971 se daba el decreto de la Congregación para las Causas de los Santos sobre sus escritos.

El 2 de junio de 1991 fue beatificado por Juan Pablo II en una de sus visitas a Polonia. La ceremonia se tuvo en Rzeszöw, pero el eco de sus virtudes y de sus méritos se extendió por toda la nación polaca. La canonización, el 18 de mayo de 2003, viene tras la aprobación del milagro a él atribuido.

PEDRO CHICO GONZÁLEZ, FSC

Bibliografía

Art. en *Dizzionario degli Intituti di Perfezione,* VI (Roma 1977) 1.330-1.333
«Autobiografia di Giuseppe S. Pelczar. J. Bar.»· *Prawo Kanoniczne* 9 (1966) 213-312.
SACRA CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, *Possitio de Josephi Sebastiani Pelczar* (Roma 1987).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN GONTRÁN

Rey († 593)

Gontrán ascendió al trono de los francos a la muerte de Clotario I. No fueron los primeros pasos del monarca los de un santo precisamente: se divorció de su mujer, mandó precipitadamente a la muerte a su médico y otras irregularidades de conducta. Es verdad que debió ocuparse de defenderse de las asechanzas de las reinas Brunequilda (Austrasia) y Fredegunda (Neustria) y esto puede explicar su nerviosismo e intranquilidad.

Pero la gracia de Dios le tocó. Reconoció sus pecados, hizo penitencia y se dedicó a una vida santa y morigerada que resultó ejemplar a sus súbditos. Favoreció las iglesias, socorrió a los pobres, y procuró ser justo en sus decisiones. Muere en Borgoña

el 28 de marzo de 593 y enseguida el pueblo lo venera como santo.

SAN HILARIÓN

Hegumeno († s VIII)

El monasterio del que fue hegúmeno Hilarión estaba situado en el monte Olimpo de Bitinia, y este monasterio fue destruido en 764 bajo el gobierno de Constantino V. Hilarión defendió el culto de las sagradas imágenes, por lo que hubo de padecer mucho, y ése es el motivo de que se le llame mártir en algún documento. Su vida se sitúa en el siglo VIII.

BEATO ANTONIO PATRIZI

Presbítero († 1311)

Era natural de Siena donde nace hacia el año 1280. En su juventud se decide por la vida religiosa y profesa en la orden de los Ermitaños de San Agustín, ordenándose a su tiempo de sacerdote

Religioso ejemplar y celoso predicador de la palabra divina, vive en el convento de Monticiano, del que fue prior. Murió santamente el 28 de marzo de 1311. Su culto fue confirmado el 1 de marzo de 1804.

BEATA JUANA MARÍA DE MAILLÉ

Viuda († 1414)

Hija de una familia noble, nace en La Roche en 1332. Su abuelo le procura un ventajoso matrimonio con el barón Roberto de Silly, persona religiosa con la que se entiende y comparte sus deseos de perfección cristiana.

Muerto su esposo en 1362 en la guerra contra los ingleses, es expulsada por la familia del marido del castillo y regresa con su madre y hermanos para trasladarse, al poco tiempo, a Tours. Aquí se dedica a la oración y a la atención de los pobres y enfer-

mos, singularmente a los leprosos. Se despoja de sus posesiones, hace ante el arzobispo voto de pobreza y, marginada por su familia, se refugia en una ermita y vive de la caridad pública, dando altos ejemplos de humildad y de todas las virtudes. Murió el 28 de marzo de 1414. Su culto fue confirmado el 27 de abril de 1871.

BEATO CRISTÓBAL WHARTON

Presbítero y mártir († 1600)

Natural de Middleton, en el territorio de York, Inglaterra, donde nació en 1540, estudió en el Trinity College de Oxford, donde se licenció en artes. Parece que era católico de nacimiento Desde su licenciatura en Oxford no se sabe nada de él hasta su decisión de hacerse sacerdote. Pasó al seminario de Reims, en cuyo colegio inglés ingresó el 23 de julio de 1583. Sólo ocho meses más tarde era ordenado sacerdote, el 21 de mayo de 1584, volviendo dos años más tarde a Inglaterra y trabajando apostólicamente en el Yorkshire. Durante trece años ejerció clandestinamente su ministerio, atendiendo a los fieles, reconciliando a quienes volvían a la Iglesia y sirviendo al Señor con enorme entrega, expuesto siempre al peligro de muerte.

Por fin fue localizado en 1599 cuando se encontraba en Leeds en casa de una viuda católica, la señora Leonor Hunt, y fue seguidamente arrestado y encerrado en el castillo de York, junto con su hospedadora. Se le acusó de haberse ordenado en el extranjero y se le aplicó el estatuto de Isabel, pero él alegó que su ordenación era anterior al mismo. No le valió. El juez, John Savile, dijo que cuando él lo conoció en Oxford no sabía nadie que fuera sacerdote, refiriéndose a que los sacerdotes exceptuados en el estatuto de Isabel eran los ordenados con anterioridad al 24 de junio de 1559. Condenado como traidor, le fue ofrecida la libertad y la vida si se avenía a jurar la supremacía religiosa de la Reina. El mártir se negó con gran constancia y por ello fue ahorcado y descuartizado en York el 28 de marzo de 1600. Fue beatificado el 22 de noviembre de 1987.

BEATA RENATA MARIA FEILLATREAU

Martir († 1794)

El 28 de marzo de 1794 fue guillotinada en Angers esta valiente mujer católica, casada, natural de la propia Angers, donde había nacido el 8 de febrero de 1751. Se la acusaba de ser enemiga de la República, de haberle robado al Estado y de haber auxiliado y protegido a sus enemigos

En realidad, se trataba de una catolica que había protegido en cuanto estuvo de su parte a los sacerdotes que permanecían fieles a la Iglesia, oía sus misas, guardaba los ornamentos y objetos litúrgicos, y al llegar los soldados vandeanos había gritado con ellos vivas a la religión y al rey. Confesó su fe abiertamente y dijo que nadie podría quitarsela. Fue beatificada el 19 de febrero de 1984.

29 de marzo

A) MARTIROLOGIO

1 En Napoles, San Eustasio, obispo (s III)
2 La conmemoracion de San Marcos († 364), obispo de Aretusa
3 La conmemoracion de los Santos Armogasto, Arquinimo y Saturnino († 462), martires en Africa en la entrada de los vandalos
4 En el Monte Carmelo, San Bertoldo († 1198), prior del Carmelo **
5 En Poitiers, San Guillermo Tempier († 1197), obispo *
6 En Ratzeburg, San Ludolfo († 1250), obispo, de la Orden Premonstratense *
7 En Inglaterra, la conmemoracion del Beato Juan Hambley († 1587), presbitero y martir bajo Isabel I *

SAN BERTOLDO

Prior del Carmelo († ca 1198)

La primitiva tradición carmelitana es un maravilloso entretejido de historias y leyendas, producido en momentos de candorosa credulidad, muy ajenos a las posteriores necesidades probatorias. La hermosura del Monte Carmelo enmarca la figura del profeta Elías, que señala la blanca nubecilla anunciadora de la Virgen Madre. La Orden del Carmen reclamó secularmente estos orígenes, considerando al profeta como su propio fundador. La iconografía secundó la leyenda, vistiéndolo de marrón y blanco. Hasta en un lienzo de la Transfiguración de Guido Reni, Elías se nos muestra junto a Cristo en hábito de carmelita.

Tal tradicion no parece críticamente sostenible, pero es bella, antiquísima y llena de significado. La gran revisión de todo el santoral llevada a cabo por los bolandistas afectó de modo especial a los *orígenes* de la Orden del Carmen, y sus frailes no se mostraron cortos en la polémica. Los esclarecimientos de los bolandistas son impagables: ellos establecieron retrospectivamente la serie sucesoria de los superiores de la Orden del Carmen hasta finales del siglo XII. Así, en la serie iniciada por San Brocardo († 1221), continua San Bertoldo († ca.1198), y sigue el famoso San Simón Stock († 1265), tantas veces representado recibiendo de manos de la Virgen el Santo Escapulario.

Según las historias internas de la Orden, nació en Francia en los comienzos del siglo XII de la noble familia de Malefaida y, terminados brillantemente sus estudios en París, paso a Siria junto con un primo suyo, que llegó a patriarca latino de Antioquía, él, en cambio, se retiró a hacer vida cenobítica en el Monte Carmelo y allí, ayudado por el primo obispo, logró que los anacoretas dispersos se reunieran para formar comunidad en un pequeño convento por él construido, donde murió santamente. Según esta visión, Bertoldo había reducido a comunidad a aquellos anacoretas del Carmelo que se sentían discípulos y seguidores del profeta Elías. ¡Bello entretejido!

San Bertoldo es, ante todo, uno de los santos fundadores del Carmelo. Los historiadores rigurosos anotan con un «se

dice» que nació en Lombardia, y afirman que a este santo corresponde una famosa visión que años más tarde le sería confirmada a San Pedro Tomás: la de que la Orden del Carmen habría de perdurar siempre Esta promesa mariana se halla entre las mas queridas tradiciones del Carmelo y obtuvo por doquier abundantes representaciones pictoricas y xilográficas, como la del *Libro de horas de la B. V María «secundum usum Hierosolymitanum»* editado en Lion en 1516, que se circunstancia legendariamente con el siguiente texto de una de las leyendas áureas de la Orden del Carmelo·

> «Habiendo empezado la primera persecucion contra los carmelitas en las provincias de Palestina por Cosroas, rey de Persia, año de 617, otra le siguio por Omar, discipulo de Mahoma, año de 639, esta duro casi cinco siglos (aunque no continuada), sino segun la crueldad, mas o menos de los sarracenos que dominaban aquellas provincias, quitando la vida a innumerables carmelitas, tantos que no se cuentan aquellos martires por cientos, sino por millares de millares Tenia gran dolor nuestro Padre S Bertoldo, considerando tanta sangre vertida de sus queridos Hermanos, exclamaba a Dios y Su Majestad le respondio "Mitiga tu pena Mira sus almas volar al cielo" Intentaban los sarracenos dar fin a la religion del Carmen, pero, como esta es semejante al arbol a cuya sombra descanso nuestro Gran Padre Elias cuando iba al Monte Horeb, fue en vano su tirania De este arbol dicen los doctisimos Berchorio y Alapide que cuanto mas lo maltratan mas frondoso se eleva Asi nuestra sagrada religion en aquellas provincias, pues por mas que hicieron los sarracenos y sus satrapas, no pudieron conseguirlo Pero ¿como, si hasta el fin de los siglos esta al amparo de Nuestra Amantisima Madre, como lo dice el diptico que sale de su santisima boca, piedad maternal que siempre ha manifestado a su querido Carmelo?»

Quedo así San Bertoldo aureolado por tradiciones y leyendas que mucho contribuyeron a enardecer la piedad de los carmelitas a lo largo de su historia.

Lo que queda aquí reseñado puede explicar las últimas vicisitudes del culto a este santo: establecido en el Capítulo General de la Orden de 1654, suprimido en el breviario reformado de 1585, introducido de nuevo en 1609 y dotado de nuevas lecturas, expresamente aprobadas, en 1672. La fiesta, fijada el 29 de marzo, mantiene la misma fecha en el nuevo *Martirologio.*

JOSE M.ª DIAZ FERNANDEZ

Bibliografía

LOPEZ MELUS, R , *Los santos carmelitas* (Castellon 1989)
MARTINEZ CARRETERO, I , *Los Carmelitas,* VI (Madrid 1996) 13-14
STARING, A , «Bertoldo, priore generale dei Carmelitani», en *Bibliotheca sanctorum,* III (Roma 1990) 106 107

C) BIOGRAFIAS BREVES

BEATO GUILLERMO TEMPIER

Obispo († 1197)

Fue primero canónigo regular en San Hilario, de Poitiers, y en 1184 fue elegido obispo de la ciudad. La fama que ha quedado de él es que defendió con tesón los derechos de su Iglesia y por ello hubo de sufrir no poco, mostrando ánimo fuerte y paciencia, tanto que se le llegó a llamar Guillermo el fuerte.

Tuvo en vida enemigos, pero tras su muerte, ocurrida el 29 de marzo de 1197, nadie puso en duda la santidad que le atribuía el pueblo, que acudía a su tumba en demanda de protección.

SAN LUDOLFO

Obispo († 1250)

Fue primero un ejemplar religioso premonstratense, al que por ello se le llamó al episcopado y fue elegido en 1236 obispo de Ratzeburg.

Tenía un alto criterio de la santidad que debía tener el clero y por eso propuso a su cabildo catedral convertirse en una comunidad de premonstratenses, y él fue el primero en mostrar que seguía observando fielmente la regla. Construyó y dotó el monasterio de benedictinas de Rehna. Defendió frente a la autoridad civil las propiedades de la Iglesia, lo que le valió prisión y destierro, muriendo en Wismar el 29 de marzo de 1250 como consecuencia de los malos tratos. No ha faltado quien sugiera para él el título de mártir

BEATO JUAN HAMBLEY

Presbítero y mártir († 1587)

Un día del mes de marzo de 1587, en las cercanías de la Pascua, fue ahorcado y descuartizado en Salisbury el joven sacerdote secular Juan Hambley o Hambly, de veintisiete años de edad, y natural de Cornualles, que luego de haber estudiado en Reims y haberse ordenado sacerdote volvió a Inglaterra.

Fue arrestado y acusado de traición, por el solo hecho de ser sacerdote, en el verano de 1586. Al ser juzgado en marzo del año siguiente por el juez Gent, éste le invitó a darse cuenta de que el camino elegido por él llevaba a la muerte mientras que si se conformaba a las leyes inglesas en materia religiosa, se le abría un buen futuro en libertad y con un buen beneficio. El joven sacerdote fue envuelto en las artimañas del juez y le fue prometiendo hacer cuanto aquél le sugería, de manera que el tribunal quedó con la impresión de que había logrado atraerlo al protestantismo. Pero a la mañana siguiente cuando el juez le pidió, según la costumbre, por segunda y última vez que ratificara su promesa de conformarse, él respondió con gran presteza y resolución que tenía verguenza y dolor de haber prometido el día anterior su conformidad con las leyes religiosas inglesas. El juez, que tan alegre y satisfecho había concluido la vista del día anterior, se llenó de cólera y le preguntó por qué ese cambio de un día a otro. Y el mártir respondió que la causa no era otra que su convicción propia, la que le había valido estar en la cárcel los últimos tiempos, y que de lo profundo de su corazón se dolía de la debilidad mostrada el día anterior, obtenida por las amenazas y halagos del juez, pero que desde aquel momento no esperaran de él ninguna debilidad. Le recordó el juez que, persistiendo en esa actitud, le aguardaba una muerte crudelísima, pero el mártir respondió que la recibiría con gratitud. En esta actitud se mantuvo con gran constancia y al día siguiente tuvo lugar su ejecución. Fue beatificado el 22 de noviembre de 1987. El nuevo *Martirologio romano* lo conmemora el 29 de marzo.

30 de marzo

A) Martirologio

1 En Asti, San Segundo, martir (fecha desconocida)
2 En Tesalonica (Macedonia), San Domnino (s IV), martir
3 En Senlis, San Regulo (s IV), obispo
4 En Constantinopla, la conmemoracion de muchos santos martires que en tiempos de Constancio padecieron destierro o tormentos por orden del obispo arriano Macedonio
5 En el Monte Sinai, San Juan Climaco († 649), abad **
6 En Siracusa (Sicilia), San Zosimo († 660), obispo *
7 En Coventry (Inglaterra), Santa Osburga († 1018), abadesa
8 En Aquino, San Clinio († ca 1030), abad
9 En La Aguilera (España), San Pedro Regalado († 1456), presbitero, de la Orden de Menores **
10 En Vercelli, Beato Amadeo IX († 1472), duque de Saboya **
11 En Su-Ryong (Corea), los santos Antonio Daveluy, obispo, Pedro Aumaître, Martin Lucas Huin, presbitero, Jose Chang Chu-gi, Tomas Son Cha-son y Lucas Hwang Sok-tu († 1866), catequistas, martires *
12 En Napoles (Italia), Beato Luis de Casoria Palmentieri († 1885), presbitero, de la Orden de Menores **
13 En Turin, San Leonardo Murialdo († 1900), presbitero, fundador de la Sociedad de San Jose **
14 En San Julian (Guadalajara, Mexico), San Julio Alvarez Mendoza († 1927), presbitero y martir *
15 En Viena (Austria), Beata Maria Restituta Elena Kafka († 1943), virgen, de la Congregacion de Terciarias Franciscanas de la Caridad Cristiana *

B) Biografias extensas

SAN JUAN CLÍMACO
Abad († 649)

El monte Sinaí, de tantos recuerdos bíblicos, forma un macizo de cumbres y valles pedregosos y resecos sin apenas vegetación. Cuando lo visitó la monja Eteria, nuestra peregrina, el Sinai estaba poblado de monjes. Eteria vio varios monasterios, capillas custodiadas por monjes, cuevas en las que moraban anacoretas «y una iglesia en la cabeza del valle, delante de la iglesia hay un amenísimo huerto con agua abundante, en

el cual está la zarza; muy cerca se enseña el lugar donde se hallaba el santo Moisés cuando le dijo Dios: Desata la correa de tu calzado».

Aún se conserva el monasterio de El-Arbain o de los Cuarenta mártires, llamado así porque, a fines del siglo IV, los beduinos asesinaron en aquel lugar a cuarenta monjes. Mas la iglesia de que nos habla Eteria es, sin duda, la que hizo edificar Santa Elena en el siglo IV y que, en 527, fortificó el emperador Justiniano, lo mismo que al monasterio que está junto a ella. Dicho monasterio se llama de Santa Catalina, puesto que guarda las reliquias de la santa alejandrina desde hace muchos siglos. Justiniano fortificó tambien otros monasterios sinaítas para proteger a los monjes de las incursiones de los beduinos de los desiertos cercanos.

El monasterio de Santa Catalina, único que ha mantenido la vida monacal en aquellos parajes agrestes, esta situado a más de dos mil metros al pie del Djebel-Musa o monte de Moisés. De la parte trasera del monasterio arranca un caminito escarpado, con peldaños labrados en la roca (tres mil en total) que lleva a la cumbre. Vive en él una comunidad de monjes ortodoxos griegos y guarda una famosa biblioteca con 500 manuscritos antiguos. En el siglo pasado fue descubierto en ella el Códice Sinaítico, del siglo IV, con todo el Nuevo Testamento y la mayor parte de la versión griega del Antiguo. Dicho códice fue regalado al zar de Rusia, el cual compensó al monasterio con 9.000 rublos. Estuvo depositado en la Biblioteca de Leningrado hasta 1933, en cuya fecha lo adquirió el Museo Británico por 100.000 libras esterlinas.

El recuerdo de Moisés y de Elías, a quienes había hablado Dios en aquel monte, atrajo desde los primeros tiempos a muchos anacoretas. Después de la legislación que Justiniano dio a los monjes, éstos vivían en recintos cerrados y sólo se permitía la vida solitaria dentro de la clausura Cada monasterio se regía a su modo, sin regla común; mas todas estaban inspiradas en los preceptos que San Basilio había dado a los monjes. Los divinos oficios duraban seis horas. El resto del día lo ocupaban en el trabajo manual y en el estudio. Se tejían sus propios vestidos: túnica burda de pelo de cabra o de borra, ceñidor, manto y san-

dalias. Preparaban pergaminos, transcribían e iluminaban códices. Comían una sola vez al día y practicaban extremado ayuno en Cuaresma y Adviento. La caridad en forma de hospitalidad era característica de los monjes. Junto a cada monasterio estaba la hospedería para peregrinos y viajeros.

En este ambiente discurrió la vida de San Juan Clímaco, el más popular de los escritores ascéticos de aquellos siglos, debido a su única obra *Escala del paraíso.* Los pocos datos biográficos que han llegado a nosotros los sabemos principalmente por el monje Daniel, el cual vivía en el monasterio cercano de Raytún, situado hacia el mar Rojo. Daniel los redactó poco después de la muerte del santo para encabezar el libro de éste.

Juan Clímaco vivió en la segunda mitad del siglo VI y la primera mitad del VII. Era muy joven cuando un buen día se presentó al monasterio del Sinaí dispuesto a consagrarse a Dios. Ni los bienes de su casa, que eran muchos, ni la educación distinguida que había recibido, ni un porvenir halagador fueron obstáculo para emprender una vida humilde y austera. Todo lo fue olvidando heroicamente bajo las instrucciones de un excelente religioso llamado Martirio, y después de tres años de noviciado —el tiempo que preceptuaba la regla— entro en la comunidad de monjes. Desde el primer momento, la obediencia y el estudio fueron su divisa. Daniel afirma escuetamente que era monje sumiso e instruido en letras.

Unos años después había muerto el monje Martirio y nuestro santo se retiró al extremo del monte a unos cien metros de una ermita. Allí vivía más cerca de Dios en un antro angosto o celda natural, la cual fue testigo, durante muchos años, de sus prolongadas oraciones, contemplaciones, penitencias y lágrimas. Allí aprendió lo que años después aconsejaría al abad de Raytún en una carta que se ha conservado: «Entre todas las ofrendas que podemos hacer a Dios, la más agradable a sus ojos es indiscutiblemente la santificación del alma por medio de la penitencia y de la caridad». Allí venció al demonio de la gula, comiendo poco; al mismo tiempo que dominaba la vanagloria, comiendo de todo lo que permitía la regla monástica, pues sabía que las extremadas abstinencias fueron motivo de ostentación en otros monjes. Pasó cuarenta años ajeno a la

desidia, dado al estudio y al trabajo, larga la oración y breve el sueño, parco en el comer y benigno con los visitantes molestos.

Al principio vivió completamente aislado; mas corrió la fama de su erudición y santidad, y varias personas iban a él en busca de consejo. Juan las instruía con toda caridad; porque, *como dejó escrito, «quien con sus enseñanzas puede contribuir* a la salvación de sus hermanos y no les reparte con plenitud de caridad la ciencia que haya recibido, tendrá el castigo del que oculta el talento debajo del celemín». No faltaron envidiosos que le tildaron de charlatán, por lo cual él mismo se impuso la penitencia de no enseñar con palabras sino con obras de penitencia, dulzura y modestia. Ello duró hasta que los mismos que le habían difamado fueron a rogarle que renovara sus divinas instrucciones. No estuvo a refugio de las tentaciones, sino que pasó momentos de tristeza y desaliento con ganas de echarlo todo a rodar. Pero se tranquilizaba luego, pensando en que agradaba a Jesucristo y que muchos habían llegado a la santidad por aquel camino.

Cuando murió el abad de Monte Sinaí, los monjes fueron en busca de Juan y le rogaron que aceptara el cargo de sucesor. El santo opuso excusas y resistencias, pero los monjes no cejaron hasta que aceptó y se fue al monasterio con ellos. No se habían equivocado: Juan desempeño el cargo con sabiduría, bondad de carácter y vida ejemplar.

Siendo abad, redactó, o terminó por lo menos, *Escala del paraíso,* fruto de su larga experiencia ascética. Se compone de treinta grados, que son otros tantos capítulos en donde el santo explica, en forma de aforismos y sentencias, las virtudes del monje y los vicios que deberá vencer. El estilo es muy sencillo y claro; al alcance de todos. Se sirve de ejemplos vividos en los monasterios. Así nos dice que, edificándole la virtud del monje cocinero, le preguntó una vez cómo podía andar recogido en todo momento con una ocupación tan material. El cocinero le respondió: «Cuando sirvo a los monjes me imagino que sirvo al mismo Dios en la persona de sus servidores, y el fuego de la cocina me recuerda las llamas que abrasarán a los pecadores eternamente».

Los primeros grados de *Escala del paraíso* son: la renuncia a la vida del mundo, a los afectos terrenos, al afecto de los parien-

tes, la obediencia, la penitencia, el pensamiento de la muerte y el don de lágrimas o, como él dice, la tristeza que nos causa alegría.

> «Carísimos amigos —escribe el santo—, en la hora de la muerte, el juez soberano no nos echara en cara el no haber obrado milagros, o no haber sabido sutilizar en materias elevadas de teología, como tampoco el no haber llegado a un elevado grado de contemplación, sino el no haber llorado nuestros pecados de modo que mereciesemos el perdón»

Los grados siguientes son: la dulzura que triunfa de la cólera, olvido de las injurias, huir de la maledicencia, pues ésta reseca la virtud de la caridad; amor al silencio, porque el mucho hablar lleva a la vanagloria, huir de la mentira, que es un acto de hipocresía; combatir el fastidio y la pereza, puesto que esta última destruye por sí sola todas las virtudes; practicar la templanza, porque el golosinear es una hipocresía del estómago, el cual dice que se va a saciar con aquello y no se sacia. Contentando la intemperancia, viene la impureza; de aquí que el grado siguiente sea el amor a la castidad. La castidad —dice— es un don de Dios, y para obtenerlo conviene recurrir a él, pues a la naturaleza no la podemos vencer con sólo nuestras fuerzas. Siguen los grados que tratan de la pobreza, virtud opuesta a la avaricia, del endurecimiento del corazón, que es la muerte del alma, del sueño, del canto de los salmos, de las vigilias, de la timidez afeminada, de la vanagloria, del orgullo y de la blasfemia. Luego, las virtudes típicamente contemplativas: dulzura del alma, humildad, vida interior, paz del alma, oración y recogimiento. El último grado del libro está dedicado a las virtudes teologales.

Movido de la caridad operante, hizo edificar una hospedería para peregrinos a poca distancia del monasterio. Enterado de ello el papa San Gregorio el Grande, quiso ayudarle enviándole una cantidad junto con una carta, que se ha conservado, en la que se recomienda a sus oraciones.

Murió con la misma simplicidad que había vivido. Su *Escala del paraíso* se hizo pronto famosa. El libro fue copiado y leído en todos los monasterios, se tradujo al latín y el autor fue siempre conocido con el sobrenombre de Clímaco, del griego *clymax,* que significa «escalera». También le llamaron Juan el Escolástico, apelativo que sólo se daba a personas de muchos conoci-

mientos. Juan Clímaco es uno de los Santos Padres de la Iglesia griega.

JUAN FERRANDO ROIG

Bibliografía

Act SS Boll, 30 de marzo *Vita*, abreviada Otra *Vita* mas extensa se encuentra en PG 88,596s

Obras PG 88

PARGOIRE, J , «Un pretendu document sur Saint Jean Climaque» *Echos d'Orient* 8 (1905) 372ss, 26 (1923) 440ss

RADERUS, M , *Opera Johannis Schol Climax* (Paris 1663)

BEATO AMADEO DE SABOYA

Duque († 1472)

El Beato Amadeo de Saboya fue el noveno de este nombre y el tercer duque de aquel Estado, vivió treinta y siete años (1435-1472), reinó solamente siete (1465-1472); y fue inscrito en el catálogo de los bienaventurados dos siglos más tarde bajo el pontificado del Beato Inocencio XI

La Saboya fue siempre uno de los lugares más bellos de la región alpina; situada en el centro de Europa, en territorio francés, al occidente de la cadena de los Alpes, guarda dentro de sí las cumbres más elevadas desde el Monte Blanco hasta el Monte Thabor. La magnificencia de sus costas, la grandiosidad de su paisaje, su infinita variedad, los contrastes de color y de vida, la melancólica belleza de las ruinas de castillos y monasterios, ofrecen un espectáculo estupendo, que arrebata la admiración. Sus habitantes son conocidos por la bondad de su carácter y por la sencillez de sus costumbres, defendidos del influjo y contacto con otras gentes por la aspereza de sus montañas, han sabido conservar sus primitivas tradiciones. El saboyano es fuerte y alegre; tiene pocas necesidades y sabe desde antiguo solucionárselas por sí mismo; es, además, religioso y amante de sus instituciones. Cada uno de los siete valles principales de las tierras saboyanas tiene su propia fisonomía en tipos y maneras, hablándose por este motivo de los «siete países saboyanos», variedades de un mismo tipo social montañés.

La casa de Saboya es una de las familias más antiguas e ilustres, que han reinado en Europa casi hasta nuestros días. Parece ser que su fundador fue Humberto I Blancamano, descendiente de la casa de Sajonia, que vivió en los años 985 al 1048, prestó buenos servicios al rey de Arlés Rodolfo III, y al emperador Conrado el Sálico, recibiendo en recompensa numerosas tierras y privilegios. A través de los siglos el Estado saboyano fue ensanchando sus límites geográficos, las guerras entre los señores feudales, las alianzas, las capitulaciones matrimoniales y las herencias de nobles, fueron abriendo camino al esplendor de la casa de Saboya. En el siglo XV, durante el largo gobierno de Amadeo VIII, los dominios saboyanos alcanzaron la máxima extensión, comprendiendo entre otros territorios la Saboya, el Piamonte y el País de Vaud. Aunque se había avanzado notablemente en el sentido de sustituir el antiguo régimen feudal por un Estado moderno, sin embargo, aún no había desaparecido la organización feudal, que se desarrolló más en la Saboya que en el Piamonte, con grandes y poderosas casas señoriales, afincadas en los cerrados valles alpinos con escasos centros urbanos.

Amadeo VIII de Saboya, de sobrenombre «el Pacífico», consiguió en 1416 del emperador Segismundo la transformación del condado en ducado, recibiendo la solemne investidura. Destacaron en este príncipe sus inquietudes espirituales y su amor por la vida ascética, llegando a crear en la corte un acentuado ambiente de religiosidad, dentro del cual discurrieron los primeros años de vida de su nieto el Beato Amadeo IX de Saboya. Amadeo VIII «el Pacífico», después de haber llevado su casa a una altura jamás soñada en tiempos atrás, se dedicó a dejar el gobierno en manos de su hijo Luis II de Saboya y a retirarse a la vida eremítica con algunos de sus mejores amigos y fieles consejeros, fundó la Orden Militar de San Mauricio, a la que señaló como residencia un nuevo monasterio levantado por su mandato en Ripaglia, cerca de Tournon, y entró en el retiro con sus amigos el día 16 de octubre de 1434, vistiendo todos una túnica y capucha grises, llevando como distintivo un cinturón dorado y una cruz también dorada sobre el pecho. La decisión del duque de Saboya causó honda impresión en Europa, y

llamó la atención de los Padres del concilio de Basilea, quienes, después de haber depuesto al papa de Roma Eugenio IV, lo eligieron como sucesor de San Pedro. El duque aceptó la tiara y fue consagrado y coronado el 24 de julio de 1440 con el nombre de Félix V, nueve años más tarde, en bien de la paz de la Iglesia, el antipapa Félix renunció al papado en el concilio de Lausana de 1449, el nuevo pontífice Nicolás V lo preconizó cardenal obispo de Saboya y delegado apostólico en Saboya y parte de Suiza, murió en 1451 y sus huesos hallaron descanso en un magnífico monumento erigido en su nombre en la catedral de Turín.

Su nieto, el Beato Amadeo IX de Saboya, nació en Tournon el 1 de febrero de 1435, habiendo sido el hijo primogénito de Luis II de Saboya y de Ana de Lusiñán, hija del rey de Chipre. La dulcedumbre del lago de Ginebra, al pie de cuyas colinas se alza el pequeño pueblo de Tournon, comunicó al joven Amadeo su encanto y su poesía, y las cimas nevadas del San Bernardo y del Monte Blanco infundieron en su alma el amor por todo lo cándido y puro. Sus cristianos padres lo educaron en el santo temor de Dios, juntamente con sus otros diecisiete hermanos. Muy pronto se manifestaron en el príncipe los piadosos sentimientos y una natural inclinación hacia la virtud; de niño, cuando jugaba y paseaba por los jardines de su palacio, gustaba de hincarse de rodillas y elevar sus manos y sus ojos al cielo, dirigiendo a Dios fervorosas jaculatorias, de joven, se apartaba del fastuoso brillo de la corte, prefiriendo la conversación con los pastores y la meditación en la pasión de Jesucristo, arrasándosele los ojos de lágrimas al contemplar el crucifijo. Su semblante siempre risueño, sus maneras apacibles, su estilo a la vez humano y majestuoso, le hicieron muy pronto dueño de todos los corazones. El Beato Amadeo de Saboya tuvo desde los primeros años de su juventud aquella dulzura, aquel encanto e irresistible simpatía que desprende la santidad verdadera, sin votos de religión, sin hábitos sacerdotales, en medio del bullicio de una corte europea del medievo, supo llevar a la práctica aquel mandamiento de Jesucristo· «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto», porque la santidad puede y debe hacerse en todos los lugares y tiempos, y en todos los modos de

vida, acomodando nuestra voluntad a la voluntad de Dios y guardando sus santos preceptos.

Después del tratado de Cleppié (1453), a los diecisiete años de edad, Amadeo IX de Saboya contrajo matrimonio con Violante de Valois, también conocida con el nombre de Yolanda de Saboya, hija del rey de Francia Carlos VII y hermana del más tarde también rey de Francia Luis XI, de la cual estaba prometido desde la cuna (1436). Fue Violante una mujer afectuosa, fiel y amante de su casa y familia, ambos esposos estuvieron desde un principio muy unidos, no sólo en la comunidad de vida, sino principalmente en la rectitud de conciencia y en idénticos sentimientos. La castidad matrimonial fue fecunda, habiendo nacido del amor conyugal nueve hijos, a los que sus padres supieron legar, además de los bienes de fortuna, su religión y virtud; una de sus hijas subió a los altares con el nombre de Beata Luisa de Saboya, la cual, muerto su marido, se encerró en un convento de clarisas, siendo autorizado su culto por el papa Gregorio XVI.

En el año 1465 el Beato Amadeo IX de Saboya sucedió a su padre en el trono, y con este motivo las virtudes que adornaron al príncipe alcanzaron mayor brillo con la diadema Desde un primer momento, sabedor de que toda autoridad y poder viene de Dios, se esforzó en imponer en la corte sus piadosas tendencias, volviendo la vida cortesana a lograr el mismo o mayor nivel de religiosidad que tuvo en los tiempos de su abuelo Amadeo VIII «el Pacífico». El ejemplo de los príncipes es siempre poderoso y eficaz en la mejoría de las costumbres, el modo de vida del Beato Amadeo de Saboya impuso en todos sus vasallos un sello tan fuerte de honradez, que por mucho tiempo se vio el vicio desamparado en todos sus Estados. La falta de compostura en el templo, el hablar con menosprecio de la religion, las conversaciones licenciosas en la corte, eran motivo suficiente para incurrir en la desgracia del príncipe, quien siempre se mostró resoluto e intransigente cuando estuvieron por medio los intereses de Dios. Fue norma constante en su vida de gobierno el anteponer el servicio de Dios a todas las restantes cosas. No hubo a la sazón corte más brillante ni mejor arreglada en toda Europa, reinando la paz y la justicia con todos sus derechos, y

extendiéndose la vigilancia del príncipe a todos sus Estados con segura política interior.

Argumento singular de santidad en el Beato Amadeo de Saboya fue su amor a los pobres; teniendo delante de los ojos aquellas palabras de Jesucristo: «Lo que hiciereis con los necesitados, conmigo lo haceis», solía repetir, para justificar sus afanes en favor de los desvalidos: «Me conduelo tanto de los pobres, que al verlos no puedo contener las lágrimas. Si no amase a los pobres, me parecería que no amaba a Dios». Empleó mucha parte de sus riquezas en fundar hospitales y en dotar los ya existentes con mayores rentas, conservándose todavía en el Piamonte y en la Saboya numerosos vestigios de la magnificencia del caritativo príncipe. Con su propia mano atendía a los necesitados, gozando al distribuirles personalmente las limosnas, visitaba a los enfermos en sus humildes viviendas, socorriéndoles con tanto cariño y solicitud, que alguno de ellos llegó a decir que sólo por haber sido asistido por el santo duque bendecía la hora en que Dios le había postrado en el lecho víctima de penosa enfermedad, llamábanle el padre de los necesitados, y a su palacio, el jardín de los pobres.

La tradición nos ha conservado una simpática anécdota, que nos descubre hasta dónde llegó la caridad del corazón del Beato Amadeo de Saboya. En cierta ocasión, habiéndole preguntado un embajador de un príncipe extranjero si tenía jauría de perros y si le gustaba la caza como entretenimiento, el duque le contestó: «Tengo otros entretenimientos, en los que me ocupo con mayor placer, deseo que vea el señor embajador con sus propios ojos el objeto de mis distracciones». Seguidamente el príncipe abrió el balcón de la sala, descubriéndose un gran patio, en el cual iban y tornaban numerosos criados atendiendo y dando de comer a más de quinientos pobres. «Ved ahí, señor embajador, mis divertimientos, con los que intento conseguir el reino de los cielos». El embajador intentó diplomáticamente censurar la conducta del santo duque, y le dijo: «Muchas gentes se echan a mendigar por pereza y holgazanería». A lo que respondió el caritativo príncipe: «No permita el cielo que entre yo a investigar con demasiada curiosidad la condición de los pobres que acuden a mi puerta; porque si el Señor mirase de igual manera

nuestras acciones, nos hallaría con mucha frecuencia faltos de rectitud». Replicó el embajador: «Si todos los príncipes fuesen de semejante parecer, sus súbditos buscarían más la pobreza que la riqueza». A lo que contestó el Beato Amadeo de Saboya: «¡Felices los Estados en los que el apego a las riquezas se viera por siempre desterrado! ¿Qué produce el amor desordenado de los bienes materiales, sino orgullo, insolencia, injusticia y robos? Por el contrario, la pobreza tiene un cortejo formado por las más bellas virtudes». Añadió el embajador: «En verdad que vuestra ciencia, en relación con los restantes príncipes de este mundo, es totalmente distinta, porque en todas partes es mejor ser rico que pobre, pero en vuestros Estados los pobres son los preferidos». Continuó el santo duque: «Así lo he aprendido de Jesucristo. Mis soldados me defienden de los hombres, pero los pobres me defienden delante de Dios». Ningún otro príncipe rayó a tanta altura en el ejercicio de la caridad, un día sus ministros le advirtieron que el tesoro se hallaba exhausto a causa de tantas limosnas, y el santo no dudó un momento en entregarles el rico collar de la orden militar que llevaba sobre su pecho, para remediar las necesidades más urgentes de los pobres que acudían a su palacio. Fue siempre clemente y compasivo, sin que estas cualidades le desviaran en ningún caso de la justicia, que administraba con entera rectitud.

Pero quiso Dios probar su virtud con diferentes y graves adversidades, purificando el alma de su siervo como oro en crisol, para que resplandeciera mayormente su santidad. Porque la virtud tanto más vale, cuanto mayor esfuerzo significa; por ello la santidad es patrimonio de almas heroicas, aunque ayudadas siempre de la gracia divina. Durante toda la vida se vio el Beato Amadeo de Saboya atormentado por frecuentes ataques de epilepsia; esta enfermedad, tan sensible como vergonzosa por los impropios movimientos que causan las contorsiones, le sirvió para ejercitarse en la paciencia cristiana, aceptando con alegría la voluntad del cielo. Solía repetir:

> «Nada mas util para los grandes y poderosos, que las dolencias habituales, que les sirven de freno para reprimir la vivacidad de las pasiones y templan las dulzuras de esta vida con una amargura saludable»

Por razón de esta dolencia, los enfermos atacados de epilepsia vienen acudiendo en sus súplicas al Beato Amadeo de Saboya, desde el momento de su muerte, como a especial abogado, encontrando eficaz ayuda y remedio para su mal.

Otra fuente de numerosos sinsabores y grandes amarguras para el Beato Amadeo de Saboya fue la defensa de sus Estados, en tiempos en que la ambición de los príncipes multiplicaba las guerras. Rico de virtudes personales, pero pobre de salud, el santo duque hubiera abdicado si la duquesa Yolanda, mujer de gran energía, no se lo hubiera impedido, para asegurar la sucesión de sus hijos, ocupándose ésta directamente del gobierno de Estado por encomienda de su esposo. Conocedores de esta situación de aparente debilidad, algunos príncipes de los Estados colindantes intentaron incrementar sus dominios a costa de la casa de Saboya, e incluso algún familiar del santo duque pretendió destronarlo para ceñirse la corona ducal, unos y otros tropezaron con la entereza del Beato Amadeo de Saboya en la defensa de sus derechos, quien supo poner remedio pacífico a violentas situaciones con la magnanimidad de su corazón. Concedió inmediatamente la libertad al duque Galeazzo María Sforcia, tan pronto como supo que sus soldados lo habían arrestado, sorprendiéndolo al atravesar disfrazado las tierras de Saboya, cuando regresaba desde Francia a sus Estados, sin embargo, no pudo conseguir la amistad del duque, desde antiguo enemigo de la casa de Saboya. Años más tarde, cuando el marqués de Monferrato rechazó el derecho del Beato Amadeo IX de Saboya al homenaje, reclamado en conformidad con el tratado de 1412, dando con ello origen a la guerra en el Piamonte, el duque de Milán, Galeazzo María Sforcia, intervino a favor del marqués; la duquesa Yolanda se alió con Borgoña y Venecia, nombró capitán general de sus tropas a Felipe de Bressa, hermano del duque de Saboya, y logró ayuda de su hermano Luis XI de Francia; mas otra vez el bondadoso corazón del Beato Amadeo se interpuso a favor del duque de Milán, firmó con él nuevos tratados, le dio como esposa a su hermana menor Bona de Saboya, logrando una paz definitiva en 1468. Felipe de Bressa, de carácter levantisco e inquieto, apoyado por el duque de Borgoña, intentó apoderarse del Estado, asediando a Mont-

mélian en 1471, donde se encontraba la corte; pero tan sólo pudo hacer prisionero a su hermano Amadeo, mientras Yolanda se refugiaba en Grenoble, salvando a sus hijos en Francia, la intervención de Luis XI de Francia y la presión diplomática de Milán y Suiza hicieron el acuerdo; Felipe de Bressa dejó que Amadeo retornase con su mujer, devolvió las fortalezas, y obtuvo para sí la lugartenencia por benigna concesión de su hermano ya enfermo de muerte. Yolanda de Saboya condujo ahora al príncipe al Piamonte, estableciéndose en la ciudad de Vercelli, en otros tiempos de la corona de Saboya, pero a la sazón en poder del duque de Milán, amparándose en la protección del duque.

Rodeado de tantas desventuras, el Beato Amadeo de Saboya fortalecía la entereza de su carácter y la bondad de su corazón con los consuelos de la religión; muchas veces fue a pie, acompañado de su esposa, a Chambery, para tributar culto al Santo Sudario, que se venera en aquella ciudad, fue muy devoto de la Santísima Virgen, a la que llamaba su Señora y a la que honraba con frecuentes devociones; hizo a Roma de incógnito una visita, encontrando en aquellos santos lugares paz para su alma e incremento de su piedad, dejando en la iglesia de San Pedro y en otras de la Ciudad Eterna ricos presentes.

Consumido, en fin, a violencias de tantos rigores, conociendo cercano su acabamiento, llamó a su presencia a los principales señores de su corte, nombró regente de sus Estados a la duquesa, su mujer, fiel compañera, e hizo testamento político con estas palabras:

> «Mucho os recomiendo a los pobres, derramad sobre ellos liberalmente vuestras limosnas, y el Señor derramara abundantemente sobre vosotros sus bendiciones, haced justicia a todos sin acepcion de personas, aplicad todos vuestros esfuerzos para que florezca la religion y para que Dios sea servido»

Éste fue su testamento, y también el programa de su política durante los pocos años de su reinado. Murió en Vercelli en el año 1472 el día 30 de marzo, fecha en que la Iglesia celebra su memoria. La noticia de su muerte puso fin a las procesiones públicas rogativas, llevando el luto a todos los lugares de la Saboya y el Piamonte. Fue sepultado en la románica iglesia de San Eu-

sebio de Vercelli, debajo de las gradas del altar mayor, confirmando el cielo con numerosos milagros la fama de santidad que ya en vida gozaba Amadeo IX de Saboya.

Su compaisano San Francisco de Sales un siglo más tarde, haciendo viaje a Roma, quiso pasar por Vercelli, para rezar delante de las reliquias del siervo de Dios Amadeo, encontrando alegría para su alma en la iglesia de San Eusebio; y testigo del vivo culto popular, alimentado con los muchos prodigios acaecidos junto a su sepulcro, rogó al papa Paulo V que fuese canónicamente reconocido, pero fue otro siglo después cuando el papa Beato Inocencio XI concedió a Amadeo IX de Saboya los honores de la beatificación, y dio licencia para que se rezase oficio y se dijese misa en su honra dentro de los dominios del duque de Saboya y dentro de Roma en la iglesia de la nación. En el largo espacio de cinco siglos no se ha entibiado la devoción de los pueblos hacia el santo duque, existiendo en la actualidad en casi todos los lugares del antiguo ducado de Saboya numerosos testimonios del culto popular.

Uno de sus sucesores, Carlos Manuel I (1580-1630), durante su reinado mandó acuñar algunas monedas de plata con la efigie del Beato Amadeo, rodeada de la siguiente inscripción: «Bendice a tu descendencia», el pueblo llamó a las monedas mayores de nueve florines «Beatos Amadeos», y a las monedas más pequeñas de tres florines simplemente «beatas», nombre que sirvió durante mucho tiempo para designar en general a todas las monedas de plata de pequeño tamaño en los países de Europa.

DOROTEO FERNANDEZ RUIZ

Bibliografía

CARRONE DI SAN TOMMASO, F , *Tavole genealogiche della Real Casa di Savoia* (Turin 1837)

GABOTTO, F , «Lo Stato Sabaudo da Amedeo VIII ed Emmanuele Filiber Yolanda, duchesa di Savoia» *Miscellanea di Storia Italiana* 31 (1894)

THORIN, J H , *Vie de la Bienheureuse Louise de Savoie, princesse de Chalons, religieuse clarisse* (Paris 1876)

VALOIS, N , *La crise religieuse du XV siecle* (Paris 1909) (Sobre Amadeo VIII)

SAN PEDRO REGALADO

Presbítero († 1456)

Un día del verano de 1493 la pacífica villa de Aranda de Duero hallábase agitada por una algazara y regocijo difícilmente descriptibles. Labriegos y pastores, hidalgos vestidos de fiesta, hombres y mujeres humildes del campo castellano, afluían a ella de todos los contornos para dirigirse desde allí al convento de La Aguilera. Ello era debido a que la reina Isabel se dirigía a visitar el sepulcro de San Pedro Regalado. A su incomparable majestad de reina católica, uníase en este momento la satisfacción de ser ya señora de una España totalmente redimida. Granada acababa de ser incorporada a la corona de Castilla. El milagro de América había conmovido al mundo desde sus cimientos. Por los caminos de España corrían vientos de grandeza.

Aquel día la nación entera, representada en su reina, iba a postrarse de rodillas ante la tumba del humilde franciscano muerto treinta y siete años antes. Cuando Isabel entró en la iglesia, se volvió hacia las damas de su séquito y dijo: «Pisad despacio, que debajo de estas losas descansan los huesos de un santo».

¿Cómo era posible que, en tan corto espacio de tiempo, el que allí reposaba hubiese adquirido una fama de santidad tan grande? No es difícil contestar a esta pregunta. San Pedro Regalado es uno de esos seres afortunados, innumerables dentro del catolicismo, que responden con ejemplar disposición a un designio providencial. Nació en Valladolid, en 1390, en la famosa calle de Las Platerías, que aún hoy conserva su nombre y el antiguo rango que tuvo en la corte de España. A los trece años ingresó en el convento de franciscanos, el cual no era entonces precisamente un modelo de observancia. Estamos en una época en que la disciplina y costumbres de religiosos y sacerdotes habían llegado a un grado de relajación que hoy nos resulta inconcebible. Causas muy diversas habían producido aquella situación, que los historiadores se complacen en pintar con los colores más negros. A las naturales consecuencias del cisma de Occidente se había unido la gran peste de Europa, que dejó despoblados los conventos. Para llenarlos de nuevo, fueron admitidas gentes sin preparación ninguna, deseosas únicamente

de colmar sus ambiciones al amparo de las inmunidades del claustro.

No faltaban quienes se dolían en lo más hondo de su alma de aquel estado de cosas. Y precisamente un franciscano que vivía en el convento de La Salceda, por tierras de Guadalajara, se decidió a reñir la única batalla que podía resultar victoriosa, la de la renovación profunda de la vida monástica. Era fray Pedro de Villacreces, también de origen vallisoletano, el cual tenía fama de santo en los conventos de la Orden. Un día, cuando menos lo esperaban los religiosos del de San Francisco de Valladolid, el anciano Villacreces se les entró por las puertas causando una profunda impresión. ¿A qué venía fray Pedro?, comenzaron a comentar en corrillos los reverendos moradores de la casa.

Contrastaba con la de muchos de ellos la espiritualizada figura de Villacreces, era alto, de una delgadez ascética, de ojos negros y vivísimos, manso como un hilo de agua, ardiente como un rayo de sol. En íntimo consorcio se habían juntado en él la reciedumbre del hombre de Castilla y la amorosa suavidad del Poverello de Asís. ¿Que a qué venía fray Pedro? Pronto vieron satisfecha su curiosidad cuando supieron que con las debidas autorizaciones salió una mañana del convento, en dirección a un lugar cercano a Osma. No iba solo, le acompañaba fray Pedro Regalado. Éste, de quince años, Villacreces, de más de sesenta. Les unía un mismo espíritu: afán de santidad. El viejo formaría al joven. Algún castellano que a aquellas horas pasaba por las calles estrechas de Valladolid, pudo ver a los dos religiosos avanzar sin más provisiones que un báculo y un breviario. Camino largo, mendigando de puerta en puerta. Jornadas a pleno sol y, a ratos, a la luz de la luna, hasta que llegaron por fin a La Aguilera, donde el obispo de Osma había autorizado a Villacreces para fundar allí un humilde convento. Y empieza la nueva historia.

La Aguilera iba a ser un foco de restauración de la vida religiosa franciscana en su más auténtica pureza. Con algunos otros religiosos que pronto se le unieron, y sobre todo con los jovencitos a quienes él pudo formar desde el primer momento, Villacreces lograría hacer del naciente eremitorio una fidelísima

reproducción de la austeridad impresionante que San Francisco de Asís vivió en los «primitivos tugurios» de Rivotorto y La Porciúncula. Bajo la mano del mismo, fray Pedro Regalado fue recorriendo los humildísimos cargos propios de la vida de un convento pobre en que las almas santas suelen dar pasos de gigante en su camino hacia Dios. Limosnero por los pueblos vecinos, sacristán, ayudante de la cocina, encargado de atender a los pobres que llamaban a las puertas del convento... Así vivió durante once años, hasta 1415, fecha en que Villacreces se trasladó de nuevo a la provincia de Valladolid para fundar otra casa de recolección en El Abrojo, término de Laguna de Duero. Con él llevó al Regalado para que fuese maestro de novicios, aun cuando no tenía más de veinticinco años, y sólo tres de sacerdocio.

A partir de este momento, la vida de fray Pedro Regalado es una continua entrega a las más heroicas virtudes. No conoce límites para sus penitencias, y pide a los novicios el cumplimiento exactísimo, por amor, de todas las exigencias de la regla. A veces sale a predicar por los pueblos cercanos, Tudela de Duero, las dos Quintanillas, Matapozuelos, Portillo, y sabe dar a su predicación un tono de tan encendido amor a las almas, que las gentes le siguen por los caminos deseosas de confiarle sus cuitas de toda índole. Pronto empieza a hablarse de milagros múltiples realizados por su mano.

Muerto el padre Villacreces en 1422, y tras algún breve interregno, los religiosos de ambas casas, La Aguilera y El Abrojo, le eligen prelado o vicario, confiando así a su esfuerzo la tarea de continuar el propósito reformador que había guiado al que las fundara. Nadie más indicado que él para lograrlo plenamente. Por ambas Castillas se extendió rápidamente su fama, y los buenos hijos de la Iglesia, testigos involuntarios de las profundas perturbaciones de su época, contemplan con creciente admiración aquellas casas de la reforma, llamadas *Domus Dei* la de La Aguilera y *Scala Caeli* la de El Abrojo, a las que pronto seguirían otras hasta hacer «las siete de la fama» —así las llamaron en antiguos documentos—, las cuales vinieron a ser anticipados y eficacísimos focos de la renovación más tarde iniciada con carácter general por el cardenal Cisneros. Es ésta, sin duda, la glo-

ria más insigne de San Pedro Regalado y de su maestro, el padre Villacreces: haberse adelantado ofreciendo un ejemplo vivo y estimulante a la reforma que más tarde emprende la Orden del Císter, y que después extiende a toda España el gran cardenal regente de Castilla.

Vicario, pues, de ambos conventos, distribuía el Regalado alternativamente su vida entre uno y otro, hasta que decidió morar habitualmente y durante la mayor parte del año en La Aguilera, lugar más propicio para el retiro y la contemplación a que deseaba entregarse. La casa de El Abrojo, por su proximidad a Valladolid, era frecuentemente visitada incluso por personajes de la Corte, que acudían en demanda de sus consejos. Alguna vez pudo verse allí al entonces omnipotente favorito don Álvaro de Luna y al propio rey don Juan II de Castilla. El consiguiente ruido que tales visitas producían no agradaba a quien tenía como suprema ambición de su alma la unión con Dios y la más estrecha penitencia, para poder ser el orientador vivo de la deseada reforma.

Nada perdonó para conseguirlo. Las célebres constituciones de que San Francisco de Asís dotó a su predilecta casa de la Porciúncula, completadas en cuanto a su aplicación con minuciosas y detalladas normas que Villacreces había añadido como natural derivación de aquéllas en el ambiente del momento, fueron fidelísimamente observadas. Doce horas diarias de oracion mental y vocal repartidas entre el día y la noche, trabajos manuales en el campo para ayudar a los labradores y así obtener alguna limosna, prohibición absoluta de almacenar provisiones fuera de las que exigía el sustento diario de la comunidad, celdas y habitaciones del convento «abyectísimas y vilísimas», silencio casi continuo, negativa terminante a recibir dinero ni siquiera como estipendio por la misa u otras funciones litúrgicas. . tal era el género de vida de aquellas casas.

En cuanto a su formación científica, San Pedro Regalado se distinguió también como maestro de espíritus y predicador elocuente, aunque, más que por el aparato doctrinal, por la fuerza de la santidad vivida y el calor de sus exhortaciones. No eran las suyas casas de estudio, su fundador, Villacreces, quiso hombres penitentes, no estudiantes. De sí mismo decía:

«Recibí en Salamanca grado de maestro, que no merezco, empero mas aprehendí en la cella llorando en tinibia que en Salamanca, Tolosa e Paris estudiando a la candela Guay de mí, que estudiamos por nuestras ciencias, e somos curiosos en los pecados e defectos agenos e olvidamos los nuestros Mas queria ser una vejezuela simple con caridad e amor de Dios e del projimo, que la Teologia de San Agustin e del Doctor Sutil Scoto»

En el último período de su vida, años de 1445 al 1456, el Regalado vive ya sumergido plenamente en el océano sin límites de la contemplación divina. Sin abandonar nunca sus rigurosas prácticas ascéticas, ayuno diario, total abstinencia de carne, intensa flagelación corporal, se ve favorecido y goza de extraordinarios dones místicos. Su piedad tiene tres vertientes principales: la Eucaristía, la devoción a la Santísima Virgen y el recuerdo de la pasión del Señor. Particularmente esta última le atraía con fuerza irresistible. Muchas noches, en el cerro del Águila, próximo al convento, se le podía ver practicando el ejercicio del Viacrucis con una pesada cruz de madera sobre sus hombros, soga al cuello y corona de espinas en su frente.

La Virgen María, siempre tan amada en la Orden franciscana, se llevó también el corazón del gran penitente, y ella anda mezclada en uno de los más famosos milagros de su vida, recogido por cierto en el proceso de canonización. En la madrugada de un 25 de marzo, fiesta de la Anunciación, hallábase rezando maitines en el convento del Abrojo, y sintió especial deseo de venerar a María en la iglesia de La Aguilera, a ochenta kilómetros de distancia, la cual había consagrado él a este dulce misterio. Y al instante fue transportado por los aires en brazos de los ángeles, guiado por una estrella que representaba a la Madre del cielo. Satisfecho su piadoso deseo, fue igualmente devuelto al Abrojo sin que los frailes hubiesen advertido su ausencia. Este prodigio es el que ha servido para inspirar la iconografía del santo.

Murió el Regalado en 1456. La fama de taumaturgo que le había acompañado en vida creció con su muerte. En su sepulcro se obraron maravillas tantas que los frailes se vieron obligados —dice el historiador D'Ocampo— a no admitir nuevas relaciones. No sólo el pueblo humilde y sencillo, y en ocasiones crédulo, sino lo más conspicuo y representativo de la vida espa-

ñola de nuestros grandes siglos, veneró con fervor extraordinario la memoria del gran hijo de San Francisco de Asís. Obispos y nobles, militares y embajadores de países extranjeros, incluso nuncios y enviados del Romano Pontífice, acudieron a La Aguilera atraídos por la poderosa influencia que ejercía en toda España el humilde convento, gracias a este insigne varón de Dios y a otros que le siguieron después por idéntico camino de virtud y penitencia. Allí estuvo, en las postrimerías de su vida, el cardenal Cisneros. Allí también, el emperador Carlos, cuyo concepto de la casa era tan elevado que se le atribuye haber dicho que, al salir de Aranda hacia La Aguilera, debía el visitante ir con la cabeza descubierta. De igual modo, don Juan de Austria, Felipe II, y los demás reyes de España.

Fue beatificado en 1683 por Inocencio XI y canonizado en 1746 por Benedicto XIV, y ese mismo año fue declarado patrono de Valladolid y de su diócesis.

MARCELO GONZALEZ

Bibliografía

Acta SS Boll, 30 de marzo *Vita*, por A DAZA, en latin

BERGUIN, *Saint Pierre Regalat, prêtre, frere mineur de l'Observance* (Perigueux 1898)

CARRION GONZALEZ, L, *Historia del Convento Domus Dei*

GUTIERREZ, G, OFM, *Breve compendio de la vida, virtudes y milagros del Beato Pedro Regalado* (Por Antonio Rodriguez de Figueroa, Valladolid 1692)

INFANTES, F J, *Historia de la vida, virtudes y milagros del glorioso San Pedro Regalado* (Impr de Julian Pastor, Valladolid 1854)

LEON, N, *L'aureole seraphique vies des saints et bienheureux des trois Ordres de Saint François*, II (Paris 1882) 155s

— Actualizacion

EGIDO, T, *San Pedro Regalado* (Valladolid 1983)

PINO, F, *Vida de San Pedro Regalado Sueno* (Valladolid ²1984)

BEATO LUIS DE CASORIA

Presbítero († 1885)

Arcángel Palmentieri nació el 11 de marzo de 1814 en Casoria (Nápoles), hijo de Vicente Palmentieri, vinatero, y de Cándida Zenga, pobres pero profundamente cristianos. Fue bautizado al día siguiente, en la parroquia de San Mauro de Casoria. De niño hizo sus primeros estudios en la escuela de su pueblo y,

después, fue enviado por su padre a Nápoles para que aprendiera el oficio de carpintero, hasta que mostró indicios de vocación sacerdotal.

Por la pobreza de sus padres, que no podían costear sus estudios, y apoyado por su madrina Ángela Abate, obtuvo del cardenal Ruffo Scilla, arzobispo de Nápoles, recibir el hábito clerical y continuar sus estudios eclesiásticos, cuando la ayuda prometida por su madrina vino a menos y atraído al mismo tiempo por los franciscanos de San Antonio de Afragola (Nápoles), fue recibido en la misma Orden de los Hermanos Menores el 18 de junio de 1832, en su convento de San Juan del Palco en Taurano (Avellino).

Hizo el noviciado en Lauro, cerca de Nola (Nápoles). En su profesión tomó el nombre de Luis y, como era costumbre en la Orden en su tiempo, añadió como «apellido» el topónimo natal. Por eso se llamó, y es conocido desde entonces, como Luis de Casoria.

Cursó los estudios filosóficos y teológicos en el estudiantado del convento de San Pedro en Aram (Nápoles) y allí permaneció hasta su ordenación sacerdotal el 4 de junio de 1837.

Como tenía dotes intelectuales excepcionales, en 1841 los superiores le destinaron a enseñar filosofía, matemáticas, física y química. Pero a sus treinta y tres años le asaltó una inquietud inexplicable, una crisis de la que salió «rebautizado». Se cuenta que en una ocasión, mientras oraba en la iglesia de San José dei Ruffi, en Nápoles, sufrió un desmayo y cayó en tierra sin sentido. Realmente fue en la adoración de la Eucaristía donde se encontró a sí mismo como «hombre nuevo» en Cristo, y así decidió vivir en plenitud el carisma franciscano interpretándolo sobre todo por la vivencia de la virtud de la caridad Desde entonces todos observaron que se dedicó en cuerpo y alma a obras sociales y de caridad. Fue, pues, en 1847 cuando percibió en la oración que el Señor le indicaba un nuevo camino que debía recorrer al servicio de los pobres y enfermos.

Empezó con iniciativas sencillas pero ingeniosas, por ejemplo montando una farmacia en su propia celda del convento de San Pedro en Aram para los frailes enfermos y, poco después, adquirió un edificio y finca llamada La Palma, en Scudillo de

Capodimonte, con el fin de crear una enfermería para los mismos franciscanos y para los sacerdotes pobres inscritos en la Orden Terciaria franciscana. Porque al mismo tiempo se prodigó en la difusión de la Tercera Orden franciscana por toda la Campania, sin medios económicos y fiándose de la providencia, con un sentido especial, e inculcando en sus miembros las obras de caridad, pues decía: «La Tercera Orden sin una obra de caridad, ni me agrada ni la deseo».

En 1854 acogió con entusiasmo la idea del sacerdote genovés Olivieri, que se dedicaba a acoger niñas negras. Y, de modo similar, fundó una obra destinada al rescate de los niños negros vendidos como esclavos, con el fin de educarlos cristianamente. En el mismo convento fundado por él, de La Palma en Scudillo, acogió a los dos primeros «moritos», Rab y Margian, los primeros africanos a quienes educó en su propia casa para que luego pudieran ser apóstoles de África, porque pensaba que «África debe convertir al África». Esta experiencia le animó a enviar también misioneros a África. Así unía en un solo objetivo dos finalidades: educar niños africanos educados por él de los que pudieran salir misioneros para África.

Logró que Fernando II, el rey de las dos Sicilias, aprobara en 1856 esta idea y la pusiera bajo su protección real. En agosto de ese año fray Luis ya había reunido a nueve niños negros, de los que cinco fueron bautizados por el cardenal de Nápoles. En febrero de 1857 obtuvo del mismo rey la suma necesaria para el rescate de otros doce niños y, ante la dificultad de la gestión, él mismo se embarcó el 9 de abril para Alejandría y en concreto El Cairo. Como se retrasaba su liberación, desde Egipto visitó mientras tanto los santos lugares de Tierra Santa y, después, ya regresó otra vez desde Alejandría a Nápoles con esos niños rescatados presentándoselos al rey. Este pequeño núcleo familiar de futuros misioneros indígenas aumentó de tal forma que en 1858 eran 38, al año siguiente 45 y poco más tarde 64. Vivían como en un seminario menor o escuela apostólica donde podían formarse con las bases suficientes para los estudios eclesiásticos y, si no deseaban seguirlos, para ser hombres de bien y cristianos cabales.

Como es natural, esta acción misionera requería ayudas y cooperadores. Primero presentó su proyecto a los superiores de

su provincia religiosa; después elevó la propuesta al general de la Orden, quien dio su aprobación con un reglamento singular: la sede radicaría en la casa de La Palma y fray Luis era nombrado responsable de la enfermería y de la obra de los «Moritos». Enseguida recibió también la aprobación de la Congregación de Propaganda Fide que había solicitado. De este modo las ayudas comenzaron a llegar no sólo desde Nápoles sino también desde Alemania, y concretamente desde Colonia, donde había nacido en ese mismo tiempo una institución para ayudar al rescate de niños negros. El rey de Nápoles llegó a expropiar un edificio contiguo al de La Palma para que la obra contara con mayor holgura.

El mismo proyecto lo aplicó a la vez para niñas negras, las «Moritas», ayudado por la Beata Ana María Fiorelli Lapini, fundadora de las Hermanas Estigmatinas, a quienes al principio encomendó su cuidado. Así, pues, en 1859 en la zona de Capodimonte (Nápoles) fundó un colegio para niñas africanas donde comenzaron a educar a doce niñas negras junto con otras niñas pobres de la ciudad.

En 1860, durante los conflictos bélicos, propuso al Beato Pío IX su inquietud respecto a si en aquella situación debía continuar con todo este proyecto. El Papa le animó a proseguir la obra emprendida y entonces fray Luis incluso se dedicó a ser instrumento de reconciliación entre los partidarios de los distintos regímenes políticos, actuando de embajador del gobierno italiano ante el arzobispo de Nápoles que había sido expulsado por un teniente coronel garibaldino.

Mostró, pues, su amor a la Iglesia en su caridad por todas las comunidades e iglesias tanto cercanas como lejanas. Como puede comprobarse, su amor a Dios y a la Iglesia, junto con su amor por los países sin recursos, le llevó a inventar unas fundaciones con una creatividad y originalidad impensables para su tiempo. El Beato Bartolomé Longo escribió de él que tenía a Francisco de Asís por mente y a Vicente de Paúl por corazón.

Promovía la cultura, a la que consideraba camino de acceso para acercar la promoción humana a la fe, y por eso puso en marcha distintas iniciativas culturales, como: un observatorio meteorológico, cinco revistas, la traducción del latín al ita-

liano de las obras de San Buenaventura y una edición de bolsillo de la Biblia.

En 1864, para promover el diálogo entre la fe y la ciencia creó también en Nápoles una «Academia de la religión y de las ciencias» y lo hizo de tal forma que recibió el apoyo de diferentes e ilustres intelectuales de su tiempo. En el mismo año puso en funcionamiento un periódico titulado «La caridad» en el que colaboraban escritores insignes.

En 1866, antes de la supresión de las órdenes religiosas en Italia, fundó un colegio denominado «La caridad» donde se formó Benedicto Croce. Todas estas experiencias tan originales en el ámbito de la educación y de la cultura, le atrajeron la admiración de muchas personas, incluso de no creyentes o anticlericales. Hasta tal punto que el rey Víctor Manuel II le otorgó la Cruz de la Orden de los santos Mauricio y Lázaro, a la que fray Luis renunció por humildad.

Promovió también muchas obras de beneficencia en favor de niños huérfanos, como la de la obra de los «Accatoncelli» para recoger a niños vagabundos en Nápoles, así como para acoger también a sordomudos y ciegos. Creó orfanatos y escuelas con comedores, granjas agrícolas y tipografías para niños, hospitales para enfermos y residencias para ancianos abandonados. Incluso cajas de ahorros para favorecer la economía de la gente humilde.

Para sostener todas estas obras fundó dos congregaciones religiosas: los «Hermanos de la caridad» (llamados «Bigi», es decir, «Grises», por vestir el color primitivo del hábito franciscano), y en 1862 las «Hermanas grises isabelinas de la Tercera Orden de San Francisco» («Bigie», «Grises», también por la misma razón y puestas por él bajo el patrocinio de Santa Isabel de Hungría).

A pesar de sobrellevar todas estas instituciones caritativas, su espíritu misionero le llevó a seguir promoviendo la formación del clero indígena. En 1864 obtuvo el permiso de la Congregación de Propaganda Fide para hacerse cargo de la misión de Scellal, confiando a sus misioneros toda el África Central. Con este motivo en 1865 se embarcó en Trieste para Alejandría y El Cairo y, a traves del Nilo, llegó a Asuán en 1866. Desde allí

se acercó a Scellal, donde comenzó su apostolado de caridad a favor de los indígenas Con él viajaban tres «moritos» educados en Nápoles, uno recién ordenado sacerdote y dos seglares. Construyeron un hospital y abrieron una escuela de artes y oficios y otra de árabe y de italiano.

En 1866, a su vuelta, fue acusado insidiosamente por un exfraile de haber contravenido las leyes sanitarias enterrando, supuestamente, algunos muertos de cólera en el jardín de la casa de las «moritas». El 30 de agosto fue arrestado, pero el 11 de septiembre siguiente, como se comprobó que la acusación era falsa, fue liberado. Poco después, en octubre, recibió la noticia del cierre de la casa de Scellal por falta de medios. A pesar de sus intentos no logró reabrirla y en 1867 se vio obligado a devolverla a Propaganda Fide.

En 1877 confesaba con gran sencillez en su testamento:

> «El Señor me llamo para el con dulcisimo amor y me dirigio en el camino de la vida con infinita caridad [ ] El amor de Jesucristo hirio mi corazon, mi costado y mis manos, mis pies, mi cuerpo hasta exclamar o amor o morir de amor»

En 1881 presentó a la Congregación de Propaganda Fide un nuevo proyecto, que fue aprobado, para desarrollar la obra educativa de los «moritos». Y encomendó a sus hermanos «Bigi» la educación de estos niños negros en el instituto de San Rafael de Nápoles. Desde entonces se dedicó aún con mayor intensidad a la vida contemplativa y de unión con Dios, que siempre había sabido compaginar con su apostolado de caridad.

Con ocasión del VII centenario del nacimiento de San Francisco de Asís, promovió un monumento a su santo fundador en Posilipo, que fue inaugurado el 3 de octubre de 1882.

En 1883 presentó al ministro de Asuntos Exteriores un proyecto de misión católica, con iglesia y escuela, para ser fundada en Assab. El proyecto fue aprobado, incluso dedicó a dos padres de sus hermanos la puesta en marcha, pero por diversas dificultades no pudo ser llevado a término.

El 28 de enero de 1885, León XIII, al comprobar su dedicación a la educación de los «moritos» y sus buenos resultados, lo nombró sucesor de don Nicolás Olivieri y de don Blas Verro en la «Obra del rescate», para que también prosiguiera con aquella

acción apostólica, similar a la que venía realizando, auténticamente caritativa y misionera.

La muerte le sorprendió en la mañana del 30 de marzo de 1885, lunes santo, en el Hospicio Marino de Frisio, Posilipo (el último fundado por él para marineros ancianos), y allí reposa su cuerpo bajo la custodia de las Hermanas Isabelinas.

Tanta era su fama de santidad que, en el mismo año de su muerte, se introdujo la causa de beatificación en el arzobispado de Nápoles. Pablo VI declaró sus virtudes heroicas. En julio de 1992 Juan Pablo II dio el decreto sobre el milagro que había acontecido en Salerno sobre una curación realizada por intercesión de Luis de Casoria en 1985 a favor de sor Luisa Capecelatro, Hija de la Caridad, y el mismo papa Juan Pablo II lo inscribió en el catálogo de los beatos el 18 de abril de 1993.

JOAQUIN MARTIN ABAD

Bibliografía

FABIANI, L., *Vita popolare del ven. P. Ludovico da Casoria* (Napoles 1931).

FRESCADORE, E., «Ludovico da Casoria», en *Dizionario degli Istituti di Perfezione*, V (Roma 1978) 748-752.

JUAN PABLO II, «Venerabili Dei Servo Ludovico a Casaurea Beatorum honores decernuntur» *AAS* 86 (1994) 18-20.

NARDI, G., *I collegi dei moretti a Napoli del ven. P. Ludovico da Casoria* (Roma 1967).

SAN LEONARDO MURIALDO

Presbítero y fundador († 1900)

Leonardo Murialdo no es un hombre que nos resulte lejano en el tiempo: nace en Turín (Italia) el 26 de octubre de 1828 y muere en la misma ciudad el 30 de marzo de 1900.

Tras perder muy pronto a su padre, su madre decide mandarlo al colegio que los padres escolapios tenían en la ciudad de Savona, donde recibe los rudimentos de fe y caridad que luego le serían fundamentales para la labor que el Señor le habría de pedir. Los siete años que pasa allí quedarán grabados en su memoria como experiencia de vida.

Entre los catorce y quince años sufre una crisis religiosa que le abrió los ojos y el corazón y comprendió, sobre todo, el amor

que Dios le tenía y la equivocación de no seguirlo en todo. Volvió entonces a su antiguo director espiritual, el padre Pullini, con quien se desahogó y confesó sus pecados. Fue el comienzo de una gran conversión, pero fue, además, un encuentro con el Dios que ama y perdona.

Con 16 años, Leonardo continúa los estudios en su casa. Por entonces, un día de cuaresma, entra en una iglesia y escucha admirado al sacerdote que habla sobre el infierno. Esto supuso la irrupción definitiva del Señor en su vida. Se siente llamado, interpelado por Dios. Piensa primero hacerse capuchino, pero con la ayuda de su padre espiritual decide ingresar en el seminario. A partir de este momento tiene sus ideas claras y lo repite a todos: «seré sacerdote».

A los 17 años, superada ya la crisis religiosa, decide consagrarse a Dios. Se forma en los estudios y en la ciencia de Dios. Los años pasan veloces para este joven que tiene ansias de apostolado. El día 20 de septiembre de 1851 recibe la ordenación sacerdotal. Se convierte en el cura de los barrios pobres, el apóstol de los pequeños deshollinadores, de los chicos de la calle, de los encarcelados, de los jóvenes obreros. Piensa en la formación profesional de los jóvenes, en su capacitación para un mundo adulto y obrero.

Es una persona dulce y noble, un hermano que entrega todo a los que no tienen casa o familia, que están solos y sin cariño, que no conocen a Dios Entre los propósitos que hace con motivo de su ordenación podemos leer: «quiero ser un sacerdote piadoso, culto, prudente, dispuesto a todo tipo de trabajo, abierto a todas las personas, testigo del amor de Dios y de Cristo. Donde se encuentren almas en peligro, jóvenes que sufran, allí quiero correr, dispuesto a sacrificarme por todos y a darme a todos». Todo un ideal de su vida.

En 1857, un feliz encuentro con un conocido sacerdote de su misma ciudad, Don Bosco, le abre perspectivas nuevas. Este último le invita a dirigir el oratorio de San Luis y a trabajar con los jóvenes. Inicia así su apostolado en los barrios de Turín donde durante catorce años trabajará sin descanso. Se da a los pobres, a quienes considera sus maestros, más aún, sus formadores; vive y habla con ellos, se hace solidario con ellos sin me-

dida y sin tiempo. Se daba a todos sin reserva. Ése, precisamente, fue el secreto de su fecundo apostolado.

Escribió que abrir un oratorio era cerrar una cárcel. Y añadirá: «orar, aprender, jugar, todo eso es un oratorio» En efecto, uno de los problemas del Turín de la segunda mitad del siglo XIX eran los jóvenes y abandonados. Sin embargo, en su labor no está solo; otros sacerdotes como Don Bosco, Cottolengo o Cafaso iban por el mismo camino.

Pero Leonardo no se queda sólo con los jóvenes, también busca otros campos de trabajo. Va a las cárceles turinenses donde le reservan los casos peores y más difíciles, convirtiéndose en un amigo comprensivo que acogía y exhortaba al bien. También entre los hospitales era conocida su persona, comprensión y acogida. Todo esto no le impedía ser un predicador querido y apreciado por todos, en círculos muy distintos de los anteriores. Sus ansias de apostolado le llevan donde haya necesidad Se decía de él que ejercía la virtud con hechos más que con palabras. Fue apóstol de la juventud trabajadora, educador de los pobres, amigo de los sin techo.

En 1866 acepta dirigir el colegio «Artesanitos», una institución para chicos pobres y huérfanos. Fueron 34 años de trabajo hasta su muerte. En él estudiaban jóvenes abandonados y pobres a los que había que cuidar, proteger, educar y buscar trabajo Su gran finalidad era la educación cristiana. Ésta no se podía alcanzar sin una instrucción religiosa que había de integrar catequesis y educación. Cada joven era para él un alma que cuidar y, sobre todo, que salvar. El amor fue la palabra clave de su acción pedagógica. Decía a sus colaboradores que debían tener siempre un rostro apacible, un trato cortés, un hablar gracioso, amable, lleno de afecto y que era necesario en su trato con los jóvenes manifestar siempre mucho afecto.

Todo esto formaba parte de su pedagogía juvenil. Eran los duros inicios de la revolución industrial italiana. Se trataba de preparar a los muchachos para el trabajo de las fábricas. En el colegio «Artesanitos» se instruía para ejercer distintos oficios, como carpintero, ebanista, zapatero, encuadernador, sastre. Llegó a haber hasta trece tipos distintos de especializaciones, incluyendo un estudio de pintura.

Dócil a la voluntad de Dios y para dar continuidad a su misión educativa, el 19 de marzo de 1873 dio vida a la Congregación de San José («Josefinos de Murialdo»), formada por sacerdotes y laicos. Ese día hicieron los votos los cuatro primeros miembros de la congregación, cuatro sacerdotes y dos laicos. Su ideal era educar en la piedad e instrucción técnica a los jóvenes pobres, abandonados y necesitados de ayuda Poco a poco se les añadieron numerosos compañeros. El proyecto inicial fue creciendo. Todo se puso bajo la mirada de San José, el artesano de Nazaret.

Su obra conoció el éxito, pero también las dificultades. Los obispos del norte de Italia lo llamaron para que abriera en sus diócesis nuevos oratorios que se irían difundiendo poco a poco gracias a la fuerza persuasiva de su personalidad rica y apostólica.

La pedagogía de San Leonardo se puede resumir en las palabras que él mismo escribió: «en el espíritu de dulzura, de paciencia y de familiaridad, porque éste es el secreto para realizar el bien entre los niños y los jóvenes». Este estilo educativo encuentra su fuente en el amor misericordioso de Dios que Murialdo experimentó desde su juventud. Todo se puede resumir en el vivir con los niños y jóvenes como «amigo, hermano y padre».

¿Cuál era su secreto? Nuestro santo tenía una fuerte espiritualidad que se fundaba en el hecho de que creía en el amor de Dios con toda su mente y su corazón. Se sentía en el centro de una historia de amor que es, a su vez, un misterio y un milagro. A eso se unía una profunda confianza en la providencia divina. Una frase frecuente en él era: «dejemos actuar a Dios». Hay que fiarse de Dios, hacer lo que Él disponga.

Superó muchas enfermedades. El año 1900 comenzó mal para él. Celebró su querida fiesta de San Jose y el 20 de marzo su última misa. Después se tuvo que retirar porque le faltaban las fuerzas. Con gran serenidad y paciencia, no hacía más que rezar. La mañana del 28 de marzo pidio recibir la unción de los enfermos. En esos momentos escribió: «Es hermoso abandonarse en las manos de Dios que murió por nosotros» Respondiendo a la pregunta de como se encontraba, decía siempre:

«estoy esperando». La espera no duró mucho. Esa misma noche entró en agonía y murió la mañana siguiente, 30 de marzo de 1900, Viernes de dolores. Se decía de boca en boca: ¡Ha muerto Murialdo! ¡Ha muerto un santo!

En su sepulcro en la iglesia de Santa Bárbara de Turín está escrito lo que podría ser la síntesis de su vida: «Hagamos y callemos» y una frase evangélica: «El que se humilla, será ensalzado».

El 3 de noviembre de 1963 fue beatificado por Pablo VI. El 3 de mayo de 1970, el mismo Papa le proclamó santo. En aquella ocasión dijo de él que su historia fue simple, sin misterios ni aventuras. Se desarrolló entre personas, lugares y situaciones que todos conocen bien. Fue hermano de todos, compañero de viaje, hombre humilde, sacerdote piadoso y ejemplar, fundador sabio y trabajador, apóstol eficaz que ofreció su amorosa y desinteresada asistencia a los necesitados rodeándoles de comprensión, instrucción y amor, elevándolos moral y espiritualmente. La sociología de la Iglesia encuentra en él una manifestación elocuente y positiva.

Hoy, los «Josefinos de Murialdo» continúan en la Iglesia su amor por niños y jóvenes en centros juveniles, colegios, casas-hogar, parroquias, misiones... Están presentes en varios países de América Latina, Europa y África

JUAN JAVIER FLORES ARCAS, OSB

Bibliografía

AAS 63 (1971) 177 184
BEA, F , *Il Beato Leonardo Murialdo* (Roma 1963)
REFFO, E , *La vita del beato Leonardo Murialdo* (Turin 1963)

C) BIOGRAFIAS BREVES

SAN ZÓSIMO DE SIRACUSA

Obispo († 660)

Nace en Siracusa hacia el año 570 y no tiene más que siete años cuando ingresa en el monasterio de Santa Lucía bajo el abad Fausto. Llegada la edad apropiada, profesa como monje y

se acredita en el monasterio, cuyos monjes lo eligen abad a la muerte de Fausto, y el obispo Juan lo ordena de presbítero.

Gobernó santamente el monasterio muchos años hasta que en el 648 lo eligen obispo de Siracusa. Su vida inmaculada, su caridad exquisita con los pobres, su devoción mariana y otras muchas cualidades le granjearon el amor del pueblo. Murió con 90 años hacia el año 660.

SANTOS ANTONIO DAVELUY, PEDRO AUMAÎTRE, MARTÍN LUCAS HUIN, JOSÉ CHANG CHU-GI, TOMÁS SON CHA-SON Y LUCAS HWANG SOK-TU

Martires († 1866)

En la población coreana de Su-Ryong (o Siou-Yeng) fueron martirizados el 30 de marzo de 1866 el obispo Antonio Daveluy, dos misioneros (Pedro Aumaître, Martín Lucas Huin) y tres catequistas (José Chang Chu-gi, Tomás Son Cha-son y Lucas Hwang Sok-tu), que habiendo trabajado juntos por la dilatación de la fe, y padecido cárcel juntamente, luego de haberse animado mutuamente a la perseverancia, recibieron juntos la palma del martirio y entraron juntos en el reino de los cielos.

Antonio Daveluy, francés, era ya sacerdote desde 1841 y vicepárroco de Roye cuando en 1843 ingresó en la Sociedad de Misiones Extranjeras y fue destinado a Macao, entrando a poco en Corea con el vicario apostólico mons. Ferreol. Superando mala salud y muchas dificultades trabajó ejemplarmente, lo que le valió ser elegido obispo coadjutor del vicariato, con el título de Akka, y fue consagrado el 25 de marzo de 1857. Capturado el 11 de marzo de 1866, se le torturó bárbaramente para que dijera los nombres de los cristianos, pero no delató a ninguno.

Martín Lucas Huin, francés de Guyonvelle, donde naciera en 1836, era ya sacerdote y vicario de la parroquia de Voisey cuando se unió a la Sociedad de Misiones Extranjeras en 1863. Destinado a Corea, llegó en mayo de 1865 y se entregó a su trabajo con alegría y celo. Fue capturado el 10 de marzo de 1866.

Pedro Aumaître también era francés, de Aizecq, nacido en 1837, y entró en la Sociedad de Misiones antes de ordenarse sacerdote en 1862. Ya sacerdote llegó a Corea en 1863 y se en-

tregó con gran dedicación a su labor misionera. Fue apresado el 12 de marzo de 1866.

Tomás Son Cha-son era un hombre casado de 30 años de edad que colaboraba con la misión impartiendo catecismo a catecúmenos y neófitos.

Lucas Hwang Sok-tu era también casado y padre de familia, y había atraído a la fe a su mujer, a su hijo y a su padre y colaboraba en la traducción de libros cristianos al coreano, y tenía 52 años.

José Chang Chu-gi era cristiano desde pequeño pues nació en familia cristiana y ejercía fervorosamente como catequista, teniendo ya 64 años al tiempo de su martirio.

Fueron canonizados el 6 de mayo de 1984.

SAN JULIO ÁLVAREZ MENDOZA

Presbítero y mártir († 1927)

Nacido en Guadalajara (México) el 20 de diciembre de 1866, muestra desde pequeño amor al estudio y, apoyado económicamente por los patronos de sus padres, estudia en un colegio superior y luego en el seminario diocesano de Guadalajara, donde pasa diez años. Se distingue por su inteligencia, constancia y buena conducta y se ordena sacerdote el 2 de diciembre de 1894

Ejerce su ministerio, primeramente, como capellán de Mechoacanejo, pero esta capellanía es elevada luego a parroquia y pasa mas tarde a la diocesis de Aguascalientes. Se acreditó como buen y celoso sacerdote, fomentando el espíritu liturgico de los feligreses y cuidando con gran celo la catequesis, y dando ejemplo de una vida piadosa y llena de virtudes. Era desprendido y generoso, constándoles a los pobres su caridad silenciosa y eficaz.

Llegada la persecución, procura pasar desapercibido mientras sigue ejerciendo su ministerio de forma oculta, visitando los ranchos y administrando en ellos los santos sacramentos y dando las catequesis. Iba precisamente al rancho El Salitre en la tarde del 26 de marzo de 1927 acompañado de dos jovenes para celebrar la misa y confesar, cuando se topa con una partida de soldados que lo capturan a él y a sus compañeros. En León el

general Amaro lo envía a San Julián, atado y a pie, recibiendo insultos y malos tratos y llegando exhausto. El general quería que la ejecución tuviera lugar en este pueblo para darle un escarmiento. Conducido en la madrugada del día siguiente al lugar de fusilamiento, protestó de su inocencia, pero otorgo el perdón a sus verdugos e intercedió para que no mataran a sus acompañantes.

Una vez fusilado el sacerdote, los soldados dejaron el cadáver sobre un basurero. Tenía tres tiros en el cuerpo y el de gracia en la mejilla. El sacristán de la parroquia del pueblo tomó el cadáver y lo llevó a su casa, donde acudieron fieles a velarlo antes de proceder a enterrarlo. Fue canonizado el 21 de mayo de 2000.

BEATA MARÍA RESTITUTA ELENA KAFKA

Virgen y martir († 1943)

Nació en Hussowitz el 1 de mayo de 1894 en una familia checa católica. A los dos años, con su familia se trasladó a Viena. Luego de haber cursado los estudios primarios, a los 15 años se colocó como criada, y comenzó a pensar en hacerse religiosa. Empezó a trabajar en el Hospital de Lainz, atendido por las Hermanas de la Orden Tercera de San Francisco de la Caridad Cristiana, y cuando vio su género de vida, solicito de sus padres permiso para ingresar en la comunidad. Le contestaron que no. Pero ella a los 19 años se marchó de casa y pidió el ingreso, y ante ello los padres dieron el consentimiento.

Empezó el noviciado el 23 de octubre de 1915 y dejó su nombre de Elena por el de María Restituta. Trabajó con tesón durante la I Guerra Mundial en el quirófano, y al término de la misma fue enviada al Hospital de Modling a un puesto poco deseado por otras pero que ella eligió voluntariamente. La llamaron sor Resoluta por su forma decisiva de afrontar las dificultades. Tras el Anschluss de 1938 quedaron prohibidas las actividades religiosas en los hospitales militares. La hermana Restituta continuó facilitando que pudieran recibir los sacramentos los enfermos que lo deseaban, haciendo la vista gorda los médicos. Pero cuando ella puso crucifijos en las habita-

ciones e hizo copias de un manifiesto antinazi, su cirujano la denunció.

Fue arrestada el 18 de febrero de 1942. En la prisión dio pruebas de una caridad y solidaridad admirables con los otros detenidos. Por orden de Martín Bormann, que decía que con ella había que dar un escarmiento, fue condenada a muerte. Vestida solamente con una falda de papel fue acompañada hasta la cámara de la muerte por el capellán que hizo sobre ella la señal de la cruz, y seguidamente fue guillotinada. Era el 30 de marzo de 1943. Fue beatificada en Viena el 20 de junio de 1998.

31 de marzo

A) Martirologio

1. En Argo (Persia), San Benjamín († 420), diácono y mártir *.
2. En Roma, la conmemoración de Santa Balbina, que dio título a una basílica en el Aventino, construida antes de finales del s. VI.
3. En Colonia (Alemania), San Agilolfo († 751), obispo.
4. En Borgo San Domenico (Parma), San Guido († 1046), abad *.
5. En Udine (Véneto), Beato Buenaventura Tornielli († 1491), presbítero, de la Orden de los Siervos de María *.
6. En Carlisle (Inglaterra), Beato Cristóbal Robinson († 1597), presbítero y mártir bajo el reinado de Isabel I **.
7. En Ravensbruck (Alemania), Beata Natalia Tulasiewicz († 1945), mártir en la cámara de gas *.

B) Biografías extensas

BEATO CRISTÓBAL ROBINSON

Presbítero y mártir († 1597)

En el condado de Cumberland, en un pequeño pueblo, llamado Woodside, cercano a Carlisle, la capital del condado, nace en 1568 el que será sacerdote y mártir de la fe católica Cristóbal Robinson.

Le tocó nacer en un tiempo en el que ya por dos veces su patria, Inglaterra, había sido obligada por sus reyes —primero

Enrique VIII, luego su hija Isabel I— a abandonar la tradicional fe católica para abrazar una nueva religión. Esta nueva religión nacionalista, por un lado, se conformaba como protestante, por otro, porque ésa era la tendencia de Isabel, luego de que en el breve reinado de su hermano Eduardo VI el protestantismo hubiese logrado hacer avances en su país. Hay que repetir que no era exactamente la intención de Enrique VIII protestantizar su reino cuando rompió con Roma para manejar él autónomamente los asuntos eclesiásticos, pero inevitablemente su cisma se unía a la gran ruptura que el protestantismo significaba, y tenía lógica que más bien pronto que tarde, producida la ruptura con Roma, se produjera el contagio con los aires de la Reforma iniciada por Lutero y Calvino, como dos versiones de una misma revolución religiosa, en el corazón de Europa Surgió el anglicanismo, una tercera vía del protestantismo europeo, y se impuso desde el poder político como signo de que la independencia inglesa se llevaba hasta sus últimos extremos, es decir, incluyendo los aspectos religiosos. Como puede verse por los actos parlamentarios que establecieron la soberanía plena del rey de Inglaterra en materia religiosa, lo que se buscaba era impedir que ningún poder extranjero, y al papado había que considerarlo así, se inmiscuyera en los asuntos internos del reino inglés.

Esta opción cismática respecto de la sede romana creó en muchísimas almas un enorme problema de conciencia, y eran conscientes los poderes públicos de que solamente amedrentando con las máximas penas podía contenerse la oleada de protestas que espontáneamente brotaría de tantos corazones. Sin embargo, el catolicismo no pudo ser erradicado del país, aunque sí aminorado y arrinconado. Desafiando los peligros perseveraron miles de personas en la fe católica o se reintegraron o convirtieron a ella en los siglos en que la persecución duró. Y la propia Iglesia reaccionó tomando las medidas que se creyeron oportunas para que hubiera pastores de las almas fieles y receptores de los que con riesgo de su vida quisieran pasar al catolicismo. Para ello se fundan los colegios o seminarios de Douai, Roma, Valladolid, Sevilla, etc., que preparan a los aspirantes al sacerdocio, los cuales —lo saben— son al mismo

tiempo aspirantes al martirio, porque era muy probable que el que se atrevía a ordenarse en el extranjero y volvía a Inglaterra terminara en el patíbulo. El patíbulo que les esperaba era el reservado a los traidores, porque la corona inglesa y sus partidarios se empeñarán en hacer ver que no morían sino como traidores, y no, por tanto, como mártires.

Nuestro futuro mártir, de cuya primera infancia tenemos pocos datos, marchó a Reims a comienzos de 1589, y con Pedro Snow y otros compañeros fue admitido el 17 de abril en el colegio que, trasladado de Douai, se hallaba entonces en esta ciudad. Acabado el primer año de estudio, recibió la tonsura clerical el 18 de agosto de 1590 y las órdenes menores en la iglesia de Nuestra Señora de Reims. Prosiguió los estudios y en mitad del curso siguiente fue enviado a Soissons, donde el 30 y 31 de marzo de 1591 recibió respectivamente las órdenes mayores del subdiaconado y el diaconado. En el colegio, lleno de devoción y fe, continuó sus estudios, y con el alma entregada a la causa misionera, se acercó el 24 de febrero de 1592 al cardenal Sega, que le impuso las manos en Reims y le ordenó presbítero. Era sacerdote. Su ilusión. Su ideal. Continuó sus estudios hasta terminarlos en junio y quedó a la espera de la orden de volver a Inglaterra. Él se hallaba dispuesto a todo. Sólo era preciso que lo enviaran.

Y, en efecto, en agosto se tomó la determinación. Volvería como sacerdote a Inglaterra. El día 1 de septiembre de 1592 comenzó su viaje de vuelta a su patria El lugar de su destino era el propio condado de Cumberland donde él había nacido, y el sitio habitual de su estancia era la propia Carlisle, la ciudad capital del condado.

Le esperaban seis años de trabajo apostólico, del que por desgracia no conservamos pormenores. Los podemos adivinar por lo que sabemos de la vida de todos estos intrépidos misioneros católicos. Tenían que vivir con mucha cautela, disimulando su condición sacerdotal, hospedándose donde hubiera un católico, también intrépido, que se expusiera a ser sorprendido con un sacerdote en su casa y, acusado de felonía, marchar él también al patíbulo. Toda discreción era poca porque el misionero no podía buscar adrede el martirio. Hacía falta vivo, para

que el rebaño fiel a la Iglesia católica tuviera ministros de la palabra y los sacramentos. No debía exponerse sino resguardarse y pensar muy bien con quién hablaba y qué decía. Aunque parezca lo contrario, los misioneros no eran personas asustadizas y espantadas que tenían como objetivo sobrevivir. Habían vuelto a Inglaterra a ejercer su ministerio y lo ejercían. Con sagacidad, con astucia, con prudencia de serpientes, inventando mil modos de pasar desapercibidos, y logrando decir misa, confesar, dar los últimos sacramentos, catequizar, atraer a los que sentían la comezón de la duda religiosa sobre su anglicanismo impuesto. El clima de catacumbas daba un aire especial a sus reuniones que manifestaban y al mismo tiempo alimentaban una fe firme y heroica, verdaderamente admirable.

En medio de estos años de su trabajo apostólico tuvo lugar en Durham el martirio de San Juan Boste (24 de julio de 1594). Fue allí a presenciarlo Cristóbal Robinson, y luego escribió una detallada relación del proceso y muerte del mártir, que sería más tarde publicada en el volumen primero de las publicaciones de la Catholic Record Society. El P. Robinson pudo presenciar cómo era llevado en una carreta desde la prisión hasta el lugar de la ejecución. Y oyo al mártir rezar el ángelus mientras subía los peldaños de la escalera del patíbulo, y presenció cómo el mártir empezó a hablar y no le dejaron y dijo entonces que su sangre hablaría por él. Obtenida licencia para recitar un salmo, otra vez fue interrumpido porque decían que estaba comentando, no recitando, el salmo. Le dijeron que pidiera perdón a la Reina, y él dijo no haberla ofendido. Vio cómo lo colgaban por un breve tiempo y lo bajaban cuando estaba aún vivo, y cuando fueron a sacarle el corazón oyó que el mártir decía al verdugo: Que Jesús te perdone. Este insigne martirio no horrorizó a Robinson, al revés le llevó a afianzarse más en su vocación misionera y a seguir trabajando por la causa católica, siempre con la perspectiva del martirio.

Éste llegó para él unos años más tarde. La fecha de su martirio es objeto de discrepancias. En la *Positio* inicial se le señala el 19 de agosto de 1598 En el breve de beatificación se señala el año 1587, lo que es manifiestamente falso pues asistió en 1594, como queda dicho, al martirio de San Juan Boste. Y en el

Martirologio se dice que se desconoce el día y da el año 1597, poniendo su memoria el 31 de marzo, por lo que reseñamos su biografía aquí. En una carta de Garnet, el provincial de los jesuitas, se da la fecha del 7 de abril. Fue localizado y arrestado en Johnby Hall, junto a Penrith en Cumberland, en la casa de Leonardo Musgrave y llevado a prisión en Carlisle. Aquí se le dio cuenta a un ministro protestante de la ciudad, llamado curiosamente también Robinson, y que muy pronto sería nombrado obispo de Carlisle, de que había sido apresado un sacerdote católico con este apellido. Y aquél decidió visitarlo en la cárcel para tratar de atraerlo al anglicanismo y salvarle la vida. Cristóbal se mostró cortés y amable con su visitante y comprendió la buena voluntad de fondo que el prelado anglicano tenía en atraerlo a su religión, por conquistar aquella alma y por librarlo del suplicio. Y escuchó con delicadeza las cosas que el obispo le decía con palabras dulces y halagadoras. Pero a todas sus palabras oponía la más firme persistencia en su fe católica, que ni por un momento se vio turbada o puesta en duda. El obispo volvió varias veces a la cárcel y dio repetidas conferencias al sacerdote preso, sin que ninguna de ellas lo moviera de su adhesión al catolicismo. Dejándolo por imposible, el prelado anglicano hubo de ver que el proceso seguía su curso. Cristóbal compareció en juicio, donde no se le halló reo de otro crimen que el de haberse ordenado sacerdote católico en el extranjero pese a la prohibición real y haber ejercitado su ministerio en el país. Fue condenado como traidor y destinado a la horca y descuartizamiento. También fueron condenados los Musgrave pero poco después fueron perdonados.

Todas las fuentes son contestes en que se portó en el patíbulo con mansedumbre y dulzura, y que en su rostro siempre amable había verdadera alegría. Fueron muchos a presenciar su ejecución y salieron tocados, de modo que se habló mucho tiempo en Carlisle de la heroica paciencia con que este conciudadano había sabido afrontar digna y heroicamente la muerte por su fe.

El papa Juan Pablo II beatificó a Cristóbal Robinson con otros mártires el 22 de noviembre de 1987.

JOSE LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 83 (1991) 870-876.
MORRIS, J., SJ, *The english martyrs* (Londres 1971).
SACRA RITUUM CONGREGATIONE, *Westmonasterien. Beatificationis seu declarationis martyrii venerabilium servorum Dei Georgii Haydock, sac Joannis Roberts, sac. O.S.B. Arthuri Bell, sac. O.F.M. Roberti Southwell, sac. S.J. Philippi Howard, comitis de Arundel et sociorum in odium fidei ut fertur in Anglia interfectorum,* 4 vols. (Isola del Liri 1928).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN BENJAMÍN

Diácono y mártir († 420)

Benjamín fue un diácono persa que en el reinado de Varanane V no cejó en la predicación del evangelio, mostrando un gran celo misionero así en sostener en la fe a los fieles como en llevar el evangelio a los paganos.

Arrestado y sometido a juicio, ante su negativa a renegar de Cristo y pasarse a la religión persa se le atormentó horriblemente, metiéndole cañas en las uñas. Finalmente se le atravesó el vientre con un palo espinoso que le causó la muerte el día 31 de marzo de 420.

SAN GUIDO DE POMPOSA

Abad († 1046)

Guido o Guy era natural de Rávena y fue educado con esmero por sus padres, que le prepararon un ventajoso matrimonio cuando llegó a la juventud. Pero él, que había correspondido siempre con obediencia a la solicitud amorosa de sus padres por él, les hizo ver que había elegido los valores evangélicos como la mejor opción.

Se desprendió de sus bienes y se vistió de harapos e hizo una peregrinación a Roma. Aquí recibió la tonsura y se dispuso a marchar como peregrino a Jerusalén, pero finalmente volvió a Rávena para vivir con un ermitaño, llamado Martín, en una pequeña isla del río Po. Martín, al cabo de tres años, lo envió a la abadía de Pomposa, junto a Ferrara, para aprender la vida mo-

nástica. De esta abadía llegaría a ser el abad años más tarde, dedicándose a la dirección espiritual de los monjes mientras confiaba la administración temporal a otros. En su tiempo hubo una gran afluencia de vocaciones en el monasterio.

Invitó a San Pedro Damián a pasar una temporada en su monasterio como maestro de espiritualidad. El gran santo dedicó a Guido una obra suya sobre la perfección de los monjes. Tuvo problemas con el arzobispo de Rávena, que la exquisita humildad de Guido supo superar. Murió en Borgo San Domenico, en un viaje que había emprendido llamado por el emperador Enrique III, el 31 de marzo de 1046.

BEATO BUENAVENTURA TORNIELLI

Presbítero († 1491)

Nacido en una familia acomodada de Forlì (Italia), esperó a los treinta y siete años para decidir su vocación religiosa y pedir el hábito entre los servitas.

Ordenado sacerdote, pasó una temporada de retiro preparándose a la predicación, cosa que hizo con éxito. Sixto IV le confió dar misiones en los Estados Pontificios, logrando muchas conversiones. En 1488 fue elegido Vicario General de su Orden y desempeñó este cargo con eficacia y sensibilidad. Nunca le abandonó su vocación de predicador de la divina palabra Estaba precisamente predicando la cuaresma en Udine cuando murió el 31 de marzo de 1491. Su culto fue confirmado el 6 de septiembre de 1911.

BEATA NATALIA TULASIEWICZ

Mártir († 1945)

Nació en Rzeszów (Polonia) el 9 de abril de 1906. En 1921 se trasladó con su familia a Poznam y estudió en el liceo de las hermanas ursulinas, pasando con posterioridad a la universidad en la que se licenció en letras. De 1933 a 1937 fue profesora de la escuela de San Casimiro de Poznam y desde ese año pasó a enseñar en el liceo de las ursulinas.

En 1939 se dictó contra ella orden de extrañamiento y se la obligó a vivir primero en Ostrowiec Kielecki y luego en Cracovia, a donde se fue con ella el resto de su familia. Dejó ella entonces la enseñanza abierta y pasó a trabajar en la enseñanza superior clandestina. En 1943 se ofreció voluntariamente a trabajar en Alemania como obrera de fábrica. La suya era una intención apostólica; quería ayudar a sus compañeras a conservar la fe y la espiritualidad. Trabajó en Hannover en la fábrica Günther- Wagner, alojada con otras muchas mujeres, entre ellas trescientas polacas. Su trabajo religioso no pasó inadvertido, siendo arrestada en abril de 1944 por la Gestapo y llevada a la cárcel de Colonia donde fue torturada. El 26 de septiembre de aquel año pasó al campo de exterminio de Ravensbruck, en cuya cámara de gas halló la muerte el sábado santo 31 de marzo de 1945, en vísperas de la entrada de las tropas aliadas. Fue beatificada el 13 de junio de 1999.

LA SANTA CUARESMA

La Cuaresma es un camino espiritual que lleva a la comunidad cristiana y a cada fiel a la celebración de la Pascua. Comienza con el Miércoles de Ceniza y desemboca en el Triduo Pascual al que sirve de preparación prolongada y profunda.

La forma actual de la Cuaresma se debe a las disposiciones del papa Pablo VI, el cual por su carta apostólica de 3 de febrero de 1969, promulgaba para esa gran parte de la Iglesia que sigue el rito romano un nuevo misal romano, realizado conforme a los mandatos del Concilio Vaticano II. Además de la revisión del *Ordo Missae* contenía el nuevo misal una revision general del año litúrgico, a tono con lo indicado por el propio mandato conciliar que dice:

> «Revísese el año liturgico de manera que, conservadas o restablecidas las costumbres e instituciones tradicionales de los tiempos sagrados de acuerdo con las circunstancias de nuestra epoca, se mantenga su indole primitiva para alimentar debidamente la piedad de los fieles en la celebracion de los misterios de la redencion cristiana, muy especialmente del misterio pascual»

Se establecía, pues, una revisión y una adaptación a las nuevas circunstancias, pero se partía no de cero sino de la ya vieja tradición cuaresmal de la Iglesia. Conservar y progresar: las dos dinámicas con que se hizo toda la espléndida reforma litúrgica posconciliar.

El Concilio había hablado de un doble carácter en el tiempo cuaresmal· el bautismal y el penitencial El carácter bautismal venía dado, señala el Concilio, porque la Cuaresma es tiempo de preparación y de recuerdo con relación al bautismo; el penitencial, porque en él se subraya la necesidad de la conversion a Dios de los pecadores (lo somos todos en alguna medida) y de la oración por los pecadores. El Concilio quería, por ello, que tanto los elementos bautismales como los elementos penitenciales quedaran claramente subrayados en la revisión que se hiciera de la Cuaresma.

Siguiendo fidelísimamente todos estos criterios, la nueva estructura de la Cuaresma se inspira en la más antigua y venerable tradición de la Iglesia romana, y asimismo la acomoda a las necesidades de nuestro tiempo, haciendo de la liturgia cuaresmal un verdadero vademecum del creyente que desee vivirla con intensidad en orden a plenificar su vivencia de la Pascua, pudiendo decirse que si el creyente se mete entero en la cuaresma, persevera en su seguimiento a lo largo de toda ella, y así preparado vive la Pascua, saldrá renovado espiritualmente de la vivencia pascual.

De la estructura cuaresmal adoptada por la nueva liturgia romana los liturgistas deducen, con razón, que la Cuaresma tiene como destinatarios específicos un triple grupo de creyentes. En primer lugar, los catecúmenos, es decir, los que se preparan a recibir el bautismo. Propiamente hablando, son catecúmenos las personas con uso de razón que se preparan a recibir el sacramento bautismal. Un niño pequeño o un ser humano sin uso de razón, aunque vayamos a bautizarlo, no por ello es catecúmeno. Y es claro que la preparación al bautismo no se encierra toda ella en el breve espacio de semanas que es la Cuaresma. La Cuaresma que precede a la Pascua en que se bautizan es la culminación del catecumenado y en la liturgia de la Palabra de los domingos cuaresmales están indicados temas básicos de la enseñanza prebautismal.

El segundo grupo al que se dirige la Cuaresma es el de los fieles pecadores que necesitan hacer un serio proceso de conversión de sus pecados. La misericordia divina no agotó sus recursos con el sacramento del bautismo. Para los cristianos que hayan caído en pecado, incluso en pecados los más graves, hay una segunda oferta de salvación por parte de la clemencia divina. Este proceso de penitencia posbautismal tiene su sello en el sacramento de la penitencia, ya que el Señor confió al ministerio apostólico el perdón y la retención de los pecados. Un sincero dolor de los pecados y un firme propósito de enmienda preceden a la humilde confesión de las propias culpas, sobre la que desciende el consuelo de la misericordia divina con la absolución sacramental. Suscitar en los pecadores los sentimientos de compunción, dolor, arrepentimiento y vuelta al Señor para em-

prender una vida renovada en la alegría de la salvación, he ahí un propósito decidido de la Cuaresma.

Y el tercer grupo al que se dirige la Cuaresma es todo el resto de la comunidad cristiana: no sólo a los catecúmenos y a los pecadores sino a toda la comunidad se dirige la Cuaresma para que se prepare de manera eficiente a una provechosa celebración de la Pascua. Para ello la comunidad cristiana volverá a recordar el bautismo y la dignidad cristiana recibida en él, resucitando los efectos de la gracia divina recibida en el bautismo y actualizando el compromiso bautismal, viviendo la vida nueva recibida en el bautismo y haciéndose dócil al Espíritu Santo para que su vida se enriquezca con todos los frutos del Espíritu. En la noche de la Pascua la Iglesia, luego de haber bendecido la fuente bautismal y haber sumergido en ella a los nuevos creyentes, le pedirá a la comunidad cristiana que renueve las promesas del bautismo, renunciando a Satanás y al pecado, y confesando la fe en el Padre y en el Hijo y en el Espíritu Santo. Esta renovación formal de la noche de la Pascua va precedida de todo el ejercicio ascético y moral de la Cuaresma, que hace de esa renovación no una decisión repentina y sobre la marcha, sino una madura toma de postura por parte de quienes han puesto los ojos en Cristo Salvador y han decidido renovar su adhesión de corazón a él. Momento sublime que cada año debe ser un hito importante en el camino cristiano de cada uno de los fieles y de la entera comunidad cristiana. Pero, si la comunidad cristiana recuerda el bautismo y se prepara a renovar sus compromisos durante la Cuaresma, lo hace también porque es consciente de la necesidad de purificación que ella tiene: cada uno de sus miembros y aún la propia comunidad como tal. Y, por ello, no hay quien no deba practicar la penitencia como virtud que sanea el interior del hombre y le da fuerzas en la lucha contra el pecado, lucha en la que todo hombre y la entera comunidad están metidos mientras dure la peregrinación terrena. La necesidad de purificarse y superar las tentaciones aparece como tarea de todo creyente, y a ella le estimula la Cuaresma con fuerza. No solamente los grandes pecadores —insistamos— sino cada fiel y cada comunidad cristiana tiene que hacer penitencia y renovarse en su espíritu.

Al comenzar la Cuaresma les dice la Iglesia a todos sus hijos en la liturgia del llamado Miércoles de Ceniza que son tres las obras santas en que para conseguir los objetivos de la Cuaresma deben ejercitarse: la oración, el ayuno y la limosna. Por oración se entiende la elevación del corazón del hombre a Dios para pedir su gracia y hablar con él como un hijo con su Padre, según la enseñanza de Jesús. La Cuaresma es, se diría que ante todo, tiempo de oración, tiempo sagrado por ello, es decir, tiempo dedicado, consagrado a Dios. Dios es el centro de la Cuaresma: con su designio de salvación realizado en Cristo y su llamada al hombre a la felicidad eterna de su gloria, Dios se acerca al hombre misericordiosamente y le ofrece lo que verdaderamente el corazón humano anhela. La Cuaresma es, por ello, sacramento, es decir, una manera de hacer sensible la —de suyo invisible— clemencia de Dios. Como cuando Noé, Abraham o Moisés pudieron tratar con Dios y ofrecerle sus corazones y sus vidas disponibles para el designio divino, y este trato con Dios los santificó, es decir, los unió a él, así el trato de los creyentes con Dios en la Cuaresma los une al Señor y los vincula al cumplimiento de su voluntad siempre misericordiosa. La oración es la fuente de la energía espiritual y el venero de la verdadera alegría. Siempre, pero especialmente en la Cuaresma, es preciso orar continuamente sin cansarse.

El ayuno es la privación voluntaria del alimento terreno en honor de Dios. La Cuaresma ha sido tradicionalmente tiempo de ayuno. Y aunque en la vigente disciplina eclesial la obligación de ayunar se limita al Miércoles de Ceniza y al Viernes Santo, se diría que el espíritu del ayuno o lo que el ayuno significa debe impregnar toda la Cuaresma. Nadie como Jesús el Señor expresó el fondo del ayuno cuando dijo que no sólo de pan vive el hombre sino de toda palabra que sale de la boca de Dios. Ayunar es reconocer que no por estar hartos de comida ya por eso nuestro corazón puede darse por satisfecho, pues ninguna de las cosas terrenas son suficientes de suyo para llenar el corazón humano. Por otro lado, el hombre tiene el continuo peligro de absolutizar los bienes terrenos y convertirlos en ídolos que nos acaparen como si de ellos nos fuera a venir la salvación. Ayunar es relativizar todo lo terreno y decirnos a nosotros mismos que

sólo Dios es absoluto. Ayunar es renunciar a toda autosuficiencia de signo terreno para afirmar que al hombre, como dijera Santa Teresa de Jesús, lo que de verdad sólo le basta es Dios. El ayuno se dirige contra todas las especies de materialismo y consumismo, contra toda molicie espiritual, contra todo afán desmedido de confort, contra toda huida del sacrificio, del esfuerzo, de la superación propia, de la mortificación voluntaria, del autodominio. Por ello ya dijeron los profetas que el verdadero ayuno que Dios quería no estaba tanto en la privación de comida material cuanto en el servicio a la justicia y la buena convivencia entre los hombres, en la misericordia con el oprimido y marginado, en la actitud positiva hacia la fraternidad, en la construcción o restablecimiento de un orden social acorde con la dignidad del hombre y la voluntad de Dios.

La otra obra cuaresmal es la limosna. La Iglesia la entiende en el sentido de compartir amorosamente con el que no tiene, y se debe ver compendiada en la bíblica palabra limosna, elogiada por la palabra divina, toda la gama posible de obras de misericordia así corporales como espirituales. La limosna es lo contrario de egoísmo, codicia, cicatería, indiferencia ante la suerte del hermano, encierro de la persona en sí misma, indolencia ante el servicio al prójimo. No tiene por qué entenderse por limosna cualquier obra que coadyuva de algún modo a perpetuar la situación de pobreza de un prójimo, proporcionándole ayuda contraproducente. No se refiere a eso el término bíblico de limosna, trasladado al lenguaje cuaresmal. Limosna es generosidad, apertura al otro, solidaridad con la causa del hombre y la de cualquier hombre, servicio voluntario a cualquier necesidad ajena. La limosna no es necesariamente la entrega de una cosa (pan, ropa, dinero, etc.) sino la entrega de uno mismo al modo de la entrega de Cristo.

El Miércoles de Ceniza tiene una liturgia de la palabra en la que la Iglesia quiere inculcar estas tres obras en los creyentes, pero elige un evangelio (Mt 6,1-6.16-18) en el que Jesús, más que insistir en hacer estas obras, señala que lo importante es cómo se hacen. No basta una oración hecha de cualquier modo, ni un ayuno o una limosna efectuados de forma inadecuada. Jesús invita a reflexionar sobre la forma pura y humilde en que se

ha de orar, se ha de ayunar y se ha de dar limosna, evitando sobre todo convertir estas obras religiosas en espectáculo como hacían los fariseos. Orar en el silencio del cuarto, donde sólo Dios nos ve. Ayunar con cara alegre para que el sacrificio sólo Dios lo conozca. Evitar que nadie sepa que damos limosna para que sea solamente homenaje a Dios y no ocasión de alabanzas humanas. En definitiva, lealtad con Dios y humildad. A Cristo lo que le importa es con qué espíritu se hacen la oración, el ayuno y las limosnas.

La Cuaresma está inspirada en los cuarenta días de ayuno y oración que Jesús pasó en el desierto antes de someterse a las tentaciones. El número cuarenta puede igualmente evocar los cuarenta días de Moisés en el Sinaí, los cuarenta años de Israel en su peregrinación por el desierto y los cuarenta días de Elías hasta llegar al monte de Dios cuando huyó de Jezabel. Como tal período especial de cuarenta días la Cuaresma se formaliza en Roma a finales del siglo IV, aunque no puede dudarse que la Pascua desde tiempos anteriores ya se preparaba con ayuno de varios días o de varias semanas, siempre exceptuado el domingo. Al comienzo de este período se iniciaba la penitencia pública de los pecadores que, en señal de luto y dolor, recibían la ceniza, y al final del período cuaresmal los pecadores ya ejercitados en la penitencia el tiempo que se les hubiere asignado recibían la reconciliación. La comunidad participaba en la penitencia pública sosteniendo con su oración y su aliento a los penitentes. Poco a poco a la misa del domingo, que era inicialmente la única de la semana, se irán uniendo celebraciones de la eucaristía en los días de la semana: primero los miércoles y los viernes, luego también los lunes, más tarde los martes y sábados, y ya en pleno siglo VIII se añadirá la misa de los jueves. Quedó así la Cuaresma como un tiempo en que cada día tenía su misa propia, y pudo la Iglesia en este período de misa diaria hacer de la liturgia de la Palabra una catequesis continuada. Se convirtió así la Cuaresma para todos en un tiempo de especial escucha de la palabra divina, y esta característica tan brillante la ha conservado en la reforma posconciliar, que ha organizado todo un magnífico programa de lecturas diarias, lo que ha motivado a la Iglesia a invitar a los pastores a que en la misa de cada

día de la Cuaresma tengan homilía para los fieles. De esta forma la oración, una de las típicas obras cuaresmales, como hemos dicho, se convierte en diálogo, puesto que el fiel con ella responde al Dios que en la Sagrada Escritura, ampliamente abierta en la Cuaresma, cada día le habla.

Aunque hay tres ciclos de lecturas bíblicas en la liturgia para los años A, B y C, sin embargo, en la Cuaresma, el año A es como el prototipo y está permitido usarlo siempre si se desea. Tiene seis domingos la Cuaresma y cada uno de ellos tiene una temática oportuna. El evangelio del primer domingo se centra en las tentaciones de Cristo en el desierto, el segundo en la transfiguración del Señor, el tercero en el episodio de la samaritana cuando Jesús le ofrece a aquella mujer un agua viva, el cuarto narra la curación del ciego de nacimiento cuando el Señor se muestra como luz del mundo, el quinto narra la resurrección de Lázaro cuando el Señor se presenta como la resurrección y la vida, y el sexto domingo es llamado de Ramos en la Pasión del Señor porque el evangelio es justamente la narración de la pasión, muerte y sepultura del Señor. El carácter de catequesis bautismal de los domingos III, IV y V es evidente. Bautizarse es beber del agua de la gracia, es ser iluminado por Cristo, es renacer desde la muerte del pecado a la nueva vida en Cristo. Con estos evangelios se explicaba a los catecúmenos la inmensidad del don que iban a recibir en el bautismo.

Pero, además, las lecturas del Antiguo Testamento de los domingos forman una serie con caracteres propios, que van recordando figuras y etapas de la gran historia de la salvación con que Dios preparó la venida de Jesucristo.

Actualmente, la última misa del período cuaresmal anterior al Triduo Pascual es la llamada misa crismal, que se celebra no con la austeridad del tiempo cuaresmal sino con tintes de fiesta. Su momento propio es el Jueves Santo en la mañana aunque puede adelantarse por motivos pastorales al martes o al miércoles. Se expresa en ella que los sacramentos de la Iglesia brotan del misterio pascual con la bendición y consagración de los óleos y el crisma que se utilizarán en los sacramentos de bautismo, confirmación, orden sacerdotal y unción de enfermos.

Con la tarde del Jueves Santo se inicia el Triduo Pascual, a cuya celebración ha preparado la Cuaresma a los fieles. Los pecadores reconciliados, los fieles estimulados espiritualmente y los catecúmenos abiertos ya a la esperanza de la próxima regeneración, podrán vivir con profundidad el misterio pascual de Cristo. La Cuaresma les ha capacitado para ello. Desde el Miércoles de Ceniza ha transcurrido, como dice la epístola de dicho día, un tiempo de salvación, un tiempo en que Dios se ha mostrado dispuesto a acogernos paternalmente. La comunidad ha implorado, presidida por sus sacerdotes y como quería el profeta Joel, la misericordia divina, y ésta, a lo largo de todo el tiempo cuaresmal, se ha derramado copiosa sobre todos. No es cuestión de perderse tan grande gracia.

JOSE LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

CASTELLANO, J , *El año litúrgico Memorial de Cristo y mistagogia de la Iglesia* (Barcelona 1994)

EISENHOFFER, L , *Compendio de liturgia catolica* (Barcelona 1947).

LOPEZ MARTIN, J., *La liturgia de la Iglesia* (Sapientia fidei, 6, BAC, Madrid 1994).

— ID., *El año liturgico* (BAC popular, 62, Madrid 1997).

MARTIMORT, A G., *La Iglesia en oración. Introduccion a la liturgia* (Barcelona 1965).

ORDONEZ MARQUEZ, J , *Teología y espiritualidad del año litúrgico* (BAC 403; Madrid 1978).

APÉNDICE

1 de marzo

EL SANTO ÁNGEL CUSTODIO DEL REINO

Conocer bien las necesidades, calcular bien las fuerzas disponibles, precisar bien las metas, he ahí algunas obligadas resoluciones en el plan de acción para la renovación total en el campo católico. Pero en estos tiempos, más que nunca, hace falta tener presente que nuestras armas o recursos son, sobre todo, los espirituales y que, entre ellos, hay que contar con la protección de los ángeles. Por algo la Iglesia reza constantemente: «Tú, príncipe de la celestial milicia, relega al infierno con divino imperio a Satanás y a los demás espíritus malignos que, en su intento de perder a las almas, recorren la tierra». Sí, que «no es nuestra lucha contra la carne y la sangre, sino contra los principados, contra las potestades, contra los dominadores de este mundo tenebroso, contra los espíritus malos de los aires».

Los ángeles buenos son innumerables. Millones de millones. Y el Creador de ellos les dictó instrucciones detalladísimas respecto a nosotros. Y así como la Iglesia a cada nación accede gustosa a darle algún santo patrono, así también Dios a cada una le señala su correspondiente ángel custodio. De manera que, entre todos aquellos seres a quienes puede llamárseles vicegerentes supremos del Señor, los unos son visibles, invisibles los otros. Visibles: en el orden y esfera religiosa, el Romano Pontífice; en el orden y esfera secular, el Jefe de cada Estado. Invisibles: en la esfera y orden eclesiástico, un hombre —San José, universal patrono— y un ángel —San Miguel, protector de la Iglesia como antes lo había sido del pueblo hebreo—, en la esfera y orden nacionales, un hombre —Santiago para España— y un ángel —el Ángel Custodio de la Patria.

Cuando subía España la penosa cuesta del siglo más desgraciado de su historia, obtuvo como compatrono a su ángel tutelar, en honor del cual le fueron aprobados por la Santa Sede oficio y misa propios con rito doble de segunda clase y octava, señalando la fiesta para el primero de octubre. Transcurrieron los años y se dio al olvido aquella concesión que, sin embargo, parecía ser tan providencial. Pero nuevamente un gran siervo de Dios, el sacerdote tortosino Manuel Domingo y Sol, destacado apóstol de la devoción general a los ángeles, promovió también ardorosamente la de aquel a quien llamaba con cariño sin límites «su» Santo Ángel de España. «Nadie, decía, me estima bastante a mi Ángel de España, a pesar de su patronato. Es una incuria incomprensible el olvido en que le tenemos. ¿Cómo no hemos de redoblar nuestras oraciones a él hoy que nuestra España se encuentra agitada y combatida por las sectas del infierno, que tratan de arrebatarle el tesoro de su fe y empobrecerla y humillarla? Las circunstancias críticas de España reclaman acudir a él».

Desde 1880, al menos, hasta 1909, año en que voló al cielo, se desvivió en múltiples formas para atraer la atención de España hacia el olvidado protector. Fue este entusiasmo, en el celoso sacerdote, efecto natural de su ardiente devoción a los ángeles y de su profundo patriotismo. Después de perseverantes pesquisas pudo al fin conseguir una estampa del Santo Ángel del Reino editada en Valencia en 1837. No le satisfizo cuando la hubo visto y entonces ideó otra que resultó preciosa, diseñada bajo su inspiración por el dibujante barcelonés Paciano Ros y reproducida en fototipia por los talleres, también barceloneses, Thomas y Compañía. En lo alto del firmamento, un corazón envuelto en llamas, rodeado de esta inscripción: «¡Reinaré en España!». Debajo, la Purísima, con Santiago y Santa Teresa a sus lados. En el centro inferior, ya en tamaño grande, fina y bellamente dibujado, el Santo Ángel, lleno de majestad, una espada en la diestra y el mapa de España delicadamente protegido con la mano izquierda. En el fondo, revolviéndose y pretendiendo erguirse, dos monstruos infernales. Finalmente, aquel texto del Salmo 33: «Enviará el Señor su ángel alrededor de los que le temen y los librará». Y esta invocación: «Virgen Inmaculada, Santia-

go Apóstol, Santa Teresa de Jesús y Santo Ángel, patronos de España, conservadnos la fe y defendednos de los enemigos de nuestra patria». Imprimió, por lo pronto, 85.000 estampas en diversos tamaños y 90.000 hojas de propaganda de esta devoción. Más tarde costeó otras 100.000 estampas y hojas volanderas.

El 6 de mayo de 1896 le autorizó su prelado para establecer en la diocesis una piadosa liga de oraciones al Santo Ángel del Reino. Dos días despues, en los varios periódicos de Tortosa y en revistas de distintas capitales publicó ampliamente el proyecto. Escribió asimismo a todos los seminarios de España invitándoles a que fundasen otros tantos centros diocesanos para extender dicha unión. De más de doce sitios le contestaron enseguida aceptando encantados y los señores obispos indulgenciaron la inscripción. Simultáneamente hizo prender el fuego en los alumnos del Colegio de San José de Roma fundado por él hacía cuatro años. Y asi lo atestiguan varios prelados que habían seguido allí sus estudios. Uno de ellos escribe: «De ti, amado padre, aprendí a venerar, a amar al Santo Ángel Custodio de España. En el Pontificio Colegio Español de San José de Roma, con fervor piadoso y con patriótico ardimiento, inculcabas a todos los alumnos esta santa devoción. Por tu amor salgo a propagarla. Mejor que antes en la tierra puedes ahora desde el cielo lograr que se extienda y arraigue». Estas palabras constituyen la «dedicatoria» de la sustanciosa y bellísima «novena» —todo un tratado de angelología— que en honor del Santo Ángel Custodio de España publicó en 1917 el Dr. D. Leopoldo Eijo y Garay, más tarde Excmo. Patriarca-Obispo de Madrid-Alcalá. Tal joya de novena fue reeditada el año 1936 en Vitoria por la Dirección General de la Obra Pontificia de la Santa Infancia. ¿No cabría pensar que la difusión de esa novena precisamente aquellos años pudo ser parte para la asombrosa victoria de quienes, en lo humano, éramos impotentes ante los formidables enemigos de la guerra... y de la posguerra?

En 1920 el Santo Ángel Tutelar de España tenía ya un espléndido altar en la parroquia de San José de Madrid. Fue inaugurado el 13 de mayo de ese año, con asistencia de la Real Familia en pleno. Y aquel mismo día quedó también establecida, a

propuesta de Su Majestad D. Alfonso XIII, la «Asociación Nacional del Santo Ángel Custodio del Reino». Alma de todo ello fue otro hijo espiritual de don Manuel Domingo y Sol: el sacerdote don Luis Íñigo, quien, como testamentario de aquél en todo lo concerniente al Santo Ángel, logró ver puesta en marcha la asociación en cuarenta provincias de España. Él fue quien una vez nos dijo:

> «En mi ultima entrevista con don Manuel, me hizo prometerle que no abandonaria el asunto del Santo Angel mientras yo viviese La primera parte de mi proposito esta conseguida, pues en toda España se conoce y se practica la devocion al Santo Angel Ahora quisiera que se fomentase entre los niños esta devocion y que, en un dia determinado, los niños y niñas de los colegios asistiesen a una fiesta en la que desfilasen ante la imagen del Santo Angel y depositasen a sus pies una flor y diesen un beso a la bandera española»

Copiosa correspondencia se cruzó también entre el siervo de Dios y su joven amigo sobre otra iniciativa del primero: la de erigir en el Cerro de los Ángeles, próximo a Madrid, un monumento al Santo Ángel de España. No es posible expresar en pocas líneas todas las reservas de entusiasmo que el insigne apóstol dedicó a este proyecto La tarde del 21 de abril de 1902 fue personalmente al Cerro de Getafe, entonó una salve a Nuestra Señora de los Ángeles en la iglesia y después, con íntima ilusión, se puso a planear y discurrir, pareciéndole todo cosa facilísima en punto a ejecución. Las enfermedades y las atenciones a sus muchas empresas le impidieron luego caminar deprisa, pero hasta tres meses antes de morir siguió escribiendo a unos y otros sobre el acariciado anhelo. Entre otros encargos hizo éste: «Que la hermandad deje aquí un recuerdo a su abogado». Se refiere a la Hermandad de Sacerdotes Operarios del Corazón de Jesús, en cuyas constituciones, redactadas por él, nombra varias veces al Santo Ángel de España, elegido para la misma como abogado especial.

Se pregunta uno ahora: ¿no sería deseable que, dentro de la más perfecta armonía arquitectónica, ese deseo de un santo quedase al fin plasmado entre las edificaciones que hoy ocupan el sagrado lugar, centro geográfico de la Península?

Cuando solamente existía allí la iglesia de Nuestra Señora de los Ángeles, la mente de don Manuel Domingo y Sol relaciona-

ba con dicha iglesia el soñado monumento. Ahora en cambio, ante el nuevo carácter que han revestido aquellas alturas, él, si viviese, revisaría sin duda su concepción primera, para estudiar en qué sitio preciso parecía mejor instalarlo. El no haberlo realizado medio siglo atras puede hoy ser un bien, para que resulte posible planearlo de un modo definitivo. Una vez colocado allí el Santo Ángel del Reino, se atraería fácilmente las miradas y los corazones de toda España Podria al mismo tiempo inspirarles a los católicos extranjeros que pasan por Madrid la magnifica idea de difundir en sus naciones la devocion al respectivo ángel tutelar de ellas.

Pocos años después de haber fallecido don Manuel Domingo y Sol, el ángel de Portugal en 1916 se apareció varias veces a los privilegiados niños de Fátima. Por conducto de ellos pidió a la humanidad oración, penitencia, reparación eucarística, recurso confiadísimo al Inmaculado Corazón de María. ¡Qué gozo ver así confirmada la designación, por parte de Dios, de ángeles custodios de las naciones! Harto bien lo sabía el apostólico varón tantas veces citado, quien hablaba de los ángeles como si los estuviera viendo y escribía de ellos, por ejemplo: «Hay que poner en contacto a los ángeles de España y de Portugal. Diríase que, reñidos los españoles y los portugueses —vecinos del entresuelo y del principal—, no se cuidan para nada los unos de los otros». Ese propósito de poner en contacto a los dos celestiales confidentes y amigos suyos apuntaba en último término a su elevado plan de promover a fondo el intercambio cultural y apostólico de una y otra nación hermanas. Y así le confiaba también sus empresas de celo al Santo Angel Custodio de Francia cuando la cruzaba muchas veces en sus viajes a Roma.

¿Qué hacer entonces para aprovechar tan útil ejemplo de santo patriotismo? Ante todo, naturalmente, ahondar en la fe de que, como dice San Pablo, «todos los ángeles son gestores de Dios, puestos al servicio de quienes hemos de lograr salvarnos». Después, recordar que la custodia de los ángeles es una admirable aplicación de la providencia divina, tener presente que en todas nuestras buenas obras intervienen los ángeles. Felicitarnos, además, de que, como advierte San Bernardo, los ángeles reúnan en sí tres magníficas dotes que siempre deseamos y exi-

gimos en los supremos gobernantes: lealtad a toda prueba, prudencia exquisita y un poder inmenso. También son luz para las almas; su vigor nos contagia, saben, quieren y pueden defender nuestros intereses materiales. ¿Caben disposiciones más deseables en el ángel tutelar de una patria?

Lo que falta ahora es que esa patria se ejercite generosamente en aquellas virtudes en que los ángeles se complacen tanto: sumisión fiel y disciplinada a las órdenes del Altísimo; pureza e integridad cristianas; singularísima predilección por toda clase de obras consagradas a la educación e instrucción de los niños. Muy bien se ha preguntado:

> «¿Quien sabe si las calamidades que muchas veces llueven sobre los pueblos son la venganza de los angeles por el abandono en que se deja a los niños, por los escandalos que se dan a los niños, por el daño que se causa a los angeles de la tierra corrompiendoles el corazon y la inteligencia? Espanta pensar cuan terribles deben de ser las ordenes del santo ángel de una nacion a los demas angeles, para vengar tantos crimenes como se cometen contra los niños, aun antes de que nazcan Quienes aman a los niños con amor cordial practico se atraen la complacencia de los angeles y, sobre todo, del santo angel tutelar de la patria»

Ojalá todas las editoriales, todos los publicistas católicos, todas las familias fervorosas inunden hoy a España otra vez con estampas del Santo Ángel del Reino y con impresos explicativos de la excelsa misión que le está confiada en el plan divino. ¡Quién viera en todos los hogares, junto a la imagen del ángel individual de la guarda, venerada también la del Santo Ángel de la Nación! ¡Y quién viera que el amor a él no sólo penetraba en las casas, sino que se adueñaba de las madres españolas y que éstas, con sus palabras, chispas de fuego del corazón, con miradas que son ráfagas de luz del entendimiento, con besos, insuperables para imprimir hondamente en el alma las ideas y afectos, grababan en las de sus hijitos, a la vez que la devoción al ángel de la guarda y al del Reino, el amor a la Iglesia y a la patria! ¡Quién pudiera lograr que simultáneamente esa devoción privada se transformase en pública y que en los templos se levantasen altares dedicados al príncipe de la milicia celestial guardiana de España, y que nuestras juventudes se congregasen en torno a esas imágenes para enardecerse en amor a la patria española y

católica, a fin de estar dispuestas a derramar por ella la sangre cuantas veces fuera necesario!

Si para organizarlo todo ello se infundía vida nueva a la «Asociación Nacional del Santo Ángel del Reino», mejor aún. Finalidad suya sería propagar por todas las diócesis la devoción al mismo. Fomentar en todos los españoles la santa virtud del patriotismo. Obtener del Corazón divino de Jesús por intercesión del Ángel del Reino el engrandecimiento espiritual y temporal de España. Que, al fin y al cabo, ese Corazón amabilísimo, fusilado un primer viernes de mes en su imagen, pero entronizado otra vez allí mismo en el centro de la Península, él es quien ha confiado al Ángel del Reino el mando supremo de las fuerzas angélicas encargadas de la defensa individual y social de los españoles.

«¿Con cuántas divisiones militares cuenta el Vaticano?», preguntó un día Stalin. ¿Con qué posibilidades en tierra, mar y aire, con qué superproducción de armas nucleares —preguntamos nosotros—, con qué seguridades de defensa y victoria cuenta una nación como la nuestra, no opulenta ni mucho menos, en estos años explosivos de la historia del mundo?

Respuesta primerísima: por lo pronto, con aquellas armas que un ángel dejó ver a Judas Macabeo. Y después, sobre todo, con el arma de aquella fe invencible que habló así por tantos labios y que jamás dejará de hablar: «Nuestro Dios, al que servimos, puede librarnos del horno encendido. Y si no quisiere, sábete, rey, que no adoraremos a los falsos dioses ni inclinaremos la cabeza ante la estatua que has levantado».

BUENAVENTURA PUJOL

Bibliografía

EIJO Y GARAY, L., *Novena al Santo Angel Custodio de España* (Vitoria 1936)
GARCIA GARCIA, «El Santo Angel Custodio del Reino» Sermon (Ávila 1921)
— ID., «La devocion al Santo Angel Custodio de España» *Mater Clementissima* (1922) nov
TORRES SANCHEZ, A., *Vida del siervo de Dios D. Manuel Domingo Sol* (Tortosa 1934)

4 de marzo

SAN CAPITÓN DE LUGO

Obispo († 60)

El día 4 de marzo celebra la Iglesia de Lugo la memoria de San Capitón, al que se tiene por primer obispo de la ciudad. Figura su imagen en la fachada de la catedral lucense y aparece como el padre en la fe de aquella comunidad. Está incluido en el «Propio de los santos» de la diócesis, propio aprobado por la Santa Sede.

La tradición referente a San Capitón y otros compañeros de apostolado y martirio en España la podemos encontrar, por ejemplo, en la obra de Luis Calpena y Ávila *(La luz de la fe en el siglo XX* [Madrid 1904] t.3 p.62ss). En esta narración el protagonista es San Elpidio, al que se presenta como un solitario del Carmelo, que se hizo discípulo de los apóstoles y acompañó a Santiago el Mayor en su labor evangelizadora por España, y siendo nombrado por aquél obispo de Toledo, fue denominado posteriormente Julián porque su verdadero nombre era Marco Elpidio Julián. Y se añade que luego de haber visitado a San Pablo en su cárcel de Roma, tornó a España, y convocó un concilio en una ciudad de la zona de Valencia llamada *Castrum album* o *Castrum altum* y que Estrabón denominaba *Quersoneso* o *Chersoneso,* y que hoy se llama Peñíscola, y que concurrieron a este concilio los obispos siguientes: Pío, de Sevilla; Basilio, de Cartagena; Eterio, de Barcelona; Eugenio, de Valencia; Capitón, de Lugo; Néstor, de Palencia; Efrén, de Astorga; Arcadio, de Tuliobriga, y Agatodoro, de Tarragona. Era su principal cometido nombrar nuevos obispos para las sedes de los siete varones apostólicos, ya martirizados para entonces. Pero sucedió que Heloto, copero de Nerón, habiendo venido a la ciudad y habiéndose enterado de la reunión de tantos obispos, dispuso que les dieran muerte, lo que se cumplió siendo quemados vivos el 4 de marzo del año 60 d.C. Y se cita después a varios autores españoles que han hablado de estos santos obispos y mártires, y entre ellos, cómo no, se menciona al P. Jerónimo de la Higuera.

Esta historia surgiría sin duda cuando se quiso hacer españoles a muchos santos no pertenecientes a nuestras diócesis, violentando entre otras cosas la geografía. La verdad histórica es que en el *Quersoneso* hubo un grupo de santos obispos, cuyos nombres, a tenor del anterior *Martirologio romano,* coinciden con los de esta historia, que aún menciona alguno más, y entre ellos se encuentra uno llamado Capitón. Dicho *Martirologio* situaba la memoria de ellos el día 4 de marzo. El nuevo *Martirologio* la sitúa el día 7, y el número de santos conmemorados es más pequeño. Respecto a la fecha de la memoria ya mons. Paul Guérin en su *Les petits bollandistes* (París 1888, t.17 p.277) señala que la memoria de San Capitón, obispo y mártir en el Quersoneso, es el 4 y el 7 de marzo. La fecha del día 7 es la de la liturgia bizantina, mientras que la del 4 la dan algunos sinaxarios. Curiosamente, según narra la *Bibliotheca sanctorum* (t.II cols.929-930), pese a llevar el título de mártir, el único del grupo que no murió violentamente fue San Capitón y su muerte fue el 22 de diciembre. Pueden verse también las *Acta sanctorum* de marzo (Venecia 1735, t.I p.639-642). Baronio en su *Martyrologium romanum* en nota al día 4 de marzo señala que la memoria de estos santos se halla en el Menologio de los griegos (Roma 1598, p.117, nota g).

JOSE LUIS REPETTO BETES

14 de marzo

BEATO AGNO DE ZARAGOZA

Obispo († 1260)

El día 14 de marzo la Iglesia metropolitana de Zaragoza celebra la memoria del Beato Agno, obispo, memoria incluida en su «Propio de los santos», aprobado por la Santa Sede. Esta memoria no está recogida en el *Martirologio romano.*

Agno debió nacer en las últimas décadas del siglo XII, y parece que llevaba el nombre de Lupo (lobo) que cambió por

el de Agno (cordero). En 1220 era canónigo de Zaragoza, y una circunstancia muy especial vendría a cambiar su vida: llegó a Zaragoza fray Juan de Parente, enviado por San Francisco de Asís, y el canónigo Agno colaboró con el religioso en la fundación del primer cenobio franciscano de la capital cesaraugustana.

Atraído por el estilo de vida de los hermanos menores decidió entrar en su Orden y entró en la misma, profesando, tras hacer el noviciado, en 1222. En esta Orden vivió laudablemente hasta que en 1246 es nombrado obispo de Marruecos. Ejerció con gran celo su ministerio, testimoniando el evangelio con la palabra y atendiendo a los pobres con mucha caridad hasta su santa muerte, sucedida en Zaragoza el año 1260 luego que el papa Alejandro IV le admitiera la dimisión de su obispado que Agno le había presentado.

Estas noticias han sido proporcionadas por D. Jesús Aladrén Hernández, delegado de Liturgia de la archidiócesis de Zaragoza.

JOSE LUIS REPETTO BETES

CALENDARIO ESPAÑOL

MEMORIAS QUE CELEBRAN LAS DIÓCESIS ESPAÑOLAS

Día 1	En Mondoñedo-Ferrol, Lugo, Orense, Santiago de Compostela y Tuy-Vigo, San Rosendo, obispo.
	En Bilbao, Pamplona, Tudela y San Sebastián, San León, obispo y mártir.
Día 3	En Bilbao y San Sebastián, Santos Emeterio y Celedonio, mártires.
Día 4	En Lugo, San Capitón, obispo
Día 6	En Barcelona y Tarragona, San Olegario, obispo.
Día 8	En Pamplona y Tudela, San Veremundo de Irache, abad.
	En Santander, dedicación de la Iglesia Catedral.
Día 9	En Barcelona, San Paciano, obispo.
Día 11	En Sevilla, dedicación de la Iglesia Catedral
Día 13	En Córdoba, Santos Rodrigo y Salomón, mártires.
Día 14	En Zaragoza, Beato Agno, obispo.
Día 15	En Ciudad Real, Pamplona, Tudela y Tarazona, San Raimundo de Fitero, abad.
Día 18	En Gerona y Tortosa, San Salvador de Horta, religioso.
Día 20	En Galicia, San Martín Dumiense, obispo
Día 23	En Barcelona, San José Oriol, presbítero.
	En Salamanca, Santo Toribio de Mogrovejo, obispo.
Día 26	En Zaragoza, San Braulio, obispo.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

1. Santos y beatos

Agapio, San († 303), día 24, 462.
Agnelo de Pisa, Bto (s. XIII), día 13, 252-256.
Agno de Zaragoza, Bto. († 1260), día 14, 577-578.
Agrícola, San († 580), día 17, 306.
Agustín Zhao Rong, San († 1815), día 21, 410.
Albino, San († 550), día 1, 20-21
Alejandro Blake, Bto. († 1590), día 4, 92-93
Alejandro de Jerusalén, San († 250), día 18, 332.
Alejandro, San († 303), día 24, 462
Alejo U Se-yong, San († 1866), día 11, 232-233.
Amadeo de Saboya, Bto. († 1472), día 30, 525-533.
Ambrosio Sansedoni, Bto († 1287), día 20, 389.
Andrés Gallerani, Bto. († 1251), día 19, 352.
Ángel Custodio del Reino, Santo, día 1, 569-575.
Ángela de la Cruz Guerrero y González, Sta. († 1932), día 2, 27-40.
Ángela Salawa, Bta. († 1922), día 12, 234-240.
Anselmo de Luca, San († 1086), día 18, 320-327.
Anselmo de Nonantola, San († 803), día 3, 65.
Antonio Daveluy, San († 1866), día 30, 550-551.
Antonio Patrizi, Bto. († 1311), día 28, 513.
Anunciación del Señor, día 25, 464-470.
Anunciada Cocchetti, Bta. († 1882), día 23, 444.
Artémides Zatti, Bto. († 1951), día 15, 285
Átala, San († 626), día 10, 218-219.

Bautista Spagnoli, Bto. († 1516), día 20, 389.
Benita Cambiagio Frasinello, Sta. († 1858), día 21, 400-408.
Benjamín, San († 420), día 31, 558
Bertoldo, San († ca.1198), día 29, 516-517.
Bienvenido Scotivoli, San († 1282), día 22, 416.
Braulio, San († 651), dia 18, 314-319
Bronislao Komorowski, Bto († 1940), día 22, 417-418.
Bruno de Querfurt, San († 1009), día 9, 196-197.
Buen Ladrón, día 25, 488.
Buenaventura Tornielli, Bto. († 1491), día 31, 559.

Capitón de Lugo, San († 60), día 4, 576-577.
Carlos el Bueno, Bto. († 1127), día 2, 24-27.
Casimiro, San († 1484), día 4, 71-79.
Catalina de Bolonia, Sta. († 1463), día 9, 185-190.
Catalina de Suecia, Sta († 1381), día 24, 446-453.
Catalina Drexel, Sta. († 1955), día 3, 59-64.
Ceada, San († 672), día 2, 41.
Celedonio, San (s. IV), día 3, 42-49

Cirilo, San († 386), dia 18, 308 313
Clemente Maria Hofbauer, San († 1820), dia 15, 276 281
Coleta Boylet, Sta († 1447), dia 6, 109 111
Cristobal Bales, Bto († 1590), dia 4, 92 93
Cristobal de Milan, Bto († 1484), dia 1, 22 23
Cristobal Robinson, Bto († 1597), dia 31, 553 557
Cristobal Wharton, Bto († 1600), dia 28, 514
Crodegando, San († 766), dia 6, 117
Cuarenta Martires de Sebaste († 320), dia 9, 161 166
Cunegunda, Sta († ca 1039), dia 3, 65 66
Cutberto, San († 687), dia 20, 388

David, San († ca 601), dia 1, 21
Diego Jose de Cadiz, Bto († 1801), dia 24, 454 457
Dionisio, San († 303), dia 24, 462
Domingo Cam, Sto († 1859), dia 11, 231 232
Domingo Savio, Sto († 1857), dia 9, 191 196
Doroteo, San († 303), dia 12, 247

Edmundo Sykes, Bto († 1587), dia 23, 442-443
Eduardo, San († 978), dia 18, 332
Eldrado, San († 840), dia 13, 257
Elias del Socorro Nieves, Bto († 1928), dia 10, 208 217
Emeterio, San (s IV), dia 3, 42 49
Emiliano Kovc, Bto († 1944), dia 25, 489
Estanislao Pyrtek, Bto († 1942), dia 4, 93
Esteban de Obazine, San († 1159), dia 8, 159
Eulogio de Cordoba, San († 859), dia 11, 223 229
Eusebia de Hamay, Sta († 680), dia 16, 289
Eva de Monte Cornillon, Bta († 1265), dia 14, 265-266

Faustino Miguez de la Encarnacion, Bto († 1925), dia 8, 149 159
Federico, Bto († 1175), dia 3, 67
Felicidad, Sta († 203), dia 7, 119 124
Felix III, San († 492), dia 1, 19 20
Fina de San Geminiano, Bta († 1253), dia 12, 249
Francisca Romana, Sta († 1440), dia 9, 171 185
Francisca Trehet, Bta († 1794), dia 13, 258-259
Francisco de Jesus, Maria y Jose Palau Quer, Bto († 1872), dia 20, 374 379
Francisco Faa di Bruno, Bto († 1888), dia 27, 496 499
Francisco Luis Chartier, Bto († 1794), dia 22, 417

Gabriel Lalemant, San († 1649), dia 17, 307
Gerasimo, San († 475), dia 5, 97
German Gardiner, Bto († 1544), dia 7, 132
Gertrudis de Nivelles, Sta († 659), dia 17, 306 307
Gontran, San († 593), dia 28, 512 513
Gorgonio, San († 303), dia 12, 247
Gualterio de Pontoise, San († 1095), dia 23, 442
Guido de Pomposa, San († 1046), dia 31, 558 559
Guillermo Hart, Bto († 1583), dia 15, 283 284
Guillermo Pike, Bto († 1591), dia 21, 408 409
Guillermo Tempier, San († 1197), dia 29, 518

Heriberto de Colonia, San († 1021), dia 16, 286 289
Hilario Januszewski, Bto († 1945), dia 25, 489 490
Hilarion, San (s VIII), dia 28, 513
Hipolito Galantini, Bto († 1619), dia 20, 372 374
Humberto III, Bto († 1188), dia 4, 91 92

Ines Cao Kuiying, Sta († 1856), dia 1, 23
Ines de Bohemia, Sta († 1282), dia 6, 117 118
Inocencio de Berzo (Juan Scalvinoni), Bto († 1890), dia 3, 70
Inocencio I, San († 417), dia 12, 247 248
Isnardo de Chiampo, Bto († 1244), dia 19, 352

Jacobino de Canepacci, Bto († 1508), dia 3, 68
Jeremias de Valaquia, Bto († 1625), dia 5, 98
Jeronimo Gherarducci, Bto († 1369), dia 12, 249 250
Josafata Miguelina Hordashevska, Bta († 1919), dia 25, 481 487
Jose Bilczewski, Bto († 1923), dia 20, 390 391
Jose Chang Chu gi, San († 1866), dia 30, 550-551
Jose Oriol, San († 1702), dia 23, 428 434
Jose Sebastian Pelczar, San († 1924), dia 28, 501 512
Jose Zhang Dapeng, San († 1815), dia 12, 250 251
Jose, San, dia 19, 335 343
Juan Adalberto Balicki, Bto († 1948), dia 15, 284 285
Juan Amias, Bto († 1589), dia 16, 290-291
Juan Antonio Farina, Bto († 1888), dia 4, 83 91
Juan Bautista Chong Chang U, San († 1866), dia 9, 197
Juan Bautista de Fabriano Righi, Bto († 1539), dia 11, 230
Juan Bautista Nam Chong sam, San († 1866), dia 7, 132 133
Juan Buralli de Parma, Bto († 1289), dia 19, 353
Juan Climaco, San († 649), dia 30, 520 525
Juan de Brebeuf, San († 1649) dia 16, 291 292
Juan de Dios, San († 1550), dia 8, 141 149
Juan de Valence, San († 1145), dia 21, 408
Juan del Baculo, San († 1290), dia 24, 463
Juan Hambley, Bto († 1587), dia 29, 519
Juan Ireland, Bto († 1544), dia 7, 132
Juan Jose de la Cruz, San († 1734), dia 5, 94 96
Juan Larke, Bto († 1544), dia 7, 132
Juan Nepomuceno, San († 1393), dia 20, 366 371
Juan Ogilvie, San († 1615), dia 10, 198 202
Juan Sarkander, San († 1620), dia 17, 300 306
Juan Sordi, Bto († 1181), dia 16, 290
Juan Thules, Bto († 1616), dia 18, 333
Juana Maria Bonomo, Bta († 1670), dia 1, 13 19
Juana Maria de Maille, Bta († 1414), dia 28, 513 514
Juana Veron, Bta († 1794), dia 20, 390
Julian, San († 690), dia 6, 99 104
Julio Alvarez Mendoza, San († 1927), dia 30, 551 552
Justina Francucci Bezzoli, Bta († 1319), dia 12, 250.

Justo Ranfer de Betenières, San († 1866), día 7, 133-134.

Ladislao Mackowiak, Bto († 1942), día 4, 93.
Lea, Sta. († 383), día 22, 415
Leocricia, Sta († 859), día 15, 282.
León, San (s. IX), día 1, 22.
Leonardo Murialdo, San († 1900), día 30, 545-549.
Leónidas Fedorov, Bto. († 1934), día 7, 134-135.
Liberato Weiss, Bto. († 1716), día 3, 68-69.
Lucas Hwang Sok-tu, San († 1866), día 30, 550-551.
Lucía Filippini, Sta. († 1732), día 25, 477-481.
Lucio I, San († 254), día 5, 97
Ludgero, San († 809), día 26, 493-494.
Ludolfo, San († 1250), día 29, 518.
Luis Beaulieu, San († 1866), día 7, 133-134.
Luis de Casoria, Bto. († 1885), día 30, 539-545.
Luis Orione, Bto. († 1940), día 12, 240-246.
Luisa de Marillac, Sta. († 1660), día 15, 268-276.

Magdalena Catalina Morano, Sta. († 1908), día 26, 495.
Marcelo Callo, Bto. († 1945), día 19, 344-351
Marco de Marchio de Montegallo, Bto. († 1496), día 19, 354.
Marcos Chong Ui-bae, San († 1866), día 11, 232-233.
Margarita Clitherow, Sta. († 1586), día 25, 470-477.
María Eugenia Milleret de Brou, Bta. († 1898), día 10, 203-208.
María Josefa del Corazón de Jesús Sancho de Guerra, Sta. († 1912), día 20, 380-387.
María Karlowska, Bta. († 1935), día 24, 458-462.
María Restituta Elena Kafka, Bta. († 1943), día 30, 552-553.
Mariano Gorecki, Bto. († 1940), día 22, 417-418.
Marta Le Bouteiller, Bta. († 1883), día 18, 333-334.
Martín Dumiense, San († 579), día 20, 356-365.
Martín Lucas Huin, San († 1866), día 30, 550-551
Mateo Flathers, Bto. († 1608), día 21, 409.
Matilde, Sta. († 968), día 14, 264-265.
Metodio Domingo Trcka, Bto. († 1959), día 23, 445-446.
Miecislao Bohatkiewicz, Bto († 1942), día 4, 93.
Miguel Pío Fasoli de Zerbo, Bto. († 1716), día 3, 68-69

Narciso Turchan, Bto. († 1942), día 19, 354-355.
Natalia Tulasiewicz, Bta. († 1945), día 31, 559-560.
Nicolás de Flue, San († 1487), día 21, 392-400.
Nicolás Horner, Bto. († 1590), día 4, 92-93
Nicolás Owen, San († 1606), día 22, 411-415.

Olegario, San († 1137), día 6, 104-108.

Paciano, San († 390), día 9, 166-171.
Panacea de Muzzi, Bta. († 1383), día 27, 500-501.
Patricio, San († 461), día 17, 293-299.
Páusides, San († 303), día 24, 462.
Pedro Aumaître, San († 1866), día 30, 550-551.

Pedro Choe Hyong, San († 1866), dia 9, 197
Pedro de Gubbio, Bto († 1306), dia 23, 442
Pedro de Sebaste, San († 391), dia 26, 491 493
Pedro Enrique Dorie, San († 1866), dia 7, 133 134
Pedro Geremia, Bto († 1452), dia 3, 67 68
Pedro Higgins, Bto († 1642), dia 23, 443 444
Pedro Regalado, San († 1456), dia 30, 534-539
Pedro Renato Rogue, Bto († 1796), dia 3, 50 53
Pedro, San († 303), dia 12, 247
Perpetua, Sta († 203), dia 7, 119 124
Placida Viel, Bta († 1877), dia 4, 79-83
Placido Riccardi, Bto († 1915), dia 14, 266 267

Rebeca Ar Rayes de Himlaya, Sta († 1914), dia 23, 435 441
Renata Maria Feillatreau, Bta († 1794), dia 28, 515
Roberto Dalby, Bto († 1589), dia 16, 290-291
Rodrigo, San († 857), dia 13, 257-258
Rogerio Wrenno, Bto († 1616), dia 18, 333
Romulo, San († 303), dia 24, 462
Rosa de Viterbo, Sta († 1252), dia 6, 112 116
Rosendo, San († 977), dia 1, 3 12
Ruperto, San († 718), dia 27, 500

Salomon, San († 857), dia 13, 257 258
Salvador de Horta, San († 1567), dia 18, 327-331
Samuel Marzorati, Bto († 1716), dia 3, 68 69
Santiago Bird, Bto († 1592), dia 25, 488-489
Santiago Cusmano, Bto († 1888), dia 14, 260 264
Sibilina Biscossi, Bta († 1367), dia 19, 353 354
Simeon Berneux, San († 1866), dia 7, 133 134
Simplicio, San († 483), dia 10, 218
Sisebuto, San († 1086), dia 15, 283
Sofronio, San († 639), dia 11, 220 223
Suitberto, San († 713), dia 1, 21

Teofanes el Cronografo, San († 817), dia 12, 248 249
Teresa Eustoquio Ignacia Verzeri, Sta († 1852), dia 3, 54-59
Teresa Margarita Redi, Sta († 1770), dia 7, 125 131
Timolao, San († 303), dia 24, 462
Tomas Atkinson, Bto († 1616), dia 11, 231
Tomas Pilchard, Bto († 1587), dia 21, 408 409
Tomas Son Cha-son, San († 1866), dia 30, 550 551
Toribio de Mogrovejo, Sto († 1606), dia 23, 418-428

Veremundo de Irache, San († 1095), dia 8, 135 141
Vicente Kadlubek, Bto († 1223), dia 8, 160
Vicente, San († 630), dia 11, 229-230

Zacarias, San († 752), dia 15, 281 282
Zosimo de Siracusa, San († 660), dia 30, 549 550

2 **Colaboradores**

Arnaldich, L 161-166
Ausejo, S de 454 457

Bejarano, V. 446-453.

Carro Celada, J. A. 59-64 300-306.
Cases, J. M.ª 112-116.
Chico González, P. 501-512.

Dalmáu, J. M.ª 166-171.
Díaz Fernández, J. M.ª 125-131 374-379 428-434 516-517.
Domínguez del Val, U. 308-313.

Echeverría, L. de 366-371 418-428.

Fernández Ogueta, J. 42-49.
Fernández Ruiz, D. 525-533.
Ferrando Roig, J. 520-525.
Ferri Chulio, A. de S. 24-27 234-240 481-487.
Fierro, R. 191-196.
Flores Arcas, J. J. 94-96 327-331 477-481 545-549.
Fontecha, J F. 392-400.

García Martínez, F. 314-319.
Gil Imirizaldu, P. M. 320-327.
Gil, C. 3-12.
González Rodríguez, M.ª E. 27-40.
González, M. 534-539.
Greenstock, D. L. 293-299.

Iribarren, J. 198-202.

Langa, P. 208-217.
Llabrés y Martorell, P.-J. 50-53 411-415 458-462.

Martín Abad, J. 79-83 539-545.
Martínez Almendres, G. 276-281.
Martínez Goñi, F. 141-149.
Morales Oliver, L. 335-343.

Núñez Uribe, F. 54-59 260-264.

Pedroarena, J. A. X. 135-141.
Peraire Ferrer, J. 344-351.
Pérez de Urbel, J. 223-229.
Pérez Lozano, J. M.ª 464-470.
Pérez Suárez, L. M. 171-185 435-441.
Pujol, B. 569-575.

Repetto Betes, J. L. 13-23 41 65-70 83-93 97-98 117-118 132-135 149-160 196-197 218-219 229-233 247-259 264-267 281-285 289-292 306-307 332-334 352-355 388-391 408-410 415-418 442-446 462-463 470-477 488-490 493-501 512-515 518-519 549-560 576-578.
Riesco Pontejo, P. 240-246.
Rivera Recio, J. F. 99-104.
Romero, A. 400-408.
Ruiz Bueno, D. 356-365.

Sánchez Aliseda, C. 71-79 119-124 268-276.
Sendín Blázquez, J. 104-111 185-190 220-223 286-289 372-374 491-493.

Velado Graña, B. 203-208 380-387.

SE TERMINO DE IMPRIMIR ESTE VOLUMEN DE «AÑO CRIS
TIANO MARZO», DE LA BIBLIOTECA DE AUTORES
CRISTIANOS, EL DIA 5 DE JUNIO DEL AÑO 2003,
FESTIVIDAD DE SAN BONIFACIO, OBISPO
Y MARTIR, EN LOS TALLERES DE SO-
CIEDAD ANONIMA DE FOTO
COMPOSICION, TALI-
SIO, 9 MADRID

LAUS DEO VIRGINIQUE MATRI

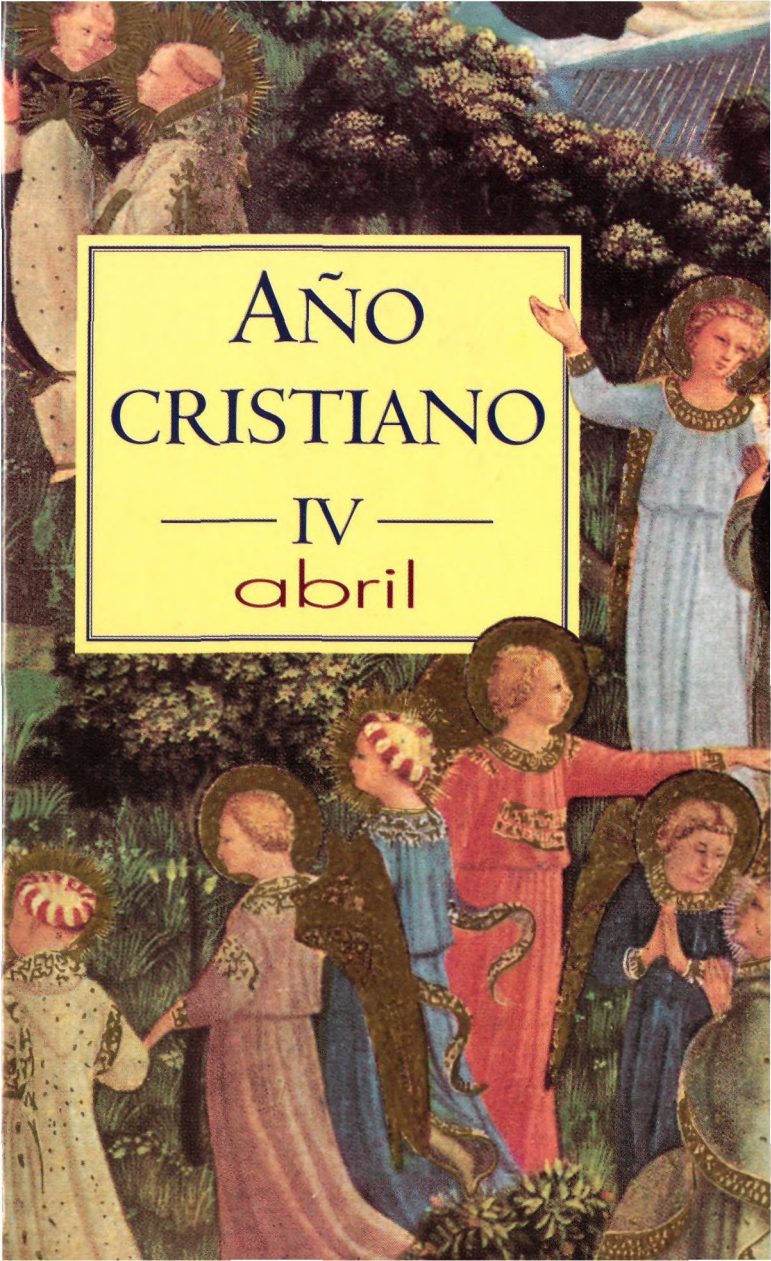

AÑO CRISTIANO

IV

abril

AÑO CRISTIANO

IV

Abril

COORDINADORES
Lamberto de Echeverría (†)
Bernardino Llorca (†)
José Luis Repetto Betes

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS
MADRID • 2003

Ilustración de portada: *Juicio final* (detalle), Fra Angelico.

Guardas: *El juicio universal* (detalle), Giovanni di Paolo.

Diseño: BAC

© Biblioteca de Autores Cristianos
Don Ramón de la Cruz, 57, Madrid 2003
Depósito legal: M. 51.998-2002
ISBN: 84-7914-629-X (Obra completa)
ISBN: 84-7914-686-9 (Tomo IV)
Impreso en España. Printed in Spain.

ÍNDICE GENERAL

	Pags.
COLABORADORES	IX
PRESENTACION	XI
NOTA INTRODUCTORIA	XV
Santoral de abril (martirologio, biografías extensas y biografías breves)	3
SANTO TRIDUO PASCUAL DE LA MUERTE A LA RESURRECCION DEL SEÑOR	687
TIEMPO PASCUAL LA CINCUENTENA	701
APENDICE	713
CALENDARIO ESPAÑOL: MEMORIAS QUE CELEBRAN LAS DIOCESIS ESPAÑOLAS	727
ÍNDICE ONOMASTICO	729

COLABORADORES

A) Biografias extensas

Abad, C M ª, si
Alameda, Julián, osb
Barranquero y Orrego, Jesús María
Callejo, Librado
Carro Celada, José Antonio
Cela, Camilo José
Chico Gonzalez, Pedro, fsc
Diaz Fernández, José María
Diaz y Diaz, Manuel
Echeverria, Lamberto de
Escarre, Aurelio M.ª, osb
Ffrnandez Sanchez, Santiago
Ferri Chulio, Andrés de Sales
Flores Arcas, Juan Javier, osb
Franquesa, Adalberto, osb
Gomis, Juan
González Chaves, Alberto José
Guell, Dolores
Guillen, José
Herrero Garcia, Miguel
Huerga, Álvaro, op
Langa, Pedro, osa
Llabres y Martorell, Pere-Joan
Llorca, Bernardino, si
Manas, Ramón Luis M.ª, osb (Leyre)
Martin Abad, Joaquín
Martin Hernández, Francisco
Milagro, José María, op
Morta Figuls, Ángel
Munoz Iglesias, Salvador
Novele, Angel de, ofm cap
Nunfz Uribe, Félix
Pascual, Augusto, osb (Leyre)
Pfraire Ferrer, Jacinto
Perez Suarez, Luis M , osb (Leyre)
Pobladura, Melchor de, ofm cap
Repetto Betes, José Luis
Riesco Pontejo, Pedro, op

RIVERA RECIO, Juan Francisco
RODRIGUEZ, José Vicente, OCD
RODRIGUEZ HERRERA, Isidoro OFM
ROMERO, Agustín, OCSO
SANCHEZ ALISEDA, Casimiro
SANS VILA, Jorge
SENDIN BLAZQUEZ, José
STAEHLIN, Carlos María, SI
VALENTINI, Eugenio, SDB
VELADO GRAÑA, Bernardo
WALORECK, Mariano

B) BIOGRAFIAS BREVES

REPETTO BETES, José Luis

PRESENTACIÓN

Tras largos años de total *agotamiento editorial* vuelve ahora felizmente al catálogo de la BAC una obra que ocupaba en él un puesto relevante y que fue, durante décadas, alimento espiritual seguro y sabroso para infinidad de lectores: el AÑO CRISTIANO.

Quede, ante todo, constancia de la satisfacción con que la BAC devuelve al público lector —y en cierto modo a toda la Iglesia de habla española— esta obra preciada que tanto se echaba de menos y que nos era requerida con insistencia por muchos lectores y amigos. Larga ha sido la espera. Pero la BAC se complace ahora en relanzar un AÑO CRISTIANO compuesto y acicalado como lo piden las circunstancias eclesiales y articulado en doce volúmenes que irán apareciendo sucesivamente y que ofrecerán al lector la variedad y la riqueza del entero santoral de la Iglesia católica.

Las razones del dilatado eclipse que ha sufrido el AÑO CRISTIANO a pesar de su notorio éxito editorial de antaño son pocas y escuetas. Y muy fáciles tanto de explicar cuanto de entender.

El proceso de aceleración en canonizaciones y beatificaciones que ha experimentado la Iglesia después del Vaticano II —y muy singularmente en el pontificado del Papa Wojtyla— obligaba obviamente a complementar, corregir y ajustar el venturoso descalabro que el tiempo iba originando en los bosques y jardines de la hagiografía cristiana del pasado. Se imponían una poda y una plantación de renuevos cuya envergadura queda ahora patente en el estirón —de cuatro a doce— que ha experimentado este AÑO CRISTIANO.

Semejante tarea de revisión y actualización la hubiera emprendido la BAC. Era su obligación y su deseo. Pero su efecto habría sido precario. El pontificado de Juan Pablo II estaba ya demostrando con creciente evidencia que la santidad cristiana es una realidad de cada día y de cada latitud; que, por consiguiente, el martirologio o santoral, lejos de ser memoria fosili-

zada, es un caudal fresco y abundante que riega generosamente el hoy de la Iglesia. ¿Cómo intentar la actualización de algo que cambia y crece sin cesar?

Por otra parte, es sabido que el Concilio Vaticano II, en su constitución *Sacrosanctum Concilium,* ordenó la revisión y adaptación de todos los libros litúrgicos. El mandato alcanzaba también al Martirologio o Santoral, libro litúrgico de pleno derecho y de peculiar significación y complejidad dadas sus implicaciones históricas que requerían estudios críticos minuciosos y especializados. La tarea de su revisión podía resultar dilatada. ¿Cómo arriesgarse como editorial responsable a componer un AÑO CRISTIANO sin contar con la referencia obligada del Martirologio romano ya autorizadamente puesto al día? ¿No había que sacrificar las prisas editoriales o comerciales a la firmeza histórica y a la seguridad doctrinal que ofreciera la edición posconciliar? ¿No era ésa la mejor forma de servir a los intereses de los lectores?

El proceso de reforma y adaptación del martirologio romano ha durado desde 1966 hasta 2001, año en que apareció finalmente la llamada «edición típica». Una espera que ha otorgado al Martirologio romano una mayor credibilidad histórica, un orden hagiográfico más acorde con la doctrina y las reformas derivadas del Vaticano II y, en consecuencia, mayor fiabilidad para la vida litúrgica y la piedad cristiana.

Contando ya con la pauta insoslayable del martirologio reformado y renovado, se imponía ponerlo cuanto antes al servicio de los lectores y usuarios de habla castellana, tanto en España como en Hispanoamérica. Es un reto que la BAC ha asumido con responsabilidad editorial y que trata ya de cumplir con prontitud y rigor.

Estoy seguro de que nuestros lectores compartirán con la BAC la impresión de que la larga y obligada espera que ha tenido que observar nuestro AÑO CRISTIANO no le priva de sentido ni de oportunidad. Todo lo contrario. El momento presente, con sus grandezas y miserias, con sus luces y sombras en la parcela de lo religioso, hace especialmente atinada la publicación de un santoral serio y documentado de la Iglesia católica.

Son tiempos, los nuestros, de secularización que quiere decir, lisa y llanamente, de descristianización. A su sombra, las verdades de la fe y los juicios de la moral cristiana pierden vigencia y hasta significado. Algo que ocurre también en el terreno de la hagiografía. No es que haya desaparecido el culto a los santos, pero sí se ha nublado en buena parte su relevancia para la vida cristiana. Con la ignorancia ha sobrevenido la confusión. La cantera del santoral para dar nombres de pila a las personas está en declive. El conocimiento de las vidas de los santos se ha reducido hasta confundirlos con héroes o dioses de los martirologios paganos. Se ha acentuado, aun entre los que se profesan devotos de advocaciones concretas, la brumosidad de los contornos y de los conceptos.

En paralelo con el desconocimiento correcto de las hagiografías, han proliferado las supersticiones y las desviaciones de lo que debería ser una auténtica veneración de los santos. Se observa una notoria reducción de la piedad al utilitarismo. A los santos se los mete cada vez más en la zambra de los videntes, los adivinos, las cartas, la superchería y las voces de ultratumba. Ahora hay santorales para agnósticos y santorales de puro humor a costa de los santos que pueden alcanzar cotas notables de acidez o de impiedad. ¿No es el caso, nada infrecuente, de anuncios y montajes publicitarios a cargo del santoral y al servicio de cualquier producto en el mercado?

El servicio que la BAC pretende prestar con este renovado AÑO CRISTIANO a sus lectores y a la Iglesia tiene perfiles muy precisos.

Principalmente, la mejora de los recursos didácticos para una sabia y atinada catequesis. Los santos, sus vidas y ejemplos, son fuente inagotable para la educación cristiana. No es su utilidad terapéutica o milagrera lo que de ellos nos interesa, sino la enseñanza cristiana que se deriva de sus virtudes y conductas como testigos de Jesucristo, como reflejos de su vida y como *caminos* que nos llevan al *Camino* por excelencia, que es Él.

Este AÑO CRISTIANO no pretende, por tanto, fomentar la *santería* en detrimento de la *cristería,* dicho en términos populares. Muy al contrario, es una contribución a la *Cristología* a través de la *hagiografía.*

Algunos pastores y pastoralistas han alertado sobre el peligro de que el culto a tantos santos y beatos, la proliferación de tantas devociones particulares, pudiera difuminar, como *efecto colateral,* el aprecio central e irremplazable de Jesucristo. Sería aquello de que los árboles no dejaran ver el bosque.

Ni el peligro ni la advertencia son sólo de hoy. Léanse si no las constituciones conciliares *Lumen gentium* y *Sacrosanctum Concilium.* También la introducción que figura en la edición típica del Martirologio romano.

En cualquier caso, la BAC pone ahora en circulación esta nueva edición de su AÑO CRISTIANO como homenaje a Jesucristo cumbre de la santidad y modelo de todos los santos y beatos que la Iglesia ha reconocido a lo largo de los siglos como seguidores e imitadores del Maestro. «Por la hagiografía al Cristocentrismo» podría ser el lema de ese propósito editorial.

Perfiladas las circunstancias y las intenciones de esta obra, nada he de decir sobre su articulación, ni sobre los criterios metodológicos o redaccionales que se han seguido en su elaboración. Tanto estos como otros particulares técnicos que ayudarán en su utilización figuran en la *nota introductoria* preparada por el coordinador de la edición.

Con laudes o elevaciones solían cerrar sus páginas los santorales antiguos. La BAC se suma al amén, así sea, que venía después. Y se permitirá a la vez (no podía ser de otra manera) confiar el buen fruto de esta obra a la intercesión de todos los santos y beatos que —sin distinción de grado, sexo o condición— poblarán las páginas de este AÑO CRISTIANO renacido en los umbrales todavía del tercer milenio.

JOAQUÍN L. ORTEGA
Director de la BAC

NOTA INTRODUCTORIA

Definido el propósito de reeditar el AÑO CRISTIANO, empezamos por fijar criterios que sirvieran de guía para la nueva edición, y que ahora exponemos para información del lector y facilidad de su uso.

En primer lugar se fijó el criterio de que, con muy escasas excepciones, se reeditaría todo el conjunto de artículos que componía la segunda edición, la de 1966. Su texto no ha sufrido revisión ni variación. Va tal cual lo escribieron en su tiempo los diferentes y acreditados autores que lo firman. En el fondo no han tenido más añadidura que la referencia a la canonización de aquellos santos que entonces eran solamente beatos. Y esas excepciones son sobre todo las debidas a las variaciones introducidas por el nuevo Misal de Pablo VI, de 1969, que tiene algunos cambios en la denominación de fiestas, como la del 1 de enero, o en el santoral.

Pero no se quería simplemente reeditar, sino que se quería también completar y poner al día. Para completar, hemos añadido santos o beatos importantes anteriores a las últimas canonizaciones y beatificaciones y que en su día no se biografiaron en las primeras ediciones. Para poner al día, hemos añadido los nombres de muchos santos y beatos que en estos últimos tiempos han sido declarados tales por la Iglesia, y cuyo número, como es bien sabido, es grande.

Nos pareció que saldría una obra demasiado abultada si a cada uno de todos estos santos o beatos les señalábamos una nota biográfica de la misma extensión que las de las ediciones anteriores. Y para evitar ese tamaño demasiado crecido pero para no pasarlos tampoco en silencio hemos dividido las biografías en *extensas* y en *breves*. El criterio seguido para asignar a un santo o beato una biografía extensa o breve ha sido el de su importancia en el santoral: por ser más o menos conocido, por ser significativo de un tiempo o una situación, o por ser intere-

sante al público de habla hispana, o por ser fundador o fundadora de una comunidad religiosa, a todos los cuales fundadores o fundadoras hemos tomado el criterio de dedicar una biografía extensa. Y naturalmente hemos tenido en cuenta el cada día mayor santoral de las iglesias iberoamericanas.

Hemos añadido también artículos referentes a los tiempos litúrgicos, p. ej. *Cuaresma,* ya que son parte importante y vital de lo que se llama el año cristiano.

Y hemos añadido a cada día su martirologio o lista de los santos y beatos que para esa fecha señala el Martirologio romano. De esta forma, cada día puede saber el lector cuáles son los santos que la Iglesia conmemora, y de la mayoría de ellos tiene una nota biográfica, extensa o breve.

Esta obra sigue el nuevo *Martirologio romano* que, como edición típica, ha sido publicado el año 2001. Este seguimiento ha hecho que no demos entrada en el *Año cristiano* sino a los santos y beatos que en dicho Martirologio se recogen, enviando al Apéndice las notas biográficas de otros que no están incluidos en él pero que pueden resultar interesantes, por ejemplo, por celebrarlos, en su propio de los santos, alguna diócesis española. De todos modos son muy pocos. Igualmente ha obligado el seguimiento del nuevo Martirologio romano a resituar no pocas biografías que en las ediciones anteriores se encontraban en otras fechas y que han sido pasadas al día que ahora se les asigna.

Nos parece que este criterio de seguir el nuevo Martirologio no necesita defensa. Pues aunque se le hayan encontrado al texto del mismo algunos fallos de detalle, sustancialmente es un texto definitivo. No olvidemos que el Martirologio es un libro litúrgico, editado por la Congregación del Culto Divino y de la Disciplina de los Sacramentos, promulgado por la autoridad del Romano Pontífice, cumpliendo una determinación del Concilio Vaticano II. Se trata del registro oficial de santos y beatos que hace para su uso la Iglesia Romana y que tiene vigencia en todo el ámbito, tan mayoritario dentro de la Iglesia, del rito romano. Hay que decir que en su actual edición se ha hecho una grande e inmensa labor, verdaderamente meritoria, y que con ella se ha cumplido el objetivo conciliar de máxima historicidad, y el de

poner al día esta lista oficial con la añadidura no solamente de los nuevos santos sino también de los beatos, ya que, aunque en distintos niveles, unos y otros reciben legítimamente culto público en la Iglesia.

Con respecto a la bibliografía digamos que hemos seguido el criterio que se usó en las ediciones anteriores. Se ofrece en el primer volumen una bibliografía general actualizada. En ella se indican las obras que se refieren a todo el calendario o a una parte de él, por ejemplo, el santoral de una nación, el de una congregación u orden religiosa, el de los mártires de una persecución, etc. La bibliografía específica de cada santo o beato de las biografías extensas va al final de cada una de ellas.

Hemos pensado que con estos criterios volvemos a darle al lector el ya clásico AÑO CRISTIANO de la BAC pero con ampliaciones y mejoras que esperamos merezcan su atención.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES
Coordinador

AÑO CRISTIANO

IV

Abril

1 de abril

A) Martirologio [1]

1. En Roma, la conmemoración de los santos Venancio, obispo, y compañeros de Dalmacia e Istria, a saber: Anastasio, Mauro, Pauliniano, Telio, Asterio, Septimio, Antioquiano y Gayano, mártires (s. III o IV).
2. En Tesalónica (Macedonia), las santas Agape y Quionia († 304), vírgenes y mártires.
3. En Palestina, Santa María Egipcíaca (s. V), penitente *.
4. En Leuconay (Francia), San Valerico o Valéry († 622), abad.
5. En Ardpatrick (Irlanda), San Celso († 1129), obispo de Armagh *.
6. En Grenoble, San Hugo († 1132), obispo **.
7. En Bonnevaux (Francia), Beato Hugo († 1194), abad *.
8. En Caithness (Escocia), San Gilberto († 1245), obispo *.
9. En York (Inglaterra), Beato Juan Bretton († 1598), mártir bajo el reinado de Isabel I *.
10. En Saiano (Italia), Beato Luis Pavoni († 1849), presbítero, fundador de la Congregación de Hijos de María Inmaculada **.

B) Biografías extensas

SAN HUGO DE GRENOBLE

Obispo († 1132)

Nació en Châteauneuf-d'Isère, Delfinado francés, el año 1053, hijo de una familia muy distinguida por su antigua nobleza, pero mucho más por su piedad. Su padre, Odilón, oficial del ejército, al quedar viudo por segunda vez, se retiró a la cartuja, muriendo a la edad de cien años, entre los brazos de su propio hijo, que ya había sido consagrado obispo.

Desde muy joven tuvo una formación excelente tanto en las ciencias humanas como en las religiosas. Destacado por su sabiduría y conducta, el obispo de Grenoble se lo llevó consigo a una reunión de obispos para tratar de poner remedio a los de-

[1] Los asteriscos que aparecen en el martirologio hacen referencia a las biografías que siguen a continuación, que serán extensas (**) o breves (*).

sórdenes que había en su diócesis. Todos coincidieron en que la persona idónea para poner remedio a aquella situación era precisamente Hugo. Él se oponía alegando como pretexto la timidez de su carácter y su propia indignidad, porque en aquellos momentos era aún laico. El delegado pontificio logró convencerlo y él mismo le confirió las órdenes sacerdotales.

Luego se lo llevó a Roma para que el papa Gregorio VII lo ordenara también obispo. Los gastos de la ordenación serían costeados por la condesa Matilde.

En Roma de nada valieron las protestas del joven sacerdote haciendo valer su indignidad, su timidez e incluso sus tentaciones. A los 28 años de edad era consagrado obispo y enviado a dirigir la diócesis de Grenoble, cargo en el que estuvo 50 años conociendo a cinco romanos pontífices distintos.

La situación de su diócesis era realmente lamentable. La simonía presidía los nombramientos empujando a la carrera sacerdotal personas sin vocación, ansiosos de los bienes eclesiásticos, ajenos a cumplir el celibato, en bancarrota la economía diocesana y el pueblo dominado por la ignorancia y ayuno de formación religiosa.

Durante varios años se entregó Hugo a cambiar tan lamentable situación recorriendo palmo a palmo su diócesis, pero su carácter personal no se avenía con aquella situación en la que creía no cambiar nada y decepcionado se retiró a la abadía de Maison-Dieu en Clermont de Auvernia, para dedicarse por completo a la oración y la penitencia, pensando que era el único recurso que le quedaba. Su intención era vestir el hábito de San Benito.

Enterado Gregorio VII lo llamó y convenció para que volviera alentándolo en su trabajo que el propio Papa juzgaba muy positivo y necesario. El pueblo lo recibió enardecido, con el convencimiento de que sólo él podía cambiar aquella situación.

Enterado de los hechos San Bruno, llegó con seis compañeros al lado del obispo, pidiéndole que le concediera tierras suficientes para fundar un monasterio, que daría acogida a cuantos quisieran dedicarse con profundidad a la oración, la penitencia y el estudio dentro del más alto grado de silencio.

Hugo les concedió un terreno desierto y pobre, en la montaña de Cartuja, cerca de Grenoble y allí se realizó la fundación, que, por el lugar, se llamó Orden de los Cartujos.

Una señal de Dios marcó definitivamente el sitio, pues se dice que al carecer de agua se planteaba la necesidad de buscar otro lugar. Pero conocedor del problema, Hugo tomó una azada y cavó con gigantesco esfuerzo y profunda fe, hasta el punto de que fue hallada el agua suficiente para todo el convento.

Desde entonces la amistad más ascética unió a ambos hasta el extremo de que Hugo venía a la Cartuja a repostar fuerzas y el mismo Bruno se convirtió en su confesor y consejero espiritual.

Sin embargo, nunca las cosas cambian radicalmente y las situaciones de relajamiento no se abandonan con facilidad. Muchos, sobre todo los afectos a los vicios y beneficiados de dádivas, se dieron cuenta de que con el nuevo prelado tenían sus días contados e iniciaron una persecución sin cuartel contra el obispo reformador. Quizás la abundancia de disgustos le proporcionaron fuertes trastornos gástricos que, además de impedirle tomar alimentos, le causaban grandes dolores de cabeza. Trastornos disimulados con singular entereza, vividos no pocas veces en su sola intimidad.

El santo obispo no cejaba en sus permanentes deseos de retirarse a la soledad. A Roma llegaron con los diversos papas sus peticiones de abandono. Pero ninguno de ellos lo consintió. Ni Gregorio VII, ni Urbano II, ni Pascual II, ni Calixto II, ni Honorio II, ni Inocencio II aceptaron la renuncia. Se dice que fue Honorio II quien, cuando conoció los deseos de Hugo, ya anciano y enfermo, respondió con esta frase lapidaria: «Prefiero de obispo a Hugo, viejo, débil y enfermo, antes que a otro lleno de juventud y lozanía».

Hugo, por su parte, se mostró celoso defensor de los papas en una época turbulenta para con el papado. Así, en 1112 tomó parte en el concilio de Vienne, donde fue condenado Enrique IV, que llegó a despreciar y enfrentarse con el papa Pascual II. En el concilio de Puy-en-Velay se enfrentó al antipapa Anacleto II para defender al papa verdadero, Inocencio II. A pesar de su enérgica defensa Inocencio II tuvo que refugiarse

en Francia. Ya entonces Hugo se hallaba muy quebrantado de salud y el papa comprendió la situación. Con gran sentimiento debio aceptar la renuncia del obispo. No podían ser las cosas de otra manera. Tanto que pocos meses después de retirado entregaba su alma a Dios, con el que se hallaba en permanente contacto de oración y de espera.

Dios lo quiso purificar hasta el punto de que al final de sus días llegó a perder la memoria. No conocía ni a sus amigos Lo único que recordaba eran Salmos y el Padrenuestro. Por eso se pasaba horas enteras rezando estas oraciones.

Al frente de su diócesis había destacado por la elocuencia y calidad de su palabra, por sus permanentes penitencias y ayunos, por su entrega a los pobres y necesitados. Hasta llegó a vender su propio anillo pastoral y su cáliz de oro para atender a los pobres. Y si no vendió los caballos que le servían para visitar la diócesis fue porque se lo impidieron. No tenía medios para sacar dinero para los necesitados.

El escritor Juan Croisset sintetiza el juicio de su vida en estas palabras:

> «En Grenoble vivia como en la Cartuja Era perpetuo su ayuno, casi todos los dias predicaba a su pueblo, no le conocian por otro nombre que el de Padre de los pobres [ ] Velaba con extrema severidad sobre todos sus sentidos» Cuando se retiraba a descansar a la cartuja de su obispado, «viviendo entre los nuevos angeles del desierto, les restituia con usura los ejemplos de mortificacion y de humildad que recibia de ellos, solo le distinguian de los demas los excesos de su fervor, echaba mano de los oficios mas viles y mas bajos, era el primero en el coro y acompañaba las penitencias con oracion casi continua»

Murió llorado por toda su grey el 1 de abril de 1132 Cuando se difundió la noticia de su muerte llegaron de todas partes diocesanos ansiosos de contemplar su cuerpo. Durante cinco días tuvo que estar expuesto al público, conservándose sus restos tan frescos y lozanos como si estuviera vivo. Para poderle dar tierra en la iglesia de Santa María, tuvo que hacerse durante la noche cuando se hallaban a solas los sacerdotes, cartujos y algunos varones distinguidos, porque el pueblo en masa seguía desfilando ante su cadáver. No en vano había sido su pastor durante más de cincuenta años.

Dos años después fue canonizado solemnísimamente por el papa Inocencio II, que conocía tan bien la virtud del santo obispo. Para ello encargó al Beato Guido, quinto prior de la Gran Cartuja y amigo de Hugo, que recogiese con exactitud la relación compendiada de sus virtudes y milagros. Examinados y leídos personalmente los hechos, Clemente II lo declaró santo el año 1134, cuando presidía un Concilio en Pisa.

JOSÉ SENDÍN BLÁZQUEZ

Bibliografía

CROISSET, J., SJ, *Año cristiano. Marzo* (Barcelona 1867) 25-30

GONZÁLEZ-CREMONA, J M. - GONZÁLEZ-CREMONA NOGALES, P D., *Diccionario de los Papas* (Barcelona 1989) 78ss.

«San Hugo de Grenoble», en A. MARTÍNEZ PUCHE (dir.), *Nuevo año cristiano. Abril* (Madrid 2001) 31s.

BEATO LUDOVICO PAVONI

Presbítero y fundador († 1849)

Traía al mundo una hermosa misión y le daría el Señor la gracia de saber cumplirla. Él por su parte correspondería con firmeza a la llamada divina, y cuando llegó la hora de echarse en los brazos del Padre y dejar esta vida, su obra seguiría haciendo el mucho bien que él había hecho.

Nace en el seno de una noble y acomodada familia. Fue el primer hijo de Alejandro Pavoni y Lelia Poncarali. Tenían hermoso palacio en la ciudad de Brescia, donde nace este su primer hijo, Ludovico, el 11 de septiembre de 1784. Tenían también vastas posesiones agrícolas. Otros cuatro hijos más alegrarían aquel hogar. No les tocaba a los hijos de los Pavoni venir al mundo en un tiempo sencillo. Tenía Ludovico cinco años cuando se produce la Revolución Francesa y a partir de ahí conocería sonados cambios políticos y cambios de amo en su propia patria. Sus padres se esforzaron en dar a sus hijos una sólida y seria educación cristiana, y procuraron que los problemas del tiempo llegaran lo más amortiguados posible a su prole. Pasaban temporadas en el pueblecito de Alfianello, donde tenían una buena casa, y por ello Ludovico desde niño conocía no so-

lamente a la gente de la ciudad sino también a la gente del campo. En el pueblo podía ir con su padre a la caza y a la pesca y disfrutaba con los perros que los acompañaban. Sus padres no eran clasistas y por ello no tenían inconveniente en que Ludovico hablase y jugase con los chicos del campo. Le dolía su ignorancia y se ponía a quererles enseñar a leer, a contarles el catecismo y les daba lo que podía, una vez su propia ropa. Así pasó su infancia y adolescencia.

Sintiendo una voz interior que lo llamaba, habló con su padre su deseo de ser sacerdote y comenzó los oportunos estudios. Se sentía llamado a hacer el bien por los demás, y entendía que el sacerdocio iba a ser el marco de una vida entregada a hacer el bien. Con veintidós años, el 21 de febrero de 1807, era ungido sacerdote de Cristo por las manos de monseñor Gabrio María Nava.

Buscó enseguida ejercicio de su sacerdocio directamente útil a las almas. Además de estar disponible para la administración de los sacramentos, empezó a preocuparse por la instrucción cristiana de los jóvenes y por la asistencia religiosa a los enfermos. En estas santas tareas se ocupaba cuando en 1812 el obispo le llama y le pide que sea su secretario y empieza a vivir íntimamente unido a tan santo pastor. Era un hombre de grandes convicciones que veía que las tribulaciones que venían sobre la Iglesia tenían que ser respondidas con un espíritu de imparable celo apostólico, acudiendo a donde la necesidad fuera más urgente. El obispo y él estuvieron de acuerdo en que había un amplio sector, la juventud pobre, absolutamente necesitado. Y entonces se decidió a abrir un Oratorio especialmente para la juventud obrera que puso bajo la advocación de San Luis Gonzaga. El obispo le había encomendado la doctrina de los pobres en la catedral nueva y en la iglesia de Santa María de Pasión. En esta iglesia puso la sede de su Oratorio y comenzó a dirigirlo con sabiduría atrayendo muchos jóvenes a sus actividades. Procuraba apartarlos de los muchos peligros que les acechaban en la sociedad y formarlos humana y religiosamente. Tratados con dulzura, aconsejados con prudencia, amados de forma evidente, los chicos se sentían a gusto en el Oratorio y se les notaba su paso por él.

Pero Ludovico advirtió que cuando los jóvenes pasaban de forma continuada al mundo del trabajo, la influencia del ambiente les apartaba del Oratorio y les hacía perder no poco de lo aprendido en él. Su contacto con las parroquias, a cuyos sacerdotes se ofrecía para colaborar en las catequesis y las predicaciones, le hacía ver que había una gran necesidad de una institución, formalmente constituida, que los preparara también laboralmente y que por otras varias razones el Oratorio era muy benéfico pero insuficiente. El año 1818 el obispo lo nombra canónigo de la catedral y le da la capellanía de la iglesia de San Bernabé, que pasa a ser el centro de su actividad. Se decide a abrir la Escuela Profesional, lo que logra en 1821, y comienza a dar formación profesional en tipografía, encuadernación de libros, papelería, platería, cerrajería, carpintería, herrería y zapatería. Recibió chicos en las habitaciones de San Bernabé y el instituto comenzó a ser casa para aquellos jóvenes que sufrían de mayor abandono. Él les ofrecía cariño, educación, cobijo y un oficio. Empleó no pequeña parte de su fortuna personal en reparar el edificio, que constaba de iglesia y convento anejo. Comenzó a tener que superar no pocas dificultades, pero siempre contó con la Providencia. El obispo, enamorado de la obra, compró la totalidad del convento y la puso a disposición de Ludovico. Luego de años de existencia y habiendo consolidado la institución pudo ver que se la aprobaban las autoridades civiles, lo que logró en 1825. Tenía desde entonces reconocimiento público. Comenzó en la tipografía a publicar buenos libros, y así además del apostolado que se hacía con los chicos se empezó a difundir el bien desde el instituto por medio de la prensa. Se arriesgó a publicar libros de verdadera consideración como las obras del P. Segneri, las de San Francisco de Sales, el «Ejercicio de perfección» del P. Rodríguez, las obras de San Alfonso María de Ligorio... Del instituto comenzaron a salir jóvenes verdaderamente bien formados que, con toda seguridad, podían ya integrarse en la sociedad, formar nuevos hogares y distinguirse como buenos profesionales y buenos cristianos, y comenzaron también a surgir de entre ellos vocaciones religiosas.

Además de los imprescindibles maestros de talleres se le unieron otros clérigos como colaboradores y comenzó también

a pedir la colaboración de los muchachos mayores: ellos tenían que enseñar a los pequeños. Y algunos de estos muchachos mayores, terminado su ciclo de enseñanza, se quedaban en calidad de educadores en el Oratorio. Para este grupo de cooperadores escribió un «Reglamento», en el que se detallaban las funciones distintas y se daba normas sobre la necesaria convivencia. Ludovico experimentaba la presencia misteriosa de la Providencia divina. Los socorros le llegaban justo cuando más lo necesitaba y a veces de forma anónima.

En 1841 pudo adquirir una finca en Saiano, junto a Brescia, en la que había un antiguo convento deshabitado. Quiso en un principio dedicarla a un nuevo Oratorio, esta vez para jóvenes campesinos pobres, pero no cuajó el proyecto, y la finca quedó como lugar de vacación y recreo de los chicos de San Bernabé, que podían así salir de la plena ciudad al campo y vivir en un ambiente tan sano, haciendo excursiones, peregrinaciones, etc. Ese mismo año dio cabida en el instituto a un grupo concreto de chicos: los sordomudos. Llevaban asistiendo al instituto desde 1837 como alumnos externos, pero Ludovico se convenció de que lo mejor era integrarlos en el internado. Oportunamente había enviado a Milán a su antiguo alumno Domingo Guccini para que aprendiese el lenguaje y trato de los sordomudos. Una vez preparado, volvió a Brescia y asumió la educación especial de los sordomudos. El propio Ludovico aprendió también algunos de los signos del lenguaje de los mudos y pudo así comunicarse con ellos. No dejó de tener dificultades con algún maestro de sordomudos que se le desanimaba, pero su caridad y buen juicio le hizo ver al maestro la alteza de la misión que desempeñaba.

Ludovico se daba cuenta de que el instituto respondía a claras necesidades que no dejarían de existir cuando él ya no estuviera, y que por ello había que institucionalizar el cuerpo de dirigentes del instituto. Muy pronto comenzó a pensar que nada mejor que fundar una nueva congregación religiosa que tuviera como carisma el servicio a los fines educacionales del instituto. Consultó el tema con el obispo, que se lo aprobó. Roma también se manifestó conforme. Redactó unas reglas, que igualmente merecieron el sí del prelado, y entonces comenzó a di-

fundir la idea entre sus colaboradores. La redacción de las constituciones la concluyó en 1845 y delineó la sociedad religiosa a fundar como un cuerpo con sacerdotes y hermanos laicos. Los primeros se dedicarían a la dirección espiritual y temporal de la institución. Los segundos serían los maestros de artes y oficios. Todos vivirían en perfecta comunidad, estando animada la sociedad ante todo por la caridad de Cristo. No dejó de consultar y plantear el proyecto con muy diversas personas, recibiendo ánimo y apoyo. En 1844 hubo algo que sancionó el reconocimiento social a su obra: el emperador le envió la condecoración de la Orden de la Corona de Hierro.

Cambiado el obispo por muerte de Mons. Nava, acudió en diciembre de 1844 a exponerle el proyecto al nuevo prelado Mons. Ferrari. Éste admitió a trámite el proyecto, pero no bastaba la autorización eclesiástica sino que —recordemos el regalismo de la corona austríaca— se precisaba la licencia del emperador. La licencia del obispo se obtuvo sin dificultad, la del emperador llegó el mes de junio de 1847. Y ese mismo año recibió la de la Santa Sede. Entonces se dispuso a formalizar la fundación. Ésta tendría lugar el día de la Inmaculada, 8 de diciembre, pero antes debía renunciar y renunció a su canonjía en la catedral y debía desprenderse de todos sus bienes terrenos, que cedió al instituto. El día de la Virgen, en la iglesia de San Bernabé, Luis Pavoni emitió los votos religiosos en la nueva Congregación de Hijos de María, que quedó bajo su dirección. Seguidamente y como tal superior recibió la profesión de los primeros cinco seguidores suyos que se dedicaban a servir a Dios en la educación de jóvenes pobres y abandonados.

El año siguiente, 1848, fue un año de revoluciones. En Brescia triunfó una de momento y se proclamó un gobierno provisional, una vez echadas las autoridades austríacas. Y este gobierno se dedicó a expulsar a los jesuitas y a las demás congregaciones religiosas, pero hizo una excepción con la naciente congregación de Pavoni. El 23 de marzo de 1849 estalla una nueva rebelión y los austríacos se atrincheran en el castillo de la ciudad desde donde bombardean sin cesar a la población. Frente a San Bernabé se alza una barricada. Ludovico se decide a huir con sus muchachos. Los levanta en la noche del 24 a todos,

y emprenden el camino a Saiano, unos en carretas, otros andando. Y, además, se puso a llover. Llegaron todos empapados a Saiano, y Ludovico con una pulmonía. Tuvo que meterse en la cama y empezó a empeorar. Rodeado de sus hijos y de sus muchachos muere al amanecer del 1 de abril de 1849, domingo de Ramos.

Su obra ha subsistido providencialmente. Una crisis interna hace que la familia de Pavoni se divida: unos se quedan en Brescia y otros marchan a Verona La rama que queda en Brescia es disuelta por el obispo. La rama véneta es suprimida cuando la autoridad civil suprime en 1866 todos los institutos religiosos. Pero algunos hermanos, guiados por el Padre Dossi, se reúnen en Trento y logran rehacer la obra de Pavoni. No sólo subsisten sino que se extienden a otras partes del norte de Italia y de allí a otros países. En España tienen varias casas.

En 1908 comenzó su causa de beatificación. Pío XII declaró las virtudes heroicas de Ludovico en 1947. Por fin este insigne sacerdote, llamado «otro San Felipe Neri» y precursor de San Juan Bosco, fue beatificado el 14 de abril de 2002.

JOSE LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

BERTOLDI, R , *Lodovico Pavoni, educatore* (Milan 1949)
DELLA CIOPPA, G , *Lodovico Pavoni fondatore della Congregazione dei Figli di Maria Immacolata* (Milan 1946)
RODRIGUEZ BLANCO, M , FMI, *Amadlos como a las ninas de vuestros ojos P Ludovico Pavoni* Folletos «Con El» Testimonios y testigos

C) BIOGRAFIAS BREVES

SANTA MARÍA EGIPCÍACA

Penitente (s v)

El fondo de verdad de la historia de Santa María Egipcíaca parece ser el siguiente: era una mujer de la vida en Alejandría, que, en un viaje a Jerusalén, se sintió tocada de la gracia de Dios, se arrepintió de sus pecados y, cruzando el Jordán, hizo penitencia el resto de su vida en la soledad del desierto. Sobre

estos datos que parecen seguros luego la leyenda amplificó la narración y tuvo una gran popularidad en la Edad Media.

SAN CELSO DE ARMAGH

Obispo († 1129)

Cellach McAedh era un irlandés que profesó la Regla benedictina en el monasterio de Glastonbury, y habiéndose acreditado por sus virtudes fue elegido arzobispo de Armagh en 1106. Aquí mostró sus grandes cualidades como verdadero pastor, amante de la disciplina y buen orden en la Iglesia, y como tal primado veló no solamente por su diócesis sino por la reforma de todas las diócesis de Irlanda. Deseaba que su sucesor fuera San Malaquías, obispo entonces de Connor, y que efectivamente le sucedió. Murió el 1 de abril de 1129.

BEATO HUGO DE BONNEVAUX

Abad († 1194)

Era sobrino de San Hugo de Grenoble, y profesó en el monasterio cisterciense de Mezières. Sus buenas cualidades lo acreditaron para abad del monasterio de Léoncel, donde rigió santamente la comunidad, siendo destinado en 1169 al de Bonnevaux. Su fama de santo y de taumaturgo condujo a su mediación entre el papa Alejandro III y el emperador Federico I Barbarroja, quienes finalmente hicieron las paces por el tratado de Venecia en 1177. Murió el 1 de abril de 1194.

SAN GILBERTO DE CAITHNESS

Obispo († 1245)

Fue obispo de esta sede escocesa entre 1225 y 1245. Construyó la iglesia catedral y también hospitales para el servicio de los pobres, y fue amigo y consejero de los reyes escoceses de su tiempo. Frente a las pretensiones del arzobispado de York, él

sostenía la autonomía de la iglesia de su país. Murió el 1 de abril de 1245.

BEATO JUAN BRETÓN
Martir († 1598)

Nació en Bretton, llamado luego Mont Breton, junto a Barnsley, en la región de York en 1529. Era la suya una prestante familia, por lo que las fuentes lo presentan como un gentilhombre. Era un católico convencido y militante, casado y padre de familia, que se había negado a cambiar de religión cuando la corona por segunda vez indujo a Inglaterra al protestantismo. Para evitar el peligro que su fe acarreaba había tenido que vivir mucho tiempo ausente de su casa, lo que llevó con paciencia. Era ya mayor cuando fue arrestado y acusado de sedición porque un mal sujeto dijo de él que había pronunciado palabras injuriosas contra la Reina. En el juicio negó la acusación, se declaró católico y dio firme testimonio de su fe. Se le ofreció la vida y la libertad si apostataba del catolicismo pero se mantuvo fiel a su conciencia. Tras ser condenado como traidor, fue ahorcado y descuartizado en York el 1 de abril de 1598 bajo el reinado de Isabel I. Beatificado el 22 de noviembre de 1987.

2 de abril

A) MARTIROLOGIO

1 En Plessis (Francia), San Francisco de Paula († 1507), fundador de la Orden de los Mínimos **
2 En Cesarea de Palestina, San Apiano o Apfiano († 306), martir *
3 En el mismo sitio, Santa Teodora († 307), virgen y martir
4 En Como (Liguria), San Abundio († 468), obispo
5 En Capua (Campania), San Victor († 554), obispo
6 En Lyón (Francia), San Nicecio († 573), obispo
7 En Luxeuil (Borgoña), San Eustacio († 629), abad
8 En Chelmsford (Inglaterra), San Juan Paine († 1582), presbítero y martir *

9 En Tomhom (Isla de Guam), los beatos Diego de San Vitores, presbítero, de la Compañía de Jesús, y Pedro Calungsod († 1672), mártires *

10 En Espoleto (Italia), Beato Leopoldo de Gaiche († 1815), presbítero, de la Orden de Menores *

11 En Xuong Dien (Tonkín), Santo Domingo Tuoc († 1839), presbítero, de la Orden de Predicadores, mártir *

12 En Padua (Italia), Beata Isabel Vendramini († 1860), virgen, fundadora del Instituto de Elisabetinas Terciarias Franciscanas **

13 En Vich (Cataluña), Beato Francisco Coll († 1875), presbítero, de la Orden de Predicadores, fundador de las Hermanas Dominicas de la Anunciación **

14 En Gyor (Hungría), Beato Guillermo Apor († 1945), obispo y mártir **

15 En Lvov (Ucrania), Beato Nicolás Carnecki († 1959), obispo *

16 En Maracaibo (Venezuela), Beata María de San José Alvarado Cardozo († 1967), virgen, fundadora de las Agustinas Recoletas del Sagrado Corazón **

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN FRANCISCO DE PAULA

Fundador († 1507)

Al alborear el 27 de marzo de 1416, en un caserío de Paola, pequeño centro urbano del reino de Nápoles, hubo un gozo desbordado. Santiago de Alessio y su esposa Viena contemplaron embelesados la sonrisa de su primogénito, ardientemente deseado por espacio de tres lustros. Convencidos de haberlo obtenido del cielo por intercesión del serafín de Asís, le impusieron el nombre de Francisco. La leyenda aureoló las sienes del recién nacido con guirnaldas de poesía y de música. Una luz esplendorosa rasgó las tinieblas de la noche. Se oyeron en los aires armonías misteriosas. ¡Feliz presagio! Francisco disiparía las tinieblas que ensombrecían el momento histórico en que le tocó vivir con los rayos luminosos de su santidad de taumaturgo, y apaciguaría los ánimos enconados con el acento persuasivo de su voz de profeta.

En el regazo de la madre el niño aprendió a conocer a Jesús y María, que serían los amores de toda su vida. Sus primeros silabeos tuvieron sonoridades de oración, y fueron actos de virtud sus primeras acciones infantiles. También aprendió a leer.

Las primeras letras constituyeron todo su caudal de cultura en una época de espléndido renacimiento. Una alevosa enfermedad amenazó su vista; mas, antes de que perdiera la posibilidad de contemplar las bellezas de la creación, sus padres le ofrecieron a San Francisco de Asís y el milagro se obró. Contaba el niño trece años cuando, en 1428, a fuer de agradecido y cumpliendo el voto, se vistió de oblato en el convento franciscano de San Marco Argentano. Y en esta escuela perfeccionó el silabario de su futura providencial actuación. Los frailes entreveían gozosos en el ejemplar jovenzuelo un perfecto dechado de vida franciscana. Mas muy otros eran los designios de Dios.

Concluido felizmente el año de oblación, Francisco retorna a la casa paterna y muy luego emprende una peregrinación a los lugares franciscanos de Umbría. Allí, tras las huellas del Pobrecillo, se disiparon las últimas dudas sobre su peculiar vocación de soledad y penitencia. Durante el viaje el joven peregrino dio pruebas inequívocas de una voluntad fuerte y decidida, de un ánimo emprendedor y generoso, de un carácter capaz de cualquier sacrificio.

Al retorno, su morada no fue el hogar doméstico, sino una cueva de las agrestes cercanías de Paola. Cubrió su cuerpo con burdo sayal y lo ciñó con nudosa cuerda. Por lecho escogió la desnuda tierra y por almohada una dura piedra. Las hierbas crudas del campo fueron su comida, y la fresca agua del cercano arroyuelo su bebida. Así, segregado de todo y de todos, velaba las armas y templaba su espíritu para las futuras batallas.

Al cabo de cinco años de aislamiento descubren su paradero y se establecen los primeros contactos con admiradores y discípulos. Al lado de su desvencijada cabaña se construyen otras; y todas rodean una humilde capillita. Aquellos primeros discípulos eran pobres e incultos como Francisco. El pueblo les dio luego un nombre: Los ermitaños de fray Francisco. Y éste les propuso, en lecciones sorprendentes, un programa de renovación individual y social, primer germen de la nueva regla monástica. En Paterno Cálabro (1444) y en Spezzano (1453) se organizaron otras comunidades. Mientras tanto la fama del ermitaño de Paola había pasado ya el estrecho de Mesina y le llaman a Sicilia. A pie, y con el bordón de peregrino en la mano, llega en 1464 a orillas del

mar. Dícele al barquero: «Hermano, ¿me pasa usted?». Y el barquero, irónico, le responde: «Señor, ¿me paga usted?». «No tengo dinero para pagarle», replica el ermitaño. «Ni yo barca para pasarle», contestó el otro. Sigue un brevísimo silencio. El siervo de Dios se postra sobre la arena y bendice las olas; extiende sobre ellas su manto y lo levanta por el borde para que le sirva de vela, pone su pie sobre la parte desplegada y, ante el natural asombro de todos, atraviesa el estrecho, maniobrando diestramente su manto según las corrientes del viento. Así sucedió a mediodía, a la presencia de numerosos testigos. La historia, la poesía, la pintura, la música han perpetuado el recuerdo de un hecho tan excepcional, y el culto cristiano venera al protagonista del mismo como protector de los navegantes.

Las fundaciones de los ermitaños de Paola se desarrollan en un ambiente de simpatía. Y es que Francisco supo imprimirles un matiz propio para satisfacer una apremiante necesidad de los tiempos y lugares: socorrer material y moralmente unas poblaciones abandonadas en uno y otro sentido, empobrecidas por las guerras, devastadas por la carestía y la peste y desvergonzadamente explotadas por los gobernantes. Al frente de este dinámico equipo, con que se enriquecía la Iglesia, desplegaba un fecundo apostolado social por medio de la caridad, que fue el santo y seña de la nueva Orden religiosa bajo el escudo simbolizado en la mágica palabra *Charitas*. Asimismo se hizo pregonero del mensaje de la penitencia evangélica, compendiada en la abstinencia absoluta y perpetua sancionada con un voto solemne. Y fue éste un remedio muy eficaz contra la gangrena social del siglo XV. El Renacimiento, con sus resabios de paganismo, arrastraba a la sensualidad, al afeminamiento y al desmoronamiento de la ascética cristiana. La cruzada penitencial de los «mínimos» produjo ópimos frutos.

Para realizar convenientemente la importante misión confiada a Francisco, Dios le distinguió con el don de milagros, que forman como la trama de toda su vida y un caso único en la hagiografía católica, tan rica de taumaturgos. El milagro, en efecto, florecía donde él ponía sus plantas, donde tocaba su mano o se escuchaba su voz. La leyenda ha inventado unos y adulterado otros; pero la historia ha conservado en sus anales muchísimos

de autenticidad indiscutible. Y esta floración de milagros animaba los hechos sorprendentes que iban entretejiendo su historia y se proyectaba en los acontecimientos religiosos, sociales y políticos en que el siervo de Dios intervenía, ilustrándolos y embelleciéndolos.

Mas este don taumatúrgico ahondaba sus raíces y tenía su marco propio en las sólidas virtudes que hermoseaban el alma de nuestro biografiado. A cualquiera será fácil entretejer con ellas un gracioso ramillete. La caridad polifacética fue su estrella polar, la luz que iluminó los senderos de su vida. La humildad alegre y generosa le facilitó la convivencia amigable y serena con el pueblo desvalido y le preservó de los vértigos de la grandeza y del fausto de las cortes en que vivió. Su austeridad heroica proyectaba en un mundo lleno de apetencias las armonías de la cruz redentora. La oración y la contemplación, manteniendo el contacto con la gracia, hizo de su vida un acto continuo de adoración al Padre que está en los cielos.

Así se nos presenta la silueta señera del fundador de los mínimos con la huella indeleble que imprimió en las páginas de la historia del Renacimiento. Francisco de Paula no fue sacerdote, pero sí un reformador auténtico, que supo imprimir a toda su actividad una tonalidad marcadamente social. Fue el defensor valiente y decidido de los pobres y de los oprimidos, participando en sus penas y alentándoles en sus dificultades. No sólo con su conducta —que era un reto continuado a los desórdenes de la sociedad—, sino también con su protesta vibrante e irreducible ante los atropellos de las autoridades. «La tiranía no place a Dios bendito», era como un estribillo monótono en sus labios. Y lo mismo lo repetía al señor feudal sin conciencia y a los barones y ministros reales sin entrañas, que a los reyes desaprensivos e insolentes. «¡Ay de los que gobiernan y mal gobiernan! ¡Ay de los ministros de los tiranos! ¡Ay de los administradores de justicia que olvidan que el fin principal de la autoridad es el bien común!». Francisco era valiente e intrépido en sus diatribas. No temía a nadie. Obraba por amor, y la caridad es la antítesis de la cobardía.

Los ecos de aquellas amonestaciones terroríficas, que resonaban por toda Calabria, llegaron hasta la corte de Nápoles.

Fernando I el Bastardo (1458-1494), instigado por sus consejeros áulicos, quiso poner un límite a la libertad apostólica del pregonero evangélico. Mas también él hubo de inclinarse rendido ante la fuerza avasalladora de la santidad y del milagro. En febrero de 1482 le recibe con los laureles del triunfo en su misma corte; y el siervo de Dios pasa algunos días en el palacio real con la misma sencillez y pobreza con que viviera en la cueva más apartada. Los biógrafos nos han conservado algunos episodios con auténtico sabor de florecillas acerca de esta morada palaciega. Sin doblegarse ante los halagos y las promesas, supo reprender la conducta poco recomendable del soberano. En cierta ocasión le presenta en bandeja de plata un montón de monedas de oro destinadas a la fábrica del convento de la capital. El Santo las rechaza con cortesía. Y, fijando sus ojos escrutadores y profundos en el semblante del rey, exclama:

> «Majestad, vuestro pueblo vive oprimido, el descontento es general, la adulacion de los cortesanos impide que los gritos de tantas desgracias lleguen a vuestro augusto trono. Acordaos, Majestad, que Dios ha puesto el cetro en vuestras manos para procurar la felicidad y bienestar de los vasallos y no para satisfacer vuestras ansias desmesuradas de orgullo y vanidad ¿O creeis, por ventura, que no existe el infierno para los que mandan? Ese oro que me ofreceis no os pertenece, es el precio injusto del peso insoportable de las contribuciones que esta desangrando las venas de vuestros vasallos y clama venganza al cielo»

Y sin terminar estas encendidas frases ni apartar su mirada del augusto interlocutor, toma una moneda de la bandeja y, cual si fuera un juguete, la desmenuza entre sus dedos y brotan gotas de sangre que salpican el manto real. El rey tiembla de pies a cabeza, dobla su rodilla y promete administrar sus Estados con caridad y justicia.

Mientras Francisco recorría los agrestes senderos de Calabria derramando bondades y regalando salud a los cuerpos y a las almas, y hasta restituyendo la vida con milagros, la fama de sus estrepitosos prodigios llegó a la corte francesa. Luis XI (1461-1483) pasaba los años de su vejez prisionero voluntario en el alcázar de Plessis-du-Parc (Tours). Ante el terror de la muerte había movilizado todas las fuerzas espirituales de la nación para implorar la salud corporal. En vano. Como último re-

curso manda una embajada al taumaturgo de Paola, confiando que sola su presencia le otorgaría la suspirada gracia. Mas éste, que había descubierto en aquel gesto sólo interesados fines temporales, se niega a satisfacer sus deseos. Intervienen el rey de Nápoles y el papa Sixto IV, y se rinde ante la voluntad de Dios. Tenía sesenta y nueve años de edad. Sin abandonar su bordón de peregrino emprende a pie el viaje, dejando para siempre su patria. Antes de abandonar el último altozano, desde el cual pudo contemplar las aldeas de Calabria diseminadas en la campiña y en las laderas de los montes, una honda pena le oprimió el corazón. Con los ojos humedecidos por las lágrimas, extiende hacia lo alto sus cansados brazos e implora para aquellas pobres gentes días más felices y afortunados.

Finalmente, a principios de 1483 se hace a la vela en Ostia con rumbo a Francia. En el agitado golfo de Lyón calmó una fiera tempestad y libró su embarcación del bajel pirata que la amenazaba. Su itinerario hasta Tours fue una marcha triunfal jalonada por el milagro. El aura popular que le precedía había creado en la corte un ambiente de confiado optimismo y le dispensó un recibimiento apoteósico. El rey, que entreveía ahora el día más feliz de su agitada existencia, apenas pudo pronunciar estas palabras entrecortadas por la emoción: «Prolongadme la vida, oh padre». Para eso precisamente le había llamado. Sin embargo, el taumaturgo no le obtuvo la salud corporal, de la que tanto había abusado con un gobierno cruel y despótico. Pero le recordó palabras de vida eterna, enseñándole a bien morir. «La vida de los reyes, sire, como la de cualesquiera de sus vasallos, está en la mano de Dios. Poned orden en vuestra conciencia y en vuestro Estado». Siguieron días de afectuosos e íntimos coloquios. El monarca pretendió colmar al Santo de sus augustas atenciones; pero no logró que habitara en el palacio, prefiriendo una cabaña en el parque real. Amaestrado por Francisco, se persuadió de la realidad inexorable de su destino terreno. En vez de la salud del cuerpo, había obtenido la del alma. Y el 30 de agosto de 1483 Luis XI, el rey más insolente de la época, murió más cristianamente de lo que había vivido. Fue el milagro que él no había pedido.

Si bien Francisco había soñado y escogido por su morada el desierto, la divina providencia dispuso que continuara su misión

en la corte más fastuosa y mundana del siglo, trabajando por la pacificación y salvación de Europa. A la muerte de Luis XI, no regresa a su patria, sino que desde el cuartel general de Plessis-du-Parc, organizado ya en convento regular, fue el consejero de Carlos VIII y Luis XII en momentos históricos decisivos para el reino. En Francia, como en Italia, el Santo fue constantemente el abanderado y defensor de los oprimidos, estuvo siempre de parte de ellos, porque siempre estaba de la parte de Cristo. Un ejemplo luminoso de esta conducta nos lo ofrece su encuentro en la corte francesa con una mujer nacida para el dolor y el sacrificio: Santa Juana de Valois, la hija no amada de Luis XI y la esposa despreciada de Luis XII, fundadora de la Orden de la Santísima Anunciada. Nuestro Santo fue para la desventurada reina consejero iluminado, amigo fiel, ángel del consuelo en el áspero calvario de su vida. En definitiva, un rasgo delicadamente humano que se trenza con la austeridad algo selvática del santo anacoreta.

San Francisco intervino asimismo en la vida política y militar española, ofreciendo nuevos perfiles a la catolicidad de su misión. Ya desde joven había reaccionado contra el peligro de la media luna. Y mientras los soldados del rey de Nápoles combatían en Otranto (1480) contra el asalto del Islam, él y sus ermitaños movilizaron las fuerzas imponderables de sus oraciones, sacrificios y consejos a favor de las armas cristianas. Aquellos entusiasmos juveniles no desaparecieron en la vejez, cuando la cruzada se combatía en las vegas andaluzas. Ahora el taumaturgo de Paola, desde la corte de Francia, se pone al lado de los cruzados hispanos. Las armas de Fernando V tropiezan con serias dificultades a las puertas de Málaga, el asedio se prolonga; los asaltos a la fortaleza se multiplican inútilmente; cunde el desaliento y se plantea la retirada. En aquel crítico momento se presentan ante el rey dos religiosos enviados por el solitario de Plessis con una embajada: es necesario continuar sin titubeos ni vacilaciones la cruzada contra el Islam. A los tres días —era el año 1487— el rey, al frente de sus tropas victoriosas, entra en la ciudadela. Y el pueblo saludó a los embajadores como «frailes de la Victoria» y Fernando V les ofreció una residencia. Nuestra Señora de las Victorias perpetúa en la capital malagueña el re-

cuerdo. Así, San Francisco de Paola, representado en sus religiosos, entraba en la vida nacional al sonido de las trompetas de la victoria, hallándose presente al remate triunfal de la Reconquista. Y, en afanes apostólicos, los mínimos extendieron su benéfica aportación al Nuevo Mundo hispano, pues el jefe espiritual de la primera expedición de las carabelas de Colón (1492) fue el mínimo aragonés fray Bernardo Boyl. Y en esta proyección americana latía el espíritu del fundador.

En el atardecer de su laboriosa jornada no disminuyó la actividad bienhechora de consejero y orientador de conciencias. Seguía siempre en vanguardia defendiendo los intereses de Dios y de su Iglesia, mientras que el continuo e intenso ejercicio de las virtudes afinaba más y más su noble espíritu y lo enriquecía de tesoros de vida eterna. Por fin llegó la hora suprema. Todavía resonaban en sus oídos los ecos conmovedores de la pasión de San Juan que hiciera leer en su lecho de muerte, cuando el Viernes Santo de 1507, 2 de abril, el taumaturgo Francisco de Paula, silenciosamente, volaba al cielo. Así lo proclamó enseguida a voz en grito el pueblo de Tours. Así lo sancionó Dios con una lluvia de gracias y milagros. La corte de Francia se hizo intérprete de la voz común, y León X, el 1 de mayo de 1519, le decretó los honores de los altares. En esta memorable ocasión el Sumo Pontífice le proclamó ante la faz del mundo entero «enviado de Dios para iluminar, cual mística estrella, las tinieblas de su siglo». En realidad, la estrella que apareció en el cielo de Paola en la alborada del 27 de marzo de 1416 y sufrió un eclipse en Tours a mediodía del 2 de abril de 1507 continúa brillando en el firmamento de la Iglesia, después de haber iluminado con sus fulgores una de las épocas más turbulentas de la historia y de haber dado a la edad del Renacimiento pagano matices de color de cielo.

MELCHOR DE POBLADURA, OFM. CAP.

Bibliografía

Acta SS. Boll., 2 de abril: *Procesos de beatificación; Vita,* por L. della Chiave, testigo de vista.

AGUSTI, V., SI, *Vida de San Francisco de Paula, fundador de la Orden de los Mínimos* (Madrid 1912)

DABERT, N. J., *Histoire de saint François de Paule et de l'Ordre des Minimes* (Périgueux 1875).

PRADIER (Abbé), *Les grands fondateurs d'Ordre· Saint François de Paule, fondateur des Minimes* (París 1892).

ROBERTI, G. M., OM, *San Francesco di Paola, fondatore dell'ordine dei Minimi (1416-1507)* (Roma 1915)

— Actualización:

ADDANTE, P , *Il processo cosentino e turonense a Francesco di Paola: ricerche storico-critiche* (Bari 1979).

BELLANTONIO, A., *S. Francesco di Paola.* Postulazione Generale dei Minimi (Roma 1973).

CASTIGLIONE, A., OM, *San Francisco de Paula: vida ilustrada* (Barcelona 1980).

FOUCOU, M , *Saint François de Paule, sa vie, son culte a Fréjus, sa bravade* (Fréjus 1998)

BEATA ISABEL VENDRAMINI

Virgen y fundadora († 1860)

He aquí otra mujer enamorada de las riquezas de los pobres, de la hermosura de la gente fea, del amor de quienes carecen de amor. Una loca, una mística, un cielo en la tierra.

Se llamaba Isabel Vendramini. Sus padres eran Francisco y Antonia Duodo y nació en Bassano del Grapa el día 9 de octubre de 1790. La familia era de clase media por parte de padre y de clase alta por parte de madre; ella era noble, de los Vénetos. O sea, una casa bien, sin pasarse de la raya.

Era una chica de gran sensibilidad; la primera comunión y la confirmación hicieron mella en su alma. No celebraba esos acontecimientos sin que dejaran honda huella en su interior. O sea, lo que se llama «una figura de buena arcilla». Y para mayor ilustración estuvo como alumna en las hermanas agustinianas que la enfilaron hacia caminos de gran altura espiritual.

A los 27 años estaba ya para casarse con un guapo chico de Ferrara y no sabemos lo que le pasó. Fue como una verdadera conversión. Ante la idea cercana de casarse, se lo pensó tres veces y al cabo de muchos apuros interiores le dijo al novio que no se casaba; que lo dejaba plantado; que se le habían metido en la cabeza otras iniciativas más altas. Y después de dar este paso tan duro para cualquier joven casadera, estuvo en casa madurando la forma de llevar a cabo sus ideales nuevos.

Quería dar toda su vida a Dios, quería hacerse pobre con los pobres y curar las enfermedades corporales y espirituales de todos los enfermos que se pusieran al lado.

Tres años pensando, y en ellos, haciendo prácticas de caridad cristiana. Llevaba una vida muy austera entre penitencias y caridades. Asistía a los enfermos y se entregaba a la educación de las muchachas de un orfanato. Era el día 7 de agosto de 1820 y ya estaba viviendo en el orfanato de Bassano, su pueblo. Poco a poco se iba saliendo con la suya. Al año siguiente se hace terciaria franciscana. Cada vez andaba por caminos más empinados.

El día 1 de enero de 1827 deja su pueblo y se traslada a Padua, a la patria de San Antonio, el portugués afincado en Italia. Y en Padua se va a vivir a la zona más pobre de la ciudad. Es lo que se dice: «De hacerla, hacerla gorda».

A los tres días de llegar a Padua es contratada en la Casa de los Expósitos para la formación de las jóvenes. Y allí se encontró con un santo sacerdote Luis Morán al cual confió sus ideales de fundación y le entregó las preocupaciones de su alma. Él se convirtió en su director y en colaborador de la fundación. En todas partes hay santos sacerdotes que se ponen al lado de mujeres geniales, las fundadoras, y las ayudan a caminar seguras.

Va pasando el tiempo y a los tres años tiene un pequeño grupo de amigas que le siguen. Con ellas empieza la nueva fundación de las Terciarias Franciscanas Isabelinas. El día 4 de octubre de 1830 comienza la aventura. Al año siguiente hacen la profesión religiosa en serio. Toman el nombre de Isabel de Hungría, patrona de las terciarias franciscanas. Su ideal es vivir al servicio de los pobres.

El corazón de su doctrina estaba en el misterio de la Santísima Trinidad. Conviene decirlo, porque cada persona, cada institución tiene su matiz especial, su carisma, su tono de voz. Y estas hermanas, contemplando el misterio de la Trinidad, sacaban fuerza para servir por entero a los pobres. Dios inspira sus caminos como quiere y por donde quiere. Y el trinitario era el camino de estas esforzadas mujeres. O sea, que empezaba por ser un espíritu contemplativo.

Pero enseguida se presentaba el lado activo de la vida de estas hermanas. La fundadora daba ejemplo en el trato con los

enfermos, con los ancianos y con los niños. Y el colmo de su fama llegó cuando vino el cólera morbo y las gentes se morían como chinches.

Murieron algunas hermanas de la congregación en este servicio a los enfermos. Por esa razón, en todas partes se hablaba de la heroicidad de estas mujeres que estaban dispuestas a perder la vida en servicio a los enfermos. Los actos heroicos siempre han llamado la atención, son como un milagro venido del cielo Estas mujeres sobresaltaban a cualquiera.

Hemos hablado del misterio de la Trinidad. No podemos olvidar que las personas que viven con fuerza una idea, la viven como si fuera un árbol, en sus diversas ramas. Y así se puede decir que Isabel cultivaba en sus hijas el amor a Jesús crucificado, a la Eucaristía y la Dolorosa. ¿Por qué estas tres figuras están las tres llenas de sangre? Porque querían llegar a los enfermos con el alma templada para sobrellevar cualquier sacrificio aunque les costara sangre.

Eran buenos tiempos para las vocaciones. Isabel tuvo la suerte de encontrar enseguida un numeroso grupo de chicas que le seguían en su vocación. Hoy los tiempos se nos han vuelto en contra y aún no sabemos por dónde vamos a salir. Muchas comunidades se sienten en crisis y algunas van desapareciendo. Pero Isabel tuvo la suerte de vivir en mejores días.

Así tuvo a su cargo numerosas chicas que se dejaban formar en el espíritu de la fundadora. También crecían los puestos de trabajo. Veamos: en 1834 las llaman a la Casa de las Industrias. Dos años más tarde, se hacen cargo de la instrucción de las niñas huérfanas, huéspedes del colegio del Beato Peregrino. Pasado algún tiempo las llaman para asistir a ancianos en casas de reposo, a los enfermos en sus propias casas y en los hospitales. Y la que hemos dicho, llegado el cólera había trabajo peligroso para todas.

Es curioso observar que en esos mismos años se multiplicaban las fundaciones de hombres y mujeres dedicadas a los pobres y enfermos. Ello denota que la sociedad civil no llegaba a cubrir estos sectores de la sociedad, y la Iglesia suplía estos servicios porque se sentía llamada a estar cerca de los más desatendidos. Si hacemos ahora la lista, no paramos en medio día. Es

admirable que siempre haya estado la Iglesia llenando agujeros que nadie atendía.

Y el Instituto seguía bajo la vigilante mano de la madre fundadora. Estuvo de superiora durante 32 años, que se dice pronto. Era la persona más amada de toda la congregación; ella le dio su tinte franciscano, su espíritu caritativo y su afán misionero. Hoy son más de 150 comunidades extendidas por el mundo.

Isabel murió en Padua, el 2 de abril de 1860, a los 70 años de edad. Las beatificaciones son lentas; sólo a los 200 años de haber nacido, el papa Juan Pablo II la beatificó, el 4 de noviembre de 1990. Y dispuso que su fiesta se celebrase el día 2 de abril.

De aquel hermoso día podemos recoger algunas palabras del Papa en la misa de la beatificación:

> «La figura de la beata Isabel Vendramini se inserta en la dinámica espiritual cuyo punto de apoyo central es la unión profunda con Jesús y el amor hacia los pobres, que son protagonistas de tantas páginas del evangelio. Las palabras del Señor: "Siento compasión de esta gente, porque hace ya tres días que permanecen conmigo y no tienen qué comer" (Mc 8,2) marcaron profundamente el corazón de la beata Isabel ya desde la juventud, cuando advirtió que era fuerte la inspiración de consagrarse totalmente a Cristo y al servicio de los pobres. Dejó, sin titubear, las comodidades de la vida familiar y social para dedicarse a las jóvenes abandonadas y a los necesitados de los barrios más marginados.
>
> La obra de Isabel sacaba su inspiración y su fuerza de lo Alto y de su fuerte espíritu de oración. Religiosa de refinada sensibilidad contemplativa, la beata se perdía en la meditación del misterio de la Santísima Trinidad, captando el dinamismo de la encarnación del Verbo, para llegar finalmente a la alabanza y la admiración de Cristo pobre y crucificado, al que reconocía y servía después en los pobres tan amados.
>
> Desde el cielo hoy Isabel exhorta a todos aquellos que quieren ayudar eficazmente a los hermanos en el alma y en el cuerpo a sacar fuerzas de la fe en Dios y de la imitación de Cristo. En esto fue como un vástago fecundo de la espiritualidad franciscana. De San Francisco imitó sobre todo la vida pobre, la fe segura y sencilla y el amor a Cristo crucificado.
>
> La beata Vendramini nos enseña, además, que donde es más fuerte y segura la fe, allí será más audaz el impulso de la caridad hacia el prójimo. Donde más se percibe el sentido de Cristo, allí será más crecido y concreto el sentido de las necesidades de los hermanos».

FÉLIX NÚÑEZ URIBE

Bibliografía

AAS 85 (1993) 978ss
L Osservatore Romano (ed en espanol) (2 y 9 9 1990)
www enrosadira it/santi/e/elisabettav htm
www franciscanos org/osservatore/isabelvendramini html
www scuolavendramini it/strutturahome htm

BEATO FRANCISCO COLL

Presbitero y fundador († 1875)

Nació este gran misionero catalán el 18 de mayo de 1812, en el pueblo de Gombrèn, diócesis de Vic, y provincia de Gerona. El pueblo está construido a 900 metros sobre la montaña de Montgrony, en la comarca de Ripollés, en pleno prepirineo. Fue el undécimo y último hijo de Pedro Coll y Portell y de Magdalena Guitart y Anglada. La gente de entonces vivía allí de lo que ofrecía la montaña: leña de los bosques, pastos abundantes y un poco de agricultura. El padre no era rico, pero se ganaba la vida ejerciendo la profesión de cardador de lana.

Cuando nació Francisco, España se encontraba bajo el dominio napoleónico, y Gombrèn, como toda la región, había sido unida a Francia. Eran años difíciles, y el año de su nacimiento ha pasado a la historia como «el de la gran hambre».

Francisco fue bautizado al día siguiente de nacer, en la Iglesia de Santa Magdalena, y confirmado en Ripoll por el obispo de la Seo de Urgel, el 17 de agosto de 1818. Su padre falleció cuando el niño no había cumplido los cuatro años de edad. Su madre, profundamente cristiana, supo inspirar en el pequeño sentimientos de piedad y de amor a Dios y a la Santísima Virgen María.

De pequeño era vivaracho y juguetón, era robusto y desbordaba vitalidad, le costaba estarse quieto. En sus juegos de niño apuntaba ya rasgos de su futuro liderazgo y de su capacidad para la comunicación con los demás. Desde los primeros años mostró gran inclinación a la piedad y a las cosas de Dios, y señaladamente a la predicación, en la que en forma de juego dirigía a sus compañeros, subido en un banco, a una pared o a la fuente de la iglesia del pueblo. Su madre le ayudó a descubrir su vocacion al sacerdocio y le alentó siempre.

Después de cursar los estudios elementales en su pueblo natal, comenzó sus estudios en el seminario de Vic, en el curso 1822-1823, a los diez años de edad, como estudiante externo. La mayoría de los seminaristas de entonces vivían con sus familias o en casas particulares, donde recibían hospedaje en las «masías» diseminadas por los contornos, con la única condición de dar ellos clases a los hijos de las familias que los acogían.

Francisco se hospedó en la familia Coma, propietaria de la masía de los Puigseslloses, en el término municipal de Folgueroles (Barcelona), a unos cinco kilómetros de Vic, que el seminarista los recorría todos los días, de ida y vuelta. Se levantaba temprano y llegaba a Vic a tiempo para oír misa antes de ir a clase. Para la comida, añadía a las provisiones que le daban en casa de los Puigseslloses, un plato de sopa caliente en el convento de los dominicos o de los franciscanos con quienes tenía un mayor contacto.

En el seminario tuvo un grupo de profesores muy cualificados y unos condiscípulos que, pasado el tiempo, serían inmortales. Entre otros: Jaime Balmes, San Antonio M.ª Claret, con quien va a realizar grandes correrías apostólicas, y el dominico José Sadoc Alemany, primer arzobispo de California, y otros que llegaron a ser obispos y arzobispos en Cataluña.

Estudió en el seminario cinco años de latín y humanidades y tres de filosofía (1822-1830). En el seminario destacó por su piedad, aplicación en los estudios y trato amable y bondadoso con todos.

Su vocación a la Orden de Predicadores fue sorprendente y misteriosa. Hacia 1827, cuando finalizaba el trienio filosófico, y paseando un día por la calle de Sta. Teresa, en Vic, un desconocido le salió al encuentro y le dijo: «Tú, Coll, debes hacerte dominico». No pensó él nunca en esto, pero aquellas palabras se le grabaron de tal forma que no lograba borrarlas de la memoria. Y así, finalizados los estudios de filosofía, pidió el ingreso en el convento de Santo Domingo de Vic. Realizó y aprobó el examen acostumbrado para ello, pero sin embargo no fue aceptado porque, al ser pobre y no poder pagar la pensión del año de noviciado, el convento de Vic no contaba con recursos suficientes para admitirlo sin dinero. Sin embargo, tal vez el mismo padre

prior del convento le sugirió que se dirigiese a Gerona, pues este convento estaba en mejores condiciones económicas y podría ser admitido. Francisco, sin pensar en la distancia que le separaba de Gerona, se puso en camino, y en el convento dominicano de la Anunciación, o de la Anunciata de esa ciudad, es admitido al noviciado en el otoño de 1830.

¿Qué atrajo a Francisco a ser dominico? Sin duda la predicación constante de la Palabra de Dios y el celo por la salvación de las almas que veía en los dominicos que conoció como profesores en el seminario de Vic.

Hizo su profesión religiosa en octubre de 1831. Los cinco años de formación teológica dominicana (1831-1835) se alimentaron de unos contenidos esenciales, que le prepararon para su vida evangélica y para su vocación apostólica: la oración litúrgica, el estudio asiduo y sistemático de la verdad, la observancia regular y la vida comunitaria.

El testimonio de uno de sus condiscípulos —el P. Domingo Comas— nos lo presenta como

> «lleno de sensatez, humildad y alegria , era docil a las indicaciones de los superiores, de corazon sincero y agradecido [ ], amaba el silencio y la soledad que le preparaban para la oracion y el estudio, destacaba por su caracter pacifico, expansivo y jovial Su voz fuerte, dulce y sonora, y su fino oido y amor a la musica, lo convirtieron en el ideal director del coro dominicano ahora y mas tarde en el gran predicador de Cataluña [ ] Era muy devoto de la Virgen Maria y tenia por costumbre llevar el rosario en la mano [ ] Nada se veia en el de extraordinario, pero llamaba, si, la atencion por hacer tan bien las cosas ordinarias»

El 4 de abril de 1835 recibió el diaconado en la Basílica de Ntra Sra. de la Merced, de Barcelona. Estudia profundamente la *Suma* de Santo Tomás, y los ratos que le quedan libres los dedica a la oración personal, a la lectura de libros piadosos, sobre todo de las obras de fray Luis de Granada y el *Ejercicio de perfeccion y virtudes cristianas* del jesuita P. Alonso Rodríguez.

A la muerte del rey Fernando VII (1833) comenzó en España la guerra civil denominada «Guerra de los siete años». El gobierno de Martínez de la Rosa dictó una serie de disposiciones que afectaron primeramente a los conventos con menos de 12 frailes profesos, y después, el 25 de julio de 1835, a todos los re-

ligiosos, excepto a los escolapios y a los conventos dominicanos de Ocaña y de San Juan Bautista de Coria por ser conventos de preparación de misioneros para Asia. Los bienes de los conventos suprimidos serían incautados y aplicados a amortizar la deuda pública del Estado. La exclaustración del convento de los dominicos de Gerona tuvo lugar el 7 de agosto de 1835. Francisco, a quien le falta un año para ser sacerdote, tiene que abandonar el convento con gran pesar, en compañía de su compañero y condiscípulo dominico José Sadoc.

Corriendo toda clase de peligros, se dirigió a su casa de Gombrén y se matriculó en el seminario de Vic para cursar el último año de teología que le faltaba. Pronto volvió a Vic y solicitó hospedaje en la casa de la familia amiga de los Coma de Puigseslloses, que lo recibieron como a un hijo reencontrado. Finalizado el curso, Francisco fue autorizado por sus superiores a ordenarse sacerdote. Pudo, por fin, ver coronado el sueño de su vida. Fue ordenado el 28 de mayo de 1836 por el obispo de Solsona (Lérida), el mercedario Juan José de Tejada, en la capilla de su palacio episcopal. Celebró su primera misa solemne, unos días después, en la capilla de la ermita de San Jorge, vecina a la casa de los Puigseslloses. Allí permaneció algún tiempo con la esperanza de volver pronto a su convento de Gerona. Pero como el tiempo pasaba ofreció sus servicios al prelado de Vic. El vicario capitular le envió, en calidad de dominico exclaustrado, primero a la población de Artés (Barcelona), a finales de 1838, y al año siguiente a Moyá, siempre en calidad de Vicario parroquial.

La ciudad había sido incendiada y muertas unas 150 personas. El nuevo Vicario se dedicó incansablemente a pacificar y consolar a sus feligreses, apagó muchos odios y vendó muchas heridas, socorrió a niños y mayores, ayudó y sirvió a todos.

Pero el P. Coll, aun viviendo como exclaustrado, se mantuvo siempre en relación y dependencia de los superiores de la Orden, de los que recibió cargos importantes a nivel dominicano, como Director de la entonces llamada «Orden Tercera de Santo Domingo para el territorio de la Provincia dominicana de Aragón», fundó el «Rosario Perpetuo», devoción que aún hoy subsiste, fue capellán del Beaterio de Vic y asistió espiri-

tualmente a las monjas dominicas de Santa Clara. El rosario fue su plegaria preferida. A alguien que le preguntó dónde lograba los profundos y convincentes argumentos que expresaba en sus predicaciones, él respondió: «En el rosario, el rosario es mi libro y mi todo». En 1852 publicó una obra en catalán, titulada *La hermosa rosa,* en tres volúmenes Es un devocionario misional, cuyo tema central es el rosario del que fue un constante propagador. En 1862 editó un opúsculo, *Escala del cielo,* dedicado asimismo al rosario

No se cerró en los estrechos límites de una parroquia, sino que practicó, en cuanto pudo, su vocación dominicana, siendo fiel al carisma propio de la Orden. Su celo apostólico le llevó a predicar novenarios, cuaresmas y misiones populares. Comenzó a evangelizar, primero en la diócesis de Vic, y a partir de 1844 como misionero popular por toda Cataluña durante 40 años

Es un evangelizador universal. Cada vez es menos el tiempo que dedica a la parroquia y más a las misiones populares. Se unió a San Antonio M.ª Claret y a varios sacerdotes seculares, agustinos y jesuitas, con los que en 1845 el futuro fundador de los «Misioneros Hijos del Corazón de María» organizó un «grupo de predicación», al que se llamó *Hermandad apostólica para la evangelización de la sociedad catalana,* mediante ejercicios espirituales, organizados por el P. Coll, y misiones populares. La Santa Sede lo nombró *misionero apostólico,* título que utilizó de por vida. Los cronistas lo comparaban a Santo Domingo de Guzmán y a San Vicente Ferrer, que a principios del s XV predicó en lugares que ahora recorría, siempre a pie, el incansable P. Coll Se cuenta que decía de él San Antonio M.ª Claret, compañero suyo en tantas misiones:

> «Donde yo predico, todavia puede el P Coll espigar, pero donde predica el P Coll, nada puedo yo recoger»

Y el obispo de Urgel, Fr. Simón Guardiola, haciéndose eco de la predicación del P. Coll, exclamó:

> «El que hace prodigios a traves de la predicacion es el P Coll, yo no se como dar gusto a todos los que me lo piden [ ] Dios nos de muchos hombres apostolicos como el P Coll, y nos volvera la paz que tanto necesitamos»

Fundamenta su incesante actividad evangelizadora principalmente en Jesucristo, que es el «primero y más grande evangelizador» (EN 7), después, en San Pablo, el evangelizador de los gentiles; y, finalmente, en Santo Domingo de Guzmán, fundador de los predicadores. Puede decirse que fue por excelencia el gran misionero del siglo XIX.

En torno al P. Coll se reunió un círculo de jóvenes que habían descubierto en él un corazón grande que los comprendía y acompañaba, padres a los que sabía dar el consejo oportuno para educar en la fe a sus hijos, almas piadosas que en él habían encontrado un guía espiritual. Amaba a todos y se sentía amado por todos. El P. Coll vio con claridad que su trabajo misionero encendía la llama de la fe y la vida cristiana en el corazón de las gentes. Pero ¿qué sucedería cuando acabase la misión y se quedasen solos? Sin atención pastoral y enseñanza religiosa, las gentes volverían a caer en sus costumbres relajadas, y los niños y jóvenes crecerían sin una adecuada educación cristiana

Decidido a satisfacer esta preocupación espiritual que anidaba en su corazón de sacerdote, con alguna de aquellas jóvenes deseosas de dedicar su vida al servicio del prójimo, concibió el proyecto de una fundación al servicio de las niñas y jóvenes de los campos y de los pueblos, con escasos recursos económicos y con vocación al ministerio de la enseñanza. Y con el consentimiento del obispo de Vic y del Maestro general de la Orden reúne a siete jóvenes, y el día 15 de agosto de 1856 funda en Vic, en el n.º 14 del Call Nou, la «Congregación de las Hermanas Dominicas de la Anunciata». Tenía entonces 44 años recién cumplidos. En una carta, redactada por él mismo y enviada al Maestro general de la Orden, en enero de 1871, le explica cuáles fueron los motivos al fundar la Congregación:

> «Habiendome dedicado muchos años —escribia—, como mi sionero apostolico y dominico exclaustrado a la predicacion, dando misiones y haciendo novenarios y sermones en el Principado de Cataluña, observe que una de las principales causas de la desmoralizacion de los pueblos era la ignorancia en la mujer y la falta de enseñanza religiosa Esto me indujo a discurrir como podria yo cooperar a la salvacion de tantas almas que se perdian por dicha causa y Dios Nuestro Señor me dio a entender que uno de los medios mas a proposito seria la fundacion de una Congregacion o

Instituto de Hermanas Terciarias Dominicas, que tuviese por objeto la enseñanza de las niñas en los pueblos y ciudades»

La Congregación, a pesar de las dificultades iniciales, se extendió con gran rapidez en diferentes puntos de Cataluña. A este rápido progreso contribuyó la incorporación de algunas jóvenes dedicadas a la enseñanza y obras benéficas que vivían agrupadas en una asociación no religiosa denominada de *Servitas*. Animadora de este primer grupo fue Rosa Santaeugenia, que será más tarde la primera Priora general de la Anunciata y mano derecha del fundador. Las componentes de la Congregación serían almas consagradas al Señor que, reunidas en vida comunitaria, de acuerdo con el estilo y las tradiciones de la Tercera Orden de Penitencia de Santo Domingo, estarían dedicadas al servicio educativo de los hijos del pueblo, sobre todo en las aldeas más pobres y abandonadas. Así el P. Coll se haría presente en los pueblos y ciudades con la permanencia en ellos de sus «hijas». Es interesante notar que el mapa de las nuevas fundaciones de la Anunciata coincide casi completamente con el de las predicaciones del P. Coll.

Una vez fundada la Congregación el P. Coll siguió evangelizando y cuidándola con gran celo e interés. A su muerte contaba ya con más de trescientas religiosas esparcidas en más de cuarenta Casas. Hoy son 1300, pertenecientes a seis provincias y un Vicariato, diseminadas por 21 naciones de Europa, Asia, África y América. Su presencia en Cataluña es especialmente sobresaliente, donde cuenta con dos provincias.

Estando predicando un novenario, el 2 de diciembre de 1869, en Sallent (Barcelona), pueblo natal de San Antonio M.ª Claret, tuvo un ataque de apoplejía, que le dejó completamente ciego. Pero su temple apostólico le hizo seguir predicando hasta terminar el novenario. Se repuso un poco, pero a partir de entonces se repitieron los ataques de la enfermedad. Murió en Vic, el 2 de abril de 1875, a los 63 años de edad aún no cumplidos. El proceso en orden a su canonización se abrió el 3 de marzo de 1930.

El 4 de marzo de 1970 el papa Pablo VI firmó el Decreto acerca de la heroicidad de sus virtudes y fijó la fecha de beatificacion para el 22 de octubre de 1978. Su sucesor Juan Pablo I

mantuvo la misma fecha. Sin embargo, fue Juan Pablo II quien lo beatificó el 29 de abril de 1979, siendo el primer beato elevado a los altares por este pontífice. Su fiesta litúrgica se celebra el 19 de mayo. Escultóricamente se le representa con un libro y el rosario en las manos.

PEDRO RIESCO PONTEJO, OP

Bibliografía

ÁLVAREZ, P., OP, *Santos, bienaventurados, venerables de la Orden de los Predicadores.* III: *Venerables* (Tip. de «El Santísimo Rosario», Vergara 1922) 691-703.

Art. en A. MARTINEZ PUCHE (dir.), *Nuevo año cristiano. Mayo* (Madrid 2000) 368-379.

Art. en C. LEONARDI - A. RICCARDI - G ZARRI (dirs.), *Diccionario de los Santos,* I (Madrid 2000) 824-827.

FORALOSSO, M., *Piedra viva de Cristo: Francisco Coll* (Madrid 1992).

GOMEZ, V. T., OP, «Beato Francisco Coll y Guitart, al servicio de la evangelización y de la escuela», en J. BOSCH, OP (dir.), *Dominicos que dejaron huella* (Madrid 2000) 79-85.

GONZÁLEZ, M.ª O., Dominica de la Anunciata, *Beato Francisco Coll, el gran evangelizador y fundador* (Burgos 1997).

BEATA MARÍA DE SAN JOSÉ ALVARADO CARDOZO

Virgen y fundadora († 1967)

María de San José Alvarado Cardozo, en el siglo Laura Evangelista Alvarado Cardozo, fundadora de las Agustinas Recoletas del Sagrado Corazón, primera beata venezolana, vino a este mundo el 25 de abril de 1875 en el pequeño puerto marítimo *Choroní,* así llamado en lenguaje patrio (Estado de la venezolana ciudad de Aragua). Tres años después pasaba con sus padres a vivir a la vecina Maracay, ciudad entonces de unos 4.000 habitantes. Clemente, su padre, hombre liberal y algo frío en lo religioso, era comerciante. Su madre Margarita, en cambio, muy piadosa y caritativa ella, fue la encargada, junto a su suegra doña Mercedes de Alvarado, de la educación religiosa y moral de la pequeña Laura.

Era de niña Laura más bien menuda y delgada, que no débil; antes al contrario, cabría decir incluso que supo mostrarse, siempre que la ocasión lo quiso, resistente más bien, ágil y muy activa. Voluntad firme y enérgica la suya. Era su temperamento diríase que inquieto y sobremanera vivo, hasta el punto de haber sido

éste el principal caballo de batalla durante toda la vida. De aguda inteligencia y, a la vez, portentosa memoria, la economía familiar, sin embargo, no daba, ¡ay!, para enviarla a Caracas a cursar carrera superior. Es lo cierto, no obstante, que en Maracay terminó todos los años del colegio con las mejores calificaciones.

Recibe la primera comunión a los doce años, el 8 de diciembre de 1887. La eucaristía va a ser desde entonces el eje de su vida, la fuente de su fervor y el referente obligado de su elevada espiritualidad, sacudida, por cierto, cinco años después, al despertársele la vocación religiosa. Son ya los años próximos a un pontificado, el de San Pío X (1903-1914), que se va a caracterizar por favorecer el fervor del mundo católico al sacramento de la eucaristía. Desdichadamente no había entonces en Venezuela, aunque parezca raro, pero eso dicen sus primeros biógrafos, un solo monasterio donde poder entrar de monja, como era su deseo. El confesor, un español, le sugiere la posibilidad de trasladarse a España, mas la idea, aunque buena, se desecha pronto por prácticamente imposible, o cuando menos inoportuna. Claro que tampoco ella está dispuesta a que se le cierren los caminos sin más. De modo que, visto el oscuro panorama, resuelve consagrarse en privado al Señor. Y así es como el 8 de diciembre de 1892, a los cinco años justos de recibida la primera comunión, entra en la iglesia del pueblo y, de rodillas ante el altar, hace voto de virginidad. Un crucifijo colgando del cuello será desde entonces el signo de esta consagración privada. Muy pronto va a ser conocida en todo Maracay como «la Niña del Cristo».

Con las primeras luces del siglo XX, no bien se apaga la hoguera de una revolución que ha durado cuatro años (1897-1900), llegan también a Venezuela tiempos de paz y claridad. La Iglesia reconoce jurídicamente a las numerosas congregaciones religiosas dedicadas a la beneficencia y por doquier surgidas durante el XIX, comprendidos los turbulentos años de final de siglo. Laura lleva un tiempo formando parte de un grupo de mujeres piadosas denominadas «las Samaritanas» dedicadas precisamente a lo que su mismo nombre indica y, ante las buenas nuevas de aquel venturoso amanecer, siente llegada también para sí la hora del cambio.

Con fecha 20 de noviembre de 1901, en efecto, escribe al arzobispo de Caracas solicitando permiso para vestir hábito religioso, y el 22 de enero de 1902, finales, pues, del pontificado de León XIII, hace junto con tres compañeras profesión de los consejos evangélicos. Acaban de nacer así las Hermanas de los Pobres Agustinas. La nueva familia religiosa surge con el propósito de ayudar a los pobres, enfermos y huérfanos. El título se basa en el cuidado y dedicación a éstos en los hospitales, en la observancia de la Regla de San Agustín y en el hecho de vestir el hábito negro de Santa Rita, recién canonizada. Toda una mudanza de vida que afectará incluso al nombre: Laura va a llamarse a partir de entonces María de San José. Y la directora del grupo de «Samaritanas», en consecuencia, priora de la nueva comunidad.

Venezuela dispensa desde el principio gran cariño y honda simpatía a las nuevas Hermanas que, en apenas dos años, pasan de las cuatro del primer momento a nada menos que veinte, ocupadas todas en atender los hospitales de La Victoria y Villa de Cura. Este raudo crecimiento permite introducir otras novedades, por ejemplo la profesión de votos públicos y perpetuos, cuya primera ceremonia tiene lugar el 13 de septiembre de 1903, recién estrenado el pontificado de San Pío X, una fecha después de todo que madre María, en cuanto nueva priora de la comunidad, siempre recordará y celebrará con especial devoción.

Apenas han pasados unas semanas y el arzobispo de Caracas tiene sobre la mesa el borrador de los nuevos estatutos. Las recién fundadas Hermanas de los Pobres llegan con ansias de amor y rebosando evangelio por los cuatro costados· se proponen practicar la caridad con un apostolado sin fronteras. Lo mismo van a servir abnegadamente a los pobres acudiendo a sus chabolas en los arrabales y entre cochambre de la ciudad que a base de asistencia física y espiritual a enfermos en los hospitales y casas de cura, o mediante limosnas a menesterosos allí donde las circunstancias lo demanden. Siempre que sea preciso, ¡y cuándo no!, harán de catequistas con los niños y analfabetos, y ocasiones habrá en que su dedicación consista en correr con la limpieza del templo, el lavado de la ropa, la custodia de los

utensilios litúrgicos; en resumen, el decoro de lugares destinados al culto.

El asilo de huérfanos, así y todo, centra las atenciones de la Madre. Sera como la niña de sus ojos. Venezuela entonces disponía, hasta cierto punto, claro es, de ayudas para los enfermos. Harina de otro costal era, por el contrario, el asunto de los hospicios y asilos: las guerras habían dejado tras de sí una ingente y desoladora secuela de niños huérfanos a los que atender, de cuyos cuidados, sin embargo, nadie o casi nadie se ocupaba. La fundación de un asilo para niños, pues, acaparó desde el primer momento el empeño personal de la madre María Josefa. Corría el año 1905, primeros tiempos de rodaje de un nuevo pontificado romano, el de San Pío X, cuyas aspiraciones eran «instaurar todas las cosas en Cristo», hacer, en suma, de modo que Jesucristo, como bellamente dijo en su día Fray Luis de León, fuera «la razón y la proporción y la compostura y la consonancia de todas» las cosas. En resumen, y puesto «que puso ser a las cosas todas», armonía de la creación.

No fue fácil sacar adelante el proyecto del asilo/hospicio. Pero que la madre María Josefa había dado en la diana era evidente. En poco más de un año el número de niños en él acogidos se triplicó, y las deudas, consiguientemente, subieron como la espuma. Deudas, es cierto, las había todos los días, eso desdichadamente es muy común, pero la Madre se las arreglaba siempre para salir airosa: unas veces era un donativo anónimo; otras, una subvención llegada como agua de mayo; otras, en fin, un benefactor caído del cielo, siempre, siempre, desde luego, la Providencia, a cuyo tierno regazo madre María Josefa se confiaba ella misma y consigo su obra toda de caridad. La fundamental base económica, no obstante, consistía en las pequeñas cantidades recaudadas por las hermanas que de modo habitual, y la Madre era la primera en hacerlo, salían cada mañana a postular por Maracay y por otras ciudades de Venezuela.

Tampoco resultó sencillo sacar a flote la Congregación. Por si no fuera bastante ya el reto común de tirar cada mañana del carro, las cosas vinieron a complicarse de pronto cuando ella misma, madre María Josefa, apenas abierto el asilo, enfermó hasta el extremo de llegarse a temer lo peor, como lo prueba el

hecho de redactar una «carta testamento». Pasado pronto el peligro, resolvió no hacerla pública, pero la importancia del contenido determinó lo que en adelante habría de ser su invariable estribillo:

> «Amemos a nuestras hermanas Soportemos en silencio No tengamos para ellas palabras duras e hirientes Amaos las unas a las otras ¡Oh, sublime caridad, se tu el norte que guie a nuestras hermanas!»

Resonancia perfecta, como se ve, del Jesús de los adioses y despedidas del Jueves Santo (cf. Jn 13,33-35), de cuanto al fin y al cabo centra esa jornada memorable que hoy, tras el correr del tiempo, denominamos «Día del amor fraterno», «Jueves de la institución del sacerdocio y de la eucaristía». En época ya posconciliar ha venido a incorporarse a la lista la expresión «Día de la unidad» (cf. Jn 17,1-26).

La espiritualidad del Instituto religioso, o el carisma de la Congregación, por decirlo con palabras comunes después del Vaticano II, es, en lo fundamental, la misma que la madre María Josefa imprime desde el principio. Esa caridad ejercida sin condiciones, practicada, a tiempo y a destiempo, sin tasa ni límites de ningún género, hasta donde cada hermana aguantase. Apurando críticamente las cosas, podríamos adivinar tan elevado espíritu en los sucesivos nombres que la fundación ha tenido desde que apareció. Y así, las que en 1902 se llamaron «Hermanas de los Pobres de San Agustín», a partir de sus bodas de plata pasan a llevar el título de «Hospitalarias Agustinas del Corazón Eucarístico de Jesús». Y desde 1952, «Hermanas Agustinas Recoletas del Corazón de Jesús». A cualquier profano estos nombres podrían sonarle a tres instituciones religiosas distintas, independientes, ni siquiera relacionadas entre sí. Pero lo cierto es que a la vista tenemos la misma y única fundación de madre María Josefa.

Claramente se aprecia recorriendo como espina dorsal de tales epígrafes la devoción al Corazón de Jesús y a la Eucaristía, dos facetas muy comunes en la espiritualidad de la época, que la madre María Josefa cultivó de forma incansable y con acendrado fervor. En la eucaristía encontro siempre, atrás se ha dicho, la base y el obligado referente de su ser y su quehacer. Es comprensible que, levantando un poco la piel del misterio, su fina

sensibilidad acierte a descubrir latiendo debajo el Corazón de Jesús. Este ardiente amor a la Eucaristía se traduce, para la fundadora y sus hermanas, en un servicio que diariamente prestan a todo Venezuela con el envío de formas para la misa. Las fechas de la Inmaculada, en fin, tan determinantes en su vida seglar y de consagrada, lo fueron asimismo para otra faceta brillante de su devoción, o sea, la mariología. Su piedad mariana, bajo la forma de filial amor a la Inmaculada, sumará quilates a la cristológica y eucarística de todo el Instituto, y juntas vendrán a conformar un verdadero sistema doctrinal de teología robusta y de bien consolidada espiritualidad en la Iglesia de todos los tiempos.

Nunca gozó la madre María Josefa de buena salud. Los testimonios con que probarlo podrían multiplicarse. Valgan de muestra sólo dos. En 1928 escribe: «Desde 1910, cada día me parece ser el último de mi vida, y lo mismo cada noche». Treinta años más tarde, en 1957, vuelve a la carga: «Vivo pendiente de la muerte; siempre he vivido así». Esto no quiere decir, compréndase bien, que fuera una introvertida o poco menos que una mujer neurótica de las ultimidades humanas, amiga de perder el tiempo en disquisiciones sobre el más allá. Muy al contrario, precisamente por tener a menudo como entretenimiento tan sublime idea, no cejará en el empeño de gastarse y desgastarse, como fundadora y superiora, por el bien de las almas y la prosperidad de la Congregación. De hecho, así seguirá, con ese laudable temple, sin dar su brazo a torcer en simplicidad, prudencia y solicitud, hasta 1960, tiempos ya del Beato Juan XXIII, en que, al fin, le viene aceptada la renuncia. Es mayor, con 85 años a las espaldas, y apenas ve. Lo único que al Señor le pide es «un rayito de luz» con que poder «ver a Jesús Sacramentado». A pesar de su avanzada edad, todavía le quedan arrestos para retirarse a su tierra natal y dedicarse allí a las tareas más humildes. Es la pasta de la que están hechos los santos.

Muere llena de méritos, como el criado bueno y fiel (cf. Mt 25,21-25) que ha hecho fructificar los talentos —ella nunca los enterró—, el 2 de abril de 1967. La Iglesia católica tiene al papa Pablo VI en la Cátedra de San Pedro y apenas hace dos años que de modo solemne ha sido clausurado el Concilio Vatica-

no II, justo el 8 de diciembre de 1965, fiesta de la Inmaculada, otra vez la Inmaculada y siempre en su vida la Inmaculada, fecha para ella tan querida y alabada. Su funeral tuvo lugar dos días después y constituyó una imponente manifestación de duelo: había dejado mucha tierra buena y bien labrada por todos los sitios. El marco del mismo fue la catedral de Maracay, y en él estuvieron presentes las autoridades civiles y militares. Una escuadrilla de las fuerzas aéreas dejó caer sobre el cortejo fúnebre una lluvia de flores, signo quizá de las muchas gracias que a partir de entonces ella iba a impetrar sobre su amada tierra de Venezuela. La enterraron en la capilla del antiguo Asilo.

El Capítulo general de las Agustinas Recoletas del Corazón de Jesús, recogiendo el clamor popular, decidía introducir en 1978 la causa de beatificación, cuya singladura fue breve. Prueba de ello es que ya el 7 de marzo de 1992 Juan Pablo II daba por aprobado el decreto sobre la heroicidad de las virtudes, al que seguía con fecha 23 de diciembre de 1993 el de *super dubio* del milagro para la beatificación, firmado por el prefecto de la Congregación de Causas de los Santos, cardenal Angelo Felici. Los trámites iban dando sus pasos con regularidad. De modo que el 19 de enero de 1994 tocaba el turno a la exhumación de los restos. El cuerpo apareció intacto, lo mismo que el hábito y las azucenas colocadas sobre el pecho el día del entierro. Pasado el verano de ese mismo año, el cardenal secretario de Estado, Angelo Sodano, firmaba y hacía pública la Carta apostólica *Infirmus fui* por la que Juan Pablo II decretaba con fecha 7 de septiembre de 1994 la beatificación de la Venerable sierva de Dios María de San José Alvarado Cardozo, cuya solemne ceremonia tuvo lugar en la Plaza de San Pedro, Roma, el 7 de mayo de 1995. En el mismo documento, como es costumbre, disponía igualmente el Papa la fecha de celebración de su memoria: el 2 de abril.

PEDRO LANGA, OSA

Bibliografía

AYAPE, E SANCHEZ A L, *Vida de la Madre Maria de San Jose (Laura Alvarado Cardozo), fundadora de la Congregacion de Agustinas Recoletas del Corazon de Jesus* (Madrid 1980)

BARRIOS, D., *Sierva de Dios madre María de San José, fundadora de las Agustinas Recoletas del Corazón de Jesús de Venezuela* (Maracay 1984).
— ID., *La niña del Cristo. María de San José* (Caracas 1995)
Decretum beatificationis super dubio: *AAS* 86 (1994) 360-362.
GARCIA FRAILE, P. M., «María de San José», en C. LEONARDI - A. RICCARDI - G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los Santos,* II (Madrid 2000) 1602.
Litterae apostolicae, I: «Infirmus fui..»: *AAS* 88 (1996) 684-687.
Martyrologium romanum, o.c., 205, n.16; 729
MATTHEI, M., *Esbozo para un santoral latinoamericano* (Buenos Aires 1992).
PANEDAS, P., *María de San José. Primera santa de Venezuela* (Marcilla, Navarra 1991).
— ID., «Beata María de San José. Fundadora de las Agustinas Recoletas del Corazón de Jesús», en J. A. MARTINEZ PUCHE (dir.), *Nuevo año cristiano. Abril* (Madrid 2001) 54-60
SALAZAR, J. A., «Alvarado Cardozo, Laura», en G. PILLICCIA - G. ROCCA (dirs.), *Dizionario degli Istituti di Perfezione.* I: A-Cam (Roma 1974) col. 497

BEATO GUILLERMO APOR

Obispo y mártir († 1945)

La vida cristiana es una vida de testimonio de la fe mediante las obras. Este ideal lo llevó a la práctica de manera eminente el Barón Guillermo o Vilmos Apor, obispo de Györ, que padeció el martirio cuando defendía a su pueblo de los estragos de los ejércitos enemigos en la II Guerra Mundial, después de haber dedicado toda su vida a la lucha por la justicia y la mejora de las condiciones sociales del rebaño que le había sido encomendado. Fue un fiel reflejo de la vida de su Maestro entendida como entrega a los demás y vivida con un profundo sentido espiritual desde el sacerdocio como ministerio.

De familia noble, procedente de Transilvania, fue el séptimo hijo del Barón Gabor Apor, nacido el 29 de febrero de 1892 en una zona entonces perteneciente a Hungría. Ya desde su infancia tuvo un profundo sentimiento religioso debido a la formación que recibió de sus padres, ayudando a menudo a misa y orando en la iglesia. Siguiendo la tradición de la familia asistió al colegio de los jesuitas de Kalksburg, en Austria, lo que le hizo estimar personas de otras religiones y nacionalidades. Es en esta escuela donde se despierta su temprana vocación al sacerdocio y tras el paso por una segunda escuela, en Kalocsa, decidió pedir permiso a su madre para entrar en el seminario de Györ, siendo enviado poco después a completar sus estudios en Innsbruck.

Europa estaba en guerra el 24 de agosto de 1915 cuando Apor fue ordenado sacerdote. Entonces confiesa en su diario personal su admiración ante la gracia recibida preguntándose cómo se podría llegar a hacer merecedor de una tal benevolencia y amor. Celebró su primera misa en familia el 25 de agosto, siendo nombrado a continuación sacerdote coadjutor de la parroquia de Gyula, donde llegó el 31 de agosto para servir su iglesia, escuela y hospital. En este último celebraba su misa diariamente a las 6 de la mañana, atendiendo después a los enfermos. Con motivo del entierro de un soldado de 20 años pudo percibir en toda su crueldad el significado de la guerra.

A partir de este momento comienza su intensa labor social. En 1916 abre una oficina para la protección de las mujeres. Tras la sentida muerte del Emperador y Rey de Hungría, Francisco José (1916), en 1917 el padre Vilmos Apor fue enviado a servir como capellán de trenes-hospital, lo que le llevó en primer lugar a Transilvania, después al frente de Italia y finalmente a Austria y Hungría oriental. En el mismo año, pasa a ser profesor del seminario, lo que admite de buen grado, a pesar de su preferencia por el trabajo pastoral. En 1919 volverá a Gyula como párroco. Muchos húngaros fueron deportados a Rumania y el padre Apor intercedió en Bucarest para obtener su liberación, llegando los deportados a Gyula antes que él mismo.

En los años 20 descendió drásticamente el número de cristianos practicantes, a pesar de lo cual, él se puso al servicio de todos. La recesión mundial y las condiciones específicas de Hungría trajeron a Gyula en esa década la pobreza y la privación. En este contexto, mantuvo excelentes relaciones con los líderes de organizaciones eclesiásticas y autoridades del campo, urbanas y estatales interesadas en la reconstrucción del país. Dentro de este marco se inscribe la promoción de la Acción Católica a partir de 1922. El hecho de no permitir discriminaciones religiosas, raciales o sociales en su trabajo caritativo le permitió entrar en contacto con otras confesiones, siendo miembro del «Círculo Literario Protestante». En esta década siempre estuvo cerca de los más pobres.

Se prestó de una manera cada vez más intensa al trabajo social, abriendo una cocina pública en 1931 y haciendo una cam-

paña para reducir la pobreza. Junto con esta dimensión práctica, se esforzó porque cada uno desarrollara la espiritualidad que Dios esperaba de él. Él mismo siempre encontró tiempo para orar delante del Santísimo.

Reconoció prematuramente el peligro que suponía el desarrollo del nacional-socialismo en Alemania tanto para la Iglesia como para Hungría y se esforzó por que los alemanes de Gyula no cayeran bajo su influencia. El estallido de la guerra en 1939 supuso un duro golpe para Apor que todavía recordaba la I Guerra Mundial y los sufrimientos que causó. A este respecto, señaló que la guerra se podía ganar, pero la paz se perdería entonces de modo irremediable para la humanidad.

El 21 de enero de 1941 recibió la notificación del nuncio papal comunicándole su nombramiento como obispo de Györ. En su primera carta pastoral a los sacerdotes les instó a trabajar y amar ardientemente a todos los hombres. Como obispo escuchó a todos, tanto sacerdotes como fieles. Tomó nota de las necesidades de todos y emprendió las acciones necesarias para atenderlas. Durante estos años, las organizaciones eclesiales que él impulsó se identificaron con las aspiraciones de la gente, dándoles esperanza en un futuro para después de la guerra, que se vería más tarde oscurecido por el surgimiento después de la misma de un gobierno comunista. En 1943 se creó en su residencia episcopal el Movimiento Popular Social Católico, lo que llevó a continuación, en 1944, a la creación de un partido cristiano progresista para luchar contra el radicalismo de izquierda.

Se opuso a la persecución de los judíos por razones religiosas y morales y su intervención pudo, en alguna medida, frenar el progreso del antisemitismo. Desde 1942 fue protector de la Asociación de la Santa Cruz, fundada para proteger a los judíos bautizados y afectados por las leyes antisemitas de 1939. Ofreció también alojamiento a los judíos refugiados. En 1944 comenzó la deportación a Auschwitz. En ese mismo año protestó contra las violaciones de los derechos humanos cometidas en su diócesis. Intentó adoptar una reprobación conjunta del antisemitismo con los otros obispos húngaros estimando que nadie puede ser condenado sólo por la sangre que lleva en sus venas, lo que es un genocidio. Los alemanes amenazaron con una ma-

sacre en caso de que los obispos leyeran su pastoral sobre esta cuestión, por lo que fue finalmente retirada. A pesar de ello, él denunció la tortura como un grave pecado.

Durante la guerra, además de sus numerosos intentos de ayudar a los hebreos, encontró alojamiento para numerosas personas, incluso en su propio palacio y proporcionó ayuda financiera a todos los que pudo. Hizo todo lo que estuvo en su mano para defender la paz, su país y su ciudad. En septiembre de 1944, ante la orden de evacuar la ciudad, él mandó a todos los sacerdotes que permanecieran con su rebaño pasara lo que pasara. En 1945 llegaron los rusos a Györ. Su comportamiento siempre fue brutal, empezando la lucha el 28 de marzo, miércoles santo. Desde entonces los rusos entraron cada vez más frecuentemente a controlar las bodegas del palacio episcopal donde se encontraba el obispo refugiado con casi 400 personas.

Finalmente, una de las veces que los ocupantes entraron en busca de mujeres descubrieron una joven y corrieron tras ella. El obispo la protegió, pero uno de los soldados terminó por disparar. A pesar de que su sobrino se puso en la línea de tiro, tres balas le alcanzaron, una de ellas en el abdomen. Era el viernes santo en el que el obispo había leído la pasión a los allí congregados cuando pudo expresar por medio de este gesto tan elocuente su identificación total hasta la muerte con la vida del Maestro hasta la entrega de su vida. Fue trasladado a un hospital y operado, pero nada se pudo hacer por salvar su vida. Murió el 2 de abril de 1945, lunes de Pascua, uniéndose así a la resurrección del Señor.

El Barón Vilmos Apor fue beatificado por el papa Juan Pablo II el día 12 de noviembre de 1997.

JUAN JAVIER FLORES ARCAS, OSB

Bibliografía

La unica fuente conocida son las biografías escritas por L. BALASSY (Budapest 1989), J KOZI-HORVATH (Múnich 1984), E. SZOLNOKY (Szeged 1990).
Los datos biográficos han sido tomados del siguiente libro· *Martyr of Service and Charity. Life of Baron Vilmos Apor* (Londres 1993).

SAN APIANO

Martir († 306)

Conocemos su historia por Eusebio de Cesarea que lo conocía personalmente. Apiano (o Apfiano) había nacido en Licia, se había convertido en su juventud al cristianismo y marchó a Cesarea de Palestina a estudiar, donde coincidió con Eusebio. Cuando llegó la persecución de Diocleciano y se obligó a toda la población a participar en los sacrificios a los dioses, al ir a empezar el sacrificio, Apiano se atrevió a acercarse al propio presidente Urbano y tomarle la mano para impedir que realizara el sacrificio y le señaló que lo que iba a hacer era una impiedad y que sólo se debía adorar al único y verdadero Dios. Naturalmente Apiano fue arrestado y torturado y a todo trance se quería lograr que adorara a los dioses del Imperio, mientras el mártir insistía en que sólo adoraba al Dios de Jesucristo. Condenado a muerte, se le ataron los pies a un lienzo empapado en combustible, y ardiendo fue arrojado al mar. Pese a estar atado a piedras, el cuerpo luego fue hallado en la playa. Era el 2 de abril de 306.

SAN JUAN PAINE

Presbítero y martir († 1582)

Juan Paine (o Payne) nació en Peterborough (Inglaterra) hacia 1550, en el seno de una familia protestante. Llegado a la juventud se convierte al catolicismo y su conversión trae consigo su deseo de hacerse sacerdote. Marcha en 1574 al seminario de Douai y debía llevar ya hechos algunos estudios superiores, toda vez que solamente dos años más tarde se ordena sacerdote. Vuelto a Inglaterra en abril de 1576 se establece en Essex, en Ingatestone Hall, y comienza su trabajo apostólico que, pese a su breve detención en 1577, pudo prolongarse hasta el 14 de julio de 1581 en que fue de nuevo arrestado gracias a la delación de un falso católico y llevado a la Torre de Londres, donde se le acusó de conspiración contra la Reina. El católico renegado que

lo delató declaró que Paine había intentado varias veces convencerlo de que asesinara a la soberana. Fue llevado a Assize en Chelmsford (Essex) y juzgado como conspirador. El renegado repitió ante el tribunal su acusación pero no aportó otra prueba que su palabra. Pero se alegó que en contra de la credibilidad de Paine estaba el hecho de haber ido fuera del país a ordenarse sacerdote. El acusado insistió en la injusticia de ser condenado por el testimonio de un solo testigo, pero dijo comprender que el jurado estaba compuesto de personas de escasa cultura y formación. Condenado a muerte, fue ejecutado en Chelmsford el 2 de abril de 1582. El mártir besó la horca y sonrió cuando le pusieron el lazo, perdonó a todos, y expresamente a su acusador, protestó de su inocencia y pidió no se condenaran más inocentes en adelante, y pronunció el nombre de Jesús antes de morir ahorcado. La multitud no permitió que se le descuartizara antes de que hubiera muerto. Fue canonizado el 25 de octubre de 1970.

BEATOS DIEGO DE SAN VÍTORES Y PEDRO CALUNGSOD

Martires († 1672)

El martirio de estos dos bienaventurados tuvo lugar en el poblado de Tomhom, en la isla de Guam, el día 2 de abril de 1672. El P. Diego Luis de San Vítores y su acompañante el joven Pedro Calungsod al llegar al poblado fueron informados del reciente nacimiento de una hija de un tal Matapang, al que fueron a ver para decirle que el misionero quería proceder al bautismo de la niña. Matapang para entonces había renegado del cristianismo por influencia de un curandero chino, de nombre Choco, que afirmaba que con el bautismo morían los niños, y por ello se negó airadamente a que su hija fuera bautizada. En vista de ello el misionero y el joven se dedicaron a dar catecismo a los niños en la costa y luego a un grupo de adultos. Invitaron a Matapang a ir también pero él insistió en que había renegado del cristianismo. Urdió en su corazón el deseo de matar al misionero y se fue a buscar a un amigo suyo, Hirao, para que lo hiciera con él. En su ausencia, la mujer de Matapang presentó la

niña al misionero para que la bautizara, porque ella seguía siendo cristiana, y así lo hizo el misionero. Cuando Matapang lo supo, él y su amigo fueron a buscar al padre Diego. Primero hallaron y acometieron a Pedro que ni huyó ni devolvió la violencia, pese a ser joven y fuerte. Alcanzado por una lanza en el pecho, cayó en el suelo donde Hirao lo remató con un golpe de machete. El misionero cuando vio lo que le hacían al joven le dio la absolución sacramental. Después de matar a Pedro ambos asesinos dieron muerte al sacerdote. Desnudaron los cuerpos de ambas víctimas y los arrojaron al mar, que nunca los devolvió.

Diego Luis de San Vítores había nacido en Burgos el 13 de noviembre de 1627 en el seno de una familia acomodada. Educado por los jesuitas, a los 14 años entró en la Compañía, hizo el noviciado, la profesión y los pertinentes estudios y con 24 años fue ordenado presbítero. Se ofreció para ir a las misiones. En 1660 fue enviado a Filipinas y en el viaje el barco recaló en las entonces llamadas islas de los Ladrones, que se llamarían luego Marianas, y concibió el propósito de establecer en ellas puestos misionales. Pidió las licencias oportunas a Madrid y a su Curia generalicia en Roma y le fue autorizado el trabajo apostólico en la isla de Guam. Marchó a México, trajo religiosos dispuestos y subsidios, y comenzó fructuosamente la labor.

Pedro Calungsod, nacido en la región de Visayas, en Filipinas, era uno de los chicos que en 1668 fueron con los misioneros a las islas Ladrones para el trabajo de evangelización. Tenía 17 años al tiempo de su martirio. Era un excelente cristiano y un fiel compañero y colaborador del P. Diego Luis Éste fue beatificado el 6 de octubre de 1985, pero, sorprendentemente, al catequista no se le habia hecho proceso de beatificación. Despertado su recuerdo por la beatificación del sacerdote, se le hizo causa al joven seglar, que fue beatificado el 5 de marzo de 2000.

BEATO LEOPOLDO DE GAICHE

Presbítero († 1815)

Juan Croci nació en Gaiche (Italia) el 30 de octubre de 1732. Educado cristianamente, a los 18 años sintió la vocación religio-

sa e ingresó en los franciscanos tomando el nombre de fray Leopoldo de Gaiche. Ordenado sacerdote en 1757, fue destinado a la enseñanza dentro de su propia Orden como profesor de filosofía y teología. Pero sus primeros sermones cuaresmales en algunas parroquias hicieron ver en él al ardoroso y capaz misionero que llevaba dentro y sus superiores decidieron dedicarlo a la predicación popular. Predicó por todos los Estados Pontificios, dando misiones y otras formas de predicación al pueblo con enorme éxito y fruto, siguiendo los métodos de San Leonardo de Puerto Mauricio y peculiares formas de llamada a la penitencia, como la procesión penitencial y la mariana. Nombrado ministro provincial, logró la fundación de una casa de retiro para los predicadores de misiones. Era muy estricto en la exigencia de la guarda de la Regla. Cuando tras la entrada de los franceses en Roma en 1808 fueron cerrados todos los conventos, Leopoldo marchó a Espoleto, donde vivió en una choza, y cuando un párroco hubo de abandonar su iglesia tomó él su lugar. Arrestado por negarse a prestar el juramento de lealtad a las nuevas autoridades, fue dejado libre al poco tiempo. Al irse los franceses, planeó enseguida el restablecimiento de las casas de su Orden pero murió el 2 de abril de 1815 en Monteluco. Le había acompañado en vida fama de santo y de taumaturgo. Fue beatificado el 12 de marzo de 1893.

SANTO DOMINGO TUOC

Presbítero y mártir († 1839)

Nació en Trung-Lao (Tonkín) en 1789. Decidida su vocación religiosa, ingresa en la Orden de Predicadores el año 1811, y, luego de profesar, se ordena sacerdote ejerciendo con fruto su trabajo pastoral. Llegada la persecución, se esconde en Xuong Dien, pero una banda de forajidos lo atrapa. Los cristianos reúnen dinero para ofrecerlo a cambio del sacerdote pero en el camino de Cam Ha, en el poblado de Xuong Dien, uno de los forajidos lo mató dándole un mazazo en la cabeza, era el 2 de abril de 1839. Fue canonizado el 19 de junio de 1988.

BEATO NICOLÁS CARNECKI

Obispo y martir († 1959)

Nació el 14 de diciembre de 1884 en Semakivtsi (Ucrania occidental). Decidida su vocación sacerdotal y hechos los primeros estudios en su patria, los prosigue en Roma como alumno del Colegio Ucraniano, logrando la licencia en Sagrada teología en 1910, cuando ya un año antes había recibido la ordenación sacerdotal. De vuelta de Roma se incorpora al trabajo apostólico en la diócesis de Stanislaviv, actualmente Ivano-Frankivsk. Sintiendo la vocación religiosa, ingresó en 1919 en la Congregación del Santísimo Redentor y al año siguiente emitió los votos religiosos. Continuó trabajando apostólicamente dentro de la congregación hasta que en 1930 el papa Pío XI lo nombró obispo titular de Lebed y visitador apostólico para los ucranios de la región de Volyn y Pidjasja, siendo ordenado en Roma el 8 de febrero de 1931. Llegada la primera ocupación soviética de Ucrania occidental (1939-1941), el metropolita Septtyckyl lo nombró exarca apostólico para los ucranios de la misma región. Expulsado de Volyn por los comunistas, marchó a Lvov. El 11 de abril de 1945 los comunistas lo arrestaron junto con otros prelados, fue torturado física y moralmente y declarado culpable de colaboración con el régimen nazi y de ser agente del Vaticano. Condenado a seis años por una causa y a diez por otra, cumplió once años de prisión en campos de concentración de Siberia. Debido a su mal estado de salud fue dejado en libertad en 1956, muriendo en Lvov el 2 de abril de 1959 de resultas de las enfermedades contraídas en la prisión. Fue beatificado el 26 de junio de 2001.

3 de abril

A) MARTIROLOGIO

1 En Roma, San Sixto I († 128), papa *
2 En Tomis de Escitia, santos Cresto y Papo (s IV), martires
3 En Tiro de Fenicia, San Ulpiano († 306), martir

4 En Napoles, San Juan († 432), obispo

5 En Bitinia, San Nicetas († 824), hegumeno, defensor de las sagradas imagenes *

6 En Constantinopla, San Jose el Himnografo († 886), monje *

7 En Chichester (Inglaterra), San Ricardo († 1253), obispo **

8 En Polizzi (Sicilia), San Gandulfo (Sacchi) de Binasco († 1260), presbitero, de la Orden de Menores *

9 En Penna del Piceno, Beato Juan († 1275), presbitero, de la Orden de Menores *

10 En Lancaster (Inglaterra), los beatos Roberto Middleton, de la Compañia de Jesús, y Turstano Hunt († 1601), presbiteros y martires bajo el reinado de Isabel I *

11 En Udine, San Luis Scrosoppi († 1884), presbitero, de la Congregacion del Oratorio, fundador de la Congregacion de Hermanas de la Providencia **

12 En el campo de concentracion de Auschwitz (Polonia), Beato Pedro Eduardo Dankowski († 1942), presbítero y martir *

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SAN RICARDO DE CHICHESTER

Obispo († 1253)

El siglo XIII comienza en Inglaterra de modo humilde y oscuro y termina de modo esplendoroso. El secreto de este cambio debe hallarse —al menos desde el punto de vista de la historia eclesiástica— en la influencia de la predicación religiosa y en el ejemplo de austeridad de un gran santo.

El clamor de la predicación de los dominicos españoles despertó el letargo de los monjes ingleses y transmitió tambien directamente elementos de cultura debidos a la actividad personal de los hijos de Santo Domingo.

Pero la vida inglesa de principios del siglo XIII no se caracteriza solamente por la ignorancia y supersticion en el pueblo, sino también por la ambición en los nobles, el regalismo del trono, el lujo desmedido en los jerarcas eclesiasticos y la apatía y relajación en los monasterios.

Entre el reinado de Juan —Felipe Augusto— y el de Eduardo I hay un paso trascendental Se pasa de una epoca de ignorancia colectiva a otra de predominio universitario. Se corrigen excesos autoritarios, se estimula el espíritu de actividad intelec-

tual y se impone en la vida cristiana y en los señores eclesiásticos una mayor sobriedad de costumbres. Entre esas dos épocas hay un período, que es el reinado de Enrique III; pero quien ha suscitado en gran parte esta evolución y este cambio, radicado en el sentimiento religioso de aquella sociedad, es un obispo inglés descendiente de una familia de sencillos labradores· San Ricardo.

Sus virtudes características podrían reducirse a estas tres palabras: austeridad, caridad y energía.

En medio de una sociedad en que los obispos eran «dores» y amantes de las grandezas humanas y los monjes abundaban en la prosperidad y hasta en el lujo, él pasó hambres, amó y practicó la pobreza, se vio desprovisto incluso de casa en que vivir y por fin murió en un hospicio para sacerdotes pobres y peregrinos.

A pesar de este tenor de vida austero y duro, sus sentimientos de caridad para con el pueblo fueron bien conocidos, captando el afecto de sus súbditos. Hasta con los más insignificantes animales demostraba la delicadeza de su corazón y, cuando pretendían prepararle para comer unos pequeños pajarillos, los rechazaba diciendo: «Pobres avecillas que han de morir para servirme de alimento, no quiero ser la causa de que tengan que morir sin haber cometido delito alguno».

Pero, al mismo tiempo, es sorprendente que un temperamento tan delicado fuera, sin embargo, enérgico e intransigente cuando se enfrentaba con la inmoralidad o la avaricia.

Quizá el ambiente de su familia campesina, acostumbrada a vivir en contacto con la naturaleza, fue una base para estos sentimientos, al parecer encontrados: el campo enseña a ser llanos y rectilíneos como la realidad de la misma naturaleza y, al mismo tiempo, fomenta los sentimientos de ternura para con los pajaros y de solidaridad y fraternidad con los vecinos.

La casa de sus padres estaba en Wyche, y allí nació Ricardo en 1197. Pronto murieron sus padres, y él, el menor de los dos hermanos, se dedicó a la labranza, trabajando como humilde labriego para rescatar la pequeña hacienda de sus antepasados, puesta en ruina por su negligente tutor.

Dejando en manos de su hermano Roberto la fortuna conseguida y la posibilidad de un casamiento con una rica doncella,

se marchó a Oxford para comenzar una nueva vida. En la Universidad estudió con tesón, pero en su persona no hubo cambio de modo de ser. Conoció la pobreza y hasta el hambre, y, por no tener siquiera medios para encender un fuego con que calentarse durante el invierno, tenía que correr por los campos para mantener el calor natural.

La providencia de Dios prepara desde la juventud a los hombres que han de desempeñar más tarde una alta misión. El recuerdo de los días duros de sus años de estudiante y la costumbre adquirida de soportar las dificultades cotidianas habrían de ser una gran experiencia para el más tarde obispo de Chichester.

Especialmente en un siglo medieval en que, junto a las condiciones casi miserables de las clases más numerosas de la sociedad, aparecía el lujo exorbitante de los grandes señores, esta preparación del joven Ricardo había de ser muy fructuosa.

Sus mejores maestros fueron franciscanos, como Grosseteste, y dominicos. Éstos, que llegaron a Oxford en 1221, pasaron pronto del común concepto de frailes «mendicantes» a la opinión general de hombres de ciencia.

Después de una corta estancia en París, Ricardo volvió a Oxford para graduarse, consiguiendo el título académico de M. A. *(Master in Art)* y de allí pasó a Bolonia, considerada entonces como la más importante escuela de leyes, y, después de siete años de estudio, consiguió el doctorado en derecho canónico.

Volvió, pues, a Oxford, en donde inmediatamente fue nombrado canciller de la Universidad y, al mismo tiempo, canciller de dos obispos amigos suyos: el de Canterbury, Edmundo Rich, y el de Lincoln, su antiguo profesor Grosseteste.

La intimidad con su maestro, el santo obispo de Canterbury, fue tal que su confesor, el dominico Ralph Bocking, pudo decir de ellos: «Cada uno era el apoyo del otro; el maestro, de su discípulo, y el discípulo, de su maestro; el padre, de su hijo, y el hijo, de su padre espiritual».

Este apoyo a su obispo y amigo se manifestó especialmente con motivo de las dificultades creadas por el rey Enrique III, que se apoderaba de los beneficios eclesiásticos vacantes. Estos

disgustos, que llevaron a la tumba a San Edmundo Rich, fueron otra experiencia providencial para el apostolado futuro de San Ricardo.

Se retiró a Orleáns, en donde enseñó como profesor durante dos años y allí fue ordenado sacerdote en 1243.

Sus primeros ministerios sacerdotales fueron como párroco en Deal, en Inglaterra, pero pronto fue llamado de nuevo a la Cancillería de Canterbury por el nuevo obispo Bonifacio de Saboya

Pasado un año solo de su ordenación sacerdotal, fue nombrado obispo de Chichester por el arzobispo de Canterbury, pero su nombramiento chocó con las apetencias absolutistas del rey.

En efecto, Enrique III, presionando sobre los sagrados cánones, obtuvo en principio la elección de Roberto Passelewe para ocupar la silla de Chichester, vacante por la muerte del obispo Ralph Neville, pero el arzobispo de Canterbury se opuso enérgicamente y, convocando el Cabildo de sus sufragáneos, decidió el nombramiento de Ricardo. El favorito del rey, según Mateo de París, era un hombre que «había conseguido el apoyo del monarca gracias a injustos manejos con los que había aumentado el erario real en unos millares de marcos».

La historia humana aún sigue llena de semejantes injusticias; pero la providencia de Dios guía a sus elegidos por caminos maravillosos.

A pesar de su legítimo nombramiento no pudo tomar posesión de su silla hasta un año después. El rey Enrique III recibió airado su elección y se apropió todos los beneficios eclesiásticos de la diócesis, negándose a reconocerle como legítimo obispo. Una vez más los intentos absolutistas de los poderes civiles se manifestaban en la historia inglesa del siglo XIII. Pero el papa Inocencio IV, que a la sazón presidía el concilio de Lyón, le ratificó y consagró personalmente el 5 de marzo de 1245.

A pesar de ello el rey dio órdenes de que se le cerraran todas las puertas a su regreso a Chichester, prohibiendo, además, que se le facilitara casa o dinero. Así pues, se encontró con las cancelas cerradas a su llegada al palacio episcopal y hasta los que de buen grado le hubieran ofrecido hospedaje rehuyeron recibirle por temor a la venganza del rey.

Como un vagabundo caminó por su diócesis hasta que Dios dispuso que un buen sacerdote, Simón de Tarring, le abriera su puerta y, según escribe Bocking, «Ricardo aceptó este techo hospitalario como un forastero que se calienta junto al corazón de un amigo».

Para comprender este estado de cosas en el siglo XIII, es preciso recordar que el alto poder alcanzado por el cristianismo a partir del siglo XI tuvo sus raíces en el creciente prestigio del papado. El hundimiento de la Casa de Hoenstaufen inclinó el poder temporal de los papas hacia Francia, que tradicionalmente había sido un buen refugio en los momentos de crisis. La rivalidad entre Inglaterra y Francia tuvo sus más estridentes manifestaciones en la acentuación del nacionalismo inglés y en la resistencia del trono a aceptar las decisiones de los sumos pontífices. La actitud del monarca de Inglaterra frente a la consagración de San Ricardo por el papa Inocencio IV no es más que un ejemplo en la larga lista de intransigencias e intromisiones de los monarcas ingleses medievales en los asuntos eclesiásticos. Una atmósfera bien propicia para la preparación del gran cisma anglicano. En realidad, todos los grandes cismas, como los acontecimientos históricos, han sido la consecuencia de largos períodos de preparación de materiales colectivos.

Pero Cristo dio a su Iglesia no sólo el derecho de enseñar *(ius docendi)* y el derecho de santificar *(ius sanctificandi),* sino también el derecho de gobernar *(ius gubernandi et regendi),* y este poder, como los otros mencionados, es una prerrogativa que los poderes seculares han de respetar. «Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura, enseñándoles a *guardar todo lo que os he mandado».* «El que a vosotros oye, a mí me oye, y el que a vosotros recibe, a mí me recibe».

Nuevas pruebas vinieron sobre San Ricardo apenas reconocido como obispo de Chichester. Durante dos años trabajó como obispo misionero. Visitó las chozas de los pescadores y las casas de los humildes, viajando casi siempre a pie, desprovisto de todo.

Durante este período de su vida se celebraron los famosos sínodos, cuyos estatutos son conocidos con el nombre de «Constituciones de San Ricardo», y parece imposible pensar que

esto se realizara en condiciones tan llenas de dificultades. Estas «Constituciones» recogen los abusos más comunes en su época, conocidos personalmente por él mismo y atacados y condenados con extraordinaria energía. En realidad, la entereza de carácter no está reñida con la bondad y la caridad paternal. San Beda el Venerable, comentando cómo las turbas seguían a Jesús, dice que precisamente las dos cualidades que el pueblo demanda en sus jefes son: la bondad y la autoridad; la bondad porque los purifica. Son desgraciados y necesitan comprensión, y la autoridad porque son débiles y necesitan donde apoyarse.

San Ricardo conoció el momento crítico en que le tocó vivir Los tres principales errores religiosos del siglo XIII, sobre la propiedad, sobre la autoridad (planteado por los fraticelli) y sobre el matrimonio (sustentado por Dulcino en Italia), llegaban a Inglaterra apoyados por el exceso de nacionalismo. Hasta los legados pontificios eran recibidos con críticas en la corte inglesa. La labor de contención de San Ricardo fue decisiva no sólo en su diócesis, sino en todo el país.

Es curioso comprobar que todas las grandes herejías religiosas traen como consecuencia trastornos sociales en la vida de los pueblos. Estos tres mismos errores religiosos del siglo XIII sobre la propiedad, la autoridad y el matrimonio podrían ser considerados como las fuentes de tres grandes «herejías» sociales de nuestro tiempo: el comunismo, el anarquismo y el naturalismo. En realidad, puede decirse con razón que todas las revoluciones han comenzado por la teología, la filosofía y los errores ideológicos.

El apostolado de San Ricardo de Wyche, obispo de Chichester, fue una continua defensa del derecho frente al abuso y de la doctrina del Evangelio frente al nepotismo reinante. Solía decir que Cristo no dio la primacía de su Iglesia a su pariente San Juan, sino a San Pedro, que no pertenecía a su familia. Las ideas se impusieron como consecuencia de su educación fundamental por la enseñanza de los dominicos. Es interesante el ver que, al final de este siglo, se alza en Inglaterra la abadía de Westminster, considerada como el predominio de las ideas profundas sobre la concepción superficial de la vida de comienzos del mismo siglo. Un símbolo de ideología y de tendencia a la libertad del espíritu.

Pero, junto a esta energía de carácter, sus ocho años de obispado fueron también una continua prueba de su ardiente caridad con los humildes y de su espíritu de austeridad para consigo mismo. Mientras otros se regalaban en fiestas y banquetes, él conservaba siempre una gran frugalidad en sus comidas. Aun cuando el rey, amenazado por la excomunión, reconoció su legitimidad y devolvió algunos de sus bienes a su iglesia, él continuó su mismo tenor de vida. Esta sencillez de costumbres y su acendrada caridad y amabilidad fueron, sin duda, las causas principales por que su pueblo le amó con sincero afecto. La mayoría de sus muchos milagros fueron hechos a petición de los humildes.

Murió a los cincuenta y cinco años, en una casa para pobres sacerdotes, *Maison-Dieu,* rodeado de sus discípulos, y fue canonizado nueve años después. Su fiesta se celebra en las diócesis de Westminster, Birmingham y Southwark.

JESUS MARIA BARRANQUERO Y ORREGO

Bibliografía

Act SS Boll «Vita di S Ricardo Vescovo di Cicestria », por R BOCKING, y otra encontrada en «Nova legenda angliae»

BAKER, A , «Vie de Saint Richard, eveque de Chichester» *Revue des Langues Romanes* 53 (1910) 245s

CAPES, M R , *Richard of Wyche labourer, scholar, bishop and saint* (Londres 1913)

Lives of the Saints II *April* (Nueva York)

NEWMAN, J H , *Lives of the English Saints* (Londres 1900) 6 vols

QUENNELL, M QUENNELL, C H B , *A history of everythings in England,* s XIII (Londres Nueva York) c 2

— Actualizacion

HUDLESTON, G R , «St Richard of Wyche», en *The Catholic Encyclopedia,* III

JONES, D J (ed), *Saint Richard of Chichester the sources for his life* (Lewes, Inglaterra, 1995)

SAN LUIS SCROSOPPI

Presbítero († 1884)

Probablemente sólo sea una coincidencia el que la santificación de Luis Scrosoppi esté rodeada de novedades y de primicias informativas, pero tal vez no haya que descartar una cierta responsabilidad de la divina Providencia, tratándose del funda-

dor de las Hermanas de la Providencia. He aquí algunas. El día de su beatificación, el 4 de octubre de 1981, se abría el octavo centenario del nacimiento de San Francisco de Asís, un santo que contaba con la simpatía del nuevo beato, que estuvo a punto de ingresar en su orden; además, la ceremonia de beatificación, celebrada en San Pedro, fue la primera que ofició Juan Pablo II tras su atentado y, como en las grandes ocasiones, salió al balcón central de la basílica, desde donde evocó, entre otros compañeros beatos de aquel día, a Luis Scrosoppi.

Y las primicias de su canonización proclamada el 10 de junio de 2001 en la Plaza de San Pedro de Roma. Cabe decir que es el primer santo del tercer milenio, pues aunque comparta con otros ese privilegio figura el primero de una lista en la que están Agustín Roscelli, Bernardo de Corleone, Teresa Eustoqui Verzeri y Rebeca Choboq Ar-Rayès. Todos de una tacada, los primeros santos del siglo, pero San Luis Scrosoppi el primero mencionado.

Puede añadirse otra curiosidad que reclamó la atención de los medios de comunicación: la asistencia a la ceremonia de *Changu Shitima, un estudiante sudafricano, enfermo terminal* de sida en 1996 que, desahuciado por los médicos, se curó por intercesión del santo de la noche a la mañana. La naturaleza del milagro, y sobre todo de la enfermedad de que se trataba, ha conseguido que San Luis Scrosoppi sea muy popular e invocado entre los enfermos de sida. Difícil va a ser que nadie le dispute esta primacía y popularidad, y más cuando las Hermanas de la Providencia por él fundadas han encendido la antorcha de la atención a los enfermos de sida abriendo centros en África.

Todas estas coincidencias, que parecen señales providenciales para que el santo no sea tragado por el anonimato, nada son comparadas con los destellos de una vida que no tiene desperdicio y que no será posible esconder bajo el celemín, pues brilla con luz netamente evangélica por su servicio entre los más pobres. Porque esto es lo que caracteriza la biografía de este santo hasta el fin de sus días: la caridad. El papa, en la homilía de canonización, después de recordar que las últimas palabras de San Luis Scrosoppi fueron: «¡Caridad! ¡Caridad!», habló de una vida

«enteramente entregada por amor de Cristo y de los hermanos, especialmente de los más débiles e indefensos» y lo propuso como modelo, «síntesis honda y eficaz entre la comunión con Dios y el servicio de los hermanos».

Nació Luis Scrosoppi el 4 de agosto de 1804 en Údine, una hermosa ciudad del norte de Italia, en la región de Friuli, al sur de Austria, un lugar estratégicamente situado entre los Alpes y el Adriático. Su padre, Domingo Scrosoppi, era un habilidoso orfebre que consiguió atesorar una envidiable posición económica para su familia. Su madre, Antonia Lazzarini, casada en segundas nupcias, con otro hijo de su primer matrimonio —Carlos Filaferro— tuvo otros dos hijos —Juan Bautista y Luis— que apenas se llevaban entre ellos un año de diferencia, pero entre el mayor y el pequeño, entre Carlos y Luis, mediaban no menos de 18 años. Esta circunstancia convirtió al mayor en verdadero guía, casi en tutor de los menores, y de manera muy particular de Luis con quien estaría estrechamente unido a lo largo de su vida en las obras de caridad que sostenía en Údine.

Su hermano Carlos había entrado en la Congregación del Oratorio de San Felipe Neri dos años después de nacer Luis y tres años más tarde recibió la ordenación sacerdotal. Esta decidida vocación, alimentada por un ambiente familiar profundamente cristiano, donde la caridad brilló siempre con gran generosidad, dejó huella en los otros dos hermanos que emprendieron también el camino del sacerdocio.

Entre 1814 y 1815 la región de Friuli experimentó un tiempo de vacas flacas, por decirlo en términos bíblicos. A dos años de pertinaz sequía siguieron tiempos de persistentes lluvias que impidieron el normal cultivo de los cereales, y que, por tanto, no fueron de abundancia. Las gentes de la montaña bajaron a Údine huyendo de la escasez. Lo malo fue que al mismo tiempo se cebaron sobre la población temibles epidemias que hicieron mella en las familias, las diezmaron y dejaron una riada de niños huérfanos. La solución que buscó la diócesis para afrontar esta situación tan penosa fue habilitar dos centros: los niños fueron recogidos en el antiguo seminario y las niñas en un instituto de caridad que abrió el padre Cayetano Salomoni para sacarlas de la calle, atender a sus necesidades y educarlas cristianamente.

Esta secuencia de necesidades, y sobre todo la triste realidad de tantos chicos abandonados, la observó y vivió Luis Scrosoppi de primera mano. La holgura económica de su familia echó una mano generosa para sacar adelante estas iniciativas de caridad y su hermano Carlos ayudaba al padre Cayetano, a quien sustituyó como responsable en 1822. La evidencia con que se manifestaba por aquellos años la pobreza movió al adolescente Luis, que por entonces tenía doce años, a reflexionar y a tomar una decisión casi cantada. Carlos era cura, su hermano Juan Bautista había ingresado en el seminario, y él hizo otro tanto, se inscribió como externo en la escuela del seminario, donde había un plantel excelente de profesores y de formadores, entre ellos el responsable de la casa de huérfanas.

Cuando contaba 23 años, el 31 de marzo de 1827, Luis Scrosoppi fue ordenado sacerdote por el obispo de la diócesis de Údine, monseñor Manuel Lodi. Al día siguiente, la primera misa en la iglesia de la Magdalena. Allí estaban sus padres, felices y embobados, mirando cómo a su pequeño misacantano le escoltaban en el altar sus otros dos hermanos Carlos y Juan Bautista, que aún no había cumplido su primer año de cura. Aquella primera misa de Luis en domingo de Pasión marcaba su predilección por descubrir el rostro sufriente de Cristo en los pobres, los maltratados por la enfermedad, el abandono y la marginación. La homilía quiso dedicarla a glosar la virtud de la humildad.

Comenzó sus tareas ministeriales vinculado a aquella iglesia de su primera misa, continuando una entrega que ya venía desempeñando desde que recibió el diaconado, a la sombra de su hermano Carlos con el que colaboró estrechamente en la educación de las niñas que tenía recogidas. También dirigió la Pía Unión del Sagrado Corazón de Jesús.

Si había un santo por el que Luis sentía rendida admiración, ese era Francisco de Asís, con quien sintonizaba plenamente y del que apreciaba su ideal de pobreza y humildad, su sentido de la fraternidad universal. Se sentía atraído y dispuesto a seguir sus pasos. Pensó en hacerse franciscano, ingresar en el convento que los capuchinos tenían en Údine, pero a la hora de tomar la decisión se le ponía un nudo en la garganta que le impedía

abandonar a las niñas huérfanas. Se lo pensó mejor y se convenció de que una manera franciscana de vivir sería consagrar su vida a los pobres, ayudar a aquellas niñas. Y aunque no se hizo fraile capuchino, sí se mantuvo fiel de por vida a los ideales del Pobrecito de Asís haciéndose terciario franciscano.

Su hermano Carlos, entregado a cuidar la casita de las abandonadas, se encontró sin alguien que desempeñase las funciones de subdirector, que le echase una mano con alma. Y le pidió a Luis que aceptara el cargo. La casa tenía dificultades de todo tipo. Cada día había más niñas, pero menos recursos disponibles para atenderlas. Luis se entregó de cuerpo entero a resolver este problema de financiación buscando benefactores, consiguiendo aportaciones en especie para el comedor de la casa y pidiendo limosna como lo haría un pobre. Había que ampliar el edificio para dar acogida a tantas otras niñas que esperaban ser recibidas; y entonces, para comprar y pagar las deudas, se lanzó el padre Luis a los caminos del Friuli con un carromato tirado por un burro para recoger los materiales de construcción que les regalaban y para apañar todo cuanto le ofrecían. Se exponía a desplantes y a insultos, que también le llegaron. En una de esas correrías limosneras le hizo frente un hombre que le propinó un puñetazo. Luis reaccionó con una serenidad que desarmó a su agresor. Le dijo: «Gracias, eso es para mí ¿pero no me va a dar nada para las huerfanitas?». En otra ocasión pasaba por Buia, un pueblecito de la región, y mientras el padre Luis recibía una lluvia de insultos, una joven campesina llamada Úrsula Baldasso toma las riendas del carrito y le ayuda a buscar limosna entre la gente más generosa del pueblo. En esta ocasión, el mendigo sacerdote no sólo sacó una cuantiosa colecta sino que encontró una nueva vocación para servicio de los pobres.

Fue levantándose el edificio con el esfuerzo de todos y bajo la supervisión de Luis que hizo de todo, de peón y de cantero. Resultó, pues, un milagro obrado con generosas limosnas, obra y gracia de la Providencia, que culminó a finales de 1836. A principios de febrero de 1837 la casa ya estaba en disposición de acoger a muchas niñas. Había 9 mujeres, con mano maestra para la costura y el bordado, pero también maestras por sus dotes para enseñar a escribir, a leer y a hacer cuentas, entregadas a

la educación de las huérfanas. La mayor se llamaba Margarita Gaspardis, algo más jóvenes eran Teresa Fabris y Lucía Giorgio, más las últimas de la hornada: Felicidad Calligaris, Rosa Molinis, Catalina Bros, Cristina y Amalia Borghese y la mencionada Úrsula. Con ellas iba a nacer, en la noche del 1 de febrero de 1837, el germen de la que llegaría a ser la Congregación de las Hermanas de la Providencia. Hicieron un gesto de desprendimiento ante Carlos y Luis entregando sus alhajas como signo y compromiso de abrazar la pobreza y dedicar su vida a los pobres

El reglamento de la nueva casa tenía bien acotada su misión, tal y como se explica en 1839:

> «Acoger a las niñas pobres y huerfanas, o las hijas de las familias donde reinaba el vicio y la miseria, para educarlas desarrollando en ellas los valores humanos y cristianos y para ayudarlas a convertirse en mujeres capaces de ganarse honestamente la vida»

Aunque la casa dependía de Carlos Filaferro, le absorbía muchas horas su ministerio en la iglesia de Santa María Magdalena. Luis Scrosoppi era el que prestaba atención, el que aconsejaba a las maestras y les decía que tratasen a las niñas como «la niña de los ojos», que era a Cristo a quien cuidaban:

> «El cansancio, la aplicacion, la ocupacion constante y los tediosos cuidados para ayudarlas, socorrerlas e instruirlas, no sean para ustedes motivo de desanimo, sabiendo que todo esto lo estan haciendo a Jesus»

Entre las maestras responsables de cuidar la casa, cuyo número aumentaba poco a poco, se iba perfilando una fraternidad por influencia espiritual del padre Luis y tomando cuerpo la decisión de fundar una nueva familia religiosa. En la nochebuena de 1845 las más jóvenes, con autorización del obispo de Údine, prometieron servir a los más pobres. Algunas vistieron un hábito marrón y once profesaron.

Años después sobrevino una conmoción política que afectó también a Údine. En marzo de 1848 estalla una rebelión contra el autoritarismo del imperio austríaco. Cuando los austríacos, presionados por el pueblo, se marchan de la ciudad, una alegría generalizada sale a la calle luciendo escarapelas con los colores de la bandera italiana. Hasta Carlos y Luis se colocaron una con

un entusiasmo que no duró mucho, pues en plena Semana Santa de aquel año, volvieron a Údine los austríacos resueltos a reconquistar la ciudad. La bombardearon en la tarde del viernes santo y los proyectiles pasaban silbando por encima de la *Casa delle Derelitte,* que era como llamaban a la casa de las niñas huérfanas. El susto fue tremendo, y rápida la decisión del padre Luis de evacuar la casa, poner a las niñas a salvo y pedir a todos que confiaran en la Providencia, mientras las Hermanas salían a socorrer a los heridos. Todo parecía una pesadilla, cuando al día siguiente, sábado santo, se firmó el armisticio.

Al llegar la Navidad de 1848, tres años después de aquella primera profesión religiosa, las Hermanas se comprometieron a suscribir ante notario su deseo de ser reconocidas con personalidad jurídica y formar una comunidad. Se acogieron al patronazgo de San Cayetano de Thiene, titular de la iglesita que se construyó al lado de la Casa y donde Luis Scrosoppi pasaba largos ratos de oración, confiaba en la providencia de su obra para los más pobres y en que la Providencia velara por ella.

A estas alturas de la historia conviene saber que el padre Luis Scrosoppi, que conoció las dificultades de la Congregación del Oratorio en los primeros años del siglo XIX, se hizo uno de sus miembros a los 42 años de edad, siguiendo el ejemplo y el estilo de vida que San Felipe Neri quería para los sacerdotes del Oratorio. Llegó a ser prepósito de esta Congregación en 1856, dos años después de la muerte de Carlos Filaferro.

A la muerte de su hermano quedaron sin completar algunos proyectos de caridad en toda la región de Friuli, y puso todo su empeño en llevarlos adelante. Entre ellos, un terreno en el pueblecito de Orzano, muy cerca de Údine, que servía de granero para las necesidades de las niñas abandonadas y también de centro de recuperación y convalecencia para las más débiles. Se convirtió para el padre Luis en un lugar predilecto, como que lo eligió para su eterno descanso. Otro proyecto finalmente inaugurado fue la *Casa del provvedimento,* la escuela para sordomudas y una guardería infantil de caridad.

Entre las florecillas que se cuentan de San Luis Scrosoppi, las hay particularmente tiernas. Después de la epidemia de cólera de 1855, que hizo sus estragos dentro de la casa de las aban-

donadas y diezmó incluso la comunidad de Hermanas, llegaron nuevas avalanchas de niñas huérfanas y pobres que amenazaban con desbordar el edificio. El padre Luis no le cerraba la puerta a ninguna y aparecía de pronto ante las más pequeñas con una chiquilla nueva oculta bajo su manteo. «A ver si acertáis lo que os traigo», les decía. Y enseguida, retirando su manto explicaba: «Otro regalito del buen Dios». Y a las Hermanas, siempre les recordaba esta coletilla: «Éstas son mis alegrías, cuídenlas, preocúpense, y que no les falte nada». Se cuenta también que una vez la hermana cocinera llegó alarmada diciendo que no había provisiones en la despensa, a lo que Luis replicó diciendo que no, que no era cierto, que mirara bien, que había trigo en el granero. Y la cocinera fue a comprobarlo y se quedó estupefacta, porque había trigo donde antes no lo había encontrado.

El obispo de Údine, monseñor Andrés Casasola, confió en 1857 a las Hermanas de la Providencia la atención del hospital de Portogruaro. Luis aceptó esta propuesta que se fundaba en la generosidad probada de las Hermanas, pero antes de hacerse cargo quiso que se entrenaran durante un tiempo en el que atendían unas religiosas alemanas en Gorizia. Cuando el grupo estuvo listo, el padre Luis encargó al carpintero de la casa que preparase una cruz de madera, sin crucificado, y se la entregó a las hermanas con este singular aviso: «Es una cruz vacía, en ella no está clavado Jesús, porque son ustedes las que tienen que ser crucificadas en ella a imitación de su divino Esposo». Allá se fueron, a descubrir y a encontrar a Cristo en los enfermos.

Luis no perdía ocasión de predicarles con el ejemplo este descubrimiento. En una ocasión les pidió a las Hermanas de este hospital que le cambiaran su camisa por la del enfermo más pobre para darles a entender lo beneficioso del trueque, pues era a Jesús a quien se le entregaba su camisa. Este comportamiento evangélico, de rasgos tan franciscanos, lo sensibilizaba de muchas maneras, por ejemplo cuando le preguntó a una de las Hermanas más jóvenes si había besado los pies de un enfermo al que acababa de lavárselos; al responder ella que no, le explicó en forma de pregunta: «¿No sabes que son los pies de Jesús?». Y entonces él se arrodilló para besarlos y pidió a la hermana que también lo hiciera.

La Congregación de las Hermanas de la Providencia se iba afianzando y estaba ya deseosa de un reconocimiento pontificio. Los padres Luis Scrosoppi y Francisco Fantoni, con la superiora sor Serafina Strazzolini y la maestra de novicias sor Teresa Fabris, se propusieron la redacción de la regla y de las constituciones de la congregación entre 1858 y 1860. Tras muchos sinsabores y tardanzas inexplicables, el decreto de aprobación de la congregación lo firmó el papa Pío IX el 22 de septiembre de 1871, pero la aprobación de las constituciones no llegó a disfrutarla el padre Luis.

No fueron estos problemas de la aprobación pontificia los únicos de carácter legal que tuvo que soportar el padre Luis. La unificación de Italia y una oleada de anticlericalismo creciente afectó tan seriamente a la obra de Luis Scrosoppi que se decretó en 1866 la supresión de la *Casa de las abandonadas* de Údine, la Congregación del Oratorio y la confiscación de todos los bienes de la propiedad de los filipenses. Consiguió impedir, por tratarse de una obra de beneficencia, el cierre y supresión de la Casa aunque tuvo que someterla al más severo control fiscal, pero no lo logró con el Oratorio y la iglesia de Santa María Magdalena, que fueron vendidos en pública subasta. El padre Luis compró lo que pudo de aquella entrañable almoneda. Ahora bien, nadie podría arrancarle su fidelidad a San Felipe Neri, por muy suprimida que estuviera la Congregación.

Las Hermanas de la Providencia fueron abriendo casas por el Trentino, sin decir no a ninguna llamada de servicio a los más abandonados, optando por los pobres, por los enfermos, siguiendo el ejemplo evangélico que el padre Luis predicaba con su vida y su obra. Esta región fue muy pronto un vivero de vocaciones que con su juventud y energía dieron un nuevo vigor a la congregación. «Abriré doce casas antes de mi muerte», había predicho en el comienzo de la expansión. Y se cumplió el deseo con fuerza renovadora y savia nueva.

El padre Luis Scrosoppi fue para las Hermanas de la Providencia no sólo fundador sino padre, consejero, acompañante vocacional, espejo donde mirarse. Era exigente con las aspirantes para probar su fe y su vocación y hacerlas fuertes, se mostraba severo con las actitudes hipócritas, vanidosas y superficiales,

pero en cambio ofrecía comprensión y consuelo ante la fragilidad, y siempre estaba dispuesto al perdón, a darlo y a pedirlo. Cuentan algunas de las religiosas que más lo conocieron cómo poseía un sexto sentido, una particular intuición para «leer en los corazones». Imprimió a las Hermanas un estilo alegre, generoso, responsable, maternal, acogedor y humilde, cualidades y formas de relacionarse que dan el perfil de una espiritualidad inconfundible.

Y sobre todo infundía confianza a su alrededor y consideraba a la divina Providencia eje y explicación de su obra. Decía que «la Providencia de Dios es la única fuente de la existencia de este Instituto» y las Hermanas «hijas de la Providencia, que es su madre y se preocupa de ustedes en todo momento», y que había de abandonarse a ella como el «niño en brazos de su madre, sin otro pensamiento que el de agradar solamente a Dios, incluso hasta el sacrificio de la propia vida». En esta invocación a la Providencia entraban como abogados San Cayetano «santo de la Providencia», San José «ecónomo» providencial, y María «madre de la Providencia».

Luis Scrosoppi se acercaba al último tramo de su vida. Celebró sus bodas de oro sacerdotales en 1877 con una sotana nueva, impecable, que se encargaron las Hermanas y su hermano Juan Bautista de que la vistiera para la ocasión, pues él iba habitualmente al último remiendo ya que regalaba su ropa nueva a los seminaristas pobres de la diócesis de Údine. Pero aquel día hubo fiesta excepcional. La misa de los cincuenta años fue uno de los actos más ruidosos y festivos de sus últimos años que Luis vivió como una inmensa acción de gracias a Dios por el don del sacerdocio.

Años después, a finales de 1883, tuvo que suspender sus actividades porque las fuerzas le empezaron a fallar, se le acercaba como él decía con expresión franciscana: «Mi hermana la muerte corporal». Avanzaba a pasos agigantados una enfermedad de la piel que le producía fiebre muy alta y numerosas llagas que iban tomando un aspecto parecido a la lepra. En aquellos momentos de dolor encuentra alivio en la oración y consuela a las Hermanas, que le acompañan en el trance, diciéndoles que no tengan miedo al futuro, pues Dios que hizo nacer y crecer a la

familia religiosa, también velará por su desarrollo. Estas recomendaciones acabaron, después de recibir la unción de los enfermos, en este resumido testamento espiritual: «Salvar las almas y salvarlas con la caridad».

El 3 de abril de 1884, jueves de la semana de Pasión, Luis Scrosoppi moría en la ciudad de Údine, donde había nacido, después de haber ejercido «la caridad de manera ejemplar, especialmente para con las muchachas huérfanas y abandonadas». Corrió la triste noticia, se enteraron las ciudades vecinas y acudió un río de gente a darle el último adiós y a pedirle protección. Sus restos fueron expuestos en la iglesita de San Cayetano y después de los funerales fue llevado al pueblo de Orzano donde recibió sepultura. Toda aquella gente sencilla de los alrededores que lo conocía, sabía que había muerto un santo.

JOSÉ ANTONIO CARRO CELADA

Bibliografía

Ecclesia (1981) n.2.050, p.47-48; (2001) n.3 053, p.22-23, (2001) n 3.054, p.24-25.
L'Osservatore Romano (4-10-1981) 4; (5/6-10-2001) 1, 3; (10-6-2001) 9; (11/12-6-2001) 6-7, 9
L'Osservatore Romano (ed. en español) (8-6-2001) 10; (15-6-2001) 5-6.
PAPASOGLI-ZALUM, M. - PAPASOGLI, G., *San Luigi Scrosoppi: prete per i più poveri* (Údine 2001).
VALOPPI, I., *La storia di San Luigi Scrosoppi* (Údine 2001)

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN SIXTO I

Papa († 128)

Sixto (Xystus) fue elegido papa el año 116 y gobernó la sede romana durante diez años. Según el *Liber Pontificalis* era romano e hijo de un tal Pastor y es probable que fuera de familia de origen griego. No es seguro que muriera mártir.

SAN NICETAS
Hegúmeno († 824)

Natural de Cesarea de Bitinia, donde nace hacia el año 760. Cuando, siendo muy pequeño Nicetas, su padre quedó viudo, ingresó en un monasterio y dejó a su hijo con la abuela, pero luego ya adolescente pasó a completar su educación en el monasterio. Se decidió finalmente por la vida monástica e ingresó en el monasterio de Medikion en el Monte Olimpo. Fue ordenado sacerdote el año 790, y veintitrés años más tarde fue elegido hegúmeno o abad del monasterio. Llegada la contienda iconoclasta, él se puso decididamente de parte de la ortodoxia y no dudó en manifestarlo, siendo deportado por orden imperial y encerrado en una celda sin techo, debiendo por ello dormir a la intemperie. Llevado a Constantinopla, hizo las paces con el emperador y el patriarca intruso, de cuyas manos recibió la sagrada comunión. Pero sus amigos le hicieron ver su error y él se arrepintió sinceramente, y entonces marchó a Constantinopla y manifestó su actitud al emperador, el cual lo destierra por segunda vez y lo encierra en condiciones muy penosas. Asesinado el emperador León el Armenio en 820, es dejado libre, pero él se niega a retomar su cargo en el monasterio como signo de su arrepentimiento y vivió en una humilde celda en Constantinopla hasta su muerte en 824. Su cuerpo fue llevado a su monasterio, donde fue recibido con gran entusiasmo.

SAN JOSÉ EL HIMNÓGRAFO
Monje († 886)

Nació en Sicilia el año 816 pero, cuando once años más tarde los árabes invaden la isla, se refugia con su familia en Grecia. El año 831 ingresa en el monasterio de Latoma y se ordena presbítero. Se une a San Gregorio el Decapolita y con él va a Constantinopla, viviendo con un grupo de monjes y el dicho santo en la iglesia de San Antipas. Surgida la contienda iconoclasta, él es enviado a Roma a pedir ayuda al papa Gregorio IV contra la herejía, pero cae en manos de unos piratas y cuando dos años más tarde obtiene la libertad vuelve a Constantinopla,

donde en 850 funda un monasterio. El emperador Bardas lo destierra a Crimea por ser partidario del patriarca San Ignacio y no vuelve del destierro hasta que Ignacio es repuesto en 867. Basilio I el Macedonio le confía el cargo de mayordomo de la iglesia de Santa Sofía. Su título de Himnógrafo le viene de haber sido uno de los principales compositores de himnos para la liturgia bizantina. Murió el 3 de abril de 886.

BEATO GANDULFO DE BINASCO

Presbítero († 1260)

Nació en Binasco (Italia) en el seno de la familia Sacchi, en la que recibe una esmerada educación. Muy joven y en vida todavía de San Francisco toma el hábito de la Orden de Menores. El teatro de su vida será Sicilia. Ordenado sacerdote, ejercita con gran celo y fruto la predicación pero él, que deseaba también vivir el gozo de la contemplación, alterna la vida activa con temporadas de retiro en una ermita. Se cuentan de él numerosos milagros y una especial relación con los animales y las aves. Muerto el 3 de abril de 1260 en Polizzi Generosa, existe la leyenda de que los pájaros cantaron en su funeral. Su culto fue confirmado el 10 de marzo de 1881.

BEATO JUAN DE PENNA

Presbítero († 1275)

Era un joven sacerdote de la diócesis de Fermo, en cuya población de Penna San Giovanni había nacido, cuando un sermón que escuchó a un franciscano, fray Felipe, compañero de San Francisco, y en vida todavía de éste, le movió a unirse a la Orden de Menores. Cuando en 1217 se envía a los religiosos de la naciente Orden a diversos países para propagar el evangelio y difundir la Orden, a Juan le es asignada la Provenza. Ordenado sacerdote, se dedicó por entero a la tarea que le había sido asignada, sembrando la Galia Narbonense de la simiente de la palabra divina y consolidando la presencia en ella de la Orden franciscana. La dulzura, paciencia y angelical pureza que adornaban a fray Juan fueron componentes del éxito apostólico cosechado.

En 1242 pasa a Italia nuevamente, donde se le piden distintos servicios, entre ellos los de guardián de varios conventos, para lo que estaba muy bien dotado por su prudencia y caridad exquisita. Murió en su tierra natal el 3 de abril de 1275. Su culto fue confirmado el 20 de noviembre de 1808.

BEATOS ROBERTO MIDDLETON Y TURSTANO HUNT

Presbíteros y mártires († 1601)

Roberto nació en el Yorkshire hacia 1569 y se crio en la fe protestante. A los 18 años unos libros le hicieron replantearse el tema religioso y por sí mismo llegó a la fe católica. Se marchó de York a Londres, donde vivió con un comerciante que era también magistrado. En 1594 marchó a Douai y luego al colegio inglés de Roma, donde se ordenó sacerdote. Posteriormente entraría en la Compañía de Jesús. Vuelto a Inglaterra en 1598, al año siguiente es arrestado y llevado a Preston, donde admitió ser sacerdote católico pero se negó a denunciar a los demás. Fue entonces enviado a Lancaster, y en el camino un grupo de católicos, y entre ellos el sacerdote Turstano Hunt, quiso liberarlo pero salió mal la operación y el propio Hunt cayó preso.

Hunt era natural de Carlton Hale y estudió en Reims, ordenándose sacerdote el 20 de abril de 1585. Hunt iba armado y disparó en la refriega hiriendo a uno de los guardas, y se le encontraron tres cartas, una de ellas carta abierta a la Reina. Enviados ambos sacerdotes a Londres, fueron encerrados en la Gatehouse y el 3 de marzo de 1601 fueron llevados a Lancaster y condenados a muerte por su condición de sacerdotes católicos introducidos en el reino inglés. Aquí, el 3 de abril de aquel año ambos serían ahorcados y, además, Middleton fue descuartizado cuando aún estaba vivo. Fueron beatificados el 22 de noviembre de 1987.

BEATO PEDRO EDUARDO DANKOWSKI

Presbítero y mártir († 1942)

Nacio en Jordanow (Polonia) el 21 de junio de 1908. Decide su vocación sacerdotal e ingresa en el seminario de Cracovia,

ordenandose el 1 de febrero de 1931. Nombrado vicepárroco en varias parroquias sucesivamente, cumplió ejemplarmente con su ministerio y, declarada la guerra, se puso a ayudar con dedicación a las familias que huían a las montañas, pese a saber que esta conducta era peligrosa para él mismo. Arrestado el 10 de mayo de 1941, pasó por varias cárceles y luego fue llevado al campo de concentracion de Auschwitz, donde enfermó y murió a consecuencia del mal trato de los guardianes el 3 de abril de 1942. Fue beatificado el 13 de junio de 1999

4 de abril

A) MARTIROLOGIO

1 En Sevilla, San Isidoro († 636), obispo y doctor de la Iglesia, cuya memoria celebra la Iglesia española el dia 26 de este mes **

2 En Tesalonica (Macedonia), los santos Agatopodes, diacono, y Teodulo, lector (s IV), martires

3 En Milan, la deposicion de San Ambrosio († 397), obispo y doctor de la Iglesia, cuya memoria se celebra el 7 de diciembre, dia de su ordenacion episcopal

4 En Constantinopla, San Platon († 814), hegumeno, defensor de las sagradas imagenes *

5 En Poitiers (Aquitania), San Pedro († 1115), obispo *

6 En Scicli (Sicilia), Beato Guillermo Cufitelli († 1411), ermitaño *

7 En Palermo (Sicilia), San Benito Manassari († 1589), llamado el Negro o el Moro, religioso de la Orden de Menores *

8 En Catania (Sicilia), Beato Jose Benito Dusmet († 1894), obispo, de la Orden de San Benito **

9 En Aljustrel (Portugal), Beato Francisco Marto († 1919), adolescente *

10 En Reggio-Calabria, Beato Cayetano Catanoso († 1963), presbitero, fundador de las Hermanas Veronicas del Santo Rostro **

BEATO JOSÉ BENITO DUSMET

Obispo († 1894)

El 25 de septiembre de 1988 Juan Pablo II beatificó a seis siervos de Dios, entre ellos al cardenal José Benito Dusmet, abad del monasterio de San Nicolás de la Arena (Sicilia), arzobispo de Catania y cardenal de la Iglesia romana. De éste dijo entre otras cosas el Papa en la homilía:

> «Se yergue como *testigo de la caridad evangelica* en tiempos particularmente atormentados para la vida de la Iglesia, en medio de ardientes conflictos y de profundas alteraciones del tejido politico y social del Pais, en una region (Sicilia) atormentada por pavorosas calamidades naturales que se siguieron unas a otras epidemias de colera, terremotos, inundaciones, erupciones del Etna, unidas a la constante y vastísima calamidad que es la miseria de los desheredados»

Nació en Palermo el 15 de agosto de 1818 y fue bautizado el mismo día de su nacimiento, recibiendo ¡trece nombres!, entre ellos el de Melchiore con el que se le llamó hasta que, al abrazar la vida monástica, lo cambió por los de Giuseppe Benedetto, que aparecían también entre sus nombres de pila. Fueron sus padres Luis Dusmet, belga de origen, y María Dragonetti-Gorgone, napolitana.

Cuando Melchiore contaba apenas cinco años, sus padres le pusieron en manos de los monjes benedictinos de la histórica y monumental abadía de San Martino delle Scale, distante unos 12 km de Palermo, para su formación humana y cristiana. Esto, que hoy nos resulta chocante, era entonces, y lo había sido en siglos anteriores, muy frecuente. Cumplidos doce años, dejó el monasterio y volvió al hogar paterno.

Pero el recuerdo de los felices tiempos pasados en el monasterio y la convicción de que Dios le llamaba a seguirle en la vida monástica se fueron haciendo cada más fuertes y más claros Y cumplidos los 15 años, decidió hacerse monje en la abadía en la que había pasado su niñez. No le fue fácil convencer a su padre ¡Veía éste esfumarse las ilusiones que había puesto en su hijo!

El 15 de agosto de 1840 profesó la vida monástica. Y durante los años 1840-1841 recibió de manos del arzobispo de Monreale las órdenes del subdiaconado, del diaconado y del sacerdocio. Monje y sacerdote, dos vocaciones que Dusmet sabrá unir como pocos, dos vocaciones que amará apasionadamente. Muy pronto se le encomendaron misiones importantes, algunas de gran responsabilidad y que, por ello, no se encomendaban sino a monjes ya maduros y con larga experiencia.

Pero, inesperadamente, en 1847 sus superiores decidieron trasladarle al monasterio de Caltanissetta, en Sicilia también. ¿Qué razones hubo para que Dusmet, que tanto amaba a su monasterio de San Martino delle Scale y que tan acertadamente estaba trabajando, fuese destinado a otro monasterio? No es improbable que el traslado se debiera en parte, sólo en parte, a que no pocos de la comunidad veían con no buenos ojos que el joven P. Dusmet secundara las ideas un tanto reformistas de algunos otros monjes, entre ellos el P. Celestia, que había sido maestro de novicios de Dusmet y que llegaría a ser como él cardenal. De todos modos el P. Dusmet siguió amando a su primer monasterio y los monjes de éste le siguieron valorando y queriendo, como pronto se pudo ver.

Sólo tres años permaneció el P. Dusmet en Caltanissetta. Suficientes, sin embargo, para que sus superiores pudiesen constatar la valía del joven monje. Prueba de ello es que en 1850 fue nombrado prior del histórico monasterio de San Severino y San Sosio de Nápoles. Su misión era colaborar con el abad en la revitalización de la comunidad y en la restauración de los edificios.

Su activa y ejemplarísima presencia en Nápoles fue muy corta: sólo dos años. En 1852, accediendo a las insistentes peticiones del obispo de Santa Flavia de Caltanissetta, que veía en el P. Dusmet la persona indicada para ayudarle eficazmente a hacer frente a la delicada situación de su diócesis, los superiores de la Congregación Casinense lo trasladaron de nuevo a Sicilia, ahora como prior administrador del monasterio de Caltanissetta. Los seis años para los que fue nombrado prior fueron suficientes para inyectar nueva vida en la comunidad de Caltanissetta, restaurar buena parte de sus ruinosos edificios y dejar en todos un recuer-

do imborrable. Un historiador de esta diócesis le llama «héroe de la caridad, del sacrificio y de sublime abnegación».

En 1858 el capítulo general de la Congregacion Casinense por unanimidad le nombró abad del célebre monasterio de San Nicolas de la Arena. Rompiendo con una vieja tradición, el nuevo abad dispuso que su toma de posesión el 1 de agosto de 1858 y demás actos previstos para el caso no revistiesen solemnidad alguna.

La abadía de San Nicolás era una de las más importantes, si no la más importante, de Sicilia y contaba con una brillante historia. Pero como todos los monasterios a los que no había llegado aún el resurgir del monacato que se estaba dando en Europa, arrastraba una vida más bien lánguida, condicionada por leyes civiles injustas y por inveteradas tradiciones no del todo conformes con la Regla de San Benito. El P. abad Dusmet, con calma pero con decisión, fue cortando lo que no era conforme con el ideal monástico y revitalizando lo que ha de ser lo primero Los que convivieron con él durante estos años ponen muy de relieve que, como al abad le pide San Benito, enseñaba a sus monjes con su palabra, sí, pero más aún con su ejemplo.

Mas lo que se venía temiendo llegó también a Sicilia: en 1866 el gobierno cerró los monasterios de monjes. La abadía de San Nicolás el 25 de octubre de este año. La notificación de la Administración pública no podía ser ni más clara ni menos dura. Entre otras cosas decía: «El día 25 del corriente mes de octubre deberán salir del local que ocupan en la actualidad y dedicarse a la vida religiosa fuera del Claustro vistiendo el hábito de sacerdote secular y volver a sus familias». El abad Dusmet, después de poner en manos de cada uno de sus monjes veinticuatro escudos, los fue despidiendo uno a uno con un abrazo en la puerta del monasterio...

La admiración que todos sentían hacia el abad Dusmet hizo posible que él y unos cuantos monjes permanecieran en el monasterio para mantener el culto en la iglesia, y, en contra de lo que las leyes desamortizadoras estipulaban, seguir haciendo vida de monjes.

Así estaban las cosas, cuando inesperadamente el 16 de febrero de 1867 le llegó al P. abad Dusmet un escrito de la Santa

Sede en el que se le comunicaba que Pío IX había pensado en él como arzobispo de Catania y que el 22 de febrero sería preconizado Arzobispo.

La alegría del clero y del pueblo de Catania, incluso de sus autoridades civiles, al conocer la noticia fue, dicen las crónicas de la época, indescriptible. Después de seis años sin arzobispo al fin lo tenían y éste era el tan querido por todos abad José Benito Dusmet. Fue consagrado obispo en la Basílica romana de San Pablo Extramuros el 19 de marzo, y el 8 de abril hizo su entrada en la diócesis.

Mientras esperaba en Roma, en el monasterio de San Pablo Extramuros, su entrada oficial en la diócesis, había preparado su primera carta pastoral En ella les abre su corazón y se pone a su completa disposición. Entre otras cosas les dice·

> «En aquel momento (cuando recibio la noticia) no sentia mas que lo poquisimo que somos, la gravedad del oficio, la responsabi lidad con la que cargabamos ante Dios y ante los hombres Sentiamos todo esto y temblabamos Pero, por otra parte, vimos que si nos excusabamos en tan dificiles coyunturas, seriamos culpables de haber retirado de nuestros labios el caliz de amargura, dejando al Padre de los fieles beberlo solo
>
> Nuestro buen pueblo, que pide pan y fe, pone toda su confianza en nuestro amor de padre Aun cuando no tengamos mas que un panecillo, lo partiremos con el pobre Nuestra puerta estara siempre abierta a todo desgraciado que sufra En el horario que mandaremos se coloque a la puerta del obispado se indicara que los pobres tienen siempre preferencia»

El amor sin límites, sin perdonarse a sí mismo ni tiempo ni fatigas, a todos pero de modo especialísimo a los pobres y a toda clase de necesitados, será, como lo había sido ya antes, la característica de su actividad pastoral. Tanto, que uno de los libros escritos sobre él tiene este significativo título: *Dusmet, una carità senza confini*

El 11 de febrero de 1888, León XIII le nombró cardenal de la Iglesia romana, motivando el nombramiento con las siguientes elogiosas palabras: «Insigne por las virtudes episcopales y sobre todo por su prudencia y caridad».

El arzobispo Dusmet, aunque muy consciente de que su primera obligación era pastorear a los fieles cristianos de su diocesis, para los que nunca regateó tiempo y afanes, siguió sintién-

dose monje y viviendo como monje. Lo pudo hacer gracias a que unos cuantos monjes exclaustrados pidieron a Pío IX vivir su vida monástica junto al arzobispo y teniéndole a él como superior. Súplica a la que el Papa accedió. Por su parte él pidió y obtuvo la gracia de seguir vistiendo el hábito de monje.

Asimismo su ardiente ilusión de que el viejo árbol benedictino, tan castigado durante las últimas décadas del siglo XVIII y buena parte del XIX, volviese a reverdecer le impulsó a secundar con ilusión durante la última década de su vida los planes de León XIII de poner en marcha el Colegio de San Anselmo en el que se formasen monjes de todo el mundo, y también una Confederación que agrupase a los monasterios benedictinos de toda la Orden de San Benito. ¡Qué gozo tuvo que ser para él, expulsado con sus monjes de su monasterio en tiempos ya un tanto lejanos, ver resurgir al monacato benedictino en todo el mundo y ser precisamente él uno de los llamados a fomentar este resurgimiento!

El panorama que el nuevo arzobispo tenía ante sí no era nada halagueño. Los que durante los seis años de sede vacante habían tenido la responsabilidad de gobernar la diócesis estaban enfrentados entre sí. Y las tensiones políticas y las ideas revolucionarias de la época se hacían sentir en el clero. Con calma, con la bondad que siempre le caracterizó, con el corazón abierto a todos, corrigiendo con firmeza cuando era necesario, logró, a no tardar mucho, que el clero formase una piña en torno a él.

Se encontró con un grupo notable de seminaristas, pero sin seminario. Los seminaristas vivían con sus familias o en pequeños grupos dispersos por la diócesis. Venciendo grandes dificultades consiguió que el local del seminario, que estaba en manos de la Administración del Estado, se le devolviese a la diocesis, y puso en marcha un prometedor seminario conciliar. En el sumario para la causa de su beatificación varios testigos dan fe de haber visto muchas veces al arzobispo jugando en el patio con sus seminaristas...

Y, religioso él, tuvo un amor digamos de predilección para los religiosos y religiosas, que ciertamente pasaban por tiempos nada fáciles, inyectando vigor en las casas existentes y promoviendo nuevas fundaciones.

Durante sus 27 años de arzobispo se restauraron en Catania capital 17 iglesias y se construyeron otras 7, y en toda la diócesis se restauraron cerca de 50 y se construyeron 10.

Característica muy acusada de la acción pastoral del arzobispo Dusmet fue su constante presencia en medio de los fieles. Como buen pastor gustaba mezclarse con las ovejas de su rebaño. Recorría las calles y callejuelas de Catania y de los pueblos de la diócesis, interesándose por los problemas de todos y de cada uno de sus diocesanos. Visitó todas las parroquias al menos cinco veces, dejando en todas el buen olor de su santa vida.

Como muestra del estilo pastoral y de la finura humana del arzobispo Dusmet, dos casos.

A principios de abril de 1884 se encontró en la vía Vittorio Emanuele de Catania con un individuo que caminaba nervioso, deprimido en dirección contraria. El arzobispo se le acercó y le preguntó: «¿Qué te pasa, amigo?». «Monseñor, le contestó Leonardo Masuneci —tal era el nombre de éste—, no puedo más; estoy desesperado, estoy decidido a arrojarme al mar. Hace un año que se me despidió de mi puesto de vicebrigadier y no me ha sido posible hallar un trabajo para sostener a mi familia». El arzobispo trató de calmarle. Y volviéndose hacia Santos, su camarero, le susurró: «¿Qué dinero tenemos en casa?». «Monseñor, no tenemos absolutamente nada», le respondió Santos. El arzobispo, sin titubear, se quitó el pectoral de oro que llevaba y se lo puso en las manos a Leonardo diciéndole: «Vete al Monte de Piedad, deposita allí mi pectoral, y que den lo que necesitas». Tras el lógico desconcierto de los responsables del Monte de Piedad, hechas las pertinentes averiguaciones, éstos le preguntaron a Leonardo: «¿Y cuánto necesitas?». «El alquiler de un año, 140 liras». Cantidad que le entregaron. Y el arzobispo fue aún más lejos: dio los pasos necesarios para que al buen hombre se le colocase como guardia municipal. Muerto Dusmet, Leonardo guardó luto durante nueve años y sobre el sepulcro del santo arzobispo no faltó un ramo de flores depositado por él o por su familia.

El otro ejemplo, y bien evangélico ciertamente, es el siguiente. En una de las compañías de opereta que por entonces estaban de moda en Catania trabajaba una joven de vida nada reco-

mendable. En un momento de euforia ésta se pavoneó de que era capaz de hacer caer hasta al arzobispo... La idea fue muy aplaudida por sus compinches. Y, sin dudarlo, se acicaló y se encaminó hacia el arzobispado. Al intentar entrar, el secretario del arzobispo y los que con él estaban, reconociéndola, le cortaron decididos el paso. Forcejeos, gritos..., que hacen que el arzobispo salga. «Dejadla pasar». Transcurrieron dos horas... Al fin salio el arzobispo llevando de la mano a la joven. Ésta cayó a los pies del arzobispo llorando estrepitosamente. Trataron de calmarla Los demás no tenían necesidad de conocer lo sucedido, le decían. Pero ella insistía: «¡No!, ¡no! ¡Que lo vean todos! ¡Que lo sepan todos!». El arzobispo se convirtió en su padre espiritual Muerto el cardenal Dusmet, ante su tumba se veía frecuentemente a una monja orando. Era una Hermana de la Consolación, era la joven convertida por el arzobispo de Catania, que había ingresado hacía ya tiempo en la Congregación de las Hermanas de la Consolación. Al profesar la vida religiosa había cambiado su nombre por el de sor *Benedicta* M.ª de la Cruz; el de su padre espiritual era José *Benito.*

Cuando nuestro biografiado se hizo cargo de la archidiócesis de Catania, ésta apenas tenía obras asistenciales y las que tenía languidecían. Durante los 27 años que estuvo al frente de esta diócesis se crearon entre otras las siguientes obras asistenciales «Obra de los pequeños vagabundos», «Asilo de los ancianos pobres», «Dormitorio de San José», «Obra para la asistencia de los enfermos pobres a domicilio» y, un año antes de su muerte, comenzó a funcionar el «Guardarropa de los artesanos pobres».

Una anécdota simpática. El arzobispo Dusmet había pedido a Don Cagliero varias composiciones musicales. Éste se las envía, adjuntando la factura cuyo importe era 14,75 liras, y, muy salesiano él, añadió: «Pero si vuestra Excelencia suprime la coma, Don Bosco le quedará muy agradecido». Dusmet y Don Bosco se conocían desde hacía mucho tiempo. Naturalmente el Arzobispo suprimió la coma y envió 1.475 liras.

Recuerdo imborrable dejó en el pueblo de Catania la heroica acción de su arzobispo durante una de las repetidas erupciones de la «Montaña», como llaman al Etna los lugareños, las de

mayo y junio de 1886. La lava vomitada por el volcán avanzaba incontenible hacia la ciudad de Nicolosi. El entonces ya cardenal Dusmet convocó al pueblo y rodeado de éste, llevando él en sus manos el milagroso velo de Santa Águeda, se dirigió procesionalmente hasta el punto en que el avance de lava era más rápido, se arrodilló con el velo de Santa Águeda en sus manos ante el río de lava y éste se detuvo. Para el pueblo fiel fue un milagro de su querido arzobispo. Como perenne recordatorio existe en el lugar en que Dusmet se arrodilló una pequeña ermita.

Como buen hijo de San Benito «había suspirado apasionadamente por la vida eterna» y «había tenido incesantemente ante los ojos la muerte», como dice en su Regla el Santo Patriarca. Durante la noche del 4 al 5 de abril de 1894, cumplidos 76 años, entregaba su alma a Dios. Como él pedía expresamente en su testamento espiritual, se intentó evitar toda suntuosidad en sus funerales. Pero éstos se convirtieron en una multitudinaria aclamación del pueblo, de todo el pueblo fuera cual fuera su ideología, a su santo Pastor. Muchos fieles llevaban en sus manos carteles en los que se podía leer: «Al Ángel consolador en las desgracias»; «Al modelo de todas las virtudes»; «Al Ángel de Catania». Su sepulcro se convirtió en lugar de peregrinación.

La santidad del siervo de Dios José Benito Dusmet y la heroicidad de sus virtudes fueron reconocidas por Pablo VI el 15 de julio de 1965.

En 1988 Juan Pablo II aprobó el milagro que se requiere para la beatificación: un obrero de la construcción padecía una espondilitis destructiva en dos vértebras de la espina dorsal, diagnosticada como irreversible y gravísima. Invocado el venerable siervo de Dios Dusmet, sanó instantáneamente.

Y el 25 de septiembre de 1988 fue beatificado junto con otros cinco siervos de Dios. Entre los numerosísimos asistentes a la ceremonia estuvieron presentes más de doscientos abades benedictinos, que habían hecho coincidir su Congreso con la beatificación del siervo de Dios José Benito Dusmet.

AUGUSTO PASCUAL, OSB

Bibliografía

AMADIO, G., *Un angelo delle anime, il servo di Dio G. B. Dusmet* (Montecassino 1935).
LECCISOTTI, T., *Il Cardinale Dusmet* (Catania 1962)
LIPARI, A , *Dusmet, una carità senza confini* (Abbazia di S Martino delle Scale, Palermo 1988)

BEATO CAYETANO CATANOSO

Presbítero († 1963)

La vida y la obra de este santo sacerdote italiano contemporáneo nuestro es un testimonio impresionante, claro y expresivo de la más honda comprensión del misterio cristiano, aprendido y asimilado a través de su tierna devoción y contemplación viva y existencial del rostro de Cristo.

Es uno de los temas preferidos por el papa Juan Pablo II que le ha dedicado, en su carta apostólica para el tercer milenio, todo el capítulo segundo con el título «Un rostro para contemplar» (cf. TMI 16-28), deteniéndose en el rostro del Hijo, en el rostro doliente y en el rostro del Resucitado.

El Papa señala con oportuna y aguda observación cómo las experiencias de los santos nos pueden servir de ayuda para asimilar las intuiciones de la fe, sobre todo ante el misterio de Cristo en su Pasión, y el misterio de los hombres cuyo rostro asumió al encarnarse, hacerse uno de nosotros y cargar sobre sus espaldas el fardo de nuestros pecados.

¿Cómo llegó a sentir el abandono del Padre, el que fue siempre el Hijo amado, en quien tiene sus complacencias? Los santos nos ofrecen una teología vivida. Ellos han pasado por estados de terribles pruebas, por esas «noches oscuras» de las que hablan los místicos, en las que han vivido algo semejante a lo que sufrió Jesús.

A esta contemplación del rostro de Cristo estamos invitados con la actualidad que le dan los miembros de su cuerpo que sufren; el rostro doliente, abofeteado y escupido, coronado de espinas y al mismo tiempo luminoso y resplandeciente por la resurrección, anhelado por toda la humanidad que le busca y espera.

El magisterio del Papa convida constantemente a permanecer en esa actitud contemplativa en los misterios del Rosario,

que son los de Cristo con María, la Madre, con sus ojos y su corazón: «Cum Maria contemplemur Christi vultum», contemplemos con María el rostro de Cristo.

Ésta fue la característica, el rasgo distintivo que alentó la espiritualidad de Cayetano Catanoso, beatificado por el mismo Juan Pablo II el 4 de mayo de 1997. En la homilía trazó el Papa su semblanza con estas palabras:

> «El padre Cayetano Catanoso siguió a Cristo por el camino de la Cruz, haciéndose con él víctima de expiación por los pecados. Repetía a menudo que quería ser el Cirineo que ayuda a Cristo a llevar la Cruz, más gravosa por los pecados que por el peso material del madero.
>
> Auténtica imagen del Buen Pastor, se prodigó incansablemente por el bien del rebaño que el Señor le había encomendado así en la vida parroquial como en la asistencia a los huérfanos y a los enfermos; tanto en el apoyo espiritual a los seminaristas y a los sacerdotes jóvenes, como en la animación a las monjas Verónicas del Santo Rostro, por él fundadas.
>
> Abrigó y difundió una gran devoción al Rostro ensangrentado y desfigurado de Cristo que él veía reflejado en el rostro de todo hombre doliente. Todos aquellos que con él se encontraban, percibían en su persona el buen olor de Cristo y por ello gustaban de llamarle padre, y como tal lo sentían realmente, pues era una señal elocuente de la paternidad de Dios» (Juan Pablo II, en la homilía de la beatificación, *Ecclesia* 57 [1997] 723).

Nace el 17 de febrero de 1879 en Chorio de San Lorenzo (Reggio-Calabria). Estudió en el seminario y recibió la ordenación presbiteral el 20 de septiembre de 1902. Permaneció en el seminario como prefecto de disciplina hasta marzo de 1904, fecha en la que fue nombrado párroco de Pentedattilo —en la montaña de la vertiente del Jónico—, a la que dedicó todo su cuidado pastoral hasta 1921. Desde ese año a 1940, fue párroco en la iglesia de la Purificación en Reggio-Calabria. Canónigo del cabildo catedralicio desde 1930, en 1940 es designado Penitenciario.

Todo su sacerdocio y su actividad pastoral queda enriquecida por su carisma especial: difundir la reparación a Dios por las ofensas del mundo y la devoción a la Santa Faz del Señor sufriente. Este carisma inunda toda su espiritualidad y de ella fue incansable misionero y propagandista.

En 1919 instituyó en Pentedattilo la Pía Unión de la Santa Faz, y en 1950 la trasladó a Reggio. Después concibió la idea de una nueva congregación, de Hermanas Verónicas de la Santa Faz, que fundó en 1934 con el objetivo de abrir asilos y escuelas de formación catequética, en los lugares más remotos y abandonados.

Esta obra tan difícil contó con la tenacidad del fundador y con la visible protección del Señor. Después de innumerables obstáculos y dificultades, tuvo al final de su vida el consuelo de ver levantado el Santuario en honor de la Santa Faz, su dorado sueño, al lado de la Casa madre de las Hermanas, en las cercanías de Reggio-Calabria.

Fue decisivo en su vida el encuentro que, en 1918, tuvo con el P. Luis Orione, de cuyos preciosos consejos pudo disfrutar con frecuencia. Desde 1922 a 1949 fue el director espiritual del Seminario Diocesano. De 1922 a 1933, el animador o consiliario de la Obra Antoniana promovida y apoyada por el mismo Orione para fomentar, ayudar y cuidar las vocaciones de los aspirantes pobres.

Cuando ya era sexagenario, consagró todas sus energías al ministerio de la reconciliación de modo que, con toda justicia, se le dio el título de «el confesor de Reggio».

No dejó nunca de acompañar y estimular el Instituto de las Verónicas. Incluso había acariciado la idea de fundar los «Cirineos»: sacerdotes completamente entregados a ayudar a los obispos en las zonas y los puestos más difíciles de las diócesis.

Hombre de extraordinaria vida interior, siempre unido a Dios por la continua oración y espíritu de sacrificio, desarrolló todas sus actividades en medio de una edificante y verdadera pobreza evangélica. Se dio humilde y caritativamente todo a todos con una opción preferencial por los más débiles, pobres y marginados, dejando en todas partes la huella clara de su alta y profunda espiritualidad.

Toda su predicación y catequesis tenía como tema preferido la Pasión de Cristo y especialmente la santa Faz como descubrimiento, devoción y encuentro con Dios.

A pesar de estar comprometido con tantas obras apostólicas, encontró tiempo para cuidarse de la impresión, publicación

y distribución de una Hoja, con el modesto pero eficaz título de «La Santa Faz», que, con un estilo eminentemente reparador e inspirándose en la Verónica, consigue difundir la devoción al Santo Rostro del Señor.

Falleció en Reggio-Calabria el 4 de abril de 1963. Y, al extenderse con su muerte la fama de santidad, a instancias del Obispo de Reggio, el 15 de octubre de 1981, la Sagrada Congregación para las Causas de los santos, concedió el «nihil obstat» para que se iniciara su proceso de canonización.

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

Breve de beatificación: *AAS* 88 (1996) 970s.
D'ASCOLTA, G., «Catanoso, Gaetano», en *Bibliotheca sanctorum. Appendice prima* (Roma 1987) cols.282-284.
Homilía de beatificación: *Ecclesia* 57 (1997) 723.
P. Gaetano Catanoso. Scritti e testimonianze (Reggio-Calabria 1980).
REPETTO BETES, J. L., *Santoral del clero secular* (BAC. Estudios y ensayos, 1; Madrid 2000) 603-604.

SAN ISIDORO DE SEVILLA

Obispo († 636)

Haría falta un grueso volumen para dibujar la figura prócer del español que más ha influido en el mundo por el brillo de su ciencia y el calor de su santidad; pero bastarán unas líneas para recoger lo más saliente de su personalidad como español, como hombre de ciencia y, sobre todo, como santo.

Nació Isidoro muy probablemente en Sevilla, hacia el año 556, poco después de haber llegado allí sus padres, que habían huido de Cartagena para no pactar con los intrusos bizantinos de Justiniano. Fue Isidoro el menor de un matrimonio de cuatro hijos, con Leandro, Fulgencio y Florentina, aureolados todos con la corona de la santidad.

Bajo el mecenazgo de San Leandro —electo obispo de Sevilla en 578—, fue educado el joven Isidoro en la piedad y en las ciencias, dedicándose especialmente al estudio de las tres lenguas consideradas en aquel entonces como sagradas: el hebreo, el griego y el latín. Era natural que su hermano mayor pusiera

todo su interes en cultivar la personalidad de Isidoro en todos los órdenes, moviéndole a ello, según su propio testimonio, el gran afecto que le profesaba y cuyo amor, decía, «prefiero a todas las cosas acá abajo, y en quien descanso con el más profundo cariño». Había Leandro fundado un monasterio en Sevilla y retenía en sus manos la dirección espiritual del mismo. Al cenobio acudían jóvenes de toda la Península atraídos por la fama de su fundador, pero mientras algunos gozaban de un régimen de internado bastante suave, por no aspirar ellos a la vida claustral, otros eran sometidos a una disciplina más rigorista. Ya desde el principio determinó San Leandro que su hermano siguiera en todo la vida regular, y que se le sometiera a la educación severa y rígida reservada a aquellos que aspiraban a abrazar la vida monastica.

Aquella vida de mortificaciones y de renuncias había inclinado el corazón de Isidoro a vestir el hábito monacal. Un día, joven todavía, recibió de San Leandro el santo hábito y rodaba por el suelo su hermosa cabellera, que el santo obispo cortaba mientras pronunciaba las siguientes palabras deprecatorias:

> «Sea de vida laudable Sea sabio y humilde Sea veraz en la ciencia Sea ortodoxo en la doctrina Sea solicito en el trabajo, asiduo en la oracion, eficaz en la misericordia, fijo en la paz, pronto para la limosna y piadoso con los subditos»

La súplica del obispo en favor del joven novicio fue escuchada en el cielo, que en adelante dirigió los pasos del nuevo monje hacia el sublime ideal religioso tan hermosamente sintetizado en las mencionadas palabras de la antigua liturgia española.

Vivía en aquel entonces España unos años decisivos para su porvenir político y religioso. El rey Leovigildo apoyaba la herejía arriana, en tanto que Leandro era el máximo campeón de la ortodoxia. La lucha por la fe decidióse en el momento en que Recaredo, hijo de Leovigildo, se declaró católico, a los diez meses de haber subido al trono, abjurando públicamente de la herejía. Pero el campo hispano no estaba libre del arrianismo, que brotaba aquí y allá, incluso en los palacios episcopales. Para combatirlo y arrancarlo de raíz emprendió Leandro una campaña intensa que le obligó a cruzar la Península en todas direccio-

nes. Sus continuos viajes y sus prolongadas ausencias de Sevilla aconsejaron que le reemplazara Isidoro en la dirección del monasterio. Contaba entonces treinta años de edad.

Como abad del monasterio, distinguióse Isidoro por la escrupulosa observancia regular, por su bondad, sentido de la justicia y por el entrañable amor hacia sus súbditos, que él apreciaba y tenía como a hijos. Al poco de tomar el timón del monasterio percatóse de que, para llevar una vida monástica irreprensible, hacía falta dotar al monasterio de un código de leyes que regulara la vida de comunidad, señalara los derechos y deberes de superiores y súbditos y acabara con la pluralidad de reglas y observancias que destruían la vida común y anulaban la acción del abad. En contra de las deformaciones del espíritu claustral, camufladas las más de las veces con pretextos de mayor perfección y renuncia, señaló Isidoro certeramente los elementos esenciales de la vida monástica, que son: «La renuncia completa de sí mismo, la estabilidad en el monasterio, la pobreza, la oración litúrgica, la lección y el trabajo».

Los monjes girovagos disipan el espíritu y su conducta no siempre sirve de edificación a los fieles; de ahí el voto de estabilidad. Los peculios particulares crean la relajación del monje y dan pie a muchos abusos. En contra de los mismos formuló él el célebre aforismo: «Todo cuanto adquiere el monje, para el monasterio lo adquiere».

Otro enemigo de la vida monástica era la ociosidad, que Isidoro combatió imponiendo a sus monjes la obligación del trabajo, tanto manual como intelectual. Con el trabajo manual se procuraban los monjes lo indispensable para su sostenimiento, contribuían con su ejemplo a que el pueblo se interesara por el empleo de los métodos de producción más efectivos y con su esfuerzo físico procuraban a su cuerpo la agilidad, el vigor y robustez que son el soporte obligado de una vida espiritual sana.

Gran importancia concedió San Isidoro al trabajo intelectual de los monjes. Después de la iglesia debía ser la biblioteca la pieza más importante del monasterio. Los códices y libros allí almacenados tenían para Isidoro carácter de cosas sagradas. Si algún monje deterioraba algún manuscrito, recibía por ello la penitencia correspondiente. Por la mañana se prestaban los li-

bros, que se devolvían después de vísperas al bibliotecario, quien comprobaba el estado del códice que se había prestado. Al estudio diario se añadían las lecturas durante la misa y el oficio divino, la lectura en el comedor, mientras duraba la refección, y las conferencias en determinados días de la semana. Entre las actividades del monje figuraba la de copiar códices, tarea ésta considerada como cosa santa. En el escritorio isidoriano de Sevilla ocupaba el primer plano la Biblia, sobre cuyo texto se hacían concienzudos estudios y mejoras que debían extenderse por toda España y Europa.

Isidoro fue en este punto un dechado y ejemplo para sus monjes. Conocía todos los libros de su tiempo; podía dar razón de todos los autores griegos y latinos, Padres de la Iglesia y otros escritores de menos talla. Su biblioteca era la mejor de su tiempo, tanto por su calidad como por el número de ejemplares A todos los autores de la Antiguedad se les concedía un sitio en sus estantes; a todas las ciencias, eclesiásticas y profanas, franqueaba Isidoro las puertas de su biblioteca. Pero entre sus libros había uno por el cual sentía enorme pasión, la Biblia, porque, según él, «encierra la suma de los misterios y sacramentos divinos, es el arca sagrada que guarda las cosas antiguas y las nuevas del tesoro del Señor». Conocidos son sus esfuerzos para unificar el texto latino de las Sagradas Escrituras. Entre sus libros es muy conocido el *Libro de los proemios,* que contiene una corta introducción a cada uno de los libros sagrados.

Entre las obras más famosas que escribió cabe señalar su libro de las *Etimologías,* verdadera enciclopedia de las ciencias antiguas, que revela la inmensa erudición de Isidoro. Como historiador le han hecho célebre su *Historia de los godos, vándalos y suevos,* la llamada *Crónica mayor* y el *Libro de los varones ilustres.* Con esta producción bibliográfica influyó San Isidoro en la literatura medieval, a la cual retransmitió la inmensa literatura de la Antiguedad.

> «Como puente entre dos edades, como firme pilar en una epoca de transicion, como depositario del saber antiguo al tiempo que heraldo de la ciencia medieval, San Isidoro ocupa un lugar singularisimo en la historia de la cultura europea El puesto honroso de quien, consciente de una misión, la cumple con humilde y heroica voluntad de entrega» (Montero Diaz)

Pero, además de padre de los monjes, fue Isidoro obispo de Sevilla. El gobierno de su dilatada diócesis debía alejarle un tanto de sus actividades literarias para dedicarse al cuidado pastoral de las almas confiadas a sus desvelos. Según confesión propia, el verdadero obispo debía dedicarse a la lectura de la Biblia y exponerla a sus fieles, imitar el ejemplo de los santos, vivir una vida intensa de oración, mortificar su cuerpo con vigilias y abstinencias, y, sobre todo, practicar la caridad y la misericordia para con sus hermanos y súbditos. Con la dignidad episcopal ensanchóse el horizonte del magisterio de Isidoro, que transformó el púlpito de la catedral de Sevilla en cátedra de la verdad. El pueblo acudía en tropel a escucharle, porque, según testimonio de San Ildefonso, «había adquirido tanta facilidad de palabra y ponía tal hechizo en cuanto decía, que nadie le escuchaba sin sentirse maravillado». Pero, más que por sus dotes oratorias, le escuchaba el pueblo por la solidez de su doctrina teológica y por la unción que ponía el Santo en sus palabras.

Entre los puntos capitales del programa episcopal de San Isidoro figuraba su solicitud por el clero, la porción escogida de la heredad del Señor, según palabras suyas. Y era tanto más necesario este cuidado en cuanto que la herejía arriana había penetrado hondamente en las filas clericales y había creado un sector que llevaba una vida sacerdotal nada conforme con su excelsa vocación. De ahí que empezara por una depuración a fondo en las filas de los ministros del altar, prefiriendo pocos y buenos a gran número de ellos carentes de espíritu sacerdotal. Para su formación contaba con la escuela catedralicia, en donde los futuros ministros de la Iglesia eran educados religiosa e intelectualmente, y no sentía reparo alguno en tomar parte activa en este magisterio. Los candidatos al sacerdocio vivían en comunidad, y dispuso que este mismo régimen de vida observaran los clérigos e incluso los mismos obispos, empezando él por dar ejemplo de una vida santa en común. Con el fin de facilitar la santificación propia y desarmar a los murmuradores dictó a los obispos de España la siguiente ley: «Para que no se dé motivo a la murmuración, en adelante los obispos tendrán en su casa el testimonio de personas en quienes no puede haber sospecha ninguna». Entre las obligaciones episcopales señala la visita

anual de las iglesias, que debe hacerse personalmente, o por medio de delegados. De esta manera el obispo velará por la buena marcha espiritual y material de las iglesias parroquiales.

El obispo era en aquel entonces el funcionario más poderoso Por su doble personalidad, política y religiosa, debía influir necesariamente en los destinos de España. Pero, aunque ligado con la monarquía por el vínculo de vasallaje, no olvidó nunca, sin embargo, que antes se debía a la Iglesia y a la grey que se le había confiado. Supo Isidoro armonizar sus obligaciones episcopales con sus deberes hacia la Patria. Sentía él un amor intenso por España, que ha expresado con un lirismo impresionante en sus *Laudes hispaniae.* En su vida mostróse enemigo de los bizantinos, habla de las «insolencias romanas», elogia la actitud política de Leovigildo, a pesar de su arrianismo, y canta la grandeza del reino visigodo.

> «No puede rigurosamente hablarse de sentimiento nacional Pero es evidente su adscripción a la unidad peninsular, una conciencia clara de Hispania como ambito estatal, una decidida nostalgia de fusion étnica y convivencia religiosa» (Montero Díaz)

Uno de los actos de más resonancia de su vida episcopal fue la celebración del Concilio IV de Toledo, a finales del año 633, que Isidoro convocó con el fin de dotar a la nación de una legislación que asegurara su porvenir y la estabilidad de sus instituciones, y reorganizar al mismo tiempo la vida religiosa.

El que había sido moderador de monjes, metropolitano de la Bética, fecundo escritor, mentor de reyes y moderador de concilios, Padre de la Iglesia y de la Patria, encorvábase bajo el peso de los años. Al echar una mirada retrospectiva, dolíase en su corazón de las debilidades, defectos e imperfecciones de su larga vida, pero le confortaba la perspectiva del perdón. Rebasados los ochenta años, Isidoro todavía predicaba al pueblo y leía las páginas de la Biblia. En los últimos años distribuyó cuantiosas limosnas a los pobres.

La muerte se acercaba a grandes pasos. Su estómago se negaba a retener el alimento; la fiebre devoraba su cuerpo y su rostro aparecía demacrado. Presintiendo un próximo desenlace, se hizo trasladar a la basílica de San Vicente para pedir penitencia en una ceremonia emocionante. Un sacerdote rasuró la ca-

beza del moribundo, vistióle de cilicio y derramó sobre él un puñado de ceniza en forma de cruz. Hizo después Isidoro su confesión con palabras que arrancaron las lágrimas de todos los presentes. Tres días después, el 4 de abril de 636, su alma voló al cielo para recibir la recompensa de una vida santa, dedicada al servicio de la Iglesia. Dante, en su *Divina comedia,* «vio en el paraíso llamear el espíritu ardiente de Isidoro» *(Paraíso,* canto X, 130).

ISIDORO RODRÍGUEZ HERRERA, OFM

Bibliografía

Act. SS Boll., 4 abril· *Vita,* por L. DE TUY.

AREVALO, F (rec.), *Sancti Isidori hispalensis episcopi Opera omnia*, I: «Síntesis de su vida», 112s.

BOURRET, J. CH. E , *L'école chrétienne de Séville sous la monarchie des visigoths* (París 1855).

CORTES Y GONGORA, L. - MONTERO DIAZ, S., *San Isidoro de Sevilla. Etimologías* (BAC 67, Madrid 1951) 1*-82* (introducción general).

MABILLON, J. - D'ACHERY, L , *Acta Sanctorum Ordinis Sancti Benedicti,* II (París 1668) 582s.

PEREZ DE URBEL, J , *San Isidoro de Sevilla* (Barcelona 1940, [3]1995 Universidad de León).

SEJOURNE, P., *Le dernier Père de l'Église. Saint Isidore de Séville et son rôle dans l'histoire du droit canonique* (París 1929).

— Actualizacion·

ADRO XAVIER (seud), *Isidoro de Sevilla* (Barcelona 1992).

DIAZ y DIAZ, M., «Introducción general», en J. OROZ RETA - M.-A. MARCOS CASQUERO (eds.), *San Isidoro de Sevilla. Etimologías,* I (BAC 433, Madrid [3]2000) 1-257.

FONTAINE, J., *Isidoro de Sevilla: génesis y originalidad de la cultura hispánica en tiempos de los visigodos* (Madrid 2002).

LOZANO SEVILLA, F J., *San Isidoro de Sevilla* (Burgos 1976).

VIÑANO GONZALEZ, A , *San Isidoro de Sevilla, su doctrina y pensamiento* (León 2000).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN PLATÓN

Hegúmeno († 814)

Natural de Constantinopla, donde nace hacia el año 734, era un adolescente cuando quedó huérfano y a cargo de un tío suyo que quería que ingresara en el funcionariado imperial. Pero el joven optó por la vida monástica en el monasterio de Symboleon, en el Monte Olimpo (Tracia). Aquí llevó vida recogida y

ejemplar hasta que en 780 es elegido hegúmeno del monasterio. Platón se puso de parte de la ortodoxia cuando llegó la contienda iconoclasta pero nadie se metió con los monjes. En 775 viaja a Constantinopla, donde no se deja convencer para que sea obispo, pero acepta dejar su monasterio y presidir el de Sakkudion, lo que hizo durante doce años hasta que dejó el cargo a favor de su sobrino San Teodoro Estudita. Ambos se opusieron al divorcio y nuevo matrimonio del emperador, siendo desterrados. Volvería a serlo otra vez más tarde y cuando regresa en 811 tiene ya la salud perdida. Se retiró a la vida eremítica y murió el 4 de abril de 814.

SAN PEDRO DE POITIERS

Obispo († 1115)

Pedro era arcediano de la diócesis de Poitiers y hermano de su obispo Isemberto, y le rodeaba la fama de santo, cuando en 1087, muerto su hermano, fue elegido para sucederle. Amante de la rectitud y la justicia, denunció las segundas bodas ilegítimas del rey Felipe I de Francia y para estudiar el caso alentó con otros santos prelados de su tiempo la celebración del concilio de Poitiers el año 1110 en el cual se lanzó la excomunión contra el monarca. Igual sentencia hizo recaer sobre Guillermo de Poitou que vivía, igualmente, de forma irregular y había insultado al obispo de Angulema. Guillermo obligó a Pedro a salir de su diócesis y a residir en Chauvigny. Pasa también a la historia por haber amparado y protegido la fundación del monasterio de Fontevrault por el beato Roberto de Arbrissel. Murió en Chauvigny el 4 de abril de 1115.

BEATO GUILLERMO CUFITELLI

Ermitaño († 1411)

Nació en Noto (Sicilia) el año 1309. Ingresa en la corte del rey Federico y obtiene el oficio de armígero real. Alegre y simpático, tenía gran predicamento en la corte. Su vida cambió a raíz de un accidente de caza en que por salvar al rey fue grave-

mente herido, al punto de temerse por su vida. Profundamente afectado por verse a las puertas de la muerte, decidió desprenderse de todo y vivir pobremente, en una celda aneja a la iglesia de su pueblo y ganándose el pan con sus propias manos, dedicando todo su tiempo libre a la divina contemplación. Al cabo de doce años decide reedificar una ermita dedicada a la Virgen de la Piedad en el término de Scicli, que se convierte en lugar de peregrinación, y en el que él hace un fecundo apostolado. Amigo personal de San Conrado de Piacenza, ambos amigos se visitaban y animaban en la búsqueda de la perfección cristiana. Se hizo terciario franciscano y llevaba el hábito de tal. Murió el 4 de abril de 1411, y llevaron su cuerpo a la parroquia de Noto, que lo aclamó su patrón. Fue beatificado el 27 de enero de 1537.

SAN BENITO EL NEGRO O EL MORO

Religioso († 1589)

Nació en San Fratello, junto a Messina en Sicilia, hacia 1526. Era hijo de unos esclavos negros de un señor llamado de apellido Manassari (Massarari), apellido que por ello tomó Benito hasta su entrada en religión en que lo cambió por el de Benito de San Filadelfio. Cuando su padre asciende a capataz de las fincas del dueño, éste le otorga a él y a su hijo la libertad. El chico dio desde joven muestras de una gran bondad y por ello le decían el moro santo, entendiendo por la palabra moro a los provenientes de África, pero nunca faltaron quienes le echaran en cara su color oscuro y su antigua esclavitud, lo que Benito llevó siempre con paciencia. Invitado por el ermitaño Lanza que dirigía una comunidad eremítica de espiritualidad franciscana a unirse a él, Benito lo hizo y vivió la vida de contemplación y retiro con perfecta adecuación. Al morir Lanza, los ermitaños eligen a Benito como superior. Pero la comunidad no recibió licencia de la Santa Sede para permanecer como tal sino que sus miembros debían unirse a alguna Orden ya establecida. Benito eligió la Orden Franciscana observante, ingresando como hermano lego en su convento de Santa María de Jesús de Palermo. Era el año 1562. En este convento pasaría la mayor parte de su

vida dando un altísimo ejemplo de caridad y de todas las virtudes. De cocinero pasó a guardián del convento cuando así lo requirieron los frailes y de este cargo volvió humildemente a la cocina pasado el trienio, y no dejó la cocina cuando fue designado maestro de novicios sino que compatibilizó ambas dedicaciones. Su popularidad fue inmensa. Acudían a él personas de todas las clases sociales que apreciaban su palabra y su trato evangélico. Rodeado de esta inmensa fama de santidad muere en Palermo el 4 de abril de 1589. Fue canonizado el 24 de mayo de 1807.

BEATO FRANCISCO MARTO
Niño de Fátima († 1919)

La vida de este niño, vidente de la Virgen de Fátima, ha sido comentada junto con la de su hermana Jacinta en el día 20 de febrero, a donde remitimos (cf. *Año cristiano.* II: *Febrero,* 422-434).

5 de abril

A) MARTIROLOGIO

1. En Vannes, San Vicente Ferrer († 1419), presbítero, de la Orden de Predicadores **.
2. En Tesalónica (Macedonia), Santa Irene († 304), virgen y mártir.
3. En Seleucia (Persia), Santa Ferbuta († 342), viuda y mártir.
4. En Persia, ciento once varones y nueve mujeres mártires († 344)
5. En Mauritania, los mártires del día de Pascua, de los cuales el lector fue muerto cuando cantaba el Aleluya, bajo el rey Genserico (s. v).
6. En Sauve-Majeure (Aquitania), San Geraldo († 1095), abad *.
7. En Fosses (Brabante), Santa Juliana de Monte Cornillón († 1258), religiosa agustina **.
8. En Palma de Mallorca, Santa Catalina Tomás († 1574), virgen, canonesa de San Agustín.
9. En Kaufbeuren (Baviera), Santa Crescencia Ana Hoss († 1744), virgen, religiosa de la Orden Tercera de San Francisco *.

SAN VICENTE FERRER

Presbítero († 1419)

La vida de los santos, aparte de ofrecernos un ejemplar e irrecusable testimonio de heroicas virtudes, manifiesta siempre el empeño providencial de Dios en la historia humana y en la vida de la Iglesia, tanto que la presencia de algunos santos no se explica sin esa misión providencial. Ellos han polarizado muchas veces en su vida determinados períodos de la historia y su influencia espiritual o social ha configurado los perfiles de ciertos momentos y estilo de vida, y hasta han pesado definitivamente a la hora de dar solución a las crisis de su tiempo. Cierto igualmente que, por ese mismo canon providencial que Dios impone a los acontecimientos humanos, también los santos se han visto condicionados en sus actos por las circunstancias en que se movieron. Todo esto da sentido y justificación a la vida de San Vicente Ferrer y nos evita caer en una interpretación simplista y unilateral de su portentosa obra. La visión exclusivamente milagrera de su figura, por la que han discurrido durante muchos años la tradición y la leyenda, contribuyó a desenfocar la plenitud auténtica y la realidad total de la vida de San Vicente, hasta tal punto que algún historiador moderno se atrevía a decir que cada circunstancia de su vida fue un milagro. Hoy, con sana crítica y juicio sereno, no podemos admitir esa visión colorista que nos ha dado a un San Vicente Ferrer opulento despilfarrador de milagros, aun cuando sería insensatez negar la realidad de su poderosa taumaturgia. Pero no debemos hacer de sus copiosos milagros una peana para colocar sobre ella la vida del Santo.

San Vicente Ferrer nació en Valencia el 23 de enero de 1350, en el seno de una familia de ascendencia gerundense. Su padre, Guillermo Ferrer, era notario. La casa natalicia de Vicente distaba muy poco del Real Convento de Predicadores, donde los hijos de Santo Domingo de Guzmán se habían establecido por singular gracia del rey Don Jaime el Conquistador, recién conquistadas para la fe las tierras de Valencia. El gran prestigio que siempre tuvieron en aquella capital los frailes predicadores,

el contacto habitual que nuestro Santo debió tener con ellos desde su niñez y el interior llamamiento de Dios determinaron en Vicente la resolución de vestir el hábito blanco y negro de los dominicos. Tal suceso tuvo lugar en el Real Convento de Predicadores el 5 de febrero de 1367, y el día 6 del mismo mes del año siguiente emitió los votos de su profesión religiosa.

Por la coyuntura del momento en que nace, Vicente Ferrer pertenece al período histórico que un escritor moderno ha calificado de otoño de la Edad Media. En ese punto en que se interfieren los últimos destellos de la Edad Media «enorme y delicada» con la fulgurante aurora del primer Renacimiento europeo, él permanecerá fiel a la estructura mental y a los criterios tradicionales. No debemos olvidar que dos años antes de su nacimiento, el 1348, la peste negra difundida por la Europa occidental influyó notablemente en la vida religiosa, provocando, juntamente con otras circunstancias históricas, una quiebra de insospechadas proporciones. En la provincia dominicana de Aragón, a la que el Santo perteneció, habían muerto quinientos diez religiosos de un total de seiscientos cuarenta. Ello hacía practicamente difícil no sólo el mantenimiento económico de los conventos, sino hasta la propia observancia de las constituciones religiosas en la plenitud de sus ideales. Más tarde, el 20 de septiembre de 1378, la escisión de la Iglesia por el Cisma de Occidente vendría a debilitar más la flaca situación de la vida conventual. Paralelamente a este clima de desfondamiento religioso en los conventos, la vida piadosa de los fieles se vio mermada sensiblemente en su tradicional pujanza. La Orden de Predicadores, en los momentos en que Vicente hace su profesion, gozaba de un sólido prestigio social y académico, aun cuando la curva de su trayectoria docente no alcanzase en aquel punto su máxima altura. Sin embargo, los frailes dominicos, fieles a su gloriosa tradición y por exigencia entrañable de sus propias funciones doctrinales, intentaban hacer honor a la nobleza representativa de su condición procurando mantener en la máxima tensión de eficacia la formación y desarrollo intelectual de los miembros de su Orden.

Desde la fecha de su profesión en el año 1368 hasta 1374, en que recibe el presbiterado y celebra su primera misa, Vicen-

te, por designación de sus superiores, alterna el estudio y la enseñanza de la filosofía y la teología en los conventos de Lérida y Barcelona. A los veinte años era ya profesor de Lógica. En 1376 lo vemos estudiando teología en Toulouse, en cuya Facultad, de reciente creación, los profesores dominicos le ilustraron en la ciencia de Dios dentro de los cánones del más depurado tomismo. Allí permaneció dos años.

Perfecto conocedor de la exégesis bíblica y de la lengua hebrea, que estudió en el convento de Barcelona, y tras su sólida formación teológica, San Vicente regresó de Toulouse a Valencia, donde inmediatamente se dedicó a la enseñanza de la teología. Alternando sus tareas de docencia con las de escritor, predicador y consejero, muy pronto conocieron los valencianos las extraordinarias dotes personales del Santo y le hicieron árbitro de graves problemas públicos. Mas todo su tremendo dinamismo exterior jamás turbó su total entrega a la práctica de las observancias conventuales, acentuando cada día más el estudio y la oración.

Por aquellos días la Iglesia sintió en su propia carne el trallazo de la escisión con el infausto Cisma de Occidente. Demostrada por algunos cardenales la nulidad de la elección de Urbano VI, declararon vacante la Sede Apostólica y procedieron a la elección de un nuevo Papa. El 20 de septiembre de 1378 aquellos cardenales, entre los que se encontraba Pedro de Luna, firmaron en Fondi un manifiesto por el que comunicaban al pueblo cristiano la elección de Roberto de Ginebra, a quien sometían su obediencia. Aquí surgió, frente a Urbano VI, Clemente VII. La división de la Iglesia afectó, como es lógico, a la misma política europea, y los reyes y príncipes se vieron en la grave disyuntiva de prestar su obediencia a la Sede de Avignon o a la de Roma. Pedro IV el Ceremonioso, que regía los destinos de la corona de Aragón, adoptó una postura prácticamente neutralista, preocupado más por los problemas internos de su casa que por la escisión de la Iglesia. Sin embargo, Clemente VII se dispuso a conquistar la obediencia de los cuatro reinos de España y para ello despachó amplios poderes al cardenal Pedro de Luna con el nombramiento de legado. Éste es el momento en que el cardenal legado busca el apoyo y

la influencia de Vicente Ferrer para lograr la adhesión del reino de Aragón al papa Clemente VII. Vicente, que desde un principio fijó su posición de obediencia al papa de Avignon, estuvo en Barcelona recibiendo del cardenal Pedro de Luna órdenes y poderes concretos para presentarse a los jurados de Valencia reclamando su ayuda para captar la obediencia de Pedro IV a Clemente VII. Después de la lectura del tratado que acerca del Cisma escribía San Vicente, dedicado al rey de Aragón, no podemos dudar de su rectísima intención al proclamar su fidelidad a la Sede de Avignon. Los argumentos que ofrece demuestran, además de su cultura teológico-canónica, que no en vano aceptaba la legitimidad de la elección de Clemente VII. Utilizando el cardenal De Luna en algunos de sus viajes por los reinos de España los servicios que le prestó la compañía de Vicente Ferrer, volvió el Santo a Valencia, en cuya catedral prosiguió enseñando teología, sin descuidar por ello su predicación al pueblo y otros muchos deberes ministeriales. El cardenal Pedro de Luna regresó a Avignon y el 28 de septiembre de 1394 era elegido sucesor de Clemente VII con el nombre de Benedicto XIII. Pocos meses después San Vicente era reclamado a la Corte de Avignon por el Papa, hasta que en 1398 cambia su residencia del palacio de Avignon por la del convento dominicano de la misma ciudad. Benedicto XIII, en deuda con el Santo, le otorgó el título máximo de «Maestro en Sagrada Teología».

Vicente, en contacto con las realidades de Avignon, con la visión más serena de los acontecimientos y amargamente dolido por el daño que sufría la Iglesia de Cristo, vivió unos meses en su convento, donde cayó tan gravemente enfermo que estuvo a punto de morir. Fue entonces cuando tuvo aquella visión en la que se le apareció Jesucristo, acompañado de los patriarcas Domingo y Francisco, encomendándole la misión de predicar por el mundo y otorgándole súbitamente la salud. Ésta es la prodigiosa circunstancia que sirve de clave para explicar la vida posterior de Vicente. Ahora se presentará al mundo con un empeño más alto que el de defender la causa de Benedicto XIII: propugnará la integridad del Evangelio en la unidad de la Iglesia. Su misión evangelizadora le ha sido encomendada por el

mismo Jesucristo y sus credenciales tendrán el alcance universal de ser legado *a latere Christi.*

El Papa se resistió en un principio a dejarle marchar, pero al fin, convencido de que en la empresa de Vicente urgía el llamamiento de Dios, le concedió amplísimos poderes ministeriales para que pudiera ejercer su apostolado. El Santo quedó sometido a la obediencia inmediata al maestro general de su Orden y el día 22 de noviembre de 1399 partió de Avignon a recorrer caminos y ciudades europeas llevando a todos los hombres el mensaje de la palabra de Dios. Éste es el momento en que el dinamismo interior de Vicente se desata en torrentes de sabiduría y de elocuencia sobre una sociedad en trance de agudísima crisis espiritual para despertar la unidad de la fe en su vida, abrir los horizontes a la esperanza y encender en las almas la caridad. En su larga peregrinación apostólica recorrió innumerables pueblos y ciudades de España, de Francia, de Italia, de Suiza, y hasta es muy probable que penetrara en Bélgica. En una época en la que la oratoria sagrada se resentía gravemente de su ineficacia, por el afán de predicar al pueblo oscuros y macizos sermones con rancias argumentaciones de escuela, cuando no rimbombantes y huecas composiciones retóricas con extravagantes alusiones a los clásicos de la antiguedad grecolatina, la palabra de Vicente era como un látigo de fuego que abrasaba e iluminaba. Su metódico sistema de exposición de la doctrina de Cristo, sin la gracia boba de halagar superficialmente los oídos, con el recio temple de unos conceptos claros y precisos, servidos siempre en la bandeja de oro de su portentosa y dócil imaginación y la enorme fuerza sugestiva de su poderosa voz, rica en matices y sonoridades, hacía sentir a las gentes el vértigo de la presencia de Dios y el delicioso estremecimiento de su gracia. La palabra de Vicente inflamaba y seducía. Su dominio absoluto de las Sagradas Escrituras le servía de mágico resorte para encarnar en sus frecuentes alusiones la aplicación de un hecho concreto o de una circunstancia real de su tiempo. Fue de una impresionante y sobrecogedora grandeza aquel memorable sermón que, después de vencida la implacable resistencia de Benedicto XIII y obtenida la promesa de su abdicación, pronunció ante el papa de Avignon y sus cardenales, ante embajadores y

príncipes y multitud de fieles el 7 de noviembre de 1415 en Perpignan, comentando el tema: «Huesos secos, oíd la palabra de Dios».

Bajo el signo de su voz las enemistades públicas cedían al abrazo de la paz, los pecadores experimentaban la mordedura del arrepentimiento y los hambrientos de perfección le seguían a todas partes en una permanente compañía de fervoroso apoyo. Él organizaba aquella imponente comunidad de disciplinantes que en conmovedoras procesiones penitenciales producía en los espectadores un escalofrío de compunción y la eficaz mudanza de vida.

Ante la visión de río revuelto que ofrecía el mundo de su tiempo, ante el estrepitoso desmoronamiento de la ideología cristiana que había presidido e informado la vida pública de la Edad Media al choque violento de unos sistemas y estructuras de vida que pretendían remozar al hombre, ante la estampa de Apocalipsis que presentaba una Iglesia desgarrando a la cristiandad en partidos y banderías de cisma, no es de admirar que la leyenda, apoyada en puntos flacos de tradición, haya hecho que San Vicente se atribuyera personalmente el título de ángel del Apocalipsis y hasta que la obsesión determinante de su apostolado fuera la predicación del cercano Juicio final. Cierto que el Señor le otorgó en diversas ocasiones el don de profecía, pero cuando San Vicente hablaba del Juicio final como acontecimiento próximo —cosa que hizo en muchas menos ocasiones de lo que habitualmente se cree— no lo hacía como profeta, sino como hombre que observa las realidades de su tiempo y deduce unas consecuencias. Hemos de puntualizar también que el lema «Temed a Dios y dadle honor», con que la tradición ha cifrado la predicación vicentina, no puede ser, en modo alguno, interpretado con sentido terrorista, como si San Vicente se hubiera preocupado de sembrar el pánico en su tiempo y despertar un espanto colectivo. El temor de Dios propugnado por Vicente no era ese que surge de la raíz amarga del miedo, sino el que nace del amor filial. Era el temor de la reverencia y no el del servilismo pavoroso. El auditorio de sus sermones era siempre de multitudes. En algunas ocasiones pasaban de los quince mil oyentes, por lo que, resultando insuficiente la capacidad de las

iglesias, hubo de predicar en las plazas. Contemporáneos del Santo nos dan la referencia de que, hablando en su lengua nativa, le entendían por igual todos los oyentes, aunque pertenecieran a países de distinto idioma. En los últimos treinta años de su vida el quehacer de la predicación condicionó su horario de trabajo. Solía dedicar cinco horas al descanso, haciéndolo sobre algunos manojos de sarmientos o un jergón de paja, y el tiempo restante lo invertía en la oración y las atenciones exclusivas de sus deberes ministeriales. Sus comidas eran extremadamente sobrias. De una ciudad a otra se desplazaba siempre a pie, hasta que cayó enfermo de una pierna y tuvo que montar en un asnillo. Era tanta la fama de santidad que precedía los itinerarios de Vicente, que las gentes le recibían como enviado de Dios y su entrada en las ciudades tenía tal carácter de apoteosis delirante que, para evitar graves atropellos y el que los devotos le cortasen trozos de hábito, habían de protegerle con maderos. Todos los días cantaba la misa con gran solemnidad y después pronunciaba el sermón, que solía durar dos o tres horas, y en alguna ocasión, como la de Viernes Santo en Toulouse, estuvo seis horas seguidas. El cansancio y achaques físicos, que en los últimos años obligaba a que, para subir al púlpito o al tabladillo de la plaza, le tuvieran que ayudar cogiéndole de un brazo, desaparecían al punto en que comenzaba el sermón, de tal manera que su rostro se transfiguraba como si la piel cobrara una frescura juvenil, le centelleaban los ojos en expresivas miradas, la voz salía clara, limpia y sonora, y los movimientos de sus brazos obedecían dóciles al imperio y compás de las palabras. El tono de convicción con que se enardecía dejaba atónitos a los oyentes, y por ello no es de admirar que los frutos de sus sermones fueran tan copiosos que se necesitara siempre el concurso de muchos sacerdotes para oír confesiones.

El crédito universal de su sabiduría y de sus prudentes consejos fue puesto a prueba en multitud de contiendas en las que hubo de intervenir como árbitro de paz y nivelador de intereses. Nobilísima fue su actitud como compromisario de Caspe, en donde fue requerido para dar su voto de solución al problema político de la Corona de Aragón producido al morir Martín el Humano sin dejar sucesión. San Vicente acudió al Compromiso

de Caspe con el sereno ánimo y la inteligencia despierta para dar una razón jurídica en el asunto del pretendiente al trono, pero sobre todo con la limpia y altísima intención de aceptar el resultado como designio providencial. La elección hecha a favor del infante de Castilla, Don Fernando, fue publicada por San Vicente Ferrer el 28 de junio de 1412. La conducta del Santo en la resolución del problema sucesorio quedó tan digna y honrada, que su apostolado público no sufrió menoscabo alguno en aquellos Estados de la Corona de Aragón que se habían mostrado hostiles a la solución de Caspe.

Muy laboriosas fueron sus gestiones para determinar la conclusión del Cisma de Occidente y podemos afirmar que, si no por su directa intervención, sí por el enorme peso de su influencia, apoyada en su universal prestigio, contribuyó notablemente a decidir su terminación. El cónclave reunido en Constanza el 11 de noviembre de 1417 dio a la Iglesia la elección de Martín V, a cuya obediencia se sometió toda la cristiandad.

Vicente prosiguió su misión evangelizadora dirigiendo sus pasos a Bretaña, donde el Señor le esperaba para abrirle las puertas de una gloria definitiva. El día 5 de abril, miércoles de la semana de Pasión, de 1419, moría en Vannes, lejos de su patria, este apóstol infatigable cuya palabra estremeció de presencia de Dios los ámbitos de la cristiandad europea. Treinta y seis años más tarde, en 1455, el papa valenciano Calixto III, a quien, según la tradición, San Vicente le había profetizado la tiara pontificia y el honor de canonizarle, le elevó a los altares con la suprema gloria de la santidad.

Los milagros que San Vicente Ferrer obró en vida y después de muerto son innumerables, por lo que su fama de taumaturgo no ha sufrido mengua a través de los siglos.

JOSÉ MARÍA MILAGRO, OP

Bibliografía

Act SS. Boll., 5 abril: *Vita,* por RAZZANO, de 1455, *Actas del proceso de canonización.*

FAGES, P.-H.-O., OP, *Histoire de Saint Vincent Ferrier, apôtre d'Europe,* 2 vols. (París 1894, Lovaina ²1901) (Trad. española: *Historia de San Vicente Ferrer,* 2 vols. [Valencia 1903]).

— *Procès de la canonisation de Saint Vincent Ferrier* (París 1909).

— *Notes et documents de l'histoire de Saint Vincent Ferrier* (París-Lovaina 1905).

GARGANTA, J. M. DE, OP - FORCADA, V., OP, *Biografía y escritos de San Vicente Ferrer* (BAC 153; Madrid 1956).
GENOVES, V , *San Vicente Ferrer en la política de su tiempo* (Madrid 1943)
GORCE, M. M., OP, *Saint Vincent Ferrier (1350-1419)* (París ³1924).
SANCHIS SIVERA, J., *Historia de San Vicente Ferrer* (Valencia 1896) (Reprod. facsímil: Valencia 1993).
— Actualización:
FORCADA, V., *San Vicente Ferrer* (Valencia 1987).
MIRA, J. F., *San Vicente Ferrer: vida y leyenda de un predicador* (Alzira 2002).
TEIXIDOR, J., *Vida de San Vicente Ferrer: apóstol de Europa,* 2 vols. (Valencia 1999)

SANTA JULIANA DE MONTE CORNILLÓN

Religiosa († 1258)

La piedad eucarística ha conocido a través de los tiempos progresos reales, hasta alcanzar el enriquecimiento de nuestros días.

Ha sido un camino lento y penoso, en que tampoco han faltado los retrocesos, pues a veces una conquista nueva suponía la pérdida de posiciones ya alcanzadas.

Cada época ha resaltado algún aspecto de la Eucaristía, misterio el más rico y fecundo de nuestro culto, por ser como el centro de él.

Las primitivas generaciones cristianas nutrían su piedad en las fuentes litúrgicas, siendo la celebración eucarística y la comunión el eje de su vida. Se valoraba el rito sacrificial y la participación en el mismo, pero faltaba a los primeros cristianos la amistad íntima con Cristo, presente bajo las sagradas especies.

La Edad Media pondrá esa nota de ternura y calor, que echamos de menos en la Iglesia antigua.

A partir del año mil la piedad eucarística toma un rumbo nuevo. Es entonces cuando, vencida la herejía de Berengario, brota la devoción en la presencia real de Jesús, que posteriormente se haría arrolladora.

Una de las manifestaciones más fecundas de esta nueva corriente era el «deseo de ver la hostia». Tanto los místicos como las masas populares sentían un deseo ardentísimo de ver la sagrada forma, lo que influyó grandemente en el desarrollo del culto eucarístico.

Así nació la práctica de la elevación, al principio, sólo de la hostia, y después, por simetría, también la del cáliz. Dicha elevación se hacía con gran aparato, como un cirio nuevo que se encendía en ese instante, acompañamiento de clérigos con hachones, toque de campanillas y una señal especial de las campanas de la torre, para que los fieles ausentes supieran que entonces se «elevaba a Dios». De esta corriente ha ido naciendo toda la piedad eucarística moderna que litúrgicamente se enlaza con la institución de la fiesta del Corpus Christi y después proliferó en la exposición del Santísimo, ejercicio de las «Cuarenta horas», procesiones apoteósicas de los Congresos eucarísticos, con otra serie menor de devociones particulares, como las visitas al Santísimo, horas santas, horas de adoración a Jesús Sacramentado e incluso de reparación por el abandono u olvido que recibe en el sacramento del amor.

La reverencia de los primeros cristianos hacia la eucaristía se cambia, durante la Edad Media, en una devoción a la persona adorable de Jesús, oculto bajo las sagradas especies. De ahí que la piedad medieval tenga un carácter individual y afectivo, expresado en esa bella fórmula, tan querida de San Ignacio, aunque muy anterior a él, que es el *Anima Christi.*

Cristo se ha convertido en el huésped del alma, y la comunion es una visita del rey de la gloria que viene a hacernos sentir el gozo de su presencia. Pero ¿quién será capaz de recibir con dignidad a tan gran Señor?

Esta concepción acaba por alejar de la sagrada mesa a las almas, que terminan por contentarse con mirar y adorar, hasta hacer prevalecer en importancia la exposición del Santísimo, entre grandes iluminaciones y adornos, sobre la misa, que pierde su categoría de banquete sacrificial para convertirse en el rito destinado a confeccionar el sacramento que nos dará la presencia de Cristo.

El actual movimiento litúrgico se esfuerza por devolver a la misa toda su categoría de sacrificio y festín, donde participamos comunitariamente con las respuestas, los cantos, las posturas y, sobre todo, la comunión sacramental, en que recibimos la víctima inmolada y nos hacemos participantes de los frutos del sacrificio.

No es que renunciemos a la dulce adquisición del Medievo, sino que intentamos hallar el justo equilibrio entre la devoción a la divina presencia y su cortejo de piadosas prácticas y la misa y comunión, aspectos primarios de la eucaristía.

Y sirva esta rápida síntesis de introducción a la vida de Santa Juliana de Monte Cornillón, el alma que preparó la fiesta del *Corpus Christi,* cuando era necesario destacar ciertos aspectos del culto eucarístico, que se hallaban en la penumbra.

Juliana fue la hija segunda del matrimonio Enrique y Frescinda, vecinos del pueblo de Retina, cerca de Lieja. Nació en 1192 y quedó huérfana a los cinco años. Junto con su hermana Inés, que tenía seis, fue llevada al convento de Monte Cornillón, recientemente fundado, cuyas religiosas se dedicaban, además del Oficio divino, al cuidado de los leprosos y enfermos.

Demasiado niñas las dos hermanas para aplicarse a las obras de caridad, fueron puestas bajo la dirección de sor Sapiencia, una religiosa que las instruyó en los rudimentos de la doctrina cristiana y las inició en las virtudes que son la base de la vida espiritual: obediencia, humildad, mortificación y penitencia.

Los biógrafos, que han dejado en la penumbra a Inés, nos hablan de la brillante santidad de Juliana. Dotada de excepcionales cualidades, aprendió el salterio de memoria, demostró un amor por la soledad y un celo intemperante por la mortificación, de lo que tuvo que corregirla su maestra hasta hacerla entender que la obediencia vale más que los sacrificios.

A los catorce años pidió su admisión entre las hermanas del convento, recibiendo el hábito de profesa en 1207. Entonces estudió latín para instruirse más a fondo en las verdades de la fe, llegando a leer sin dificultad a San Agustín y San Bernardo.

Dios derramó sobre aquella alma privilegiada abundantes bendiciones, sobre todo durante la celebración de los sagrados misterios.

A los seis años tuvo una visión que no pudo comprender. Vio la luna resplandeciente de luz, pero atravesada de una mancha obscura, que parecía cortar el globo en dos partes. Habló de su visión a otras religiosas, pero no supieron desentrañársela; es más: le dijeron que era peligroso investigar en la misma. Sin

embargo, la noticia se divulgó por Lieja y la reputación de la pequeña tomó incremento.

La devoción de Juliana por la sagrada Eucaristía iba en aumento, guiada por Sapiencia, su maestra, la cual, habiendo sido nombrada priora, hizo construir para Juliana un oratorio, donde la fervorosa joven pudiera entregarse libremente a la oración.

Pero la visión que contemplara de niña se le presentaba continuamente a su espíritu, llenándola de turbación y congoja. Al fin, a fuerza de súplicas, consiguió que se le revelara el misterio. Una voz celestial le manifestó que el globo de la luna era figura de la Iglesia militante, y la mancha representaba la falta de una fiesta especial al Santísimo Sacramento, queriendo Dios que fuera instituida dicha fiesta, pues el Jueves Santo, que conmemoraba tal celebración, al coincidir con la Semana Santa no dejaba lugar a la solemnidad requerida.

El alma de Juliana se llenó de inmenso gozo al ver descifrado el enigma. Humillábase en la presencia del Santísimo Sacramento y pedía favor al Altísimo para llevar adelante su propósito.

Por esta época, año 1210, una virgen llamada Eva tomó la resolución de hacerse reclusa, y fue a pedir consejo a Juliana. Ambas se abrieron el espíritu, se consolaron y animaron mutuamente, haciendo Juliana el voto de visitar una vez al año a su amiga, que se había recluido en una dependencia de la iglesia de San Martín, de Lieja. Entretanto se ayudarían con oraciones la una a perseverar en su retiro, y la otra en llevar a ejecución el designio de lo alto.

En 1222 muere Sapiencia, la priora de Monte Cornillón, y es nombrada Juliana para sucederla. Con el deseo de ser útil a todos, acepta. Aún no había hecho público el significado de su visión, y su conciencia sufre terribles angustias por no poder ejecutar lo que ve claramente que es la voluntad de Dios. Eva, la reclusa, le manifiesta que también ella ha sido favorecida por otra visión igual, y la anima a proceder sin demora.

Habla primero con Juan de Lausana, canónigo de San Martín, conocido de todos por su virtud y competencia. Éste expone el proyecto a Jacobo Pantaleón, arcediano de Lieja, y ambos determinan consultarlo con eminentes teólogos, como el obis-

po de Cambray, Guy de Laon, el canciller de la iglesia de París y el provincial de los dominicos de Francia, Hugo de San Caro. Con la aprobación de todos, Juliana encarga a un joven clérigo, Juan de Monte Cornillón, la composición del oficio litúrgico de la nueva festividad, lo que lleva a cabo el año 1232. Al año siguiente parece que ya en Laon se celebró por primera vez la fiesta del Corpus Christi.

Pero todavía quedaba un camino largo y escabroso por andar.

En su mismo monasterio se levanta una tempestad contra Juliana. La nueva superiora hace de tal modo imposible la vida a la priora, que Juliana, con otras hermanas, pide asilo a Eva, la reclusa de San Martín. Juan de Lausana busca cobijo a las fugitivas y trabaja activamente para esclarecer la inocencia de su protegida. Esta persecución aumenta la reputación de Juliana y favorece el establecimiento de la nueva festividad.

En 1240 el provincial dominico, Hugo de San Caro, viene a Lieja y une su aprobación a la de Juan de Lausana y Jacobo Pantaleón en favor de las visiones de Juliana, y todos se empeñan en cumplir la voluntad divina en las mismas manifestada.

Pero la cosa marcha lentamente y por etapas. Primero es el obispo de Lieja, Roberto de Torote, quien decreta la institución de una solemnidad en honor del Cuerpo de Cristo en su territorio, celebrándose por primera vez en la iglesia de San Martín, el año 1247. Después de algunos titubeos, al fin se fija como fecha el jueves siguiente al domingo de la Trinidad.

Pero cada avance en el proyecto representaba nueva tormenta sobre Juliana. Para encontrar la paz se retira de Lieja al Valle de Nuestra Señora y después a Namur, con cuatro hermanas que la siguen leales. Sus fieles servidoras van muriendo, y ella las sobrevive a pesar de encontrarse enferma y débil.

Dios la consuela con la llegada de Hugo de San Víctor, nombrado cardenal y legado del papa Inocencio IV, quien en 1251 impone la nueva fiesta en todo el territorio de su legación: Alemania, Dacia, Bohemia, Moravia y Polonia.

La enfermedad de Juliana empeora. En la Cuaresma de 1258 las cosas llegan al último extremo. Sin embargo, el día de Pascua, a pesar de su agotamiento, consigue que la lleven a la

iglesia, asiste a maitines y laudes y recibe en viático la sagrada comunión, quedando en el templo hasta el fin de la jornada. Al retirarse a su celda pide la santa unción, que recibe entre lágrimas de gozo y una admirable presencia de espíritu.

El miércoles de Pascua sigue agravándose y la abadesa de Salsines, monasterio donde ahora se encuentra, llamada ante la inminencia del peligro, pasa con ella toda la noche. Juliana la invita a retirarse, asegurándola que no será todavía el fin. Ruega entonces a sor Ermentrudis, la fiel compañera que la ha acompañado en todos sus destierros, que le lea el oficio, para seguirlo, al menos, con el corazón. Todavía duró hasta el viernes, en que recibió por vez final la sagrada Eucaristía. Dando gracias por este último beneficio, se durmió en el Señor el día 5 de abril de 1258.

La muerte de Juliana fue tan santa como su vida. Desterrada hasta seis veces, tuvo que cambiar otras tantas de refugio, perseguida a muerte por sus crueles enemigos, que veían el contraste entre su virtud y la propia depravación. Privada de todo consuelo humano, jamás se la oyó quejarse o murmurar.

Su cuerpo fue enterrado en la iglesia de las religiosas de Villiers. En 1564 fueron dados fragmentos de sus reliquias a Margarita de Parma, la gobernadora de los Países Bajos.

Todos los escritores coinciden en dar a Juliana el título de beata o de santa, habiendo recibido culto más de trescientos años antes del decreto de Urbano VIII. Una solemne traslación de sus reliquias tuvo lugar el año 1674.

Su muerte no le permitió ver aquello por lo que había orado y luchado toda su vida. El 11 de agosto de 1264 el antiguo arcediano de Lieja, Jacobo Pantaleón, llegado a Papa con el nombre de Urbano IV, firmaba en Orvieto la bula *Transiturus,* extendiendo a la Iglesia universal la fiesta del santísimo Cuerpo de Cristo, que ya venía celebrándose en tantos lugares. Y algunos días más tarde, sin más esperar, celebraba con la corte pontificia la nueva fiesta.

El 8 de septiembre del mismo año remitía la bula *Scimus o filia* a la reclusa Eva, felicitándola por haber visto el cumplimiento de sus deseos, cosa que no le alcanzó a Santa Juliana.

Todavía el establecimiento de la fiesta encontró resistencia en la cristiandad, y en los misales del siglo XIII no figura sino a título de adición posterior.

Las circunstancias por que atravesaba entonces la Sede Pontificia hicieron que el decreto de Urbano IV hallara débil eco. El triunfo y la propagación no fue general hasta que en 1317 el papa Juan XXII publicó la colección de decretales preparada por Clemente V, y el concilio de Viena puso en vigor la bula *Transiturus.* Fue a lo largo del siglo XIV cuando la nueva solemnidad, como todavía seguía llamándosela, se extendió por todo el orbe católico, contribuyendo a ampliar un nuevo concepto de la devoción eucarística.

En realidad, la fiesta del Corpus Christi lo que hace es insistir más morosamente en los aspectos del misterio redentor ya conmemorados a lo largo del ciclo litúrgico, siendo como un eco y amplificación del Jueves Santo.

El retorno a la alegría pascual se manifiesta en la repetición del aleluya, y más todavía en el acuerdo entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, expresado en las antífonas y sobre todo en los responsorios, en que se representa la Eucaristía como el festín mesiánico preparado por la Sabiduría, como el maná que alimenta al pueblo de Dios, como el Cordero pascual inmolado en la gran festividad. El introito *Cibavit eos* se toma del lunes de Pentecostés, para recordar que la Eucaristía es también el alimento de los bautizados, de los que ya han sido introducidos en la Tierra prometida.

Las grandes ideas teológicas referentes al sacramento del altar son desarrolladas en ese credo eucarístico que es el *Lauda Sion,* y su triple aspecto de memorial de la Pasión se recuerda en la colecta de la misa, el de signo de la unidad y la paz en la secreta y el que prefigura la gloria eterna en la poscomunión. Trilogía que resume maravillosamente la antífona *O sacrum convivium,* que no puede ser sino de la pluma teologal de Santo Tomás de Aquino.

CASIMIRO SÁNCHEZ ALISEDA

Bibliografía

BERTHOLET, J , *Histoire de l'institution de la Fête-Dieu avec la vie de la Bienheureuse Julienne et Eve* (Lieja 1846, [1]1746)

BROWE, P , *Die Verehrung der Eucharistie im Mittelalter* (Múnich 1938)

DENIS, E , *La vraie histoire de sainte Julienne de Liège et de l'institution de la Fête-Dieu* (Tournai 1935)

GOÑI, J., «Hacia una verdadera piedad eucarística»: *Liturgia* 2 (1945) 125s.
— Actualización:
COTTIAUX, J., *Sainte Julienne de Cornillon promotrice de la Fête Dieu, son pays, son temps, son message* (Lieja 1991).
DELVILLE, J.-P., *Fête-Dieu (1246-1996). 2. Vie de sainte Julienne de Cornillon* (Lovaina 1999)

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN GERALDO DE SAUVE-MAJEURE
Abad († 1095)

Nació en Corbie (Francia) hacia 1025. Estudió en el famoso monasterio de su pueblo natal y decidió vestir allí mismo el hábito monástico. Pero tenía débil salud y el abad pensó que mejoraría con la peregrinación a Roma. Aquí fue bien acogido por el papa León IX que decidió, además, ordenarlo presbítero, y poco después su salud mejoraba de forma espectacular. Fue entonces como peregrino a Jerusalén. Vuelto a Corbie, se hizo cargo de la reconstrucción de la iglesia del monasterio, lo que le acreditó a los ojos de los monjes de Laon que lo eligieron su abad. Al cabo de cinco años dejó el cargo pues veía que su interpretación severa de la vida monacal no terminaban de aceptarla aquellos monjes. Entonces, con un grupo de compañeros, fundó en 1079 el monasterio de Sauve-Majeure en las cercanías de Burdeos y fue elegido su primer abad. Convencido de que los monjes debían también contribuir a la tarea evangelizadora de la Iglesia, hizo una gran labor como predicador en los contornos del monasterio y dirigió muchas almas por el camino de Dios. Murió el 5 de abril de 1095, siendo canonizado en 1197.

SANTA MARÍA CRESCENCIA (ANA) HÖSS
Religiosa († 1744)

Ana Höss nació en Kaufbeuren (Baviera) el 20 de octubre de 1682. Al llegar a la adolescencia ayuda a su padre como tejedora, y sus escasos medios le impedían poder dar la dote para ingresar en el Monasterio de Terciarias Regulares Franciscanas, pero por fin el alcalde, pese a ser protestante, le ayuda y logra su

objetivo. Ingresa el 16 de junio de 1703. Al empezar el noviciado cambia su nombre por el de María Crescencia. Comienza a padecer sequedades espirituales muy fuertes al tiempo que no faltan dentro del convento quienes no la miran con buenos ojos, pero ella acepta la cruz y se pone en manos de Dios Por fin el Señor la consuela interiormente y ella sigue decididamente la senda de la perfección evangélica, insistiendo en la vida de oración, en la austeridad y penitencia y en la caridad fraterna. Esta virtud tiene especial ocasión de practicarla porque, nombrada portera del monasterio, ella atendía a todos los que por una u otra causa venían al mismo, y todos sintieron el perfume de su exquisita caridad. Aconsejaba con gran sabiduría religiosa y era paño de lágrimas para mucha gente. Creció su crédito en el monasterio y fue nombrada maestra de novicias, dirigiendo con suavidad y tacto a las aspirantes para que fueran perfectas religiosas. En 1741 fue elegida superiora del convento. Sobresalio por su gobierno firme y prudente y al tiempo por su inesperada habilidad para gestionar los asuntos económicos del monasterio que mejoraron mucho durante su mandato, lo que ella aprovechó para permitirse muchas obras de caridad a favor de los pobres y necesitados. Su fama se extendio por Baviera, llegando a recibir señales de aprecio también de parte de la nobleza más alta. Mucha gente acudía al convento a solicitar el consejo de M. María Crescencia, y no pocas personas de todas partes de Europa se dirigieron a ella por carta, contestando siempre a todos y haciendo así un importante apostolado epistolar. Murió el 5 de abril de 1744. Canonizada el 25 de noviembre de 2001.

6 de abril

A) MARTIROLOGIO

1 En Sirmio (Panonia), San Ireneo (s IV), obispo y martir
2 En Constantinopla, San Eutiquio († 582), obispo
3 En Roma, Santa Gala (s VI), viuda
4 En Troyes, San Winebaldo († 650), abad
5 Allí mismo, San Prudencio de Troyes († 861), obispo *

6 En Velerado (Moldavia), San Metodio († 885), obispo, cuya memoria se celebra el 14 de febrero junto con la de su hermano San Cirilo

7 En el monasterio de St Gall, Beato Notkero Balbulo († 912), monje **

8 En Eskilsoe (Dinamarca), San Guillermo († 1203), abad *

9 En Milan, San Pedro de Verona († 1252), presbitero, de la Orden de Predicadores, martir **

10 En Varese, Beata Catalina de Pallanza († 1478), virgen, religiosa de la Orden de San Agustin *

11 En Vinh Tri (Tonkin), San Pablo Le Bao Thin († 1857), presbitero y martir *

12 En Verona (Italia), Beato Ceferino Agostini († 1896), presbitero, fundador de la Congregacion de Ursulinas Hijas de Maria Inmaculada **

13 En Turin, Beato Miguel Rua († 1910), presbitero, de la Congregacion Salesiana **

14 En Varsovia (Polonia), Beato Miguel Czartoryski († 1944), presbitero, de la Orden de Predicadores, martir *

15 En Fiobbio di Albino (Italia), Beata Petrina Morosini († 1957), virgen y martir *

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

BEATO NOTKERO BALBULO

Monje († 912)

El peregrinar es una caracteristica del cristianismo, que, desde los tiempos apostolicos, concibe la vida como una peregrinacion rumbo a la patria celeste, donde está nuestro domicilio soñado Los monjes irlandeses evangelizaron a la Europa anglosajona merced a esta inacabable tendencia ambulante Uno de ellos, San Galo, fundó el año 613 una abadía, no lejos del lago de Constanza, que —el fenómeno se repitió muchas veces en la Europa medieval— dio origen a una ciudad homónima, y en el siglo XVIII al pintoresco cantón suizo, conjugación idílica de sierras y prados abundosos Un siglo mas tarde introdujo la Regla benedictina en el monasterio el abad Otmar, y fue adquiriendo auge siempre creciente hasta el siglo XI Después de muchas vicisitudes fue suprimido el año 1805, como resultas de la Revolucion Francesa La escuela abacial de St Gallen fue foco providencial que albergo la cultura y el arte medieval Incluso la industria textil —hasta hoy floreciente en el canton— encuen-

tra sus primeros telares en los claustros monásticos. Los monjes antiguos forjaron a Europa, lo mismo inclinados sobre el curvo arado, que roturaba las selvas para sembrar la tierra de mieses y ciudades, que arqueados sobre el códice paciente, en que iluminan tanto la frase evangélica, dadora de vida, como el verso griego y latino, ahuyentador de la barbarie, no menos que los neumas musicales, vehículos de la poesía y del arte. Pero toda esta actividad múltiple converge hacia lo que, aun arquitectónicamente, es el centro de la abadía, hacia el coro, donde la plegaria, metamorfoseada en dulce cantilena de salmos y secuencias, suministra el plasma de la vida monástica.

Por el año 840 nació Notkero en Elgg (cantón de Zurich), o más bien en Jonswyl (cantón de St. Gallen), de familia distinguida. Todavía niño llamó a las puertas de la abadía, cuando se hallaba ésta en el período de su mayor esplendor, como uno de los centros culturales más notorios de Europa. Los monjes no dudaron en admitirlo, a pesar de su defecto de lengua, que le proporcionó el sobrenombre de Bálbulus, es decir, tartamudo. En la escuela monacal recibió educación esmerada, que proporcionó frutos ubérrimos en las ciencias y artes entonces conocidas, en gramática, poesía, música; en medicina, historia y patrística. Tuvo por maestros a los monjes Iso, el famoso comentarista de nuestro calagurritano Prudencio —en St. Gallen fue siempre estudiado con mimo el gran poeta español—, y después al irlandés Moengal. Llegó a ser bibliotecario en 890, el recinto más sagrado de la abadía después de la iglesia; y años más tarde hospedero (892-894), cargo importante en aquellos tiempos de arduas peregrinaciones. Por su vasta cultura se le confió la dirección de la escuela abacial, germen de las universidades medievales, también de origen eclesiástico. Tuvo por discípulos a nobles y potentados, así como a Salomón III, obispo de Constanza en 890, y Waldo, obispo de Freising en Baviera del 884 al 906. Su larga vida se extinguía plácidamente el año 912, dejando una larga estela de santidad y de ciencia. Un Papa humanista, Julio II, beatificó al gran artista benedictino en 1512, autorizando su culto en St. Gallen y en la diócesis de Constanza.

Su producción literaria fue muy extensa. En prosa cultivó el género epistolar, en que expone cuestiones científicas con estilo

llano y atractivo, aunque a veces revela afición por las palabras raras y rebuscadas. Cuando su discípulo el obispo Salomón era todavía diácono dedicóle la *Notatio,* que puede ser considerada como el primer tratado de patrología latina. La avidez discente del aventajado alumno es comparada con la hidra de Lerna, y con una hoguera, basándose en Prudencio (Pe 10,881s). Allí trae un catálogo de las obras que deben leerse, entre las que menciona el *Comentario al Cantar de los Cantares* de nuestro Justo de Urgel. De carácter histórico son el *Breviario de los reyes francos,* que él continuó hasta Carlos III el Gordo. En *Gesta Caroli Magni* demuestra nuestro Beato su admiración por el emperador y anota en el prólogo las fuentes de que se sirvió para la composición de esta obra, de excelente valor literario, aunque históricamente no se separen siempre los hechos de las leyendas. A base del Martirologio que el arzobispo Ado de Vienne entregó a St. Gallen el año 870 redactó Notkero su famoso *Martirologio,* enriquecido con las muchas noticias hagiográficas existentes en el monasterio, de donde vino a resultar un pequeño Año Cristiano, con la vida sucintamente descrita de los santos.

Pero el principal mérito literario de Notkero estriba en la poesía y en la música. Como el poeta español Prudencio, a quien él tanto estimaba, vio en la poesía un instrumento adecuado de santificación, y a ella se consagró con entusiasmo, destinándola al noble servicio de la liturgia y de la Iglesia. Escribió un poema dialogado sobre las artes, y otro con el título *De los cinco sentidos,* seguido de un apéndice en prosa rítmica. Ambos los dedicó al joven obispo Salomón, y abundan en exhortaciones morales. De Gran Bretaña e Irlanda se propagó por el continente anglosajón la moda de los enigmas y acertijos en versos hexámetros, cuya fuente deriva de Celio Firmiano Sinfosio, poeta del siglo V después de Cristo. Varias de estas fábulas en dístico elegíaco se atribuyen a nuestro poeta: «El león enfermo», «La ternera y la cigüeña», «La pulga y la podagra», etc. Al protomártir San Esteban dedicó cuatro poemas, en que la oda sáfica y el endecasílabo dan expresión a su entusiasmo devoto ante los milagros obrados por el mártir en Asia, África, Metz y España. Quedan fragmentos de una vida dialogada de San Galo en versos trocaicos.

El impulso lírico medieval produjo una forma poética, derivada de la liturgia de la misa, en el siglo IX. Los floridos melismas que enriquecían la *a* final del *Alleluia* se hacían difíciles de retener en la memoria de los cantores, ya que la melodía estaba desprovista de notas escritas. Notkero buscaba un medio para facilitar el aprendizaje musical, cuando la casualidad se lo brindó excelentemente En el proemio o epístola dedicatoria de sus himnos a Liutward, obispo de Vercelli (880-899), lo cuenta él mismo·

> «Cuando yo era todavia un jovencillo y las melodias larguisimas, frecuentemente aprendidas de memoria, se me escapaban del corazoncillo, comence a pensar en silencio la manera de ligarlas fuertemente Entretanto acontecio que un sacerdote del monasterio de Jumieges, poco antes destruido por los normandos (862), vino a nosotros trayendo consigo su antifonario, en el que habia algunos versos para ser cantados en la vocalizacion final del aleluya *(ad sequentias erant modulati),* pero que ya estaban muy viciados Su vista me produjo alegria, pero su gusto me causo amargura»

Continúa refiriendo cómo comenzó a imitar aquellos versos, pero sin sus defectos, y que su maestro Iso le felicitó por los méritos poéticos, corrigiéndole las faltas, mientras le formuló la regla de oro para la poesía secuencial· a cada nota debe corresponder una sílaba Entonces él comenzó a escribir versos, que pronto cantaron los niños y monjes de la abadía, y que rápidamente resonaron por toda Europa. Este es el nacimiento de la secuencia, que invadió los misales de Europa, registrándose hasta 5.000, de diferente valor literario, de las que el misal romano sólo conserva ahora cinco, verdaderas joyas de la poesía secuencial. De este relato se deduce que Notkero no es estrictamente el creador de la *secuencia* o *prosa aleluyática* —pues, si no se debe ya a Alcuino († 804), se originó en el monasterio benedictino de Jumièges, en el norte de Francia—, pero sí su perfeccionador definitivo y, junto con Adam de San Víctor, el mejor poeta secuencial. La forma primitiva y autentica de la secuencia, que entronca en Notkero, consiste en un par de versos, de diferente extensión (cola), con sustitución de la cantidad métrica por el acento, y terminados generalmente en *a,* debido a la vocal final del *alleluia.* La secuencia se cantaba en grupos de dos estrofas de ordinario, alternando el coro de voces graves con las

voces blancas de los niños, o también en estrofas sucesivas. La variación métrica llevaba consigo la variedad melódica.

Por citar una muestra, en la trilogía himnódica del Espíritu Santo, formada por el himno *Veni, creator Spiritus,* del siglo IX, de hechura ambrosiana en cuanto a su metro yámbico, donde ya se atisban los ecos de la rima románica; por la secuencia *Veni, Sancte Spiritus,* del siglo XII, con manifiesta disposición rimada del gótico, brilla por su estro y encendida devoción la *Sancti Spiritus assit nobis gratia,* «reina de las secuencias» de Notkero, el primer poeta secuencial de la historia, cuyos ecos resonaron en las fiestas pentecostales de Alemania, Italia, Francia, España... durante prolongados siglos. Así santificó a la poesía y a la música, y se santificó a sí mismo por medio de la himnodia sacra el Beato Notkero, «débil de cuerpo, pero no de espíritu; tartamudo de lengua, pero no del alma, vaso del Espíritu Santo, como no lo hubo en su tiempo con tal abundancia» (Ekkehard, IV, 980-1060).

ISIDORO RODRÍGUEZ HERRERA, OFM

Bibliografía

Act. SS. Boll., 6 de abril: *Vita,* de V. EKKEHARD.
Cf artículos en: MABILLON, J. - D'ACHERY, L., *Acta Sanctorum Ordinis Sancti Benedicti, Dictionnaire de théologie catholique; Dictionnaire d'archeologie chrétienne et de liturgie.*
STEINER, W VON DEN, *Notker der Dichter und seine geistige Welt,* 2 vols (Berna 1948)
WERNER, J , *Notkers Sequenzen* (Aarau 1901).

SAN PEDRO DE VERONA

Presbítero y mártir († 1252)

No podemos comenzar la vida de San Pedro Mártir con la frase que acuñaron los antiguos hagiógrafos: «nacido de padres virtuosos y santos».

Pedro nació en Verona en 1206 y sus padres fueron cátaros, los herejes que en la Edad Media renovaron las doctrinas de los maniqueos.

En cambio, casi podríamos decir que nació predestinado para fraile dominico, según nos lo revelará la anécdota que más abajo referiremos.

Porque los cátaros, que infestaban en los comienzos del siglo XIII el centro y norte de Italia, eran los mismos albigenses que ya Santo Domingo estaba combatiendo en el sur de Francia.

Cómo surgieron estos herejes se ignora; pero conocemos su puritanismo, su desprendimiento de los bienes terrenos, su carácter belicoso, su espíritu de secta, su expansión por toda la cuenca mediterránea, que les hizo llegar hasta Constantinopla y tener iglesias en el cercano Oriente.

En los dominicos habrían de encontrar quienes los redujeran con sus mismas armas: la pobreza y la polémica.

En aquellos tiempos las gentes gustaban de las justas y los torneos. Batallas militares o luchas y escaramuzas intelectuales. Era de ver cómo se congregaban las muchedumbres en la Provenza o en el Languedoc, en la Toscana o en el Milanesado para asistir a aquellos torneos espirituales que eran las disputas religiosas.

Santo Domingo aceptaba y aun provocaba el reto, y saltaba al palenque arremetiendo a los contrarios como un paladín que invocaba a su dama, la Virgen María, y se presentaba lisamente, sin boato ni ostentación mundanal, que tanto daño había hecho a otros controversistas, pues su riqueza contrastaba con la austeridad de los albigenses.

San Pedro mártir, sí, nació predestinado para combatir a los nuevos maniqueos, los *patarini,* como los llamaban en Italia.

Su familia, aunque maniquea, no hallando maestro de su secta en Verona, consiente en que la educación del niño corra a cargo de un maestro católico. Progresa rápidamente en ciencia y en virtud, y tenemos la primera anécdota.

Un tío de Pedro le encuentra en la calle al volver de sus lecciones, y le pregunta por la marcha de sus estudios. Él no titubea; de corrida dice el Credo, en cuyo primer artículo está la refutación del maniqueísmo con la doctrina de un Dios creador absoluto de cielo y tierra.

El tío insiste en que Dios no puede ser autor del mal; pero el pequeño polemista contesta con gracia y, además, cierra la discusión con unas frases terribles: «Quien no crea esta primera verdad de la fe no tendrá parte en la salvación eterna».

El viejo hereje se emociona. Le gusta el desparpajo del sobrino, pero presiente también que de allí puede salir quien combata las creencias de su secta. Advierte de ello a su hermano, pero el padre de Pedro no hace demasiado caso, confiando en torcer más adelante estas primeras inclinaciones.

Entretanto el niño ha crecido. Y la universidad de Bolonia, allí cerca, goza del máximo prestigio. Pedro marcha lleno de ilusiones a la nueva ciudad. Gracias que, mediante la oración, el retiro y el trabajo, sabe sustraerse al ambiente frívolo de la vida estudiantil.

Por aquella época había en Bolonia algo que le daba más fama que la propia universidad. Era Santo Domingo, anciano ya, rodeado de discípulos, con la aureola de fundador y martillo de herejes.

Al convento de los Predicadores vuela un día Pedro, doncel de dieciséis años. Pide, y al fin alcanza la gracia de recibir el hábito blanco de las propias manos de Santo Domingo. Sería una de sus postreras satisfacciones si su espíritu profético supo leer en la mirada candorosa del estudiante veronés la gloria que reservaba a su naciente Orden.

Pedro se aplicó con entusiasmo al estudio, a la oración y a la penitencia. Sobre todo a la penitencia, hasta caer enfermo. Hubo que moderar su fervor. Entonces se quedó con la oración y el estudio de las Escrituras. Allí, en las sagradas letras, aprendía el espíritu de la sabiduría. Y, acabada su formación escolástica, recibe la ordenación sacerdotal y es nombrado, joven y fogoso, predicador contra los herejes.

Bolonia, la Romaña, la Toscana y el Milanesado conocen las andanzas apostólicas del fraile dominico. ¿Logró convertir a sus propios padres? Lo ignoramos. Lo cierto es que resultó verdad la predicción del tío. Pedro era el martillo de los cátaros.

Pero no todo habría de ser aureola de orador y gloria de polemista. La tribulación prensa las almas en el lagar para purificarlas y acendrarlas. Aquí fue la calumnia. Se le acusó de dar consejos imprudentes en el confesonario. A un joven que había dado una patada a su anciana madre el Santo le recordó el consejo evangélico: «Si tu pie te sirve para pecar córtatelo». Y el penitente, conmovido, lo tomó al pie de la letra y se cortó el pie.

Pero la intervención de Pedro, trazando la señal de la cruz sobre la extremidad mutilada, devolvió el pie a su lugar.

Con esto creció su prestigio. Pero después vendrá otra acusación peor. Pedro es un místico, tiene revelaciones de lo alto. Las santas vírgenes Catalina, Inés y Cecilia hablan con él en su celda. Los otros frailes han oído extraños cuchicheos, y sin más llevan la noticia al prior. En público capítulo Pedro es reprendido por violar la clausura y hacer penetrar mujeres en su habitación. Se le exhorta a defenderse, pero él se contenta con declararse pobre pecador.

Le retiran las licencias de confesar y le destierran a un monasterio de la Marca de Ancona, donde se entrega en la soledad y el retiro al estudio y a la oración.

Al fin, la verdad se esclarece, y el propio Gregorio IX, que conoce su ciencia y su celo, le nombra inquisidor general en 1232. Pedro ataca vigorosamente el vicio y el error y obtiene ruidosas conversiones en Roma, Florencia, Milán y Bolonia. Cuando baja del púlpito se encierra en el confesonario para ponerse en contacto directo con los fieles, que le exponen sus dificultades, o con los propios herejes, que piden aclaraciones a sus dudas antes de decidir la abjuración de sus errores. Los milagros autorizan, además, su predicación.

Célebre fue el caso de un hereje milanés que quiso desprestigiar el poder taumatúrgico del Santo. Fingiéndose enfermo hizo que le llevaran a su presencia, solicitando la salud. Pedro lo comprendió todo y se limitó a decirle: «Ruego al Creador de todo cuanto existe que, si vuestra enfermedad es cierta, os dé la salud; pero, si se trata de una farsa, que os trate según vuestros méritos».

Los efectos fueron inmediatos. El pretendido enfermo se sintió presa de terribles dolores, debiendo ser llevado de verdad por los que se prestaron a la hipócrita comedia. A los pocos días el hereje llamaba humildemente al Santo para arrepentirse de su pecado y abjurar sinceramente de su herejía. El siervo de Dios, viéndole cambiado, hizo sobre él la señal de la cruz y le otorgó la salud del cuerpo y del alma.

Otro milagro espectacular fue el que obró con motivo de una disputa pública que había congregado una muchedumbre

inmensa en la mayor plaza de Milán. El contrincante, cátaro famoso que ostentaba entre los de su secta la categoría de obispo, viéndose constreñido por la argumentación del religioso quiso alejar de sí la dialéctica de Pedro y dijo:

—«Impostor y falsario, si eres tan santo como dice este pueblo del que tanto abusas, ¿por qué consientes que se ahogue con este calor asfixiante? Pide a Dios que una nube le proteja contra el sol».

—«Lo haré como quieres —replicó el Santo— si prometes abjurar de tu herejía».

Entonces se produjo un gran revuelo entre los partidarios del hereje, pues unos querían que se aceptase el reto, otros que prosiguiese la discusión. Al fin el Santo hizo la señal de la cruz y sobre el cielo sereno se dibujó una nube refrescante, la cual no se disolvió hasta terminar la disputa.

Pero San Pedro no trabajaba solamente con la predicación y los milagros; siguiendo la regla paulina, elevaba al cielo fervorosas oraciones y castigaba su cuerpo con terribles penitencias. Además, se esforzó en mantener viva la disciplina religiosa en los conventos de Como, Piacenza y Génova, donde ejerció los cargos de prior. El claustro era una colmena de estudio y oración.

Al subir al solio pontificio Inocencio IV, en 1243, confirmó a Pedro de Verona en todos sus poderes y le demostró su confianza encargándole de otras misiones especiales. Por entonces le envió a Florencia para examinar los orígenes, constituciones y género de vida de los servitas, que con razón le tienen por segundo fundador, pues su informe favorable influyó para que el Papa les otorgara la aprobación definitiva.

En 1251 fue encargado de convocar un sínodo en Cremona que trabajase en la extirpación de la herejía.

Ante tanta actividad, los herejes italianos prohibieron a sus adictos acudir a las predicaciones del santo inquisidor, y, por último, organizaron una conjuración para darle muerte. El precio convenido fue de cuarenta libras milanesas, que depositaron en manos de Tomás de Guissano. Los esbirros encargados de llevar a cabo el crimen fueron un tal Piero Balsamon, apodado Carín, y Auberto Porro. El siervo de Dios tuvo noticia de lo

que se tramaba, pero no tomó providencia alguna, dejando su suerte en las manos de Dios. Solamente en su sermón del Domingo de Ramos (24 de marzo de 1252) dijo ante más de diez mil oyentes: «Sé que los maniqueos han decretado mi muerte, y que ya está depositado el precio de la misma. Pero que no se hagan ilusiones los herejes, pues haré más contra ellos después de muerto que lo que les he combatido vivo».

El Santo salió de Milán para ir a Como, de cuyo convento era prior. Los conjurados dejaron pasar las fiestas de Pascua, y Carín permaneció tres días en aquella ciudad. El sábado de la octava de Pascua, 6 de abril, cuando el Santo retornaba a Milán, salió Carín en su persecución, y, al llegar a un bosque espeso que hay cerca de la aldea de Barsalina, le esperaba Auberto. Carín fue el primero en herir al Santo con dos golpes de hacha en la cabeza. San Pedro comenzó a recitar el Credo en voz alta; cuando ya las fuerzas le faltaban para seguir rezándolo, mojando el dedo en su propia sangre escribió en el suelo: *Creo.* Carín mató al siervo de Dios clavándole un puñal hasta los gavilanes en el corazón. A su acompañante, fray Domingo, le dejaron tan malherido que murió pocos días después.

Así murió Pedro de Verona, proclamando la fe que de niño aprendiera, y por cuya defensa había luchado toda su vida. Tenía cuarenta y seis años, y hacía treinta que profesara en la Orden de Santo Domingo.

Su cuerpo fue llevado a la iglesia de San Simpliciano, de Milán, como el propio Santo había predicho, y después enterrado en la iglesia de los padres predicadores, llamada de San Eustorgio. El asesino Carín, horrorizado de su crimen, abjuró de la herejía y tomó el hábito de hermano lego para hacer penitencia por el resto de su vida.

Los milagros del Santo fueron tantos y tan clamorosos que antes del año le canonizaba Inocencio IV, el día 25 de marzo de 1253. Su fiesta, por coincidir frecuentemente el 6 de abril con Pascua, fue retrasada al 29 del mismo mes, y Sixto V la extendió al calendario de la Iglesia universal.

Los dominicos honran a San Pedro de Verona como al protomártir de su Orden, y los servitas le tienen por su segundo fundador. Es un santo muy popular en toda la Edad Media, so-

bre todo en el norte de Italia, y también en España, tierra de lucha con herejes, judaizantes y falsos cristianos. Este Santo y San Pedro de Arbués son ejemplo de que los panfletistas que escriben contra la Inquisición no suelen mostrarse muy objetivos al exponer los hechos, porque solamente narran las víctimas de una sola parte. Desde luego los herejes no tenían el espíritu de resignación de los mártires cristianos, pues con frecuencia asesinaban a sus «verdugos».

El que esto escribe tiene la dicha de regentar una iglesia dedicada a San Pedro mártir. La residencia provincial de Toledo fue antaño convento de la Orden dominicana. Para mí ha sido un gozo restaurar este grandioso templo y restaurar también la hermosa talla a la que otros herejes del siglo XX dieron segundo martirio. Pero ahora paseamos todos los años en procesión al Santo de Verona, con su carita compungida, el hacha sobre la cabeza y el puñal en el corazón. Y le cantamos unas vísperas que da gloria oírlas para que no añore los tiempos de sus frailes y para que nos otorgue aquella fe robusta que le valió el martirio.

CASIMIRO SANCHEZ ALISEDA

Bibliografía

Act SS Boll, 29 de abril diversos documentos, bula de canonizacion, *Vita*, de T AGNI DE TOLENTINO (contemporaneo)

GUIRAUD, J, *Histoire de l'Inquisition au Moyen Âge* (Paris 1935 1938)

MANDONET, P, *S Dominique, l'idee, l'homme et l'oeuvre* (Paris 1937)

Monumenta Ordinis Fratrum Praedicatorum Historica, I (Roma 1898) 236s

MORTIMER, A, *Histoire des maîtres generaux de l'Ordre des Freres Precheurs*, III (Paris 1905) 140s

ORLANDI, S (ed), *S Pietro martire da Verona por T Agni de Tolentino* (Florencia 1952)

RECHAC, J DE, en *Les saints freres precheurs*, II (1637), cf tambien *Analecta Bollandiana* 11 (1892) 209s

— Actualizacion

REGINALDO, F, OP, *San Pietro martire da Verona* (Roma 1996)

BEATO CEFERINO AGOSTINI

Presbítero y fundador († 1896)

Si Verona figura expresamente en el Santoral es, sobre todo, por el dominico mártir San Pedro de Verona, tantas veces pin-

tado por fray Angélico con el cráneo ensangrentado, formando trilogía con Santo Domingo y Santo Tomás de Aquino. Pero Verona es, además, una diócesis excepcionalmente pletórica de santos, beatos y venerables, casi todos fundadores de órdenes religiosas, a partir del siglo XVIII.

Del Beato Ceferino Agostini se afirma en una de sus biografías que resplandece ante todo por su *normalidad,* santa palabra que se presta desde hace mucho a grandes equívocos: ¿Qué entiende el mundo de hoy por *normal?* ¿Hay una típica normalidad de los santos? La normalidad del Beato Ceferino Agostini es a primera vista la de un párroco corpulento que alcanza la edad de 83 años, al frente de una misma feligresía: mucha predicación, mucho catecismo, muchas visitas a enfermos, muchos socorros ocultos, mucho tiempo de silencio para rezar, leer y escribir. Consuela, y no poco, que sea ésta la visión que muchos tienen de bastantes párrocos cargados de años... Irían camino de los altares si, además, hubieran sido fundadores. El título dominante en el Santoral para el sacerdote Ceferino Agostini es éste precisamente: fundador de las Hermanas Ursulinas Hijas de María Inmaculada. Pero anticipemos ya un dato: su fundación brotó en el surco de su quehacer parroquial. Así, su recuerdo se mantuvo en Verona con calores de hogar, sin que se desdibujara la semblanza de este cura tan *normal.*

Nació en la misma ciudad de Verona el 24 de septiembre de 1813, siendo el segundo hijo del matrimonio formado por Antonio Octavio, médico, y Ángela Frattini. No conoció a su padre, que falleció teniendo él seis meses. Paso la infancia hasta los doce años en el hogar de los abuelos paternos sito en Terrossa (Verona). De 1825 a 1821 cursa sus estudios en el gimnasio municipal de Verona. Al cumplir los 18 años, tuvo la certeza de la llamada al sacerdocio y entró en el Seminario de Verona, muy acreditado desde antiguo por haber contado con grandes formadores. No destacó mayormente a lo largo de los estudios eclesiásticos, quedando acreditadas, eso sí, su mansedumbre y profunda piedad. Fue ordenado presbítero el 11 de marzo de 1837, siendo adscrito a su misma parroquia nativa, la de los santos Nazario y Celso, dedicándose principalmente a la catequesis, al cuidado espiritual de los jóvenes y a la predicación. Así sus

ocho primeros años de sacerdote, simultaneando estos trabajos con el cargo de vicecanciller en la Curia episcopal. En 1845 optó en concurso, como candidato único, a párroco de la misma feligresía de los santos Nazario y Celso, que llevaba algún tiempo vacante, tomando posesión el 29 de junio; y en este cargo permaneció hasta la muerte. Hay algo aquí que ya no es tan corriente: un cura que desde que se ordena pasa toda su larga vida destinado a la misma parroquia en la que fue bautizado. Su dedicación está sintéticamente descrita en el decreto de beatificación de Juan Pablo II con frases bastante genéricas:

> «Fue hecho párroco de la parroquia, extensa y pobre, de los santos Nazario y Celso, y la rigio con gran dedicacion hasta su muerte [ ] Ocupaban las horas de este siervo de Dios la catequesis y las predicaciones a diversas clases de gentes, la liturgia y el culto divino, ademas de las confesiones y la dirección espiritual, la visita de los enfermos y de las familias, la atencion a la Union de Madres Cristianas y la educacion cristiana de los jovenes»

Esta enumeración se ve altamente potenciada por las dos notas que acompañan a la mención de esta parroquia concreta: «ampla atque egena». La de los santos Nazario y Celso era una parroquia extensa y pobre, no una feligresía de bien pasar. Las mejores acciones de un cura para con sus feligreses pobres, sobre todo si son pobres vergonzantes, suelen quedar ocultas o pasan inadvertidas. Y tal fue el caso de este párroco que murió con las botas puestas a los 83 años.

En toda feligresía viva lo normal es que broten vocaciones sacerdotales y religiosas: son el mejor exponente de una vida parroquial pujante. Los biógrafos del Beato Ceferino lo señalan expresamente: se dedicó con especial empeño a suscitar vocaciones sacerdotales y religiosas. Esta dedicación se perpetuó en la institución de una congregación religiosa, muy lejos él de pretender convertirse en fundador.

Cayó en la cuenta, desde el principio, de la necesidad de contar con asociaciones de laicos implicados en la formación espiritual y en el apostolado, comenzando por revitalizar las ya existentes: la Cofradía de la Doctrina Cristiana y del Santísimo Sacramento, la Pía Asociación de Madres Cristianas, el Comité Parroquial, oratorios de jóvenes (chicos y chicas)... En el de chicas introdujo una interesante *novedad,* estableciendo en el mismo

(1856) el Sodalicio de las *Sorelle Devote di Santa Angela,* para especial ayuda en la educación de las jóvenes. Estaba el buen párroco en la madurez de sus cuarenta y tres años y conocía muy bien la espiritualidad y la obra de Santa Ángela Merici, suscitadora de vírgenes entregadas: la virginidad maternal; y la aplicó a sus seguidoras, sin mayores pretensiones, después de haber solicitado en vano la cooperación de una congregación ya existente. Así, en 1860 un grupo de colaboradoras comenzaron a vivir en común y él trató de agregarlas, también sin éxito, a otra congregación. Poco después llegó como obispo de Verona mons. Canossa, futuro cardenal. Traía el propósito de establecer en la diócesis la Compañía de Santa Úrsula y se lo confió al párroco Agostini. Fue así como tomó forma el pequeño grupo por él iniciado, llegando a constituirse definitivamente como la Congregación de Ursulinas Hijas de María Inmaculada. Pero esta su condición de fundador no eclipsó jamás la figura del párroco, hasta el extremo de que para el pueblo las nuevas Hermanas eran sencillamente «las monjas del Arcipreste».

Queden bien aclaradas las cosas: le tocó vivir momentos de gran anormalidad, difíciles y muy dolorosos, como las guerras de 1848, 1859 y 1866 que afectaron a Verona. El buen párroco tuvo que prodigarse atendiendo a los heridos, moribundos y convalecientes. La epidemia del cólera de 1855 rompió para él todos los moldes de la vida ordinaria, revelándose su temple extraordinario.

El testimonio más perdurable de su constancia y laboriosidad son los manuscritos que ha dejado: pláticas, instrucciones, ejercicios espirituales a seminaristas, a ordenados, al clero, escritos destinados a sus monjas. Falleció en Verona el 6 de abril de 1896. Enterrado en el cementerio monumental de esta ciudad, sus restos fueron trasladados a la casa madre de su Congregación en 1966, al iniciarse el proceso diocesano de beatificación. Fue beatificado en Roma por Juan Pablo II el 25 de octubre de 1998. Sacerdote por vocación, párroco por misión y fundador por providenciales circunstancias, constituye un admirable ejemplo de vida sacerdotal y de apostolado parroquial, entregado al servicio de la palabra de Dios y a la obra de la formación cristiana.

En el momento de su fallecimiento las Ursulinas de Verona verdaderamente eran pocas. Hoy están presentes, además de en bastantes lugares de Italia, en la vanguardia misionera de la Iglesia: Madagascar, Uruguay, Brasil, Paraguay..., con la entrega constante y el temple inconfundible de su párroco-fundador.

JOSÉ MARÍA DÍAZ FERNÁNDEZ

Bibliografía

BELLANI, G., *Sta con il Signore, sai: biografia del beato Zefirino Agostini, parroco e fondatore* (Verona 1998).

FALCETTI, E., *Don Zefirino Agostini, 1813-1896: un padre d'anime* (Verona 1947).

ORLANDI, A., *Don Zefirino Agostini, parroco e fondatore. Profilo biografico* (Verona 1986).

BEATO MIGUEL RÚA

Presbítero († 1910)

No es posible leer una biografía de Miguel Rúa, por breve que sea, en la que no asome Juan Bosco. Don Rúa parece la sombra de Don Bosco. Y el Beato Miguel Rúa se comprende como excelente hechura de San Juan Bosco. Muy distintos los dos, pero inseparables. Se completan a las mil maravillas. Lo que Don Bosco tenía de simpático, Don Rúa lo tenía de organizador, uno puso la semilla y otro el empeño en multiplicarla. Iban a medias. Ese ir a medias queda perfectamente reflejado en una historia que cuentan todos los biógrafos.

Don Bosco era un cura de unos treinta y tantos años, ocurrente y divertido, que siempre llevaba a su lado un remolino de chavales. Se le acercaban para pedirle medallas o estampas que él sacaba de sus bolsillos como por arte de magia. Un día se le acercó un chico de unos 9 años y también le pidió una medallita, pero Don Bosco le respondió con una carantoña y un gesto incomprensible: le mostró la mano izquierda abierta y con la derecha hacía ademán de dividirla mientras le decía que tomase una parte. Miguel no entendió aquel misterio y no dejó de darle vueltas en su cabeza, hasta que cinco años más tarde tuvo la oportunidad de preguntarle por el enigma. Don Bosco le contestó: «Mira, Rúa, quería decirte que un día iría a medias conti-

go. Lo comprenderás mejor más tarde». Y así discurrió la vida de ambos, inseparables.

Cuando Pablo VI lo beatificó el 29 de octubre de 1972 en la basílica de San Pedro también estableció en su homilía esa relación entre ambos. La familia salesiana «ha tenido —dijo— en Don Bosco el origen, en Don Rúa la continuidad». Y añadió: «Ha hecho del ejemplo del santo una escuela, de su regla un espíritu, de su santidad un modelo. Ha hecho del manantial un río». Y elogió al beato continuador evocando al santo fundador: «Don Rúa nos enseña a ser continuadores, es decir, seguidores». Buenos alumnos, pues lo decía ante un despliegue imponente de profesores, alumnos y exalumnos salesianos.

Todo empieza en Turín, en el barrio de Valdocco, donde Miguel Rúa nace el 9 de junio de 1837 y es bautizado dos días después en la parroquia de San Simón y San Judas. Su padre, Juan Bautista Rúa, se había casado con María Baratelli con la que tuvo cinco hijos, de los que sobrevivieron dos. Pero murió la mujer a los 32 años y se quedó viudo, con la responsabilidad de unos hijos a los que no podía atender. Se casó, pues, con Juana María Ferrero, con la que tuvo otros cuatro hijos. El más pequeño de esta escalera filial fue Miguel, que mantuvo durante su vida un aspecto entre frágil y fibroso, pero de gran fortaleza interior, de enormes recursos para la organización y para resistir los embates de una institución crecedera como la familia salesiana.

Ocho años tenía Miguel Rúa cuando perdió a su padre. Estudió enseñanza primaria y aprendió el catecismo en una escuelita de empresa. Continuó después en un colegio de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, donde iba a confesar, una vez por semana, Don Bosco. Era un terremoto el que se organizaba cada vez que aparecía por el colegio. Pero, además, en el camino que recorría Miguelito desde su casa al colegio tenía que pasar por delante del Oratorio de Don Bosco. En una de esas idas o venidas, en la plazuela del mercado, pasó lo del enigma de la mano compartida. Allí acudía con frecuencia Don Bosco a echar su anzuelo, y un día se lo lanzó a Miguel.

Miguel respondió con un sí a la invitación. Estudió humanidades y acabó el bachillerato con un rendimiento envidiable

en 1852. Pero aquel excelente alumno iría dando muestras de ir a medias con Don Bosco, de secundar sus proyectos, de convertirse en el más eficaz de sus intérpretes. Traducía sus garabatos y lo ponía todo en limpio con una caligrafía aprendida en los Hermanos. Alguien ya decía, admirado, que Rúa era «un santo como Don Bosco, con la diferencia de que el uno tiene cuarenta años y el otro nada más que dieciséis». El 24 de septiembre de 1852 entró Miguel en el internado del Oratorio. «Comienzas una vida nueva —le dijo el santo— pero has de saber que antes de entrar en la Tierra Prometida hay que atravesar el mar Rojo y el desierto; si me ayudas, lo pasaremos uno y otro y llegaremos a la Tierra Prometida».

Enero de 1854 fue un mes fundacional para los salesianos. El propio Rúa consignó en su cuaderno:

> «El dia 26 de enero de 1854, por la noche nos reunimos en la habitacion de Don Bosco Ademas de Don Bosco, estabamos Cagliero, Rocchetti, Artiglia y Rua Nos propuso empezar, con la ayuda del Señor, una temporada de ejercicios practicos de caridad con el projimo Despues de aquella temporada, podriamos ligarnos con una promesa, y esta promesa se podria transformar, mas adelante, en voto A partir de aquella noche se llamo *salesiano* a todo el que adoptaba aquel genero de apostolado»

En medio de una vida dedicada al estudio, de alumno aplicado y brillante, tuvo Rúa sus primeras experiencias como profesor en el Oratorio y hasta se le encomendó la laboriosa misión de explicar el nuevo sistema métrico decimal a los alumnos. En 1855, después de la gran prueba de sufrimiento y de caridad que supuso la epidemia de cólera un año antes, emitía en privado los votos de pobreza, castidad y obediencia por un año. Rúa, que estudiaba filosofía, fue el primer comprometido con la obra de Don Bosco y éste el mayor pregonero de sus méritos y virtudes. Fue tan estrecha esa vinculación que hasta sus madres reproducían el vínculo de sucesión que se estaba tramando. Cuando la madre de Don Bosco enfermó, le faltó tiempo a Juana María, la madre de Miguel Rúa, para atenderla, de tal manera que a su muerte el propio Don Bosco la puso en su lugar. Era un signo de aprecio, no sólo a ella, sino también de predilección por su hijo, a quien Don Bosco consideraba como indudable primogénito en sus proyectos de apostolado.

Y se lo demostró con claridad eligiéndole como acompañante en un viaje a Roma, en febrero de 1858, para exponerle a Pío IX sus proyectos. En aquella ocasión el joven Rúa dicen que le besó la mano al Papa dos veces, una por él mismo y otra por sus compañeros. Para entonces ya era estudiante de teología, entusiasta de los estudios bíblicos, y preparaba unos sermones no muy brillantes de oratoria, pero profundamente espirituales.

Por fin, el 9 de diciembre de 1859, Don Bosco anunció a sus colaboradores su resolución de poner en práctica un género de vida y de apostolado en favor de los jóvenes. Estaba decidido a fundar una Sociedad con el nombre de San Francisco de Sales. Se trataba de buscar la propia perfección cristiana, dedicación a los demás y en especial a los jóvenes más necesitados. Componían el grupo diecisiete colaboradores que estuvieron de acuerdo con aquel sueño y una semana después formaron un Consejo Superior y nombraron Rector Mayor a Don Bosco. En aquel reparto, Miguel Rúa fue designado director espiritual de la Sociedad y empezó a cobrar fuerza el elogio que hizo una vez San Juan Bosco: «Si Dios me dijera, hágame una lista de las mejores cualidades que desea para sus religiosos, yo no sé qué cualidades me atrevería a decir, que no las tenga ya Miguel Rúa».

En diciembre de 1859 recibió Rúa las órdenes menores y el subdiaconado, y en marzo de 1860 el diaconado. El 29 de julio, con 23 años de edad, fue ordenado sacerdote y al día siguiente celebró su primera misa ante cientos de chicos en el Oratorio de Valdocco. Más tarde le prepararon un homenaje por todo lo alto con misa cantada, asistencia de aprendices y estudiantes, y al final muchos aplausos y vivas. Rúa agradeció el homenaje diciendo, entre otras cosas:

> «Os puedo asegurar que ya os amaba. Pero en adelante os amaré mucho más, y si el Señor me ayuda, todas mis energías serán empleadas en vuestro provecho espiritual y temporal».

También Don Bosco le anunció que le esperaban muchos sufrimientos, pero que el Señor le haría encontrar en ellos muchos consuelos.

En octubre de aquel año quedó en manos de Don Rúa la dirección de estudios y la dirección espiritual de todos los alum-

nos. Aquello empezó a recibir la entonación de su estilo, una mezcla de entusiasmo y firmeza, de alegría y disciplina; y se notaba su mano hasta en el aumento ostensible del número de alumnos o en el ambiente que creaba para favorecer la santidad. Y se ocupó de un oratorio en el barrio turinés de Vanchila, al que se entregó por entero con una actividad fogosa de joven sacerdote y grandes dotes de persuasión para atraerse a los chicos.

A sus veintiséis años, en 1863, tenemos a Don Rúa como director del Colegio de Mirabello, poco después de haber superado con sobresaliente una prueba en la Universidad de Turín con vistas a un diploma de profesor concedido por el Ministerio de Educación. Don Rúa se llevó a su madre para cuidar de la intendencia, más un pliego de consejos de Don Bosco que le pedía, entre otras cosas, hacerse querer más que temer. En los dos años que estuvo al frente de este colegio se preocupó de que fuera un centro de transformación: alegre, suavemente disciplinado, con ambiente familiar y piadoso, un reflejo de Don Bosco.

> «Don Rua —escribia desde Turin el historiador salesiano Ruf fino— hace en Mirabello lo mismo que Don Bosco aqui Conti nuamente se le ve cercado de alumnos, atraídos por su amabilidad, para quienes siempre tenia algo interesante que contar»

Cerruti, un colaborador enviado al colegio de Rúa, apenado por dejar a Don Bosco, reconocía: «Mi dolor se endulzó con el pensamiento de que allí había de encontrar una copia exacta de mi maestro».

Para aquel colegio de Mirabello compuso Don Bosco un reglamento que llegó a ser más tarde aplicado en todas las casas salesianas y donde insistía en recordarles, se lo pedía a Don Rúa, que huyeran de la ociosidad, comulgaran con frecuencia y recurrieran a la Virgen. En aquel seminario menor todo iba sobre ruedas, desde luego sobre Rúa —que es rueda en piamontés— y bien próspero en vocaciones.

Don Bosco lo llamó a Turín, a su lado, en el otoño de 1865. Las razones del traslado eran que el prefecto de la Casa estaba gravemente enfermo y que el santo se veía desbordado por tanta actividad. Necesitaba un brazo derecho, alguien que le libera-

ra de engorros administrativos y le escribiera las cartas. Parecía que el más pintiparado para ello era Don Rúa. Activo, con iniciativa y capacidad de mando, sería mano de santo para una reforma disciplinar que se hacía urgente. Primero, mientras vivió el antiguo prefecto, se mantuvo en la discreción sin hacer cambios, pero después tuvo que ocuparse y preocuparse, en cuanto prefecto de disciplina, de la intendencia de 350 aprendices y de tener a punto los talleres del Oratorio de San Francisco de Sales de su Turín natal. Aun le añadió Don Bosco otras tareas: ocuparse de las obras del santuario de María Auxiliadora, de las *Lecturas católicas,* y de despachar y escribir cartas con Don Bosco. Don Rúa llevó orden y disciplina y, aunque no era el suyo un cargo muy atractivo para los chicos, ponía blandura y comprensión en las reprensiones. Ha escrito uno de sus alumnos de entonces: «cuando tenía que corregir, reñir, castigar, sabía endulzar lo amargo, suavizar el reproche».

Con Don Rúa en Turín, Don Bosco tenía más libertad de movimientos para ausentarse y alentar otras obras, o irse a Roma para activar la aprobación oficial de la Sociedad. Rúa se encargó personalmente de preparar las fiestas de la inauguración del santuario de María Auxiliadora cuya consagración tuvo lugar el 9 de junio de 1867. Fue tal el exceso de trabajo, el estrés que se apoderó de él, que una crisis estuvo a punto de llevarle a la muerte. Lo cierto es que cuando esto sucedía, en el mes de julio, Don Bosco no estaba a su lado, pero cuando regresó y le contaron la gravedad no pareció preocuparse. Días después, en un nuevo agravamiento, cuando Don Rúa daba a entender que podría morirse, Juan Bosco se lo tomó con calma: «aún tienes mucho que hacer».

Los mejores elogios de Don Rúa los hizo siempre Don Bosco. Estaba un día generoso en el decir y dicharachero, a la vuelta de una fiesta, y el clérigo Santiago Costamagna le tiraba de la lengua al santo cuando vio que comentaba las cualidades de sus colaboradores. Como omitía el nombre de Rúa, le preguntó por él, y contestó:

> «Si Dios me dijera "Ha llegado tu ultima hora, escoge un sucesor para que tu obra no perezca y pide para el todos los dones, cuantas gracias juzgues necesarias", me encontraría en un gran

apuro No sabría que pedir que ya no este totalmente en el alma de Don Rua»

Fue conociendo todas las responsabilidades, desde el aspirantado salesiano hasta los encargos especiales que le encomendaba Don Bosco, que ya estaba fogueándolo para la sustitución. De 1870 a 1872 ejerció de inspector provincial de los colegios que se iban abriendo por otras ciudades italianas. Y echó una mano a cuantas iniciativas iban naciendo, como la creación de los Cooperadores Salesianos o la organización de la Congregación femenina. Empezaba a cumplirse el todo «a medias» con Don Bosco, que ya no tomaba resoluciones sin que les diera el visto bueno Don Rúa.

Acompañó al santo en 1886 a Barcelona y, apenas supo que iba a hacer el viaje, se compró la *Imitación de Cristo* en español y una gramática, y ayudado del latín, el francés y el italiano, vio Don Bosco que le «sacaría de apuros». Como así fue. Cuentan algunos escritos que hasta le echó una mano en lo de hacer milagros. En medio de una multitud arremolinada se acercó a Don Rúa una mujer con su hijo enfermo pidiendo la bendición de María Auxiliadora, y el chico curó al instante. Ni que decir tiene que el mérito se le apuntó a Don Bosco, aunque éste había dicho, conociendo la santidad de su inseparable, que «si Don Rua quisiera, podría hacer milagros».

Le preguntó un día Don Bosco a Don Cagliero, que llegó a cardenal, quién le reemplazaría mejor a su muerte, y éste le contestó: «Don Rúa, no hay otro». Y Don Bosco confirmó que efectivamente era su brazo derecho. El 24 de septiembre de 1885 Don Bosco escribió una circular comunicando que Don Rúa «de hoy en adelante, me sustituirá» en el pleno gobierno de la Congregación. El fundador moría el 31 de enero de 1888. Momentos antes de que expirase, Don Rúa tomaba con su mano la de Don Bosco y bendecía con ella a los presentes, «sus hijos».

Los miembros del Consejo Superior de los salesianos solicitaron al Papa que confirmase a Don Rúa como nuevo Rector Mayor y le exponían, entre sus cualidades, haber sido confidente de Don Bosco, tener «eximias virtudes» y reconocida habilidad en el gobierno. El Papa dio su aprobación, y a Don Rúa le faltó tiem-

po para acudir ante León XIII para agradecer el nombramiento. Resultaba difícil para él y para toda la Congregación asumir la ausencia de Don Bosco, por eso en sus escritos, intervenciones y cartas a los misioneros nunca faltaba la referencia al santo fundador. Decía, por ejemplo: «Si mi corazón no puede compararse con el suyo, haré todo lo posible para demostraros mi cariño fraternal». O escribía: «Ruego por vosotros, pienso en vosotros, me ufano por vosotros como una madre por su hijo único».

A los dos meses de la muerte de Don Bosco, en una ceremonia de despedida a un grupo de misioneros que partían para Argentina, le preguntaron si iría a visitarlos a América, pero contestó que el santo nunca viajó a América, como si hasta en eso hubiera de imitarlo. En cambio, Don Rúa, que acompañó a Don Bosco por Italia, Francia y España, iba a ser un infatigable viajero a pesar de su fragilidad física. Desde 1889 hasta 1909 visitó 18 países, casi siempre en primavera y por espacio de tres meses. Estuvo, por ejemplo, cuatro veces en España: con Don Bosco en 1886, y como Rector Mayor en 1890, 1899 y 1906. Fueron trayectos muy traqueteados en trenes y vagones de tercera, zarandeados en travesías marítimas. Europa, el Norte de África, Tierra Santa, veinte años viajeros que suman unos cien mil kilómetros de recorrido.

Evidentemente detrás de los itinerarios de estos viajes hay una intensa vida de visitas a centros salesianos por medio mundo. La única excepción llamativa fue no saltar el charco del Atlántico, donde, sin embargo, crecía la Congregación de manera extraordinaria. El propio Don Rúa anotaba en sus cuadernos el haber y el debe de los salesianos, hacía el balance del viento a favor y de los contratiempos. Así, en 1895 señalaba entre las grandes fechas el primer Congreso de Cooperadores Salesianos de Bolonia, cuando el cardenal Mauri dijo que sobraba un panegírico salesiano, «basta con considerar sus frutos». Y en verdad los frutos, por lo que a Don Rúa se refiere, y en números contantes, eran así: las 64 casas que fundó Don Bosco en 6 países, Don Rúa las había convertido en 341 en 30 países, y los 700 religiosos ascendían a 4.000.

Se planteó si debía ser reelegido para un nuevo mandato, al tiempo de cumplir sus sesenta años, en 1897. En el capítulo

de 1898, aunque había comunicado a la asamblea que quería retirarse, recibió los 213 votos de los presentes, sin apelación posible.

La biografía de Rúa, siguiendo la falsilla de Don Bosco, está llena de un anecdotario en el que sobresalen su bondad y sus dotes para adelantarse a los acontecimientos, una capacidad adivinatoria que parecía juego, pero sin duda era milagrosa anticipación. Más de una vez anunciaba misteriosamente una enfermedad o mejoraba una persona. Los que le conocieron ofrecen un perfil completísimo, envidiable y coincidente. Don Piccollo decía que «mientras la heroicidad de su espíritu aterraba a quien se le acercaba, se portaba con todos con una dulzura y bondad imposible de describir»; y monseñor Costamagna afirmaba, a propósito de su santidad, que se trataba de «algo extraordinario, imposible de imitar». Y añaden a ese retrato su manera de ser, pues era más silencioso y escuchador que dicharachero; humilde y austero, podía pedir «una taza de nada» en una casa y, como escribió el padre Francesia, convertir la virtud en «la sed, el ideal y el hábito de su alma».

Entre las cualidades de Don Rúa para el gobierno como Rector Mayor había una que llamaba la atención. No sólo transmitía confianza en los que hablaban con él, actuaba con prudencia y caridad, tenía el don de ejercer la corrección fraterna con solícita paternidad, sino que con harta frecuencia, para encarecer una manera de actuar, acudía a su argumento de máxima autoridad: «Don Bosco decía, Don Bosco quería, Don Bosco hacía así».

No le faltaron contratiempos ni mazazos que magullaron sus últimos años, como unas calumnias difundidas en el verano de 1907 contra un colegio de Varazze que dañaban gravemente el prestigio de la Congregación. Don Rúa vivió estas penalidades con enorme dolor hasta que se descubre y desmonta la diabólica mentira. Pero también experimentó momentos de felicidad, como el que le procuró la coronación de María Auxiliadora en Turín, en cuyo acto Rúa fue incapaz de controlar su emoción.

El último de sus viajes lo realizó Don Rúa a Roma, en noviembre de 1908, para visitar al papa Pío X. De regreso a Turín,

sufre en Florencia un desfallecimiento, pero en Trevi interviene en el caso de un chico accidentado por un golpe en la cabeza considerado grave, y el chaval sale de peligro ante la sorpresa de todos. Ya en enero de 1909 sucede un hecho que le afectó profundamente: el terremoto de Calabria, en el que murieron al menos cincuenta salesianos. Allí estuvo Don Rúa, mermado ya físicamente, pero en primera línea para ofrecer bondad a los heridos. Ni siquiera sus achaques son capaces de posponer su voluntad de hacer penitencia, y hasta cuando tienen con él especiales delicadezas con la comida, responde que sólo está enfermo de las piernas.

A comienzos de 1910, aunque cree que le acecha la muerte, no quiere estar en la cama sino recostado en un diván, para así recibir visitas. Todos se afanan en preparar las bodas de oro sacerdotales que se cumplirían el 28 de julio de aquel año, pero el enfermo con buen humor y atinada predicción comentaba que la fiesta se haría sin el santo. El día de Jueves Santo recibió el viático y dijo a la comunidad estas palabras, casi de despedida: «Gran amor a Jesús sacramentado, viva devoción a María Santísima Auxiliadora, gran respeto a los pastores de la Iglesia», recomendaciones que hizo Don Bosco y que «yo también os dejo». Días después ocurre un episodio que armó algún revuelo en la casa. Don Rúa perdió el habla y el conocimiento, pero sólo momentáneamente. Cuando recobró la consciencia aún se le ocurrió pedir perdón por haber perturbado la paz de la casa. También sintió debilidad ante la muerte y pidió como Jesús que se alejase el dolor de su presencia, pero allí estaba el padre Albera para darle afecto y confortar cristianamente sus temores.

Superada esta crisis se instala en él una fortaleza y una serenidad que ya no le abandonó hasta el final. Se apagaba su vida como consecuencia de una miocarditis senil. Don Rúa reza «para que la voluntad de Dios se cumpla perfectamente». El 5 de abril llega un telegrama de Pío X con una bendición apostólica que le produce un enorme contento. Les había dicho a los que le asistían que en sus últimos momentos le rezaran jaculatorias y le dieran a menudo la absolución, aunque pareciera estar sin conocimiento. «Todos estamos aquí pidiendo al Señor que te abra el paraíso. No dejes de saludar a Don Bosco por noso-

tros», le decían. Y entre jaculatorias y como en duermevela invoca a la Virgen y repite «salvar mi alma, salvar mi alma, eso es todo, eso es todo». Éstas fueron sus últimas palabras.

En la mañana del 6 de abril de 1910, dos meses antes de cumplir sus 73 años moría en Turín, donde había nacido, Don Miguel Rúa. Más de cien mil personas desfilaron reverentes y emocionadas ante sus restos, que fueron enterrados junto a Don Bosco en el colegio de Valsalice el 10 de abril y llevados en mayo de 1939 a la basílica de María Auxiliadora de Turín, donde veinte años antes habían sido trasladados los restos de Don Bosco.

Murió Don Rúa como un santo, y siguió en todo a Don Bosco, el santo de su entera devoción. Pocas semblanzas tan atinadas como la que Pablo VI traza en la homilía de su beatificación cuando se fija en la estatura de su humildad, pero también en lo atlético de su actividad apostólica. Discípulo, imitador y modelo, Don Rúa «nos enseña a ser continuadores». Al fin y al cabo la obra salesiana se ilumina «encendida por el santo fundador, con nuevo brillo del beato continuador». El Papa tampoco se olvidó de que habían ido a medias.

JOSE ANTONIO CARRO CELADA

Bibliografía

ALBERAS, A., *Don Miguel Rua* (Madrid 1957)
Ecclesia, (4 11 1972) n 1616, p 2, (18 11-1972) n 1618, p 7 9
ESPINOSA, J M, *Vida de Don Miguel Rua* (Sevilla 1973)
D'ARCO, A, *Don Rua* (Barcelona 1971)
L Osservatore Romano (29 10 1972) 3, (30/31 10 1972) 1 4
L Osservatore Romano (ed en español) (5 11 1972) 3 4

C) BIOGRAFIAS BREVES

SAN PRUDENCIO DE TROYES

Obispo († 861)

Era español y se llamaba Galindo y huyó a Francia a causa de la ocupación de la Península Ibérica por los árabes. Capellán en la corte de Ludovico Pío, fue luego nombrado obispo de

Troyes, donde desarrolló una apreciable labor pastoral, de la que el Martirologio señala que compuso un breviario del salterio para los caminantes, recogió preceptos de las Sagradas Escrituras para los candidatos al sacerdocio y cuidó mucho la disciplina regular en los monasterios. Intervino activamente en la controversia de la predestinación con Godescalco y Escoto Erígena, asistiendo en 853 al sínodo de Quercy. También asistió a otros varios sínodos, siempre preocupado por la disciplina del clero y la moralidad del pueblo cristiano. Murió el 6 de abril de 861.

SAN GUILLERMO DE ESKILL

Abad († 1203)

Nació en Francia, en la localidad de St. Germain-Crépy-en-Valois hacia el año 1125. Educado por un tío suyo que era abad de St. Germain-des-Prés, se decidió por la vocación religiosa y logró una canonjía en la colegiata de Santa Genoveva del Monte, donde su afán de regularidad y reforma no caía bien. Un modo de alejarlo fue nombrarlo párroco de Epinay, parroquia dependiente de la colegiata, conservando su condición de canónigo. Guillermo asintió y desempeñó con gran celo sus deberes pastorales. Pero cuando el papa Eugenio III visitó París y dijo misa en Santa Genoveva no dejó de observar la situación penosa de la disciplina en dicha colegiata y determinó en conformidad con Luis VII, el rey de Francia, sustituir a los canónigos seculares por canónigos regulares de San Agustín, que fueron llamados del monasterio de San Víctor. Cuando Guillermo lo supo, pese a que podía percibir por el tiempo de su vida las rentas de su canonjía secular, ingresó en la comunidad de canónigos regulares y profesó en ella. Se distinguió entre ellos por la santidad de su vida, y su fama llegó al obispo de Roskild en Dinamarca que quería restablecer la regularidad en el antiguo monasterio de canónigos regulares en la isla de Eskill y pidió el envío de Guillermo y un grupo de canónigos. Guillermo aceptó y marchó a Dinamarca, no siendo bien recibido por los canónigos a reformar, pero con paciencia logró su propósito. Dio siempre un alto ejemplo de vida cristiana y su presencia fue

muy beneficiosa para la iglesia danesa. Murió muy anciano el 6 de abril de 1202 o 1203. Lo canonizó el papa Honorio III el 21 de enero de 1224.

BEATA CATALINA DE PALLANZA

Virgen († 1478)

Nació en Pallanza, diócesis de Novara, Italia, hacia 1435. Toda su familia muere en una epidemia y la lleva consigo una piadosa mujer de Milán. A los quince años queda impactada por un sermón acerca de la Pasión del Señor y decide consagrarse a Dios de por vida. Se recluye en una ermita de los alrededores de Milán, donde se le juntan compañeras y vive vida de retiro y contemplación muchos años. Con estas compañeras forma luego un monasterio regular bajo la regla de San Agustín, del que fue nombrada priora. Murió el 6 de abril de 1478. Su culto fue confirmado el 16 de septiembre de 1769.

SAN PABLO LE BAO THIN

Presbítero y mártir († 1857)

Nació en Trin-ha, Tonkín, el año 1793. Entra en el seminario a los quince años. La exuberancia de su vida interior le lleva a hacer vida eremítica unos años, dedicándose por completo a la contemplación. Luego vuelve al seminario y sólo era clérigo tonsurado cuando en 1837 el obispo lo envía a Laos para tantear las posibilidades de una misión allí. Luego, en 1841, acompañó a un misionero a Macao y a su vuelta, surgida la persecución, es arrestado y llevado a Hanoi. Interrogado y torturado de forma terrible, es condenado a muerte. Pero se le deja en la cárcel hasta que le conmutan la pena capital por la de destierro y es enviado a la provincia de Vinh Tri, de donde puede volver al concederse la amnistía de 1848. Entonces es ordenado sacerdote y se dedica a las clases en el seminario. Escribe también homilías y un compendio de la doctrina cristiana, entre otros libros. En 1857, desatada otra vez la persecución, fue denunciado, arrestado, juzgado y condenado a muerte por decapitación,

lo que se realizó el 6 de abril de aquel año. Fue canonizado el 19 de junio de 1988.

BEATO MIGUEL CZARTORYSKI

Presbítero y mártir († 1944)

Juan Czartoryski nació en Pelkinie (Polonia) el 19 de febrero de 1897 en la familia de los Príncipes Czartoryski. Hizo estudios en el Politécnico de Lvov y se graduó como ingeniero, pero maduró su verdadera vocación y a los 30 años ingresó en la Orden de Predicadores, en la que hizo la profesión el 25 de septiembre de 1928, tomando el nombre de Miguel. Se ordenó sacerdote el 20 de diciembre de 1931. Fue preceptor de los novicios estudiantes, primero en el convento de Cracovia y luego en el de Varsovia. Cuando estalló la llamada insurrección de Varsovia el 1 de agosto de 1944, el P. Miguel se hallaba en el barrio periférico de Powisle y a causa de los combates no pudo volver a su convento. Se quedó entonces como capellán militar y se hizo cargo de la pastoral en el hospital Alfa-Laval. Cuando los sublevados se retiraron, el P. Miguel se negó a abandonar a los heridos del hospital que no pudo ser evacuado. Al llegar los soldados nazis lo detuvieron y poco después lo fusilaron el 6 de noviembre de 1944. El *Martirologio romano* lo recuerda este día

BEATA PETRINA MOROSINI

Virgen y mártir († 1957)

Nació en Fiobbio di Albino (Italia) el 7 de enero de 1931, en el seno de una cristiana y numerosa familia. Hubiera deseado hacer estudios secundarios pero la enfermedad de su padre la obligó a los 15 años a colocarse en una factoría textil. Se inscribió en la Acción Católica y como tal militante daba catecismo a los niños y visitaba los enfermos de la parroquia. Fomentaba en los niños la vocación sacerdotal, religiosa y misionera. Comulgaba diariamente y daba señales de una piedad extraordinaria. Hubiera deseado ser monja y misionera pero su familia necesitaba de ella y no quiso dejarla. Se hizo terciaria franciscana y dio

también su nombre a las Hijas de María El 27 de abril de 1947 estaba en Roma en la basílica de San Pedro para la beatificación de la mártir María Goretti, cuya muerte martirial admiraba y no dudó en decir que la elegiría para sí. Ingreso en la Cruzada de la Pureza en su parroquia y manifestó que deseaba ayudar a las jóvenes que habían dejado que el mundo las sedujera. En la tarde del 4 de abril de 1957 volvía a casa por un sendero solitario cuando fue asaltada por un joven de veinte años que quiso abusar de ella. Ella se negó repetidamente a acceder a los deseos del joven, y entonces éste la atacó con una piedra y la dejó inconsciente. Encontrada, fue llevada al hospital donde sin recobrar el conocimiento moria dos días mas tarde Parece que llevaba más de un año acosándola inútilmente y que aquel día la atacó porque habia hecho una apuesta con los amigos. Detenido, confesó su crimen. La nueva Maria Goretti fue beatificada el 4 de octubre de 1987

7 de abril

A) MARTIROLOGIO

1 En St Yon (Francia), San Juan Bautista de La Salle († 1719), presbitero, fundador de la Congregacion de Hermanos de las Escuelas Cristianas **

2 La conmemoracion de San Hegesipo († h 180), historiador de la Iglesia

3 En Alejandria de Egipto, San Pelusio, presbitero y martir (fecha desconocida)

4 En Pentapolis de Libia, los santos Teodoro, obispo, Ireneo, diacono, Serapion y Ammon, lectores, martires (s IV)

5 En Pompeyopolis (Cilicia), San Caliopio (s IV), martir

6 En Sinope del Ponto, doscientos santos soldados, martires (s IV)

7 En Mitilene (Isla de Lesbos), San Jorge († 816), obispo, defensor de las sagradas imagenes

8 En la abadia de San Crispin, San Alberto († 1140), presbitero y monje

9 En Steinfeld (Alemania), San Herman Jose († h 1241), presbitero, de la Orden Premonstratense *

10 En York (Inglaterra), San Enrique Walpole, de la Compañía de Jesús, y el Beato Alejandro Rawlins († 1595), presbíteros y mártires bajo el reinado de Isabel I *

11 En Worcester (Inglaterra), los beatos Eduardo Oldcorne, presbítero, y Rodolfo Ashley († 1606), religioso, de la Compañía de Jesús, mártires bajo el reinado de Jacobo I *

12 En la Cochinchina, San Pedro Nguyen Van Luu († 1861), presbítero y mártir *

13 En Donger-kou (China), Beata María Asunta Pallotta († 1905), virgen, de la Congregación de Franciscanas Misioneras de María **

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN JUAN BAUTISTA DE LA SALLE

Presbítero y fundador († 1719)

Es el 17 de enero de 1667. En la insigne catedral de Reims hay el revuelo propio de una gran fiesta. Un jovencito, de apenas dieciséis años, pero perteneciente a una de las más ilustres familias de la ciudad, la de La Salle, toma posesión de su silla en el coro: la número 21 Podemos imaginarnos la impresionante ceremonia sabiendo que entonces el Cabildo contaba, a más de cincuenta y seis canónigos, sesenta y un capellanes, cuatro sacerdotes y cuatro sacristanes. Tenía a su frente ocho dignidades. Y hasta 1789, época de la que poseemos un cálculo hecho, treinta y uno de sus miembros habían sido obispos, veintiuno cardenales y cuatro habían llegado a la Sede de San Pedro: Silvestre II, Urbano II, Adriano IV y Adriano V.

Extraños los caminos de la Providencia. El año anterior, el día de Pascua, Pierre Docez, arcediano de Champagne, la segunda de las dignidades del Cabildo, había asistido a una velada en el colegio Des Bons Enfants y había quedado prendado de la modestia, la discreción y el ingenio de aquel jovencito, Juan Bautista, lejano pariente suyo. En vista de esto decidió resignar en su favor la canonjía. Y así lo hizo. De esta manera Juan Bautista de La Salle se incorporó al Cabildo.

Poseemos un retrato hecho en esta época. El joven tiene un aire de seriedad y nobleza; la mirada profunda, una boca bien formada y enérgica, una amplia melena negra, partida por gala en dos, está revestido de la sobrepelliz, el bonete, el armiño...

Causa una impresión agradable, pero nadie diría, ni él mismo se atrevería a sospechar, los designios que Dios tenía sobre él. Mientras llega la hora el joven canónigo ha de continuar sus estudios. Y lo hace en el seno de su familia, auténtica y sólidamente cristiana. La mitad de sus hermanos abrazarán el estado sacerdotal o religioso. Él mismo, pese a su juventud, se constituye en un modelo «de regularidad, de modestia y de candor para sus compañeros de Cabildo».

Aunque en las costumbres de aquel tiempo, y aun en la legislación, no se requería el sacerdocio para el canonicato, Juan Bautista prosigue ardientemente sus estudios: dos cursos de teología en la universidad de Reims. Y después pasa a París, y allí se pone en contacto con una institución excepcional: el seminario de San Sulpicio, que debía darle una regla, un método, una ascética. Y, efectivamente, se los dio. A pesar de que su estancia en el seminario no pudo prolongarse mucho, sin embargo, la influencia de San Sulpicio, a cuyo frente estaba una personalidad tan excepcional como Tronson, fue muy profunda. El ambiente era de gran fervor; los seminaristas, pertenecientes a las mejores familias de Francia, rivalizaban en el ejercicio de todas las virtudes. Condiscípulos suyos habían de estar, en los años siguientes, al frente de muchas diócesis y en puestos clave de la Iglesia en Francia, como artífices de la admirable restauración pastoral que durante el siglo XVII tiene lugar en aquel país.

Sin embargo, una nueva intervención de la Providencia le obliga a abandonar su amado seminario. Habían muerto sus padres y Juan Bautista tenía que hacer frente, a sus veintiún años, al cuidado de seis huérfanos, cuya edad iba desde los diecinueve años del mayor, Juan Remigio, hasta los seis años del más pequeño, Pedro. Carga bien pesada, que él hace compatible con el cumplimiento exacto de sus obligaciones de canónigo y con el estudio, para continuar preparándose al sacerdocio.

Éste tardará en llegar. Ha habido vacilaciones, luchas, y sólo la intervención de personas de autoridad puede tranquilizar la sobresaltada humildad del ordenando. Por fin se decide. El 9 de abril de 1678 recibe el presbiterado en Reims. Al día siguiente, 10 de abril, en una humilde capilla de la inmensa catedral, ro-

deado únicamente de su familia y acompañado por su director espiritual, el padre Roland, celebra su primera misa. Pese a su condición de canónigo y al esplendor de su posición social, prefirió la sencillez y la humildad de aquella primera misa, llena de recogimiento y fervor.

Pasaron diecisiete días solamente. Dios iba a intervenir una vez más para marcar su camino a Juan Bautista. El 27 de abril moría su director espiritual, Nicolás Roland, y aparecía designado como su albacea. Entendámonos: no se trataba solamente de hacer las gestiones correspondientes a los bienes que había dejado el difunto, sino de algo mucho más importante: continuar trabajando en el mismo campo en que él había trabajado. Esto suponía una doble y delicadísima misión: por lo que se refería a la juventud femenina, sacar adelante la Congregación de Hermanas del Niño Jesús, que el difunto había fundado. Por lo que se refería a los niños, había que hacerlo todo. Con una energía indomable, una clarísima visión de los problemas y una laboriosidad a toda prueba, Juan Bautista de La Salle consigue en diez meses para las hermanas la aprobación del arzobispo de Reims y la consolidación jurídica de su Instituto ante la legislación francesa. Las hermanas habían quedado así definitivamente establecidas y podían continuar su admirable labor.

Restaba el otro encargo. Cumplirlo iba a ser la labor de toda su vida. También aquí actuó el joven canónigo con decisión y energía. El 15 de agosto de 1679, siempre el día de la Asunción, como fecha señalada en los fastos de la Iglesia, abre sus puertas la escuela de San Mauricio.

Sólo cinco meses más tarde, la de la parroquia de Santiago. Para atenderlas se constituye un primer grupo de maestros, a los que sólo une el deseo de trabajar con la niñez abandonada. San Juan Bautista, sin pensar en que ponía los fundamentos de un instituto religioso que iba a suponer una verdadera revolución, les busca una casa próxima a su propio hotel donde puedan vivir reunidos. Ocurrió el día de Navidad de 1679.

Pero poco a poco aquellos maestros van a ir incorporándose a su propia vida. Juan Bautista hace un viaje a París y habla allí con un santo religioso mínimo: el padre Barré, que participaba también de las mismas inquietudes por la suerte de la ni-

ñez. El santo religioso le anima a seguir adelante y a llevar su entrega a la juventud hasta sus últimas consecuencias.

Día 24 de junio de 1681. El canónigo de La Salle celebra su santo. Y a su mesa se sientan, juntamente con sus hermanos, aquellos humildes maestros de las escuelas parroquiales de Reims. Es demasiado ya. La familia se alarma e inicia una ofensiva en forma. Una de las mayores dificultades que tenemos para llegar a comprender el heroísmo de los santos está en que no podemos hacernos cargo exactamente del ambiente que tuvieron que vencer. Nos cuesta comprender lo que en aquella sociedad puntillosa, llena de vanidad, provinciana y en gran parte paganizada, suponía el gesto de un joven sacerdote de buena familia que se entregaba con alma y vida a la causa de las escuelas cristianas. Su familia presiona, amenaza, insiste, vuelve a la carga. Llegan a retirarle el cuidado de sus hermanos. Unas veces le ridiculizan, otras murmuran, otras le reprochan amargamente lo que está haciendo. Juan Bautista sigue su camino. Al año siguiente, ese mismo día de su santo, 24 de junio, ya los maestros no vienen a su casa para festejarle. Es él quien abandona su propio hogar para irse a vivir con ellos en la casita de la calle Neuve.

Comienza una nueva vida. Al frente de aquel grupo de maestros Juan Bautista de La Salle se va dando cuenta de que no caben las medias tintas. Ellos le hacen su confesor, su confidente, su director y su guía. Van llegando nuevos maestros y se van abriendo perspectivas cada vez más dilatadas. Pero... estorba la canonjía. El oficio coral llevaba entonces a los canónigos de cinco a seis horas diarias: puede decirse que desde las cinco de la mañana, en que se reunía el Cabildo, hasta después de las tres de la tarde, apenas se podía disponer de tiempo. Por otra parte, los maestros no podían menos de experimentar un cierto contraste. Mientras ellos tenían que mirar a su porvenir fiándose únicamente de la divina Providencia, San Juan Bautista tenía su beneficio y su fortuna personal para cualquier avatar que pudiera sobrevenir.

El Santo toma entonces una decisión heroica; vivirá la vida de sus queridísimos maestros en toda su integridad. Decide renunciar a la canonjía y a su fortuna personal, y lo hace llevando

ambas cosas hasta las últimas consecuencias. Le aconsejaban que cediera la canonjía a su hermano Luis. Él no quiere, y prefiere hacerlo en favor de un sacerdote digno y virtuoso, pero casi desconocido. La prudencia humana hubiese aconsejado reservar su propia fortuna para que sirviera de base a la obra que estaba emprendiendo. El espíritu sobrenatural aconsejó otra solución más radical: durante un invierno durísimo, en que el hambre azotó cruelmente a Francia, Juan Bautista repartió todo su dinero a los pobres. En lo sucesivo él y sus queridos discípulos mirarían al porvenir de idéntica manera, descansando sólo en los brazos de la divina Providencia.

Y, en efecto, ahora había llegado el momento de plantear las cosas con toda seriedad. Los maestros piden a su director una regla. Él, en aquellos tiempos de absolutismo, prefiere que esta regla sea hecha entre todos. El 9 de mayo de 1684 se abre la primera reunión de la nueva Congregación. Como resultado de ella, el 27 de mayo, fiesta de la Santísima Trinidad, doce discípulos, con Juan Bautista a la cabeza, hacen sus primeros votos. Muy prudentemente el fundador quiso que se tratara sólo del voto de obediencia y durante un año. El experimento era lo suficientemente arriesgado como para proceder con todo cuidado. Eso sí, al poco tiempo se preocupó de darles un hábito adecuado: la sotana de sarga negra, el tricornio de amplias alas, la gola o rabat blanco. Poco tiempo después, por indicación del alcalde, a quien daba pena ver a los hermanos sin protección alguna en pleno invierno, se añadió el manteo con las dos mangas vacías, que había de valerles durante mucho tiempo el nombre de «los hermanos cuatro brazos».

Por vez primera en la historia de la Iglesia nacía un Instituto única y exclusivamente de hermanos. Posteriormente habrán de crecer y desarrollarse otros muchos. Pero nadie podrá arrebatar a San Juan Bautista de La Salle la gloria de haber concebido con nítida claridad la idea de esta clase de congregaciones que ponen al servicio de su propia finalidad el más completo renunciamiento incluso a algo tan hermoso y tan sagrado como es el mismo sacerdocio.

El Instituto iba a suponer una auténtica revolución. No sólo por estar compuesto exclusivamente de hermanos, sino tam-

bién por otras novedades. Por ejemplo, en el terreno de la pedagogía, en el que se romperían, con firme decisión y pese al enorme clamoreo que habría de levantarse, muchísimas rutinas. Se acabó ya el golpear a los niños. Se acabaron los gritos, sustituidos por la señal. Se acabó el enseñar a leer en latín, y la utilización de absurdas gramáticas. Se acabaron los maestros improvisados, pues a San Juan Bautista de La Salle le corresponde con toda verdad el título de fundador de las Escuelas Normales, ya que siempre vio como un complemento de su propio instituto la formación de maestros seglares.

Innovaciones también profundas en la misma formación de los religiosos. Así el noviciado menor, antesala del noviciado propiamente dicho, y que no tenía antecedentes en las congregaciones religiosas. Así también el mismo espíritu con que se procede a la formación de los hermanos, uniendo las prácticas de oración y mortificación de las más rigurosas Órdenes contemplativas con el espíritu de trabajo.

Primero en Reims, después en París, se van a escribir páginas de las más maravillosas de la historia de la Iglesia. Es necesario remontarse a la vida de los Padres del desierto para encontrar escenas similares a las de aquel noviciado de Vaugirard, donde el fundador da a sus novicios el espíritu y el aliento necesarios para su gran misión. París ve estupefacto cómo cambia la niñez en manos de los hermanos. Lo que hasta entonces era afrentoso, bajo y sucio, se trueca en luminoso y limpio. Todo el mundo se hace lenguas de su maravillosa eficacia pedagógica. Aquel método simultáneo, implantado por el Santo en sus escuelas, que hoy nos parece la cosa más natural, pero que entonces supuso una revolución pedagógica, servía para hacer maravillas. Sin embargo..., era demasiado desafío, y la persecución no podía tardar.

La vida de San Juan Bautista de La Salle es toda ella un contraste apasionante e increíble. De una parte, el Instituto se desarrolla, crece, se extiende por toda Francia. De otra parte, el fundador vive una vida de continuas persecuciones. Puede decirse que no hay prueba, por dolorosa que sea, que no se le presente.

Choca ante todo con el monopolio. Los maestros que entonces ejercitaban la enseñanza se sienten heridos. Unas veces

reaccionan con violencia, y las escuelas de los hermanos son asaltadas brutalmente. Otras, por medio de interminables pleitos, que al menor descuido se transforman en sentencias desfavorables, se trata de hacerles la vida imposible. En ocasiones se recurre incluso a la calumnia y al libelo ofensivo. Es una lucha que dura largos años y que algunas veces llega a poner en riesgo la existencia misma del Instituto.

Pero no es la prueba más dolorosa. A San Juan Bautista le tocó defender algo más que su derecho a ejercitar la enseñanza: la idea misma del Instituto. Era natural. Lo que él intentaba hacer chocaba demasiado con las ideas hasta entonces corrientes, y eclesiásticos bienintencionados, incluso amigos verdaderos de las escuelas cristianas, se creían en el caso de darle consejos y, en alguna ocasión, de querer imponer sus propias orientaciones. Ahora es un obispo a quien el Instituto debe mucho el que, en el curso de una comida, insiste en las modificaciones que hay que hacer. Luego aquel eclesiástico, basándose en un nombramiento de superior que se había convenido en que sería puramente nominal, intenta sacar adelante unas ideas que destrozarían la esencia misma del Instituto. Otra vez son las autoridades civiles, que intervienen para sustraer de la obediencia a los hermanos que trabajan en su propia población. Sobre todo hay una oposición obstinada, larga, tenaz, la del párroco de San Sulpicio, de París, hombre, por otra parte, celoso y bueno, pero que intenta contra viento y marea imponer sus propias ideas. Ocasión habrá en que el Santo fundador abatido, puesto de rodillas, con la frente en el suelo, bañado en sollozos, verá al arzobispo de París, impresionado por los informes del párroco, marchar desdeñosamente a su finca de recreo sin darle respuesta alguna.

Estos sufrimientos tenían que herir profundamente el alma de San Juan Bautista. Paralelos a ellos corrieron otros que tenían una fuente menos pura y nacían de intención manchada. San Juan Bautista y el Instituto por él fundado fueron, como era natural, una de las presas que más podía apetecer el jansenismo francés. Se utilizó todo: la habilidad, el halago, la argumentación doctrinal, las amenazas, la coacción... Cuando todas estas armas hubieron fallado, el jansenismo decretó una guerra a muerte al fundador y a su Instituto. Por todas partes. Hubo choques en

Marsella, en París, en Rouen... Así hasta el fin de su vida. Porque pocos días antes de morir hará el Santo una hermosísima profesión de fe, verdadero testamento espiritual, ratificando de manera inequívoca su absoluta oposición al jansenismo.

Casi tan dolorosas como éstas le tenían que resultar otras pruebas: las procedentes de los falsos hermanos. Unas veces por influencia de fuera, otras por mala voluntad de los mismos sujetos, en más de una ocasión el Santo se encontró con que se habían infiltrado en las comunidades elementos indeseables. Él era tan bondadoso que no podía imaginar mala voluntad en nadie. Ocasión hubo, y más de una, en que los hermanos se vieron obligados a imponerse y a exigirle que no admitiera a algunos de estos sujetos, o expulsar a algún otro. Para el Santo todo el mundo era bueno, y, por mucho que se le hubiera ofendido, estaba presto a perdonar y a volver a admitir al que había faltado. Prueba dolorosísima para su corazón ver en ocasiones hermanos que se dejaban contagiar por el espíritu del mundo e incluso llegaban a hacer el juego a los propios enemigos del Instituto.

Junto a estas pruebas, tan íntimas, no faltaron tampoco las pruebas externas. La vida del Santo es un largo viacrucis. No sólo por sus viajes interminables, hechos en forma humildísima, muy frecuentemente a pie, pidiendo limosna, acogiéndose a los hospedajes más pobres, sino también por su misma salud. En el fervor de la casa de Vaugirard había vivido todo un invierno en una habitación desmantelada, en la que contrajo un gravísimo reuma que le producía dolores tremendos, a los que se añadían los que le causaban los métodos, que hoy llamaríamos bárbaros, que en más de una ocasión se emplearon para curarle. Ni era menor el sufrimiento que tenía que causarle, habida cuenta de su naturaleza delicada, la vida común llevada con el máximo rigor. A la distribución del tiempo, ya muy dura, común a todos los hermanos, añadía él largas horas de oración, increíbles penitencias, estudio prolongado. Su estómago, hecho al género de comidas que en su casa había tenido, se resistía, hasta con vómitos de sangre, a las pobrísimas comidas de los hermanos. Sólo con esfuerzos heroicos logró acomodarse. Y así en todo. Siempre el más puntual, el más humilde, el más pobre. Su sotana, su manteo, eran tan raídos que inspiraban lásti-

ma. No los hubiera querido un pobre a quien se hubiesen regalado.

Ocasión hubo en que el Santo, creyendo estorbar, se retiró del gobierno y pasó unos meses al margen de la vida de la Congregación. Fue entonces cuando se produjo uno de los acontecimientos más hermosos en la historia de las Órdenes religiosas: la carta que los hermanos le escribieron pidiéndole que volviera a ponerse al frente de ellos. Es difícil concebir un trozo de literatura eclesiástica superior a esta carta, que casi no puede leerse con ojos enjutos. Los hermanos le piden con humildad, pero con firmeza, con sentimiento profundo, pero sin caer en exageraciones, con lógica firme, pero sin sequedad ninguna, que vuelva a hacerse cargo de su gobierno:

> «Señor y padre nuestro, nosotros, los principales hermanos de las Escuelas Cristianas, teniendo a la vista la mayor gloria de Dios, el mayor bien de la Iglesia y de nuestra sociedad, reconocemos que es de una extrema necesidad que usted vuelva a tomar el cuidado y la dirección de la santa obra de Dios que es también suya, pues gusto al Señor servirse de usted para establecerla y conducirla desde hace tanto tiempo »

No podemos reproducirla íntegra. Baste decir que el Santo escuchó la súplica y volvió a sus amadísimos hermanos.

Poco después, el día de Pentecostés, 16 de mayo de 1717, se reunían los principales hermanos en la célebre casa de San Yon, en la que el Santo había pasado días tan felices. La casa estaba envuelta en una atmósfera sobrenatural. Todo el mundo oraba y hacía penitencia. El día 18 se hizo la elección de nuevo superior y quedó elegido el hermano Bartolomé. El capítulo continuó trabajando y se fijaron las reglas. El Santo obtuvo, por fin, lo que tanto había deseado: obedecer. Y lo hizo con todo su corazón. Hasta para los más mínimos detalles pedía permiso al nuevo superior.

Ya podía marchar de este mundo. La obra quedaba consolidada. Aún vivió unos meses. Y por fin llegó la hora suprema. El martes de la Semana Santa de 1719, haciendo un esfuerzo colosal, se levantó de la cama para recibir con toda humildad el viático. Por la noche le rezaron la recomendación del alma. Él dio sus últimos consejos a los hermanos, encargándoles que estuvieran siempre muy apartados del mundo. Por fin, a las cuatro

de la tarde del 7 de abril de 1719, Viernes Santo, expiró dulcemente a los sesenta y ocho años de edad.

Su cuerpo fue inhumado, de primera intención, en la parroquia de San Severo, en cuya jurisdicción estaba enclavada la casa de San Yon. El 16 de julio de 1734, cuando esta casa tuvo su iglesia propia, sus restos fueron trasladados allí, y allí quedaron, incluso durante los avatares de la Revolución Francesa, hasta que en 1835 pasaron a la capilla del colegio de los hermanos, en el centro mismo de la ciudad de Rotien. Cuando en 1904 el laicismo obligó a los religiosos a expatriarse, la casa generalicia de los hermanos se trasladó a Lambecq-Lez-Hay (Bélgica) y a ella fueron también los sagrados restos. Construida una nueva casa generalicia en Roma, en la Vía Aurelia, a ella fueron llevados en 1938, y allí permanecen.

Pese a la fama de santidad de que gozó en vida, su proceso de beatificación comenzó tardíamente, en 1835. En 1840 fue introducida la causa y en 1846 aprobados los procesos. Rápidamente se fueron sucediendo los demás trámites, examen de los escritos, aprobación de los milagros, reuniones de la Sagrada Congregación, hasta que, por fin, el 19 de julio de 1888 se celebró la solemne beatificación. Poco tiempo después se iniciaba el proceso de canonización, por decreto de marzo de 1890. Y diez años después, 24 de mayo de 1900, era solemnísimamente canonizado, al mismo tiempo que Santa Rita de Casia.

La congregación por él fundada cuenta en la actualidad (1959) con 17.000 miembros extendidos por todo el mundo. Humildes y laboriosos, los hermanos desarrollan en todas partes una admirable labor, de acuerdo con el espíritu de su instituto, que «consiste en un ardiente celo de instruir a los niños y educarles en el amor de Dios, conduciéndoles a conservar su inocencia, si no la han perdido, e inspirarles gran aversión y sumo horror al pecado y a todo lo que pueda hacerles perder la pureza. Para vivir en tal espíritu los hermanos de la Sociedad se esforzarán con la plegaria, con las instrucciones, con la vigilancia y con la buena conducta en la Escuela, en procurar la salvación de los niños que les son encomendados, educándoles en la piedad y en el verdadero espíritu cristiano, esto es, según las reglas y las máximas del Evangelio».

De esta manera San Juan Bautista de La Salle continúa viviendo entre nosotros por la profunda influencia de sus obras escritas en la pedagogía contemporánea, y más aún por este fervoroso espíritu que pervive en sus hijos.

LAMBERTO DE ECHEVERRÍA

Bibliografía

GUIBERT, J., *Histoire de Saint Jean-Baptiste de La Salle* (París 1900).

MELAGE, Hermano, *Le créateur de l'École populaire Saint Jean-Baptiste de La Salle* (Tournai 1948). Biografía admirablemente escrita y presentada, con un sentido muy moderno

RAVELET, A., *San Juan Bautista de La Salle* (Madrid 1952). Biografía sencilla, con una presentación sumamente elegante por sus muchas ilustraciones

RIGAULT, G., *Histoire générale de l'Institut des Frères des Écoles Chrétiennes. I: L'oeuvre pédagogique et religieuse de Saint Jean-Baptiste de La Salle* (París 1937). Es un estudio hecho principalmente desde el punto de vista de la pedagogía lasaliana.

— Actualización:

FIEVET, M., *Vida de San Juan Bautista de La Salle* (Madrid ²1994)

GALLEGO, S., *San Juan Bautista de La Salle. Fundador de los Hermanos de las Escuelas Cristianas* (BAC Popular, 58; Madrid ²1990).

GALLEGO, S., *Juan Bautista de La Salle. I: Biografía* (BAC 477; Madrid 1986)

BEATA MARÍA ASSUNTA PALLOTA

Virgen († 1905)

«¿De Las Marcas...? ¡Tierra de santos! [...] ¡Tendrás que hacerte santa tú también!».

Apostilló la monja fundadora. En correspondencia a la satisfacción de su normal curiosidad por la procedencia geográfica de la postulanta Assunta Pallota.

Escenario, el noviciado franciscano misionero mariano de Grottaferrata. Fresca aún la toma de hábito de la aldeana de Force.

Quien, días después, compartiendo tareas campesinas con otra aspirante a la consagración religiosa que, en un momento dado, desborda desilusión y desánimo, reflexionará en voz alta:

> «¡Oh, Hermana!: pero si hemos venido aquí para hacernos santas [...] Sí, sí: ¡para hacernos santas!».

Tenía clara la meta. Y diáfano el camino a seguir:

«Hacerlo todo —plasmaría en sus apuntes íntimos— por amor de Dios esto querría escribirlo con mi sangre
Todo En silencio, con humildad y sencillez»

Insistente en diferentes ocasiones: «Todo por Jesús».

Las Marcas bautizan un hermoso recorte geográfico italiano dibujado por la Emilia, la Umbría, la Toscana, los Abruzos, el Adriático y San Marino. Tierra de artistas, poetas, papas y santos.

Y cuna de Assunta María Liberata. Estallado a la vida el primer fruto matrimonial de Luis Pallota y Eufrasia Casali en el puñado de humildes nidos humanos de Force, abiertos a la luz del valle fecundo, en las faldas de una colina escabrosa y roqueña.

El nacimiento fue en la perdida y solitaria aldea de las Marcas porque Eufrasia buscó, para estrenar la maternidad, el hogar paterno. Pues el casamiento la había desplazado a Rotella, un lugarejo de la encumbrada aldea picena de Castel di Croce, donde la cristiana pareja se alimentaba y vestía, apuradamente, de la fecundidad de una modesta hacienda agrícola.

Y Assunta venida al mundo en la madrugada del 20 de agosto de 1878. Bautizada al otro día. Confirmada en la parroquial de Castel di Croce en fecha 7 de julio de 1880.

No. Con el par de pequeñas fincas de Rotella no era posible vivir el matrimonio, la nena y pronto... también Alejandro. Ya cuatro, la crecida indigencia les empuja nuevamente a Force. En 1882. Ahora a todos. Y definitivamente. En busca de trabajo y del apoyo familiar. Cuatro... y los que aún vendrían: José, Vicente y Magdalena...

Pero la población natal de Eufrasia tampoco da pan para siete personas. Hay que ir a buscarlo donde lo haya. Una situación dolorosa que comportará enorme sacrificio. De una parte, la consiguiente separación temporal marital y paterna; de otra, el forzoso abandono escolar de la hija mayor que sólo llevaba un par de años en el aula. ¡Tremendos rasguños familiares! ¡Terrible drama! ¡Cinco criaturas —la mayor, ochoañera— y todo el peso de la casa bajo la responsabilidad exclusiva de la joven esposa y madre!

Sí que la primogénita sería un buen puntal, compartiendo, más allá de lo que era dado esperar de su edad, el cuidado de los pequeños y las tareas domésticas. Prodigándose admirablemente. Dócil, solícita, laboriosa. Eso y mucho más. Pues aún apor-

taría unos dinerillos ganados cada día, previos los quehaceres domésticos. Sin salirse de la aldea, cerquita de casa. Acarreando agua, yeso, ladrillos, cal... Responsable y eficiente ella. Al servicio de unos albañiles que fácilmente le pondrán cariño y la admirarán, lamentando su ocupación laboral totalmente impropia. Pero con más pena en el alma la madre que, asfixiada económicamente, no puede prescindir del sudado puñadito de liras que la nena aporta al hogar. Y aguanta, ni más ni menos, justo el tiempo que se mueve, busca, pregunta, persiguiendo una ocupación más femenina y llevadera para la hija... Logra emplearla con el viejo sastre del lugar.

A propósito... El trabajo a menudo desplazaba circunstancialmente durante el día al modesto profesional aldeano y a la pequeña aprendiz. En una de las ocasiones, de regreso a la aldea, venían andando y sembrando de «avemarías», según costumbre, el ondulado sendero, entre verdes campos inclinados, empujados por la pérdida de luz de la tarde. En un momento dado el hombre, interrumpiéndose, sugiere a la acompañante que, siendo posible cruzarse con algún transeúnte, es conveniente que suavice la voz.

> «¿Por qué? —correspondió, sorprendida— ¡Si precisamente deberíamos rezar mas alto!»

Fuera respetos humanos, valerosa ella. Apóstol en ciernes... Modélica en sus asiduas visitas al sagrario, coronando la diaria jornada laboral y llenando la tarde dominical; arrodillada, cuando ha lavado y ordenado todo y la casa ha quedado callada, ante su altarcito de la cocina, en larga y silenciosa oración, catequista, por encargo del párroco, con sólo once años. Modélico ángel del hogar que sabe calmar los nervios y los enfados de mamá, cansada, con sus hermanos y también restablecer la paz rota entre los pequeños. Modélica en sus desvelos caritativos. A menudo, acercándose la hora del almuerzo, suplicaba a su madre que añadiera «un cucharón de sopa en la olla y disminuyera una cucharada en los platos». Siempre insistente en la justificación: «Para dar también una ración a la pobre Marieta que no tiene nada en su casa». Y admirable en su juvenil afán penitencial. Mortificación en la mesa, ayunando tres veces por semana, y voluntario martirio a la hora del descanso nocturno.

Relata la madre:

> «Observe que tenía mi hija la cama muy dura La deshice un día y vi que dentro del jergón había una serie de ladrillos, todos en fila, debajo estaba la paja, encima los ladrillos Sentí un escalofrío, me puse a hablar sola y empecé a quitarlos [ ] Desde entonces iba yo de cuando en cuando a revisar su cama y encontraba hierros viejos y rotos Yo los quitaba, Assunta los volvía a poner, sin que nunca hablaramos de ello»

Y, cuando lo creyó oportuno, la hija justificaría: «Lo hacía pensando en Jesús que no tuvo dónde reposar su cabeza». No es extraño que una amiga de la infancia reconociera: «Con Assunta por fuerza teníamos que ser buenas». Un primor de muchacha.

Con diecisiete años en lucha íntima, brava, cruel. Disputándose su corazón el afán de entrega plena a Dios y el legítimo apego a la sangre familiar. Assunta sufre en silencio. Ha perdido el apetito. Y no duerme. Físicamente está muy desmejorada.

> «¿Que tienes, hija? —se interesa la madre—, ¿estas enferma?»
> «Lo que tengo —corresponde aquella sollozando— usted lo sabe, madre Jesus me llama, me quiere y no puedo resistirle ¡Dejeme hacerme religiosa! [ ]»

A Luis y Eufrasia les dolió; más a él Pero acabaron aceptando el sacrificio... La despedida fue dolorosa. Terrible rasguño en el corazón de los unos y de la otra. El 4 de mayo de 1898. Los hermanos abrazándola, estrujándola, entre suspiros· «No te vayas, Assunta; no te vayas...»

Evocando el momento, seis años después, desde la lejana China ella confiaría epistolarmente a los suyos: «Sólo Dios pudo separarme de vosotros, a mí que no era capaz de pasar un día sin veros».

La aldeana pobre, sin dote, encontró puertas abiertas en el claustro de Santa Elena, la sede generalicia romana —Vía Giusti, 12— de las Franciscanas Misioneras de María. A quienes la campesina había ofrecido su pobreza, su ignorancia, su abnegacion, su candor angelical, su humildad, su debilidad humana.

Eran un retoño del tronco de Asís Un joven instituto religioso veinteañero, con el sello característico de la apostolicidad. Pero nacido brioso; con vocación de vanguardia, de presencia

misionera. Y ya extendiendo brazos, en 1898, en Europa, África, Asia y América del Norte.

Comienzos difíciles para la postulante de Las Marcas de Ancona. En el futuro daría a conocer a la fundadora, madre María de la Pasión:

> «Los primeros meses de postulante no estuve satisfecha, porque deseaba un Instituto en el que se fuera a pedir limosna o se cuidase a los enfermos»

Pues la típica mendicidad franciscana había sido sustituida por la laboriosidad manual. En labores de bordado, de pintura, de escultura, de fotografía.

Inicialmente también insatisfecha porque, soñando el clásico recogimiento conventual, había dado con un edificio en rehabilitación y ampliación y, consiguientemente, obreros que van y vienen y ruidos y falta de tranquilidad. Donde ella, experta en quehaceres domésticos, acabará de ayudante, moviéndose entre cacerolas y pucheros.

En la cocina y fuera apeteciendo los trabajos más penosos y humildes Siempre con la sonrisa y un «sí, Madre» a flor de labios, aceptando cualquier servicio. Siempre considerándose la última de la comunidad, «admitida —repetía— por caridad».

El 5 de agosto es enviada al noviciado, a Grottaferrata, desde donde el 9 de octubre viajaría a Roma para vestir, en la capilla de Vía Giusti, 12, el hábito de lana blanca de las Franciscanas Misioneras. Recibiendo el nombre de María. Ya en adelante, María Assunta.

Grottaferrata, agarrada a las laderas boscosas, pobladas de nogales, y huertanas de los Montes Albanos que encrestan pintorescas poblaciones sobre la campiña romana. En una hondonada del valle ofrecía nido a las hijas de María de la Pasión que se formaban espiritualmente, cultivaban treinta y tantas hectáreas de olivos, viñedos, cereales, legumbres y verduras y cuidaban animales. Aquí la monja de Las Marcas de Ancona completaría la formación específica del Instituto; encargada, con otra novicia, de la atención a los corrales. La dedicación a las gallinas, las palomas y los cerdos, en unos rústicos locales separados de la casa, conllevaba compartir el descanso nocturno con los

animales. En un reducido y oscuro espacio que servía de celda a las dos cuidadoras.

¡Ella, feliz! Ilusionada, con un cantar en los labios al tiempo que limpia el gallinero y las pocilgas o transporta cubos de agua o grandes gavillas de hierba o cestos de verduras o grandes cubos de comida para los animales...

—«Pero, ¿por qué lleva tanta hierba todos los días?», fue interrogada, en pleno verano, envuelta en su gran delantal azul siempre impresionantemente pulcro, chorreando sudor bajo su verde carga.

—«Mis animalitos no se sacian nunca y, en tanto, yo tomo así un baño suplementario que me refresca».

—Abundando: «Todo por Jesús, Hermanita mía; todo por Jesús».

No dudando que, entre las gallinas, las palomas y los cerdos —al igual que entre los pucheros de Teresa de Ávila— también andaba el Señor. .

El 8 de diciembre de 1900 pone un breve y memorable paréntesis en la diaria monotonía de la novicia. Fue la profesión temporal de sor María Assunta. También en el marco romano de la capilla generalicia. Y al otro día más de lo mismo. Regreso a Grottaferrata y nuevamente al gallinero, al palomar, a la porqueriza, hasta enero de 1902, siendo enviada entonces a Florencia, donde la fundación franciscana misionera reclamaba cuerpos robustos y sanos y almas generosas. Vocaciones como la de María Assunta.

Aquí igualmente trabajos duros. La casa también en obras... Siempre ella a disposición de cualquier servicio; sea el lavadero, la plancha, la huerta, la cocina, la enfermería, la portería... Sonriente, sencilla, espontánea, humilde, caritativa... Un verdadero tesoro para la comunidad.

Entre las enfermas del convento florentino se desbordará caritativamente. Caridad inteligente pronta, inagotable. En todo momento jovial y de buen humor. Sin prestar atención al propio cansancio y descuidando el necesario descanso nocturno. Delicadísima con el prójimo, siempre procurando evitarle la más mínima mortificación. Botón de muestra la ocasión, en la lavandería, en que se lastimó la mano con un alfiler olvidado en

una pieza de ropa. Calló, aguantó y continuó la labor. Aquel día y otro. Hasta que la infección de la herida hizo inevitable acudir al médico. Reprochada por no haber avisado con anterioridad correspondió: «No dije nada por no causar pena a la Hermana que olvidó el alfiler».

El 1 de enero de 1903 escribía a la madre general:

> «Me dirijo a usted con filial afecto, Reverendísima Madre, para exponerle un deseo que sentí desde los primeros días en que se me concedió la gracia de ser admitida en su Instituto No osaba escribirle pero, finalmente, en este primer día del año, me he decidido, a pesar de mi indignidad
>
> Este deseo me viene siempre a la mente durante el tiempo de los ejercicios espirituales Le hago, pues, saber que estoy pronta, si Jesus así lo quiere, para cuando haya una partida para China, especialmente para trabajos entre los leprosos»

Era el anuncio, hasta el momento desconocido, de su ideal misionero. Y era, sobre todo, ofrecimiento.. Una aspiración nacida con el inicio de su andadura claustral pero florecida con la primavera de entusiasmos heroicos estallada en los claustros franciscanos misioneros tras la masacre martirial de Tai-yuan-fu. No sólo el corazón misionero. Acción también misionera en primera línea de la Iglesia, en el mundo privado de fe.

Pero ahí seguirá. En la enfermería del convento florentino, repartiendo tisanas, calmantes, sonrisas, amor, hasta que Dios quiera. Hasta alborear 1904. El 6 de enero, festividad de la Epifanía, fecha significativa, la fundadora del Instituto aceptaba las obediencias de medio centenar de nuevas misioneras. Y, entre las cincuenta distinguidas, sor María Assunta. Con destino precisamente a Shansi.

Shansi, la misión mártir, víctima del fanatismo salvaje bóxer Un huracán xenófobo, fruto del choque de dos culturas muy diferentes, que, en los dos primeros años del siglo, había acabado sangrientamente con unos treinta mil cristianos. El 9 de julio de 1900, ¡con siete heroicas ilusiones apostólicas hermanas! Se trataba, pues, de cubrir las bajas del Instituto

> «Me piden la reapertura de la Casa San Pascual, de Tai-yuan-fu —había escrito la fundadora— y me dicen las que en ella vivieron supieron cantar el "Te Deum" en el momento de la muerte Procurad que las que vengan a ocupar el puesto sean del mismo temple»

Comprensible la inclusión de sor Assunta en el proyectado envío misionero. Contentísima ella; aunque, como siempre, resignada a lo que decidan: «Me siento felicísima [...] Pero si Jesús quisiera dejarme en Florencia me daba lo mismo...».

Cuando salga para China ya se habrá ligado a Dios, a perpetuidad, con los votos de obediencia, pobreza y castidad. Emprenderá viaje el 19 de marzo, festividad de San José. Previo un epistolar «Nos volveremos a ver en el cielo», dirigido la semana anterior a sus padres presuntamente impedidos por la pobreza a despedirla con un abrazo. Y previa la bendición personal del papa Pío X, recibida en el Vaticano.

Tres meses duros, difíciles, por mar y tierra. En vapores de carga, en diminuta barca china, en tren, en «sillas, que son como cochecitos cubiertos» —describirá— «pero sin ruedas, colocados sobre dos pértigas y sostenidos por dos mulos, uno delante y otro detrás, que un hombre va guiando. En el interior se pueden sentar dos personas, una frente a otra». Vehículos más que rudimentarios y, por supuesto, incómodos.

Tres meses de vicisitudes, molestias y riesgo. Y, a la vista, estremeciéndose el corazón... Tai-yuan-fu. La ciudad, aún no cuatro años antes, regada con sangre mártir; con sangre de siete hermanas de fe y de ideales. Y, escasamente cincuenta kilómetros más allá, aun no medio centenar de kilómetros más allá, Tong-eul-keu. El humilde puñado de chozas aldeanas perdidas entre montañas, donde se salvaron de la furia bóxer un centenar de familias locales, las criaturas del orfanato y las vírgenes chinas no alcanzadas por el sangriento vendaval. Donde los franciscanos, al día siguiente del vendaval persecutorio, resucitaron la realidad misional destrozada...

Tong-eul-keu, cuyo orfanato, dispensario y catecumenado, ya auxiliados con el retorno humano del año anterior, el 20 de junio de 1904 reciben brazos de refuerzo con el grupo de misioneras que incluye a sor Assunta. Ella, naturalmente, la de siempre. La misma de Grottaferrata y de Florencia: sencilla, dócil, generosa, sacrificada, disponible siempre y para todo.

Como en los tiempos de Roma, a la cocina. Repitiéndose, nuevamente, entre pucheros y cacerolas, en el cultivo de la pie-

dad eucarístico-mariana sin complicaciones. Y, a través de los atajos del amor y del abandono, escalando el cielo...

Llegó el invierno. Especialmente duro en Shansi. Hacia finales de febrero, estalló el tifus, endémico en China. El dispensario no daba abasto a las atenciones. Y se coló en la Casa San Pascual, cebándose en las huérfanas y en la comunidad religiosa. En menos de cuarenta días cuatro bajas entre las mujeres consagradas a Dios. En aquellas angustiosas circunstancias de terrible angustia sor Assunta se prodiga como nunca. Presente en la cocina, en la ropería, en la enfermería, en la sala, en las celdas... Sin cuidarse personalmente. Hasta que no puede más.

En la festividad de San José, coincidente en domingo, ha de quedarse en cama. Sin pizca de alarma. Mientras, en la habitación contigua, agoniza la que será joven segunda víctima de la comunidad.

> «Madre ¿puedo pedir a Dios —interroga ella, que se ha enterado— que me haga morir en lugar de Madre Alberto? Si ella sana podra trabajar mucho todavia, mientras que mi muerte no sera gran perdida»

Aconsejada que lo dejara en manos de Dios, aceptó: «Sí, Madre; que se haga la voluntad de Dios». Y a los veinte minutos la madre Alberto causa baja. Lejos, la sospecha de que la tercera podía ser... la aldeana misionera de Force. Aunque, anunciando su pronta desaparición, recibió en plena lucidez la extremaunción y el viático solicitados. Administrados, el 25 de marzo, para tranquilizarla.

Literalmente a los cuatro días insinúa mejoría. Pero ella insistente: «Ya verá, Madre, cómo dentro de poco estaré con Jesús». Tuvo razón. Con el mes de abril volvieron la fiebre alta, los delirios, el fuego en los labios hinchados y agrietados... Hasta la pérdida total de fuerzas. Inmóvil, sin habla y sin posibilidad de tragar, gesticulando en demanda de la imposible comunión...

Tras una larga y dolorosa agonía de tres días, mediada la tarde del 7 de abril de 1905, «tranquila y serena [...] Sor María Assunta exhaló el último suspiro». Tronchados sus veintiséis hermosos años anhelantes de martirio... Acababa de morir la Santa de los perfumes, como la conocen los chinos.

Sí; porque previamente la habitacion súbitamente se quedó impregnada de un suave y desconocido aroma, «algo entre la fragancia de las violetas y la del incienso» —recordarán cuantos la asistieron—, «renovándose como por ligeras oleadas». Misteriosamente repetidas a lo largo de tres días sucesivos, alcanzando a toda la casa; ambientando particularmente las distintas celdas ocupadas por sor María Assunta y la ropa que la había vestido y abrigado durante su breve enfermedad...

Transcurridos ocho años, nuevamente sorpresa con motivo de la exhumación previa al traslado de los preciosos restos a la resucitada Misión de Tai-yuan-fu. El cadáver, maravillosamente, apareció íntegro, sin síntomas de descomposición. Pese a la destrucción total de la parte baja del féretro. La noticia llegó a Europa. Y, de inmediato, Pío X, con cuya bendición había partido hacia China, recomendó el inicio del proceso informativo de las virtudes de sor María Assunta Pallota.

Diez años más tarde, en la primera intervención radiofónica pontificia, recién inaugurada Radio Vaticano, Pío XI elogiaría la heroicidad cristiana de la humilde aldeana de las Marcas:

> «He aqui una pobre y humilde joven, hija de gente necesitada y modesta, primero campesina, despues obrera en el mas duro significado de la palabra, incansable trabajadora hasta su muerte, que, prevenida por la gracia divina y a ella generosamente cooperando, intuye y aprende, todavía niña, la dificil y sublime ciencia de los santos»

El 7 de noviembre de 1954 Pío XII la proclamó Beata. Es la primera misionera no mártir distinguida con el honor de los altares.

JACINTO PERAIRE FERRER

Bibliografía

AAS 46 (1954) 737 739, 742 743

BAZZOCHINI, B , *Vita di Suor Maria Assunta* (Roma 1955)

Bibliotheca sanctorum, t X, cols 65 66

FEDERICI, E , *Beata Maria Assunta* (Roma 1954)

FRANCISCANAS MISIONERAS DE MARIA, *El sendero de Assunta* (Madrid 1955)

FRANCISCANAS MISIONERAS DE MARIA, *Le Message d'Assunta* (Paris 1956)

SOLOTTI, C , *Sor Maria Assunta* (Pamplona 1927)

SAN HERMÁN JOSÉ

Presbítero († h. 1241)

Nació en Colonia en una familia humilde hacia 1150. A los doce años pidió el hábito premonstratense pero por ser aún muy joven se le aceptó solamente como alumno de una de las escuelas que los religiosos tenían. Años más tarde fue, por fin, admitido en el convento de Steinfeld. Fue encargado del comedor y luego sacristán. Luego hizo los estudios correspondientes y se ordenó sacerdote. Al profesar a su nombre original añadieron el de José en recuerdo del patriarca José, cuya pureza y delicadeza de conciencia veían reflejadas los superiores en el joven novicio. Pese a su mala salud era muy penitente y admiraba a todos con la santidad de su vida, dedicada por entero al servicio de Dios y de los hermanos. Su muerte tuvo lugar en Hoven cuando atendía por las fiestas de Pascua a las hermanas cistercienses. Era el 7 de abril parece que del año 1241. Su culto fue confirmado el 11 de agosto de 1958.

SAN ENRIQUE WALPOLE Y BEATO ALEJANDRO RAWLINS

Presbíteros y mártires († 1595)

El 7 de abril de 1595 fueron conducidos fuera de las murallas de York al sitio donde se alzaba el patíbulo dos sacerdotes católicos, hallados culpables de haber contravenido el Acta de 1585, dada por la reina Isabel I, en la que se prohibía a cualquier sacerdote ordenado en el extranjero entrar en Inglaterra bajo pena de muerte. Ambos llegaron con mansedumbre y serenidad al sitio de su ejecución. El P. Enrique, jesuita, manifestó antes de morir que él no aceptaba la supremacía religiosa de la Reina porque no era así como había determinado el Señor las cosas en su Iglesia, mientras que el P. Alejandro besaba la horca con que iba a ser enviado a la gloria. Ahorcados y descuartizados, se sumaron a los cientos de víctimas de la persecución anticatólica de la corona inglesa.

Enrique había nacido en Docking, Norfolk, en 1558. Luego de estudiar en Cambridge optó por los estudios de derecho y marchó a Londres, abrazando el catolicismo cuando vio el martirio de San Edmundo Campion en 1581. Queriendo hacerse sacerdote, fue a Reims y luego a Roma, y aquí tomó la decisión de hacerse jesuita (1584). Ordenado sacerdote en París, trabajó apostólicamente en Italia y Flandes, donde fue preso de los enemigos de España, siendo liberado a los pocos meses. Hubiera deseado volver enseguida a Inglaterra pero sus superiores no le veían buena salud y lo mandaron al colegio inglés de Sevilla y luego al de Valladolid, más tarde volvió otra vez a Flandes. Por fin le envían a Inglaterra pero apenas llega es arrestado y acusado de ser sacerdote católico. Es interrogado y torturado y llevado a la Torre de Londres, pero para el juicio le llevaron a York donde fue condenado a muerte.

Alejandro Rawlins había nacido en Oxford en 1560 y allí realizó sus estudios. Varias veces fue arrestado y en 1586 se le condenó al destierro. Estando en el Continente se decidió por el sacerdocio y entró en el seminario de Reims, ordenándose en marzo de 1590 y volviendo al mes siguiente a Inglaterra. Pudo trabajar cuatro años hasta que en la Navidad de 1594 fue arrestado, de donde se pasó a su juicio y condena. Enrique Walpole fue canonizado el 25 de octubre de 1970, y Alejandro Rawlins beatificado el 15 de diciembre de 1929.

BEATOS EDUARDO OLDCORNE Y RODOLFO ASHLEY

Mártires († 1606)

Eduardo Oldcorne nació en York en 1561, hijo de padres que habían sufrido prisión por ser católicos. Había terminado ya los estudios de medicina cuando se decide por el sacerdocio y marcha a Reims y luego a Roma, ordenándose sacerdote en 1587 e ingresando al año siguiente en la Compañía de Jesús. Vuelto a Inglaterra pudo trabajar durante diecisiete años en el Worcestershire. Enfermo de cáncer, peregrinó a la tumba de San Winifredo en petición de la curación, lo que obtuvo, y volvió años más tarde en acción de gracias, acompañado de una

treintena de personas. En noviembre de 1605, cuando la llamada «conspiración de la pólvora», fue denunciado y tuvo que huir de un escondite a otro hasta que en enero de 1606 fue detenido. Con él lo fue entre otros el hermano jesuita Rodolfo Ashley, que le había acompañado en la peregrinación y en los diferentes escondites. A ambos se les acusó de participar en dicha conspiración y en orden a que lo reconocieran fueron torturados. Condenados a muerte, fueron ahorcados y descuartizados en Redhill el 7 de abril de 1606. Beatificados el 15 de diciembre de 1929.

SAN PEDRO NGUYEN VAN LUU

Presbítero y mártir († 1861)

Nació en Go-vap (Tonkín) en 1812, de joven aspiró al sacerdocio e hizo los estudios en el seminario de Penang. Hizo primero de catequista en la frontera de Camboya y se acreditó por su celo. Una vez ordenado fue al distrito de Mac Bac y, más tarde, fue nombrado párroco de Sa-Dec, pasando después a My-Tho Animador ejemplar de las comunidades cristianas, compraba a los guardianes de las cárceles para poder entrar a dar los sacramentos a los cristianos detenidos. Esto le valió al fin su arresto y detención. Se negó a apostatar pese a las amenazas y tormentos, siendo decapitado el 7 de abril de 1861 en My-Tho. Fue canonizado el 19 de junio de 1988.

8 de abril

A) MARTIROLOGIO

1 La conmemoracion de San Agabo, profeta

2 La conmemoracion de los santos Herodion, Asincrito, y Flegon, a los que saluda San Pablo en la carta a los Romanos

3 La conmemoración de San Dionisio († 180), obispo de Corinto *

4 En Antioquia de Siria, los santos Timoteo, Diogenes, Macario y Maximo, martires (fecha desconocida)

5 En Alejandría de Egipto, San Dionisio († 265), obispo

6 En Como (Liguria), San Amancio († 449), obispo

7 En Orvieto (Toscana), Beato Clemente de Osimo († 1291), presbítero, de la Orden de Ermitaños de San Agustín **

8 En Alcalá de Henares (España), Beato Julián de San Agustín († 1606), religioso de la Orden de Menores *

9 En Namur (Brabante), Santa Julia Billiart († 1816), virgen, fundadora del Instituto de Hermanas de la Bienaventurada Virgen María de Namur **

10 En Belmonte (España), Beato Domingo del Santísimo Sacramento Iturrate († 1927), presbítero, de la Orden de la Santísima Trinidad **

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

BEATO CLEMENTE DE ÓSIMO

Presbítero († 1291)

Clemente de Ósimo, también vale decir de San Elpidio (hay autores que prefieren marquisano de Ancona, sin que falten los que se inclinan por Orvieto), vio la luz, como diría el poeta, cuando el siglo XIII empezaba a quebrar albores en la región italiana de las Marcas, muy probablemente en San Elpidio, si bien es cierto que los primeros biógrafos tiran más por Osimo. Adolescente aún, abrazó la congregación eremítica de Bréttino para, unos años después, cuando todavía no se había producido la Gran Unión, ingresar en la Orden de San Agustín. En septiembre de 1269 era elegido provincial de la provincia anconitana.

Las noticias acerca de su persona y de su obra recurren con mayor frecuencia y mejor tino y se enseñan mas ricas de pormenores a partir del 24 de mayo de 1271, fecha de su nombramiento en el capítulo celebrado en Orvieto para prior general de la Orden de San Agustín, cargo que desempeña durante tres años y cinco meses. Puesta la renuncia en el Capítulo de 1274, hay quien sugiere que debido a críticas de los compañeros de su antigua congregación, de cierto nada se sabe, lleva una vida retirada cerca de Fano, Lecceto, Bréttino, y posiblemente también San Elpidio. Vida, en realidad, no tan retirada si analizamos

bien las cosas, pues tiene que asumir el oficio de visitador de la Provincia romana por espacio de un año a partir del 18 de octubre de 1277.

Pero la Orden lo reclama por segunda vez para el gobierno y vuelve a ser elegido general, ahora por decisión «unánime y concorde» de los capitulares reunidos en Orvieto desde el 28 de mayo de 1284. Se añade asimismo en las actas que «fue confirmado inmediatamente por el santísimo padre y sumo pontífice Martín cuarto, que se encontraba allí», es decir, en Orvieto. El que tiene como marco a la ciudad de Florencia el año 1287, le reconfirma por otros tres años más, y por cuarta vez todavía, en fin, habrá de aceptar la pesada carga del supremo gobierno en el capítulo de Ratisbona de 1290. La muerte le sorprende florecida ya la primavera y con los aleluyas pascuales a las puertas el 8 de abril de 1291.

Agraciado por el Señor con plenitud de favores espirituales, resplandeció en las virtudes de la caridad, la humildad, la inocencia, la pureza, la paciencia, la mansedumbre, la abstinencia y la benignidad. Tanta discreción y ciencia le había regalado el cielo que fue general las veces dichas y de la manera dicha; y tan sabiamente gobernó la Orden de San Agustín, que muy pronto se dejó notar su influjo por el rápido progreso de la misma. Hay quien dice, en un verdadero alarde de exageración, que la visitó toda a pie. Más verosímil parece concederlo para la gran parte de comunidades en Francia, Alemania e Italia, distinguiéndose por ello entre los priores generales del primer siglo en la historia de la Orden. Fue confesor del cardenal Gaetani, futuro Bonifacio VIII, y el mérito de su admirable gobierno le fue reconocido por los papas Honorio IV y Nicolás IV. Lo primero que hacía en sus desplazamientos, luego de haber entrado a la iglesia del convento para rezar, era dejarse ver de enfermos y encarcelados, si los había, a quienes dispensaba cariñosamente su paternal solicitud y valimiento, y por quienes con frecuencia intercedía incluso a favor de la curación o de la excarcelación, dando en ello sobradas pruebas taumatúrgicas. De manera especial, si se quiere, llevado de aquel pronto suyo lleno de simplicidad y llaneza, solía prodigarse con niños y jóvenes enfermos, a los que sanaba de sus dolencias físicas y espirituales.

Clemente desarrolló durante su generalato una gran labor en beneficio de la Orden: intervino en la buena marcha de algunas Provincias corrigiendo errores, apoyando proyectos y estimulando iniciativas lo mismo de corto que de largo alcance. Potenció los estudios. Inculcó la observancia religiosa. Consiguió pingües ayudas económicas para remediar necesidades y sacar a flote nuevas fundaciones. Hasta dispensas pontificias obtuvo, como la concesión a la Orden de la exención de la jurisdicción de los obispos (cf. la bula *Religiosam vitam,* del 23 de agosto de 1289). Fundó conventos femeninos de la segunda Orden. Fomentó la creación de archivos y bibliotecas provinciales. En resolución, cuidó con esmero, con verdadero mimo diríase, las dos alas con que la Orden de San Agustín ha volado más alto en toda su historia, a saber: la religión y la cultura. Todo ello contribuyó grandemente a que sus frailes fuesen conocidos como agustinos. En 1272, por ejemplo, deseó fundar un nuevo convento en Toscana «a laude y reverencia de Dios omnipotente y de la bienaventurada y gloriosa Virgen, su madre, y de nuestro beatísimo padre Agustín». Y en 1289 el papa Nicolás IV le otorgaba varios favores «por reverencia de nuestro Redentor y de San Agustín, vuestro patrono».

Tres son las cuestiones capitales a destacar en su generalato:

1.ª Haber introducido en la Orden la piadosa tradición mariana (1284) del «Benedicta Tu» y las «Vigiliae B. M. Virginis» en honor de Nuestra Señora de Gracia.

2.ª Haber formulado y promulgado leyes estables, reglamentos y constituciones para toda la Orden; verbigracia, las conocidas como *Constituciones de Ratisbona* (1290), por el lugar en donde el capítulo general del mismo nombre se celebró, primero, por cierto, de los tenidos fuera de Italia. Documento éste, a juicio de historiadores y biógrafos, famoso y de trascendental interés cuya vigencia, salvo ciertos retoques, llegó hasta 1551.

3.ª Haber apostado firmemente por la cultura dentro de la Orden, como lo prueba la creación, bajo su gobierno, de cuatro Estudios generales en Italia —Roma, Bolonia, Padua y Nápoles— y de otro más dentro de los muros de la ciudad de París, centro de la cultura europea del tiempo.

Nos remite el Beato Clemente, siendo así, a los inicios mismos de la fundación jurídica de la Orden de San Agustín, para la que su generalicio hacer y disponer supuso una respuesta nueva dentro de aquella sociedad emergente que pugnaba por abrirse camino en medio de no pocas rémoras y contratiempos. Y es que le tocó vivir un momento de transición política, social, económica y religiosa de gran envergadura. Fue aquélla una de esas épocas a las que cabe aplicar el dicho del Evangelio: «El vino nuevo se echa en odres nuevos» (Mt 9,17; cf. Mc 2,22; Lc 5,38). A nuevas necesidades, pues, nuevas formas también de vida religiosa, sobre todo con la aparición de las órdenes mendicantes, a las que la Orden de San Agustín pertenece, primero mediante la unión de diversos grupos eremíticos llevada a cabo por el papa Inocencio IV en el año 1244, y después, ampliada ya y consolidada en 1256, por obra del papa Alejandro IV, merced a la confluencia de otros grupos eremíticos.

Las órdenes mendicantes, en realidad, nacieron con el firme propósito de vivir radicalmente el seguimiento de Jesús en cuanto fraternidades apostólicas basadas en la vida común y presentes con su ministerio activo en medio de las ciudades. El testimonio de pobreza, el servicio de evangelización, la disponibilidad y prontitud en responder a las necesidades de la Iglesia, son algunas de las características más comunes y más renovadoras del movimiento mendicante. Significó por eso en la Orden de San Agustín, entre las destacadas y emblemáticas de dicho movimiento, el definitivo paso de la vida eremítica a la conventual, el salto cualitativo de la soledad en el yermo a la vida apostólica activa en la gran ciudad, la significativa mudanza del recogimiento y fuga del mundo a un mayor compromiso de apertura a las necesidades sociales.

Y bien, el generalato del Beato Clemente de Ósimo se encuadra dentro de este peculiar momento de transición. A él y a otros religiosos de aquella época con parecido temple y similar dedicación a la causa de la religión y de la cultura se deben las sólidas bases que habrían de permitir en tiempos inmediatamente sucesivos un rápido florecimiento de la Orden. Los agustinos, de hecho, se extendieron con inusitada rapidez por toda Europa, atendiendo el servicio litúrgico y sacramental, la

catequesis, la asistencia a los pobres y a los enfermos. El Beato Clemente conservó, eso sí, su amor y su querencia, su afición y su contento por la contemplación; lo cual se refleja no ya sólo en la organización de la vida comunitaria de los conventos de hermanos, sino también en su impulso a la puesta en marcha de nuevos monasterios femeninos, convencido como estaba de la importancia que la dimensión contemplativa reviste para la vocación agustiniana.

Clemente de Ósimo ocupa un destacado lugar en la ya larga nómina de generales de la Orden de San Agustín, entre otras especiales y graves razones, por haber sabido abordar los temas de mayor relieve para la prosperidad agustiniana en aquella época. Consolidó la unidad de la institución, lo que denota clarividencia y buen pulso en las decisiones a tomar o tomadas, máxime teniendo en cuenta lo reciente que todavía quedaba la famosa Gran Unión. Junto al canonista Agustín de Tarano o Novello, y sobre todo con la promulgación de las ya citadas primeras *Constituciones de Ratisbona,* en el capítulo general de Ratisbona de 1290, dotó a los agustinos de una verdadera base legislativa, o dicho de otra manera: de una base jurídica común. Porque este texto legal, con algunos retoques y añadiduras posteriores, entiéndase, constituyó la legislación de la Orden hasta el Concilio de Trento. Favoreció los estudios, está ya dicho, haciendo asumir a la Orden la doctrina de Egidio Romano, con lo que, de ese modo, inició su brillante carrera la Escuela Agustiniana. Promotor de unidad y de cultura, a él se debe también el espíritu de un feliz vuelco de profesores y alumnos hacia la experiencia internacional, con la ampliación del Estudio general de París y la creación de los antedichos Estudios generales en Italia. Fomentó, en fin, la espiritualidad agustiniana y estableció una liturgia única para toda la Orden por medio del *Ordinarium* o Ritual propio. Los agustinos del siglo XVI continuaron sirviéndose del misal y breviario que se usaban en la Curia romana, adoptados desde el año 1256 en conformidad con dicho *Ordinarium* dado a la Orden por nuestro Beato Clemente hacia 1290. Publicado con las primeras Constituciones en 1508 y reimpreso —con cambios notables— en 1551, fue este libro el ceremonial que las comunidades agustinianas observaron hasta el año 1582.

Murió Clemente de Ósimo con fama de taumaturgo y santo en Orvieto. Aquel 8 de abril de 1291 era domingo de Pasión. En su lista de los priores generales de la Orden, Enrique de Friemar, testigo inmediato y buen teólogo, le califica de esta guisa:

> «Varon de admirable clemencia y piedad y prudencia y santa vida [ ], por el que Dios hizo muchos milagros en el capitulo celebrado en Ratisbona, en el que estuve yo presente»

Y luego, a propósito de su muerte y exequias:

> «Por la pluralidad y magnitud de los milagros estuvo insepulto muchas semanas por mandato del mismo Papa, que afirmaba no ser digno que un cuerpo de tanta santidad debiera cubrirse con tierra Y era tanta la multitud del pueblo que irrumpia en tropel a ver por devocion aquel cuerpo exanime, que, a causa de la excesiva apretura, convino que el municipio de Orvieto hiciera derribar muchas casas, para ensanchar la calle y dar acceso mas libre a la muchedumbre que iba al convento de los frailes Y, no obstante ser tiempo muy caluroso, aquel cuerpo no exhalaba fetidez alguna, sino fragancia de olor suavisimo, como aseguraba el venerable padre y señor cardenal Benedicto, que habia sido su hijo de confesion y que por devocion especial visito muchas veces aquel venerando cuerpo, y que despues fue elegido papa con el nombre de Bonifacio VIII»

El culto al difunto comenzó con la fecha de su tránsito, el mismo 8 de abril de 1291: con Benedicto Gaetani, iban también los otros cardenales a visitar por devoción su sepulcro. La verdad es que en siete siglos de historia agustiniana no hay otro ejemplo de un superior cuya santidad haya sido proclamada con tanta insistencia en las primeras actas de la Orden. Enterrado en el convento agustiniano de Orvieto y allí conservadas sus reliquias hasta 1510, fueron luego repartidas entre Orvieto, Ósimo y San Elpidio, hasta la supresión de los conventos italianos. El proceso de beatificación comenzó en su fase diocesana el mes de junio de 1758, y el 12 de septiembre de 1759 la Sagrada Congregación de Ritos, equivalente a la actual Congregación de las Causas de los Santos, confirmó su culto. Clemente XIII confirmó el culto «ab immemorabili» en 1761. Corriendo el tiempo, principios ya del siglo XIX, gran parte de las reliquias fueron a parar a la iglesia de San Agustín en Roma, hasta que el 4 de mayo de 1970, reunidos los superiores provinciales para

estudiar el estado de la Orden a raíz de las nuevas Constituciones puestas al día después del Concilio Vaticano II y coincidiendo con la inauguración del Instituto Patrístico «Augustinianum», fueron trasladadas a la capilla de la Curia general agustiniana. La Orden del mismo nombre celebra su fiesta conjuntamente con la del Beato Agustín de Tarano, con quien tanto trabajó por el bien de la Iglesia, el 19 de mayo. El nuevo *Martyrologium romanum* en su edición típica del año 2001 adjudica su memoria al 8 de abril.

El Beato Clemente, en resumen, constituye un punto de referencia para un modo de vivir la vida religiosa que tanto tiene que ver con los tiempos posconciliares y del siglo XXI que ahora corren. A fin de cuentas es una manera de reflexionar sobre la razón de ser, en la Iglesia católica, de esa misma vida religiosa cuya configuración se sustancia mayormente en comunidades de fraternidad, de oración y de apostolado. Las necesidades eclesiales de los remotos tiempos eremíticos dejaron el puesto, llegado su momento, a otras con distinto ritmo y diversa melodía: se impuso, pues, transformar esos grupos eremíticos fundacionales en comunidades apostólicas o misioneras nuevas, abiertas y disponibles. Este matiz apostólico constituye un elemento esencial del carisma de la Orden de San Agustín desde sus orígenes, compatible con la faceta contemplativa heredada de sus mayores. La paternal y noble figura del Beato Clemente de Ósimo es un admirable ejemplo de disponibilidad y eficiencia, de entrega incondicional y rendida gratitud al servicio de la Iglesia, siempre con el ojo avizor para captar en cada época el signo y viento de la hora.

Siguiendo las huellas del Obispo de Hipona, el Beato Clemente viene a constituir también hoy para tantos agustinos y no agustinos un socorrido paradigma en el arte de compaginar santidad y cultura, y un verdadero acicate para el austero ejercicio de la pobreza en cuanto base de la vida común. La suya fue una nueva contextura espiritual y carismática iniciada con la fundación de la Orden, esa frondosa rama del árbol de la Iglesia donde anidan otras figuras descollantes como, por sólo citar algunas de Italia, San Nicolás de Tolentino, Santa Clara de Montefalco, el Beato Agustín Novello, su colaborador en la redac-

ción de las Constituciones ratisbonenses y más tarde sucesor en el generalato, y otros, como los beatos Santiago de Viterbo, Felipe de Piacenza, Pedro de Gubbio, Antonio Patrizi de Siena y Ángel de Foligno.

El actual es tiempo muy diverso del que nuestro Beato Clemente vivió: por supuesto que el siglo XXI no es el XIII. Pero tampoco deja por ello de presentar sus afinidades. La época osimianoclementina estuvo marcada por acentuadas contradicciones: la idea de una Europa como casa común de la cristiandad, unida por una misma cultura y los mismos destinos, contrastaba con la profunda división abierta entre nación y nación, entre ciudad y ciudad; a los grandes ideales de las libertades comunales y de un orden social y económico nuevo, correspondía la realidad de nuevas pobrezas y miserias; al florecer de un número extraordinario de movimientos eclesiales se contraponía la grave falta de cultura y de práctica religiosa en la gente. Algo parecido, con las debidas matizaciones por medio, entiéndase, cabría decir del tiempo en que vivimos: notoriamente marcado por una Europa unida, sí, pero donde asoman todavía, por desdicha, *guerras intestinas, diferencias raciales, movimientos étnicos* de muy difícil conformación en el marco de una sociedad que se resiente aún de las diferencias impuestas por el diálogo Norte-Sur.

Las Órdenes mendicantes supieron afrontar el desafío de los problemas de entonces haciéndose constructoras de religiosidad y civismo con la sociedad y la Iglesia de aquel tiempo: hoy no se puede hablar de los siglos XIII y XIV prescindiendo de la presencia de la obra desarrollada en todos los ámbitos por estas beneméritas órdenes religiosas. Los eremitas agustinos dejaron la paz de sus rincones solitarios para meterse de lleno en la ciudad y en las villas, no por abandonar el empeño contemplativo, desde luego, sino al objeto de compartir su vida interior con los fieles poniéndose a disposición de sus necesidades. El futuro de la Orden entonces vino garantizado por el coraje apostólico de religiosos como el Beato Clemente, que supieron mirar hacia delante dejando aparcadas sus seguridades, ricos sólo de amor a la vida en común y bien pertrechados unos y otros de abierto entusiasmo por la obra del espíritu. También hoy la vida religio-

sa está en proceso de cambio, de exigida y adecuada renovación, de prudente a la vez que necesaria adaptación a estos tiempos posmodernos y ultramodernos, siempre con arreglo a las consignas de la *Lumen gentium* y del *Perfectae caritatis,* es decir, y como el Concilio Vaticano II matizó, desde «un retorno constante a las fuentes de toda vida cristiana y a la primigenia inspiración de los institutos y una adaptación de éstos a las cambiadas condiciones de los tiempos» (PC 2). Como entonces, también hoy la vida religiosa es realidad eclesial llamada a una nueva evangelización que responda de lleno a nuevas exigencias, en sintonía con la sociedad de esta hora crucial, tan necesitada ella, bien se echa de ver, de signos proféticos y de llamadas constantes a los valores permanentes.

Seguir las huellas de San Agustín y de los hombres y mujeres que llegaron a la santidad en su Orden, fieles a su enseñanza, es también hoy un desafío y una meta a alcanzar. Es contribuir al esplendor de esa «maravillosa variedad de agrupaciones religiosas, que mucho contribuyó a que la Iglesia no sólo esté apercibida para toda obra buena (cf. 2 Tim 3,17) y pronta para la obra del ministerio en la edificación del Cuerpo de Cristo (cf. Ef 4,12), sino también a que aparezca adornada con la variedad de dones de sus hijos, como esposa engalanada para su marido (cf. Ap 21,2), y por ella se manifieste la multiforme sabiduría de Dios (cf. Ef 3,10)» (PC 1). El Beato Clemente de Ósimo, en definitiva, sigue siendo un ejemplo a seguir en la renovación de la vida religiosa, en la promoción de la cultura, en el cultivo de la unidad y en el amor a la Iglesia.

PEDRO LANGA, OSA

Bibliografía

Acta sanctorum, 8 de abril (Venecia 1737) 804-805.

ALONSO, C., OSA, *El beato Clemente de Ósimo († 1291), tercer Prior General de los Agustinos* (Roma 1970). (Trad. inglesa: 1988; italiana: 1991).

— ID., «Clemente da Osimo», en *Dizionario biografico degli italiani* (Roma 1982) t. 26 p.362-367.

Art. en *Analecta Augustiniana,* XII, 181.

ANONIMO FLORENTINO, art. en *Analecta Augustiniana* 29 (1966) 17-25.

BURCHI, P., «Clemente da Osimo, beato», en *Bibliotheca sanctorum* (Roma 1964) cols. 35-36.

EMPOLI, M. DE, *Bullarum Ordinis Eremitarum S. Augustini* (Roma 1628) 260.

FRIEMAR, E DF, «Henry of Friemar's "Treatise on the Origin and Development of the Order of the Heremit Friars and its true and real Title"», ed R Arbesmann *Augustiniana* 6 (1956) 37 145
GUTIÉRREZ, D , *Historia de la Orden de San Agustin publicada por la Curia de la misma Orden* I/1 *Los agustinos en la Edad Media, 1256 1356* (Roma 1980) 74 83, 92 100, 148 150
LAZCANO, R , *Generales de la Orden de San Agustin Biografias Documentacion Retratos* (Studia augustiniana historica, 10, Roma 1995) 25 29
— ID , «Bto Clemente de Osimo († 1291)», en F ROJO, OSA (ed), *La seduccion de Dios Perfiles de hagiografia agustiniana* (Roma 2001) 53 54
Martyrologium romanum, o c , 213, n 7, 680
ORCASITAS, M A , OSA, «VII Centenario de la muerte del beato Clemente de Osimo Carta a todos los Hermanos y Hermanas de la Orden, Roma, 18 de mayo de 1991» *Acta Ordinis Eremitarum Sancti Augustini* 39 (1992) 73 76
RONDINA, M , OSA, *Beato C Agostiniano Conoscerlo, imitarlo, pregarlo* (Tolentino 1991) bibliogr p 6 15
SAJONIA, J DF, *Liber Vitasfratrum,* II 4, ed R ARBESMANN W HUMPFNER (Nueva York 1943) 93 94, 466 468

SANTA JULIA BILLIART

Virgen y fundadora († 1816)

Fue beatificada en Roma por S. Pío X en 1906. Su canonización se produjo después de más de sesenta años, el 30 de enero de 1969. En esta solemne ocasión Pablo VI dedicó a Santa María Rosa Julia Billiart, fundadora de la Congregacion de Nuestra Señora de Namur, estas definitorias palabras:

> «Se entrego al servicio del projimo mas pobre y necesitado, a un humilde, gratuito y afectuoso servicio el de la formacion de las niñas de las clases mas humildes»

El cúmulo de fundadoras de congregaciones femeninas de los últimos siglos que alcanzaron la canonizacion o la beatificación, es sorprendente. En las biografías respectivas se acusa un número tal de coincidencias que el conjunto, a primera vista, se resiente de monotonía. A Santa María Rosa Billiart le cuadra muy bien lo de «humilde, gratuito y afectuoso servicio» Ella lo expreso bellamente·

> «La espiritualidad de las Hermanas de Nuestra Señora consiste en descubrir la bondad de Dios y hacerla patente en medio del mundo Por eso estamos llamadas a una vida de simplicidad»

Quizás no es del todo original su referencia al girasol, pero lo expresa muy bellamente:

«La simplicidad hace que nos parezcamos a una bella flor llamada girasol sigue todos los movimientos del sol, girando continuamente en torno a él De modo semejante la mente y el corazon de una persona que alcanza la simplicidad estan vueltos de continuo hacia Dios»

En la vida de esta santa figuran no pocos datos que rompen el molde común: a los veintidós años quedó paralítica de ambas piernas, y en este estado de disminución física siguió trabajando incansablemente como catequista, sufrió persecuciones y dio comienzo a la fundación de su congregación en 1803. Al año siguiente hizo los primeros votos y sucedió su curación milagrosa ¿Cómo se enmarcan estos datos en la existencia de este místico girasol?

Nació el 12 de julio de 1751 en Cuvilly (Francia), de una humilde familia que dieciséis años después cayó en la miseria: Julia se vio en la necesidad de emplearse en duros trabajos manuales. Una grave enfermedad la dejó paralítica de ambas piernas. En este estado de disminución física contó con la paternal ayuda de su párroco: se acrecentó su piedad y su entrega a la catequesis de los niños. Le tocó sufrir las graves consecuencias de la Revolución Francesa... El cura de Cuvilly tuvo que marcharse, siendo sustituido por uno de los muchos que se prestaron al juramento exigido por la Revolución. Como en muchísimas otras parroquias, también en ésta se organizó un grupo de feligreses resistentes en el que Julia se destacó desde el primer momento. Ella fue, además, acusada de esconder a algunos sacerdotes refractarios, y tuvo que refugiarse en Compiègne

Pasado el período del Terror, se fue a vivir a Amiens, socorrida por la vizcondesa de Gézaincourt, que andando el tiempo se convirtió en su colaboradora. Lo más importante fue su encuentro con el P. José Varin, superior de la Congregación de los Padres de la Fe. ¿Qué dotes y energías intuyó en aquella disminuida física que, para colmo, estaba sufriendo una pertinaz afonía? Sorprendentemente la invitó a fundar una obra consagrada a la educación cristiana de las niñas, una más de las que por doquier iban brotando para contrarrestar la acción descristianizadora de la Revolución. Se le juntaron algunas compañeras y comenzaron a vivir en comunidad el año 1803, ya bajo el Imperio de Napoleón, conforme a una regla provisional redactada por el

mismo P. Varin. Un año después emitieron los primeros votos: una deficiente física se veía convertida en fundadora. Y sucedió el milagro después de tantos años de enfermedad. El hecho es narrado en los siguientes términos:

> «El dia despues de la fiesta del Sagrado Corazon, un sacerdote que realizaba con la presencia de ella un piadoso ejercicio, se le acercó diciendole "Si tiene fe, de un paso en honor del Sagrado Corazon de Jesus" Ella se levanto y camino por primera vez despues de tan largo periodo de invalidez»

La fundadora, penosamente asendereada desde hacía años, se convertía ahora en monja andariega: realizó más de un centenar de viajes, yendo de un lado a otro incansablemente, para erigir nuevos conventos.

Elegida superiora general en 1805, otro tipo de persecuciones hizo presencia en su vida. Ya había fundado escuelas en los suburbios de Amiens y en otras localidades de la diócesis. El obispo, que le había prestado su apoyo decisivo, terminó por prestar oído a voces calumniosas, y la obligó a marcharse en 1809. Se estableció con sus monjas en Namur (Bélgica), y allí se reorganizó la Congregación bajo la protección del obispo Mons. Pirani de la Gaude. A partir de entonces la congregación es conocida con la designación de Hermanas de Nuestra Señora de Namur. Las fundaciones se multiplicaron en Bélgica y a todos sorprendia el hecho de que una mujer de muy limitada formación supiese dar inteligentes normas incluso para la organización de los estudios y la formación de las educadoras.

En Namur gozó continuamente de fama de santidad. Sus biógrafos mencionan éxtasis y milagros obrados en vida. Mayor consideración obtiene su propagación del culto al Sagrado Corazón de Jesús. Falleció santamente en Namur el 8 de abril de 1816.

Hoy su congregación se encuentra extendida por varias naciones de Europa, los Estados Unidos, América Latina, Japón y África.

JOSE MARIA DIAZ FERNANDEZ

Bibliografía

BEA, F., *Quant'e buono il Signore. vita di S. Giulia Billiart, fondatrice delle Suore di Nostra Signora di Namur* (Milan 1969).

CHARMOT, F , *Dans la lumiere de la Trinite. Spiritualite de la Bienheureuse Julie Billiart, fondatrice des Soeurs de Notre-Dame* (París 1960)

DESREUMAUX, R., «Billiart, María Rosa Giulia», en *Bibliotheca sanctorum,* t III, cols 189-190.

RICHOMME, A., *L'appel de la route: Julie Billiart, fondatrice des Soeurs de Notre-Dame de Namur* (Genval 1968).

BEATO DOMINGO DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO ITURRATE

Presbítero († 1927)

Domingo de Iturrate y Zubero, hijo primogénito del matrimonio compuesto por Simón y Marta, nació a las diez y media de la noche del 11 de mayo de 1901 en el caserío Ikurtarte del pequeño barrio de Biteriño, a tres kilómetros del casco del municipio vizcaíno de Dima al que pertenecía y que en total contaba con poco más de dos mil habitantes. En el caserío todavía se conserva ahora, tal cual, la habitación en la que nació el beato. Después de él vendrían diez hermanos, cinco chicos y cinco chicas. Al amanecer del día siguiente los Iturrate-Zubero lo llevaron a la iglesia parroquial de San Pedro de Dima, entonces de la diócesis de Vitoria, para ser bautizado por el coadjutor Martín Uriarte. Fueron sus padrinos José Zubero, abuelo materno, y María Antonia Olabarri, abuela paterna. Le impusieron el nombre de Domingo por ser uno de los santos del día y, además, el mismo nombre del abuelo paterno.

Simón Iturrate Olabarri había recibido de su padre Domingo, con vistas al matrimonio que celebraría con Marta Zubero Soloeta el 2 de julio de 1900, la finca Arana. En ella había construido desde 1897 una casa de planta baja, piso y desván. Se dedicaban a la labranza, siendo propietarios de una extensión de tierra considerable. Llevaban una vida fielmente religiosa, rezaban a las horas y al toque del Ángelus, todos los días el Rosario, todos los domingos asistían a Misa y a la función vespertina en la parroquia o en la ermita de San Millán que reunía alrededor las casas de Biteriño. En este ambiente rural «Txomin» abrió sus ojos a la vida y su conciencia a la vida cristiana. La escuela pú-

blica unitaria de Dima estaba en el piso alto del Ayuntamiento. Los niños no se escolarizaban entonces hasta después de los siete años pero, antes de haberlos cumplido, él ya había aprendido el «Gure Aita» (Padrenuestro) y el «Agur María» (Avemaría) e incluso, como hermano mayor de seis años, recordaba a sus hermanas que había que rezarla al sonar cada hora.

Fue escolarizado a comienzos del curso 1908. Su padre testificó que, desde los primeros años, mostró afición al estudio, docilidad en casa, en la escuela y en la parroquia, y disponibilidad para cualquier trabajo que se le encomendaba en el campo pero, al mismo tiempo, se daba cuenta de que «tenía mayor disposición para los libros». Por eso le procuró maestros que también le dieran clases particulares en casa. Sus compañeros atestiguan que, por guardar siempre una conducta irreprensible, nunca recibió castigo alguno en la escuela. Cuando el párroco pidió al maestro «candidatos» para monaguillos, inmediatamente le fueron presentados dos, uno de ellos Domingo. A sus nueve años aprendió enseguida los «latines» para responder en la Misa y no le costaba madrugar para cumplir diariamente su oficio recorriendo los tres kilómetros de sendero para llegar a «misa de siete» —o la de seis, como le tocara—, alguna vez con nieve de cuarenta centímetros y siempre en la oscuridad anterior a la madrugada. Su hermano Pedro le llevaba el desayuno para que pudiera ir directamente de misa a la escuela.

Todos los domingos y fiestas había «Catecismo» en la parroquia. Jamás faltó. Su madre le tomaba la lección aprendida antes de acudir a la catequesis. Comenzó a confesarse a los siete años, puntualmente cada mes, después de salir de la escuela. Los chicos corrían atropellándose a buscar confesionario libre para irse a jugar antes. Domingo, todo formal, se quedaba quieto en el banco, esperando el turno que le tocara. En 1911, seguramente en la solemnidad de la Ascensión del Señor, recibió la primera Comunión, junto con su hermano Pedro, de manos del párroco Domingo Zárate. Y, dentro de la visita pastoral que hizo a Dima el obispo de Vitoria, don José Cadena, el 26 de agosto de 1913 en la misma parroquia de San Pedro, recibió el sacramento de la confirmación.

Hay que notar que, como Domingo viviría solamente veintiséis años —hasta 1927— y sus padres le sobrevivieron pues Simón murió en 1935 y Marta vivió hasta 1959, ambos pudieron declarar sobre las virtudes de su propio hijo en un proceso ordinario que comenzó en 1928. Su madre depuso que

> «Domingo fue muy obediente, y siempre muy respetuoso con sus padres, sacerdotes y superiores en general No recuerdo que les hubiera faltado nunca, así como no recuerdo haber recibido queja alguna de ellos Era afable y entretenido en los juegos Nunca ofendió a nadie»

Y el párroco testificaba:

> «Desde pequeño Domingo dio muestras de gran piedad»

Y uno de sus amigos de infancia lo recordaba

> «Como de índole dócil, muy juicioso para su edad Era muy alegre y le gustaba jugar con nosotros Era el más adelantado de todos nosotros en la escuela Siempre respetuoso Muy buen compañero En todo se traslucía el candor de su alma»

Como atestiguan su madre, un tío y el párroco, desde niño se sintió inclinado a la vida religiosa, «desde los diez años» o «al menos desde los once años».

Lo que son las cosas, las de la providencia de Dios a través de las mediaciones de los hombres. Tenía dos tíos maternos franciscanos, un capuchino y dos sacerdotes diocesanos más en la familia, además de tres religiosas, una carmelita de la caridad y dos monjas, una clarisa y otra concepcionista El franciscano, guardián de Olite (Navarra), no quería que el chico se hiciera religioso sólo por tradición familiar y por eso aconsejaba que pasara tiempo para comprobar —aunque en realidad no hacía falta— que los motivos de la vocación eran auténticos. Y logró de sus padres que no saliera de casa para educarse con los Asuncionistas de Elorrio

Pero Justa, hermana de su madre, en agosto de 1914 cuando hacían una peregrinación desde Biteriño al santuario de San Antonio de Urkiola, le preguntó sobre su vocación y como viera que el chico estaba decidido y hasta decepcionado por la larga espera, le preguntó si conocía a los Trinitarios y si quería que hablara con ellos Le respondió que sí. Al día siguiente le volvió

a preguntar si seguía firme y si quería que hablara de eso con ellos. Y le volvió a responder que sí, que estaba decidido. Por eso la tía se presentó en Algorta y arregló el asunto en menos de ocho días. No obstante, al padre le preocupaba que su hijo mayor entrara en un convento, por la ayuda que le prestaba en el caserío. Domingo hasta lloraba cuando escuchaba a su padre este parecer. Por fin, el 30 de septiembre de 1914, después de oír misa en la parroquia y despedirse del párroco y del maestro de Dima para recorrer los veinticinco kilómetros hasta Bilbao, guardando en la cartera los certificados de Bautismo, Confirmación y buena conducta, volvió a Biteriño para abrazar a su madre y a sus hermanos y comenzó a caminar decididamente con su padre hacia Arraita para coger el tranvía a Bilbao, hasta el Convento de Algorta. Por el camino don Simón aún le insistía en que lo necesitaba para el caserío y, con todo respeto, Domingo le respondía que su vocación era la de religioso y que otros hermanos quedaban en casa que le podrían ayudar. Su padre fue generoso y fuerte hasta la última hora de la despedida y entregó 500 pesetas de las del año 1914 para ayudar a los gastos del colegio apostólico, volviéndose a casa medio llorando. A Domingo lo había recibido el padre Maestro, quien nunca olvidó la alegría que a aquel chico le saltaba a la cara en el momento de introducirlo en la parte del edificio dedicada al Aspirantado.

Comenzó la vida de postulante como un religioso más. Se levantaba a las cuatro y media de la mañana. En un oratorio hacía el ofrecimiento de obras antes de ir a coro con toda la comunidad de frailes, que comenzaba a las cinco, donde realizaba esa media hora de oración con la iglesia en penumbra. Luego cantaba con todos las horas menores hasta participar en la celebración de la santa misa. En el Aspirantado tenía que hablar en castellano y con cierta dificultad porque en casa y en el pueblo hablaban habitualmente en vascuence. A un compañero, que quería abandonar el centro por este mismo problema, le convenció de que no tomara aquella determinación porque ese obstáculo desaparecería con el tiempo y, para ayudarle, le explicaba luego en euskera lo que en clases explicaban en castellano. Pero al mes de estar en el convento tuvo que volver a casa por

una erupción cutánea que le había salido en la cabeza. Y, como ayudaba tan bien a su padre, éste le seguía insistiendo en que se quedara a trabajar con él. En Navidad, que ya se le había pasado la erupción, volvió al Aspirantado.

Ya durante este tiempo se mostraba jovial e íntegro, obediente, puntual y cumplidor desde el alba hasta el anochecer, con cuatro clases al día, otras tantas horas de estudio entreveradas entre el coro y los rezos. Fue sacando buenas notas en los exámenes porque se dedicaba al estudio con alma, vida y corazón. Progresivamente, año tras año, fue creciendo en piedad sincera y en amor acendrado a Jesucristo y a la Santísima Virgen. Permanecía de rodillas en la oración o de pie en el coro, sin apoyarse en la «misericordia». Durante el tiempo de «siesta» se dedicaba a rezar solo. Poco a poco fue adentrándose en la espiritualidad trinitaria, no sólo por el rezo del trisagio sino también por el estudio de la misma espiritualidad, para vivirla como centro de toda su vida cristiana. Esta experiencia espiritual trinitaria le llevaba al amor profundo al prójimo mostrando afabilidad, ofreciendo ayuda especialmente a quienes tenían dificultad con las matemáticas y repartiendo con los demás lo que recibía en los paquetes que alguna vez le venían de casa. Incluso, por penitencia, se privaba de alimentos hasta llegar a enflaquecer. Luego él mismo confesaría que en este tiempo había sufrido «oscuridad, tinieblas, dudas, zozobras, temores, penas, amarguras y angustias», pero vivía con tal paz y serenidad que nadie se hubiera percatado de ello. Ya desde entonces se decidió a vivir, con toda limpieza de alma y cuerpo, la virtud de la castidad.

En 1917 desde Algorta pasó al noviciado que estaba en el santuario de la «Bien Aparecida» en Cantabria, donde los trinitarios estaban desde 1908. El 11 de diciembre tomó el hábito eligiendo como nombre fray Domingo del Santísimo Sacramento por su amor a la eucaristía. Anotaba: «No tengo que fijarme en qué hacen los demás, sino mirar qué es lo que exige Dios de mí». El horario era el mismo, sólo que las clases eran *instrucciones* del padre Maestro para la formación humana y espiritual; las horas de Coro se veían intercaladas en este tiempo con el trabajo en la casa y en el campo. Su personalidad espiri-

tual llamaba la atención tanto a sus connovicios como a los padres de la comunidad. Uno hablaba de él, a otro, así:

> «Mire, Padre, he visto a ese novicio arratiano Es cosa fina He quedado impresionado de como reza el Oficio ¿Sabe lo que le digo? Algun dia nuestro Domingo sera algo grande y extraordinario»

Verdaderamente a esta edad ya era un joven de oración, no sólo en la Liturgia de las Horas sino también en la contemplación ante el Santísimo Sacramento y, por eso, cuanto pensaba, decía y hacía era «en Dios, por Dios y para Dios» La mañana y la tarde, como dos jalones del día, los dedicaba a dar gracias a Dios por la Eucaristía en la que había participado y a prepararse para la del día siguiente, por eso había logrado que en su vida la Eucaristía fuera culmen no sólo de su día sino de toda su vida. Para vivir así había comprendido el silencio en las horas señaladas tanto en el noviciado como luego en su vida religiosa; y las penitencias externas, como camino para la penitencia interior y el cambio permanente del corazón hacia el Señor, y la diligencia en el trabajo diario, como una alabanza a Dios en servicio a los hermanos. El 14 de diciembre de 1918, con otros doce novicios, en la iglesia del mismo santuario de la Virgen «Bienaparecida», ante el superior P. Tomás Gamboa hizo su primera profesión. Sobre ese día escribió:

> «El dia de mi Profesion simple cesaron los trabajos interiores y recibi el don de la tranquilidad Desde entonces mi serenidad de animo es habitual, la paz y la quietud interior inalterables» Y «todos los dias, a la mañana, en la comunion, renovare los votos»

Después de la Navidad comenzó allí mismo, con sus compañeros, el primer curso de estudios filosóficos

En 1919 fue seleccionado y destinado con otros tres compañeros al convento de San Carlos de Roma, que la Orden había encargado construir a Borromini en el XVII Desde Cantabria a Bilbao, y, desde Barcelona, se embarcaron hasta Génova para llegar luego a Roma. En San Carlino como se le llama a este convento en la orden con diminutivo cariñoso, en el monte y via Quirinale, comenzó a vivir en el segundo piso donde estaba el «Coristado» y a frecuentar las clases de la Pontificia Universidad Gregoriana, pues el convento, como los demás centros

de seminaristas y de religiosos, hacía de Colegio Mayor, acudiendo los estudiantes a los distintos ateneos y universidades romanas. Allí lo descubrió, de un solo vistazo, mons. Carlo Salotti, arzobispo y secretario de la Congregación de Propaganda Fide que luego sería cardenal. No le probó bien, al principio, el clima de Roma ni la alimentación diferente. Pero nunca se quejó de ello. Seguía el mismo horario de la Orden insertando en él las horas de clase en la Gregoriana. Acudía un rato antes, para orar, a la famosa capilla de San Macuto. En el primer curso obtuvo la máxima calificación y se le encargó la «disputa académica». Después de tres cursos, en 1922 y por obediencia a sus superiores, a sus veintiún años obtuvo el grado de Doctor en filosofía. El padre Maestro de filósofos testificó de él sobre este tiempo:

> «Como religioso, observaba una conducta ejemplar Sobresalía por su obediencia ciega y por el fervor con que practicaba los ejercicios de piedad»

De tal forma le salía a la cara, que un pintor como Miguel Marañón, que vivía becado en el mismo convento, le pidió al superior que permitiese a Domingo posarle para un cuadro, precisamente porque la virtud la reflejaba en su rostro con naturalidad y sencillez.

El 23 de octubre de 1922 hizo la profesión solemne, ante el padre Antonio de la Asunción, ex ministro general de la Orden y director espiritual de Domingo. Escribía de ese momento: «Al verme ligado con los sagrados votos, mi alma se siente llena de alegría y felicidad». Y había dicho a la comunidad: «Pidan al Señor que sea fiel a mi vocación». Al comienzo de ese curso fue matriculado en primer curso de Teología. Era un estudiante totalmente dedicado, comenzando a orar antes de cada rato de estudio, pero, incluso dentro de él, se le saltaban las jaculatorias al admirarse y asombrarse de lo que estaba estudiando. Alguna vez lo sorprendieron estudiando de rodillas. En los libros señalaba las páginas con papelitos en los que había escrito frases bíblicas que le habían impresionado. Cuando un compañero le preguntó por qué lo hacía, con buen humor le contestó que «Para distraerme de cuando en cuando». En cada uno de esos cursos, con notas excelentes, también fue elegido para arguir en

sesiones públicas. Mientras tanto compaginaba el estudio con su cargo de «celador» o responsable de los estudiantes más jóvenes. Y ese oficio le proporcionó algunos disgustos, pues debía llamar la atención a cada uno y «no todos mis subordinados estaban satisfechos de mi actuación». Pero él ponía sus ojos, sus oídos y su corazón abiertos, a todos y a todo, con un tacto amigable y caritativo, buscando siempre el modo de acrecentar la fraternidad entre sus hermanos.

Durante este tiempo fue recibiendo las distintas órdenes. En febrero de 1924 la tonsura en la Basílica de Santa María sopra Minerva, en marzo el ostiariado y lectorado en la de San Juan de Letrán, y también allí en abril el acolitado y el exorcistado de manos del obispo vicegerente, mons. Palica. En octubre de 1924, primero de prueba y luego al año siguiente definitivamente, emitió un voto privado: «El voto de hacer lo que conociere ser más perfecto». En marzo de 1925 recibió el subdiaconado y en abril, con dispensa de tiempo, el diaconado, éste de manos del cardenal vicario Basilio Pompili. Para cada una de esas órdenes realizó los ejercicios espirituales prescritos. Y el 9 de agosto de ese mismo año, en la Basílica de los Doce Apóstoles, junto con otros dos compañeros, fue ordenado presbítero por el mismo cardenal vicario. Había escrito en los ejercicios para el sacerdocio en una lista de ocho números, el primero: «La santidad es de precepto en el sacerdocio (Sto. Tomás)». Y, como ése, enhebraba otros tantos puntos de santos padres.

A pesar de las tentativas familiares para que fuera a decir su primera misa a su pueblo, Domingo prefirió seguir el camino de la obediencia y preparó su cantamisa en la capilla de las Adoratrices de Roma. A los dos días, escribía a su tía Justa para agradecerle cuanto había hecho por su vocación, contándole la experiencia espiritual de su ordenación y primera misa y concluyendo:

> «¡Dichosas las familias que tienen la dicha de poder contar entre sus miembros a un ministro del Señor que pueda rogar por ellas!»

También escribió a sus padres, con toda gratitud, para decirles que sintieran el gozo que él experimentaba por ser religioso y sacerdote.

A finales de 1925 el Ministro General accedió a la petición de la Congregación de Propaganda Fide de que los trinitarios pudieran trabajar en las misiones de Madagascar. Fray Domingo fue uno de los primeros en ofrecerse. Después sería destinado a Lima, junto con otro compañero, pero se le presentó la enfermedad y ya fue imposible. Cuando en junio de 1926 partieron los primeros trinitarios para Madagascar, mientras él ardía de fiebre en la cama, le quemaba también lo que comenzaba a ser «el sueño dorado», haberse ido con ellos.

En mayo de 1926 había sido nombrado en el capítulo provincial de Córdoba «Maestro de estudiantes». Era un título al servicio de la Orden. Y fue en junio cuando se había desvanecido estando en el Coro. Una infección intestinal le había originado unas fiebres malignas pero el médico se quedó preocupado por si aquello ocultaba un origen más grave. En esta situación experimentó el desvalimiento y la dependencia de otros, pero mantenía siempre la serenidad: «Procuraré llevar las pruebas con gran conformidad con la voluntad de Dios».

En julio de 1926, en medio de la fiebre, dio su examen final y obtuvo el grado de Doctor en teología. Justamente antes del examen de doctorado pasó más de un mes en cama con la infección intestinal, y en ese mismo tiempo, con la ayuda de un compañero que le leía los temas, preparó el examen de grado. Después fue a Rocca di Papa para unas vacaciones más necesarias que nunca, donde iba la comunidad en cada verano. Seguía el mismo horario dedicando su tiempo al trabajo en la casa, departiendo frecuentemente con el cardenal Salotti. En agosto se sentía mejor, pero el 15 le asaltó una tos seca y un intenso dolor en la espalda. El Dr. Morellí le diagnosticó una tuberculosis pulmonar en estado muy avanzado. En fray Domingo se entremezclaba entonces la serenidad con la tristeza y la tranquilidad con el desaliento. El médico aconsejó que se trasladase a su tierra para tratar de mejorar en su propio ambiente. Se despidió, en Roma, de las basílicas de San Pedro y San Pablo y, a comienzos de septiembre, por tren volvió a España pasando por Lourdes.

Llegó por San Sebastián hasta Algorta después de un viaje de tres días. Los doctores, que diagnosticaron pleuresía avanza-

da, le recomendaron reposo absoluto. Aquel joven sacerdote tenía que celebrar el sacrificio de su enfermedad, porque no le permitían levantarse a celebrar la eucaristía. Escribía en septiembre:

> «Sea el Señor bendito y haga en todo su santa voluntad, que es siempre justa y recta Aquello que el Señor nos manda, es siempre lo mejor y lo más util»

Y en octubre:

> «¡Qué felicidad el morir joven, antes de meterse en oficios y empleos, cuando no se tiene que dar otra cuenta que la de si mismo!»

Las cartas que escribía desde la cama, a su familia, a sus compañeros de Roma, a sus superiores, muestran su talante alegre y su paciencia ofrecida como holocausto. Fijaron el 21 de noviembre para que celebrara la misa mayor en Dima y hasta llegó a ser trasladado en coche, pero, por falta de fuerzas, no pudo celebrar más que la misa rezada de nueve, dando con inmenso gozo la comunión a sus padres y hermanos.

Como no mejoraba, los médicos aconsejaron cambiarlo de ambiente a un lugar más seco, en la Mancha. Antes en Madrid fue reconocido y le diagnosticaron tuberculosis en los dos pulmones, de estado avanzado e incurable, recetándole inyecciones intravenosas cada día y reposo absoluto. Lo que más le costaba era no poder celebrar la misa y se preguntaba: «¿Qué será lo más perfecto a los ojos de Dios?». Pidió permiso y le dejaron celebrar y acostarse enseguida Lo enviaron a Belmonte (Cuenca) porque en el convento de Madrid no podían ofrecerle las mejores condiciones. El 28 de diciembre viajó a Belmonte, donde los trinitarios ocupaban desde 1923 un convento fundado en el siglo XV por los franciscanos Al llegar, dijo: «He venido a dejar aquí mi cuerpo», «Hic dormiam et requiescam», se arrodilló y besó la tierra.

A pesar de las esperanzas de los médicos y de ligeras mejorías, en realidad no mejoraba definitivamente.

> «De seguir como vamos, pronto me parece que podremos decir "esta proximo el momento de mi partida", felices si podemos añadir en verdad con el mismo Apostol "deseo morir y estar con Cristo" »

El 6 de febrero de 1927 se encomendó al entonces beato y hoy San Juan Bautista de la Concepción. El 13, domingo, celebró la misa implorando su curación, pero era porque deseaba que la gracia de su curación sirviera como milagro para la canonización de San Juan Bautista, aunque luego muriera de otra enfermedad. Al día siguiente, le flaqueaban las fuerzas y, con fiebre, volvió a levantarse para celebrar misa en el oratorio. Su «última» misa. Por un lado, deseaba vivir con todas sus ganas de joven, por otro, respondía también con todas sus fuerzas: «¡Qué felicidad morir joven!». En el mes de marzo se estaba consumiendo, como él mismo notaba. Comulgaba diariamente y leía el Kempis. Tenía que interrumpir varias veces el Oficio, el trisagio y el Rosario. Escribía a sus padres:

> «No os preocupéis demasiado. Dios nos dará lo que convenga. Yo vivo muy contento y feliz, y estaré más contento, si vosotros, conformándoos con la voluntad de Dios, estuviereis contentos». No dejaba de repetirse y manifestarlo: «¡Dios es buen Padre!».

Nunca, como en este tiempo, afloraba su espiritualidad centrada en la Santísima Trinidad, en el amor a la humanidad de Cristo, contemplada de modo singular en la Eucaristía, y a la Virgen María. El amor a Cristo y a su Madre le introdujo siempre en el amor al misterio de Dios único en Trinidad de personas.

El 6 de abril recibió la unción de los enfermos y el viático. Pidió perdón a sus hermanos y otorgó el suyo a todos. Al día siguiente sonaron las «tablillas» anunciando la agonía de fray Domingo y todos acudieron a su celda. En el comienzo del atardecer del mismo día 7 le alcanzó su muerte, cuatro días antes de que fuera a cumplir veintiséis años.

Era el primer trinitario que moría en aquel convento de Belmonte y fue enterrado en el cementerio municipal, donde permaneció hasta 1948. Sus restos fueron trasladados entonces a un sepulcro en la iglesia del mismo convento de trinitarios donde permanecieron hasta 1974, en que fueron llevados al convento de Algorta.

Los procesos ordinarios para su canonización de las diócesis de Vitoria, Cuenca y Roma se desarrollaron entre 1928 y 1936. Los procesos apostólicos abiertos en 1949, en Cuenca y en Bilbao, fueron clausurados en 1961. En 1980, en Roma, Juan

Pablo II publicó el decreto sobre sus virtudes heroicas, declarándolo Venerable.

En 1961 se había celebrado en Valencia el proceso apostólico sobre un milagro atribuido a fray Domingo y el proceso de Roma entre 1981 y 1983; se trataba de una curación, por su intercesión, de una mujer, Aurora Fernández, con proceso necrótico intestinal desahuciada en 1948, a quien las Hermanas Trinitarias de Concentaina le sugirieron que se encomendara al Siervo de Dios y que recuperó la salud milagrosamente. Fue beatificado por el papa Juan Pablo II el 30 de octubre de 1983.

JOAQUIN MARTIN ABAD

Bibliografía

A DE LA ASUNCION, *Vida del P Fr Domingo del Stmo Sacramento* (Madrid 1928)

A. DE SANTA TERESA, *Heroismo al día* (Salamanca 1964)

ANASAGASTI, Pedro de, *Reto juvenil a la muerte. fray Domingo del Santísimo Sacramento Iturrate, Trinitario Descalzo* (Bilbao 1959).

BIZKARGUENAGA, I , *El P. Domingo Iturrate, Venerable* (Roma 1981)

FUENTES, M , *La voluntad de ser santo: fidelidad día a día· beato Domingo Iturrate Trinitario* (Bilbao 2001).

JUAN PABLO II, *Venerabili Servo Dominico Iturrate et Zubero Beatorum honores deferuntur* (Roma 1983).

OLABARRI, M , *Nuestro protector, el venerable Padre Domingo del Santísimo Sacramento Iturrate Zubero, sacerdote trinitario* (Madrid 1980)

URKIDI, T , *El lirio eucarístico de Dima* (Bilbao 1944).

ZABALA, C. M.ª, *Beato Domingo Iturrate: juventud comprometida* (Algorta 1983).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN DIONISIO DE CORINTO

Obispo († 180)

Dionisio era obispo de Corinto durante el reinado de Marco Aurelio, coincidiendo también su episcopado con el papado de San Sotero (166-175). Estuvo en relación epistolar con otras Iglesias, entre ellas la de Roma, a cuyo Papa elogia. Era partidario de admitir fácilmente en la comunión de la Iglesia a los pecadores arrepentidos. Aunque en la Iglesia bizantina tiene el título de mártir, no hay seguridad de que acabara sus días por el martirio.

BEATO JULIAN DE SAN AGUSTÍN

Religioso († 1606)

Julián Martinet nació en Medinaceli en el seno de una familia procedente de Francia y que había venido a España huyendo de los hugonotes Su nacimiento fue hacia el año 1550. Sintió la vocación religiosa e ingresó en el convento de los franciscanos, pero al poco estos lo despidieron. Lo intentó otra vez pero le pasó igual En el mundo llevaba, sin embargo, una vida tan religiosa y ejemplar que los mismos frailes se sintieron llamados a ofrecerle hacer una tercera tentativa. Esta vez sí llegó a la profesión religiosa como hermano lego tomando el nombre de Julián de San Agustín. Sus penitencias increíbles lo hicieron notable en el convento, y un franciscano amigo suyo lo llevaba a sus predicaciones misionales porque la ayuda suya era inestimable con los testimonios de fe que daba de palabra y con el ejemplo. Los reyes de España quisieron conocerle personalmente y para ello fue a Madrid. Murió el 8 de abril de 1606. Fue beatificado el 23 de mayo de 1825.

9 de abril

A) MARTIROLOGIO

1 En Alejandría, San Máximo († 282), obispo
2 En el mismo sitio, San Edesio († 306), mártir
3 En Sirmio de Panonia, San Demetrio (s III-IV), mártir
4 En Cesarea de Capadocia, San Eupsiquio († 362), mártir
5 En Le Mans (Francia), San Liborio (s IV), obispo
6 En Amida de Mesopotamia, San Acacio (s V), obispo
7 En Mons (Bélgica), Santa Waldetrudis († 668), religiosa *
8 En Jumieges, San Hugo († 730), obispo de Ruan *
9 En Burgos (España), Santa Casilda de Toledo († 1075), virgen **
10 En Areuil (Limousin), San Gauquerio († 1140), canónigo regular
11 En el Monte Senario (Toscana), Beato Ubaldo Audimari († 1315), presbítero, de la Orden de los Servitas *

12 En Thana (India), Beato Tomas de Tolentino († 1321), presbítero, de la Orden de Menores, mártir **

13 En Bricherasio (Italia), Beato Antonio Pavoni († 1374), presbítero, de la Orden de Predicadores, mártir *

14 En el campo de concentración de Auschwitz (Polonia), Beata Celestina Faron († 1944), virgen, de la Congregación de las Pequeñas Siervas de la Inmaculada Concepción, mártir *

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTA CASILDA DE TOLEDO

Virgen († ca 1075)

Hija de un rey moro de Toledo que debió reinar a mediados del siglo XI, en tiempos de Fernando I de Castilla, la figura de la gentilísima princesa Casilda parece escapar al rígido marco de la historia y acomodarse mejor en el de la poesía y la leyenda. Su nombre en árabe —*casida*— significa «cantar». Un verso que vuela en alas de la música: algo delicado, fugaz e inaprensible. Así fue Casilda en vida y sigue siéndolo en la memoria del pueblo cristiano. Cuanto a ella se refiere carece de contornos definidos y hállase envuelto en esa bruma de misterio que suele rodear a los seres que más vivamente han impresionado la imaginación popular. No hay acuerdo sobre el verdadero nombre del rey moro, su padre —¿Cano? ¿Almacrín? ¿Almamún?—, ni sobre el caracter y condición de dicho monarca, que unos imaginan feroz perseguidor de los cristianos y otros magnánimo, benigno y tolerante; mientras unos afirman que Casilda fue hija única, otros le atribuyen numerosos hermanos. Todo es incierto y contradictorio. Pero hay algo que no ofrece duda, y es la profunda huella dejada en la memoria de nuestro pueblo por el paso leve y alado de una doncellita que, por amor a Cristo, trocó la fastuosidad y regalo de una corte morisca por las asperezas de una vida solitaria y penitente.

El relato más fidedigno de la vida de nuestra Santa, en opinión de los Bolandos, es el que conserva la iglesia de Burgos en su Breviario. Dice así:

> «En los tiempos antiguos hubo un rey en Toledo llamado Cano Poderoso y valiente en las armas, acostumbraba a dirigir sus

ejércitos contra los cristianos, causando grave daño a la fe verdadera. Retenía en su reino a muchos cristianos cautivos. Por disposición divina, este enemigo terrible de la fe cristiana tuvo una hija única llamada Casilda, para que de un tallo tan malo brotara una flor de blancura admirable sobre la que descansara el Espíritu del Señor.. El Espíritu deífico, por el incendio de la devoción, la levantaba hacia Dios; por la suavidad de la compasión la transformaba en Cristo, y por la piedad de la condescendencia la inclinaba al prójimo. De tal manera que a los afligidos, y principalmente si eran cristianos, aunque nacida de familia sarracena, se bajase hacia ellos con una ternura de intensísima compasión. Tenía como ingénita la virtud de la clemencia, sobre la cual se posó la gracia de Dios duplicándola. Así que su piedad, de tal manera se derramaba tratando con los cautivos pobres, que a los que no podía alargar la mano alargaba su afecto. Tenía la costumbre todos los días sin falta —por las entrañas del amor a Cristo, por su reverencia a la suavidad de Jesús— de consolar a los cautivos cristianos con su grata presencia, y a ellos alargaba sus manos ayudadoras, llenas de dádivas»...

Mujer de gran corazón, la gracia halla en él terreno propicio para sus maravillosas transformaciones. Casilda debió ser instruida en la fe cristiana por los mismos cautivos a los que socorría, los cuales pagaban así, con el más alto bien espiritual, los dones materiales que de ella recibían. La semilla de la fe cayó en buena tierra y pronto dio el ciento por uno. Admírase de ello el piadoso cronista del Breviario de Burgos:

«¡Cosa admirable y nunca vista! Nacida de un acebuche, contra la naturaleza de su nacimiento se transformó en buen olivo para así dar óptimo fruto. ¿De dónde un árbol infructuoso pudo producir un ramo tan feraz de excelentes frutos? Porque así estaba predestinado por la bondad inmensa de Dios desde toda la eternidad».

No se recataba Casilda de su manifiesta solicitud para con los cristianos que gemían en las mazmorras de su padre, cosa que mereció las censuras de los nobles palaciegos. Enterado el rey de la extraña conducta de su hija, comenzó a espiarla y la sorprendió un día en que se dirigía a visitarles. «¿Qué es lo que llevas recogido en tu enfaldo?», preguntóle severamente. «Rosas», contestó Casilda. Y, desplegando su manto, vio el rey que, efectivamente, eran rosas. Desconcertado, dejó el paso libre a su hija, que, llegándose con presteza a los prisioneros, pudo entregarles lo que en realidad eran sabrosas viandas y que sólo por

un prodigio del Señor pudo parecer rosas a los ojos del enfurecido monarca.

La gracia de Dios iba trabajando el corazón de Casilda, inclinándola irresistiblemente hacia la religión cristiana. Ya su corazón pertenecía plenamente a Cristo. Pero ¿cómo podría ella, princesa mora, sujeta por tantos lazos a la religión del Islam, recibir el bautismo y hacer pública profesión de la verdadera fe? Un foso infranqueable parecía separarla de su generoso propósito. Sin embargo, la divina Providencia velaba.

Aconteció, pues, que la princesa contrajo una grave dolencia que fue marchitando poco a poco todos los encantos de su fragante juventud. Padecía flujo de sangre, y los rudimentarios recursos de físicos y curanderos se mostraron pronto impotentes para atajar el mal. Dios le hizo saber entonces, valiéndose de los cautivos cristianos que tanto la querían, que únicamente podría recobrar la salud bañándose en las milagrosas aguas de San Vicente, en la Castilla cristiana cerca de Briviesca. Así la Providencia disponía suavemente los caminos que debían conducir a Casilda hacia otras aguas regeneradoras, las del bautismo.

Obtenido, no sin dificultad, el permiso paterno para realizar el viaje, despidióse Casilda de su anciano padre, que no debía volver a verla en la vida. Un brillante séquito dio escolta a la princesa mora hasta Burgos, donde a los pocos días de su llegada recibió solemnemente el santo bautismo. Poco tiempo se detuvo Casilda en la capital de Castilla. Reanudando su penosa marcha, dirigióse hacia los montes Obarenes, llegando, por fin, a los ansiados lagos de San Vicente, junto al lugar del Buezo, en los que, orando con fervor y confianza, alcanzó la salud perdida. Resuelta a consagrar a Cristo la virginidad de su cuerpo milagrosamente sanado, determinó Casilda pasar el resto de su vida en la soledad de aquellos parajes entregada a la oración y la penitencia. Y así lo cumplió con admirable fortaleza y constancia hasta el fin de sus días. Murió de muy avanzada edad, siendo sepultada en su misma ermita, que pronto se convirtió en lugar de peregrinación de innumerables devotos.

Sobre el cañamazo de esta primitiva narración, de transparente sencillez, han ido acumulando los años y el celo no siem-

pre discreto de sus entusiastas biógrafos maravilla sobre maravilla. Sin embargo, no necesita nuestra Santa el espaldarazo de tales prodigios superfluos. El gran milagro de Santa Casilda es ella misma: su gran corazón capaz de amar a Dios y al prójimo hasta el total olvido de sí.

Puede colegirse cuál debió ser la fuerza de este amor en el alma de nuestra Santa ponderando la vida de completo y durísimo desprendimiento a que la llevó La que pudo ser gala y ornato de una corte, criada entre blanduras y exquisiteces, vive ahora en una cueva que no logra protegerla contra las ventiscas del invierno ni los rigores del estío, sus delicadas plantas, que sólo pisaron suaves alfombras, huellan ahora, descalzas, los ásperos cantos de los pedregales, su alimentación y su vestido se reducen a lo estrictamente indispensable para subsistir. Y por encima de estas austeridades corporales está la que, para Casilda, debió ser la mayor de las privaciones: la soledad. Su corazon, exquisitamente femenino, hecho para la ternura y la compasion, debió sufrir enormemente al verse privado de cauce humano donde derramarse. Ya no la rodeaban los pobres, los cautivos, los afligidos, los pobrecitos de Cristo, tendiéndole sus manos suplicantes, ni ella podía ya alargarles las suyas portadoras de tantos beneficios. Estaba sola. Casilda había hecho en sí y en torno a sí un vacío profundo. Pero la plenitud rebosante del amor de Dios iba a llenar pronto este abismo insondable hasta los bordes y, derramándose, alcanzaría su benéfico influjo a distancias insospechadas, donde jamás habría podido llegar su presencia física. Hay un prodigio, de los muchos que se atribuyen a la Santa, que parece ilustrar esto como un ejemplo: dícese que hombres y ganados podían andar seguros por las peligrosas laderas de los montes Obarenes mientras la Santa los habitó. Nunca ocurrió accidente alguno a pastores, peregrinos o viajeros que se arriesgaban por aquellas inhóspitas soledades: la presencia, aun lejana e invisible, de la Santa les protegía. Casilda continuaba así fiel a sí misma, solícita y maternal. Pero este prodigio, que tan bien le cuadra, no es más que una concreción material de la misión espiritual que toda alma santa tiene en el cuerpo místico de la Iglesia. Lo esencial es que haya santos, no que realicen prodigios. Su sola presencia nos protege, su exis-

tencia por sí sola nos enriquece, puesto que todos no hacemos más que uno en Cristo Nuestro Señor.

El cuerpo de Santa Casilda reposó en su primitiva sepultura, cavada en la entraña de la roca, hasta 1529, en que fueron trasladados sus restos al santuario que sobre su misma tumba se edificó. En 1601 se llevaron parte de los venerados despojos a la catedral de Burgos, parece ser que también en la catedral de Toledo se veneran algunas cenizas de la infanta mora. En 1750 el abad de San Quirce inauguró el nuevo altar dedicado a la Santa en la nave mayor del santuario y se trasladaron a él las reliquias, que desde entonces descansan en una urna rematada por su propia imagen yacente, obra de Diego de Siloé. La portada de la iglesia actual se atribuye a Felipe de Vigarni, el Borgoñón. Desde muy antiguo el santuario es patronato del Cabildo de la catedral de Burgos, que mantiene en él un capellán encargado del culto permanente. Hay una hospedería al servicio de los peregrinos y carretera de fácil acceso al santuario desde Briviesca.

Santa Casilda es invocada en los casos de flujo de sangre, caídas y accidentes de todas clases. Es patrona de la comarca de Burgos y, en los últimos días de junio, acuden a su santuario, de todos los pueblos de la provincia, muchedumbres devotas que pregonan la eficaz intercesión de la santa princesa mora, que dejó en la bravía aridez de aquellas cumbres el buen olor de su vida contemplativa y penitente.

DOLORES GUELL

Bibliografía

Acta SS. Boll., 9 de abril.
ESPINA, C., *Casilda de Toledo: vida de Santa Casilda* (Madrid 1940)
— Actualización:
LOPEZ MARTIN, N., «La biografía de Santa Casilda escrita por Fr. Gonzalo de Valbuena, OFM»: *Burgense* 2 (1961) 447-456.
LOPEZ MARTIN, N., *Santa Casilda* (Burgos 1968)

BEATO TOMÁS DE TOLENTINO

Mártir († 1321)

Nos encontramos con esta sugerente figura del Beato mártir Tomás de Tolentino, un italiano medieval, poco conocido en nuestro país, fuera de los ámbitos de la familia franciscana a la que perteneció. No goza de ese hálito popular de milagrero con el que los hagiógrafos nos han pintado siempre a San Antonio de Padua, ni estuvo como San Buenaventura en la cumbre de la intelectualidad de su tiempo, pero sí puede rivalizar con ellos y con otras grandes personalidades del franciscanismo en su noble espíritu de pobreza, sin duda alguna la herencia más rica recibida de su Padre San Francisco. Defensor acérrimo de esa pobreza radical con la que el «Poverello de Asís» se había «desposado», tratará junto a otros de sus hermanos menores de salvaguardar ese particular legado de su Santo fundador, aunque para ello haya de situarse en frontera, con los riesgos que ello siempre ha conllevado.

En torno a 1260 nace Tomás en Tolentino, ciudad de la región italiana de las Marcas, cuyo nombre se halla vinculado al santoral por ser, además, la cuna del célebre agustino San Nicolás de Tolentino.

Hacia 1275 entra en la Orden franciscana, donde se situará en el controvertido grupo de los «espirituales» de Ángel Clareno (1247-1337), quienes llevaron su defensa de la pobreza hasta el extremo de llegar a enfrentarse con la jerarquía eclesiástica, e incluso algunos de ellos con tal radicalidad que terminaron fuera de la Iglesia en comunidades de tipo herético o sectario. Lo mismo Clareno que Ubertino de Cassale (1259-1328) y que Pedro de Olivi (1248-1298), señalados jefes de este movimiento, propugnaban la supresión del estudio de la filosofía aristotélica, la pobreza personal absoluta y la obligatoriedad en el cumplimiento de la Regla y del «Testamento» de San Francisco, declarando ilícitas todas las dispensas pontificias al respecto.

Tomás se había convertido pues, junto a quienes mantenían y querían imponer a toda costa aquellas ideas, en el celoso «defensor de la antigua pobreza», teniendo que verse por ello privado de libertad en varias ocasiones, ya que fueron perseguidos, tanto por la jerarquía como por ese otro sector de la Orden que

no pensaba como ellos. Primeramente iba a ser recluido en un eremitorio de las Marcas, y después por dos veces encarcelado, hasta su definitiva liberación en 1289.

Hoy, a casi nueve siglos de distancia y viendo aquellos acontecimientos desde la tribuna de la historia, no podemos tachar sin más de subversiva la actitud de todos aquellos franciscanos, cuya pobreza y forma de vida querían seguir manteniendo sin ningún tipo de exención o reforma, tal como había sido la de su Santo fundador. Aunque, como es bien sabido, sí los hubo que llevaron sus ideas a una radicalidad extrema, mas no es ciertamente éste el caso de nuestro biografiado, pues siempre actuó movido por su rectitud de intenciones y por su fidelidad al carisma de la Orden.

En 1290, lo mismo que algunos otros «espirituales», es enviado como misionero a Armenia, donde realiza un intenso y fecundo apostolado, que iba a llegar incluso a las más altas esferas del país, ganándose por entero la confianza del rey Aitón II, y hasta tal punto, que en 1292 es enviado por el soberano como embajador suyo al papa Nicolás V y a los reyes de Francia y de Inglaterra, en demanda de ayuda ante la constante y gran amenaza que los sarracenos suponían para su pueblo.

Tras haber llevado a cabo la misión que el rey armenio le había encomendado, vemos de nuevo a Tomás de Tolentino anunciando vibrantemente la fe de la Iglesia por aquellas tierras, aunque en dos momentos más se verá obligado a regresar a Europa, primeramente, en 1295, para entrevistarse con el ministro general de su Orden, Juan de Morrovalle, a fin de defender la causa de los «espirituales», pues por aquella época las controversias internas entre los hijos de San Francisco se hallaban al rojo vivo, dado que ya para entonces estaban más que delineadas las dos corrientes o facciones diferentes que iban a dividir al franciscanismo. Por una parte los más moderados, que darían origen a los «conventuales», y por otra, quienes, como nuestro beato, propugnaban una mayor austeridad y radicalidad en la observancia de la pobreza, que acabarían convirtiéndose en los llamados «observantes».

Posteriormente, en 1307 va a realizar su tercer viaje al continente europeo, y en esta ocasión por motivos exclusivamente

misioneros, pues había de encontrarse en Poitiers con el papa Clemente V a fin de darle a conocer los resultados de la misión llevada a cabo en China por Juan de Montecorvino, que en 1294 había llegado hasta Cambalu-Pekín, y a la vez pedir ayudas y personal para que aquella difícil, pero a la vez hermosa y esperanzadora, empresa no se viniera abajo.

Entre los años 1308 y 1320 nos encontramos con un completo vacío en la biografía del Beato, aunque se cree que trabajó precisamente en la misma misión para la que había solicitado ayuda ante el Papa. Lo cierto es que a finales de 1320 se hallaba en Ormuz, en el Golfo Pérsico, dispuesto a embarcarse hacia China. En este viaje aparece acompañado por otros tres franciscanos más, con los cuales alcanzará después la palma del martirio: Santiago de Padua, sacerdote, Pedro de Siena, todavía clérigo, y un hermano lego de origen georgiano, Demetrio de Tiflis, buen conocedor de las lenguas orientales.

Felices por poder desarrollar su obra misionera en aquel gran imperio asiático, los cuatro frailes se ven, sin embargo, obligados a desembarcar en la costa occidental de la India, en la isla de Salsette, cerca de Bombay, donde son calurosamente recibidos por un grupo de cristianos nestorianos, pertenecientes a unas antiguas comunidades muy extendidas en la India, entre los cuales van a recibir cobijo en la ciudad de Thana. Si bien dicha ciudad se hallaba en manos de los musulmanes que ejercían el gobierno y administraban la justicia, lo que explica la gran acogida de la que fueron objeto los cuatro franciscanos por parte de aquellas buenas gentes, que aunque no pertenecieran como ellos a la Iglesia católica, eran al fin y al cabo cristianos, cuya fe se veían obligados a vivir en un ambiente, si no hostil, al menos sí poco propicio para su fe.

Aquí pues, en Thana, será donde el Beato Tomás de Tolentino y sus hermanos hallarán la muerte por haber proclamado abiertamente su fe cristiana ante el cadí (juez) de la ciudad.

En cierta ocasión nuestros cuatro frailes fueron llamados ante un tribunal, como testigos en un pleito familiar al que habían asistido. Invitados por el cadí y por los musulmanes presentes a que les expusieran su fe, la comparecencia acabó finalmente convertida en una disputa teológica, en la cual nuestros

misioneros afirmaron sin rodeos la divinidad de Jesucristo, único salvador de los hombres, a la vez que declaraban a Mahoma hijo de la perdición, condenado a quemarse en el infierno, lugar al que lo acompañarían todos sus seguidores.

Evidentemente tales respuestas exasperaron de tal modo a sus interlocutores, que inmediatamente los condenaron a muerte por sus afirmaciones. Fueron arrojados a un horno ardiendo, del que para asombro de sus verdugos salieron ilesos. Y por una segunda vez volvieron a ser introducidos en el fuego, de donde nuevamente salieron tan indemnes como la vez anterior, con el evidente desconcierto del juez y de sus secuaces, y la admiración del pueblo que, estupefacto y temeroso, comenzó a proclamarlos como santos. Pero el cadí, más enfurecido que antes, hizo trasladar a los tres frailes fuera de la ciudad para que unos esbirros llevaran a cabo su ejecución, como así fue. Tomás de Tolentino, Santiago de Padua y Demetrio de Tiflis sufrieron el martirio el 9 de abril de 1321 y Pedro de Siena a los cinco días.

El relato del martirio ha llegado hasta nosotros gracias a la «Relación» de Odorico de Pordenone, que en 1326 realiza un viaje misionero que lo lleva hasta Cambalu ante el obispo Juan de Montecorvino. Y a su paso por Thana, desenterró los cuerpos de los cuatro mártires, trasladándolos a Zaiton, en China. La cabeza del Beato Tomás se cree que fue posteriormente llevada a Italia, para ser venerada en Tolentino, de cuya diócesis es el segundo patrono.

A los pocos años del martirio las sepulturas de estos cuatro hijos de San Francisco, primeramente en Thana y después en Zaiton, ya se habían convertido en objeto de gran veneración y lugar de numerosos milagros.

Y desde ese mismo siglo de su muerte los Martirologios franciscanos han recordado y venerado a los cuatro como beatos, pero únicamente nuestro biografiado vio confirmado oficialmente su culto por el papa León XIII en 1894.

RAMÓN LUIS M.ª MAÑAS, OSB

Bibliografía

LAMMENS, L., *Catalogus Sanctorum Fratrum Minorum* (Roma 1903).
DELEHAYE, H., *Saints de Tolentino* (1943).

PORDENONE, O DE, «Relación», en *Smica franciscana,* I (Quaracchi-Florencia 1929).
KNOWLES, M. D., «La Iglesia en la Edad Media», en L. J. ROGIER - R. AUBER - M. F. KNOWLES, *Nueva historia de la Iglesia,* II (Madrid 1977).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTA WALDETRUDIS

Religiosa († 668)

Fue hermana de Santa Aldegunda, estuvo casada con San Vicente Madelgario y tuvo cuatro hijos santos: Landerico, obispo de París; Dentelino, muerto en la juventud; Aldetrudis, abadesa de Maubeuge; y Maldeberta, abadesa del mismo monasterio. Tras el nacimiento de su cuarto hijo, el marido obtuvo su permiso para ingresar en la abadía de Haumont. Ella comenzó a llevar vida de solitaria, no aceptando la invitación de su hermana para hacerse monja, pero tenía tanta gente que iba a visitarla en su soledad que prefirió fundar el monasterio de Chateaulieu, en lo que hoy es la ciudad de Mons, en Bélgica. Luego de haber hecho muchas obras de caridad murió el 9 de abril de 668.

SAN HUGO DE RUÁN

Obispo († 730)

Hijo de Pipino de Heristal y sobrino de Carlos Martel, fue su tío quien lo hizo arzobispo de Ruán y al mismo tiempo obispo de París y de Bayeux así como abad de Fontenelle y de Jumièges. Llevó sus cargos con responsabilidad y celo, y finalmente renunció a todos, salvo la abadía de Jumièges donde llevó vida santa y ejemplar. Murió joven, el 9 de abril de 730.

BEATO UBALDO AUDIMARI

Presbítero († 1315)

Natural de Florencia y miembro de una rica familia, en su juventud llevó vida disipada y tomó partido por el Emperador

contra el Papa. Pero a los 30 años oye un sermón a San Felipe Benicio y decide dejar la vida militar para hacer penitencia. Entra en la Orden de los Servitas y se ordena presbítero, desarrollando una hermosa labor apostólica. Vivió en el convento de Monte Senario hasta su santa muerte el 9 de abril de 1315. Su culto fue confirmado el 3 de abril de 1821.

BEATO ANTONIO PAVONI

Presbítero y mártir († 1374)

Nació en Savigliano, Piamonte, hacia 1325. Ingresa en la Orden de Predicadores donde obtiene una gran cultura religiosa. Una vez sacerdote, su crédito sube hasta el punto de que se le nombra en 1365 inquisidor general de Piamonte y Liguria. Su oposición a los valdenses fue clara y neta. Invitado por el obispo de París a predicar la cuaresma en el área de Val Pellice. Estaba en el pueblo de Bicherasio predicando contra la herejía cuando fue asesinado por los valdenses el 9 de abril de 1374. Su culto fue confirmado el 4 de diciembre de 1856.

BEATA CELESTINA FARON

Virgen y mártir († 1944)

Catalina Faron nació en Zazbrez (Polonia) el 24 de abril de 1913 en el seno de una familia cristiana. Con 17 años opta por la vida religiosa e ingresa en las Pequeñas Esclavas de la Inmaculada Concepción, y emite los votos religiosos en 1931, tomando el nombre de sor Celestina. Luego de varios destinos dentro de su congregación, en 1938 es enviada a Brzozow con el objetivo de organizar y dirigir un asilo de niños. Al año siguiente es nombrada superiora de la comunidad religiosa del asilo. Llegada la guerra mundial sor Celestina se volcó en obras de caridad con la gente y todos la sabían cercana y atenta a las necesidades de todos. La Gestapo la arrestó el 19 de febrero de 1942 y debió pasar por varias cárceles hasta que fue enviada al campo de concentración de Auschwitz. Su salud se quebrantó y arrastró su enfermedad en las duras condiciones del campo, so-

brellevándola con gran paciencia y entregándose en las manos de Dios, que la llamó a sí el 9 de abril de 1944 a través de un agotamiento total. Su cadáver fue incinerado. Beatificada el 13 de junio de 1999.

10 de abril

A) Martirologio

1 En África los santos Terencio, Africano, Máximo, Pompeyo, Alejandro, Teodoro y cuarenta compañeros († 250), mártires

2. En Alejandría de Egipto, San Apolonio, mártir (fecha desconocida)

3. En Auxerre, San Paladio († 661), obispo.

4 En Gavello (Italia), San Beda el Joven († 883), abad

5. En Gante (Flandes), San Macario († 1012), peregrino.

6 En Chartres, San Fulberto († 1029), obispo *.

7. En Túnez, Beato Antonio Neyrot († 1460), presbítero, de la Orden de Predicadores, mártir *.

8 En Piacenza (Italia), Beato Marcos Fantuzzi de Bolonia († 1479), presbítero, de la Orden de Menores *

9. En Valladolid, San Miguel de los Santos († 1625), presbítero, de la Orden de la SS. Trinidad **.

10. En Verona (Italia), Santa Magdalena de Canossa († 1835), virgen, fundadora de las congregaciones de Hijos e Hijas de la Caridad **.

11 En el campo de concentracion de Dachau, Beato Bonifacio Zukowski († 1942), religioso de la Orden de Menores Conventuales, mártir *.

B) Biografias extensas

SAN MIGUEL DE LOS SANTOS

Presbítero († 1625)

Los santos van delante. Son ejemplo y espuela para caminar. Viven en todos los climas y florecen en todos los siglos. Los santos son muchos. Cada tarde el santoral trae una brazada de espigas doradas, sin agotar con el año sus reservas. En el día 6 de julio la Iglesia ha abierto una hornacina para destacar las virtudes heroicas de San Miguel de los Santos, el «Extático».

Vich, una de las más antiguas y célebres ciudades de Cataluña, le vio nacer el 29 de septiembre de 1591, fiesta de San Miguel Arcángel. De él tomó su nombre. En la alborada del 10 de abril de 1625 dormía su último sueño en Valladolid, de cuyo convento era superior. En treinta y tres años tendió la escala y subió raudo de la tierra al cielo. Barcelona, Zaragoza, Pamplona, Madrid, Sevilla, Baeza, Salamanca, Valladolid son los puntos claves de su itinerario. Baeza y Valladolid fueron principalmente el campo de sus actividades apostólicas. En todas partes por donde pasó dejó, sin embargo, algo de Dios, como dejan los santos.

Digamos que a San Miguel, preclaro hijo de la Orden de la Santísima Trinidad, se le puede admirar pero no se le puede seguir. Su marcha es vuelo, no andadura. Los modestos peatones no lograremos darle alcance.

Digamos también que es hijo de su siglo, el Siglo de Oro de la mística. Le resultan familiares las cimas de la contemplación sin adherencias iluministas y asienta la perfección sobre el cumplimiento del deber y el servicio de la caridad. Sus escritos: *Breve tratado de la tranquilidad del alma* y *El alma en la vida unitiva* (octavas), no desmerecen de la *Subida del Monte* o *Las Moradas.*

Digamos, por fin, que nació ya disparado hacia las cumbres.

> El Beato Miguel de los Santos —leemos en el decreto de canonización— fue uno de aquellos verdaderos amantes de la virginidad que, a semejanza de Elías, Eliseo y Juan, como afirma el Crisóstomo, solamente se diferencian de los ángeles en que tienen un cuerpo mortal.

Cálido elogio otorgado por la Iglesia en el momento de auparle al supremo honor de los altares.

La virginidad brota encantadora en el huerto de la familia cristiana. Enrique Argemir, por dos veces consejero de la ciudad, y Montserrat Margarita Mitjana, padres de Miguel, supieron labrar un hogar reciamente cristiano y ejemplar. Al aire de la salmodia mariana con la recitación del oficio parvo y el rosario en familia, y el canto solemne de las Completas los sábados en la iglesia de la Rotonda, donde padre e hijo reemplazaban a los sacerdotes cuando el rigor de la estación o los achaques de la edad les impedían asistir, nació en el niño un amor entrañable

a la Madre de Dios y a la virginidad. La estima de la castidad se adelantó a la razón, pues, sin contar los seis años, en el convento de madres dominicas hace voto a los pies de la Virgen de guardarla siempre. Voto que renovará poco después ante la imagen de Nuestra Señora de la Guía. Y como rúbrica de la sinceridad de sus deseos, antes que despierten los estímulos de la concupiscencia, desgarra sus carnes tiernas en un zarzal, aprovechando el descuido de sus deudos y queriendo emular —dice— el gesto de San Francisco de Asís.

Miguel es un eremita frustrado. Por dos veces huyó de la ciudad. ¿Hacia dónde y para qué? Como a tres leguas del lugar se alza el Monseny, montaña solitaria santificada según se dice por San Segismundo, rey de Borgoña, cuya historia posiblemente oyó contar a sus mismos padres. Con soledad, penitencia, oración y silencio piensa levantar una muralla que defienda su virginidad. Alma contemplativa, sabe interpretar el lenguaje de Dios en el campo callado, en la torrentera clamorosa, en la cresta bañada de luz. Con una vida austera y penitente «acompañará mejor al Señor en su Pasión y expiará los excesos de los pecadores». De los pecadores, por los que, desde niño —depone su hermana Magdalena en el proceso—, «rezaba diariamente una oración y no podía terminar sin llorar copiosamente». Le falló el golpe las dos veces, y hubo de reintegrarse a la casa paterna, conservando como recuerdo de aquella travesura ingenua y fervorosa un amor acrecentado a la penitencia y maceración. Desde entonces se dará maña para usar y esconder un manojo de sarmientos y una piedra que utiliza cada noche como jergón y cabezal.

Dios llamaba. Miguel, escapándose, no acertó a descifrar la llamada. Rectifica. Ahora mendiga asilo en todos los conventos de Vich. Demasiado niño, atrae, pero no convence. Prefieren esperar. El Pobrecillo de Asís recibirá las quejas porque no quiso admitirle entre sus hijos. Por fin, a los doce años, ingresa en el convento de Barcelona de los trinitarios calzados. La vida la encuentra excesivamente blanda para su carácter rigorista, y se iluminan sus ojos cuando un fraile, de paso en la casa, le habla de la reforma que está en sus comienzos. Solicita y obtiene licencia, y en Pamplona recibe el hábito de la rama de los descal-

zos. Se encuentra centrado y a gusto. Va más allá de lo que las reglas piden. La celda apenas la necesita. Cuando la campana levanta a los frailes de sus lechos, a Miguel le sorprende en el coro. Allí ha dormitado ligeramente en los descansos de la oración. Es el fraile observante y fervoroso. Vive lo que más tarde escribirá: «Sin sosiego, en quietud andar procure». Frecuentemente la oración le sube tanto que le deja suspendido en éxtasis: el «Extático». Y para encenderle en fuego de amor todo sirve: la conversación, el estudio, el trato con Dios, la contemplación de la naturaleza...

Estudiaba en la universidad de Salamanca. El maestro Antolínez explicaba el tratado de la Encarnación, y el comentario teológico recaía sobre la gratitud que debemos los hombres a la sangre de Cristo. Fray Miguel da tres saltos y se mantiene como un cuarto de hora elevado en el aula. Se hace un silencio denso, impresionante. El maestro, cruzando los brazos, comenta: «Cuando un alma está muy llena del amor de Dios difícilmente puede esconderlo». Dios traicionó la humildad de su siervo, pues desde aquel día profesores y alumnos acuden a él con problemas de espíritu.

Ruidoso también, y en Salamanca, el éxtasis de Carnaval. Dolorido por los excesos de tales fiestas, improvisó una procesión que, saliendo del convento de los trinitarios, se concentró en la plaza de San Juan. Allí el padre Marcos predicó sobre la vanidad del mundo. Fray Miguel cayó en éxtasis, que impresionó y entusiasmó tanto a la muchedumbre, que le llevó en brazos a la próxima iglesia, sintiéndose tocados los oyentes de compunción y prometiendo hacer confesión general de sus pecados. Fray Miguel, tan honrado por Dios y por los hombres, se mantiene, sin embargo, comprensivo y no pierde de vista la tierra y los prójimos. En carta a sus hermanos les suplica «que no se olviden, por amor de Dios, de Jacinto (el hermano menor) y miren mucho por él, porque, según he entendido, han mirado poco, de lo cual he tenido harta pena». ¡Cómo se revela el corazón fresco de los años de la infancia!

Durante su estancia en Baeza dos religiosos poco edificantes se dieron maña para hacer llegar al provincial de la Orden una acusación tan grave como falsa. La maniobra triunfó y a

fray Miguel le costó diez meses de prisión. Los amigos le rogaban que se defendiera. «Eso toca a Dios —respondía—. A mí toca conformarme con su voluntad». Al fin se hizo la luz y fray Miguel fue el mejor defensor de sus acusadores.

Hábilmente sabía esconder su talento nada común entre los pliegues de una modestia y sencillez encantadoras. Durante mucho tiempo se le creyó útil para orar, pero no para gobernar. A voces se proclamaba él «ignorante, incapaz y pecador». Y con la misma humildad con que se refugiaba en la celda o cruzaba avergonzado entre la muchedumbre después de los éxtasis, como delincuente que hubiera sido sorprendido en plena fechoría, con el mismo gesto rechazaba cualquier insinuación de puestos o cargos. En 1622 el padre vicario general, en el Capítulo general de la Orden, le propone para superior del convento de Valladolid. Los cuatro definidores se oponen, y sólo ante la insistencia del padre vicario transigen con una fórmula de compromiso: al superior se le dará un vicario que, prácticamente, lleve el peso del gobierno. Los hechos demostraron que se bastaba el superior y le sobraba el vicario, acreditando sus dotes de gobierno nada comunes: delicadeza exquisita, suavidad en el mandato, comprensión, sentido sobrenatural, entrega total a la casa y a los súbditos, talento práctico, celoso defensor con la palabra y la conducta de la exacta observancia y de la puntualidad, conciencia de la propia responsabilidad..., todas estas cualidades hacían amable la obediencia y el cumplimiento de la ley. El superior era la norma viva de pobreza, abstinencia, vigilia, equilibrio interior y dominio exterior, sin que el fracaso ni el exito pudieran quebrar la sonrisa de sus labios y la fortaleza de su espíritu.

No menos ejemplar a la hora del sacrificio. La misa de San Miguel llegaba despues de una doble preparación: espiritual, por la oracion, y corporal, por el ayuno y penitencia. No solía gastar menos de una hora. Los oyentes se enfervorizaban. Aquellos momentos largos, morosos, con los brazos extendidos, terminaban frecuentemente arrancando su cuerpo de la tierra y dejando entrever en el rostro la alegría del espíritu. Al volver en sí, las acometidas del amor eran en ocasiones tan fuertes que, víctima de la misma enfermedad, gemía con la

esposa del Cantar: «Confortadme con pasas, recreadme con manzanas, que desfallezco de amor». Otro tanto sucedía orando ante el Santísimo u oyendo hablar del amor de Dios.

Por eso brilla más su virtud. A quienes le estimulaban al ministerio de la predicación, ordenado sacerdote, respondía «que no empezaría a predicar hasta los treinta años, y que a los treinta y tres, como el Señor, se iría al cielo». Efectivamente, así fue. A la predicación no se consagró *de manera habitual* hasta los treinta años. Y siempre fue para él ministerio difícil y enojoso. El retraso obedeció, quizá, a que sus éxtasis no siempre arrancaban comentarios laudatorios en ambientes eclesiásticos y seglares. Y como se producían igual en el altar que en el púlpito, que en la conversación y en la visita, por prudencia convendría no forzarle a manifestarse en público. La dificultad nacía de la concentración y abstracción de sentidos, que entorpecían el manejo de la anécdota, el dato, los argumentos, y, más que nada, la memoria frágil, que le obligaba a encorvarse sobre los manuscritos horas y aun días y noches enteras. Pero, convencido de que era voluntad de Dios, predicaba y cosechaba fruto copioso. Su oratoria era sólida, conmovedora y muy llana. Y los sermones seguían una doble orientación: el temor y el amor. Para despertar el primero volvía porfiadamente sobre los novísimos. Para acrecentar el amor predicaba con suavidad perfumada sobre la Eucaristía, la gloria del cielo y el amor de Dios. Las conversaciones pregonaban la fuerza de sus razonamientos. Otro tanto sucedía en el confesonario o a la cabecera de los enfermos. Los acontecimientos hicieron el mejor panegírico de su competencia como superior, de su prudencia como consejero y su acierto como director de almas.

Y si con San Buenaventura creemos que Dios no suele otorgar tan altos carismas sino a los que recorrieron el camino en jornadas apretadas de oración, austeridad y humildad, ya que la unión extática bordea las cumbres adonde se puede llegar sin dejar la tierra, tendremos que concluir que San Miguel de los Santos vivió muy pronto en las cimas de la contemplación, y que, pese a su juventud, nuestra Santa Teresa de Jesús no habría dudado en poner en su mano la llave de la séptima y octava mansión.

San Miguel de los Santos hizo suyo aquel principio paulino: «Nuestra vida está escondida con Cristo en Dios».

LIBRADO CALLEJO

Bibliografía

ANGELO ROMANO DI S TERESA, Fray, *Vita e scritti mistici di S. Michele dei Santi trinitario* (Isola dei Liri 1925).

ANSELMO DE SAN LUIS GONZAGA, *Compendio de la vida de San Miguel de los Santos* (Roma 1862) Version castellana de C SOLER Y ARQUES (Madrid 1862).

ANTONIO DE SANT JEROMI, Fray, *Vita del Beat Miquel dels Sants* (Vich 1779).

DIDACO DE LA MADRE DE DIOS, Fray, primer ensayo biográfico, contenido en la *Cronica de los Descalzos de la Santisima Trinidad,* P.I (Madrid 1652)

GROS I RAGUER, J , *Vita de Sant Miquel dels Sants* (Barcelona 1936)

JOSE DE JESUS MARIA, Fray, *Vida del venerable y extatico P Fr Miguel de los Santos* (Salamanca 1688)

LUIS DE SAN DIDACO, Fray, *Compendio de la vida del Beato Fr. Miguel de los Santos* (Madrid 1779).

Opusculos (ineditos) de San Miguel de los Santos (Roma 1915)

REYNES, L , Fray, *Resumen de la vida, virtudes, milagros y preciosa muerte del Beato Miguel Argemir* (Mallorca 1780)

RODRIGUEZ DE URETA, A., *Breve noticia de San Miguel de los Santos* (Barcelona 1892).

— Actualización·

WITKO, A , *San Miguel de los Santos* (Roma 2003)

SANTA MAGDALENA DE CANOSSA

Virgen y fundadora (1835)

En medio de las convulsiones que agitaron Italia y Europa, entre los estertores del siglo XVIII y los albores borrascosos del XIX, brilló la caridad de la que quiso ser llamada «hija» de esta virtud, una mujer de gran coraje y valor que, habiendo nacido rica, se hizo pobre (cf. 2 Cor 8,9), abrazada a Cristo crucificado para compartir, como María dolorosa al pie de la cruz, los sufrimientos de los más desheredados, enriqueciéndolos con el don de su propia vida, gastada en su servicio, entregándoles su cariño maternal, su solicitud para remediar toda miseria humana, espiritual, cultural y religiosa.

Nació en Verona, hija del marqués Octavio de Canossa y de la marquesa húngara Teresa Szluha, el día primero de marzo de 1774. Su noble estirpe se remontaba a la célebre condesa Matilde de Toscana, que en su castillo de Canossa acogió a San Gre-

gorio VII en el siglo XI. Al día siguiente fue bautizada con los nombres de Magdalena Gabriela.

No tuvo una infancia feliz. En 1779, cuando contaba cinco años, perdió a su padre. Su madre contrajo segundas nupcias y dejó a la niña al cuidado de un tutor, el tío Jerónimo, el cual encomendó su educación a una institutriz francesa, Francisca Capron, que nunca llegó a entender su carácter. A pesar de tal incomprensión, Magdalena se mostraba dócil y obediente hacia sus mayores, cariñosa con sus hermanas, apuntando óptimas disposiciones en lo humano y en lo espiritual. Su primera comunión, en la adolescencia, señaló en su vida un hito de sentida hambre eucarística y de devoción al gran sacramento del Amor. Era piadosa, dadivosa con los pobres, diligente en los estudios, si bien la formación que recibía —como luego confesó— no la inclinaba al fervor religioso sino a otros planes y pensamientos.

A los quince años, padeció una grave y misteriosa enfermedad, sufrió también la varicela que la puso al borde de la muerte. Pidió y recibió el viático, a pesar de la oposición de sus familiares. El pan de la vida sería ya su sustento espiritual cotidiano a lo largo de su vida. La enfermedad, sufrida con heroica paciencia, y la posterior convalecencia maduraron su espíritu, de tal modo que luego manifestó abiertamente a su tutor, a los demás parientes y a sus directores espirituales, su propósito de entrar en un monasterio. Cuando sus allegados lamentaban cómo la varicela había desfigurado su cuerpo, Magdalena respondía serenamente: «Yo no debo agradar a nadie; me haré monja». Efectivamente, a los diecisiete años, pidió entrar en el Carmelo descalzo. Intentó seguir la vida monástica primero en Verona y después en Cornegliano Veneto. Afirmó que en el Carmelo se sentía «como en el paraíso», pero comprendió que su vocación religiosa la impulsaba a dedicarse enteramente a sus hermanos más necesitados: enfermos, pobres, abandonados o huérfanos. Ardía en ella el anhelo de afrontar los enormes problemas de la época que le había tocado vivir, tiempo de revoluciones y grandes transformaciones, que con harta frecuencia causaban terribles heridas sociales en las clases menos favorecidas.

Dejado el Carmelo, regresó al hogar donde tuvo que cuidar de sus dos hermanas pequeñas y asumir la administración de la

casa y hacienda, que llevó hasta los 33 años. Ecos y estragos de la Revolución Francesa y de los ejércitos conquistadores llegaban a Verona. Magdalena tuvo que huir con sus hermanas a Venecia, donde residió como prófuga durante dos años.

En la administración del hogar, se comportó con prudencia, sagacidad y laboriosidad procurando que todos, familiares y criados, llevaran una conducta conforme a la voluntad de Dios. Continuaba en su vida de oración que alternaba con la atención a los miserables que acudían a la generosidad de la «marquesa». Visitaba los hospitales de Verona, instruía en la doctrina cristiana a los numerosos sirvientes de su casa. Esperaba sin impacientarse una llamada más precisa de Dios. En estos años, Magdalena recibió de Dios iluminación y favores místicos que, como escribió Juan Pablo II en la bula de canonización, la preparaban para su misión de apóstol, fundadora y madre.

> «Fue su suprema revelacion Jesucristo Crucificado en el descubrio el supremo amor del Padre Magdalena conocio a Dios en Jesucristo Crucificado»

A impulsos de la caridad divina que inundaba su corazón, ardió Magdalena en deseos no sólo de desprenderse de las riquezas de su casa, sino de despojarse de sí misma hasta consumir la vida por Cristo. Escribió que deseaba deshacerse como polvo para desparramarse por el mundo entero con el fin de que Dios fuera conocido y amado.

En este tiempo gozó de la sabia dirección espiritual de don Luis Libera, quien la animaba y orientaba en su caridad hacia los pobres de Verona. A partir de 1795 se incorporó al intenso movimiento caritativo que promovió en la ciudad el obispo Juan Andrés Avogadro, acompañado por varios sacerdotes que luego fueron fundadores de congregaciones, como el beato Johan Karl Steeb y Pedro Leonardi. Con este último, Magdalena escribió el reglamento de una asociación destinada a recoger fondos para asistir a los enfermos, la «Sagrada Fraternidad de sacerdotes y de laicos hospitalarios». Por su cuenta reunió una Compañía de amigos nobles, que se comprometían a abonar tres sueldos semanalmente (por eso fue llamada de los *tre soldi)* para sostener obras de caridad.

En otro campo de acción, organizó una campaña para que las mujeres vistieran decentemente según su propio estado y condición.

Magdalena ya concibió en este tiempo fundar dos Institutos religiosos, uno para hombres y otro para mujeres, para asistir espiritualmente a personas de ambos sexos en los hospitales, y también para educar cristianamente a los niños y a las muchachas. Habiéndolo consultado con el obispo Avogadro, éste la persuadió de que aumentara y mejorara las escuelas de caridad que ya estaban funcionando en la ciudad para niñas pobres y abandonadas.

Mientras moraba aún en su casa paterna, recogió a dos muchachas abandonadas. Poco tiempo después las trasladó, con otras que no tenían familia y estaban expuestas a los peligros de la calle, a una casa situada en el barrio periférico de San Zeno, uno de los de peor fama y más descristianizados de Verona. Colaboraban con Magdalena en esta tarea caritativa y educativa varias compañeras: enseñaban catecismo y labores y educaban a las muchachas para que llegaran a ser buenas madres de familia. El propósito de Magdalena era fijar su residencia en San Zeno pero los parientes no se lo consintieron por la mala reputación del barrio. La futura fundadora tenía que regresar todas las noches a su casa de marquesa para descansar y por las mañanas se incorporaba de nuevo a su quehacer y apostolado. A quienes se extrañaban de verla lavar y peinar a sus asistidas, replicaba: «¿Acaso porque he nacido marquesa, no puedo tener el honor de servir a Jesucristo en sus pobres?».

Diez años tuvo que soportar el trasiego diario entre su hogar y la casa del barrio de San Zeno. Rompió esta inestabilidad un evento providencial. Magdalena obtuvo en 1808 de Napoleón, que era entonces el soberano de Verona y admiraba la obra de caridad de la marquesa dedicada a los pobres, la cesión del antiguo convento de agustinas de San José y San Fidencio «para colocar en él un establecimiento de caridad», como reza el documento de cesión. Aquí se trasladó con sus maestras colaboradoras y sus alumnas, dejando ya para siempre el noble palacio paterno. Su opción por los pobres era clara y definitiva, despreció su rango y su alcurnia y convivió con aquellas que eran

víctimas de las desgraciadas injusticias de la vida. En San José se formó, el 7 de mayo del citado año, el núcleo originario de las Hijas de la Caridad, «canosianas», a las que la fundadora dio forma definitiva en Venecia, ciudad a la que se trasladó llamada por los hermanos Antón Angelo y Marcantonio Cavanis en 1810. Estos dos hermanos sacerdotes fundaron luego la Congregación sacerdotal para escuelas de caridad. Magdalena abrió una segunda casa de sus Hijas en Venecia, en el monasterio de Santa Lucía, con el beneplácito del arzobispo patriarca. Aquí empezó a redactar en 1812 las reglas de su Instituto, reglas según las cuales había vivido desde hacía tiempo y según las cuales dio ejemplo de heroica santidad. Tales reglas estaban inspiradas en las que regían la Sociedad fundada por San Vicente de Paúl, inspiradas en los reglamentos y conferencias que dictó este gran organizador de la caridad en la Francia del siglo XVII. El fin principal del Instituto «canosiano» es la educación religiosa y civil de las muchachas, la enseñanza del catecismo a toda clase de personas, la asistencia a los enfermos en los hospitales, especialmente a los moribundos; y también la preparación de maestras y catequistas para las parroquias rurales. A estas tareas hay que añadir la de los ejercicios espirituales para mujeres de todas las condiciones sociales, especialmente para las de clase humilde. En la dura lucha y en medio de los sufrimientos por su fundación, Magdalena se acogió al patrocinio de Nuestra Señora, la Virgen de los Dolores.

En 1816 viajó a Piacenza, donde Pío VII había hecho un alto en el camino a su regreso de Fontainebleau. El papa le concedió el *decretum laudis* de su Congregación. Este mismo año abrió una nueva casa en Milán, en 1820 en Bérgamo, en 1828 en Trento. Este año acudió a Roma para recabar de León XII la aprobación de las reglas, aprobación que obtuvo por breve apostólico de 23 de diciembre. Quería la fundadora que estas reglas transmitieran el espíritu íntegro y perfecto del Instituto a las hijas que vendrían después de ella. La muerte la sorprendió mientras gestionaba nuevas fundaciones en Cremona y Brescia.

Santa Magdalena de Canossa se relacionó con numerosos personajes de su época y entorno, en Lombardía y Véneto, que

promovieron fundaciones de carácter apostólico, asistencial y educativo. Colaboró con ella Leopoldina Naudet, a quien Magdalena encargó por varios años la casa madre de San José de Verona, y que luego fue la fundadora de las Hermanas de la Sagrada Familia. Fue canosiana por algún tiempo Teodora Campostrini, fundadora de las Hermanas Mínimas de la Caridad de la Dolorosa. Ya hemos mencionado su colaboración en Venecia con los hermanos Cavanis. En 1820, Magdalena se encontró en Verona con Antonio Rosmini, subdiácono entonces. Compartió con él el sueño de fundar un Instituto masculino; no cuajó el proyecto, pero Rosmini por su cuenta fundó más adelante el Instituto de la Caridad.

El 23 de mayo de 1831, en dos pobres casitas junto a la iglesia de Santa Lucía, en Venecia, Magdalena abrió el primer oratorio del Instituto masculino largo tiempo deseado: los Hijos de la Caridad. Inauguró un colegio para formación de muchachos y hombres y lo confió al sacerdote veneciano Francesco Luzzo y a dos seglares bergamascos. Gregorio XVI tuvo noticia de la fundación y le mandó un rescripto de alabanza dotando asimismo a la obra de numerosas gracias espirituales. El Instituto de los Hijos de la Caridad, al cabo de cien años de la muerte de la fundadora, resurgió de humilde letargo.

Fue siempre la superiora general de su Congregación, pero las religiosas más bien la consideraban su madre. De una bondad exquisita, sin acepción de personas, trataba por igual a sus hijas, atenta sobre todo a su provecho espiritual; fomentaba entre ellas la concordia y la caridad fraterna; les contagiaba el ansia que, desde la adolescencia, ella había sentido arder en su espíritu por la perfección cristiana; las exhortaba a la pobreza, a la confianza en la providencia de Dios, a las prestaciones más humildes hacia el prójimo. Aunque nacida en casa rica y noble, tanto amó la pobreza y la humildad, que se hizo pobre del todo, ejerció en las casas los más humildes servicios, despreció riquezas y títulos nobiliarios, gozaba de ser rica en limosnas, se desprendió frecuentemente de sus vestidos para dárselos a los indigentes. Ardía en deseos de propagar la fe y de derramar su sangre en esta misión. En la oración, alcanzó cimas de verdadera mística. Acudió al consejo de sabios y pia-

dosos sacerdotes, profesó reverencia y obediencia a los ministros de Dios, sobre todo a los obispos, fue devotísima de la Santa Sede.

En los primeros meses de 1835 tuvo clara conciencia del fin de su vida. Contaba 61 años. Escribió una carta de su puño y letra a todas sus hijas. Era una conmovedora confesión, un sincero agradecimiento, un vivo «Hasta el cielo», pero sobre todo una invitacion ferviente a la caridad hacia los menesterosos: «Os recomiendo con todas mis fuerzas a mis amados pobres». Su última enfermedad fue muy breve y murió, confortada con el viático de la Eucaristía, el día que había pronosticado: el viernes de la Virgen de los Dolores (antes, viernes de Pasión), a la cual había encomendado su obra. Su tránsito acaeció en Verona el 10 de abril de 1835. Murió abrazada a sus dos grandes amores: Cristo crucificado, en quien encontró la unidad de su vida y el estímulo para amar a Dios sirviendo a sus hermanos más pobres; y a la que llamaba «Madre de la caridad junto a la cruz»: de la Virgen dolorosa, Santa Magdalena aprendió el amor verdadero.

Su cadáver fue sepultado en la casa madre de Verona, a la izquierda del altar. Enseguida atrajo devotos y peregrinos. El proceso ordinario de canonización se realizó en Verona entre 1866 y 1869. En 1877 la causa fue introducida en la Congregación de Ritos. Entre 1882 y 1898 transcurrió el proceso apostólico. En 1927 fueron declaradas sus virtudes heroicas. Los dos milagros entonces requeridos para la beatificación fueron aprobados en 1941. Pío XII la beatificó con bula de 7 de diciembre del mismo año. El milagro para la canonización fue aprobado en diciembre de 1987 por el papa Juan Pablo II, quien la canonizó en la Plaza de San Pedro del Vaticano el 2 de octubre del año siguiente. Al proclamar la santidad de Magdalena de Canossa, el papa predicó que

> «la verdadera caridad consiste en romper las cadenas injustas y los lazos del yugo, en liberar a los oprimidos y en hacer añicos todo yugo por eso Magdalena se comprometio con todas sus energias, y con todos sus bienes, para salir al encuentro de toda forma de pobreza de la economica y de la moral, de la que genera la ignorancia [ ] La nueva santa es un signo de esperanza y de gozo para cuantos llevan los estigmas del sufrimiento por enfermedad, pobreza, marginacion social o explotacion Lo es asimismo para cuantos han hecho del servicio al projimo necesitado el fin de su vida»

La vida y muerte de Santa Magdalena de Canossa cumple perfectamente las palabras de Jesús: «Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo, pero si muere, da mucho fruto» (Jn 12,24). Hijas e Hijos de la Caridad, y los laicos dedicados a la obra «canosiana» en tantas partes del mundo son testigos de la vitalidad, más allá de la siembra en la tierra, de esta mujer organizadora y mística, escritora (sus obras llenan 10 volúmenes) y fundadora, madre misericordiosa, devorada por la caridad hacia Dios y el prójimo. En 1860 empieza la difusión de las Hijas de la Caridad fuera de los confines de Europa. Las misiones de Hong Kong fueron la primicia, siguieron Macao (1874), China (1877), Timor (1878), India (1889), Singapur (1894), Malaca (1905). Expulsadas de China, se dirigen a Argentina (1932). Luego fundan en Brasil (1948), Australia (1949), Japón (1951), Filipinas (1954), África Ecuatorial (1956), Santo Tomé (1959), Estados Unidos de América (1961). En 1988 había 395 comunidades canosianas femeninas en el mundo y 23 casas de los Hijos de la Caridad en Italia, Brasil y Filipinas. Los «Misioneros seglares de la caridad» y el «Movimiento laical canosiano» se reclaman al mismo espíritu de caridad que difundió Santa Magdalena. En Europa trabajan en instituciones educativas, en parroquias, catequesis, pastoral de juventud, de la familia, del trabajo... Las 105 casas canosianas de Asia, en grandes ciudades y en pueblos pequeños, preparan en sus escuelas la difusión del Evangelio, cuidan leproserías, forman enfermeras. En Australia y Estados Unidos se dedican al «cuarto mundo» de la probreza en aquellas sociedades opulentas: emigrantes, aborígenes, refugiados, ancianos, presos. 37 casas en Latinoamérica, Indonesia y África, ayudan a consolidar las fuerzas apostólicas locales. La misión de la caridad pastoral es doquiera el empeño de la familia canosiana.

PERE-JOAN LLABRÉS Y MARTORELL

Bibliografía

AAS 34 (1941) 483-490, 84 (1991) 1001-1005.
BATTISTI, G. DE, *Beata Maddalena di Canossa* (Isola del Liri 1941).
Bibliotheca sanctorum, t.III cols.751-753.
CASARA, P., *Maddalena di Canossa* (1951).

CATTARI, A., *Maddalena Gabriella di Canossa. Gli anni decisivi di un itinerario spirituale (1792-1800)* (Milán 1980)

GIACON, M., *L'azione caritativa e formativa di Maddalena di Canossa* (Roma 1974).

GIORDANI, I., *Maddalena di Canossa* (Roma 1963).

MADDALENA DI CANOSSA, *Regole e scritti spirituali di Maddalena di Canossa,* ed critica di E. Dossi (Isola del Liri 1984-1985).

MADDALENA DI CANOSSA, *Le Memorie: una contemplativa nell'azione,* comento a cura di E. Pollonara (Milán 1988).

L'Osservatore Romano (2 y 3/4-10-1988).

PALMA, F DE, «Magdalena de Canossa», en C LEONARDI - A. RICCARDI - G ZARRI (dirs), *Diccionario de los Santos,* II (Madrid 2000) 1536-1539

VANZO, M., *Maddalena di Canossa fondatrice delle Figlie e dei Figli della Carità (1774-1835)* (Roma 1985)

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN FULBERTO DE CHARTRES

Obispo († 1029)

Fulberto nació en algún lugar de Italia hacia el año 960 y, al parecer, en el seno de una familia pobre, pero él se las ingenió para estudiar en la escuela de Reims, donde brilló enseguida por su clara inteligencia. Llegó a Papa uno de sus antiguos profesores, Gerberto de Aurillac (Silvestre II), y se lo llevó a Roma como consejero y auxiliar. Muerto el Papa en 1003, obtiene una canonjía en Chartres y es nombrado luego canciller del obispado y catedrático en la escuela catedralicia. Aquí se acredita pronto por su sabiduría y tiene el aplauso universal. Por ello es elegido obispo de la diócesis en 1007, lo que a él le llenó de sorpresa porque se consideraba completamente indigno. Acudían a pedirle consejo numerosos hombres públicos, entre ellos el propio rey de Francia y el duque de Aquitania, pero Fulberto tenía muy clara su misión pastoral y no dejó que nada le distrajera de ella. Por ello predicaba con mucha frecuencia y se ocupaba mucho de la instrucción religiosa del pueblo. Combatía los abusos en el clero, como la simonía y la falta de celo pastoral, y se ocupaba con gran dedicación de los pobres y humildes. En su tiempo ardió la catedral y él puso todo su interés en reconstruirla. Dejó escritos himnos, poemas y sermones. Murió el 10 de abril de 1029.

BEATO ANTONIO NEYROT

Presbítero y mártir († 1460)

Nació en Rívoli, Italia, en 1423. En su juventud opta por la vida religiosa en el convento de San Marcos, de Florencia, siendo superior del mismo San Antonino. Destinado a Sicilia, al cabo de un año fue enviado a Nápoles y en el viaje por mar su barco fue capturado por unos piratas que lo llevaron a Túnez. Luego de un tiempo en una mazmorra fue dejado libre y tuvo que quedarse a vivir en el medio ambiente musulmán de la ciudad. Entonces vino su conversión al Islam y tras haberse hecho musulmán contrajo matrimonio. Pero esta conversión le duró solamente unos meses, porque muy pronto su conciencia empezó a remorderle y decidió volver al cristianismo. Decidió retomar su hábito dominico y con él presentarse al gobernador de Túnez, ante el que declaró que volvía al cristianismo porque ésta era para él la verdadera religión. La salida no podía ser otra que ser condenado a muerte como apóstata del Islam. El 10 de abril de 1460, mientras oraba de rodillas, fue apedreado hasta que murió. Su culto fue confirmado el 22 de febrero de 1767.

BEATO MARCOS FANTUZZI DE BOLONIA

Presbítero († 1479)

Pasotto Fantuzzi nació en Bolonia en 1405 en el seno de una familia acomodada. Su clara inteligencia y buenas cualidades le auguraban un buen puesto en el mundo, pero él optó por la pobreza evangélica y dejándolo todo se hizo franciscano observante, tomando el nombre de Marcos. Más tarde se ordena sacerdote y unos años después es elegido guardián de Monte Colombo. Pero su especialidad era la predicación y por ello se le destinó a este ministerio que ejercio con fruto en muchos sitios de Italia. Amigo y colaborador de San Juan de Capistrano, el vicario general de los Observantes, hubo de ser dos veces ministro provincial y, cuando murió el gran santo, la vicaría general recayó sobre él. Como tal vicario visitó las casas de su rama en Creta, Rodas, Palestina, Bosnia, Dalmacia, Austria y Polonia. Reelegido vicario general varias veces, se dice que el papa Paulo II quería hacerlo cardenal pero él se negó. Lleno de caridad

con los pobres, fomentó la creación de montes de piedad. Cuando el papa franciscano Sixto IV quería unificar conventuales y observantes, Marcos se opuso tenazmente alegando que debían ser observadas las reglas originales de San Francisco. Estaba en Piacenza predicando la cuaresma cuando murió el 10 de abril de 1479. Su culto fue confirmado el 5 de marzo de 1868

BEATO BONIFACIO ZUKOWSKI
Religioso y martir († 1942)

Piotr Zukowski nació en Baran-Rapa (Lituania) el 13 de enero de 1913 en el seno de una familia polaca. Adolescente ayudaba a su padre en los trabajos del campo, pero sintiendo la vocación religiosa ingresó en los franciscanos conventuales de Niepokalanow en 1929. Hizo su profesión religiosa con el nombre de Bonifacio el 16 de julio de 1932. Permaneció en ese mismo convento una vez profeso, destinado al trabajo de la tipografía, participando en el apostolado de la prensa que su Orden llevaba adelante Llegada la guerra mundial, con peligro personal puso a salvo las máquinas de la imprenta, pero él permaneció en el convento. El 14 de octubre de 1941 fue arrestado por la Gestapo y llevado a la cárcel de la calle Pawiak en Varsovia. A primeros de enero siguiente fue llevado al campo de concentración de Auschwitz. Se le obligaba a trabajar en el campo y cogió una pulmonía que le condujo a la muerte el 10 de abril de 1942. Fue beatificado el 13 de junio de 1999.

11 de abril

A) MARTIROLOGIO

1 La memoria de San Estanislao († 1079), obispo de Cracovia y martir **

2 En Pergamo, la memoria de San Antipas, al que el Apocalipsis llama testigo fiel

3 La conmemoracion de San Felipe († 180), obispo de Gortyna
4 En Salona (Dalmacia), San Domnion († 299), obispo y martir
5 En Gaza (Palestina), San Barsanufio († 540), anacoreta
6 En Espoleto (Italia), San Isaac († 550), monje
7 En Calabria, Beato Lanuino († 1119), monje, de la Orden de la Cartuja *
8 En Coimbra, Beata Sancha de Portugal († 1229), virgen, monja cisterciense *
9 En Cuneo, Beato Ángel Carletti de Chiavasso († 1495), presbitero, de la Orden de Menores *
10 En Londres (Inglaterra), Beato Jorge Gervase († 1608), presbitero, de la Orden de San Benito, martir *
11 En Lucca (Italia), Santa Gema Galgani († 1903), virgen **
12 En la misma ciudad, Beata Elena Guerra († 1914), virgen, fundadora de la Congregacion de Oblatas del Espiritu Santo **
13 En el campo de concentracion de Auschwitz (Polonia), Beato Simproniano Ducki († 1942), religioso capuchino y martir *

B) Biografias extensas

SAN ESTANISLAO

Obispo y martir († 1079)

San Estanislao nacio en Szczepanow, cerca de Cracovia, el día 26 de julio de 1030 Fue hijo único. Su nacimiento puede considerarse como un prodigio, pues vino al mundo después de treinta años de casados sus padres.

Los padres, Wielislaw y Bogna, de noble alcurnia, llevaban vida austera y piadosa, siendo muy estimados por sus grandes virtudes

En el hogar paterno Estanislao recibió una esmerada cultura, tanto moral como intelectual, sus estudios superiores los realizo en Cracovia y en París.

Fue ordenado sacerdote por el obispo de Cracovia, Lamberto, siendo elegido sucesor de esta sede el día 2 de febrero de 1072 Gobernó valientemente la diócesis durante ocho años, al cabo de los cuales fue martirizado

El día 17 de septiembre de 1253 fue canonizado en Asís por el papa Inocencio IV El papa Clemente VIII extendió su culto para toda la Iglesia el año 1605

La muerte de San Estanislao en el pensamiento polaco significa lo mismo que la muerte de los valores con los cuales él vivía, por los que luchaba y por los que murió como mártir. Con la muerte de estos valores desaparecía también Polonia; por el contrario, con el desarrollo de estas virtudes se reavivaron las almas de los polacos, y sus méritos colmaban la nación de beneficios especiales.

Esta idea tan acertada —es un lema de la existencia de Polonia— y de actualidad siempre en la vida del pueblo polaco, el papa Pío XII la subrayó en una carta dirigida al cardenal primado de Polonia, monseñor Esteban Wyszynski, el día 16 de julio de 1953.

No cabe duda. La figura del Santo constituye para todo el pueblo polaco, en su marcha histórica, ideológica y natural, un magnífico ejemplar y seguro guía.

Por otra parte, la grandeza de San Estanislao consiste en saber vivir y realizar el ideal de nuestra religión, tantas veces subrayado por San Pablo: *christianus sum.* Este ideal le hizo hombre de gran virtud, fundada en la confianza en Dios, que por honrarle, por la religión verdadera, por la justicia, por la libertad y salvación de su pueblo, llegaba a despreciar todas las penas, dificultades, cruces y sufrimientos, guardando siempre en los momentos más importantes y duros de su vida el equilibrio de su espíritu, su fervorosa piedad y un alma inquebrantable.

No es cierto que San Estanislao fuera un hombre duro y de un temperamento rencoroso y terco que le llevara al conflicto con el rey Boleslao y, en consecuencia, a la muerte. Es una opinión falsa y sin fundamento, porque los motivos de su actuación que causaron su martirio eran altamente cristianos, dignos de un obispo católico.

El primer biógrafo y famoso historiador polaco, Jan Dlugosz, confirma esta opinión diciendo:

> «Estanislao era de carácter dulce y humilde, pacífico y púdico; era muy cuidadoso en reprimir sus propias faltas antes de hacerlo con sus prójimos; era un alma que jamás mostró soberbia ni se dejó llevar por la ira, muy atento, de naturaleza afable y humano, de gran ingenio y sabiduría, y dispuesto siempre a ayudar a quien

necesitaba alguna ayuda Odiaba la adulacion e hipocresia, mostrandose siempre sencillo y de corazon abierto»

En una palabra, el obispo de Cracovia era un hombre serio, templado y de verdadera santidad.

Todo lo contrario le ocurría al rey polaco Boleslao. Era un gran guerrero, muy valiente y audaz; pero también era figura de grandes vicios y de muy débil voluntad, defectos que le oscurecieron la inteligencia y le llevaron a la mayor catástrofe de su vida. Agravaron esta situación suya los éxitos políticos y militares, hasta tal punto que en su soberbia Boleslao llegó a creer que a él, el rey, le estaba permitido todo; su conducta se manifestó entonces totalmente amoral, dando paso a sinnúmero de crueldades y abusos que clamaron al cielo.

San Estanislao, viendo un mal tan grande y pecados tan notorios, no pudo quedarse tranquilo; callar en esta situacion significaba lo mismo que aprobar la conducta del rey. Decidió entonces intervenir. Varios eran los motivos que tenía San Estanislao para amonestar al soberano. En primer lugar era el obispo de la capital de Polonia, vivía cerca de la corte del rey, era el obispo de la Iglesia de Cristo, que no podía quedarse mudo frente a un pecador público; era un cristiano que debía amonestar a un hermano suyo que estaba errando. Además, Estanislao era un alto dignatario de la Corona y por esto quería demostrar su disconformidad con los tímidos cortesanos.

Sin embargo, la empresa no era fácil ni sin grandes peligros, pues *Gallus Anonimus,* la auténtica historia polaca de aquella época, llama al rey Boleslao «rex ferox». Se debía, por tanto, emplear la máxima prudencia.

San Estanislao, en el cumplimiento de este deber suyo, se mostró a su debida altura. Amonestaba al rey pidiendo y rogándole que cambiase su postura, que frenase su inmoralidad, el terror y toda la ilegalidad. Actuaba paternal y pacíficamente, sin ira y sin faltar al respeto a su soberano

Sin embargo, todos sus esfuerzos fueron vanos. Según Jan Dlugosz, el efecto era contrario. El rey, en vez de prestar atención a los consejos de su obispo, se llenaba de furia y contestaba con amenazas, olvidándose de su propio honor. Boleslao no quiso ver en la persona del obispo de Cracovia sino a un audaz

enemigo que se atrevía a reprimir al rey. En consecuencia, la justa postura del obispo de Cracovia quedó juzgada falsamente y, herido el corazón del rey, decidió su muerte. Aprovechando la ocasión de que el obispo celebraba una misa en las afueras de la ciudad, en la iglesia llamada «Na Skalce», invadió el templo con su cuadrilla y le mató personalmente durante el santo sacrificio.

La leyenda que siempre acompaña a hechos tan extraordinarios dice que el rey se detuvo ante la puerta de la misma iglesia, mandando entrar a sus soldados y dar muerte al santo obispo. Éstos, intentando cumplir la orden, tres veces llegaron hasta el altar y tres veces, aterrorizados por el miedo, huyeron del templo. Fue entonces cuando el furibundo rey penetró y, yéndose hasta el altar, personalmente mató al ilustre prelado. Cometido el crimen, mandó sacar el cadáver fuera de la iglesia y machacarlo con las espadas.

Satisfecho de su éxito dejó los restos a la intemperie para que fueran pasto de las fieras. Sin embargo, era Dios mismo, prosigue la leyenda, quien se preocupó por estos santos restos mortales de un obispo mártir. En el lugar del sacrilegio aparecieron cuatro grandes águilas reales que volaron sobre estas reliquias durante el tiempo que tardó en integrarse el cuerpo de nuevo y hasta que llegaron los sacerdotes para recogerlo.

Esta leyenda tiene mucha aceptación en Polonia, pues su símbolo profético era, y es, muy vivo. La maldad desmembró el cuerpo del obispo Estanislao, la santidad lo unió milagrosamente de nuevo. En la vida histórica de la nación varias veces la maldad desmembró a Polonia, pero era la santidad, la penitencia del pueblo, sus sacrificios y la perseverancia en sus altos valores lo que unía a Polonia de nuevo y la resucitaba. Siempre que Polonia defendía el reinado de Dios, la Verdad, la justicia y el bien de las almas era nación grande e invencible; si traicionaba estos valores caía desmembrada.

Los amigos del rey justificaban al soberano divulgando que el castigo era justo porque el obispo de Cracovia era un traidor. Hoy día esta canción la cantan también los enemigos de Polonia Y surge la pregunta: ¿A quién debía obedecer el obispo de Cracovia? ¿A Dios o al rey? ¿Debía, acaso, traicionar su fe y a su Dios y servir a un rey que ha traicionado todo? San Estanislao

se mostró un obispo intrépido, un magno defensor de los derechos de Dios, de la moral y de la justicia. He aquí su gloria y su ejemplo para todos los cristianos.

Dios, justo y santo, honró esta postura, pues tanto durante su vida como después de su muerte muchos milagros —el proceso de canonización revisó 36 de primera clase— glorificaron la santidad de este intrépido obispo de Cracovia.

San Estanislao era uno de estos seres a quienes Dios, queriendo manifestar su omnipotencia, y para que sirvan de ejemplo a los demás hombres, les concede bienes sobrenaturales, con el fin de que, por ellos, la verdad de la fe y de la religión brille para la salvación y confortación de los creyentes.

MARIANO WALORECK

Bibliografía

Act. SS. Boll, 7 de mayo· *Vita*, de J DLUGOSZ.

PONCELET, A , en *Bibliotheca hagiographica latina: antiquae et mediae aetatis, ediderunt Socii Bollandini* (Bruselas 1898-1911) n.7832s.

REDDAWAY, W. F. (ed.), *The Cambridge History of Poland.* I: *From origins to Sobreski (to 1696)* (Nueva York ²1971).

SANTA GEMA GALGANI

Virgen († 1903)

Muchos santos han sido acremente discutidos, incluso por católicos, mientras vivían; pero pocos se han visto perseguidos, también por católicos, después de muertos. Gema Galgani, una pobre muchacha italiana que falleció a principios del siglo XX, ha corrido esa doble suerte. Mientras su confesor, el obispo Juan Volpi, atribuía a histeria los fenómenos extraordinarios que presentaba Gema, su director, el pasionista Germán de San Estanislao, afirmaba el origen sobrenatural de esas manifestaciones. La primera fase del proceso para la glorificación de Gema, celebrada en Lucca, donde ella murió, resultó bastante borrascosa, pues había testigos empeñados en hacer de Gema una histérica falsaria; y la prudencia aconsejó que el proceso apostólico se celebrase en Pisa. Muchos esperaban que el decreto en que se declarase la heroicidad de las virtudes de Gema

pondría fin a la controversia, al reconocer implícitamente la autenticidad sobrenatural de aquellos fenómenos. Pero el papa Pío XI quiso que constase expresamente en el decreto que la afirmación de la heroicidad no suponía juicio alguno sobre el origen de aquellos hechos.

Si en Gema hubo fenómenos que llamaron la atención de amigos y enemigos, esta decisión del Papa ha sido una lección para todos, y en ella hemos de fijar nuestra atención, libres del apasionamiento con que entonces se la juzgó. Porque en Gema, además del paradigma general de las virtudes cristianas, que le es común con los demás santos, hay una ejemplaridad poco frecuente, que supone una especial providencia de Dios para con nosotros. Ya ha pasado felizmente el tiempo en que se pensaba que determinadas enfermedades estaban reñidas con la santidad. Lo mismo que hay santos sanos, hay también enfermos santos, y Dios se puede comunicar lo mismo a los unos que a los otros. Puede utilizar como punto de partida o como medio para sus comunicaciones una imaginación exaltada, una sensibilidad morbosa, una manera de ser distinta de la normal. Y pueden darse reacciones patológicas como consecuencia de la excitación producida por una comunicación sobrenatural. Dios ha querido darnos en Gema un ejemplo luminoso de todo esto. Y en esta ejemplaridad de Gema, propia suya, radica su valor presente, que será su valor eterno. El mundo siente ya la necesidad acuciante de conocer a los santos como fueron en realidad, con toda su grandeza espiritual y toda su miseria temporal, sin la piadosa fantasía de una leyenda dorada, sin confundir la conciencia delicada con la psicastenia, ni la nostalgia divina con la depresión, sin llamar sobrenatural a lo que sólo es anormal. Hoy buscamos en los santos más lo imitable que lo admirable. Al mirarlos queremos vernos en ellos para alentarnos con ellos. Los ejemplos edificantes que necesitamos no son de semidioses fulgurantes, sino de cristianos de carne y hueso, con todas las deficiencias que pueden afligir a cualquier discípulo de Jesús, sin excluir ni las anormalidades mentales, que deben conducir a la santidad por el camino de la humillación.

La vida exterior de Gema podría compendiarse en pocas líneas y carece de interés. Nacida en una familia modesta, fue una

niña precoz sin llegar a ser una niña prodigio. A la orfandad siguió la miseria. Una familia piadosa recogió a Gema, y en su casa la tuvo hasta su muerte, más como una hija que como una sirvienta. Fue una joven que supo cumplir lo que ella creía voluntad de Dios con un heroísmo admirable. Resplandeció en la caridad fraterna, excelente contraprueba de la caridad filial. Su humildad y sencillez, su rigurosa sinceridad, su paciencia y resignación ante todo género de padecimientos físicos y morales, fueron de una ejemplaridad absoluta. Y llegó a cultivar ciertas virtudes con demostraciones que parecieron excesivas; en materia de pureza, si de niña no permitía que la tocase ni su padre, jamás consintió que la auscultase el médico. Además, Gema fue protagonista de una doble serie de acontecimientos, que fijaron en ella las miradas de cuantos la conocían. Y esta atención descubrió en Gema reacciones auténticamente cristianas que en otras circunstancias hubiesen pasado quizá inadvertidas. Precisamente en esto consiste la original ejemplaridad de Gema, difícilmente superada ni igualada por otros santos.

La primera de esas dos series de acontecimientos se refiere a su salud. La familia de Gema se vio afligida por las enfermedades. La mitad de los hijos murieron jóvenes. El padre, de un tumor maligno; la madre, de una tuberculosis pulmonar, enfermedades que Gema recibió en herencia. Desde niña fue una criatura enfermiza, escasamente desarrollada, hasta el punto de que a los nueve años apenas aparentaba seis. A los trece tuvo que ser operada de osteítis tuberculosa, a los dieciséis sufrió graves trastornos de apariencia neurótica. A los diecinueve se multiplicaron las enfermedades desconcertantes con síntomas gravísimos. Tabes espinal de carácter maligno, un absceso en la región lumbar, meningitis, úlceras, sordera, caída del cabello, parálisis. Las intervenciones quirúrgicas, en vez de extirpar el mal, lo desplazaban de un punto a otro del cuerpo. Apenas operado el absceso en los riñones, brotó un tumor grave en la cabeza. Los médicos, desconcertados y desalentados, desahuciaron a aquella enferma que no se dejaba reconocer debidamente. Pero Gema se curó de repente. La vida de Gema oscilaba entre agravaciones súbitas y curaciones inesperadas. Le aparecieron por el cuerpo manchas semejantes a quemaduras, dos costillas se le

deformaron visiblemente, padeció dilatación del corazón, tenía súbitos accesos de fiebre con temperaturas que no alcanzaban a registrar los termómetros clínicos, con pulsaciones galopantes que movían la cama en que yacía. A veces rodaba por el suelo entre convulsiones y parecía arrojar espuma por la boca. En sus últimos años tuvo vómitos de sangre y sufrió extrañas alucinaciones que la asustaban y la ponían en ridículo: veía insectos en la comida y serpientes en la cama. Su cuerpo parecía ya un esqueleto. Se añadieron desmayos, pesadillas y delirios. Perdió la vista. En sus últimos meses daba muestras de tener perturbadas las facultades mentales.

Fue su paciencia heroica, con los ojos fijos en el Crucificado, la que permitió aquilatar su humildad y su caridad, las dos virtudes esenciales del Evangelio, en medio de aquel torbellino de enfermedades sin número ni medida. Pero una segunda serie de acontecimientos fueron entrelazándose con esas enfermedades, y la confusión que esto produjo ocasionó la controversia de que Gema no se ha visto libre ni después de canonizada. Dotada de una sensibilidad tan grande, que parecía tener el alma en carne viva, la manifestaba de una manera frecuentemente aparatosa; desde niña, oír contar la pasion de Jesús le producía fiebre, y oír una blasfemia le hacía sudar sangre. Y Gema aseguraba vivir en continuas comunicaciones extraordinarias con el cielo y con el infierno. Cuando en su propia familia sus hermanos persiguieron y ridiculizaron las expresiones de su devocion, Gema se refugió en la continua meditación de la Pasión, deseando vivamente incorporarse a ella. Tenía veintidós años cuando recibió, como se recibe un regalo larga y ansiosamente esperado, los estigmas de la Pasión. Llagas en las manos, pies y costado, abiertas y sangrantes; heridas de la flagelación y la coronación. Gema comenzó a caminar encorvada bajo el peso de la cruz de Jesús, que la hería en un hombro, y tenía las rodillas desolladas por las caidas bajo el peso de la misma cruz. Todas sus heridas coincidían exactamente con las que mostraba el crucifijo ante el cual acostumbraba ella orar. No disimulemos las pinceladas oscuras en este retrato: en algunos accesos, que fueron calificados de ataques infernales, Gema arrebato y rompió los rosarios de los circunstantes y escupió a las imágenes de Je-

sús y de María; en aquellos arrebatos, y en algunas otras actuaciones sorprendentes, Gema era, sin duda, irresponsable y nunca se podrán esgrimir contra su santidad.

Más aún. En este claroscuro de la vida de Gema, sobre el fondo negro resalta lo blanco con toda su pureza. Dios ha querido ofrecer un ejemplo luminoso a quienes padecen ciertas dolencias. Diríamos que en Gema hay una nueva patrona de los enfermos. Y esta muchacha humilde y sencilla será cada vez más apreciada por los afligidos, a quienes ha traído la buena nueva, que muchos se resisten todavía a creer, de que a todos sin excepción está abierto el acceso a la más alta santidad por el camino del Evangelio, que es el de la sinceridad, la humildad y la caridad.

Gema Galgani murió el 11 de abril de 1903. El 29 de noviembre de 1931, Pío XI proclama la heroicidad de sus virtudes y es beatificada el 14 de mayo de 1933. El 26 de marzo de 1939 se leía el decreto aprobando sus milagros para la canonización. Fue canonizada por Pío XII el 2 de mayo de 1940.

CARLOS MARÍA STAEHLIN, SI

Bibliografía

BASILIO DE SAN PABLO, CP, *Biografía de Santa Gema Galgani* (Madrid [2]1964)

GERMANO DI S. STANISLAO, CP, *Vida de Gema Galgani.* Trad. C Martínez y Gonzalez (Barcelona 1910, [4]1941).

— *Lettere ed estasi della serva di Dio Gemma Galgani* (Roma 1909). Trad española por J. Vila (Barcelona [2]1933).

MICHAEL, SR. ST., *Portrait of St. Gemma: a stigmatic* (Nueva York 1950).

THURSTON, H., *Physical phenomena of mysticism* (Londres 1952)

— Actualización:

AGRESTI, G., *Ritratto della espropiata (S. Gemma Galgani)* (Lucca 1978).

BASILIO DE SAN PABLO, CP - GERMAN DE SAN ESTANISLAO, CP, *Santa Gema Galgani* (Madrid 1997).

BONARDI, P., *Con l'amore crocifisso: S. Gemma Galgani, 1878-1903* (San Gabriel, TE 1986)

VILLEPELEE, J. F., *La follia della Croce· Gemma Galgani* (París 1988) Trad española: M GONZÁLEZ, *La locura de la cruz· Gema Galgani* (Madrid 1989)

BEATA ELENA GUERRA

Virgen y fundadora († 1914)

Elena Guerra nació en Lucca, capital de la Toscana, el 23 de junio de 1835 de parto provocado inesperadamente por una

caída de su madre, a los siete meses de embarazo. Fue bautizada el mismo día de su nacimiento con el nombre de María Elena Antonia en la basílica de San Frediano. Sus padres, Antonio Guerra y Faustina Franceschi, pertenecían a la nobleza luccana. Tuvieron seis hijos de los que tres murieron al poco tiempo de nacer. Su madre les dio, tanto a ella como a sus dos hermanos, una educación cristiana auténtica y verdaderamente piadosa. Para preservarlos de los peligros de la sociedad de su tiempo, buscó maestros que les impartieran las enseñanzas en casa.

Elena recibió el sacramento de la confirmación el 5 de junio de 1843 y la primera comunión al año siguiente. En aquel tiempo no era habitual que se comulgara diariamente, sin embargo, ella consiguió permiso para poder comulgar todos los días. Estudió latín, aprovechando las clases que recibía en casa su hermano Almerico, quien se preparaba para el sacerdocio y luego sería sacerdote, y ella lo hizo con tal aprovechamiento que podía leer directamente a los padres de la Iglesia y conocerlos de tal modo que sabía citarlos adecuadamente en sus escritos.

En 1854, a sus diecinueve años, junto con una compañera, Dominga Brun, se dedicó a atender a los enfermos del cólera que afligía la región de Lucca, tanto en la ciudad como en los pueblos. Luego esta amiga fundaría el instituto de Hermanas enfermeras de San Camilo.

Enfermó durante ocho años y, en este período de tiempo en el que tuvo que guardar cama, maduró su vocación religiosa. Volvió a Lucca en 1864 y su deseo de atender a los enfermos se hacía cada vez más ardiente. Por eso comenzó a trabajar con las «Damas de la Caridad» visitando pobres y enfermos. Se inscribió en la Pía Unión de las Hijas de María de Santa Inés —en la que fue nombrada responsable— que había surgido en Lucca en diciembre de 1866 nada más ser fundada la de Roma en febrero del mismo año. Estuvo en Roma en abril de 1870, justamente cuando se estaba celebrando el Concilio Vaticano I. Al año siguiente, el 27 de abril de 1871, dio su nombre y promovió la Compañía de las Adoratrices del Santísimo Sacramento. Se trataba de un grupo de mujeres que, deseando permanecer seglares, se ayudaban para llevar una vida contemplativa. Esta experiencia fue cristalizando, con la sugerencia y ayuda del ca-

nónigo Nicolás de la Santa, en incorporar a su actividad de oración también una opción determinada por el apostolado. Supo rodearse de varios grupos de jóvenes que denominó «Amistades espirituales» y, con ellas, ejercía su apostolado de caridad con los necesitados, atendiendo a la Acción Católica en la diócesis de Lucca y en las diócesis circunvecinas. Fundó también el «Jardín de María» para fomentar la devoción a la Virgen entre las jóvenes del mundo rural, para que cada una ofreciera a la Virgen —como una flor— una virtud. Puso a las jóvenes de todos estos grupos bajo la protección de la Virgen María y esta experiencia le sirvió de embrión para el alumbramiento, con algunas de ellas, de la Congregación de las Oblatas del Espíritu Santo.

El 9 de diciembre de 1872, en Lucca, constituyó una comunidad que tenía como finalidad la educación de las jóvenes. Era la primera casa de jóvenes seglares que instituía con una vida semejante a la religiosa. Continuó con esta actividad durante diez años. A sus compañeras les dio pocas pero muy sabias reglas de vida, proponiéndoles una doble finalidad: promover la devoción al Espíritu Santo y educar a la juventud femenina. Tuvo que pasar apuros, no sólo económicos sino también espirituales por la envidia de algunas compañeras que incluso abandonaron la obra en estos momentos.

En agosto de 1873 la pequeña comunidad se ponía bajo la advocación de Nuestra Señora del Cenáculo, de San José y de Santa Zita, patrona de la ciudad. El arzobispo de Lucca, Nicolás Ghilardi, les concedió llevar hábito en 1882. El 4 de noviembre del mismo año emitieron sus votos las primeras hermanas y en 1889 el mismo arzobispo les permitió que emitieran los perpetuos, dando su aprobación también a la regla. El Instituto tomó entonces el nombre de Santa Zita, santa nacida también en Lucca en el siglo XIII. Las constituciones recogían el carisma, la espiritualidad y la misión: educar a las niñas y jóvenes en la vida humana, espiritual y cristiana desde el culto al Espíritu Santo, como fuente y origen de la santidad en la Iglesia. Santa Gema Galgani, también «luccana», fue alumna de Elena Guerra y, aunque le pidió entrar en su comunidad naciente, no fue acogida.

Elena publicó diversas obras de divulgación y de devoción sobre el Espíritu Santo, tanto para niños como para adultos: por eso fue llamada «la misionera» del Espíritu Santo. Por eso su obra se ponía también bajo el patrocinio de la Virgen con la advocación del Cenáculo, porque allí, con los apóstoles, habían recibido al Espíritu Santo en el primer momento de la Iglesia. «El Espíritu Santo quiere continuar en nosotros la obra de amor que comenzó en el Cenáculo», escribía. También relacionaba el Cenáculo con la Eucaristía: «Ven Espíritu de Cristo. La Eucaristía es como el horno que mantiene sobre la tierra el Fuego que Jesús vino a traer».

En 1895 inauguró el «Cenáculo permanente», un grupo de apostolado que tenía como finalidad la oración continuada entre sacerdotes, consagrados y seglares, y que encontró amplia difusión en otras regiones de Italia. Pero su actividad apostólica no se reducía sólo a la oración sino que se prolongaba también en los trabajos manuales. Hasta inventó un «reloj eucarístico universal», por lo que el Ministerio de Industria y Comercio de Italia le concedió un diploma y la Academia parisina de inventores le hizo también otro reconocimiento por su ingenio. Se trataba de un aparato, con reloj, mediante el que se podía saber las zonas geográficas del mundo en las que se celebraba la misa a la misma hora.

Se conservan su diario, numerosas cartas y obras de carácter pedagógico y reflexiones espirituales. También la Regla para el instituto, que le llevó recoger su experiencia religiosa durante muchos años, basada en el estudio de San Agustín, San Francisco de Sales y Santa Teresa Fremiot de Chantal. Entre las obras de carácter catequético los mismos títulos explicitan su interés: *Obsequios y plegarias al Espíritu Santo; Conversaciones populares sobre la devoción al Espíritu Santo; Recurramos, oh fieles, al Espíritu Santo.* En las cartas, que escribió desde su juventud, se puede comprobar la historia de su vocación así como la historia de la fundación de la comunidad. Se atrevió a escribir también al papa León XIII, de tal forma que, por su impulso y convicción, este papa escribió distintas cartas encomendando a los católicos que oraran especialmente al Espíritu Santo durante las solemnidades de Pentecostés y posteriormente escribiría la carta encíclica

Divinum illud munus para dar a conocer y amar todavía más al Espíritu Santo. Se dirigió varias veces al mismo papa, con frecuencia a través de su director espiritual, el obispo Giovanni Volpi, que le hacía de «mensajero», e incluso el 18 de octubre de 1897 mantuvo una audiencia personal con él insistiéndole, en nombre de distintas personas sencillas pero almas de oración, que pudiera abrir a todos hacia la oración universal y unánime al Espíritu Santo.

El 20 de septiembre de 1906 presentó su dimisión al obispo de Lucca, Benedicto Lorenzelli, por dificultades surgidas en su familia religiosa, entre ellas, las calumnias de que no era idónea para ser Superiora general al no haber administrado bien el patrimonio de las hermanas por haberse dedicado a la escritura de libros y difusión de folletos sobre el Espíritu Santo descuidando el crecimiento del instituto. Fue retirada del gobierno de la comunidad y, desde aquel día hasta el de su muerte, en la sombra fue la más humilde y obediente de las hermanas.

Más adelante, el instituto fundado por ella recibió el *decretum laudis* de la Santa Sede, el 8 de marzo de 1911, tomando el nombre de «Oblatas del Espíritu Santo», aunque se las conocía y se las conoce también por «Zitinas».

Pocos años después su salud fue agravándose. Murió el 11 de abril de 1914, sábado santo, casi de ochenta años. Fue enterrada en el cementerio público de Lucca. Sus restos fueron trasladados a la capilla del Instituto de las Oblatas de Lucca el 30 de abril de 1918. Actualmente sus reliquias reposan en la iglesia de San Agustín, de Lucca.

La causa de canonización fue introducida en Roma el 5 de mayo de 1936. Fue declarada Venerable por Pío XII el 26 de junio de 1953 y beatificada por el papa Juan XXIII el 26 de abril de 1959, la primera beatificación que hizo este papa, también beato, dentro del primer año de su pontificado. En esta ocasión él la denominó «apóstol del Espíritu Santo».

JOAQUÍN MARTÍN ABAD

Bibliografía

JUAN XXIII, «Venerabilis Dei famula Helena Guerra virgo, instituti Oblatarum Spiritus Sancti, vulgo sororum a Sancta Zita, fundatrix, beata renuntiatur»: *AAS* 51 (1959) 337-342.

SCARCELLO, G., *Nulla e impossibile a Dio* (Lucca).

TADDIOLI, R , *Elena Guerra: la donna della Pentecoste e del Cenacolo* (Lucca 1998).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

BEATO LANUINO

Monje († 1119)

Lanuino era normando y debió nacer hacia 1060, pero conocemos poco de su vida anterior a su entrada en la Cartuja hacia 1087: únicamente que había estudiado en Roma y tenía una buena formación literaria. Cuando Urbano II en 1089 reclama a su lado a San Bruno, uno de sus compañeros en la ida a Italia es Lanuino, el cual será en adelante su fiel compañero y principal colaborador en todo lo referente a la vida religiosa que todo el grupo de compañeros de San Bruno quería seguir llevando. Vivió en Roma con los demás en las Termas de Diocleciano, cedidas por el papa, y cuando una parte del grupo de monjes volvió a Grenoble, Lanuino fue de los que se quedaron con San Bruno. Le acompañó en la fundación del monasterio de la Torre en Calabria y lo rigió en las ausencias forzosas del santo al servicio del papa. Construida en 1097 la Casa inferior, con el título de San Esteban, para los hermanos conversos y monjes achacosos, Lanuino quedó como prior y procurador de la misma. Ayudó a San Bruno en todo lo referente a la legalización del monasterio, bienes del mismo y exención de la autoridad de los obispos. Muerto San Bruno en el otoño del 1101, se discutió si se hacía o no a Lanuino prior de ambos monasterios, cosa que se acordó por fin con el agrado del papa Pascual II. Este pontífice distinguió con su aprecio al santo monje encargándole importantes misiones, una de ellas la de visitador de todos los monasterios de Calabria con amplias facultades para reformar cuanto encontrara necesitado de ello. En 1114 fundó el nuevo monasterio de Santiago de Montauro, que fue destinado a los aspirantes a la vida cartujana. Es muy notable que aunque salió muchas ve-

ces de su retiro para acudir a los encargos papales o asistir a concilios, nunca perdió su recogimiento y profundo carácter cartujano. Murió el 11 de abril de 1119. Su culto fue confirmado el 4 de febrero de 1893.

BEATA SANCHA DE PORTUGAL

Virgen († 1229)

Era hija del rey Sancho I de Portugal y se crió en la corte de su padre, siendo hermana de otras dos bienaventuradas: Teresa, que sería reina de León, y Mafalda, que sería reina de Castilla. Sancha eligió desde muy joven la vida religiosa, desechando propuestas ventajosas de matrimonio. Se retiró a su posesión de Jerabrica y llevó una vida de intensa piedad pero sin profesar aún la vida monástica. En este sitio acogió a los santos Berardo y compañeros que iban camino de África donde hallarían el martirio. Fundado por su hermana Teresa un monasterio cisterciense, Sancha fundó a su vez el llamado de Cellis, en el que profesó y murió santamente el 11 de abril de 1229. Su culto fue confirmado el 30 de mayo de 1705.

BEATO ÁNGEL CARLETTI DE CHIAVASSO

Presbítero († 1495)

Nació en Chiavasso, Piamonte, el año 1411. Tras estudiar teología y derecho en Bolonia, vuelve a su tierra y obtiene la dignidad senatorial. Se le propone un ventajoso matrimonio pero lo rechaza porque en su corazón ya estaba fuerte la llamada a la vida religiosa, a la que no responde, sin embargo, hasta que muere su madre. Distribuye su fortuna entre su hermano y los pobres e ingresa en los franciscanos observantes de Génova. Hecha la profesión y ordenado sacerdote, se dedica a la predicación, para lo que estaba muy dotado, y tuvo gran éxito como predicador de la palabra divina. Amigo de los pobres, fomentó los montes de piedad. Fue varias veces ministro provincial de su Orden. Sixto IV le pide predique la cruzada, lo que hace con entusiasmo. Inocencio VIII quiere recompensar sus

servicios nombrándolo obispo pero el humilde religioso logra esquivar esta dignidad y puede retirarse al pequeño convento de Cuneo, en el Piamonte, donde vive en la contemplación de las cosas divinas hasta que el Señor lo llama el 11 de abril de 1495. Su culto fue confirmado el 25 de marzo de 1753.

BEATO JORGE GERVASE

Presbítero y mártir († 1608)

Nació en Bosham, Inglaterra, el año 1569. Como perteneció un tiempo a la Iglesia reformada, se ha pensado que ya nació protestante, pero la verdad parece ser que su familia era católica y que él en algún momento optó por el protestantismo y luego lo abandonó. De joven fue obligado por unos piratas a estar con ellos y luego fue miembro de la tripulación de sir Francis Drake en su expedición de 1595 a las Indias Occidentales. Más tarde sirvió en la Armada española. Por fin, en 1599, ingresó en el seminario de Douai y se ordeno sacerdote en 1603, volviendo enseguida a Inglaterra. Arrestado en 1606, fue luego desterrado del país, y entonces peregrinó a Roma. De vuelta a Douai, ingresó en el monasterio benedictino de San Gregorio. Volvió a Inglaterra y trabajó en Londres, pero a los dos meses era arrestado. Detenido en la Gatehouse, era juzgado en Old Bailey. Se nego a prestar el juramento de lealtad al rey Jacobo I pero significó serle leal de todos modos. Admitio ser sacerdote y monje, y como no era en verdad más que novicio benedictino, antes de morir emitió los votos religiosos. Fue ahorcado y descuartizado en Tyburn el 11 de abril de 1608. Beatificado el 15 de diciembre de 1929.

BEATO SINFORIANO DUCKI

Religioso y mártir († 1942)

Félix Ducki nació en Varsovia el 10 de mayo de 1888. A los treinta años ingreso en el convento capuchino de Nowe Minasto donde profesó el 20 de mayo de 1921 con el nombre de Sinforiano. El *Martirologio romano* dice «Simproniano», pero la causa

de beatificación y el *Index* de la S. C. dicen Sinforiano. Estuvo destinado en los conventos de Varsovia y Lomza, para cuyo seminario menor de San Félix él hizo la recogida de limosnas. Fue un tiempo compañero del ministro provincial. Llegada la guerra, hizo cuanto pudo por atender a los hermanos y a los pobres. El 27 de junio de 1941 fueron arrestados todos los capuchinos de la capital, y nuestro beato entre ellos. Luego de pasar por la cárcel en Varsovia fue enviado al campo de concentración de Auschwitz, donde fue asesinado el 11 de abril de 1942 tras haber sido declarado inútil para el trabajo. Fue beatificado el 13 de junio de 1999.

12 de abril

A) MARTIROLOGIO

1 En Braga (Lusitania), San Víctor, mártir (fecha desconocida)
2 En Firmo del Piceno, las santas Visia y Sofía, vírgenes y mártires (fecha desconocida).
3 En Roma, la deposición de San Julio I († 352), papa **.
4 En Verona (Italia), San Zenon († 372), obispo *
5 En Capadocia, San Sabas el Godo († 372), mártir *
6 En Gap (Francia), San Constantino († ca 517), obispo.
7 En Pavía (Lombardía), San Damián († 697), obispo
8. En Pario del Helesponto, San Basilio († 735), obispo, defensor de las sagradas imagenes.
9. En Saint-Omer, San Erkemdodón († 742), abad de Sithin y obispo de Terouanne
10. En el monasterio de Cava (Campania), San Alferio († 1050), abad, de la Orden de San Benito *
11 En el monasterio de Belem, junto a Lisboa, Beato Lorenzo (s XIV), de la Orden de San Jerónimo
12 En Los Andes (Chile), Santa Teresa de Jesús Juana Fernández Solar († 1920), virgen, novicia carmelita descalza **
13. En Nápoles, San Jose Moscati († 1927), medico **
14 En San José (Chipalcingo, México), San David Uribe Velasco († 1927), presbítero y martir *

SAN JULIO I

Papa († 352)

Dos cosas caracterizan en conjunto el pontificado de San Julio I (337-352): la defensa de la ortodoxia católica frente a las impugnaciones y tergiversaciones de los arrianos, y la protección decidida de San Atanasio, víctima de toda clase de vejaciones y calumnias de parte de los mismos, por ser considerado como la columna más firme de la fe de Nicea. En todo ello mostró San Julio I una firmeza extraordinaria, fruto del temple elevado de su espíritu y del intenso amor que sentía por la Iglesia y la verdad.

No tenemos noticia ninguna sobre su vida anterior a su elevación al solio pontificio. Sólo sabemos por el *Liber Pontificalis* que era romano de origen, y que su padre se llamaba Rústico. Después de cuatro meses de sede vacante a la muerte del papa San Marcos, tuvo lugar su elevación el 6 de febrero del año 337. No mucho después, en mayo del mismo año, murió el emperador Constantino el Grande, a quien sucedieron sus tres hijos Constantino II, Constante y Constancio. Ahora bien, sea porque la significación de estos emperadores fuera mucho menor que la de su padre, sea porque la figura de Julio I fuera mucho más eminente que la de sus predecesores, el hecho es que con él volvió a su verdadera significación el Papado, que anteriormente había permanecido en la penumbra.

Uno de los primeros problemas en que tuvo que intervenir fue la defensa de San Atanasio, que se identificaba con la defensa de la fe y llenó todo su pontificado. Después de la muerte de Constantino diose inmediatamente a todos los obispos desterrados licencia para volver a sus diócesis. De este modo San Atanasio pudo volver a Alejandría, donde fue acogido con gran satisfacción por el episcopado y el pueblo en masa. Pero el partido arriano urdió toda clase de intrigas contra él, pretextando que había sido depuesto por el sínodo de Tiro el año 335. Por eso mismo habían nombrado para sucederle a un partidario suyo, llamado Pisto. Sin embargo, a pesar del apoyo que

les otorgaba Constancio, emperador de Oriente, no pudieron impedir que Atanasio volviera a su diócesis.

Entonces, pues, viose el nuevo papa Julio I asediado por los dos partidos en demanda de apoyo, pero, gracias a su elevado espíritu y a la valentía de su carácter en defensa de la justicia y de la verdad, se puso decididamente de parte de Atanasio. En efecto, los arrianos, cuyo jefe a la sazón era Eusebio de Nicomedia, que había logrado apoderarse de la Sede de Constantinopla, enviaron una embajada ante el Papa, a cuya cabeza iba el presbítero Macario. Por su parte Atanasio, consciente de la gravedad del momento y que se trataba, no de su persona, sino de la defensa de la fe ortodoxa, había celebrado un gran sínodo, después del cual envió las actas a Roma, en las que se contenía la más decidida condenación del arrianismo y la más explícita profesión de fe.

Así, pues, informado ampliamente por ambas partes, Julio I, con su acostumbrada energía y discreción, decidió inmediatamente celebrar en Roma un gran sínodo, según habían pedido los mismos arrianos. Así lo comunicó en sendas cartas dirigidas a Atanasio y a sus acusadores, en las que convocaba a ambas partes para que presentaran sus respectivas razones.

Pero no era esto lo que deseaban los arrianos, a pesar de que anteriormente habían declarado al obispo de Roma juez y árbitro de la contienda. Sin esperar ninguna solución continuaron practicando toda clase de violencias. A la muerte de Eusebio de Cesarea colocaron al frente de esta importante diócesis a uno de sus partidarios, llamado Acacio. Celebraron en 340 un sínodo en Antioquía, y en él renovaron la deposición de San Atanasio, en cuyo lugar nombraron al arriano Gregorio de Capadocia. A viva fuerza fue éste introducido en Alejandría, que hubo de ser tomada con la ayuda de las fuerzas del emperador Constancio. Atanasio fue arrojado de su propio palacio y anduvo errante algún tiempo por los alrededores de la ciudad; pero finalmente se dirigió a Roma. Poco antes habían sido desterrados igualmente Marcelo de Ancira y otros obispos, fieles a la fe de Nicea.

Julio I, modelo de espíritu paternal, acogió a los perseguidos con muestras de verdadera compasión como héroes en defensa

de la verdad católica; y como los arrianos no sólo no enviaban sus representantes para la celebración del anunciado concilio, sino que, por el contrario, acababan de celebrar su falso sínodo de Antioquía, y continuaban cometiendo violencias y atropellos, envióles de nuevo una carta por medio de los presbíteros Elpidio y Filoxeno, en la que les exhortaba a comparecer en Roma. Pero ellos, en vez de obedecer al Papa, le remitieron una respuesta en la que se excusaban de no acudir a Roma, a causa de la situación de inferioridad en que los colocaba en su convocatoria.

> «Por lo demas —decian—, el Papa habia prejuzgado ya todo el litigio, acogiendo en la comunion a Atanasio y Marcelo de Ancira, que ellos habian condenado La Iglesia romana —concluian— poseia la primacia, pero debia considerar que la predicacion del Evangelio habia comenzado en Oriente, el poder de los obispos era igual, y no debia medirse por la magnitud de las poblaciones»

Ante esta posición rebelde y retadora de los arrianos decidióse el papa Julio I a celebrar el anunciado sínodo el año 341, rodeándolo de la mayor solemnidad. Tomaban parte en él más de cincuenta obispos. Hallábanse presentes San Atanasio y Marcelo, objeto de las acusaciones de los adversarios. Lejos de asistir a este sínodo, los arrianos dieron orden de ausentarse de Roma a su representante Macario. Así, pues, Julio I hizo examinar con toda calma la causa de los perseguidos, y, bien estudiados los informes de ambas partes, declaró solemnemente la inocencia de San Atanasio y Marcelo de Ancira, previa para éste una clara profesión de fe. En nombre del sínodo dirigió entonces Julio I una encíclica a los obispos de Oriente, en la que les comunicaba la decisión tomada. Con verdadera dignidad, y sin expresión ninguna mortificadora, pondera el Papa el tono desconsiderado del escrito enviado por ellos a Roma, donde rechazaban su participación en un concilio que ellos mismos habían reclamado. Finalmente, con plena conciencia de su autoridad y de la primacía de la Sede romana, declara que, aunque Atanasio y los demás hubieran sido culpables, antes de dar ellos ningún fallo debían, conforme a la tradición, haber escrito a Roma y esperar su decisión.

Mas, no obstante una actitud tan digna y serena del romano pontífice, los arrianos, continuaron sus violencias y arbitrarieda-

des. Así, con el objeto de contrarrestar el efecto moral de las decisiones de Roma, celebraron ellos el mismo año 341, en Antioquía, un sínodo, al que asistieron un centenar de obispos, en el que confirmaron la sentencia contra San Atanasio y su posición antinicena. Por todo esto, Julio I, que no deseaba otra cosa que el triunfo de la verdad, en inteligencia con otros obispos de Occidente decidióse a celebrar un concilio de carácter más universal. Esto le era facilitado entonces por la situación política, pues, desde que quedaron dueños respectivamente del Oriente y Occidente Constancio y Constante, como éste favorecía positivamente al Romano Pontífice y la ortodoxia de Nicea, se observó durante un decenio (341-351) cierto predominio de la ortodoxia, defendida por Julio I y San Atanasio.

Así, pues, con el favor del emperador Constante, con quien se había puesto de acuerdo su hermano Constancio, celebróse el gran concilio de Sárdica en el otoño del 343. El Papa envió como representantes suyos a dos presbíteros. Presidíalo el célebre Osio, obispo de Córdoba, consejero religioso del emperador y verdadera columna de la fe. Sin embargo, aunque este concilio sirvió para afianzar la ortodoxia y poner más en claro los derechos del primado de Roma, sin embargo, en vez de traer la unión, más bien contribuyó a ahondar más la división existente.

Los orientales, que habían comparecido en el concilio antes que los occidentales, exigieron que Atanasio, Marcelo y los demás obispos depuestos por ellos fueran excluidos del concilio. Desde luego, eso significaba negar el derecho de apelación al romano pontífice y a un concilio universal, y entregar a Atanasio y demás obispos a merced de sus más encarnizados enemigos. A tan injustas exigencias opusiéronse con toda decisión los obispos occidentales, por lo cual los orientales se negaron a tomar parte en ninguna deliberación, y, después de inútiles esfuerzos realizados para reducirlos, se separaron del legítimo concilio. Reuniéndose, pues, entonces en Philippópolis, redactaron una nueva fórmula de fe, renovaron la condenación de San Atanasio y lanzaron una circular, en la que apelaban de las decisiones de Sárdica.

A pesar de la partida de los orientales, permanecieron firmes en Sárdica unos cien obispos occidentales, presididos por

Osio y los legados pontificios, celebrando entonces el verdadero concilio. Después de un nuevo examen de la causa de Atanasio y Marcelo fueron éstos declarados inocentes y restituidos a sus cargos, y juntamente se lanzó excomunión contra los intrusos en sus sedes y los dirigentes eusebianos o arrianos.

Mucha mayor trascendencia tuvieron una serie de cánones que promulgó luego el concilio de Sárdica, que, aunque representado exclusivamente por obispos occidentales, se consideraba como concilio ecuménico y ciertamente tuvo siempre gran significación. Los más importantes son, indudablemente, los que se refieren al obispo de Roma, de cuya autenticidad, conforme a la más moderna crítica, no puede dudarse. En ellos se proclama de un modo claro y terminante el derecho de apelación al Romano Pontífice, con lo que implícitamente se proclama también el primado de Roma Así se determina que un obispo, depuesto por su concilio provincial, puede apelar a Roma. En este caso el obispo de Roma debe ordenar una nueva investigacion por medio de un sínodo en las diócesis vecinas, y, en caso de nueva apelación, decidir por sí mismo. Por otra parte, el concilio renovó el símbolo de Nicea y contribuyó eficazmente a afianzar la ortodoxia católica. Por esto gozó siempre de gran reputación y fue considerado como uno de los grandes concilios de la antiguedad.

Una vez realizada esta grande obra, el santo papa Julio I tuvo de nuevo el consuelo de ver en Roma al héroe de la ortodoxia, San Atanasio, quien quiso despedirse y dar gracias al Papa antes de volver triunfalmente a Alejandría. Julio I le dio una carta para el pueblo de Alejandría y de Egipto, en la que felicitaba a los obispos y sacerdotes y a los fieles por su inquebrantable adhesión a la fe de Roma y a la Cátedra de Pedro.

El resto de la vida de Julio I se desarrolla en una forma semejante. Con la eximia santidad de su vida y con su energía en la defensa de la verdadera fe fue el pastor que necesitaba la Iglesia en aquel período, en que tan combatida se veía por los más peligrosos enemigos, que eran los herejes arrianos. Es cierto que ayudó poderosamente al predominio de la ortodoxia durante este tiempo el apoyo del emperador Constante, al que, con

más o menos convicción, se doblegaba Constancio. Pero no puede negarse que la virtud, fortaleza y clara visión de las cosas del papa Julio fueron la causa decisiva del predominio que fue adquiriendo la ortodoxia romana y la fe de Nicea. Aun después de desaparecer en 350 la figura de Constante, todavía mantuvo la ortodoxia su predominio frente a la herejía; pero, al morir Julio I en abril del 352, pudo de nuevo el arrianismo celebrar un corto período de triunfo.

Ya desde la antigüedad fue celebrada la virtud y constancia de este gran Papa en defensa de la fe, por lo cual fue incluido bien pronto en los catálogos de santos o martirologios cristianos.

BERNARDINO LLORCA, SI

Bibliografía

Act. SS. Boll., 12 de abril.
BATIFFOL, P., *La paix constantinienne et le catholicisme* (París 1914).
DUCHESNE, L. (ed.), *Liber pontificalis*, 3 vols. (París 1886-1957).
— *Histoire ancienne de l'Église*, II (París [4]1908) 192s.
HEFELE, C. J. - LECLERCQ, H., *Histoire des Conciles d'après les documents originaux* (París 1907-1952).
TILLEMONT, L. S. DE, *Mémoires pour servir à l'histoire ecclésiastique des six premiers siècles...*, VII (Venecia) 269s.
En general, todas las «Historias generales de la Iglesia» y obras similares.

SANTA TERESA DE LOS ANDES

Virgen y religiosa († 1920)

Carmelita descalza, nació en Santiago de Chile en 1900; murió en Los Andes en 1920.

Se la conocerá con el nombre de Juana o Juanita hasta que en 1919 cambie su nombre por el de Teresa de Jesús. Actualmente se la reconoce como Santa Teresa de Los Andes para distinguirla de las otras santas Teresas del Carmelo: Teresa de Jesús, Teresa Margarita, Teresa de Lisieux. El apellido de Los Andes hace referencia al monasterio del Carmelo Teresiano en que entró y murió.

Su abuelo paterno había nacido en España, en un municipio de la Rioja llamado Galilea, partido judicial de Arnedo, diócesis

de Calahorra. Uno de los 15 hijos de este riojano se llamaba Miguel Fernández Jaraquemada, nacido en Santiago de Chile en 1869. Casó con Lucía Solar Armstrong en 1892. Miguel y Lucía son los padres de nuestra santa. Lucía, Miguel, Luis, Rebeca e Ignacio, más otra Juana que murió a poco de nacer, son sus hermanos.

En la casa tenían el privilegio pontificio de oratorio privado y se decía misa casi todos los días.

La familia gozaba de una posición desahogada y económicamente en estado de bienestar.

«Jesús no quiso que naciese como Él, pobre. Y nací en medio de las riquezas, regalona de todos», dirá Juanita. Pero, muerto en 1907 el abuelo materno, Eulogio Solar, que poseía «el fundo de Chacabuco, con miles de hectáreas, colindantes con Argentina, a unos 60 kilómetros al norte de Santiago», comienza a cuartearse la herencia familiar recibida y se perderán las dos heredades o fincas rústicas de Chacabuco y Melipilla. La gestión económica de don Miguel en los negocios fue desastrosa.

La *cronología* de Juanita/Teresa es breve: 1900-1920.

En la presentación que hace de su *Diario* en 1917 divide su vida en dos períodos: «más o menos desde la edad de la razón hasta mi Primera Comunión; desde mi Primera Comunión hasta ahora. O más bien será hasta la entrada de mi alma en el puerto del Carmelo»; habría que añadir una tercera parte: desde su entrada en el convento hasta su muerte.

Nacida el 13 de julio de 1900, la bautizaron el 15 sucesivo con los nombres de Juana Enriqueta Josefina de los Sagrados Corazones. Se confiesa por primera vez en 1907, a los siete años, y lo hace con frecuencia ya en esos años anteriores a la Primera Comunión.

Aprende a leer en el colegio de las Teresianas, en el que pasa poco más un mes. Después como externa en el Colegio de la Alameda de las Delicias, regentado por las religiosas del Sagrado Corazón, fundadas por Santa Magdalena Sofía Barat, va a recibir una educación esmerada. Ingresa en el Colegio como externa en 1907 y allí sigue como tal hasta 1915.

Ese mismo año pasa como interna al colegio de la Maestranza (hoy Portugal) de las mismas religiosas. Sacó bien los

cursos, aunque tuvo que esforzarse en los estudios. Lo que obtenía todos los años era premio en conducta. La educación era muy completa en lo moral y en lo científico. Así se completaba en lo moral la educación cristiana recibida en el seno de la familia.

En 1909 recibe el Sacramento de la confirmación; y en 1910, el 11 de septiembre recibe la primera comunión de manos de Monseñor Ángel Jara, obispo de La Serena.

En diciembre de 1914 sufre un ataque de apendicitis y es operada el día 30. Ella misma contará en el *Diario* con tonos dramáticos las incidencias de la intervención quirúrgica. Le costó mucho restablecerse de la operación, y lo sintió especialmente por el tiempo que tuvo que estar sin «subir a caballo, pues no hay nada que me guste más que el caballo».

En 1915, al cumplir los quince años, proclama con gozo que Cristo la ha cautivado y enamorado. En 1916 revela a su hermana Rebeca que va a ser carmelita, ilusión o sueño que abrigaba desde que hizo la primera comunión. En agosto de 1917 hace unos días de retiro y el confesor le asegura que no ha cometido nunca pecado mortal.

En septiembre de ese mismo año escribe su primera carta a la priora de las carmelitas descalzas de Los Andes, manifestándole su deseo ardiente de hacerse monja en ese monasterio.

Prosigue su carteo con el monasterio a lo largo de 1918; el 12 de agosto deja definitivamente el internado. En septiembre solicita su entrada en el Carmelo. La madre priora, a vuelta de correo, le contesta afirmativamente. Va profundizando cada vez más en su vocación al Carmelo; en noviembre de 1918 anda leyendo el *Camino de Perfección* de Santa Teresa.

El 11 de enero de 1919 va con su madre a visitar el monasterio de Los Andes. La encanta la sencillez y la pobreza que encuentra. El 25 de marzo escribe, desde Santiago, una carta extraordinaria a su padre pidiéndole permiso para entrar en el Carmelo. Al mes siguiente su padre le da el consentimiento requerido. Fue ésta una de las mayores alegrías de su vida. Comunica la autorización paterna a las monjas de Los Andes, y anuncia que está decidida a entrar ya el 7 de mayo. Entra ese día previsto en el monasterio. Desde ahora se llamará Teresa de Je-

sús. Terminado el postulantado, toma el hábito de monja el 14 de octubre, víspera de la fiesta de Santa Teresa, y comienza su noviciado.

El mes de abril de 1920 es un sucederse de momentos de gracia y de pasión: el 2, Viernes Santo, cae gravemente enferma con tifus. Un mes antes ha dicho que moriría pronto, dentro de un mes. El 5 pide los últimos sacramentos. El 6, se le concede hacer la profesión *in articulo mortis*. Al modo como la hacían las primeras descalzas, entre otras la famosa Ana de Jesús en 1570 en Salamanca.

> «La formula de la profesión la repitió las tres veces, con voz entera, quedando en celestial gozo y agradecidísima a la comunidad, que sin mirar su indignidad, como ella decía, le había concedido gracia tan grande»

El día 7 hace su última comunión; y el 12 de abril muere a las 19,15 horas. Es la santa más joven del Carmelo. Tenía sólo 19 años y nueve meses y once meses en el convento. Fue sepultada en un nicho del cementerio conventual dentro de la clausura. En 1940 se procedió a la exhumación; sus restos fueron trasladados al coro de la comunidad, sito en la clausura, y puestos en un sepulcro de piedra, sin inscripción ni nombre alguno.

En marzo de 1947 se comenzó el proceso diocesano en orden a su beatificación. Se cerró el 4 de marzo de 1971. En 1976 da comienzo el llamado proceso «cognicional»; se inicia el 17 de marzo y se cierra el 18 de marzo de 1978. Así quedaba enriquecido el proceso ordinario de 1947-1971.

En 1985 los teólogos consultados se pronuncian favorablemente y por unanimidad acerca de las virtudes heroicas de la sierva de Dios; el 18 de marzo de 1986 la Congregación de cardenales y obispos proclama que Teresa de Los Andes ha practicado en grado heroico las virtudes evangélicas. Es declarada Venerable. El 16 de marzo de 1987 el papa Juan Pablo II firma el decreto de beatificación. Y el 3 de abril de 1987 Juan Pablo II la beatifica solemnemente en el Parque O'Higgins, en Santiago de Chile, ante más de 300.000 fieles.

En octubre de 1987 el Carmelo de Los Andes se traslada al nuevo monasterio de Auco, Rinconada de Los Andes. Llevan consigo los restos de Teresa, que en diciembre de 1988 son depositados en la cripta del nuevo Santuario, inaugurado con toda

solemnidad en esa ocasión. La fama de Teresa/Juanita se ha ido desbordando y, ya antes de la beatificación, se vio la necesidad de construir un gran santuario que acogiera a los miles y miles de peregrinos y devotos de la Santa.

Aprobado el milagro para la canonización, Teresa de Jesús —de Los Andes— fue canonizada el 21 de marzo de 1993 en la basílica de San Pedro de Roma.

El Señor tenía sus planes sobre esta criatura en la que había puesto sus complacencias. La canonización hace culminar esos planes divinos que habían comenzado a manifestarse nada más morir. Enseguida comenzó a hablarse de gracias y favores recibidos por su intercesión. Llegan y llegan peregrinos y visitantes continuamente a visitar su tumba. El correo trae cartas y más cartas de Chile y del extranjero anunciando curaciones y gracias y pidiendo su intercesión.

Ya en 1977 se habían llenado 14 volúmenes manuscritos con más de 3.500 páginas de tamaño oficio, en los que los peregrinos al sepulcro de Teresa habían ido escribiendo sus impresiones, sus oraciones, sus deseos, los milagros que creían haber recibido por intercesión de sor Teresa. La afluencia de gente al nuevo santuario es constante y llamativa.

El fenómeno de la fama de santidad y de la atracción que ejerce su figura desde el momento de su muerte es imparable. Una de las religiosas del convento declaraba:

> «Al fallecer una carmelita, se tocan las campanas a muerto y viene gente al templo, pero cuando murio Sor Teresa se lleno la iglesia de fieles, en forma tal que no cabia nadie mas, agolpandose numeroso gentio en la acera y calle adyacente, con grandes muestras de dolor Las carmelitas nos asombramos porque jamas habiamos hablado de la santidad de la Sierva de Dios fuera del convento»

El juicio de las religiosas y de cuantos han ido viendo el crescendo de la devoción de los fieles hacia sor Teresa es que quien habla y sigue hablando de ella es Dios que mueve los corazones, no había que hacer propaganda porque se encargaba el mismo Dios. Sigue vigente lo que ella dejó dicho encabezando su *Diario:*

> «La historia que Ud va a leer no es la historia de mi vida, sino la vida intima de una pobre alma que, sin merito alguno de parte

de ella, Jesucristo la quiso especialmente y la colmo de beneficios y de gracias»

Quien la quiso tan especialmente se ha empeñado ahora en manifestarla al mundo y a su Iglesia con esa aura de juventud perenne en que vivió.

Más que nunca, una vez canonizada, hay que preguntarse, ¿cuál es el mensaje de esta joven chilena Teresa/Juanita? En la homilía de la canonización el Papa la llamó «luz de Cristo para toda la iglesia chilena»:

> «Dios ha hecho brillar en ella de modo admirable la luz de su Hijo Jesucristo para que sirva de faro y guia a un mundo que parece cegarse con el resplandor de lo divino A una sociedad secularizada, que vive de espaldas a Dios, esta carmelita chilena, que con vivo gozo presento como modelo de la perenne juventud del Evangelio, ofrece el limpido testimonio de una existencia que proclama a los hombres y mujeres de hoy que en el amar, adorar y servir a Dios esta la grandeza y el gozo, la libertad y la realizacion plena de la criatura humana La vida de bienaventurada Teresa grita quedamente desde el claustro "¡Solo Dios basta!"»

El perfil de la santidad de esta criatura es de lo más amable. Vivió su jornada terrena con intensidad y ella misma en su *Diario* y en poco más de 160 cartas deja trasparentar lo que era su vida humana, cristiana y religiosa. Físicamente era una belleza. Los testigos la describen como «de porte distinguido, de gran belleza física y muy fina de modales», «muy buena moza, tenía ojos azules preciosos, nariz bien cortada, tez blanca», «ojos celestes, rubia, los dientes muy blancos y pequeños», 1,75 de estatura Ella misma dice en su *Diario.*

> «A mi, desde chica, me decian que era la mas bonita de mis hermanos y yo no me daba cuenta de ello Pero esas mismas palabras me las repetian cuando mas grande, a escondidas de mi mama, que no le gustaba Solo Dios sabe lo que me costo desterrar este orgullo o vanidad que se apodero de mi corazon cuando estuve mas grande»

El equilibrio psíquico era perfecto, era una niña maravillosa, dice alguien que la conocía bien. Cuando en el Proceso se pregunta a los testigos si vieron en ella rastros de infantilismo, todos responden afirmando la gran madurez de Juanita. Una testigo, refiriéndose a sus años de colegiala, certifica:

«Nada de infantilismos, todo lo contrario, porque su vida espiritual era profunda, sus oraciones siempre constantes. Además, vivía con una preocupación, realizar su vocación».

Las carmelitas descalzas del monasterio de Los Andes en la Carta circular de mayo de 1920 que enviaron anunciando la muerte de sor Teresa se detienen gozosamente en contar cosas de su vida y rasgos de su personalidad y agradecen a Dios «haberla traído a nuestro monasterio y habernos permitido contemplar en tanta juventud, tanta santidad».

La propia Santa dice: «La historia de mi alma se resume en dos palabras: "Sufrir y amar"». Y en el mismo *Diario* desvela el secreto de su existencia cristiana: «Nuestro Señor me mostró como fin la santidad y ésta la alcanzaría haciéndolo todo lo mejor posible». Lo mismo le dijo el confesor y ésa fue su tarea: hacer todo lo que tenía que hacer lo mejor posible y padecer también todo lo que tuvo que padecer lo mejor posible. Y esto a lo largo de toda su vida, nada larga, pero de una intensidad increíble. Su santidad se fue tejiendo de esa manera tan natural y sencilla. Se hizo santa siendo la que tenía que ser en su ambiente, en los espacios y tiempos en que le tocó vivir.

En la medida en que se cuenta su vida se va configurando insensiblemente su figura espiritual, sin necesidad de armazones especiales. En esto está precisamente su grandeza.

Uno de los teólogos censores de sus escritos ante la Santa Sede la describe como un alma verdaderamente teologal. Se trata de una santa en la que la vida sacramental va dando sus mejores frutos. Hija de Dios por el bautismo, va floreciendo en virtudes con una naturalidad sorprendente.

En su *Diario* confiesa: «Cuando vino el terremoto de 1906, al poco tiempo fue cuando Jesús principió a tomar mi corazón para sí». La toma de su corazón se afianzó de modo definitivo en su primer encuentro eucarístico. La preparación para este acto tan trascendental había sido exquisita; un año largo de preparación, pidiendo cada día a su mamá que la dejara ya comulgar. Una semana de retiro en el colegio y, vuelta a casa, seguía en soledad especial, «hasta comía sola en su pieza, con permiso de la mamá». La víspera de ese día tan esperado, hizo la que fue «mi confesión general. Me acuerdo: después que salí me pusieron un velo blanco». Desde el colegio escribe una cartita a sus

padres agradeciéndoles todas sus bondades y pidiéndoles «perdón por las desobediencias, rezongos que he cometido. Espero no volver a hacer más esas faltas». Y esa misma tarde en la casa, de rodillas, vuelve a pedir perdón a su padre y a su madre por las penas o disgustos que les hubiera causado con su mala conducta. Pide también perdón a todos sus hermanos «y por último a mi mamita y demás sirvientes». Llama «mamita» a la empleada Ofelia Miranda que cuidaba de ella desde pequeñita.

Siendo tan bien cuidada la preparación no es extraño que aquel 11 de septiembre fuera para ella un día a señalar con piedra blanca. Recordándolo, dirá:

> «El día de mi Primera Comunion fue un día sin nubes para mi No es para describir lo que pasó por mi alma con Jesus» «Ese hermoso dia para mí fue un día hermoso para la naturaleza tambien El sol despedía sus rayos que llenaban mi alma de felicidad y acción de gracias al Creador»

Los efectos saludables de aquel encuentro se notaron en su conducta. Uno de sus hermanos, «Lucho» (Luis), declarará que

> «despues de la Primera Comunion se notó un cambio en la conducta de Juanita que hasta entonces habia dejado entrever algunos defectillos caracter un tanto iracundo y le costaba obedecer El contacto diario con el Señor en la Comunión la transformó Su carácter se torno suave y servicial. Fue obediente y docil, de tal modo que nos llamaba la atención a todos sus hermanos y nos servia de ejemplo»

El cambio no fue algo pasajero y se irá traduciendo en vivencias interiores muy fuertes en su vida de piedad, de intensa oración y en su atención a pobres y desvalidos.

Generosa y abierta con los pobres. A un niño huérfano y desaliñado, llamado Juanito, lo cuidaba en lo material y espiritual como si fuera su madre. Le daba lecciones de catecismo, le enseñó a rezar, lo alimentaba y vestía. A Lucho le pedía calcetines y ropa para su Juanito, del que decía que se preocupaba tanto por él porque para ella «era el símbolo de todos los niños pobres y desvalidos del mundo». Hasta rifó un reloj para comprar unos zapatos a su Juanito. Una de sus compañeras de infancia la define como «muy amiga de los pobres y de los niños chicos». Si durante la comida llegaba un pobre, le llevaba su propio plato y le hacía comer.

En las misiones populares que se daban en los fundos participaba muy activamente. Era algo que la entusiasmaba. Sabía aprovecharlas para su bien espiritual y para intervenir en ellas como catequista. Así en Chacabuco en 1916, todos los días hizo «catecismo a 60 niños, 24 de los cuales hicieron la Primera Comunión». Y de las dadas en 1919 por los padres claretianos, llegados de Talca, dice a una amiga:

> «La gente quedó encantada [...] Nosotras hacíamos catecismo; se juntaban más de 50 chiquillos, y después de las misiones hemos seguido haciéndoles clase todos los días». «Hicimos catecismo. En fin, hasta ayudé a Misa».

Pero no todo era pura catequesis:

> «Como nos vamos el sábado a Santiago les hicimos hoy a los niños comedias y juegos, pero te aseguro que los pobrecitos han gozado. El domingo anterior a éste les hicimos biógrafo [cine mudo]. Estaban encantados. Después, para terminar les tiramos una rifa».

Cuando veraneaba en el balneario de Algarrobo en 1918 se prodigaba también dando el catecismo a niños pobres, hijos de pescadores y obreros, preparándolos también para la primera comunión. «Estoy haciendo clase de catecismo. Tengo 9 chiquillos y les rifo todos los días cualquier juguetito, con lo que gozan». Se empeñaba, además, en formar un coro con otras señoritas veraneantes y ella misma tocaba el armonio de la capilla.

En otras ocasiones, cuando, explicando el catecismo, veía que los chiquillos comenzaban a inquietarse, «los hacía cantar».

El jesuita Francisco Lyon Subercaseaux, que la vio en su menester catequético, declara que

> «daba gusto escucharla cómo hablaba de Dios, de la Santísima Trinidad y de la persona de Nuestro Señor Jesucristo. Al enseñar el catecismo, se notaba gran dominio de él, de modo que los alumnos no lograban jamás sorprenderla en algún yerro».

El fervor religioso y apostólico no la hacía ñoña ni esquiva; todo lo contrario, la llevaba a ser al mismo tiempo buena compañera, alegre y expansiva. Sus paseos a caballo eran bien conocidos; era una diestra amazona. La equitación era su deporte favorito. Uno de los testigos que participaba en la alegría es-

pontánea y sana de Juanita, certifica que ella era «el alma de esas correrías por playas y quebradas de Algarrobo».

El mismo testigo, jesuita más tarde, refiere que Juanita

> «gozaba en la contemplacion de las bellezas de la creacion, el oceano y las frescas playas que circundadas del silencio de voces humanas, estaban llenas del rumor de las olas Elevaba su espiritu a Dios»

La vio también muy recatada en los baños de playa que tomaba en Algarrobo Alegre como ella sola, además de enseñar el catecismo e invitar a la piedad disfrutaba divirtiendo a los chiquillos Así, estando de vacaciones y de descanso en Chacabuco o en algún otro de los fundos, atendía a los hijos de los inquilinos y quería verlos alegres· organizaba carreras de sacos, carreras en burro, y daba premios a los triunfadores. Y añade quien presenció aquella alegría: «Quedaba Juanita llena de tierra con los juegos y era la más alegre y entusiasta».

El mismo espíritu que manifestaba con los de fuera de casa la llevaba a comportarse exquisitamente en casa para con sus padres, con sus hermanos, tan distintos unos de otros, a los que ponía en paz con un tacto singular, a los que aconsejaba y ayudaba, atreviéndose, además, a dar consejos a su propia madre acerca de la suavidad con que debía tratar a alguno de los muchachos. Supo estar muy cerca de su padre, alentándolo en los momentos más duros del quebranto económico padecido. Quien repase la correspondencia familiar de Juanita verá la cercanía, el cariño y la profundidad espiritual con que los rodeaba y seguía. Es uno de los capítulos más llenos del sentido apostólico de esta criatura, y ha sido ya estudiado finamente por Félix Málax (cf. bibliografía). Lo de ama de casa le tocaría serlo al dejar el internado en 1918. Eran los años de la caída de la fortuna familiar, el número de los empleados de casa había disminuido y allí estaba Juanita pronta a servir como la que más:

> «Le toca a ella correr con la casa, y no tiene otro pensamiento que agradar a todos y sacrificarse por cada uno de ellos en todo momento»

Desde el día de su primera comunión no la abandona la idea de consagrarse a Dios en la vida religiosa. Pero todavía en enero de 1919 la asaltan dudas sobre ser religiosa del Sagrado Corazon o carmelita descalza. Se informa bien del género de vida de

ambos institutos. La atrae mucho la vida de inmolación de las Hijas de Santa Magdalena Sofía Barat, «pero el Carmen se me presenta con todos los atractivos para llenar mi alma. Además, N. Señor me ha manifestado tantas veces que sea carmelita». Así se fueron disipando sus dudas y la primera vez que visitó el convento «veía claramente que Dios me quería allí y me sentía con fuerza para vencer todos los obstáculos para poder ser carmelita y encerrarme allí para siempre».

Su estancia en el monasterio fue de lo más breve, llegaba a él como a puerto de sus aspiraciones. La vida de oración que había llevado antes de entrar, haciendo, como cuando intervenía en las misiones populares, hasta una hora y media de oración diaria, su devoción eucarística singular tan acendrada desde los días del colegio, su devoción mariana exquisita, su espíritu de mortificación, penitencia y soledad constituyen el bagaje con que arriba al Carmelo. Llega al deseado puerto sobre todo con la ilusión de ser toda de Dios. Así lo había escrito en su *Diario* ya en 1915: «Por Él lo dejaré todo para irme a ocultar tras las rejas del Carmelo, si es Su Voluntad, y vivir sólo para Él». El día que cumplía 15 años escribe una página maravillosa y, entre otras cosas, dice:

> «El porvenir no se me ha revelado, pero Jesus me ha descorrido la cortina y he divisado las hermosas playas del Carmelo»

El 13 de julio de 1917 escribe:

> «Hoy cumpli 17 años Un año menos de vida [ ] Un año solo para arribar al puerto del Carmelo ¡Oh Carmen! ¿Cuando me abriras tus puertas sagradas?»

Uno pudiera pensar que se trata de sueños de una jovencita sin experiencia de la vida, pero sus afirmaciones son contundentes·

> «Mi pensamiento no se ocupa sino en El Es mi ideal Es un ideal infinito Suspiro por el dia de irme al Carmelo para no ocuparme sino de El, para confundirme en El y para no vivir sino la vida de El amar y sufrir para salvar las almas Si, sedienta estoy de ellas porque se que es lo que mas quiere mi Jesus ¡Oh, le amo tanto!»

Así desvelaba su vocación a su hermana Rebeca, que la seguirá en el mismo Carmelo y morirá en 1942. Los pocos meses

que pasa Juanita/Teresa en el monasterio le sirven para enriquecer aún más todos estos aspectos de su vida espiritual, sigue siendo la misma, con la misma fidelidad, ahora ejercitada en el ámbito conventual. Su vida de oración en el Carmelo ha sido estudiada y encuadrada en cuanto ha sido posible en «cuatro zonas orantes: la oración sencilla, el sufrimiento compartido con Cristo en su pasión, la experiencia profunda de Dios, las repercusiones corporales» (Félix Málax, cf. bibliografía).

El trato con Dios en la oración no fue para Teresa un sendero de rosas. Ya antes de entrar había pasado por lo que luego en el Carmelo experimentará: desazones, aridezes, abandonos por parte de Dios, «dudas horribles contra la fe», sequedades espantosas. No se le ahorró para nada lo que en lenguaje tan de San Juan de la Cruz se llaman noches oscuras, que son de lo más crucificante. Tuvo que configurarse con Cristo, con su Pasión. Las páginas con que describe todos estos estados de ánimo son patéticas. Así fue, de veras, llegando a la plenitud en ese su ser alma teologal. Sus sufrimientos, sus ansias de perfección, todo el hervor de su amor, su entrega es de tonalidad esponsal. Ya el 8 de diciembre de 1915, de edad de 15 años,

> «hago el voto delante de la Santisima Trinidad y en presencia de la Virgen Maria y de todos los santos del cielo de no admitir otro Esposo sino a mi Señor Jesucristo, a quien amo de todo corazon y a quien quiero servir hasta el ultimo momento de mi vida»

Y así fue. Este su voto se coronó y selló a las puertas de la eternidad al hacer su profesión de carmelita descalza en trance de muerte, seis días antes de su fallecimiento.

Las devociones de toda su vida: a la Virgen María, «Mi madre la Virgen María», cuyo rosario rezaba todos los días: «sólo una vez, cuando estaba más chica, se me olvidó»; «Mi Padre San José», la siguieron en el Carmelo y se hermanaron con las devociones a Teresa de Jesús, a Juan de la Cruz, a Teresa de Lisieux, a Isabel de la Trinidad; todos estos personajes de la familia carmelitana la ayudaban y sugerían tantas cosas en su camino de santificación. Pero la devoción más profunda de Teresa de Los Andes fue la eucaristía, devoción ésta como las otras que no eran en ella fruto de una vana credulidad sino bien fundamentadas en su fe, en el Evangelio y en la tradición viva de la Iglesia.

También tenía devoción y hambre de la palabra de Dios; ya antes de entrar en el Carmelo, como declara una de sus compañeras, «leía mucho los Santos Evangelios; el ejemplar que tenía estaba bien usado de tanto leerlo y meditarlo. Se sabía de corrido la Historia Sagrada». También sabemos que «asistía a unas clases sobre el Evangelio, y nunca las perdió. Era muy diestra en decir de memoria el evangelio del domingo».

Es un caso singular el de esta criatura: habla íntima y casi continuamente con Cristo Jesús, que a veces le reprocha su falta de confianza, le habla de las virtudes: humildad, caridad, pobreza.

> «Me mostro su grandeza y mi nada y me dijo que me habia escogido para victima Que subiera con El al Calvario Que emprendieramos juntos la conquista de las almas El, Capitan y yo soldado Nuestra arma, la Cruz La divisa, el amor»

Así podríamos recoger otras muchas palabras del Señor a Juanita/Teresa. Confesará con toda naturalidad que ya el día de su primera comunión sintió «su voz querida por primera vez» Le hablaba con tanta frecuencia: «me decía cosas que yo no sospechaba». Ante las dudas que se le presentaban por estas hablas interiores, acertaron a guiarla bien sus directores espirituales, claretianos, jesuitas, carmelitas. Ella misma, aunque la ayudaban tanto estas comunicaciones en su vida interior, dirá a uno de sus directores:

> «En cuanto a las imagenes y hablas interiores no hago caso si no es al efecto bueno que producen en mi, para no aficionarme a ellas, y aun trato de rechazarlas En cuanto a Dios no me lo represento en ninguna forma para ir a El por fe Todo esto pasa por mi alma Juzgue su Reverencia si no voy errada, pues vivo con este temor» (20-7-1919)

Aparte este trasmundo suyo, no hay duda de que fue una gran mística y que sabe referir sus experiencias con gran maestría. Pero muchas de las cosas que sucedieron entre Dios y ella, entre Cristo y ella, sólo se sabrán en el más allá. Fue santa de verdad, teniendo conciencia clara de su miseria, autocalificándose con frecuencia en sus escritos de «un nada», «una nada criminal».

La capacidad de convocatoria de Santa Teresa de Los Andes en su tierra es inmensa. Su santuario es meta de peregrinaciones

de los pueblos de América que no acertamos a explicar sino porque Dios ha dado en engrandecer a esta niña mimada de la gracia que, por otra parte, fue haciéndose con la santidad a punta de lanza.

JOSÉ VICENTE RODRÍGUEZ, OCD

Bibliografía

GIL DE MURO, E. T., *Cada vez que mire el mar. Teresa de Los Andes* (Burgos 1992). Vida popular con ese estilo tan peculiar del autor

MALAX, F., *Santa Teresa de Los Andes. Vivencia y pensamiento* (Burgos 1997). Estudio muy bien documentado y exhaustivo en no pocos aspectos de la espiritualidad de la Santa

Positio super virtutibus (Roma 1985). Declaraciones tan importantes como la de su madre, la de su hermano Luis, de compañeras de estudios, de monjas descalzas de Los Andes..

PURROY, M., *Teresa de Los Andes cuenta su vida* (Santiago de Chile [4]1992). Purroy es uno de los que más ha trabajado por Santa Teresa de Los Andes y de los que mas saben de ella.

PURROY, M. - PACHO, A., *Teresa de Los Andes Obras completas* (Burgos 1995). Aquí se encuentra su *Diario* y 164 *Cartas,* además de algunos ejercicios escolares. Por sus escritos, enriquecedores de la doctrina del Carmelo, bien merece estar junto a Isabel de la Trinidad y a Teresa de Lisieux.

SAN JOSÉ MOSCATI

Médico († 1927)

Nació el 28 de julio de 1880 en Benevento, en donde su padre, Francesco Moscati, magistrado de antigua y noble familia, ejercía de presidente del Tribunal de dicha ciudad. Su madre, Rosa de Lucca, descendía de los Marqueses de Rosato. Recibió las aguas bautismales el 31 de julio y al poco tiempo (1881) su padre tuvo que trasladarse a Ancona como consejero de la Corte de Apelación. Dos años más tarde (1883) acude en peregrinación con sus padres al célebre Santuario de Nuestra Señora de Loreto, permaneciendo otros dos años en Ancona, pero en 1884 su padre fue nombrado consejero de la Corte de Apelación de Nápoles, donde se avecindó la familia de forma definitiva.

En 1888 recibió la Primera Comunión, asistiendo a partir del año siguiente a clases en el Instituto Vittorio Emanuele, y, en 1897 se matriculó en la Facultad de Medicina. El 21 de di-

ciembre de este mismo año falleció su padre. El 3 de marzo de 1900 fue confirmado, obteniendo el doctorado en Medicina en 1903. Al año siguiente falleció su hermano Alberto, y empieza su apasionada vocación en el hospital de S. Maria del Popolo.

En la capital de la Campania el joven Moscati desarrolló su crecimiento humano y espiritual con verdadero entusiasmo. En su interior despertó un verdadero «sentimiento de piedad por el dolor de los encerrados entre los muros del Hospital napolitano, comenzando a pensar en la caducidad de las cosas». La profesión médica se le ofrecía como una verdadera manifestación de caridad, una ayuda fraterna a quien sufría. Se dedicó con decidida vocación al estudio de la Medicina con el profundo deseo de aliviar el sufrimiento del prójimo, convencido de que la profesión médica debía vivirse a la luz de la caridad. Fe y ciencia fueron, por tanto, la síntesis armónica que caracterizó de modo singular su personalidad y el camino seguro de su santificación, convirtiéndose en el buen samaritano del evangelio.

Durante 1911 asiste heroicamente a los enfermos de la grave epidemia de cólera que invadió la capital napolitana, sirviendo en modo particular a los enfermos que se arracimaban en el «bajo» Nápoles. Entre 1911 y 1913 impartió clases en el Hospital de los Incurables. Su madre falleció en 1914, y al declararse la Primera guerra mundial se le encargó de la dirección del reparto militar.

Con todas sus energías desempeñó durante 24 años de médico, haciendo «de su profesión una palabra de apostolado, una misión de caridad, un instrumento de elevación de sí mismo y de conquista de los otros a Cristo Salvador» con gran ejemplo de moralidad, limpieza interior y dedicación absoluta desde su Cátedra como científico de alta escuela, destacando por su contribución científica a nivel internacional. Era un hombre de fe indestructible, alimentada con una intensa vida de piedad ejercida con una inquieta caridad. Su vida como médico o estudioso se desarrollaba entre el Hospital y la Universidad, con visitas privadas continuas a los enfermos, ejerciendo la medicina como un servicio cristiano, curando no sólo los cuerpos enfermos, también las almas.

Conocía la Palabra de Dios que aplicaba con fe simple a su vida. Una fe que lo dirigía a la coherencia, a la serenidad en las dificultades, al amor a la verdad: «Ama la verdad, mostrándote como eres, sin fingir, sin miedo». Con heroico empeño atendía al enfermo curando sus dolencias, pero, convencido de encontrarse en cada uno de ellos a Jesús sufriendo, les amaba de todo corazón y curaba también el alma, pues «tenemos ante nosotros un cuerpo que contiene un alma inmortal», invitando al paciente a considerar que Dios es el supremo Señor de la vida y de la muerte. Sacrificó por los enfermos los afectos de familia, su propio tiempo, sus bienes, hasta el último suspiro, encontrándole la muerte en el generoso ejercicio de su profesión durante la visita a los enfermos en el mes de abril de 1927: «La vida para mí es un deber, ayudadme para que mis escasas fuerzas la conviertan en un apostolado».

Fue un buscador constante de la verdad, invitando a sus alumnos a practicar la «continua crítica de cuanto aprendemos», pues ahí esta la raíz del progreso. Frente a la fragilidad del hombre situó la verdad de Dios, dedicándose totalmente a la verdad, dominando las objeciones humanas con la ayuda de la sabiduría divina, alcanzando la ansiada verdad. No ignoraba el progreso científico, pero en los márgenes que la conciencia reconocía, pues a nadie le es lícito manipular el misterio de la vida que ninguna moral acomodaticia puede violar.

Sin hacer ostentación de su fe era un verdadero creyente, cultivando ciencia positiva y hallando a Dios en la grandiosidad de la naturaleza. Ahí estaba la presencia de un Dios supremo a quien había que creer. El brillante investigador que presagiaba un futuro espléndido magisterial eligió la renuncia a la carrera universitaria, dedicándose a «la carne dolida de los enfermos». Consume literalmente su vida en el servicio a los que sufren, aunque no abandona nunca la misión de maestro, siendo el médico cercano a todos que hizo de su arte sanante un medio para pasar del cuerpo al espíritu, sin miedo al respeto humano. En una época de positivismo imperante trató siempre de prevalecer el primado de lo espiritual:

> «El medico se encuentra en una posicion de privilegio, no debe ocuparse solo del cuerpo, sino tambien del alma con el consejo es-

piritual para comprender el misterio de aquel corazón e inflamarlo de nuevo, amándolo como a nosotros mismos».

La ciencia era para él un servicio a la humanidad, no una actividad que le conduciría a la fama y al aplauso. Su jornada era conocida por todos: el Hospital, la enseñanza universitaria, las visitas a los enfermos con disponibilidad para los más miserables y, finalmente, el estudio nocturno. Con una perseverante exigencia, con un contínuo progreso, con sus dotes excepcionales que le granjearon una gran fama, buscando un nivel de competencia profesional en sus alumnos. Con una rectitud nada común, cristiano convencido que no teme darse a conocer en un ambiente laicista.

El testimonio de sus paisanos no deja duda alguna:

> «Era una de las criaturas más queridas, animado de la fe santa del bien, convirtió su pensamiento, la enseñanza de su cotidiano y gravoso trabajo en un constante fervor ardiente de caridad, de piedad, de amor. La misión de un gran sacerdocio».

Por la inocencia de su vida, su candor y santidad de vida, el ejercicio heroico de todas las virtudes le hizo acreedor de la admiración y estima de todos. Su consejo curaba el cuerpo y el espíritu iluminado por la fe y el ejercicio de sus grandes conocimientos. Fue un ejemplo vivo del amor a Dios y al prójimo:

> «Conocerlo verdaderamente quería decir amarlo y venerarlo, pero antes de amarlo y venerarlo, cuantos tuvieron la fortuna de conocerle, fascinados por su alma grande, fueron iluminados por la llama de fe y caridad que lo alimentaba».

Supo vivir de modo peculiar la posesión de la disciplina clínica con la llama de una fe profunda y de la cual la materia pasa a la belleza interior del espíritu, convirtiéndose en humilde colaborador de los ministros de Dios.

> «Salió al encuentro del que sufría con palabras de consuelo para cada uno, prescribiendo el remedio de la ciencia de tal modo que en él se descubría el verdadero rostro de Jesús. Un laico cristiano que dejándose conducir por el Espíritu divino se convirtió en modelo ejemplar de seguimiento de Cristo en el ejercicio de una profesión, ejemplo clarísimo de cómo se puede amar a Dios y servir a los hermanos en los asuntos cotidianos, desarrollando la propia profesion en el tiempo como una sublime misión de caridad».

Falleció en Nápoles el 12 de abril de 1927, celebrándose las solemnes exequias el día 14 de abril que se convirtieron en una verdadera manifestación de público conmovido como no se había visto nunca. El afecto y veneración que sus paisanos le profesaron alcanzó tal proporción que sólo tres años más tarde sus restos eran inhumados en la iglesia del Gesù Nuovo (16 de diciembre de 1930). El Proceso Informativo sobre su fama de santidad dio inicio en 1931, y el 10 de mayo de 1973 la Congregación para las Causas de los Santos proclamó la heroicidad de sus virtudes, siendo beatificado por Pablo VI el 16 de noviembre de 1975 en la Plaza de San Pedro. El 10 de mayo de 1987 se declaró la autenticidad del milagro obtenido por su intercesión, en el caso de una curación de leucemia grave, siendo canonizado por Juan Pablo II el 26 de octubre de 1987. Es el primer médico moderno proclamado santo.

Con tanto amor se entregó a todos, que sin tregua, sin respiro, la fatiga de tantas horas le condujo a la muerte. Pero con su muerte terrena empezaron a madurar los frutos que había sembrado en el corazón de tantos hermanos. Animado por el Amor Supremo e inspirado por el Espíritu divino, su vida se convirtió en una luz de esperanza que iluminó a muchos. La humanidad, de nuevo, guiada por la fe, divinizó el dolor, que en la eterna voluntad es el único camino para alcanzar la gloria. Con su desinteres que tal vez parezca legendario, con su especial obra de asistencia material y de apostolado espiritual, con su palabra inspirada y llena de una conciencia serena, con una naturaleza esquiva a toda vanidad y desdeñosa de la envidia, orgulloso del honesto trabajo, dominador de las pasiones, pasó entre nosotros como una luz purísima, para ofrecer un ejemplo y señalar una meta:

> «Perseverad en el amor a la Verdad, a Dios que es la Verdad misma, a todas las virtudes y asi podreis ejercer vuestra profesion como una mision»

Se abrió sin prejuicios a la revelación de Dios y a la realidad integral del hombre, como se descubre en el Verbo hecho carne, entregándose con total dedicación a la Divina voluntad. Con docilidad filial hace suya la enseñanza de la Iglesia, según la cual, Dios, razón de todo cuanto existe, puede ser conocido a

través de la razón humana. Recibe luz en la meditación matutina, en la contemplación de la naturaleza, en su actividad educadora y de médico experto, no subordinando nada a la riqueza de la Verdad auténtica. Dejándose «guiar por la mano de Dios», vive de joven y de adulto, de estudiante y de médico, con la mirada fija en Dios y en diálogo con los hombres, llevando a los hombres su palabra de fe y su experiencia de la ciencia.

Su lección moral se sitúa en el respeto a la sacralidad de la vida y en el respeto a la dignidad de la persona humana. El dominio de la ciencia sobre la esencia misma de la vida puede conferir al hombre una capacidad casi divina, a través de la ingeniería genética. Esta manipulación, que no creación, convierte la vida en una mera función reproductora, no en una experiencia siempre novedosa de la infinita sabiduría razón de cada nueva vida. Para él la vida era el amor de Dios hecho carne, el bien del hombre considerando los progresos de la ciencia en función del bien aportado a la humanidad, y no para una parte sólo o en perjuicio de la otra. La actualidad de su pensamiento y de su acción está en su firme adhesión al valor inmortal de la fe cristiana. Una lección moral que ayudará a los médicos y a la sociedad a convertir la profesión en una misión humana, con empeño moral y capacidad técnica al servicio del hombre.

Fue un laico que hizo de su vida una misión llevada a cabo con autenticidad evangélica, «acreciendo estupendamente los talentos recibidos de Dios».

> «Su existencia esta toda aqui ha transcurrido haciendo el bien, a imitacion del medico divino de las almas, su itinerario ha estado marcado sacrificando todo a los otros, no solo deseando cumplir sus deberes propios y responder fidelisimamente a la propia vocacion [ ] Amado de todos, pero especialmente de sus pobres, a quienes visitaba en sus tugurios miserables, llevandoles luz, esperanza, consuelo y ayuda concreta»

El equilibrio entre ciencia y fe fue para él una conquista, en el ambiente en que un estudiante de medicina debe modelar su propia preparación: «la ciencia no excluye la fe, antes bien, está necesitada de su complemento». En sus excepcionales dotes como médico y cirujano se puede intuir la iluminación sobrenatural, carismática, que le acompañaba, sin temer a comprometerse, ni temer la burla: «Y si por la verdad debes sacrificarte

tu mismo y tu propia vida, sé fuerte en el sacrificio». Por eso esta figura de médico cristiano resulta para nuestro tiempo tan atractiva e iluminadora, comprometido en la asistencia al enfermo y al vastísimo mundo de la santidad y de la salud.

> «Por naturaleza y vocacion, fue ante todo y sobre todo el medico que cura [ ] El dolor del que esta enfermo llegaba a él como un grito de un hermano a otro hermano, el medico debia acudir con el ardor del amor Con verdadera conciencia de haber sido puesto por Dios en el mundo para obrar segun sus planes, y llevar con amor el alivio que la ciencia medica ofrece [ ] El calor humano con que visitaba con primor a los enfermos era tan grande, que la gente lo buscaba [ ] anticipandose a la humanizacion de la medicina necesaria para una renovada atencion y asistencia al que sufre [ ] Hombre integro y cristiano coherente, no dudaba en denunciar los abusos [ ], en su constante relacion con Dios encontraba la luz y la fuerza que lo sostenia [ ] siendo tambien ejemplo para quien no compartia su fe»

ANDRES DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografia

Bibliotheca sanctorum (1967), cols 602 604

BONETTI, A , *Beati e Santi Canonizzati da Paolo VI,* II (Ciudad del Vaticano 1996) 292 301

Index ac status causarum, o c , 588

L Osservatore Romano, 17, 25 y 27 11-1975 y 1 11 1987

Martyrologium romanum, o c , 220

SCHIAROLI A , *Loreto* Cento Santi e Beati pellegrini, Congregazione Universale della Santa Casa (1985) 317 320

C) BIOGRAFIAS BREVES

SAN ZENON DE VERONA

Obispo († 372)

Nacido en África y tras recibir una buena educación clásica, entra Zenón en la historia cuando el año 362 es elegido obispo de Verona. Es claro que fue un obispo entregado a la gran tarea de evangelizar y que por ello podía bautizar numerosos catecúmenos cada año y que, firme en la fe ortodoxa, pudo preservar su iglesia del arrianismo. Se sabe también que llevaba una vida de gran austeridad y evangélica pobreza y que era en cambio muy

largo en sus limosnas y socorros a los pobres. Celoso de la disciplina eclesial, procuró quitar todo abuso de la celebración eucarística. Erigió una basílica en su ciudad. Murió alrededor del año 372. Han quedado de él sermones y discursos de evidente interés. No murió mártir, aunque se le haya dado este título.

SAN SABAS EL GODO

Martir († 372)

Sabas era un cristiano de lo que hoy es Rumania y que bajo el mandato de Amalarico, rey de los godos, vio cómo los cristianos eran perseguidos. Se les quería hacer comer viandas ofrecidas a los ídolos o prestar un juramento que quizás por incluir a los dioses era contrario a la conciencia cristiana. Aunque algunos cristianos buscaban excusas para poder hacer ambas cosas sin que ello significara renegar del cristianismo, Sabas se mantuvo firme en que la fe tenía que ser pura y la profesion de ella sin ambages. Fue detenido dos veces, quedando libre la primera, pero siendo echado al río la segunda y alcanzando así la corona del martirio. Su muerte fue el año 372.

SAN ALFERIO

Abad († 1050)

Normando de raza, debió nacer hacia el año 950 en Salerno, en el seno de la familia Pappacarbone. Enviado como embajador a Francia, cae enfermo y es llevado a reponerse a la abadía de Chiusi, donde la serena y ordenada vida de los monjes se le ofrece como atractivo programa de vida. Entonces marcha a Cluny y pide a San Odilón que lo admita como monje, profesando a continuación la regla benedictina. El duque de Salerno le pidió que regresara y así lo hizo, pero para fundar un nuevo monasterio en las cercanías de Salerno, en el Monte Fenestra, monasterio que llevaría el nombre de La Cava. En él se introdujo naturalmente la observancia cluniacense que aprendió en el propio Cluny. No tardo mucho el monasterio en multiplicarse y una cadena de más de cien monasterios dependieron de él

como filiales, siendo una gran baza en la religiosidad y la cultura del sur de Italia. Alferio presidió el monasterio dando grandes ejemplos de todas las virtudes. Murió el 12 de abril del 1050 ya centenario. Su culto fue confirmado el 29 de diciembre de 1893.

SAN DAVID URIBE VELASCO

Presbítero y mártir († 1927)

Nació en Buenavista de Cuéllar, México, el 29 de diciembre de 1888 en el seno de una familia modesta. A los 14 años ingresa en el seminario de Chilapa, y siendo estudiante de teología, se lo llevó como secretario el obispo de Tabasco. Se ordenó sacerdote el 2 de marzo de 1913. Al año siguiente las condiciones políticas lo obligaron a huir junto con su obispo, naufragando el barco en que viajaban y salvándose solamente seis personas, entre ellas el obispo y su secretario. Vuelto a Chilapa, trabajó un año en Zirán y luego fue arrestado por el general Díaz que lo condenó a muerte, siendo librado por un pariente suyo. Pasó a su propio pueblo como párroco y en él estuvo un tiempo. Cuando el obispo de Tabasco renunció a su cargo y asumió la cura pastoral de una parroquia, David se fue con él a Iguala. Pasó a la clandestinidad al cerrarse las iglesias y procuró seguir atendiendo a los feligreses. Tras visitar a sus feligreses iba en tren a Iguala cuando el general Castrejón le propuso encabezar una iglesia mexicana separada de Roma. Al negarse fue detenido, encarcelado y fusilado en San José Vidal el 12 de abril de 1927 Fue canonizado el 21 de mayo de 2000.

13 de abril

A) MARTIROLOGIO

1 San Martín I († 655), papa, mártir en Quersoneso **
2 En Pergamo, Asia, santos Carpo, obispo de Tiatira, Pápilo, diácono, Agatonica, su hermana, y otros muchos, mártires (s II)

3. En Rávena, San Urso († 425), obispo.
4. En Tarragona, San Hermenegildo († 585), mártir **.
5. En St. Vaast, Beata Ida de Boulogne († 1113), viuda, oblata benedictina *.
6. En Gales, San Caradoco († 1124), presbítero y ermitaño *.
7. En el monasterio de Fonte Avellana (Umbría), Beato Albertino († 1294), prior *.
8. En Rossendael (Brabante), Beata Ida de Val-des-Roses († 1290), virgen, de la Orden cisterciense *.
9. En Città di Castello (Italia), Beata Margarita († 1320), virgen, terciaria dominica *.
10. En Rochester (Inglaterra), beatos Francisco Dickenson y Milón Gerard († 1590), presbíteros y mártires bajo el reinado de Isabel I *.
11. En York (Inglaterra), beatos Juan Lockwood y Eduardo Catherick († 1642), presbíteros y mártires bajo el reinado de Carlos I *.
12. En Sainte-Marie-la-Réunion, Beato Escubilión (Juan Bernardo) Rousseau († 1867), misionero, de la Congregación de Hermanos de las Escuelas Cristianas **.
13. En Totoclán (México), San Sabas Reyes († 1927), presbítero y mártir *.

B) Biografías extensas

SAN HERMENEGILDO
Mártir († 585)

El dominio visigótico se afianza y organiza en España durante el reinado de Leovigildo. Asociado primero a su hermano Liuva, quedó después como único soberano en el año 573. Catorce años ocupó el trono, realzando con pompa externa y enérgicas medidas la dignidad regia y viviendo en continua actividad bélica para asegurar y ensanchar las fronteras limítrofes con los suevos, francos y bizantinos. No faltaron tampoco rebeliones internas, castigadas con mano dura, no exenta en muchas ocasiones de crueldad.

Tan pronto como quedó único soberano asoció al gobierno del reino a sus dos hijos, Hermenegildo y Recaredo, destinados en su proyecto a que le sucedieran en el trono visigótico, al menos, alguno de los dos. Este sistema para prevenir la elección del sucesor y asegurar la monarquía en la propia familia constituía tiránico abuso del poder, en contra del principio germánico

para la libre designación del monarca. Posiblemente a esta causa hubieron de atribuirse muchas de las conjuraciones abortadas durante su reinado, surgidas en el seno de la nobleza, que veía así menoscabados sus derechos al trono, y atizadas posiblemente por los reinos vecinos, deseosos de minar de cualquier forma la pujanza creciente de Leovigildo.

En segundas nupcias había contraído matrimonio con la viuda del rey Atanagildo, Godsuinta, de quien algún cronista nos dice que era tuerta de cuerpo y alma. Godsuinta, mujer elemental, tenía clavada en la entraña una trágica espada, pues una de sus hijas, habidas de su primer matrimonio, Gelesuinta, casada con el rey franco Luilperico de Rouen, había sido asesinada por orden de su esposo, quien la hizo matar en el mismo lecho conyugal, proporcionando con ello emotivo tema para que el poeta Venancio Fortunato compusiese en su loor una tierna elegia La otra hija, Brunequilda, había matrimoniado con el rey franco Sigiberto de Reims y la unión había sido feliz y fecunda. Pero el hecho de que un católico como Luilperico hubiera dado muerte a su hija dejó en el alma de Godsuinta un poso tal de amargura y deseos de venganza contra todo lo católico, que tendría muy pronto trascendentales y sangrientas consecuencias.

El año 579 trajo jornadas jubilosas para el reino visigótico. En él se verificó el enlace matrimonial de la princesa Ingunde con el primogénito Hermenegildo. La esposa, hermana del rey de Austrasia, Childeberto II, era hija de Sigiberto I y Brunequilda, la feliz hija de Atanagildo y de Godsuinta. Ésta, abuela de la desposada y nuevamente reina de los visigodos, hubo de ser la muñidora de este enlace entre su nieta y su hijastro, donde los móviles políticos jugaron, sin duda, papel muy importante.

Las perspectivas de felicidad y poderío para la joven pareja eran halagadoras, pues mientras los visigodos contarían entre los francos con un poderoso rey amigo, Ingunde era entronizada en un matrimonio que reinaría en la Península en el apogeo de una época de esplendor.

Los cálculos halagueños resultaron fallidos, tal vez desde los primeros momentos. Ingunde era católica, los componentes de

la familia y corte real eran arrianos. Entre ellos influía poderosamente Godsuinta, que albergaba contra los católicos un odio represado de madre vengativa. Intentó perseverantemente, primero con ternezas de abuela, después con amenazas de reina violenta, que Ingunde renunciase al catolicismo y recibiera el bautismo arriano. El Turonense nos relata los diálogos vivos entre las dos mujeres, en los que la nieta, inconmovible en su fe, sufrió las violencias de la airada abuela. La atmósfera palatina se tornaba cada día más tormentosa e irrespirable, sobre todo para Hermenegildo, ganado por el amor y las cualidades de su esposa. Para evitar escenas violentas que no pudieron menos de trascender desde la intimidad doméstica al pueblo, integrado en su mayoría por hispanorromanos católicos, se arbitró el recurso de instalar al nuevo matrimonio en Sevilla, territorio fronterizo con el de los bizantinos y que necesitaba un representante del rey digno de toda confianza y seguridad. Allí el matrimonio viviría en paz, no estorbarían las medidas persecutorias contra los católicos, proyectadas por Leovigildo, y con el tiempo se pondría fin a la firmeza religiosa de Ingunde, que debía ser casi una adolescente.

No es fácil precisar la calidad del mando que Hermenegildo desempeñaba en la Bética. Los autores coetáneos utilizan frases ambiguas que, glosadas con el contexto de los acontecimientos, insinúan que se trataba del gobierno de aquella región con categoría de representante real, no como soberano independiente. Cualquier grado de desmembración del reino visigodo pugnaba con el programa unificador de Leovigildo.

Coincidiendo con el alejamiento de Toledo de Hermenegildo, incrementa su padre la política religiosa de unificar en la religión arriana a todos sus súbditos para lograr la fusión de godos e hispanorromanos, pues la diferencia de religión era el mayor obstáculo opuesto a ella. Un concilio de obispos arrianos, celebrado en Toledo, facilitó el paso a la apostasía, reconociendo válido el bautismo recibido en el seno del catolicismo y exigiéndose tan sólo una fórmula trinitaria muy en consonancia con su error. Hubo defecciones en abundancia y hasta el obispo de Zaragoza, Vicente, se pasó al arrianismo, más que por razones teológicas, por cálculo y miedo.

La persecución, fomentada e instigada por la reina, «cabeza responsable de las medidas tomadas», fue copiosa en destierros, expropiaciones, castigos corporales y encarcelamientos. Pero también con ella se puso de manifiesto el temple de algunos prelados, tales como Masona de Mérida, paladín de la resistencia católica, que no se intimidó ante las amenazas; depuesto de su sede, fue en ella impuesto el arriano Sunna, que ha pasado a la historia de los prelados emeritenses como «feísimo de rostro, de fiera catadura, mirada torva, aspecto repugnante y descompasados ademanes»... Masona entabló con el intruso una disputa pública, en la que le fue fácil quedar victorioso, pero no impidió que le arrebataran la basílica de Santa Eulalia, destinada al culto herético, como también lo fueron la de Santa María de Toledo y otros numerosos templos del reino. Hubo intentos de asesinato para el prelado enérgico, y el monarca le amenazó con el destierro, recibido con ironía por la víctima:

> «Me ofreces el destierro Ten sabido que no temo las amenazas No me intimida el exilio Y por ello te ruego que, si conoces algun lugar donde no este Dios, me envies alli desterrado»
>
> «Imbecil, ¿en que lugar no esta Dios?», le increpo el rey
>
> «Si sabes que Dios esta en todas partes —respondio Masona—, ¿por que me amenazas con el destierro? A cualquier sitio que me envies se que no me faltara la ayuda de Dios Y esto lo tengo tan seguro que, cuanto mas duramente tu me aflijas, tanto mas me auxiliara su misericordia y me consolara su clemencia»

Como en Mérida, también se vieron precisados a abandonar sus diócesis los prelados Leandro de Sevilla, Fulgencio de Écija, Fromino de Agde. San Isidoro resume la persecución diciéndonos que Leovigildo, rebosando fanatismo arriano, persiguio a los católicos, desterrando obispos, adueñándose de los bienes eclesiásticos, aboliendo los derechos de la Iglesia. Con ello consiguió que muchos, atemorizados por los castigos, pasaran a la herejía y que otros apostataran atraídos por el dinero y los favores reales.

Instalado Hermenegildo en Sevilla como gobernador de la Bética, rodeado de una corte adicta, vio renacer la paz doméstica. Ingunde pudo profesar libremente su catolicismo y gozar de las primicias maternales con el nacimiento de un hijo, a quien se puso de nombre Atanagildo.

Coincide la llegada de Hermenegildo con el pontificado de San Leandro, el primogénito de aquellos cuatro santos hermanos que, oriundos de Cartagena, pasaron al territorio visigótico, donde desde las cátedras episcopales o desde el claustro se constituyeron en lumbreras y ejemplos de la época.

Merced al continuado trato del príncipe con el obispo y a las reiteradas insinuaciones de Ingunde, Hermenegildo fue penetrando en la auténtica revelación cristiana y conociendo la falsedad de la secta arriana, tan ajena a la doctrina cristiana, pues negaba dogmas tan fundamentales como la divinidad de Jesucristo y la naturaleza de la Santísima Trinidad. Trabajado por la gracia de Dios, abjuró del arrianismo y pasó a formar parte de la grey católica, tomando en el bautismo el nombre de Juan.

Es interesante subrayar el apostolado eficaz ejercido por las reinas católicas durante la Edad Media europea. La borgoñona Clotilde influye en la conversión del rey franco Clodoveo, su esposo; la merovingia Berta, casada con Etelberto de Kent, es el puente abierto para el catolicismo en el sur de Inglaterra, como en el norte Etelberta, esposa de Edwin, introduce al monje Paulino de York, quien, ante el movimiento de conversiones que siguieron a la del rey, tiene que recurrir al bautismo de masas verificado en los ríos de Nortumbria. Y así Teodolinda entre los lombardos y Olga entre los súbditos del príncipe Igor en las tierras rusas. En España cupo a Ingunde la misión de preparar la entrada oficial del catolicismo en el reino visigótico. Pero a costa de tremendos sacrificios, dolores, lutos y lágrimas.

La persecución contra los católicos desencadenada por Leovigildo, en vez de fomentar la unión nacional sirvió para ahondar más profundamente las grietas de la separación. En el siglo que los visigodos llevaban dominando en España la tranquilidad política interior estaba muy lejos de haberse logrado. Los nativos hispanorromanos no se habían acostumbrado a considerar al pueblo invasor como compatriotas, sino como dominadores; ellos se habían reservado los altos cargos de la administración y del ejército. Los ásperos nombres germánicos son los únicos que aparecen en los documentos oficiales de la época. Hay durante este reinado grandes focos de malestar interno, ex-

teriorizados con las frecuentes sublevaciones, que Leovigildo se ve obligado a reprimir duramente, sin conseguir del todo acabar con los rescoldos vivos. Los vascones, los cántabros, el litoral de Levante, los pobladores de la Oróspeda constituyen serios motivos de sobresalto para el monarca. Son antes que ninguna otra las regiones béticas, Sevilla y Córdoba, recientemente arrebatadas a los bizantinos, las que albergan núcleos de disidentes, dispuestos siempre a manifestar su insumisión. Es el mismo problema que siglo y medio después van a reactualizar los visigodos contra la invasión árabe. La conversión de Hermenegildo produjo dos efectos encontrados: en la corte toledana enfureció al monarca, aguijoneado por la irreprimible cólera anticatólica de Godsuinta y su círculo de fanáticos arrianos; creemos que el recrudecimiento de la persecución, hasta entonces larvada, se debió al deseo de atajar las consecuencias de tan inesperada noticia y de hacer abortar por la fuerza el movimiento hacia el catolicismo que de hecho pudiera seguirse. En la Bética, por el contrario, los resistentes se agruparon en torno al gobernador de la provincia, en quien adivinaban al defensor de sus ideales religiosos y políticos. El duelo estaba entablado desde el primer momento trágicamente. Los pueblos limítrofes, suevos, bizantinos y francos, católicos todos, midieron la magnitud de los acontecimientos que se avecinaban y se pusieron alerta para sacar de ellos el mejor partido.

Hermenegildo, tajamar de estas dos tendencias tan irreconciliables, hubo de pasar horas amargas solicitado por sus deberes de fidelidad al monarca, su padre, que le había asociado al reino, y por su responsabilidad católica como gobernador y correinante sobre su pueblo integrado en su mayoría por católicos, injustamente vejados en la libre profesión de sus creencias por imposiciones arrianas que les obligaban a la apostasía. La solución viable en tamaño aprieto hubo de irse madurando lentamente, al ritmo de los acontecimientos.

Posiblemente en los primeros momentos se produjo una situación violenta entre el padre y el hijo. Tal vez Leovigildo impuso la vuelta al arrianismo abandonado y la presentación de Hermenegildo en Toledo. Ambos mandatos fueron soslayados por éste, decidido a mantenerse en su actitud. Mientras estas

cosas se ventilaban, hemos de suponer un movido ajetreo diplomático con las cortes vecinas, a quienes se les pidió, o tal vez ofrecieron espontáneamente, ayudas militares en el caso de que Leovigildo intentase reducir por la fuerza la resistencia de su hijo. De hecho, San Leandro se trasladó a Bizancio para interesar en la empresa al emperador Mauricio, regresando con seguridades de auxilio castrense. Entretanto, se sumaban al partido bético otras ciudades de la Lusitania, situada fuera del gobierno de Hermenegildo; llegaron promesas y alientos de parte de los suevos, y quizá también de los francos. El príncipe sevillano se sintió animado, midió sus fuerzas y se proclamó rey. Algunas monedas e inscripciones, venidas hasta nosotros, testimonian la proclamación de este título aplicado a Hermenegildo. Hoy nos es difícil asegurar si lo que pretendía era crear un reino simultáneo al de su padre o suplantar a éste en el gobierno de los visigodos.

Leovigildo se decidió a poner fin a las insumisiones. Con fortuna militar dominó la resistencia de Mérida y Cáceres, cortó el paso a los suevos, dispuestos a prestar ayuda a los andaluces, y sobornó, mediante subida cantidad de dinero, al general bizantino, que desde Cartagena había de ayudar a Hermenegildo. Éste quedó solo, sin más contingentes militares que los de su provincia, que cada día iba perdiendo territorios, conquistados por el ejército paterno. Hermenegildo se apresta a la defensa; pone a su mujer y a su hijo en territorio de los imperiales y con sus tropas se ampara en las fortalezas y castillos. Uno tras otro son conquistados por los toledanos; la feroz resistencia de los sitiados no impidió que el castillo de Osset, en las mismas puertas de Sevilla, cayera en manos de los atacantes. Cae la ciudad y su caudillo pudo escapar a Córdoba, perseguido por el ejército de Leovigildo. Viendo definitivamente perdida su causa, Hermenegildo se acoge al asilo de una iglesia. Era el año 584. Interviene entonces —según se dice— su hermano Recaredo para ofrecerle, en nombre del padre, la conservación de la vida si se entrega. Así lo hizo el refugiado, que quedó desde este momento prisionero del padre. Se habla de traslado a Sevilla y de encarcelamiento en Valencia. Se dice también que el rey franco, su cuñado, intentó ayudarle invadiendo la Galia Narbonense, y se

sospecha que Hermenegildo pudo huir de la cárcel, con proyecto de unirse a las fuerzas francas, siendo nuevamente apresado y encarcelado en Tarragona.

En la prisión fue nuevamente trabajado para que abjurase del catolicismo y abrazase otra vez la religión arriana, pero la desgracia no aminoró la firmeza de su fe católica, siendo asesinado en el propio calabozo por Sisberto, al negarse a recibir la comunión de manos de un obispo arriano, en el 585.

El mártir Hermenegildo, engañado por sus confidentes, burlado por sus aliados, desafortunado en sus campañas, no tuvo de los historiadores contemporáneos, si se exceptúa a San Gregorio Magno, ni una frase escrita en su favor. Nosotros, a muchos siglos de los acontecimientos, sin más testimonios que los que nos facilitan sus incriminadores, vemos en su levantamiento y resistencia una actitud noble y de moralidad plena en su calidad de gobernador de un pueblo católico, injustamente vejado por imposiciones reales, ordenadas directamente a fomentar la apostasía. Hay circunstancias en la vida en que la fidelidad a la religión exige saltar por encima de la carne y de la sangre y posponer a ella el bienestar y la propia vida.

El mérito de su sangre martirial tuvo en seguida un triunfo impensado. En el año 586 fallecía Leovigildo recomendando a Recaredo la conversión a la religión católica. De hecho, éste abrazó inmediatamente el catolicismo, y el 8 de mayo del 589, cuatro años tan sólo transcurridos desde el martirio de Hermenegildo, el pueblo visigodo abjuraba solemnemente el arrianismo, abrazándose con la religión católica y dando, con ello, unidad a cuantos en el reino vivían. Fue, sin duda, aquella fecha una de las más solemnes de toda nuestra historia nacional, emotivamente glosada por San Leandro en la homilía pronunciada en tal ocasión en la basílica de Toledo:

> «Nuevos pueblos han nacido de repente para la Iglesia, los que antes nos atribulaban con su dureza ahora nos consuelan con su fe Ocasion de nuestro gozo espiritual fue la calamidad pasada Gemiamos cuando nos oprimian y afrentaban, pero aquellos gemidos lograron que los que antes eran peso para nuestros hombros se hayan trocado por su conversion en corona nuestra»

Aquella conversión nacional fue el fruto inmediato de la sangre de Hermenegildo, asesinado en una lóbrega cárcel, y de

las penalidades de su mujer, Ingunde, fallecida en el norte de África bizantina cuando era conducida a Constantinopla.

Al cumplirse el milenario del martirio, el papa Sixto V, a petición de Felipe II, canonizaba a San Hermenegildo, el 14 de abril de 1585.

JUAN FRANCISCO RIVERA RECIO

Bibliografía

ANTOLÍN, G., «Hermenegildo ante la crítica histórica»: *La Ciudad de Dios* 56 (1901).

BICLARENSE, J., *Chronica,* a. 579, 582, 583, 585, en C. CARDELLE DE HARTMANN (ed.), *Victoris Tunnunensis Chronicon cum reliquiis ex Consularibus Caesaraugustanis et Iohannis Biclarensis* (Corpus Christianorum Series Latina, 173A; Turnhout 2001).

GARCÍA VILLADA, Z., *Historia eclesiástica de España,* II (Madrid 1934) 45s.

GÖRRES, FR., «Leovigilds Stellung zum Katholizismus», y «Kritische Untersuchungen über den Aufstand und das Martyrium des Westgothen Königssohnes Hermenegild»: *Zeitschrift für historische Theologie* 43 (1873).

GREGORIO DE TOURS, SAN, *Historia francorum,* IV 18; V 39; IV 43s, en ARNDT - KRUSCH (eds.), *Mon. Germ. Hist. Script. Rer. Merov.,* I (1884-1885).

GREGORIO MAGNO, SAN, *Dialogorum libri IV* 1.3 diál.31, en A. DE VOGUE (ed.), *Grégoire le Grand. Dialogues,* III (Sources chrétiennes, 265; París 1980); «Epistola Leandro Hispalensi», en S. GREGORIUS MAGNUS, *Registrum epistularum* (Corpus Christianorum Series Latina, 9A; Turnhout 1982).

ISIDORO DE SEVILLA, SAN, *Historia gothorum,* a. 585; *Historia suevorum,* a. 584, en T. MOMMSEN (ed.), *Mon. Germ. Hist. AA.* XI: *Isidorus Hispalensis Historia Gothorum, Vandalorum, Suevorum* (Hannover 1894) 241-303 (cf. actualización).

PONCELET, A., art. en *Analecta Bollandiana* 23 (1904) 360s.

ROCHER, R., «¿Fue San Hermenegildo rebelde?»: *Razón y Fe* 7 (1903) 3.

— Actualización:

GONZALEZ MUÑOZ, F., *La Cronica gothorum pseudo-isidoriana.* Ed. crítica (La Coruña 2000).

RODRIGUEZ ALONSO, C. (ed.), *Las historias de los godos, vándalos y suevos de Isidoro de Sevilla.* Ed. crítica (León 1975).

SAN MARTÍN I

Papa y mártir († 655)

Se sentó en la silla de Pedro en un momento delicado. En los albores de la Edad Media. En circunstancias en que Constantinopla y Roma se disputaban la primacía del mundo.

Cuando el cristianismo, dinámico y en franca evolución de puertas afuera, sufría el desgarro interno de los monotelitas. Herejes emparentados con el eutiquianismo que, aun reconociendo las dos naturalezas en la persona de Cristo, le negaban la

doble voluntad, atribuyéndole sólo la divina. Doctrina en boga en Constantinopla, favorecida con la simpatía y el apoyo civil del emperador bizantino Constante II.

Se sentó en la silla pontificia el presbítero toscano Martín, nacido en el seno de una familia distinguida de Todi, una mancha humana cien kilómetros al norte de la Ciudad del Tíber. Hombre extremadamente virtuoso y docto. Aureolado con merecida fama de caritativo, prodigándose generosamente entre la pobreza y la miseria de los ambientes urbanos.

Ascendió al pontificado, sucediendo al papa Teodoro, en julio del año 649. Sin consulta previa y, consiguientemente, sin el acostumbrado visto bueno imperial. A raíz de la naciente independencia de la Iglesia, decidida a cortar por lo sano las amarras del poder temporal.

El enfado de Constante II resultó mayúsculo... Y, por si fuera poco, el nuevo Papa salió defensor a ultranza de la ortodoxia. Una voluntad tozuda, indomable. Sin ceder doctrinalmente ni un ápice. Decidido a luchar valientemente contra la herejía de moda. Y contra toda intromisión, toda injerencia del brazo civil en la vida de la Iglesia.

Tuvo ocasión de conocer personalmente la nueva doctrina y sus apóstoles en el transcurso de su anterior etapa de legado eclesiástico en la corte bizantina... Y no pierde tiempo.

Guiado por un loable empeño, ciertamente digno de la causa, llama a Concilio. Aún no cumplido su primer trimestre al frente de la Iglesia. Convoca a todos los obispos de Occidente. En la basílica de Letrán. En los primeros días del inmediato octubre...

Serían cinco sesiones solemnes de estudio y discusión de los textos monotelitas, en sucesivas fechas a lo largo del mes, bajo la presidencia del papa Martín I. Quien, ante más de un centenar de obispos, rebatiría personalmente la tesis herética constantinopolitana, reafirmando la doctrina de la voluntad humana de Jesús...

Nada de un puntillo entre Roma y Constantinopla en el caso que comentamos. Ni al Concilio ecuménico de Letrán se le puede tachar de arrogancia pontificia. Simplemente fue una necesaria proclamación en defensa de la verdad. Ni más ni menos que un acto de fidelidad al deber.

Tampoco nada de imaginable bofetada, nada de gesto o actuación personal contra el emperador. Que el condenado no fue Constante II. Los anatemas se dictaron contra los patriarcas Sergio, Pirro y Paulo y los prelados Teodoro de Farán y Cirilo de Alejandría, cabecillas del monotelismo.

Justamente, viva aún la discusión en las aulas conciliares, el Papa, con fino pero lamentablemente infructuoso tacto diplomático, había hecho llegar a la corte bizantina una atenta y cariñosa carta. La reacción imperial no tuvo espera. Y fue tremenda...

Clausuradas las sesiones conciliares lateranenses, el 6 de noviembre el emperador, indignado, envía fuerzas armadas a Roma y al exarca de Ravena, un tal Olimpio, con la misión de ganarse adhesiones a la doctrina monotelita. Y de acabar con la vida del nuevo sucesor de Pedro. Un intento de brecha cismática afortunadamente abocado al imprevisto fracaso... Aunque el delegado gubernamental, fiel a la voluntad del superior, no daría el brazo a torcer. Insistente. Ya que no a las buenas, pues a las malas. Pero con guante blanco, solapadamente. A *traición*...

La celebración eucarística papal en Santa María la Mayor ofrecía una ocasión de oro para el proyectado asesinato a cargo del escudero del exarca, que aprovechando la cercanía del celebrante al acercarse a comulgar... Al traste con el plan por obra y gracia de la misteriosa, súbita ceguera del designado verdugo precisamente en el momento señalado para el crimen...

Total, que a Olimpio, de resultas, se le removió el alma. Le entró remordimiento... Se sinceró y reconcilió con la víctima que no fue. Acabaría rebelándose contra el emperador, convirtiéndose en verdadero tutor del Pontífice.

A Olimpio, víctima mortal de la peste en 652, le siguió Teodoro Calliopas en el gobierno bizantino de Ravena. Doblemente sucesor; en el cargo y en la misión asesina. El sábado 15 de junio del año siguiente, se presenta en la ciudad eterna haciéndole corte un poderoso ejército.

Impresionante y temible despliegue militar del que intenta huir el Papa —enfermo de gota—, transportado en su lecho, refugiándose en las dependencias de Letrán, donde recibirá a

mano el mensaje del exarca: «Tengo interés en saludarle. Mañana, domingo, vendré. Hoy no puedo».

No fue. Excusándose por recadero: «Me es imposible venir. Mañana, sin falta, iré». Al otro día tampoco acudió, en esta ocasión pretextando un supuesto arsenal de armas en la residencia pontificia.

En correspondencia, el mejor gesto: luz y taquígrafos. Puertas abiertas a la inspección. Total para que la investigación dejara en ridículo al delegado bizantino. Y para justificar el lamento papal: «¿Ésta es vuestra manera de actuar contra mí?, ¿con falsedad y calumnias?...».

No le valió a Martín I acogerse al asilo de la basílica. Que, a la descarada y brutalmente, vinieron la invasión del templo y del palacio y la vergonzosa escenificación de la detención. El pontífice, en su lecho, a la puerta de San Juan de Letrán, sufriendo las calumnias y barbaridades que proclamaba Calliopas.

Calliopas, portador de una orden imperial para deponerle y, previo el nombramiento de sucesor, deportarle a Constantinopla El clero romano ahogó la perorata del exarca: «El papa Martín no ha alterado un solo punto de la fe».

El detenido, intentando frenar la inútil brutalidad y confiado en la fidelidad de su pueblo y su clero, no opuso resistencia alguna. Pero, antes de abandonar Letrán, suplicó: «Permitid que me acompañen los clérigos que yo diga». «Que vengan —fue correspondido— los que vos queráis». Los eclesiásticos dispuestos a seguirle proclamaron: «Nosotros viviremos y moriremos con él». El exarca al Papa: «Venid conmigo a palacio».

Era el inicio de un martirio prolongado, lento... Inaugurado con nocturnidad y alevosía. En plena madrugada. Con el traslado en secreto hasta el Tíber, donde le embarcarían. Astutamente burlados cuantos, no pocos, estaban listos para compartir el destierro papal.

A media mañana del día 19 Martín I salía al mar. Privado de todo equipaje y sin más consuelo humano al lado que la autorizada media docena de servidores fieles. Rumbo a Constantinopla Una travesía eterna, de quince meses de duración. Mientras, en Roma, con la aquiescencia del emperador, ocupará el trono pontificio el romano Eugenio.

Con escala en Naxos, ya en el Mar Egeo. Única pero larga. Pues durará todo un año. Parada forzosa, entre otros motivos, para cuidar la preocupante salud, venida a menos, del prisionero. Y ocasión magnífica para que éste, huésped de un isleño, conozca la fidelidad y la generosidad de obispos y fieles. Eso sí, obstaculizada, traicionada la caridad por los guardianes que reprochaban a los donantes: «Quien ame a este hombre es enemigo del Estado».

Una herida en el corazón del ilustre enfermo. Dolido más por el desprecio y el trato injurioso al prójimo que por las ofensas personales y las incomodidades en carne propia...

La arribada a Constantinopla fue ya apurado el verano de 654. Exactamente, el día 17 de septiembre. ¡Dios santo, qué recepción...! El obispo de Roma, tumbado sobre un jergón, en el navío, a la vista pública, convertido en espectáculo gratuito. Soportando mofas y expresiones ultrajantes de insolentes y de paganos. Toda la mañana y parte de la tarde, hasta caer el sol... Y del barco carcelero, transportado en camilla, a la prisión Prandiaria.

Tres meses de torturas entre rejas, vejado, incomunicado y enfermo. Presumiblemente fue cuando redactó los dos escritos epistolares enviados a Teodoro que documentan su deportación y calvario. Recortamos de la primera carta:

> «Jamás envié a los sarracenos ni dinero ni documento doctrinal alguno. Solamente he socorrido a los limosneros servidores de Dios y éstos jamás han ayudado a los sarracenos [...] En cuanto a la gloriosa Virgen María, Madre de Dios, ellos han aportado falsos testimonios contra mí pero yo declaro anatema, en este mundo y en el otro, a quien no la honre sobre todas las criaturas, a excepción de su Hijo, Nuestro Señor».

El segundo envío postal será una amplia referencia a su rotunda y total negativa a la abdicación urgida por el emperador, a través de su delegado Calliopas, y a las consiguientes detención y deportación. Por ejemplo: «Desde hace 47 días no he podido lavarme».

Total, una impresionante crónica del viaje, trenzada de vicisitudes, privaciones, penalidades y dolencias físicas. Con un edificante remate:

«Espero que Dios —escribe el exiliado forzoso—, cuando me haya librado de esta vida, se apiade de mis perseguidores y les mueva a penitencia »

Tres meses de calvario para forzar una posible marcha atrás de Martín I, dando al traste con los acuerdos conciliares lateranenses. Tres meses, de vana espera, de inútil empeño, para preparar el castigo a la valentía y a la firmeza papal... Pues se escenificó la pantomima judicial. La comedia... dramática. El viernes, 15 de diciembre. Listo para burlar la justicia, un tribunal completamente arbitrario e incompetente...

Increpación inicial al acusado:

—«Di, miserable ¿que mal te ha hecho el emperador?»

Silencio papal.

—¿No respondes ?

Coincidentes el interrogante y la aparición en la sala de una veintena de individuos: soldados, funcionarios, tipos de mala calaña... El Papa, sonriente, aprovechó la oportunidad: «¿Éstos son los testimonios? ¿Ésta es vuestra manera de proceder?». E, interrumpiéndose, al ver que se les presentaban los Evangelios:

—No En nombre de Dios ruego que no les obligueis a jurar Que digan sin juramento lo que quieran y haced vosotros tambien lo que querais ¿Que necesidad tienen de perder sus almas?

Inculpado de haber fomentado la rebelión de Occidente contra el emperador, el papa Martín se dirigió a los magistrados:

—Si estais dispuestos os explicare la verdad

Le dejaron con la palabra en los labios, cortándole el prefecto Troile:

—No, no nos hables aqui de fe El asunto que nos ocupa es una cuestion de Estado

Abundando:

—Somos creyentes y ortodoxos

Sí. Proceso ignominioso, descaradamente político. Y apoyado por no pocos falsos testimonios interesados. Vanamente el

Papa intentó encauzarlo hacia el terreno religioso y centrar la discusión exclusivamente en el monotelismo...

Incesante el desfile de ridículas y repetidas calumnias. Resultaba ya un proceso eterno. El acusado, obligado a permanecer en pie, pese a la terrible mortificación de la gota, no aguantó más. Suplicó:

> —Haced de mí lo que ya tengáis resuelto. Cortadme a pedazos si queréis. Cualquier muerte me será beneficiosa. Pero no esperéis que jamás entre en comunión con la iglesia de Constantinopla.

Y corrió el telón, finalizando el desfile, las imputaciones, la falsedad... Nuevamente la denigrante y repetida estampa.

Una vez más el venerable enfermo, que no aguanta en pie, sostenido por ambos brazos, entre guardianes, convertido en objeto de mofa, de escarnio, de brutalidad. Expuesto a la vergüenza pública. Degradado a la vista del soliviantado populacho...

Y para deleite del emperador que, tras una rejilla, contempla cómo el anciano Papa es despojado de los ornamentos pontificales y eclesiásticos, quedando poco menos que desnudo y a merced del frío invernal. Cómo le encadenan el cuello. Y cómo la chusma se regocija, estallando en sonoras carcajadas... Degradado y provocado:

> —¿Con qué esperanza traicionaste al emperador? —es increpado—. Tú has abandonado a Dios y Dios te ha abandonado. Te ha entregado a nuestras manos...

Aún vendría el paseo callejero. La realidad triste del condenado, sorprendentemente sereno, paseada a través de la población. En contraste con las lágrimas y los suspiros compasivos del público mayoritario. Y, tras la degradación pública, a la celda de los condenados.

Condenado por delito de alta traición. Privado del sol, de la luz, de la libertad en la prisión Diomedes. Tan brutalmente empujado, forzando el ingreso, al pisar el umbral penitenciario, que el presidiario dio de mala forma contra el suelo lastimándose espalda y piernas. Reaccionó dirigiéndose al carcelero:

> —Aunque desmembréis mis carnes no lograréis que comulgue ideológicamente con la autoridad eclesiástica de Constantinopla.

Duro que duro el papa Martín. Los años, las enfermedades, las vejaciones, el martirio incruento no podrán con el indomable sucesor de Pedro, que tiene la misión de confirmar en la fe a sus hermanos.

Mientras el obispo de Roma sufría tortura, Constante II intimaría con el patriarca Paulo, en grave estado de salud, a cuya cabecera había acudido enterándole en detalle de la realidad vivida por el Papa. No encontró los aplausos presumiblemente esperados. Contrariamente, el visitado, seriamente remordido, correspondió exteriorizando hondo pesar y desagrado. Fina la reprobación patriarcal:

—Desgraciadamente esto aún agrava más mis dolencias

El emperador no entiende. Sorprendido, se interesa por el sentido de las palabras de Paulo.

—¿No es deplorable —es invitado a la reflexion— que un Pontifice sea tratado tan indignamente?

Pero la consideración le resbaló. A Constante II no le interesaba más que la retractación pontificia anulando los acuerdos conciliares. Por enésima vez intentada sirviéndose de un tal Demostenes, enviado personal a la prisión:

—Comparad la gloria en que vivisteis —tento el delegado al papa Martin— y como ahora os encontrais Solo vos sois culpable

El interpelado sencillamente apostilló:

—Dios conoce toda la verdad

El calvario de Diomedes duraría 85 días. Más el conocido trimestre tras los barrotes de Prandiaria. Un total, pues, de seis meses de dura privación de libertad: del 17 de septiembre de 653 al 10 de marzo de 654...

Suma y sigue. Es el exilio... Iniciado, precisamente en Jueves Santo, el 26 de marzo de 655. Previa emotiva despedida, la víspera:

—Venid, hermanos mios —invito a los que le acompañaban— Digamonos adios, pues me van a apartar de vosotros
—Venid —insistio— Demonos la paz

Con gran serenidad y admirable fortaleza les impuso, uno a uno, las manos sobre la cabeza. Recalcando, animoso, al primero en desfilar:

> —Todo cuanto ocurre es bueno, hermano mío; es ventajoso. Más bien todos debierais alegraros de mis circunstancias.

Contestación:

> —Dios lo sabe. Yo me alegro de la gloria que tenéis cercana, pero me aflige la condenación de los verdugos.

El castigado penalmente con el exilio se acostó conociendo que a la mañana siguiente navegaría a Quersón...

Primavera dolorosa, nuevamente sobre el mar. Ahora sobre las olas cerradas del Mar Negro. Rumbo al destierro. Rumbo a Crimea, con destino a Quersón, actual Sebastopol. En donde el 15 de mayo desembarcarán sólo jirones de una heroica vida, maltratados, destrozados, exhaustos...

Y esperándoles más de lo mismo. Repetición de privaciones y torturas. Al respecto el testimonio en carne viva:

> El portador de la presente —a mediados de junio se comunica epistolarmente el desterrado con un amigo de Constantinopla— llegó a Kerson, procedente de Bizancio, un mes más tarde que nosotros. Me alegró sobremanera su llegada, creyendo que con él nos enviaban desde Italia alimentos para la subsistencia. Quedé sorprendido. Alabado sea Dios que mide nuestros sufrimientos como Él quiere [...] La escasez y el hambre son espantosas. Aquí no hay pan, no hay nada. Si no llegan víveres de Italia es imposible subsistir. Si recibís trigo, aceite, vino, hacédnoslo llegar, de la manera que sea, cuanto antes...

Dramáticas, dolorosas las carencias. Que no se trata del amargo pan del destierro sino del destierro sin pan... Pero igual o más hiriente aún resulta el abandono humano en que vive. El olvido de los suyos, reflejado en un segundo envío postal al mismo destinatario en los primeros días de septiembre.

Sus palabras:

> «No sólo he sido apartado del mundo sino que incluso se me priva de la vida. Los habitantes del país son todos paganos y no tienen caridad alguna ni aun la compasión natural que se da entre los bárbaros [...] Me impresiona la poca sensibilidad de todos aquellos que, en otras ocasiones, se acordaron de mí y ahora me han olvidado ni les interesa conocer si aún sigo con vida. Me im-

presiona, en aquellos que pertenecen a la Iglesia de San Pedro, el poco cuidado que tienen de uno de los suyos. Si la Iglesia no tiene dinero, ella no está necesitada, gracias a Dios, de trigo, de vino, de aceite y de otros productos alimenticios para ofrecernos al menos una pequeña ayuda. ¿Con qué conciencia nos presentaremos al tribunal de Cristo? [...] Pido constantemente, por intercesión de San Pedro, que Dios conserve firme en la fe ortodoxa principalmente al pastor que la gobierna; es decir: al Papa Eugenio».

Pero, dominando sobre el triste y lamentado fondo de desgracias, la moral alta y los ojos clavados en un horizonte esperanzado. El virtuoso exiliado finaliza la misiva:

«De mi miserable cuerpo el Señor tendrá cuidado, ¿por qué me preocupo? Y espero de su misericordia que no tardará en poner fin a mi carrera».

Certeros presentimientos.

El 16 del mismo mes —año 655— en dolorosa soledad se apagaba una trayectoria pontificia abanderada contra la herejía, inflexible e intrépida en su profética batalla contra el poder civil cristiano. Moría el papa Martín I martirizado por manos herejes, no paganas.

Le va el dolorido, histórico lamento:

—Porque amé la verdad y la justicia muero en el destierro.

Habían sido seis años, un mes y veintiséis días de pontificado. Recibió cristiana sepultura, venerado como mártir, en un templo mariano de Quersón. En el siglo XIII, según tradición, supuestamente trasladados los restos mortales a la iglesia romana cuya titularidad comparte con San Silvestre.

JACINTO PERAIRE FERRER

Bibliografía

CONTE, P , *II Sinodo Lateranense dell'ottobre 649* (Ciudad del Vaticano 1989)

Art., en C LEONARDI - A RICCARDI - G ZARRI (dirs), *Diccionario de los Santos,* II (Madrid 2000) 1651-1653

LECLERQ, H , *Les martyrs,* IV (París 1905) 234-246

LI ORCA, B. - GARCIA VILI OSLADA, R - LABOA, J M ª, *Historia de la Iglesia Católica,* I· *Edad Antigua la Iglesia en el mundo grecorromano* (BAC 54, Madrid [6]1990, [8]2001) 747-760

PAREDES, J (dir), *Diccionario de los Papas y Concilios* (Barcelona 1998) 81-82

BEATO ESCUBILIÓN ROUSSEAU

Misionero († 1867)

El nombre de Escubilión en lengua castellana suena a lo desconocido o, al menos, a lo muy remoto en el tiempo y en el espacio. Y la isla de Annobón (llamada desde 1793 La Reunión) es sólo un punto en el Océano Índico, que a muchos cuesta localizar. Sin embargo, con ese nombre original y en ese lugar singular se entonó en la historia de la Iglesia católica el himno de una vida heroica y se proyectó la silueta de un modelo de amor a los oprimidos.

Educador y miembro del Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas fundados por San Juan Bautista de la Salle en 1684, fue llamado el «apóstol de los esclavos», por su empeño en elevar a la libertad real a los muchos negros y también asiáticos llevados a la isla para el cultivo de las plantaciones coloniales en ella promovidas por patronos explotadores.

Nadie lo hubiera conocido si las ráfagas de su santidad no hubiesen trascendido las fronteras de aquel rincón del Océano Pacífico en el que iba a discurrir su existencia.

Había nacido el 22 de marzo de 1797 en la hermosa y sana campiña de la Borgoña, en la aldea de Annay-la-Coté, donde se trasladó su madre para ser atendida por los abuelos al traerle al mundo. Su infancia discurrió en la cercana Tharoiseau, a 5 kms. de Vezelay. Eran días de pleno furor revolucionario y fue bautizado casi en secreto por el párroco Esteban Vilain, que vivía clandestinamente para no exacerbar a los defensores de la llamada libertad patria y que llevan ya una década de destrucciones y atropellos.

En el bautismo le pusieron de nombre Juan Bernardo Rousseau, nombre que recuerda el profetismo de Juan el Bautista, la poesía mariana de Bernardo de Claraval y el amor a la naturaleza del literato bucólico que fue Rousseau. Sin embargo, en la toma del hábito religioso, según costumbres del tiempo, le designaron con el nombre de Escubilión. Era el nombre de un monje de Mont-Saint-Michel, en Normandía, muerto en el año 567. Y fue el nombre que se asoció a su vocación de libertador de esclavos durante los 35 años que pasó bogando en el Océano Índico, en la Isla de La Reunión.

Su padre se llamaba Bernardo. Era tallador de piedra y hombre justo y cristiano convencido. Su madre era Reina Pelletier, piadosa y fiel mujer de aldea, que sufría por no poder asistir con asiduidad a las liturgias prohibidas. Sus hermanos, Magdalena, Bernardo y Francisca, que nacieron después de él, alegraron el hogar y le ocuparon su infancia, ya que era el mayor de la casa y debía cuidarlos mientras los padres trabajaban fuera del hogar.

El sacerdote de la parroquia le enseñó a leer, a falta de maestro en el pueblo. Él le sembró los más hermosos ideales de vida. Cuando creció, acompañó grandes temporadas a su padre en el duro oficio de tallar la piedra. En 1808, a los 11 años, recibió la primera comunión. Asistió algo a la escuela que entonces se abrió, aunque funcionaba sólo a temporadas. Allí adquirió alguna cultura por su interés y su capacidad mental superior a la normal. Pero su saber a lo largo de su vida fue más vital que intelectual, por lo que nunca brillaría por afanes culturales.

Con todo, en sus años adolescentes se entregó con afecto a dar la catequesis a los chicos del pueblo. Un día, en 1818, cuando ya tenía 21 años, un nuevo párroco quiso mejorar la escolaridad de los niños y le invitó a ayudar al maestro de escuela que él había logrado traer y se llamaba Edmundo Gerbaud. Había demasiados escolares en el pueblo y era imprescindible un ayudante. Aceptó esperanzado.

Y fue con el maestro donde oyó hablar de los Hermanos de las Escuelas Cristianas y de su escuela cristiana abierta en un pueblo cercano. Así nace su primera estrella vocacional para un Instituto de educadores que acaba de rehacer su andadura en la Francia restaurada después de la paz impuesta por los vencedores de Napoleón.

Ingresó en el noviciado de este Instituto en París el 9 de febrero de 1822. Allí descubrió que había nacido para educar niños y no para tallar piedras. Y supo que en aquel Instituto había posibilidad de ir a otros mundos lejanos si su vocación se lo inspiraba. Su primera idea fue ser maestro sencillo de una escuela cualquiera. Pero al hacer sus primeros votos pensó que aquellas palabras que decía, que «se consagraba a Dios para ir a cualquier lugar a que fuera enviado o para desempeñar cualquier trabajo al que se le destinara», tenía algo de desafiante.

Comenzó a cumplirlas al ser destinado en marzo de 1823 a la comunidad de Alençon, con el trabajo humilde de cuidar la cocina y atender al sostenimiento de la casa. Ocasionalmente se ocupó de alguna actividad escolar y se interesó por la enseñanza del catecismo a los escolares más pequeños. Allí emitió su profesión perpetua el 27 de septiembre de 1827.

En 1831 fue trasladado a Poitiers y a los dos años fue enviado a la escuela de Chinon. En estas casas ya su tarea preferente fue la escolar. Fueron años de madurez humana y de creciente vida espiritual, que pronto le granjearon reputación de religioso fiel y de hábil maestro por su cordial trato con los alumnos.

Por este tiempo se despertaron en él aficiones misioneras, sobre todo al contemplar a los diversos Hermanos del Instituto que eran destinados a lugares lejanos. Eran tiempos de restauración nacional y de ardor expansivo en el Instituto al que pertenecía. El superior general, Hno. Felipe, estaba embarcado, por las circunstancias, en un proceso de ampliación enorme de las obras educadoras. En su largo período de gobierno, desde 1838 a 1874, se abrieron nada menos que 1.000 nuevas escuelas. De ellas, 300 surgieron en las misiones.

El Hno. Escubilión fue uno de los dos millares de misioneros voluntarios enviados a lejanas tierras. Y su rincón de Annobón, isla perdida a 5.000 leguas de su patria, uno de los púlpitos de la educación cristiana.

El 20 de abril de 1833, en compañía de otros dos Hermanos, se embarcó en el buque «El Comercio» y, después de 85 días de viaje fatigoso, llegó a su destino, la posesión francesa recién recuperada de manos inglesas. Desde el 14 de julio de ese año de 1833 hasta su muerte habían de pasar 34 años, sin salir de la isla y sin otro afán que la educación de los niños y de los adultos a la luz del mensaje del Evangelio.

Era una isla de paisajes hermosos, pero alejada del mundo civilizado. Descubierta en 1512 por el portugués Pedro Mascareñas, estaba a 700 kilómetros de Madagascar y a 200 de la vecina Isla de San Mauricio. Servía de escala para los viajes hacia Asia, pero también de terreno de cultivo para múltiples productos tropicales. Francia se había posesionado de ella en 1642. Había sido ocupada por los ingleses en 1789, aprovechando los

desórdenes revolucionarios de la Metrópoli. En 1815 había regresado a la soberanía francesa. Su nombre de «La Reunión» se hizo oficial en 1848.

Era una isla de 2.500 kilómetros cuadrados, de origen volcánico. Las diez localidades que bordeaban la costa, con sus nombres de santos, eran mercados de los productos que se cultivaban en sus fértiles tierras interiores. La capital se llamaba San Dionisio. En todas las localidades se necesitaban maestros, pues no había escuelas: en Santa María, San Andrés y San Benito en la costa este; en San Felipe, San José y San Pedro en la zona sur; en San Luis, Sant-Leu y San Pablo al poniente.

En el corazón de la isla, un dorsal volcánico resaltaba la belleza del paisaje. El cono «Pitón de las nieves», de 3.069 m. de altitud, y su hermano «Pitón de La Fournaise», de 2.025 m., invitaban a dirigir los ojos hacia el cielo. Pero en sus valles y en sus gargantas había lugares escarpados aptos para esconder los piratas sus tesoros y los esclavos fugitivos sus miserias.

El cultivo de caña de azúcar, café, algodón, precisaba mano de obra barata. Por eso la isla era un gran campo de esclavos, nacidos con abundancia en el terreno, traídos del continente africano o incluso importados de la India o de las colonias francesas del Sur de Asia. La vida era dura para los esclavos, las ideas de libertad que agitaban la metrópoli no llegaban allí, el trabajo de sol a sol era el patrimonio de la mayor parte de sus habitantes.

Era un mundo desafiante para los que llegaban con otros ideales que no fueran los de explotar a los hombres y a las tierras, infinitamente diferentes de los que animaban los látigos de los negreros y mercaderes sin entrañas. En la Isla y en su capital de San Dionisio se esperaban maestros para los hijos de los blancos colonizadores. Pero pronto las autoridades supieron que llegaban educadores, no sólo maestros, que no sabían distinguir el color de la piel, pues preferían mirar el alma de los que acudían a sus aulas.

Surgieron las dificultades propias de toda obra que comienza. Hubo que amortiguar las reticencias de los alumnos de razas diferentes, que se miraban con desprecio unos, con envidia otros, todos con desconfianza. Pero pronto el buen hacer y el

tacto pedagógico de los nuevos docentes hizo comprender a todos que la integración de las razas era la gran empresa de los recién llegados y que por el camino de la libertad y de la concordia se llegaría mucho más lejos que por el de la discriminación y el de la explotación inhumana.

Los 25 primeros alumnos que tuvo el Hno. Escubilión fueron la promesa y la ilusión de su vida misionera. A las pocas semanas la escuela rebosaba centenares de asistentes y a él le corresponderían muchas decenas más, hasta casi completar el centenar. Y luego serían muchos miles los que admirarían el poder cautivador de su sonrisa, la fuerza irresistible de su amor a las personas y la cordialidad inalterable en el trato. Además de su benevolencia, todos fueron descubriendo su sentido común, su habilidad para arreglar disensiones, su capacidad para persuadir. Se tomaba tan en serio el trabajo que no perdía un minuto. Preparaba bien las lecciones y exigía a sus escolares, fueran blancos, amarillos o negros, los mejores resultados. Sólo era capaz de «malgastar» su tiempo cuando se trataba de hablar de Dios a los niños o a los adultos, si la ocasión se presentaba.

En 1836 se abrió otra escuela en la vecina localidad de San Bernardo. El Hno. Escubilión fue destinado para la nueva casa. En ella siguió con sus métodos y su entrega total al trato con la gente. Pronto surgieron algunos jóvenes nativos, incluidos varios negros, que quisieron imitar los ejemplos de los Hermanos y su trabajo educador. Varios reclamaron entrar en el Instituto como Hermanos. Se preparó para ellos un plan de formación. El Hermano Escubilión rezó mucho por ellos y su ejemplo estuvo en el origen de muchas de aquellas vocaciones.

Tenía especial habilidad para ir a los poblados del interior y a las plantaciones y reunir a las gentes para hablarles de Dios y de la libertad en términos de alegría y no de venganza. Le llamaron pronto los Hermanos y los sacerdotes de cada localidad, a los que ayudaba con especial interés el «buen catequista de los esclavos». Se empeñó en abrir clases para ellos, sobre todo por la noche, que es cuando los patronos les dejaban más libres, aunque no siempre lo lograba. Eran numerosos los que acudían a sus charlas, atraídos por su palabra persuasiva, aun después de una dura jornada de trabajo en las plantaciones.

No sólo les enseñaba la doctrina y la moral o les preparaba a recibir los sacramentos, sino que les daba clases de todo lo que podía servirles: lectura, historia, contabilidad, dibujo... Les hablaba de libertad, pero también de orden, de justicia y de responsabilidad Ganaba ante todo su amistad con sus actitudes cordiales y llenas de respeto hacia ellos.

Su tarea central de aquellos años era la clase que le correspondía en cada colegio, pero su expansión vocacional era la catequesis con los negros, que eran la gente pobre de la isla Tenía su predilección en la enseñanza de los que deseaban bautizarse y los que se preparaban para la primera comunión. Con frecuencia eran adultos y jóvenes esclavos, pues los hijos de los esclavos pertenecían a sus patronos, que los compraban y vendían según sus intereses.

Intercedía por ellos. Reclamaba la unión de las familias. En ocasiones amenazaba con denuncias ante la autoridad de la isla. En todas partes se ganaba el corazón de las gentes: el de los esclavos, por su ascendiente y palabra acogedora, el de los patronos, incluso de los más adversos, por su prudencia y su sentido de la armonía. Por eso, casi sin él saberlo ni advertirlo, contribuyó a que se entendiera que era necesario educar a los esclavos para el momento de la libertad, y que era más urgente aún preparar a los patronos propietarios para la fraternidad y la tolerancia, para cuando sus esclavos les trataran como iguales.

En una carta de estos años decía:

> «Estoy muy contento con mi grupo de esclavos morenos (negros), cuando estoy en medio de ellos, me siento como en un trono rodeado de los mayores reyes del universo Me escuchan como si Dios hablara por mi boca»

El 17 de noviembre de 1843 fue destinado a la otra escuela que se abría en el pueblo de San Leu. También allí siguió yendo a las mismas plantaciones donde trabajaban los grupos de esclavos que no se acercaban, porque los patronos no les dejaban ausentarse. Con frecuencia sus catecismos y explicaciones iban dirigidos a varios centenares de oyentes, entre los que no dejaban de entremezclarse los mismos patronos, primero para ver de lo que se hablaba y luego por sentirse interpelados por el persuasivo tono del mensajero.

No sabían todos, amos y siervos, libres y esclavos, qué admirar más, si la bondad del catequista o la verdad y la virtud que recomendaba. Tenía singular habilidad para mezclar palabras de paciencia con alusiones a la libertad y a la justicia. Muchos esclavos terminaban por pedirle que interviniera ante los patronos para que su acción no fuera tan cruel y explotadora. Y patronos había que reclamaban su ayuda para conseguir esfuerzo, orden y tranquilidad entre sus trabajadores. El Hermano hacía ambas cosas y muchas veces conseguía verdaderas conversiones.

Desde 1833 hasta 1843, que fue el período de la transformación social de la isla, el Hermano Escubilión hizo maravillas para que el cambio aconteciera con tranquilidad y con armonía. Hablaba a sus oyentes de libertad, pero también de trabajo y de exigencia.

Había en la isla entonces unos 60.000 esclavos. Se respiraba en ellos el afán de la libertad, aunque las ondas del Océano no hacían fácil el que llegaran los ecos revolucionarios que sacudían la lejana Francia. En la vecina isla de San Mauricio, la emancipación decretada por las leyes de la Metrópoli llegó con más agresividad y prontitud. En Annobón la acción inteligente y pacificadora de los sacerdotes y de los educadores, sobre todo de los Hermanos, hizo el tránsito más suave.

El 20 de diciembre de 1848 fue proclamada la libertad de todos los esclavos de la Isla por el gobernador general. Lo era el Sr. Sarda Garriga. Cumplía así la ley dada en Francia el 5 de marzo de 1848, por la que se abolía la esclavitud en todos los territorios franceses. Los esclavos fueron entonces convertidos en trabajadores contratados. Los patronos fueron indemnizados por el Estado mediante un pago por cada esclavo liberado. Los unos quedaron satisfechos por la libertad soñada y ahora conseguida. Los otros, fueron consolados por el dinero recibido y la capacidad de contratar nuevos operarios a los que estimular con el salario y no con el látigo.

Las catequesis de los Hermanos y de muchos sacerdotes habían hecho el milagro de preparar los corazones de todos y la única voz que se oyó en multitud de labios negros hasta entonces esclavos fue la que decían en las ceremonias religiosas con

las que se celebró el acontecimiento en las iglesias: «Gracias, buen Dios, gracias buen Dios». El gobernador general de la Isla reconocería después que

> «Gracias a los Hermanos, y sobre todo a la accion del Hermano Escubilion, a su modestia y buen hacer, se ha hecho este transito con serenidad y no han surgido los desordenes»

La fama de santo del Hno. Escubilión comenzó a atraer personas que incluso eran incrédulas. A veces hasta se habló de milagros inexplicables, como el sucedido con el niño de 7 años Octavio Pitou, sordomudo, que iba a sus catecismos y estaba junto al catequista. Un día, después de haberle llevado muchas veces junto al sagrario, le ungió con el aceite de la lámpara parpadeante y el niño experimentó una curación misteriosa que pronto le hizo superar su incapacidad para oír y para hablar.

No fue el único hecho sorprendente de estos años. Hubo padre que acudió angustiado a decirle al Hermano que su niño de seis meses se moría; y él, después de haberle hecho rezar a San José, le dio un pequeño remedio que produjo una mágica curación. Y hubo familia que le llamó para que rezara por su hijo enfermo de fiebres peligrosas y éstas desaparecieron al terminar la plegaria del Hermano.

Con todo, sus mejores milagros acontecieron a la cabecera de los moribundos. En este terreno actuaba como un verdadero especialista en conversiones de última hora. Hay pruebas de su presencia en el lecho de muerte de personas que jamás aceptaron una palabra de fe y él consiguió lágrimas de arrepentimiento y los últimos sacramentos de la reconciliación y del viático. De ello mucho supo su párroco amigo de Santa María, el que habría de pronunciar su último panegírico en el funeral de despedida y que no pudo terminar pues las lágrimas le paralizaron la voz al recordar las conversiones de última hora logradas por él.

Ante la abundancia de vocaciones y los refuerzos recibidos de Francia, el Instituto siguió incrementándose en la Isla. En 1850 se abrió otra escuela en La Posesión, localidad nueva surgida en el camino hacia San Dionisio. A ella fue destinado el Hno. Escubilión. Comenzó a hacerse leyenda entre sus compañeros que, cuando había que abrir otra casa, se le mandaba al

Hno. Escubilión que fuera para poner los cimientos firmes. Y un hombre que nunca había sido director ni había ocupado ningún cargo, y que, además, no tenía ningún título académico pues no había hecho otra cosa en su vida que ganarse a la gente, resultaba ser el mejor cimiento de las obras.

Él lo aceptaba con humilde sonrisa y con bondad. Pensaba que la gente se lo decía por condescendencia. Sus más adictos sabían que sus estudios universitarios habían sido hechos en las largas horas de oración que en todos los lugares pasaba y en las noches de vigilia silenciosa en las que su espíritu se había hecho fuerte.

En La Posesión, en el camino que va de San Pablo a San Dionisio, pasó otros cinco años haciendo lo de siempre. Ahora los esclavos eran ya libres, pero no por ello habían mejorado su vida. Pronto comenzaron todos a entender que no hay verdadera libertad si no hay cultura y si no hay igualdad. Las actividades en pro de la instrucción de las gentes de color se incrementaron, estimuladas por las autoridades.

En 1856 el Hno. Escubilión fue destinado a la última de las comunidades por las que pasó en su vida. Fue el colegio abierto en Santa María, en el que vivió los once últimos años de su existencia terrena y misionera. Siguió con su vida de entrega total. Daba sus clases, se esmeraba en sus catecismos, caminaba en busca de grupos de ya antiguos esclavos, que ahora lo eran del vicio engendrado por la indolencia, si no eran contratados en las plantaciones y no recibían un sueldo fijo por su poca capacidad o voluntad de trabajo.

A todos les decía la verdad con tanta dulzura que, aunque la verdad siempre escuece si no es agradable, de sus labios era bien recibida. Los perezosos se veían por él castigados con duras palabras: «Hay que trabajar y vencer la pereza». Los enfermos eran consolados con dulzura: «Hay que ofrecer a Dios los dolores y hacer lo posible para que desaparezcan». Los maridos oían de sus labios la palabra fidelidad. Los ricos, sugerencias de compasión y caridad. A los patronos les hablaba de justicia; y a los descarriados por el alcohol o la lujuria, que adundaban en aquel ambiente, les decía con desenfado que era hora de conversión.

Allí, en Santa María, atendió a su párroco y a muchos jóvenes cuando vino una epidemia de cólera en marzo de 1859. El buen sacerdote diría después que sus desvelos le habían salvado la vida sin ninguna medicina. Era emocionante ver cómo iba a donde los jóvenes apestados y rezaba con ellos el rosario, les ayudaba a morir o les anunciaba que se iban a curar. Muchas veces la mejoría se advertía después de su paso y los beneficiados quedaban admirados, intrigados, pero siempre agradecidos.

Con tantas fatigas e insomnios, su salud empezó a resentirse. En una hermosa carta que se conserva de esos años, describía con mirada retrospectiva el sentido de su vida misionera:

> «Gracias a Dios, la religion ha progresado en la isla, pues me recuerdo que, al llegar a este pais hace mas de 23 años, en toda la isla no habia mas de 12 sacerdotes y los Hermanos eramos 4 Los sacerdotes son hoy 60, tenemos un obispo lleno de celo por la gloria de Dios y la salvacion de las almas En tiempo de la esclavitud, las iglesias eran demasiado grandes, ahora, a pesar de haber construido mas iglesias y capillas, resultan ya insuficientes»

Ni los oficios más humildes que desempeñó ni las tareas de hombre fiel a la clase, le impidieron nunca ir a poblados cercanos y explicar el catecismo. Pero al final iba ya arrastrando los pies, pues el cansancio de su cuerpo nunca llegaba a su corazón.

En 1866 un ataque de uremia le agotó con fuertes sufrimientos y paralizó casi del todo sus correrías. Con todo, todavía tuvo tiempo para promover con un grupo de cristianos y amigos la construcción de tres cruces en las montañas más vistosas desde las que se contemplaba la ciudad y desde donde se contemplaba a lo lejos la inmensidad del Océano. En la carretera de acceso construyó dos capillas, una para la imagen que le había llegado de Nuestra Señora de La Salette y otra para San José.

En aquellos días finales decía a tres jóvenes que se preparaban para ir a la misión de Madagascar:

> «Dios es una inmensa hoguera de amor, y él quiere que todo arda [ ] Ojala me escoja a mi para propagar este incendio y para llevar el fuego a todo el que yo pueda encontrar en mi camino»

Pero su camino por la tierra había terminado en los planes de la Providencia. Al amanecer del sábado 13 de abril de 1867 falleció lleno de achaques y de agotamiento. Fue la muerte de

un justo. Pocos días antes habían acudido a despedirse los tres jóvenes Hermanos, alumnos suyos, que iban a Madagascar. Les había dicho:

> «Fue la ilusion de mi vida Quered allí mucho a los malgaches y haceos querer de ellos Al saber que vais vosotros, que sois alumnos míos, ya puedo morir tranquilo»

La última palabra que pronunció fue una respuesta que dio al director de la comunidad que le saludó con la jaculatoria de los Hermanos: «Viva Jesús en nuestro corazón». Respondió: «A jamais...» («Por siempre ..») y se apagó. Había muerto plácidamente un misionero. En el cielo se había encendido otra estrella.

Fue enterrado al día siguiente, domingo de Ramos, en el cementerio de la localidad. Mucha gente, negra sobre todo, había desfilado ante su cuerpo expuesto en la capilla del centro. Una hermosa homilía fúnebre del párroco, Juan Francisco Carrier, que durante muchos años le había llamado «su vicario para el apostolado» y del que era amigo íntimo, cerró el acto de despedida.

Pronto su sepulcro se convirtió en centro de visitas y de plegarias, sobre todo pidiendo a Dios la curación de diversos enfermos. Esas curaciones misteriosas e inesperadas de algunos de ellos y los favores del cielo que se multiplicaron según la creencia popular, mantuvieron su fama de santo en la gente más sencilla. Pasaron los años y su recuerdo no se apagó. En 1902 se abrió el proceso de beatificación ante las múltiples peticiones de sus devotos y admiradores. Terminó en la diócesis en 1909 y se remitió la causa a Roma.

En 1976, mons. Gilbert Aubry escribió a Roma pidiendo que la causa prosiguiera con celeridad y reclamó que el Instituto hiciera todo lo posible por sacarla adelante. El 20 de marzo de 1984 fue publicado el decreto sobre la heroicidad de sus virtudes. En 1987 se aprobaron los hechos milagrosos que hacían posible su beatificación. En la emotiva visita que el papa Juan Pablo II hizo a La Reunión el 2 de mayo de 1989 fue beatificado. Su memoria se celebra en la Iglesia el día 27 de septiembre, pero en La Reunión se festeja el día 20 de diciembre, fecha conmemorativa en la Isla como día de la libertad de los esclavos.

PEDRO CHICO GONZALEZ, FSC

Bibliografía

BERTHIER MEDIA, R., *Frère Scubilion et le journal d'un apôtre à La Réunion* (París 1987).
CONCORDE MARIE, *Frere Scubilion* (Roma 1976).
OLIVE, M., *Hermano Escubilión* (Roma 1978).
ROSERO BOLAÑOS, A., *Hermano Escubilión (Juan Bernardo Rousseau). «Un monumento de bondad con los esclavos de color»...* (Colombia 1987).
«Hermano Escubilión: santidad signo de vida»: *Revista Lasalliana* (1992), número especial.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

BEATA IDA DE BOULOGNE

Viuda († 1113)

Ida nació hacia el 1040 hija del duque Godofredo IV de Lorena y de su primera esposa Doda. Criada en el castillo de su padre, a los 17 años fue dada en matrimonio al conde de Boulogne, Eustaquio II, con el que tuvo varios hijos, uno de ellos el famoso Godofredo de Bouillon, conquistador de Jerusalén, y Balduino, rey del reino cristiano palestino. Muerto su esposo, se vio dueña de una considerable fortuna y decidió emplearla en obras de religión y caridad. Además de ayudar amorosamente a multitud de pobres, restauró varios monasterios. Oblata seglar de la Orden Benedictina y puesta bajo la dirección espiritual de San Anselmo de Canterbury, por entonces solamente monje en Bec, progresó en la vida de perfección cristiana. Muerta el 13 de abril de 1113, fue enterrada en el monasterio de Vast.

SAN CARADOCO

Presbítero y ermitaño († 1124)

Este galés era arpista en la corte del rey Rhys en el sur de Gales, y no le gustó que los cortesanos estimaran en más a los perros que a las personas. Por otro lado tuvo un enfrentamiento con el rey, que airado con él, quiso matarlo. Esto le llevó a un gran desengaño del mundo y quiso entonces dedicarse a servir a Dios. Recibió la tonsura y posteriormente el sacerdocio. Luego pasó varios años como ermitaño en una iglesia arruinada y después se retiró con algunos compañeros a llevar vida contem-

plativa en una isla de la costa de Pembroke. Más tarde pasó a la isla de St Issell's. Rodeado de gran fama de santidad murió en 1124 y fue llevado a enterrar a la catedral de St David's. Se le atribuyeron muchos milagros.

BEATO ALBERTINO DE FONTE AVELLANA

Prior († 1294)

Nació en Montone, Italia, en la primera mitad del s. XIII en el seno de la familia Ubaldini. Decide su vocación religiosa entrando en la comunidad de ermitaños de Fonte Avellana. Acreditado como religioso observante, es enviado de prior a Santa María de Sitria y luego, al vacar el priorato de Fonte Avellana en 1275, es designado él para ocuparlo. Como tal prior de Fonte Avellana lo era además de toda la congregación. Se ocupó mucho del gran problema de la lucha entre ciudades, apareciendo como apóstol de la paz y la concordia, y desempeñando varios encargos papales. Rechazó la mitra que el papa le ofrecía y se mantuvo fiel a su vocación eremítica. Murió el 13 de abril de 1294. La Sagrada Congregación de Ritos permitió expresamente a la Orden Camaldulense la celebración de su memoria litúrgica el 21 de mayo de 1782.

BEATA IDA DE VAL-DES-ROSES

Virgen († 1290)

Nació en Lovaina en una familia de ricos comerciantes. Su temprana inclinación a la piedad era mal vista por su padre, persona muy materialista, lo que ella llevó con paciencia. Llegada a la juventud, creció su fervor y su mortificación, y crecieron los malos tratos del padre. Pero ella pudo por fin ingresar en el monasterio cisterciense de Val-des-Roses, junto a Malinas, donde llevó una vida de intensa espiritualidad y penitencia, rodeada de fama de sucesos sobrenaturales. Murio hacia 1290. En 1719 el papa Clemente XI concedió a los cistercienses la celebración de su fiesta.

BEATA MARGARITA DE CITTÀ DI CASTELLO

Virgen († 1320)

Nació en Metola, Italia, en 1287 en el seno de una familia pobre. La niña nació ciega. La llevaron sus padres a Città di Castello a ver si en la tumba de fray Jacobo se operaba su curación. No sucedió así y entonces sus padres simplemente la abandonaron y se marcharon. Recogida y criada por un matrimonio, ingresó en un monasterio que ella encontró relajado y lo dejó. Se hizo entonces terciaria dominica y, dirigida por un dominico, se dedicó a la oración y las buenas obras. Visitaba enfermos y pobres, cuidaba de niños y hacía cuanto a su ceguera le era posible. El pueblo admiró la virtud de la joven ciega. Muerta el 13 de abril de 1320, fue tenida por santa. Su culto fue confirmado el 28 de octubre de 1609.

BEATOS FRANCISCO DICKENSON Y MILÓN GERARD

Presbíteros y mártires († 1590)

Luego de ser arrestados, estos dos sacerdotes seculares fueron acusados de haber ido a Inglaterra a reclutar marineros para el servicio del rey de España que los emplearía contra Inglaterra. Ambos mártires rechazaron indignados la burda acusación e insistieron en que habían llegado con finalidad religiosa y pastoral, al margen de toda cuestión política. Fueron condenados a muerte como traidores, ahorcados y descuartizados en Rochester el 13 de abril de 1590.

Francisco Dickenson había nacido en una familia protestante en 1564 en la localidad de West Riving, en el Yorkshire. A los 17 años se hizo católico y marchó al seminario de Reims donde se ordenó sacerdote el 18 de marzo de 1589.

Milón Gerard, que usaba igualmente el nombre de William Richardson, era natural de Ince, en el Lancashire, y nació hacia 1555. Muy joven entró en el seminario de Reims y se ordenó en 1583.

Ambos sacerdotes fueron enviados a Inglaterra en 1589, pero en la travesía el capitán del barco sospechó que eran sacer-

dotes y al desembarcar los delató al sheriff, siendo seguidamente detenidos y llevados a Londres, alojándolos en la cárcel de Bridewell. Las torturas no lograron de ellos que confesaran traición alguna, pese al interés del Consejo real en que esta declaración se firmase. Fueron beatificados el 15 de diciembre de 1929.

BEATOS JUAN LOCKWOOD Y EDUARDO CATHERICK

Presbíteros y mártires († 1642)

El primero era un anciano y el segundo un joven, ambos sacerdotes, y ambos condenados a muerte por ello. Sacados de la cárcel el 13 de abril de 1642 fueron llevados al lugar donde se alzaba el patíbulo, y a su vista, el joven Eduardo no pudo menos que conmoverse pues el terror se adueñaba de su corazón Pero el anciano, al darse cuenta, le dirigió palabras de ánimo, que lograron serenar al joven. El anciano pidió y obtuvo que ejecutaran primero al joven para estar él animándolo. Cuando pusieron al muchacho la soga, el anciano le dijo: «¿Cómo va ese corazón, Catherick?». A lo que Eduardo respondió: «Muy bien, gracias a la ayuda de Dios y al ejemplo de usted». Esto sucedía en la ciudad de York, en el reinado de Carlos I, que quiso salvar o al menos hacer menos horrorosa la ejecución de ambos sacerdotes pero que no pudo, porque estaba ya él mismo en situación delicada.

Juan Lockwood era nativo del Yorkshire y había nacido en 1555. Había estudiado en el colegio inglés de Douai y luego en el de Roma y se había ordenado sacerdote en 1597. Vuelto a Inglaterra fue apresado y condenado a muerte, pero se le conmutó la pena por el destierro, del que clandestinamente volvió. Arrestado otra vez y otra vez condenado, pudo obtener la libertad. Siguió trabajando apostólicamente años y años hasta que en 1641 era arrestado, encarcelado, juzgado y condenado a muerte.

Eduardo Catherick era de Carlton y había nacido en 1605. Luego de estudiar en Douai, ya ordenado sacerdote volvió a Inglaterra en 1635 y pudo trabajar siete años, hasta que fue arrestado, encarcelado, juzgado y condenado a muerte. Ambos

sacerdotes se encontraron en el calabozo Contra ellos no hubo otra acusación que la de ser sacerdotes católicos. Fueron beatificados el 15 de diciembre de 1929.

SAN SABAS REYES SALAZAR
Presbítero y mártir († 1927)

Nació en Colula, México, el 5 de diciembre de 1879 en el seno de una familia pobre. Estudia en el seminario de Guadalajara y se ordena el 5 de diciembre de 1911. Trabajó apostólicamente en las diócesis de Tamaulipas y Guadalajara. Su último destino fue el de vicario parroquial en Tototlán. En todo el tiempo de su ministerio se acreditó como sacerdote bueno y cumplidor. Pasa a la clandestinidad en 1926 cuando se suspende el culto público. Volvía de bautizar a un niño cuando es avisado de la llegada de los federales. Se refugia en una casa, pasa la noche en oración y se entrega al día siguiente. Llegados a la parroquia se le atormentó en público para que dijera el paradero del párroco. Tres días y tres noches lo estuvieron picando con las bayonetas e hiriéndole, y en todo el tiempo mantuvo una inalterable serenidad y paciencia. Le metieron las manos en una hoguera, le mojaron los pies en gasolina y le prendieron fuego, y con los pies quemados fue obligado a ir hasta el cementerio, donde lo fusilaron mientras él gritaba vivas a Cristo Rey. Era el 13 de abril de 1927. Fue canonizado el 21 de mayo de 2000.

14 de abril

A) MARTIROLOGIO

1 En Roma, los santos Tiburcio, Valeriano y Máximo, mártires (fecha desconocida)

2 En Antioquía de Siria, las santas Bernica y Prosdoca (s IV), vírgenes y mártires

3 En Nitria (Egipto), San Fronton (s IV), abad

4 En Elphin (Irlanda), San Assach (o Tassach) (s V), obispo

5 En Alejandría de Egipto, Santa Tomaides († 476), mártir
6 En Ruan, San Pretextato († 586), obispo y mártir
7 En Lyon (Galia), San Lamberto († 688), obispo y abad
8 En Monte Marano (Campania), San Juan (s XI XII), obispo
9 En Tiron (Francia), San Bernardo († 1117), abad *
10 En Aviñon (Provenza), San Benito († 1164), adolescente *
11 En Tuy (Galicia), Beato Pedro Gonzalez, vulgo San Telmo († 1240), presbítero, de la Orden de Predicadores **
12 En Schiedam (Holanda), Santa Liduina († 1433), virgen *
13 En Cuevas de Vinroma (España), Beata Isabel Calduch Rovira († 1937), virgen, monja capuchina, mártir *

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SAN TELMO

Presbítero († 1240)

San Telmo, como se le conoce vulgarmente, o Pedro González Telmo, cual reza su nombre de pila, es una de las grandes figuras medievales, cuya historia, matizada acaso de áureas y preciosas leyendas, no ha sido hecha aún críticamente. De todos modos, fue, por cierto, un santo popular, de universal y rutilante fama en toda la Península y aun fuera de ella, de las primiciales glorias de la Orden dominicana y astro brillantísimo de la Iglesia del siglo XIII y, sobre todo, abogado, fiador y tutor de nautas y pescadores, singularmente a lo largo de todo el litoral cantábrico.

Y, sin embargo, San Telmo no fue hijo de la marina, no fue timonel ni batelero o mareante, sino que vio la luz tierra adentro, en pleno corazón de Castilla. Nació, según todos los indicios, en 1185 y fue bautizado en la iglesia románica de San Martín de Frómista, villa palentina que hitaba entonces el camino francés que desde Roncesvalles se dirigía a Compostela Reinaba a la sazon en León Fernando II, y Alfonso VIII ocupaba el trono castellano.

Poco es lo que sabemos con certeza de su abolengo y primeros años. Parece ser que su familia era noble y cristianísima, acaso perteneciente al rango de los infanzones o ricos-homes de su tierra, la cual por eso mismo trató desde un principio de darle esmerada y cumplida educación Le fue, en efecto, confia-

da ésta a un tío suyo, llamado también don Telmo, canónigo por aquellos días y más tarde obispo de Palencia, el cual, como primera medida, se lo llevó a su casa y, así como vio sus buenas disposiciones y natural despejo, le proporcionó los mejores maestros que hubo a las manos y le puso a estudiar. Con ellos el joven hizo muy pronto grandes progresos en las primeras letras, comenzóse a imponer con brío y seguridad en las artes liberales y el latín, y pasó de allí a poco, cuando apenas pubescía, a las aulas universitarias en la misma Palencia.

Porque por aquellas décadas Palencia estaba orgullosa de sus flamantes *Estudios generales,* que acababa de establecer Alfonso VIII, el vencedor de las Navas, y eran los primeros de España, pues los de Salamanca, debidos a la espléndida munificencia de Alfonso IX, datan de principios del siglo XIII.

La paz castellana y casi monástica de la ciudad del Carrión parecía haberse esfumado para siempre y nadie la echaba de menos. Ahora atronaban las encachadas plazas y las alcanás ahiladas de soportales las triscas, zarabandas y disputas estudiantiles. No se oían jergas extrañas, porque Castilla y España entera vivían en constante clima de cruzada, y en tal coyuntura Europa no nos mandaba teólogos, sino caballeros.

Ahora bien, todos los biógrafos coinciden en que Telmo fue estudiante lúcido e ingenioso. De fácil y segura memoria, era además sutil y agudo en las controversias, hábil y suelto de palabra, de carácter sociable, simpático y atrayente, aficionado a los libros, aun cuando no se quebrase demasiado los ojos por ellos; en una palabra: un escolar modelo, porque tantas y tan escogidas prendas danse reunidas raras veces en un hombre solo. Y si, a vueltas de ellas, unimos ahora, cual repite incesantemente el laudo de la tradición, sus bellas facciones, su natural y esbelta apostura, su aire señorial y a la par sencillo, su compañerismo sentido lo mismo en las aulas que en la calle, ¿qué extraño es que se hayan hecho lenguas de él cuantos han intentado su hagiografía?

Con todo eso, hay un punto oscuro en esta parte de su historia, el que se refiere a su talante espiritual y moral. Según algunos autores, Telmo, manteísta aún de la Universidad, era un mozo educado, morigerado y recoleto; dechado y espejo de vir-

tud; humilde, prudente y modesto, alma de oración y que hacía pública profesión de vida espiritual vigorosa y austera. Todo permitía vislumbrar a pie llano al santazo del día de mañana.

Ni que decir tiene que la virtud, por honda y acrisolada que sea, puede muy bien ir mano a mano con la bondad de alma, con la aplicación y entrega a las letras, con la serenidad y altura del entendimiento y hasta con la gracia, la fascinación y la simpatía, así como no puede negarse que ha habido siempre corazones predestinados por Dios —no muchos, porque la vida del hombre sobre la tierra de ordinario es lucha continua y esfuerzo de superación— que desde la cuna o la niñez llevan ya el sello de la santidad. Mas, ¿por qué todos los santos han de ser desde su nacimiento precoces y raudos, santos sin más ni más, como si no fueran de carne y hueso al igual que los demás mortales? ¿Y cómo explicaríamos el conocido accidente del día de Navidad, del que hablaremos más abajo, el Damasco de San Telmo, que ha hecho de él un segundo San Pablo?

Más bien hemos de admitir que, cuando Pedro González Telmo arrastraba bayonetas en Palencia, según la jerga escolástica, si no era un goliardo, de lo que, por cierto, no tenemos indicios siquiera, sí tenía, en cambio, fama bien ganada de jaranero, gárrulo y señoreador, amigo de chanzas y torneos y dado a la juglaresca. No olvidemos que a cuatro pasos de allí discurría el asendereado camino de Santiago, bullicioso con las primeras formas romances y salpicado de trovadores y cantares de gesta, lo que venía como anillo al dedo para sorber el seso a la estudiantina y singularmente a jóvenes inquietos e impresionables como él. Y, a mayor abundamiento, ahí está su brillante hoja de estudios, su prestigio en la Universidad, su ingenio licurgo y vivaz, su gallardía y donaire y buena planta, el saberse un pino de oro ante las pollitas de la ciudad, y, sobre todo, que era el sobrino y niño mimado del obispo. Por influencia de éste, en efecto, casi imberbe aún, fue nombrado canónigo y luego, a instancias del mismo, promovido al deanato de la catedral de Palencia.

De suyo se sigue que de tales premisas solamente podía salir un clérigo a medias. Le faltaba asiento y gravedad, y es posible que hasta la gracia de estado. Tuvo quizá, y sin quizá, un carácter entero, con personalidad acusada y robusta, propenso a

reacciones súbitas y violentas, de un amor propio refinado que picaba siempre muy alto, cual hase puesto de bulto en el curso de su vida, pero presumía de jacarero, ostentoso y elegante. Gustaba, por ende, de llevar los mejores y más lustrosos faldularios de la ciudad, y hasta de vez en cuando veíasele en ropilla de seglar y, a fuer de arrogante jinete, pavonearse y gallear de punta en blanco, ruando de cabo a cabo por toda Palencia.

Mas el hombre propone y Dios dispone. La exaltación al deanato le había hecho perder la cabeza del todo. La cosa no era para menos, supuesto su temperamento, el aura popular de que gozaba entre estudiantes y en la buena sociedad palentina y su prodigalidad. El beneficio era pingüe, la dignidad era honrosa, la edad del laureado muy a propósito para escupir doblones. Y se propuso celebrar su prebenda con una cabalgata que fuese sonada.

Fue el día de Navidad cuando tomó posesión, cantados que fueron los oficios canónicos, charolados sus zapatos, guarnecidos de relucientes hebillas, argentado y emperifollado con sus vestes y arreos prelaticios. Si había llovido o nevado antes y las calles estaban intransitables y escurridizas, al decir de algunos, es flor de cantueso y poco importa ahora. La cascabelada debió de ser por la tarde. Figuraban en ella la espuma y cogollo de la juventud, todo el golpe de amigos y admiradores del novel deán, cada uno a horcajadas de su cabalgadura, con su atuendo de pajes y espoliques, y luciendo llamativas y ricas galas. El espectáculo era deslumbrante, nunca visto en Palencia, la cual, como es de suponer, estaba toda en la calle. A la cabeza iba el arrogante prebendado, montando su bello alazán y llamando la atención por su gallardía, pompa y caballerosidad, al propio tiempo que recibía los plácemes, ovaciones y ditirambos de la enloquecida multitud. Esto terminó por hacer perder su aplomo al apuesto mancebo, el cual, en su elación y orgullo, para demostrar su destreza de caballista, dio de espuelas al fogoso animal con el fin de hacer piruetas y caracoles, mas perdió el equilibrio y dio de bruces en un barrizal en medio de la zumba y chacota de todo el pueblo.

¿Cómo encajó el malparado deán su fracaso y la estentórea rechifla de la chusma? Su reacción estuvo a tono con su majeza y arrogancia, y hasta dice bien con el temple heroico de la épo-

ca, de rudos contrastes, de eximias virtudes y vicios no menores, todos con cierta grandeza, clave de aquellos santos de cuerpo entero. Mohíno y cayéndosele la cara de vergüenza, se metió en su casa y ya no se le volvió a ver en la calle. Como San Pablo en el camino de Damasco, Telmo comenzó a entrever a Dios el día de Navidad en medio de su mayor frenesí y paroxismo. Ya en el retiro de su aposento le asaltó la luminosa idea de la vanidad de las cosas humanas. Y sacó en un solo cabo y a toda prisa el propósito de enterrarse en vida. Era una auténtica y fulminante *metanoia.*

En primer lugar, sumido en largas y penosas horas de compunción y deshecho en lágrimas terriblemente amargas, aquel hombre, tan vano y encumbrado la víspera, pedía ahora a Dios que le inspirase el medio mejor y la traza de morir al mundo. Deseaba sinceramente servir al Señor y buscaba el camino de hacerlo con provecho y en desagravio de sus anteriores yerros. En segundo lugar, movido sin duda por el buen espíritu, con un gesto muy suyo, característico de las almas gigantes de su tiempo, hace solemne renuncia del deanato y de todos los frutos que le correspondían, y va a llamar con decisión a las puertas del convento de Santo Domingo de Palencia.

No nos coge de nuevo esta elección. La Orden dominicana estaba de moda, ya en su cuna, por el ruido de los éxitos de su fundador contra los albigenses del sur de Francia. Había sido creada unos años antes por Santo Domingo de Guzmán, natural de la diócesis de Soria, pero muy conocido en Palencia, donde cursó en los *Estudios generales,* acaso tratado por Telmo personalmente, y la patrocinaba el papa Inocencio III para reponerse del fracaso de los cistercienses en la lucha pastoral e ideológica contra los herejes, ya que, por haber caído en el boato, la atonía y la laxitud, remitieran en el prístino esplendor de su regla. Por otra parte, la naciente Orden prescindía por completo del trabajo manual y se consagraba de lleno al estudio, como condición indispensable para una fructífera y sólida predicación, y era apreciada por su regular observancia y disciplina. A sus claustros se acoge Pedro González Telmo, universitario de los pies a la cabeza, cuyo sacerdocio ha de conservar siempre ese matiz intelectual, docente y «kerigmático», y entra como novicio en el

convento dominicano de Palencia que estaba levantándose a la sazón.

El mejor elogio que cabe hacer de él como religioso es que el clérigo rumboso y sibarita y el hombre de mundo quedaron pronto eclipsados por la práctica, ardimiento y tenacidad de sus virtudes monacales. Está visto que el Señor le había enriquecido con excelsas dotes naturales y forjado sabiamente su metamorfosis espiritual porque deseaba servirse de él para grandes empresas. Digámoslo lisa y llanamente y sin hipérboles nacidas al socaire de ese entusiasmo que instintivamente siente el historiador por sus héroes, porque la vida de San Telmo, injustamente preterida en España hasta el presente, comienza a ser conocida por los estudiosos y su fuste y colosal prestancia se agigantan de día en día.

Este cimero y provecto novicio fue ya desde el primer momento pasmo de santidad. Su piedad asidua y profunda, su ardiente caridad, su mortificación callada, porfiada y estoica, su varonil desasimiento, eran la admiración de sus compañeros y superiores jerárquicos. Para la profesión preparóse, como no podía ser menos, con largos y rigurosos ayunos y penitencias. Aquel día ofrecióse a Dios por entero ante el altar e hizo la oblación y total renuncia de sí mismo. En lo sucesivo sobresalió hasta tal punto en la observancia de los votos, que todos se hacían cruces de su angelical pureza, de su acatamiento y pobreza, llevada hasta los mayores extremos, amén de una mansa humildad y abatimiento voluntario, como que, en alivio y obsequio de sus hermanos, siempre estaba presto a desempeñar los más bajos oficios de la comunidad. Así crecía esta hermosa flor de los claustros y se denunciaba por su fragante aroma, que trascendió en seguida a Palencia y a innumerables pueblos castellanos.

Con todo, la dulce placidez casera de una vida contemplativa no se daba las manos con fray Telmo, cuya vocación, por descontado, no era de las de cepos quedos. Y así fue que, secundando el espíritu de la Orden y teniendo en cuenta sus sobresalientes cualidades, el prior resolvió dedicarle a la predicación, instándole antes a imponerse en el estudio de la teología. Noches enteras pasaba quemándose las cejas sobre la ciencia sagrada, así como sobre los libros santos, en cuya interpretación

rayó a gran altura, al paso que esmerábase en copiar y emular las virtudes de su eximio fundador y seguir sus huellas, a quien había adoptado por modelo.

Encentrado su apostolado y sus misiones, muchos fueron los pueblos y ciudades que se rindieron a sus arrebatados sermones, saborearon sus sabios consejos y viéronse envueltos y arrastrados en el halo inefable del rigor anacorético de sus austeridades. Pasaba por ser un fraile docto y prudente, celoso por los enfermos y pecadores, y tenía la santa costumbre de exhortar a sus huéspedes, obteniendo por este medio clamorosas conversiones. Pero, ¿qué era esto para un corazón como el suyo que no le cabía en el pecho? Castilla, por ende, comenzó a hacérsele pequeña y su mirada de lince, así como su vehemencia, se fijaron en Andalucía.

Corría por entonces el primer tercio del siglo XIII, en plena reconquista del solar hispano contra el poder de la media luna. Todos los españoles tenían puestos sus ojos en la homérica cruzada. Alfonso VIII había rebasado la divisoria de Sierra Morena, con lo que quedaba abierto el camino para las grandes conquistas del valle del Guadalquivir. San Fernando es ya rey de Castilla y León, capitán invicto de los cristianos. La epopeya era de suyo ardua, secular y sobrehumana, con España dividida en Estados rivales, con incesantes y voraces levas de bárbaros que vomitaba el desierto contra la Península, con ejércitos heterogéneos y hechos de aluvión, y con los vicios y estragos propios de una campaña que se eternizaba. Sobre este volcán siempre en erupción luchaba el rey santo, del cual se ha dicho que no fue guerrero, ni caudillo, ni táctico, mas salta a la vista que, si bien nunca planteó una batalla formal, su sistema de algaras o correrías anuales, que los españoles habían aprendido de los árabes, dio el mejor resultado. Era una maniobra metódica, plan estratégico de *razzias* temporales, que consistía en agostar mieses, talar bosques, desarraigar viñedos, estragar la tierra, asolar olivares, torcer el curso de los ríos. Vida de aventura, de guerrillas, de bohemia, de exterminio feroz, y en esta atmósfera de vandalismo por ambos lados, implacable, cruel y brutal, fray Telmo, ardiendo en celo religioso, se propuso atender a la regeneración espiritual de nuestros soldados.

Los frutos de esta trabajosa e ingrata sementera del gran dominico no se hicieron esperar. Cuándo enseñaba la doctrina cristiana en el campamento, cuándo fustigaba duramente el desenfreno de los libertinos; ahora oía pacientemente confesiones, ahora predicaba y arengaba a las tropas; un día procuraba templar la rudeza y salvajismo de los combatientes, otro día, con hábiles toques y admoniciones, prevenía e intimaba a cuantos acercábanse a él para pedírselos. El fervoroso rey, cuya alma era tan de Dios y veía con agrado la ingente cosecha espiritual llevada a cabo en sus ejércitos, tanto con los caballeros como con las mesnadas, pronto cayó en la cuenta de que fray Telmo era su mejor capitán, porque de la virtud al honor y de los dos al heroísmo no hay más que un paso.

Un suceso estúpidamente lamentable y apestoso vino en aquel entonces a turbar esta ubérrima labor y no sólo estuvo a punto de dar al traste con el optimismo, fortaleza y buen nombre del misionero, sino que, en realidad, sirvió para dar el espaldarazo a su santidad y fue el primer eslabón de la cadena de oro de su exuberante taumaturgia.

No sabemos a punto fijo ni la fecha exacta ni la localidad donde ocurrió, mas hace al caso que unos cuantos descontentos, de los conspicuos de la milicia, cuya lubricidad y escándalo habían sido flagelados con valentía y puestos al descubierto por el indomable religioso, no toleraban su presencia ante ellos y dieron en la flor de zaherir, badajear y hacer ascos de él. Su humildad, murmuraban, era torpe máscara; su fervor, hipocresía; su candor, pura ficción so capa de salaz lascivia. No faltaron, gracias a Dios, quienes salieran por su inocencia, pero con este motivo se armó tal polémica y zipizape que una mujer, cortesana de oficio, quiso sacar partido del embrollo, ofreciéndose a sus cómplices por dinero para tentar y hacer sucumbir a aquel «santo de papel». No monta una paja escenificar el episodio. La arriscada y diabólica damisela tuvo la avilantez de tentarle. Era buena moza y lo hizo sacando a relucir melindres y lágrimas, de un modo apasionado, hechicero, febril, pero él fue dueño de sí mismo y el cielo le inspiró encender una gran fogata y se arrojó en las llamas. La pecadora quedó petrificada, como si la atravesara un rayo del cielo; el religioso, incólume y radiante de fulgor

sobrenatural; los maquinadores, que estaban al acecho, estupefactos. Todos confesaron su crimen, arrepentidos, y la virtud de fray Telmo de esta hecha va a parecerse más al oro purificado en el crisol.

A seguida de este triste episodio abandona Andalucía y de allí a poco le vemos en Galicia. ¿Desazonado y molesto quizá? ¿Acaso por la atracción que desde niño ejercía sobre él el camino francés? ¿Aposta y en virtud de un plan preconcebido de sus superiores? Bien pudiera ser que por las tres razones. Los dominicos no tenían en Galicia más conventos que el de Santiago, centro de irradiación admirable, así en el orden religioso como en el civil, mayormente desde los tiempos de Gelmírez, para un apostolado brillante y de altura y propagativo. A él es destinado fray Telmo, llevando consigo a fray Pedro de las Mariñas, de Betanzos, sólo que en el camino se deja ver y misiona por donde pasa, y de aquí proviene tal vez que mas de una ciudad, pongo por caso Astorga, haya reivindicado la gloria de su cuna.

Sin embargo, su centro evangelizador en esta época no parece haber sido Santiago, sino Lugo, cultivando extensa zona, muy populosa, hasta Puente Sampayo. Primeramente constituyóse en maestro de sacerdotes y luego se prodigó con toda la grey. Es una táctica muy española, dígalo el Maestro Ávila, de apóstol a lo grande. Si no tenemos luz en el candelero ni hay sal, ¿cómo no va a ser insípido el mundo y cómo evitaremos andar a oscuras y a repelones? La honda transformación operada en toda aquella comarca, la difusión del rezo del rosario, los primeros contactos con pescadores y marineros, un clima blando y tibio de beneficencia y amparo al desvalido, hasta multiplicársele milagrosamente las viandas que podía proporcionarse, nuevos triunfos de su castidad, renovándose el milagro del fuego, datan de esta primera etapa. En Portugal, en el convento de Amarante, residió dos años como maestro de novicios, y de esa escuela salió un santo: Gonzalo de Amarante.

De nuevo, sin que sea posible precisar la fecha, fray Telmo se halla presente en Andalucía y toma parte en la marcha sobre Córdoba, que fue ganada en 1236. En tal coyuntura figura como director espiritual del ejército y confesor del rey. Una tabla magnífica que se conserva en la catedral de Tuy representa

la tienda de campaña de San Fernando. Dentro, de rodillas, está el monarca, y, sentado, San Pedro González Telmo. ¿Por qué no prolongó su función de «capellán castrense» y rehusó acompañar al rey santo en la corte, como confesor y consejero, mientras preparaba el asalto a Sevilla? Noble de alcurnia, es cierto; con grande influencia y valimiento en las clases rectoras de Castilla, de finas maneras y placentera presencia, con sólida fama de santidad, fray Telmo, empero, no era palaciego, y su alma de apóstol, enamorada del pueblo sencillo, imbele y abandonado, le hace volver a Galicia, de donde ya no volverá a salir más.

En esta segunda fase de su estancia en Galicia, que apenas duró cuatro años, Tuy es su Cafarnaún. Alójase donde puede, renovando la táctica antigua, que tan buenos resultados le diera, y perfecciona y completa personales experiencias. Causa asombro su prodigiosa actividad en tan corto período de tiempo: docencia y cura de almas, y, en particular, padre, maestro y juez de conciencia; acción sobre las personas y sobre las organizaciones y fuerzas sociales; precursor de los gremios y cofradías de mareantes.

El siglo XIII en que estamos significa en la historia universal más de lo que algunos creen. Tiene un ideal armonioso, a despecho de su pedantería y barbarie, y cuenta los santos a montones, algunos de ellos de ejemplares méritos. La predicación hácese independiente de la patrística, más popular, nerviosa y práctica; auméntanse las riquezas y se desarrolla el comercio; despiértase el espíritu asociativo, incluso para construir puentes y caminos; abunda lo bueno y edificante, como que, sin bordar de realce, ningún otro siglo ha hecho tanto por los pobres como él, así en la beneficencia pública como en la privada. No obstante, la avaricia y la miseria andan a toca ropa, y, sin haberse despeñado todavía en el escepticismo, al lado de la virtud verbenea la inmoralidad. Conviene paremos mientes en que, si bien es cierto que quedaban pocos siervos de la gleba, pululan los collazos, behetrías, juniores de heredad y los villanos o pecheros. La vida de todos éstos era difícil. Y San Telmo no fue anacrónico ni retrógrado, sino coetáneo de su tiempo, anduvo al paso de su época y sólo se propuso salvar a los hombres de su generación.

Como orador, hubo de predicar con frecuencia al aire libre, porque las iglesias eran harto mezquinas para contener a las muchedumbres; como obras sociales suyas, cuéntanse el puente de Castrelos de Ribadavia y el de la Ramallosa en el valle Míñor de las cercanías de Vigo; como sacerdote, era el padre de los pobres, el amigo, fiscal y consejero de los grandes, y espejo impoluto de edificación en todas partes, estampa viva de férvida oración, de espíritu de sacrificio, de inflamado celo.

Con todo eso, un problema acuciante, grave y pavoroso, que era a la vez industrial, comercial y sociológico, sobre ser moral, había planteado en este rincón del noroeste gallego: el marinero. Tanto la pesca como el transporte marítimo ocupaban a una numerosa población y estaban reclamando a voces al osado y vidente que los encauzara, a fin de hacer más llevadera la vida en la costa atlántica. Y San Telmo, sin que fuese obstáculo para ello el haber venido al mundo en tierras de pan llevar, se dio cuenta de la tragedia, puso mano en la obra de la formación individual del marinero y hasta ensayó la teoría e institución de los gremios, los cuales habían de encarnar y crecer como la espuma después de su muerte. Ante todo y sobre todo, pues, fue el apóstol y paladín de los hombres de mar, así como, reconocidos, fueron también éstos quienes más de corazón se dieron a él y luego hicieron de cantores y panegiristas suyos.

Por supuesto, en una obra de este temple no podían faltar los milagros. Dios los prodiga a veces a granel para poner de manifiesto su presencia en el mundo y para que los santos los puedan exhibir como credenciales de su mandato. Se pierde la cuenta de los que esmaltan la vida de fray Telmo. Es de advertir que en la catedral de Tuy se conserva el original del proceso de su beatificación, a tenor del cual la mayor parte de ellos son rigurosamente teológicos. Mostró su poder sobre los elementos de la naturaleza y más de una vez se le vio atravesar el Miño a pie. Penetraba en los corazones, y los pescadores le interpelaban en medio de las borrascas, braveza y galernas de las procelosas aguas. Un día, dirigiéndose a Bayona, tuvo la revelación de la muerte de un sacerdote, amigo suyo a quien iba a visitar, en el camino, y, como sus compañeros de viaje desfallecieran de hambre, al remover una piedra que él les señaló descubrieron

dos panes de nítida blancura. Otra vez, en la Ramallosa, como quiera que estaba edificándose la fábrica del puente, del que más arriba hemos hecho mención, el inmenso gentío que le rodeaba, embobado por sus sermones, comenzó a huir despavorido ante la horrísona tempestad que habíase desatado y él, alzando sus manos hacia las nubes, las dividió en dos partes, y, a pesar de caer un verdadero diluvio sobre la tierra, sus oyentes no se mojaron poco ni mucho.

Finalmente, a continuación de esta obra sorprendente y ciclópea, que legaba a sus queridos hijos de aquella comarca y en especial a los marineros, pero que para él no valía gran cosa, porque siempre es un grano de anís lo que hacemos por la gloria de Dios y la salvación de las almas, el Domingo de Ramos de 1240, en el curso de unas lecciones que había iniciado la semana anterior, San Telmo se despidió de la ciudad de Tuy, tras revelar la hora de su muerte, dejando consternado al auditorio, y se dispuso a ingresar en el convento de Santiago, donde deseaba acabar sus días.

Ya la fiebre minaba y atenazaba su débil y macilento cuerpo, gastado por la ascesis de tantos años. Pero, terne en su propósito, hatea, y, al llegar a la aldea de Santa Columba de Ribadelouro, a seis kilómetros de Tuy, a par del puente que después se llamará «de Febres» por este incidente, el Señor le da a entender que regrese a la ciudad, y cabalmente para morir en ella. Allí durmióse entre los hombres y despertó entre los ángeles, como había vivido: santo de todo en todo y al pie de la letra, el 14 de abril, siendo prelado de la diócesis en aquellos días el preclaro don Lucas de Tuy, autor del célebre *Chronicon mundi.* Por todo capital dejó a su patrón la correa y el báculo, reliquias que se guardan en la catedral, y, ¡soberanos designios de Dios!, un gran vacío que no se hizo esperar: naufragios, penas, mengua y penuria por doquier, desbarajuste, agostamiento de la vida cristiana y relajación de costumbres, que tanta parte habían de tener en su póstuma glorificación.

Que sus honras fúnebres estuvieron concurridísimas y solemnes sobremanera, es de clavo pasado. Ofició en ellas el obispo don Lucas, el cual mandó levantar en la misma catedral un mausoleo, convertido muy pronto en centro de atracción por

los portentos que allí se multiplicaban a diario. A doscientos ocho ascienden los comprendidos en una información judicial mandada abrir por aquel prelado. Por ejemplo, viose manar muchas veces un aceite milagroso de suave fragancia, talismán contra diversas enfermedades. De la catedral, donde aún se conserva y venera el cráneo, los restos mortales fueron trasladados al oratorio de los obispos y, en 1579, a la suntuosa capilla que se les dedicó en la iglesia de las Franciscanas. Más tarde, en 1741, Benedicto XIV, comprobada su santidad y abundancia de milagros, instituyó su fiesta, que se extendió a Palencia y Tuy en un principio y después a toda España.

Nuestra nación, y especialmente Galicia, tiene con San Telmo una deuda de gratitud y sería injusto no pagarla de prisa y corriendo y en buena ley, porque ha sido una gloria nacional, inmarcesible y señera. No pasa lo mismo con los navegantes e hijos del agua, que siempre le han ofrendado espléndido y devoto culto. Su nombre es familiar en Lisboa, Oporto, Áncora, en toda la zona miñota de Portugal. Igual cabe decir de todo el litoral cantábrico, de la costa catalana y hasta de la lejana América. De un modo particular Pontevedra y Sevilla, en sus escuelas de marinos, fomentaron esta tradición. «San Telmo, ¡sálvanos!», sigue siendo todavía el grito angustioso del pescador cuando el peligro acosa. Y no olvidan que, en una sazón, como un grumete, zarandeado por el viento en la gavia alta de su nave, volteara sobre el inmenso piélago, San Telmo, flotante sobre las olas con su hábito blanco de dominico, le repuso a bordo. Y con esa fe sencilla y a un tiempo robusta, con un si es no es de vastedad cósmica, a las fosforescencias producidas por la electricidad en los momentos culminantes de la tormenta, que se columbran en las puntas de los mástiles, les dan el nombre de fuego de San Telmo.

SANTIAGO FERNÁNDEZ SÁNCHEZ

Bibliografía

ÁVILA Y LA CUEVA, F., *Historia civil y eclesiástica de la ciudad de Tuy y su obispado.* Repr. facsímil, 4 vols. (Tuy 1995).

GALINDO, P., *La Baja Edad Media en Tuy* (Santiago de Compostela 1924).

PINEDA, F., *La vida y milagros de San Telmo.*

RODRIGUEZ Y BLANCO, R., *Apuntes históricos de la santa iglesia catedral, ciudad y antigua diocesis de Tuy* (Santiago de Compostela 1879)
— Actualización:
GALMES, L., OP, *El bienaventurado fray Pedro González, O.P., San Telmo: estudio historico-hagiográfico de su vida y su culto* (Salamanca 1991).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN BERNARDO DE TIRÓN

Abad († 1117)

Fue primero monje del monasterio de San Cipriano en las cercanías de Poitiers. Diez años más tarde pasó al de Saint-Savin, del que fue elegido prior, empleando su priorato en lograr una vuelta a la más fiel observancia de la regla. Cuando le propusieron ser abad, se negó porque deseaba llevar vida solitaria, como en efecto hizo en el bosque de Craon. Reclamado por San Cipriano, volvió a este monasterio y hubo de asumir el cargo de abad que él no deseaba. Pero cuando el monasterio se pone bajo la obediencia de Cluny él se retira y funda un monasterio en Tirón, en el que implanta una estricta interpretación de la regla benedictina. Empezó así una nueva congregación que llegaría a contar con numerosos monasterios en Francia. Murió santamente el 14 de abril de 1117.

SAN BENITO DE AVIÑÓN

Adolescente († 1164)

Benito o Benezet, como también se le conoce, era un pastor adolescente al que una visión celestial invita a ir a Aviñón y construir allí un puente sobre el Ródano, lo que hizo auxiliado por una especie de cofradía. Al joven se le atribuyeron milagros y murió con fama de santidad el 14 de abril de 1164. Su cuerpo fue luego encontrado incorrupto.

SANTA LIDUINA

Virgen († 1433)

Nació en Schiedam, Holanda, el 18 de marzo de 1380. A los doce años hace voto de castidad, y estando patinando con una amiga se cae y queda paralítica, situación que primero la puso al borde de la desesperación pero que ella luego aceptó como venida de la mano de Dios, ofreciendo sus dolores en unión de los de Cristo por la salvación del mundo. Su intensa espiritualidad y mansedumbre le creó fama de santidad en vida y llegaron a atribuírsele milagros. Murió el 14 de abril de 1433. Su culto fue confirmado el 14 de marzo de 1890.

BEATA ISABEL CALDUCH ROVIRA

Virgen y mártir († 1937)

Josefina Calduch Rovira nació en Alcalá de Chivert, Castellón de la Plana, el 9 de mayo de 1882 en una familia muy religiosa. Sus padres, para acostumbrarla a las obras de caridad, hacían que fuera ella misma la que diera en la casa las limosnas a los pobres. Pensó primero en contraer matrimonio y aceptó el noviazgo con un joven de su pueblo, pero sintió la llamada del claustro y ella misma rompió la relación. Entró en el convento de capuchinas de Castellón el año 1900, profesando el 28 de abril de 1901 con el nombre de sor Isabel. Pacífica y amable por temperamento, era una religiosa ejemplar y muy observante. Durante dos trienios fue maestra de novicias. Llegada la guerra, hubo de dejar el monasterio y marchar a su pueblo con su hermano sacerdote, dedicándose a la oración. Arrestada el 13 de abril de 1937, fue fusilada al día siguiente en Cuevas de Vinromá. Su hermano, sacerdote, sería también fusilado más tarde. Fue beatificada el 11 de marzo de 2001.

15 de abril

A) Martirologio

1 En Tracia, los santos Teodoro y Pausilipo († 117), martires
2 En Mira (Licia), San Crescente, martir (fecha desconocida)
3 En el Piceno (Italia), San Maron, martir (fecha desconocida)
4 En Roma, la conmemoracion de San Abundio († 564), mansionario de la basílica de San Pedro
5 En Coutances, la deposicion de San Paterno († 564), obispo de Avranches *
6 En Landelles (Normandia), San Ortario (s XI), abad *
7 En Aviñon (Provenza), Beato Cesar de Bus († 1607), presbitero, fundador de la Congregacion de Padres de la Doctrina Cristiana **
8 En Kalavai (Isla de Molokai), Beato Damian Jose de Veuster († 1889), presbitero, de la Congregacion de los Sagrados Corazones **

B) Biografias extensas

BEATO CÉSAR DE BUS

Presbitero y fundador († 1607)

Nuestro amigo César era una bala de efecto retardado. Porque se necesita mucha paciencia para que, después de muchos sudores y lágrimas, a uno le beatifiquen casi 300 años despues de haberse muerto. Pero todos sabemos que lo importante no es que a uno le declaren santo, sino que lo sea. Eso es lo importante.

César fue el fundador de la Congregación de Padres de la Doctrina Cristiana.

Nació en Francia, en el pueblo de Cavaillón, a 30 kilometros de Avignon, el 3 de febrero de 1544 Su familia era rica y piadosa. Y ya se sabe que muchas veces, cuando la familia es rica y piadosa, los hijos suelen salir bastante balas y descreídos. Por eso, no es extraño que César, en su juventud, fuera un poco descalabrado; en buenas lenguas, se había olvidado un poco del buen camino Bueno: un pirata.

Pero esta gente que empieza mal suele tener un momento de reflexión (nosotros la llamamos conversión) y da media vuelta a la vida, y a veces violentamente, llamando la atención sin pretenderlo

Esto les ha pasado a muchos. Sería muy larga la lista de santos que hicieron esto. Y no vamos a empezar hablando de Camilo de Lelis, que era un jugador empedernido y perdió hasta la camisa en Roma.

¿Cómo dio este cambio nuestro amigo César? De forma tajante, radical, como lo suelen hacer los jóvenes. Ojalá hoy tuviéramos muchos de éstos. Se dio cuenta de que estaba haciendo el ridículo; que, a los ojos de sus padres y a los suyos propios, era un calamidad integral; de que había que aprovechar mejor la vida; que no merecía vivir haciendo el payaso. Y se entregó a Dios con un ardor increíble.

Y empezó una vida distinta: vida solitaria, de reflexión, de meditación de las Sagradas Escrituras, de cuidado a los enfermos y los pobres. Y entregó sus bienes y toda su persona al reino de Dios. «Vende lo que tienes, ven y sígueme».

Pasaron unos años y cuando tenía 42 recibió el sacerdocio en su pueblo, Cavaillón. Sus gentes estaban conmovidas por el cambio que había dado César. Es que nunca se acostumbra la gente a ver estos cambios tan radicales. Eso pasó en casa de San Ignacio de Loyola, y de tantos otros.

Y como siempre, se puso a enseñar la doctrina cristiana a niños y pobres. Y se le juntan unos amigos y forma dos congregaciones, de mujeres y de hombres. Y se dedica al estudio de la doctrina católica que en aquel momento estaba tan atacada por toda clase de opiniones protestantes.

Tampoco le faltaron tribulaciones y penas: dolores del cuerpo y angustias del alma. Y se quedó ciego a los 50 años. Pero, ciego y todo, no dejaba de trabajar, de animar a todos, de vivir dando ejemplo de virtud. Repetía una oración compuesta por él:

Sin luz en mis ojos
y lleno de dolores,
la cruz es mi delicia,
la cruz es mi luz.

Y entre tantos males del alma y del cuerpo, tuvo la inmensa satisfacción de ver aprobada su congregación por Clemente VIII (antes obispo de Avignon) el 27 de junio de 1598.

Murió el 15 de abril de 1607, en la fiesta de Pascua, cuando tenía 63 años de edad.

Todos le tenían por un santo. Se introdujo la causa de beatificación el 18 de enero de 1686. Y cuando se hablaba de sus heroicas virtudes, todos se referían en especial a su enamorada devoción a María.

Hubo muchas discusiones a cuenta de sus milagros. Conflictos en las curias episcopales y en Roma. Pero después de muchos años, Pablo VI lo beatificó el día 27 de abril de 1975. Y dispuso que los cristianos celebraran su fiesta el día 15 de abril de todos los años.

Ya hemos dicho que la vida de César transcurre en Francia entre los años 1544 y 1607. ¿Saben nuestros amigos qué fechas tan críticas fueron aquéllas? Las tenemos que repasar si queremos comprender la importancia de nuestro biografiado. Veamos: 1517-1546, revolución de Lutero; 1540, Compañía de Jesús; 1545-1563, Concilio de Trento. Todos estos hechos influyeron en la vida de César.

Cuando Lutero murió, César tenía 2 años. Llegaba a este mundo cuando ya estaba encendido en Francia el incendio de la reforma protestante.

La cuestión de las indulgencias de León X había ocurrido en 1514. Aquello fue el estallido para que el agustino alemán empezara a inventarse una reforma radical. Tres años más tarde, ponía sus 95 tesis en la puerta de la iglesia de Wittemberg. A los tres años, el Papa le lanza la excomunión *Exurge, Domine,* el día 10 de diciembre, preparando las navidades del año 1520.

Entra en el lío el emperador Carlos V; empiezan las dietas. En la de Espira de 1529 los reformadores toman el nombre de protestantes porque efectivamente protestaron de que se permitiera a los católicos vivir en las tierras reformadas. Más tarde hay intentos de reconciliación. Pero en 1546 muere Lutero víctima de un ataque de apoplejía, a los 63 años, en Eisleben donde había nacido.

Si nos referimos a Francia, donde César había nacido, vemos que al nacer este niño, la reforma ya estaba extendida. Los seguidores de Lutero, o más bien de Calvino, en Francia eran llamados «hugonotes».

Cuando César tenía 28 años, ocurrió la noche de San Bartolomé. Aquello fue una barbaridad; las guerras siempre son una

barbaridad. Se levantaron los católicos franceses contra los protestantes; todo ocurrió en la zona este de la nación, por Lyón y sus cercanías. Entre Lyón, Orleáns y París, en doce horas los católicos se cargaron a... ¿a cuántos? Unos dicen que cayeron 2.000; otros, que 100.000. Los cálculos más sensatos hablan de 5.000, que ya está bien; de ellos, sólo en París, 2.000 personas.

Digamos también, para entendernos, que los hugonotes llevaban ya diez años cometiendo barbaridades contra los católicos; entonces el rey ayudó a la sublevación y ocurrió lo de la noche de San Bartolomé. Uno recuerda que muchos años más tarde ocurrirá la noche de los cristales rotos en Berlín, por motivos bien distintos. Noches negras en la historia de la humanidad.

No fueron, pues, fáciles los días en que vivió César. Mientras ocurrían todas estas barbaridades, él se preocupaba de hacer el bien a los más necesitados, sin pensar de qué religión eran.

En vida de César ocurrió también el Concilio de Trento. Un concilio denigrado por muchos como un pisotón de los conservadores; un concilio en verdad que quería poner orden en la Santa Iglesia de Dios.

Para reformar una comunidad cristiana, primero hay que empezar por reformarse uno mismo. Y de esta forma, el Concilio de Trento quiso marcar los caminos de una verdadera reforma de la Iglesia. Y duró 18 años. La primera sesión se celebró el 13 de diciembre de 1545. La sesión 25, la última, fue el 4 de diciembre de 1563, cuando César tenía 19 años, la mejor edad para decidirse a ser santo de verdad. Las etapas del Concilio de Trento fueron tres: 1545-1549; 1550-1555; 1562-1563.

Vemos a César metido en la fundación de la congregación que atiende a los más pobres de la sociedad. Pero debemos tener en cuenta que otros muchos santos, deseosos de darlo todo para la Iglesia, también hicieron cosas parecidas. Esto no quita mérito a nuestro amigo, sino que fortalece su idea genial. No fue uno solo el que se lanzó con esta iniciativa; fue un ramillete de gente santa que respondió con generosidad al momento grave que se estaba viviendo en la Iglesia de Cristo. ¡Ojalá en nuestros días salieran santos de esta categoría! Falta, la verdad, ya hace.

En Italia, Carlos Borromeo, muerto en 1584, y San Felipe Neri. En España, Ignacio de Loyola; San Bartolomé de los Mártires (muerto en 1590), fray Luis de Granada; San Pedro de Alcántara; Teresa de Jesús; Juan de la Cruz; Juan de Dios. En Suiza, Francisco de Sales, muerto en 1622.

Y fundaciones nuevas: Mateo de Bascio, funda los capuchinos en 1528, con Clemente VIII. Aparecen las capuchinas, fundadas en Nápoles en 1538, por María Laurencia Longa. En Francia, Vicente de Paúl. Los teatinos son de 1524, buscando la reforma del clero. Los funda San Cayetano de Tiene y se dedican también al cuidado de los enfermos. Y nacen los barnabitas, oratorianos, lazaristas, la congregación de San Sulpicio, los redentoristas, los oblatos de San Ambrosio.

Para educar a los jóvenes, nacieron congregaciones como los clérigos de Somasca (1526), los hermanos de la Doctrina Cristiana de San Juan Bautista de La Salle; los escolapios de San José de Calasanz, español (1600); las salesas, que en un principio se dedicaban a la enseñanza de la juventud, de San Francisco de Sales (1610); las ursulinas de Santa Ángela de Merici (1537); las jesuitinas (1703). En este grupo entra la congregación de César de Bus, de los Padres de la Doctrina Cristiana (1592).

Y para el cuidado de los enfermos nacieron los camilos, de San Camilo de Lelis (1585), y las Hermanas de la Caridad de San Vicente de Paula (1668). Y los Hermanos Hospitalarios de San Juan de Dios (1572).

Pero no sólo se fundaron congregaciones nuevas, sino que se reformaron las antiguas. Así, los carmelitas, los trapenses y la congregación de San Mauro.

Es decir: una verdadera revolución que afectó a todos los hombres y mujeres de buena voluntad que vivieron en aquellos años. Años de envidia, porque surgieron verdaderos monumentos de santidad en la Iglesia de Dios.

Uno desearía que, en nuestros tiempos de tantos cambios y tantas revoluciones culturales, surgieran como entonces gigantes de la santidad capaces de dar un rumbo cristiano a la sociedad de nuestro tiempo.

FÉLIX NÚÑEZ URIBE

Bibliografía

Breve de beatificacion: *AAS* 67 (1975) 324ss.
MARX, J., *Compendio de historia de la Iglesia* (Barcelona 1959) 480
catholique-avignon.cef.fr/saint-bien/bx-cesar.htm
www.abbaye-saint-benoit.ch/hagiographie

BEATO DAMIÁN JOSÉ DE VEUSTER

Presbítero († 1889)

«Soy el más feliz de los hombres, porque puedo servir al Señor en los niños pobres y enfermos rechazados por los demás». Este pasaje de una de las cartas de Damián, en la que recuerda su verdadera misión, adorna su tumba, hoy en Bélgica, pero antes, desde su muerte hasta 1936, en un lugar escogido y cercado por él mismo, a la sombra del árbol bajo el cual durmió la primera noche en la misión de Molokai, isla del lejano Pacífico.

Había nacido en Tremelo, pueblo de la llanura belga, en el Brabante flamenco, el 3 de enero de 1840. Su padre, Frans, era rentero en la granja de Ninde. Aquel mismo día, por la tarde, llevaba a bautizar a su séptimo retoño, al que impusieron el nombre de José. En casa, sería sencillamente «Jef», hábil e inteligente como cuatro, según su padre. Asistirá a la escuela sólo hasta los doce años: papá necesita un ayudante en la granja. En aquella casa aislada es preciso saber algo de carpintería, albañilería... La fortaleza física y la inteligencia práctica de Jef salen con todo. Es el orgullo de su padre. De él y de su madre, Ana Catalina, recibe el joven la profunda fe y el amor a Dios que confirmará después con el testimonio de su vida, entregándola por sus hermanos necesitados. Alegre y vivaz, de momento no le atrae demasiado la idea de consagrarse a Dios, aunque tiene un hermano y una hermana religiosos. Además, habiendo ingresado el mayor, Augusto, en la Congregación de los Sagrados Corazones, José ha quedado al frente de la explotación familiar. Sin embargo, la vocación va madurando poco a poco en el corazón juvenil de aquel muchacho limpio, trabajador y reciamente piadoso. A raíz de unas misiones, decide hacerse también él religioso y marcha a Lovaina, a 15 kilómetros de su granja, donde la Congregación de los Sagrados Corazones ha abierto hace

pocos años un Seminario de misiones que envía jóvenes religiosos hacia el Pacífico.

Se unirá así a su hermano, que ha tomado en religión el nombre de Pánfilo. José cambiará el suyo por el de Damián al iniciar su noviciado el 2 de febrero de 1859, recién cumplidos sus 19 años. La adoración eucarística, parte del carisma de su Congregación, hace las delicias de aquel novicio, que habitualmente la practica a las tres de la madrugada.

Sus superiores, en principio, no creen que el hermano Damián pueda ordenarse de misa; apenas ha estudiado. Pero su hermano le impone en la lengua latina y los superiores, que ven brillar en el joven un sentido común muy notable, cambiarán de opinión. El hermano Damián será sacerdote, y muy pronto, aun cuando sólo haya estudiado dos cursos de teología, parte de ellos en París.

Los Padres de los Sagrados Corazones tienen una misión en las islas Hawai. Todo está dispuesto para que el hermano de Damián parta hacia allí en 1863. Pero Pánfilo cae enfermo de tifus. Damián, que llegando el segundo siempre llega el primero, pide y obtiene del Superior General el permiso para sustituir a su hermano. Tras despedirse de su madre en el santuario de Nuestra Señora de Monteagudo, sale de Bélgica con 23 años y desembarca en Honolulú con 24, el día de San José de 1864. Allí mismo es ordenado sacerdote dos meses después, el 21 de mayo. Ese día escribe a sus padres: «¡Heme ya, queridos padres, hecho ministro del Señor! ¡Qué tremendas obligaciones he contraído con ello! ¡Cuán grande debe ser mi celo de apóstol!»...

El 24 de julio el obispo le comunica su destino: irá a Puna, al extremo este del archipiélago de las islas, en Hawai, donde hace ocho años que no han visto a un sacerdote. Los kanaki, habitantes de aquellas islas, entonces llamadas Sandwich, son atentos, hospitalarios, pero... porque la naturaleza les ofrece lo que pueden desear, también indolentes y viciosos. Además, rabiosamente paganos, temen a los demonios; adoran a Pelé, diosa de los volcanes, y a Maui, dios del fuego. El volcán Kilahuea está en continua actividad, bañando aquella tierra de lava.

Para visitar el primer poblado, el P. Damián se dirige a lomos de su caballo Pilikia, teniendo a veces que desmontar y

avanzar a pie, por un sendero escoltado de paredes rocosas sobre el que caen con frecuencia piedras que se desprenden del volcán, y sorteando, entre los accidentes del terreno, una maravillosa maraña de flores, frutos, lianas, cocoteros y naranjos

Al llegar junto al mar, avista Kanopapu, y en lengua kanaka se presenta al jefe del poblado como el enviado de Jesucristo. Ante su sorpresa, el indígena le responde:

> —«Makua (Padre), soy catolico, junto con otros diez del poblado Hace años, el otro sacerdote me nombro jefe de la plegaria Yo reuno a los demas dos veces al dia para rezar las oraciones Nuestra iglesia fue destruida por los paganos a las ordenes del hechicero Kalaimoki »

El día siguiente, después de cenar leche de coco servida en conchas de tortuga y dormir sobre una estera, en el santo suelo, celebra sobre un altar de palmas la Santa Misa a la que asiste el viejo leproso Moai, que vive retirado en la jungla. Nadie sabe dónde se esconde su cabaña, pero el Padre Damián se adentra en la selva y la descubre. El pobre enfermo, primero intimidado, se deja enseguida vencer por la sonrisa y la bondad del «Makua», que se le acerca y le limpia las llagas.

El nuevo misionero no tarda en ponerse manos a la obra para construir la iglesia. Los kanaki, conmovidos por sus desvelos, levantan para él una cabaña y se desviven en hacerle regalos El grupo de catecúmenos aumenta de día en día, pero el Padre no se conforma, en la ladera del volcán hay un poblado cuyos habitantes son todos idólatras, y él quiere llegar allí. Entre espesas coníferas y lianas, subiendo y bajando por un paraje rocoso y escarpado, consigue llegar al pueblo, que parece un nido de aguiluchos El viejo hechicero le recibe así:

> «¿Que es tu Cristo ante el dios Maui y su esposa Pele, que hacen que la tierra escupa fuego por la boca?»

Damian, en un alarde de fe y confianza, le contesta:

> —«Yo estoy dispuesto a desafiar a tu dios Mañana, armado solo de la cruz, subire al crater del volcan en presencia de todos los habitantes Veras entonces como tu Pele es impotente»
> —«Pero ¡estas loco! ¡Te reducira a cenizas!»

Al dia siguiente, tras celebrar misa sobre un altar improvisado, el Padre Damián habla a la multitud·

«Vuestros hechiceros dicen que nadie puede acercarse al crater del Kilahuea sin ser herido de muerte Pero yo, protegido por el verdadero Dios, atravesare el llano de lava con una rama de lalapete y la arrojaré en el crater, desafiando a Pelé y Maui»

A continuación, acompañado de los indígenas, empieza la subida por un sendero apenas visible entre bloques de rocas graníticas. Tras una media hora, llega por fin a la llanura de lava donde todos se detienen, para no rebasar el límite sagrado. El P. Damián asciende, en una mano la cruz, en la otra, la rama de lalapete, y en el corazón, una inmensa e invencible confianza en el Todopoderoso. Oleadas de lava empujan hacia lo alto nubes infernales y forman en el aire filamentos sedosos semejantes a vidrio hilado· ¡son los cabellos de Pelé! El calor sofocante y la angustia parecen vencer a Damián que, tras alcanzar la cima con un esfuerzo de voluntad, desciende corriendo y es aclamado por los nativos, a muchos de los cuales deja reducidos a conversión, y bautizados.

El misionero no se acobarda jamás, ni retrocede ante nada. No deja de visitar los poblados situados en sitios inaccesibles, casi siempre a pie. Si son aldeas a las que sólo se llega por mar, va en piragua, con dos o tres nativos, amenazados por tiburones, zarandeado por olas gigantescas el cascarón de nuez de la barquichuela, que en alguna ocasión los echa al mar.

Al año de estar en Puna, habiendo enterrado él mismo bajo una magnolia el cuerpo muerto de Moai, su primer leproso, su compañero de misión, el P. Clemente, le propone cambiar el distrito por el suyo mucho mayor de Kohala-Amakua, donde Damián trabajaría con todas sus fuerzas durante ocho años. Aquí, los kanaki son más licenciosos e indisciplinados que los del interior. Viven un catolicismo tan tibio, que han dejado que se hundan quince capillas. (Damián levantará con sus manos ocho, una por cada año que permanece en Kohala, en distintos poblados de cierta importancia.) La relajación de costumbres ha debilitado los cuerpos a la vez que las almas, y abundan los casos de lepra, repugnante enfermedad que, a partir de 1863, se extiende en todos los puntos del archipiélago. Por eso, el rey de la isla, Liholiho, ha hecho construir un lazareto al norte de la isla Molokai para aislar a la fuerza a los leprosos.

Molokai, la tierra de los precipicios, con sus altísimos picos y sus temibles cantiles, es una isla inaccesible. Los leprosos huyen como locos a esconderse en las cuevas de los montes cuando se presentan en su busca los agentes del Gobierno para, arrancándolos de sus familias, deportarlos a la isla fatídica, un verdadero infierno. Molokai es un lugar de muerte, sin médico ni medicinas, donde los enfermos son echados en míseras cabañas y abandonados a su suerte, en espera de su fin. Sin un sacerdote que pudiera ofrecerles ayuda espiritual, muchos de ellos, para olvidarse de su angustiosa situación, se entregaban, sin ley alguna, a la orgía y el desenfreno animalesco de sus pasiones.

Cuando visitó Molokai el vicario apostólico, monseñor Maigret, de los Sagrados Corazones, quedó consternado ante el horrendo espectáculo, y se propuso poner remedio. Pocos días después, expuso el caso a sus misioneros, urgiéndoles la necesidad de socorrer a aquellas almas abandonadas. Los cuatro más jóvenes se ofrecen a cubrir el año por turnos. Damián pide para él el primero. Ha atendido a muchos leprosos en Kohala; los conoce bien. Cuando eran llevados a Molokai, él siempre los acompañaba hasta el barco, para darles su bendición. A uno de ellos llegó a decirle, sin saber bien por qué...: «Un día iré con vosotros». Había llegado el momento. No había olvidado Damián, como dice a su Obispo, que en el día de su profesión religiosa tendieron sobre él un lienzo mortuorio, para enseñarle que la muerte voluntaria es el comienzo de una nueva vida. Ahora está dispuesto a sepultarse vivo en Molokai, de cuyos leprosos escribe al llegar, el 10 de mayo de 1873:

> «Su aspecto es horrible, pero tienen un alma rescatada al precio de la Sangre adorable de nuestro divino Redentor Tambien El en su divina caridad consolo a los leprosos Si no puedo curarlos como El, al menos puedo consolarlos y por el santo ministerio que en su bondad me ha confiado, espero que muchos de ellos, purificados de la lepra del alma, iran a presentarse ante su tribunal de modo que puedan entrar en la comunidad de los bienaventurados»

Atrás han quedado para siempre sus ocho años de trabajo apostólico en Kohala. Las ocho nuevas capillas, y la escuela de Mahukona, construidas con la plantación de café que él promovió, los cultivos de alubias, patatas, tabaco y azúcar, el aprisco

de cinco docenas de ovejas, que dan leche y lana; las colmenas que producen miel y cera, para las velas del altar, y los bautismos, y la catequesis, y aquellas misas de campaña, rodeado de católicos... y también de paganos, muchos de los cuales se convertían.

A partir de ahora, a sus 33 años y durante los dieciséis que le restan de vida, el P. Damián no tendrá otro horizonte que «el infierno de Molokai», adonde había llegado, en principio, sólo para tres meses. El obispo, ante los ochocientos leprosos que habitaban la isla, presentó así al misionero:

> «Aquí teneis a quien, desde este momento, sera para vosotros vuestro verdadero padre Él ha pedido vivir y morir con vosotros»

Cabalmente caían aquellas palabras a Damián, que al reconocer en uno de aquellos infelices a un antiguo feligrés suyo, se apresura a abrazarlo, haciendo emocionarse hasta las lágrimas al Prelado. Cuando éste marcho y los enfermos se retiraron, Damián, tras rezar su rosario, se acomodó para dormir, en el suelo, bajo un corpulento pandano, en el lugar que habría de escoger para su sepultura.

Muy pronto, en Kalawao, cuatro leprosos construyen para él una cabaña junto a la bonita iglesia de Santa Filomena. El primer día, Damián cree sucumbir ante el terrible hedor de los leprosos. Acabada la misa, sale a respirar aire puro y saborea el aroma del tabaco de su pipa. Enseguida le rodean los niños, muchos de ellos huérfanos, horriblemente deformados. En el hospital, el panorama es desolador: ninguna asistencia, ni una venda, es un moridero. El P. Damián empieza a curar, desinfectar, vendar; reconforta y reconcilia a los moribundos, entierra él mismo a los que terminan su calvario.

La prensa local, al tener noticia del voluntario exilio del P. Damián, publica artículos laudatorios y llamadas a la población, a las instituciones, a los filántropos... La noticia se difunde en Europa y América, y comienzan a llegar a Molokai dinero, material sanitario y donativos de todo el mundo. El P. Damián, ignorante del ruido suscitado, multiplica su actividad componiendo los frecuentes litigios, vigilando las costumbres, exigiendo a todos la máxima limpieza personal y de las cabañas, que con frecuencia barre él mismo.

Su fe, su optimismo, su disponibilidad conmueven los corazones, devolviendo la alegría de vivir a aquellos desdichados.

> «Hago lo imposible —dice— por mostrarme siempre alegre, para levantar el ánimo de mis enfermos».

Presentándoles un Dios que les ama, cuya presencia cercana y misericordiosa él mismo transparenta, Damián transforma poco a poco el infierno de Molokai, amasado de egoísmos, desesperación e inmoralidad, en una comunidad que causa admiración al mismo Gobierno.

Damián catequiza a los leprosos, consigue hacerles reír, les transmite la alegría y el consuelo de la fe, organiza procesiones y ceremonias que gustan mucho a los kanaki. Sabiendo que el medio más eficaz de devolverles la dignidad humana es el trabajo, hace que los menos impedidos cooperen en la construcción de viviendas, orfelinatos, capillas; y cultiven plantaciones de patatas, caña de azúcar, café, flores... Se amplía el hospital y se acondicionan el desembarcadero y sus caminos de acceso; se tiende una conducción de agua; se monta un almacén en que los leprosos pueden abastecerse gratuitamente. Éstos, absortos en el trabajo, olvidando los vicios y la apatía, vuelven a ser hombres. Aprenden a respetarse, recuperan los valores de la convivencia. Aunque desfigurados por la lepra —les dice Damián— ellos son preciosos a los ojos de Dios, que los ama como un padre; por eso todos son hermanos.

Llevaba Damián poco tiempo en Molokai, adonde había ido para solos tres meses, cuando recibió una carta oficial que terminaba con estas palabras: «Puesto que habéis entrado, podéis permanecer ahí, pero no pretendáis salir de ese encierro de ninguna manera». A los cinco meses de estar allí, fue a visitarle el Padre Provincial, pero no le dejaron bajar a tierra. Damián, que le esperaba en la playa, salta a una lancha, llega al costado del barco y, cuando se dispone a subir, el capitán se lo prohíbe terminantemente. El joven misionero, entonces, de rodillas en la lancha, gritó al Padre Favens, que estaba inclinado sobre el antepecho del buque:

> «Ya que no puedo hacer otra cosa, ¡óigame en confesión por última vez!».

Y así, a la vista de todos, bajo el cielo y sobre el mar, hizo Damián una confesión para mucho tiempo.

El Gobierno quiso compensar la dureza de sus medidas ofreciendo al misionero el cargo de superintendente del benéfico establecimiento con una gratificación de 10.000 dólares anuales. El P. Damián se negó rotundamente a aceptar semejante distinción:

> «Aunque me ofreciesen todos los tesoros de la tierra, no permanecería cinco minutos más en esta isla Lo que aquí me sujeta es sólo Dios y la salvación de las almas Si aceptase el más pequeño salario por mi trabajo, mi madre no me reconocería por su hijo»

Con este profundo sentido de gratuidad, como Jesús —«Mi mayor dicha es sentir al Señor en sus pobres hijos enfermos, repudiados por los otros hombres»—, Damián es, entre los apestados, además del rostro palpable de Dios, el carpintero y el albañil, el médico y el enfermero. Para curar la terrible enfermedad, ensayó varios remedios; entre otros, uno del Japón, que momentáneamente parecía atajar el mal; pero, luego, con el tiempo, reaparecía de nuevo. En los dieciséis años de su estancia, ingresaron 3.137 enfermos y fallecieron 2.312.

Éste era su *Reglamento personal,* redactado por él mismo el 3 de septiembre de 1879:

> 5'00· Me levantaré e iré a la iglesia lo antes posible.
> 5'30: Oración de la mañana, adoración ante el Santísimo Sacramento y meditación
> 6'30: Celebraré la Santa Misa, predicaré y haré con fervor la acción de gracias.
> 7'45: Prepararé las cosas necesarias para el bien de los cristianos.
> 8'00: Desayuno. Conversaré con mis leprosos y me ocuparé de los quehaceres domésticos.
> 9'00· Rezaré las Horas del Santo Breviario
> 9'30· Lectura espiritual, estudio y despacho de la correspondencia.
> 12'00· Comida.
> 12'30· Visitar a mis leprosos y a los cristianos en general, distribuyendo las visitas de modo que pueda ver a todos a lo menos una vez por semana, y esté enterado de lo que pasa en cada familia.
> 17'00: Vísperas y asuntos domésticos.
> 18'00 Cena, Rosario, Breviario y oración de la noche.
> Entre 21'00 y 22'00: Me acostaré

Hay que tener en cuenta la heroicidad de este tenor de vida, mantenido durante dieciséis años, sin otra compañía que la de los pobres leprosos, contemplando de continuo las escenas más horrorosas y tratando de cerca a seres tan repugnantes. No había testimonio más elocuente para tales desgraciados que el de aquel hombre, joven y fuerte, que había ido allí a a morir por ellos y con ellos. Por eso pudo hacer una abundante cosecha de conversiones, y una pesca milagrosa de almas.

Resulta difícil de comprender, humanamente, cómo un hombre solo podía dar abasto a tanto, sin desfallecer. Ante el caso del P. Damián, Gandhi se pregunta: «El mundo de la política y de la prensa pueden ofrecer pocos héroes comparables al Padre Damián de Molokai. Valdría la pena buscar la fuente de la inspiración de semejante heroísmo». Si Gandhi hubiera sido cristiano, lo habría entendido todo leyendo estas palabras, escritas por el mismo Damián:

> «Sin el Santísimo Sacramento, una posición como esta en que me encuentro yo, sería intolerable Sin embargo, teniendo como tengo tan cerca de mí a nuestro Señor, siempre estoy contento y trabajo con entusiasmo a favor del bienestar de mis queridos leprosos Al pie del altar es donde me confieso con frecuencia y donde encuentro alivio en mis pesares y consuelo en mis penas interiores»

El papa Juan Pablo II, con motivo de la beatificación de Damián de Veuster, hablaba así en Bruselas, el 4 de junio de 1995:

> «¿De donde brotan, en el Padre Damian, esta claridad y esta felicidad en situaciones a menudo dificiles? Encontraba su fuerza en la espiritualidad de su Congregacion la contemplacion de la Euca ristia, misterio de amor en que Cristo se comunica de verdad a quien lo recibe, comprometiendolo a entregarse totalmente *"Encuentro mi consuelo en el unico compañero que no me abandona nunca"*, decia, hablando de la presencia real de Cristo en el tabernaculo En sus momentos de intimidad con Cristo, en el rezo fiel de la liturgia de las horas y de la lectio divina, y en la contemplacion, es donde la accion del Padre Damian encontraba su sentido y su plenitud Con la fuerza de esa intimidad espiritual, Damian podia escribir a sus padres, despues de la ordenacion sacerdotal *"No os preocupeis por mi, pues cuando se esta al servicio del pueblo de Dios, se es feliz en cual quier parte"* [ ] Reclinandose en el Corazon de Cristo como el dis cipulo amado, el apostol de los leprosos encontraba el dinamismo necesario para su actividad incansable [ ] Damian experimentaba

también el amor de su Señor en el sacramento de la penitencia, que aspiraba a recibir con frecuencia. Solía decir: *"¡Qué pobre pecador soy!"*. Una de sus cartas la firmó así: *"De Veuster, el leproso pecador que se confiesa tan pocas veces"*».

¡El leproso pecador! Impresiona oírle llamarse así. Porque también de Damián, como de Cristo, pudieron decir sus hermanos que compartió sus sufrimientos y aguantó sus dolores. Cuando llevaba once años en «la isla maldita» sucedió lo inevitable: también él contrajo la lepra. Cierto día, al fin de una jornada fatigosa, quiso tomar un baño de pies. Aunque el agua estaba hirviendo, no sintió el menor dolor; síntoma inequívoco, que el médico confirmó tras un minucioso examen: al P. Damián le había llegado su turno, ¡estaba leproso! Escribe entonces al padre provincial:

> «Ya no tengo la menor duda: soy aquí un leproso más. ¡Dios sea bendito! Estoy completamente resignado con mi suerte. No le pido sino un favor: que ruegue al Padre General que mande alguno a este sepulcro para confesarme...».

Y al mismo superior general le da la noticia en estos sencillos términos:

> «No se sorprenda, ni se contriste demasiado, al saber que uno de sus hijos espirituales está condecorado, no solamente con la Cruz Real de Kalakana, sino también con otra algo más pesada y menos honrosa, cual es la de la lepra, con la que ha tenido a bien nuestro Señor señalarme, por fin...».

Y a su querido hermano, el padre Pánfilo:

> «El Señor me ha escogido para llevar la cruz en pos de Él, permitiendo que haya sido atacado de la lepra. Eternamente me mostraré agradecido y bendeciré a Dios por tan insigne favor. Esta enfermedad hará más recto el camino del cielo».

Tenía sólo 44 años, y le esperaban cinco de martirio. Identificado con sus ovejas, creció su amor y su entrega por ellas. Mientras la lepra marcaba su oreja y mejilla izquierdas, y hacía que cayeran sus cejas, desfigurándolo poco a poco, les decía:

> «Nuestra patria verdadera es el cielo, adonde nosotros, los leprosos, estamos seguros de ir muy en breve [...]. Allí no habrá más lepra ni fealdades, sino que seremos transfigurados».

Se conserva una fotografía del misionero poco antes de morir, hecha por Mr. Clifford, que también le retrató al óleo. El padre Damián, adosado a la pared de su casita de madera, con un brazo colgado y otro en cabestrillo, parece un soldado maltrecho, recién venido de un combate que ha durado ¡dieciséis años! Aquel luchador de bellas facciones es hoy un moribundo, de faz monstruosa: la frente horriblemente hinchada y arrugada, las cejas peladas, las orejas abotargadas y grandísimas, llagas que roen nariz, mejillas, cuello, manos... ¡un amasijo de carne en descomposición! En el padre Damián, como en Cristo, Siervo paciente, no hay parecer ni hermosura; desde los pies hasta la cabeza, no hay parte sana en él.

El 21 de febrero de 1889, Damián escribía a su amigo Clifford:

> «Lentamente, pero sin tregua ni descanso, voy subiendo la cuesta con mi cruz Muy en breve espero verme ya en la cima del Calvario»

Pero hasta el 28 de marzo prosiguió sin desfallecer en sus labores cotidianas y ejercicios de piedad. A partir de ese día, tuvo que guardar cama, alargándose su penosa agonía hasta el 15 de abril, lunes santo, en que expira, exclamando:

> «¡Que dulce es morir como hijo de los Sagrados Corazones!»

Un pastor anglicano de Londres, al enviarle una gran limosna, le había dicho:

> «El ejemplo de Vd es mas a proposito para proporcionar con versiones a su propia Iglesia que cuantos sermones he oido en mi vida [ ] Y el Santisimo Sacramento tiene mas valor para mi despues de haber leido la historia de un leproso voluntario»

Al pedir a Pablo VI la beatificación del padre Damián, Raúl Follereau intuía la influencia espiritual de su impresionante testimonio. Como la intuía la madre Teresa de Calcuta, cuando escribía así a Juan Pablo II:

> «Santo Padre, nuestros enfermos de lepra y todos los del mundo entero os piden un favor, un santo, un martir del mayor amor y para nosotros los religiosos un hermano de la mayor obediencia »

Por fin, el papa Juan Pablo II beatificó a Damián de Veuster, apóstol de los leprosos, en su viaje apostólico a Bélgica, ante

más de 30.000 fieles, el 4 de junio de 1995. En la homilía de la santa misa, terminó elevando esta oración al nuevo beato:

> «Beato Damián, te dejaste guiar por el Espíritu Santo, como un hijo que cumple la voluntad del Padre Con tu vida y tu actividad misionera, manifiestas la ternura y la misericordia de Cristo hacia todo hombre, revelándole la belleza de su ser interior, que *ninguna enfermedad, ninguna deformidad y ninguna debilidad pueden desfigurar completamente* Con tu acción y tu predicación, recuerdas que Jesús hizo suyos la pobreza y el sufrimiento de los hombres, y que reveló su misterioso valor Intercede ante Cristo, medico de los cuerpos y de las almas, por nuestros hermanos y hermanas enfermos, para que, en la angustia y en el dolor, no se sientan abandonados sino que, unidos al Señor resucitado y a su Iglesia, descubran que el Espíritu Santo viene a ellos y asi obtengan el consuelo prometido a los afligidos»

ALBERTO JOSE GONZALEZ CHAVES

Bibliografía

ARBIOL, C , SSCC, *El Padre Damian de Veuster* (Madrid 1972)

COURONNE, B , SSCC, *Vida del Padre Damian* (Madrid 1995)

DAMIAN DE VEUSTER, BTO , *Una extraña felicidad Cartas del Padre Damian leproso (1885 1889)* Introd y notas de E Brion (Madrid 1990)

HUNERMANN, W , *El apostol de los leprosos* (Madrid 1999)

L'Osservatore Romano (ed en español) (2 y 16 6 1995)

QUINTAVALLE, R Y , *El heroe de Molokai (Vida del Padre Damian)* (Madrid [6]1991)

SALINAS, J , SSCC, «Beato Damian de Molokai», en J A MARTINEZ PUCHE (dir), *Nuevo año cristiano Abril* (Madrid 2001)

C) BIOGRAFIAS BREVES

SAN PATERNO DE AVRANCHES

Obispo († 564)

Era originario de una importante familia de Poitiers y se hizo monje en el monasterio de Ansion en el Poitou, pero luego marchó a hacer vida eremítica a Coutances en Normandía, de donde pasó a Scissy, junto a Granville, y aquí se le reunieron numerosos seguidores con los que construye el monasterio de Saint-Pair. Tenía ya setenta años cuando fue elegido obispo de Avranches, diócesis que rigió santamente durante quince

años. La muerte le llegó estando en su monasterio el 15 de abril del año 564.

SAN ORTARIO
Abad (s. XI)

Fue abad del monasterio de Landelles en la zona de Bayeux. Se ha dicho de él que fue un apóstol de la región y ha merecido alabanzas por su espíritu de austeridad, oración e insigne caridad con los pobres. Se supone vivió en el siglo XI.

16 de abril

A) MARTIROLOGIO

1. En Corinto (Acaya), los santos Leónides y siete compañeras, Carisa, Galina, Teodora, Nica, Nunecia, Calis y Basilisa, mártires (s. III-IV).
2. En Zaragoza (España), los santos Optato y diecisiete compañeros, Luperco, Suceso, Marcial, Urbano, Julio, Quintiliano, Publio, Frontón, Félix, Ceciliano, Evodio, Primitivo, Apodemio, Maturino, Casiano, Fausto y Jenaro, mártires (s. IV) **.
3. En la misma ciudad, Santa Engracia (s. IV), virgen y mártir **.
4. En la misma ciudad, los santos Cayo y Cremencio, mártires (s. IV).
5. En Astorga (España), Santo Toribio (s. V), obispo **.
6. En Braga (Lusitania), San Fructuoso († 665), obispo **.
7. En Escocia, San Magno de Orkney († 1116), mártir *.
8. En Sebourg (Hainaut), San Drogón († 1186), recluso *.
9. En Broni (Italia), San Contardo († 1249), peregrino *.
10. En Roma, San Benito José Labre († 1783), peregrino **.
11. En Angers, los beatos Pedro Delepine, Juan Ménard y veinticuatro compañeras, Renata Bourgeais, Juana Gourdon, María Guingueneau, Francisca Michoneau, Juana Onillon, Renata Séchet, María Roger, Francisca Suhard, Juana Thomas, viudas; Magdalena Cady, María Pitou, Petrina Pottier, Renata Rigault, Juana Leduc, Magdalena Sallé, casadas; María Genoveva y Marta Poulain de la Forestrie, Petrina Bourigault, María Forestier, María Lardeux, Petrina Laurent, Ana Maugrain, Margarita Robin y María Rochard, solteras († 1794), mártires *.

12 En Nevers (Francia), Santa María Bernarda Soubirous († 1879), virgen, de la Congregación de Hermanas de la Caridad y de la Instrucción Cristiana {No incluida}

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SANTA ENGRACIA Y LOS DIECIOCHO MÁRTIRES DE ZARAGOZA

(† s IV)

Diocleciano había subido al trono imperial (285-305), alfombrando su camino con la sangre de Aper. Bravo militar de origen dálmata, Diocleciano se hizo proclamar emperador en Calcedonia. La muerte de Carino en el campo de batalla de Margus le dejó como único jefe del Imperio. Soldado favorito de la fortuna, manifestó siempre tener un espíritu lleno de recursos, una voluntad fría e implacable y un plan de reformas concreto y lógicamente ordenado.

Adepto ferviente del paganismo, a la vez por convicción personal y por razón de Estado, el emperador se afrontó muy pronto con el problema acuciante del cristianismo

El cristianismo, gracias al decreto de tolerancia de Galieno en 260, había realizado grandes progresos no sólo entre la población civil, sino también en las legiones y en los castros. Diocleciano vio en ello una dualidad moral en el Imperio, y, una vez conseguida la unidad territorial, política y administrativa, se propuso conseguir la uniformidad religiosa. Dadas sus convicciones paganas, la religión de Cristo debía sucumbir ante la religión del Estado. Cuatro decretos sucesivos emanados del poder imperial, en 303 y 304, ordenaron una persecución general en todo el mundo romano El intento de descristianización empezó por el ejército. En cuanto al elemento civil, el emperador eligió los prefectos más sanguinarios para que persiguieran y acosaran a los cristianos en cualquier rincón del mundo en que se encontraran. Y los ángeles en el cielo entrelazaron con flores purpúreas infinitas coronas que cayeron sobre las cabezas resplandecientes de los atletas de Cristo, lo mismo en el Oriente

que en el Occidente, igual en Egipto que en Roma y que en las dos Españas.

A España vino como prefecto Daciano. Él regó con torrentes de sangre todas las vegas de la Iglesia española. Conforme iba pasando por las ciudades de la España tarraconense, las vidas más puras y delicadas iban cayendo a sus pies. Empezó por Gerona. Siguió por Barcelona, en donde fue recogida entre la gavilla de las espigas cristianas el alma purísima de Eulalia; continuó por Tarragona, y llegó a Zaragoza. En esta ciudad el tajo era inmenso. En sus enormes brazadas cortó Daciano la vida del diácono Vicente y del obispo Valerio. Por entonces cayeron también los innumerables mártires de Zaragoza, cuyos restos calcinados formaron las santas masas, la nívea pella de predestinados que esperan en el templo de Engracia el día de la reivindicación final.

Por aquellos días agostadores llegó Engracia a Zaragoza. Venía de Brácara, la noble ciudad de Gallaecia. Hija florida de un noble hispanorromano, iba hacia el Rosellón en cortejo nupcial al encuentro de su prometido, que en aquellas tierras vivía. Antes de emprender el viaje, en el que le servían de cortejo dieciocho caballeros de su familia, recibió entre sueños un aviso de que sería Zaragoza la ciudad de su abrazo feliz.

Cuando llegó a esta ciudad y se enteró de la encarnizada persecución que en ella sufrían sus hermanos, los adoradores de Cristo, comprendió el misterio. Ella era la novia destinada para las bodas eternas con el Cordero. Se presentó delante de Daciano y le reprochó su impiedad.

> Juez inicuo —le dijo—, ¿tú desprecias a tu Dios y Señor que está en los cielos y exterminas con tanta crueldad a sus adoradores? ¿Por qué os empeñáis tú y otros malvados emperadores en perseguir a los cristianos porque no adoran vuestros ídolos, templos de los demonios?

Engracia no iba sola; la acompañaban, como pajes de una reina, los dieciocho apuestos caballeros de su séquito: Luperco, Optato, Suceso, Marcial, Urbano, Julio, Quintiliano, Publio, Frontón, Félix, Ceciliano, Evodio, Primitivo, Apodemio, Maturino, Casiano, Fausto y Genaro. En los rostros de los caballeros se reflejaban los mismos reproches emitidos por la boca de

Engracia, y en su silencio condenaban también la crueldad de Daciano.

El presidente, hombre sanguinario y soez, no resistió las palabras de Engracia ni el silencio de sus compañeros y los mandó azotar duramente a todos ellos. Al compás del chasquido del látigo y el desgarrar de las carnes se alzó la más pura de las sinfonías, que penetró en los cielos e hizo sonreír de gozo a los ángeles de Dios. Engracia dirigía el coro de las alabanzas al Señor.

Pensó Daciano que, vencida la entereza de Engracia, flaquearían sus compañeros, y en su presencia ató el delicado cuerpo de la doncella a la cola de unos caballos y la arrastró por las calles de la ciudad. Cuanto más punzantes eran sus dolores y más se desgarraba su cuerpo en flor, más cantaba a Jesucristo y más detestaba a los ídolos y dioses imperiales, y más se robustecía la fe de los caballeros a la vista de la entereza de la virgen.

El juez imperial no dejaba piedra sin remover para llevar a sus víctimas a una abjuración o a una apostasía. Viendo que por los tormentos no arredraba a la intrépida virgen, se propuso seducirla con promesas. «Ya que no podemos vencer con la dureza, venzamos con halagos», se dijo. Y puso delante de sí a la doncellita, a quien rodeaban sus compañeros como al pistilo los pétalos de la flor.

> Oye, jovencita —le dijo—, ¿por que unes la vanidad a tu nobleza? ¿No dejaras tu error si tu sangre real se une en matrimonio con uno de los gallardos principes que florecen en el Imperio? Lejos de ti el proseguir en tu desvío y en el desprecio de nuestros apuestos donceles ¿Vas a despreciar una vida brillante y soñadora por cegarte en las fantasias de esa gentuza arrastrada?
>
> ¡Pobre sacrílego! —replicó Engracia— Haz a tus hijas esa proposición En cuanto a mí, si no me venciste con los tormentos, no esperes atraerme con tus hechizos malvados Mi causa es clara Sere esposa de Cristo Ni tus suplicios ni tus halagos conseguiran otra cosa que unirme y estrecharme mas íntimamente al Esposo de mi alma Yo soy enviada por Él para increparte por tus crimenes e indicarte que ceses en la persecución si no quieres sentir sobre tu cabeza la ira de Dios

Al presidente se le encendieron los ojos y con voz quebrada y sarcástica agregó: «Por tus consejos, ¡oh niña simpática!, debo darte las merecidas gracias».

Llamo a los verdugos, y en su presencia, y delante de los dieciocho caballeros bracarenses, la mandó desnudar y atormentar Los garfios se agarraban en sus carnes ya desgarradas por los azotes anteriores y por el arrastre por las calles empedradas de la ciudad. Varios surcos abiertos por los ganchos dejaron al aire libre sus entrañas palpitantes. Ya no había cuerpo donde herir. Le cortan los pechos y a través de las heridas abiertas se veía latir dulcemente el corazón de la esposa de Cristo.

Luperco no se pudo contener ante aquella crueldad usada contra la martir de Dios y exclamó en nombre de los demás compañeros:

> Juez cobarde, ¿por que persigues con esa saña al pueblo cristiano? ¿Por que atormentas tan cruelmente a la virgen Engracia? ¿No podias probar en nuestros cuerpos varoniles la resistencia de tus garfios y dejar ya de deshilar la seda del cuerpo de la doncella? Si te han molestado sus palabras, su confesion es la nuestra Si ella merece la muerte, tambien nosotros debemos morir, pero si nosotros seguimos con vida, tambien ella debia continuar viviendo

Daciano los mandó retirar de su presencia y ordenó que los degollaran fuera de la ciudad. Cuando Engracia los vio salir hacia el martirio, desde la púrpura de su sangre en que estaba envuelta, les dijo:

> Hermanos amadisimos, volad gozosos al martirio, camino de la vida eterna Vais no a la muerte, sino a la vida, no al tormento, sino al triunfo La misma palma del martirio nos unira a todos en la gloria

La orden del presidente fue ejecutada al momento. Los mártires de Cristo recibieron sus coronas a las orillas del Ebro.

Cuando comunicaron a Daciano que su orden estaba cumplida, miró a Engracia y le dijo:

> ¡Oh tierna virgen!, ¿que esperas si ya sientes sobre ti todos los tormentos y sabes que tus compañeros han sido decapitados? Blasfema de Cristo, adora a los dioses y cesara el tormento y te presentare un esposo

A lo cual respondió, intrépida, la mártir de Cristo:

> ¿Piensas que voy a adorar las piedras y a renegar del Criador del cielo y de la tierra?

No sabiendo Daciano cómo atormentarla ya, mandó que le hincaran un clavo en la frente, y, envuelto su cuerpo en un vivo dolor, fue arrojada en un lóbrego calabozo para que se pudriera viva.

El poeta Prudencio le cantó un siglo después como si la estuviera contemplando en el lóbrego calabozo que él piadosamente visitó, sin duda:

> «A ninguno de los mártires aconteció que habitara en nuestras tierras quedando aún en vida; tú eres la única que permaneces en el mundo, sobreviviendo a tu propia muerte. Hemos visto parte de tu hígado arrancado y apresado aún a lo lejos en las tenazas comprimidas, ya tiene la muerte pálida algo de tu cuerpo, aun cuando estás viva».

El cuerpo de la Santa fue sepultado honrosamente por el obispo Prudencio en una urna de mármol, uniendo a él las cenizas de los dieciocho compañeros. «Póstrate conmigo, generosa ciudad, ante los sagrados túmulos», cantaba el poeta Prudencio. Y Zaragoza, llena de fervor, se postra todavía en la cripta de la parroquia de Santa Engracia, donde duermen el sueño de los justos los restos de la virgen Engracia, de sus dieciocho compañeros y las níveas masas de los innumerables mártires.

JOSÉ GUILLÉN

Bibliografía

Act SS. Boll, 16 de abril.

AURELIO PRUDENCIO, *Peristefanon/Peristephanon*, himno 4, en *Obras completas de Aurelio Prudencio*. Ed. bilingue (BAC 54, Madrid 1950) 476s. Nueva ed.: BAC 427 (Madrid 1981) p.543-555.

FLOREZ, E., *España sagrada*, I.

GARCIA VILLADA, Z., *Historia eclesiástica de España* (Madrid 1929-1930).

— Actualización:

CUE, R., *Zaragoza, capital del martirio: evocacion en Santa Engracia* (Zaragoza 1979).

SANTO TORIBIO DE ASTORGA

(† s. V)

La diócesis de Astorga, una de las más antiguas de España, que en los documentos históricos aparece plenamente organi-

zada en el siglo III, tiene por patrono principal a Santo Toribio; fue su obispo a mediados del siglo V.

No es fácil deslindar las relevantes e irrefragables noticias históricas de las múltiples tradiciones y leyendas tejidas por el tiempo en torno a su figura.

Nació en la Gallaecia romana donde se había establecido ya el reino de los suevos. Probablemente vio la luz primera en la misma ciudad de Astorga, cuando expiraba el siglo IV o comenzaba el V.

Nada sabemos de los años juveniles, pero por su propio testimonio consta que fue peregrino durante varios años. Se había despertado por entonces en el Occidente cristiano el movimiento devocional de visitar el Santo Sepulcro y la tierra que conoció al Señor.

La antiquísima tradición asegura que Toribio fue a Jerusalén donde recibió la ordenación sacerdotal y permaneció allí algún tiempo como custodio de los Santos Lugares. Cuando regresó a su patria trajo numerosas reliquias para preservarlas de los peligros que las amenazaban a causa de las inminentes invasiones.

Por su tamaño y singularidad destacaba entre todas el «lignum via», tomado del brazo izquierdo del sagrado leño, que aún hoy se venera en el monasterio de Liébana (Cantabria).

En el 445 lo encontramos ya obispo de Astorga. Probablemente fue elegido el año anterior, 444, para suceder al obispo San Dictino, que primeramente había defendido la herejía de Prisciliano, pero después abjuró de ella con pública y notoria ejemplaridad en el concilio toledano del 400.

Precisamente la acción pastoral más destacada de Santo Toribio fue la defensa valiente de la pureza de la fe. El priscilianismo había arraigado profundamente en estas regiones del Noroeste con la complejidad de sus teorías derivadas del agnosticismo y del maniqueísmo. Los seguidores de Prisciliano negaban la Trinidad y la Encarnación. Y, detrás de un rigorismo aparente, se encubrían vergonzosas inmoralidades y prácticas rituales inaceptables.

La estrategia pastoral de Toribio se demostró llena de energía y eficacia actuando no sólo en el ámbito de su diócesis de Astorga sino de modo sinodal, en relación con las otras diócesis

y principalmente acudiendo al magisterio y ministerio del sucesor de Pedro en Roma, el papa San León Magno (440-461).

Con su compañero Idacio, obispo de Aquas-flavias (hoy Chaves, en Portugal), instruyó un proceso al grupo de priscilianistas identificado en la ciudad. Envió las actas al obispo de Mérida, Antonino, porque allí se había refugiado uno de los herejes. Antes de este proceso habría que señalar la carta que escribió a los obispos Idacio y Ceponio sobre los libelos que propalaban las herejías.

Envía después, por medio de su diácono Pervinco, una misiva al papa San León Magno, junto con un memorial que, en dieciséis puntos, enumeraba los errores priscilianistas y su correspondiente refutación. El Papa le contesta con fecha 21 de julio de 447. Su carta *Quam laudabiliter* le felicita y refuerza uno a uno los dieciséis puntos del memorial. Suyas son estas palabras:

> «Los fraternales escritos tuyos, que me ha entregado personalmente tu diacono, ponen de manifiesto el laudable afan con que te mueves en defensa de la verdadera fe católica y la solicitud con que te entregas al ministerio pastoral a favor de la grey del Señor
>
> Con esos libros has querido informarme de la grave enfermedad que en vuestras tierras se ha reavivado como un incendio, en los residuos de la antigua y pestilente herejia
>
> Porque tanto el tenor de tu carta como las series del Conmonitorio y el texto de tu Libelo, denuncian cómo se ha vuelto a recalentar entre vosotros esa cloaca, sumamente fetida, del priscilianismo» (PL 54,678-679)

Alaba los dos libros que Santo Toribio escribió referentes a la herejía· El *Conmonitorio* y el *Libelo.* Añade el Papa una insistente y viva exhortación para que convoque un concilio, a ser posible, nacional, o por lo menos provincial, que condene una vez más las falsas doctrinas del priscilianismo, una vez asegurada y comprobada la ortodoxia de los obispos. Le recomienda que promueva los mismos sínodos en las demás provincias.

Estos concilios provinciales se fueron celebrando, aunque no se conservan las actas. Sabemos que se le enviaron copias a Balconio, metropolita de Braga. Quedan solamente los cánones del celebrado en Galicia, que debió ser convocado por el mismo Toribio personalmente. Efectivamente, en el concilio de Braga, año 561, se releyeron las actas y se incluyeron los 17 cánones.

La coincidencia sorprendente de los cánones con la carta de San León, ha hecho pensar a algún crítico que fue falsificada. No obstante, sigue apareciendo en las ulteriores ediciones del *Enchiridion symbolorum* (cf. Dz n.283-286). Y en todo caso, está fuera de duda la actuación de Santo Toribio en la defensa de la fe, reflejada en los documentos de esos tormentosos años.

En 456, los godos arrasaron la ciudad de Astorga. Entre los prisioneros llevados a las Galias, figuran, sin duda, dos obispos, uno de los cuales, con toda probabilidad, fue Santo Toribio, que pudo regresar pronto e impulsar la reconstrucción de Astorga.

No están de acuerdo los autores para señalar la fecha de su muerte. Unos la colocan con toda probabilidad en torno al año 460. Otros, la anticipan a 450-454. El antiguo breviario según la costumbre de la Iglesia de Astorga (s. XVI) retrasa su muerte hasta el 480 y la coloca, con toda la tradición, en el monasterio de San Martín de Liébana, en las montañas cántabras, que lindan con la provincia de León.

Las tradiciones afirman esta relación de Santo Toribio con la vida monástica a la que se había retirado y de la que habría regresado ante las insistentes peticiones y embajadas que pedían su vuelta.

Existen en Astorga otras tradiciones que pretenden explicar su retiro prematuro. Una de ellas, reflejada frecuentemente en la iconografía, habla del milagro con que acreditó su inocencia ante la calumnia infundada que se atribuye a Rogato, uno de sus émulos. Toribio lleva en su roquete y en sus manos unas brasas encendidas, sin quemarse.

Cada año se repite una procesión que sube desde el pueblo vecino a Astorga, San Justo de la Vega, hasta el altozano llamado «del Crucero», desde donde se divisa la ciudad, para recordar la bendición de despedida que impartiera el obispo desde aquel mirador estratégico.

Otras tradiciones o pintorescas leyendas sitúan en esta ocasión el gesto evangélico de sacudir el polvo de las sandalias al abandonar la ciudad, obstinadamente sorda a su mensaje.

La relación con el monasterio de San Martín, hoy de Santo Toribio en Liébana, se explica porque, después de su muerte y sepultura en la ciudad, sólo cuando se acercaban las invasiones

de los árabes, sus reliquias fueron trasladadas, junto con las que había traído de Tierra Santa, a ese lugar escondido en las montañas cántabras, donde se edificó el monasterio que lleva su nombre y donde se sigue venerando el «lignum via», principalmente en los años jubilares, atendido hoy por los PP. Franciscanos. Allí existe una capilla lateral dedicada a Santo Toribio, con una estatua yacente suya del siglo XVI. Las investigaciones promovidas por el obispo astorgano Francisco Isidoro Gutiérrez Vigil (1791-1805) no lograron identificar el sepulcro.

Allí se le suele representar con la cruz de Cristo en el brazo. En Astorga es muy rica y variada la iconografía sobre todo en la catedral. Una espléndida talla de Gaspar Becerra, que refleja su preocupación pastoral, sirvió de modelo durante más de un siglo para representar a obispos. Preside el Coro en el respaldo de la silla episcopal, un alto relieve renacentista. Se repite junto a los obispos santos del coro alto. Está en la puerta de los obispos, en el relicario, y en el púlpito junto a los grandes heraldos de la Palabra de Dios como el Bautista y San Agustín. Hay una imagen en el antecoro. Otra procesional.

Característica es la imagen pétrea (Mateo Núñez, 1789) que está en el obispado; le representa como incansable luchador contra la herejía; a sus pies figura Prisciliano, con su nombre. En el oratorio de la residencia episcopal hay un óleo del siglo XVIII.

El Seminario Conciliar diocesano se llama «de la Inmaculada y Santo Toribio», porque es también su patrono. En la capilla preside uno de los retablos del siglo XIX. En 1994 el pintor Benito García (Escarpizo) pintó un gran óleo para la escalera principal, evocador de la persona, vida y obra de Santo Toribio.

Pero la iconografía del Santo y su devoción está extendida en otras partes de la diócesis y fuera de ella. Como es el caso del coro de la catedral de Lugo que posee un relieve de Francisco de Mouré (s. XVII); y en la catedral de Tuy hay otro relieve de Castrocanseco (s. XVIII). Tal vez porque los autores del programa, en ambos coros, consideraron a Santo Toribio como santo gallego.

Es muy notable y expresivo el grabado italiano de Gaspar Massi (Roma 1722). Fue encargado por el monasterio de Liéba-

na y lleva su escudo. Estaba destinado a los devotos peregrinos que lo pedían. Se representa a Santo Toribio de pie, con vestiduras pontificales y portando en el brazo izquierdo la preciada reliquia de la Santa Cruz; el fondo es un paisaje más o menos idealizado de la Liébana y se completa con la representación, a los pies del Santo, de personajes evocando las herejías que combatió; llevan cabellos de serpientes; y, en los libros abiertos que portan, se indican las herejías; se trata del maniqueísmo, patripasianismo y priscilianismo.

También en Palencia hay representaciones de Santo Toribio que tal vez se deban a la confusión con otro santo palentino, *presbítero,* del mismo nombre.

El culto inmemorial a Santo Toribio se le tributa con la mayor solemnidad en la Catedral y en el inmediato pueblo de San Justo, que le tiene como Patrono. En 1635, se recogió información, lo mismo que de otros santos astorganos, para la oficialización de su culto. La fiesta que en el Calendario Romano está el 16 de abril, en el calendario asturicense figura móvil, el lunes que sigue a la octava de Pascua.

Como una herencia secular del culto al «lignum crucis», una de las expresiones más importantes de la piedad popular extendida por la geografía diocesana, son las ermitas del Santo Cristo y las Cofradías de la Vera Cruz.

Entre las tradiciones populares relacionadas con Santo Toribio, aunque esta conexión carece de base histórica, hay que señalar la «Rogativa de la Virgen de Castrotierra», principalmente para pedir el beneficio de la lluvia. En impresionante procesión recorren los pueblos con sus pendones y cruces parroquiales los 15 kms. largos que separan el santuario de la ciudad de Astorga, acompañando el traslado de la Virgen a la catedral y su regreso, a los diez días. El pueblo le atribuye a Santo Toribio la iniciativa.

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

ALDEA VAQUERO, Q. - MARIN MARTINEZ, T. - VIVES GALETI, J. (dirs), *Diccionario de historia eclesiástica de España,* IV (Madrid 1972).

ALONSO LUENGO, L., *Santo Toribio de Astorga* (Biblioteca Nueva 1939).

DENZINGER, H. - SCHÖNMETZER, A., *Enchiridion Symbolorum (El magisterio de la Iglesia)* (Barcelona 1997) 153-156.
FLOREZ, E , *España sagrada,* XVI, p.89-108.
GONZALEZ GARCIA, M. A., *Iconografía de Sto. Toribio de Astorga* (Cuadernos de Arte e Iconografía, Madrid 1993).
JIMENEZ PEDRAJAS, R., «Turibio, vescovo di Astorga», en *Bibliotheca sanctorum,* t.XII p.710-712.
LEON MAGNO, SAN, Carta «Quam laudabiliter» al obispo Toribio de Astorga, 21 de julio de 447: PL 54,678-679 y 690.
QUINTANA, A., «Toribio, Santo», en ALDEA VAQUERO, Q - MARIN MARTINEZ, T. - VIVES GALETI, J. (dirs.), *Diccionario de historia eclesiástica de España,* IV (Madrid 1972) 2.575.
RODRIGUEZ LOPEZ, P , *Episcopologio asturicense,* I (Astorga 1906) 114-118.

SAN FRUCTUOSO DE BRAGA

Obispo († 665)

En los confines occidentales de España, ganados un siglo antes para la ortodoxia católica por el ilustre San Martín de Braga, floreció en el siglo VII uno de los más eximios varones de la iglesia visigoda. Fructuoso, de noble familia emparentada con algunos reyes visigóticos, hijo de un jefe del ejército, púsose muy pronto en condiciones de servir a la Iglesia al iniciarse en las disciplinas eclesiásticas bajo la dirección de Conancio de Palencia. Allí recibió su educación sagrada, en compañía de numerosos jóvenes a los que había atraído la sabiduría y la discreción de este obispo; pero en su alma florecía la vocación monacal, manifestada desde niño con piadosos pensamientos al decir de su biógrafo, un sencillo monje discípulo y admirador suyo, que escribió una vida llena de detalles maravillosos y de milagros. Joven aún, renunció a sus bienes y dotó con ellos iglesias y benefició a los pobres, para saber desprenderse mejor de la atracción de las cosas del mundo. Y todo hace sospechar que se retiró al Bierzo, donde sus padres poseían bienes cuantiosos. Allí le encontramos rodeado de discípulos, llevando austera vida de penitente, fortaleciendo a todos con su ejemplo y con su instrucción.

Nos narra su biografía que familias enteras se sentían arrastradas por el hondo movimiento espiritual que había iniciado al restablecer, con redoblado vigor, la vida monástica en retiros de soledad y en medio de exigente disciplina. Su biógrafo nos

cuenta, admirado, cómo en varias ocasiones intentó huir a la soledad completa desde sus cenobios, para mejor y más intensamente consagrarse a Dios, sin que el fervor de sus discípulos se lo permitiera, pues no estaban dispuestos a quedarse privados de su guía.

En esta primera etapa de su actividad fundó Fructuoso muchos y diversos monasterios en el Bierzo, en Galicia, en el norte de Portugal, que pronto se vieron invadidos por una multitud creciente, tan grande que nos dice ingenuamente su biógrafo que los mismos jefes del ejército real llegaron a temer quedarse sin hombres que reclutar para sus campañas. Quizá en estas fundaciones puso por norma su regla, que presenta una enorme originalidad y muestra cómo no fue breve su conocimiento de los hombres que se le sometían para servir a Dios: regla dura y enérgica, adecuada a hombres del Norte, con vivo sentimiento de la comunidad y con un concepto de la obediencia muy desarrollado. En breve, un movimiento ascético de tal ímpetu trascendió los límites de Galicia, y el nombre de Fructuoso y su obra corrió por la Península entera; comienzan entonces las inquietudes apostólicas de Fructuoso, para quien se habían quedado pequeñas las soledades galaicas. Tenemos noticias de una peregrinación suya a Mérida, por devoción a Santa Eulalia, y de un viaje emprendido a continuación hacia el Sur hasta llegar a Sevilla y Cádiz. El respeto y las atenciones de que es objeto en su peregrinar nos revelan la fama de santidad y de grandeza que le antecedía. Su incansable actividad le lleva a realizar también en estas regiones nuevas fundaciones en que aplicar su intensa disciplina, camino para adelantos mayores en la vía de la perfección.

No pocas leyendas piadosas nos transmite su biógrafo para mostrar la protección que Dios le dispensaba: unas veces, prodigiosamente, le evita el ser confundido con un animal al hallarse en medio de un matorral en oración simplemente cubierto de pieles; en otra ocasión puede atravesar con sus códices un río sin que sus tesoros de formación eclesiástica sufran el menor detrimento al contacto con el agua; en otra ocasión consigue un castigo para un malvado que injusta e inicuamente le ataca; en otro momento logra de manera maravillosa concluir

un viaje que corría el riesgo de convertirse en tragedia por el agotamiento de los marineros que a golpe de remos impulsaban la barca, y no falta, en esta larga sucesión de milagros, la barquichuela arrastrada por las olas y recuperada por el Santo, que no vacila en lanzarse a caminar sobre el mar para poder traerla de nuevo a la orilla.

Incansable prosiguió Fructuoso la fundación de monasterios, hasta que, un día, decidió marchar al Oriente en peregrinación. Es probable que, además de visitar los Santos Lugares, como habían hecho tantos hombres ilustres del Occidente español, hubiera dispuesto en su ánimo dirigirse a Egipto, cuna y fuente de donde provino a la Iglesia occidental todo el monacato en que tantos espíritus se santificaron y fueron luz y guía del mundo cristiano, pero no pudo lograr su propósito porque el proyecto llegó a conocimiento del rey y de sus consejeros, que tomaron urgentes medidas para evitar que tal lumbrera de la Iglesia abandonara España. En medio de tanta actividad cuidaba Fructuoso de su propia formación intelectual y de la de sus monjes, y buscaba libros y explicaciones que satisficieran su sed y sus dudas e ignorancia: las vidas de santos, las narraciones de la vida y doctrina de los anacoretas egipcios, la Biblia, constituían el manjar predilecto de aquellos hombres cuya fama recorría más y más la Península de un lado al otro. Braulio de Zaragoza, el gran obispo amigo de San Isidoro, uno de los hombres de más completa y exquisita formación en la España de aquel tiempo, llama a Fructuoso brillante faro de la espiritualidad española, y reconoce y proclama el esfuerzo novador que de bosques y desiertos hacía un grupo de monjes que cantaba sin cesar las alabanzas de Dios.

El entusiasmo de Braulio, dictado, como él mismo dice, por la verdad y no por la adulación o la amistad, debía ser compartido por muchas gentes, que veían en nuestro Santo un hombre de Dios, entregado a su servicio y poderoso instrumento suyo. En aras de este servicio rinde Fructuoso poco después su deseo de soledad y oración, y acepta, no sin repugnancia, el honor de ser elevado a la dignidad episcopal como obispo abad de Dumio, notable monasterio próximo a Braga. Poco tiempo después, obligado por su cargo, asiste Fructuoso

a un concilio nacional, presidido por el grande Eugenio de Toledo. Allí, depuesto Potamio, metropolitano de Braga, por diversas faltas de las que se acusó espontáneamente, con voto unánime, los Padres asistentes al concilio elevan a Fructuoso a la silla metropolitana de Braga, con la esperanza y la seguridad, dicen, de que daría ello mucha gloria a Dios y redundaría en gran beneficio de la Iglesia. Puede decirse que nada o casi nada se sabe de lo que hiciera en su paso por la sede bracarense; pero su celo incansable le mantenía tenso, y por ello una y otra vez acude ante el rey Recesvinto, cuyo comportamiento tanto aflige a los grandes obispos de este momento, para amonestarle, pedirle clemencia, aconsejarle.

El biógrafo de nuestro Santo, celoso como era de poner de relieve el espíritu monástico de Fructuoso, insiste ahora en la rigurosa vida ascética que mantuvo durante su tiempo de episcopado, en lo continuado de su actividad como fundador, hasta decir que, conocedor de su próximo fin, se entregó a tal frenesí de trabajo que no cesaba en su labor de dirección y construcción sin darse descanso ni de día ni de noche. Su última fundación parece haber sido el monasterio de Montelios, muy cerca de Braga, donde se conservó su cuerpo tras su muerte, hasta que siglos más tarde, en 1102, el arzobispo de Compostela, Gelmírez, le trasladó a Santiago.

Dícenos su biografía que, atacado de fiebre, comunicó su inmediata muerte a sus discípulos, llorosos por la pérdida que se avecinaba y asombrados por su alegría y tranquilidad en tales momentos; todavía entonces tuvo tiempo para disponer asuntos relacionados con el gobierno de varias de sus más importantes fundaciones; luego hizo ser llevado a la iglesia, donde recibió con sumo fervor y devoción la penitencia y donde permaneció toda la noche postrado en oración, hasta que, amaneciendo un día, que los libros litúrgicos de Braga dicen el de hoy, el año 665, entregó a Dios su alma.

Su biógrafo no olvida señalarnos que pronto comenzaron los milagros en torno a su sepulcro, pero ninguno más importante ni valioso que el gran milagro del cual había sido instrumento dócil y activo en manos de Dios: la gran renovación espiritual que inició en el siglo VII, todavía lleno de resabios de

herejía, henchido de luchas políticas, de odios y rencores. Entregado a la oración y a la penitencia en medio de un siglo corrompido, logró con su ejemplo y su virtud hacer cristalizar unas ansias de renovación sentidas con toda intensidad. Su celo y su entusiasmo prendieron en multitud de creyentes, que aun bastante después de su muerte buscaban todavía su santificación siguiendo paso a paso los itinerarios de Fructuoso, y haciendo de sus retiros y lugares de oración parajes sagrados en los que sus almas encontraban más facilidad para acercarse a Dios; y aun siglos más tarde, los monasterios por él fundados sentíanse satisfechos de esta tradición, mostrando la huella de su paso apostólico.

MANUEL DÍAZ Y DÍAZ

Bibliografía

Act. SS. Boll., 16 de abril: *Vita,* por VALERIO, poco después de su muerte. Se encuentra también en J. MABILLON. - L. D'ACHERY, *Acta Sanctorum Ordinis Sancti Benedicti,* II (París 1668) 581.
BOURRET, J. C. E., *L'École chrétienne de Séville, sous la monarchie des Visigoths, recherches pour servir à l'histoire de la civilisation chrétienne chez les barbares* (París 1855).
DIAZ Y DIAZ, M., art. en *Cuadernos Gallegos* (1953) 155s.
FLOREZ, E., *España sagrada,* XV, p.451s.
PEREZ DE URBEL, J., *Los monjes españoles en la Edad Media,* I (Madrid ²1945) 378s.

SAN BENITO JOSÉ LABRE

Peregrino († 1783)

Ese hombre —suele decirse ante el desvalido— va dejado de la mano de Dios. Se acierta, sí, cuando tal se dice y cuando, ingenua y reverenciosamente, se toma la mano de Dios por el próvido cuerno de la abundancia. Pero sucede que los designios de Dios —los modos que tiene Dios de dar la mano— son infinitos como las arenas de la mar, innúmeros, como no llegan a serlo, siendo tantas, las mismas arenas de la mar.

Aquel hombre desvalido, Benito José Labre, no iba dejado, sino guiado por la mano de Dios, conducido por su andadura clemente y amorosa, providencial y tierna.

Benito José Labre nació en Amettes el 26 de marzo de 1748. Regía el orbe cristiano el papa Benedicto XIV, cantado por

Voltaire en verso latino, y reinaba en Francia, «bajo Voltaire», Luis XV, el firmante del «Pacto de familia», el galán de la marquesa de Pompadour y el protector de la porcelana de Sèvres.

Si los vagabundos tuviéramos un santo patrono, Benito José Labre lo sería. Con alas en los pies, Benito José Labre devoraba las leguas y los caminos en busca de la huella de Dios, que en todas partes se presenta.

Nacido para la miseria del cuerpo, Benito José Labre sintió la llamada siendo aún niño. A los doce años dormía con la cabeza reclinada sobre un madero y a los dieciséis, pareciéndole corto el sacrificio, descansaba sobre el frío y duro suelo de ladrillo: el «santo suelo» dícese, con frecuencia, en español.

Dos curas de pueblo parecen disputarse, ante la historia, la siembra de la semilla cristiana en la huerta feraz del alma de Benito José: el cura de Conteville, que le inició en la práctica piadosa, y el cura de Érin, su padrino, que le abrió las puertas de la liturgia.

Cuando Benito José oyó hablar de la Gran Trapa y sus humildes perfecciones, se estremeció como un iluminado. Sus padres prefieren que siga estudiando, y Benito José cae en una honda sima de dudas. De un lado, su vocación que le fuerza. Del otro, lo que no acaba de ver claro: la validez, la ley, de su vocación.

Sobre Érin pasa, con su mano de luto, la epidemia, y su padrino, el cura, sucumbe atacado del mal. Benito José se esfuerza por llevar la caridad a los hogares en los que hizo su nido el dolor y, cuando el mal pasa y se sabe desvalido y solo, se vuelve a Amettes, a la casa paterna. Es el año 1766, el del motín de Esquilache, y Benito José es todavía un adolescente.

Sus padres le mandan a Conteville, a que continúe sus estudios. Al cura —Santiago José Vincent, que todo se lo da a los pobres—, le llaman el nuevo San Vicente por su inmenso amor al desvalido. El cura de Conteville, viendo a Benito José tan dispuesto para la vida monástica, habla con los padres del mozo y obtiene de ellos el necesario permiso.

En el mes de abril de 1767, pintándose la primavera en los campos, Benito José, con el corazón radiante de gozo, llama a la puerta de la cartuja de Val Sainte Aldegonde, tras la que había

de esperarle la desilusión. La cartuja es pobre, demasiado pobre para acoger a un solo monje más, y Benito José no cabe en ella.

Sigue su peregrinaje y en octubre del mismo año consigue entrar en otra cartuja, la de Notre-Dame des Prés. Pero su temple había de ponerse una vez más a prueba. Los cartujos viven en la contemplación y Benito José siente las tentaciones constantes del diablo. «No; en la cartuja —piensa Benito José— no quepo...». Y vuelve a casa de sus padres.

Benito José tiene ya veinte años y consigue que sus padres le permitan hacer otra tentativa, ahora en la Trapa. Emprende el camino y tras sesenta leguas a pie y bajo la lluvia, llega hasta el viejo portón de la Gran Trapa.

> —¿Cuántos años tenéis, hermano?
> —Veinte, ya.
> —Veinte años no son bastantes para entrar aquí; os faltan cuatro todavía.

Y a Benito José, ante la puerta que se cerró, se le cayó el alma a los pies. Siguió su camino y llamó a otra puerta trapense: la de Sept-Fons. Pero los años que le faltaban para poder profesar eran los mismos y la puerta tampoco se le abrió.

El obispo de Boulogne le aconseja que no piense en la Trapa y que pruebe otra vez fortuna en la Cartuja. Benito José obedece el consejo del obispo e ingresa en la cartuja de Neuville.

Como en la de Notre-Dame des Prés vuelven a asaltarle las tentaciones y Benito José Labre, huyendo de ellas, abandona por segunda vez la cartuja. Fue el prior quien le animó a que dejase la lucha cortando por lo sano.

Benito escribe a sus padres para comunicarles su nuevo norte: otra vez la Trapa de Sept-Fons, a cien leguas de andar, durmiendo al raso y comiendo el parvo y sabroso pan de la limosna.

El día 2 de noviembre de 1769, sin tener los veinticuatro años que previene la regla, Benito José fue admitido entre los trapenses. Su dicha era inmensa y una inefable paz invadió su alma. Pero los escrúpulos no tardaron en aparecer, la noche se extendió de nuevo sobre su atormentado espíritu y la galerna azotó otra vez las flacas carnes de Benito José. A los seis meses fue llevado, exánime, a la enfermería y poco más tarde al

hospital de pobres, fuera de la clausura. El prior le llamó a su presencia:

—Vuestra alma, hermano, no está en su lugar. Debéis abandonar la cogulla y volver al mundo.

Benito José bajó humildemente la cabeza.

—Hágase la voluntad de Dios.

Benito José volvió al campo abierto, a los caminos sin fin, al cielo por techo y las estrellas, en medio del alto cielo, como brújula y compañía. Toda su vida anterior la entiende como el forzoso noviciado de lo que se propone ser: un monje errante, un vagabundo de Dios, una pura llama que, olvidada de su cuerpo, vivirá de lo que a los demás les sobre.

El abad de Sept-Fons le bendice y Benito José emprende, serena el alma y el llanto brillándole en los ojos, el largo camino de Roma.

Desde Chieri, ya en tierra italiana, Benito José escribe a sus padres su última carta: una ingenua y patética despedida entre cuyos trazos se adivina la beatitud.

Benito José es ya, y para siempre, el mendigo errante que se propuso ser. Vestido con la túnica y el escapulario de Sept-Fons, de los que no habría de desprenderse en vida; con un rosario al cuello, un crucifijo sobre el corazón y el fardelejo, entre mendrugos de pan, el Evangelio, la *Imitación de Cristo* y un breviario, Benito José era la imagen misma del vagabundo si a los vagabundos, ¡ay!, nos habitase Dios con la misma clemencia con que se posó sobre aquel pecho elegido.

Entra en Roma el 3 de septiembre de 1770 y pasa las tres primeras noches en el hospicio de Saint Louis-des-Français; después, pesaroso quizá ante lo que entiende como un innecesario regalo, dormirá siempre al raso, en el quicio de una puerta, bajo un puente, al cobijo de una escalera, donde la noche le alcanza.

A fines del año siguiente va a Loreto —donde ya se detuvo al venir a Roma—, a visitar la Santa Casa. Su anual peregrinación a Loreto sólo fue interrumpida por la muerte. Benito José reza, en Fabiano, ante el sepulcro de San Romualdo, fundador de los camaldulenses, y en Bari, ante la tumba de San Nicolás.

También en Bari Benito José se postra en oración al pie de los presos de la cárcel, que se ven, a través de las rejas, desde la calle, y entre quienes reparte las limosnas que le dan.

Benito José tiene un pobre, un desdichado aspecto Vestido de harapos, daba asco a casi todos y producía, sin embargo, una honda admiración en los menos. Cierto día, preguntado sobre la rara sustancia de que estaba hecho su corazón, respondió:

> —De fuego para Dios, de carne para el projimo, de bronce para conmigo mismo

Su filosofía era la del pájaro del cielo, la de la poética avecilla que todo lo confía en Dios

> —Se ofende a Dios —dijo al cura de Cossignano— porque no se conoce su bondad

En Roma se unía al Vía Crucis de los mendigos y, a diferencia de los mendigos, llegaba a rechazar lo que le daban. Nada quería porque nada, tampoco, le era menester. En la plaza Monte Cavallo, mientras dormía, tan breve y miserable era su carne mortal que con frecuencia era confundido con un perro Por las noches rezaba ante las puertas de las ermitas y más de una vez fue apaleado por los anonimos golfos de la oscuridad Benito José, bajo la lluvia de palos, sonreia y adoraba a Dios.

En Loreto, un clerigo, al verle sobre el duro suelo de la iglesia, le preguntó:

> —¿No sabe, hermano, que el frio de la piedra y el aire colado del campanario pueden matarle?

Y Benito José, con la sonrisa de la bienaventuranza pintándosele en el semblante, le habló con su más humilde voz·

> —Dios lo quiere asi Los pobres dormimos en el lugar donde nos llega la noche [ ] Los pobres no necesitamos buscar una cama demasiado comoda [ ] Ademas, padre, me gusta estar solo con Dios

El padre Temple, penitenciario de Loreto, dejó constancia escrita de los hechos de Benito José, que tanto le admiraran después de que tanto y tanto le hicieran dudar.

Un viejo noble persa, Jorge Zitli, antiguo gobernador de Teherán, que, convertido a la fe cristiana, tuvo que huir de su

tierra, se encontró a Benito José medio muerto de hambre y le dio de comer. El día antes Jorge Zitli había sabido de la milagrosa curación de un niño por aquel vagabundo de tan ruin aspecto. En una casa del camino en cuyo establo Benito José se había guarecido, una mujer rompió a gritar desesperadamente porque su único hijo, entre horribles dolores, se moría. Benito José salió de la cuadra, tocó la cabeza del niño y habló a la madre.

—Calmese, madre, vuestro hijo ya no llorara mas

El niño se quedó dormido y al cabo de varias horas se despertó, sano como una manzana. El milagro se había producido.

Benito José, andarín infatigable, recorrió durante ocho años los más renombrados santuarios de Europa. En España visitó Montserrat y Compostela.

En 1777, antes de llegar a los treinta años de aquel cuerpo que se quemó en el sacrificio, Benito José abandona la vida del vagabundo para quedarse en Roma, dedicado a la oración. De sus largas jornadas de caminante sólo le queda el rumbo de Loreto, adonde nunca faltó.

En 1780 —y en Loreto— conoció a Gaudencio Sori, el santero, y a Barba, su mujer, que le socorrían esforzándose en que Benito José no lo notase. El padre Almerici, que le confesaba a menudo, le preguntó dos años más tarde:

—¿Volvera el año que viene, hermano?
—No, padre
—¿Por que?
—Porque debo ir a mi patria —respondio, con diafana clave, Benito Jose

En el 1783 el padre Daffini, familiar del cardenal Achinto, vio a Benito José, en la iglesia de los Santos Apóstoles, circundado por un nimbo de luz. María Poeti, una piadosa mujer que solía rezar en la iglesia de Nuestra Señora de los Montes, vio resplandecer, en medio de la penumbra, la faz de Benito José, cuyo cuerpo se elevaba por encima del peldaño en que estaba arrodillado. El abate Luigi Pompei, en Santa María la Mayor, vio arder en llamas la cara de Benito José.

Nuestro vagabundo, ardiendo en su propia santa sustancia, se consumía a la vista de todos sus admirados y atónitos ami-

gos. El miércoles santo, después de asistir a los oficios, Benito José rodó las escaleras del templo. Todos le socorrieron y el carnicero Zaccarelli le llevó a su casa. Recibió la extremaunción y a la una de la mañana, mientras las campanas de Roma repicaban el anuncio de la Salve, Benito José Labre, claro espejo de vagabundos, cerró los ojos para siempre. Su alma, también para siempre, voló escoltada por el sonar de los clarines del gozo, hasta el alto cielo de los elegidos.

CAMILO JOSÉ CELA

Bibliografía

AUDIGER-ROSIERE, *Vie du grand penitent saint Benoît-Joseph Labre* (Poitiers 1906).
DESNOYERS, F. M J., *Le venérable Benoît Joseph Labre, célebre pèlerin français· sa vie, ses vertus, ses miracles,* 2 vols. (Lille 1857)
DOYERE, P., OSB, *Benoît Labre: ermite pelerin* (París 1948, última ed. 1983).
GAQUERE, F., *Le saint pauvre de Jesus-Christ* (Aviñón 1936; nueva ed. 1954).
MANTENAY, J , *Saint Benoît Labre (1748-1783)* (Les Saints, 63; París 1908, [6]1924). — Actualización:
HILAIRE, J M. (dir.), *Benoît Labre: errance et sainteté, histoire d'un culte, 1783-1983.* Actes du Colloque Benoît Labre, Arras, 23-24 avril 1983 (París 1984).
BREJON, H , *Benoît Labre: le poulleux de Dieu* (París 1999).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN MAGNO DE ORKNEY

Mártir († 1116)

Nació en el último cuarto del siglo XI, hijo de un príncipe vikingo de las islas Orkneys. Cuando los noruegos se apoderan de las islas, el rey lo deja a él como gobernador o príncipe de las mismas. Pero viendo traición a su alrededor, marchó a Escocia, donde se convirtió a una vida de austeridad y piedad. Lo asesinó su primo Haakon el 16 de abril de 1116 más que nada por razones políticas, pero el pueblo vio en esta muerte un martirio y comenzó a darle culto religioso.

SAN DROGÓN

Recluso († 1186)

Nace hacia 1118 en Epinoy, en el Artois. Ya había muerto su padre cuando él nació, y su madre murió en el parto. Este hecho, cuando él luego lo supo, le llenó de un profundo sentimiento de tristeza y culpabilidad, pero luego evolucionó hacia una plena confianza en las disposiciones de Dios. A los 18 años se decidió por una vida retirada y penitente, hizo algunas peregrinaciones, y luego marchó a Sebourg, junto a Valenciennes, se colocó como pastor y pudo así vivir en la soledad de los campos con mucho tiempo para la vida interior. Unos años más tarde reemprendió las peregrinaciones, yendo varias veces a Roma, y pasando luego a vivir como recluso en una celda junto a la iglesia de Sebourg, desde la que podía oír la santa misa. Ahí estuvo muchos años, alimentándose de pan y agua. Muerto el 16 de abril de 1186, fue enseguida venerado como santo.

SAN CONTARDO D'ESTE

Peregrino († 1249)

Renunciando a una buena posición social y abrazándose a una extrema pobreza, dejó Rímini en traje de peregrino y emprende el camino hacia Santiago de Compostela, pero cuando pasaba por Broni, en la diócesis de Tortona, le sorprende la muerte. Al tiempo de su muerte se suceden los milagros y comienza a divulgarse la santidad del humilde peregrino. Era el 16 de abril de 1249.

BEATOS PEDRO DELEPINE Y COMPAÑEROS

Mártires († 1794)

El 16 de abril de 1794 fueron guillotinados en Angers veintiséis seglares católicos, para cuya muerte no hubo otra causa que el mantenimiento por su parte de su religiosidad católica, que quería ser ahogada por las medidas del terror. Eran dos hombres y veinticuatro mujeres: Pedro Delepine y Juan Mé-

nard; nueve eran viudas: Renata Bourgeais, Juana Gourdon, María Guingueneau, Francisca Michoneau, Juana Onillon, Renata Séchet, María Roger, Francisca Suhard, y Juana Thomas; seis mujeres casadas: Magdalena Cady, María Pitou, Petrina Pottier, Renata Rigault, Juana Leduc y Magdalena Sallé; y otras nueve solteras: María Genoveva y su hermana Marta Poulain de la Forestrie, Petrina Bourigault, María Forestier, María Lardeux, Petrina Laurent, Ana Maugrain, Margarita Robin y María Rochard. Todos ellos fueron beatificados el 19 de febrero de 1984.

17 de abril

A) Martirologio

1 En Melitene (Armenia), los santos Pedro, diácono, y Hermógenes, mártires (s. IV).

2. En Persia, la pasión de San Simeón Bar Sabas († 341), obispo de Seleucia y Ctesifonte *.

3. En la misma Persia, muchos mártires que dieron su vida por Cristo tras el martirio de San Simeón, entre ellos San Ustazades, eunuco de la casa real († 341) *.

4. En Tortona, San Inocencio (s. IV), obispo.

5. En Melitene (Armenia), San Acacio († 435), obispo.

6. En Vienne (Borgoña), San Pantágato († 540), obispo.

7. En la isla de Eigg (Escocia), San Donán, abad, y cincuenta y dos monjes († 617), mártires *.

8. En Córdoba (España), los santos Elías, presbítero, Pablo e Isidoro († 856), monjes, mártires *.

9. En Chaise-Dieu (Francia), San Roberto († 1067), abad **.

10. En el monasterio de Molesmes, San Roberto († 1111), abad, *cuya memoria celebran benedictinos y cistercienses el 26 de enero* *.

11. En Perugia (Umbría), Beato Santiago de Cerqueto († 1367), presbítero, de la Orden de Ermitaños de San Agustín *.

12. En Pisa (Toscana), Beata Clara Gambacorta († 1419), monja dominica *.

13. En Madrid, Beata Mariana (María Ana) de Jesús Navarro († 1624), virgen, terciaria mercedaria **.

14. En Londres (Inglaterra), Beato Enrique Heath († 1643), presbítero, de la Orden de Menores, mártir bajo el reinado de Carlos I *.

15. En Sault (Canadá), Beata Catalina Tekakwitha († 1680), virgen **.

SAN ROBERTO DE CHAISE-DIEU

Abad († 1067)

Entre los siglos XI y XII se da una crisis del monacato que se caracteriza por una doble aspiración: el retorno a la soledad, al eremitismo más o menos integral, y una vuelta a una pobreza exigente y austera, que libre a los monjes, y en particular a los abades, de los negocios mundanos (como viajes, pleitos) y de los problemas de la administración. El movimiento comenzó en Italia con San Romualdo, fundador de la Camáldula, y con San Juan Gualberto, el fundador de Vallombrosa, y se extendió a Francia, donde su primera manifestación parece encontrarse con la fundación de la Chaise-Dieu, Grandmont, la Cartuja, Cîteaux y Fontevrault.

San Roberto de Turlande o más tarde llamado por su fundación «de Chaise-Dieu», está, pues, en los inicios franceses de una vuelta a las raíces del monacato primitivo. Nació hacia 1001 de una noble familia de la Auvernia, siendo sus padres Gerardo de Turlande y Raingarda. Su tío, Rencón, era obispo de Clermont y quizá también estaba emparentado con la familia de San Odilón, abad de Cluny. A los 18 años de edad, con anuencia de sus padres, ingresó en el monasterio de canónigos regulares en el priorato de San Julián de Brioude. En el monasterio reposaba el cuerpo de San Julián, ante el cual se postraban, para pedir su intercesión, multitud de pobres y peregrinos; además los canónigos se convertían en caballeros armados cada vez que era necesario salir al paso de los que invadían sus territorios y bienes. Ocho años más tarde, en 1028, Roberto se convertía en uno más de la comunidad, tras ordenarse como sacerdote. A pesar de su juventud se le dio el cargo de administrar los bienes de la comunidad.

Sin embargo la vida canonical no le acababa de llenar. Con el dinero de su herencia había edificado un hospital para mejor atender a los pobres y peregrinos que acudían a San Julián, pero aun así no estaba satisfecho. Deseaba una vida más interiorizada, más dedicada al silencio y a la oración. Comenzó a pensar si no sería su vocación el hacerse monje de Cluny, entonces tan

floreciente, pero al conocer los hermanos sus propósitos trataron de disuadirle, lo que, al parecer, lograron.

Tras este episodio, cayo postrado en una tan grave enfermedad que le creyeron al borde de la muerte. Pudo al fin recuperarse y Roberto creyó que había sido una señal divina que le impulsaba a una vida nueva. Como acción de gracias de su curación quiso hacer una peregrinación a Roma. Allí pudo postrarse ante la tumba de los apóstoles Pedro y Pablo. A continuación viajó a Montecasino para impregnarse de la tradición monástica, como habían hecho, antes que él, otros reformadores. Se cuenta que en el viaje de regreso se encontró con un caballero militar, Dalmacio, con grandes inquietudes espirituales; Roberto le animó a entregarse a Dios sin reservas en algún lugar oculto, al amparo de la única mirada de Dios. Dalmacio le contestó que estaba dispuesto a hacerlo pero bajo su dirección. Vio Roberto en todo esto una nueva señal de Dios en su vida. Animado, pues, por la fe y sus inquietudes espirituales, a su regreso, habiéndosele unido otro compañero, Esteban, se establecieron en un paraje boscoso y retirado llamado Livradois, no lejos, relativamente, de su antiguo convento de Brioude. Los inicios de este pequeño grupo no estuvieron exentos de dificultades por la novedad de su vida: eremitas austerísimos y pobres durante unos días de la semana y predicadores y animadores de la pastoral cristiana de los pueblos de su alrededor en los días festivos. No cayeron bien al principio, incluso entre los campesinos, muchos de ellos prácticamente paganos, a los que trataban de asistir y ayudar; pero, poco a poco, se los fueron atrayendo con su solicitud y buenos ejemplos. En realidad, inicialmente no trataron de edificar un monasterio al uso, sino que vivían en pequeñas chozas de troncos y ramas y subsistiendo con los frutos del bosque y de las limosnas de los pobres vecinos a los que predicaban con entusiasmo la palabra de Dios. No tardaron en empezar a afluir las vocaciones, incluso de entre los mismos que antes los habían rechazado.

El tío de Roberto, el obispo de Clermont, a cuya diócesis pertenecía el lugar, lo convenció para que las cosas se hicieran regularmente, conforme a las normas eclesiásticas y para que adoptasen la Regla de San Benito. Así pues, en 1050, Roberto

erigió canónicamente el Monasterio que enseguida fue conocido como «Casa de Dios» (Chaise-Dieu) porque en ella eran todos acogidos, especialmente los pobres y desvalidos; el templo que se levantó fue dedicado a San Vital y a San Agrícola. Como era costumbre, el monasterio fue recibiendo pueblos e iglesias a las que tenían que asistir y recibir sus diezmos; pero no se habló de exención, por lo que los nuevos monjes, a diferencia de los de Cluny, estaban sometidos, en todo, al gobierno pastoral del obispo diocesano.

La nueva abadía prosperó rápidamente y en 1052 obtuvo del papa León IX la protección apostólica y la del rey de Francia, Enrique I, pero sin otorgarle la exención episcopal. El aflujo de vocaciones y de bienes materiales impulsó a Roberto a crear, a lo largo de todo el Macizo Central de Francia, una multitud de pequeñas casas, atendidas por dos, tres, y hasta siete monjes que viviendo con fervor la vida, entre cenobítica y ermitaña, atendiesen pastoralmente a los pobres campesinos y pastores de su entorno. También fundó Roberto un monasterio femenino en Comps (Puy-de-Dôme).

Ciertamente las numerosas vocaciones, la multitud de pequeñas casas (unas cincuenta en vida de Roberto), y la afluencia de bienes, a los que hay que defender y administrar, eran un peligro para la primitiva aspiración de austeridad y pobreza, pero Roberto vigiló durante su vida para que no hubiera desviaciones en esta materia, de modo que los monjes vivieran pobremente y los bienes fueran administrados para remedio de los pobres y peregrinos. Al morir Roberto pudo exclamar: «Siempre he querido que el ahorro egoísta y la sórdida avaricia no encuentren entre nosotros ni el más pequeño resquicio». Su congregación se extendió por numerosas regiones y países, llegando hasta España. Uno de los monjes de Chaise-Dieu, San Lesmes (Adelelmo), vino a Castilla como confesor de la Reina y edificó en Burgos el Monasterio de San Juan, siendo, aún hoy, el patrón de la capital burgalesa.

Roberto murió en su monasterio de Chaise-Dieu el 17 de abril de 1067. La noticia de su muerte se difundió tan velozmente, que miles de pobres y peregrinos vinieron al monasterio a venerar sus restos mortales y suplicar su intercesión ante el

Señor. A causa de la ingente muchedumbre de fieles puestos en camino para venerarle, el entierro tuvo que retrasarse hasta el 24 de abril. Su cuerpo, lavado con vino aromatizado e introducido en un saco de piel de ciervo, fue sepultado a la entrada de la iglesia del monasterio donde todos los fieles, a su paso, pudieran postrarse y venerarle. Este culto popular fue sancionado enseguida por el papa Alejandro, que sólo tres años más tarde, en 1070, permitía poder celebrar su fiesta el día de su enterramiento. Una «canonización» más oficial tuvo lugar en 1351 cuando Clemente VI, que había sido monje de Chaise-Dieu, lo inscribió oficialmente en el martirologio (esta vez el 17 de abril), y mandó que su cuerpo se trasladase de la puerta de la iglesia hasta depositarlo bajo el altar mayor de la iglesia abacial.

LUIS M. PÉREZ SUÁREZ, OSB

Bibliografía

CALPENA Y ÁVILA, L., *La luz de la fe,* IV (Madrid 1880) 357-360.
EDELVIVES, *El santo de cada día.* II: *Marzo-Abril* (Zaragoza 1946) 483-491.

BEATA MARIANA (MARÍA ANA) DE JESÚS NAVARRO

Virgen, mercedaria († 1624)

Madrid, que había sido transformada hacía sólo cuatro años de Villa en Corte, fue declarada definitivamente como capital de España por voluntad de Felipe II, lo que lleva consigo ser habitada por la nobleza, la diplomacia, los capitanes de Tercios, los ejércitos, los artistas, pintores, literatos y también por una gran cantidad de pobres y maleantes.

Por aquel entonces vivía en Madrid un hombre sencillo y sin relevancia social alguna. Era uno de tantos empleados del Reino; se llamaba Luis Navarro Ladrón de Guevara, natural de Estella (Navarra). Casó con Juana Romero, natural de Villalpando, en el reino de Aragón, ambos eran «cristianos viejos, limpios de toda mala raza», como afirmó alguien en el interrogatorio del Proceso. Dios los bendijo con seis hijos. Vivían en el n. 4 de la calle Santiago, aunque la inscripción, que data de 1924, se-

ñala, por error, el n. 2. Se la llamaba la *Casa de la hoz* porque esta forma tenía la confluencia de las calles Santiago y Espejo. Aquí nació Mariana, que fue la primogénita, el miércoles 17 de enero de 1565, día de San Mariano. Fue bautizada el domingo siguiente, día 21, en la parroquia de Santiago de los Octoes. Le pusieron por nombre María, aunque siempre la llamaron *Mariana* por el santo del día en que nació. Hizo su primera comunión antes de los 8 años, cosa excepcional entonces, en la parroquia de San Miguel que quedaba cerca de su casa.

Su madre murió cuando ella tenía sólo 9 años y su padre matrimonió en segundas nupcias con M.ª Jerónima de Pinedo antes de cumplirse un año de la muerte de Juana. De este segundo matrimonio nacieron otros cinco hijos. Fueron dos matrimonios de los que más tarde se llamarían «estado llano», es decir, ni nobles ni plebeyos. Su padre fue pelletero, pellejero o peletero de la Corte. Era un miembro más de la Hermandad de Nuestra Señora del Remedio, sita en la iglesia parroquia de San Salvador. Tenía oficiales que trabajaban a sus órdenes.

La madre fue siempre para Mariana guía y confidente; por eso la echó siempre tanto de menos, pues la madrastra, aun siendo buena, no llegó a entenderla ni a comprender su espíritu totalmente, al menos al principio, lo que le causó grandes sufrimientos. En esta casa de la calle Santiago vivieron al menos desde 1564 hasta 1600, fecha en que Felipe III trasladó la Corte a Valladolid y, por tanto, tuvo que irse también Luis Navarro con su familia.

Mariana, al ser la mayor, se hizo cargo desde muy pequeña de sus cinco hermanos. Esto la llevó a ser, desde sus primeros años, muy responsable y a trabajar con sus manos para ayudar así a las grandes necesidades familiares, ya que esta numerosa familia vivía exclusivamente de su trabajo. Ella, además de las faenas ordinarias de la casa, cosía y punteaba sobre el paño brocado y la almohadilla de bolillos. Tuvo una gran intimidad con sus cinco hermanos de los que se preocupó en todo momento y en todos los aspectos de la vida, así como de su formación humana, moral y religiosa, sobre todo de su hermana Luisa, que la seguía; su hermano Pedro ocupará el puesto de su padre en la Corte cuando éste se jubile.

Mariana en su físico no era ni guapa ni fea, era diremos una chica «mona». De estatura más bien pequeña, medía 1,50. Su rostro, sin ser bello, estaba iluminado de gracia, dulzura y encanto femenino, y sobre todo traslucía un alma sencilla y virtuosa. Conocemos su rostro gracias al pintor italiano Vicente Carducci, que pintó varios cuadros de la Beata para diversos lugares de los conventos mercedarios, y después de muerta hizo de su rostro tres mascarillas. Al ser una joven que frecuentaba la Corte vestía bien y con gusto. Como a otras jóvenes le gustaba salir y aparentar. Su padre y madrastra acuerdan casarla, cuando tenía 22 años, con un pretendiente digno de ella.

Pedro de Urbina, que sería «capitán de los Tercios Azules». A este tiempo de su juventud y noviazgo se refieren, sin duda, aquellas palabras suyas: «Como las demás, tuve mis cabezadillas y sueñecillos en orden al adorno y compostura que algunas doncellas acostumbran para parecer bien». Estas relaciones le duraron sólo un año, pues Dios la había elegido para él y pronto se lo hizo ver «oyendo un sermón de un fraile descalzo», dice ella, y de otras mil maneras. La victoria nos la cuenta ella misma diciendo: «Cuando Dios llama de veras, ¿quién podrá resistirle?», y decidida, renuncia a sus joyas, se corta el cabello y decide consagrarse al Señor y después de algunos días de oración y penitencia hizo voto de virginidad en la iglesia de San Miguel.

Su decisión estaba tomada y ya nada la haría cambiar, a pesar de la oposición de su padre y de muchos disgustos familiares. Ella lo expresa así: «Todos se volvieron contra mí, tratándome con aspereza y rigor... echándome a la cocina y mostrando gran sentimiento de que no les hubiera dado ese gusto».

Durante once años no cesó la persecución; fue recluida en un desván, a pan y agua, y tratada con mucha dureza, siendo Dios el único consuelo de su alma. Debido a estos padecimientos quiso recluirse en un claustro, pero encontró todas las puertas cerradas; decidió salirse de casa y buscar en Ocaña un refugio de tranquilidad, pero pronto se arrepintió y se volvió deseando siempre cumplir la voluntad de Dios.

No tardaron su padre y madrastra en cambiar de opinión y le dieron permiso para que saliese y visitase las iglesias cercanas; allí oró y le pidió a Dios que le facilitase el camino. Comulgaba los

jueves y domingos, oraba día y noche, se mortificaba, se imponía duras penitencias: cilicios, disciplinas, ayunos, dormía sobre una tabla o en el suelo; y para agradar al Señor e imitarle, siempre «traía en el pecho una corona de espinas, con tan gran deleite como si trajera un ramillete de flores [...] y también usaba una cuerda a la garganta en recuerdo de la que le pusieron al Señor».

Busca consuelo sólo en Jesús; pasa largas horas ante el Sagrario, ora intensamente, busca agradar a Dios, lee vidas de santos, escoge a Santa Catalina de Siena «por compañera y guía», procurando imitarla «en lo que buenamente podía», aun advirtiendo que eran dos caracteres completamente distintos la hija del peletero madrileño y la del tintorero italiano.

Mariana, consciente de su pequeñez y limitaciones, trata de buscar un timonel que la conduzca a Dios, un director espiritual que la aconseje y le abra horizontes hacia el amor, la gracia y el Infinito. Ya conocía al párroco de San Miguel, con quien también se confesó su madre y ella misma desde su Primera Comunión. Más tarde le acompañará fray Antonio del Espíritu Santo, franciscano descalzo del convento de San Bernardino, durante once años, y fue el que despertó en ella su entrega y consagración a Dios. Pero deseando más unión con Dios y mayor entrega a la oración busca y encuentra a fray Juan Bautista González del Santísimo Sacramento, mercedario descalzo que había llegado a la capilla de los Remedios y es el que va a conducir a Mariana a su definitiva entrega a Dios ya como mercedaria de la Orden Tercera, y va a inculcarle deseos de llegar a ser santa. La dirigirá desde 1598 a 1616 y es ella misma la que dirá que «hizo gran provecho en mi alma en muy breve espacio...».

Durante la estancia de la Corte en Valladolid (1601-1606) fue el dominico fray Antonio de la Puente, del convento de San Pablo, quien la dirigió. Era hombre de gran virtud y celo apostólico, y cuando Mariana regresó a Madrid siguió comunicándose por carta con él. El último confesor que tuvo fue el mercedario fray Juan Maroto de San José, de la iglesia de Santa Bárbara, de Madrid, por encargo del padre Juan Bautista González que era ya muy anciano.

Cuando vuelve la Corte a Madrid, a principio de 1606, Luis Navarro y su familia regresan también. Mariana siente ansias de

soledad, y con el permiso de su padre se retira a vivir a una casita de adobes a las afueras de Madrid, enfrente de la ermita de Santa Bárbara recién inaugurada. Éste va a ser el escenario de tantas maravillas que Dios va a hacer en su vida. Vivirá con ella su criada Catalina de Cristo, en otro departamento, separado del de Mariana por una esterilla. Ésta era una mujer totalmente distinta a ella, áspera y colérica, que la hizo sufrir mucho. Sin embargo, Catalina quería a Mariana, la sirvió desinteresadamente 19 años y fue el instrumento del que Dios se sirvió para purificarla.

Aquí vivió sólo cuatro años; de esta casita fue arrojada violentamente una tarde por la nueva dueña. De aquí pasó a vivir, como una pobre, a un *portalejo* que era donde se guardaban las herramientas de los empleados del convento de Santa Bárbara. Allí, con la ayuda de Dios y las limosnas que sus admiradores le daban, le construyeron una casita, pobre y destartalada, donde vivió con su criada desde 1612 a 1620. Al lado había un jardín con una cruz donde ella oraba con los brazos abiertos para imitar a su Maestro. Cuando de noche oía la campana que llamaba a los frailes a la oración de Maitines, ella se levantaba también, oraba por las necesidades de todos los madrileños, a los que ella tanto quería, oía todas las misas que le era posible, comulgaba y presentaba a Dios las necesidades de todos los hombres. Ayunaba constantemente, casi todos los días vivía sólo a pan y agua, y entre comidas nunca probaba el agua, aunque hiciese un calor sofocante. Dice de ella Catalina de Cristo: «No comía sino al mediodía y a la noche, y eso en tan corta cantidad que parecía imposible pudiera sostenerse».

Vivió su vida desde la espiritualidad mercedaria, los frailes la respetaban y admiraban. Su virtud manifiesta llevó al padre Provincial a concederle vestir el hábito de mercedaria. Ella no se decidía porque se consideraba indigna de este honor, pero por obediencia tomó el hábito blanco de la Merced, el día 4 de abril, como Donada o Terciaria. Era el Jueves Santo de 1613, y el 20 de mayo del año siguiente profesó ante el Maestro General de la Orden padre Felipe Guimerán. Profesará como Mariana de Jesús. ¡De Jesús! Siempre había sido suya, y ahora públicamente, y ante la Iglesia, lo ratificó. El hábito le ayudará y con la

profesión religiosa lo selló ante Dios y ante los hombres. Ella, por humildad, sólo lo vestía en privado, pues era consciente de que no podía ser monja debido a su poca salud. Tuvo en su vida muchas enfermedades; sobre todo a partir de los 33 años vivió casi tullida de pies y manos, con una supuración en el interior del pecho, con el recto caído, una gran carga en las espaldas y un fuerte y continuo dolor de costado, que ella soportó con paciencia y amor confiando siempre en Dios.

A partir de su profesión religiosa ya es sólo para Jesús. Esta entrega la notan los hombres, sobre todo los más pobres en lo humano y a la vez los más necesitados en el espíritu. Se multiplican los sucesos maravillosos que ella siente y que la gente ya propaga. Pasan por su casita muchos para exponerle sus necesidades, dudas e inquietudes; todos reciben de ella ayuda, esperanza y consuelo. Su caridad con todos no tiene medida, no conoce límites, ni distingue a personas: todos son sus hermanos porque todos son hijos de Dios y en todos reconoce al mismo Jesús.

Los PP. Mercedarios concluyeron la iglesia de Santa Bárbara, fue abierta al culto y a ella trasladaron el Santísimo Sacramento, que hasta entonces estaba en la ermita. Mariana de Jesús ha tenido mucho que ver en la terminación de la obra, pues han sido muchos los días que, a pie o subida a un borriquillo, ha ido por las calles y casas de sus amistades adineradas pidiéndoles, mandada por su confesor fray Juan Maroto de San José, un donativo para la terminación de la iglesia, la redención de cautivos y el socorro de los necesitados. Su íntima amiga, Doña Elvira Manrique de Lara, gran protectora de la obra de la iglesia, mandó hacer para sí unos apartamentos con tribunas a la iglesia e independientes del convento; desde allí se podía oír misa y asistir a los divinos oficios. Doña Elvira cedió estas habitaciones a Mariana, que vivió aquí hasta su muerte, siendo la gran adoradora de Jesús Sacramentado y celadora de la Santísima Virgen de la Merced, sus dos grandes amores. Mariana fue una enamorada de la eucaristía; tendrá, desde su atalaya, fervientes y continuos diálogos de amor con Jesús; comulgará con mucha frecuencia; algunos de sus biógrafos la consideran como la «precursora de los Jueves Eucarísticos».

Todo su afán era identificarse con Cristo crucificado. De ahí la perenne corona de espinas en la cabeza y el pecho, la cruz sobre sus espaldas, los cilicios y las duras penitencias, las enfermedades dolorosas soportadas con paciencia, su amor entrañable a la Virgen de la Merced, a la que llamaba siempre «Nuestra Madre»; el amor al prójimo por el que deseaba entregar su vida; consumió sus fuerzas en bien de los más necesitados: presos, enfermos, desconsolados y tristes. Todo el que tenía algún problema o necesidad, bien humana, económica o espiritual, recurría a Mariana que atendía y socorría a todos: redimió miserias, pagó dotes religiosas y casamientos de pobres, unió a matrimonios desavenidos, confortó a los tristes. Y esto desde la reina de España y miembros de la nobleza hasta los más plebeyos: todos acudían a suplicar a sor Mariana de Jesús; y todos regresaban confortados y felices.

No tenía tiempo para sí, todas las horas del día eran para los necesitados y las de la noche para Dios. Complacía a todos: desde los más pobres a las reinas Margarita de Austria e Isabel de Borbón, a las que iba a visitar a palacio, llamada por ellas, y acompañaba a las Descalzas Reales; no se negaba a nada: hacía de madrina de muchos niños, bien porque eran pobres o porque se lo solicitaba la misma nobleza, así sabemos que fue madrina del séptimo Duque de Alba, de un hijo de los marqueses de la Laguna y de otros muchos. Se corrió la voz por Madrid y todos decían: «Vamos a ver a la Santa», otros la llamaban «Peregrina del bien y de la paz», y todos se animaban diciendo: «Vamos a ver a la Santa del convento de Santa Bárbara». Todos la admiraban y veneraban como santa.

Los últimos días de su vida, como si ya presintiese el desenlace final, los pasó Mariana en oración y en constante y profunda adoración a Dios. No se movía de su tribuna y su mirada y su corazón estaban imantados hacia el Santísimo Sacramento. En la iglesia de Santa Bárbara se nota un gran revuelo; acude la gente: el jueves, 11 de abril, ha sentido un fuerte dolor de costado. Era la primera llamada del Esposo. La pleuresía la invade totalmente. El lunes 15, los médicos temieron lo peor. El padre Comendador la confesó, le administró la santa unción de enfermos y el viático; minutos después, y fijos los ojos en un cuadro

que representa a Jesús llagado, expira, con los nombres de Jesús y María en los labios y el crucifijo entre las manos. Son las nueve de la noche del miércoles 17 de abril de 1624. Tenía 59 años.

La noticia de la muerte de Mariana corrió por todo Madrid. De inmediato se llenó la iglesia de gente que quería verla y tocarla. En el presbiterio, sobre un tablado, yace su cuerpo flexible y exhalando una fragancia especial. Su rostro parecía sonreír. El día 19 le dieron sepultura en presencia de todas las autoridades. Todo Madrid quería despedir a su mejor tesoro. El féretro fue depositado debajo del altar mayor de la iglesia de Santa Bárbara.

El día 31 de agosto de 1627, como última diligencia del Proceso, se hizo la inspección del cuerpo, que ya había sido trasladado a una de las capillas, que empezó a llamarse «de la madre Mariana». Examinado por los doctores de la Casa Real, lo hallaron incorrupto. El segundo examen tuvo lugar el 5 de abril de 1731, con el mismo dictamen médico; la tercera y última vez fue el 16 de julio de 1924, al celebrarse el tercer centenario de su muerte. Se abrió la urna y el cuerpo seguía incorrupto y fragante. Era el primer milagro de Mariana de Jesús. El segundo fue la curación de una parálisis con atrofia que sufrió el soldado Pedro Fernández, quien rezando en la capilla donde estaba el sepulcro, el día 1 de junio de 1766, se sintió repentinamente curado.

El 12 de octubre de 1628 la Villa de Madrid se dirigió al papa Urbano VIII, rogándole que se acelerase la beatificación de la «Madre Mariana de Jesús, por ser hija suya y por la ejemplar vida que tuvo»... El 9 de agosto de 1761 el papa Clemente XII declaró que la sierva de Dios Mariana de Jesús había practicado todas las virtudes en grado heroico, noticia que se conoció en Madrid el 2 de septiembre, y llenó a todos sus habitantes de inmensa alegría. En 1838 su cuerpo fue trasladado desde el convento de Santa Bárbara a la iglesia de Madres Mercedarias de Don Juan de Alarcón, de Madrid, donde permanece aún hoy incorrupto. Y finalmente llegó la gran noticia que llenó de gozo a todos los madrileños: el 18 de enero de 1783 fue beatificada en Roma por el papa Pío VI.

Mariana de Jesús dejó escritos: una autobiografía, sentencias espirituales, versos sobre la humildad y algunas cartas, de las

que se conservan seis. La *Autobiografía* la escribió en 1615, en la «Casita» en que vivió, a la vera del convento de Santa Bárbara. Lo hizo por mandato del General, padre Felipe Guimerán. El original no lleva título alguno; parte de ella la escribió su confesor fray Juan Bautista González del Santísimo Sacramento. Mariana la dictó y un amanuense la copió. Son confesiones o cantos a la misericordia de Dios. Se hicieron sólo dos ediciones. Ella llamaba a sus *Poemas* «bocaditos de oro». Las *Sentencias* son poemitas en verso en los que va desgranando su doctrina sobre las virtudes.

Entre Mariana y la gente de Madrid se dio y se sigue dando un recíproco y profundo amor. Ella fue madrileña por los cuatro costados: aquí nació, vivió, fue bautizada, hizo su Primera Comunión, se relacionó con todos, influyó decisivamente en la canonización de San Isidro (1622), hizo milagros y murió; después de muerta, le dejó su cuerpo incorrupto como señal de perdurable amor, y desde el cielo sigue acordándose y protegiéndolos a todos. Y por su parte, Madrid la consideró siempre como algo suyo: sus biógrafos la proclaman como «corona», «azucena» o «estrella» de Madrid, la «embajadora» de Dios para Madrid. Su gente siempre la admiró, le dispensó cariño y agradecimiento, la proclamaba como santa e iban a ella en espera de milagros pues la consideraban como la gran taumaturga de Madrid.

Por acuerdo del Ayuntamiento, en 1636 se colocó la estatua de la Beata en la antigua puerta de Alcalá, a la izquierda de Nuestra Señora de la Merced, que ocupó el nicho central, quedando a la derecha la de San Pedro Nolasco. Esta puerta fue derribada el año 1764. Asimismo el Ayuntamiento colocó en la sala Consistorial y en su capilla la efigie de la Beata Mariana. El biógrafo Presentación, en el año 1673, refiriéndose a la Villa de Madrid, asegura:

> «Hoy están eligiéndola (a la Venerable Mariana) por Patrona, para cuando por la Santa Sede Apostólica sea puesta en el número de las Santas canonizadas en compañía del glorioso san Isidro Labrador [...] Así sabe esta católica República honrar sus beneméritos hijos».

Y en su *Vida manuscrita de Mariana,* antes del año 1657, había dicho:

«Mostrando su gran devoción la admitió (Madrid) por Patrona, en compañía de san Isidro Labrador y mandó poner su retrato en la puerta principal de Alcalá...».

En la actualidad, la ciudad de Madrid tiene dedicadas a la Beata Mariana de Jesús: una de sus plazas, una parroquia, un hospital-asilo, y en varias iglesias de Madrid y capillas de los frailes y madres Mercedarias están dedicados a su memoria: retablos, altares y hermosas imágenes. Y si «amor con amor se paga», el desvelo, la entrega y el servicio amoroso de la Beata Mariana de Jesús a los habitantes de Madrid, éstos se lo pagan con la veneración y el recuerdo agradecido.

PEDRO RIESCO PONTEJO, OP

Bibliografía

Acta sanctorum, t.VIII cols.1.032-1.033.

GOMEZ DOMINGUEZ, E , O. de M., *La Madre Mariana (Aportaciones a la biografía de una madrileña* (Madrid 1965).

PEREIRA, M., *Mariana de Jesús, mercedaria· La taumaturga madrileña, Bta. Mariana de Jesús, mercedaria: notas de su vida* (2.ª ed. de «Madrid guarda un tesoro») (Madrid 1961).

VAZQUEZ, L., O de M., «Beata Mariana de Jesús, Virgen», en J. A. MARTINEZ PUCHE (dir), *Nuevo año cristiano. Marzo* (Madrid 2000) 201-204.

BEATA CATALINA TEKAKWITHA

Virgen († 1680)

El papa Juan Pablo II, en la solemne liturgia de la beatificación —22 de junio de 1980—, la reconoció una «genuina piel roja», presentándola al mundo como

«La primera virgen iroquesa que, en Norteamérica, renovó, en el siglo XVII, los prodigios de santidad de Santa Escolástica, Santa Gertrudis, Santa Catalina de Sena, Santa Ángela de Mérici, Santa Rosa de Lima; precediendo, en el camino del amor, a su gran hermana espiritual Teresa del Niño Jesús».

La admiración, la simpatía y el cariño populares han escrito en un monumental bloque granítico:

«Catalina Tekakwitha. 17 de abril de 1680. La flor más bella que jamás nació entre los indios».

Una grabación más que centenaria justificando el recuerdo de piedra de Aurisville, en la ribera del San Lorenzo, poblada tres siglos y medio atrás por los feroces y belicosos mohawks. Actual demarcación estatal de Nueva York, diócesis de Albany.

Con razón muy orgullosos los descendientes de los hombres y las mujeres de cabeza emplumada y hacha en alto. Y, naturalmente, también legítimamente orgulloso el mundo cristiano.

La realidad biográfica y su ambientación histórica ponen marcha atrás.

A los años 1650 y tantos. Cuando la ambición de riquezas y la fiebre de dominio, despertadas tras las impresionantes hazañas de Cristóbal Colon y Vasco de Gama, habían empujado a los navegantes españoles y portugueses, amparados en su favorable posición y en la estimulada vocación marinera, a la conquista de nuevas tierras.

Cuando, sobre el Atlántico, un furibundo vendaval de intereses políticos empujaba conquistadores y armas, colonizadores y misioneros hacia la apetitosa geografía virgen norteamericana.

Un escenario donde, con armas en la mano, discutirían protagonismo Gran Bretaña y Francia. Implicando en el enfrentamiento sangriento a los respectivos nativos, iroqueses y algonquinos...

Precisamente sangre de los susodichos indios —tribus tradicionalmente irreconciliables— corría por las venas de Tekakwitha, hija del guerrero iroqués y futuro cacique Keñoronkwa y de Kahenta, una agraciada algonquina nacida y bautizada en la aldea canadiense de Trois Rivières. Arrancada de su cabaña en una de las repetidas incursiones enemigas y, contrariamente a los usos ancestrales, honrada con especial consideración. Pero con la imposición marital de educar a los hijos en la religion tradicional, idolátrica y supersticiosa, de la tribu.

Tekakwitha vino al mundo en el antaño país de los mohawks. En el fuerte de Gandaouague, en Ossernenon En la desembocadura del Hudson, junto a Fort Orange que es la actual Aurisville. Supuestamente en el año 1656.

Los temibles mohawks o *pieles rojas* cultivaban maíz, judías y chayoteras en los regadíos del referido Hudson, del Richelieu y

del Mohawk, en cuyos márgenes fluviales compartían largas cabañas, estructuradas sobre gruesos troncos clavados en el suelo, revestidos de ramaje, y abovedadas con cortezas de árbol. Siempre más de una familia; no raramente hasta veinte o treinta. En departamento individual, pero con una fogata para cada cuatro. Sin ventanas, con agujeros también compartidos que daban salida al humo y entrada a la luz.

Verdaderas *casas grandes,* como las llamaban, formando populosas aldeas.

También tallaban madera, coloreaban y adornaban pieles, que convertían en prendas de vestir y calzado, y elaboraban objetos de cerámica y de cestería. Y, por supuesto, guerreaban. La guerra, la caza y la pesca, a cargo de los indios, borrachos, jugadores, fumadores, gandules.

Para ellas quedaban la recogida de frutos del bosque, el cuidado de la cabaña, la atención a la cocina, el acarreo de agua y leña, las tareas agrícolas y las referidas labores artesanales...

Integrantes de la temible federación tribal *Liga Iroquesa* o *Liga de las Cinco Naciones,* indiscutiblemente los mohawks eran campeones en ferocidad y salvajismo. Altotes, ágiles y robustos, arrasaban plantaciones y quemaban cabañas y esclavizaban, torturaban y mataban prisioneros cuya carne, en ocasiones, comían.

La guerra para ellos era poco menos que un deporte. Siempre con el hacha en alto. Contra los colonizadores —franceses, ingleses, holandeses— que les habían invadido, les explotaban y les arrinconaban. O abriendo compuertas al endémico odio tribal a las etnias norteñas, particularmente a los indios hurones y algonquinos. Y progresivamente despectivos, hostiles, torturadores y sangrientos cuando se dio la presencia jesuítica gala, pionera en la evangelización del país.

Nada menos que ocho misioneros martirizados entre 1642 y 1649. Por manos iroquesas. Pero armadas por los colonos extranjeros, recelosos de la actuación y la predicación religiosas, contrarias a las desmesuradas ambiciones coloniales...

Fue el marco histórico y social, la ambientación de la infancia y la juventud de nuestra *piel roja.*

La traducción correcta del autóctono *Tekakwitha* debe leerse *niña que empuja con las manos.* En alusión a la crónica enfermedad

ocular que, en ocasiones, la obligaba a tantear para asegurarse los pasos. Hasta los ocho años fue *Ioragode* o *Brillo de sol*...

Sol apagado por la viruela, de exportación europea, que oscureció sus cuatro hermosas primaveras. Una terrible epidemia que le robó al hermanito de dos años, la dejó huérfana total, desgraciado el rostro y las pupilas marchitas, casi muertas. Una cara hecha un adefesio; fea, terriblemente fea.

Y la apartó de Aurisville. Refugiando su soledad, su desamparo, sus lágrimas el desconsuelo, el dolor en la cabaña del tío paterno Iowerano, jefe de la tribu, que le ofrece la compañía personal, de dos mujeres —hermana y esposa— y de la pequeña Enita, también ahijada. Y, por supuesto, cariño, cuidados, educación, porvenir...

Inicialmente en Gandaouage, que sería arrasado por los franceses y resucitaría sucesivamente en la orilla fluvial y sobre una colina y acabaría llamándose Caughnawaga...

Bendita cabaña.

Precisamente la necesaria penumbra para sus ojos enfermos pondrá a la nena al margen de las fiestas salvajes, de las prácticas idolátricas, del alcohol, del desenfreno, de las orgías, del embrutecimiento... En la soledad mimará su natural sentimiento pudoroso predestinado a la consagración virginal. Y logrará resultados primorosos en la costura de telas y pieles, en el bordado, en el teñido; en la confección de canastas, cuerdas, guantes, brazaletes, cinturones...

El P. Chauchetière resume:

> «Era dulce, paciente, casta, inocente y educada como una señorita francesa».

Y fina, sensible, inteligente, un tanto tímida, hacendosa... Ciertamente un buen partido...

Las tías la llevaban a las fiestas para que tuviera ocasión de relacionarse socialmente. Preciosa ella, destacando tanto por el buen gusto en la elección de las prendas como en la ornamentación complementaria: collar, aros y brazaletes y, particularmente, la vincha perlada que le recogía el pelo en la frente. Todo eran ojos para contemplarla. Pero ella, ajena a la admiración; interiormente al margen del ambiente social que la envolvía. Nada de coqueteos. Ni de intimación con la juventud. Total-

mente desinteresada de los muchachos. Con los consiguientes disgusto y enfado familiares.

> «¡Que estupida! Ella, la hija del cacique, no se atreve a hablar con ningún joven Salta a la vista que no es una mohawk sino una floja algonquina»

Infructuoso el empeño. Inútil también el acostumbrado recurso al arreglo matrimonial entre familias, al margen de los interesados, según costumbre local... Pues ocurrió que los tíos le habían advertido que tendrían invitados distinguidos a la mesa; que preparara un plato para lucirse. Y, sobre todo, que se pusiera guapa... Y fue la escenificación La aparición de un joven, vistosamente emplumada la cabeza, vestido a la usanza nupcial mohawk, acompañado de los familiares y ofreciendo regalos. La sorprendieron...

Tekakwitha no ignoraba el significado del gesto. Si ella se sentaba a su lado y le ofrecía alimento quedaban casados. Pues no. Abandonó, indignada, la cabaña. Huyó a los maizales, de donde no saldría hasta haber desaparecido los huéspedes...

La encerrona resultó mal. Disgustada y ofendida la muchacha. Y seriamente enfadados los padres adoptivos y la tía. No se lo perdonarán. Castigada con constantes burlas, humillaciones, asperezas, presiones, amenazas... que la víctima correspondía, calladamente, con una mayor solicitud en las atenciones laborales y en la afabilidad de trato.

Ellos, mordidos por el afán de casarla. Ella, abrasada por otra fiebre. Por la vehemencia del deseo bautismal...

En septiembre de 1667 aparecieron en el poblado tres hombres vestidos de negro, cubriéndose la cabeza con un sombrero de igual color y con una cruz sobre el pecho. Bien recibidos y bautizados *ropas negras* por la comunidad local. Obligado Iowerano, en calidad de jefe, pese a su odio a los franceses y su aversión a la fe cristiana, a ofrecerles cabaña, cama, cocina, agua, fuego... Puso a Kateri a su servicio.

Una relación fugaz —tres o cuatro días—, suficientes para que los misioneros quedaran prendados de la solicitud, la bondad y la delicadeza de la niña. Para que ella, con once años, resucitara la vaga sombra del rostro, las sonrisas, la ternura y ac-

titudes, gestos y enseñanzas maternos que ahora empieza a comprender. Ahora. .

Cuando muda el aislamiento en la cabaña por la soledad apasionada del bosque, que siempre la cautivará, donde se deshace en ruegos:

> «Oh Dios de mi madre, ayudame a conocerte y a amarte»

Cuando, no contaminada por la corriente de odio ancestral que bulle en la sangre de los suyos, se le va prendiendo en el alma la fraternidad universal La hermosa realidad de que el *piel roja* y el hurón y el algonquino y los franceses y los ingleses y todos los hombres del mundo son hermanos...

> «El buen Dios —repetia— ama a todos y odia la tortura y la matanza de los prisioneros»

La presencia misionera se hizo permanente ocho años después. En la primavera de 1675. Con la llegada del jesuita Santiago Lamberville. Cuya labor catequética conocía pausa en las temporadas de caza, de la siembra y de la recolección. Limitada entonces la evangelización, predominantemente caritativa, a los ancianos y enfermos. Precisamente una herida en el pie de Tekakwitha, con la consiguiente inmovilidad, llevó al extranjero a la cabaña de Iowerano.

Fue el momento para compartir su intimidad. Para participar la evocación de la madre cristiana, los insistentes empujones al matrimonio y el rechazo personal al mismo, las soledades llenas en el bosque, la problemática religiosa familiar...

Protagonizaba diecinueve ilusionados años.. Amaba aquella novedad doctrinal... Jesús de Nazaret y su mensaje de amor a los desgraciados la apasionaban... Deseaba ardientemente abrazar la fe de los europeos...

Total que vinieron doce meses de intenso y exigente catecumenado. De admirable tozudez juvenil frente a la invencible oposición de la familia, que no acudiría a la celebración Sólo ganada condicionalmente —no debía abandonar la aldea— la voluntad de Iowerano.

El bautismo de la iroquesa fue el domingo de Pascua, 18 de abril, de 1676. Cuando la primavera resucitaba sol, luz y color en la ignota aldea de Kahnawake. Todo el mundo endominga-

do. La capilla luciendo sus mejores galas; el presbiterio adornado como en las mayores solemnidades y las paredes tapizadas con pieles de armiño, oso, castor y zorro... Una gran fiesta... Y punto de partida.

Inicio de la radicalidad cristiana, con aspiraciones de heroísmo, de la pagana Tekakwitha, convertida en *Kateri* o Catalina...

Es verdad que más de lo mismo. De la cabaña a la capilla, del trabajo a la oración, de la cocina al campo, de las labores artesanales al acarreo de leña y agua... Pero, siendo la misma, interiormente se sentía otra. Se sentía hija de Dios. Asidua y puntual, mañana y tarde, a la oración y a la instrucción colectivas, a la compañía del sagrario, a respirar los nuevos aires de la fe bajo la dirección del P. Lamberville.

> «Era no una neofita —dejara constancia el jesuita— que tuviera que ser confirmada en la fe, sino un alma colmada con los mas preciosos dones del cielo y a la que era necesario guiar hacia los más sublimes caminos del espíritu»

Feliz la muchacha... Pero tanto gozo pinchó. Y sin tardanza. Que sólo unos meses después los tíos insistieron en la conocida imposición matrimonial. Más la urgencia del retorno de la ahijada y sobrina a los ritos ancestrales iroqueses. ¡Ah, no! Catalina por ahí no pasa.

Justificando que su corazón lo guarda exclusivamente para el Dios que acaba de conocer. Gesto valeroso, de no poco riesgo, en las condiciones sociales de la tribu... Y abandonarle de ninguna de las maneras. Decididamente no dará marcha atrás. Pese a las burlas, los insultos, los hostigamientos y las amenazas.

> —¡Miren a la cristiana!

Coreaban despectivamente los pequeños, arrojándole barro y piedras, descubriéndola camino de la capilla. Peor. Como cuando fue sorprendida, sola en la cabaña, por un joven guerrero —inducido por la propia familia—, blandiendo hacha, que la conminaba:

> —Cristiana, ¡renuncia a tu fe o te mato!

Ella, tras el normal susto inicial:

> —Podras arrebatarme la vida pero no la fe

E inclinó la cabeza, retiró la trenza de los cabellos y ofreció el cuello. La reacción, inesperada, trastornó al muchacho, que puso pies en polvorosa. Y aún más. Acudiendo a la calumnia en lo que más le dolía, acusandola ante el misionero de amores incestuosos entre sobrina y tío...

Catalina socialmente ya no es más que una joven *piel roja* que ha perdido el cariño familiar y los privilegios de casta y despreciada por el mundo colonial. Con veintiún años. Fea, con los ojos casi apagados y sola en el mundo. Así no podían seguir las cosas...

Dios, que no deja la fidelidad en la estacada, le procuró el refugio de San Francisco Javier. Donde apareció, prófuga, en el otoño de 1677, con la recomendación del P. Lamberville al superior de la Misión:

> «Muy pronto podra conocer el tesoro que le damos ¡Cuidenlo, pues, bien! Hago votos de que bajo su guia progrese para gloria de Dios y la salvacion de un alma que le es ciertamente muy querida»

San Francisco Javier —actual Caughnawaga, en el Canadá—, a orillas del San Lorenzo, bautizaba la aldea-refugio de los conversos iroqueses en circunstancias religiosas difíciles. Ampararía, consolaría y salvaguardaría los veintiún años atribulados de la joven india, que compartiría cabaña y vida con su hermana adoptiva Enita y su marido Onas y con la catequista Anastasia, también huidos del fanatismo mohawk... Donde alternará oración y trabajo y acrecentará ansias de perfección.

> «Una de las cualidades mas hermosas de su carácter —testimoniaria el P Cholenec, superior de la Misión— era un deseo insaciable de conocer el bien y un gran ardor de ponerlo en practica»

¡Tan fervorosa. .! En la diaria asistencia a la celebración eucarística y pegada al sagrario siempre que podía. Adornándose el cuello, a manera de collar, con el rosario y desgranando la devoción mariana yendo a y viniendo del campo o entre las ocupaciones domésticas.

A las pocas semanas, en Navidad, se hizo merecedora de la primera comunión. Teniendo en cuenta que era normal un año o más de preparación. ¡Tan edificante en sus frecuentes recepciones eucarísticas...! Pues había rivalidad para arrodillarse junto a ella. Es que enfervorizaba.

«Su sola vista —nueva aportacion del P Cholenec— servia de excelente preparacion para comulgar dignamente »

Todas las circunstancias favorecían la intimidad de Catalina con Dios Incluso lograba convertir la cacería en un momento fuerte de vida espiritual Pese a que eran tres meses de nomadismo selvático, sin asistencia religiosa, ocupadas las mujeres desollando, descuartizando, oreando presas y desgrasando cueros, cociendo grasas, adobando carnes.

Pero ella siempre encontraba ocasión propicia para acudir a la espesura boscosa que, ambientando de oratorio, había adornado con una gran cruz tallada en la corteza de un árbol De rodillas frente a la impresionante sencillez simbólica paladeaba, a menudo, el sabor de la contemplación mística.

Con ocasión de un viaje a Montreal, en el verano de 1678, conocería la labor hospitalaria y docente de las monjas europeas. Regresó decidida·

«Consagrare mi virginidad a Dios como lo hacen las mujeres blancas del hospital»

Pero el P. Cholenec la encauzó hacia la perfección cristiana en el propio ambiente. En la cabaña, en la aldea. Sin necesidad de reglas ni de claustros.

Dócil ella, intensificará su viva y mortificada piedad sacramental y litúrgica, se prodigará caritativamente y formalizará su entrega plena a Dios.

Reventando la contenida ilusión, auténtico estallido primaveral, el 25 de marzo de 1679...

Fue la renuncia formal de la joven mohawk a las intimidades hogareñas, al cariño de un marido, a los gozos profundos de la maternidad, a la seguridad del mañana.

Un gesto valeroso, profético, que la ha tornado pionera entre los indios norteamericanos con voto de virginidad perpetua.

«Despues de este heroico sacrificio —resumira el P Cholenec— Catalina ya no se preocupo mas de las cosas de la tierra Solo vivia para el cielo Y esa tension de unirse cada vez mas profundamente a Dios agotara sus fuerzas»

Ya el dolor en escena. Dolor añadido al voluntario rigor penitencial, frenado por la obediencia. Afanada ella en completar

la Pasión de Cristo andando descalza sobre la nieve, flagelándose la desnuda espalda, revolcándose sobre espinas, marcándose —como declarándose esclava del Señor— a fuego las piernas...

Y sumándose a hirientes incomprensiones, envidias y nuevas calumnias...

La enfermiza *piel roja* cristiana, sensiblemente muy desmejorada en los últimos meses, aún se arrastraba hasta la capilla donde se hacía largamente presente. Y llenaba la cabaña de oración, de fe, de gozo, de estímulos... Protagonista de singulares experiencias místicas, émula de Teresa de Ávila y Juan de la Cruz... Pero, coincidiendo con el inicio de la Semana Santa de 1680, empeoró. Recibió el viático y la extremaunción.

El miércoles, 14 de abril, hacia las tres de la tarde, entró en agonía. Destrozada su juventud por las terribles dentelladas de la enfermedad, murió con la ternura florecida en los labios: «Jesús, te amo». Fueron sus últimas palabras. Su postrer susurro...

Sencilla y humildemente, como holló la tierra natal que les discutió la ambición europea, declarándose enamorada, había alargado los brazos a Dios.

Quedó hermosísima. Sorprendentemente recuperada la lozanía y la belleza facial marchitas por la viruela. Los indios la lloraron. Los misioneros lamentaron la pérdida de la dulce, frágil y fuerte Catalina.

Todo eran elogios a la bondad de la desaparecida *piel roja* cristiana. A su heroísmo. A su fidelidad. A sus virtudes.

Cuajó el fervor popular y los obispos norteamericanos lo llevaron a Roma.

Hasta 1987 no fue la beatificación, escenificada en el imponente marco de la Plaza de San Pedro. Con los conocidos elogios pontificios a «la genuina piel roja [...] primera virgen iroquesa» en los altares.

Fue el reconocimiento canónico de una heroicidad, de una gozosa elegancia creyente y practicante, de unas admirables dulzura y pureza en el marco de una realidad feroz y sanguinaria.

Posteriormente, en el verano de 2002, vendría la inclusión de Catalina Tekakwitha en el estimulante puñado de jóvenes cristianos de primera división propuestos por el Papa, a la asamblearia Jornada Mundial de la Juventud. Enmarcada en To-

ronto, justamente en la geografía donde había florecido *el lirio de los mohawks*...

JACINTO PERAIRE FERRER

Bibliografía

AAS 72 (1980) 597 602
Art en C LEONARDI - A RICCARDI G ZARRI (dirs), *Diccionario de los Santos,* I (Madrid 2000) 469-471
Bibliotheca sanctorum, t XII, p 187-188
CHOLENEC, P , *Vita di Caterina Tekakwitha prima vergine irochese* (Isola del Liri 1928)
LECOMPTE, E , *Caterina Tekakwitha* (Montreal 1930)
MIGLIORANZA, C , *Catalina Tekakwitha, «piel roja» santa* (Buenos Aires 1987)
THEODORET, P , *Kateri vierge iroquoise* (Lyon-Paris 1960)
WYNNE, J , art en *El Siglo de las Misiones* 30 (1943) n 328 p 114 119

C) BIOGRAFIAS BREVES

SAN SIMEÓN BAR SABAS Y LOS MÁRTIRES DE PERSIA

Martires († 341)

Simeón Bar Sabas fue nombrado obispo de Seleucia-Ctesifonte en 324 cuando se depuso al obispo de esta sede, quedó como auxiliar cuando esta deposición fue anulada y finalmente quedó a cargo de esta diócesis. Cuando se renovó la persecución contra la Iglesia por parte del rey Sapor II en 340, las medidas fueron las de acorralar económicamente a los cristianos exigiéndoles tasas tremendas. Simeón alegó la pobreza de sus cristianos y por ello fue arrestado. Llevado ante el rey se negó a adorar al sol y con un ciento de cristianos fue a parar a la cárcel. Entre éstos se hallaban miembros del clero y fieles seglares. Todos ellos el Viernes Santo fueron degollados delante del obispo y finalmente lo fue él mismo. En esa misma persecución murieron por la fe otros muchos mártires, entre ellos Ustazades, eunuco real.

SAN DONÁN, ABAD, Y COMPAÑEROS

Mártires († 617)

Donán fue uno de los compañeros de San Columba en su establecimiento en Iona para evangelizar Escocia. Con 52 compañeros funda más tarde el monasterio de Eigg en las Hébridas. Estaba celebrando la misa de Pascua, cuando el monasterio fue asaltado por unos piratas y todos los monjes asesinados. Era el 17 de abril de 617.

SANTOS ELÍAS Y PABLO E ISIDORO

Mártires († 856)

Narra su martirio San Eulogio de Córdoba. Elías era un anciano sacerdote procedente de Lusitania que vivía en Córdoba. Pablo e Isidoro eran, en cambio, dos jóvenes monjes. Pero los tres se unieron para confesar valientemente la fe ante el juez musulmán. Fueron colgados el 17 de abril de 856.

SAN ROBERTO DE MOLESMES

Abad († 1111)

Uno de los tres fundadores de la Orden del Císter. Su biografía, con la de los otros dos fundadores, ha sido comentada en el día 26 de enero, a donde remitimos (cf. *Año cristiano.* I: *Enero,* 545-558).

BEATO SANTIAGO DE CERQUETO

Presbítero († 1367)

Lo que puede decirse de la vida de este religioso ermitaño de San Agustín es que era natural de Cerqueto en la Umbría y que siendo joven se decidió por la vida religiosa, dando en la Orden de San Agustín alto ejemplo de vida santa, sobresaliendo por su espíritu de oración y teniendo en vida fama de taumatur-

go. Murió en Perugia el 17 de abril de 1367. Su culto fue confirmado el 10 de junio de 1895.

BEATA CLARA GAMBACORTA

Religiosa († 1419)

Era hija de una noble familia de Pisa y hermana del Beato Pedro de Pisa, ermitaño. Se llamaba Teodora o Tora. Contrajo matrimonio con sólo 12 años y al quedar viuda a los 15 decidió hacerse religiosa, a lo que la animó Santa Catalina de Siena. Entró, pese a la oposición de su familia, en el convento dominico de la Santa Cruz, tomando el nombre de Clara. Ella quería que se observara la regla estrictamente y al no lograrlo de sus compañeras, decidió fundar un nuevo monasterio y con un grupo de monjas se trasladó a él en 1382. Vivió en el convento santamente dando ejemplo de regularidad y austeridad. Murió el 17 de abril de 1419.

BEATO ENRIQUE HEATH

Presbítero y mártir († 1643)

Nació en Petersborough, Inglaterra, en 1599 en el seno de una familia protestante. Su conversión al catolicismo tuvo lugar cuando, siendo bibliotecario de su colegio en Cambridge, pudo leer libros referentes a la controversia anglicano-católica y llegó a la convicción de que la verdad estaba de parte del catolicismo. Marchó a Douai y comenzó a prepararse al sacerdocio, y entonces sintió la vocación religiosa y entró en el convento que los franciscanos ingleses tenían en aquella ciudad. Profesó con el nombre de fray Pablo de Santa Magdalena, y se ordenó sacerdote en 1624. Religioso austero, devoto y estudioso, su Orden lo empleó como profesor, como guardián del convento y como provincial de Flandes. Pero en 1641, cuando se produjeron numerosos martirios en Inglaterra, él se sintió llamado a pedir se le enviara a la isla a continuar el trabajo de los mártires. Los superiores se lo pensaron mucho pero finalmente accedieron. Desembarcó en Inglaterra en 1643 disfrazado de marinero, pero su

libertad le duró poco, pues fue localizado y arrestado al poco de llegar. Encarcelado y llevado a juicio, reconoció su condición de sacerdote católico y su propósito de extender el catolicismo por el país, siendo entonces condenado a muerte y ejecutado en Londres el 17 de abril de 1643. Beatificado el 22 de noviembre de 1987

18 de abril

A) MARTIROLOGIO

1 En Melitene (Armenia), los santos Hermogenes y Elpidio, martires (fecha desconocida)
2 En Persia, San Pusicio († 341), martir
3 En Fano del Piceno, San Eusebio († 526), obispo *
4 En Leighlin (Irlanda), San Laseriano o Molasio († 638), abad *
5 En Lobbes (Hainaut), San Ursmaro († 713), obispo y abad *
6 En Constantinopla, Santa Antusa (fines s VIII), virgen *
7 En la isla Egina, Santa Atanasia (s IX), viuda y monja
8 En el mismo sitio, San Juan Isauro († 842), monje, defensor de las sagradas imagenes
9 En Cordoba (España), San Perfecto († 850), presbitero y martir *
10 En Brujas (Flandes), San Idesbaldo († 1167), abad *
11 En Milan (Lombardia), San Galdino († 1176), obispo **
12 En Montereale, Beato Andres († 1479), presbitero, de la Orden de Ermitaños de San Agustin *
13 En Gandia (España), Beato Andres Hibernon († 1602), religioso, de la Orden de Menores **
14 En Pontisara (Francia), Beata Maria de la Encarnacion (Barbara Avrillot) († 1618), viuda, monja carmelita descalza **
15 En Angers (Francia), Beato Jose Moreau († 1794), presbitero y martir *
16 En Siena (Toscana), Beata Sabina Petrilli († 1923), virgen, fundadora de las Hermanas de Santa Catalina de Siena **
17 En Majdanek (Polonia), Beato Roman Archutowski († 1943), presbitero y martir *

SAN GALDINO DE SALA

Cardenal arzobispo († 1176)

En la prestigiosa y larga nómina de arzobispos milaneses, desde su primer titular San Bernabé (a. 52) hasta el, por ahora, actual de la sede, cardenal Dionisio Tettamanzi (a. 2002), San Galdino ocupa el 82.° puesto. Una lista, bien merece la pena recordarlo, abierta con San Bernabé, al que sucede el griego San Anatalón (a. 53), y en la que encontramos nada menos que al gran padre y doctor de la Iglesia San Ambrosio (374-397), quien la lleva casi de apellido: San Ambrosio de Milán, amén de un largo etcétera de personajes a cual más ilustre y, por distintos motivos, digno de referencia, como pueden ser y son, entre otros, San Carlos Borromeo, los beatos cardenales Carlo Ferrari e Ildefonso Schuster, y dos papas de primerísima talla en el pasado siglo XX, cuyos nombres cantan por sí solos, a saber: Ambrosio Damián Achiles Ratti (Pío XI) y Juan Bautista Montini (Pablo VI). Sigue igualmente brillando en dicha lista la púrpura del que no hace mucho se jubilaba, cardenal Carlo María Martini.

Pues bien, el inmediato predecesor de San Galdino fue Huberto de Pirovano (1146-1166), y su inmediato sucesor Algiso de Pirovano (1176-1185). Nuestro personaje, pues, fue arzobispo de Milán entre 1166 y 1176. Galdino deriva del francés Gaudin, sacado a su vez del antiguo alemán Waltan, que significa *dominar,* o *reinar.* Los historiadores menos exigentes colocan sus puntos alfa y omega dentro de un marco que adolece de cierta vaguedad historiográfica: nacido en Milán en los primeros decenios del siglo XII, murió en el año 1176. Los amigos del rigor en esa disciplina que es la historia de la Iglesia, en cambio, arriesgan más: Galdino habría nacido en el año 1100 de una familia noble, la milanesa de los Valvarci o Valvarassi de la Sala y acaso justamente en Zelo Surrigone, adonde fue, seguro, junto con sus padres, a pasar el verano, como los nobles de aquel tiempo solían hacer.

Canciller y archidiácono de Milán bajo los arzobispos Ribaldo (1134) y Huberto (1146) cuando la lucha contra Federico I

Barbarroja, su enfrentamiento político iba a comportar por fuerza también el religioso e institucional, ya que frente al papa Alejandro III, el emperador había nombrado sucesivamente tres antipapas: Víctor IV, Pascual III y Calixto III. Él y Huberto permanecen al lado de Alejandro III, elegido en 1159 por una parte de los cardenales, mientras la otra tiró por el filoalemán Octaviano de Monticelli, que asume el nombre de Víctor IV. Huberto proclama en Milán la excomunión contra Federico I Barbarroja, al que hace responsable del cisma. San Galdino no tiene más alternativa que abandonar en 1161 la ciudad asediada por Barbarroja. Se adhiere a Huberto, pues, en el dramático trance de la oposición entre los municipios italianos y el emperador. Cuando en 1162 Milán sea arrasada por las tropas imperiales, estará ya en el exilio con el arzobispo, lejos de su ciudad (primero en Génova y después en Francia).

En prueba de reconocimiento a las virtudes y dotes de nuestro protagonista, así como de su probada fidelidad a la Santa Sede, Alejandro III lo nombra, en noviembre de 1165, cardenal presbítero del título de Santa Sabina y, a la muerte de Huberto de Pirovano el año 1166 en Benevento, ciudad de la Campania, a 55 kilómetros de Nápoles, le da la sucesión en la cátedra milanesa. Será también el propio Alejandro III quien le confiera la consagración el año 1166. San Galdino, sin embargo, mantiene, junto a la nueva dignidad episcopal, la cardenalicia, con lo que se convierte así en el primer arzobispo de Milán y cardenal de la Iglesia romana, es decir, el primer cardenal-obispo en la historia de la Iglesia.

Librada providencialmente la capital lombarda del opresor Barbarroja gracias a la firmeza y valentía de las ciudades de Bérgamo y Milán y fuera ya de la peste que repentina y, al propio tiempo, con singular dureza había asolado las tropas imperiales en Pavía, San Galdino regresa sin demora a su sede el 5 de septiembre de 1167. Pero debe alcanzar la Lombardía, eso sí, clandestinamente, o sea, travestido de peregrino. Una vez en la ciudad, no encuentra más que ruinas. Pronto comprueba que todo se cifra en abandono, desolación y muerte. Por fin, después de cinco interminables y terribles años, comienza en ese mismo 1167 la reconstrucción de la ciudad. San Galdino es uno de sus

firmes valedores actuando en tan extrañas circunstancias con sagacidad y prudencia, con sabiduría de obispo. Llevado de laudable celo por la salvación de las almas y de rendido acatamiento al supremo pastor de la Iglesia, pone luego manos a la obra como legado pontificio para concertar las paces con las ciudades declaradas partidarias del emperador y del antipapa. Todo su afán va a concentrarse en dirigir los esfuerzos al renacimiento material, espiritual y moral de su bienamada ciudad.

Reorganiza la Iglesia en toda Lombardía, confirmándola en la fidelidad a Alejandro III. Planifica el socorro a los pobres, que se han multiplicado con el correr de aquellos años de prueba y desventuras: los de antigua y reciente miseria, los encarcelados por deudas, aquellos que no osan pedir. Puestas de nuevo en pie las estructuras fundamentales y a raya viejas y nuevas miserias, dice resolutivo, más aún, ordena que los administradores graben en piedra blanca este letrero: «Vosotros estáis aquí sólo para servir a los pobres». Y una biografía que de él corre por ahí nos recuerda este otro pensamiento no menos digno del bronce, de esencias evangélico-patrísticas: «Arrancad el patrimonio de la Iglesia de las fauces de los saqueadores». Con ayuda de mujeres milanesas que donan las pocas joyas salvadas de los saqueos de Barbarroja consigue rematar la restauración de la catedral. Y recomienza desde el principio a enseñar las oraciones, a realzar la liturgia y a pretender el canto digno de Dios y de su pueblo. Así lo declara el *Breviario mediolanense:*

Galdinus fuit Pontifex benignus mitis, humilis,
Hic & virtutum artifex, pius, prudens, affabilis

Fueron fecundos aquellos nueve años levantando la ciudad. San Galdino se mantuvo firme en ese quehacer hasta su muerte, santa y ejemplarmente recibida el 18 de abril (actual día de su fiesta) de 1176, vísperas ya de la batalla de Legnano, mayo del mismo año. Pero es que al propio tiempo que afrontaba la reconstrucción de la ciudad hubo de ocuparse de reconstruir también los edificios de las almas, destruidos o amenazados de ruina por corrosivas herejías en Europa. Luchó, sí, con tenacidad y sin desmayo contra los cátaros. De hecho, la muerte le sorprendió en el púlpito de la iglesia de Santa Tecla durante un

sermón contra esta naciente herejía de los llamados espiritualmente puros. El mismo Alejandro III se encargó de proclamarlo santo. Apoyó la Liga de los Comunes, favoreció la reedificación de Milán y apoyó la fundación de Alessandria sustituyendo los obispos fieles a los antipapas. Enérgico y de gran caridad, organizó la distribución del pan (dicho después a justo título «pan de San Galdino») para los pobres y encarcelados. Su nombre quedó por eso ligado a las antiguas cárceles de Milán. El mismo año de su muerte la Liga lombarda vence la batalla de Legnano. De ahí que, todavía en 1847, su nombre resultase sospechoso al Gobierno austro-húngaro. Y es que sus principales méritos, al fin y al cabo, son no ya únicamente el haberse hecho caridad con los menesterosos, sino, además, aquella cerrada lucha suya en defensa de la integridad de la fe católica junto a una permanente fidelidad al sucesor de Pedro. Sus restos reposan hoy en el Duomo de Milán.

Canonizado por Alejandro III, su fiesta se celebra el 18 de abril. El 8 de octubre de 1649 la noble Lucia Magni, viuda de Alessandro Sala, dispuso que se celebrase cotidianamente una misa por siempre, en el oratorio anejo a su casa de Zelo Surrigone (como resulta de las actas de la curia arzobispal de Milán). Pero su voluntad no fue respetada y, después de varias vicisitudes, el 27 de agosto de 1664 el canónigo Carlos Antonio Sala, hijo y heredero universal de Lucia Magni, obtuvo la institución de la misa en la pequeña iglesia de la familia con el título de los Santos Ambrosio y Galdino.

Cabría, pues, distribuir la obra galdiniana, por mor de simple resumen, en tres claras direcciones. Referida la primera a su política eclesiástica, de absoluto e incondicional apoyo al pontífice legítimo: a ello se dedicó para que las sedes más importantes de su provincia eclesiástica fuesen ocupadas por obispos de incuestionable obediencia romana, removiendo en algunos casos a los obispos cismáticos o filoimperiales (fueron los casos de Como, Novara, Cremona, Lodi, Bérgamo, Mantua, Turín y Pavía), y significativamente favoreció, en 1168, la fundación de la nueva ciudad de Alessandria, así llamada en honor del Papa de su incondicional obediencia, ciudad que en 1176, año de la muerte de San Galdino, se convertirá en sede episcopal sufragá-

nea de Milán. Fue también muy activo en la vida institucional de su iglesia metropolitana, con diferentes intervenciones a ella dirigidas, colocando en puestos delicados a eclesiásticos que tuviesen una correcta orientación político-religiosa.

Una segunda dirección del quehacer pastoral de este santo arzobispo milanés fue asistir y socorrer a los pobres —¡y eran tantos!— con limosnas y obras de caridad, sobre todo en un momento particular de crisis como el de los años inmediatamente posteriores a la destrucción de Milán: de modo que, una vez reconstruidos la catedral y el palacio episcopal, pensó también en la renovación y en hacer más eficaces los estatutos del hospital de Brolo, entonces el más importante de la ciudad. Prometió de igual modo asistir material y espiritualmente a los detenidos en prisión. Organizó, en fin, para los pobres y encarcelados la distribución del pan. De ahí que todavía en el siglo XVIII se le siguiese llamando, insisto, el «pan de San Galdino».

Por último, destaca en tercer lugar la cuestión doctrinal, donde merece no menor aplauso y alabanzas. Porque tampoco aquí, en efecto, descuidó luchar con todas sus fuerzas contra la herejía cátara que tanto terreno iba ganando entonces en Europa debido sobre todo, ya a la falta de adecuadas iniciativas pastorales, ya a la poca preparación del clero. El monje Hilarión, su biógrafo y contemporáneo, presenta como signo altamente elocuente el hecho de que muriese en el púlpito de la catedral, justo después de una brillante homilía contra los cátaros. Ocurrió el inesperado tránsito a la casa del Padre el ya referido 18 de abril de 1176, diez años exactos después de su ordenación episcopal recibida en Roma de manos del papa Alejandro III.

Si el bajo clero de origen popular receló al principio de San Galdino, cayó más tarde en la cuenta de su errada conducta al comprender que todo ello se basaba en cosas que habían sido de poco momento y fáciles de explicar, aunque puede que no menos difíciles de comprender. Aquella fría devoción de primera hora seguramente obedeció a iniciativas del prelado en política eclesiástica, claramente favorables a la nobleza, de la que provenía.

Una prueba: en septiembre de 1847, todavía Milán bajo el dominio de los Habsburgo, hace su entrada solemne el nuevo

arzobispo Bartolomé Romilli, que resulta muy agasajado por tratarse de un italiano. Su predecesor, en cambio, austriaco de origen, no había tenido tanta suerte. Se levantan en su honor tres arcos de triunfo, dedicados respectivamente a San Ambrosio, San Carlos y San Galdino: pero la escritura en honor de este último desapareció por orden del Gobierno, ya que resultaba demasiado insinuante y alusiva. Se quiera o no, Galdino es, en efecto, una figura arzobispal de primera magnitud, pero estrechamente ligada a las luchas de Milán y otras ciudades lombardas contra Federico I Barbarroja.

Pese a lo cual, muy pronto se convirtió en santo y seña para lombardos en general y milaneses en particular, que acertaron a ver en su antiguo cardenal arzobispo al artífice de la reconstrucción y del embellecimiento de la ciudad a raíz de haber quedado ésta reducida a escombros en 1162. De ahí que por mucho tiempo fuese considerado copatrón de la misma, detrás de San Ambrosio, hasta que la figura señera de San Carlos Borromeo, que venía pisando fuerte, terminó por imponerse a causa de la no menos excepcional obra por éste realizada, pasando a ocupar así su puesto. La devoción a San Galdino fue desde entonces atenuándose poco a poco. La liturgia ambrosiana, no obstante, sigue haciendo todos los años memoria suya el 18 de abril, fecha del actual *Martyrologium romanum.* Después de todo, su nombre figura al frente de numerosísimas instituciones de Milán y de la entera Lombardía y todavía hoy es, con seguridad, una de las estrellas más luminosas del santoral italiano.

PEDRO LANGA, OSA

Bibliografía

Acta sanctorum, t.XVII, p.2, t.X, p.593.

Bibliotheca sanctorum, t.V, cols.1.359-1.360.

ALBERZONI, M. P., «San Galdino, vescovo († 1176)», en C. PASINI (dir), *Dizionario dei santi della Chiesa di Milano* (Milán 1995) 39-41.

AS *Aprilis* II (Venecia 1738) 594-596.

BHL 3232 y *Novum Suppl.*

DANIELE, I., «Galdino, santo», en *Enciclopedia cattolica,* V (Ciudad del Vaticano 1950) col.1.864.

«Galdino (San)», en: *Enciclopedia Universal Ilustrada europeo-americana,* XXV (Madrid-Barcelona 1924) 443

Martyrologium romanum, o.c., 229, n.11; 698.

NAVONI, M , «Galdino de la Sala», en C. LEONARDI - A RICCARDI - G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los Santos,* I (Madrid 2000) 901-903
SAVIO, F., *Gli antichi vescovi d'Italia. La Lombardia,* I· *Milano* (Florencia 1913) 523-535 e índice.
SCHUSTER, A. I., «Il decennio episcopale di san Galdino»: *Rivista diocesana milanese* 29 (1939) 235-238

BEATA MARÍA DE LA ENCARNACIÓN (BÁRBARA AVRILLOT)

Viuda y religiosa († 1618)

Es la Beata María de la Encarnación un alma de Dios, verdaderamente atrayente, que supo buscarse los caminos de la santidad tanto en la vida del mundo como en el silencio y recogimiento del claustro.

Nace en París, año de 1565, de nobles y piadosos padres, Nicolás Avrillot, señor de Champlastreus, y María l'Huillier, recibiendo en el bautismo el nombre de Bárbara. Hija de la esperanza y de la oración, cuando sus padres estaban ya sin hijos, es consagrada desde niña a Nuestra Señora, prometen vestirla de blanco hasta la edad de siete años y la ofrecen como voto de acción de gracias en una iglesia dedicada a la Santísima Virgen.

Educada en este ambiente de piedad, Bárbara crece en amor y devoción, y a los doce años entra de pupila en el monasterio de Santa Clara de Longchamps, donde recibe por primera vez al Señor, empezando a mirar ya desde pequeña con desprecio las cosas del mundo. El Señor, sin embargo, quería hacer de ella la mujer fuerte, santa en medio de su sencillez de mujer, de madre y de esposa.

A los catorce años sale del monasterio y, a instancias de sus padres, pronto empieza a seguir la vida de sociedad, mezclada entre las jóvenes de su tiempo. Serena, con una piedad honda y reposada, pasa por la vida como quien se ha entregado por entero a Dios. No le preocupan las diversiones ni los consuelos humanos. Su madre, preocupada por lo que ella creía desviación de una piedad exagerada, trata al principio de convencerla con suaves razones para que alterne y se divierta como las otras, pero choca con la decisión inquebrantable de su hija. Enseguida usa con ella de una guerra fría, en la que tanto había de padecer

el alma sensible y delicada de Bárbara. Todo lo sufre ella por amor y, a pesar de las privaciones injustificadas que su madre le impone, sigue manifestándole siempre un profundo respeto y obediencia.

Cuando llega el tiempo de tomar estado, Bárbara escoge decididamente el camino del claustro, pero sus padres se muestran en todo punto intransigentes, ya que no se resignan a perder, así de joven, a su hija. Para desviarla de su vocación le proponen un ventajoso partido, y a base de argucias y de amenazas logran que, al fin, consienta nuestra Beata en casarse con el contador Acaria, señor de Montbrand y de Rucenay, caballero, por su parte, de buenas prendas personales, noble y cristiano.

Pero el Señor no se había olvidado de su sierva, y en la compañía de su esposo sigue Bárbara su vida de casada con la misma devoción y piedad de antes. Su hogar vive de Dios, y es ella la primera en dar ejemplo de sencillez y de caridad para con todos, y especialmente con la servidumbre. Había entre ella, precisamente, una criada que había recibido Bárbara a su salida del convento, Andrea Levoiz, un alma toda piedad y dada por completo al servicio divino. Las dos se ayudan mutuamente, hacen juntas sus devociones, se llevan cuenta de sus faltas y se animan para más adelantar en la perfección. Ante Andrea cae postrada nuestra Beata el mismo día de su boda, pidiéndole perdón entre amargas lágrimas por todas las ofensas que contra ella pudiera haber cometido. La sirvienta, considerándola ya señora de casa, no quiere oírla y solamente cede cuando la misma Bárbara reiteradamente se lo suplica.

Ambas se dedican a la educación cristiana de los hijos que Dios había concedido al matrimonio. Seis fueron éstos, que son consagrados al Señor desde su nacimiento, y de ellos las tres hijas se habían de dedicar a él enteramente, como su madre, en la nueva Orden de las Carmelitas Descalzas.

Por este tiempo se iba a operar una nueva transformación en el alma de la joven esposa, que de ahora en adelante no vivirá sino solamente para la gloria de Dios y para el silencio recogido de la oración. Dios la quiso probar como a su madre Santa Teresa, y para ello utiliza los malos servicios de una amiga vana y casquivana, que poco a poco se fue introduciendo en la vida

de Bárbara. A más de sus conversaciones ligeras, aquélla la va iniciando en lecturas más o menos profanas, que llegaron a turbar un tanto el alma serena de nuestra Beata, y hasta a dejarla en ocasiones fría e indiferente en sus prácticas de piedad. Su mismo esposo se da cuenta y quiere sustraerla del peligro, dándole libros más acomodados y haciéndole ver el peligro a que tales amistades la iban llevando. Bárbara entra en razón y, al fin, un día encuentra una de esas luces que a veces manda Dios a sus siervos y que sirven de base para un cambio total en la vida. Fueron aquellas palabras de San Agustín, que en cierta ocasión vinieron a caer, casi al azar, ante sus ojos: «Muy codicioso es el corazón que no se contenta con Dios». Bárbara piensa, se recrimina a sí misma, llora lo que de desviación pudo haber en su conducta con el Señor, y se entrega ya desde ahora por entero.

Eran los días en que por Francia, y sobre todo en París, iba haciéndose tema de admiración y de gran simpatía la reforma carmelitana que había extendido Santa Teresa por España, y los escritos de la Santa eran lectura escogida de almas selectas y apostólicas. En París, en concreto, el celo de don Juan de Quintanadueñas y de otros varones devotos hace que estos escritos se vayan extendiendo cada vez más. Entre los que más entusiasmados están con la idea se cuentan el prior de la Cartuja, el señor De Brétigny, Gallemant, el apostólico Bérulle, Duval y, unida al grupo y casi animadora de él, la esposa del contador Acaria, Bárbara de Avrillot. Al principio, a ésta no le acaban de convencer los escritos de la Santa, pero Dios la había ya escogido de antemano para su obra. Para ello, en 1601, tiene una aparición de Santa Teresa, donde le da a conocer el espíritu de su reforma y la anima para que trabaje y para que, por medio de ella, se pueda introducir en Francia. Bárbara da enseguida cuenta del suceso a su confesor, el mismo prior de la Cartuja, a quien le parece ser todo verdadero. Con esta ocasión todo el grupo se reúne varias veces en la Cartuja, con el propósito de poner en ejecución la voz del cielo, que hablaba por aquella alma santa.

Bárbara desde este momento ha entrado a formar parte, y a veces como directora, de un gran movimiento apostólico, que ha de cristalizar al fin con la introducción de la reforma carme-

litana en varios lugares de Francia, hasta que ella misma, como corona de todos sus sacrificios, se consagre a Dios con las primeras carmelitas reformadas francesas. La obra, sin embargo, no se presenta tan fácil, y la sierva de Dios ha de sufrir tanto de unos como de otros, empezando por su mismo esposo, a quien no le agrada que Bárbara se dé tan de lleno al apostolado y a la virtud. Ella hace todo lo posible por atraérsele, usando siempre con él de sumisión y de obediencia rendida. Cuéntase que una vez, estando ya a punto de comulgar, dijéronla que la avisaba su esposo, y entonces, dejando la comunión, salió corriendo para atender a su llamada y obedecerle. Cuando le ve encarcelado en las guerras calvinistas, Bárbara no se separa de él y comparte sus penalidades, hasta que, por fin, logra que le pongan en libertad. Su esposo muere pronto, y desde entonces nada impedirá a nuestra Beata dedicarse a la primera ilusión que tuvo cuando joven.

Mientras la idea de la reforma va cobrando de vez en vez más entusiasmo, madame de Acaria, Quintanadueñas y Brétigny hacen propaganda y obtienen del papa Clemente VIII las bulas necesarias para las nuevas fundaciones Los primeros intentos se frustran, pero una nueva revelación de Santa Teresa a nuestra Beata en 1602, y la ayuda que les prestan personajes notables, dan un nuevo impulso a la idea. Entre otros interviene con gran eficacia el mismo San Francisco de Sales. Todos piden al padre general de España que les vaya preparando un número escogido de carmelitas reformadas para que estén dispuestas a pasar a Francia. Una comisión, con Bérulle a la cabeza, se decide a venir a Salamanca y al fin se decide que un grupo de monjas, entre ellas las Beatas Ana de Jesús y Ana de San Bartolomé, se preparen para el viaje de fundación En 1604 entraban en París y el mismo día fueron a San Dionisio, donde les estaban esperando, a la entrada del puente de Nuestra Señora, las carrozas de la duquesa de Longueville, de su hermana la princesa de Estatuteville, de madame Acarie con sus tres hijas y de otras señoras. De esta manera, con sencillez y piedad carmelitanas, entran todas en el primer convento de monjas carmelitas reformadas de Francia, Nuestra Señora de los Campos, cantando con emoción inolvidable el salmo *Laudate Dominum omnes gentes.*

Dado el primer paso, nuestra Beata se dispone a fomentar las fundaciones en diversas ciudades como en Pontoise en 1605 y en Tours en 1608, ayudándose a veces de sus parientes y preparando ella misma las novicias que habían de poblar aquellos «palomarcitos». La primera, en la diócesis de Versalles, iba a ser su preferida, santuario venerado, por otra parte, de la Orden de Francia, que iba a recoger el último suspiro de Bárbara, convertida ya en carmelita, y donde se conservan todavía sus venerados restos y los recuerdos de sus mortificaciones y penitencias. A esta fundación se entregó con todas sus energías, ayudada de sus hijas, y no descansó hasta que quedó inaugurada ante la presencia de la Beata Ana de Jesús, siendo la primera priora la otra Beata y apóstol del Carmelo, la madre Ana de San Bartolome.

En estas andanzas apostólicas estaba la viuda de Acaria cuando vio con toda claridad que también el Señor le pedía a ella que diera el último paso hacia una consagración definitiva y total en la Orden del Carmelo, que tanto la entusiasmara. Para ello pide consejo, arregla el futuro de sus hijos y, habiendo hecho un largo retiro espiritual en el monasterio de Nuestra Señora de los Campos, pide con toda humildad le sea concedida la gracia de poder vestir el hábito de profesa. Entonces recuerda que, estando en la iglesia de San Nicolás, en la Lorena, había tenido una visión de Santa Teresa, donde le indicaba que con el tiempo también ella habría de entrar en uno de sus conventos, aunque fuera de humilde lega. Y así fue, siendo al fin recibida en el convento de Amiéns, para lo que deja París en Miércoles de Ceniza del año 1614 Dispensada del tiempo del postulantado, el 7 de abril del mismo año viste el hábito de profesa, escogiendo como nombre el de María de la Encarnación. Desde ahora toda su ilusión ha de ser el pasar escondida y en silencio, guardando con toda puntualidad y obediencia las reglas. Dios, como ya lo hiciera otras veces en el siglo, la había de regalar con todas las dulzuras de la vida espiritual y pronto sus hermanas serían testigos de los éxtasis a que el Señor la elevaba, significando con ello la vida de amor y de entrega en que vivía su sierva Para las monjitas, María de la Encarnación es como una niña llena de sencillez y de candor, con la alegría de las almas que pa-

rece que ya no viven en el mundo y que esperan únicamente el encuentro definitivo con el Señor.

Pronto habían de realizarse sus deseos, pero no sin pasar antes por la prueba del dolor. Cuando llegaba el tiempo de su profesión cae enferma, y a tanto llega su gravedad, que la han de administrar los últimos sacramentos, quedando después sumida en un profundo éxtasis. Al recobrar los sentidos, las hermanas que la rodean escuchan de sus labios cosas maravillosas que les decía de Dios, de la Virgen y de Santa Teresa, y al fin les ruega que recen por la Iglesia católica. Sin desaparecer la gravedad, llega el 8 de abril de 1615, en que le tocaba hacer la profesión, y, no queriendo retrasarla, enferma como estaba, se hace llevar en una camilla a un oratorio, que estaba enfrente del altar mayor, donde, con la solemnidad acostumbrada en la Orden, hace ante todas su profesión religiosa.

Acabado el acto, se pasa todo el día cantando las alabanzas del Señor y repitiendo como fuera de sí aquel versículo: *Misericordias Domini in aeternum cantabo.* Reclama de todas su ayuda para que, juntas, den gracias a Dios por el beneficio que con ella había usado, mientras les repite toda sumida en emoción y lágrimas: «¡Oh mi Dios, qué gracia me habéis hecho, qué misericordia!». Su hija mayor, sor María de Jesús, no se apartaba del lecho de su madre, pero cuando ésta la veía llorar le decía como reconviniéndola: «¿Y tú lloras? ¿Éste es el amor que me tienes? ¿Sientes que yo pueda tener mi bien, mi único bien?». Su lecho de dolor se convierte en maravillosa cátedra, donde a todas se les habla de obediencia, de la vanidad de las cosas de la tierra, de la alegría de vivir con Dios, del cielo.

Pasada la primera prueba, y ya convalecida, es llevada a su querido convento de Pontoise, donde al año siguiente enferma de nuevo y donde se prepara, en medio de sufrimientos, al encuentro con el Esposo. La madre priora le pregunta en una ocasión si había tenido alguna revelación de cuándo y cómo moriría.

> «No, madre mia —le responde la Beata—, yo no deseo tener revelaciones Ruego a Dios que no me las conceda ni me haga saber el tiempo y la hora de mi muerte, solo deseo que me asista en aquel momento con su gracia y su misericordia»

Pronto empeora y le dan de nuevo el Viático. Como vieran inminente su muerte, le preguntan las hermanas que qué gracia iba a pedir en el cielo por ellas. «Suplicaré a Dios —les decía— que las intenciones de Jesucristo tengan en todas un pleno cumplimiento». Como se acercara ya el momento, la priora le ruega que bendiga a todas, y ella lo hace, habiéndoles pedido primero perdón de sus faltas y de sus malos ejemplos. Era el Jueves Santo cuando recibe otra vez al Señor y, al preguntarle que si muere con gusto, les responde con toda sencillez: «Hermanas, no quiero vivir ni morir: sólo quiero lo que quiera Dios, y nada más».

En esta alternativa vivió todavía hasta el miércoles de Pascua, cuando, después de un éxtasis prolongado, y en el momento mismo en que estaba recibiendo el sacramento de la extremaunción, entrega su alma sencilla y delicada al Señor. Minutos antes le había preguntado la priora qué había pensado durante el tiempo en que había estado en éxtasis. «En Dios, madre mía», le respondió.

Y éstas fueron sus últimas palabras. Era el 18 de abril del año 1618.

Pronto la fama de su santidad se extendió entre los fieles, y sus restos fueron cuidadosamente conservados en su querido convento de Pontoise. María de la Encarnación formaba el trío, con Ana de Jesús y Ana de San Bartolomé, de las grandes monjas carmelitas que implantaron la reforma en Francia. La memoria de su vida había quedado impresa en sus hermanas de hábito y pronto empezaron a menudear los milagros. El más célebre, y que sirvió de base para la causa de la beatificación, fue el operado en 1783 en la joven Felipa, que ante tal prodigio entra muy pronto en el convento de carmelitas de Compiègne, donde había de pasar los horrores de la Revolución Francesa, y, siendo testigo del martirio de sus hermanas, iba a convertirse más tarde en cronista de aquellas heroínas del Señor.

Durante la misma Revolución, y como premio a tantas virtudes, era solemnemente beatificada por el papa Pío VI, el 24 de mayo de 1791, la sencilla y delicada madame Acarie, que quiso llevar como religiosa el nombre de María de la Encarnación.

FRANCISCO MARTÍN HERNÁNDEZ

Bibliografía

BROGLIE, E. DE, *La bienheureuse Marie de l'Incarnation, Madame Acarie (1566-1618)* (Les Saints, 36; París 1903).

BRUNO DE JESUS-MARIE, OCD, *La Belle Acarie, bienheureuse Marie de l'Incarnation* (París 1942).

SHEPPARD, L. C., *Barbe Acarie, wife and mystic: a biography* (Londres 1953).

SILVERIO DE SANTA TERESA, OCD, *Historia del Carmen Descalzo en España, Portugal y América.* VIII: *1600-1618* (Burgos 1937).

TERESA DE JESUS, SANTA, *Flores del Carmelo* (Madrid 1948).

BEATO ANDRÉS HIBERNÓN

Religioso († 1602)

He aquí una vida llamativa, fuerte, descarnada, audaz. Uno no sabe qué adjetivo poner a este hombre.

Andrés nació en Murcia de casualidad. Sus padres vivían en Alcantarilla (Murcia) y un buen día en que la madre estaba de muy buen ver, se les ocurre ir a visitar a un pariente suyo que vivía en Murcia; con tan buena fortuna que se puso a dar a luz y nació Andresito. Reinaba en España el emperador Carlos V. Y era papa Clemente VII.

El padre se llamaba Ginés y era de Cartagena. La madre, María Real, oriunda de Cuenca. Cómo sería la madre, que la llamaban «La Buena».

La situación económica de aquellos años estaba basada en la agricultura. La familia se desenvolvía bastante bien, pero con aquella economía tan expuesta al viento, resultó que vinieron unos años secos, de vacas flacas, y se quedaron sin un remedio para mandar al hijo a estudiar. Se le veía al chaval despierto; los padres no querían desaprovechar el talento del hijo y decidieron mandarlo a Valencia, a casa de un tío llamado Pedro Ximeno, el cual le encargó que cuidara el ganado.

Uno puede ganarse la vida de cualquier manera si es muy trabajador. Y ése era el caso de Andresito. A base de mucho esfuerzo, de poco comer y mucho ahorrar, pudo juntar unas perrillas. Tenía la ilusión de regalarle una dote a su hermana. Y efectivamente, cuando tenía todo preparado, con ochenta ducados de plata, salió de su casa en Valencia y comenzó el camino de Alcantarilla, donde vivían sus padres.

Pero ¡oh fortuna desgraciada!, que siempre toca la desdicha a los más pobres. Le salieron al camino unos sinvergüenzas y le quitaron todo el dinero que llevaba encima. Al perro flaco ya sabemos lo que le ocurre siempre: lo de las pulgas.

Llegó a su casa, contó lo que le había ocurrido y los padres le recibieron con los brazos abiertos. En realidad había salido de casa por pura necesidad, pero en este momento le querían consigo para siempre. Era una familia maravillosa en el arte de quererse.

Pero el bueno de Andrés tenía ganas de hacer algo grande en la vida. Los jóvenes de corazón generoso siempre quieren hacer algo más; todos queremos más. Y empezó a madurar en su cabeza la idea de meterse hermano franciscano. Y así lo hizo. Entró en el convento de Albacete el día 31 de octubre de 1556. Tenía 22 años. Este año murió el emperador Carlos V, hecho un santo, en medio de meditaciones y clausuras. Llevaba 40 años en el trono.

Así, Andrés estuvo durante siete años, dando ejemplo de trabajo y de oración, de entrega y de buen sentido, de amor y de servicio. Una joya. Todos estaban contentos menos él. Porque sentía ganas de entrar en una Orden más austera. Y así logró trasladarse a la reforma de San Pedro de Alcántara. De esta forma, el año 1563 entra en el convento de los reformados de Elche.

Pobreza extrema, trabajos duros, salir a pedir como un mendigo, penitencias terribles. Con todas estas actitudes se hizo famoso y adquirió fama de santo. Pero no sólo le aclamaban como tal las gentes sencillas; el mismo San Pascual Bailón y San Juan de Rivera, arzobispo de Valencia, le miraban asombrados por las cosas que hacía el buenísimo Andrés.

En realidad llevaba a cabo dos obras específicas: la atención a los enfermos y la conversión de los moros. En estos dos menesteres entretenía sus días, sin tiempo para sí y entregándolo todo a los más débiles.

Cuando Andrés se ponía a rezar, impresionaba con su postura a todos los presentes. Era como si tuviera delante a Dios y lo estuviera viendo con sus ojos. Se ponía siempre de rodillas aunque estuviera roto de cansancio, y sus meditaciones siempre estaban en torno a la vida, pasión y muerte de Jesús.

Tuvo muchos oficios; por tanto, pobre seguro. En el convento de San José de Elche fue refitolero, portero y limosnero; salía al monte a recoger sarmientos, hacía sandalias, lavaba los hábitos de los monjes, remendaba los rotos, cosía ropas nuevas, barría, limpiaba y hacía carbón. Servía a los enfermos y ejercía de peón en las obras del convento. O sea, lo que se dice «un manitas». Suplía las faltas de todos, lo mismo trabajaba en la sacristía que en la cocina, asistía en la portería a los pobres y consolaba a los tristes; cultivaba la tierra y guisaba para los huéspedes.

Además de ser tan trabajador, ahorraba mucho para el convento, pues apenas comía. Veamos lo que decían sus contemporáneos:

> «Usaba tal templanza en la comida, que podia llamarse ésta un ayuno perpetuo, las mas de las veces se contentaba con sólo pan del mas duro, comun y negro y con agua natural que bebia escasa y medidamente Aun cuando viejo y cansado de las fatigas, jamas gusto cosa alguna que le sirviera de cena por la noche, ni fuera de la mesa comun tomo el menor bocado
>
> Era muy parco en el sueño Emulaba a su reformador Pedro de Alcantara, dormia muy pocas horas Con su templanza escondia su talento y doctrina infusa, posponiendo su opinion a la ajena y cediendo siempre a cualquier contradiccion»

Todos sabemos que San Pascual Bailón era un enamorado de la Eucaristía. Es patrono de la Adoración Nocturna. Pues bien: a Andrés le tocó vivir con Pascual en el mismo convento. Habría que ver qué afán de superación creaba en los dos el espectáculo del otro.

Cuando Andrés estaba en la iglesia delante del Santísimo, parecía que se le escapaban los ojos de su rostro; tenía una cara de enamorado que no se podía aguantar, dejaba ver hacia fuera todo el amor que llevaba por dentro.

Hemos conocido personas que, en la iglesia, tienen una actitud especial. Parece que, como el Cura de Ars, están viendo al Señor Sacramentado. Ése era el caso de Andrés Hibernón. Pascual Bailón le miraba siempre con ojos de asombro y admiración. Dos enamorados de la Eucaristía en el mismo convento, una suerte para los demás.

Y los éxtasis. Consisten en que el cuerpo parece escaparse de su piel para vivir en otro sitio, con otra persona, fuera del lu-

gar. Se dice que Santa Teresa gozaba de este don en cualquier momento. Pues a Andrés le ocurría algo parecido. Es como si ya estuviera viviendo en el cielo.

La puerta de su casa se llenaba de pobres, porque sabían que Andrés no les iba a dejar con el hambre en la boca. Y donde están los pobres, allí está el dedo de Dios. Decían que era un santo, y lo era de verdad.

Luego se empezaron a contar historias maravillosas. Se decía que Andrés hacía milagros; se comentaba que estaba en dos sitios al mismo tiempo, que profetizaba acontecimientos que luego sucedían con toda seguridad; y decían también que tenía poder de curar a los enfermos.

Murió porque tenía que morir. No se iba a quedar aquí para siempre. Murió porque su sitio ya lo tenía preparado hacía tiempo. Se dice que predijo su muerte cuatro años antes; el día y la hora en que iba a morir. O sea que, en esas condiciones, estaba preparadísimo para irse derecho al cielo con botas y todo.

> «El día antes de su enfermedad, se puso con la mayor diligencia a barrer y limpiar su celda, el dormitorio y la escalera del convento que bajaba a la iglesia, adornándola del mejor modo que pudo, como quien sabía ciertamente que al día siguiente se le había de administrar el Viático. Al otro día de estas diligencias, asaltado de un cruel dolor de costado, con una calentura aguda y maligna, le llevaron el santo Viático, que recibió con el mayor fervor de su vida, deshaciéndose en lágrimas de amor y ternura. Acometiéndole, finalmente, otro más grande dolor de estómago y de pasmo que lo postró y dejó sin movimiento. Llegada la noche, tomó el crucifijo, lo besó y entregó su alma a su Señor. Era el miércoles 17 de abril de 1602, una hora después de la media noche».

Después fue un jubileo. Tuvieron que bajar su cadáver a la iglesia porque todas las mujeres se juntaban en la puerta del convento y querían verle. El duque de Gandía, que estaba en aquel momento despachando sus negocios por allí, mandó que un famoso pintor de la escuela de Juan de Juni le pintara un cuadro a nuestro amigo Andrés. Casi lo desnudan, porque todos querían llevarse un trocito de su ropa para guardarlo como una reliquia. Le tuvieron que vestir varias veces porque lo dejaban casi desnudo.

Tres días estuvo expuesto. Y dicen que hasta hacía milagros después de muerto.

Lo más impresionante era oír a Pascual Bailón. Le dijo a Doña Juana Gaspe en la villa de Jumilla:

> «Mire señora: Estimo mucho a Fray Andrés Hibernón, porque es verdaderamente un gran siervo de Dios y un gran santo».

Como despidiéndose de él, dijo:

> «Ah, Fray Andrés, y cuánto envidio vuestra vida. Cuánto desearía también poseer vuestras virtudes y tener vuestros méritos delante del Señor, que ya me llama a la eternidad para darle cuenta de mi vida tibia y negligente».

Fue beatificado el 22 de mayo de 1791. Habían pasado 189 años desde su muerte. Demasiados años para sus fans.

FÉLIX NÚÑEZ URIBE

Bibliografía

ARGULLO PASCUAL, J. B., OFM, *Beato Andrés Hibernón· compendio histórico y novena (Valencia 1991, en el II centenario de su beatificación)* (Valencia 1992).

BAÑULS, F., *Ensayo sobre la paz en el espíritu franciscano, segun la vida del beatillo Andrés Hibernón* (Valencia 2002).

Novena en honor del beato Andrés Hibernón (Valencia 1968).

Novena en honor del beato Andrés Hibernón (Valencia 1981).

RODRIGUEZ, F. (trad.), *Compendio histórico de la vida, virtudes y milagros del Beato Andres Hibernón... de la Orden de San Francisco, de la mas estrecha Observancia de los Menores Descalzos de San Pedro Alcántara..* (Valencia 1791).

BEATA SABINA PETRILLI

Virgen y fundadora († 1923)

El Señor la destinaba a hacer mucho bien. La conduciría suavemente a lo largo de la vida para que fuera la iniciadora de una bella obra a favor de los pobres, una obra que testimoniara el corazón amoroso de la Iglesia hacia todos los que sufren.

No se había apagado el eco de los últimos tambores del Palio cuando, mientras sonaban las campanas de Santo Domingo llamando a la oración, nacía en Siena, Italia, la pequeña Sabina. Era el hogar de Celso Petrilli y de Matilde Vetturini, que además de esta hija tendrían otra, Emilia, y verían con gozo que ambas hermanas se amaban tiernamente. Otros hijos vendrían más tarde. El día de su nacimiento fue el 29 de agosto de 1851.

Sabina fue una niña débil y enfermiza, que en sus primeros años causó cuidados a sus padres, ya que varias veces pensaron que la perdían pues estuvo muy enfermita.

No será hasta los 9 años cuando Sabina vaya por primera vez a la escuela, una escuelita católica que regentaban las Hermanas de la Caridad. Pero ya para entonces todos veían que era una niña inteligente y de bellas prendas, que cuidaba con amor de sus hermanos más pequeños y que se sacrificaba con gusto por el bienestar de su hogar. Ayudaba con cariño en la casa y era admirable por la precoz responsabilidad que manifestaba. Al lado de esta buena conducta y como secreto de ella estaba la evidente inclinación de Sabina por la piedad.

Tendría unos diez años cuando la figura de Catalina de Siena la impacta poderosamente. Llega a conocimiento de la vida de la gran santa y sus coordenadas vitales se le graban en el corazón. Ella quiere imitarla. Quiere ser una enamorada de Jesús, como Catalina; una ardiente devota y adoradora del Santísimo Sacramento, como Catalina; una fervorosa contempladora de la Pasión del Señor, como Catalina; una persona austera y mortificada, como Catalina; una hija fiel de la Iglesia, como Catalina; y una amante de los pobres y necesitados, como Catalina. Siente que el ejemplo de Catalina va a ser el norte de su vida interior, y se decide por imitarla en todo cuanto pueda.

Sabina tenía, a causa de su devoción a Santa Catalina, una enorme ansia por recibir a Jesús en la eucaristía. Pero estaba de por medio la costumbre de no dar la comunión antes de los diez años, y habrá de esperar nada menos que hasta los doce para poder recibir a Jesús. Se preparó con gran fervor y con grandes ansias, pareciéndole eterno el tiempo que faltaba para poder llegar al encuentro sacramental con el Amado de su alma. Por fin el 31 de mayo de 1863, en la iglesia sienesa de San Jerónimo, recibe el don inefable de la Eucaristía. Será un encuentro imborrable con el Señor, porque ese día Sabina descubre que toda su vida no puede ser de otra cosa que de consagración a Jesús. Lo dirá ella más tarde: «En el momento en que recibí a Jesús, me sentí inmersa en Él». Toda su vida le durará este sentimiento de haberse perdido en Cristo, de haberse metido en su corazón para siempre.

Hacía falta en su casa y deja la escuela. Se dedica a cuidar a sus hermanos, y lo hace con amor. Pero no pierde oportunidad de hacer el bien y ahorrará horas al día para poder hacer oración. Es un alma precozmente contemplativa. Comienza a mortificarse de forma voluntaria. Se niega gustos y caprichos recordando la pasión voluntaria de Cristo y cada día se siente más impulsada a hacer algo significativo por el servicio de Dios. Debajo de su casa había una taberna. Se veía entrar y salir a los hombres que iban a pasar el rato y tomar unos tragos. Y Sabina oye con dolor que algunos de ellos en sus palabras no respetaban el nombre de Dios. No le importa que ellos sean hombres maduros y ella una chiquilla de apenas catorce años: baja y se dirige a ellos y les reprocha sus blasfemias y les hace razonar sobre la injusticia y la irracionalidad de la blasfemia. Cómo supo hablar. Qué palabras de fuego puso el Espíritu en sus labios. Aquellos hombres le dieron la razón. Reconocieron que blasfemar no está bien, y le prometieron corregirse. Sabina había reivindicado con fortaleza el honor de Dios.

Desde que hizo la primera comunión, sus comuniones eran frecuentes y frecuentes igualmente sus visitas al Santísimo Sacramento. Oía misa con devoción singular. Los feligreses de su parroquia se daban cuenta de las cualidades de Sabina. Un día, el 8 de diciembre de 1866, cuando ya había cumplido los quince años, es admitida en la Congregación de Hijas de María que funcionaba en su parroquia. Esta congregación proponía a las jóvenes el ideal de la pureza cristiana, de la santidad de vida y de la piedad fervorosa. Todo ello bajo el manto de la Virgen Inmaculada. Tenían actos de piedad así como actos de formación religiosa y colaboraban sus miembros con la parroquia en el catecismo de los niños y en la visita y ayuda a los pobres. Sabina se ofrece para todos los actos de la congregación, pero además añadía algunas obras buenas por su cuenta. Había niños de la calle que no iban a la escuela ni al catecismo de la parroquia. Sabina va en su busca, los atrae con su palabra agradable y ardiente y los lleva a su propia casa, donde ha convertido una habitación en sitio de su apostolado. Allí les enseña las oraciones y los elementos del catecismo y les hace sentirse hijos de Dios, que no por ser pobres los quiere menos sino más. Llega la

hora de elegir nueva presidenta de la congregación. Ni el párroco ni las jóvenes tienen duda. Sabina será la nueva presidenta. Ella sabrá dirigir el grupo con su ejemplo y su ímpetu religioso. Mostrará ya entonces su indomable voluntad.

La vivencia del espíritu de grupo de la congregación, el apostolado con los niños de la calle y su interior atractivo por la consagración a Dios, llegan poco a poco a convencer a Sabina que a donde Dios la llamaba era a la vida religiosa. Esta resolución la podría cumplir entrando en cualquiera de los muchos institutos religiosos que por entonces ya figuraban en la vida eclesial. Pero Sabina sentía en su corazón una llamada especial. Creía que el Señor la llamaba a fundar una nueva congregación religiosa, que se ocupara específicamente de la juventud, singularmente de la más pobre y abandonada. Su confesor, a quien no ocultaba nada de sus sueños y deseos, no la desanima. Le dice que la obra que desea es buena y del servicio de Dios. Pero que ella es aún muy joven, que sepa esperar.

Sabina en efecto espera pese a las ardientes ansias que siente de que su obra comience ya. Pero sensible a la amistad que encuentra en otras jóvenes de su congregación, les habla de sus deseos de iniciar una obra para gloria de Dios y bien de los pobres, dedicando la vida a este menester tan evangélico. Y un grupo de jóvenes le dice que cuente con ellas, que ellas, si es voluntad de Dios que se efectúe el proyecto, estarán a su lado y serán sus compañeras. El confesor les permite que el 31 de mayo de 1868 todo el grupo emita un voto temporal de castidad.

Sabina se va a sentir confortada y animada en su proyecto nada menos que por la palabra del Papa. En efecto, acompañada de su padrino y de una buena amiga, peregrina a Roma, al centro de la catolicidad. Es papa un hombre que ha sabido atraerse el amor de todos los católicos por tantos motivos: su dulzura personal, su santidad de vida, su fortaleza en la tribulación, su amor a la Iglesia y a las almas. Es Pío IX, que aquel año ha convocado el Concilio Vaticano I. Llegados a Roma, logran una audiencia del Papa. Naturalmente no a ellos solos pero sí con otros grupos, a todos los cuales —les dicen— el Papa va a saludar y a bendecir. Qué intensa emoción la de esta joven de casi 18 años, que sueña con servir a Cristo en los más pobres,

cuando se acerca el 7 de julio de 1869 a besar la mano del Vicario de Cristo en la tierra. Cómo hubiera deseado ella confiarle su propósito y recibir su orientación. Pero no era momento el de una audiencia colectiva para desnudar ella allí su alma. No obstante va a oír las palabras del Papa como si quisiera el Señor que estén dirigidas a ella, y así, como si fueran dirigidas a ella particularmente, escucha lo que el Santo Padre les quiere decir. Y el Papa, a quien se le ha indicado que allí hay un grupo de personas venidas de Siena, les habla de Santa Catalina y lo bien que harían si siguieran sus huellas, si la imitaran, si la tuvieran como su especial protectora. En el alma de Sabina se hace la luz. Ella hará su obra, la que desea, y la hará bajo la sombra y el amparo de Catalina, a la que la dedicará y de quien sacará la inspiración de amor efectivo y de servicio, por la gloria de Dios y el bien de la Iglesia. Sabina vuelve de Roma confortada y convencida y llena de energía. Dios lo quiere.

Da cuenta a su confesor de los sentimientos experimentados en Roma y el confesor cree también reconocer la voz de Dios en la llamada sentida por Sabina. Pero aún es muy joven. Hay que esperar. Debe perseverar en el santo propósito, debe perseverar en la vida de oración y apostolado, debe seguir instruyendo a los niños de la calle y ayudando a los pobres, debe seguir pilotando el grupo de amigas que quieren consagrarse a Dios al lado de ella. Sin embargo el confesor no tarda en dar un paso adelante: permite a Sabina y a sus compañeras que emitan privadamente un voto perpetuo de castidad. Lo harán el 15 de agosto de 1869. Ya son todas de Dios para siempre. Ya pertenecen al divino Esposo. Ahora le toca a él marcar los hitos del camino como quiera.

Llega el año 1872 y una gran prueba espera a Sabina. Su hermana Emilia y ella eran un solo corazón. Para ella no había secretos de su hermana ni los suyos lo eran para Emilia. Se amaban tiernamente. Se ayudaban mutuamente. Se complementaban. Y aquel año el Señor se la pide. Enferma Emilia de gravedad y Sabina vela a su lado hasta que la enfermedad rinde a la jovencita y abrazada a Sabina que la rodea de ternura hasta el último instante parte al encuentro con Dios. Sabina siente intensamente la muerte de su hermana, que le sirve para darse

cuenta de que la verdad se halla solamente en Dios. Vuelve a decirle a su confesor cuáles eran sus ansias y éste le dice que en poco tiempo habrá llegado el momento de pedir permiso al Obispo para el comienzo de la nueva comunidad. Sabina se prepara con nuevos arrestos espirituales para dar comienzo a la obra.

Era arzobispo de Siena monseñor Enrico Bindi, un hombre de corazón animoso a la hora del apostolado y de ideas claras acerca de que la Iglesia necesitaba nuevos refuerzos en su actividad pastoral y de testimonio. Conocía a las Hijas de María y sus buenas obras, y escucha con complacencia el relato que Sabina, recibida en audiencia, le hace de sus experiencias religiosas y de sus concretos propósitos. El confesor de Sabina, autorizado por ella, ha podido también informar al prelado. Y éste decide acceder al permiso que se le pide: fundar una nueva congregación religiosa. Acepta el nombre que la nueva obra va a llevar: Hermanas de los Pobres de Santa Catalina de Siena. En él se indica el destino y el espíritu de la congregación. El destino: los pobres, a los que servirán las nuevas religiosas con espíritu fraterno. Santa Catalina de Siena: modelo e ideal para la vida del espíritu, el amor a la Iglesia y la entrega generosa en la causa del evangelio.

Se dispuso la fundación. No va a tener lugar en un templo suntuoso de los muchos que hay en Siena. Ni en la gran catedral ni en ninguna otra de las espléndidas iglesias de la más que bella ciudad italiana. En su casa tiene Sabina una habitacioncita dedicada a oratorio. Ahí tendrá lugar el acto fundacional, que consistirá en la emisión de los tres votos religiosos de pobreza, castidad y obediencia, a los que han venido preparándose Sabina y sus compañeras. Será un día dedicado a la Virgen, el día de la Asunción, 15 de agosto de 1873, y la profesión se hará ante el confesor que ha guiado a Sabina y a sus compañeras hasta aquí. Todas ellas, llenas de intensa emoción, se consagran al Señor de manera pública, y una nueva congregación religiosa nace en la Iglesia.

En adelante Sabina vivirá para consolidar esta obra y para guiarla con el carisma que el Señor le ha dado. Como ha dicho un biógrafo suyo, ella era toda una voluntad y la pondrá al

servicio de su obra, convencida de que era obra de Dios. A la hora de decidir a qué deben dedicarse subrayan no solamente las obras de servicio a la juventud sino toda obra de servicio a los necesitados, dilatando así el horizonte de su caridad. Ella y sus hermanas saldrán a visitar enfermos en sus casas, en los hospitales, a cuidar ancianos que no tienen a nadie, a instruir niños y jóvenes, a acercarse a los manicomios para cuidar de los dementes, a buscar a Cristo paciente presente en las personas de todos los pobres. No habrá obra de misericordia a la que no estén ellas dispuestas desde el amor total a Jesucristo.

Imposible seguir en unas cuantas páginas toda la religiosa odisea de Sabina como fundadora. Bastará decir que en 1881 se hace la primera fundación en Onano, junto a Viterbo, y que en 1903 saltará la congregación a América y se establecerá con enorme fecundidad apostólica y benéfica en Brasil. Son cincuenta los años que vivirá esta Madre tras haber puesto en el mundo la nueva congregación y cuando llegue la hora de partir hacia el Padre dejará tras de sí una congregación de más de 500 hermanas, trabajando en 52 casas en Italia, Brasil, Argentina, Paraguay, Estados Unidos, Filipinas y la India, y dispuesta a seguir por otros países su obra de caridad. En 1875 obtuvo la congregación la aprobación diocesana y el 17 de junio de 1906 fue definitivamente aprobada por la Santa Sede. Sabina cuidó la formación de las nuevas religiosas que llegaron a la congregación atraídas por su bello ideal de seguimiento de Cristo en el espíritu de Catalina de Siena. Las formará con firmeza y dulzura, con exigencia y fortaleza, pidiéndole a cada una lo mejor de sí misma en el servicio del Señor. Acudirá a la fundación de nuevas casas superando dificultades y trabas y logrará establecer una cadena de instituciones benéficas al servicio siempre de las clases populares en sus diversas necesidades. No ahorrará esfuerzo ni sacrificio. Todo lo vencerá en seguimiento de su ideal.

Ella personalmente siguió adelante el camino de la perfección cristiana, animosa y valiente siempre. Hizo sucesivamente votos que fueron jalonando su entrega cada vez más perfecta al Señor: hizo el voto de no negar nada voluntariamente al Señor, el voto de perfecta obediencia a su director espiritual, el voto de no lamentarse por ningún sufrimiento externo o interno, el

voto de completo abandono a la voluntad del Señor. Y todo ello no sería sin lucha. Activa y decidida, debió dominarse para que sus impulsos se dirigieran siempre a hacer la voluntad de Dios.

Así comentó su vida el papa Juan Pablo II el día de su beatificación:

> «Sabina logro abandonarse completamente a la voluntad divina, haciendo voto de no negar nada a Dios deliberadamente En este empeño de completa oblacion de si misma a Dios y a su voluntad, voto de abandono total, encontro la fuerza para dominar su temperamento impulsivo en orden a adquirir las dificiles virtudes de la dulzura y de la mansedumbre Encontro tambien la paz, reconociendo que su celo por las almas debia seguir el camino de la aceptacion de la cruz, sin lamentarse nunca, ni siquiera en las penas mas duras del espiritu y del cuerpo »

Madre Sabina supo superar obstáculos que parecían insuperables. Supo mostrarse enérgica, inteligente, práctica, preparada para penosas pruebas. Su tiempo no fue fácil, sino que ofreció muchas objeciones a la vida religiosa, pero ella estaba segura de lo que Dios quería y no temió ningún sacrificio.

Cargada de méritos y virtudes murió en Siena el 18 de abril de 1923 a las cinco y veinte de la tarde. Rodeada de fama de santidad desde el principio, el papa Juan Pablo II procedio a beatificarla el 24 de abril de 1988.

JOSE LUIS REPETTO BETES

Bibliografia

AAS 81 (1989) 271s

BARDI, G , *Una volonta M Savina Petrilli, fondatrice delle Sorelle dei Poveri di Sta Caterina di Siena* (Turin 1937)

ROSA, R DE, *Una poverta che si chiama Cristo Profilo spirituale dei Madre Savina Petrilli fondatrice delle Sorelle dei Poveri* (Roma 1979)

SAN EUSEBIO DE FANO

Obispo († 526)

Elegido obispo de Fano, Italia, alrededor del año 500, en el 503 asiste al concilio romano convocado por el papa San Símaco. En octubre del 525 acompaña al papa San Juan I a Constantinopla a donde debió acudir como portador de un mensaje del rey Teodorico para que lograra el respeto del emperador Justiniano a los arrianos del Imperio bizantino. Otros cuatro obispos y cuatro senadores romanos acompañaban al pontífice que llegó a Constantinopla a tiempo de celebrar allí la Navidad. Eusebio estuvo en la coronación del emperador y con el papa volvió a Italia en abril. El rey Teodorico quedó tan disgustado con el resultado de la embajada que encarceló al papa y a sus acompañantes. El papa murió el 18 de mayo de 526, y un mes antes murió Eusebio, pero su muerte se sitúa en el propio Fano.

SAN LASERIANO

Abad († 638)

Laseriano, Laisren o Molaise parece haber sido miembro de la familia real del Ulster y que el rey Cairell fue su abuelo. Luego de haber estudiado en el monasterio de Tagmon, eligió el de Leighlin para profesar en él como monje, llegando con el tiempo a ser elegido abad del mismo. Estando viva en la iglesia irlandesa la controversia sobre la celebración de la Pascua, Laseriano acudió a Roma, de donde vino convencido del uso romano que seguidamente propagó. Murió en el año 638.

SAN URSMARO

Obispo y abad († 713)

Ursmaro era, a finales del siglo VII, abad-obispo de la abadía de Lobbes, Flandes, entonces en pleno auge y funcionamiento. Con el fin de regularizar lo más posible la vida monacal intro-

dujo en su abadía la observancia de la Regla de San Benito. Amplió las edificaciones del monasterio y consagró su iglesia a los SS. Apóstoles Pedro y Pablo en agosto del 697. Logró fundar otros varios monasterios filiales, y se ocupó mucho de la evangelización de los habitantes de su región. Murió el 18 de abril de 713.

SANTA ANTUSA

Virgen (fines s. VIII)

Nació en Constantinopla hacia el año 750, hija del emperador Constantino V Coprónimo, de tan triste memoria en la vida de la Iglesia. Huérfana de madre, desde muy pequeña dio señales de insigne piedad y, al llegar a la adolescencia, manifestó que renunciaba al matrimonio y se consagraba a Cristo. Todos sus bienes los empleó en obras de religión, como la restauración de iglesias y construcción de monasterios, y en obras de caridad con los más pobres y humildes y en el rescate de esclavos. Muerto en 780 su hermano, el emperador León IV, su cuñada le ofreció participar en la regencia en la minoría de edad de Constantino VI, pero ella prefirió seguir ocupada en sus buenas obras señaladas. En 784 el patriarca San Tarasio le dio el hábito monacal, ingresando en el monasterio de la Concordia, donde perseveró hasta su muerte en los últimos años del siglo VIII.

SAN PERFECTO

Presbítero y mártir († 850)

Perfecto era natural de Córdoba, persona instruida, conocedor del árabe, y vivía con la comunidad clerical de la basílica de San Acisclo. Su martirio se produjo cuando unos conocidos suyos musulmanes le pidieron que les dijera con claridad qué pensaba de Mahoma, su profeta, prometiéndole que guardarían secreto de su respuesta. Perfecto dijo con toda claridad que tenía a Jesucristo por verdadero Dios y verdadero hombre y que no admitía como profeta a Mahoma ni tenía por divina su misión. Quedaron muy ofendidos sus amigos por esta respuesta pero

no dijeron nada por la promesa hecha. Pero otro día que lo vieron por la calle lo forzaron a ir ante el cadí y lo acusaron de haber blasfemado contra Mahoma. Fue encarcelado. El tiempo de la cárcel lo destinó a la oración y llevó con paciencia todas las incomodidades. Juzgado, primero negó haber dicho todo aquello sobre Mahoma pero luego cobró ánimos y repitió su confesión de fe. Por lo que fue decapitado el 18 de abril de 850. Fue el primero de la que sería gran epopeya martirial de la década de los 50 en el siglo IX en Córdoba.

SAN IDESBALDO

Abad († 1167)

Nacido hacia el año 1090 en la aristocrática familia Van der Gracht, estuvo casado y ya viudo fue canónigo de Santa Walburga en Funes, Flandes. Posteriormente ingresó en la abadía cisterciense de Dune, en la que fue un monje ejemplar. Elegido abad, la gobernó santamente y logró que el papa Alejandro III concediera diferentes privilegios a su monasterio. Murió el 18 de abril de 1167.

BEATO ANDRÉS DE MONTEREALE

Presbítero († 1479)

Era natural de Mascioni, junto a Aquila, en Italia, y nació a comienzos del siglo XV. Con sólo 14 años ingresa en la Orden de los Ermitaños de San Agustín, en la que hace los estudios eclesiásticos y se ordena sacerdote. Fue profesor en Siena, e insigne predicador de la palabra divina por Francia e Italia. Su Orden le encomendó diversos ministerios sobresalientes, como el de provincial de la Umbría en 1453 y el de reformador de sus monasterios, en lo que demostró mucho tacto, tenacidad y paciencia. En 1471 se retira al convento de Montereale, donde vivió sus últimos años con gran ejemplaridad. Murió el 18 de abril de 1479. Su culto fue confirmado el 11 de mayo de 1764.

BEATO JOSÉ MOREAU

Presbítero y mártir († 1794)

Sacerdote francés de la diócesis de Angers que ejercía su ministerio como párroco de Saint-Laurent-de-la-Plaine hasta que en 1791, al negarse a jurar la constitución civil del clero, fue expulsado de ella. Llegado el «terror» se negó igualmente a prestar el juramento llamado de libertad-igualdad, y por este motivo fue condenado a muerte, siendo guillotinado en la plaza de Angers, el Viernes Santo 18 de abril de 1794. Fue beatificado el 9 de febrero de 1984.

BEATO ROMÁN ARCHUTOWSKI

Presbítero y mártir († 1943)

Nació en Karolin, Polonia, el 5 de agosto de 1882 en una familia rica, propietaria de tierras. Decide su vocación sacerdotal e ingresa en el seminario de Varsovia, ordenándose el año 1904. Luego de graduarse en teología es enviado a diversas tareas docentes y pedagógicas, siendo director de un instituto y presidente de la asociación de prefectos de escuelas, y colaboró también en el Tribunal Metropolitano. La diócesis, para premiar sus muchos trabajos, lo hizo canónigo de la catedral y la Santa Sede le concedió la cruz «Pro Ecclesia et Pontifice». Ya sucedida la invasión nazi de Polonia, fue rector del seminario y salvó a cuantas personas pudo, lo que le hizo odioso a la Gestapo. Arrestado y encarcelado en septiembre de 1942, fue llevado al campo de concentración de Majdanek, donde moría agotado el domingo de Ramos 18 de abril de 1943. Fue beatificado el 13 de junio de 1999.

19 de abril

A) Martirologio

1 En Africa, San Mapalico, martir, y otros martires del tiempo de Decio Basio, Fortunio, Pablo, Fortunata, Victorino, Victor, Heremio, Credula, Hereda, Donato, Firmo, Venusto, Frutos, Julia, Marcial y Aristion († 250) *

2 En Persia, Santa Marta († 341), virgen y martir

3 En Antioquia de Pisidia, San Jorge († 818), obispo, defensor de las sagradas imagenes

4 En Friesen (Baviera), San Geroldo († 978), ermitaño

5 En Greenwich (Inglaterra), San Elfego († 1012), arzobispo de Canterbury y martir **

6 En Roma, San Leon IX († 1054), papa **

7 En la abadia de St Bertin (Francia), Beato Bernardo el Penitente († 1182), peregrino *

8 En Londres, Beato Santiago Duckett († 1602), martir *

B) Biografias extensas

SAN ELFEGO DE CANTERBURY

Obispo y martir († 1012)

Elfego (o Elfegio), llamado también Godwine, nació en 954, respondiendo a una llamada de Dios, dejó a su madre, afligida por la pérdida reciente de su esposo en el condado de Gloucester e ingresó en el monasterio benedictino de Deerhurst (Gloucestershire) Al cabo de algunos años, deseoso de llevar una vida más perfecta, se retiró a una pequeña cabaña que construyó cerca de Bath, para vivir como ermitaño. Pronto comenzaron a visitarle gentes deseosas de consultarle cosas espirituales y no faltaron personas deseosas de ponerse bajo su obediencia para seguirle en todo, y así es como se fundo en Bath uno nuevo el año 970. Entre otras lecciones que daba a sus monjes, les ponía en guardia contra la actitud de esos falsos monjes que porque llevan un hábito y una tonsura, pueden ir por ahi vagabundeando y solicitando cobijo de los monasterios y de las buenas gentes sin trabajar ni orar regularmente, faltándoles en todo el espíritu de obediencia, oración y disciplina.

En 984, cuando Elfego tenía treinta años, murió Ethelwold, obispo de Winchester; los monjes que constituían el capítulo de la iglesia diocesana, como no llegaran a entenderse para la elección de un sucesor, decidieron someterse a la decisión de San Dunstan, entonces arzobispo de Canterbury, y cuenta la tradición que, después de haber ayunado y orado, recibió una «revelación» del apóstol San Andrés que le dijo: «El elegido del Señor es el abad Elfego». Cuando se lo comunicaron al joven abad, hubo que obligarle, por obediencia, a que abandonara su grata soledad para ordenarlo como obispo de Winchester el 19 de octubre del 984.

En el ejercicio del cargo episcopal, Elfego continuó dando ejemplo de vida pobre y humilde pero practicando siempre una admirable caridad, llena de una amable dulzura. En su tiempo no se veían mendigos en Winchester, tanta era su solicitud en socorrerlos. Hizo muchos esfuerzos para atraer a la conversión a las tribus y gentes de mucho más al norte de las fronteras inglesas, que todavía eran paganos. Como obispo tuvo la satisfacción de confirmar al rey de Noruega, Olaf, recientemente convertido por misioneros ingleses, y que vino hasta a Southampton en 994, para visitar al rey Ethelred.

El gran arzobispo San Dunstan tenía a Elfego en gran estima, y quiso que él fuera su sucesor en Canterbury. Pero este plan sólo se realizó después de la muerte del obispo Alfrigo, en 1006; entonces todo el reino solicitó que fuera Elfego el arzobispo de la sede metropolitana. Obligado a aceptar, Elfego marchó a Roma para recibir el *pallium* de manos del Papa. Atravesados los Alpes, al pasar por un pequeño pueblo de Italia, del que el biógrafo no da el nombre, sus moradores le robaron y le echaron de su territorio. Pero nada más salir del pueblo, se declaró tal incendio que amenazaba con destruirlo todo; los habitantes viendo en este siniestro un castigo del cielo, fueron a buscar al prelado para pedirle perdón y solicitar su ayuda intercesora ante el cielo. Volvió con los mensajeros y arrodillándose a la entrada del pueblo y poniéndose en oración, al instante se apagó el fuego.

A la vuelta de Roma, Elfego se ocupó de la administración de su archidiócesis. Reunió y celebró varios concilios para co-

rregir abusos y restaurar la disciplina eclesiástica. El principal de todos ellos fue el de Aenham, en 1009, una de cuyas normativas fue la de establecer el ayuno del viernes para toda la Inglaterra cristiana.

El arzobispo no descuidaba medio alguno para atraer a los pecadores; lloraba sus faltas como si fueran suyas y se esforzaba en expiarlas. Cada día, ofrecía el santo sacrificio por estas intenciones. Su amor a la pureza no soportaba que se pronunciara en su presencia ni una palabra inconveniente. Todos los pobres y afligidos que recurrían a él eran amparados enseguida.

Por aquel tiempo los daneses comenzaron a asolar el reino y esto abrió un vasto campo al ejercicio de su caridad. Tuvo que salir en ayuda de los pueblos invadidos, y por su predicación trabajó en la conversión de aquellos salvajes invasores.

La labor era penosa y no sin grandes riesgos. Finalmente llegó un momento en que el valor y la fidelidad cristiana se vio sometida a prueba. Los daneses vinieron a asediar Canterbury: el rey Ethelred fue incapaz de rechazar a los asaltantes, y, para colmo de males, el conde Edrico hizo causa común con el enemigo. Algunos nobles amigos del arzobispo para que salvara la vida vinieron a suplicarle que abandonara la ciudad y se pusiera a salvo. Elfego no pudo menos de recordarles las palabras del evangelio: «Sólo un pastor mercenario sería capaz de abandonar su rebaño en medio del peligro». Reunió, pues, a los fieles, y les dirigió una exhortación llena de piedad y entusiasmo para prepararlos a cualquier acontecimiento; les repartió el sacramento de la eucaristía y les encomendó al cuidado de la divina Providencia. A continuación se presentó a los asaltantes para exhortarlos a que perdonasen a los inocentes. Los bárbaros no tuvieron en cuenta esta petición e hicieron en los días siguientes una horrible matanza entre los habitantes, sin distinción de edad o de sexo.

Elfego, mientras tanto, se había encerrado con los monjes en su catedral. Pero los daneses no tuvieron con ellos ningún miramiento; pusieron fuego al edificio, con lo que hicieron perecer una parte de los monjes; posteriormente encadenaron al arzobispo y lo metieron en prisión. Lo mantuvieron así durante siete meses, porque esperaban obtener un importante rescate

en dinero por él. Pero el obispo se negó en redondo a entregarles ni una moneda de las rentas de su Iglesia para librarse de su prisión, aun a costa de su libertad y de sus muchos sufrimientos en los que permaneció con una paciencia incansable y admirable. Entretanto se declaró una epidemia en el ejército danés; en poco tiempo dos mil soldados perecieron por la misma. Algunos, los más allegados a los calabozos, se salvaron gracias a las oraciones de su prisionero que les devolvió bien por mal y fueron curados en un instante el día de Jueves Santo. Dos días después la peste había desaparecido completamente.

La vigilia de Pascua cuatro oficiales principales vinieron a dar las gracias a Elfego y le ofrecieron la libertad si les entregaba una suma de tres mil monedas. Él les hizo ver que era imposible encontrar tanto dinero después del pillaje y la devastación sufrida por la ciudad. Elfego tuvo que quedarse en prisión. Cuentan que a la noche siguiente San Dunstan se le apareció para animarle a perseverar, añadiendo que estaba próximo el día de la victoria. El sábado de la Octava de Pascua Elfego fue llevado a Greenwich, ante los comandantes de la flota danesa. Éstos le amenazaron de muerte si rehusaba entregar la suma solicitada. El arzobispo respondió que no tenía más oro que ofrecerles que el de la verdadera sabiduría, es decir, el conocimiento de Dios vivo y su lealtad en servirle. Si rehusaban ellos mismos en abrir los ojos a la luz, serían tratados con más rigor que Sodoma; Inglaterra no continuaría mucho tiempo bajo su dominio. A estas palabras los bárbaros, que estaban ebrios y en medio de un banquete, se precipitaron sobre él, le derribaron con sus hachas de guerra, golpeándole, además, con los grandes huesos de los bueyes que estaban comiendo. Nuevo Esteban, Elfego oraba por los autores de su muerte diciendo: «Jesús, bueno e incomparable Pastor, ten compasión de los hijos de tu Iglesia a los que, muriendo, te recomiendo». Un danés borracho, Thurm, al que el arzobispo había confirmado la vigilia de Pascua, viendo que respiraba todavía, le hendió la cabeza con su hacha. Era el 19 de abril de 1012.

Los asesinos quisieron echar el cuerpo de Elfego al río, pero un grupo de los que el santo arzobispo había convertido, al enterarse de su muerte, fueron a recoger su cuerpo y le rindieron

honras fúnebres. A continuación, el cuerpo de Elfego fue llevado a Londres, donde fue solemnemente inhumado en la catedral de San Pablo. Allí permaneció once años, hasta que el rey Canuto, el 8 de junio de 1023, lo trasladó a Canterbury, para colocarle cerca del altar mayor de la catedral. Cuando Anselmo, cincuenta años más tarde, visitó Inglaterra en 1078, Lanfranco, entonces arzobispo de Canterbury, le consultó sobre el caso de Elfego a quien el pueblo miraba como a mártir y santo y él dudaba si había de considerársele como a tal, ya que su muerte había acontecido en medio de guerras y problemas políticos. San Anselmo declaró que Elfego merecía el honor de los altares, porque había recibido la muerte por la causa de la justicia. Lanfranco quedó convencido ante las razones de San Anselmo y desde aquel momento y época, su nombre fue inscrito en los martirologios en el día de su muerte, el 19 de abril.

LUIS M. PÉREZ SUAREZ, OSB

Bibliografía

BAUDOT, J - CHAUSSIN, L, OSB, *Vie des saints et des bienheureux..*, IV (Paris 1946) 474-477.

MABILLON, J. - D'ACHERY, L., *Acta Sanctorum Ordinis Sancti Benedicti,* VI, prima pars (París) 115

WARTON, *Anglia sacra sive collectio historiarum... de archiepiscopis et episcopis angliae . ad annum MDXL.* II: *Plures antiquas de Vitis et rebus gestis Presulum Anglicorum Historias...* (Londres 1691) 122.

SAN LEÓN IX

Papa y confesor († 1054)

León IX (1048-1054) es, indudablemente, uno de los más insignes papas. Su gloria principal consiste, además de la santidad y virtudes personales que le distinguían desde su juventud, en haber sacado a la Iglesia del estado de decadencia general en que se encontraba a mediados del siglo XI y haber iniciado el movimiento de reforma, que culminó poco después con Gregorio VII (1073-1085) y los papas que le siguieron.

Llamábase Bruno, de la familia de los condes de Alsacia, y estaba emparentado con los emperadores alemanes Conrado II y Enrique III. Nacido en junio de 1002, estudió en la escuela

episcopal de Toul al lado de su primo Adalberon, que fue largo tiempo obispo de Metz. Ya en su juventud dio pruebas de las excelentes cualidades de su espíritu, y después de una enfermedad, cuya curación atribuyeron todos a un milagro de San Benito, decidió entregarse de lleno al servicio de Dios en el estado eclesiástico. Cursados brillantemente y con extraordinario fruto los estudios eclesiásticos, bien pronto se ganó la confianza del nuevo obispo Hermann de Toul, y ya desde entonces comenzó a manifestar la gran estima que tenía de la obra reformadora realizada por los cluniacenses y las Órdenes monásticas.

Con el ascendiente de su familia ante el emperador Conrado II se obtuvo sin dificultad para él un alto cargo eclesiástico en la corte imperial; pero él por su parte, lejos de dejarse llevar de ninguna clase de ambiciones, encontraba su complacencia en los empleos más humildes y ansiaba ponerse al servicio de la iglesia más pobre. Su sencillez, amabilidad y virtud le conquistaron rápidamente una gran popularidad, por lo cual era comúnmente llamado *el buen Bruno.*

Pero Dios le tenía destinado para las más elevadas dignidades. Al morir poco después el obispo Hermann, los eclesiásticos y el pueblo reclamaron a Bruno para sucederle. Así, pues, sin dificultad ninguna fue nombrado obispo de Toul, dignidad que él aceptó por tratarse de una iglesia pobre, donde él podía ejercitar su celo apostólico. Así lo hizo, en efecto, desde un principio, entregándose con su alma joven y ardiente amor de Dios a fomentar en todas partes la reforma eclesiástica. Siendo, como era, hombre de acción y con las excelentes cualidades que le adornaban, ganóse rápidamente las simpatías de todos. Su humildad y paciencia, unidas a su energía de carácter y decisión en sus empresas, se manifestaron en multitud de ocasiones. Así supo defender con firmeza, pero sin herir susceptibilidades, los derechos de su iglesia frente a su metropolitano de Worms. Vencer el mal por medio del bien: tal era el secreto que aprendió del divino Maestro, y que él tomó como lema de toda su actuación.

Sobre estas bases se fue desarrollando su gobierno desde el año 1026, en que fue consagrado obispo, hasta el 1048, en que fue elevado al solio pontificio. Sabemos que celebró con gran

fruto diversos sínodos diocesanos; que se mantuvo en íntima unión con los obispos vecinos y que asistió a los concilios provinciales de Tréveris de 1030 y 1037; que promovió con energía los estudios eclesiásticos, y, sobre todo, fue en todas partes el más decidido impulsor de la reforma eclesiástica. En íntima relación con esto debe ponerse el interés que mostró siempre en mantener buenas relaciones con las Órdenes monásticas. Así, ya desde el principio de su gobierno, manifestó sus sentimientos favorables a Cluny, procurando que se le agregaran las dos abadías de Saint-Mansuy y Moyenmoutier.

De este modo, ya durante estos años mantenía relaciones y trabajaba en íntima colaboración con los prohombres del movimiento reformador de la Iglesia, por lo cual se había conquistado un renombre de gran prelado y gran amigo de la reforma. Por esto no es de sorprender que el año 1048, en momentos bien decisivos para la Iglesia, fuera él escogido para gobernarla desde Roma. En efecto, después de resuelto el cisma que desgarraba a la Iglesia el año 1046, Clemente II (1046-1047) apenas tuvo tiempo para iniciar la obra reformadora que entonces se necesitaba, y su sucesor Dámaso II (1047-1048) fue rápidamente arrebatado por la muerte. En estas circunstancias se presentó ante el emperador Enrique III una embajada de Roma con la súplica de que fuera elevado al solio pontificio el arzobispo Halinard, de Lyón; pero éste rechazó decididamente la propuesta.

Entonces, pues, Enrique III el Negro reunió una Dieta en Worms en diciembre de 1048, donde fue proclamado Bruno de Toul, que había acudido a la misma. Sorprendido y profundamente contrariado ante esta elección, pidió Bruno que se le concedieran tres días para dar su respuesta definitiva; pero, una vez transcurridos éstos, viendo en ello claramente expresada la voluntad de Dios, aceptó aquella dignidad, que él consideraba como la mayor carga que podían imponerle, pero añadiendo como expresa condición que no consideraría como válida aquella elección hasta que fuera confirmada por el clero y pueblo de Roma. En efecto, llegado a Roma y presentado en la basílica de San Pedro por el metropolitano de Tréveris como el candidato del emperador, fue aclamado de nuevo por el clero y pueblo allí presentes. Ante una manifestación tan evidente de la

voluntad divina Bruno se inclinó humildemente y tomó el nombre de León IX.

Y, en verdad, León IX, hombre de eminentes cualidades personales, dotado de gran energía de voluntad, partidario decidido de la reforma e inflamado en todos sus actos del más vivo amor de Dios y de la Iglesia, era, indudablemente, el Papa que ésta necesitaba en aquellos momentos. Uno de sus principales méritos fue el haberse mantenido desde el principio en contacto con los más insignes promotores de la reforma y haber llamado junto a sí a los más significados entre ellos. Así se mantuvo siempre unido con San Hugo de Cluny y con él tuvo a su disposición el vigoroso movimiento cluniacense. Asimismo, con el poderoso arzobispo Halinard, de Lyón, uno de los mejores representantes de las corrientes reformadoras de Francia, y, con San Pedro Damiano, que, aunque se hallaba en el retiro de Fonte-Avellana, ya había comenzado a llamar la atención por sus valientes escritos polémicos y sus exhortaciones a la reforma, dirigidas a Clemente II.

Pero no contento con esto, teniendo presente que en la curia romana hacían falta hombres eminentes y decididos, rodeóse rápidamente de los que con más eficacia le podían servir. Así, llamó ante todo al valiente y decidido Hildebrando, quien desde la muerte de Gregorio VI, cuyo secretario había sido, quedaba enteramente libre. León IX le consagró como archidiácono y le elevó al rango de secretario pontificio. Igualmente creó cardenal obispo de Silva Cándida al monje borgoñón Humberto, al monje Hugo Cándido, procedente del monasterio de Remiremont, de la Lorena, y asimismo a otros varios. De este modo el Colegio Cardenalicio alcanzó un carácter universal y fue en adelante un instrumento eficaz y dócil en manos del Papa.

Apoyado en estas fuerzas y en estos hombres eminentes, desarrolló León IX una maravillosa actividad, enderezada a sanar a la Iglesia de las dos llagas que la corroían: la simonía y el concubinato de los eclesiásticos. El primer medio que empleó fue el que le ofrecía la costumbre eclesiástica entonces en uso, es decir, los sínodos y concilios. Comenzando por la Pascua de 1049, comenzó a celebrar en Roma con gran solemnidad los sínodos cuaresmales, y rápidamente procuró que se celebraran

otros semejantes en diversas provincias eclesiásticas. En todos ellos se renovaban y proclamaban con la mayor decisión las disposiciones contra la simonía y el concubinato de los eclesiásticos, señalándolos como los abusos fundamentales, de los que dependían los demás. Movido del más ardiente celo de la gloria de Dios y del bien de las almas, emprendió una vida de peregrinación de un territorio a otro, por Italia, Alemania y Francia, celebrando sínodos y alentando en todas partes a las fuerzas de reforma. De esta manera se ha podido afirmar que León IX llegó a hacer comprender prácticamente a todo el mundo cristiano que el Papa era quien gobernaba la Iglesia. El Papado, que hasta entonces era sólo un concepto más o menos elevado, se convirtió en una fuerza eficaz y tangible.

Particularmente significativa fue la campaña o peregrinación emprendida por León IX el primer año, 1049, de su pontificado, que tuvo como coronamiento los dos grandes concilios presididos por él, en Reims y en Maguncia. Después de celebrar el sínodo de Roma en la domínica de Quasimodo, y otro en Pavía por Pentecostés, donde proclamó las bases de la reforma, atravesó los Alpes y se reunió con el emperador Enrique III, pariente e íntimo amigo suyo, y junto con él se dirigió a Colonia, donde celebró la fiesta de San Pedro y San Pablo. De allí pasó, con el mismo Enrique III, a Aquisgrán y Maguncia, y luego se detuvo en su amada diócesis de Toul, donde fue objeto de la más cariñosa acogida. El 14 de septiembre celebró en su catedral la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz.

Entretanto se había anunciado el gran sínodo que debía celebrarse próximamente en Reims, y, no obstante las dificultades que fue oponiendo el rey de Francia Enrique I, el 14 de septiembre publicaba desde Toul una encíclica, por la que convocaba el gran concilio. Efectivamente, el 29 de septiembre llegaba el Papa a Reims: el 1.º de octubre consagraba la iglesia abacial de San Remigio, y al día siguiente daba comienzo al gran concilio, uno de los más célebres en la historia de la Iglesia de Francia y de Europa. En nombre del Papa, su canciller, Hildebrando, anunciaba a Francia y al mundo que la intención del Papa era procurar un remedio eficaz a los males de la Iglesia:

«A la simonia, a la usurpacion por los laicos de los cargos y rentas eclesiasticas, al desprecio de las mas sagradas leyes del matrimonio, etc El invitaba a todos a reflexionar delante de Dios acerca de los diversos articulos del programa que les proponia»

El efecto de esta intimación pontificia fue, en realidad, grandioso. Naturalmente, ya en el concilio, y sobre todo después de él, tropezó con la enconada oposición de muchos, que no se avenían a entrar por el camino de la reforma. Pero el Papa, uniendo la energía con la habilidad y prudencia, y contando siempre con la ayuda de Dios, cuya causa sostenía, logró en este concilio y después de él innumerables éxitos

Terminado el concilio de Reims, se encaminó de nuevo a Alemania, pasando por Verdún y Metz, donde consagró sendas iglesias, y llegó a Maguncia, donde celebró otro gran sínodo, en que renovó la proclamación realizada en Reims. Hecho esto, atravesando de nuevo la Alsacia y luego Augsburgo y Constanza, celebró las Navidades en Verona. A primeros de 1050 se hallaba de vuelta en Roma. Semejantes peregrinaciones por el sur y norte de Italia y por el centro de Europa las repitió durante los años siguientes.

Indudablemente, la actividad eclesiástica de León IX fue beneficiosa y muy significativa para la Iglesia, en la que se observa durante su pontificado un principio de resurgimiento. Y, aunque es verdad que debe atribuirse una parte importante del cambio iniciado a su archidiácono Hildebrando y a los demás colaboradores del Papa, debe reconocerse que el mérito principal recae sobre la egregia figura de León IX.

Sin embargo, no fue tan afortunado en los asuntos temporales y en el desarrollo de la cuestión oriental. Efectivamente, a principios del siglo XI, los normandos se habían fijado en el sur de Italia, y en sus luchas contra los griegos y los musulmanes habían ido extendiendo progresivamente el área de sus dominios, destruyendo en su avance iglesias y monasterios y devastando los territorios eclesiásticos. El Papa intentó primero entenderse con los griegos para oponerse al avance de tan terribles enemigos; mas, como fracasara en este intento, acudió entonces a Enrique III en demanda de socorro. Éste exigió algunas concesiones del Papa, y, en efecto, envió un fuerte socorro, mas, por diversas circunstancias, la mayor parte de las tropas

auxiliares enviadas por Enrique III se vieron obligadas a retirarse y volver a Alemania.

Esto no obstante, decidióse el Papa a proseguir su campaña contra los normandos; pero bien pronto, el 18 de junio de 1053, sus fuerzas fueron completamente aniquiladas en Civitate, y el mismo León IX quedaba prisionero. El resultado fue que, para resolver tan delicada situación, el Papa entregó a los normandos aquellos territorios en calidad de feudos y obtuvo su libertad; pero, consumido de tantos trabajos y emociones, murió poco después en Roma, en abril de 1054.

No fue más afortunado en el asunto de las Iglesias orientales, pues en su tiempo se maduró y realizó la separación definitiva de Roma de aquellas Iglesias. Indudablemente, el odio a los occidentales del patriarca Miguel Cerulario y la falta de táctica de los legados pontificios, sobre todo del cardenal Humberto, tuvieron una culpa decisiva en la separación definitiva, pero ciertamente no puede decirse que la debilidad del Romano Pontífice o la situación de decadencia de los papas hubiera sido la causa u ocasión del cisma. Porque, siendo así que durante todo el siglo X y principios del XI, en que llegó el papado y la Iglesia occidental a su mayor depresión y abatimiento, no se verificó tal separación; vino ésta a realizarse cuando, en el pontificado de León IX, la Iglesia y el papado habían realizado ya un avance notabilísimo en su reforma y rehabilitación.

La verdadera causa fue la oposición latente desde antiguo de la Iglesia oriental frente a la occidental, que fue constantemente en aumento, y así bastó una ocasión para que estallara en la forma violenta del cisma. El mismo resurgimiento de la Iglesia occidental, promovido por la reforma cluniacense y la enérgica actividad de León IX, aumentó la oposición existente, de la que se aprovechó el patriarca Miguel Cerulario para realizar aquella separación, que le colocaba a él a la cabeza de la Iglesia griega. León IX no pudo impedir el curso de los acontecimientos, que entristecieron los últimos momentos de su vida, y tres meses después de su muerte se realizó la separación definitiva (16 de julio de 1054).

Durante los últimos meses de su vida, sintiéndose herido de muerte, dio los más insignes ejemplos de piedad y de resigna-

ción cristiana. El pueblo romano, que le profesaba un amor entrañable, sintió profundamente su muerte, ocurrida en la plenitud de su edad viril, contando cincuenta y dos años. Sobre su tumba se esculpió este epitafio:

«Roma vencedora está dolida al quedar viuda de León IX, segura de que, entre muchos, no tendrá un padre como él».

Su pontificado fue realmente lleno. Por su celo infatigable y su incesante actividad, movida por el más puro amor de Dios, inició eficazmente aquel movimiento de reforma que luego continuó hasta llegar a su más perfecto desarrollo.

BERNARDINO LLORCA, SI

Bibliografía

Act SS Boll, 19 de abril *Vita*, por WIBERT DE TOUL

BRUCKER, SI, *L'Alsace et l'Eglise au temps du Pape Saint Leon IX, Bruno d'Egisheim*, 2 vols (Paris 1893)

DELARC, O, *Un pape alsacien essai historique sur saint Leon IX et son temps* (Paris 1876)

DUCHESNE, L (ed), *Liber pontificalis*, II (Paris 1892) 354s

MABILLON, J - D'ACHERY, L, *Acta Sanctorum Ordinis Sancti Benedicti*, VI, pars secunda (Paris) 53s

MARTIN, E, *Saint Leon IX (1002 1054)* (Les saints, Paris 1904)

PONCELET, A, art en *Analecta Bollandiana* 25 (1906) 275s

C) BIOGRAFIAS BREVES

SANTOS MAPALICO Y COMPAÑEROS

Martires († 250)

Cuando Decio llegó al Imperio el año 249 tomó el propósito de acabar con el cristianismo, que él creía contrario a los verdaderos valores de Roma, cuyos dioses eran parte imprescindible de la identidad romana. Mandó por ello que la población participara en los sacrificios que se hacían oficialmente a los dioses del Imperio y comieran lo sacrificado a los ídolos. Mandó que se torturara y encarcelara a quienes rehusaran, con el fin de obtener la apostasía, que era, y no la muerte, el propósito directo de la persecución. En Cartago el procónsul puso en vigor el edicto en abril del 250 y llamó a todos los cristianos a deponer su fe y abrazar la religión imperial. Desgraciadamente multi-

tud de cristianos apostató y participó en los sacrificios. La madre y la hermana del cristiano Mapalico estuvieron entre los apóstatas, pero él se negó a abandonar su fe y fue torturado hasta el extremo que en medio de los tormentos perdió la vida. Después de él murieron los siguientes mártires: Basio, en la cantera, Fortunio en la cárcel, Pablo en el tribunal, Fortunata, Victorino, Víctor, Heremio, Crédula, Hereda, Donato, Firmo, Venusto, Frutos, Julia, Marcial y Aristión, todos ellos en la cárcel a consecuencia de la miseria y abandono que padecieron. San Cipriano en sus escritos alabó su fortaleza y ejemplo.

BEATO BERNARDO EL PENITENTE

Peregrino († 1182)

Bernardo nace de familia aristocrática en Maguelone, Provenza. Tuvo una juventud disipada, participando en diferentes delitos, entre ellos un asesinato. La gracia de Dios lo tocó y se arrepintió, acudiendo al obispo que le hizo hacer penitencia pública por ellos. Esto era en 1170 y la penitencia duraba siete años. Bernardo llevó a cabo su penitencia de forma estricta, y peregrinó a diferentes santuarios y lugares santos, yendo tres veces a Tierra Santa. Finalmente, cumplida la penitencia, vivió en una pequeña celda junto al monasterio de San Bertin, y allí vivió el resto de su vida asistiendo al oficio divino de los monjes e interviniendo en numerosas obras de caridad. Por fin profesó en el monasterio y murió el 19 de abril de 1182.

BEATO SANTIAGO DUCKETT

Mártir († 1602)

Nace en Skelsmergh, Cumbria, y se cría en el seno de la Iglesia Anglicana. Trabajaba para una imprenta cuando llegó a sus manos un libro sobre la verdad del catolicismo y dejó por esa lectura de ir a la iglesia protestante. Interrogado por un ministro sobre este particular, respondió que la asistencia al culto protestante no le satisfacía. Ello le costó la cárcel, pero el dueño de la imprenta lo sacó. Por fin se estableció por su cuenta y en-

tonces se hizo católico y contrajo matrimonio con Ana Hart, que era una viuda católica. Fue arrestado por la acusación de un librero católico preso que pensó que delatándolo podría salvarse él. El jurado, al no haber contra él más que un testigo, no quiso condenarlo, pero el juez insistió y entonces fue condenado a muerte como traidor. Fue ahorcado y descuartizado en Tyburn el 19 de abril de 1602. Su hijo Juan ingresaría en la Cartuja y sería prior del monasterio de Nieuport en Flandes. Fue beatificado el 15 de diciembre de 1929.

20 de abril

A) Martirologio

1. En Roma, San Aniceto († 166), papa **
2. En la misma ciudad, los santos Sulpicio y Serviciano, mártires (fecha desconocida).
3. En Córdoba (España), San Secundino (s. IV), mártir *.
4. En Embrún (Galia), San Marcelino († 374), primer obispo de la ciudad *.
5. En Auxerre (Galia), San Marciano († 488), monje.
6. En Constantinopla, San Teodoro el Peludo (s. V), solitario.
7. En Antioquía de Siria, San Anastasio († 609), obispo y mártir *.
8. En Osnabruck (Sajonia), San Vión († 804), obispo *.
9. En Poitiers, Beato Gerardo de Salis († 1120), canónigo regular.
10. En Pisa (Toscana), Beato Domingo Vernagalli († 1218), presbítero, de la Orden Camaldulense *.
11. En Montepulciano (Toscana), Santa Inés († 1317), virgen, de la Orden de Santo Domingo **.
12. En Bolonia, Beato Simón Rinalducci († 1322), presbítero, de la Orden de Ermitaños de San Agustín *.
13. En Lancaster (Inglaterra), beatos Santiago Bell, presbítero, y Juan Finch († 1584), mártires bajo el reinado de Isabel I *.
14. En Londres (Inglaterra), beatos Ricardo Sergeant y Guillermo Thompson († 1584), presbíteros y mártires bajo el reinado de Isabel I *.
15. En Irlanda, Beato Mauricio Mac Kenraghty († 1585), presbítero y mártir bajo el reinado de Isabel I *.
16. En York (Inglaterra), Beato Antonio Page († 1593), presbítero y mártir, bajo el reinado de Isabel I *.
17. En Londres (Inglaterra), beatos Francisco Page, jesuita, y Roberto Watkinson († 1602), presbíteros y mártires bajo el reinado de Isabel I *.

18 En Pianello (Italia), Beata Clara (Dina) Bosatta († 1887), virgen, fundadora de la Pequeña Casa de la Providencia **

19 Cerca de Liz (Austria), Beato Anastasio Pankiewicz († 1942), presbítero, de la Orden de Menores, mártir **

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SAN ANICETO

Papa († 166)

A San Aniceto le tenemos devoción muchísimos sacerdotes españoles, todos los que hemos estudiado en el Pontificio Colegio Español de Roma.

Los restos de San Aniceto reposan en un riquísimo sarcófago, que probablemente perteneció al mausoleo de la familia imperial de Septimio Severo y ahora sirve de soporte al altar mayor de la capilla, que fue consagrado el año 1910 por el cardenal Merry del Val.

El Colegio Español ocupa un hermoso palacio renacentista que levantaron los duques de Altemps. Esta familia, de origen alemán, dio a la Historia gobernantes y capitanes y a la Iglesia cardenales y prelados. El fundador de la misma fue un *condottiero* de las tropas de Carlos V. Un siglo más tarde el duque Juan de Altemps pidió al papa Clemente VIII, con el que estaba emparentado, que le cediese las reliquias de San Aniceto, conservadas en las catacumbas de San Calixto, lo que se llevó a cabo el año 1604, con motivo de haber tomado aquel Pontífice la decisión de trasladar desde los antiguos cementerios suburbanos a iglesias más seguras los cuerpos de los santos que todavía reposaban allí.

El piadoso duque hizo labrar una riquísima capilla, exornándola con mármoles y decorándola con pinturas alusivas al martirio del papa San Aniceto.

A finales del pasado siglo la familia de los Altemps había decaído y su palacio pasó a propiedad de la Santa Sede. Por entonces un sacerdote español, cuyo proceso de beatificación está en marcha, planeaba la fundación en Roma de un colegio donde pudieran hacer su formación eclesiástica en la Ciudad Eterna

los clérigos españoles que designasen sus prelados. Este sacerdote, don Manuel Domingo y Sol, pasó no pocas dificultades en su noble empresa. Tras unos años difíciles, en que recorrió con su grupo de colegiales varios edificios romanos, mereció que el mismísimo Papa le prestase su apoyo, y León XIII le cedió en 1894 el Palazzo Altemps.

Y aquí empieza la relación de los sacerdotes españoles con San Aniceto. En el gran fresco que decora la bóveda de la capilla el pintor diseñó la apoteosis del santo glorioso, que, rodeado de barrocas guirnaldas de ángeles como amorcillos, extiende su capa pontifical mientras sube a lo alto. Yo siempre quise ver en este gesto un símbolo de su protección al colegio. Y también debió verlo y experimentarlo el propio Mosén Sol, quien en circunstancias apuradísimas para la reciente fundación prometió que una lucecita habría de brillar perennemente, noche y día, cabe su sepulcro. En mis tiempos de alumno siempre la vi arder, y alguna vez yo mismo la aticé. Cuando posteriormente he estado en Roma la luz seguía luciendo, aunque ahora fuese una bombillita eléctrica. Y he pensado a veces si todos los papas, aun aquellos que figuran en el martirologio, tendrán la dicha de que ininterrumpidamente brille una lámpara de amor y gratitud bajo su tumba. San Aniceto, patrón del Colegio Español de Roma, sí la tiene.

¿Quién fue San Aniceto?

Pocas noticias nos ha legado la historia de este glorioso Papa. Casi podemos contentarnos con saber que fue el duodécimo sucesor de San Pedro, que gobernó la Iglesia once años, desde 155 a 166, entre San Pío I y San Sotero. Era originario de Emesa, en Siria.

En el siglo II la comunidad cristiana de Roma estaba fuertemente helenizada, su lengua oficial no era el latín, sino el griego. En griego vulgar se celebraba la liturgia, se predicaba, se hacían las inscripciones de los mártires en las catacumbas. Hasta un siglo después la lengua latina no suplantaría a la griega.

Esto explica los nombres griegos de la mayoría de los papas primitivos, nombres, por lo demás, sin ascendencia gentilicia, porque estos papas debían de ser libertos o de familias más bien humildes. Sus nombres revelan cualidades o rasgos, los que les

caracterizaron antes de la manumisión: Aniceto, Sotero, Calixto... el Invencible, el Salvador, el Hermoso... Estos personajes oscuros, pero eficientes, conocían la responsabilidad de su cargo y supieron llevar a buen puerto, entre borrascas y tempestades, la barquilla de la Iglesia. Hasta comienzos del siglo IV todos los papas dieron su vida por la fe. Ascender al pontificado era sentar plaza de candidato al martirio.

En aquel entonces la situación legal del cristianismo seguía siendo enormemente precaria. Aun bajo los auspicios de buenos emperadores, como los Antoninos, que se preocuparon de la felicidad material de sus súbditos, la Iglesia continuó teniendo sus mártires. Bajo el mismo Marco Aurelio (161-180), el emperador filósofo, no hay cambios sensibles. Ni parece verosímil que la apología de San Justino hiciera mella en el alma de este estoico frío y orgulloso, que más que hallar puntos de contacto entre el cristianismo y su doctrina vio en aquél un rival, sin impresionarle las virtudes de los mártires, cuya paciencia tomó por fanatismo.

A la vez que el Imperio desenvainaba la espada contra la Iglesia, los escritores atacaban con la pluma. Frontón de Cirta, Luciano de Samosata y Celso recurren a las fábulas más absurdas, a la sátira y a la calumnia para combatir al cristianismo.

Y, sin embargo, la resistencia oficial del Imperio romano y la ofensiva de sus letrados no era tan peligrosa para la Iglesia como la lucha interna que tuvo que sostener contra las incipientes herejías, agrupadas bajo el nombre común del gnosticismo. Toda la literatura del siglo II nos da la impresión de que los cristianos viven en una atmósfera de batalla, ya sean apologetas o controversistas.

En efecto, la Iglesia reaccionó vigorosamente. A los escritores paganos no les faltaron objetantes cristianos. San Justino, Atenágoras, Minucio Félix, Taciano, Apolinar y Orígenes trituraron uno a uno los falaces argumentos, deshicieron las calumnias y expusieron toda la belleza de la nueva religión.

Los mismos apologistas fueron buenos controversistas; su caso nos recuerda la actuación de los judíos de Nehemías, que con una mano levantaban el edificio teológico de la fe y con la otra empuñaban la espada de la controversia.

En esta atmósfera cargada se desenvolvía el pontificado de San Aniceto. Contemporáneos suyos, y en Roma, vivieron San Justino y Hegesipo, un judío converso que recorrió el Imperio para comprobar la uniformidad de su fe cristiana frente a las nacientes heterodoxias; a él debemos la anécdota que nos ha transmitido Eusebio sobre la venida de San Policarpo a la Ciudad Eterna.

También vivió en Roma en tales fechas el hereje Marción, un gnóstico peligrosísimo, que, enriquecido con negocios de empresas navieras, hacía grandes estragos entre los fieles por sus espléndidas limosnas y su austero rigorismo. Pero nunca pudo engañar a los auténticos representantes de la jerarquía. Y cuando viene a la capital del Imperio San Policarpo, para tratar con San Aniceto el problema de la fecha de la Pascua, encuentra a Marción casualmente, que con cinismo le pregunta:

—¿Me conocéis?

Y el venerable obispo, sin recato ni miramiento, le contesta:

—Te conozco, primogénito de Satanás.

Trataron ambos ilustres prelados sobre el modo de conciliar las fechas de celebración de la primera festividad cristiana; pero no lograron ponerse de acuerdo. El obispo de Esmirna, con más de ochenta y cinco años, había emprendido el penoso viaje a Roma para conferir con el cabeza de la Iglesia universal. Él seguía la tradición legada por San Juan, al que alcanzara a conocer en vida y de quien se proclamara como heredero; y en Roma se seguía la tradición de San Pedro. No se encontró solución al grave asunto, que, en realidad, no sería resuelto hasta el concilio de Nicea.

Pero ambos santos se mantuvieron unidos, y, como señal de la caridad no rota, San Aniceto invitó a San Policarpo a celebrar la eucaristía en presencia de la comunidad romana. Y así se despidieron en paz el uno del otro.

¿Fue realmente mártir San Aniceto? La expresión de que se sirve el *Liber pontificalis* resulta insólita. Dice *obiit martyr* (murió mártir), en vez de *martyrio coronatus* (coronado con el martirio). La tradición constante de los martirologios habla del martirio y suele señalar como fecha el 17 de abril, y en cuanto al lugar de

su enterramiento, si alguno habla del Vaticano, también es fuerte la tradición de haber sido inhumado en el que después se llamaría cementerio de Calixto, panteón normal de los primeros papas. De aquí, como se dijo, pasaron sus reliquias a la capilla del Palazzo Altemps en 1604. Sin embargo, la cabeza había sido entregada el año 1590 para su veneración al arzobispo de Múnich, Minucio, quien la colocó en la iglesia de los padres jesuitas de aquella ciudad.

¿Cómo terminar la biografía de este santo Papa? Quizá con las palabras tiernas y devotas que le dedicó el duque Juan de Altemps al recibir en su casa sus preciadas reliquias:

> «Si la perfecta inteligencia de la Sagrada Escritura, si la inocencia y la santidad de vida, si la gloria del martirio bastan cada una de por sí, como todos lo confiesan, para hacer a un hombre inmortal, ¿qué se deberá pensar del mérito y de la gloria de San Aniceto, en quien todas estas prendas se juntan?»

CASIMIRO SANCHEZ ALISEDA

Bibliografía

Act SS Boll, 17 de abril *Cartas de San Cipriano*
CAYRE, F, *Precis de patrologie et histoire de la theologie*, I (Paris ²1931) 73s
DELFHAYE, H, *Les origines du culte des martyrs* (Bruselas 1912, ²1933) 432s
DUCHESNE, L (ed), *Liber pontificalis*, I (Paris 1886) 134 e introduccion
EUSEBIO, *Historia eclesiastica*, I 4 c 11 14 y 19
MONCEAUX, P, *Histoire litteraire de l'Afrique chretienne*, II (Paris 1901) 137s
SABA, A CASTIGLIONI, C, *Historia de los Papas* I *Desde San Pedro a Celestino V* (Barcelona 1948) 22s, y en general todas las «Historias de los Papas»
TILLEMONT, L S DE, *Memoires pour servir a l'histoire ecclesiastique des six premiers siecles*, III (Venecia) 378s

SANTA INÉS DE MONTEPULCIANO

Virgen († 1317)

La santidad nunca es, en la Iglesia, un fenómeno aislado. Su vitalidad es regida por la ley de una ósmosis misteriosa, pero infaliblemente cierta.

Los santos nunca aparecen como hechos solitarios en el curso de la historia. Otra santidad, otras santidades anteriores, habrán contribuido en tensar su voluntad y en sobrenaturalizar su vida. Y a la vez será inevitable su influencia elevadora para otras almas que les seguirán.

Debe ser necesariamente así, habida cuenta de la constitución íntima del organismo sobrenatural de la Iglesia. Es un «cuerpo» social con una vida. Y la vida tiene manifestaciones múltiples, variadísimas en sus miembros, según su misión personal y la coyuntura histórica en que debe desarrollarse. Hay una influencia interna, oculta: la de la vitalidad interior de todos los cristianos entre sí, en la unidad del Cristo místico, trascendiendo las fronteras del espacio y del tiempo.

Mas hay también una influencia más palpable. Por afinidad de vocación, de talante espiritual, por cercanía, aun accidental en apariencia, la santidad concreta de un alma puede tener un influjo evidente en la santidad bien concreta de otras almas contemporáneas o posteriores. Es la clave de la floración de las familias religiosas cuando viven en el fervor de la observancia.

Los santos, se ha dicho, aparecen en la historia de la Iglesia en racimo. Junto a un santo puede buscarse, sin miedo a la decepción, a otro u otros santos. En el firmamento de la santidad no hay astros errantes, hay constelaciones de santos.

Santa Inés de Montepulciano aparece también en una constelación. Entre las monjas del «saco», primero, luego en su vocación a la Orden dominicana, que lleva el sello de lo sobrenatural. La Orden de Santo Domingo fue el árbol en el que su injerto prendió fecunda, esplendorosamente. Y en torno a ella, sobre el fondo de fervor y de fama de virtud del monasterio de Montepulciano, fulguran Santa Catalina de Siena y el Beato Raimundo de Capua, biógrafo de ambas, y buena parte de la escuela de *caternati*. Sus vidas llenan de luz casi todo el siglo XIV, tan pródigo, por otra parte, en claroscuros morales.

Por la influencia en los demás nos es dado medir, con criterio de hombres, la santidad de personas no conocidas personalmente por nosotros. Fijamos más atentamente nuestros ojos en Santa Catalina de Siena cuando oímos decir a nuestra Santa Teresa que,

> «despues de Dios, debia a la Santa Catalina muy singularmente la direccion y progreso de su alma en el camino del cielo»,

o al padre Granada afirmar que

> «puedo confesar que, despues del inefable misterio de la Encarnacion, nada he leido que me haya ofrecido prueba mayor de la bon-

dad y caridad divinas como los hechos de esta virgen y los singulares privilegios que Dios le concedio»

A la vez, volvemos la mirada a Santa Inés de Montepulciano, la consideramos con mayor atención y cariño cuando descubrimos la parte importantísima que ocupa en la vida y en la santidad personal de la gran Santa de Siena y la devota admiración que por ella manifiesta el ponderado y prudente director de la misma, el Beato Raimundo de Capua.

¡Biógrafos excepcionales los de la dominica Santa Inés! Excepcionales testigos del ambiente de santidad y del halo divino que en la historia de la Iglesia en el siglo XIV y siglos posteriores circunda la figura humanamente sencilla de esta hija de los Segni, acomodados propietarios de Graciano en el término de Montepulciano.

Nació, según los cálculos más probables, en 1274.

La trama de los acontecimientos exteriores de sus cuarenta y tres años terrenos es simplicísima. Sobre ella se urde el doble prodigio de su virtud heroica y de los asombrosos dones extraordinarios de Dios. Santa Catalina habla principalmente del primero. Raimundo de Capua pone especialmente de relieve el segundo.

A los nueve años Inés consigue de los suyos el permiso para vestir el escapulario de «saco» de las monjas de un convento de Montepulciano, llamadas justamente «del saco». Seis años más tarde, con su maestra en la vida conventual, llamada Margarita, fundan un monasterio en Proceno, junto a Orvieto, a 22 millas de Montepulciano. Al poco de la fundación la madurez de sus quince años mueve al obispo del que dependía el monasterio a ponerla en él como abadesa. Sabemos de un viaje de la santa a Roma, durante los dieciséis años que gobernó el monasterio de Proceno, para poner, por medio de los privilegios de la sede apostólica, a salvo de ambiciones y de usurpaciones el monasterio que acababan de fundar, y de otro, brevísimo, por motivos de caridad, que Dios bendijo con un milagro en Acquapendente.

Los familiares y amigos de Montepulciano apremian en el ánimo de Inés para que funde un monasterio que irradie en la comarca de Montepulciano la transformación espiritual en los

jóvenes y en el pueblo, que ha promovido el de Proceno. Se lanzo a ello cuando se hubo convencido de que aquélla era la voluntad de Dios.

Hacía sus treinta y un años y, buscando una regla de santidad para el monasterio que iba a suplantar en la cumbre del Poliziano (de aquí el nombre de *Montepulciano* de la ciudad) a las casas de mal vivir que la poblaban, viene la llamada divina a seguir las huellas y el magisterio de Santo Domingo.

> «La sierva de Jesucristo —cuenta el Beato Raimundo— veia durante la oracion, a sus pies, un ancho mar, y en el se le ofrecian tres grandes y hermosas naves, gobernadas por tres patronos, co lumnas de la Iglesia San Agustin, Santo Domingo y San Francisco Los tres la invitaban a subir en su propia nave, singularmente el ul timo, por ser el habito casi identico a las hermanas de su Orden Santo Domingo, por fin, resolvio la piadosa contienda, extendiendo la mano y trayendola a la nave que gobernaba, mientras decia a los otros dos Subira a mi nave, pues asi lo ha dispuesto Dios»

Levanta, con el apoyo de sus conciudadanos y familiares, el monasterio, que pone bajo la tutela espiritual de los padres dominicos.

Con el propósito de fortalecer la quebrantada salud de Ines, sus hijas la fuerzan a acudir a unos baños termales de la cercanía. No mucho después retorna al monasterio para entregar su alma a Dios, en el año de 1317.

Raimundo de Capua nos habla, como de paso, de la humildad de Inés, desde que a los nueve años entró en el convento de Montepulciano, de su dulzura, de su obediencia y de su espíritu de oración. Al referir prolijamente los portentos con que Dios la favorecía y a través de ella favorecía a las demas, cree ponderar suficientemente la santidad de una vida a la que el cielo pone el aval inconfundible del milagro.

Santa Catalina, nacida treinta años después de la muerte de Santa Inés, nos ofrece una visión más entrañable de su vida santa. Desde su infancia, en el animo de la Santa de Siena había ejercido una saludable influencia y había tenido una irresistible seducción la santidad de la abadesa de Montepulciano La conocía bien a través de los dominicos de Siena, sus confesores, y especialmente del Beato Raimundo, que durante los años de su estancia en Montepulciano, para la atención espiritual del monasterio,

había tratado con religiosas, compañeras durante muchos años de Santa Inés, y había escrito su vida con los recuerdos de éstas y el testimonio de otras muchas personas fidedignas.

Catalina deseó durante mucho tiempo venerar el cuerpo incorrupto y taumatúrgico de Inés. Realizó sus deseos por primera vez en el otoño de 1374. Los prodigios se sucedieron en esta y en las siguientes visitas, que a veces se prolongaron bastante tiempo.

En Montepulciano se desvanece todo rastro de recelo en el ánimo de Raimundo acerca de la santidad de su dirigida Catalina.

Ésta, en el *Diálogo,* pondera la verdadera humildad, la firme esperanza con que sirvió a Dios desde niña.

> «Con fe viva —dice—, y por mandato de María, ella, pobre y sin ningún bien temporal, se dispuso a levantar el monasterio »

Tenía fe en la Providencia, y la Providencia cuidó de ella por medios verdaderamente extraordinarios en muchas ocasiones.

Puede ser feliz coincidencia, es lícito, sin embargo, pensar en una influencia directa de la visión de las tres naves arriba mencionada, en las ideas y lenguaje del *Diálogo,* en el libro último sobre la obediencia. Las diversas Órdenes religiosas son otras tantas naves cuyo patrón, el Espíritu Santo, se sirve de los fundadores para disponerlas con orden perfecto... Santo Domingo y San Francisco, columnas de la Santa Iglesia... Los religiosos que entran en sus naves encuentran en ellas cuanto necesitan para su salvación y santificación.

En una de sus visiones Dios da a entender a Catalina que en el cielo tiene un trono reservado junto a la Santa de Montepulciano.

Disponemos de una carta de Catalina a sor Cristófora, priora de aquel monasterio. En su brevedad, en lo palpitante y cálido de su lenguaje, en lo persuasivo de sus apremios, es una semblanza acabada de la Santa Fundadora, cuyo espíritu se siente aletear todavía. Es el espíritu que embelesa de devota admiración y afecto entrañable el alma de Catalina, el espíritu que ésta quiere ver prolongado en todas sus hijas de Montepulciano.

> «Carísima hija en Cristo, dulce Jesús Yo, Catalina, sierva y esclava de los siervos de Jesucristo, te escribo en su preciosa Sangre;

con deseo de verte a ti y a las demas seguir las huellas de nuestra gloriosa madre Ines A este propósito os suplico y quiero que sigáis su doctrina e imitéis su vida Sabed que siempre os dio doctrina y ejemplo de verdadera humildad, ésta fue en ella la principal virtud. No me maravillo de esto, pues tuvo lo que debe tener la esposa que quiere seguir la humildad de su esposo Tuvo ella aquella caridad increada que ardía constantemente en su corazón y lo consumía Hambreaba almas y se daba a ellas Sin interrupción vigilaba y oraba De otra suerte no habría poseído la humildad, ya que no existe ésta sin la caridad una alimenta a la otra

»¿Sabéis que fue lo que la hizo llegar a la perfeccion de una virtud verdadera? El haberse despojado libre y voluntariamente, renunciando a sí misma y al mundo, sin querer poseer de él nada Bien se percato aquella gloriosa virgen que el poseer bienes terrenos lleva al hombre a la soberbia, por su causa pierde la virtud escondida de la verdadera humildad, cae en el amor propio, desfallece el afecto de su caridad, pierde la vigilia y la oración Porque el corazón y el afecto llenos de cosas terrenas y del amor propio de si mismo, no pueden llenarse de Cristo crucificado ni gustar de la dulzura de verdadera oración Por lo cual precavida la dulce Ines, se despoja de si misma y se viste de Cristo crucificado No solo ella, sino que esto mismo nos llega a nosotros, a ello os obliga y vosotras debéis cumplirlo

»Tened en cuenta que vosotras, esposas consagradas a Cristo, nada debéis retener de vuestro padre terreno, pues lo abandonasteis para ir con vuestro Esposo, sino sólo tener y poseer los bienes del Esposo eterno Lo que pertenece a vuestro padre es la propia sensualidad que debemos abandonar, llegado el tiempo de la discreción, y de seguir al Esposo y poseer su tesoro. ¿Cual fue el tesoro de Jesucristo crucificado? La cruz, oprobio, pena, tormento, heridas, escarnios e improperios, pobreza voluntaria, hambre de la honra del Padre y de nuestra salvación Digo que, si vosotras poseéis este tesoro con la fuerza de la razon, movida por el fuego de la caridad, llegaréis a las virtudes que hemos dicho

»Sereis verdaderas hijas de la madre, y esposas solicitas y no negligentes, merecereis ser recibidas por Cristo crucificado por su gracia os abrira la puerta de vida imperecedera

»No os digo más Anegaos en la Sangre de Cristo crucificado Levantad vuestro espíritu con solicitud verdadera y unión entre vosotras. Si permanecéis unidas, y no divididas, no habra ni demonio ni criatura alguna que pueda dañaros ni impedir vuestra perfección. Permaneced en el santo y dulce amor de Dios Jesus dulce, Jesús amor»

Los diez capítulos de la *Legenda del Beato Raimundo* añaden a esta visión que de una santa da otra santa el aspecto realmente asombroso de los prodigios externos que acompañaron y si-

gueron la vida terrena de Santa Inés. A la santidad íntima de su alma se une la aureola de milagros innumerables y de gracias sobrenaturales. Algunas de ellas, la del maná que solía cubrir su manto al salir de la oración, que cubrió el interior de la catedral el día de su profesión religiosa y la parte de los baños termales después de usarlos la Santa y cayó sobre Santa Catalina cuando estaba orando junto a su cuerpo incorrupto, ha merecido un puesto de honor entre los favores sobrenaturales en la historia de la mística.

En el prólogo de su *Legenda,* confiesa el Beato Raimundo que se ve obligado a escribirla, sobrecogido por la luz radiante que aun después de medio siglo de la muerte de la santa fundadora le ha deslumbrado en Montepulciano. Ante la magnitud de las gracias y favores extraordinarios de la vida que se dispone a escribir previene la posible duda en el ánimo del lector.

> «Todo lo que voy a escribir lo he recogido de labios de los que lo vieron u oyeron, perfecta y fielmente referido, o lo he encontrado escrito por manos de los notarios imperiales o de religiosos observantes, comprobado con la firma de testigos De entre los que oyeron o vieron estos admirables hechos me los refirieron principalmente cuatro religiosas que viven todavía, que trataron con ella desde los principios de su juventud y recibieron sus enseñanzas en la vida religiosa»

Con razón puede considerársela, junto a Santa Catalina de Siena, como una de las místicas más portentosas de su Orden y de su época.

La vida escrita por Raimundo de Capua extendió su fama de santidad y popularizó su culto de un modo extraordinario.

Clemente VII, en 1532, permite su culto solemne y público en la iglesia del monasterio de Montepulciano, y en 1601 Clemente VIII extiende el oficio de la Santa a toda la Orden dominicana. Conocida en todas partes, llegó el culto de Santa Inés de Montepulciano hasta el Nuevo Mundo: en Cuzco, Los Ángeles, Santa Fe, se erigieron monumentos que llevaron su nombre.

ÁNGEL MORTA FIGULS

Bibliografía

Act SS Boll Vita, por RAIMUNDO DE CAPUA (Ultima ed *Sant'Agnese da Montepulcia no* A cura di U Boscaglia (Siena 1983)

BOITEL, L., OP, *Sainte Agnes de Montpolitien, religieuse de l'Ordre de Saint Dominique* (París 1897).
FERRETTI, L. (ed.), *Lettere di Santa Caterina de Siena,* I (Siena 1922) 326s
ROUX, *Vie de Sainte Agnès de Montepulciano* (París 1728).
— Actualización:
BRIZI, M., *Sant'Agnese da Montepulciano: vita e devozione* (Proceno 1995).
SORDINI MARIANI, L., *Vita di S. Agnese Vergine da Montepulciano* (Siena 1991)

BEATA CLARA BOSATTA

Virgen y fundadora († 1887)

Esta bienaventurada religiosa fue la primera flor, cortada en lozana juventud, de la Congregación de las Hijas de Santa María de la Providencia, que el beato Luis Guanella fundara para derramar caridad entre los más desafortunados de su entorno. Fue una obra, junto con la de los Siervos de la Caridad, fundados también por el beato Guanella, que en el siglo XIX escucharon y atendieron el clamor de quienes más sufrían el peso de una sociedad injusta, sumida tantas veces en el caos de guerras y revoluciones, que aplastaban las más de las veces a los que la sociedad margina como inútiles, y en quienes los adelantados de la caridad cristiana contemplan y reverencian el rostro del Crucificado. En esta época, en la segunda mitad de la centuria decimonónica, floreció, en un cuerpo débil y enfermizo, el perfume de la caridad heroica de esta mujer del Norte de Italia para iluminar a la santa Iglesia de Dios y prestar sus manos de aliento y misericordia a los más olvidados del mundo.

Dina Bosatta nació el 27 de mayo de 1858, última de once hijos de unos padres humildes y piadosos en el pueblecito de Pianello Lario, diócesis de Como. Quedó huérfana de padre a los 3 años, pero su madre y su hermana mayor Marcelina la cuidaron con gran cariño. A los 14 años ingresó en el Instituto de Madres Canosianas de Gravedona para proseguir sus estudios primarios, obteniendo el título de maestra elemental. Seis años permaneció con las canosianas como sirvienta para pagarse sus estudios e internado, y como alumna. Se granjeó el amor de todos por sus virtudes y su laboriosidad. Fueron seis años felices (1871-1877) en que maduró su espíritu, adquirió una sólida educación e hizo grandes progresos en la piedad. Iba despertando ya entonces su vocación religiosa. Las canosianas de

buen grado la hubieran admitido en su noviciado de Como, pero su carácter tímido y reservado, proclive al silencio y a la contemplación, parecía orientarla más a la vida monástica que a la actividad propia del Instituto de Santa Magdalena de Canossa, y por ello regresó a su hogar.

El párroco de Pianello, don C. Coppini, había fundado mientras tanto, en 1871, una Pía Unión de Hijas de María, bajo la protección de Santa Úrsula y de Santa Ángela de Merici, en la que se inscribió la hermana mayor de Dina. El 18 de octubre de 1872, el párroco inauguró en Pianello un hospicio del Sagrado Corazón para ancianos y niñas huérfanas. Las dos hermanas, Marcelina y Dina, entraron para servir en esta casa de caridad. El 27 de junio de 1877, con otras dos jóvenes, emitieron sus votos religiosos para consagrarse así definitivamente a Dios y al servicio de quienes necesitaban sus obras de misericordia. Entonces Dina adoptó el nombre religioso de sor Clara. En el hospicio, Clara encontró finalmente el camino de su vida y perfección cristiana: sirvió como administradora, enfermera, maestra, educadora, vice-superiora. Cuidaba maternalmente de las huérfanas, se ocupaba de la formación de las postulantes y de las primeras novicias. En todo su quehacer, brillaba por su entrega, su observancia y su ferviente oración. Colaboraba en la parroquia en la formación apostólica de las Hijas de la Inmaculada, en la enseñanza del catecismo, en la educación de los niños del Oratorio y en la visita a los enfermos. Llevaba a cabo toda esta dedicación apostólica a pesar de lo débil de su salud. En el curso escolar de 1881-1882 completó sus estudios de magisterio en la vecina ciudad de Gravedona, volviendo al colegio de las canosianas, del que conservaba tan buenos recuerdos.

Desde el 11 de noviembre de 1881 era párroco de Pianello don Luis Guanella; estuvo al frente de la parroquia hasta 1890. El encuentro de don Guanella con las dos hermanas Bosatta fue providencial. El futuro Beato Guanella pasó a dirigir pronto el hospicio y erigió la Pía Unión preexistente en congregación religiosa, con el título de Santa María de la Providencia. Dio a las primeras religiosas una nueva regla en la que campeaba el lema *In omnibus caritas:* la caridad en todo y para todos. Era el programa del nuevo instituto religioso.

En 1885 el hermano del fundador don Luis Guanella, Lorenzo, que era prior de Ardenno (Sondrio), solicitó y consiguió que tres religiosas de la nueva congregación pasaran a su parroquia para iniciar otra obra de caridad. Marcharon allí las dos hermanas Bosatta y sor María Buzzetti. Permanecieron en Ardenno un año, en el que la salud de sor Clara empezó a resentirse de tanto trabajo.

En 1886 el Beato Luis Guanella cumplió su sueño de trasplantar a Como, con el beneplácito del obispo, su Instituto de Pianello. En torno al santuario del Sagrado Corazón, el fundador estableció su «fortaleza de caridad», la casa principal de la Divina Providencia y de todas sus obras asistenciales. Efectivamente, junto a la rama femenina pronto se organizó la masculina, la Congregación de los Siervos de la Caridad. Tal obra gozó de la estima y apoyo del beato arzobispo de Milán, Andrés Carlos Ferrari, y pronto se extendió fuera de la ciudad de Como.

Sor Clara fue nombrada directora de la nueva fundación en Como. La superiora se convirtió enseguida en alma y centro propulsor y amoroso de la institución. Las religiosas, las postulantes, los huéspedes, ancianas necesitadas, jóvenes obreras de la ciudad, todos encontraban en sor Clara una madre, una consejera, un refugio. Ella inmolaba y sacrificaba su vida en aras de tanta caridad, con entrega absoluta, con absoluta pobreza. Todo ello resquebrajó su ya delicada salud. Sufrimientos interiores, que aceptaba plenamente en conformidad con la voluntad de Dios, purificaron aún más su espíritu que llegó a grados y experiencias de auténtica mística, gracias que sólo manifestó a su padre espiritual, el beato Guanella.

En el otoño de 1886 se le diagnosticó una tisis pulmonar. Pensando que los aires de su pueblo natal mejorarían su salud, fue trasladada a Pianello. No impidieron el avance de la enfermedad los cuidados de que fue objeto con sumo cariño. El 20 de abril de 1887 emigró de esta vida terrena, unida a Cristo crucificado por sus dolores físicos y espirituales, imitando la entereza de la Virgen Dolorosa. No había cumplido aún los 29 años.

Había dejado en la Congregación de Santa María de la Providencia, en cuantos fueron objeto de su caridad maternal, en

todos los que la trataron, la huella del que sigue los pasos de Jesucristo Crucificado. Su fama de santidad se fue consolidando de día en día. El que mejor supo valorar las virtudes heroicas de sor Clara fue su director espiritual, el fundador Beato Luis Guanella. Éste consultó el caso con el beato cardenal Andrés Carlos Ferrari, con el papa San Pío X, y decidió promover la causa de canonización. El proceso informativo se abrió en la curia episcopal de Como en 1912 y en 1917 se inició el proceso apostólico en la Congregación de Ritos. El papa Juan Pablo II aprobó las virtudes heroicas de sor Clara el día primero de septiembre de 1988 y en enero de 1991 aprobó el milagro conseguido por intercesión de la venerable. En el siguiente 21 de abril, el domingo cuarto de Pascua, domingo del Buen Pastor, jornada mundial de oración por las vocaciones, el mismo papa celebró la beatificación solemne en la Plaza de San Pedro del Vaticano.

En su homilía el papa destacó de la beata Clara Bosatta primeramente su comunión con el carisma del beato Luis Guanella: «la dedicación a los últimos, en la plena e indestructible confianza en la Providencia divina».

> Clara retuvo siempre como un don precioso el espíritu de piedad que había recibido en la parroquia, la vocación para servir a los niños abandonados y a los ancianos que sufrían la soledad Fue verdaderamente providencial su encuentro con don Guanella, a cuya escuela presto la disponibilidad para realizar las obras de asistencia espiritual y material hasta consumir sus energías en la última enfermedad, contraída precisamente sirviendo a los que sufrían, ofrecida como don y sacrificio en favor de los más miserables En su humildad y fragilidad, en la simplicidad de las maneras y en la delicadeza del trato, Clara escondía la fuerza indescriptible de la caridad evangélica Por eso, «Dios la condujo —como atestiguo el beato Guanella, su director espiritual— por el camino de las almas fuertes, camino áspero y de por sí peligroso, pero la condujo de tal forma que no diera un paso en falso Y ella no tropezaba porque se agarraba con absoluta docilidad a la mano que la conducía»
>
> La enseñanza de la beata Clara y de las otras dos religiosas beatificadas con ella (Annunciata Asteria Coccetti, María T J Haze) —prosiguió predicando Juan Pablo II—, en un mundo secularizado, tan falto de esperanza, nos atestiguan con su vida que Dios es Padre que nos ama y permite cuanto nos sucede para nuestro bien Donde falta a veces el sentido de la vida, don de Dios, ellas recuer

dan la necesidad del respeto a la vida, el cuidado de la misma, aun en medio de situaciones de gran pobreza humana.

PERE-JOAN LLABRÉS Y MARTORELL

Bibliografía

AAS 84 (1992) 185-187.
AMBROGI, G. DE, *Sul sentiero della carità, suor Chiara Bosatta* (Como 1974).
Bibliotheca sanctorum. Appendice prima, cols.208-210.
GUANELLA, L., *Non ritornerà più, dunque, suor Chiara fra noi?* (Roma 1982)
L'Osservatore Romano (22/23-4-1991).
PICCINELLI, G., *Breve vita di suor Chiara Bosatta* (Como 1947).
PREATONI, G., *La serva di Dio suor Chiara Bosatta, «fiore del cielo»* (Milan 1966).

BEATO ANASTASIO PANKIEWICZ

Presbítero y mártir († 1942)

La católica Polonia estaba llamada a dar muchos mártires a la Iglesia en la dura época de la invasión nazi, cuando un régimen enemigo de la dignidad del hombre se enseñoreó del país. De entre esos muchos mártires destaca este hijo de San Francisco que llegó al martirio luego de una vida fecunda en apostolados y buenas obras y habiendo fundado una congregación religiosa destinada a hacer el bien en nombre de Jesucristo.

Nació en el seno de una familia numerosa y cristiana, de una familia campesina y modesta, llena de valores humanos y cristianos. Fueron sus padres Tomás Pankiewicz y Tecla Lenio, y su nacimiento tuvo lugar en el pueblecito de Nagórzany, parroquia de Nowotaniec, junto a Sanok, en la diócesis de Przemysl. La fecha de su nacimiento fue el 9 de julio de 1882 y ese mismo día fue el de su bautismo, pues el recién nacido fue llevado a las pocas horas de nacer a la parroquia para que le fuera administrado el bautismo y se uniera a Cristo redentor. Se le impuso el nombre de Santiago.

Su infancia fue la normal de un niño campesino, aprendiendo las primeras letras en la escuela de su pueblo natal. Y concluidos estos estudios, sus padres lo enviaron a Sanok y luego a Lvov para los estudios secundarios. Fue la suya una adolescencia marcada por la piedad y las buenas costumbres, y a nadie pudo extrañar que esa adolescencia desembocara en una opción

por la vida religiosa. Luego de meditarlo y teniendo la licencia de sus padres, después de concluidos los estudios en Lvov, optó por la vida religiosa y pidió y obtuvo ingreso en la Orden franciscana. La Provincia de la Inmaculada Concepción, en la que entró, era resultado de la fusión de dos provincias franciscanas: la de los reformados y la de los observantes, unión lograda el año 1900.

Una vez admitido en la Orden fue enviado al convento de Lezajsk, donde tenía la Provincia franciscana su noviciado. En la vestición de hábito se le impuso el nombre de Fray Anastasio. Aquí maduró su vocación y estuvo abierto a las indicaciones de su maestro de novicios, y fue admitido a la profesión temporal de los votos. La solemne la haría en 1904. Concluido el noviciado, hubo de hacer un curso integrativo al programa de la escuela secundaria superior, y entonces se le envió al convento de San Casimiro en Cracovia, donde cursó los estudios filosóficos. Los hizo con regularidad y, concluidos, fue enviado al convento de San Andrés Apóstol, de Lvov, donde hizo a su vez los estudios teológicos. A punto de concluir éstos, recibió el sacerdocio en la misma ciudad el día 1 de julio de 1906. Y una vez concluidos en 1907, se le dio destino.

Su primer destino fue de 1907 a 1908 en el convento de Wieliczka, junto a Cracovia. Luego fue enviado al convento de su Orden en la ciudad de Woclawek, que estaba situada en la parte de Polonia sometida al dominio del zar de Rusia. Aquí tuvo la misión de maestro de novicios, en cuyo cumplimiento puso lo mejor de sí mismo.

En 1911 la Santa Sede toma la decisión de volver a separar las dos provincias franciscanas, observante y reformada. Fray Anastasio se decide por la primera, y entonces es enviado al convento de Lvov como maestro de coristas. En 1913 fue destinado a Cracovia y aquí se le confió la capellanía de las Hermanas Bernardinas.

En esta ciudad estaba cuando en el verano de 1914 estalla la I Guerra Mundial. Necesitado el ejército imperial austriaco de capellanes, el P. Anastasio es llamado a ejercer este ministerio. La mayor parte del tiempo de la guerra lo pasa en Hungría. Fue un tiempo duro, que conoció la caída de los im-

perios europeos y el avance de las nuevas fórmulas políticas. En Hungría había comunidades polacas, y se le encarga al P. Anastasio las atienda pastoralmente, como así hizo con gran celo y con gran fruto.

Terminada la guerra mundial y proclamada la independencia de Polonia, fue enviado al convento de San Bernardino, de Cracovia, como guardián. Aquí daría la talla de su gran personalidad humana y religiosa. Pudo verse cómo sólo le importaba la gloria de Dios y la salvación de las almas y cómo era capaz de liderar magníficas iniciativas dirigidas a suscitar el espíritu religioso y apostólico de los fieles.

El P. Anastasio dio nuevo impulso a la Orden Tercera, como laicado franciscano, que quería formado en la fe, activo en la caridad y animoso en el compromiso cristiano. Su crédito crecía por días y gente de todas las clases y edades se acercaban a él con confianza para recibir de él siempre una palabra oportuna, una ayuda apropiada. Daba en las cuaresmas ejercicios espirituales por las parroquias, con gran concurrencia de fieles. Igualmente participaba con gran entrega en misiones populares, teniendo gran habilidad para exponer a los fieles las verdades fundamentales de la fe. Durante una temporada se encargó de la clase de religión en la Escuela Industrial.

En 1925 se erige la diócesis de Czestochowa, la cual estaba naturalmente necesitada de un seminario diocesano. El P. Anastasio contribuyó a su creación cediendo una parte del parque que rodeaba el convento, para que en ella se edificara el nuevo seminario.

En 1929, luego de tantos años de fructífera actividad en Cracovia, el P. Anastasio fue encargado de la apertura de una nueva casa en Lodz. El P. Anastasio eligió para sede de la misma no el centro de la ciudad sino el barrio obrero de Dolly. Era un barrio de gente muy necesitada, donde al lado de la actividad religiosa era imprescindible una acción social bien organizada que ayudara a la promoción de sus gentes. El P. Anastasio empezó y llevó adelante con grandes sacrificios y esfuerzos la construcción de un edificio de tres plantas, destinado a Colegio Seráfico y a instituto de bachillerato, a fin de ofrecer estudios secundarios a la juventud del barrio. Pudo construir también la iglesia de Santa Isa-

bel. Al llegar el curso 1938-1939 los alumnos eran ya doscientos y entre ellos se hallaban también chicos protestantes.

Y fue entonces cuando pensó que era necesaria una institución religiosa que atendiera a la deseada promoción social del barrio. Unas terciarias franciscanas de Woclawek, que habían colaborado con él en su estancia en dicha ciudad, fueron el embrión de una nueva comunidad religiosa. Ésta se tituló de Hermanas Antonianas de Cristo Rey. La regla a seguir elegida fue la de la Orden Tercera de San Francisco. Ellas empezaron colaborando con el instituto y dirigiendo distintas obras sociales a favor del barrio. Las tristes circunstancias de la ocupación nazi y de la II Guerra Mundial difirieron la erección canónica de esta comunidad que solamente tuvo lugar el 22 de diciembre de 1959 por el obispo de Lodz monseñor Miguel Klepacz.

Estaba el P. Anastasio en plena actividad pastoral y social. Ayudado por las religiosas, su obra se consolidaba y extendía y las gentes del barrio de Dolly recibían los beneficios de su actividad. Pero tuvo lugar una gran tragedia cuando el 1 de septiembre de 1939 comenzó la invasión de Polonia por parte de las tropas nazis. La ciudad de Lodz, gran centro industrial textil, tras su ocupación por las tropas alemanas, fue declarada parte del Reich alemán. Para la población polaca la ocupación se hizo especialmente penosa. Los ocupantes suprimieron el instituto, ocuparon el convento, dedicaron la iglesia a cuadra y garaje y expulsaron a los religiosos.

El P. Anastasio encontró hospedaje en casa del enterrador del cementerio cercano. Y aprovechando que en el mismo había una capilla, comenzó a celebrar en ella la santa misa, acudiendo así a las necesidades de los fieles y mostrando el mismo celo apostólico que había venido ejerciendo desde su llegada a la población. No dejó el P. Anastasio de advertir que aquello le podía traer graves consecuencias y era ya sabido que numerosas personas estaban siendo arrestadas y llevadas a campos de concentración. Pero él creía que debía seguir ejerciendo su ministerio y llevando su hábito religioso. Así entendía que reafirmaba el derecho a la libertad religiosa y animaba a los fieles a la resistencia espiritual y moral por la vía pacífica. No desarrolló ninguna ac-

tividad que pudiera ser calificada de política o significara aliento a una resistencia violenta a la ocupación.

El 1 de abril de 1940 el P. Anastasio fue arrestado. Para ello no se necesitaban especiales razones. Su actividad religiosa y su libertad en llevar el hábito religioso le hacían sospechoso de no adhesión al régimen nazi. Sufrió los interrogatorios consabidos pero no se le pudo formalizar una acusación seria, pese a lo cual se le retuvo arrestado durante diecisiete días. En ellos pudo darse cuenta de que su actividad religiosa, por pacífica que fuera, era peligrosa, pero en cuanto lo dejaron libre, volvió a la casa del enterrador y siguió celebrando misas en la capilla del cementerio.

Y es que este arresto del P. Anastasio hay que enmarcarlo en la persecución contra los sacerdotes y religiosos emprendida por el Reich en los territorios polacos ocupados. En octubre de 1939 hubo ya una oleada de arrestos. La segunda empezó el 26 de agosto de 1940 y centenares de ellos fueron deportados al campo de concentración de Sachsenhausen, junto a Berlín, y de ahí al de Dachau, junto a Múnich en Baviera. La tercera oleada tuvo lugar por orden expresa de Berlín el 6 de octubre de 1940, en la que no se respetó a ancianos y enfermos. Uno de los arrestados a raíz de dicha orden fue el P. Anastasio. Llevado al campo de Lad junto a Lodz, en un convoy ferroviario, fue conducido días más tarde, con otros 480, al campo de concentración de Dachau. A él llega el 30 de octubre de 1941.

Al llegar, él y sus compañeros fueron privados de toda su ropa personal y obligados a vestirse con los trajes rayados propios de los prisioneros. Perdieron sus nombres y se les dio un número. El del P. Anastasio fue el 28.176.

Las condiciones eran horribles. Hacía un frío espantoso, y los recién llegados fueron obligados a pasar horas y horas en la explanada o trabajando al aire libre sin permitírseles entrar en las barracas. Los trabajos fueron tan duros que comenzaron a morir muchos presos. El hambre, además, era espantosa por la cantidad ridícula de alimentos que se les daba. Los guardianes lograban a cambio de pequeños favores conseguir presos colaboracionistas, los cuales daban mal trato a los sacerdotes, lo que se unía al mal trato que ya les daban los guardianes. Se comenzó a declarar «inválidos» a los ancianos y enfermos y a funcionar la

cámara de gas, donde eran eliminados. Posteriormente sus cadáveres eran llevados a los hornos crematorios del campo de Mauthausen.

El P. Anastasio no se vino abajo por las difíciles circunstancias. Los testimonios que se conservan de compañeros supervivientes han podido dar el perfil moral de un prisionero entregado a la voluntad de Dios y perseverante en hacer el bien en su entorno. Consolaba a todos, estaba siempre sonriente. Supo ser sacerdote y franciscano hasta el final y mostrar a sus compañeros su ejemplo de fortaleza moral y de fe en Dios Nuestro Señor.

El día en que iba a ser gaseado pidió a un compañero sacerdote que lo confesara. Y luego dijo: «Estoy tranquilo y preparado a morir». Montado en un convoy fue llevado, con otros sesenta, al castillo de Hartheim donde estaba la cámara de gas. El P. Anastasio intentó ayudar a uno de sus compañeros a saltar del camión. Cerraron brutalmente la puerta y le amputaron ambas manos, provocándole una horrible hemorragia que le causó la muerte.

La fecha de este martirio fue según la *Positio* el 20 de mayo de 1942, pero el *Martirologio romano,* siguiendo el decreto de martirio, lo conmemora el día 20 de abril.

Los compañeros de prisión del P. Anastasio ya lo tuvieron por mártir. La noticia de su muerte y sus circunstancias se difundió por el amplio círculo de personas que lo conocían. Cuando supieron su muerte, los religiosos del convento de San Bernardino de Cracovia, donde tantos años había realizado su trabajo apostólico, colocaron su retrato en la sacristía y comenzaron a decir que lo tenían por un verdadero mártir. Terminada la guerra, en diversos conventos de su Orden se le dedicaron lápidas conmemorativas, y así se hizo especialmente en Lodz, en la iglesia erigida por él. La escuela que él fundó en esa ciudad, y que ahora es una escuela mixta, lleva ahora su nombre. Y de modo particular han seguido alentando su memoria como religioso ejemplar y como mártir sus hijas espirituales las religiosas de la Congregación de Hermanas Antonianas de Cristo Rey.

Abierta su causa de beatificación junto con la de otros mártires, se juntaron luego varias causas y se llegó así a la beatifica-

ción de 108 mártires polacos el 13 de junio de 1999, entre los cuales estaba nuestro mártir y fundador.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 91 (1999) 180-192, 92 (2000) 665-670
Positio sobre el martirio de Antonio Julián Nowowiejski y 107 compañeros (Roma 1998)
Noticias sobre el martir enviadas por el Postulador de la Causa, Thomas Kaczmarek.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN SECUNDINO DE CÓRDOBA

Mártir († s. IV)

No hay duda de que hubo un mártir en Córdoba llamado Secundino. Así nos lo aseguran antiguos y serios martirologios como el de Usuardo o del Racemundo. Lo más probable parece ser que fuera un mártir de la época romana, pero se ha pensado si sería de la época de la persecución arábiga. La fecha del 20 de abril ya la celebraba en el s. X la comunidad cristiana mozárabe.

SAN MARCELINO DE EMBRÚN

Obispo († 374)

Era, con anterioridad a su ordenación episcopal, un sacerdote africano que con otros compañeros evangelizó el sureste de Francia, el Delfinado. Visto el éxito de su obra misionera, San Eusebio de Vercelis lo ordenó obispo. Perseguido por los arrianos hubo de ocultarse en los vecinos Alpes, desde donde acudía puntualmente a visitar y animar a sus fieles. Murió el 13 de abril de 374, siendo enterrado el día 20, que quedó como día de su deposición.

SAN ANASTASIO DE ANTIOQUÍA

Obispo y mártir († 609)

Sucede en 599 al obispo Anastasio, y por ello se le conoce como Anastasio II. Era monje del monasterio del Monte Sinaí. Dio cuenta de su elección a San Gregorio Magno, que le contestó alegrándose de su ortodoxia y buenas disposiciones. Pereció el año 609 como víctima del motín organizado por los judíos contra las conversiones forzadas por el emperador Focas. Su cuerpo fue mutilado y quemado.

SAN VIÓN DE OSNABRUCK

Obispo († 804)

Fue uno de aquellos sacerdotes a quienes Carlomagno, en la dieta de Paderborn del año 777, encargó la evangelización de los sajones. En mitad de esa misión se le confió la nueva diócesis de Osnabruck que presidió santamente hasta su muerte el año 804.

BEATO DOMINGO VERNAGALLI

Presbítero († 1218)

Nació en Pisa, Italia, en 1180 y ya era sacerdote cuando decide su vocación eremítica ingresando en la Orden camaldulense en calidad de oblato en el monasterio de San Miguel. Fundó un hospicio para niños expósitos y se dedicó ejemplarmente a esta obra de caridad a lo largo de su vida. Murió el 20 de abril de 1218. Su culto fue confirmado el 17 de agosto de 1854.

BEATO SIMÓN RINALDUCCI

Presbítero († 1322)

Nacido en Todi, Italia, en su juventud decide su vocación religiosa ingresando en la Orden de Ermitaños de San Agustín, en la que profesa y se ordena sacerdote. Ejerce un amplio apos-

tolado entre la juventud estudiantil de Bolonia y atrae a Dios a innumerables almas con su fervorosa predicación popular. Fue prior de varias casas de su Orden y provincial de Umbría. Acusado falsamente, guardó silencio y ofreció a Dios el sacrificio de su fama, porque la restitución de ésta no hubiera sido posible sin arruinar la de otros. Murió en Bolonia el 20 de abril de 1322. Su culto fue confirmado el 18 de marzo de 1833.

BEATOS SANTIAGO BELL Y OTROS MÁRTIRES DE LAS ISLAS BRITÁNICAS

Presbíteros y mártires († 1584-1602)

Tal día como hoy, 20 de abril, pero de diferentes años sufrieron martirio bajo el dominio de la corona británica ocho mártires, a quienes la Iglesia ha colocado en la gloria de los altares.

En 1584 y en Lancaster fueron ahorcados y descuartizados el sacerdote secular Santiago Bell, natural de Warrington, educado en Oxford y ordenado sacerdote en la propia Inglaterra durante el reinado de María Tudor. Al cambiar Isabel I la religión él la siguió y trabajó como ministro protestante durante muchos años, hasta que en 1581 se reconcilió con la Iglesia católica, y fue arrestado, juzgado y condenado a muerte. La misma suerte corrió el seglar Juan Finch, natural de Eccleston, granjero de profesión y que también había seguido a Isabel I al protestantismo cuando el cambio de religión, y que por hacer apostolado fue arrestado, juzgado y condenado.

En 1584 y en Londres fueron ejecutados los sacerdotes seculares Ricardo Sergeant y Guillermo Thompson. El primero era del Gloucestershire y había estudiado en Reims; llevaba dos años trabajando apostólicamente en Londres cuando fue arrestado y condenado a muerte. El segundo era de Blackburn en el Lancashire y también había estudiado en Reims, siendo acogido a su vuelta por Santa Ana Line; llevaba dos años trabajando cuando fue arrestado y condenado a muerte. Su ejecución tuvo lugar en Tyburn.

En el año 1585 en Irlanda tuvo lugar, tal día como hoy, el martirio del sacerdote Mauricio Mac Kenraghty, capellán del conde de Desmond, y que logra licencia del carcelero para salir

a ejercer su ministerio, siendo descubierto y quedando clara su condición de sacerdote que hasta entonces no había podido ser probada. Se le ofreció la libertad si se hacía anglicano pero perseveró hasta la muerte en la fe católica.

En 1593 y en York fue ejecutado el sacerdote secular Antonio Page, natural de Harrow-on-the-Hill, Middlesex, que fue ordenado sacerdote en Reims en 1591. Trabajo por un tiempo en el Yorkshire hasta su detención y juicio, siendo condenado a muerte.

En 1602 fueron ejecutados en Londres el jesuita Roberto Watkinson y el sacerdote secular Francisco Page. El primero era de Hemingborough, en el Yorkshire, y había estudiado en Douai y Roma. Tenía mala salud y al volver a Inglaterra buscó tratamiento médico, pero apenas llegado fue denunciado y arrestado, siendo sentenciado a muerte. Se había ordenado sacerdote en Arras no hacía todavía un mes cuando fue ejecutado Francisco Page era probablemente pariente del mártir Antonio Page y había nacido en Amberes Educado como protestante, al decidirse por el catolicismo, se decide también por el sacerdocio y estudia en Douai. Tras ordenarse en Arras en 1600 vuelve a Inglaterra y es descubierto mientras decía misa, siendo condenado por ser sacerdote.

Sergeant, Thompson, Mac Kenraghty y Antonio Page fueron beatificados el 22 de noviembre de 1987 Los otros, el 15 de diciembre de 1929.

21 de abril

A) MARTIROLOGIO

1 En Canterbury (Inglaterra), San Anselmo († 1109), obispo y doctor de la Iglesia, de la Orden Benedictina **

2 En Roma la conmemoracion de San Apolonio († 185), filosofo y martir *

3 En Alejandria de Egipto, San Aristo, presbitero y martir (fecha desconocida)

4 En el Monte Sinai, San Anastasio († 700), hegumeno *

5 En el monasterio de Apple Cross (Escocia), San Maelrubio († 722), abad *

6 En Cervere (Italia), Beato Bartolomé Cerveri († 1466), presbítero, de la Orden de Predicadores, mártir *

7 En Altotting (Baviera), San Conrado de Parzham († 1894), religioso, de la Orden Capuchina **.

8 En Nochistlán (México), San Roman Adame Rosales († 1927), presbítero y mártir *

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SAN ANSELMO

Obispo y doctor de la Iglesia († 1109)

El relato de la vida de San Anselmo ha llegado hasta nosotros de la manera más auténtica y fidedigna, por medio de un discípulo suyo, compañero en sus viajes y testigo de la mayor parte de las cosas que cuenta u oyó contar a su maestro. Tal es Eadmero. Su biografía es un modelo, porque no se contenta con narrar los hechos externos o los milagros del santo al estilo de un San Gregorio Magno en su *Vida de San Benito,* o del monje Grimaldo en su *Vida de Santo Domingo de Silos,* sino que, adelantándose a su época, se adentra en su alma, nos describe su carácter, sus costumbres, su modo de gobierno, sus virtudes, en una palabra, su psicología, resultando una biografía amena al par que instructiva y edificante, y realizando el aforismo de Horacio: *Miscuit utile dulci.*

Nació nuestro santo el año 1034 en Aosta, ciudad de Toscana, situada en un valle muy ameno, rodeado de montañas y colinas, en cuyas faldas crecen viñedos y frutales, y que en aquel entonces pertenecía al reino de Borgoña. Aún se conserva una casa con una habitación llamada de San Anselmo.

Su padre, Gondulfo, que era pariente de la gran condesa Matilde, era vivo, apasionado, amante del boato y derrochador. Su madre, por nombre Emerbenga, más pobre, quizá, pero más piadosa y distinguida, era el prototipo de la madre cristiana, instruida y consciente de su misión, que supo instruir y elevar el corazón de su hijo con auxilio de imágenes encantadoras. Así,

para enseñarle lo bueno que es Dios, cuán grande y poderoso, le mostraba las cumbres de los Alpes en el punto en que recortaban el azul del cielo, y le decía: «¿Ves? Ahí comienza el reino de Dios». (Entonces, para el niño, Dios se convertía en el «Señor de los cielos», mientras que los compañeros turbulentos y sin corazón de los desórdenes paternos, son los señores de «este mundo perverso».)

Muy pronto sintió deseos de aprender. Se le confió a un maestro austero, arisco, que le encerró en una fría soledad y le inculcó sus sombrías lecciones. Anselmo enfermó, se le volvió a casa, y, ante su fisonomía pálida, sus ojos distraídos y sus movimientos nerviosos, sus padres cayeron en la cuenta de que estaba como embrutecido. Había que proporcionarle distracciones, juegos, rostros amables, libertad de movimientos. En efecto, muy pronto volvió a ser el niño alegre, amable y expansivo de siempre. Entonces su madre le puso en manos de otros maestros más comprensivos, los benedictinos, que acababan de fundar una casa en Aosta, los cuales comprendieron muy bien su naturaleza tan amante y tan inteligente, y en ella desarrollaron la piedad y la ciencia hasta el punto de dejarles admirados por sus progresos. Con razón dirá él más tarde: «Todo lo que soy se lo debo a mi madre y a los monjes benedictinos».

A los quince años intentó entrar en el noviciado de San Benigno de Fruttuaria, cerca de Aosta, pero la oposición de su padre y el haber caído enfermo se lo impidieron. Obligado a volver al mundo, es en él admirado y amado, «y, aunque nunca ha faltado a la modestia ni por una sola mirada», dice Eadmero, sin embargo, se siente atraído por los esplendores engañosos de sus fiestas. Pero su madre vela por él y le impide que se deje fascinar. Muy pronto, sin embargo, Dios la llama a sí, cuando sus consejos le eran más necesarios.

Después de esta muerte prematura, dice Eadmero, «El navío de su corazón, como si hubiera perdido su gobernalle, vino a ser el juguete de las olas». Quizá hubiera naufragado sin la dureza de la autoridad paterna, que contuvo ásperamente sus desórdenes nacientes. Esa dureza se convirtió muy pronto en exasperación, lo que obligó a Anselmo a abandonar la casa paterna (renunciando a su patria y a sus bienes).

Toma consigo un criado, y, acompañado de un asno que le lleva su bagaje y algunas provisiones, atraviesa el monte Cenis en camino hacia Francia. Durante tres años recorre la Borgoña, llega a Avranches, allí oye hablar del célebre Lanfranco de Pavía, su compatriota, que (después de haber explicado allí admirables lecciones) se ha hecho monje en la abadía de Bec en Normandía, recién fundada por el venerable Herluino. Allí se dirige y, ganado por sus explicaciones luminosas no menos que por su bondad paternal, se decide a hacerse religioso, siendo muy pronto el modelo de todos. Tenía entonces veintisiete años (1061). Tres años más tarde Lanfranco era nombrado abad de San Esteban de Caen por el duque de Normandía, Guillermo el Conquistador, y entonces Herluino confió a Anselmo el cargo de prior. Finalmente, a la muerte de Herluino, el fundador, fue elegido abad de Bec (1078).

Una diligente administración, una dirección sabia, una vida de caridad y de estudio llevada a alto grado, fueron las tareas de su nuevo cargo. A causa de los intereses que su comunidad poseía en Inglaterra tuvo que visitar esta nación, y con tal motivo fue conocido y estimado por los reyes Guillermo el Conquistador y su hijo Guillermo el Rojo, el cual había de causar a nuestro Santo grandes disgustos, como veremos.

Entretanto, su amigo Lanfranco, que en 1071 había sido elevado a la sede primacial de Cantorbery, moría en 1087, amargado por los disgustos que le causara Guillermo el Rojo, y Anselmo, que parecía predestinado por la Providencia para seguir sus pasos, fue nombrado para sucederle. «Cuando llegó al Santo la noticia faltó poco para que se desmayase, pero de nada le sirvió su resistencia; por unanimidad fue aclamado y llevado en triunfo, aunque no sin violencia por su parte, hasta la próxima iglesia. Ocurría esto en el año 1093 el 6 de marzo, primer domingo de Cuaresma».

Muy pronto sus temores e inquietudes se convirtieron en realidad. La lucha con el rey comenzó por la cuestión de las investiduras. Es sabido que en los primeros siglos el clero y el pueblo designaban los obispos, mientras que el rey no gozaba más que de un simple derecho de confirmación. En el siglo X esta confirmación se transformó en un nombramiento puro y

simple, la investidura laica reemplaza a la eclesiástica. Tal innovación llevaba consigo consecuencias graves. Con frecuencia los reyes y señores, poseedores de obispados y abadías, los consideraban como bienes de alquiler y no los daban más que al mejor postor. El prelado designado se compensaba vendiendo a su vez los cargos inferiores, sin tener en cuenta las cualidades de los candidatos. Es la simonía con todas sus consecuencias. Gregorio VII quiso cortar el mal por lo sano con su famoso decreto dado en el sínodo romano del 24 de febrero de 1075.

> «Todo el que en lo sucesivo reciba de la mano de un laico un obispado o una abadía no será contado entre los obispos y abades Igualmente, si un emperador, duque, marqués, conde, se atreviere a dar la investidura de un obispado o cualquiera otra dignidad eclesiástica, sepa que le prohibimos la comunión con el bienaventurado Pedro»

Hay que advertir que, bajo el reinado del primer Guillermo, este decreto apenas tuvo aplicación, pero con su sucesor cambió la situación. Locamente derrochador, buscaba llenar las arcas vacías con bienes eclesiásticos. Como durante la vacancia las rentas del obispado pertenecían legalmente al rey, dejaba inocupadas durante largos años las sedes, y cuando por fin las cubría las entregaba al mejor postor. Finalmente, según él, la investidura real colocaba a los prelados en tal sujeción que no podían dar un solo paso, y menos comunicar con Roma, sin su permiso. En estos dos últimos puntos Guillermo entró en conflicto con Anselmo. Le echaba aquél en cara el no haber querido darle un obsequio suficiente por la confirmación al ser nombrado arzobispo, por otra parte, con pretexto de que él no se había decidido aún entre Urbano II y su rival, quiso prohibir al primado su viaje a Roma para pedir el *pallium*. Traicionado por las asambleas de Rockinghara y Winchester, que no se atrevieron a enfrentarse con el rey, San Anselmo abandonó Inglaterra. Asistió a los concilios de Bari y de Roma, y a la muerte de su perseguidor volvió a Inglaterra.

El nuevo rey Enrique Beauclerc era en el fondo más peligroso que su predecesor. Exigió que San Anselmo le rindiese homenaje y consagrase los obispos nombrados por él. Ambos acudieron a Roma, pero los acontecimientos se volvieron con-

tra el rey. Roma le excomulgó, su hermano Roberto se rebeló. Entonces creyó conveniente reconciliarse con Anselmo, terminándose con un arreglo cuyos términos fueron dictados por el Papa. Los antiguos beneficiarios nombrados por el rey no serían inquietados, pero en lo futuro los obispos habían de ser elegidos libremente. De esta manera San Anselmo retardó en cinco siglos la separación de Inglaterra con la Santa Sede. Murió el 21 de abril de 1109, extendido sobre un cilicio y ceniza, como había pedido.

Pero esta semblanza de San Anselmo quedaría incompleta si no dijésemos que, además de un gran santo y defensor de los derechos de la Iglesia, fue un gran sabio como filósofo y teólogo. A él pertenece el mérito de haber inaugurado la ciencia teológica propiamente dicha. Hasta entonces la teología se contentó con apoyar las verdades en la revelación y en los textos de los Padres. San Anselmo las organiza, las somete al análisis, las diseca por decirlo así, y busca nuevos argumentos en la metafísica y en la dialéctica, creando el sistema escolástico y la filosofía del dogma, que Santo Tomás había de llevar dos siglos más tarde a su perfección. Él es quien rompió el fuego y preparó el camino a la gran síntesis que es la *Suma teológica.* Si San Anselmo no la realizó ya es porque no entraba en su intento, pues su teología es más bien afectiva, pero, a pesar de todo, en sus obras aparecen las principales cuestiones filosóficas y teológicas. Para darse cuenta de ello bastará con analizar brevemente esas obras.

El *Monologio* y el *Proslogio,* que viene a ser como su complemento, son como el primer tratado de *Deo uno et trino.* En ellos se encuentra el famoso argumento ontológico para demostrar la existencia de Dios, y que puede resumirse así:

> Desde el momento en que es considerado como posible un ser al cual no puede haber nada superior, ese ser tiene que existir, porque, de lo contrario, ya no sería el ser por encima del cual no puede existir nada superior, puesto que le faltaría la existencia. Luego tiene que existir. Ahora bien, ese ser es Dios.

De grammatico es un tratado de pura dialéctica. *De veritate* tiene páginas muy hermosas sobre la verdad de los sentidos. De *libero arbitrio* es más bien de carácter teológico y considera a la li-

bertad en su relación con el acto moral. *Casu diaboli* fue compuesto, como los anteriores, en el tiempo de su profesorado en Bec. En él estudia el origen del mal. *La epístola de Incarnatione Verbi* va dirigida contra el nominalista Roscelin. El *Cur Deus homo* es su obra maestra, en la que pretende demostrar la necesidad, por lo menos relativa, de la Encarnación. *De conceptu virginale et originali peccato* tiene como tema básico la concepción virginal del Salvador, quien no habría sido concebido en el pecado aun cuando su madre, siempre virgen, hubiera sido manchada por el pecado original. Pero para que su origen humano fuese digno de Dios era necesario que su madre fuese tal que no se pueda concebir una criatura mayor fuera de Dios. En estas palabras va incluida implícitamente su creencia en la Inmaculada Concepción. *De processione Spiritus Sancti* es como el discurso en el que defendió contra los representantes de la Iglesia griega la procesión del Espíritu Santo también del Hijo, en el concilio de Bari. *De concordia praescientiae, praedestinationis et gratiae cum libero arbitrio* es de los primeros que trataron esta cuestión a fondo. Finalmente, han llegado hasta nosotros *Oraciones y meditaciones,* así como numerosas *Cartas,* que nos permiten conocer los diversos aspectos de su vida y de su doctrina espiritual.

Esto nos lleva a decir unas palabras sobre algunas de las características de su santidad o espiritualidad. Entre sus virtudes destaquemos únicamente, para no pasar los límites de esta semblanza, su *humildad* y su *caridad.* Ante todo su humildad. Ya hablamos de la resistencia que opuso a su nombramiento como arzobispo de Canterbury. No fue menor la que presentó al ser elegido abad de Bec, como se ve por estas palabras que nos cuenta Eadmero:

> «Viendo Anselmo que con sus palabras no podía cambiar el parecer de sus monjes, acudió a los ruegos y, reunida la comunidad, les pidió de rodillas, con lágrimas y gemidos, por el nombre de Dios omnipotente, que, si conservaban un poco de misericordia, tuviesen compasión de él y desistiesen de sus pretensiones».

Admirable es también su bondad y *caridad* en el gobierno de sus monjes, que le llevó a hacer de enfermero con un anciano paralítico.

«Se le veía sentado a su lado con un racimo en la mano, apretando las uvas para hacer caer su jugo gota a gota sobre los labios secos del enfermo»

Su alma estaba tan llena de Dios y tan acostumbrada a leer sus perfecciones en la naturaleza, que desbordaba y hacía convergir todo para provecho de las almas. Servíase para ello de símiles, comparaciones y analogías entre lo visible y lo invisible, lo corporal y lo espiritual. La vista de unas mariposas le hace pensar en los que buscan los honores del mundo, que son como niños que caen en el precipicio por seguir tras de bagatelas. La vista de un castillo le sugiere una hermosa alegoría: es el cristianismo. En lo más alto del castillo está el torreón, que es la vida religiosa. La llama de un incendio le recuerda la del amor de Dios. La contemplación de un jardinero, el jardín del alma donde debemos plantar las flores de las virtudes. El cazador que va por los montes en busca de su presa, al demonio a caza de almas que perder, y otros muchos ejemplos que pueden verse en el libro *De similitudinibus,* atribuido a Eadmero, pero que recoge las enseñanzas y muchas veces hasta las palabras del mismo San Anselmo.

Este deseo del conocimiento y del amor de Dios es el que explica todas sus obras y el que vibra a través de sus páginas, convirtiéndolas en efusiones ardientes de su corazón. Para dar una idea de ello al lector creemos que no hay nada mejor que poner ante sus ojos algunos ejemplos, siquiera sea a trueque de transcribir algunos párrafos. Véase con qué magníficos arranques místicos se eleva hasta Dios en el *Proslogio:*

«Excita, pues, alma mia, y levanta todo tu pensamiento, y medita cuanto puedas en lo grande que es aquel bien [Dios] Porque, si todos los bienes son agradables, cuanto mas no lo sera aquel que contiene el placer de todos los bienes Porque, si buena es la vida creada, ¿cuanto mas lo sera la creadora? Si es amable la sabiduria por el conocimiento que da de las cosas creadas, ¿cuanto mas amable es la sabiduria que todo lo creo de la nada? [ ] El que disfrute de este bien, ¿que tendra y que no tendra? Con toda certeza tendra lo que quiera, y lo que no quiera no tendra, porque alli estaran los bienes del cuerpo y del alma Y entonces ¿por que andas ansioso, hombrecillo, buscando por doquiera los bienes del cuerpo y del alma? Ama el verdadero bien, en el cual estan todos los bienes, y basta Desea el bien absoluto, que es el bien total, y basta Porque

¿que es lo que amas, cuerpo mio, alma mia? Ahi esta, si, ahi esta lo que amais, lo que deseais»

Al principio del mismo libro se excita al conocimiento de Dios con estas palabras·

«Vamos, hombrecillo, huye algun tanto de tus ocupaciones, apartate un instante de tus engorrosos asuntos, deja detras de ti esos cuidados que te rinden, ocupate un poco de Dios y descansa en El Di ahora, ¡oh corazon mio!, di ahora a Dios Busco tu rostro, Señor, ¿donde te buscare, oh Dios ausente? ¿Que hara este servidor tuyo atormentado por el amor y alejado lejos de tu rostro? Arde en deseos de encontrarte y no sabe donde estas, quisiera encontrarte y no conoce tu rostro Señor, Tu eres mi Dios y mi Señor, y nunca te vi Tu me has hecho y rehecho, me has concedido todos los bienes que poseo, y aun no te conozco En fin, he sido hecho para verte y todavia no he hecho aquello para lo cual he sido hecho ¡Oh, que desgracia la del hombre en haber perdido aquello para lo cual fue hecho! ¡Oh dura y cruel caida! ¿Que ha perdido y que ha encontrado, que se le ha quitado y que le ha quedado?

Enseñame a buscarte y muestrate a mi cuando te busco, porque no puedo buscarte si no me instruyes, que te busque deseandote, que te desee buscandote, que te encuentre amandote, que te ame encontrandote»

Estos extractos nos ponen de manifiesto una de las características más peculiares de la espiritualidad anselmiana, fuertemente apoyada en los principios teológicos y en la aplicación de la razon al estudio y analisis de las verdades de la fe, de donde le venía espontaneamente la admiración, el deseo, el amor y la union con Dios, al contrario del método empleado por los místicos del siglo XII, que apoyaban su contemplación en la autoridad y enseñanzas de la Sagrada Escritura mas bien que en los discursos de la propia razon (como el mismo San Bernardo, que gustaba poco de la especulación y daba sus preferencias a la ciencia practica, al arte de conocer a Dios y a la practica de la virtud)

JULIAN ALAMEDA, OSB

Bibliografía

Eadmeri Cantuariensis monachi libri duo de vita S Anselmi, ed G GERBERO (Paris 1675 y 1721), reproducida en PL 158,49s y Act SS Boll, 21 de abril

CLAYTON, J, *Saint Anselm, a critical bibliography* (Milwaukee 1933)

FILIATRE, C., *La philosophie de S. Anselme de Canterbury* (París 1920).
JUAN DE SALISBURY, *Vita S. Anselmi* (Londres 1871).
LAVASTI, *Sant'Anselmo* (Bari 1929).
Obras completas de San Anselmo, 2 vols. (BAC, 82 y 100; Madrid 1952-1953). Cf. «Introducción» por J. ALAMEDA, OSB, p.74-182, y «Vida de San Anselmo por su discípulo Eadmero», p.5-73.
RAGEY, P., *Histoire de Saint Anselme archevêque de Cantorbery,* 2 vols. (París ²1892).
ROSA, E., *Sant'Anselmo di Aosta* (Florencia 1909).
RULE, M., *The life and times of Saint Anselm,* 2 vols. (Londres 1883).

I

SAN CONRADO DE PARZHAM

Religioso († 1894)

Nació el 22 de diciembre de 1818 en la aldea de Parzham (Baviera), hijo de Bartolomé Birndorfer y Gertrudis Niedermaier, una familia de labradores acomodados que contaban con un buen patrimonio y formaron una numerosa prole de diez hijos. Fue cristianado el mismo día de su nacimiento, según la costumbre, creciendo en un ambiente de vida cristiana ejemplar debido a la piadosa vida de sus padres, en donde se rezaba a diario el Rosario, señalándose todos en la devoción a la Virgen. La paz familiar y las costumbres piadosas que adornaban a todos convertían a esta familia en un ejemplo para sus vecinos.

La lectura de vidas de santos fue descubriendo su íntima vocación, y según expresó con voluntarioso deseo: «Así seré yo». Su madre participó de este propósito enseñándole a amar a Dios con todas sus fuerzas, y las verdades de la fe cristiana, logrando que a los seis años supiera el catecismo, respondiendo con seguridad a todas las preguntas. Se distinguió entre sus amigos de la infancia por su seriedad y palabras acertadas confirmando su especial talante con criterio para mayor edad.

Llevó hasta los catorce años una vida tranquila y relativamente apacible, pero al fallecer sus padres todos los hermanos dieron un gran ejemplo de acrisolada formación religiosa, sin ambiciones y enemigos de todo lujo. La convivencia fraterna fue realmente admirable. Dedicado al trabajo agrícola, como sus hermanos, en la granja de Venushof (Valle del Rott), la oración era, en los momentos del descanso, su mayor felicidad. Era frecuente pasar la noche orando a Dios y en vigilia penitencial. Con asiduidad visitaba el célebre Santuario de Nuestra Señora

de Altötting, famoso en Alemania, que regentaban los frailes capuchinos, sintiendo en su interior cómo crecía la llamada a perseverar en el camino de la perfección. Deseando adelantar se inscribió como hermano en la Tercera Orden de Penitencia conocida en la actualidad como Orden Franciscana Seglar, pero no consigue alcanzar cuanto interiormente desea. Su confesor le puso en el camino seguro: «Dios te quiere capuchino».

Después de una prolongada reflexión y redoblada oración se decide por la vida religiosa, repartió sus bienes entre los pobres y la parroquia, y tomó el hábito capuchino en el convento de Langen, a los treinta y tres años, el día 17 de septiembre de 1851 con el nombre de fray Conrado. El padre Maestro de novicios puso a prueba su obediencia y humildad permitiendo que delante de aquella comunidad pareciera un hipócrita o presuntuoso, reprimendas que aceptó con un espíritu tan elevado que admiró a todos. Durante los cuarenta y tres años de vida religiosa supo armonizar con tal arte el trabajo y la meditación, su vida de oración fue tan intensa, que se podría decir que su oración duró lo mismo que su vida. Así lo dejó escrito en un cuaderno de apuntes que redactó durante el noviciado: «Adquiriré la costumbre de estar siempre en la presencia de Dios [...] para entretenerme mejor en coloquios con mi Dios».

Alcanzada su profesión religiosa fue destinado al convento de Santa Ana de Altötting, situado junto al célebre santuario de la patrona de Baviera, uno de los más visitados de Alemania y centro de peregrinaciones de Alemania del sur. La pequeña imagen de 66 cm., de rostro y manos ennegrecidas, es del siglo XIV, y preside una capilla de planta octogonal. Los padres capuchinos recibieron en 1874 el encargo de administrar este centro de devoción mariana, en cuya fiesta patronal (15 de agosto) son numerosísimos los devotos que se acercan a venerar esta imagen de María.

En el convento capuchino de Altötting había de transcurrir toda su silenciosa y larga existencia, entregado a la atención de miles de peregrinos que anualmente acudían a venerar a María Santísima. Su exquisito tacto, sólida piedad y paciencia inalterable demostraron el gran acierto de sus superiores al encomendarle el cargo de portero, que desempeñó con generosa caridad.

El reducido espacio de la portería conventual se convirtió en la escuela donde alcanzó la santidad, con ejemplar admiración de todos.

El humilde lego en su oficio se esforzó por desarrollar todas las virtudes cristianas en la atención a los peregrinos, empleando la máxima perfección religiosa con humildad y buen criterio. El secreto de este admirable dominio de sí mismo estuvo en la oración incesante y ardorosa. Vivía arrobado en su espíritu, inflamándose día a día en el amor a Dios y en la piedad a la Virgen María. Sólo así se puede entender que en el diario trajín de aquella portería, en donde la campana sonaba a todas horas llamando a cualquier acto conventual o de mano de los numerosos fieles que pedían cualquier objeto piadoso de recuerdo, pudiera mantener siempre un hondo recogimiento en medio de la algarabía de actividades y visitas.

Además de la oración que tranquilizaba su agotadora actividad en la quietud de la noche, obtuvo permiso para habitar en una pequeña celda oculta debajo de una escalera, con una pequeña ventana que daba, precisamente, a la iglesia conventual, desde donde podía vislumbrar el Sagrario, centro de sus amores. Este pequeño lugar era conocido como la «celda de San Alejo», y allí se encerraba en los momentos libres, cuando inadvertido de todos podía dedicarse a la oración, a sus fervores espirituales y a la penitencia. Al sonar la campana salía sin molestar a nadie, acudiendo de inmediato a la portería para recibir a todos.

Durante los cuarenta años que pasó como portero en el convento de Altötting fue realmente una vida escondida en Dios. Sujeto a un horario jamás alterado, comulgando a diario, a pesar de que entonces esto constituía un acto excepcional, pero se le permitió al comprobar los evidentes frutos que obtenía del banquete eucarístico. La devoción a Cristo crucificado fue uno de sus grandes amores: «El Crucifijo es mi libro, una mirada a la cruz me enseña en cada momento el modo de comportarme». El piadoso ejercicio del Vía Crucis le producía tan gran sentimiento que se le saltaban las lágrimas de los ojos, con gran humildad.

El celoso portero, además, promueve la devoción a la Virgen rezando a diario el Oficio Mariano y la corona de la In-

maculada. Para nadie constituía un secreto que el portero de los capuchinos de Altotting estaba enamorado de su celestial Señora. El ardor de su devoción a María era visible a todos.

Su caridad era proverbial y notoria, tratando a todos con frases de piedad y simpatía. En alguna ocasión se puso a prueba su paciencia heroica, pero a todos prodigaba afecto y mansedumbre. Su mirada al corazón abría en los recién llegados un deseo del amor de Dios que invitaba al arrepentimiento y la conversión. En la portería reunía a muchachos a quienes adoctrinaba y preparaba para la Primera Comunión. Animado del celo apostólico, cooperó a la obra benéfica en favor de la infancia abandonada, conocida con el nombre de *Liebeswerk*. Su oración privada se convertía en una hoguera ardiente de amor a Dios y al prójimo, donde todos alcanzaban la paz espiritual y recuperaban la alegría, llenándose el corazón de veneración hacia él que movía a imitarle. En algunas ocasiones mendigos o vagabundos llegaban a la portería conventual, y ante su presencia y sus palabras sintieron tal emoción que muchos acabaron por hacerse religiosos, movidos por el admirable ejemplo de santidad.

La fama de su virtuosa vida comenzó a divulgarse por toda Alemania, aunque el humilde portero solía decir con deliciosa ingenuidad:

> «¡Pedirme oraciones a mí! Ya se ve que usted no me conoce De todos modos, lo mejor sera que nos encomendemos mutuamente»

Los dones sobrenaturales de profecía y adivinación con que fue favorecido por Dios se nutrían de la misma fuente divina:

> «Mi vida consiste en amar y padecer En el amor de mi Dios no hallo nunca limite [ ] y las mismas ocupaciones que son multiples, no tienen otro efecto que estrecharme mas y mas a El»

En esa atmósfera de amor divino vivió hasta que su corazon dejó de palpitar en la tierra.

El sábado 21 de abril de 1894, mientras la campana conventual tocaba el *Angelus,* se durmió plácidamente en el Señor, traspasando su fama los límites de su patria. Los procesos de beatificación y canonización se terminaron con gran rapidez. El 15 de junio de 1930 fue beatificado, siendo incluido en el catálogo

de los Santos por Pío XI el día 20 de mayo de 1934, fiesta de Pentecostés, en solemne ceremonia celebrada en la Basílica Vaticana. Con motivo de su canonización llegaron al medio millón de personas las que visitaron el Santuario de Altötting, en multitudinario homenaje al humilde portero del convento.

Su ejemplo admirable de santidad sorprende al hombre de hoy, convencido de no ser una portería conventual lugar para grandes empresas, pero este hombre famoso demuestra que ése fue el escenario en donde transcurrió toda la vida de este humilde fraile capuchino. Un hombre que silenciosamente entregó su vida, día a día, con generosa sonrisa, paz en el corazón y amables palabras, atendiendo con singular acierto a los innumerables peregrinos o visitantes que llegaron a su portería. Un hombre de virtudes ejemplares y extraordinarias, a quien Dios miró con especial cariño para mostrar al hombre un ejemplo de pureza y perfección, confundiendo la soberbia de los grandes, y enseñando a todos cómo se puede alcanzar la perfección cristiana con sencillez y humildad. Es posible la perfección en cualquier lugar y condición, ése es el mensaje de su vida. La santidad puede consistir en obras extraordinarias, en penitencias asombrosas, pero también se alcanza en el cumplimiento de las obligaciones propias de cada uno con sencillez y rectitud, bajo el impulso de la gracia y el infinito amor de Dios. Así lo definió el Santo Padre:

> «Fue una vida simplicísima, incansable en el trabajo, parco en la comida, prudente en el hablar, pobre en su persona, y para los pobres espléndido, modesto y muy diligente en acoger a los peregrinos, obedientísimo a los superiores y en extremo respetuoso para con los sacerdotes, y en el orar, piadosísimo».

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

SALVATIERRA, P DE, *San Conrado de Parzham* (Madrid 1957) 123-139.
Bibliotheca sanctorum (1964) cols.211-212.
Index ac status causarum, o.c., 572.
Martyrologium romanum, o.c., 234.

SAN APOLONIO

Mártir († 185)

Era un senador romano, dado a la filosofía y persona verdaderamente culta, a quien un criado suyo denunció por ser cristiano. Su rango senatorial hizo que tanto el prefecto como el tribunal ante el que compareció lo trataran con verdadera cortesía y se decidiera que él mismo defendiera su causa ante el Senado. Compareció, en efecto, y habló de la no divinidad de los dioses romanos como imágenes obra de las manos humanas, mientras que el verdadero Dios es espiritual y trascendente y, asimismo, habló de la superioridad moral de la doctrina de Jesús respecto al paganismo reinante. La cortesía no quitó la aplicación de la ley, y según ella tenía que ser condenado a muerte si persistía en el cristianismo. Por este motivo fue decapitado el año 185. Era emperador Cómodo y prefecto en Roma Perennio.

SAN ANASTASIO EL SINAÍTA

Hegúmeno († 700)

Era natural de Palestina y profesó la vida monástica, primero en Jerusalén, para luego marcharse al más apartado monasterio del Monte Sinaí buscando la dulzura de la divina contemplación. Elegido hegúmeno, rigió el monasterio santamente hasta su muerte. Luchó bravamente contra todas las herejías de su tiempo, singularmente contra el monofisismo, y por ello viajó a Siria, Egipto y otros lugares. Escribió muchas obras de polémica y de exégesis, siendo la principal la llamada *Hodegós*. También se conservan algunos sermones suyos. Debió morir hacia el año 700.

SAN MAELRUBIO

Abad († 722)

Maelrubio o Maelrubha era un monje de St. Comgall en Bangor. Pasó luego a la Gran Bretaña y vino a establecerse en

Apple Cross, fundando una iglesia y monasterio que fue foco de evangelización. En este trabajo perseveró fielmente durante medio siglo logrando establecer iglesias en muchos sitios de su zona. Murió el 21 de abril de 722 con unos ochenta años.

BEATO BARTOLOMÉ CERVERI

Presbítero y mártir († 1466)

Nació en Savigliano, Piamonte, y todavía adolescente entró en la Orden de Predicadores, en la que profesó e hizo brillantemente los estudios en Turín. Ordenado sacerdote, estuvo dedicado a la docencia hasta que fue designado inquisidor, cargo nada sencillo y en realidad peligroso. Cuando iba a Cervere a realizar su trabajo inquisitorial se le advirtió que podría estar urdido un complot contra él pero se negó a dejar de cumplir con su deber, y en efecto en el camino fue asaltado y asesinado el 21 de abril de 1466. Venerado enseguida como mártir, su culto fue confirmado el 22 de septiembre de 1853.

SAN ROMÁN ADAME ROSALES

Presbítero y mártir († 1927)

Nació en Tocaltiche, Jalisco, México, el 27 de febrero de 1859. Estudió en el seminario de Guadalajara y se ordenó sacerdote el 30 de noviembre de 1890. Luego de prestar servicio en varias parroquias es destinado como párroco a Nochistlán en 1913. En 1922 se le designa vicario foráneo o arcipreste de la zona. Era un sacerdote piadoso y responsable que supo estar a la altura de las difíciles circunstancias por que pasaba la Iglesia mejicana. Atendía con mucho celo a todo y organizó diversas asociaciones seglares. Llegada la persecución, fue expulsado de la casa parroquial y se vio obligado a refugiarse en un rancho continuando su ministerio en la clandestinidad. Arrestado en la noche del 19 de abril de 1927 mientras dormía, fue llevado a Yahulica y atado a una columna en el porche del cuartel, negándole la comida y el agua. Se pidió un rescate para dejarlo libre, se pagó el rescate a base de una colecta entre los fieles, pero no se le liberó. Llevado al cementerio el día 21, un soldado, Antonio Carrillo, se negó a

disparar contra él. Fusilaron al sacerdote y después al joven soldado. Fue canonizado el 21 de mayo de 2000.

22 de abril

A) Martirologio

1 En Roma, San Sotero († 175), papa **
2 En Lyon (Galia), San Epipodio († 178), martir
3 En Alejandria de Egipto, la conmemoracion de San Leonidas († 204), martir, padre de Origenes *
4 En Roma, la deposicion de San Cayo († 296), papa **
5 La conmemoracion de San Maryahb († 342), obispo persa, martir
6 En Constantinopla, San Agapito I († 536), papa **
7 En Sens, San Leon (s VI), obispo
8 En Sikeon (Galacia), San Teodoro († 613), obispo y hegumeno *
9 En Sees (Francia), Santa Oportuna († 770), abadesa
10 En Basto (Portugal), Santa Senorina († 980), abadesa *
11 En Fabriano del Piceno (Italia), Beato Francisco Venimbeni († 1322), presbitero, de la Orden de Menores *

B) Biografias extensas

SAN SOTERO

Papa († 175)

Muy pocas noticias conocemos sobre la vida y el pontificado del papa San Sotero (166-175). Las principales son las contenidas en el *Liber pontificalis* y en la *Historia eclesiástica,* de Eusebio. Pero lo poco que conocemos, unido al fondo de la situación eclesiástica de aquel tiempo, nos permite reconocer en este Papa a uno de los más típicos representantes del siglo II.

Era originario de Fondi, en la Campania, e hijo de Concordio. A la muerte del papa Aniceto, el año 165, le sucedió en el trono pontificio, en un tiempo en que la Iglesia se debatía contra diversas clases de enemigos. El *Liber pontificalis* nos da de él dos noticias en particular: en la primera nos comunica que prohibió a las mujeres tocar los sagrados corporales y quemar

incienso en las congregaciones de los fieles. La segunda nos refiere su actividad, que podemos llamar jerárquica, con la ordenación de un buen número de sacerdotes y diáconos y once obispos, destinados a diversos territorios. Por lo que a esto último se refiere, se deduce claramente de aquí la actividad de este Papa en el desarrollo creciente de la Iglesia. Lo primero nos presenta un lado muy característico de este pontificado, que es su decidida intervención frente a las herejías del tiempo, pues claramente se ve que, por la limitación de la intervención de las mujeres en los ministerios litúrgicos, trataba de oponerse al montanismo, entonces en su apogeo, que daba a las mujeres excesiva participación en las cosas de la Iglesia.

Efectivamente, durante el pontificado de San Sotero tuvo en el Oriente mucha resonancia el movimiento herético promovido por Montano, quien anunciaba como próximo el fin del mundo. En consecuencia, debían todos prepararse con una vida perfecta y con rigurosa penitencia. Para ello prescribía una serie de ayunos y proclamaba algunos principios extremadamente rigoristas, sobre todo que debían vivir una vida pura y sin pecado, pues si cometían alguno, sobre todo de los más graves, no podrían obtener el perdón, ya que los pecados más graves son imperdonables, pues la Iglesia no tiene poder para perdonarlos. Esto es lo que constituye la base de aquel rigorismo exagerado, defendido poco después por Tertuliano y sobre todo por Novaciano.

Ahora bien, para la propaganda de esta ideología rigorista utilizó Montano la colaboración de dos mujeres muy influyentes, Maximila y Priscila, y en general, siendo las mujeres más asequibles a este género de predicación, les dio una intensa participación en las cosas de la liturgia, en franca oposición con las antiguas enseñanzas y prácticas de la Iglesia.

Frente a toda esta tendencia rigorista, que sembraba la confusión, el pesimismo y la angustia entre los fieles y estaba en franca oposición con la doctrina del Evangelio y de la Iglesia, que no ponen limitación ninguna al poder de perdonar los pecados, procedieron con energía los romanos pontífices. El papa San Sotero fue el primero que tuvo que hacer frente a esta ideología. Así, por lo que se refiere al rigorismo exagerado y al prin-

cipio de la imperdonabilidad de los pecados graves, insistio en la doctrina tradicional de la Iglesia. Y en lo tocante a la excesiva intervención de las mujeres en la liturgia, publicó las prescripciones indicadas por el *Liber pontificalis.*

Todo esto es claro indicio del espíritu eclesiástico de nuestro Santo y de su empeño en defender con toda energía el tesoro de la doctrina católica que la Providencia le había encomendado. El historiador de la Iglesia, Eusebio de Cesarea, nos expone otro lado muy característico de la actividad del papa Sotero. Es su espíritu de caridad para con los pobres y necesitados, y los esfuerzos que puso durante su gobierno en socorrerlos y ayudarlos por todos los medios posibles. En esto no hizo otra cosa que continuar la tradición de la primera Iglesia del tiempo de los apóstoles, en la que sabemos que reinaba la más pura caridad y unión de unos con otros, y se pudo decir, por una parte, que todos eran «un corazón y un alma», y, por otra, que «todas las cosas eran comunes», y, en consecuencia, que ponían sus cosas a los pies de los apóstoles, para que se distribuyeran entre los necesitados.

Siguiendo, pues, tan preciosos ejemplos, San Sotero se distinguió por este espíritu de caridad. De ello es testimonio fidedigno un fragmento de una carta a los romanos escrita por el obispo de Corinto, Dionisio, y transmitido por Eusebio en su *Historia.*

> «Desde los principios —dice— de la religion vosotros introdujisteis la costumbre de llenar de varios beneficios a vuestros hermanos y de enviar los necesarios socorros y medios de vida a muchas iglesias establecidas en cada ciudad Asi vosotros remediais la pobreza de los necesitados y suministrais lo necesario a los hermanos que trabajan en las minas, conservando, como buenos romanos, las costumbres romanas de vuestros mayores Y vuestro obispo Sotero no solo conservo esta costumbre, sino que aun la mejoro, suministrando abundantes limosnas, asi como consolando a los infelices hermanos con santas palabras y tratandolos como un padre trata a sus hijos»

No conocemos cómo respondió Sotero a esta cariñosa carta del obispo de Corinto a los romanos En cambio, sabemos que esta respuesta fue leída con particular respeto y veneración en la iglesia de Corinto, según testifica el mismo Dionisio, es decir,

«como lo han hecho con la carta de Clemente». Precioso testimonio de cómo en este tiempo era respetado en las iglesias particulares el obispo de Roma y cómo el primado romano estaba en pleno ejercicio. «De este modo —termina el obispo de Corinto— haremos acopio de las mejores lecciones».

Por otro lado, como el gobierno de San Sotero cae de lleno dentro del reinado de Marco Aurelio (161-180), él fue testigo de los diversos chispazos de persecución de este tiempo, que dieron ocasión a algunos insignes martirios. A ellos pertenecen, entre otros, el martirio del gran apologeta San Justino, denominado el Filósofo, y sobre todo el de los mártires de Lyón y Vienne, el obispo San Potino, los diáconos Santo y Atalo, la esclava Blandina, que, haciendo escarnio a su nombre, fue un ejemplo sublime de fortaleza; el niño Póntico y otros cuarenta. También Sotero, según refiere la tradición, fue víctima de esta persecución, aunque no se conoce ningún detalle de su martirio. Los martirologios más antiguos incluyen su nombre entre los mártires, el día 22 de abril. Semejante oscuridad reina respecto del lugar de su sepultura.

Algunos le suponen autor de una carta sobre la Encarnación. Pero la crítica no la reconoce como auténtica. Menos consistencia tiene todavía la noticia que le hace autor de un tratado contra Montano. En cambio, todos están conformes en ponderar su entereza y energía en la defensa de la verdad y de la tradición católica, su eximia caridad con los necesitados y la extraordinaria santidad de su vida.

BERNARDINO LLORCA, SI

Bibliografía

Act SS Boll, 22 de abril
DUCHESNE, L (ed), *Liber pontificalis*, I (Paris 1886) 135s
MARUCCHI, O, *Basiliques et eglises de Rome* (Paris ²1909) 230s

SAN CAYO

Papa († 296)

La memoria del papa San Cayo (283-296) va unida generalmente en la tradición a la de San Sotero, y por lo mismo se celebra el mismo día. Sin embargo, sus vidas no tienen de común

más que el hecho de ser ambos obispos de Roma. La tumba de San Cayo es, ciertamente, una de las más veneradas en la catacumba de San Calixto de Roma. Mas, por otra parte, su recuerdo está rodeado de multitud de tradiciones y leyendas que impiden tener una idea clara y segura sobre su vida y su verdadera actuación durante su pontificado.

Algunos documentos antiguos atestiguan que Cayo era originario de Dalmacia. Por otra parte, se le supone pariente de Diocleciano y de los Santos Gabino y Susana. Por esto esa misma tradición afirma que vivía en Roma en una casa contigua a la de Gabino y Susana. De esta misma tradición o leyenda se hace eco el llamado *Titulus Suzannae,* en Roma, que ha llevado siempre el subtítulo de *ad duas domos* (junto a las dos casas).

Algunas de estas leyendas o tradiciones fueron transmitidas por las *Actas de Santa Susana,* y sobre estas *Actas,* según parece, están fundadas las noticias que nos transmite el *Liber pontificalis.* Así, pues, no podemos tener ninguna seguridad sobre el origen de San Cayo y demás circunstancias indicadas.

En terreno seguro entramos con la noticia de la elección de Cayo en 283 para suceder en la Sede romana al papa San Eutiquiano. Además, consta que, transcurrida la persecución de Valeriano, la Iglesia atravesaba entonces un período bonancible. Gracias a esta paz, de que gozó el cristianismo durante casi todo el siglo III, sólo interrumpida por los breves chispazos de algunas persecuciones, se había ido robusteciendo extraordinariamente, y a fines del siglo III constituía ya una fuerza arrolladora, imposible de dominar. De esta paz se aprovechó el romano pontífice San Cayo para fomentar todas las instituciones de la Iglesia. Bajo su protección se desarrollaron las dos escuelas de Oriente, la de Alejandría y la de Antioquía, que por este tiempo habían llegado a un notable esplendor. Asimismo las Iglesias del África, después de San Cipriano († 258), de las Galias y de España, que presenta figuras de primer orden y celebra poco después el concilio de Elvira.

En realidad, aunque tenemos pocas noticias concretas, podemos afirmar que los trece años de pontificado de San Cayo fueron tranquilos y prósperos para la Iglesia. Una noticia, sin embargo, se nos comunica, que da a entender que, no obstante esta paz

general, debió haber algún chispazo o conato de persecución. Porque, de hecho, sabemos que Cayo pasó algún tiempo escondido en la catacumba de San Calixto. Precisamente entonces se encontraba esta catacumba en su mayor esplendor. Después de los trabajos realizados en ella por el papa San Calixto, quedó ésta convertida en uno de los lugares más venerados de los cristianos. La cripta de los papas y la contigua de Santa Cecilia, los cubículos de los sacramentos y las antiguas criptas de Lucina, Liberio y Eusebio ofrecían a los cristianos los más vivos y palpitantes recuerdos. Por eso, ante los sepulcros de los papas y de los mártires, se reunían para celebrar los aniversarios de sus martirios y tal vez alguna de sus solemnidades litúrgicas. De este modo, con la lectura de las *Actas* o *Pasiones de los mártires,* que era la manera más corriente de celebrar sus aniversarios, se alentaban sus espíritus, para las batallas que ellos mismos tenían que sostener. Allí, pues, en el interior de la catacumba de San Calixto, atestiguan antiguos documentos, pasó escondido algún tiempo el papa Cayo, sea porque amenazara alguna persecución, sea porque sintiera especial devoción en permanecer al lado de los mártires. Esto último pudo tener lugar, o bien al principio de su pontificado, en que el emperador Caro (282-283) inició una especie de persecución, o bien al principio del gobierno de Diocleciano, en que se siguió todavía algún tiempo en este estado de inseguridad.

Sobre esta base también de la persecución, iniciada por Caro en 283 y continuada algún tiempo con más o menos intensidad durante los años siguientes, adquieren especial consistencia los testimonios de la tradición, que nos presentan a San Cayo como el sostén más firme y el alentador de los cristianos, amenazados constantemente por la espada de la persecución. Según estos mismos documentos, tuvo que sufrir mucho en su constante trabajo de confirmar a los fieles en la defensa de su fe En particular ponderan cómo aconsejó e indujo al patricio Cromacio para que acogiera a todos los cristianos en su casa de campo con el fin de protegerlos contra la persecución. Se refiere que un domingo entró el en la casa de Cromacio y dijo a los fieles allí reunidos:

> «Dios Nuestro Señor, conociendo la debilidad humana, ha establecido dos grados entre los que creen en Él la confesion y el martirio, para que los que no se crean con fuerzas para poder su-

frir los rigores de los tormentos al menos conserven la gracia para su confesion Asi, pues —continuo—, los que prefieran permanecer en la casa de Cromacio queden aqui con Tiburcio, y los que quieran venir conmigo a la ciudad siganme»

Con esta ocasión, según se refiere, ordenó diáconos a Marco y Marcelino, y presbítero a su padre Tranquilino, entonces nombró a Sebastián defensor de la Iglesia y de los fieles y dio pruebas de la mayor ternura hacia todos ellos. El *Liber pontificalis,* por su parte, atribuye a San Cayo el decreto por el que establecía los diversos grados de la jerarquía anteriores al episcopado, es decir, de ostiario, lector, acólito, exorcista, subdiácono, diácono y presbítero, y asimismo la división de Roma en distritos. Sin embargo, no pueden admitirse estas noticias, pues ya en 250, según atestigua Eusebio en su *Historia eclesiástica* (VI, c. 43), son enumerados todos estos grados de la jerarquía. Tal vez no hizo él otra cosa que conmemorarlos de nuevo expresamente.

Respecto de su muerte, no se sabe con certeza si fue mártir. Consta con toda evidencia que, después de su muerte, su memoria fue rodeada de gran veneración. Pero la primera redacción del *Liber pontificalis* le designa expresamente como confesor. Posteriormente, en una nueva redacción, se añadió la expresión fue coronado con el martirio, pero esto no está conforme con los hechos. Además, el nombre del papa San Cayo está en la *Deposición* de los obispos, o *Catálogo de los obispos,* y no en la *Deposición de los mártires.* Para explicar estas divergencias el cardenal Orsi escribió:

«El titulo de martir no parece que se le pueda aplicar a Cayo, sino a causa de los malos tratos sufridos por el en los primeros años de Diocleciano, cuando este emperador permitio continuara en Roma la persecucion iniciada por Caro»

De hecho, a partir del siglo IV, todos los calendarios romanos señalan el 22 de abril como el día de su muerte y de su fiesta. Lo mismo repiten los calendarios medievales y Beda el Venerable.

BERNARDINO LLORCA, SI

Bibliografía

ALLARD, P , art en *Rev Q His* t 44 p 53s
DE ROSSI, J B , *Roma sotterranea cristiana,* III

DUCHESNE, L. (ed), *Liber pontificalis;* y otras «Historias de los Papas».
SCHNEIDER, G., art. en *Nuovo Bullettino di Archeologia Cristiana* 13 (1902) 147s
TILLEMONT, L. S. DE, *Memoires pour servir a l'histoire ecclésiastique des six premiers siecles.* , IV (Venecia) 564s y 760s

SAN AGAPITO I

Papa († 536)

El papa Agapito I, número 57 en la lista de los sucesores de San Pedro, ni siquiera llegó a cumplir su primer aniversario de pontificado, pues fue elegido en Roma el 13 de mayo del año 535 y murió once meses después en Constantinopla el 22 de abril del 536, cuando ya preparaba su regreso a Roma. Durante las seis semanas que permaneció en Constantinopla desempeñó con gran habilidad y decisión una intensa actividad eclesial, aunque llevaba en cartera una misión política que no dio los resultados apetecidos.

Sus acompañantes de viaje —cinco obispos italianos— todavía permanecieron en la ciudad unas semanas con el fin de asistir al concilio convocado por el Papa fallecido para condenar al depuesto patriarca Antimo, y cuya apertura se celebró el 2 de mayo del 536. Los restos mortales del papa Agapito I fueron introducidos en una caja de plomo, llevados a Roma y depositados en San Pedro, ya el 17 de septiembre de 536.

La breve duración de su pontificado puede prestarse equivocadamente a considerar la vida de Agapito I como anecdótica, mas no parece que fuera así, si valoramos la intensidad e importancia de sus intervenciones, de enorme trascendencia para la vigilancia de la ortodoxia y para la purificación de algunas actitudes y disensiones doctrinales que empañaban el rostro de la Iglesia. Su implicación personal en esa limpieza cundió en toda la cristiandad y muy pronto se le tuvo y aclamó por santo. Fue, sí, un Papa efímero por razones de calendario, pero de ningún modo irrelevante.

Romano de nacimiento, se dice que pertenecía a la noble familia de los Anicios, aunque algunos historiadores piensan que esta filiación no pasa de ser una ornamentación típica de la leyenda florida renacentista. En todo caso, entre sus predecesores en la sede apostólica figura San Félix II, antepasado familiar

suyo; y en la lista de los sucesores se encuentra también otro ilustre familiar, San Gregorio Magno, al parecer biznieto del papa Félix, y autor de unos *Diálogos* donde se menciona vida y milagros de San Agapito I. Su padre, llamado Gordiano, fue sacerdote de la iglesia romana de los Santos Juan y Pablo en el Monte Celio y murió asesinado en el año 502 por los seguidores del antipapa Lorenzo, oponente al papa San Símmaco, en las revueltas ocurridas entre facciones del clero romano por sus intrigas en la elección de papa.

No abundan los datos biográficos de Agapito anteriores a su elección, pero se sabe que fue arcediano de la Iglesia de Roma y un hombre de extraordinaria cultura, muy versado en literatura patrística, con una importante y nutrida biblioteca de textos latinos y griegos, situada en la casa familiar del Monte Celio, de la que se conserva una inscripción epigráfica. Trabajó durante algunos años en estrecha colaboración con Casiodoro, uno de los grandes eruditos de la época, y proyectó con él abrir en Roma una escuela superior de Teología, una universidad cristiana del rango de la de Alejandría y de Nisibi, pero no llegó a hacerse realidad, aunque sí trabajó en el plan de enseñanza de las artes liberales —el *trivium* y el *quadrivium*— pormenorizado por Casiodoro en sus *Instituciones.*

El status de arcediano de Agapito indica la notable consideración de que disfrutaba entre el clero de Roma, ya que al morir Juan II el 8 de mayo del año 535 lo presentan como candidato a nuevo papa, probablemente, los seguidores de Dióscoro, diácono alejandrino que cinco años antes había sido elegido antipapa por 60 clérigos romanos en clara oposición al papa Bonifacio II (530-532), designado ya por su antecesor Félix III (526-530) con el fin de evitar la lucha clerical y partidista entre góticos y bizantinos.

Una de las primeras decisiones que tomó Agapito I, elegido papa cinco días después de la muerte de Juan II, fue rehabilitar a Dióscoro que ya había fallecido en el año 530, tres meses después de su polémica elección, pero en cambio su memoria había quedado marcada con el baldón de la condena y sus seguidores la habían tenido que suscribir, so pena de excomunión, emitiendo un juramento de fidelidad a Bonifacio II.

Lo que hizo el papa Agapito en los primeros días de su pontificado fue reunir en asamblea al clero de Roma y ante todos los presentes tomar en sus manos el documento en el que 60 sacerdotes habían suscrito la condena de Dióscoro y arrojarlo al fuego. Aquello más que un gesto fue un enérgico signo de reparación a Dióscoro, pero sobre todo una manera expresiva de dar a entender que no veía con buenos ojos que el Papa disfrutase del privilegio de designar a su sucesor, pero en cambio estaba de acuerdo en restaurar la antigua tradición canónica que hacía recaer en el clero romano la elección.

Enseguida tuvo que encararse el Papa con un grave problema político para el que se le pidió su intervención. Se trataba de lograr que Justiniano renunciara a su propósito de someter la península italiana a la obediencia jurisdiccional de Bizancio, que era lo que el general Belisario intentaba en su lucha contra Teodato. Fue precisamente este rey godo el que le encomienda esta comprometida misión de paz, y el Papa ni corto ni perezoso se pone en camino hacia Constantinopla para convencer al emperador, y aunque no logró cambiar sus planes en este asunto, sí resultó la visita, por motivos eclesiales, muy provechosa.

La preocupación del papa Agapito I por dar respuesta a determinados asuntos especialmente enojosos se resuelve siempre con respeto a los cánones y a las tradiciones. Han quedado algunos documentos acerca de su manera de regular los asuntos eclesiásticos en diversos lugares de la cristiandad. Entre ellos, aceptó la apelación de Contumelioso, obispo de Riez, condenado por el sínodo de Marsella (533), presidido por Cesáreo de Arles, y dos meses después de estrenar su pontificado, en julio del 535, decidió que un tribunal de nueve jueces revisase el proceso canónico, aunque al final se llegara a confirmar la sentencia. Al propio Cesáreo de Arles, que pedía poder distribuir los bienes de su Iglesia a los pobres de Arles, le negó, invocando los cánones, la facultad de enajenar los bienes de su Iglesia para entregarlos a los pobres.

Cuando Belisario conquistó el norte de África y tomó Cartago sin ninguna resistencia, el emperador Justiniano devolvió las iglesias a los católicos y pretendió mantener al frente de sus sedes a los obispos arrianos que habían vuelto a la fe católica.

Agapito intervino entonces para decir que no se podía ir contra el derecho y que los conversos ya quedaban compensados con la admisión de la Iglesia, pero se les impedía el acceso a cualquier dignidad eclesiástica. El Papa se alegró con Liberato de Cartago y con los demás obispos africanos por verse libres de los vándalos, y a una pregunta sobre reestructuración de sus iglesias, respondió diciendo que un arriano convertido no podía ejercer funciones sacerdotales en la Iglesia católica y asegurando también que ningún clérigo africano fuese acogido en la Iglesia romana, salvo que dispusiera de los documentos exigibles para su incardinación.

También le recordó a Justiniano, en carta fechada el 15 de octubre del año 535, la vigencia de la legislación romana que prohibía a los clérigos procedentes del arrianismo ejercer como sacerdotes católicos, y se comprometió a que el asunto de la deposición de Esteban de Larissa por parte de Epifanio, patriarca de Constantinopla, fuese revisado por representantes pontificios.

En estas y otras circunstancias, con documentos o testimonios, siempre se trasluce el carácter independiente, la cultura eclesiástica y el rigor canónico, distintivos de la personalidad del papa Agapito, dulce y comprensivo a la hora de curar las heridas de la disensión, pero también enérgico cuando trataba de defender el primado romano o luchar contra las herejías cristológicas de aquel momento. Particularmente el arrianismo, una doctrina que ponía en entredicho la divinidad de Cristo y que había logrado gran expansión entre los godos; y el monofisismo, que afirmaba que en Cristo sólo hay una sola naturaleza divina, y cuya doctrina, bastante extendida por Oriente, encontraba en el emperador Justiniano un trato conciliador y en la emperatriz Teodora un descarado apoyo.

Tres meses después de escribir su carta a Justiniano a propósito de la normativa a seguir con los clérigos arrianos convertidos al catolicismo y de confirmar todos los cánones que regulaban la cuestión arriana, ya andaba Agapito I preparando su viaje a Constantinopla para convencer a Justiniano de que no invadiese Italia. Ésta era la misión de paz que le había encomendado el rey Teodato y que el Papa aceptó de buen grado, no

tanto por lograr rendir la voluntad política y militar del emperador, que no consideró negociable ningún arreglo sobre la reconquista italiana, cuanto porque pudo poner orden y disciplina en algunos asuntos de ortodoxia que afectaban al patriarcado de Constantinopla.

El Papa encabezó la misión diplomática, pero no quiso que le financiaran el viaje y se las arregló, para hacer frente a los gastos, empeñando parte de los vasos sagrados de oro y plata de la iglesia romana, más tarde recuperados gratuitamente. Antes de embarcar en enero del 536 en el puerto de Siponto, la actual Manfredonia, en el Adriático, subió a la gruta del monte Gargano para pedir protección a San Miguel para tan arriesgado viaje. Cuenta el papa Gregorio Magno en sus *Diálogos* que, durante la travesía, el papa Agapito devolvió milagrosamente la movilidad y el habla a un tullido mudo que viajaba en el barco. Llegó a Constantinopla el 2 de febrero y fue recibido con grandes muestras de afecto, tan triunfalmente como había sido acogido diez años antes el papa Juan I.

Aunque su embajada diplomática no tuvo éxito, pues Justiniano le comunicó pronto que no era posible volverse atrás de las órdenes ya cursadas, en cambio fueron muy fructíferas sus intervenciones en la lucha contra la preponderancia y difusión del monofisismo. Cuando llegó Agapito hacía poco más de medio año que había muerto el patriarca Epifanio y la sede ya estaba cubierta por Antimo, debido a las intrigas de la emperatriz Teodora. El nuevo patriarca, procedente de la sede de Trebisonda, dio muestras evidentes de ser tan monofisita como la propia Teodora. En seguida que el Papa se dio cuenta de la situación tomó cartas en este asunto, negándole la comunión con él si no confesaba pública y explícitamente la doctrina del Concilio de Calcedonia sobre las dos naturalezas de Cristo. Esta condición se la trasladó al emperador, y éste a Antimo, de tal modo que el asunto quedó zanjado con el abandono del patriarcado. Según reconoce Justiniano en el prólogo de su *Novella,* Antimo fue depuesto de su sede patriarcal por el papa Agapito.

Este acto de autoridad pontificia, reconocido por el propio emperador, se extendió también a la elección de un nuevo pa-

triarca. Nombró como sustituto al monje Menas, originario de Alejandría y seguidor confeso de Calcedonia, y lo consagró él mismo el 13 de marzo del año 536, después de haberle propuesto para firmar la llamada «Fórmula de Hormisdas» donde se afirma que «en la Sede Apostólica se ha conservado siempre, sin mácula, la fe universal» y se expone con claridad la posición católica en las cuestiones cristológicas del momento. «Es la primera vez que desde los tiempos de San Pedro una Iglesia oriental recibe un obispo consagrado por el obispo de Roma», escribió Agapito I al obispo de Jerusalén. Días después, el 18 de marzo, Justiniano suscribe una profesión de fe según esta misma fórmula y el Papa le agradece y alaba sus esfuerzos por conservar la unidad de la fe. Hay incluso un testimonio literario en el canto sexto del Paraíso, en la *Divina Comedia.* Atribuye Dante al emperador Justiniano estas palabras: «... aquel santo Agapito, que fue / sumo pastor, a la fe verdadera / me encaminó con sus palabras santas».

También solicitó el papa Agapito I la convocatoria de un concilio que condenase al depuesto Antimo, y al mismo tiempo puso en conocimiento del emperador una petición hecha por 67 monasterios de Constantinopla y representantes de otros monasterios de Siria y Palestina para que expulsara a los monofisitas de la ciudad. Antes de que el concilio se reuniera, el papa cayó gravemente enfermo y murió en Constantinopla. Su muerte causó una gran consternación en la ciudad imperial y se le hicieron unos solemnísimos funerales como a ningún otro obispo o emperador se le habían hecho.

Toda la cristiandad lo reconoció muy pronto como santo y encontró un hagiógrafo de excepción en San Gregorio Magno, que ensalzó su aureola de santidad. San Agapito I ha pasado a la historia de la Iglesia por su lucha contra el monofisismo, y de hecho, a la hora de morir dejaba convocado un concilio, que presidiría el patriarca Menas, en el que no sólo sería condenado Antimo, sino también otros seguidores del monofisismo. Las sesiones, a las que asistieron los obispos del séquito, con el diácono Pelagio a la cabeza, que llegó a Papa veinte años después, se prolongaron hasta el 4 de junio del 536. El 6 de agosto Justiniano expulsaba de Constantinopla a los jefes monofisitas, pero

esto era sólo un capítulo de una más larga y complicada historia. La guerra gótica ya había comenzado cuando llega a Roma la noticia de la muerte de San Agapito. Su sucesor se llamaba Silverio, que acabó siendo destituido por Belisario el 11 de marzo de 537, por venganza de la emperatriz Teodora que confiaba en que el nuevo Papa rehabilitaría a Antimo.

JOSÉ ANTONIO CARRO CELADA

Bibliografía

DANIELE, I., «Agapito I», en *Bibliotheca sanctorum,* t.I cols.316-318.
DRUFFY, E., *Santos y pecadores, una historia de los Papas* (Madrid 1998).
PAREDES, J. (dir.), *Diccionario de los Papas y los Concilios* (Barcelona 1998) 61-62.
PASCHINI, P (dir.), *Enciclopedia Cattolica,* I (Ciudad del Vaticano 1948) cols 428-429.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN LEÓNIDAS

Mártir († 204)

Es el padre de Orígenes, al que hizo bautizar recién nacido. Era de Alejandría, estaba casado y tenía siete hijos. Era ciudadano romano y enseñaba en la famosa escuela de aquella ciudad. Fue arrestado y encarcelado en la persecución de Septimio Severo y queriendo su hijo Orígenes acompañar a su padre en el martirio, lo evitó la madre escondiendo las ropas del muchacho. Orígenes animó a su padre a permanecer firme en la confesión de la fe. Fue decapitado el año 204.

SAN TEODORO DE SIKEÓN

Obispo y hegúmeno († 613)

Hijo de la dueña de una venta y lupanar, una cocinera hizo que el negocio de la prostitución se cerrara ya que con el de la venta había suficiente negocio, y fue esa cocinera la que enderezó los pasos del muchacho a la vida religiosa. Se decidió finalmente por llevar vida de anacoreta en una cueva. Rodeado pronto de fama de santidad y buscado por los fieles, intentó recuperar su soledad yéndose a otra cueva en las montañas, lo que

arruinó su salud. Entonces hubo de dejarla, y ordenado sacerdote pese a su juventud, peregrinó a Jerusalén. Volvió luego a su vida eremítica y volvieron a buscarle numerosos fieles, atraídos por su ejemplo, lo que le llevó a la fundación de un monasterio. Con gran repugnancia suya fue elegido obispo de Anastasiópolis, pero al cabo de diez años dimitió y volvió a su monasterio. Murió el año 613.

SANTA SENORINA

Abadesa († 980)

Nace en el seno de una familia noble en la diócesis de Braga y es pariente de San Rosendo. Al morir su madre, siendo ella muy pequeña es encomendada al cuidado de su tía Godina, abadesa de San Juan de Viveiro. Llegada a la juventud es inútilmente requerida a que contraiga matrimonio pues había decidido consagrarse al Señor, y así lo hizo tomando el hábito monacal en aquel mismo convento en que se había criado. Guardó con fidelidad los deberes propios de su consagración a Dios y sobresalió por su piedad y su austeridad increíble de vida. Muerta su tía, la comunidad estuvo de acuerdo en elegirla por nueva abadesa. En el curso de su mandato se propuso la fundación de un nuevo monasterio en Basto, de la diócesis de Braga, del que fue igualmente abadesa y donde vivió con la misma ejemplaridad hasta su muerte el 22 de abril de 980.

BEATO FRANCISCO VENIMBENI

Presbítero († 1322)

Nació en Fabriano, Italia, en 1251. En su juventud ingresa en la Orden Franciscana y comienza su noviciado, al término del cual va a Asís y trata con el Hermano León que, parece ser, le persuadió a que tomara la pluma para defender la indulgencia de La Porciúncula. Una vez sacerdote, es dedicado a la predicación, lo que hace con gran celo y fruto de las almas. Ya mayor fue elegido guardián del convento de su pueblo natal. Murió con gran fama de santidad el 22 de abril parece que del año 1322. Su culto fue confirmado el 1 de abril de 1775.

23 de abril

A) MARTIROLOGIO

1 En Diospolis (Palestina), San Jorge (s IV), martir **
2 En Tenkitten, San Adalberto († 997), obispo y martir **
3 En Edesa de Siria, San Eulogio († 387), obispo
4 En Milan, San Marolo (s V), obispo
5 En Toul, San Gerardo († 994), obispo *
6 En Cerdeña, la conmemoracion de San Jorge († 1117), obispo
7 En Perugia (Umbria), Beato Gil de Asis († 1262), religioso, de la Orden de Menores *
8 En Udine, Beata Elena Valentini († 1458), viuda, terciaria agustina **
9 En Campi Bisenzio (Toscana), Beata Teresa Maria de la Cruz Manetti († 1910), virgen, fundadora de las Carmelitas de Santa Teresa **
10 En Grottaferrata (Italia), Beata Maria Gabriela Sagheddu († 1939), virgen, monja cisterciense **

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SAN JORGE

Martir († s IV)

Los santos jóvenes —los de nuestro siglo— difícilmente podrían venir al mundo de incógnito. Sus fotografías, el rostro de los santos, corren de mano en mano y nunca faltan, más o menos retocadas, en la cubierta de sus vidas Cosa que no pasa con los santos veteranos San Jorge, por ejemplo, podría pasearse tranquilamente a pie o a caballo, y hasta pasar a nuestro lado con cara de labriego holandés, viajante florentino o distinguido militar, sin que lograramos identificarle.

En los archivos de los historiadores —esos pobres hombres que se pasan la vida masticando polvo de biblioteca— la ficha de San Jorge casi está en blanco. Los mas sabihondos solo han puesto, y a lápiz, estas palabras: «Mártir en Oriente a principios del siglo IV». No es de extrañar Nosotros apuntamos en un papel el día y la hora de visita al dentista, la dirección del notario, pero ningún novio, para no olvidarse, apunta en su agenda el día de su boda, ni ninguna madre escribe en una libreta el día

del cumpleaños de su hijo. Las fiestas grandes se recuerdan fácilmente. Y los grandes santos —a San Jorge le llaman en Oriente «el Gran Mártir»— no han tenido necesidad de huellas dactilares ni de partida de nacimiento, legalizada y todo, para sobrevivir al tiempo. Estad seguros: la vida de San Jorge no la hallará nunca nadie en los mamotretos sin color, calor ni vida de los beneméritos historiadores

Todos los caminos van a Roma, decimos frecuentemente. Y es verdad. Pero tened cuidado y mirad qué camino escogéis para seguir la vida de San Jorge. ¿A qué viene enterarse que en Lydda hubo un templo dedicado al Santo, que una inscripción del siglo VI nos habla de sus reliquias, que su fama era inmensa en Oriente, que los reyes merovingios, al establecer su árbol genealogico, se creyeron descendientes de un hijo de San Jorge, que en Regensburg tenia una capilla dedicada desde la época de la ocupación romana, que Ricardo Corazón de León le nombró patrono de los cruzados y que éstos extendieron su culto por Occidente?

Encontre hace años una pista de la vida de San Jorge. Desde entonces el 23 de abril vuelvo a reseguirla cada año. Y cada año, al atardecer, vuelvo a casa contento.

Día 23 de abril. Barcelona. Son las cinco de la tarde. Estamos en la Plaza Nueva. Aquí, junto a la catedral, empieza nuestro itinerario Es corto. Pavimento enlosado y afortunadamente sin vehículos. Muchas personas siguen el mismo camino. Voces atipladas de niños dialogan alegres con sus madres Setenta pasos bordeando la catedral y una calle estrecha, pacífica, serena. Una fila larguísima avanza pausadamente, sonrientemente. Aquí, en esta calle —la calle del Obispo—, camino de la Diputación, donde se venera la reliquia del Santo, es fácil recordar, vivir la historia. La cuentan las madres a los niños. Y las madres nunca engañan.

> «San Jorge nacio lejos, muy lejos, cerca de la tierra de Nuestro Señor Su padre era un labrador muy rico, con muchos criados y muchas tierras Su madre era muy buena El pequeño Jorge siem pre hacia lo que le mandaban y traia siempre buenas notas Cuan do mayorcito, el pobre se quedo sin padre y sin madre Tenia vein te años Y le hicieron capitan Sabia mucho de guerra y siempre le condecoraban Era el capitan mas joven y mas guapo El empera dor le queria mucho Pero el emperador era malo Y un dia mando

matar a todos los cristianos del mundo. Él no sabía que San Jorge lo era, aunque todos notaban en él algo especial. Jorge, el capitán Jorge, no pudo aguantar aquello. Se puso las mejores ropas, entregó sus bienes a los pobres y fue y le dijo al emperador unas cuantas cosas delante de todos los ministros del Imperio. El pobre emperador —se llamaba Diocleciano— no supo qué contestar. Pero montó en cólera y gritó: "Ahora sabrás lo que es bueno". Le metió en la cárcel y empezaron a azotarle como a Nuestro Señor. San Jorge se acordó de Jesús y ni abrió la boca. Se cansaron los verdugos de azotarle Y él nada, seguía sin gritar y sin llorar Todos los de la cárcel decían: "Es un valiente. Vale la pena ser cristiano". Corrieron a decírselo al emperador Entonces.. »

(La calle está jalonada de trecho en trecho por mozos de escuadra. Altos; pantalón, chaleco, chaquetilla corta azul turquí con trencilla blanca y vivos grana, alpargatas blancas con cintas azules, chistera con un ala levantada y sujeta por una escarapela con un escudo, tienen un aire marcial distinguido y una sonrisa familiar que no aleja. No usan armas; hoy encajarían mal en esta calle con rosas de San Jorge, que el prelado ha bendecido por la mañana, en todas las solapas. Los mozos de escuadra [un capitán, un teniente, cuarenta mozos], al hablar de San Jorge, de su San Jorge, muestran satisfactoriamente que su Patrón fue un valiente.)

«Entonces vino un nuevo tormento. le enterraron en un hoyo que estaba lleno de cal viva. Sus últimas palabras fueron: "Dios mío, escucha mi oración; haz que te ame siempre y envía un ángel que me libre ahora, como un día lo hiciste con los tres jóvenes que un rey malo metió en un horno de fuego". Le enterraron mientras hacía la señal de la cruz. Nuestro Señor siempre escucha cuando se le reza. A los tres días el emperador se enteró de que el capitán Jorge vivía y seguía amando a su Dios.

»Y más tormentos: le pusieron unas sandalias ardiendo al rojo vivo, le dieron veneno [...] Él siempre rezaba y el Señor siempre le escuchaba

»Otro día le metieron en un templo de los dioses falsos. Entrar San Jorge y venirse al suelo las imágenes de los dioses fue una misma cosa. El Señor estaba con él. Finalmente, le cortaron la cabeza. Tenía ganas de estar con Jesús».

(Poco a poco hemos ido subiendo. En el patio, quince naranjos que le dan nombre contrastan con los animales feroces de las gárgolas. Un surtidor brota encima de una imagen de San Jorge a caballo. La melodía del órgano, cada vez más próxima, prepara el ánimo para la adoración de la reliquia del Santo. Dos seminaristas la dan a besar. Los fieles al venerarla —una reliquia

que donó a la Diputación el embajador de Felipe II en Alemania— oyen las palabras: «San Jorge, rogad por nosotros». En el altar una imagen de San Jorge, armadura articulada, oro, plata, cara policromada, recuerda lo de siempre: la vida del hombre sobre la tierra es milicia, es lucha.)

La leyenda es la historia de los iletrados. Símbolo siempre y lección constante. La de San Jorge es el mensaje luminoso y siempre actual mensaje que los cruzados sacaron de la imagen del Santo, tan venerada en Oriente. El Santo a caballo mata un dragón y salva a una doncella. Desde entonces cuentan que había un dragón que desolaba una ciudad. Vivía junto a un lago. Su aliento era mortal. Para mantenerle alejado de la ciudad le llevaban todos los días primero reses y luego personas. Un día le tocó a la hija del rey. Mal día para el rey. Mejor, buen día para todos. Porque, sin saber cómo, de pronto se presentó un guerrero y en el nombre del Señor Jesús mató al dragón. La ciudad respiró y desde entonces empezó para ellos una nueva vida. La doctrina de Jesús que les enseñó San Jorge les hizo libres.

¿Leyenda? ¿Parábola? Mensaje de ayer, mensaje de siempre.

(En este momento —son las seis— el carillón de la Diputación lanza su melodía. En el patio, treinta y seis puestos de flores —los que por la mañana han concurrido al concurso de la flor de San Jorge— siguen ofreciendo rosas. Es imposible pasar de largo. Una rosa de San Jorge recuerda a los que deben dar testimonio —todos— la vida de un mártir, de un testigo de Cristo. Un mártir que es patrono.)

¿Por qué, si no, las madres cuentan a sus hijos la vida de San Jorge?

JORGE SANS VILA

Bibliografía

D'ALOS-MONER, R., *Sant Jordi, patró de Catalunya* (Barcelona 1926, repr 1975).
DELEHAYE, H., *Les légendes grecques des saints militaires* (París 1909).
DOLCI, M., «Llibre de Sant Jordi»: *Bibl. Ses.* 104 (Barcelona 1952).
RIBER, L., «Sant Jordi en la historia, en la llegenda, en les cròniques y en la devoció»: *D'ací i d'allá* 88 (1925) abril.
THURSTON, H., art. en *The Month* (1892) abril.
— ID., «George», en *The Catholic Encyclopedia,* VI. Buen resumen de las leyendas.
— Actualización:
BOFILL, F. - SAW, J., *Sant Jordi, estendard d'Europa* (Barcelona 1996).

GRIFELL I PONS, L, *Sants i mites de Catalunya I Sant Jordi, Sant Ramon, Sant Miquel* (Moia 1993)
SAYRACH, N, *El patro Sant Jordi historia, llegenda, art* (Barcelona ²2002)

SAN ADALBERTO

Obispo y mártir († 997)

En la vida del mártir San Adalberto, obispo de Praga, apóstol de Hungría, Polonia y Prusia, escrita por dos contemporáneos suyos, encontramos algo de la pureza, simplicidad e intransigencia de la naturaleza angélica, que acusa siempre cierta inadaptabilidad en contacto con la naturaleza humana. El ángel, íntegro, simple y puro, que contempla continuamente la faz de Dios, es terriblemente exigente ante nuestra flaqueza e inconstancia. No en vano Cristo, para comprendernos mejor, según afirma el Apóstol, asumió nuestra naturaleza.

De hecho, San Adalberto sólo fue plenamente feliz los pocos años que pudo llevar en el claustro una vida angélica. Nacido para el silencio, la contemplación y la alabanza divina, se halló siempre violento en medio de un mundo malo, que no llegó a comprender y del que tampoco fue comprendido.

Nacido en Libice (Bohemia) en 956, de la nobilísima y muy cristiana estirpe checa de los Slavnikos, recibió en el bautismo el nombre de Vojtech. Colocado sobre el altar de la Virgen, sanó de una terrible enfermedad, y en aquel momento sus padres, que por su radiante hermosura le habían destinado al siglo, hacen voto de consagrarle a Dios.

Si en los primeros años de su niñez nos lo describen sus biografos aprendiendo la ley divina y de memoria el Salterio entero, que será el alimento de toda su vida, en sus estudios con el obispo de Magdeburgo (972-981) le contemplamos consagrado a la piedad, a la limosna y al ejercicio de todas las virtudes. Mientras los demás jugaban él se deleitaba «saboreando las dulzuras del néctar de David», y cuando comían él se saciaba del manjar angélico. Al ser aquí confirmado, el obispo le impuso su propio nombre de Adalberto.

Un hecho de este tiempo nos demuestra la extremada inocencia y simplicidad de su alma angélica. Volviendo un día de la escuela, un compañero, jugando, le hizo caer sobre una mucha-

cha. Adalberto llora amarga e inconsolablemente, creyendo que aquel simple contacto le relaciona ya para siempre con aquella niña. «Éste me ha hecho casar», exclama entre sollozos el cándido adolescente, ante sus compañeros sorprendidos de tanta simplicidad.

Terminados sus estudios y fallecido el arzobispo Adalberto, vuelve a Praga, donde ingresa en el estado clerical. Allí asiste a la terrible muerte del obispo Dietmaro, que le impresiona profundamente. El príncipe y el pueblo se reúnen enseguida para elegirle sucesor. El voto unánime designa a Adalberto (983).

En la fiesta de los Príncipes de los Apóstoles es consagrado por el obispo de Maguncia. En honor del mártir San Wenceslao entra descalzo en su sede, aclamado por todo el pueblo.

Allí se esfuerza con ayunos, limosnas, y sobre todo con su continua y ferviente oración e incesante canto de salmos, para conseguir de su pueblo lo que no logra ni con su ejemplo ni con su predicación. Asustado ante el pecado, crimen y perversión de los suyos, llora, exhorta, conmina. Llegando a desesperar de la salvación de las almas que tiene encomendadas, teme por la suya propia. Lo abandona todo y corre a Roma. «Mi grey no quiere escucharme, mis palabras no echan raíces en aquellos corazones, allí la justicia es la fuerza; la ley, la voluntad», exclama postrado ante el papa Juan XV. «Hijo —le dice el Papa—, ya que no te quieren seguir, deja lo que te daña... si no puedes aprovechar a los demás no te pierdas a ti mismo». Y con la bendición del sumo pontífice, se dispone a peregrinar, pobre e ignorado, hacia Jerusalén. Pero el abad de Montecassino le desaconseja tan largo viaje, aunque no consigue retenerlo en aquel cenobio, pues es reconocido como obispo.

Llama a las puertas de Grottaferrata, pero San Nilo le da una carta para el abad León, del monasterio de San Bonifacio y San Alejo, sito en el Monte Aventino. Allí es recibido y, después de dura prueba, puede profesar juntamente con su hermano Gaudencio en la noche pascual del año 990.

Ha logrado, por fin, su vehemente deseo. El obispo ha desaparecido del todo, sólo se ve al humilde monje, servidor de la cocina, encargado de traer agua, de lavar las manos a todos y de «servirles en todo».

Poco duró su felicidad. A instancias del obispo de Maguncia y de sus volubles diocesanos, el Papa le ordena volver a su sede (992). Se despide con lágrimas y profundo dolor de sus hermanos y logra llevarse consigo a doce monjes, con los cuales funda cerca de Praga el monasterio de Brevnov. Prometiendo solemnemente la enmienda, los suyos le reciben en triunfo. Vuelve otra vez a trabajar, llorar, exhortar y, sobre todo, a orar sin tregua. ¡Todo inútil! Las costumbres paganas y la crueldad de sus súbditos le abruman, le aturden, y, transcurrido poco más de un año, no pudiendo resistir más, se fuga otra vez a su querido monasterio. Allí es recibido por el abad y los monjes con un gozo inmenso. «Es verdaderamente un santo», se decían los monjes. Y, expresando un deseo general de todos los que tendían a la perfección, añadían: «Sólo le falta el martirio». En efecto, el Señor se lo iba preparando.

Instigado por diversas partes, y sobre todo por una solemne delegación de Bohemia, Gregorio V, que había sucedido a Juan XV, manda de nuevo al monje-obispo emprender el camino de su patria.

Las guerras, disensiones y crímenes en que está sumida la Bohemia obligan a Adalberto a refugiarse en Maguncia, en la corte de Otón III, con quien había contraído una íntima amistad en Roma. No pierde el tiempo en aquella forzosa espera. Se convierte en apóstol de aquella corte y platica largas horas con el emperador. Visita a San Martín en Tours, a San Benito en Fleury y a San Dionisio en París. Y en rápida excursión apostólica se llega hasta Hungría para predicar a Cristo.

Por fin recibe una misión de los suyos que le dice paladinamente que no quieren recibirle. Los males y disensiones continúan. Sus ancianos padres y todos sus hermanos han sido vilmente asesinados en una refriega con el partido contrario de los Premyslidos.

> «¿A qué quieres venir? —le dicen imprudentemente los emisarios—. ¿Es que, so capa de santidad, quieres vengarte de los tuyos? No te queremos, somos pecadores, gente de dura cerviz...».

Adalberto, lleno de gozo, exclama: «Señor, has roto todos mis lazos; te inmolo la gloria y el sacrificio de alabanza».

Ya nada le detiene. El celo de las almas y la sed de martirio le empujan. Ayudado por el duque Boleslao pasa a Polonia, donde funda el monasterio de Meseritz, y de allí a Prusia. Se detiene en Danzig, donde convierte a una ingente multitud, predica, bautiza y celebra los divinos misterios. Despide luego el acompañamiento que le ha prestado el duque, y con sólo su hermano Gaudencio y otro monje se adentra más y más hacia aquellas regiones inhóspitas y feroces del Septentrión, predicando a Cristo sin cesar.

Un día, mientras está cantando sus salmos en una isla, cerca de Fischausen, es derribado por un terrible golpe en la espalda que recibe como un feliz presagio.

> «Poco, a la verdad, es esto —exclama levantandose—, pero, por lo menos, he merecido recibir un golpe por mi Crucificado»

Pasa al otro lado, y entra en una población. Reúnense en torno a él las gentes y con gritos y amenazas le preguntan quién es y qué quiere. Él responde sereno e imperturbable: «Soy un hijo de Bohemia, de nombre Adalberto, monje de profesión, antes obispo y ahora vuestro apóstol...». Enloquecidas aquellas gentes no le dejan continuar, golpean el suelo con sus báculos, vomitan blasfemias y le obligan a abandonar su país si quiere salvar la vida.

Se embarcan de nuevo Gaudencio tiembla con sueños de martirio. Cantando salmos —dice el biógrafo— van abreviando el camino. Llegan una mañana a una pradera. Gaudencio celebra la misa. Adalberto comulga y luego, murmurando otra vez un salmo, quedan profundamente dormidos. Una turba de paganos se les echa encima cerca de Elbing. Son atados fuertemente a unos árboles.

> «No os entristezcais —dice Adalberto a sus compañeros—, ¿puede haber cosa mas grande, mas bella, más dulce que ofrecer la vida por el dulcisimo Jesus?»

El sacerdote de los ídolos que dirige la horda da la señal blandiendo el primer dardo. Sacan los demás sus lanzas. «Un río purpúreo sale impetuoso de siete profundas heridas». Desátanle sus vínculos. Adalberto extiende los brazos y ora por sus perseguidores. De pie, como su padre San Benito, muere murmurando una oración: «Señor, ayúdame, escucha mi oración... perdó-

nalos, pues no saben lo que hacen...; que no sea infructuosa mi pasión ni para mí ni para ellos... Amén».

Era el viernes 23 de abril del 997. Adalberto pasaría poco de los cuarenta años. Su cuerpo, rescatado por el duque Boleslao, fue trasladado con gran pompa a Gnesen, donde su amigo y admirador Otón III vino a venerarle. Más tarde se le trasladó a Praga.

ADALBERTO FRANQUESA, OSB

Bibliografía

Act. SS. Boll, 23 de abril.

Art. en *Dictionnaire d'histoire et de geographie ecclesiastique*, t.I col.451s.

Art. en *Lexicon für Theologie und Kirche*, t.I p.122s

BRETHOLZ, B., *Geschichte Bohmens und Mahrens* (Reichenberry 1912).

Vita, de S. Adalberto, antigua y muy discutida. Cf. *Bibliotheca hagiographica latina. antiquae et mediae aetatis, ediderunt Socii Bollandini* (Bruselas 1898-1911) n.37-56, y *Analecta Bollandiana* 14 (1895) 449s, 21 (1902) 222s.

VOIGHT, H G., *Adalbert von Prag: ein Beitrag zur Geschichte der Kirche und des Monchtums im zehten Jahrhundert* (Berlín 1898).

ZIMMERMANN, A. M., OSB, *Kalendarium Benedictinum*, II (Viena 1934) 95s.

BEATA ELENA VALENTINI

Viuda consagrada († 1458)

Nació Elena por los años 1396 o 1397 en la región véneta de Údine (Italia), en el seno de la familia de los Maniago. En el año 1414 contraía ya matrimonio con el noble udinés Antonio Cavalcanti, con quien habría de vivir veintisiete años como esposa fiel y madre de seis hijos, «nutriéndolos con gran solicitud en el temor de Dios». Muerto el marido en 1441, su viuda Elena decide retirarse del mundo. Luego de conocida la Orden Seglar de San Agustín y tras escuchar la vibrante palabra del agustino Ángel de San Severino, se hace terciaria agustina y, después de haber emitido la profesión, continúa viviendo algunos años en la casa recibida de su esposo sita en Mercato Vecchio, actual borgo Montevecchio. Allí permanece hasta 1446, fecha en que pasa a vivir con su hermana Perfecta, terciaria agustina como ella, con quien permanece hasta el final de sus días progresando y madurando en la oración y en la mortificación a base mayormente de una ejemplar imitación de Cristo.

De su vida y virtudes predicó el agustino Simón Romano, que enseñaba teología en Padua por entonces, año de 1458, cuando fue llamado a pronunciar la oración fúnebre de esta terciaria en Údine. Los bolandistas publicaron su discurso, cuyo texto original italiano se conserva en la Biblioteca Vaticana (ms. Rossiano 48, fol.1r-26r), asegurando que fray Simón compendió la vida de Elena en *pio ac simplici stylo.* Tenemos, pues, garantías de seriedad y rigor en cuanto allí, y en tan solemne circunstancia, dijo, comentó y glosó el ilustre predicador, comprendidos los datos biográficos de la finada. Como acertadamente comenta el historiador de la Orden de San Agustín David Gutiérrez, no es fácil que el orador, ante un público que conocía bien a la difunta, se dejase llevar, al aire de las palabras, de la fantasía y se arrancase de pronto contando chismes y falorias.

> «Todo lo que tenia en el mundo —refiere entre otras cosas la ci tada fuente— quiso darlo a los pobres del Señor dono sus vestidos de paño, seda y terciopelo a la iglesia de santa Lucia [ ], haciendose de ellos pluviales y ornamentos del culto divino Vendio los otros bienes, muebles e inmuebles, y dio el precio a los pobres [ ] Visitaba a los enfermos, consolaba a los afligidos, socorria a los necesitados, rezaba mucho por los difuntos y se ejercitaba en todas las otras obras de misericordia [ ] Pasaba en oracion siete horas, por las siete horas canonicas y por amor de la pasion de Cristo, dedicaba otra hora a la confesion y comunion, que hacia todos los dias con mu chas lagrimas, durante otra hora rogaba a Dios por el perdon de los pecados de todos los pecadores Y para no faltar en la cuenta de las horas, llevaba consigo un reloj de arena Sabia de memoria los siete salmos y el oficio de la Virgen Tenia un libro titulado *Specchio de la croce* [Espejo de la cruz] y otro que se llama *Li dieci gradi de la humiltade* [Los diez grados de la humildad], con muchos otros en vulgar, en los cuales dia y noche leia» (fol 2r 6v)

Durante los casi dieciocho años como laica consagrada, llevó una vida austera, de fructuosa penitencia y rigurosa mortificación, alimentándose a menudo solo de pan y agua, durmiendo sobre un duro lecho de piedras, apenas cubierto con un poco de paja, flagelando de continuo su cuerpo e, incluso, caminando con treinta y tres piedrecitas dentro de los zapatos «en recuerdo de los bailes y danzas —como ella solía repetir— con que en el siglo había ofendido a mi Señor, y en memoria de los treinta y tres años que mi dulce Jesús por mi amor caminó por el mundo».

Cuenta fray Simón y no para de las austeridades de la Beata, de su ayuno continuo a pan y agua, de sus pocas horas de descanso, de los asaltos diabólicos que ella rechazaba con la señal de la cruz y textos bien traídos de la Escritura. Refiere asimismo que desde el año 1455 no pudo levantarse más de la cama, a causa de la fractura de ambas piernas, que el orador, siguiendo los dictámenes de la época, atribuye al demonio y los autores modernos, según los enfoques más racionales y naturales de nuestro tiempo, a una caída. Para quienes la exhortaban a la resignación en sus dolores, he aquí su respuesta llena de sensatez y de buen sentido espiritual:

> «¿Como puedo yo dejar de soportarlos con paciencia, considerando que mi dulce Señor Jesus sufrio en la cruz penas mucho mayores por mi? Por ello le pido que, si es de su agrado, me mande mayor enfermedad y mas sufrimientos» (fol 7v)

Pero la terciaria agustina no se hacía castillos en el aire ni construía sobre la desniveladora y movediza arena de una sensiblería devocional cuando se entregaba de mente y corazón a distintas formas de penitencia, sino que iba directamente al Evangelio para encontrar en sus estremecidas y conmovedoras paginas la fuente cristalina de su inspiración. Procuró sobre todo mirarse como en un espejo en los sufrimientos del Cristo de la Pasión, y puso como paradigma de su vida sencilla, consagrada al Señor, un doble motivo de referencia, esto es: la imitación de Cristo y el contraste con su anterior existencia mundana.

No faltaron, claro es, ni el desaliento ni el cansancio en esta carrera ascética, mas ella siempre se las arregló para resistir los embates de este género de tentaciones con gran presencia de ánimo y con indoblegable constancia en el retiro de la pequeña celda construida en su misma casa, de la que salía sólo para ir a rezar y a meditar en su querida iglesia de Santa Lucía. Reaccionando con diligente cuidado, admirable prontitud y sobrenatural energía a estas crisis de profundo desconsuelo y de cansancio espiritual, terminó convirtiéndose en acabado ejemplo de vida evangélica, y el Señor, además, como para compensar tanta prueba, le concedió el don de hacer milagros.

Debidamente autorizada por el padre provincial de los agustinos, en 1444 hizo voto de absoluto silencio, sólo interrumpido

en Navidad, que solía ser ocasión de sosiego para entretenerse y corresponder mediante breves y tiernas conversaciones con sus hijos y algunos familiares íntimos. Como supremo consuelo, y acaso también como premio de sobrenatural recompensa en su vida de completa renuncia y lucha ascética, el cielo se abrió para ella con éxtasis y visiones no frecuentes siquiera en almas escogidas, y Dios Padre se inclinó hasta la sencillez de su alma concediéndole el don de hacer milagros y la gracia de conocer las cosas ocultas.

A consecuencia de una fractura en las piernas ocurrida el 1455, vivió los últimos años postrada en un humilde y duro lecho, aguardando con paciente y contenida espera la llegada de la hermana muerte, lo que ocurrió el 23 de abril de 1458. Conocida por su oración y obras de misericordia, la llama de su preciosa vida se apagó después de largos sufrimientos en la fecha dicha. Sepultados sus restos mortales primero en el rincón de la iglesia de Santa Lucía, allí donde la Beata había solido orar, dulcemente abandonada tantas veces a la contemplación, oculta en el pequeño «oratorio» de madera que se había hecho construir para librarse de la admiración y de la curiosidad de los fieles, reposan actualmente en la catedral de Údine.

> «Despues de pasar tres años gravemente enferma en un lecho de piedras, sobre las cuales no habia otra cosa que un poco de paja, que, contra su voluntad, habia mandado poner la priora —detalla una vez mas el orador sagrado del funeral—, llegado su último dia, quiso confesarse por la mañana, se celebro una Misa en su pequeña celda y, después de recibir con gran devocion el Cuerpo de Cristo, pidió que le administrasen la extremaunción Fueron por ello procesionalmente a su casa todos los frailes de la Orden que se encontraban entonces en el convento de santa Lucia, como se hace en nuestra Orden, diciendo ellos solo siete salmos penitenciales, alternando ella el rezo con los frailes, y luego se despidio de sus familiares [ ] Suplico a los religiosos y a las religiosas que estaban con ella, que no dejasen entrar de nuevo ni a sus hijos ni a hermanos ni a parientes, que pudieran distraerla con su amor o con sus lloros a la hora de la muerte» (fol 22r-23v)

El desprendimiento hasta de los más naturales y sencillos sentimientos familiares se deja sentir de manera patente al par que sobrecogedora en detalles como éste

Quiso luego que le rezasen la recomendación del alma, a la que también contestó. Y cuando el superior de Santa Lucía dijo las últimas palabras,

> «En vez de reclinar la cabeza sobre la almohada, Elena se elevo mas e hizo una inclinacion a la cruz que estaba al pie del lecho Y asi quedo, con la cabeza elevada mas de un palmo sobre la almohada [ ] Murio en la noche de un sabado, viniendo la cuarta dominica de abril del año del Señor 1458, a veintitrés de abril Era de sesenta y dos años de edad Y estuvo en la Religion dieciocho años» (fol 24rv)

Sepultada en la iglesia agustiniana de Santa Lucía, al suprimirse en el siglo pasado los regulares, el cuerpo de Elena fue trasladado a Údine, según queda ya dicho. El culto comenzó desde el año de su muerte y se extendió por la región friulana, donde recibió nuevo impulso al confirmarlo el Beato papa Pío IX en el año 1848. Después de sucesivos traslados, sus restos mortales encontraron por fin, el año 1845, un lugar digno y recogido en la catedral de Údine, ciudad y diócesis en la Venecia oriental de los confines con la Carniola yugoslava y la Carintia austríaca, donde actualmente reposan para pública veneración de sus devotos.

Hija de su época, desde luego, pero aventajada alumna en la escuela de Agustín de Hipona, radicalmente identificada con Cristo pobre y obediente hasta la muerte de cruz (Flp 2,8), que redimió y santificó a los hombres, Elena Valentini de Údine, movida por la caridad, que el Espíritu derrama en los corazones de los fieles (Rom 5,5), vivió más y más para Cristo y su Cuerpo, que es la Iglesia (Col 1,24), haciendo de su viudez a Dios consagrada un cántico de alabanza al Padre por medio de Jesucristo y a instancias siempre del Espíritu.

A fin de promover la unidad litúrgica dentro de la Orden de San Agustín, el procurador general José Palermo (1801-1856) presentó a la Santa Sede, para su aprobación, un calendario agustiniano que contenía, ya las fiestas de la Iglesia universal, ya las de la Orden. El papa Gregorio XVI lo confirmó con fecha 30 de marzo de 1846 a través de la Congregación de Ritos. Más tarde, cultos propios aprobados para la Orden por la Santa Sede fueron: la dedicación de todas las iglesias agustinianas en 1847; Beato Pedro de Gubbio, 1847; Beato Pedro Santiago de Pesaro,

1849; Beato Querubín de Avigliana, 1866; los Mártires agustinos del Japón, 1867, etc., y entre ellos el de la Beata Elena de Údine en 1849, aquella santa mujer que, como dice el Concilio Vaticano II en la constitución *Lumen gentium,* «para extraer de la gracia bautismal fruto más copioso, pretendió, por la profesión de los consejos evangélicos, liberarse de los impedimentos que podrían apartarla del fervor de la caridad y de la perfección del culto divino, y se consagró más íntimamente al servicio de Dios» (n.44).

Piadosa y temerosa de Dios, como Cornelio y toda su familia, diríase que también Elena «daba muchas limosnas al pueblo y continuamente oraba a Dios» (Hch 10,2), convencida de que si «el agua apaga el fuego llameante, la limosna perdona los pecados» (Eclo 3,30-33), y sin echar tampoco en olvido la recomendación de Jesús al fariseo: «Dad más bien en limosna lo que tenéis, y así todas las cosas serán puras para vosotros» (Lc 11,41). Y todo con espíritu de sencillez, de generosidad, de desprendimiento, de pobreza. Muy bien se podría decir que se anticipó, obviamente sin pretenderlo, a ciertas manifestaciones del Vaticano II en dicho sentido, y muy concretamente a esta en que el Concilio dice: «El espíritu de pobreza y de caridad son gloria y testimonio de la Iglesia de Cristo» (GS 88).

Hoy su memoria se deja sentir en múltiples pasajes conciliares acerca de la vida de la Iglesia, sobre todo en torno a esa Iglesia de la opción preferencial por los pobres, de un laicado de compromiso y entrega, de abandono en las manos de Dios y de consagración, de austeridad y penitencia y radical identificación con Jesús pobre y obediente mediante la ascesis de una vida sencilla y mortificada, atajo el mejor, sin duda, para llegar hasta el Cristo sufriente y pascual.

PEDRO LANGA, OSA

Bibliografía

Act. SS Boll., 23 de abril (Venecia 1738) 247-258.

Bibliotheca sanctorum, t.XII cols 886-887

BIASUTTI, G , *Profilo spirituale della Beata Elena Valentini· con cenni storici inediti: nel 5 centenario della morte* (Údine 1958).

FABRIS, L., *Vita della b. E. V.* (Údine 1849).

GAMORETTO, A., *Vita della b. E. Utinensi* (Udine 1760) *Utinen Confirmationis cultus ab immemorabili tempore praestiti Helenae, tertii Ordinis Eremitarum S. Augustini beatae nuncupatae* (Roma 1848)
GAVIGAN, J., OSA, «Los agustinos», en *Historia de la Orden de San Agustín* IV: *Los agustinos en la Edad Media, 1357-1517* (Roma 1999) 92-95, 351
GUTIERREZ, D., *Historia de la Orden de San Agustín publicada por la Curia de la misma Orden.* 1/2: *Los agustinos en la Edad Media, 1357-1517* (Roma 1977) 262-265.
Martyrologium romanum, o.c , 237, n.8; 703
RANO, B., art en *Dizionario degli Istituti di Perfezione,* I (Roma) 155-190
RE, N DEL, «Bta Elena Valentini de Údine (1396/97-1458)», en F. ROJO (ed), *La seducción de Dios. Perfiles de hagiografía agustiniana* (Roma 2001) 117-118
ROMA, S. DA, OSA, *Libro over Legenda della B Helena da Udine.* A cura di Andrea Tilatti (Údine 1988)
TILATTI, A., «"Per man di notaro" La Beata Elena Valentini da Udine tra documenti notarili e leggende agiografiche» *Cristianesimo nella Storia* 8 (1987) 501-520.
VIDOSSI, G , *La b. E. V. terziaria agostiniana* (Údine 1950)

BEATA TERESA MARÍA DE LA CRUZ MANETTI

Virgen y fundadora († 1910)

La familia carmelitana se honra de tener entre las filas de sus beatos a una humilde religiosa italiana, la Beata Teresa Manetti, fundadora de las Hermanas Terciarias de Santa Teresa de la Cruz.

Había nacido el 2 de marzo de 1846 en Campi Bisenzio, pueblecito cerca de Florencia, y murió el día 23 de abril de 1910, siendo beatificada precisamente en Florencia el 19 de octubre de 1986 por el papa Juan Pablo II.

Su juventud fue la de una joven normal de su tiempo y de sus tierras; muy pronto se la comenzó a querer y apreciar por sus virtudes y buenas costumbres.

A los 19 años descubre su vocación religiosa e inicia su camino religioso, escogiendo como inspirador de su obra el ideal de Santa Teresa de Jesús.

Desde el primer momento descubre lo que será su secreto apostólico: una intensa vida contemplativa —como Santa Teresa— y una intensa actividad apostólica como sentía que le pedía el Señor. Ésta será la doble vía sobre la que ella misma edifica, con la ayuda divina, su obra eclesial.

En el año de 1868 comienza una vida retirada que con el tiempo se convertiría en un proyecto de vida religiosa; fue en 1872 cuando se le unen dos compañeras en la casa de sus pa-

dres y da inicio la obra que con el tiempo fraguaría en una nueva congregación religiosa. Desde el primer momento se quieren dedicar a la educación de la juventud femenina. Fue en el año de 1874, precisamente en la memoria de la Virgen del Carmen, cuando se incorporaron a la tercera orden carmelitana y fue en ese momento cuando toma el nombre de Teresa María de la Cruz. Un sacerdote, Don Ernesto Jacopozzi, su párroco, colabora de modo eficaz en la obra que va naciendo y creciendo.

La gran preocupación era abrir una casa para atender a las niñas huérfanas que eran consideradas el «tesoro más precioso» de los fundadores. Pensando en ellas se compra una casa en el año 1879 que reunía las condiciones necesarias, dado que la obra va creciendo y las necesidades aumentaban. Se distinguió siempre por el cuidado materno hacia los pequeños y los más humildes y necesitados.

El año de 1885, la obra iniciada con simplicidad se incorpora a la orden de los carmelitas descalzos y en 1888 todas las hermanas, la madre fundadora y las primeras 27 religiosas, toman el hábito de la Virgen del Carmen emitiendo los votos religiosos. En 1891 el Instituto recibe la aprobación diocesana definitiva, mientras que el 13 de marzo de 1900, el papa León XIII aprobaba definitivamente la congregación de las «Carmelitas Oblatas de Santa Teresa», nombre que luego cambiarían por el de «Terciarias Carmelitas de Santa Teresa» el año de 1904, cuando el papa San Pío X, el día 27 de febrero, aprobaba y confirmaba el instituto definitivamente.

Las doce casas de la toscana italiana dejan paso a nuevas fundaciones en diversos lugares de Italia y fuera de ella, como fue en Siria y muy cerca del monte Carmelo, en Israel. Mas tarde seguirán fundaciones en el Líbano y en la República checa. Hoy la congregación abre nuevas casas en otros países.

La madre Teresa se desbordaba de interioridad y de actividad. Como hija del Carmelo sabía buscar en la interioridad de su oración mental toda la fuerza que necesitaba para las actividades apostólicas. Los textos del proceso de beatificación unánimemente declaran que quien la encontraba se contagiaba de su serenidad, de su confianza en Dios y de su abandono en la divina Providencia. Esto le conllevó un trabajo infatigable dado

que eran muchísimas las personas que se acercaban a ella, pidiendo consejo, especialmente los domingos cuando por turno riguroso grandes filas esperaban ser recibidas por la «madre Teresa»; todos eran unánimes en decir que se deshacía en hacer el bien. Y lo hacía porque se sentía íntimamente unida a la cruz del Señor, a Cristo-eucaristía de donde recibía las fuerzas y el vigor para sobrellevar sus enfermedades y los múltiples trabajos que requería la congregación.

Su vida interior la fortalecía. Vivía de la oración y los procesos hablan de que llegó a tener el don de una comunión perenne con el Señor, hasta el punto que, como se cuenta en una declaración, era lo mismo para ella encontrarse retirada en el convento que tratar con las personas, porque en todas partes se sentía unida a Dios. Lo conseguía gracias a la eucaristía de cada mañana, hasta el punto que se habla frecuentemente de sus éxtasis después de recibir la sagrada comunión. Uno de sus sueños fue el de fundar una casa enteramente dedicada a la adoración perenne del misterio eucarístico, lo que pudo realizar finalmente en Florencia un 11 de enero del 1902 en la iglesia del *Corpus Domini* construida por ella, donde se adora continuamente la Sagrada Eucaristía.

Pero su gran vocación y misión fue la Cruz de Cristo. Cada año el 14 de septiembre recibía gracias extraordinarias mientras se cantaba y exaltaba la santa cruz. Esto le sirvió especialmente en los últimos años de su vida cuando sufrió el martirio de la «noche obscura» en la que sintió —como los místicos carmelitanos— la oscuridad de la fe, la incapacidad de la oración, el abandono de Dios y la experiencia profunda de la propia miseria, junto al temor de la condenación y desesperación. Todo lo superó la madre Teresa y lo aceptó como voluntad de Dios sobre ella.

Las pruebas físicas se unieron a las espirituales en un *via crucis* que la acompañó en las últimas estaciones de su vida. Necesitó la gracia de la fidelidad incondicionada que le hacía repetir continuamente un *fiat* junto con la jaculatoria: «Señor, tritúrame, exprímeme hasta la última gota». Y mientras ocurría este sacrificio, la obra apostólica crecía.

El abandono total fue nota de sus últimos años. Bien preparada para la muerte que no temía, repetía en los últimos tiem-

pos: «Oh, Jesús mío... sí, quiero todavía partir». Su muerte aconteció en San Martín en el Campi Bisenzio el 23 de abril del 1910 mientras en un éxtasis de amor repetía: «Se ha abierto... voy».

La fama creció pronto. El proceso de beatificación se abrió entre 1930 y 1936. En el año de 1999 fue nombrada patrona de la ciudad que la vio nacer, Campi Bisenzio. La antigua «Bettina» como la llamaban cariñosamente, vuelve ahora a su pueblo, con la aureola de la santidad.

Su memoria litúrgica se celebra precisamente en su *dies natalis,* es decir, el 23 de abril.

JUAN JAVIER FLORES ARCAS, OSB

Bibliografía

BALDI, C , *«Bettina», la Serva di Dio M Teresa Maria* (Prato 1937).

DAL GAL, N., *La madre Teresa M. della Croce, fondatrice dell'Istituto delle Suore Teresiane* (Quaracchi 1910).

— *Un fiore del Carmelo, madre Teresa Maria della Croce* (Florencia ²1962)

Positio super causae introductione (Roma 1943)

Positio super virtutibus (Roma 1956)

STANISLATO DI SANTA TERESA, *La madre Teresa Maria della Croce* (San Martino a Campi Bisenzio 1950)

BEATA MARÍA GABRIELA SAGHEDDU

Virgen († 1939)

Sor María Gabriela Sagheddu, monja cisterciense de la estricta observancia, fue beatificada por Juan Pablo II durante la misa celebrada en San Pablo Extramuros el 25 de enero de 1983. Con esta celebración se clausuraba el Octavario por la unión de las Iglesias. Y fue precisamente por esto por lo que se eligió esta eucaristía para la beatificación de esta humilde monja. Sor María Gabriela, en efecto, había ofrecido su vida por la unión de los cristianos tristemente separados y todo permite pensar que Dios aceptó su ofrenda. Lo puso muy de relieve el Papa en la homilía, en la que entre otras cosas dijo:

> «La ofrenda de su vida por la unidad, que le inspiró el Señor durante el octavario de oración en estos mismos días de 1938 y que demostró aceptarla Él como fragante holocausto de amor, no es el comienzo, sino el cumplimiento de la carrera espiritual de la joven atleta».

Nació María —el nombre de Gabriela lo recibió en el monasterio— el 17 de marzo de 1914, en Dorgali (Cerdeña). Su padre, Marcantonio, era pastor del rebaño de ovejas de un rico terrateniente y murió cuando María contaba sólo cinco años y medio. Su madre, Catalina, fue una buena ama de casa, que al quedar viuda, hubo de cargar sola con siete de los ocho hijos que Dios le había dado. El octavo había muerto al poco de nacer, sólo quince días antes de la muerte de su esposo.

Los que conocieron a María niña y adolescente ponen muy de relieve su carácter. Era, dicen, por una parte, caprichosa, testaruda, rebelde, tenía que salir con la suya; pero por otra parte era noble y con sentido de la responsabilidad. Gracias a la buena educación de su madre y de sus formadoras su carácter se fue volviendo con el tiempo dulce y amable. Pronto se vio precisada a ayudar a su madre en las tareas de la casa, lo que fue causa de que no pudiese seguir sus estudios. Su vida espiritual nada tenía que se saliese de lo que era normal en una familia cristiana de entonces.

A los diecisiete años comienza a adquirir conciencia de que ha de tomar más en serio su vida espiritual. El contacto con la juventud de Acción Católica de la parroquia, en la que después de muchas dudas se inscribirá, le hace mucho bien: se va haciendo más dulce y los estallidos de ira van desapareciendo; ora más, la Eucaristía se convierte en el centro de su vida y practica generosamente la caridad. A los dieciocho años es ya otra.

Cumplidos los veinte años, comienza a sentir que Dios la llama a consagrarse a Él en la vida religiosa. Y a los veintiuno, aconsejada por el sacerdote que la dirige espiritualmente, entra el 6 de octubre de 1935 en el monasterio de monjas trapenses de Grottaferrata, del que es entonces abadesa M. María Pía Gullini. La ceremonia de la toma de hábito tuvo lugar el 13 de abril del año siguiente. La comunidad de Grottaferrata es pobre y de un nivel cultural en general más bien bajo. M. Abadesa ha decidido que la joven novicia sea monja de coro, lo que no parece agradase mucho a sor María Gabriela. Así lo confiesa ella: «Voy al coro, porque la Reverenda Madre lo ha querido así. Sé muy poco cantar, pero mucho desafinar».

San Benito en su Regla, que es norma de vida para las cistercienses, dice que se observe si el novicio «busca sinceramente a Dios, si es solícito para el oficio divino, la obediencia y los oprobios». La joven novicia María Gabriela, a juicio de la abadesa y de la comunidad, reunía estas condiciones, y fue admitida. Hizo su profesión monástica en la fiesta de Cristo Rey del año 1937. Cuáles eran sus sentimientos en ese para ella trascendental día lo dicen las líneas que escribió con toda sencillez el mismo día de su profesión:

> «Oh Jesus, yo me ofrezco contigo en union a tu sacrificio y, aunque sea indigna y nada, espero firmemente que el Padre divino mire con ojos de complacencia mi pequeña ofrenda ya que estoy unida a ti y, por lo demas, he dado todo lo que estaba en mi poder Oh Jesus, consumeme como una pequeña hostia de amor para gloria tuya y para la salvacion de las almas»

«Consúmeme como una pequeña hostia de amor...». ¡Cómo podía pensar entonces ella que Dios iba a aceptar y muy pronto su petición!

Su vida en el monasterio fue muy breve: tres años y medio. Desde el primer momento tomó muy en serio su vida monástica. La idea directriz de su vida espiritual fue el fiel seguimiento de Cristo obediente hasta la muerte en cruz. Para hacerlo posible trabajó denodadamente en «convertirse» practicando fielmente la vida cisterciense. Las que convivieron con ella ponen de relieve su sincera humildad y su disponibilidad.

M. María Pía se relacionaba con frecuencia con el P. Couturier, gran promotor en Europa del movimiento por la unidad de los cristianos, quien animaba a la comunidad de Grottaferrata a orar por esa intención. En 1938 dicho P. Couturier envió a la madre abadesa un escrito suyo cuyo título era: «La oración universal de los cristianos por la unidad de los cristianos», escrito que lee ésta en el capítulo a la comunidad durante el octavario por la unidad de la Iglesia. Sor Gabriela queda fuertemente impactada Lo cuenta así sor Tecla, maestra de novicias:

> «En enero de 1938, con ocasion del Octavario de la Unidad, llega una nueva relacion del P Couturier Habla de algunas vidas ofrecidas con este fin una religiosa trapense italiana muerta el 25 de febrero de 1937, un trapense japonés, un pastor protestante frances En aquellos dias sor Gabriela me hizo la confidencia de

que el Señor la llamaba también a ella: también ella quería ofrecer su vida por la unidad de los cristianos... Le dije que debía decírselo a M. Abadesa y atenerse a su decisión. Sor Gabriela se presentó a la Reverenda Madre Abadesa y, postrándose ante ella, humilde, dulce, le suplicó que le permitiera ofrecer su vida por la unidad de la Iglesia...: "Déjeme ofrecer mi vida, ¿qué vale? Yo no hago nada, no he hecho nada. Ha dicho él que se puede hacer con el debido permiso". M. Abadesa, suponiendo que se trataba de un fervor pasajero, le dijo que no diese importancia a la cosa. Que ya lo consultaría. Pasados unos cuantos días, María Gabriela se presentó de nuevo a su M. Abadesa y arrodillándose le dijo tímidamente: "Me parece cierto que el Señor lo quiere, me siento impulsada a ello aun cuando no quiera pensar en ello". M. Abadesa le respondió: "Bien, no digo ni sí ni no. Ofrézcase a la voluntad de Dios. Pregúnteselo también al P. Capellán. Después el Señor hará lo que quiera". Sor Gabriela salió radiante.

Muy poco tiempo después, sor María Gabriela, que había gozado siempre de buena salud, comenzó a sentirse muy débil, tosía continuamente y se fatigaba durante el trabajo. La aparición de una herida en la espalda alarmó a la comunidad. El médico que la atendía, al ver que no reaccionaba, dispuso que la internasen en el Hospital. El diagnóstico fue: tuberculosis pulmonar. Su estancia en el hospital se prolongó cuarenta días. Desahuciada, la trajeron al monasterio. El Señor había aceptado su ofrecimiento y le estaba dando a beber su cáliz. Sobreponiéndose a los dolores físicos y a la aridez espiritual, que tanto agrandaba sus sufrimientos, se la veía alegre, esperando que llegase el Esposo y la introdujera a las bodas eternas del Cordero. "Sus últimos días fueron una revelación para todas. No se lamentaba. Cuanto más sufría más se esforzaba por sonreír", dicen unánimes las que la acompañaron durante su larga agonía. Cuáles eran sus sentimientos lo dijo ella misma: "El Señor, como sabéis, me ha favorecido siempre con gracias especiales; pero ahora con esta enfermedad me ha hecho una gracia aún mayor en todo. Me he abandonado totalmente en las manos del Señor y he ganado muchísimo"».

Sor María Gabriela entregaba su alma a Dios el 23 de abril de 1939. Las campanas del monasterio primero y un poco después las del pueblo comenzaron a tocar solas a gloria con la consiguiente extrañeza de todos. Era el domingo del buen Pastor. En el Evangelio de la misa de ese día se lee: «El buen pastor da la vida por sus ovejas». Como el buen Pastor y con el buen Pastor sor Gabriela había dado su vida conscientemente por las ovejas de su Señor. La había dado para que cuanto antes fuese gozosa realidad el anhelo del Señor: «Padre, que sean uno como tú y yo somos uno».

Su cuerpo, que fue hallado incorrupto al ser reconocido en 1957, descansa ahora en Vitorchiano, a donde se trasladó la comunidad de Grottaferrata.

El 17 de diciembre de 1982 Juan Pablo II reconoció como milagrosa la curación de la monja benedictina María Pía Manno después de habérselo implorado a la ahora ya Beata Gabriela.

Fue beatificada, como dijimos al principio, en la Basílica de San Pablo Extramuros el 25 de enero de 1983, último día del octavario de oración por la unidad de los cristianos.

AUGUSTO PASCUAL, OSB

Bibliografía

DELLA VOLPE, M., *La strada della gratitudine, suor Maria Gabriella* (Milán 1996).
DORE, M G., *Suor Maria Gabriella. Per l'unità della Chiesa* (Brescia 1983)
KERVINGNAN, M. DE LA T., *El monacato, lugar ecuménico* (Madrid 1985).
QUATTROCCHI, B , *La Beata Maria Gabriella de l'Unità* (Vitorchiano 1980).
UN MONJE CISTERCIENSE, *Gabriela, un alma selecta* (Madrid 1966).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN GERARDO DE TOUL

Obispo († 994)

Nace en Colonia, Alemania, el año 935 y es educado en la escuela catedralicia de su ciudad natal. Decidida su vocación eclesiástica, fue canónigo de la misma catedral y en 963 fue elegido obispo de Toul en Lorena. Es obvio que intentó cumplir ante todo sus deberes pastorales y que este cumplimiento lo apoyaba en una intensa vida de oración y en un continuo estudio de las Sagradas Escrituras. Procuró abrir una escuela catedralicia, luego de haber reconstruido la propia catedral, y fomentó no poco la vida monástica en su diócesis, y asimismo la atención a los enfermos y los pobres, para los que fundó un hospital. Peregrinó a Roma en 984 con gran devoción para visitar los sepulcros de los Santos Apóstoles y mostró en esta peregrinación su gran espiritualidad. Murió el 23 de abril de 994. Lo canonizó, en 1050, el papa San León IX, que había sido también obispo de Toul.

BEATO GIL DE ASÍS

Religioso († 1262)

Era paisano y contemporáneo de San Francisco. Lo admiraba de lejos pero no se atrevía a unirse a él. Pero cuando dos amigos suyos siguieron a Francisco, se animó él también a hacerlo y recibió el hábito en 1209. Acompañó al santo en sus predicaciones por Italia y en su peregrinación a Santiago de Compostela. Luego visitaría Roma e iría también a Tierra Santa. Pasó después a Túnez a predicar a los moros, pero los propios cristianos que vivían en la ciudad le hicieron ver que una predicación abierta no sólo entrañaba peligro para él sino para todos los cristianos de Túnez. A su vuelta a Italia vivió en diferentes poblaciones, dando ejemplo de virtud y sabiduría evangélica. Murió en Perugia el 23 de abril de 1262.

24 de abril

A) MARTIROLOGIO

1. En Seewis (Suiza), San Fidel de Sigmaringa († 1622), presbítero, de la Orden Capuchina, mártir **.
2. En Jerusalén, la conmemoración de las santas mujeres María Cleofás y Salomé *.
3. En Lyón, San Alejandro († 178), mártir.
4. En Nicomedia (Bitinia), San Antimo († 303), obispo, y compañeros mártires *.
5. En Elvira (España), San Gregorio (s. IV), obispo *.
6. En Blois (Francia), San Deodato (s. VI), diácono y abad.
7. En Canterbury (Inglaterra), San Melitón († 624), obispo *.
8. En York (Inglaterra), San Wilfrido († 709), obispo **.
9. En Iona (Escocia), San Egberto († 729), presbítero y monje *.
10. En Mantilly (Normandía), San Guillermo Firmati († 1103), ermitaño *.
11. En Angers (Francia), Santa María de Santa Eufrasia (Rosa Virginia) Pelletier († 1868), virgen, fundadora de las Hermanas del Buen Pastor **.
12. En Dinan (Francia), San Benito (Ángel) Menni († 1914), presbítero, de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios, fundador de la Congregación de Hermanas Hospitalarias del Sagrado Corazón de Jesús **.

13. En Roma, Beata María Isabel Hesselblad († 1957), virgen, refundadora de la Orden de Santa Brígida **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN FIDEL DE SIGMARINGA

Presbítero y mártir († 1622)

San Fidel fue un capuchino alemán, nacido en Sigmaringa, pequeña ciudad de Suabia, a orillas del Danubio. Vivió entre 1577 y 1622, parte en Alemania, parte en Suiza. Para ambas naciones eran aquéllos unos tiempos movidos, inseguros y tormentosos. La Reforma protestante, que apareció en la primera mitad del siglo XVI, había echado raíces firmes y dividido inevitablemente a sus hombres y a sus pueblos. Había por doquier ambiente de lucha, de recelos, de incomodidad religiosa y política. Entre los dos sectores cristianos, el católico y el protestante, se dieron violencias lamentables, que dejaron en los ánimos prejuicios y antipatías seculares, en que, como siempre, llevaron las de perder los católicos. Sabemos bien que ninguno de los jefes de la mal llamada Reforma fue modelo de mansedumbre. Tal vez por sus propios remordimientos, y ciertamente por el orgullo que les dominó, sus ánimos se exacerbaron de manera que hasta inverosímiles nos parecen las referencias exactas que tenemos de sus desplantes, frases groseras y accesos de furor. Por su parte, las tropas católicas reprimieron a veces violentamente los avances del protestantismo con desmanes improcedentes. Todo esto trajo luchas y odios que estaban muy vivos cuando vino al mundo nuestro San Fidel de Sigmaringa.

Estas luchas tuvieron una ventaja: perfilar más y más las ideas de los católicos, su responsabilidad y su conducta. Hubo desde el principio hogares que cerraron a cal y canto sus puertas a los vientos de la herejía y supieron mantener con dignidad y fortaleza los principios salvadores de la religión católica. Uno de estos hogares fue el de Juan Rey y Genoveva Rosemberger, los padres del Santo, que fundaron el suyo sólidamente en la verdad y el amor de Dios, y lo hicieron digno hasta de las evidentes resonancias españolas que tenía el apellido paterno.

San Fidel, que en el bautismo recibió el nombre de Marcos, tiene en su haber el mérito incomparable del martirio. Ya es bastante para haber llegado a la gloria de los altares, porque el acto heroico de amor de Dios que supone el martirio hace santos en un momento a los que lo sufren. Pero San Fidel tiene, como la mayor parte de los mártires, además del mérito del martirio, el de una vida en todo conforme con tan alta vocación. Porque, al fin, el martirio es una gracia que Dios concede a quienes elige para morir por él.

San Fidel fue algo así como una obra maestra de Dios para aquellos tiempos y aquellas regiones. Tuvo el carácter del alemán clásico, íntegro en sus costumbres, serio, constante, inflexible, ingenuo. Los biógrafos nos lo presentan maduro desde los años de su juventud, alegre, muy inteligente y sin perder nunca los estribos. Sobre todo, fue siempre hombre de gran corazón, lo que, andando el tiempo, fue, sin duda, factor importante para que los ideales y estilo de vida de la Orden franciscana le vinieran como anillo al dedo.

Como era de familia noble, hizo sus estudios en la Academia Archiducal de Friburgo de Brisgovia, y los cursó tan brillantemente, que se decía que ni en la Academia ni en la ciudad había quien le igualase en talento. Salió de allí hecho un maestro en el manejo del latín, francés e italiano, y muy joven todavía consiguió el doctorado en ambos derechos.

Terminados sus estudios, el barón de Stotzingen quiso que acompañara a un hijo suyo y a otros jóvenes en un viaje instructivo por Europa, porque pensaba que la presencia de Marcos Rey era la mejor seguridad para los padres de los muchachos. Nuestro joven aceptó el encargo, que fue, creemos, providencial, porque ese aireo por fuera al final de sus estudios le puso al corriente del estado de algunas naciones en sus forcejeos con el protestantismo y de las artes que éste se daba para ganar prosélitos. Sus compañeros de viaje nos han dicho del futuro mártir cosas tan interesantes como éstas: Que no deja un solo día sus prácticas piadosas, que disputaba con energía y pasmosa seguridad con los protestantes, que nunca le vieron airado y que ya entonces tenía por lema de su vida el estudio, la oración y la penitencia.

A la vuelta del viaje abrió inmediatamente su despacho de abogado en Ensisheim (Alsacia). Mal asunto, porque la carrera de abogado es tradicionalmente peligrosa para los que hilan delgado y tienen escrupulosa conciencia. Entre los capuchinos es muy conocida una cuarteta humorística dedicada a San Fidel y que dice así:

Santo es hoy quien fue abogado.
¡Obra del poder divino!
Le costó ser capuchino
y morir martirizado.

Efectivamente. Comenzó la profesión con el optimismo fácil de la juventud y con la mejor buena voluntad del mundo. Pero en uno de los primeros pleitos que hubo de defender, el abogado contrincante le propuso en secreto «un arreglo» ventajoso para los dos. Aquello bastó para que abandonara irrevocablemente la toga por razones que hoy llamaríamos de incompatibilidad temperamental. Alma tan clara y sincera no había nacido para componendas de ninguna clase.

Hubo a renglón seguido una pequeña crisis en su espíritu, antes de tomar el camino de su verdadera vocación, porque ya entonces le salieron al paso voces facilitonas y doctorales que calificaron de cobardía el deseo de ir a «enterrar» en un convento los talentos superiores que poseía. Pero, al fin, Marcos Rey se decidió a meterse capuchino. Los capuchinos estaban entonces en alza. No llevaban todavía un siglo de existencia y eran ya famosos en casi toda Europa. Después de las primeras vicisitudes y no pequeñas contrariedades de la nueva rama del frondoso árbol franciscano, la austeridad inverosímil, la sencillez encantadora, el celo impetuoso y dulcísimo de los que Lacordaire llamó más tarde «los Demóstenes del pueblo», acabaron por convencer a todos y propagarse como llama por el bosque. Cuando San Fidel se decidió a ingresar en esta Orden, estaba muy extendida por Alemania y Suiza y contaba con figuras excepcionales, como la de San Lorenzo de Brindis, entonces en el cenit de su carrera de predicador y diplomático, no menos que de hombre de Dios venerado por cuantos le conocían en toda Europa. El mismo San Fidel tenía un hermano capuchino, el padre Apolinar de Sigmaringa, músico, poeta y orador celebérrimo.

Cuando tomó el hábito en Friburgo tenía treinta y cinco años y era ya sacerdote. Ambos acontecimientos, la ordenación sacerdotal que recibió por consejo del obispo de Constanza, y la toma de hábito, se realizaron en el otoño de 1612. Hizo su noviciado y su profesión, y pasó enseguida al seminario de Constanza para cursar la sagrada teología. Los propios profesores eclesiásticos que tuvo en aquellos primeros años de religioso aseguran que su austeridad, humildad y devoción eran extraordinarias, y que veían en él una superioridad interior que resaltaba entre todos los de su convento.

Apenas terminados los estudios de teología, se dedicó de lleno a la predicación, de la que esperaban grandes frutos cuantos le conocían. Recorrió gran parte de Suiza y Austria, y el sur de Alemania. En todas partes encontró la cizaña protestante haciendo estragos en el trigal evangélico. De su predicación nos dicen los biógrafos que era francamente elocuente, de buen sentido, concienzuda. San Fidel hablaba ordinariamente con suavidad y mansedumbre, bien preparado, con notable unción, haciéndose tan atractivo por estas cualidades, que hasta los herejes le oían con agrado. Tal vez fue este atractivo lo que no le perdonaron después los herejes al señalarle como víctima entre todos sus compañeros de misión. Pero no todo era suavidad en el padre Fidel. Frecuentemente le arrebataba el espíritu de Dios y entonces saltaba la valla de la humana prudencia, que le aconsejaba inútilmente la moderación. Más de una vez llegaron a sus oídos frases como ésta: «Padre, si quiere comer aquí buenas sopas, modere su celo y deje rodar los acontecimientos». Es ésta exactamente la impresión que nos dan los sermones que se conservan del Santo. Aparece en ellos siempre el catequista oportuno, eficaz, documentado y piadoso. Pero también el orador inflamado, el lírico contagioso, el hombre de Dios que paladea en el púlpito las suavidades del dogma católico, el fustigador del vicio con frases afiladas como puñales, impresionantes hoy, cuando tan curados estamos de espantos.

Alternó la predicación con el cargo de guardián de los conventos de Friburgo, Rheinfelden y Feldkirch. Presidiendo la comunidad de este último fue destinado a la misión de la Alta Rezia, en donde encontró el martirio.

Era el año 1622. El archiduque de Austria Leopoldo, que había emprendido una cruzada contra la herejía, llevó sus armas victoriosas hasta el país de los grisones, en Suiza, y pidió al Papa que enviase allí misioneros. Suiza fue, como sabemos, una de las naciones que más directamente padecieron las consecuencias del protestantismo. La actividad reformadora comenzó en Zurich con Zwinglio, en 1519. Y lo malo fue que la actividad zwingliana se desarrolló tanto en el terreno político como en el religioso. Trabajaron también ardorosamente en Suiza Calvino y Ecolampadio. Al principio la Reforma tuvo poco éxito, pero ya en 1528 los católicos fueron excluidos del Consejo de la ciudad de San Gall. En algunos sitios, como Berna, la herejía fue introducida violentamente. Así, poco a poco, el país quedó totalmente dividido, de forma que en 1590 unas ciudades eran netamente católicas, como Lucerna, Zug y Friburgo, y otras, como Zurich, Berna y Ginebra, totalmente protestantes. También hubo regiones en las que ambas confesiones, la católica y la protestante, andaban mezcladas, y una de éstas fue la de los grisones. Las comarcas que abrazaron el protestantismo se unieron entre sí y con algunos extranjeros, mientras que los cantones católicos se agruparon en propia defensa y se aliaron con Austria. De esta manera se originaron las dos famosas guerras de Capel (1529-1531), que terminaron con la victoria de los católicos y la muerte trágica de Zwinglio.

Desde el Concilio de Trento (1545-1563), que fue el gran muro que la Iglesia opuso al protestantismo, hubo en Suiza celosos promotores de la fe y de la verdadera reforma, entre los que destaca San Carlos Borromeo. Después trabajaron los jesuitas y su gran apóstol San Pedro Canisio. A ellos se debe la fundación de colegios en Lucerna, Friburgo, Brig, Siders y otras ciudades. Al mismo tiempo que los jesuitas llegaron los capuchinos, que erigieron su primer convento en Altdorf, en 1579, y al que siguieron otros treinta en todas las comarcas de la Confederación.

El llamamiento del archiduque Leopoldo tuvo eco en Roma, pues estaba recién fundada la Congregación de Propaganda Fide. El origen de esta Congregación, netamente misionera, se halla ya en una ordenación de Gregorio XIII, por la que encargó a cierto número de cardenales de la dirección de las Misio-

nes de Oriente y decretó la impresión de catecismos en lenguas comunes. Pero no estaba sólidamente fundada. Ahora, en tiempos de Gregorio XV, había en Roma un gran predicador capuchino, el padre Jerónimo de Narni, con fama de santidad y a quien San Roberto Belarmino comparó con el propio San Pablo. Fue este capuchino el que concibió el pensamiento de extender la influencia de dicha Congregación y el que, por su cargo de predicador apostólico, influyó cerca del Papa, el cual, por la constitución apostólica *Inscrutabili,* de 22 de enero de 1622, fundó la Congregación de Propaganda Fide, que se ocupa desde entonces de todas las Misiones del mundo, reuniendo fondos para atenderlas económicamente, destinando los misioneros, nombrando prefectos, y conociendo y tratando todos los asuntos pertenecientes a la propagación de la fe en todas partes. Para los capuchinos es motivo de satisfacción saber que no sólo tuvieron buena parte en la fundación de la misma, sino que le dieron el primer mártir, como vamos a ver.

Una de las primeras preocupaciones de esta Sagrada Congregación fue enviar misioneros a las regiones europeas más amenazadas por el protestantismo, por lo que la petición del archiduque se aceptó inmediatamente, enviando allá diez capuchinos y al frente de ellos al padre Fidel de Sigmaringa. La región de los grisones era conocida del padre Fidel, pues en alguna de sus correrías apostólicas habíala misionado y sabía por propia experiencia las grandes dificultades y los peligros que encerraba, por haber sido una de las regiones donde más lucha hubo entre católicos y protestantes. A la sazón, como sabemos, estaba dominada por los austríacos y expuesta a algún exceso de las tropas. Aceptó la invitación del Papa con la naturalidad con que los buenos apóstoles aceptan las peores consecuencias de su misión, pero sabiendo bien adonde iba. Por eso quiso despedirse de los suyos en una solemne función religiosa en la iglesia del convento de Feldkirch, y en el sermón que predicó dijo claramente que se marchaba a predicar a los herejes y que no volvería vivo. «Sé que voy a morir asesinado», dijo entre otras cosas, y partió. Era el 14 de abril, y fue martirizado diez días después, lo cual confirma que sus temores no eran infundados y que no habló a humo de pajas.

Al llegar a la misión encontróla profundamente turbada. Por todas partes había facciones, insidias, reuniones secretas. Con tacto exquisito trató de insinuarse en las almas y devolver la serenidad a todos, para comenzar su obra de apostolado, pero se temía por momentos un tumulto fatal. En vista de ello, y no esperando cosa buena, lo primero que hizo fue prepararse para lo que Dios quisiera y vivir con la mayor pureza de conciencia posible. Escribiendo uno de esos días al abad de San Gall, gran amigo suyo y su primer biógrafo, firmó la carta así: «Fr. Fidel, que pronto será pasto de gusanos».

Para el día 24 de abril fue invitado por unos herejes de Seewis, que, al parecer, querían oír la palabra de Dios de labios del famoso misionero. Era domingo. Muy temprano celebró la santa misa, después de confesarse, y partió desde Grusch a Seewis, acompañado del archiduque, del capitán Fels y una escolta de soldados. Se encontraron la iglesia completamente llena, pues los herejes, que tenían sus planes bien trazados, habían tomado todas las posiciones. El misionero subió al púlpito con ciertas esperanzas de hacer algún fruto, pero, apenas subido, palideció repentinamente. Había en el púlpito un papel que decía: «Hoy predicarás, pero será la última vez». Reaccionó valientemente y comenzó el sermón. En el transcurso del mismo, en tres o cuatro ocasiones, le pareció advertir amagos de tumulto, pero fue al final cuando los enemigos irrumpieron en el templo, después de matar a los soldados de la puerta, armados de espadas, bombardas, mazas y palos. Sonó enseguida un tiro y la bala fue a dar en la pared, muy cerca del predicador. Éste descendió del púlpito y se postró ante el altar de la Virgen, encomendándole su suerte. Algunos amigos le impelieron a salir rápidamente por la puerta de la sacristía, pero apenas había andado unos trescientos pasos, ya fuera de la población, le alcanzaron los herejes, que le rodearon como lobos y le instaron a que se entregara.

—«No me entrego», respondió enérgicamente.

—«Pues te mataremos», le replicaron.

—«Podéis hacerlo, pues estoy en las manos de Dios y las de su Santa Madre», dijo el mártir. Y añadió: «Pero mirad bien lo que vais a hacer, no sea que tengáis que arrepentiros algún día».

Un golpe tremendo de espada en la cabeza lo derribó, quedando de rodillas. «Jesús, María, valedme», exclamó. Y no pudo decir más, porque, arrojándose en tumulto todos sobre él, le atravesaron el costado con espadas y le destrozaron el cráneo a golpes de mazas y palos. Quedó envuelto en un charco de sangre en medio del campo e insepulto cerca de veinticuatro horas. Eran las once de la mañana del 24 de abril de 1622.

Su sepulcro está en la catedral de Coira y su cráneo se conserva en el convento de Feldkirch, su antigua guardianía. Dios quiso glorificar su memoria desde un principio, pues sus reliquias fueron un semillero de milagros. Lo cual movió a los papas a su definitiva exaltación en la tierra. Benedicto XIII le beatificó el 21 de marzo de 1729, y Benedicto XIV le canonizó, juntamente con San José de Leonisa, otro gran apóstol capuchino, el 26 de junio de 1746.

ÁNGEL DE NOVELÉ, OFM CAP.

Bibliografía

Actas de la canonización, con las *Letras apostolicas* de Benedicto XIV (Roma 1748).

DELLA SCALA, F , *Der Heilige Fidelis von Sigmaringen, Erstlingsmartyrer des Kapuzinersordens...* (Mainz 1896).

GOSSEN, BR., OFM CAP, *Der Heilige Fidelis von Sigmaringen..* (Munich 1933)

GRANADA, F DE, *Vida y martirio del V P Fidel de Sigmaringa... sacada de los manuscritos de la Orden* (Madrid 1669).

PARIS, T DE, *Vie de saint Fidele de Sigmaringen, capucin, martyr chez les Grisons* (París 1745).

«Relatio historica de martyrio B. P Fidelis Sigmarignani Capucini»: *Analecta Ordinis Fratrum Minorum Capuccinorum* 15 (1898) 178s.

— Actualizacion:

FISCHER, B., *Fidelis von Sigmaringen und seine Seit* (Stein a. Rheim 1991).

SCHELL, R , *Fidelis von Sigmaringen der Heilige in Darstellungen der Kunstaus vier Jahrhunderten* (Sigmarhen 1977)

SAN WILFRIDO

Obispo († 709)

La atmósfera religiosa de Escocia e Inglaterra estaba cargada, ya desde el siglo VII, de miasmas de independencias nacionalistas.

Los monjes escoceses, aun manteniéndose sumisos a Roma, abogaban en demasía por reglas, tradiciones y privilegios propios que creaban un clima semicismático.

Los reyes acentuaban excesivamente sus atribuciones y se inmiscuían con frecuencia en la administración religiosa de las diócesis inglesas.

Los mismos arzobispos disponían a veces de modo independiente y ordenaban divisiones territoriales eclesiásticas o nombraban sufragáneos sin contar con la Santa Sede.

Este ambiente y esta tendencia separatista eran en extremo peligrosos, porque constituían una exaltación del nacionalismo religioso y una situación propicia para la germinación del cisma. En realidad, todos los grandes cismas se han incubado siempre en terrenos abonados por afanes de separatismos y concupiscencias autoritarias. Hacía falta un hombre santo, de vida austera, de espíritu monacal, de virtudes recias, de carácter vigoroso y de inquebrantable adhesión a Roma, que se opusiera con tenacidad a los intentos secesionistas y defendiera con ininterrumpida constancia los derechos de la Santa Sede.

Este santo providencial para Inglaterra fue San Wilfrido. Los monjes escoceses supieron de su amor a la austeridad y al sacrificio. Los fieles de York fueron testigos de su fortaleza. La Providencia divina se hizo patente sobre él acumulando coincidencias sorprendentes.

Por los caminos de Francia marchaba un día hacia Roma en demanda de apoyo para su gobierno episcopal. Quería entender que solamente el Padre Santo debía ser consultado en asuntos de reformas territoriales eclesiásticas. Pero sus enemigos le esperaban ocultos para impedirle llegar a Italia. Entonces dispuso la Providencia que por el mismo camino y en la misma dirección marchara otro obispo, también inglés, cuyo nombre era Winfrido, y la semejanza de nombre y de circunstancias hizo que los emisarios detuvieran, por error, la marcha de éste mientras Wilfrido conseguía su propósito.

En todas las grandes misiones históricas de los santos que hacen época hay una mano providencial que vela misteriosamente por la consecución del destino que les tiene designado. A veces los caminos parecen contradictorios y hay obstáculos que

hacen creer en el fracaso o en el cambio de ruta. Pero, como los cauces al río, sólo contribuyen a conducirlos hasta su fin.

El detalle imprevisto es también ordinariamente la clave de las soluciones en los grandes momentos providenciales.

Es preciso, al leer la vida de San Wilfrido, tener en cuenta el carácter excepcional de una vida intensa dedicada al gobierno episcopal en circunstancias extremadamente difíciles y la mentalidad, para nosotros un tanto incomprensible, de su época.

Pero un joven que renuncia al matrimonio con la hija de un conde galo y a la herencia de una cuantiosa fortuna para dedicarse a la vida monástica, edifica luego numerosas iglesias y distribuye sus bienes entre los pobres, predica el Evangelio a los infieles, bautiza e instruye a millares de paganos, convive con herejes, sufre persecuciones y cárceles, hace curaciones milagrosas, peregrina a pie a Roma después de cumplidos los sesenta años, tiene visiones celestiales, restaura la disciplina de los monasterios, detiene el cisma y defiende denodadamente los derechos de la Sede apostólica, es digno de admiración, de alabanza y nombre de santo. Si, por una parte, sus virtudes pueden servir de edificación a la cristiandad, por otra, su nombre será recordado siempre entre los más destacados en los anales de la Iglesia.

Nacido en Northumbria en el año 634, heredó las cualidades típicas de un anglosajón y la elegancia, las buenas maneras y el gusto por el buen vestir y el bien parecer. La santidad es, por norma general, no una infusión sobrenatural que deshumaniza, sino el producto de la gracia por la propia cooperación.

Tenía sólo catorce años cuando pidió a su padre, un noble sajón, que le permitiera entrar en la vida monástica. Éste le envió a la corte de Oswy, en donde, bajo la protección de la reina Eanfleda, fue recibido en el monasterio de Lindisfarne.

Tres años pasó en dicho monasterio como novicio, y durante ellos aprendió de memoria el *Salterio* en su versión gálica y estudió diversos libros monacales.

Pero sus deseos eran peregrinar a Roma, y, nuevamente por la mediación de la reina, fue enviado a Kent con el fin de que el primo de Eanfleda, Eanconbert, le buscara un compañero de peregrinación. Detúvose por espacio de un año en la corte de Ean-

conbert, conservando siempre la misma vida ascética que había llevado en el monasterio y aprendiendo ahora el *Salterio romano.*

Al fin partió para Roma en compañía de San Benito Biscop; pero, al llegar a Lyón, Wilfrido se detuvo por algún tiempo en casa del arzobispo de aquella ciudad, Anemundas, el cual le tomó tanto aprecio que le ofreció hacerle su heredero y le propuso contraer matrimonio con su sobrina, la hija del conde Dalfín, a lo que él no accedió, deseoso, como estaba, de ser sacerdote y monje.

Una vez en Roma fue instruido por el arcediano del papa Eugenio I, Bonifacio, quien le enseñó las reglas de San Benito y le explicó la famosa cuestión sobre la Pascua, que dio lugar a los llamados «cuartadecímanos», tan en boga entonces en Inglaterra. Bonifacio le presentó también ante el Papa. En su viaje de vuelta a Inglaterra recibió la tonsura de manos del mencionado arzobispo de Lyón y permaneció a su lado durante tres años. Estuvo en gran peligro de perder la vida, como la perdió Anemundas, a manos de un grupo de nobles de Ebrom, del palacio de Clothaire III, rey de Neustria y Borgoña, que asaltaron la casa arzobispal de Chalon-sur-Saône el 29 de septiembre del año 658. Pero, al conocerse que era anglosajón y protegido de la reina, fue puesto en libertad.

Ya en Inglaterra fundó el monasterio de Stanford y aceptó el de Ripon, del que habían salido los monjes columbitas, estableciendo en ellos las reglas benedictinas completas. Solamente después de haber sido abad de Ripon durante cinco años fue ordenado sacerdote por el obispo Agilberto, que entonces se hallaba visitando Northumbria.

Comienza ahora una nueva etapa en la vida de San Wilfrido. Ya sacerdote, y como abad de varios importantes monasterios, sus dos objetivos fueron reformar los monasterios escoceses introduciendo las reglas romanas e incrementar el prestigio de la Sede apostólica en Inglaterra, sometiendo a ella incluso las cuestiones disciplinares que tradicionalmente habían sido dirimidas por los monjes escoceses de Northumbria.

Estos intentos provocaron una larga controversia sobre temas de práctica romana o práctica tradicional en la vida monástica de los monjes escoceses. A tanto llegó la discusión que en el

año 664 se celebró en Whitby un sínodo de gran trascendencia del que se derivaron verdaderos cambios de ruta en la historia eclesiástica inglesa. El obispo Colman defendió la postura tradicional llamada «columbita», mientras Wilfrido fue el paladín de la causa romana. Gracias a su intervención la votación general fue favorable a los deseos de la Sede apostólica, y Colman y sus monjes, apenados por el resultado, se retiraron de Northumbria, dejando vacante la silla episcopal.

El prestigio de fidelidad a Roma que Wilfrido había adquirido en el sínodo de Whitby fue tal que pronto fue nombrado obispo de dicha sede episcopal, ocupada anteriormente por Colman. La elección se hizo con la fórmula: «Para sí y para su pueblo», título que significaba que su Sede debía estar en York.

Su amor a Roma se puso de nuevo de manifiesto rehusando recibir la consagración episcopal de manos de los obispos del Norte, a los que consideraba poco afectos a la Santa Sede, y eligiendo por ello Compiègne, en donde fue consagrado «obispo de York» por Agilberto y otros once obispos franceses, usándose en tal ocasión, según la costumbre gálica de entonces, una silla de oro.

Después de permanecer en Francia por algún tiempo regresó a Inglaterra por mar en compañía de un numeroso cortejo; una tormenta arrojó el navío a las costas de Sussex, en el sur del país, y sus feroces habitantes trataron de dar muerte a los náufragos para apoderarse de la embarcación, saliendo con dificultad de este peligro y llegando por fin a Kent. Su sorpresa fue grande cuando, de regreso a Northumbria, supo que, a causa de su tardanza, otro obispo había sido puesto en su lugar, por lo que él se retiró a su antiguo monasterio de Ripon y de allí bajó a Mercia, trabajando especialmente en Lichfield y en Kent. Con su predicación y apostolado convirtió a numerosos paganos en el Sur y a numerosos herejes en el Norte, conquistando también discípulos que le ayudaron luego en su labor.

En 669 el arzobispo de Canterbury, Teodoro, que estaba de visita en Northumbria, explicó al obispo Chad su errónea elección y cómo Wilfrido era el legítimo obispo de aquella diócesis, por lo que Chad se retiró y San Wilfrido ocupó nuevamente la sede.

Es difícil explicar detalladamente la labor que desarrolló en York por el bien de las almas y por el prestigio de la Sede apostólica. Edificó suntuosos templos, renovó la catedral, que estaba en ruinas, enriqueciéndola con magníficas decoraciones y vidrieras; levantó en Ripon una basílica tan maravillosa que el mismo rey vino a su consagración; escribió, utilizando famosos amanuenses, una copia del Evangelio en letras de oro sobre pergamino púrpura, que hizo colocar en dicha basílica en una preciosa caja de oro y piedras preciosas; edificó también otra iglesia en Hexham, tan espléndida, que es tradición que no se conocía otra igual en todo el mundo anglosajón. Todo su deseo era dar grandiosidad al culto divino y contribuir con ello a la gloria de Dios y al respeto que se le debe. Con ello unió sus esfuerzos para la conversión de herejes y por cambiar las costumbres y tradiciones monacales a las normas y reglas de Roma, enviando discípulos por toda Northumbria con este fin y consiguiendo copiosos frutos. Pronto comenzaron de nuevo para él las persecuciones y las cárceles. Primeramente su diócesis fue dividida en tres, contra todo derecho, y Wilfrido fue a Roma —llegando allí providencialmente, como hemos expuesto— para someter el hecho a la Santa Sede. Vuelto a Inglaterra victorioso, fue puesto en prisión por orden del rey, bajo la acusación de haber conseguido sus documentos con soborno. Repuesto, al fin, en su sede episcopal, nuevamente sufrió persecuciones y cárceles y la ira del rey por aconsejar a su esposa, Ethelbrida, en su deseo de retirarse a un monasterio para dedicarse a la vida espiritual. Al salir de la prisión se refugió en Sussex, en donde bautizó al rey Ethelwalch y a su esposa y convirtió a sus feroces habitantes, mezclándose con ellos en el trabajo e instruyéndolos en el arte de la pesca. Su vida agitada de luchas, predicaciones, persecuciones y trabajos por la defensa de los derechos de la Santa Madre Iglesia se hizo ahora más intensa todavía. Bajo el reinado del rey Alfred fue repuesto otra vez en su sede episcopal de York; pero, rehusando aceptar los intentos de nuevas divisiones territoriales sin consentimiento de la Santa Sede, emprendió, por última vez, el viaje al centro de la cristiandad. A pesar de sus setenta años hizo su peregrinación a Roma a pie, y antes de salir de su diócesis recibió una gran de-

mostración de adhesión y fidelidad por parte de su clero, que siempre le guardó sumisión y lealtad. Es edificante ver al ya anciano obispo de York caminando por los senderos de Francia e Italia para dar un ejemplo de su reconocimiento de la suprema autoridad del romano pontífice en un siglo en que los intentos cismáticos y separatistas se manifestaban por doquier. Cristo nombró a Pedro su sucesor y vicario, y sólo el sucesor de Pedro tiene potestad sobre la cristiandad entera. Siempre que la herejía o el cisma han tratado de dividir la Iglesia de Cristo han comenzado por atacar la autoridad de Roma. Hoy mismo, cuando se nota en la llamada Iglesia anglicana un marcado acercamiento a la liturgia romana, a prácticas de devoción de la Iglesia católica e incluso al culto mariano, la autoridad del Papa y la infalibilidad pontificia son objeto de continuos ataques.

San Wilfrido llegó a Roma, después de predicar en muchos puntos intermedios de su peregrinación, y allí asistió a un sínodo contra los herejes monofisitas, representando a los católicos ingleses y escoceses. Después de varios meses, su demanda fue estudiada en un largo proceso y fallada otra vez favorablemente, por lo que se puso de nuevo en camino para Inglaterra. Pero al llegar a Meaux, en Francia, cayó enfermo, pareciendo que era llegada su última hora. Pero el arcángel San Miguel se le apareció, asegurándole que viviría todavía durante cuatro años y animándole a construir una iglesia en honor de la Santísima Virgen.

Durante estos últimos años de su vida estableció su residencia en Hexham y en Ripon, en donde dividió cuanto tenía, partiéndolo entre los pobres y dedicando una parte para los monasterios y para la iglesia de Santa María en Roma.

Estando en su monasterio de Oundle, en Northamptonshire, murió santamente mientras sus monjes cantaban el salmo 30, siendo enterrado en su iglesia de Ripon. Su brillante inteligencia, su genio vigoroso y constructivo, su espíritu de lucha, sus virtudes monacales y su amor a la unidad de la Santa Iglesia fueron elementos que edificaron en Inglaterra todo un sistema cargado de romanidad. Nunca rehuyó enfrentarse con el sacrificio y la persecución en defensa de la unidad cristiana y del servicio de Dios.

En un siglo como el nuestro, en que las preocupaciones materiales exigen demasiada atención, se corre el peligro de perder una gran virtud sumamente necesaria para la vida cristiana y para el apostolado: el espíritu de lucha por los valores sobrenaturales y por los derechos de nuestra Santa Madre la Iglesia católica.

Las palabras frecuentemente repetidas por los últimos sumos pontífices: «Un espíritu de defensa no basta, es necesario un espíritu de conquista», pueden servir de conclusión a esta vida generosa y dinámica de un santo obispo, San Wilfrido, que nos ha enseñado, entre otras muchas cosas edificantes, cómo debe ser un buen católico y un apóstol de la Iglesia: un hombre de lucha en el sentido más santo que puede admitir esta expresión.

JESÚS MARÍA BARRANQUERO Y ORREGO

Bibliografía

Todas las fuentes empleadas para este trabajo han sido directas y en inglés, no habiéndose utilizado ninguna obra española posterior

Vida de Wilfrido, por EDDIUS. Es la fuente más importante, de gran valor histórico, por ser contemporáneo, aunque algunos autores no recogen sus comentarios por considerarlos propios de un amigo y discípulo, que, naturalmente, se inclinaría por la admiración.

Historia de la Iglesia, por BEDA La vida de San Wilfrido está en el l.5 c.19. Aunque utiliza los materiales de la obra de Eddius, da detalles que aquél no recogió en su libro.

La vida posterior de Wilfrido, por EADMER y WILLIAM OF MALMESBURY, está basada en la obra de Beda

Historia de la Iglesia en Inglaterra, por CANON BRIGHT'S ERLY, es una de las más autorizadas fuentes del siglo pasado.

The Catholic Encyclopedia, XV.

Dictionary of National Biography, LXI (Londres).

Martyrology of Oengus the Culdee, por W. STOKES.

SANTA MARÍA DE SANTA EUFRASIA PELLETIER

Virgen y fundadora († 1868)

El testimonio y el mensaje de esta santa fundadora, canonizada por Pío XII en 1940, despierta particular interés en nuestros días cuando no pocas de nuestras comunidades cristianas están atravesando tan aguda crisis y pertinaz sequía vocacional.

Es sorprendente su carisma en este campo. Pocas veces en la historia de la Iglesia, tan fecunda en fundaciones, se ha producido un caso semejante. Entre los años 1829 y 1868, abrió la madre Pelletier hasta 111 casas de su nuevo instituto, en 15 países de los cinco continentes, con 2.376 religiosas, 1.000 «Magdalenas» y 15.000 jóvenes acogidas.

El 31 de julio de 1796 nació, y fue bautizada en el mismo día con el nombre de Rosa Virginia, la que sólo más tarde, en su profesión religiosa, se llamaría María de Santa Eufrasia, aunque hubiera preferido Teresa de Jesús, a la que tanto admiraba.

Era la octava de una familia numerosa en la que cuenta con ocho hermanos. Su patria chica fue la hermosa isla de Noirmoutier, en la región francesa de Vendée. Sus padres, el médico cirujano Julián Pelletier y Ana Maurin. El ambiente de su infancia y de su primera juventud fue culto y de holgada posición económica. A su formación religiosa y humana contribuyeron de modo decisivo la honda fe de sus padres y la heroica resistencia católica de aquella comarca a la virulenta persecución religioso-política de los revolucionarios franceses.

El 27 de noviembre de 1806, fallece su padre cuando ella tiene sólo diez años. Al año siguiente recibe la primera eucaristía, preparada por el joven sacerdote Moiseau. La confirmación se la administra mons. Paillou, obispo de La Rochelle, en 1808. Por entonces asiste asiduamente al colegio de las Ursulinas de Chavegne, fundadas por el P. Baudouin. Más tarde, cuando la familia se traslada a Soullans, en 1810, su madre confía la educación de Rosa Virginia al Instituto o pensionado de la «Asociación Cristiana», en Tours, fundado por la Srta. Chobelet.

Desde su primera juventud manifiesta un carácter enérgico, comunicativo y jovial, sumamente atractivo y animado por una inteligencia fuera de lo común, cualidades humanas espléndidas que puso al servicio de su prodigiosa creatividad evangélica a lo largo de su vida.

En Tours conoce a las Religiosas de Nuestra Señora de la Caridad del Refugio, fundadas por San Juan Eudes en 1641. Atraída por su ejemplar dedicación a rehabilitar las jóvenes descarriadas y proteger a las mujeres asediadas por peligros de inmoralidad, ingresa como postulante el 20 de octubre de 1814,

a los 18 años, en el monasterio que la orden tenía en aquella ciudad.

Responde a sus más íntimas inquietudes espirituales de caridad y de entrega generosa el cuarto voto característico de estas religiosas: dedicarse en exclusiva a la reeducación de aquellas que se le confíen. Entusiasmada con este ideal evangélico toma el hábito y el nombre de Sor María de Santa Eufrasia el 6 de septiembre de 1815. Dos años más tarde, el 9 de septiembre de 1817, emite sus votos en la profesión definitiva.

Le encomendaron entonces el cuidado de las penitentes, y en esta delicada tarea permaneció ocho años, acumulando valiosísimas experiencias hasta que el 26 de mayo de 1825 es nombrada superiora de su propio monasterio de Tours, a los 29 años.

Allí organizó la nueva obra de las «Magdalenas» en la que se recogen las jóvenes que aspiren, después de su conversión, a vivir la vida consagrada según el modelo de los carmelos de Santa Teresa, observando una regla propia, distinta en parte de la dada por San Juan Eudes para la Orden de Nuestra Señora de la Caridad del Refugio. Llevan distinto hábito y viven en una parte del monasterio. El 9 de noviembre del mismo año, el Vicario general de Tours aprueba el ceremonial de la toma de hábito y profesión de estas nuevas religiosas.

En mayo de 1829 le confían la fundación del monasterio de la Orden de Nuestra Señora de la Caridad en Angers. El 3 de junio se instalan en la nueva casa, construida gracias a sus diligencias, un grupo de religiosas venidas de Tours con la madre María de Santa Eufrasia a la cabeza. La obra se desarrolla (pese a las intrigas de algunos clérigos) con tal vigor que en ella es donde hay que buscar la raíz y el fundamento de una nueva congregación. Va a nacer con el mismo título de El Buen Pastor que lleva el monasterio de Angers.

Aunque se multiplican las tensiones con el monasterio originario de Tours, del que procedía la fundación de Angers, a partir del 19 de mayo de 1831, día en que sor María de Santa Eufrasia fue elegida madre superiora, las cosas se fueron aclarando y se va abriendo el horizonte a la prodigiosa expansión del Instituto que está gestándose.

Hacía falta algo nuevo, dotado de una organización más eficiente para poder responder a las urgentes necesidades y peticiones apremiantes. La Madre sueña con lo que ella misma llama «un generalato» que diera cohesión y vigor a la obra llamada a extenderse vertiginosamente. Y ante todo quería un «noviciado común» y floreciente donde se formaran a conciencia levas apostólicas para nuevas fundaciones.

Esto era verdaderamente nuevo e insólito en la Orden de Nuestra Señora. De ahí las resistencias y las incomprensiones. Hasta entonces, la Orden seguía el estilo tradicional de monasterios completamente autónomos e independientes, cada uno con su noviciado propio. Ella va a darle al monasterio de Angers el carácter de casa madre y de ella y con ella se agruparán y se surtirán los futuros monasterios y casas.

El 7 de marzo de 1833 se decide a abrir la casa de Mans que muy pronto, por intrigas, se independiza. El 29 de abril se realiza el noviciado común. El 3 de diciembre se abre casa en Poitiers. El 23 en Grenoble. Fue sin duda inspiración de lo alto y superó todas las dificultades y obstáculos, que no fueron pocos.

Resultó particularmente dura la gestación por las diferencias entre los obispos de Tours y de Angers, mons. Montault, que se puso desde el principio de parte de la Madre y aprobó las constituciones el 10 de enero de 1834 para las «Magdalenas». Pero crecía la tirantez con el de Tours que se empecinaba en defender la primacía y el estilo de su monasterio.

Acudieron a Roma y el papa Gregorio XVI aprobó la independencia y autonomía de los monasterios procedentes del de Angers. El 14 de mayo de 1834 se celebra el Capítulo. Sale elegida superiora general la madre María de Santa Eufrasia. Y el 9 de enero de 1835, a pesar de la obstinada oposición de las otras casas de la Orden no dependientes de Angers, se firma el Decreto de la Congregación de Obispos y Regulares que sanciona la existencia del nuevo Instituto de Nuestra Señora de la Caridad del Buen Pastor.

Por fin, el 3 de abril de 1835, un breve pontificio concede el reconocimiento y la autorización para abrir nuevas casas dependientes del monasterio de Angers. En todo este espinoso proceso intervinieron con eficacia a favor de la Madre el car-

denal Oldescalchi y el jesuita P. Kohlmann, consultor de la Congregación.

El 31 de julio de 1835 se abre la casa de Metz en Saint Laurent. Fue puerta de entrada para Alemania y los países del Norte de Europa. En 1836, el 25 de abril, comienza la fundación de Amiens, y el 23 de agosto la de Lille. El 15 de mayo de 1837, la casa de Estrasburgo. El 11 de junio, van las religiosas del Buen Pastor a Reims.

El 4 de junio de 1838 es recibida la Madre por el papa Gregorio XVI con gran benevolencia y se abre el primer centro de reformadas. A los pocos meses, el siguiente, junto a la iglesia de Loreto. Más tarde en Génova (1842) y Turín (1843), etc. En Munich, el 7 de julio de 1846, en Tréveris en 1857 y Graz en 1858.

Desde la fundación de París (24 de marzo de 1841) se extienden por las Islas Británicas hasta 11 monasterios en vida de la fundadora.

La constelación del Buen Pastor, desde Angers, crece más y más por toda Francia y Europa: Puy, Niza, Avignon, Bourges, Mons, Namur, Aix-la-Chapelle, Münster... Las llamadas llegan de las mismas autoridades civiles, como Luis I de Baviera, o el emperador austriaco Francisco José I, o el cardenal Rauscher.

Fechas señeras que merecen anotarse son las fundaciones primeras en los otros continentes. En América, el 10 de octubre de 1843, en Louisville. Y más tarde, el 10 de agosto de 1844 en Montreal; y en Fidadelfia o Pensilvania (1849). Hasta 16 casas se abrieron en el continente americano en vida de la Madre.

La primera fundación en África fue la de Argel en el año 1843. Siguieron la de Orán, Constantina y El Cairo (22 de octubre de 1845). El 19 de abril de 1854 salen cuatro religiosas para la misión de Bangalore, en la India. En octubre de 1858 funda en La Valetta (Malta). Finalmente, la fundación más lejana en vida de la Madre es la del 23 de junio de 1863, en Melbourne (Australia).

Los cinco continentes vieron con esperanza la llegada de las Religiosas de Nuestra Señora de la Caridad del Buen Pastor, y la fundadora vio convertidos en realidad sus evangélicos sueños.

No faltaron contradicciones, principalmente por la pretensión del obispo de Angers, mons. Angebault, de ser el Superior de todas las comunidades nacidas de su Sede. En el Capítulo del 20 de agosto de 1845 repercuten estas fuertes tensiones y pruebas. En noviembre de 1846, confirman en Roma la reelección de la superiora general.

Un decreto de la Congregación de Obispos y Regulares, dado por indicación del papa Pío IX el 21 de julio de 1855, ordena que se haga división en provincias y que cada una de ellas tenga su propio noviciado. En el mismo año se abrió una casa en Birmania y otra en Chile.

Se comprende que la salud de la madre María se resienta cada vez más. La correspondencia es abrumadora. Poco antes de su muerte en Angers el 24 de abril de 1868 —había sido reelegida por sexta vez superiora general— dejaba las 111 fundaciones organizadas en 16 provincias. La casa de Angers contaba con 178 profesas, 140 novicias, 10 hermanas «Magdalenas», 140 jóvenes penitentes y 361 alumnas internas.

Como fiel seguidora de San Juan Eudes profesó tierna y honda devoción a los Sagrados Corazones de Jesús y de María como Buen Pastor y como refugio de pecadores. En esa escuela aprendió a amar y buscar las ovejas perdidas, acogiéndolas y ayudándolas a rehacer su vida.

En su vida interior y en su fidelidad a la llamada de Dios está sin duda el secreto de tanta fecundidad. Atraía y entusiasmaba a legiones de jóvenes a las que contagió su ardor y entrega vocacional en un campo concreto de apremiantes urgencias apostólicas. La fuerza del Espíritu encontró un gran corazón y lo encendió en altos ideales. Su sencillez y su naturalidad familiar y cercana hacían que prendiera su fuego en las hijas, que compartían su mismo carisma y celo por extenderlo sin fronteras por el mundo entero.

No cabe duda de que era una excelente educadora, dotada de intuiciones pedagógicas extraordinarias y de una capacidad organizadora singular. Como todavía se puede apreciar en sus escritos, cartas y conversaciones publicadas y en sus hijas que han heredado su ideario pedagógico y sus consejos prácticos, un verdadero tesoro espiritual.

Los biógrafos subrayan la amplitud y la finura de su extraordinaria sensibilidad vocacional como característica más distintiva y notable de su semblanza. Una caridad y bondad sin límites son el verdadero secreto de su apostolado.

La causa de beatificación se inició en 1898. El 24 de julio de 1924 Pío XI proclamó la heroicidad de sus virtudes y la beatificó el 30 de abril de 1933. Pío XII la canonizó el 2 de mayo de 1940. Su memoria se celebra el 24 de abril.

En 1964 el Instituto de Nuestra Señora de la Caridad del *Buen Pastor tenía 475 casas repartidas por los 5 continentes, en* cuarenta y seis provincias, con 10.000 religiosas, 2.800 Magdalenas, 1.800 auxiliares y más de 100.000 alumnas.

En algunos países les han encomendado las cárceles de mujeres por la confianza que inspira su original pedagogía en orden a la rehabilitación.

Buena intercesora y modelo, la Santa madre Pelletier, en estos tiempos de tan extraordinaria y alarmante sequía vocacional.

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

HAMON, J., «Maria di Santa Eufrasia Pelletier», en *Bibliotheca sanctorum,* VIII (Roma 1966) cols.1.140-1 144.

HANLEY, M. L., *Santa María Eufrasia Pelletier* (Roma 1944).

BERNOVILLE, G., *Sainte Marie Euphrasie Pelletier* (París 1945).

CHICO GONZÁLEZ, P., «Santa María Eufrasia Pelletier», en J. A. MARTINEZ PUCHE (dir.), *Nuevo año cristiano. Abril* (Madrid 2001) 288-297.

SELLA, P., «María de Santa Eufrasia Pelletier», en C. LEONARDI - A. RICCARDI - G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los Santos,* II (Madrid 2000) 602-603.

SAN BENITO MENNI

Presbítero y fundador († 1914)

Estaba llamado por Dios para ejercer una meritoria y espléndida labor en España, Portugal y México, la de restaurar en estos países la Orden de San Juan de Dios y fundar en España una nueva congregación religiosa femenina, pero no nació en ninguna de esas naciones sino en el norte de Italia, en la populosa ciudad de Milán. Nació el 11 de marzo de 1841 y era hijo de Luis Menni y de Luisa Figini. Ese mismo día sus padres lo

llevaron a bautizar en la iglesia parroquial de Santa María alla Fontana y se le puso el nombre de Ángel Hércules. Sus padres eran comerciantes, bien situados socialmente. De ellos recibió Ángel buenos principios y buena educación. Era el quinto de los quince hijos que llegaría a tener el matrimonio.

Luego del estudio de las primeras letras, no se sabe en qué escuela, estudia de 1852 a 1857 en el Gimnasio de Porta Nuova y el padre lo quiere imponer en matemáticas, pensando que determinaría el joven su vida hacia el comercio, la misma profesión paterna. Pero no fue así. El chico era inclinado a la piedad y a las letras. Gustaba ayudar a misa desde niño, comienza a comulgar desde los 16 años cada día y su deseo era profundizar en humanidades. La religiosidad profunda de su madre sintonizaba bien con las tendencias espontáneas del muchacho. A los 16 años su padre lo coloca en un banco, pero muy pronto las especulaciones a que se prestaba el banco hirieron la conciencia del muchacho que rogó a su padre lo sacara de esta colocación. Y comenzó a visitar hospitales y a fijarse en la situación material y moral de los enfermos. Se enraizó en él una firme devoción a la Virgen María, cuya imagen del Rosario en la iglesia de San Simpliciano él visitaba con fervor, y surgió también en él desde muy joven la devoción a los Corazones de Jesús y de María.

La vocación religiosa surge en él cuando conoce a los hermanos de San Juan de Dios. Ángel se ofreció para ayudar al traslado de los soldados heridos que llegaban del frente de la guerra, de la batalla de Magenta, y que eran atendidos, entre otros, en el hospital de Araceli que dicha Orden tenía en Milán. Quedó profundamente impresionado por todo lo presenciado y le pareció magnífica la actuación que había visto en los hermanos hospitalarios. Decide entonces hablar con el P. Benito Nappi, superior del hospital, y le habla de su ingreso en la Orden. La conversación hizo ver al religioso que estaba frente a un valioso joven. Le pidió que lo pensara y que si estaba decidido volviera, dejando atrás todas sus afecciones y decidiéndose por servir a Dios en los enfermos. Pidió orientación eficaz a un ermitaño y con 19 años dio el paso decisivo: el 19 de abril de 1860 se presentaba en el hospital de Araceli solicitando ser admitido,

como lo fue el 1 de mayo siguiente, recibiendo el hábito religioso el día 13 del mismo mes y cambiando su nombre por el de Fray Benito. Pasa el año de noviciado con vigilante entrega de sí mismo a la vida religiosa y, convencido de que era su vocación, justo un año más tarde, el 15 de mayo de 1861, pronuncia los votos de pobreza, castidad, obediencia y hospitalidad en la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios.

Inmediatamente se le destina al hospital Fissiraga de la ciudad de Lodi, donde hace las prácticas de enfermería y recibe una notificación: la obediencia le destina al sacerdocio dentro de la Orden, por lo que deberá hacer los estudios eclesiásticos correspondientes. Seguidamente hace los estudios de filosofía en el seminario episcopal de Lodi. El 17 de mayo de 1864 hace su profesión de votos solemnes en Milán, en la iglesia del convento-hospital de Araceli. A finales de año, el 4 de diciembre, recibe las primeras órdenes de manos del obispo de Lodi, monseñor Banaglio. Y decide entonces solicitar de los superiores la gracia de hacer sus estudios eclesiásticos en Roma. Así se le concede y marcha a la Ciudad Eterna como alumno de la hoy Universidad Gregoriana, donde estudia la teología. Le llega por fin la hora gloriosa del sacerdocio, que recibe del vicegerente de Roma, monseñor De Villanova Castellacci: el 14 de octubre de 1866. Su primera misa la celebra en la iglesia del Hospital de San Juan Calibita, en la Isla Tiberina de Roma.

Sus superiores eran conscientes de la valía del P. Benito Menni. Su inteligencia preclara, su bondad extraordinaria, su capacidad y destreza para hacer las cosas y su entera disponibilidad le acreditaban para poder encomendarle algo importante. El P. General de la Orden, P. Juan María Alfieri, notabilísimo religioso y gran gobernante de su Orden, decide que el P. Menni sea el instrumento de Dios para un proyecto que acaricia, y al que Menni deberá dedicar su vida. No habían pasado muchos días de su ordenación sacerdotal cuando el P. General y el P. Menni acudieron a una audiencia que les concedía el santo y bondadoso pontífice Pío IX. Era el 22 de noviembre de 1866. Y en ella el General expone que ha elegido a este joven sacerdote y religioso para que restaure la Orden en su misma cuna, España, de donde había sido borrada por el vendaval de la ex-

claustración y que va a ir a España como su Delegado general. El Papa acoge complacido la propuesta del General y bendice de todo corazón al elegido, que sacará toda su vida fuerzas morales de la bendición papal que se le dio aquel día como prenda de las bendiciones divinas para su misión.

El P. Menni no tardó en lanzarse a la tarea inmensa que se le ponía delante. Y por ello, luego de nueva audiencia pontificia y nueva bendición del Papa el 15 de enero de 1867, marcha a Lyón y allí estudia español durante dos meses y luego pasa a Marsella donde el 4 de abril de 1867 se embarca para España llegando el día 6 a Barcelona. Aquí se hospeda en casa de don Nonito Plandolit y poco después en el Hospital de la Santa Cruz. Va a visitar al obispo, don Pantaleón Montserrat, y primera dificultad: el obispo niega el permiso para hacer ninguna fundación en Barcelona y le aconseja que desista y vuelva a Italia. Menni recurre a su General, el cual comunica al Papa la negativa del obispo. El Papa entonces escribe al obispo y le pide que reciba y apoye al P. Menni. No hizo falta más para que el obispo decidiera apoyar al P. Menni y así lo hizo en adelante. El P. Menni, examinando las posibilidades, había llegado a la conclusión de que lo mejor era abrir un sanatorio para niños raquíticos y escrofulosos. Se alquila una casa en la calle Muntaner, se le hacen las precisas reformas, se obtiene licencia el 29 de noviembre de 1867 para funcionar como establecimiento civil privado con fines benéficos y el 14 de diciembre de 1867 se abría la primera casa de la Orden en España a los más de treinta años de su desorganización, bien que la casa no pudiera registrarse como de la Orden sino a nombre personal de Ángel Menni Figini. Busca dos tipos de personas que le hacen absoluta falta: religiosos y bienhechores. Dos religiosos llegan de Italia y los bienhechores los pone la ciudad de Barcelona. En la misma casa-asilo se abre un noviciado y se pone al frente del mismo al propio P. Menni mientras que el prior era el Hno. Materno Seregni.

El 31 de mayo siguiente, funcionando ya regularmente la casa, la visitan el P. General con dos religiosos franceses. Pero ese año tiene lugar el destronamiento de Isabel II y el comienzo del sexenio revolucionario. Durante el gobierno provisional y el

reinado de Amadeo I no tuvo especiales dificultades y el 14 de octubre de 1872 recibió del P. General la patente de comisario general para España. Llegada la I República en febrero de 1873, volvió a España desde Marsella donde estaba y se halló con que en marzo denunciaron el asilo como lugar de reuniones carlistas, lo que provoca que se intente enviar a todos los niños acogidos a sus casas, pero el P. Menni logra demostrar que no hay tales reuniones y de momento todo queda como estaba. Quieren entonces el P. Menni y otro religioso esconder sus hábitos y ornamentos sacerdotales pero mientras los llevaban a casa de unos amigos, fueron ambos arrestados, estuvieron a punto de ser fusilados por la turba y se les conminó a salir de España, lo que hubieron de hacer marchando a Marsella. Vuelve de incógnito en junio trayendo socorros de los hermanos franceses y otra vez se va a Marsella pero en julio regresa; sin embargo, el día 12 es de nuevo inspeccionado el hospital y arrestado el P. Menni que se ve forzado a volver a Marsella. Va entonces en barco a Tánger para tratar allí la fundación de un hospital y, al llegar, un anticlerical lo tira al mar, impidiendo él que arresten al culpable cuando es recogido. De Tánger pasa a Gibraltar igualmente en intento fundacional. Vuelve a Marsella y se dedica a la formación de los novicios españoles. Producido el golpe del general Pavía a comienzos del año 1874 que acabó con el régimen republicano, el General de la Orden, con anuencia del Papa, le dice que vaya a España a socorrer a los heridos de la guerra civil, sean del partido que sean.

Se dirige a Estella en Navarra, la corte del rey carlista, y se le admite a él y a cinco hermanos como enfermeros de la Cruz Roja. En los meses siguientes pasará por los hospitales de Portugalete, Irache, Santurce, Comillas, etc., y por los lugares de las batallas desde donde ayuda a transportar heridos a los dichos hospitales, y el 28 de noviembre de 1875 funda en Escoriaza, Guipúzcoa, un asilo hospital para dementes pobres, que hubo de cerrar al término de la guerra. En mayo de 1876 con tres hermanos y cuatro postulantes se va a Madrid y logra que el gobierno de Alfonso XII reconozca que sus actividades en la zona dominada por los carlistas no significaron parcialidad de Menni y sus hermanos por esta facción, y logra que la Orden

en España quede legalizada bajo la fórmula de Asociación de Enfermeros Hermanos de la Caridad (Real orden del 27 de octubre de 1876).

En un pueblo de las cercanías de Madrid, Ciempozuelos, ha hallado una finca apropiada para construir el primer manicomio masculino de la Orden en España, tras el fallido de Escoriaza, y habiéndola obtenido, funda dicho establecimiento en ella, recibiendo el primer enfermo el 5 de mayo de 1877 y siendo aquélla la casa madre de la restauración de la Orden en España, cuya comunidad religiosa es aprobada y reconocida por el cardenal arzobispo de Toledo, Ignacio Moreno, el 1 de agosto de 1877. Se proporcionará en ella a los novicios y neoprofesos el adecuado entrenamiento y enseñanza de enfermería y farmacia.

El P. Menni tenía, como toda la Orden, el corazón puesto en Granada, donde está la basílica con el sagrado sepulcro del fundador de la misma. Allá se dirigió el P. Menni y el 22 de agosto de 1878 logra que el arzobispo Monzón le consigne la iglesia, junto a la que se construirá una casa para el rector o capellán que será un sacerdote de la Orden. Viene el General de Roma para tomar posesión de la basílica el 8 de septiembre siguiente y se la encomienda al P. Menni, el cual abre en la casa del capellán un asilo para niños enfermos, y construye luego el Asilo de San Rafael, legalizado en noviembre de 1879. En 1880 toma posesión del hospital e iglesia de Nuestra Señora de la Paz en Sevilla para establecer en él una comunidad de sus religiosos.

En Granada y en el confesonario ha conocido dos almas grandes: la viuda Josefa María Recio y la joven María de las Angustias Jiménez. Con ellas planea la fundación de una congregación religiosa femenina, del mismo espíritu y dedicación que la Orden de San Juan de Dios. Ambas se van a vivir a Ciempozuelos. El 8 de marzo de 1881 se abrirá la primera casa de enfermas a cargo de las nuevas religiosas, a las que impone el hábito en 31 de mayo de aquel año y las llama Hijas de Nuestra Señora del Sagrado Corazón, título que luego se cambia por el de Hermanas Hospitalarias del Sagrado Corazón de Jesús, y que oportunamente serán agregadas poco después a la Orden Hospitalaria. Al año siguiente emitirán las primeras religiosas sus votos. Sor María Josefa Recio sería la primera superiora general

y el P. Menni el director de la congregación por disposición del prelado toledano. Mientras tanto la casa de Barcelona se cambia a un lugar más amplio y mejor.

En 1883 se pone una comunidad religiosa en Málaga, en el asilo-colegio de San Bartolomé, y al llegar 1884 las casas son cinco (Barcelona, Ciempozuelos, Granada, Sevilla y Málaga), los profesos son ya 70, los novicios 25, y todo indicaba que la Orden estaba de nuevo reimplantada en España. El P. Menni había ya para entonces cumplido su tarea. Pero para entonces también había sucedido que la superiora general de las hermanas, atacada por una enferma, había como consecuencia fallecido en olor de santidad. Una nueva superiora, María de Jesús Ibáñez, hubo de ser elegida para sustituirla. La superioridad de la Orden estima que es hora de restablecer la provincia española y así se hace en 29 de junio de 1884, siendo el P. Menni el primer superior provincial, lo que es confirmado en el primer capítulo tenido en noviembre, sin merma de su condición de comisario general.

En verano de 1885 llega a España una terrible epidemia de cólera. El P. Menni, sus religiosos y sus religiosas, se desviven por atender a los enfermos y se dirigen a numerosos pueblos de Madrid, Guadalajara, Teruel, Granada y Málaga con este fin, prodigando los remedios ideados por el doctor Rodrigo González, director de Ciempozuelos, y que reduce drásticamente la mortalidad de la epidemia. Seguirá luego la fundación de Valencia, donde se establece una comunidad de religiosos en el asilo-hospital de San Juan para niños raquíticos y escrofulosos. En junio de ese año va al capítulo general de Venecia y es reelegido luego provincial de España. Al año siguiente se declara oficialmente extinguida la congregación española de la Orden y se une la provincia española a la única congregación de la Orden, oficializándose así la unidad. Siguen las fundaciones de Zaragoza y Palencia, y nueva elección del P. Menni como provincial (abril de 1890). Al año siguiente va a Roma a pedir la aprobación de la congregación de hermanas, que se han ido expandiendo, y lo recibe en audiencia el papa León XIII.

Ahora el P. Menni piensa en restaurar la Orden también en Portugal, y para ello va a Lisboa donde en marzo de 1892 logra

el establecimiento de una comunidad en el Asilo de Santa Marta para clérigos ancianos, que, sin embargo, meses más tarde se ve obligado a retirar. No prospera tampoco un intento de fundar en Argentina, a donde acude con el nuevo General P. Gasser en julio-agosto de 1892. Una nueva fundación en Portugal, en Aldeia del Ponte (Guarda), tendrá un éxito temporal, pues se cierra en 1898. Aquel año 1892 abre en Ciempozuelos un sanatorio para niños enfermos, que, trasladado luego a Madrid, será el célebre Asilo de San Rafael. En 1893 va a Roma al capítulo general y es de nuevo designado provincial de España, presidiendo ese mismo año el ya cuarto capítulo provincial. Y como afirmación de la voluntad de la Orden de establecerse en Portugal funda el Hospital de Telhal, que tanto prestigio adquirirá con el tiempo.

En 1894 es llamado a Roma porque ha habido una fuerte acusación contra él. Declara ante el Supremo Tribunal y se le manda que a su vuelta a España no resida en la diócesis de Madrid. El 1896 este tribunal sentenciará que a la acusación lanzada contra Menni no hay que hacer caso alguno. Menni llevó con paciencia, humildad y fortaleza este duro trance. En 1895 funda el manicomio de San Baudilio de Llobregat con doble casa, regida la de hombres por los hermanos, y la de mujeres por las hermanas hospitalarias. Será una casa de gran futuro y crédito. Para tutelar los bienes y la propiedad de las hermanas funda una Sociedad Anónima titulada La Rosa, y lo mismo hará para los bienes y propiedad de los hermanos con la Sociedad El Iris. En mayo de 1896 hay el quinto capítulo provincial y vuelve a ser elegido superior de la provincia. En 1898 abre el manicomio de Santa Águeda, apoyado por varias diputaciones provinciales. También allí se establece una doble comunidad de religiosos y religiosas. Aquel mismo año abre un noviciado para Portugal en Telhal. En 1899 participa en el capítulo general de Roma que lo reelige provincial de España, y como tal preside el sexto capítulo provincial, en el que se envía a la Sagrada Congregación de Obispos y Religiosos una detallada relación de la restauración de la Orden en España y Portugal rechazando las acusaciones que se habían formulado acerca de la disciplina regular, la administración económica, la fundación de las hermanas y la elec-

ción de los superiores. Ese mismo año se funda la casa de Carabanchel Alto, dedicada a San José, y pasa a ella el noviciado. El año 1900 recibe la visita del P. General, Casiano María Gasser, y con él visita Granada y también Jerez de la Frontera, donde veneran las reliquias del entonces Beato Juan Grande.

Tantos trabajos aún le dejaban fuerzas para la restauración de la Orden en México. Una señora le ofrece la posibilidad de poner una comunidad de hermanos en el Hospital de San Martín, de Guadalajara, destinado a pobres, con una sección para sacerdotes, iglesia pública y escuela gratuita de niños. Aceptada en Madrid la oferta, el P. Menni embarca en Cádiz el 30 de diciembre de 1900 y el 24 de enero llega a dicha ciudad mexicana. En abril regresa a España. El 29 de noviembre Roma le aprueba la congregación de hermanas hospitalarias y sus constituciones, lo que no pudo menos que llenar de gozo al P. Menni, que veía así cumplida una de sus más queridas aspiraciones. Él veía crecer y prosperar su obra, bendecida por Dios. A poco seguiría la sentencia del tribunal provincial de Madrid en la que se condenaba como calumniadores a quienes habían atacado la honra del P. Menni y del Dr. Rodrigo González. Por fin en el séptimo capítulo provincial español es elegido no el P. Menni como superior provincial sino el Hno. Andrés Ayúcar.

Era la hora de un examen de conciencia. Llevaba treinta y seis años de gobierno, y dejaba fundadas quince casas religiosas de su Orden en España, Portugal y México, y había fundado otras nueve que luego no habían podido continuar. Al mismo tiempo las hermanas tenían ya para entonces nueve casas, en cuya fundación había participado activamente. Menni había luchado bravamente, se había dejado la vida y las fuerzas en el empeño, y había dado altísimo ejemplo de espiritualidad y sólida virtud.

En 1905 es recibido en audiencia por el papa Pío X junto con la superiora general de las hermanas, sor Verónica de Jesús Marturet, y otras hermanas. En esta audiencia —28 de enero— el Papa les anima a fundar una casa de las hermanas en Roma. Ese mismo año viaja a Hungría para tratar la fundación allí de una casa para las hermanas, que fue de efímera duración. Y participa en Roma en el capítulo general. Vuelve el

Papa a recibirlo junto con las hermanas y fray Benito bendice e inaugura la casa romana el 9 de julio. Se repetirán las audiencias papales en las que San Pío X dará su bendición a las obras de las hermanas, y el 16 de marzo de 1908 Roma les dará la aprobación definitiva.

Podría parecer que estaba redondeada la obra personal de Menni, pero le aguardaba aún una dura tarea: en otoño de 1909 se le reclama desde Roma porque la Santa Sede lo ha nombrado visitador apostólico de la Orden, viviendo aún el P. General Gasser. Comienza la visita apostólica a las casas de Italia y luego las de Hungría, dando cuenta del resultado de sus visitas a la Santa Sede y dando avisos y disposiciones para toda la Orden (21 de septiembre de 1910), lo que repetirá el 8 de marzo de 1911, insistiendo en la necesidad de la formación religiosa, la disciplina regular y el voto de hospitalidad. Recibida la relación de su visita apostólica por la Santa Sede, ésta decide nombrar al P. Menni como prior general de la Orden al margen del capítulo general, e igualmente se nombra un definitorio, y el papa Pío X los recibe en audiencia (14 de mayo de 1911). Al día siguiente se celebraba el jubileo de su profesión religiosa, que es celebrado por toda la Orden. Dispone la celebración de capítulos provinciales en toda la Orden, de los cuales personalmente preside cuatro, uno de ellos el de España. Ese mismo año visitará algunas casas de España en la búsqueda de modernistas. Se estaba en la gran campaña antimodernista del pontificado de San Pío X. En una circular a la Orden el P. Menni insistirá en el tema. Varios religiosos españoles serán castigados por este motivo del modernismo. En junio de 1912 tiene lugar una asamblea general de provinciales convocada por Menni, y en el curso de la misma cursa a la Santa Sede su renuncia al cargo de general. Se le deja nominalmente y sin jurisdicción, no se le quita el título pero se le pone al P. Kolch como vicario general. El Papa le dice en audiencia: Ahora podéis dedicaros a orar y aconsejar.

No habían terminado las dificultades para el P. Menni. En julio de 1912 la Santa Sede le pide no visite las casas de las hermanas. Y en agosto se deja a la facultad del vicario general el determinar si puede o no visitar casas de las hermanas y dónde puede residir. Se establece que ni en Roma ni en España y es enviado a

la casa de París. Pero, a causa de las nuevas condiciones políticas de Portugal, debe viajar a este país en septiembre para la cuestión de la propiedad de los bienes. En el interior de la Orden es claro que no falta quien no quiere bien al P. Menni, éste prohíbe que ninguna hermana lo defienda. El 15 de noviembre de 1912 el visitador apostólico, P. Augusto Carreto, pide al cardenal Vives que al P. Menni se le obligue a total y absoluto reposo en alguna casa de la Orden situada en ciudad en que las hermanas no tengan casa y se le prohíba toda intervención directa o indirecta en la Orden y en la Congregación. El 19 de noviembre el Cardenal accede a lo pedido por el P. Carreto, al que seguidamente se nombra visitador apostólico de las hermanas. Menni insiste a las hermanas en que no muevan un dedo en su favor.

Su salud se resiente por días. No puede rezar el breviario, le cuesta mucho trabajo la celebración de la misa, y se decide su traslado a la casa de Dinan (Francia) el 13 de septiembre de 1913. Un ataque de parálisis acentúa su mal estado. Y en esta situación de retiro y aislamiento forzoso pasa los últimos meses de su vida, en la paciencia, la humildad, la entrega generosa a Dios y la participación en la cruz del Señor. En Dinan entrega al Señor su alma el 24 de abril de 1914 a las nueve de la mañana. Su cuerpo sería trasladado posteriormente a Ciempozuelos. Su figura grande y luminosa, modelo de tantas y tan firmes virtudes, fue colocada en el honor de los altares el 23 de junio de 1985. Ha sido canonizado el 21 de noviembre de 1999. Su gran obra prosigue en España y en el mundo.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

ÁLVAREZ SIERRA, J., *El Padre Menni y su obra* (Barcelona 1968).

CÁRCEL ORTI, V., *Fidelidad a una misión* (Ciudad del Vaticano 1985).

GOMEZ, J. C., *El resurgir de una obra. Historia de la restauración de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios en España* (Granada 1968).

MARTIN, M., *El Rvdmo. P. Fr. Benito Menni, Prior general de toda la Orden de San Juan de Dios, restaurador de la misma en España, Portugal y México y fundador de la Congregación de Hermanas Hospitalarias del Sagrado Corazón de Jesús. Biografía documentada,* 2 vols. (Madrid 1919).

SOROLDONI, M., *Santidad a prueba de fuego. Vida contrastada de Benito Menni* (Madrid 1983)

BEATA MARÍA ISABEL HESSELBLAD

Religiosa († 1957)

Cual una nueva Brígida de Suecia de los tiempos modernos surge en ese mismo país nórdico, en las postrimerías del siglo XIX, la Beata María Isabel Hesselblad, una mujer intrépida e intuitiva, que acuciada por la búsqueda de la verdad y seducida por Cristo, lo mismo que su santa paisana, se sentirá llamada a seguirlo en radicalidad, desde la gran aventura del ecumenismo, aventura muy novedosa en su tiempo, sobre todo en el seno de la Iglesia católica. María Isabel Hesselblad, será una de las grandes pioneras del ecumenismo a través de su fecunda vida religiosa desarrollada a lo largo de la primera mitad del XX, y entretejida siempre de apostolado y contemplación. Procedente del luteranismo sueco, nacida en una Iglesia de ámbito exclusivamente nacional, termina por establecerse en Roma, centro y cabeza de toda la cristiandad, sede de la Iglesia universal, desde donde llevará a cabo su obra, sintiéndose al igual que Santa Brígida íntimamente unida al romano pontífice.

Mujer muy de nuestro tiempo, recibe la llamada del Altísimo con el encargo de entregarse sin reservas por sus hermanos de origen, por los de su antigua fe, y de llevarlos al núcleo del rebaño de Jesucristo, al redil grande y universal del Buen Pastor. Y esta entrega incondicional que el Señor le pide la hará realidad desde su consagración religiosa, dando a su vez un fuerte impulso y una nueva impronta a la Orden del Santísimo Salvador de Santa Brígida, pues siguiendo una vez más los pasos de la gran Santa medieval, y en su misma casa de Roma, fundará una nueva rama de dicha Orden, la llamada «rama sueca», que, enraizada como las otras dos más antiguas en la vida contemplativa, se extiende hoy a lo largo y ancho del mundo desarrollando una ingente labor apostólica principalmente en el campo del ecumenismo.

María Isabel Hesselblad, cuya singular trayectoria vamos a trazar a lo largo de esta semblanza, fue beatificada por el papa Juan Pablo II el 9 de abril del año jubilar 2000.

Nació la protagonista de nuestra historia en Fåglavik, localidad de la provincia de Västergötland en Suecia, el 4 de junio de 1870, siendo la quinta de los trece hijos del matrimonio forma-

do por Augusto Roberto Hesselblad y María Daga, ambos pertenecientes a la burguesía campesina, e investidos de un fuerte espíritu de trabajo, muy necesario para poder sacar adelante a su numerosa prole. Recibió la niña el bautismo en la Iglesia luterana, oficial en su país y a la que por tradición pertenecía su familia, de noble sentimiento religioso, aunque sin llegar al fanatismo. Pocos años contaba todavía María Isabel cuando los Hesselblad al completo se trasladan a Falun en la comarca del Dalarne, con el fin de hallar una vida mejor.

En aquel entonces Suecia comenzaba a verse inundada por movimientos religiosos procedentes de otros lugares o al menos de signo distinto a la Iglesia oficial, que dejaba de ser la única. Todo esto fue causa de vivas discusiones religiosas entre los suecos de a pie, discusiones que llegaron hasta el entorno de nuestra niña, y aún hasta su mismo hogar. Vivaz y despierta como era, siempre se mantenía seria y a la escucha de cuanto en su casa se discutía sobre temas de religión: era el comienzo de un largo camino por el que el Espíritu quiere conducirla.

María Isabel va creciendo siempre atenta a todo lo que la rodea, rápida de palabra y de obra, y siempre tan deseosa de ayudar, que llega incluso a asumir como cosa suya el cuidado de sus hermanos menores, por lo que en familia le dan el apelativo cariñoso de «nuestra maravillosa María». En plena adolescencia, ve cómo sus compañeras de escuela frecuentan diversas Iglesias, asisten a cultos muy diferentes, y sacudida por el Evangelio que le había dado luz y gracia para sensibilizarse ante el doloroso fraccionamiento de la Iglesia, comienza a hacerse las mil preguntas sobre el único redil del que habla el evangelio de San Juan (Jn 10,16). Y en su alma percibe como una llamada, que la invita a dar una respuesta concreta, una salida a todas estas inquietudes religiosas que bullen en su interior.

Despierta e inteligente, y lógicamente por su edad un tanto soñadora, siente deseos de trasladarse a lejanas tierras, como había hecho siglos atrás Brígida, la «heroína» medieval de su país, cuya biografía y obra literaria ha tenido oportunidad de leer en sus años escolares. En su corazón y en su alma se tejían unas vivísimas inquietudes hacia algo nuevo, hacia algo que todavía estaba por descubrir, pero que no se reducía simplemente

a un vehemente deseo juvenil de aventura o a dorados sueños con más visos de romanticismo que de realidad. No, había un algo, o tal vez un Alguien, que no la dejaba vivir tranquila. Veía claramente que no estaba hecha para quedarse entre las cuatro paredes de su país, ni, en buena lógica, para vivir su fe en una Iglesia, como la suya, de corte exclusivamente nacional y de tan reducido ámbito. Inquietudes, todas éstas, que pronto encontraron un cauce para desarrollarse, pues llegaba a su país el sueño americano y la fiebre de la emigración hacia los Estados Unidos.

Y aunque desde sus frágiles doce años padece una enfermedad incurable, que le había provocado varias úlceras intestinales, cuyas secuelas la acompañarán de por vida, con dieciocho años y llena de la intrepidez propia de una joven inquieta y en continua búsqueda, emprende su viaje hacia América. Entra primero a trabajar como doméstica en una casa particular, y posteriormente como enfermera en el gran hospital Roosevelt de Nueva York, donde una vez más sus inquietudes de fe emergerán a flor de piel, pues el contacto con enfermos católicos y su anhelo por hallar la verdad contribuyen a mantener viva en su alma la búsqueda del redil de Cristo, un redil que acoja a todos los hombres y mujeres del mundo, sin distinción de razas o de credos políticos, y que no se reduzca solamente a un único país. Aunque ciertamente este ir en pos de la verdad lo vive inicialmente desde el seno de esa fe luterana en la que había sido educada y que naturalmente todavía pesa en su interior, lo cual no fue óbice para que se decidiera a estudiar la doctrina católica.

Metida como estaba en el estudio de la tradición católica y llevando diariamente a la oración todo cuanto de nuevo experimentaba en lo más íntimo de sí, se vio irremediablemente conducida hacia la Iglesia Romana, hacia la Iglesia Universal guiada por el Espíritu Santo desde la barca de Pedro. Y por si fuera poco, había prendido en ella una profunda y tierna devoción filial hacia María, la Madre del Señor, la cual no podía llevarle más que al redil por el que suspiraba desde niña.

Ya sólo faltaba la gota que colmara el vaso, la gota que hiciera derramar a raudales el agua viva de su nueva fe. Y esa gota

iba a ser el mismo Jesucristo, pero esta vez desde su presencia eucarística. Hallábase Isabel en 1900 en la ciudad de Bruselas, y junto a dos amigas católicas, asistía a la procesión del Corpus Christi en la catedral de Santa Gúdula, y, mientras contemplaba el paso del Santísimo Sacramento, tiene una experiencia decisiva que la llevará definitivamente a abrazar el catolicismo; escucha en su interior una solemne voz que la sacude por completo: «Yo soy el que tú buscas».

Y a los dos años de tan impactante experiencia, el día de la Asunción de la Virgen, 15 de agosto de 1902, recibe «bajo condición» el sacramento del bautismo en el monasterio de la Visitación, de Washington. Una fecha ciertamente memorable y vivida en clave mariana: ¿cómo no?, María Isabel Hesselblad había sido ganada para la Iglesia católica, y en buena parte gracias a la Santísima Virgen. Por fin se hallaba en ese redil del único pastor Jesucristo, por el que tanto había suspirado. Sin necesidad de alejarse de su fe, había ido descubriendo e integrando en ella toda una serie de creencias, valores y devociones, hasta perfeccionarla por completo, hasta hacerla plenamente católica y además sin traumas ni fisuras interiores. A cuanto de bueno había vivido, practicado, creído y observado desde niña, en su Iglesia sueca, había ido añadiendo en estos últimos años todo aquello que ahora la configuraba como hija fiel de la Iglesia católica. Primeramente había sido la devoción a María, después, a partir de su experiencia del Corpus, la confirmación plena acerca de la presencia real del Señor en la eucaristía, que ya había intuido a muy temprana edad, y finalmente: Roma, con todo lo que esta ciudad significa para el orbe cristiano, y desde su vinculación total, efectiva y afectiva al magisterio y a la sede pontificia. En su Iglesia de origen había aprendido a amar la Sagrada Escritura, a familiarizarse con ella, a leerla y meditarla diariamente, sin dejar ni un solo día de hacerlo; ahora el Espíritu le hacía descubrir la otra cara de la misma moneda, la sagrada tradición apostólica.

Isabel es ya católica, y por eso siente la viva necesidad de ir a Roma, de conocer la Iglesia madre, el centro neurálgico de la cristiandad, donde precisamente su vida experimentará un cambio mucho más radical, ya que el Señor trastocará todos sus pla-

nes. Vislumbraba un futuro muy prometedor, pues había pensado realizar los estudios de medicina, pero la enfermedad que venía arrostrando desde los doce años se le manifiesta de forma mucho más violenta, y con el diagnóstico de incurable por parte de los médicos.

Nuestra joven, pese a todo, no se amilana, y se pone en marcha hacia la Ciudad Eterna, y allí, en la urbe, en la capital de la catolicidad, recibe el sacramento de la confirmación. Da su sí pleno al Señor y asume con todas las consecuencias la fe de la Iglesia universal, mientras el Espíritu Santo la inunda con su fuerza, capacitándola para la importante misión de ser apóstol de la unidad de los cristianos a la que habrá de dedicarse por entero.

E igualmente en Roma recibe una gracia muy especial y decisiva, para que ese envío del Espíritu se vaya concretando cada vez más, como así se hará, aunque a través de la vida religiosa, camino en el que jamás había pensado. Entre los lugares que tenía previsto visitar figuraba la casa e iglesia de Santa Brígida, lugar donde esta compatriota suya había vivido sus últimos años y donde había entregado su alma al Creador. Ya desde niña le había llamado la atención la Santa, de quien había oído hablar con gusto, e incluso leído sus escritos, pues al fin y al cabo se trataba de uno de los personajes más singulares de la Suecia medieval. Ahora, ya católica, Isabel se siente atraída por algo más importante, ya no sólo ve en Brígida a la mujer decidida, a la intrépida «embajadora» de su país por otras latitudes, ahora veía en ella a la Santa, paisana suya, sí, celebridad importante en su país, también, pero santa, sobre todo santa. Tan sueca como ella, desde luego, pero por encima de eso y sobre todo, hija fiel de la Iglesia católica.

Movida, pues, por el afecto y devoción a su Santa, y con inusitada emoción se encaminó hasta la Plaza Farnese, en el centro histórico de Roma, permaneciendo en oración en aquel mismo lugar donde Brígida había vivido sus últimos años, y con el que ella había soñado siendo niña. Y fue precisamente allí donde el Señor le tocó definitivamente al corazón, donde su llamada comenzó a hacerse más efectiva. Fue tan grande y tan honda su impresión que, mientras se hallaba sumida en lo más profundo

de la plegaria, sintió la voz de Dios que le decía: «Es aquí donde deseo que te pongas a mi servicio».

La vida de Isabel Hesselblad ha experimentado enormes cambios en pocos años, el Señor que la quiere para sí va poco a poco marcándole el rumbo, señalándole cuál ha de ser su camino, el lugar y la misión para los que la necesita, y ella, siempre dócil a las mociones del Espíritu y dejándose guiar por él, va adentrándose cada vez más en la espesura del misterio de Cristo. Pero su enfermedad va también avanzando a pasos agigantados, minando su frágil salud, y como el diagnóstico de los médicos no es otro que la extrema gravedad, con plena confianza en Dios, se prepara para la entrega suprema. Estaba dispuesta a dar la vida por su patria, separada de la Iglesia de Roma, a ofrecerse por la unión de los cristianos, para que todos fueran uno, tal como había expresado Jesús en su última Cena. Así, con este fin, en la fiesta de la Encarnación, 25 de marzo de 1904, se establece en la casa de Santa Brígida pues el Señor quiere que sea allí donde le sirva.

Va dispuesta a soportar todo cuanto su dolorosa enfermedad le depare, lo que haga falta con tal de ver al pueblo sueco militando bajo el cayado de Pedro. Y el Señor, como no podía ser menos, le aceptará esta buena disposición, ¡vaya que si se la aceptó!, le tomó la palabra sin ambages, aunque de otra manera. Su entrega será total, pero no con la muerte, que ella aventuraba como cercana, no, sino con una larga vida, ofrecida por la unidad de los cristianos en un único rebaño, una vida de muchos años consagrada día a día a esta misma causa ecuménica, y entretejida por una doble dimensión contemplativa y apostólica a la vez.

En aquel entonces la casa de Santa Brígida estaba habitada por una comunidad de carmelitas descalzas, que de mil amores la acogen entre ellas, mas nuestra joven sueña con acabar sus días, el tiempo que le quede de vida, bajo el carisma de su santa compatriota, y así obtiene del papa Pío X el permiso para vestir el hábito brigitino, que en 1906 el buen pontífice le concede muy gustosamente, conocedor de su delicada salud, de su hermosa trayectoria de fe y del ofrecimiento que ha hecho en favor de su pueblo. Así, desde la fiesta del Sagrado Corazón de aquel año vestirá ya de por vida su ampuloso hábito gris y largo velo

negro tocado con la corona de las cinco llagas, que tradicionalmente ha distinguido a las hijas de Santa Brígida. E igualmente por concesión especial de la Santa Sede emite pocos días después los votos como una religiosa más de la Orden del Santísimo Salvador, pasando a ser desde entonces sor María Isabel de Santa Brígida.

La «maravillosa María» de los Hesselblad, ha hecho ya realidad su deseo de profesar como monja «brígida», pero y ¿ahora qué? ¿Qué va a hacer ella sola, lejos del resto de las casas de la Orden? Está decidida a no ser la única brigitina de Roma, sueña con una comunidad de monjas de hábito gris dando vida a la casa de su santa madre, actualmente en manos del Carmelo. E igualmente acaricia la idea de un posible resurgimiento de los antiguos hermanos cuyos orígenes se remontaban a la misma santa fundadora. Interrogantes e inquietudes que con redoblada esperanza hace presente en la oración a la que vive dedicada.

Con todo esto removiendo su interior se ve lógico que sintiera la necesidad de conocer mejor su Orden, y consecuentemente de contactar con los distintos monasterios existentes, de darse a conocer y de hacerles llegar sus aspiraciones de recuperar para las «brígidas» la casa de la santa madre. Y a través de tan interesantes contactos consigue documentos inestimables para ella, que le ayudarán a conocer mejor la historia de la Orden y a empaparse de su rica espiritualidad, hasta hacerla totalmente suya y poder así vivir con mayor plenitud el carisma al que ha sido llamada.

Henchida de ilusión por la correspondencia epistolar con sus hermanas de hábito y metida de lleno en el estudio de cuantos libros o documentos va recibiendo, ve pasar su primer año de vida religiosa, aquilatando más y más su vocación brigitina. En 1907 tiene la gracia singular de ser recibida por San Pío X, quien, al conocer sus deseos, se muestra muy solícito con ella, dándole al año siguiente su consentimiento para que deje Roma por el tiempo que haga falta y vaya a conocer personalmente las casas de la Orden establecidas en Europa, y diseminadas por Inglaterra, España, Holanda y Alemania. Y aunque su salud es todavía frágil, el peligro de muerte no es tan amenazante como

en un principio se había creído, y mucho menos como para no realizar este viaje que tanto la entusiasma.

Así, entre los años 1908 y 1911 sor María Isabel va a viajar por todos esos países, siendo huésped de los distintos monasterios de su querida Orden del Santísimo Salvador de Santa Brígida, que pese a todos los avatares de la historia habían logrado subsistir en la vieja Europa. Experiencias inolvidables de las que dejará constancia en sus notas escritas. ¡Qué recuerdos los de la abadía inglesa de Syón donde renueva gozosamente sus votos! ¡Qué alegría al encontrarse en Inglaterra con un joven clérigo empeñado en la restauración de los antiguos monjes brigitinos! ¡Qué emoción de verse en el monasterio bávaro de Altomünster, el cual seguía manteniendo la estructura primitiva de las casas de la Orden y observando todavía sus antiguos usos y costumbres! ¡Qué gozo poder compartir la vida claustral de sus hermanas, y en algunas de estas comunidades por largas temporadas!

Y entrañables son sin duda alguna los apuntes que nos ha dejado acerca de su paso por los cinco monasterios brigitinos de España, pero sobre todo por el de Paredes de Nava (Palencia), en donde permaneció por más largo tiempo, lo cual justifica plenamente el lugar tan especial que este monasterio castellano ocupó dentro del fraternal periplo que la futura fundadora hizo por distintas casas de la Orden.

Emociones indescriptibles, numerosas satisfacciones, alegría por la buena acogida que en general aquellas «brígidas» le dispensaron, pero por otra parte una lógica decepción porque en ninguna de las casas por las que ha pasado se deciden a secundar sus planes. Cierto que la mayoría de ellas no se encuentran en condiciones de enviar monjas a Roma, situación de la que Isabel es plenamente consciente y por ello siempre tratará de positivizar las cosas.

Pero a la vez y para equilibrar equitativamente la balanza, es justo decir que nuestra protagonista dejó también un inolvidable recuerdo en todas estas comunidades con las que convivió o en las que tan apenas pudo asomarse. Una relación fraternal que, después de aquellas visitas, se seguiría manteniendo a través de su numerosa correspondencia.

Isabel estaba otra vez en Roma, de nuevo planteándose el futuro, y con sus interrogantes todavía sin responder, pero sí con una importante incógnita despejada: ahora sabía que, por distintos motivos, no podía contar con sus hermanas «brígidas».

Y para colmo de males ya no podía seguir viviendo en la casa de su santa madre, al menos como lo había hecho hasta ahora, en el interior de la clausura y menos haciendo vida con las carmelitas, quienes no obstante habían dispuesto para ella una de las habitaciones externas, lo que a decir verdad ya no era lo mismo. Aunque providencialmente contaba con la inestimable ayuda de sus dos directores espirituales, los PP. Hagen y Brandi, ambos jesuitas, los cuales conscientes del callejón sin salida en el que Isabel se encontraba, no dudaron ni un instante en prestarle su más decidido apoyo para encontrar una solución eficaz a todo lo que inquietaba su alma.

Hagen, que vio claramente detrás de todo esto la mano amorosa de Dios, intuyó asimismo cuál era el designio que el Señor tenía preparado para su dirigida, y por ello le propuso la idea de convertirse en fundadora, algo que jamás se le hubiera pasado por la imaginación. Si no podía conseguir monjas para secundar su proyecto, ¿por qué no fundar una nueva rama de «brígidas» que, además de revitalizar la Orden desde su interior, extendiese igualmente por todo el mundo su carisma y su espiritualidad? Este nuevo brote del vetusto árbol brigitino podría ser sin sombra de duda el indicado para hacerse cargo en su día del lugar donde había muerto su santa madre, y también a no dudarlo el encargado de llevar nuevamente la Orden del Santísimo Salvador a Suecia, su país de origen, proyectos éstos por los que Isabel tanto suspiraba. Un nuevo retoño de aquel árbol que plantara Santa Brígida en el siglo XIV, llamado a crecer y a extender su ramaje por distintos lugares de la tierra, dando así sombra y cobijo a multitud de seres humanos, de cualquier confesión o credo, que anduviesen buscando la verdad, necesitados a su vez de una palabra de aliento, de paz, de consuelo y de trascendencia. Un fresco rebrote brigitino llamado a entregarse sin medida a la obra nada fácil de la unidad de los cristianos, que dada su experiencia personal, tanto le preocupaba a nuestra monja de hábito gris.

Realmente la idea del P. Hagen no era nada descabellada, pues la propia Isabel se daba cuenta de que para hacer realidad todos sus ideales, todas las inquietudes que su corazón y su alma albergaban, se necesitaban unas religiosas que, aunque forzosamente enraizadas en el espíritu de la santa madre e injertadas en el viejo árbol de la Orden, no estuvieran ligadas a unas formas o a un estilo de vida que como pesado lastre les hubiera hecho imposible avanzar con la soltura que el momento y la situación requerían. Unas «brígidas» que por ser de nuevo cuño estarían en mejor disposición para recrear la novedad que la Orden supuso en sus orígenes y de lanzarse al futuro viviendo en una perfecta sintonía con aquéllos, sin que por ello hubieran de mantener la estricta clausura papal y la autonomía de cada comunidad.

Isabel era consciente de todo esto, pero antes había que sopesar bien cómo darle cuerpo al proyecto que su director espiritual le proponía, sobre todo careciendo de la materia prima más básica: las personas para poner aquello en marcha y el lugar apropiado para tal menester. Y aunque no le faltara la confianza en la Providencia, ni en la intercesión de su santa madre y paisana, cuya obra milenaria iba a proseguir y a afianzar, buscaba por otra parte esa lógica confirmación de lo Alto, que le indicara que estaba en el verdadero camino.

Y desde luego que la ayuda y la ratificación del Cielo no se hicieron esperar, pues pronto hubo un lugar que, aunque modesto, servía para empezar. En la misma casa de Santa Brígida, el P. Brandi había conseguido un piso de alquiler, de seis habitaciones y totalmente independiente, el cual a no tardar mucho contaría ya con varias inquilinas, pues al poco tiempo un sacerdote inglés, que conocía las inquietudes de la nueva fundadora, se presentaba en Roma con dos jóvenes dispuestas a seguirle, lo cual fue ya la confirmación más clara y definitiva de que todo aquello, lejos de ser un disparate, llevaba impreso el sello del Espíritu.

Las primeras «brígidas» de nuevo cuño están ya en Roma, y desde el 9 de septiembre de 1911 viviendo en comunidad, restableciéndose de esta manera en la Urbe la Orden del Santísimo Salvador de Santa Brígida, con la doble misión contemplativa y

apostólica en favor de la unidad de los cristianos, sobre todo de los escandinavos con la Iglesia católica, pasando nuestra protagonista a recibir desde aquella fecha el apelativo de madre.

La semilla de la nueva fundacion estaba ya sembrada, ahora hacía falta velar por su crecimiento y desarrollo, aunque para ello hubiera que trasplantarla por distintos lugares hasta llegar por fin al que tenía destinado, a aquel con el que María Isabel Hesselblad siempre había soñado. Mas para que esto llegue habrán de transcurrir unos cuantos años, los suficientes como para que dicha semilla se vea convertida en una planta que, aunque joven, haya dado ya muy sabrosos frutos.

A no tardar mucho comenzarán a afluir otras nuevas vocaciones, pero también, pronto arreciarán las dificultades y las pruebas, la más dolorosa el tener que dejar el piso donde habían comenzado su experiencia comunitaria, pues suponía alejarse de la casa de Santa Brígida, aunque gracias a sus buenas amistades, principalmente sacerdotes, no les sería muy difícil encontrar un nuevo acomodo, y mucho menos el traslado, pues dada la pobreza y austeridad de vida que las acompañaba eran pocas las cosas que habían de llevar de un sitio a otro. Varios fueron los cambios de casa hasta su llegada en 1919 al número 34 de la Via delle Isole, lugar en el que empiezan ya a recoger los frutos de cuanto habían sembrado en los años anteriores, y donde reciben en 1920 la aprobación oficial del Vicariato de Roma.

Ciertamente providenciales van a ser los doce años de la madre Isabel en Via delle Isole, desde donde despliega una gran actividad, atrayendo gracias a ella numerosas vocaciones, logrando no pocas conversiones al catolicismo e incrementando el interés por la figura de Santa Brígida. Su casa será por otra parte centro de reunión y punto de referencia para los escandinavos de Roma o para los que se hallan simplemente de paso por ella, y lo mismo católicos que protestantes. Y será también en estos años cuando la joven rama brigitina comience su expansión fuera de Italia.

Primeramente en 1923 llegarán las hermanas a Suecia, cumpliéndose así uno de los sueños más acariciados por la madre Isabel, el restablecimiento de la Orden de Santa Brígida en su lugar de origen, al que ella también regresaba tras más de treinta

años de ausencia. Tiene oportunidad de abrazar a los suyos, de venerar las reliquias de su santa fundadora en Vadstena, cuna de la Orden. Pero lo más importante de todo será la fundación en Djursholm de una «casa de descanso», así llamada para salvar los prejuicios existentes en Suecia hacia la vida religiosa católica, aunque como consecuencia de ello nacía el fecundo apostolado de las casas de acogida, que venía a marcar el talante característico de las nuevas «brígidas».

Y ahora, una vez prendida la mecha, en los años siguientes se van a suceder otras fundaciones, casi en cadena. En 1924, la de Lugano, en la Suiza italiana, y en 1931, la de Iver Heat, en Inglaterra. Pero lo más importante es que el sueño dorado por el que la Madre tanto había luchado a lo largo de su vida religiosa, iba a convertirse por fin en una realidad, pues en ese mismo año 1931 tendrían por fin la casa de Santa Brígida.

El mayor obstáculo con el que las brigitinas se habían encontrado a la hora de instalarse en la Plaza Farnese eran las carmelitas, pues únicamente estaban dispuestas a marcharse si se les encontraba, o mejor, si se les construía, un edificio apropiado para sus necesidades, y evidentemente eso exigía un desembolso económico que nuestras monjas no tenían. Pero para María Isabel Hesselblad no había obstáculos invencibles. Yendo de acá allá, escribiendo a sus amigos de Suecia —muchos de ellos protestantes—, visitando personalmente a Pío XI, consiguiendo dinero hasta de donde no lo había, y finalmente entusiasmando al P. Rosa, otro jesuita igualmente cercano a ella y con gran prestigio ante la Santa Sede, lograba que la casa por la que tanto había suspirado fuera ocupada por las «brígidas».

Nuestra monja de hábito gris, había conseguido al fin lo que tanto ansiaba, instalando allí su curia general, el noviciado y una hospedería muy capaz, principalmente destinada a atender, como ya lo había hecho allí mismo Santa Brígida, a cuantos escandinavos llegaran a Roma. Y muy pronto la casa se convirtió en un importante centro de espiritualidad y de oración, con una cuidadísima liturgia realzada por las melodiosas voces de las monjas, al que acudían personas de toda clase y lugar, pero esencialmente los nórdicos, y a donde llegaron también numerosas vocaciones dispuestas a seguir este nuevo estilo de vida

brigitina, contemplativa y activa a la vez. Fue en definitiva el paradigma de lo que ella siempre había querido. Y no es de extrañar que ese ambiente tan especial que reinaba en la casa atrajese a no pocos cristianos procedentes de «la Reforma», que terminaron abrazando la fe católica.

Posteriormente, en 1935, vendría la segunda fundación sueca, en un lugar tan entrañablemente brigitino como Vadstena. Y en 1937, las «brígidas» llegaban nada menos que a la India, país en el que hoy cuentan con mayor número de casas, y donde además mantienen un fecundo apostolado misionero y asistencial, sobre todo de cara a la mujer.

Momento singular en la vida de Isabel Hesselblad van a ser sin lugar a dudas los años de la segunda guerra mundial que, como para tantos europeos, no le resultaron nada fáciles, viendo cómo la muerte estaba asolando al mundo. Pero ni ella ni sus hijas se amilanaron, pues ante tales acontecimientos respondieron con una caridad heroica y sin límites, que se seguirá prolongando hasta bien entrada la posguerra. Incluso en cierta ocasión jugándose el tipo, pues con vibrante energía negó la entrada a un grupo de furibundos alemanes en la clausura del convento, donde por otra parte ocultaba a varias personas de raza judía. Una guerra así no podía más que herir sensiblemente el alma de esta mujer, ya que ahora contemplaba con horror cómo se destruían entre sí unos pueblos a los que ella trataba de unir desde la fe. Aunque no todo fueron penas, ya que, en 1940, recibía de Pío XII la gozosa y definitiva aprobación del Instituto, confiriéndole a éste oficialmente la categoría de Orden.

Y así con su obra ya encauzada y en plena expansión, llegamos a los últimos años de aquella niña sueca despierta e inteligente, que ahora se había convertido en una figura venerable, tanto por los años, pues había cruzado el umbral de los ochenta, como por el ascendiente que ejercía su persona, siempre frágil de salud, pero siempre con el espíritu henchido de fortaleza, de confianza en Dios y de un amor inquebrantable a sus hermanos los hombres. Venerable también como madre de varias generaciones de monjas, que se iban multiplicando más y más, y preparándose entonces para fundar en los Estados Unidos.

Pero estos años últimos de su vida tampoco van a resultarle muy fáciles que digamos, pues como los grandes santos será probada hasta la saciedad. Primeramente con un período de gran oscuridad interior, después con su debilitada salud, quedando casi ciega y con un brazo paralizado. Y entre tanto con problemas que comienzan a surgir internamente dentro de la Orden, con disensiones entre las propias religiosas, fruto de malos entendidos, e incluso con dolorosas deserciones. Y como consecuencia evidente de tales acontecimientos, una visita canónica especial y la subsiguiente deposición de la madre Isabel, como Abadesa General de la Orden, pero ella, una vez más, se mantiene dando pruebas de su reciedumbre espiritual y personal, viviendo serenamente la voluntad de Dios, instruyendo, alentando y edificando a sus hijas hasta el último día, y preparándose para recibir la llamada definitiva del Señor, que tendría lugar en las primeras horas del 24 de abril de 1957.

La «maravillosa María» de los Hesselblad, ahora maravillosa para otras muchas personas, dejaba tras de sí una gran estela de luminosa santidad, un ejemplo de jovialidad y de energía, pese a que su salud nunca fue buena, pero todo ello fruto de su inquebrantable fe, de su ilimitada esperanza, de su entrañable caridad y de su incansable buen juicio. Y siempre luciendo su extraordinaria compostura y su elegante porte nórdico.

Rica herencia para sus hijas la de su propia persona, pero fundamentalmente la de su recio espíritu, que tanta impronta dejó en sus fundaciones, una impronta que aún hoy día sigue dando aliento a las «brígidas». Rica herencia la de su espiritualidad enraizada en el más puro estilo brigitino, aunque vivida en su tiempo y como mujer de su tiempo. Hizo suyas las grandes devociones de Santa Brígida a la humanidad de Cristo y a su Pasión, magistralmente engarzadas en otra muy actual, la del Sagrado Corazón de Jesús, que tanto inculcó a sus hijas.

Quizá resulte tópico decir que se adelantó al Vaticano II, pues estas palabras suenan ya a frase muy manida cuando se habla de los fundadores, pero en este caso es así, tal como lo revelan tres notas fundamentales de su obra: ecumenismo (del que fue precursora), adaptación y renovación. Sintiéndose siempre tan hija de Santa Brígida como sus hermanas de los monaste-

rios con mayor tradición brigitina, supo acercar esta tradición a las exigencias de su epoca, viviendola intensamente, pero inyectándole un espíritu de renovacion netamente evangélico al que se sentía llamada, algo similar a lo que en el siglo XIV había hecho Brígida de Suecia. Actualización y renovación, que provenían de las profundidades de su vida interior, de su íntimo contacto con Dios guiado por el magisterio iluminador de la Iglesia.

Y también como su santa madre y patrona, Isabel Hesselblad encauzó su renovación de la vida religiosa desde una plegaria y una alabanza netamente contemplativas y con un profundo sentido de reparación. Reparacion igualmente traducida por ella en obras de caridad y principalmente en el quehacer ecuménico, por el que tanto se desvivio. Su acogida fraterna y entrañable a los hermanos separados venía a reparar las dolorosas divisiones y los resentimientos mal curados existentes entre los cristianos. Inquietudes y sentimientos que desde el principio infundió en sus hijas, lo mismo que el amor a la Iglesia y al Romano Pontífice y evidentemente la necesidad de orar para que exista un solo redil y un solo Pastor, pues como ella solía repetir: «Éste es el fin principal de nuestra vocación».

Coronando la hermosa trayectoria de esta singular mujer, su beatificación, celebrada en Roma el domingo 9 de abril del año jubilar 2000. Feliz acontecimiento que contó con la presencia de muchos fieles luteranos, a quienes Juan Pablo II saludó cariñosamente en su homilía, a la que pertenecen las siguientes palabras:

> «La beata Isabel nos enseña a dirigir nuestra mirada hacia la cruz salvadora de Cristo, fuente de fuerza en tiempos de prueba Su compromiso ecumenico, su caridad concreta y su profunda espiritualidad son un modelo para todos los seguidores de Cristo, en particular para los que viven la vida consagrada Que, mediante la intercesión de la beata Isabel, la causa de la unidad cristiana siga progresando, y que su obra y su carisma recuerden a los cristianos de Europa las raices evangelicas unicas de su cultura y civilizacion»

Y hoy las «brígidas» de María Isabel Hesselblad abren sus puertas a la humanidad entera en muy distintos países: Italia, Suecia, Suiza, Inglaterra, India, Estados Unidos, Méjico, Finlan-

dia, Polonia, Dinamarca, Noruega, Alemania, Estonia, Filipinas, Palestina y Cuba —país al que han llegado en marzo del 2003—, ofreciendo, desde un ecumenismo sin fronteras, su hospitalidad orante y evangelizadora.

RAMÓN LUIS M.ª MAÑAS, OSB

Bibliografía

ALMAZAN, V., *Santa Brígida de Suecia Peregrina, política, mística, escritora* (Santiago de Compostela 2000).
Le case d'accoglienza. Suore Brigidine (Roma).
Queridas hijas en Cristo. Las cartas escritas de Madre Isabel (Roma 1982).
RELIGIOSAS DE SANTA BRIGIDA, *Las hermanas brigidinas* (Roma 1985).
TJADER, M , *La mujer mas extraordinaria de Roma* (México 1987)

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTAS MARÍA CLEOFÁS Y SALOMÉ

Madres (s. I)

María de Cleofás aparece en el evangelio de Juan estando al pie de la cruz junto a María, la madre de Jesús, Salomé y María Magdalena. Ésta es la única vez que con este nombre aparece en el Nuevo Testamento. Pero se la identifica con cierta probabilidad con María, la madre de Santiago y de José, de la que se dice en Mateo y en Lucas haber estado en el Calvario y haber estado viendo el lugar de la sepultura del Señor. Vuelta el día de la Resurrección al sepulcro, tuvo la aparición del ángel que le anunció la resurrección de Cristo y poco después se le aparece el mismo Jesús. Salomé es la esposa de Zebedeo y madre de los apóstoles Santiago el Mayor y Juan. Pidió para sus hijos un puesto especial en el reino de Jesús. Estuvo en el Calvario, y había sido una de las mujeres que desde Galilea subieron a Jerusalén con Jesús para atenderle.

SAN ANTIMO Y COMPAÑEROS

Mártires († 303)

Antimo era obispo de Nicomedia de Bitinia, una ciudad en la que los emperadores gustaban de tener su residencia. Su martirio se produjo cuando en 303 Diocleciano dio orden de que todos los jefes de la Iglesia ofreciesen sacrificio a los dioses y entregasen las Escrituras cristianas. Llamado a hacerlo se negó Antimo y fue decapitado. Tras él lo fueron otros muchos cristianos, acusados además de haber incendiado el palacio imperial. Justiniano I construyó una basílica sobre la tumba de Antimo.

SAN GREGORIO DE ELVIRA

Obispo († s. IV)

Illiberri o Elvira, junto a la actual Granada, fue la sede episcopal de este varón, defensor a ultranza de la recta doctrina y firme puntal de ella en el mundo cristiano. Su memoria está ya recogida en el *Martirologio de Usuardo,* lo que indica que en la España del siglo IX se la celebraba, y esto lo ratifica la presencia de su nombre en el *Calendario de Racemundo* del siglo X. Gregorio como obispo perteneció al partido rigorista acaudillado por Lucifer de Cagliari, que se forma cuando en 362 el sínodo de Alejandría vota una medida irenista consistente en aceptar como obispos dentro de la Iglesia católica a los obispos arrianos conversos. Esta propuesta irritó a quienes pensaron que los que habían difundido la fe arriana no podían ahora ser pastores del pueblo de Dios, aunque no negaban que se les admitiera como a pecadores arrepentidos. Parece que Gregorio visitó a Lucifer en Cagliari y que al morir éste en 371 quedó como el más conspicuo representante de dicha tendencia. Es sabido que esta facción no degeneró en una iglesia separada ya que los emperadores Valentiniano II, Teodosio y Arcadio aceptaron el año 383 el *Libro de Súplicas* que les dirigieron los luciferianos; su situación quedó legalizada, y poco a poco la facción se diluyó en el resto de la Iglesia. De todos modos es claro que en dicha facción no había sino una cuestión disciplinar o pastoral, no doctrinal, y era, como queda dicho, qué trato había que dar a los obispos

arrianos arrepentidos. Gregorio siempre fue considerado plenamente católico y su fama estuvo siempre intacta. Escribió un elegante libro titulado *Sobre la fe (De fide),* que elogia San Jerónimo. Escribió también otros tratados. Estuvo también en relación con San Eusebio de Vercelis. Murió en el último tercio del siglo IV.

SAN MELITÓN DE CANTERBURY

Obispo († 624)

Era monje de un monasterio romano y fue elegido por el papa San Gregorio Magno como parte del segundo equipo misionero que envió a Inglaterra para trabajar a las órdenes del arzobispo San Agustín de Canterbury. El Papa le dio normas sobre cómo había que comportarse. A los tres años de su llegada, San Agustín lo consagró como obispo de los Sajones del Este con sede en Londres, y como tal bautizó al rey Saberto y a muchos de sus súbditos. Pero los hijos del rey no se bautizaron y cuando, al morir el rey, Melitón se negó a darles la comunión por no estar bautizados, lo expulsaron de Londres. Luego de un año en las Galias volvió a Inglaterra justo para ser nombrado arzobispo de Canterbury. Edificó la iglesia de Santa María y gobernó la sede santamente hasta su muerte el 24 de abril de 624.

SAN EGBERTO DE IONA

Presbítero († 729)

Nacido en Northumbria, fue monje en Lindisfarne y marchó a Irlanda a estudiar. Ordenado sacerdote, pasa al Continente y evangeliza en el norte de Alemania. Marcha luego al monasterio de Iona, Escocia, e intentó convencer a los monjes de que adoptaran el uso romano de la Pascua, y fue su santidad de vida y profunda cultura lo que hizo que justo al morir él se decidieran los monjes a adoptar el uso romano. Murió el 24 de abril de 729.

SAN GUILLERMO FIRMATI

Ermitaño († 1103)

Nacido en Tours en la primera mitad del s. XI, estudia medicina y luego se le confiere una canonjía en la colegiata de Saint-Venant, simultaneando ambos oficios. Pero luego decide desprenderse de todos sus bienes y hacer vida eremítica, primero en Tours, luego en Laval, en el bosque de Concise. Fue en peregrinación a Jerusalén y a su vuelta siguió llevando la vida que había elegido hasta su muerte, dando altísimo ejemplo de vida austera y religiosa. Murió en Mantilly el 24 de abril del 1103.

25 de abril

A) MARTIROLOGIO

1 San Marcos Evangelista **.

2. La conmemoración de San Aniano († 67), obispo de Alejandría en Egipto.

3. En Doróstoro (Mesia), santos Pasícrates y Valención († 302), mártires.

4. En Agen (Aquitania), San Febadio († 393), obispo.

5. En Antioquia de Siria, San Esteban († 479), obispo y mártir *

6 En Vienne (Borgoña), San Clarencio (s. VII), obispo

7. En Lobbes (Brabante), San Ermino († 737), abad y obispo

8 En Piacenza (Emilia), Santa Franca Visalta († 1218), abadesa cisterciense *.

9 En Aosta (Italia), Beato Bonifacio Valperga († 1243), obispo *

10. En la isla de Wight, Beatos Roberto Anderton y Guillermo Marsden († 1586), presbíteros y mártires bajo el reinado de Isabel I *.

11 En Guatemala, San Pedro José de Betancur († 1667), terciario franciscano, fundador de la Congregación de Betlemitas **.

12. En Remedello (Brescia), Beato Juan Bautista Piamarta († 1913), presbítero, fundador del Instituto de los Pequeños Artesanos y de la Congregación de la Sagrada Familia de Nazaret **.

SAN MARCOS

Evangelista (s I)

«Yo creo en el testimonio
de un hombre que se deja degollar
por la verdad de lo que atestigua» (Pascal)

Resulta interesante y consolador reconstruir, a través de los datos consignados por San Lucas en los *Hechos de los Apóstoles,* el desarrollo de las primitivas comunidades cristianas.

La de Jerusalén, que fue la primera —fundada el mismo día de Pentecostés con los «casi tres mil» convertidos por el primer sermón de San Pedro—, tenía varios centros de reunión, de los cuales tal vez el principal era «la casa de María».

Vivía esta buena mujer —acaso viuda, pues su marido no se nombra nunca— en una casa espaciosa y bien amueblada, que, según todas las probabilidades y los testimonios de la antiguedad, fue donde celebró Jesús la última Cena, donde se reunieron los discípulos después de la muerte del Señor y de su ascensión, y donde tuvo lugar la venida del Espíritu Santo sobre los apóstoles. Acaso era suyo también el huerto de Getsemaní —«Molino de aceite»—, en el monte de los Olivos, donde el Señor acostumbraba a pasar las noches en oración cuando moraba en Jerusalén.

Era la de María una familia levítica. Su marido había sido sacerdote del templo de Jerusalén. Su hijo, según la costumbre helenista, llevaba dos nombres: judío el uno y romano el otro. Se llamaba Juan Marcos.

Juan Marcos era muy niño cuando Jesús predicaba y tenía relaciones con sus padres. La noche del prendimiento dormía tranquilamente en la casita de campo de Getsemaní. Le despertó el ruido de las armas y el tropel de las gentes que llevaban preso a Jesús, y, envuelto en una sábana, salió a curiosear. Los soldados le echaron mano. Pero él logró desenredarse de la sábana y huyó desnudo.

Después de Pentecostés siguió siendo la casa de María el centro de reunión más frecuentado por los apóstoles y acaso la morada habitual de San Pedro. Allí se hizo la elección de San

Matías, allí se celebraba la «fracción del pan», allí hacían entrega de sus haberes los nuevos convertidos para que los apóstoles al principio, y más tarde los diáconos, los distribuyesen entre los pobres.

Uno de los primeros bautizados por San Pedro fue Juan Marcos, el hijo de María, la dueña de la casa.

El niño Juan Marcos del año 30 era ya un hombre cuando el año 44 decidió marcharse con su primo José Bar Nabu'ah a la ciudad del Orontes.

Era José hijo de una familia levítica establecida en Chipre y primo carnal de Marcos. Sus padres le enviaron a Jerusalén a los quince años para que estudiara las Escrituras a los pies de Gamaliel, como Saulo, y acaso al mismo tiempo que éste. Era natural que se hospedara en la casa de su tía. Allí le sorprendieron los acontecimientos que dieron lugar a la fundación de la Iglesia cristiana. José creyó desde el principio y quién sabe si hasta siguió al Maestro en alguna de sus correrías. Los apóstoles aprovecharon muy pronto para la catequesis entre los judíos su gran conocimiento de la Ley, y, visto su celo en el desempeño de su ministerio, le apellidaron Bernabé —«Bar Nabu'ah»—, el hijo de la consolación o de la profecía, el hombre de la palabra dulce e insinuante.

En los comienzos de la fe en Antioquía fue enviado allí para predicar, y allá reclamó la ayuda de su antiguo condiscípulo, ya convertido, Saulo.

Ahora, por los años 42 al 44, ante las profecías insistentes que preanunciaban una grande hambre en Palestina, los fieles antioquenos habían hecho una colecta para los de Jerusalén, y Bernabé y Saulo habían venido a traerla. Se hospedaron, como era natural, en casa de María.

Cuando, cumplida su misión, volvieron a Antioquía se fue con ellos Juan Marcos.

Un día el Espíritu Santo pidió que Saulo y Bernabé emprendieran un viaje de misión. Juan Marcos no acierta a separarse de su primo, y marcha con Bernabé.

Acaso por iniciativa de éste, explicable por su afecto hacia la patria chica, se dirigen a Chipre. Atraviesan la isla de Salami-

na a Pafo, bautizando, entre otros, al procónsul Sergio Paulo, y reembarcan hacia las costas de Panfilia.

A la vista del país escabroso e inhóspito que atravesaban, Juan Marcos se acobardó. Acaso en el camino que separaba Attalía de Perge sufrieron por parte de las bandas famosas de esclavos fugitivos que infestaban los montes de Pisidia lo que San Pablo llamaría más tarde, en su carta segunda a los corintios, «peligros de los ladrones», «peligros de los caminos» o «peligros de la soledad». Sobre todo pesaba mucho en el corazón aún tierno de Marcos el recuerdo de su madre. Y desde Perge, sin escuchar las razones de sus decididos compañeros, se volvió a Jerusalén.

Cuando el año 49 Pablo y Bernabé, a la vuelta de su primera misión, hubieron de subir a Jerusalén para resolver en el primer Concilio apostólico la cuestión de los judaizantes, volvieron, sin duda, a la casa de María. Juan Marcos estaba pesaroso de no haberlos acompañado y escuchaba con envidia la relación de sus aventuras apostólicas.

Bajó de nuevo con ellos a Antioquía.

A los pocos días —escribe San Lucas en los *Hechos de los Apóstoles*— le dijo Pablo a Bernabé:

> «Volvamos a visitar a los hermanos por todas las ciudades en las que hemos predicado la palabra del Señor, y a ver que tal les va Bernabé quería llevar consigo también a Juan, llamado Marcos, pero Pablo juzgaba que no debían llevarlo, por cuanto (en el primer viaje) los había dejado desde Panfilia y no había ido con ellos a la obra Se produjo cierto disentimiento entre ellos, de suerte que se separaron uno de otro, y Bernabe, tomando consigo a Marcos, se embarco para Chipre, mientras que Pablo, llevando consigo a Silas, partio encomendado por los hermanos a la gracia del Señor» (Hch 15,36-40)

Aquí terminan los datos que sobre la vida del evangelista nos refieren los Hechos de los Apóstoles

No sabemos cuánto duró este segundo viaje que San Marcos hizo en compañía de su primo Bernabé. Poco debió de durar, porque la tradición posterior nada nos dice de él, y, en cambio, todos los testimonios antiguos nos hablan de su ministerio en compañía de Pedro.

A raíz del concilio de Jerusalén bajó San Pedro a Antioquía, y, al parecer, se hizo cargo del gobierno de aquella comunidad. Al regreso del viaje segundo con Bernabé, San Marcos debió marchar a Roma con San Pedro, que —no sabemos cuándo, pero ciertamente entre el 50 y el 60— llego a la capital del Imperio.

En Roma se hallaba San Marcos cuando en la primavera del año 61 llegó San Pablo, custodiado por el centurion Julio, a presentar su apelación al César.

Para estas fechas había ya escrito su Evangelio, que es el segundo de los cuatro admitidos por la Iglesia. Un día en que Pedro exponia la catequesis cristiana en casa del senador Pudente —padre de Santa Pudenciana y Santa Práxedes— ante un selecto auditorio de caballeros romanos, pidieronle éstos a Marcos que, pues llevaba muchos años en compañía de San Pedro y se sabía muy bien sus explicaciones, se las escribiera para poder ellos conservarlas y repasarlas en casa. No quiso hacerlo Juan Marcos sin contar antes con el apóstol, mas éste —según el testimonio de San Clemente Alejandrino, que nos ha conservado estos datos— ni lo aprobó ni se opuso. Más tarde, cuando vio el Evangelio redactado por San Marcos, recomendó su lectura en las iglesias, según refiere Eusebio.

Este sencillo episodio nos demuestra la mentalidad de los apostoles sobre la Escritura como fuente de revelación. Sabido es que los protestantes afirman ser la Sagrada Escritura la única fuente en la que se contiene la doctrina revelada, y rechazan bajo este aspecto la tradición de la Iglesia. Olvidan que Cristo no escribió nada y que los Evangelios no contienen todo lo que Cristo hizo y enseñó. Por la misma fuente que ellos admiten se les convence fácilmente de su error. Es el propio San Juan quien nos asegura:

> «Muchas otras cosas hizo Jesus, las cuales, si se escribiesen una por una, creo que este mundo no podria contener los libros»

En la predicación era otra cosa. Un día este tema y otro día otro, unas cosas este apóstol y otras aquél, es seguro que entre todos no dejaron de transmitir ni una sola de las enseñanzas que del Maestro recibieron. La mayoría de ellos no escribieron

nada. Los que lo hicieron, lo hicieron ocasionalmente, como en las Epístolas, o fragmentariamente, como en los Evangelios.

El episodio de San Pedro y San Marcos demuestra que la preocupación fundamental de los apóstoles y el medio en que todos pensaron principalmente para la transmisión de sus enseñanzas fue la predicación oral. A través de ella, y por tradición, se han conservado en la Iglesia muchas cosas que no hallamos consignadas en las Santas Escrituras. Y, consiguientemente, estamos en lo cierto los católicos al admitir, contra los protestantes, como doble fuente de revelación la Escritura y la Tradición.

Un resumen de la predicación catequística de San Pedro es el Evangelio de San Marcos. Quizá por eso —y no porque sirviera al apóstol de intermediario para entenderse con los romanos— le llamaron San Papías y San Ireneo, y con ellos toda la tradición posterior, «el intérprete de Pedro».

De la estancia de San Marcos en Roma y de sus ulteriores viajes sabemos muy poco. En Roma seguía cuando, hacia el año 62, San Pablo enviaba recuerdos de él a los colosenses (4,10) y a Filemon (24), anunciándoles el próximo viaje de San Marcos a Colosas. Y en Éfeso se encontraba hacia el 67, cuando el mismo San Pablo, cautivo por segunda vez, escribía la última carta a Timoteo, rogándole se viniese a Roma con Marcos, cuyos servicios echaba de menos. Se le atribuye la fundación de la Iglesia de Alejandría.

La leyenda de las Actas apócrifas de Bernabé y de Marcos, recogida por Simón de Metafraste, sabe detalles muy curiosos de esta misión.

Al entrar San Marcos en la aldea de Mendión, muy próxima a Alejandría, se le descosió milagrosamente una sandalia

> Esto quiere decir —exclamo— que el camino que llevo esta expedito y me sera muy facil

Llegóse al tugurio de un modesto remendón y le rogó que le cosiera la sandalia. El zapatero se atravesó involuntariamente con la lezna la mano y por toda queja dijo:

> No hay mas que un Dios

Marcos oró al Señor y curó milagrosamente la mano del remendón, que inmediatamente se bautizó con toda su familia.

Tras largo tiempo de predicación muy fructuosa le sobrevino la persecución y el martirio.

Aquel año coincidió el domingo de Pascua con la Fiesta de Serápides en el 24 de abril, que los egipcios llamaban Farmuti. Los paganos, enfurecidos por los éxitos del evangelista, que estaba dejando vacíos sus templos, creyeron prestar un servicio a su diosa si en el día de su fiesta se deshacían de él. Prendiéronle por la noche, mientras celebraba los divinos oficios, y, atándole al cuello una soga, le llevaron a la cárcel, mientras entre danzas lascivas y gestos de borrachos clamaban a coro:

> ¡Llevemos este búfalo al abrevadero!

Allí pasó la noche, y fue recreado con una visión de Jesús, que le animaba al martirio.

Cuando a la mañana siguiente le llevaban, igualmente con la soga al cuello, al lugar del suplicio, entregó su alma a Dios, repitiendo las palabras del Maestro en la Cruz:

> En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu.

Era —termina Simón de Metafraste— el mes que los egipcios llaman Farmuti y los judíos Nisán, el día séptimo antes de las calendas de mayo, según cuentan los romanos, esto es, el 25 de abril, bajo el emperador Claudio Nerón César, aunque... para nosotros, los cristianos, mejor sería decir: Reinando Nuestro Señor Jesucristo, de quien es toda gloria e imperio, con el Padre y el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

SALVADOR MUÑOZ IGLESIAS

Bibliografía

Act. SS. Boll., 25 de abril. *Actas sobre San Marcos* y otros escritos apócrifos *Passio sobre San Bernabé,* atribuida a San Marcos en *Act. SS. Boll.,* septiembre, vol.3; y en A. F. R. TISCHENDORF, *Acta Apostolorum Apocripha,* III (Lipsiae 1851) 292s.

Art. «Marcos», en *Dictionnaire de la Bible* y *Dictionnaire de théologie catholique.* Cf. los «Comentarios a los Evangelios».

LAGRANGE, M. J., OP, *Évangile selon Saint Marc* (París 1911) p.XVIIs.

LAMY, *Introduction in Novum Testamentum,* II (Lovaina) 225s.

TILLEMONT, L. S DE, *Mémoires pour servir à l'histoire ecclésiastique des six premiers siècles...,* II (Venecia) 89s.

SAN PEDRO JOSÉ DE BETANCUR

Fundador († 1667)

El llamado «Hermano Pedro» nació en la villa de Vilaflor el 21 de marzo de 1626. Era este pintoresco poblado del sur de la isla de Tenerife tal vez el más importante en la primera mitad del siglo XVII. Las razones de esta importancia se debían a factores geográficos y económicos: su altitud y belleza y su riqueza en aguas. Era la cabecera política, religiosa y económica de la comarca de Abona.

Fueron sus padres: Amador de Betancur González de la Rosa y Ana García, cristianos viejos, para quienes la fe y el amor lo eran todo. Formaban una familia cristiana donde se respiraba un ambiente de paz y alegría. Dios los bendijo con seis hijos. Pedro, nuestro santo, fue el mayor. Le enseñaron la fe, el sacrificio, la entrega y piedad, y sobre todo el amor a Dios y a sus semejantes. Su padre fue un ejemplo constante para sus hijos de intensa vida interior y gran devoto de la Virgen de Candelaria, patrona del Archipiélago. Su madre vivía con alegría su vida cristiana; de ella aprendió el Hermano Pedro a rezar, como nos dirá más tarde: «Mi madre fue muy contemplativa de la pasión del Señor».

Nació en la casa, de dos pisos, que sus padres tenían en el pueblo, a la espalda de la iglesia parroquial de San Pedro Apóstol. Fue bautizado el mismo día. Le pusieron el nombre de Pedro, tal vez porque así se llamaba su padrino, Pedro Nicolás, o por la gran devoción que tenían al titular de la parroquia. Al margen de su partida de Bautismo, asentada en el Libro II de los de la parroquia, se puede leer esta nota: «Éste es el Hermano Pedro Betancur, que murió en Guatemala con fama de santo».

Estudió sus primeras letras y aprendió a escribir gracias a los agustinos del convento de San Juan Bautista de Vilaflor, fundado en 1613 y situado muy cerca de la casa del santo.

Los padres del Hermano Pedro tenían una posición socioeconómica media, pero debido a un revés de fortuna que sufrió su padre, el niño Pedro tuvo que dedicarse a cuidar las cabras y ovejas de otro amo por toda la comarca de Chasna para ayudar

así a la débil economía paterna. Recordando este acontecimiento doloroso, escribirá más tarde·

> «Cuando nos sucede alguna afliccion hemos de entender que aquello es la cruz de Cristo y hacer cuenta que nos la da a besar»

Dicha situación familiar se agravó cuando murió su padre el Viernes Santo de 1646,, cuando el Hermano Pedro tenía 20 años. Él, como los demás pastores, pasaba los meses de invierno pastoreando el ganado en las costas de Chasna y en verano ascendía con su rebaño hasta las cumbres de las cañadas del Teide. Se protegía a sí mismo y a su rebaño de los rigores del invierno en una cueva natural que existía cerca de la Montaña Roja, en el Médano, junto al barranco del Saltadero y que hoy pertenece al municipio de Granadilla de Abona. Allí abrevaba a su ganado y bebía él mismo. Mientras las cabras y ovejas pacían él oraba a Dios, hacía duras penitencias, rezaba el rosario y se entretenía en tallar cruces de madera, algunas de ellas se conservaron hasta hace unos años en dicha cueva. Allí se protegía de las incursiones de los piratas berberiscos e ingleses que asolaban con frecuencia aquellos lugares. Pero sobre todo fue esta cueva donde el santo aprendió a dirigirse a Dios, lo que le iba a servir de lección y prólogo para toda su vida, en la que llegará a una alta contemplación de los misterios de Dios. Y este lugar constituye, desde hace muchos años, un templo al aire libre donde los tinerfeños y muchos canarios rezan y conservan, agradecidos, la memoria de su hijo predilecto.

La madre del Hermano Pedro tenía para él proyectos de matrimonio con una joven buena y hacendosa, pero él seguía pensando aquellas palabras que un pariente suyo franciscano, fray Luis de San José Betancur, le había dicho en 1636:

> «Aprende letras, Pedrito, para que sirvas a Dios en el estado eclesiastico [ ] te espero en las Indias, donde la mies es mucha y los obreros somos escasos»

Estas palabras se le clavaron profundamente en su corazón y le dejaron una inquietud espiritual que ya sólo le hacía pensar en partir para Honduras. Tenía el Hermano Pedro una tía paterna con fama de mujer prudente y piadosa. Le consultó sus preocupaciones; ella le invitó a rezar y a ponerse a disposición

de Dios, y después de un tiempo y conociendo que Dios le quería para el, le dijo:

> «El servicio de Dios te espera en las Indias, debes salir al encuentro de Dios como Pedro sobre las aguas»

Con profunda alegría y total clarividencia decide marcharse inmediatamente, sin pasar de nuevo por Vilaflor a despedirse de su madre y hermanos. Dios premió esta decisión pues un viejo navío estaba preparado para partir enseguida rumbo a América. Desde el puente del barco le escribe a su madre una carta cariñosa de despedida, diciéndole que un amor aún más grande que el que a ella tiene le obliga a partir. Le dice:

> «La voluntad de Dios, madre, me lleva a las Indias [ ] deme su bendicion y su licencia, que le pido de rodillas, sobre esta nave en que embarco para la provincia de Honduras»

Después de una larga y pesada travesía llega a la ciudad de La Habana el año 1649, tiene 23 años. Su deseo era zarpar para Guatemala, pero mientras salía algún navío vivió en casa del tinerfeño Jerónimo Suárez y trabajó en su taller como aprendiz de tejedor, oficio que le va a ser muy útil pronto en Guatemala. En septiembre de 1650 parte un barco con destino a Puerto Trujillo, en Honduras. Él creía que éste sería su destino, pero Dios le tenía reservado otro lugar. Como no tenía dinero para pagarse el pasaje, concertó con el capitán del navío que trabajaría como mozo de a bordo. Fue tal la calidad del trabajo realizado y a la vez su bondad, que al llegar a su destino se negaron a dejarlo bajar. Es ahora cuando la Providencia de Dios actúa, mandándole unas fiebres muy altas que ponen en peligro su vida. Ante esta situación el capitán manda que lo dejen en la playa para que muera; aquí lo encuentra un pescador que le habló de Guatemala mientras el Hermano Pedro se reponía lentamente de su enfermedad. Nuestro santo besó la tierra, agradecido a Dios, porque creía que era el lugar preciso donde Dios quería que le sirviera a él y a los más necesitados. En este momento la tierra tembló con fuertes y sucesivos terremotos. Nuestro protagonista, dada su humildad, atribuyó el hecho a que la había pisado «un tan gran pecador».

Su destino final era Santiago de los Caballeros de Guatemala, del que lo separaban cerca de 1.500 kilómetros. En un pue-

blo llamado Petapa pasó varios días reponiéndose del gran agotamiento de tan largo viaje. Allí visitó una iglesia, y ante un cuadro de la Santísima Virgen del Rosario oró humildemente y le suplicó que le diera las fuerzas necesarias para llegar a su destino. Dios le ponía delante una imagen de la Virgen del Rosario parecida a la que él había dejado en su Vilaflor natal y ante la que tantas veces había rezado. Llegó a la ciudad de Santiago de los Caballeros de Guatemala el 18 de febrero de 1651. Al llegar a su destino final exclamó: «Aquí he de vivir y morir», y así fue.

Santiago de los Caballeros era una población de las más importantes de América entonces. La poblaban muchos religiosos y misioneros españoles. La diócesis la gobernaba el obispo agustino fray Payo Enríquez de Rivera, quien le profesó una gran estima y admiración y lo apoyó y favoreció siempre.

Al llegar a la ciudad fue internado en el Hospital Real debido a su extremo agotamiento. Allí tomó contacto con el mundo del sufrimiento y con todos los más pobres y desasistidos de la sociedad. En su corazón y su mente nació aquí el futuro Hospital de convalecientes. Conoció a muchas personas que van a ser fundamentales en su vida y en su obra de asistencia y ayuda a los más necesitados, entre ellos el capitán Antonio Lorenzo de Betancur, que al saber que venía de España, que era natural de Tenerife y que, además, llevaba su mismo apellido, le cogió afecto y llegó a ser muy amigo suyo.

Guiado por Juan de Uceda, su protector y amigo, se dirigió al convento de los franciscanos. Lo recibió providencialmente el padre Fernando Espino, hombre espiritual y que tenía familias oriundas de Tenerife y que coincidía con nuestro santo en el gran amor y devoción a la Virgen de Candelaria. El Hermano Pedro se abrió espiritualmente a él y le confió las inquietudes y proyectos que anidaban en su corazón respecto a hacer el bien y a ayudar a los más necesitados que encontrase en la ciudad. Pero por encima de todo él quería ser sacerdote para así ayudar mejor a todos. Es por lo que el padre Fernando le aconseja que estudie teología en el colegio de los padres jesuitas.

Pero tenía que trabajar para poder vivir y es lo que hizo en el taller del alférez Pedro Armengol. Era muy hábil en el trabajo, pues ya conocía el oficio desde que trabajó en él el tiempo que

permaneció en La Habana. Se le daba mejor trabajar que estudiar, ya que aunque poseía una gran inteligencia práctica para la vida, le era casi imposible aprender los conceptos que los estudios eclesiásticos le exigían. Pronto se adiestró en el oficio del taller, tanto que el dueño delegó en él muchas responsabilidades. Aquí trabajó dos años. Tenía muchos compañeros de trabajo que habían sido delincuentes y redimían allí sus penas trabajando. Nuestro santo empezó a tomar contacto con ellos y hacía apostolado con todos, sin distinción de raza ni condición humana, también les instruía en la doctrina cristiana y a veces les enseñaba a rezar y a amar y alabar a la Madre de Dios.

Todo su afán era estudiar, pues creía que su camino era ser sacerdote, pero Dios tenía para él otros planes. Suplicaba a Dios que le ayudase y le diese inteligencia y comprensión. Fueron tiempos difíciles para él y experimentó los sinsabores de la humillación y de la cruz, pues sus compañeros más jóvenes se reían de él por su poca capacidad intelectual. «Procura siempre el más bajo lugar y asiento y humíllate en todo por Dios», aconsejará más tarde aleccionado por esta experiencia.

Él, en vez de abandonarse espiritualmente, intensifica su oración y penitencia, practica el ayuno, realiza el vía crucis cargado con una pesada cruz desde la iglesia de San Francisco al Calvario. Alterna sus estudios con la lectura de la *Imitación de Cristo.* Reza, busca a Cristo en el sagrario, intensifica las visitas al Santísimo, calla y espera la manifestación de la voluntad de Dios. Finalmente y siguiendo los consejos de su director espiritual, el padre Lobo, dejó los estudios y se dedicó, ya de por vida, a los pobres, inválidos y enfermos. Pero esto le hizo caer en una fuerte depresión y hasta pensó regresar a España. Así lo expresó él mismo, diciendo: «De volver a mi tierra iría a Nuestra Señora de Candelaria descalzo...».

Salió de esta situación de postración y sufrimiento por iluminación de la Santísima Virgen del Rosario que le hizo ver que hacer el bien a los demás era lo más importante que Dios le pedía.

> «Sin ser sacerdote, que sería harta dignidad para mí, puedo dedicarme a los pobres, consolar y asistir a estos desdichados negros y ganar para Dios muchas almas, lo esencial es hacer el bien»

Y así lo hará los doce años que le quedan de existencia.

No pudo ser sacerdote franciscano como deseó siempre, pero en enero de 1655 solicitó el ingreso en la Orden Tercera. La afinidad con la Regla y el espíritu de San Francisco le ayudó a avanzar en el camino de la pobreza y la humildad y fue un nuevo impulso en su vida espiritual y le infundió un gran deseo de seguir a Cristo hasta la misma cima del calvario. Al ingresar en la Orden Tercera le encargaron el cuidado de la iglesia del Calvario. El Calvario de la ciudad de la antigua Guatemala está íntimamente unido a la historia del Hermano Pedro. Él ayudó a construirlo trabajando de peón albañil, procuraba que no faltasen materiales para la obra, acarreaba él mismo el agua y batía la mezcla. Se lee en su cuaderno espiritual de este tiempo:

> «El amor sólo en Jesucristo se ha de poner y no en cosas perecederas y terrestres, y desear sólo que se haga en todo la voluntad de Dios».

El Calvario era su lugar preferido, allí experimentaba de una manera más intensa la compañía de Cristo; era para él un lugar de paz y sosiego; le gustaba hacer de monaguillo en las misas que se celebraban allí los viernes y domingos.

Inició el rosario cantado por las calles, devoción mariana desconocida allí hasta entonces. Realizó actos de devoción externa que atrajeron la atención de la gente sencilla y de los más importantes de la ciudad. Sobre todo se destacó por las obras de misericordia y caridad con todos, especialmente con aquellos que por estar aquejados de enfermedades repugnantes, como la lepra, nadie quería asistirlos. Atendió a una enferma viuda llamada María Esquivel, y después de su muerte compró su pequeña casa por 40 pesos de plata que le proporcionaron dos ricos vecinos de la ciudad. En esta casita comenzó la construcción del primer hospital para convalecientes de América y lo colocó bajo la protección de Santa María de Belén. A este primer hospital lo llamó familiarmente «Casita de la Virgen», y lo convirtió en el primer centro de catequesis y alfabetización para los niños de la calle, lugar de acogida para los estudiantes forasteros y refugio para los pobres convalecientes.

Al Hermano Pedro se le ve por las calles y de casa en casa suplicando ayuda, en dinero o en especie, para socorrer a todos

los pobres y desamparados que a partir de entonces acogió por caridad en esta casa. Muchos le llamaban «Pedro de la caridad» porque no había nadie que quedase excluido de su amor y protección y no había dolor que no tratase de remediar. Ayuda a los pobres, visita a los enfermos y presos, socorre a los forasteros, aconseja a los indiferentes y atiende a los sacerdotes enfermos y ancianos y con dificultades materiales. En su casita todos tenían cabida; la convierte así en casa, iglesia, escuela, hospital y asilo; desde los niños a los ancianos, todos encuentran aquí cobijo y amor. Con justicia ha sido declarado «Benefactor de América Central».

Su figura era para todos familiar, caminaba de noche por las calles, tocando una campanilla y diciendo unas estrofas que él mismo componía. Es conocida aquella que rima así: «Acordaos, hermanos, que un alma tenemos, y si la perdemos, no la recobramos». Su compasión iba más allá de los cuerpos maltrechos.

Para toda esta enorme obra de caridad, dada la cantidad de gente que se beneficiaba y era acogida en su casa, se necesitaban muchas personas, él solo no puede con tanto. Y aunque tal vez nunca pensó en fundar una congregación, es cierto que el Hermano Pedro es un imán de amor y atracción para un primer grupo de terciarios que se ponen a su disposición, con ganas de ayudarle y de imitarle en su espíritu de caridad. Se constituye así, sin pretenderlo, pero por obra del amor y del ejemplo, en el fundador de una nueva familia religiosa: la Orden Hospitalaria de Belén, la de los Hermanos Betlemitas, para el cuidado de los enfermos e inválidos y la enseñanza de las primeras letras. Esta congregación fue reconocida y aprobada por la Iglesia después de la muerte del Hermano Pedro: lo hizo Clemente X en 1674 y la confirmó Inocencio XI el 26 de marzo de 1687.

El Hermano Pedro, agotado por tantos ayunos y penitencias y atacado por una bronconeumonía aguda, se sentía morir. Se cuenta que ya grave, y sabiendo que estaba próximo su fin, quiso despedirse de Dña. Nicolasa González, persona que le había ayudado mucho con sus bienes en todas sus obras. Ella se echó a llorar, y el Hermano Pedro le dijo: «No lloréis, porque mejor hermano os seré allá que os he sido acá». Ya Santo Domingo de Guzmán, en el lecho de muerte, en Bolonia, rodeado

de sus frailes y viéndoles llorar, les dijo: «No lloréis mi muerte, pues os aseguro que os seré más útil después de ella y os ayudaré más eficazmente que durante la vida». Y Santa Teresita del Niño Jesús dirá también: «Pasaré mi cielo haciendo el bien sobre la tierra». Así hablan y actúan los santos, porque antes ya había dicho el Maestro Cristo Jesús a sus discípulos: «Pero yo os digo la verdad: os conviene que yo me vaya; porque si no me voy, no vendrá a vosotros el Paráclito; pero si me voy, os lo enviaré» (Jn 16,7). Y también: «... estaréis tristes, pero vuestra tristeza se convertirá en gozo» (Jn 16,20b).

El 18 de abril de 1667 le entró una fiebre muy alta. El Hermano Pedro, consciente de que se acercaba el momento de entregar su alma a Dios, llamó a su confesor el padre Lobo, que lo confesó, le administró el santo viático y la unción de enfermos. El santo llamó a su presencia a todos los Hermanos terciarios, les pidió perdón por si alguna vez les había ofendido, nombró a fray Rodrigo de la Cruz como su legítimo sucesor, y el día 25 de abril de 1667 musitó: «Muy cansado me siento», y dirigiendo sus brazos hacia un crucifijo que estaba colgado en la pared, susurró: «Ésta es mi gloria». E inmediatamente expiró. Eran las dos de la tarde. El médico diagnosticó su muerte por neumonía. Tenía sólo 41 años. Sus restos, desde 1773, yacen en la capilla de los Hermanos terciarios de Guatemala. Fue beatificado por el papa Juan Pablo II, en Roma, el 22 de junio de 1980 y canonizado por el mismo Papa, en Guatemala, el 31 de julio de 2002.

Después de más de tres siglos su obra sigue adelante y su mensaje no pierde actualidad. También nacieron del espíritu del Hermano Pedro las religiosas betlemitas, no en vida del santo, sino siendo ya superior fray Rodrigo de la Cruz, quien aceptó el ofrecimiento de algunas mujeres que, con el mismo espíritu del fundador, acogieron a mujeres pobres, enfermas y necesitadas. Las dos primeras que formaron parte de la rama femenina de las betlemitas fueron Dña. Agustina Delgado y su hija M.ª Ana de Terán Moratalla, que fundaron el Instituto de Belén o Beaterio. Pero la gran impulsora de esta obra fue Vicenta Rosal Vázquez, que nació en Quetzaltenango (Guatemala) en 1820 e ingresó en el Beaterio de Belén en septiembre de 1837, con el

nombre de sor M.ª Encarnación del Corazón de Jesús. Fue beatificada por Juan Pablo II el año 1997.

Existe asimismo la Asociación de laicos betlemitas, aprobada por el Papa actual el 22 de julio de 1991. Y dependiendo de los Hermanos de Belén existe la Orden Tercera, compuesta por laicos de toda condición. Y recientemente se ha adherido al espíritu del santo tinerfeño la Congregación de Marta y María, nacida en Guatemala. Todas estas ramas quieren seguir el ideal de humildad, piedad y caridad del Hermano Pedro.

PEDRO RIESCO PONTEJO, OP

Bibliografía

AAS 78 (1988) 253-255.

Art en A. MARTINEZ PUCHE (dir.), *Nuevo año cristiano. Abril* (Madrid 2000) 305-309.

Art., en C. LEONARDI - A. RICCARDI - G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los Santos,* II (Madrid 2000) 1.884-1.885.

DIAZ FRIAS, N., *El Hermano Pedro de Bethencourt: la vida, la familia y la obra del primer santo canario* (Santa Cruz de Tenerife 2002).

FERNANDEZ GARCIA, F., *El primer santo canario: el Santo Hermano Pedro* (Carta Pastoral de 25 de abril de 2002) (La Laguna, Tenerife 2002).

HERNANDEZ, S. (Betlemita), «El Hermano Pedro, una estrella que señala rutas de Evangelio»: *L'Osservatore Romano* (9-8-2002) p 6 (402).

RIBOT RODRIGUEZ, J., *El Hermano Pedro* (La Laguna, Tenerife 2002).

BEATO JUAN BAUTISTA PIAMARTA

Presbítero y fundador († 1913)

La Congregación de la Sagrada Familia de Nazaret fue fundada por el sacerdote italiano Juan Bautista Piamarta, beatificado por Juan Pablo II el año 1997. El Papa trazó certeramente su semblanza en la homilía de aquel doce de octubre en la Basílica de San Pedro:

> «"Jesús se le quedó mirando con cariño" (Mc 10,21). Estas palabras del texto evangélico evocan la experiencia espiritual y apostólica del sacerdote Juan Piamarta, fundador de la Congregación de la Sagrada Familia de Nazaret, a quien hoy contemplamos en la gloria celeste.
>
> »También él, siguiendo el ejemplo de Cristo, supo llevar a muchos muchachos y jóvenes al encuentro con la mirada cariñosa y exigente del Señor. ¡Cuántos, gracias a su labor sacerdotal, pudieron emprender con alegría el camino de la vida tras haber aprendi-

do un oficio y, sobre todo, tras haberse encontrado con Jesus y su mensaje de salvacion!

»La labor apostolica del nuevo Beato es poliedrica y abraza muchos campos de la vida social desde el mundo del trabajo al mundo agrario, desde la educacion escolar al sector editorial Su paso dejo una honda huella en la diocesis de Brescia y en la Iglesia entera ¿De donde sacaba este extraordinario hombre de Dios la energia suficiente para su multiple actividad? La respuesta esta clara la oracion asidua y fervorosa era la fuente del ardor apostolico incansable y del beneficio atractivo que ejercia en todos aquellos que lo rodeaban

»El mismo afirmaba, como recuerdan los testimonios de sus contemporaneos "Con la oracion se hace uno fuerte, de la misma fortaleza de Dios *Omnia possum* Todo es posible con Dios, con el y por el"» *(Ecclesia* 57 [1997] 1 881-1 882)

Nació en Brescia (Italia) el 26 de noviembre de 1841 Sus padres, Jose Piamarta y Regina Ferrari, eran de humilde condición social. Tras una adolescencia difícil, gracias a la protección del párroco de Vallio, Pancracio Pezzana, pudo ingresar en el Seminario. A pesar de haberse encontrado con dificultades en los estudios pudo ser ordenado sacerdote el 24 de diciembre de 1865.

Sus primeros campos de apostolado fueron Carzago Riviera (tres años) y más tarde Bedizzole, a instancias de su protector. Cuando llegó Pancracio a la parroquia urbana de San Alejandro, consiguió llevarle con él y ponerle al frente del oratorio de los jóvenes Fueron los años más brillantes de su apostolado que se centró sobre todo en los muchachos, con total dedicación y admirables frutos.

Se hacía querer por todos sin distinción como un hermano más y le respetaban y veneraban como a un padre. Despues de 13 años entre los chicos, el obispo, en 1883, le envio a regir una parroquia de la baja Brescia, Pavone Mella Por largo tiempo había estado sin sacerdote y sin atención pastoral. Allí soportó, por espacio de cuatro años, la hostilidad irreductible de las gentes habituadas a toda clase de abusos.

Por fin se decidio a renunciar a la parroquia y regresó a la ciudad para dedicarse por entero a una obra largo tiempo soñada Y es que durante su permanencia en San Alejandro al frente del Oratorio, había intercambiado sus inquietudes apostolicas con su amigo Pedro Capretti, un joven prelado, inteligente y dinamico.

En sus frecuentes conversaciones y encuentros afloraba siempre el apremiante problema de los jóvenes que venían del campo a la ciudad en busca de trabajo y allí se encontraban perdidos y solos, mientras aprendían un oficio. Desarraigados y abandonados, corrían peligro grave de olvidarse de Dios, dejar las prácticas religiosas y perder la fe.

Brescia había contado con la providencial institución apostólica de los Hijos de María, fundada por Luis Pavone, que tenía por finalidad esa urgente labor de atención a los jóvenes. Pero dolorosos acontecimientos les habían obligado a dejar la ciudad y la tarea.

Con ardor apostólico, Piamarta y Capretti improvisaron una solución alternativa que se fue desarrollando paulatinamente. Los comienzos fueron en el collado de Santa Julia. Un terreno donde pudieron, por la munificencia de Capretti, adaptarse y unirse dos casitas formando un modesto edificio de una sola planta. Así es como nació el instituto apellidado «Artiglianelli», «de los Pequeños artesanos», inaugurado el 3 de diciembre de 1886. Era primer viernes de mes y fiesta de los dos santos de la juventud, San Felipe de Neri y San Luis Gonzaga. Y por mandato del obispo diocesano, mons. Corna Pellegrini, Piamarta asumía la dirección.

Pronto, una serie de incidentes y contratiempos convencieron al obispo de que la obra no tenía suficiente solidez, y determinó clausurarla. Con serenidad y fortaleza escuchó Piamarta la voz del superior. Pero, a continuación, exclamó: «¡Yo moriré donde estoy, en medio de mis muchachos!». Era clara su decisión de continuar a pesar de todo. El obispo no se impresionó ni se disgustó, solamente le dijo: «¡Adelante, y que Dios le valga!».

Desde aquel momento era el único responsable de la Obra como verdadero padre y fundador del Instituto, que aún hoy se sigue llamando de los *Pequeños artesanos.*

A partir de 1888, el crecimiento ascensional fue imparable. Los talleres de la colina Santa Julia se multiplicaron y acogían a los jóvenes trabajadores, cada vez más numerosos. La admirable preparación técnica de los alumnos correspondía a la perfección de las máquinas y a la profesionalidad de los maestros e instructores.

Muy pronto cayó en la cuenta de que, resueltos los problemas de los jóvenes de la ciudad, había que pensar en los ámbitos rurales para llevar las mismas ayudas de la institución a los campesinos. El desarrollo vertiginoso de la industria les empujaba a abandonar las tareas agrícolas en crisis porque los anacrónicos métodos del cultivo exigían urgente renovación científica y técnica. Ellos no estaban preparados para acometerla. Piamarta, que había sido párroco en el campo bresciano, sentía en carne viva el problema con toda su crudeza, pero solamente pudo concretar un plan eficiente de solución cuando providencialmente se encontró con otro sacerdote muy celoso, Juan Bonsignori. Éste fue quien patrocinó la fundación de una escuela agraria experimental para demostrar la relevancia económica del sector agrícola cuando se aplican en el cultivo de la tierra los métodos racionales.

Piamarta lo vio claro y adquirió, en Remedello Sopra, una finca de cerca de 140 hectáreas con su caserío en febrero de 1895. Allí inició su tarea Bonsignori en noviembre del mismo año. Al año siguiente, 1896, intervinieron en el Congreso de estudios sociales celebrado en Padua y expusieron detalladamente la iniciativa. En octubre de 1896 se publicaba el primer número del periódico *La familia agrícola* para informar sobre la Obra.

La vitalidad del Instituto se puso de relieve ante la opinión pública cuando se cumplió el primer decenio de su fundación en 1886. Piamarta pensó entonces en cómo asegurar la permanencia de la Obra, puesto que «los hombres pasan pero las instituciones deben continuar». Así cuajó la idea de una familia religiosa que fuera toda suya. Había rechazado siempre la idea de resucitar en Brescia la desaparecida Congregación de los Hijos de María y tampoco hizo caso a Don Rúa que le invitó a unirse con los salesianos.

Quiso más bien realizar un proyecto original y propio, una familia religiosa compuesta por sacerdotes y laicos que tendieran a la educación y formación profesional. Y también de mujeres como auxiliares para cuidar de la cocina, la ropa y lo conveniente a su condición.

Piamarta soñaba que esta su familia fuera una verdadera comunidad religiosa en la que todos los miembros buscaran seria-

mente la santificación propia practicando la verdadera vida consagrada, pero no quería una congregación propiamente dicha sino solamente una Pía sociedad de vida común, con todo el espíritu de la vida religiosa, pero sin votos.

Estas ideas cristalizaron en el texto de las primeras constituciones por él redactadas de acuerdo con sus colaboradores. Consiguieron la aprobación diocesana «ad experimentum» el 9 de marzo de 1900, y la definitiva el 19 de mayo de 1902. En ese día emitieron la fórmula de consagración, en manos del obispo diocesano, el primer grupo de sacerdotes, clérigos y hermanos, con su fundador. La aprobación oficial como Pía sociedad la dio el decreto episcopal de 23 de diciembre de 1908.

Las *Auxiliares* comenzaron a existir en 1900. Por iniciativa de Piamarta y su Consejo, se asientan sobre la base de una fundación que la joven viuda de Gavardo, Elisa Baldo, había erigido en su pueblo natal, una casa para acoger enfermas y ancianas pobres, abierta en 1898. Con ella redactó el reglamento. Y, después de aplicarlo durante 10 años, el 15 de marzo de 1911, en la iglesia de los Pequeños artesanos de Brescia, les entregó el crucifijo a la fundadora y a otras ocho hermanas, consagrándolas como Auxiliares de la Congregación de la Sagrada Familia de Nazaret. En cuanto tales, aceptaban la regla general de dicha congregación. Fijaron su casa madre en el Instituto de los Pequeños artesanos de Brescia, aceptando como superior general al de la Pía sociedad, y se llamaron Pobres Siervas de la Sagrada Familia de Nazaret.

Para organizar la administración de su obra, Piamarta entregó todas sus propiedades a una sociedad anónima industrial de Brescia, constituida el 2 de septiembre de 1910, que, con ligeras modificaciones, cumplió su cometido.

En este momento el fundador se preparaba ya para su tránsito a la verdadera vida. El 11 de enero de 1910 sufrió un ataque que le paralizó durante varios días. Se repuso y emprendió de nuevo todas sus actividades, pero se notaba visiblemente un cambio profundo, con el acuciante deseo de ultimar muchas cosas y determinar proyectos pendientes al mismo tiempo que se distanciaba de los asuntos de este mundo y se sumergía en los del más allá.

Un segundo ataque le sorprendió en abril de 1913 cuando se encontraba en Remedello Sopra para estudiar algunos problemas urgentes de aquella colonia agrícola. Falleció pocos días después, el 25 de abril. Su cadáver fue trasladado a Brescia, donde se celebraron solemnes honras fúnebres; y fue sepultado en el cementerio Vantiniano en la capilla de la noble familia Capretti. Así, los dos amigos que acariciaron los mismos ideales en la vida, se encontraron juntos en el sepulcro.

Para retratar su personalidad, nada mejor que la afirmación de uno de sus discípulos: «Era sempre in fermento», estaba en continua ebullición, dedicado a su dinamismo apostólico. El secreto de esta creatividad era su estar con Dios. De esa profunda vida interior fluía su caridad sin límites hacia todas las miserias del mundo. Para aliviar esos males, fue tenaz en el desarrollo de sus planes. Apóstol incomparable en la formación de las personas, especialmente de los jóvenes, que fueron la razón de su vida.

Daba una educación fundamental, sobria y segura, partiendo de las virtudes humanas, principalmente de la sinceridad y austeridad para guía, por el camino de la fortaleza y el sacrificio, al saboreo de las cosas divinas.

Después de su muerte, la obra continuó extendiéndose por Brescia y el resto de Italia.

Entre tanto su Instituto se transformó en Congregación de votos simples en 1939 y fue reconocida de derecho pontificio en 1948. En 1950 obtuvo la personalidad jurídica civil. Se abrió al horizonte misionero en Brasil, el año 1957.

En 1979 tenía 21 casas y 114 miembros, de los cuales 82 eran sacerdotes.

Los restos del P. Piamarta fueron solemnemente trasladados a la iglesia del Instituto en 1926, junto al altar de Nuestra Señora de Lourdes. El proceso diocesano se inició en 1943 y la Sagrada Congregación de Ritos instruyó la causa en 1963.

(La casi totalidad de los datos biográficos del Beato Piamarta están tomados de las documentadas páginas que le dedica, en la Bibliotheca sanctorum, A. Nodari, que encabeza la bibliografía).

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

FELICI, I., *Volo tra le fiamme, Il servo di Dio, P. Giovanni Piamarta* (Brescia ²1951)
NODARI, A , «Piamarta Giovanni», en *Bibliotheca sanctorum,* t X cols 537-544.
L'Osservatore Romano (ed. en español) (17-10-1997).
REPETTO BETES, J. L., *Santoral del clero secular* (BAC. Estudios y ensayos, 1; Madrid 2000) 477-478.
SERIOLI, P., *P Piamarta e la sua opera* (Brescia 1961)

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN ESTEBAN DE ANTIOQUÍA

Obispo y mártir († 479)

La herejía monofisita fue una tremenda conmoción en toda la Iglesia, y produjo mártires. Uno de ellos este pacífico patriarca de Antioquía, partidario de la ortodoxia calcedonense, el cual se dirigía a la basílica de los Cuarenta Mártires fuera de la ciudad cuando un grupo nutrido de monofisitas, entre ellos jóvenes clérigos, se atrevieron a insultar y agredir al patriarca, lo tiraron al suelo, lo arrastraron después de maltratarlo y lo tiraron al río Orontes donde pereció. Debió ser entre el 477 y 479, y la fecha, el 25 de abril que pone el *Martirologio romano,* ha sido calificada de gratuita.

SANTA FRANCA VISALTA

Abadesa († 1218)

Era natural de Piacenza y tenía solamente once años cuando ingresa en el monasterio benedictino de San Siro, de su ciudad natal. A los 18 años hizo su profesión monástica y se decidió a observar con gran rigor la Regla, lo que la hizo chocar con otras muchas monjas. El choque fue tan fuerte que tuvo que pasar a otro convento, y éste fue el cisterciense de Montelana, del cual fue luego elegida abadesa. La comunidad se mudó luego a Pittoli. Murió el 25 de abril de 1218.

BEATO BONIFACIO VALPERGA

Obispo († 1243)

Nació en Turín en la segunda mitad del siglo XII, hijo de los condes de Valperga. De su educación se encargó su tío Arduino, arzobispo de Turín. Fue primero monje en la abadía benedictina de San Benigno de Fruttuaria, pero luego se pasó a los canónigos regulares de San Urso en la ciudad de Aosta. Aquí se acreditó por su sabiduría y bondad. El 17 de julio de 1219 es elegido obispo de Aosta, y su pontificado fue ejemplar, rigiendo la diócesis con prudencia y dando un magnífico testimonio de vida cristiana. Murió el 25 de abril de 1243. Su culto fue confirmado el 18 de abril de 1890.

BEATOS ROBERTO ANDERTON Y GUILLERMO MARSDEN

Presbíteros y mártires († 1586)

Estos dos mártires se encontraron en varias ocasiones importantes de su vida y abordaron juntos la suprema oportunidad de dar su vida por la fe católica. El primero era natural de la isla de Man y en su juventud hizo estudios en Oxford. Allí se encontró en el mismo colegio Brasenose a Guillermo Marsden, natural de Goosnargh en el Lancashire, y entre ambos se entabló una sincera amistad. Ambos decidieron hacerse sacerdotes y marcharon juntos al colegio seminario de Douai, donde, terminados los estudios, se ordenaron sacerdotes, el primero en 1584 y el segundo al año siguiente. Juntos fueron enviados a la misión inglesa en 1586. Pero pudieron trabajar poco tiempo porque ambos fueron arrestados poco después de su llegada. Su arresto tuvo lugar en la isla de Wight, y su juicio en Winchester. Ambos fueron condenados como traidores al haber sido ordenados sacerdotes fuera de Inglaterra. Pero como ambos expresaron en el juicio su lealtad a la Reina, fueron enviados a Londres para ser examinados por el Consejo Privado, el cual consideró insuficientes sus respuestas y los devolvió a Winchester para que fueran ejecutados. En su ejecución se leyó una proclamación real justificando la condena a muerte. Por fin ésta

tuvo lugar en Newport, isla de Wight, el 25 de abril de 1586 Fueron beatificados el 15 de diciembre de 1929.

26 de abril

A) MARTIROLOGIO

1 En Roma, la conmemoracion de San Cleto († 88), papa **
2 En Gabii, en la Via Palestrina, San Primitivo, martir (fecha des conocida)
3 En Amasea del Ponto, San Basileo († 322), obispo y martir
4 En Saint-Riquier (Francia), San Ricario († 645), presbitero y monje *
5 En Corbie (Francia), San Pascasio Radberto († 865), abad *
6 En Foggia (Italia), santos Guillermo y Peregrino (s XII), ermi taños
7 En Aragon, beatos Domingo y Gregorio (s XIII), presbiteros, de la Orden de Predicadores *
8 En Moscu (Rusia), la deposicion de San Esteban († 1396), obispo de Perm *
9 En el monasterio de San Isidro de Dueñas (Palencia), Beato Maria Rafael Arnaiz Baron († 1938), monje cisterciense **
10 En Montjuic (Gerona), Beato Julio Junyer Padern († 1938), presbitero, de la Congregacion Salesiana, martir *
11 En el campo de concentracion de Sachsenhausen (Alemania), Beato Estanislao Kubista († 1942), presbitero, de la Sociedad del Verbo Divino, martir Se conmemora con el al Beato Ladislao Goral († 1942), obispo auxiliar de Lublin, muerto en dia ignorado en el mismo campo de concentracion *

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SANTOS CLETO Y MARCELINO

Papas y martires

El *Martirologio* y el *Breviario* romano han unido en un mismo día la conmemoración de estos dos papas y mártires, considerandoles como pontífices distintos de otros dos, Anacleto y Marcelo, que llevan un nombre casi parecido y cuya semejanza

ha servido de tema de discusión a los entendidos en la historia de la Iglesia. De los antiguos catálogos de los papas, los más antiguos, como el de San Ireneo (siglo III), Eusebio (siglo IV), San Epifanio, San Jerónimo y San Agustín, hacen de Cleto y Anacleto un solo personaje, que, siguiendo a San Lino en el pontificado, viene a ser con ello el tercero de los papas. Más tarde, en el *Catálogo Liberiano* (siglo IV) y en el *Liber pontificalis* (siglo VI), se hace ya distinción entre estos dos nombres, dándose a Cleto el tercer lugar y el quinto a Anacleto en la sucesión del Príncipe de los apóstoles. Esta separación se debió, tal vez, en época posterior a escrúpulos de exactitud, suposición confirmada por los recientes estudios llevados a cabo por el alemán E. Caspar sobre la vida de los primeros papas.

De aquí que, siguiendo la opinión más extendida entre los críticos modernos, también nosotros tomaremos el nombre de Cleto por el de Anacleto, identificando con ello, y en ambos nombres, al tercer papa que sucedió a San Lino en la silla de San Pedro.

Algo parecido ocurre a su vez con el papa San Marcelino, ya que, según unos documentos, a San Cayo le siguen dos pontífices distintos llamados Marcelino y Marcelo, mientras, según otros, tal vez la mayoría, solamente le siguió uno, que es el papa que estudiamos, San Marcelino.

No se trata, por tanto, de probar la existencia o no existencia de este Santo, que es admitida por todos, sino de ver si de nuevo nos hallamos ante un solo papa o bien ante dos.

Como es sabido, entre los romanos los nombres de Marcelo, Marcelino o Marceliano vienen a ser uno mismo, tomado con diversas variantes. De una inscripción del siglo IV deducimos con toda claridad que, a fines de este siglo y principios del siguiente, hubo un papa que llevaba por nombre Marcelino, aunque para designarle se usaran a veces los otros de Marcelo y Marceliano.

Solamente los catálogos posteriores (el *Liberiano* y el *Liber pontificalis)* empiezan a confundirles y a señalar dos papas independientes. Hoy, sin embargo, como en el caso de Cleto y Anacleto, todos se inclinan a admitir la existencia de un solo Marcelino, que en el año 296 sucede a San Cayo en la cátedra de San Pedro.

San Cleto o Anacleto nace, según los documentos aludidos, en Atenas, y ya de muy joven es convertido a la fe cristiana por el mismo San Pedro, quien pronto le ordena de diácono y poco más tarde de presbítero. Tal vez seguirá al apóstol en sus correrías evangélicas, hasta que llega a Roma, donde forma parte, desde el primer momento, de aquel grupo de selectos o colaboradores que tenía San Pedro en la ciudad de los Césares. No es de extrañar que a ellos —a Lino, su sucesor; a Anacleto y a Clemente— les confiara de vez en cuando el gobierno de la Iglesia romana, mientras él iba recorriendo las distintas cristiandades.

Por el año 76, y habiendo muerto el sucesor de San Pedro, San Lino, es escogido Anacleto por la comunidad de fieles para sucederle en la cátedra, empezando con ello su pontificado, que había de extenderse hasta el año 88, según unos, o hasta el 90, según otros. Duros tiempos le toca vivir, cuando a los trabajos de consolidación de las primeras cristiandades se iban uniendo las fatigas de la persecución, que no hacía mucho se había desencadenado. Anacleto, como buen pastor, vigila y ora con los perseguidos, a quienes reúne en las catacumbas para celebrar los divinos oficios. Él mismo, como posteriormente haría San Dámaso, decora las tumbas de los apóstoles, y especialmente la de San Pedro, que había sido enterrado en la colina del Vaticano. En ella hace construir una especie de túmulo o «memoria» que sirviera para señalar a las generaciones futuras el lugar exacto de la tumba del primer Papa.

Nuestro Santo aparece, por otra parte, como un pontífice de la Iglesia romana y universal, con ciertos decretos llenos de interés, usando en sus cartas el saludo, que habían de adoptar sus sucesores, de «Salud y bendición apostólica», y, como casi todos los primeros pastores de la Iglesia, iba a manifestar con su vida la doctrina de Cristo que predicaba.

Por este tiempo había sucedido en el Imperio el emperador Domiciano (81-86), que al fin de su vida, y echando abajo la templanza característica de su familia, los Flavios, iba a distinguirse como uno de los perseguidores más cruentos de los cristianos. Que en su reinado padeciera el martirio San Anacleto es indudable, aunque no nos queden noticias precisas del modo y la fecha en que lo sufrió. La Iglesia, sin embargo, le ha concedi-

do siempre el título de mártir, habida cuenta de los trabajos que tuvo que padecer. Fue enterrado en la misma colina del Vaticano, junto al sepulcro de San Pedro, a quien tan de cerca había seguido en su vida.

La Iglesia romana celebra también la fiesta de San Marcelino el 26 de abril y, aunque siempre se ha creído que su muerte tuvo lugar el 24 de octubre del año 304, parece probable que padeciera martirio en esta fecha del 26 de abril del mismo año, cuatro días precisamente después de la publicación del cuarto edicto de persecución decretado por Diocleciano. Este emperador, llevado por un falso concepto de la grandeza del Imperio, que exigía acabar con toda la raza de cristianos, empieza su persecución general en el año 303, en Oriente, y pronto la extiende a todas las provincias del Imperio y a la misma Roma. Regía entonces los destinos de la Iglesia San Marcelino, que había sucedido a San Cayo el 30 de junio del año 296. Su gobierno iba a durar ocho años y se iba a caracterizar por una serie de luchas, tanto interiores como exteriores. De una parte agobiaban a los cristianos los diversos decretos de persecución, el último de los cuales obligaba a todos los súbditos del emperador a que sacrificasen y ofreciesen públicos sacrificios a los dioses.

En Roma se desencadena una terrible persecución, que abarca tanto a las jerarquías como al simple pueblo, ya fueran mujeres o niños. Algunos ceden, y éste era el peligro interior de la Iglesia, ante tanto miedo y fatiga, y fueron numerosos los que llegaron a ofrecer, siquiera fuera como símbolo meramente externo, el incienso ante el altar de los dioses paganos. Todo ello dio origen a que se formara en la Iglesia un grupo de los llamados «lapsos», que aparentemente aparecían como apóstatas, si bien estuvieron siempre dispuestos a entrar de nuevo en el seno de la Iglesia. Ante el problema de recibirlos de nuevo o no, surgen dos trayectorias marcadamente definidas. De una parte están los intransigentes, los eternos fariseos, que negaban el perdón con el pretexto de no contaminarse con los caídos. De otra parte, y ésta fue la posición de San Marcelino, a ejemplo del Buen Pastor del Evangelio, están los que trataban de dulcificar la posición de los que habían sacrificado, recibiéndoles de nuevo a la gracia de la penitencia. Por esta conducta es acusado el

Papa de favorecer la herejía y, aún más, se inventa la leyenda de que él mismo había llegado a ofrecer incienso a los dioses para escapar libre de la persecución.

Enseguida la secta de los donatistas, que en este tiempo empieza a luchar encarnizadamente contra la fe católica y contra los pontífices de Roma, propala la calumnia de que también San Marcelino había prevaricado, aunque después, arrepintiéndose, se hubiera declarado cristiano ante el tribunal, padeciendo martirio por esta causa. La leyenda, como tantas otras, fue admitida más tarde hasta por el mismo *Liber pontificalis,* y ampliada la inverosimilitud, con la circunstancia de que San Marcelino se había presentado nada menos que delante de 300 obispos en el sínodo de Sinuessa, para escuchar de sus labios su propia sentencia.

El *lapsus* de San Marcelino ha sido siempre desmentido, ya sea por el silencio de los escritores contemporáneos y sucesivos, ya por el fundamento de falsedad en que se apoyan los que lo afirman, y más que todo por la fama de santidad de que había gozado siempre este papa entre los cristianos de los primeros siglos. Los peregrinos visitaban y veneraban su tumba, y el mismo San Agustín escribía en su tiempo que los donatistas acusaron a Marcelino y a sus presbíteros Melquíades, Marcelo y Silvestre, como mera propaganda en su odio a Roma. Respecto de las actas del sínodo de Sinuessa, está suficientemente probado que fueron falsificadas en los principios del siglo VI, en tiempos del papa Símaco, cuando el rey visigodo Teodorico, con el fin de que otro sínodo pudiera juzgar legítimamente a este papa, y como no hubiera precedentes anteriores, hace amañar unas actas falsificadas, trayendo a colación lo que los donatistas habían propalado del «lapso» del papa San Marcelino. En cuanto al *Liber pontificalis* (ca.530), es sabido que en este caso toma sus noticias precisamente de las actas falsificadas del sínodo de Sinuessa.

Los hechos, sin embargo, fueron de otra manera. Ante el edicto general, San Marcelino, que había regido sabiamente la Iglesia, agrandando las catacumbas para dar mejor cabida a los cristianos —aún existe en la de San Calixto una capilla llamada de San Marcelino—, esforzando a todos con su ejemplo y su

virtud, no dudó, cuando le llegó el momento, en dar también su sangre por Cristo. Llevado ante el tribunal, juntamente con los cristianos Claudio, Cirino y Antonino, confiesa abiertamente su fe y es condenado enseguida a la pena capital. Decapitado, su cuerpo permanece veinticinco días sin sepultura, hasta que, por fin, le encuentra el presbítero Marcelo y, reunida la comunidad, es sepultado con toda piedad en el cementerio de Priscila, junto a la Via Salaria, donde todavía se conserva. Como supremo mentís a la difamación que habían extendido sobre su vida los herejes, fueron diseñados sobre su tumba los tres jóvenes hebreos que, como el santo mártir, se negaron también a rendir adoración a los ídolos delante de la estatua del rey asirio Nabucodonosor.

FRANCISCO MARTÍN HERNÁNDEZ

N.B para el lector· En el nuevo *Martirologio* no figura la memoria de San Anacleto, identificándolo así con San Cleto, y tampoco trae la de San Marcelino por identificarlo con San Marcelo. Pero dejamos esta biografía tal como fue escrita por su evidente interés de crítica histórica

Bibliografía

Act SS Boll., 26 de abril.

Art. en *Dictionnaire de théologie catholique*

CASPAR, E , *Geschichte des Papstumus,* I (hasta León I) (Tubinga 1930)

DUCHESNE, L. (ed.), *Liber pontificalis,* I (París 1886) p.XLIX y 2s

TILLEMONT, L S DE, *Mémoires pour servir a l'histoire ecclesiastique des six premiers siecles.. ,* II (Venecia) 555s, 613s

BEATO RAFAEL ARNÁIZ BARÓN

Monje († 1938)

El 27 de septiembre de 1992, Juan Pablo II beatificaba en Roma al Hermano Rafael Arnáiz Barón, oblato de la Orden Cisterciense de la Estrecha Observancia, junto con otros veinte Siervos de Dios, entre ellos tres fundadoras españolas y 15 mártires irlandeses de los siglos XVI y XVII. Tres años antes, el 19 de agosto de 1989, en la concentración mundial de jóvenes, en el Monte del Gozo de Santiago de Compostela, el mismo Papa

presentaba como modelo de seguimiento de Cristo la encomiable figura de este Siervo de Dios:

> «Muerto a los veintisiete años de edad, en la Abadía de San Isidro de Dueñas (Palencia) De él se ha dicho justamente —prosiguió el Papa— que vivió y murió con un corazón alegre y con mucho amor a Dios Fue un joven, como muchos de vosotros y de vosotras —decía a los jóvenes—, que acogió la llamada de Cristo y la siguió con decisión» (*Ecclesia* [1989] 1 252)

El nombre del Hermano Rafael quizá no era muy conocido en Roma, pero en España y en el ámbito de los colegios religiosos, estaba bastante generalizada su figura amable y simpática y, sobre todo, los rasgos más atrayentes de su espiritualidad. Para aclararnos en lo sucesivo, Trapa y Orden Cisterciense de la Estrecha Observancia, Cisterciense y Trapense, son términos equivalentes. La Orden Cisterciense de la Estrecha Observancia, en sus ramas masculina y femenina, está asentada en España y extendida por los cinco continentes.

El Beato Rafael nace en Burgos, el día 9 de abril de 1911, y es bautizado, el 21 del mismo mes, en la parroquia de Santa Águeda o Gadea de Burgos, célebre en la historia medieval española. Sus padres eran don Rafael Arnáiz Sánchez de la Campa, ingeniero de montes, y doña Mercedes Barón Torres; del matrimonio nacieron cuatro hijos: el primogénito Rafael, Leopoldo, Luis Fernando y Mercedes, de los cuales, tres fueron religiosos, el propio Rafael, Luis Fernando, que se hizo cartujo, y Mercedes, que entró ursulina y murió de tuberculosis a la edad de 28 años. Sólo el segundo, Leopoldo, llegó a casarse, y de su fecundo matrimonio nacieron doce hijos.

La familia Arnáiz-Barón, de un buen nivel económico, pertenecía a la alta burguesía burgalesa y estaba emparentada con la aristocracia española. Los duques de Maqueda, de quienes hablaremos más adelante, eran tíos suyos. El ambiente social y económico de Rafael es holgado, lujoso e incluso refinado. Sin embargo, a nivel espiritual y humano, el clima que envuelve a nuestro personaje, en su infancia y juventud, es de una fe recia, tradicional y fervorosa, y de un cariño y unión verdaderamente modélicos.

La formación, en la niñez y juventud, la recibe Rafael en los colegios de la Compañía de Jesús, primero en Burgos y, a partir

de 1922, cuando la familia se traslada a Asturias, en Oviedo; es alumno externo y pertenece a las asociaciones piadosas que los Jesuitas suelen tener en sus colegios. En la edad escolar, se puede definir a Rafael como un niño inteligente, alegre, travieso en los juegos, formal en los estudios y hondamente piadoso; a los diez años, con ocasión de unas fiebres cólico-bacilares que le debilitan grandemente, los Padres de la Compañía le llevan la comunión a su habitación todos los domingos; la comunión dominical será en adelante una práctica habitual.

De joven se despierta con alma de artista; precisamente a los 15 años, inicia clases particulares de pintura con el conocido paisajista Eugenio Tamayo (1891-1972), arte para el cual estaba muy dotado, como se aprecia por los dibujos y cuadros de diversa índole que ha legado a la posteridad. En abril de 1930 es admitido en la Escuela Superior de Arquitectura de Madrid.

No es extraño que surja la vocación religiosa en Rafael, un joven alegre, despierto, de buen humor y con el alma de artista, espíritu selecto, inclinado a la reflexión, a profundizar dentro de sí y a sorprenderse ante la realidad de las cosas, dentro de un ambiente religioso de profunda seriedad. Las vacaciones de 1929, como premio del resultado final del bachillerato, en la casa solariega que sus tíos, los duques de Maqueda, tienen en Pedrosillo (Ávila), van a significar para Rafael el inicio de su vocación.

Sus tíos, el matrimonio compuesto por Leopoldo Barón Torres, hermano de su madre, y doña María del Socorro Osorio de Moscoso y Reynoso, duquesa de Maqueda, eran personas muy piadosas, y el tío Polín, como le llamaba Rafael, muy trapense de San Isidro de Dueñas (Palencia). Entre tíos, y sobre todo tía, y sobrino surgió una amistad espiritual muy íntima, profunda y espiritual. En su estancia en Madrid, durante los estudios de Arquitectura, Rafael aprovechará todos los días libres para estar con sus tíos.

Probablemente, el primer contacto con la Trapa lo tuvo el Hermano Rafael en las vacaciones de 1930 en Pedrosillo. En esa ocasión, su tío le da a leer la biografía del H. Gabriel, trapense de Chambarand, en Francia; la lectura le avivó el deseo de visitar una Trapa. Su tío se lo facilitó, y en septiembre de ese

mismo año, Rafael se dirigió al monasterio de San Isidro de Dueñas, con cartas de presentación del tío. La visita le impactó profundamente, y al año siguiente volvió de nuevo y escribió una serie de pensamientos, *Mis impresiones de la Trapa,* donde se revela su espíritu observador e idealizante. Le aconsejan hacer unos ejercicios espirituales en el monasterio, lo que realiza del 17 al 26 de junio de 1932, donde se afirma y clarifica más su vocación.

El proceso vocacional coincide con una intensa vida espiritual, comprometida en el apostolado de la Acción Católica y en la Adoración nocturna, a las que se afilia por esas fechas. Sin perder su ritmo y acendrada vida de piedad, cumple el servicio militar en Madrid. Por fin, el 19 de noviembre de 1933, escribe al P. Abad de San Isidro de Dueñas, pidiéndole su admisión en el noviciado. La carta la dirige desde Ávila, en casa de sus tíos, que son los primeros depositarios y confidentes de su decisión. Es en el contacto asiduo con ellos como se ha ido consolidando su propósito. En la carta de solicitud expone al P. Abad sus pretensiones:

> «No me mueve para hacer este cambio de vida, ni tristezas, ni sufrimientos, ni desilusiones y desengaños del mundo [ ] Lo que este me puede dar, lo tengo todo Dios en su infinita bondad, me ha regalado en la vida mucho mas de lo que merezco [ ] Por tanto, mi Reverendo Padre, si me recibe en la Comunidad, con sus hijos, tenga la seguridad de que recibe solamente un corazon alegre y con mucho amor de Dios»

Recibe inmediatamente contestación y le invitan a que se ponga en contacto directo con el maestro de novicios; sin dejar Ávila, hace una visita rápida a la Trapa, y se inicia el proceso de ingreso, duro y decisivo y más lento de lo que hubiera deseado. Es romper con su comodidad para encararse con una vida austera y estricta, como era la Trapa de entonces, y sobre todo romper con los lazos ante todo de la familia y luego de los amigos; el trago más fuerte fue comunicar la decisión a sus padres, que al fin se desarrolla en un clima de emoción y también de alegría profunda por el gran don de la vocación de un hijo querido

Finalmente, el 15 de enero de 1934, ingresa en el monasterio de San Isidro de Dueñas, le acompaña su propio padre. El

18 de febrero siguiente, empezará canónicamente el noviciado, con la toma de hábito. Este período inicial marca una etapa gozosa para su espíritu, se va empapando de la espiritualidad cisterciense, encontrando desahogo a su deseo de contemplación. Esto no quiere decir que la vida no le costara, Rafael viene de un medio comodo e incluso lujoso. Sus escritos de la época reflejan la pobreza de la celda y sobre todo el duro colchón de paja, la dureza del trabajo manual y también el silencio, que por otra parte él amaba sinceramente.

Sin embargo, a los cuatro meses, aunque aparentaba encontrarse muy bien y estar muy contento, se le declara una diabetes sacarina, que echará bruscamente por tierra todos sus sueños, y que al final lo llevará a la muerte, cuatro años más tarde. Se le rompen todos los esquemas y se entrega confiadamente a los planes de Dios, desconcertantes totalmente a la lógica humana. La diabetes la suponen curable, por lo que el médico de la comunidad recomienda que retorne a su hogar para que le faciliten con eficacia los remedios necesarios. Así, pues, abandona el monasterio, el 26 de mayo de ese año.

La convalecencia en la familia durará año y medio, creía que había dejado el mundo para siempre, y de nuevo se encuentra en él, aunque dolorosa la situación, supo aceptarla como voluntad de Dios, y se aplico a vivir el momento presente buscando su curación, con un abandono total en las manos del Señor. Los cuidados intensivos provocan una mejoría, que aviva su deseo de volver cuanto antes al monasterio, pero su estancia se prolongará, porque la curación es lenta.

Aprovecha el tiempo para escribir la *Apología del trapense,* unos apuntes personales, en que Rafael describe y justifica su vocación monástica y personal y la vocación trapense en general, tal como él la entiende. Se nota que ha profundizado en la experiencia de lo absoluto de Dios:

> «Primero Dios, siempre Dios y unicamente Dios [ ] El lo es todo y lo llena todo [ ] Dios me inunda [ ] Yo pertenezco a Dios, mi fin es Dios y El es el unico que puede llenarme por completo [ ] Todo lo demas no lo necesito y me es completamente innecesario»

La enfermedad se prolonga, los efectos positivos no se ven claramente, y Rafael es presa de la duda y de la desilusión. Se

siente abandonado y solo, sufriendo profundamente; se inicia un proceso de desprendimiento interior de todo lo más íntimo y querido. No podrá seguir ya la vida monástica en su integridad, y el destino que veía tan claro en la Trapa, se desvanece. Acepta este reto de la enfermedad y pide a los monjes que lo acepten como oblato de comunidad, situación jurídica que le impide ser monje, aunque viva lo mejor que pueda la vida religiosa y monástica. Es la renuncia total de sí y la acogida de la voluntad de Dios en la desnudez y vacío más totales. En la solicitud al P. Abad, afirma:

> «No merezco ser monje [ ] ¿El cantar la Santa Misa? [ ] Señor, si te he de ver muy pronto, ¿que mas da? [ ] Los votos [ ], ¿no amo a Dios con todas las fuerzas? Pues ¿qué mas votos? Nada de eso me impide el estar a su lado, el consagrarle mi silencio con los hombres y el amarle, calladamente, humildemente, en la sencillez del Oblatado»

Rafael está dispuesto a aceptar, con gusto y alegría, el no ser nada en el monasterio, renunciando a todas las ilusiones y deseos de cuando empezó la primera vez. Con autorización del P. Abad, ingresa de nuevo en calidad de oblato, el 11 de enero de 1936, unos pocos meses antes del comienzo de la guerra civil española. A partir de este momento comerá y dormirá en las dependencias destinadas a los enfermos, con un régimen de vida general acomodado a sus posibilidades. Las circunstancias de esta segunda entrada son diferentes; ahora es un enfermo necesitado de cuidados, su primer maestro de novicios ha fallecido estando él fuera, y el nuevo no le tiene muchas simpatías; sobre todo, hay un enfermo sicópata, compañero de la enfermería, que será un tormento permanente hasta el final. Todo lo sufre desde una experiencia de dolor y de abandono.

En el mes de julio estalla la guerra, y en septiembre, Rafael es llamado a filas con una treintena de jóvenes de la comunidad. Pasado el reconocimiento médico, es declarado inútil total, y dos meses más tarde, en diciembre del mismo año, se incorpora de nuevo a su comunidad. El ambiente que encuentra es más precario; hay una lógica carencia de medios humanos y económicos, y el enfermero, que es nuevo, no acierta a cuidarlo; a los dos meses se agrava la enfermedad y tiene que volver otra vez a casa para que lo cuiden.

Tras diez meses de nueva convalecencia entre los suyos, y sin estar en absoluto recuperado, deja de lado, en un supremo esfuerzo, todo apego familiar y toda prudencia humana y decide volver al monasterio, para no salir más. Esta última entrada marca un situación de cruz y purificación extremas. Él nunca se quejó, sino que se abrazó a la Cruz más desnuda; los superiores no eran sabedores del trato que recibía y de su suplicio interior. Así llegó a la consumación de sus días, el 26 de abril de 1938; el diagnóstico final, coma diabético fulminante.

Ésta es a grandes rasgos la vida del Beato Rafael; vista desde la perspectiva humana, un fracaso total: en resumen, no consiguió nada ni fue nadie. Al final, sólo le importaba Dios y el amor, configurado en todo con el Hijo unigénito del Padre, con Jesús, en quien todos somos hijos de Dios y hermanos unos de otros. En poco tiempo llegó a la plenitud de su ser, como persona y como creyente, y de ahí con una gracia de irradiación especial.

Lo que vivió desde dentro y cómo lo vivió nos lo han contado quienes convivieron con él y sobre todo él mismo. Sus escritos, muy variados, componen un volumen considerable. Lo más abundante son sus cartas, y con atención especial las escritas a su tía, la duquesa de Maqueda, con la que mantiene una correspondencia de alto nivel espiritual. Entre los apuntes y reflexiones sobresalen las meditaciones, material más elaborado; en todos ellos, ha reflejado su vivencia interior y el sentido profundo de su vida.

Sus escritos rezuman frescura juvenil, simpatía desbordante, fino sentido del humor y transparencia de alma, su figura humana y espiritual resulta atrayente. La espiritualidad del Beato Rafael, al mismo tiempo profunda y sin refinamientos, conecta muy bien con la fe sencilla y con lo que realmente la gente vive más allá de las doctrinas complicadas. En su amor y en su dolor, en su alegría espontánea y en sus lágrimas, el hermano refleja en gran medida lo que ocurre en lo íntimo de quien simplemente está vivo, con la particularidad de que él lo vive y expresa en el marco de una intensa experiencia espiritual.

El Hermano Rafael vivió en un contexto histórico muy concreto, en los tiempos inmediatos y dentro de la guerra civil. Sus

escritos están marcados por la espiritualidad concreta de ese momento. Para una lectura provechosa de estos escritos, nada mejor que la obra reseñada en la bibliografía, escrita por un monje que habita la misma abadía en que vivió el Beato, Antonio M.ª Martín. De él hemos tomado lo apuntado referente a sus escritos, y el siguiente párrafo, que resume su espiritualidad y concluye estas notas:

> «No obstante, e independientemente de las lecturas que se puedan hacer de este breve itinerario vital, lo cierto es que durante él Rafael fue elaborando una espiritualidad muy personal y evangélica que él mismo calificó de "ciencia de la Cruz", en la que se condensa todo lo que quiso ser y de hecho fue. El ímpetu irreprimible del deseo de Dios se funde en ella cada vez más con el misterio oblativo de la Cruz de Cristo, y de esta fusión brota la armonía paradójica de una cruz de amor y un amor crucificado, que la personalidad reflexiva y afectiva de Rafael va asimilando a base de meditar, orar y muchas veces también llorar a los pies de lo que él mismo llama "el Amor infinito clavado en un madero". Ahí, "en la nada y simplicidad de la Cruz", de la suya propia adosada a la de Cristo, irá aprendiendo, no tanto en la teoría cuanto en la práctica, el desarraigo de todo y hasta del propio yo, con los frutos espirituales que le son propios. el amor a Cristo, el conocimiento de sí, la perfecta humildad, la simplicidad y la paz del alma, el amor al prójimo y, finalmente, la compasión y la ternura de una afectividad transfigurada. Todo ello, ademas, presidido por la presencia universal de María, que es la gran acompañante de Rafael a través de sus soledades, y que esta presente en todas las páginas que nos ha dejado escritas, sin que, por otro lado, pueda decirse que se perciba en este punto algun tipo de evolución» (p 23)

AGUSTIN ROMERO, OCSO

Bibliografía

BARON, M (comp), *Vida y escritos del Beato fray Maria Rafael Arnaiz Baron, monje tra pense* (Madrid [12]2000)

BELTRAME QUATTROCCHI, P , *Fascinado por el Absoluto, Hermano Rafael* (Madrid 1991)

MARTIN FERNÁNDEZ-GALLARDO, A M ª, *El deseo de Dios y la ciencia de la Cruz* (Burgos 2002)

MARTINEZ CAMINO, J A , *Mi Rafael El Beato Rafael Arnaiz, segun el Padre Teofilo Sandoval, su confesor, interprete y editor* (Bilbao 2003)

Obras completas (Burgos [3]1993)

SAN RICARIO

Presbítero y monje († 645)

Ricario nace en el seno de una familia pagana en Celles, al norte de Francia. Su primer encuentro con la fe cristiana tiene lugar cuando impide que sean maltratados dos misioneros irlandeses que predicaban el evangelio en su tierra, y que devolvieron el favor instruyéndolo en el cristianismo. No sólo se hizo cristiano sino también sacerdote y se sumó con toda energía a la tarea de evangelizar su país. Hizo también la insigne obra de caridad de ir a Inglaterra a rescatar prisioneros y devolverlos a sus casas en Francia. Esta tarea le mereció a Ricario el aprecio del rey Dagoberto I, a quien el sacerdote no dudó en recordar sus gravísimas obligaciones. Se le ha querido hacer fundador de la abadía de Celles, pero esta institución parece que fue el desarrollo de una iglesita construida por Ricario. Sí fundó en cambio una comunidad monástica en el bosque de Crécy donde él se había retirado para llevar vida contemplativa. Murió el 26 de abril parece que del año 645.

SAN PASCASIO RADBERTO

Abad († 865)

Nace hacia el año 790 y era un niño expósito, recogido por unas monjas y educado en el monasterio de San Pedro de Soissons, donde adquiere una magnífica cultura. Profesa como monje en el monasterio de Corbie, junto a Amiens, y allí pudo aprovecharse de su espléndida biblioteca. Luego de acompañar a su abad en 822 a la fundación del monasterio de Corvey, volvió a Corbie y le fue encomendado el cargo de maestro de novicios. En 844 es elegido abad de su monasterio y él puso su mejor interés en llevar bien las riendas de la administración abacial, pero lo suyo era el estudio de la teología y por ello en 849 dimitió de su cargo para dedicarse por entero al estudio y la escritura de sus obras. Entre éstas sobresale su tratado sobre el Cuerpo y la Sangre del Señor, del que se ha dicho con razón que es

la primera monografía científica consagrada a la Eucaristía. Su novedad estuvo en afirmar explícitamente la identidad entre el cuerpo histórico del Señor y el cuerpo eucarístico de Cristo, variando el modo de presencia. Distinguió entre lo que aparece y lo que esta bajo las apariencias, abriendo el camino a las precisiones de la escolástica posterior. Pasó algunos años en la abadía de St. Riquier en Abbeville, pero luego regresó a Corbie, donde murió el 26 de abril de 865.

BEATOS DOMINGO Y GREGORIO

Presbíteros (s XIII)

Eran dos dominicos aragoneses que pertenecían a la provincia española y que en la segunda mitad del siglo XIII desarrollaron una apreciable labor evangelizadora por los pueblos de Huesca y Barbastro. Dedicados por entero a la predicación, viajaban de una parte a otra siendo acogidos en los hogares cristianos, donde daban gran ejemplo de austeridad y santidad de vida. Su muerte tuvo lugar cuando les cogió una gran tormenta de camino a Perarrúa, siendo hallados sus cuerpos cuando en vista de su tardanza fueron más tarde a buscarlos. Su muerte tuvo lugar a comienzos del siglo XIV. Su culto fue confirmado el 17 de agosto de 1854.

SAN ESTEBAN DE PERM

Obispo († 1396)

En Velikiy-Ustyug, muy al norte de Rusia, y en una zona por entonces aún mayoritariamente pagana, nació Esteban en el seno de una familia cristiana alrededor del año 1340. Llegado a la juventud profesó como monje en el monasterio de San Gregorio Nacianzeno de Rostov. El estudio lo hizo un buen teólogo y sus ansias misionales le llevaron a aprender la lengua del pueblo Zyryani, al que él desde muchacho deseaba evangelizar. Como no tenía esta lengua expresión escrita, él inventó un alfabeto y comenzó a traducir a esta lengua la Biblia y la liturgia, a fin de que la evangelización no significara la rusificación. En

1379 él comenzó su tarea misional y la bendijo el Señor con pronto fruto. Levantó iglesias, pintó bellos iconos para ellas, fundó escuelas y fomentó las vocaciones nativas. En 1383 fue consagrado primer obispo de Perm y desarrolló una inmensa labor que le acarreó el gran crédito con que contaba en Moscú, a donde vino a morir en un viaje el 26 de abril de 1396. En 1549 lo canonizó la Iglesia Ortodoxa. Su nombre se halla en el *Martirologio romano* porque desde antiguo lo veneran también los católicos eslavos.

BEATO JULIO JUNYER PADERN

Presbítero y mártir († 1938)

El último salesiano martirizado durante la guerra española no lo fue a manos de un piquete de milicianos que asesinaba sacerdotes y religiosos sin más formalidades: Julio Junyer Padern, compareció ante un tribunal y fue juzgado y condenado por espionaje y alta traición. Detrás de estos achaques, como se ha probado en la causa de beatificación, estaba el odio religioso. Había nacido en Vilamaniscle, Gerona, el 31 de octubre de 1892. A los 18 años decidió hacerse salesiano, a los que conocía por haber hecho los estudios en su colegio de Gerona. Profesó en 1912 y se ordenó sacerdote en 1921. Luego de varios destinos fue en 1931 destinado al propio colegio de Gerona como encargado de estudios. Pero había tenido que presenciar la destrucción del seminario salesiano de Campello el 11 de mayo de 1931 y por ello desde la victoria del Frente Popular en febrero de 1936 se esperaba lo peor, y no dejó de manifestarlo a sus superiores. El 20 de julio la comunidad salesiana de Gerona se dispersa y Julio marcha a casa de sus padres. En octubre de 1937 pasa a vivir en Gerona en un piso con un coadjutor salesiano hasta que en enero de 1938 fue arrestado, encarcelado y juzgado, siendo sentenciado a muerte. La noche antes de su fusilamiento la pasó en compañía de otros salesianos, que pudieron llevarle la comunión, luego de haberse confesado. Fue un tiempo de oración y silencio. Afirmó que moría inocente y ofreció su vida por el bien de la Iglesia y de España. Fue fusilado a

las 7 de la mañana del 26 de abril de 1938. Beatificado el 1 de marzo de 2001.

BEATO ESTANISLAO KUBISTA

Presbítero y mártir († 1942)

Nació en Kotuchna, Silesia, el 27 de septiembre de 1898. Educado cristianamente, en 1912 decide su vocación religiosa e ingresa en la Congregación del Verbo Divino en Nysa. Debió interrumpir sus estudios para acudir al frente durante la I Guerra Mundial, volviendo al seminario tras el armisticio. En 1926 hizo los votos perpetuos y el 26 de mayo de 1927 se ordenó sacerdote en Modling, Austria. Enviado a Polonia, a la casa de Gorna Gurpa, como ecónomo regional, hubo de hacerse cargo de las publicaciones de los verbitas en Polonia, en las que publicó numerosos artículos. Era también muy apreciada su labor como confesor y director espiritual. Arrestado el 5 de febrero de 1940 por la Gestapo, fue llevado a la carcel de Nowy Port y luego al campo de concentración de Sachsenhausen. Lo mató a palos el jefe de su barracón el 26 de abril de 1940. Fue beatificado el 13 de junio de 1999.

27 de abril

A) MARTIROLOGIO

1 En Jerusalen, San Simeon († 107), obispo y martir, pariente del Señor *

2 En Cybala (Panonia), San Polion († 303), lector y martir

3 En la Tebaida de Egipto, San Teodoro (s IV), abad *

4 En Altino (Italia), San Liberal († 400), ermitaño

5 En la isla de Man, San Macaldo o Maughol (s V), obispo *

6 En Afusia (Propontide), San Juan (s IX), hegumeno, defensor de las sagradas imagenes

7 En Luca (Toscana), Santa Zita († 1278), virgen **

8 En Tarragona (España), Beato Pedro Armengol († 1304), religioso, de la Orden de la Merced **

9. En Bitetto (Italia), Beato Santiago Varinguer de Iádere († 1485), religioso de la Orden de Menores.

10. En Cátaro (Montenegro), Beata Catalina (Osanna de Cattaro) († 1565), virgen, terciaria dominica *.

11. En Reims (Francia), Beato Nicolás Roland († 1678), presbítero, fundador de la Congregación del Niño Jesús **.

12. En Ninh-Binh (Tonkín), San Lorenzo Nguyen Van Huong († 1856), presbítero y mártir *.

13. En Salamanca (España), Beata María Antonia Bandrés y Elósegui († 1919), virgen, de la Congregación de las Hijas de Jesús *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTA ZITA

Virgen († 1278)

En pleno siglo XIII, cuando grandes santos se sentaban en diferentes tronos europeos y las familias nobles proporcionaban numerosos santos al calendario de la Iglesia, una humilde chica de servicio envejece en la casa en que presta sus servicios y alcanza la santidad: virtudes heroicas en medio de la mayor modestia de vida y de los trabajos hogareños más sencillos como criada. En ella se demostró algo que luego en nuestro tiempo se subrayaría no poco, y es la posibilidad de alcanzar la santidad en medio del trabajo de cada día, incluyendo el trabajo corriente y sin brillo social alguno. En el fondo, el ideal que animó a Zita a santificarse en medio de las ocupaciones ordinarias había sido vivido intensamente por miles de monjes anónimos en la intimidad de los claustros: *Ora et labora,* reza y trabaja. Una intensa vida interior y una asidua aplicación al trabajo definen la espiritualidad de esta santa, como la de dichos monjes, sólo que Zita en medio del mundo, los monjes en cambio en el retiro del monasterio. Pero hubo, además, otro elemento que contribuyó no poco a la santidad de Zita y que también compartían con ella los miles de monjas que servían a Dios en los infinitos monasterios de su tiempo: la virginidad consagrada, la entrega plena a Dios mediante la consagración de la virginidad al Señor. Zita fue una santa seglar. Podría haber entrado, apoyada por sus propios señores que tanto llegaron a quererla, en cualquier convento de monjas de Luca. Pero ella adrede y sin amargura algu-

na por no ser monja quiso vivir en el mundo consagrada a Dios. Aceptó la vida de trabajo como su propio camino, las tareas domésticas como su manera de realizarse en cuanto persona y en cuanto cristiana, y alcanzó plenitud de vida humana y espiritual en su estado secular.

Zita nace hacia 1218 en el pueblecito de Monsagrati, junto a Luca, en Italia. Su familia es muy modesta, vive del trabajo del campo, pero a esta modestia de vida no le falta la riqueza de la fe. Era una familia sólidamente cristiana y la madre se encarga de infundir desde muy pronto en el corazón de la niña los sentimientos que corresponden a quienes son discípulos de Jesucristo. La niña se mostró muy receptiva a la educación cristiana que querían darle, y desde que llegó al uso de razón puso su alma en Dios de modo que puede decirse que la piedad creció con ella y que se cumplía en ella la palabra bíblica: «Me tocó en suerte un alma buena» (Sab 8,19). Vivió en su casa paterna hasta los doce años y todo el tiempo se mostró dulce y pacífica, amiga del trabajo y dócil. Ya por entonces Dios se había apoderado de su corazón y ella lo había puesto como el centro de su vida. Decide vivir para Dios, hacer en todo su santa voluntad y conformarse con ella tal como se le fuera mostrando.

Como a tantas chicas de su tiempo, una forma de restar una boca a su hogar y ganarse la vida honradamente se le presentó en el trabajo de criada doméstica. La ciudad estaba cerca y en ella muchas familias tenían varios criados y criadas que convivían con los señores en la misma casa, atareados en las labores domésticas, los recados y similares. Si por un lado había personas con poca caridad que trataban incluso con despotismo a sus sirvientes, otras familias en cambio, cristianas de sentimientos, los trataban cortésmente e incluso con afecto, nacido además del trato asiduo y de la convivencia continua bajo un mismo techo. Una de estas familias cristianas y acomodadas era la de Pagano Fatinelli, cuya casa se hallaba contigua a la iglesia de San Frediano en Luca. Llevada por sus padres, Zita se coloca en esta casa cuando tenía doce años y se integra en un servicio compuesto por unas cuantas personas de distintas edades.

Todo indica que Zita se tomó el trabajo, como la vida misma, como algo venido de Dios. Desde el principio de verse en

la casa Fatinelli comenzó a pensar que en realidad ella era al Señor a quien servía (Ef 6,7). Encontraba natural y no vivía amargada, por tanto, a causa de ello que tuviera que salir de la casa paterna y ponerse a trabajar en casa extraña. No hacía su trabajo de mala gana o a regañadientes sino como quien realiza una tarea encomendada por el Señor, y por eso mismo se dispuso a cumplir escrupulosamente, su trabajo y hacerlo lo mejor posible. Las dificultades que pudiera encontrar en él se dispuso Zita a tomarlas como motivo de vencimiento propio y penitencia, gozándose en su humilde estado social que la hacía ser uno de aquellos pobres a quienes Jesús llama bienaventurados (Lc 6,20). Se ha dicho de ella que se gozó en no tener bienes de fortuna que pudieran apoderarse de su corazón y arrastrarla a la avaricia que es una forma de idolatría (Ef 5,5). Daba gracias a Dios porque tenía una casa donde vivir, un lecho donde dormir, una mesa de la que comer cada día, remediadas así sus necesidades básicas mientras tantos pobres y mendigos pululaban por las calles. Se sentía protegida por la Providencia divina y libre para poder servir a Dios con sencillez y humildad, con el corazón de un pobre de espíritu, a quienes está destinado el evangelio (Lc 4,18).

La intensa espiritualidad que desde joven vive Zita se alimentaba, como no puede ser de otro modo, de una intensa vida de oración. Ella se levanta más pronto del lecho porque antes de comenzar las tareas domésticas quería tener una hora de expansión de su corazón con Dios o acudir a la cercana iglesia para asistir con devoción a la santa misa. Examina cada día cuidadosamente su conciencia para pedirse a sí misma una gran entrega a la voluntad de Dios. Aspira a la santidad cristiana y ve que la Orden Tercera de San Francisco, pensada para seglares, podría ser un cauce adecuado de sus inquietudes religiosas y se inscribe en ella a fin de nutrirse del espíritu de caridad, humildad y pobreza que animó a San Francisco de Asís. Las tres virtudes brillarán en ella de modo admirable.

En primer lugar tuvo oportunidad de ejercer y ejerció la humildad y la paciencia cuando vio que ni sus amos ni sus compañeros de trabajos la comprendían. Sus virtudes fueron mal interpretadas. Ella era modesta, pero sus compañeros de casa la

llamaban simple, falta de sentido y de espíritu. Ella era diligente y cuidadosa en sus trabajos, pero era calificada de orgullosa y altiva. Ella era muy caritativa, dando a los pobres las sobras de la comida de cada día, pero era calificada de cuentista y de querérselas dar de santa. Zita no se defendió jamás de estas apreciaciones que hacían de ella. Las sobrellevaba con gran entereza moral y las ofrecía a Dios, alegre en su corazón de participar de la cruz del Señor y de ser malinterpretada como Cristo y de que no creyeran en ella los de su propia casa (Mt 13,57). No varió de conducta. Siguió trabajando con esmero, orando con asiduidad y acudiendo a la puerta a socorrer a los pobres que venían a pedir lo que sobraba.

En segundo lugar, ejerció la caridad de forma continua y solícita. Como queda dicho, ella acudía a la puerta y daba las viandas sobrantes y las ropas desechadas a los pobres, y lo hacía con alegría de poder aliviar a los menesterosos, pero, además, aprovechaba la oportunidad para dirigir palabras amorosas de consuelo, de fraternidad y de solidaridad a los pobres, que acudían a ella no sólo porque en efecto les podía dar casi todos los días algunos socorros sino porque les resultaban aún más confortadoras las palabras de cariño que ella les dirigía, la amistad con que los trataba y el interés que ponía en conocer sus problemas y necesidades. Zita fue más lejos: cuando no había sobras que dar tomaba cosas de la despensa y no dejaba ir sin alivio a quien verdaderamente lo necesitaba. Su corazón sensible no resistía ver gente hambrienta en la puerta de una casa donde había de todo. Claro que ese todo no era suyo, pero Zita tenía la intuición de que en extrema necesidad lo sobrante debe ir al que está en esa necesidad. Y esto daba motivo para decir de ella que era «demasiado» caritativa. Pero los que esto decían comprobaban que Zita antes de tomar algo de la casa para darlo a los pobres se quedaba, si hacía falta, sin comer aquel día, y daba primero su propia comida, compartiendo así en sentido real la pobreza y el hambre de los pobres. Se ponen en sus labios estas palabras:

> «Si Jesucristo viene a mi en la persona de un pobre y me pide una limosna ¿como voy a tener corazón para negarsela?»

Y por ello, y en tercer lugar, pudo verse que Zita vivía la pobreza evangélica en su sentido más pleno. Conforme siempre

con su salario y con su estancia en la casa, huyó de toda vanidad en el vestido, se abrazó a una vida todo lo modesta que su condición de criada le imponía, y renunció a todo ahorro para compartir su poquedad con los pobres y anteponerlos a ellos a su propio interés. Su pobreza consistía en compartir.

Esta conducta evangélica de Zita dio su fruto. Poco a poco los amos se fueron dando cuenta de que Zita, muy lejos de ser la mujer cuentista y orgullosa que decían algunos de sus compañeros, era una verdadera santa que Dios había dado a aquel hogar como regalo. Y un día tomaron una decisión: Zita sería en adelante el ama de llaves de la casa, todo el servicio estaría a sus órdenes y a ella le correspondería organizar todo lo referente a la atención de la casa. Y aquí Zita volvió a dar la talla. Porque no cejó un ápice en su laboriosidad y diligencia, trabajando como los demás criados. No se sintió superior a ellos ni les hizo sentir su autoridad. No se vengó de quienes la habían criticado anteriormente. Fue una compañera leal y amistosa de todos, tuvo un trato fraterno y exquisito con todos los criados y criadas y sólo procuró la paz y el bien en aquel hogar en el que podía percibirse el aroma de sus virtudes. Tuvo carta blanca para sus obras de caridad, una caridad siempre guiada por la prudencia, y tuvo carta blanca también para sus obras de piedad, siempre compatibles con sus deberes en la dirección del servicio de la casa.

Ella crecía en la vida interior. Su oración era cada vez más intensa, su confianza estaba solamente en Dios, Dios era el amor de su corazón, y su amor al prójimo estaba fundado y orientado por su ardiente amor a Dios. Mortificada en extremo, ayunaba muchos días a pan y agua, pero procuraba disimular sus mortificaciones para que su ayuno lo conociera solamente Dios que ve en el secreto (Mt 6,18).

Hay que decir que el crédito de Zita como persona santa rebasó los muros de la casa donde prestaba sus servicios. Mucha gente de Luca empezó a saber que Zita era un alma singular, y empezaron a contarse de ella cosas extraordinarias, como que se quedaba en éxtasis en la iglesia mientras hacía oración o que en sus manos florecían milagros. Como florecillas franciscanas se contaron de ella algunos hechos prodigiosos. Por ejemplo,

que empezó a dar limosna de la despensa de los señores de su casa y que cuando se acordó había quedado vacía, pero que al día siguiente y sin que nadie comprara nuevas provisiones se la encontró repleta de víveres. Otro ejemplo: usaba una simple túnica de lana que no la resguardaba suficientemente del frío. Es la noche de Navidad y para ir a la misa su amo le regala una capa de mucho abrigo y le da orden de que la use. Pero al entrar en la iglesia ve a un pobre semidesnudo y aterido y, sin pensarlo dos veces, le da su capa. Vuelve a casa temerosa de que su amo la reprenda pero en la puerta halla al pobre que le devuelve la capa y resultó que la capa despedía un extraño y maravilloso perfume. Otro ejemplo: estaba un día en oración y se quedó en éxtasis. Cuando vuelve en sí, recuerda que no ha amasado el pan para la casa. Corre presurosa a la cocina y halla que el pan está amasado, necesitadas solamente de ser colocadas las piezas en el horno.

La vida de Zita discurría así en el servicio a la casa convertido por ella en servicio a Dios, y llena de obras de piedad y misericordia, alimentada su alma de su devoción eucarística y de su piedad mariana, gozando de las dulzuras del Señor en su oración de cada día. Amada por los pobres, bendecida por sus compañeros y sus señores, alabada por la gente del pueblo, y pese a todo ello sencilla, humilde, recogida, modesta, laboriosa y dulce, como alma verdaderamente de Dios.

Envejeció y comenzó a tener achaques, pero no parecieron preocupantes. Le llegó la hora de pasar de este mundo al Padre. Tenía sesenta años. Se siente mal un día de abril. Ha de guardar cama. Llaman al médico y éste, luego de examinar el estado de la enferma, diagnostica que el mal no es grave y que curará más bien pronto. Pero Zita comprende que llega su última hora y que el Señor la llama. Solicita le den los santos sacramentos que recibe con extraordinario fervor, y mientras pronuncia con evidente devoción los nombres de Jesús y María deja este mundo el 27 de abril de 1278 en la misma casa en la que por cerca de cincuenta años ha prestado sus servicios.

Luca entera acude a venerar los benditos despojos de la santa. Se le celebran suntuosos funerales a que acude todo el pueblo y se la entierra en la iglesia de San Frediano, testigo de tan-

tas oraciones y obras piadosas como ella ha realizado allí por tantos años. La familia Fatinelli proclama que ha tenido en su casa una santa. Los fieles se acercan a su sepulcro y se encomiendan a su intercesión y comienza a surgir la fama de que los milagros florecen en su tumba. No han pasado más que cuatro años de su muerte cuando el obispo Paganello autoriza su culto. Siglos después volverá a sancionar esta autorización el papa León X, y tras los decretos de Urbano VIII relativos a la confirmación del culto inmemorial a los santos, se abre el oportuno proceso y el piadoso pontífice Inocencio XII pudo proceder con gran satisfacción de su parte a confirmar el culto y título de santa que se le daba a Zita el 5 de septiembre de 1696. La ciudad de Luca la nombró su patrona y el papa Pío XI la nombra patrona de las empleadas del servicio doméstico el 26 de septiembre de 1935. Su cuerpo se venera aún en la misma iglesia citada y es objeto del culto y el amor de su pueblo.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

Acta sanctorum, t III, día 27 de abril.
CASALI, G., *Santa Zita* (Luca 1936).
LAZZARINI, P., *La perla delle domestiche: Santa Zita, vergine* (Turín 1952).
Butler's lives of Saints. New full edition, rev. por T RODRIGUES (Minnesota 1998) 27 de abril.
REPETTO BETES, J. L., *Mil años de santidad seglar* (BAC. Estudios y ensayos, 1; Madrid 2002) 51-52.

SAN PEDRO ARMENGOL *

Religioso († 1304)

En Guardia de Prats, tierra de olivos, de avellanos y de vides, pueblecillo cercano a la noble villa tarraconense de Montblanch, nació Pedro Armengol, cuando ya el siglo XIII daba pasos firmes por la pista del tiempo.

Creció Pedro en la holganza, que por algo era una de las más nobles familias catalanas, descendiente de los condes de

* Popularmente se le venera como santo, aunque en el registro oficial del Vaticano aparece como beato.

Urgell. Soplaban buenos vientos para el reino aragonés, ya que Jaime I estaba ganándose a pulso el sobrenombre de «Conquistador». Caída Mallorca, liberada del moro Valencia, precisamente en el año 1238, el que se supone como fecha de nacimiento de Pedro Armengol, la nobleza feudal sentía alentar en sí todas las ínfulas de poderío y rango. Por el plácido, humanísimo paisaje tarraconense pasaban los campesinos, yendo y viniendo en sus tareas, cuidando el trigo y las legumbres, mimando la uva y la oliva que habrían de dar sus zumos. El trabajo era para ellos, humildes siervos, mientras la ociosidad para Pedro Armengol, libre de infantiles cargas y sinsabores, creciendo a la próxima sombra del castillo de Montblanch. Para el niño, para el chaval, para el adolescente Pedro Armengol quedaba el ejercicio en lides de armas, justas y mando, semilla de soberbia.

Crecían bajo la tierra las semillas, crecía bajo el pecho de Pedro Armengol la semilla de la altivez. Para los nobles feudales no había barreras, ni derechos de los inferiores que guardar, ni recatos de las mozas que respetar: el noble era un ser superior, y superiores eran sus prerrogativas. Bien se estaba aprendiendo esta lección Pedro Armengol, y muy joven ya, imberbe casi, supo hacerse temer de siervos y maridos. Empezaron a correr de boca en boca las noticias de sus hazañas: una riña vengativa con algún joven noble un día, y otro un atropello inicuo, y otro el eco de sus risas juveniles en una partida de desenfreno.

Pero poco era todo eso para Pedro Armengol. Forjaba en su magín imaginadas gestas futuras, peanas para la soberbia. Los tiempos eran propicios para acunar ensueños bélicos y a Pedro Armengol no le bastaba ser como tantos: quería ser el primero, sin poder encima y con poder absoluto sobre otros. Bien estaba que corrieran de boca en boca sus hazañas, pero existían otras que podía realizar y que aún aumentarían su prestigio. Además, su altanería le había malquistado con otros nobles, y el rencor de Pedro Armengol no podía tolerar enemigos. Era preciso que no existiese otra ley que la que él dictara, y un mal día Pedro Armengol abandonó sus lares y sus tierras, menguado campo para su sed de dominio, y cabalgó por tierras catalanas, por montes y prados, por valles y pedregales, por bosques y hondonadas, por riscos y ribazos, a la cabeza de una partida de bando-

leros sin cesar engrosada. Ahora sí que el revuelo de sus hazañas se extendía, ahora sí que el temor a su presencia crecía, ahora sí que existía una sola ley, la del noble Pedro Armengol convertido en capitán de bandidos. Lugarejos y casas solitarias conocieron su irrupción súbita y furiosa, pechos humanos la fuerza de su brazo homicida, pobres gentes las exigencias inquebrantables de aquel joven —apenas veinte años tenía— robusto, enérgico, cruel, renegrido por el sol y el humo de las fogatas nocturnas en las cuevas protectoras.

Corría el tiempo bajo la mirada de Dios, corría el agua bajo los puentes, corría bajo el cielo mediterráneo la partida—polvorienta, sudorosa, temida, inmisericorde— del capitán de bandidos Pedro Armengol.

Pero Dios trabaja pacientemente en sus celadas amorosas, forjando planes, tendiendo lazos, levantando la caza para que luego caiga —no abatida sino liberada— en sus manos que la estaban esperando. Dios también puso celadas de amor a aquel cabecilla de bandoleros que ignoraba, entre sus aventuras y tropelías, lo que le aguardaba. Si innúmeros son los caminos, también las celadas. He aquí cómo fue la preparada para Pedro Armengol.

El rey Jaime I estaba en la cima de su poderío, y poco antes había pacificado las tierras de Valencia de las últimas sublevaciones morunas. Fue preciso pensar entonces en la estabilización de otras fronteras, y don Jaime dirigió su mirada hacia el norte, hacia las regiones pirenaicas sobre las que pesaba la amenaza de las reivindicaciones francesas cuyos monarcas pretendían tener feudo sobre Cataluña, heredado de los carolingios. Se imponía la necesidad de un pacto que delimitara convenientemente los derechos de uno y otro país, con las oportunas renuncias por ambas partes y la creación de lazos familiares por el en aquel entonces sólito procedimiento de un concertado enlace matrimonial.

Para todo ello era necesaria una entrevista. Mas... Mas la época era revuelta, la autoridad real no llegaba a todos los rincones del territorio, y extensas regiones eran escenario de distintos caudillajes que podían hacer peligrosa la ruta de don Jaime de Montpellier. Premisa previa para el viaje era la limpieza de caminos y comarcas, liberándolos de bandidos y salteadores. El rey encomendó la tarea a un noble de acreditada fidelidad,

prudencia y empuje, Arnoldo, descendiente de los condes de Urgell, padre de Pedro Armengol. Arnoldo se puso en marcha con sus hombres, dispuesto a cumplir el encargo del rey, y sintiendo latir al unísono en su corazón la esperanza y el temor.

Esperanza, porque como padre amoroso andaba desde tiempo sobre la incierta pista de su hijo, y acaso la misión encomendada le permitiera toparse con el hijo perdido, y temor porque quizá pudiese confirmar plenamente los rumores que corrían acerca de Pedro Armengol. En aquel tiempo, en que las distancias eran enormes comparativamente con los medios de transporte y de información, no es cosa de extrañar que las noticias que corrían sobre el joven noble que nació en Guardia de Prats fueran imprecisas y contradictorias: quién aseguraba firmemente haberle visto a la cabeza de una tropa de rufianes, quién lo negaba con parecida energía, quién lo situaba en el Pallars, quién en el Bergadá, quién en la Maresma. Combatido por el temor de que Pedro Armengol fuese realmente cabecilla de bandidos y por la esperanza de que el temor se disipara o cuando menos se concretase en algo menos ofensivo para su honor y su amor, Arnoldo inició el recorrido por tierras catalanas, preparando el camino del rey.

Y sucedió que no fue solamente el camino del rey Jaime el que preparó, sino el del Rey de cielos y tierra en su ruta hacia el pecho de Pedro Armengol. Se enfrentó Arnoldo, en su misión, con una de las partidas de bandoleros que más quebraderos de cabeza y peligros le traían. Por la noche, a la luz de las estrellas y del rescoldo del fuego castrense, meditaba una y otra vez Arnoldo en los informes que le iban llegando, y que coincidían en su mayoría en señalar como jefe de la banda de insurrectos a un hombre joven que Arnoldo identificaba con aquel hijo que un día partió de los lares y al que ya no había vuelto a ver. La amorosa celada de Dios iba concretándose, y su instrumento fue una hábil estratagema de Arnoldo, ansioso de cerciorarse de sus sospechas de modo que no se derivara daño para su hijo. La estratagema surtió efecto, y el capitán de bandoleros Pedro Armengol fue desenmascarado ante su padre y perseguidor, Arnoldo. La celada, el lazo se había cerrado, y el otro perseguidor —el divino— cobraba la pieza tras la cual iba desde tiempo.

Por algo ha quedado en el diccionario la palabra nobleza como sinónimo de sentimientos elevados, de grandeza de ánimo. Fue esa nobleza la que salió a luz en el joven Pedro Armengol cuando se vio desenmascarado. Aquello le enfrentó con la imagen real de sí mismo, sin velos ni engaños, y la imagen que le devolvía el espejo de aquella situación límite —no inventada, por cierto, por los novelistas de hoy— fue asaz desagradable, y la vergüenza le invadió. Ante su padre no valían simulaciones ni bravatas, no podía convencerse a sí mismo de que lo que estuvo haciendo durante aquellos años era digno de su alcurnia ni de su honra. No quedaba, tras aquella evidencia, tras aquella luz súbita que sucedía a la anterior oscuridad, más salida que cambiar. Y Pedro Armengol, un día jovenzuelo altanero y vengativo, un día facineroso sin piedad y sin ley, cambió.

A inicios de aquel siglo, y en tierras catalanas, se había fundado una orden que no podía dejar de atraer al joven noble arrepentido. Fue uno de tantos a quienes llegó la influencia de aquella ceremonia fundacional celebrada en la catedral de Barcelona el 10 de agosto de 1218; fue uno de tantos que se sintieron movidos por la estupenda empresa de redimir cautivos. No es raro que Pedro Armengol orientara su vida nueva por el camino marcado por la Orden Mercedaria: era empresa generosa, y ya se dijo que Pedro había guardado en sí, pese a sus defectos, aquel espíritu magnánimo del buen noble, aquel ánimo caballeresco, «desfacedor» de entuertos, aunque muchos hubiera cometido ya en su corta vida. Y sobre orden religiosa, con los tres votos, fue durante un siglo orden militar, lo que probablemente hubo de atraer asimismo al joven noble, crecido en un ambiente que tenía a la milicia como la alta ocupación de las gentes de rancio linaje.

Sea como fuere, Pedro Armengol, abiertos sus ojos a la luz, entró en la nueva orden, despojado de armas homicidas, soberbias, rencores e ilusiones vanas, y provisto de un espíritu de humildad y penitencia que hubieron de quedar bien patentes en su vida conventual barcelonesa con los mercedarios. De las cabalgatas alocadas por tierras catalanas a los paseos meditabundos en una angosta celda iba un mundo, y difícilmente le hubieran reconocido en aquel personaje de hábito blanco los que le trataron anteriormente.

Pero un espacio mucho mayor que el de una celda iba a conocer la sinceridad de sus virtudes y el temple de su ánimo generoso. Tierras peninsulares supieron de aquel hombre que predicaba la redención de cautivos, que vivía en pobreza, que iba y volvía con los rescates liberadores de infelices presos. Tierras africanas le vieron llegar un día, en frágil leño, llevado por idénticos propósitos. Y tierras africanas supieron del loco —«la locura de la cruz»— empeño a que se entregó Pedro Armengol. Si el hecho de quedarse en rehenes no era voto especial, sí era cosa corriente, y aquellas palabras mercedarias posteriores, «quedaré en rehenes en poder de los sarracenos si fuere menester para la redención de cautivos cristianos», fueron muchas veces encarnadas heroicamente.

Por ejemplo, por Pedro Armengol, que quedó en rehenes para liberar a ocho niños víctimas de prisión, como tantos cristianos, luego de piraterías e incursiones del moro. Pedro Armengol, aquel hombre que había puesto pavor a las gentes con la fuerza de su poder y de su brazo, dictador de leyes, se sometía ahora voluntariamente al poder de unos niños, de unos seres débiles e indefensos, y para liberarlos seguía fielmente el ejemplo de la ley de amor que dictó otro brazo, precisamente aceptando que le clavaran en el madero de la cruz. A imitación del Maestro que había elegido, Pedro Armengol salvaba a unos niños a trueque de quedar clavado en una prisión.

Quien conoció el dulzor del aire libre, quien saboreó en tiempos la quietud de una noche sin fronteras y el goce profundo de moverse, respirar y vivir en unas tierras sin horizontes, conoció ahora, y durante largo tiempo, el aire viciado de mazmorras y ergástulas, la invitación inalcanzable de la noche tras una aspillera, el horizonte inmediato de cuatro paredes fétidas. Y todo, escogido voluntariamente, cautivo y víctima por su libre elección.

En Bugía, la «Meca pequeña» de los berberiscos, estuvo Pedro Armengol al filo de la muerte, en un verdadero martirio aceptado. Había salido de la prisión para conocer en la horca la ejecución de la sentencia. Suspendido estuvo en el armatoste mortífero varios días, y las gentes se maravillaban de que aquel condenado no muriese, y aducían, estupefactos, extraños favores infernales. Favores, sí, mas no precisamente del infierno,

sino de la Madre de Dios, que le asistió y sostuvo durante los días y las noches en que Pedro Armengol permaneció en la horca, como hubo de confesar luego por obediencia. Quien por amor a Dios había liberado con su sangre y su vida a tantos cautivos se veía ahora liberado por Dios de la muerte inmediata. De aquel hecho le quedó, ya para siempre y como huellas visibles, una extremada palidez y el cuello un tanto torcido.

Inescrutables son los designios divinos, pero acaso humanamente pueda pensarse que si fue salvado de la horca fue en alguna medida porque el ciclo de su vida no hubiese quedado completo. Porque Pedro Armengol había abandonado sus pasadas pasiones y testimoniado sobradamente sus virtudes; pero ¿no convenía acaso que ese hermoso ejemplo fuese dado precisamente allí donde escandalizó? Y allá, a su pueblo natal, Guardia de Prats, fue a parar durante los últimos años de su vida, luego de su vuelta a la Península. En aquellas tierras de olivos, de avellanos y de vides, a la próxima sombra del castillo de Montblanch, en el plácido, humanísimo paisaje tarraconense corrieron los últimos años de la vida de Pedro Armengol, como corrió su infancia y su juventud primera. Y si entonces dejó ejemplo de orgullo, de sinrazones y de desenfreno, los habitantes de aquellas tierras pudieron ahora comprobar día a día, asombrados y quizá incrédulos al pronto, convencidos y admirados luego, el ejemplo de la caridad y abnegación del mercedario Pedro Armengol. Un día fue temido y hasta odiado, hoy era todavía con mayor unanimidad y fervor venerado. Allá donde había escandalizado, edificaba ahora; allá donde creció su celo egoísta se derramaba ahora su celo altruista; allá donde mostrara los frutos de la soberbia mostraba ahora los frutos ubérrimos de la caridad; allá donde se hizo temer por su altivez se hacía querer ahora por su humildad.

Cuando murió —se señala la fecha de 1304—, la vida de Pedro Armengol estaba completa en su ciclo, y también en sus tierras natales quedaba el testimonio fecundo de la prodigiosa transformación de aquel joven noble. De aquel noble trocado voluntariamente en cautivo, de aquel capitán de bandidos convertido en generoso siervo de los hombres por amor de Dios.

JUAN GOMIS

Bibliografía

Acta sanctorum, t.II p.77-89, 3 de noviembre.
Bibliotheca sanctorum, t.X cols. 792-794.
Butlleti de la Biblioteca de Catalunya 6 (1923/1925) 330, 337-339
RIBER, L., *Els sants de Catalunya,* 6 vols. (1919-1922)
SANCHO, M., *Vida de San Pedro Armengol.*
VILLANUEVA, J. L., *Viaje literario a las iglesias de España* (Valencia 1821).

BEATO NICOLÁS ROLAND

Presbítero y fundador († 1678)

Su vida fue corta, pero sus obras de celo resultaron fecundas. La bondad de su corazón fue su principal arma apostólica y con ella se entregó a los trabajos que le parecieron más urgentes. Éstos se centraron pronto en la educación de los niños y de las niñas que abundaban en todas las ciudades de Francia. Eran tiempos de falsa grandeza, cuando el «rey Sol», Luis XIV, mal aconsejado y deslumbrado por afanes de poder, malgastaba ingentes riquezas en fiestas y en guerras en vez de atender a las necesidades urgentes del reino.

Al lado del gran palacio de Versalles y oyendo de lejos las músicas ampulosas de una Corte que se moría de aburrimiento en las fiestas y en las intrigas palaciegas, la juventud se corrompía en la ociosidad. La infancia, sobre todo femenina, crecía en la miseria moral, en la ignorancia y en el vicio. Lo mismo acontecía en todas las ciudades, como en la señorial Reims, en la que Dios había previsto sembrar semillas luminosas en bien de la educación cristiana de la juventud.

Nicolás Roland fue precisamente uno de los mensajeros enviados por el cielo para ofrecer solución a tantos males. Dios le reservaba un fracaso y un acierto. El fracaso estuvo en el deseo incumplido de formar maestros cristianos que se dedicaran a los niños abandonados. No acabó de hallar camino ni de juntar un grupo de hombres buenos que se entregara con desinterés a la tarea. El triunfo estuvo en la Institución de las Hermanas del Niño Jesús, y en sus escuelas para niñas pobres, que se prolongarían a lo largo de los siglos hasta nuestros días.

No tuvo tiempo de hacer grandes cosas, de escribir amplios libros, de recorrer caminos brillantes. Habría sido un buen es-

critor y un excelente gobernante de Iglesia, si hubiera aceptado los honores que le ofrecía el mundo. Pero su amor a Dios y a las almas fue más fuerte que las tentaciones de grandeza humana. Prefirió dedicarse a la dirección de las almas, a la predicación del mensaje salvador y promover el apostolado de las escuelas, que fueron los tres grandes signos de su vida sacerdotal.

El 3 de diciembre de 1642 nació en Reims. Sus padres, Juan Bautista Roland y Nicolasa Beuvelet, eran pequeños comerciantes de la ciudad, que vivían con cierto desahogo. El hogar contó con cinco hijos, de los que sobrevivieron a Nicolás dos hermanas, Adriana y Bárbara.

En el entorno familiar el carisma de la vocación sacerdotal floreció con abundancia. Su párroco, Mateo Beuvelet, era tío suyo. Él se encargó de sembrar en el corazón del niño la primera ilusión sacerdotal. Otros familiares cercanos vivían en medio de la burguesía local. Parece que ellos fueron quienes ya de joven le brindaron oportunidades de viajar, incluso por el mar, y conocer mundo, de asistir a fiestas y de aspirar a un futuro brillante. Pero al final triunfó en el corazón heroico del joven con tantas posibilidades el ansia de entregarse a Dios en la «carrera» sacerdotal, superior a cualquier otra carrera de gloria humana que le tentaba.

Los padres de Nicolás eran sinceramente piadosos y tenían reputación de caritativos con los pobres que pedían un trozo de pan a la puerta de la casa. Ellos supieron sembrar, con obras más que con palabras, en la mente y en el corazón de sus hijos singular sentido de la compasión y el frecuente gesto de las limosnas. Eran precisamente los niños de la casa los encargados de extender la mano con el regalo del pan para quienes sufrían la penuria y el hambre. Entonces abundaban en Reims los mendigos y en ocasiones oleadas de hambre acompañaban la pérdida de las cosechas o el paso de las tropas de una u otra forma saqueadoras de bienes y alimentos.

Pero esa piedad hogareña no impedía que el padre proyectara para su hijo brillante porvenir en los negocios terrenos o en la magistratura, campos tentadores en los que brillaban otros miembros de la parentela cercana. Entre sus familiares había quienes, piadosos y con recursos, rivalizaban en multiplicar las

limosnas. Con eso dejaban su conciencia tranquila, pues se mostraban como buenos samaritanos. Pero otros advertían que era más importante apoyar el trabajo, el orden y la cultura, más que resolver los problemas e indigencias del momento inmediato.

Nicolás declaró desde sus años juveniles que era mejor lo segundo. Las hermosas lecciones de compasión y de entrega a los necesitados que se grabaron en su personalidad infantil, serían la tónica de su vida sacerdotal.

De niño brilló con dotes intelectuales singulares. Su asistencia escolar y trabajo se desenvolvía en una de las «pequeñas escuelas» que había en la localidad cercana al domicilio paterno. Era una de las varias instituciones regidas por clérigos, que hablaban mucho de Dios y enseñaban el catecismo además de iniciar en la lectura y escritura y en la cultura a los niños de las familias más desahogadas. Donde su inteligencia precoz hizo sospechar para él un futuro deslumbrante fue al ingresar a los doce años en el colegio de los jesuitas. Y aquel niño que ya leía con cierta soltura a los cuatro años, mostró singular destreza para las acciones culturales, singular habilidad en las obras de teatro que por entonces se estilaban entre los estudiantes y dotes de carácter alegre y abierto para la convivencia festiva que siempre terminaba con ejercicios de oratoria o con simulación de polémicas entre escolares.

La seriedad con que se tomó su vocación sacerdotal, una vez que hubo optado por ella, le llevó, con el acuerdo de sus padres, a comenzar estudios de filosofía y teología. Ya en 1653, a los trece años y según las costumbres del momento, recibió la tonsura de manos del obispo de Puy, lo cual le suponía la incorporación al estado clerical, sin necesidad de abandonar sus habituales formas escolares. En Reims implicaba el uso cotidiano del hábito eclesiástico y cierta reserva de vida que debía ser orientada siempre en clave de dedicación eclesiástica.

En 1655 estudiaba ya retórica y teología en el Seminario, interrumpiendo estos estudios hacia 1658. No quedan testimonios de los motivos, por otra parte naturales en aquel tiempo. Pero en 1660, cada vez más firme en sus decisiones sacerdotales, se trasladó a París, para estudiar filosofía y teología, recibiendo la mejor formación que entonces ofrecían los Seminarios de San Nicolás

de Chardonnet, donde latía el espíritu del piadoso Bourdois, San Sulpicio en el que pervivía la figura de J. Olier, y en San Lázaro, en donde brillaba el espíritu de San Vicente de Paúl.

Se sabe además que tuvo especial relación con el jesuita P. Bagot, celoso y devoto defensor de la devoción mariana y promotor de la asociación semisecreta llamada AA. Él fue quien influyó en su corazón y en sus devociones y el que promovió en sus dirigidos claras exigencias ascéticas y fuerte oposición a las turbulencias jansenistas y galicanas, las dos olas del momento que agitaban los estamentos clericales.

Se alojó en el colegio de «Bons Amis». Entre sus relaciones surgieron en 1661 algunos encuentros con los fundadores del Seminario de Misiones Extranjeras. Y en ese contexto brotó la llamada misionera que le rondó en sus años juveniles. En julio se ofreció para ser enviado a Siam o a cualquiera de los lugares lejanos que en aquellos años de expansión francesa se presentaba como una aventura evangelizadora en la mente de muchos jóvenes generosos.

No fue aceptado, tal vez por la precariedad de su salud. Sus estudios continuaron con intensidad y aprovechamiento. Los terminó en 1663 con la consecución del Doctorado en teología, aunque no se sabe exactamente en qué Universidad recibió la graduación. Al año siguiente, recibio el diaconado en fecha imprecisa. Y el 3 de marzo de 1665 fue ordenado sacerdote.

El mismo año de su ordenación, fue designado como canónigo de la Catedral de Reims con el cargo de «teologal», que era equivalente al de predicador oficial en fiestas solemnes y ceremonias singulares. No fue ajeno al honor, y los beneficios económicos concomitantes de tal nombramiento, la influencia de sus tíos Juan y Felipe Roland, también canónigos del benemérito cabildo.

Pero pronto sus méritos personales superaron la influencia familiar, y la serenidad de su juicio, su amplia cultura teológica y la sinceridad de su vida le convirtieron en consejero del arzobispo de la ciudad, que le miraba como una promesa para su catedral y diócesis.

Pasó varios meses en Rouen, en la parroquia de San Amando. Allí conoció al celoso sacerdote Antonio de La Haye, párro-

co de San Amando, que le orientó hacia una mayor perfección y exigencia sacerdotal. Con toda probabilidad también conoció al gran director de almas que era el hoy Beato Nicolás Barré, religioso Mínimo, que se moría de pena al ver a tantos niños y niñas perderse en la ignorancia y en el vicio en la ciudad y en otros lugares. Barré había formado en 1664 en Sottoville, cerca de Rouen, un grupo de Hermanas maestras para las niñas abandonadas y las había llamado Hermanas del Niño Jesús. Roland las conoció y descubrió en la obra la solución que él buscaba para los grandes males del momento.

Por aquellos años hizo diversos viajes misioneros como predicador lleno de unción y de amor a Jesús. De aquella experiencia quedan en sus escritos recuerdos imborrables: «Es necesario cambiar nuestro estilo de predicación y hacerlo más apostólicamente. El pueblo aprovecha poco de los sermones brillantes». De aquellos años también es el recuerdo más frecuentemente citado por sus biógrafos, cuando aluden a las palabras que de él decían sus oyentes al definirle como «el sacerdote que conmueve los corazones».

Hubiera entonces sospechado que su misión estaba en esa parcela de predicador de la palabra divina y en el empeño de extender el mensaje consolador del Evangelio. Pero algo le decía en su interior que Dios le reclamaba hacia otros horizontes. Las consultas que hizo a determinados directores espirituales, sobre todo al P. Barré, le convencieron que en su ciudad natal, Reims, había que hacer escuelas para ser fiel a la voluntad divina.

En 1668 hizo un largo retiro en París. Regresó a Reims y comenzó a entregarse a una intensa actividad predicadora y también se dedicó a la dirección espiritual. Su casa se convirtió en una especie de Seminario preparatorio para jóvenes aspirantes al Sacerdocio que él animaba y ayudaba de diversas formas. Fue la dirección de las almas lo que más tiempo le ocupó en aquellos años. Fiel a las inspiraciones de su época de estudiante, su centro de interés se hallaba en el mensaje evangélico de la encarnación del Hijo de Dios, al que él añadía la total fidelidad a la Iglesia y a las autoridades puestas por Dios en ella.

Sus principios eran contundentes. En una carta escribía:

«Es necesario ser fieles a Dios en las cosas pequeñas del mismo modo que en las grandes. Hay que saber hacerse violencia, pues no hay fidelidad sin violencia. Sólo así se obtiene la ayuda de Dios. Todo esto hay que pedirlo en la oración» *(Cartas de dirección,* c.29).

Y en otra reclamaba:

«Tened presente en vuestra vida espiritual el sacrificio... Tended a la perfección, no por la hermosura de la perfección, sino porque es la voluntad divina» *(Cartas de dirección,* c.15).

Pero su estilo no era el duro concepto de la lucha, sino el alegre estilo de los que aman a Dios y por él aman al prójimo.

«Poneos por encima de las malas impresiones y os mantendréis alegres en medio de las agitaciones y de las luchas interiores, conservando la paz con seguridad de hacer la voluntad de Dios en todo» *(Carta* 6).

Y añadía:

«La caridad para con el prójimo es la más necesaria de todas las virtudes. Prestad con gusto servicios a todos los que viven con vosotros. Haced en todo momento obras de caridad a costa, incluso, de vuestros intereses» *(Avisos a las Hermanas,* 19).

La fe y el celo eran las alas con las que él mismo volaba hacia la santidad. Si se dedicaba a las almas, era porque sabía ver a Dios en todas las cosas y porque tenía una confianza ciega en la Providencia. En el contacto con las almas aprendió, no sólo a vivir personalmente el Evangelio, sino a buscar soluciones a los grandes problemas sociales y morales que existían en el pueblo sencillo y con frecuencia sumido en la ignorancia que lleva al vicio. De esos años es el testimonio que escribía en una carta: «Estoy resuelto a trabajar por fundar escuelas gratuitas para la educación cristiana de las niñas».

En la Cuaresma de 1670 predicó en la parroquia de San Amando, con Antonio de La Haye, en Rouen. Colaboró estrechamente ante las necesidades espirituales y morales del entorno. Decidido a poner en práctica su deseo de ayudar en la educación cristiana de aquel entorno, el 15 de octubre de ese año realizó la defensa legal del orfelinato de Varlet. El 20 de diciembre adquirió la casa de Petit-St-Martin. Y el 27 recibió a las dos maestras que había solicitado al P. Barré, siguiendo su inspiración y ejemplo. Sin darse casi cuenta, y atento a los designios de

la Providencia, se había embarcado en una empresa que no sabía todavía a dónde la iba a llevar.

Albergó a las maestras venidas en su propia casa Eran Francisca Duval y Ana Le Coeur, dos generosas mujeres que iban a sintonizar hermosamente con el fundador Pronto engrosó el grupo con nuevas jóvenes que reclutó para la obra. El 11 de enero de 1671 inauguró para ellas la Capilla de Petit-St-Martin, lo cual le comprometió más con la empresa, que dejó de ser una más de sus aventuras apostólicas y se transformó en el centro de sus inquietudes, sobre todo al ver el bien espiritual que en las niñas y, a través suyo, en las familias realizaba

Para entonces Roland tenía las ideas muy claras sobre lo que iba a ser su obra educadora A las Hermanas las diría con palabras muy claras:

> «Sed fieles en vuestro empleo, no mirandolo mas que con los ojos de la fe No lo mireis como obra de mercenario, sino como labor apostolica Entregaos con la mira puesta en Cristo, puesto que no es otra cosa que continuacion de su vida predicadora Rogadle que os llene del celo que el tenia por la salvacion de las almas [ ] Despojaos en su ejercicio de toda mira espiritual y temporal, pues una verdadera maestra de escuela debe estar muerta a si misma y buscar solo la gloria de Dios» *(Avisos a las Hermanas,* 4)

Fue en 1672 cuando se encontró con el joven canónigo de Reims, Juan Bautista de La Salle, de quien asumió por algún tiempo la dirección espiritual. Ambos se animaban mutuamente en las obras apostólicas. Mientras su dirigido permanecía en el Seminario de San Sulpicio, de París, conservó con él estrecha correspondencia y diversos encuentros en sus viajes a la capital.

Cuando regresó a Reims, al morir con pocos meses de distancia los progenitores del futuro fundador de las escuelas cristianas, le tomó especialmente bajo su prudente dirección. Sus primeras relaciones fueron más bien espirituales, aun cuando le iba inculcando el desprendimiento que él mismo había logrado y que luego manifestaría el Fundador de los Hermanos. Roland entendió pronto que en el canónigo, por su piedad y por su austeridad, se escondían especiales designios de la Providencia. Sin prisas, pero sin pausa, fue cultivando aquella alma que se le había acercado.

En 1673 falleció su padre. Desde entonces se entregó más al apostolado sacerdotal y a la animación de la nueva comunidad de Hermanas del Niño Jesús. Además del orfanato, que había sido su primera obra, se encargó de varias escuelas de barrio. El 13 de junio abrió en Reims la primera escuela propia de las Hermanas, quedando desde entonces el grupo, ya convertido en comunidad, más libre y autónomo para tomar decisiones. El éxito de que pronto se adornaron las escuelas hizo que de otros muchos lugares reclamaran su ayuda para crear nuevas escuelas.

Sus Hermanas maestras iban siendo cada vez más apreciadas y reclamadas en diversos lugares. Y muchos le pedían también que pensara en hacer algo parecido con los niños. Roland insistía con La Salle para que tomara en serio la tarea de formar maestros. La Salle se resistía Demandó ayudas a los amigos y conocidos, pero no hallaba el modo de salir adelante. Era su fracaso del momento o, mejor, no era el momento de la Providencia ni a él estaba reservada esta misión.

El 16 de julio de 1675 se terminó la capilla de las Hermanas. Se inauguró y la obra recibió un impulso extraordinario. Recibió la aprobación de la Regla de la Congregación, por parte del Arzobispo Le Tellier. Las señalaba en ella el nombre de Hermanas del Niño Jesús, por su devoción a esta advocación venerada en el Carmelo de Beaume, su lugar preferido de peregrinación, en donde una imagen del Niño Jesús presidía la vida de las religiosas. El espíritu de esta obra singular quedó consignado en algunas de las consignas, por ejemplo cuando les dice:

> «El fuego sagrado, que debe abrasar a las Hermanas, las lleva a caldear a los demas, sobre todo a las maestras, a las alumnas, y a cuantas personas traten Asi lograran, con los buenos ejemplos y las palabras edificantes, hacer el bien que la Divina Providencia desee Con ese fuego, amaran al projimo, pues Dios no separa la caridad con que quiere que le amemos a Él de la que debemos tener con todos los hombres Este es el principio que debe animar en la instruccion de las niñas en la escuela, no haciendo distincion de personas ni de sus cualidades humanas y naturales» (Virtudes necesarias a las Hermanas)

Por aquellos meses escribió varios libros espirituales; de ellos publicó *Avisos para las personas regulares.* Otros quedaron manuscritos. Se sabe de algunos como el *Pequeño tratado de las*

virtudes que son necesarias a las Hermanas del Niño Jesús, Colección de diversos avisos; y *Conferencias sobre la perfeccion.*

En 1676 legó todos sus bienes para consolidar la obra de las escuelas. Multiplicó sus actividades en favor de los necesitados. Sufrió diversas incomprensiones por parte del Cabildo y de la autoridad eclesial. No podían entender cómo un canónigo brillante como él, de familia distinguida local, podía entregarse de lleno a una tarea con indigentes. Y, sobre todo, no podían asumir el hecho de que se desprendiera de su patrimonio para una obra tan fugaz. Venció fácilmente los obstáculos con la oración y la mortificación. Se conserva una *Memoria al Arzobispo de Reims* exponiendo el sentido y la necesidad urgente de su obra.

Y se recoge ese pensamiento en su *Correspondencia,* no abundante pero suficiente para averiguar lo que latía en aquel corazón de oro y en aquella mente clarividente...

A las Hermanas les dedicaba lo más hermoso de su tarea sacerdotal. Les decía:

> «Tened siempre en vuestro corazon y en vuestra mano un ramillete de tres flores La primera es la rosa, que representa la caridad que debe animar vuestras acciones La segunda es el lirio, que significa la pureza de corazon y de intenciones en el obrar Y la tercera es la violeta, que os trae a la memoria la mortificacion que exige la entrega a quienes dedicais vuestras instrucciones» *(Avisos a las Hermanas,* 4)

En 1677 hizo varios viajes a París para conseguir el reconocimiento civil de su comunidad. Las obstrucciones y demoras le hicieron sufrir mucho y fueron el crisol de su vida espiritual.

En medio de sus tareas educativas, no perdió su gran vocación de predicador evangélico. En marzo-abril de 1678 realizó una gran campaña de predicación y apostolado, ayudando a los padres del Oratorio. El 30 de marzo asistió con gozo a la primera misa de su dirigido Juan de La Salle. En ella intuyó que su hora final se acercaba y que aquel nuevo sacerdote le reemplazaba en su misión de educador.

El 19 de abril tuvo que guardar cama, aquejado de enfermedad mortal. El 23 redactó el testamento. Sus últimas jornadas de agonizante fueron especialmente dolorosas. Y el 27 del mes de abril, a los 36 años, entregó su generosa alma al Creador, siendo enterrado en la capilla de las Hermanas el día 29.

Dejaba un gran proyecto apostólico iniciado, aunque sólo contaba 20 Hermanas, un asilo y cuatro escuelas. En el testamento había dejado escrito el encargo «al Señor Juan Bta. de La Salle y al clérigo Rogier dar terminación a su Instituto y les mandaba que protegieran a las Hermanas y las consiguieran las autorizaciones civiles». Los testamentarios cumplieron su voluntad con la fidelidad que él les había enseñado. El más influyente, La Salle, logró la aprobación de las autoridades. El 12 de diciembre de 1683 el arzobispo de París, Le Tellier, firmó la aprobación de las Constituciones. Juan de La Salle creyó con ello cumplir un deseo de su director moribundo. Y no se dio cuenta de que era el primer paso de un camino que ya el P. Roland bendecía desde el cielo.

El recuerdo de tan piadoso sacerdote y director de almas quedó latente en Reims y en los diversos lugares donde había predicado. La devoción hacia él se mantuvo viva en torno a su sepulcro. Los siglos pasaron, pero no la fama de santidad del piadoso canónigo muerto tan joven.

El proceso sobre sus virtudes y méritos eclesiales se despertó cuando se entró en el análisis de fondo de los que supuso tan egregio sacerdote. Comenzaron a desenterrar su recuerdo y escritos influyentes personas de Reims y se formalizó la causa en la diócesis en 1942 y se concluyó en 1980.

El 7 de julio de 1981 la Congregación para las Causas de los Santos publicó el decreto sobre sus escritos. El decreto sobre la heroicidad de sus virtudes fue promulgado por Juan Pablo II el 21 de diciembre de 1992. El 23 de diciembre de 1993 se declaró oficialmente que la curación de la Hermana Jeanne Régier por intercesión de este piadoso siervo de Dios era algo que no dejaba lugar a dudas. Y el 16 de octubre de 1994 era beatificado por el mismo pontífice durante el Sínodo de los Obispos sobre la vida consagrada.

PEDRO CHICO GONZÁLEZ, FSC

Bibliografía

BERNOVILLE, G , *Un precurseur de St Jean Bte de La Salle Nicole Roland* (Reims 1988)
Positio para la Causa de la beatificacion de Nicolas Roland (Roma 1981)
Roland, canonico Teologo fondatore delle Suore del Bambino Gesu (Roma 1976)

SAN SIMEÓN

Obispo y mártir († 107)

Hijo de Cleofás y primo del Señor, sucede a Santiago al frente de la comunidad cristiana de Jerusalén cuando éste fue martirizado el año 62. Según Eusebio la elección tuvo lugar después de la ruina de la Ciudad Santa, pero más probable parece que fuera a raíz mismo de la muerte de Santiago. Durante su episcopado tuvo lugar la huida a Pella de la comunidad cristiana y él mismo escapó con ello a la búsqueda de descendientes de David que habían hecho Vespasiano y Domiciano. Arrestado en el imperio de Trajano, fue condenado a muerte por ser cristiano y ser descendiente de David, según cuenta Hegesipo. Tenía al tiempo de su martirio por crucifixión 120 años. Su muerte fue hacia 107.

SAN TEODORO DE TABENNA

Abad (s. IV)

Los griegos le llaman Teodoro el Santo. Fue discípulo de San Pacomio que lo introdujo en la vida monástica y le enseñó la conjunción entre vida contemplativa y vida de comunidad. Muerto el santo quedó al frente de la congregación o cadena de monasterios que seguían la regla de vida de San Pacomio. Murió el 27 de abril, probablemente del año 368.

SAN MACALDO

Obispo (s. V)

Macaldo o Maughold era un pirata irlandés convertido a vida honesta por San Patricio y que se fue a hacer penitencia a la isla de Man, donde halló a dos misioneros que San Patricio había enviado previamente. Vivió allí como ermitaño hasta que, muertos los dos misioneros, el pueblo lo eligió como obispo y él gobernó santamente la comunidad cristiana de la isla. Murió h. 498.

BEATA CATALINA (OSANNA DE CATTARO)

Virgen († 1565)

Nació en Kuma, Montenegro, en 1493 en una familia ortodoxa. Enviada a Cattaro (Kator) como criada de la familia Bucchi, conoció aquí el catolicismo y adoptó esta religión. Deseando dedicar su vida al Señor quiso vivir como reclusa. Se hace terciaria dominica, toma el nombre de Osanna, y se recluye a vivir en una celda, entregada a meditar en la pasión de Cristo. Al lado de su celda se edificó un monasterio de monjas dominicas. La gente visitaba y consultaba a Osanna en su celda, en la que perseveró hasta su muerte el 27 de abril de 1565. Su culto fue confirmado el 21 de diciembre de 1927.

SAN LORENZO NGUYEN VAN HUONG

Presbítero y mártir († 1856)

Nació en Ke-Sai, Tonkín, en 1802, en el seno de una familia cristiana. Huérfano desde pequeño lo recoge un tío suyo que se opuso enérgicamente a los deseos del muchacho de ser sacerdote. Por fin pudo ingresar en el seminario de Ke-Non. Ordenado sacerdote, trabajó con gran fruto en varios distritos. Iba a visitar a un cristiano enfermo en el poblado de Tra-Tu cuando es arrestado y llevado a Ninh-Binh. Se trató a toda costa de obtener su apostasía. Perseveró firme y sereno en la confesión de la fe. Condenado a muerte, pudo recibir la disimulada visita de un sacerdote que le administró los sacramentos. Se dirigió al lugar del martirio rezando su breviario. Fue decapitado el 27 de abril de 1856. Fue canonizado el 19 de junio de 1988.

BEATA MARÍA ANTONIA BANDRÉS Y ELÓSEGUI

Virgen († 1919)

Nació en Tolosa el 6 de marzo de 1898, hija de un abogado, en el seno de una numerosa y cristiana familia. Alumna del colegio de las Hijas de Jesús, conoció allí a la fundadora de la congregación, Beata Cándida María de Jesús. Joven piadosa y

caritativa, unos ejercicios espirituales en Loyola la deciden a consagrarse a Dios en la vida religiosa y opta por la congregación de las jesuitinas con las que se había educado. Ingresa en el noviciado de Salamanca el 8 de diciembre de 1915. Tras la conveniente preparacion hizo los votos el 31 de mayo de 1918 y muy poco despues se le declara una grave enfermedad. Ella se había ofrecido por entero al Señor y había ofrendado su vida por la conversión de su padrino. El médico que la atendía comprendió muy bien que se trataba de una enfermedad mortal. De cada visita salía edificado y admirado de la virtud de la joven religiosa, lo que comentaba con su amigo don Miguel de Unamuno. Ambos admiraban sobre todo la transparencia de la fe de la joven en la inmortalidad y la vida eterna. En la enfermedad practicó de manera ejemplar todas las virtudes, edificando a las religiosas y a cuantos trataron con ella Murió el 27 de abril de 1919. Fue beatificada junto con la fundadora el 12 de mayo de 1996

28 de abril

A) MARTIROLOGIO

1 En Futuna (Oceania), San Pedro Luis Chanel († 1841), presbitero, de la Sociedad de Maria **

2 En St Laurent-sur Sevre (Francia), San Luis Maria Grignion de Montfort († 1716), presbitero, fundador de la Compañia de Maria y de la Congregacion de Hijas de la Sabiduria **

3 En Beziers (Francia), San Afrodisio (s II), primer obispo de la ciudad

4 En Nicomedia, los santos Eusebio, Caralampio y compañeros, martires (fecha desconocida)

5 En Ravena (Italia), la conmemoracion de San Vital, que se venera junto con los martires Valeria, Gervasio, Protasio y Ursicino (fecha desconocida)

6 En Cirta (Numidia), San Agapio († 259), obispo y martir

7 En Dorostoro (Mesia), los santos Maximo, Dada y Quintiliano (s IV), martires

8 En Tarazona (España), San Prudencio (s V-VI), obispo *

9. En Sulmona (Abruzo), la deposición de San Pánfilo († 700), obispo de Corfinio.

10. En Poggibonsi (Toscana), Beato Luquesio († 1260), terciario franciscano *.

11. En St. Laurent-sur-Sèvre (Francia), Beata María Luisa de Jesús Trichet († 1759), virgen, primera religiosa de la Congregación de las Hijas de la Sabiduría **.

12. En Ninh-Binh (Tonkín), los santos Pablo Pham Khac Khoan, presbítero, Juan Bautista Dinh Van Than y Pedro Nguyen Van Hieu († 1840), catequistas y mártires *.

13. En el campo de concentración de Mauthausen (Austria), Beato José Cebula († 1941), presbítero, de la Congregación de los Oblatos de María Inmaculada, mártir *.

14. En Magenta (Italia), Beata Juana Beretta de Molla († 1962), madre de familia **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN LUIS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT

Presbítero († 1716)

Es el apóstol por excelencia de la Santa Esclavitud de María, o de la Perfecta Consagración a la Santísima Virgen, según la fórmula por él popularizada: «Por María, con María, en María, para María».

Nació el 31 de enero de 1673 en Montfort (Bretaña francesa), no lejos de la ciudad de Rennes. Fueron sus padres Juan Bautista Grignion y Juana Robert de la Biceule. Bautizado con el nombre de Luis el 1 de febrero en la iglesia parroquial de San Juan, hizo su primera comunión en el vecino pueblo de Iffendic. El nombre de «María» lo tomó en la confirmación.

Ocho años de estudios, hasta el primero de teología inclusive, en el colegio de los padres jesuitas de Rennes (1685-1693), donde fue congregante mariano y trabó amistad con sus compañeros Juan Bautista Blain y Claudio Poullart des Places; y otros ocho en París (1693-1700) completando los estudios de teología y preparándose para el sacerdocio a la sombra del seminario de San Sulpicio. El 5 de junio de 1700 era ordenado sacerdote, y poco después, en el altar de Nuestra Señora de San Sulpicio, que muchas veces, con cariño filial, había él adornado,

decía su primera misa: «como un ángel», en expresión de su amigo Blain.

Su gusto hubiera sido consagrarse a la evangelización de los infieles en las misiones extranjeras; pero su director, el señor Leschassier, que lo era de San Sulpicio, tenía otros planes. Los jansenistas de Nantes monopolizaban por entonces la enseñanza en aquella ciudad. Dueños de la Universidad, habían logrado, además, eliminar del Seminario Mayor a los sacerdotes de San Sulpicio. Para contrarrestar su influjo en el clero, un santo sacerdote, René Lévêque, de la diócesis de Nantes, en unión con uno de los arcedianos de la misma, el señor Jonchères, había fundado una asociación de celosos sacerdotes, que formaron la Comunidad de San Clemente, así llamada por la parroquia a que fueron adscritos. El señor Jonchères se encargó del Seminario y el señor Lévêque de la Comunidad. Como auxiliar de este último, ya anciano, era enviado a Nantes Montfort. La estancia iba a ser para él durísima. En el Seminario, se había infiltrado el espíritu jansenista en la persona del profesor Lanoë-Menard, y, obligada a oír sus conferencias, se había contagiado también la Comunidad de San Clemente. Muy pronto se dio cuenta Montfort de aquel ambiente, irrespirable para un fervoroso hijo de la Iglesia romana.

Providencialmente Dios le sacó pronto de aquella casa, encaminándole a Poitiers, donde le esperaban no ligeras cruces, pero donde encontraría a la que años adelante, bajo su dirección, sería la fundadora de las Hijas de la Sabiduría, María Luisa Trichet, hija del primer magistrado de aquella ciudad. Nombrado capellán del hospital de Poitiers, por tres veces fue despedido malamente de él. En una de estas ocasiones se trasladó a París. Destrozado del viaje, hecho como siempre a pie, se acogió al hospital de La Salpêtrière, en el cual, escribía él, se encontró con 5.000 pobres enfermos. Apenas repuesto un poco, había comenzado a ejercitar allí el oficio de enfermero con la misma heroica abnegación que en Poitiers, cuando un día, al sentarse a la mesa, encontró bajo su cubierto una esquela en que se le despedía. Y allí quedaba sin asilo y sin pan en medio de la ciudad inmensa. El pan se lo dieron de limosna las benedictinas del Santísimo Sacramento, y, por fin, bajo una escalera en la calle

del Pot-de-fer, halló un cuchitril donde cobijarse. En este rincón se cree que escribió su primer libro, *El amor de la sabiduría eterna,* y en este inmenso desamparo fue donde comenzó a planear la fundación de la Compañía de María, poniéndose al habla con su antiguo condiscípulo Poullart des Places.

Vocación definitiva de Montfort era la de misionero popular. En el mismo Poitiers dio ya con gran fruto cuatro o cinco misiones; pero, en vista de las dificultades que se le presentaban en aquella y en otras diócesis de Francia, pensó de nuevo en las misiones de ultramar, y con este intento se encaminó a Roma para pedir la bendición del Papa. El 6 de junio de 1706 era recibido en audiencia por Clemente XI, el debelador del renacido jansenismo, que le mandó quedarse en Francia. Para autorizar sus misiones le concedió el título de misionero apostólico.

En los diez años escasos que le quedan de vida Montfort misionará, primero en medio de grandes contrariedades, en las diócesis de Rennes (1706), de Saint Malo y de Saint Brieuc (1707-1708) y en la de Nantes (1708-1711). Sólo los cinco últimos años (1711-1716) trabajará con alguna tranquilidad en las diócesis de La Rochela y de Luçon, cuyos prelados no se habían doblegado al jansenismo. En estos últimos años, sobre todo, se esforzará por formar sus Congregaciones religiosas.

Una de las grandes tribulaciones de la primera etapa (1706-1711), tal vez la mayor de toda su vida, fue la demolición ordenada por Luis XIV, siniestramente informado, del grandioso Calvario de Pontchateau, en que, durante quince meses, dirigidos por Montfort, habían trabajado más de 20.000 obreros. Las misiones en las diócesis de La Rochela y de Luçon fueron en conjunto triunfales, aunque no sin cruces: «Ninguna cruz: ¡qué gran cruz!», solía decir el Santo.

En las afueras de La Rochela, y en una ermita llamada de San Eloy, fue donde compuso las *Reglas de las Hijas de la Sabiduría,* y también, según se cree, el tratado de *La verdadera devoción.* Allí, una vez más, sintió la necesidad de reclutar un escuadrón de sacerdotes que se dedicaran a misionar por los pueblos. Tal vez allí brotó de sus entrañas la llamada justamente *oración abrasada.*

Un viaje a París en el verano de 1713 buscando candidatos para la Compañía de María en el seminario fundado por su con-

discípulo Poullart, y otro a Rouen, en el de 1714 para invitar a su amigo Blain, canónigo en aquella catedral, a que se le uniera en el proyecto de esta fundación. A la vuelta de este viaje se detuvo unos días en Nantes, en la casa de los «Incurables» por él fundada; y en Rennes, el último día de unos ejercicios hechos en su antiguo colegio, escribió la encendida *Carta a los amigos de la cruz*.

Vuelto a La Rochela, se ocupó, sobre todo, en organizar las escuelas de caridad, y fue allí donde, llamadas por él, vinieron a encontrarle sus hijas, María Luisa Trichet y Catalina Brunet —otra joven vivaracha de Poitiers—, para ponerse al frente de las escuelas de niñas, que se llamarían «Escuelas de la sabiduría».

Pero se acercaba el fin de su vida —él había presentido y aun predicho que moriría antes de acabarse aquel año 1716—, y las fundaciones por que tanto había suspirado apenas estaban esbozadas. Había que alcanzar del cielo su desarrollo; y acudió a Nuestra Señora de Ardillers. Postrado a sus plantas se sintió escuchado. Ya podía morir.

Su última misión fue la de San Lorenzo de Sèvre. Podría decirse que la muerte le asaltó en el púlpito, predicando el último día por la tarde ante su gran amigo el obispo de La Rochela. El 27 de abril, después de dictar su testamento en el que pedía que su corazón fuera enterrado bajo la tarima del altar de la Santísima Virgen, entregaba su espíritu al Señor. Tenía cuarenta y tres años y tres meses. No menos de 100.000 personas de la comarca acudieron a venerar los restos de su apóstol.

Apenas ha podido entreverse por lo dicho aquí la eficacia extraordinaria de su palabra evangélica. Debíase esta eficacia, desde luego, a la gracia divina, que el Santo alcanzaba muy principalmente por intercesión de la Virgen Santísima. Junto con el crucifijo llevaba él siempre consigo una estatuita de Nuestra Señora, que instalaba en su habitación, en el confesonario, en el púlpito.. en todas partes: Era la «Reina de los Corazones». A los ojos del pueblo, su vida penitente, su pobreza en el vestir, su espíritu de oración, su modestia constante, le conciliaban la veneración de todos. Venía sobre esto la predicación sabia y ardiente. Al mismo tiempo Montfort era maestro en utilizar toda clase

de recursos populares. Hasta siete procesiones, nos dice su contemporáneo Grandet, organizaba en cada misión. Especial solemnidad revestía la de la renovación de las promesas del bautismo. Otro elemento capital en todas sus misiones eran los cánticos. Son unos 24.000 los versos compuestos por él, que abarcan todos los temas usuales en las Misiones.

Nada podemos decir aquí del desarrollo que, por fin, han logrado sus fundaciones religiosas. En cuanto a sus libros, ya se indicó la difusión inmensa que han tenido *El secreto de María* y *La verdadera devoción*. Esos y los demás pueden verse en la edición española de la BAC, vol. III (1954), donde se hallará, en la introducción, la bibliografía que puede desearse. El 22 de enero de 1888 el siervo de Dios fue beatificado por León XIII; y el 20 de julio de 1947 canonizado por Pío XII.

CAMILO M.ª ABAD, SI

Bibliografía

BERNOVILLE, G., *Grignion de Montfort, apôtre de l'école et les frères de Saint-Gabriel* (París 1946).

CLORIVIERE, P DE, *La vie de M. Louis-Marie Grignion de Montfort* (París 1785).

GRANDET, J., *La vie de Messire Louis-Marie Grignion de Montfort, prêtre du clergé* (Nantes 1724).

JAC, L., *Le bienheureux L.-M. Grignion de Montfort* (París 1903).

LAVEILLE, A., *Le bienheureux L.-M. Grignion de Montfort* (París 1907).

MORINEAU, B.-M., *Saint Louis-Marie Grignion de Montfort* (París 1947).

Obras de San Luis M. Grignion de Montfort, editadas por N. PÉREZ y C. M.ª ABAD (BAC, 111; Madrid 1954); nueva ed. por L. SALAUN PERROT, *San Luis María Grignion de Montfort. Obras* (BAC, 451, Madrid 1984).

QUERARD, J M., *Vie du bienheureux L.-M. Grignion de Montfort,* 4 vols. (Rennes 1887).

— Actualización:

PAPASOGLI, B., *Montfort: un uomo per l'ultima chiesa* (Roma ²1991).

REY-MERMET, TH., *Luis María Grignion de Montfort (1673-1716)* (BAC Popular, 92, Madrid 1988).

BEATA MARÍA LUISA DE JESÚS TRICHET

Virgen († 1759)

Uno de los santos misioneros populares entre los siglos XVII y XVIII en Francia fue sin duda San Luis María Grignion de Montfort (1673-1716). A su actividad misionera unió la preocupación constante por la atención a los más pobres. En este

quehacer apostólico, que confiaba como todas sus obras a la inspiración y patrocinio de la Virgen María, el santo misionero encontró una mujer que quedó contagiada de este amor entregado a los más abandonados. Ella fue la Beata Luisa María Trichet, quien aportó sensibilidad femenina y ternura maternal para completar la labor apostólica de San Luis María. A la fundación de una congregación masculina, la Compañía de María, para la evangelización de las parroquias rurales y urbanas mediante las misiones populares, el padre Montfort añadió, con la colaboración de María Luisa, la femenina, las Hijas de la Sabiduría: consagradas al que es la Sabiduría, el Verbo encarnado, que tomó las debilidades y flaquezas de la naturaleza humana, para que estas religiosas del que es la Sabiduría de Dios encarnada aprendieran a servir a quienes encarnan el rostro de Cristo doliente, los marginados de la educación y de la atención sanitaria. La Beata María Luisa de Jesús siguió con docilidad al gran maestro y misionero para compartir su carisma, para impregnarse de la sabiduría del Evangelio, con obediencia clarividente a las palabras de Jesús en San Mateo: «Cuanto hicisteis a uno de estos mis hermanos pequeños, a mí me lo hicisteis» (Mt 25,40). En la Francia convulsa entre los siglos XVIII y XIX, María Luisa supo permanecer siempre fiel al mandato evangélico abrazando la sabiduría de la cruz e inundando de caridad un mundo injusto y violento dislocado por la locura del egoísmo y la insolidaridad.

Nació María Luisa en Poitiers (Francia) el 7 de mayo de 1684. Fue la primogénita de los ocho hijos que tuvieron Julián Trichet y Francisca Lecoq. El mismo día de su nacimiento fue el de su regeneración en las aguas bautismales de la iglesia de San Esteban. Su padre ocupaba un cargo importante en la administración de Poitiers; era un cristiano inteligente, enérgico y recto, pero de corazón bondadoso. María Luisa recibió una sólida educación en la escuela de las Hijas de Nuestra Señora.

En la adolescencia ya sintió la llamada a la consagración total a Dios. Fue providencial y decisivo su encuentro, cuando tenía 17 años, con San Luis María Grignion de Montfort. Desde entonces ya pudo orientar su vida de fervor y de entrega. Hizo

una experiencia breve de vida religiosa en el noviciado de las canonesas agustinas en Chatellerault. Salió de la canónica por motivos de salud o, tal vez, porque descubrió que la casa religiosa estaba infectada del virus jansenista. Volvió al hogar, a Poitiers, y se puso bajo la dirección espiritual de Grignion de Montfort.

El apostólico sacerdote ya estaba planteándose la fundación de las Hijas de la Sabiduría. Descubrió en María Luisa el fundamento de la congregación proyectada, pero aún los tiempos no estaban maduros. Le dice escuetamente a la joven: «Sí, tú serás religiosa». En María Luisa crecían de día en día vivos deseos de consagración religiosa. Al insistir en su decisión de consagrarse totalmente a Dios, el santo fundador, que era el capellán del hospital de Poitiers, le contesta como bromeando: «Pues vente a vivir en el hospital». Fue como una inspiración divina, misteriosa a primera vista e inconcebible en aquella época para una joven burguesa. María Luisa se siente llamada, por la voz de su padre espiritual, a ir a vivir con los más abandonados. Pero la administración del hospital no podía aceptar de momento nuevas gobernantas. Entonces, con heroica resolución, pide al obispo una carta de recomendación para entrar «como pobre» en el hospital. Y el obispo accede a sus deseos.

En enero de 1703 el capellán del hospital y director de la futura cofundadora, la acoge en el centro asistencial que cuida espiritualmente. Ya entonces el padre Montfort había formado una asociación, el cenáculo de la Sabiduría, en el que introduce a la nueva pobre y servidora de los enfermos. El cenáculo reunía a una docena de mujeres pobres hospitalizadas que intentaban vivir con radicalidad el Evangelio, la espiritualidad de la Sabiduría. Esta reunión de mujeres piadosas iba preparando el camino para la fundación, que Luis María llevaba en su corazón, el de una congregación de mujeres consagradas a la Sabiduría, el Verbo encarnado, para llevar la «locura» del Evangelio a la actividad apostólica, para que fueran solidarias de los oprimidos, de los desheredados, de los no amados. Su carisma debía concretarse en la atención constante a los marginados mediante la atención sanitaria y la educación.

El 2 de febrero de 1703, en fiesta tan señalada para la tradición de la vida religiosa: la Presentación del Señor y la Purifica-

ción de Nuestra Señora, nacen las Hijas de la Sabiduría. Sor María Luisa de Jesús es la primera en recibir de manos del fundador el hábito del nuevo Instituto, llamado a proclamar, con obras y de verdad, la Sabiduría del Mesías Crucificado, locura para los no creyentes, pero poder y sabiduría de Dios para los llamados a ser discípulos del Señor y a dejarse guiar por su Espíritu (cf. 1 Cor 1-2).

Siguen diez años de vida oscura, misteriosa, vivida con fe ardiente, con una adhesión inquebrantable a la voluntad de Dios, con un amor heroico que le hace superar obstáculos sin fin. Son años de absoluta soledad —sólo al cabo de estos diez años tendrá una compañera—; son años, pues, de espera, de incertidumbre, gastados en el hospital con celo, con caridad, con la oposición y zancadillas de las gobernantas. Otro sufrimiento se añade a esta soledad: la falta del apoyo del fundador, Luis María Grignion, que ha sido alejado de Poitiers por las intrigas malvadas de sus enemigos.

En 1715, en La Rochelle, puede disfrutar, por breve tiempo, de la ayuda y consejo de San Luis María. Pueden redactar juntos finalmente la Regla de las Hijas de la Sabiduría, que reciben la aprobación del obispo Mons. E. de Champflour el 10 de agosto. En La Rochelle constituye formalmente la primera comunidad religiosa con cuatro hermanas que prestan sus servicios a los pobres del hospital general y dirigen la «escuela de la caridad». Al año siguiente, el 28 de abril, muere el santo fundador.

Sor María Luisa queda entonces como única responsable de la dirección y del desarrollo de la congregación, que se encuentra en sus inicios, que no son nada fáciles y que la llevan al borde de la desaparición. Pero la cofundadora no se arredra. Con visión de futuro, establece en Saint-Laurent-sur-Sèvre, en la Vendée, la casa madre y el noviciado, en medio de extrema pobreza, contando con la colaboración de los padres de la Compañía de María, fundada por San Luis María. Son los años difíciles que transcurren entre 1717 y 1720. Superaba todos los obstáculos que se le oponían con un mismo método y motivación: discerniendo cuál era en cada momento la voluntad de Dios, para aceptarla y cumplirla pese a cuantas dificultades surgiesen.

De 1725 a 1748 se ocupa de la propagación de su Instituto; funda nuevas casas siempre con la mirada puesta en el servicio a los más pobres. Pasa temporadas largas en estas casas para formar y orientar a las hermanas que encuentran siempre en ella un ejemplo a imitar. Resplandece su carácter y virtud especialmente en la fundación de Niort. Son tan heroicos sus actos de caridad que las abandonadas, a quienes sirve maternalmente, llegan a llamarla «Madre-Jesús». Sus hijas religiosas alcanzan cimas de entrega total, sin reservas: muchas fallecen de cansancio, de tantas horas de servir a los más pobres y desechados. Alguien llegó a llamar a Niort la «tumba de las Hijas de la Sabiduría».

La vida no le ahorró la cruz de una oposición frontal y absurda. Religiosas intrigantes le proporcionaron lo que un biógrafo de la Beata ha llamado «sangrienta persecución». En medio de sus dolores, se agarró amorosamente a la Cruz de Cristo.

En la casa madre que había fundado, después de aceptar con paciencia su última enfermedad, pasó de la muerte a la vida para siempre el mismo día en que muriera en 1716 su padre espiritual y fundador, San Luis María, el 28 de abril de 1759. Había cumplido 75 años, de los cuales había dedicado casi 60 al servicio de Dios y de los hermanos más pobres, de los que más sufrían.

Sus despojos encontraron el merecido y honroso descanso en la parroquia de Saint-Laurent-sur-Sèvre, junto a la tumba de San Luis María. En torno a su sepulcro floreció enseguida la fama de santidad. Hijos e Hijas de los bienaventurados fundadores han encontrado siempre junto a sus sepulcros luz y aliento para cultivar su carisma y orientar su celo. De la cofundadora, muy bien escribió su primer biógrafo y superior general de la Compañía de María: era una copia viviente de las virtudes de Jesús-Sabiduría.

Tras la muerte de sor María Luisa, sobre todo a partir de 1789, se multiplicaron las vocaciones de su congregación, pero durante la Revolución Francesa las Hijas de la Sabiduría pagaron un fuerte tributo de sangre con unas cincuenta víctimas. Pasadas aquellas turbulencias, florecen nuevas vocaciones a lo largo del siglo XIX y las Hijas de la Sabiduría vuelven a escribir

páginas gloriosas en la historia religiosa de Francia. En 1964 las cifras de la congregación alcanzan sus cotas más altas: llegan a ser más de 5.000, con casas en los cinco continentes, en unos 30 países. A partir de 1966 se nota un descenso en el número de Hermanas, especialmente en Europa, pero se aprecia un notable crecimiento en los pueblos del Tercer Mundo.

Entre los años 1953-1954 se incoó y formó el proceso informativo de la causa, tras la canonización de Luis María Grignion de Montfort en 1947 por el papa Pío XII. Juan Pablo II declaró venerable a la sierva de Dios el 10 de julio de 1990 al reconocer sus virtudes heroicas. En 1992 el mismo pontífice aprobó el milagro requerido para la beatificación, que se celebró solemnemente en San Pedro del Vaticano el 16 de mayo de 1993. En la homilía, predicó Juan Pablo II:

> «Guardar la palabra de Cristo, Sabiduría eterna de Dios, permanecer fiel a sus mandamientos, consiste en aprender, como lo hizo Madre María Luisa Trichet en la escuela de San Luis María Grignion de Montfort, a meditar la grandeza infinita de su presencia y de su acción en el mundo María Luisa de Jesus se ha dejado prender por Cristo, pues buscó apasionadamente la alianza interior entre la sabiduria humana y la Sabiduría eterna El despliegue natural de esta union tan intima y profunda desembocó en una acción apasionada hacia sus contemporaneos mas pobres La adoración de la Sabiduria del Padre, encarnada en su Hijo, conduce siempre a servir día a día a aquellos que nada tienen para agradar a los ojos de los hombres, pero que resultan muy queridos a los ojos de Dios»

Invitó el papa a dar gracias a Dios por la fundación de las Hijas de la Sabiduría, fruto de la santidad personal de San Luis María y de la Beata María Luisa de Jesús.

> «La eminente caridad de ambos, su espíritu de servicio, su aptitud para conservar como la Virgen María "todo en su corazon", hoy se nos ofrecen para imitar y para compartir»

PERE-JOAN LLABRES Y MARTORELL

Bibliografía

AAS 86 (1994) 561-563

Bibliotheca sanctorum Appendice prima, cols 1397-1398

BESNARD, C , *La vie de la soeur Marie Louise de Jesus, premiere superieure des filles de la Sagesse* (Roma 1985)

DERVAUX, J F, *Folie ou Sagesse?* (Paris 1950)
NAVA, P L, «Luis Maria Grignion de Montfort», en C LEONARDI A RICCARDI G ZARRI (dirs), *Diccionario de los Santos,* I (Madrid 2000) 1 516 1 521
L'Osservatore Romano (16, 17/18 5 1993)
TEXIER, J, *Marie Louise de Jesus, premiere superieure de la Congregation de la Sagesse* (Paris 1901)

SAN PEDRO LUIS CHANEL

Presbítero († 1841)

El primer santo de Oceanía era francés de nacionalidad pero se había consagrado a la evangelización de las islas de aquel inmenso oceano que da nombre a Oceanía y allí en el desempeño de su servicio evangelizador halló el martirio. Por ello, tras ser canonizado, y como primicias de una Iglesia plantada con tantos esfuerzos y regada ya con sangre martirial, ha entrado en el misal romano y se celebra su memoria litúrgica en todo el extenso rito romano.

Nació en Cuet, un pequeño pueblo cerca de Bourg-en-Bresse, el 12 de julio de 1803. Se acababan para Francia los tiempos más duros de la Revolución Francesa pero se abrían otros no menos agitados: los tiempos de Napoleón, para entonces primer cónsul, y que al año siguiente del nacimiento de Pedro Luis se convertiría en emperador. La Revolución no le había venido mal a la familia de Pedro que había logrado mejorar fortuna en ese período, y para entonces era una familia acomodada dueña de campos. Era una familia creyente y Pedro halló clima de fe en su propio hogar. De la mano de su madre comenzó a ir a la parroquia cada domingo en cuanto llegó a los siete años Pensando en su formación humana los padres lo enviaron a Cras, donde tenía parientes y donde había una buena escuela en la que entró como alumno. Y su estancia en Cras le sirvió para conocer a un celoso sacerdote, el abate Trompier, a quien el chico tomó mucho afecto. Este sacerdote tenía relación epistolar con misioneros y las cartas llegaban a manos de Pedro, que las leía con emoción y gusto. Cuatro años llevaba en Cras cuando al abate Trompier lo destinaron al pueblo de Monsols. Los padres de Pedro, conociendo el afecto del muchacho al abate, le dieron permiso para que se fuera con él y viviera en la casa rectoral de

dicho pueblo. Pero esta estancia en Monsols duró solamente un año, pues el abate era al año siguiente destinado de nuevo a Cras, y entonces naturalmente vuelve con él Pedro, que ya no se reincorpora a la casa de sus familiares sino que sigue viviendo con el abate en la casa rectoral. Prepara a Pedro para la primera comunión que, según la costumbre de entonces, recibió a los catorce años en 1817. Pero para entonces ya bullían proyectos en el corazón del jovencito: quería ser sacerdote y además misionero. Para ir por partes, el abate le aconsejó que primero se hiciera sacerdote y luego ya tendría oportunidad de encontrar forma de cumplir su anhelo misionero. Planteadas las cosas así, Pedro se preparó para ingresar en el seminario y efectivamente en 1819 ingresaba en el seminario menor de Meximieux. Estudió con ahínco, sacó buenas notas, tuvo buena conducta y aprovechaba obviamente en la vida espiritual. Un superior del seminario, el P. Loiras, con dos compañeros, marchaba como misionero a Canadá, y le pareció a Pedro que aquélla era una excelente oportunidad para lograr su objetivo. Pero con buen criterio se le dijo que era mejor que pasara a estudiar la filosofía al seminario de Belley y dejara para más tarde la ida a las misiones. Así se hizo y entre el 1 de noviembre de 1823 y la misma fecha del año siguiente estuvo en el seminario indicado. Pasa luego al seminario de Bourg, donde estudia con provecho la teología y es admitido al sacerdocio el 15 de julio de 1827. Pedro es feliz de haber alcanzado su primera meta. El obispo no ignoraba las ansias misionales del neosacerdote pero le dice que al menos un tiempo la diócesis necesita sus servicios, en justa compensación a la formación intelectual y moral que le había dado. Pedro se dispuso a servir a la diócesis con la mejor voluntad donde ésta le pidiera. Y así marchó a Ambérieu en calidad de vicario, y tuvo la agradable sorpresa de encontrar una parroquia muy misionera pues en ella había estado el abate Bonnand, que sería con el tiempo obispo en las misiones. Al año siguiente lo destinan a la parroquia de Crozet, necesitada de un sacerdote pacífico y de buen carácter.

La hora de su destino misionero estaba para sonar en el reloj de Dios, pero no por el camino que Pedro pensaba. Él creía que, terminado su servicio a la diócesis, se le permitiría irse con

el P. Loiras, obispo ya de Dubuque. Pero en julio de 1830 es destronada, esta vez definitivamente, la vieja dinastía de los Borbones, y se alza en su sitio como rey de los franceses Luis Felipe de Orleáns, y esta revolución hizo imposible la marcha a Canadá. Pero se le abrió otra puerta: el P. Colin había fundado la congregación de los maristas, con claros fines misioneros. La congregación estaba en pleno período fundacional. Pedro se acercó a Colin y le pidió lo admitiera entre los suyos, lo que hizo el fundador en el acto. Y como tenía a su cargo el seminario menor de Belley, lo destinó a profesor del mismo. Volvió, pues, Pedro al mismo edificio donde había estudiado la filosofía. Con diversos cargos estará en esta institución los años siguientes.

Colin quería que Roma le confiase algún distrito misional, y cuando supo que no estaban asignados los de Oceanía, salvo el ocupado por los PP. de los Sagrados Corazones, le pidió a Pedro que lo acompañara, y ambos sacerdotes se presentaron en Roma. Era el año 1833. Estaba en la sede de Pedro el papa Gregorio XVI, que quería dar un nuevo impulso a la evangelización de los países paganos. Era verano cuando los dos maristas viajaron hasta Roma. Visitaron con fervor las basílicas, y recibidos en la Sagrada Congregación de Propaganda Fide expusieron que estaban constituyendo una nueva congregación de finalidad misionera y que estaban dispuestos a aceptar cualquier distrito de Oceanía que quisieran darles. La Sagrada Congregación tomó nota del ofrecimiento pero no dijo nada más de momento. Colin y Pedro regresaron a Belley y se pusieron en manos de la Providencia. Mientras tanto Colin activaba la aprobación de su congregación.

Pasaron dos años y medio hasta que el 23 de diciembre de 1835 la Sagrada Congregación, visto el ofrecimiento del P. Colin, encargaba a la congregación de los Maristas de la parte de Oceanía no encargada a los Padres de Picpus. Cuatro meses más tarde, el 29 de abril de 1836, la Santa Sede aprobaba la nueva congregación. El 24 de septiembre el P. Colin, elegido superior general de la misma, recibía la profesión religiosa de Pedro Luis María —así su nombre en adelante— Chanel y otros diecinueve religiosos. El P. Colin le dio la alegría de ins-

cribirlo en el primer envío de misioneros que hacía la congregación.

Como superior de la misión se constituyó al P. Juan Pompallier, designado Vicario Apostólico y que no era religioso marista. Nombró pro-vicario a Pedro Luis. La partida fue del puerto de El Havre el 24 de diciembre de aquel año con destino a Valparaíso, de donde seguirían viaje a Oceanía. Tenían un plan concreto, pero luego surgen algunas dificultades y cuando desembarcan en la isla de Futuna se le pregunta a Pedro si quiere quedarse en esa isla. Pedro contesta que obedecerá lo que se le mande. Y se le deja allí acompañado de un hermano lego, el Hno. María Nicecio Delorme, de 20 años. Era el 12 de noviembre de 1837. Pedro había llegado a territorio misional.

La isla de Futuna no es una gran isla, pero además de ser pequeña está dividida en dos zonas naturales por una montaña. A un lado y a otro de la isla vivían dos tribus, que no solamente eran distintas sino que eran rivales. Eran los *sigave* y los *alo.* Estos últimos tenían mejores armas que los primeros. Pero aquella tribu era incitada por un joven indígena ambicioso a intentar alcanzar la supremacía. Pedro se quedó con la tribu más débil y se sirvió de un hombre de negocios inglés, que hablaba la lengua local, para decirles a los nativos su propósito misionero y a través de él anunciarles lo elemental del evangelio. La gente, acostumbrada a sus dioses, hallaba dificultad en cambiar de religión, pero en los oídos de los jóvenes sonaba con mayor fuerza el mensaje evangélico. Pedro se esforzó en aprender la lengua, pero a los tres meses de su llegada a Futuna comenzaron las escaramuzas guerreras entre ambas tribus. El jefe de la tribu más fuerte hizo que el P. Pedro se fuera a vivir con él y le preparó una choza al lado de la suya. Esto dificultó el aprendizaje de la lengua. Pedro, no obstante, no dejaba de mostrar de muchos modos sus simpatías a los indígenas, visitando sus casas, preocupándose por los enfermos, y anotando las palabras del futunés que aprendía al tiempo que llevaba un diario en el que dejaba constancia de sus actividades. El 18 de julio de 1838 podía bautizar al primer converso, lo que le llenó de alegría. Su conocimiento de la lengua nativa iba avanzando.

En febrero de 1839 un ciclón azotó la isla. Unas semanas más tarde el P. Pedro Bataillon, destinado en la cercana isla de Wallis, dejaba su puesto misional en el que estaba hallando mucha resistencia y se venía a la isla de Futuna con Pedro Luis. El Hermano Delorme se marchó a Wallis. Posteriormente volvería a Futuna. Con la ayuda del misionero el P. Pedro consolidó un grupo de catecúmenos jóvenes, interesados por la novedad del evangelio. No duró mucho Bataillon; se fue unos meses más tarde. Y el 10 de agosto de aquel año tuvo lugar entre ambas tribus una batalla feroz, que supuso la victoria de los alo frente a los sigave. Los ancianos hicieron aparecer la batalla como debida a la protección de los dioses.

Pedro permaneció en su puesto, trabajando sin cansancio los meses siguientes. Le fue enviado otro hermano, que en noviembre de 1840, con licencia de Pedro, volvió a Wallis. Aquí, luego de las dificultades iniciales, empezaba también a despuntar un movimiento de conversiones. Pedro, suelto ya en la lengua, predicaba sin cansancio a sus catecúmenos.

Pero iba a sonar la hora del martirio para regar con sangre cristiana aquella siembra ya regada con los sudores del misionero. Un hechicero, vuelto de Wallis, no dejaba de predicar el odio al cristianismo y de infundirlo en los ancianos de la isla. Los jóvenes no participaban de estos sentimientos hostiles.

Parece que la gota que colmó el vaso de la ira de los ancianos fue la declaración del hijo del jefe de la tribu alo, que manifestó su inclinación al misionero, del que se había hecho amigo. La familia del jefe se decidió a asesinar al sacerdote. El 28 de abril de 1841, sabiendo que el Hermano Delorme no estaba con el P. Pedro en la cabaña sino que estaba en otra parte de la isla, un grupo de hombres a cuyo frente estaba Musumusu, yerno del jefe, se presentó a las puertas de la cabaña del P. Pedro. El misionero los recibió con su habitual amabilidad pero le obligaron a que saliera fuera de la cabaña y entonces se abalanzaron contra él y se pusieron a darle golpes con sus bastones, y entrando en la cabaña lo destruyeron todo. Fue el propio Musumusu el que trayendo un hacha le abrió la cabeza a Pedro, que consumó así su sacrificio martirial.

Su muerte fue fecunda pues tres años más tarde toda la isla se había convertido a Jesucristo. La Congregación de Propaganda Fide pidió la apertura de la causa de beatificación del mártir, que la introdujo el P. Bataillon cuando fue nombrado vicario apostólico. La beatificación la celebró el papa León XIII el 17 de noviembre de 1889. Aprobados los milagros requeridos, Pedro Luis María Chanel fue canonizado el 12 de junio de 1954 por el papa Pío XII y posteriormente nombrado patrono de Oceanía.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

GIANNINI, U., *San Pierluigi Chanel, sacerdote marista, protomartire dell'Oceania* (Roma 1954).

NICOLET, C., *Vie du Vénérable P. M. L. Chanel, prêtre de la Société de Marie et premier martyr de l'Océanie* (París 1885).

ROZIER, C., *Écrits de S. Pierre Chanel* (Roma 1960).

BEATA JUANA BERETTA DE MOLLA

Madre de familia († 1962)

Gianna Francesca Beretta nació el 4 de octubre de 1922 en Magenta, provincia y diócesis de Milán, la décima de trece hermanos. Por nacer en la fiesta de San Francisco, y ser bautizada en el mismo día, le añadieron el nombre de Francisca al de Juana. Sus padres, Alberto Beretta y María de Michelis, la educaron, como al resto de sus hijos, con una educación cristiana basada en su propio testimonio y, a pesar del bienestar de la familia, en un clima de sobriedad y de desprendimiento.

Comenzó en 1929 sus estudios primarios y en 1933 fue matriculada en el instituto «Paolo Sarpi» de Bérgamo. Sus calificaciones eran normales, dejando incluso en algún curso asignaturas pendientes para septiembre, como el italiano y el latín. Cuando en 1937 murió su hermana mayor, Amalia, la familia se trasladó a vivir a Génova-Quinto al Mare, en la misma «riviera» italiana, y continuó sus estudios medios en un colegio de las hermanas «Doroteas». A sus dieciséis años hizo por primera vez ejercicios espirituales dirigidos por el padre jesuita Avedano.

En su libreta escribió: «Hago el santo propósito de hacer todo por Jesús».

En los primeros años cuarenta del siglo XX, en medio de las dificultades de la segunda guerra mundial, e incluso de los bombardeos que sufría Génova, esta familia llamaba la atención en la parroquia porque los padres iban juntos a la Misa de ocho de la mañana junto con sus hijos y, después de ella, cada uno se dirigía al colegio o a sus obligaciones. Sus padres murieron en 1942, con pocos meses de diferencia, la madre el 1 de mayo y el padre el 1 de septiembre, y entonces, los hermanos se volvieron a la casa de los abuelos paternos de Magenta. Tuvo que padecer y superar, con sus hermanos, las dificultades de traslados, los cambios de escuelas y universidades, la enfermedad y la muerte de sus padres. Dos de sus hermanos, José y Enrique, entraron en el seminario para ser sacerdotes franciscanos capuchinos.

Después de cursar las enseñanzas medias, en ese mismo año de 1942 comenzó en la Facultad de Medicina de Milán sus estudios universitarios, en medio de las dificultades de la guerra mundial y por eso, en 1945, se trasladó a la Universidad de Pavía concluyéndolos en 1949 con la licenciatura. En 1950 obtuvo la especialidad de Pediatría en la Universidad de Milán.

Durante su juventud fue militante de Acción Católica. En 1943 fue nombrada secretaria de un grupo de juventud y hasta 1956 ocupó varios cargos dentro de la misma Acción Católica. Daba charlas, asistía a diversas reuniones de carácter apostólico, participaba también en las actividades caritativas de las Conferencias de San Vicente de Paúl y muchos sábados visitaba, con algunas amigas, a familias necesitadas. Organizaba tandas de ejercicios para sus amigas e insistía en la formación humana —en la suya y en las demás— a la vez que en la espiritual, para ser «personas de una pieza». Participaba y animaba a acudir a sus amigas a la eucaristía diaria y les decía:

> «Sólo si poseemos la riqueza de la gracia podremos darla a nuestro alrededor; porque el que no tiene, no puede dar nada».

Les invitaba también a hacer, al menos, diez minutos diarios de oración, la visita al Santísimo y el rezo del Rosario como expresión de su devoción a la Virgen. Juana era, además, buena deportista y amante de la naturaleza en las salidas que hacían al

campo y las subidas a la montaña en los Alpes, sabía esquiar, le gustaba pintar y la música pues incluso tocaba el piano.

En esos momentos se planteaba responder, en su vida y con su profesión, a la llamada de Dios, si es que tenía vocación religiosa o como seglar entregada. Su hermano José se había ordenado en 1946 y pensaba también que podría irse con Enrique, que estaba de misionero en Brasil, y trabajar como médico en el hospital que él había fundado. Consultó a personas cercanas, entre ellas al obispo de Bérgamo, Bernareggi. Para discernirla personalmente, en 1954 se fue a Lourdes para pedir luz a Dios por intercesión de la Virgen María. Y, a su vuelta, se vio llamada con la vocación matrimonial. Al conocer a Pedro Molla, vio claramente que Dios la llamaba también a una acción misionera desde su profesión con el prójimo, en los enfermos que visitaba y que acudían a un ambulatorio que, junto con su hermano Fernando, había abierto en Mesero, un pequeño pueblo cerca de su lugar natal, para atender a niños y a sus madres. Su hermana Virginia testificó:

> «Necesitaba a los mas pobres y necesitados, hasta el punto de rechazar la propuesta de su novio de renunciar a su trabajo profesional, con decisión, sin miramientos y, despues del matrimonio, iba todas las tardes al ambulatorio de Mesero»

Pedro Molla era hijo de unos vecinos de ese ambulatorio de Mesero, un joven ingeniero contratado en una fábrica de cerillas de cuatro mil empleados, de la que llegaría a ser director. Y comenzaron a salir. En la Navidad de 1954 Pedro la invitó a la Scala de Milán para una función de Nochevieja y, al volver, celebraron el Año Nuevo en casa de sus padres. El 20 de febrero de 1955 le pidió que se casara con él y aceptó. Durante el breve noviazgo formal, Pedro tenía que viajar y su comunicación era más frecuente por cartas, como las de verdaderos enamorados con vida profundamente religiosa. Escribía a su novio:

> «Quiero formar una familia verdaderamente cristiana donde el Señor se encuentre como en su casa, un pequeño cenaculo donde El reine en nuestros corazones, ilumine nuestras decisiones y guie nuestros programas»
>
> «Me gustaria ser para ti la mujer fuerte de las Sagradas Escrituras, en cambio me parece que soy debil [ ] Te pido por favor, des-

de hoy mismo, que si ves que hago algo que no este bien, dimelo, corrigeme, siempre te lo agradecere»

Prepararon su matrimonio poniendo su futuro a los pies de la Virgen y el 24 de septiembre se casaron en la basílica de San Martín de Magenta.

Después de casada, continuó con su consulta médica en Mesero, atendiendo a niños, pobres y también ancianos.

«Cuando algun enfermo no podia llevar el tipo de trabajo que tenia por motivos de salud, le buscaba otro adaptado a su situacion y en distintas ocasiones lo consiguio solucionando este problema a muchas personas»

Cuando se encontraba con algún enfermo necesitado, ella misma le daba las medicinas o el dinero para comprarlas. A veces permanecía en la consulta hasta las nueve y media de la noche.

A sus compañeros médicos decía:

«Tenemos oportunidades que el sacerdote no tiene Nuestra mision no termina cuando las medicinas no sirven, todavia queda el alma que hay que llevar a Dios [ ] Cada medico tiene que llevar almas a los sacerdotes [ ] Que Jesus se pueda ver entre nosotros»

En 1956 nació su primer hijo, Pedro Luis, en 1957 la segunda, María Zita (Mariolina), y en 1959, después de un embarazo difícil, la tercera, Laura Enriqueta. Supo conjuntar su trabajo como médico y sus obligaciones en la familia Su vida era como la de las amas de casa y madres de familia: ir al mercado, llevar en coche a sus hijos al colegio, enseñarles a ver la television, darles de comer, bañarlos y acostarlos. Mantener la paciencia con cada uno, con dulzura y a la vez con firmeza. Educarlos en la fe y rezar con ellos en familia, como hacía todas las noches con el santo Rosario Sacar adelante a todos, con los apuros económicos, unos normales y otros a veces más recios, para dar los mejores estudios a sus hijos y ahorrar un poco para el futuro de todos. Trabajar como médico, llevar la casa y esperar al esposo de su trabajo para comentar los acontecimientos de cada día. Unir en su amor los amores de toda la familia, el del marido y el de los hijos. La santidad en medio de la casa, como mujer fuerte y parra fecunda. Pedro, declaró:

«Durante seis años y medio de matrimonio, lo que más me impresionó es que era muy trabajadora, y el sagrado respeto que tenía por la vida, don maravilloso de Dios, su confianza plena en Dios. Me impresionaba su gran alegría cuando nacían los hijos».

En 1961, tanto Juana como Pedro esperaban un nuevo alumbramiento. Entre el tercer y cuarto mes de embarazo, le apareció un fibroma en el útero que, aunque no parecía maligno, sin embargo amenazaba la vida de la madre y del feto. En agosto escribía ella misma a su amiga Maruja que cuidaba de sus hijos en Courmayeur:

«Te voy a contar lo que me ha sucedido. El martes, cuando Nando me estaba reconociendo médicamente, advirtió que, además del embarazo, había un tumor bastante voluminoso. Pensamos que era un quiste ovárico. Fui al profesor Vitali y, aunque él nos confirmó nuestras sospechas, nos dijo que era mejor esperar quince días [. .]. Aquel día por la mañana comencé a notar hemorragias. Me acosté rápidamente, me pusieron inyecciones, bolsas de hielo y cesó la hemorragia [...]. Sin embargo persistían los vómitos y, aunque el profesor me dijo que podía haber sido una amenaza de aborto, continué embarazada. Pero, más que esperar, es mejor que me operen en seguida, lo han decidido para la semana que viene».

Le preocupaba más la vida de su hijo que la suya. Antes de la intervención se lo dijo a su marido, al profesor Vitali y a su hermano Fernando: deseaba que en todo momento y en la operación se protegiera siempre la vida del niño y, si fuera preciso, por encima de la suya.

Su marido testimonia las tres alternativas de intervención:

«Una laparotomía total con extracción del fibroma y del útero, que le habría salvado la vida, la interrupción del embarazo con un aborto y extracción del fibroma, que le habría permitido tener otros hijos; la extracción sólo del fibroma sin interrumpir el embarazo».

Juana escogió esta última solución, aunque era la más peligrosa para ella, porque en aquellos años una intervención como ésta era muy peligrosa para la madre y ella, como médico, lo sabía muy bien.

Antes de entrar en el quirófano, el 6 de septiembre de 1961, confesó y comulgó. Siempre había dicho: «Mil veces morir antes que ofender al Señor». El operador encontró una masa de fi-

broma seroso uterino. Extirpó el fibroma sin dañar la cavidad uterina para que pudiera continuar el embarazo, en vez de extirpar la totalidad por los graves riesgos que se reservaría a la madre al estar dos vidas en juego. Juana sabía que una sutura practicada en esa zona durante el cuarto mes de embarazo con frecuencia provoca la rotura del útero con peligro inmediato para la vida de la madre. Al despertar de la anestesia el doctor le dijo: «Hemos salvado al bebé».

Juana era bien consciente de que en su seno llevaba un ser humano por el que merecía arriesgar y hasta dar su propia vida. Y además lo consideraba como un don de Dios, aceptado como sus otros hijos. Volvió a casa y reemprendió la vida habitual, consciente de la situación en que se encontraba, pues, conforme fuera avanzando el embarazo, tendría mayor peligro. Pero no dejaba de sonreír, habiendo tomado como modelo a Teresa de Lisieux en sus palabras: «Amar, sufrir, siempre sonreír». Continuó trabajando hasta pocos días antes del parto.

Un día en que su marido salía para trabajar en la fábrica, le dijo:

> «Pedro, te lo ruego, si te ves en la ocasión de decidir entre mi vida y la del niño, te ruego que decidas por la del niño. No por la mía».

Él lo recuerda bien:

> «Me sentí incapaz de decirle nada Conocía muy bien a mi mujer, su generosidad, su espíritu de sacrificio. Me fui de casa sin decir palabra».

Y lo explicitaba así:

> «Juana confiaba en la Providencia. La decisión de mi mujer fue el resultado coherente de toda una vida. Una decisión cuyas raíces se encuentran en los años de la infancia. En su familia de origen. En la atmósfera profundamente religiosa que le habían proporcionado siempre a ella y a sus hermanos No lo hizo porque esperase nada a cambio, ni siquiera para "irse al cielo". Lo hizo porque se sabía madre. Juana era una mujer que sabía disfrutar, en el buen sentido de la palabra, de las pequeñas y grandes cosas que Dios nos concede también en este mundo. No obstante, cuando se dio cuenta de la terrible coincidencia de su embarazo y el desarrollo de un grueso fibroma, su primera reacción, razonada, fue la de pedir que el niño que llevaba en el seno se salvase».

No era fanática, sino amante de la vida, de la suya y antes de la de los demás, por eso era tan sensible a salvar la vida que llevaba en sus entrañas. Para ella era tan grave la obligación de dar a luz a su bebé como cuidar de su familia. Ante el conflicto que se le había planteado, creía que el ser que llevaba en su seno tenía los mismos derechos que sus otros hijos Por eso pedía a Dios a la vez que su curación, la salvación de la vida de la hija que deseaba alumbrar para que pudiera vivir.

Continuó con su embarazo y entró en la clínica el 20 de abril de 1962. Al día siguiente, 21, dio a luz a su cuarta hija: Juana Manuela. Cuando la tuvo entre sus brazos, la miró cariñosamente, con una mirada indecible de sufrimiento porque era consciente de que no podría verla, ni gozar de ella, ni abrazarla más. Le diagnosticaron una peritonitis resistente a cualquier remedio y comenzaron unos largos días de agonía.

De estos días, contaba Pedro, su marido.

> «A mediodía del Viernes Santo comenzó su calvario y su martirio El Sábado Santo tuvo, y todos nosotros con ella, la alegría de una nueva criatura El día de Pascua soportó unos sufrimientos terribles, al igual que el lunes y el martes después de Pascua La noche del martes fue la de su primera agonía, que superó milagrosamente gracias a los cuidados de Nando y de Sor Virginia»

Al dolor físico, porque la infección se iba apoderando de ella, se añadía el dolor, aún más fuerte, de tener que dejar huérfanos a sus hijos. Aseguraba Pedro que

> «Fue un dilema cruel, o sacrificar al bebé que llevaba en sus entrañas o su propia vida, dejando niños sin madre»

Decidieron que los niños no fueran a verla en tal estado, porque además le faltaban fuerzas y ánimos, de tanta pena pensando en que no podría volver a verlos. Los dolores abdominales se hicieron cada vez más intensos y terribles. Cuando sufrió un colapso, que parecía definitivo, su hermana Virginia le ofreció un crucifijo que besó, apretándolo después fuertemente entre sus manos

Declaró Pedro:

> «Estoy seguro de que, desde ese momento, Juana no interrumpió su coloquio con el Señor Pidió recibir al Señor en la Eucaristía, al menos sobre los labios, incluso el jueves y el viernes cuando

no podía tragar la Sagrada forma. Y repetía muchas veces: ¡Jesús, te amo, Jesús, te amo!».

El viernes, después de una semana entre la vida y la muerte, entró de nuevo en coma. Decidieron llevarla a casa el sábado a las cuatro de la mañana. En las habitaciones contiguas dormían sus hijos Pedro Luis, Mariolina y Laureta. La recién nacida, Juana Manuela, permanecía todavía en una sala de la maternidad del hospital.

Juana Beretta falleció a las ocho de la mañana del sábado 28 de abril de 1962. No había cumplido aún cuarenta años. Dando testimonio de su fe, como testigo («mártir» se dice en griego) del amor materno. Fue inhumada en el cementerio de Mesero y comenzó a crecer la admiración por ella y su fama de santidad.

El arzobispo de Milán y los obispos de la Lombardía pidieron la introducción de la causa de canonización porque Juana era ejemplo de gran actualidad en este mundo donde el derecho a la vida se desconoce o se niega. Y «nadie tiene amor más grande que el que da su vida por sus amigos» (Jn 15,13). El proceso cognicional, fue celebrado en el arzobispado de Milán desde el 30 de junio de 1980 hasta el 21 de marzo de 1986, con un adjunto proceso rogacional en Bérgamo (1980-1983). Juan Pablo II la declaró venerable, por haber vivido las virtudes heroicas como madre de familia, el 6 de julio de 1991.

El milagro para la beatificación, ocurrido el 9 de noviembre de 1977 en un hospital brasileño, precisamente consistió en que una joven parturienta, Lucía Silva Cirilo, sanó por intercesión de Juana Beretta de una septicemia generalizada después de una operación cesárea. Las religiosas del hospital pasaron una noche encomendando la curación por intercesión de la Doctora Beretta, porque el promotor de ese hospital era su hermano José, también médico y misionero capuchino. El proceso diocesano sobre el milagro fue instruido en la diócesis de Grajaú (Brasil). Juan Pablo II dio el decreto sobre el milagro el 21 de diciembre de 1992.

Juan Pablo II fijó la fecha de la beatificación de Juana Beretta para el 24 de abril de 1994, durante el Año Internacional de la Familia, y tuvo lugar en la Plaza de San Pedro de Roma. En la ceremonia Juana Manuela Beretta asistió a la beatificación de su

propia madre que le había salvado la vida entregando la suya en sacrificio. Junto a ella estaban también sus tres hermanos con su propio padre, el mismo esposo de la beata.

Pedro Molla declaró a una periodista en esos momentos:

> «Mis sentimientos tienen multiples matices de sorpresa, casi de maravilla y de agradecimiento a Dios y de aceptacion jubilosa, ciertamente feliz y singular, de este don de la Divina Providencia, que tambien considero un reconocimiento a todas las innumerables madres desconocidas, heroicas como Juana, en su amor materno y en su vida»

En la homilía, al referirse a Juana, el Papa había pronunciado:

> «Coronando una existencia ejemplar de estudiante, de mujer comprometida en la comunidad eclesial y de esposa y madre feliz, supo ofrecer en sacrificio su propia vida para que pudiese vivir la criatura que llevaba en su seno y que hoy esta aquí con nosotros [ ] Ella, como medico, era consciente de lo que estaba haciendo pero no se echo atras ante el sacrificio, confirmando de esta manera la heroicidad de sus virtudes»

En una estampa que Pedro quiso regalar a las carmelitas descalzas de Milán con un autógrafo de la beata, Juana había escrito de su puño y letra: «Señor, haz que la luz que se ha encendido en mi alma no se apague jamás».

JOAQUIN MARTIN ABAD

Bibliografía

JUAN PABLO II, «Venerabili Dei Servae Ioannae Beretta Molla Beatorum honores decernuntur», en *AAS* 87 (1995) 42 44

RIESE, F DA, *Per amore della vita Gianna Beretta Molla, medico e madre* (Roma 1994)

GARCIA GARCIA, L , *El secreto de Gianna la historia de Gianna Beretta Molla* (Madrid 1994)

PEREZ JOVER, M , *Juana Beretta de Molla madre, esposa y medico (1922-1962)* (Alicante 1993)

C) Biografías breves

SAN PRUDENCIO

Obispo (s. V-VI)

Nació en Armentia, Álava, en el seno de una familia rica. Fue un joven inteligente, estudioso y piadoso, bien criado por su cristiana familia. Decide consagrarse a Dios y hace vida eremítica junto al Duero bajo la guía de San Saturio. Muerto éste, marcha Prudencio a Calahorra y abraza la vida clerical, en la que dio claros ejemplos de virtud. Pasa luego a Tarazona, donde se ordena de presbítero, y muerto el obispo de la ciudad es elegido para sucederle, siendo el suyo exactamente aquel pontificado que todos esperaban, porque era el consuelo de los afligidos, el protector de los pobres y el pacificador de las almas. La vida de San Prudencio se sitúa en los siglos V-VI.

BEATO LUQUESIO DE POGGIBONSI

Seglar († 1260)

Nació en Gaggiano, Italia, en 1181. Al llegar a la juventud contrae matrimonio con Bonadonna y prospera en sus negocios, para aumento de los cuales se va a vivir a Poggibonsi. Era muy materialista y avaricioso. Pero Dios le tocó con su gracia y entonces decide repartir sus bienes a los pobres, quedándose solamente con un campo que trabaja él mismo y del cual vive él y su esposa. Cuando San Francisco de Asís llega a aquella población y predica, este matrimonio se le ofrece para dejar el mundo y marchar al claustro a santificarse, y entonces San Francisco idea la Orden Tercera como camino de santificación en medio del mundo. Reciben ambos el hábito de manos del Santo y se dedican a la oración y las buenas obras. Murió ya viudo el 28 de abril de 1260. Su culto fue confirmado el 27 de marzo de 1697.

SANTOS PABLO PHAM KHAC KHOAN, JUAN BAUTISTA DINH VAN THAN Y PEDRO NGUYEN VAN HIEU

Mártires († 1840)

Pablo nació en Duyen-Mau, Tonkín, el año 1771, y luego de ordenarse sacerdote rigió la parroquia de Ke-Vinh, de la que pasó a la de Phu-Nac, teniendo también dos puestos misionales como ayudas de parroquia, a los que asistía yendo todos los meses a ellos para el ejercicio de su ministerio, y fue precisamente cuando volvía de uno de ellos cuando fue arrestado en unión de los dos catequistas Pedro Nguyen Van Hieu y Juan Bautista Dinh Van Than.

El primero había nacido en Dong Chuoi en 1783 y desde su adolescencia era colaborador de los misioneros como catequista, y el segundo era de Non-Khe, donde nació en 1796, abrazando el cristianismo cuando era un adolescente y obteniendo la confianza de que se le empleara como catequista.

Los tres presos fueron llevados a Ninh-Binh y fueron encerrados en la cárcel, en la que sufrieron muchísimo y pasaron por tremendos interrogatorios en que se les invitaba repetidamente a apostatar. En la esperanza de que por fin lo hicieran fueron retenidos en la cárcel tres años hasta que el propio sacerdote confirmó al mandarín de que no tenían intención alguna de apostatar. Entonces se ordenó la ejecución de los tres por decapitación el 28 de abril de 1840. Los tres marcharon al martirio con ánimo sereno. Fueron canonizados el 19 de junio de 1988.

BEATO JOSÉ CEBULA

Presbítero y mártir († 1941)

Nació en Malnia, Polonia, el 23 de marzo de 1902. En su juventud comenzó la carrera de magisterio en Opole pero se decidió por la vocación religiosa e ingresó en la Congregación de Oblatos de María Inmaculada, empezando el noviciado en Markowice en 1921. Hecha la profesión religiosa y los estudios eclesiásticos, se ordenó sacerdote el 15 de junio de 1927. Destinado

al seminario menor de Lubliniec, fue superior y profesor, y mas tarde superior y maestro de novicios en Markowice. Cuando el párroco de Markowice fue arrestado, él tomo su lugar para atender a los fieles, lo cual fue mal visto por los nazis ocupantes, y ésta fue la base de su denuncia, siendo arrestado el 2 de abril de 1941 Llevado primero al campo de Inowroclaw, fue después trasladado al de concentración de Mauthausen en Austria. Los guardias del campo lo mataron el 28 de abril de 1941. Fue beatificado el 13 de junio de 1999.

29 de abril

A) Martirologio

1 En Siena, Santa Catalina († 1380), virgen, terciaria dominica, doctora de la Iglesia **
2 La conmemoracion de San Tiquico, discipulo del apostol San Pablo
3 En Pisa (Toscana), San Torpetes, martir (fecha desconocida)
4 En Napoles, San Severo († 409), obispo *
5 En Cluny (Borgoña), San Hugo († 1109), abad **
6 En Avranches (Francia), San Acardo († 1172), obispo
7 En Seul (Corea), San Antonio Kim Song-U († 1841), martir *

B) Biografias extensas

SANTA CATALINA DE SIENA

Virgen y doctora de la Iglesia († 1380)

Fue el día de la Anunciación de la Virgen y domingo de Ramos de 1347. La Iglesia y Siena, con cánticos y ramos de olivo, daban la bienvenida a la niña Catalina, que veía la luz de este mundo en una casa de la calle de los Tintoreros, en el barrio de Fontebranda.

A Catalina y a su hermana gemela Giovanna les habían precedido ya otros veintidós hermanos y les siguió otro, en el ho-

gar cristiano y sencillo de Giacomo Benincasa y Lapa de Puccio del Piangenti.

Del padre, tintorero de pieles, parece haber heredado Catalina la bondad de corazón, la caridad, la dulzura inagotable, y de la madre, mujer laboriosa y enérgica, la firmeza y la decisión.

Catalina, niña, era alegre, bulliciosa, vivaracha; su encanto la hacía un poco el centro del cariño del amplio círculo familiar y de las amistades. A sus cinco o seis años tuvo su primera experiencia de lo sobrenatural —una visión en el valle Piatta— que marcó una huella definitiva en su vida y la dejó orientada hacia Dios. «A partir de esta hora pareció dejar de ser niña», cuenta uno de sus biógrafos. Comprendió la vida de los que se habían entregado a la santidad y sintió nacer en sí unos irresistibles deseos de imitarlos.

Se volvió más reservada, más juiciosa; buscaba más la soledad para tratar a solas con Dios. Ante un altar de la Virgen tomó la resolución de no querer nunca por esposo a nadie más que a Jesucristo. Pero no tendría que esperar a que llegara la madurez de su juventud para poder medir el valor y el sentido de su consagración a Dios.

Entonces, y en Italia, a los doce años, una joven tenía que empezar a preocuparse de su porvenir, y, en consecuencia, de su arreglo personal y buen parecer para agradar a los hombres. Lapa había ya casado a dos de sus hijas y pensaba que buscar el matrimonio era, al fin, como para ella había sido, la misión de toda mujer.

Hasta los quince años de Catalina duró la obstinada presión familiar. Jamás desistió ella de su primer deseo de virginidad, pero tuvo, ciertamente, una crisis en su fervor. Su vida espiritual aflojó al dejar penetrar en su alma, con una vanidad muy femenina, el deseo de complacer a las criaturas (su madre y sus hermanas) más que a Dios. Su hermana Buenaventura, con más éxito que los demás, la había inducido a preocuparse de los vestidos, a teñirse el cabello, a realzar su belleza natural con el maquillaje de aquellos tiempos, casi tan completo y complejo como el de los actuales. Pero esta hermana murió en un parto en el mes de agosto de 1362. Las lágrimas abundantes de Catalina no fueron solamente por la pérdida de su hermana predilecta. La vela mor-

tecina junto a aquel cadáver hizo penetrar una luz nueva en su alma. Ella la llamaba siempre su *conversión,* su vuelta a Dios, su retorno a la entrega sin reservas ni recortes de ninguna clase.

La lucha familiar se exaspera en torno de Catalina, hasta convertirse en una especie de persecución tenaz que la reduce a la condición de una sirvienta y la encierra en un aislamiento que ella aprovecha para entrar en la «celda interior» del conocimiento de sí misma y del trato habitual con Dios, que ya no abandonará de por vida. Aumenta de modo casi inconcebible sus maceraciones, su ayuno, su constante vigilia, hasta agotar la exuberancia y las fuerzas corporales de que hasta entonces había gozado.

Excepcionalmente, dados sus diecisiete años, es admitida entre las hermanas de la Penitencia de Santo Domingo, especie de terciarias dominicas, llamadas *mantellate* por el manto negro que llevaban sobre el hábito blanco ceñido por una correa. Sin abandonar el ambiente familiar, vivían con unas reglas propias bajo la dirección de una superiora y de un director, religioso dominico, y desarrollaban una extraordinaria actividad espiritual y benéfica. Eran almas consagradas a los enfermos y a los pobres.

Sus primeros años de *mantellata* se caracterizan por una intensísima vida espiritual, con sus luchas que la purifican y elevan, por su caridad inexhausta e incansable mortificación interior y exterior, por una parte, y, por otra, por las elevadas y delicadísimas gracias místicas con que Dios la regala frecuentísimamente. Son casi cuatro años de vida solitaria entre combates furiosos y tentaciones sutiles, y el trato personal de inefable dulzura con Jesucristo, la Santísima Virgen, los santos.

El recogimiento, arrobado a veces, con que oraba, el llanto incontenible, a pesar de las prohibiciones del confesor, al acercarse a comulgar, lo que empezaba a oírse de sus mortificaciones, agitó inevitablemente la marea del ambiente de una ciudad religiosa, con sus capillitas y sus bandos, como la Siena del 1300: celos de mujeres devotas, escepticismo de frailes y sacerdotes, los doctos que opinan de la ignorancia un tanto atrevida, según ellos, de la hija del tintorero Benincasa, los corrillos de vecinas en el barrio, en el típico lavadero de Fontebranda, los

rumores que llegan a los salones elegantes y a las tertulias acomodadas...

Y por la calleja pendiente que lleva a Fontebranda se ve descender una dama noble, un grave eclesiástico, un campanudo maestro en teología, el mozo despreocupado y libre hacia la tintorería para hablar con Catalina, que contaba apenas unos veinte años. Tomás de la Fuente, entonces su confesor, la había autorizado para ello. Su vibrante angustia materna por las almas la obligaba a darse siempre que se la pudiese necesitar. Son los albores de una fecunda maternidad espiritual, que no iba a limitarse a los senos misteriosos de la intimidad del cuerpo místico; son los primeros contactos de una nueva gran familia que nace.

Iba a empezar para esta criatura enferma y frágil el portento de una actividad múltiple de apostolado, de acción política y diplomática en favor de la Iglesia. Dios la iba preparando para esta misión con sus gracias y sus pruebas. Le hacía ahondar incesantemente en la consideración de la propia «nada» frente al «ser» de Dios, base de toda su vida espiritual. La admirable vida activa que llevaría a cabo por voluntad de Dios hasta el día de su muerte necesitaba una no menos admirable intensidad de vida interior. Pero en Catalina la actividad y el recogimiento jamás entraron en colisión ni se desarrollaron en doloroso contrapunto, como en la mayor parte de las almas. Eran dos modos externamente distintos, internamente idénticos, de amar a Dios, de darse a Dios, de vivir su entrega de modo eficaz y práctico.

En el umbral de su vida pública de apostolado y de acción pacificadora entre las potencias terrenas se verifica su místico desposorio con Jesús, del que, como testimonio perenne, guardará en su dedo, hasta la muerte, una alianza imperceptible a todos los demás.

En mayo de 1374 se reunía en Florencia, en la capilla llamada «de los españoles», el Capítulo general de la Orden de Predicadores. Por la responsabilidad que a la Orden podía caberle, tratándose de una terciaria, el Capítulo asumió la tarea del examen del espíritu de Catalina Benincasa. Lo aprobó y le señaló como confesor y director al hombre sabio, prudente, fervoroso que era Raimundo de Capua. Por Raimundo de Capua, elegido

al poco de morir Catalina maestro general de la Orden, conocemos, con riquísima abundancia de detalles, la vida, las virtudes, las gracias místicas y las actividades de la que fue su hija y maestra al mismo tiempo.

La terrible peste negra que ha pasado a la historia como la gran mortandad y en la que pereció más de la tercera parte de la ciudad de Siena, ofreció a Catalina y a Raimundo de Capua y demás «caterinatos», a su retorno de Florencia, una nueva oportunidad para el heroísmo en su amor al prójimo.

Luego las ciudades de Pisa, donde —entre otros prodigios— recibió los estigmas invisibles de la Pasión; Lucca, cuya alianza con Florencia en la lucha contra el Papa trató de impedir a toda costa, y de nuevo Pisa y Siena fueron el escenario del vivir virtuoso y del apostolado de la Santa.

Movida por su implacable anhelo de servicio de la Iglesia y rogada por la ciudad de Florencia, que se hallaba castigada con la pena del entredicho por su rebeldía contra el Papa, Catalina emprende en la primavera de 1376 su viaje a la corte pontificia de Aviñón. Estaba íntimamente convencida de que la presencia del romano pontífice en su sede de Roma tenía que contribuir grandemente a la reforma de las costumbres, a la sazón muy relajadas en los fieles, en los religiosos y en el clero alto y bajo, y a la pacificación del hervidero de luchas enconadas de las pequeñas repúblicas que formaban el mosaico político de Italia entre sí y de buena parte de ellas con el poder temporal de la Santa Sede.

Con la humilde y sumisa intrepidez con que antes y en otras ocasiones había dirigido sus cartas al sucesor de Pedro, le habló personalmente en esta ocasión. Aquella terciaria de veintinueve años no tenía más razones que las razones de Dios. Gregorio XI, de carácter débil y fluctuante, decidió, por fin, abandonar Aviñón y volver a Roma el 13 de septiembre de aquel mismo año.

Al año siguiente una misión de paz lleva a Catalina al castillo de Roca de Tentennano, en la Val D'orcia. La acompañan algunos frailes, entre ellos su director fray Raimundo de Capua, algunos discípulos y *mantellate.* Apacigua los miembros de las familias de los señores del Valle y su estancia allí se convierte en una singular y fecundísima misión pública.

Mientras tanto, la situación política de Florencia se había ido agravando desde los últimos meses. Los florentinos exasperados se habían rebelado contra el entredicho pontificio y habían celebrado insolentemente solemnidades religiosas en la plaza de la Señoría. El Papa manda a Catalina a Florencia. En una de las sublevaciones populares la Santa se ve amenazada de muerte. En medio de las negociaciones, Gregorio XI es sucedido por Urbano VI, al que la Santa escribe cartas que son un puro clamor de angustia, una súplica instante. Llega, por fin, la paz entre la ciudad de Florencia y la Santa Sede, pero poco después empieza a verificarse uno de los más amargos vaticinios de Catalina: el cisma de Occidente, con su antipapa, cisma al que abrieron las puertas, más que el carácter áspero y duro de Urbano VI, la ambición de unos gobiernos y la relajación y poco espíritu de los cardenales de la corte pontificia.

De retorno a Siena, sumida el alma en la amargura indecible de los males que agobian a la Santa Iglesia, Catalina se engolfa en la contemplación de la Misericordia y de la Providencia y vuelca su alma de fuego, toda la luminosa experiencia del conocimiento de Dios y de sí misma, todo el ardor de su anhelo por el bien de la Santa Iglesia, en las páginas de este libro incomparable, que la contiene y resume a toda ella, que es el *Diálogo de la Divina Providencia.*

Las páginas vivas, palpitantes, del *Diálogo* contienen el grito inenarrable que compendia toda la existencia y la misión de Catalina, dirigido a Dios: «Por tu gloria, Señor, salva al mundo». Santa Catalina escribió en él no lo que sabía, sino lo que vivía, lo que era, recogiendo una serie de experiencias místicas que se habrían perdido definitivamente para nosotros si, de modo providencial, no hubieran encontrado el eco cálido en las páginas del *Diálogo.* Con la misma fuerza captamos en ellas la respuesta divina en una promesa de misericordia sobre el hombre y la Santa Iglesia y en la enseñanza de los caminos por los que el hombre hallará su salvación.

En octubre de 1378 había terminado el dictado del mismo a tres de sus discípulos, que la servían también de secretarios para su abundante correspondencia. Hasta nosotros han llegado casi 400 cartas, vivo retrato de su alma excepcional, eco apasionado,

en su mayor parte, de sus objetivos: la reforma y la cruzada para la reconquista de los Santos Lugares.

El Papa la quiere, en estas horas luctuosas, junto a sí, en Roma. En la Ciudad Eterna lleva a cabo una ardiente campaña en favor del verdadero papa Urbano VI. Habla en Consistorio a los cardenales, sigue escribiendo cartas a las personas de mayor influencia, llama junto a sí a las más relevantes personalidades, por su santidad, que había en Italia. Su visión es clara, irreductible: los males de la Iglesia no tienen más remedio que una inundación de santidad en los miembros de la jerarquía y en el pueblo fiel. No por esto deja de estar presente y de trabajar infatigable entre los partidarios de uno y de otro Papa.

En los primeros meses del año 1380 —último de su existencia terrena— la vida de Catalina parece una pequeña llama inquieta que apenas puede ser ya contenida por la fragilidad del cuerpo que se desmorona. Pero mientras viva será un holocausto por la Santa Iglesia. Ella misma había escrito antes:

> «Si muero, sabed que muero de pasión por la Iglesia».
>
> «Cerca de las nueve —dice en una emocionante carta a su director—, cuando salgo de oír misa, veríais andar una muerta camino de San Pedro y entrar de nuevo a trabajar en la nave de la Santa Iglesia. Allí me estoy hasta cerca de la hora de vísperas. No quisiera moverme de allí ni de día ni de noche, hasta ver a este pueblo sumiso y afianzado en la obediencia de su Padre, el Papa».

Allí, arrodillada, en un éxtasis de sufrimiento interior y de súplica, se siente aplastada por el peso de la *navicella,* la nave de la Iglesia, que Dios le hace sentir gravitar sobre sus hombros frágiles de pobre mujer.

> «Catalina —escribía otro de sus discípulos— era como una mansa mula que sin resistencia llevaba el peso de los pecados de la Iglesia, como en su juventud había llevado desde la puerta de la casa hasta el granero los pesados sacos de trigo».

Cerca de la iglesia y del convento de los padres dominicos de Santa María de la Minerva, en la Via di Papa, tenía durante su estancia en Roma su humilde habitación. Dicta sus últimas cartas-testamento, desbordantes de ternura y de firmeza, con su habitual visión sobrenatural de todas las cosas. Interrumpe reiteradamente su dictado, con un suspiro hondo: «Pequé, Señor;

compadécete de mí», o con el grito anhelante de amor a Jesucristo crucificado que había consumido toda su existencia: «Sangre, sangre».

Rodeada de muchos de sus discípulos y seguidores, consumida hasta el agotamiento y el dolor por la enfermedad, ofrendaba el supremo holocausto de una vida consagrada íntegramente a Dios y a la Santa Iglesia. Con las palabras de Jesús: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu», radiante su cara de luz inusitada, inclinó suavemente la cabeza y entregó su alma a Dios, en la plenitud del estallido de la primavera romana. Era el 29 de abril, domingo antes de la Ascensión del Señor del año 1380.

La Santa Madre Iglesia, con el sello de su autoridad, avaló el prodigio de santidad de la humilde hija del tintorero de Siena, por boca de su vicario Pío II, al canonizarla solemnemente en la festividad de San Pedro y San Pablo del año 1461.

ÁNGEL MORTA FIGULS

Bibliografía

Act. SS Boll., 30 de abril: *Vita*, por RAIMUNDO DE CAPUA, la más importante.

BEDOYERE, M DE LA, *Catherine, saint of Siena* (Londres 1946).

CAFFARINI, B (TOMAS DE SENA), «Leggenda minore»: *Melanges d'archeologie et d'histoire* 32 (1913) 397-509.

— *Supplementum a la Leggenda Maggiore.*

DESIS-BOULET, N. M., *La carrière politique de Sainte Catherine de Sienne* (París 1938).

FAWTIER, R., *S. Catherine de Sienne. Essais de critique des sources.* I: *Sources hagiographiques* (París 1921). II: *Sources biographiques* (París 1930). III· *La double expérience de Catherine Benincasa* (París 1948).

HUGUENY, OP, *Vie de sainte Catherine de Sienne* (París 1904).

JÖRGENSEN, J., *Santa Catalina de Siena;* en francés (París 1919); en italiano (Turín 1920, Roma 1921); en español (Buenos Aires 1955, Madrid 1924).

Obras de Santa Catalina de Siena. El dialogo Ed. de A. MORTA (BAC, 143; Madrid 1955).

RAIMUNDO DE CAPUA, SAN, *La leggenda maior* o *Biografia* (Colonia 1553). Ultima ed italiana, renovada, Siena [4]1978, trad. G. Tinagli, OP. Trad española: ÁLVAREZ, OP, *Santa Catalina de Sena* (Vergara 1929).

— Actualización:

JIMENEZ HERNÁNDEZ, E , *Santa Catalina de Siena· vida, misión y mensaje* (Vizcaya 1999)

PAPASOGLI, G., *Catalina de Siena, reformadora de la Iglesia* (BAC Popular, 24; Madrid 1980).

ROYO MARIN, A., *Doctoras de la Iglesia. Santa Teresa de Jesús, Santa Catalina de Siena y Santa Teresa de Lisieux* (BAC Estudios y ensayos, 26, Madrid 2002).

SALVADOR Y CONDE, J., *Ideario y vida de Catalina de Siena, doctora de la Iglesia* (Salamanca 1990).

SAN HUGO DE CLUNY

Abad († 1109)

Hugo, hijo del Conde Dalmacio y de Aremburgis de Vergy, nació en Semur, Brionais, diócesis de Autun (Francia), el año 1024. Cuando tenía siete años, el padre quiso darle una educación militar, conforme a su rango. Pero al parecer, Hugo no era muy diestro en equitación y en la caza (pasión de la nobleza de la época), y que a él le repugnaba. El niño, en cambio, tenía como pasión la lectura y el estudio, lo que obligó a su padre, al cabo de un tiempo, a ponerlo bajo los atentos cuidados de su tío-abuelo Hugo, obispo de Auxerre que lo hizo ingresar en la Escuela del Priorato benedictino de San Marcelo. Encontró allí mucho más de lo que pensaba; la lectura de los evangelios le hizo desear hacerse monje y entrar en un monasterio.

Temiendo la intolerancia de su padre y no queriendo resistir a la llamada de Dios, se dirigió directamente a la abadía de Cluny. Tenía entonces apenas quince años. Admitido en el noviciado por el abad Odilón, profesó en 1039. Fue ordenado sacerdote, a los veinte años, en virtud de los privilegios concedidos a Cluny, y a los 24, el abad le nombró «gran-prior», título que se daba en la gran abadía, habitada por cientos de personas, entre monjes y empleados, al vicario del abad, sobre el que recaían grandes responsabilidades. Durante tres años, al tener que estar en diario contacto con su abad, ya más que octogenario, pudo aprender mucho de su vida y doctrina. Teniendo que relacionarse, a causa de su cargo, con numerosas personas, todas quedaban prendadas por sus cualidades humanas del nuevo y joven prior, y sobre todo por las espirituales de caridad, bondad y paz inalterable. Viendo su abadía en buenas manos, Odilón quiso viajar a Roma ya que quería morir y descansar junto a la tumba de los Apóstoles y dejó al gran prior el cargo del gobierno espiritual y temporal del gran monasterio. Parece ser que la estancia en Roma sentó bien a Odilón y su salud se restableció, por lo que se sintió obligado a retornar a su abadía. En el entretanto, Hugo se vio precisado a reemplazar a su abad en una misión junto al emperador Enrique III, en Worms, misión que quedó cumplida con acierto. Durante el viaje tuvo ocasión de

entrevistarse con Bruno de Toul, el futuro León IX, al que le pudo ayudar con algunos sabios consejos.

Acabada la misión y volviendo de camino le llegó la noticia de la muerte de su abad Odilón, por lo que se apresuró a regresar a Cluny para la elección del sucesor. Los que tomaron parte en la elección dieron unánimemente sus sufragios a Hugo, y el recién elegido, con sólo veinticinco años, recibió la bendición abacial el 22 de febrero de 1049. Algunos meses más tarde, participó en el Concilio de Reims presidido por León IX, ganándose la simpatía de todos por su actitud, sus argumentos y reparos contra la simonía y la conducta irregular de los clérigos. Habiendo seguido al Papa a Roma, Hugo fue uno de los miembros del Concilio que se tuvo allí en la Pascua de 1050; se trató por primera vez de los errores de Berenguer de Tours sobre la Eucaristía. El abad de Cluny quedó unido, desde aquel entonces, con una amistad sólida y fecunda con Federico, abad de Monte Casino, entonces canciller de León IX, y con Hildebrando, abad de San Pablo.

Apenas vuelto a su abadía, Hugo tuvo que trasladarse a Colonia para ser padrino del príncipe Enrique de Alemania, de donde volvió con regalos magníficos para su abadía. Entonces el papa León IX le encargó de una difícil misión en Hungría; se trataba de conciliar al rey Andrés con el emperador; a la vuelta, uno de los feroces señores campesinos de la época robó parte de sus equipajes y metió, sin más, en la cárcel a los monjes de su comitiva. Para salir bien de tal percance Hugo invocó a San Mayolo, su santo y antiguo antecesor, y pronto pudo solucionarse el problema; al día siguiente, en efecto, el usurpador vino a pedirle perdón de rodillas y puso en libertad a todos los suyos.

En 1054, Hugo se enteró del asesinato de su padre a manos de Roberto el Viejo, duque de Borgoña y esposo de Alix de Semur, su hermana mayor. Por crimen tan horrendo se impuso muchas penitencias para expiarlo en nombre de su familia; a causa de estos dramas familiares, su madre, ya viuda, se retiró al convento de Marcigny. En el año 1056, Hugo obtuvo del sucesor de Víctor II la confirmación de los bienes, derechos y privilegios de su abadía; Hildebrando, encargado de redactar la bula, y nombrado legado en Francia, fue a Cluny, y quedó profunda-

mente edificado al oír los sermones que el abad Hugo dirigía en el capítulo a sus monjes; con todo ello se reafirmó el lazo de amistad que les unía, e Hildebrando no cesó nunca de hablar encomiablemente y por todas partes del abad de Cluny.

Después del Concilio de Tours, al que ambos asistieron, y donde Berenguer tuvo que pronunciar una nueva abjuración, tan poco sincera como las precedentes, los dos amigos volvieron a Borgoña. A la muerte del emperador Enrique III, Hugo no pudo dirigir, como hubiese querido, la educación del joven príncipe, su ahijado, ni defender a la emperatriz Inés contra la insidia de funestos consejeros, por lo que tuvo que sufrir en silencio ver a la corte imperial descarriarse por el camino del cisma. El sucesor del papa Víctor II fue Esteban X, el antiguo abad de Monte Casino, Federico, al que Hugo estaba unido por la amistad. El pontífice invitó al abad de Cluny a ir a su lado, para ser su consejero junto con Pedro Damián. Nicolás II, que sucedió a Esteban, nombró a Hugo su legado en Francia para ejecutar en Aquitania los decretos del Concilio romano contra los clérigos simoníacos y escandalosos. Hugo, en este cometido, presidió varios Concilios, en Aviñón y en Vienne, en la provincia de Toulouse. Dio al nuevo monasterio de Marcigny leyes más estrictas, enviando al monje Renchon para asegurar el cumplimiento. Las monjas, entre las que unas eran cenobitas y otras ermitañas, no debían nunca salir de los límites de la clausura.

En 1063, bajo Alejandro II, Hugo asistió al Concilio romano para plantear la causa de la exención monástica. Obtuvo que el cardenal Pedro Damián fuera enviado como legado en Francia para hacer justicia en este punto. Fue entonces cuando Pedro Damián pudo visitar por primera vez la ya tan célebre Abadía de Cluny. Lo hizo con admiración y lo que vio fue ocasión para hacerse más de una reflexión. ¿Cómo, pensó, pueden estos monjes ser santos, y verdaderamente hijos de santos, viviendo en este marco tan grandioso? Y, sin embargo, ¿cómo no van a ser santos y andar verdaderamente por el camino del cielo, cuando llevan con tanta alegría una carga tan pesada, el peso de una observancia tan exacta? Un día, se fijó en la abundancia de la mesa, pero al día siguiente quedó admirado por la severidad del ayuno. No obstante, se preguntaba si se daba entre ellos

la obediencia y la mortificación en el mismo grado, pues ello significaría que había llegado a un sumo grado de perfección evangélica. Confió sus dudas al abad, y Hugo le respondió sonriendo:

> «Mi querido padre, veo que queréis embellecer nuestra corona aumentando nuestros ayunos; es cosa de agradecer; sin embargo, conviene que, antes de determinar alguna cosa más, pase una semana con nosotros y trate de cumplir con todo lo que hacemos. Después juzgará en qué medida será necesario añadir algo Porque, en fin, así como hay que probar antes un plato, antes de decir si le falta sal, así conviene que pruebe primero observar y cumplir una semana con todo lo que hacen los monjes todos los días de su vida, antes de juzgar si es mucho o poco».

El cardenal después de experimentarlo por unos días llegó a la conclusión de que estaba muy por encima de sus fuerzas y no volvió a mentar el tema. Su humilde actitud edificó tanto a los hermanos que se decidió en el capítulo alimentar y vestir un pobre, y cantar un salmo a la intención del cardenal Pedro Damián, durante su vida. Y después de su muerte se cantaría la misa por el reposo de su alma, en el día aniversario. El legado reconcilió al obispo de Maçon con el abad de Cluny que desde entonces convivieron en buena inteligencia.

Más tarde, en sus cartas al abad Hugo, Pedro Damián recuerda con gusto aquellos días vividos en Cluny, así como los buenos ejemplos recibidos de su abad:

> «En Cluny, escribía, como en la primitiva Iglesia, reina la caridad, desborda la alegría espiritual, la paz y el bien común; la paciencia hace que se acepte todo, la longanimidad todo lo soporta. Reina una esperanza vigilante, una fe sólida y una caridad sin falta que se unen a la humilde obediencia que lava los pecados en la observancia de leyes verdaderamente monásticas».

Así, alrededor del abad y bajo su gobierno, doscientos religiosos, al menos, con un orden admirable, en el seno de una tal aglomeración, cumplían todas las observancias monásticas, a pesar de la diversidad de tantos detalles. Alrededor del oficio divino, que absorbe la mayor parte del tiempo, se ordenaba toda la vida conventual. La ley de la penitencia por el trabajo, sea manual o intelectual, se respeta al máximo y es fuente de muchos

méritos; además la instrucción de los niños, que más tarde serían monjes, se atendía con sumo cuidado.

No cabe duda que al abad que gobernaba esta gran familia, Dios le había enriquecido con multitud de gracias. Aun externamente, Hugo estaba dotado de una gran prestancia física. De gran estatura, pero bien proporcionada, sus rasgos de una belleza varonil denotaban su origen noble; unía a este exterior imponente una gran dulzura que siempre le ayudó en el trato con todos los que él tuvo que relacionarse. Inflexible ante las naturalezas rebeldes e indisciplinadas, mostraba una sobrenatural ternura para con las personas dóciles y entregadas a la voluntad de Dios. A sus enseñanzas, amables y llenas de prudencia, añadía su propio ejemplo; dormía en el dormitorio común, era austero y muy sobrio en las comidas; pero, con diferencia de algunos grandes reformadores e incluso santos, se guardaba de prescribir a sus discípulos las austeridades excepcionales que él mismo se imponía. En realidad, durante los quince primeros años de abadiato, 1049-1063, sus ausencias del monasterio no superan el total de cinco años, cosa sorprendente entre los grandes abades de la época, que eran llamados a resolver problemas entre obispos y nobles y a formar parte de Concilios regionales o nacionales, etc. Hugo, a pesar de sus viajes, pasó la mayor parte de su vida en su monasterio y Cluny fue realmente la casa de su reposo donde vivió como verdadero monje, al servicio de sus hermanos y dando culto a Dios. La oración fue verdaderamente su vida, y la contemplación continua su mayor ocupación en medio de obras y trabajos múltiples; la vida sobrenatural se desarrolló sobreabundante en Cluny durante todo su abadiato.

Después de la visita de Pedro Damián, Hugo invitó al obispo Achard de Chalon a venir a dedicar la iglesia que había levantado en honor de la Santísima Virgen, junto a la gran iglesia abacial. En 1065 según una opinión probable, encontrándose en Autum se topó con su cuñado Roberto el Viejo, asesino de su padre, el conde de Semur; le llevó como preso ante la asamblea conciliar, y después de reprenderle e imponerle una seria penitencia le obligó a dejar la Iglesia como excomulgado durante un tiempo. Se dice que por aquel entonces la emperatriz Inés, desengañada y ya se-

parada de su rebelde hijo, se llegó hasta Cluny a pedir oraciones y a ponerse bajo la dirección del abad de Cluny.

En 1066, un gran número de monasterios se adscribieron a la gran abadía para formar parte de su modo de vida y someterse a la inspección regular del abad de Cluny. Sin embargo durante las visitas a estos monasterios, Hugo no dejó de recibir algunos improperios y afrentas por parte de monjes menos convencidos del «Ordo Cluniacense», o de su entorno político o financiero. Encargado por Alejandro II, en 1072, de notificar la excomunión dictada contra el abad de Reicheneau, que se había puesto de parte del príncipe Enrique de Alemania, el futuro Enrique IV, este débil príncipe, su antiguo discípulo, no le puso dificultades, pues en el fondo siempre dio muestras de respeto hacia su padrino de bautismo.

Después de la elección de Gregorio VII en 1073, éste le encargó a Hugo resolver el espinoso asunto surgido entre Manasés, arzobispo de Reims, y la abadía de San-Remi: el litigio, que duró siete años, probó la paciencia del abad de Cluny y la longanimidad de la Santa Sede. El Papa, que hubiera deseado ver en Roma a su antiguo amigo para confiarle sus penas, le pidió que, al menos, exhortase a los fieles y a los monjes a ponerse de parte del pontificado romano tan vilipendiado en aquella época. En aquellos momentos eran cinco los grandes personajes del Imperio sobre cuyas cabezas había caído la pena de la excomunión papal. Y hasta el mismo rey de Francia, Felipe IV, estaba ya amenazado. Hugo procuró siempre, en tiempo de aquellas calamidades, mantener la paz y la concordia de los monasterios próximos a aquellos acontecimientos.

El emperador, aquel desgraciado ahijado, reunió en Worms un conciliábulo de obispos alemanes y lombardos, en el que, presionados por Enrique, dirigieron a Gregorio VII una carta exigiendo que renunciara a la Sede Apostólica. El Papa le respondió con una sentencia de excomunión. Pero gracias a Hugo y a su hija espiritual la condesa Matilde, pudo haber una reconciliación del emperador y del papa en Canossa. Después de este triste episodio, Hugo volvió a Francia, dejando junto al romano pontífice a su gran prior o vicario de Cluny, Odón de Châtillon, que fue creado, en 1078, cardenal y obispo de Ostia. Pronto se

enteró de que, con desprecio de todos los compromisos, el Legado papal, Bernardo de San Víctor, había sido arrestado en Suiza por los partidarios de Enrique IV.

Investido una vez más del título de Legado, Hugo consagró todo el año 1078 a solucionar asuntos de la Iglesia romana; tuvo problemas con algunos prelados, y hasta recibió quejas del mismo Papa, al que alguien había informado falazmente de que «mientras él alimentaba en su abadía a cortesanos y grandes señores, la gente pobre quedaba relegada al olvido». Como se sabe, todo era producto e invención de personas resentidas que intentaban así desacreditar a Cluny ante Gregorio VII. Después del Concilio de Lyón en que fue juzgado, en un último esfuerzo, la causa de Manasés de Reims, Hugo tomó el camino de Roma ya que graves acontecimientos llamaban allí particularmente su atención. Enrique de Alemania volvía con más ahínco a sus antiguos errores; todo lo ganado en Canossa se había perdido, más por culpa del Príncipe que por la de la Iglesia, no teniendo más remedio Gregorio VII que lanzar de nuevo la excomunión contra Enrique IV.

Víctor III, sucesor de Gregorio VII, no ocupó sino algunos años la sede pontifical. En 1088, Odón, cardenal obispo de Ostia, antiguo prior del abad de Cluny, era elegido Papa, tomando el nombre de Urbano II. Notificó enseguida a Hugo su elección:

> «Padre tan añorado, le escribía, ven a consolarme con tu presencia. Si esto no está en tu poder, envíame alguno de tus hijos, mis cohermanos. En ellos, encontraré tu caridad y tu afecto».

De camino al Concilio de Clermont, Urbano II se llegó hasta su antigua abadía de Cluny y consagró allí el altar mayor de la nueva iglesia que se acababa de edificar, la más grande de la cristiandad hasta que en el siglo XVI se empezó a levantar la de San Pedro de Roma. Después, el Papa, en compañía de Hugo, marchó a Clermont, en cuyo Sínodo fue decidida la primera cruzada. El Papa testimonió durante el Concilio su agradecimiento a Cluny, en donde la Iglesia había encontrado auxiliares tan vigorosos, intérpretes tan fieles de sus pensamientos y de sus deseos.

En 1097, Anselmo de Canterbury, exiliado de su sede, llegaba a Cluny para las fiestas de Navidad. Entre el arzobispo y el abad se estableció una amistad tierna y sincera, fundada sobre un entero conjunto de sentimientos y sobre una notable semejanza de cualidades y virtudes. Hugo encontró en Anselmo una dulzura y mansedumbre inefable muy semejante a su carácter y una santidad tan afectuosa y atrayente que respondía absolutamente a lo que era él mismo. Por su parte, el arzobispo tenía la más alta estima por el abad de Cluny. Por eso Anselmo había venido hasta Cluny, para recibir consejo de Hugo y del arzobispo de Lyón, en las ingratas circunstancias por las que atravesaba.

A Urbano II sucedió Pascual II, monje también del abad de Cluny, que también fue para su antiguo abad lo que había sido Urbano II. El papa Pascual viajó para ver de nuevo su antigua abadía y la confirmó en todos sus privilegios.

Llegado a una edad avanzada, Hugo continuó tratando los asuntos de especial gravedad. Durante los últimos nueve años de su abadiato, tuvo que dirimir algunas pretensiones de Norgaud, obispo de Autum, logrando al fin establecer la calma de aquella diócesis; salvó también a la abadía de Vezelay del pillaje y de las amenazas de los señores vecinos. Pudo, además, arreglar algunas cuestiones espinosas relativas a la elección de los abades, acaecidas en monasterios de su misma región.

Nunca, empero, desatendió el cuidado de su propia abadía, en la que se llevaba siempre una fiel observancia animada por su propio ejemplo. Todos los monjes amaban a su abad con un tierno amor, lleno de filial respeto; rogaban sin cesar por su salud. Es a sus oraciones, como a las de los pobres, de los que Hugo era la providencia, a las que todos atribuyen la protección milagrosa de que fue un día objeto. Retirado en una celda cercana a la pequeña iglesia de Berzé, cerca de Cluny, Hugo dormía apaciblemente cuando se desencadenó una tempestad espantosa. Cayó un rayo y una larga línea de fuego se dibujó en los muros de la iglesia; en un momento el incendio envolvió los edificios. Monjes y empleados acudieron precipitadamente y pudieron llegar hasta la celda, encontrando sano y salvo a su abad, que ni siquiera había sido turbado en su sueño.

En 1109, el año se abrió con una hambruna y, más todavía que de ordinario, la gran abadía fue la providencia de los pueblos de los alrededores. Cluny dio sin contar. Un día Hugo estaba en Marcigny y el gran prior le envió aviso de que en el granero no había más que dar y que las bodegas estaban absolutamente vacías. Se había dado todo por Dios; tocaba pues al cielo proveer, en este momento, a la angustia del monasterio... Hugo, lleno de fe, escribió rápidamente una carta a los santos apóstoles Pedro y Pablo, patronos de Cluny, solicitando su ayuda. Escrita la carta la envió por un mensajero, con la misión de colocarla al pie del altar mayor en cuanto llegase a Cluny. El monje obedeció puntualmente y se esperó con confianza. La espera no fue larga, los carros con alimentos comenzaron a llegar; y hubo tal abundancia, que se aseguró la subsistencia para todo el año. De paso por Marcigny, Hugo se reencontró con gozo con sus hijas. Pero su despedida fue triste, pues las monjas de aquel monasterio presentían que les estaba dando un último adiós; el abad quiso consignar sus sentimientos en una carta que les entregó y que ellas siempre consideraron como el testamento espiritual que un amado padre deja a sus hijas. Pocos días después redactaba un testamento análogo para sus hijos de Cluny y para toda su posteridad.

En el domingo de Ramos de aquel año, los fieles afluyeron numerosos a la celebración, en la gran basílica. Hugo apareció con el rostro iluminado, más que de costumbre. Después de los oficios, un buen paisano pidió obstinadamente poder hablar con él; quería pedirle que viniera a poner paz en su casa, porque pronto al abad le llegaría el fin de sus días. Se decía enviado por un venerable anciano que se le había aparecido. Los monjes trataron a este hombre como un visionario impostor, pero Hugo lo llegó a oír y dio fe a lo que contaba. El jueves santo por la mañana, determinó el número de pobres que había que invitar a la mesa del abad y pronunció la fórmula de la absolución en recuerdo de la antigua reconciliación de los penitentes; por la tarde, cumplió la ceremonia del lavatorio de los pies, pero sus fuerzas le abandonaron y tuvo que retirarse antes de concluir la ceremonia. El viernes santo llegó a un estado de impotencia tal, que pudo unirse completamente al sacrificio de la cruz. El sába-

do santo recuperó algo las fuerzas y rogó que lo condujeran a la iglesia para asistir a la ceremonia de la bendición del cirio pascual. La tarde del día de Pascua, se sintió desfallecer completamente y así permaneció hasta el martes en que todo se dio por perdido, por lo que dispusieron darle los últimos sacramentos. Según el rito de la época, después de la unción de los enfermos el sacerdote le presentó una partícula eucarística sobrepuesta a un cáliz conteniendo algo de vino mezclado con agua y le preguntó si reconocía en ella la presencia vivificadora del cuerpo del Señor; Hugo respondió: «Sí, lo reconozco y lo adoro». Una vez comulgado le presentaron la santa cruz, que él besó con gran devoción. La cruz fue colocada delante de su lecho para que el enfermo pudiera contemplarla en todo momento. A continuación todos los monjes fueron desfilando junto a la cabecera del padre para darle el beso de paz. La muerte no parecía inminente, y acabados estos ritos tan consoladores y plenos de significado cristiano, los monjes recitaron el oficio divino, de rodillas, junto al lecho del abad y quiso el mismo abad dar la bendición a los lectores de vigilias. Al caer la tarde del miércoles de Pascua, a su petición, los monjes trasladaron al moribundo a la iglesia de Santa María. Lo colocaron en el suelo en un lecho de ceniza y cilicio ante el altar mayor y allí expiró el 29 de abril de 1109. La edificante muerte de Hugo, según se cuenta, fue revelada a muchos amigos del santo abad antes que llegase la noticia de su muerte por los correos, tal como aconteció con Geoffroy, el obispo de Amiens, que se encontraba en Pavía, y con el administrador de San Anselmo, que estaba en Canterbury.

La actividad de Hugo al frente de su monasterio durante tantos años, así como su fervor en servir a la Iglesia por el bien de las almas, fue un don espiritual que la divina Providencia deparó a la Europa cristiana, ya tan revuelta y tan contradictoria tanto entre los príncipes laicos como en una jerarquía eclesiástica demasiado aferrada a modos de pensar y hacer excesivamente humanos. Como se ha visto en este breve recorrido por su vida, fue el agente de paz, de caridad y discreción, no exento de valentía y firmeza, que atrajo la atención de la Sede Romana para encomendarle tan repetidamente el discernir, juzgar, ani-

mar, y aclarar, tanto en el plano político como en el eclesiástico, en los asuntos privados y en los públicos, las conductas de los hombres, como los de la misma fe y la moral evangélica, especialmente en los numerosos sínodos y concilios a los que tuvo que asistir. Este bien se debe tanto a sus dones carismáticos, en lo humano y en lo divino, cuanto a la gran presencia que el «Ordo Cluniacense» había alcanzado en el centro de Europa y en muchos reinos alejados, como lo era España e incluso Inglaterra. Fue un arma formidable para la reforma de la Iglesia puesta en manos del papado. De los claustros surgieron no solamente santos abades, sino obispos y papas que podían llamarse «hijos de Hugo». El entusiasmo que los Papas y Hugo supieron infundir a la cristiandad europea dio como resultado la convocación de la primera Cruzada, cuyo decreto en la mayor parte de su texto se debe a la pluma de Hugo, gran conocedor de los graves problemas que el Islam suponía para la Iglesia y Europa, a través de las noticias que le llegaban de las luchas y dificultades por las que estaban pasando los reyes de Castilla y León.

Es conocida su amistad con los reyes de Castilla, especialmente con el rey Fernando I y su hijo Alfonso VI (admitido como oblato secular de Cluny y reconocido como el más grande benefactor de la gran Abadía), y la labor de reconstrucción espiritual y eclesiástica que llevó por medio de sus hijos espirituales, algunos de los cuales ocuparon sedes como las de Toledo y Burgo de Osma. Lo mismo, aunque en menor escala, sucedió con el rey de Inglaterra Guillermo el Conquistador. En fin, fue de todos apreciado, hasta tal punto que en una ocasión el papa Gregorio VII le escribió una carta en nombre del concilio romano agradeciéndole su ingente labor en bien de la Iglesia y no escatimándole los más encendidos elogios, como se hace con un santo, y preguntando a los padres conciliares si estaban de acuerdo, todos respondieron unánimemente: *Placet, laudamus:* estamos de acuerdo y lo alabamos.

Pocos años después de su muerte, el papa Calixto II, que había sido elegido en el mismo Cluny en 1119, al volver a la abadía un año después, a la vista de los innumerables testigos de las virtudes del siervo de Dios y los no pocos milagros atri-

buidos a la intercesión de Hugo, ordenó que se pudiese celebrar solemnemente y darle culto el día de su muerte, culto que no quedó restringido al monasterio sino que enseguida se difundió por toda la orden cluniacense. En 1220 los monjes de Cluny solicitaron de Honorio III la autorización para poder colocar el cuerpo del santo abad en una urna preparada al efecto, estando el cadáver en perfecto estado de conservación. La traslación se celebró el 13 de mayo. Las guerras de religión del siglo XVI acaecidas en Francia acabaron por quemar sus reliquias, de las que apenas se pudieron salvar unos pocos huesos. Pero en las cosas de Dios, lo material, lo perecedero, sólo tiene un punto de referencia que nada empaña su gloria y la de los santos que tanto lo amaron y que continúan siendo confesores-testigos de su fe y de su esperanza en Cristo que es igual ayer, hoy y siempre.

LUIS M. PÉREZ SUÁREZ, OSB

Bibliografía

BAUDOT, J. - CHAUSSIN, L, OSB, *Vie des saints et des bienheureux...*, IV (París 1946) 722-731.
PIGNOT, J. H., *Histoire de l'ordre de Cluny,* 3 vols. (Autun 1868).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN SEVERO DE NÁPOLES

Obispo († 409)

Duodécimo obispo de Nápoles, elegido en febrero del 363 y prolongado su episcopado a lo largo de toda la mitad del siglo IV hasta su muerte en abril del 409. Fue el suyo un tiempo de expansión y afianzamiento del cristianismo tras el Edicto de Milán. Persona amigable y serena, tuvo el aprecio de cristianos y no cristianos. Tuvo amistad con San Ambrosio y la Iglesia de Milán. Se vio con San Ambrosio en el concilio de Capua del 392. Fundó la basílica dedicada al Salvador y erigió el baptisterio.

SAN ANTONIO KIM SONG-U

Mártir († 1841)

Cristiano coreano fervoroso y militante, casado y de 46 años de edad al tiempo de su martirio en Seúl. Durante la persecución reunía en su casa a los cristianos para que la lectura de la Escritura santa y la oración común les sirviera a los fieles de consuelo y aliciente para perseverar en la fe. Arrestado y condenado a muerte, fue estrangulado en la cárcel el 29 de abril de 1841. Canonizado el 6 de mayo de 1984.

30 de abril

A) MARTIROLOGIO

1. En Roma, San Pío V († 1572), papa, de la Orden de Predicadores, que durmió en el Señor el 1 de mayo **.
2. También en Roma, San Quirino (s. III), mártir.
3. En Saintes (Aquitania), San Eutropio (s. III), primer obispo de la ciudad.
4. En Afrodisia (Caria), los santos Diodoro y Rodopiano (s. IV), mártires.
5. En Eurea (Epiro), San Donato (s. IV), obispo.
6. En Novara, San Lorenzo (s. IV), presbítero y mártir.
7. En Forli, San Mercurial (s. IV), obispo.
8. En Nápoles, San Pomponio (s. IV), obispo.
9. En Roma, San Pedro Levita († 605), diácono y monje.
10. En Viviers (Francia), San Augulo (s. VII), obispo.
11. En Barking (Inglaterra), San Earconvaldo († 693), obispo.
12. En Córdoba (España), santos Amador, presbítero, Pedro, monje, y Luis († 855), mártires *.
13. En Verona, San Gualfardo († 1127), monje.
14. En Vernon-sur-Seine (Francia), San Adyutor († 1131), recluso.
15. En Newcastle (Inglaterra), Beato Guillermo Southerne († 1618), presbítero y mártir en el reinado de Jacobo I *.
16. En Fossombrone, Beato Benito de Urbino († 1625), presbítero, de la Orden de Menores Capuchinos *.
17. En Québec (Canadá), Beata María de la Encarnación Guyart († 1672), viuda, fundadora de las Monjas Ursulinas de Québec **.
18. En Chieri, San José Benito de Cottolengo († 1842), presbítero, fundador de la Casa de la Providencia **.

19 En An Bai (Tonkin), San Jose Tuan († 1861), presbítero, de la Orden de Predicadores, martir *

20 En Paderborn (Alemania), Beata Paulina von Mallinckrodt († 1881), virgen, fundadora de las Hermanas de la Caridad Cristiana **

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SAN PÍO V

Papa († 1572)

Bosco Marengo es una villa del norte de Italia, cercana a Alessandría; en ese paisaje melodiosamente umbrío, equidistante del mar de Génova y de los Alpes suizos, hay una casita humilde, cuidada, blanca, el 17 de enero de 1504, fiesta de San Antonio Abad, nació allí un niño predestinado a la gloria de este mundo y, lo que es mejor, a la gloria de los santos.

El matrimonio de Pablo y Dominga Augeria era cristiano y pobre, la familia de los Ghislieri había venido a menos en lo económico, pero sin perder el rango espiritual Al niño le pusieron el nombre del santo abad y le educaron en el temor de Dios. Antonio mostró en aquella infancia oscura anhelos de buscar el camino vocacional del claustro, pero la pobreza era tanta que tuvo que dedicarse a pastorear un rebaño. El pastorcillo cumplía resignadamente el oficio y, entre el ganado, no se cansaba de levantar el corazón a Dios en oración limpia. Y su oración fue oída. El señor Bastone, natural también de Bosco Marengo, le ayudó generosamente, enviándole a la escuela de los dominicos en compañía de su hijo Francisco. Antonio, redimido de su ocupación pastoril, y Francisco, el vástago del señor Bastone, iban todos los días muy de mañana a la escuela juntos. Antonio reveló unas excepcionales condiciones para el estudio y un alma transparente, en la que ardía de antiguo la llama de la vocación. Los padres le allanaron las dificultades, y el joven Antonio, con catorce años al hombro y un mundo de sueños, recibió el hábito de dominico en Voghera, no muy lejos de Bosco, de Voghera le destinan a Vigevano, donde hace el noviciado y profesa el 18 de mayo de 1521, el pastor Antonio Ghislieri es

ya fray Miguel de Alejandría. Bolonia, con sus torres y sus cátedras, guarda los restos mortales de Santo Domingo de Guzmán; junto a la celda y al sepulcro del fundador, fray Miguel, estudia filosofía, teología y santidad. En 1528 está ya en Génova y allí recibe el orden sacerdotal.

Empieza una nueva etapa de su vida: la de la acción. Si buscásemos un símbolo para definir la entrega y fidelidad con que fray Miguel de Alejandría se dedicó a la enseñanza, a la predicación, a la pobreza, a los oficios divinos, al destierro de la herejía en Pavía, en Alba, en Como, no sería menester alejarse del primitivo empleo que tuvo en la infancia, recreciendo el significado vulgar con el concepto evangélico del «buen pastor». Austero y tenaz en todo, le comparaban a San Bernardino de Siena en la pobreza y a San Pedro Mártir en el celo por la verdad y por la fe. Más se pareció a éste, pues estaba cortado por el mismo patrón dominicano y, como él, fue inquisidor en la diócesis de Como; caminaba a pie siempre, vestido con su hábito, el hatillo al hombro, la mirada puesta en el cumplimiento del deber. No le arredraban los peligros, ni los trabajos, ni las amenazas. Se enfrentaba, si era preciso, con el lucero del alba y les cantaba las cuarenta a los nobles y a los herejes cuantas veces era preciso, sin intimidarse nunca. El conde de la Trinidad, furibundo, le dijo en Alba que le arrojaría a un pozo; no se inmutó. En Como tuvo que refugiarse en casa de Bernardo Odescalchi porque los mercaderes de libros heréticos habían promovido una algarada contra él, pues decomisó sus mercancías; en otra ocasión, le aconsejaron que se disfrazase para no ser reconocido por los herejes en tierras de grisones. «Preferiría —contestó— ser mártir con el hábito puesto».

A fines de 1550 se fue fray Miguel a Roma para justificar su conducta de inquisidor. Las acusaciones de mala fe le estaban formando en la Ciudad Eterna un ambiente difícil. El cardenal Caraffa supo comprenderlo y admirarlo. No salió solamente justificado; aumentó su prestigio. Un año más tarde Julio III, a instancias de Gian Pietro Caraffa, le nombró comisario general de la Inquisición; con Caraffa y con Cervini fue fray Miguel el mismo de siempre: un austero religioso, un hombre de oración, un pastor vigilante.

En 1555 falleció Julio III; el 9 de abril del mismo año es elegido sumo pontífice el cardenal Cervini —Marcelo II—; el reinado fue breve: murió el 30 de abril; el 23 de mayo la triple corona recae en Gian Pietro Caraffa: Paulo IV. El nuevo Papa confirmó a fray Miguel en el cargo de comisario general de la Inquisición, le preconizó obispo de Sutri y Nepi el 4 de septiembre de 1556; pero el dominico no deseaba más que la paz de su convento; le infundían pavor los cargos. Paulo IV dijo que sería preciso ponerle cadenas en los pies para evitar que se encerrase en el claustro. Mas no fueron cadenas lo que le puso, sino el capelo cardenalicio: 15 de marzo de 1557. Un año más tarde le nombra inquisidor mayor de la Iglesia.

El sucesor de Paulo IV fue Pío IV, Médicis de pura cepa, que fue coronado el 6 de enero de 1560. Pío IV fue el último Papa del Renacimiento; el cardenal Ghislieri —nuestro fray Miguel— le amonestó en más de una ocasión, ganándose el desprecio y la desgracia del Papa, que le postergó cuanto pudo. Ignoraba Pío IV que aquel cardenal inflexible, amante de la pobreza, despegado del mundo y de los honores, celoso por la gloria de la casa de Dios, iba a ser su sucesor; se llamaría también Pío, en gesto magnánimo a la memoria del Papa difunto; pero sólo heredaría de él el nombre. El programa del pontificado sería totalmente distinto. Más que Papa del Renacimiento, Pío V sería el «pastor de la Iglesia».

Pío IV falleció el 9 de diciembre de 1565. El cónclave para elegirle sucesor, después de los funerales acostumbrados, iba a celebrarse en la Torre Boria; Aníbal Altemps, con sus tercios de infantería, montó la guardia para que el curso de la elección no se enturbiase por las intrigas externas. Más de medio centenar de cardenales se encerraron en cónclave el 20 de diciembre. Era la medianoche. El frío congeló la argamasa con que se tapió el cónclave, según rito y usanza antiguos. Fuera, conjeturas, expectación, nerviosismo de los embajadores. Dentro, Borromeo, Farnesio y Este eran cabezas de los tres partidos más fuertes; Borromeo representaba a los cardenales creados por su tío Pío IV, que le aconsejó, ya en el lecho de muerte, que trabajase por la candidatura de uno de ellos; Este era el adalid de los cardenales adictos a Francia; Farnesio ejercía un influjo poderoso

por su riqueza y su estirpe. Los tres cabezas bregaron como pudieron, Borromeo como un santo; Este y Farnesio como dos príncipes del Renacimiento. Cayó, por imposibilidad nacida de las oposiciones de los grupos, la candidatura de Morone —que había tenido que habérselas con la Inquisición—, la de Farnesio —que se resignó a la fuerza, forjándose esperanzas para mejor ocasión—, la de Riccia —á quien se opuso Borromeo por no parecerle digno por su vida anterior—, la de Sirleto, etc. Por fin, Farnesio y Borromeo, remontándose sobre los egoísmos, optaron por Ghislieri. La tarde del 7 de enero de 1566 quedó decidida la elección. Al anochecer, una teoría de púrpuras se encaminó a la celda del austero fraile. A la fuerza le condujeron a la capilla Paulina y allí le proclamaron Papa. Un momento de angustia se produjo cuando el cardenal decano, Pisani, le preguntó si aceptaba y Ghislieri guardó silencio: le instaban todos. Por fin, dijo: «Estoy conforme».

El cónclave se abrió. La Iglesia tenía Papa. Todos reconocían en el cardenal Ghislieri al hombre de magníficas virtudes, acérrimo defensor de la verdad, pero las intrigas de algunos soberanos y de algunos electores le habían excluido de antemano.

> «Nos llevo el Espíritu Santo sin padecerse presion —apunta Pacheco a su rey Felipe II—, como se ha visto hoy en muchos hombres, que, cuando entraron en Conclave, antes se cortaran las piernas que ir a hacer Papa a Alejandrino y corrieron a hacerle los primeros»

Los cardenales se alegraron. Pío V era el Papa que la Iglesia necesitaba.

La fiesta de la coronación se fijó para el 17 de enero, sexagésimo segundo cumpleaños de Pío V; el júbilo del pueblo fue enorme. Diez días después tomó posesión de San Juan de Letrán. El Papa —mediana estatura, enjuto de carnes, de ojos pequeños y mirada aguda, nariz aguileña, barba nevada y cabeza venerablemente calva— vio aquel día entre la gente que le aclamaba a su antiguo condiscípulo Francisco Bastone, que, desde Bosco, había acudido a Roma para asistir a la entrada de Pío V en San Juan de Letrán; el nuevo Pontífice le llamó y, en agradecimiento a su padre, le dio el cargo de gobernador del castillo

de Sant-Angelo. Toda Roma se enteró así del humilde origen del Papa, maravillándose de que Dios hubiese elevado al pastorcillo de Bosco a Pastor supremo de la cristiandad.

La vida íntima de Pío V redobló el ritmo de la austeridad y de la oración; la tiara era su gran cruz; no se quitó la tosca ropa interior de fraile, fue muy parco en el comer, incansable en el trabajo; visitaba las iglesias a pie, ahuyentó del palacio a los bufones, vivía *alla fratesca*. Sus devociones preferidas eran la meditación de la Pasión, el Santísimo —decía misa todos los días— y el Rosario. En la procesión del Corpus llevaba la custodia a pie, descubierta la cabeza y arrobado en éxtasis adorante. La gente se asombraba de aquel recogimiento. El embajador español Requeséns opinaba que desde hacía trescientos años la Iglesia no había tenido mejor Pastor. Era enemigo de los aduladores y gustaba que le dijeran las verdades del barquero. Dadivoso en extremo con los pobres, les repartía con gozo cuanto estaba en sus manos.

Las razones políticas no existían para él; sí, en cambio, las razones de Dios y del bien de la Iglesia.

> «Raras veces —comenta el autor de la *Historia de los Papas*— en un Papa el príncipe temporal ha quedado tan por entero atrás del sacerdote, como en el hijo de Santo Domingo que estaba ahora sentado en la silla de San Pedro»

No quiso saber nada de nepotismos, mal del tiempo. Cuando le indicaron que convenía elevar a sus parientes, respondió con firmeza: «Dios me ha llamado para que yo sirva a la Iglesia, no para que la Iglesia me sirva a mí». Inexperto en los negocios políticos, que no le atraían, cedió a los ruegos de todos los cardenales y del embajador español, nombrando cardenal y secretario de Estado a fray Miguel Bonelli, O.P., sobrino segundo suyo; pero le obligó a seguir viviendo como un mendicante y le exigió una «vida parecida a la suya»; le reprendió tan severamente una vez, que el joven cardenal enfermó de tristeza; al cardenal Farnesio, que le sugería que fortificase Anagni, le replicó que la Iglesia no necesitaba cañones ni soldados, sino oración, ayuno, lágrimas y estudio de la Sagrada Escritura. La independencia de criterio de Pío V se debía a su carácter, pero también influyó en ello la desconfianza en los cardenales, a quienes, por

otra parte, trataba con inaudita afabilidad y respeto, aunque pronto pensó purificar el Sacro Colegio con la elevación de hombres dignos de tal honor.

Con denuedo trabajó Pío V para convertir a Roma en un dechado de ciudades cristianas, visitó las parroquias, como obispo; castigó los escándalos, sin acepción de personas; dio ejemplo con su santa vida. Roma, cuentan los embajadores, cambió por completo: la ciudad del lujo y de la frivolidad renacentistas parecía ahora un «convento seglar».

El reinado de Pío V se centró o se abrió en cuatro dimensiones capitales: primera, la puesta en marcha de los decretos tridentinos, o sea la reforma de la Iglesia; segunda, la lucha contra los herejes; tercera, la cruzada contra los turcos, pesadilla de la cristiandad, y cuarta, el fomento de las ciencias eclesiásticas.

El espíritu de Trento parecía haberse encarnado en la persona de Pío V. Todo el mundo estaba convencido de esta verdad. A raíz de su elevación al trono pontificio un observador extranjero comentó: «Tiene vida para diez años y planes de reforma para ciento y mil». Empezó por la cabeza, ayudado de Ormaneto, instado por San Carlos Borromeo, dando a la Corte ejemplo incontrovertible de rigor y de vida austera, reformó el breviario y el misal, publicó el famoso *Catecismo de Trento* —llamado también de San Pío V—, que apareció ya en 1566 en la imprenta de Pablo Manucio; urgió la obligación de la residencia a los obispos, les impulsó a celebrar sínodos y visitas pastorales, adelantándoseles con el ejemplo. Tiépolo decía que el nuevo Papa no hacía otra cosa que reformar.

Como Paulo IV, con quien estuvo tan compenetrado, sabía que la fe es sustancia y fundamento del cristianismo; los que esperaban que no se llevasen a la práctica los decretos tridentinos se equivocaron de punta a punta. Peor agüero fue Pío V para los herejes, pues los persiguió sin descanso. El viejo inquisidor no les concedió ni una sola tregua. El palacio inquisitorial, demolido a la muerte de Paulo IV, fue reedificado con mayor suntuosidad; el 2 de septiembre de 1566 atronaban el aire las salvas de los cañones de Sant-Angelo. Se estaba colocando la primera piedra del nuevo edificio. El Papa asistía a las sesiones de la

Congregación de la Inquisición y creó una nueva —la del Índice de libros prohibidos— para velar por la ortodoxia. Otro medio eficaz fue el fomento de las ciencias eclesiásticas. Destinó crecidas sumas de dinero a la reedición de las obras de San Buenaventura y de Santo Tomás; a éste le declaró Doctor de la Iglesia por bula de 11 de abril de 1567, pues había sido el «gran teólogo» de Trento. Ningún concilio se celebraba sin el Aquinas; comisionó a San Pedro Canisio, a quien apreciaba grandemente, a refutar los centuriadores de Magdeburgo y la Confesión de Augsburgo; favoreció a Sixto Senense, autor de la *Bibliotheca Sancta;* desterró, cuanto pudo, las ponzoñas del Renacimiento y levantó la Universidad de Roma: la «Sapientia».

Aquel fraile, que nada anhelaba más que la paz del claustro, soñó con una cristiandad bien hermanada, procurando que los príncipes cristianos estuviesen unidos. Pero, por fuerza de este anhelo, tuvo que convertirse en el Papa de las grandes batallas. El poderío turco era la pesadilla de la cristiandad. Pío V fue el paladín de la Liga Santa. Exhortó con machacona insistencia a España, a Venecia, a Francia..., incluso a Rusia, con cartas personales, con legados, con promesas. Las miras del Papa se clavaban en la defensa y expansión de la fe —aventajó a sus predecesores en el celo por las misiones— y en el robustecimiento de la paz, pues sólo así se podía llegar a una Europa robusta y cristiana. El 31 de julio de 1566 ordenó una procesión de rogativas para que el Señor alejase el peligro temible de los turcos; Pío V caminó a pie, rezando y llorando. Era conmovedor ver llorar al Papa. Si fuese posible remediar la amenaza con su sangre propia, dijo, la daría de buen grado. Ayudó al emperador, a los caballeros de Malta; visitó personalmente las fortificaciones que mandó hacer en Ancona, Civitavecchia y Ostia. Pero no se contentó con la defensa; la mejor manera de librar al Occidente del poderío de la media luna era aplastar ese poderío. Para ello se necesitaba una acción naval conjunta de todas las naciones cristianas.

Después de mil intentos y mil fracasos, la constancia de Pío V logró ganar a Venecia y a España para la Liga; no fue fácil, pues Felipe II tenía que atender a sus amplísimos dominios, y Venecia jugaba constantemente a la traición. La tenacidad y

las lágrimas de Pío V pudieron sobreponerse a todas las infidelidades y deserciones. El 27 de mayo de 1571 se publicó en San Pedro la noticia de la triple alianza: la Santa Sede, España y Venecia lucharían juntas contra el Islam; se acuñó una medalla conmemorativa y se publicó un jubileo general para que el Dios de las batallas bendijese al ejército cristiano. Pío V mandó legaciones especiales al emperador y a los reyes.

El 21 de junio la escuadra pontificia, al mando de Marco Antonio Colonna, se hizo a la vela rumbo a Messina, lugar de cita de las tres potencias; el 23 de julio llegó la escuadra veneciana, mandada por un viejo lobo de mar: Sebastián Veniero; la escuadra española hizo escala en Nápoles el 8 de agosto; don Juan de Austria fue nombrado almirante general de la empresa. Allí recibió el bastón de mando y el estandarte —damasco de seda azul, imagen del Salvador crucificado, escudos enlazados con cadenas de oro— de manos del cardenal Granvela. El almirante era un joven gallardo, de ojos azules y blondos rizos; contaba solamente veinticuatro años. El 24 de agosto arribó a Messina. Dos gloriosos marinos le acompañaban: Andrea Doria y Álvaro de Bazán. La tropa se preparó a la lucha confesando y comulgando. Pío V mandó decir a don Juan que iba a combatir por la fe católica y por eso Dios le concedería la victoria. Zarpó la escuadra hacia Corfú; los espías anunciaron que los turcos esperaban en Lepanto.

El 7 de octubre, a la hora del alba, habían dejado atrás las islas Equínadas y entraban en el golfo de Patrás; don Juan dio, con un cañonazo, la señal de prepararse para el ataque y enarboló la bandera de la Liga en el palo mayor de su navío. Un grito cristiano resonó en las olas: «¡Victoria, victoria!».

Estadística de las fuerzas que iban a chocar: *Turcas:* 222 galeras, 60 buques, 750 cañones, 34.000 soldados, 13.000 marineros, 41.000 galeotes. *Cristianas:* 207 galeras, 30 buques, 6 galeazas, 1.800 cañones, 30.000 soldados, 12.900 marineros, 43.000 remeros.

A mediodía chocan las escuadras: los representantes de Cristo y los «secuaces» de Alá. Se lucha por las alas y en el centro. Don Juan, con trescientos veteranos, adelanta su nave hacia la del generalísimo turco, que tiene a su lado a 400 jenízaros; el cielo

está limpio, el mar en calma asustada; la pelea sigue indecisa. A las cuatro de la tarde cae muerto el gran almirante Alí. Los turcos se desalientan y huyen en retirada. Sobre las aguas del mar, sangre, cadáveres, naves rotas.

Ocho mil turcos perdieron la vida, 10.000 cayeron prisioneros, 50 de sus galeras hundidas, 117 dejaron como botín con sus estandartes y artillería; los vencedores también pagaron tributo: 12 galeras, 7.500 muertos, otros tantos heridos; pero habían vencido. Doce mil esclavos condenados al remo hallaron la libertad; 2.000 eran españoles. La cristiandad respiró a pulmón lleno. Lepanto fue, como dijo Miguel de Cervantes, que allí luchó mordido por la fiebre y perdió un brazo, «la más alta ocasión que vieron los siglos pasados y esperan ver los venideros». Pío V, que había estado en constante oración ante el crucifijo y la Virgen del Rosario, supo por revelación la noticia del triunfo y exclamó como el anciano Simeón: «Ahora, Señor, dejas ya a tu siervo en paz». La fiesta del Rosario quedará en la Iglesia como recuerdo de la victoria sin par. Y en las letanías se añadirá un piropo: «Auxilio de los cristianos, ruega por nosotros».

En realidad, Pío V podía morir tranquilo. Consumido por la penitencia y el trabajo, postrado en el lecho del dolor y de la muerte, exclamaba: «Señor, aumentad mis dolores, pero aumentad también mi paciencia». El día 1 de mayo de 1572 pasó a la vida bienaventurada. Había muerto un santo. La víspera de su tránsito ordenó que le vistiesen el hábito de su Orden para morir como un simple dominico. Su voluntad era que le diesen sepultura en Bosco, lugar donde nació y pastoreó, como el más humilde de los mortales. Pero Sixto V, que le debía el cardenalato, hizo trasladar sus restos, enterrados provisionalmente en el Vaticano, a un grandioso mausoleo en Santa María la Mayor, donde aún está revestido con vestiduras pontificias y cubierto el cráneo con una mascarilla de plata. A su lado está un libro viejo y usado: el libro de los decretos del concilio tridentino, que siempre estuvo abierto en su mesa de trabajo. El 22 de mayo de 1712, Clemente XI le canonizó. Hasta San Pío X era San Pío V el último papa elevado a los altares. El humilde pastor de Bosco señaló una etapa nueva en la historia de la Iglesia. Los papas que le sucedieron seguirían sus huellas. Vencida la frivolidad del

Renacimiento, la Iglesia ganó prestigio y hermosura, encauzada por el espíritu de Trento, que San Pío V encarnó en su vida y lo irradió a todos los estratos de la grey cristiana.

ÁLVARO HUERGA, OP

Bibliografía

Act. SS. Boll., 5 de mayo.
BROGNOLI, V., *Studi storici sul regno di S. Pio V,* 2 vols. (Roma 1883).
CATENA, G., *Vita del gloriosissimo Papa Pio V* (Roma 1586).
GRENTE, G., *Saint Pie V* (París ²1914).
— *Le pontife des grands combats: S. Pie V* (París 1956).
HIRSCHAUER, C., *La politique de S. Pie en France* (París 1922).
PASTOR, L. VON, *Historia de los Papas,* vol. XVII (Barcelona 1931).
SERRANO, L., *Correspondencia diplomática entre España y la Santa Sede durante el pontificado de San Pío V,* 4 vols. (Roma 1914).
VAN ORTROY, art. en *Analecta Bollandiana* 33 (1914) 187s.

BEATA MARÍA DE LA ENCARNACIÓN GUYART

Viuda y fundadora († 1672)

Nació el 28 de octubre de 1599 en Tours (Francia), la metrópoli religiosa del Oeste galo, cuarta de ocho hijos de Florent Guyart y Jeanne Michelet, el padre de profesión panadero. Cristianada al día siguiente en la parroquia de San Saturnino, recibe el nombre de María, y en su infancia una educación cristiana en aquel hogar de vida austera, afirmándose en su adolescencia en el deseo de consagrarse a la vida religiosa. Dotada de una inteligencia vivaracha, su padre decidió matrimoniarla, obedeciendo filialmente la voluntad paterna y en 1617, a los dieciocho años de edad contrajo nupcias con Claude Martin, un pequeño empresario fabricante de sedas, naciendo un hijo el 2 de abril de 1619, a quien se le impuso el nombre de su progenitor. El 10 de octubre de este mismo año murió su esposo, quedando viuda y al frente del pequeño Claude. Resolvió con acierto distintos asuntos y problemas económicos a la muerte de su esposo, dedicándose durante diez años a la educación de su hijo, y a la administración de la empresa familiar con verdadero interés: «Dios me había dotado de talento para los negocios». Rehusó contraer segundas nupcias, consagrándose a una vida de con-

templación en la acción que la sitúan entre las grandes místicas de la Iglesia.

El 24 de marzo de 1620 recibió una visión mística, viéndose con los ojos de la fe inmersa en la Sangre del Señor. Acontecimiento al que llamó su conversión.

Tras larga reflexión hizo voto de castidad en 1621, aceptando, por otra parte, colaborar en la empresa de transporte de mercancías que regentaba su cuñado Paul Buisson, situada en un puerto fluvial del Loira. Cuatro años más tarde le era confiada la administración general de la citada empresa, demostrando su excepcional talento de mujer de negocios. Favorecida, además, con dones espirituales, siente el vivo deseo del ardor apostólico al servicio de Dios y de su gloria, el celo por la conversión de los pecadores cuyas almas fueron rescatadas con la preciosísima Sangre de Cristo. Esto es lo que la consume. Y por ese motivo ejerce su vocación apostólica entre los católicos poco practicantes y los hugonotes al servicio de su cuñado.

En torno al año 1625 emitió los votos de pobreza y obediencia, recibiendo en la solemnidad de Pentecostés de este mismo año la primera visión de la Trinidad, a la que siguió una comprensión más clara del misterio del Verbo Encarnado y una visión de Cristo. Dos años más tarde, y también el día de Pentecostés, tuvo otro éxtasis, sintiéndose perdida en un océano de amor. Durante este período se fue aclarando en su voluntad el deseo de consagrarse totalmente a Dios. Su vocación religiosa se fue afianzando por los consejos espirituales del padre Raimundo de San Bernardo, aunque la elección no era fácil. Finalmente, el 21 de enero de 1631 entró en el convento de las Ursulinas de Tours, encomendando su hijo a su hermana, quien tiempo más tarde profesó como benedictina, recibiendo el velo el 25 de marzo de 1631. En el mes de mayo de este mismo año recibe la tercera visión de la Trinidad, experimentando «la sensación de ser nada en el Todo».

Durante el tiempo de noviciado estuvo rodeada de tinieblas y arideces espirituales, pero se unió con Cristo crucificado, ofreciéndole «confiadamente mi corazón». Dos años más tarde, y concluido el noviciado, emitió la profesión religiosa el 25 de enero de 1633, y toma el nombre de María de la Encarnación «a

fin de llevar, como legítima esposa, el nombre de su Esposo». Bien pronto fue nombrada Maestra de novicias, aunque se sentía llamada a trabajar por las almas.

En aquel tiempo el catolicismo estaba viviendo una gran renovación promovida desde 1622 por la Congregación de Propaganda Fide, fundada por Gregorio XV, para ayudar a los misioneros que partían a predicar la fe a tierras lejanas. En estas circunstancias fue madurando su vocación misionera. «Mi cuerpo estaba en el monasterio, pero el espíritu no podía ser confinado. Este espíritu me llevaba a la India, a Japón, a Oriente, a Occidente, a Canadá entre los hurones». En la Navidad de 1634 se le concedió la gracia muy especial de la infusión del Espíritu apostólico. Este espíritu, emanación del Espíritu de Cristo, la sumerge totalmente y para siempre en el celo de su gloria. Se siente llena del deseo que supera cualquier imaginación. Día a día, la vida de intimidad con su Dios crecía sin límites. Por medio de la oración y la acción, los dos polos convergían en su vida apostólica, haciéndola progresar en la familiaridad con Dios y en el ejercicio de la caridad.

Dócil a la adorable voluntad de Dios que la quiere para él, según sus planes, se preparó para la futura misión: «Llevo en mi alma un fuego que me consume por ella». Su pensamiento la conduce lejos, por todas partes en donde el Reino de Cristo debe extenderse. Su deseo por la extensión del Reino no conoce límites, tiene las dimensiones del universo. A través de la correspondencia con los jesuitas misioneros en Nueva Francia (Canadá), estableció en 1639 relación epistolar con Mme. de la Peltrie, una viuda de Alençon que se esforzaba en fundar en Québec un convento para la educación de las jóvenes indias.

Su ardiente deseo de ganar almas para el Reino de los cielos la urgía a abandonar su patria, partiendo el 22 de febrero de 1639 a París, junto con la madre María de S. José, para ultimar todo lo relativo a dicha fundación. A finales de abril parte para Dieppe desde donde el 4 de mayo salen rumbo a Canadá, junto con tres agustinas hospitalarias. El 1 de agosto, después de una borrascosa travesía que duró tres meses, llegaron a Canadá.

Establecida en Québec fundó un convento en donde pronto recibió a siete «niñas del bosque». Un desgraciado incendio

destruyó este edificio, siendo reconstruido con grandes sacrificios de nuevo, momento en que se le fueron agregando diversas religiosas. La familia misionera empezaba a crecer. Al poco de llegar a Canadá se dedica al estudio de la lengua autóctona de los indígenas, a quienes llamaba «delicias de mi corazón», y en poco tiempo puede catequizar en lengua vernácula a los hurones, algonquinos e iroqueses, revelándoles a Dios que es amor y digno de ser amado. Para ayudar a los misioneros compone ella misma vocabularios, una gramática y un catecismo en lengua indiana. La enseñanza de las niñas de Québec es su especial ofrenda, ejerciendo una influencia tan grande que resulta difícil enumerarla: «Cuando uno pertenece a Dios tiene que seguirle donde quiera y debe volver siempre a este punto de perderse en su Santa voluntad». Sin salir nunca del convento se convirtió en madre espiritual de muchos, con consejos tanto de palabra como por escrito, despertando el gusto por las cosas de Dios: «Parecía que el fervor de la primitiva Iglesia había pasado a la Nueva Francia».

Permaneció fiel a su vocación y a su compromiso misionero durante las amargas horas del martirio de los jesuitas, y a pesar de que fue invitada a regresar a Francia decidió no abandonar a lo que llamaba su «centro». El año 1647 junto con el padre Jerónimo Lalemant, S.J., superior de las Misiones jesuíticas en Nueva Francia, redactó las Constituciones de las Ursulinas de Québec. Su vida interior, corazón ardiente, estaba alimentada por el amor de Dios en tal manera, que en mayo de 1653 estuvo inspirada para ofrecerse en holocausto a Dios: «Por el bien de Canadá es necesario morir a todo».

Mujer de cerebro y mujer de corazón, estaba dotada de un raro equilibrio, simple y al mismo tiempo interiormente libre en los múltiples aspectos de su vida. Con la misma firmeza y vigilante actitud aunque con profunda humildad, conserva siempre la vivacidad en la mirada, mostrando una gran personalidad. Pero aún más importante que esta riqueza es la unidad existencial que presenta entre la oración y la acción, resultando el modelo por excelencia de la mística apostólica.

Esta pionera del apostolado misionero en América del Norte encuentra a Dios sobre todo en la acción y en la oración.

Para ella es lo que nutre su vida y su constante entregarse a la voluntad divina, por lo que ella descubre su vocación propia como misionera: «Yo no me encuentro nunca tan bien como cuando me abandono en su amor [...]. Y así debo amar mi vocación sobre cualquier otra». Tiene necesidad de seguirlo a donde él quiera, «perderse en su voluntad». Pero aún más profunda es la experiencia de Dios y la intimidad con él, por eso, es un testimonio de Dios. Ha experimentado su presencia y la acción en lo más íntimo de su propio ser. Una experiencia que sin reparos *ni retoques, se hace comunicativa y capaz de interpelar a cualquier interlocutor.*

Por todo ello se va a convertir en madre y consejera espiritual de quienes ansían ver a Dios. Cada uno de los que acuden encuentran en ella la propia sed de Dios que les ayudará a saciar la suya. Es una experiencia que la propia alma encuentra apenas entra en el interior de esta gran mística. Asombraba la profunda armonía que caracterizaba su vida. En sintonía con Dios, se entrega a los otros sin perder nunca la intimidad con él, sintiéndose desde el inicio apasionada por la salvación de las almas. Su acción misionera se nutrió de su altísima contemplación, alcanzando el punto de no hacer diferencia entre una y otra. Cerca de Dios cuando renuncia a su propio descanso para atender a cualquier indígena, la oración constituye su descanso, conversando con Dios por todas las almas, porque le ama «por quien no ama». Así la vocación apostólica, donde la contemplación se une con la acción, se dilata en su gran corazón de madre carismática. Su espíritu madura en servicio de los otros de tal modo que se siente llamada a extender el Reino de Cristo, muerto por la salvación de todos, a todo el mundo.

Corazón de madre de una gran ternura, de extrema delicadeza, confinada en un convento del cual no sale nunca, es, sin embargo, el alma de la Nueva Francia. Para la difusión del Reino de Dios en Canadá fue un instrumento elegido, un sacramento de su gracia para la salvación de las almas en Norteamérica. Sin pertenecer a ninguna escuela de espiritualidad, su vivencia interior la convierte en genial, mostrando en la irrepetible genialidad del Espíritu su inmensa fortaleza espiritual, demostrada en la fecundidad apostólica de su misión. Su estado

de ánimo habitual dejaba entrever la tensión en que vivía, un inexpresable deseo hacia Dios, para perderse en Dios «mar de infinita pureza».

Para conseguir esto se entregará totalmente a él, se impondrá las más duras penitencias, se le rendirá con los tres votos, buscando la humillación y el abandono. Sin olvidarnos del abandono de su hijo que, para ella, constituyó la prueba más dolorosa de su vida: «Separándome de ti me he sentido morir en vida».

Morir viva, y continuar muriendo a todo para vivir en plenitud, para alcanzar el gran regalo del Dios amor que la eligió por esposa. El delicado toque divino, el intercambio recíproco, la intimidad de amor de quien, con palabras humanas, «nada semejante existe a esta divina operación».

Gravemente enferma recibió el 29 de abril de 1672 la extremaunción, falleciendo al día siguiente. Sus restos recibieron sepultura el 2 de mayo en la cripta del coro de la primera iglesia del monasterio de Ursulinas de Québec. Por su papel de maestra de vida espiritual y promotora de obras de evangelización goza de gran estima en la historia de Canadá, siendo considerada «Madre» de la Iglesia católica canadiense. En 1867 se inició la causa de beatificación, llevándose a cabo el proceso apostólico en Roma (1892-1894). San Pío X reconoció la heroicidad de sus virtudes el 19 de julio de 1911. Entre 1973-1978 se llevó a cabo la Positio sobre la fama de sus milagros, siendo proclamada Beata por Juan Pablo II el 22 de junio de 1980.

Fue la primera religiosa francesa misionera y la primera religiosa que puso los pies en Norteamérica, así lo reconoció el Santo Padre:

> «Su apostolado catequético en favor de los indígenas es infatigable [...] formula el voto de "buscar la mayor gloria de Dios en todo lo que sirva de mayor santificación" [...] Reúne en sí, de modo admirable, la contemplación y la acción. En ella se realiza plenamente la mujer cristiana, con raro equilibrio en todos los estados de vida: esposa, madre, viuda, misionera; y todo ello, siendo siempre fiel a Cristo, siempre en estrecha unión con Dios».

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

Index ac status causarum, o.c., 493.
Martyrologium romanum, o.c., 248.
L'Osservatore Romano (22, 23 y 29-6-1980).
OURY, G. M., *Marie de l'Incarnation (1599-1672)* (Québec 1973; reimp. 1981).
RESCH, A., *I Beati di Giovanni Paolo II.* I: *1979-1985* (Roma 2000) 33-36.

SAN JOSÉ BENITO DE COTTOLENGO

Presbítero y fundador († 1842)

Cuando se dice «el Cottolengo» no se sabe si se indica al Santo o su obra, ya que hoy en día tanto el uno como la otra llevan idéntico nombre.

La «Piccola Casa della Divina Providenza», que alberga ahora (año 1966) en Turín cerca de 10.000 hospitalizados, constituye el retrato más vivo del Santo y el reflejo más genuino de su espíritu.

Nacido en Bra —Piamonte— el 4 de mayo de 1786, desde su infancia da claras muestras de su vocación. Efectivamente, un día es sorprendido mientras mide una de las habitaciones de su casa. Interrogado sobre lo que hacía, responde que quiere saber cuántas camas cabrían en aquella habitación para acoger enfermos pobres.

Comenzados los estudios, éstos le resultan difíciles. Se encomienda a Santo Tomás de Aquino, quien le obtiene inteligencia y memoria. (Luego dará el nombre de «Tomasinos» a los aspirantes al sacerdocio de la «Piccola Casa».)

De este modo puede terminar todos sus estudios. Y no sólo llegará al sacerdocio el 8 de junio de 1811, sino que incluso logrará —14 de mayo de 1816— el doctorado en teología. En 1818 es elegido canónigo de la colegiata del Corpus Domini, de Turín, y en 1827, en una situación dolorosa pero providencial, da inicio a su obra: recoger toda clase de abandonados que no encuentren asilo en otra parte.

La característica preponderante de su santidad y de su obra es la confianza absoluta en la Divina Providencia. «Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura». En éste, como en otros puntos, San José Benito Cottolengo tomó el Evangelio al pie de la letra y lo sometió

a la prueba de los hechos. Y éstos le dieron abundantemente la razón.

Su fe era sencillamente maravillosa. ¿Acaso no estaba escrito en el Evangelio: «Amen dico vobis, quia quicumque dixerit huic monti: Tollere et mittere in mare, et non haesitaverit in corde suo sed crediderit quia quodcumque dixerit fiat, fiet ei?» (Mc 11,23).

Fue tan grande su ejercicio de fe que la convirtió en una certeza absoluta, indiscutible, superior a cualquier otra certeza humana. Solía decir: «Creo más en la Divina Providencia que en la existencia de la ciudad de Turín». Consiguientemente, no hay que maravillarse si una fe de tal calibre obtuvo resultados milagrosos. El padre Fontana, oratoriano, solía decir: «Se encuentra más fe en el canónigo Cottolengo que en toda Turín».

Él pensaba en los lirios del campo, en los pájaros del aire y quizás —aunque no hubiese existido de por medio la promesa del Salvador— habría encontrado por sí mismo la ejemplar conclusión de que el Padre celestial debía pensar y proveer a sus criaturas, creadas a su imagen y semejanza. Y si pensaba proveer a todas, tanto mayor debía ser su interés hacia las más desgraciadas, que, por serlo, muchas veces no pueden proveer a sí mismas.

De ahí provenía esa su certeza absoluta, esa su postura habitual, que, si no hubiera sido estado de fe, habría podido interpretarse como un tentar a Dios.

Faltaba lo necesario, y él pensaba en dilatar su obra lo más posible. «De todos modos —decía—, a la Providencia le da lo mismo mantener a 500 que a 5.000». «La "Piccola Casa" es una pirámide al revés que se apoya sobre un único punto: la Providencia de Dios». Y en verdad que su modo de proceder era completamente al revés del modo de obrar según la prudencia humana. Cuando les faltaba algo necesario enseguida enviaba a buscar si había alguna cama vacía, y, encontrándola, la señalaba como la causa de que el Señor no les enviara todo lo necesario.

> «¿Vivimos entre angustias y estrecheces? Demos lo que nos queda para dar via libre a una mayor Providencia si no hay camas, aceptaremos enfermos, si no hay pan ni vino, aceptaremos mas pobres»

Es lógico pensar que, debiendo él mantener un número tan grande de hospitalizados, estuviese preocupado todo el día por ese vital y fundamental problema. Pero no era así. Su fe vivísima le hacía vivir despegado de todo lo terreno; como un peregrino ocupado sólo en las cosas del espíritu. No daba ninguna importancia a las cosas temporales; es más: sólo pensaba en ellas cuando debía tomar alguna determinación sobre las mismas.

Todo ello era la consecuencia natural de su fe ciega en la Divina Providencia y de la doctrina que él profesaba y enseñaba a este respecto:

> «Estad seguros de que la Divina Providencia no falta nunca; faltarán las familias, los hombres, pero la Providencia no nos faltará. Esto es de fe. Por tanto, si alguna vez faltare algo, ello no puede ser debido sino a nuestra falta de confianza».
>
> «Es necesario confiar siempre en Dios; y, si Dios responde con su Divina Providencia a la confianza ordinaria, proveerá extraordinariamente a quien extraordinariamente confíe».

¡He aquí el secreto de los milagros de José Benito Cottolengo!

> «¿Por qué os angustiáis por el mañana? Si pensáis en el mañana, la Providencia no pensará en ello porque ya habéis pensado vosotros. No estropeéis, por tanto, su obra y dejadle hacer».
>
> «Si en casa hay poco, dad lo poco que tengamos; porque si la Divina Providencia nos ha de enviar, es necesario que la casa esté vacía; de lo contrario, ¿dónde meteremos todo lo que nos mandará?».

Esto se llama lógica sobrenatural, incomprensible para los prudentes según el mundo. A éstos decía José Benito Cottolengo:

> «¡Qué gran injusticia haríais a la Divina Providencia si dudaseis de Ella un solo momento y si —lo que Dios no permita— os quejaseis de Ella!».

Y a los suyos:

> «Vosotros os maravilláis y andáis diciendo: ¡Oh! ¡Oh! [...]. Yo os digo que eso no es nada: es sólo el principio, y tenemos que extendernos por todas partes porque la Divina Providencia lo quiere y quienes vivan lo verán. No me preocupa tanto la falta de medios cuanto el temor de que ésta provenga quizá de alguna ofensa hecha al Señor».

Era, pues, éste el temor y la cruz de San José Benito Cottolengo: temía que viniera a menos la fe en la Providencia, la es-

peranza y la certeza de su intervención... y que por ello se volvieran estériles las fuentes de la gracia.

Acostumbraba repetir:

> «Quedad tranquilos y no tengáis miedo, todos nosotros somos hijos de un Buen Padre que piensa más en nosotros que nosotros en Él [. .]. Sólo debemos procurar estar bien con Dios, no tener pecados en el alma y amarle, y luego ningún temor. Dios nos esta mirando y es imposible que nos olvide. Tanto mayor es el número de los que entran en la "Piccola Casa" y tanto mayor es la cantidad de pan que nos llueve del cielo: un pan al día para cada uno. Y es la Divina Providencia la que se divierte enviando pan sobre pan [. .]. Cuanto entra para los pobres debe gastarse en su manutención, si conservamos el oro o la plata la Providencia no nos los mandará más, porque sabe que ya los tenemos»
>
> «Entre la Divina Providencia y nosotros efectuamos dos trabajos diversos: ella envía la comida, el vestido, la ropa y el dinero, y nosotros lo gastamos alegremente en favor de los pobres sin pensar en el día de mañana o de pasado mañana»

Las características básicas, pues, de este abandono son:

1.ª No llevar cuenta de lo que se hace:

> «No anotéis lo que la Divina Providencia nos envía, y no queráis saber el número de los enfermos; cometeríais una indelicadeza con la Divina Providencia. Ella es más práctica que nosotros en la teneduría de libros y no nos necesita No nos mezclemos, por tanto, en sus asuntos».

2.ª El no querer que se rece por un motivo determinado, explícito: ni por la salud, ni por las necesidades de la «Piccola Casa», ni por otro fin determinado que no sea el de «agradar al Señor».

> «El espíritu de la "Piccola Casa" es el de rezar siempre para que en todo momento y en cada cosa sea hecha la santa voluntad de Dios [.] Posiblemente, cuando se rece, pedid al Señor que se cumpla siempre su voluntad Y, si bien nos está permitido pedir un bien temporal determinado, sin embargo, en cuanto a mí se refiere, temería faltar si pidiese en tal sentido»
>
> «En la "Piccola Casa" no se debe rezar nunca por el pan material. Nuestro Señor nos ha enseñado a buscar, primero, el reino de Dios, que todo lo demás ya se nos dará por añadidura. Y nosotros debemos rezar así».

Quizá se halla raramente, en la historia de la santidad, un abandono en Dios tan completo como el de San José Benito

Cottolengo; él se sentía verdaderamente un puro instrumento, un peón de albañil que no tiene ni puede tener las preocupaciones y responsabilidad de toda la construcción, la cual depende, evidentemente, del arquitecto.

> «Yo soy un peón de albañil —decía—, y nada más que un peón de albañil; el Arquitecto planea magníficamente sin necesidad de mí; por eso, cuando yo falgo, es Él quien piensa en lo que se debe hacer».

Y no se oyó nunca decir que la Divina Providencia haya hecho quiebra.

Y la Divina Providencia ha sido fiel a su cometido y nunca ha faltado el pan a esa inmensa familia que vive sólo de la pública caridad. En ella han encontrado acogida toda clase de desgraciados. Y ello porque en esta inmensa ciudad del dolor y de la serenidad resuena perpetuo el *Deo gratias,* perfumado por una perenne adoración eucarística.

Los milagros se suceden sin tregua y toda la atmósfera está impregnada de fe y oración.

El «Cottolengo» o «Piccola Casa» es como Lourdes, si bien en forma diversa, uno de los faros más potentes de irradiación de lo sobrenatural en un mundo tan natural...

EUGENIO VALENTINI, SDB

Bibliografía

ANTONELLI-COSTAGGINI, P., *Vita del Beato Giuseppe Benedetto Cottolengo* (Roma 1917).

FELICI, I , *Il Cottolengo* (Florencia 1934).

GASTALDI, P. P., *I prodigi della carita cristiana descriti nella vita del Servo di Dio Giuseppe Benedetto Cottolengo...,* 2 vols. (Turín 1892).

MEO, V. DI, *La spiritualita di S. Giuseppe Benedetto Cottolengo studiata nei suoi scritti e nei processi canonici.* Thesis (Pinerolo 1958).

VALENTINI, E., *La spiritualita del Cottolengo* (Turín 1956).

— Actualización:

BOSCO, T., OSB, *San Giuseppe Cottolengo* (Leuman, Turín 1980).

PIANO, L., *San Giuseppe Benedetto Cottolengo* (Turín 1996).

BEATA PAULINA VON MALLINCKRODT

Virgen y fundadora († 1881)

Nació el 3 de junio de 1817 en Minden (Westfalia), siendo la primogénita del matrimonio formado por Betmaro von Mallinckrodt, primer consejero y director de finanzas en el distrito de Minden, y de Bernardina de Hartman. El padre, protestante, la madre, católica. Seis días más tarde recibió las aguas bautismales según el rito católico, mientras sus hermanos fueron bautizados en la iglesia protestante, aunque su padre nunca se opuso a la educación católica que la madre impartió a los cuatro hijos. Su infancia coincide con un período de luchas y agitaciones político-sociales, económicas e ideológicas, en las cuales también se vio envuelta la Iglesia católica. La profunda fe de la madre formó la base de la espiritualidad de Paulina, así como su sensibilidad hacia los pobres. En otoño del año 1832 su padre la envió a un colegio laico de Liegi para completar mejor su formación, en donde sufrió espiritualmente por causa de la ausencia de formación religiosa. Al recibir en 1824 su padre el cargo de vicepresidente gubernamental la familia se estableció en Aquisgrán, asistiendo todos los hermanos a una escuela católica, en donde tuvieron de maestra a la poetisa Luisa Hensel, que había pasado del luteranismo a la Iglesia católica. La instrucción que recibió de dicha maestra le ayudó a profundizar en las cuestiones religiosas y sociales, distinguiéndose por su aplicación en las cosas de la fe. Tuvo como compañeras y amigas a la Sierva de Dios Clara Fey, fundadora de la Congregación del Niño Jesús Pobre, y la Beata Francisca Schervier, fundadora de la Congregación de Hermanas Pobres de San Francisco.

El 17 de agosto de 1834 falleció su madre, y con 17 años quedó al frente de la administración de la casa, debiendo cumplir con los deberes sociales a los que su posición y las muchas relaciones de su padre la obligaban. En agosto de 1835 fue confirmada y en este momento decide renunciar definitivamente a las pretensiones matrimoniales que le ofrecía un oficial, primo suyo, sintiendo en su corazón un vivo deseo de servir a Dios en los pobres y enfermos. Tenía una visión muy clara de su vida: «Advertí en mí un inmenso deseo de ser hermana de la Caridad», deseo alimentado con la eucaristía: «Me inflamaba siem-

pre el mayor deseo con un gran amor por tu Santísimo Sacramento digno de alabanza. Hambre de ser penetrada hasta lo máximo del corazón [...] porque tú me fortaleces y robusteces».

En febrero de 1838 su padre fue acusado de haber educado a sus hijos en la religión católica, en contra de lo prescrito en las leyes prusianas, en razón de lo cual presentó al año siguiente su dimisión como presidente de Aquisgrán, que le fue aceptada, estableciéndose en la hacienda familiar de Böcldeken, situada en los alrededores de Paderborn, donde tuvo ocasión de advertir la miseria provocada por la industrialización en los pequeños empresarios y jornaleros que de las zonas rurales de Westfalia septentrional se dirigían a la ciudad en busca de un trabajo más rentable, pero vivían en condiciones infrahumanas. Los enfermos y ancianos sin ayuda o subsidio estatal alguno, dependían de la caridad del prójimo. Ante esta dramática situación, junto con su amiga Ana von Lommessen y otras jóvenes acomodadas llevaban limosnas y comida a los necesitados.

Su entusiasmo caritativo quedó probado como cofundadora de la asociación femenina que se organizó, con la idea de ayudar y atender a los enfermos, en su propia casa, encargándose de la administración. En 1842 acoge en la guardería para niños de obreros pobres a dos niños ciegos, iniciando así el cimiento de su pequeño instituto para ciegos que en 1847 se convirtió en el Instituto Provincial, siguiendo bajo su experta dirección como institución de derecho público. En abril de este mismo año falleció su progenitor y desde este momento se dispuso a seguir su vocación más íntima: entregarse a los demás, contribuyendo a resolver la miseria de los pobres, eliminando la injusticia social. Antes de separarse de sus hermanos realizó un largo viaje por Alemania, visitando otras naciones centroeuropeas con el fin de conocer mejor diversas instituciones benéficas asistenciales, sobre todo institutos para ciegos.

Al regresar a Paderborn comenzó a concretizar su vocación. Superadas las resistencias fraternas y las fallidas tentativas de encontrar un lugar adecuado para sus ciegos en diversas congregaciones, que no estaban preparadas para atender esta necesidad, se estableció en dicho lugar, dedicando todo su tiempo a los pobres y a los niños ciegos. Para profundizar aún más en su

inacabada decisión vocacional llegó a París, donde su amiga Anna von Lommessen había profesado en las Damas del Sagrado Corazón de Santa Magdalena Sofía Barat, ofreciéndoles que se encargaran del Instituto de Paderborn, encargo que no se llegó a realizar debido a las reticencias de Prusia que no hubiera aceptado nunca que una congregación francesa se instalara en su territorio. Regresó a Alemania y durante su estancia en Colonia se entrevistó con monseñor Claessen, obispo auxiliar y amigo de la familia, que le aconsejó fundar una nueva congregación, encontrando «en lo más íntimo de mi ánimo que esto era bueno y agradable a Dios. Sintiéndome con la ayuda y la fuerza del cielo, hice firme propósito de emprender esta obra, superando todas las dificultades que pudieran presentarse». Mientras, las teorías marxistas del *Manifiesto comunista* (1847) afirmaban que el amor cristiano era una utopía, provocando una revolución en la sociedad que cambió la historia de Europa.

Decidida a fundar una nueva congregacion y aconsejada por el padre Boekamp, su director espiritual, y por monseñor Franz Drepper, obispo de Paderborn, fundó la Congregación de Hermanas de la Caridad Cristiana, aunque en tiempos de San Pío X se denominará Hijas de la Beatísima Virgen María de la Inmaculada Concepción. En diciembre de 1850 envió la primera maestra católica a la escuela elemental de niñas de Dortmund, y al año siguiente cinco religiosas quedaron al frente de la dirección del real orfanato de Steele, donde se acogían 120 niños.

Apenas surgida la Congregación se le presentó un nuevo campo de apostolado en las escuelas de la zona industrial de la Renania Westfalia, donde las ciudades se convertían en guetos. Los párrocos pidieron religiosas para la enseñanza en las escuelas elementales católicas, motivando que muchas maestras ya diplomadas se unieran a la Congregación, mientras otras religiosas se examinaban civilmente para obtener un título profesional que les permitiera acceder a los colegios nacionales.

El año 1848 estalló la revolución en varios países europeos, y en septiembre eran aprobados los Estatutos que fueron reconocidos civilmente el año siguiente. El 21 de agosto de 1849, y después de una intensa preparación espiritual en la iglesia parroquial de Busdorf (Paderborn), recibió el hábito, junto con

tres compañeras, de manos del obispo Drepper, quedando oficialmente reconocida, de este modo, la Congregación. En 1863 gracias al apoyo del nuevo obispo diocesano Conrado Martín, obtuvo el *Decretum laudis* con la aprobación pontificia.

Fue superiora y maestra de novicias, revelando unas dotes excepcionales de gobierno, firmemente convencida en defender su Instituto frente a los poderes civiles, viviendo siempre «en auténtica unión con la Iglesia (pues) no moveré ni un dedo en una empresa que la Iglesia no haya aprobado», donde encontraba la voluntad de Dios «meta suprema de todas mis aspiraciones». Durante veinte años vivió una vida intensa, con grandes fatigas y contratiempos, pero espléndida en profundas satisfacciones, y su acción, sea por el propio crecimiento espiritual, sea por su voluntad de entregarse en el campo asistencial y educativo, no conoce descanso, especialmente en lo referente a la asistencia e instrucción de los niños ciegos, el servicio originario y principal de la Congregación, tarea que amplió con la enseñanza y la educación de las jóvenes.

Serán las leyes persecutorias del Kulturkampf, que suprimieron sus escuelas, las que la obligarán a abandonar Alemania. Prusia, después de haber mantenido una guerra contra Francia (1870) y haber hecho prisionero a Napoleón III, proclamó en Versailles el nacimiento del Imperio Alemán, aunque el verdadero jefe del nuevo estado no fue el emperador Guillermo I, sino el canciller Bismarck, quien se vio obstaculizado en sus intentos imperialistas por la creciente fuerza del catolicismo. Con táctica audaz creyó necesario separar el catolicismo alemán de la Iglesia de Roma, reduciéndola a una iglesia nacional alemana. Mientras, el Papa estaba prisionero en el Vaticano después de la entrada en Roma de las tropas de Garibaldi. La hostilidad del Estado prusiano hacia las instituciones católicas quedó reflejada en las leyes discriminatorias contra los católicos y sus escuelas, que concluyeron con la confiscación de los bienes y la expulsión de las comunidades religiosas de Alemania.

Con el fin de evitar la incautación de los bienes propició la venta de distintas propiedades de la Congregación. Esta contrariedad permitió que abriera casas en distintos países europeos, a donde fueron las maestras que habían perdido sus clases, diri-

giendo su esfuerzo educativo especialmente al Nuevo Mundo, extendiéndose de este modo su apostolado que creció extraordinariamente en obras de caridad cristiana. El primer grupo misionero partió de Bremerhaven rumbo a Nueva Orleáns en 1873. En el mes de mayo de este mismo año viajó hasta América del Sur en donde permaneció durante dos meses, promoviendo diversas fundaciones. En 1874 estuvo en Chile. En abril de 1876 fue a Roma para rendir homenaje al Santo Padre el Beato Pío IX y solicitar la aprobación de las Constituciones. Asimismo intercedió por monseñor Martin, encarcelado en 1874, liberado al año siguiente y huido en el verano de 1875 a Holanda, de donde en marzo del año siguiente se exilió a Bélgica, por haber defendido la libertad religiosa con valiente decisión, despertando el odio de sus adversarios en el gobierno prusiano.

En 1877 trasladó la Casa madre a Bélgica al tener que abandonar Paderborn por haberse proclamado la exclaustración de todos los religiosos de Alemania. En 1879 la Congregación celebró el primer capítulo general, siendo elegida superiora por unanimidad. En el mes de octubre de este mismo año volvió a Chile, visitando las casas de la congregación, mientras que en 1880 se embarcó para América del Norte, en donde se habían abierto 26 casas. Agotada por tantos viajes apostólicos y el intenso trabajo realizado, una grave pulmonía la llevó al sepulcro, falleciendo el 30 de abril de 1881, recibiendo sepultura en una capilla del pequeño cementerio de la Casa madre. El proceso informativo diocesano fue introducido en 1926, quedando concluido en 1933. En 1958 Pío XII decretó el inicio del proceso apostólico, exhumándose sus restos en febrero de 1963. En 1983 Juan Pablo II firmó el decreto sobre la heroicidad de sus virtudes, proclamándola Beata el 14 de abril de 1985.

El fundamento de su espiritualidad está en la fe profunda que domina toda su vida, considera «una especial bendición de Dios» su estancia en Aquisgrán, donde recibió una completa formación católica. El santo amor será la característica principal de su Congregación, su ley, su alma, que deben transmitir todas las religiosas «en los ojos, en las obras, en sus palabras, en todos

los lugares y en todas las cosas». Amor profundo, amor intenso a todos, con paciencia y amabilidad, «un amor que beneficie a todos, aportando paz y dulzura».

Mujer de gran ánimo, abandona su voluntad en Dios, sufriendo con Cristo por la disolución de su obra. Fruto de tanto sacrificio fue el rápido florecimiento de sus obras en tantos países, tan lejos de Alemania. La fe la convirtió en clara y transparente como luz consciente y valiente, con la que supo afrontar sufrimientos, amarguras y pruebas de todo tipo. Creció anhelando siempre a Dios y su mayor gloria. Se dedicó con gran ternura a los niños ciegos, a quienes quiso regalar la luz interior como destello de luz divina. Audaces eran sus planes, pero su obra creció con éxito. En el tiempo de su mayor crecimiento sobrevino la hora demoledora de las tinieblas, con la dura persecución bajo la ley de los conflictos político-religiosos, soportando las pruebas con humilde obediencia. En medio de las pruebas y dificultades mostró una confianza segura en las decisiones fundamentales de su vida.

Es un ejemplo de vida. A la angustiosa inquietud del hombre moderno ella señala un camino de paz interior: buscar a Dios en los hermanos que sufren. Adhesión a Dios y ruptura con todo lo que aparta de Él, es lo que persigue de manera incansable. Entrega amorosa que la conducirá al heroísmo en el amor comprometido: «A Él le entrego todo con absoluta confianza». Para el amor no hay imposibles, creciendo en la presencia de Dios, sin ver perturbada su paz. Este amor incondicional a Dios y la orientación a él en toda circunstancia, eran rasgos de su extraordinaria personalidad, creciendo en su enérgico esfuerzo para ganar, con caridad y amabilidad, todos los corazones para Dios, encomendando al amor de Jesús a cuantos trataba, pidiéndole les concediera su benevolencia: «Caridad, la más íntima caridad en el trato [...] el más encendido amor, paciencia y afabilidad con todos».

Gastó su fortuna en favor de los pobres, y puso todas sus energías al servicio de los ciegos, de los más marginados de su tiempo. Supo aprovechar discretamente las múltiples ocasiones de mortificarse, haciendo de su cuerpo un verdadero holocausto de amor. De este modo crecían en ella la generosidad y la

fortaleza que la preparaban para los grandes y numerosos sacrificios que le exigía el Señor.

El milagro para la beatificación

Sor Cristófora, religiosa de la Caridad Cristiana, era de constitución grácil pero no había tenido enfermedad alguna a señalar en su infancia y pubertad. Entre los 21-22 años (1947-1948) comenzó a notar un progresivo enfriamiento en sus extremidades, acompañado de un hormigueo, a lo que no dio ninguna importancia. A los 27 años de edad aparecieron algunos trastornos visuales, y casi al mismo tiempo, una gran debilidad en su parte inferior izquierda. Al año siguiente (1954) notó en abril una diplopia en el ojo izquierdo, que el oculista señaló como una evidente parálisis. El examen neurológico del 23 de mayo señaló una esclerosis múltiple, siendo internada durante cinco semanas en el hospital de San Andrés de Neuhaus, cercano a Paderborn. La terapia que se le aplicó con unciones de ungüento mercurial, baños turcos y otros permitieron cierta mejoría. Las siete semanas siguientes las pasó en un clima montañoso, en reposo absoluto y con una *dieta alimentaria cruda* (método Evers), que no produjo mejoría alguna, al contrario, en septiembre de 1954 se localizaron dolores occipitales, vértigos, diplopia y parálisis del abductor izquierdo con graves problemas en el nervio óptico. Dos meses más tarde los signos patológicos se agravaron.

En febrero de 1955 la enfermedad empeoró con incapacidad notoria de mantenerse erguida y de andar, insensibilidad en el tacto, diagnosticándole el 13 de mayo del mismo año *esclerosis múltiple,* juzgando los médicos que su enfermedad era incurable y estaba en fase de rechazar cualquier terapia. En este momento la enferma y las religiosas decidieron invocar la intercesión de la Sierva de Dios. En la tarde del 14 de mayo la religiosa sintió de imprevisto un gran calor en sus piernas, bienestar general e impulso de caminar. Apoyada en el brazo de la enfermera comenzó a deambular, pudiendo vestirse por sí misma y acercarse a la capilla. Desde ese momento cesaron los temblores, las convulsiones y los diversos síntomas morbosos, reintegrándose a la vida de comunidad. En sucesivos exámenes médicos (1955 y 1962) se confirmó la completa curación y la permanencia de su estado.

La esclerosis múltiple que le fue diagnosticada según la sintomatología observada a lo largo de la evolución de la enfermedad era cierta, y la terapia insuficiente para contrarrestarla y para lograr la curación, que fue instantánea, completa, definitiva y no explicable con las leyes de la patología. El suceso puede situarse, con todas las reservas, en la categoría de los eventos biológicos «extraordinarios». Todos los componentes de la consulta médica fueron del parecer unánime «que se trata de una curación instantánea, y como se trata de una curación permanente se puede definir como perfecta. Roma, 28 de marzo de 1984».

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

Congregazione delle Cause dei Santi. Miracoli dei Beati. 1893-1990 (1999) 102-110.
EHRENBORG, F., SJ, *Reseña histórica sobre la vida virtuosa de la Sierva de Dios Paulina von Mallinckrodt* (1984).
Index ac status causarum, o.c., 500.
Martyrologium romanum, o.c., 248.
L'Osservatore Romano (14 y 16-4-1985).
RESCH, A., *I Beati di Giovanni Paolo II* I: *1979-1985* (Roma 2000) 182-184.
SANDER-WIETFELD, K., *Paulina von Mallinckrodt* (Chile 1990).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTOS AMADOR, PEDRO, MONJE, y LUIS

Mártires († 855)

Los tres estados eclesiásticos —clerical, monacal y seglar— se unieron en este martirio para confesar unánimemente a Cristo en la Córdoba del siglo IX.

Amador, el sacerdote, había nacido en la población llamada hoy Martos. Se había ido a Córdoba con sus padres y hermanos en orden a facilitar el estudio de los muchachos. Era un hombre joven al tiempo de su martirio. Pedro era monje y no nos dice San Eulogio de qué monasterio era. Era hijo de padres acomodados, como lo era igualmente el joven Luis, seglar, que era hermano del diácono y mártir San Pablo.

Parece que los tres eran muy amigos y se pusieron de acuerdo en confesar juntos a Cristo, lo que hicieron ante el juez musulmán el 30 de abril del año 855, siendo inmediatamente condenados a muerte y ejecutados y sus cuerpos arrojados al Guadalquivir.

BEATO GUILLERMO SOUTHERNE

Presbítero y mártir († 1618)

Nació en Durham el año 1577. Decidido por el sacerdocio, que recibe en el Continente tras estudiar en Lituania, España y Douai, vuelve a Inglaterra a trabajar apostólicamente. Arrestado y juzgado, por ser sacerdote católico es condenado como traidor y ahorcado y descuartizado en New Castle el 30 de abril de 1618. Fue beatificado el 22 de noviembre de 1987.

BEATO BENITO DE URBINO

Presbítero († 1625)

Benito Passionei nació en Urbino el año 1560 en una ilustre familia. Huérfano desde joven, estudia en las universidades de Perugia y de Padua, demuestra tener una clara inteligencia al tiempo que lleva una conducta intachable, y muy en contra de la voluntad de su familia toma el hábito capuchino en el convento de Fano. Hecha la profesión y los estudios, se ordena sacerdote y en 1598 los superiores lo agregan al grupo de doce capuchinos que debían acompañar a San Lorenzo de Brindis en su misión en los países germanos para afirmar la fe católica frente al luteranismo. En este ministerio, cumplido con entrega ejemplar, estuvo cuatro años. Vuelve a Italia y aquí igualmente es destinado a la predicación que ejercita por muchas poblaciones de la Península, acompañando su ministerio con el ejemplo de una vida de plena observancia de la regla franciscana y del ejercicio de todas las virtudes, sobresaliendo por su insigne caridad con los pobres y necesitados, para quienes iban siempre sus especiales cuidados. Murió en el convento de Fossombrone el 30 de abril de 1625. Fue beatificado el 15 de enero de 1867.

SAN JOSÉ TUAN

Presbítero y mártir († 1861)

Este mártir vietnamita tenía sesenta años al tiempo de su martirio, cuando fue decapitado en abril de 1861. Su trato con los religiosos dominicos, a los que debía la fe la comunidad cristiana en la que había nacido, le llevó a optar por la vida religiosa en la Orden de Predicadores. Una vez profesado y hechos los estudios, se ordenó sacerdote y ejerció con fruto el ministerio. Un falso cristiano lo delató porque había administrado los sacramentos a su madre enferma. Arrestado, confesó la fe, se negó a apostatar y fue condenado a muerte que se cumplió en el poblado de An Bai. Fue canonizado el 19 de julio de 1988.

SANTO TRIDUO PASCUAL: DE LA MUERTE A LA RESURRECCIÓN DEL SEÑOR

En tiempo de Jesús el pueblo israelita seguía celebrando con gran solemnidad la fiesta de Pascua, instituida por Moisés antes de la salida de Egipto. Era esta fiesta, por una parte, *memorial* del éxodo liberador de la opresión de los egipcios y, por otra, *espera* de los tiempos mesiánicos. Como israelitas temerosos de Dios, José y María subían todos los años a Jerusalén a la fiesta de Pascua, como dice San Lucas (Lc 2,41).Y sin la menor duda Jesús subió a Jerusalén todos los años durante su vida oculta. Los evangelistas ponen muy de relieve que así lo hizo durante su vida pública.

La esperada salvación mesiánica había comenzado a ser realidad cuando «la Palabra se hizo carne y puso su Morada entre nosotros» (Jn 1,14). Y fue plena realidad, cuando Jesús, durante la celebración de la Pascua de su pueblo, se ofreció al Padre por la salvación del hombre, pasando por la pasión y la muerte a la resurrección, convirtiéndose él en la Pascua del nuevo y eterno Testamento.

Antes, «la víspera de su pasión», había celebrado ya esta Pascua en el Cenáculo con sus discípulos y había mandado a éstos que la celebrasen ellos en su nombre: «Haced esto en memoria mía».

Los apóstoles comenzaron a hacerlo una vez que el Espíritu Santo descendió sobre ellos el día de Pentecostés. El día elegido para celebrar la Pascua del nuevo y eterno Testamento, para la «fracción del pan» —éste será el nombre que los primeros cristianos darán a la celebración de la eucaristía—, fue el primer día de la semana, es decir, el día en que el Señor resucitó. Muy pronto este primer día de la semana recibirá el nombre de «día del Señor» *(kyriaké hemera = dies dominica = domingo)*. En los escritos del Nuevo Testamento son bastantes las alusiones a la celebración de la fracción del pan los domingos. Bien significativo

es en este sentido lo que el libro *Hechos de los Apóstoles* dice hablando de San Pablo: «El primer día de la semana, estando nosotros reunidos para la fracción del pan, Pablo...».

¿Celebraban también de algún modo todos los años los primeros cristianos la Pascua del Señor? Se puede dar por seguro, pero no ha llegado a nosotros ninguna referencia explícita de que lo hicieran. Seguirían celebrando la Pascua de sus padres —la mayoría eran judíos—, pero desde el primer momento la fueron *cristianizando.*

Las primeras noticias claras que tenemos de una celebración anual de la Pascua son de mediados del siglo II. En esta época, por lo que dicen, entre otros, Melitón de Sardes y el Pseudo Hipólito, el pueblo cristiano se reunía y pasaba la noche del sábado al domingo leyendo los pasajes del Antiguo y del Nuevo Testamento relacionados con la Pascua y orando. Pronto se generalizó la costumbre de ayunar el viernes y el sábado y de celebrar durante la Vigilia de esa santa noche los sacramentos de la iniciación.

En el siglo IV el Triduo es ya lo que, más o menos, seguirá siendo. A una celebración más y más viva y sentida contribuyeron las exposiciones que de este misterio fueron haciendo los Padres tanto de oriente como de occidente. Lo hicieron de modo especial como sencillas catequesis a los catecúmenos que se preparaban para recibir los sacramentos de la iniciación durante la Vigilia Pascual.

La celebración del Triduo Santo seguirá siendo en la Iglesia el tiempo más fuerte del año litúrgico.

Pero pronto se introducen costumbres que desvirtúan un tanto la fisonomía de estas celebraciones.

Pero es sobre todo durante la Edad Media cuando se introducen cambios en la liturgia, que pretendiendo enriquecerla la desvirtuaron no poco, distorsionando con frecuencia el esquema inicial y desviando la atención de los fieles del misterio celebrado. De lo más llamativo en este sentido fue el desajuste de las horas en que tuvieron lugar los acontecimientos de la pasión del Señor, y que la liturgia seguía suponiendo y evocando, y las horas en que de hecho se celebraban. El problema de la lengua ha sido causa no pequeña de este desvío de la devoción.

Mérito del movimiento litúrgico fue redescubrir la centralidad de la liturgia pascual. Dom Guéranger († 1875), sobre todo en su obra *L'année liturgique,* puso muy de relieve la importancia del misterio pascual y la centralidad de su celebración. Los escritos del benedictino de María Laach, Odo Casel († 1948), bajo el aspecto teológico, y los de Pius Parsch, bajo el aspecto pastoral, entre otros muchos liturgistas y teólogos, hicieron sentir en amplios sectores de la Iglesia la necesidad de una reforma que devolviese al Triduo Santo su auténtica fisonomía.

Durante el pontificado de Pío XII estas ideas y estas ilusiones comenzaron a hacerse realidad. Y después del Concilio Vaticano II, siguiendo las normas dadas en éste, durante los años 1969, 1970 y 1971 fueron publicándose los libros litúrgicos en los que aparecía el Triduo Pascual tal como hoy tenemos el gozo de celebrarlo.

La carta circular de la Congregación para el Culto divino del 10 de enero de 1988 presenta así el Triduo Pascual tal como hoy lo celebramos:

> «La Iglesia celebra cada año los grandes misterios de la reden cion de los hombres desde la misa vespertina del Jueves Santo *en la Cena del Señor* hasta las Vísperas del domingo de resurreccion Este periodo de tiempo se denomina justamente el *Triduo del crucificado, sepultado y resucitado,* se llama tambien *Triduo Pascual* porque con su celebracion se hace presente y se realiza el misterio de la Pascua, es decir, el transito del Señor de este mundo al Padre En esta celebracion del misterio, por medio de los signos litúrgicos y sacramentales, la Iglesia se une en intima comunion con Cristo, su Esposo»

Triduo Pascual del que San Ambrosio, a finales del siglo IV, dice que es el «Triduo sagrado dentro del cual Cristo padeció, descanso y resucitó» (Ep 23,13). Y algo más tarde San Agustín lo llama «Sacratísimo Triduo de Cristo crucificado, sepultado y resucitado» (Ep 55,14)

Durante este Triduo Pascual la Iglesia celebra como un todo la Pascua del Señor, su *paso* de la muerte a la resurrección, teniendo muy presente que, como dice San Pablo, «Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más, la muerte no tiene señorio sobre él» (Rom 6,9) Y con el *paso* de nuestro Señor celebramos nosotros nuestro *paso.*

Jueves Santo: Misa vespertina de la Cena del Señor

«Al atardecer, en la hora más oportuna, se celebra la misa de la Cena del Señor, en la que participa plenamente toda la comunidad local y todos los sacerdotes y clérigos que ejercen su ministerio», dice el misal.

Como lo había hecho en años anteriores, Jesús había subido con sus discípulos a Jerusalén para celebrar la Pascua. Subía muy consciente de que iba a ser su última celebración de la Pascua de sus padres. El pueblo le había recibido como el esperado Mesías, lo que había exacerbado aún más el odio de sus enemigos. El primer día de los ácimos envió a Pedro y a Juan a preparar el local y lo necesario. «Y llegada la hora se puso a la mesa con los apóstoles» (Lc 22,14).

Mateo, Marcos y Lucas centran su relato de la última Cena en la institución de la Eucaristía. San Juan, que, dándolo por sabido, no relata la Institución de la Eucaristía, se alarga recordando detalladamente los gestos y palabras del Señor en los que aparece el amor del Hijo de Dios al hombre y su exigencia de que éstos se amen unos a otros como él los ama.

Pronto este día, lleno de recuerdos tan evocadores y en el que el Señor había instituido la Eucaristía, adquiere gran importancia en la Iglesia. Será el día dedicado a la admisión de los penitentes, a la consagración del santo crisma y de los óleos, y también y sobre todo a recordar y celebrar la institución de la Eucaristía.

La liturgia de esta santa tarde es una de las que más se han beneficiado de la reforma litúrgica. Se ha introducido el lavatorio de los pies y se ha enriquecido notablemente su liturgia. Y se introdujo la concelebración y la comunión bajo las dos especies.

De la misa vespertina dice el *Ceremonial de los obispos:*

> «Con la misa que tiene lugar en las horas vespertinas del jueves de la Semana Santa comienza el Triduo Pascual y evoca aquella última Cena del Señor Jesús, en la que, en la noche en que iba a ser entregado, habiendo amado hasta el extremo a los suyos que estaban en el mundo, ofreció a Dios Padre su Cuerpo y su Sangre bajo las especies del pan y del vino y los entregó a los Apóstoles para que los sumiesen, mandándoles que ellos y sus sucesores en el sacerdocio también lo ofreciesen» (n.295).

La plegaria eucarística tiene hoy un valor añadido. Siempre durante ella se hace lo que el Señor mandó: «Haced esto en memoria mía». El Señor «hizo esto» y nos lo mandó hacer a nosotros durante la Cena que celebró *hoy* con sus discípulos en el Cenáculo. Pone esto de relieve la liturgia de la misa de la Cena del Señor incluyendo palabras alusivas a que «esto» lo realizó el Señor precisamente *hoy y a esta hora.*

La *oración colecta* centra nuestra mirada en el misterio que hemos comenzado a celebrar: «Nos has convocado esta tarde para celebrar aquella misma Cena... el banquete de su amor, el sacrificio de la Alianza eterna..., te pedimos que la celebración de estos santos misterios nos lleve a alcanzar plenitud de amor y de vida». Todo esta tarde gira en torno al amor de Jesucristo que pide amor.

La primera lectura, tomada del Éxodo, relata la institución de la Pascua judía y de cómo la han de celebrar los israelitas. Jesús la celebró en el Cenáculo y en ella comieron el cordero degollado, cordero degollado que le simbolizaba a él que al día siguiente moriría clavado a la cruz como inocente cordero. En *la segunda lectura* San Pablo les recuerda a los corintios la institución de la Eucaristía *en la noche en que iba a ser entregado* y las exigencias que lleva consigo participar de la Eucaristía.

Como *lectura evangélica* se lee el relato del lavatorio de los pies de sus discípulos por Jesús, ejemplo sublime de amor humilde que el divino Maestro —«me llamáis Maestro, pues lo soy»— nos dio «en la hora en que iba a pasar de este mundo al Padre». A esta lectura, después de ser comentada por el sacerdote, sigue *el mandato,* el lavatorio de los pies, acertadamente introducido en la Eucaristía de este día. Es una escenificación de lo que el Señor hizo y de lo que nosotros hemos de hacer para ser cristianos de verdad, cristianos comprometidos con nuestro Maestro, imitadores suyos: «Os he dado ejemplo».

La procesión de las ofrendas y del fruto de la caridad de los fieles tienen en esta eucaristía una razón añadida. Nuestra conciencia de cristianos ha de verse especialmente interpelada hoy: el amor de Jesús a los hombres, pobres pecadores, no fue un amor platónico: dio su vida por nosotros. Nuestro amor a nuestros hermanos necesitados ha de traducirse en hechos.

Antes de que la asamblea sea despedida y de que se retiren del altar la cruz, los candeleros y el mantel, se lleva procesionalmente el Santísimo Sacramento a una capilla. Esta reserva tiene dos fines: disponer de formas consagradas para la celebración del Viernes Santo y, si hubiere necesidad, administrar el viático; y hacer posible que los fieles oren y contemplen agradecidos la Eucaristía, cuya institución se acaba de celebrar.

Viernes Santo: Celebración de la pasión del Señor

«Y, cantados los himnos, salieron hacia el monte de los Olivos», dice el Evangelio de San Mateo (Mt 26,3). Y el de San Juan: «Dicho esto, pasó Jesús con sus discípulos al otro lado del torrente Cedrón donde había un huerto» (Jn 18,1). Jesús comenzaba a recorrer su Viacrucis: Getsemaní, ante Anás, ante Caifás, en el Pretorio ante Pilato, ante Herodes, de nuevo ante Pilato, cargando con la cruz camino del Calvario, hasta que, clavado a la cruz, «reclinando la cabeza, entregó el espíritu» (Jn 19,30). La Pascua del nuevo y eterno Testamento era ya una realidad.

Pasados casi dos mil años, nosotros, discípulos del Señor, lo recordamos y celebramos todos los años. Lo hacemos en el Oficio de lecturas y Laudes que no todos pueden celebrar. Y lo hacemos, sobre todo, en la solemne celebración de la pasión del Señor.

Es probable que durante bastante tiempo ni el Viernes Santo ni el Sábado Santo hubiese celebración especial. Estos días formaban un todo con la Vigilia Pascual, eran una sola fiesta: Pascua. No eran, sin embargo, días vacíos. Por de pronto eran días de riguroso ayuno, con el que se unían a Cristo muerto y sepultado esperando su resurrección. Y eran días de silencio orante.

A no tardar mucho se organizaron oficios litúrgicos. Por Egeria sabemos que en el siglo IV se vivían estos días en Jerusalén intensamente con una liturgia apropiada. En los siglos VI y VII la celebración litúrgica es ya muy parecida a la actual. Una liturgia sin Eucaristía.

La celebración de la pasión del Señor nos introduce en el misterio insondable de la muerte del justo para redimir a los pecadores. Cristo es el servidor de Yahvé, anunciado por los profetas. Es el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo. Es el sacerdote de la Nueva Alianza, que se ofreció a sí mismo una vez para siempre como víctima, único sacerdote capaz de convertir la muerte en vida, los sufrimientos en causa de salvación.

San Pablo es el teólogo por excelencia de este misterio, sobre él vuelve una y otra vez: «Ahora me alegro de mis padecimientos por vosotros y suplo en mi carne lo que falta a los padecimientos de Cristo por su Cuerpo que es la Iglesia» (Col 1,24). «Lo único que deseo es conocerle a él y participar en sus padecimientos, conformándome a él en la muerte» (Flp 3,10).

La liturgia de este día tiene tres partes: liturgia de la Palabra; adoración de la santa Cruz; sagrada comunión.

— *Liturgia de la Palabra.*

Como *primera lectura* se lee el «Cántico del siervo de Dios», impresionante figura profética de Jesús paciente. El siervo de Dios a quien Isaías contempla sufre física y moralmente. Sufre «porque el Señor cargó sobre él todos nuestros pecados». Es «como un cordero llevado al matadero...». Sufre «porque tomó el pecado de muchos, cargando con los crímenes de ellos». «Por eso tendrá una parte entre los grandes». A esta primera lectura el pueblo se une cantando como *salmo responsorial* parte del Salmo 30, un salmo que, puesto en labios de Jesús muriendo clavado a la Cruz, adquiere todo su sentido. De hecho según San Lucas las últimas palabras de Jesús antes de expirar fueron: «Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu», que son el versículo 6 de este salmo.

La segunda lectura es parte de la Carta a los Hebreos. Cristo es nuestro Sumo Sacerdote, un sacerdote capaz de compadecerse de nosotros porque ha sido probado en todo como nosotros, excepto el pecado. Por eso «se ha convertido para todos los que le obedecen en autor de salvación eterna».

El canto antes del Evangelio es la mejor presentación del misterio que se celebra hoy: «Cristo, por nosotros, se sometió incluso a la muerte, y una muerte de cruz. Por eso Dios lo levantó sobre todo, y le concedió el nombre-sobre-todo-nombre».

El punto culminante de la liturgia de la Palabra del Viernes Santo es la proclamación de la *Pasión de nuestro Señor Jesucristo según San Juan,* «el discípulo a quien Jesús quería» (Jn 20,20). San Juan es testigo de excepción de la larga pasión de Jesús desde el huerto cercano al Torrente Cedrón hasta que el Señor, clavado a la Cruz, expiró. El mismo apóstol pone esto bien de relieve.

La oración universal tiene hoy una relevancia especial. Hasta la reforma de la liturgia la oración universal de este día era la única que la Iglesia romana conservaba. Esta oración, sobre todo si se hace en la forma tradicional, es de un gran efecto. En ella se pide al Padre que los frutos de la muerte redentora de Cristo se apliquen a la Iglesia y a todo el mundo.

— *Adoración de la Cruz.*

El emotivo rito de *la presentación y adoración de la Cruz* se viene haciendo desde muy antiguo. La peregrina Egeria cuenta con todo detalle cómo se hacía en Jerusalén en el siglo IV: el obispo y los diáconos sostienen el sagrado madero de la vera Cruz y todo el pueblo se acerca y la besa. Poco a poco lo que se hace en Jerusalén es imitado por las demás iglesias.

— *Sagrada comunión.*

Aunque hoy no se celebra la santa misa, desde hace ya mucho tiempo *hoy se comulga* con el pan consagrado en la misa de la Cena del Señor. La comunión en el día de la muerte del Señor ha de hacernos sentir con viveza lo que es siempre la comunión. San Pablo lo dice con estas palabras: «Cada vez que coméis de este pan y bebéis de este cáliz *proclamáis la muerte del Señor,* hasta que vuelva» (1 Cor 11,26).

Terminada la acción litúrgica, la Cruz queda bien visible como centro del templo. Los fieles pueden acercarse a ella, y agradecidos, besarla, y orar ante ella. Ningún día mejor que éste para recorrer las estaciones de *Via Crucis.*

Sábado Santo

Muerto Jesús y obtenidos los permisos necesarios, su cuerpo exánime fue descendido de la Cruz y depositado por José de Arimatea y Nicodemo en un sepulcro nuevo donde nadie había sido sepultado (cf. Jn 19,38-41).

«Durante el Sábado Santo la Iglesia permanece junto al sepulcro del Señor, meditando su pasión y muerte, y se abstiene del sacrificio de la Misa» (Rúbrica del Misal). Pero sí se celebra la Liturgia de las horas, que son la mejor oración y meditación en este día santo.

La Iglesia, que brotó del costado de Cristo clavado a la Cruz, vela en silencio contemplativo. Triste, porque su Señor ha muerto, alegre, porque ha resucitado. Triste, porque la causa de la muerte de su Señor ha sido el pecado de sus hijos los hombres que siguen siendo pecadores, alegre, porque la pasión y la muerte de su Señor nos ha salvado.

Leamos como dicho a nosotros lo que San Pablo dice a los romanos. «Los que hemos muerto al pecado, ¿cómo seguir viviendo en él? ¿O es que ignoráis que cuantos fuimos bautizados en Cristo Jesús, fuimos bautizados en su muerte? Fuimos, pues, con él sepultados por el bautismo en la muerte, a fin de que, al igual que Cristo fue resucitado de entre los muertos por medio de la gloria del Padre, así también nosotros vivamos una vida nueva» (Rom 6,2-4). «Sepultados con él en el bautismo, con él también habéis resucitado por la fe en la acción de Dios, que lo resucitó de entre los muertos» (Col 2,12).

Domingo de Pascua de la resurrección del Señor: Vigilia Pascual

El pueblo hebreo celebraba todos los años como «memorial» con una vigilia nocturna el paso del Señor durante la noche para liberar a sus padres de la esclavitud del Faraón. La Iglesia ha visto siempre en este acontecimiento del pueblo hebreo una figura del paso del Señor, de la Pascua. Y desde tiempo inmemorial, teniendo como fondo la celebración del pueblo hebreo, ha celebrado con una vigilia nocturna la Pascua de su Señor.

Esta Vigilia ha sido siempre «la madre de todas las santas vigilias» (San Agustín), «la mayor de todas nuestras fiestas, la mayor de todas nuestras celebraciones» (San Gregorio Nacianceno).

Tiene cuatro partes: lucernario o solemne comienzo de la Vigilia, liturgia de la palabra, liturgia bautismal, liturgia eucarística.

— *Primera parte: lucernario o solemne comienzo de la Vigilia.*

En la antigüedad no era tan sencillo como ahora disponer, llegada la noche, de fuentes de luz. De ahí que la luz tuviese para ellos un sentido y un valor muy superior al que nosotros le concedemos. Cuando los cristianos se disponían a pasar toda la noche en la iglesia en oración, su primera preocupación era disponer de luz. Luz en la que veían simbolizado a Cristo, que se había presentado a sí mismo como la luz del mundo: «Yo soy la luz del mundo». Este simbolismo lo seguimos sintiendo nosotros, aun cuando dispongamos de otros medios de iluminación.

La Iglesia comenzó muy pronto a abrir la Vigilia de Pascua con un lucernario, muy bello y cargado de sentido «cristiano».

El traslado procesional del cirio de la puerta de la iglesia al presbiterio recuerda el largo caminar de los israelitas por el desierto hacia Tierra Santa guiados por una columna de fuego; y recuerda también nuestro caminar por la vida guiados por Cristo, luz del mundo.

La bendición del fuego y del cirio se han de hacer a ser posible en el exterior de la iglesia. Todas las luces han de estar apagadas. No hay más luz que la del cirio. Durante la procesión hacia el presbiterio, el que lleva el cirio canta varias veces: *Luz de Cristo,* a lo que todos responden: *Demos gracias a Dios.*

Colocado el cirio junto al ambón, el diácono, o el mismo sacerdote, entona el pregón pascual, pieza poética llena de lirismo y de teología que invita a todos a la alegría pascual, porque ha pasado la noche y brilla ya la luz que es Cristo resucitado.

— *Segunda parte: Liturgia de la Palabra.*

Parte fundamental de toda vigilia ha sido siempre la lectura de la Palabra de Dios, lectura a la que el pueblo correspondía meditando y orando. «En esta vigilia "Madre de todas las vigilias", se nos proponen nueve lecturas: siete del Antiguo Testamento y dos del Nuevo: "epístola y evangelio"» (Rúbrica del misal).

La tres primeras lecturas: dos del Génesis y una del Éxodo, narran tres intervenciones de Dios: creación, sacrificio de Abrahán y paso del mar Rojo. En ellas aparece el amor de Dios al hombre, amor que ha tenido en la resurrección de Jesús su más alta manifestación. A éstas siguen otras *cuatro lecturas* también del Antiguo

Testamento: dos de Isaías, una de Baruc y una de Ezequiel. Estos profetas animan al pueblo a ser fiel a Dios, a esperar en él. Espera que ha de animar la certeza de que Dios cumplirá lo que promete, sobre todo en el futuro mesiánico. El *salmo responsorial* y la oración que sigue a cada lectura son la respuesta cristiana, animada por la resurrección del Señor, a cada una de las lecturas.

Antes de proclamar la Palabra del Nuevo Testamento la Iglesia crea un clima de alegría pascual que es el que ha de dominar en la asamblea durante las acciones litúrgicas que van a seguir: se encienden los cirios del altar, el sacerdote entona el himno *Gloria a Dios en las alturas* y mientras se canta este himno suenan las campanas que han estado mudas durante los días anteriores.

En la *epístola* el Apóstol les recuerda a los romanos —a nosotros— algo que era constante en su predicación: por el bautismo hemos sido sepultados con Cristo para resucitar con él. ¡Cristo ya no muere!

Y antes de que uno de los tres sinópticos relaten el encuentro de María la Magdalena y sus compañeras con el sepulcro vacío y con el ángel que les anuncia ¡ha resucitado!, el sacerdote entona solemnemente el *aleluya.* Durante toda la cuaresma había estado ausente de la liturgia; a partir de ahora, durante el tiempo pascual sobre todo, resonará continuamente en la liturgia.

— *Tercera parte: Liturgia bautismal.*

Aunque la falta de testimonios no permite hacer afirmaciones categóricas hasta el siglo III, se puede dar por seguro que muy pronto se introdujo en todas partes la costumbre de celebrar en esta noche santa el bautismo. Pascua y bautismo son dos realidades que van íntimamente unidas. Así lo dice por ejemplo Tertuliano: «Pascua es el día más conveniente para el bautismo, porque en ella se realizó la pasión del Señor en la que somos bautizados» *(De baptismo,* 19). Por el bautismo, en efecto, nos incorporamos a Cristo y pasamos de la muerte del pecado a la vida de la gracia, de las tinieblas a la luz; morimos con Cristo y con él resucitamos. Antiguamente durante la cuaresma se preparaba a los catecúmenos para ser bautizados hoy y participar por primera vez de la mesa del Señor. En esta noche recibió San Agustín el bautismo de manos de San Ambrosio.

Esta parte de la Vigilia es la que más ha ganado con la reforma litúrgica. En ella se contemplan varias posibilidades: la existencia o no de bautizandos, la existencia o no de pila bautismal. Después de cualquiera de estos casos, todos los presentes, de pie, con las velas encendidas en la mano, renuevan las promesas bautismales. Antes han renunciado a Satanás y han hecho profesión de su fe.

— *Cuarta parte: Liturgia eucarística.*

«La celebración de la Eucaristía es la cuarta parte de la Vigilia, y su punto culminante, porque es el sacramento pascual por excelencia, memorial del sacrificio de la cruz, presencia de Cristo resucitado, consumación de la iniciación cristiana y pregustación de la Pascua eterna» *(Circular sobre las fiestas pascuales,* 90). En efecto, la comunidad cristiana que ha cantado a Cristo verdadera luz del mundo, que ha sido instruida por la Palabra de Dios, que ha recibido, o renovado, la gracia bautismal, oyendo en su interior la invitación que el Señor le hizo en la última Cena y le hace continuamente: «Haced esto en memoria mía», lo hace al final de la Vigilia para luego sentarse a la mesa para el banquete que el Señor le ha preparado y recibir como comida el Cuerpo del Señor y como bebida su Sangre.

«Podéis ir en paz, aleluya, aleluya».

«Demos gracias a Dios, aleluya, aleluya».

Domingo de Pascua de la resurrección del Señor: El día de Pascua

Pronto se sintió la necesidad de volverse a reunir el día que sigue a la noche pascual para recordar y celebrar los muchos acontecimientos que sucedieron al amanecer de este día. Hoy esta misa es más necesaria, porque son muchos los cristianos que por una u otra causa no asisten a la Vigilia.

Los cuatro Evangelistas cuentan con todo detalle cómo las discípulas y discípulos descubrieron que el sepulcro estaba vacío y que Jesús había resucitado, aunque las dudas tardaron en despejarse.

La liturgia de este día ofrece el relato de lo que sucedió este día, pero sobre todo trata de hacer vivir la gran verdad de que

Cristo está vivo, que está entre nosotros. Y que, por tanto, hemos de ser testigos y anunciadores de ello, que hemos de buscar no las cosas de este mundo, sino las de arriba, «donde está Cristo sentado a la derecha del Padre», que hemos de vivir la vida nueva de los resucitados con Cristo.

AUGUSTO PASCUAL, OSB

Bibliografía

ALDAZABAL, J , *El Triduo Pascual* (Biblioteca litúrgica, 8; Barcelona 1988).

CASTELLANO, J., *El año litúrgico* (Barcelona 1994) 153-208.

LOPEZ MARTÍN, J., *El año litúrgico: historia y teología de los tiempos litúrgicos cristianos* (BAC Popular, 62, Madrid [2]1997).

NOCENT, A., *Celebrar a Jesucristo: El año litúrgico.* IV: *Semana Santa y tiempo pascual* (Santander 1986).

TIEMPO PASCUAL: LA CINCUENTENA

> Adviento, Cuaresma son tiempos de preparacion El tiempo Pascual es, en cambio, el desarrollo de un unico grito de fiesta que no solo se canta ininterrumpidamente durante la octava sino que llena todos, la cincuentena pascual, con su misterio y su gracia «Este es el dia en que actuo el Señor, sea nuestra alegria y nuestro gozo»

La cincuentena pascual comienza desde el momento que despunta el día de Pascua y se da paso a una realidad pasada y presente, un día que podemos cantar a pleno pulmón:

> «Bendito sea Dios Padre de nuestro Señor Jesucristo, que en su gran misericordia, por la resurreccion de Jesucristo de entre los muertos nos ha hecho nacer de nuevo para una esperanza viva, para una herencia incorruptible, pura, imperecedera»

La gran noticia es proclamada de nuevo y el propio Cristo proclama por boca de sus fieles:

> «He resucitado y aun estoy contigo, he puesto sobre mi tu mano tu sabiduria (Padre) ha sido maravillosa»

La Iglesia entera habla y alaba al Señor. La fe de la nueva noticia no puede esconderse, ha de universalizarse (Conversión de Cornelio) «y en cualquier nación, el que le teme y practica la justicia le es grato» (Hch 10,35). Con estas palabras se resume toda la misión de la Iglesia que, en el día de la Resurrección, no quiere dejar de proclamar bien alto el objeto esencial de la fe que salva: Dios resucitó a Jesús al tercer día y le concedió manifestarse a los testigos por él elegidos.

Éste es el día de los testigos, el día de los Apóstoles, porque para serlo hay que ser testigo de la Resurrección, por eso añade Pedro «y se mostró a nosotros que hemos comido y bebido con él» (Hch 10,41).

La misión de los apóstoles (y de toda la Iglesia) consiste en dar testimonio de esta resurrección y proclamarla como objeto de una fe que salva perdonando los pecados Este mensaje nos

afecta a todos en estos tres puntos esenciales que deben movernos a reflexionar: La Iglesia debe alcanzar la universalidad, debemos creer que Cristo resucitó, somos testigos y debemos atestiguar la resurrección de Cristo.

Mas no podemos contentarnos con la contemplación, hay que comprometerse, para un bautizado la resurrección de Cristo es un proceso personal cuya realidad y exigencias se manifiestan a diario. Pero el Apóstol nos exhorta a una actitud lógica y comprometida: «Ya que habéis resucitado con Cristo...». Sepultados con Cristo, hemos sido llamados a vivir con el una vida nueva, y no solamente en el más allá, sino el «ya» de hoy, pero con las miras puestas en la esperanza de lo que está «arriba», que es lo único que le puede dar una visión correcta. En efecto, sólo a la luz de la fe se ve la realidad de su renovación. Por eso necesita la prenda del Espíritu para vivir aquí, sin vivir, padecer gozando y contemplar sin visión.

La Pascua, nos viene a decir San Pablo, no es tanto una fiesta externa, sino una celebración interior, por la que el cristiano renovado abandona la corrupción y la maldad, se libra de la levadura vieja para sólo «comer el pan ácimo de la sinceridad y la verdad».

Con la Pascua, en este día, se abre a la Iglesia los ojos de la fe y las luces del Espíritu Santo para ver y comprender. Cuando Pedro y Juan corren al sepulcro y entran y ven, dice el evangelista: «Hasta entonces no habían entendido la Escritura: que él había de resucitar de entre los muertos». Creyeron porque «vieron», pero «dichosos los que sin ver... creyeron».

Un descubrimiento tuvo lugar «el primer día de la semana». Y éste será el fundamento de la celebración dominical. La semana cristiana comienza con el primer día, tras el Sabath. En la madrugada de este primer día de la semana resucita Jesús. Para el cristiano, este día será el primero y también «el octavo día», un día fuera de la semana, el de la nueva creación y de la victoria sobre la muerte. No será para demostrar que la obra de Jesús tuvo éxito, sino, sobre todo, el día de la renovación de todas las cosas. La losa del sepulcro ha sido retirada. María Magdalena corre a comunicar la noticia a los discípulos. Juan tiene interés por especificar quiénes son los dos discípulos que salen corrien-

do a comprobar lo que decía María: son Pedro, el cabeza de la Iglesia, y también el discípulo «a quien quería Jesús». Este último, impaciente en su amor a Cristo, es el primero en llegar; sin embargo, deja pasar a Pedro, cuyo testimonio pesará más que el suyo ante toda la comunidad. Sin embargo, ve que el sepulcro está vacío. Hasta han vuelto a poner todo en orden, como comprueba Pedro. Éste lo ve y cree. Y nosotros nos sentimos transportados al episodio de Tomás: «¿Porque me has visto has creído? Dichosos los que creen sin haber visto» (Jn 20,29).

Por eso, hasta el anochecer de este primer día no deja de cantar la Iglesia la resurrección de Cristo y seguirá cantándola hasta la venida del Espíritu Santo que Jesús enviará tras su ascensión, pues el Espíritu es el que realizará con plenitud la salvación en el mundo.

La resurrección, con todo, no debe hacernos olvidar el hecho de la muerte por la que «se pasa» a la gloria. El mundo «renacido» brota del mundo «quebrantado». Así es como se inscribe toda la ascesis cristiana, pero recordando siempre que, como Cristo, y de forma inseparable, abnegación y muerte son ya triunfo de Pascua.

La Pascua en los Padres

La fuerza y el contenido de la Pascua siempre fue el culmen de la catequesis de muchos Padres de la Iglesia. No se puede acceder a todos ellos. Habría que dedicarles muchas páginas. Pero es bueno acceder a algunos de los más representativos, cuyas voces resuenan aún en la Iglesia.

Uno de los autores más impresionantes por su lozanía poética y por su profunda y sencilla teología es MELITÓN DE SARDES. En él encontramos, entre los años 160-170, un plan que será el de la catequesis de los Padres: el recurso a la tipología para explicar el pasaje del Éxodo 12,3-28; según ese método, así como Israel es protegido por la sangre del Cordero, el nuevo pueblo de Dios será preservado por la sangre de Cristo inmolado. Cristo, ya se trate de su persona, de su naturaleza o de su obra, es presentado en el marco de la economía de la salvación, es decir, del plan de salvación de Dios.

El texto de la Escritura sobre el Éxodo ha sido leído
y las palabras del misterio acaban de ser explicadas:
cómo el cordero es inmolado y el pueblo se salva.
¡Entendedlo, queridos hermanos! El misterio pascual es nuevo y antiguo,
eterno y temporal, corruptible e incorruptible, mortal e inmortal:
antiguo según la Ley, pero nuevo según el Logos;
temporal por la figura, eterno por la gracia;
corruptible por la inmolación del cordero, incorruptible por la vida del Señor,
mortal por la sepultura en la tierra, inmortal por la resurrección de entre los muertos.
Antigua es la Ley pero nuevo el Logos; temporal la figura, eterna la gracia;
corruptible el cordero, incorruptible el Señor;
inmolado como cordero, resucitado como Dios.
Pues como cordero fue llevado al sacrificio y, sin embargo, no era cordero;
como oveja que no bala, y sin embargo no era oveja.
En efecto, la figura ha pasado y la verdad ha sido realizada.
Pues Dios ha venido a ocupar el lugar del cordero,
y a ocupar el lugar de la oveja un hombre y, en el hombre, Cristo
que lo contiene todo. Así, pues, la inmolación del cordero
y el rito de la Pascua y la letra de la Ley han desembocado en Cristo Jesús.

Pero cuando define la Pascua basándose en una falsa etimología, Melitón expresa muy bien su significado y abre la puerta a una interpretación que seguirá siendo fundamental, pues se aparta totalmente del punto de partida erróneo. Escribe así: ¿Qué es la Pascua? El nombre ha sido tomado de «lo que sucedió»: de *paihein* (padecer) viene *paschein* (celebrar la Pascua, el paso).

Esta teología basada en una etimología falsa, pero a la vez tan afortunada, ha sido objeto de estudio. La Pascua es, pues, un paso al triunfo a través del sufrimiento. «Pascho», de *sufrir,* va unido a «Pascha», *paso.* Así hay que entender la Pascua del Señor, e igualmente la de la Iglesia y la nuestra.

SAN JUAN CRISÓSTOMO, en una de sus catequesis con motivo de la Pascua, recuerda la fuerza atesorada en la sangre de Cristo vertida por nosotros:

> ¿Deseas conocer cuál es la fuerza de esta sangre? Volvamos a lo que fue figura de ella... Iba Dios a castigar a Egipto con la déci-

ma plaga Queria exterminar a los primogenitos de los egipcios por retener estos ultimos a su pueblo primogenito ¿Que medida adoptar, que no alcanzara a los judios a la vez que a los egipcios? Fijate en la fuerza de la figura para conocer el poder de la realidad El castigo de Dios iba a ser fulminado desde el cielo, pasando el angel exterminador de casa en casa ¿Que hizo Moises? *«Inmolad* —dijo— *un cordero sin defecto y untad con su sangre las jambas y el dintel de vuestras puertas»* ¿Que dices, Moises? ¿Puede la sangre de un animal irracional salvar a unos hombres, seres dotados de razon? Si —responde Moises—, pero no por ser sangre, sino por ser figura de la sangre del Señor Como las estatuas de los emperadores, que ni siquiera tienen sensaciones, amparan a los hombres, que tienen alma y sienten, no por ser bronce sino por ser imagen del emperador, asi tambien esta sangre carente de alma salva a los hombres porque prefiguraba la sangre del Señor

¿Quieres llegar todavia por otro camino a conocer el poder de esta sangre? Mira donde empezo a correr y cual es su manantial empieza a correr por la cruz abajo y mana del costado del Señor Muerto Jesus y estando aun en la cruz, refiere el Evangelio, se acerco a el un soldado, le abrio el costado con la lanza y brotaron de el sangre y agua Aquella agua era simbolo del bautismo y la sangre lo era de la eucaristia [ ] Y brotaron del costado agua y sangre Pues bien, de estos dos sacramentos salio la Iglesia, mediante el bautismo y la eucaristia Ahora bien, los signos del bautismo y de la eucaristia proceden del costado Asi pues, de su propio costado formo Cristo a la Iglesia, como formo a Eva del costado de Adan [ ] ¿Habeis visto de que manera se unio Cristo a su esposa? ¿Habeis visto con que manjar nos sustenta a todos? Pues con ese mismo manjar fuimos formados y somos sustentados

Se advierte el metodo tan querido para los Padres, consistente en remontarse a los tipos, las figuras del Antiguo Testamento, para dar la catequesis sobre los sacramentos e insertarlos de esa manera en la Historia de la salvacion. Esta catequesis recalca la unión que existe entre los sacramentos de la iniciacion cristiana y la Pascua

SAN AMBROSIO, en su tratado sobre el Símbolo de la fe, presenta la resurreccion desde un punto de vista particular es señal de la divinidad de Cristo a la que nada ha quitado la encarnación:

«Al tercer dia resucito de entre los muertos» Tambien vosotros conoceis su resurreccion «Subio al cielo y esta sentado a la derecha del Padre» Ya veis, pues, como la carne no pudo quitar nada a la divinidad Mas aun, la encarnacion le proporciono a Cristo un gran triunfo Pues, ¿por que esta sentado a la derecha del Padre, despues

de haber resurgido de la muerte? Dio al Padre el fruto «que le gustaba», por decirlo así. Dos cosas sabéis: que resucitó de la muerte y que está sentado a la derecha del Padre. Por lo tanto, en nada pudo perjudicar la carne a la gloria de la divinidad. .

Este aspecto desusado de la resurrección y de la ascensión subrayado por San Ambrosio no debe ser considerado como una especie de apologética. Para él, se trata de recalcar la glorificación de Cristo, pero también la nuestra, no siendo de por sí la carne, después de la remisión de los pecados, impedimento alguno para la gloria de la transfiguración.

De SAN LEON puede decirse que es un clásico en lo concerniente a la exposición catequística de los grandes misterios, como la encarnación, la pasión y la resurrección. Con respecto a cada uno de estos misterios, a San León le gusta insistir en tres puntos: actualización del misterio que la Iglesia celebra en su liturgia, no como un pasado, sino como un presente; inserción del misterio celebrado, en el conjunto de la historia de la salvación; consideración del misterio no sólo en cuanto acontecimiento, sino como ejemplo. Cuando se trata de Cristo, sus gestos son actuales y tienden a la eficacia de lo actual, pero al mismo tiempo son un ejemplo para nosotros.

En uno de sus sermones sobre la Pasión, escribe San León ya desde las primeras palabras:

La gloriosa Pasión del amado Señor [...] es admirable sobre todo por su misterio de humildad; a todos nos redimió, a la vez que nos instruyó, y de ella, con la que se pagó nuestro rescate, obtenemos también nuestra justicia..

No hay duda de que el Hijo de Dios, habiendo asumido la naturaleza humana, se unió a ella tan íntimamente que no sólo en aquel hombre que es el primogénito de toda criatura, sino también en todos los santos no hay más que un mismo y único Cristo: y así como no se puede separar la cabeza de los miembros, tampoco se puede separar los miembros de la cabeza. El que Dios esté en todos, indudablemente no es propio de la presente vida, sino de la eterna; sin embargo, aun ahora habita inseparablemente en su templo, que es la Iglesia, como él mismo prometió con sus palabras: «Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo», a lo que hace eco el Apóstol en estos términos: «Él es también la cabeza del cuerpo: de la Iglesia Él es el principio, el primogénito de entre los muertos, y así es el primero en todo. Porque en él quiso Dios residiera toda la plenitud. Y por él quiso reconciliar consigo todos los seres».

Así, desde el comienzo del sermón podemos observar cómo entiende San Leon lo que para nosotros es un misterio de Cristo: como un hecho, un hecho santificador, pero también como un ejemplo Partiendo de la encarnación y de la unión entre Cristo y su Iglesia, saca para nosotros conclusiones concretas

> Todo cuanto en otro tiempo se hacia con arreglo a la Ley —circuncision de la carne, diversidad de las victimas u observancia del sabado— daba efectivamente testimonio de Cristo, anun ciaba la gracia de Cristo Aunque sea el el autor del antiguo orden como lo es del nuevo, sin embargo, el ha transfigurado los misterios encerrados en las promesas figurativas, pues dio cumplimien to a lo que estaba prometido, y puso fin a los anuncios al llegar el, que era el anunciado

Después, en un pasaje que puede ser considerado como uno de los principales de la teología de la liturgia, San León presenta la salvación como actual en la celebración de la Iglesia, de tal manera que estamos en contacto con el propio misterio que se celebra·

> Asi pues, tanto lo que el Hijo de Dios hizo como lo que enseño para la reconciliacion del mundo no solo lo conocemos por el relato de sus acciones preteritas, sino tambien experimentamos su efecto en virtud de sus obras presentes [ ] En sus sufrimientos tienen parte no solo los esforzados y gloriosos martires, sino tambien, en su misma regeneracion, todos los fieles que renacen

En los dos sermones de San León sobre la resurrección, se encuentran pasajes que pueden dar respuesta a algunas preguntas curiosas. Por ejemplo, el estado del cuerpo de Cristo resucitado.

> Les mostraba tambien la llaga de su costado, los agujeros hechos por los clavos y todas las señales de su Pasion, reciente aun, todo ello para hacerles conocer que las propiedades de la naturaleza divina y las de la naturaleza humana permanecian en el bien separadas, y para que nosotros sepamos que el Verbo no es identico a la carne y confesamos que el Hijo de Dios es Verbo y carne al mismo tiempo

Y en el sermón segundo es particularmente rico, reanudando el conocido método·

> [ ] La cruz en la que Cristo se inmolo por la salvacion de los hombres es señal sagrada y ejemplo al mismo tiempo señal sagrada por la que el poder divino se realiza, y ejemplo que estimula la devo-

ción humana, pues a los que ella arrancó del yugo de la esclavitud, la redención les hace, además, el beneficio de que la puedan imitar...

Por este motivo, a esta fiesta que nosotros llamamos Pascua los hebreos la denominan *Fase,* es decir, paso, como lo atestigua el evangelista cuando dice: «Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado la hora de pasar de este mundo al Padre». Pero, ¿a cuál de sus dos naturalezas le estaba reservado este paso, si no a la nuestra, ya que el Padre estaba inseparablemente en el Hijo e igualmente el Hijo en el Padre? Sin embargo, al constituir el Verbo y su carne una sola persona, la naturaleza asumida por él no queda separada del que la asume, y el honor tributado al que va a ser elevado es incremento para quien le eleva, según la frase del Apóstol ya recordada: «Por eso Dios lo levantó sobre todo y le concedió el "nombre-sobre-todo-nombre"». La elevación del hombre asumido por el Verbo se enseña así: así como la humanidad permanece inseparablemente unida a él en sus padecimientos, así también es coeterna con él en su gloria divina. El mismo Señor preparaba a sus leales un glorioso paso para hacerlos partícipes de este don inefable, cuando estando inminente su Pasión rogaba a su Padre no sólo por sus apóstoles y discípulos, sino también por toda la Iglesia, con estas palabras: «No sólo por ellos ruego, sino también por los que crean en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno, como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también lo sean en nosotros» (Jn 17,20-21). Y «También esperamos como Salvador al Señor Jesucristo, que transfigurará nuestro cuerpo de miseria para confirmarlo en su cuerpo de gloria».

Esta teología sencilla del misterio pascual subraya nuestra participación concreta y estrecha en este misterio que vivimos ya desde ahora. Es privilegio de los Padres el haber podido expresar de manera viva una teología que nunca pudo nadie sobrepujar sin complicarla y convertir en abstracto y conceptual lo que fue realizado para ser vivido de manera concreta.

Los domingos de Pascua

Son muchos los temas pascuales que florecen durante la cincuentena Pascual; y la Iglesia, la liturgia nos los va presentan-

do durante todo este período. Apuntamos en apretada síntesis algunos de ellos:

«DICHOSOS LOS QUE SIN VER HAN CREÍDO». Tenemos la dicha de una fe viva, de una fe participada, de una fe testimonial, de una fe sostenida por la gracia «y por la Iglesia».

Cristo se aparece a la comunidad apostólica. La primitiva comunidad, heredera del primer núcleo apostólico es también centro de reflexión pascual. La comunidad es punto de la fe y del Espíritu Santo de Jesús, resucitado y glorificado. Los signos de toda auténtica comunidad cristiana son: fidelidad en escuchar las enseñanzas de los Apóstoles, la vida de unión fraterna, la fracción del pan, la participación en la oración. En una palabra, tendrán un solo corazón y una sola alma. De ahí su fuerza expansiva.

Cristo Resucitado fuente de toda esperanza, de toda regeneración basada en la fe probada. Así es como el cristiano, sin perder la alegría incluso en la prueba, accederá a la salvación en aquel que, haciéndole nacer de nuevo, ha vencido al mundo, porque Cristo muerto, vive para siempre.

En la primera eucaristía pospascual. Los discípulos de Emaús «lo reconocieron al partir el pan». En lo sucesivo para la Iglesia la resurrección y la fe en Jesús se reconocen en esto, en la fracción del pan, distintivo del cristiano en su fe en el misterio pascual, celebrado en la alegría de la celebración eucarística, inseparable de la Pascua.

Cristo, Cordero Pascual por el que todos fuimos rescatados. Pedro cristianiza los cánticos del Siervo de Yahvé. El rescate procede tanto de la gracia siempre derramada, como de la gloria (resurrección) adquirida.

Cristo primogénito de todos los muertos, resucitó al tercer día, «según las Escrituras». Cristo resucitado nos abre el espíritu a la inteligencia de lo que escribieron los profetas. Somos seguidores de los primeros testigos a los que la luz del Espíritu iluminó y fueron engendrados «por la fe». Nuestra fe en Cristo Jesús resucitado se apoya en la fe y en el testimonio apostólico. Pedro pescador y pastor de la Iglesia.

CRISTO BUEN PASTOR. Es la puerta de las ovejas, la única puerta, el que por él no pasa es un ladrón y un salteador. Cristo

nos cura y nos devuelve al redil, pues fuera de él no hay salvación. Él da la vida por sus ovejas, pues son suyas, las ama, las conoce (amor interpersonal).

Salvación universal, que debe ser llevada hasta el confín de la tierra para que todos los hombres puedan llegar a ser «hijos de Dios», coherederos con Cristo.

CRISTO, CAMINO, VERDAD Y VIDA La salvación llega tan sólo a los que creen en él y le siguen. Nadie va al Padre sino por Cristo. Nadie va a Cristo sino por la Iglesia heredera y signo de su gracia. Ser cristiano es ser raza elegida, *sacerdocio real.*

Sobre la base de este texto de Pedro se ha construido a veces una teología un tanto subjetiva, que ha podido contradecir a una teología de los ministerios, ya no tan sencilla de establecer. Se ha podido exagerar o, por el contrario, restringir el pensamiento de quien hablo del «sacerdocio de los fieles». En este sacerdocio de los fieles se ha visto, por un lado, una simple analogía: el bautismo y la confirmación conferirían un sacerdocio analógico. O, por el contrario, en este texto se ha querido encontrar una especie de proclamación sacerdotal, la carta del sacerdocio de todos los fieles, siendo verdaderamente sacerdote todo bautizado, y por tanto la negación de toda jerarquía en el orden sacerdotal. En el momento del Concilio de Trento, uno de los caballos de batalla de la Reforma fue éste: todos sacerdotes. La interpretación de esta frase de la carta de Pedro la ha dado con bastante claridad, parece, la constitución dogmática *Lumen gentium.*

> «Cristo, Señor, Pontifice tomado de entre los hombres (Heb 5,1-5), a su nuevo pueblo *"lo hizo reino y sacerdotes para Dios, su Padre"* (cf Ap 1,6, 5,9-10) Los bautizados son consagrados como casa espiritual y sacerdocio santo por la regeneracion y por la uncion del Espiritu Santo, para que por medio de todas las obras del hombre cristiano ofrezcan sacrificios y anuncien las maravillas de quien los llamo de las tinieblas a la luz admirable (cf 1 Pe 2,4-10)»

Y añade:

> «El sacerdocio comun de los fieles y el sacerdocio ministerial o jerarquico se ordenan el uno para el otro, aunque cada cual participa de forma peculiar del unico sacerdocio de Cristo »

Así pues, en realidad no hay más que un solo sacerdocio, el de Cristo, participado de dos maneras esencialmente distintas: el sacerdocio de los bautizados y el de los ministros ordenados.

El plan de salvación de Dios consiste en crear de nuevo al mundo en la unidad consigo mismo y con su Dios para glorificarle. Para realizar esto es preciso que el sacrificio de Cristo, ese sacrificio espiritual significado por su muerte y por su sangre, se actualice para nosotros. El sacerdocio ministerial es el que podrá rendir este servicio al mundo de los bautizados y de los confirmados, al recibir del Espíritu la facultad de actualizar el sacrificio del Calvario. Lo ofrecerá con Cristo, jefe de la Iglesia, con quien comparte el sacerdocio como sacerdocio de la Cabeza de la Iglesia. Los bautizados y confirmados ofrecen este sacrificio, convertido en presente, con su sacerdocio de miembros de la Iglesia, asumiendo Cristo todas las buenas voluntades, toda búsqueda de mejorar la vida y todos los sufrimientos de cada uno de nosotros, al ofrecer al Padre el sacrificio espiritual de alabanza cuyo signo es el sacrificio de la Cruz, actualizado aquí de forma incruenta.

PERMANECER EN CRISTO, ÚNICO CAMINO PARA DAR FRUTO (vid, viña, campo cultivado...). La Iglesia se construye progresivamente por el amor hasta llegar a ser la Ciudad nueva, bajo el mandato y guía de los apóstoles y sus sucesores.

En el último tercio de la Pascua aparece ya claramente, junto con otros temas, la misión y la visión del Espíritu. Unido a la observancia de los mandamientos y sobre todo al del amor aparece el tema del envío del Espíritu Santo. Y se tiene la impresión de que el don del Espíritu está condicionado por la observancia de los mandamientos.

El Espíritu es el «defensor», el Espíritu de la verdad que tomará las veces de Cristo para continuar enseñando, fortaleciendo, guiando... El Espíritu viene a la Iglesia y a cada uno de sus fieles y se nos comunica por el bautismo y demás sacramentos de iniciación.

Abundan, además, los temas: El Espíritu es dado sin acepción de personas; universalidad del amor de Dios. El Espíritu lo enseñará todo. Constitución de la jerarquía mediante la que nos guía el Espíritu.

Finalmente, Cristo asciende y se sienta a la derecha del Padre, como Señor y como intercesor. Nuestro único sacerdote y pontífice que tiene todo poder en el cielo y en la tierra. Señor

del cosmos y de la nueva creación. Con Cristo ya hemos ascendido al cielo, nuestra carne ha sido glorificada en el Primogénito. Los sacramentos son signos eficientes del Cristo celestial.

El final de la cincuentena se llena y se completa con la gloria del Espíritu que viene.

LUIS M. PÉREZ SUÁREZ, OSB

Bibliografía

ELEUSA, *El rostro de Cristo: en sus fiestas y en la memoria de los santos.* II: *Cuaresma, Pascua, solemnidades, fiestas movibles, tiempo ordinario* (Bilbao 2000).

MAERTENS, T. - FRISQUE, J., *Nueva guía de la asamblea cristiana.* IV: *Tiempo pascual, Trinidad, Corpus Christi, Sagrado Corazón* (Madrid 1970).

NOCENT, A., *Asambleas del Señor (42) Tiempo pascual. La cincuentena Pascual, 9-25* (Madrid 1967).

NOCENT, A., *Celebrar a Jesucristo: El año litúrgico.* IV: *Semana Santa y tiempo pascual* (Santander 1986).

ZEVINI, G. - GIORDANO, P., *Lectio Divina: para cada día del año.* IV: *Tiempo de Pascua* (Villatuerta, Navarra 2001).

APÉNDICE

VIERNES DE DOLORES EN SEVILLA

La Virgen de los Dolores, Nuestra Señora en sus misterios dolorosos, es una de las más antiguas devociones marianas de España. En todos los pueblos y casi en todos los templos existe la sagrada imagen de la Virgen enlutada y llorosa, exhibiendo en su corazón atravesado de puñales los títulos de corredentora del linaje humano.

Hay, con todo, una ciudad española en la que el sentimiento de los dolores de María ha llegado a tan alto grado, que ha refundido o unificado todas las advocaciones y todas las variantes de la devoción a la Santísima Virgen en la devoción de la *Mater dolorosa.* Nos referimos a Sevilla. Aparte de las dos devociones generales, la devoción concepcionista, de tan antigua tradición sevillana, y la devoción a la Virgen de los Reyes, hoy canónicamente declarada patrona de Sevilla, cada barrio, parroquia, cofradía, capilla u oratorio profesa especial culto a la Virgen de los Dolores, bajo los más diversos títulos.

Primeramente, Sevilla ha agotado para sus imágenes dolorosas todas las advocaciones ordinarias relativas a la sagrada Pasión, y aun ha creado alguna que no hay en ninguna otra parte. Existen, pues, varias imágenes de la Virgen de los Dolores, y, además, del Mayor Dolor y Traspaso y del Mayor Dolor en su Soledad; existe la Virgen de la Piedad, de las Angustias, de la Angustia y de la Quinta Angustia; la Virgen de las Lágrimas, de las Penas, de la Luz en el Sagrado Misterio de sus Tres Necesidades (escalas, mortaja y sepulcro), de la Amargura, de las Tristezas, del Rosario en sus misterios dolorosos y de la Soledad.

En segundo lugar, y esto es lo que más llama la atención, en Sevilla se venera en efigie y hábito de Dolorosa a la Santísima

Virgen en casi todos los misterios de su vida. Hay María Santísima de la Concepción, del Dulce Nombre, de la Presentación, de la Encarnación, de la Esperanza, de Gracia y Esperanza, de la O y de la Candelaria.

Sigue después la prolongada fila de advocaciones que se llaman en Sevilla «Vírgenes de Gloria», porque se celebra su festividad en tiempo pascual y se las representa con el Niño Jesús en brazos; pero en la semana mayor de Pasión reciben culto en forma de Dolorosa, y son la Santísima Virgen de la Salud, del Socorro, del Patrocinio, del Refugio, de los Ángeles, de las Aguas, de Guía, de la Estrella, de la Iniesta, del Buen Fin, de la Paz y de Loreto.

Por último, Sevilla ha convertido en Dolorosas las advocaciones de las Patronas más renombradas de las regiones españolas: la Virgen de la Merced (Barcelona), la de Montserrat (Cataluña), la de los Desamparados (Valencia), la de la Regla (León), la de los Remedios (Mondoñedo), la de la Victoria (Málaga), la de Villaviciosa (Córdoba), la del Subterráneo (Santa María de Nieva), y asimismo las advocaciones de las Patronas más sonadas de la misma región sevillana: Nuestra Señora del Valle (Écija), de la Palma (Algeciras), de la Caridad (Sanlúcar de Barrameda).

Todas estas advocaciones, a veces repetidas y aun triplicadas, forman una galería escultórica tan rica como difícilmente se hallará otra en el mundo. Cada santa imagen es el núcleo de un movimiento social que polariza a su alrededor a numerosas familias de la parroquia o del barrio, integradas en Cofradías que rinden constantes cultos a su Virgen y desenvuelven su vida entera en torno a ella. Ante su Virgen se bautizan, reciben la primera comunión, se casan, juran sus hijos las «Reglas» de la Cofradía, hacen su comunión pascual y se entierran amortajados con la túnica de nazarenos que año tras año han vestido por Semana Santa en procesión de penitencia. ¡Qué fenómeno religioso-social tan vivo, tan auténtico y tan fecundo el de las Cofradías sevillanas! ¡Qué mal comprendido y deformado por la «leyenda negra», que se ceba en todo lo bello de España, empezando por ella misma!

Las imágenes antedichas, que en Sevilla llaman «de Pasión» por contraste a las llamadas «de Gloria», son todas imágenes de

vestir, y en este aspecto no hay palabras para encarecer el lujo que en sayas, mantos y tocas derrochan las Cofradías, sin pujas ni emulación entre ellas, cada una atenida a sus recursos propios, sabiendo perfectamente que una «Cofradía de barrio» no puede competir con otra situada en lo mejor de la ciudad, y gozándose la Cofradía que es pobre en la suntuosidad de las que son ricas. Hay, sí, la emulación de mejorar cada año y enriquecer el patrimonio de la Hermandad, que, además de sus imágenes, consiste en estandartes, banderas, ciriales, incensarios, varas, bocinas, canastillas y cruz de guía. Como signo de devoción mariana hay que hacer notar que, además del estandarte representativo de la Cofradía, luce cada una varias insignias, en forma de bandera o lábaro, que significa la devoción jurada de la Hermandad al misterio de la Inmaculada Concepción, al de la Asunción en cuerpo y alma a los cielos, y ya son muchas las que ostentan «el Mediatrix», la bandera significativa de que la Hermandad ha jurado defender el dogma de María medianera de todas las gracias.

Los cultos solemnísimos que a través de toda la Cuaresma celebran las Cofradías en honor de sus santas imágenes son indescriptibles por el derroche de cera, el esplendor de la música, el desfile de los oradores sagrados más famosos de España y el concurso de cofrades, que el último día, al ofertorio de la misa, juran uno por uno la Santa Regla de la Hermandad y sellan su juramento recibiendo la sagrada comunión.

Un acto emocionante por su intimidad y sencillez es el traslado de las santas imágenes desde su capilla propia a las andas procesionales. Fijémonos en el traslado de la Virgen del Valle, una de las Dolorosas más bellas que ha producido el arte de la imaginería española. Viernes de Dolores. Doce de la noche. Cofrades y devotos han ido entrando a la deshilada en el templo del Santo Ángel, por una puerta particular, pues los «traslados» son a puerta cerrada. El templo está matizado de gente. Al dar el reloj la primera campanada, la muchedumbre se arrodilla, y, en un silencio escalofriante, aquella imagen de la Virgen, que está en su trono de plata, alta, alta, donde ha sido honrada con un solemnísimo septenario, siente un ligero estremecimiento y comienza a descender lentamente, por acción de un torno invi-

sible, como una estrella que se desprende del cielo. Cuando descansa sobre los hombros de sus cofrades, entre luces e incienso, es conducida procesionalmente a su capilla. Actos como éste, con diferencia de horas o detalles, son comunes a muchas Cofradías.

Por último, dos palabras sobre la apoteosis de María Dolorosa, el «Paso de Virgen». Se llama así en Sevilla a las andas en cuyo centro se coloca la sagrada imagen, cubierta con un palio que sostienen doce varales de plata. El «Paso de Virgen» es una concepción artística en que se funden armoniosamente el oro, la plata, la seda, la luz, las flores, las piedras preciosas, el arte escultórico, la orfebrería, el bordado..., y todo se aúna y confluye en gloria y honor de la Santísima Virgen agobiada por sus dolores. Un «Paso de Virgen» es algo incomprensible, algo inexplicable, si no se le ve realmente en la noche primaveral de Sevilla. Es el triunfo de la devoción a la Madre de Dios de los Dolores.

MIGUEL HERRERO GARCIA

27 de abril

NUESTRA SEÑORA DE MONTSERRAT

La montaña de Montserrat, en Cataluña, famosa entre las montañas por su rara configuración, ha sido desde tiempos remotos uno de los lugares escogidos por la Santísima Virgen para manifestar su maternal presencia entre los hombres. Bajo la advocación plurisecular de Santa María de Montserrat, la Madre de Dios y Madre de la Iglesia ha dispensado sus bendiciones sobre los devotos de todo el mundo que a Ella han acudido a través de los siglos. Pero su maternidad se ha dejado sentir más particularmente, desde los pequeños orígenes de la devoción y en todas las épocas de su desarrollo, sobre las tierras presididas por la montaña que levanta su extraordinaria mole en el mismo corazón geográfico de Cataluña. Con razón, pues, la Iglesia, por boca de León XIII, ratificando una realidad afirmada por la historia de numerosas generaciones, proclamó a Nuestra Señora de Montserrat como Patrona de las diócesis catalanas, señalando asimismo una especial solemnidad litúrgica para honrar a la Santísima Virgen y darle gracias por todos sus beneficios bajo esta su peculiar advocación.

Aunque la devoción a la Virgen Santísima en Montserrat sea, con toda verosimilitud, bastante más antigua, consta, por lo menos, históricamente que en el siglo IX existía en la montaña una ermita dedicada a Santa María. El padre de la patria Wifredo el Velloso la cede, junto con otras tres ermitas de Montserrat, al monasterio de Santa María de Ripoll. Será un gran prelado de este monasterio, figura señera de la Iglesia de su tiempo, el abad Oliva, quien siglo y medio después, estableciendo una pequeña comunidad monástica junto a la ermita de Santa María, dará a la devoción el impulso que la habrá de llevar a la gran expansión futura.

El culto a Santa María en Montserrat queda concretado bien pronto en una imagen. La misma que veneramos hoy. La leyen-

da dice que San Lucas la labró con los instrumentos del taller de San José, teniendo como modelo a la misma Madre de Jesús, y que San Pedro la trasladó a Barcelona. Escondida por los cristianos, ante la invasión de los moros, en una cueva de la montaña de Montserrat, fue milagrosamente hallada en los primeros tiempos de la Reconquista y también maravillosamente dio origen a la iglesia y monasterio que se erigieron para cobijarla. En realidad, Santa María de Montserrat es una hermosa talla románica del siglo XII. Dorada y policromada, se presenta sentada sobre un pequeño trono en actitud hierática de realeza, teniendo al Niño sobre sus rodillas, protegido por su mano izquierda, mientras en la derecha sostiene una esfera. El Niño levanta la diestra en acto de bendecir y en su izquierda sostiene una piña. Rostro y manos de las dos figuras ofrecen la particularidad de su color negro, debido en buena parte, según opinión de los historiadores, al humo de las velas y lámparas ofrecidas por los devotos en el transcurso de varios siglos. Así es como la Virgen de Montserrat se cuenta entre las más señaladas Vírgenes negras y recibe de los devotos el apelativo cariñoso de Moreneta.

Presidida por esta imagen, la devoción a Santa María de Montserrat se extendió rápidamente por las tierras de Cataluña y, llevada por la fama de los milagros que se obraban en la montaña, alcanzó bien pronto a otros puntos de la Península y se divulgo por el centro de Europa. Las conquistas de la corona catalano-aragonesa la difunden hacia Oriente, estableciéndola sobre todo firmemente en Italia, en donde pasan de ciento cincuenta las iglesias y capillas que se dedicaron a la Virgen negra. Más tarde el descubrimiento de América y el apogeo del imperio hispánico la extienden y consolidan en el mundo entonces conocido. No solo se dedican a Nuestra Señora de Montserrat las primeras iglesias del Nuevo Mundo, no sólo se multiplican allí los templos, altares, monasterios e incluso poblaciones a Ella dedicados, sino que la advocación mariana de la montaña sigue también los grandes caminos de Europa y llega, por ejemplo, hasta presidir la capilla palatina de la corte vienesa del emperador. Si para España, en los momentos de su plenitud histórica, la Virgen morena de Montserrat es la Virgen imperial que

preside sus empresas y centra sus fervores marianos, la misma advocación de Santa María de Montserrat se presenta en la historia de la piedad mariana como la primera advocación de origen geográfico que alcanza, con las proporciones de la época, un renombre universal.

Es interminable la sucesión de personalidades señaladas por la devoción a Santa María de Montserrat. Los santos la visitan en su santuario: San Juan de Mata, San Pedro Nolasco, San Raimundo de Peñafort, San Vicente Ferrer, San Luis Gonzaga, San Francisco de Borja, San José de Calasanz, San Benito Labre, el Beato Diego de Cádiz, San Antonio María Claret, y sobre todo San Ignacio de Loyola, convertido en capitán del espíritu a los pies de la Virgen negra. Los monarcas y los poderosos suben también a honrarla en su montaña: después del paso de todos los reyes de la corona catalano-aragonesa, con sus dignatarios y con sus casas nobles, el emperador Carlos V visita Montserrat no menos de nueve veces y Felipe II, igualmente devoto de Santa María, se complace en la conversación con sus monjes y sus ermitaños. Es conocida la muerte de ambos monarcas sosteniendo en su mano vacilante la vela bendecida de Nuestra Señora de Montserrat. Los papas se sienten atraídos por la fama de los milagros y el fervor de las multitudes y colman de privilegios al santuario y a su Cofradía. Esa agrupación devota, instituida ya en el siglo XIII para prolongar con sus vínculos espirituales la permanencia de los fieles en Montserrat, constituye uno de los principales medios para la difusión del culto a la Virgen negra de la montaña, hasta llegar a la recobrada pujanza de nuestros días. Las más diversas poblaciones tienen actualmente sus iglesias, capillas o altares dedicados a Nuestra Señora de Montserrat, desde Roma a Manila o Tokio, por ejemplo, pasando al azar por París, Lourdes, Buenos Aires, Jerusalén, Bombay, Nueva York, Florencia, Tánger, Praga, Montevideo o Viena. Los poetas y literatos de todos los tiempos forman también en la sucesión de devotos de Santa María de Montserrat: Alfonso el Sabio la dedica varias cantigas, el canciller de Ayala, Cervantes, Lope de Vega, Goethe, Schiller, Mistral, con los escritores catalanes en su totalidad, cantan las glorias de la Moreneta, de su santuario, de su montaña. Familias distinguidas y humildes

devotos se honran en ofrecer sus donativos a la Virgen, para sostener la tradicional magnificencia de su culto, atendido desde los orígenes por los monjes benedictinos, y para cooperar al crecimiento y esplendor de la devoción. Es ésta una bella constante de la historia de Montserrat, desde las antiguas donaciones consignadas en los documentos más primitivos, pasando por el trono de catorce arrobas de plata ofrendado por la familia de los Cardona y el retablo policromado del altar mayor que costeó la munificencia de Felipe II, hasta el trono y la campana mayor de nuestros días, sufragados por fervorosa suscripción popular. Tambien las familias devotas de todas las épocas han tenido un verdadero honor en que sus hijos consagraran los años de la niñez al servicio de Santa María, encuadrados en la famosa Escolania o agrupación de niños cantores consagrados al culto, importante asimismo por la escuela tradicional de canto y composición que forman sus maestros, existente ya con seguridad en el siglo XIII y probablemente tan antigua como el santuario. Con sus actuaciones musicales, siempre tan admiradas, en la liturgia de Montserrat esos niños constituyen una de las notas más típicas e inseparables de la devoción a la Virgen negra, a cuya imagen aparecen íntimamente unidos en la realidad de su propia vida como en el sencillo simbolismo de las antiguas estampas y las modernas pinturas de Nuestra Señora de Montserrat.

A lo largo de más de mil años de historia, en el despliegue de un conjunto tan singular como el que forma la montaña con la ermita inicial, con el santuario y con el monasterio, la Santísima Virgen, en su advocación de Montserrat, ha recibido el culto de las generaciones y ha dispensado sus gracias, sensibles o tal vez ocultas, a quienes la han invocado con fervor. Hoy como nunca suben numerosas multitudes a Montserrat. Peregrinos en su mayoría, pero también no pocos movidos por respetuosa curiosidad. El lugar exige un viaje ex profeso, pero las estadísticas hablan de cifras que cada vez se acercan más al millón anual y que en un solo día pueden redondear fácilmente los diez o doce mil, con un porcentaje siempre acentuado de visitantes extranjeros. En Montserrat encuentran una montaña sorprendente, maravillosa por su configuración peculiar. Encuentran un

santuario que les ofrece ciertos tesoros artísticos y humildes valores de espiritualidad humana y sobrenatural. Encuentran la magnificencia del culto litúrgico de la Iglesia, servido por una comunidad de más de ciento cincuenta monjes que consagran su vida a la búsqueda de Dios, a la asistencia de los mismos fieles, a la labor científica y cultural, a los trabajos artísticos. Hijos de San Benito, esos monjes oran, trabajan y se santifican santificando, esforzándose por corresponder a las justas exigencias del pueblo fiel, que confía en su intercesión y busca en ellos una orientación para la vida espiritual y también humana. Por su unión íntima con el monasterio, en fin, el santuario aparece caracterizado como el santuario del culto solemne, del canto de los monjes y especialmente de los niños, pero sobre todo como el santuario de la participación viva de los fieles en la liturgia, o, resumiendo la idea con frase expresiva, como el santuario del misal.

Todo esto encuentra el peregrino en Montserrat. Pero por encima de todas esas manifestaciones, y en el fondo de todas ellas, encuentra a la Santísima Virgen, la cual, como en tantos otros lugares de la tierra, aunque siempre con un matiz particular y distinto, ha querido hacerse presente en Montserrat.

En 1881 fue coronada canónicamente la imagen de Nuestra Señora de Montserrat. Era la primera en España que recibía esta distinción. El mismo León XIII la señalaba como Patrona de las diócesis catalanas y concedía a su culto una especial solemnidad con misa y oficio propios. Hasta entonces la fiesta principal del santuario había sido la de la Natividad de Nuestra Señora, el 8 de septiembre. En realidad, esta solemne fiesta no debía perder su tradicional significación. Todavía hoy conserva su carácter como de fiesta mayor, popular, del santuario. Pero una nueva festividad, con característica de patronal, venía a honrar expresamente a la Santísima Virgen en su advocación de Montserrat. Es la fiesta que no puede dejar de celebrar hoy todo buen devoto de la Virgen negra. Situada al principio como fiesta variable en el mes de abril, después de una breve fluctuación quedó fijada para el día 27. El misterio que la preside es el de la Visitacion. En verdad, la Santísima Virgen visita en la montaña a los que acuden a venerarla y, como pide la oración

de la solemnidad, les dispone para llegar a la Montaña que es Jesucristo.

AURELIO M.ª ESCARRÉ, OSB

Bibliografía

ALBAREDA, A., *Historia de Montserrat* (Montserrat 1931).
BURGOS, P. DE, *Libro de la historia y milagros de Nuestra Señora de Montserrat* (Barcelona 1514).
FARINELLI, A., *Poesía del Montserrat y otros ensayos* (Barcelona 1940).
FRANQUESA, A. M., *75 anys de patronatge de la Mare de Déu de Montserrat* (Montserrat 1958).
MUNTADAS, M., *Montserrat, su pasado, su presente y su porvenir* (Manresa 1867).
Qué es Montserrat (Montserrat 1958).

Jueves de la II Semana de Pascua

LA SANTA FAZ

(Diócesis de Orihuela-Alicante)

En la ciudad de Alicante se celebra el Jueves II de Pascua la memoria litúrgica de la Santa Faz de Nuestro Señor Jesucristo, memoria que adquiere rango de solemnidad el día 17 de marzo, por ser titular del Monasterio de Clarisas del caserío de la Santa Faz, que está en término municipal de Alicante y en el distrito parroquial del pueblo de San Juan y arciprestazgo de Mutxamel, donde el lienzo de la Santa Faz se conserva y venera. Se prepara proponer una reforma de esta celebración de forma que en el arciprestazgo de Mutxamel y en la ciudad de Alicante tenga rango de fiesta y en el resto de la diócesis sea memoria libre.

La Santa Faz es objeto de una gran devoción en todo el contorno de forma que en la romería del Jueves II de Pascua, desde la Concatedral de San Nicolás, de Alicante, hasta el monasterio de la Santa Faz (a unos 5 km. de distancia) se calcula una asistencia de unas doscientas mil personas o más, concluyendo la romería con una eucaristía solemne concelebrada por el Prelado de la diócesis y los miembros del Cabildo de la Concatedral y otros sacerdotes. Todos los viernes se llena la iglesia del monasterio en la hora santa de la mañana y en la de la tarde, acudiendo muchos fieles a lo largo de todo el año, sobre todo en Cuaresma.

El santo lienzo de la Santa Faz del Señor llega al pueblo de San Juan cuando lo trae desde Roma el sacerdote Dr. Pedro Mena, al que se lo confía para su custodia y culto un cardenal de Roma, al que él había conocido cuando de vuelta de Toledo pasa por Alicante y le fue encargado por el Vicario de la Ciudad que lo atendiese en su estancia en la misma. El cardenal quedó prendado de las buenas cualidades del sacerdote y lo

llevó consigo a Roma, donde vivió un tiempo en la casa del cardenal. Cuando al Dr. Pedro de Mena lo nombran cura de San Juan y decide regresar, el cardenal le confía el lienzo con la Santa Faz, encerrado en precioso cofrecillo de cedro. El itinerario que se da a este santo lienzo es de Palestina a Constantinopla, de ahí a Roma, de Roma a Venecia, y de Venecia nuevamente a Roma, de donde el Dr. Pedro Mena lo trae a San Juan.

Llegada la Santa Faz a San Juan, se conserva y se le da culto en esta parroquia hasta que el 17 de marzo de 1498 hubo una rogativa con ella con motivo de una gran sequía. En la rogativa se llevaba la Santa Faz y se cantaban los salmos penitenciales. Pero en un determinado momento el religioso que la lleva no puede continuar, y entonces se observa que del ojo derecho de la Santa Faz salía una gran lágrima que quedó parada a mitad de la mejilla. Todos los presentes quedaron admirados y a voces pedían misericordia a la divina Faz. Esto llevó a organizar una nueva procesión el día 25 de marzo del mismo año con la Santa Faz, en el curso de la cual tuvo lugar un doble prodigio: como no cabían todos los fieles en la iglesia del convento de Nuestra Señora de los Ángeles a donde se dirigió la procesión, el predicador hubo de hablar a los fieles en el descampado, exhortando a todos a la compunción y la penitencia, y entonces apareció una nube y el predicador se elevó del suelo como dos metros, al tiempo que en la nube refulgente aparecen dos lienzos brillantes con la Santa Faz iguales al que el religioso mostraba en sus manos. Desaparecida la visión y vuelto el religioso al suelo, empezó a llover. Se decidió edificar un santuario en el lugar del milagro de la lágrima, y quedó encomendado a los monjes jerónimos, pero éstos se marcharon pronto y entonces se les encomendó a las monjas clarisas. A instancias del cardenal de Rangónibus, el papa Clemente VII aprueba los milagros, y el 30 de enero de 1525 concede a las religiosas que puedan celebrar la fiesta del Rostro de Nuestro Salvador, con rito doble mayor, el día 17 de marzo. La misa y el oficio concedidos fueron los del Santísimo Redentor, de Venecia. Como la asistencia de fieles en dicho día tomaba carácter festivo, se sacó de la Cuaresma y se llevó al Jueves II de Pascua.

Ésta es la antigua y venerable tradición que da origen a la popular veneración a la Santa Faz de Alicante, diócesis de Orihuela-Alicante.

Todos los datos nos han sido proporcionados por D. José Antonio Berenguer Cerdá, delegado de Liturgia, de la diócesis de Orihuela-Alicante.

JOSE LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

SALA SEVA, F , *La verdad sobre la Santa Faz* (Alicante 1985)

CALENDARIO ESPAÑOL

MEMORIAS QUE CELEBRAN LAS DIÓCESIS ESPAÑOLAS

Día 5	En Valencia, San Vicente Ferrer.
Día 13	En Sevilla, San Hermenegildo, mártir.
Día 14	En Tuy-Vigo y Palencia, San Telmo.
Día 16	En Palencia, Santo Toribio, obispo.
	En Santiago de Compostela, San Fructuoso de Braga.
	En Astorga, Santo Toribio de Astorga.
Día 18	En Cartagena, Albacete y Valencia, Beato Andrés Hibernón.
Día 20	En Coria-Cáceres, Dedicación de la Iglesia Catedral.
Día 23	En Cataluña, Aragón y Coria-Cáceres, San Jorge.
Día 24	En Granada, San Gregorio de Elvira.
	En Tarragona, San Pedro Armengol.
	En Pamplona, Tudela y Getafe, San Benito Menni.
Día 26	En León y Sevilla, San Isidoro, obispo y doctor de la Iglesia; se celebra en toda España.
Día 27	En Cataluña, Nuestra Señora de Montserrat.
	En Jaén, Nuestra Señora de la Cabeza.
	En Plasencia, Nuestra Señora del Puerto.
	En Barbastro-Monzón, beatos Domingo y Gregorio.
	En Valladolid, Santo Toribio de Mogrovejo.
	En Tenerife, San Pedro José de Betancur.
Día 28	En Segorbe-Castellón, San Cirinio.
	En Tarazona, Calahorra y La Calzada-Logroño, Osma-Soria, Bilbao y San Sebastián, San Prudencio.
	En Barbastro-Monzón, Nuestra Señora del Pueyo.
Día 29	En Canarias, San Pedro de Verona.
Día 30	En Burgos, San Indalecio.
	En Córdoba, santos Amador, Pedro y Luis.
	En Ciudad Real, San Raimundo de Fitero.

II semana de Pascua, jueves: En Orihuela-Alicante, la Santa Faz de Nuestro Señor Jesucristo.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

1. Santos y beatos

Adalberto, San († 997), día 23, 476-480.
Agapito I (papa), San († 536), día 22, 464-470.
Albertino de Fonte Avellana, Bto. († 1294), día 13, 288.
Alejandro Rawlins, Bto. († 1595), día 7, 158-159.
Alferio, San († 1050), día 12, 256.
Amador (de Córdoba), San († 855), día 30, 684-685.
Ana Maugrain, Bta. († 1794), día 16, 346-347.
Anastasio de Antioquía, San († 609), día 20, 439.
Anastasio el Sinaíta, San († 700), día 21, 455.
Anastasio Pankiewicz, Bto. († 1942), día 20, 432-438.
Andrés de Montereale, Bto. († 1479), día 18, 401.
Andrés Hibernón, Bto. († 1602), día 18, 387-391.
Ángel Carletti de Chiavasso, Bto. († 1495), día 11, 228.
Aniceto (papa), San († 166), día 20, 417-421.
Anselmo, San († 1109), día 21, 442-450.
Antimo, San († 303), día 24, 542.
Antonio Kim Song-U, San († 1841), día 29, 656.
Antonio Neyrot, Bto. († 1460), día 10, 212.
Antonio Page, Bto. († 1593), día 20, 440-441.
Antonio Pavoni, Bto. († 1374), día 9, 196.
Antusa, Sta. (fines s. VIII), día 18, 400.
Apiano, San († 306), día 2, 45.
Apodemio (mártir de Zaragoza), San (s. IV), día 16, 325-329.
Apolonio, San († 185), día 21, 455.
Aristión (de Cartago), San († 250), día 19, 414-415.

Bartolomé Cerveri, Bto. († 1466), día 21, 456.
Basio (de Cartago), San († 250), día 19, 414-415.
Benito de Aviñón, San († 1164), día 14, 305.
Benito de Urbino, Bto. († 1625), día 30, 685.
Benito el Negro o el Moro, San († 1589), día 4, 90-91.
Benito José Labre, San († 1783), día 16, 339-345.
Benito Menni, San († 1914), día 24, 515-525.
Bernardo de Tirón, San († 1117), día 14, 305.
Bernardo el Penitente, Bto. († 1182), día 19, 415.
Bonifacio Valperga, Bto. († 1243), día 25, 566.
Bonifacio Zukowski, Bto. († 1942), día 10, 213.

Caradoco, San († 1124), día 13, 287.
Casiano (mártir de Zaragoza), San (s. IV), día 16, 325-329.

Casilda de Toledo, Sta. († 1075), día 9, 186-190.
Catalina de Pallanza, Bta. († 1478), día 6, 135.
Catalina de Siena, Sta. († 1380), día 29, 636-643.
Catalina Tekakwitha, Bta. († 1680), día 17, 360-370.
Catalina, Bta. († 1565), día 27, 608.
Cayetano Catanoso, Bto. († 1963), día 4, 79-82.
Cayo (papa), San († 296), día 22, 460-464.
Ceciliano (mártir de Zaragoza), San (s. IV), día 16, 325-329.
Ceferino Agostini, Bto. († 1896), día 6, 119-123.
Celestina Faron, Bta († 1944), día 9, 196.
Celso de Armagh, San († 1129), día 1, 13.
César de Bus, Bto († 1607), día 15, 307-312.
Clara Bosatta, Bta († 1887), día 20, 428-432
Clara Gambacorta, Bta. († 1419), día 17, 372.
Clemente de Ósimo, Bto. († 1291), día 8, 161-170.
Cleto (papa), San († 88), día 26, 567-572.
Conrado de Parzham, San († 1894), día 21, 450-454.
Contardo d'Este, San († 1249), día 16, 346.
Crédula (de Cartago), Sta. († 250), día 19, 414-415.

Damián José de Veuster, Bto. († 1889), día 15, 312-323.
David Uribe Velasco, San († 1927), día 12, 257
Diego de San Vítores, Bto. († 1672), día 2, 46-47.
Dionisio de Corinto, San († 180), día 8, 184.
Domingo del Santísimo Sacramento Iturrate, Bto. († 1927), día 8, 173-184.
Domingo Tuoc, Sto. († 1839), día 2, 48.
Domingo Vernagalli, Bto. († 1218), día 20, 439.
Domingo, Bto. (s. XIII), día 26, 581.
Donán, San († 617), día 17, 371.
Donato (de Cartago), San († 250), día 19, 414-415.
Drogón, San († 1186), día 16, 346.

Eduardo Catherick, Bto. († 1642), día 13, 290.
Eduardo Oldcorne, Bto. († 1606), día 7, 159-160.
Egberto de Iona, San († 729), día 24, 543.
Elena Guerra, Bta. († 1914), día 11, 222-227.
Elena Valentini, Bta. († 1458), día 23, 480-486.
Elfego de Canterbury, San († 1012), día 19, 403-407.
Elías (de Córdoba), San († 856), día 17, 371.
Engracia, Sta. (s. IV), día 16, 325-329.
Enrique Heath, Bto. († 1643), día 17, 372.
Enrique Walpole, San († 1595), día 7, 158-159.
Escubilión Rousseau, Bto. († 1867), día 13, 276-287.
Estanislao Kubista, Bto. († 1942), día 26, 583.
Estanislao, San († 1079), día 11, 214-218.
Esteban de Antioquía, San († 479), día 25, 565.
Esteban de Perm, San († 1396), día 26, 581-582.

Eusebio de Fano, San († 526), día 18, 399.
Evodio (mártir de Zaragoza), San (s. IV), día 16, 325-329.

Fausto (mártir de Zaragoza), San (s. IV), día 16, 325-329.
Félix (mártir de Zaragoza), San (s. IV), día 16, 325-329.
Fidel de Sigmaringa, San († 1622), día 24, 495-502.
Firmo (de Cartago), San († 250), día 19, 414-415.
Fortunata (de Cartago), Sta. († 250), día 19, 414-415.
Fortunio (de Cartago), San († 250), día 19, 414-415.
Franca Visalta, Sta († 1218), día 25, 565
Francisca Michoneau, Bta. († 1794), día 16, 346-347.
Francisca Suhard, Bta. († 1794), día 16, 346-347.
Francisco Coll, Bto. († 1875), día 2, 27-34.
Francisco de Paula, San († 1507), día 2, 15-23.
Francisco Dickenson, Bto. († 1590), día 13, 289.
Francisco Marto, Bto. († 1919), día 4, 91.
Francisco Page, Bto. († 1602), día 20, 440-441.
Francisco Venimbeni, Bto. († 1322), día 22, 471.
Frontón (mártir de Zaragoza), San (s. IV), día 16, 325-329.
Fructuoso de Braga, San († 665), día 16, 335-339.
Frutos (de Cartago), San († 250), día 19, 414-415.
Fulberto, San († 1029), día 10, 211.

Galdino de Sala, San († 1176), día 18, 374-380.
Gandulfo de Binasco, Bto. († 1260), día 3, 68.
Gema Galgani, Sta. († 1903), día 11, 218-222.
Genaro (mártir de Zaragoza), San (s. IV), día 16, 325-329.
Geraldo de Sauve-Majeure, San († 1095), día 5, 107.
Gerardo de Toul, San († 994), día 23, 493.
Gil de Asís, Bto. († 1262), día 23, 494.
Gilberto de Caithness, San († 1245), día 1, 13.
Gregorio de Elvira, San (s. IV), día 24, 542-543.
Gregorio, Bto. (s. XIII), día 26, 581.
Guillermo Apor, Bto. († 1945), día 2, 41-44.
Guillermo Cufitelli, Bto. († 1411), día 4, 89-90.
Guillermo de Eskill, San († 1203), día 6, 134.
Guillermo Firmati, San († 1103), día 24, 544.
Guillermo Marsden, Bto. († 1586), día 25, 566.
Guillermo Southerne, Bto. († 1618), día 30, 685.
Guillermo Thompson, Bto. († 1584), día 20, 440-441.

Hereda (de Cartago), San († 250), día 19, 414-415.
Heremio (de Cartago), San († 250), día 19, 414-415.
Hermán José, San († 1241), día 7, 158.
Hermenegildo, San († 585), día 13, 258-266.
Hugo de Bonnevaux, Bto. († 1194), día 1, 13.

Hugo de Cluny, San († 1109), día 29, 644-655.
Hugo de Grenoble, San († 1132), día 1, 3-7.
Hugo de Ruán, San († 730), día 9, 195.

Ida de Boulogne, Bta. († 1113), día 13, 287.
Ida de Val-des-Roses, Bta. († 1290), día 13, 288.
Idesbaldo, San († 1167), día 18, 401.
Inés de Montepulciano, Sta. († 1317), día 20, 421-428.
Isabel Calduch Rovira, Bta. († 1937), día 14, 306.
Isabel Vendramini, Bta. († 1860), día 2, 23-27.
Isidoro (de Córdoba), San († 856), día 17, 371.
Isidoro de Sevilla, San († 636), día 4, 82-88.

Jorge Gervase, Bto. († 1608), día 11, 229.
Jorge, San (s. IV), día 23, 472-476.
José Benito de Cottolengo, San († 1842), día 30, 672-676.
José Benito Dusmet, Bto. († 1894), día 4, 71-79.
José Cebula, Bto. († 1941), día 28, 635-636.
José el Himnógrafo, San († 886), día 3, 67-68.
José Moreau, Bto. († 1794), día 18, 402.
José Moscati, San († 1927), día 12, 249-255.
José Tuan, San († 1861), día 30, 686.
Juan Bautista de La Salle, San († 1719), día 7, 138-148.
Juan Bautista Dinh Van Than, San († 1840), día 28, 635.
Juan Bautista Piamarta, Bto. († 1913), día 25, 559-565.
Juan Bretton, Bto. († 1598), día 1, 14.
Juan de Penna, Bto. († 1275), día 3, 68.
Juan Finch, Bto. († 1584), día 20, 440-441.
Juan Lockwood, Bto. († 1642), día 13, 290.
Juan Menard, Bto. († 1794), día 16, 346-347.
Juan Paine, San († 1582), día 2, 45.
Juana Beretta de Molla, Bta. († 1962), día 28, 625-633.
Juana Gourdon, Bta. († 1794), día 16, 346-347.
Juana Leduc, Bta. († 1794), día 16, 346-347.
Juana Onillon, Bta. († 1794), día 16, 346-347.
Juana Thomas, Bta. († 1794), día 16, 346-347.
Julia (de Cartago), Sta. († 250), día 19, 414-415.
Julia Billiart, Sta. († 1816), día 8, 170-173.
Julián de San Agustín, Bto. († 1606), día 8, 185.
Juliana de Monte Cornillón, Sta. († 1258), día 5, 100-107.
Julio (mártir de Zaragoza), San (s. IV), día 16, 325-329.
Julio I (papa), San († 352), día 12, 231-236.
Julio Junyer Padern, Bto. († 1938), día 26, 582.

Lanuino, Bto. († 1119), día 11, 227.
Laseriano, San († 638), día 18, 399.
León IX (papa), San († 1054), día 19, 407-414.
Leónidas, San († 204), día 22, 470.
Leopoldo de Gaiche, Bto. († 1815), día 2, 47-48.

Liduina, Sta. († 1433), día 14, 306.
Lorenzo Nguyen Van Huong, San († 1856), día 27, 608.
Luis (de Córdoba), San († 855), día 30, 684-685.
Luis María Grignion de Montfort, San († 1716), día 28, 610-614.
Luis Pavoni, Bto. († 1849), día 1, 7-12.
Luis Scrosoppi, San († 1884), día 3, 56-66.
Luperco (mártir de Zaragoza), San (s. IV), día 16, 325-329.
Luquesio de Poggibonsi, Bto. († 1260), día 28, 634.

Macaldo, San (s. V), día 27, 607.
Maelrubio, San († 722), día 21, 455-456.
Magdalena Cady, Bta. († 1794), día 16, 346-347.
Magdalena de Canossa, Sta. († 1835), día 10, 203-211.
Magdalena Sallé, Bta. († 1794), día 16, 345.
Magno de Orkney, San († 1116), día 16, 345.
Mapalico (de Cartago), San († 250), día 19, 414-415.
Marcelino de Embrún, San († 374), día 20, 438.
Marcial (de Cartago), San († 250), día 19, 414-415.
Marcial (mártir de Zaragoza), San (s. IV), día 16, 325-329.
Marcos Evangelista, San (s. I), día 25, 545-550.
Marcos Fantuzzi de Bolonia, Bto. († 1479), día 10, 212-213.
Margarita de Città di Castello, Bta. († 1320), día 13, 289.
Margarita Robin, Bta. († 1794), día 16, 346-347.
María Antonia Bandrés y Elósegui, Bta. († 1919), día 27, 608-609.
María Assunta Pallota, Bta. († 1905), día 7, 148-157.
María Cleofás, Sta. (s. I), día 24, 541.
María Crescencia (Ana) Hoss, Sta. († 1744), día 5, 107-108.
María de la Encarnación (Bárbara Avrillot), Bta. († 1618), día 18, 380-387.
María de la Encarnación Guyart, Bta. († 1672), día 30, 666-672.
María de San José Alvarado Cardozo, Bta. († 1967), día 2, 34-41.
María de Santa Eufrasia Pelletier, Sta. († 1868), día 24, 509-515.
María Egipcíaca, Sta. (s. V), día 1, 12.
María Forestier, Bta. († 1794), día 16, 346-347.
María Gabriela Sagheddu, Bta. († 1939), día 23, 489-493.
María Genoveva Poulain de la Forestrie, Bta. († 1794), día 16, 346-347.
María Guingueneau, Bta. († 1794), día 16, 346-347.
María Isabel Hesselblad, Bta. († 1957), día 24, 526-541.
María Lardeux, Bta. († 1794), día 16, 346-347.
María Luisa de Jesús Trichet, Bta. († 1759), día 28, 614-620.
María Pitou, Bta. († 1794), día 16, 346-347.
María Rochard, Bta. († 1794), día 16, 346-347.
María Roger, Bta. († 1794), día 16, 346-347.
Mariana (María Ana) de Jesús Navarro, Bta. († 1624), día 17, 351-360.
Marta Poulain de la Forestrie, Bta. († 1794), día 16, 346-347.
Martín I (papa), San († 655), día 13, 266-275.

Martires de Persia († 341), dia 17, 370
Maturino (martir de Zaragoza), San (s IV), dia 16, 325 329
Mauricio Mac Kenraghty, Bto († 1585), dia 20, 440 441
Meliton de Canterbury, San († 624), dia 24, 543
Miguel Czartoryski, Bto († 1944), dia 6, 136
Miguel de los Santos, San († 1625), dia 10, 197 203
Miguel Rua, Bto († 1910), dia 6, 123 133
Milon Gerard, Bto († 1590), dia 13, 289

Nicetas, San († 824), dia 3, 67
Nicolas Carnecki, Bto († 1959), dia 2, 49
Nicolas Roland, Bto († 1678), dia 27, 597 606
Notkero Balbulo, Bto († 912), dia 6, 109 113
Nuestra Señora de Montserrat, dia 27, 717-722

Optato (martir de Zaragoza), San (s IV), dia 16, 325-329
Ortario, San (s XI), dia 15, 324
Osanna de Cattaro, Bta , cf Catali na, Bta

Pablo (de Cartago), San († 250), dia 19, 414 415
Pablo (de Cordoba), San († 856), dia 17, 371
Pablo Le Bao Thin, San († 1857), dia 6, 135
Pablo Pham Khac Khoan, San († 1840), dia 28, 635
Pascasio Radberto, San († 865), dia 26, 580 581
Paterno de Avranches, San († 564), dia 15, 323
Paulina von Mallinckrodt, Bta († 1881), dia 30, 677-684
Pedro (de Cordoba), San († 855), dia 30, 684 685
Pedro Armengol, San († 1304), dia 27, 590-597
Pedro Calungsod, Bto († 1672), dia 2, 46 47
Pedro de Poitiers, San († 1115), dia 4, 89
Pedro de Verona, San († 1252), dia 6, 113-119
Pedro Delepine, Bto († 1794), dia 16, 346 347
Pedro Eduardo Dankowski, Bto († 1942), dia 3, 69 70
Pedro Gonzalez, Bto, cf Telmo, San
Pedro Jose de Betancur, San († 1667), dia 25, 551-559
Pedro Luis Chanel, San († 1841), dia 28, 620-625
Pedro Nguyen Van Hieu, San († 1840), dia 28, 635
Pedro Nguyen Van Luu, San († 1861), dia 7, 160
Perfecto, San († 850), dia 18, 400 401
Petrina Bourigault, Bta († 1794), dia 16, 346 347
Petrina Laurent, Bta († 1794), dia 16, 346-347
Petrina Morosini, Bta († 1957), dia 6, 136 137
Petrina Pottier, Bta († 1794), dia 16, 346 347
Pio V (papa), San († 1572), dia 30, 657 666
Platon, San († 814), dia 4, 88 89
Primitivo (martir de Zaragoza), San (s IV), dia 16, 325-329
Prudencio, San (s V-VI), dia 28, 634

Prudencio de Troyes, San († 861), día 6, 133-134.
Publio (mártir de Zaragoza), San (s. IV), día 16, 325-329.

Quintiliano (mártir de Zaragoza), San (s. IV), día 16, 325-329.

Rafael Arnáiz Barón, Bto. († 1938), día 26, 572-579.
Renata Borgeais, Bta. († 1794), día 16, 346-347.
Renata Rigault, Bta. († 1794), día 16, 346-347.
Renata Séchet, Bta. († 1794), día 16, 346-347.
Ricardo de Chichester, San († 1253), día 3, 50-56.
Ricardo Sergeant, Bto. († 1584), día 20, 440-441.
Ricario, San († 645), día 26, 580.
Roberto Anderton, Bto. († 1586), día 25, 566.
Roberto de Chaise-Dieu, San († 1067), día 17, 348-351.
Roberto de Molesmes, San († 1111), día 17, 371.
Roberto Middleton, Bto. († 1601), día 3, 69.
Roberto Watkinson, Bto. († 1602), día 20, 440-441.
Rodolfo Ashley, Bto. († 1606), día 7, 159-160.
Román Adame Rosales, San († 1927), día 21, 456.
Román Archutowski, Bto. († 1943), día 18, 402.

Sabas el Godo, San († 372), día 12, 256.
Sabas Reyes Salazar, San († 1927), día 13, 291.
Sabina Petrilli, Bta. († 1923), día 18, 391-398.
Salomé, Sta. (s. I), día 24, 541.
Sancha de Portugal, Bta. († 1229), día 11, 228.
Santiago Bell, Bto. († 1584), día 20, 440-441.
Santiago de Cerqueto, Bto. († 1367), día 17, 371.
Santiago Duckett, Bto. († 1602), día 19, 415-416.
Secundino, San (s. IV), día 20, 438.
Senorina, Sta. († 980), día 22, 471.
Severo de Nápoles, San († 409), día 29, 655.
Simeón Bar Sabas, San († 341), día 17, 370.
Simeón, San († 107), día 27, 607.
Simón Rinalducci, Bto. († 1322), día 20, 439-440.
Sinforiano Ducki, Bto. († 1942), día 11, 229-230.
Sixto I (papa), San († 128), día 3, 66.
Sotero (papa), San († 175), día 22, 457-460.
Suceso (mártir de Zaragoza), San (s. IV), día 16, 325-329.

Telmo, San († 1240), día 14, 292-305.
Teodoro de Sikeón, San († 613), día 22, 470-471.
Teodoro de Tabenna, San (s. IV), día 27, 607.
Teresa de Los Andes, Sta. († 1920), día 12, 236-249.
Teresa María de la Cruz Manetti, Bta. († 1910), día 23, 486-489.
Tomás de Tolentino, Bto. († 1321), día 9, 191-195.
Toribio de Astorga, Sto. (s. V), día 16, 329-335.
Turstano Hunt, Bto. († 1601), día 3, 69.

Ubaldo Audimari, Bto. († 1315), día 9, 195-196.
Urbano (mártir de Zaragoza), San (s. IV), día 16, 325-329.
Ursmaro, San († 713), día 18, 399-400.

Venusto (de Cartago), San († 250), día 19, 414-415.
Vicente Ferrer, San († 1419), día 5, 92-100.
Víctor (de Cartago), San († 250), día 19, 414-415.
Victorino (de Cartago), San († 250), día 19, 414-415.
Vión de Osnabruck, San († 804), día 20, 439.

Waldetrudis, Sta. († 668), día 9, 195.
Wilfrido, San († 709), día 24, 502-509.

Zenón de Verona, San († 372), día 12, 255-256.
Zita, Sta. († 1278), día 27, 584-590.

2. **Colaboradores**

Abad, C. M.ª 610-614.
Alameda, J. 442-449.

Barranquero y Orrego, J. M.ª 50-56 502-509.

Callejo, L. 197-203.
Carro Celada, J. A. 56-66 123-133 464-470.
Cela, C. J. 339-345.
Chico González, P. 276-286 597-606.

Díaz Fernández, J. M.ª 119-123 170-172.
Díaz y Díaz, M. 335-339.

Echeverría, L. de 138-148.
Escatré, A. M.ª 717-722.

Fernández Sánchez, S. 292-304.
Ferri Chulio, A. de S. 249-255 450-454 666-671 677-684.
Flores Arcas, J. J. 41-44 486-489.
Franquesa, A. 476-480.

Gomis, J. 590-596.
González Chaves, A. J. 312-323.
Güell, D. 186-190.
Guillén, J. 325-329.

Herrero García, M. 713-716.
Huerga, Á. 657-666.

Langa, P. 34-40 161-169 374-379 480-485.
Llabrés y Martorell, P.-J. 203-210 428-432 614-619.
Llorca, B. 231-236 407-414 457-460 460-463.

Mañas, R. Luis M.ª 191-194 526-541.
Martín Abad, J. 173-184 222-226 625-633.
Martín Hernández, F. 380-386 567-572.
Milagro, J. M.ª 92-99.
Morta Figuls, Á. 421-427 636-643.
Muñoz Iglesias, S. 545-550.

Novelé, Á. de 495-502.
Núñez Uribe, F. 23-26 307-311 387-391.

Pascual, A. 71-78 489-493 687-699.
Peraire Ferrer, J. 148-157 266-275 360-370.

Pérez Suárez, L. M. 348-351 403-407 644-655 701-712.
Pobladura, M. de 15-22.

Repetto Betes, J. L. 7-12 12-14 45-49 66-70 88-91 107-108 133-137 158-160 184-185 195-197 211-213 227-230 255-257 287-291 305-306 323-324 345-347 370-373 391-398 399-402 414-416 432-438 438-441 455-457 470-471 493-494 515-525 541-544 565-567 580-583 584-590 607-609 620-625 634-636 655-656 684-686 723-725.
Riesco Pontejo, P. 27-34 351-360 551-559.
Rivera Recio, J. F. 258-266.
Rodríguez, J. V. 236-249.
Rodríguez Herrera, I. 82-88 109-113.
Romero, A. 572-579.

Sánchez Aliseda, C. 100-106 113-119 417-421.
Sans Vila, J. 472-475.
Sendín Blázquez, J. 3-7.
Staehlin, C. M.ª 218-222.

Valentini, E. 672-676.
Velado Graña, B. 79-82 329-334 509-515 559-564.

Waloreck, M. 214-218.

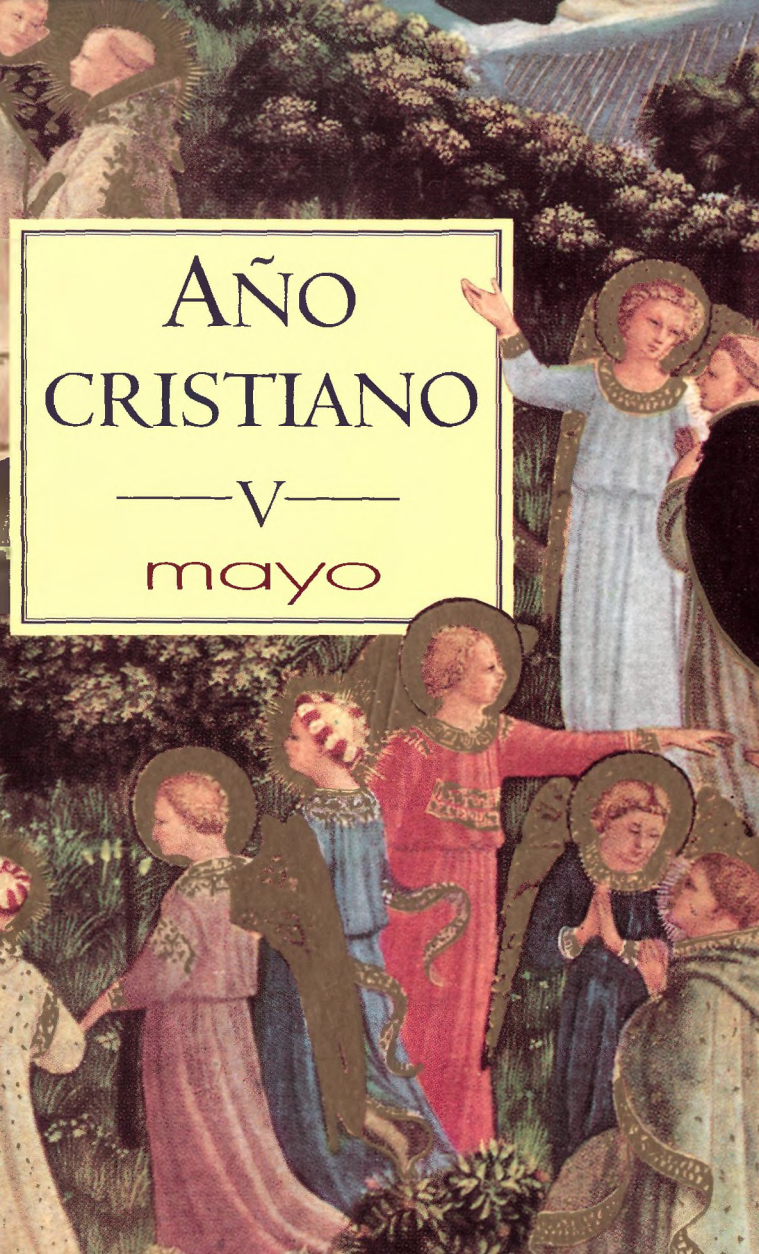

AÑO CRISTIANO

V

mayo

AÑO CRISTIANO

V

Mayo

COORDINADORES
Lamberto de Echeverría (†)
Bernardino Llorca (†)
José Luis Repetto Betes

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS
MADRID • 2004

Ilustración de portada: *Juicio final* (detalle), Fra Angelico.

Guardas: *El juicio universal* (detalle), Giovanni di Paolo.

Diseño: BAC

© Biblioteca de Autores Cristianos
Don Ramón de la Cruz, 57, Madrid 2004
Depósito legal: M. 51.998-2002
ISBN: 84-7914-629-X (Obra completa)
ISBN: 84-7914-709-1 (Tomo V)
Impreso en España. Printed in Spain.

ÍNDICE GENERAL

	Págs
COLABORADORES	IX
PRESENTACION	XI
NOTA INTRODUCTORIA	XV
Santoral de mayo (martirologio, biografías extensas y biografías breves)	3
FIESTAS MOVIBLES	747
APENDICE	775
CALENDARIO ESPAÑOL: MEMORIAS QUE CELEBRAN LAS DIOCESIS ESPAÑOLAS	813
ÍNDICE ONOMASTICO	815

COLABORADORES

A) Biografías extensas

Alastrue Castillo, M ª del Pilar
Alcorta, Julian, SCJ
Alonso Schokel, Luis
Amigo Jansen, Gustavo, SI
Arratibel, Juan, SSS
Artero Perez, Jose
Baltar, Salvador, OFM
Carro Celada, Jose Antonio
Chico Gonzalez, Pedro, FSC
Cuniil, Ramon
Curcó i Puigyo, Jordi
Diaz Fernandez, Jose Maria
Dominguez del Val, Ursicino, OSA
Echeverria, Lamberto de
Ferri Chulio, Andres de Sales
Flores Arcas, Juan Javier, OSB
Gonzalez Chaves, Alberto Jose
Gonzalez Rodriguez, M ª Encarnacion
Iniesta Coullant-Valera, Enrique, SchP
Langa Pedro, OSA
Llabres y Martorell, Pere Joan
Llorca, Bernardino, SI
Lopetegui, Leon, SI
Lopez Melus, Justo
Maria H di la Santa Faz, OP
Martin Abad, Joaquin
Martin Abril, Francisco Javier
Martin Hernandez, Francisco
Martin Hernandez, Pedro
Melendres, Miguel
Molina Pinedo, Ramon, OSB (Leyre)
Nunez Uribe, Felix
Olaechea Loizaga, Marcelino, SDB
Onaindi Echave, Antonio
Pascual, Augusto, OSB (Leyre)
Pelairi Ferrer, Jacinto
Perez Lozano, Jose Maria
Perez Suarez, Luis M , OSB (Leyre)

PEREZ, Gabriel
PONT Y GOL, José
REPETTO BETES, José Luis
RODRIGUEZ, José Vicente, OCD
SALA BALUST, Luis
SANCHEZ ALISEDA, Casimiro
SANCHEZ DE MUNIAIN, José María
SANZ BURATA, Luis
SEGOVIA, Augusto, SI
SENDIN BLAZQUEZ, José
STAEHLIN, Carlos María, SI
VELADO GRANA, Bernardo
VILLAVERDE, Alberto J., SI
XIBERTA, Bartolomé M., OC
YZURDIAGA LORCA, Fermín

B) BIOGRAFIAS BREVES

REPETTO BETES, José Luis

PRESENTACIÓN

Tras largos años de total *agotamiento editorial* vuelve ahora felizmente al catálogo de la BAC una obra que ocupaba en él un puesto relevante y que fue, durante décadas, alimento espiritual seguro y sabroso para infinidad de lectores: el AÑO CRISTIANO.

Quede, ante todo, constancia de la satisfacción con que la BAC devuelve al público lector —y en cierto modo a toda la Iglesia de habla española— esta obra preciada que tanto se echaba de menos y que nos era requerida con insistencia por muchos lectores y amigos. Larga ha sido la espera. Pero la BAC se complace ahora en relanzar un AÑO CRISTIANO compuesto y acicalado como lo piden las circunstancias eclesiales y articulado en doce volúmenes que irán apareciendo sucesivamente y que ofrecerán al lector la variedad y la riqueza del entero santoral de la Iglesia católica.

Las razones del dilatado eclipse que ha sufrido el AÑO CRISTIANO a pesar de su notorio éxito editorial de antaño son pocas y escuetas Y muy fáciles tanto de explicar cuanto de entender.

El proceso de aceleración en canonizaciones y beatificaciones que ha experimentado la Iglesia después del Vaticano II —y muy singularmente en el pontificado del Papa Wojtyla— obligaba obviamente a complementar, corregir y ajustar el venturoso descalabro que el tiempo iba originando en los bosques y jardines de la hagiografía cristiana del pasado. Se imponían una poda y una plantación de renuevos cuya envergadura queda ahora patente en el estirón —de cuatro a doce— que ha experimentado este AÑO CRISTIANO.

Semejante tarea de revisión y actualización la hubiera emprendido la BAC. Era su obligación y su deseo. Pero su efecto habría sido precario. El pontificado de Juan Pablo II estaba ya demostrando con creciente evidencia que la santidad cristiana es una realidad de cada día y de cada latitud; que, por consiguiente, el martirologio o santoral, lejos de ser memoria fosili-

zada, es un caudal fresco y abundante que riega generosamente el hoy de la Iglesia. ¿Cómo intentar la actualización de algo que cambia y crece sin cesar?

Por otra parte, es sabido que el Concilio Vaticano II, en su constitución *Sacrosanctum Concilium,* ordenó la revisión y adaptación de todos los libros litúrgicos. El mandato alcanzaba también al Martirologio o Santoral, libro litúrgico de pleno derecho y de peculiar significación y complejidad dadas sus implicaciones históricas que requerían estudios críticos minuciosos y especializados. La tarea de su revisión podía resultar dilatada. ¿Cómo arriesgarse como editorial responsable a componer un AÑO CRISTIANO sin contar con la referencia obligada del Martirologio romano ya autorizadamente puesto al día? ¿No había que sacrificar las prisas editoriales o comerciales a la firmeza histórica y a la seguridad doctrinal que ofreciera la edición posconciliar? ¿No era ésa la mejor forma de servir a los intereses de los lectores?

El proceso de reforma y adaptación del martirologio romano ha durado desde 1966 hasta 2001, año en que apareció finalmente la llamada «edición típica». Una espera que ha otorgado al Martirologio romano una mayor credibilidad histórica, un orden hagiográfico más acorde con la doctrina y las reformas derivadas del Vaticano II y, en consecuencia, mayor fiabilidad para la vida litúrgica y la piedad cristiana.

Contando ya con la pauta insoslayable del martirologio reformado y renovado, se imponía ponerlo cuanto antes al servicio de los lectores y usuarios de habla castellana, tanto en España como en Hispanoamérica. Es un reto que la BAC ha asumido con responsabilidad editorial y que trata ya de cumplir con prontitud y rigor.

Estoy seguro de que nuestros lectores compartirán con la BAC la impresión de que la larga y obligada espera que ha tenido que observar nuestro AÑO CRISTIANO no le priva de sentido ni de oportunidad. Todo lo contrario. El momento presente, con sus grandezas y miserias, con sus luces y sombras en la parcela de lo religioso, hace especialmente atinada la publicación de un santoral serio y documentado de la Iglesia católica.

Son tiempos, los nuestros, de secularización que quiere decir, lisa y llanamente, de descristianización. A su sombra, las verdades de la fe y los juicios de la moral cristiana pierden vigencia y hasta significado. Algo que ocurre también en el terreno de la hagiografía. No es que haya desaparecido el culto a los santos, pero sí se ha nublado en buena parte su relevancia para la vida cristiana. Con la ignorancia ha sobrevenido la confusión. La cantera del santoral para dar nombres de pila a las personas está en declive. El conocimiento de las vidas de los santos se ha reducido hasta confundirlos con héroes o dioses de los martirologios paganos. Se ha acentuado, aun entre los que se profesan devotos de advocaciones concretas, la brumosidad de los contornos y de los conceptos.

En paralelo con el desconocimiento correcto de las hagiografías, han proliferado las supersticiones y las desviaciones de lo que debería ser una auténtica veneración de los santos. Se observa una notoria reducción de la piedad al utilitarismo. A los santos se los mete cada vez más en la zambra de los videntes, los adivinos, las cartas, la superchería y las voces de ultratumba. Ahora hay santorales para agnósticos y santorales de puro humor a costa de los santos que pueden alcanzar cotas notables de acidez o de impiedad. ¿No es el caso, nada infrecuente, de anuncios y montajes publicitarios a cargo del santoral y al servicio de cualquier producto en el mercado?

El servicio que la BAC pretende prestar con este renovado AÑO CRISTIANO a sus lectores y a la Iglesia tiene perfiles muy precisos.

Principalmente, la mejora de los recursos didácticos para una sabia y atinada catequesis. Los santos, sus vidas y ejemplos, son fuente inagotable para la educacion cristiana. No es su utilidad terapéutica o milagrera lo que de ellos nos interesa, sino la enseñanza cristiana que se deriva de sus virtudes y conductas como testigos de Jesucristo, como reflejos de su vida y como *caminos* que nos llevan al *Camino* por excelencia, que es Él.

Este AÑO CRISTIANO no pretende, por tanto, fomentar la *santería* en detrimento de la *cristería,* dicho en términos populares. Muy al contrario, es una contribución a la *Cristología* a través de la *hagiografía.*

Algunos pastores y pastoralistas han alertado sobre el peligro de que el culto a tantos santos y beatos, la proliferación de tantas devociones particulares, pudiera difuminar, como *efecto colateral,* el aprecio central e irremplazable de Jesucristo. Sería aquello de que los árboles no dejaran ver el bosque.

Ni el peligro ni la advertencia son sólo de hoy. Léanse si no las constituciones conciliares *Lumen gentium* y *Sacrosanctum Concilium.* También la introducción que figura en la edición típica del Martirologio romano.

En cualquier caso, la BAC pone ahora en circulación esta nueva edición de su AÑO CRISTIANO como homenaje a Jesucristo cumbre de la santidad y modelo de todos los santos y beatos que la Iglesia ha reconocido a lo largo de los siglos como seguidores e imitadores del Maestro. «Por la hagiografía al Cristocentrismo» podría ser el lema de ese propósito editorial.

Perfiladas las circunstancias y las intenciones de esta obra, nada he de decir sobre su articulación, ni sobre los criterios metodológicos o redaccionales que se han seguido en su elaboración. Tanto estos como otros particulares técnicos que ayudarán en su utilización figuran en la *nota introductoria* preparada por el coordinador de la edición.

Con laudes o elevaciones solían cerrar sus páginas los santorales antiguos. La BAC se suma al amén, así sea, que venía después. Y se permitirá a la vez (no podía ser de otra manera) confiar el buen fruto de esta obra a la intercesión de todos los santos y beatos que —sin distinción de grado, sexo o condición— poblarán las páginas de este AÑO CRISTIANO renacido en los umbrales todavía del tercer milenio.

JOAQUÍN L. ORTEGA
Director de la BAC

NOTA INTRODUCTORIA

Definido el propósito de reeditar el AÑO CRISTIANO, empezamos por fijar criterios que sirvieran de guía para la nueva edición, y que ahora exponemos para información del lector y facilidad de su uso.

En primer lugar se fijó el criterio de que, con muy escasas excepciones, se reeditaría todo el conjunto de artículos que componía la segunda edición, la de 1966. Su texto no ha sufrido revisión ni variación. Va tal cual lo escribieron en su tiempo los diferentes y acreditados autores que lo firman. En el fondo no han tenido más añadidura que la referencia a la canonización de aquellos santos que entonces eran solamente beatos. Y esas excepciones son sobre todo las debidas a las variaciones introducidas por el nuevo Misal de Pablo VI, de 1969, que tiene algunos cambios en la denominación de fiestas, como la del 1 de enero, o en el santoral.

Pero no se quería simplemente reeditar, sino que se quería también completar y poner al día. Para completar, hemos añadido santos o beatos importantes anteriores a las últimas canonizaciones y beatificaciones y que en su día no se biografiaron en las primeras ediciones. Para poner al día, hemos añadido los nombres de muchos santos y beatos que en estos últimos tiempos han sido declarados tales por la Iglesia, y cuyo número, como es bien sabido, es grande.

Nos pareció que saldría una obra demasiado abultada si a cada uno de todos estos santos o beatos les señalábamos una nota biográfica de la misma extensión que las de las ediciones anteriores. Y para evitar ese tamaño demasiado crecido pero para no pasarlos tampoco en silencio hemos dividido las biografías en *extensas* y en *breves*. El criterio seguido para asignar a un santo o beato una biografía extensa o breve ha sido el de su importancia en el santoral: por ser más o menos conocido, por ser significativo de un tiempo o una situación, o por ser intere-

sante al público de habla hispana, o por ser fundador o fundadora de una comunidad religiosa, a todos los cuales fundadores o fundadoras hemos tomado el criterio de dedicar una biografía extensa. Y naturalmente hemos tenido en cuenta el cada día mayor santoral de las iglesias iberoamericanas.

Hemos añadido también artículos referentes a los tiempos litúrgicos, p. ej. *Cuaresma,* ya que son parte importante y vital de lo que se llama el año cristiano.

Y hemos añadido a cada día su martirologio o lista de los santos y beatos que para esa fecha señala el Martirologio romano. De esta forma, cada día puede saber el lector cuáles son los santos que la Iglesia conmemora, y de la mayoría de ellos tiene una nota biográfica, extensa o breve.

Esta obra sigue el nuevo *Martirologio romano* que, como edición típica, ha sido publicado el año 2001. Este seguimiento ha hecho que no demos entrada en el *Año cristiano* sino a los santos y beatos que en dicho Martirologio se recogen, enviando al Apéndice las notas biográficas de otros que no están incluidos en él pero que pueden resultar interesantes, por ejemplo, por celebrarlos, en su propio de los santos, alguna diócesis española. De todos modos son muy pocos. Igualmente ha obligado el seguimiento del nuevo Martirologio romano a resituar no pocas biografías que en las ediciones anteriores se encontraban en otras fechas y que han sido pasadas al día que ahora se les asigna.

Nos parece que este criterio de seguir el nuevo Martirologio no necesita defensa. Pues aunque se le hayan encontrado al texto del mismo algunos fallos de detalle, sustancialmente es un texto definitivo. No olvidemos que el Martirologio es un libro litúrgico, editado por la Congregación del Culto Divino y de la Disciplina de los Sacramentos, promulgado por la autoridad del Romano Pontífice, cumpliendo una determinación del Concilio Vaticano II. Se trata del registro oficial de santos y beatos que hace para su uso la Iglesia Romana y que tiene vigencia en todo el ámbito, tan mayoritario dentro de la Iglesia, del rito romano. Hay que decir que en su actual edición se ha hecho una grande e inmensa labor, verdaderamente meritoria, y que con ella se ha cumplido el objetivo conciliar de máxima historicidad, y el de

poner al día esta lista oficial con la añadidura no solamente de los nuevos santos sino también de los beatos, ya que, aunque en distintos niveles, unos y otros reciben legítimamente culto público en la Iglesia.

Con respecto a la bibliografía digamos que hemos seguido el criterio que se usó en las ediciones anteriores. Se ofrece en el primer volumen una bibliografía general actualizada. En ella se indican las obras que se refieren a todo el calendario o a una parte de él, por ejemplo, el santoral de una nación, el de una congregación u orden religiosa, el de los mártires de una persecución, etc. La bibliografía específica de cada santo o beato de las biografías extensas va al final de cada una de ellas.

Hemos pensado que con estos criterios volvemos a darle al lector el ya clásico AÑO CRISTIANO de la BAC pero con ampliaciones y mejoras que esperamos merezcan su atención.

JOSE LUIS REPETTO BETES
Coordinador

AÑO CRISTIANO

V

Mayo

1 de mayo

A) MARTIROLOGIO [1]

1. San José Obrero **.
2. San Jeremías, profeta **.
3. En Viviers, San Andéolo, mártir (fecha desconocida)
4. En la España meridional, la conmemoración de San Torcuato, obispo de Guadix, y otros seis obispos, que fueron prelados de diversas ciudades, a saber· Ctesifonte en Verga, Segundo en Ábula, Indalecio en Urci, Cecilio en Ilíberis, Hesiquio en Carteya y Eufrasio en Iliturgis (s III-IV) **.
5. En Auxerre, de la Galia, San Amador († 418), obispo *
6. En Auch (Aquitania), San Orencio († 440), obispo.
7. En la Bretaña Menor, San Brioco o Brieu († 500), obispo, de quien la ciudad de Saint Brieu tomó nombre.
8 En Agaunum, San Segismundo († 523), rey de Borgoña y mártir *.
9. En una isla de la Bretaña Menor, San Marculfo († 558), abad del monasterio de Nanteuil
10 En Clwyd (Gales), San Asaf (s. VI), abad y obispo.
11 En Gap (Provenza), San Arigio († 604), obispo.
12 En Montauriol (Galia Narbonense), San Teodardo († 893), obispo de Narbona.
13 En Fossombrone (Italia), Beato Aldebrando o Hildebrando († 1170), obispo.
14. En Arouca (Portugal), Beata Mafalda († 1257), virgen, hija del rey Sancho I, monja cisterciense *.
15. En Montaione (Etruria), Beato Vivaldo de San Geminiano († 1320), ermitaño *.
16. En Valle de Istria, Beato Julián Cesarello († 1349), presbítero, de la Orden de Menores
17. En Forlì (Emilia), San Peregrino Laziosi († 1345), presbítero, de la Orden de los Siervos de María *.
18. En Moncel (Borgoña), Beata Petronila († 1355), abadesa clarisa.
19. En Roma, San Pío V, cuya memoria se celebra el 30 de abril (cf. *Año cristiano.* IV. *Abril,* 657-666).
20. En San Tay (Tonkín), San Agustín Schoeffler († 1851), presbítero, de la Sociedad de Misiones Extranjeras de París, mártir *

[1] Los asteriscos que aparecen en el martirologio hacen referencia a las biografías que siguen a continuación, que serán extensas (**) o breves (*)

21 En Nam-Dinh (Tonkin), San Juan Luis Bonnard († 1852), presbítero, de la Sociedad de Misiones Extranjeras de París, mártir *

22 En Milán, San Ricardo (Herminio Felipe) Pampuri († 1930), religioso, de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios **

23 En Vladimir (Rusia), Beato Clemente Septyckyj († 1951), presbítero y mártir, monje estudita *

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN JOSÉ OBRERO

«El 1 de mayo de 1955 —escribe un testigo presencial— Roma era un hervidero de gente sencilla y morena, con mirada abierta y espontánea. Aquí y allá, en los bares y vías que acercan al Vaticano, grupos de hombres, mujeres y niños, mezclados en alegre algarabía, despachaban el leve bagaje de sus mochilas y apuraban unas tazas de rico café. En su derredor parecía soplar un aire nuevo, sin estrenar. Hasta tal punto que el semblante de la Ciudad Eterna, acostumbrado a todos los acontecimientos y a todas las extravagancias de todos los pueblos de la tierra, parecía asombrado ante aquella avalancha nueva de cuerpos duros y curtidos y de almas ingenuas, que desbordaban todo lo previsto».

Se diría que había un presentimiento Cuando aquellos grupos confluyeron en una de las grandes plazas romanas y a lo largo de las amplias márgenes del Tíber e iniciaron su marcha hacia el Vaticano, flotaba algo en el ambiente. La vía de la Conciliación se estremecía con un eco nuevo, el de las rotundas voces de los obreros del mundo, que, al compás de bravos himnos, y bajo sus guiones y pancartas, representando a todos sus hermanos del mundo, avanzaban al encuentro del Papa.

Era una riada inmensa de vida, de calor, de entusiasmo. Bajo el crepitar de los camiones, cargados de trabajadores, que con sus instrumentos de trabajo avanzaban hacia la plaza de San Pedro, corría una multitud alegre y sencilla, gritando hermosas consignas. «¡Viva Cristo trabajador! ¡Vivan todos los trabajadores! ¡Viva el Papa!» Aquellos doscientos mil hombres superaban el viejo latido de odio y de muerte, cambiándolo por otro de resurrección y de vida

Oigamos de nuevo al mismo cronista:

«Con espíritu nuevo y conciencia clara de la nobleza trabajadora la inmensa muchedumbre fue llenando, en creciente oleaje, la monumental plaza de San Pedro. Las fontanas se transformaron en racimos humanos y sobre la enardecida concentración el obelisco neroniano parecía un dedo luminoso que apuntaba tercamente la ruta de los luceros, la única capaz de redimir al doliente mundo del trabajo. A los pies mismos de la basílica se detenía el oleaje humano y bajo el balcón central de la iglesia más monumental del cristianismo se levantaba el rojo estrado papal. Pronto apareció en él la blanca figura del Vicario de Cristo mientras la plaza entera vibraba en un ensordecedor griterío y un continuo agitar de pañuelos y pancartas. Las fontanas parecían abrir sus bocas para gritar, el obelisco se estiraba más y más hacia el cielo y la majestuosa columnata de Bernini tenía un movimiento de gozo y de gloria. Todo se movía en torno al Cristo en la tierra, y por las cornisas y capiteles —como bandada de palomas al viento— iban saltando los gritos de paz, trabajo y amor».

«De la inmensa plaza se fueron destacando pequeños grupos de obreros, portadores de mil obsequios calientes que el mundo del trabajo ofrecía al Papa Los vimos subir las gradas del estrado y arrodillarse, con sus manos llenas y toscas, ante el Cristo visible en la tierra Algunos, con serenidad, decían una frase densamente aprendida. Otros, vencidos por el momento grandioso, lo olvidaban todo e improvisaban ricas espontaneidades. O no hacían más que mirar al Papa, cara a cara, y llorar. La plaza seguía gritando por su descomunal boca de doscientos cuarenta metros de anchura y volando en alas de los doscientos mil corazones de obreros. Sólo cuando el Papa se levantó quedó muda y sobrecogida, como un desierto silencioso. Sobre el silencio palpitante vibró la voz del papa Pío XII».

«¡Cuántas veces Nos hemos afirmado y explicado el amor de la Iglesia hacia los obreros! Sin embargo, se propaga difusamente la atroz calumnia de que "la Iglesia es la aliada del capitalismo contra los trabajadores". Ella, madre y maestra de todos, ha tenido siempre particular solicitud por los hijos que se encuentran en condiciones más difíciles, y también, de hecho, ha contribuido poderosamente a la consecución de los apreciables progresos obtenidos por varias categorías de trabajadores. Nos mismo, en el radiomensaje natalicio de 1942, decíamos: "Movida siempre por motivos religiosos, la Iglesia condeno los diversos sistemas del socialismo marxista y los condena también hoy, siendo deber y derecho suyo permanente preservar a los hombres de las corrientes e influjo que ponen en peligro su salvación eterna"»

«Pero la Iglesia no puede ignorar o dejar de ver que el obrero, al esforzarse por mejorar su propia condición, se encuentra frente

a una organizacion que, lejos de ser conforme a la naturaleza, con trasta con el orden de Dios y con el fin que El ha señalado a los fieles terrenales Por falsos, condenables y peligrosos que hayan sido y sean los caminos que se han seguido, ¿quien y, sobre todo, que sacerdote o cristiano podra hacerse el sordo al grito que se le vanta del profundo y que en el nombre de Dios justo pide justicia y espiritu de hermandad?»

Sin embargo, la fiesta, con toda su hermosura, hubiera podido quedar como una más entre las muchas que se han celebrado en la magnífica plaza de San Pedro y el discurso como uno de tantos entre los pronunciados por el papa Pío XII. No fue así Por boca del Sumo Pontífice la Iglesia se aprestó a hacer con la fiesta del 1 de mayo lo que tantas veces había hecho, en los siglos de su historia, con las fiestas paganas o sensuales: cristianizarlas.

El 1 de mayo había nacido en el calendario de las festividades bajo el signo del odio. Desde mediados del siglo XIX esa fecha se identificaba en la memoria y en la imaginación de muchos con los bulevares y las avenidas de las grandes ciudades llenas de multitudes con los puños crispados. Era un día de paro total en que el mundo de los proletarios recordaba a la sociedad burguesa hasta qué punto había quedado a merced del odio de los explotados. Y esa fiesta, la fiesta del odio, de la venganza social, de la lucha de clases, iba a transformarse por completo en una fiesta litúrgica, solemnísima, del máximo rango (doble de primera clase), con su hermoso oficio propio y su misa también propia.

El Papa lo anunció con toda solemnidad:

«Aqui, en este dia 1 de mayo, que el mundo del trabajo se ha adjudicado como fiesta propia, Nos, Vicario de Jesucristo, queremos afirmar de nuevo solemnemente este deber y compromiso, con la intencion de que todos reconozcan la dignidad del trabajo y que ella inspire la vida social y las leyes fundadas sobre la equitativa reparticion de derechos y de deberes

Tomado en este sentido por los obreros cristianos el 1 de mayo, recibiendo asi, en cierto modo, su consagracion cristiana, le jos de ser fomento de discordias, de odios y de violencias, es y sera una invitacion constante a la sociedad moderna a completar lo que aun falta a la paz social Fiesta cristiana, por tanto, es decir, dia de jubilo para el triunfo concreto y progresivo de los ideales cristia nos de la gran familia del trabajo A fin de que os quede grabado este significado nos place anunciaros nuestra determinacion de

instituir, como de hecho lo hacemos, la fiesta liturgica de San Jose Obrero, señalando para ella precisamente el dia Uno de Mayo ¿Os agrada, amados obreros, este nuestro don? Estamos seguros que si, porque el humilde obrero de Nazaret no solo encarna, delante de Dios y de la Iglesia, la dignidad del obrero manual, sino que es tambien el provido guardian de vosotros y de vuestras familias»

Y desde aquella tarde serena y gozosa el 1 de mayo entraba en el calendario católico bajo la advocación de San José Obrero.

Los liturgistas pondrán, ciertamente, una vez más, su nota de escrúpulo ante esta fiesta de tipo ideológico, recordando que el ciclo litúrgico es esencialmente conmemoración de acontecimientos, no de ideas. Sin embargo, aunque en la línea de una exquisita pureza litúrgica pueda caber la discusión, no hay lugar a ella desde el punto de vista pastoral. Una fiesta, inserta en una fecha ya consagrada como exaltación del trabajo, resulta pedagógicamente admirable, en orden a llevar de una manera gráfica, plástica, colorida y vital un manojo de ideas a las muchedumbres de hoy.

Plástica, colorida y vital resulta la idea de la dignidad del trabajo cuando la encontramos, no al través de unos párrafos oratorios, sino encarnada en la sublime sencillez de la vida del mismo padre putativo de Jesucristo. Él había dicho ya en el Antiguo Testamento: «Mis caminos no son vuestros caminos y mis pensamientos no son vuestros pensamientos». Cualquiera de nosotros, consultado, hubiera sido de opinión de que era preferible que Jesucristo, puesto a traer al mundo el mensaje de una ideología que forzosamente habría de chocar con el mundo de entonces, hubiera nacido rodeado de lo que solemos llamar un prestigio social: de familia ilustre, sin angustias económicas, en alguna ciudad, como la antigua Roma, que resultase crucial en la marcha de los tiempos.

Pero no fue así. Antes al contrario. Jesucristo elige para sí, para su Madre bendita, para San José, un ambiente de auténtica pobreza. Entendámonos: no un ambiente de pobreza más o menos convencional, de vida sencilla pero al margen de preocupaciones económicas, sino la áspera realidad de tener que ganarse el pan trabajando, de tener que disipar los tenues ahorrillos en el destierro, de tener que sufrir muchas veces la amargura de no poder disponer ni siquiera de lo necesario.

Desde los Evangelios apócrifos, con su muchedumbre de milagros adornando la niñez de Jesucristo, hasta el mismo San Ignacio poniendo, con encantadora ternura, la figura de una criadita que acompañe al matrimonio camino de Belén, los cristianos nos hemos rebelado muchas veces contra ese designio de la Divina Providencia que se nos antojaba excesivo. Cuando hemos querido imaginar a la Santísima Virgen le hemos dado siempre trabajos que traían consigo un halo de poesía:

La Virgen lava pañales
y los tiende en el romero...

Pero lo cierto es que la Virgen habría de lavar más de una vez las humildes escaleras de la casita y barrer el pobre taller, y preparar la frugal comida. Y, junto a ella, también a San José habría de corresponderle su parte en las consecuencias de tanta pobreza.

Sabemos que fue carpintero. Alguno de los padres apostólicos, San Justino, llegó a ver toscos arados romanos trabajados en el taller de Nazaret por el Patriarca San José y el mismo Jesús. Fuera de esto, todo lo demás son conjeturas. Pero conjeturas hechas basándose en certeza, si cabe hablar paradójicamente, pues, por mucho que queramos forzar nuestra imaginación, siempre resultará que fue difícil y dura la vida de un pobre carpintero de pueblo, que a su condición de tal ha añadido las tristes consecuencias de haber vivido algún tiempo en el destierro.

Porque si algunos ahorros hubo, si algo pudo llegar a valer aquel tallercito, ciertamente que todo hizo falta cuando, como consecuencia de la persecución de Herodes, la Sagrada Familia hubo de marchar a Egipto. Dura la vida allí. Dura también la vida a la vuelta.

En este ambiente vivió Jesucristo. Y éste es el modelo que hoy se propone a todos los cristianos. Para que cada cual aprenda la lección que le corresponde.

Quiere la Iglesia que la fiesta de San José Obrero sirva, como dice la sexta lección del oficio, para despertar y aumentar en los obreros la fe en el Evangelio y la admiración y el amor por Jesucristo; sirva para despertar en los que gobiernan la atención hacia aquellos que sufren, y el deseo de poner en prác-

tica las cosas que pueden conducir a un recto orden en la sociedad humana, sirva para corregir en la sociedad los falsos criterios mundanos que en tantas ocasiones llegan a penetrarla por completo.

Insistamos en esta triple idea.

Como consecuencia de la profunda revolución que supuso el maquinismo surgió, a mediados del siglo XIX, una nueva clase social: el proletariado. No puede decirse que esta clase social se haya apartado de la Iglesia. En realidad, estuvo en la mayor parte de los países, salvemos excepciones tan gloriosas como Irlanda, totalmente al margen de ella. Sometida a unas condiciones infrahumanas de vida, a una jornada agotadora de trabajo, a una situación económica aflictiva, hubo forzosamente de abrirse a ideologías paganas y materialistas. Gestos tan nobles como la magistral encíclica del papa León XIII *Rerum novarum* cayeron en el vacío. Una sociedad que se llamaba cristiana desoyó por completo tales llamamientos. Entonces surgió poderoso, amenazador, el auge del marxismo, y posteriormente el arraigo del comunismo en esas masas, y su triunfo político en algunas naciones.

A tal situación se trata de oponer, más que una ideología, un símbolo: el de San José Obrero. Late en él toda una concepción de la vida, y del papel del trabajo en ella. Diríamos que toda una teología del trabajo. Como dice el responsorio de sexta y de nona: «El verbo de Dios, por quien han sido hechas todas las cosas, se ha dignado trabajar por sus propias manos... ¡Oh inmensa dignidad del trabajo que Cristo santificó!». Es más: en ese mismo trabajo resplandece una ley divina, establecida por el Creador de todas las cosas, según recuerda la oración de la misa.

Pero la fiesta no es sólo una predicación de la dignidad del trabajo y un recuerdo de que ese trabajo ha sido compartido por el hijo de Dios y por San José. Es también un aldabonazo en la conciencia de quienes gobiernan. A ellos se les recuerda cuáles son sus obligaciones en relación con los pobres y con los humildes. Dice así el papa Pío XII:

> «La accion de las fuerzas cristianas en la vida publica mira, ciertamente, a que se promueva la promulgacion de buenas leyes y la formacion de instituciones adaptadas a los tiempos, pero tambien

mas aun significa el destierro de frases huecas y de palabras engañosas, y el sentirse la generalidad de los hombres apoyados y sostenidos en sus legítimas exigencias y esperanzas Es necesario formar una opinion publica que, sin buscar el escandalo, señale con franqueza y valor las personas y las circunstancias que no se conforman con las leyes e instituciones justas o que deslealmente ocultan la realidad Para lograr que un ciudadano cualquiera ejerza su influjo no basta ponerle en la mano la papeleta del voto u otros medios semejantes Si desea asociarse a las clases dirigentes, si quiere, para el bien de todos, poner alguna vez remedio a la falta de ideas provechosas o vencer el egoismo invasor, debe poseer personalmente las necesarias energías internas y la ferviente voluntad de contribuir a infundir una sana moral en todo el orden publico»

No se trata de algo puramente retórico. Hay detrás de todo esto auténticas tragedias. Como, en esta misma fiesta, decía el papa Juan XXIII en 1959:

«A diario llega a nosotros el grito doloroso de tantos hijos nuestros que piden pan para si y para sus seres queridos, buscan trabajo, solicitan empleo seguro A ellos, por tanto, debe dirigirse la comun solicitud, y confiamos en que, con oportunas medidas y con solicito cuidado, se resuelvan las dificultades encontrandoles la debida y necesaria fuente de sustento y de serenidad familiar»

Desgraciadamente, se hace necesario también una tercera actuación de esta fiesta, no sólo sobre los trabajadores y los dirigentes, sino sobre la misma sociedad. El Evangelio de la fiesta nos recuerda el desdén con que las gentes contemporáneas de Jesucristo comentaban, al oír su predicación, que se trataba del hijo de un carpintero. Después de veinte siglos de cristianismo todavía queda mucho de aquél, y estamos lejos de apreciar en nuestra vida corriente y normal la sublime dignidad del hombre, aunque sea de condición humilde y tenga que trabajar con sus manos. Nos escandaliza encontrar en la historia épocas en que este trabajo era, en ambientes que se decían cristianos, algo deshonroso, que podía incluso, si se encontraba en los antepasados, impedir el acceso a algunas ordenes religiosas. Pero no nos costaría mucho encontrar idénticos criterios mundanos, paganos, construidos de espaldas al verdadero cristianismo, en nuestra misma sociedad de hoy. Hay mucho que reformar. Para que los puestos de dirección se den a quien se lo merezca, y no por razón de nacimiento o influencia; para que nuestras clases

sociales sean permeables, y sea, por consiguiente, fácil el paso de unas a otras; para que se superen añejos prejuicios raciales o sociales; para que en todas partes, en las Asociaciones católicas, en los colegios, en el trabajo, en la amistad..., todos nos sintamos verdaderamente hermanos.

Éste es el triple fruto que la Iglesia se propone obtener con la institución de la fiesta de San José Obrero.

Ningún colofón final mejor que reproducir aquí la hermosa oración con que el papa Juan XXIII terminaba su alocución en esta fiesta el año 1959.

> «¡Oh glorioso San Jose, que velaste tu incomparable y real dignidad de guardian de Jesus y de la Virgen Maria bajo la humilde apariencia de artesano, y con tu trabajo sustentaste sus vidas, protege con amable poder a los hijos que te estan especialmente confiados!
>
> Tu conoces sus angustias y sus sufrimientos porque tu mismo los probaste al lado de Jesus y de su Madre No permitas que, oprimidos por tantas preocupaciones, olviden el fin para el que fueron creados por Dios, no dejes que los germenes de la desconfianza se adueñen de sus almas inmortales Recuerda a todos los trabajadores que en los campos, en las oficinas, en las minas, en los laboratorios de la ciencia no estan solos para trabajar, gozar y servir, sino que junto a ellos esta Jesus con Maria, Madre suya y nuestra, para sostenerlos, para enjugar el sudor, para mitigar sus fatigas Enseñales a hacer del trabajo, como hiciste tu, un instrumento altisimo de santificacion»

LAMBERTO DE ECHEVERRIA

Bibliografía

Oficio y misa en la solemnidad de San Jose Obrero *AAS* 48 (1958)

SAN JEREMÍAS

(Antiguo Testamento)

«Tú me sedujiste, ¡oh Yahvé!, y yo me dejé seducir. Tú eres el más fuerte, y fui vencido. Ahora soy todo el día la irrisión, la burla de todo el mundo. Siempre que hablo tengo que gritar: "¡Ruina, devastación!". Y aunque me dije: "No volveré a hablar en su nombre", su palabra hierve dentro de mí como fuego abrasador».

Si la historia de la humanidad es la historia de Dios entre los hombres, el forcejeo del cielo con la tierra, de Yahvé con Jacob, indiscutiblemente, Jeremías dibuja su colosal figura en las cumbres más altas. Los judíos del tiempo de Jesús dirán del Maestro: «Es Jeremías, que ha resucitado».

Hijo de Helcías sacerdote, ya desde niño le sedujo Yahvé. Las auras de Jerusalén conservaban aún su perfume de incienso al llegar a Anatot, la ciudad del profeta, a una hora de Sión, y, mientras él crecía, el Señor iba realizando uno de los significados del nombre Jeremías: «Yahvé eleva», o «elevación de Yahvé». Le seducía entonces por sí mismo: por su infinita majestad, por la belleza de su Ley. «Teth. Bueno es el Señor para los que esperan de Él, para el alma que le busca», recordará en medio del llanto, en una de sus lamentaciones. Pero es que pronto le sedujo también para aceptar sobre sus hombros la misión de profeta. Como hiciera Moisés, él protesta muy bien «que no es experto en el hablar, que es todavía un niño». Pero Yahvé tiene palabras convincentes: «Antes que te formara yo en las entrañas maternas te conocí..., te consagré y te designé para profeta de naciones». Tiende la mano, toca su boca y le da poder de hierro y bronce sobre pueblos y reinos, «para arrancar, arruinar y asolar; para levantar, edificar y plantar».

Más de una vez los labios del profeta apaleado, encepado, medio muerto, recordaron a Dios con angustiosa queja y tremenda fuerza lírica mejor que la de Job, el contraste excesivo entre la dura realidad y tan bellas palabras: «¡Maldito sea el día en que nací! ¿Por qué no me mató Yahvé en el seno de mi madre y hubiera sido mi madre mi sepulcro, y yo preñez eterna en sus entrañas?».

Cuesta al hombre de hoy, con veinte siglos de Revelación, sopesar bien la santidad allá en el siglo séptimo antes que el Verbo se humanara. No es lo mismo adorar y acatar al Señor dentro de un marco de siete sacramentos, de comunión frecuente, inmolación incruenta, vida interior, magisterio ordinario e infalible y serenidad de culto, que ante balsas de sangre de reses desolladas en honor del Dios de los ejércitos, blasfemos apedreados, pitonisas, colegios de «hijos de profetas» y *nabís,* profesionales de lo religioso, que se aprestaban a la «inspira-

ción» al compás de tambores, flautas y arpas, gesticulando y bailoteando como fuera de sí, y sobreexcitando a los demás con oscuras palabras y frenéticos hurras, como vemos aún hoy entre ciertos derviches. Y ello en medio de cultos idolátricos de los pueblos vecinos y de los mismos yaveístas.

A pesar de sus fuertes protestas momentáneas, Jeremías acepta con la mayor fidelidad, materialmente incluso, el yugo del Señor, del que se considera un simple pobre. «Pobre de Yahvé». No un romántico de la pobreza como tal, sino un siervo de Dios, un sometido a la divinidad con rendimiento pleno y absoluta confianza. La novedad impresionante de este profeta, de familia más bien acomodada, es el amor y el deseo de un Israel cualitativo —«el Israel de Dios»—: la nación en que Yahvé tendrá su ley escrita no en piedra solamente, sino en los corazones. Por algo Jeremías, que, como Amós, Oseas y Ezequiel, no hizo probablemente ni un milagro, es tenido por muchos Santos Padres, principalmente San Jerónimo, por una esplendorosa figura de Jesús. Jesús nace en Belén, y es cerca de Belén donde comienza Jeremías su misión de profeta. Como Jesús, ha de luchar contra los sacerdotes que contradicen su predicación y quieren suprimirle, en un procedimiento tumultuario, al imputarle por sus profecías la intención de destruir el Templo. Como al Mesías, se le lleva a un tribunal civil para acusarle de subversión política, sin aludir al tema religioso, y él se comporta allí serena y dignamente. Nadie como él ha dibujado al futuro hijo pródigo, cuando invita a Efraím, el hijo amado y desviado, a que se plante piedras miliarias y se coloque hitos y considere las calzadas y los caminos de la perdición, para la hora del retorno. «Vuélvete, ¡oh virgen de Israel!, regresa a estas tus ciudades. ¿Hasta cuándo has de permanecer lejos, oh hija renegada?». Su vida íntima es también una pálida sombra de la del Redentor: célibe hasta la muerte, sabe de horas de oración y soledad como en Getsemaní; se le derrumba el alma previendo la ruina de la querida ciudad santa y vuelca el corazón intercediendo por sus enemigos.

Dura misión la de un profeta: ser la boca de Yahvé en un pueblo vuelto casi siempre de espaldas a la Ley, gritar contra los cultos idolátricos y las infiltraciones de prácticas paganas, llenar

de espíritu los ritos, desenmascarar vicios, venalidades, opresiones, a la par que instruir sobre la verdadera naturaleza del Altísimo y sus misteriosos atributos, y, sobre todo, preparar las pupilas oscuras para la luz creadora de los tiempos mesiánicos renovadores de la faz del mundo. Sin innovar ni revolucionar, restaurar, restablecer y tutelar los permanentes intereses de Yahvé en la religión, en la moral, e incluso en la política de un pueblo teocrático... La misión del profeta de los trenos fue dura entre las duras. Él no sólo anunció, sino que presenció las tremendas ruinas de Sión, así como las tres deportaciones de su pueblo. Corrió a sus pies, a ríos, la sangre de los suyos, y sobre las murallas a punto de ceder, el hambre de las madres se sació cerca de él en la carne caliente de los hijos. En su ciudad natal le quisieron matar. El rey Joaquín hizo quemar los rollos de sus terribles vaticinios. Fue encerrado en cisterna para hacerle morir. Ninguno de los reyes que él viera entronizar atendió sus consejos. En el pleito político de asirios derrotados, egipcios aliados y medos vencedores, él predicaba lealtad a la dominadora Babilonia, y no alianzas con los faraones ni con los restos de la vieja Asur. Y nadie le escuchaba. Sin embargo, cuando el representante del rey Nabucodonosor, sabiendo su fidelidad, le ofreció un puesto honroso en Babilonia, él prefirió quedarse a llorar la ignominia junto a las ruinas de Sión, con los pobres desechos de su pueblo. La paz no era su sino. ¿Cómo, si no, habría tenido el mundo, en el tesoro inmenso de las *Lamentaciones,* el cálido torrente de palabras y lágrimas que inundará y traducirá magistralmente hasta el fin de los siglos el humano dolor?

También ante la esfinge precursor de Jesús, si su primera intervención profética tuvo lugar junto a Belén, fue su última en Egipto. Luego ya un gran silencio ahoga la voz de hierro y bronce del más potente oráculo de Yahvé, que Tertuliano y San Jerónimo, siguiendo una leyenda que recoge igualmente el Calendario Romano, dicen muerto a pedradas en los muros de Tafnis. Isaías, el primero de los cuatro profetas llamados mayores por el volumen de su obra, acabó su ministerio hacia el año 702. Probablemente Jeremías comenzó el suyo hacia el 614, y durante cuarenta años —los veintitrés primeros de palabra tan sólo, y después, inaugurando esta modalidad, por escrito tam-

bién— fue en medio de Judá «como una flecha de excepción», fúlgida y recta, en el carcaj de Yahvé. También comienza en él lo que podríamos llamar «literatura de las confesiones» al describir el dramatismo de la íntima lucha del profeta con Dios.

Después de haber vivido, agonizando, en una de las épocas más importantes y convulsas de la historia de Oriente y la más dolorosa de Judá, Yahvé *sedujo* a Jeremías con la corona del descanso eterno. Sólo entonces el pueblo amó de veras a su gran profeta. Él había cantado, con la garganta rota de dolor, el paso hacia el exilio, a nueve kilómetros de Sión, de los judíos aherrojados: «Se oye una voz en Rama... Mucho gemido y mucho llanto. Raquel llora a sus hijos y no se quiere consolar, porque no están». Judá lloró al profeta de sus llantos; pero el coloso tampoco estaba ya.

MIGUEL MELENDRES

Bibliografía

AUGÉ, D. R., «Jeremías», en *Biblia de Montserrat,* vol.14 (1951).
GELIN, A., *Jeremie. Les Lamentations. Le livre de Baruch* (La sainte Bible, Paris 1951)
JEAN, C., *Jérémie. Sa politique, sa théologie* (París 1913)
RICCIOTTI, J., *Il livro di Geremia* (Turín 1923)
SCHUSTER, I. et al., *Historia bíblica,* I (Barcelona 1945).
Veanse otros *Comentarios del Antiguo Testamento* o *Historias bíblicas*

VARONES APOSTÓLICOS
(SAN TORCUATO Y LOS OBISPOS TESIFONTE, SEGUNDO, INDALECIO, CECILIO, HESIQUIO Y EUFRASIO)
(s. I)

La Iglesia española celebra el día de hoy la conmemoración de los llamados *Varones Apostólicos,* que son aquellos siete discípulos de los apóstoles San Pedro y San Pablo que, conforme a una tradición antigua española, fueron enviados a España por sus maestros Pedro y Pablo para que predicaran el Evangelio en la Península. La tradición nos ha transmitido sus nombres de Torcuato, Segundo, Indalecio, Tesifonte, Eufrasio, Cecilio y Hesiquio.

Junto, pues, con la otra tradición sobre la predicación de Santiago, y con el hecho históricamente bien probado de la estancia de San Pablo en España, la actividad apostólica de los Varones Apostólicos constituye la base del origen apostólico de la Iglesia española. Por eso ha sido, ya desde antiguo, tan grande la devoción que España ha profesado a los Varones Apostólicos, y particularmente las poblaciones que, conforme a la misma tradición, habían evangelizado cada uno de ellos, se han distinguido de un modo especial en esta veneración. Así sucede, por ejemplo, en *Acci,* hoy Guadix, donde se supone predicó Torcuato; en *Ilíberis,* o Elvira, evangelizada por Cecilio, y sobre todo en *Abula,* que algunos identificaron con Ávila, donde tanto se venera a San Segundo.

No es éste el lugar para discutir, en primer término, la verdad de la misma tradición sobre la venida a España de los Varones Apostólicos. Baste decir que los historiadores modernos extranjeros, los padres Férotin y Savio, la califican de tradición antigua y sólida. En segundo lugar, pasamos por alto la discusión sobre cuáles son las poblaciones modernas que corresponden a las antiguas, donde refiere la tradición que predicaron dichos Varones Apostólicos. Concretamente, a qué población se refieren *Urci,* donde debió predicar Indalecio; *Vergi,* sede tradicional de Tesifonte; Carcesa, cristianizada por Hesiquio. Entre todas ellas, como se sabe, la más discutida es *Abula,* donde predicó Segundo.

Aquí conviene notar, ante todo, los datos que nos comunica la misma tradición, pues, aunque no presenten sólidas garantías de seguridad histórica, indican, ciertamente, la estima que se ha hecho siempre en España del origen apostólico de sus iglesias. Tal vez ésta es, en el fondo, la razón última de por qué es tan profunda en los españoles la adhesión a la cátedra de Roma y el afecto personal hacia el Romano Pontífice. De hecho, desde tiempo inmemorial, España ha proclamado y defendido con el mayor empeño el origen apostólico de su fe católica, lo cual debe ser para los españoles de nuestros días un argumento poderoso para no desmerecer en lo más mínimo de la tradicional adhesión de España a la Iglesia católica romana y al Romano Pontífice.

Así, pues, conforme a esta tradición, los Príncipes de los Apóstoles, Pedro y Pablo, escogieron a siete entre sus discípulos, bien probados en la fe, cuyos nombres hemos indicado, los consagraron obispos y los enviaron a España con la misión de evangelizar la importante provincia romana llamada en aquel tiempo Hispania. Dirigiéronse, pues, ellos a la Bética, que era una de las regiones más romanizadas, y, habiendo llegado a la importante ciudad de *Acci* (hoy Guadix), se detuvieron antes de entrar en ella. Encontrábase ésta a la sazón en plenos festejos, dedicados a Júpiter y Mercurio, por lo cual, al enterarse de las intenciones de los huéspedes, salieron algunos gentiles en ademán amenazador.

Ante esta actitud de los naturales los Varones Apostólicos retrocedieron y atravesaron el río. Los perseguidores pretendieron darles alcance; mas, al intentar atravesar el río, se hundió el puente y todos ellos perecieron. Ante la noticia de lo ocurrido los habitantes de *Acci* se llenaron de estupor, por lo cual salió en nombre de todos la matrona Luparia, la cual se puso en contacto con los misioneros, construyóse una iglesia y la población abrazó el cristianismo.

Iniciada de esta manera su actividad apostólica, aquellos misioneros, conforme a la misma tradición, se repartieron por diversas poblaciones, siendo de este modo la base de la mayor parte de las iglesias españolas. No se olvide que, conforme a la tradición de la predicación de Santiago en la Península, éste estuvo muy poco tiempo en España y obtuvo pocas conversiones, y la estancia cierta de San Pablo tuvo una actividad muy reducida. Así, pues, según las tradiciones primitivas, los que en realidad evangelizaron a la Hispania y los verdaderos padres del cristianismo español fueron los Varones Apostólicos.

De esta tradición hablan, en primer lugar, los *Calendarios mozárabes,* cuya reciente publicación por los padres Férotin y Savio proyecta abundante luz sobre la Iglesia primitiva de la Península Ibérica. Ahora bien, sabemos que las noticias incluidas en esta clase de calendarios se fueron introduciendo poco a poco. Por otra parte, según se ha probado, su primera redacción data del siglo V. ¿Cuándo, pues, fue introducida esta noticia en dichos calendarios? ¿Pertenece al núcleo primitivo? La unanimidad de

los siete calendarios nos permite concluir que la noticia data del siglo V o del VI.

Especial importancia en este punto adquiere la literatura hagiográfica del tiempo. También en ella se habla de los Siete Varones Apostólicos, como puede comprobarse en el *Martirologio histórico,* de Lyón; en diversas vidas compendiadas, a manera de *Flos Sanctorum,* y en la misa, el oficio divino y un himno de la liturgia mozárabe.

Sobre la suerte final de los Siete Varones Apostólicos la misma tradición es muy escasa de noticias. Es muy común la creencia de que todos ellos murieron mártires. Así lo expresan algunos Calendarios. En cambio, la literatura mozárabe los llama simplemente *Doctores de la fe.*

La principal lección que debemos aprender de la festividad de los Varones Apostólicos es la estima extraordinaria que el pueblo español ha hecho siempre del origen apostólico de su fe católica. La tradición referente a los mismos queda consignada por escrito ya desde el siglo V o VI, y, ciertamente, desde entonces esta convicción llega a constituir una de las bases fundamentales en el ulterior desarrollo del cristianismo en España. Hubo posteriormente una corriente dentro de la Península que ponderaba en exceso la idea de que se tardó bastante en introducir plenamente el cristianismo en España. Así parece expresarlo, en el siglo VII, San Valerio, monje del Bierzo y padre de monjes, quien en una exhortación a los fieles les llega a decir que solamente a fines del siglo IV comenzó a resplandecer el cristianismo en España.

Frente a esa idea, repetida en algún otro documento y excesivamente ponderada por algunos escritores de nuestros días, diremos que, a mediados del siglo III, la Iglesia española da muestras de intensa vitalidad, y, según los testimonios de San Ireneo y de Tertuliano, ya a fines del siglo II el cristianismo estaba plenamente arraigado en España. Podemos, pues, con buen fundamento suponer que esto se debía al hecho de la estancia de San Pablo en la Península, quien había dejado, como en tantas otras ciudades, una Iglesia bien fundada, y tal vez también a la obra evangelizadora de los *Siete Varones Apostólicos.*

BERNARDINO LLORCA, SI

Bibliografía

Bibliotheca sanctorum, t.XII, cols.944-962.
GARCIA VILLADA, Z., *Historia eclesiástica de España,* I (Madrid 1929) 147s.
Martyrologium romanum, o.c , 189-190.
SAVIO, F., SI, *La realtà del viaggio di S. Paolo nella Spagna* (Roma 1914) 28s
VIVES, J., «Santoral visigodo en calendarios e inscripciones»: *Analecta Sacra Tarraconensia* 14 (1941) 31-58.
— ID , «Las Actas de los Varones Apostólicos», en *Miscellanea liturgica in honorem L. Cunibert Mohlberg,* I (Roma 1948) 33-45.
• Actualización:
DIAZ Y DIAZ, M. C., «En torno a los orígenes del cristianismo hispánico», en *Las raíces cristianas de España* (Madrid 1967) 423-443
SOTOMAYOR, M., «La Iglesia en la España romana», en R. GARCIA VILLOSLADA (ed.), *Historia de la Iglesia en España,* I (Madrid 1980) 149-150; 156-159.
VLGA, A. C , «La venida de San Pablo a España y los Varones Apostólicos»: *Boletín de la Real Academia de la Historia* (1964) n.154.
VIVES, J., «Tradición y legenda en la hagiografía hispánica»· *Hispania Sacra* 18 (1965) 495-508.
— ID , «Varones Apostólicos», en Q ALDEA VAQUERO - T. MARIN MARTINEZ - J. VIVES GALLTI (dirs.), *Diccionario de historia eclesiástica de España,* IV (Madrid 1972) 2715.

SAN RICARDO (HERMINIO FELIPE) PAMPURI

Religioso († 1930)

Estaba destinado a morir joven, con sólo 33 años, pero moriría siendo médico, religioso... y santo. Y fue las tres cosas con gran seriedad, llegando a la tercera a través del ejercicio consciente y responsable de las dos primeras. Como médico atendía y amaba a los enfermos; como religioso, se entregaba a ellos desde la perspectiva de Dios, y como santo tuvo precisamente al enfermo como camino suyo hacia Dios.

Su país fue la bella Italia. Nació el 2 de agosto de 1897 en Trivolzio, provincia de Pavía. Sus padres fueron Inocencio Pampuri y Ángela Campari, que ya tenían diez hijos cuando les nació este undécimo fruto de su fecunda unión. El día 3 de agosto, al siguiente de su nacimiento, es bautizado en la parroquia de los Santos Mártires Cornelio y Cipriano, imponiéndosele el nombre de Herminio Felipe, que se cambiaría por el de Ricardo cuando ingresara en la Orden Hospitalaria. En su familia, anteriormente más acomodada que cuando vino al mundo Herminio, la madre, Ángela, miraba con mucha caridad a las personas más pobres y las socorría. Pero Herminio no tendría opor-

tunidad de gozar las dulzuras del trato materno. Su madre contrae la tuberculosis y hubo de dejar huérfana todavía muy joven a su numerosa prole. Herminio, al morir su madre (25 de marzo de 1900), tenía solamente tres años. Entonces se decide que viva con sus tíos Carlo Campari, médico, y su hermana María Campari en el pueblo de Torrino. Estos tíos no tenían hijos y volcaron toda su atención en la crianza y educación de Herminio. La madre moribunda le encomendó el pequeño a esta hermana, rogándole que le tuviese como un hijo. Y en efecto, en aquel hogar fue tratado como hijo. En este hogar halló también el afecto de una persona que pondrá ojos tiernos en el niño huérfano y le querrá mucho: se trataba de Carolina Bersan, la doméstica de la casa, que llamará al niño con el afectuoso nombre familiar de Nan. Al niño se le cría, pues, en un clima de afecto y cariño, en el ambiente popular de granjas, campos, animales, árboles, sembrados... Y podrá divertirse yendo en la calesa con su tío médico cuando éste va a visitar por los campos a los enfermos. Le llegó la hora de ir a la escuela y resultó que Torrino no tenía suficientes habitantes como para tener escuela propia, y por ello sus niños tenían que ir a la de Trovo, a veces a pie, a veces en carro. Terminada la primera enseñanza, pasa a Casorate Primo, donde hay una escuela elemental superior. Allí come al mediodía en casa de un conocido y vuelve por las tardes a casa en carro o a pie. Herminio es un niño de buena índole, tranquilo, amable, que sabe hacer amistades y ser fiel a ellas. Carolina, además, se ha cuidado de infundirle sentimientos religiosos y el niño ha correspondido al interés de la buena criada. El día 10 de julio de 1904 recibe de manos del obispo de Pavía el sacramento de la confirmación, y al confirmarlo le da el nombre de Emilio, que era el que, suavizando Herminio, se le daba en la familia. Su padrino es su tío Carlo. Seguidamente comienza la preparación a la primera comunión, en la que tiene como catequista a Beatriz Taglacarne, y la recibe en la cuaresma. Parece que coincide con esta primera recepción del sacramento eucarístico la primera llamada que sintió el muchachito a la vida religiosa. Empezó a pensar en las misiones. En 1907 en Milán, atropellado por un tranvía, morirá su padre. Cumple diez años y su tío piensa que hay que prepararlo para que pueda hacer una carrera. Se traslada a Milán, al cuidado de sus hermanos

Fernando y María, y se inscribe en el Regio Liceo Gimnasio A. Manzoni. Pero el tío no estaba contento de cómo funcionaba esta estancia en Milán porque el jovencito pasaba muchas horas del día solo, y entonces decide que entre en el internado del Colegio de San Agustín, dando las clases en otro liceo, el Ugo Foscolo. En las vacaciones regresa a Torrino. Herminio se porta bien en el colegio, estudia, aprovecha, hace nuevas amistades y se cría psicológicamente sano y equilibrado, bien que físicamente no daba la impresión de ser muy fuerte. Tomó un director espiritual, el P. Roberto Cerri, que lo guió con tino por los vericuetos de la adolescencia y la juventud. Comenzo a comulgar diariamente y a llevar una vida de gran piedad. En 1913 logró el graduado escolar y pudo dar comienzo al bachillerato. Concluidos estos estudios, pasará a la Universidad de Pavía para estudiar medicina.

Trasladado a esta ciudad, se hospedó en casa de una señora, madre de monseñor Rossi, y en ella permanecerá años. En el ambiente de la Universidad no se deja arrastrar por tantas ideas antirreligiosas como circulaban. Se mantiene en la fe, y cuando en una algarada estudiantil hay dos muertos en plena calle y nadie se atrevía a acercarse a ellos porque seguían cruzándose balas, Herminio se arriesgó a llegar hasta ellos y al comprobar que estaban muertos, trazó con respeto la señal de la cruz sobre la frente de los difuntos y se puso a rezar por ellos. Su buena conducta, su aplicacion, su ingenio vivo, su tenaz voluntad no dejaron de ser percibidos por los profesores, que lo recordarán como un joven responsable y afable, al tiempo que cumplidor de sus deberes y buen compañero. Como tal estudiante de medicina deberá frecuentar el hospital y allí se topará con las personas que sufren, viendo en ellas no solamente el objeto de su futura profesión médica sino seres humanos ante todo necesitados de consuelo. Se integra en el «Círculo de estudiantes católicos Severino Boecio» en defensa de la conciencia católica y como medio de apostolado.

Llega entonces la guerra, y se organiza el reclutamiento para el cuerpo de sanidad. Herminio es llamado a filas, pero un primer reconocimiento lo declara no apto; sin embargo una segunda visita militar lo declaró útil y lo alistó en 1917. Fue enviado a la zona de guerra como ayudante de sanidad y hubo de

estar por ello en varios hospitales de campaña. Dio aquí la talla como persona llena de conciencia y responsabilidad y como cristiano, volcándose en hacer todo el bien que pudo. Se escribe con su hermana María Longina, que está de misionera en Egipto, y manifiesta sus sentimientos ante los muchos heridos de la guerra, a la que llama «inundación de males». Cuando un día el frente se rompe y hay una huida en desbandada, salva en un carro, tirado por una vaca lechera que encuentra en el campo, una gran parte del material sanitario que hubiera quedado a merced del enemigo. Hubo de andar bajo lluvia durante veinticuatro horas pero en aquella retirada de Caporetto sabrá cumplir con su deber. Lo ascienden a sargento, pero su salud se resiente y enferma de pleuritis. En los primeros meses de 1918 es llamado del frente a Pavía para realizar el tercer curso de la Facultad de Medicina, alojándose en el Palacio Olevano que había sido militarizado. Terminado el curso regresa al frente de guerra como sargento de Sanidad, decidido más que nunca a llevar adelante una gran actividad apostólica. Prosigue como puede los estudios y logra licencias para ir a los exámenes. Terminada la guerra, no fue licenciado pero se le dieron permisos y en uno de ellos de seis meses hizo estudios de avance en su carrera. El 10 de marzo de 1921 ingresa en la Orden Tercera seglar de San Francisco. Por fin pudo terminar su carrera y, ya licenciado, comenzó a ejercerla, primero junto a su tío y luego sustituyendo a un médico rural por un período hasta que es nombrado para la consulta médica de Abbiategrasso. Era una zona extensa, poco poblada y con la población diseminada en granjas, caseríos y fincas, habiendo en su zona tres parroquias distintas Hace sus visitas en bicicleta o a caballo, yéndose a vivir con él para cuidarle su hermana Rita. Gana el concurso público y se hace médico oficial de la zona de Morimondo. Se inscribe en el Círculo de Acción Católica y vive con intensidad su fe en medio de su trabajo médico. Iba a misa todos los días y comulgaba. Atendía con mucha diligencia a los enfermos y daba dinero a los pobres para que compraran las medicinas. Llevaba una vida ordenada y morigerada, con largos espacios al día para los actos de religión. Conoce al P. Beretta S.I., fundador de la Villa Sacro Cuore, centro de ejercicios espirituales en Triuggio, Milán. Acude a los ejercicios Herminio y, convencido del bien que esta práctica re-

ligiosa hace, no solamente vuelve cada año a hacerlos, sino que logra llevar consigo grupos de hasta quince personas para practicarlos. Su crédito profesional y humano crecio entre los habitantes de su zona, que comenzaron a estimarlo de forma muy destacada, siendo Herminio apoyo y consuelo para todas las familias. Ponía gran interés en cada enfermo, estudiando su enfermedad con gran celo, y visitando dos o tres veces al día a un enfermo si lo entendía necesario u oportuno. Su gran desprendimiento y caridad lo hizo notable a los ojos de todos. Era notoria a todos su gran piedad, especialmente su devoción al Sagrario y a la Virgen María. Formo el Círculo de Acción Católica Pío X, y durante unos años fue él el presidente del Círculo. Creó una banda de música con veinticuatro jóvenes y él mismo pidió por las casas para costear los instrumentos. La banda se acreditó muy pronto y comenzaron a llamarla de otros pueblos. Llegado el fascismo al poder, el fascio local de Morimondo no veía con buenos ojos la existencia del Círculo Pío X que llevaba Pampuri, y no dejó de dar muestras de hostilidad. Pero Herminio no quiso ningún enfrentamiento y por ello sufría en silencio las hostilidades sin hacerse eco de ellas ante los muchachos. Era muy parco en la comida, y su hermana Rita se vio en la precisión de acudir al párroco, don Cesare Alesina, con quien Herminio se confesaba, para que le instase a cuidar de su salud. Herminio obedecía al sacerdote. Era muy paciente y comprensivo con la ignorancia, los errores o los fallos de las personas que trataban con él, y nunca se quejaba de nadie.

Esta vida de oración, trabajo y continuo servicio a los demás le llevó a madurar la idea de hacerse religioso. Primero pensó en las Misiones, como ya de niño le había venido a la mente. No dejó de tratar el tema con su hermana María Longina, misionera en Egipto, y él mismo cayó en la cuenta de que el trabajo misionero requería una salud más fuerte que la suya. Entonces se orienta hacia la Compañía de Jesús, y se decide por esta Orden tras hacer ejercicios espirituales en agosto de 1923, pero teme que su salud no se lo permita y así fue en efecto; intentará también en vano ingresar en la Orden Franciscana. El P. Beretta creyó haber encontrado la Orden religiosa que se adaptaría a la salud y las competencias del Dr. Pampuri: la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios. Un día 3 de junio, día de San Juan Grande,

de 1927, Herminio Pampuri tuvo la oportunidad de hablar con el Provincial de dicha Orden. Con gran lealtad él expuso que sufría aún las consecuencias de la pleuritis, pero al contarle la vida que llevaba y su atención a los enfermos, el P. Provincial le dijo que estaba dispuesto a admitirlo en la Orden para que hiciera el noviciado y se comprobara su vocación. Comprende Herminio que para su hermana Rita y para sus tíos va a ser doloroso, y en efecto intentaron disuadirle, pero entiende que Dios le llama y se dispone a seguir la llamada.

El 22 de aquel mismo mes de junio cortaría los lazos con el mundo e ingresaría como postulante en la Orden Hospitalaria, en Milán, siendo el día 21 de octubre del mismo año el comienzo de su noviciado en Brescia, recibiendo como nuevo nombre el de fray Ricardo. Estaba haciendo el noviciado cuando el 27 de febrero de 1928 fallecía la querida Carolina, que tanto afecto maternal había volcado sobre él. En el noviciado mostró sus buenas cualidades y sus ya maduras virtudes, y pudieron los superiores apreciar la gran voluntad con que se entregaba a todos los deberes de la vida religiosa, siendo muy exacto y cumplidor y estando siempre atento a obedecer con prontitud y nobleza. Por ello el 24 de octubre de 1928 fue admitido a la emisión de los cuatro votos de la Orden: pobreza, castidad, obediencia y hospitalidad. Era la profesión temporal.

Su primer destino fue en la propia Brescia, como director del gabinete odontológico de la Casa de Salud Santa Úrsula. Pese a su salud resentida, el hermano Pampuri desplegó todas sus capacidades y todo su celo religioso en la atención a los enfermos y en la vida de comunidad. Su oración se intensificó de manera evidente, siendo necesario a veces tener casi que sacudirlo para que volviera en sí de la intensa concentración espiritual que alcanzaba durante la oración. Su entrega no tiene límites. Y su humildad tampoco. No se las da de médico. Cuando hay que tomar una escoba y barrer, lo hace, queriendo ser solamente un hermano de la comunidad que cuando llega la hora actúa de médico en servicio de los enfermos pero que no quiere que su título de doctor le dé derechos especiales: él es un hermano de la comunidad. No todos le entienden pero él tenía muy claro que la vocación religiosa es una vocación de humilde

servicio. Su caridad amable, su manifiesta preferencia por los más pobres y humildes, el trato exquisito y lleno de finura con que acoge a cada enfermo y procura darle ánimos y buscar su curación iban dejando en todos una sensación especial.

A mitad del primer año de su profesión y cuando en el postulantado y el noviciado había estado bastante bien su salud, aunque no tanto como para que dejaran de plantearse los superiores si finalmente admitirlo o no a la profesión, empezó a debilitarse. Examinado por los médicos vieron que su antigua pleuritis degeneraba en tuberculosis pulmonar. La enfermedad siguió su curso y fue minando en breve tiempo el organismo de fray Ricardo. Hubo dudas acerca de la naturaleza verdadera de su mal, según carta de él mismo a su tío pocos días antes de su muerte, pero se trata quizás de que no le decían la verdad.

En el largo período de esta su última enfermedad los testigos son unánimes en afirmar que era admirable por la fuerza de su virtud, por su gran paciencia y serenidad y por su entrega completa a la voluntad de Dios. No tuvo una palabra impaciente ni salió de su boca lamentación alguna, sino que tenía la más clara y religiosa resignación a lo que Dios quisiera de él. Sencillo y modesto, no pedía atención especial a su persona y procuraba ser lo menos molesto a todos. Decidieron los superiores trasladarlo a Milán, a la Casa de Salud San José, donde el Dr. Remo Porta le hizo radiografías y encontró la tuberculosis en estado muy avanzado. Su tía María acudió a su lado a interesarse por su estado y a visitarlo asiduamente. Se permitió decirle que de haber estado con ella no se encontraría tan enfermo, pero él contestó que estaba feliz de haber hecho la voluntad de Dios. Y a un sobrino suyo, Alejandro Pampuri, que le preguntó si estaba preparado a morir le contestó que no tenía ningún reparo. Extremada la gravedad, se le dan los santos sacramentos que recibe con gran paz y alegría, y hace de la comunión diaria el centro de su vida de enfermo. La unción de los enfermos se la dio el P. Innocente Monculli, y tuvo la alegría de que lo visitara el querido P. Beretta. Tuvo igualmente el consuelo de que familiares, amigos y hermanos religiosos le acompañasen hasta el momento de su tránsito al Padre el 1 de mayo de 1930 a las 22'30 horas.

El día 4 de mayo el P. Beretta celebrará el funeral de *corpore insepulto,* y con la debida licencia de la Orden, el cadáver es trasladado seguidamente a Torrino, donde es visitado por mucha gente, y a continuación conducido a Trivolzio por un notable concurso de gente y enterrado en la tumba de la familia Campari. Antes de bajar a la tierra, diversas personas elogiaron sus virtudes.

Se hizo densa su fama de santidad, y la Orden hubo de pensar en abrir la correspondiente causa de beatificación y canonización. Se hicieron los procesos ordinarios en Milán entre 1949 y 1951; luego se hicieron los correspondientes a dos milagros atribuidos a su intercesión. Declaradas heroicas sus virtudes el 12 de junio de 1978, Pablo VI lo beatificó el 4 de octubre de 1981. La curación instantánea de la lesión ocular de Manuel Cifuentes en Alcadozo, Albacete, sirvió para promocionar, al ser aceptada como milagro, su canonización, que tuvo lugar en Roma el 1 de noviembre de 1989.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

CHIMINELLI, P., *Fra Ricardo Pampuri, giovane d'Azione Cattolica Medico. Religioso dei Fatebenefratelli* (Roma 1948).

LABORDE VALLVERDU, A., *Las palabras del silencio. Vida de San Ricardo Pampuri. Hermano de San Juan de Dios y Médico* (Madrid 1997).

RUSSOTTO, G., *Pensieri ascetici d'un medico* (Milán 1951).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN AMADOR DE AUXERRE

Obispo († 418)

Era natural de la propia ciudad de Auxerre de la que luego sería obispo, nació hacia el año 344 y aún niño su educación fue confiada al obispo Valeriano.

No se sentía exactamente inclinado al matrimonio pero accedió a la voluntad de sus padres y se desposó con la joven Marta, natural de Langres, persona noble y rica. Él le propuso vivir ambos esposos en castidad perfecta y ella estuvo de acuer-

do. Esto hizo posible que él entrara en las filas del clero y llegara a diácono. Su piedad y buenas obras lo acreditaron ante la comunidad cristiana que empezó a atribuirle milagros.

Muerto el obispo Eladio, sucesor de Valeriano, fue elegido por el clero y el pueblo obispo de la ciudad. Se dispuso a ser un buen obispo, y se trazó un doble objetivo: primero, acabar con los últimos restos del paganismo, evangelizando a quienes aún no habían aceptado la fe cristiana, y segundo, organizar mejor la comunidad cristiana y dotarla de un adecuado templo catedralicio. Logró ambos objetivos, y consiguió dedicar la iglesia catedral en honor de San Esteban Protomártir. Hizo un viaje a Antioquía de donde se trajo las reliquias de los santos Quirico y Julita.

Su episcopado duró treinta años y murió el 1 de mayo de 418, siendo sepultado al lado de su esposa. Su culto se extendió en los siglos siguientes fuera de su ciudad.

SAN SEGISMUNDO

Rey y mártir († 523)

Era hijo del rey Gundobaldo de Borgoña y nació en el último tercio del siglo V. Era todavía un joven cuando su padre le confió el gobierno de una zona del reino, que tenía como principal ciudad a Ginebra. En este período entra en contacto con San Avito de Vienne, que lo convierte al catolicismo muy a comienzos del siglo VI. No tuvo empacho o verguenza en mostrarse públicamente como católico.

En el 516, al morir su padre, es reconocido como rey, y se mostró decidido a acabar con el arrianismo en su reino, y buscando apoyo escribió al emperador Anastasio de Constantinopla. Y fue entonces cuando el rey cometió un hecho delictivo que echó tintes negros sobre su figura. De su primer matrimonio había tenido un hijo, Sigerico, el cual tenía difíciles relaciones con la segunda mujer de su padre. Ésta logró convencer a su esposo de que su hijo quería arrebatarle el trono y entonces Segismundo, lleno de cólera, mandó que su hijo fuera estrangulado en su propia presencia. Consumado el crimen, el rey se horroriza de lo que acaba de hacer y llora sobre el cadáver de su

hijo. Entonces decide el rey retirarse al monasterio de Agaune a hacer penitencia por su horrible pecado.

Teodorico el Grande, abuelo del joven asesinado, retiró horrorizado todo su apoyo al rey Segismundo, al tiempo que los francos vieron la oportunidad para acabar con aquel reino y le declararon la guerra. La suerte le fue desfavorable, y tanto él como su familia cayeron en manos de Clodomiro, el rey franco, que los llevó a Orleáns. Finalmente fue tirado a un pozo el 1 de mayo de 523. El pueblo lo tuvo enseguida por mártir y veneró su tumba, primero en Agaune y luego en Praga.

BEATA MAFALDA DE PORTUGAL

Virgen y monja cisterciense († 1257)

Nace en la corte portuguesa el año 1194, hija del rey Sancho I de Portugal y de su esposa doña Dulce, que a su vez era hija de Ramón Berenguer IV de Barcelona. Se cría junto a sus padres y el 29 de agosto del año 1215 es dada en matrimonio al rey Enrique I de Castilla, que era aún un niño, y por ello, aunque la joven se traslada a Castilla, el matrimonio no se consuma. Pero al año siguiente el papa Inocencio III declara que el matrimonio es nulo a causa del parentesco de los esposos. De todos modos el joven rey muere de un accidente el 6 de junio de 1217 y ello obliga a Mafalda a dejar Castilla y volver nuevamente a Portugal.

Decide ella entonces retirarse al monasterio de Arouca, donde vive una intensa vida de piedad. Ella deseaba introducir en el monasterio una mayor regularidad, y para ello llamó a los cistercienses y transformó el monasterio en casa de esta Orden. Y decide ella misma vestir el hábito cisterciense y hacer la profesión religiosa.

Mafalda dio un gran ejemplo de vida religiosa. Dormía en el suelo, ayunaba con gran frecuencia y todo en su persona era austeridad y pobreza. Aprovechó su alcurnia para fomentar la presencia de dominicos y franciscanos en Portugal. Edificaba a todos con su gran devoción a la Virgen María.

Viéndose cercana a la muerte, quiso morir sobre el suelo cubierto de ceniza, y así fue al encuentro del Señor el 1 de mayo

de 1257. Fue enterrada en Arouca y comenzó enseguida a ser venerada por el pueblo. Su culto fue confirmado el 14 de marzo de 1792.

BEATO VIVALDO DE SAN GEMINIANO

Ermitaño († 1320)

Se llamaba Vivaldo Stricchi y nació en la localidad italiana de San Geminiano hacia el año 1250. Se desconocen detalles de su infancia y juventud pero debió recibir una buena educación religiosa, ya que, siendo un muchacho, cuando supo la fama de santidad del párroco de Pichiena, el Beato Bartolo Buonpedoni, acudió a su lado y le pidió ser su compañero.

Admitido por el sacerdote, le siguió en adoptar el hábito de la Orden Tercera de San Francisco, y decidió permanecer junto al sacerdote cuando éste contrajo la lepra y hubo de poner fin a su atención pastoral a los fieles. No quiso abandonar al sacerdote y durante años lo atendió en su enfermedad, sin contagiarse de ella, y cerrándole piadosamente los ojos el 12 de diciembre de 1300.

Decide entonces hacer vida de ermitaño, dedicado a la divina contemplación, y para ello se retira al lugar solitario de Camporena, cerca de Montaione, y elige para morada suya un corpulento castaño, donde vive, y se alimenta solamente de raíces silvestres. En este género de vida persevera fielmente a lo largo de veinte años, hasta que el Señor lo llama el 1 de mayo de 1320. Lo encuentran unos cazadores y es llevado a enterrar a la iglesia parroquial, donde su tumba es enseguida objeto de culto popular, confirmado por el papa San Pío X el 13 de febrero de 1908.

SAN PEREGRINO LAZIOSI

Presbítero († 1345)

Nació en Forlí hacia el año 1265, hijo único de sus acomodados padres Berengario Laziosi y Flora degli Aspini.

Llegado a la juventud toma parte activa en la política local y se adhiere al partido de los gibelinos, enérgicamente opuesto al

papa Martín IV. Éste envió al general de los servitas, San Felipe Benicio, a la ciudad con ánimo de pacificarla y obtener la obediencia de la misma al papa, lo que no dejó de provocar un grave tumulto en el curso del cual el santo servita fue asaltado por jóvenes gibelinos. Peregrino se atrevió a dar una bofetada al sacerdote, el cual mansamente presentó la otra mejilla. Esta mansedumbre del enviado papal impactó fuertemente al joven Peregrino, que primeramente se arrepintió sinceramente de su acción sacrílega y a continuación empezó a plantearse la orientación definitiva de su vida. Pero tardó unos años en tomar la decisión.

Por fin se decidió por la vida religiosa y en 1292 pidió ingresar en la comunidad servita de Siena, donde fue aceptado y profesó los votos religiosos. Terminado el noviciado se preparó al sacerdocio. Dio enseguida un notable ejemplo de observancia de la vida religiosa, dedicado a la oración, la penitencia, las buenas obras y la asidua lectura de la palabra divina. Celebraba la misa con devoción edificante y acudían a él numerosos fieles a dirigirse espiritualmente, ministerio para el que estaba especialmente dotado. Se ocupaba con gran caridad de los pobres, para los que buscaba socorros y limosnas, siendo el recurso de los más necesitados.

En 1322 funda una nueva casa de su Orden en Forlí, ciudad en donde permanecerá el resto de su vida. Padecía de varices en una pierna, tanto que se pensó en amputarla pero él obtuvo del Señor una curación reputada en su tiempo como milagrosa.

Murió santamente el 1 de mayo de 1345, y ya en su entierro se le dieron muestras de un culto religioso sincero, comenzando enseguida, en torno a su tumba, la fama de milagros. El 11 de septiembre de 1702 fue confirmado el culto popular que se le daba, y siguiendo adelante la causa se obtuvo su solemne canonización el 27 de diciembre de 1726 por el papa Benedicto XIII.

SAN AGUSTÍN SCHOEFFLER

Presbítero y martir († 1851)

Era natural de Mittelbronn, en Lorena, donde nació el 22 de noviembre de 1822. En su adolescencia, opta por la vocación

eclesiástica e ingresa en el seminario de Pont-à-Mausson, dirigido por los dominicos. Por su influencia se hace terciario dominico. Pero en su interior sentía una voz poderosa que le llamaba a la evangelización de los infieles y decide por ello en 1846 ingresar en el seminario de Misiones Extranjeras de París. Aquí concluye los estudios y se ordena sacerdote el 29 de mayo de 1847. Seguidamente y con la esperanza del martirio se ofrece a las dificilísimas misiones del Tonkín.

Llegado a este país, tiene que dedicar los primeros meses al conocimiento del idioma, luego acompaña al Vicario Apostólico en una gira por los diferentes puestos misionales y finalmente se le asigna el de Bau-No en la provincia de Xu Doai. Su salud no era buena pero puso lo mejor de sí mismo en la tarea misionera, atendiendo a los fieles, y preparando para el bautismo 23 catecúmenos, a los que pudo administrar el sacramento con gran alegría de su corazón.

La persecución se hizo muy intensa en 1851, pero él no dejó de seguir ejerciendo su ministerio por los pueblos y aldeas de su distrito. En una de ellas estaba el 2 de marzo cuando fue delatada su presencia y arrestado. El día 23 de marzo compareció ante el tribunal, que le interrogó por las razones de su presencia en el país. El misionero confesó su fe cristiana y sus propósitos evangelizadores, y ello le valió la sentencia de muerte, que necesitaba ser confirmada por el rey.

Le esperaba una horrible prisión junto a presos comunes, en un calabozo hediondo, con la canga al cuello y grilletes en las manos y pies. Comprando a los carceleros, lograron los cristianos que pasara a una celda individual. Y lograron también que pudiera entrar un sacerdote en la prisión y administrarle el sacramento de la penitencia.

Llegada la confirmación de la sentencia el 11 de abril, se fijó el 1 de mayo para la ejecución. Cuando fue sacado para ir al sitio del martirio, llevaban delante de él un rótulo en el que se expresaba que era condenado a muerte por haberse introducido en el país y haber predicado una religión prohibida. El sacerdote llevaba en sus manos un crucifijo que besaba repetidamente. Al llegar al sitio señalado, hubo de dejar sus ropas y sobre ellas colocó el crucifijo. Se arrodilló y ofreció su cuello, que fue cor-

tado de tres golpes. Al día siguiente un cristiano logró llevarse el cadáver a su casa. Fue canonizado con los demás mártires del Vietnam el 19 de junio de 1988.

SAN JUAN LUIS BONNARD

Presbítero y mártir († 1852)

Nació el 1 de marzo de 1824 en un pueblo de la diócesis de Lyón, Saint Cristôt-en-Jarret. Adolescente ingresó en el seminario de Alix, del que pasó luego al de Lyón. Estaba de alumno en esta institución cuando decidió que su verdadera vocación eran las misiones, y por ello pasó al seminario de las Misiones Extranjeras de París en 1846. Aquí completó sus estudios y se ordenó sacerdote el 24 de diciembre de 1848.

En febrero del siguiente año es enviado al Tonquín, al vicariato occidental, entonces confiado a mons. Retord. Éste lo envió a los puestos misioneros de Ke-Bang y Ke-Trinh. Mostró un enorme celo apostólico en la promoción de las comunidades confiadas a su cuidado y en la extensión del evangelio, pero sería poco el tiempo en que podría trabajar en la viña del Señor, a la que habría de regar con su sangre.

Marchó a comienzos de marzo de 1852 a la población de Boi-Xuyen, donde había una comunidad cristiana en aumento. Y estaba el día 21 bautizando a unos niños cuando se anunció la llegada del mandarín con unos soldados. Auxiliado por los cristianos, intentó la huida, pero fue capturado.

Llevado a la cárcel de Nam-Dinh, fue sometido a juicio, en el curso del cual quedó claro cuál era el fin de su presencia en Tonquín, y como estaba prohibido legalmente propagar el cristianismo, la condena no pudo ser otra que a muerte, pese a que el tribunal le mostró su simpatía y consideración. La sentencia tenía que ser confirmada por el rey. Llegó la confirmación real el 30 de abril y se dispuso que al día siguiente fuera la ejecución, que efectivamente tuvo lugar por decapitación, siendo su cuerpo y cabeza arrojados al río, pero luego rescatados y llevados al seminario de Ken-Vinh. Fue canonizado con los otros mártires vietnamitas el 19 de junio de 1988.

BEATO CLEMENTE SEPTYCKYJ

Presbítero y mártir († 1951)

Nació en Prylbychi, perteneciente entonces a Polonia y hoy a Ucrania, el 17 de noviembre de 1869.

En su vida hay dos etapas, una como seglar y otra como monje. Luego de haber estudiado en la Universidad Jagellónica de Cracovia y, posteriormente, en la de Múnich, entró en la vida política y fue embajador en el Parlamento de Viena y luego diputado en el Consejo de Estado.

Pero en 1911, a los 42 años, decidió dejar el mundo y hacerse monje. Pidió y obtuvo ingreso en el Monasterio de San Teodoro Estudita donde profesó la vida religiosa, prosiguiendo los estudios eclesiásticos hasta su ordenación sacerdotal en Kryzhevtsi, Croacia, el 28 de agosto de 1915. Fue un religioso fiel y cumplidor, que tuvo el aprecio de sus superiores y sus hermanos. En 1926 le confiaron el monasterio de Univ para que lo dirigiera como superior, acreditando sus dotes de mando y prudencia. En 1944, en plena guerra mundial, es elegido como archimandrita de los monjes de la Regla Estudita. Él procuró en todo el bien de su Orden y afrontó con fortaleza las difíciles circunstancias que se crearon para la Iglesia tras la subida de los comunistas al poder al término de la guerra mundial.

No dejó de darse cuenta que su fidelidad a Roma era mal vista por dichas autoridades que perseguían a los católicos de los ritos orientales. Pero él no cejó en su comunión con el Papa. El 5 de junio de 1947 fue arrestado y acusado de actividades antisoviéticas y colaboracionistas con el Vaticano, poder extranjero. La sentencia que recayó sobre él no tenía en cuenta su edad, y por ello, pese a sus 77 años, hubo de empezar a cumplir la condena a ocho años de cárcel.

Llevado a la cárcel de Vladimir, Rusia, no soportó más que la mitad de la condena, pues el 1 de mayo de 1951 fallecía en la prisión. Ha sido beatificado como mártir el 27 de junio de 2001.

2 de mayo

A) Martirologio

1. La memoria de San Atanasio († 373), obispo de Alejandría y doctor de la Iglesia, que padeció mucho en defensa de la fe ortodoxa contra los arrianos **.
2. En Atalía de Panfilia, los santos Hesperio y Zoe, esposos, y sus hijos Ciriaco y Teódulo (s. II), mártires.
3. En Sevilla, San Félix (s. IV), diácono y mártir.
4. La conmemoración de los santos Vindemial, obispo de Capsa, y Longinos, obispo de Pamario († 486), en Mauritania, que fueron martirizados por orden del rey vándalo Hunerico.
5. En St. Gall (Suiza), Santa Wiborada († 926), virgen y mártir.
6. En Linköping (Suecia), Beato Nicolás Hermansson († 1391), obispo *.
7. En Florencia (Toscana), San Antonino († 1459), obispo, de la Orden de Predicadores **.
8. En Clonmel (Irlanda), Beato Guillermo Tirry († 1654), presbítero y religioso agustino, mártir *.
9. En Vinh-Long (Cochinchina), San José Nguyen Van Luu († 1854), presbítero y mártir *.
10. En Aranjuez, Beato José María Rubio Peralta († 1929), presbítero, de la Compañía de Jesús **.
11. En el campo de concentración de Auschwitz (Polonia), Beato Boleslao Strzelecki († 1941), presbítero y mártir *.

B) Biografías extensas

SAN ATANASIO

Obispo y doctor de la Iglesia († 373)

Los santos vienen a perpetuar y a reproducir, hasta cierto punto, la santidad de Cristo, que se actualiza en un espacio y tiempo determinados. Algunos de ellos, los patriarcas fundadores de los grandes institutos religiosos, abren un camino, una modalidad ascética o fórmula accidental nueva para que los diversos temperamentos humanos tengan dónde localizar libremente su vocación al servicio divino. Aunque la santidad tenga siempre una proyección histórica y un gran peso social, hay también santos a los que Dios asigna una misión histórica ante

una gran necesidad social o ante una crisis singularmente difícil. Tal es, sin duda, el caso de Atanasio de Alejandría: prototipo de la fortaleza cristiana, su vida sintetiza la lucha heroica mantenida por la ortodoxia frente a la vigorosa reacción doctrinal del paganismo antiguo asumida por la herejía de Arrio; fortaleza inflexible y dinámica ante el error, suscitada por el Señor para librar a su Iglesia de un trance peligroso. Durante los sesenta años que median desde la paz de Constantino hasta que Teodosio establece el cristianismo católico como religión del Imperio, el atleta alejandrino es el más visible protagonista de la historia de la Iglesia.

El *Edicto de Milán* vino a reconocer que el cristianismo era la base ética y moral de un mundo nuevo que nacía en las entrañas mismas del Imperio romano, llenando el vacío moral de esta gran Institución, tan rica de cultura humana y de esplendor material, pero no liquidaba las doctrinas ni las costumbres paganas, que continuaban adheridas tanto al sentido de las multitudes como a la convicción de los filósofos y a las necesidades de la administración pública. Constantino, a pesar de su fe cristiana, mantiene el título de pontífice supremo y continúa siendo, como todos los emperadores, jefe de los colegios sacerdotales, a fin de salvar las apariencias y la realidad sociológica del sentimiento popular; los administradores de las provincias fiscalizan y dirigen el culto a los ídolos y a los dioses; el clima popular en la ciudad y en las aldeas es pagano y el sentimiento religioso polarizará durante dos tercios de siglo en las formas tradicionales de la idolatría: la adivinación, las artes mágicas y las más extrañas supersticiones.

El pensamiento tradicional de los filósofos romanos ante los valores sorprendentes del cristianismo, que seducía a las almas rectas, intentará una síntesis de todas las especulaciones religiosas, incluyendo el propio Evangelio, y reclamará un cristianismo menos acerado y más fácil; por otra parte, ante el prestigio social y el esplendoroso porvenir de la Iglesia, acuden a ella, con su peso muerto, multitud de personas que reciben el bautismo, ya por cálculo o con esperanzas de medro personal, ya arrastrados por la moda, que ha impuesto la nueva y maravillosa doctrina en los ambientes más sensibles y modernos.

Es lógico que este clima histórico reclamara la fórmula de un cristianismo rebajado que contemporizara con los principios y con las costumbres paganas del Imperio. Arrio fue el genial intérprete de este momento: vio el fondo de la cuestión y trató de reducir a Cristo, el Verbo del Padre, a la categoría del demiurgo o semidiós, criatura elevada y perfecta, pero simple criatura. Primero, el propio heresiarca, y después de su trágica muerte, sus secuaces, lucharon en perfecto concubinato, utilizando los más poderosos recursos: la filosofía griega con el prestigio de su claridad, de su belleza y de su amor a la vida; la inexperiencia o la astucia de los monarcas bizantinos, que pretendían, a base de protección, asumir la dirección de la Iglesia; el grave problema político de las relaciones entre Roma y Bizancio, entre Oriente y Occidente. En esta coyuntura, frente a Arrio, sus componendas doctrinales y sus obispos cortesanos se irguió Atanasio con su sincero realismo evangélico y su innumerable cortejo de monjes y anacoretas del desierto.

Al estallar el conflicto arriano, Atanasio era un joven diácono de veintitrés años, endeble, pequeño de talla y pálido rostro. Arrio tenía la madurez de sus sesenta años, de exterior imponente, de prócer estatura, gran dialéctico, maestro acreditado en explicar las Santas Escrituras. Nacido en Libia y adscrito al clero en Alejandría, había pretendido ocupar aquella gloriosa sede episcopal y llevaba la amargura de esta insatisfacción; era, según ocurre en tantas ocasiones, austero y soberbio, sabio, obstinado y dominador. Había sido nombrado párroco de una demarcación de la ciudad, la de Borcal.

Pretendía el sabio párroco y maestro de Escritura que el Verbo encarnado no era absolutamente igual al Padre, sino la primera y más maravillosa de las criaturas que salieron de la mente y del poder de Dios. Entre el Ser Supremo, sin principio, sólo eterno, sólo bueno, solitario en su eternidad, y la naturaleza creada, finita y manchada, está el Verbo encarnado, Hijo de Dios, pero, aunque creador del mundo, Hijo de Dios por adopción, pues difiere en absoluto de la sustancia del Padre. Establecidos tales principios, el misterio de la encarnación y el de la redención quedaban eliminados y alterada esencialmente toda la teología de la Trinidad y de Cristo, se abría otra vez el insonda-

ble abismo pagano entre el hombre débil y manchado y la divinidad inaccesible; suprimida la majestad divina de la víctima del calvario, los espíritus paganizantes y livianos ya no sentían la responsabilidad del pecado y el rigor de la justicia divina, pues según la nueva doctrina, Cristo nos redimía sólo con la influencia de su doctrina y de sus ejemplos.

A la familia y la infancia de Atanasio, la antiguedad, avara de noticias ciertas, la ha envuelto en bellas leyendas que, como ocurre casi siempre, son fieles intérpretes de la historia: sus padres fueron, sin duda, cristianos. Se cuenta que, siendo todavía niño, un día en que jugando remedaba las ceremonias del culto cristiano, instruyó y predicó al público infantil que jugaba con él y llevó tan adelante la imitación de los mayores y el realismo de su futura vocación que bautizó a varios niños paganos, siendo reconocida luego la validez de tal bautismo. El patriarca San Alejandro descubrió en el adolescente condiciones extraordinarias, le hizo clérigo, dirigió su formación intelectual y le ordenó de lector en su propia catedral, y más tarde le hizo su diácono y, en consecuencia, su secretario, según las costumbres de entonces: en calidad de tal ya fue el alma, en 320, del concilio provincial de Alejandría, en que los obispos de Egipto y Libia condenaron por primera vez a Arrio. Atanasio conoció bien el ambiente intelectual de Alejandría, frecuentó a los sabios maestros filósofos y teólogos de la famosa escuela donde acababa de apagarse la voz del gran Orígenes. El Señor, cuando asigna a sus santos una gran misión histórica, les prepara con el temperamento personal, con las condiciones oportunas y les sumerge en el ambiente apropiado para su mejor formación. La juventud de Atanasio primero, y luego toda su vida heroica de luchador contra el neopaganismo teológico y práctico de Arrio, se movió entre dos polos: el desierto egipcio, foco de santidad heroica y de ascetismo tradicional, y la escuela alejandrina, primer centro intelectual organizado por la Iglesia, centro de doctrina ortodoxa, pero cuna asimismo de varios desvaríos heréticos.

Es seguro que la amistad de Atanasio con el gran San Antonio nació de sus largas estancias en el desierto, donde el patriarca de los anacoretas le descubrió, sin duda, el gran riesgo de las tentaciones del mundo pagano y el peligro de admitir componendas

prácticas con las costumbres y las ideas paganas. Los desiertos de Egipto eran entonces el escenario de un fenómeno singular: las almas generosas formadas en el clima del martirio, al hacerse cómoda y fácil la práctica del cristianismo, se iban al desierto para sufrir el martirio de su renuncia y de sus mortificaciones, para vivir en la contemplación de Dios, unos ideales místicos basados, no en los ensueños idealistas de los filósofos, sino en la dura ascética de los consejos evangélicos: allí se fraguó el alma abrasada de Atanasio y allí se encendió el celo del buen pastor que da su vida para librar a su rebaño del asalto del lobo.

A los veinticinco años publica su *Discurso contra los gentiles:* en él se encuentra ya toda la lucidez, la agudeza y la profundidad de una mente superdotada, pero allí aparece también la combatividad ardiente de un hombre destinado por Dios a una lucha sin descanso. En este libro, el santo desenmascara el paganismo en sus manifestaciones más groseras, en su esfuerzo para humanizar a los dioses para así poder divinizar las propias pasiones y los desórdenes de la aristocracia pagana, que tenía su base social en la esclavitud. Demuestra que la adoración de Júpiter, Mercurio, Neptuno o Venus es la adoración de las fuerzas viejas, brutales, coactivas, de la naturaleza o el esfuerzo para aureolar de gloria el orgullo y la voluptuosidad humana. Pero donde dirige sus tiros el atleta es contra el neoplatonismo de las escuelas alejandrinas. La filosofía neoplatónica reconoce a un Dios supremo. Pero ¿qué representa un demiurgo o mediador entre Dios y el mundo? ¿Qué son estos platónicos poderes colocados por los filósofos entre la naturaleza y la divinidad sino formas de la idolatría, menos groseras que las de los griegos, pero tan corruptoras y no menos irracionales?

Instado por su diácono, el obispo Alejandro, después de exhortar a Arrio para disuadirle, reúne un concilio en Alejandría que excomulga al hereje y condena sus doctrinas. Herido en su orgullo, Arrio despliega una actividad enorme viajando y escribiendo: gana para su causa a muchos obispos de Palestina y Asia, entre ellos a Eusebio de Nicomedia, cuya influencia pesaba mucho en la corte imperial, y distribuye copiosa abundancia de folletos, cartas, memoriales y versos. Es entonces cuando el papa Silvestre y el emperador Constantino envían a Alejan-

dría al prestigioso obispo de Córdoba, Osio, para recoger una información adecuada; Osio se da cuenta de la gravedad del movimiento herético y él mismo, según parece, insinuó a Constantino la idea de reunir un concilio. Fue el de Nicea, el primero de los concilios ecuménicos y uno de los más importantes de la historia, en cuyas sesiones preparatorias el diácono Atanasio dio la medida de su sagacidad, de su elocuencia y sus dotes de polemista y de dialéctico; sus intervenciones tuvieron un peso considerable en las decisiones del concilio, que condenó a Arrio, quien tuvo que emprender el camino del destierro mientras sus cómplices y partidarios, que firmaron las conclusiones y el símbolo del Concilio ante las perspectivas de excomunión, esperaban la oportunidad para mixtificar o anular la doctrina de Nicea.

Poco después del concilio murió Alejandro, el santo obispo de Alejandría. Antes de morir había rogado a los obispos de su provincia eclesiástica que le dieran por sucesor a Atanasio, en efecto, fue designado el enérgico y piadoso diácono, que intentó huir impulsado por su humildad, para no ser obispo, pero el pueblo cristiano de Alejandría le forzó aclamando su elección· «Ése es un hombre seguro, he aquí un asceta, un verdadero obispo». Así Atanasio fue exaltado a la dignidad de patriarca de aquella gloriosa sede y primado de todo Egipto. Después de haber escrito su primera y emocionante carta pastoral con motivo de la Pascua de 328, quiso girar una visita a la porcion más escogida de su rebaño: los anacoretas penitentes y los monjes contemplativos del desierto de Egipto y Libia, cuando regresó, hondamente edificado y consolado por la santidad de aquellos solitarios, ya había estallado la tempestad en la capital de su patriarcado: el sector arriano había planteado la invalidez de su elección episcopal con el pretexto de haber sido realizada por la presión popular, por su parte, Eusebio de Nicomedia, el obispo palaciego, había arrancado de Constantino una carta imperativa ordenando a Atanasio que levantara la excomunión y recibiera a todos los arrianos que se le presentaran, amenazándole con el destierro.

Atanasio escribe, defendiéndose, un largo memorial que es atendido por el emperador, pero he aquí que el partido de

los herejes melecianos, movilizado por Eusebio, comienza una campaña de calumnias inverosímiles, pero siempre dramáticas y extrañas: que había obligado en beneficio propio a sus fieles a pagar un impuesto sobre el lino, que el delegado y amigo de Atanasio, Macario, al reprender a un sacerdote sacrílego, había derribado un altar, roto un cáliz y quemado los libros sagrados. Atanasio decide hacer un viaje a Constantinopla, donde habla con el emperador, que se convence de su inocencia, pero de vuelta a Alejandría ya le han preparado otra serie de extrañas y graves calumnias: que ha mandado asesinar al obispo de Hipra-le Arsenio, de cuya presunta muerte exhiben una mano cortada, pero he aquí que el obispo Arsenio, que había sido recluido en un monasterio, es descubierto por Atanasio y presentado a sus propios acusadores; insisten los difamadores escribiendo al emperador que Atanasio ha prohibido a los fieles la entrega de trigo que debía de ser enviado a Constantinopla y, por fin, dan dinero a una mujerzuela para que diga que el santo obispo la ha violentado. Inmediatamente, y antes de que se pudiera aclarar tal alud de calumnias, se reúne un concilio en Tiro, ciudad costera de Palestina, donde llevan la voz cantante los arrianos y semiarrianos. La asamblea depone a Atanasio y el emperador, impresionado, le destierra a Tréveris, en la Francia de entonces —año 336—, de donde volverá cuatro años más tarde cuando muere Constantino, pues su hijo y sucesor en Occidente, Constantino el joven, levanta el destierro a Atanasio. Pero los mismos enemigos de Atanasio, que se habían reunido en Tiro, se reúnen en Antioquía, revalidan la deposición del Santo y consagran a un tal Gregorio como obispo de Alejandría. Este seudopatriarca entra en la ciudad a mano armada rodeado con gran lujo de soldados, y Atanasio tiene que desterrarse por segunda vez, entonces, se dirige a Roma. El papa Julio I recibe con gran afecto al defensor de la fe de Nicea, que llega a la Ciudad Eterna en 342, fatigado, a los cuarenta y siete años de su edad, y cuando llevaba catorce al frente de la iglesia alejandrina. Reúne el Papa en Roma un concilio que aprueba tanto la doctrina como la vida de la lumbrera de Oriente. No pudo, sin embargo, Atanasio restituirse a su sede hasta que se convocó cinco años después otro concilio en Sárdica —347—. Allí se ordenó la restitución del patriarca a su ciudad; el emperador Constante

aprobó los acuerdos de Sárdica mientras la facción arriana, en el paroxismo de su furor, reunida tumultuosamente en Filípolis, excomulgaba a los obispos de Sárdica y al propio papa Julio I por haber comunicado con San Atanasio. Éste, sin embargo, durante una corta temporada, pudo estar al frente de su diócesis una vez expulsado el usurpador Gregorio. Pero he aquí que, a la muerte de Constante, los arrianos, que habían afianzado sus posiciones y aumentado en número, pudieron apoyarse en la influencia de la corte de Bizancio, pues el nuevo emperador Constancio no recataba su adhesión a la secta. Otros conciliábulos, los de Arlés, Aquileya y Milán, donde se condenan y, en consecuencia, son desterrados, los grandes defensores de la doctrina de Nicea: Osio, Eusebio de Vercelli, Lucífero de Callas, Dionisio de Milán y el propio papa Liberio. Es éste el momento del apogeo del arrianismo: el mundo, según observará San Jerónimo, parece gemir bajo su yugo. Atanasio tiene que huir, pues el emperador impone al hereje Jorge de Capadocia como obispo de Alejandría; el refugio para Atanasio esta vez será el desierto y la compañía de los religiosos que tanto le admiran y le veneran: en este lapso de tiempo escribe el Santo varias de sus obras más notables.

Al morir Constancio, sube al trono imperial Juliano el Apóstata, hombre de temperamento atormentado y complejo, que se asigna en vano la misión de restablecer el paganismo en la vida social y religiosa del Imperio. Para demostrar su indiferencia ante la lucha entre católicos y arrianos, llama de su destierro a todos los condenados por su antecesor. Vuelve a su sede Atanasio en febrero del 362 sin dificultad, pues el usurpador Jorge de Capadocia había muerto en un motín popular, y el pueblo recibe triunfalmente a su pastor legítimo. De todo el Egipto llegaron gentes a la capital: las calles por donde pasaba el ilustre perseguido, montado en un asno como el Señor en Jerusalén, eran rociadas con perfumes y toda la ciudad fue engalanada e iluminada por la noche.

De febrero a octubre, la actividad y el celo de Atanasio fueron asombrosos: sospechaba el Santo que todavía a sus sesenta y siete años le esperaba otro destierro: el más corto, pero el más terrible, porque lo que se intentaba era en esta ocasión quitarle la vida. A los dos meses de estar en su sede ya había reunido un

concilio en Alejandría: la torpe política de Juliano, que favorecía a los arrianos más exaltados y paganizantes, abrió los ojos a los semiarrianos, los cuales, aprovechando las decisiones del concilio, que facilitaba su retorno a la verdad, fueron admitidos a la comunión católica en gran número. La simpatía despertada por la virtud y la sabiduría de Atanasio suscitaba entre los gentiles copiosas conversiones, cuya noticia irritó profundamente a Juliano: «Proscribe al miserable Atanasio —escribió al prefecto de Egipto—, que, reinando yo, se ha atrevido a bautizar a mujeres griegas de rango distinguido». El edicto del quinto y último destierro se fijó en las calles de Alejandría el 23 de octubre del mismo año 362. Atanasio se dio cuenta que se cernía sobre la Iglesia una persecución sangrienta y que él podía ser la primera víctima. Decidió huir para el bien de su pueblo, escapó aquella misma noche remontando en una barca las aguas del Nilo vestido de pescador, antes de que fueran a prenderle, los esbirros le siguieron por el río y, al notar el Santo que le iban a dar alcance, dio un viraje a la barca; los perseguidores le preguntan si había visto a Atanasio, y él y sus acompañantes contestan: «Por ahí mismo ha pasado». Escondido en las afueras de la ciudad, decidió dirigirse otra vez al desierto. Los monjes a millares, con sus abades al frente, salieron a recibirle tremolando ramas de árboles y cantando himnos de gozo.

La muerte de Juliano devolvió a Alejandría su venerado obispo, pero el emperador Valente, influido por Eudoxio, patriarca intruso de Constantinopla, con el pretexto de velar por la paz pública, dio un decreto de destierro para todos los obispos depuestos por Constancio y restablecidos por Juliano. Atanasio estaba incluido en el número. Tuvo que esconderse todavía el campeón de la fe ortodoxa, pero el pueblo, soliviantado ante la injusticia, reclamó la presencia de su obispo: las fuerzas imperiales de seguridad tuvieron que retirarse ante el temor de una temible sedición popular. Atanasio, en este año de 365, el septuagésimo de su edad, tenía ya demasiada grandeza para ser perseguido o protegido por el Imperio. Gobernó tranquilo su iglesia durante ocho años más, los necesarios para vislumbrar la derrota casi definitiva de la herejía. Murió el 2 de mayo del 373. El *Martirologio romano,* con su sobria elegancia, anuncia la muerte

del confesor y doctor de la Iglesia, celebérrimo en santidad y doctrina, en cuya persecución se había conjurado todo el orbe. Él, sin embargo, defendió la fe católica desde el tiempo de Constantino hasta Valente contra emperadores, presidentes y un sinnúmero de obispos arrianos; acosado de los malos insidiosamente, anduvo prófugo por todo el orbe hasta no restarle en la tierra lugar seguro donde esconderse. Finalmente, vuelto a su iglesia después de tantos trabajos y tantas coronas de paciencia, muere en su lecho, a los cuarenta y seis años de sacerdocio, imperando Valentiniano (Valente). No es de extrañar que la historia le haya reservado el título de «Grande».

RAMON CUNILL

Bibliografía

Obras de San Atanasio Apología contra los arrianos, Apología al emperador Constancio, Apología sobre la huida, Cartas, etc PG vol 25 28
ALTANER, B , *Patrología* (Madrid [5]1962)
BARDENHEWER, O , *Geschichte der Altkirchlichen Literature* (Friburgo 1912-1935) 5 vols
BARDENHEWER, O , *Patrología* (Barcelona 1910)
BATTIFOL, P , *La paix constantinienne et le catholicisme* (Paris 1920)
CAVALLERA, F , *St Athanase* (Paris 1908)
CROSS, F L , *The study of St Athanasius* (Oxford 1945)
LI BAGHI LLT, X , «Athanase», en A BAUDRIILART R AUBERT (dirs), *Dictionnaire d'histoire et de geographie ecclesiastique* I *Aach-Albus* (Paris 1912)
TIXERONT, J , *Curso de patrología* (Barcelona 1927)
VOISIN, G , «La doctrine christologique de St Athanase» *Revue d'Histoire Ecclesiastique* 1 (1900) 226s
Veanse, ademas, *Historias de la literatura cristiana, Patrologias,* o *Historias generales de la Iglesia sobre el Concilio de Nicea, etc*
• Actualizacion
ANATOLIOS, K , *Athanasius* (Londres 1998)
KANNENGIESSER, CH , *Athanase d'Alexandrie, evêque et ecrivain* (Paris 1983)

SAN ANTONINO DE FLORENCIA

Obispo († 1459)

En un siglo que fulgurante, sobre todo en Florencia y en Italia, con los primeros destellos del humanismo y del Renacimiento, fulgores que encubrían con harta frecuencia degradación de costumbres, ansias de poder y sueños de grandeza, inmoralidad e injusticia; en la Iglesia del siglo XV que acababa de superar el escándalo de un cisma doloroso y que vio surgir otras

escisiones en su seno, surgió la figura de un gran religioso y obispo, reformador y pastor solícito, escritor fecundo para enderezar mentes y convertir corazones, un prelado insigne que en la Iglesia de Florencia y en la Iglesia universal trabajó con la entrega de su propia vida para mantener unido el cuerpo del Señor y alimentar las mentes y los corazones de los fieles que le habían sido encomendados con su predicación, sus escritos, su piedad y su caridad pastoral que, con la predicación evangélica, le hizo entregar su propia vida.

Grande de corazón y de inteligencia, bajito de estatura, fue bautizado como Antonio, pero sus contemporáneos lo llamaron cariñosamente Antonino. Había venido al mundo en Florencia en los comienzos de 1389, hijo de un notario, Niccoló Pierozzi, y de la segunda mujer de éste, Tommasa di Cenni di Nuccio. El padre notario inclinó a su hijo hacia la ciencia del derecho. A los quince años, el adolescente ya se había aprendido de memoria el *Decreto de Graciano.* Sin embargo, no cursó estudios sistemáticos, fue más bien autodidacta, algo que se nota en la redacción de sus numerosas obras.

El joven Antonino sintió la vocación religiosa frecuentando la iglesia de Santa María Novella de su ciudad natal. Vivía en el convento adjunto a esta iglesia un dominico, el beato Giovanni Dominici, hijo espiritual de Santa Catalina de Siena y uno de los adelantados en la reforma de la Orden. Antonino ligó desde el principio su vida religiosa a esta corriente dominicana que tendía a recuperar el fervor primitivo y a insistir en una mayor austeridad y perfección en la observancia claustral. Antonino inició su noviciado en la Orden de Santo Domingo en 1405 en el convento de Cortona, a la espera de que se inaugurara el primer convento de dominicos reformados en Fiésole. A este nuevo convento se agregó en 1406. Aquí siguió los estudios en vistas a la ordenación sacerdotal, que probablemente recibió en Cortona en 1413, tras haberse refugiado en Foligno un cierto tiempo para escapar de la jurisdicción de Alejandro V, el antipapa elegido en Pisa, pues él se mantenía en la obediencia al papa de Roma Gregorio XII. Superado el gran cisma, prestó obediencia a Martín V. En 1414 fue vicario del convento de Foligno, pero hacia fines de este año regresó a Cortona, donde fue viceprior y luego prior. Desde entonces fray Antonino ejercerá el cargo de

superior en los conventos donde resida, dedicado íntegramente a conducir y confirmar a los hermanos en la fidelidad a la vida según el modelo de estudio, contemplación y predicación, legado de Santo Domingo a su Orden. Entre 1422 y 1424 fue prior en Fiésole y vicario general de los dominicos reformados en Tuscia. Vienen luego años de intensa actividad y movimiento. En 1424 fue a Nápoles para desempeñar el cargo de visitador de los conventos reformados. En 1425 regresa a Fiésole como prior, cargo que ejerce entre 1428-29 en el convento de San Pedro Mártir de Nápoles; aquí escribe su primera obra, *Omnis mortalium cura,* o *Specchio di conscienza* en italiano, destinado a los fieles. En 1430 es prior de Santa María sopra Minerva en Roma; en este convento se celebra el cónclave que elige a Eugenio IV. Bajo este pontificado, es nombrado auditor general de la Rota. En 1437 es nombrado vicario de los conventos reformados *citra montes,* es decir, desde los Apeninos de Toscana hasta Sicilia. En 1439 se ocupa de la fundación de una comunidad observante en Florencia, en la antigua sede de los Silvestrinos, que convierte en el célebre convento de San Marcos. En esta casa religiosa, construida en la austeridad y pobreza, propias de la observancia, tiene el acierto y el gozo de alentar la obra artística del beato Angélico, fray Juan, que había ingresado antes en el convento observante de Fiésole. Una gran amistad unía a los dos frailes dominicos, lo cual posibilitó que San Marcos se convirtiera en sublime santuario de la obra pictórica del bienaventurado artista. Otra adquisición importante para San Marcos fue la biblioteca de Niccoló Niccoli, donada por Cosme el Viejo al convento de fray Antonino. La biblioteca es abierta a los ciudadanos, siendo la primera biblioteca pública de Europa, un indicio muy elocuente para el momento cultural que vive el Renacimiento florentino. En ella, fray Antonino destina religiosos a la custodia de los códices y a la iluminación de los manuscritos litúrgicos. Entre los miniaturistas sobresale fray Benedetto. San Marcos se convierte en parroquia, institución que vincula los frailes a la atención pastoral de los fieles, especialmente por el ministerio de la predicación. En 1439 fray Antonino acoge en San Marcos a padres conciliares reunidos en Florencia; en este Concilio participa en la discusión sobre la procesión del Espíritu Santo. Por aquellos años, siendo a la vez prior de San Marcos y de Fié-

sole, empieza a escribir sus obras más voluminosas. En 1441 es nombrado procurador de los conventos reformados. Mientras tanto continúa ocupandose de las necesidades espirituales de sus conciudadanos, y se dedica especialmente a los pobres fundando para su socorro la Compañía de Buonomini de San Martín. En 1445 otra vez marcha a Nápoles como visitador de los conventos reformados de su Orden.

El 9 de enero de 1446, dicen que por indicación del beato Angélico, fray Antonino es nombrado por Eugenio IV arzobispo de Florencia, la ciudad más brillante del primer Renacimiento. El observante dominico se resistió a aceptar tal nombramiento, pero al fin tuvo que ceder. El 13 de marzo recibió la ordenacion episcopal en el convento de Santo Domingo de Fiésole.

Buen pastor de su grey, entrega su vida con celo, amor e inteligencia al cuidado de la Iglesia florentina, una Iglesia viva en una sociedad inquieta, surcada por corrientes que la abren a la modernidad, por el florecimiento de las artes y de las ciencias, bajo fuertes presiones políticas y culturales. No era ciudad ni diócesis fáciles de dirigir en el rumbo del Evangelio y de la fidelidad a la Iglesia. Amor, palabra, comprensión y justicia fueron valores y fuerzas de su actividad episcopal. Ni humanista ni antihumanista, pastor por encima de todo, preocupado por el bien espiritual de sus fieles. Influyó no obstante en el futuro jefe de la Academia platónica florentina, Marsilio Ficino.

Visitó por dos veces pastoralmente su diócesis, y aún las sufragáneas de Pistoia y Prato. Sus ansias de reforma, tan urgente entonces en la Iglesia y que él había propiciado en su Orden, marcan su solicitud para con el clero: reprende a los clérigos que viven lujosamente, persigue toda forma de codicia, reprime el concubinato, alienta al rezo del breviario. En sus visitas pastorales vigila la administración parroquial, exige el registro de bienes y enseres, se preocupa de que los sacerdotes sean capaces administradores de los sacramentos.

Procura extirpar con energía toda manifestacion de superstición y herejía en el pueblo. No condesciende con los poderosos; se mantiene alejado de sus decisiones de poder. Tuvo trato con los Médicis, amos de la ciudad, no se involucra en sus pretensiones políticas y hasta en algunos casos se alinea en opcio-

nes claramente contrarias. Un año antes de su muerte, se alzó en medio de sus conciudadanos como el último defensor de las libertades públicas y de la constitución florentina ante la llegada al poder absoluto de los Médicis.

Mantuvo su gran actividad pastoral en medio de constantes achaques de su delicada salud. En 1448 se vio obligado a suspender su actividad a causa de sus dolencias. Un año antes había asistido en Roma al papa Eugenio IV en su última enfermedad. Recibió de la Señoría de Florencia varios encargos: tras la elección de Calixto III, en 1455, tuvo que viajar a Roma en representación del gobierno florentino. El nuevo papa le encomendó la organización de la cruzada contra los turcos. En el desempeño de su misión, ejerció como patriarca de la Toscana, desde Pisa a Arezzo. En 1458 también representó a la Señoría en la coronación del papa Pío II, gran admirador suyo. Este brillante pontífice del Renacimiento, escribió de Antonino: «Era varón digno de ser recordado, domó la avaricia, pisoteó la soberbia, ignoró completamente la impureza, fue muy parco en la comida y en la bebida».

A pesar de su frenética actividad y viajes, dedicó largas horas al estudio y a la redacción de sus numerosas obras, todas ellas escritas con un gran sentido práctico, para ayudar y orientar a pastores y a fieles. Por tradición paterna, cultivó especialmente la ciencia jurídica; pero sobresalió especialmente en teología moral. Sus escritos forman un conjunto de ciencia y praxis jurídico-moralista muy apreciable, singular en su época. Antonino es el primer escritor eclesiástico que ofrece una síntesis de ciencia moral en su *Summa moralis* (que también recibió los títulos de *Summa theologiae moralis),* la obra que le ha proporcionado mayor fama. Está destinada a la correcta administración del sacramento de la penitencia. Ha sido definida como una gran enciclopedia sistemática del pensamiento y de la praxis de la vida cristiana en pleno siglo XV, aunque hay que advertir que no es obra del todo original; es más bien un acopio de material ya existente, con poco o nada original, como el mismo autor confiesa. Constituye, con todo, el primer exponente de una síntesis de ciencia moral: parte del problema y del análisis del alma humana, con sus potencias y actos; sigue luego por el tratado de

los vicios y de las virtudes (segunda parte). En ésta, examina la problemática emergente entonces de la ética y moral económicas. El dinero en una economía mercantil ya no puede ser tratado, por lo que respecta a la ética y a la moral, como en plena edad media. Examina el arzobispo de una ciudad tan mercantil como Florencia el problema de los créditos, de los intereses de las operaciones de cambio. En la tercera parte, trata de los diversos estados de la vida humana y de su moralidad: vírgenes, esposos, clérigos, religiosos, soldados, abogados, médicos, etc. La cuarta parte diserta sobre las virtudes y los dones del Espíritu Santo. Todo lo trata y lo ve Antonino desde su alma y su óptica apostólica. Él es ante todo moralista, director de almas y predicador: recogió en esta obra, y en las demás, cuanto creía útil al ministerio pastoral en los escritos de los doctores de teología y de derecho. Redactó esta obra mayor entre los años 1431 y 1454. La *Summa* de Antonino tuvo más ediciones que la de Santo Tomás en los siglos XV y XVI. Gozó de autoridad indiscutida en moral hasta el magisterio de San Alfonso María de Ligorio.

Otras obras dignas de mención del santo dominico son un prontuario para hacer una buena confesión, escrito en Nápoles entre 1428 y 1429 *(Confessionale);* entre 1437 y 1439, redacta un manual para confesores, en que trata de los adornos de las mujeres, de la restitución, de los décimos y de los cambios monetarios. *Decisiones et conclusiones in foro conscientiae,* las escribe entre 1439 y 1449 como respuesta a cuestiones que se le habían propuesto. Redacta asimismo otras obras para sacerdotes, también sobre censuras elesiásticas. Escribió asimismo opúsculos de dirección espiritual: *Regola di vita cristiana* (1441), *Opera a ben vivere* (1454).

En 1458 termina su célebre *Chronicon,* que pretende recoger la historia desde el principio del mundo hasta el tiempo presente, es decir 1454, año del posible inicio del escrito, resaltando la historia bíblica y las vidas de los santos. No se propuso escribir una historia; simplemente se confiesa un compilador. Sus fuentes extrabíblicas van desde Flavio Josefo a Eusebio de Cesarea, desde Agustín a Vicente de Beauvais. Menciona también hechos y personajes que había conocido directamente.

Hay que mencionar un buen número de cartas de dirección espiritual, que se han conservado, y dos colecciones de sermones; y una obra apologética que quiere demostrar el cumplimiento de las profecías del Antiguo Testamento en Cristo. Utilizaba el latín o el italiano según fuesen los destinatarios de sus libros.

Antonino, según propia confesión, trabajó a lo largo de muchos años en la redacción de sus escritos, a veces con largas interrupciones, robando horas al cuidado de su cuerpo y a sus deberes de prelado, a su quehacer de hombre religioso, como son la oración y la meditación. La temática moral da unidad a su obra dispersa. Sobresale por el equilibrio, mesura y agudeza en sus juicios y consejos. Con razón fue apellidado por sus contemporáneos como *Antoninus consiliorum,* era en verdad consejero muy apreciado de todos. Antonino, con sus escritos, se enfrenta con viva preocupación pastoral al resquebrajamiento espiritual que Humanismo y Renacimiento introducen en Italia, y especialmente en Florencia; se esfuerza asimismo para ofrecer una solución cristiana a tantos problemas que van surgiendo en el alba de la sociedad moderna. Se distancia de la *curiositas* de la sociedad florentina en que vive; a ella opone la *studiositas,* que elogia; critica la despreocupación que va emergiendo entre sus contemporáneos por la propia salvación.

El 2 de mayo de 1459 terminó su quehacer temporal en un suburbio de Florencia, Montughi. La ciudad creyó enseguida que su arzobispo había emigrado hacia la vida bienaventurada, según escribió Pío II. Su muerte fue llorada por los poderosos de la ciudad, pero sobre todo por los pobres que perdían un padre y un protector dadivoso. Murió pobre, como había vivido. El papa Piccolomini, ya citado, escribió que en casa del arzobispo, como únicos bienes se encontraron un mulo, a cuyos lomos realizaba sus desplazamientos, y un ajuar sin valor. Inicióse así la fama de santidad de que disfrutó enseguida después de su tránsito. Fue sepultado el 10 de mayo en San Marcos, donde en 1589 se le dedicará una suntuosa capilla, labrada por Juan de Bolonia.

Su amigo y colaborador en San Marcos, Francesco da Castiglione, redactó su primera biografía. Le siguió Leonardo de Ser Uberto.

Fue canonizado el 31 de mayo de 1523 por el papa Adriano VI al fin de su breve pontificado. Clemente VII publicó la bula de canonización el siguiente 23 de noviembre.

PERE-JOAN LLABRÉS Y MARTORELL

Bibliografía

Acta sanctorum, t.I (Venecia 1737) cols.310-358.

AGRESTI, G., et al., *S. Antonino e la sua epoca* Atti del Convegno tenutosi a Firenze, 21-23 settembre 1989 (Florencia 1990), publicado en *Rivista di Ascetica e Mistica* 59 (1990) n.º 3/4, p.221-451.

Bibliotheca sanctorum, t.II, cols.88-105

CALZOLAI, C. C., *Frate A. P. dei domenicani, arcivescovo di Firenze* (Roma 1961).

KAEPPELLI, T., *Scriptores Ordinis Praedicatorum.* 3: *I-S* (Roma 1980) 87.

MORÇAY, R., «Antonin (saint)», en A. BAUDRILLART - R. AUBERT (dirs.), *Dictionnaire d'histoire et de géographie ecclésiastique.* III: *Anforaria-Arfons* (París 1924) cols.856-860

ORLANDI, S., *Bibliografia antoniana* (Ciudad del Vaticano 1961).

PIO II, *Commentarii rerum memorabilium quae temporibus suis contigerunt, ad codicum fidem nunc primum editi ab Adriano van Haeck,* I (Ciudad del Vaticano 1984) 151.

SPANO, S., «Antonino de Florencia», en C LEONARDI - A. RICCARDI - G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los Santos,* I (Madrid 2000) 224-227.

BEATO JOSÉ MARÍA RUBIO PERALTA, S.I.

Presbítero († 1929)

> «Éste para mí», dicen que oyó susurrar al Padre Celestial un querubín rubio y sonrosado que aleteaba sobre la pila bautismal de Santa María de Ambrox un día de la Magdalena de 1864, cuando Francisco Rubio Maldonado y Mercedes Peralta Góngora llevaron a cristianar al pequeño José Mari. ¡Y ya lo creo que lo fue!

Allí en Dalías, pueblecito encalado y alegre de Almería, aprendió José María, junto con sus hermanos —trece, de los que sólo sobrevivirán seis— a rezar, de labios de su madre... «Santo, Santo, Santo, el Señor de los ejércitos... Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo...», y el tierno amor, que luego transmitiría él durante toda su vida, a la Madre del Cielo.

Responsable y estudioso, le encantan los libros. Su tío abuelo, Magistral de Almería, se lo llevó a vivir con él y empezó el chaval sus estudios en el Instituto. Todos los indicios apuntaban a que José María tenía una vocación como un castillo. Lo consulta y... que sí, al Seminario. Él, feliz. Uno de sus condiscípulos lo retrata así:

«Le cupo en suerte un alma buena [ ] Se le veía poseído de tal humildad e ignorancia de su propio valer, que solo el parecía ignorar el tesoro que llevaba consigo»

De Almería pasa a Granada, al Seminario de San Cecilio. Allí empieza su primer curso abrazándose a la cruz. Se le murió el tío canónigo. Pero Dios saldría por él. En el horizonte de la vida del joven Rubio aparece alguien decisivo: Don Joaquín Torres Asensio, Chantre de la Catedral de Granada, que será a partir de ahora su sombra protectora. Le había echado el ojo al joven seminarista, y cuando éste enfermó, se lo llevó a su casa. José María se quedaría ya a vivir con él para siempre. Don Joaquín le quería a rabiar, y José María supo corresponderle, nadie antes había sabido entender el acerado carácter de aquel maño, tan blando por dentro, que valía un valer

Le encantaban los toros a Don Joaquín, y hacía ir a su protegido a las corridas para que, al volver, pintara a su tutor con toda la viveza descriptiva de que era capaz, lo que luego aplicaría José María a la vida espiritual: que hay que recibir de rodillas, torear siempre al natural, y entrar a matar decidido y sin miedo, clavando el estoque hasta los gavilanes.

De Granada al Seminario de Madrid, acompañando a Torres Asensio, a quien esperaba una Canonjía de Lectoral en la Catedral El 24 de septiembre de 1887, el joven Jose María fue ordenado sacerdote El día de la Pilarica celebró su primera misa, en la Capilla de la Virgen del Buen Consejo de la Catedral de San Isidro

Rubio llevaba siempre dentro el gusanillo de la Compañía de Jesús. Fue a hacer ejercicios espirituales al noviciado de la Compañía en Granada. Iba decidido a discernir su vocación. Pero Don Joaquín, que no quería perderlo, escribió tal carta al rector del noviciado, que éste, temiendo la tempestad, hizo que José María los interrumpiera y volviese a Madrid; el joven Rubio, mientras, rumiando en su interior los puntos que había escuchado sobre la indiferencia cadavérica, aceptaba la Voluntad de Dios detras de los manejos de Don Joaquín.

Dio sus primeros ejercicios a las clarisas de Chinchón, donde Don Joaquín le había conseguido un nombramiento de coadjutor. Se las ganó, como al pueblo entero, porque José María hablaba con el corazón, y derretía el de los oyentes. Tan-

to que Candelas, en cuya casa estuvo hospedado este tiempo, se ufanaba en decir: «Donde él pone los pies, allí pongo yo mis labios».

El 12 de octubre de 1889 toma posesión de la parroquia de Estremera, donde reconstruirá la iglesia, reorganizará el archivo parroquial casi inexistente, y realizará una labor pastoral sorprendente. A Don Joaquín esto le parece poco, y hace opositar a José María para una canonjía. A lo que decía Don Joaquín, no había sino decir amén. José María preparó los ejercicios de la oposición, pero no aprobó. Torres Asensio no se resigna al fracaso, y consigue para Rubio un cargo de profesor en el Seminario de San Dámaso. Era una cruz para él la metafísica, y poco a poco se irá debilitando con su trabajo de cátedra. Don Joaquín se lo lleva a reponerse a Cercedilla, a una casita que había comprado allí poco tiempo atrás. José María descansa, sumido durante largos ratos en profunda oración, que para eso —dice la Santa de Ávila— no son menester fuerzas corporales, sino sólo «amar y costumbre».

Cuando se recuperó un poco, dio rienda suelta a su celo en Madrid. Iba a convertirse en un sacramento viviente, en una transparencia andante de Dios por las calles de la capital de España. La sotana del padre Rubio, cada día más, iba formando parte del paisaje urbano de la Villa y Corte. Él está hecho para eso: para bregar en el mar de las almas, y sudar mucho a fuerza de echar las redes. El ejercicio intenso, agotador, del Ministerio desnudamente sacerdotal, ¡eso es lo suyo!

Cada día se le iba agrandando un poco más el campo de su caridad apostólica. En aquella casa adosada a la iglesia de las Bernardas de Madrid, de las que había sido nombrado capellán, *tan tranquilita y tan para darse a Dios,* su actividad se desbordaba. Era José María un torrente en crecida en busca de almas, a las que no deseaba sino ver encendidas en el amor ciego que él tenía al Divino Corazón en la Eucaristía. Allí comienza su incansable labor de confesonario, sin cuidarse ni de desayunar porque no se desaturdía de penitentes.

Llamaba la atención la piedad y unción con que celebraba el Santo Sacrificio. Decían de él sus contemporáneos lo más hermoso que se puede decir de un sacerdote de Jesucristo, que ver-

le celebrar elevaba a Dios: «Su espíritu parecía elevarse a la verdadera contemplación del Señor que tenía en sus manos. Y, cual si realmente Le viera, nos parecía que hasta su rostro se transfiguraba». El Corazón de Jesús y la Eucaristía volvían loco a aquel sacerdote: eran la vida de su vida. Para él no había más métodos pastorales que vivificar a las almas en el amor a Jesucristo, inmolado por nosotros. Por ello, potenció las actividades, tan antiguas y tan nuevas, que ayudasen a las almas a recalentarse en las ansias redentoras del Corazón Eucarístico de Jesús. Y para ello organizó la Adoración Nocturna de hombres y la Hora Santa para todos los fieles.

Era su lema: «Hacer lo que Dios quiere, y querer lo que Dios hace»; uniformar nuestra voluntad con la de Dios, cumbre de toda perfección. Todas las horas del día las contempla él engarzadas en el hilo de oro de la santa y amabilísima voluntad de Dios.

> «A sus dirigidos, que ya iban siendo legión, no sabía decir mas que esta sola idea, envuelta en formas ligeramente diversas *Fiat* Porque nada hay mas excelente y que más acerque al Corazon Divino, que abrazarse con la Santísima Voluntad del Padre Respetaba mucho el camino particular de cada alma y sabía mantenerla en el con diestra mano. *Suaviter et firmiter* No sabia él conducir a los que le buscaban, sino por los senderos del amor, que hay que demostrar minuto a minuto en pequeños detalles Solo pedía al Señor almas en que su Divino Corazón pudiera reinar Decia "Las mejores, menos dañinas y más provechosas penitencias son las que Nuestro Señor envía por medio de cuanto nos rodea"»

Un hombre que confesaba cinco o seis horas diarias, que llegó a dirigir a más de once mil personas, que visitaba, para repartir pan y paz, cárceles y hospitales, suburbios y buhardillas de enfermos, que oraba incansablemente, que llevaba un tenor de vida tan austero y mortificado como alegre y olvidado de sí..., un hombre así no podía ser sino un santo, como pronto le empezaron a llamar.

Atendió también la «Obra de los traperos» y la «Obra de los golfos» que tenían las Reparadoras, de las que era confesor, y donde no faltó ningún año a la procesión eucarística del primer viernes; visitaba los suburbios de Tetuán, ayudando la labor que allí hacían los jesuitas con las *doctrinas* y escuelas dominicales.

Pero su debilidad fueron las Escuelas Pías de San Fernando, en la calle Mesón de Paredes, llamado «Centro de los Santos Ángeles», para enseñar a las chicas pobres del barrio el catecismo: las confesaba y las enseñaba él mismo a orar, haciendo la oración en voz alta ante el enjambre de jovencitas que, boquiabiertas, salían de allí deseosas de rezar como aquel sacerdote.

Comienza el siglo XX la capital de España ardiendo de odio contra la Iglesia y, sobre todo, contra los jesuitas; el corazón de José María, ardiendo de amor: amor a Jesucristo y a los hombres, que no quieren dejarse redimir por Él. El ardor apasionado de su celo le pide más y más. A raíz de la muerte de su hermana Trinidad, que se fue muy prontito al cielo con la corona recién estrenada de sus votos religiosos, siente más ganas de ser jesuita. Cada vez ve más claro, y querría hacerse hijo de obediencia ciñendo el austero fajín de los Jesuitas, pero aún habrá de esperar seis años, dejándose llevar de la voluntad de Dios.

A comienzos de 1904 se alista junto con otros sacerdotes en una peregrinación a los Santos Lugares, volándole el pensamiento a «el Peregrino», Íñigo de Loyola, que fue a aprender *in situ* a la tierra del Maestro el trazado para su Mínima Compañía de Jesús. Uno de los fines de la peregrinación era «desagraviar a Nuestro Señor del olvido y desprecio en que Le tienen tantos cristianos de los tiempos que corremos». Y es que muy convulsa había comenzado España el siglo, zamarreada por el liberalismo de rostro anarquista, socialista y revolucionario; anticlerical, en suma.

> «¡Pobre España! No era ella así, no, es que la han corrompido Pediremos mucho en Tierra Santa que brillen de nuevo en ella aquellos días de fe y de piedad que tanto la engrandecieron»

En sus *Notas de un peregrino a Tierra Santa* dejó retratadas, con pinceladas de vivo realismo, «aquellas dulcísimas impresiones que el alma cristiana recibe visitando la Palestina, venerando los Lugares santificados por la presencia de Nuestro Divino Redentor, y besando la tierra que fue regada con su Preciosísima Sangre».

De la peregrinación se trajo estos propósitos, que pidió al Señor como frutos: amor a la vida humilde, escondida y laboriosa de Nazaret, y amor a la Cruz de Cristo, y fuerzas para se-

guirle de cerca subiendo a Jerusalén. Y sí que las necesitó, porque pronto, en menos de un año, se le murió su querido Don Joaquín, dejando el alma de nuestro Don José María «llena de bastante tristeza, porque el recuerdo de aquel que se fue está muy vivo en mi alma». Pero, como siempre en su vida, se abraza del todo con la divina voluntad. Porque «en medio de las tribulaciones es cuando se practica la verdadera virtud».

«Estoy dispuesto a lo que Dios quiera de mí... Lo mejor, lo más provechoso, lo más consolador, será lo que Dios quiera». ¡Y Dios lo quiso! Ahora, tras la muerte de Don Joaquín, y después de hacer Ejercicios Espirituales en Chamartín, ante el Sagrario de aquella Casa, lo decide: ¡será jesuita! Tras decir Misa muy de mañanita en el altar de Nuestra Señora del Buen Consejo de la Catedral, donde dijo aquella Primera hace justo diecinueve años, puso proa para el Noviciado de los Jesuitas en Granada, donde por fin fue admitido como novicio el día del Pilar de 1906. Había escrito:

> «Yo tengo de entregarme todo cuanto soy a una vida mas perfecta y mas abnegada, siendo ésa, como parece, la Voluntad de Dios Que yo sea todo, todo de Dios»

Fue su única obsesión. Se le llamó el «apóstol de la voluntad de Dios».

> «De mi Dios viene todo, y a Él ha de volver Por tanto, es necesario que mi corazon quede enamorado de mi dulce Dueño, de Jesus, mi Bien, mi descanso, mi consuelo, mi riqueza y, algun dia en el Cielo, mi dicha y gloria eterna»

Se encontraba entre los novicios como uno más. Los superiores, teniendo en cuenta que era sacerdote, y con muchas tablas, le encargaron ya varios trabajos apostólicos: tandas de ejercicios espirituales, correrías misionales por la vega granadina, la novena del Corazón de Jesús en Berja, pueblo que dejó reducido a conversión; clases nocturnas para obreros en un pequeño colegio en la finca del noviciado...; además del confesonario, donde se pasaba horas con colas interminables; retiros, pláticas, etc.

Por haber entrado en la Compañía con los estudios terminados, no le obligaba la «tercera probación», pero él insistió a los

superiores se la concediesen, y le enviaron a Manresa. Cuenta el padre Puigrós, su instructor:

> «Cuando por Cuaresma salieron de su retiro aquellos Padres para ejercitar algunos ministerios, el Padre Rubio fue destinado a Madrid Esto fue para el un contratiempo, pues deseaba ir adonde nadie le conociese y, ademas, temia que, yendo a la Corte, no le dejasen volver a su retiro de Manresa Y asi fue»

Ha sido su antiguo maestro de novicios, el padre José María Valera, ahora Provincial, que Rubio había escogido como director espiritual vitalicio, quien le destina, pues conoce los quilates de su alma mejor que nadie, y sabe lo que puede rendir en la capital de España.

Así que... otra vez a Madrid, y para siempre. Al poco tiempo, muere su madre; el padre Rubio, siempre niño por dentro, se arroja con entrañable amor en brazos de María, la Madre del Cielo, que ni se nos va ni se nos muere. Conoció entonces más profundamente este enfoque de la devoción mariana: el ser esclavos de Nuestra Señora por amor. En adelante, no sería capaz de entender la plenitud de su consagración bautismal sino bajo aquella breve fórmula, tan compendiada como enjundiosa: «A Jesús por María».

En Madrid, desde la Casa profesa que la Compañía tenía en la calle de la Flor, donde estaba destinado, iba Rubio, como ha escrito el padre Miguel Lamet,

> «En busca de los pobres, sin cerrar su oido y su corazon a los ricos [ ], regalando a todos con una palabra justa, llena de saber y sabor, porque cada dia hacia silencio en su vida para oir la de Dios [ ] Realmente, el Padre Rubio habia sabido conseguir, para el y sin duda para otros muchos, hacer autentica realidad el castizo refran. "De Madrid al cielo"»

En la Casa estaban congregados padres de renombre, como el P. Torres, su superior. Y, sin embargo, había en el padre Rubio un algo que le haría sobresalir, sin pretenderlo, por encima de varones tan doctos y reconocidos. De carácter más bien tímido, nunca había brillado por su elocuencia, ni tenía pluma bien cortada, ni su figura era arrogante, ni estaba dotado de cualidades humanas subyugadoras Tal vez sea lo que él mismo, sin saber que se autorretrataba, escribió:

«El celo de tu Casa me devora, Señor, el celo de la gloria de tu Padre y de la salvacion de las almas El que ama a su Divino Maestro, pronto el amor le transformara en apostol, porque el celo que devora al corazon amante pronto se manifiesta por las obras»

Así, se alegraba al ver aumentar su trabajo como una marea en crecida. Claro, que cada día dormía menos. Llegaría a ser por antonomasia el apóstol de la capital de España. Todo su amplísimo apostolado mana, como de una fuente cristalina, de su amor encendido a Jesús, y va a parar, como a un océano inconmensurable, a este Corazón, deseo de los collados eternos. Fue presidente de la guardia de honor para velar y honrar la gloria y el culto al Sagrado Corazón, especialmente en el Santísimo Sacramento.

La última semana de junio de 1911 fue inolvidable en Madrid, que se convirtio en un trono inmenso para Jesús sacramentado, al que se volvían todos los ojos en aquel Congreso Eucarístico Internacional. El padre Rubio estaba encantado ante el esplendor de la brillantísima manifestación eucarística, a la que Alfonso XIII había puesto digno broche consagrando España al Corazón de Jesús, consagración que remataría ocho años más tarde, haciéndola pública y solemne ante el Monumento del Cerro de los Ángeles.

Rubio está ilusionado en dar forma en Madrid a la «Obra de las Marías de los Sagrarios abandonados», idea que lleva acariciando desde sus años de joven sacerdote, y que ahora el arcipreste de Huelva —hoy Beato— Don Manuel González García, la explica en la hojita volandera *El Granito de Arena.* para trabajar por que se visite el Sagrario diariamente y por formar nuevas Marías en el pueblo donde corresponda su Sagrario. La Obra crece como la espuma en la capital de España. Su deseo es que las Marías lo sean en todas partes, para hacer llegar, desde donde quiera que se encuentren, el aroma de sus buenas obras y ejemplares procederes al Sagrario de sus amores y solicitudes. El Padre no era de los que pretenden «concertar dos contrarios tan enemigos uno del otro, como son Dios y el mundo», como diría Santa Teresa. No le sufría el corazón que hubiese entre las Marías algunas que querían conciliar la pertenencia a esta Obra con una vida mundana y de sociedad. Por eso, les decía desde el púlpito:

«No es necesario ser una María, pero aquella que quiera serlo, debe observar las formas de vida, vestirse decentemente y no asistir a bailes o espectaculos impropios»

El día de la Purificación de 1917, hizo sus últimos votos; ante la imagen de la Virgen del Recuerdo, en la capilla del Colegio de Areneros, se incorporaba definitivamente el padre Rubio a la Mínima Compañía de Jesús, viendo por fin plenamente colmados sus deseos el que se había considerado siempre *jesuita de afición.* Otra purificación, venida de la amorosísima mano de Dios, se cernía sobre el Padre —«hacer lo que Dios quiere, y querer lo que Dios hace...»—. En poco tiempo le ordenaron los superiores abandonar la Obra de las Marías de los Sagrarios, la Obra de los Discípulos de San Juan, y el «Boletín mensual de la Guardia de Honor del Corazón de Jesús». Un día reúne a la Junta de Consejo de las Marías, en una capilla expiatoria que él acababa de inaugurar, para participarles su cese como director. ¡La que se armó! Pero él les cortó el paso cuando quisieron ellas reclamar su dirección a los Superiores. Le tocaba ahora predicar con su vida lo que había enseñado mil veces con su palabra. «Que yo no quiera ni busque otra cosa que cumplir en todo la santísima voluntad de Dios».

Esa voluntad de Dios era rematar la filigrana de la gracia en el alma de su amigo José María. Para colmo, en el alma del Padre es noche cerrada, con escrúpulos horribles que le hacen dudar de todo. No se serena al pensar en la misericordia de Dios, él, que tanto había exhortado a las almas a abandonarse a ella. Acude humildemente al Superior, el P. Alfonso Torres, que conjura la tentación con sola una pregunta: «¿Va Vd. a confiar en su esfuerzo, o va a confiar en la misericordia de Dios?». De repente, en el alma del Padre se hizo de día: «Con que yo lleve a los demás a Dios, él tendrá misericordia de mí».

El padre Rubio era un predicador menos que mediocre. Lo decía él mismo, desde la llaneza de su humilde sinceridad:

«Yo no se cómo viene tanta gente a oírme, porque yo no digo nada, y frecuentemente subo al pulpito sin saber lo que voy a decir»

Pero añadía que tampoco tenía necesidad de ser buen orador, porque con tal de que la gente entendiese lo que él decía,

eso le bastaba. «Sin saber», se pasó media vida predicando, y obtenía indefectiblemente con sus sermones un fruto espiritual asombroso. La novena del Sagrado Corazón se hizo célebre en Madrid. ¿Cuál era su secreto? Antes de subir al púlpito, le veían arrodillarse largo rato ante el Sagrario. Los afectos de su corazón abrasado saltaban al auditorio como centellas, y hacía a sus oyentes estremecerse de fervor, diciendo unánimes: «Este Padre no sé lo que tiene; casi siempre nos dice las mismas cosas, y, sin embargo, todos estamos deseando oírle».

Como confesor era tan sencillo como en el púlpito, y escueto, casi telegráfico. Tenía que serlo, con las colas kilométricas que tenía a ambos lados del confesonario. Yendo con él, las almas se acostumbraban a ser breves y descomplicadas. Rubio exigía de ellas todo lo que pudiesen dar. Le interesaba, sobre todo, que fueran humildes, y con esa disposición, les decía dos palabras, y las ponía en paz. Por eso le querían cada día más, porque se daban cuenta de que sólo buscaba ponerlas en Dios, sin que se detuvieran lo más mínimo en él. No buscaban lo que les decía, sino cómo se lo decía. Tenía un arte especial para contentar a todos, casi sólo con escucharles. Su táctica era siempre llevar a cada alma a la perfección dentro de su estado y mirando a cada una. Jamás se anticipaba a la obra del Espíritu Santo: iba siempre detrás de la gracia, y exigía con suavidad, pidiendo a cada alma el sacrificio concreto en el momento oportuno. Dirección que, si era seguida con fidelidad, ponía a las almas en «peligro inminente» de ser santas, el «culpable» de lo cual, después del Espíritu Santo, era inmediatamente el padre Rubio. De su confesonario salieron docenas de vocaciones y filigranas de santidad.

«No hay que buscarse en las obras», solía decir, como se lo dijo un día a Concepción Pérez Macías, atajando una obra de apostolado contraria a las disposiciones de la obediencia. Ésta, su secretaria junto con Mercedes Morales, se encargaba de una suerte de central de caridad para atender cuantas peticiones llegaban al Padre, y yendo los días de Navidad a las casas de los más pobres para que en ninguna faltase la cena de Nochebuena. ¡En cuántas casas entronizaron el Sagrado Corazón de Jesús, que el Padre dejaba presidiéndolo todo!

Los pobres y los enfermos eran su delirio. Se conmovía ante ellos, en los que veía una transparencia viva de Cristo doliente. A veces salía de con ellos tan conmovido, que le caían gruesas lágrimas, porque se había estado haciendo el fuerte mientras les decía: «El Señor le ama mucho, y por eso le envía astillitas de su Cruz». A los enfermos, sólo verle les servía más que un sermón. Unas pocas palabras eran suficientes: dejaba su alma encielada, como él tenía la suya, con aquel recogimiento que demostraba una tan íntima unión con Dios, que por nada ni por nadie interrumpía.

Fue el santo de los suburbios; esos vertederos de la capital, roídos por la miseria, tenían para él una especie de misterioso imán. De hoz y coz se metió a trabajar con ellos, instruyéndolos en la doctrina cristiana. Consigue abrir una escuelita en La Ventilla, en la que dos maestros, Juan y Demetrio, que más tarde derramarían su sangre por Jesucristo en la horrible persecución religiosa del 36, hicieron una labor formidable con los chavales, a la vez que formaban a los maestros en las clases nocturnas que impartían.

Abrió otra escuelita en el suburbio de Entrevías, en Vallecas, donde el P. Rubio, en un sermón al aire libre, predica de la confesión, con tal ardor que ninguno de aquellos hombrotes queda sin confesarse.

¿Y el caso de las niñas desaparecidas? Una mañana, la maestra encargó a tres pequeñas, dándoles unas monedas, que fuesen a comprar patatas. Pasaba el día y las niñas no aparecían. Se sospechó de Mercedes, la secretaria del Padre Rubio, que estaba en contacto con los padres de las chicas para intentar instruirlos y que arreglasen su situación matrimonial y bautizasen a sus hijas. Y, por tanto, también se sospechó del P. Rubio. Mercedes fue enviada a la cárcel. Allí hace una labor increíble con las reclusas, pero su salud se resiente, y muere agotada al año de la persecución. En cuanto al padre Rubio, estuvo a punto de ser encarcelado. Pero a última hora alguien intervino para evitar la firma y un rápido cambio de personal hizo dar un giro al asunto. Cuando él lo supo, dijo:

> «¡Qué lastima que haya faltado ese poquito para ir yo a la carcel, con todo el bien que podia haber hecho allí a los pobrecitos

presos y las platicas que hubiera podido darles! Pero se ve que no era yo digno de eso»

Dos años después del suceso, en un vertedero donde ellas solían jugar, se encuentran los restos mortales de las tres niñas sepultados allí. Habían muerto por asfixia en un derrumbamiento del terreno. Pero la prensa impía no se hizo eco de la noticia y, después de haber embarrado al P. Rubio y matado literalmente a Mercedes, el sumario fue sobreseído, dejando aquel suceso en un misterio oficial.

Sencillez evangélica era la del P. Rubio. «Es un santo», decían los obreros de Madrid al verle pasar por la calle. Tenía tal naturalidad, que no parecía heroica; «una santidad borrada», en expresión de su superior, el P. Torres. Pero había llegado el momento de que su luz alumbrase a los hombres, para que recibiera gloria el Padre celestial. En los últimos diez años de la vida de nuestro santo, entra en juego, con un vigor nuevo, como un elemento hasta entonces oculto, una colección de rápidos fogonazos de lo maravilloso que iluminan la cansada labor de cada día Y así, como a lo tonto, empieza a profetizar curaciones de enfermos que se cumplen puntualmente; hace «resucitar», sólo por el espacio de tiempo necesario para confesarse con toda lucidez, a moribundos que estaban acabando, multiplica el pan en casa de una pobre viejecilla; o conoce, a través de la rejilla del confesonario, todo el estado de alma del penitente antes de que él hable. Otro día es la portezuela del Sagrario que, ante el inútil esfuerzo de dos sacerdotes por abrirla para dar la Comunion, se abre sola por la oración del padre Rubio que, arrodillado ante la grada, se lo ha pedido a su amigo Jesús.

Cierto dia el Padre vio acercarse a su confesonario a una señora de edad

— «Padre, venga esta tarde a confesar a un señor que se va a morir» Como tantas veces, el Padre tomo nota del domicilio y alli se presenta Tras la puerta, se oia tocar el piano

— «Buenas tardes Me han encargado que venga aqui a confe sar a tal moribundo»

— «Pues mire, Padre, ese nombre es el mio y no se confunde Vd de domicilio Pero debe de haber un error porque aqui no vive nadie mas que yo, y no estoy enfermo Sin embargo, tendre mucho gusto en que pase Vd a la salita a descansar un momento»

Agradecio el Padre poder sentarse un par de minutos, y al posarse sus ojos en el retrato de una señora, no pudo contener la exclamacion

— *«Mire, esta es la señora que me ha llamado esta mañana»*

— «Padre, es imposible, no la recordara Vd bien, no puede ser porque esta fotografia es de mi madre, que murio ya hace años»

Tras reafirmarse, el Padre se dispuso a marchar Sin embargo, la emocion de aquel señor descreido habia subido de punto, y no quiso desaprovechar aquella gracia de Dios Confeso A la madrugada, amanecio muerto en la cama

Otro dia es avisado el Padre para que confiese a un enfermo terminal Le acompaña su incondicional Don Carlos, que tuerce el gesto al saber la dirección de la casa, y advierte al Padre de que aquella calle esta llena de casas de mala nota

— «Pues bien, tanto mejor, a cualquier parte iría yo con tal de salvar un alma ¡Vamos alla!»

Mientras, en el burdel, se ultiman los preparativos del espectaculo para que mañana recorra Madrid la fotografia del santo Padre Rubio sorprendido en plena juerga carnavalesca en una casa de prostitucion El presunto enfermo, un sinverguenza desairado por su novia, dirigida del Padre, se ha metido en la cama del cuartucho, en un angulo del cual, tras un biombo, esta oculta la camara fotografica y la lampara de magnesio para el fogonazo en el momento oportuno En la habitacion contigua, las cuatro pobres degeneradas, que surgiran inesperadamente junto al Padre en el momento de la fotografia Con la camara a punto de disparar, el Padre echa por tierra el guion de la comedia

— «¿Por que me han llamado tan tarde? Este muchacho ha muerto ya»

A los dos compañeros del que ya es cadaver, un escalofrio les recorre el cuerpo Salen corriendo de alli se entregaran a Dios haciendose religiosos A las chicas de vida alegre, la risa contenida se les ahoga en la garganta, y chillan aterrorizadas ante el espanto de su cliente, frio como el marmol

«No fuerce la máquina», había escrito en una ocasión. Pero él llevaba toda la vida forzando la suya: se le rompió el corazon de tanto amar. Jadeante y sudoroso, había buscado siempre el Rostro del Señor, y ahora, como ciervo vulnerado, se dormía con un gemido suave, como a él le gustaba: sin hacer ruido.

Le enviaron al noviciado de Aranjuez a descansar. Subió al coche con el gesto vestido de naturalidad, sin dramatizar el cuadro. El rector del noviciado le recibió con una frase que anticipaba la de la Santísima Trinidad cuando, días después, José Ma-

ría Rubio entrara en el cielo: «Le recibimos con los brazos abiertos. Aquí descansará».

Pasaba el día ante el Santísimo, que podía ver desde su habitación. El día 2 de mayo, a la 1,30 se sintió muy mal, el «duende», como él llamaba al ahogo que le oprimía el corazón, hacía travesuras... A las 9 se levantó para celebrar en la capilla de la enfermería. A las 11 llega el médico, que no ve nada alarmante. Durante la mañana le visitaron varios padres, y un novicio cuya vocación había él orientado en Madrid, al que dijo:

> «Dios me ha traído a este rinconcito de paz y de sosiego [ ] Esto, hijo mio, se va Ya ves, todos los malos ratos, todos los trabajos, ya nada son Y ahora, por fin, vamos alla, alla donde nos juntaremos todos y no habra mas penas Total, este mundo, ya ves, son cuatro dias»

También al hermano Nadal, su enfermero, le dijo sonriendo, mientras le señalaba el cielo: «Esto se acaba, yo me voy allí».

Después del examen a las 12,30 en la capilla, van al refectorio. Sólo dos cucharadas de sopa ha tomado..., ¡ya está otra vez el duende! —«¿Qué le pasa, padre?».

Y ante su insistencia, le llevan a la capilla, donde le dejan más de una hora, relamiéndose de gusto porque, tras los velos eucarísticos, está a punto de ver para siempre el rostro desconocido y amado de su Señor. El hermano Nadal consigue llevarlo al cuarto; el padre, como ha hecho toda su vida, se deja llevar. Confiesa con el P. Castañar, que había sido connovicio suyo, y recibe la visita del P. Provincial, al que dice: «¡Ay, Padre!, ¡qué día tan bueno el de mañana, primer viernes, para irme hoy al cielo!».

En realidad, lo había dicho desde su ordenación sacerdotal: que deseaba morir en víspera de primer viernes para celebrar ese día en el cielo con el Corazón de Jesús.

Después pidió le trajesen dos cuadernos que tenía con apuntes espirituales, y fue rompiéndolos poco a poco, echando los pedazos de papel en el bonete que, boca abajo, tenía sobre sus rodillas. «Son misericordias del Señor y miserias mias. Así, roto, esto no puede ya escandalizar a nadie».

Al dar las 6 horas, al padre Rubio, al recordar que en aquellos momentos se estaría celebrando en la Casa profesa la Hora

santa de preparación al primer viernes, se le va el espíritu al Huerto de Getsemaní: «Miremos a Jesús que avanza...». Viene Cristo a darle el premio por sus muchos trabajos. El mismo Jesús, que fue quien inventó la Hora Santa, había escogido a su siervo bueno, José María Rubio, para propagarla, enseñando a miles de almas a participar del cáliz de la Pasión y a hacer con Cristo oficio de piedad, consuelo y agradecimiento. Hoy le tocaba a él, no ya predicar, sino vivir la Hora santa.

«Me siento mal, y empieza a interesarse la cabeza». Al toque de agonía que anuncia la campana, va llegando la comunidad: el espiritual le absuelve, pronuncia a su oído unas jaculatorias, le administra de urgencia la extremaunción. El P. Provincial le da la bendición papal y reza la recomendación del alma. El padre Rubio ofrece una estampa conmovedora: apoyado el codo derecho en el brazo del butacón, y cerrados los ojos, deja caer la sien sobre el pañuelo que tiene en la mano, con la manta cubriéndole las piernas y el bonete lleno de papeles rotos sobre el regazo, no parece sino que se dispone a dormir. Así, como había vivido· como un niño, sin hacer el menor movimiento, dejándose acunar por los brazos de Dios, le entregó suavemente su espíritu. Eran las 6,25 horas de la tarde del jueves 2 de mayo de aquel año del Señor de 1929. A esas horas se estaban cumpliendo cabalmente las palabras escritas por el padre para su hora santa:

> «Acerquemonos a el, adoremosle con humildad profunda Con afectos intensos de amor, digamosle de esta manera "Señor mio y mi Redentor amabilisimo dadnos licencia para que os acompañemos"»

Pues la tiene el Padre, y amplia, para acompañar a su bienamado por toda la eternidad, para no sólo acercarse a él, sino sumergirse en el foco de amor de su corazón adorable.

En aquel inmenso salón, al que poco a poco va llegando la cuasi procesion litúrgica de gentes desde Madrid, revestido con ornamentos morados y el crucifijo fuertemente entrelazado en sus manos, da la impresion de estar predicando su última plática, sobre la confianza y el abandono en Dios.

En la tarde del 3, fiesta de la Santa Cruz, tuvo lugar el entierro, presidido por el señor obispo de Madrid, doctor Eijo y Ga-

ray, que tanto quería al Padre. De lejos, el cadáver parecía cubierto de flores blancas, no eran sino papeles doblados, a cientos, con encargos y misivas para el paraíso; pudiendo él decir, junto con la Santa de Lisieux: «Dios cumplirá todos mis deseos en el cielo, porque yo no he hecho jamás mi voluntad en la tierra».

En la espaciosa huerta de Aranjuez se esparcía el aroma de las flores de primavera que ya reventaban, elevándose en un canto al Criador; y en la huerta de aquellas almas cultivadas por su ardor apostólico, el fragante perfume del testamento espiritual del padre Rubio, testamento que es, ante todo, su propia vida, inmolada como la de Jesús, tan elocuente como la sincera humildad con que transcurrió toda ella. Porque «al final de la vida, sólo nos queda la santidad...».

ALBERTO JOSE GONZALEZ CHAVES

Bibliografía

«Jose Maria Rubio, sj El apostol de Madrid» *Alfa y Omega* (2003) n 347

GONZALEZ CHAVES, A J, *Vida del Padre Rubio El apostol de Madrid* (Madrid 2003)

LAMET, P M, si, *De Madrid al cielo* (Madrid 1986)

— ID, *Como lampara encendida* (Madrid 2003)

L'Osservatore Romano (ed en español) (2 y 9 5 2003)

RUIZ DEL REY, T, *Vida del Padre Rubio* (Madrid 1957)

SOBRINO, J A DE, si, *Tres que dieron si P San Vitores, P Rubio, Hno Garate* (Madrid 1985)

STAEHLIN, C M, si, *El Padre Rubio Vida del apostol de Madrid* (Madrid 1949, [2]1953)

C) BIOGRAFIAS BREVES

BEATO NICOLÁS HERMANSSON

Obispo († 1391)

Nils Hermansson nació en Skanninge, Suecia, el año 1325. Muy joven se decide por el sacerdocio y marcha a estudiar a París y luego a Orleáns, regresando a Suecia al término de sus estudios en 1358 y obteniendo un canonicato en Linkoping. Conoció por entonces a Santa Brígida y colaboró con ella en la educación religiosa de sus hijos.

Acreditado como sacerdote piadoso y ejemplar, su obispo lo hace arcediano de la catedral y vicario general de dicha diócesis de Linkoping, a la que, además, debe gobernar en ausencia del prelado. Lo hizo con prudencia y firmeza y demostró sus dotes de gobierno.

Ello hizo que en 1374 se le eligiera para esa sede, confirmando su elección el papa Gregorio XI. Pero se encontró con la oposición del rey Alberto, y ello hizo retrasar su consagración hasta 1375. Se dispuso a ser un buen obispo. Ante todo quería dar un ejemplo personal de sólida piedad, de vida austera, y de asiduo trabajo pastoral. Visitó personalmente todas las parroquias de su diócesis exigiendo que todo estuviera en ellas al servicio de la atención pastoral de los fieles y que los clérigos fueran por delante en la vida cristiana dando un ejemplo convincente. Se ocupó mucho de que la liturgia fuera celebrada con gran dignidad. Y se ocupó asimismo de que la palabra de Dios fuera predicada con asiduidad y método, de lo que él personalmente daba ejemplo como continuo predicador de la misma.

Santa Brígida le consultó la redacción de las reglas para la Orden del Salvador, cuya fundación ella activaba, y él la sostuvo en el empeño con su asesoramiento y consejos. Él recibió el cuerpo de la santa cuando su hija Catalina lo trasladó de Roma a Vadstena, la iglesia de cuyo monasterio él bendeciría en 1384. Participaría también en el proceso de canonización de la santa.

Lleno de méritos falleció el 2 de mayo de 1391, siendo enterrado en la catedral y comenzando enseguida el culto popular que se le tributó. Su canonización fue pedida por los obispos suecos e incluso llegó a abrirse el proceso de canonización. Alejandro VI manifestó estar dispuesto a concederla y llegó el episcopado sueco a formalizar oficio y misa en su honor. Pero antes de que la canonización fuera concedida, la Reforma cambió la religión en Suecia y el culto a Nicolás se extinguió.

BEATO GUILLERMO TIRRY

Presbítero y mártir († 1654)

Nació en Cork, Irlanda, en 1608 en el seno de una familia de comerciantes. La fe católica la recibió de sus padres que la pro-

fesaban ardientemente. Se decide en su juventud por la vida religiosa e ingresa en la Orden de Ermitaños de San Agustín, siguiendo estudios en Valladolid, París y Bruselas y, ya ordenado sacerdote, vuelve a Irlanda en 1641.

Aquí ejerce su ministerio, siendo nombrado en 1646 compañero del provincial y en 1649 prior del convento de Skreen. Pero las cosas se les complicaron a los católicos con la llegada de Cromwell al poder y su odio al catolicismo, y debió entonces marchar a Fethard como tutor de un niño y ejerciendo su ministerio de manera clandestina. Cuando el 6 de enero de 1653 se dio orden a todos los sacerdotes católicos para que abandonaran el país, Guillermo se quedó, corriendo el riesgo de que lo arrestaran. Y en efecto, por traición, fue hallado con los ornamentos sacerdotales cuando celebraba la vigilia pascual en la mañana del sábado santo de 1654. El registro de la casa dio el resultado del hallazgo de numerosos escritos suyos en defensa de la fe católica.

Llevado a la cárcel de Clonmel, salió de ella para comparecer ante el tribunal, que lo acusó de contravenir la ley que lo obligaba a dejar el país, pero se le ofrecía la vida y la libertad si se hacía protestante. Permaneció firme en la fe y se negó a abandonarla.

Llegado el 2 de mayo de aquel año, fue sacado para ser ahorcado. Llevaba su hábito agustino y un rosario en las manos, cadenas en las muñecas y una soga al cuello. Exhortaba a los que lo miraban ir al suplicio a ser fieles a la Iglesia y al Papa. Ya en el patíbulo, perdonó a todos, pidió perdón de sus pecados y rogó que si estaba en la multitud algún sacerdote lo absolviera. En efecto, estaba el P. Provincial de su Orden entre los asistentes. Seguidamente fue ahorcado. Fue beatificado el 27 de septiembre de 1992.

SAN JOSÉ NGUYEN VAN LUU

Mártir († 1854)

Era natural del pueblo de Cai-Nhum en la Cochinchina, donde había nacido en 1790, pero se había trasladado al de Mac-Bac. Aquí era una persona socialmente considerada. Pro-

pietario de tierras, cultivador de arroz, vivía desahogadamente. Y era, al mismo tiempo, un sincero cristiano. Practicaba la religión con fervor y socorría largamente a los pobres. Visitaba a los enfermos, componía discordias y hospedaba en su casa con gran afecto a los misioneros.

Su martirio se debió a la venganza de dos despechados. Dos cristianos le pidieron un préstamo, que él no consideró oportuno concederles en su totalidad. Entonces, disgustados con él, idearon el modo de vengarse acusándolo de tener en su casa a un sacerdote, lo que por ley estaba prohibido. Y para cerciorarse mandaron a sus mujeres que alegaron querían confesar con el sacerdote que se hospedaba en la casa. En efecto estaba allí San Pedro Nguyen Van Luu, con quien las mujeres confesaron. Entonces los dos despechados denunciaron a José bajo la acusación de que hospedaba sacerdotes. La casa fue registrada y en lugar de hallar al P. Luu hallaron al P. Minh, que acababa de venir. El sacerdote, José y otros cristianos fueron arrestados y llevados a la capital Vinh-Long, donde fueron conminados a pisotear la cruz y apostatar. Al negarse a hacerlo, el sacerdote fue condenado a muerte y José y los demás al destierro. Marchó entonces a Ang-Yang, donde sólo estaría unos meses, pues se decretó de nuevo su prisión en la capital. Aquí en la cárcel se dedicó a la oración, llevó su encierro con mucha paciencia y hasta logró que cuatro apóstatas se reconciliasen con la Iglesia.

Su organismo debilitado no resistió las penalidades de la cárcel y murió en ella el 2 de mayo de 1854. Fue canonizado el 19 de junio de 1988.

BEATO BOLESLAO STRZELECKI

Presbítero y mártir († 1941)

Este futuro sacerdote y mártir, cuyo lema sería «Para mí la vida es Cristo», nace en la población polaca de Poniemón el 10 de junio de 1896. Concluido el bachillerato, ingresa en el seminario de Sandomierz donde hace los estudios sacerdotales y se ordena de presbítero el 26 de diciembre de 1918.

Su primer destino fue la parroquia de Ostrowiec, donde su vida corrió serio peligro pues se contagió de tifus al atender

pastoralmente a los afectados de esta enfermedad. Una vez restablecido se le envió a la Universidad de Cracovia para que hiciera el doctorado en derecho canónico, que obtuvo en 1923. Su siguiente destino fue Radom como prefecto de las escuelas profesionales, trabajo al que añadió el de confesor de varias comunidades religiosas y capellán de la cárcel.

Llegada la guerra se embarca en una gran labor de beneficencia destinada a todos los necesitados sin distinción, y por ello socorrió a protestantes, comunistas y judíos y a los prisioneros del campo de Radom, a algunos de los cuales amparó en su huida. Y por entonces le llega el nombramiento de párroco del Sagrado Corazón de Radom. Se encontraba distribuyendo víveres a los pobres, tras haber dicho misa, cuando el 7 de enero de 1941 era arrestado y llevado al campo de concentración de Auschwitz. Aquí sufrió tales torturas y malos tratos que tuvo que ser llevado al barracón hospital, donde fallecía el 2 de mayo de 1941. Fue beatificado el 13 de junio de 1999.

3 de mayo

A) Martirologio

1. Los santos Felipe y Santiago, apóstoles **.
2. En Antínoe (Tebaida), los santos Timoteo y Maura († 286), mártires.
3. En la Vía Nomentana, séptimo miliario desde Roma, los santos Evencio, Alejandro y Teódulo (s. III-IV), mártires.
4. En Narni (Umbría), San Juvenal (s. IV), obispo.
5. En Kildare (Irlanda), San Conleto († ca.520), obispo.
6. En el monasterio de Hohorst (Flandes), San Ansfrido († 1010), obispo de Utrecht.
7. En Kiev (Rusia), San Teodosio († 1074), abad *.
8. En Vercelis, Beata Emilia Bicchieri († 1314), virgen, de la Orden de Predicadores *.
9. En Kazimierz (Polonia), Beato Estanislao († 1489), presbítero y canónigo regular *.
10. En Susa (Italia), Beato Eduardo José Rosaz († 1903), obispo, fundador de la Congregación de Hermanas Terciarias de San Francisco **

11 En Sherbrooke (Canada), Beata María Leonia Paradis († 1912), virgen, fundadora de la Congregación de Hermanitas de la Sagrada Familia **

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTOS FELIPE Y SANTIAGO

Apostoles (s I)

Entre aquellos bienaventurados galileos que tuvieron la dicha inefable de ser llamados por Jesucristo a formar su Colegio apostólico los evangelistas enumeran a Felipe y a Santiago el Menor. Ambos respondieron con prontitud y generosidad al llamamiento que el Señor les hizo y le acompañaron desde el principio de su ministerio por aquellos caminos polvorientos de Palestina. Escucharon de sus mismos labios la predicación del mensaje de salvación que vino a traer a la tierra y fueron testigos de su milagro, de su gloriosa resurrección y ascensión a los cielos.

Felipe era natural de Betsaida de Galilea, la ciudad de Pedro y Andrés, a quienes tal vez le unían lazos de amistad. Al volver Jesucristo a Galilea con los tres primeros discípulos, Andrés, Pedro y Juan, después del breve ministerio que siguió a su bautismo en la región del Jordán, se encuentra con Felipe y le dice: «Ven y sígueme» (Jn 1,43); era la invitación que los rabinos dirigían a quienes querían constituir sus discípulos. Felipe responde con generosidad digna de admiración y, no contento con su respuesta personal, proporciona al maestro un nuevo discípulo. Encontrándose con Natanael le dice: «Hemos hallado a Aquel de quien escribió Moisés en la Ley y los Profetas, a Jesús, hijo de José, de Nazaret». A las palabras de extrañeza o admiración de Natanael, «¿Puede de Nazaret salir cosa buena?», responde sin vacilar: «Ven y verás».

No era éste el llamamiento definitivo, sólo tenía como finalidad primaria poner a aquellos hombres en contacto con Jesús. Aquél tuvo lugar más tarde a orillas del lago de Genesaret. Los tres evangelistas nos refieren que, después de haber pasado el Señor una noche en oración, reunió a la mañana siguiente a sus

discípulos y escogió a los doce que habían de formar el Colegio Apostólico. Después de las dos parejas de hermanos, Pedro y Andrés, Santiago y Juan, las listas presentan a Felipe, que había sido uno de los primeros llamados por Jesús (Mt 9,35-10,4; Mc 3,7-19; Lc 6,12-16).

En otras tres ocasiones aparece nuestro apóstol en escena. En la multiplicación de los panes Jesucristo debió entrever en Felipe un deje de compasión hacia la multitud que había seguido al Maestro al desierto y le pregunta: «¿Felipe, cómo vamos a dar de comer a tanta gente?». Él, echando una mirada sobre las turbas, exclama: «Doscientos denarios de pan no bastan para que cada uno reciba un pedazo». Seguramente no sospechaba lo que iba a hacer el Señor (Jn 6,5-7). Aparece, en otra ocasión, como mediador de aquellos prosélitos que se encontraban en Jerusalén con motivo de la Pascua. Éstos habían presenciado la entrada triunfal de Jesucristo en Jerusalén y querían verle de cerca. Tal vez Felipe, como podría insinuar su nombre, tenía algunos conocimientos de la lengua griega y por ello se dirigieron a él. Felipe, a su vez, lo dice a Andrés y ambos lo comunicaron al Señor (Jn 12,20).

La última intervención de Felipe que recogen los evangelistas tuvo lugar durante la última cena. Tomás había preguntado el lugar adonde iba a ir Jesús y el camino que llevaba a él, el Señor había contestado: «Nadie viene al Padre sino por mí». Anhelando entonces Felipe un conocimiento más profundo del Padre que le hiciese comprender mejor aquel discurso largo y misterioso a veces de Jesús, interviene diciendo: «Señor, muéstranos al Padre y nos basta». Él le contesta que esa aparición visible del Padre la tenían en él: «Quien me ve a mí ve al Padre» (Jn 13,8-11).

Por lo que se refiere a los años del apóstol que siguieron a la ascensión del Señor, carecemos de noticias que ofrezcan garantías de seguridad y hasta es posible que algunas de las que a él se atribuyen pertenezcan a Felipe el diácono. Como los demás apóstoles, permanecería durante unos años en Palestina y después marcharía a predicar el Evangelio fuera de sus fronteras. La tradición afirma que predicó en Frigia. Se dice que convirtió muchas almas, que hizo muchos milagros, que destruyó

una monstruosa víbora que adoraban los habitantes de la región. Se refiere, finalmente, que los magistrados, viendo los progresos que hacía el cristianismo, le prendieron, azotaron y amarraron a una cruz, muriendo el día 1 de mayo del año 54 según Baronio. Parte de sus reliquias fueron llevadas a Constantinopla y otra parte se venera en la iglesia de los Santos Apóstoles, de Roma.

Santiago nació en Caná de Galilea, situada cerca de Nazaret. Su padre se llamaba Alfeo. Su madre, María, estaba emparentada (probablemente prima hermana) con la Santísima Virgen, de modo que Santiago era primo del Señor. Los evangelistas no nos refieren intervención alguna particular de este apóstol; únicamente lo enumeran en las listas de los Doce (Mt 10,2-4; Mc 3,13-19; Lc 6,14-16). San Pablo refiere que Jesucristo resucitado, le distinguió con una aparición personal (1 Cor 15,7).

Los Hechos de los Apóstoles y la carta a los Gálatas ponen de relieve que Santiago ocupaba un puesto preeminente en la iglesia de Jerusalén. La primera vez que San Pablo subió a Jerusalén después de su conversión dice que fue para visitar a San Pedro y añade que no vio a ninguno de los otros apóstoles, sino a Santiago (Gál 1,18-19). Después de su liberación milagrosa de la cárcel por el ángel, San Pedro se presenta en casa de la madre de Juan Marcos, refiere cómo fue librado de la prisión y les dio este encargo: «Haced saber esto a Santiago y a los hermanos» (Hch 12,17). Refiriendo el último viaje de San Pablo a Jerusalén escribe San Lucas que los hermanos le recibieron con mucha alegría y que al día siguiente fueron con San Pablo a visitar a Santiago, a cuya casa concurrieron todos los presbíteros (Hch 21,15-18). En su carta a los Gálatas, San Pablo le llama, juntamente con Pedro y Juan, «columnas de la Iglesia» (2,9).

En el Concilio de Jerusalén tuvo una acertada intervención. Santiago defendía, lo mismo que los apóstoles San Pedro y San Pablo, que los gentiles estaban exentos del cumplimiento de la Ley mosaica. Sin embargo, conocedor como ninguno de la situación y circunstancias de los judíos convertidos, propuso que se impusiese a los gentiles el abstenerse de comer las carnes inmoladas a los ídolos, las no sangradas, la sangre misma y abstenerse de la fornicación, que, si bien está prohibida por la misma

ley natural, no era considerada como cosa grave por los gentiles. El parecer de Santiago fue aceptado por el concilio. Ello contribuiría a la unión de todos los cristianos, judíos y gentiles.

Los escritores eclesiásticos nos dan preciosas y edificantes referencias sobre el apóstol Santiago. Se dice que fue nombrado obispo de Jerusalén por los apóstoles Pedro, Santiago y Juan. Según Eusebio, San Juan Crisóstomo y otros, fue el Señor mismo quien le había designado para tal misión. La presencia de Santiago en la Ciudad Santa fue una bendición especialmente para los judíos; su profundo amor y observancia de la ley, su asiduidad en ir al Templo a orar, su gran parecido con los santos del Antiguo Testamento les cautivó y facilitó el camino para la fe en Jesucristo al ver que podían conservar su veneración por Moisés y adorar en el Templo al Dios de Israel.

Una tradición atestiguada por Hegesipo y recogida por Eusebio dice que judíos y cristianos le designaban con el apelativo «el justo», que llevó una vida sin mancha y austerísima, absteniéndose de vino y licores, y que su vestido era de lino. Se refiere también que se postraba con tal frecuencia para orar al Señor que en sus rodillas se habían formado gruesos callos. Sus miembros estaban como muertos, dice San Juan Crisóstomo. A todo ello añadió una bondad admirable y con todo ello supo mantener la unión entre los cristianos de Jerusalén.

Escribió una de las cartas apostólicas que lleva su nombre, dirigida a las doce tribus de la dispersión. En esta época los judíos se encontraban dispersos en todas las provincias romanas y hasta más allá del Éufrates, afirma Josefo. Santiago les dirige una carta que viene a ser un conjunto de preciosas sentencias más que un conjunto lógicamente encadenado. En ella les exhorta a la paciencia en las pruebas y tentaciones, lo cual conduce a la perfección, al amor fraternal sin acepción de personas; les instruye sobre la doctrina de la fe y las obras, «la fe —les dice—, si no tiene obras es de suyo muerta» (2,17); les recomienda que eviten los pecados de lengua; les enseña a discernir la verdadera de la falsa sabiduría; hace serias advertencias a los ricos que han adquirido sus riquezas con injusticias para con sus obreros y ponen en ellas su corazón. Termina con las palabras que el concilio Tridentino ha interpretado como promul-

gación del sacramento de la extremaunción: «¿Alguno entre vosotros enferma? Haga llamar a los presbíteros de la Iglesia y oren sobre él, ungiéndole con óleo en el nombre del Señor; y la oración de la fe salvará al enfermo, y el Señor le aliviará y los pecados que hubiere cometido le serán perdonados» (5,14-15).

Josefo refiere que fue condenado a ser lapidado por el sumo sacerdote Anás II, quien aprovechó para ello el intervalo transcurrido entre la muerte del procónsul Festo y la llegada de su sucesor Albino I el año 62. Hegesipo refiere con detalle su martirio: dice que fue arrojado de las almenas del Templo; pudo incorporarse y, poniéndose de rodillas, oraba por sus asesinos; el populacho arrojó sobre él una granizada de piedras y, por fin, un batanero le golpeó en la cabeza con el cabestán hasta dejarle muerto. Allí mismo se le dio sepultura. Hoy se muestra su sepulcro frente al ángulo sudeste de la muralla de la ciudad.

La Iglesia unió las festividades de ambos apóstoles mártires y la ha celebrado el día 1 de mayo hasta el año 1955. En este año señaló dicha fecha para la fiesta de San José Obrero y trasladó la festividad de San Felipe y Santiago al día 11 del mismo mes.

GABRIEL PÉREZ

Bibliografía

Act. SS. Boll, 11 de mayo.
Art. «Jacques le Mineur», en A. VACANT - E. MANGENOT - E. AMANN, et al. (dirs.), *Dictionnaire de théologie catholique.* VIII/1 *Isaac-Jeûne* (París 1947).
CHAINE, J., *L'épître de saint Jacques* (París 1927).
JACQUIER, E., *Les Actes des Apôtres. Commentaire* (París ²1926).
LAGRANGE, M.-J., *Évangile selon saint Marc* (París 1911).
TILLEMONT, L. S. DE, *Mémoires pour servir à l'histoire ecclésiastique des six premiers siècles..*, I (Venecia) 385s; 639s; etc
• Actualización:
«Martirio de Santiago, "hermano del Señor" y obispo de Jerusalén», en D. RUIZ BUENO (ed.), *Actas de los mártires* (Madrid ⁵2003) 203-211.

BEATO EDUARDO JOSÉ ROSAZ

Obispo y fundador († 1903)

Turín es una población italiana que está llena de misterios. Empieza por la Sábana Santa. Sigue con el equipo de fútbol, el

Torino. En fin, eso es lo que dicen los guías de turismo cuando llegas a Turín. Es un misterio.

Dos horas tuvimos que estar esperando a ver aquella Sábana Santa. Pero la vimos de verdad. Porque otras veces enseñan una copia, una reproducción. Pero nosotros vimos la sábana de verdad. Y nos lo creímos todo; merecía la pena.

Y en aquel recinto sagrado, en el pueblo de Susa, nació nuestro amigo Eduardo Rosaz el 15 de febrero de 1830. Sus padres se llamaban Romualdo y Josefa.

Era de una complexión débil, de frágil salud. Cuando el crío tenía diez años, la familia se trasladó a Turín, y ya se sabe, a estudiar. Cuando Eduardo tenía 16 años, murió el padre, y al año siguiente, un hermano. Luego volvió toda la familia a Susa; eran traslados normales de una familia que tenía que acoplarse a las diversas circunstancias de la vida.

El caso es que Eduardo, a los 17 años, ingresó en el seminario de Turín y, por devoción, se inscribió en la Tercera Orden de San Francisco.

Se ordenó sacerdote en 1854. Tenía 24 años. Podemos decir que era un cura normal, con trabajos normales de cura diocesano: catequesis, confesiones, predicación y obras sociales a favor de las familias más necesitadas.

Es agradable contemplar a un sacerdote que le «suben» a los altares simplemente porque fue un buen sacerdote. Apenas hizo milagros ni regentó ninguna cátedra en París. Era un buen cura.

¿De qué vivía con tanta fuerza su sacerdocio? De la Eucaristía. La meditación, la oración, la misa, la adoración eucarística... todo eso que ha sido siempre fuente de espiritualidad para el sacerdote diocesano.

Francia ha sido siempre foco luminoso para el clero diocesano. Parece que allí se fraguaba con facilidad una espiritualidad que consistía en ser de veras lo que de veras eres. ¿Tú eres sacerdote? Pues bastante tienes con eso para ser un santo de verdad.

Uno de sus biógrafos nos cuenta un buen resumen de su vida:

En 1856 acoge las primeras muchachas desamparadas y da inicio al Retiro, casa de acogida para muchachas abandonadas. Establece el mes de María, como ocasión para una catequesis de adultos de todo un mes Inicia igualmente el intercambio de servicios entre los sacerdotes de la región.

Con frecuencia emprende peregrinaciones a pie a santuarios significativos. Ejerce la capellanía de las cárceles y es rector del «Colegio cívico». Todo cuanto recibe por herencia o por otros títulos, lo invierte en sus obras apostólicas

Su apostolado y toda su vida llevan la marca de la caridad, la pobreza, la hospitalidad y la prudencia. Renunciando a su origen burgués y acomodado, vive en pobreza y no pocas veces debe «recurrir a la mesa del Señor» para sostener sus obras, e inclusive para su propio sustento.

El 8 de diciembre de 1874 tres de las muchachas de su Retiro toman el hábito de la Tercera Orden Franciscana, y así comienza la Congregación de las Hermanas Franciscanas Misioneras de Susa.

Y tanta fuerza llevaba en su interior nuestro buen Eduardo, que el 1874 (con 44 años) fue nombrado rector del Seminario de Susa. Tenía una fórmula muy sencilla: «Firmeza dulce y dulzura firme».

En este trabajo de la dirección espiritual de los jóvenes seminaristas, un día fue sorprendido con el nombramiento de obispo de Susa. La catedral se llenó de gloria el día 24 de febrero de 1888, cuando recibió su consagración episcopal. Como obispo fue ejemplo de celo, de prudencia pastoral, de abnegación y de dinamismo misionero. En una palabra, se dedicó por entero al clero y fue un auténtico pastor Potenció el seminario y visitó varias veces la diócesis, hasta las parroquias más alejadas

Hay un detalle en la vida de este hombre que nos llena de agrado. Y es que tuvo especial relación con tres santos famosos de su tiempo: José Cafasso, Don Bosco y el santo cura de Ars.

Qué casualidad, que se hubieran juntado estas cuatro personas en diversas ocasiones. Qué casualidad y qué gran encuentro.

JOSE CAFASSO había nacido en Castelnuovo d'Asti en 1811. Era mayor que Eduardo. Este grandioso hombre fue el consejero de todos los sacerdotes de la diócesis de Turín. Su honda espiritualidad le había granjeado el favor de todos los clérigos de su tiempo. Era director de una asociación sacerdotal que sólo pretendía la santificación de los sacerdotes: el «Directorio para sacerdotes». Y desde ese puesto de responsabilidad trataba con todos los curas más famosos de su tiempo. Uno de los discípulos más ilustres fue Don Bosco. Otro, Eduardo. Era gran predi-

cador, ejercitaba la caridad con numerosas limosnas, daba ejercicios espirituales al clero, fue director de una casa de ejercicios espirituales. Celebrando misa parecía un ángel. Murió a los 49 años, en 1860, cuando Eduardo solo tenía 30. Pero se habían conocido lo suficiente para sentir admiración el uno por el otro.

Otro amigo era DON BOSCO. ¿Para qué describir la personalidad de este hombre tan extraordinario? ¿Por qué se juntan los santos? Siempre ocurre lo mismo. Los santos crecen en racimo. Y no porque coincidan en el tiempo; es que se buscan para apoyarse los unos a los otros. No son piezas aisladas de mármol; son uvas que crecen en racimo. Podría decirse, con alguna exageración, que el santo solitario no es santo. Juan Bosco había nacido a 25 kilómetros de Turín, la ciudad encantada. Era un mozarrón vigoroso y aún no sabía leer. Pero entró al seminario y a los 25 años estaba celebrando su primera misa en Turín. Y su apostolado, como sacerdote, fue esplendoroso. Luego fundó la Congregación de los Salesianos, que tanta gloria ha dado a la Iglesia. Pues bien, Don Bosco era amigo de Eduardo.

Otro personaje cercano a nuestro amigo fue el santo cura de Ars, JUAN MARIA VIANNEY. Turín y Lyón pertenecen a naciones distintas, pero no están lejos. De forma que los dos santos pudieron tratarse mucho. Murieron con un año de diferencia. El cura de Ars murió un año antes que Eduardo.

La unión de estos cuatro curas santos conmueve a cualquiera. Que se ayudaran, se conocieran, se comunicaran, es un detalle que llena de gozo a los curas de hoy. Es un encanto verlos juntos.

En 1991, el 14 de julio, interrumpiendo sus vacaciones, el papa Juan Pablo II se presentó en Susa para beatificar a Eduardo, como merecedor de elogios en todo el clero diocesano. En la homilía de este día glorioso, el Papa decía así:

> «En su primera carta pastoral (1878), Mons Eduardo Rosaz saludaba asi a la comunidad diocesana que la divina Providencia le habia confiado "En el nombre del Señor vengo a vosotros y abrazo como esposa a la Iglesia de Susa, que desde los años de mi juventud he seguido con veneracion y amor" Y agregaba "Estoy aqui, en medio de vosotros recibidme, os lo ruego, con animo benevolo Mi compromiso y mi deseo es hacerme todo a todos, ganaros a todos para Cristo"

Queridos hermanos y hermanas, recorred todos el camino señalado por el beato Rosaz, que hoy la Iglesia nos presenta como modelo para imitar y protector celestial para invocar Vuestra diocesis, situada a los pies de los Alpes, os permite contemplar la majestuosidad de las montañas, que en su silencio secular expresan el misterio de Dios e invitan a mirar a las alturas "Sursum corda", ¡arriba los corazones! Nos ayudan a elevar el espiritu hacia los cielos, de los que habla la carta a los Efesios (cf 1,3)

El se sintio un llamado, un evangelizador, un apostol de Dios, que es amor Entendio que su mision consistia en cooperar con el plan divino "de hacer que todo tenga a Cristo por cabeza, lo que esta en los cielos y lo que esta en la tierra" (Ef 1,10) Y esto mediante la obediencia filial a la voluntad divina y el amor al projimo Respondio a las expectativas de sus hermanos, sobre todo de los pobres, con la caridad del corazon de Cristo, sin retorica, de manera concreta, pagando personalmente Para seguir al Señor, se hizo peregrino, mendicante, con el espiritu del sacerdote y obispo humilde, alegre y confiado en la Providencia Y en este espiritu, de estilo franciscano y lleno de la sencillez montañesa de los habitantes de Susa, quiso orientar la congregacion de las Religiosas Terciarias que fundo, para que en los retiros, en las casas para ancianos y en cualquier parte donde fuese necesario, evangelizaran con el lenguaje de la caridad Caridad que no es solo limosna o asistencia esporadica, sino, sobre todo, acogida y servicio, ver a Jesus en el projimo y proclamar concretamente el Evangelio de la salvacion»

La tarde del domingo 14 de julio de 1991, durante su visita a la diocesis de Susa, el Santo Padre tuvo con las religiosas de la Congregación de las Franciscanas Misioneras de Susa, a cuyo fundador, mons. Rosaz, había beatificado por la mañana, un encuentro en la sede del instituto. El Papa les dirigió estas palabras. Luego, se recogio en oracion ante la tumba de mons. Rosaz.

«Queridas hermanas

Es casi una peregrinacion la que quiero realizar junto con vosotras a esta —por llamarla asi— "Porciuncula" de vuestra benemerita familia religiosa En efecto, entre estas paredes, bajo la mirada sonriente de la Inmaculada Madre de Dios, Mons Rosaz dio vida el 8 de diciembre de 1874 a sus Terciarias Franciscanas, con la toma de habito de Altonsa Pasquinelli

Nos encontramos aqui hoy para recordar y escuchar Si, para escuchar a vuestro amado padre fundador que aun hoy habla a sus hijas, repitiendoles esas palabras antiguas y siempre actuales que las alientan y sostienen en el camino de la "santa aventura" que han comenzado con el fin de responder a la invitacion del Señor

Es cierto que, si la gracia de la vocación religiosa es gracia extraordinaria, sublime, que une íntimamente el alma a Dios, también es gracia que exige mayor correspondencia.

No os canséis de prestar oídos a la voz de Mons. Rosaz; seguid sondeando la profundidad de su corazón para captar el secreto de su vida de entrega y amor; como él, sed valerosas en la escucha de la Iglesia y de los hombres para poder responder a sus llamamientos con esa característica de disponibilidad y alegría, de acogida y misericordia que constituye vuestro signo distintivo de franciscanas: así seréis el ejemplo más elocuente de ese "Evangelio de la caridad" que animó toda la existencia de vuestro fundador.

Siguiendo su ejemplo, amad a la Iglesia, amadla con un amor apasionado, fuerte, generoso y fiel; sois conscientes de que también ella os ama y os pide un testimonio ferviente y gratuito, un servicio desinteresado y fiel».

FÉLIX NÚÑEZ URIBE

Bibliografía

http://www.franciscanos.net/teologos/santoral/5mayo.html.

http://www.franciscanos.or/osservatore/eduardorosaz.html.

AAS 84 (1992) 402s; 947s.

CALABRESI, G., *Mons. Edoardo Giuseppe Rosaz vescovo di Susa nella vita e nelle opere* (Susa 1913).

GRISA, L., *Le «Rose» del Vescovo. Mons. Edoardo Rosaz, il primo beato segusino (1830-1903)* (Borgone di Susa 1993).

MORERO, V., *Rosaz, il vescovo dei poveri* (Fossano 1991).

ROSSETTI, F., *Mons. Edoardo G. Rosaz, fondatore delle Suore Terziarie di S. Francesco di Susa* (Siena 1969).

BEATA MARÍA LEONIA PARADIS

Virgen y fundadora († 1912)

El 11 de septiembre de 1984, durante su primer viaje apostólico a Canadá, Juan Pablo II beatificó en el Parque Jarry de Montreal a una mujer de aquella tierra, «humilde entre las humildes», María Leonia Paradis. Era la primera beatificación que se celebraba en el continente americano y por supuesto en territorio canadiense. En aquella ceremonia el Papa contó los principales rasgos biográficos e hizo la semblanza espiritual de la beata, pero, sobre todo, explicó el itinerario de humildad que había elegido para su vida, con la convicción de que, como Cristo, no había venido a ser servido sino a servir (Mt 20,28).

Este descubrimiento se lo transmitió a sus hijas espirituales, las Hermanitas de la Sagrada Familia, en forma de compromiso especial: servir en centros de educación, en seminarios y en casas de sacerdotes. A esto se dedicó su fundación.

> «No temía —dijo el Papa— las diversas formas de trabajo manual, que es la tarea de muchas personas hoy en día y fue honra de la Sagrada Familia y de la vida misma de Jesús de Nazaret En ello precisamente vio la voluntad de Dios para su vida Realizando estas tareas encontró a Dios En los sacrificios inherentes a este trabajo y ofrecidos por amor, experimentó alegria y paz profundas»

Y acabó diciendo que María Leonia imitó la disponibilidad de María.

Disponibilidad, servicio, humildad definen muy bien el horizonte de su vida consagrada, pero fue la suya una vida de absoluta cotidianidad, a la que nunca se le cayeron los anillos por servir, de la que llegó a escribir que el «título de sirvienta es nuestro título de nobleza», y por lo que encajaba en su carisma el «seamos las últimas y ocupemos a gusto nuestro puesto». Pero ¿cómo se fueron abriendo y creciendo en su vida estos caminos de servicio?

María Leonia Paradis nació el 12 de mayo de 1840 en Acadie, en Quebec, entonces diócesis de Montreal y hoy de San Juan de Longueil, un pueblo de campesinos, donde sus padres José Paradis y Emilia Gregoria vivían con modestia económica. María era la única niña de una familia de seis hermanos y todos la llamaban Élodie, pero su verdadero nombre bautismal era el de Alodia Virginia. Encauzada por la dulzura de su madre y la firmeza de su padre, la llevan a estudiar, con nueve años, al internado de las Hermanas de la Congregación de Nuestra Señora de Laprairie. Con esta primera impregnación infantil, en la que su madre tuvo extraordinaria importancia, Élodie ingresa como postulanta en Saint-Laurent, en febrero de 1854, en las Hermanas Marianitas, rama femenina de la Congregación de Santa Cruz, fundada en 1837 por el hoy Venerable Basilio Moreau, nacido en Le Mans (Francia), y recién implantada en Canadá. Precisamente en uno de sus viajes a este país, el fundador de las marianitas aceptó que Élodie emitiera sus votos, a pesar de la fragilidad de su salud. Era el 22 de agosto de 1857 y la profesa tenía 17 años cumplidos.

Comienza a partir de este momento y durante algunos años un itinerario que parecía alejarla de su verdadera vocación, que era servir a los sacerdotes. En realidad ella se había sentido atraída por esta congregación integrada por tres sociedades —sacerdotes, hermanos y hermanas— porque establecía una estrecha relación entre sus tres ramas, que reproducían la imagen de la Sagrada Familia. Después de su profesión y hasta 1862 estuvo dedicada a la enseñanza en los alrededores de Montreal, pasa después ocho años en el orfanato de San Vicente de Paúl de Nueva York y en 1870 ingresa en la rama americana de las Hermanas de Santa Cruz —un grupo que había obtenido una cierta autonomía con respecto a las marianitas— en Indiana, donde enseña labores y da clases de francés en la Academia Santa María. Su estancia de doce años en Estados Unidos había entretenido y retrasado su deseo vocacional de atender a los sacerdotes, pero a cambio le otorgaba una gran soltura en el uso del inglés que facilitaría su futura misión.

De Indiana regresa, en el otoño de 1874, a Canadá, a la ciudad de Memramcook, en la provincia de Nouveau-Brunswick, para hacerse cargo del equipo de hermanas que llevaba las tareas domésticas en el colegio de San José, dirigido por Camilo Lefèbvre, sacerdote de la congregación de Santa Cruz. Aquí, en su tierra natal, encuentra Leonia no sólo su vocación sino también multitud de vocaciones, chicas generosas dispuestas a seguir sus pasos. Y así fue. El reclutamiento fue tan grande y el vivero tan floreciente que cinco años después se plantea en el capítulo general de Padres de Santa Cruz la creación de un nuevo instituto independiente que, con el nombre de Hermanitas de la Sagrada Familia, fuese dirigido por sor María Leonia.

Se constituyó el instituto y funcionaba con buena armonía, pero no conseguía su aprobación canónica. El padre Lefèbvre, que había sido capellán y valedor de la nueva comunidad, muere en 1895 sin conseguir que el obispo de la diócesis de Saint Jean Nouveau-Brunswick, monseñor John Sweeney, le diera el reconocimiento diocesano a la comunidad. Es otro obispo, el de Sherbrooke, monseñor Paul Laroque, que está buscando religiosas para atender su seminario y su obispado, el que le dará la aprobación en 1896. Para entonces ya sor María Leonia había

tomado la decisión de trasladar a Sherbrooke, en la provincia de Quebec, la casa madre y el noviciado de las Hermanitas de la Sagrada Familia. Pero la aprobación pontificia no llega hasta 1905, cuando San Pío X acepta que el nuevo instituto se desvincule de las Hermanas de la Santa Cruz y pueda vestir el hábito propio de las Hermanitas de la Sagrada Familia. Así sor María Leonia sólo vistió el hábito de su fundación desde 1905 hasta el 3 de mayo de 1912, día en que murió repentinamente a los 72 años de edad en la casa madre de Sherbrooke, lugar donde reposan sus restos. El instituto contaba en aquel momento con 38 fundaciones en Canadá y en Estados Unidos y unas 600 hermanas. De todos modos, ella que sufrió tantas contrariedades en el afianzamiento canónico de su institución, no llegó a conocer la aprobación definitiva de sus constituciones.

Por lo que cuentan quienes la trataron, sor María Leonia era de poca estatura, de mucha profundidad en la mirada, y de una atrayente sonrisa que transmitía alegría y cordialidad. El obispo Laroque dijo de ella que «tenía siempre los brazos abiertos y el corazón en la mano, una buena y franca sonrisa en los labios, acogiendo a todos como si se tratara de Dios mismo. Era todo corazón». Este talante y sobre todo su capacidad para servir, para elegir ser «una ama de casa del sacerdocio», creando una atmósfera «de pureza y de paz, de orden y de discreción», actuando con delicadeza, dedicación, espíritu apostólico y realismo, fueron sin duda las mejores razones de su vida.

Una vida que es un buen ejemplo de promoción de la mujer. Dentro de su familia religiosa muchas jóvenes han emprendido un camino de maduración, de crecimiento espiritual y cultural, practicando la virtud de la sencillez, la humildad, la obediencia y la caridad y dedicándose a un servicio que no parece ilusionar demasiado a una sociedad más pendiente de ser servida y a la cual las labores domésticas no le merecen ningún aprecio. María Leonia imprimió a sus hermanas una espiritualidad realista, muy acorde con el carisma cotidiano y familiar. Ella misma describía con estas palabras su misión·

> «Ayudar al sacerdote material y espiritualmente [ ] Las Hermanas tendran por el sacerdote de la casa donde trabajan un respe to profundo y veneraran en el la persona misma de Cristo Ellas no se olvidarán jamas de cumplir las tareas de las santas mujeres del

Evangelio con el Señor, este ministerio, visto con ojos de fe, habra de ser considerado sublime»

La espiritualidad que imprimió a las Hermanitas de la Sagrada Familia estaba precisamente inspirada en la familia de Nazaret, en la vida de Jesús, María y José antes del ministerio público de Cristo, reflejo de una vida simple, generosa y laboriosa El ideal de vida propuesto, inspirado en la actitud de María, daría el retrato de mujeres consagradas, al servicio de los sacerdotes, discretas, humildes, hacendosas, fuertes y valerosas, «mujeres que están cerca de Dios y viven en la gloria». María Leonia Paradis se había propuesto desde muy pronto servir al Eterno Sacerdote y lo hizo colaborando con los sacerdotes para librarlos de sus tareas más temporales, fundando un instituto que se ocupara del servicio doméstico. Su veneración por los ministros de la Eucaristía, de la que siempre fue la beata rendida adoradora, la llevó a echarles una mano en su apostolado y a ayudarlos material y espiritualmente. Siempre había pensado que, como las mujeres que seguían a Jesús, ella tenía que ser tambien discípula, testigo y colaboradora.

«Los sacerdotes —decia— tienen necesidad, me parece, de auxiliares en su tarea de apostolado y nadie lo parece sospechar Este pensamiento me obsesiona sin descanso»

Creó en las casas de sacerdotes y en los seminarios un clima de gran familiaridad y profundo respeto, de verdadero Nazaret, de tal manera que hacía de madre y de hermana. Con inteligencia, simpatía y sentido práctico desempeñó el servicio doméstico, pero también su espíritu de fe la hacía saber que servía a Cristo en la persona del sacerdote. «Poned ánimo y generosidad al servicio de Dios en la persona de sus ministros y de sus obras», les decía a sus hermanas, insistiendo en la dimensión espiritual del sacerdocio. Esto no quería decir que desconociese a los sacerdotes ni que ignorase sus defectos, pues aconsejaba a las hermanas que evitaran hablar de ellos «por miedo a no poder hablar bien»

Esta menuda y sonriente religiosa canadiense, de carácter abierto, que amaba a Dios con la entrega de un niño y confiaba en él como en un padre, es un magnífico ejemplo de humildad, de caridad y de servicio. Una de las características más visibles

de su personalidad fue su amor al trabajo. Sin tomarse un respiro ni un descanso. Ésta era una de sus frases favoritas: «¡Trabajemos, hijas, ya descansaremos en el cielo!». Murió María Leonia Paradis, pese a su frágil salud, en plena actividad, cuando acababa de presidir un consejo general de su instituto de Hermanitas de la Sagrada Familia. Ni siquiera contó con unos minutos tranquilos para morir.

JOSE ANTONIO CARRO CELADA

Bibliografía

CIMICHELLA, A., *Marie-Leonie Paradis, ses multiples et mystérieux chemins (1840-1912)* (Montreal 1980)

GENDRON, T., «Mère Marie-Léonie Fondatrice des Petites Soeurs de la Sainte-Famille»: *Prions en Eglise* (1999) n.157.

L'Osservatore Romano (ed. en español) (23-9-1984) 4-5.

«M. L. Paradis fondatrice delle Suore della Santa Famiglia»: *L'Osservatore Romano* (12-9-1984) 7.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN TEODOSIO DE KIEV

Abad († 1074)

Llamado por algunos el padre del monaquismo ruso, San Teodosio es el verdadero fundador del Monasterio de las Grutas junto a Kiev en Ucrania, ya que él lo transformó en tal. Nació en Vasilev, región de Kiev, el año 1029 en una familia acomodada. Desde niño manifestó su inclinación a la piedad y siendo aun muy joven se unió a San Antonio de Kiev y recibió el hábito monástico en 1055.

Su observancia de la vida religiosa y su intensa piedad le acreditaron entre los monjes, que lo eligen hegúmeno el año 1062. Él dio nuevo impulso y nueva dirección a la vida monástica enderezándola hacia el modelo cenobítico. Los monjes dejaron de vivir en grutas para vivir en edificios, se construyó una iglesia según los cánones bizantinos, que se dedicó a la Virgen María, y se adoptó la regla estudita del patriarca Alejo de Constantinopla.

Teodosio cuidó que toda la vida del monasterio estuviera impregnada del espíritu de oración, austeridad y trabajo. Doctrinalmente siempre quiso ser fiel a la ortodoxia bizantina. Murió el 3 de mayo de 1074. Fue canonizado en 1108.

BEATA EMILIA BICCHIERI

Virgen († 1314)

Se la ha tenido por terciaria regular de la Orden de Predicadores, pero más parece que su monasterio lo fue de la Segunda Orden. Ella nació en Vercelis en 1239 en una familia acomodada.

Siendo aún joven fundó en las afueras de su ciudad un convento de dominicas en el que ella profesó y del que ella fue elegida priora años más tarde, en 1273, y lo sería varias veces más. Devota de la eucaristía, de la pasión del Señor y de la Virgen María, dio un gran ejemplo de regularidad y observancia a sus hermanas, y aun siendo priora no quiso sustraerse de los trabajos más humildes del monasterio, que solicitaba para sí y realizaba con una gran alegría, edificando con su humildad a todas las monjas.

Acogió en el monasterio a jóvenes educandas y se ha dicho que fue la inauguradora de este apostolado en la Orden. Insistía mucho en la necesidad de la rectitud de intención en todas las cosas y en el espíritu de continua gratitud a Dios por todos sus beneficios, invitando siempre a las hermanas a vivir en continua oración, con el corazón ocupado enteramente en Dios. Murió el 3 de mayo de 1314. El culto que se le daba desde su muerte lo confirmó el papa Clemente XIV el 19 de julio de 1769.

BEATO ESTANISLAO DE KAZIMIERZ

Presbítero († 1489)

Estanislao Soltys nace en Kazimierz, junto a Cracovia, el 27 de septiembre de 1433. Recibe una esmerada educación cristiana en su familia y hace los primeros estudios en la escuela de

Corpus Domini, de su ciudad, pasando luego a la Universidad Jagellónica donde se gradúa en filosofía y teología.

Terminados los estudios, se decide por la vida religiosa e ingresa en la Congregación de Canónigos Regulares de Letrán, en cuya escuela se había educado. Hace el noviciado y profesa los votos religiosos, y seguidamente recibe las sagradas ordenes.

Una vez sacerdote, se destaca como excelente confesor y director espiritual y como fervoroso predicador de la palabra divina. Tuvo varios cargos en la comunidad, como los de viceprior, maestro de novicios y profesor en la adjunta escuela que regentaba su Orden. Observante riguroso de la regla y muy exigente consigo mismo, demostraba una gran caridad con los pobres y menesterosos, a los que socorría con todo empeño. Llenó su vida de obras de apostolado y de misericordia, que ya en vida lo acreditaron a los ojos de todos como santo. Murio el 3 de mayo de 1489.

Desde su muerte ha sido objeto de culto popular y se le ha dado el apelativo de beato, pero su culto nunca ha sido objeto de confirmación por parte de la Santa Sede. No obstante lo cual, su nombre ha sido incluido en el nuevo *Martirologio romano.*

4 de mayo

A) Martirologio

1 En Cirta (Numidia), los santos Agapio y Secundino, obispos, junto con Emiliano, lector, Tertula y Antonia, vírgenes, y una mujer anónima con sus dos hijos († 258/259), mártires *

2 En Nicea de Bitinia, Santa Antonina (s III IV), mártir

3 En Lorch (Austria), San Florian († 304), mártir

4 En las minas de Fano en Palestina, santos Silvano († 304), obispo de Gaza, y treinta y nueve compañeros igualmente condenados a las minas

5 En Varsovia (Polonia), Beato Ladislao de Gielnow († 1505), presbítero, de la Orden de Menores *

6 En Londres (Inglaterra), los santos Juan Houghton, Roberto Lawrence y Agustín Webster, monjes cartujos, y Ricardo Reynolds, monje brigidiano, presbíteros y mártires Con ellos fue martirizado el Beato Juan Haile († 1535), párroco de Isleworth **

7 En Tréveris (Alemania), Beato Juan Martín Moye († 1793), presbítero, de la Sociedad de Misiones de París, fundador de las Hermanas de la Providencia **

B) Biografías extensas

SAN JUAN HOUGHTON, SAN ROBERTO LAWRENCE, SAN AGUSTÍN WEBSTER, SAN RICARDO REYNOLDS Y BEATO JUAN HAILE

Presbíteros y mártires († 1535)

El martirio de los cartujos ingleses tuvo una gran repercusión en la cristiandad católica, especialmente en la sociedad española del siglo XVI y XVII. La fiesta de hoy recoge en realidad sólo a un pequeño grupo de los muchos monjes cartujos que padecieron el martirio por su fe con diversos intervalos de tiempo de modo que en cinco años fueron ejecutados cerca de veinte cartujos. A los tres priores, Juan, Roberto y Agustín, se les añadieron en el momento del juicio otros dos compañeros, el religioso brigidiano Ricardo y el presbítero Juan, y los cinco sufrieron juntos la condena y la muerte el mismo día, siendo los protomártires del cisma anglicano.

El dato fehaciente de la admiración del martirio de los monjes cartujos lo hallamos ya en la cartuja de Jerez de la Frontera (Cádiz) en donde los monjes encargaron a Zurbarán, exactamente un siglo después, en 1638 que les representara al «Beato Houtón» (como castellanamente se le conocía) entre una galería de ocho santos monjes cartujanos de todos los países. El «pintor de los frailes», como admirativamente fue conocido el extremeño Zurbarán, pintó esa galería de santos monjes como un conjunto que habría de adornar un largo pasillo que conducía al sagrario de la Cartuja. Por este pasillo sólo cabía una persona, por lo que estos santos y beatos eran una compañía celestial que anticipaba el lugar sagrado al que se iba a acceder. El efecto de «corte acompañante» está subrayado por su tamaño cercano al natural y por el realismo con que Zurbarán consiguió pintar a cada uno de ellos, individualizados como si fueran auténticos retratos En el de San Juan Houghton encontramos los signos

de su martirio (horca y descuartizamiento); al cuello lleva una cuerda cortada y sostiene en su mano su propio corazón a modo de ofrenda que entrega a Dios a quien mira apasionadamente. Viste un purísimo hábito blanco lleno de sombras y gamas blancas y grises que confieren variedad a la casi bicromía del lienzo. La blanca figura destaca con efectismo sobre un fondo muy oscuro de paisaje crepuscular. Este bellísimo retrato, lleno de piedad mística y sobrenatural, explica, como ninguno, cómo supieron los cartujos y el pintor captar la vida y el martirio de aquel defensor de la fe al que las circunstancias le hicieron adalid de sus hermanos en religión. (El cuadro puede verse hoy en el museo provincial de Cádiz).

La biografía de Juan Houghton, como la de sus otros cuatro compañeros, es breve, porque hay que tener presente que, como sucede en muchos casos martiriales, la historia antecedente de los mártires queda oscurecida y como olvidada ante la luz esplendorosa de su última aventura testimonial de su fe en Cristo.

Juan Houghton nació en Essex en 1487, de una buena familia que pudo enviarlo a realizar estudios universitarios en Cambridge, que por aquel entonces tenía como Canciller a Juan Fisher. El joven estudiante después de obtener los grados académicos en ambos derechos, el civil y el canónico, supo que sus padres le tenían apalabrado un buen matrimonio, sin embargo, él ya hacía tiempo que experimentaba la llamada de Dios al sacerdocio y, tras consultarlo con un amigo sacerdote al que encargó que mediase ante su familia, optó por ordenarse como presbítero.

Desempeñó fielmente su cargo pastoral durante cuatro años, pero a los veintiocho años entró en la cartuja muy cerca de Londres llamada *Domus salutationis Beatae Mariae Virginis*. Se recuerda de él que fue un novicio y un joven profeso modelo de humildad, obediencia y amor a la austeridad cartujana. Pasó por varios cargos comunitarios hasta que fue nombrado prior de la Cartuja de Londres, siendo, además, elegido por la orden como co-visitador de la región inglesa. Mostró en estos cargos una de sus más estimables cualidades, el de una paciencia más que heroica teniendo que soportar en silencio actitudes rebeldes o incluso golpes dados por un súbdito violento; además, su celo se mostraba celebrando el culto divino de una manera sobresalien-

te y edificante, especialmente la Eucaristía, que siempre celebraba con mucho fervor. A su vida podría aplicársele lo que escribe San Ambrosio en el libro sobre la virginidad: «La virginidad merece nuestros elogios no porque la encontramos entre los mártires sino porque ella hace mártires».

Una persecución martirial en la católica Inglaterra de principios del siglo XVI parecía algo imposible y, sin embargo, no iba precisamente a tardar mucho en aparecer. Fue el fruto maligno de unos deseos dinásticos obsesivos. Enrique VIII no pudiendo tener descendencia masculina de su esposa la reina Catalina de Aragón, empezó a buscar en otra parte y desear consecuentemente la anulación de su matrimonio. No pudiendo obtenerla del Papa, obligó al Parlamento inglés a votar una ley por la que se declaraba la independencia de Inglaterra del poder y la jurisdicción espiritual del papado romano y le otorgaba al rey dicho poder para constituir así una Iglesia inglesa independiente. Consumado el cisma, vino todo lo demás: el repudio de Catalina y de su hija María, y el casamiento del rey con Ana Bolena.

La obsesión real de hacer comulgar a todos con sus principios y consecuencias contra la fe y la unidad de la Iglesia acababa de empezar. Una secuela de trágicos desmoronamientos de la fe (especialmente entre la mayoría de los obispos) por una parte y de injustos juicios y ejecuciones, por otra, iba a ser su fruto sangriento y la fracción de la unidad de la Iglesia.

Por lo que atañe al martirio de los cartujos, diremos que, aunque en los primeros momentos no fueron molestados, ya en 1534 los comisarios del rey se presentaron en la cartuja de Londres exigiendo a los monjes que jurasen y aceptasen las nuevas disposiciones reales sobre la sucesión al trono. El prior quiso salir al paso y soslayar la cuestión diciendo a los enviados que ellos eran unos sencillos religiosos y que no tenían ningún deseo de inmiscuirse en los asuntos regios. No le valió la argucia y aunque el proceso posterior fue largo y complejo diremos en resumen que, ante su negativa a inmiscuirse en lo que él llamaba «asuntos reales», fueron declarados todos prisioneros y reos de muerte. Ante tal situación el prior dijo que estaban dispuestos a firmar o jurar las actas presentadas, en la medida que éstas no

estuvieran en contradicción con las leyes divinas y humanas justas. Y así lo hicieron.

En 1535 se votó en el Parlamento la supremacía del rey sobre la Iglesia de Inglaterra, declarando al mismo tiempo reo de alta traición al que no la aceptase. Juan, como prior, reunió a la comunidad para darles a conocer las nuevas disposiciones y los monjes declararon que estaban dispuestos a continuar en su fe católica hasta la muerte. A los pocos días la divina providencia hizo coincidir en la cartuja de Londres a otros dos priores cartujos venidos para tratar asuntos de sus monasterios respectivos y también pedir consejo ante la situación que a todos se presentaba.

Al parecer el propio rey se enteró de las excusas de los cartujos de Londres para no jurar la supremacía; arrebatado de ira quiso ejemplarizar en ellos su absoluta voluntad. Por su parte los tres priores intentaron por todos lo medios tender puentes de comprensión y buen entendimiento. Se determinaron a visitar a Tomás Cromwell, el nuevo Canciller que había sucedido a Moro, y solicitar de él un arreglo de frases en el juramento a fin de poderlo realizar sin detrimento de su fe católica. Por toda respuesta, Cromwell los hizo arrestar y llevarlos a la Torre; y así comenzó el conflicto. Trascurridos ocho días el propio Canciller vino a verlos y exigirles que jurasen las actas del Parlamento sobre la separación de la Iglesia de Inglaterra de Roma. Los priores insistieron en introducir una cláusula restrictiva que Cromwell rehusó. Entonces Juan en nombre de los demás dijo que «el temor de Dios no nos permite abandonar o contradecir la fe de la Iglesia católica».

El 29 de abril se celebró en el tribunal de Westminster un juicio para acusar a los tres cartujos del delito de rehusar cumplir las leyes del estado. Los acusados permanecieron firmes en sus puntos de vista. Pero cuando el jurado comenzó a deliberar el castigo que merecían no lograba ponerse de acuerdo. Al fin de la jornada, Cromwell se presentó furioso ante ellos exigiendo, bajo amenazas de castigarles a ellos mismos, si no pedían la pena de muerte para los acusados por el delito de alta traición o de lesa majestad. El martirio de los cartujos, protomártires del cisma inglés, abrió la puerta a toda una serie de sentencias que ensangrentaron Gran Bretaña durante más de un siglo y medio.

El martirio tuvo lugar el 4 de mayo y lo sufrieron, además de los tres priores cartujos, un religioso de la orden de Santa Brígida y un sacerdote secular a los que vamos a dedicar unas líneas. Comencemos por decir que los dos priores cartujos eran Roberto Lawrence, prior de Beauvale en el condado de Nottingham, y Agustín Webster, prior de Axholme en el condado de Lincoln.

A éstos se les añadió Ricardo Reynolds, religioso profeso desde hacía más de veinte años de la orden de Santa Brígida. Nacido en 1488, se graduó en la universidad de Cambridge. Ingresó en la Casa de Sión, convento fundado por los reyes de Suecia, y allí profesó como religioso en 1513. Los conventos de Santa Brígida tenían la peculiaridad de ser dúplices, es decir, formados por dos comunidades, una, la principal, de religiosas, y otra de varones, con una iglesia común. La dirección de las cosas materiales y terrenas pertenecía a la Superiora que lo gobernaba todo, siendo los varones tenidos sólo como capellanes de las monjas, consejeros, etc. Ricardo, hombre de vasto saber, se dedicó con celo al ministerio pastoral, siendo apreciado de todos por su santidad de vida; su saber era tal que el cardenal Pole dijo de él que «era el único monje inglés que conocía bien las tres lenguas eclesiásticas: el latín, el griego y el hebreo». Se desconoce el momento en el cual fue arrestado, pero el caso es que se le introdujo en la misma causa que los tres cartujos.

El quinto mártir es el sacerdote Juan Haile, sacerdote secular. Hombre de virtud probada, regía la parroquia de Isleworth desde 1521. Era de edad avanzada y al enterarse de todos los acontecimientos del reino y de las nuevas leyes no tuvo sino palabras de reconvención contra las actitudes del rey y del Parlamento que se atrevían a ir contra la fe, la libertad y la doctrina del Evangelio. El vicario que tenía, imprudentemente fue poniendo por escrito los comentarios del párroco y estas páginas llegaron a manos de la justicia, por lo que el párroco fue encerrado en la Torre de Londres en marzo de 1535 y pasó a engrosar el grupo de los cartujos y de Ricardo a los que la mal llamada justicia había elegido como los primeros en los que mostrar su rigor si no se hacía caso de su autoridad.

La acusación presentada contra los cinco arrestados el 28 de abril se reducía a esto: se negaban a reconocer en el rey al jefe

de la Iglesia de Inglaterra. El tribunal que los juzgaba no podía menos de reconocer que tal parecer no merecía ser castigado como delito de alta traición. Pero al fin ante las amenazas de Cromwell no tuvieron más remedio que firmar la condena aquel mismo día. No se ejecutó enseguida el ajusticiamiento sino que se dejó pasar unos días hasta el 4 de mayo. Entonces los condenados fueron llevados desde la Torre a la plaza de Tyburn. Se sabe que Tomás Moro, ya preso en la Torre, los vio partir y que comentó con su hija el buen semblante sereno y alegre que todos llevaban. Mostraron siempre un ánimo tranquilo y decidido. El prior Houghton declaró que él iba a sufrir la muerte porque lo que se le pedía era contrario a su fe y a su conciencia. Lawrence mostró la misma firmeza cuando se le ofrecía el perdón a cambio de prestar el juramento. De Reynolds se conocen las palabras que pronunció ante el tribunal cuando le dijeron que muchos hombres ilustres, príncipes, nobles y obispos habían jurado: «Muchos son, pero pocos si consideráis los muchos que yo tengo conmigo, que son todos los pueblos cristianos fieles a Roma». Parecidos sentimientos expresaron el resto de los confesores de la fe, por lo que al fin todos fueron ejecutados según las bárbaras costumbres medievales de aquellas salvajes y oscuras épocas, aunque no tan lejanas de las horrendas crueldades de las guerras del siglo XX.

Vallés, en su *Historia fundacional* de la Cartuja, describe, incluyendo la retórica del siglo XVII, la triste y verdadera realidad del espantoso martirio:

> «Así que sacaron de la Torre a los tres venerables Priores, los pusieron en unas camas de mimbres broncos y mal tejidos a modo de cestos, y atados por los pies, y amarrados con gruesas cadenas con las caras al cielo, trabaron los cestos fuertemente a las colas de los caballos indomitos y furiosos, para que de esta suerte fueran sus cuerpos mas atormentados Estaba distante de la ciudad de Londres el lugar del suplicio tres millas, y *no* les llevaron por calles llanas, ni por caminos amenos, sino por montañas y ásperos riscos por donde encontraron muchos charcos y pantanos de aguas corrompidas y hediondas, mas ellos iban muy contentos, cantando salmos e himnos en alabanza de su Señor y Criador Mandaron subir primero a Juan Houghton, prior de Londres, al puesto señalado para aquel sacrificio de inocentes, y aunque venian tan maltratados y aporreados, subió con grande valor la escalera Compasivo el pueblo le persuadia con muchas voces que diera obediencia al

Rey para librarse de aquel trance. amaba mucho al padre prior todo Londres Respondioles el mártir muy constante "Yo llamo a Dios por testigo, que vosotros algún día me tendréis mucha envidia y será cuando nos veamos juntos donde es infalible y no puede faltar Y os lo aseguro, que sólo siento no tener mil vidas para ofrecerlas por quien con mucho gusto doy esta, y muy de antemano por mi y vosotros la dio gustosísimamente en el leño de la cruz. ¡Oh desdichados de vosotros que apartandoos de la carrera de la verdad os separáis de la santa Iglesia católica romana, y dejando el camino real tomáis una senda que os lleva al precipicio y os encamina a las llamas del infierno, que no tienen remedio y han de durar una eternidad! ¡Oh desdichados de vosotros!" Lloraban muchos de los que miraban este espectáculo, otros lo atribuían a desesperación Y el verdugo haciendo su oficio ("habiéndole antes el prior abrazado con mucha ternura"), echando el lazo lo despidió de la escalera y cortó la cuerda, para que cayendo de lo alto el cuerpo padeciera mas Y los que estaban abajo oyeron que pronuncio muchas veces, incluso mientras le abrían el pecho para arrancarle el corazon· Jesús, mi buen Jesús, y el salmo *In te Domine speravi,* y de alli lo llevaron arrastrando Los otros dos priores pasaron por lo mismo que acababa de ejecutarse en el prior de Londres

Al instante que caían los santos cuerpos de la horca, no apartada aun el alma, medio vivos, los arrastraban y luego los abrian los pechos y los sacaban el corazón, y les cortaban consecutivamente la cabeza y las manos y todas las demás partes del cuerpo haciéndolas pedazos Tenían prevenida mucha lumbre, con cantidad de calderas, y al paso que el verdugo iba cortando las echaba en ellas, y al primer hervor las sacaba, y quedando los cuerpos truncados, las repartían por las plazas y puestos mas principales de la ciudad y lugares mas publicos y señalados para que el pueblo las viera. Quedo aquel campo bañado con la pura sangre de los tres priores martires tan hermoso como fertilisimo de todo género de frutos, pues refieren los curiosos que después acá nace en él una diferencia de flores de extravagante fragancia, y que no se sabe que antes de este suceso las hubiera en aquel sitio, habiendo querido el cielo con esta demostración que permaneciera eterna la memoria del tesoro con que fue enriquecido»

Ya hemos comentado que un siglo después la fama de santidad martirial hacía que, sobre todo entre los cartujos, se le tuviese por «venerable» e incluso por «beato». Eran unas expresiones de fe que antecedían al decreto de la Iglesia, algunos años antes de las restricciones canónicas impuestas por un decreto sobre el culto de los santos por el papa Urbano VIII. Realizar un proceso de beatificación era casi imposible en aquellos momentos de la historia política religiosa de la Iglesia. Así, aun-

que los procesos dieron comienzo a finales del mismo siglo XVI bajo Gregorio XIII, su continuidad e impulso no se agilizó hasta que, restaurada la jerarquía católica en Gran Bretaña, se pudo culminar en el decreto de beatificación de León XIII en 1886. Y casi un siglo más tarde, en 1970 pudo finalmente el papa Pablo VI canonizar a San Juan Houghton y sus compañeros en unión de otros treinta y cinco mártires ingleses que, a causa de la misma persecución y sus consecuencias políticas y religiosas, dieron testimonio de su amor a Cristo y a la unidad de la Iglesia.

Pablo VI en el día de la canonización cerraba así su homilía:

> «Que la sangre de estos martires pueda restañar la gran herida infligida a la Iglesia de Dios con la separación de la Iglesia Anglica na de la Iglesia Catolica»

Y después de desear que de nuevo se llegue a la unidad, finalizaba:

> «Quizas deberemos esperar todavia y vigilar para merecer aquel dia feliz, pero ya en esta esperanza nos conforta la amistad celestial de los cuarenta Martires Ingleses, hoy canonizados Amen»

LUIS M. PEREZ SUAREZ, OSB

Bibliografía

BAUDOT, J CHAUSSIN, L, OSB, *Vie des Saints et des bienheureux* , V Mai (Paris 1947) 96 100

CROISSLT, J , SJ, *Ano cristiano o ejercicios devotos para todos los dias del año* V *Mayo* (Barce lona 1862 1863) 32 44

MOTTIRONI, en *Bibliotheca sanctorum,* t III, cols 1140 1142

JUAN MARTÍN MOYE

Presbitero y fundador († 1793)

Tengamos en cuenta varios detalles importantes: Juan Martín era un sacerdote diocesano, un cura de pueblo, un tipo como el cura de Ars; se marchó a las misiones de China, donde «las pasó negras»; vivió en Francia durante la revolución francesa. Con estos tres detalles, ya podemos empezar.

Todo comenzó en el norte de Francia. Juan Martín nació en un pueblecito cercano a Metz, al norte de París, que se llama Cuting. Fue el 27 de enero de 1730. Sus padres se llamaban

Juan y Margarita. Tuvieron 13 hijos, Juan Martín era el sexto de la lista.

El hermano mayor se llamaba Juan Santiago. Se hizo seminarista y recibió las órdenes menores. Pero cayó enfermo y tuvo que regresar a casa. Estando allí, aprovechó el tiempo para enseñar latín a nuestro amigo Juan Martín, y esto hizo que este chaval se fuera aficionando a las cosas de la Iglesia. El enfermo murió en 1744, sin recibir el subdiaconado.

La muerte del hermano mayor tuvo tal influencia en el alma de nuestro amigo, que ese mismo año fue a la universidad de los jesuitas con la idea de hacerse religioso. Allí estuvo dos años. Más tarde ingresó en el colegio de los jesuitas de Estrasburgo para estudiar filosofía. Y dos años después pidió la entrada en el seminario de Metz, para estudiar teología. El 9 de marzo de 1754, con 24 años, se hizo sacerdote. Su pasión estaba puesta en la Eucaristía. Amaba las mortificaciones y era ferviente aficionado de la dirección espiritual.

Después de ordenarse sacerdote le enviaron a la parroquia de San Víctor de Metz. Allí empezo la gran obra de las Hermanas de la Providencia. Durante mucho tiempo había soñado con enviar chicas por los pueblos para que sirvieran de fermento evangelizador. La empresa era muy arriesgada.

Uno de sus biógrafos nos cuenta de esta forma los primeros comienzos de la fundación.

> «Cuando yo estaba en Metz, como coadjutor de la parroquia de San Victor, comencé a formar el proyecto de enviar jovenes al campo y sobre todo a las aldeas mas abandonadas, para enseñar a las niñas y a otras personas que necesitaban instrucción Como este pensamiento no me abandonaba, llegue a creer que venia de Dios
>
> Sin embargo, para obrar segun las reglas de la prudencia, quise consultar a los superiores y no fue sino ocho años despues (1762 o 1763) cuando propuse mi proyecto al P Bertin, vicario general de la diocesis de Metz Bertin rechazo el proyecto como impracticable, luego, reflexionando, me dijo en terminos textua les "Las grandes cosas tienen pequeños comienzos, comenzad por poco"
>
> Tan pronto como tuve su consentimiento, envie tres o cuatro jovenes a Vigy-Béfey A tres o cuatro leguas de Metz Las envie sin darles ningun dinero, asi como Nuestro Señor habia enviado a los apostoles, exhortandolas a poner su confianza en Dios y a abando-

narse enteramente a la divina providencia Ellas se dirigieron a su lugar de destino al dia siguiente, o al menos pocos dias despues

Todo Metz se entero de esta partida Cada uno hablaba de ello a su manera Se decia que era una locura ¿Cómo viviran? Moriran de hambre»

Así pues, la primera escuela se abrió en Vigy y fue confiada a los cuidados de Margarita Lecomte, siendo ella la primera hermana del Instituto.

Estas palabras «primera escuela» tal vez evoquen la imagen de un salón recién pintado, pobre, sí, pero capaz de albergar a los niños. Se supondrá también que habría una pieza para la hermana que dirigía esa escuela, pero nada de esto había en Vigy.

El 14 de enero de 1762, el Beato, acompañado de su fiel amigo Jobal, recién ordenado sacerdote, se dirigió a la aldea para emprender una serie de entrevistas con el fin de sondear las opiniones. Después, el padre Jobal «cantó misa» para invocar el auxilio del Espíritu Santo, y a continuación, el Beato habló al pueblo para exponerle la necesidad y la importancia de la educación cristiana de los niños.

Todo parecía perdido irremediablemente, cuando una pobre mujer salvó esta iniciativa de una deplorable ruina, pidiendo como un favor que la dejaran alojar a la religiosa. Sor Margarita aceptó agradecida y la apertura de la escuela fue aprobada con gran satisfacción de todos.

Pero no eran éstas todas las penas que debía pasar la religiosa. El alojamiento que se le ofrecía no era sino un pequeño cuarto donde vivía la valiente mujer, con su marido y sus hijos. Pero, ¿era ésta una situación decente para una religiosa? Alegando pues la pena de acrecentar las molestias a esta pobre familia, Sor Margarita se puso a buscar un albergue.

Por fin lo encontró en un abandonado corral de cerdos y allí se instaló mal o bien, no teniendo otro mobiliario que un poco de paja y un cobertor viejo. Pero tal situación no debió asustar a esta alma generosa, muy digna de haber sido la primera obrera del nuevo edificio, sino que, por el contrario, permanecería allí donde Dios quiso albergarla, fiel a la consigna, como un soldado de la vanguardia y muy dichosa de poder sacrificarse de tal modo al servicio de las almas.

Más tarde, la espantosa pocilga será reemplazada por una «casa» construida *ex profeso* por la hermana: una cabaña de lodo y madera, nuevo símbolo de todas las pobrezas voluntariamente aceptadas.

Para cocinar y calentar en invierno la pieza donde reunía a los niños, Sor Margarita no tenía sino la leña que iba a juntar en los bosques vecinos y no comía otra cosa que las pobres legumbres de un pedacito de tierra anexo a la escuela que ella misma cultivaba. El pan se lo daba cada semana una persona caritativa, pero ella debía ir a traerlo como una pordiosera que recibe una limosna regularmente otorgada.

El corazón de un apóstol no se sacia de ninguna manera. Cuando ya tenía más o menos implantada su obra en Francia, a Juan Martín Moye se le ocurrió la idea de trabajar en China. Ser misionero. Después de muchas vueltas, indecisiones y dudas, llegó a su destino misionero el 5 de marzo de 1773. Tenía 43 años. Para trabajar con eficacia en China fundó la misma congregación de señoritas que había implantado en Francia. Lo cuenta él mismo a sus amigos:

> «Lo que había sucedido en Europa sucedió en China El señor Obispo de Agathopolis había dado en un principio su plena aprobacion al proyecto, y me había pedido jóvenes formadas por mi mano para colocarlas en los distritos que él visitaba Pero despues de algún tiempo, recibió de un sacerdote, que tenía mucho ascendiente sobre él, tan malas impresiones contra este establecimiento, que estuvo a punto de aniquilarlo
>
> Ese sacerdote daba a entender que estas escuelas tendrían consecuencias funestas, como el es pródigo en razonamientos, acumulo razón sobre razón para probar a su Excelencia que estarían sujetas a mil inconvenientes, más imaginarios que reales, como lo ha hecho ver el resultado Durante ese tiempo, yo me acordaba de lo que había sucedido en Europa; también era necesaria esta prueba en China para consolidar la obra, era para mí una viva seguridad de su resultado futuro
>
> La primera maestra china sufrió enormes humillaciones y contradicciones. Fue muy mal recibida en el lugar adonde habia sido enviada, al principio, nadie quería recibirla ni alimentarla. Algunos cristianos de este lugar me aseguraron que estuvo tres dias sin comer Ella no dijo nada de esto y no se le escapo una sola palabra de queja con respecto a los malévolos comentarios que habían hecho a costa suya. Hasta los cristianos la despreciaban, diciendo que sabian mas que ella, etc Sufria todo en silencio. Dios, después de ha-

berla probado así, se sirvió de ella para formar las primeras escuelas y a las primeras maestras. Casi todas sus alumnas eran mayores que ella, y, sin embargo, tenía una autoridad que no podía venir sino de Dios

Que esto sea una lección para las Hermanas que son mal recibidas en sus parroquias, despreciadas o criticadas. Que imiten a su digna Hermana de la China, muerta en olor de santidad a juicio del mismo sacerdote tan opuesto al principio al establecimiento y que la hizo sufrir enormemente Él vino a hacerle mil preguntas capciosas, a interrogarla sobre la doctrina, etc, a fin de encontrar de qué acusarla. Ella respondió a todo con modestia y con tanta sabiduría que él no tuvo la menor cosa que reprender. En semejantes casos, las Hermanas deben humillarse, callar y rezar con mucha caridad por sus opositores Si éstos son eclesiásticos, que respeten en ellos la persona de Jesucristo cuyo caracter llevan Cualesquiera que sean sus enemigos, no podrán hacerles daño si tienen a Jesús por amigo».

Cuando escribe a sus amigos de Francia, les dice así:

«Vi esta mañana muchachas, como también muchachos y hombres, que arrastraban un carro como pobres animales He visto también esclavos enfermos, desnudos y acostados en el suelo, uno de ellos, más grave que los otros, estaba tendido en una tabla y tenía por almohada un pedazo de madera del ancho de la mano. El alimento de esta pobre gente es tan miserable y escaso, que moriría de hambre el que tuviera que contentarse con eso en Europa

En cuanto a religión, es peor todavía, están en la más crasa ignorancia La mayor parte no está bautizada y no saben hacer la señal de la cruz, ni ninguna oración. Muchos mueren así, como animales

Después de ver eso, quejémonos, vosotras y yo. No hay aquí sino dos sacerdotes para veinte mil almas; se da catecismo todos los días, pero estos infortunados no pueden asistir a él. He hablado a muchos al pasar, pero apenas entienden el francés. Sin embargo, me ha edificado ver cómo atienden. Aunque van cargados con un fardo, se detienen cuando se les habla y hacen una especie de genuflexión para agradecer. Manifiestan gran deseo de instruirse y de hacerse cristianos.

Un día entré en una casa donde no había nada, ni camas ni muebles. El hombre y su mujer son cristianos, pero incapaces de instruir a sus hijos, que no saben ninguna oración. Sin embargo, los hicieron ponerse de rodillas delante de mí y juntar las manos ¡Ah! ¡Qué no harían estas pobres almas fieles, si tuviesen la centésima parte de las instrucciones y de los medios de salvación que tenéis vosotras allá! ¡Pidamos a Dios que les conceda una parte de esas gracias y luces de las que abusamos tanto!

Hemos recorrido cuatro o cinco mil leguas, y vamos a Cochinchina cuya entrada está siempre cerrada a los misioneros. ¿Qué será de nosotros? Lo que Dios quiera; estamos en sus manos. Él es nuestro sostén, nuestra esperanza en medio de las dudas, inquietudes, temores y penas interiores que experimentamos. Somos como peregrinos en la tierra, errantes de mar en mar, de país en país. ¡Con tal que lleguemos a la patria celestial!

Bien podéis imaginaros que, en semejante situación, uno no esté apegado al mundo y se desee la muerte, antes que temerla. El recuerdo de la Pasión me sostiene. Estoy consumido por penas interiores que uno siempre a la agonía de Jesucristo en el huerto de los Olivos. No tenemos nada que esperar de parte de los hombres, excepto desprecios y persecuciones: esto no nos faltará».

Estuvo en China como misionero durante diez años.

Volvió a Francia y le tocó vivir la revolución jacobina y el terror. Por esa razón, tuvo que marchar a Italia y luego a Alemania, a Tréveris, donde murió a los 63 años, el 4 de mayo de 1793. Cuatro años antes había estallado la revolución de las libertades, las fraternidades y las guillotinas. Fue beatificado por Pío XII el 21 de noviembre de 1954.

FÉLIX NÚÑEZ URIBE

Bibliografía

AAS 47 (1955) 33-39.
Bibliotheca sanctorum, t.IX, cols.660-665.
KERNEL, M.ª A., *Un proyecto de vida* (Medellín 1982).
MOYE, J. M., *Directorio de las Hermanas de la Providencia* (París 1874).
PIETROMARCHI, E., OSB, *Beato Juan Martín Moye. Misionero apostólico* (México 1962).
PLUS, R., *Juan Martín Moye. Fundador de las Hermanas de la Providencia* (Idiazábal, Guipúzcoa 1992).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTOS AGAPIO Y SECUNDINO Y COMPAÑEROS

Mártires († 258/259)

Del martirio de estos santos se conservan las Actas, que Ruinart y los entendidos califican de obviamente sinceras, garantizando su historicidad y veracidad. En realidad se trata de la narración del martirio efectuada por un testigo de vista, unido a los mártires por la fe común y el afecto y que, aunque no murió

mártir, compartió con ellos la cárcel. Los protagonistas de este triunfo martirial son Agapio y Secundino, obispos, Santiago, diácono, Mariano, lector, Emiliano, militar, y Tértula y Antonia, vírgenes, junto con una cristiana anónima y sus dos hijos.

El martirio tiene por escenario sucesivo las ciudades de Cirta y de Lambesis, ambas en la Numidia, esta última capital de la provincia, donde residía el legado imperial C. Macrinio Daciano. El martirio es consecuencia del decreto persecutorio de Valeriano. Debió tener lugar en 258/259.

Estaban de viaje el diácono Santiago, el lector Mariano y el escritor anónimo de la narración. Atravesaban Numidia y llegaron a Muguas, un lugar próximo a la colonia de Cirta. A esta ciudad fueron llamados del destierro para comparecer ante el magistrado y ser ejecutados si se negaban a apostatar los obispos Agapio y Secundino, y al pasar por Muguas aceptaron la hospitalidad de Santiago y sus compañeros y los dejaron edificados de su valor y constancia. Dos días más tarde de su marcha, todo un escuadrón armado se presentó en la casa de campo en que se hospedaban y detuvo al escritor y luego a otro cristiano cuyo nombre se ignora, y como Santiago y Mariano los exhortaban a perseverar, también ellos fueron detenidos como cristianos y llevados a Cirta. Mariano, por declararse solamente lector, lo que en realidad era, fue atormentado bárbaramente para que apostatara, sin que se lograra su apostasía. Seguidamente fue devuelto a la cárcel donde estaban los demás. Entre ellos estaba Emiliano, perteneciente al orden ecuestre, que tenía ya cincuenta años y guardaba continencia, dedicándose en la cárcel a la oración y al ayuno. Cada uno de estos mártires tuvo un sueño en que se les anunciaba el martirio y se les invitaba a la perseverancia.

Pasados unos días los sacaron de la cárcel y, al salir, a uno de los asistentes se le preguntó si era cristiano y habiendo confesado la fe fue unido al número de los mártires. Todos entonces fueron llevados a Lambesis donde residía el legado y donde, tras repetir su confesión, fueron metidos en la cárcel. Pocos días después un número importante de cristianos fueron sacrificados a espada y entre ellos nuestros mártires. Los obispos Agapio y Secundino habían sido ejecutados en Cirta, y con

Agapio sus dos ahijadas, Tértula y Antonia, que eran dos jovencitas. Unos días antes que estos mártires y tras haber estado en la cárcel con ellos fue ejecutada una cristiana anónima con sus dos hijos gemelos.

BEATO LADISLAO DE GIELNOW

Presbítero († 1505)

Llamado también Ladislao de Varsovia, su nombre de pila era Juan y nació en Gielnow en 1440. Hizo los estudios en la Universidad de Cracovia donde tuvo a San Juan Cancio como condiscípulo.

No terminados aún los estudios se decidió por la vida religiosa y entró en el convento de franciscanos observantes de Varsovia, haciendo la profesión religiosa el 1 de agosto de 1457. Oportunamente recibió más tarde las sagradas órdenes. Sirvió con lealtad a su Orden y se mostró siempre partidario de seguir en la línea reformada de San Juan de Capistrano. Fue elegido provincial varias veces y como tal quiso visitar uno por uno todos los conventos de su provincia, insistiendo en la observancia y regularidad que debía reinar en ellos. Insistió en revisar con este fin las Constituciones y logró que su texto fuera aprobado en el capítulo general de la Orden, celebrado en Urbino en 1498.

Para la más completa evangelización de Lituania eligió un grupo de religiosos a los que les hizo ver que la mejor manera de predicar es el ejemplo, que siempre debe preceder a la palabra.

Él, por su parte, sobresalió como predicador, lo que pudo hacer con gran asiduidad el tiempo que estuvo de guardián en el convento de Varsovia, siendo tema favorito de su predicación la pasión del Señor. Era poeta y escribió por ello numerosas poesías e himnos, y también otras obras religiosas. Era notable su vida de oración y el Señor permitió que fuera acompañada de fenómenos místicos como la levitación a la vista de todos.

Lleno de méritos murió en Varsovia el 4 de mayo de 1505. Su culto fue confirmado el 11 de febrero de 1750.

5 de mayo

A) Martirologio

1 En Auxerre, San Joviniano (s. III), lector y mártir.
2. En Alejandría de Egipto, San Eutimio († 305), diácono y mártir.
3. La conmemoración de San Máximo († 350), obispo de Jerusalén.
4. En Trier (Galia Bélgica), San Britón († 386), obispo.
5. En Arlés (Provenza), San Hilario († 449), obispo **.
6. En Vienne (Galia Lugdunense), San Nicecio (s. V), obispo
7 En Milán (Liguria), San Geroncio († 472), obispo
8. En Marchiennes (Galia Bélgica), San Mauronto († 702), abad.
9 En Limoges (Aquitania), San Sacerdote (s. VIII), obispo.
10. En Hildesheim (Sajonia), San Godeardo († 1038), obispo *.
11 En Vençay, junto a Tours, San Avertino († 1189), diácono *
12. En Licata, Sicilia, San Ángel († 1255), presbítero, de la Orden Carmelita, mártir *.
13. En Recanati del Piceno (Italia), Beato Bienvenido Mareni († 1289), religioso franciscano.
14 En Nápoles (Campania), Beato Nunzio Sulprizio († 1836), joven seglar **.
15. En Somasca, junto a Bérgamo, Beata Catalina Cittadini († 1857), virgen, fundadora del Instituto de las Hermanas Ursulinas de Somasca **.
16 En Dresde, Alemania, Beato Gregorio Frackowiak († 1943), religioso de la Congregación del Verbo Divino, mártir *.

B) Biografías extensas

SAN HILARIO DE ARLÉS

Obispo († 449)

San Hilario, obispo de Arlés, nació hacia el año 400 en los confines de Borgoña y Lorena. Sus padres, de la más rancia nobleza romana, buscaron para él una educación esmerada. A ruego de su deudo Honorato, que había fundado en la isla de Lérins un monasterio, ingresó en él bajo su dirección y consejo directo. Acertado magisterio de quien luego sería santo. La respuesta dada por el joven Hilario cautivó la admiración de todos los monjes. El propio Honorato, nombrado obispo de Arlés el año 426, en plena juventud, se lo llevó consigo a su sede como consejero y auxiliar.

Quiso la Providencia llamar muy pronto a su lado a San Honorato cuando apenas habían pasado dos años desde su nombramiento episcopal. Un suceso que conmovió al joven secretario hasta el punto de volver a su retiro monástico, marchando sin que nadie se diera cuenta de su partida. Pero una vez más el pueblo, que en muchas ocasiones se convierte en voz y voluntad de Dios, fue inmediatamente en busca de Hilario y lo nombró sucesor en el episcopado.

Asentado en la sede episcopal, su contextura monacal no le abandonaba y muy pronto quiso intimar en su clero el mismo espíritu que anidaba dentro de su persona. Fundó una especie de seminario o congregación de sacerdotes, los cuales pasaban las horas totales del día dedicados a la oración, el estudio y los trabajos manuales. A la postre su propósito era organizar también la vida monástica, vitalizando los monasterios ya existentes y creando otros nuevos.

Se dice que él mismo trabajaba con sus propias manos, cultivaba los campos y trenzaba redes y esterillas.

Mas no por esto el obispo, que es pastor de todos y de amplias tierras, descuidó el compromiso de viajar por todos los rincones de su diócesis para predicar a sus ovejas, destilando una espiritualidad que se palpaba en el sacrificio y austeridad de cualquiera de sus visitas. No pocas veces andaba descalzo, se cubría solamente con una vieja túnica y debajo de ella se traducía un áspero cilicio de dura mortificación. Y aunque era pobre, de su pobreza daba cuanto podía hasta el punto de que se dice que en cierta ocasión, cuando no le quedaba otra cosa, al acercarse un mendigo el día de Pascua, para socorrerlo vendió los ornamentos y el propio cáliz de celebrar misa.

Tan austero ejemplo e incansable apostolado le crearon en algunas ocasiones no pocas incomprensiones, incluso entre algunos obispos vecinos. No faltaron hasta las persecuciones.

La condición de metropolitano de Arlés, le daba autoridad sobre otros obispos sufragáneos, lo que le facilitó reunir varias asambleas y concilios, como el de Riez en 439 contra el laico Armentario, elevado a la sede episcopal de Embrún y ordenado por dos obispos solamente sin su participación. En el de Orleáns a fines del 441, presidido por el propio Hilario, asistie-

ron 16 obispos. Al año siguiente en Besançon, en otro concilio, se desarrolló otro episodio confuso contra Celedonio, el obispo titular de la ciudad, por una supuesta irregularidad contra el obispo. Llegó a intervenir el mismo papa San León de Roma zanjando la cuestión, con una sentencia contraria a los pareceres de Hilario.

A partir de este suceso, los enemigos arreciaron contra Hilario, hasta el punto de que el papa San León le llegó a desposeer del título de metropolitano sobre la provincia de Vienne. Con todo, la prevalencia de los derechos de los obispos de Arlés siguió adelante e Hilario dio ejemplo excepcional aceptando con toda humildad las consignas de Roma, incluso enviando legados al Papa para significar su más completa sumisión al papado.

Una serie de dolorosas situaciones produjeron en su cuerpo, ya muy vencido por las ásperas penitencias, una merma total de su salud, hasta el punto de que le llegó una muerte prematura el día 4 de mayo del 449. No había cumplido los cincuenta años.

Su amplia capacidad de trabajo y su responsabilidad de hombre de Dios le llevaron también a escribir una serie importante de obras, marcadas todas por su impronta apostólica.

Su primera biografía menciona estos textos:

— *Vita S. Honorati.* Panegírico escrito con motivo del primer aniversario de su muerte. Obra elegante que significa la talla humanística del joven Hilario y donde se aprecian interesantes pruebas a favor de la comunión de los santos.

— *Homilías para todas las festividades del año.*

— *Exposición del símbolo.*

— *Cartas,* en gran número

— *Poesías.*

Al lado de estas obras ciertas se le han venido atribuyendo, sin fundamento alguno, otras de dudoso rigor histórico y fundamentada ortodoxia, hoy totalmente rechazadas.

El juicio que ha merecido su persona lo encontramos condensado en unas breves líneas de un medio de comunicación actual, al alcance de todos los curiosos:

> «Hombre de letras, de palabra facil y brillante, con el éxito asegurado por su talento, no se rindio sin lucha a la vida de renuncias y de sacrificio que le proponia abrazar su pariente san Honorato, el

abad de Lérins [...] Fue un obispo memorable, que solía recorrer su diócesis, aunque nevase, que predicaba horas y horas a sabios e ignorantes, queriendo que todos compartiesen el tesoro de su fe, y que era compasivo y tierno con los pecadores, y duro hasta la denuncia pública y arriesgada con los grandes personajes. Excesivo también, según las normas de lo que hoy se llama circunspección, era su amor a los pobres, y para poder hacer más limosnas vendió hasta los vasos sagrados».

JOSÉ SENDÍN BLÁZQUEZ

Bibliografía

http://sagradafamilia.devigo.net/santoral/mayo/5mayo.htm

Diccionario Espasa. Tomo letra H, p.1599

«Hilario de Arles», en A. DI BERARDINO (ed.), *Patrología.* III: *La edad de oro de la literatura patrística latina* (Madrid 2001) 612 613.

BEATO NUNZIO SULPRIZIO

Seglar († 1836)

En este humilde y sencillo joven italiano de principios del siglo XIX, se cumplen en plenitud las palabras del Apóstol: «La fuerza de Dios actúa en la debilidad» (2 Cor 12,9). Huérfano, en un entorno familiar desgraciado y hostil, con el solo apoyo de unas personas caritativas y profundamente cristianas, con una santidad oculta pero apreciada por cuantos lo rodearon en su adolescencia y en el despertar de su juventud, su vida fue breve pero la perfección alcanzada parece haber llenado largos años (cf. Sab 4,13). En pleno Concilio Vaticano II, resplandeció ante los Padres como ejemplo de modelo de jóvenes y obreros, de santidad admirable precisamente por su sencillez y candor, por la humildad encantadora de una vida corta en días, consumida en la enfermedad sobrellevada como seguimiento de la cruz de Cristo y en el testimonio cotidiano de las virtudes que conforman la verdadera heroicidad de los discípulos del Señor.

Hijo de Domingo Sulprizio y de Dominga Rosa Luciani, nació la *dominica in albis,* 13 de abril de 1817, y el mismo día fue consepultado con Cristo en el bautismo y con él resucitó a la vida nueva, que conservaría intacta hasta su prematuro y feliz tránsito. En honor del misterio de la anunciación de Nuestra

Señora, los padres le impusieron el nombre de Nunzio. Tuvo su cuna en el pequeño pueblo de Pescosansonesco, diócesis de Penne-Pescara, en la región italiana de los Abruzzi. A los tres años recibió el sacramento de la confirmación. Hijo de padres humildes pero profundamente cristianos, empezó a crecer en la piedad en el mismo hogar, pero pronto le faltaron el padre y la madre; la abuela materna Ana Rosario, de profundas convicciones religiosas, tuvo que continuar la educación de Nunzio. La impronta de la piadosa abuela marcó singularmente el alma del pequeño y le sostuvo en el amargo camino que, tras la muerte de la ejemplar mujer, Nunzio tuvo que recorrer a partir de los nueve años: un camino de calvario, en soledad muchas veces y desprovisto casi siempre de apoyo familiar y humano, pues podemos afirmar que, por tercera vez, había quedado huérfano.

Tal orfandad no fue suplida ni afectiva ni humanamente por el tío Domingo Luciani, de profesión herrero, que en 1826 lo aceptó en su taller como aprendiz y criado. El violento artesano mortificó al sobrino huérfano imponiéndole el peso de un trabajo duro, superior a las fuerzas de un adolescente; lo trató con aspereza y hasta con crueldad. Le impidió seguir los cursos escolares que ya había iniciado, le escatimaba lo necesario para alimentarse y lo mínimo para subsistir. Nunzio tenía que hacer los encargos del taller transportando enseres de hierro por caminos de montaña, helados en invierno. El pequeño trabajador lo soportaba todo con talante alegre y paciente. En medio de sus tribulaciones, sentía la mano providente de Dios, su único padre. En la soledad de un lugar apartado, junto a un pozo en cuyas aguas lavaba sus pies doloridos, se dedicaba a la oración y al trato filial y confiado con Dios. Muy pronto sus piernas no pudieron aguantar tanta fatiga y la tibia izquierda empezó a corroérsele, por lo que tuvo que apoyarse en un cayado. Sus pies descalzos tenían que soportar las quemaduras producidas por las chispas que escupían los hierros candentes sobre el yunque. Al fin, el tío comprendió que su débil sobrino no le servía para nada en el taller y en 1831 lo ingresó en el hospital de San Salvador de L'Aquila, donde permaneció tres meses en que pudo gozar de una cierta paz y bienestar. Pero los médicos diagnostica-

ron que la enfermedad era incurable y lo despidieron. Tuvo que regresar a Pescosansonesco, donde ni la familia ni el propio tío le prestaron afable acogida. Nunzio entonces comprendió de veras que estaba llamado a compartir el misterio de la cruz de Cristo; poco le importaban sus sufrimientos con tal que pudiera salvar su alma.

De esta situación extrema de abandono y dolor vino a liberarle su tío paterno Francisco Sulprizio, que se lo llevó a Nápoles el 1832. En esta ciudad, lo recibió con amor de padre el coronel Félix Wochinger, hombre de corazón de oro, que procuró el ingreso del joven en el hospital de Santa María del Popolo, llamado vulgarmente de los Incurables, para enfermos pobres. Brilló en este centro asistencial la piedad, la paciencia, la caridad y la preocupación por la salvación del prójimo del santo enfermo. Día y noche elevaba su corazón al Padre en medio de sus dolores y soledad. En el hospital celebró su primera comunión y continuó con hambre espiritual y gozo intenso recibiendo el pan de la vida, se ejercitó en una sincera devoción filial a la Santísima Virgen. Acompañaba con cariño y consolaba afectuosamente a quienes compartían su misma suerte en el lecho del dolor. El pobre cojo recorría las camas de sus compañeros, hablaba a todos del amor del Padre, exhortaba a los pecadores a la penitencia, a todos prestaba los servicios, aún los más humildes e ínfimos, con afecto fraternal. Repartía entre sus compañeros los regalos que le proporcionaba su protector, el coronel Wochinger. No pretendía ya nada más que ser santo: se mortificaba por las faltas propias y los pecados ajenos, guardó siempre incontaminada la castidad; esparcía por doquier el buen olor de Cristo de tal forma que muchos de los que le trataban ya le llamaban «santo». En realidad, la aspiración a la santidad crecía en el corazón del siervo de Dios: escribió un reglamento de vida y lo observó puntualmente. Buscaba no caer ni en las más pequeñas imperfecciones.

La enfermedad se agravó y se recrudecieron los dolores, por lo que el bienaventurado enfermo fue llevado a la isla de Ischia para ver si encontraba alivio en las fuentes medicinales. Pero, al no avanzar en su estado de salud, otra vez fue ingresado en el hospital de los Incurables.

Más compadecido aún del estado miserable de Nunzio, pero admirando sobre todo la inocencia y el santo ejemplo de su pupilo enfermo, el coronel se lo llevó consigo al Castel Nuovo de Nápoles, antiguo palacio construido por los reyes de Aragón, y entonces cuartel y residencia de oficiales, para que el joven pudiera disfrutar de la bella vista del mar azul y fuera asimismo ejemplo para cuantos convivieran con él. Su salud mejoró ligeramente. Pasó nuevamente algunas temporadas en Ischia, durante las cuales empezó a sentir la vocación sacerdotal y aun la llamada a la vida religiosa, por lo que empezó a estudiar latín. Pero la gravedad de la dolencia volvió con acritud. En el Castel Nuovo pasaba largas horas de oración ante las imágenes del Niño Jesús y de Nuestra Señora. Los militares empezaron a llamarle con admiración el «santo niño cojo»; soportaba no obstante con humildad el desprecio de algunos servidores, lo que al fin le atrajo el cariño de todos.

Con una vida tan limpia, inmune de la suciedad del siglo, lleno de dones sobrenaturales, con su corazón ya en el cielo, hacia él se dirigía con toda decisión. La enfermedad avanzaba inexorablemente. Nunzio quedó inválido, no encontraba reposo en su dolor. Los médicos, en otoño de 1835, decidieron amputarle la pierna. Pero la debilidad extrema del paciente desaconsejó la operación quirúrgica.

El 5 de mayo de 1836, recién cumplidos los 19 años, después de haberse alimentado con el pan eucarístico como viático, acabó su peregrinación por la ciudad de la tierra para iniciar la vida eternamente feliz en la ciudad celestial. En el momento de expirar, exclamó: «¡Oh la bienaventurada Virgen María! ¡Mirad cuán bella es!». Y, afirma la bula de beatificación: «Aquel ángel voló hacia los ángeles».

Los funerales, muy concurridos, en la ciudad de Nápoles aclamaron con renovado fervor popular al «santo niño cojo». Sus despojos fueron depositados en la iglesia de Santa María Avvocata, donde se conserva el retrato que de él pintó Malderilli, a petición de Wochinger, durante los cinco días en que el cadáver fue expuesto y venerado. Era el principio de la fama de santidad que fue extendiéndose y afianzándose, lo que movió a las autoridades eclesiásticas a introducir el proceso hacia el reconocimiento oficial de la santidad de Nunzio.

Después de los procesos ordinarios y diocesanos, el Beato Pío IX en 1859 aceptó la causa en la curia romana. León XIII aprobó las virtudes heroicas del venerable Nunzio. El Beato Juan XXIII reconoció los dos milagros presentados para la beatificación en 1963. Pablo VI celebró la solemne beatificación de Nunzio Sulprizio en San Pedro del Vaticano, durante el Concilio Vaticano II, el domingo primero de Adviento, 1 de diciembre del mismo año 1963.

En la homilía de la misa, trazó un sugerente elogio del nuevo beato, joven y obrero, proponiéndolo como modelo a jóvenes y obreros. Nunzio unió a la santidad la juventud y el trabajo.

> «Joven y obrero, ahí teneis el binomio que creemos define al nuevo beato, un binomio de tal esplendor e importancia, que sobra para llenar de interes su breve y descolorida biografía»

Invitó a los jóvenes a ser inocentes, puros, alegres y fuertes, llenos de ardor y de vida.

> «Ninguna edad como la vuestra es buena para los grandes ideales, para generosos heroísmos»

A los trabajadores, les recordó que

> «este pobre y sufrido colega vuestro» plasma «en vuestra condicion la dignidad del hombre y del cristiano»
>
> «El trabajo no puede separarse de su gran complemento, la religion [ ] esta da las razones supremas de la vida, da descanso, interioridad, nobleza, purificacion y consuelo al trabajo fisico y a la actividad profesional, la religion humaniza la tecnica, la economia, el orden social, la religion hace grandes, buenos, justos, hombres santos a los hombres laboriosos [ ] Nadie como un trabajador de corazon fuerte y honesto es llamado a estar tan cerca de Cristo, a recibir su evangelio y a gozar de su salvacion»

Volviendo sobre la figura de Nunzio, continuó:

> «No sera dificil descubrir en el beato que hoy la Iglesia propone a nuestra consideracion temas fecundos de estudio y simpatia Su infancia, por ejemplo, huerfana y pobre, marcada por la tristeza, nos invita a una gran meditacion, perturbadora para quien no es de la escuela de Cristo, sobre el misterio del dolor inocente ¿Como de una infancia en que se acumulo el peso de la soledad, de la miseria, de la brutalidad, no broto, como de ordinario acontece, una psicologia enferma y rebelde, una adolescencia insolente y corrompida? ¿Como esta vida juvenil, llena de infelicidad e indigente,

florece desde los primeros años con una inocente, paciente y sonriente bondad? Y también el problema de su religiosidad: ¿de dónde ha surgido una piedad tan viva, tan firme, tan perseverante, tan personal? ¿Es suficiente la poca educación religiosa que podía proporcionar en aquellos tiempos una parroquia abrucense perdida en los montes? ¿O se trata de una religiosidad popular, natural e inconsciente, que en Nunzio se manifestó con ingenua plenitud? ¿O es que fue su gran maestra la humilde abuela, que cuidó durante algún tiempo al huérfano y, acaso sin saberlo, despertó en aquella alma llena de sufrimiento y sensibilidad las primeras frases del diálogo divino?».

Prosiguió Pablo VI reconociendo la riqueza de la tradición religiosa local del pueblo italiano; pero sobre todo

«la acción invisible del Maestro divino que, como en otras muchas vidas de santos aparece, hace su alumna privilegiada al alma pura, iniciada por el dolor en el recogimiento, no adoctrinándola por medio de libros o maestros, sino con una ciencia que nace del interior, en las verdades de la fe y los misterios del reino de Dios». Así entenderemos «cómo este enfermo y desdichado joven comprendía, además de su dolor, el de los demás, sus necesidades y las de los otros».

El mejor secreto de Nunzio, en definitiva, es el de su santidad.

PERE-JOAN LLABRÉS Y MARTORELL

Bibliografía

AAS 56 (1964) 17-22.
Bibliotheca sanctorum, t XII, p.66-67
MARENA, A., *Dell'incudine all'altare. Beato Nunzio Sulprizio* (Bari 1965).
MARINI, E., *Il fiore dell'italica gioventù operaia. Profili biografici del venerabile Nunzio Sulprizio* (Subiaco 1927).
PILLA, E , *Il beato Nunzio Sulprizio* (Bari 1963).
PONZI, G , *Cenni sulla vita del Venerabile Nunzio Sulprizio giovane artigiano* (Roma 1868)
ROSIO, D., *Beato Nunzio Sulprizio* (Turín 1963)
— ID., *Nunzio Sulprizio, operaio santo* (Turín 1964).

BEATA CATALINA CITTADINI

Virgen y fundadora († 1857)

Los 56 años de la vida de la Beata Catalina Cittadini transcurrieron en un pañuelo geográfico, entre su Bérgamo natal y la

Somasca de Vercurago, donde fundó la Congregación de las Hermanas Ursulinas de Somasca y murió el 5 de mayo de 1857. Había nacido en el seno de una familia de emigrantes, llegada desde Villa d'Aime a la ciudad con el deseo de mejorar fortuna. Sus padres Juan Bautista Cittadini y Margarita Lanzani se instalaron en la calle bergamasca de Masone y allí vieron nacer a sus dos hijas —Catalina y Judit—, que se llevaban dos años de diferencia. La mayor de ellas, Catalina Cittadini, nació el 28 de septiembre de 1801 y fue bautizada dos días después en la iglesia parroquial de San Alejandro.

Pero un suceso determinante en la vida de un niño iba a condicionar el futuro y la vocación de esta chiquilla. Cuando contaba sólo siete años se queda huérfana de madre y su padre no parece dispuesto a afrontar la educación de sus hijas ya que se desentiende de ellas. Existe un acta en el orfanato del Conventino de Bérgamo, fechada el 11 de junio de 1808, donde se tiene en cuenta «el caso particular de la infeliz niña», a pesar de no haber cumplido la edad reglamentaria de siete años para ser admitida. Tres meses más tarde ingresaba también su hermana Judit. El vicario episcopal, monseñor Passi, y el prior del Conventino, don José Brena, a la vista del desamparo en que quedaban las niñas, alargaron la mano generosa y compasiva de su influencia. Aquel internado fue decisivo para el desarrollo de una vida cristiana intensa, para adquirir sentido de la responsabilidad y hábito de estudio.

La vida de Catalina en el Conventino transcurrió, hasta que consiguió su diploma de maestra en 1822, en un ambiente de estudio, pero también con el reclamo didáctico de conocer la historia, los sucesos políticos de aquel momento en el que tras la guerra napoleónica, se había instaurado en el norte de Italia el imperio austríaco. Fue un tiempo de general resurgimiento de las congregaciones religiosas, y en esta atmósfera histórica las hermanas Cittadini comienzan sus tareas como maestras. Primero, una vez abandonado el orfanato, se trasladan a Calonzio, donde dos primos sacerdotes, Juan y Antonio Cittadini, que regentaban la parroquia, les dan hospedaje. Todos los días, a partir del otoño de 1823, recorrerán el camino de Calonzio a Somasca para ir a la escuela femenina de aquel pintoresco lugar

donde fue destinada Catalina, primero como maestra provisional y ya en 1824 como estable. Su hermana Judit la ayuda en esta tarea, harto trabajosa, pues han de aplicar el nuevo reglamento educativo impuesto por el imperio austríaco y ocuparse de un grupo de 56 niñas, de 6 a 14 años. Como por sus frutos los conoceréis y la clase daba gusto verla, las autoridades escolares se hacían lenguas en sus informes sobre la obra de Catalina.

Piensan Catalina y su hermana ampliar su obra educativa abriendo una residencia para acoger a chicas que quieran ampliar estudios y hacerse maestras, que sirva también para niñas que vivan en zonas alejadas de centros escolares y sobre todo para huérfanas, cuyos sufrimientos habían experimentado las hermanas Cittadini en carne propia. Y en efecto, en 1826, con la ayuda financiera de su primo Antonio Cittadini adquieren una casa en el centro de la región de Somasca que se convertiría en la primera sede del Colegio Cittadini. Hay que decir que entre las congregaciones restablecidas en la nueva situación política del norte de Italia estaba la de los padres Somascos, y con ella toma nuevo auge la devoción a San Jerónimo Emiliano, padre de los huérfanos.

Catalina enseñaba en la escuela pública y Judit, a partir de 1829, se ocupaba de la enseñanza privada de niñas pobres. Es en este tiempo cuando las hermanas Cittadini, aconsejadas espiritualmente por el padre José Brena, que las conoce desde el Conventino de Bérgamo, se plantean su propia vocación, su carisma en relación con una vida religiosa dedicada a la educación.

Definitivamente fijada la estancia de Catalina en Somasca entra en contacto con los Clérigos Regulares Somascos fundados por San Jerónimo, santo de su devoción desde niña y venerado «padre» de su infancia huérfana. El ejemplo de caridad y de pobreza de este santo, cuyos restos reposan en Somasca, perfila también un compromiso de participación en la vida parroquial de la región como catequista, animadora de asociaciones, y al mismo tiempo tenía abierta su casa a la juventud femenina como si se tratara de un oratorio.

Está cuajando su dedicación a los más pobres y abandonados y en consecuencia empieza a poner en marcha su obra benéfica para niñas huérfanas y a cumplir en su vida aquella cuali-

dad que Juan Pablo II elogiaría el día de su beatificación, el 29 de abril de 2001, en la plaza de San Pedro: «Huérfana desde la más tierna infancia, se hizo ella misma madre amorosa de las huérfanas». Y va granando la idea de un nuevo instituto religioso en Somasca. Se guían en casa por la Regla de las Ursulinas. Y consiguen las autorizaciones oficiales: en 1832 nace la escuela privada Cittadini y en 1836 reciben el permiso para abrir un centro de «educación femenina», un Colegio de internado de niñas del que se ocupó Judit.

En la escuela primaba una educación en los valores cristianos y se preparaba a las muchachas para una sabia elección de vida. Testimonios contemporáneos acreditan que las alumnas «se enriquecían con virtudes religiosas, morales y civiles». El padre somasco Marcos Juan Porta, después de visitar el colegio, se hace lenguas de la «singular modestia de las alumnas» y de la exquisita piedad que se percibe en toda la institución. Por aquel entonces no están solas Catalina y Judit, ya se les han agregado tres nuevas compañeras, Santa Rovaris, María Bianchi y Luisa Popliani, dispuestas a vivir como consagradas su ideal educativo.

Pero le llega a la institución en ciernes un período de grandes pruebas, muy seguidas. La más grave e inesperada fue la muerte repentina de Judit Cittadini, el 24 de julio de 1840, con sólo 37 años de edad. Esta hermana menor, con la que había compartido sufrimientos y esperanzas, orfandad y proyectos educativos, le dice a Catalina al tiempo de morir que se haga cargo de la dirección del colegio, que ella la protegerá y acompañará desde el cielo. Catalina experimenta de nuevo otro grado de orfandad, pero continúa con renovado esfuerzo e ilusión la obra que habían emprendido juntas las dos hermanas. Medio año más tarde fallece su primo Antonio Cittadini, otro de sus apoyos, y a continuación el padre Brena, el inolvidable consejero del orfanato del Conventino. Tiene que asumir la dirección del internado que llevaba su hermana y seguir, además, con la enseñanza en la escuela pública. Esta situación debilitó su salud y el 1842 cae gravemente enferma, pero supera la crisis con fortaleza psicológica y espiritual.

Poco a poco se va configurando jurídicamente su obra. Si con su hermana, ya en su casa, se regían por la Regla de las

Ursulinas, como planteándose la línea a seguir como instituto futuro, es justamente después de faltar su hermana, junto con sus otras tres compañeras dispuestas a vivir como consagradas, cuando Catalina decide en primer lugar dar estabilidad civil a su obra formando en 1844 un *Instrumento de sociedad y de estado y también de donación recíproca* que ya contiene muchas características propias de un instituto religioso. En ese mismo año firman un *Contrato de sociedad y de destino,* que es el preámbulo de la comunidad religiosa deseada. A partir de este momento Catalina Cittadini renuncia a su actividad en la escuela pública y se dedica completamente al colegio de niñas, al cuidado de las huérfanas del internado y a servir de guía a sus compañeras ya decididas y comprometidas a ser religiosas.

Conseguir las aprobaciones canónicas de la «pequeña familia religiosa» y una regla de vida comunitaria no fue tan sencillo. Llevó su tiempo y en ese medio tiempo y sus correspondientes contrariedades obtuvo Catalina Cittadini algún mérito ante Dios y mucha prueba de su virtud y tenacidad. En 1850 le concede Pío IX el oratorio privado para la reserva eucarística, y desde ese preciso momento solicitó al obispo de Bérgamo, monseñor Carlo Gritti, varias veces, durante dos años, la aprobación diocesana de la comunidad, que todavía se consideraba prematura.

Cuatro años más tarde, con un nuevo obispo en la diócesis, Pedro Luis Speranza, vuelve a hacer la propuesta y éste le promete ayuda. Le pide el obispo que escriba las reglas del instituto, a lo que Catalina responde presentándole un modelo de la regla de las Ursulinas de Milán. La reacción del obispo en este episodio no fue muy comprensiva, y respondió con menos delicadeza que tosquedad. En cambio no fue capaz esta humillación de hacer desistir a Catalina en su intento, y un año después, el 17 de septiembre de 1855, presenta una nueva redacción y al mismo tiempo pide la aprobación del instituto con el nombre de Ursulinas Jeronimas. El obispo Speranza, muy de acuerdo con su propio apellido, aprobó la regla *ad experimentum* y aplazó *sine die,* aunque con el compromiso de hacerlo, la aprobación del nuevo instituto.

No alcanzó Catalina a conocer el ansiado día de la aprobación diocesana de su instituto, porque se demoró algún tiempo,

unos dos años largos, la respuesta, y en ese medio tiempo, pese a la confianza que la animaba pudieron más los sufrimientos y las preocupaciones, que fueron minando su salud. Como veía que se le acercaba el final, en su lucidez y constante oración animaba a sus compañeras a esperar confiada y serenamente la voluntad de Dios, y asegurándoles que la institución saldría adelante. Ella no pudo disfrutar de esa alegría, pues murió el 5 de mayo de 1857 en Somasca con fama de santidad, tras un día de agonía, en medio del desconsuelo de sus compañeras y educandas. El 14 de diciembre de aquel mismo año firmaba el obispo de Bérgamo el decreto diocesano de erección canónica. El reconocimiento pontificio de las Hermanas Ursulinas de Somasca tardaría todavía en llegar setenta años después de la muerte de la hermana Catalina Cittadini.

La obra educativa del Instituto aunque se desarrolla durante sus primeros años en la provincia y diócesis de Bérgamo, durante el siglo XX se fue extendiendo por el resto de Italia y por algunos países europeos en los que ha cumplido una labor educativa entre emigrantes, así como entre los pobres de Bolivia, Brasil, India y Filipinas. El estilo de su escuela «privada» está libre de discriminaciones, abierta a todos, pero de un modo particular y preferente a las niñas pobres, incluso a las que eran rechazadas por la escuela pública o no tenían oportunidad de acudir a ella. Se ha escrito que «en Somasca madura una escuela nueva que vive con el aliento de la caridad».

Una de sus reglas se fija en el crecimiento tanto espiritual como temporal que han de procurar las hermanas ursulinas:

> «Se tendra cuidado de plantar en las almas tiernas de las niñas la semilla de las principales y fundamentales virtudes Nada desecharan que pueda contribuir a su crecimiento espiritual y temporal [ ] No olviden nunca las hermanas que la cultura de las jovenes es obligacion especial del Instituto»

Pero entre los testimonios contemporáneos de cómo la Beata Cittadini vivía la escuela, hay uno muy expresivo. Dice así:

> «Era hermoso verla, toda amabilidad y compostura, estar en medio de aquel enjambre de niñas en la escuela, tratando de desmenuzar y aclarar las nociones de todas las materias que ella enseñaba Aprovechaba toda ocasion para enderezar a Dios aquellos

tiernos corazones y jovenes mentes que, cual blanda cera, recibían su impronta, y siempre estaban receptivos [...] Estaba atenta y presta, sabía tener en cuenta la edad, el temperamento, las varias disposiciones de cada una, y con dulzura y energía no sólo corregía las culpas, sino que estudiaba los defectos y transformaba las torcidas inclinaciones de aquellas almas juveniles...».

No son muchos los escritos de Catalina Cittadini, porque ella se distinguió sobre todo por dejar escritas lecciones de humanidad que han quedado grabadas como testimonio en sucesivas generaciones de alumnas. Instruyó, educó y transmitió valores cristianos. Les decía a las jóvenes que «la oración es el alimento del alma, el anzuelo del fervor, la puerta de los favores divinos», y tenía particular predilección por una página del Evangelio que apreciaba como «infalible promesa» y era ésta: «lo que habéis hecho a uno de estos pequeños, a mí me lo habéis hecho». Y lo repetía y consideraba y pregonaba a menudo. Además, como había sido huérfana desde muy niña y huérfanas eran muchas de las niñas a las que las Hermanas Ursulinas de Somasca dedicaban por entero su atención, está escrita en la regla esta exigencia: «Pórtense con ellas como verdaderas madres en Cristo». Justo esta opción maternal fue evocada por Juan Pablo II en la homilía de la beatificación —29 de abril de 2001—: «Madres quiso que fueran sus hijas espirituales, en la escuela y en contacto con los niños».

JOSE ANTONIO CARRO CELADA

Bibliografía

«Homilia de Juan Pablo II en la beatificacion (29-4-2001)» *Ecclesia* (2001) n 3048, p 30-31

«Caterina Cittadini, fondatrice delle Suore Orsoline di Somasca» *L'Osservatore Romano* (29-4-2001) 12

ISTITUTO SUORE ORSOLINE DI SAN GIROLAMO IN SOMASCA, *Caterina Cittadini beata* (Bergamo 2002)

LUNARDON, P , *Per Iddio e per la scuola. Biografia di Caterina Cittadini* (Curno 1975)

L'Osservatore Romano (ed en español) (27-4-2001) 8, (4-5-2001) 5-6

SAN GODEARDO

Obispo († 1038)

Godeardo o Gotardo nació en Reichersdorf, en la diócesis de Passau, el año 960. Hizo sus primeros estudios en la escuela capitular del Cabildo de San Mauricio en Niederaltaich. Luego completó su formación en la curia arzobispal de Salzburgo y en la escuela catedralicia de Passau.

Decidido a seguir la vocación eclesiástica ingresó en el Cabildo de San Mauricio, y no llevaba en él mucho tiempo cuando fue elegido preboste. Pero Enrique II de Baviera decidió convertir el dicho cabildo en un monasterio benedictino, y Godeardo decidió entonces quedarse y hacerse monje, profesando en 990. Tres años más tarde era ordenado sacerdote. Muy poco después se le nombraba prior y se le ponía al frente de la escuela monacal, a la que dio un gran impulso. Ello motivó que en 996 se le eligiera abad del monasterio.

Como abad manifestó serios deseos de reforma y de caminar en la línea de Cluny, lo cual sintonizaba bien con los deseos del emperador San Enrique II que le confió la reforma sucesiva de varios monasterios, cosa que se logró por la paciencia y fortaleza con que el santo supo afrontar el encargo

Habiendo vacado la sede de Hildesheim por la muerte de San Bernardo, el emperador San Enrique movió los hilos para que fuera elegido Godeardo como nuevo obispo y lo fue efectivamente el 30 de noviembre de 1022. Su programa pastoral fue muy claro· había que acercar la religión al pueblo para que constituyera el alma misma de la vida social. Por ello se empeñó en la construcción de muchas iglesias, procuró un clero culto y dedicado a su ministerio, reformando para ello el cabildo catedral, y dio ejemplo de cómo hay que predicar con sus predicaciones llenas de contenido bíblico. Se ocupó también de los pobres y edificó un hospital para los enfermos que fuera, además, asilo para los pobres, cuidando que fueran pobres verdaderos y no meros holgazanes. Llegado el caso, defendió con energía los derechos de la Iglesia contra todo abuso. Murió santamente el 5 de mayo de 1038. Fue canonizado por el papa Inocencio II

el 29 de octubre de 1131. Su culto e invocación se hizo muy popular.

SAN AVERTINO

Diacono († 1189)

Era canónigo regular agustino en el convento de los gilbertinos de Lincoln, Inglaterra. Unido por fuertes vínculos de afecto y colaboración con Santo Tomás Becket, lo acompañó a Francia cuando el santo hubo de dejar Inglaterra por sus diferencias con Enrique II. Vuelto el santo a Inglaterra y asesinado, Avertino permaneció en Francia y decidió entonces entregarse a la vida eremítica.

Se dirigió a Tours y pasó diecinueve años como ermitaño en un lugar llamado Ventiacum, en francés Vençay, donde llevó vida de rígida austeridad y se entregó por completo a la divina contemplación, perseverando en este género de vida hasta su muerte en 1189. Enterrado en la iglesia de Vençay, su tumba se convirtió en lugar de devoción de los fieles que decían recibir muchas gracias celestiales por la invocación del santo. El pueblo pasó a llamarse Saint-Avertin.

SAN ÁNGEL

Presbítero y mártir († 1255)

Luego de que la leyenda se apoderara de su biografía hasta hacerla increíble, un biógrafo carmelita logró devolverla a su verdad histórica básica. Era con toda probabilidad un palestino, seguramente de raza judía, hijo de padres conversos, y se hizo carmelita en el Monte Carmelo. Huyendo de las persecuciones musulmanas contra los cristianos de Palestina se vino a Sicilia con un grupo de frailes carmelitas a mediados del siglo XIII.

En Sicilia se dedica a la predicación, con la que quiere atraer al cristianismo a sus hermanos de raza y a los cristianos a una vida cristiana mejor. Por ello no tiene empacho en señalar los vicios y descalificarlos, denunciando proféticamente las iniquidades que ve en el pueblo Esto causa que se le tome ojeriza por

parte de quienes se sintieron aludidos o denunciados por su predicación. Mientras predicaba, un grupo de forajidos se abrió paso entre la multitud, se dirigió al predicador y lo hirió mortalmente. El santo murió perdonando y orando.

BEATO GREGORIO FRANCKOWIAK

Religioso y mártir († 1943)

Boleslao Franckowiak nace en Lowecice, Polonia, el 18 de julio de 1911 en el seno de una familia numerosa. Tras hacer los estudios elementales en la escuela pública, ingresa en el seminario menor de los Misioneros del Verbo Divino en Bruczkow, y habiendo madurado su vocación religiosa, ingresa en el noviciado de la congregación en Gorna Grupa el 8 de septiembre de 1930 y dos años más tarde en calidad de hermano coadjutor hace los votos religiosos. En religión toma el nombre de hermano Gregorio. En 1938 y en la misma fecha de la Natividad de la Virgen María emitiría los votos perpetuos.

Su trabajo estuvo en la imprenta de la congregación, encargado de la encuadernación. Estaba destinado en la casa de Gorna Grupa cuando, ocupada Polonia por los nazis, la convirtieron éstos en casa de internamiento de los sacerdotes y religiosos arrestados. Los sacerdotes de su comunidad fueron también arrestados pero no así los hermanos, a quienes se les dio licencia para marcharse. Pero el hermano Gregorio prefirió quedarse para atender a los arrestados. Una vez que los arrestados fueron llevados a los campos de concentración, el hermano Gregorio hubo de abandonar Gorna Grupa y volver a su pueblo natal.

Aquí se dedicó a preparar secretamente a los niños para la primera comunión y a dar catequesis a cuantos podía y a llevar en secreto la comunión a los enfermos y a otras muchas personas. Los alemanes le obligaron a trabajar en la imprenta de Jarocin.

Su martirio tuvo lugar cuando él afrontó la responsabilidad de hojas clandestinas patrióticas que habían circulado y por las que había sido arrestada mucha gente a la que él quería salvar. Arrestado en septiembre de 1942, pasó por varias cárceles hasta

que fue llevado a Dresde y aquí fue guillotinado el 5 de mayo de 1943. Su celo apostólico, su entrega al bien de todos y su exquisita caridad le habían granjeado el aprecio de todos. Fue beatificado el 13 de junio de 1999.

6 de mayo

A) Martirologio

1 La conmemoración de San Lucio Cireneo, uno de los profetas y doctores de la Iglesia de Antioquía, según el libro de los Hechos de los Apóstoles.

2. En Lambesa (Numidia), los santos Mariano, lector, y Santiago, diácono († 259), mártires.

3. En Milán, San Venerio († 409), obispo *.

4. En Roma, Santa Benedicta (s. VI), virgen.

5. En Lindisfarne, San Eadberto († 698), obispo *.

6. En Montepulciano (Toscana), Beato Bartolomé Pucci-Franceschi († 1330), presbítero, de la Orden de Menores *.

7. En Londres (Inglaterra), los beatos Eduardo Jones y Antonio Middleton († 1590), presbíteros y mártires bajo Isabel I *.

8. En Québec (Canadá), Beato Francisco de Montmorency-Laval († 1708), obispo **.

9 En El Cairo (Egipto), Beata María Catalina de Santa Rosa Troiani († 1887), virgen, fundadora de las Hermanas Franciscanas Misioneras **.

10. En Roma, Beata Ana Rosa Gattorno († 1900), viuda, fundadora de las Hijas de Santa Ana Madre de María Inmaculada **.

11 Junto a Munich (Baviera), los beatos Enrique Kaczorowski y Casimiro Gostynski († 1942), presbíteros y mártires *.

B) Biografías extensas

BEATO FRANCISCO DE MONTMORENCY-LAVAL

Obispo († 1708)

De una familia francesa de ilustre prosapia, nació Francisco de Montmorency-Laval el 3 de abril de 1623 en Montigny-sur-Abre (Eure). Durante su larga vida se sucedieron en la cátedra

de San Pedro nueve papas, desde Urbano VIII (1623-1644) hasta Clemente XI (1700-1721), que le sobrevivió.

Francia, que se llamaba y se tenía por «hija predilecta de la Iglesia», en medio de su esplendor iluminado por el *Rey Sol,* Luis XIV (1661-1715), en su apogeo con figuras señeras como Bossuet, no dejaba de tener graves y enconadas desviaciones doctrinales como el jansenismo riguroso y sibilino, y principalmente el galicanismo enraizado desde el concilio acéfalo de Constanza y extendido por todos los sectores.

Las «regalías» materiales y espirituales eran costumbres antiguas y privilegios de los reyes sobre las rentas y los beneficios eclesiásticos, sobre la presentación y nombramiento de los obispos, etc., que empañaban y atenazaban la libertad de la Iglesia y que el *Rey Sol* en su absolutismo sin límites reivindicaba progresivamente, logrando en no pocas ocasiones la anuencia y aprobación de gran parte del clero.

Repetidas veces invadió el condado de Avignon, perteneciente a los Estados Pontificios.

Desde Roma, los papas, que alternaron los nombres de Inocencio, Alejandro y Clemente, defendieron la verdadera doctrina con tesón ejemplar. Por entonces, mientras Bernini trazaba la columnata ante la Basílica de San Pedro y levantaba el baldaquino y se colocaban las estatuas en el Puente de Santángelo y una fuente en la «piazza» Navona, en este ambiente se formó Francisco Montmorency.

Destinado desde muy niño al estado eclesiástico, por la costumbre arraigada en la nobleza que así colocaba a los hijos no mayorazgos, sin embargo en su vida demostró la sinceridad con que abrazó y vivió su sacerdocio.

Estudió con los jesuitas en La Flèche. Y, según el uso corriente, recibió la primera clerical tonsura en 1635 (a los doce años), un año después de la muerte de su padre.

En ese clima de nepotismo, fue nombrado canónigo de la catedral de Evreux, donde era obispo un tío suyo. Contaba sólo trece años.

Para prepararse seriamente al sacerdocio, ingresó en el convento benedictino de Clermont, pero en 1645 fallecieron sus dos hermanos mayores y hubo de ocuparse de los asuntos fa-

miliares. A pesar de estos obstáculos permaneció vigoroso y firme en su vocación y recibió la ordenación sacerdotal el 1 de mayo de 1647.

Se distinguía por su piedad y por su estilo de vida totalmente evangélico.

Designado arcediano en la catedral de Evreux en 1648, con toda diligencia dio comienzo a las visitas que este cargo comportaba y en ellas con prudencia y tacto exquisito fue adquiriendo la experiencia pastoral que tanto iba a necesitar en el futuro que la Providencia le preparaba.

En 1653 fue nombrado vicario apostólico de Indochina, pero no pudo desempeñar este cargo y se retiró a L'Hermitage donde se entregó a la oración, al estudio y a la vida contemplativa en la escuela de espiritualidad que dirigía en Caen el abate Bernières. Allí permaneció durante cuatro años.

La actividad misionera tuvo un gran desarrollo y florecimiento en el pontificado de Alejandro VII (1655-1667). En 1656, el Santo Oficio declaró lícitos los ritos chinos, manifestaciones de homenaje a Confucio y de honor a los antepasados, cuya prohibición severa por el peligro de idolatría había impedido muchas conversiones, cuando en realidad se trataba más de honores tradicionales, políticos y civiles que religiosos.

Tres vicariatos apostólicos erigidos por la Congregación de Propaganda Fide, comprendían todos los territorios de la India y de China.

En fecha estelar, fue muy sonada la conversión de la reina Cristina de Suecia, que renunció a su trono y, en su camino hacia Roma, pronunció en Innsbruck su confesión católica. Era el año 1655.

Para organizar la Iglesia en los extensos territorios de la «Nueva Francia» (Canadá), se eligió al ejemplar sacerdote Francisco de Montmorency. Le sacaron de su retiro y le nombraron, en 1658, vicario apostólico de aquella región y obispo titular de Petra. Toda la fuerza espiritual acumulada en su corazón se va a desbordar generosa y fecunda en una tarea pastoral de gigantescas dimensiones.

El 1 de mayo de 1659 arribó a las tierras de su vicariato y fijó su residencia en Québec. Inmediatamente puso manos a la

obra entregándose de lleno a la visita de tan vastos territorios y organizando con extraordinario aliento y eficacia apostólica las Iglesias allí plantadas por los misioneros, y que estaban en constante avance y floración. Era prodigiosa su actividad invencible.

Con la valentía de los santos tomó la opción evangélica poniéndose de parte de los indios frente a los encomenderos que los explotaban, los humillaban y los maltrataban. Con rara habilidad fue sorteando todas las intervenciones tortuosas del galicanismo que impregnaba la mentalidad de los gobernadores. Era admirable y sorprendente la cohesión y la unidad que logró en un vicariato que se extendía hasta el Golfo de México.

Fue memorable la visita que hizo a su patria en 1662. Le recibieron con todos los honores en la brillante corte de Luis XIV. A pesar del absolutismo exacerbado del monarca, obtuvo de él muchas concesiones a favor de la Iglesia de la Nueva Francia. Él mismo le propuso elevar el vicariato a diócesis, con la capital en Québec.

A su regreso se dedicó intensamente a la obra más querida de cualquier obispo: todos llevan en el corazón el seminario, porque de él se puede esperar todo bien. Para proveer a las vocaciones entre indígenas y que así la Iglesia en el Canadá llegara a su mayoría de edad, volcó toda su ilusión y solicitud en organizarlo y dotarlo debidamente con altura de miras. En 1852 se convirtió el seminario en la famosa Universidad de Laval, su apellido, y ha cosechado óptimos frutos hasta nuestros días.

Prosperó su propuesta de convertir el vicariato en diócesis y ésta fue creada en 1674 por el papa Clemente X (1670-1676).

Por fin, en 1684, viéndose agotado y enfermo, con el peso ingente de la responsabilidad de una diócesis tan dilatada, incapaz de seguir el ritmo trepidante que exigía, presentó la dimisión, que le fue oportunamente aceptada; pero siguió colaborando en la pastoral al ritmo que sus energías y salud le permitieron hasta el fin de sus días. Dio el testimonio de retirarse a tiempo pidiendo el relevo que la diócesis necesitaba sin restarle la dedicación al apostolado en una etapa que se prolongó por 23 años.

En el seminario, fundado por él, falleció el 6 de mayo de 1708, a los 85 años, durante el pontificado de Clemente XI

(1700-1721). Una vida de altas virtudes, ejemplo para todos, principalmente para sacerdotes y obispos.

Movido por un gran espíritu de oración y de caridad, se gastó y desgastó por Cristo y por sus hermanos y por la Iglesia joven de Canadá, que le venera como su primer obispo y santo. Vivió en pobreza, sencillez y humildad. Dejó huellas profundas de su testimonio personal y de su acierto en el gobierno, llevando a una Iglesia desde la juvenil expansión misionera a la madurez y mayoría de edad.

En 1878 se inició el proceso ordinario de canonización en Québec. En 1790 la Sagrada Congregación dio el decreto para comenzar el proceso apostólico, el 28 de julio de 1960 declaró la heroicidad de sus virtudes. El papa Juan Pablo II lo beatificó el 22 de junio de 1980, junto con otros eximios misioneros, Juan de Anchieta, Pedro de Bethancurt y María de la Encarnación Guyart.

En el *Ángelus* de aquel domingo se refirió a estos «pioneros de la evangelización» y afirmó que habían llevado la salvación de Dios a los inmensos territorios de la América Septentrional, Central y Meridional.

Concretamente, «el Beato Francisco Montmorency-Laval», dijo el papa, «nombrado Vicario Apostólico de la Nueva Francia, desarrolló su incansable y fecundo apostolado en aquella zona que comprendía los inmensos territorios de los dominios franceses, es decir, la mitad del continente americano».

BERNARDO VELADO GRANA

Bibliografía

AAS 52 (1960) 788 791
AAS 73 (1981) 253s
BOYER, L, «Montmorency Laval, Francesco», en *Bibliotheca sanctorum*, t IX, cols 576 577
«Angelus del domingo 22 de julio de 1980» *Ecclesia* (1980) n 1989, p 6 7
GERVAIS, E, *Le venerable François de Montmorency Laval* (Montreal 1952)
GOSSELIN, A, *Vie de Monseigneur de Laval* (Quebec 1901)
RIPETTO BETES, J L, *Santoral del clero secular Del siglo XIII al siglo XX* (Madrid 2000) 328 329

BEATA MARÍA CATALINA DE SANTA ROSA TROIANI

Virgen y fundadora († 1887)

La Beata María Catalina Troiani de Santa Rosa fue virgen de la Tercera Orden Regular, además de fundadora del Instituto de las Hermanas Franciscanas Misioneras del Corazón de la Inmaculada Virgen María, antes llamadas Franciscanas Misioneras de Egipto. Fue beatificada por Juan Pablo II el segundo domingo de Pascua, 14 de abril de 1985.

Constanza Troiani nació en Giuliano de Roma un 19 de enero de 1813. Su padre era un concejal del lugar, de acomodada familia, que ejercía también el oficio de organista en la parroquia. La muerte de su madre en 1819 motivó la dispersión de la familia Troiani, siendo entonces la joven Constanza encomendada al monasterio de Santa Clara de Ferentino (Frosinone), de las madres clarisas, donde más tarde tomaría el hábito el 8 de diciembre de 1829 pasando a llamarse sor María Catalina de Santa Rosa de Viterbo. Un año después emitió los votos religiosos.

En el monasterio dio muestras muy pronto de una voluntad enérgica, tenaz y paciente, dotes características todas ellas de la gente de su tierra, además de una fina sensibilidad espiritual y humana robustecida por una profunda educación cristiana.

Hija de su tiempo como era, la vida espiritual de la madre Catalina estaba moldeada por las devociones generalizadas en el 1800: el Sagrado Corazón, San José, los Ángeles Custodios, los estigmas de San Francisco, las fiestas marianas, etc. Desde pequeña había sentido un gran anhelo por la misión, pero habría de esperar hasta los 46 años para poder ver realizada su clara llamada a la vida misionera. En sus años jóvenes, leía asiduamente los *Anales de la Congregación de Propaganda Fidei,* ardiendo su corazón en un espíritu misionero que siempre la habría de acompañar. A pesar de vivir en estricta clausura, soñaba con encontrarse en medio de moros abandonados. En su interior ardía un ideal contemplativo y misionero a la vez. En una carta escrita a su primo, monseñor G. Bovieri, consejero de nunciatura en Suiza, le decía: «Mientras el Señor me concedía una gracia singular, me hizo comprender que debía ocuparme de la conversión de los pobres de ultramar». Tenía 22 años y era ya el inicio

de una labor que la llevaría fuera de los muros de la clausura monástica a tierras de misión.

En 1830 emite sus votos perpetuos entre las monjas clarisas y comienza a padecer un conflicto interior debido a la incompatibilidad entre sus ansias misioneras y su vocación claustral. Expuso el problema a su confesor el P. Modena, franciscano menor, que se convertiría en la persona elegida y el medio humano del que Dios se habría de servir para la obra que Catalina estaba llamada a realizar. En 1852, dicho padre fue llamado a predicar por el vicario apostólico de Egipto. Este último le puso de relieve la extrema necesidad que tenía este país de una presencia religiosa que se ocupase de la educación de la juventud femenina. Vuelto a Ferentino habló a las monjas de esta urgente necesidad.

Aceptando la invitación del vicario apostólico de Egipto, el franciscano Perpetuo Guasco, un grupo de seis hermanas de Ferentino, de las cuales sor María Catalina era el alma, se dispusieron para su viaje. Sor Catalina vio en esta invitación la llamada del Señor tanto tiempo esperada y, tras los debidos permisos, partió con las otras seis hermanas el 25 de agosto de 1859.

Se detuvieron en Roma para recibir una bendición apostólica especial del papa Pío IX. En la isla de Malta conocieron la noticia de que el obispo que las invitaba había fallecido. A pesar de ello, ellas siguieron adelante. Las dificultades no faltarían, pero la obra estaba ya en marcha. En El Cairo se habría de hacer realidad el proyecto que el Señor le había ido inspirando a Catalina durante los años de vida conventual como monja clarisa. Egipto sería la cuna del nuevo instituto religioso y la ciudad de El Cairo venía a ser para todas ellas un nuevo Asís.

Fueron acogidas con un recibimiento más bien frío por parte del nuevo vicario apostólico. Con ello comenzaba el lento *via crucis* con dificultades de todo género que no frenaron su ardor misionero. El 5 de julio de 1868 fue erigido con decreto pontificio el nuevo instituto, siendo amparada esta familia religiosa como Tercera Orden Regular de San Francisco. De ese modo, la madre Catalina pasó de monja clarisa a terciaria, sin abandonar por ello la orden franciscana. Siempre se sintió fiel y auténtica hija de San Francisco y Santa Clara. Tuvo que aceptar la im-

posibilidad de vivir las reglas y observancias del monasterio de monjas clarisas en el que había profesado, pero no renunció por ello a su vocación contemplativa, sino que cambió su percepción de la misma. Ya no la habría de entender en un sentido espacial (entre los muros de una clausura), sino en sentido temporal, dedicando de un modo exclusivo algunas horas al día y algunos momentos del año a la oración y el resto del tiempo al trabajo apostólico. Su nueva aspiración consistía en construirse una celda dentro del corazón para vivir constantemente con el Señor.

Se instalaron en el barrio árabe de Clot-Bey que sería el centro desde el que irradiaría el testimonio evangélico de su misión, atrayendo vocaciones inesperadas de todas partes. Rápidamente abrieron una escuela, un internado para niñas de cualquier nacionalidad, religión y clase social, dando un trato preferencial a las jóvenes pobres y marginadas. Todas las hermanas comenzaron a trabajar sin distinción de raza o religión: cristianos y musulmanes se aprovechaban del mismo modo de sus servicios.

A partir de ahora, la nueva congregación comienza a extenderse por todas partes, incluso sobrepasando los límites geográficos del Egipto, abriendo siete casas en Egipto, Palestina, Malta e Italia. Con nuevo personal, la madre María Catalina pudo abrir en El Cairo otras dos casas y fundar otras más en diversas localidades. Las vocaciones fueron afluyendo. A todas se las consideraba «hijas de la madre de los pobres» o de la «madre blanca», como se la conocía a la madre Catalina en El Cairo.

Se empeñaba franciscanamente en un ministerio misionero específico que únicamente pretendía testimoniar y anunciar a Cristo resucitado y redentor. El mensaje contemplativo-misionero de la madre Troiani consistía en manifestar el misterio de Cristo mediante la evangelización, la catequesis, y el ministerio educativo y caritativo por medio de la promoción humana de los niños, de los pobres y de los necesitados. No obstante su atención por todos, dos categorías de personas fueron privilegiadas: la infancia abandonada y las «moritas», como se llamaba a las jóvenes que se prostituían desde su infancia. No dudó en ir directamente al mercado a comprar a las «negritas»; pagaba a las comadronas para que los partos fueran felices y le dieran des-

pués los niños recién nacidos, a fin de poderlos alimentar y cuidar personalmente de ellos en las diversas casas de la congregación. No dudó en utilizar todos los medios a su alcance para que le dieran los niños recién nacidos que nadie quería; por ello se ha dicho que pasó del lenguaje de la palabra al lenguaje de la caridad, y de la asistencia a los necesitados a la promoción humana y social, anticipando el compromiso con todos los hombres en el que se habría de empeñar posteriormente la Iglesia.

En su afán por ayudar a las jóvenes llegó incluso a fundar la «Viña de San José», obra destinada a rescatar e instruir a las esclavas negras. Como el buen samaritano de la parábola evangélica, se detuvo junto a cada hermano y hermana que sufría en el alma o en el cuerpo, ofreciéndoles amorosamente su mano generosa e incluso pagando personalmente por ellos. Católicos, ortodoxos y musulmanes veían en ella la presencia concreta de la providencia de Dios. Fue fiel al principio de San Francisco de predicar a fieles e infieles.

Murió con 74 años de edad el día 6 de mayo de 1887 en la casa de Clot-Bey, escenario de su ilimitada caridad y de su trabajo apostólico, entre el llanto de los cristianos y de los musulmanes.

En El Cairo, centro de su actividad misionera, el 11 de junio de 1955 aconteció en la persona de la señora Carolina Scotto di Perta un milagro que habría de llevar a su beatificación. La señora Carolina pudo estar presente en la ceremonia en la que, ante la Iglesia, la madre fue declarada beata.

La vida y la obra de la Madre Catalina Troiani representan para la Iglesia un acontecimiento profético de creatividad apostólica, de fecundidad espiritual y de actualidad eclesial. Juan Pablo II dijo el día de su beatificación que la

> «Beata Catalina Troiani se incluye en el servicio de la Iglesia con un estilo particular: como atenta y fiel discípula de Santa Clara y San Francisco consiguió armonizar en sí misma la vida contemplativa con el apostolado itinerante. Fue misionera en clausura y contemplativa en la misión, dentro de una plena y total entrega al Señor y a los hermanos».

JUAN JAVIER FLORES ARCAS, OSB

Bibliografía

La beata M. Caterina Troiani: modello di donna, di educatrice, di missionaria (Roma 1987)
CIDRONE, A. (ed.), «Madre Maria Caterina Troiani missionaria in clausura, contemplativa in missione» (Giovanni Paolo II). Beatificazione della fondatrice scritti, notizie e cronache (Ferentino 1985).
FALCHI, M. A., *Vita della beata M Caterina Troiani (1813-1887) Fondatrice delle Francescane missionarie del Cuore immacolato di Maria (dette d'Egitto)* (Roma ²1985).
L'Osservatore Romano (14 y 15-4-1985)· diversos artículos a propósito de su beatificacion, además de la homilía del papa Juan Pablo II con motivo de tal evento.

BEATA ANA ROSA GATTORNO

Viuda y fundadora († 1900)

Una más entre las santas mujeres que en los últimos siglos fueron esposas, madres, viudas, religiosas consagradas a Dios en pobreza, castidad y obediencia...

Rosa María nació en Génova el 14 de octubre de 1831 y murió en Roma cuando iba a cumplir los setenta años, el 6 de mayo de 1900. Fue la segunda hija de una familia numerosa y bien acomodada. Así, recibió una educación exquisita. Como en tantos otros hogares, su madre mantenía muy viva la llama de la fe y a ella especialmente debió Rosa María el espíritu de piedad que la acompañó desde la infancia.

A los 21 años (5 de noviembre de 1852) contrajo matrimonio con su primo Jerónimo Custo y se trasladó a Marsella. Una imprevista crisis financiera turbó muy pronto la felicidad de la nueva familia, obligada a volver empobrecida a Génova. Sobrevinieron más graves desgracias. La primera de sus tres hijos, Carlota, se vio afectada por una grave enfermedad que la dejó sordomuda. Después de seis años de matrimonio, falleció su marido el 9 de marzo de 1858 y pocos meses después perdió a su último hijito. Tan tristes acontecimientos produjeron en ella un cambio radical, que ella misma había de denominar *conversión,* con la plena decisión de dedicarse enteramente a Dios y al prójimo. Purificada por las pruebas comprendió el verdadero sentido del dolor, con la certeza de su nueva vocación.

Quiso desde el primer momento vivir en perpetua viudedad, y halló un director espiritual muy competente en la persona de don Giuseppe Firpo. En 1861 hizo voto de perpetua castidad, obediencia y pobreza, integrada en la Tercera Orden de

San Francisco. Como es frecuente en personas muy piadosas, perteneció también a otras asociaciones, como la Pía Unión de las Hijas de María Inmaculada, fundada por don Giuseppe Frassinetti, de la que fue presidenta. En largas horas de oración y penitencia vio con claridad la idea de centrarse del todo en una obra única animada por la entrega a los demás: fue el proyecto de una nueva familia religiosa. La llamada de Dios, cada día más acuciante, chocaba con sus sentimientos y deberes maternos, desgarrándosele el corazón. ¿Qué hacer? El 3 de enero de 1866 la recibe en audiencia el papa Pío IX, quien bendice la regla que ella venía preparando y disipa todas sus perplejidades. Sus palabras se le grabaron en la memoria literalmente con fuerza de profecía: «Este Instituto se extenderá rápidamente como el vuelo de una paloma por todas las partes del mundo. Dios cuidará de tus hijos. Tú piensa en Dios y en su obra».

Su campo de acción no iba a ser Génova. Diversas circunstancias entraron en juego de tal forma que dirigió sus pasos a Piacenza. Aquí llegó el mismo año de 1866, con sus cinco primeras compañeras. Pese a las tensiones anticlericales que se registraban en aquel momento, el mismo Ayuntamiento se percató del carácter benéfico de la obra de Rosa María: venía a llenar un gran vacío. Pero la acogida verdaderamente eficaz se la prestó el propio obispo de Piacenza, Giovanni Battista Scalabrini, ya beatificado. Con su apoyo decidido pudo resistir la hostilidad fomentada por el periódico local *Corriere piacentino* con repetidos artículos, en los que se las llamaba *corvi* a las *dame genovese* cuando llevaban varios meses asistiendo a domicilio a los enfermos.

Hay juegos de denominación frecuentes también en los inicios configurativos de bastantes congregaciones. Las nuevas religiosas se quisieron denominar inicialmente Hijas de María Inmaculada y Mínimas de San Francisco de Asís. Lo último se prestaba a confusiones, porque, como es sabido, los frailes mínimos (y las monjas) tienen por fundador, no al Serafín de Asís, sino a San Francisco de Paula. El P. Juan Bautista Tornatore, primer director del instituto naciente, optó por la abuela de Jesús: se llamarían Hijas de Santa Ana, lo que Rosa María aceptó dócilmente.

En 1867 ingresaron de golpe veinte jóvenes. ¿Cómo configurar los cometidos concretos de una institución nacida con el

claro designio de la más absoluta dedicación a los necesitados? La luz llegó, tras mucha oración y consejo: servicio gratuito y a domicilio, día y noche, a los enfermos; asistencia a chicas en peligro, hospitales y escuelas. Con tan variados designios, la nueva congregación comenzó a extenderse rápidamente. Rosa María supo transmitir a cada monja el sentido materno con que trató en todo momento a cada pobre. Un aura de amor movía con fuerza sus alas expansivas, logrando ablandar el corazón de los poderosos. Por poner un ejemplo, nos referimos al caso de Sicilia. La presencia en la isla data del 24 de septiembre de 1876 en que abrió una casa en Agrigento para acoger huérfanos y estableció escuelas para niñas. El fracaso de esta fundación pareció agotarlo todo en los inicios. Pero ya en vida de la fundadora su obra contaba en Sicilia con sesenta casas, diez de ellas en la misma ciudad de Palermo. Su caridad heroica se evidenció sobre todo en 1887, cuando el cólera se cebó en la población. Entre sus benefactores más decididos están la princesa Alberca y el príncipe de Fitalia Jerónimo Settimo y la duquesa de Sorrento María Teresa Patti que pronto se convirtió en sor Ana María. Los sicilianos tenían la impresión de que las hijas de la beata Rosa, asociadas íntimamente a la pasión de Cristo, hacían sentir por doquier el amor misericordioso del Padre.

Nunca estuvo sola la fundadora. Además del apoyo inicial del arzobispo de Génova y del obispo de Piacenza, contó también en los comienzos con un estimulador singular, un lego capuchino con fama de santidad, fray Francisco de Camporosso, que previó sus tribulaciones y acertó a infundirle gran coraje. En el desarrollo del Instituto un gran colaborador fue el ya citado P. Juan Bautista Tornatore. Como buen hijo de San Vicente de Paúl, redactó con gran visión, a petición de la Gattorno, la regla definitiva, y con razón es considerado cofundador del Instituto. Ella aseguró el espíritu de donación materna, siempre solícita hacia las diversas formas con la única intención de servir a Jesús en sus miembros doloridos y de «evangelizar ante todo con la vida». La extensión de su obra está marcada por el reclamo de pobres y enfermos de cualquier enfermedad, personas solas, ancianas, abandonadas; los pequeños e indefensos; los adolescentes y las jóvenes *en peligro* a las que se proveía de

instrucción adecuada y la subsiguiente inserción en el mundo del trabajo.

A sus hijas las llamaba (¡he aquí un reflejo de la espiritualidad de San Vicente de Paúl!) «siervas de los pobres y ministras de la misericordia», repitiendo esta consigna literal: «Sean humildes [...] piensen que son las últimas y las más miserables de todas las criaturas que prestan sus servicios a la Iglesia de la que son hijas».

Sus biógrafos subrayan que no fueron ahorradas a la madre Rosa Gattorno pruebas, humillaciones, dificultades y tribulaciones de todo género. Algunos añaden que *a pesar de esto* el Instituto se difundió rápidamente. Debemos apostillar, por nuestra parte, que *precisamente por esto.* Fue, sin duda, el riego sacrificial que necesitó su árbol para crecer.

En sus escritos hay efusiones íntimas que traslucen su espíritu misionero:

> «Amor mío, como me siento arder de los deseos de hacerte conocer y amar de todos, quisiera atraer a todo el mundo, dar a todos, socorrer a todos [ ] quisiera correr por doquier y gritar fuerte para que todos te amen»

Así, ser «portavoz de Jesús» y hacer llegar a todos los hombres su amor misericordioso, fue el anhelo profundo de su corazón.

En 1878 las Hijas de Santa Ana estaban ya en Bolivia, después en Brasil, Chile, Perú, Eritrea, Francia, España... Ya antes, en 1873, se había establecido en Roma, donde organizó escuelas para niños y niñas pobres, jardines infantiles, asistencia a los hijos recién nacidos de las obreras de la manufactura de tabaco, casas para mujeres rescatadas de la prostitución, mujeres del servicio doméstico, enfermeras a domicilio. En Roma surgió también la Casa generalicia con la iglesia anexa. Su labor de organización, impulso misionero y estudio y solución de los mil problemas de cada día abrumarían a cualquiera, y, sin embargo, nada alteraba su continente sereno. Sin pretenderlo, ella misma nos ofrece la explicación: «En medio de tanto tumulto y un abismo de trabajo, nunca he quedado privada de la unión con mi Bien». Los éxitos expansivos la asentaban cada vez más en la humildad, sintiéndose «puro y simple instrumento en manos

del delicado Artífice», conformada con Cristo pobre y víctima de amor con él. He aquí otra de sus consignas lacónicas: «Vivir por Dios y morir por él, gastar la vida por amor». Su cuerpo lo fue pagando aceleradamente. Sus penitencias, los largos y extenuantes viajes, la extensísima correspondencia epistolar, las preocupaciones y grandes disgustos terminaron por extenuarla. En febrero de 1900 hizo presencia una grave enfermedad. El 4 de mayo recibió el sacramento de la unción de los enfermos. Dos días después se extinguía santamente en la Casa general. Dejaba establecidas en ese momento 368 casas, en las que cumplían su misión 3.500 hermanas. Su fama de santidad, ya irradiada en vida, se extiende rápidamente, después de su muerte y de modo ininterrumpido, por todo el mundo.

Siempre fiel a la llamada de Dios y auténtica maestra de la vida cristiana y eclesial, permaneció esencialmente madre: de sus hijos, que constantemente acompañó; de las hermanas, que profundamente amó; y de todos los necesitados, de los doloridos y desdichados, en cuyo rostro contempló al mismo Cristo, pobre, llagado y crucificado. Su carisma, como pone de relieve su último biógrafo, se ha difundido en la Iglesia con el surgir de otras formas de vida evangélica: hermanas de vida contemplativa, asociación religiosa de vida sacerdotal; instituto secular y movimiento eclesial de laicos... Está viva su presencia en Italia, Bolivia, Brasil, Perú, Chile, Argentina, Etiopía, Eritrea, Israel, Angola, México, Australia, India, Kenia, Filipinas y Estados Unidos.

En la homilía de su beatificación, el 9 de abril del año 2000, Juan Pablo II se pronunció con las siguientes palabras:

> «La beata Ana Rosa Gattorno, confiada totalmente en la Providencia y animada por un valiente espíritu de caridad, busco unicamente servir a Jesus en los miembros más dolientes y heridos de su Cuerpo, con sensibilidad y solicitud materna hacia toda miseria humana El singular testimonio de caridad que dio la nueva beata sigue constituyendo hoy un fuerte estimulo para todos los que en la Iglesia estan comprometidos a llevar, de modo mas especifico, el anuncio del amor de Dios, que cura las heridas de cada corazon y ofrece a todos la plenitud de la vida inmortal»

JOSE MARIA DIAZ FERNANDEZ

Bibliografía

BARRA, G., *Non amo per scherzo. Madre Rosa Gattorno, fondatrice delle Figlie di S. Anna* (Turín [2]1981).

CONVERTINI, M. E , *Rosa Gattorno. Una madre* (Roma 1987).

FIOCCHI, A. M., *Rosa Gattorno, fundadora (1831-1900)* (Roma [2]1999).

IRIARTE, L , *Fisonomia spirituale di Rosa Gattorno: fondatrice delle Congregazione delle Figlie di Sant'Anna* (Roma 1989).

Rosa Gattorno, fundadora de la Congregación de las Hijas de Santa Ana. Breve bibliografía compilada por una Hija de Santa Ana, sor A. M. P C. (Lima 1941).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN VENERIO DE MILÁN

Obispo († 409)

La Iglesia mediolanense conmemora en este día, y así lo recoge también el *Martirologio romano,* al obispo San Venerio. Él fue el decimotercer obispo de la sede, según los catálogos de dicha iglesia, y sucedió al obispo San Simplicio en el verano del año 400. Anteriormente era diácono de la misma Iglesia y había sido colaborador de San Ambrosio y uno de los que propusieron a San Simplicio para suceder al gran doctor de la Iglesia.

Se le conoce por sus relaciones con otras iglesias. El papa Anastasio I le pidió que velara por la recta doctrina en su zona, señalándole sobre todo la necesidad de oponerse a las enseñanzas de Orígenes. El santo lo hizo con firmeza, como sabemos por San Jerónimo. Hizo caso de la llamada que le hicieron los obispos africanos del concilio provincial de Cartago del año 401 pidiéndole les enviase algunos clérigos. Entre ellos fue el diácono Paulino, el que, a petición de San Agustín, escribió la vida de San Ambrosio. Cuando San Juan Crisóstomo fue injustamente depuesto en 404, se dirigió entre otros al obispo de Milán en demanda de defensa. Venerio respondió con caridad al santo perseguido.

Venerio hubo de ver cómo el emperador Honorio abandonaba Milán para fijar su residencia en Rávena, ya que consideraba aquella ciudad menos segura frente a los bárbaros, concretamente los visigodos que, al mando de Alarico, hostigaban todo el norte de Italia. Su muerte se produjo el año 409.

SAN EADBERTO DE LINDISFARNE

Obispo († 698)

Conocemos los datos de la vida de este santo por las noticias que proporciona San Beda el Venerable. Estaba ya acreditado por sus sólidos conocimientos bíblicos y su operante caridad con los pobres cuando en 688 es elegido para suceder al gran obispo San Cutberto en la sede de Lindisfarne en Inglaterra.

Fue un obispo responsable y celoso, que cuidó de apacentar su rebaño desde una profunda unión con Dios, y por ello cada año se iba un mes a una isla, donde se dedicaba por entero a la divina contemplación. Puso nuevo techo a la iglesia catedral de su diócesis que había sido construida en madera por su antecesor San Finiano cuarenta años antes. Y, persistiendo la fama de santidad de San Cutberto, mandó que se abriese su sepultura y se examinase su cuerpo, que resultó estar incorrupto. Entonces Eadberto mandó que el santo cuerpo fuera enterrado en una nueva tumba en la iglesia y se le diera públicamente culto como a santo. Por su parte dispuso que a él se le enterrara en la tumba donde había reposado San Cutberto. Su muerte fue poco después de este traslado de San Cutberto el año 698. Su memoria se celebra el 6 de mayo.

BEATO BARTOLOMÉ PUCCI-FRANCESCHI

Presbítero († 1330)

No se sabe exactamente en qué año nació pero debió ser hacia 1260 en Montepulciano, Italia, en el seno de una familia acomodada.

Llegada la juventud contrajo matrimonio y tuvo con su esposa varios hijos, llevando una vida normal y honesta. Estaban ya crecidos sus hijos cuando una idea se apoderó de su mente: quería consagrarse al Señor en la vida religiosa. Y una vez hubo afirmado este propósito en su corazón, habla claramente con su esposa y le dice cuál es su deseo. La buena mujer accede, diciéndole que ella no se presentará como obstáculo. E igualmente le dicen sus hijos que, por ver feliz a su padre, renuncian a tenerlo con ellos en la casa. Entonces, habiendo hecho formal dejación

de todos sus bienes en su esposa e hijos, convertido en pobre voluntario, opta por ingresar en la Orden del Poverello de Asís y pide ingreso en el convento franciscano de su ciudad.

Los franciscanos le dan acogida y él comienza un noviciado en el que muy pronto muestra la seriedad y solidez de su vocación religiosa, siendo admitido a la profesión. Él deseaba permanecer como hermano y dedicarse a los humildes trabajos de servicio a la comunidad. Pero su buena preparación cultural le hacía apto para el sacerdocio, y la obediencia le obliga a que se prepare convenientemente y se ordene sacerdote, lo que en virtud de esa obediencia él acepta.

Fue un religioso modelo. Alma de oración, abierto a acoger a todos los que acudían a él y volcado singularmente en los pobres y humildes, a los que dedica sus mejores afectos. Murió el 6 de mayo de 1330. León XIII confirmó su culto el 12 de junio de 1880.

BEATOS EDUARDO JONES Y ANTONIO MIDDLETON

Presbíteros y mártires († 1590)

Eduardo Jones había nacido hacia 1560 en el norte de Gales. En su juventud hizo un viaje por España, Grecia e Italia y en este viaje se decide por el catolicismo que abraza en Roma Opta por el sacerdocio y de Roma marcha a Reims a fin de estudiar teología en el Colegio Inglés. Se ordena sacerdote el 11 de junio de 1588 y en octubre de ese año vuelve a Inglaterra, donde comienza a ejercer su ministerio sacerdotal clandestinamente.

Antonio Middleton era natural de York y parece que de la misma edad que Eduardo, y era hijo de una familia acomodada. Decidida su vocación sacerdotal marcha a Reims donde estudia entre 1582 y 1586, en que se ordena sacerdote el 30 de mayo y regresa a Inglaterra. Tenía aspecto aniñado y se pensaba que ello le garantizaba poder pasar una larga temporada inadvertido.

Eduardo fue capturado a causa de la denuncia de una mujer que había fingido interés por el catolicismo y a la que Eduardo había aceptado para prepararla al ingreso en la Iglesia. El 1 de

mayo de 1590 se encontraba en una droguería de la calle Fleet, de Londres, cuando fue arrestado y llevado a la Torre, donde el despiadado Topcliff lo torturó de forma espantosa sin que lograra que el detenido reconociera intenciones políticas y antiestatales a su actividad religiosa pero sí reconoció que era sacerdote. Esto le valió que, pese a su elocuente defensa ante el tribunal, fuera condenado a muerte como traidor y propiciador de una invasión extranjera.

Antonio trabajó apostólicamente en Londres y se hospedaba en la casa de un tal Saunders en Clerkenwell. Solamente cuatro años pudo desempeñar su misión pues el 3 de mayo de 1590 era sorprendido en la casa que le hospedaba y junto con Eduardo Jones comparecio ante el tribunal, en el que negó con empeño cualquier intención política a su actividad. Fue condenado a muerte por los mismos motivos que su compañero.

Ambos fueron ejecutados el mismo día —6 de mayo de 1590— en Londres, pero mientras Eduardo lo era frente a la tienda en que había sido detenido, Antonio fue ahorcado y descuartizado junto a la casa en que había sido hospedado. Fueron beatificados el 15 de diciembre de 1929.

BEATOS ENRIQUE KACZOROWSKI Y CASIMIRO GOSTYNSKI

Presbíteros y mártires († 1942)

Entre los presos declarados «inválidos» que el 6 de mayo de 1942 fueron sacados del campo de Dachau para ser eliminados en la cámara de gas se encontraban estos dos sacerdotes polacos que coronaron con el martirio sus vidas de notable y fervoroso servicio a Dios y al bien de sus hermanos, servicio que en ambos casos había sido reconocido por la Iglesia.

Enrique había nacido en Bierzwienna el 10 de julio de 1888 y se había ordenado sacerdote el 13 de junio de 1914. Interrumpidos sus estudios por la guerra, durante la cual realizó diferentes apostolados por indicación de su obispo, terminó su doctorado de teología en Lublín y volvió a su diócesis, Wloclawek, donde fue nombrado profesor del seminario y director del Instituto Pío X. Rector del seminario entre 1928 y 1939, fue

también canónigo de la catedral. El Papa premió sus trabajos nombrándolo prelado doméstico. Al llegar la II Guerra Mundial intentó que prosiguiera la vida del seminario, pero fue arrestado el 7 de noviembre de 1939 y llevado al campo de Lad, y posteriormente al de Dachau. Aquí los trabajos y malos tratos minaron su salud, lo que le valió el calificativo de «inválido».

Casimiro nació en Varsovia el 8 de abril de 1884 en el seno de una familia rica. Tras estudiar en el seminario de Lublín, se ordenó sacerdote el 14 de junio de 1908. Marcha a Innsbruck a estudiar teología moral y a su vuelta a la diócesis es profesor en el seminario y en un instituto. En 1915 funda el Instituto Jan Zamoyski que dirige durante 18 años, por cuya labor es nombrado canónigo de la catedral y prelado doméstico de Su Santidad. Desde 1935 es rector de la Iglesia de la Victoria y se dedica al apostolado entre los intelectuales, la juventud masculina y el movimiento scout. Arrestado el 11 de enero de 1940, está hasta junio en el castillo de Lublín, de donde pasa al campo de concentración de Sachsenhausen y luego al de Dachau. El hambre, los trabajos y las miserias del campo arruinaron su salud y por ello fue declarado «inválido». Fueron beatificados el 13 de junio de 1999.

7 de mayo

A) Martirologio

1 En Roma, la conmemoracion de Santa (Flavia) Domitila (s I), martir **

2 En Nicomedia de Bitinia, los santos Flavio y quince compañeros (s III-IV), martires

3 En Le Mans, San Cenerico (s VII), diacono y solitario

4 En Beverley (Nortumbria), San Juan († 721), obispo de York *

5 En el monasterio de Niedenburg (Baviera), Beata Gisela († 1060), primero esposa del rey San Esteban de Hungria, y luego, ya viuda, abadesa *

6 En Kiev (Rusia), San Antonio († 1073), ermitaño

7 En Cremona (Lombardia), Beato Alberto de Bergamo († 1279), labrador *

8 En Roma, Beata Rosa Venerini († 1728), virgen **

9 En Genova (Italia), San Agustin Roscelli († 1902), presbitero, fundador de la Congregacion de Hermanas de la Inmaculada Concepcion de la Bienaventurada Virgen María **

10 En el campo de concentracion de Auschwitz (Polonia), Beato Antonio Bajewski († 1941), presbitero, de la Orden de Franciscanos Conventuales, martir *

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SANTA (FLAVIA) DOMITILA

Martir († s I)

Son varias las damas Flavia Domitila pertenecientes todas al tronco de los Flavios, familia señorial y noble vinculada a los grandes emperadores de Roma, en el siglo I de nuestra era y de las que nos habla elogiosamente la historia.

Flavio Clemente, cónsul el año 95, sobrino del emperador Vespasiano, estaba casado con Flavia Domitila. Al no tener descendencia directa el emperador, debería haber dejado heredero a uno de los hijos de Flavio Clemente, pero no sucedió así y sus sucesores fueron Tito y Domiciano, sus sobrinos carnales.

A las puertas mismas del trono imperial estuvo llamando quien hubiera podido ser un primer emperador cristiano, pues Flavia Domitila y su esposo Flavio Clemente eran oficialmente cristianos. Aprovechando la tranquilidad que siguió a la persecución de Nerón contra los cristianos, la Iglesia pudo gozar de un amplio período de paz mientras reinaban los emperadores Galba, Otón, Vitelio, Vespasiano y Tito, los dos últimos de la familia de los Flavios.

Desgraciadamente la situacion no fue definitiva y pronto las cosas comenzaron a marchar por un camino muy contrario. Domiciano, ya emperador, desató una nueva y violenta persecución contra los cristianos.

Posiblemente en aquellos primeros momentos, bajo el nombre común de paganos, se identificaba a cristianos y judíos y Vespasiano y Tito habían declarado la guerra a los judíos, llegando incluso a destruir la ciudad santa de Jerusalén y depor-

tando al pueblo hebreo. Unos y otros coincidían en no adorar a los ídolos, dioses oficiales del Imperio.

Alarmado por la abundancia de esos que ellos llamaban paganos y que ya dejaban sentir su presencia en todos los estamentos del Imperio, incluso los más señoriales, Domiciano juzga el hecho como un peligro y se propone acabar con ellos. Entre los primeros de la lista indudablemente se encontraban los de su propia familia, como Flavio Clemente y su esposa Domitila. Flavio desde luego fue martirizado, junto con su mujer según algunos, aunque quizás, con más probabilidad, ésta por su rango de nobleza y su cualidad de mujer, de acuerdo con las leyes del imperio, fue desterrada a la isla de Pandataria, que actualmente con el nombre de Santa María se halla a la entrada del golfo de Gaeta, entre las islas de Ponza e Ischia.

Las islas Ponza y Pandataria eran dos de los lugares frecuentemente utilizados para servir de destierro a los proscritos por los emperadores. No debe extrañar que a veces se utilicen como sinónimos ambos nombres. En cualquier caso, los cristianos consideraron siempre que se trataba de un prolongado martirio y así celebraron a Domitila como una de sus mártires cualificadas.

Estos datos, plenamente garantizados por la historia, por normales parecieron insuficientes a los primeros cristianos, y como cosa frecuente cuando se habla de ellos, se introdujeron nuevos elementos plenamente legendarios. Recordamos algunos por muy conocidos.

Domitila marcharía al destierro, para luego conseguir que le fuera levantado el destierro y de vuelta a la ciudad trajo a su casa a dos jóvenes llamadas Eufrosina y Teodora, hermanas de leche de la propia Domitila, atraídas al principio con promesas de hacerlas triunfar en lo humano. Pero el sentimiento de aquellos primeros cristianos no descansaba nunca y con lentitud pero con constancia la intrépida Domitila las fue seduciendo con el espíritu de sus propias creencias hasta convencerlas del valor de su conversión y entrega a Cristo. El golpe definitivo vendría de la mano providencial de Dios, pues, para garantizar el valor de sus afirmaciones, Domitila mandó traer a una joven muda, que servía a Teodora. Por la sola oración de la santa

«desatósela la lengua, y las primeras palabras en que prorrumpió fueron publicar que no había otro Dios como el Dios de los cristianos. A vista de esta maravilla las dos hermanas se arrojaron a sus pies y se declararon cristianas» (J. Croisset).

Llegada al emperador Aureliano la noticia de los hechos ocurridos, enfurecido, mandó prender fuego a la casa de Domitila y las tres sufrieron glorioso martirio. Sobre el lugar donde fueron enterrados sus cuerpos se levantaría luego una iglesia en su nombre.

Hay autores que se inclinan por afirmar que la Flavia Domitila protagonista de esta segunda historia es una joven distinta, que incluso era virgen y que ofrendó a Dios su virginidad al lado de sus compañeras conversas. Conocemos autores que nos hablan de Flavia Domitila sin más por una lado y de Flavia Domitila *la Joven,* por otro, consagrando así la presencia de dos mártires muy cercanas en el tiempo.

Quizás ambos extremos resulten posibles. Pero a nosotros lo que nos interesa destacar es que nos hallamos ante una de tantas bellas páginas que escribieron los cristianos de los primeros siglos, quienes para abrillantar la emoción de sus recuerdos no tenían inconveniente en complementar los datos históricos con otros transmitidos por la leyenda. Algo que no empaña la veracidad sustancial de los hechos sino que los agiganta y transforma. También resulta posible la presencia de dos santas con el mismo nombre.

La fiesta de Santa Domitila se celebraba inicialmente unida a la de los Santos Nereo y Aquiles o Achileo el 12 de mayo. Una situación que se explica por el hecho de que ambos santos estuvieron enterrados en el cementerio de Santa Domitila en la vía Ardeatina. En época reciente ha pasado al 7 de mayo, ella sola independiente.

JOSÉ SENDÍN BLÁZQUEZ

Bibliografía

Art. «Flavia Domitila», en *Diccionario Espasa.* Tomo letra F, p.25-26.

CROISSET, J., SJ, *Año cristiano o ejercicios devotos para todos los días del año. Mayo* (Madrid 1867) 240s.

«Los mártires de la nobleza bajo Domiciano», en D. RUIZ BUENO (ed.), *Actas de los mártires* (Madrid [5]2003) 233-238.

BEATA ROSA VENERINI

Virgen († 1728)

Rosa nació en Viterbo, el 9 de febrero de 1656, hija de Goffredo, médico, y de María Zampichetti, de una linajuda familia viterbense. Fue la tercera de cuatro hermanos, en este orden: Domenico, María Maddalena, Rosa y Orazio. En 1657 una terrible peste asola el Lacio, y el doctor Venerini se prodiga abnegadamente a favor de los damnificados.

Rosa, dotada de inteligencia y sensibilidad no comunes, tenía ante sí la doble posibilidad de una mujer de su tiempo: el matrimonio o la clausura. Pero en su interior, ella se sentía urgida a otra misión, ventajosa para la sociedad y la Iglesia. Sabría esperar la hora de Dios, alimentando, mientras tanto, su recia y sincera piedad con la ardiente espiritualidad de Santo Domingo, por el contacto con los dominicos del Santuario de la Madonna de la Quercia, y con la ascesis, austera y equilibrada, de San Ignacio de Loyola, por la dirección de los jesuitas.

Mientras se educaba en un monasterio de su ciudad natal, murió en extrañas circunstancias el joven del que estaba enamorada, y ella recordó entonces el voto de consagrarse enteramente a Dios, que de forma infantil había hecho a sus siete años. A los veinte, en el otoño de 1676, ingresó como externa en el monasterio dominicano de Santa Catalina en Viterbo, para conocer la vida claustral, pero salió pronto, al ver que la vida que allí se llevaba no era la que ella había deseado. Durante los años siguientes, 1677 a 1680, la muerte del padre, de la madre, del hermano Domenico, y el matrimonio de María Maddalena, diezmaron la familia. A sus 24 años, Rosa quedó sola con su hermano Orazio.

En este período fue guiada por el Padre Ventura Blandinelli, de la Compañía de Jesús, cuyos miembros regentaban entonces en Viterbo un floreciente colegio. Después, Rosa se dirigiría con el Padre Domenico Balestra, también jesuita. Por aquella epoca, 1680 a 1685, ella comenzó a reunir jóvenes y mujeres del vecindario en su casa para hacer oración y rezar el Rosario. Entonces se encontró con la pobreza espiritual y cultural imperante en el pueblo y comprendió la necesidad de una misión más alta que, paso a paso, le haría ver la urgencia de dedicarse a

la instrucción y formación de las jóvenes. Más tarde, abrió una escuela de catecismo en toda regla. Llena de energía y decisión, Rosa no perdería tiempo en emprender el nuevo camino, que había madurado durante diez largos años de discernimiento y seria reflexión.

> «Para poder proveer a la educación de las chicas del pueblo, privadas de medios (las jóvenes de familias pudientes eran educadas en los monasterios), orientada por el Padre Ignacio Martinelli, jesuita (1633-1716), y con la ayuda de dos maestras que ella habia preparado —Girolama Coluzelli y Porzia Bacci—, Rosa inicio una escuela popular —la primera escuela publica femenina en Italia—, abierta en Viterbo en 30 de agosto de 1685 con la aprobacion del Ordinario del lugar, Arzobispo de Viterbo y despues cardenal Urbano Sacchetti, y del General de la Compañia de Jesus, Padre Carlo de Noyelle»

Como reacción a la Reforma, en la segunda mitad del siglo XVI, había surgido la preocupación por la enseñanza de la doctrina cristiana, en particular a los niños. Con tal motivo, no pocos Institutos religiosos comenzaron a fundar numerosas «Escuelas de la doctrina cristiana», que no eran propiamente escuelas en el sentido moderno del término, sino reuniones dominicales de formación cristiana. Las «Escuelas pías» de Rosa Venerini no son sino una prolongación de estas «Escuelas de la doctrina cristiana». El primer paso, en este sentido, ya lo había dado San José de Calasanz, quien en abril de 1597 abría en Roma la primera «Escuela pía gratuita». *Escuela,* porque allí se enseñaban las nociones básicas para una formación integral, *pia,* porque tenía como fundamento la instrucción religiosa, *gratuita,* porque se ordenaba, sobre todo, a educar a los hijos del pueblo. La iniciativa de Calasanz tuvo tanto éxito, que la denominación «Escuelas pías» quedó reservada a sus escuelas por decreto de Urbano VIII en 1630, aunque, realmente, no se encontraba otro término para referirse a las numerosas escuelas que surgían independientemente de los Escolapios.

En cuanto a la educación de las niñas, en la época de Rosa Venerini adquiría dos modalidades. La primera, ya tradicional, comprendía todas las instituciones clásicas de la vida religiosa. Incluso las monjas de clausura, eran muchas veces obligadas a tener una escuela para niñas. Estas escuelas, obviamente, no

eran susceptibles de una gran expansión, toda vez que exigían un monasterio, con personal «docente» del mismo, y no era posible trasladar las maestras de una localidad a otra, según las necesidades. Por otro lado, en este tipo de escuelas se educaban casi exclusivamente muchachas de familias nobles, dada la necesidad de medios económicos para mantener los monasterios. La segunda modalidad educativa era típica de los nuevos institutos o congregaciones que estaban surgiendo en aquella época. No ligados a clausura, con gobierno centralizado, y teniendo como carisma específico la educación de la juventud, dichos institutos resultaban más adaptados a las exigencias de su tiempo. Y así, nacieron en gran número las congregaciones para la educación de los chicos, pero muy pocos dedicados a las niñas, pues que la mentalidad reinante no era propensa a que una mujer se impusiera en las letras. En Italia, uno de los Institutos pioneros en esta misión fue el de las Ursulinas, con Santa Ángela de Mérici.

En Viterbo, donde surge la primera escuela de Rosa Venerini, el problema era acuciante. En todos los Estados Pontificios (Viterbo era capital de la Provincia del Patrimonio) existían numerosas «Escuelas de la doctrina cristiana», y para educar a las niñas se recurría, cuando era posible, a los monasterios. En Roma, en el año 1655, se llegó a abrir una escuela gratuita para las niñas de las clases populares de la ciudad, a expensas de la *Elemosineria Pontificia.* En Viterbo esta posibilidad no existía; se contaba únicamente con los nueve monasterios de la villa.

Las *zitellas,* como eran inicialmente llamadas las jóvenes reunidas en torno a Rosa, no vivían en conventos, ni eran terciarias, sino que, como seglares, vistiendo hábito negro, habían escogido a San Ignacio de Loyola como protector, porque «había instituido la Compañía de Jesús para la educación de los jóvenes en las letras y en la doctrina cristiana». El influjo de la espiritualidad ignaciana distingue la piedad de Rosa y de sus primeras hijas. Para sus maestras, Rosa pedía al Espíritu Santo «una chispita del fuego con que él se dignó inflamar el corazón de los apóstoles». Quería que tuviesen, como los primeros cristianos, «un solo corazón y una sola alma» para testimoniar y predicar el amor de Dios. Sabía que la eficacia misionera se derivaba de la participación en el misterio eucarístico. Su perma-

nente obsesión era «que la sangre preciosa del unigénito Hijo de Dios no se haya vertido en vano».

Inicialmente, Rosa pensó en ocuparse sólo de las niñas de las clases bajas; más tarde, siguiendo el consejo del P. Martinelli, aceptó también en sus escuelas a chicas de familias nobles, por el bien que de ello se podía derivar: se trataba de la elevación espiritual y la sana emancipación de la mujer.

Las escuelas de Rosa Venerini eran, según la mentalidad de su tiempo, principalmente escuelas de instrucción cristiana: además del catecismo (impartido según la «Doctrina cristiana» de San Roberto Belarmino) se enseñaba a las chicas a rezar, a prepararse para recibir los sacramentos... Se las imponía, asimismo, en las labores femeninas y, en general, en todo aquello que una mujer debía saber para gobernar adecuadamente su casa. Con el tiempo, Rosa impuso un reglamento e, inspirándose en la Compañía de Jesús, colocó la meditación matutina como base de la jornada de las maestras: el día quedaba así libre para dedicarlo a la escuela; a la tarde, tenía lugar la plegaria vespertina. La fundadora vio la conveniencia de que en cada escuela hubiese al menos tres maestras, tras la experiencia negativa de los casos en los que hubo sólo dos. El primer reglamento, un volumen de 83 páginas, con el título *Relaciones de los Ejercicios que se practican en Viterbo destinados a instruir a las jóvenes en la Doctrina,* fue dado a la estampa, por primera vez, en 1714, y reimpreso en 1718.

Rosa quiso desde el principio que su obra y sus maestras tuviesen proyección fuera de Viterbo. Por eso aceptó la propuesta del cardenal Marcantonio Barbarigo de erigir una escuela en su diócesis de Montefiascone, en 1692. Dos años más tarde regresó a Viterbo, dejando en Montefiascone a Lucía Filippini, hoy santa, una de las maestras que ella había formado, al frente de un grupo de escuelas que, por expreso deseo del cardenal, mantendrían siempre una cierta autonomía de las de Viterbo. Esto hizo que, para distinguirlas, las de Montefiascone fueran llamadas Maestras Pías del cardenal Barbarigo, Maestras Pías Operarias, por los padres que las dirigían, o Maestras Pías de Santa Águeda de los Godos o del Monte, por el lugar de su casa principal. En Roma, serían denominadas incluso Maestras santas, y, ya en el siglo XIX, Maestras Pías Filippini.

La diversa dirección espiritual de las Maestras Pías (Jesuitas en Viterbo, Píos Operarios en Montefiascone) trajo consigo una notable diferenciación de los dos grupos. Así, por ejemplo, en Montefiascone se usaban prácticas ascéticas externas incompatibles con el estilo de la Compañía, y las escuelas tenían casi el aspecto de un noviciado.

Vuelta a Viterbo en 1694, y a requerimiento de cardenales, obispos y nobles, Rosa realizó nuevas fundaciones dentro de la diócesis, en Bagnaia y Oriolo —esta última, con la bendicion del príncipe Altieri— y, a partir de 1700, también fuera de la diócesis. En 1707, la fundadora tenía bajo su dirección dieciséis escuelas, situadas en las diócesis de Viterbo, Tuscania, Orvieto, Bagnoregio, Orte, Gallese y Sutri. En este mismo año fue llamada por Lucía Filippini (que había sido acusada de quietismo) a sustituirla en la escuela que ella había abierto en Roma. Rosa acudió a la Ciudad Eterna pero, no pudiendo continuar la actividad, se detuvo allí muy poco tiempo, retornando a Viterbo en 1708. Esto provocó en la curia romana y en el pueblo en general una cierta desestima de su instituto, y de hecho, de 1708 a 1713, Rosa no pudo abrir sino dos o tres nuevas escuelas, mientras que las escuelas de las Filippini comenzaron, desde 1711, una notable expansión.

El P. Martinelli vio en el distanciamiento de Roma un desprestigio para la Compañía de Jesús, que dirigía espiritualmente las escuelas viterbenses. Por eso Rosa volvió a intentar la fundación de una escuela en Roma, lo que llevó a cabo, por fin, en la parroquia de San Venancio, el 18 de diciembre de 1713, con la ayuda del abate Giacomo degli Atti, de la alta nobleza de Viterbo, y con las maestras Lucía Coluzelli, Margherita Casali y Virginia.

En 1714, la Congregación de Propaganda Fide aprueba el primer proyecto educativo de Rosa. El papa Clemente XI, el 24 de octubre de 1716, quiso visitar su escuela romana, acompañado por ocho cardenales. Después de haber asistido a las lecciones, el Pontífice se dirigió a la fundadora en estos términos: «Señora Rosa, vos nos ayudáis a cumplir nuestro oficio, llegando allí donde Nos no podemos. Os lo agradecemos mucho». Y aún añadió: «Con estas escuelas, santificaréis Roma».

El 26 de noviembre de 1716, Rosa trasladó la escuela a una casa más idónea, cerca de la plaza y la parroquia de San Marcos y, al mes siguiente, abrió otra junto a la Fontana de Trevi, en el Quirinale. Desde la fundación de la escuela romana, el Instituto tuvo su propio cardenal protector, el primero de los cuales fue Giuseppe Sacripanti. A la muerte de la fundadora (que permaneció en Roma desde 1713), la obra contaba con cuarenta escuelas, esparcidas en diecisiete diócesis, a excepción de las de la diócesis de Montefiascone, que pasaron a la dirección de Santa Lucía Filippini, dando origen al Instituto de las Maestras Pías Filippini.

Rosa Venerini murió en Roma, en la escuela de San Marcos, el 7 de mayo de 1728, a la edad de 72 años, en olor de santidad, y fue sepultada en la Iglesia del Gesù. Poco antes de morir había dicho: «Me siento tan inclinada a la voluntad de Dios que no me importa ni la vida ni la muerte, quiero sólo lo que él quiera y [...] nada más». Su Santidad el papa Pío XII reconoció la heroicidad de sus virtudes el 6 de marzo de 1949. El 13 de enero de 1952 fue aprobado el milagro para su beatificación, que tuvo lugar el 4 de mayo del mismo año.

La Beata es considerada una de las precursoras del movimiento pedagógico de los siglos XVII y XVIII, por el método que ella ideó y publicó en 1714, y por el mérito de haber sido la primera en Italia que hizo posible la escuela gratuita para todas las niñas. Rosa Venerini proclamó con su vida el evangelio de la salvación. Fue la suya, en palabras del cardenal Pietro Palazzini con motivo del tercer centenario de la fundación de su Obra, «una mística de servicio en el amor», que no conoce el descanso. Afrontó desprecios, peligros, desconfianzas, humillaciones, todo con los ojos fijos en el Crucificado. De la oración, del sacrificio eucarístico, de la meditación cotidiana, sacó la energía para desempeñar su asombrosa misión educativa.

ALBERTO JOSÉ GONZÁLEZ CHAVES

Bibliografía

ANGELI, R., *Rosa Venerini, una guida per la gioventù* (Livorno ca.1974).

MACHIETTI, S. S., *Rosa Venerini all'origine della scuola popolare femminile. L'azione educativa del suo Istituto dal 1685 ad oggi* (Brescia 1986).

ROSSI, R., «Maestre Pie Venerini»: *Quaderni Franzoniani Semestrale di bibliografia e cultura ligure* 8 (1995) n 2
SACRA RITUUM CONGRI GATIONE, *Beatificationis et canonizationis famulae Dei Rosae Venerini, fundatricis Magistrarum Piarum quae ab eius cognomine nuncupantur († 1728)* Vol. 2a· *Positio super virtutibus ex officio compilata* (Roma 1942).
L'Osservatore Romano (10-8-2001)

SAN AGUSTÍN ROSCELLI

Presbítero y fundador († 1902)

Nació Agustín Roscelli en la aldea genovesa de Bargone de Casarza Ligure, en el seno de una familia humilde y de pocos recursos materiales, pero abundante en virtudes cristianas, dos aspectos de su biografía que explican la personalidad y los valores de este sacerdote que figura en la lista de los primeros santos del tercer milenio, sólo seis años después de haber sido beatificado. El 7 de mayo de 1995 y el 10 de junio de 2001 son las gloriosas fechas, respectivamente, de su beatificación y canonización.

En la ceremonia de canonización, celebrada ante la fachada de la Basílica de San Pedro, Juan Pablo II subrayó la «fe profunda» del nuevo santo, que le infundió consuelo en las ásperas dificultades de su vida, le sirvió de «fuerte roca» a la que se agarró para no caer en el desaliento, y que, además, supo comunicarla abundantemente en el ejercicio del ministerio de la confesión. «Llegó a ser —dijo— maestro de vida espiritual, especialmente para las religiosas que fundó, que lo vieron sereno en las más críticas situaciones».

El ambiente campesino del lugar —a unos cincuenta kilómetros de Génova— donde nació Agustín Roscelli el 27 de julio de 1818 y la ayuda que tuvo que prestar a sus padres Domingo Roscelli y María Gianelli en las tareas de labranza y cuidando del pequeño rebaño que poseía la familia, le facilitó la comprensión de la alegoría evangélica del buen pastor, una experiencia a la que entregó lo mejor de su vida pastoral.

Cristiano desde el mismo día de su nacimiento, ya que recibió el bautismo sin demora, debido a que su estado de salud al nacer era muy delicado y se temía por su vida, fue durante todo el resto de sus días un cristiano sencillo, muy cercano a Dios y

muy ajeno a las cosas temporales. La hermana M. Querubina, con palabras oídas al confesor del santo, hacía esta síntesis de su semblanza, la exterior e interior: «Tiene apariencia de poca cosa, pero en realidad es un alma grande».

Esta apariencia de poca cosa, de no darse importancia, es no sólo una apreciación frecuente, reflejada en determinados testimonios contemporáneos que lo describen como un hombre corriente, que «no trata de ser considerado por nadie», sino que él mismo se autorretrata con esta simple, honda, humilde y pastoral definición. Se ve y se siente como «un pobre cura». Y «pobre sacerdote» es lo que —según el cardenal genovés José Siri— quiso Agustín Roscelli que se escribiese, como inscripción, sobre la cruz de madera de su tumba. La predilección por esta frase, aunque no lo parezca, reúne lo esencial de su estilo sacerdotal, marcado por una extraordinaria normalidad.

El cardenal Dionisio Tettamanzi, arzobispo de Génova durante las fechas de la santificación de Roscelli, al hacer la semblanza de este santo genovés dibuja un retrato sacerdotal «desarmante» por su normalidad, ya que ejerció «un ministerio del todo igual al de cualquier sacerdote». En consecuencia, no hay en su vida nada postizo y ruidoso, todo lo hizo en silencio, sin gestos solemnes, ni siquiera se le conocen otros escritos que los necesarios para cumplir con su deber. «Hay poco que contar» acerca de este hombre —insistía Siri—, pero si algo brilla en él con luz propia es «el pudor sublime de querer ser conocido sólo por el Padre, que está en los cielos».

Esta amistosa convivencia de lo ordinario y de lo extraordinario, esta vida llena de gestos cotidianos y colmada de espiritualidad, ofrecen de Agustín Roscelli una envidiable imagen de sencillez y al mismo tiempo de fascinación, pues la extraordinaria naturalidad con que expresa su riqueza espiritual la convierten en espontánea pero también en grandemente atractiva. En una palabra, consigue hacer extraordinariamente bien las cosas más ordinarias.

Se entregó con absoluta naturalidad a ser un sacerdote de vida interior vibrante, virtuoso, dedicado a ser buen pastor, educador de la fe y guía espiritual. Para lograrlo tuvo que superar numerosas dificultades hasta su ordenación el 19 de sep-

tiembre de 1846. Contaba en aquel momento 28 años, algunos más que los habituales en un ordenando diocesano de la época. Y es que el chico nacido en Bargone, a unos pocos kilómetros del mar de Liguria, inteligente y un tanto reservado, recibió la primera enseñanza escolar del párroco del pueblo, don Andrés Garibaldi. Pero un día la parroquia organizó una misión encomendada al arcipreste de Chiavari, Antonio María Gianelli —Pío XII lo convirtió en San Antonio María Gianelli en 1951—, y en aquel mes de mayo de 1835 recibió un toque interior, la llamada al sacerdocio, y desde el otoño de aquel mismo año se traslada a Génova para emprender sus estudios.

No le fue nada fácil salir adelante debido a problemas económicos que tuvo que afrontar por sí mismo con tenacidad extraordinaria, intensa oración y unas cuantas personas que le echaron una mano y paliaron sus dificultades. El que se distinguió en la ayuda de una manera más eficaz fue el arcipreste Gianelli, nombrado obispo de Bobbio en 1838, quien le procuró un puesto de sacristán y custodio en la iglesia del Conservatorio de las Hijas de San José en San Rocchino, de la que era director. Un año antes de su ordenación —según atestiguó el rector de aquella institución— Agustín había sido un «diligente prefecto».

El primer destino sacerdotal de Agustín Roscelli fue el barrio de San Martín de Albaro de Génova, una zona populosa y de aluvión donde hervía la ciudad con todas sus necesidades y posibilidades, trabajo y miseria, lacras sociales y morales, donde había pícaros y prostitutas. El padre Roscelli puso en marcha el espíritu de buen pastor y fue descubriendo en el ejercicio del ministerio una triste realidad llena de peligros, sobre todo para muchas chicas que, con la idea de encontrar trabajo en la gran ciudad, habían dejado sus pueblos y se veían tentadas o enredadas en el ejercicio de la prostitución. La constatación de estos problemas le llegaba a través del confesonario, un ministerio que ejerció con total entrega. El diario goteo de esta realidad le torturaba el espíritu pensando en aquellas víctimas de la soledad, zarandeadas por la pobreza.

La asiduidad con que se sentaba en el confesonario y el conocimiento que le procuraba sobre el tajo pastoral de su barrio le abrió perspectivas en su ministerio y le fue comprometiendo

en nuevos campos, siempre en contacto con los más pobres, los de mayores problemas y los menos apreciados socialmente. Algunas jóvenes, dirigidas espiritualmente por él, le ayudan en sus proyectos de dignificación de la mujer y fundan unos *talleres de costura* donde las niñas reciben instrucción general, educación cristiana y enseñanza profesional. Pero se ocupa también, al mismo tiempo, de cuidar de los *chicos de la calle,* y en 1858 comienza a echar una mano en la Obra de los Artesanitos (Artiglianelli), institución fundada por el padre Francisco Montebruno en Génova, un centro educativo y de aprendizaje laboral.

Más adelante, en 1872, se entrega a una nueva actividad pastoral, un apostolado especialmente difícil y comprometido, muy relacionado con las miserias morales y sociales que crecían en Génova, ciudad portuaria con grandes dosis de delincuencia. El mundo de chicos y chicas que frecuentaba como educador le dio a conocer y le puso en contacto con una juventud problematizada, jóvenes reclusos de la cárcel de San Andrés, donde el cura Roscelli llevaba consuelo personal y dispensaba el sacramento de la reconciliación.

Dos años más tarde se hace cargo de la capellanía de un nuevo orfanato provincial, a cuyo servicio estuvo 22 años, y desde la que ofreció amor generoso a los miles de niños y niñas que pasaron por la institución y ayudó a muchas madres solteras, tratando de sacarlas de la situación en que habían caído por falta de trabajo. En aquel hospicio llegó el padre Roscelli a administrar 8.484 bautizos, según consta en el registro oficial de la casa. Una actividad pastoral la suya alimentada con la oración, pues el santo sabía de sobra que los buenos rendimientos de una obra de apostolado no se deben principalmente a las propias fuerzas sino a la ayuda de Dios.

Estaba visto que la gran preocupación del cura Agustín Roscelli por la situación de desamparo de la juventud, y muy en particular de las chicas que eran explotadas en su trabajo o en el peor de los casos accedían a vender su cuerpo, tenía que cuajar en una iniciativa que sobrepasase la simple experiencia. Se convertiría en una propuesta de fondo y en una decisión estable.

Aquellos talleres de costura se transformaron en verdaderas escuelas taller, donde las chicas recibían acompañamiento mo-

ral y objetivos claros de actuación, así como un trabajo con el que ganarse honestamente la vida. Con la atención de estos locales, verdaderos centros de capacitación profesional y de sólida formación cristiana, fue granando la idea de una congregación religiosa que se ocupara de este apostolado social. Las colaboradoras que dirigían los talleres, las maestras de costura, estaban convencidas de que su consagración religiosa y un compromiso de vida comunitaria darían fuerza a su apostolado. Agustín Roscelli se decide a fundar una congregación.

La iniciativa obtuvo los mejores estímulos del obispo Salvador Magnasco y el propio padre Roscelli apuntó a lo más alto en sus consultas. Le contó sus planes al papa Pío IX, y éste le respondió: «Dios te bendiga y bendiga tu buena obra». Con tales palabras de ánimo y de aprobación, como aceptación de la voluntad de Dios, el 15 de octubre de 1876 cumple el sueño de fundar la Congregación de las Hermanas de la Inmaculada Concepción de la Bienaventurada Virgen María de Génova. Unos días después, el 22 de octubre, les entregó el hábito religioso a las primeras hijas de la nueva congregación. Para ellas llegó a ser un maestro de vida espiritual en el que pudieron ver siempre, aun en las situaciones más críticas, a un hombre sereno y lleno de fe. La finalidad de la fundación, según indican las primeras Constituciones, consistía en «atender a la propia santificacion y colaborar a la santificación del prójimo... mediante el ejercicio de obras de caridad hacia el prójimo, especialmente con la buena educación e instrucción de las niñas de toda condición». La obra, aunque nacida en Génova, se ha difundido por Italia y algunos países de Latinoamérica.

Este «pobre cura», como a él le gustaba llamarse, humilde y silencioso, ha despertado grandes admiraciones. Albino Luciani, antes de ser Juan Pablo I, escribió sobre este santo que «supo enlazar magníficamente la actividad de los tiempos modernos con una profunda vida interior». En sus contados escritos, dirigidos a sus religiosas, sobresalen con limpieza algunos pensamientos:

> «Si somos ignorantes —escribe sobre la bienaventuranza de los pobres de espíritu—, en el nombre de Jesus encontramos la sabiduría, si enfermos la salud, si pobres el necesario socorro, si hambrientos el alimento, si débiles la fortaleza, si pecadores la gracia, la

redencion, la santidad Podemos decir de Jesus, con todo el corazon, que el solo es nuestro todo»

Sobre la caridad, a la que no se le puede poner coto «porque es inmensa como inmenso Dios en el que tiene su origen», dice que su manifestación, en cuanto amor a Dios y al prójimo, es como «dos anillos que forman una misma cadena». O la equilibrada dosis entre oración y acción, resumida en esta frase: «La oración ayuda a actuar bien, lo mismo que la acción bien hecha ayuda a orar bien».

Este «pobre cura» genovés, del que dicen sus biógrafos que durante la misa, después de la consagración, se quedaba como arrobado mirando las especies eucarísticas en silencio y en este sacramento encontraba no sólo la fuente de su espiritualidad sino también de su caridad pastoral, murió en Génova el 7 de mayo de 1902, dos meses antes de cumplir 84 años.

JOSE ANTONIO CARRO CELADA

Bibliografía

ARDITO, D , *Un umile prete di ieri* (Genova 1935)
«Juan Pablo II canoniza a los primeros santos del tercer milenio» *Ecclesia* (2001) n 3053, p 22 23
TITTAMANZI, D , *Agostino Roscelli* (Casale Monferrato 2001)
L'Osservatore Romano (10 6-2001) 10

C) BIOGRAFIAS BREVES

SAN JUAN DE BEVERLEY

Obispo († 721)

Este santo fue muy venerado en Inglaterra y su tumba fue meta de peregrinaciones hasta la llegada de las novedades religiosas introducidas por Enrique VIII. Nació en Harpham en el Yorkshire y se educó en la escuela catedralicia de Canterbury, cuando dirigía esta escuela San Adrián.

Decidida su vocación monástica entró en el doble monasterio de Whitby, dirigido entonces por la abadesa Santa Hilda. Fue un monje magnífico que se acreditó por sus virtudes entre sus hermanos.

El año 687 fue elegido y consagrado obispo de Hexham, y aquí se distinguió por su caridad con los pobres y por sus eximias dotes como pastor, a lo que se unió la fama de que hacía milagros. En este tiempo de su episcopado en Hexham él ordenó sacerdote a San Beda el Venerable. Echaba de menos el claustro y se retiraba a la soledad algunos tiempos para satisfacer su íntimo deseo.

El año 705 fue trasladado a la sede de York, donde perseveró en su misma línea pastoral, dándole siempre una gran importancia a la predicación, de la que fue cuidadoso y asiduo ministro. Doce años después de su nombramiento para York hizo dimisión del obispado y se retiró a vivir en el monasterio de Beverley que él mismo había fundado. Las razones que dio para dimitir fueron sus achaques que le impedían realizar su tarea pastoral con la amplitud debida. En el monasterio vivió todavía cuatro años dedicado a la oración y la penitencia. Murió el 7 de mayo de 721. San Juan Fisher, natural de Beverley, le tenía gran devoción.

BEATA GISELA

Abadesa († 1060)

Gisela pasa a la historia como la esposa de San Esteban de Hungría, el gran líder político y religioso que inaugura el reino húngaro cristiano. Ella era hija de Enrique II de Baviera y de Gisela de Borgoña. Casó con Esteban de Hungría en 996, poco antes de que a él le fuera reconocida por el papa la dignidad real.

Durante cuarenta años ella estuvo al lado del rey apoyando su obra religiosa con gran fervor, sobre todo en la construcción de iglesias y monasterios y en la labor de evangelización de los paganos. Pasó por la pena de perder a su hijo San Emerico. Cuando en 1038 quedó viuda y comprobó que el sucesor de su esposo no la miraba con buenos ojos, abandonó la corte y se fue al monasterio benedictino de Niedenburg, junto a Passau, donde tomó el santo hábito e hizo la profesión religiosa, olvidando su antigua dignidad real e integrándose humildemente en la comunidad.

Las monjas reconocieron las dotes humanas y religiosas de Gisela y por ello la nombraron su abadesa. Ella perseveró con humildad y constancia en la vida religiosa hasta su santa muerte el 7 de mayo de 1060, siendo enseguida su tumba objeto de veneración y lugar de peregrinación.

BEATO ALBERTO DE BÉRGAMO

Seglar († 1279)

Alberto nace en Villa di Ogna hacia 1210 en el seno de una familia labradora. Llegado a la juventud se unió a los suyos en la labranza de los campos y contrajo matrimonio. Pero era muy dado a las obras de caridad y su esposa no participaba de este sentimiento, por lo que le reprochaba que daba más limosna de lo prudente y que ese dinero debía permanecer en el hogar. Los hermanos de Alberto le daban la razón a la esposa de éste. Se cuenta que el Señor socorrió a Alberto compensando de forma milagrosa lo que él daba de limosna.

Acuciado por las dificultades e incomprendido en su hogar, la situación se volvió tan tensa que los hermanos lo expulsaron de la casa. Él entonces decide marchar a Cremona, donde se gana la vida trabajando en el campo y haciendo otros trabajos y compartiendo sus haberes con los pobres. Vivía una vida pobre y austera, llena de una inmensa piedad. Se hizo terciario dominico y procuró santificarse en el seno de esta Orden seglar. Peregrinó a Roma, Santiago de Compostela y Tierra Santa. Murió en Cremona el 7 de mayo de 1279. Su culto fue confirmado el 9 de mayo de 1748.

BEATO ANTONIO BAJEWSKI

Presbítero y mártir († 1941)

Juan Eugenio Bajewski nació en Vilna, Lituania, el 17 de enero de 1915, hijo único de padres de situación acomodada. Ya desde la escuela elemental mostró sus grandes dotes intelectuales así como su facilidad para el aprendizaje de idiomas. Se sentía llamado al sacerdocio y la vida religiosa, pero como halla-

ba mucha resistencia en su familia, se decidió primero por el seminario mayor de Vilna en 1933 y al año siguiente, siguiendo los deseos de su corazón, pasó a la Orden Franciscana, en la rama de los conventuales.

Acogido en la Orden el 17 de agosto de 1934, recibió el hábito religioso el 1 de septiembre de dicho año, cambiando su nombre por el de Antonio. Hizo el noviciado en Niepokalanów y emitió los primeros votos religiosos el 2 de septiembre de 1935. Continuó los estudios teológicos en el seminario franciscano de Cracovia, donde hizo la profesión solemne el 1 de noviembre de 1938 y se ordenó sacerdote el 1 de mayo de 1939.

Enviado en julio de ese mismo año al convento de Niepokalanów, San Maximiliano Kolbe lo eligió como su segundo sustituto, pero su débil salud le obligó a pasar varios meses en la enfermería de Lasek, a dos kilómetros de su convento.

Cuando llegó la II Guerra Mundial continuó en dicha casa al lado de San Maximiliano Kolbe, con el cual y otros religiosos fue arrestado el 17 de febrero de 1941 y llevado a la cárcel de la calle Pawiak, de Varsovia. Aquí estuvo hasta que en abril fue llevado al campo de concentración de Auschwitz. El hambre, los malos tratos, los trabajos forzados y las miserias que padecía pudieron con su salud, siempre débil, y por ello murió de agotamiento el 7 de mayo de 1941. Todos habían comprobado en él al verdadero hombre de Dios, lleno de espiritualidad y celo por la gloria de Dios, inteligente y activo, motivo por el cual San Maximiliano Kolbe lo había elegido como uno de sus colaboradores. Fue beatificado el 13 de junio de 1999.

8 de mayo

A) MARTIROLOGIO

1 En Milan (Liguria), la conmemoración de San Victor († 304), martir *

2. En Bizancio, San Acacio (s IV), soldado y mártir

3. En Auxerre (Galia Lugdunense), San Eladio (s IV), obispo

4. En el Monte Escitis (Egipto), San Arsenio (s. IV-V), diácono y solitario.
5. En el territorio catalaunense en la Galia, San Gibriano († 515), presbítero.
6. En Bourges (Aquitania), San Desiderato († 550), obispo.
7. En Roma, San Bonifacio IV († 615), papa **.
8. En Roma, San Benedicto II († 685), papa *.
9. En Verona, San Metrón (s. VIII), ermitaño.
10. En Roermond (Brabante), San Wirón († 753), evangelizador del país *.
11. En Saludecio del Piceno (Italia), Beato Amado Ronconi (s. XIII), seglar *.
12 En el Monasterio de Santa María della Serra (Piceno), Beato Ángel de Massaccio († 1458), presbítero, de la Orden Camaldulense, mártir *.
13. En Randaccio (Sicilia), Beato Luis Rabatà († 1490), presbítero de la Orden Carmelita *.
14. En Québec (Canadá), Beata María Catalina de San Agustín Symon de Longprey († 1668), virgen, de las Hermanas Hospitalarias de la Misericordia **.
15. En Hegne (Alemania), Beata Ulrica Nisch († 1913), virgen, de las Hermanas de la Caridad de la Santa Cruz **.

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SAN BONIFACIO IV

Papa († 615)

No suelen ser muy pródigos en noticias los autores, incluso los que escriben la historia de la Iglesia, con relación a este papa Bonifacio IV, santo de la Iglesia.

En su haber hay un hecho por el que se le recordará siempre, ya que él fue quien convirtió en templo cristiano el célebre Panteón de Agripa, el mayor de los templos romanos que ha llegado hasta nosotros y en el que el diámetro de su cúpula sólo es superado por el de la de San Pedro del Vaticano.

El templo original fue fundado por Agripa, yerno de Augusto, en el año 27 a.C. Inicialmente rectangular, lo transformaron en pronaos el año 120 d.C., cuando Adriano decidió su ampliación. Las 16 columnas del pronaos miden más de 12 metros de altura. Su diámetro interior circular y su altura superan los 43 metros.

Estaba consagrado a Júpiter vengador, a Venus y a Marte. San Bonifacio lo consagró para dedicarlo al culto de la Virgen y a todos los mártires cristianos con el nombre de *Sancta Maria ad Martyres*. Para ello obtuvo la cesión y el permiso del emperador Focas, deseoso de ganarse el afecto del pueblo de Roma. La fecha de su dedicación, el 13 de mayo del año 609, marca un hito importante en la historia de Roma, pues es el primer ejemplo de transformación oficial de un templo pagano en lugar cristiano de culto. Un hecho mucho más trascendente si tenemos en cuenta que en aquella zona, el llamado Campo de Marte, la presencia de lo pagano era mucho más significativa.

Para ello hizo llegar hasta aquí gran cantidad de huesos enterrados en las catacumbas, depositándolos en una piscina o recipiente de pórfido, bajo el altar mayor. Se dice que llegaron en veintiocho carretas, trasladadas desde las diversas catacumbas de la ciudad.

Bonifacio era hijo de Juan, médico, nacido en la ciudad de Valeria, territorio marso. Durante el pontificado de San Gregorio I Magno (590-604), ocupó el cargo de diácono o dispensator de la Iglesia, funcionario encargado de la administración del patrimonio de la Iglesia.

Sucedió en la silla papal a Bonifacio III, que solamente la ocupó durante nueve meses.

Fue consagrado pontífice el 25 de agosto del 608 y murió el 8 de mayo del 615. O según otros del 15 de septiembre del 608 al 25 de mayo de 615. Un pontificado breve pero intenso.

En su tiempo, Melitón, primer obispo de Londres, llegó a Roma para consultar una serie de cuestiones relativas a la Iglesia de Inglaterra. Coincidiendo su presencia con la celebración de un concilio en la ciudad, fue invitado a participar.

En ese concilio se debatían cuestiones importantes relativas a la *vida y paz monásticas de los monjes*. De regreso a Inglaterra se llevó los decretos del concilio, junto a una serie de cartas del Papa para el entonces obispo de Canterbury, para el clero inglés, el rey Etelberto y el mismo pueblo de Inglaterra, donde marcaba las orientaciones que debía observar la Iglesia de Inglaterra.

Hacia el año 612 San Columbano, monje irlandés afincado en Bobbio, Italia, a instancias de Agilulfo, rey de los lombardos,

fue persuadido para que dirigiera a Bonifacio IV una carta sobre la condena de los *tres capítulos*. Se pretendía en ella o mejor se acusaba al Papa de herejía por haber aprobado el concilio de Constantinopla del año 553, le exhortaba a convocar un concilio y demostrar su ortodoxia. Pero la carta, cuya trascendencia no parece haber adivinado San Columbano, no perturbó para nada el ánimo de San Bonifacio, quien supo reconducir la situación, y el mismo Columbano siguió adicto a las enseñanzas del propio Papa. Las relaciones con los bizantinos se renovaron varias veces durante su pontificado.

Bonifacio IV conoció múltiples calamidades, como fueron una serie de inundaciones, hambres y pestes que asolaron a la ciudad de Roma, donde, como auténtico pastor de su grey, demostró su exquisita caridad. Fundó para ello varios hospitales. E instituyó el derecho de asilo en las iglesias.

Aumentando las contradicciones, en su tiempo se efectuó la invasión de Asia Menor por los persas. Los longobardos causaron una serie de disturbios en el norte de Italia y los merovingios en las Galias. Finalmente, aparece el Islam, un hecho llamado a tener tremenda repercusión en el mundo, incluidas las religiones.

Nada de todo esto pudo alterar la ecuanimidad del espíritu monástico de Bonifacio. Al contrario, convirtió su casa en un monasterio benedictino, congregación a la que él mismo pertenecía y en ella murió. Fue enterrado en el pórtico de San Pedro, pero sus restos, trasladados de lugar en varias ocasiones, terminaron por reposar definitivamente en el nuevo San Pedro del Vaticano, el 21 de octubre de 1603.

El gran prmotor de su culto fue otro Papa con idéntico nombre, Bonifacio VIII, quien le dedicó una capilla, levantada sobre su sepulcro, en los últimos años del siglo X.

JOSÉ SENDIN BLÁZQUEZ

Bibliografía

ADRO, X., *Bonifacio VIII* (Barcelona 1971)

ANDRES, G. DE, «Speculum pontificale de Juan Ignotus. Poema sobre la vida del papa Bonifacio VIII»: *Hispania Sacra* 90 (1992) 745-787.

Diccionario Espasa. Tomo letra B, p 10

PEREZ DE URBEL, J. (ed.), *Crónica general de la Orden de San Benito* (Biblioteca de autores españoles, 123-125, Madrid 1959-1960), 3 vols.

BEATA MARÍA CATALINA DE SAN AGUSTÍN
Virgen († 1668)

Religiosa profesa y virgen de la Orden de San Agustín en las Monjas Hospitalarias de la Misericordia, la Beata María Catalina de San Agustín, en el mundo Catalina Symon de Longprey, nació el 3 de mayo de 1632 junto a *Saint-Sauveur-le-Vicomte,* en Normandía (Francia), del noble y cristiano matrimonio formado por Santiago Symon de Longprey y Francisca Jourdan de Launay. Ese mismo día recibió el sacramento del bautismo, sobre cuya pila se le impuso el nombre de Catalina. Como la buena semilla en tierra de pan llevar produce el ciento por uno, así la gracia bautismal empezó inmediatamente a germinar abundante y generosa en aquel corazón de niña y a revelarse bella en flores de primavera y fecunda en frutos de verano.

Educada por sus padres, Catalina entra pronto en contacto con los pobres y los enfermos que su abuela recibe en casa. No tiene más que tres años cuando pregunta a un padre jesuita amigo de la familia qué hace falta para agradar a Dios, y éste se vale de un enfermo para explicar a la pequeña que es así, aceptando su enfermedad, como aquel desventurado cumple la voluntad divina. Será la idea central de su vida. Desde tierna infancia, pues, resuelve agradar a Dios en todo y darse por entero a la vocación misionera, de suerte que sus esfuerzos van a ir desde entonces dirigidos no sólo a evitar a todo trance cualquier asomo de pecado por nimio que sea, sino a poner el mayor cuidado del mundo por llevar una vida santa, observar una conducta intachable, un hacer y quehacer calcados del Evangelio, traducido todo unas veces en culto rendido a Dios con oraciones y sacramentos, y otras en el ejercicio de una diaconía permanente de misericordia y compasión, a base de servir sin condiciones a los pobres y necesitados.

El 8 de septiembre de 1642 Catalina Symon de Longprey da su nombre a la Sociedad Marial para el Rosario y la Alianza «Hominibus servitute liberandis» y se entrega a la bienaventurada Virgen María mediante un compromiso escrito que firma con su sangre. A los doce años y medio entra en las Agustinas de Bayeux, o sea, las Monjas Hospitalarias de la Misericordia, Orden de San Agustín, en cuya casa noviciado de Autún toma

el hábito religioso a los catorce de edad, el 24 de octubre de 1646: se llamará en adelante María Catalina de San Agustín. Luego de haber cumplido perfectamente el (tirocinio) anual de prueba, vuelve a consagrarse dócil y sumisa a la Madre de Dios. El 4 de mayo de 1648, poco después de haber resuelto en serio marcharse al Canadá para ejercer allí de misionera hasta la muerte, emite la profesión religiosa. A la corta edad de dieciséis años, el 31 de mayo de 1648, sor Catalina deja Francia rumbo a tan lejano país. Responde así a una demanda de ayuda de las primeras religiosas hospitalarias que acaban de fundar el primer hospital en América al norte de México, el Hôtel-Dieu de Quebec, establecido en Nueva Francia después de 1639.

El viaje por mar dura tres meses, larga travesía llena de vicisitudes durante la cual contrae la peste, de la que acabará curada gracias a la Virgen María. Muy joven aún, comprende que tiene una gran misión que cumplir en tierras canadienses. El 19 de agosto de 1648 llega a Quebec. Todo le parece nuevo en aquellos parajes fríos, regados tiempo atrás por la sangre de numerosos mártires. Metida luego de mente y corazón en la diaria convivencia entre las tribus indias, se pone intrépidamente manos a la obra, resuelta a no ser menos a la hora de sobrellevar el duro trabajo de sus predecesores. Muy pronto deja entrever excelentes cualidades de enfermera y hace gala de un sentido práctico admirable, lo que, como es natural, contribuye a crearle sin tardanza y por doquier una aureola de cordialidad y simpatía entre los lugareños que no tarda en producir copiosos frutos. Es amada por todos.

Con sobrenatural entrega a las obras de caridad y dispuesto su espíritu noble a sufrir cuantas penalidades y penurias haga falta, sin reparar ni en fatigas apostólicas ni en sobresaltos innúmeros originados por el riesgo permanente de un trabajo difícil de suyo, María Catalina de San Agustín sabe mostrarse acabado modelo de sencillez y ejemplo a seguir en la sístole y la diástole de lo que hoy conocemos como evangelización e inculturación; animada, diríase también, del arrojo paulino en cuanto a gastarse y desgastarse por Cristo, a la manera del Apóstol de las gentes en la nueva causa abrazada allá en lejanas tierras quebecenses. Para el mejor desempeño de tan exigente misión, aprende

las lenguas de los nativos y se dedica de cuerpo y alma al cuidado hospitalario de los enfermos, a los que procura dispensar ese cariño que a veces la vida, dura ella, les niega, amén de la solicitud que a menudo sus semejantes, especialmente los más cercanos, son incapaces de prestar, y que ella, monja agustina y misionera hospitalaria de la misericordia al fin, lleva en el alma grabado a fuego, como ardiente distintivo del hermoso carisma nacido al socaire de la primera gracia bautismal, cuando aún no había sonado la hora de su consagración religiosa.

A la vista de tan excelentes cualidades, ya de la naturaleza ya de la gracia, no se hace esperar el reconocimiento de los superiores, quienes acuerdan ponerla pronto al frente de diversos oficios. Ejerce en el seno de la comunidad, en efecto, funciones de ecónoma, de maestra de novicias y de directora general del hospital, y pone corazón y alma en el apostolado de los enfermos y de los más desprotegidos. Nada se reservaba para sí, con todos y sin descanso se prodigaba en el desempeño de sus funciones, presa de ardiente celo por la salvación de las almas y en íntima y deliciosa unión con Dios, de quien siempre se profesó fidelísima sierva. Agraciada con dones del cielo y brillante su alma de luz mística, tan señalados favores de lo alto fueron luego conocidos y reconocidos por sacerdotes e ilustres maestros de espíritu, incluido el hoy Beato Francisco Montmorency Laval, primer obispo de Quebec.

María Catalina de San Agustín hará de su consagración misionera y agustiniana una verdadera diaconía con los demás, un servicio, diríase, humilde y sencillo y rendido al divino amor. Se cuenta del misionero jesuita Paul Ragueneau, nacido en París el 18 de marzo de 1608 y fallecido en la misma ciudad el 8 de septiembre de 1680, es decir, contemporáneo de nuestra Beata, que fue enviado él también a Quebec en 1636, donde empezó luego a trabajar entre los Hurones con Le Moyne, Depron, Jogues y Garnier, bajo las órdenes de Brébeuf, durante el largo y doloroso período anterior a la conversión de esa nación. Paul Ragueneau fue nombrado en 1645 superior de la misión de los Hurones, a la sazón con 18 colaboradores, y en 1650, vicerrector del colegio de Quebec y superior de la misión de Canadá. Fue durante ese tiempo cuando le cupo la suerte de dirigir por los caminos de la santi-

dad a un alma tan altamente privilegiada como la de nuestra hermana Catalina de San Agustín, cuya biografía llegó a escribir en 1671, convirtiéndose por ello en uno de los primeros biografos.

Entre los prodigios atribuidos a la Beata María Catalina, se cuenta igualmente que, en la comarca de su convento, habitaba una mujer llamada María, como ella, la cual desde su juventud había llevado una vida escandalosa. Pasados los años y en vista de nula corrección, la gente del lugar, hastiada por sus desórdenes, resolvió expulsarla de la ciudad y relegarla a una caverna, donde murió poco después sin sacramentos ni auxilio humano alguno. Ni siquiera cristiana sepultura, pues fue enterrada en el campo, como un animal. Sor Catalina, que tenía la piadosa costumbre de encomendar a Dios las personas conocidas que partían a la otra vida, no pensó en la vieja pecadora, creyéndola, según opinión común, caso perdido. Cuatro años después de aquella extraña muerte, estando nuestra religiosa en oración, sintió de pronto una voz del más allá que le decía:

> —«¡Sor Catalina, que desgracia la mia! ¡Tu oras por todos los que mueren, tan solo de mi pobre alma no tienes compasion!»
>
> —«¿Quien eres?», pregunta la religiosa
>
> —«Yo soy, responde la voz, esa pobre alma que murio abandonada en la caverna»
>
> —«¡Pero como!, ¿te has salvado?», exclama llena de asombro Catalina
>
> —«Si, responde esta, me he salvado por la misericordia de la Santisima Virgen En mis últimos momentos, de todos abandonada, y viendome manchada de pecados, me dirigi a la Madre de Dios y le dije con fervor "¡Oh tu, refugio de los abandonados, tu eres mi unica esperanza, ven en mi ayuda!" Mi oracion no fue inutil A la intercesion de la Virgen Maria debo el haber escapado del infierno Esta Reina de misericordia me ha obtenido tambien que la duracion de mi purgatorio fuese breve Solo necesito que se apliquen algunas misas Encargalas por mi y te prometo que, cuando yo este en el cielo, no dejare de interceder por ti ante Dios y su Santisima Madre»

Celebrados sin demora los sufragios, sor Maria Catalina alcanzó a ver el alma de aquella desventurada mujer, brillante ya como el sol, y sintió de nuevo aquella voz manifestándole su gratitud.

> «Gracias, Catalina El paraiso ha sido abierto para mi y alla voy a celebrar las misericordias del Señor Intercedere por ti»

Sea cierta en todos su extremos o sólo en parte, esta curiosa historia revela que la misericordia divina está siempre por encima de las misericordias humanas, lo mismo de santos que de beatos o de gente bien y que, a la postre, siempre hemos de fiarnos más de Dios que de los hombres. En todo caso, es un hermoso cántico a la poderosa intercesión de la bienaventurada Virgen María y estampa digna de las mejores evocaciones a la Virgen del Carmen, una de esas piadosas historias de santos y beatos protectores de las benditas almas del Purgatorio, como San Nicolás de Tolentino, por no salirnos de la Orden de San Agustín a la que María Catalina pertenecía. Estampas así fortalecen la confianza en la divina misericordia que dispone las cosas para edificación de santos y pecadores, y que incita a rezar, si cabe, con más fervor aún el 2 de noviembre. Ningún difunto, pues, ni siquiera el más pecador, debe quedar desamparado y sin esa bendita limosna de nuestra oración.

Cumplió María Catalina en el Canadá una misión apostólica de gran envergadura al servicio de la joven Iglesia en aquel nuevo país del que ella, con mucho ardor y fervor y entusiasmo, hizo su segunda patria. Falleció el 8 de mayo de 1668 en el Hôtel-Dieu de Quebec a la edad de 36 años, en la flor de su juventud como quien dice, después de corta enfermedad. Antes de entrar en el eterno gozo de la verdad, el *gaudium de veritate* como decía San Agustín, recordando su permanente consagración a Dios exclamó por tres veces las palabras finales del Te Deum: «En ti, Señor, confié, no me veré defraudada para siempre» *(In te, Domine, speravi, non confundar in aeternum).*

Había gozado Catalina, ya en vida, de fama de santa; y ésta, por cierto, no hizo sino crecer a raíz de la muerte, vistos las gracias y favores obtenidos por su intercesión. De ahí que, practicadas las diligencias propias del caso, se iniciase en 1923 el proceso de canonización. La curia arzobispal quebecense fue instruyendo desde 1923 hasta 1926 el ordinario informativo, y la episcopal augustodunense entre 1924 y 1925 el rogatorial. Concluida la *Positio super introductione causae et virtutibus,* moderando el oficio histórico de la Congregación para las Causas de los Santos, fue sometida al dictamen de los consultores históricos y

luego a estos mismos y los consultores teólogos así como a los cardenales y obispos que, con su aprobación, dieron luz verde a los trámites finales.

Presente el Papa, le fue reconocida mediante decreto del 9 de junio de 1984 la heroicidad de las virtudes teologales y cardinales y el resto a ellas anejas. Instruido el proceso canónico en la curia arzobispal de Quebec entre el 6 de diciembre de 1967 y el 16 de febrero de 1968 sobre la prodigiosa curación de la niña María Josefa Roy obtenida por intercesión de nuestra Sierva de Dios, el 9 de marzo de 1984 pasó el caso a la Congregación para las Causas de los Santos en Roma.

Preparado el sumario acerca del milagro *(Summarium super miraculo)* y sometido a examen por la comisión de médicos nombrada al efecto en dicho dicasterio entre los días 18 de marzo de 1987 y 23 de marzo de 1988 y superado positivamente, el 17 de junio fue sometido el caso al juicio de los consultores teólogos y el 15 de noviembre del mismo año al de cardenales y obispos. Por decreto «super miro» del 28 de noviembre del mismo 1988, Juan Pablo II confirmó ser verdadero el milagro que Dios había hecho por intercesión de la venerable María Catalina de San Agustín.

Fijada por fin la fecha de beatificación, el Papa determinó incluir a María Catalina en el grupo de los beatos Martín de San Nicolás, Melchor de San Agustín, María de Jesús Buen Pastor, María Margarita Caiani y declarar en la Basílica de San Pedro con la fórmula solemne que todos ellos fuesen en adelante llamados beatos, disponiendo, además, el 8 de mayo como día del culto a la Beata Catalina en los lugares y modos establecidos por el derecho. Esto ocurría el 23 de abril de 1989, ese año V Domingo de Pascua. Subieron también con ella a los altares dos agustinos recoletos españoles, misioneros mártires en Japón, y dos fundadoras de institutos religiosos, italiana una y polaca otra. Los cinco como «hombres y mujeres que Cristo ha formado en el Espíritu Santo» a cuya luz nos es dado comprender el valor del martirio, la fuerza de la caridad modelada sobre el Corazón de Cristo, la paciente fidelidad en la dedicación a la misión y el ardiente celo para conservar en la verdadera fe familias y hermanos en dificultad.

En la parte de la homilía a ella reservada, Juan Pablo II pronunció en francés este bello pensamiento:

> «*Como yo os he amado* (Jn 13,34) Esta es la regla del amor de los cristianos Dejarse arrebatar por Cristo, amar con El, realizar todas sus acciones de acuerdo con su infinita generosidad Maria Catalina de San Agustin estuvo animada por dicho amor Muy pronto, respondio al llamamiento del Señor, sin reservas, humildemente fiel a toda la exigencia espiritual, comunitaria, apostolica y caritativa que caracterizaba la vida de las agustinas de la misericordia Ella supo ser para Dios y no tener otro interes que su servicio En el secreto de su alma, le fue concedido estar siempre presente en Dios, en el Cristo Redentor Permanecia unida al Sagrado Corazon de Jesus y depositaba toda su confianza en el Santo Corazon de Maria Los dolorosos tormentos de la tentacion no pudieron afectar a su serenidad, ni debilitar una experiencia mistica fuera de lo comun Pero el sufrimiento intimo y oculto era aceptado por ella "tomando sobre si las miserias y los males de los demas" Frente a los pecados de los hombres su respuesta era el sacrificio de si misma, en union con la Cruz del Salvador "a fin de ganar los corazones para Dios"»

Impulsada por un ardiente deseo misionero, acudió a echar una mano a sus hermanas en Canadá, país al que amará con todas sus fuerzas, hasta el extremo de considerarlo, ya digo, su segunda patria. Apóstol infatigable, ella supo mostrarse tan generosa para desempeñar las pesadas tareas como infinitamente hábil y paciente para cuidar con delicado amor de los enfermos. En la primavera espiritual de la primera etapa de la Iglesia en Canada, se puede inscribir entre los «fundadores» a María Catalina, esta religiosa cuya «mano como también el corazón no eran otra cosa que caridad». Vistoso y perfumado jardín el de la Iglesia canadiense de aquella primera hora fundacional, en él sobresale por su belleza y finura, esto es, por su virtud y hermosura dignas de las mejores hijas de Francia, la Beata María Catalina de San Agustín Familiarizada desde el noviciado con la *Regla de San Agustín* habia aprendido a observar la vida religiosa movida por la caridad, como enamorada de la belleza espiritual, e inflamada por el buen olor de Cristo, no como sierva bajo la ley, sino como persona libre bajo la gracia (cf. n.48).

Desde pequeña, habían llegado muy al fondo de su corazón de oro las inquietudes misioneras, y se puede afirmar que no parece sino que hubieran sido escritas pensando en tan extraor-

dinaria mujer las luminosas palabras del Concilio Vaticano II en el decreto *Ad gentes* sobre la actividad misionera de la Iglesia:

> «Aunque a todo discípulo de Cristo le incumbe la tarea de propagar la fe según su condición, Cristo Señor, de entre los discípulos, llama siempre a los que quiere, para que le acompañen y para enviarlos a predicar a las gentes. Por lo cual, por medio del Espíritu Santo, que distribuye los carismas según quiere para común utilidad, inspira la vocación misionera en el corazón de cada uno y suscita al mismo tiempo en la Iglesia institutos que tomen como misión propia el deber de la evangelización, que pertenece a toda la Iglesia» (AG 23).

Por haberse ofrecido a Dios entregando su vida a la Iglesia y a la salvación de la Nueva Francia, María Catalina de San Agustín puede ser considerada con todo derecho cofundadora de la Iglesia del Canadá, puesto que, unida a los misioneros aquellos de la hora de prima que en el siglo XVII pusieron las bases de la casa edificada sobre roca, contribuyó a la consolidación de la joven Iglesia canadiense. Hoy funciona un centro a ella dedicado *(Centre Catherine de Saint-Augustin)* sito en el viejo Quebec, no lejos del hospital donde nuestra Beata trabajó y se santificó (32 rue Charlevoix près du Pavillon l'Hôtel-Dieu), en cuyas dependencias obra un departamento de documentación, una galería de fotos y una exposición de objetos sobre su vida, así como libros en francés e inglés mayormente, y medallas, estatuas y objetos piadosos que dan cuenta de su memoria y mantienen vivo el fuego sagrado de su devoción.

PEDRO LANGA, OSA

Bibliografía

AAS 81 (1989) 1095-1100

CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM [card. FELICI, praefectus], «III. Quebecen Canonizationis Ven. Servae Dei Mariae Catharinae a S. Augustino (in saec.: Catharinae Symon de Longprey), Monialis professae Hospitalarium a Misericordia O.S.A. (1632-1668) [28.XI.1988]»: AAS 81 (1989) 576-577.

GERVAIS, E., SJ, *Beata Maria Catalina de San Agustín 1632-1668* (Asunción, Paraguay 1999).

HUDON, L., SJ, *Une fleur mystique de la Nouvelle-France Vie de Marie-Catherine de Saint-Augustin 1632-1668, religieuse de l'Hôtel-Dieu du Précieux-Sang de Québec* (Montréal 1907, reimp. 1983).

JUAN PABLO II, «Homilía durante la proclamacion de cinco nuevos Beatos: Martin y Melchor, María Margarita Caiani, María Catalina de San Agustín y Francisca Siedliska»: *Ecclesia* (1989) n.2424, p 34-36.

JUAN PABLO II, «Venerabili Servae Dei Mariae Catharinae a S. Augustino Beatorum honores decernuntur (23-IV-1989)»: *AAS* 82 (1990) 652-655.
La Religión (Caracas, martes 29-5-2001).
LANGLOIS, Y., *L'expérience de Dieu avec Catherine de Saint-Augustin* (Boucherville 1999).
«María Catalina de San Agustín (Catalina de Longprey) († 1668)», en J. A. MARTINEZ PUCHE (dir.), *Nuevo año cristiano. Mayo* (Madrid 2001) 135.
Martyrologium romanum, o.c., 261, n.14 *; 731.
MERLAUD, A., *L'épopée fantastique d'une jeune Normande, Catherine de Longpré* (París 1981)
L'Osservatore Romano (24 y 25-4-1989).
RAGUENEAU, P., SJ, *La vie de la Mère Catherine de Saint-Augustin, religieuse de la miséricorde, de Québec en la Nouvelle-France* (París 1671; reimp. 1977).
SACRA CONGREGATIO DE CAUSIS SANCTORUM, Officium historicum, Quebecen. *Beatificationis et canonizationis servae Dei Mariae Catharinae a Sancto Augustino (in saec. Catharinae Symon de Longprey) monialis professae sororum hospitalarium a misericordia O. S. Augustini († 1668). Positio super introductione causae et virtutibus ex officio concinnata* (Roma 1974).

BEATA ULRICA NISCH

Virgen († 1913)

El 18 de septiembre del año 1882 nació en Oberdorf-Mittelbiberach (Württemberg) una niña, hija de Ulrico Nisch y Clotilde Dettenrieder, una pareja de jóvenes enamorados que aún no se habían esposado y matrimoniaron en 1883. Recibió las aguas sacramentales al día siguiente, imponiéndole el nombre de Francisca. Sus pobres padres tuvieron catorce hijos, sobreviviendo sólo cinco. Los tiempos realmente eran malos para los campesinos pues el progresivo avance de la industria parecía arrasarlo todo, aumentando la masa rural que partía hacia las grandes ciudades, buscando mejor rendimiento a su trabajo pero encontrando las señaladas injusticias sociales y abandono cultural.

El abnegado esfuerzo paterno trabajando a diario de sol a sol la pequeña hacienda familiar no se veía recompensado, ni podía hacer frente con regularidad al pago de los préstamos adquiridos. Alquiló el horno comunal pero debía buscarse la leña para mantenerlo encendido, adquiriendo, además, la harina a crédito. Desde su nacimiento estuvo en casa de su tía Gertrudis, pero regresó al hogar familiar a los seis años, ingresando en la escuela elemental de Unterstadion. Profundamente creyentes, sus progenitores le inculcaron un gran reconocimiento a la Pro-

videncia, confiando siempre en Dios. No tenía motivos para ser alegre, era poco comunicativa, pero tenía una mirada «luminosa». Su ayuda en los trabajos caseros fue constante, pesando mucho en su ánimo las reprimendas de su padre, particularmente severo con ella.

Al fracasar el horno su padre buscó nuevo empleo, regresando la pequeña al hogar de tía Gertrudis, donde en 1895 recibió la primera comunión y fue confirmada, logrando una mayor tranquilidad familiar. Comienza a madurar una idea que con el tiempo será una realidad: hacerse monja. Hasta 1904 estuvo entregada a diversos menesteres de servicio doméstico para ayudar económicamente a los suyos, pero enfermó de erisipela con una fiebre muy alta y tuvo que ser internada en el hospital de Rorschach (Suiza), donde permaneció aislada para evitar el contagio. Durante estos días confidenció con el Padre Helg su deseo de entrar en un convento «para sufrir mucho, y morir muy pronto para estar con el Redentor». El benemérito sacerdote la disuadió de entrar en un convento de clausura, invitándola a profesar en las religiosas de la Santa Cruz, que la habían atendido durante su enfermedad. Definitivamente profesaría en la vida activa. El 17 de octubre de 1904 entra en el convento de Hegne, ciudad próxima a Constanza, profesando el 24 de abril de 1907 sin poder aportar más que una parte de su dote, entregándose a todos los trabajos, ofreciéndose voluntaria para velar a las enfermas en las vigilias, ayudando a las religiosas desvalidas. Era toda de Dios. Al día siguiente de su profesión fue destinada como ayudante de la cocinera. Ése será su campo de acción hasta su muerte, sabiendo descifrar la voluntad de Dios en las circunstancias, aceptándola totalmente, trabajando con precisión absoluta, pues no hay obstáculos para la santidad.

La ausencia de signos premonitorios y su absoluto aislamiento caracterizan la vida de esta mujer. ¿Qué podía haber hecho de extraordinario una monja que pasó toda su vida en la cocina, preparando comidas para la comunidad? Pero Dios escoge lo que quiere, y viviendo al margen de la familia, de la sociedad, e incluso marginada de alguna manera en su propio convento, debajo de la aparente normalidad aparece una riqueza espiritual increíble. Nunca sabremos lo que sentía su alma

llena de Dios, pero sí conocemos el testimonio de miles de personas que han acudido a su intercesión, visitando su tumba. Un peregrinaje popular, al margen de cualquier pretensión y organización oficial.

Pobre, aún más, pobrísima, acepta ser la última en la mansión más humilde: la cocina, donde se la consideraba un poco tonta, deseando siempre rezar, con una pobreza radical de tal modo que su «nada» la hizo inmensamente rica del amor de Dios: «Todo por amor al Redentor y el Señor estará contento». El ejemplo que daba con su «perfecta normalidad» dejaba una buena señal. Hasta el verano de 1908 permaneció en Buhl, siendo transferida en esa fecha a San Vicente de Baden-Baden, un vasto complejo con un asilo para niños, un pabellón de jóvenes, un ambulatorio y una casa de reposo, con una cocina única para todos. La religiosa encargada la regañaba frecuentemente, por cualquier motivo, protestando siempre, pero ella mantenía su espíritu sereno y alegre, dando gracias a Dios al sonar cada hora, repitiendo esta oración:

> «Te doy gracias Dios mio por todas las horas de mi vida Dame la gracia de vivir en plenitud y morir serenamente Te lo pido por el Corazon de Maria y las Llagas de Jesus a cada hora»

Su testimonio invitaba a las aprendices a considerar su vida a la luz del amor de Cristo, evitando los comentarios mundanos y enseñándoles algunos secretos culinarios. El Rosario y las cinco Llagas constituían su oficio divino, prácticas cotidianas en la cocina, sufriendo en silencio las humillaciones y sufrimientos. Los pobres que llamaban a la puerta eran consolados y atendidos, acogiéndolos con gran afecto, exhortándoles con palabras y dándoles alimentos con el corazón caritativo y lleno de ternura Disponible siempre para todos, siempre invitando al trabajo con alegría serena.

En 1910 fue intervenida en una operación que aceptó y soportó con gran tranquilidad. Un mal de cabeza que producía una grave inflamación en los ojos: «Esta vida es dura, pero para ir al cielo es necesario andar por un camino de espinas». El carisma de su congregación, la «santa Cruz», la ayudaba a vivir el empeño a diario, en sintonía con Cristo crucificado, aceptando el sufrimiento físico y moral, la cruz, para imitar mejor al mode-

lo, Cristo crucificado. Precisamente las diferencias entre la cocinera y sor Ulrica, fueron abriendo gradualmente los ojos de la superiora sobre las desconocidas virtudes y sus extraordinarias experiencias espirituales, mientras era reprendida con dureza por cualquier pequeño error. Las religiosas se sentían atraídas por la «alegría infantil» de su corazón, viéndola con tan extraordinaria sencillez a diario.

Después de los ejercicios predicados por el padre Nelz reflexionó sobre sus experiencias espirituales. Tenía un deseo de Dios sobrenatural que la invitaba a seguir, aunque echara de menos los consuelos divinos y humanos. Siguiendo sus mandatos aceptó poner por escrito sus experiencias místicas, pero como reconocía que no era culta, una compañera se encargó de redactar esta biografía del alma. Dios la favorecía con éxtasis, completamente arrobada, «viviendo inmersa en Dios como un pez en el agua». Visiones espirituales y gracias especiales para un alma escogida. Relucía en su rostro un claro y fuerte resplandor, notorio a todos durante la misa solemne de la fiesta del Corpus del año 1912 Interpretaba su carisma con infantil simplicidad por su profunda humildad, absoluta sinceridad y rectitud interior. Sus carismas los aceptó con naturaleza: «Lo único que cuenta es sólo la virtud». Las duras tareas de Baden-Baden fueron agotando las fuerzas de esta admirable religiosa, sin lamentarse nunca. En mayo de 1912 le diagnosticaron una tuberculosis grave: «Vamos al Paraíso». La llevaron a Hegne y de nuevo se encontró con el silencio exterior e interior: «No puedo hablar de mi intimidad con nadie. Nadie me comprende». Nueva noche oscura del alma. Permaneció en cama, consumida por la fiebre, y silenciosamente y en paz, como había vivido, el 8 de mayo de 1913, contando 30 años de edad, fue al encuentro del Esposo divino. Fue enterrada al día siguiente, domingo de Pentecostés, en el cementerio conventual con el más ingrato anonimato, sin la presencia siquiera de sus más allegados familiares. En 1991 sus restos fueron trasladados a la cripta de la iglesia conventual de Hegne, consagrada el 5 de mayo del mismo año.

Quien conoce su vida sabe de la gran pobreza de su infancia, de su servicio en el último puesto, de las pruebas de su cuerpo enfermo y de una oscuridad temporal en la oración. Te-

nía un corazón de niño, al cual ya en la vida terrena se le había concedido «ver a Dios» en unión mística. Llena totalmente de Dios, se iba haciendo cada vez más un instrumento de su amor, que impregnaba toda su actividad externa y convertía las cosas más sencillas en algo de gran valor para las personas que la rodeaban, confiando solamente en el poder de un «amor sin medida». Las cuatro características fundamentales de su vida son grandes a los ojos de Dios: servicio, sufrimiento, oración y amor, y por eso Dios la escogió, ignorada y pequeña como una violeta.

El sufrimiento del cuerpo la acompañó siempre y su alma pasó por dolorosas depresiones, en las cuales se puso a prueba su fortaleza y su fe. Unio sus sufrimientos a la pasión de Cristo, reconociendo ser «una buena señal cuando el buen Dios te llama a sí a través de la cruz, de esta manera quiere acercarte más pronto al Paraíso».

Nunca resignada a un destino ingrato e injusto, tomaba muy en serio su trabajo, aun en circunstancias muy adversas, llenando su vida cada día con una oración que buscaba siempre agradar a Dios. Una simple monja, sí, pero con una vida interior extraordinaria, donde el amor de Dios se complacía de veras. Su simplicidad y disponibilidad la convirtieron en una importante figura de la fe. Dejarse llevar por Dios y su infinito amor, buscando a Dios en todas las cosas, atendiendo a Dios en todas las cosas y esperarlo todo de Él, advirtiendo en todos la presencia de Dios con una profundidad particular. Una vida nada especial ni extraordinaria, una ejemplar humildad en donde encontramos las trágicas consecuencias de las veleidades humanas, pues el hombre deberá ser altruista ocupando Dios el primer lugar en el proyecto personal de vida para convertirla en buena y justa.

> «Su ejemplo anima a todos los oprimidos por diversos problemas y dificultades, porque su vida en un signo de esperanza para cuantos quieren alcanzar la salvacion Su ejemplo de abnegacion es un modelo para todos Su vida espiritual o pequeña via de perfeccion esta a disposicion de todos, siendo fieles al bautismo y haciendo todo por amor a Cristo Su silenciosa vida descubrio, al poco tiempo, la grandeza de su alma Ignorada entonces, paso a ser ejemplo de todos, pobrísima, piadosa y devota por firmes convicciones escoge libremente el camino de la realizacion atendiendo

a los humildes, considerada la última deseaba vivir en la oración, dando ejemplo de una auténtica vida interior ante Jesús Sacramentado: "Porque sin oración no es posible la paz ni la felicidad"».

El proceso informativo para la beatificación se abrió en 1952, introduciéndose la causa en 1981. El 14 de diciembre de 1984 se leyó ante Juan Pablo II el decreto de la heroicidad de sus virtudes, publicándose en 1987 el decreto del milagro obtenido por su intercesión. Fue beatificada por Juan Pablo II el 1 de noviembre de 1987. El milagro le ocurrió a la señora Hilde Burghardt, protestante. En diciembre de 1956 sufre graves dificultades de digestión, encontrándose en febrero de 1957 con una grave astenia, duerme mucho de día y poco de noche. El 26 de abril le fue diagnosticada una cirrosis hepática atrófica, con evidente hipertensión. De nada valieron los remedios humanos y el marido decide llevarla al hogar familiar, después de haber estado ingresada en otro hospital. El 19 de junio llega a casa moribunda. Una tía suya envía una estampa de sor Ulrica, recomendando que la coloquen debajo de la almohada, comenzando una devota plegaria. A las cuatro semanas la enferma se hallaba fuera de peligro. Una curación completa, rápida, duradera y difícilmente explicable. El único caso de cirrosis hepática que no ha concluido con la muerte. La señora Burghardt, curada, pidió ser bautizada en la fe católica.

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

Bibliotheca sanctorum (Roma 1992) cols.980-982.
MONTONATI, A. M., *Il segreto di suor Nicente. Beata Ulrica Nisch* (Cinisello Bálsamo 1987).
Martyrologium romanum, o.c., 262.
L'Osservatore Romano (1-11-1987)
RISCH, A., *Il Beati di Giovanni Paolo II.* II· *1986-1990* (Ciudad del Vaticano 2000) 88-92.
— ID., *Miracoli dei Beati.* II· *1991-1995* (Ciudad del Vaticano 2002) 270-278.

SAN VÍCTOR DE MILÁN

Mártir († 304)

Del martirio de este santo, sucedido en Milán, nos habla San Ambrosio en la *Explanación al Evangelio de San Lucas* y en el *Himno* que dedicó a su memoria junto a la de los mártires Nabor y Félix.

Víctor, llamado el Moro, porque era natural de Mauritania, y probablemente de piel muy oscura o negra, era de profesión militar. En su juventud había abrazado el cristianismo y lo profesaba con mucho fervor. Estaba destinado en Milán como miembro de la guardia pretoriana.

Llegada la persecución de Maximiano, en la que se hacía imprescindible adorar los ídolos para poder seguir en el ejército, depuso las armas, siendo arrestado por ello y condenado a muerte. Llevado a la ciudad de Lodi, aquí fue decapitado. Su cuerpo fue llevado a Milán y enterrado en un pequeño bosque de las afueras de la ciudad, donde, hecha la paz, surge una capilla. Aquí, por la devoción que tenía al mártir, hizo San Ambrosio enterrar a su hermano Sátiro. San Carlos Borromeo trasladó sus reliquias a una nueva iglesia, dedicada a su memoria.

SAN BENEDICTO II

Papa († 685)

Era romano y desde joven había estado al servicio de la Iglesia, primero como clérigo menor y luego como presbítero. Su buena fama de hombre humilde, sufrido y caritativo propició su elección como papa a la muerte de León II. Pero pasó un año entero antes de que Benedicto fuera consagrado y se entiende que la dilación fue debida a la espera de la confirmación imperial. Benedicto II logró un rescripto del emperador Constantino Pogonato por el que se concedía a la Iglesia romana poder proceder a la consagración de su obispo sin demora tras la elección. Pero las demoras volverían posteriormente a producirse.

Realmente este emperador apreciaba a Benedicto y por ello le mandó mechones de la cabellera de sus hijos Justiniano y Heraclio, que por ello quedaban declarados hijos espirituales del pontífice romano. El clero y el ejército acogieron en Roma con gran solemnidad la llegada de estos mechones, a causa de su significado.

Benedicto insistió ante su enviado en España, Pedro, para que lograse la adhesión del episcopado español al Concilio VI Constantinopolitano. Pero no tendría tiempo de ver conseguido este objetivo.

No llevaba más que un año en la cátedra romana cuando el venerable pontífice enfermó por el tiempo de Pascua, falleciendo el 8 de mayo de 685, y siendo seguidamente enterrado en San Pedro.

SAN WIRÓN

Obispo († 753)

Wirón o Wera era natural de Nortumbria y en su juventud se hizo monje, ofreciéndose como tantos otros monjes ingleses de su tiempo para la tarea de evangelización del Continente.

Tuvo por compañeros de su trabajo a Plequelmo y Otgero, con los cuales procedió a la construcción de un monasterio y de una iglesia en Roermond en una finca que le había regalado Pipino de Heristal, que apoyó su labor misionera. Consagrado Wirón obispo en Roma, le confió San Bonifacio la iglesia episcopal de Utrecht en 741, y en ella siguió dedicado hasta su muerte a una gran tarea pastoral y misionera. El sitio de su muerte parece haber sido Roermond, pero sus reliquias, según la tradición, se conservan en Utrecht. Su muerte debió tener lugar el 753, y el día de su memoria es el 8 de mayo.

BEATO AMADO RONCONI

Seglar († 1300)

Debió nacer en Saludecio, diócesis de Rímini, en Italia, en el primer tercio del siglo XIII. Habiendo quedado huérfano, lo

educó un hermano suyo, y cuando llegó a la juventud, su cuñada le preparó un matrimonio al que el joven se negó, por lo que hubo de abandonar la casa de su hermano.

Decidido a dedicar su vida a la piedad y las buenas obras, se hizo terciario franciscano, y construyó el Hospital de Santa María del Monte Orciali, junto a Saludecio, que sostuvo con su fortuna y que dedicó a acoger pobres y peregrinos, siendo, además, muy generoso en la continua repartición de limosnas a los más pobres.

El 10 de enero de 1292 hizo testamento y dejó el hospital y todos sus bienes a los benedictinos del monasterio de los SS. Julián y Gregorio, de Conca de Rímini, pidiéndoles el ingreso en la Orden. A ciencia cierta no se sabe la fecha de su muerte, que se supone en torno al año 1300, pero es seguro que en 1304 ya se le conocía con el título de beato, confirmando la Santa Sede su culto el día 17 de abril de 1776. Su memoria es el 8 de mayo.

BEATO ÁNGEL DE MASSACCIO

Presbítero y mártir († 1458)

Nació en Massaccio, hoy Cupramontana, en la Marca de Ancona, en el último tercio del siglo XIV. En su juventud optó por la vida religiosa e ingresó en la Orden Camaldulense, en el Monasterio de Santa María de la Sierra, en el que profesó y posteriormente se ordenó de sacerdote, y al cabo de unos años fue elegido prior del mismo.

Su martirio se produjo a manos de los miembros de la secta llamada de los «berlotani», una especie de fraticelos, los cuales no observaban el descanso dominical. El santo prior les echó en cara profanasen el día del Señor cuando los encontró partiendo leña en un bosque de las cercanías del monasterio. Ellos entonces con sus hachas hirieron y remataron al monje. Era probablemente el año 1458.

Tenido desde el principio por mártir y habiéndose incrementado su culto, Cupramontana lo nombró su patrono, y se obtuvo finalmente del papa Gregorio XVI que confirmara su culto el 27 de septiembre de 1842. Su memoria es el 8 de mayo.

BEATO LUIS RABATÀ

Presbítero († 1490)

Nace en Erice, junto a Trápani, en Sicilia, el año 1443. Muy joven viste el hábito carmelita en el convento de la Anunciación, de Trápani, donde profesó y posteriormente fue ordenado sacerdote.

Pasados unos años fue destinado como prior al convento de Randazzo, donde perseveraría hasta su muerte. Era el suyo un convento que había adoptado la reforma calixtina, impulsada por el Beato Juan Soreth y distinta de la llamada eugeniana, que abrazó la provincia de Mantua.

Religioso observante, amante de la contemplación y el silencio, era muy esmerado también en atender a los fieles que acudían al convento en busca de la palabra de Dios y de dirección espiritual. Para facilitar el acceso de los fieles al convento construyó una carretera desde la ciudad, y para poder hacerlo pidió limosna por los campos y sitios vecinos.

El cumplimiento de su deber le llevó a la muerte. Volvía al convento cuando por lo que parece un tal Juan Antonio Cataluchi, hermano de un religioso al que el santo hubo de reprender duramente por algunas cosas mal hechas, lo hirió gravemente. La herida se le infectó y luego gangrenó y de resultas de ella murió el 8 de mayo de 1490, habiendo dado un gran ejemplo de paciencia y habiendo perdonado a su agresor, cuyo nombre conocía pero que jamás quiso dar. Aunque empezó a venerársele como mártir, en la confirmación de su culto por Gregorio XVI el 10 de diciembre de 1841 se le dio título de confesor.

9 de mayo

A) MARTIROLOGIO

1. La conmemoración de San Isaías († s. VII a.C.), profeta **.
2. La conmemoración de San Hermas, de quien habla San Pablo en la carta a los Romanos.
3. En la Tebaida, San Pacomio († 347-348), abad **.

4 En Persia, trescientos diez martires (s IV)

5 En Vienne (Galia Lugdunense), San Dionisio (s IV), obispo

6 En Cagli, en la Via Flaminia, en el Piceno (Italia), el transito de San Geroncio († 501), obispo de Cervia

7 En Vendôme (Galia), San Beato (s VII), presbitero

8 En el monasterio camaldulense de Fonte Avellana, Beato Fuerte Gabriel († 1040), ermitaño *

9 En Londres (Inglaterra), Beato Tomas Pickering († 1679), monje benedictino, martir bajo el reinado de Carlos II *

10 En Nam Dinh (Tonkin), San Jose Do Quang Hien († 1840), presbitero, de la Orden de Predicadores, martir *

11 En Naumburg (Alemania), Beata Maria Teresa de Jesus Gerhardinger († 1879), virgen, fundadora de la Congregacion de Pobres Hermanas Escolasticas de Nuestra Señora **

12 En el campo de concentracion de Dachau (Baviera), Beato Esteban Grelewski († 1941), presbitero y martir *

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SAN ISAIAS

Profeta († s VII a C)

Con su estilo sobrio y lapidario, el *Martirologio romano* actual condensa la vida y misión del profeta Isaías con estas palabras, el 9 de mayo: «Conmemoración del santo profeta Isaías que, en tiempos de los reyes de Judá, Ozías, Jothán, Ajaz y Ezequías, fue enviado para revelar a un pueblo infiel y pecador el Dios siempre fiel que lo salvará, en cumplimiento de las promesas que juró a David. Entre los judíos existe la tradición de que murió mártir en el reinado de Manasés» *(Martyrologium romanum,* p.262).

Siempre lo ha venerado la Iglesia, tanto en Oriente como en Occidente. Su iconografía riquísima y variada está presente no sólo en los coros catedralicios sino en las miniaturas de los códices y libros litúrgicos, principalmente en Adviento, y en las obras maestras de escultores y pintores como Cimabue o Miguel Ángel que lo inmortalizó en la bóveda de la Capilla Sixtina.

Siguen teniendo viva y palpitante actualidad su vida y su mensaje, fascinantes para cuantos se le acercan.

Isaías significa «Yahvé salva» El mismo nombre del profeta expresa y define su misión junto con el contenido de su mensaje: «Sólo de Dios ha de esperarse la salvación».

Nacio hacia el año 765 a.C. De familia noble y distinguida, con vara alta en la política y en los ambientes de la corte, tuvo una formacion literaria exquisita que se trasluce en sus escritos.

Altísimo poeta desde el seno de su madre, el año de la muerte del rey Ozías, 740, recibió en el templo de Jerusalén la vocación profética con la difícil y delicada misión de anunciar la ruina de los reinos de Israel y de Judá en castigo de las infidelidades del pueblo.

> «El año de la muerte del rey Ozias vi al Señor sentado en un trono excelso y elevado, y sus haldas llenaban el templo Unos serafines se mantenian erguidos por encima de el, cada uno tenia seis alas con un par se cubrian la faz, con otro par se cubrian los pies, y con el otro par aleteaban Y se gritaban el uno al otro "Santo, santo, santo, Yahve Sebaot llena esta toda la tierra de su gloria"
>
> Se conmovieron los quicios y los dinteles a la voz de los que clamaban, y el templo se lleno de humo Y dije "¡Ay de mi, que estoy perdido, pues soy un hombre de labios impuros, y entre un pueblo de labios impuros habito que al rey Yahve Sebaot han visto mis ojos!"
>
> Entonces volo hacia mi uno de los serafines con una brasa en la mano, que con las tenazas habia tomado de sobre el altar y toco mi boca y dijo "He aqui que eso ha tocado tus labios se ha retirado tu culpa, tu pecado esta expiado"
>
> Y percibi la voz del Señor que decia "¿A quien enviare, y quien ira de parte nuestra?" Dije "Heme aqui enviame" Dijo "Ve y di a ese pueblo Escuchad bien, pero no entendais, ved bien, pero no comprendais "
>
> Yo pregunte "¿Hasta donde, Señor?" Dijo "Hasta que se vacien las ciudades y queden sin habitantes, las casas sin hombres, la campiña desolada, y haya alejado Yahve a las gentes, y cunda el abandono dentro del pais Aun el decimo que quede en el volvera a ser devastado como la encina o el roble, en cuya tala queda un tocon semilla santa sera su tocon"» (Is 6,1-13)

Profeta es un hombre que tiene experiencia inmediata de Dios, que recibe la revelación de su santidad y de sus designios, que juzga el presente y ve el porvenir a la luz de Dios y que es enviado por él para recordar a los hombres sus exigencias y llevarlos por el camino de la fidelidad, la obediencia y el amor. Vienen a ser los directores espirituales del pueblo elegido con la proyección universal de la historia de la salvación.

Con frecuencia han de poner el dedo en la llaga y peinar a contrapelo de lo que está de moda o es lo *políticamente* correcto.

No suele ser, la suya, tarea bien recibida y agradecida, porque sus palabras, fieles a la verdad que las dicta, suenan duras a los oídos recalcitrantes, acostumbrados a los halagos.

A Juan Bautista, el último profeta entre los dos Testamentos, le cortaron la cabeza para acallar su voz. Por algo dice un refrán de la Biblia que «ningún profeta es bien recibido en su patria». Como le pasó en la sinagoga de Nazaret a Jesús, el profeta definitivo: sus paisanos intentaron despeñarlo por un barranco de la aldea.

No fue Isaías una excepción. Durante cuarenta años desempeñó su ministerio profético en circunstancias históricas cruciales para su pueblo, ya dividido en dos reinos, bajo la continua amenaza de los asirios, por un lado, y la fascinación de Egipto, por otro.

La actividad profética de Isaías se desenvuelve en cuatro etapas. En la primera, que abarca hasta la subida al trono del rey Ajaz, el 736, la gran preocupacion del profeta es la enorme corrupción moral que la prosperidad había traído a Judá. Entre sus oráculos contra el pueblo ingrato y contra la hipocresía, junto a las denuncias de la anarquia en Jerusalén, está el bellísimo poema de la viña:

> «Una viña tenia mi amigo en un fertil otero La cavo y despedrego, y la planto de cepa exquisita Edifico una torre en medio de ella y, ademas, excavo en ella un lagar Y espero que diese uvas, pero dio agraces Ahora, pues, habitantes de Jerusalen y hombres de Juda, venid a juzgar entre mi viña y yo ¿Que mas se puede hacer ya a mi viña, que no se lo haya hecho yo? Yo esperaba que diese uvas ¿Por que ha dado agraces?
>
> Ahora, pues, os hago saber lo que pienso hacer con mi viña quitar su seto, y sera quemada, desportillar su cerca y sera pisoteada Hare de ella un erial que ni se pode ni se escarde, crecera la zarza y el espino, y a las nubes prohibire llover sobre ella
>
> Pues bien, viña de Yahvé Sebaot es la Casa de Israel, y los hombres de Juda son su plantio exquisito Esperaba de ellos justicia, y hay iniquidad, honradez, y hay alaridos» (Is 5,1-7)

En la segunda etapa, Rasón, rey de Damasco, y Pécaj, rey de Israel, coaligados contra Teglatfalasar III, rey de Asiria, quisieron arrastrar consigo al rey de Judá y, ante su negativa, lo atacaron. Ajaz pidió ayuda al propio Teglatfalasar contra el parecer y

el consejo de Isaías que veía en esta política una estrategia puramente humana.

De esa época es el libro de «Emmanuel»:

> «Volvio Yahvé a hablar a Ajaz diciendo "Pide para ti una señal de Yahvé, tu Dios, en lo profundo del Seol o en lo mas alto"
> Dijo Ajaz "No la pedire, no tentare a Yahve" Dijo Isaias "Oid, pues, casa de David ¿Os parece poco cansar a los hombres que cansais tambien a mi Dios? Pues bien, el Señor mismo va a daros una señal He aqui que una doncella esta encinta y va a dar a luz un hijo, y le pondran por nombre Emmanuel Cuajada y miel comera hasta que sepa rehusar lo malo y elegir lo bueno Porque antes que sepa el niño rehusar lo malo y elegir lo bueno, sera abandonado el territorio cuyos dos reyes te dan miedo Yahve atraera sobre ti y sobre tu pueblo y sobre la casa de tu padre, dias cuales no los hubo desde aquel en que se aparto Efrain de Juda (el rey de Asiria)"» (Is 7,1-11)

Fracasada su mision ante el rey, Isaías se retira de la escena publica

En la tercera etapa, vio el profeta cómo la tutela de los asirios sobre Judá puso en peligro el reino del Norte bajo la presion extranjera que se fue agudizando y el 721 cayó Samaría. En Judá, el piadoso rey Ezequías intentó una reforma *informada* de buen espíritu. Pero las intrigas políticas le inclinaron a buscar apoyo en Egipto. El profeta, fiel a sus principios, no quería alianzas militares sino confianza en Dios. Una vez más Isaías retornó a su silencio.

Pero volverá a encontrarle el 705 cuando Ezequías se dejó arrastrar a una rebelión contra Asiria. Senaquerib asoló Palestina en 701 El rey de Judá quiso defender heroicamente a Jerusalen y el profeta le apoyó con decisión y valentía prometiéndole la ayuda definitiva de Dios, por la que la ciudad se salvo

> «Los libro por manos de Isaias —dice el Ecclesiastico, 48,23s— Porque hizo Ezequias los preceptos que le dio Isaias profeta, grande y veridico en sus oraculos Con grande inspiracion vio los tiempos ultimos y consolo a los que lloraban en Sion, hasta el fin de los tiempos anuncio lo futuro y las cosas ocultas antes de que sucedieran»

A partir del 700, nada mas sabemos de la vida del profeta, que, según una tradicion judía recogida por Josefo en sus *Antiguedades judaicas,* habria sido martirizado por Manasés.

Es verosímil que se refiera a Isaías la carta a los Hebreos cuando elogia a los santos del Antiguo Testamento martirizados por la fe y dice que fueron torturados... lapidados y aserrados (cf. Heb 11,37, «secti»). San Jerónimo en su comentario afirma que «aserrados» se refiere a Isaías. Flavio Josefo, en la obra citada (X,3,1), atestigua explícitamente que Manasés mató a los profetas. Y en el libro II de los Reyes (21,16), se escribe que «Manasés derramó mucha sangre inocente, hasta llenar a Jerusalén de un cabo a otro, sobre los pecados que él cometió y que hizo cometer a Judá, obrando el mal a los ojos de Yahvé».

Una tradición de origen judío (siglo I), incorporada más tarde, en los siglos III-IV, al apócrifo cristiano *La ascensión de Isaías* y aceptada por no pocos Padres y escritores eclesiásticos (Justino, Orígenes, Tertuliano, Jerónimo —que la apellida *certísima*—, San Agustín), nos transmite que Isaías fue despedazado con una sierra de madera. Es uno de los atributos distintivos de su iconografía.

Esta intensa participación en los asuntos públicos de su nación hace de Isaías un héroe nacional.

Como escritor y poeta es el gran *clásico* de la Biblia por el brillo y la perfección de su estilo, por la novedad sorprendente de sus imágenes, por la fuerza y la concisión, la majestad y la armonía de sus composiciones.

Pero, ante todo y sobre todo, su grandeza es netamente religiosa y espiritual. Quedó impresionado para siempre por la experiencia única de su vocación en el Templo, donde pudo asomarse al abismo fascinante de la trascendencia divina y allí palpó la indignidad y pequeñez del hombre, manchado, ante el Dios santo, fuerte, inmortal y poderoso que exige fidelidad, justicia en las relaciones sociales, sinceridad en el culto.

Es el mayor de los profetas mesiánicos. En las grandes crisis quiere que se confíe sólo en Dios, quien más allá de las duras pruebas, es la única posibilidad de salvación; y alienta la esperanza por la fidelidad de Dios en sus promesas. El Mesías que anuncia es un descendiente de David que hará reinar la paz y la justicia en la tierra y difundirá el conocimiento de Dios.

Un genio religioso de esta magnitud dejó profunda huella en su época, creó escuela y llega hasta nosotros a través de toda la historia de la Iglesia como un personaje siempre actual que

cobra vida y presencia permanente en la liturgia de la Iglesia, sobre todo cada año en el Adviento del Señor.

Se conservaron amorosamente sus palabras, sus oráculos y sus poemas, pero también se le añadieron otras muchas de parecida inspiración.

El libro que lleva su nombre es el resultado de un largo trabajo de composición y compilación que reúne colecciones añadidas, posteriores muchas de ellas al marco histórico de la vida y obra del profeta.

A estos añadidos se les designa con el nombre de *Segundo y Tercer Isaías*. El universo geográfico e histórico del Segundo Isaías, llamado también *Libro de la consolación* por sus primeras palabras (cf. 40,1), es el destierro de Babilonia a donde fueron deportados dirigentes y artesanos después de la ruina de Judá y la toma de Jerusalen en 597, y por segunda vez en 587.

El Segundo Isaías se extiende hasta el capítulo 55,13. La Palabra de Dios, que es siempre fiel y eficaz, es el tema central de su mensaje. La fidelidad de Dios reúne a los dispersos y mantiene la esperanza de la liberación que llegará en la persona de Ciro el persa, a quien se le llama «el ungido del Señor» (cf. 45,1).

La liberación está descrita como un nuevo éxodo a través del desierto, convertido ahora en jardín para facilitar el regreso de los desterrados. Es el resurgir de un pueblo nuevo que, a traves de los poemas del Siervo, intercalados en el libro, descubre el sentido purificador y salvador de su historia.

Los cuatro poemas, repartidos en los capítulos 42, 49, 50 y 52-53, forman una unidad coherente referida a todo el pueblo o a un personaje concreto en el que la tradición de la Iglesia ha visto una figura del Mesías doliente y redentor.

Primer poema: *Canto primero del Siervo de Yahvé* (Is 42,1-4):

> «He aqui mi siervo a quien sostengo, mi elegido en quien se complace mi alma He puesto mi espiritu sobre el dictara leyes a las naciones No vociferara ni alzara el tono, y no hara oir en la calle su voz Caña quebrada no partira, y mecha mortecina no apagara Lealmente hara justicia, no desmayara ni se quebrara hasta implantar en la tierra el derecho, y su instruccion atenderan las islas »

Segundo poema: *Segundo canto de Yahvé* (Is 49,1-3):

> «¡Oidme, islas, atended, pueblos lejanos! Yahve desde el seno materno me llamo, desde las entrañas de mi madre recordo mi

nombre. Hizo mi boca como espada afilada, en la sombra de su mano me escondió, hízome como saeta aguda, en su carcaj me guardó. Me dijo: "Tú eres mi siervo (Israel), en quien me gloriaré"».

Tercer poema: *Tercer canto del Siervo* (Is 50,5-6):

«El Señor Yahvé me ha abierto el oído. Y yo no me resistí, ni me hice atrás. Ofrecí mis espaldas a los que me golpeaban, mis mejillas a los que mesaban mi barba. Mi rostro no hurté a los insultos y salivazos...»

Cuarto poema: *Cuarto canto del Siervo* (Is 52,13-15; 53,1-12):

«He aquí que prosperará mi Siervo, será enaltecido, levantado y ensalzado sobremanera. Así como se asombraron de él muchos —pues tan desfigurado tenía el aspecto que no parecía hombre, ni su apariencia era humana—, otro tanto se admirarán muchas naciones; ante él cerrarán los reyes la boca, pues lo que nunca se les contó verán, y lo que nunca oyeron reconocerán

¿Quién dio crédito a nuestra noticia? Y el brazo de Yahvé ¿a quién se le reveló? Creció como un retoño delante de él, como raíz de tierra árida No tenía apariencia ni presencia (le vimos) y no tenía aspecto que pudiésemos estimar Despreciado, marginado, hombre doliente y enfermizo, como de taparse el rostro por no verle. Despreciable, un Don Nadie.

¡Y con todo eran nuestras dolencias las que él llevaba y nuestros dolores los que soportaba! Nosotros lo tuvimos por azotado, herido de Dios y humillado. Él ha sido herido por nuestras rebeldías, molido por nuestras culpas. Él soportó el castigo que nos trae la paz, y con sus cardenales hemos sido curados.

Todos nosotros como ovejas erramos, cada uno marchó por su camino, y Yahvé descargó sobre él la culpa de todos nosotros. Fue oprimido, y él se humilló y no abrió la boca. Como un cordero al deguello era llevado, y como oveja que ante los que la trasquilan está muda, tampoco él abrió la boca.

Fue arrancado de la tierra de los vivos; por las rebeldías de su pueblo ha sido herido; y se puso su sepultura entre los malvados y con los ricos su tumba, por más que no hizo atropello ni hubo engaño en su boca Mas plugo a Yahvé quebrantarle con dolencias. Si se da a sí mismo en expiación, verá descendencia, alargará sus días, y lo que plazca a Yahvé se cumplirá por su mano. Por las fatigas de su alma verá luz, se saciará

Por su conocimiento justificará mi Siervo a muchos, y las culpas de ellos él soportará. Por eso le daré su parte entre los grandes y con poderosos repartirá despojos, ya que indefenso se entregó a la muerte y con los rebeldes fue contado, cuando él llevó el pecado de muchos, e intercedió por los rebeldes».

Los israelitas han de convertirse y ser fieles a la Alianza rompiendo toda relación con los dioses de Babilonia y su culto fastuoso y seductor. Así cumplirán su misión ante todas las naciones.

Las comunidades cristianas en sus catequesis sobre Jesús, especialmente sobre su pasión, muerte y resurrección, se inspiraron en los poemas primero y cuarto. Parecen un evangelio de la Pasión anticipado.

El tercer Isaías (56,1-66,24) recopila los oráculos diversos. El ambiente es postexílico, hacia el año 486, en los días en que se restaura la ciudad de Jerusalén y su templo. En esa restauración se centra y en la misión de Israel: ser luz y mensajero de Yahvé ante todas las naciones. Las infidelidades retrasan la liberación y multiplican los obstáculos: divisiones, idolatrías, rechazo de otros pueblos. Se subraya la importancia del templo, los ayunos y la observancia de los sábados.

En una cueva, a orillas del Mar Muerto, con los otros escritos del Qumrán, se encontró uno completo de Isaías que probablemente data del siglo II antes de la era cristiana. Sus variantes ayudan a la fijación del texto en cotejo con el de los masoretas.

Isaías está considerado por todos como el príncipe de los profetas. Eusebio y Teodoreto de Ciro lo califican de «máximo y divinísimo». San Gregorio Nacianceno y San Juan Crisóstomo le llaman el «super-elocuente». San Cirilo, San Jerónimo y San Agustín llegan a decir que «más que profeta es evangelista y apóstol».

Su personalidad de temple excepcional no sólo sobresalió en las complejas encrucijadas de su pueblo en el siglo VIII a.C. sino que su figura y su obra inmortal se agiganta en los siglos y está presente en el Nuevo Testamento y en boca de Jesús, y sigue viva hoy en la liturgia de la Iglesia.

Siempre que se proclama el santo evangelio, el ministro sagrado, presbítero o diácono, implora, inclinado ante el altar, la purificación del corazón y de los labios para anunciarlo dignamente, evocando, ahora sin nombrarle, la vocación del profeta. Y en el misal de San Pío V, antes de la reforma del Vaticano II, se le venía recordando explícitamente durante cuatro siglos en

este destacado momento: «Purifica mi corazón y mis labios, oh Dios omnipotente, como purificaste los labios del profeta Isaías con un carbón encendido...».

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

ALONSO SCHOKEL, L et al, *Isaías* (Madrid 1968)
ALONSO SCHOKEL, L SICRE, J L, *Profetas I Isaías, Jeremías* (Madrid 1980)
ASURMENDI, J M, *Isaías, 1 39* (Cuadernos bíblicos, 23, Estella, Navarra 1978)
Biblia de Jerusalén (Bilbao 1998) 1 080 1 167
SPADAFORA, F, «Isaías», en *Bibliotheca sanctorum,* VII (Roma 1966) cols 927 940
WIENER, C, *El segundo Isaías El profeta del nuevo Exodo* (Cuadernos bíblicos, 20, Estella, Navarra 1978)

SAN PACOMIO

Abad († 347-348)

El monacato cristiano aparece en la segunda mitad del siglo III. Poco a poco fue encauzándose el poderoso, amplio, vario y libérrimo movimiento espiritual. Un primer paso hacia su estructuración fueron las colonias de anacoretas. El cenobitismo —vocablo derivado de las voces griegas *koinós* (común) y *bios* (vida)— constituye un paso ulterior y, en cierto modo, definitivo. Con todo, apareció casi al mismo tiempo que el anacoretismo. Tengamos en cuenta que Pacomio, figura señera del cenobitismo primitivo, murió antes que Antonio, el primer solitario de los desiertos de Egipto.

No es seguro que fuera Pacomio el fundador de los cenobitas. En sus *Vidas* se mencionan otros monasterios ajenos y anteriores a los suyos. Sea de ello lo que fuere, es cierto que en la evolución del monacato ocupa un lugar único, porque supo encauzar y modelar la vida comunitaria de los monjes de un modo que puede calificarse de esencialmente perfecto. De él y de la *koinonía* que instauró procede la gran tradición cenobítica cristiana. Por eso, merece el título *honoris causa* de «Padre del cenobitismo».

Numerosas *Vidas* en copto, en griego, en versiones latinas y árabes transmiten los recuerdos que sus discípulos conservaron. Además, existen cartas, fragmentos de obras suyas y tam-

bién una *Regla* monástica atribuida a Pacomio. Tal acervo documental nos permite reconstruir su biografía.

Nació de padres campesinos y paganos en Esna (Alta Tebaida) hacia el 286. A los 23 años se incorporó al ejército. En Tebas, lugar de su destino, conoció a unos cristianos que ayudaron a los reclutas de su tropa. Tanta caridad le impresionó, prometió abrazar el cristianismo y entregarse a una vida de servicio del prójimo, cuando se viera libre de la milicia. Licenciado de forma inesperada y tras breve catecumenado, recibió el bautismo en Shenesit. Cumplió su voto durante tres años, sirviendo a los campesinos de los contornos. Y un buen día decidió hacerse monje.

Bajo la dirección del *apa* Palamón, que regía una colonia de anacoretas, se ejercitó en la oración, la *meditatio* (recitación de la Biblia de memoria), el trabajo manual, el ayuno y demás prácticas ascéticas. Siete años más tarde tomó nuevo rumbo. Un día, orando, una voz le dijo: «Dios quiere que sirvas a los hombres para reconciliarlos con él». Consulta a Palamón, quien reconoció la voz de Dios y le ayudó a instalarse en Tabennisi, un pueblo abandonado. Vive aquí la vida anacorética por su cuenta y riesgo. Pronto algunos aspirantes a monjes se suman a él, pero un primer ensayo de vida comunitaria fracasa por la poca sumisión de los candidatos. No desistió. Llegaron otros mejor dispuestos. Enseñado por la experiencia, les exige renunciar a la familia, a sus bienes, a su propia voluntad: deben obedecer. El fin que pretendía lo resume en la frase: llevar «vida común» *(koinóbion)*. Ahora bien, este vocablo copto, tomado del griego, se halla en los Hechos de los Apóstoles (2,42), y denota la puesta en común de los bienes entre los primeros cristianos de Jerusalén, signo y consecuencia de la unión de los corazones. Con el nombre de *koinonía* se designará normalmente a la institución de Pacomio.

Los monjes de Tabennisi aumentaron y su fama se extendió por Egipto. Tuvo que organizarlos en «casas», con «prepósitos» en cada una de ellas. Así pudo dedicarse a su tarea de maestro espiritual para enseñar que el cenobio no es una escuela de anacoretas y ponderar la superioridad y las ventajas de la vida comunitaria sobre la vida solitaria, contra la opinión general que

sostenía lo contrario. Más tarde fundó otros cenobios. Algunos ya existentes, anteriores a los suyos, se agregaron a su obra. Hasta surgieron dos de monjas en torno a su hermana María. Así se formó una verdadera congregación monástica, la *koinonia* o comunidad, en muchos aspectos semejante a las congregaciones religiosas, que florecieron en la Iglesia siglos más tarde. Y Pacomio se convirtió en lo que hoy llamamos un superior general.

Tuvo buenos colaboradores, particularmente Petronio, Teodoro y Orsiesio. Con todo, fueron sus cualidades humanas, sus dotes de organizador, sus virtudes y carismas los que le permitieron realizar una obra grandiosa. Por ende, la *koinonía* reposó sobre su genio organizador y demás cualidades y, sobre todo, sobre su santidad. Pacomio se alimentaba de la Escritura, que fue donde descubrió el sentido de la comunidad. Sin la jerga de la Escuela de Alejandría, era profundamente místico, un padre espiritual exigente que invitaba y espoleaba a los monjes a superarse día a día. Al propio tiempo, era comprensivo, tenía en cuenta la debilidad humana y las leyes del crecimiento espiritual.

Por lo demás, la personalidad de Pacomio es extremadamente agradable y simpática. Poseía atractivo irresistible, producto, en parte, de su carácter natural y, en parte, modelado por la práctica de sus virtudes sobrenaturales, especialmente la humildad, la paciencia y la caridad. Bondadoso, misericordioso, se complacía en hacer bien a todos. No le faltaba energía, pero ésta sólo se reveló muy de tarde en tarde y con gran oportunidad. Otros rasgos característicos de su personalidad fueron la discreción y el equilibrio, cualidades necesarias a los superiores. Supo reconocer y reparar sus errores y, sin el menor rastro de amor propio, se dejó enseñar por la experiencia.

Pero lo que más llama la atención es el aprecio que tuvo por la Escritura. Sorprende, al leer sus *Vidas* y sus catequesis, con qué profundidad la conocía y, más aún, su decidida voluntad de traducir a la práctica las enseñanzas y el espíritu de la Biblia. La motivación de su vivir y obrar era de ordinario bíblica. Incluso cuando se le aparecía un ángel para darle a conocer la voluntad de Dios —hecho que era frecuente—, no obedecía sino tras comprobar que lo que le decía estaba de acuerdo con la Escritu-

ra. Su actuación como superior se inspiraba en la idea evangélica de servir. No hallamos en él rastro alguno de aparato y afectación. Su llaneza era perfecta. Jamás aceptó excepción o privilegio alguno por razón de ser superior. Tuvo la convicción de que el superior no debe estar por encima de la *Regla,* sino a los pies de los monjes, cual corresponde a un esclavo. Esta actitud explica su éxito como organizador de monasterios.

Ni Pacomio ni sus sucesores fueron sacerdotes. Creían que era un gran inconveniente para los monjes recibir las órdenes sagradas. Más aún, no quisieron clérigos en la *koinonía.* Temían divisiones por el sacerdocio y que la ordenación engendrara orgullo, envidia y discordia entre los cenobitas.

Pacomio no fue propiamente un escritor. No merece este título ni por las cartas que corren con sus nombre, ni por los fragmentos de catequesis que daba a sus monjes, ni por su *Regla.*

Con todo, la *Regla* pacomiana tiene interés excepcional en la historia del monacato. Fue una de sus grandes innovaciones, que hizo de él el primer legislador del cenobitismo cristiano. La suya fue la primera de las reglas monásticas. Con el objeto superior de hacer llegar a los monjes a la auténtica unión de los corazones, sirvió para someter a reglamentación minuciosa un sector importante del monacato antiguo, tan celoso de su independencia. De ella se conservan fragmentos coptos y la traducción latina que hizo San Jerónimo en 404. Se trata de una serie de ordenaciones, sin orden alguno, que constan de cuatro series de artículos con normas escuetas y meticulosas. Su comparación con cualquiera de las reglas monásticas siguientes y el desorden en que se suceden los preceptos, prueba que nacieron de la vida práctica y que se trata de la acumulación de preceptos emanados de un superior en el decurso de una larga experiencia. Es claro que diferentes secciones hacen pensar que son añadiduras al cuerpo primitivo, como lo muestran las muchas repeticiones. Esto hace sospechar que son la compilación de ordenaciones dadas por Pacomio y por sus sucesores inmediatos.

En 346 la peste azotó los monasterios de la *koinonía.* Murieron muchos monjes, entre ellos, el 9 de mayo, Pacomio. Como hombre de Dios, fue para los suyos el *apa* por excelencia. Reci-

bió la gracia de una fecundidad inconmensurable como respuesta de servir al género humano. Algo excepcional, que todavía conmueve.

Al morir Pacomio, la *koinonía* constaba de nueve monasterios de hombres. Amén de Tabennisi, entre los años 329 y 340 fundó Pbow, Tsê, Shmin, Tesmîne y Phnum, y los de Senesêt, Tmuschons y Tebêvê se agregaron a la *koinonía*. A éstos hay que añadir los dos de mujeres. Estos monasterios estaban situados en un territorio reducido del valle del Nilo, entre Panópolis y Latópolis. El número de monjes que los poblaba alcanzó cifras sorprendentes: Paladio habla de tres a siete mil; Casiano de cinco mil; Sozomeno también de cinco mil; San Jerónimo de cincuenta mil. Ante tal variedad de cifras, la única conclusión que se puede sacar es que la *koinonía* llegó a ser muy numerosa. Su centro se trasladó muy pronto de Tabennisi a Pbow, donde residieron Pacomio, el «ecónomo general» y sus ayudantes.

Dejó al frente a Petronio, pero falleció a las pocas semanas. Le sucedió Orsiesio, que se vio obligado a dimitir, porque no pudo mantener la unidad. Vino a ocupar su cargo Teodoro. En 368, al fallecer, volvió a gobernar Orsiesio, hasta su muerte. Le sucede Besarión. Y más tarde Víctor.

¿Cómo era el monasterio pacomiano? ¿Cómo estaba organizado? ¿Qué clase de observancia estaba vigente en él?

Pacomio es llamado en las fuentes padre, abad, príncipe y archimandrita. Era el único superior propiamente dicho, sin más límites que la ley natural y las leyes de la Iglesia. Nombraba a los superiores y oficiales de cada monasterio, al «gran ecónomo» e, incluso, elegía al que iba a sucederle en el régimen general de la *koinonía*. Visitaba con frecuencia los cenobios, admitía a los postulantes y expulsaba a los incorregibles.

No era la *koinonía* una congregación monástica en el sentido moderno. Pero en embrión aparecen en ella los elementos que al cabo de los siglos se impondrán a la vida religiosa. Los cenobios fundados por Pacomio constituían una unidad efectiva y organizada y formaban de este modo una «orden» como la que apareció por vez primera en Occidente con Cluny. Podemos decir con H. Bacht que, «anticipándose en seis siglos, fundó la primera orden monástica».

Dos veces al año se reunían los pacomianos en el monasterio principal, Pbow. La primera reunión la celebraban en Semana Santa para escuchar las catequesis del padre de la *koinonía,* orar, ayunar y celebrar juntos la Pascua, en cuya noche se administraba el bautismo a los monjes catecúmenos. Y la segunda se tenía en el mes de agosto y era por varios fines: perdonarse mutuamente y nombrar a los superiores locales. En esta segunda asamblea las comunidades rendían cuentas. Era una especie de capítulo general.

Por el gran número de monjes, su compleja jerarquía, su reglamentación, etc., se ha comparado el monasterio pacomiano a un cuartel. Las semejanzas son puramente externas, porque en el interior latía otro espíritu. Basta leer las *Vidas* de Pacomio para comprobar que las estructuras y la reglamentación no constituían un impedimento insuperable para el desarrollo de una vida muy personal y espontánea, ni para entablar y mantener relaciones fraternas y así formar una verdadera *koinonía* de bienes temporales, de corazones y voluntades.

En las colonias eremíticas, las celdas se extendían por el desierto, separadas entre sí. El monasterio pacomiano, por el contrario, se presenta unificado. Su estructura era la manifestación externa de su unidad interior. Un muro le rodeaba y sólo existía una puerta. Era, tanto desde el punto de vista topográfico como bajo el aspecto eclesiástico, como un pueblo cristiano más entre los del Alto Egipto. Eso sí, habitado únicamente por hombres y donde todo estaba reglamentado.

En el centro del recinto estaban la iglesia, el refectorio, la cocina, la enfermería, y alrededor las casas donde se agrupaba la comunidad de varios centenares de monjes. En cada casa vivían alrededor de cuarenta, repartidos según el oficio que tenían en el cenobio: panaderos, cocineros, estereros, cesteros, zapateros, etc. Los espacios libres estaban ocupados por patios y huertas.

Cada monasterio tenía su «padre»: daba permisos, dirigía el trabajo, dictaba una catequesis dos veces por semana, iba delante de sus monjes. En una palabra, era el reponsable y los monjes le debían obediencia. Le ayudaban un «vicario», los «prepósitos» de cada casa y sus «segundos». Como cada casa constituía una

comunidad, con propio ritmo, existía gran empeño en seleccionar los prepósitos. Pero no eran jefes supremos. Estaban sometidos a la obediencia del padre del cenobio.

Para la admisión en la *koinonía* se exigía voluntad seria de renunciar al mundo y abrazar la vida común. El postulante pasaba unos días a la puerta del cenobio y, cuando era considerado apto, le incorporaban a una de las casas. Principiaba entonces a practicar un género de vida compuesto esencialmente de oración y trabajo. Si no sabía, le enseñaban a leer. Es dudoso que existiera un rito de profesión monástica. El ingreso en el cenobio y el cambio de vestido entrañaban los compromisos de observar la *Regla,* obedecer y perseverar hasta la muerte en la *koinonía.* El hábito constaba del *lebitón,* que era una túnica sin mangas y su cinturón, un manto que cubría cuello y espaldas, una *melota* o piel de cabra bajaba desde los hombros hasta la rodilla y dos capuchones; un par de sandalias completaba el atuendo.

Como los anacoretas de Antonio, los cenobitas de Pacomio tuvieron muy presente el precepto de orar sin intermisión. El día y, con frecuencia, también parte de la noche, eran para ellos una oración continua. Su vida de oración era comunitaria y personal. Para la comunitaria se reunían dos veces: por la mañana y al atardecer. En la sinaxis matutina se congregaban en la iglesia todos los hermanos del cenobio. La oración vespertina se celebraba en las casas. Ambas se componían esencialmente de la recitación de la Escritura —no necesariamente del salterio—, que los hermanos por turno proclamaban, mientras los demás escuchaban y trenzaban cuerdas, uniendo la oración y el trabajo. Siguiendo la costumbre del país, la misa se celebraba los sábados, domingos y en algunas fiestas y se integraba en la oración de la mañana.

Al ciclo litúrgico semanal pertenecían las catequesis espirituales. Cada semana el padre del monasterio dictaba tres a la comunidad. Los prepósitos de cada casa, dos, pero sólo para sus monjes. Después de la catequesis, los hermanos reflexionaban y podían conferenciar, hacer preguntas o exponer dificultades.

Pacomio y sus primeros discípulos, para ganarse el sustento y ayudar a los campesinos de la zona, iban a jornal durante la recolección de las mieses. Más tarde cultivaron sus propios cam-

pos. Pero fueron los oficios manuales, sobre todo la fabricacion de esteras, lo que procuraba las principales entradas. Los monasterios llegaron a ser verdaderas repúblicas de trabajadores de toda clase. El trabajo estaba bien organizado y se producía mucho. Como reinaba la sobriedad, aunque se hacían grandes limosnas, existía el peligro de que la riqueza ahogara el espíritu y se convirtiera la *koinonía* en una empresa de alto rendimiento económico. Con todo, es evidente que Pacomio jamas quiso convertirla en una empresa industrial. El trabajo era parte del programa monástico y, por ende, ocupaba sitio importante en la vida ascética. La economía pacomiana estaba centralizada y su responsable era el gran ecónomo: vendía lo que se producía, guardaba el dinero y compraba lo que necesitaban los monasterios.

La alimentación era también comunitaria. La igualdad de los hermanos se manifestaba especialmente cuando participaban de la mesa en el refectorio común. Ayunaban los miércoles y los viernes y los otros días había dos comidas, que se hacían en silencio. No se servía carne, ni verduras cocidas, ni vino. Tomaban pan, verduras crudas, queso, pescado, higos, dátiles. Pero hubo monjes que ayunaron todos los días; otros tomaban pan y sal en sus celdas. Pacomio respetaba el don que cada cual había recibido

Parece que tenían bastantes horas de descanso, aunque era costumbre pasar en vela buena parte de la noche. Cada monje, en principio, tenía asignada su celda.

Los enfermos y huéspedes disfrutaban de trato especial. A los enfermos les cuidaban en la enfermería, donde seguían regimen dietético apropiado. Enfermeros especializados les atendían.

Por lo demás, la vida de los pacomianos se distinguía por su discreción. En sus comunidades podían vivir los fuertes y los débiles, los fervorosos y los que no lo eran tanto. Pacomio impuso un mínimo de austeridad y dejó un amplio margen a la iniciativa de cada monje, bajo la vigilancia del superior. Consistió su misión en hacer accesible la vida monástica a los débiles, ponerlos bajo la dirección de un padre espiritual, con las ventajas de la corresponsabilidad y la ayuda mutua de los demás herma-

nos, en un espíritu auténticamente evangélico. En realidad, trasladó el acento de la ascesis corporal a la espiritual. El holocausto del monje pacomiano no consistía en prolongados ayunos, en velas heroicas, en maceraciones espantosas. Su inmolación se realizaba en el altar de la obediencia, de la vida comunitaria, del servicio fraterno.

La *Regla* de Pacomio gozó de mucho prestigio, hasta el punto de propagarse la leyenda de que Dios se la entregó por manos de un ángel. Con todo, ni él ni sus sucesores pretendieron con ella reducir las enseñanzas de la Biblia, sino aplicarlas a casos concretos. La referencia a la Escritura es el primer factor que caracteriza la legislación de Pacomio. El segundo fue el ideal de *koinonía,* que también procede de la Escritura.

En efecto, Jesús quiso realizar una comunidad con sus discípulos y su Iglesia siguió el ejemplo: un solo corazón, una sola alma, comunidad de bienes y oración en común. El cristiano tiende, pues, a la unidad, a la comunidad, a la comunión. Esto tan fundamental es igualmente válido para el monje. Pero algunos anacoretas apelaron a una *koinonía* meramente espiritual: «Monje —decía Evagrio— es aquel que está separado de todos y unido a todos». Pacomio, por el contrario, pretendió realizar la unificación del propio ser del monje y de los cenobitas en el monasterio, llevando vida común: bienes y oración en común, unidad de pensamientos y sentimientos, unidad de vida, que lo abarca todo. La idea de *koinonía* la impuso de tal modo que se convirtió en principio y fundamento esencial del que sacó las demás consecuencias. Comunidad de bienes y unidad fraterna, facetas sobresalientes de la Iglesia primitiva de Jerusalén (Hch 2 y 4), le fascinaron a él y a sus seguidores.

Antes de Pacomio, hacerse monje equivalía a renunciar al mundo. Después de él equivalió, además, a agregarse al número de otros monjes, convertirse en miembro de una comunidad, que en su *Regla* llama «reunión de hermanos y synasis de santos», que viven unidos en el monasterio, que es la «casa de Dios», para llegar a ser coherederos de una misma promesa.

El cenobio es, pues, para Pacomio una Iglesia, una *ecclesiola,* como se dirá más adelante, integrada en la gran Iglesia católica. Por eso, tanto para él como para sus discípulos el carisma más

excelente no era la contemplación, ni la ascesis, ni tampoco la obediencia, sino que fue, como también lo fue para San Pablo (1 Cor 12,31, 13,3), la caridad humilde y activa, que se manifiesta especialmente en el servicio mutuo por amor.

Pero la importancia concedida a tal virtud no significó se descuidaran la castidad, la obediencia y la pobreza, es decir, lo que más adelante sería la materia de los votos religiosos. Lo propio cabe decir de la oración, el trabajo y la ascesis, bienes espirituales considerados como patrimonio de los monjes

La *koinonía,* con un número de miembros que se contaban por millares, no hubiera podido mantenerse sin obediencia a la *Regla,* al padre del monasterio y a los prepósitos. Por eso, los hermanos obedecían siempre. Ahora bien, su obediencia no era militar. Se alimentaba por un espíritu religioso. Era una virtud importante: la respuesta cristiana y monástica a la autoridad, por la que el hombre mortifica lo que más quiere, esto es, la propia voluntad.

El cenobita pacomiano practicaba la pobreza. Todo era común. Nadie tenía nada propio y dependía para su subsistencia de la caridad de la *koinonía.* Era una virtud personal. ¿Fue también una virtud colectiva? El nivel de vida de los pacomianos era bastante más alto que el de los anacoretas y el de los campesinos coptos. El trabajo bien organizado, la administración sabia de las comunidades, acumuló muchos bienes materiales. Esto les permitía dar limosnas. Ahora bien, cuestiones de intereses materiales crearon dificultades y los sucesores de Pacomio redujeron la actividad económica, inspirados en una pobreza más evangélica.

Tampoco se excluía otro elemento esencial: la soledad. Fuera de los oficios litúrgicos y del trabajo común, el monje estaba en su celda. En ella dormía, leía, trabajaba trenzando cuerdas y recitaba sin cesar las Escrituras, que sabía de memoria.

Desde su ingreso en el monasterio hasta su muerte, los monjes se formaban y reformaban constantemente con el contacto ininterrumpido con la Biblia: en la liturgia, en el trabajo, en la lectura privada, de día y de noche la Palabra de Dios resonaba en sus oídos y corazones. Las obras de Pacomio admiran por el conocimiento que revelan de la Palabra de Dios. Sus ex-

posiciones y exhortaciones forman verdaderos centones bíblicos, cuya coherencia se basa en el deseo absoluto de fidelidad a la Biblia.

La corrección tiene una importancia enorme en la vida comunitaria. Pacomio sabía que el monje es un pecador que quiere corregirse. Para cada falta prevé su *Regla* penitencias correspondientes, destinadas a garantizar el esfuerzo de los hermanos por avanzar en el camino de la perfección. El castigo más sensible era la excomunión, esto es, la separación de la comunidad por algunos días.

Tales son los principales rasgos de la vida, la obra y la espiritualidad de Pacomio, según se desprende de las fuentes. En suma, podemos concluir diciendo con G. M. Colombás que «ocupa un lugar incomparable en la evolución del monacato, no solo por el éxito de sus fundaciones, que no tiene paralelo en todo el monacato primitivo, sino, sobre todo, por haber encauzado y modelado la vida común de los monjes de un modo que puede llamarse definitivo. Con él alcanzamos realmente el punto a partir del cual todas las otras formas posteriores de monacato cenobítico habían de desarrollarse. Cuanto más se estudian sus escritos, tanto más ciertos estamos de una cosa: fue, en el sentido más propio, el padre del monacato cristiano en su forma cenobítica. Mantuvo muy alto el ideal cristiano de la unión de mentes y corazones del que se deriva la comunidad de bienes. El monje pacomiano, como todo cristiano, buscaba a Dios en la Biblia, en la oración que inspira la Palabra de Dios y en la respuesta a la misma Palabra vivificante. Pero también lo buscó y encontró en la comunidad y en cada hermano. La *Regla* que estructuraba la vida comunitaria no estaba concebida como meta, sino como camino. No dispensaba al monje de permanecer atento a la voz del Espíritu. La comunidad de hermanos, lejos de ser un óbice o freno, se concebía como un clima, un ambiente propicio que protege y favorece el crecimiento de cada uno de sus miembros. Juntos, formando una *synodia,* una caravana, los hermanos avanzaban, sosteniéndose mutuamente, a través del desierto de la vida».

RAMON MOLINA PINEDO, OSB

Bibliografía

BACHT, H., «Pacôme (Saint)», en *Dictionnaire de spiritualité, ascétique et mystique.* XII/1: *Pacaud-Photus* (París 1984) cols.7-16.

COLOMBAS, G. M., *La tradición benedictina. Ensayo histórico.* I: *Las raíces* (Zamora 1989) 229-262.

DESEILLE, P., *El espíritu del monacato pacomiano. Seguido de la traducción española de la Pacomia latina* (Monasterio de las Huelgas, Burgos 1986).

DESPREZ, V., «Le cénobitisme pacômien»: *Lettre de Ligugé* (1988) n 243, p.8-25; n.245, p.14-27, n.246, p.12-26.

BEATA MARÍA TERESA DE JESÚS GERHARDINGER

Virgen y fundadora († 1879)

La preocupación por la formación de la mujer, en vistas a su promoción integral en lo cristiano y en lo humano, para hacer de ellas buenas esposas y madres, que imbuyeran del espíritu de Cristo su quehacer doméstico y social, en orden a prepararlas para la educación cristiana de sus hijos, estuvo presente en los planes de muchas mujeres y varones del atormentado siglo XIX, centuria de tantas convulsiones y revoluciones, pero fecundo de múltiples iniciativas y fundaciones religiosas para que la nave de la Iglesia, zarandeada por tantas tormentas, continuara siendo arca de salvación para cuantos quisieran vivir en plenitud su fidelidad a Cristo. Entre estas iniciativas, cabe destacar la fundación en la vieja Europa de numerosas congregaciones de mujeres consagradas a la educación femenina en la escuela. Del corazón y de la mente de una mujer bávara recia, entregada y fiel a la llamada de Dios, nació una congregación escolástica: para imbuir desde las aulas a las niñas, aun a las de condición social más humilde, del espíritu de Cristo y de su evangelio.

Nació la fundadora de las Hermanas Escolásticas en el pueblo de Stadtamhof, junto a Ratisbona, en Baviera, hija de Vilibaldo Gerhardiger y de Francisca Huber, el 20 de junio de 1797. En el bautismo recibió los nombres de Carolina Isabel Francisca. Pronto manifestó un carácter decidido y firme. Frecuentó la escuela que en su ciudad natal tenían abierta las religiosas canonesas de Nuestra Señora, fundadas por San Pedro Fourier y la Beata Aleja Le Clerc. Pero, bajo la dominación napoleónica en Baviera, esta congregación fue suprimida. Carolina, desde los 12 años, había albergado en su corazón la ilusión y

la vocación de ser maestra y educadora. El párroco de la catedral y luego obispo de Ratisbona, el siervo de Dios Miguel Wittmann, eligió a las tres mejores alumnas de la escuela suprimida y las orientó hacia los estudios de magisterio. Carolina consiguió el diploma de maestra elemental y el nombramiento de profesora en la escuela de niñas de Stadtamhof. Allí empezó su labor educativa en 1816, y permaneció en su cargo hasta 1833. En el desempeño de su tarea, se comportó como ejemplo de educadora cristiana, mereciendo la complacencia de la administración pública, nada favorable a la Iglesia en aquella sazón. Fue ejemplo de entrega a su labor y de caridad activa hacia el prójimo. Tenía muy presente que la formación humana y cristiana de las futuras esposas y madres contribuía a hacer de la Iglesia como el fermento y el alma de la sociedad, que debía renovarse en Cristo y ser transformada en familia de Dios, como luego proclamaría el Vaticano II, en la *Gaudium et spes,* 40. Con sus propios bienes, construyó un colegio para que sus alumnas pudieran dedicar más tiempo a su formación. Por otra parte, Carolina no descuidaba su vida interior para avanzar en el progreso de su propia perfección cristiana. Amaba la oración, el silencio, la mortificación, mantenía a raya su amor propio, la soberbia, el capricho de su voluntad, prescindía de toda vanidad. Sobresalía por su afable humanidad, su alegría, su prudencia, su fortaleza ante las dificultades. Así estaba preparando su consagración religiosa.

Cuando cesó la prohibición a las congregaciones religiosas de dirigir escuelas, el párroco Wittmann tuvo la idea de fundar una congregación religiosa para enviar las hermanas de dos en dos a las escuelas rurales. A Carolina y a sus dos compañeras, les dio la regla redactada por San Pedro Fourier, con algunas adaptaciones. En el mismo Stadtamhof, la futura beata ya abrazó sola esta norma de vida. Tras vencer no pocos obstáculos, el 24 de octubre de 1833, con dos compañeras, inició la vida religiosa en Neunburg vorm Wald (en el Palatinado superior, Baviera). La ayudó en esta fundación el amigo de Wittmann, Francisco Sebastián Job, confesor de Carolina Augusta, emperatriz de Austria y hermana de Luis I de Baviera. Pero sus dos sacerdotes mentores murieron en 1833 y 1834. La fundadora se en-

contró sola ante dificultades que parecían insuperables, ante la animadversión de los ministros del Estado Lutz y Pfeufer· pero ella se mantuvo firme en su fe inquebrantable y su esperanza heroica en Dios. En 1834 la congregación obtuvo la aprobación diocesana: se llamaría Congregación de las Pobres Hermanas Escolásticas de Nuestra Señora. El 6 de noviembre del mismo año, la fundadora emitió los votos religiosos, ante el obispo de Ratisbona, y cambió el nombre de Carolina por el de María Teresa de Jesús, en honor a la titular de la nueva congregación, la Madre de Dios, y de la santa religiosa de Ávila, maestra de vida espiritual. En 1841 la casa madre de la nueva congregación se trasladó de Neunburg a la capital de Baviera, Munich, bajo la protección del rey Luis I.

Por más de cuarenta años la madre María Teresa vio crecer y multiplicarse su Instituto, que se extendió a varias naciones de Europa. En 1847 aceptó la invitación de los misioneros que trabajaban en América del Norte y, con la ayuda de San Juan Nepomuceno Neumann, abrió escuelas para ayudar y formar a las hijas de los emigrantes alemanes a aquel país. Fue para sus connacionales lo que Santa Francisca Cabrini fue para los emigrantes italianos. Fundó un orfelinato en Baltimore, abrió escuelas en Pittsburg y en Filadelfia. A partir de 1850 otras regiones de Alemania y los estados de Hungría y de la Gran Bretaña obtuvieron fundaciones de las escolásticas.

En las escuelas maternales, elementales y superiores, el ideal de la Beata María Teresa se cifraba en educar religiosamente a las futuras madres de las clases media y popular, pues estas niñas carecían frecuentemente de medios para acudir a otras escuelas. Quería seguir en todo las huellas del divino Maestro, preocupándose sobre todo de los pequeños, de los pobres, de los abandonados. No confiaba en las riquezas del mundo para resaltar mejor la fuerza de la gracia.

> «Como las aves del cielo y las flores del campo —afirmaba— no son presa de preocupacion alguna, asi tambien nosotras debemos preocuparnos poco El buen Jesus se preocupa esplendidamente de nosotras»

Pero no todo eran éxitos en la propagación del Instituto. Interpretaciones torcidas y ataques durísimos se levantaban por parte de quienes no comprendían el espíritu de la Congrega-

ción. Hasta con los obispos surgieron malentendidos por cuanto las casas dependían de la casa madre de Munich. La Santa Sede acudió en ayuda de la fundadora y en 1859 le prorrogó el cargo de superiora general durante toda su vida, y en 1865 aprobó las Reglas, del todo conformes con el pensamiento y los planes de la bienaventurada fundadora.

Otras contradicciones vinieron del movimiento *Kulturkampf* que expulsó de sus escuelas a las religiosas en Baden y en Borusia, pero la Congregación pudo abrirse a otras regiones.

Cuidaba en extremo la madre María Teresa de la formación estrictamente católica de sus educandas y la preparación profesional y espiritual de sus religiosas, a quienes daba ejemplo con su labor y consejos. Reproduce la bula de beatificación estas palabras que la bienaventurada madre dirigía a sus hijas·

> «Para los niños que nos han sido confiados, tenemos que ser madres, no mujeres asalariadas Debemos cumplir nuestra mision como consagradas para enseñar a los parvulos con el ejemplo lo que decimos de palabra, entreguemonos a la juventud como Dios espera de nosotras [ ] Sin su gracia, lo demas no es nada ante Dios aunque nuestros alumnos adquieran conocimientos y habili dades [ ] La juventud no es atraida a Dios con palabras, sino con la fuerza de la cruz de Cristo y el amor del Espiritu Santo»

Ella misma era el modelo en la plasmación de este ideal, que llevaba a la práctica con tenacidad y constancia Su voluntad estaba firme en la voluntad de Dios y su confianza en la Providencia, en medio de las dificultades, era absoluta. Bebía la fuerza para oponerse a cualquier contrariedad de su amor a la Eucaristía, a la cruz de Cristo, a la persona del Redentor, a las almas y a la Iglesia, cuyas preocupaciones y persecuciones compartió. Para servir a Dios y al prójimo, tomó como ejemplo a María, a ella le consagró el Instituto. Quería que sus religiosas, siguiendo el modelo de la Virgen, orientaran toda su vida hacia Dios y llevaran a Cristo al mundo.

> «Como piadosa hija de Maria —exclamaba— no he sido llama da a dominar sino a servir, y a permanecer con ella junto al pese bre y junto a la cruz»

Armonizó perfectamente su vida de oracion y soledad con su incesante actividad, supo conjugar la confianza en sus pro-

pias facultades con su ilimitada confianza en Dios, la humildad y la prudencia con su audacia e ímpetu en los trabajos apostolicos.

Se granjeó un aprecio enorme no sólo entre los padres y familiares de las alumnas, sino también entre las autoridades eclesiásticas y civiles, como se demostró cuando le sobrevinieron los últimos achaques. En 1877, cuando se preveía el desenlace, Pío IX le impartió telegráficamente la bendición apostólica.

Consumió todas sus fuerzas en servir como buena madre a su congregación hasta su muerte, que acaeció el 9 de mayo de 1879. Poco antes había llegado a su celda de Munich el nuncio apostólico Aloisi-Masella, que recitó las plegarias de la recomendacion del alma hasta que la beata entregó su último aliento al Padre. «Así quisiera morir yo», exclamó el nuncio.

La fama de santidad que ya habia conseguido en vida, creció después de su santa muerte, estimulada con la fama de gracias obtenidas por su intercesión. El proceso ordinario de beatificación fue iniciado en Munich en 1929; entre 1953 y 1955 se realizo el proceso apostólico en la misma ciudad, que fue aceptado en Roma en 1959. Juan Pablo II la declaró venerable proclamando la heroicidad de sus virtudes teologales y morales el 13 de enero de 1984. El milagro para la beatificación fue aprobado por el mismo Pontífice en 1985 y este mismo año, el 17 de noviembre, Juan Pablo II celebró su beatificación en San Pedro del Vaticano, a las puertas del Sínodo extraordinario de obispos, conmemorativo del XX aniversario del Concilio Vaticano II.

En su homilía, Juan Pablo II predicó:

> «En madre Teresa la Iglesia honra a una educadora cualificada y, al mismo tiempo, una obra educativa cristiana que aun continua en muchas regiones y continentes, a traves de la Congregación de las "Pobres Hermanas Escolasticas de Nuestra Señora", fundada por ella La carencia de educacion y de vida de fe, causada por las revueltas politicas y sociales, la decadencia moral de las familias, y sobre todo el abandono de la juventud, requerian nuevas vias para una formacion eficaz y una renovacion cristiana, especialmente en los pueblos del campo y en las capas sociales mas humildes y pobres Con la guia espiritual del obispo Wittmann, que estaba muy convencido de que las mujeres y las madres determinan la vida moral de las ciudades y de las naciones, la Beata Maria Teresa de Jesus se consagro, con sus hermanas, sobre todo a la educacion cristiana de la juventud femenina para conseguir el resurgimiento

moral de las familias y la mejora de la sociedad mediante la formación de buenas madres y mujeres de casa [..] El secreto de la gran fecundidad de las obras y de la acción educativa de madre Teresa consiste en la irradiación de su singular vida espiritual: una imperturbable confianza en Dios y un amor ardiente por Cristo y por los pobres [...] Madre Teresa de Jesús, esta sencilla pero eficaz y emprendedora religiosa, ha realizado grandes cosas por los hombres y por el Reino de Dios En la fundación de su orden, se mostró como "mujer fuerte" y por esta obra, que ella siempre llamaba "obra de Dios", no rehusó sacrificios ni fatigas. Su orden escolástica promovió el desarrollo de la educación en numerosos estados de Europa y de América. La herencia espiritual de la nueva beata vive hoy en cerca de 7.500 Hermanas, esparcidas por Europa, América del Norte, América Latina, Asia, Oceanía, África».

Al recibir a los peregrinos alemanes, que habían acudido a la beatificación, el papa exaltó nuevamente a la «mujer fuerte» al servicio de los últimos.

«La nueva beata, en la realización de su obra, soportó con paciencia sufrimientos y fracasos, incomprensiones y calumnias. Justamente por el reconocimiento eclesiastico de su congregación, demostró su verdadera grandeza de alma, una fe inquebrantable y un optimismo lleno de esperanza, cimentados en su aceptación interior de la providencia divina No solamente la jerarquía eclesiástica, sino también la historia, han confirmado finalmente la validez de sus ideas y de su fundación».

PERE-JOAN LLABRES Y MARTORELL

Bibliografía

AAS 69 (1987) 243-247
Bibliotheca sanctorum, t VI, cols 217-219
FRIES, F , *Leben der ehrw Mutter Maria Theresia Gerhardinger, Grunderin und erste Generaloberin der Armen Schulschwestern U L. Frau* (Munich 1907)
KAWA, E , *Mutter und Magd* (Augusta 1958)
ZIEGLER, M. I , *Mutter Theresia von Jesu Gerhardinger* (Munich 1950)

BEATO FUERTE GABRIEL

Ermitaño († 1040)

Nace en Gubbio, Umbría, en la segunda mitad del siglo X, hijo de una noble familia. En su juventud decide consagrarse a Dios y se retira al monte Scheggia, en los límites de Umbría y de las Marcas, donde vive como solitario practicando una continua austeridad y penitencia.

Llevaba ya años de vida eremítica cuando opta por pasar a un monasterio, y elige el de Fonte Avellana bajo la dirección del B. Ludolfo, que lo había fundado, y en el que la vida de comunidad se combinaba con la vida eremítica. Aquí profesó como monje y llevó una vida santa hasta su muerte, ocurrida el 9 de mayo de 1040, siendo prior de aquella casa el famoso Guido de Arezzo.

Sus reliquias fueron posteriormente llevadas a la catedral de Gubbio, y perseverando el culto que se le venía dando, la Santa Sede lo confirmó el 17 de marzo de 1756.

BEATO TOMÁS PICKERING

Monje y martir († 1679)

Había nacido en Skelmerg, junto a Kendal, Inglaterra, el año 1620, hijo de un hombre que había luchado y muerto por Carlos I cuando la guerra civil que precedió al destronamiento y ejecución del monarca. Decidido, cuando tenía cuarenta años, por la vida religiosa, marchó a Douai en cuyo convento benedictino de San Gregorio profesó la Regla de San Benito en calidad de hermano.

Habiendo casado el rey Carlos II con la princesa católica Catalina de Braganza, se le permitió a ésta tener una pequeña capilla de su religión en palacio, de cuya atención litúrgica estaba encargada una pequeña comunidad de monjes benedictinos a la que fue destinado en 1665 nuestro futuro mártir.

Aquí estuvo cumpliendo sus deberes asignados y cuando en 1675 fueron despedidos los monjes, el hermano Tomás fue au-

torizado a quedarse, yéndose a vivir en una casa, propiedad de Juan Grove, donde, además, residían tres religiosos jesuitas. Tuvo lugar seguidamente la acusación de haberse organizado un complot, según la famosa denuncia de Titus Oates, para haber asesinado al rey, y el delator dijo que Pickering y Grove eran los encargados de materializar el asesinato, siendo cómplices los otros. Pese a la falta total de pruebas, fueron llevados a juicio y condenados a muerte por conspiración.

Se fijó el 9 de mayo de 1679 para su muerte. Mientras iba al patíbulo, uno de los asistentes le insistió en que confesara su culpa. Levantando su gorro, el mártir respondió: ¿Es éste el semblante de un hombre que muere bajo tan gruesa culpa? En efecto, y como recuerda de él el *Martirologio,* era un hombre de sincera sencillez e inocentísima vida, incapaz de planear matar a nadie. Es claro que fue elegido como víctima de tal acusación simplemente por ser un fervoroso católico. Ahorcado y descuartizado, su cuerpo fue enterrado en el cementerio de St. Giles in the Fields, en la capital londinense. Fue beatificado el 15 de diciembre de 1929.

SAN JOSÉ DO QUANG HIEN

Presbítero y mártir († 1840)

Nace en Quan-Anh, provincia de Nam-Dinh, en Tonkín, hacia el año 1775. Educado en la fe católica, al llegar a la edad adulta optó por la vida religiosa, para lo que marchó a Filipinas, y tomó el hábito de la Orden de Predicadores en Manila, el 12 de octubre de 1812, y al cabo de un año hizo la profesión religiosa. Posteriormente hizo los estudios necesarios y se ordenó sacerdote.

Vuelto al Tonkín, quedó como colaborador del obispo Santo Domingo Henares, y posteriormente pasó al distrito de Cao Moe, de cuyo cuidado pastoral fue encargado, poniendo lo mejor de sí mismo en el desempeño de este encargo.

Cuando a comienzos de 1833 vino otra vez sobre la cristiandad tonkinesa la persecución, se vio obligado a huir de un sitio a otro para evitar que con su captura quedara sin asistencia religiosa su distrito. Pero un pagano lo reconoció en Kien-Trung a

donde el sacerdote había ido a administrar a un enfermo los últimos sacramentos, y lo denunció a las autoridades. Se le avisó de la denuncia de que había sido objeto y entonces celebró la santa misa pidiendo a Dios fuerza para afrontar lo que le esperaba cuando fuera arrestado.

El arresto tuvo lugar el 20 de diciembre de 1839. El mandarín le mandó que pisara la cruz, a lo que se negó. Entonces fue bárbaramente azotado y se le colocó una pesada canga, siendo enviado a una inmunda cárcel, en la que estuvo cuatro meses a la espera de su apostasía. Pero no sólo no apostató sino que utilizó su estancia en la cárcel para animar a los cristianos detenidos e incluso convertir a la fe cristiana a algunos presos.

Pasados esos meses, compareció de nuevo ante los mandarines que en vano intentaron su apostasía y para ello lo mandaron flagelar sin piedad. El 29 de abril de 1840 lo condenaban a muerte y el 9 de mayo siguiente era decapitado en Nam-Dinh. Fue canonizado el 19 de junio de 1988.

BEATO ESTEBAN GRELEWSKI

Presbítero y martir († 1941)

Nació en Dwikozy, Polonia, el 3 de julio de 1899 en el seno de una familia campesina que lo educó cristianamente. En 1916 se decidió por la vocación eclesiástica e ingresó en el seminario diocesano de Sandomierz, siendo tres años más tarde enviado a la Universidad de Lublín para estudiar derecho canónico. Se ordena sacerdote el 12 de octubre de 1921. Y va a Estrasburgo a terminar sus estudios y doctorarse.

Estuvo dedicado a tres grandes apostolados: las clases de religión en las Escuelas Profesionales de Radom, el periodismo católico y la acción social. En 1930 funda la revista mensual *La Verdad Católica,* de la que fue redactor hasta 1935, y por ese tiempo publica diversas obras de contenido religioso y social.

Llegada la guerra, sigue dando clandestinamente clases de religión durante un año, hasta que el 27 de octubre de 1940 es arrestado, pero fue dejado libre al poco. Entonces se dedica a trabajar por los prisioneros de guerra; pero en enero de 1941 es nuevamente arrestado. Pasó por los campos de concentración

de Skarzysko-Kamienna, Auschwitz y Dachau, a donde llega el 4 de mayo de 1941. Llegaba en pésimas condiciones de salud y fue por ello enviado al barracón de los enfermos, en el que moría el día 9 del mismo mes. Llevó su prisión y trabajos con gran paciencia y entrega. Fue beatificado el 13 de junio de 1999.

10 de mayo

A) Martirologio

1 La conmemoracion del Santo Job, varon de admirable paciencia en la tierra de Hus **
2 En Mira (Licia), San Dioscorides, martir (fecha desconocida)
3 En Lentini (Sicilia), los santos Alfio, Filadelfio y Cirinio (s III), martires
4 En Roma, en la Via Latina, San Gordiano († 300), martir, enterrado en la misma cripta que el martir San Epimaco
5 En Roma, los santos Cuarto y Quinto (s IV), martires
6 En Irlanda, San Comgall († 602), abad *
7 En Tarento (Apulia), San Cataldo (s VII), obispo
8 En Aquitania, Santa Solongia (s IX), virgen y martir
9 En Pontoise, junto a Paris, San Guillermo († 1192), presbitero *
10 En Padua (Veneto), Beata Beatriz d'Este († 1226), virgen *
11 En Sena (Toscana), Beato Nicolas Albergati († 1443), obispo de Bolonia, monje cartujo **
12 En Montilla (España), San Juan de Avila († 1569), presbitero, lla mado el Maestro **
13 En Cremona (Italia), Beato Enrique Rebuschini († 1938), presbitero, de la Orden de los Clerigos Ministros de los Enfermos **
14 En Zagreb, Beato Ivan Merz († 1928), joven seglar *

B) Biografias extensas

SANTO JOB

(Antiguo Testamento)

La Escritura nos presenta, en la introducción de un libro maravilloso, la figura de Job sufriendo, protagonista del dolor. Son dos capítulos breves en que, con rapidez estilizada, va ba-

jando los escalones de la privación y el sufrimiento hasta la hondura del dolor.

Primero pierde la hacienda: bueyes y asnos, corderos y camellos, siervos. Después pierde los hijos. Después la salud. Y así queda, llagado de pies a cabeza, tendido sobre la ceniza, rascándose las úlceras con una tejuela, mientras su mujer le escarnece: «¿Aún te aferras a tu integridad? ¡Maldice a Dios y muérete!».

La resignación de Job está concentrada en un par de frases sobrias y robustas. Cuando pierde hacienda e hijos exclama: «Desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo tornaré allá; Yahvé lo dio, Yahvé lo tomó, bendito el nombre de Yahvé». A su mujer que le escarnece responde: «Bienes recibimos de parte de Yahvé; los males ¿no los recibiremos?». En ambas ocasiones comenta el autor sacro· «En todo esto no pecó Job».

Aquí tenemos a Job sufriente y sufrido, parco en palabras, íntegro en someterse a Dios. Por encima de esa figura humana suena la voz de Dios en su consejo: «¿Has reparado en mi siervo Job, que no hay como él en la tierra, hombre íntegro y recto, temeroso de Dios, alejado del mal?».

Muchos cristianos han mirado con estupor esa figura ejemplar, han escuchado el comentario divino como una canonización inapelable; después han cerrado el libro. Exactamente despues de un capítulo y diez versículos. Y así no se han enterado de que Job, sujeto paciente del comienzo, se convierte muy pronto en el protagonista de un colosal debate, en el que se plantea y discute el eterno problema del dolor humano y la justicia divina.

> «Tres amigos de Job, los sabios Elifaz, Bildad y Sofar, vinieron a consolarle Desde lejos alzaron los ojos y no le reconocieron Rasgaron sus vestiduras, esparcieron ceniza sobre sus cabezas, se sentaron junto a el siete dias y siete noches, sin hablar palabra, por que era extremado su dolor»
>
> «Rompió el silencio Job, para gritar pateticamente su dolor "Perezca el dia en que naci, la noche en que se dijo ha sido concebido un varon No brille sobre el un rayo de luz, sea noche de soledad, no haya en ella regocijos Espere la luz y no venga, no vea el parpadeo de la aurora ¿Por que no expiré en el seno, salido del vientre no perecí? Ahora reposaría, descansaria en paz, como aborto secreto no existiria, como las criaturas que no vieron la

luz Son mi comida los suspiros, se derraman como agua mis rugidos"»

Este clamor lírico de Job pone en marcha el diálogo: por turno riguroso arguyen los amigos y responde Job; el turno gira tres veces. Siempre en torno al problema, girando, repitiendo, insistiendo; siempre a la misma distancia intelectual, sin llegar a la solución. El problema consiste en conciliar la justicia divina con el dolor del hombre. Elifaz, Bildad y Sofar tienen una solución bien simple, resumible en dos silogismos: Dios es justo; si Dios castiga es que el hombre ha pecado. Es decir, los tres amigos entienden el dolor como castigo; la consecuencia irremediable es que Job ha pecado. Para defender a Dios condenan al siervo de Dios. Y hasta pretenden convertirle y hacerle reconocer sus pecados personales.

La solución opuesta, la solución del impío, es también simple: el hombre sufre sin ser culpable, luego Dios no es justo, luego Dios no existe. Es decir, para justificar al hombre, condenar a Dios. Solución algo parecida a las palabras despechadas de la mujer de Job.

Pero Job no acepta ninguno de los dos extremos. De manera confusa entrevé una tercera vía que conduce a la solución, y no sabe cómo caminarla. Por eso afirma una y otra vez las dos justicias: la de Dios y la suya propia. No basta arguir que todos los hombres son pecadores, pues Job considera su dolor desproporcionado como castigo. Los interlocutores quieren defender a Dios, pero lo hacen con argumentos ineficaces o repiten que Dios castiga al malvado, o insisten en que Job es pecador. Job refuta vigorosamente tales argumentos: que muchos malvados disfrutan de la vida lo prueba la experiencia; mientras él escucha a su conciencia que le justifica. Por eso pide un juez imparcial y libertad para arguir; en tales condiciones espera victoria segura. Pero no encuentra ese juez supremo, porque Dios mismo le ha herido. Y, sin embargo, por encima de Dios que le hiere espera en Dios que le salvará.

Ya no es la carne, es el espíritu de Job quien parece rasgarse por la tensión de ideas contrarias. Audazmente, paradójicamente, parece apelar a Dios contra Dios, con una oscura y definitiva confianza.

Tanto los argumentos fútiles y tradicionales de los tres sabios como las reclamaciones de Job piden una intervención divina que aporte la verdadera solución. Ya por el prólogo sabíamos que esa tercera vía, que busca Job a tientas, existe: que el dolor no sólo es castigo, sino también prueba. Esto lo sabíamos, porque el autor nos descubrió el fondo de los sucesos en un rapto celeste. Pero Job, ignora tales razones, y más aún sus amigos. Dios acepta la apelación y baja a responder al hombre; no sólo al hombre Job, sino a todos los hombres dolientes que interrogan en la persona de Job.

Al final del largo debate la actitud de Job se asemeja a la resignación inicial; sólo que ahora su actitud es más profunda y rica. Al principio era una resignación muda, de quien no piensa y acepta. Ahora es la aceptación consciente de quien ha meditado largamente sobre el problema sin hallar por sus medios la solución.

Al final Dios restituye a su siervo; le acrecentó hasta el duplo sus posesiones, le dio hijos e hijas, le alargó los días. Así nos enseña a todos que el dolor no es el destino definitivo del hombre. Sin formularlo, la acción de Dios significa una respuesta. Job había dicho: «Si recibimos bienes de Dios, ¿por qué no aceptar los males?». Dios responde implícitamente: «Porque aceptó los males le duplico los bienes».

Así Job, protagonista del dolor resignado y del debate ardiente, concluye como protagonista del premio. Consolando a todos los hombres dolientes que sufren con resignación y esperan recibir, no el doble, sino el ciento por uno.

LUIS ALONSO SCHOKEL, SI

Bibliografía

Comentarios al Antiguo Testamento e *Historias bíblicas,* como la de I. SCHUSTER et al., *Historia bíblica* (Barcelona 1945).
DHORME, P , *Le livre de Job* (París 1926).
JUNKER, H., *Das Buch Job* (Wurzburg 1951)
KISSANE, E. J., *The book of Job* (Dublín 1939).
KUHI , C., «Vom Hiobbuche und seine Problemen»: *Theologische Runschau* 22 (1954) 261s.
• Actualización:
ALONSO SCHOKEL, L. - SICRE, J. L., *Job. Comentario teológico y literario* (Madrid 1983).
ASURMENDI, J. M., *Job. Experiencia del mal, experiencia de Dios* (Estella, Navarra 2001).
LOBATO FERNANDEZ, J. B., *Job. El libro y el mensaje* (Estella, Navarra 1992).

BEATO NICOLÁS ALBERGATI

Obispo y cardenal († 1443)

Nació en Bolonia hacia 1375, siendo sus padres Pier Incola Albergati y Filippa di Bertuccia.

De sus primeros años se desconoce casi todo. Al parecer después de haber frecuentado el Estudio boloñés como *auditor iuris civilis,* entró como novicio, a los 18 años de edad en la Cartuja de San Girolamo (Jerónimo) de Casara en 1393. Profesó solemnemente en 1396 y tras siete años de estudios, entre 1403 y 1404, recibió todas las órdenes sagradas. Joven todavía, a sus 32 años de edad fue elegido prior por su propia comunidad que tenía esa potestad concedida por el Capítulo general de la Chartreuse.

Durante su decenio como prior trabajo incansablemente para reunificar de nuevo a todas las casas de la orden dividida por el gran cisma de Occidente; contó para ello con la inestimable ayuda de Esteban Manconi. Fue, además, co-visitador, primero, y más tarde, visitador de las cartujas italianas.

El 4 de enero de 1417 las autoridades de la ciudad de Bolonia lo eligieron, según costumbres de la época, como obispo de esa *ciudad estado* para suceder al fallecido Don Juan de Michele. Los pasos canónicos siguientes fueron: elección formal del Capítulo Catedral al día siguiente, envío de una embajada de autoridades a Grenoble para solicitar el permiso del gran prior de la Chartreuse. Finalmente, el candidato aceptó el nombramiento el 24 de febrero, una vez que el Metropolitano de Ravena ratificó todo el proceso. Enviado éste a Roma, el 13 de abril de 1418, más de un año después de hecha la elección, el papa de la unidad, Martín V, confirmaba dicha elección con una bula emanada el 27 de julio, al mismo tiempo que le dispensaba de viajar hasta la curia romana para emitir el juramento de fidelidad a la Santa Sede, que el electo debería hacer ante los obispos de Módena e Imola.

La discreción y el talante religioso y austero de Nicolás se vieron enseguida en las condiciones que impuso a las autoridades boloñesas· puesto que, como monje, nada tenía, la ciudad debía correr con los gastos de la consagración episcopal, el pago de todas las tasas estipuladas a la cámara de la sede apos-

tólica, y finalmente la devolución de unas tierras que el gobierno de la ciudad había confiscado a los bienes diocesanos, años atrás.

Rápidamente, tras su ordenación episcopal dio comienzo a una intensa acción reformadora de la ciudad y de la diócesis. En octubre de 1417 realizó la primera visita pastoral y al año siguiente convocaba un sínodo para exhortar a clero y fieles a la observancia de las normas canónicas emanadas por uno de sus antecesores (el obispo Bonavalle) hacía ya, nada menos, más de cuarenta años, en 1374. Por su parte, emanó toda una serie de disposiciones acerca de la usura y de los que la ejercían en detrimento de los pobres y necesitados. Dispuso con muy buen criterio la repartición de los beneficios entre los clérigos y legisló normas especiales para conservar los bienes de la Iglesia diocesana.

Eran tiempos difíciles en los que no todo trigo era limpio. Incluso la sede apostólica, siempre falta de dinero, tenía la costumbre de reclamar para sí los bienes de aquellos cargos eclesiásticos que estaban vacantes y cuya colación dependía de ella. No hace falta pensar mucho lo que tales costumbres llevaban consigo a la larga. Nicolás, también necesitado para socorrer pobres e iglesias, solicitó al papa Martín V poder echar mano de tales bienes, para que sin salir de su diócesis, pudieran beneficiar a su clero, con el rápido nombramiento de los cargos vacantes. Al mismo tiempo cortó con decisión la extendida práctica existente, entre familias y clérigos ambiciosos, de acumular diversos títulos y cargos eclesiásticos, y obligó a que todos residieran en el lugar en que debían prestar el trabajo o ministerio al que habían accedido. Reformó más tarde el mismo cabildo catedral determinando los oficios o «dignidades» y exigiendo que sus beneficiarios fueran hombres buenos e instruidos que llevasen a buen término y con esmero el culto divino.

Muchos de los males del clero de la época estaban en la poca formación que éstos recibían. Nicolás se esforzó por prevenirlo erigiendo un colegio junto a su domicilio que llamó de los «Pobres de Cristo». No dudó en dotarlo de una buena biblioteca donde los formandos pudiesen instruirse adecuadamente. No pudo menos, también, de rodearse de sujetos aptos

que le ayudasen en la buena administración de la curia diocesana y la chancillería episcopal de Bolonia.

Como buen religioso y superior mayor que había sido, no olvidó la debida atención que sobre los monjes y monjas tenía. Alentó la reforma de muchos monasterios y congregaciones existentes en su diócesis, como las canonesas de San Víctor, las de San Vital y las de Santa María de Reno. Corrigió las deficiencias y abusos que se iban introduciendo en las órdenes mendicantes. Ayudó a San Bernardino de Siena en la fundación del convento reformado de San Juan in Monte. Favoreció a sus hermanos cartujos de San Jerónimo de Casara y protegió a la joven congregación de los jesuatos.

Como buen Pastor, Nicolás todo lo hacía por el bien de su pueblo, de los fieles cristianos a él encomendados. Uno de los medios para la promoción del pueblo es la formación; por lo mismo se preocupó y promovió el que se abrieran escuelas, que se diese catequesis a las gentes sencillas, fundando, incluso, la congregación «Compañía de San Jerónimo de Miramonte» para tal propósito. Protegió a los pobres de los usureros dictando normas y castigos severos para los que en ella incurriesen. Organizó una vasta obra asistencial, cuidando personalmente y con rigor de las personas que debían asistirles y las que debían ser asistidas. Redactó el reglamento de las casas de asistencia a los enfermos y necesitados, como las de Santa María del Barracano, Santa María de la Caridad de Reno y otras cuyo recuerdo todavía subsiste en Bolonia.

No descuidó la predicación y que los religiosos mendicantes recorriesen los pueblos predicando a fin de combatir la ignorancia de las cosas de la fe y la decadencia moral en la que por ello se incurre. Propagó y difundió entre el pueblo las devociones a la Pasión (Confraternitá dei Trentatré), a la Eucaristía (esmero en el cuidado del culto y de los vasos sagrados) y a la Santísima Virgen María (devoción a la Madona di San Luca). Fundó cofradías para sostenerlas y para promover el culto en las iglesias.

El aumento de los nuevos barrios hizo necesaria la construcción de nuevas iglesias y al obispo Nicolás se debe la erección de los templos dedicados a Santa María de los Ángeles, al Espíritu Santo en el barrio de Panigale, etc.

Como se ve, la actividad pastoral del obispo Nicolás era intensa, múltiple y decidida, propia de un alma entregada a sus fieles y en especial a sus sacerdotes. Tales actividades y voluntad tan generosa no podían pasar desapercibidas a los ojos de la cercana Roma. A los nueve años de episcopado el papa Martín V, en el consistorio del 24 de mayo de 1426, lo creó cardenal presbítero del título de «Santa Croce», la basílica romana, abadía cisterciense, donde se conserva uno de los mayores trozos de la Veracruz y otras reliquias relacionadas con el calvario. Era un giro definitivo a su labor y aunque ya pocas veces iba a pisar su diócesis, el papa le nombró administrador apostólico en lo espiritual y en lo temporal de su diócesis de Bolonia. Así ejerció como tal durante catorce años, hasta que el papa Eugenio IV lo nombró cardenal obispo de la diócesis Petroniana.

Aparte los trabajos pastorales, Nicolás, aquel monje cartujo que había elegido desde su juventud una vida de soledad y austeridad, se vio envuelto, como obispo de Bolonia, en no pocos negocios políticos propios de aquella época en que el poder descansaba por muy variados motivos entre las potestades laicales y eclesiásticas. Nicolás siempre demostró un gran equilibrio en sus relaciones con el gobierno de la ciudad puestas en mano del Ayuntamiento boloñés. Éste, siempre ávido de independencia y autonomía, trataba de librarse de los poderes que lo sojuzgaban, en una larga historia, unas veces al poder del imperio germánico y otras al de la sede apostólica. Nicolás, siempre sereno, aunque no sin preocupación, tuvo que lidiar con las susceptibilidades políticas de sus conciudadanos y también con los deberes y derechos que asistían al papado. Todos están de acuerdo en que en tales situaciones el obispo de Bolonia se había comportado con extrema prudencia y dignidad ciudadana y como pastor de la Iglesia.

Sus cualidades de hombre de diálogo sincero, cordial y cortés fueron un instrumento habilísimo que el papado esgrimió en muchas ocasiones para arreglar asuntos muy variados en los que un buen negociador era necesario. Ya en 1419 Nicolás había sido enviado a Ferrara para establecer un concordato con la ciudad de Mantua. No le faltaron, no obstante, sinsabores, como sucedió al año siguiente en que, ante las decisiones del

papa Martín V, tuvo que excomulgar a los miembros de algunas familias rebeldes de su misma Bolonia; se sucedieron altercados y ante las serias amenazas que le hicieron tuvo que huir a Florencia y albergarse en la cartuja de Monte Acuto. Desgraciadamente estas huidas se repitieron más de una vez, pues fácilmente los ánimos se soliviantaban cuando terceros, especialmente la Santa Sede, tenían que intervenir para defender sus derechos en algunos asuntos de la ciudad de Bolonia.

Su intervención en la política diplomática del papado más allá de Italia fue intensísima y notable. En 1422 Martín V lo envió como embajador, con rango de Nuncio Apostólico, a Francia con la misión de hallar un entendimiento entre Inglaterra y Francia, muy deteriorado por la guerra de los cien años; además, en esta misión, logró de Carlos VII de Francia la supresión de todas las leyes contrarias a la libertad de acción de la Iglesia. Pocos años después, en 1426, Martín V le pidió que mediara entre milaneses, florentinos y venecianos para obtener la paz. No fueron fáciles las negociaciones, alteradas por episodios violentos de unos y otros, pero al fin pudo firmarse un convenio de paz en 1428, dos años después. En 1430 fue nombrado por el papa Martín V, que siempre lo tuvo en alta estima y aprecio, como legado «a latere» para tratar de reconducir una maltrecha paz entre Francia y los numerosos estados italianos de la época. Las tentativas sufrieron diversos altibajos, entre ellos la muerte del papa en 1432 y la elección de su sucesor Eugenio IV. El nuevo papa lo envió otra vez a Francia para tratar de restablecer un buen entendimiento entre Enrique IV de Inglaterra y Carlos VII. La misión, que duró nada menos que dos años, no estuvo coronada por el éxito. Tras la conferencia de Corbeille, Nicolás dejó Francia y por mandato del papa se dirigió a Basilea para asumir, en nombre de la sede apostólica, la presidencia del concilio que allí se celebraba. Cuando Nicolás llegó y quiso hacer valer el primado romano sobre la asamblea «conciliarista», la reacción de los reunidos fue algo más que tumultuosa.

En septiembre de 1434 partió para Italia, uniéndose al pontífice Eugenio IV en Florencia que allí se había refugiado tras los sucesos turbulentos acaecidos en Roma en junio de aquel

mismo año. En 1435 de nuevo hallamos a Nicolás de camino para Francia, a donde el papa le enviaba como legado pontificio para presidir la reunión de Arrás y en donde se encontró con el duque de Borgoña, el cardenal inglés Beaufort y los legados del rey de Francia. Tampoco esta vez pudo concertarse la paz entre Francia e Inglaterra, pero al menos se pudo obtener un pacto de paz entre el rey de Francia y el duque. En 1436 volvió de nuevo a Basilea para tratar con los conciliaristas algún modo de entendimiento. El concilio se transfirió a Ferrara y en 1438 fue nombrado legado papal en él para tratar de reunir en la unidad a la Iglesia oriental con la latina. Nicolás tuvo el honor, como presidente de la asamblea conciliar, de recibir al Emperador de Oriente en Venecia y de acompañarle a Ferrara y luego a Florencia, a donde se había trasladado el Concilio. Tuvo que interrumpir su presidencia conciliar para viajar hasta Nuremberg a donde el papa lo envió para presidir la Dieta de los príncipes alemanes.

La Santa Sede, que en Nicolás encontró tanto apoyo como prudencia y sensibilidad diplomática, quiso mostrarle su agradecimiento con lo que entonces se consideraban honores. Así en 1443, promovido a penitenciario mayor y tesorero de la Santa Iglesia romana, tuvo que seguir al papa Eugenio IV, primero a Florencia y luego a Siena; allí le esperaba el descanso, pues tras sufrir una crisis del mal de piedra, mal del que sufría desde su juventud, entregó su alma al Creador el 10 de mayo de aquel mismo año, a los 68 años de edad. Cuentan que al embalsamarlo encontraron en su vejiga una piedra del tamaño de un huevo de pato, lo que causó la admiración de todos por lo que suponía que podrían haber sido sus sufrimientos durante toda su vida. Presidió los funerales, fuera de lo acostumbrado, el mismo romano pontífice; y sus restos, trasladados a la Cartuja de Florencia, fueron allí sepultados junto a sus hermanos de Monte Acuto.

Todos sus contemporáneos están de acuerdo en reconocer en Nicolás, aun en vida, eximias virtudes religiosas y cristianas, no teniendo dudas de su santa vida como religioso, obispo y legado apostólico. Tal fama de santidad perduró siempre tras su muerte tanto entre los propios cartujos, sus hermanos, como en

Bolonia y Florencia. Más allá de los elogios fúnebres y de los esculpidos en su cenotafio, los encomios que perduran entre sus amigos y conocidos (del obispo de Brescia y de otro santo, San Antonino de Florencia, así como Tomás de Saezano y Eneas Silvio, sus dos secretarios, que llegarían a sentarse en la cátedra de San Pedro) nos dan fe de la admiración que causaron a todos los enormes esfuerzos que supusieron para un hombre de vida contemplativa lanzarse con tal denuedo y constancia por los caminos de Europa tratando siempre de poner en paz a todos y de defender la verdad del Evangelio de Cristo en su Iglesia.

El papa Urbano VIII un siglo más tarde declaró legítima la veneración que como beato se le daba en algunas iglesias de Bolonia, aunque mandó que, según las normas por él establecidas para la Iglesia en materia de beatificaciones y canonizaciones, se procediera en todo conforme a derecho y se abriera su proceso formal. En 1633 se procedió al reconocimiento de sus restos y en 1651 se abrió el proceso diocesano hasta que un siglo más tarde el papa Benedicto XIV, el 25 de septiembre de 1744, firmaba el decreto de beatificación que daba oficialidad al culto que hacía más de dos siglos le daban sus hermanos cartujos y la ciudad de Bolonia.

De Nicolás nos queda un singular retrato salido de manos del famosísimo pintor Van Eyck que hoy se encuentra en un museo de Viena. Aunque hay algún crítico discrepante, la mayoría están de acuerdo en aceptar que se trata del «Cardinale di Santa Croce, Nicolo Albergati». Jan van Eyck, según costumbre, le dibujó a punta de plata durante la estancia del cardenal en Brujas en 1431, dibujo que se conserva en Dresde, y luego más tarde lo pintó. Según los críticos, el dibujo es más espontáneo y realista; el cuadro, en cambio, tiene más suavizados los rasgos del dibujo. No es un retrato de un místico como imaginariamente lo retrató Zurbarán para la cartuja, sino el rostro de un hombre tranquilo, algo grueso de cara, vestido de rojo con digna sencillez cardenalicia y que transmite serenidad y vida interior. El hombre de Dios que era Nicolás no lo hizo ajeno a su tiempo y a las corrientes de opinión. Se dijo de él que fue un apasionado humanista, como lo demuestran sus amistades con Poggio, Niccoli y también con Filelfo. Durante los viajes y es-

tancias por Europa mostraba su curiosidad buscando y comprando los mejores códices que podía encontrar allá por donde pasaba, tanto de las obras divinas como de las humanas. En su testamento dejó su rica biblioteca a los agustinos de Siena, orden de la cual era protector, y por estos hombres de estudio.

LUIS M. PEREZ SUAREZ, OSB

Bibliografía

BAUDOT, J CHAUSSIN, L, OSB, *Vie des Saints et des bienheureux* , IV Avril (Paris 1946) 722 731

CALPENA Y AVILA, L, *La luz de la fe,* V (Madrid 1880) 176 178

CROISSET, J, SJ, *Año cristiano o ejercicios devotos para todos los días del año* V *Mayo* (Barcelona 1862) 199 201

FONSECA, C D, en *Bibliotheca sanctorum,* t I cols 662 668

SAN JUAN DE ÁVILA

Presbítero († 1569)

Un buen día del año de 1517 Juan de Ávila, un estudiante alegre de La Mancha, que había recorrido durante cuatro cursos las callejuelas de Salamanca con sus cartapacios de apuntes bajo el brazo, camino del estudio, dejaba la ciudad del Tormes. Hacía días que Dios le hurgaba en el alma. El golpe de gracia fue en una fiesta de toros y cañas Ahora, dejadas las «negras leyes», volvía a Almodóvar del Campo, que le había visto nacer el día de Epifanía del último año del siglo.

Poco después Alcalá le dará su abrazo de bienvenida en un momento de efervescencia espiritual, a la que no podrá sustraerse. Las sabias lecciones de artes del maestro Soto, de quien fue discípulo predilecto, y aquellas lecturas del docto maestro Medina, que enseñaba por la nueva vía de los Nominales, alternaban con la lección sabrosa de unos libros de Erasmo, saturados de espíritu paulino y salpicados de censuras mordaces ansiosas de reforma.

Ya es sacerdote Juan de Ávila Juan de Ávila ha entrado de lleno en el recogimiento y la oración. El fuego apostólico ha prendido en su alma y las Indias se le antojan cañaveral seco pronto para el incendio Piensa ir allá con el padre Garcos, de la

Orden de Santo Domingo, que marcha como primer obispo de Tlaxcala. ¿Vistió ahora el hábito dominicano en Santo Tomás de Sevilla? Veinte años más adelante se recordará, cuando esté inclinado a entrar en la Compañía, que el padre Ávila «ha seído fraile». Las íntimas relaciones que vemos tiene en Sevilla con los dominicos parecen dar pie para una conjetura.

Alguna dificultad seria debió interponerse entre las Indias y aquel cristiano nuevo de Almodóvar. Sus Indias estaban en el sur de España. No acertamos a imaginarnos con colorido exacto el poder extraordinario de atracción de aquel clérigo joven, bachiller en teología, que vivía pobremente, sin tomar apenas cosa que llegase al fuego, sino granadas o frutos que pasaban por la calle. Su encuentro con Fernando de Contreras fue providencial. Era éste un clérigo de la Orden de San Pedro, antiguo capellán de San Ildefonso de Alcalá, fundador de un colegio de niños, famoso por sus redenciones de cautivos. Un día le oyó Contreras platicar a unos clérigos; otro día vio algo no común en su manera de decir misa. Y el círculo de Contreras, confesor entonces del arzobispo Manrique, inquisidor general, se abrió para acoger a Juan de Ávila. De esta manera entró en contacto con la casa de Priego, en cuya residencia de Montilla había de vivir los últimos años de su vida.

Don Alonso Manrique logró retener al padre Ávila en su arzobispado. El maestro Baltanás, dominico, le encaminó a Écija, ciudad de mucho comercio. Aquí comenzó su predicación y a leer públicamente unas lecciones sobre las epístolas de San Pablo. El celo de Ávila se extendía también a los niños, a quienes reunía al atardecer para enseñarles la doctrina, en la misma casa en que se hospedaba. También acudían allí personas mayores a quienes enseñaba a meditar. Leía un paso de la Pasión y luego estaban un rato meditándolo con poca luz. Pronto se murmuró de ello. Y en torno a él se iba formando un grupo sacerdotal, austero, de doctrineros y predicadores.

Durante estos años de su estancia en Sevilla debió leer Ávila unos libros que años más adelante encarecerá: los *Abecedarios de Osuna,* que aparecen ahora. También él publica por estas fechas unos libros espirituales, entre ellos uno sobre el modo de rezar el rosario. Los publica sin su nombre, como hace con la traduc-

ción del Kempis, que sale ahora allí mismo en Sevilla, en 1536, y que se atribuirá más adelante a fray Luis de Granada.

Pero esta vez una razón de prudencia debía aconsejar el anonimato. Los nombres de Juan de Ávila y de la Inquisición habían andado juntos en la boca de todos durante casi dos años que duró el proceso del apóstol de Andalucía (1532-1533). Las acusaciones procedían de sus predicaciones en Écija y Alcalá de Guadaira. La envidia de unos pocos, ciertas frases no bien interpretadas, su celo fuerte, poco avenido con la prudencia cobarde, su espiritualidad en días de peligrosos iluminismos, le llevaron a la jurisdicción del Santo Oficio. Por fin salió del proceso sin nota alguna.

Ávila deja Sevilla. Por entonces tiene lugar su predicación en Córdoba. Guadalcázar le ve llegar a sus puertas en 1537 para asistir a doña Sancha Carrillo en su último trance. A ella había escrito, pliego a pliego en forma de cartas, aquel precioso tesoro que es el *Audi, filia,* síntesis maravillosa de la vida cristiana, concebida por Ávila como una participación del alma en el gran misterio de Cristo. A principios de este mismo año había tenido lugar en Granada, el día de San Sebastián, la conversión de Juan de Dios, el portugués loco por amor a Cristo. En marzo del año siguiente su nombre aparece en las actas capitulares del Cabildo eclesiástico de Granada. Es ahora ya maestro y se le confía la predicacion de la bula.

¿Qué había llevado a Granada a Juan de Ávila? Por aquellas fechas estaba fundando el arzobispo don Gaspar de Ávalos aquella universidad. Ávila, hombre de letras, es llamado a la fundación. También aquí reúne un manojo de clérigos impacientes a lo divino. Conocemos varios de los nombres de aquellos pocos que vivían con él en una misma casa y comían con él en un pequeño refectorio que tenía. Entre ellos los más destacados fueron Bernardino de Carleval, rector del Colegio Real, que dijo un día a un compañero: «Vamos a oír a este idiota, veamos cómo predica», y en aquel mismo sermón se hizo su discípulo, y el austerísimo Hernán Núñez, gran predicador, que no tomaba nada de nadie, porque para unas migas y una ensalada que comía le bastaba su rentilla. Desde Granada sigue en relacion con los muchos discípulos de Córdoba.

Es ahora cuando el padre Ávila pone en obra un proyecto acariciado de mucho tiempo y organiza su congregación de sacerdotes operarios y santos. El poder arrebatador de su persona y su palabra había reunido en torno a él a muchos clérigos, en su mayor parte cristianos nuevos, hombres con fervores de novicios, a quienes juicios seculares cerraban las puertas de los mejores puestos. Ellos le dan la obediencia, sin votos desde luego, como a director de su movimiento sacerdotal. Él les manda robustecer su vida interior: frecuencia de confesión y comunión, y no dejar nunca, a ser posible, las dos horas de oración, a la mañana y a la noche, sobre la Pasión y los novísimos. No deben olvidar el estudio del Nuevo Testamento —«y sería bien sabello de coro»—, para cuya inteligencia les recomienda la lectura de San Agustín, San Crisóstomo, San Bernardo, del *Contemptus mundi,* Enrique Herp y Erasmo. El resultado es una espiritualidad rigurosa y ascética, pero ungida y afectiva, en que el misterio de Cristo (cruz, eucaristía, cuerpo místico) tiene su puesto preferente. El darse al prójimo será para los suyos un desbordar de la vida del espíritu.

Cuando más adelante escriba sus memoriales para Trento señalará Ávila dos clases de sacerdotes de quienes tenía necesidad la Iglesia de su tiempo: los curas y confesores, de una parte, y los predicadores. Estos últimos deben ser el brazo derecho de los obispos, con los cuales, «como capitán con caballeros, sean terrible contra los demonios». Sus discípulos debían ser preferentemente esta segunda clase de sacerdotes: una vanguardia móvil de misioneros, siempre dispuesta para el combate adonde quiera les llamasen los prelados, un cuerpo de letrados que forjasen en colegios y universidades legiones de sacerdotes evangélicos.

Dos centros importantísimos de la escuela avilina son Baeza y Córdoba. La universidad de Baeza es fundada en 1538 por don Rodrigo y don Pedro López. Desde el primer momento es patrono y alma el maestro Ávila. Conocemos algo del género de vida de sus profesores y estudiantes. Era tan ejemplar la vida de aquellos sacerdotes y alumnos que con razón se decía en aquel tiempo que las escuelas de Baeza más parecían convento de religiosos que congregación de estudiantes. Tales debían ser

los discípulos de aquellos apostólicos varones, que lo eran a la vez del padre Ávila. Vivían en las mismas escuelas. Su traje, modestísimo. Despreciando honores y riquezas, leían teología escolástica y positiva los días ordinarios, y los domingos y fiestas predicaban en la ciudad y por los pueblos. Modo de vida parecido se tenía en los demás colegios —hasta quince— fundados por el maestro en toda Andalucía. En ellos, por usar una expresión del propio Ávila, se aprendía no tanto a gastar los ojos en el estudio cuanto a encallecer las rodillas en la oración. La orientación de las Escuelas es tan apostólica que nadie se gradúa en Baeza sin que haya salido a misionar por los pueblos. Aquellos doctores en Baeza no son unos especulativos: son varones espirituales, predicadores y directores de almas. Hay fama que el propio maestro Ávila no se atreve a decir misa el día que ha tenido que distraerse en una materia teologal demasiado sutil.

El padre Ávila mora frecuentemente con los condes de Feria, particularmente en las villas cordobesas de Montilla y Priego. Con él permanece largas temporadas fray Luis de Granada, que al lado del púlpito le oye, cuando predica, con encandilamiento. El maestro, que no cura del bien decir, no deja en sus sermones ni una piedra de la retórica sin mover. De cada uno de aquellos sermones de Ávila saca él tema para otros veinte. Aquel predicar valiente a Cristo crucificado, a lo Pablo, deja un rastro indeleble en el alma de fray Luis. Muchas noches se pasaba Ávila cosido a los pies de un crucifijo, pensando su sermón. Cristo crucificado era su libro. Decía él que Dios le había alquilado para dos cosas: para hacer llegar a los hombres al conocimiento de sí mismos, para que se despreciasen, y al conocimiento de Cristo, para que apreciasen los tesoros de sabiduría y amor que se encerraban en aquel pecho divino. Ávila, con todo, no era un hombre despegado, ajeno a las cosas de la vida. Por un pleito del archivo de protocolos de Córdoba de 1552 nos consta que era hombre de habilidades mecánicas y que había descubierto por su industria «cuatro artes o ingenios de subir agua de bajo a alto».

Córdoba era ahora centro irradiador en las misiones que organizaba Ávila. Una vez reunió allí más de veinticuatro discípu-

los de su escuela sacerdotal. Unos fueron a las Alpujarras; otros a las almadrabas de los atunes y Sevilla; otros a Fuenteovejuna, otros fueron por los obispados de Jaén y Córdoba. El aparejo y desarrollo de aquella correría tiene reminiscencias evangélicas. Van de dos en dos; en un jumentillo, el recado para decir misa, unos rosarios, estampas, alambres para hacer cilicios y unos libricos devotos; no llevan cosa de comer; no reciben regalos ni limosnas de misas; se recogen en los hospitales o en las sacristías de las iglesias; procuran dar en todo olor franciscano de desinterés y abstinencia.

Hacia 1546 Juan de Ávila y sus discípulos toman contacto con la Compañía de Ignacio de Loyola. Se cruzan cartas entre Ávila y San Ignacio, y se habla de la polvareda levantada por Melchor Cano contra la Compañía. Ignacio de Loyola muestra sumo interés por que el jesuita Villanueva se entreviste con el maestro. Escribiendo, a primeros de septiembre de 1550, sus impresiones, Villanueva manifiesta su admiración por la coincidencia de pensamiento entre el padre Ávila y la Compañía. «En tanta conformidad —dice— no parece quepa otro acuerdo: o que él se una a nosotros o que nosotros nos unamos con él». De todos modos, había que trabajar por atraerle. «Traería tras sí mucha cosa el Ávila».

En 1551 comienzan las grandes enfermedades del maestro Ávila, que le duran hasta el fin de sus días. Es entonces cuando piensa Ávila dejar a la Compañía la herencia de sus discípulos y colegios, Ávila hubiera deseado que siquiera el colegio de Baeza hubiera tenido perpetuidad después de sus días merced a los jesuitas. Pero este sueño no llegará a realizarse debido a la postura que la Compañía se verá forzada a tomar con relación a los conversos o descendientes de judíos, entre los cuales había reclutado Ávila sus mejores discípulos. Es el tiempo de la persecución del cardenal Silíceo.

Y la escuela sacerdotal avilina queda desglosada: una parte —cerca de treinta— en la Compañía, y los otros —la mayoría— esparcidos por Andalucía y Extremadura, bajo la dirección de su maestro. Llegan días tristes para Ávila y los suyos. En 1559 es incluido en el *Cathalogus* inquisitorial de Valdés el *Audi, filia* del padre Ávila y son procesados en Sevilla y Valladolid varios de sus

amigos y antiguos discípulos. En el proceso de Carranza, el arzobispo de Toledo, aparece también el nombre del padre Ávila y junto con el *Catecismo* de aquél censura Cano unos escritos avilinos. Ávila, cada vez más apretado por estas enfermedades, se ha confinado a Montilla, donde cuida con esmero el alma de aquella santa condesa de Feria, en el claustro sor Ana de la Cruz, favorecida con gracias extraordinarias. A pesar de sus achaques sigue predicando, particularmente en las fiestas del Corpus, del Espíritu Santo y de la Virgen Nuestra Señora. Se despuebla la villa para acudir a sus sermones. Y aun la buena marquesa de Priego, vieja y sorda, acude a la iglesia. Y la doncella doña Aldonza le repite por una caña los conceptos del maestro.

Los discípulos del padre Ávila constituyen ahora tres grupos principales: uno, el de los doctores de Baeza con todos sus respectivos dirigidos y beatas. Hay entre ellos frecuencia de sacramentos y largas horas de oración. Los que pueden desembarazarse de las obligaciones de sus casas se retiran a la soledad en unos caseríos donde tienen misa los días de fiesta, confiesan y comulgan. De estos principios ha de resultar luego la fundación descalza de la Peñuela. Ellos serán quienes acogerán con júbilo el colegio universitario de la reforma, que abrirá San Juan de la Cruz en 1571. Otro grupo lo forman los solitarios del Tardón regidos por la prudencia del padre Mateo de la Fuente, quien comunica las cosas de su espíritu y de sus ermitaños con el padre Ávila, a quien va a visitar con frecuencia. Un tercer grupo reside en Extremadura, en Zafra y Fregenal sobre todo. Son los más extremosos: buscan en la oración consolaciones sensibles y preocupan al padre Ávila.

El padre Ávila muere el 10 de mayo de 1569. Muere con una humildad ejemplar. A los que le hablan de cosas muy altas les ruega que le digan aquello que, para consolarles, se dice a los grandes pecadores. Le coge la muerte después de largos años de enfermedad y parece sorprenderle. Quisiera, dice él, mejor aparejarse para la partida. Se dice allí mismo misa de la resurrección mientras se agrava. Los dolores le aprietan. «Bueno está, Señor; bueno está», dice el padre Ávila. Y con voz muy flaca, muchas veces: «Jesús, María». Un padre le tenía el crucifijo en la mano derecha y otra persona la vela en la izquierda.

Sólo cinco años más tarde ya vemos mezclados en los papeles de la Inquisición de Córdoba a carmelitas, discípulos de Ávila y alumbrados, del mismo modo que en los procesos de la Inquisición de Llerena andan confusos los nombres de algunos discípulos indignos del padre Ávila con los de los jesuitas, del padre Granada, Juan de Ávila y el Beato Ribera.

El auto de fe de 1579, en que son castigados los alumbrados de Llerena, es un rudo golpe para la mística heterodoxa y aun para la ortodoxa. Por estos días la escuela de Ávila ya hace tiempo que ha dejado de ser algo concreto y compacto. Si algo queda todavía es aquel tinte espiritual y hondamente sacerdotal que conserva largo tiempo la universidad de Baeza. El fermento que había entrado en la Compañía fue eliminado poco a poco, sobre todo desde que se procuró purgarla de aquel tipo de espiritualidad afectiva que cultivaba el padre Baltasar Álvarez y otros de la primitiva Compañía. Los discípulos que, en un segundo tiempo, habían entrado en la reforma del Carmen apenas tuvieron influencia. Y, después del gran fracaso de fray Luis con la célebre monja falsaria de Lisboa, también el grupo de dominicos de la Bética, simpatizante con Ávila, se fue esfumando y prevaleció la corriente intelectualista que había patrocinado Melchor Cano.

La escuela de Ávila había terminado, pero su figura y sus escritos habían de seguir influyendo en la espiritualidad española. La misma gran escuela francesa de espiritualidad le es deudora. Beatificado en 1894, el 6 de julio de 1946 Pío XII le proclamaba patrono principal del clero secular español. Y el 31 de mayo de 1970 fue canonizado por el papa Pablo VI.

LUIS SALA BALUST

Bibliografía

LUIS DE GRANADA, Fray, *Obras del Padre Maestro Iuan de Ávila, predicador en el Andaluzia. Aora de nuevo añadida la Vida del autor, y las partes que se ha de tener un predicador del Evangelio, por el padre Fray Luys de Granada, de la Orden de Santo Domingo, y unas reglas de bien biuir del autor...* (Madrid 1588).

MUÑOZ, L. DE, *Vida y virtudes del venerable varón el P. Mtro. Juan de Ávila, predicador apostólico; con algunos elogios de las virtudes y vidas de algunos de sus más principales discípulos* (Madrid 1635).

SALA BALUST, L. (ed.), *Obras completas del Beato Maestro Juan de Ávila* (Madrid 1952-1953), 2 vols.

• Actualizacion
ANDRES MARTIN, M, *San Juan de Avila Maestro de espiritualidad* (Madrid 1997)
JIMENEZ DUQUE, B, *El Maestro Juan de Avila* (Madrid 1988)
SALABALUST, L MARTIN HERNANDEZ, F (eds), *Obras completas de San Juan de Avila*, I (Madrid 2000) 5 373

BEATO ENRIQUE REBUSCHINI

Presbitero († 1938)

Dedico esta narración a los jóvenes estudiantes de piano que tocaban, en su infancia, aquella preciosa pieza titulada «El lago de Como». Aún la estoy oyendo en el teclado de mi memoria. Era la pieza preferida. Era una maravilla.

Así de maravillosa es la tierra donde nació nuestro amigo Enrique. El pueblo se llama Gravedona y está situado en la orilla del lago de Como. Un paraíso. Un sueño para los enamorados.

El padre de Enrique se llamaba Domenico, era empleado de Hacienda y más tarde inspector de impuestos. Su madre, Sofía, había nacido en Liborno. Enrique era el segundo de los cinco hijos que tuvo esta feliz pareja.

Nuestro beato nació el 28 de abril de 1860. Desde pequeño era un crío normal: no hacía milagros ni revolvía la escuela como un demonio. Era un chaval majo, cumplidor y estudioso, pero nada más, que en nuestros tiempos ya es mucho.

Llegó el momento en que había que llevarlo a estudiar y entro en la Facultad de matemáticas. Cuando fue a la mili, frecuentó la escuela militar de Milán y alcanzó el grado de subteniente. Más tarde hizo estudios de contabilidad y se diplomó en 1882, a los 22 años. Empezó a trabajar en el comercio, en la empresa que dirigía un cuñado suyo. Y allí estará durante dos años, tiempo en el que siente que aquello no es para él.

Escribe:

> «El pensamiento de estar siempre a disgusto en vez de ayudar eficazmente, la idea de que mi sitio, mucho mejor que yo, podría ser ocupado por alguien experto en comercio por sus estudios y experiencia, la idea de que mis padres no estarían nunca tranquilos mientras siga una vida no acorde con mi naturaleza (hasta diría que infeliz) todo eso me ha convencido para que, por el bien de mis padres, deje esta actividad Y al decir estas palabras, siento una pena profunda»

Sentía inclinaciones para entrar en la Trapa o hacerse franciscano. Pero al padre no le gustaban estas aficiones. Decía: «A mí me importa mas la salud de Enrique que la Santa Iglesia».

Pero al final, como siempre, tuvo que ceder: «Este pobre muchacho ha sido irremediablemente ganado para el negro rebaño. No hay más remedio que hacer de tripas corazón».

Así, tres meses después de dejar el comercio, entra en el colegio lombardo de Roma y se inscribe en los estudios de teología en la Universidad Gregoriana. Era el curso 1884-1885. Sacaba buenas notas. Pero, enseguida, empezó a sentir depresiones nerviosas. Y le dejaron que se marchase a casa, que es donde mejor se curan todas las dolencias, junto a los mimos de la madre santa y los cuidados atentos del padre formal.

Al fin, dejando su voluntad en manos de Dios, entró como empleado voluntario en el hospital civil de Como. Poco tiempo duró aquella experiencia porque Enrique, en vez de trabajar en su despacho, empleaba todo el tiempo en visitar a los enfermos, sobre todo a los más pobres. Les daba el último céntimo y hasta la ropa personal. Total, lo que estaba ocurriendo era otra cosa: que se estaba perfilando su vocación hacia los camilos. Él mismo lo confiesa:

> «Viendo que no podía continuar así, y sintiendome llamado a entrar en la vida religiosa, mi padre espiritual (aunque yo le habia manifestado mi inclinacion a la religion de San Francisco) me propuso la de San Camilo, por parecerle mas adecuada para mi y porque temia por mi salud Le obedeci al instante»

Y así entró en Santa María del Paraíso de Verona el 26 de septiembre de 1887. Tenía 27 años. Como Enrique era buen chico, se planteó desde el principio tres objetivos claros: un sincero deseo de Dios, una consideración positiva de los demás y mortificaciones sin cuento. Cada uno es cada uno y a él le dio, felizmente, por ahí. Fue ordenado sacerdote en Mantua por un obispo que llegaría a ser papa y santo: Pío X. Y empiezan las ocupaciones. Lo primero, la enseñanza, para la cual estaba muy preparado; además, ayudar al maestro de novicios. Pero, previendo que esto de la enseñanza pudiera traerle nuevos problemas psicológicos, le dispensan de esa obligación y le envían de capellán al hospital de Verona, allá donde Romeo y Julieta se hicieron novios.

Uno de los testigos de Enrique cuenta cómo fueron estos años de capellán en Verona:

> «Es uno de los pocos hombres que inmediatamente me han dado la impresión de haber visto a un santo Y digo inmediatamente porque como santo era conocido y estimado no solo entre los clerigos y las monjas, sino entre los soldados Si se pidieran las pruebas y se quisiera saber qué obras brillaron en su vida, habria que responder que la del P Enrique era, por si misma, la mas escondida y silenciosa que se puede imaginar en un capellan Sin embargo, todo permitia ver en el un alma de Dios Desprendiase de sus modales la gracia interior, y hasta su aspecto fisico (que entonces parecia juvenil, el de un muchacho) resplandecia como el rostro de un angel»

Pasada esta temporada, Enrique se traslada al hospital civil y al asilo. Pronto corre la noticia de que este buen camilo había curado, con su bendición, los ojos de un chiquillo a quien habían pronosticado quedarse ciego. Más tarde es llevado a Cremona y nombrado capellán de las hermanas camilas. En la primavera de 1902 va a la nueva clínica de San Camilo, y allí quedó como ecónomo durante 35 años; cualquiera puede imaginar que en este puesto tuvo dificultades serias. Con el dinero no se puede jugar.

Debía estar atento a los alimentos, los proveedores y los precios. Tenía que buscar medicinas, solucionar el mantenimiento de la casa y tener en funcionamiento todos los servicios. Asegurar la mesa operatoria, cuidar el huerto y aumentar el gallinero. Vigilar el vino hecho en casa, mantener el buen estado de la bodega y preparar los sobres de la paga de todos los trabajadores. Es decir, hacerse santo con estas obras menores.

Queremos hacer notar este detalle de su vida porque Enrique no escribió grandes tratados, ni fundó comunidades nuevas ni resolvió tremendos problemas teológicos. Hizo las labores que todo hombre y mujer llevan en su vida. Y es notable que a una persona tan normal se le haga santo en nuestros días, cuando hoy lo nuestro es buscar fenomenos heroicos y santos tumbativos. No señor. Hizo lo que tenía que hacer. Y lo hacia lo mejor que podía.

Frecuentes trabajos hidráulicos, nueva cocina económica, restauración de la entrada, enganche eléctrico a la línea general,

reparación de canalones en el tejado, renovación de la calefacción y compra de una nueva camilla de operaciones. Eso, eso hace falta para ser santo.

En 1912 Enrique fue nombrado superior de la comunidad de Cremona. Y llegó la guerra mundial de 1914. En caso de conflicto, la casa debía estar a disposición del mando militar para acoger a 240 heridos.

Escribe el 11 de mayo:

> «Este día fue motivo de angustia, causada al oír y ver el peligro inminente de la guerra Por delante de nuestra casa pasaron esta tarde, por espacio de media hora, 100 tanques ¡Que temblor del corazon por el fragor y el temblor de la tierra!»

Día 17 de mayo:

> «Desgraciadamente, la guerra es un hecho Angustia el pensamiento de las ruinas espantosas a cuyo encuentro va nuestra Italia Por nuestra parte, nos sentimos preocupados por lo que sucedera a esta casa Ya no se trata de 100 camas, sino de 200 y tal vez de 300»

Se puede comprender que a la tarea de curar a los heridos se añadía el deber pastoral de atenderlos espiritualmente. Una locura. Toda guerra es una locura.

Enrique murió el 10 de mayo de 1938 con 78 años de edad. Si quisiéramos hacer un perfil de este buen amigo, tendríamos que decir:

1. Una vida entregada a los enfermos. No podía ser de otra forma el estilo de un seguidor de San Camilo, aquel loco que fue despachado del primer hospital por inútil en el servicio a los enfermos; aquel fenómeno que se entregó del todo a ellos fundó la más hermosa familia de servidores de los enfermos. Y ya se sabe que atender a un enfermo es estar con la mirada pronta para toda clase de atenciones personales. Por ejemplo, Enrique se encargaba de escribir las cartas de aquellos soldados heridos que no sabían escribir. Y como ésa, otras mil atenciones.

2. Una vida dedicada a la oración y la contemplación. Un día llegó un superior buscando al padre Enrique. Le contestaron: «No lo busque. Estará en la capilla». Y allí estaba, de rodi-

llas, en el sitio de siempre, absorto en la oración, sin darse cuenta de si alguien entraba o salía del recinto, casi en suspensión.

3. La misa de Enrique era un espectáculo; era la misa de un santo. Al elevar al Señor en el sacramento, se quedaba estático como una estatua de mármol blanco. Fue uno de los primeros que gozó el privilegio, otorgado a los camilos por Pío X, de celebrar la misa en la habitación de los enfermos. Contemplar al padre Enrique celebrando la misa en tu habitación era una lotería.

Murió como un santo. Recibió la unción de los enfermos. Pidió perdón por todo lo que había disgustado a sus hermanos de religión. Una de sus enfermeras dijo al final: «La manera de comportarse del P. Enrique en la última enfermedad fue edificante, pero de una sencillez extrema».

Los buenos santos se mueren sin llamar la atención. No pronuncian grandes discursos porque no tienen ganas y, además, no saben hacerlo. Se mueren como Jesús, entregando su alma a Dios. Como Enrique Rebuschini, sacerdote, camilo y santo. El 4 de mayo de 1997 es proclamado beato por Juan Pablo II.

FÉLIX NUÑEZ URIBE

Bibliografía

CASERA, D , *El Beato Enrique Rebuschini. El encanto de la misericordia* (Madrid 1997)
«Homilía de Juan Pablo II en la beatificación (4-5-1997)»: *Ecclesia* (1997) n 2841, p 22-24

C) BIOGRAFIAS BREVES

SAN COMGALL

Abad († 602)

Nace en Dal Aride, Irlanda, el año 516, hijo de un militar que se hizo la ilusión de que su hijo siguiera su misma carrera. Pero el muchacho optó por el estudio, seguramente en el monasterio de Moville, y luego se hizo monje, no sin pasar por una etapa de tentación de abandono del monasterio para volver a casa.

Hecha la profesión monástica y ordenado sacerdote, fundó el pequeño monasterio de Lough Erne, en el que intentó practicar un extremado ascetismo, enemigo de la salud.

Hacia el 555 fundó el monasterio de Banghor, en el golfo de Belfast. Este monasterio se hizo famoso por muchos motivos. Creció y albergó una gran cantidad de monjes, se convirtió en un centro muy acreditado de estudios al que acudían numerosísimos jóvenes, y fue también un foco de evangelización del Continente, del que partió San Columbano en 590, San Galo y tantos otros monjes que se decidieron por la «peregrinatio pro Christo».

Tuvo decisivo y gran influjo sobre la vida monástica irlandesa y a través de sus monjes influyó también en la vida monástica de Escocia, Inglaterra y el Continente. La vida del monasterio, en la que la piedad y el estudio se nutrían de una liturgia tan bien celebrada, se convirtió en modelo de monasticismo vivo y eficaz. Su regla recibió desde el principio grandes elogios. Murió el 10 de mayo de 602.

SAN GUILLERMO DE PONTOISE

Presbítero († 1192)

Era un sacerdote inglés que vino a establecerse a un barrio de Pontoise junto a París, de cuya parroquia de Santa María fue párroco. Parece que el motivo de venir desde Inglaterra se debió al número notable de ingleses que había en dicho barrio. Dependía de la abadía benedictina de San Martín.

Fue un párroco celoso del bien de las almas y ejerció su ministerio con gran edificación de los fieles, que lo estimaban en mucho. Igualmente gozó de la estima que le tenía el rey Felipe Augusto.

Murió el 10 de agosto de 1192, y desde el principio su tumba fue objeto de veneración por los fieles.

BEATA BEATRIZ D'ESTE

Virgen († 1226)

Nació en Este el año 1200, hija del marqués Azón d'Este. Huérfana desde los seis años y educada por su tía, muy pronto

florecieron en ella sentimientos de honda piedad y clara inclinación por una vida austera y recogida.

A los 14 años deja secretamente su casa y se llega al monasterio de monjas benedictinas de Solarola, junto a Padua, donde pide el hábito monástico, que le fue concedido. La oposición de su familia no pudo impedir que ella llevara adelante su propósito y emitiera oportunamente la profesión religiosa.

En 1221 es elegida para ir con otro grupo de religiosas a la fundación del monasterio de monjas benedictinas de Gemmola, donde dio grandes ejemplos de vida austera, virtuosa y edificante, muriendo el 10 de mayo de 1226. Su culto perseveró en el tiempo y fue confirmado por la Santa Sede el 19 de noviembre de 1763.

BEATO IVÁN MERZ

Joven seglar († 1928)

Nace en Banja Lukam, Bosnia, el 16 de diciembre de 1896 en una familia liberal. Realiza en su ciudad natal los estudios primarios que termina justo cuando se declara la I Guerra Mundial. Por dar gusto a sus padres entró en la academia militar de Wiener Noustadt, pero molesto por la corrupcion moral que halló en esta institución la abandonó a los tres meses. Entonces mirando el ejemplo del profesor Ljubomir Marakovic, que tanto había influido en su decisiva orientación católica de la vida, se inscribe en la Universidad de Viena con la aspiración de ser también profesor. Pero en 1916 fue llamado a las filas del ejército imperial y enviado al frente italiano en el que estuvo los años 1917 y 1918. Al concluir la guerra, se funda el estado yugoslavo, y él decide entregarse a Dios por completo y hacer siempre el bien. El horror de la guerra le había hecho madurar humana y espiritualmente, poniendo a Dios como el único centro de su vida. En 1919 vuelve a Viena a proseguir los estudios en la Universidad y los continuaría luego en la Sorbona, en París, y el Instituto católico (1920-1922). Pasa luego a la Universidad de Zagreb y logra el doctorado en filosofía con la tesis: «Influencia de la liturgia en los escritores franceses desde Chateaubriand hasta nuestros días». Terminado su doctorado, es recibi-

do como profesor en el Instituto arzobispal de Zagreb, donde llevó adelante con gran entrega su tarea docente.

Iván fue un decidido apóstol seglar. En la «Liga de jóvenes católicos» de Croacia y en la «Liga croata de las águilas» impulsó la Acción Católica y secundó con gran empeño las directrices del papa Pío XI. Intentó formar una elite de apóstoles seglares que supieran servir al fin de instaurar todas las cosas en Cristo. Amante de la liturgia, promovió su conocimiento y vivencia, y puede comprobarse que adelantó no poco de las futuras directrices del Vaticano II. Sufrió en toda su labor incomprensiones y dificultades que afrontó con gran ánimo y serenidad, afirmando que el sufrimiento es el medio más eficaz para la salvación de las almas. Cristiano ejemplar, de gran vida interior y modelo de virtudes, era claro su progreso en la santidad cuando le llegó la hora de pasar al Padre. Cuando enfermó y hubo de afrontar la muerte, se ofreció con amor al Señor por el bien de la Iglesia y de sus obras apostólicas y murió con fama de santidad en Zagreb el 10 de mayo de 1928. Su Santidad el papa Juan Pablo II lo ha beatificado en su viaje apostólico a Croacia el 22 de mayo de 2003.

11 de mayo

A) Martirologio

1. En Byzacena, San Mayulo (s. II-III), mártir de Adrumeto.
2. En la Via Salaria, en el miliario vigésimosegundo desde Roma, San Antimo (s. III), mártir.
3. En Bizancio, San Mocio, presbítero y mártir (fecha desconocida).
4. En Vienne (Galia Lugdunense), San Mamerto († 475), obispo *.
5. En Varennes (Galia), San Gengulfo (s. VIII).
6. En Souvigny (Borgoña), San Mayolo († 994), abad de Cluny **.
7. En el monasterio de L'Esterp (Limusín), San Gualterio († 1070), presbítero, canónigo regular *
8. En Verucchio, de la Romañola, el Beato Gregorio Celli († 1343), presbítero, de la Orden de Ermitaños de San Agustín *.

9 En York (Inglaterra), Beatos Juan Rochester y Santiago Walworth († 1537), presbíteros, monjes cartujos, mártires bajo Enrique VIII *

10 En Nápoles (Campania), San Francisco de Jerónimo († 1716), presbítero, de la Compañía de Jesús **

11 En Cagliari (Cerdeña), San Ignacio de Laconi († 1781), religioso capuchino **

12 En Saigón (Cochinchina), San Mateo Le Van Gam († 1847), mártir *

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN MAYOLO

Abad († 994)

Mayolo nació hacia 906, o según otros hacia 915, hijo de una opulenta familia de Valensolle, en tierras de Avignon (Provenza). Perdió a sus padres siendo aún muy joven. Fourcher, el padre, aunque había hecho donación a la abadía de Cluny de veinte enclaves con sus correspondientes iglesias, legó a Mayolo inmensos territorios que desgraciadamente fueron asolados por húngaros y sarracenos. Mayolo se retiró entonces a la Borgoña, a Macón, donde fue acogido por un rico señor, pariente suyo. Bernón, obispo de Macón, aconsejó a Mayolo, conociendo sus buenas prendas, a que entrara en el estado eclesiástico y lo hizo canónigo de su catedral; después lo envió a estudiar filosofía y teología a Lyón, que entonces tenía como reconocido maestro a Antonio, abad del monasterio de l'Île-Barbe. Mayolo tenía en la palabra y en el espíritu la agilidad del meridional y en su alma ardía un fuego que apenas era posible reprimir pero había aprendido el arte de tenerla siempre serena. De su época de estudiante alguien escribió:

> «Era mas blanco que la flor del lirio, era mas puro que la nieve, sabia agradar a Cristo y descollaba sobre sus maestros por la dignidad de su vida»

Vuelto a Macón, Mayolo recibió las órdenes sagradas hasta el diaconado, y habiendo sido hecho arcediano del Capítulo se aplicó con verdadero entusiasmo a ser un nuevo Esteban, por su piedad, ciencia y caridad para con los pobres. Comenzó a ha-

cer donación de sus propios bienes en socorro de los necesitados y de los lugares de culto. Su administrador le abordó para reprochar sus dispendios y de hecho al sobrevenir poco después una hambruna, Mayolo no tuvo con qué socorrer a los pobres ni a sí mismo. Sin embargo, confiando en la providencia se mantuvo firme en sus buenos propósitos. Así las cosas, poco después se encontró cerca de su aposento una bolsa conteniendo siete monedas de plata. No quiso disponer de ellas antes de avisar públicamente para conocer de quién eran. Nadie las reclamó y aunque reducido él mismo a una extrema penuria prefirió repartirlas enteramente entre los más pobres. La Providencia premió su confianza y al día siguiente le llegó una columna de carros con provisiones de allí de donde menos esperaba estos socorros.

Encargado de enseñar la filosofía y la teología a los clérigos de la Iglesia de Macón, lo hizo desinteresadamente y con gran éxito. Sus contemporáneos admiraban en él una suprema elegancia, un gesto noble, una exquisita sencillez. Si algo había capaz de romper su equilibrio era la afición por la lectura. Leía siempre, incluso yendo a caballo en los viajes. En cuanto a los poetas paganos, a los que miraba con simpatía en su primera época, siendo ya monje los consideró *seductores de la imaginación.* No queriendo tener su recompensa sino en Dios, no quería ser reconocido por nadie, pero su reputación se fue extendiendo de tal modo que pronto se pensó en él como futuro obispo de Besançon. Mayolo rehusó la elección y para ponerse al abrigo de peligrosas ambiciones, partió para ingresar en la abadía de Cluny, muy floreciente entonces bajo el abad Aymard, su tercer abad.

Para ser monje, apenas tenía algo que cambiar sino los vestidos. Progresó tan rápidamente en la humildad y en el conocimiento de la vida espiritual monástica que atrajo las miradas de toda la comunidad. Le hicieron bibliotecario y cuidó y llenó los estantes y armarios de libros religiosos, apartando los de los poetas mundanos pues decía: «Los poetas divinos bastan a los monjes: Isaías y David, Sedulio y Prudencio. No manchéis vuestro espíritu con la muelle elegancia virgiliana». Cuando fue «aproquisario» —una especie de oficio entre secretario, ecóno-

mo y tesorero de la Orden—, tuvo que comenzar a hacer largos viajes, mas siempre por obediencia y con el más grande de los recogimientos.

En 948, Aymard nombró a Mayolo, en su lugar, como abad y le obligó a aceptar el cargo, aunque él, mientras vivió el anciano abad, se consideró a sí mismo como su vicario, o mejor aún como el servidor de todos los monjes de la casa. Nunca se vio a un abad más humilde que Mayolo, más puntual, más disciplinado y exacto en hacer todo lo que tenía que mandar a los otros. Aymard, que había perdido enteramente la vista, se retiró a la enfermería, y aun conservando el título abacial, se le dejó reposar en paz en medio de sus enfermedades y largos años. Humilde en sus sentimientos, paciente en sus dolores, sometido en todo a la voluntad de Dios, el anciano no estaba inmunizado contra el malhumor; empezó a darse cuenta que ya no se le tenía en cuenta y llegó a imaginarse que hasta se le menospreciaba Un día, el administrador, molesto por alguna petición del anciano abad, exclamó que era demasiado eso de tener dos superiores en la misma casa. El enfermero de Aymard se lo fue a contar al anciano, que se encolerizó muchísimo y se hizo conducir al Capítulo de la comunidad, y dirigiéndose a Mayolo le dijo que él no le había dado su autoridad sino como un padre que se la entrega a un hijo querido, y que no comprendía que Mayolo se sirviese de tal autoridad para tenerle a él como a un esclavo. «¿Eres mi hijo o eres mi superior?», finalizó. Entonces Mayolo le contestó con gran dulzura y mansedumbre: «Soy tu hijo y he prometido obedecerte hasta la muerte». «Si es así, —respondió el anciano ciego—, abandona ese puesto y vuelve a tomar el lugar que te corresponde por tu profesión». Mayolo obedeció; entonces Aymard, retomando su sede abacial, acusó públicamente al mayordomo o administrador por sus palabras y negligencias para con los enfermos y después de la dura reprensión le impuso una severa penitencia. Luego dejando la sede abacial ordenó a Mayolo que volviese a sentarse en ella. Mayolo lo hizo con extrema sencillez y como si no hubiese pasado nada, dando así pruebas ante la comunidad de su desapego, humildad y paciencia con todos. Aymard sobrevivió poco a estos acontecimientos y Mayolo gobernó Cluny con la reputación de ser el más santo de los abades de su siglo.

Continuamente estaba atento a todas las necesidades de los monjes, y lo mismo hacía y con gran celo con todos los pobres y peregrinos; pero, ante todo, lo que más le preocupaba era la solidez de la vida espiritual de todos los suyos. Como buen maestro enseñaba e instruía de viva voz; su sucesor, San Odilón, nos los pinta inclinado durante las vigilias sobre los libros del Areopagita que era su carta de marear por el piélago de la vida interior. Si Odón, el primero de los grandes abades cluniacenses, había sido un asceta, Mayolo realizaba el tipo del místico. Escribió reglamentos de cargos y oficios, estableció el ceremonial, respondía a las consultas de conciencia que de todas partes se le hacían. Se sabe que no sólo tenía un gran conocimiento de las Escrituras y de los cánones, sino que era igualmente versado en derecho civil y filosofía. Era un orador elocuente, pero su fecunda elegancia no se avenía a tecnicismos de escuela. Miraba como su autor favorito a Gregorio Magno, pero no el de las homilías sobre Job o Ezequiel, que serían los preferidos del austero Odón, sino el de los comentarios a los evangelios, más serenos y menos severos que aquéllas. En fin, todos atestiguan que exteriormente era un hombre de gran estatura y figura majestuosa:

> «Este hombre, a quien nunca podremos alabar bastante, era de una belleza angélica, de una fisonomía noble, de un mirar lleno de dulzura Su paso, grave, su palabra, elocuente, y su voz, de una dicción y timbre admirable Sus gestos, sus movimientos, sus actitudes revelaban al hombre perfecto y esto lo hacia aparecer como el mas hermoso de los mortales»

Tal era el hombre, uno de los más eminentes de la cristiandad del siglo X, un gran restaurador del monacato, un organizador insigne de la federación de los monasterios de la mayor parte de Europa. Su personalidad se nos presenta magnífica en la escena revuelta de aquel mundo en construcción. Los papas, emperadores y reyes de su tiempo tuvieron ocasión de aprovecharse de su ciencia y experiencia. Otón I y la emperatriz Adelaida le encargaron la reforma de muchos monasterios de Alemania que se encontraban en tierras del imperio. Mayolo trabajó con éxito en Ravena, Pavía, en Suiza y Suabia. También reformó muchos monasterios en Francia, como los de Marmoutier en Turena, San Germán de Auxerre, San Juan de Reso-

né, San Benigno de Dijon y San Mauro de Fossés. Algunos años más tarde el papa Benedicto VII le pidió que reformase Lérins. Por donde pasaba, su acción se extendía a todos los órdenes de la vida social: construye, restaura, favorece las letras, recorre la cristiandad sembrando bendiciones y optimismos e introduce la influencia de las ideas cristianas en la mayoría de los gobernantes europeos. Los que le acompañaron y vivieron con él no cesan de contar los prodigios que Dios obraba por su medio, tanto para la gloria de Dios en la Iglesia como para obtener la santificación de los suyos.

Una de sus devociones preferidas era, en sus viajes, pasar por aquellos lugares que habían sido bendecidos por Dios con gracias extraordinarias por guardar en ellos una imagen santa, o los cuerpos de antiguos siervos de Dios. Además, antes de salir de Cluny hacía una buena provisión de limosnas para poder ir repartiéndolas por el camino. En una visita que realizó a Nuestra Señora de Puy-en-Velay, un ciego le dijo que había recibido una revelación de parte de San Pedro en la que se le había dicho que recuperaría la vista cuando se lavase los ojos con el agua con la que el abad Mayolo se hubiera lavado las manos. El abad le dio entonces una severa reprimenda, advirtiéndole que eso era una mera superchería; y sabiendo que el ciego había estado pidiendo esta agua a los empleados que llevaba en su séquito se lo prohibió terminantemente. El ciego, sin descorazonarse, esperó al abad en Mont-Joie, y tomando al caballo por la brida, presentó una vasija a Mayolo para que la tocase con sus manos; Mayolo, emocionado ante tanta fe, echó pie a tierra y bendijo el agua y mojando sus dedos con ella trazó la señal de la cruz sobre los ojos del ciego. Luego, prosternándose con todos los que le acompañaban suplicó a la Madre de misericordia por el pobre ciego, pero éste antes de que se hubiera acabado la oración de Mayolo empezó a gritar: ¡Veo, estoy curado!

Pasando una vez por Coire, población de la región de Grisons, en viaje a Roma, Mayolo se encontró con que su obispo se encontraba enfermo y a punto de morir; fue a verle y a consolarlo exhortándole a la paciencia y a someterse a la voluntad de Dios. El obispo le pidió que le oyese en confesión; Mayolo le escuchó y le prescribió los remedios que su alma necesitaba.

Concibiendo algunas esperanzas de poderse curar en el cuerpo, el obispo suplicó insistentemente a Mayolo, puesto que se acercaba la semana santa, que él estuviese en la debida forma para poder consagrar el santo Crisma para el día de Pascua. Dios los escuchó a ambos y el obispo se curó.

En este mismo viaje sucedió que un monje de los que le acompañaban le desobedeció gravemente; mas, poco después, arrepentido, le pidió perdón y le dijo que estaba dispuesto a cumplir la penitencia que juzgase oportuna. El abad le dijo: «¿Estás seguro de que quieres que te dé una penitencia?». Y como el monje dijese que sí, que estaba dispuesto, el abad viendo que por allí había un leproso pidiendo limosna le dijo al monje: «Ve a aquel leproso y dale un beso». El monje obedeció, y el Señor, para dar a conocer a todos cuánto le agrada la obediencia por el reino de los cielos, curó al instante al leproso de su enfermedad.

A su vuelta de Roma, Mayolo, con toda su comitiva, fue asaltado por una pandilla de sarracenos que hacían de bandoleros por los Alpes, ultrajando y robando a los viandantes. Hechos prisioneros, Mayolo trataba de consolar a sus compañeros de infortunio, exhortándoles a la confianza en Dios; en un momento dado, vio que uno de los bandidos iba a herir a uno de sus empleados y al querer detenerle sufrió una herida en su mano. Los cargaron entonces a todos de cadenas y al abad lo echaron en una cueva que fue para él una celda improvisada donde poder dedicarse en soledad a la oracion. Gracias a sus oraciones a la Virgen y a un enorme rescate de mil libras que los monjes y amigos nobles de Cluny pudieron recoger, fueron liberados unos días antes de la fiesta de la Asunción, todo ello fue ocasión para predicar la fe a aquellos moros, muchos de los cuales se convirtieron a la fe cristiana.

Nadie le veneró y quiso tanto como el emperador Otón II, que había heredado tal afecto de su padre. Mayolo aprovechó esta influencia para reconciliarlo con su madre, la emperatriz Santa Adelaida, con la cual hacía tiempo se había disgustado por no querer hacerle caso de los avisos maternos. En 974 el emperador hizo todo lo posible para convencer a Mayolo que aceptase la tiara pontificia, pero el abad de Cluny lo rehusó con

todas sus fuerzas creyendo siempre, en su humildad, que no estaba sino para dar gloria a Dios desde el puesto en que el Señor le había colocado en la vida monástica. En efecto, después de haber pasado una noche examinando la propuesta del emperador le comunicó su decisión con estas palabras:

> «Se que no poseo las cualidades de un hombre apostolico Ademas, no soy un hombre fuerte para llevar carga semejante Los romanos y yo somos de costumbres y paises diferentes Si me dejase llevar de la condescendencia perderia el caracter de monje, asi pues, no quiero aceptar un oficio que me haria sucumbir con su peso»

Trabajó enormemente por extender el Ordo cluniacense y para que los monasterios fuesen el mejor exponente en la cristiandad de vida regular y cristiana en los que continuamente se daba gloria a Dios y se oraba por el bien de todos los pueblos. Llegó a enviar más de 950 cartas de hermandad a otros tantos monasterios que deseaban pertenecer a Cluny. Mayolo ha sido considerado como el segundo fundador de Cluny. Toda la cristiandad contemplaba con asombro al abad de Cluny y acataba sus palabras como oráculos del cielo. Un obispo hizo de él este elogio:

> «Cada dia somos testigos por nuestros oidos y por nuestros ojos de que la gloria de este hombre viene solo de Dios Es verdaderamente un astro que ilumina nuestra tierra Todos los siglos celebraran su memoria»

El año 991, ya nonagenario, sintió que su fin estaba proximo y eligió a su discípulo Odilón como su sucesor, tal como habian hecho sus predecesores En 992 estaba muy falto de fuerzas y ya no quiso salir fuera y ni siquiera aparecer en público Un discípulo suyo descorre un poco el velo de su vida interior cuando dice·

> «¡Qué profundos suspiros, que dulces lagrimas derramaba este hombre de Dios en el fervor de la contemplacion! Se le veia con frecuencia, ensimismado, lejos de toda conversacion comun y como abstraido de todo el mundo Sobre su cabeza, blanca como la de un cisne, el invierno de la vida habia hecho brotar las flores de la vejez, pero ningun velo llego a oscurecer el brillo penetrante de sus ojos, habia vivido en un cuerpo virgen y hasta el ultimo dia conservo el sello de su castidad intacta»

Hugo Capeto, rey de Francia, que desconocía su estado de salud, le pidió insistentemente que fuera a París para reformar la abadía de Saint-Denis y hacer revivir en ella el espíritu de los hijos de San Benito. Mayolo, enfermo, se puso en camino despidiéndose de los monjes de Cluny, persuadido de que no los volvería a ver nunca. Llegado a Souvigny, en Bourbonnais, uno de los cinco prioratos que la gran abadía tenía en Auvergne, en la diócesis de Clermont, la enfermedad le detuvo para siempre y allí falleció santamente el viernes 11 de mayo, al día siguiente de la Ascensión del año 994. En su última hora, cuando todos lloraban en torno de su lecho, él se esforzaba por sonreír y les decía: «Valor, amigos; demos gracias al Señor; que esta muerte inevitable sea para todos motivo de alegría, pues voy a mi Dios».

Su cuerpo fue enterrado en Souvigny en la iglesia monasterial de San Pedro. De todos los pueblos vecinos vinieron para venerarle. Eran tantos los milagros ocurridos ante su tumba que el obispo de Clermont, Beggón, canonizándole al estilo de entonces, mandó que sobre su tumba se erigiese un altar. Un siglo más tarde, en 1093, Urbano II mandó exponer sus restos a la veneración de los fieles. Pedro el Venerable llegó a decir que después de la Virgen no había habido un santo en Europa que hubiese hecho tantos milagros como San Mayolo. Se puede decir que su culto comenzó el día de su muerte y ha perdurado hasta nuestros días. Los habitantes de Souvigny lo tienen por su celestial patrono y protector, y en la catedral de Puy-en-Velay se le recuerda con la misma veneración.

LUIS M. PÉREZ SUÁREZ, OSB

Bibliografía

BAUDOT, J. - CHAUSSIN, L., OSB, *Vie des Saints et des bienheureux..*, VI· Juin (París 1946) 216-221.
HOURLIER, J., en *Bibliotheca sanctorum,* t.VIII (Roma 1966) cols.564-566.
PEREZ DE URBEL, J., *Año cristiano.* II: *Abril-junio* (Madrid ²1940) 289-294.

SAN FRANCISCO DE JERÓNIMO

Presbítero († 1716)

Nacido un 17 de diciembre de 1642 en la ciudad de Grottaglie, provincia de Taranto, fue ordenado sacerdote en 1666, se doctoró en derecho canónico y civil en 1668; entró en el noviciado de la Compañía de Jesús en 1670 y murió el 11 de mayo de 1716. En 1758 se publica el decreto de heroicidad de sus virtudes, siendo beatificado por el papa Pío VII el 2 de mayo de 1806 y canonizado por Gregorio XVI el 26 de mayo del año 1839.

Éstas son las fechas que enmarcan su vida; conozcamos ahora lo que se oculta detrás de ellas. Las crónicas nos hablan de su grandeza en todos los sentidos, incluso nos dicen que fue, en sus cincuenta años de apostolado, el orador más popular de su tiempo. Sus virtudes eran más admirables que imitables, sus milagros se contaban por decenas. Por sus portentos y fama se le consideró un segundo San Francisco Javier y otro San Antonio de Padua.

Nacido cerca de Otranto y de ciudades tan famosas como Taranto y Brindisi, al sur de la «bota» italiana, fue el primero de once hijos, tres de los cuales fueron religiosos o sacerdotes, de un hogar noble y religioso donde se aprendía a amar a Dios y a vivir los grandes valores de la vida cristiana.

Ya desde su juventud sintió una fuerte atracción hacia la vida religiosa, que se manifestaba externamente en una gran devoción hacia el Santísimo Sacramento y la Santísima Virgen María bajo la advocación de la *Madonna della Mutata,* una imagen bizantina del siglo décimo que se conserva aún en su pueblo natal.

Con diez años ingresó en su mismo pueblo natal en una comunidad sacerdotal u oratorio que se convirtió en la primera escuela de apostolado del futuro misionero de Nápoles. Comenzó con los oficios de sacristán y de guardián de la casa de Dios, a lo que se unió pronto el de catequista que le inició en lo que sería más tarde su gran empeño: la evangelización y la misión. Ésta fue su primera escuela en la que aprendió los rudimentos de la fe y de la que pasó al seminario diocesano de Taranto, contando por entonces dieciséis años de edad.

Entre los años 1660 y 1665, Francisco vive en el seminario de Taranto. Su devoción mariana habría de encontrar en la *Madonna della Salute* la imagen a la que dirigir sus oraciones, como antes lo había hecho a la *Madonna della Mutata* y más tarde lo haría a otra tercera imagen, la *Madonna Assunta,* en Nápoles, que se convertiría en consuelo de su devoción y de su amor mariano.

Superados sus años de estudios se le admitió a las órdenes menores y al subdiaconado el año de 1664, seguido a corta distancia de tiempo el diaconado.

Francisco había entrado en la ciudad de Taranto con dieciséis años y se despedía de ella con veintidós. En el verano de 1665 se le mandó a Nápoles para —se nos dice— poder desarrollar mejor sus propios talentos y, sobre todo, perfeccionar su formación intelectual y ascética, preparándose así dignamente al sacerdocio. Entre los estudios a perfeccionar estaban los de derecho civil y canónico, muy probablemente en la universidad estatal, hasta llegar a laurearse.

En Taranto, Francisco había recibido del Señor las primeras insinuaciones sobre su vocación jesuítica, «sus primeros amores hacia la Compañía», como dice algún biógrafo.

Una vez en Nápoles, nuestro santo entró en contacto con los jesuitas que habitaban en el llamado *collegio massimo,* conocido también como «colegio napolitano», uno de los primeros fundados por San Ignacio en Italia y donde el santo completó sus estudios teológicos. De esta época se conservan sus apuntes de clase en bellos cuadernos con preciosa caligrafía. Incluso sus superiores, viendo sus cualidades, lo mandaron a la escuela de bellas artes del mismo Nápoles, donde estudió y se perfeccionó en la pintura hasta el punto de decir de sí mismo que era «de profesión, pintor». Por tanto, durante el período napolitano, antes de ingresar en la Compañía de Jesús, Francisco se forma en una amplia gama de estudios que le habrían de dar muchas posibilidades para su vida futura.

Los biógrafos del santo dicen que dos cosas hicieron de él precisamente un santo en medio de las irresistibles tentaciones de una gran ciudad como era Nápoles: la soledad, patria de los fuertes, y la congregación mariana, escuela de las almas puras.

Se ordenó de sacerdote en el mes de marzo de 1666, el sábado de las cuatro témporas después de ceniza, en la capilla del palacio episcopal de Pozzuoli. Serán cincuenta años de sacerdocio, todos ellos llenos de este santo temor de Dios que invade a las almas santas y generosas.

Sin embargo, hasta el año 1670 no se hizo jesuita y los cuatro años siguientes, es decir, desde 1671 al 1674, comenzó su ministerio apostólico en la Apulia, más en concreto, en la diócesis de Lecce. Con ello tiene ocasión de demostrar su gran preparación y sus dotes espirituales y naturales, comenzando su carrera de apóstol celoso y de predicador vehemente.

Tras este paréntesis vuelve a Nápoles en el año de 1676 siendo destinado a la casa profesa, y allí permanecerá hasta el final de sus días, dedicado a las misiones populares que lo convirtieron en el apóstol de Nápoles y que venían a sustituir a las anheladas misiones en la India o en el lejano Oriente, sus grandes ideales de otro tiempo. Hasta el 8 de diciembre del año 1682 no hizo su profesión religiosa, con la que se incorporaba plenamente a la Compañía de Jesús. A partir de ese momento, se dedica plenamente a un triple ministerio: las misiones populares, la comunión general cada tercer domingo del mes y la conversión de las mujeres de mala vida. Pero este triple oficio no agotaba su actividad apostólica. Nápoles sería por cuarenta años la ciudad de su apostolado, aunque no se limitó únicamente a ella; su corazón misionero le llevaba a donde le llamaban y todo el sur de Italia fue testigo de su celo apostólico. Especialmente en el año 1707, en el que el ejército austriaco entró en la ciudad expulsando a los españoles, su voz y su autoridad moral impidieron que la revuelta acabase en tragedia al ejercer un papel mediador, como lo atestiguan los procesos de canonización.

Como buen jesuita, se dedicó con ahínco a predicar ejercicios espirituales a toda clase de personas. Fue una labor que le llevaría toda su vida. Puso en práctica lo que San Ignacio de Loyola decía en sus anotaciones sobre los ejercicios espirituales y ayudó cuanto pudo a «preparar y disponer el ánima, para quitar de sí todas las afecciones desordenadas, y después de quitadas para buscar y hallar la voluntad divina en la disposición de su vida para la salud del ánima».

Entre las devociones que predicaba constantemente estaba la de San Ciro, médico y mártir, cuyo cuerpo reposa en la iglesia del *Gesù Nuovo* en Nápoles. Llevaba consigo una reliquia suya y al mártir le atribuía los favores y prodigios que acontecían durante sus predicaciones, aunque también se comentaba entre los fieles que estos prodigios se debían a sus propias virtudes a pesar de que él, en su profunda humildad, los atribuía a San Ciro.

Su cuerpo reposó durante años en la iglesia que los jesuitas tienen en Nápoles, pero después de la segunda guerra mundial fue trasladado a su pueblo natal, Grottaglie, desde donde sigue irradiando santidad.

JUAN JAVIER FLORES ARCAS, OSB

Bibliografía

BACH, J , *Histoire de saint François de Geronimo* (París 1867).

D'ARIA, F. M , *Un restauratore sociale. Storia critica della vita di San Francesco de Geronimo* (Roma 1943).

PATRIGNANI, G., *Menologio di pie memorie d'alcuni religiosi della Compagnia di Gesu* (Venecia 1730).

SAN IGNACIO DE LÁCONI

Religioso († 1781)

En octubre de 1951 canonizaba Pío XII a tres santos italianos: uno, obispo y fundador; otro, religioso barnabita y apóstol de Nápoles; y el tercero, un lego capuchino, primer santo canonizado de la isla de Cerdeña.

Este santo capuchino se llamaba Ignacio de Láconi. Había nacido el 17 de noviembre de 1701, cuando Cerdeña pertenecía todavía a España. El suyo era el humilde hogar de Matías Peis Cadello y Ana María Sanna Casu, colonos del marqués de Láconi. Antes de nacer, su piadosísima madre se lo había ofrecido o consagrado a San Francisco de Asís. En el bautismo se le impusieron los nombres de Francisco, Ignacio y Vicente. Se le conocerá por el segundo de estos nombres y por su lugar de origen, llamándose desde su ingreso en los capuchinos: fray Ignacio de Láconi.

No tuvo ni escuela ni maestros. A los 17/18 años contrajo una enfermedad gravísima durante tres meses. En aquel trance hizo voto de entrar en los capuchinos, si se curaba. Se curó, pero no cumplió enseguida su promesa y se entregó a los devaneos mundanos y a llevar una vida frívola con los compañeros de su edad. Había él olvidado su voto, pero no lo había olvidado el Señor. En esta situación, un día que iba a caballo dando un paseo de placer, el corcel se encabritó, no lo pudo dominar y se precipitaron por unas rocas, cayendo al fondo de un precipicio. Salvada milagrosamente la vida, tomó en serio el cumplimiento de su voto y el 3 de noviembre de 1721 se presentó en Cagliari pidiendo ser admitido en el convento de los capuchinos, que se llamaba Buoncammino: del buen camino. Intercedió por él, para que los frailes lo recibiesen, Gabriel Aymerich, marqués de Láconi.

A los pocos días de presentarse en el convento le dieron el hábito; hecha su profesión le destinaron al convento de Iglesias. Uno de los primeros oficios que le tocó desempeñar fue el de cocinero. «¡Cocinero quien sólo había cogido en su vida el azadón y la pala!». Salió, no obstante, experto en el arte culinario encontrando a Dios entre los pucheros. En el *Lexicon cappuccinum* (1951) se dice de él: «Durante 60 años dio ejemplos preclaros de austeridad, humildad, caridad y demás virtudes». El campo o la palestra para el ejercicio de todas estas virtudes estuvo para él en los diversos conventos y oficios en que la obediencia religiosa le fue empleando. Unos años en el convento de Iglesias fue el encargado de la despensa conventual. Al mismo tiempo comenzó a entrenarse en la cuestación por los pueblos de la comarca. Habiendo pasado cerca de 15 años entre los conventos de Domusnovas, Sanluri, Oristano y Quartu, volvió a Cagliari al convento donde había tomado el hábito. Aquí estuvo al frente de los telares donde se confeccionaba la tela para el sayal de los religiosos.

Pero en lo que se distinguiría y en lo que se santificó más propiamente fue en el menester propio de las órdenes mendicantes, de ir a pedir por los pueblos, por las casas, por el campo. Oficio nada fácil y sujeto a mil incomodidades y desplantes de algunas gentes, que nunca faltan.

Vivió empleado en este oficio desde 1741 en adelante.

> «Cagliari fue durante 40 años el campo de su apostolado eficaz desarrollado con infinito amor entre los pobres y pecadores, lo veneraban todos por el esplendor de sus virtudes y por los muchos prodigios que obraba, de modo que lo llamaban comunmente *el padre santo*».

En este su oficio de buscar limosnas, alimentos y otras cosas necesarias para el convento encontró su mejor campo de acción caritativa, consolando, aconsejando, ayudando. La gente se volcaba con él por el atractivo de sus virtudes y por su saber hacer. Daba más que recibía, y así lo entendía la gente sencilla, a la que estaba tan cercano por su extracción social y por su virtud.

Acerca de cómo y cuánto irradiaba el buen nombre de Cristo por donde pasaba se conoce un testimonio, nada sospechoso, de un pastor protestante, José Fues, capellán del regimiento alemán de infantería Von Ziethen, que estaba entonces al servicio del rey de Cerdeña. Dice así este capellán escribiendo a un amigo suyo en Alemania: «Vemos todos los días mendigando por la ciudad a un santo vivo, un lego capuchino que se ha conquistado con diversos milagros la veneración de sus compatriotas».

En 1779 se quedó ciego; se le relevó, naturalmente, del oficio de la cuestación, pero «continuó por explícita voluntad suya haciendo vida común, observando escrupulosamente el horario conventual y cumpliendo como los demás todas las prácticas de la disciplina regular hasta el día de su muerte el 11 de mayo de 1781 en Cagliari».

La fama de santidad de que ya gozaba en vida fue creciendo después de su muerte. Comenzaron a atribuirse a su intercesión grandes favores y milagros. Por eso se pensó pronto en su causa de beatificación; pero no llegó a introducirse hasta 1844 por voluntad del arzobispo de Cagliari, Manuel Marongiu Nurra. Fue Pío IX quien emanó el decreto de la heroicidad de virtudes el 26 de mayo de 1869. Fue beatificado por Pío XII el 16 de junio de 1940. Y el mismo Papa lo canonizó solemnemente el 21 de octubre de 1951 en la basílica Vaticana.

En la homilía de la canonización hizo Pío XII una semblanza muy fina de fray Ignacio. Después de dar algunos datos biográficos de sus primeros años, decía el Papa:

«Una vez que tomo el austero habito de los Capuchinos le vino un gozo tan grande que desde entonces todos podian sorprender la alegria constante en su rostro Este gozo superior, a modo de una luz que venia de una fuente mas alta y profunda, estaba como traduciendo la tranquilidad de su animo, la paz, la serenidad, actitudes todas que se alimentaban de la gracia de Dios, con quien estaba unido intima y continuamente Los trabajos y sufrimientos, aunque graves y largos, le parecian ligeros y llevaderos, la obediencia debida a sus superiores, se le hacia facil siempre, los dolores corporales, a veces fortisimos, se le antojaban dulces y suaves, todo, en fin, lo que le sucedia, fuera grato o adverso, lo abrazaba con aquella voluntad tranquila de quien se ha entregado totalmente a la voluntad divina en la que se apoya»

Así presentó Pío XII este espejo de virtudes del humilde capuchino. El Papa se fija, evidentemente, en un fray Ignacio ya en sus mejores años de vida religiosa, pues no hemos de creer que fue siempre así de perfecto; tuvo que luchar para alcanzar aquella meta. A continuación, describiéndole en el que había sido su oficio principal, decía:

«Cuando iba mendigando de puerta en puerta, por las ciudades, por los pueblos, por las villas, su mente no se detenia en esta tierra que pisaba, sino que estaba clavada en el cielo, iba hablando con los angeles, sus compañeros de camino, ya que él mismo parecia un angel en carne humana»

El tipo de apostolado y de irradiación de Cristo en que se distinguió también el humilde capuchino llama la atención del Papa:

«Verle era ya un admirable ejemplo para todos, y escucharle cuando hablaba de las cosas divinas movia los animos con tanta suavidad y vehemencia que las gentes se estimulaban a empezar o a continuar el camino de las virtudes cristianas»

Reserva el Papa otro apartado para señalarnos a fray Ignacio como alma eucarística: «Cuando de rodillas oraba ante el altar, lo que para él era de lo más dulce y agradable, se le iluminaba el rostro, y todos veían en él algo más propio del cielo que de este mundo». Ya en vida hizo fray Ignacio tantos prodigios, curando enfermos y atrayéndolos de tal manera a la práctica de la virtud, que empleaban después gustosos su tiempo en tratar con Dios y en prepararse para la vida eterna.

Fray Ignacio de Láconi es uno de esos santos en los que se demuestra que para hacerse santo no hay más que vivir con fi-

delidad el propio llamamiento, en su caso, a la vida religiosa. Hay que esmerarse día a día en seguir a Cristo el Señor e irradiarlo entre las gentes.

Hay que saber echar mano de los medios y remedios que pone la Iglesia al alcance de la mano y por ese camino santificarse. Si en la vida el Señor se complace en obrar prodigios de curaciones, de conversiones, de milagros, como en la vida de este humilde santo, eso es cosa de Dios. Cuantas más intervenciones de este tipo haga el Señor, tanta más humildad, vida de oración, alegría en su servicio se podrá descubrir en el día a día de estas personas. Así fue en el caso de fray Ignacio de Láconi, filigrana de santidad en las manos de Dios.

Cuando estaba fray Ignacio próximo a morir, un famoso pintor de Cagliari, Francisco Massa, le hizo un retrato, que se conserva en el convento del Buoncammino. Aparece fray Ignacio con el bastón con que recorrió tantos caminos, y frente a él la figura de la Virgen enviándole sus rayos de luz, y un poco más abajo un Cristo crucificado, señalando así sus dos grandes amores.

Ignacio de Láconi nació en Cerdeña, cuando ésta pertenecía a la Corona de España. El mismo año en que Ignacio entró en el convento, Cerdeña dejaba de ser española. Se le considera como el primer santo canonizado de Cerdeña, y así es, pero también forma parte de la constelación de santos españoles. Su fiesta litúrgica se celebra el 11 de mayo.

JOSÉ VICENTE RODRÍGUEZ, OCD

Bibliografía

AGOSTINO DA GHILARZA, *Vita del Venerable Ignazio da Láconi* (Cagliari 1915).
ARCANGELO DA CASTIGLION FIORENTINO, *Compendio della vita del beato Ignazio da Láconi, laico cappuccino* (Ciudad del Vaticano 1940).
SAMUELE DA CHIAROMONTE, *Il beato Ignazio da Láconi, laico cappuccino* (Roma 1940).

SAN MAMERTO

Obispo († 475)

No es conocida la vida de este santo con anterioridad a su elección como obispo de Vienne, en Francia, elección sucedida antes del año 463.

Se tiene noticia de un choque que tuvo con la sede romana a cuenta de la ordenación del obispo de Die, San Marcelo, ordenación que no le correspondía hacer, porque este obispado pertenecía como sufragáneo a la metrópolis de Arlés en Provenza. Se dice que Mamerto pasó a hacer esta consagración para evitar los manejos de los arrianos y para evitar también que el elegido huyera como se proponía. El papa San Hilario recibió la denuncia referente a esta conducta y no pudo estar de acuerdo con ella, y así se lo dijo a San Mamerto pero el sínodo de Arlés confirmó la elección. De todas formas el Papa exigió que se respetara en adelante la competencia de los metropolitanos y no dejó de afear la conducta de éste, que se dice respondió a todo ello con el silencio.

Tras haberse padecido en Vienne grandes incendios, uno de ellos el día de Pascua, concibió Mamerto la idea de instituir tres días de rogativas en las fechas anteriores a la Ascensión, mediante la oración, el ayuno y la pública procesión de comunitario ruego a Dios. Estas rogativas pasaron luego a toda la Iglesia y se han mantenido durante siglos. Construyó una iglesia en honor de San Ferreolo y trasladó a ella las reliquias del santo mártir con gran solemnidad. Murió el 11 de mayo de 475.

SAN GUALTERIO

Presbítero († 1070)

Gualterio, Gautier o Walter era natural del castillo de Conflans en Aquitania, y debió nacer a comienzos del siglo XI, hijo de una familia principal. Llevado a educar a la escuela de Dorat, regentada por los canónigos regulares agustinos, el joven sintió el atractivo de la vida religiosa y pidió el ingreso en la misma co-

munidad, donde profesó los votos religiosos e hizo los estudios teológicos, siendo seguidamente ordenado sacerdote.

Su comunidad pasó por diversas dificultades que trajeron consigo disgustos y divisiones, y huyendo de ellos Gualterio regresó a Conflans. Pero la comunidad canonical de L'Esterp, en el Limousin, conocedora de sus buenas cualidades, lo eligió su superior y Gualterio aceptó, yéndose a presidirla.

Muy pronto todos se hacían lenguas de las buenas cualidades del rector de L'Esterp, cuya piedad y celo apostólico atraían a muchas almas a confesar con él, ministerio para el que se mostró especialmente dotado. Tenía el don de saber decir palabras oportunas a los pecadores para moverlos a sincera penitencia y hacerles cambiar de vida y satisfacer por sus pecados. La fama del notable confesor llegó hasta la Santa Sede. El papa Víctor II le dio amplias facultades para poder absolver excomuniones y también para poder excomulgar a los impenitentes, facultades que usó siempre en beneficio de las almas. Fue también en él sobresaliente la insigne caridad con que trataba a los pobres y los socorría, y con que continuamente trataba a todos y singularmente a sus compañeros de comunidad, cuya unidad la quería basada en el más puro amor fraterno.

Con un grupo de canónigos regulares de su comunidad hizo la peregrinación a Tierra Santa. Siete años antes de su muerte quedó ciego y llevó su limitación con gran paciencia y continuó trabajando en cuanto pudo. Murió el 11 de mayo de 1070. Enseguida comenzó a dársele culto.

BEATO GREGORIO CELLI

Presbítero († 1343)

Nace en Verucchio, diócesis de Rímini, Italia, el año 1275 en el seno de una noble familia. Queda huérfano de padre a los tres años. Siendo adolescente siente la llamada de la vida religiosa e ingresa en una comunidad de ermitaños agustinos que había en su propio pueblo natal y que su propia madre había fundado. Oportunamente hizo la profesión religiosa y se ordenó sacerdote.

Años más tarde de su ingreso en la comunidad, ya muerta su madre, chocó con sus compañeros de hábito, seguramente porque él quería en la casa mayor observancia religiosa que la estilada y sus compañeros llevaron a mal estas pretensiones. Incluso parece que su mismo género de vida, austero y observante, sentaba mal en la casa porque era un continuo y callado reproche al laxismo de los demás. El hecho es que la comunidad decidió expulsarlo de su seno y Gregorio tuvo que irse.

Se fue, entonces, al convento del Monte Cerneno, de los religiosos franciscanos, donde halló acogida. Aquí llevó una vida recogida y santa que hizo que a su muerte, el 11 de mayo de 1343, su cuerpo fuera llevado a su pueblo natal y aquí se le comenzara a dar culto. El papa Clemente XIV, que de joven había vivido en Verucchio y se había encomendado al beato en una enfermedad, confirmó su culto el 6 de septiembre de 1769.

BEATOS JUAN ROCHESTER Y SANTIAGO WALWORTH

Presbíteros y mártires († 1537)

Ambos eran monjes de la Cartuja de Londres, cuyo prior era San Juan Houghton. Su martirio tuvo lugar con motivo de la proclamación de Enrique VIII como cabeza de la Iglesia en su país Estos dos monjes, junto con los demás, accedieron a reconocer el nuevo matrimonio del rey con Ana Bolena y así lo firmaron el 25 de mayo de 1534, pensando que con ello se dejaría en paz a la comunidad.

Pero no fue así. Se les pidió más adelante que reconocieran también la soberanía espiritual del rey sobre la Iglesia inglesa, y entonces la comunidad se dividió. Unos aceptaron la propuesta cismática, sin pensar que posteriormente se suprimirían las comunidades religiosas, y otros se negaron bravamente a tal propuesta. Martirizados ya San Juan Houghton y otros dos priores cartujos, estos dos monjes persistieron en su negativa a jurar la supremacía religiosa del rey y fueron enviados a la cartuja de Hull, cuyos monjes habían aceptado el cisma. Aquí fueron denunciados al delegado regio y llevados delante del Duque de Norfolk. Se les juzgó y condenó por desafectos a la cabeza de la

Iglesia anglicana y por ser seguidores pertinaces del obispo de Roma, y fueron condenados a muerte.

Como la muerte a los rebeldes y traidores comprendía no sólo el ahorcamiento sino la descuartización y extracción de las entrañas, ése tendría que haber sido el género de muerte que se les diera a estos mártires. Pero se les hizo gracia del destripamiento y, por ello, en York, el día 11 de mayo de 1537 fueron ahorcados con cadenas de hierro, quedando sus cuerpos expuestos muchos días en el patíbulo y siendo pasto de las aves de rapiña. Hasta el último momento ambos monjes manifestaron su comunión inquebrantable con el Papa y con la Iglesia. El papa León XIII confirmó su culto el 9 de diciembre de 1886.

SAN MATEO LE VAN GAM

Martir († 1847)

Nace en Go-Gong, Viet-Nam, el año 1813. Era un cristiano seglar, de estado casado, y fervoroso en su fe y su ayuda a aquella Iglesia tan perseguida.

Se ofreció para trasladar en su junco a los misioneros desde Singapur y darles entrada clandestina en su país. Hizo un primer viaje que salió bien y pudo sin novedad introducir varios misioneros, pero en el segundo viaje, cuando estaba ya cerca de la costa, fue descubierto por un barco militar. Iban en el junco el vicario apostólico, mons. Lefebvre, un sacerdote, un grupo de seminaristas y objetos de culto. Era el 6 de junio de 1846.

Acusado de principal responsable como dueño y patrón del junco, fue arrestado y llevado a la cárcel de Troi-Ya-Ta. Fue sometido a interrogatorios y torturas para que apostatara pero el mártir permaneció firme. Se pidió la confirmación de la condena al rey, y antes de que ésta llegara, los mismos mandarines que le habían condenado pidieron la suspensión. Pero, molesto el rey por las incursiones francesas, ordenó su ejecución a menos que apostatara. Mateo perseveró en la fe de Cristo y fue decapitado el 11 de mayo de 1847. Fue canonizado el 19 de junio de 1988.

12 de mayo

A) Martirologio

1. Los santos Nereo y Aquiles (s. I), mártires en Roma **.
2. San Pancracio (s. IV), mártir en Roma **.
3. En Axiópolis (Mesia), San Cirilo y seis compañeros (s. III), mártires.
4. En Salamina (Chipre), San Epifanio († 403), obispo **.
5. En Agirone (Sicilia), San Felipe (s. V), presbítero.
6. En Tréveris (Renania), San Modoaldo († 640), obispo *.
7. En el monasterio de Marchiennes, Santa Rictrudis († 678), abadesa *.
8. En Constantinopla, San Germán († 733), obispo, defensor del culto a las sagradas imágenes **.
9. En la Navarra española, Santo Domingo de la Calzada († 1109), presbítero **.
10. En Bolonia (Emilia), Beata Imelda Lambertini († 1333), virgen, de la Orden de Predicadores *.
11. En Aveiro (Portugal), Beata Juana († 1490), virgen, hija del rey Alfonso V, monja dominica *.

B) Biografías extensas

SANTOS NEREO Y AQUILES

Mártires (s. I)

Han llegado hasta nosotros unas actas tardías del martirio de los santos Nereo y Aquiles. Debieron escribirse hacia finales del siglo V, y de las mismas se conservan dos recensiones, una griega y otra latina.

El valor histórico de estas actas es muy dudoso; se trata más bien de una novela que agrupa alrededor de Flavia Domitila a una serie de personajes conocidos por la arqueología, y de cuya existencia no puede en modo alguno dudarse. Suele ser el éxito de todas las leyendas partir de lo cierto para montar un relato fabuloso.

Mombritius, un renacentista del siglo XV, fue quien dio primero a luz estas actas en 1479. De él las tomó Surio para sus *Vitae sanctorum;* de Surio pasaron a los Bolandos en 1680 y de allí corrieron por los «años cristianos» populares. Estudios críti-

cos emprendidos el pasado siglo han conseguido cribar lo que hay de leyenda y de historia en la vida de estos santos mártires.

Veamos primero qué nos dicen las referidas actas.

Flavia Domitila, sobrina del emperador Domiciano, tuvo por servidores a Nereo y Aquiles, que habían sido convertidos por San Pedro, los cuales la persuadieron a rechazar las promesas de matrimonio que la hiciera Aureliano, hijo del cónsul, animándola a abrazar la virginidad.

El papa Clemente, sobrino del cónsul Clemente, recibió los votos de Domitila y le dio el velo de virgen.

Furioso Aureliano por la repulsa de la que había solicitado por esposa, acusa a Domitila y a sus servidores de cristianos, y son desterrados a la isla Ponciana, la cual encuentran pervertida por Furio y Prisco, discípulos ambos de Simón el Mago.

Los santos ruegan a Marcelo, hijo del prefecto urbano Marcos, discípulo de San Pedro, que narre la historia de su maestro y la defección de Simón el Mago.

Mientras que llega Marcelo crece el furor de Aureliano al ver que no puede vencer la resistencia de Nereo y Aquiles y los envía a Terracina, donde el procónsul Menio Rufo los condena a muerte. Auspicio, su discípulo, y padre nutricio de Domitila, transporta sus cuerpos al cementerio propiedad de ésta, en un arenario de la vía Ardentina, junto al sepulcro de Petronila, pretendida hija de San Pedro.

Entretanto, Domitila continúa su resistencia, logrando convertir a sus hermanas de leche Eufrosina y Teodora, animándolas a abrazar la virginidad. Luxurio, hermano de Aureliano, las ordena sacrificar a los dioses, y ante su negativa las encierra en su habitación de Terracina, prendiéndola fuego. Mueren las santas vírgenes, pero sus cuerpos quedan intactos y son enterrados por el diácono Cesáreo en un sarcófago nuevo. Este último martirio ocurre en tiempos del emperador Trajano.

Las actas saben aprovechar toda la rica literatura apócrifa del siglo I: Actas de San Pedro y San Pablo, actas orientales de San Lino, noticias topográficas y aún seguramente tradiciones romanas que perduraban.

Nos encontramos frente a un caso de leyenda hagiográfica característica, basado en el prurito de glorificar a un personaje

—Flavia Domitila— y alrededor del mismo juntar y relacionar otros mártires de los que se tienen escasas noticias.

Con los mártires del siglo I la historia ha sido parca, pues de la persecución neroniana descrita por Tácito, escritor profano, como nombres seguros sólo han llegado hasta nosotros los de San Pedro y San Pablo; los demás quedan en el anonimato.

Ya Baronio, que tanta parte tuvo en la restauración del culto de San Nereo y Aquiles, y fue quien influyó para que su fiesta se desgajara de la de Santa Flavia Domitila, del 7 de mayo, incluyéndola en los nuevos calendarios litúrgicos postridentinos en la fecha de hoy, tiene una frase llena de dudas para las mencionadas actas: *fide non integra.*

Y Tillemont piensa que debieron ser redactadas por algún maniqueo enemigo del matrimonio, pues los diálogos entre Nereo y Domitila, aparte de lo inverosímiles y con frecuencia tan crudos al describir el matrimonio, los trabajos de la gestación y los dolores del alumbramiento, son más un alegato contra las nupcias que una defensa de la virginidad.

Sin embargo, las actas no son las únicas fuentes históricas que poseemos. Existe, en primer lugar, el culto antiquísimo, atestiguado por los más respetables martirologios, por los libros litúrgicos y por los monumentos.

No podemos determinar la época en que los dos santos sufrieron el martirio, tal vez en el siglo I, hacia el año 95, en la persecución de Domiciano. En la de Nerón, algo anterior, no parece probable, por la razón antes dicha. Más razones habría para probar que hubieran muerto en la persecución de Trajano, al tiempo de la propia Domitila.

Dos cosas hay ciertas: el hecho de su martirio y el lugar de su sepulcro. Nereo y Aquiles, que las actas llaman eunucos, con terminología y mentalidad de las cortes bizantinas del siglo V, y las lecciones del Breviario tienen por hermanos, eran simplemente soldados según las noticias del papa San Dámaso, cuando se construyó la basílica de Santa Petronila, mártir, junto a cuyo sepulcro fueron enterrados los dos santos.

Su martirio estaba representado en dos columnitas que debieron servir para el *teguriun* o baldaquino que cubría el altar, y en una de las cuales aparece esculpido el martirio de Aquiles y

su nombre (Acilleus), viéndose a un personaje junto a un poste con las manos atadas a la espalda, el cual recibe del verdugo el golpe fatal. De la otra columna queda solamente un fragmento, y se aprecia algo del bajorrelieve, cuya reconstrucción permite suponer que se trata de la escena equivalente a San Nereo, aunque falte el nombre.

Nos quedan, por fin, unos dísticos de San Dámaso que este Papa, tan devoto del culto de los mártires, dedicó a Nereo y Aquiles. Pequeños fragmentos del epitafio damasiano fueron descubiertos por Rossi, el investigador de las catacumbas, y la totalidad del elogio fue reconstruida a base de las copias que nos legaron los antiguos peregrinos, que lo vieron íntegro, y a través de los manuscritos medievales ha llegado hasta nosotros.

Dice así el elogio martirial de San Dámaso:

> «Nereo y Aquiles, martires
> Se habían inscrito en la milicia y ejercitaban su cruel oficio, *atentos a las órdenes del tirano, y prontos a ejecutarlas, constreñidos* por el miedo.
> ¡Milagro de la fe! De repente dejan su cruel oficio, se convierten, abandonan el campamento impio de su criminal jefe, tiran los escudos, las armaduras, los dardos ensangrentados y, confesando la fe de Cristo, se alegran de alcanzar mayores triunfos.
> Tened noticia por Dámaso a qué alturas puede llegar la gloria de Cristo»

El epitafio de San Dámaso es bastante impreciso. Unas veces la carencia de datos exactos, otras la estrechez de los metros, y su afán de recurrir a frases hechas, lo cierto es que San Dámaso aporta escasas noticias al historiador. Tal vez porque un elogio epigráfico no es la ficha biográfica de una enciclopedia moderna.

Los datos ciertos que el Papa español nos proporciona son la condición militar de los mártires, que pertenecían a la guardia pretoriana del emperador, si el término «tirano» ha de aplicarse a alguno de los césares antes mencionados: Nerón, Domiciano o Trajano.

Que el dicho tirano, abusando de su poder, obligaba a sus soldados a ejercer el oficio de verdugos, ejecutando sus crueles órdenes, que deben referirse a penas capitales.

Que ambos soldados, al convertirse, abandonan su profesión, y al confesar la fe de Cristo alcanzan honroso martirio.

¿Cuál pudo ser la relación de ambos mártires con la familia imperial de los Flavios, aparte de ser enterrados en la propiedad familiar que ellos usaban de cementerio (cementerio de Domitila) y que cedieron a la comunidad cristiana del siglo primero? A ciencia cierta no la sabemos.

¿Habrían sido, ciertamente, convertidos por San Pedro o San Pablo? Las relaciones de los dos apóstoles con la guardia imperial fueron muy intensas, y en la epístola a los Romanos (16,15) aparece un Nereo. Si fueron enterrados en el hipogeo de los Flavios, cuando todavía el cementerio de la vía Ardentina era propiedad particular, no cabe duda que las actas, dentro de su fondo novelesco, nos proporcionan noticias de interés, y tampoco pueden desecharse todos sus datos. Sí, que la Petronila mártir, junto a cuyo sepulcro fueron enterrados Nereo y Aquiles, no es hija de San Pedro, pues se llamaba Aurelia y el cognomen *Petro* (de una de las ramas de los Flavios) dio lugar al equívoco. Pudieron ser desterrados a la isla Poncia Nereo y Aquiles, pudieron huir a la misma y encontrarse allí con Flavia Domitila, y animarla en su desgracia, o tal vez pudieron ser adscritos a su servicio, cuando, al hacerse pública su situación de cristianos, entre que se solventaba su caso, bueno era dejarles juntos y que se ayudasen en el destierro de la isla.

Lo cierto es que hay indicios seguros para suponer relaciones indiscutibles entre este grupo de santos. Y tratándose de relatos tan venerables por su antiguedad, hemos de proceder con cautela y tratar con respeto las referencias que nos ofrece el pasado.

El culto de los Santos Nereo y Aquiles es antiquísimo, localizado junto al sepulcro de Aurelia Petronila, en el cementerio de la vía Ardentina. La tumba y la basílica subterránea que llevan su nombre fueron levantadas por el papa Siricio en 390.

Anteriormente, esta basílica llevaba el título de Fasciola, que hacia el siglo VIII se empezó a perder, para conservarse el de los santos mártires. En el siglo XIII fue restaurada, pero nuevamente sufrió el abandono al despoblarse aquella región romana en la Edad Media, y entonces el papa Gregorio IX transportó a la iglesia de San Adriano, en el foro, las reliquias de los mártires. El papa Sixto IV, en la fiebre del primer Renacimiento, vuelve a

restaurar la basílica, que un siglo después necesitaba nuevamente de urgente reparación, la cual llevó a cabo el propio cardenal Baronio al solicitarla como su título cardenalicio. A la misma devolvió las reliquias, recabando con este motivo que su fiesta se celebrase el 12 de mayo.

En la primitiva basílica de San Nereo y San Aquiles pronunció San Gregorio Magno su homilía 38 sobre la curación del hijo del régulo, que todavía rezábamos en el breviario los sacerdotes antes de la reciente simplificación de rúbricas, en que la condición litúrgica de semidoble de estos mártires ha pasado a la categoría de «simple». Desde luego este evangelio contiene una alusión a la difusión del cristianismo entre los miembros de la casa imperial de los Flavios. Las palabras «Y creyó él y toda su casa» no dejarían de producir profunda impresión dichas por el diácono bajo las bóvedas terrosas del cementerio de la vía Ardentina, donde se guardaban las tumbas de Nereo y Aquiles, de Flavio Clemente, de Flavio Sabino y de otros familiares de Domiciano.

CASIMIRO SÁNCHEZ ALISEDA

Bibliografía

Act. SS Boll., 12 de mayo· *Acta de SS. Nereo et Achilleo eunuchis, Flavia Domitilla,* etc
ACHELIS, H, *Acta sanctorum Nerei et Achillei* (Texte und untersuchungen zur Geschichte der altchristlichen Literatur, XI fasc.2, Leipzig 1893).
FRANCHI DE CAVALIERI, P., *Note agiografiche* (Roma 1909) 43s.
SCHUSTER, A. I, *Liber sacramentorum,* VII (Turín 1941) 169s
SURIUS, L., *Vitae sanctorum,* V (ed. 1618) 147s.
TILLEMONT, L S. DE, *Mémoires pour servir à l'histoire ecclésiastique des six premiers siecles ..,* II (Venecia) 128s

SAN PANCRACIO

Mártir (s. IV)

Pocos santos han conseguido en nuestro tiempo una popularidad tan llamativa como San Pancracio. Su figura de joven agraciado, vestido con rica túnica y rojo manto romanos, (apuñando) con su mano izquierda la palma del martirio y el Libro Sagrado y con la derecha apuntando hacia lo alto, se ha hecho familiar en casi todos los hogares españoles. Sin embargo, entre

el tiempo de su existencia y el nuestro median casi mil setecientos años de distancia, pues nos hallamos ante uno de los mártires de los siglos III o IV.

Quizás esta actualidad se deba a que hoy se recurre a este joven, casi niño, porque lo hemos convertido en abogado «para encontrar trabajo» y «obtener buena salud», una duplicidad de obsesiones que afectan muy de cerca a la mayoría de los hombres, incluidos los cristianos.

La oración con la que se le invoca nos parece muy válida:

> «Glorioso San Pancracio, alcanzadme de Dios trabajo honrado y suficiente para todas las necesidades de esta vida temporal. Os pido salud y fuerza para cumplir con mi trabajo A través de el espero alcanzar la vida eterna Por Cristo nuestro Señor»

Al lado de tan sencilla y suficiente oración se han diseñado una serie de ritualizaciones añadidas que no sirven más que para ridiculizar las profundidades de la fe, medio suficiente cuando queremos dirigirnos a nuestros intercesores celestiales. Uno de estos extremos, muy creído y practicado, consiste en colocar al lado del santo ramas de perejil. Algo tan absurdo como inútil.

La vida de San Pancracio por sencilla nos resulta atractiva. Nació en Frigia, ciudad de la Turquía actual, probablemente el año 286. Sus padres, Cledo y Quiriade, eran ricos y nobles. Muy pocos días después del nacimiento perdió a su madre y algunos años más tarde a su padre, quien antes de morir encomendó el hijo a su hermano Dionisio, convirtiéndolo también en administrador de su cuantiosa fortuna. Pronto tío y sobrino marcharon a Roma donde tenían parte de sus bienes y providencialmente se establecieron en el monte Celio. Allí estaba refugiado el papa Cornelio, que logra convertirlos al cristianismo, cuando se habían acercado hasta él atraídos por la fama de los muchos convertidos.

Muy pronto la intrepidez juvenil lo convirtió en ferviente propagador de las doctrinas recién abrazadas, sobre todo a partir de la muerte de su tío Dionisio. Fue la noticia de tantos predicadores y tantas conversiones la que preocupó al emperador Diocleciano, quien mandó publicar un decreto contra los cristianos, condenándolos a la muerte sin proceso previo. Uno de los creyentes buscados y capturados fue el propio Pancracio.

Presentado ante el emperador llamó la atención su juventud y hermosura, que unida a la nobleza de su origen, movieron a Diocleciano, que recordaba a su padre, para intentar con él un trato diferente, convencido de que con halagos conseguiría de sus 14 años la renuncia de su fe, sobre todo cuando le prometió que estaría siempre a su lado y en el mismo palacio imperial.

Todo inútil. Como respuesta se ponen en boca del joven Pancracio estas estremecedoras palabras:

> «Señor, inutilmente te fatigas, si te persuades que me haras perder la fe, amenazandome con que he de perder la vida, no saben los cristianos qué cosa es temer la muerte, toda su dicha es derramar la sangre por Jesucristo, los suplicios apresuran su eterna felicidad, y para ellos expirar en los tormentos es conseguir una gloriosa victoria» (J Croisset)

Pancracio fue condenado y sufrió martirio en un lugar de la Vía Aurelia. Al llegar la noche, su cuerpo fue recogido por una piadosa mujer llamada Octavila, que, ayudada por otros cristianos, le dio sepultura en lo que entonces era cementerio común y donde más tarde se levantó la basílica en su honor. Los hechos ocurrieron el 12 de mayo del año que algunos señalan como 304.

Evidentemente en este relato hay algunos anacronismos, pues, bautizado el santo por el papa Cornelio muerto en el 253 y martirizado el santo con catorce o quince años por orden de Diocleciano, hacia el año 304, aparece una discordancia que algunos corrigen cambiando el nombre del papa Cornelio por el también papa Marcelino o bien cambiando el nombre de los emperadores, trasladando el martirio a los tiempos de Valeriano y Galieno. El P. Croisset afirma que el papa en cuestión es Marcelino que gobernó la Iglesia desde el 296 al 304, algo perfectamente lógico y normal.

Hoy estos anacronismos se explican fácilmente pues para magnificar la popularidad del santo, al escribir su *Passio* —el relato de su martirio— se hacen coincidir los hechos con personajes de extremada relevancia en la vida de entonces: Diocleciano como el más cruel de los perseguidores de los cristianos. Cornelio, uno de los papas santos más celebrados en la antiguedad, sobre todo desde las apologías de San Cipriano.

Lo que resulta incuestionable es su existencia y esa popularidad, que ha llegado hasta nuestro tiempo. Su culto se remonta al siglo IV, aunque la mención primera que conocemos se localiza en el siglo V, cuando se le menciona en el *Martirologio jeronimiano,* a mediados de ese siglo

Su popularidad comenzó a partir de la edificación de un templo sobre su tumba, cuando el papa Símaco mandó levantar en su honor y sobre su tumba una basílica en los primeros años del siglo VI, posiblemente sobre otro templo ya existente. Más tarde otro papa, Honorio I, construyó sobre ella un nuevo templo entre los años de 625 y 638. Hechos que quedaron grabados sobre el propio sepulcro de San Pancracio:

> «Por los meritos insignes y las singulares gracias del Bienaventurado Pancracio, el obispo Honorio, siervo del Señor, para bien del pueblo de Dios, ordeno derribar el viejo edificio que amenazaba ruina y no contenia los restos del santo, debido al descuido de los antiguos, mando construir de nueva planta otra iglesia y, dentro del altar adornado con marmoles preciosos, coloco las reliquias que antes estaban en la pared exterior del edificio»

Quedan así definitivamente garantizados los fundamentos para que el joven mártir cristiano gozara de amplísima popularidad, algo que, aunque no tan masivamente, ya se había iniciado en los mismos días de su muerte. Luego se escribiría la narración de su martirio o pasión, popularizada posiblemente en el siglo VI, coincidiendo con la edificación de la basílica, sobre su tumba. Su nombre venía ya figurando desde el siglo V en los martirologios como el jeronimiano del siglo V, de donde pasó al romano

Coinciden en este santo una serie de calificativos que obsesionan a las gentes de nuestros días. belleza, martirio, trabajo y riquezas. Algo que nos explica la cantidad de invocaciones con las que viene acudiendo a él el pueblo cristiano a lo largo de los distintos siglos. A todo ello hay que añadir los milagros obrados por su intercesión

Uno de los lugares donde su popularidad conoce los más altos niveles es Inglaterra, gracias a la dedicación de una de sus primeras iglesias, realizada por San Agustín de Canterbury a finales del siglo VI.

La lista de remedios que el pueblo cristiano ha buscado en San Pancracio a lo largo de los tiempos es variable. Sabemos por ejemplo que aún en el siglo XIX el ramo textil de Barcelona lo tenía como patrón. Todavía quedan bastantes ciudades en el mundo que lo celebran como patrón: Bergen, Albano, Giesen, Leiden, etc.

Muchos acuden a él para defenderse del perjurio, la calumnia y el falso juramento. San Gregorio de Tours en el siglo VI nos habla ya de la costumbre de acudir al sepulcro de San Pancracio para ser absuelto de los falsos juramentos, pues se le creía vengador de perjurios.

Se le invoca contra los espasmos, calambres, dolores de cabeza y las enfermedades de la piel. En Francia se acude a su protección para prevenir las siembras de las heladas tardías de mayo. Y por supuesto y universalmente para buscar trabajo y gozar de buena salud. Todo un repertorio de necesidades que la limitación humana siente con frecuencia y que para dirigirse al cielo ningún aliado mejor que un niño inocente de 14 o 15 años.

Su fiesta se celebra el 12 de mayo, haciendo coincidir su martirio con el de los santos Nereo y Aquiles. En Roma hay una iglesia que desde 1517 es título cardenalicio. Antiguamente las madres romanas llevaban allí a sus hijos el domingo octava de Pascua, pues desde los días del papa Símaco estaban colocados unos baños en las cercanías de la iglesia dedicada a su nombre. Aún ahora muchos jóvenes suelen reunirse en sus cercanías.

La iconografía cristiana también lo celebra como un caballero cubierto totalmente con su coraza y apoyado en una lanza o espada. La imagen del Museo de Basano en Italia se ha hecho muy popular. Quizás por eso también hacia aquí dirigen su mirada los caballeros alemanes que le tienen por patrono.

En cualquier caso, la figura de San Pancracio forma en la línea admirable y admirada de santos niños que brillan en el cielo de la Iglesia, como Eulalia de Mérida, Pelayo de Córdoba, Inés de Roma, Póntico de Lyón o Segunda de Thuburbo en Túnez. Todos hacen realidad el lema en latín que figura en la estampa con que se populariza ahora San Pancracio y que traducido quiere decir: «Venid a mí y yo os daré todos los bienes».

JOSÉ SENDÍN BLÁZQUEZ

Bibliografía

CROISSET, J., SJ, *Año cristiano, o ejercicios devotos para todos los días del año. Mayo* (Madrid 1867) 243s.
Gran enciclopedia Rialp. Tomo letra P, p.735.
RIMOLDI, A. - CELLETTI, M C., «Pancrazio di Roma», en *Bibliotheca sanctorum.*

SAN EPIFANIO DE SALAMINA

Obispo († 403)

Epifanio, monje primero y luego obispo de Salamina, es uno de los Padres de la Iglesia que han dejado huella en la historia de la comunidad cristiana por su obra personal en vida y por sus escritos. Era un hombre temperamental, todo un carácter, poco amigo de finuras y componendas, que puso la totalidad de sus energías al servicio de la verdad ortodoxa frente a cualquier herejía y al servicio de la unidad y la estabilidad de la Iglesia. Nadie pudo negar su celo extremo por la gloria de Dios, un celo útil y necesario, un celo en consciente y fecundo contraste con quienes por una u otra causa no dudaban en componendas con las herejías. Ciertamente Epifanio no fue un pensador original, quizás ni siquiera un pensador en el sentido estricto de la palabra, y no verdaderamente un teólogo, pero sí un erudito, un hombre de profunda cultura, un gran lector en sus años de monasterio, capaz por ello de insertar en sus escritos numerosas citas de escritos significativos para la historia del desarrollo del pensamiento cristiano. No era ciertamente un escritor afortunado, sobre todo por ser muy prolijo, pero sus obras no dejan de tener un interés muy concreto.

En Epifanio no busquemos al especulativo, porque él es ante todo un testigo de la tradición de la Iglesia, a la que apela siempre como argumento decisorio, y cuyo exponente él sostiene, como nadie en el siglo IV, que es el magisterio de la Iglesia. Es ahí, en la enseñanza de los maestros autorizados de la fe, a quienes Cristo confía su rebaño, donde hay que encontrar el criterio seguro para estar ciertos de la ortodoxia de una doctrina. Defensor de la doctrina trinitaria católica y de la integridad natural de Cristo contra el apolinarismo, él defiende a su vez la perpetua virginidad de María. Nos habla de la venida de San Pedro a Roma junto con San Pablo y cita la lista de los sucesores

del apóstol Pedro en la sede romana. Bien sabida es su oposición al culto de las imágenes sagradas, y su nombre no pudo menos que ser invocado en la contienda iconoclasta.

Con respecto a las obras que poseemos de él, hay que señalar dos escritos polémicos, el *Ancoratus* y el *Panarion,* y el tratado *Sobre medidas y pesos,* en cuya primera parte trata del canon y las versiones del Antiguo Testamento y describe en la tercera parte la geografía de Palestina, y una explicación alegórica de las doce piedras, refiriéndose a las que adornaban el pectoral del sumo sacerdote judío. De su correspondencia no quedan más que dos cartas, una al obispo Juan de Jerusalén y otra a San Jerónimo. Se le han atribuido también otros escritos, tenidos hoy por apócrifos. El *Ancoratus,* que hay que traducirlo por «bien anclado», fue compuesto el año 374 a petición de los cristianos de Panfilia, que deseaban tener un manual de la fe cristiana sobre la Trinidad y particularmente sobre el Espíritu Santo. El santo les dirigió este escrito con la finalidad de que fuera para ellos un ancla segura en medio de las constantes agitaciones de las controversias arrianas o semiarrianas. Esta exposición doctrinal se completa por dos símbolos que el obispo recomienda para la administración del bautismo, el primero, más corto, parece ser el símbolo bautismal de Salamina, anterior a su llegada a la sede episcopal; el segundo parece ser obra del propio San Epifanio o quizás una revisión suya del símbolo usado en Jerusalén. Se ha pensado que pudo servir de base al símbolo de Constantinopla del año 381. El *Panarion* o «caja de remedios contra las herejías», fue compuesto entre el 374 y el 377 y es sin duda su obra principal. Destinado a curar a los mordidos por las serpientes de las herejías y a preservar a los aún incólumes, cuenta entre las herejías los errores filosóficos previos al cristianismo. Para él los griegos, los epicúreos, los fariseos, los escitas, los bárbaros, etc., son herejes. Su mayor interés está en que el libro es testigo de las herejías de su tiempo, del siglo IV. Acaba con una exposición de la fe como conclusión.

En cuanto a los datos de su biografía señalemos que Epifanio nació en Palestina, no lejos de Eleuterópolis (hoy Beit-Djibrin), no lejos de Gaza. El año de su nacimiento fue en torno al 315. Nacido en el seno de una familia cristiana, se educó en la

fe del evangelio y fue desde joven un creyente sincero y ardoroso. Su familia le proporcionó una buena formación literaria, gracias a la cual manejaba cinco idiomas: el griego, el hebreo, el siríaco, el copto y el latín.

Conoce al gran asceta y solitario de Gaza, San Hilarión, y queda impactado por su ejemplo y por sus consejos sobre la vida espiritual y la perfección cristiana. Hilarión, nativo de la propia Gaza, no había nacido cristiano pero cuando estudiaba en Alejandría conoció el cristianismo y se convirtió, y decidió adoptar el ejemplo de vida de San Antonio Abad, siendo él quien introduce la vida monacal en Gaza, y viéndose muy pronto rodeado de discípulos con los que funda establecimientos de monjes por toda Palestina. Epifanio fue amigo de San Hilarión, de quien escribiría una biografía utilizada por San Jerónimo. Quizás con el consejo de San Hilarión marcha a Egipto y visita a sus monjes y solitarios, tomando entonces la decisión de hacerse él también monje. Tenía unos veinte años. Vuelve a Gaza y funda un monasterio en Beth-Saddouq, como se llama hoy, no lejos de Eleuterópolis. Aquí pasaría los siguientes treinta años, dedicado a la oración y el estudio, y viviendo con la austeridad y vida mortificada propia de los monjes. Presidió su monasterio con celo y determinación y tuvo muchos discípulos, a quienes dirigió por la senda de la perfección evangélica. Adquirió una gran reputación como persona de mucha ciencia y mucha santidad, a la que se atribuían también milagros, como señala el *Martirologio.*

Su vida sufre un gran cambio el año 367 cuando es designado para la sede metropolitana de Constancia, llamada anteriormente Salamina, en la isla de Chipre. Su llegada a la dignidad episcopal no le quitó nada de su condición de verdadero asceta, que conservará toda su vida. Él señalará un orden o jerarquía mística de las almas, y dirá que sus grados son la virginidad, la vida solitaria o anacorética, la continencia, la viudedad y el estado de matrimonio.

No se tienen muchos detalles acerca de sus actos de gobierno episcopal en Salamina, pero todos los historiadores están de acuerdo en que Epifanio debió ser un obispo modelo, atento al desarrollo de la vida cristiana en su diócesis, y sólo a una con-

ducta modélica puede deberse el prestigio de santo y la fama de taumaturgo que tuvo siempre. Sin duda él velaba sobre todo por la ortodoxia de la doctrina que se enseñaba en su diócesis y de la que él era el transmisor y guardián autorizado, y le preocupaba muchísimo la fidelidad de toda la comunidad cristiana, no sólo de su diócesis, a la recta doctrina. Sus dos principales escritos, que ya hemos señalado, el *Ancoratus* y el *Panarion,* lo muestran fuertemente preocupado por la presencia de las herejías y muy atento a cualquiera de las manifestaciones de la heterodoxia a la que hay que combatir. Antiguo amigo de Apolinar, en cuanto éste expone su doctrina herética, Epifanio se opone a él, y lo mismo hará con el origenismo, al que combate con la mayor vehemencia. Tenía muy mal concepto de la doctrina de Orígenes, en quien veía la raíz de muchas herejías. No dudará en chocar, para combatir el origenismo, con Juan de Jerusalén y con el propio San Juan Crisóstomo.

El conflicto origenista se abrió en Jerusalén. Un monje, Artemio, acusó al obispo Juan, al propio San Jerónimo y a Rufino, de favorecer el origenismo. Ello fue el año 393, y parece que el monje había sido enviado por San Epifanio. De todos modos el santo obispo de Salamina se hace presente personalmente en Jerusalén al año siguiente durante el tiempo pascual, y en un discurso delante del obispo atacó públicamente la doctrina de Orígenes. Ambos obispos, Juan y Epifanio, no se entendieron y Epifanio no dudó en romper la comunión con Juan y retirarse a Eleuterópolis, donde no duda en ordenar de sacerdote a un monje de Belén, Pauliniano, súbdito del obispo de Jerusalén. Éste protestó y Epifanio volvió a su sede chipriota, desde la que escribió al obispo Juan una carta que no arregló las cosas. Cuando años más tarde el obispo de Alejandría, Teófilo, que había seguido las doctrinas de Orígenes, renuncia a ellas y emprende su campaña contra los partidarios de Orígenes y luego contra San Juan Crisóstomo, alegando que éste había acogido a algunos monjes origenistas de Nitria, San Epifanio no pudo menos que alegrarse y apoyar a Teófilo, sin ver que las acusaciones contra el obispo de Constantinopla estaban llenas de falsedades. El año 402, luego de haber celebrado un concilio antiorigenista, marchó a Constantinopla y se puso de parte de los enemigos de

San Juan Crisostomo, aunque a tiempo rectificó Volvia a su diócesis cuando a la edad de 88 años murió en el camino. Era el año 403.

JOSE LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

ALTANER, B, *Patrologia* (Madrid 1962)
CAYRE-F, F, *Patrologie et histoire de la theologie* (Paris 1947) 3 vols
QUASTEN, J, *Patrologia* I *Hasta el Concilio de Nicea* II *La edad de oro de la literatura patristica griega* (Madrid ⁶2001) 2 vols

SAN GERMÁN DE CONSTANTINOPLA

Obispo († 733)

Nacio el 635, siendo Heraclio emperador bizantino Su padre fue un prestigioso patricio, llamado Justiniano, muerto alrededor del 669 por orden del suspicaz o envidioso emperador Constantino Pogonato. De la vida y actividad de Germán antes de obtener su primera prelacía apenas sabemos nada. Dos documentos antiguos (un menologio y un sinaxario) nos ponderan su afición a las Escrituras y a la contemplación, su viveza de ingenio y experiencia de los negocios En todo caso parece que ya antes del 711 era obispo de Cízico en el Helesponto Poco después el *monotelismo* (herejía defensora de una sola voluntad en Cristo), aunque ya recibido el golpe de muerte en el VI concilio ecuménico de 681, revivió por corto espacio con el emperador Filípico (711-713), el cual presionó de tal modo a Germán, que el anciano prelado tuvo la debilidad de ceder en el sínodo de Constantinopla, año 712. Pero su reacción en pro de la ortodoxia fue rápida

Al subir al trono de Oriente el católico Artemio (Anastasio II) mejora la situación Depuesto Juan VI, patriarca heterodoxo de Constantinopla, es nombrado sustituto suyo, en 715, Germán, que cuenta ya unos ochenta años, pero cuyo espíritu joven sabrá resistir los embates de sus adversarios en la época subsiguiente. Se suele colocar al comienzo de su patriarcado un sinodo de 100 obispos, donde habrían sido anatematizados los autores del monotelismo, entre otros los antecesores de Ger-

mán en la sede constantinopolitana, Sergio, Pirro y Pablo. Pero, según Grumel, el documento de las Actas es, por lo menos, dudoso. Sin embargo, el repudio de aquella herejía se manifiesta en la carta del santo a los armenios, de que hablaremos después. De todos modos, la gloria más excelsa de Germán es su actitud indomable ante la herejía *iconoclasta,* denominada así por propugnar la destrucción de las imágenes (de Cristo y de los santos).

El furor de este movimiento, avivado por cierta tendencia oriental, idealista y antiplástica, data del siglo VIII. Sea por influjo de la actitud hostil de los árabes (para quienes el culto cristiano de tales representaciones sensibles equivalía al idolátrico de los paganos), sea por motivos religiosos de reforma (ante algunos abusos de la época en lo tocante a este culto), tal vez por razones políticas de césaropapismo, o mejor aún por la educación del emperador León III el Isáurico (716-741) en un ambiente de paulicianismo maniqueo, lo cierto es que este príncipe desencadena una violenta lucha contra las imágenes en 725 con la adhesión de algunos obispos (sobre todo de Constantino de Nicolia en Frigia), que quizá veían en el culto de los iconos un estorbo para la conversión de los infieles.

Germán resiste desde el principio. Debió ser bien doloroso para el santo recordar la escena (ca.717) donde él mismo había coronado a León, conforme al ceremonial católico, y donde el príncipe había jurado retener la fe verdadera, decisión reiterada por él en carta al papa Gregorio II. Ahora, en 724-725, León cambia por completo y da comienzo a su campaña iconoclasta. Germán pone en guardia al Pontífice y le informa de su resistencia al emperador. El texto de la carta se ha perdido, pero se conserva la respuesta del Papa, lleno de admiración ante la actitud vigorosa del patriarca, que contaba entonces unos noventa años: «Cada hora me acuerdo de tu entrega y considero mi más sagrado deber el saludarte como a hermano mío y propugnador de la Iglesia».

También se conservan otras tres cartas del santo, referentes a esta misma controversia. Una a Juan, metropolitano de Synades, a propósito del ya citado Constantino de Nicolia, hostil al culto de las imágenes, otra a éste, recordándole las promesas

hechas a Germán de cesar en su actitud iconómaca, y la tercera a Tomás de Claudiópolis: en esta última principalmente se esfuerza el Patriarca en demostrar por la Escritura y los Padres que la honra tributada a las imágenes de Cristo, la Virgen y los santos no es idolatría, sino culto dirigido al prototipo a través de la representación sensible.

Más emotiva es la admonición al mismo emperador (17 de enero del 730), donde el casi centenario prelado se declara dispuesto a morir en defensa del culto de las imágenes: hermoso es dar la vida por el nombre de Cristo, impreso en su efigie externa. Tal grandeza de alma, junto con el apoyo que el Papa y San Juan Damasceno prestaban al patriarca, contiene a León de tomar decisiones demasiado violentas, pero manifiesta su deseo de que Germán señale sucesor en la sede constantinopolitana. Finalmente, en una reunión celebrada por el emperador, el noble anciano, despojándose de su ropaje episcopal, concluye un largo discurso con estas palabras: «Si soy como Jonás, que se me arroje al mar; pero haría falta un concilio ecuménico para que yo cambiara mis creencias». Después se retira a Platanión, finca de familia, cercana a la capital, y allí muere en 733.

Las epístolas dogmáticas de Germán fueron leídas y aprobadas con cálidos elogios en la cuarta sesión del segundo concilio Niceno (el séptimo concilio ecuménico) el año 787. Otra carta a los armenios defiende la doctrina calcedonense sobre las *dos naturalezas* en Cristo, rechazando, por otra parte, toda sospecha de nestorianismo. También se explica en ella el dogma cristológico de las *dos operaciones y dos voluntades,* lo cual es una abierta repulsa del monotelismo.

De vitae termino es el título latinizado de un diálogo del santo, donde se justifica el proceder de la divina Providencia al asignar a cada hombre diferente duración de vida: tal discrepancia no proviene de la ciega casualidad; todo está previsto y decretado por Dios. Otro escrito teológico-histórico de Germán enumera concisamente la serie de herejías aparecidas a lo largo de los siglos y los sínodos celebrados para combatirlas.

Especial interés reviste el aspecto oratorio-pastoral del patriarca. Los nueve sermones que llevan su nombre revelan un estilo cuidadoso y una retórica a tono con el ampuloso ambien-

te literario de la época. El género dialogado, que ya en el siglo IV ocupa un puesto de honor en la homilética, toma, a partir del siglo siguiente, un carácter «nuevo, poético y afectivo». Fecioru nos ofrece recientemente un ejemplo al editar (en el texto griego de Migne, completado con el del códice gr.964 de la Academia Rumana) un sermón de Germán acerca de la Anunciación.

Desde el punto de vista doctrinal son importantes sus sermones mariológicos, por ejemplo en lo tocante a la *mediación universal* de la Virgen. Dos de ellos, consagrados a la muerte *(= Dormición)* de Nuestra Señora, son buen testimonio de la creencia del docto y piadoso patriarca en la asunción corporal y en la realeza de la Madre de Dios.

Los golpes de la corrupción no podían quebrar el vaso de la divinidad, ni el cuerpo virginal, todo casto y santo, iba a resolverse en polvo, como el de la antigua Eva, madre del polvo. No así María: Madre de la vida y de la luz, es transportada al paraíso, llenándolo de su propia gloria; es el tránsito al descanso celeste y a las delicias de Dios.

AUGUSTO SEGOVIA, SI

Bibliografía

Act SS Boll., 12 de mayo: comentario de HENSCHENIUS. Véase PG 98.

Art. «Germanus», en A. VACANT - E. MANGENOT - E. AMANN, et al. (dirs.), *Dictionnaire de théologie catholique.* VI/1: *Flacius Illyricus-Gezon* (París ²1947) cols.1300s.

BARDENHEWER, O., *Geschichte der altkirchlichen Literatur,* V (Friburgo 1932) 48s.

CARLI, L., «La dottrina sull'assunzione di Maria Ssma. di S. Germano di Constantinopla»: *Marianum* 3 (1941) 47s.

CHEVALIER, C., «Les trilogies homilétiques des fêtes mariales»: *Gregorianum* 17 (1937) 372s.

GRUMEL, V., «L'iconologie de S. Germain de Constantinople»: *Échos de l'Orient* 25 (1922) 165s.

HEFELE, C. J. - LECLERCQ, H., *Histoire des Conciles d'apres les documents originaux,* III (París 1907-1952) 599s.

LIST, J., *Studien zur Homiletik Germanos I von Konstantinopel und seiner Zeit* (Atenas 1939)

SANTO DOMINGO DE LA CALZADA

Presbítero († 1109)

El célebre santuario de Santo Domingo de la Calzada está situado en La Rioja, separada de la antigua Cantabria por el río

Ebro, en el que desemboca el Oja, del que recibe su nombre. Por la celebridad de este santo, ha sustituido al antiguo nombre de *La Calzada* que tenía la población, que con sus torres almenadas y la fertilidad de sus campos sirvió durante mucho tiempo de lugar de descanso y de orientación a los peregrinos compostelanos.

Ahora bien, precisamente en nuestros días, en que tanto se pondera a los pioneros y organizadores y, por así decirlo, a los padres de los diversos territorios; en medio de los trabajos de investigación y los estudios minuciosos sobre todo lo relacionado con las antiguas peregrinaciones medievales y el célebre «Camino de Santiago», que a través de todo el centro de Europa y del norte de España se dirigía a Santiago, es justo presentar en su debido relieve la parte fundamental que se debe a Santo Domingo de la Calzada. Él fue, de hecho, el verdadero organizador y constructor de aquella *calzada,* que guiaba y daba seguridad a los peregrinos en una de las encrucijadas más peligrosas de su larga peregrinación, por lo cual debemos afirmar que está plenamente justificado el entusiasmo que siente La Rioja y toda Castilla y España entera por Santo Domingo de la Calzada, que se distingue por un tipo de santidad sumamente original y, nos atrevemos a decir, *moderno.*

Las fuentes en que se basan nuestros conocimientos sobre la obra de este insigne santo, aparte toda la tradición y los vivientes documentos existentes en La Rioja, son las dos siguientes: una *Vita,* contenida en un antiguo leccionario asturiano, que fue reproducida íntegra en el *Acta Sanctorum* de los Bolandistas, y la célebre relación de los *Milagros,* compuesta por Luis de la Vega, publicada igualmente por los Bolandistas.

Nos es desconocida la fecha de su nacimiento, que debió de ocurrir en la primera mitad del siglo XI. En cambio, se designa la población de Viloria, de la región de Cantabria, no lejos de La Calzada, como su pueblo natal. Nada se nos refiere sobre sus padres y sobre los primeros años de su vida; pero podemos fundadamente suponer que sus padres fueron pobres aldeanos y que Domingo se ocupó en sus años juveniles en las duras faenas del campo y en el oficio de pastor. Entregado, pues, de lleno a sus tareas cotidianas, pensaría indudablemente en su

porvenir. A este problema, en efecto, se refieren las primeras noticias que de él se nos han transmitido, que debemos colocar en torno al año 1050.

Sabemos que por estas fechas se presentó al abad del monasterio benedictino de Valvanera, sito en La Rioja, no lejos de Nájera, y le rogó insistentemente la admisión en la Orden. Sin embargo, el abad no lo quiso admitir. Entonces se dirigió al célebre monasterio riojano de San Millán de la Cogolla, mas tampoco allí fue admitido. Como explicación de esta doble negativa, se indica en la *Vita* que el abad suponía que este deseo de admisión en el monasterio no procedía de una verdadera vocación, sino del ansia de sustraerse al duro trabajo del campo y encontrar una fácil colocación en el monasterio. De hecho, la presencia exterior del joven y su absoluta falta de instrucción daban algún pretexto para obrar así, sobre todo si se tiene presente que eran frecuentes los casos de vagabundos que buscaban de este modo una manera de vivir sin trabajar.

Viendo, pues, el joven Domingo que se le cerraban las puertas de los monasterios, pero decidido a entregarse por entero al servicio de Dios, se fue inmediatamente a la cabaña de un solitario retirado en las proximidades de San Millán, a quien le propuso su plan de vida solitaria. A esto siguióse una larga conversación sobre el desprecio y apartamiento del mundo, con lo que, entusiasmado el santo eremita de los ardientes y sinceros deseos de perfección de Domingo, le ofreció su propia cabaña. Entonces, pues, rechazando Domingo este acto de desprendimiento y bien aleccionado en la práctica de la vida solitaria, se retiró a los parajes llamados *Bureba,* lugar ocupado ahora por la población de Santo Domingo de la Calzada, sitio entonces agreste y solitario. En este lugar construyó rápidamente una cabaña, que constituye el primer escenario de su entrega a Dios.

Cinco años permaneció allí dedicado de lleno a la contemplación y aprendiendo de la misma naturaleza las sublimes lecciones de la más elevada santidad. Al mismo tiempo inició ya entonces lo que debía constituir posteriormente el distintivo característico de su vida. Con el objeto de llenar útilmente las horas del día y con el fin de procurarse el sustento, transformó las

incultas tierras que rodeaban su cabaña en fértiles tierras de labor, plantó árboles y realizó algunas otras obras que constituyeron la base de la futura *calzada*.

En estas circunstancias se presentó en aquella región el santo obispo de Ostia, Gregorio, quien se entregó en aquel territorio a predicar la palabra de Dios. Domingo creyó ver en esto la manifestación de la voluntad divina, y, ardiendo en ansias de instrucción y de perfección, se puso enteramente al servicio de aquel prelado. De este modo, durante el largo tiempo que estuvo en contacto con él adelantó extraordinariamente en sus conocimientos religiosos.

A la muerte de su protector Gregorio, se encuentra Domingo en el momento más decisivo de su vida. Entonces se decide a volver a Bureba, al lugar donde había vivido cinco años de vida eremítica. Mas, con el trato de San Gregorio de Ostia y de otras gentes, se habían ensanchado sus ideales y se había abierto el horizonte de sus aspiraciones. Ahora llevaba en su mente un plan grandioso. Deseaba transformar aquellos parajes en un punto de descanso y apoyo para los numerosos peregrinos que los atravesaban camino del gran santuario de Santiago de Compostela. De hecho, ésta es la incomparable obra realizada por Santo Domingo de la Calzada, que dio su nombre a la población que surgió en aquel lugar y a la catedral y santuario que en ella se levantó.

Por un lado es conocido el hecho de que, precisamente a lo largo del siglo XI, se había ido desarrollando una devoción cada día más intensa al sepulcro de Santiago. De todas partes de Castilla, Aragón y Cataluña, y, lo que es más significativo, desde todos los territorios cristianos de Europa, de Francia, los Países Bajos y Alemania, e incluso Inglaterra e Irlanda, Suecia y Noruega, Rusia y Polonia, acudían peregrinos en dirección a Santiago de Compostela. Todos ellos, atravesando toda Francia y entrando por Irún e internándose luego en La Rioja y Castilla, se dirigían al venerado santuario de Santiago. Tan intensa llegó a ser esta devoción, que en torno al año 1100 Compostela llegó a ser, después de Tierra Santa y del sepulcro de los príncipes de los apóstoles Pedro y Pablo en Roma, el santuario más concurrido de toda la cristiandad.

El culto tributado a las reliquias del apóstol Santiago, primero en la Iglesia levantada por el rey de Asturias Alfonso II el Casto, hacia el año 820, y luego en la que hizo construir a fines del mismo siglo Alfonso III el Magno, había continuado intensificándose, hasta que el terrible Almanzor, poco antes del año 1000, arrasó por completo toda la comarca, pero dejando afortunadamente intacto el sepulcro del apóstol. Por eso, pasada rápidamente aquella borrasca, se incrementó más todavía el culto de Santiago durante todo el siglo XI. De este modo, el arzobispo de Santiago Diego Peláez puso en 1077 la primera piedra de la gran catedral hoy existente, que otro gran arzobispo, Diego Gelmírez, terminó en el siglo XII.

Ahora bien, el lugar escogido por Santo Domingo de la Calzada, sitio de tránsito casi obligado para los innumerables peregrinos compostelanos, era por demás agreste y estaba erizado de toda clase de peligros para los transeúntes. Poblado todo él de espesos bosques y rodeado de abruptas montañas, ofrecía seguras madrigueras a numerosas bandas de ladrones, que sembraban el terror por todas partes. El plan, pues, de Domingo consistía, para hablar en términos modernos, en *urbanizar* aquellos parajes, convirtiéndolos en una verdadera población cristiana que hiciera desaparecer aquellos peligros y sirviera de apoyo y descanso para los peregrinos de Santiago. Y su incomparable mérito estriba en haber realizado plenamente este plan poniendo en su ejecución un heroísmo sin ejemplo. Y todo esto sin abandonar su vida de contemplación y su heroica penitencia. Por esto continuó gozando hasta su muerte de fama de extraordinaria austeridad de vida y de gran santidad. Más aún. Durante los últimos cuarenta años de su vida fue de hecho en toda la comarca el padre de los pobres y desamparados, el protector de los que se hallaban en peligro y verdadero prodigio de caridad en todas las formas en que ésta puede ejercitarse.

Ante todo, construyó una casa sencilla donde pudiera cobijarse él y los que con él trabajaban en las diversas obras que emprendía. A su lado levantó luego una pequeña iglesia en honor de la Santísima Virgen, que constituyó la base de la catedral que posteriormente se construyó. Al mismo tiempo intensificó el trabajo sistemático de roturar los terrenos que a ello se presta-

ban, plantando árboles en abundancia y logrando después de algunos años transformar todos aquellos páramos en las tierras fértiles que hoy admiramos.

Continuando el trabajo iniciado en su primera etapa de vida eremítica, realizó otra obra fundamental. Poniendo en juego todo su empeño de peón, organizador, constructor y aun ingeniero, construyó con maravillosa solidez la *calzada* que atraviesa aquellos parajes, talando en diversas partes el espeso bosque y abriendo paso en otras a través de peñascales o construyendo los necesarios terraplenes. Al lado de la *calzada* que fue resultando de todos estos trabajos, se reclinaban las casas que se iban construyendo y las obras mayores que surgieron después, sobre todo la catedral y el hospital, refugio de peregrinos.

Para que la obra realizada fuese completa, comprendió la necesidad de construir un *puente sobre el Oja,* y como no se arredraba ante ninguna dificultad, emprendió rápidamente esta obra, con lo que acreditó una vez más su arte de ingeniería y mereció el título honorífico de patrono de Ingenieros de Montes y Caminos. De hecho, después de superar las dificultades de todas clases que a esta obra se le opusieron, el puente quedó terminado. Entonces emprendió otra obra de gran envergadura. Verdadero ingeniero de la Providencia, con un arte no aprendido en los libros, sino en su propia inspiración y en la ayuda de Dios, levantó entonces el *Hospital* u *Hospicio de peregrinos.* Con ello no sólo hizo una obra sumamente útil y aun necesaria para aquella población, que iba creciendo rápidamente, sino para los mismos peregrinos, que, cada día en más número, atravesaban aquel territorio camino de Santiago.

Ahora bien, es evidente que para todas estas obras no se bastaba él con sus incansables manos. Así, pues, empezó bien pronto a implorar la ayuda de los demás, acudiendo para ello a las villas y caseríos circunvecinos. Y como su fama de hombre caritativo, de gran bienhechor de toda la comarca y de santo extraordinario había cundido por todas partes, encontraba colaboración abundante en las más diversas formas. Así, unos se le ofrecían como peones; otros le proporcionaban carros o yuntas de bueyes para el transporte de los materiales; otros le procuraban maderas, piedra y toda clase de material necesario para la construcción. Su

labor, pues, consistía en proponer oportunamente las necesidades en que se encontraba para aquellas obras destinadas al bien común y dirigir luego los trabajos emprendidos.

Pero la actividad del Santo no terminó con la construcción del puente sobre el Oja y el hospicio de los peregrinos. Se le atribuye igualmente la construcción de *cuatro oratorios*. Uno de ellos sería la pequeña iglesia, dedicada a la Santísima Virgen. Los otros fueron levantados en diversas partes de la comarca. Se afirma, además, que levantó la iglesia dedicada al Salvador, que, agrandada posteriormente, fue convertida en catedral en 1180, cuyo obispo fue siempre el de Calahorra. En ella se conservan los restos de Santo Domingo de la Calzada.

En adelante, pues, la diócesis se llamará de Calahorra y de Santo Domingo de la Calzada.

Tal es, a grandes rasgos, la obra de Santo Domingo. Sobre la base de un heroísmo de amor a sus semejantes, de un trabajo agotador, que no tenía otro móvil que el servicio de Dios y de sus hermanos, fue durante cincuenta años un alma verdaderamente endiosada, un místico de la caridad y del amor a los hombres, pues de esta caridad y del amor a los hombres sacaba constantemente la fuerza que necesitaba para llevar adelante la ingente labor que se proponía realizar. De este modo se hizo un santo eminentemente social, que tomó como ideal de su santidad el trabajar constantemente por los demás. Así se explica que fuera constantemente protegido por los reyes Alfonso VI y Alfonso VII.

Esta labor heroica en beneficio de los demás no la interrumpió durante los últimos años de su vida, en que, ya anciano y lleno de achaques, apenas podía moverse. Algunos años antes de morir, se refiere que se construyó para sí, a poca distancia de la iglesia, un sepulcro, que todos los años llenaba de provisiones, que luego distribuía entre los pobres. A este propósito atestigua la *Vita* que, contemplando este sepulcro una mujer, preguntó al Santo por qué lo había construido separado de la iglesia. El Santo le respondió: «Es de Dios que no esté yo separado de la iglesia. Porque, o la iglesia me buscará a mí, o yo a la iglesia». Y es bien conocido el hecho de que, al ensancharse posteriormente la iglesia, incluyó a dicho sepulcro.

Así, pues, maduro para el cielo con el ejercicio de las más sublimes virtudes, Santo Domingo entregó su alma al Señor el 12 de mayo de 1109. La fama de su extraordinario heroísmo y de su santidad se extendió rápidamente por toda la comarca y por toda Castilla y aun fuera de España. Por esto se comprende que bien pronto se unieran a su nombre gran número de milagros. En la misma *Vita* se conmemoran algunos entre los principales; pero, sobre todo, es digna de mención la obra de Luis de Vega, en la que se ofrece una relación de ellos.

A manera de muestra ofreceremos solamente algunos. En cierta ocasión en que Santo Domingo pedía, como de costumbre, a los campesinos ayuda para sus trabajos, uno de ellos, poco simpatizante con él, le ofreció dos bueyes para un día de trabajo, pero le rogaba que fuera él mismo por ellos. En realidad se trataba de toros bravos, y su intención era que, al intentar el Santo tomarlos, recibiera alguna cornada. De hecho fue Santo Domingo por ellos, y los toros bravos le siguieron con toda mansedumbre y pudo trabajar con ellos todo el día como con mansos bueyes de labranza. En otra ocasión, dos peregrinos a quienes había hecho el Santo grandes favores se mostraron tan ingratos con él, que lo maltrataron villanamente, y uno de ellos llegó al extremo de poner las manos en él y lo hizo caer en el suelo sobre el fuego, que se hallaba cerca. Pero el santo se levantó sin lesión alguna. Entre tanto, como justo castigo de Dios, aquellos hombres malvados se enfurecieron repentinamente el uno contra el otro de tal manera que ambos quedaron muertos. Son célebres en particular algunos casos de resurrección de muertos o curaciones de peregrinos o trabajadores gravemente heridos en accidente de trabajo.

Pero el milagro más conocido y que más fama ha dado a Santo Domingo de la Calzada es el *del gallo y la gallina resucitados.* Se refiere, en efecto, que unos peregrinos franceses, padre, madre y un joven muy bueno, hijo suyo, en su peregrinación a Santiago se detuvieron en la posada de *La Calzada.* Una hija del dueño de la misma trató de seducir malamente a dicho joven; pero, habiendo sido rechazada por él, urdió una horrible venganza. Escondió furtivamente una copa de oro en la alforja del joven y en el momento en que marchaban los peregrinos dio

voces acusándolos de ladrones. Examinando, pues, sus alforjas, encontraron la copa de oro en la del joven, y, en consecuencia, fue ahorcado como ladrón. Desolados sus padres, se retiraron del lugar; pero, al volver poco después, se encontraron a su hijo que continuaba vivo en la horca y oyeron de él que Santo Domingo le había conservado la vida. Locos de alegría, fueron a buscar al juez, hombre incrédulo y ateo, al que encontraron en el momento en que iba a comenzar la comida.

Tenía sobre la mesa un pollo y una gallina bien condimentados. Al oír, pues, que el ahorcado continuaba viviendo en la horca, exclamó con gran énfasis: «Tan vivo está ese hombre como lo están estos dos animales». En aquel mismo instante saltaron sobre la mesa llenos de vida el gallo y la gallina en testimonio del poder del santo. En recuerdo de este milagro, atribuido a la intercesión de Santo Domingo de la Calzada, se pondrá frecuentemente como símbolo del Santo el gallo y la gallina con una horca y la soga a su lado.

BERNARDINO LLORCA, SI

Bibliografía

Act. SS. Boll., mayo, III, 167-180

GONZALEZ TEJADA, J , *Historia de santo Domingo de la Calzada, abrahan de la Rioja, patron del obispado de Calahorra y La Calzada, y noticia de la fundacion y aumentos de la santa iglesia cathedral y ciudad nobilissima de su nombre, sus hijas* (Madrid 1702).

HUIDOBRO Y SERNA, L., *Las peregrinaciones jacobeas* (Madrid 1949) t.I, p 804-834, t.II, p 162-173.

LECHNER, K , «Domingo de la Calzada», en *Lexikon fur Theologie und Kirche,* III (Friburgo 1959) cols.479-480

MOLAS, C. M., «Dominique de la Calzada», en A BAUDRILLART - R. AUBERT (dirs.), *Dictionnaire d'histoire et de geographie ecclésiastique* XIV: *Dabert-Eger* (París 1960) cols.609-610

• Actualizacion:

CAPEROS SIERRA, A., *Comentarios a los hagiógrafos de Santo Domingo de La Calzada* (Madrid 2000).

GIL DE MURO, E. T., *El milagro del camino. Una biografia de Santo Domingo de la Calzada* (Santo Domingo de la Calzada 1991).

SAN MODOALDO

Obispo († 640)

Modoaldo era hijo de una familia aristocrática de Aquitania, y ello le llevó en su juventud a entrar en la corte del rey Dagoberto I. Aquí prosperó en consideración y llegó a ser uno de los consejeros del rey.

Inclinado a la religión y habiendo optado por la vida clerical, el rey lo designa obispo de Trier en 622, cuando apenas tenía treinta años. Si el rey pensó que tendría en él un obispo atento a sus caprichos, pudo ver muy pronto que estaba equivocado, pues Modoaldo con libertad evangélica no dudó en reprochar al rey las inmoralidades de la corte y las del propio monarca. Para sus fines evangélicos estaba dispuesto a aceptar las ayudas que el rey, que lo estimaba, le ofrecía, pero nunca a cambio de dar por buena una conducta que él, como pastor de la Iglesia, ni aprobaba ni podía aprobar. El rey se mostró sensible a las advertencias del prelado y manifestó deseos de corregirse y tomó para ello consejo del obispo, a quien tuvo como principal asesor de su conciencia.

Utilizó la generosidad del rey, que le concedió diversas tierras, para la fundación de monasterios. Estuvo en relación de amistad con San Desiderio de Cahors, San Germán de Grandval y otros santos de aquella época merovingia. Participó en el sínodo de Reims del año 625. Murió el año 640. Su memoria se celebra el 12 de mayo.

SANTA RICTRUDIS

Abadesa († 678)

Rictrudis nace en la Gascuña hacia el año 612 en una familia religiosa y rica. Su niñez estuvo marcada por la presencia en su casa de San Amando, a quien el rey Dagoberto desterró a causa de haberle reprochado las inmoralidades de la corte. Este santo contribuyó a afirmar en la joven las buenas disposiciones que ella tenía y que en su casa le fomentaban.

Casada con Adabaldo, un noble franco, se fue con él a vivir a Ostrevant, Flandes, donde ella se dedicó a cumplir sus deberes como esposa cristiana y como madre de cuatro hijos, Mauroncio, Aldasinda, Closinda y Eusebia, a quienes inculcaba con gran celo los principios cristianos y que junto con sus padres recibirían el título de santos. Ambos esposos, religiosos y de nobles sentimientos, se entendían muy bien, y seguían ambos en la órbita pastoral de San Amando que no dejaba de visitarlos y bendecirlos. Ella fundó en Marchiennes un doble monasterio, masculino y femenino, y vivía en felicidad con su esposo cuando éste fue tristemente asesinado. Se acabaron así sus dieciséis felices años de matrimonio.

Ella entonces pensó en consagrarse a Dios en la vida religiosa y rechazó firmemente la propuesta matrimonial que la corte le hacía. Entró en el monasterio citado, fundado por ella, a donde fue seguida por sus dos hijas mayores. Nombrada abadesa, rigió santamente el monasterio hasta su muerte el año 678. Su memoria se celebra el 12 de mayo.

BEATA IMELDA LAMBERTINI

Virgen († 1333)

Imelda Lambertini nació en Bolonia el año 1320, hija del conde Ergano Lambertini. Sus padres la educaron con esmero y accedieron a la propuesta de la niña que, a los nueve años, manifestó su deseo de ser educada por las monjas dominicas de Santa María Magdalena de Val di Pietra. Consintieron los padres y la niña fue llevada al convento. Algunas fuentes dicen que entró en el monasterio para ser religiosa pero es claro que por su edad no podría ser otra cosa que aspirante, en todo caso.

Aquí manifestó una gran inclinación a la piedad y especialmente una gran devoción a la eucaristía, por su fe viva en la presencia real de Cristo en la hostia consagrada. Tenía Imelda doce años y aún no había podido comulgar, ya que desde el Concilio IV de Letrán en 1215 se había prohibido dar la comunión antes de la edad del uso de razón y había empezado a prevalecer la costumbre de no dar a los niños la comunión hasta la adolescencia.

La historia que se cuenta de Imelda es singular. Deseaba ella vivamente recibir al Señor y estaba en oración delante del sagrario cuando en la fiesta de la Ascensión aparece en el aire una sagrada forma encima de la cabeza de Imelda. Llamado el capellán, éste se acerca, recoge la sagrada forma en una patena y le da a Imelda la comunión. La jovencita moría poco después. Tenida por santa desde el principio, su culto fue confirmado el 20 de diciembre de 1826. San Pío X la propuso como protectora de los niños que por vez primera se acercan a la sagrada mesa.

BEATA JUANA DE PORTUGAL

Virgen († 1490)

Era hija del rey Alfonso V de Portugal y de su esposa Isabel de Coimbra y nació en Lisboa el 16 de febrero de 1452. Como hija mayor del rey, y hasta que naciera un hijo varón, fue reconocida heredera de la corona portuguesa.

Huérfana de madre a los cuatro años, se crió en la corte de su padre, que contrajo un nuevo matrimonio, y al llegar a los dieciséis años empezaron a hacerle propuestas matrimoniales desde las diferentes cortes europeas. Ella, sin embargo, había formado el propósito de dedicarse a Dios en un monasterio de monjas. Su propósito, una vez sabido, no podía menos que desazonar al rey, el cual, además, veía que la salud de su hijo varón era muy débil y que Juana era la llamada a suceder en la corona si el príncipe llegase a faltar. La razón de Estado impedía al rey acceder a la solicitud de la princesa.

En 1471, cuando ella tenía diecinueve años, su padre y su hermano marcharon a África en una expedición militar que buscaba asegurar la presencia portuguesa en las costas africanas, y Juana hubo de quedar como regente del reino. Volvieron ambos muy felices del buen resultado de su campaña y Juana aprovechó la euforia y los servicios que como regente había prestado al país para lograr por fin licencia paterna y retirarse a un convento. En julio de 1472 llegaba al convento de monjas dominicas de Aveiro. Para lo que tenía permiso era para retirarse al monasterio pero no para vestir el hábito ni hacer los votos.

Tres años y medio más tarde, el 25 de enero de 1476, lograba hacer la vestición del hábito y el comienzo del noviciado. Pero al someterse a la vida común de las demás hermanas, se resintió su salud, y al conocer el rey que estaba gravemente enferma, le mandó que dejara el hábito y suspendiera el noviciado. Con gran dolor de su corazón obedeció la joven princesa el mandamiento paterno, volviendo a su antigua condición de hospedada en el monasterio pero sin hábito y sin aspiración a la vida religiosa.

En 1479 se produjo una epidemia de peste y Alfonso V, temiendo que su hija pudiera contagiarse viviendo en un monasterio sin especiales precauciones, la mandó volver a la corte. Volvio la princesa a obedecer a su padre, pero como compañeras se llevó consigo un grupo de religiosas, con las cuales convivió en la corte, haciendo todas una vida de recogimiento y oracion muy similar a la de un monasterio.

Por fin Alfonso V moría en 1481 y las presiones familiares para que contrajera matrimonio volvieron sobre ella, que se mantuvo firme en su decisión de consagrarse a Dios. Asegurada la sucesión a la corona, Juana pudo ingresar en 1485 en el monasterio de Aveiro, tomar el hábito y emitir la profesión religiosa, viviendo como una simple monja en la contemplación y la vida común. En 1490 hizo una visita a la corte y parece que una mujer a quien ella había mandado salir de Aveiro por su mala conducta logró envenenarla. Llegó al monasterio muy enferma y, consumida por la fiebre, murió el 12 de mayo de 1490. Su culto fue confirmado el 31 de diciembre de 1692 por Inocencio XII.

13 de mayo

A) Martirologio

1 Nuestra Señora de Fatima en Portugal **
2 La conmemoracion de muchos martires alejandrinos en la iglesia de Teona († 392)
3 En Utrecht, San Servacio († 384), obispo de Tongres *

4. En Poitiers (Aquitania), Santa Inés († 588), abadesa.
5. En Gorano Sicoli, de los Abruzos, Beata Gema († 1439), virgen reclusa *.
6. En Como (Lombardía), Beata Magdalena Albrici († 1465), abadesa, de la Orden de San Agustín *.
7. En La Puye (Poitiers), San Andrés Huberto Fournet († 1834), presbítero, fundador del Instituto de Hijas de la Cruz **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

NUESTRA SEÑORA DE FÁTIMA

«Fátima tendrá en el año 2007 una nueva basílica con capacidad para 9.000 peregrinos», hemos leído en la prensa de mediados de mayo del corriente año 2003. Sea como fuere la realización de este proyecto, lo cierto es que el creciente número de fieles que acuden al lugar donde repetidamente se hizo presente la Santísima Virgen en 1917 no sólo reclama mayores ámbitos de acogida, sino que constituye un elocuente testimonio de cómo el santuario de Fátima ha llegado a ser uno de los lugares sagrados más emblemáticos y concurridos de nuestro tiempo.

Los tres afortunados niños que vieron a «la Señora» en Cova de Iría eran naturales de Aljustrel, un «lugarejo» de unos treinta hogares enclavado en la pequeña parroquia de Fátima, situada en un altiplano de la Sierra del Aire, dentro del municipio de Vila Nova de Ourem, entonces perteneciente al Patriarcado de Lisboa, hoy a la Diócesis de Leiría-Fátima. Recientemente el Parlamento portugués acaba de aprobar la creación del municipio autónomo de Fátima, teniendo en cuenta el extraordinario crecimiento que ha promovido el Santuario. De hecho, Fátima hoy es mayor que Vila Nova de Ourem.

Los hermanos Francisco y Jacinta Marto nacieron el 11 de junio de 1908 y el 11 de marzo de 1911, respectivamente, y su prima Lucía dos Santos, un poco mayor que ellos, el 22 de marzo de 1907. En el momento de las apariciones Lucía tenía 10 años, Francisco 9 y Jacinta 6.

Fátima era entonces una zona rural escasa en recursos y bastante aislada, accesible por la carretera que unía Vila Nova de Ourem, Batalha y Leiría. Las tareas agrícolas, el pastoreo, la

artesanía local y el pequeño comercio ocupaban a la escasa población, en su mayoría pobre y analfabeta, pero con gran calidad humana y espiritual y una vida de fe sencilla y profunda, cotidianamente cuidada en el ambiente familiar.

En Portugal se había proclamado la República en 1910 y, como en otros países europeos, se había desencadenado pronto una oleada de anticlericalismo que, para descristianizar el país y fomentar el laicismo, atacaba a la Iglesia y a sus instituciones expulsando a las órdenes y congregaciones religiosas y a algunos obispos, expropiando templos, fiscalizando el culto público y planteando en términos polémicos la deseable separación entre la Iglesia y el Estado. En 1917, año de las apariciones, la persecución religiosa se había mitigado algo a causa, principalmente, de que la participación en la Primera Guerra Mundial (1914-1919), decidida por el gobierno portugués en 1916, era mal vista por el pueblo y no convenía exacerbarlo por motivos religiosos. No obstante, emergía con frecuencia el ambiente hostil hacia la Iglesia, como sucedió cuando los tres niños afirmaron haber visto y recibido mensajes de la Virgen y cuando se construyó una pequeña capilla en la explanada de Cova de Iría.

Los hermanos Marto, tal como les había anunciado «la Señora», murieron de niños después de sufrir prolongadas y dolorosas enfermedades, aceptadas con amor como reparación por los pecados: Francisco el 4 de abril de 1919 con algo más de 10 años de edad, y Jacinta el 20 de febrero de 1920, cuando aún no los había cumplido. Ambos han sido beatificados por el papa Juan Pablo II en Fátima el día 13 de mayo de 2000. (Sus biografías pueden verse en *Año cristiano.* II: *Febrero,* 422-434). Lucía —la hermana María Lucía de Jesús y del Corazón Inmaculado— cuenta ahora 96 años de edad y es carmelita descalza en el Carmelo de Santa Teresa de Coimbra (Portugal).

Los mensajes de Fátima han sido ampliamente difundidos casi desde que los pastorcillos los fueron recibiendo, excepto «el secreto», sigilosamente guardado por ellos hasta cuando, en momentos distintos, ha sido oportuno darlo a conocer. Debemos a la hermana Lucía la confección de cuatro *Memorias,* escritas entre 1935 y 1941 y repetidamente publicadas, y el reciente libro, *Llamadas del mensaje de Fátima,* respondiendo a las pregun-

tas que constantemente le son formuladas. Éstas, y sus manuscritos sobre «el secreto», son las fuentes básicas para conocer los mensajes recibidos, por lo que nos basamos en ellas.

> «Todo el mensaje de Fátima es un gran llamamiento a la santidad para la Iglesia de nuestro tiempo —escribe el P Jesús Castellano en la presentación del último libro citado—. En esto coincide también con la gran propuesta del Vaticano II, el sínodo extraordinario de 1985 y la carta apostólica *Tertio millennio adveniente*».

Y con la *Novo millennio ineunte,* podríamos añadir, carta en la que también Juan Pablo II invita a todos a la santidad al concluir el Gran Jubileo del Año 2000 y comenzar un nuevo milenio. Porque este signo sobrenatural que ha incidido decisivamente en la accidentada historia del siglo XX, y nos está acompañando también en el nuestro, presenta aspectos esenciales de la fe, de la moral y de la espiritualidad cristianas íntimamente conectados con el Evangelio de Jesús.

«Si la Iglesia aceptó el mensaje de Fátima es, sobre todo, porque contiene una verdad y un llamamiento que, en su contenido fundamental, son la verdad y el llamamiento del propio Evangelio», decía el papa el 13 de mayo de 1982, un año después del atentado que estuvo a punto de costarle la vida en la Plaza de San Pedro.

Y esto es lo que hace la hermana Lucía en su libro *Llamadas del mensaje de Fátima:* relacionar las palabras de «la Señora» con la «Buena Noticia» del Salvador y con distintos textos de la Sagrada Escritura, porque toda revelación privada remite a la revelación pública, es decir, la que contiene la Palabra de Dios custodiada y propuesta por la Iglesia.

Lucía alude frecuentemente en su libro a los peregrinos.

> «Decir peregrinos de Fátima —escribe— es lo mismo que decir peregrinos de la paz; creo incluso que existe un idioma en el cual la palabra Fátima significa paz. De cualquier modo, todos somos peregrinos de la paz: todos deseamos y anhelamos días de paz, para vivir en paz. Pero esta paz no será conseguida en tanto no tomemos la ley de Dios por norma y guía de nuestros pasos. Porque todo el mensaje de Fátima es una llamada de atención para esa ley divina».

Y, tras unos párrafos alusivos al momento de las apariciones, añade:

«En verdad, sólo mucho tiempo después de haberse verificado tales acontecimientos en los términos descritos, es cuando me fue permitida la lectura del libro de las Sagradas Escrituras. Y fue sólo entonces cuando comprendí el verdadero sentido del mensaje, aunque me hubiese sido dado comprenderlo ya antes, pero en sentido menos concreto».

Para adentrarnos en el «mensaje de Fátima», seguimos, pues, a Lucía en su última narración, pero no es posible traer aquí los abundantes textos de la Escritura a que ella hace referencia, y desde los cuales presenta la comprensión del mensaje. Y partimos, como ella, de las visiones que precedieron a la de nuestra Señora, que describe de esta manera:

«Debía ser por los años 1914 y 1915, después que comencé a pastorear el pequeño rebaño perteneciente a mis padres, porque yo andaba entretenida en la humilde vida pastoril y en compañía de otras niñas de la tierra, cuando fuimos sorprendidas por una aparición que no supimos definir. Nos encontrábamos en la ladera del llamado monte del Cabeço, vimos como si fuese una nubecilla blanca con forma humana, que había descendido del firmamento y lentamente pasaba frente a nosotras, sobre las copas de la arboleda que se extendía por el valle a nuestros pies, como queriendo atraer nuestra atención y fascinar nuestra mirada [...] No sé lo que era ni lo que significaba. Pero una convicción íntima me quedó en el alma y no quiero ocultarla: ella me hizo creer que fuese el ángel de la guarda...

Hasta ahora no he querido hablar de estas apariciones más de lo indispensable para responder a algunas preguntas. Hoy, sin embargo, lo hago no para certificaros si fueron o no del ángel de la guarda, sino para deciros que es cierta la existencia de los ángeles de la guarda».

Y trae a continuación un buen número de citas bíblicas referidas a los ángeles y, en especial, a los que custodian a cada persona.

Esta primera visión no tiene un mensaje de palabra concreta, pero sí la que sitúa un poco después, narrada de modo impersonal, y ya en compañía de sus primos Francisco y Jacinta, quienes, desde ahora, recorrerán juntos el camino de luz y de cruz que es la transmisión de un mensaje. Dice así:

«Estábamos en la primavera de 1916 [...] En ese momento, encontrándose los humildes pastorcitos de Fátima en la ladera del llamado monte del Cabeço, al abrigo de una roca a la que dieron el nombre de Loca, vieron a cierta distancia un joven, como si fuese

de luz, que se aproximaba y, al llegar junto a ellos dice: *No temáis Soy el ángel de la paz. Rezad conmigo.* Y, arrodillado en tierra, curvo la frente hasta el suelo, repitiendo por tres veces las siguientes palabras: *¡Dios mío! Yo creo, adoro, espero y os amo. Os pido perdón por los que no creen, no adoran, no esperan y no os aman.* Enseguida se levanto y concluyo diciendo: *Orad así; los corazones de Jesus y de María estan atentos a la voz de vuestras suplicas»*

Estas palabras del ángel, que hacen referencia a la fe, a la adoración, a la esperanza, al amor, al perdón y a la oración de súplica, constituyen el núcleo inicial del mensaje de Fátima, desglosado progresivamente después. Los pastorcillos recitaron muchas veces esta oración que les había enseñado el ángel, uniendo su contenido a los mensajes que más tarde recibieron de «la Señora».

Pero antes, tuvo lugar una nueva e insistente llamada a la oración por parte de un ángel en el pozo «do Arneiro», de la casa de Lucía. Continúa:

> «Encontrábanse las pobres criaturas entretenidas, sentadas en las losas del pozo situado en el patio de mis padres. El mensajero celeste se presenta y les dirige a ellos la siguiente pregunta: *¿Qué haceis?* Y, sin esperar la respuesta, continúa: *Orad, ¡orad mucho! Los corazones de Jesús y de María tienen sobre vosotros designios de misericordia. Ofreced constantemente al Altísimo oraciones y sacrificios* [.] *De todo lo que podáis, ofreced un sacrificio en acto de reparación por los pecados con que El es ofendido y de súplica por la conversión de los pecadores. Atraed sobre vuestra patria la paz. Yo soy su ángel de la guarda, el ángel de Portugal. Sobre todo, aceptad y soportad los sufrimientos que el Señor os envíe.* [...]
>
> En aquella ocasión los niños no pudieron sospechar, ni siquiera ligeramente, que esa llamada a la oración no era sólo para ellos, sino también para toda la humanidad. Hoy considero este llamamiento como una llamada de atención al camino marcado por Dios para sus criaturas, desde el principio de la creación»

En el libro *Llamadas del mensaje de Fátima,* Lucía no describe la nueva aparición del ángel en la Roca del Cabeço que narra en su segunda *Memoria,* cuando se arrodilló junto a ellos y les hizo repetir tres veces esta oración:

> «*Santísima Trinidad, Padre, Hijo, Espíritu Santo, os ofrezco el preciosísimo Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, presente en todos los sagrarios de la tierra, en reparación de los ultrajes, sacrilegios e indiferencias con que Él mismo es ofendido y por los méritos infinitos de su Santísimo Corazón y del Inmaculado Corazón de María, os pido la conversión de los pobres pecadores.* Después se levanta —continúa Lucía—,

toma en sus manos el Cáliz y la Hostia. Me da la Sagrada Hostia a mí y la Sangre del Cáliz la divide entre Jacinta y Francisco, diciendo al mismo tiempo: *Tomad y bebed el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo, horriblemente ultrajado por los hombres ingratos. Reparad sus crímenes y consolad a vuestro Dios».*

Sin embargo, al comienzo del capítulo titulado «Llamada a la participación en la Eucaristía», sí que transcribe, y en los mismos términos, estas últimas palabras, aunque sin explicitar que les fueron comunicadas por un ángel. Y al iniciar el capítulo siguiente, «Llamada a intimidad con la Santísima Trinidad», cita las primeras palabras de la oración del ángel, omitiendo también la referencia a él, de esta manera: «Santísima Trinidad, Padre, Hijo, Espíritu Santo. Os adoro profundamente», y añade un amplio comentario escriturístico después.

Seguidamente, con el título «Llamada al rezo diario del rosario», Lucía comienza a describir los mensajes de nuestra Señora. Aunque la cita sea larga, preferimos reproducir sus palabras:

«Esta llamada fue hecha por primera vez el día 13 de mayo de 1917, cuando las tres pobres criaturas de Aljustrel se encontraban pastoreando sus rebaños en el campo llamado Cova de Iría.

Como de costumbre, después del mediodía, las tres criaturas tomaron su comida y rezaron. Enseguida comenzaron por entretenimiento a hacer un pequeño muro de piedras sueltas a la vuelta de un arbusto llamado *motta* que la gente acostumbraba a utilizar para hacer escobas, y por eso querían resguardarlo, para que los animales no lo royesen. Eso, porque cuando encontraban tales arbustos en buenas condiciones, gustaban de dejarlos crecer para hacer de ellos después escobas, que entregaban a la madre cuando regresaban por la noche a sus casas.

Entonces, para las criaturas era una fiesta ver a los padres contentos con sus presentes y sus caricias, por lo que cada uno se esmeraba en buscar todo aquello con que, más y mejor, les podía dar gusto y alegría. Pobres, sí, ¡pero felices!...

Como estaba contando, las humildes criaturas se entretenían, despreocupadas, jugando, cuando de repente fueron sorprendidas por el reflejo de una luz que ellas supusieron que era un relámpago [...] Habituadas a ver relámpagos apenas cuando había tormenta, no pensaron en nada más que en recoger apresuradamente el rebaño para regresar a casa, antes de que se desencadenase alguna tormenta.

A los pocos pasos, por la bajada de la ladera, vieron el reflejo de la misma luz, que juzgaron que era un segundo relámpago, lo que les hizo apresurar el paso todavía más y reunir las ovejas con

mayor diligencia. Unos pasos más y, aproximadamente a media ladera, se detuvieron, sorprendidas, al ver sobre una pequeña carrasca la hermosa Señora de Luz. No tenían miedo, porque lo sobrenatural no transmite miedo; causa apenas una agradable sorpresa de fascinante atractivo.

La agradable Señora abrió los labios y, como para iniciar el diálogo, dirigió a las criaturas las siguientes palabras: *No tengáis miedo, yo no os haré mal.*

Pienso que estas palabras de Nuestra Señora, *No tengáis miedo,* no se referían al miedo que pudiéramos tener de ella, porque bien sabía ella que no nos transmitía miedo. Debían por eso referirse al miedo con que veníamos huyendo apresuradamente de la supuesta tormenta, que juzgábamos que se desencadenaría inminentemente...

Quebrado el silencio y animada por la confianza que la dulce Señora inspiraba, le pregunté· ¿De dónde es Vuestra Merced? Soy del Cielo, respondió ella. ¿Y qué es para lo que me quiere Vuestra Merced?, pregunté. Respondió: Vine para pediros que vengáis aquí seis meses seguidos, en el día 13, a esta misma hora, después os diré quién soy y lo que quiero. Después volveré todavía aquí una séptima vez.

Mientras oía esta respuesta, el pensamiento de que estaba hablando con una persona venida del Cielo, me animó a preguntarle si también a mí me sería concedida la dicha de ir al Cielo, a lo que la Señora respondió: *Sí, vas. ¿Y, Jacinta?,* pregunté. *También,* respondió. *¿Y Francisco?,* insistí. *También; pero tiene que rezar muchos rosarios.*

Pienso que la recomendación hecha a Francisco es para todos nosotros...

Volviendo a la aparición de Nuestra Señora [...] Me acordé enseguida de preguntarle por una chica conocida mía que había fallecido hacía poco tiempo. La respuesta dada por Nuestra Señora nos certifica la verdad de la existencia del Purgatorio, y es, al mismo tiempo, una prueba de la necesidad que tenemos de rezar. [...] Por eso Nuestra Señora, respondiendo a la pregunta que le dirigí sobre esa chica, Amelia, dijo: *Está en el Purgatorio hasta el fin del mundo.* Tal vez nos parezca mucho, pero la misericordia de Dios es siempre grande...

A continuación, Nuestra Señora dirigió a las humildes criaturas esta pregunta: ¿Queréis ofreceros a Dios para soportar todos los sufrimientos que Él quisiera enviaros, en acto de reparación por los pecados con que Él es ofendido y de súplica por la conversión de los pecadores? A lo que respondí en nombre de los tres: Sí, ¡queremos!

En aquel momento, esta respuesta fue dada de modo espontáneo e inconsciente, porque ni de lejos suponía yo lo que venía a representar o su pleno alcance. Pero nunca me arrepentí de ello, antes lo renuevo cada día, pidiendo a Dios la gracia y la fuerza precisa para cumplirla con fidelidad, hasta el fin...

Para una naturaleza fragil y decaida por el pecado como la nuestra, el soportar constante, generosa y meritoriamente el sacrificio no es posible sin un auxilio especial de la gracia de Dios que nos sustente y consuele Por eso, Nuestra Señora respondio al *si* pobre y humilde de las criaturas con la promesa del auxilio de la gracia *Id, pues, teneis que sufrir mucho, pero la gracia de Dios sera vuestra fortaleza*

¡Oh!, estas palabras de Nuestra Señora son para nosotros ¡un faro de luz! [ ] Por eso, las pobres criaturas, al verse inundadas por esa luz, y sin entender bien lo que decian, son llevadas a repetir *¡Oh Santisima Trinidad, yo os adoro! ¡Dios mio, Dios mio, yo os amo en el Santissimo Sacramento!* Era la mocion de lo sobrenatural a realizar en ellas lo que ellas, por si mismas, eran incapaces de hacer Las llevaba a creer en la presencia real de Dios en la Eucaristia Es el don de la fe que Dios concede a nuestra alma con el sacramento del bautismo

Y Nuestra Señora termina su mensaje, en ese dia 13 de mayo de 1917, diciendo *Rezad el rosario todos los dias para alcanzar la paz para el mundo y el fin de la guerra»*

Según les había pedido «la hermosa Señora de Luz», los niños acudieron a Cova de Iría el 13 de junio y el 13 de julio, repitiéndose las apariciones en el mismo lugar. Pero, como comenzaban a trascender los hechos y atraían a la población del entorno, para verificar la verdad, el Administrador de Vila Nova de Ourem se llevó allí el 12 de agosto a los tres pequeños, donde serían interrogados, por lo que el 13 no pudieron acudir a la cita. Tres días les retuvo consigo y, a pesar de las fuertes amenazas a que fueron sometidos, defendieron heroicamente lo que afirmaban. Puestos en libertad el 15 de agosto, el domingo 19 tuvo lugar la cuarta visita de la Virgen en un lugar cercano, llamado Valinhos, y el 13 de septiembre y de octubre se reanudaron las apariciones en Cova de Iría.

Sin precisar cuándo le fueron comunicadas, Lucía atribuye a «la Señora» estas palabras: «Mi Inmaculado Corazón será tu refugio», e insiste en el deseo de la Virgen de que se extienda esta devoción en el mundo.

Con el título «Llamada a la consideración de la vida eterna», explica después ampliamente el sentido de la visión del mes de julio:

«En Fatima, El [Dios] nos envio su mensaje como una prueba mas de estas verdades que viene a recordarnos, para que no nos

dejemos engañar por las falsas doctrinas de los incredulos que las niegan o de los desviados que las desfiguran Con este fin el mensaje nos asegura que es verdad existe el Infierno y que van para alla las almas de los pobres pecadores *Visteis el Infierno* —dice el mensaje a los pobres pastorcillos de Aljustrel— *para donde van las almas de los pobres pecadores Para salvarlas, Dios quiere establecer en el mundo la devocion a mi Inmaculado Corazon Si hicieren lo que yo os diga, se salvaran muchas almas y tendran paz* (Nuestra Señora, 13 de julio de 1917)»

En esta aparición de julio, en la que Lucía se desvaneció, les fue revelado «el secreto», aunque no hace alusión explícita a ello en su libro.

La vidente entiende como «Llamada al apostolado» el mensaje de agosto:

> «*Rezad, rezad mucho y haced sacrificios por los pecadores, que van muchas almas para el Infierno por no haber quien se sacrifique y pida por ellas* (Nuestra Señora, 19 de agosto de 1917)»

Y explica como «Llamada a la perseverancia en el bien» la del mes de septiembre:

> «*Continuad rezando el rosario para alcanzar el fin de la guerra* (Nuestra Señora, 13 de septiembre de 1917)»

Según la cuarta *Memoria,* en la aparición del mes de octubre, como había anunciado, «la Señora» les reveló qué deseaba y quién era:

> «*Quiero decirte que hagan aqui una capilla en mi honra, que* SOY LA SEÑORA DEL ROSARIO, que continuen rezando el rosario todos los dias La guerra va a acabar y los soldados volveran con brevedad a sus casas»

Pero en su último libro Lucía no cita estas palabras. Con el título «Llamada a dejar de ofender a Dios», reproduce solamente estas otras:

> «*No ofendais mas a Dios Nuestro Señor, que ya esta muy ofendido* (Nuestra Señora, 13 de octubre de 1917)»

Explica con amplitud a continuacion, en los capítulos que titula «Llamada a la santificación de la familia», «Llamada a la perfección de la vida cristiana», «Llamada a la vida de plena consagración a Dios» y «Llamada a la santidad», las tres visiones que acompañaron a las citadas palabras de la Santísima Virgen el 13 de octubre, y el milagro del sol, que también tuvo lugar

ese día: apareció de repente entre los oscuros nubarrones radiante, girando sobre sí mismo, e iluminando todo el firmamento. Escribe Lucía:

> «Dios quiso terminar su mensaje en Fátima en el mes de octubre de 1917 con tres apariciones que considero como tres llamadas a nuestra consideración a fin de que las tengamos presentes en nuestra peregrinación terrena
>
> Mientras el pueblo contemplaba, atónito, el disco solar palidecido con la luz de la presencia de Dios, las humildes criaturas veían al lado del sol tres apariciones distintas y, para nosotros, muy significativas...
>
> La primera fue la aparición de la Sagrada Familia: Nuestra Señora y el Niño Jesús en los brazos de San José, bendiciendo al pueblo En estos tiempos en que la familia, tantas veces, aparece mal comprendida en la forma en que fue constituida por Dios y se ve afectada por doctrinas erradas y opuestas a los fines para los que el Creador divino la instituyó, ¿no habrá Dios querido dirigirnos una llamada de atención hacia la finalidad con que Él quiso instituir en el mundo la familia?...
>
> En la segunda manifestación, Nuestro Señor se mostró como hombre perfecto, y Nuestra Señora como la Señora de los Dolores. ¿Qué significa esta aparición? Con certeza absoluta no lo sé. Pero digo lo que pienso y lo que Dios me ha hecho comprender al meditar sobre estos acontecimientos [...] Presentando, pues, mi humilde parecer, digo que esta aparición es un llamamiento a la práctica de la vida cristiana, tal como Jesucristo y su Madre la vivieron en la tierra y, con sus ejemplos y doctrina, nos enseñan a seguir sus pasos...
>
> La aparición de Nuestra Señora del Carmen tiene, a mi modo de ver, el significado de la plena consagración a Dios. Mostrándose revestida de un hábito religioso, ella quiso representar todos los otros hábitos por los cuales se distinguen las personas enteramente consagradas a Dios...
>
> En la aparición de Nuestra Señora del Carmen se puede descubrir otro significado: una llamada a la santidad. Ahí vemos a aquella que, como nosotros, vivió en la tierra y aquí se santificó, ahora vive y reina con Dios en el Cielo, gozando del fruto de la recompensa de esa santificación [..] Así, María es para todos nosotros el modelo de la más perfecta santidad a que puede elevarse una criatura».

Y concluye con la «Llamada a seguir por el camino del cielo» porque,

> «Como hemos visto, todo el sentido del mensaje es una llamada a seguir por el camino del Cielo. Caminamos para conseguir llegar a la Vida eterna.

En los tiempos que atravesamos no falta quien se atreva a negar la existencia del Cielo tal vez sea porque no tiene fe, o no quiera sujetarse a andar por el camino estrecho que conduce al Cielo Pero andan engañados La existencia del Cielo es una verdad revelada, que no puede ser negada»

Lucía dedica los capítulos finales de su último libro a explicar con textos bíblicos los Mandamientos de la Ley de Dios y el Rosario, y no alude en él al ya conocido «secreto de Fátima». Hay que tener en cuenta que, el 25 de marzo de 1997, cuando terminó de redactar el manuscrito, aún no se había hecho pública la tercera y última parte del mismo.

La primera parte del «secreto» es la terrible visión del infierno, que describe con todo detalle. La segunda, que Dios quiere establecer en el mundo la devoción al Corazón Inmaculado de María para salvar a los pecadores; el anuncio de una guerra peor durante el pontificado de Pío XI si no dejan de ofender a Dios, y la necesidad de consagrar Rusia al Corazón Inmaculado, y de la comunión reparadora de los primeros sábados, para evitar un gran castigo al mundo por sus crímenes. Si se atienden estos deseos, Rusia se convertirá y habrá paz, si no, difundirá sus errores por el mundo, promoviendo guerras y persecuciones a la Iglesia. Los buenos serán martirizados y el Santo Padre sufrirá mucho. Pero, al fin, el Corazón Inmaculado triunfará y habrá un período de paz.

En 1917 nada de esto era previsible, pero Lucía lo conservó en su memoria hasta que el obispo de Leiría le ordenó ponerlo por escrito y ella lo hizo, con la autorización de Nuestra Señora, en la tercera *Memoria,* fechada el 31 de agosto de 1941, y completa algunos detalles en la cuarta, de 8 de diciembre del mismo año. Es de notar que el 31 de octubre de 1942 el papa Pío XII consagró el mundo al Inmaculado Corazón de María, pidiendo que cada nación hiciera lo mismo en fechas sucesivas.

La tercera parte del «secreto» fue escrita en Tuy «por orden de Su Excelencia el Obispo de Leiría y de la Santísima Madre» el día 3 de enero de 1944. Es la visión de un ángel con una espada de fuego en la mano, cuyas llamas se apagaban al contacto con el resplandor de Nuestra Señora y que llamaba reiteradamente a la penitencia, y la visión de un «Obispo vestido de Blanco», que «hemos pensado que fuese el Santo Padre», y

de otros obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas subiendo una montaña escarpada en cuya cima había una gran cruz. Alude luego al dolor y la pena del Papa, a que fue matado al pie de la gran Cruz y al martirio de obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas y varias personas seculares, hombres y mujeres de varias clases y posiciones, cuya sangre martirial, unida a la de Cristo, regaba a quienes se acercaban a Dios. Lucía estaba convencida de que la visión aludía a la lucha del comunismo ateo contra la Iglesia y los cristianos, y al sufrimiento de las víctimas de la fe del siglo XX, tal como manifestó a un legado del Papa que la visitó el 27 de abril del año 2000.

El sobre con el único manuscrito fue cerrado y enviado al obispo de Leiría, que lo custodió hasta el 4 de abril de 1957, fecha en que, sabiéndolo Lucía, lo entregó al Archivo Secreto del Santo Oficio de Roma. El 17 de agosto de 1959 fue llevado el sobre al papa Juan XXIII, quien lo abrió, pero lo devolvió cerrado al mismo Archivo. Su sucesor Pablo VI leyó su contenido el 27 de marzo de 1965, pero también decidió no publicar el texto, y lo envió de nuevo al Archivo. Dos años después, el 13 de mayo de 1967, peregrinó a Fátima. Fue el primer Papa que se acercaba a este Santuario.

Juan Pablo II pidió el sobre después del atentado del 13 de mayo de 1981, y el 11 de agosto lo restituyó al Santo Oficio. Sin embargo, pensó que debía consagrar el mundo al Corazón Inmaculado de María y así lo hizo por medio de una oración compuesta por él, quien, forzosamente ausente, la registró para que fuera escuchada en la Basílica de Santa María la Mayor de Roma el 7 de junio de 1981, fiesta de Pentecostés. Repitió personalmente este acto de consagración en Fátima el 13 de mayo de 1982, y el 25 de marzo de 1984 volvió a consagrar a todos los hombres y pueblos al Inmaculado Corazón de María en la plaza de San Pedro, en Roma, en unión con los obispos del mundo, convocados para este fin. Lucía confirmó que esta consagración solemne y universal respondía al deseo de Nuestra Señora.

El papa Juan Pablo II, que consideraba una gracia especial de la Virgen de Fátima no haber perecido en el atentado de 1981, decidió hacer pública la tercera parte del «secreto» durante el Gran Jubileo de la Iglesia universal del año 2000, el día 13

de mayo, en Fátima, al terminar la solemne concelebracion eucarística presidida por él. Acababa de beatificar a los niños Francisco y Jacinta. La hermana Lucía estaba allí.

El mensaje de Fátima, lleno de misterio y profecía, une el evangelio y la historia, la ofensa y el perdón. Es, como afirma el P. Castellano, «un insistente llamamiento universal a la santidad para la paz del mundo y la salvación de todos en Cristo».

M.ª ENCARNACION GONZALEZ RODRIGUEZ

Bibliografía

CONGREGAZIONE PER LA DOTTRINA DELLA FEDE, *Il messaggio di Fatima* (Ciudad del Vaticano 2000)

DZIWISZ, S., «13 maggio 1981» *L'Osservatore Romano* (mayo 2001)

LUCIA (HERMANA), *Memorias* (Fatima, Portugal ²1985)

— ID., *Llamadas del Mensaje de Fatima* (Madrid ²2002)

MARCHI, P. DI, *Era una Senhora mais brilhante que o sol* (Fatima ¹⁴2000)

SAN ANDRÉS FOURNET
(† 1834)

En su larga vida de 82 años (1752-1834) se gesta y se produce la Revolución Francesa. El período de terror (1791-1795) lo vivió, ya sacerdote, en plena madurez. Cuando las terribles matanzas de septiembre de 1792, estaba justamente en sus cuarenta años. Hubo entre las víctimas más de 200 sacerdotes, de los cuales 191 fueron beatificados por Pío XI en 1926. A Andrés Fournet no le correspondió la palma del martirio, pero conoció la persecución y el exilio seguidos de la más absoluta entrega en la obra restauradora de la Iglesia. A él se debe la puesta en marcha de la Congregación de las Hijas de la Cruz, que nace precisamente para contribuir a recristianizar la Francia destrozada. Con mirada retrospectiva, bien vemos hoy que la eliminación de una persistente situación medieval, con la supresión de los privilegios del clero y la incautación de todos los bienes eclesiásticos, también trajo ventajas para una Iglesia con claros síntomas de descomposición interna. La sangre de los mártires y el valor de los confesores se convirtieron misteriosamente en semilla de un nuevo cristianismo. Andrés Fournet es uno de esos

confesores. Entre tantos otros anónimos, él alcanzó la aureola de la canonización.

Nació en la villa de Saint-Pierre de Maillé (Poitou) en 1752, de familia burguesa, emparentada con ilustres linajes, y fuerte raigambre católica: varios tíos suyos fueron sacerdotes. Contando con esta tradición familiar, es explicable que sus padres quisieran orientarlo al sacerdocio desde niño. Ha quedado un curiosísimo autógrafo que demuestra su rechazo inicial. En un cuaderno de sus primeros años de estudiante escribe de su puño y letra: «Este libro es de Andrés Fournet, buen muchacho que no quiere ser fraile ni cura». La cercanía de los tíos sacerdotes se registra ya en los primeros años. Tras los primeros estudios en Chauvigny, nos lo encontramos en Chateurelauret bajo la dirección de su tío el canónigo Fournet de la Fredinière. Pese al rechazo inicial, su trayectoria discurre por derroteros eclesiásticos: filosofía en los jesuitas de Poitiers, teología en el colegio de San Carlos de la misma ciudad, regido por los Lazaristas... Por lo que parece, su estilo de vida no correspondía a lo que oficialmente estudiaba. Era, más bien, un estudiante mundano y disipado, sin una decidida opción por el sacerdocio. Si hemos de dar crédito a algunos de sus biógrafos, ya había resuelto abandonar la carrera eclesiástica, cuando otro tío suyo, cura de Hains (Montmorillonais), lo presionó hasta lograr que reanudara los estudios de teología en los Lazaristas. Tenía entonces 22 años. Cumplidos los 24 (1776) se ordenó sacerdote. La causa de sus vacilaciones y rechazos es demasiado fácil atribuirla a su vida disipada. La hostilidad a un clero privilegiado y regalón estaba plenamente en el ambiente. ¿Cabía hablar de vocación sacerdotal con la mirada puesta en un beneficio eclesiástico que asegurase el bien pasar, frente a corrientes de opinión abiertamente hostiles y ya claramente amenazadoras?

Humanamente hablando, todo parecía bien calculado. Los dos primeros años de sacerdote los pasa en Saint-Piêle de Maillé, muy próximo a su pueblo natal, como vicario parroquial, e inmediatamente otro tío suyo, párroco de Saint-Pierre de Maillé, renuncia a la parroquia para que Andrés pase a ocupar su cargo. Lo vemos así, a los 26 años, constituido párroco de su mismo pueblo natal. La cura de almas debía de preocuparle

poco y su vida seguía siendo carente de celo. Pero se iba acercando la revolución de 1789, y ya los desheredados tomaban conciencia de las grandes diferencias e injusticias, no así, por lo que parece, el cura Fournet. Con casa bien abastada, vajilla de plata y comida suculenta, despachaba a los pobres que acudían a él con la dureza de corazón característica de los opulentos. Uno de los mendigos no se mordió la lengua: «¿Con que no tiene usted pan ni dinero y veo esa mesa llena de plata y alhajas?». La denuncia del mendigo fue para él la voz de Dios. Optó inmediatamente por una vida de pobreza, y eso le hizo sentirse fuerte cuando llegó la gran tribulación. En julio de 1790 apareció la constitución civil del clero, exigiéndose inmediatamente su juramento. La confusión fue inmensa. Unos 30.000 clérigos lo prestaron, frente a 50.000 que permanecieron fieles. Éstos fueron arrojados oficialmente de sus cargos, amenazados con duros castigos, perseguidos y vejados. Unos 40.000 emigraron a diversos países de Europa. Nuestro Andrés Fournet es de los que vinieron a España. Permaneció aquí dos años, primero en San Juan de Luz y luego en San Sebastián y Los Arcos (Navarra). En Navarra y en todo el País Vasco se hizo muy famoso por su celo apostólico y predicación fervorosa: vivía templando el espíritu para actuar con eficacia, una vez retornado a Francia. Hasta 1798 no pudo manifestarse en su parroquia. El *Directorio* seguía en pie, y aunque comenzara a abrirse alguna iglesia, los peligros de los sacerdotes no juramentados seguían siendo grandes. Andrés Fournet había regresado clandestinamente y pasó una época de ocultamientos y sobresaltos: contactos secretos, misas en casas particulares, espiritualidad doméstica que asegurase la transmisión de la fe.

Restablecida un poco la calma en la República francesa, ya pudo dar la cara en su parroquia. Se encontró con el templo parroquial convertido en hórreo, y templo y casa enteramente despojados. El panorama general era completamente yermo, sobre todo por la carencia de sacerdotes. Él ponía toda su confianza en Dios, suscitando la colaboración de los laicos y promoviendo las vocaciones sacerdotales. En la dirección espiritual pronto se demostró verdadero maestro. Una de las almas santas que lo tomó como director espiritual fue la joven Isabel Bichier

des Anges. La relajación de costumbres y la falta de colaboradores estimularon su celo, dándole a conocer a esta joven su proyecto de fundar una Congregación religiosa de mujeres que sirviese de ayuda al párroco en su feligresía, cuidando de los enfermos y de los niños pobres, por una parte, y edificando a los fieles con su buen ejemplo, por otra. La hoy Beata Isabel Bichier era de posición acomodada y secundó los deseos de su confesor, ofreciendo sus bienes, su voluntad tenaz y su alma enamorada de Dios. La fundación comenzó con cierta pujanza: compró el castillo de Molante cuando las cinco primeras hermanas ya llevaban algún tiempo de vida comunitaria, y en 1811, la casa de Rochefort. El padre Andrés alentaba la expansión de su obra, pero, sobre todo, trataba de darle consistencia interior. En 1817 terminaba la redacción de las Constituciones, que fueron aprobadas ese mismo año por la autoridad diocesana. Las Hermanas de la Cruz ya se habían establecido en La Puye, que vino a ser la casa matriz de la Congregación... El futuro de Andrés Fournet se aclaraba con cometidos más amplios: en adelante se dedicaría a la dirección espiritual de las nuevas religiosas y a la predicación.

Su vida se corona con una incumbencia nueva, trascendental y difícil. La sede de Poitiers, como tantas otras, seguía sin la presencia de un obispo en circunstancias tan penosas: hacía falta un santo para regir sus destinos, y Andrés Fournet fue designado vicario capitular en 1822. Lo fue durante doce años, hasta su santa muerte el 13 de mayo de 1834. Lo sepultaron en la capilla del convento de La Puye. Su sepulcro se convirtió en centro de peregrinaciones y pronto se habló de numerosos milagros. En 1877 se introdujo en Roma su causa de beatificación. Benedicto XV lo declaró Venerable en 1918. Pío XI lo beatificó el 25 de marzo de 1926, el mismo año de la canonización de los sacerdotes mártires de la revolución, y lo canonizó el 4 de junio del Año Santo romano de 1933.

La Congregación de las Hijas de la Cruz, popularmente denominadas Hermanas de San Andrés, apenas conocida en Francia en vida de sus fundadores, hoy se encuentra extendida por Francia, Bélgica, Canadá, Argentina, España, Italia y Hungría.

JOSE MARIA DIAZ FERNANDEZ

Bibliografía

ARDISSON, M , *Andres Huberto Fournet, Isabel Bichier des Anges, en la sencillez del Evangelio* (Fleurus 1985)
CHAIGNI , L , *Saint Andre Hubert Fournet, ou la fierte de la Croix* (Paris 1962)
Recueil des lettres de saint Andre Hubert Fournet (La Puye 1969)
Saint Andre Hubert Fournet, cure de Maille, diocese de Poitiers, fondateur de l Institut des Filles de la Croix, dites Soeurs de St Andre (Milan 1933)
SAUBAT, J , *Andre Hubert Fournet, fondateur de l'Institut des Filles de la Croix, dites Soeurs de Saint Andre Son epoque, sa vie, son oeuvre (1752 1834)* (Tarbes 1924)

C) BIOGRAFIAS BREVES

SAN SERVACIO DE TONGRES

Obispo († 384)

Se le supone un armenio que con anterioridad al año 343 había sido elegido para la sede episcopal de Tongres, en Bélgica. Su nombre figura en la historia eclesiástica como uno de los grandes valedores de la ortodoxia nicena frente al arrianismo.

Defensor de San Atanasio, participó en los sínodos de Sárdica (343) y de Rímini (359), siempre en defensa de la verdadera divinidad de Jesucristo. Pero en este último sínodo, luego de no pocos cabildeos, se llegó a la aceptación de una fórmula en la que se decía que el Hijo era en todo semejante al Padre conforme a las Escrituras. Quizás no viendo que era ambigua, Servacio y los demás obispos ortodoxos la firmaron, lo que hizo decir a San Jerónimo que el mundo entero gimió viéndose arriano. La verdad es que los obispos ortodoxos, como Servacio, la habían firmado en su sentido católico y niceno.

Una posterior peregrinación penitencial de Servacio a Roma parece que tenía por objeto implorar la misericordia divina frente a la invasión de los bárbaros. Servacio murió el 384 y ese mismo año la ciudad de Tongres fue asaltada y semidestruida. La memoria de San Servacio es el 13 de mayo.

BEATA GEMA

Virgen reclusa († 1439)

Según la tradición era una joven pastora de Goriano Sícoli, junto a Aquila en Italia, y que era cortejada por un noble con no limpias intenciones. Pero la muchacha supo rechazar la deshonesta pretensión con tales argumentos que el propio pretendido seductor se avino a costearle la celda que ella quería hacer en la iglesia de San Juan Bautista para vivir en ella como reclusa.

En efecto, se recluyó en una pequeña celda, desde la que por una ventanita podía ver el altar, y allí perseveró en una vida de contemplación y penitencia a lo largo de cuarenta años con gran edificación de la comunidad cristiana.

Muerta el 13 de mayo de 1439, su fama de santidad se aumentó cuando un año más tarde su cuerpo fue hallado incorrupto. Su culto fue confirmado por el papa León XIII el 28 de abril de 1890.

BEATA MAGDALENA ALBRICI

Abadesa († 1465)

Magdalena era hija de un patricio de Como, donde ella nació en los últimos años del siglo XIV. Al llegar a la juventud sintió la vocación religiosa y profesó como ermitaña agustina en el monasterio de esta Orden en Brunate.

Fue una religiosa modelo, que se acreditó enseguida por su humildad, obediencia y austeridad de vida. Y estas virtudes movieron a las monjas a elegirla como abadesa del convento. Ella supo dar nuevo dinamismo al monasterio, que progresó bajo su mando en todos los órdenes, y muy particularmente por la estrecha observancia de la Regla que ella impuso y que sirvió de modelo a otros monasterios de la misma Orden agustina.

Hasta entonces el monasterio dependía del Cabildo de la Iglesia Mayor de Como, pero ella logró un privilegio del papa Pío II en 1459 para que el convento quedara bajo la jurisdicción del visitador de los agustinos de Lombardía.

Con ayuda de la duquesa de Milán pudo fundar un segundo convento de su Orden en Como en 1455. Llena de méritos ella

murió en Como el 13 de mayo de 1465 luego de una larga enfermedad que sobrellevó con edificante paciencia. Su culto fue confirmado por el papa San Pío X el 11 de diciembre de 1907.

14 de mayo

A) Martirologio

1. Fiesta de San Matías, apóstol **
2. En Asia, San Máximo († 250), mártir.
3. En Cimiez (Provenza), San Poncio († 258), mártir.
4. En Siria, los santos Víctor y Corona (s. III), mártires.
5. En la isla de Quíos, San Isidoro (s. III), mártir.
6. En Aquileya (Véneto), santos Félix y Fortunato (s. IV), mártires
7. En la isla de Cerdeña, la conmemoración de las santas Justa y Heredina (s. III-IV), mártires.
8. En Auvergne (Aquitania), San Aprúnculo († 488), obispo de Clermont.
9. En el mismo sitio, San Galo († 551), obispo
10. En Lismore (Irlanda), San Cartago († 638), obispo y abad *.
11. En el monasterio de Fontenelle en Neustria, San Eremberto († 672), obispo de Toulouse y luego monje *.
12. En Santarém (Portugal), Beato Gil de Vaozela († 1265), presbítero, de la Orden de Predicadores *.
13. En Saint Mary of the Woods (Indianápolis), Beata Teodora Ana Teresa Guerin († 1856), virgen, de la Congregación de Hermanas de la Providencia **.
14. En Betharram, junto a los Pirineos, San Miguel Garicoitz († 1863), presbítero, fundador de la Sociedad de Sacerdotes Misioneros del Sagrado Corazón de Jesús **
15. En Nicia (Italia), Santa María Dominica Mazzarello († 1881), virgen, fundadora del Instituto de Hijas de María Auxiliadora **.

B) Biografías extensas

SAN MATÍAS

Apóstol (s. I)

Si el Evangelio no es una biografía de Jesús, los Hechos de los Apóstoles no son una colección de biografías de aquellos primeros héroes del cristianismo naciente. De algunos apósto-

les apenas sabemos más que el nombre. De Matías sabemos solamente su nombre y su elección. De aquel colegio apostólico que actuó desde Pentecostés, de aquellos doce definitivos, Matías fue el único no elegido por Jesús. Fue el apóstol póstumo de Jesús, incorporado al colegio apostólico cuando Jesús estaba ya en el cielo.

Y es un apóstol al que se cita siempre en segundo lugar, puesto humilde que se puede comprobar sin más que abrir el misal romano por el canon. Al principio del mismo, en la oración de comunión con los santos, se nombra uno por uno a los apóstoles, pero en esa lista falta precisamente Matías, aunque se nombra a otros doce santos no apóstoles, y se cita a Pablo juntamente con Pedro, siendo también Pablo apóstol posterior, que no perteneció al grupo de los doce. Si queremos hallar una mención de Matías en el canon, tenemos que buscarlo, como escondido y de incógnito, después de Juan Bautista y Esteban Protomártir, entre una lista de santos y santas. Un título más para que nos acordemos de este trabajador evangélico que, al contrario que otros santos, se vio exaltado en vida y se ve humillado después de su muerte.

Cuando se intenta trazar la semblanza histórica de este apóstol singular, hay que limitarse a lo poco que de él nos dicen los Hechos de los Apóstoles. Y lo poco que nos dicen es contarnos su elección. Ni siquiera lo vuelven a nombrar más. Lo que de él nos dicen escritos posteriores, aunque sean de autores calificados, no ofrece garantías de historicidad. Y las biografías apócrifas se han encargado de rellenar con aventuras de viajes y de milagros ese silencio de los Hechos de los Apóstoles.

Contentémonos, pues, con abrir por su primera página ese libro de los Hechos. Los discípulos de Jesús, inmediatamente después de la ascensión, regresaron del monte de los Olivos a Jerusalén. Jesús se había despedido de ellos, pero ellos creían que hasta pronto. Tenía que volver para instaurar el reino de Israel. Hacía unos momentos nada más que ellos le habían preguntado si era entonces cuando iba a inaugurar su reinado, y él se había limitado a aconsejarles que no intentasen averiguar la hora señalada por Dios. Jesús no les había dicho que fuese a tardar mucho en volver, y dos mensajeros celestiales les habían

asegurado que, así como lo habían visto subir al cielo, así lo verían bajar otra vez.

Con esta mentalidad, encendida de esperanza, regresaron los discípulos a la ciudad. Pronto llegaron, pues el monte de los Olivos no está lejos. Y cuando entraron en la capital del judaísmo se dirigieron a una casa frecuentada por ellos y se concentraron en su cámara alta. Jesús les había dicho que no se alejasen de Jerusalén, sino que esperasen allí una prodigiosa manifestación del cielo, una efusión maravillosa del Espíritu Santo, que quizá confundieron ellos entonces con el mismo regreso de Jesús, triunfador y glorioso, como príncipe de Israel. Y allí quedaron todos, esperando en viva tensión el acontecimiento. Los apóstoles, once después de la apostasía de Judas Iscariote, y las mujeres galileas que heroicamente habían seguido a Jesús en sus correrías evangélicas. Y los parientes de Jesús, que, por fin y gracias a la resurreccion, creían ya en él; y su misma madre, María. Y numerosos discípulos, hasta completar el número de ciento veinte, el número que se exigía a una comunidad para que pudiese tener sinagoga propia.

Qué se hacía en aquella primera concentración de los primeros cristianos, nos lo dice claramente el texto sagrado: Orar. Todos perseveraban unánimes en la oración. Iban a ser los protagonistas de un episodio decisivo para Israel. Dios iba a realizar por fin lo tantas veces anunciado por los profetas. Pero entonces surgió una dificultad en el mismo seno del colegio apostólico. Y a la mente de todos vino un nombre: Judas Iscariote.

Porque Jesús había escogido doce hombres para que fuesen sus enviados especiales, ya lo habían sido por las aldeas galileas, y ahora no eran doce sino once. Judas se había pasado al enemigo. Y los apóstoles tenían que ser doce cuando volviese Jesús. Él les había dicho que, a su regreso glorioso, los doce se sentarían sobre doce tronos para regir las doce tribus de Israel, y ahora faltaba un hombre para un trono. El primer problema con que se enfrentó la Iglesia, apenas desaparecido Jesús, fue buscar un sustituto del apostata. Dentro de unos cuantos años, cuando muera mártir el apóstol Jacobo, hijo de Zebedeo, no se planteará este problema. Jacobo habrá cumplido hasta el fin su misión de apóstol, y Jesús se encargará de resucitarlo cuando

regrese. Pero Judas no ha cumplido su misión, y hace falta un hombre que ocupe su puesto y la cumpla fielmente.

Los Hechos de los Apóstoles nos ofrecen la primera alocución pontificia del primer Papa Pedro, que siempre fue el portavoz del pensamiento de los demás apóstoles, se levantó en medio de la comunidad y dijo:

> «Hermanos, era necesario se cumpliese la Escritura, lo que el Espíritu Santo, por boca de David, había predicho de Judas, que habiendose contado entre nosotros y habiendo tenido parte en nuestra mision, se hizo guia de los que prendieron a Jesus»

Pedro, al hablar de Judas con tanta delicadeza, parece tener presente la advertencia de Jesús: «No juzguéis y no seréis juzgados, no condenéis y no seréis condenados». Pedro no llama a Judas ladrón ni traidor, no lo llama deicida ni suicida, no dice que Satanás se había apoderado de él. Y, sin embargo, Judas era el hombre a quien Pedro podía odiar más, y Pedro era impetuoso como pocos. Pero Jesús había enseñado la caridad fraterna que se extiende a todos, como la misericordia divina, lo mismo a los amigos que a los enemigos, y Pedro, viviendo esa doctrina del Evangelio, dijo solamente que «Judas se hizo guía de los que prendieron a Jesús».

Pero no necesitaba contar a su auditorio el desgraciado final de Judas y se abstuvo de hacer el menor comentario, ni a título de ejemplaridad y escarmiento Pero el autor de esta página de los Hechos, que escribe años después para quienes quizá no recuerden lo que sucedió, añade, como intercalando un paréntesis en las palabras de Pedro, que Judas había adquirido un campo con el precio de su crimen, y, habiendo caído de cabeza, reventó por medio y todas sus entrañas se esparcieron. Y añade el escritor que el hecho fue conocido de todos los habitantes de Jerusalén, de manera que el campo se llamó en su lengua *Jakal-Dema,* es decir, «campo de sangre», haciendo esta traducción para los lectores de lengua griega.

El primero de los apóstoles continuó su breve discurso diciendo:

> «En el libro de los Salmos esta escrito "Que su campamento quede desierto y no haya nadie que lo habite" Y tambien "Que otro ocupe su cargo"»

Estas palabras de Pedro citando el Salterio son versículos de dos salmos, el 69 y el 109 según la numeración hebrea. Aunque Pedro debió hablar entonces en arameo, el escritor no pone estas palabras en labios de Pedro según el texto hebreo, sino según la versión griega, y con ligeras modificaciones para acomodarlas mejor al episodio, según la costumbre que había entonces de citar la Biblia. Los dos salmos pertenecen a la serie de los imprecatorios, maldiciones dirigidas, cuando aún no existía la caridad cristiana, contra los enemigos del rey David. Interpretando esos versículos como profecías, la primera se ha cumplido ya con la muerte de Judas. Es necesario que la segunda se cumpla también, y para ello hay que proceder al nombramiento del que le haya de sustituir en el colegio apostólico. Y Pedro enuncia las condiciones previas para poder aspirar a ese cargo de apóstol de Jesús. El discurso prosigue así:

> «Es menester que de todos estos hombres que se han asociado a nosotros durante todo el tiempo que con nosotros vivió el Señor Jesus —a partir del bautismo por Juan hasta el día en que fue separado de nosotros— haya uno que llegue a ser, juntamente con nosotros, testigo de su resurrección»

Para ser apóstol, dice Pedro, hace falta haber acompañado a Jesús durante toda su vida pública, desde el bautismo hasta la ascensión. No basta haberlo seguido en una larga serie de jornadas evangélicas, ni haber vivido algún tiempo en intimidad con él, ni haber sido enviado por él a predicar, ni siquiera haberlo visto resucitado. Un apóstol es un testigo de Jesús, y hace falta haberle acompañado durante toda su predicación para poder atestiguar sobre toda su doctrina, como hace falta haberlo visto resucitado después de la crucifixión para poder ser testigo de la legación divina de Jesús.

Puestas las condiciones, en aquel centenar de personas se encontraron dos hombres que parecían con iguales méritos para aspirar al apostolado. Uno era José Bar-Schabba, llamado Justos —sobrenombre que se suele traducir equivocadamente por «el justo»—, y el otro era Matatías, o, abreviadamente, Matías. Como el llamamiento al apostolado no es cosa de hombres sino de Dios, Dios tendría que elegir entre aquellos dos discípulos que parecían iguales en méritos. Y aquella incipiente comu-

nidad cristiana oró confiadamente: «Tú, Señor, que conoces el corazón de todos los hombres, muestranos a cuál de estos dos has elegido para ocupar en el ministerio del apostolado el puesto que ha dejado Judas al ir a su lugar». En esta primera súplica de la Iglesia hay una nueva muestra de la delicadeza y caridad que hemos visto ya en Pedro. La expresión «ir a su lugar» no significa la condenación del criminal: es una expresión acostumbrada, eufemismo arameo, para decir simplemente que un hombre murió.

Para conocer la voluntad divina, sin exigir de Dios una aparición ni una revelación —aun tratándose de algo tan importante para toda la naciente Iglesia de Jesús—, decidieron echar suertes Es algo que hoy nos puede extrañar, pero que entonces se acostumbraba. Se apelaba a las suertes para decidirse entre dos soluciones aparentemente equivalentes, y en la providencia ordinaria de Dios, que decidía la suerte, se veía la voluntad de Dios. Aquello no era fiarse de una casualidad física, sino confiarse a la causalidad divina. Cada semana, en el templo de Jerusalén, los sacerdotes echaban suertes para repartirse los oficios. Y el último caso que registra la Biblia de una elección religiosa señalada por la suerte, es esta designacion de Matías como apóstol de Jesús, con idéntica categoría que los otros once. «Y la suerte señaló a Matías, y fue uno de los doce apóstoles».

Así termina, en el libro de los Hechos, la historia de San Matías. Nada más se vuelve a saber de él en particular. Con esta sencillez aparece y desaparece en la documentación histórica este apóstol póstumo, puesto siempre en segundo lugar, que ni el canon cita entre los apóstoles ni tiene en el martirologio un día fijo para su fiesta.

De la literatura apócrifa que pretende narrarnos su vida, citemos solamente una frase, puesta en sus labios, que merece salvarse por su positivo sabor evangélico. Dice así: «Si peca el vecino de un elegido, pecó también el elegido, porque si éste se hubiera portado según aconseja el Verbo, el vecino se hubiera avergonzado también de su propia vida, y así no hubiera pecado»

CARLOS MARIA STAEHLIN, SI

Bibliografía

Act. SS. Boll., 24 de febrero.
Actas apocrifas como· M. BONNAT, *Acta Andreae et Mathiaek* (Leipzig 1898), «Evangelio o tradiciones de Matías», en A DE SANTOS OTERO (ed), *Evangelios apocrifos* (Madrid 2003) 58-60.
Relato del libro de los *Hechos de los Apostoles* y, en general, *Comentarios a los Hechos de los Apóstoles*
TILLEMONT, L. S DE, *Memoires pour servir a l'histoire ecclesiastique des six premiers siècles...,* I (Venecia) 406s.

SAN MIGUEL GARICOITZ

Presbítero y fundador († 1863)

Miguel Garicoitz nació en Ibarre, villorrio del país vasco-francés, el 15 de abril de 1797. La Revolución Francesa estaba en su apogeo. La religión era perseguida. Los sacerdotes escaseaban y tenían que actuar en la clandestinidad. Ello explica que, con ser sus padres excelentes cristianos, tuviera Miguel seis meses cuando recibió el santo bautismo. Por cierto que, al sentir correr sobre su frente el agua bautismal, la criatura, en un arrebato de cólera, arrancó una hoja del ritual. Reacción instintiva de su temperamento de cántabro, fogoso y violento.

Otras tendrá en su niñez menos inconscientes. Con la misma mano robará un paquete de agujas a un baratillero y le arrebatará a su hermanito una hermosa manzana; en otra ocasión sus puños le servirán de arma terrible, y nada menos que contra el maestro del barrio; éste era partidario de «la letra con sangre entra». Un día los alumnos se confabulan, Miguel los capitanea: el plan era caer todos a la vez sobre el dómine, a última hora los demás se zafan y dejan solo a Miguel; nuestro héroe no retrocede; se abalanza sobre la víctima y venga cumplidamente a sus compañeros.

Por lo demás, Miguel era un buen muchacho. Pero esas intemperancias encerraban su peligro; había que cortarlas. Afortunadamente tenía a su lado una madre que, para corregirlo, le llevaba a la cocina y, enseñándole las llamas voraces del hogar, le decía: «Mira, Miguel: en un fuego mucho más terrible serán castigados los niños que roban y abusan de su fuerza». Miguel escarmentó. Más tarde llegaría a decir: «Sin mi santa madre reconozco que hubiera terminado por ser un malvado». Sin su

madre y sin la gracia de Dios, que le trabajaba a fondo y le iba modelando un alma grande, un alma eucarística y sacerdotal.

Recibió la primera comunión a los catorce años; pero para los tiempos que corrían, muy marcados de resabios jansenistas, fue una comunión precoz, y, para Miguel, una nueva victoria, ganada a fuerza de piedad y de formación religiosa.

La batalla por el sacerdocio sería más dura aún. La pobreza de sus padres, impotentes para costearle los estudios, Miguel la venció alternando las clases con el servicio doméstico, primero en la rectoría de Saint Palais, más adelante en el palacio episcopal de Bayona, y, siempre, robando horas a la noche para estudiar. Sudó, se quemó las cejas, pero pudo con la maraña de la frase latina y pronto alcanzó a los seminaristas más aventajados. Y, en el trasfondo de su ascensión al altar, su lucha heroica por la santidad. El testimonio de sus condiscípulos es explícito. «Miguel —dice uno— no es un santo por hacer: es un santo hecho y derecho». «Para todos nosotros —añade otro— Miguel era nuestro San Luis Gonzaga».

El 20 de diciembre de 1823 Miguel se ordenaba de sacerdote. Su primer destino, coadjutor, en Cambó, de un párroco anciano y tullido, esto es, coadjutor en funciones de párroco, pero sin la categoría de tal. La situación ideal para el celo y la humildad de Garicoitz. Enseguida pone manos a la obra. Habla desde el púlpito y en el confesonario; pero de forma que su dirección espiritual se integre en su predicación. Un ejemplo de su táctica: se guarda muy bien de fulminar desde el púlpito contra el abuso inveterado del baile; se contenta con prevenir contra los peligros próximos de pecado, y, en el confesonario, ataca el mal con las razones directas que las conciencias exigen. Catequiza a los niños, asiste a los enfermos, y, si es preciso, sale precipitadamente de la iglesia, revestido de sobrepelliz, monta a caballo y se lanza como una exhalación, barranco abajo, en auxilio de un accidentado.

Su celo le inspira intuiciones audaces y proféticas; fomenta la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, impulsa las almas a la comunión frecuente, así lucha contra la frialdad del jansenismo. Pero no es éste el único enemigo. Hay en la parroquia cierto librepensador de tipo volteriano que, solapadamente, se entrega

a una labor de zapa y pretende desacreditar la religión. Miguel Garicoitz estudia el caso, reza, se macera, prepara su requisitoria y acude, en secreto, a la guarida del lobo vestido con pieles de cordero, lo desenmascara y... lo convierte. Hubo quien trató de malquistar al párroco con su coadjutor, tachando a éste de prepotente. No cabía especie más burda. Todas las mañanas Miguel acompañaba al venerable anciano a la iglesia y le ayudaba con la fuerza de sus brazos a subir las gradas del altar.

Va a comenzar el curso 1825-1826 en el Seminario Mayor de Betharram. Al lado del superior hace falta un prefecto de estudios y un director espiritual. El señor obispo no vacila. El abate Garicoitz es el hombre de las situaciones delicadas. Ya lo tenemos en Betharram con toda la carga abrumadora de la responsabilidad, pero, una vez más, sin el cargo. Miguel está en su elemento. Como por arte de magia, la obra recibe empuje y altura. Los seminaristas estudian, aprenden, se forman, se santifican.

Es que el nuevo prefecto exhorta, censura, orienta; pero, sobre todo, vive su vida sacerdotal con una convicción y una ejemplaridad que arrastran. En esto muere el superior. Garicoitz, a fuerza de obedecer, ha aprendido a mandar. El obispo le nombra rector. A los pocos meses surge una situación nueva. El filosofado es trasladado a Bayona; el nuevo rector sigue con los teólogos; uno tras otro, éstos se van ordenando y, a fines de 1833, Miguel queda con un solo compañero de armas, constituido, como él decía, «superior de las cuatro paredes de un vasto edificio». Es la hora de Dios.

De tiempo atrás, a la vista de la necesidad de la Iglesia, viene Miguel acariciando la idea de asociarse unos compañeros y formar con ellos un equipo de misioneros, un «escuadrón volante» dispuesto a acudir, a la menor señal de obispos y párrocos, a cualquier punto donde las almas necesiten su ayuda. No deja de ser extraña esta iniciativa en un hombre que, como se ha visto, gusta de puestos subalternos. Miguel ha sido siempre el hombre de la obediencia. Para que ahora esté madurando el proyecto de fundación de una Comunidad ha tenido que oír en su alma la voz imperiosa del mismo Dios. Así es, en efecto.

En unos ejercicios espirituales de treinta días, practicados en Toulouse, el padre jesuita con quien ha consultado el caso

ha sido terminante: «Dios os quiere más que jesuita, seguiréis vuestra primera inspiración; seréis padre de una familia religiosa hermana de la nuestra».

Los treinta años que le quedan de vida Miguel los dedicará a la gestación y alumbramiento de la Congregación de los Sacerdotes del Sagrado Corazón de Jesús, hija de su alma grande. Esa obra será el signo de su vida, pero será también el drama que revelará la plenitud de su santidad, el heroísmo de su obediencia.

La idea de Miguel era dotar a su Congregación de la solidez y estabilidad de unas reglas canónicas centradas en los tres votos de religión perpetuos y en el refrendo de la correspondiente aprobación de Roma; quería darle los fundamentos de una obra que aspira a perdurar y la libertad de movimientos que necesita el celo de un apóstol. Pero, precisamente, el obispo de Bayona, su superior jerárquico, porque apreciaba en su justo valor la capacidad apostólica del santo de Betharram, porque le amaba como al mejor de sus hijos, lo quería para sí solo, para su diócesis, y veía que, al pasar a depender de Roma, ya no podría manejarlo a su voluntad. Contradicción aparente que Miguel resolvió a lo santo.

Enamorado de la obediencia, no se enfrentó con la autoridad legítima inmediata, no recurrió a Roma; adoptó las constituciones episcopales, insuficientes para su deseo de perfección, en el rigor de su letra, pero supo extraer de ellas el espíritu que vivifica, lo asimiló y lo infundió en sus hijos, haciendo de ellos unos religiosos de cuerpo entero, dispuestos a las mayores empresas apostólicas.

El trabajo no faltaba. Predicación popular en villas y aldeas, educación de la juventud en colegios y escuelas, redención de la clase obrera en talleres y granjas agrícolas, abrían campo dilatado a misioneros y educadores. Miguel lo dirigía todo, a todas partes acudía, y todo salía bien gracias a sus dotes de organizador: voluntad enérgica y perseverante, juicio recto y certero, sencillez y nobleza de modales, bondad y firmeza en el trato. Pronto echó de ver el prelado que con aquellos hombres de Dios se podía contar. Casualmente buscaba un grupo aguerrido de misioneros que enviar a la República Argentina, donde los vascos emigrados a las riberas del Plata los necesitaban para

conservar la fe de sus mayores. Miguel Garicoitz fue requerido. No vaciló. Los suyos tampoco, y allá emigraron también los primeros betharramitas.

Con santa envidia los vio marchar el padre Garicoitz; él tenía que permanecer en Betharram, dedicado a consolidar su obra, a darle, sobre todo, una estructura espiritual que le asegurara una vitalidad robusta a prueba de cualquier contingencia, ya fuera ésa la muerte del fundador. Mientras vive él su santidad, se basta para guiar la nave por derrotero seguro; para las generaciones venideras el fundador lega a su familia la luz de sus consignas. No es que San Miguel haya forjado una espiritualidad nueva.

Su doctrina es la clásica que ha hecho a los santos, pero bien se puede decir que ha dejado impreso en ella un sello personal que la caracteriza. Su lema fue la voluntad de Dios; pero Miguel Garicoitz quiere que esta Voluntad Santa se cumpla con aquellas disposiciones que adornaron al Corazón de Jesús y al de su Madre en el misterio de la Encarnación. El *Ecce venio* del Corazón de Cristo y el *Ecce ancilla* de María enardecían a Miguel. En esos dos gritos del corazón recogía él la voz auténtica de la obediencia perfecta: obediencia pronta, generosa; obediencia, sobre todo, de amor; la obediencia que él practicó en grado heroico, pues murió sin ver a su familia espiritual libre de la tutela del obispo.

Por abrumador que fuese el trabajo que le imponían la fundación del nuevo Instituto y la formación de sus hijos, el celo incansable que le devoraba le dio arrestos para consagrarse a la santificación de otras muchas almas. Durante treinta años dedicó varias horas diarias a la dirección espiritual del noviciado que las Hijas de la Cruz tenían a corta distancia de Betharram. En el mismo Betharram su confesonario se veía asediado, su fama de santo atraía lo mismo a los pecadores y descreídos que a las almas virtuosas; a todos acogía con una paciencia y un celo dignos del santo Cura de Ars.

En esa labor oscura y agotadora, no menos que en su copiosa correspondencia, brillaban siempre sus dotes de auténtico maestro de espíritu y, no pocas veces, los carismas de su penetración de conciencias y de su visión profética. Con firmeza y suavidad inculcó a las almas las devociones básicas del cristia-

nismo, la cruz y la Santísima Virgen. ¡Qué bien le vino el tener por centro geográfico de su vida sacerdotal el maravilloso paraje de Betharram, antiquísimo santuario dedicado a Nuestra Señora del Bello Ramo, que eso significa Betharram, y, a la vez, venerado Vía Crucis, cuyas estaciones van escalando la sombreada colina que cobija la capilla mariana! ¡Y qué bien trabajó nuestro Santo por la cruz y por María! Su devoción, perfectamente armonizada con un gusto artístico depurado, nos ha legado dos obras maestras del gran artista Renoir: una *Madone* de mármol blanco, con el Niño Jesús, que desde su retablo sonríe al peregrino, y los templetes del Calvario, que, cual estuches primorosos, engastan los bajorrelieves patéticos de las escenas de la Pasión.

Miguel acaba de cumplir sesenta y seis años. El trabajo, las austeridades, las pruebas habían ido barrenando su organismo de acero, pero seguía infatigable su labor. Tuvo que venir el Señor a imponerle el descanso. Una madrugada le dio un acceso de tos violenta en extremo. Acuden los padres de la comunidad, el enfermo se confiesa, recibe la extremaunción y, pronunciando las primeras palabras del *Miserere,* entrega su alma a Dios. Era el alborear de la Ascensión, 14 de mayo de 1863. Ochenta y cuatro años más tarde el papa Pío XII le inscribió en el catálogo de los santos.

JULIÁN ALCORTA, SCJ

Bibliografía

AAS 15 (1923) 263-269; 39 (1947) 329-332, 401-408, 41 (1949) 625-636
BERNOVILLE, G., *Un saint basque, Saint Michel Garicoitz* (París 1936)
BOURDIENNE, B., *La vie et l'oeuvre du vénerable Michel Garicoitz* (París 1918).
BUZY, D., *Le saint de Betharram, le bon pere Garicoitz* (París 1947)
DIVIGNAU, P., SCJ, *La doctrine spirituelle de Saint Michel Garicoitz* (París 1949).
Pensamientos del Beato Miguel Garicoitz (Buenos Aires 1943)
SARTHOU, B., SCJ, *Vida popular de San Miguel Garicoitz* (Buenos Aires 1947).

SANTA MARÍA MAZZARELLO

Virgen y fundadora († 1881)

En la órbita de San Juan Bosco un astro de primera magnitud había de ser Santa María Mazzarello. También los sueños

profeticos del gran fundador habían de anunciarle las Hijas de María Auxiliadora. El nos lo ha contado·

> «Un buen día atravesaba la plaza Vittorio en Turín De repente me vi cercado por un pequeño ejercito de chiquillas que cantaban, gritaban, chillaban Apenas me vieron volaron en torno mio y clamaron "¡Viva Don Bosco! [ ] Tomenos tambien a su cargo ¿No ve que estamos abandonadas?" Otro tendra que ocuparse de vosotras yo estoy abrumado con tantos niños [ ] Pero mientras ellas insistian, una Señora noble y con rostro como el sol resplandeciente se me aparecio y me dijo "Cuidamelas Son hijas mias"»

Por entonces llegaba a Turín un fervoroso sacerdote, que tenía en un pueblecillo de los Alpes su asociación de Hijas de la Inmaculada: se llamaba don Pestarino y quería quedarse con Don Bosco en Turín Pero el santo patriarca le dijo que volviera a su Mornese, a cuidar de sus congregantes, mientras tanto le consideraría como uno de los suyos Le dio una medalla y una tarjetita para las dos principales, con estas palabras· «Orad, haced todo el bien que podáis a las jovencitas: haced lo posible por impedir el pecado, aunque sea venial».

María y Petronila eran las dos obsequiadas y aconsejadas por Don Bosco, desconocidas entonces por él; por eso recibieron sorprendidas y maravilladas el regalo espiritual. Las dos, y sobre todo María, habían de ser las principales colaboradoras de San Juan Bosco en la fundación de las Hijas de María Auxiliadora, que también llamamos salesianas.

María Mazzarello había nacido el 9 de mayo de 1837, en un pequeño barrio de Mornese, pueblecito alpino del Alto Monferrato. Muy semejante fue su infancia aldeana a la de Don Bosco en Becchi, aunque menos maravillosa en lances, visiones y prodigios.

María, en su aldeíta de Mornese, primero, y luego en la vecina granja de la Valponasca, trabajó desde pequeñita en las viñas y sembrados, con diligencia y robusta laboriosidad. Todo era necesario en aquella familia, tan profundamente cristiana y ejemplar, bendecida por Dios con tres hijos y tres niñas, de todos, la mayor fue María y luego Feliciana, que también había de formar en el primer grupo de las salesianas.

Siempre fue María muy piadosa: madrugaba y corría, a veces con nieve y antes de amanecer, a la iglesia (aún se conserva

el pozo junto al que esperaba algunas veces a que le abrieran la iglesia), y otras desde la ventanita de su dormitorio miraba con devoción la torre de la parroquia lejana y le enviaba cánticos y jaculatorias.

En el catecismo era «Maín» (Marieta) la primera: «No me dejaré ganar por ninguna, ni por los muchachos». Por eso el capellán, don Pestarino, la atendía con predilección; le permitió y aconsejó la comunión frecuente y aun diaria, cosa excepcional en aquellos días, aún con resabios del frío jansenismo.

> —¿Por qué no te haces monja? —le preguntaban los capuchinos que pasaban pidiendo limosna por la Valponasca, al verla tan piadosa y devota
>
> —Yo monja en el claustro, no Pero quiero ser toda de Jesus

Y era un ángel de pureza: el ángel de Mornese la llamaron.

Angelina Maccagno, joven de unos veinte años, instruida, emprendedora, trazó, aconsejada por don Pestarino, el reglamento de una Pía unión con las mejores jovencitas de Mornese: entre las cinco primeras estaba María Mazzarello; era el jardín de la Inmaculada; ellas las voluntarias de la Virgen.

A sus diecisiete años, el 9 de diciembre de 1855, hizo la Mazzarello con sus compañeras, en la capilla privada de don Pestarino, su primera consagración a la Virgen. Eran el ejemplo del pueblo, el honor de la parroquia.

El tifus fue una epidemia devastadora en Mornese. María, heroicamente, fue a cuidar a unos parientes apestados y contrajo la grave enfermedad, de la que un día de la Virgen del Rosario curó inesperadamente. Pero quedó debilísima, inútil para las duras labores del campo.

Un día le dijo a su amiga Petronila:

> —Me voy a hacer sastra cuando lo sea, reuniré a las niñas y las enseñare el oficio y la piedad, me parece soñar viendo el castillo, y en él muchas niñas que hemos de formar ¿Me acompañaras?

No fue tan fácil realizarlo. Dificultades de la familia, ironías de los pueblerinos (¿pesaba la azada, eh?), falta de locales, con emigraciones como las de Don Bosco por los arrabales de Turín. Una temporada en casa Pampuro, su taller primero, luego en casa Maccagno por cinco liras al mes, más tarde las primeras internas en la residencia, con las dos *mammas* y maestras: Petro-

nila y María. El taller va teniendo su oratorio festivo dominical. Entonces reciben el billetito del desconocido Don Bosco, pero lo besan como una reliquia.

El 7 de octubre de 1864 viene de excursión a Mornese Don Bosco con un buen grupo de sus chicos, invitado por don Pestarino. Fue el primer encuentro personal de María Mazzarello con el fundador. Una emoción insólita la agitaba, un pronóstico de vida nueva y caminos extraordinarios.

Desde entonces la vocación y la institución se van perfilando. El taller y el oratorio crecen. María es elegida presidenta de la Casa de la Inmaculada, con un grupo de siete congregantes consagradas a la obra; y en la altura, al pie del castillo, van a tener más amplias edificaciones para el colegio nuevo; Don Bosco vino a bendecirlo el 13 de diciembre de 1867.

Congregó Don Bosco su Capítulo general en mayo de 1871; les expuso el proyecto de fundar un instituto de religiosas, y precisamente aprovechando la fundación del colegio de Mornese. Con su aprobación corrió a exponer su proyecto a Su Santidad Pío IX, que lo aprobó cálidamente y lo bendijo. Con esto se fue a Mornese y propuso su plan a don Pestarino. Hubo grandes dificultades, el pueblo se creyó privado de un colegio para chicos, a María la reclamaba su familia...

Pasó la tempestad y el 15 de agosto de 1867 el obispo de Acqui, con Don Bosco, recibían los votos primeros de once Hijas de María Auxiliadora, que pronto eligieron por superiora indiscutible a sor María Mazzarello.

Don Bosco les compuso las Reglas y Constituciones, y desde la muerte de don Pestarino, en 1874, la dirección de Don Bosco orientó de la más bella manera salesiana la naciente congregación y le envió como directores generales al que había de ser gran misionero y cardenal Cagliero, a don Rúa, luego sucesor de Don Bosco; a monseñor Costamagna, todo el estado mayor de aquellos idílicos y prodigiosos comienzos de la familia salesiana.

> «Ahora soy del todo feliz, habia dicho sor Mazzarello a su madre el día de su profesion religiosa»

Con prudencia celestial y santidad rebosante sor María regía la naciente congregacion y veía su crecimiento, primero

en Europa, luego en las misiones de los jíbaros, luego por todo el mundo.

La Congregación se consolida. Aconsejan a la superiora general, sor María, que vaya a pedir a Roma las bendiciones de Su Santidad y se excusa·

> «¿Como, señor director, me presentare, que no haga perder nuestro buen credito? Esperara el Papa ver una superiora instruida y capacitada, y se encontrara con una pobre aldeanita ignorante»

La pobre aldeanita, sin embargo, era un prodigio de prudencia, de buen espíritu, de muchas virtudes y crecida santidad, ejemplar perfecto de la mejor hija de María Auxiliadora

En 1877 la Casa generalicia se trasladaba a Nizza Monferrato, casa mejor comunicada y mayor para el gran crecimiento de la Institución, y allí, con su ejemplo y divinas ilustraciones, ejerce su maravilloso apostolado y forma un plantel de religiosas fervientes y superioras excepcionales que habían de levantar tan excelsa la eficacia y la fama de la Congregación.

Pero su fin se acercaba. En 1880 dijo a sor Josefina, que se marchaba a América:

> «Yo morire pronto el Señor me ha escuchado cuando me ofre ci como victima»

Sor Josefina se fue a quejar a Don Bosco:

> — La madre me ha confiado el secreto de su holocausto Ruegue al Señor que aplace el sacrificio ¡Es tan necesaria!
> — La victima es agradable a Dios ha sido aceptada —respondio el Santo

Y tras una breve agonía, venciendo al diablo, que la inquietaba, con su canción fervorosa: *Yo quiero amar a María,* dijo a las hijas que lloraban «rivederci in paradiso».

Y santamente expiró. Era el 14 de mayo de 1881, apenas cumplidos sus cuarenta y cuatro fecundos años.

Bellísimo ejemplo de sencillez y santidad, de celo apostólico y de virginal pureza. Muy pronto los milagros habían de atestiguar sus heroicas virtudes. El 20 de noviembre de 1939 la elevaba como Beata a los altares Su Santidad Pío XI, y el 24 de junio de 1951 fue solemnemente canonizada por Su Santidad Pío XII. Sus reliquias fueron trasladadas a un bellísimo altar que

en su honor se erigió en la grandiosa basílica de María Auxiliadora, en Turín.

JOSÉ ARTERO PÉREZ

Bibliografía

LEMOYNE, G. B., *Vita del venerable servo di Dio Giovanni Bosco* (Turín 1920).

MACCONO, F., *Suor Maria Mazzarello, prima superiora generale delle Figlie di Maria Ausiliatrice* (Turín 1924).

CASSANO, G., *L'Angelo di Mornese. Vita di suor Maria Mazzarello* (Turín 1925).

FAVINI, G., *Santa Maria Mazzarello* (Bogotá 1956).

• Actualización:

DAICERRI, L., *Un'anima di Spirito Santo. S. Maria Domenica Mazzarello* (Roma 1972).

Lettere di D. Maria Domenica Mazzarello confondatrice dell'Istituto delle Figlie di Maria Ausiliatrice (Milán 1975).

POSADA, M. E. - COSTA, A. - CAVAGLIA, P. (eds.), *La sapienza della vita. Lettere di Maria Domenica Mazzarello* (Turín [3]1994).

BEATA TEODORA GUERIN

Virgen († 1856)

Aparece la Beata Teodora Guerin en el *Martirologio* como religiosa de la Congregación de Hermanas de la Providencia y, en cambio, en el *Índice de la Sagrada Congregación para las Causas de los Santos,* así como en las noticias difundidas con motivo de su beatificación, como fundadora de las Hermanas de la Providencia de St. Mary of the Woods. ¿Era una religiosa más o era la fundadora? Hay que decir que en cierto sentido ambas cosas son verdad. Porque ella no fue quien fundó la Congregación de Hermanas de la Providencia de Ruillé-sur-Loire, en la que ingresaría a los 25 años. Esta congregación estaba ya fundada cuando pronunció sus votos en ella. Pero fue enviada con otras hermanas a fundar una nueva casa de la misma congregación en Indiana, Estados Unidos, concretamente en St. Mary of the Woods, y esta casa posteriormente quedaría desgajada de la casa madre de Francia y convertida en cabeza de una nueva congregación que lógicamente tiene por fundadora a la fundadora de la nueva casa y que primero rigió sus destinos tras la separación. Y en ese sentido Teodora Guerin es fundadora. Hoy día ambas congregaciones subsisten como diferentes, teniendo aún la fun-

dada por Teodora Guerin su casa generalicia en St. Mary of the Woods.

Asistí personalmente a la ceremonia de beatificación de esta religiosa, no porque tuviera relación alguna con su congregación, sino porque en la misma ceremonia se beatificaba el P. Faustino Míguez de la Encarnación, religioso escolapio, fundador del Pío Instituto Calasancio de Hijas de la Divina Pastora, en cuyo colegio de Sanlúcar de Barrameda estuve como párvulo. Pude así escuchar al Santo Padre Juan Pablo II exaltar en la homilía de la misa las virtudes de la Beata Teodora Guerin y dibujar con acertados trazos su perfil espiritual y religioso.

Ana Teresa Guerin nació en la aldea de Etables, Bretaña, el 2 de octubre de 1798, hija de Lorenzo e Isabel. En su hogar se practicaba con sinceridad y profundidad el cristianismo, y apenas abrió los ojos a la vida, pudo empaparse del clima piadoso de su familia, donde todos los días la familia se reunía para orar y leer los santos evangelios. La familia tenía un huerto del que se aprovechaba para el sustento familiar y por su parte el padre se alistó en la Armada francesa, sirviendo a su patria en los años en que Napoleón Bonaparte presidió los destinos de Francia, y obligándole ello a estar ausente del hogar incluso períodos de varios años. Por ello la figura determinante en la educación de Ana Teresa fue su madre, persona de alma fina y delicada, sumamente religiosa, que le transmitió con mucho celo los valores del evangelio. La madre encomendó la formación cultural de su hija a un joven clérigo, pariente de la familia, el cual le enseñó las letras y la introdujo también en el conocimiento de las matemáticas, la geografía, las ciencias naturales, etc., haciendo de Ana Teresa una chica despierta y con un bagaje cultural apreciable, lo que tanto le serviría en la tarea a que Dios la tenía destinada. Viendo que era una niña muy piadosa y estaba bien preparada, su párroco le permitió recibir la primera comunión cuando sólo tenía diez años, dos antes de lo que entonces se acostumbraba. Fue muy concreta la experiencia religiosa que tuvo Ana Teresa al recibir a Jesús por primera vez y ella misma le confesó a su párroco que había sentido ya entonces el deseo y la llamada a ser religiosa.

Ana Teresa, adolescente, se mostró obediente y trabajadora, ayudando a su madre en el hogar y cuidando de su hermana pequeña, para dejar a la madre más libre para su tarea. Le gustaba, cuando podía, irse a los acantilados de la costa y dedicarse frente al mar a la contemplación de la naturaleza y a la oración. La tragedia llegó cuando Ana Teresa tenía 15 años: volvía su padre a su hogar para visitar y estar un tiempo con su familia cuando fue asaltado por unos bandidos y asesinado. Isabel, la madre de Ana Teresa, quedó abrumada por el suceso y perdió el ánimo, de tal forma que Ana Teresa hubo de hacerse cargo del hogar, cuidar a su madre y a su hermana, y debió también encargarse personalmente de la huerta, que quedó como medio de subsistencia de la familia. Mostró entonces Ana Teresa una gran fortaleza de espíritu, pese a su juventud, y sin desanimarse nunca atendió a todos sus deberes como si fuera una persona adulta. La tribulación forjó su espíritu y le dio fortaleza de carácter y capacidad de iniciativa. Fueron años de penurias y sacrificios, y lo que la sostuvo fue su fe en Dios y su asidua oración. Como dirá ella misma más tarde, es en la oración donde el alma adquiere fortaleza. En medio de la tormenta —escribió ella— qué dulce es la calma que la oración halla en el corazón de Jesús. Pero ¿qué consuelo queda para los que no oran?

Ana Teresa conservaba en su corazón aquella llamada a la vida religiosa que había sentido el día de su primera comunión, pero era claro que las circunstancias de su hogar le impedían poder realizar su deseo. Ella se encomendó a la misericordia de Dios y se echó en brazos de su providencia, dejando que pasara el tiempo y que las cosas evolucionaran. Y en efecto evolucionaron las cosas, de modo que pasados diez años de la muerte de su padre, crecida ya su hermana, pudo ella pensar en dejar su hogar y seguir lo que era su íntima vocación. Eligió como congregación en la que ingresar la reciente entonces de las Hermanas de la Providencia, fundada en Ruillé-sur-Loire. En el verano de 1823, cuando aún no había cumplido los veinticinco años, Ana Teresa dijo adiós a su hogar en ingresó en la congregación. Hecho el noviciado pronunció los santos votos en 1824 con el nombre de hermana Teodora. Tenía una salud frágil. Durante su noviciado enfermó gravemente, pero las superioras no por

ello le pidieron que dejara la congregación sino que la cuidaron con amor y los tratamientos médicos la mejoraron notablemente. No obstante, quedó muy delicada del estómago, de forma que todo el resto de su vida sólo pudo consumir alimentos líquidos o suaves y blandos. La congregación se dedicaba a la educación de los niños y a las obras de misericordia: cuidar de pobres, enfermos y moribundos. La hermana Teodora fue desde el principio de su profesión una religiosa ejemplar. Le quedaba que estar en Francia hasta 1840, y en estos dieciséis años de religiosa en su propia patria ella desempeñaría las tareas correspondientes a su vocación con gran dedicación y celo. Viendo su aptitud y su entrega, pese a ser todavía relativamente joven, fue elegida superiora sucesivamente de dos casas de la congregación, la casa de Rennes y la casa de Laulaines. Y fue precisamente su prestigio como religiosa entregada y capaz, prestigio adquirido en su tiempo de superiora, el que llevaría a la congregación a proponerle a la hermana Teodora una misión allende los mares.

En efecto, la congregación quería enviar un equipo misionero de hermanas a los Estados Unidos. El propósito consistía en establecer un convento, fundar escuelas y compartir el amor de Dios con los pioneros de la diócesis de Vincennes en el Estado de Indiana. Luego de pensarlo, se le hizo la propuesta de encabezar el grupo a la hermana Teodora. Y ella quedó muy sorprendida, pues no pensaba que fuera la persona más indicada para esta misión. Veía su salud frágil y se planteaba si tenía ella aptitud y capacidad para liderar una fundación tan lejos de su propia patria, en un medio ambiente tan distinto y que era indudable se iba a encontrar con muchas dificultades, tantas de ellas imprevisibles desde Francia. La hermana Teodora hizo muchas horas de oración, para ver si era de verdad la voluntad de Dios, ya que propiamente no se la obligaba sino que se la proponía, aduciendo que se trataba de la gloria de Dios y del bien de las almas. Consultó con las religiosas más prudentes, habló lealmente con la superioridad exponiéndole sus dudas y recibiendo con atención sus respuestas, y llegó a la conclusión de que si ella decía que no, seguramente otras también lo dirían y quizás entonces nadie se atrevería a aventurarse en una región tan agres-

te, donde ella y sus compañeras tenían la ocasión de difundir el amor de Dios. Así es que tomó su decisión y aceptó marchar a los Estados Unidos.

Le fueron dadas cinco compañeras para la expedición. Tomaron las seis el barco y se alejaron de Francia, a la que no volvería nunca en los dieciséis años que le quedaban de vida. Ni las tormentas ni los peligros entristecieron el corazón de las monjas durante la travesía sino que, como escribiría la madre Teodora, fue la privación de la eucaristía lo que más les dolería en los días del viaje:

> «¿Como podré yo expresar la tristeza que lleno nuestras almas el primer domingo que nosotras pasamos en el océano? Los criados en la casa de nuestro Padre Celestial tienen Pan en abundancia, pero nosotras moriamos de hambre Nos retiramos a nues tra cámara y leimos el ordinario de la Misa y unimos nuestras intenciones a las de todos los sacerdotes que estuviesen entonces celebrando».

Por fin, la tarde del 22 de octubre de 1840 llegaban a la sede de su misión en St. Mary of the Woods. Las seis religiosas no saludaron a nadie sino que tomaron derechamente la estrecha y fangosa senda que llevaba a la capilla, la cual no era sino una cabaña de troncos, para ante todo saludar a Jesús sacramentado:

> «Habiamos acordado entre nosotras que nuestra primera visita seria para el Santisimo Sacramento, y que no hablaríamos con nadie hasta no haber satisfecho este propósito de nuestro corazón»

Las seis religiosas llegaron dispuestas a quedarse, a cumplir la misión de religión y caridad que se les había encomendado. Madre Teodora expresó así sus sentimientos:

> «Esta tierra no sera para mi en adelante tierra de destierro sino la porcion de mi herencia y en ella espero habitar todos los dias de mi vida Yo he saludado a los Ángeles Custodios de Indiana y les he pedido que tomen las almas de estas gentes bajo su proteccion, especialmente las de aquellos a quienes nosotras estamos llamadas a beneficiar »

Hallaron una tierra montañosa, llena de barrancos y de bosques, que justificaban el nombre de St. Mary of the Woods, Santa María de los Bosques, y al visitar la misión pudieron comprobar que no era más que la capilla ya señalada y una granja.

En la capilla se albergaba también el sacerdote. Las hermanas se instalaron con toda humildad en la granja, y allí mismo recibieron ya las primeras postulantes, jóvenes de la zona que deseaban unirse a la vida religiosa de las monjas y que eran un signo de esperanza para la continuidad y la expansión de la obra. La madre Teodora pudo ver que la gracia de Dios acompañaba a la Iglesia local, y no pudo menos que dar gracias a Dios por todo lo que hasta entonces se había podido hacer:

> «Yo reflexione con admiracion en las maravillas hechas por la divina misericordia en esta diocesis Que pronto el grano de mostaza ha crecido hasta convertirse en arbol»

Muy pronto, recién llegadas, llegó el duro invierno, y las religiosas hubieron de saber lo que era el tremendo frío de aquel clima y también el hambre. Fuertes vientos del norte sacudieron la pequeña granja. Pero pronto convirtieron en capilla la galería y colocaron en ella el sagrario, consolándose con la presencia del Sacramento. La madre Teodora repetía: «Con Jesús ¿qué podemos temer?». Ella insistía a las hermanas en que debían hacer su labor confiando solamente en la Providencia, y que había que tener la seguridad de que Dios las protegería en las dificultades presentes y futuras. Ella infundió ánimo y valor en todo momento.

Menos de un año después de su llegada a St. Mary of the Woods, la madre Teodora fundó la primera academia de la Congregación, y en 1842 estableció escuelas en Jasper, Indiana, y en Francisville, Illinois. Era un comienzo esperanzador que significaría el afianzamiento de la obra empezada en Saint Mary. Pero hay que decir que los primeros años fueron años de muchas peripecias. Había un gran prejuicio contra los católicos en un entorno mayoritariamente protestante, y de manera especial eran mal vistas las religiosas, que significaban la educación católica de la juventud. Un devastador incendio destruyó una cosecha completa, dejando a las hermanas desprovistas de subsidios. Hubo enfermedades y muertes entre las hermanas. Y lo que más hirió el corazón de la madre: se rompió el lazo con la casa madre de Ruillé a causa de diferentes malentendidos, y se vio así la madre al frente de una congregación independiente. Ella entonces escribió:

«Si alguna vez esta pobre y pequeña comunidad logra asentarse definitivamente, lo hará sobre la Cruz; eso me infunde confianza y me brinda esperanza, aun frente al desamparo».

Madre Teodora nunca se desanimó. Ella cultivó el abandono en las manos de Dios y la más estrecha unión con Él. Dejó escrito:

«Un perfecto abandono de nosotros mismos en todas las cosas para el futuro requiere gran coraje, pero nosotros necesitamos aspirar a ello.

Date generosamente a Dios con todas tus pertenencias. Oh, ¡cuántas gracias serán fruto de este abandono!

La paz que nosotros debemos sentir en nuestros corazones no consiste en carecer de tentación sino en conservar los corazones firmes y unidos a la voluntad de Dios».

Dios premió su constancia y su firmeza haciéndole ver cómo crecía su congregación. Al momento de su muerte, había extendido su congregación por toda Indiana, y esta congregación era ya entonces una institución sólida, viable y respetada. La madre Teodora siempre atribuyó el crecimiento y el éxito de la congregación a la Providencia de Dios y a la protección de la Virgen María, de la que era singularmente devota.

Su vida personal fue muy ejemplar. Tenía la rara habilidad de hacer florecer las mejores virtudes en las personas e ir más allá de lo que inicialmente creían posible. Jamás excluyó a ninguna persona de su trato, de su afecto, de sus oraciones, sobresaliendo por su exquisita y evangélica caridad. Ella estaba feliz de haber dedicado su vida a hacer felices a los demás y llevarlos al amor de Dios. A veces fue tratada injustamente pero ello no la desanimó. Correspondió procurando ser siempre justa con todos y teniendo un sentido muy acusado de la justicia.

No había cumplido los cincuenta y ocho años de edad cuando el Señor vino a llamarla en Nemus el 14 de mayo de 1856, dejando una clara estela de santidad. Fue beatificada el 25 de octubre de 1998 en la plaza de San Pedro del Vaticano.

JOSE LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

ANTONELLI, G , *Compendio della vita della Madre Teodora Guerin* (Roma 1924).
Bibliotheca sanctorum, t.VII, col.451.
L'Osservatore Romano (ed. en español) (23-10-1998) 24.

Ufficio per le ceremonie pontificie. *Cappella Papale, presieduta dal Santo Padre Giovanni Paolo II per la beatificazione dei servi di Dio (...) Theodore Guerin, vergine, fondatrice della Congregazione delle Suore della Providenza di «Saint-Mary-of-the-Woods»*. Piazza San Pietro, 25 ottobre 1998

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN CARTAGO

Obispo y abad († 638)

Mochuda, hijo de Fingen, nació hacia el 555 en el actual condado de Kerry, Irlanda. Se formó junto al obispo Cartach o Cartago, cuyo nombre tomó por devoción a él, y por él fue también ordenado presbítero.

Ya sacerdote, se retiró con algunos compañeros al desierto de Kiltulagh para llevar vida eremítica. Por la oposición del clero esta fundación no se consolida y pasa un año entonces en el monasterio de Bangor, fundado por San Comgall. Luego de visitar varios monasterios fundó en 595 el de Rahan en el condado de Westmeath y aquí se le juntó un buen número de monjes deseosos de seguir una senda estrecha de perfección evangélica. Para estos monjes escribió una Regla en la lengua del país, compilándola de antiguas tradiciones monásticas. Consagrado obispo presidió en calidad de tal el monasterio y los pueblos de alrededor.

Pero en 635 y por razones que no están claras, él y su comunidad fueron expulsados de Rahan y se marcharon, junto con los enfermos de un hospital que había fundado, a un lugar junto al río Blackwater. Aquí fundó el célebre monasterio de Lismore y a su alrededor se formó la ciudad de Lismore Castle, de la que él fue el primer obispo. Lleno de méritos y alabado por todos como santo murió el 14 de mayo de 638, habiendo tenido el gozo de dedicar la iglesia catedral.

SAN EREMBERTO

Obispo († 672)

Procedía de Villioncourt, Seine-et-Oise, Francia, donde había nacido hacia el 615 en el seno de una familia rica.

En su juventud pasa a la corte, donde sirve sucesivamente a los reyes Clodoveo II y Clotario III, que lo estiman sinceramente. Pero él prefiere servir a Dios a permanecer en la corte e ingresa en el monasterio de Fontanelle, siendo abad del mismo San Vandregisilo.

Estaba en el monasterio llevando la vida retirada propia de los monjes cuando el rey pensó en él para la sede episcopal de Toulouse, que efectivamente debió ocupar. Lo hizo lo mejor que supo, pero en 651 decidió dimitir del episcopado, al parecer por problemas de índole política. No parece estuviera dispuesto a entrar en la problemática política y prefirió dimitir.

Una vez dejado el episcopado se fue a su tierra natal, donde construyó un pequeño monasterio con su iglesia que dedicó a San Saturnino, el patrono de Toulouse. Para hacer la profesión monástica pasó a Fontanelle, de donde era abad San Lamberto.

En el monasterio procuró ser como abad el ejemplo de los demás monjes. Como, según algunos, fue a este abad San Lamberto al que el dimisionario obispo dirigió su profesión monástica, ha podido pensarse que en su etapa anterior en el monasterio no la había hecho. Tal vez por ello otros presentan su vida como si de la corte hubiera pasado al episcopado. Murió el 14 de mayo de 672. Su cuerpo fue llevado el año 704 a Fontanelle, donde el pequeño monasterio fundado por Eremberto quedó como un priorato.

BEATO GIL DE VAOZELA

Presbítero († 1265)

La vida de este santo está llena de leyendas, por debajo de las cuales la actual hagiografía intenta encontrar la verdad histórica.

Era portugués, hijo del gobernador de Coímbra, y nace en Vaozela hacia el año 1187 en el reinado de Sancho el Grande. Como hijo tercero, no fue destinado a la milicia ni a la política sino a la Iglesia, y se le envió, por tanto, a estudiar a la Universidad. Su padre consiguió de la corte portuguesa que se nombrara canónigo al joven y se le dieran otros beneficios eclesiásticos.

Pero él no era aficionado a la teología ni a las demás ciencias religiosas. Era a la voluntad de su padre y no a la suya a la que se debía su adscripción al estado eclesiástico. Le importaba la química y la alquimia, y por ello, en vez de ir a estudiar a París como se le proponía, o luego de estudiar en París, como dicen otros biógrafos suyos, prefirió marchar a Toledo. Aquí cayó en las garras de la nigromancia y de la magia negra, y se cuenta que llegó a entregar su alma al diablo en un documento escrito con su sangre.

Dios tuvo misericordia de él y, pasado un tiempo, sintió la necesidad interior de abandonar la magia negra y para ello se propuso quemar los libros de brujería, como efectivamente hizo, dejar Toledo, y volver a su casa. Pero, errando el camino de vuelta a casa, llegó a Palencia. Y aquí le esperaba la vocación religiosa, decidiéndose por los dominicos.

Agradecido a Dios que le había mostrado su misericordia, comenzó a llevar una vida de rígida penitencia. Una vez ordenado sacerdote y destinado a Santarém, se esforzó en llenar la vocación dominicana, predicando con celo la palabra divina y arrancando del pecado a innumerables almas, poniendo por delante su propio ejemplo de pecador sinceramente arrepentido.

Llegó a ser provincial de su Orden, cargo del que luego dimitió, no sin antes haber hecho largos y sufridos viajes para inculcar en todos los conventos la más estricta observancia regular. Multiplicó los monasterios y se granjeó el afecto de la corte portuguesa. Cuando los trastornos ocurridos en Portugal en tiempos de Sancho II, él quiso ser ángel de paz y servir de consuelo al desgraciado monarca. Alfonso II, por la veneración que sentía por él, dispuso la construcción del convento lisboeta de Santo Domingo. Nuevamente elegido provincial, viajó por España y llegó hasta las islas Baleares. Luego consiguió que su autoridad se restringiera a los conventos del reino de Portugal. Vivió años en Santarém, donde su figura se rodeó del respeto y afecto de todos los fieles, que veían en él un religioso humilde y penitente, al que se decía era posible contemplar a veces en éxtasis. Murió el 14 de mayo de 1265. Su culto fue confirmado el 9 de mayo de 1748.

15 de mayo

A) MARTIROLOGIO

1 En Lampsaco (Helesponto), los santos Pedro, Andres, Pablo y Dionisia (s III), martires

2 En Auvergne (Aquitania), los santos Casio y Victorino (s III), martires

3 En Cerdeña, San Simplicio (s III IV), presbitero

4 En Larisa (Tesalia), San Aquiles el Taumaturgo (s IV), obispo

5 En Autun (Galia Lugdunense), San Reticio (s IV), obispo *

6 En Etiopia, San Caleb o Elesbaan († 560), rey y luego monje *

7 En Septempeda del Piceno (Italia), San Severino, obispo (fecha desconocida)

8 En Bingen (Austrasia), San Ruperto (s VIII), ermitaño *

9 En Cordoba (Andalucia), la conmemoracion de San Witesindo († 855), martir *

10 En Madrid, San Isidro († 1130), labrador **

11 En Aix en Provence, Beato Andres Abellon († 1450), presbitero, de la Orden de Predicadores **

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SAN ISIDRO

Labrador († 1130)

El culto de los santos tiene en la Iglesia catolica una funcion específica de *ejemplaridad* La perfección obliga a todos y cada uno según su estado y condición De ahí que la Iglesia presente a sus santos como hombres llamados a la santidad que correspondieron heroica y generosamente a este llamamiento divino Precisamente porque son ejemplares de vida auténticamente cristiana, la Iglesia no se prodiga en admitir y canonizar toda esa serie incalculable de prodigios que los hagiógrafos de épocas pasadas han atribuido, y no pocas veces piadosamente inventado, en favor de sus héroes divinos La Iglesia no confunde la santidad con los portentos, no teme decir que sus santos tenían todas las caracteristicas de los hombres corrientes, si bien insiste en que han calado en toda su realidad el imperativo evangélico de «Niegate a ti mismo y sigueme»

Porque la misión específica de los santos es de ejemplaridad, y la urgencia de «sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial» es de tanta actualidad hoy como ayer; en el santoral católico aparecen santos de todas las edades y de todas las condiciones, santos de sotana y santos de hábito, santos con cogulla y santos de cabeza descubierta, trajeados a la antigua y con pantalón y chaqueta, militares y civiles, profesionales y artesanos, mantos reales y abarcas polvorientas. Aparecen santos de carácter fuerte y enérgico, santos de carácter dulce y apacible, solitarios y metidos en sociedad, con marcado sentido del humor y retraídos, santos de ciencia y santos iletrados. Cada uno con su idiosincrasia, con sus formas sociales y sus cualidades intelectuales y temperamentales; pero, a la vez, todos ellos con un denominador común: *vocación decidida a la santidad.* Quisieron y fueron santos.

El equilibrado y sereno criterio de la Iglesia los presentará con sus legítimos sentimientos de seres humanos y sus notas de hombres comunes. Hablará de santos que, cansados de recorrer tierras extrañas, casi resulta imposible fijarles una patria política. Son ciudadanos del mundo, pero auténticos patriotas, con un patriotismo inspirado en su fidelidad a la tierra que les vio nacer. Fieles a su patria, el patriotismo de estos hombres de Dios y voceros de Cristo resulta ser el mejor antídoto para curar nuestras miopes concepciones de la patria. Su patriotismo no podrá ofrecerse como mercancía política ni enarbolarse como bandera de resentimientos nacionales, porque se alimenta de la sangre divina de Cristo y está iluminado por su eterna verdad, que fue dada gratuitamente como patrimonio a la humanidad, sin distinción de razas ni limitación de fronteras. Estriba en el dogma de la comunión de los santos, por el que todos los hijos de Dios se sienten unidos por los vínculos sagrados de la caridad.

Presentará también la Iglesia a sus hijos viadores, santos que nunca traspasaron los límites de su aldea, santos de «un solo paisaje», pero que en el candor de sus ojos llevarán inconfundible a sus semejantes «el camino, la verdad y la vida de Cristo». Presentará a santos que sienten la nostalgia del terruño, encariñados con sus pobres instrumentos de labor, que sufren ha-

biendo de abandonar su aldea forzados por las circunstancias. Entre éstos aparece, un tanto difuminado por la hagiografía, tal vez en demasía piadosa, pero real e histórico en sus rasgos fundamentales, San Isidro, labrador, celestial patrono de la capital y de las hermandades de labradores y ganaderos de toda España.

De no haberse dejado llevar sus historiadores por esa tendencia, piadosa, pero muy poco objetiva, de presentar a los santos como seres de especie superior, nimbados con el halo del portento, no resultaría tan difícil trazar hoy su semblanza conforme a la realidad y a la historia. Con lo eficaz y provechoso que sería presentar a los trabajadores del campo de nuestra edad un colega suyo, de su mismo oficio, ganando el pan de cada día con el sudor de su frente y el esfuerzo de sus brazos, sufriendo con entereza varonil y fortaleza cristiana los golpes de la envidia, «poniendo amor donde había odio, perdón donde había ofensa, unión donde había discordia, esperanza donde había desesperación, alegría donde había tristeza». Acaso el ejemplo de un santo con hábito talar lo miren con indiferencia y gesto de ironía los hombres de hoy. Esos hombres a quienes anima un espíritu excesivamente crítico, para quienes los valores espirituales, si cuentan, son sometidos a la balanza de los intereses humanos, para quienes la santidad es una actividad exclusiva de una profesión que casi no se diferencia de otras ocupaciones humanas. Sin embargo, el de un santo con abarcas rotas, con la aguijada en la mano, delante de sí una yunta y un arado y ante sus ojos un campo que no es propio, sino ajeno, no podrá menos de impresionar y, en su muda elocuencia, de llevar a esas inteligencias, incultas unas y nubladas otras, destellos de luz divina, y a esos corazones triturados y sedientos el agua pura de la esperanza y de la resignación.

Ocupaba el trono de Castilla don Alfonso el Bravo cuando en la villa de Madrid, diócesis entonces de Toledo, nació San Isidro. Se ignora a punto fijo el año de su nacimiento, pero parece ser que tuvo lugar entre 1080 y 1082. Tampoco se sabe la parroquia donde recibió el agua del bautismo, si bien se cree que fue en la parroquia de San Andrés. Seguramente que le pusieron Isidro, síncopa de Isidoro, en memoria del gran arzobispo de Sevilla.

Sus padres, pobres en bienes de fortuna pero ricos en virtud, inculcaron desde los primeros años en su hijo el santo temor de Dios y la práctica de las virtudes cristianas. La precaria situación económica en que los progenitores de Isidro se encontraban obligó a éste a dedicarse desde muy joven a las rudas faenas del campo. Gregorio XV afirma que «nunca salió para su trabajo sin antes oír, muy de madrugada, la santa misa y encomendarse a Dios y a su Madre Santísima». Asegura a su vez que, a pesar de su labor fatigosa, jamás dejó de cumplir con los ayunos y vigilias de la Iglesia.

Huérfano y solo en el mundo, el joven Isidro se alquiló como bracero de un señor de Madrid apellidado Vera. Su fidelidad y nada vulgar espíritu de trabajo le mereció muy pronto la preferencia y simpatía de su amo. Envidiosos sus compañeros de la estima en que su común señor le tenía, acudieron a la censura y a la intriga, acusándole de que, en vez de trabajar, se dedicaba a la oración. Con elegancia cristiana perdonó el pobre huérfano «cumplidamente» a sus acusadores.

Cuando Alí, rey de los almorávides, venció a Alfonso el Bravo y penetró con un formidable ejército por tierras de Toledo, apoderándose de Madrid, el miedo obligó a huir a aquellos pacíficos y laboriosos campesinos. Isidro corrió entonces la suerte de los emigrados. Se detuvo en Torrelaguna, donde tenía algunos lejanos parientes. Allí se puso al servicio de uno de los grandes terratenientes de la localidad. No tardaron sus compañeros de labor en volver a hacerle blanco de injustas acusaciones, hasta el extremo de que su amo, fácil a la intriga e ignorante de la virtud de su nuevo criado, hubo de someterle a la humillación de la prueba y a exigir de él más rendimiento que de los otros. Isidro soportó paciente y con humildad la vileza de las acusaciones y la injusticia de la prueba; pero defendió su honradez con entereza y dignidad. Era costumbre en Castilla que el señor entregase, en concepto de salario, a sus criados una porción de tierra, que se decía *pegujal,* a fin de que con sus frutos pudiesen decorosamente vestirse. Isidro trabajó su pegujal con tan buena fortuna, que obtuvo de su campo cuantioso grano. Esta circunstancia agravó la ya mala disposición de su patrono, trabajada por la maldad de los envidiosos Advirtiólo el santo y

sin animosidad, pero con noble gesto, calmo sus iras, diciéndole: «Tomad, señor, todo el grano. Yo me quedaré con la paja». Dios se encargó de confundir la envidia de los unos y la codicia del otro, multiplicando milagrosamente el poco trigo que entre la paja había quedado.

Estando en Torrelaguna, Isidro contrajo matrimonio con una joven del pueblo de Uceda. La historia la conoce con el nombre de Santa María de la Cabeza, no porque éste fuese su apellido, sino porque, después de su muerte, su cabeza fue trasladada a una ermita de Nuestra Señora, situada no muy lejos de Torrelaguna.

Acaso por la incomprensión de su amo y, a su vez, llevado por la nostalgia de su pueblo natal, nuestro santo labrador, acompañado de su joven esposa, hubo de trasladarse definitivamente a Madrid. De nuevo en la villa que le vio nacer, trabajó las tierras que Juan de Vargas tenía en una localidad vecina, donde se dice que le nació su primero y único hijo. Satisfecho Vargas de la laboriosidad y honradez de su colono, le puso muy pronto al frente de toda su hacienda, en su mayor parte encuadrada en el término de la villa madrileña. Ya San Isidro no volvió a abandonar su tierra, viviendo, al parecer, hasta una edad avanzada que nos resulta imposible de concretar.

En esta época es cuando sus biógrafos colocan el tan conocido milagro de los ángeles. Sus émulos no cejaban en la persecución, y Vargas hubo de cerciorarse de la inocencia y santidad de su mayoral, viendo con sus propios ojos que, mientras Isidro oraba, dos ángeles vestidos de blanco conducían la yunta con que el araba.

San Isidro es la personificación de las virtudes populares. Su vida, sencilla y metódica, podría escribirse en muy pocas líneas, de no ser tantos los milagros que se le atribuyen. Si bien es cierto que todos los biógrafos lo presentan nimbado con esa aureola de portento difuminada entre rasgos de piadosa leyenda, la realidad histórica y humana de su vida no puede precisarse, ya que no existe, por desgracia, ninguna crítica; con todo, a la luz de la bula de su canonización pueden fijarse como características y virtudes culminantes del santo la fidelidad a sus amos, el espíritu de trabajo armonizado con una intensa vida de oración,

la humildad y la fortaleza en sufrir las injustas acusaciones y defender su honradez y su gran caridad para con los pobres necesitados, a quienes diariamente hacía partícipes de su sencilla y frugal mesa. Todo ello habla muy alto de la nobleza de su alma y de la reciedumbre de su espíritu castellano y profundamente evangélico.

Próximo a expirar «hizo humildísima confesión de sus faltas, recibió el viático y exhortó a los suyos al amor de Dios y del prójimo». Su cuerpo fue sepultado en el cementerio de San Andrés, y, a pesar de permanecer allí expuesto a las inclemencias del tiempo durante cuarenta años, se conservó incorrupto, exhalando suavísimo olor, dice el documento pontificio. Un amigo suyo lo trasladó, a expensas propias, del cementerio común a la iglesia donde se dice fuera bautizado.

Por los años de 1163 fue visto y examinado su sepulcro por delegados de la sede apostólica, y dieron fe, según testimonio de la misma bula, de su incorrupción. A instancias del rey Felipe III, cuya milagrosa curación la atribuía al Santo, fue beatificado por el papa Paulo V. Tres años más tarde, Gregorio XV lo canonizó.

Goya dejó a la posteridad un hermoso cuadro de San Isidro, que se conserva en la Biblioteca Nacional. El gremio de plateros de Madrid costeó la rica urna de plata que guarda sus preciosos restos, expuesta a la veneración del público en la catedral madrileña que lleva su nombre.

SALVADOR BALTAR, OFM

Bibliografía

Act. SS. Boll., 15 de mayo· *Vita*, por. E. DE ZAMORA.

Acta sanctorum (Roma 1866) t.III, cols.505-546.

FITA, F, «Edición crítica de la *Vita*, de E. de Zamora»: *Boletín de la Academia de la Historia* 9 (1889) 102s

GARCIA VILLADA, Z, *San Isidro Labrador en la historia y en la literatura* (Madrid 1922)

JUAN DIÁCONO, *Vida y milagros del glorioso S. Isidro el Labrador, hijo, abogado y patrón de la real villa de Madrid* (Madrid 1622).

VEGA CARPIO, L. DE, «Isidro, poema castellano de Lope de Vega Carpio.. en que se escribe la vida del bienaventurado Isidro, labrador de Madrid y su patrón divino, dirigida a la muy insigne villa de Madrid (Madrid 1602)», en *Obras completas de Lope de Vega*, I: *Obras no dramaticas* (Madrid 1965).

• Actualización:

MORENO CHICHARRO, F., *San Isidro Labrador* (Madrid 1992).

ROS, C., *Vida de San Isidro Labrador* (Madrid 1993).

BEATO ANDRÉS ABELLON

Presbítero († 1450)

Andrés Abellon, dominico francés, nació y se santificó en San Maximino, en la Provenza francesa, y en otros conventos del entorno dominico dependientes de este famoso lugar de veneración y de piedad. Los datos quedan oscuros con respecto a sus orígenes. Pero es probable que su nacimiento tuviese lugar el año 1375 y es seguro que en el 1450, al morir, una merecida fama de hombre culto, de artista, de prior honesto y austero, sobre todo de santo, le arrulló en el sepulcro durante siglos y como recuerdo de sus correrías apostólicas y de sus servicios eclesiales.

San Maximino, o «Saint-Maximin-la-Sainte-Baume», como se le conoce en Provenza, se encuentra en el Departamento de Var, a 318 m. de altitud, en una hermosa región fecunda y agradecida en las cercanías de los Alpes. Se halla camino de la Costa Azul, a 20 kms. al norte de Marsella y muy cerca de Aix, la ciudad de los monumentos medievales y de la universidad más significativa de la región sur de Francia. Al terminar el siglo XX, tenía una población de unos 12.500 habitantes. En el siglo XV estaba en torno a los 5.000. En esta localidad hermosa como pocas, en la llanura llamada de Saint-Maximin, es donde discurrió la mayor parte de la vida de un hombre bueno, serio y apostólico, dominico de pro y cristiano de oro, que los habitantes del lugar veneran todavía con respeto y admiración.

En el recuerdo de los tiempos medievales y renacentistas es donde descansa la grandeza de este antiguo condado de Provenza. Unas ruinas de fortaleza romana anuncian lo importante que fue desde antiguo y su castillo de los tiempos de Raimundo Berenguer recuerdan que fue este valiente y noble el que declaró a la localidad «villa real» y lugar de nobleza histórica. Una serie de capillas dependen del templo central de la villa, el que fuera en otros tiempos convento de San Maximino. Eran éstas las capillas rurales de Saint-Mitre, de Saint-Jean y de Sainte-Marie. La devoción a San Maximino viene de los primeros tiempos, pues fue el primer Obispo de Aix-en-Provence, que predicó en la región el cristianismo. Su sepulcro se conserva allí con devoción.

La capilla más significativa era la de «Sainte Baume», que en provenzal se personaliza en femenino, pero que alude a la «Gruta del Santo Balsamo» y recoge la tradición de que allí estuvo haciendo penitencia la Magdalena evangélica, amiga de Jesús y hermana de Lazaro y de Marta, que, además, se identificaba con la pecadora arrepentida que derramó el bálsamo sobre los pies de Jesús anunciando su sepultura.

La tradición más arcaica ha hecho de este lugar, a 20 kms. de San Maximino y a 40 kms. al este de Marsella, un centro de peregrinaciones. La gruta se halla en la ladera del St. Pilon, de unos 1.000 m. de altura. En el bosque inferior de la ladera hay una hospedería atendida por los dominicos desde antiguo. El lugar, escondido entre las altas montañas y fecundos valles, se presta a la piedad y a la peregrinación. Allí llegaron el rey San Luis, Ana de Austria, Luis XIV, entre otros peregrinos ilustres. Por eso la «Sainte Baume» tuvo siempre atención religiosa protegida por reyes, nobles obispos y, sobre todo, peregrinos.

El convento en el que se localiza la historia del Beato Andrés Abellon es el de San Maximino, antigua sede de los dominicos y ricamente dotado por el Conde, y también Rey, Carlos II d'Anjou. De él dependía la Sainte Baume y en él se multiplicaban las acciones litúrgicas (misas votivas, limosnas, exvotos) y las atenciones espirituales a los peregrinos. Sin ese factor no es fácil entender la primera etapa de la acción evangelizadora del Beato Andrés Abellon.

Era un convento construido y dotado por los condes de la Provenza primero y por los reyes de Francia luego. Tierras, riquezas, privilegios y derechos constituían sus recursos para albergar una numerosa comunidad dominica. Lástima que los avatares revolucionarios de 1789 expulsaran a sus viejos habitantes y destruyeran muchas de las obras por ellos allegadas y dejadas al llegar su diáspora.

En esta villa de San Maximino nació Andrés Abellon hacia 1375, aunque quedan pocos datos de sus orígenes y circunstancias familiares. Sí se sabe que era de familia desahogada y que perteneció a los llamados niños de Santo Domingo, que tal vez era una asociación piadosa que recogía a los pequeños destinados para obras de piedad y para embellecer el culto del santua-

rio. Casi es seguro que entró en la Orden de Predicadores cuando tenía unos 15 años, en el llamado Convento de Santa María Magdalena anexo al santuario de San Maximino.

Sólo en 1403 aparece por primera vez su nombre como religioso ya del convento y con pocos datos biográficos, pues lo humano quedó eclipsado en la referencia de los cronistas, al centrar ellos su interés en sus acciones de celo predicador, en su admirable erudición al enseñar, en la habilidad para gobernar y en la sensibilidad de artista que iba dejando por las diversas pinturas religiosas que de él se conservan. Es de suponer que, dada su cultura y erudición, tuvo que tener muy buena formación y, desde luego, estuvo dotado de clara y brillante inteligencia.

Estudió artes liberales. En 1403, con 28 años, ya figuraba entre los que habían obtenido el bachillerato en teología en la Orden de Predicadores. El Capítulo de Palencia de ese año le designó para explicar el *Libro de la sentencia* en Avignon. Luego, en 1408, se le otorgaba ya el título de Maestro en Sagrada Teología. Impartía lecciones en su cátedra de la prestigiosa Universidad de Aix. Ello indica que había seguido cultivando la ciencia y obteniendo grados y méritos. Se le comenzó ya a denominar «Maestro Andrés» y fue cobrando reputación de sabio y prudente. En alguna iconografía que de él queda de esos años, como la que aparece en el retablo de la Iglesia de la Magdalena de Aix, se le representa con el bonete de doctor.

Para 1415 había actuado durante unos años ya como vicario de Hugues de Clapiers, aunque no se sabe por cuánto tiempo. A partir de estas fechas, tuvo que hacer compatible su labor de docente altamente apreciado con las tareas de gobernante eficaz y cuidadoso de la vida de los frailes y del mantenimiento de las obras de San Maximino. En octubre de 1419, tenía entonces los 44 años, fue elegido prior del convento, reemplazando a Jacques Guichard, que se alegró de tener un sucesor de tal categoría. La aprobación real para que ocupara el cargo tiene fecha del 20 de octubre. Y por esos mismos días, el superior provincial de la Provenza, Bartolomé Texier, pronto elegido maestro general de la Orden, le confirmó en el nombramiento.

En esos momentos suponía el gobierno personal y material de la casa, en la que habitaban tal vez hasta medio centenar de

frailes, una carga singular por la situación difícil que atravesaba la Iglesia y la región de la Provenza. Eran los años del cisma de Occidente (en el Concilio de Pisa, en 1409, se llegó provocar la existencia de tres papas), hecho que dividía a la cristiandad y minaba la autoridad de todos los dirigentes: de los cardenales, de los obispos, de los deanes catedralicios y de los abades y priores monacales y conventuales.

Además de esas miserias espirituales y eclesiales, por las regiones en las que el beato predicaba y tenía sus intereses conventuales San Maximino se cernía una oleada de peste. De ser verdad lo que dice un cronista, sólo en la Provenza y en el norte de España la peste se llevó por delante en pocos años unos mil frailes dominicos, además de poblaciones enteras que en las zonas rurales desaparecían. Eso hacía a los aterrorizados habitantes aptos para los sermones de consuelo y sensibles a los gritos de penitencia de los predicadores.

La vida de los conventos se deterioró por ambos motivos: por la indisciplina de quienes se negaban a obedecer y por las muertes originadas por la peste. Ante la ausencia de religiosos, se hacía fácil la entrada de cualquiera que lo demandara. En San Maximino se admitieron sujetos poco aptos para la vida de predicadores modélicos y bien preparados, al igual que había acontecido en otros conventos que tenían el riesgo de quedar despoblados.

En medio de la desolación general, parece que el Convento de San Maximino se mantuvo regular y exigente gracias a sus priores. Y uno de ellos fue el maestro Andrés, que tenía ya el ascendiente suficiente para imponer las decisiones más convenientes. La labor de reforma del monasterio que comenzó, o tal vez continuó, discurrió con serenidad pero con autoridad. Tuvo que expulsar del monasterio a algunos religiosos cuyas costumbres dejaban mucho que desear. Tuvo de su parte a la reina. Y se escudó en las consignas del maestro Bartolomé Texier.

Los testimonios acreditan que lo hizo de forma noble y persuasiva, sin poder evitar la dureza y el castigo contra algunos jóvenes religiosos recalcitrantes, pero siendo condescendiente, tolerante y liberal, como buen dominico. Todos los testimonios que existen son laudatorios para su gestión directiva. Firme y

cumplidor de los deberes, el prior de San Maximino fue modelo de otras instituciones alteradas por el mismo mal y fue animador de diversos conventos que reclamaron su servicio de pacificador y reformador. Fray Andrés perseguía no sólo la buena conducta de los religiosos, sino la acción edificante para el pueblo que acudía en tropel a pedir oraciones y conjuras contra los castigos celestes, mediante los sacrificios y las ofrendas y veía en los religiosos pararrayos divinos en las desgracias.

Todos quedaron satisfechos de su labor al terminar su primer mandato, pues fue elegido por unanimidad para los siguientes cuatro años en 1421 y de nuevo para otro cuatrienio en 1425. Aunque hubiera podido continuar en el cargo, pues el convento tenía el privilegio de no realizar elección de prior si el que ocupaba el cargo no lo quería, fray Andrés relegó el oficio, que lo era más que beneficio, al terminar su tercer período y no admitió ser reelegido.

Y es que su labor no era sólo pastoral y espiritual, sino también de defensa de los bienes materiales que pudieran sostener a la numerosa comunidad. Existen documentos sobre los pleitos que entabló, como el que reclamó y ganó ante los tribunales por el legado que el rey Luis II, recién fallecido, había dejado en su testamento al convento. La reina, que gobernaba la Provenza en nombre de su hijo menor de edad, le hizo donativos importantes para la «Sainte Baume» en sufragio del alma de su esposo, con la condición de que cinco sacerdotes y dos hermanos, bajo la dirección de un vicario, se hicieran cargo de la gruta y se mantuvieran dependientes del propio convento. Esa fundación de piedad en la «Sainte Baume» es del 19 de diciembre de 1419.

Otro asunto fastidioso le vino heredado. Tuvo que resolver en los días de su gobierno el destino de una donación de Geoffroy de Buoci. Viajó fray Andrés a Avignon y aclaró las condiciones con el noble donador. El 16 de abril de 1420 quedaba el asunto zanjado mediante la fundación de una misa perpetua en la «Sainte Baume», en sufragio de la primera esposa de ese noble señor. También tuvo que litigar con las autoridades de la cercana localidad de Brigoles para conservar un beneficioso acuerdo sobre aguas. Las autoridades querían eliminar unilateralmente un privilegio y fray Andrés hubo de acudir a los tribu-

nales para que el convento mantuviera sus recursos, llevando la mejor parte en la acción de la sentencia.

Cuando fue al Capítulo provincial del Bezières en 1429, vio aprobada con alabanzas su gestión de signo reformador, su cuidado de los bienes materiales del convento y la atención que prestaba a la «Sainte Baume» y a los peregrinos que acudían a tan santo lugar para hacer penitencia.

Pero los asuntos materiales no aminoraron sus inquietudes, ya que ellas estaban en terrenos más espirituales. Le quedaba siempre tiempo para salir a predicar la palabra divina por los poblados y por las iglesias de los alrededores y de las ciudades vecinas. Al mismo tiempo que cuidaba los deberes pastorales de predicador y los bienes materiales como buen administrador, y se preocupaba de seguir cultivando y haciendo que sus frailes desarrollaran sus aptitudes intelectuales.

El maestro Andrés tenía muy claro que la cultura es condición de la predicación y sus religiosos eran predicadores. Trató de que los religiosos llevaran vida de estudio dotando magníficamente la Biblioteca y exigiendo vida retirada, de meditación y lectura, de serena reflexión y oración. Puso su corazón en la hechura del claustro del convento y emprendió, o continuó, obras de mejora para que fuera lugar de silencio, de trabajo y de quietud de quien estudia, escribe, medita y se dispone para luego predicar Por eso lo dispuso de tal forma que en poco tiempo quedó preparado como el claustro más bello y piadoso de la región.

Hizo con su propia mano muchas pinturas, como murales de ornamento y cuadros de piedad, para la iglesia conventual propia y para otras cercanas. Su estilo resultaba piadoso e inspirado y sus obras salían de sus pinceles llenas de serena majestad, a imitación de otro ilustre dominico, fray Angélico de Fiésole, que por aquellos años también dejaba su delicada creatividad en San Marcos de Florencia. No es fácil dilucidar el número de obras pictóricas que dejó en diversos lugares en los que discurrió su dilatada vida. La firma de Andrés se encuentra en varias formas y momentos y puede ser que no todo fuera suyo. Pero lo que resulta claro es que, en sus ratos de ocio, fabricaba con facilidad frescos y óleos de gran mérito artístico y por eso perdurables.

La crítica reciente le atribuye con seguridad, o con alta probabilidad, frescos del monasterio y de conventos cercanos, algunas pinturas de retablos de iglesias y piezas hoy en museos de catedrales e iglesias de la región. Esas producciones se movieron en tres centros de interés, determinados por la vida de Jesús y de la Virgen (la natividad, Jesús expulsando a los mercaderes, la adoración de los magos, presentación en el templo, la crucifixión, los peregrinos de Emaús), por la temática dominicana que le era tan familiar y entrañable (Virgen dando el rosario a Santo Domingo, San Pío V recitando el rosario ante la batalla de Lepanto, Santo Tomás de Aquino, Santa Rosa de Lima, Santa Catalina de Siena), y el tercer sector motivado por su afecto a cuadros hagiográficos que fueron numerosos (Martirio de San Pedro de Verona, San Luis rey, San Raimundo de Peñafort, San Jacinto).

La tónica de estas obras es la fantasía típica de los estilos renacentistas incipientes, la originalidad en la concepción escénica, gran variedad de detalles que denotan un fino espíritu observador, sobre todo la sensibilidad espiritual y el sentido popular de la devoción expresada en los rostros, en los gestos, en las formas sugestivas de los personajes.

Ante sus cuadros, ante sus explicaciones de cátedra, ante sus pleitos, ante sus frecuentes predicaciones, no queda la menor duda de que el Beato Andrés fue un hombre sumamente ocupado. Pero su espíritu estaba por encima de sus obras. Y por eso se le miraba como modelo, pues se entregaba con fidelidad a la oración, era admirablemente austero, se comportaba con una generosidad sorprendente, siempre vivía de buen humor. Como buen hermano de una Orden de Predicadores su mayor inquietud se movió en relación con la predicación.

Al terminar su período en San Maximino, fue designado por el maestro general de la Orden, fray Bartolomé Texier, como prior del convento de Arlés, con el fin de continuar la reforma que había iniciado en San Maximino. Tuvo que cambiar de metodología, pues el grupo de este convento no estaba muy dado a la austeridad y a la renuncia a las cosas del mundo. Había un gran desorden en la casa, y el beato hizo lo posible, dando prueba de tolerancia y de capacidad de acomodo a las condiciones

del lugar. Dejaba de exigir cuando se llegaba a las fronteras del conflicto y trataba de persuadir a los más resistentes. Supo ser fuerte unas veces y ser humilde para resignarse a no conseguir todos sus objetivos.

Allí estuvo hasta 1432. El 29 de diciembre de ese año dejó el convento de Arlés y fue nombrado fray Eleazar Barthelemy, que recogió su siembra y pronto pudo poner en orden las cosas. En 1438, el convento de Aix le eligió por prior con el solo objetivo de retenerlo en la localidad y evitar su partida. Hizo lo mismo que en los conventos anteriores, es decir, lo que pudo. Consta en las crónicas que era el primero en cumplir lo que exigía y era enormemente paternal con las personas y suave ante sus debilidades.

En 1444 Andrés Abellon obtuvo el permiso para residir en el convento de Marsella, adonde había ido el P. Eleazar para realizar la reforma. Estuvo hasta junio de 1448 en que la comunidad de Arlés le eligió de nuevo prior y reclamó su presencia. Pero él ya se resistió y obtuvo que el Padre provincial le permitiera seguir en Marsella, donde llevaba una vida de intensa predicación.

Los testimonios que quedan de sus correrías apostólicas por la región son aleccionadores. Su palabra era clara, fácil y sólida. Cautivaba a las gentes sencillas, pues sabía diferenciar la erudición que reclama la cátedra de la unción que requiere la predicación al pueblo. La palabra pronunciada con erudición tal vez hace bien en ocasiones. Pero la dicha con profunda piedad llega a los corazones siempre. Y ese tipo de palabra era la que salía de sus labios.

Su fama de gran predicador, persuasivo y humilde, comenzó a ir acompañada en ocasiones de sorpresas. Determinados signos milagrosos le dieron algo más que ardor evangelizador. Las gentes comenzaron a entender que un carisma misterioso y singular irradiaba de su persona y acudían en tropel a escucharle y hacerle peticiones, sobre todo de curaciones de enfermos. Los «milagros» y los «portentos» fueron los mensajeros que se encargaron de atraerle muchedumbres de gentes sencillas que acudían.

Las crónicas le reflejan como un hombre lleno de oyentes cuando elevaba su voz en las iglesias y en los campos. Así acon-

teció en la cuaresma de 1419, que predicó en Aix. Y de nuevo en 1428 en que predicó durante el Adviento. En esta ocasión tuvo tantos oyentes, que hubo de seguir con sus predicaciones durante una parte del 1429. El arzobispo Ammo Nicolai, que lo era desde 1422, era quien más le reclamaba para su tarea de pastor. En 1448 fue una de las últimas veces que la ciudad de Aix contó con su predicación. Su salud se resintió y tuvo que resignarse a hablar menos y en pocos lugares. Al final de 1449 cayó enfermo. La última predicación la tuvo el 1 de mayo de 1450 y murió el 15 del mismo mes.

Al morir se le preparó un sepulcro junto al altar de la iglesia conventual de San Maximino. Y desde el momento de su sepultura, comenzó a ser frecuentado por gentes de toda condición que iban a solicitar su celeste intercesión. Una lápida les recordaba el santo cuerpo que en ella reposaba con estas expresivas palabras:

> «Aqui descansa el cuerpo del Bienaventurado Andres Abellon, de la santa orden de Predicadores, que brillo como artifice de grandes prodigios y murio el año del Señor de 1450, el 15 de Mayo Esta obra la mando hacer el Maestro Guillermo Esteban»

La espontánea veneración de los fieles se extendió por toda la Provenza. La iglesia conventual se hizo centro de peregrinaciones y desde entonces la devoción de los fieles en Aix-en-Provence se mantiene viva pues le proclama como un gran santo. La afluencia de fieles reclamaba cada vez más algo mejor que una lápida. En 1634, con autorización del obispo de entonces, se abrió el sepulcro y se le renovó con mejores materiales. En 1789 los frailes se dispersaron ante la persecución y la iglesia quedó descuidada. Pero se hizo cargo de ella un sacerdote secular que continuó como pudo los cultos y el cuidado de la distante Cueva del Santo Bálsamo.

El sacerdote que gobernaba el templo en 1800, sin que se sepa por qué, hizo desaparecer el sepulcro del Beato Andrés, pero el recuerdo del lugar exacto permaneció en miles de personas que aseguraron durante décadas que allí estaba enterrado un santo. En 1845 se restauró con gran regocijo de los fieles, que habían seguido frecuentando el lugar y muchos lo recordaban desde su infancia. En 1857 una investigación canónica res-

tauró también la confianza en la existencia de las reliquias. Se recuperó el sepulcro para el culto. Se hicieron las gestiones para que el Papa sancionara la tradicional veneración de los tiempos antiguos.

Su culto fue confirmado por León XIII por bula del 19 de agosto de 1902. Era equivalente a declararle Beato y así se autorizó y revalidó el culto inmemorial del que en vida había sabido armonizar tan hermosamente arte, predicación, ciencia y piedad profundas.

PEDRO CHICO GONZÁLEZ, FSC

Bibliografía

ALBANÈS, M., *Le couvent royal de Saint Maximin en Provence de l'Ordre des Freres Prêcheurs* (Marsella 1880).
Année Dominicaine (1981) 440-452.
CORMIER, H M., OP, *Le bienheureux Andre Abellon, XIIIe prieur du couvent royal de Sainte Marie-Madeleine à Saint-Maximin* (Roma 1900).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN RETICIO DE AUTÚN

Obispo († 334)

Fue obispo de Autún, Borgoña, a comienzos del siglo IV. Estuvo presente en el sínodo romano celebrado en Letrán, el año 313, por el papa San Melquíades y en el que se brindó apoyo al legítimo obispo de Cartago, Ceciliano, acosado por las maquinaciones de Donato y de su partido. Decisión ésta que sería igualmente apoyada al año siguiente por el primer sínodo de Arlés.

Fue amigo del emperador Constantino y se dice que fue este obispo el que puso al corriente al emperador de la doctrina cristiana.

Reticio sobresalió como insigne predicador de la divina palabra y su conocimiento de la Sagrada Escritura, que le valió cálidos elogios años más tarde por parte de San Jerónimo en su libro *De viris illustribus,* le dio un gran prestigio en la Iglesia de Occidente. Su memoria es igualmente evocada por San Agustín

en su *Tratado contra Pelagio* como persona de gran autoridad en su tiempo. Murió sobre el año 334. Su memoria se celebra el 15 de mayo.

SAN ELÉSBAAN

Rey y monje († 560)

Baronio introdujo en el *Martirologio romano* la memoria de este santo tomándola de los santorales de la Iglesia de Abisinia. La colocó el 27 de octubre pero la nueva edición del *Martirologio* la sitúa el día 15 de mayo, que es el día en que se celebra en la liturgia abisinia.

San Elésbaan —dice Croisset— fue el soberano más piadoso y caritativo que gobernó Etiopía y por él se extendió el evangelio por regiones que aún vivían en la oscuridad del paganismo.

Era rey de Axum, Abisinia o Etiopía, en la primera mitad del siglo VI. La historia de su reinado está conectada con la de los mártires de Nagran. Un tal Du Nuwas, rey de los himyaritas, se convirtió al judaísmo y el año 523 suscitó una feroz persecución contra los cristianos. En el curso de ella asedió la ciudad de Nagran y, no pudiendo vencerla, hizo el juramento de que si se le entregaba respetaría a los cristianos, cuya comunidad en la ciudad era muy floreciente. La ciudad lo creyó y le abrió sus puertas y el perjuro no más entrar hizo una masacre de cristianos, de todos aquellos que se negaron a abandonar el cristianismo y que fueron varios miles, empezando por el obispo Pablo. En este martirio estuvieron sostenidos los fieles por Aretas, que siendo el principal magistrado de la ciudad, invitó a todos a recibir la muerte antes que abandonar la fe. Esto ocurrió el 24 de octubre de 523.

A esta masacre quiso responder el rey Elésbaan marchando sobre Nagran y reconquistando la ciudad, y a la vuelta de esta victoria, como homenaje de acción de gracias a Dios por ella, abdicó del trono en su hijo y se retiró a un monasterio. Aquí llevó una vida de completa sencillez y despego de los asuntos mundanos, venerado por los monjes por su humildad y demás virtudes. Y en este santo régimen de vida perseveró hasta su muerte, sobre el año 560.

Acerca de la historicidad de estos datos hay que decir que parece segura la existencia histórica del santo y es asimismo un hecho que la Iglesia Etíope le ha dado culto. Hay también fuentes atendibles sobre el martirio de los fieles de Nagran.

SAN RUPERTO

Ermitaño (s. VIII)

La vida de este joven santo se conoce por los escritos de Santa Hildegarda de Bingen, que la escribió. Según ella este santo era hijo del duque pagano Robolao y de su esposa Berta, que era cristiana.

Muerto su esposo, Berta educó a su hijo cristianamente y le infundió sólidos sentimientos de piedad y religiosidad, con la ayuda del sacerdote Wigberto. El joven y su madre hicieron una peregrinación a Roma, donde decidieron consagrarse a Dios, y a su vuelta erigieron en Bingen, junto al Rin, una capilla en la que vivir como ermitaños.

El joven perseveró en esta vida sólo unos años pues a los veinte años murió, luego de haber practicado las virtudes propias del estado eremítico. Enterrados en la capilla tanto él como su madre y el sacerdote Wigberto, Santa Hildegarda, cuando fundó su monasterio en Bingen, sacó las reliquias de la ya entonces derruida capilla y las llevó a su monasterio, promocionando el culto a Ruperto, que se extendió a varias diócesis alemanas.

SAN WITESINDO

Mártir († 855)

Su martirio lo conocemos por los escritos de San Eulogio que en el libro III de su *Memorial de los santos* nos lo narra. Pero aunque da el año, 855, no señala San Eulogio el día. El *Martirologio romano* ha aceptado la fecha del 15 de mayo en que se le recuerda en Córdoba.

Witesindo era un seglar cordobés que en un determinado momento de su vida tuvo la debilidad de apostatar del cristia-

nismo y abrazar el Islam. Pero su conciencia le reprochaba la apostasía y entonces volvió al cristianismo, pero no lo practicaba sino en secreto, dejando creer a su entorno social que seguía siendo musulmán.

Pero llegó una fiesta islámica, que no se determina en la narración de San Eulogio, y fue invitado por sus amistades a participar en ella. Él, dejando atrás su clandestinidad cristiana, respondió que no participaba porque había vuelto a su cristianismo inicial. Y esto le valió que inmediatamente fuera denunciado. Declaró su fe ante el juez y se negó a volver al Islam, y por este motivo fue conducido a la muerte. Era ya un hombre anciano cuando recibió la muerte por confesar a Cristo.

16 de mayo

A) Martirologio

1 En Uzala (África), la conmemoración de los santos Félix y Genadio, mártires (fecha desconocida).

2. En Ósimo del Piceno (Italia), los santos Florencio y Diocleciano, mártires (fecha desconocida).

3. En Persia, los santos Abdas y Ebediesus († 375-376), obispos, con treinta y ocho compañeros, mártires.

4 En Bouhy (Auxerre), San Peregrino († 304), mártir, tenido por primer obispo de la ciudad.

5. La conmemoración de San Posidio († luego del 437), obispo de Cálama en Numidia, discípulo y biógrafo de San Agustín *.

6. En Troyes (Galia Lugdunense), San Fidolo († 540), presbítero y abad

7. En Irlanda, San Brendan († 578), abad de Clonfert *.

8 En Amiens (Neustria), San Honorato († 600), obispo.

9 En Bretaña, San Carentoco (s. VII), obispo y abad de Cardighan.

10. En Palestina, el martirio de cuarenta y cuatro santos monjes en la laura de San Sabas († 614) *.

11. En Toulouse (Aquitania), San Germerio (s VII), obispo.

12. En Gubbio (Umbría), San Ubaldo († 1160), obispo *.

13. En Firmo del Piceno (Italia), San Adán († 1210), abad del monasterio de San Sabino

14. En Burdeos (Francia), San Simón Stock († 1265), presbítero, de la Orden Carmelita **.

15 En Janow, junto a Pinsk (Polonia), San Andres Bobola († 1657), presbítero, de la Compañía de Jesus, martir **

16 Junto a Munich (Baviera), Beato Miguel Wozniak († 1942), presbítero y martir *

17 En Drohobych (Ucrania), Beato Vidal Vladimiro Bajrak († 1946), presbítero, de la Orden de San Josafat, martir *

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SAN SIMÓN STOCK

Presbítero († 1265)

Dos títulos tiene San Simón Stock que le hacen acreedor a nuestra especial atención. Él fue, a mediados del siglo XIII, el principal artífice de la presente estructura de la Orden del Carmen, antes puramente eremítica y después asociada a las religiones mendicantes consagradas al apostolado. Él es, sobre todo, quien recibió de la Santísima Virgen el santo escapulario.

Nació en Inglaterra. Desde mediados del siglo XIV las fuentes le aplican el sobrenombre «Stock», con el cual relacionan el singular género de vida que habría observado antes de entrar en el Carmelo. Dice así la redacción larga del Santoral: «Antes de la llegada de los carmelitas a Inglaterra los esperó con espíritu profético, llevando vida solitaria en el tronco de un árbol: de ahí el nombre de Simón Stock con que es llamado». Esta sobria noticia supone todo un poema de ascetismo, que los biógrafos posteriores intentaron poner de relieve con piadosas amplificaciones.

Pero hay un documento que nos invita más bien a contar a San Simón entre los cruzados y peregrinos que por aquellos tiempos tomaron el hábito en el mismo Carmelo, atraídos por la vida de oración que llevaban los solitarios del santo monte, «como abejas del Señor en las colmenas de sus celdas fabricando miel de dulzura espiritual», según hermosa frase de Jaime de Vitry († 1240). En efecto, el dominico Gerardo de Fracheto, contemporáneo de nuestro santo, después de contar una aparición del Beato Jordano de Sajonia a un religioso carmelita, acaecida en 1237, nota: «Esto lo contaron a nuestros religiosos el mismo que tuvo la vision y el prior de la misma Orden, el her-

mano Simón, varón pío y veraz». Con esta noticia concordaría el *Viridarium* de Juan Grossi, que extiende el generalato de San Simón del 1200 al 1250. Por ahora no estamos en grado ni de escoger entre las dos versiones ni de concordarlas razonablemente.

Con el agravarse de la situación de los cristianos en Palestina después de la tregua pactada por Federico II con el sultán de Egipto (1229), los ermitaños carmelitas se encontraron frente al urgente dilema de, o bien exponerse a la extinción en una tierra que iba quedando a merced de los mahometanos, o bien probar la aventura de un traslado a Europa. Algunos, «los más perfectos» (dice Grossi), tenían miedo a tal aventura por el peligro que encerraba de una alteración del propio espíritu; pero graves razones aducidas hicieron prevalecer la opinión contraria, que fue reforzada con una aparición de la Santísima Virgen (Guillermo de Sanvico). Así en 1238 empezó con carácter sistemático la emigración de numerosos carmelitas a los diversos países de Europa.

A Inglaterra se dirigieron dos expediciones, patrocinadas, respectivamente, por los barones Guillermo Vescy y Ricardo Grey y presididas por los venerables religiosos Radulfo Fresburri, e Ivo el Bretón, dando como primer resultado el establecimiento de dos conventos eremíticos, el primero en Hulne, cerca de Alnwic, y el segundo en Aylesford, en el condado de Kent. Esto sucedía entre 1241 y 1242. Fue entonces (según la primera versión antes mencionada) cuando Simón Stock, aureolado ya con la fama de eximia santidad, «dejó la vida solitaria y entró con gran devoción en la Orden de los carmelitas, que desde hacía mucho tiempo esperaba ilustrado por divina inspiración».

Ahora iba a ofrecerse a nuestro santo un campo muy vasto en donde manifestar los dones recibidos de Dios. En 1245 se celebraba, precisamente en Aylesford, un Capítulo general, el primero reunido en Europa, y en él Simón Stock era llamado «milagrosamente» al oficio de prior general, oficio que sólo entonces adquiría pleno sentido, pues antes, el prior del monte Carmelo era la suprema autoridad.

La Orden sufría en toda su gravedad las consecuencias del traslado a Europa. En el nuevo ambiente no encontraba la

amorosa acogida que seguramente habían esperado y que tan necesaria era para empezar a echar raíces. Por otra parte, la experiencia demostraba que no era fácil conservar el tenor de vida contemplado en la Regla de San Alberto y con ardiente amor abrazado por los venerables moradores del Carmelo. Simón Stock afrontó heroicamente ambas dificultades. Respecto a la primera, se esforzó por acrecentar la estima hacia la Orden con repetidos recursos al papa Inocencio IV y también a los próceres seculares. De hecho desde 1247 a 1252 consiguió del papa Inocencio IV tres preciosas cartas de recomendación que debieron contribuir no poco a la consolidación de la Orden, y en diciembre de 1252 otra del rey de Inglaterra Enrique III. En orden a la segunda dificultad impetró del mismo Inocencio IV una audaz reforma de la Regla que permitiera vivir a los carmelitas en las ciudades y participar en el servicio de las almas. Pero *esta reforma suscitó en el seno de la Orden un hondo descon*tento que venía a agravar todavía más la situación tan comprometida por la hostilidad exterior. De este descontento tenemos la prueba en una amarga requisitoria que compuso el sucesor de nuestro santo, Nicolás el Francés, y en las frecuentes deserciones de religiosos, que buscaban en otras órdenes mayor garantía de salvación. En este momento histórico tuvo lugar el episodio culminante de la vida de San Simón Stock, la visión del santo escapulario, testificada por el antiguo santoral y parcialmente corroborada por la *Crónica* de Guillermo de Sanvico. La relación más antigua está concebida en estos términos:

> «San Simon [ ] suplicaba constantemente a la gloriosísima Madre de Dios que diera alguna muestra de su proteccion a la Orden de los carmelitas, pues goza en grado singular del titulo de la misma Virgen, diciendo con toda devoción Flor del Carmelo, vid florida, esplendor del cielo, Virgen fecunda y singular, oh Madre dulce, de varon no conocida, a los carmelitas da privilegios, estrella del mar Se le apareció la bienaventurada Virgen, acompañada de una multitud de angeles, llevando en sus benditas manos el escapulario de la Orden y diciendo estas palabras "Éste sera el privilegio para ti y para todos los carmelitas, que quien muriere con él no padecerá el fuego eterno, es decir, el que con él muriere se salvara"»

Tal fue la gran promesa, que originariamente era una exhortación a la perseverancia dirigida a los descorazonados carmeli-

tas, pero pronto fue acogida en toda la Iglesia como una de las manifestaciones supremas de la maternidad universal de María.

Lo restante de la vida de San Simón se confunde con la historia de la Orden del Carmen, historia de fundaciones y de gracias pontificias, índice de la casi definitiva consolidación en Europa, la grande obra que Dios le reservara.

Después de veinte años de gobierno (según un códice de Bamberga, muy autorizado), por tanto, en 1265, murió en el convento de Burdeos el día 16 de mayo (o de marzo según algunos códices).

La fama de santidad que le había acompañado en vida se acrecentó después de la muerte. En los documentos su nombre nunca aparece sin el dictado de santo, y repetidamente se recuerda el don de hacer milagros. Su culto desde antiguo fue muy ferviente en Burdeos, donde se veneraban y se veneran aún sus reliquias. Una circunstancia providencial impidió que fuesen profanadas en tiempo de la Revolución Francesa. Su veneranda cabeza fue solemnemente trasladada el año 1951 al convento de Aylesford, y allí es meta de frecuentes peregrinaciones.

BARTOLOMÉ M. XIBERTA, OC

Bibliografía

GRACIAN DE SANTA TERESA, «Viridarii auctore Ioanne Grossi... recensio vaticana»· *Ephemerides Carmeliticae* 7 (1956) 240s

THURSTON, H., en *The Month* (1927) junio y julio.

XIBERTA, B M, *De visione Sancti Simonis Stock* (Roma 1950).

ZIMMERMANN, B (ed), *Monumenta historica carmelitana* (Lering 1907)

— ID., art en *The Month* (1927) octubre.

— ID, *De sacro scapulari carmelitano* (Roma 1927), extracto de *Analecta Ordinis Carmelitarum Discalceatorum* 2 (1927) 70-99

• Actualizacion·

ILDEFONSO DE LA INMACULADA, OCD, *San Simon Stock* (Valencia 1976)

MOCCHEGIANI CARPANO, C, «Simón Stock, santo», en L SAGGI, *Santos del Carmelo* (Madrid 1982) 450-455.

SAN ANDRÉS BOBOLA

Presbítero († 1657)

Se nos permitirá comenzar con un recuerdo personal. El 16 de abril de 1938 acudimos a la sacristía de la iglesia romana de Gesù algunos devotos del Santo, enterados de la posibilidad de contemplar de cerca las reliquias de Bobola, cuyo nombre iba a inscribirse al día siguiente en el catálogo de los santos, siendo solemnemente canonizado por Pío XI.

Pudimos, en efecto, contemplar y venerar el cuerpo casi momificado del santo, fijándonos en especial en las señales exteriores de las numerosísimas heridas que le infligieron sus verdugos, y que aún eran perceptibles a pesar de no tener el cuerpo la frescura de los primeros decenios posteriores a su martirio.

Al día siguiente acudimos a San Pedro, donde grandes grupos de polacos aclamaban a su nuevo Patrón, mientras que el Papa, en su breve y densa homilía, recordaba al «cazador de almas», al que gustaba decir: «Hacer y padecer grandes cosas es lo cristiano», al mártir de la unidad eclesiástica. Con él fue canonizado un italiano, San Juan Leonardi, y un español, San Salvador de Horta.

Ya que hemos comenzado hablando de su cuerpo, recordemos el episodio de su hallazgo, también significativo.

Los polacos habían podido recuperar Janow poco después del sacrificio de Bobola, mientras que los cosacos, que le martirizaron, se daban a la fuga abandonando el cadáver. Los católicos le llevaron a Pinsk y le enterraron en la iglesia de su colegio. Sucesivas invasiones y ruinas hicieron desaparecer su recuerdo hasta 1701.

Este año se hallaba la ciudad en otro peligro análogo, y el padre rector del colegio no sabía a qué santo encomendarse en tantas aflicciones, cuando la noche del 19 de abril se le apareció un religioso con la sotana de la Compañía de Jesús que le dijo: «¿Tenéis necesidad de un protector? ¿Por qué no os dirigís a mí? Yo soy el padre Andrés Bobola, muerto en odio a la fe por los cosacos. Buscad mi cuerpo: yo seré el protector del colegio».

Los trabajos emprendidos para ello parecieron infructuosos durante dos días, hasta que el santo volvió a indicar el lugar de su sepultura. Entonces se encontró su caja mortuoria con esta inscripción: «Padre Andrés Bobola, S.I., muerto por los cosacos

en Janow». La sorpresa fue grande al comprobar que el cadáver se hallaba incorrupto y que mostraba frescas las heridas recibidas, mientras que otros muchos cadáveres enterrados allí cerca estaban ya reducidos a polvo en aquel clima húmedo y en aquella tierra pantanosa. Y eso que no había recibido ninguna clase de embalsamamiento o cosa parecida.

Andrés Bobola nació en el condado de Sandomir, allí donde el caudaloso Vístula tuerce su rumbo nordeste y enfila directamente hacia el norte antes de llegar a Varsovia.

Su familia procedía de Bohemia, aunque llevaba ya tres siglos afincada en Polonia. Durante los primeros decenios de la Compañía de Jesús la había ayudado para la fundación de los colegios de Varsovia, Cracovia y Vilna. No es extraño, por lo mismo, que Andrés, nacido en 1591, fuera confiado a aquellos padres para su formación científica y religiosa en el colegio de Sandomir.

Allí brotó la semilla de su vocación al apostolado. El 31 de julio, día del entonces Beato Ignacio de Loyola, entraba en el noviciado de Vilna, ciudad tan disputada siempre entre lituanos, rusos y polacos, y que en el gran reino polaco de aquellos tiempos constituía la capital de Lituania, inmenso territorio extendido desde el Báltico hasta los cosacos saporogas, aunque compuesto por pueblos no lituanos en su mayoría. Sólo su unión con Polonia había podido dar estabilidad a aquel conglomerado, introduciendo la preponderancia polaca, al fin y al cabo eslava, y de población más numerosa, entre los rusos blancos y los ucranianos.

Pío XII, en la encíclica *Invictus athleta Christi,* supone que San Andrés Bobola debió luchar duramente en su imitación de Cristo, debido a su ánimo elevado y un tanto pertinaz. Para ello oró con fervor y constantemente.

Llamaron la atención su amor a Dios y al prójimo, sus largas oraciones ante el sagrario, sus auxilios a los necesitados.

Pronto pudo tomar parte en el apostolado aun antes de su sacerdocio, especialmente durante su magisterio en los colegios de Bromberg y de Pultusk, consagrándose a la defensa y dilatación de la fe católica en aquellas encrucijadas de cismas y herejías. En sus concurridos catecismos inculcaba, sobre todo, la devoción a la Eucaristía y a la Virgen Santísima.

Llegó el año 1622, y pronto corrió entre los jesuitas la fausta noticia de la próxima canonización del fundador, Ignacio, en compañía del más insigne de sus hijos, Javier, el 12 de marzo. Fecha tan memorable fue elegida para la ordenación de los nuevos sacerdotes. Bobola, que ya había vuelto al colegio de Vilna para estudiar teología, tuvo la suerte de recibir las órdenes sagradas ese día.

A fines de aquel mismo año, 1622, comenzó su tercera probación en la casa de Nieswiez. Se han conservado providencialmente las relaciones de sus superiores de ese año. Por ellas podemos saber que hizo el mes entero de ejercicios, «poniendo en ellos toda su voluntad». Realizó también las demás pruebas de ejercicios humildes en la cocina y en la casa con edificación, hizo su peregrinación pidiendo limosna «con prontitud de espíritu, vigor del cuerpo y satisfacción de todos», enseñó el catecismo a los niños y dio una misión «con aplauso de todos».

Sin embargo, se hizo notar aún más el generoso esfuerzo y el ardiente empeño en extirpar sus defectos, procurando llegar a un equilibrio conveniente, moderando su carácter impulsivo, temperamentalmente fogoso, inclinado a defender con firmeza sus puntos de vista personales.

Por todo ello se ve que no era su camino el de los mediocres o contentadizos, sino el de los generosos, que, cuando van bien guiados, escalan con más rapidez y seguridad las cimas de la perfección.

De este modo su carrera de formación religiosa, comenzada bajo la dirección del padre Lorenzo Bartyliusz, de gran fama de santidad, y terminada con una tercera probación sólidamente fecunda, facultaron a Bobola para un inmediato y fructífero apostolado.

Bobola podía ser destinado a las regiones propiamente polacas, donde la unidad de la fe católica era más completa que en los bordes fronterizos del gran Estado polaco del seiscientos. Pero su misión miró siempre hacia las regiones orientales del país en uno de sus momentos más decisivos, tanto desde el punto de vista político como religioso.

Comenzó por una nueva estancia de seis años (1624-1630) en Vilna, la ciudad de toda su formación religiosa, teniendo, so-

bre todo, el cargo de la iglesia en su colegio. Baste notar que una estadística de 1624-1625 habla de miles de confesiones, de la conversión de 10 herejes, de 34 cismáticos y 20 ateos, además de otros frutos espirituales de alguna importancia «entre usureros, ladrones y condenados». Bobola se hallaba asistido en esta labor por dos compañeros.

Fue director de la congregación mariana del colegio. Estimado predicador, conocido por la intrepidez de su fervor cristiano, era reclamado en otras ciudades al tener noticias de su apostolado.

Consiguió vocaciones sacerdotales, dirigió conciencias, dio misiones populares, asistía a los enfermos y moribundos, y se distinguió durante dos pestes notables, la primera en Vilna, en 1625, y la segunda en Bobruisk, en 1633.

De 1630 a 1633 le vemos en esta pequeña ciudad asentada junto al luego famoso río Beresina, muchas veces citada en las diferentes guerras que han asolado aquella región. Era una tierra extrapolaca, habitada por rusos blancos, con pocos polacos entre ellos, en gran peligro de defección religiosa al no contar con sacerdotes propios.

Los últimos veinticuatro años (1633-1657) es ya el misionero constante, que va de una a otra zona del país oriental, apareciendo en primera fila entre los vanguardistas de la fe católica por aquellos territorios tan disputados entre el cisma y la Iglesia católica. Unas palabras sobre esta dolorosa situación:

Los habitantes de las regiones orientales de Polonia, tanto del antiguo Estado como del moderno hasta 1945, han sido en su mayoría cismáticos orientales, de rito bizantino-eslavo y de raza ucraniana. Estos territorios quedan comprendidos en la actualidad en su mayor parte en las repúblicas soviéticas de Ucrania y Rusia Blanca. Polonia llegaba en tiempo de Bobola hasta el Dniéper, rebasándolo en algunas partes.

El cisma no se había producido por separación directa y formal de estos pueblos de Roma, sino por su unión con el patriarcado de Constantinopla, que les había dado generalmente su fe y su rito. Al separarse la Iglesia griega de Roma, ellos se vieron arrastrados al cisma casi sin notarlo.

Mas luego sobrevino el odio, una vez que los polacos católicos tuvieron ocasión de avanzar hacia el Oriente y encontrarse con las pretensiones rusas de convertir a Moscú en el centro de reagrupacion política y religiosa de todos los eslavos.

A pesar de estas dificultades se logró la unión de Brestlitowsk (1596), por la que la mayoría de los obispos cismáticos de los territorios polacos se unieron a la Iglesia romana conservando su rito propio.

Costó, sin embargo, mucho en algunas partes el llevar a cabo de hecho la unión, especialmente en las fronteras con Rusia, que ya había empezado su marcha hacia Polonia, y perseguía a sangre y fuego todo vestigio unionista en las tierras que reconquistaba.

Contra estos enemigos luchó Bobola de 1630 a 1657. Era tiempo de martirios. En 1623 fue martirizado San Josafat Kuricewicz. De 1648 a 1655 los cosacos destruyeron unos treinta conventos o residencias de dominicos, asesinando a noventa y cinco de sus religiosos. Fueron también varias las casas de jesuitas que corrieron la misma suerte, con muerte de cuatro en Nowgorod y otros varios en otras partes.

En este tiempo la ciudad de Pinsk, en la comarca conocida por las marismas del Pripet, residencia del padre Andrés durante largas temporadas, fue ocupada y perdida varias veces con las consiguientes devastaciones.

Por todo ello se verá el temple de ánimo que se necesitaba en aquellas regiones para hacer frente a las irrupciones, animando a los católicos y tratando de conservar o ganar otra vez a los uniatos vacilantes en medio de la tormenta. Fue la época más larga y más efectiva para este apostolado de Bobola. Los historiadores o comentaristas de la época hacen resaltar la importancia de los éxitos obtenidos.

Era natural que un apóstol de este temple fuera una víctima de predilección de las hordas cosacas en sus incursiones ofensivas hacia el interior de Polonia.

Y así fue. Era el mes de mayo de 1657, cuando la naturaleza, casi muerta durante los largos meses invernales rusopolacos, intentaba recobrarse de su letargo y anunciar después de los deshielos una fecunda estación estival.

Los cosacos aprovecharon la ocasión para dominar otra vez a Pinsk. Los padres del colegio se refugiaron en diversas partes. Bobola se dirigió a Janow, dijo allí su misa la madrugada del 16 de mayo y proseguía su marcha cuando se vio sorprendido por sus enemigos. «¡Señor! ¡Hágase tu voluntad!», exclamó.

Trataron al principio de ganarle para el cisma; pero, ante su rotunda negativa, las halagadoras palabras dieron lugar a uno de los martirios más cruentos que se conozcan. Le ataron allí mismo a un árbol y le azotaron despiadadamente, mientras le apretaban una corona de ramas en la cabeza.

Atado, fue arrastrado por los caballos de sus verdugos hacia Janow, donde se le invitó otra vez al cisma: «Soy un sacerdote católico. He nacido en la fe católica y quiero morir en ella. Mi fe es buena, es verdadera, es la que lleva a la salvación».

A esta profesión siguió el ataque del cabecilla mismo, blandiendo su espada, que cortó tres dedos del Santo, al llevar éste su mano a la cabeza para detener el golpe. Volvió a profesar su fe, por la que daba gustoso la vida. Un puñal le arrancó un ojo. Le condujeron a un matadero, le quemaron el pecho y la espalda, mientras insistían en sus intentos de apostasía. Ante su negativa, le arrancaron parte de la piel de la cabeza, le produjeron diversas heridas y mutilaciones sin cuento, mientras el mártir exclamaba únicamente:

> «¡Jesus, Maria, ayudadme! Iluminad a estos ciegos con vuestra luz Convertidles y arrancadlos del error ¡Señor! ¡Hagase tu voluntad! ¡Jesus, Maria, en vuestras manos encomiendo mi espiritu!»

Para no oír sus palabras le arrancaron la lengua y luego le atravesaron el corazón por el lado izquierdo.

Enterrado en Pinsk, sus restos fueron más tarde trasladados a Polock, cayeron dos veces en manos de los cismáticos y, por fin, de los bolcheviques, hasta que en 1923 se consiguió traerlos a Roma, donde reposaron hasta su canonización. Entonces fueron llevados a Varsovia.

En 1819 el padre dominico Korzeniescki, abrumado por las desgracias de su patria, invocó a Bobola y vio al santo, quien le mostró en las llanuras polacas ejércitos de rusos, turcos, franceses, ingleses, austríacos, prusianos y otros que no distinguió.

Bobola le prometió que al acabar aquella guerra Polonia sería independiente y él sería su principal patrón.

Esta famosa profecía se publicó muchas veces. *La Civiltà Cattolica* la reimprimió en 1854, al año siguiente de la beatificación de Bobola, cuando su cumplimiento parecía muy remoto. Pero todo el mundo la recordó entre 1914-1918, especialmente al terminar la guerra.

Bobola fue beatificado por Pío IX en 1853 y canonizado por Pío XI en 1938. Pío XII ha escrito una conmovedora encíclica al mundo católico con ocasión del tercer centenario de su martirio, 16 de mayo de 1957.

LEÓN LOPETEGUI, SI

Bibliografía

BEYLARD, H., *La vie et la mort héroique de saint Andre Bobola, jesuite polonais, martyr de l'unité catholique* (París 1938).
«Letras decretales de la canonizacion de Andrés Bobola»: *AAS* 30 (1938) 357s.
MORESCHINI, C., *S. Andrea Bobola martire della Compagnia di Gesù* (Isola del Liri 1938)
PIO XII, «*Invictus athleta Christi.* Carta encíclica con ocasión del tercer centenario del martirio del jesuita polaco San Andrés Bobola»: *AAS* 49 (1957) 321s.
ROCCI, L., *San Andrea Bobola, martire polacco* (Roma 1924, ²1938).
TESTORE, C , *San Andrea Bobola, S.I.* (Venecia 1939).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN POSIDIO DE CÁLAMA

Obispo († 440)

Este santo obispo pasa a la historia, ante todo, por haber sido no sólo amigo fiel de San Agustín sino también biógrafo del gran santo, habiendo sido esta biografía libro muy querido en los siglos posteriores.

Natural del África proconsular, sin que podamos precisar la ciudad, de joven estudia bajo la dirección de San Agustín en Hipona. Agustín lo preparó adecuadamente para el ministerio eclesiástico y en 397 fue elegido obispo de Cálama, una ciudad en Numidia.

Posidio se encontró con que Cálama no era aún una ciudad enteramente cristiana, pues todavía había un sector importante

de la población que era pagano. Pero, además, y éste fue su principal problema, el cristianismo estaba dividido entre católicos y donatistas, que no dejaban de mostrar su intransigencia y su propensión a la violencia en las relaciones con los católicos. Esta propensión a la violencia llegó al intento de asesinar al obispo católico.

Posidio combatió con firmeza y no menor mansedumbre al donatismo, siéndole reconocida por el papa San Inocencio I esta buena actitud así como su valor y firmeza.

Pero otra y definitiva tragedia se abatió sobre su diócesis. Los vándalos, atravesando España, llegaron a África y fueron pasando a fuego y cuchillo innumerables poblaciones, y entre ellas Cálama. Posidio se vio obligado a huir a Hipona donde se refugió junto a San Agustín. Pero los vándalos tampoco respetaron Hipona, a la que pusieron cerco, y durante el mismo tuvo lugar la muerte de Agustín, que estaba acompañado, entre otros, por Posidio.

Por fin, Posidio, obligado por el jefe vándalo Genserico, hubo de abandonar África y pasar a Italia. Aquí escribió la vida de San Agustín y en ella van sus recuerdos personales del gran Doctor de la Iglesia. Posidio no había aprendido de Agustín solamente la teología, sino también un camino de vida, una forma de amar y servir a Dios, a la que fue fiel hasta su muerte. Ésta tuvo lugar hacia el año 440.

SAN BRENDAN

Abad († 578)

Brendan, Brandano, o incluso Borondón, es ciertamente un personaje histórico, bien que pertenezca también al mundo de las leyendas por una novela escrita bajo su nombre en el siglo X y que se llama *El viaje de Brendan,* de donde le viene que en algunos santorales se le llame Brendan el Viajero o Brendan el Navegante.

Existió Brendan y fue ciertamente muy viajero, lo que da pie a su leyenda. Era natural de Kerry, Irlanda, donde nace hacia el año 486. En su educación participan el obispo Erc de Kerry y Santa Ita en su monasterio de Kileedy. Al llegar a la adolescen-

cia opta por la vida monacal, profesa como monje y luego es ordenado presbítero. Posteriormente es abad y como tal inicia la fundación de una cadena de monasterios, empezando por el de Clonfert, que funda en 560, y siguiendo por los de Annaghdown, Inishadoun y Ardfert. Posteriormente pasa a Escocia, donde se dice que hizo otras fundaciones, y luego pasa a Gales. Estuvo en el continente y visitó Bretaña, concretamente St. Malo.

G. A. Litle, en su libro *St. Brendan the Navigator* (1945) ha narrado las peripecias de este ilustre viajero. Se dice haberse introducido por el Atlántico y haber llegado a tierras paradisíacas que la tradición ha querido identificar con las Islas Canarias. En el mundo de los navegantes quedó su fama.

Brendan murió en Annaghdown en 578. Su memoria se celebra el 16 de mayo.

LOS MÁRTIRES DE SAN SABAS
(† 614)

Diez millas al sudeste de Jerusalén, en el desierto que va hacia el Mar Muerto, se halla el famoso monasterio llamado de San Sabas por su ilustre fundador. Es una laura o colonia de monjes que sirven a Dios en la oración y la vida mortificada, siguiendo unas normas de convivencia que obedecen por amor de Dios y bajo la guía de un superior.

En este monasterio, el 16 de mayo de 614, tuvo lugar la masacre de cuarenta y cuatro monjes por unos sarracenos que asaltaron el monasterio. Al conocer la inminente llegada de los sarracenos, algunos monjes huyeron del monasterio pero estos cuarenta y cuatro se quedaron y de esta forma recibieron el martirio por su sola condición de monjes. Se cebó en ellos la ira de los asaltantes de forma que sus cuerpos fueron descuartizados. Uno de los monjes que sobrevivió al ataque, llamado Antíoco, narró el martirio en una exhortación que dirigió a quienes aún no habían regresado al monasterio y seguían viviendo dispersos y errantes.

El monasterio, cuna de santos, pues de él saldrían otros, como San Juan Damasceno, ha conservado la memoria de sus

mártires y la sigue venerando, pues afortunadamente el monasterio aún existe en Palestina.

No se confunda este martirio con otro que posteriormente hubo en el mismo monasterio y en el que murieron veinte monjes.

SAN UBALDO

Obispo († 1160)

Ubaldo nace en Gubbio h. 1085 en el seno de una familia que llevaría posteriormente el apellido Baldassini. Huérfano muy pronto, se lo llevó consigo su tío Ubaldo, que se esmeró en educarlo bien y para ello lo inscribió primero en la escuela de la Colegiata de San Segundo y luego lo envió a Fano a la escuela de Santa María del Mar. Decidido por la vocación eclesiástica ingresó en la canónica de San Mariano para hacer los estudios eclesiásticos. Aquí no halló el ambiente de piedad y vida arreglada que buscaba y toma entonces la decisión de hacerse ermitaño y dedicarse a la divina contemplación. Pero halla la oposición de su tío y decide volver a San Segundo para proseguir su formación eclesiástica.

En 1104 el nuevo obispo de Gubbio, Juan de Lodi, le llama para que sea su colaborador en la obra de reforma religiosa que quería llevar en la diócesis, empezando por la catedral. Muerto el obispo al año siguiente, Ubaldo continúa dentro de su canónica de San Mariano su iniciativa reformadora, dando sobre todo un gran ejemplo personal. Ordenado sacerdote en 1114, es nombrado, años más tarde, prior de su canónica, y logra convencer a sus miembros para que adopten de manera seria una vida común y una regla. Esto lo hace luego de haber intentado otra vez hacerse ermitaño y de no haber sido aceptado su propósito por las personas a quienes consultó, que más bien le animaron a reformar su canónica y prestar este servicio a la Iglesia. Tomó la regla dada por Pedro degli Onesti a su comunidad de Santa María del Puerto en Rávena. En pocos años logró hacer de su comunidad una institución verdaderamente regular y ejemplar.

Un incendio destruye en 1126 el edificio de su canónica, y por tercera vez Ubaldo piensa en la vida de contemplación, y solicita el ingreso en el monasterio de Fonte Avellana. Pero el prior, Pedro de Rímini, le contesta que su sitio está en Gubbio y que debe reconstruir la canónica y servir en ella a Dios. Obedeció Ubaldo y, reconstruida la canónica, volvió a ser un ejemplo para todo el clero. La fama de la santidad de Ubaldo comenzó a circular por las poblaciones vecinas.

Terminada la reconstrucción de su canónica se encontró con que la diócesis de Perugia, vacante desde 1126, lo reclamaba como obispo, movida por las buenas cosas que se decían de él. Horrorizado, Ubaldo se niega y acude a buscar al papa Honorio II para suplicarle que le dispensara de tener que aceptar. El Papa escuchó la súplica de Ubaldo que no fue confirmado obispo de Perugia, pero quedó encantado con la humildad y virtudes del prior de Gubbio. Y así, cuando en 1129 es la propia sede de Gubbio la que vaca, Honorio II toma la iniciativa de que el nuevo obispo sea él, y esta vez no le valen a Ubaldo ruegos ni súplicas. El propio pontífice quiso consagrarlo personalmente.

Ubaldo fue un gran obispo a lo largo de treinta años. Hizo una gran labor religiosa como impulsor de la vida espiritual y del culto en su diócesis, alentando a sacerdotes y religiosos a ir delante en el buen ejemplo, y animando a los fieles a vivir el evangelio con sincero compromiso. Hizo igualmente una gran labor social, pacificando los ánimos y procurando se aquietaran los bandos ciudadanos y se constituyera el Comune e impulsando la reedificación de las murallas para la mejor salvaguarda de la seguridad y la paz en el interior de la ciudad. Su utilidad se vio cuando hubo una liga contra Gubbio en 1153 y Ubaldo contribuyó a salvar la ciudad de un desastre, cosa que repitió cuando en 1155 evitó que Federico Barbarroja repitiera en Gubbio el saqueo a sangre y fuego que había ejecutado en Espoleto.

Ubaldo murió el 16 de mayo de 1160, siendo enterrado primero en la catedral y luego llevado a la iglesita donde ahora se conserva su cuerpo, todavía incorrupto. Aclamado enseguida como santo, su canonización le fue pedida al papa Celestino III, que efectivamente procedió a canonizarlo el 5 de marzo de 1192.

BEATO MIGUEL WOZNIAK

Presbítero y mártir († 1942)

Hijo único de un matrimonio campesino, nació en Sokolowo, Polonia, el 28 de agosto de 1875. Deseaba desde pequeño ser sacerdote, pero halló una gran oposición en su padre y no pudo por ello ingresar en el seminario de Varsovia hasta la edad de veintisiete años.

Sacerdote en 1907, se planteó la posibilidad de su vocación salesiana, pero luego de un año en Turín volvió a Polonia y fue párroco sucesivamente de Wisniek, Chojnata y Kamiona, para pasar a la parroquia de San Lorenzo de Kutno en 1925. Aquí hizo una gran labor pastoral, fundó un colegio salesiano y se preocupó de todas las necesidades religiosas y sociales de su feligresía, premiándolo el papa Pío XI con el título de prelado doméstico de Su Santidad. Tenía como coadjutor al también mártir y beato Miguel Ozieblowski.

Llegada la ocupación alemana en el otoño de 1939, ambos sacerdotes vieron que era arriesgado seguir en la parroquia, pero no quisieron abandonar a los fieles y corrieron el riesgo de un posible arresto. Éste sucedió en octubre de 1941, siendo llevado primero al campo de concentración de Lad y de ahí al de Dachau, donde sufrió tantas penalidades que su salud no las soportó y murió de agotamiento el 16 de mayo de 1942. Fue beatificado el 13 de junio de 1999.

BEATO VIDAL VLADIMIRO BAJRAK

Presbítero y mártir († 1946)

Su nacimiento fue el 24 de febrero de 1907 en Shaikivtsi, región de Ternopol. Con quince años toma la decisión de hacerse monje e ingresa el 4 de septiembre de 1922 en el noviciado de la Orden basiliana de San Josafat. Al emitir la profesión religiosa el 9 de mayo de 1926 toma el nombre de Vidal. Hace los estudios sacerdotales y es ordenado presbítero el 13 de agosto de 1933.

Destinado al monasterio de su Orden en Zovka, desempeña allí su labor como monje y sacerdote hasta que en 1941 es elegido superior del monasterio de Drohobych. Fue un sacerdote

ejemplar y un monje cumplidor de sus deberes, que vio muy claro lo que el régimen soviético significaba para el futuro de la Religión y no tuvo inconveniente en escribir un artículo denunciando la persecución religiosa.

A causa de este artículo fue detenido el 17 de septiembre de 1945 y se le juzgó y condenó por actividades contra el Estado, siendo condenado a ocho años de prisión en un campo de reeducación. De ahí fue llevado a la cárcel de Drohobych en la que murió, de resultas de las penalidades sufridas, el 16 de mayo de 1946. Fue beatificado el 27 de junio de 2001.

17 de mayo

A) Martirologio

1 En Alejandría de Egipto, San Adrion (s IV), mártir
2 En Roma, en la Vía Salaria antigua, en el cementerio de Basila, San Víctor (s IV), mártir
3 En Noviodúno (Mesia), santos Heraclio y Pablo (s IV), mártires
4 En el Africa Proconsular, la conmemoración de Santa Restituta († 304), virgen y mártir
5 En Villarreal (Valencia), San Pascual Baylón († 1592), religioso de la Orden de Menores **
6 En Kong-Tcheu (China), San Pedro Liu Wenyuan († 1834), mártir *
7 En Orgosolo (Cerdeña), Beata Antonia Mesina († 1935), virgen y mártir **
8 En el campo de concentración de Oserlag (Rusia), Beato Ivan Ziatyk († 1952), presbítero, de la Congregación del Santísimo Redentor, mártir *
9 En Casoria (Italia), Beata Julia Salzano († 1929), virgen, fundadora de la Congregación de las Hermanas Catequistas del Sagrado Corazón **

B) Biografías extensas

SAN PASCUAL BAILÓN
Religioso († 1592)

Villarreal, municipio de la provincia de Castellón de la Plana, sobre la carretera de Valencia a Barcelona, hoy —año

1959— con más de 20 000 habitantes, de terreno llano y suelo fértil, regado por el Mijares, centro agrícola con extensos naranjales, que ostenta con orgullo uno de los templos parroquiales mayores de España, la arciprestal de San Jaime, presenta aún con más ufanía el convento franciscano del Rosario, en el cual murió el biografiado, se conservaron los restos del mismo hasta la guerra de 1936 y se levanta ahora en su honor el templo votivo eucarístico internacional.

¡Qué contraste con la villa zaragozana de 400 habitantes, Torrehermosa, arrullada por el Jalón, la que fue cuna del Santo, en la diócesis de Siguenza!

Mas hay que saltar a sus recintos por el siglo XVI.

España termina su secular cruzada contra el moro. Enriquecida con un mundo nuevo, toca al apogeo de su gloria. «Cuando ella se mueve, solía decirse, Europa tiembla».

Por ella pasean sus flores de santidad Ignacio, Javier, Teresa, Juan de la Cruz, Pedro de Alcántara. Pero también otro que, no siendo en su vida celebridad española, con el correr de los años resultó ser celebridad mundial.

Unos inquilinos del monasterio cisterciense de Puerto Regio, pobres de fortuna del dinero, pero ricos de fortuna del temor de Dios. Llámanse Martín Bailón e Isabel Jubera. Padres de un santo cuyo nombre será Pascual, por haber visto la luz en Pascua de 1540, el 17 de mayo.

Ese mismo día de 1592 el hijo más ilustre de Torrehermosa, a los cincuenta abriles de su caminar en este valle hondo, emprende su vuelo de gloria, para recibir los honores de la canonización en 1690, el 16 de octubre, por intervención del infalible Alejandro VIII.

Pastor ideal durante diecisiete años, desde los siete de su edad. Luego, hermano lego franciscano durante veintiocho, desde 1564; modelo, dentro de la reforma alcantarina, como indica la liturgia de su fiesta, de jóvenes y mayores.

La historia cuenta con elevados al honor de los altares cuyos rasgos eucarísticos son más nutridos, pero no con otro que haya sido declarado por el vicario de Jesucristo patrón de las asambleas y obras eucarísticas ya desde 1897.

¿Su retrato físico?

Era el santo de mediana estatura, de buena presencia y de rostro gracioso y amable, aunque no expansivo. Tenía en su frente algunas arrugas y un principio de calvicie. Sus ojos azules, pequeños, brillantes, estaban protegidos por pestañas y cejas negras. La nariz y la boca eran regulares. Veíase bajo sus labios, de derecha a izquierda, una cicatriz que le daba las apariencias de estar siempre sonriendo. Color moreno. Barba rala. Carrillos salientes.

De temperamento irascible unido a su gran fuerza de voluntad, disfrutó de ordinario de buena salud, a excepción de los cinco últimos años de su existencia, que fueron para él un prolongado y cruel martirio.

Pero nos interesan más sus retratos moral y eucarístico.

Vida pastoril.

El zurrón del niño era una diminuta biblioteca con libros piadosos y el oficio parvo de la Virgen, que rezaba diariamente. Su cayado cuelga, bajo la cruz, una imagen de María.

Su conversación era agradable; sus modales, suaves; su humor, templado.

A la austeridad entrañada por el pastoreo añadía voluntarias mortificaciones, como el andar descalzo por lugares escabrosos.

Su amor a la pobreza culminó en el hecho de rehusar el ser heredero de su amo, Martín García, hombre poderoso, propietario de muchas posesiones. Prefiere seguir la estrella de su vocación religiosa, dejando a sus padres amo y tierra natal. Se presenta en el reino de Valencia en el convento de Nuestra Señora de Loreto, recientemente fundado por los reformados de San Pedro de Alcántara en una soledad contigua a la villa de Monforte.

Su timidez para hablar con el guardián le dejó otros cuatro años al servicio de ovejas en aquella vecindad. Su piedad y su frecuencia de sacramentos en el convento de franciscanos le delataron como santo pastor, mote con que era conocido.

Era tal su delicadeza que se denunciaba a sí mismo cuando su ganado hacía daño en campo ajeno. Resarcía perjuicios de su soldada.

Por fin habla con el padre guardián, quien le admite como corista, sin que acepte esta calidad la humildad del hombre de Dios. Su única ambición es ser «la escoba de la casa de Dios».

El 2 de febrero de 1564 recibe el hábito en Loreto. Aquí permanece hasta 1573. Los cinco años siguientes en Villena, Elche, Jumilla, Ayora, Valencia y Játiva. De 1589 a 1592 es el apóstol y bienhechor de Villarreal, verdadera villa regia a la sazón, con su palacio magnífico, con sus reductos y baluartes, con sus grandes calles y deliciosas avenidas, y con las ondas azuladas del Mediterráneo, que ofrecían a sus pies una graciosa alfombra.

Siendo sus ocupaciones casi idénticas, el curso de su existencia se desarrolla en un plan más bien monótono.

Uno de sus biógrafos le retrata así como religioso:

> «Su unico vestido era una tunica Bajo la tunica llevaba cilicio o una cadena ajustada a la cintura, su lecho, la tierra Trabajaba ani mosamente Al volver de mendigar por los pueblos levantinos, Elche, Novelda, Aspe, Jativa, Alicante, llegaba con frecuencia al convento con una carga que era mas propia para un jumento»

Desempeño varios oficios: los de portero, hortelano, cocinero, refitolero y limosnero. Uno de sus mayores gustos era recoger las sobras de la comida para destinarlas a los pobres. Cuando había colocado en orden los platos, el pan en su sitio y las botellas llenas, caía de rodillas en el refectorio y rezaba largo rato, hasta que se levantaba agitado por unos sonidos misteriosos que le obligaban a correr, a dar voces inarticuladas y a bailar delante de la Virgen. No todos se ponían serios ante estos hechos incomprendidos.

Una página entusiasta de un novicio, amigo y superior·

> «Nunca pensaba en satisfacer el menor capricho Siempre ponia estudio en mortificarse a si propio»
>
> «Yo he visto brillar en el la humildad, la obediencia, la mortifi cacion, la castidad, la piedad, la dulzura, la modestia y, en suma, to das las virtudes y no puedo decir a ciencia cierta en cual de ellas llevaba ventaja a las demas »

Los conventos se disputaban la presencia del humilde y servicial hermano En Jerez le conoció el predicador Jimenez, ya citado:

> «¡Dios santo, como venia! —exclama— Vile entrar en la igle sia, mientras decia la misa mayor, descalzo, polvoriento, sin capa, con solo una tunica vil, andrajosa y estrecha, que parecia un saco»

Así viajaba siempre, recorriendo centenares de kilómetros, padeciendo hambre y sed, sembrando consejos, predicando elocuentísimamente con el ejemplo.

El franciscano no era guerrero, ni orador de fama, ni escritor fino, ni científico de renombre, ni médico buscado. Ni llenaba el mundo con talentos extraordinarios. Teólogo sí lo era, con ciencia infusa; místico lo era también, como lo comprobaron los versados padres Juan Jiménez y Manuel Rodríguez.

Lo que más vale: era... artista de la santidad.

La Iglesia ha consagrado la devoción eucarística del santo en la colecta del 17 de mayo:

> «¡Oh Dios, que honraste a tu santo confesor Pascual con una admirable devoción a los sagrados misterios de tu cuerpo y sangre; concede propicio que merezcamos recibir nosotros también el gozo espiritual que él recibió en este banquete!».

Es expresiva también la frase de la lectura abreviada del oficio de su festividad: «Ardió en tierna y constante devoción para con la Eucaristía».

Roma se mueve sobre hechos sólidos.

Curiosa anécdota, contada por la mayor parte de los biógrafos: Pascualito, antes de cumplir el año de su edad, se salía de la cuna para irse, de rodillas y manos por tierra arrastrando, a la iglesia «para asistir a las misas y a los oficios divinos».

Navarro, mayoral del señor García, patrón del pastorcillo, escribe:

> «Permitíale a veces asistir a misa durante la semana. No podía proporcionarle cosa alguna que fuese tanto de su agrado.
>
> Hay una montaña próxima a Elche desde la cual se divisa toda la población. En dicha montaña veíasele permanecer como en éxtasis durante largas horas, mirando alternativamente, ya a Elche, ya a Loreto.
>
> Alejábase con tristeza del templo, y, siempre que desde el campo sentía la señal de la campana anunciando el momento en que el santo sacrificio llegaba al acto de la consagración, reconcentrábase dentro de sí mismo para no pensar sino en Dios.
>
> Pascual oraba cierto día de rodillas y con las manos juntas. Óyese en este momento el sonido de la campana y exhala un grito: "¡Mirad! ¡Allá, allá!", dice, indicando con el dedo el cielo.
>
> Sus ojos descubren una estrella en el firmamento [...] luego la nube se rasga, y Pascual contempla, como si estuviera delante del

altar, una hostia puesta sobre un caliz y circuida por un coro de angeles que la adoran

Aunque lleno el joven de temor en un principio, no tarda mucho en dejarse llevar de sus transportes de alegria ¡Jesus, Jesus se encuentra alli!»

Siendo franciscano nada le contenta tanto como ayudar a misa.

Hasta París llegó en 1576 el antiguo pastorcillo, llevando una carta del provincial de Aragon al general de la Orden. En aquellos tiempos eso era una verdadera hazaña En una ciudad dominada por los envalentonados herejes un hombre, poniéndole un puñal en el pecho, le había preguntado: «¿Dónde esta Dios?» «En el cielo», contestó Pascual. Luego gemía el Santo: «Ay de mí, no he confesado mi fe: no soy mártir de la Eucaristía por mi falta de memoria, por mi descuido, por mi debilidad Debiera haber dicho que Dios está en el Santísimo Sacramento»

En un pueblo francés preguntáronle los herejes si creía en la presencia real Él contestó afirmativamente. Empezaron los enemigos a arguir con mil sofismas. Mas Pascual desenmascaró el error con tal abundancia de doctrina, que los herejes se sintieron acorralados y con rabia diabólica le apedrearon despiadadamente

Lo mismo cavando que cociendo berzas andaba unido con el Señor y repetía bellas jaculatorias:

«Oh luz sin mancha —decia recordando la comunion de la mañana—, ¿que delicias puedes encontrar en hombrecillo como yo? ¿Por que has querido entrar en mi pecho y hacer de el un templo de tu majestad?»

Jiménez, superior de nuestro Santo, depone

«El pasaba todo el tiempo posible en adoracion ante el Santisimo Sacramento»

«Al pie del tabernaculo se le hallaba despues de maitines hasta la hora de las misas, ¡estaba armandose para la jornada! Al pie del tabernaculo le sorprendia el anochecer, ¡estaba descansando de sus fatigas! »

«Cuando limosnero, con la alforja al hombro, camina sin tregua, indiferente a los ardores del sol como a las heladas rafagas del viento Aspe, Ayorte, Elda, Novelda y Alicante vieronle atravesar sus calles»

«Su primer cuidado en cada pueblo es acercarse al sagrario y orar largo rato Los sacerdotes observaron que el Santo hablaba poco y que su breve conversacion iba dirigida preferentemente a Jesus sacramentado»

«Luego realiza su dicho "Tengo gusto en dormir al descu bierto"»

Ocho días dura su enfermedad de tabardillo y dolor de costado. El paciente no exhala ni una queja ni pide medicinas ni alimentos.

En su lecho de muerte pregunta al hermano que le cuida:

«¿Han dado ya la señal para la misa mayor?» «Sí», le respondieron Inmediatamente se lleno de satisfaccion Su alma volo a la pa tria de eterna gloria en el momento de la elevacion

La misma liturgia relata la maravilla: cuando el cadáver del santo se hallaba en el féretro durante el funeral, con asombro general de los asistentes, en el momento de la elevación, abre y cierra los ojos por dos veces

Punto final, cantando la canción del serafín, que convida a la comunión:

¿Quién come suplicaciones
que sin dinero se dan,
que es Dios debajo del pan?
Es una fruta muy buena,
de gran sabor y consuelo,
que vino de alla del cielo,
y al cielo nos lleva
A la una y a las dos,
tambien a la tercera
¿Hay, señores, quien le quiera,
que da de balde Dios?
¡Sus! Todos lleguemonos
do las grandezas estan,
que es Dios debajo del pan

JUAN ARRATIBEL, SSS

Bibliografía

Act SS Boll, 17 de mayo *Vita*, por J Ximenez
XIMENEZ, J , *Cronica del beato fr Pascual Baylon* (Valencia 1601)
LEON, P , *L'aureole seraphique Vie des saintes et des bienheureux des trois Ordres de S Fran çois* (Paris)

PORRENTRUY, L. A. DE, *S. Pascual Baylon* (París 1899).
MANSUY, M., OFM, *Le patron des congrès et des oeuvres eucharistiques. Saint Pascal Baylon, franciscain. Sa vie, son patronage, son culte* (Lille ²1910).
STANIFORTH, O., OFM Cap, *The saint of the eucharist. Saint Paschal Baylon, patron of Eucharistic Association* (Londres 1908).
GROLTEKEN, A., OFM, *Paschalis Baylon. Ein Heiligenbild aus Spaniens goldenem Jahrhundert* (Colonia 1909).
• Actualización:
BEAUFAYS, I., *Historia de San Pascual Bailon, patrono de las asociaciones eucarísticas* (Pamplona 2001).
LOPEZ MELUS, R. M.ª, *San Pascual Bailón* (Sevilla 2000).
RAMBLA, P., OFM, *San Pascual Bailon* (Villarreal 1990).

BEATA ANTONIA MESINA

Virgen y mártir († 1935)

Antonia no ha tejido historia. Sus quince tiernos años sólo dieron para una infancia normal, sin estridencia alguna y una adolescencia con sueños e ilusiones tronchadas. No más.

Una adolescencia que no llegó a buen fin, desde la perspectiva humana, bárbaramente destrozada por una brutal pasión ajena. Quince años nacidos, ilusionadamente desarrollados sobre un recorte sólido en la quietud acuática mediterránea que llamamos Cerdeña.

No hizo historia, pero de la mano de Juan Pablo II ha entrado en los anales de la Iglesia. El Papa se refirió a ella en la mañana otoñal del domingo 4 de octubre de 1987. Referencia y distinción con el honor de los altares, compartido con otros dos —igual que la muchacha sarda— militantes católicos: Pierina Morosini y Marcel Callo.

> «Los tres son laicos, son jóvenes, son mártires [...] Intrépidos [...] Perlas preciosas de nuestro tiempo...».

Apuntes para la reflexión, en labios pontificios, en la homilía de la solemnísima misa de beatificación. Más aún estimularía el papa:

> «Ejemplo de fe madura [...] Canto de esperanza para la generación que el Espíritu Santo sigue empujando hacia el camino de la radicalidad evangélica...».
>
> «La vocación que prima es la santidad, común a todos los bautizados».

Ellos —el francés Marcel y las italianas Pierina y Antonia— la hicieron realidad. La vivieron sencillamente, sin pretensiones. Pero plenamente, con elegancia.

En conclusión:

> «La invitacion de los tres jovenes laicos —acentuo Juan Pablo II— adquiere una elocuencia especial en estos momentos Su testimonio estimula a estudiar con renovada atencion el papel de los seglares en la Iglesia »

La proclamación de la triple heroicidad cristiana no fue en una jornada cualquiera, sino que había sido intencionadamente enmarcada. Una fecha coincidente con una Roma rebosante de mitras, cardenales y de obispos llegados de los cinco continentes convocados para estudiar precisamente la «Vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo, veinte años después del Concilio Vaticano II».

Previamente, una celebración comunitaria eclesial en la plaza de San Pedro, donde 50.000 muchachos, jóvenes y adultos, hombres y mujeres y dirigentes nacionales y diocesanos italianos, con el papa al frente, cantaron y rezaron por el éxito de la asamblea sinodal centrada en el apostolado seglar.

Antonia, una perla. Lo dijo Juan Pablo II. Lo dijo a la muchachada. Un rubí. Un rubí de carne y hueso, sin mancha, engarzado en el medio rural incontaminado de Cerdeña. Un rubí haciendo juego maravilloso con la corona acuática esmeralda, con los bosques de encinas y las rocas de granito fantástica y caprichosamente moldeadas por el viento.

Cerdeña, una de las dos mayores islas italianas del Mediterráneo, de costas exageradamente recortadas, más bien mordisqueadas, rocosa y salvaje, abierta al sol, preñada de silencio y de calma, con baja densidad demográfica; agrícola y ganadera; tradicional y folclórica.

Antonia, el rubí. El estuche, Orgosolo: una realidad humana no lejos de Nuoro, capital de la provincia y sede episcopal, ubicada en una region singularmente pintoresca y bella, sobre una altiplanicie, en el corazón de la zona montañosa central, surcada de norte a sur por la fértil llanura de Campidano que encumbra los casi dos mil metros del Gennargentu, máxima altitud de la geografía isleña. Nuoro, la más costumbrista y marcadamente

sarda de las ciudades de Cerdeña, con una cultura popular cuya expresión más típica es la indumentaria comarcal.

Geografía aparte, importa la perla.

Antonia brilló en brazos de Augustino Mesina y de Gracia Rubani —estrenando caricias— el 21 de junio de 1919, justamente aparecida, dándose la mano con el verano en estreno sobre la porción insular que la recibía. Segundo fruto de una fecundidad matrimonial cuya generosidad llegaría a arracimar diez vidas humanas. Todas las que la fuente manó.

Antonia fue regenerada con el agua bautismal el postrer día del mes y año; robustecida sacramentalmente en la fe el 10 de noviembre de 1920; y alimentada eucarísticamente por primera vez en fecha distinguida, en la festividad de Corpus de 1926.

Fueron los típicos hitos históricos de toda andadura infantil. El resto, imaginable.

Imaginable teniendo en cuenta que la nena vive y crece en un ambiente radicalmente cristiano: la van siguiendo hermanitos y conoce adelantados sentimientos maternales, por instinto; un instinto natural, espontáneo, precozmente estimulado por las circunstancias, por la comprensible necesaria ayuda —cuando no real sustitución— de los brazos de mamá, pues ella, naturalmente, no alcanzaba para atender sola a tanto fruto de sus entrañas y al marido y a la casa.

Imaginable la nena acunando, vistiendo, aseando, dando de comer, entreteniendo, acostando... a los pequeñines. Dócil, obediente, solícita, cariñosa, bondadosa. Así hasta los diez años. Y, a partir de entonces, más de lo mismo, pero ya con dedicación exclusiva. En consecuencia, lamentable adiós —vivaracha ella, alumna estudiosa y aplicada tanto en el aula como en el catecismo— a los cuadernos, a los libros, a la escuela; y, más aún, el inevitable recorte de los ocios infantiles callejeros, la limitación horaria de relaciones amistosas.

Recortada la niñez de Antonia; atada al hogar —una realidad familiar económicamente modesta—, pero ligada gustosa, alegremente, pese a las también adivinables carencias y privaciones en que ha de moverse; desempeñando con entusiasmo todas las actividades domésticas a su alcance; desviviéndose por

sus hermanos, deshaciéndose en delicadezas con mamá. Un verdadero ángel.

Ella ayuda en casa y pone brazos en las tareas del campo, experimentando en la propia tierna carne la dureza de su tierra. Colabora con los suyos y aún muestra interés por el resto de familiares y por los vecinos. Siempre solícita, atenta a cualquier necesidad. Todos aprecian su bondad. Todos la quieren.

Crece en estatura, amplía conocimientos y experiencias y progresa en la virtud. Es recatada y sencilla en el vestido. Cada día más humilde, más dócil, más sacrificada, más piadosa, más caritativa; más aferrada a la firmeza de su carácter, de sus principios morales y religiosos; y más enamorada de la pureza que estimaba la flor más preciada del mundo.

En definitiva, gradualmente escalando peldaños en el amor a Dios que conlleva siempre, inevitablemente, el amor al prójimo. Todo gracias a la inicial formación netamente cristiana desde primera hora, mamada con la leche materna y eficazmente reforzada en los ambientes escolar y parroquial.

Así, hasta insinuarse apóstol. Primero, aún pequeñaja, inscrita como benjamina; luego con la categoría de aspirante; y últimamente, ya socia de Acción Católica. Militante desde 1934. Militancia apostólica, generosa con quince ilusionados años. Militancia apuntalada con la misa, la comunión y el rosario diarios, con la frecuencia del sacramento del perdón. Sola, rodeada de hermanos, ocupada en las actividades agrícolas, vive la presencia de Dios a todas horas. Constantemente. Y desbordada. Era un proselitismo valiente, incansable, generoso. Preocupada por aportar amores y fidelidades a Cristo.

Mediada la década de los años treinta aún estaba al rojo vivo en Italia el terrible drama rural que, iniciada la andadura del siglo, ensangrentó las tierras pantanosas de Nettuno, en la provincia de Ancona, conmocionando la península e islas. El heroico y admirable protagonismo cristiano de una chavala de doce abriles —María Goretti— a manos de un bracero veinteañero cegado por la pasión animal, seguía interesando. Aún era noticia. De rabiosa actualidad en los ambientes religiosos y apostólicos, preferentemente femeninos; en el escenario nacional y fuera del país. Una referencia de admiración e intencionadamente estimulante.

Antonia Mesina, naturalmente, conocía el caso Le habían llegado comentarios Precisamente, en cierta ocasión, apostillando una alusión al particular, había aprobado· «Antes la muerte que el pecado». Explicitando que, de encontrarse ella en identicas circunstancias, no dudaría en imitar a Marietta

Y, en otro momento, reincidente la evocación a la mártir compatriota, exteriorizó· «Me dejaría matar antes que pecar» Muy consciente ella de la expresion florecida en sus labios, estaba empeñada en cumplir la palabra decididamente

La prueba vendria en el bosque, en plena primavera chorreante de vida nueva, de melodías y de perfumes silvestres Primavera de 1935 Memorable 17 de mayo

Como ayer, anteayer, el otro y cada dia, Antonia ha iniciado la jornada, devotamente, al pie del altar parroquial Cada mañana, salvo fuerza mayor, la eucaristia sacrificio y sacramento abre la rutinaria andadura de la pequeña y ejemplar feligresa de Orgosolo

Como ayer, anteayer, el otro y cada dia, ella tambien ha cumplido con las acostumbradas tareas domesticas Se quedo sin leña y tocaba cocer el pan, en consecuencia, no queda mas solucion que la conocida, la de siempre Y asi, al igual que otras veces, enfila el camino del monte Va con una amiga, tambien de condicion modesta pero con inquietudes distintas Antonia pretende y mira como pegarle los propios afanes espirituales Ella —la hija de Augustino y Gracia— lleva tan metido en el alma el ideal apostolico que sueña con llevar almas de jovenes a Cristo Vive tan ardorosamente la radicalidad cristiana y la hace tan feliz que la desea tambien para sus amistades y para todo el mundo y pretende ayudas para comunicarla

Todas las ocasiones son validas Bueno, pues, el momento, acercandose al bosque Derivando en conversaciones religiosas, aprovecho para aconsejar a la compañera la militancia en Accion Catolica local

Cada una va a su aire, buscando, apilando y guardando pequeños troncos y ramaje Se habian separado, pero de tanto en tanto se llamaban y se sabian cercanas

Subitamente nota el peso de un cuerpo que le aplasta la espalda, caido violentamente sobre ella, unos brazos que la agarran fuertemente, una voz apasionada, jadeante, solicitandola La muchacha, sorprendida, terriblemente asustada, clava un grito desgarrador en la espesura verde Se niega a los deseos brutales Opone resistencia Clama desgarradoramente

Es una lucha titanica El asaltante, insistente y progresivamente enfurecido, impulsado por los instintos de la bestia que todos llevamos dentro Ella, sin dar el brazo a torcer, brava Asi, hasta reci

bir una tremenda pedrada en la cabeza que la deja fuera de combate Inutil Larga en el suelo Desvanecida

Es el momento en que el individuo, asiendo a la muchacha por los cabellos, la arrastra unos metros mas alla donde intenta desnudarla y satisfacer su pasion Donde sigue golpeandola Donde la abandona con el cuero cabelludo hundido, con el craneo abierto y chorreando sangre, con el fresco rostro quinceañero destrozado, con la vida rota

Antonia Mesina queda hecha un precioso rubi de carne y huesos aplastados entre la arboleda boscosa, en el corazon rocoso y salvaje de Cerdeña, en plena primavera de 1935

Esto acontece justo cuando la Italia mussoliniana acariciaba proyectos de expansión colonial y el papa Pío XI tambien promovía afanes de conquista, pero de signo distinto El pontífice pretendía la renovación apostólica de la Iglesia, el cambio a mejor de la sociedad. Según la formulación de la época: «Todo el cristianismo en toda la vida». Léase esto como presencia activa *más allá del templo y de la sacristía, presencia sobre todo seglar.*

De cara al pretendido apostolado laico el sucesor de Pedro había soñado —precisamente—, dado cuerpo y mimado la Acción Católica, moderno instrumento de inserción social y de santificación personal. Eficaz para encarnar, a plenitud y con elegancia, la doctrina evangélica.

Elocuente es, al respecto, la fidelidad bautismal de la quinceañera virgen y mártir sarda, la heroica devoción de la nueva Goretti, «perla preciosa de nuestro tiempo», símbolo y estimulo en tiempos difíciles, enfangados.

JACINTO PERAIRE FERRER

Bibliografía

AAS 79 (1987) agosto

L'Osservatore Romano (4 10 1987)

FORTUNATO (Padre) *La serva di Dio Antonia Mesina, martire della pureza, uccisa come santa Maria Goretti* (Roma [7]1977)

FORTUNATO (Padre) *Antonia Mesina, pura e forte, uccisa come santa Maria Goretti* (Roma [4]1966)

PIETRO, M DI, *Antonia Mesina, fanciulla sarda* (Milan 1943)

MASSAIU, M , *Una ragaza di Orgosolo* (Milan [3]1992)

BEATA JULIA SALZANO

Virgen y fundadora († 1929)

Estaba este tomo de mayo ya en su elaboración cuando el domingo 27 de abril de 2003 el papa Juan Pablo II elevó a la gloria de los altares a seis siervos de Dios, uno de ellos Julia Salzano, fundadora de las Hermanas Catequistas del Sagrado Corazón, muerta en olor de santidad el 17 de mayo de 1929. Y para que esta nueva flor del jardín de la santidad de la Iglesia no quedara sin entrar en nuestro *Año cristiano,* nos decidimos a buscar sus datos y componer esta nota biográfica que dé al pueblo de Dios de habla hispana noticia de esta esforzada agente de algo tan importante en la Iglesia como es la catequesis.

Ella nació en el reino de las Dos Sicilias, poco antes de que esta entidad política desapareciera englobada en la unidad de Italia. Su nacimiento fue el 13 de octubre de 1846 en Santa María Capua Vetere, provincia de Caserta, junto a Nápoles. Fue su padre Diego Salzano, que era capitán de lanceros en el ejército del rey Fernando II, y fue su madre Adelaida Valentino, que estaba emparentada con San Alfonso María de Ligorio. Le venía, pues, la santidad de familia. El matrimonio llegaría a tener siete hijos, de los cuales Julia fue la cuarta. Era la suya una familia honesta y piadosa, pero no estaba destinada a ser el hogar de su infancia y adolescencia, porque en 1850 muere su padre, y entonces la familia numerosa acepta que se brinde educación y mantenimiento a Julia en el Orfanato Real de Santa María de las Gracias, en San Nicola La Strada, cerca de Caserta. Aquí hubieron de transcurrir cerca de diez años, recibiendo formación intelectual y humana. La institución estaba a cargo de las Hermanas de la Caridad, las cuales trataron con afecto a la chica y le brindaron un clima de acogida y en lo posible de hogar. Estando allí hizo su primera comunión justo el día de la definición dogmática de la Inmaculada Concepción, 8 de diciembre de 1854; ningún acontecimiento especial señala el paso de la niña por esta institución, salvo que cuando era mayorcita se le encomendó diera catequesis a las niñas más pequeñas, lo que sería el primer botón de muestra de su futuro espíritu catequético.

En 1861 vuelve a casa, y como había demostrado inteligencia y capacidad para los estudios, se le facilita que los prosiga

con una meta bien definida: alcanzar el diploma de maestra. Con él podría en adelante ganarse la vida y tener una ocupación honorable y socialmente útil. Julia aceptó esta orientación de su vida y con tesón y dedicación hizo los estudios, logrando primero el título de maestra y luego consiguiendo se le asignara un destino, una escuela donde ella fuera la profesora titular. Esto lo consigue en 1865. Pasa el verano y llega el nuevo curso y recibe Julia su nombramiento como maestra de las escuelas primarias comunales de Casoria, Nápoles. Allá se traslada en octubre con su familia y empieza su labor.

Julia era una joven de profunda vida interior y serias convicciones cristianas. Era consciente de cuánta guerra se la hacía a la religión desde numerosas instancias y veía con claridad que todos los hijos de la Iglesia tenían que aportar su colaboración en defender la fe del pueblo y en hacerla viva y eficaz. Sólo una fe viva resistiría —pensaba ella— las muchas pruebas por las que la religiosidad del pueblo estaba pasando. Y vio enseguida claro que una de las más apremiantes necesidades era precisamente la catequesis, una catequesis bien dada, bien organizada, con los debidos contenidos, ofrecida sobre todo a los niños y adolescentes en cuyas manos iba a estar el futuro. Por ello, no solamente se fijó como campo de trabajo la escuela, en que podía cultivar el alma de los niños, sino que se ofreció a la parroquia para la catequesis. Pero Julia vio igualmente con claridad que la catequesis, reducida a los niños, no podía lograr la totalidad de sus objetivos Había que intentar catequizar también a los adultos, y se ofrece igualmente a la parroquia para semejante labor.

Julia pensaba con toda razón que el fin de la catequesis es la vida cristiana, y que ésta tiene que estar estimulada por sólidas devociones, como son la devoción al Corazón de Jesús y la devoción a la Virgen María. Ella será siempre apóstol de estas dos devociones, y comprobará la eficacia que tienen ambas para producir frutos de santidad en las almas.

Julia se acreditó en la parroquia como destacada colaboradora, y por ello cuando el santo cardenal Sixto Riario Sforza († 1877), arzobispo de Nápoles, quiere apoyar la difusión en Casoria de la congregación de las Esclavas del Sagrado Corazón, fundadas por la Beata Catalina Volpicelli († 1894), le pide a Julia

que se ponga en contacto con Catalina y ambas colaboren. Julia sintonizará con Catalina en la sublime devoción al Corazón de Cristo que ambas profesan, y hacen causa comun en un ideal: todo para mayor gloria del Sagrado Corazón de Jesús. Pero esta sintonía no impedirá que ambas desarrollen obras distintas, pese a que hubo intentos de forzar la unión de la obra de Julia con la de Catalina.

Hasta 1882 Julia no madura la idea de fundar una obra que se convertirá en congregación religiosa. Ella estaba segura de la necesidad de una obra que difundiera la doctrina cristiana y fuera testimonio de Cristo a través de la vida y el ejemplo. Su obra se ve alentada por los sacerdotes a quienes ella consulta acerca de sus propósitos. Fue el primero el P. José Piccirelli, jesuita, que comprendió el beneficio de que aquella obra naciera y se consolidara. Luego acudió a los consejos del Beato Luis de Casoria († 1885), quien era religioso franciscano y fundador de dos congregaciones religiosas, y que también la animo. Hizo lo mismo el P. Buenaventura Maresca, también franciscano, y asimismo el sacerdote don José Muller. Pero el canónigo Luis Caruco, director de las Esclavas del Sagrado Corazón, mostró gran oposición a que surgiera una nueva familia religiosa, y quiso a todo trance que el grupo que rodeaba a Julia confluyera con la congregación dirigida por él. Pero Julia en 1888, con motivo de una enfermedad, dejó la escuela, y cuando se repuso, ya no volvió a ella porque quería entregarse por entero al apostolado y a la obra en la que meditaba.

De la autoridad eclesiástica obtuvo autorización para tener en su casa un oratorio privado, no solamente para sus oraciones y plegarias, sino también para reunir en él niños y niñas a quienes impartir la doctrina cristiana. Julia reunió a las compañeras que se le habían unido en ideal en su oratorio doméstico en octubre de 1890 y se propusieron firmemente consagrarse a Dios y al apostolado catequético y trabajar por constituir una nueva congregación religiosa. Y esta determinación la llevaron adelante con tenacidad. El grupo de jóvenes de la Congregación Mariana que se unió a ella recibió el nombre de Unión de las Pequeñas Esclavas. El año 1893 dejó su casa y el 5 de mayo de 1894 inauguraba en Casoria la llamada Casa Pía de la Catequé-

sis, con la aprobación del cardenal Guillermo Sanfelice, arzobispo de Nápoles.

El cardenal Prisco, cuando llega como arzobispo de Nápoles, desoyó las reclamaciones de Caruco y nombró un director para la nueva obra, que de esta forma quedaba amparada bajo la autoridad del prelado. Los directores sucesivos fueron tres: primero don José Provitera, luego don Modesto Catalano y luego don Luis Fabiani. Julia mostró constantemente una enorme capacidad de acción, al tiempo que una obediencia sin fisuras a las orientaciones del prelado y una fidelidad plena al carisma que había recibido de Dios. Supo transmitir el carisma a otras almas y con ellas organizar obras de apostolado catequístico que se acreditaron solas a los ojos de los pastores de la Iglesia.

Por fin Julia vería la aprobación oficial de su obra, su conversión en congregación religiosa. El 21 de noviembre de 1905, día de la presentación de la Virgen María, ella y siete compañeras tomaron el velo religioso. La obra se llamaría Congregación de Hermanas Catequistas del Sagrado Corazón. Le quedaban veinticuatro años de trabajo leal al frente de su institución. Acudieron las vocaciones, se pudieron crear nuevas casas en aquella misma área, pero Julia no dejó nunca Casoria, porque el Beato Luis de Casoria le había hecho esta advertencia: «Ten cuidado no te venga la tentación de abandonar a los pequeños de nuestra querida Casoria, porque la voluntad de Dios es que vivas y mueras entre ellos», como así sería en efecto.

Donde quiera que se establecía una nueva casa estaba claro cuál iba a ser el trabajo de las hermanas: difundir el catecismo y la devoción al Corazón de Jesús. Los cultos solemnes, siempre con exposicion eucarística, acompañaban la actividad catequética de las hermanas. Decía Julia:

> «Mientras me quede un hilo de vida, impartire siempre el catecismo Os aseguro que me encantaria morir enseñando el catecismo»

Y fiel a este ideal, exhortaba a sus hijas:

> «La hermana catequista ha de estar siempre dispuesta a instruir a cualquier hora a los pequeños e ignorantes No debe tener en cuenta los sacrificios que exige este ministerio, sino que, mas bien, deberia desear morir en la brecha si Dios asi lo quisiera»

Logró Julia edificar la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús en Casoria (1916), abrió nuevas casas en Calvizzano (1922) y Striano (1928) y puso todo su empeño en colaborar en el I Congreso Catequístico de Nápoles (1928).

En 1916 fueron completadas las reglas del instituto y enviadas a Roma, a la Congregación de Regulares, para obtener el decreto de alabanza. El 12 de agosto de 1920 el cardenal Prisco les dio la aprobación diocesana y las Constituciones fueron aprobadas en Roma el 4 de febrero de 1922, llegándole el reconocimiento pontificio el 19 de marzo de 1960, muchos años más tarde de la muerte de la fundadora.

Julia se entregó por completo al Señor. Practicó las virtudes cristianas todas, pero singularmente sobresalió su gran espíritu de fe y su ardiente caridad, que la llevaba a desear que el Corazón de Jesús fuera glorificado por todos y que todos encontraran en él su salvación. Dirigió con prudencia y sabiduría evangélica su congregación, y pudo acercarse a su final con la conciencia tranquila de haber sido fiel al carisma que Dios le había dado. Murió en Casoria el 17 de mayo de 1929.

Creciendo su fama de santidad, se inició en 1937 su causa de beatificación, siendo declaradas heroicas sus virtudes el 23 de abril de 2002 y aprobado un milagro por su intercesión el 20 de diciembre de 2002, lo que abrió el camino para su beatificación. Su mensaje es de mucha actualidad: la Iglesia se juega gran parte de su acercamiento a las almas en la tarea imprescindible de la catequesis de niños y de adultos.

JOSE LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 95 (2003) 67s.

Bibliotheca sanctorum. Appendice prima, col.1219.

«Homilía de Juan Pablo II en la beatificación de los siervos de Dios Giacomo Alberione, Marco d'Aviano, María Cristina Brando, Eugenia Ravasco, Maria Domenica Mantovani y Giulia Salzano (17-4-2003)»: *Ecclesia* (2003) n.3155, p 30-31.

RICCIARDI, A , OFM Conv., *Una vita per la catechesi Madre Giulia Salzano fondatrice delle Suore Catechiste* (Nápoles 1979)

SAN PEDRO LIU WENYUAN

Mártir († 1834)

Liu Wenyuan o Lieou Ouen Yen nace en el seno de una familia pagana el año 1790 poco más o menos en Kong-Tcheu, China. Llegado a la juventud contrae matrimonio y tiene varios hijos. Por medio de un amigo conoce el cristianismo y se decide a abrazarlo pero sus padres se oponen a esta decisión, que él, no obstante, lleva adelante. En el bautismo toma el nombre de Pedro.

Arrestado como cristiano y llevado a Pekín es juzgado y condenado a muerte, pero la influencia de unos amigos logra sacarlo de las garras de la muerte y de la propia cárcel. En 1814 otra vez es arrestado como cristiano y ahora no se le condena a muerte sino que se le envía a Mongolia y aquí es vendido como esclavo a un amo tártaro que le dio una vida espantosa. Nada menos que diez años pasó en esta triste situación, siempre con espíritu de fe y entrega a la Providencia divina. Enfermó y entonces sus amigos de nuevo movieron influencias, pudieron liberarlo y devolverlo a su hogar.

Pudo pasar diez años de vida normal con su mujer y sus hijos, pero en 1834 le llegó de nuevo la hora de prueba. Un hijo suyo y su nuera, fervorosos cristianos también, junto con otros fieles, se habían negado a que a un amigo muerto, que había sido cristiano, se le hicieran funerales paganos. Como consecuencia de esta negativa habían ido a la cárcel. Allí fue Pedro a visitarles y atenderles y cuando llegó para ellos sentencia de destierro, Pedro pidió licencia para acompañarles. Entonces fue él mismo acusado de cristiano y arrestado. Llevado ante el tribunal, confesó su fe y fue condenado a la pena de estrangulamiento, que se cumplió en su pueblo de Kong-Tcheu el 17 de mayo de 1834. Fue canonizado con los demás mártires de China el 1 de octubre de 2000.

BEATO IVÁN ZIATYK

Presbítero y mártir († 1952)

Nacido en Odrehova, Polonia, el 26 de diciembre de 1899 en el seno de una cristiana familia, muy pronto encamina su vida hacia el sacerdocio, ingresando en el seminario de Przemysl y ordenándose sacerdote al término de los correspondientes estudios, el año 1923.

Destinado al seminario ucraniano como prefecto y profesor, cumplió escrupulosamente con su tarea, superándose y procurando hacerlo lo mejor posible, sintiendo cada día más el apremio de ser un santo sacerdote.

Movido por ese mismo sentimiento, expresó a su obispo su deseo de ingresar en la vida religiosa, y, habiendo obtenido la licencia, ingresó en el noviciado de la Congregación del Santísimo Redentor, en la que oportunamente hizo los votos religiosos en 1936. Seguidamente, su congregación lo ocupó en diferentes ministerios, granjeándose la estima de todos sus hermanos en religión.

Pasada la II Guerra Mundial, el régimen comunista expulsó al viceprovincial de los redentoristas, y entonces la congregación optó por ponerlo a él de sustituto. Con gran esmero cuidó lo mejor que supo de los intereses de la congregación, no sin ver que las dificultades iban a ser cada día mayores. En esas circunstancias el metropolita Septyckyj le pide el servicio de ser vicario general de la Iglesia greco-católica ucraniana, cargo que él acepta y desempeña con plena dedicación.

Como ya preveía, le llegó el arresto y la reclusión en la cárcel el 5 de enero de 1950 En el juicio que se le hizo se le anotó como delito ser redentorista y ser portavoz de las ideas del Papa, «crímenes» que reconoció el acusado, pero se negó a admitir que fueran crímenes. Fue condenado a diez años de trabajo forzado. Llevado al campo de concentración de Oserlag, Irkustk, en Rusia, fue sometido a tortura por parte de los guardias del campo y enfermó gravemente. Soportó con gran ánimo y paciencia su arresto, juicio y condena y se comportó en el campo con ánimo y entrega a la voluntad de Dios. Murió en el hospital del campo el 17 de mayo de 1952. Fue beatificado el 27 de junio de 2001.

18 de mayo

A) Martirologio

1 San Juan I († 526), papa y martir en Ravena **
2 En Salona (Dalmacia), San Felix († 299), martir
3 En Egipto, San Dioscoro († 303), martir
4 En Alejandria de Egipto, santos Potamion, Ortasio y Serapion (s IV), presbiteros, y compañeros, martires
5 En Ancira (Galacia), los santos Teodoto, Tecusa, Alejandra, Claudia, Faina, Eufrasia, Matrona y Julita († 303), virgenes, martires
6 En Beinwil (Suiza), Beato Burcardo († 1192), parroco del lugar *
7 En Upsala (Suecia), San Erico IX († 1161), rey y martir **
8 En Villamagna, junto a Florencia (Toscana), Beato Gerardo Mecatti († 1242), de la Orden de San Juan de Jerusalen *
9 En Toulouse (Galia), Beato Guillermo († 1369), presbitero de la Orden de Ermitaños de San Agustin *
10 En Roma, San Felix de Cantalicio († 1587), religioso capuchino **
11 En Trier, Beata Blandina (Maria Magdalena) Merten († 1918), virgen, religiosa, de la Orden de Santa Ursula **
12 En el campo de concentracion de Dachau (Baviera), Beato Estanislao Kubski († 1942), presbitero y martir *
13 En Hartheim (Austria), Beato Martin Oprzadek († 1942), presbitero, de la Orden de Hermanos Menores, martir *

B) Biografias extensas

SAN JUAN I

Papa y martir († 526)

Juan I, papa, hijo de Constancio, de origen toscano en Italia, fue el sucesor del papa Ormisda en la sede de San Pedro en agosto de 523 Se trasladó a Roma en su juventud, dedicandose a los estudios y a la vida de piedad Ordenado sacerdote y al servicio de la comunidad cristiana de Roma, era cardenal-presbítero cuando fue elegido sumo pontífice Su pontificado fue breve, algo menos de tres años, pero intenso en acontecimientos

Las circunstancias historicas que le toco vivir con sus intrigas y violencia, vistas a distancia, nos enseñan a calibrar los in-

convenientes que trae siempre a la vida de la Iglesia la intromisión de los poderes públicos en lo que no es de su competencia.

Justino, emperador de Oriente, que era católico, emanó, a finales de 524, un decreto por el que quitaba a los arrianos sus iglesias y los obligaba a convertirse al catolicismo. Alarmado por esta determinación, Teodorico, rey de los ostrogodos y rey de Italia, que era arriano, llamó a Rávena al papa Juan y, prácticamente, lo obligó a ir a Constantinopla para conseguir que Justino retirara el decreto contra los arrianos. Hasta parece que amenazó al papa con exterminar a los católicos en Italia. Juan se negó con firmeza a negociar con Justino el retorno de los arrianos, ya reconciliados con la Iglesia católica, a su antigua fe arriana. Y allá se encaminó, ya muy falto de salud, a Constantinopla, con un acompañamiento de obispos y senadores de las más importantes familias romanas.

«En aquella ocasión, un obispo de Roma por vez primera, puso el pie en la capital de Oriente, donde fue acogido con gran solemnidad» y con los mayores honores antes de las fiestas de Navidad de 525.

«Los habitantes de la ciudad imperial fueron a su encuentro hasta quince millas antes, con cirios y cruces en las manos. El emperador Justino se postró ante el pontífice», todo obsequioso. El papa celebró en latín en la Basílica de Santa Sofía las fiestas de Navidad.

No se sabe a ciencia cierta lo que el papa dijo al emperador, aunque parece que se acordó que se devolvieran sus iglesias a los arrianos:

> «Aun pidiendo la cesacion de la persecucion contra los arrianos, no podia erigirse en defensor de los herejes, con toda probabilidad consiguio del emperador Justino la promesa de tratar con mas generosidad a los arrianos»

Si no hay confusión en las fechas (pues parece extraño que la legación papal durase tantos meses), durante las celebraciones pascuales en abril de 526, celebradas por el papa en latín en Santa Sofía, Justino quiso ser coronado emperador nuevamente por el pontífice romano, habiéndolo sido ya anteriormente por el patriarca de Constantinopla. El papa accedió al deseo de Justino y esto mismo concito las iras de Teodorico, que no quedó

satisfecho con la actuación del papa y a su vuelta a Rávena tuvo hasta la idea de decapitarlo públicamente, pero no se atrevió a tanto por miedo al pueblo. Lo metió en la cárcel; estaba tan quebrantado que a los pocos días de encarcelado, el 18 de mayo de 526, murió de inanición. Durante los funerales celebrados en Rávena con gran concurso del pueblo, un endemoniado, al contacto con el ataúd, quedó libre del demonio, como refiere Máximo, obispo de Rávena. En agosto del mismo año 526 murió Teodorico. Su muerte se interpretó como un castigo divino por su cruel comportamiento con el papa y por otros desmanes cometidos contra la Iglesia católica. Cuatro años después, el cadáver del papa Juan fue llevado a Roma y enterrado, el 27 de mayo, en el atrio de la Basílica de San Pedro. En la lápida de mármol se estampó: *Antistes Domini procumbis victima Christi:* «Pontífice del Señor, mueres víctima por Cristo». Desde su muerte fue considerado como mártir.

A través del *Liber pontificalis* conocemos algunas de sus actividades en los pocos años de su pontificado: restauró las basílicas mayores de Roma, los cementerios de los santos mártires Nereo y Aquiles, de San Félix y Adaucto, la basílica del cementerio de Priscila, etc. Adoptó para la Iglesia latina el cómputo hecho por el monje llamado Dionisio el Exiguo para la fijación de la fecha de la Pascua de resurrección. Así se calmaron antiguas disputas entre Oriente y Occidente, quedando fijada desde entonces esa solemnidad de las solemnidades entre el 22 de marzo y el 25 de abril.

Hay estudiosos que han identificado a este papa con el llamado Juan Diácono. Sería suya la *Epistula ad Senarium,* escrito de importancia para la historia de la liturgia bautismal. También hay quien le atribuye algún otro escrito, pero con menos fundamento.

Si de hecho el papa Juan I es la misma persona que el diácono Juan de que se habla en algunos documentos, hay que relacionarle expresamente con Severino Boecio (480-524), amigo suyo. Boecio, de la ilustre familia de los Anicios, nació en Roma. Estudió en Atenas, de donde volvió entusiasmado por la filosofía de Aristóteles y Platón. Teodorico le nombró senador y después cónsul. Fue acusado erróneamente de complot contra

Teodorico, éste lo desterro y lo metió en la cárcel en Pavía. Estando en el calabozo escribió su famoso libro *De consolatione philosophiae.* Es una obra que ha sido llamada «sumamente original y artística», parte en prosa, parte en verso. La filosofía en forma de matrona trata de consolarle en su desgracia y encarcelamiento. Fue ejecutado en 524. Habría dedicado al que sería luego Juan I alguno de sus escritos. Si el papa Juan había conocido este libro de *La consolación de la filosofía,* pudo hallar en él motivos de ánimo y consuelo, encontrándose en la misma situación carcelaria que el autor de la obra. En el libro tercero, *metro nono,* aparece la filosofía dando gracias a Dios, en forma de oración, por la creación del universo y por la providencia con que lo gobierna. Verdadero consuelo pudo encontrar el papa Juan I encarcelado, como lo había encontrado Boecio en esta oración estupenda. Algunos de sus acentos suenan así:

Pues Tu nos quieres guiar,
¡oh fuente, fuente de bienes!,
porque podamos mirar
y, mirando, desear
los bienes que en Ti contienes,
alivie tu caridad
la terrena pesadumbre
desta nuestra gravedad,
y tu suma claridad
nos alumbre con su lumbre
Eres bienaventuranza
de todos los piadosos,
ser que no tiene mudanza,
muy reposada holganza
do huelgan los congojosos,
principio do procedemos,
fuerza con que caminamos,
via por do caminemos,
adalid tras quien guiemos,
término donde paramos
(Traducción del latín de Alberto de Aguayo, s XVI)

Aunque estos puntos de consuelo de la filosofía sean válidos, el papa Juan I mientras estuvo encarcelado encontraba ayuda especial en su fe y unión con Cristo, fortaleza de todos los mártires.

El ejemplo de este santo papa es notable por prestarse a intervenir para que fuesen tratados con más consideración y tolerancia los mismos arrianos. Este gesto no significaba que aprobase la fe arriana, ni mucho menos. Algunos católicos al enterarse de que se encaminaba a Oriente pensaron que había sido engañado malamente por Teodorico y que ponía en peligro su conciencia y la fe auténtica. No fue así, sino que dio ejemplo de energía y de bondad al mismo tiempo. Su vida se coronó con el martirio y con un grandísimo ejemplo de paciencia en los sufrimientos y en la cárcel.

Su fiesta se celebra el 18 de mayo desde tiempo inmemorial.

JOSE VICENTE RODRIGUEZ, OCD

Bibliografía

Art en BERARDINO, A DI (ed), *Diccionario patristico y de la antiguedad cristiana* II *J Z* (Salamanca 1992) 1 172

FLICHI, A MARTIN, V (dirs), *Historia de la Iglesia* IV *Los reinos germanicos* (Valencia 1975) 452 453, 458

ROSI, M, «L'ambasceria di papa Giovanni I» *Archivio della Societa Romana di Storia Patria* 21 (1897) 567 584

SAN ERICO IX

Rey y martir († 1161)

Los pueblos y reinos de la cristiandad medieval pretendieron honrar a sus héroes nacionales no sólo con la aureola de sus gestas militares y políticas que les descubrían sus raíces ancestrales, sino con la aureola de la heroicidad cristiana al servicio de la extensión del Reino de Dios. Al deseo de constituir como símbolo de la grandeza de la nación a un personaje histórico, frecuentemente envuelto en las leyendas, transmitidas de generación en generacion, se unió el piadoso anhelo de venerarlo también como santo, atribuyéndole virtudes y milagros, muy difíciles de comprobar por la historia crítica.

Ciertamente San Erico de Suecia, noveno de ese nombre en el catálogo de los soberanos de Suecia, constituye uno de los ejemplos típicos de esta veneración popular. En el medioevo, San Erico era el símbolo cristiano de la monarquía y del pueblo

cristiano de Suecia. Su culto florecio, con gran fervor de multitudes, hasta que el reino adoptó la reforma luterana en 1526.

Muy poco sabemos de la vida y virtudes de este santo popular. Su figura histórica queda nimbada y difuminada por la leyenda. Los historiadores se han esforzado en separar la verdad histórica de la fabulación y hasta del error popular; por ahora no se han conseguido los frutos deseados para tejer una historia real y no fabulosa de Erico IX.

Era hijo de Jedvard, del inglés *Edward,* y por eso llevaba el patronímico Jedvardson. La presencia del antropónimo *Edward,* según algunos historiadores, quedaría como testigo de la actividad de misioneros ingleses en Suecia.

Los pueblos de Svealand (Suecia) aclamaron rey a Erico en 1150. Siete años después, el rey sueco lanzó una cruzada, campaña muy propia de aquellos tiempos de espada y cruz, contra el vecino país pagano de Finlandia. Victorioso en su empresa, se preocupó de dejar a Enrique, obispo de la vieja Uppsala, al frente de la obra misionera entre los finlandeses. Erico, por tanto, fue considerado como el cristianizador de Finlandia en el siglo XII y anexionador de este territorio a la corona sueca. Por espacio de casi 650 años Finlandia quedó unida, como estado, a Suecia, y las relaciones entre ambos países, después de la independencia de Finlandia en 1809, perduran hasta el día de hoy.

Erico murió en un suceso bélico, según la tradición, el 18 de mayo de 1161. Estaba en guerra con el príncipe Magnus Henrikson de Dinamarca, que luchaba para asegurarse pretendidos derechos sobre el reino de Suecia. Los daneses atacaron al ejército sueco mientras Erico oía misa en la capilla de la Trinidad de Ostra Aros. Enseguida fue avisado del peligro, pero Erico contestó que su primera ocupación era la de asistir a misa hasta el final, luego ya se defendería del asalto. Cuando éste sobrevino y el rey sueco intervino en la batalla, recibio un golpe de espada en el cuello, que le segó la vida.

El cuerpo sin vida del monarca recibió sepultura como héroe nacional en la catedral de la vieja Uppsala (Gamla Uppsala) y el pueblo empezó a venerar sus reliquias. Nunca fue declarado oficialmente santo y propiamente no se le puede atribuir el títu-

lo de mártir, pues no sufrió la muerte por causa de su fe cristiana; murió simplemente en un hecho de guerra. Pero con su vida y martirio, o muerte para defender su reino frente a los vecinos agresores, el pueblo cristiano sueco forjó la figura más representativa de la nación, confundiendo, o al menos amalgamando y conjugando, el heroísmo nacional con la heroicidad de la santidad cristiana. Treinta y ocho años después de su muerte, el famoso calendario de Vallentuna lo conmemora ya como santo. Sigue luego la larga procesión de la veneración popular como hecho a la vez cultual y patriótico, sólo interrumpida por la entrada del luteranismo en Suecia. Tanta era la importancia del culto al rey más emblemático de Suecia, que los nuevos reyes, al pronunciar su juramento, tocaban con sus manos las reliquias de San Erico.

En 1245 la catedral de Gamla Uppsala quedó en parte destruida por un incendio. Variantes geo-físicas privaron asimismo a la vieja Uppsala del gran puerto fluvial. Estos factores aconsejaron trasladar la sede arzobispal de la antigua capital a Ostra Aros, la nueva Uppsala, traslado que fue sancionado por el papa Alejandro IV con bula de 1257. En 1271 empezó a edificarse la magnífica catedral gótica, con ayuda de arquitectos franceses. En 1273, o tal vez en 1276, se verificó la traslación de las veneradísimas reliquias de San Erico a la nueva catedral de Uppsala, aunque sólo estuviera en los inicios de la construcción. Los antiguos calendarios suecos conmemoran el 24 de enero *Eric translatus,* la traslación del venerado cuerpo.

El 18 de mayo continuó celebrándose, como antes en la vieja catedral de Uppsala, la solemne procesión que llevaba las reliquias a través de los campos, entre el antiguo y el nuevo centro de la ciudad. Los suecos la llamaban la *Eriksmassa.* Con ocasión de la misma fue organizándose una renombrada feria. Los agricultores suecos profesaron gran devoción a San Erico, pues había muerto en mayo, cuando las espigas de trigo empiezan a crecer. En los medios agrícolas se divulgó el refrán: «Erico (18 de mayo) da la espiga y Olav (el santo rey de Noruega, 29 de julio) da el pan».

San Erico tuvo en el arcediano de Uppsala, Folke Angel, al compositor de su oficio litúrgico, mientras el sobrino de éste

compiló las relaciones de milagros, atribuidos a la intercesión del santo rey.

Un reconocimiento de las reliquias se llevó a cabo en 1300: en el relicario se encontraron seis paquetes con huesos del santo, un cráneo y una corona. Cien años después el orfebre Lambrecht realizó un nuevo relicario, confiscado tras la Reforma por Gustavo Vasa, quien se lo llevó a su castillo de Uppsala. Más adelante parece que la reliquia fue de nuevo depositada en la catedral de Uppsala, sin el relicario que había sido fundido por Juan III para pagar a sus mercenarios escoceses.

La ciudad de Estocolmo, actual capital del reino, ostentaba en su antiguo escudo la silueta de una ciudad fortificada; ésta fue substituida por la imagen de san Erico, el santo nacional del reino, imagen que conserva hasta el día de hoy.

PERE-JOAN LLABRES Y MARTORELL

Bibliografía

Act SS Boll, mayo (Venecia 1740) 189 197

Art en *Analecta Bollandiana* 18 (1899) 436 437

Bibliotheca hagiographica latina Antiquae et mediae aetatis, ediderunt Socii Bollandini, I (Bruselas 1898) p 390-391, n 2594 2598

CHEVALIER, U, *Repertoire des sources historiques du Moyen Age* I *A J* (Nueva York 1959, repr anast) col 1369

JORGENSEN, E, *Helgendyrkelse i Danmark* (Copenhague 1909) 41 42

SIBILIA, A L, «Erico IX, re di Svezia», en *Bibliotheca sanctorum*, IV (Roma 1968) cols 1 322 1 326

SCHUCK, A, «Nagra data ur Sveriges historia under 1100 talet», en *Svenska turistfaren ingens Aarskrift* (Estocolmo 1942) 216 217

SODERBERG, F F V, en *Nordisk Familjebok*, VII (Estocolmo 1907) 780 781

WEHNER, E, «Sankta Ragnhild i sitt tidevarv» *Rev Cat de Upsala «Credo»* 40 (1959) 64 66

SAN FELIX DE CANTALICIO

Religioso († 1587)

La vida de San Félix de Cantalicio es como un regatillo de agua clara al servicio de Dios. Hay en esta existencia, de quien se puede considerar primer santo capuchino en el siglo XVI, una sublime sencillez, exponente de un alma transparente, purificada día tras día por la caridad, que es la forma más pura del amor. Nace este interesante ejemplar de la santidad en Cantali-

cio, en el año 1513. Cantalicio es una pequeña población italiana del territorio de Città Ducale, provincia de Umbría. Los padres del santo eran pobres y temerosos del Señor. Su padre se llamaba Santo de Carato; su madre, Santa. ¿Se llamaban así o eran llamados así por su bondad? De niño, se dedica al pastoreo. Grababa una cruz en una encina, como un pequeño tallista del símbolo del sacrificio, y ante ella rezaba muchos rosarios.

Junto al trabajo, humilde trabajo de pastor, la oración. De esta manera, su trabajo quedaba empenachado de plegarias, como si las avemarías fuesen salpicando las jornadas de su vigilancia del ganado. Entra después al servicio de varios labradores. En la casa de uno de éstos oye leer vidas de santos. Quiere imitar a los penitentes del desierto, y, al preguntar dónde podría hallar la fórmula de los anacoretas, alguien le respondió: «En los capuchinos». Es entonces cuando se decide a pedir el hábito en el convento de Città Ducale. Parece que el padre guardián, para probar la vocación del aspirante, recarga las tintas de la penitencia de los frailes y le dice, mientras le muestra un crucifijo: «Éste es el modelo a que debe conformar su vida un capuchino». Félix, enamorado del sacrificio, se arroja a los pies del padre guardián y le manifiesta que no desea sino una vida del todo crucificada. Enviado al noviciado de Ascoli, cuando tiene veintiocho años, cae enfermo: unas pesadas calenturas. Pero un día se levanta de la cama y le dice al padre guardián que ya no tiene nada. Destinado a Roma, ejerce en la Ciudad Eterna, durante casi cuarenta años, el cargo de limosnero.

A su compañero de fatigas y de alegrías a lo divino le decía: «Buen ánimo, hermano: los ojos en la tierra, el espíritu en el cielo y en la mano el santísimo rosario». Jamás condescendió con su gusto, y toda su vida fue una constante renunciación a los pequeños muchos por el gran todo. Solía exclamar, recordando una frase que había leído: «O César o nada». Se ha dicho que sólo hay una tristeza: la de no ser santo. Sí, la de no ser «césar» de la santidad. Y llegó a «césar» de Dios por el camino de la santa simplicidad. ¿En qué consistía la ciencia de este simpático lego?

> «Toda mi ciencia —afirmaba— esta encerrada en un librito de seis letras cinco rojas, las llagas de Cristo, y una blanca, la Virgen Inmaculada»

Ayunaba a pan y agua las tres cuaresmas de San Francisco, comía los mendrugos de pan que dejaban los frailes y dormía tres horas en un lecho de tarima. Pero, como si esto fuera poco —y lo era para sus aspiraciones—, no se quitaba el cilicio. A pesar de todo, o, más exactamente, por todo, tenía una contagiosa felicidad y un buen humor delicioso. Bromeaba a lo divino con su amigo Felipe de Neri. Uno y otro se saludaban de esta manera:

> —Buenos días, fray Felix ¡Ojala te quemen por amor de tu Dios!
>
> —Salud, Felipe ¡Ojala te apaleen y te descuartiçen en el nombre de Cristo!

Un fraile que le acompañaba en cierta ocasión, en visita al cardenal de Santa Severina, dijo a éste que mandase a fray Félix descargar la limosna.

> «Señor —respondio el lego—, el soldado ha de morir con la espada en la mano y el asno con la carga a cuestas No permita Dios que yo alivie jamas a un cuerpo que solo es de provecho para que se le mortifique»

Cuando alguien le insultaba, replicaba: «¡Que Dios te haga un santo!».

Estaba rezando un día, cuando la imagen de la Virgen puso al Niño en los brazos de fray Félix. Y así le pintó Murillo. Son muchas las anécdotas con trascendencia de eternidad que se cuentan de San Félix de Cantalicio. Su hermano en religión, padre Prudencio de Salvatierra, recoge algunas verdaderamente entrañables. En cierta ocasión, iba pidiendo limosna, que era su oficio cotidiano. De pronto, siente un cansancio extraordinario. ¿Por qué le pesaba tanto el morralillo que llevaba a la espalda? Porque alguien había depositado una moneda de plata en la alforja del santo mendigo, moneda que le pareció la sonrisa burlona del demonio. «Éste es el peso maldito que no me deja caminar». Y, sacudiendo la alforja, hizo que la moneda cayese al suelo, para seguir tan sólo con los regojos a cuestas. Durante las jornadas frías, quizá algunos religiosos se acercaban al fuego para confortar un poquillo sus cuerpos ateridos. Mas fray Félix huía del grato calor, a la vez que decía a su cuerpo:

«Lejos, lejos del fuego, hermano asno, porque San Pedro, estando junto a una hoguera, nego a su Maestro»

Venerable y al mismo tiempo jovial figura, por las calles de Roma, la de este hermano lego, al que rodeaban los chiquillos para tirarle de las barbas y curiosear en sus alforjas. El lego, sonriente y hasta riente, enseñaba el catecismo a los niños, y les daba consejos, les embelesaba con su palabra dulce y sencilla.

Inventaba coplas religiosas, que enseguida se hacían populares en la ciudad. Tenía buen oído y voz de barítono. Lo debía de pasar muy bien cantando, limpio de polvo y paja del menor gusto.

«Dentro del convento sabia unir, por modo maravilloso, la alegria con el silencio, el trabajo con la oracion»

Su hermano fray Domingo decía:

«Felix es avaro en sus palabras, pero lo poco que dice es siempre bueno»

Enferma un fraile, a quien los médicos desahucian. Pero entra fray Félix en la celda del paciente y profiere unas palabras como mojadas de humor y frescura celestiales:

«Vamos, perezoso, levantate, lo que a ti te conviene es un poco de ejercicio y el aire puro del huerto»

En efecto, el frailecico había sanado.

Mas no pensemos que las que pudiéramos llamar personalidades importantes de aquel tiempo dejaban de acudir a la «ciencia» del «ignorante» lego. El sabio obispo de Milán, luego San Carlos Borromeo, solicita de fray Félix algunos consejos para la reforma del clero diocesano. ¿Qué consejos iba a dar un pobre lego mendicante a un obispo intelectual? Pues sí; le da este consejo: «Eminencia: que los curas recen devotamente el oficio divino. No hay nada más eficaz que la oración para la reforma del espíritu».

Con empuje de alma inspirada por Dios, dice al cardenal de la Orden franciscana, Montalto, en vísperas de ser elegido para el solio pontificio: «Cuando seas Papa, pórtate como tal para la gloria de Dios y bien de la Iglesia, porque si no, sería mejor que te quedaras en simple fraile». Ya era papa Montalto, con el

nombre de Sixto V, cuando una vez pidió al lego un poco de pan. Fray Félix busca para el padre santo el mejor panecillo, pero el Papa le replica: «No haga distinción, hermanito: déme lo primero que salga». Lo primero que salió fue un mendruguillo negro. El lego toma el regojo y se lo entrega a Su Santidad con estas palabras: «Tenga paciencia, Santo Padre; también Vuestra Santidad ha sido fraile». Siempre el humor junto al amor, siempre la gracia junto a la gracia. En actitud poéticamente franciscana, repartía pedacitos de pan a los pobres, a los perros, a los pájaros. A fuerza de oración consigue librarse de una epidemia, para poder seguir asistiendo a numerosos enfermos.

Con una fidelidad exacta cumple los tres votos monásticos de su vida religiosa: obediencia, pobreza y castidad. «Respetaba al sacerdote y rendía homenaje a la dignidad más sublime de la tierra». Fue fray Félix de Cantalicio un amador esforzado de la Señora, y cuando, en la calle, los ojos del lego se encontraban con una imagen de la Virgen, prorrumpía de este modo:

> «Querida Madre os recomiendo que os acordeis del pobre fray Felix Yo deseo amaros como buen hijo, pero vos, como buena Madre, no aparteis de mi vuestra mano piadosa, porque soy como los niños pequeños, que no pueden andar un paso sin la ayuda de su madre»

Uno se acuerda de la *Balada de las dudas del lego,* de Pemán:

> «Y, apretando el paso, con simple alegria, corre que te corre [ ] ¿Que mas oracion que el ir mansamente, por la veredica, con el cantarillo, bendiciendo a Dios?»

Fray Félix no iba con el cantarillo, sino con el talego del pan. Y con las alforjas de su caridad franciscana.

¿Cómo era en lo físico fray Félix de Cantalicio? He aquí una semblanza del santo:

> «Fue bajo de cuerpo, pero grueso decentemente y robusto La frente espaciosa y arrugada, las narices abiertas, la cabeza algo grande, los ojos vivos y de color que tiraba a negro, la boca, no afeminada, sino grave y viril, el rostro alegre y lleno de arrugas, la barba no larga, sino inculta y espesa, la voz apacible y sonora, el lenguaje de tal calidad que, aunque rustico, por ser simple y humilde, convertia en hermosura la rusticidad»

Cargado de trabajos, de dolores, pero con una alegría desbordante, presiente su muerte. Y dice: «El pobre jumento ya no

caminara más». Pretende ir a la iglesia desde el lecho, arrastrándose, mas se le prohíbe. Recibe los sacramentos, se queda en éxtasis, vuelve en sí, pide que le dejen solo. Los frailes le preguntan: «¿Qué ves?». Y él responde: «Veo a mi Señora rodeada de ángeles que vienen a llevar mi alma al paraíso». Sin haber entrado en agonía, muere el 18 de mayo de 1587, a los setenta y dos años de edad. Toda la ciudad corre al convento para besar el cadaver del santo lego y obtener reliquias. El papa Sixto V, que testificaba dieciocho milagros, quiso beatificar a fray Félix, pero no tuvo tiempo. Es Paulo V quien inicia el proceso de beatificación, que solemnemente será verificado por Urbano VIII. En 1712, Clemente XI canonizó a fray Félix de Cantalicio.

He aquí una vida colmada hasta los bordes de santa simplicidad, una vida clara y sencilla, alegre por sacrificada, sublime por humilde, la vida de un lego capuchino del siglo XVI, cuyo perfume llega hasta nuestros días con la fragancia de las mas puras esencias de la virtud.

FRANCISCO JAVIER MARTIN ABRIL

Bibliografía

Act SS Boll, 18 de mayo
LEON, P, *L'aureole seraphique Vie des saintes et des bienheureux des trois Ordres de S Francois* (Paris)
SALVATIERRA, P DE, *Vida de San Felix de Cantalicio, hermano lego capuchino (1513 1587)* (Pamplona 1947)

BEATA BLANDINA (MARÍA MAGDALENA) MERTEN

Virgen y religiosa († 1918)

Blandina Merten, en familia María Magdalena Merten, virgen y religiosa profesa de las Ursulinas, nació en Duppenweiler de Saarland, diócesis de Tréveris (Trier), el 10 de julio de 1883, y murió en el mismo Tréveris de la Renania, Palatinado (Alemania), el 18 de mayo de 1918. Noveno retoño en el hogar de una familia agrícola con diez hijos, fue sobre todo la palabra y el ejemplo de sus cristianos padres Juan Merten y Catalina Winter lo que determinó la vida ejemplar y la fe profunda, grande, viva, de aquella joven entregada al culto de la sagrada liturgia y al

ejercicio de la caridad con el prójimo. El aroma de piedad respirado en el hogar paterno se encargó de ir oxigenando su espíritu siempre inquieto y, a la vez, de abrir puertas y ventanas en un corazón generoso como el suyo para cuando sonase la hora del Maestro. Porque Jesús habría de llamar un día a la puerta.

Recibidas la primera comunión y la confirmación a los trece años, María Magdalena empezo a sentir dentro de sí, a base de profundizar cada semana y cada mes en la religiosidad aprendida y vivida en el seno familiar, una devoción ardiente por las cosas de Dios, y prueba de ello es que desde entonces probó a colocar la sagrada Eucaristía, la divina Palabra y la oración interior como seguro soporte de sus aspiraciones religiosas, como indeclinable centro de su vida toda y, en fin, como ansiada meta de sus esperanzas. El fiel cumplimiento del deber como enseñante bien formada contribuyó a unirla más estrechamente aún con la santidad, esa airosa cumbre de todos sus proyectos infantiles y juveniles. Pronto entendió que «Dios es amor y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él» (1 Jn 4,16). De igual modo se le hizo comprensible y hacedero que «cuanto más inmunizados estemos contra la hinchazón del orgullo, más llenos estaremos de amor» (San Agustín, *La Trinidad,* 8,8,12).

Aquel ambiente hogareño, pues, se encargó de poner alas a su espíritu inquieto y amor sin límites en su vida devota. Pero hacía falta canalizar dicho torrente de espiritualidad y noble afán. De ahí que con sólo diecinueve años nuestra joven protagonista estuviese preparada ya para ser la distinguida maestra que luego fue y tambien para mostrarse a la vista de todos el acabado ejemplo de vida interior que siempre dio, especialmente a base de humildad y gracias también a una caridad hecha ternura con los niños. La primera vocación, diríamos, aquella que despuntó desde los primeros años del hogar señalando a la enseñanza como la meta, modeló su adolescencia entera y estimulo su juventud hacia la escuela. A la vista de aquel ambicioso horizonte no se le hizo difícil intuir que había que formarse con rigor y disciplina, para cuyo fin se imponía cursar antes los estudios requeridos al efecto hasta salir graduada.

Todo había empezado, como casi siempre ocurre, cursando clases privadas en la escuela del pueblo desde 1889 hasta 1897 a

manera de preparación para el ingreso en el Instituto Magisterial Marienau en Vallendar, cuyas aulas frecuentó desde abril de 1899 hasta septiembre de 1902, significándose por su seriedad y modestia, y por la ejecución fiel y responsable de sus obligaciones. No bien hubo superado los exámenes para profesora desde el 24 de noviembre hasta el 24 de diciembre de 1902 dio rienda suelta a sus deseos de enseñanza, sobremanera al ser habilitada con la provisión de una plaza como sustituta en Oberthal/Saar (año 1902). Desde el 1 de enero de 1903 hasta el 30 de junio de 1907 impartió clases en la escuela primaria de Morscheid (Hunsrück). El 1 de julio de 1907 cambió a Großrosseln en el Saar (años 1907-1908). Feliz al permitírsele la docencia entre niños y jóvenes, empezó a prodigarse alegre y llena de iniciativa en diversas escuelas de Tréveris. Un mundo de ilusiones se le abría por delante. Todo marchaba sobre ruedas. La enseñanza era una meta ideal, un objetivo por el que merecía la pena luchar, gastarse y desgastarse, que diría San Pablo. Como compensación a tanto esfuerzo y tanta entrega, llegaron luego las primeras cosechas de aquella sembradura.

Niñas y adolescentes, en efecto, con ese instinto propio de los pequeños, tardaron poco en descubrir, a través de la confianza que la maestra les dispensaba en su diario trato, gran delicadeza de espíritu y subida unción magisterial, lo que dio pie a que se despertase en aquellos traviesos escolanos un especial cariño por su persona. Fueron largamente correspondidos, ésa es la verdad. Más aún, María Magdalena sentía derramársele el corazón a raudales entre aquella muchachada, sobre todo con los niños pobres, a quienes procuraba no sólo instruir, sino también vestir y alimentar. Un modo, si bien se mira, muy sencillo, pero eficaz, de completar el apostolado intelectual o de los saberes, con el cordial o de las obras de misericordia.

A medida que los años pasan, la escuela va convirtiéndose para ella en campo fértil y esperanzador, el predilecto de sus desvelos femeninos y, en cierta manera, también maternales. Dios le pedirá más adelante a Blandina que reme mar adentro, pero que lo haga con ilusión y esperanza, sin que le importe ni mucho ni poco dejar atrás la playa. También Blandina sentirá que Jesús la mira a los ojos y pronuncia su nombre hasta que un

día, junto a él, busque otro mar. Su consejo es sabio y prudente, dulce y reiterativa su palabra, sencillo y recogido el ademán: es bueno de todo punto, claro que sí, y reportará señalado provecho a las alumnas que se lo propongan, orientar la espiritualidad por tres derroteros específicos: devoción a la Eucaristía, amor a la pasión del Señor y caricia sin límites a la Santísima Virgen.

Por fin suena la hora de la segunda y definitiva vocación: la llamada a la vida religiosa. Corren los meses del año 1903. Mediado julio, termina en Roma un pontificado largo y fecundo, el de León XIII, y empieza otro a primeros de agosto, el de San Pío X, caracterizado por pretender instaurar todas las cosas en Cristo. Con veinticinco años, la profesora de escuela María Magdalena Merten abraza la benemérita Orden fundada siglos atrás por Santa Ángela de Merici con el único fin de la educación de las niñas, el campo que ella ha venido cultivando de seglar y que tanto la entusiasma. Lo hace en la Congregación de Ursulinas de Calvarienberg-Ahrweiler e.V., en la diócesis de Tréveris, la célebre ciudad de nacimiento del gran San Ambrosio de Milán. Son ursulinas cuya presencia en Alemania data de 1853. Pero que a ella, no obstante, van a darle la oportunidad de oro para proseguir con el plausible trabajo docente traído de seglar. A través de una entrevista con la entonces superiora general de las ursulinas de Kalvarienberg-Ahrweiler, ingresa en dicha Orden el 22 de abril de 1908, tomando el nombre de sor Blandina del Sacratísimo Corazón de Jesús y resolviendo hacerse «esposa heroica» del Señor. El 3 de noviembre de 1910 profesa de votos temporales en la casa madre. Su destino es ir como profesora y encargada de niños a la casa que la Orden tiene en Saarbrücken. El 4 de noviembre de 1913 emite los votos perpetuos.

Las ursulinas eran la primera Orden femenina de enseñanza que se había establecido en la Iglesia, y que hasta hoy ha sabido ser fiel al carisma fundacional. Aunque convencida de su divina misión para echar los cimientos de una orden educativa, Ángela no pudo hacer durante diecisiete años más que dirigir a un grupo de jóvenes conocidas como «La compañía de Santa Úrsula», pero que continuaban viviendo en el seno familiar y se reunían en períodos establecidos para escuchar conferencias y hacer ejercicios devocionales. Las muchas dificultades que entorpe-

cían la formación del nuevo instituto cedieron al fin, y en 1535 consiguieron reunirse doce miembros en una congregación con aprobación episcopal, y con Santa Ángela de Merici como superiora. El movimiento encontró calurosa acogida y empezó a difundirse con rapidez por Italia, Alemania y Francia. En pocos años creció hasta contar con numerosas casas, todas independientes. Las constituciones se completaron poco tiempo después de la muerte de la fundadora en 1540. En 1544 llegó la aprobación de Pablo III, y se adoptó la *Regla de San Agustín.*

El cambio de nombre al ingresar en religión tenía su importancia. Para los alemanes, amigos ellos de sacarle punta etimológica a las cosas, Blandina significa *la afable (die Freundliche).* Y lo cierto es que no faltan testigos dispuestos a certificar el deseo de nuestra religiosa por servir con afabilidad a Dios y a los hombres a través de su vida consagrada en el claustro, dentro siempre del carisma de las ursulinas. Creía la hermana Blandina encontrar en el diligente cometido de la comunidad abrazada lo que ella siempre había colegido y ambicionado: darse por entero a Dios y ayudar a niños, jóvenes y mayores mediante la gracia de lo alto y a la vez, de su parte, con el apoyo de una vida religiosa llena de fe. Sensata como las vírgenes del Evangelio, de forma humilde y fiel al carisma religioso, la hermana Blandina no se daba reposo en el desempeño de tal misión. Quería pasar como desconocida e inadvertida, pero lo cierto es que en su hacer y quehacer afloraba todo un paradigma digno de imitar.

Aquello no podía seguir así mucho tiempo. En su consagración a Dios, cuando la profesión, ella había añadido el ofrecimiento de sí misma, como víctima, al Señor, y Dios había aceptado la humilde ofrenda de su vida. Con permiso del padre Merk, jesuita, su director espiritual, había hecho un cuarto voto: el de ser víctima. Y aquel día tuvo en su alma como la certidumbre, o el presentimiento si se prefiere, de que Dios acababa de aceptar la ofrenda. Por amor y sólo por amor a Dios se anonadó hasta el hondón del alma, portó su cruz cada día y procuró seguir las huellas del divino Maestro.

Libre el corazón, viva la fe y alegre la esperanza, puso todo el esfuerzo de mujer sencilla y comprometida en responder al amor del Esposo. Llegó a escribir, de hecho:

«Quiero repetir diariamente mi oblacion, y jamas hacer mi voluntad Deseo vaciarme mas cada dia, y sumergirme y disolverme en el abismo del divino amor y en la Providencia, de tal modo que me olvide de mi misma y solo en el Señor me restablezca»

Tocada la fibra más íntima de su devoción al Corazón de Jesús, solía decir:

«El Corazon de Jesus es espejo de las almas piadosas, que a el pueden rendirse y asi notar si son, quizas, o no semejantes a él Optimo libro de meditacion es el, consejero sapientisimo y amantisimo, maxima fuerza de alivio y dulcisimo consuelo»

Activa en cuanto profesora en Saarbrucken, destino que le acaba de dar la obediencia, es allí donde empiezan a notarse los primeros síntomas de la tuberculosis que acabará con su vida y refinará su acendrado espíritu interior hasta la plenitud de la santidad Tiene que volver a Tréveris, en donde, a pesar del mal, continúa enseñando y, al mismo tiempo, haciéndose cargo de otras tareas extraordinarias. Pero el ansia de servir y ser útil a los demás es más fuerte que la enfermedad, cuya bacteria prosigue minando inexorable su salud. Así hasta que las típicas fiebres y la tos dan con ella en la enfermería. Comprende entonces que Dios le pide otro apostolado muy diverso del educativo que ha venido desempeñando hasta entonces, a saber: el del sufrimiento Aceptado su voto de víctima, no le queda sino subir la empinada cuesta del Calvario. Su habitación en la enfermería, contigua a la capilla, le da ocasión para alguna salida de buen humor ante las hermanas· «Jesús y yo somos vecinos».

Pronto, pues, se reveló fruta madura en ese jardín del Señor que es la vida religiosa· la incurable tuberculosis declarada a partir de septiembre de 1916, ya el otoño en puertas, fue la señal Blandina la aceptó con humilde resignación y absoluto abandono a la voluntad divina. Su serenidad y paciencia, su porte y conducta sobrellevando el mal edificaron siempre a cuantos se acercaban a visitarla, deseosos de compartir sus horas bajas: en todos fue dejando la saludable impresión del hacer propio de los santos Asi hasta su muerte el 18 de mayo de 1918 en el claustro de las ursulinas de St. Bantus en Tréveris. Blandina Merten, en efecto, partía en la madrugada de ese 18 de mayo desde el convento de las ursulinas de Tréveris a la casa del

Padre susurrando el nombre de Jesús: hallaba así, dejando los dolores lejos, por decirlo con el poeta, «la Noche-luz tras tanta noche oscura». Era la víspera de Pentecostés.

Había vivido alegre y esperanzada su consagración en una familia religiosa, las ursulinas, con más de 350 años de tradición. Es verdad que la fundadora, Ángela Merici, no había podido fundar en su día escuela alguna, pero los tiempos habían cambiado de un tiempo a esa parte y el carisma fundacional contemplaba ahora esa hermosa posibilidad, que, unida a la catequesis y a la predicación del Evangelio, imprimía a la vida de las hermanas un sentido si cabe más radical en la plenitud de la consagración. Hoy mismamente siguen cultivando el espíritu de Santa Ángela en sus variadas actividades, en sus escuelas o en su internado, en la cura de almas de su centro espiritual o por medio del testimonio a tantas y tantas personas con quienes un día quiso la Beata Blandina compartir ilusiones y esperanzas, también angustia y dolor, dentro y fuera del convento, donde las ursulinas se afanan por ofrecer en nuestros días, como en los difíciles de la Beata Blandina, una respuesta de ayuda desinteresada a los hombres de nuestro tiempo.

Fue para muchos, indudablemente, dechado de virtudes. Los testimonios al respecto abundan en todas las direcciones y colores. Valgan de muestra estos dos:

> «La específica señal de su vida, el silencio, el humilde, pero consecuente acatamiento de la voluntad divina, fue asumido por Blandina como el gran amor de la cruz» (Nikolaus Bares)

Y según palabras del obispo de Tréveris, Hermann Josef Spital,

> «Blandina supo mostrarse profesora-maestra en la fe, esperanza y caridad y ejemplo en los corazones de las personas, en la comunidad de la Orden, en la Iglesia de Treveris, en la Iglesia universal»

Como hermosa muestra de la finura de alma que atesoraba dentro de sí, la hermana Blandina dejo preciosos pensamientos como éste·

> «El dolor aleja de todas las cosas materiales y terrenas, eleva y afirma el alma y es perfecta escuela de amor Conduce sobre todo a Jesús y une estrechamente con el ¡Cuan dulce es la muerte, cuando en la tierra hemos amado tanto a quien sera nuestro juez!»

Cuentan quienes con ella convivieron que su vida resplandeció siempre de piedad. Y durante los años que pasó como enferma, de profunda fe y mucha paciencia, podemos añadir. Las enfermeras recordarán años más tarde que la única preocupación de Blandina entonces era que atendiesen bien a las otras enfermas, antes que a ella. De tal modo supo sobrellevar aquella cruz que nunca se lamentó ni dejó de florecer en su rostro la sonrisa. Sabedora, en fin, de que faltaban pocos meses para la partida sin retorno, lo anunció a todos como quien anuncia «una alegre noticia». El nuevo *Martirologio* afirma que supo aunar admirablemente la actividad de profesora con una vida contemplativa profunda, expresada en todo momento, según refieren los íntimos, con dulce y suave sonrisa.

La fama de santidad se extendió después de su muerte con rapidez inusitada y noticias de milagros empezaron a multiplicarse día tras día en la casa madre de las ursulinas. Por fin, el 13 de noviembre de 1954 se abrió el proceso informativo diocesano para la beatificación (1954-1962). El 9 de junio de 1983 fue promulgado ante el Papa el decreto sobre las virtudes. El tribunal de Viena, por su parte, examinó en 1985 una inexplicable curación de cáncer de la hermana misionera Irimberta Puntigam atribuida a la hermana Blandina en la primera semana de noviembre de 1969. La sorprendente curación fue reconocida en diciembre de 1986 por Roma como milagro. Quedaba el camino así expedito para subir a la gloria de Bernini.

Juan Pablo II, en efecto, en el curso de una multitudinaria ceremonia celebrada en la Basílica de San Pedro, en Roma, declaró beata a Blandina Merten el 1 de noviembre de 1987, es decir, en la fiesta de Todos los Santos, disponiendo que fuera venerada litúrgicamente el 18 de mayo. A raíz de su beatificación han empezado a proliferar aquí y allá escuelas, colegios, centros, capillas, clases, administraciones, hogares bajo el patrocinio de la nueva beata. El 18 de mayo de 1990, por ejemplo, y de acuerdo con los planos del arquitecto de Tréveris, Karl P. Böhr, fue inaugurada y dedicada a su memoria en el cementerio San Paulino de Tréveris la *Capilla Blandina* con sus reliquias.

La hermana Blandina, en realidad, como tantas veces sucede en las biografías de los santos, no hizo en vida nada extraordi-

nario; pero desempeñó, eso sí, extraordinariamente bien todo lo ordinario, es decir, su cotidiana misión en la Orden y en la Iglesia. Por eso mismo en la actualidad sus devotos pueden comprobar de qué modo se reflejan en ella los valores del Reino cristalizados en aquella hermosa vocación de mujer enseñante de niños y jóvenes de colegios en una Alemania que habría de probar años después de su muerte el cruel zarpazo del nacionalsocialismo. Desde sus primeras fundaciones, las ursulinas fueron maestras completas y abiertas a los tiempos. Su sistema podría calificarse de ecléctico, pues utiliza las ventajas efectivas de todos los métodos. Las casas europeas son, en general, internados; en los Estados Unidos, combinaciones de internados y escuelas de día. Las monjas también dirigen muchas escuelas parroquiales, que, como las otras, comprenden todos los grados: elemental, académico y universitario. A las ursulinas alemanas, que fueron expulsadas bajo la influencia del Kulturkampf y readmitidas después de un exilio de diez años, se les permitió reiniciar su enseñanza, pero sólo para alumnas de secundaria.

Para profesores y profesoras, pues, para niños y jóvenes, para los enfermos en hospitales y casas de salud, para sus propias hermanas ursulinas, así como para todos los creyentes, en fin, Blandina queda hoy como un dechado de servicialidad en el seguimiento al Cristo maestro y al Cristo doliente y, por supuesto, al Cristo que acompaña en las duras horas de la prueba. Desde su absoluto abandono a Dios y al prójimo se mostró mediante cristiana educación y enseñanza incansable de la juventud un paradigma a seguir. Desde los primeros años de sufrimiento de la enfermedad hasta su muerte, la hermana Blandina recorrió «el pequeño camino», en el cual ella hizo de su vida «una ofrenda de divina caridad», tal y como un día había prometido al emitir los votos.

Al bies de la coyuntura de la fiesta, el Papa abrió la homilía de beatificación con citas del Apocalipsis acerca del sello de la santidad, que sólo Dios puede imprimir. Un sello que la liturgia del día de Todos los Santos asocia al Evangelio de las ocho bienaventuranzas. Es el camino de los pobres de espíritu, de los humildes, de los que están tristes..., el camino, en fin, por el que Dios mismo pasó haciéndose hombre. Entre los discípulos de

Cristo, marcados por el sello de la santidad, el Papa señaló los beatificados ese día 1 de noviembre de 1987, esto es: el hermano Arnoldo (Iulianus Nicolaus Rèche), de las Escuelas Cristianas (1838-1890), la hermana Ulrica (Francisca Nisch), virgen, religiosa profesa de la Orden de las Hermanas de la Caridad de la Santa Cruz de Ingenbohl (1882-1913), y nuestra hermana Blandina (María Magdalena Merten), virgen, de la Congregación de las Ursulinas en Calvarienberg-Ahrweiler (1883-1918).

En el misterio de su vida creyente la beata Blandina deja un mensaje misionero para hoy. Como profesora e institutriz, como hermana de la Orden curtida por la enfermedad y el sufrimiento, el suyo es un camino de esperanza y un modelo digno de imitación. En la colecta del día se pide a Dios Padre que guíe nuestro sentido de lo pasajero sobre aquello que permanece, y que, a ejemplo de la Beata Blandina, de su ardiente caridad y entrega a los necesitados, se nos muestre propicio y llene de sentido espiritual nuestra vida. En Calvarienberg se ofrece el «18» de cada mes, especialmente en el convento contiguo, una misa en memoria de la Beata Blandina. Allí donde un día la humilde religiosa ursulina supo entregar juventud e ilusiones al servicio de los niños y los jóvenes en los colegios, y luego, como enferma incurable, allí también donde acabó reflejándose modelo de serenidad y de entrega a la voluntad de Dios.

PEDRO LANGA, OSA

Bibliografía

AAS 87 (1988) 702-707.

BUSCH, G., OSB, *Schwester Blandine Merten. Unsere Lehrerin. Selbstverlag der Ursulinen* (Ahrweiler 1970).

«Homélie pour la béatification du F. Arnould Rèche et des soeurs Ulrika Nisch et Blandine Merten»· *La Documentation catholique* (1987) n.1.951, p.1117-1119

Art. en *Lexikon fur Theologie und Kirche,* VII (Friburgo 1998) 314.

«Blandina (María Magdalena) Merten († 1918)», en J. A. MARTINEZ PUCHE (dir.), *Nuevo año cristiano Mayo* (Madrid 2001) 362s

HEINZ, A., *Heilige im Saarland* (Saarbrucken ²1991) 123-129; 148-149.

HEMMERLE, K., «Balance zwischen Dienst und Innerlichkeit. Lebenszeugnis der Schwester Blandine Merten»· *L'Osservatore Romano* (23-10-1987) 6.

JUAN PABLO II, «Venerabili Servae Dei Blandinae Merten Beatorum honores tribuuntur»· *AAS* 87 (1988) 961-964.

Martyrologium romanum, o.c., 275, n.11 *, 675.

L'Osservatore Romano (noviembre 1987).

Presseberichte zur Seligsprechung der Ehrwurdigen Dienerin Gottes Schwester Blandine Merten, OSU, am 1. November 1987 (Tréveris 1987-1988)
Presseberichte zum Bau der Grabkapelle zu Ehren der seligen Schwester Blandine Merten, OSU, auf dem Friedhof St. Paulin in Trier (Tréveris 1990)
RADIO VATICANO, Noticiario n 104, año III, semana del 5 al 11 de mayo de 2000
SCHIMKE, J, *Wallfahrt im Erzbistum Koln* (Colonia 1991) 218-219
SPITAL, H. J, «Was hat Schwester Blandine uns zu sagen?» *Paulinuskalender* (1989) 40-42
TORSY, J, *Lexikon der deutschen Heiligen, Seligen, Ehrwurdigen und Gottseligen* (Colonia 1959) 90.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

BEATO BURCARDO

Presbítero († 1192)

En un tiempo en que no puede decirse que las estructuras ayudasen precisamente a los miembros del clero diocesano a la santidad, Burcardo supo santificarse en el desempeño de su ministerio parroquial como párroco de Beinwil.

Había nacido en Langenmat, Suiza, hacia 1140 y, luego de optar por el sacerdocio, se le asigna la parroquia de Beinwil. Aquí se dedica por entero al bien de sus feligreses, desempeñando con gran celo todos los ministerios propios del párroco, sobresaliendo enseguida por la digna y piadosa celebración de la misa y los sacramentos, por la asidua predicación de la palabra divina y la catequesis, por la visita a los enfermos, por la acogida a los pobres y humildes, y por la vida mortificada y piadosa que llevaba, dando ejemplo de todas las virtudes.

La iconografía lo representa con un pájaro en la mano, ya que según la leyenda resucitó al pájaro con que él se recreaba y que unos malintencionados habían matado para mortificarlo.

No es segura la fecha de su muerte, pareciendo la más probable el año 1192. La fama de santidad que había dejado en vida hizo que enseguida acudieran los fieles a su tumba a invocar su intercesión, y hay constancia de la fama de milagros en su sepulcro, de las peregrinaciones de los fieles y del título de Beato con que se le viene conociendo. Aunque se informó de su culto inmemorial a la Sagrada Congregación de Ritos, no hubo una confirmación expresa de este culto pero sí se dio en 1817

una concesión de oficio y misa en su honor, incluyéndolo la diócesis de Basilea en 1866 en su *Propio de los Santos.* Ahora ha sido incluido en el *Martirologio romano.*

BEATO GERARDO MECATTI

Ermitaño († 1242)

Nacido en Villamagna, Italia, en una humilde familia el año 1174, de joven se alistó en una cruzada, y llegado a Tierra Santa, es cogido prisionero, pasando por dura esclavitud durante varios años. Tras obtener la libertad y visitar los Santos Lugares, vuelve a su pueblo y se va a una cueva para llevar vida eremítica.

Al cabo de dos años vuelve con un amigo a Tierra Santa y allí pasa muchos años sirviendo en las casas de la Orden de San Juan de Jerusalén en la atención de enfermos y peregrinos. En este servicio practica la caridad, la humildad, la obediencia y otras muchas virtudes cristianas.

Vuelve luego a Italia y tiene lugar su encuentro con San Francisco de Asís. Éste lo admite en su Orden Tercera y le aconseja vuelva a la vida contemplativa. Así lo hace, regresando a su cueva y viviendo en ella con gran crédito de santidad hasta su muerte el 13 de mayo de 1242. Hay discusiones sobre datos de su vida y la fecha de su muerte. Su culto fue confirmado el 18 de marzo de 1833.

BEATO GUILLERMO DE TOLOSA

Presbítero († 1369)

El *Martirologio romano* señala con palabras sucintas la memoria de este beato el 18 de mayo, diciéndonos de él solamente que fue presbítero de la Orden de Ermitaños de San Agustín y que su muerte tuvo lugar en Toulouse o Tolosa. No existe una biografía suya contemporánea o cercana al tiempo de su vida. Pero la que ha llegado a nosotros, aunque aparecida en el siglo XVI, apela al testimonio de sus contemporáneos, recogido sin duda en documentos que sirvieron de fuente a dicha biografía pero desconocidos para nosotros.

Nacido en 1297, a los diecinueve años se decide por la vida religiosa y toma el hábito en el convento tolosano de la Orden de Ermitaños de San Agustín. Hecha la profesión religiosa y ya ordenado de sacerdote, completa sus estudios yendo a París donde obtiene el título de lector en teología. Regresa y pasa su vida en el convento de Toulouse.

En el monasterio se distinguió por su observancia puntual de la Regla, por su vida austerísima y penitente, y por su elevada oración, todo lo cual le granjeó gran crédito entre los fieles. A este crédito contribuyó, además, la atribución al religioso de numerosos milagros. Fue predicador insigne y excelente director de conciencias. Practicaba y enseñaba la consagración personal a la Santísima Trinidad, y hacía una interpretación trinitaria de los votos religiosos.

Murió el 18 de mayo de 1369. Enseguida los fieles empezaron a invocarlo en su tumba, a darle el título de Beato y a atribuir a su intercesión numerosos milagros. León XIII confirmó finalmente su culto el 18 de abril de 1893.

BEATO ESTANISLAO KUBSKI

Presbítero y mártir († 1942)

Nace en Ksiaz, Polonia, en el seno de una familia campesina el 13 de agosto de 1876. A los 21 años entra en el seminario de Gniezno-Poznan y se ordena sacerdote en 1900.

Su ministerio lo ejerce primero en Srem como vicario y luego, en 1910, se le nombra párroco de San Lorenzo, de Gniezno, donde se distingue por su celo apostólico y caridad con los pobres. En 1917 es destinado en la misma ciudad a la parroquia de la Santísima Trinidad. Fue muy consciente de que las nuevas tendencias que se propagaban por el mundo obrero apartaban a éste de la Iglesia y quiso por ello mediante varias obras sociales consolidar la presencia de la Iglesia entre los trabajadores.

Al día siguiente de la entrada de las tropas nazis en Polonia, el 2 de septiembre de 1939 es arrestado. Fue deportado a Pila, pasó luego a trabajos forzados en las canteras de Buchenwald y llevado finalmente al campo de concentración de Dachau, donde luego de pasar muchas miserias, que soportó con paciencia

cristiana, fue eliminado en la cámara de gas el 18 de mayo de 1942. Beatificado el 13 de junio de 1999.

BEATO MARTÍN OPRZADEK

Religioso y mártir († 1942)

Juan Oprzadek nace en Koscielec, diócesis de Cracovia, Polonia, el 4 de marzo de 1884 en el seno de una familia campesina. Enviado a la escuela elemental hubo, sin embargo, de dejarla cuando era aún un adolescente porque, al no tener padre, debía trabajar para ayudar a su madre y a su hermano enfermo.

Esta situación le duró hasta los 28 años, cuando, habiendo muerto su madre y su hermano, pudo seguir su vocación religiosa, que desde la adolescencia sentía, entrando en la Orden Franciscana, en la Provincia de Nuestra Señora de los Ángeles, en la parte meridional de Polonia, entonces bajo dominio austríaco. De su parroquia dieron los mejores informes de él diciendo que era un joven sobrio, laborioso y piadoso.

Hizo el postulantado en el convento de San Casimiro de Cracovia, donde recibió el hábito religioso el 11 de noviembre de 1912 con el nombre de fray Martín (Macin). Pasó luego a Wieliczka y más tarde a Sadowa Wisznia, y sin haber hecho aún la profesión religiosa, fue llamado a filas al estallar la I Guerra Mundial.

Encuadrado en el XIII regimiento, llamado «cracoviano», hubo de participar en la guerra hasta su final. Terminada ésta, volvió en febrero de 1919 al convento de Cracovia. Enviado a Wieliczka, aquí hizo el noviciado a partir del 11 de septiembre de 1920 y un año más tarde podía hacer la profesión religiosa.

Ya profeso, fue enviado otra vez al convento de Cracovia, en el que perseveró como hermano portero durante los años que faltaban para su profesión solemne, emitida el día de San Francisco, 4 de octubre de 1924. Más tarde fue enviado, sucesivamente, a los conventos de Przemusl, Konin, Lvov, Wloclawek, Kasimierz Dony y nuevamente a Wloclawek, siendo en todos estos sitios un religioso observante y fervoroso, cumplidor de sus tareas como hermano franciscano, con mucha humildad y dedicación.

Ocupada Polonia por los nazis, fue arrestado el 2 de agosto de 1940 y llevado a los campos de concentración de Sachsenhausen y Dachau. Aquí, por su debilidad, fue declarado inválido y llevado a Linz, donde fue eliminado en la cámara de gas el 18 de mayo de 1942. Beatificado el 13 de junio de 1999.

19 de mayo

A) MARTIROLOGIO

1. En Roma, en el cementerio de Calixto de la Vía Apia, San Urbano I († 230), papa.
2. En Roma, santos Partenio y Calógero († 304), mártires.
3. En Arrás (Neustria), San Hadulfo († 728), obispo de Arrás y Cambrai.
4. En Canterbury (Inglaterra), San Dunstano († 988), obispo.
5. En Florencia (Toscana), Beata Humiliana († 1246), viuda *.
6 En el castillo de Fumone (Lacio), San Pedro Celestino († 1296), que fue papa con el nombre de Celestino V y abdicó del pontificado **.
7. En Louannec (Bretaña Menor) San Ivón († 1303), párroco **.
8. En Siena (Toscana), Beato Agustín Novelli († 1310), presbítero, de la Orden de Ermitaños de San Agustín *.
9. En Suzuta (Japón), Beato Juan de Santo Domingo Martínez († 1619), presbítero, de la Orden de Predicadores, mártir *.
10. En Londres (Inglaterra), Beato Pedro Wright († 1651), presbítero y mártir *.
11. En Fucecchio (Toscana), San Teófilo de Corte († 1740), presbítero, de la Orden de Hermanos Menores **.
12 En Roma, San Crispín de Viterbo († 1750), religioso capuchino **.
13. En Rochefort (Francia), Beato Juan Bautista (Luis Javier) Loir († 1794), presbítero, religioso capuchino, mártir *.
14. En Cartagena de Indias (Colombia), Beata María Bernarda Verena Butler († 1924), virgen, fundadora de la Congregación de Hermanas Misioneras Franciscanas de María Auxiliadora **.
15. En el campo de concentración de Dachau (Baviera), Beato José Czempiel († 1942), presbítero y mártir *.

SAN PEDRO CELESTINO

Papa († 1296)

El año 1215, en un pueblo de la región de los Abruzos, perteneciente al reino de las Dos Sicilias, nació el que más tarde sería el papa Celestino V. En su misma autobiografía nos describe a sus padres, Angelerio y María, con estas palabras:

> «Ambos eran justos a los ojos de Dios y muy alabados por los hombres, daban limosna y acogían a los pobres de muy buena gana en su casa Tuvieron doce hijos, a semejanza del patriarca Jacob, y siempre pedían al Señor que alguno de ellos sirviese a Dios De esta familia ejemplarmente cristiana el niño Pedro fue el undécimo retoño»

Regía entonces los destinos de la Iglesia y de toda la cristiandad el gran pontífice Inocencio III, que moriría al año siguiente en el apogeo de la gloria del pontificado. Su bienhechora influencia se extendía a todos los Estados de Europa, que, gracias a su autoridad, acatada por emperadores, reyes, ciudades y señores feudales, se había mantenido en una armonía fecunda. Un siglo más tarde el edificio cristiano de la Europa medieval presentaría grietas alarmantes, que los sucesores inmediatos de Inocencio III, entre los cuales se encuentra nuestro santo, no acertarían a restañar.

Pedro pasó la niñez y juventud en su mismo pueblo, junto a su madre, que fue también su primera maestra en la santidad. Ella estaba amargada porque ninguno de sus diez primeros hijos servía a Dios. Y se quejaba: «¡Miserable de mí! ¡Tantos hijos y que ninguno sea siervo de Dios!». Oyéndola repetir esto su hijo undécimo, que contaría entonces cinco o seis años, empezó a decirle: «Quiero ser un buen siervo de Dios». Ella entonces resolvió encaminarle al estudio de las letras, a pesar de la contradicción de los restantes hermanos. Como había ya quedado viuda tuvo que imponerse considerables sacrificios, pero Dios los premió, ya que, al poco tiempo, el pequeño Pedro, según cuenta él mismo, leía el Salterio.

En este ambiente familiar cristiano y austero, donde la providencia de Dios pudo palparse claramente repetidas veces, y en el

que su madre era también la íntima confidente, creció en edad y en ganas de servir a Dios nuestro santo. Sus deseos se inclinaban decididamente hacia la vida de los anacoretas. Tenía más de veinte años cuando, al fin, se resolvió con otro compañero a dejar el pueblo y dirigirse a Roma «para pedir consejo a la Iglesia».

Salieron ambos, pero al término de la primera jornada de camino, su compañero quiso volver al pueblo; hizo la segunda jornada solo y, llegando a Castelsangro, lluvias torrenciales y ríos desbordados le impidieron proseguir hacia Roma. Invocando el auxilio divino permaneció allí muchos días, hasta que supo que un solitario habitaba en los montes vecinos. Entonces compró dos panes y algunos peces y se subió a la montaña, en pleno mes de enero, con nieve abundante. Encontró vacía la celda de aquel ermitaño y se quedó allí, empezando una vida de gran austeridad y oración casi continua.

Las primeras vivencias fueron de una gran paz y alegría espiritual y abundancia de consolación sensible; pero no tardó mucho en llegar la desolación purificadora del alma, con multitud de tentaciones, «lo mismo estando despierto que durmiendo». En los mismos principios de su vida eremítica se trasladó a otra montaña, donde cavó un hoyo debajo de una roca, en el cual con dificultad podía estar en pie o echado. Aquí permaneció tres años.

Empezó pronto el ir y venir de las gentes en torno a él. Le aconsejaban que recibiera la ordenación sacerdotal. Se dejó convencer y partió para Roma, donde fue ordenado sacerdote. De vuelta, al pasar por Monte Murrone, encontró una cueva que le gustó y allí se quedó. Los cinco años que duró su estancia en ella fueron tiempos de tribulación espiritual en torno a la celebración de la misa. Le parecía que, si celebraba, se reuniría gente allí y perdería la soledad, que le ofrecerían limosnas y peligraría su pobreza, y, además, se consideraba indigno. Estaba ya determinado a volver a Roma a pedir consejo al Papa, cuando se le apareció en sueños el abad que le había impuesto el hábito de ermitaño y se cambió entre ellos este diálogo·

— «Celebra misa, hijo, celebra»

— El objeto «Pero, si San Benito y otros muchos santos no quisieron tocar tan gran misterio, ¿como yo, pecador, puedo considerarme digno?»

—El abad respondió «¡Pero hijo! ¿Digno? ¿Quien es digno? Celebra misa, hijo, celebrala con temor y temblor»

El dictamen del confesor concordó. Y desaparecieron las dudas.

El ejemplo de su vida, tan austera soledad, ayuno, oración y la fama de santidad empezaban a atraerle discípulos, cuando tuvo que abandonar Monte Murrone, pues, habiendo sido talados los bosques cercanos y empezando a cultivarse las tierras, peligraba su separación del mundo. Buscando la soledad, se refugió con sus primeros discípulos en otra cueva de Monte Maiella. Su irradiación espiritual creció, y, con ella, el número de discípulos y la devoción de las gentes; muchos dejaban el mundo y se ponían a su disposición para servir a Dios; él los rechazaba cuanto podía, excusándose en sus pocos conocimientos y en su deseo de soledad; pero frecuentemente, vencido por su caridad, los admitía. Así nació la congregación de los «celestinos», cuyos estatutos aprobó Gregorio X en 1274; ya entonces contaba con dieciséis monasterios.

Durante largos años de permanencia en Monte Maiella empezó a manifestarse el abundante carisma de milagros que había de ser una de las características más salientes de su vida.

Se encontraba de nuevo en Monte Murrone, pasando visita a los monasterios de su Orden, cuando, inesperadamente, recibió al arzobispo de Lyón con un séquito de prelados, embajadores del cónclave, notificándole que había sido elegido Sumo Pontífice y rogándole su aceptación. La elección había tenido lugar el día 5 de julio de 1294; el elegido rondaba ya los ochenta años

Su elección llenó de júbilo a amplios sectores de la Iglesia. Su fama de santidad era sólida y muy extendida, y eran muchos —joaquimitas, fraticelos, «espirituales»— los que creían que la barca de la Iglesia necesitaba de un piloto santo y espiritual para ser sacada del atolladero en que parecía encallada. Y aun para los que no compartían esta opinión no dejaba de representar un alivio el hecho de la terminación de un interregno que duraba ya más de dos años, desde el 4 de abril de 1292, en que muriera Nicolás IV. Tanto más cuanto que la persona del santo anacoreta había vencido las disensiones que existían entre los miem-

bros del Sacro colegio —orsinis y colonnas—, obstáculo que había llegado a parecer insuperable. Detrás de este antagonismo se encontraba la influencia creciente que Francia venía ejerciendo sobre el pontificado a partir de la ruptura de éste con la casa imperial de los Hohenstaufen.

Todas estas causas se conjugaron en la gran apoteosis que fue su traslado a Aquila, donde recibió el homenaje de todo el Sacro colegio de cardenales, la consagración episcopal y la coronación como Sumo Pontífice. El rey de Nápoles, Carlos II de Anjou, de quien había sido súbdito hasta entonces, y cuya influencia sobre el nuevo Papa se haría cada vez más avasalladora, y su hijo Carlos Martel, rey electo de Hungría, conducían las riendas del humilde asno en que montaba Celestino V. Tolomeo de Lucca nos cuenta que cuando llegó a Aquila corrían las gentes de los alrededores hacia él para pedirle la bendición, y el futuro santo tenía que estar todo el día en la ventana, reclamado por el clamor de los que pedían les bendijese. El mismo cronista nos dice que para la coronación, que tuvo lugar el 29 de agosto, se congregaron más de doscientas mil personas.

Pero su temperamento insociable, su extrema sencillez y su desconocimiento de las cosas humanas y de los negocios del gobierno le acarrearon enseguida graves dificultades en el ejercicio de su alto cargo.

Contra el consejo de los cardenales, no sólo rehuyó ir a Roma —sobresaltada por luchas ciudadanas—, sino que se trasladó al mismo Palacio Real de Nápoles, donde trató de conjugar su rango pontificio con el deseo de soledad haciendo construir una cabaña dentro de sus habitaciones, a la que se retiraba para no interrumpir las largas horas de oración. Por otra parte, el despacho de los asuntos de la Curia iba de mal en peor, y la supeditación del Papa al rey de Nápoles (segundón de la dinastía francesa de Anjou) llegó al colmo cuando, al crear doce cardenales poco después de su elevación al pontificado, escogió siete franceses y tres súbditos napolitanos.

Ante esta situación caótica, de la que Celestino V no dejó de darse cuenta, se convenció también de su incapacidad, y fue entonces cuando dio el gran ejemplo de humildad y despego de las grandezas y honores de la tierra, y, con ello, la medida de su

perfecta caridad para con Dios. A pesar de que algunos le aconsejaban que dejara el gobierno de la Iglesia en manos de los cardenales y que él se retirara a la oración conservando el honor del Sumo pontificado, quiso que se estudiara la posibilidad de la abdicación del romano pontífice, cuestión confusa y discutida por aquel entonces. Recibida respuesta afirmativa, mandó componer una bula en la que se declaraba que el Papa puede renunciar a sus poderes. De hecho, el Papa no es más que el obispo de Roma, y su aceptación y permanencia en el cargo es libre y, siendo el bien de la Iglesia la suprema ley, puede llegar a darse el caso en que la renuncia sea obligatoria en conciencia. El día 13 de diciembre de 1294 se presentó solemnemente revestido de pontifical ante el colegio cardenalicio y, prohibiendo que nadie le interrumpiera, leyó él mismo la bula y abdicó. Salió del consistorio y volvió a entrar dentro de poco vestido de simple monje. Había gobernado la Iglesia alrededor de cinco meses.

Diez días después era elegido su sucesor Bonifacio VIII. Ante el peligro de cisma que suponía el que muchos exaltados no quisieran reconocer la validez de la abdicación de Celestino V, el nuevo Papa ratificó la dimisión e insertó la bula en el cuerpo del derecho canónico. Entretanto Celestino V, para asegurar su soledad, se había escapado de Nápoles y se encontraba ya cerca de la costa adriática con evidente intención de pasar a Dalmacia Bonifacio VIII mandó guardias a recogerle, siendo conducido al castillo de Monte Fumone, junto a Anagni Defendido allí contra cualquier intento perturbador, pudo continuar su vida ordinaria de oración, soledad y penitencia hasta mayo de 1296, en que murió.

El papa Clemente V le elevó al honor de los altares en 5 de mayo de 1313. Había empezado el cautiverio de Avignon. Triunfaba plenamente aquella política de supeditación a Francia que había seguido San Celestino V y contra la cual había opuesto heroicamente la última resistencia Bonifacio VIII.

JOSE PONT Y GOL

Bibliografía

Act SS Boll, 19 de mayo importantes biografías antiguas y material documental
Opus metricum de vita Scti Caelestini, etc

CANTERA, B., *Cenni storici biografici riguardanti S. Pier Celestino* (Nápoles 1892).
CELIDONIO, G , *Vita di S. Pietro del Morrone, Celestino papa V* (Sulmona 1896).
FINKE, E., *Aus den Tagen Bonifaz VIII* (Munster 1902).
MANN, K. H., *Lives of the Popes in the Middle Ages* (Londres 1925-1929) vol.17, p.247s. Cf. *Analecta Bollandiana,* vols.9, 10, 16, 18.
SEPPELT, F. J., *Monumenta celestiniana* (Paderborn 1921).
TOSTI, L., *Storia di Bonifazio VIII e dei suoi tempi* (Roma 1946).
• Actualización:
BURANI, M., *Celestino V Papa eremita e santo* (Roma 1993).
CONVEGNO STORICO INTERNAZIONALE. L'AQUILA. ATTI:
I, 1984: *Indulgenza nel Medio Evo e Perdonanza di Papa Celestino V* (L'Aquila 1987)
II, 1987· *Celestino V Papa Angelico* (L'Aquila 1988).
III, 1988· *S. Pietro del Morrone, Celestino V nel medioevo monastico* (L'Aquila 1989).
IV, 1989: *Celestino V e i suoi tempi: realtà spirituale e realtà politica* (L'Aquila 1990).
V, 1990: *Magisterium et exemplum. Celestino V e le sue fonti più antiche* (L'Aquila 1991).
VI, 1991: *Celestino V e le sue immagini nel Medio Evo* (L'Aquila 1993).
D'ALESSANDRO, L., *Pietro del Morrone. Presenza spirituale e valorizzazione culturale* (Chieti 1993).
PROJA, G. B., *S. Pietro del Morrone. Eremita, fondatore, papa Celestino V* (Colli 1995)

SAN IVÓN DE BRETAÑA

Presbítero († 1303)

Ivón Hélory nació en el castillo de Minihy, próximo a Tréguier, el 17 de octubre de 1235. En 1249, contando catorce años de edad, marchó a París con su preceptor Juan de Kerhoz, donde estudió derecho canónico, pasando en 1273 a la Universidad de Orleáns por su especial renombre en leyes, distinguiéndose por su aplicación e inteligencia. Regresó a París en 1274, donde permaneció tres años estudiando teología, admirando a sus maestros y colegas por su seriedad, piedad y caritativo corazón.

Concluidos los estudios accedió al cargo de juez del archidiácono de Rennes y al poco tiempo su obispo, Alano de Bruc, lo reclamó para que ejerciese en su diócesis. Sus excelentes cualidades humanas y señaladas virtudes movieron al indicado prelado a invitarle a recibir el presbiterado que, con gran humildad y espíritu obediente, recibió. Su tribunal se convirtió en refugio de todas las causas de pobres y marginados de su tiempo. No hubo en su época abogado más prestigioso, querido y admirado, siendo reconocido por todos como el «abogado de los pobres», pues defendía a los ignorantes y villanos que estaban a merced de los poderosos con un desinterés poco común.

Actuaba con mucha prudencia, y sobre todo con profunda humildad y honradez.

Durante cinco años fue párroco de Trédez (1287-1291), y en 1292 recibió la parroquia de Louannec, dedicándose a renovar la vida espiritual de sus feligreses con gran empeño, construyendo un hospicio y orfanato para ancianos y niños. Hombre de palabra, lector infatigable de la Biblia, culto y noble, se convirtió en modelo de santidad sacerdotal en un tiempo en que los obispos, monjes y religiosos precedían a los pastores de almas en ejemplo de vida y en la enseñanza de la Palabra de Dios. Juez eclesiástico incorruptible y benévolo con los humildes y los pobres, se entregó al pastoreo como celoso párroco y a la evangelización de las gentes, ocupación del ministerio sacerdotal no demasiado común en aquella época.

Su preocupación por predicar el evangelio a ignorantes y labradores le movió a misionar por los pueblos de la región, granjeándose una admiración y estima general. Su vida ascética y ásperas penitencias le señalaban como un testigo cualificado del evangelio de Jesucristo. En 1298 se retiró a Kermartin, donde falleció el 19 de mayo de 1303. Su fama de santidad fue tan grande que el proceso comenzó al poco tiempo (1330), incluyéndolo Clemente VI (papa en Avignon) en el *Martirologio romano* como santo el 19 de mayo de 1347. La rapidez del proceso confirma el admirable ejemplo de vida de este sacerdote, abogado defensor del derecho de los huérfanos y pobres.

Desde su canonización su tumba en Minihy se convirtió en lugar de peregrinación, y en la catedral de Tréguier el duque de Bretaña Juan V hizo erigir un monumento en su honor. En París se fundó una cofradía cuya capilla fue consagrada en 1377, aunque por su extraordinaria majestuosidad es más famosa en la historia del arte la iglesia romana de Sant'Ivo della Sapienza, obra maestra del Borromini, erigida en la antigua universidad de Roma como santo patrón de los juristas. Su patronazgo incluía a los profesores del derecho, magistrados, abogados, notarios y procuradores judiciales, como defensor de litigantes desamparados víctimas de engaños.

En el aniversario de su muerte se celebraba una solemne procesión con la reliquia de la cabeza del santo de la catedral de

Tréguier a Minihy, que fue conocida como el «gran perdón de San Ivón», a la que asistía una gran multitud de fieles. Durante la guerra de los *Cien años* el duque de Bretaña acordaba una tregua con los ingleses para poder asistir a esta célebre festividad.

Su culto lo propagaron especialmente los marineros bretones, extendiéndose al final de la Edad Media por toda la cristiandad. Desde 1924 es patrono secundario de Bretaña, siendo uno de los santos más populares del norte de Francia. Su iconografía lo muestra siempre entre el rico y el pobre, que no mendiga, sino pide justicia

ANDRES DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

Bibliotheca sanctorum (Roma 1992) cols 998 1002

Martyrologium romanum, o c , 276

RI AU, L , *Iconografia del arte cristiano* T 2, vol 4 *Iconografia de los santos,* G O (Barcelona 2001) 132 135

VAUCHEZ, A , *La sainteté en Occident aux derniers siecles du Moyen Age d'apres les proces de canonisation et les documents hagiographiques* (Roma 1988) cols 358 364

SAN TEÓFILO DE CORTE

Presbítero († 1740)

En el *Martyrologium romano-seraphicum* encontramos bajo el epígrafe *Quatuordecimo Kalendas Iunii.*

> «San Teofilo de Corte, en Fucecchio, de Etruria, sacerdote y confesor, de la Orden de los Menores, propagador de los sagrados retiros, gran devoto de la Pasion del Señor y de la Virgen Madre de Dios, consagro su vida a visitar a los pobres y enfermos, a la oracion y predicacion y a recibir la confesion de los penitentes»

Supo hacer honor a su nombre de religión· «amigo de Dios». Aunque en el bautismo había recibido el de Blas, Biagio de Signori, como sería llamado en su Corte natal. Allí, en la hermosa isla mediterránea de Córcega que, por entonces, ya había pasado de la corona española a manos genovesas, nació nuestro protagonista un treinta de octubre de 1676, hijo de Giovanni Antonio y Maddalena Arrighi.

En esta familia, acomodada y piadosa, aprendió el pequeño Biagio el santo temor de Dios, y en aquel hogar creció respirando a pleno pulmón la devoción al Poverello de Asís y a sus hijos: los Signori eran bienhechores de los franciscanos de Corte, en cuya iglesia poseían, incluso, su propia sepultura.

Con su ejemplo y enseñanzas, aquellos padres, fervientes cristianos, iban contribuyendo a que en el alma del niño fuese haciendo madurar el Espíritu Santo el don sobrenatural de la vocación a la Orden seráfica. No debía de extrañarles, pues, que tras una infancia inocente y una adolescencia forjada en la virtud, manifestara el joven hijo, a sus dieciséis años, su decisión firme de abandonar el mundo para unirse a los hijos de San Francisco. No debía de extrañarles, pero... les cogió de sorpresa la determinación de Biagio. Tanto, que habiendo concebido sobre él otras ilusiones y proyectos, se opusieron enérgicamente, en un principio, a su vocación.

El muchacho, que habría de manifestar su acerado temple en no pocas ocasiones a lo largo de su vida, no estaba dispuesto a claudicar: el ideal de consagrarse a Dios era en él más fuerte que los lazos de la carne. Escapándose de la casa paterna, se refugió en el convento de los capuchinos, adonde fueron a buscarlo sus familiares para llevárselo de nuevo con ellos. Vuelto a casa, e inamovible en su santo propósito, Biagio consiguió al fin arrancar el permiso a sus progenitores, poniéndole éstos la condición de que, al menos, tomase el hábito de los «franciscanos observantes», religión algo más suave que la de los capuchinos. Y así, el 21 de septiembre de 1693, cuando aún no había cumplido diecisiete años, vestía Biagio el pardo sayal franciscano entre los Menores Observantes del vecino convento de San Francisco de Corte (hoy desaparecido), tomando el nombre de Teófilo, cuyo significado llenará plenamente en su vida de consagrado.

Emitida su profesión religiosa tras el año canónico de noviciado, el 22 de septiembre de 1694, permaneció por dos años en Córcega, y en 1696 fue destinado al convento de Santa María in Aracoeli, en Roma, donde realizó los estudios de filosofía. La teología la cursó en el convento, hoy monumental, de Santa María Nova, en Nápoles, donde recibió la ordenación sacerdo-

tal el 30 de noviembre de 1700, a sus veinticuatro años. Uno después recibiría las licencias para predicar.

Hay que notar que aquel corso, cuya juventud se había mecido entre el rumor de las olas del Mediterráneo, ahora ya permanecerá para siempre en el continente, sin otra excepción que una vuelta a su isla natal treinta años más tarde para, luchando con mil dificultades, establecer en Córcega uno de sus famosos «Retiros»...

A sus veinticinco años, fray Teófilo ha sido nombrado en la Orden predicador y lector: los superiores han visto en él capacidad suficiente de doctrina y de virtud para ejercer con fruto el delicado ministerio de enseñar. Pero... Dios tiene otros designios sobre su siervo. Para prepararse a su tarea docente, se traslada de Nápoles a Roma, deteniéndose unos días en el convento de San Francisco, en Civitella San Sisto (actual Bellegra), cerca de Subiaco. En aquel austero y escondido cenobio, perfumado por entonces con las virtudes de su guardián, Santo Tomás de Cori, siente Teófilo vivísimos deseos de vivir ignorado de todos, vacando a Dios en asidua oración y generosa penitencia. Cuando lo consulta con el superior, fray Tomás, éste le alienta a realizar lo que considera una inspiración divina. Pero Teófilo había parado en Civitella provisionalmente, ¿qué hacer? Reanudará su viaje a Roma y, durante él, comenzará el Señor a manifestar su voluntad. En Tibur, donde se detiene el viajero, tiene una peligrosa caída, rompiéndose gravemente un fémur. Trasladado a Roma, tarda mucho tiempo en sanar. Y entre tanto, se muestra claro en su alma el querer de Dios, que lo destina al suave apostolado —no menos fecundo que el ruidoso y agitado— de la oración en el retiro, para volcarse luego en los demás, con palabras encendidas y ejemplos virtuosos. Y así, con la anuencia de los superiores retorna a Civitella, como miembro efectivo o religioso conventual de aquel eremitorio, en el que permanecerá hasta 1709, siete largos años en los que se forja y sedimenta su vocacion ermitaña, entregado alli a la mas alta contemplación. El que es ahora su maestro, Santo Tomás de Cori, será más tarde su compañero de correrías apostólicas, en continuo pugilato sobre quién de los dos ha de ser más humilde, más mortificado y pobre y de mayor abnegación y sacrificio

en la siembra espiritual de los favores acumulados en las asperezas del retiro de Civitella.

En 1709 fue destinado Teófilo al Retiro de Palombara Sabina (Roma), establecido pocos años antes por Tomás de Cori, y en 1713 fue nombrado superior de aquel convento. En 1715 vuelve a Civitella, donde vivirá doce años y será superior hasta 1718. Reelegido en 1724, obtiene una prudente reducción de los ayunos en el «Retiro»: se limitarán a los viernes de marzo y las vigilias de las fiestas de la Virgen, de San Francisco y San Antonio.

De nuevo, en 1727, es destinado a Palombara, para restaurar la primitiva disciplina según los deseos de Santo Tomás de Cori, lo que logró enseguida merced a su elevado espíritu seráfico, un ferviente celo apostólico y eficaces dotes de gobierno.

En 1729 emprende de nuevo el camino del Retiro de Civitella, privado ahora de la presencia de Tomás, fallecido pocos días antes. Teófilo será su heredero y su más fiel continuador. Y ello quedará tan patente a los ojos de todos, en especial de los superiores, que, cuando un año más tarde se decida la erección de un retiro en Córcega, el elegido para fundarlo será fray Teófilo, no sólo por ser nativo de la isla, sino, sobre todo, por sus innegables dotes espirituales y morales. Partirá, pues, en 1730, y después de inútiles tentativas de establecer el «Retiro» en varios conventos (Campoloro, Nonza, Caccia, e incluso su villa natal de Corte), se escogió el de Zùani, donde se inició el nuevo régimen de vida en mayo de 1732, quedando el santo como superior provisional, y siendo confirmado en el cargo el 20 de diciembre del mismo año.

En 1734 fue reclamado por el ministro provincial a Roma y en enero de 1735 fue nuevamente elegido superior de Civitella, donde sólo ejercería un año el cargo de guardián, porque en enero de 1736 los superiores lo envían a fundar un nuevo «Retiro» en Toscana. Sería el convento de la Virgen de Fucecchio, cerca de Florencia, en la margen derecha del Arno, donde Teófilo comenzó a ser superior el 20 de abril de 1736, y lo sería hasta el fin de su intensa y laboriosa vida, viviendo allí desde ahora con preferencia e irradiando desde aquel Retiro la luz de su santidad y su influencia bienhechora en las almas. Al principio de la

fundación de Fucecchio tuvo dificultades y adversidades, muchas y graves, para introducir las severas prácticas de los Retiros e ir perfeccionándolas paulatinamente. Bajo la experta guía de su santo guardián el convento se afirmó, constituyendo pronto un centro de verdadera atracción espiritual.

A pesar de su constante retiro crecía, imparable, la fama del solitario de Fucecchio. Los obispos solicitaban con empeño su presencia en sus diócesis para dar misiones o retiros espirituales, de los que Teófilo sabía sacar el mayor fruto para las conciencias, por lo que acudía solícito sin reparar en sacrificios ni penalidades, ni en lo débil de su salud. Predicador excelente y persuasivo, aparecía en medio del pueblo como un mensajero de bondad, portador incansable de la Palabra de Dios. Las multitudes le seguían, anhelosas de sus enseñanzas, o de abrir sus almas en la intimidad del confesonario, para el que Dios le había concedido un don especial de consolar e iluminar las conciencias más enmarañadas y llenas de angustia. Acompañaban al santo los prodigios y milagros, efectuando numerosas curaciones con su oración y la señal de la cruz. Tuvo en alto grado el don de profecía y el de leer en el interior de los corazones, con cuyo medio obtuvo los mayores éxitos en el tribunal de la penitencia. Allá donde él predicaba, la vida cristiana adquiría nuevos ritmos de fe y de apostolado.

La actividad de su vida interior era riquísima también en dones sobrenaturales. A una devoción encendida a los misterios de la Eucaristía y la Pasión del Salvador unía un amor ternísimo a la Virgen María, a la que acudía con sencillez de niño para con su madre, infundiendo estos mismos amores en las almas de cuantos trataba. En su porte exterior había un atractivo espiritual tan acentuado, que muchos pecadores, aun antes de escuchar su palabra, con sólo mirarlo, sentían despertarse dentro de sí una profunda contrición.

Delicado en la dirección de las almas y paciente hasta el extremo, aunque por temperamento era fogoso y arrebatado, Teófilo de Corte no tuvo una vida fácil en su empeño de promover los «sagrados Retiros». Pero superó toda clase de dificultades con la dulzura y la tenacidad, suavizando todas las asperezas. En tantos y continuos trabajos era el primero en cumplir

las rigurosas leyes de los conventos de retiro, en que siempre vivió, pese a su quebrantada salud. De todas estas contradicciones y vicisitudes da cuenta el santo en sus numerosas cartas al padre Scalabrini, a la sazón ministro provincial de la Toscana. Es lástima que otros escritos suyos, de carácter formativo y espiritual, se hayan perdido. Presumimos reflejarían al religioso amantísimo de la pobreza, que buscaba siempre para sí lo más vil y despreciable, y tan fiel y exacto en la virtud de la obediencia, que aun en cosas muy ásperas no sufría la más pequeña demora entre el mandato y la ejecución.

Recogido en su amada soledad de Fucecchio, le acometió una breve enfermedad y, sintiendo llegar la muerte, pidió perdón a sus hermanos en términos conmovedores por las faltas que pesaban sobre su delicadísima conciencia, y que para los demás no eran consideradas sino virtudes admirables, dignas de un santo. Recibidos los santos sacramentos con su fervor y entusiasmo característicos, se durmió en el Señor a los sesenta y cuatro años y medio, el 19 de mayo de 1740.

Ese mismo día comenzaron los prodigios en su sepulcro y los grandes concursos de gentes, venidas de todas partes a pedir remedio para sus males a aquel que en vida llamaban padre a boca llena. Diez años más tarde se incoaba el proceso canónico para su beatificación. Algunos de los testigos recordaron entonces que, cuando algún tiempo atrás hubo de presentarse fray Teófilo ante un tribunal eclesiástico para deponer en el proceso de beatificación de su maestro Santo Tomás de Cori, el obispo de Nicotera, hondamente impresionado a la vista del santo, dijo cuando se retiró éste:

> «Hoy se ha presentado un santo a testificar de otro santo, y os aseguro que el padre Teofilo es mas santo que el padre Tomas, y que se hara en su dia por aquel lo que estamos haciendo hoy por este »

De hecho, Teófilo llevaría la delantera a Tomás en los honores de la glorificación.

Teófilo de Corte fue declarado venerable por el papa Benedicto XIV el 21 de noviembre de 1755. Beatificado por León XIII el 19 de enero de 1896 (Breve de beatificación, 24-9-1895), al fin, el 29 de junio de 1930, en virtud de nuevos

milagros realizados por su intercesión, el solitario de Fucecchio y apóstol de toda la diócesis de San Miniato era canonizado por Pío XI.

Juan XXIII, en uno de sus cortos viajes por Italia, decidió visitar, fuera de programa, el convento franciscano de Bellegra (antigua Civitella). Era el 25 de agosto de 1959. Entre la alegría de recibir al Sumo Pontífice y la ausencia de preparación adecuada para tan alta e inesperada visita, los frailes presentaron al Santo Padre sus excusas. Pero el buen papa Juan (hoy Beato Juan XXIII) les confesó que se encontraba a sus anchas en aquel «Retiro», en el que el Beato Tomás de Cori (no sería canonizado hasta el 21 de noviembre de 1999, por Juan Pablo II) había mantenido una singular «competición» con San Teófilo de Corte, iniciador de los «Retiros», apostando ambos por la «dama pobreza».

ALBERTO JOSÉ GONZÁLEZ CHAVES

Bibliografía

BATAGLIA, V (ed), *Il ritiro «S Francesco» presso Bellegra tra pasato e futuro Storia e interpretazione di una esperienza francescana* (Roma 1987)

CHECCHI, V, *Storia del ritiro francescano della Vergine presso Fucecchio* (Florencia 1937)

CRISTIANI, L, *Une gloire de la Corse Saint Theophile de Corte, 1676-1740* (Crepieux-la-Pape, Ain, 1951)

DOMENICHELLI, T., *Vita del B T di Corte dell'Ordine dei Minori* (Quaracchi 1896)

DOMINICI, A, *S Teofilo da Corte* (Pistoia 1930)

FERNANDEZ ESPINOSA, L M, *Año serafico* (Madrid 1932)

FERRINI, G - RAMIREZ, J G, *Santos franciscanos para cada dia* (Asís 2000)

GONZALO DE CORDOBA, *Del solar franciscano* (Madrid 1957).

Martyrologium romano-seraphicum (Roma 1953).

MONASTERIO, A A, *Martyrologium franciscanum* (Roma 1938)

PAOLETTI, L, *Cenni sulla vita del Ven Teofilo da Corte* (Lucca 1852)

ROMA, C DA, *Memorie istoriche delle chiese e dei conventi dei Fratri Minori della Provincia Romana* (Roma 1845) 362s

SAN CRISPÍN DE VITERBO

Religioso († 1750)

Crispín de Viterbo, Pedro Fioretti en el siglo, religioso italiano de la Primera orden de San Francisco nacido en la ciudad de su apellido el 13 de noviembre de 1668, fue canonizado en Roma por Su Santidad Juan Pablo II el 20 de junio de 1982: pri-

mera canonización de su pontificado. Descendiente de modesta familia, fray Crispín recibio en el bautismo el nombre de Pedro, y de sus padres Ubaldo y Marcia Fioretti, una profunda, esmerada, fina educación cristiana. Frecuento en su infancia la escuela del pueblo y, aunque débil de constitución, empezó luego a imponerse duras penitencias privadas y, en el humilde trabajo de zapatero, a darle con ahínco, en calidad de aprendiz, al martillo, la lezna, las suelas y el tacón. Huérfano pronto de padre, corrió con su educación religiosa de niñez la madre. Como un redivivo Jesus de Nazaret, su vida transcurrió hasta los 25 años en el taller de un tío suyo que era zapatero.

Cuentan las crónicas capuchinas el testimonio siguiente puesto en boca del protagonista, con estilo, por cierto, sencillo y desenfadado y casi como de novela·

> «A pesar de que me consideran un santo alegre, la impresion que me queda de mi infancia es la muerte de mi padre, Ubaldo Menos mal que mi tio Francisco —su hermano— me queria mucho y me envio, primero, a la escuela de los jesuitas para que aprendiera gramatica y, despues, me acogio como aprendiz en su taller de zapatero, donde estuve hasta los veinticinco años en que me fui a los frailes Recuerdo que, de pequeño, me daba por ayudar en las misas y ayunar, y como era de natural delgaducho y enfermizo, mi tio solia decirle a mi madre "Tu vales para criar pollos, pero no hijos ¿No ves que el niño no crece porque no come?" Y en adelante el se fue encargando de hacerme comer, pero al ver que seguia igual de pequeño y escuchimizado se dio por vencido y le dijo a mi madre "Dejale que haga lo que quiera, porque mejor sera tener en casa un santo delgado que un pecador gordo"»

El hecho es que, deseoso de llevar vida austera y consagrada por entero a Dios, el 22 de julio de 1693 el joven ingresa en el noviciado del convento de los Hermanos menores capuchinos de Palanzana, cerca de su ciudad natal Hecha al año siguiente la profesión religiosa, le llega su primer destino: ayudante de cocina en el convento de la Tolfa. La profesión es pretexto, entre otras cosas, para cambiar el nombre de Pedro por el de Crispín en homenaje a San Crispín, patrono de los zapateros. Conventual en diversos conventos, suena en 1709 la hora del traslado a Orvieto Allí desempeña el oficio de limosnero, y en aquellas tierras orvietanas permanece casi cuarenta años. En estos destinos supo siempre dar muestras de alegría y destreza para ejercer

los oficios encomendados por los superiores. De austerísima pobreza, ferviente oración y profunda humildad, asiduo en trabajos y ayunos, maceró su cuerpo con aspérrimos cilicios y frecuentes disciplinas.

Su personalidad ascética, su comportamiento como juglar del buen Dios y su aire a lo trovador de nuestra Señora dejaron luego entrever al celebrado instrumento de la Providencia. Amante de la pobreza, dotado de un ánimo generoso y sensible a las manifestaciones jubilosas, pleno de caridad y claridad y de fraterna preocupación por los pecadores, pobres, encarcelados, niños sin hogar, se las ingeniaba para ser útil y obsequioso con todos sin excepción, y lo sabía ser, además, desde los diversos oficios: lo mismo probando a cultivar berzas y garbanzos en calidad de hortelano, que ejerciendo de enfermero, cocinero y limosnero.

Jovial por temperamento y en armonía con el carisma de Asís, ponía todo su empeño en hacer amar la virtud y alegrar al triste: con edificante simplicidad de espíritu entonaba canciones, construía altarcitos para honrar a nuestra Señora, «Madre y Señora dulcísima» solía llamarla, y, si hacía al caso, le daba contento y feliz al endecasílabo componiendo inspirados versos o simplemente recitándolos sin arredrarse. A un hermano de la comunidad que un día se atrevió a reprocharle este modo de actuar como inconveniente a su estado, le respondió resuelto:

> «¡Yo soy el heraldo del gran Rey! Dejame cantar como cantaba San Francisco Estos cantos produciran bien en el animo de quien escuche Pero siempre con la ayuda de Dios y de su gran Madre»

Dotado de un especial don para enjugar lágrimas, consolar a los enfermos y subvenir al desvalimiento de los débiles, él por su parte tenía también tacto y finura bastante como para que sus paisanos se le hiciesen cariñoso y alegre auditorio en derredor, pendientes de su palabra o atraídos por su actitud; quién más, quién menos, personas todas menesterosas de su oración y de su consejo. Su ilimitada confianza en la Providencia, fruto de una estrechísima union con Dios, se vio a menudo recompensada del cielo con milagros y carismas. Buscaba él, pues, y por doquier era buscado.

Hasta prelados, nobles y doctos llamaban a su puerta en pos de la luz que su interior irradiaba, en busca de su alma traslúci-

da, hecha sugerencia y puro exhorto, el típico de la sabiduría que atesoran los humildes. De ahí que tampoco su actitud modesta y sencilla cambiase por ello en modo alguno. Al término de jornadas agotadoras, extenuantes, cuando a uno ya no le quedan arrestos para nada, su refugio solía ser la oración ante el Santísimo Sacramento o a los pies de la Virgen María. El mismo papa Clemente XI se deleitaba en afable coloquio con el humilde capuchino. Roto por el cansancio y las penitencias, pasó los últimos años de su vida en Roma, convento de la Santísima Concepción, Via Vittorio Véneto.

Refieren los biógrafos de nuestro humilde Crispín que el cardenal Trémouille, embajador del rey de Francia, hallándose gravemente enfermo, hizo llamar ante sí al santo religioso, quien lo curó luego con sus oraciones. Asimismo, que mientras un día el Papa escuchaba la misa en la iglesia de los capuchinos, su camarero fue aquejado de gravísimos dolores, fenómeno que le sucedía con frecuencia y que ningún médico había sido capaz de remediar. Crispín lo condujo al altar de la Virgen y la curación fue instantánea. A los ochenta y dos años, un 19 de mayo de 1750, la llama viva de su vida se apagó serenamente en el citado convento romano, camino de la luz. A partir de ese instante una turba incontable de fieles y devotos acudió presurosa para orar ante sus restos, y con ánimo, por supuesto que también, de hacerse con alguna reliquia. Los milagros empezaron a multiplicarse, diríase que por ver de ensalzar más y más al siervo de Dios, pues desde entonces no hicieron sino acreditar y acrecentar la fama de santo que había sido el distintivo de su vida.

Al poco tiempo de su piadosa muerte, fue incoado el proceso informativo sobre la fama de santidad y de las virtudes. Su causa fue introducida el 16 de septiembre de 1761 y el decreto sobre la heroicidad de las virtudes promulgado el 7 de julio de 1796. El 18 de mayo de 1804 llegó el visto bueno sobre los dos milagros, y el 26 de agosto de 1806, Pío VII lo inscribía en el catálogo de los beatos. A partir de ahí el número de celestes favores por intercesión del beato Crispín no hizo sino crecer. Fue elegido entre ellos el de la curación obtenida por Rinaldo Crescia de una grave úlcera varicosa para proponerlo al examen de

la Sede Apostólica. Se instruyó el proceso sobre este supuesto milagro en la curia episcopal de Viterbo, años 1958-1960, y la Sagrada Congregación para las Causas de los Santos decretó su validez el 18 de marzo de 1977. Superados los dictámenes del consejo de médicos, de cardenales y de la plenaria de la Congregación durante 1978-1979, el papa Juan Pablo II, oído el cardenal Mozzoni, relator de la causa, mandó el 1 de junio de 1979 promulgar el decreto sobre la curación milagrosa. Era dar luz verde para la canonización.

Volviendo a las crónicas y florecillas franciscanas autobiográficas, he aquí otro retazo semejante al anterior, con ese estilo impropio de la época, pero muy pegadizo y ágil para el momento actual:

> «La gota que colmo el vaso para que me decidiera a hacerme capuchino —refiere fray Crispin— fue el ver a un grupo de novicios que habia bajado a la iglesia con motivo de unas rogativas para pedir la lluvia En realidad ya lo habia pensado mucho y habia leido y releido la *Regla de San Francisco,* por lo que mi opción era madura Ademas, no queria ser sacerdote sino, como San Felix de Cantalicio, hermano laico De modo que inmediatamente me fui a hablar con el Provincial, quien me admitio en la Orden, pensando que ya estaba todo superado, pero no fue asi»
>
> «Los primeros que se opusieron —y sigue dandole vueltas a las peripecias de la vocacion— fueron mis familiares, empezando por mi madre La pobre ya era mayor y con una hija soltera a su cargo, ademas, no comprendia que, habiendo hecho los estudios con los Jesuitas, quisiera ser laico y no sacerdote Sin embargo, la decision estaba tomada Procuré que las atendieran unas personas del pueblo y me marché al noviciado Cuál no seria mi sorpresa al comprobar que, a pesar de haberme admitido ya el Provincial, el maestro de novicios se negaba a recibirme Ante mi insistencia me contesto "Bueno, si al Provincial le compete el recibir a los novi cios, a mi me toca probarlos" Y bien que me probo»

El estilo directo y narrativo continúa:

> «Lo primero que hizo fue darme una azada y enviarme al huer to a cavar mañana y tarde En vista de que yo resistia, me mando como ayudante del limosnero para que cargara con la alforja, a ver si aguantaba las caminatas bajo el sol y la lluvia Y las aguante Por ultimo, no se le ocurrio mejor cosa que nombrarme enfermero para que atendiera a un fraile tuberculoso No lo debi de hacer del todo mal, pues tanto el enfermo como el maestro de novicios se ufanaban, cuando ya eran viejos, de haberme tenido como enfer-

mero y como novicio. Una vez profeso, me enviaron por distintos conventos, hasta que recalé en Orvieto. Allí estuve durante cuarenta años de limosnero; es decir, toda mi vida, pues sólo me llevaron a Roma para morir».

El remate a esta faena de sinceridad y sinceración autobiográficas termina como sigue:

«Durante los cincuenta años que estuve con los frailes hice de todo menos de zapatero, que era mi profesión. Fui cocinero, enfermero, hortelano y limosnero; y es que yo no era una bestia para estar en la sombra, sino al fuego y al sol; es decir, que debía estar o en la cocina o en la huerta. Sin embargo la mayoría de mi vida se quemó buscando comida para los frailes y atendiendo las necesidades de la gente».

El testimonio del humilde hermano se pierde para cualquier lector curioso y ávido de noticias por los vericuetos de una sencilla narración lírica que suena como venida del cielo gracias a la pluma de algún contemporáneo que hace de amanuense, es decir, de inspirado recopilador de estas simpáticas historias.

Sabemos así que lo primero que hacía antes de salir del convento era cantar el *Ave, maris stella*. Y después, rosario en mano, a prodigarse en el santo ejercicio de la limosna. Para no perder tiempo le pedía antes al cocinero qué necesitaba, y de ese modo se limitaba a pedir únicamente lo necesario. Como abundaban los pobres, ¡y cuándo no!, procuraba dirigir las limosnas sobrantes a una casa del pueblo para que desde allí se redistribuyesen. Ello le permitía satisfacer a la vez la solidaridad de los pudientes y la necesidad de los indigentes. Convencido de que gran parte de la miseria proviene de la injusticia, le faltaba tiempo para llegarse hasta los patronos a protestar de sus abusos. Su visita a los enfermos y encarcelados no sólo iba acompañada de buenos consejos sino, dentro de lo posible, claro es, del remedio a sus necesidades.

La gente salía de su presencia con la sensación del milagro. Hasta trozos del manto le cortaban a veces para reliquia, lo que una vez arrancó este grito de su profunda humildad:

«Pero ¿qué hacéis? Cuánto mejor sería que le cortaseis la cola a un perro [...]. ¿Estáis locos? ¡Tanto alboroto por un asno que pasa!».

Mucho le ayudó la Virgen en su opción por Cristo. Él se lo agradecía con detalles, como cuando, en un arranque de puro y

simple franciscanismo, colocó una imagen de la Señora en una pequeña cabaña, y delante esparció restos de semillas y migajas de pan para que se acercasen los pájaros, se alimentasen y cantasen para alabanza de toda la creación a la Madre de Dios.

El reuma y la gota dieron con sus huesos en la enfermería de Roma. Pero ni allí dejaba de acudir gente cada día. Se dice que para no estropear la fiesta de San Félix le aseguró al enfermero que no se moriría ni el 17 ni el 18. Y, efectivamente, el Señor se lo llevó el 19 de mayo de 1750.

> «Quien ama a Dios con pureza de corazon —habia sentenciado a menudo—, vive feliz y muere contento»

Y también·

> «El poder de Dios nos crea, su sabiduria nos gobierna, la mise ricordia nos salva»

En la homilía de canonización, Juan Pablo II fue tejiendo la dorada aureola de esta espléndida biografía de sencillez franciscana, para regocijo y honra de los Frailes Menores Capuchinos en el año conmemorativo del VIII centenario del nacimiento de San Francisco. La Iglesia nos asegura que combatió la buena batalla, mantuvo la fe, perseveró en la caridad y alcanzó la corona de justicia que le había preparado el Señor (cf. 2 Tim 4,7-8). Perseveró, sí, ante el Señor y en su servicio durante la vida terrena, y el Señor ahora es su herencia feliz para siempre (cf. Dt 10,8-9).

Por seguir a Cristo Jesús se negó a sí mismo y tomó su cruz, la tribulación diaria, sus limitaciones personales y las ajenas, preocupado sólo de imitar al divino Maestro, y así salvó perfecta y definitivamente su vida (cf. Mt 16,23-25). El mensaje de santidad de fray Crispín de Viterbo pregona desde el marco de aquellos tiempos del absolutismo del Estado, de luchas políticas, nuevas ideologías filosóficas, inquietudes religiosas (piénsese en el jansenismo), de alejamiento progresivo de los argumentos esenciales del cristianismo, para que sigamos alerta y no bajemos nunca la guardia frente al consumismo y bienestar de esta sociedad nuestra, periódicamente tentada de falsa autonomía y de oposición a las categorías evangélicas, y por ello necesitada de Santos, o sea, de modelos que expresen concretamente con la vida la realidad de la trascendencia y el valor del Reino.

En el llamado siglo de las luces, rebosante de autosuficiencia, ésta fue la misión de San Crispín de Viterbo, sencillo religioso en quien encontraron pragmatismo elocuente las palabras proféticas de Jesús: «Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes y se las has revelado a pequeños. Sí, Padre, pues tal ha sido tu beneplácito» (Mt 11,25-26). Dios hace maravillas por obra de los humildes, incultos y pobres, para que se reconozca que todo progreso salvífico, incluso terreno, responde a un designio de su amor.

El primer aspecto de santidad que Juan Pablo II quiso resaltar en San Crispín ese día fue la *alegría*. Alegría franciscana, ciertamente, comunicativa y abierta en su caso a la poesía, nacida sobre todo de un amor grande al Señor y de una confianza invencible en su Providencia. El segundo fue su *heroica disponibilidad para con los hermanos* y también *para con los pobres y necesitados* de todas las categorías, de suerte que mientras él pedía humildemente medios de subsistencia para su familia conventual, su tarea principal consistía en prestar ayuda espiritual y material hasta transformarse en expresión viviente de caridad. ¡Casi nada! Se comprende que su incansable dedicación, en el campo religioso, al empeño caritativo por la paz, la justicia y la prosperidad, despertase reconocimiento y buen corazón de parte de sus beneficiados.

Destacó también el Papa la *catequesis itinerante* del hermano, un «lego docto» que cultivaba la doctrina cristiana con los medios a su disposición, sin descuidar instruir a los otros en la misma verdad. El tiempo de pedir limosna era, para él, providencial espacio de evangelización con aquel lenguaje suyo directo, sencillo, inconfundible, agradable, lleno de máximas y aforismos. Una sabia catequesis la suya, encantadora y atractiva para eminentes eclesiásticos y personajes de la vida civil. Las máximas le brotaban de un corazón iluminado por la fe, robustecido por la esperanza y enardecido por el amor.

Tampoco podía faltar la devoción a *María Santísima,* tierna y vigorosa a un mismo tiempo. «Señora Madre mía» hemos dicho que la llamaba. Sí, a su poderosa intercesión confió siempre nuestro sencillo y ocurrente trovador mariano su actividad li-

mosnera, comprendidas las encomiendas de quienes, a cambio de la dádiva, le rogaban a el la otra limosna, la de su oración por casos y situaciones graves. Súplica que arrancaba este habitual comentario· «Dejame hablar un poco con mi Señora Madre y después vuelve».

Admirable lección de vida escondida y obediente, enjoyada de caridad y sabiduría estimulante, la de San Crispín. Mensaje para la humanidad de hoy en la más pura línea franciscana. Y para esta generación en ocasiones fría y proteica, ejemplo de humilde y confiada entrega a Dios, de amor a la pobreza y a los pobres, de pasión por la Iglesia y de confianza en María. La itinerancia de San Crispín puede servir, en suma, de acicate para cumplir, entre gozos y dolores, fatigas y esperanzas, la voluntad del Dios Trinidad.

La confidencia de Juan Pablo II luego, durante el rezo del *Angelus,* es significativa:

> «Hoy me ha sido concedido inscribir en el catalogo de los San tos a uno de ellos San Crispin de Viterbo Es la primera vez que durante mi servicio en la sede de San Pedro tengo la gozosa suerte de llevar a cabo una canonizacion [ ] El santo de cuya elevacion a los altares hoy se regocija la Iglesia, ¿no pertenece quiza a la particular familia franciscana de santidad? Cuan bello es que justa mente con ocasion del VIII centenario del nacimiento del Serafin de Asis ella obtenga una nueva contraseña de santidad [ ] Efectivamente, tambien el santo proclamado hoy, fray Crispin de Viterbo, aun siendo hijo fiel y seguidor coherente de San Francisco, presenta una fisonomia suya personal y una singular respuesta a su propia vocacion religiosa Amante de la pobreza y de los pobres, lleno de confiado abandono en la Providencia, ejemplar en su servicio a todos los necesitados, se distinguio por la sabiduria de sus inspirados consejos y por una catequesis itinerante ejercida con virtuosa modestia y serenidad excepcional»

PEDRO LANGA, OSA

Bibliografía

AAS 74 (1982) 987 990

«Angelus del domingo 20 de junio de 1982» *Ecclesia* (1982) n 2084, p 7

«Crispin de Viterbo († 1750)», en J A MARTINEZ PUCHE (dir), *Nuevo ano cristiano Mayo* (Madrid 2001) 383

Martyrologium romanum, o c , 276, n 12, 682

MICO, J , OFM Cap , «De San Crispin de Viterbo (1668 1750) Un santo alegre [Di rectorio franciscano Santoral franciscano]», en *El Propagador de las Tres Avema rias Revista mariana de los PP capuchinos* (1999) n 818, p 7 9

L'Osservatore Romano (ed. en español) (27-6-1982).
SACRA CONGREGATIO DE CAUSIS SANCTORUM, «*Romana seu Viterbien.* Canonizationis Beati Crispini a Viterbio, Laici Professi O F M Capuccinorum *Super dubio* [13.VII.1979: Card Bafile]» *AAS* 71 (1979) 1622 1624.
«Homilía de Juan Pablo II en la canonización (20 6 1982)» *Selecciones de Franciscanismo* XI (1982) n 32, p 217-220.

MARÍA BERNARDA (VERENA) BÜTLER

Virgen y fundadora († 1924)

De los Alpes al Ecuador.

Ya fue salto. Brutal. Salto geográfico y climatológico, hiriendo sentimientos pues la descomunal distancia y el mar de por medio y la estrenada realidad de otro mundo y otras gentes no constituyen ninguna bagatela. Consiguientemente, un rasgo heroico. Heroicidad fruto de una generosidad que, impensadamente, dio cielos para volar a unas alas misioneras.

Total, que la mujer, en el verano de 1888, plantó sus maduros cuarenta años en tierras centroamericanas. Una presencia ilusionada.

Me estoy refiriendo a María Bernarda, antes Verena. Repetido motivo de alegría y alborozo familiar. Ya el cuarto. Y aún se darían otros tantos: ocho retoños humanos. La fuente de la vida chorreó los que Dios quiso, lejos Enrique y Catalina de poner barreras a la fecundidad matrimonial.

Verena, hija de Enrique y Catalina Bütler, modestos campesinos y buenos católicos practicantes, enmarcará su aparición en el mundo, el 28 de mayo de 1848, y su infancia en Auw. Sí, viene en los mapas: una mordedura negra y su adjunta denominación en el denso y rojo trazado vial de la Suiza alemana, en la geografía helvética posiblemente más lacustre; administrativamente, en el cantón de Argovia.

La nena crecerá en un ambiente que no conoce industrias ni sabe de relojes ni de chocolates. Pero da leche, mucha leche y buena leche. Cumplido el ciclo escolar básico seguirá en el campo, que no le resulta nada extraño.

Familiarmente agradecidas sus tareas domésticas; su solicitud por las vacas, los cerdos y las aves; la labor de sus brazos ordeñando o segando, apilando y guardando hierba para los

crudos y largos meses de invierno. En definitiva, aportando personalmente un puntal a la economía de la casa, necesitada de toda ayuda.

Crece y se hace mujer en el campo, donde es esperada... En la verde y fresca quietud de los prados sombreados por altos picachos nevados, arrullada por la sonoridad de las esquilas, sonó la voz de Dios. Él no tiene miramiento. Llama donde le apetece y, normalmente, le place hacerse presente y hablar a los humildes en escenarios rudimentarios y sencillos.

Con diecisiete años *probó* la vida religiosa en la Congregación de la Santa Cruz de Menzingen (1866) y no le satisfizo. Juzgó que el convento, al menos aquél, no era para ella. Volvió al hogar, recuperando el trabajo, la oración y el apostolado en el mundo rural. Pero Dios, insistente... Decidida, pues, a probar otro molde, y sabiamente guiada por su párroco, Verena solicitó para sus diecinueve ilusionados y generosos años la paz claustral de «María Hilf», éste era el monasterio de las clarisas capuchinas de Altstatten, diócesis de San Gall; una geografía bucólica hecha de colinas con pastos, bosques y prados altos, en las proximidades del lago de Constanza que hermana Suiza, Alemania y Austria.

Es aceptada... y los anales monásticos irán anotando fechas: ingreso, 12 de noviembre de 1867; vestidura del hábito franciscano, 4 de mayo de 1868; profesión religiosa, 4 de octubre de 1869; votos solemnes, 4 de octubre de 1871.

Inteligentísima, de gran vida contemplativa, extraordinariamente modélica, con dotes organizativas y de dirección, es natural que sor María Bernarda —nombre religioso de la campesina de Auw— no tardara en centrar el respeto, la admiración y la estima general. Pronto es nombrada maestra de novicias y, posteriormente, elegida superiora de la comunidad. Nueve años permanece al frente del puñado de religiosas franciscanas, pero viviendo la universalidad de la Iglesia y la inquietud misionera. Viviéndola apasionadamente. Sin embargo, una carta la arrancaría de los claustros de Altstatten, un manuscrito venido inesperadamente de allende los mares.

La disciplina canónica había abierto una rendija en la clausura conventual para *colar* refuerzos humanos en primera línea de

la Iglesia, para sumar ilusión y entusiasmo nuevos en la propagación evangélica.

Los misioneros agradecieron la medida. Y acudían a Europa, golpeando con constantes llamadas de angustia en el corazón de las viejas cristiandades. Nada de simples invitaciones. Eran solicitudes abiertas.

La llamada a las clarisas de Alstätten venía de mons. Pedro Schumacher, obispo paúl, con sede en Portoviejo, en tierras hispanoamericanas de Ecuador. Escribía comentando el abandono humano en que vivían sus diocesanos, la desatención espiritual que les envolvía. ¡Tanta mies y tanta escasez de operarios para cuidarla...! No fue difícil la decisión, pero, naturalmente, tampoco nada fácil encarrilarla y procurarle salida. Hubo que despertar simpatías, lograr adhesiones, ganarse voluntades jerárquicas, romper barreras legales...

Estiró, pues, ofrecimientos. Hubo más voluntarias. Todas admirables. Por ejemplo una tal María Caridad Brader, desde fecha reciente canónicamente honrada con el honor de los altares. Formó equipo. El puñado humano suficiente para la fundación conventual capuchina en el tórrido mapa ecuatoriano.

Superados los múltiples y serios obstáculos, sor María Bernarda y media docena de compañeras, a punto de estallar el verano, el 19 de junio de 1888, contando con el visto bueno pontificio, iniciaban la andadura. En terreno francés, en El Havre, se dieron al mar.

Punto de destino de la singular avanzadilla religiosa femenina era Chone, en la franja costera. Una población de 13.000 vecinos, muy dejados de la mano de los hombres; sobre todo espiritualmente.

Terreno yermo, un campo muy duro para empezar. No lo escogieron. La obediencia las puso allí. Pues ¡a bregar!, con los brazos bien arremangados: se trataba de catequizar, de educar a niños y jóvenes, de animar la liturgia, de visitar y asistir a los enfermos y necesitados.

Arremangadas, afanosas, entusiastas; poniendo la oración, la pobreza, la fidelidad a la Iglesia y el ejercicio de las obras de misericordia en el frontispicio de su actividad misionera. En definitiva, enarbolando amor.

«En el centro de la existencia de María Bernarda —señaló Juan Pablo II en la homilía de la misa de beatificación— está el amor [ ] El amor a Dios y el amor a los hombres, que la llevaba a perdonar siempre, en efecto, *quien recibe el Cuerpo de Cristo no puede despreciar a su hermano* Incluso en la persecución mostró que el camino que supera todos los obstáculos es el amor»

Sí Sería diana de malentendidos eclesiásticos, sufriría deserciones en sus jóvenes filas y conocería mil contrariedades a lo largo de su paciente y sacrificada siembra misionera. Pero Dios bendijo tanta dedicación generosa estrenada como realidad filial del monasterio capuchino de Altstatten.

El grupo religioso fundacional había llegado a Ecuador en un paréntesis de tranquilidad nacional conquistada por Camaño en 1888 y conservada, durante un cuatrienio, por el presidente Antonio Flores. Una paz de agradecer y aprovechar apostólicamente pues el país sudamericano venía sufriendo, desde su independencia, situaciones más que embarazosas y complicadas. Vivió inestabilidad institucional y política, odios y rivalidades entre partidos, amagos revolucionarios, realidades sangrientas.

Agotado el período pacífico, *vuelta a las andadas:* con la administración de Alfaro que, favorecido por la división reinante en las formaciones moderadas ecuatorianas, enarboló la bandera del liberalismo; con las consiguientes innovaciones radicales, valiéndose de medios violentos contrarios a la tradición y a la idiosincrasia nacional. Entre otros excesos despóticos protagonizó la confiscación de bienes eclesiásticos, aunque peor sería la resurrección persecutoria contra la Iglesia y sus ministros. Nuevamente el terrible vendaval de odios sacudiendo la realidad religiosa del país.

De golpe todos los proyectos, todas las iniciativas, todos los entusiasmos de sor María Bernarda... en manos exclusivas de Dios. Que abandonados, no.

Muy adelantado el verano de 1895, ella y otras quince religiosas acompañantes tuvieron que ir con la música a otra parte. Con las alforjas, pues, nuevamente al mar. Embarcaron en el puerto de Bahía y navegaron hacia el norte, sin rumbo apostólico claramente definido. Curiosamente, en el transcurso de la travesía, la brújula concretaría el nuevo norte de sus afanes evangélicos. La brújula, en manos del propio obispo invitante

—mons. Eugenio Biffi— con quien compartían trayecto marítimo, las llevaría el día 2 de agosto a Cartagena de Indias, una de las primeras ciudades colombianas, entre las más ricas monumentalmente y en evocaciones históricas.

Allí había campos también necesitados de brazos. Y era posible el trabajo. Colombia, igualmente convulsionada de resultas de la independencia, tras casi cuarenta años de hostilidades anticatólicas, ya llevaba una época de relación amistosa con la Santa Sede, firmada concordatariamente en 1887.

Muy paternal el prelado. Muy reconocidas las mujeres consagradas, fueron instaladas en un ala del hospital femenino conocido como «Obra Pía». Manos a la obra, estrenando parcela en la viña del Señor.

Las mujeres, generosa y apostólicamente incansables, paliando los sufrimientos particularmente de los pobres, los enfermos y los marginados. Naturalmente limitadas en sus posibilidades, a veces sólo compartiendo, pero la partición de un dolor ya es alivio para quien pierde porción.

Sor María Bernarda, dinámica, valerosa, tesonera; entregada en cuerpo y alma a la evangelización, alumbró iniciativas, ensayó modalidades, acarició proyectos... Sufrió. Sufrió enormemente cuando el obispo Agustín Egger, titular de la diócesis de Saint Gall, obligó a la rotura de amarras entre la comunidad monástica de Altstatten y las religiosas que la habían abandonado para misionar en Hispanoamérica. Pero no retrocedió, pues la marcha atrás —apostólicamente— no es evangélica. Ni se hundió moralmente. Era cuestión de lograr cauces canónicos para la modalidad evangelizadora en la que andaban ilusionadamente metidas tanto ella como sus seguidoras.

A por ellos. Lo consiguió... Habían nacido las Franciscanas Misioneras de María Auxiliadora, hijas de Colombia, pero de madre helvética. Una realidad femenina más en el nutrido listado eclesiástico de familias religiosas.

Y la fundación le dio brazos. Multiplicó sus posibilidades apostólicas, pues ahora llegaba a lugares geográficos impensables y personalmente no alcanzables. Aún viviría sor María Bernarda para conocer la inicial primavera de vocaciones y la propagación de su obra. Moviéndose de acá para allá. Cambiando

temporalmente de domicilio para convivir con unas y con otras y compartir con todas sus hijas espirituales las inquietudes, los afanes, las actividades. En cualquier lugar y siempre con impresionante ejemplo de sencillez evangélica y de predilecta y caritativa atención a los pobres y enfermos. Oraba, exhortaba, escribía y evangelizaba con asombrosa entrega y admirable generosidad.

Tres estiradas décadas rigió los destinos de la congregación que había engendrado y puesto en el mundo, hasta que, en 1920, con plena lucidez de la limitación de facultades, humildemente, renunció posibilitando otra dirección. Pero, eso sí, siguió ayudando con su ejemplo, sus palabras y sus escritos: casi seis mil páginas que son un tesoro de doctrina y de fecundidad espiritual, y de recuerdos autobiográficos juveniles. Aportando colaboración hasta la muerte.

El 19 de mayo de 1924 moría en las instalaciones hospitalarias de «Obra Pía». Con 76 gastados y arrugados años: 56 de consagración religiosa, enmarcando los 36 de actividad misionera hispanoamericana.

Pasada a mejor vida, fue llorada por todos los pobres de Cartagena y aclamada públicamente como santa Los restos mortales de María Bernarda Butler descansaron largamente en el cementerio de Cartagena. El 16 de marzo de 1954 —tras la conclusión del proceso informativo diocesano para la beatificación— los restos fueron exhumados y solemnemente trasladados a «La Providencia» o nueva sede central de la congregación

Juan Pablo II la elevó al honor de los altares, acompañando a otras dos seguidoras del espíritu y de la doctrina franciscana, el 29 de octubre de 1995.

A la mañana siguiente de la solemne proclamación, el Papa comentó a los peregrinos:

> «Su historia humana y espiritual muestra cuan maravillosas son las obras que el Señor realiza en los corazones sencillos y dociles a su gracia»

Una maravilla de pureza, de humildad, de heroica pobreza, de amor al trabajo, de fidelidad a la regla, de ardiente devoción

eucarística, de espíritu de oración y de sacrificio que la hace otra Santa Clara. La Santa Clara de los tiempos modernos.

Las hijas de María Bernarda Bütler protagonizan su dedicación apostólica a lo largo y a lo ancho de la geografía colombiana y en Brasil y Austria. Tienen «como tarea esencial —expresión papal en la homilía de la misa de beatificación— el trabajo por la salvación de los hombres y el reconocimiento de su dignidad como hijos de Dios».

JACINTO PERAIRE FERRER

Bibliografía

AAS 88 (1996) 11 de julio
Art. en G. PELLICCIA - G. ROCCA (dirs.), *Dizionario degli Istituti di Perfezione*. I: *Aa-Camaldoli* (Roma 1974).
Bibliotheca sanctorum Appendice prima (1987).
«Biografía de María Bernarda Butler (1848-1924)»· *L'Osservatore Romano* (ed. en español) (27-10-1995).
«Discurso de Juan Pablo II a los peregrinos al día siguiente de la beatificación (30-10-1995)»: *L'Osservatore Romano* (ed. en español) (3-11-1995).
MAYER, B., *Un alma víctima. La sierva de Dios María Bernarda Butler* (Cartagena de Indias 1954).

C) BIOGRAFIAS BREVES

BEATA HUMILIANA DE CERCHI

Viuda († 1246)

Esta santa florentina nace el año 1219 en el seno de una acomodada familia, que la educa en los más hondos sentimientos religiosos. Esto hubo de hacerlo una tía, pues su madre falleció cuando Humiliana era muy niña.

A los 16 años contrae matrimonio con un hombre rico, con el que tiene dos hijas, y del que no recibe buen trato y que le prohíbe rigurosamente las obras de caridad a que ella era inclinada. Pero, unida en santa amistad con su cuñada Ravenna, ahorra de lo destinado a sus propios gastos y da ocultamente limosnas a los pobres. Habiendo enfermado el marido, se dedica ella con plena entrega a su cuidado, y su bondad logra que el marido se ablande y muera luego de recibir los santos sacramentos.

No tenía más que veinte años. Deseaba dedicarse por entero a la buena educación de sus hijas, pero la familia de su marido logra que las niñas le sean retiradas. Entonces piensa en un convento. No es recibida. Se decide por vivir en una torre en casa de su padre, dedicada a la oración, la penitencia y las obras de misericordia. Viste el hábito de la Tercera Orden de San Francisco y en la lujosa Florencia ella da un testimonio válido de austeridad y pobreza evangélicas. No tenía más que 27 años cuando, confortada por la asistencia religiosa de los franciscanos, entrega su alma al Señor el 19 de mayo de 1246. Tenida por santa desde el principio, la Santa Sede confirmó su culto el 24 de julio de 1694.

BEATO AGUSTÍN NOVELLI

Presbítero († 1310)

Determinados detalles de su personalidad, como su apellido y su lugar de nacimiento, se han prestado a discusiones. Así, sobre su apellido les parece a algunos que era Spinelli, siendo seguro que el apelativo de Novello o Novellus se le dio para distinguirlo de otros santos anteriores llamados Agustín, mientras otros entienden que el apellido que usaba su padre era de Terano. Respecto a su lugar de nacimiento, el propio Índice de la Congregación de las Causas de los Santos señala Tarano, en Sabina, lugar de identificación no determinada, pero otros dan por seguro que su verdadero pueblo natal fue Taormina, de la que su padre fue gobernador.

La historia que se cuenta de él es que optó por la vida religiosa luego de haber llevado vida seglar en la política y en las armas. En efecto, Mateo, que tal era su nombre de pila, estudió derecho en Bolonia y, terminados los estudios, regresó a Sicilia. Por su buena fama como jurista obtuvo una plaza como prefecto de la curia real de Manfredo, y cuando este monarca hubo de hacer frente a las pretensiones de Carlos de Anjou, se alistó en su ejército y participó en la batalla de Benevento (1266), en la que el rey Manfredo perdió la vida. Mateo fue herido y dejado por muerto en el campo de batalla. Vuelto en sí, ofreció entrar en la vida religiosa si sanaba, y logrado esto, oculto su identidad

y pidió el hábito en los Ermitaños de San Agustín, tomando el nombre de fray Agustín. Y a poco decidió dejar Sicilia e irse a un eremitorio agustino de las cercanías de Siena, pasando más tarde al de Rosia. Pero, siéndole negados algunos derechos a este eremitorio por un jurista boloñés, Agustín salió en su defensa y entonces este jurista, antiguo condiscípulo suyo, lo reconoció y dijo en la Orden quién se escondía bajo el nombre de Agustín.

Llamado a Roma por el general de la Orden, el Beato Clemente de Ósimo, Agustín hubo de poner su ciencia al servicio de la revisión de las constituciones de la Orden y asimismo recibir el sacerdocio, nombrándolo el papa Nicolás IV su confesor y al mismo tiempo penitenciario apostólico, cargo que desempeña más de diez años. Como se mostró siempre digno de la confianza puesta en él por la Orden y por el Papa, su crédito entre sus hermanos religiosos fue máximo y esto explica que en el capítulo general de Milán del año 1298 fuera elegido general de la Orden.

Confirmado en el cargo por el papa Bonifacio VIII y buen conocedor de las necesidades de su Orden, la gobernó con prudencia y sabiduría, reorganizando en cuatro provincias la para entonces muy crecida provincia de Alemania. Pero sintió más fuerte que nunca entonces la llamada al retiro y la contemplación, y por ello reunió un capítulo general en Nápoles el año 1300 en el que presentó la renuncia al generalato. No querían de ningún modo los religiosos aceptársela y porfiaron con él largamente, negándose a elegir sucesor. Pero Agustín ganó el pulso y pudo retirarse al eremitorio de San Leonardo del Lago, junto a Siena, pese a las llamadas de Bonifacio VIII a que se fuese con él a Roma. En este retiro pudo pasar la última década de su vida, entregado a la meditación, la penitencia y la humildad. Su muerte fue el 19 de mayo del año 1309 o 1310, que también este punto se discute entre sus biógrafos. Tenido por santo desde su tránsito al Padre, la Santa Sede confirmó el culto que se le venía dando el 11 de julio de 1759.

BEATO JUAN DE SANTO DOMINGO MARTÍNEZ

Presbítero y mártir († 1619)

Juan Martínez Cid nació en Manzanal de los Infantes, en la diócesis de Astorga, hacia el año 1570. Estaba estudiando en la Universidad de Salamanca cuando sintió la llamada a la vida religiosa e ingresó en 1593 en el Convento de San Esteban, de la Orden de Predicadores, profesando al año siguiente con el nombre de fray Juan de Santo Domingo.

Hechos los estudios de teología y ordenado sacerdote, se ofreció para las misiones de Asia, siendo destinado a las Islas Filipinas, a las que llegó en 1601. Su primer campo de trabajo apostólico fue Bataan, donde se hablaban varias lenguas que procuró aprender enseguida para poder evangelizar en el idioma de sus oyentes.

Pasados unos años fue destinado a Pangasinan, cuya lengua igualmente aprendió, desarrollando un amplio apostolado que obtuvo grandes frutos, convirtiendo a los paganos, atrayendo a los bautizados a vida cristiana fervorosa y suscitando vocaciones religiosas entre los convertidos. Como él mismo dice en su correspondencia, su trabajo era muy esforzado, no reparando «en soles ni tempestades ni serenos de día y noche» para el ejercicio de su misión apostólica.

En esta fructuosa labor se ocupaba cuando en 1618 decidió la Orden abrir una misión en Corea y, siendo conocida la habilidad de fray Juan para aprender lenguas, le propusieron la encabezara él. Aceptó con gran entrega, y el 13 de junio de 1618, al no encontrar una nave que zarpara directamente para Corea, zarpó con otros dos compañeros hacia Nagasaki, desde donde —se le dijo— podría partir para Corea. Pero al llegar aquí hallaron tantos obstáculos que hubo de desistir del viaje Sus dos compañeros volvieron a Filipinas, pero fray Juan, sabiendo que en Japón había falta de misioneros a causa de la fuerte persecución que se llevaba adelante contra el cristianismo, decidió quedarse y ponerse ante todo a aprender la lengua japonesa. En esta ocupación estaba, de forma discreta y oculta, cuando fue sin embargo descubierto y arrestado el 13 de noviembre de 1618 y con el Beato Angel Orsuchi llevado ante el gobernador. Éste les echó en cara haber entrado en el país contra la volun-

tad del emperador. Los misioneros contestaron que su misión no era otra que predicar el evangelio por orden de Dios. Ante esta contestación, el gobernador mandó que ambos religiosos fuesen llevados a la cárcel de Omura, conocida por sus terribles condiciones de vida. Mientras iban a la cárcel, los cristianos los saludaron por las calles y al llegar a la prisión fueron recibidos con señales de fraternidad por los que estaban ya allí detenidos a causa de la fe.

Solamente unos meses resistió el organismo de fray Juan las durísimas condiciones de la cárcel. Enfermó y, falto de medicinas, teniendo que estar tendido sobre el suelo, sin apenas alimentos y carente de todo humano auxilio, salvo el amor de sus compañeros que lo velaban, murió de agotamiento el 19 de mayo de 1619. Su cuerpo fue primero echado en una hoguera que apenas lo daño, siendo entonces destrozado y arrojados sus restos al mar. Fue beatificado el 7 de julio de 1867.

BEATO PEDRO WRIGHT

Presbítero y mártir (1651)

Nació en Slipton, en el Northamptonshire, Inglaterra, el año 1603 en el seno de una familia católica. Llegado a la juventud, se colocó como escribiente en el bufete de un abogado de su pueblo y el continuo contacto con protestantes le hizo perder el aprecio por la fe católica en que había sido educado, llegando a hacerse formalmente protestante.

Cuando llevaba ya diez años en este oficio, decidió enrolarse en el ejército inglés y fue destinado a Holanda. Pero la experiencia militar le resultó negativa y por ello desertó y se refugió en el Brabante. Acogido en el Colegio inglés de Lieja, decidió volver a la Iglesia Católica y marchó seguidamente a Gante a estudiar con los jesuitas. Aquí, al cabo de dos años, vio clara su vocación a la Compañía de Jesús y obtuvo el ingreso en 1629 en el noviciado de Watten. Hecha la profesión religiosa y los estudios y cumplidas las etapas propias de su Orden, fue ordenado sacerdote.

Él hubiera querido marchar enseguida a la misión inglesa, pero los superiores consideraron mejor destinarlo primero a va-

rios encargos en Lieja y en Saint-Omer y finalmente atender como capellán a las tropas de ingleses que había en Flandes. Estas tropas estaban bajo el mando del coronel sir Henry Gage, cuya confianza y estima se ganó, volviendo con él y las tropas a Inglaterra en 1644. Pero el 13 de enero de 1645 sir Henry caía en el asedio de Abington. Pasó entonces como capellán al servicio del marqués Winchester en su palacio de Londres, el cual lo conocía porque Pedro estuvo presente en la reconquista de su castillo de Basing House, ocupado hasta entonces por tropas del Parlamento.

Aunque pasaron varios años antes de que fueran a por él, finalmente el día 2 de febrero de 1651 fue arrestado y llevado a la cárcel de Newgate. Todos los esfuerzos que se hicieron fueron inútiles para obtener su libertad. Se le achacó haber violado el estatuto 27 de Isabel por haber sido ordenado sacerdote en el extranjero y vuelto luego a Inglaterra. Su condición de sacerdote fue atestiguada en el juicio, que tuvo lugar en Old Bailey, por un hermano menor de sir Henry Gage que había apostatado del catolicismo. Y por ello fue condenado a muerte como reo de alta traición.

Más de veinte mil personas se reunieron en las calles y en la plaza londinense de Tyburn para ver pasar o asistir a la ejecución del jesuita, cuyo juicio se había hecho famoso en la opinión pública. Se le hizo gracia de no ser descuartizado aún vivo, y por ello el 19 de mayo de 1651 en dicha plaza se le ahorcó hasta que murió y su cadáver fue luego descuartizado. Sus restos pudieron ser rescatados y enviados al Colegio inglés de Lieja. Fue beatificado por el papa Pío XI el 15 de diciembre de 1929.

BEATO JUAN BAUTISTA LOIR

Presbítero y mártir († 1794)

Juan Luis Javier Loir nació el 11 de marzo de 1720 en Saint-Pierre de Besançon, hijo del director y tesorero de la Moneda. Llegado a la juventud siguió la vocación religiosa e ingresó en la Orden de Hermanos Menores Capuchinos, donde hizo la profesión religiosa con el nombre de fray Juan Bautista y hechos los pertinentes estudios se ordenó de sacerdote.

En sus largos años de vida religiosa nunca aceptó ningún cargo de prelacía, alegando que se había hecho religioso para obedecer y no para mandar. Estaba destinado en el convento capuchino de Petit-Forez en Lyón, y era un asiduo confesor y acreditado director de conciencias. Era muy dado a tratar y beneficiar a los pobres. Sus modales amables y finos le atraían el amor de todos. Llegada la hora de la persecución religiosa desatada por la Revolución, se negó a jurar la constitución civil del clero (12 de julio de 1790), condenada por el Papa. Suprimidas las órdenes religiosas, se retiró al Bourbonnais, refugiándose en casa de sus hermanas, despertando allí la misma admiracion que tenía en su convento, y esto le valió que, tras negarse a prestar el juramento de libertad-igualdad, se le arrestara en 1793 en Moulins, departamento de L'Allier, y se le aplicara (31 de marzo de 1794) el decreto de deportación contra todos los renuentes, motivo por el cual fue llevado a Rochefort, en cuya playa estuvieron varios barcos destinados a llevar a los sacerdotes a las posesiones francesas de ultramar pero que no partieron nunca. Aquí las miserias y enfermedades de los abandonados a su propia suerte fueron diezmando a los sacerdotes y religiosos. Nuestro mártir, que aún no parecía estar enfermo, fue hallado de rodillas y muerto el 19 de mayo de 1794, siendo beatificado el 1 de octubre de 1995.

BEATO JOSÉ CZEMPIEL

Presbítero y mártir († 1942)

Hijo de una familia de mineros, nace en Piekary, Polonia, el 21 de septiembre de 1883. Ya con el bachillerato hecho, ingresa en el seminario de Breslau y se licencia en teología en la Universidad de dicha población. Se ordena sacerdote el 22 de junio de 1908. Se le destina a varias parroquias como vicepárroco hasta que es nombrado párroco de Chorzow Batory en 1923.

Sacerdote celoso y entregado a su labor ministerial, aborda también con varias iniciativas algunos problemas sociales de su tiempo, como el paro y el alcoholismo en el mundo de los trabajadores.

Invadida Polonia por los alemanes, permaneció en su puesto hasta que el 13 de abril de 1940 es arrestado y enviado al campo de concentración de Gusen, del que pasaría más tarde al de Dachau. Aquí pasó por muchos trabajos y miserias que minaron su salud y por ello fue declarado «inválido» y eliminado en las cámaras de gas el 19 de mayo de 1942. Fue beatificado el 13 de junio de 1999.

20 de mayo

A) MARTIROLOGIO

1. En Áquila, de los Abruzos, San Bernardino de Siena († 1444), presbítero, de la Orden de Hermanos Menores **
2. La conmemoración de Santa Lidia de Tiatira, primera conversa de Filipos por la predicación de San Pablo.
3. En Ostia Tiberina, Santa Áurea, mártir (fecha desconocida).
4. En Nimes (Galia Narbonense), San Baudilio, mártir (fecha desconocida).
5. En Egea (Cilicia), San Talaleo (s. III), mártir.
6. En Cagliari (Cerdeña), San Lucifer († 370), obispo *.
7. En Toulouse (Galia Narbonense), San Hilario († 400), obispo.
8. En Bourges (Aquitania), San Austregisilo († 624), obispo *.
9. En Brescia (Lombardía), San Anastasio (s. VII), obispo.
10. En Pavía (Lombardía), San Teodoro († 785), obispo.
11. En Castagneto (Toscana), Beato Guido de la Gherardesca († 1134), ermitaño
12. En Perugia (Umbría), Beata Columba de Rieti († 1501), virgen.
13. En Seúl (Corea), San Protasio Chong Kuk-kó († 1839), mártir *
14. En Botticino Sera, junto a Brescia (Italia), Beato Arcangel Tadini († 1912), presbítero, fundador de la Congregación de Hermanas Operarias de la Casa de Nazaret **.

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SAN BERNARDINO DE SIENA

Presbítero († 1444)

San Bernardino de Siena fue uno de aquellos predicadores de penitencia que en el siglo XV recorrieron gran parte de Italia

y contribuyeron eficazmente a la reforma y mejoramiento de las costumbres. Su celo ardiente y apostólico y su oratoria popular y apasionada han quedado como ejemplos vivientes del celo y de la predicación evangélica y aun del estilo de aquellos predicadores del siglo XV, San Vicente Ferrer, San Juan de Capistrano y otros.

Nacido en 1380 en Massa, cerca de Siena, de la noble familia de los Albiceschi, recibió Bernardino en Siena una educación completa en las ciencias eclesiásticas. En 1402 vistió el hábito de San Francisco, en 1404 recibió la ordenación sacerdotal y un año después fue destinado a la predicación.

Pero transcurren unos doce años, y ni su voz ni sus cualidades oratorias le ayudaban a desempeñar con éxito este importante ministerio. Mas como, por otra parte, se distinguía por sus eximias virtudes religiosas, aparece el año 1417 como guardián en el convento franciscano de Fiésole. Entonces, pues, de una manera inesperada, que tiene todos los visos de sobrenatural, se refiere que recibió la orden divina, transmitida por un novicio: «Hermano Bernardino, ve a predicar a Lombardía».

El hecho es que, desde 1418, aparece San Bernardino en Milán y comienza aquella carrera de grandes misiones o predicaciones populares, cuya característica era un intenso amor a Jesucristo, que llegaba al interior de sus oyentes y arrancaba lágrimas de penitencia. Este amor a Jesucristo lo sintetizaba en el anagrama del nombre de Jesús, tal como, precisamente desde entonces, se ha ido popularizando cada vez más: J H S. Llevábalo a guisa de banderín y procuraba fuera grabado en todas las formas posibles, en estampas de propaganda, en grandes carteles y, sobre todo, en los testeros de las iglesias, casas consistoriales y domicilios particulares de las poblaciones donde misionaba. Aquello debía servirles de recuerdo perenne de las verdades predicadas y de las decisiones tomadas. De ello pueden verse, aun en nuestros días, multitud de ejemplos en los territorios donde él predicó.

Efectivamente en 1418 predica la Cuaresma en la iglesia principal de Milán, donde el último de los Visconti daba el triste ejemplo de una vida entregada a todos los vicios. Bernardino se revela un orador popular de cualidades extraordinarias. El pue-

blo se siente transformado por el fuego de su predicación. Vuelve al año siguiente y se repiten los mismos resultados de grandes conversiones y reforma de costumbres. De 1419 a 1423 recorre las poblaciones de Bérgamo, Como, Plasencia, Brescia. Unas veces predica en la misa, otras durante el día, unas veces organiza una misión, otras es un sermón de circunstancias; pero el resultado es siempre la transformación de las costumbres y reforma de vida. En 1423 desarrolla su actividad reformadora en Mantua, y por vez primera aparece allí su fuerza taumatúrgica. Según los relatos contemporáneos, al negarse el barquero a conducirle al otro lado del lago, lo atraviesa sobre su manteo, y a nadie sorprende tan estupendo milagro, pues todos son testigos de su ascetismo extraordinario y del abrasado amor de Dios que respira en su predicación.

Pero el fruto de su apostolado no se limita a la transformación de costumbres y reforma de vastos territorios. En Venecia, donde predica en 1422, obtiene la fundación de una cartuja y de un hospital para infecciosos. Predica de nuevo en Verona en 1423, y de nuevo nos relatan los cronistas del tiempo un milagro estupendo obrado por él, cuando hace retornar a la vida a un hombre muerto en un accidente. La fama de su santidad y de la fuerza arrebatadora de su predicación toma proporciones nunca oídas. A partir del año 1424 llega a su apogeo. Ya no bastan las mayores iglesias para contener las grandes masas, ansiosas de escuchar la palabra ardiente de un santo. En Vicenza habla en la plaza pública a una multitud de veinte mil personas. En Venecia desarrolla en 1424 una actividad extraordinaria y acude la poblacion entera a las plazas públicas para escucharle. Los grandes carteles en que ostenta el anagrama de Jesús, producen un efecto admirable. De allí pasa a Ferrara, donde consigue tocar el corazón de sus habitantes, que renuncian en masa al lujo y a las diversiones pecaminosas.

Parece imposible que su naturaleza débil y enfermiza pueda resistir un trabajo tan agotador, sobre todo si se tiene presente que lo acompaña con una vida extremadamente austera. Su aspecto exterior, tal como nos lo transmitieron los más afamados pintores del cuatrocientos, es el prototipo del ascetismo más exagerado, que contribuye eficazmente a la eficacia de su

obra apostólica. Predica la Cuaresma en Bolonia, que se hallaba en rebelión contra el romano pontífice Martín V (1417-1431). Introduce un nuevo juego, haciendo pintar el nombre de Jesús en las cartas que se emplean. El pueblo y el mercader que se compromete en esta empresa la miran con recelo, pero, al fin, terminan todos por entusiasmarse con el invento, que trae consigo una transformación completa de la ciudad. Siguiendo la llamada de los florentinos, predica en Florencia durante el verano de 1424, y esta ciudad, prototipo de la elegancia y del lujo más exagerados, termina la misión organizando grandes hogueras, a las que las damas de la más elegante sociedad arrojan los objetos más preciados de sus vanidades. Mas aún. Como recuerdo de tan importantes acontecimientos se hace pintar el anagrama de Jesús y se coloca en la fachada de la Iglesia de la Santa Cruz.

En medio de esta carrera de predicación en grande estilo de San Bernardino no podía faltar su turno a su ciudad natal, Siena. En efecto, después de predicar la Cuaresma en Prato, en 1425, llega a Siena a fines de abril, y allí derrocha tesoros de su más ardiente palabra apostólica durante cincuenta días. Entre sus oyentes se encuentra el gran humanista Eneas Silvio Piccolomini, el futuro papa Pío II (1458-1464). La ciudad en peso decide esculpir el anagrama de Jesús en el testero del *Palazzo publico*. En Asís, en Perusa, en otras poblaciones renueva todas las maravillas de su predicación. En 1427 se hallaba en Viterbo, donde predica la Cuaresma y ataca duramente la usura, una de las plagas del tiempo.

Esta campaña de 1418-1427, extraordinariamente fecunda en frutos de conversiones, renovación de costumbres y reforma fundamental de vida, constituye la primera etapa de la gran obra reformadora realizada por San Bernardino de Siena. Ahora bien, para conocer las características de la predicación de este gran orador cristiano debemos poner a la cabeza de todas su eminente santidad y austeridad de vida, que fascinaba a las multitudes y arrastraba con la fuerza irresistible del ejemplo. Mas, por lo que se refiere a la estructura literaria de sus sermones, no podemos tomar como ejemplos los esquemas latinos que se nos han conservado y podemos leer en sus obras, por ejemplo, en la edición crítica de las mismas, que se ha publicado en nues-

tros días. Porque su palabra viva y ardiente era completamente diversa de estos esbozos eruditos, a manera de tratados teológicos.

De la verdadera elocuencia de su lenguaje popular y vivo nos dan una idea aproximada los *Sermones vulgares,* que uno de sus oyentes copió en su predicación de Siena en 1427 y han sido recientemente publicados. Aquí es todo vida, naturalidad, comunicación íntima con el auditorio. El orador, sin perder de vista el objeto primordial de su discurso, sigue la inspiración del momento, repite las cosas más difíciles, mezcla su discurso con frecuentes diálogos con el auditorio, prorrumpe en ardientes exclamaciones y apóstrofes, lo empapa todo con un espíritu sobrenatural y divino, que lleva la convicción a las almas y arranca de sus oyentes lágrimas de compunción y propósitos de reforma.

Es admirable la maestría de esta oratoria, eminentemente popular y profundamente teológica y cristiana. Conserva siempre la dignidad de la cátedra apostólica; adáptase, en cuanto le es posible, a los oyentes que le escuchan y a las circunstancias del tiempo; fustiga las divisiones de partidos y los vicios más típicos de la época, sobre todo la usura, la sensualidad, el despilfarro, la vanidad, el espíritu pendenciero; pero siempre en una forma tan digna y elevada que aparecen su espíritu verdaderamente apostólico y las entrañas de misericordia de Dios, siempre dispuesto a acoger en sus brazos a los que de veras se arrepienten de sus vicios y pecados. En particular se observa que, a diferencia de Jerónimo Savonarola, se mantiene siempre alejado de los partidos y de toda significación política, y nunca se expresa de un modo desconsiderado contra ninguna clase de autoridades, eclesiásticas y aun civiles.

Esto no obstante, el año 1427, cuando predicaba la Cuaresma en Viterbo, fue citado y tuvo que presentarse en Roma ante el papa Martín V. Habíase elevado una acusación contra él por la novedad que ofrecía su predicación sobre el nombre de Jesús y la propaganda que hacía de las estampas, tabletas e inscripciones de su anagrama. Al llegar a Roma se le prohibió subir al púlpito y fue obligado a mantenerse recluido hasta que se examinara y decidiera su causa. El santo, lleno de la más humilde

resignación y con la confianza puesta en Dios, obedeció sin ninguna especie de resistencia. Pero entonces mismo llegó su inseparable amigo y discípulo, predilecto, San Juan de Capistrano, quien supo exponer su causa en tal forma que el Papa se convenció de que la devoción del anagrama de Jesús no ofrecía ninguna dificultad teológica y, por el contrario, podía ser un resorte eficaz para fomentar la devoción del pueblo. La respuesta a los acusadores se dio públicamente, permitiendo el Papa que San Bernardino predicara en Roma durante ochenta días, en los que dirigió al pueblo romano ciento catorce sermones.

Puesta así de relieve la santidad, y habiendo aumentado extraordinariamente la popularidad y reputación de su compaisano, los sieneses suplicaron al Papa que nombrara obispo de Siena a San Bernardino. El Papa accedió a tan justificados ruegos, pero el Santo se resistió. En cambio, entonces precisamente dio él comienzo a la segunda etapa de su vida apostólica. Desde agosto del mismo año 1427 desarrolla una intensa campaña en Siena, desgarrada entonces por las más encarnizadas divisiones. Los cuarenta y cinco sermones que entonces predicó, tomados literalmente por un copista y publicados en nuestros días, son la más clara prueba de la elocuencia popular, fuerza persuasiva y unción religiosa y aun mística de su predicación.

Luego siguió un amplio recorrido por la Toscana, Lombardía, Romaña, Marca de Ancona. La madurez de su criterio y experiencia, la eximia santidad de su vida y la aureola de reputación que lo acompañaba, todas estas circunstancias juntas producían un efecto sin precedentes. Nada se resiste a su arrolladora elocuencia. Así, con su palabra de fuego, consigue fácilmente detener a los sieneses en su ya iniciada guerra contra Florencia. Precisamente en esta ocasión el emperador Segismundo se encuentra en Siena y traba con él la más íntima amistad, y en abril de 1433 le lleva consigo a Roma.

Desde 1433 se inicia la última etapa de la vida de San Bernardino. Retirado al convento de Capriola, se dedica tres años al trabajo de redacción de sus obras.

En 1436 dedícase de nuevo dos años a la predicación. En 1438 es nombrado vicario general de los conventos de la observancia, y en inteligencia con Eugenio IV (1431-1447), que tan

decididamente la favorecía, trabaja desde entonces en fomentarla por todas partes. Es significativa, en este sentido, la carta dirigida el 31 de julio de 1440 a todos sus súbditos. Con la anuencia de Eugenio IV toma como ayudante en esta obra de reforma regular a San Juan de Capistrano, su más insigne discípulo, émulo de su elocuencia popular y de la eximia santidad de su vida. En esta forma visita las provincias de Génova, Milán y Bolonia. Es un nuevo campo, donde realiza una labor sumamente provechosa.

Finalmente, en 1442, admite el Papa su renuncia a este cargo. Parece que podía entonces dedicarse al descanso. Pero su espíritu apostólico no se lo permite. Agotado por las fatigas de tantos años de predicación y por una vida de continuas austeridades y la observancia más estricta de la disciplina religiosa, siente reanimarse su espíritu entregándose de nuevo a la predicación. Así lo vemos en Milán, en el otoño de 1442, donde combate la herejía de un tal Amadeo; predica en Padua en 1443 una serie de sesenta sermones, que, copiados literalmente por uno de sus oyentes, constituyen una de las mejores joyas de la elocuencia sagrada; tiene que negarse a predicar en Ferrara, y aparece luego en Vicenza. A principios de 1444 tiene un breve descanso en su querido convento de Capriola, donde acaba de revisar algunas de sus obras, en particular sus *Discursos sobre las Bienaventuranzas.* Al exponer el *Bienaventurados los que lloran* da suelta a su tierno corazón por la honda pena que acababa de experimentar por la muerte del hermano Vicente, compañero suyo inseparable durante veintidós años.

> «Debil de cuerpo —exclama—, con frecuencia yo he estado enfermo Entonces el me sostenia, el me conducia Si mi cuerpo se sentia débil, el me alentaba Si me sentia decaido o negligente en el servicio de Dios, el me excitaba Yo era imprevisor, olvidadizo, pero el velaba por mi ¿Como me has sido arrebatado, oh Vicente? ¿Como me has sido arrancado, tu que eras como una misma cosa conmigo, tu que eras tan conforme a mi corazon?»

Tal es San Bernardino al final de su vida: el gran predicador popular, que ha transformado con su palabra y ejemplo comarcas enteras de Italia; el gran propagador de la devoción del nombre de Jesús, a la que dedicó escritos maravillosos, el gran entusiasta de la devoción a María; el gran reformador y defen-

sor de la observancia; el enamorado de Cristo al estilo de su padre, San Francisco de Asís. Es un sol que se halla en su ocaso. Todavía quiere predicar a Cristo. Sacando fuerzas de flaqueza, se decide a ir a predicar a Nápoles. En el camino predica en varios lugares; obra varios milagros; se detiene en Asís, en Santa María de los Ángeles; pero, llegado a Áquila, rendido al cansancio, muere el 20 de mayo, víspera de la Ascensión. Seis años después, el 24 de mayo de 1450, el papa Nicolás V (1447-1455), cediendo a los clamores del pueblo cristiano, le eleva al honor de los altares.

San Bernardino de Siena es, indudablemente, uno de los más grandes santos del siglo XV, uno de los mejores modelos de la predicación popular cristiana, uno de los más preciosos ejemplos de aquel puro y encendido amor de Cristo, tan característico de su padre San Francisco de Asís y del espíritu franciscano de todos los tiempos.

BERNARDINO LLORCA, SI

Bibliografía

Act. SS. Boll., 20 de mayo· abundantes biografías latinas antiguas.

Art en *Analecta Bollandiana* 71 (1953) 282s.

Art en A VACANT - E. MANGENOT - E. AMANN, et al. (dirs.), *Dictionnaire de theologie catholique.* II/I· *Baader-Buzetti* (París ³1923)

BERNARDINO DI SIENA, *Sancti Bernardini Senensis ordinis fratrum minorum Opera omnia* (Quaracchi 1950-1956), 5 vols.

DINELLI, L., *S. Bernardino da Siena e il suo tempo. Brevi cenni storici, con due documenti inediti, pubblicati nel V centenario della predicazione del santo in Camaiore* (Lucca 1910)

FACCHINETTI, V, OFM, *S. Bernardino da Siena mistico sole del secolo XV* (Milán 1933).

FERRERS HOWELL, A. G., *S. Bernardino of Siena;* con un capítulo sobre *S Bernardino in art* por J. CARTWRIGHT (Mrs. Ady) (Londres 1913)

HEFELE, C.-J., *Der hl. Bernardin von Siena und die franziskanische Wanderpredigt in Italien wahrend des XV. jahrhunderts* (Friburgo 1912)

THURLAU-DANGIN, P., *Un predicateur populaire dans l'Italie de la renaissance, saint Bernardin de Sienne, 1380-1444* (París 1896).

• Actualización·

BARGELLINI, P, *S. Bernardino da Siena* (Brescia ⁶1980)

DIANIN, G M., *San Bernardino da Siena a Verona e nel Veneto* (Verona 1981)

DONATELLI, A., *San Bernardino da Siena* (Siena 1980)

MELATTINI, U. (ed), *Bernardino da Siena. Esempli grossi e palpabili* (Roma 1980)

ZENZO, S. F DI - SIGGILLINO, I. - CALENDA, F, *L'umanesimo cristiano di Bernardino da Siena* (Nápoles 1986)

BEATO ARCÁNGELO TADINI

Presbítero y fundador († 1912)

Nació en Verolanuova, de la diócesis de Brescia, en Italia, el 12 de octubre de 1846.

Su padre, Pedro Tadini, enviudó, quedando con siete hijos pequeños. Contrajo segundas nupcias con Antonia Gadola, de la que nació nuestro beato. Fue bautizado a los pocos días de su nacimiento.

Educado cristianamente en la familia, a los 10 años fue a estudiar a Lovere (Bérgamo) y pasó aquellos años de sus estudios con gran aprovechamiento. Su padre deseaba que se hiciese abogado, pero Arcángelo, sintiéndose llamado al sacerdocio, entró en el Seminario de Brescia en 1865.

De salud frágil, pudo, no obstante, seguir la carrera eclesiástica con toda diligencia y voluntad. Se ordenó sacerdote el 19 de junio de 1870 en Trento. Para reponer sus fuerzas quebrantadas tuvo que pasar un año en el seno de la familia, ayudando en la parroquia en lo que hiciera falta; así ofreció las primicias de su sacerdocio a su parroquia de nacimiento. Se entregó sobre todo al estudio y a la oración. Solía decir que la oración era la fuerza del hombre y la piedad contemplativa el ojo derecho del presbítero y el izquierdo era el estudio.

Trabajó como vicario cooperador en Lodrino (1871-1873), de donde pasó a la Noce, un suburbio de Brescia, donde permaneció doce años (1873-1885) ocupándose del santuario de Santa María. Aquí amplió y embelleció la iglesia y con su apostolado se ganó la voluntad de los feligreses. En 1885 le enviaron a Botticino Sera, donde permanecerá hasta el fin de sus días. Al comienzo de su estancia en Botticino tenía que ayudar al párroco enfermo, al que sucedería en la administración de la parroquia y como párroco-arcipreste en 1887. Hasta su muerte empleó sus energías por esta comunidad parroquial, a la que fue transformando espiritualmente.

Predicador infatigable y eficaz de la palabra de Dios, trató de difundir el conocimiento y el amor de Cristo el Señor, empeñándose también en extirpar los vicios y el desorden moral. Solía decir:

«Soy un pobre enviado, toda mi ciencia es la cruz, toda mi fuerza la estola»

Junto con la catequesis cuidó la vida litúrgica y sacramental de toda clase de personas: niños, jóvenes, adultos. Se le buscaba también como confesor, a pesar de su temperamento austero y taciturno.

Fundó un oratorio parroquial para los niños y para las niñas, promovió la asociación de Hijas de María y el Instituto de las Hijas de Santa Ángela Merici, que estaba conociendo en aquellos años una gran renovación.

Confiaba mucho en la misión educadora de los padres de familia.

«El padre, decia, prepara el futuro de los hijos y los hijos, a su vez, preparan el camino a los que han de venir La sociedad pende y depende, sin mas, de los padres y las madres El presente contiene en sí el futuro»

Favoreció también a la Orden Tercera de San Francisco.

En medio de todas estas actividades estaba muy atento a los signos más especiales de los tiempos, en especial a las necesidades del mundo obrero.

«Hombre de grandes capacidades, versatil, interesado en los problemas sociales, construyo una hilanderia para dar trabajo a las jovenes de la zona y de los pueblos cercanos»

Así no tendrían que abandonar su lugar de origen y correr tantos peligros de tipo moral y humano. Para que las que no eran del lugar no tuvieran que ir yendo y viniendo fundó un convictorio obrero, que se regiría por un reglamento preparado por él Pensó pronto que necesitaría una comunidad de religiosas para atender a la hilandería y al convictorio. Después de muchos trámites y mucho diálogo infructuoso con diversas congregaciones religiosas, se acogió al consejo que le dio un jesuita de Brescia, P. Maffeo Franzini (1857-1928): fundar una congregación de Hermanas Operarias. La novedad de la congregación estaba en que don Tadini quiso que sus religiosas, por institución, trabajasen, en cuanto fuera posible, en las fábricas, con regulares contratos de trabajo. La fórmula vocacional era novedosa y no le faltaron dificultades y contradicciones por parte de quienes pensaban que no era conveniente que las religiosas tra-

bajasen como obreras en las fábricas, mezcladas con hombres y mujeres. Las contradicciones fueron muchas y fuertes y, como escribió el mismo Tadini, fueron «de todo género, de toda clase y calibre, vinieron de todas partes, de los que nos las esperábamos, y de los que no nos las esperábamos». Así son las obras de Dios.

En 1910 fue enviado un visitador apostolico con la intención de fusionar el nuevo instituto con las Esclavas de la Caridad de Brescia. Pero la muerte del fundador en 1912 detuvo los pasos que se estaban dando en esa dirección.

La congregación se fue afianzando, pero solo en 1931, ya muerto el fundador, el obispo de Brescia emitió el decreto de erección canónica diocesana, el *Decretum laudis* pontificio, les llegó en 1953.

El nombre oficial es Congregación de las Hermanas Operarias de la Casa de Nazaret. Con esta referencia explícita a Nazaret quería el fundador que sus religiosas se empeñasen en imitar las virtudes de la Sagrada Familia y

> «se hicieran obreras entre las obreras, expandiendo en el campo del trabajo la luz del evangelio y el buen olor de Cristo Vuestro fin, les decia en 1910, es "que entreis en las fabricas y oficinas e industrias no solo para observar o inspeccionar y dirigir cuanto para trabajar con las mujeres obreras, hechas vosotras mismas obreras como ellas"»

De su caridad pastoral quedan espléndidos testimonios. Era el paño de lágrimas de pobres, enfermos, de familias en dificultades económicas y morales, de inmigrantes. Sus religiosas, los sacerdotes, los superiores eclesiásticos, todos en absoluto pudieron pulsar la bondad del corazón de don Arcángelo.

Su apostolado intenso se alimentaba de su gran amor a Dios, de su devoción eucarística, de su vida de oración, de su amor ardiente al Corazón de Jesús y a la Virgen María. Hombre de Dios, se mostró intrépido en llevar adelante la hilandería y la Congregación de las Hermanas Operarias, y otras obras para el bien del pueblo entero.

Hombre de fe, caminó en la presencia de Dios desde su infancia hasta el ocaso de su vida. El domingo de Ramos de 1912, en la homilía que tenía al pueblo, dirigiéndose al Crucifijo y profetizando su muerte cercana, dijo:

> «¡Oh Cruz santa, que acaso no podre abrazar ni besar en mi ultima hora, te pido ahora ya perdon de todos mis pecados, te estrecho contra mi pecho, porque no podre apretarte en la hora de mi muerte!»

Dos meses después, moría el 20 de mayo, con gran fama de santidad.

Introducidos y concluidos los procesos ordinarios informativos (1960-1963), y seguidos los demás trámites ordinarios, en diciembre de 1998 el santo padre Juan Pablo II declaró solemnemente que

> «consta de las virtudes teologales fe, esperanza y caridad hacia Dios y hacia el projimo, y de las cardinales prudencia, justicia, templanza y fortaleza y de sus anejas, que fueron practicadas en grado heroico por el Siervo de Dios Arcangelo Tadini, sacerdote de la diocesis de Brescia y parroco, fundador de la Congregacion de las Hermanas Operarias de la Casa de Nazaret»

La ejemplaridad que emana de todas estas virtudes así vividas, alcanza particularmente a quienes tienen que vivir las exigencias de la vida parroquial, con todos los cuidados y sacrificios que requiere el ministerio sacerdotal. En su vida se dio lo que el Concilio Vaticano II dice: «La santidad misma de los presbíteros contribuye en gran manera al ejercicio fructuoso del propio ministerio» (PO 12).

Ejemplar también para los institutos de vida religiosa, muy particularmente para su congregación, por la que tanto trabajó y por la que tanto tuvo que sufrir. No en vano es su fundador y padre. La casa generalicia del Instituto se encuentra en Via Benacense, 35 (Brescia).

Fue beatificado por Juan Pablo II el 3 de octubre de 1999

JOSE VICENTE RODRIGUEZ, OCD

Bibliografía

«Decretum super virtutibus (21 12 1998)» *AAS* 91 (1999) 710 714 Nos hemos servido especialmente de esta fuente mas oficial

FOSSATI, L , *Don Arcangelo Tadini e la sua opera sociale* (Brescia 1977) (con bibliografia y documentacion)

ROCCA, G , «Tadini, Arcangelo», en G PELLICCIA G ROCCA (dirs), *Diziionario degli Istituti di Perfezione* IX *Spiritualita Vezelay* (Roma 1997) 802 893

ROCCA, G., «Operaie della santa Casa di Nazareth», en G. PELLICCIA - G. ROCCA (dirs.), *Dizionario degli Istituti di Perfezione*. VI: *Monachesimo urbano-Pinzoni* (Roma 1980) 746-749.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN LUCIFER DE CAGLIARI

Obispo († 370)

Lucifer, obispo de Cagliari, pasa a la historia por su intervención en la controversia arriana como firme defensor de la ortodoxia nicena y de su gran paladín San Atanasio de Alejandría, y pasa al *Martirologio* por su santidad de vida, no empañada por su recurso final al aislamiento y la radicalidad.

Se dice de él que era de carácter violento y persona no muy culta. Su lengua es la del pueblo, cuyas expresiones emplea de continuo. Pero era hombre de fe firme y de ideas claras, especialmente estaba muy seguro de qué había querido decir Nicea respecto a la divinidad de Cristo y no podía admitir que se tuviera por católico quien no comulgara con la definición del Concilio. Él no admitía que dicha definición pudiera ser revisada o aguada por interpretaciones complacientes con el gusto arriano.

Tras el sínodo de Arlés del año 353, el papa Liberio le encomienda se entreviste con el emperador Constancio a fin de que se convoque un nuevo concilio. Convocado éste en Milán en 355 y habiendo en él suscrito la mayoría de los obispos una fórmula ambigua de fe, él fue uno de los pocos que se opusieron a esta debilidad, y por ello fue desterrado por el emperador a Oriente. Aquí estuvo hasta el año 362, donde tendría una intervención sonada cuando en Antioquía se permitió consagrar obispo a Paulino, el jefe del grupo eustaciano, que más tarde y contra la opinión de Lucifer se unió a los seguidores del obispo Melecio.

Por este tiempo, es decir, entre 355 y 361, se dirige al emperador Constancio con una serie de escritos, que conservamos, y que no han faltado patrólogos que los califiquen de verdaderas invectivas. Sus títulos ya indican la mente de Lucifer: *Que no hay que convenir con los herejes; Sobre los reyes apóstatas; A favor de San*

Atanasio; Sobre no perdonar a los que delinquen contra Dios; Hay que morir por el Hijo de Dios.

Esta continua toma de postura tan vehemente le alejó de sus propios amigos. Y lo más característico suyo fue que cuando el sínodo de Alejandría del año 362 aceptó en la Iglesia a Melecio de Antioquía y a los obispos arrianos arrepentidos, Lucifer rompe con San Atanasio y con todo el resto de la Iglesia que aceptó las conclusiones de aquel sínodo, negándose a tal irenismo y sosteniendo que quienes habían negado la divinidad del Hijo de Dios no podían, ni siquiera arrepentidos, ser pastores en la Iglesia. Lucifer no se vio solo. Tuvo seguidores, algunos de los cuales tomaron la pluma y expusieron su fe y sus reclamaciones. De entre ellos nombremos al diácono romano Hilario, que sostenía la necesidad de rebautizar a los arrianos conversos, el presbítero Faustino, que defendió a su grupo de ser sabeliano y expuso su fe en la Trinidad, el también presbítero Marcelino, que escribió junto con Faustino una apelación a los emperadores, y nuestro San Gregorio de Elvira, hombre santo y notable escritor.

El grupo de Lucifer no cuajó como secta acatólica porque, muerto ya Lucifer el año 370, se dirigieron Faustino y Marcelino a los emperadores el año 383 y la situación del partido quedó legalizada, fundiéndose poco a poco con el resto de la Iglesia. Su radicalismo nunca pareció obstáculo a su buena memoria y a su santidad de vida.

SAN AUSTREGISILO

Obispo († 624)

Austregisilo o Outril había nacido en Bourges hacia el año 560 en el seno de una familia noble pero venida a menos. Sirvió primero en la corte del rey Gontrán en Chalon-sur-Saône y, acusado falsamente, decidió batirse en defensa de su honor, pero antes de que el duelo tuviera lugar el acusador cayó del caballo y murió de resultas.

Visto esto, decidió Austregisilo abandonar el mundo y optar por el servicio de Dios, lo que le era posible porque hasta entonces había rechazado todas las propuestas matrimoniales que

se le formularon. Se cuenta que una de las veces en que el rey mismo le propuso un ventajoso matrimonio, Austregisilo respondió: «Si es una buena esposa, temeré siempre perderla; si es mala, estaré arrepentido de haberla desposado». Recibió el sacerdocio y tuvo a su cargo la abadía de Saint-Nizier de Lyón.

En 612, a la muerte del obispo de Bourges, Apolinar, su crédito como persona santa llevó al clero y al pueblo a elegirlo como sucesor del difunto. Asistió en el 614 al concilio de París y recibió como recluso en una celda de la catedral al entonces joven San Amando, el futuro evangelizador de Flandes. Fue un obispo celoso y santo que dejó tras de sí una estela de santidad, cuya fama le acompañó tras su muerte el 20 de mayo de 624. Venerado por el pueblo como santo enseguida, es ahora el patrón de la ciudad de Bourges.

SAN PROTASIO CHONG KUK-KÓ

Martir († 1839)

Protasio era un cristiano seglar coreano, que vendría a dar su vida por la fe en medio de la terrible persecución que sufría el cristianismo coreano para que no arraigara en el país.

Había nacido en Songdo, provincia de Kyonggi, el año 1799 en el seno de una familia de clase alta y rica, pero su padre no supo conservar el capital y cayó en la pobreza, marchando entonces con su familia a Hanyang, donde el joven hubo de ganarse la vida con el trabajo de sus manos. Era un muchacho de buen carácter y nobles sentimientos. Cuando tenía treinta años entró en contacto con el catolicismo pero no fue hasta años más tarde cuando se bautizó. Se colocó luego como criado de la casa que servía de morada y hospedería al sacerdote y a otros católicos. Contrajo matrimonio y tanto él como su esposa eran buenos cristianos. Pero pasaron por varias pruebas: él tenía poca salud y sus hijos se les morían todos. Mostró paciencia ante estas desgracias y siguió viviendo como un buen creyente. En marzo de 1839 comenzó la persecución contra el cristianismo. La fe en estas condiciones se les hizo a muchos muy difícil, y ello llevó a apostasías teóricas o prácticas, que en definitiva alejaban a antiguos fieles de su comunión con la Iglesia. Prota-

sio fue arrestado y pese a las torturas durante su detención confesó la fe, pero quedó muy débil y ante las palabras tentadoras del juez de darle la libertad si apostataba tuvo la desgracia de abandonar la fe, pero su conciencia no le dejaba vivir tranquilo y por ello volvió al cristianismo, y lavó en la confesión su apostasía.

Decidió entonces presentarse de nuevo al juez y desdecirse de su caída. Pero los guardias le dijeron que lo hecho no tenía arreglo y no le dejaron hablar con el juez. Pero él volvio al día siguiente, también inútilmente, y un tercero también, bastante enfermo de tifus, volviendo a ser rechazado, pero él se sentó a la puerta del tribunal y cuando salía el juez le afirmó su arrepentimiento por la apostasía. Esto trajo consigo su arresto y detencion. En el juicio confesó la fe cristiana, y los muchos tormentos que sufrió y la cárcel misma no le hicieron volverse atrás, perseverando hasta dar la vida por Cristo en la propia cárcel en Seúl el 20 de mayo de 1839. En esa misma ciudad recibió la gloria de la canonizacion cuando el papa Juan Pablo II lo inscribió en el catalogo de los santos el 6 de mayo de 1984.

21 de mayo

A) MARTIROLOGIO

1 Santos Cristobal Magallanes, presbitero, y compañeros, martires Roman Adame, Rodrigo Aguilar, Julio Alvarez, Luis Batis Sainz, Agustin Caloca, Mateo Correa, Atilano Cruz, Miguel de la Mora, Pedro Esqueda Ramirez, Margarito Flores, Jose Isabel Flores, David Galvan, Pedro Maldonado, Jesus Mendez, Justino Orona, Sabas Reyes, Jose Maria Robles, Toribio Romo, Jenaro Sanchez Delgadillo, Tranquilino Ubiarco y David Uribe, presbiteros, Manuel Morales, Salvador Lara Puente y David Roldan Lara, seglares Todos ellos martirizados en la persecucion religiosa de Mexico **

2 En Mauritania, San Timoteo, diacono y martir (fecha incierta)

3 Cesarea de Capadocia, San Polieucto († 250), martir

4 En Alejandria, los martires de ambos sexos sacrificados en las fiestas de Pentecostes por los arrianos († 357-358)

5 En Vannes (Bretaña Menor), San Paterno († 460-490), obispo

6 En Niza (Provenza), San Hospicio († 581), recluso

7 En Evora (Portugal), San Mancio (s VI), martir

8 En Vienne (Francia), San Teobaldo († 1001), obispo *

9 En Aboe (Finlandia), San Hemming († 1366), obispo *

10 En Rochefort (Francia), Beato Juan Mopinot († 1794), religioso de la Congregacion de Hermanos de las Escuelas Cristianas, martir *

11 En Marsella (Provenza), San Carlos Eugenio de Mazenod († 1861), obispo, fundador de los Misioneros Oblatos de Maria Inmaculada **

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

MÁRTIRES DE MÉXICO

(Mateo Correa Magallanes, Jenaro Sanchez Delgadillo, Julio Álvarez Mendoza, David Uribe Velasco, Sabas Reyes Salazar, Jose Isabel Flores, José Maria Robles, Miguel de la Mora, Margarito Flores Garcia, Pedro Esqueda Ramirez, Jesus Mendez Montoya, Toribio Romo Gonzalez, Justino Orona Madrigal, Atilano Cruz Alvarado, Tranquilino Ubiarco, Pedro de Jesus Maldonado, Roman Adame, Rodrigo Aguilar)
(† 1915-1937)

México es la geografía hispanoamericana donde, en tiempos modernos, más zarandeada ha sido la barca de Pedro. Donde más vaivenes ha protagonizado la Iglesia católica.

Unas sacudidas que arrancan en 1821, cuando el general Agustín Itúrbide abandera la independencia, desgaja de la soberanía española el país y se autoproclama emperador; y que marcarán su máxima fiebre a lo largo de las tres primeras décadas del siglo último.

Paso a paso...

Iniciando la andadura turbulenta, la Constitución de 1924 todavía propone como oficial y única la religión católica. Pura teoría, pues, en realidad, no pone freno a la maduración de una política anticlerical que, en 1833, estallará en un ensayo de secularización —intervención de donaciones a la Iglesia, desamortizaciones, desligación del voto religioso de obediencia—, debidamente contestado por el pueblo, con serias consecuencias gubernamentales. Pero los políticos liberales seguían empujando.

Norteamérica se «había comido» la mitad del territorio azteca. De perlas, por tanto, para justificar la necesaria reforma reli-

giosa nacional apuntalándose en la superioridad del país vecino, supuestamente derivada de su fe protestante.

Manos a la obra. Con la carta magna de 1857, llegada de la mano del tristemente célebre y sanguinario dictador Benito Juárez. Un texto incruentamente persecutorio pero más amordazante. Decidido a acabar con la enseñanza del credo católico. Quiere eliminar los tribunales eclesiásticos. Proclama la intervención estatal en materia de culto religioso. Implanta el juramento constitucional de los sacerdotes...

Realmente fuerte el mazazo. Sin hacerse esperar la natural y comprensible condena romana. Y, de resultas, la llamada «Guerra de la reforma». Tres años de conflicto bélico coronados, en 1860, por una legislación que ganaba en acento anticlerical.

En concreto: confiscación de bienes eclesiásticos, fuera diezmos, anulación de las órdenes religiosas masculinas y prohibición de admisiones en las femeninas, veto a la asistencia de funcionarios a los actos de culto. E incluso, en Oaxaca, expulsión de los jesuitas y de todo presbítero, religioso y religiosa extranjeros. Desgraciadamente las agresiones legales no tenían freno. En 1873 habrían de ir a más.

A Juárez le sustituye Lerdo de Tejada. Total, más de lo mismo. Expulsión de cuatrocientas diez Hermanas de la Caridad que atendían más de quince mil necesitados de hogar, de alimentación, de vestido y de calor humano. Expulsión curiosamente compensada con la entrada masiva de pastores protestantes estadounidenses. Consiguientemente, crece la asfixia catolica y estalla la violencia. A la descarada: toda una cascada de revueltas y motines de la población, como respuesta Una cascada imparable, también desfrenada, pese a la contundencia de la represión oficial. Al borde de la guerra civil.

En escena los «religioneros», hombres armados, principalmente campesinos, arracimados en un movimiento popular catolico, apartidista y sin caudillaje destacado, bajo la bandera de «¡Viva la religión! ¡Muera el mal gobierno!».

Traen la llamada «paz porfiriana», pues con el ex-seminarista presidente Porfirio Díaz prácticamente nacen barreras a la secularización y México recupera dinamismo catolico, con la consiguiente reorganización del clero, la fecunda actividad de las ór-

denes religiosas y el gran resurgimiento de la vida cristiana, aunque la enseñanza acentúa más que insinuaciones antirreligiosas y laicas... Aunque las leyes siguen siendo las leyes. Sólo que se las deja dormir.

Nada menos que tres largas décadas de «porfirismo» cuyo final, en 1911, dejó puerta abierta a la inestabilidad. Es un largo período a merced de la violencia política, repitiéndose los liberales en sus luchas fratricidas por alcanzar el poder. Y, en la trágica realidad bélica, los católicos intentando sobrevivir; ya pactando con las facciones moderadas, ya sufriendo la persecución.

En esta época son normales las revueltas campesinas, los bruscos cambios gubernamentales, el crimen político. Los hechos «cantan»: Madero asesinado en 1913, Carranza en 1920, Obregón en 1928. Aparte, las ejecuciones de los insurrectos líderes campesinos Emiliano Zapata y Pancho Villa en 1919 y en 1923, respectivamente.

Madero, religiosamente pactista y vacilante.

Venustiano Carranza, claramente anticlerical. Sus seguidores jugaron un papel predominante en la redacción de la carta magna de 1917, conocida como la «Constitución de Querétaro». Era abiertamente persecutoria, inicua: imponiendo el ateísmo escolar, proscribiendo la condición clerical y el celibato y los votos religiosos; exiliando a no pocos obispos, eclesiásticos y laicos social y políticamente comprometidos; arrasando templos e imágenes; incautando seminarios y colegios; prohibiendo incluso, según donde, el culto público y la celebración de sacramentos; sobre una docena de asesinatos.

Desolador; pero no era el final. El vendaval anticatólico aún subiría grados en su enfurecimiento. Sopló como nunca en 1925 con Plutarco Elías Calles, anticlerical hasta la médula. Nada de medias tintas, como ocurrió en tiempos de su antecesor Álvaro Obregón, personalmente hostil a la Iglesia pero políticamente moderado. Al general Plutarco se le atribuye la confesión:

> «Tres veces me he encontrado a Cristo en mi camino y tres veces le he abofeteado»

Persecución sangrienta, pues, previo el rotundo fracaso en el pretendido cisma de una proclamada «Iglesia apostólica mejicana». Persecución a muerte sin disimulos. Descaradamente,

con la legislación básica en la mano, hasta el extremo de ilegitimar toda acción pastoral eclesiástica desprovista de autorización gubernamental. Fue la espoleta. Los obispos suspendieron el culto y echaron el cerrojo a las iglesias. Y de la nada brotó un ejército popular, respuesta católica a la opresión revolucionaria.

Brotaron los «cristeros». Nuevos cruzados que, con el símbolo redentor en el pecho y ondeando en sus estandartes guerreros Cristo Rey y la Virgen de Guadalupe, a través de sierras y montañas, se lanzaban a la defensa de los ideales y de la vida cristiana. Movimiento esencialmente religioso, pero sin olvido de la dimensión patriótica. Sin apoyos internacionales; solos. Sin medios materiales y carentes de toda preparación militar, únicamente con su voluntad, su tenacidad y su entusiasmo.

Nacieron espontáneamente. Sin jefe. Con una mínima coordinación. Aquí y allá. Donde las medidas persecutorias apretaban o herían. Y acabarían en cascada. Miles y miles.

Pronto se enrolaron también mujeres, heroicas colaboradoras militares que recaudaban dinero, compraban armas y municiones que transportaban camufladas, aprovisionaban a las tropas cristeras y ejercían una estimable labor social y caritativa. Y ellas, que habían lanzado a los hombres a los montes, también cultivaban los campos y cuidaban la catequesis y la religiosidad del pueblo. Una religiosidad viva como nunca.

Recorto del librito *La cristiada,* de Andrés Azkue:

> «En cada casa hay un altar del Sagrado Corazon y de noche las gentes se reunen en la iglesia para rezar el rosario La misa es el acontecimiento esencial, ya que la Eucaristia es la que confiere todo su sentido a la lucha emprendida misa diaria, misa de accion de gracias, tras una victoria, misa por el descanso del alma de los difuntos, misa solemne de tropa, a la que acude la poblacion y en la que los soldados rinden homenaje al santisimo Sacramento, solemnidades extraordinarias de la Semana Santa, vivida con un nuevo fervor, en la experiencia de la Pasion, grandes fiestas eucaristicas y cristologicas, la mas grande de las cuales es la festividad de Cristo Rey En los campamentos cristeros, cuando lo permiten las circunstancias, el Santisimo Sacramento esta expuesto y los soldados practican la adoracion perpetua»

Fue la estampa del México «cristero»...

En el reverso de la medalla, Guadalupe.

Guadalupe, con la estampa de la basílica cerrada y sin clero. Y, sorprendentemente, nunca el santuario tan concurrido. En pocas palabras, gráficamente, la dibuja un cronista de la época:

> «La procesión sin curas, sin santos, sin obispos, sin cirios, era sencillamente formidable Era la marcha de un pueblo»

Un pueblo creyente...

Rebelde insurrección religioso-patriótica. Pues, cuando se aplasta un foco en una zona, surge otro, y aún mayor, más allá. Y doble conflicto. Armado, sangriento en el país, donde, por otra parte, la persecución arreciaba y la sangre martirial formaba regueros. Diplomático de puertas afuera.

Significativamente Pío XI no tuvo reparo en calificar de «persecución diocleciana» la durísima realidad de los católicos mexicanos. Y, lamentando la conjura del silencio informativo internacional, gritó, en noviembre de 1926, el dolor de los perseguidos en el marco solemne de la encíclica *Iniquis afflictisque.*

Sí, es verdad, lo hizo, pero ordenando que «los sacerdotes se abstengan de ayudar material o moralmente a la revolución armada», dado que un sector del clero militaba en la guerrilla y no pocos eclesiásticos, solidariamente, prestaban asistencia espiritual a los insurrectos; censurando, también, la actitud y el juicio mayoritarios de los obispos favorables a la intervención armada católica, aunque en realidad sin ayudarla, salvo dos o tres intervenciones directas, no más. Pero no justifica tampoco la opción rebelde, considerada precisamente obstáculo perturbador de la vía negociadora y, consiguientemente, de la deseada paz La Santa Sede únicamente consideraba válido el diálogo.

El general Plutarco Elías Calles pactó, más por necesidad que por convencimiento. El resultado fue la simple reincorporación del personal parroquial y la recuperación del culto, sin tocar ni una tilde de la legislación anticlerical. Acalladas, además, desde la propia jerarquía eclesial las voces de «cristeros» y sacerdotes a favor de la reforma constitucional.

En definitiva un «arreglo», en 1929, absolutamente insatisfactorio, particularmente para los bravos cruzados de la fe.

Un religioso que siendo seminarista había vivido aquella realidad histórica opinaba:

«Fue un escandalazo brutal, nadie quería»

«Fue una cosa demasiado triste para los "cristeros" —ha escrito otro religioso— el ver que todo el mundo los abandonaba, el ver que los sacerdotes por quienes tanto habían sufrido los anatematizaban, como si fuesen criminales, exigiéndoles una rendición incondicional, el quedar indefensos en manos de sus enemigos, el irseles el triunfo de la Iglesia de sus manos, por arreglos de los mismos que más lo necesitaban y de quienes menos se esperaba [ ] En esos días tuvieron los jefes que luchar con toda su virilidad cristera»

También en labios eclesiásticos:

«Se esperaba que, terminada la guerra religiosa, un gran número de cristeros se volverían bandidos Esto no ocurrió»

Los «cristeros» demostraron que eran realmente buenos soldados, pero aún mejores cristianos; fieles hasta las últimas consecuencias, dóciles a la jerarquía, aunque dolidos con ella; y tremendamente desconfiados. Los hechos, desgraciadamente, les premiarían con la razón, cumpliéndose las previstas consecuencias del desarme.

Y a fe que pagaron caro el error en el «arreglo». El Gobierno no tardó en perder la memoria y el *modus vivendi* firmado se fue al traste, derivando en *modus moriendi*. Total, una carnicería de 1.500 víctimas, mucha más sangre cristera que en los tres años de lucha armada.

Ellos, los aguerridos militantes, cruentamente. La Iglesia jerárquica perdiendo estima popular, por dejación.

Un arzobispo mexicano, en 1932, informaba a Roma:

«Juzgo que se ha perdido por completo entre los católicos mejicanos la tradicional estima de los obispos Y esto no es de maravillar si se atiende al cambio absoluto del dignísimo modo de obrar del episcopado al principio del conflicto para venir al actual modo de comportarse»

Insiste:

«El escandalo entre el clero y el pueblo es grave y puede temerse con seriedad que sobrevenga un cisma o que muchos pierdan la fe»

Hubo quienes, efectivamente, la perdieron. Hubo abandonos y hubo prodigalidad de terreno abonado para la difusión de las logias y las sectas, que aún perduran. De ellas se dijo:

«Hacen un daño tremendo, no con su natural propaganda sino con las muy elocuentes paradojas que pusieron en sus manos los arreglos "Ya lo ven, ustedes que adoraban y creían en sus obispos, el pago que les dieron, mientras ustedes se batían, ellos en sus buenos palacios en el extranjero, y cuando les parecio mejor les quitaron la bandera que ellos mismos habían abandonado y se acomodaron dejandolos con un palmo de narices"»

La Iglesia perdiendo confianza y aprecio. Y nuevamente mártir Con la consiguiente reiterada condena pontificia. Ahora, en 1932, justificando la encíclica *Acerba animi*

Al tiempo que los «cristeros», vejados, sistemáticamente perseguidos, desfrenan entusiasmo y vuelven al monte. Aunque ahora sólo un puñado de miles. Sordos a las desautorizaciones episcopales, impasibles ante la gradual pérdida de apoyo popular. Pocos, pero temibles y temidos. Irreductibles en las montañas. Luchando titánicamente en defensa de la derogación de las leyes anticatolicas.

El último guerrillero de la fe cayó en 1941. Asesinado cabalgando el legendario caballo con el que había paseado por peñas y quebradas los estandartes de Cristo Rey y de la Virgen guadalupana Punto y final de una gesta... La gesta de unos hombres incomprendidos y abandonados por quienes más favorecidos habían sido. Silenciada por los sucesivos gobiernos e instituciones mexicanas interesados en borrar toda huella. El protagonismo de unos campesinos y rancheros que se dejaron la piel y la sangre por la fe. No en vano. Que su tenacidad y heroísmo tuvieron parte, durante tantos años, en el enfriamiento del tradicional anticlericalismo mexicano.

La Iglesia ha tenido en cuenta los frutos de sangre contemporáneos. Los mártires, canónicamente mártires, es decir: inmolados por amor a Cristo, por fidelidad a su doctrina y aceptada la muerte con el perdon en los labios.

Jean Meyer contabiliza e historiza más de 250 laicos con auténtico espíritu martirial. Aludiéndoles la comunicación romana —17 de mayo de 1927— a los obispos mexicanos sobre algunas respuestas y licencias.

Transcribimos:

«Otro "rescripto" que hemos recibido concede a los que estan en Mexico indulgencia plenaria "in articulo mortis" si, confesados

y comulgados o por lo menos contritos, pronuncian con los labios, o cuando menos con el corazon, la jaculatoria "¡Viva Cristo Rey!", aceptando la muerte como enviada por el Señor en castigo de nuestras culpas»

Muertes siempre modélicas, habitualmente selladas con vivas a Cristo Rey y a la Virgencita guadalupana.

Se trata de un entusiasmo martirial estallado, por ejemplo, en Totatiche, 27 de noviembre de 1927, donde no pocos ancianos se sumaron a la sublevación, justificando: «Hay que ganar el cielo ahora que está barato».

Alcanzó particularmente a la juventud. Honorio Lamas, compartiendo ejecución con su padre, se despide epistolarmente de la mujer que más quiere: «¡Qué fácil está el cielo ahorita, mamá!».

Pedro Muñoz, fusilado por aprovisionar a los «cristeros» y negarse al servicio del ejército federal, escribía a un sacerdote: «Gracias a Dios he permanecido firme y tengo el propósito de ser leal a mi religión [...] (me pidieron que me incorporara a las filas callistas) pero yo no admití, primero muerto que cambiar mi fe».

Y Norberto López, fusilado en 1928, igualmente rehusando la incorporación en las filas revolucionarias, argumentaba: «Desde que tomé las armas hice el propósito de dar la vida por Cristo, no voy a perder el ayuno al cuarto para las doce».

Todos admirables...

Insistimos en que la Iglesia no ha olvidado a las víctimas del odio revolucionario mexicano. Ya muchos en el altar: el jesuita Miguel Agustín Pro Juárez abre el desfile de beatificaciones el 25 de septiembre de 1988; el 22 de noviembre de 1992, solemnidad litúrgica de Cristo Rey, Juan Pablo II reconoce la heroicidad cristiana de Cristóbal Magallanes y veinticuatro compañeros —veintidós presbíteros y tres jóvenes militantes de Acción Católica—, martirizados durante las persecuciones religiosas de 1915 a 1937. En 1915: *David Galván Bermúdez* (30 de enero); en 1926: *Luis Batis Sainz, Manuel Morales, Salvador Lara Puente* y *David Roldán Lara* (15 de agosto); en 1927: *Mateo Correa Magallanes* (6 de febrero), *Jenaro Sánchez* (18 de febrero), *Julio Álvarez Mendoza* (30 de marzo), *David Uribe Velasco* (12 de abril), *Sabas Reyes Salazar* (13 de abril), *Román Adame* (21 de abril), *Cristóbal Maga-*

llanes y *Agustín Sánchez Caloca* (25 de mayo), *José Isabel Flores* (21 de junio), *José María Robles* (26 de junio), *Miguel de la Mora* (7 de agosto), *Rodrigo Aguilar* (28 de octubre), *Margarito Flores García* (12 de noviembre), *Pedro Esqueda Ramírez* (22 de noviembre); en 1928: *Jesús Méndez Montoya* (5 de febrero), *Toribio Romo González* (25 de febrero), *Justino Orona Madrigal* (1 de enero), *Atilano Cruz Alvarado* (1 de septiembre), *Tranquilino Ubiarco* (5 de octubre); en 1937: *Pedro de Jesús Maldonado* (11 de febrero). Fueron canonizados en fecha 21 de mayo del año 2000. Recortamos de la homilía pontificia en la misa de la solemne jornada eclesial:

> «Durante las duras pruebas que Dios permitió que experimentase su iglesia en México, hace ya algunas décadas, estos mártires supieron permanecer fieles al Señor, a sus comunidades eclesiales y a la larga tradición católica del pueblo mexicano. Con fe inquebrantable reconocieron como único soberano a Jesucristo, porque con viva esperanza aguardaban un tiempo en el que volviera a la nación mexicana la unidad de sus hijos y de sus familias [...] Estos mártires son una genuina expresión de ¡México, siempre fiel!».

JACINTO PERAIRE FERRER

Bibliografía

Art. en C. LEONARDI - A. RICCARDI - G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los Santos* (Madrid 2002)

AZKUE, A., *La cristiada* (Barcelona 2000).

LLORCA, B., SJ, *Manual de historia eclesiástica* (Barcelona 1942).

CARDOSO, J., *Los mártires mexicanos* (México 1953)

CONFERENCIA DEL EPISCOPADO MEXICANO, *Mártires de la Iglesia de México.* V centenario del descubrimiento y evangelización de América (México 1991).

OLIVERA SIDANO, A., *Aspectos del conflicto religioso de 1926 a 1929. Sus antecedentes y consecuencias* (México 1966)

SAN CARLOS EUGENIO DE MAZENOD

Obispo y fundador († 1861)

Carlos José Eugenio de Mazenod y de Joannis nació el 1 de agosto de 1782 en Aix, capital de la Provenza. Su padre, Carlos Antonio de Mazenod, señor de San Lorenzo de Verdon, era Presidente del Tribunal de Cuentas, Ayudas y Finanzas de la región. Su madre, María Rosa Eugenia de Joannis, era hija de un famoso profesor de Medicina en la Facultad de Aix. Vivían en

el palacio familiar situado en la calle central. Tenía una hermana tres años mayor que él, Carlota Eugenia, que moriría al poco tiempo. En 1785, nació su otra hermana, Carlota Eugenia Antonieta.

Fue bautizado el 2 de agosto en la iglesia de Santa María Magdalena, patrona de Aix. Fueron padrinos su abuelo materno, José Tomás de Joannis, y Eugenia Francisca Dantoine, esposa del presidente honorario del mismo Tribunal de Cuentas.

De niño era espontáneo y decidido, caritativo y sincero Nunca pedía las cosas llorando, sino diciendo: *Quiero.* Compartía sus vestidos con los pobres. Nunca mentía para excusarse sino que reconocía valientemente sus propias faltas.

En 1789, el del grito de «igualdad, libertad y fraternidad», cuando su padre había sido elegido representante por la nobleza provenzal para Versalles, Eugenio ingresó como interno en el colegio Bourbon, del que habían sido expulsados los jesuitas. Hizo sexto y, al curso siguiente, cuando sus profesores tuvieron que prestar juramento constitucional —impuesto por la Asamblea Nacional— fue retirado de ese colegio. Su padre no fue admitido como representante, por no haber sido elegido conforme a las normas revolucionarias, algunos de sus amigos fueron detenidos y colgados de las farolas de la calle en que vivían, por eso tuvo que huir y refugiarse en Niza, que entonces dependía del reino de Cerdeña. Desde allí reclamó a su hijo, porque también su vida corría peligro y, poco después, también acudieron la madre, su hermana y demás familia. En la escuela puso sumo empeño por aprender italiano, que enseguida le serviría para ser admitido en el colegio real de Turín, confiado entonces a los barnabitas. Hizo su primera comunión en el Jueves Santo, 5 de abril de 1792, y recibió la confirmación el 3 de junio siguiente, solemnidad de la Santísima Trinidad. El plan de estudios de este colegio era bien completo: latín, griego, italiano, filosofía, historia, geografía, caligrafía, dibujo, arquitectura, música, esgrima, baile y equitación.

En 1794 los refugiados franceses huyeron del Piamonte, por la amenaza de los ejércitos revolucionarios y los Mazenod se fueron, en una barcaza por el Po, a Venecia. Vivían once en un piso de dos habitaciones hasta que encontraron lugar más am-

plio donde estuvieron tres años y medio. Todas estas peripecias le quedaron grabadas en el alma y, después, en unos apuntes que él llamó *Diario de la emigración,* describía perfectamente los apuros de su huida entremezclados con los festejos de Venecia por la boda del Dux. Tuvieron que hacerse comerciantes, con el nombre de «hermanos Bloquetti»; recibían telas de estraperlo desde Lyón para venderlas allí, pero el negocio no daba para pagar un colegio a Eugenio, quien, en la parroquia donde ayudaba a misa a su tío abuelo, conoció a los Zinelli, ricos negociantes que tenían un hijo sacerdote —Bartolo— y otro diácono. Éstos le ofrecieron su propia familia para que pudiera continuar sus estudios. Don Bartolo se preocupó de su formación intelectual y espiritual. Eugenio comenzó a hacer penitencias, que se inventaba, y desde entonces sintió indicios de vocación sacerdotal.

En esta adolescencia tuvo que sufrir el dolor de la separación de su madre, que volvió a Aix para hacerse cargo de parte de la herencia que había dejado su abuelo, recién fallecido. A la vez vio morir a su tío canónigo.

Cuando en 1798 las tropas francesas ocuparon Venecia, tuvieron que huir de nuevo, esta vez a Nápoles. Zarparon en un barco —preparado para transportar animales— y la travesía duró mes y medio. Se alojaron en Santa Maria in Portico. Eugenio aprovechó este tiempo para estudiar alemán y, gracias a la invitación del caballero Galembert, pudo conocer los alrededores: el Vesubio, Puzzuoli, Herculano y Pompeya. Cuando el ejército francés ocupó Roma y peligraba Nápoles, otra vez tuvieron que huir hasta Palermo, en 1799, en un barco portugués. Alquilaron una casa en el barrio de curtidores y Eugenio conoció a César de Chastellux, que tenía sus mismos deseos religiosos. Allí siguió relacionándose con familias de nobles, amigos de sus padres, siendo admitido —como un hijo más— en casa del duque de Cannizaro. En este nuevo ambiente le preocupaba su linaje, genealogía y escudo, estudiaba literatura, asistía a funciones teatrales y practicaba la equitación; incluso aprendió el manejo de las armas. Su padre se ocupó de que leyera historia y de que comenzara a escribir, a la vez que le corregía el orgullo y amor propio que brotaban de su vivacidad. Pero él nunca dejó

de preocuparse por los pobres y enfermos, con la ayuda y ejemplo de la duquesa. Por otra parte, don Bartolo —quien murió en 1802— continuaba carteándole. De él se le quedó grabada una máxima: *Nada contra Dios, nada sin Dios.* Cuando murió su protectora y quedó desolado, entonces fue su padre quien le ayudó a vivir la esperanza cristiana.

Mientras tanto, con el establecimiento de Napoleón Bonaparte como primer cónsul, restablecida en Francia la paz civil y la religiosa, su madre reclamó desde Aix a Eugenio e incluso le consiguió 25.000 libras de renta. Al tener que despedirse de su padre y tíos, en agosto de 1802, Eugenio cayó enfermo hasta que el 11 de octubre se embarcó para lo que a él le parecía ir al desierto —que deseaba breve— y que le duró quince años. Desembarcó en Marsella y, como no localizaba a su madre por correo, se fue a Aix. La casa familiar había sido alquilada y su madre, su hermana, junto con una tía y un primo, vivían en casa de su abuela materna. Su madre lo envió a San Lorenzo de Verdon, el castillo familiar, casi en ruinas, para librarlo del servicio militar pues allí sería más barato pagar su reemplazo, donde vivió lo que restaba de año y casi todo 1803. Se aburría sin poder relacionarse y sin libros. Escribió infinidad de cartas; a su padre le decía que, si hubiera sabido que tenía que vivir solo en la montaña, no se hubiera separado de él.

Una vez reemplazado del servicio militar, volvió a Aix y, a pesar de los cariños de su madre, echaba mucho de menos a su padre. Habían salvado las propiedades familiares, poniéndolas a nombre de la madre, pero el padre no quería volver teniendo que aceptar cargos de Bonaparte. Además, sólo tenía deudas. Mientras tanto en Aix, Eugenio se divertía en teatros y óperas, pero ya en marzo expresaba su desencanto: deseaba con todas sus fuerzas que su padre volviera y sólo podría traerlo si lograba cancelar sus deudas y, para eso, pensó en un matrimonio ventajoso. Se echó una primera novia, pero murió tísica; una segunda no tenía dote importante y él quería una mujer buena pero a la vez rica. Al ver que ésta no era la solución, en 1804 decidió volver a Sicilia, con el propósito de que le nombraran teniente o capitán del ejército del rey y, para eso, tenía que vender el castillo de Verdon y obtener pasaporte. Se fue a París, donde trató

con el ministro de culto de Napoleón, Portalis, quien le llegó a ofrecer una subprefectura; pero él sólo quería su pasaporte que no pudo conseguir.

Su vida ya no era como la de Venecia, pues se mostraba honesto y se abstenía de todo lo que fuera contra la ley de Dios, pero, aun así, se había contagiado del ambiente parisino. Fue entre 1805 y 1806 cuando comenzó a vivir una conversión radical. Habían promovido al obispado de Digne al padre Miollis, a quien él conocía. Sabía del buen funcionamiento del seminario de Aix, del Carmelo y de las ursulinas de la ciudad. Leyó *El genio del cristianismo* de Chateaubriand. En 1806 se puso a estudiar teología para rebatir a su tío Roze-Joannis, jansenista. Daba catequesis a los niños en el mundo rural y entró a trabajar en la Obra de las cárceles de Aix. Llegó a reconocer: «He buscado la felicidad fuera de Dios y por mucho tiempo, para mi desgracia». Un Viernes Santo se deshizo en lágrimas al contemplar la cruz.

Su viejo deseo de ser sacerdote afloró de nuevo, en medio de fuertes dudas, pues sabía que, si renunciaba al matrimonio, la línea Mazenod acabaría en él y nunca podría pagar las deudas de su padre para que regresara a vivir con su madre. El 2 de febrero de 1808, cuando las tropas imperiales conquistaron Roma y cuatro provincias de los Estados Pontificios, reaccionó con energía. Consultó con un sulpiciano y un jesuita, quien le dijo: «Su vocación es tan clara como la luz meridiana del día más luminoso». Sin consultar con su padre —pues no podía—, el día 29 de junio escribió a su madre comunicándole su decisión y, en octubre de 1808, se inscribió en una congregación mariana de la que salían candidatos para el seminario.

Eligió el seminario de San Sulpicio de París Le arredraban algunos estudios por su edad para aprender latín, escolástica y cuestiones que le parecían inútiles e insolubles. En cambio le interesaba prepararse para el ministerio: el estudio de la Sagrada Escritura, la formación espiritual y la vida de oración para «convertirse en Jesucristo». Recordando sus tiempos viejos de diversión, quería ahora repararlos con penitencias apasionadas, ayunando hasta ciento veinte días al año. Quería vivir pobre en su celda y vestir sobriamente con su sotana y fajín. Para la boda de su hermana le encargaron comprar vestidos y joyas, recados

que él hizo aunque se le partía el alma al contrastar la pobreza material y miseria espiritual de los barrios de París. En 1809 lo eligieron catequista para la parroquia de San Sulpicio y comenzó a exponer ante los niños el misterio cristiano. Al mismo tiempo seguía cursos de enfermero, para cuidar de los demás en caso de necesidad. Participaba en grupos misioneros fundados por un paisano suyo, también en una congregación mariana fundada por un jesuita, y secretamente militaba, además, en una asociación apostólica —compuesta por ocho miembros— con el fin de que en el mismo seminario hubiera jóvenes piadosos que elevaran el nivel de la comunidad. En las tensiones del emperador contra el Papa, en estos años aprendió ya a defender los derechos de la Iglesia.

Recibió la tonsura el 17 de diciembre de 1808, las órdenes menores el 27 de mayo y el subdiaconado el 23 de diciembre del año siguiente, y el diaconado el 16 de junio de 1810, el mismo día en que los sulpicianos eran expulsados del seminario. Con este motivo Eugenio fue nombrado director espiritual y maestro de ceremonias del centro, aún sin haber sido ordenado presbítero. Después de un mes de ejercicios, fue ordenado el 21 de diciembre de 1811 en la catedral de Amiens por el obispo diocesano Jean-François de Demandolx. De este momento escribía:

> «Unos días antes de la ordenación, y sobre todo desde la ordenación, me parece que conozco mejor a nuestro Señor Jesucristo»

Celebró su primera misa, en la noche de Navidad, en la capilla de las Damas del Sagrado Corazón. Entonces se dedicó en cuerpo y alma a la misión encomendada:

> «Puedo decir que durante los cinco años que pase en San Sulpicio navegaba a toda vela en un mar de caridad sin haber topado con ningún escollo»

Era un sacerdote de gran estatura, con mirada penetrante y una inteligencia que sabía conjugar la bondad y la dulzura con la firmeza y la exigencia. No aceptó ser vicario general de Amiens, tampoco una canonjía, para —en cambio— dedicarse a los niños y pobres de Aix desde las cuatro y media de la mañana hasta las diez de la noche. Enseguida fue nombrado confesor del seminario, dedicándose a promover la santidad sacerdotal entre

los seminaristas y los sacerdotes. Característica e impronta de su estilo misionero es que empezara a misionar en lengua provenzal, a las seis de la mañana en un templo, para hacer llegar la vida cristiana a criados, artesanos y gente sin gran cultura de los barrios de la ciudad. Y hablaba estupendamente, en cualquiera de las lenguas que conocía. Se dio cuenta de la importancia de atender a la juventud y estableció en 1813 una congregación —para la que redacta unos estatutos— que estaría compuesta, cuatro años más tarde, por 300 miembros. Se reunían domingos y jueves, para rezar y jugar. Continuó visitando a los dos mil prisioneros de la cárcel, cayendo gravemente enfermo contagiado de tifus, recibiendo la unción de los enfermos y el viático. La convalecencia, durante meses, le sirvió para orar y reflexionar sobre su futuro, planteandose si no debería ingresar en una orden religiosa, pero le venció la necesidad que veía en los seminaristas y en los pobres de ejercitar con ellos su ministerio. Se decidió entonces a imitar a Cristo en su vida apostólica.

En la situación de la Provenza y de Francia, Eugenio piensa en el estilo de las misiones populares para cristianizar o recristianizar al pueblo, a pesar de la prohibición napoleónica de las sociedades de «misioneros ambulantes». En estos años el había realizado misiones populares en distintos sitios y su amigo Forbin-Janson le instaba a que se uniera a él y al padre Rauzan para hacerse de los Misioneros de Francia. Después de las consultas, como solía hacer, se le indicó que lo suyo era atender a los jóvenes en la diócesis y predicar de vez en cuando alguna misión. Para ello buscó en 1815 dos sacerdotes jóvenes como colaboradores, Icard y Deblieu, y otro mayor, Mye, y de modo singular el padre Tempier, y empezó a orientarse hacia las misiones populares, por la situación religiosa de los habitantes del campo y de los barrios populares de la ciudad. Pidió un préstamo y compró un antiguo convento de carmelitas. El 25 de enero de 1816 entraron oficialmente en la casa con una doble finalidad: la práctica de las virtudes de la vida religiosa en comunidad y la predicación de misiones en el mundo rural así como la dirección espiritual de la juventud; los estatutos fueron aprobados por las autoridades diocesanas como asociación de sacerdotes con el título de los «Misioneros de Provenza».

Las misiones duraban un mes o más en cada lugar, y a pesar de que eran pocos, dieron cuarenta en ocho años: Grans, Fuveau, Marignane... a veces unidos a los jesuitas o a los misioneros de Francia, en Arlés, Marsella y Aix.. Estaban dirigidas por Eugenio, ya fundador, con la forma tradicional de los siglos anteriores: enseñanza del catecismo, ceremonias y procesiones, confesión escalonada —el sacramento de la penitencia era central en la misión—, con visitas domiciliarias y siempre en lengua provenzal, con una referencia clara a la misericordia de Dios, bebida en San Alfonso María de Ligorio, todo lo contrario al rigorismo jansenista. Los misioneros hacían un gesto público para expresar que cargaban con los pecados del pueblo, echándose una soga al cuello y llevando una cruz de penitentes que encabezaban la procesión, rezando públicamente por la conversión de todo el pueblo. Organizaban también una procesión con niños: llevaban a todo el pueblo a visitar el cementerio y plantaban una cruz en la plaza. Lo principal es que confesaban a la gente desde las cinco de la mañana hasta la medianoche. En más de un sitio tuvieron grandes problemas para organizar la misión, incluso con los sacerdotes del lugar que hasta presentaron denuncias ante el Ministerio del Interior Eugenio no veía otra solución para su instituto y misión más que en buscar un obispo amigo que los protegiese, como logró con la propuesta para Marsella de su tío mons. Fortuné de Mazenod.

En un retiro de 1818 vio que él y sus misioneros no podían dejarse arrastrar por una vida tan activa y, por eso, creyó que había que estrechar aún más los lazos de familia religiosa practicando los consejos evangélicos. A este deseo de profundidad espiritual se añadió el requerimiento que se les hacía para servir un santuario mariano en la diócesis de Digne. Redactó las «Reglas» en el castillo familiar de Verdon, durante catorce días del mes de septiembre. Los ocho misioneros las votaron (otros dos prefirieron esperar más tiempo para hacer la profesión) y lo votaron a él como Superior General. Cuando en 1823 nombraron obispo de Marsella a su tío Fortuné, éste hizo a Eugenio y a Tempier sus vicarios generales. Entre los misioneros habían surgido algunas dudas y cada uno se desperdigaba por distintas diócesis. Mazenod se fue a Aix y, después de un día de oración y

de ayuno, se ofreció como víctima para aplacar la ira del cielo. Apagó la luz, se disciplinó hasta la sangre, se tiró al suelo a la salida del comedor para que todos lo pisaran al pasar. Guibert, que era novicio y sería arzobispo de París y cardenal, escribía de este momento sobre los misioneros: «Todas sus dudas desaparecieron y para siempre». Aceptaron que Eugenio y Tempier continuaran como vicarios generales de Marsella.

Esta crisis le sirvió para comprender que su asociación debía recibir la aprobación pontificia, pues, si no, algún obispo podría alegar que el voto de «perseverancia» en el instituto, que había introducido en sus Reglas, podría ser dispensado por el ordinario y no como quería el fundador, que deseaba reservarlo al mismo Papa. En 1825 tenía 18 profesos y 8 novicios; predicaban misiones a la vez en seis diócesis. A finales de ese año se fue a Roma, con cartas de aprobación de los seis respectivos obispos en cuyas diócesis estaban, y logró ver al papa León XII, de tal forma que obtuvo no sólo el acostumbrado decreto de alabanza de la Santa Sede sino también el de aprobación pontificia del 17 de febrero de 1826 como «Oblatos de María Inmaculada». A pesar de que habían entrado por entonces cerca de doscientos chicos, por enfermedad, muerte y falta de perseverancia, diez años más tarde sólo eran cuarenta y dos profesos. Le dolía hasta el tuétano del alma la defección de cualquiera de sus misioneros. Otra vez, por agotamiento y enfermedad cardíaca, tuvo que guardar cama y recibir la unción de los enfermos y el viático. Le recetaron descanso absoluto y, con un sobrino suyo, se fue a Suiza. Por causa de la revolución no pudo regresar hasta 1831. Esta larga ausencia le hizo reflexionar sobre la conveniencia de fundar en otros países y naciones. Con ocasión de un viaje a Roma en 1832, y al año siguiente, solicitó de la Congregación de Propaganda Fide permiso para enviar oblatos a Argelia, pero en esta ocasión no obtuvo el permiso civil para ello. Por eso fundó en Ajaccio y en Grenoble.

Desde que fue nombrado vicario general de Marsella se preocupó de la renovación del clero, de la conversión de espíritu, promoviendo la reforma litúrgica. Marsella tenía entonces pocos más de 100.000 habitantes y menos de doscientos sacerdotes. Pero había curas y autoridades civiles que iban contra él

por su exigencia y energía. Incluso el Ayuntamiento y el Consejo General de Marsella votaron en 1831 que desapareciera la diócesis cuando quedara vacante. Su tío, el obispo, comprobando la situación, había escrito a Gregorio XVI pidiéndole que, por tener 83 años, le concediera un obispo auxiliar *(in partibus* como se decía entonces) que gozara de su confianza, del clero y del pueblo. Éste era precisamente su sobrino Eugenio de Mazenod. Fue llamado por el Papa y el 1 de octubre de 1832 lo nombró obispo titular de Icosia a la vez que la Congregación de Propaganda Fide le encargó ser visitador apostólico de Túnez y de Trípoli. Eugenio fue el primer obispo que ejercitaría su misión en Francia como Vicario General, sin tener que ir a las misiones, más que a la visita apostólica. En 1833 el Papa le llamó para comunicarle que el gobierno no lo quería en Francia y tuvo que defenderse de que nunca se había ocupado de política, tal como se lo aconsejaba a sus sacerdotes. Se defendió también ante los tribunales franceses, aunque tuvo que sufrir, con lo que él amaba al Papa y a la Iglesia, quedarse desasistido durante 1834 y 1835 hasta el punto de vivirlo como una agonía. Después de todo, en 1837, mons. Fortuné de Mazenod logró que se le aceptara su dimisión y que su sobrino le sucediera en Marsella como obispo diocesano a la vez que continuaba siendo superior general de los Misioneros Oblatos de María Inmaculada.

El 9 de abril de 1833 Eugenio de Mazenod fue nombrado obispo de Marsella a propuesta del rey Luis Felipe, que luego confirmaría el papa Gregorio XVI el 2 de octubre siguiente. A él le cayó tan mal este nombramiento que incluso tuvo que guardar reposo durante unos meses y escribía:

> «Me queda el consuelo de que yo no la escogí Sin embargo, tendre que encariñarme con este pueblo como un padre con sus hijos»

Conocía la diócesis y sus sacerdotes, pero ahora asumía la responsabilidad sobre ellos como obispo diocesano. Empezo por la renovación del seminario, poniendo de formadores a sus oblatos; en pocos años se dobló el número de sus seminaristas, hasta trescientos. Después, por la crisis vocacional de Francia, el número volvió a bajar y, como no llegaban a diez los ingresos por año al Seminario Mayor, por eso fundo una escuela, la de la

Sagrada Familia, como Seminario Menor de la diócesis de la que salían otros cinco o seis candidatos al sacerdocio. Recibía seminaristas venidos de otras naciones, singularmente de España. En su diócesis llegaron a ser 100 sacerdotes españoles y 30 corsos.

Fundó una «caja de compensacion» entre el clero, pues unos podían recibir algo por tener mayor atención ministerial y otros nada; así le resultaba más fácil proponer nombramientos de buenos sacerdotes para los barrios. Como esa caja había otra, la «caja de ayuda», incrementada con lo que se recibía de las instituciones del Estado, del Departamento o del Ayuntamiento. Se preocupaba tanto de la formación espiritual como de la intelectual de todos los sacerdotes. Por eso, el clero contemporáneo decía de él: «Es un hombre según el corazon de Dios».

Durante su ministerio episcopal la población de la diócesis se duplicó, pues Marsella era entonces la segunda ciudad de Francia. Desde 1837 hasta 1861 se construyeron o restauraron cuarenta iglesias y, como puede comprenderse, no sin dificultades. Así como las parroquias estaban regidas por sacerdotes diocesanos, las obras de caridad o de asistencia las había encomendado a religiosos y religiosas, a quienes había llamado a la diócesis, diez institutos nuevos acudieron a ella durante su ministerio, de tal forma que, cuando murió, había 1.775 religiosos y religiosas, la mitad en la enseñanza y la otra mitad dedicados o entregados a la oración contemplativa o a la atención caritativa Cuando él llegó había diez institutos y a la hora de su muerte dieciséis más, algunos de derecho diocesano fundados con su silenciosa pero decisiva colaboración. También a los religiosos les ayudaba en toda forma, incluso con su contribución material y marcando siempre en Jesucristo la identidad espiritual de la vida religiosa.

Estas «obras», hasta veintiséis, promovían distintos servicios, siempre con carácter confesional, como una verificacion de la evangelización: regular matrimonios, promocionar sordomudos, enseñar oficio a los presos, evangelizar a los humildes y específicamente obreros; casas cuna, acogida para las familias de los obreros y a los mismos obreros, orfanatos para chicos y chicas. Para sobrellevar todo inventó una fórmula nueva: las

«mutualidades». En caso de enfermedad o de paro éstas aseguraban una asistencia financiera. Y se inscribieron hasta 15.000 miembros.

En 1837 nombró, para atender el Santuario de Nuestra Señora de la Guardia, en una colina con el mismo nombre, al padre Bernard. El obispo se preocupaba de que la gente acudiera al santuario o de que la virgen procesionase por las calles de Marsella, sobre todo cuando apuraban necesidades de todo tipo. Puso la primera piedra para un nuevo santuario con ayudas de los fieles e incluso lanzó una lotería nacional para comenzar las obras.

Recibía a quien se lo solicitaba con toda facilidad, pues dedicaba cuatro horas al día, de diez a dos, a recibir visitas. Pero no se quedaba en casa pues salía a la visita pastoral, también para las confirmaciones, predicando en este caso en lengua provenzal: «Oh, cuánto bendigo a Dios por saber hablar la lengua de los que tengo el deber de instruir», constataba. Todos los lunes confirmaba en la capilla del obispado y, cuando se trataba de enfermos, iba a sus propios domicilios, especialmente durante las epidemias de cólera de 1837, 1849, 1850, 1854 y 1855, y ya tenía setenta y siete años para subir al quinto piso. En 1854 pudo asistir, en Roma, a la definición del dogma de la Inmaculada Concepción.

Con las autoridades civiles mantenía una distancia correcta y una cercana colaboración para no mezclar la acción pastoral con la acción política ni dejar que su autoridad moral cubriese acciones legítimas pero del orden temporal.

Llamaba a todos a la santidad, singularmente con cartas pastorales de cuaresma. Su apostolado lo centraba en la Eucaristía, promoviendo la adoración perpetua en muchas iglesias y visitándolas personalmente. Él insistía en la celebración dominical de la Eucaristía como el lugar privilegiado para vivir, en el Señor, la comunión eclesial. Supo moderar los abusos por exceso o por defecto, directamente o también a través de sus cartas pastorales.

Se interesaba por las demás iglesias diocesanas de Francia. Amaba mucho la particularidad de la suya pero tenía el corazón universalmente abierto a las diócesis de la Iglesia en Francia y de la Iglesia universal. Tomó parte en el concilio provincial de

Aix de 1850, pero con moderación y sin caer en nacionalismo alguno.

Uno de los problemas acuciantes en estos años era el de la libertad de enseñanza religiosa y moral en las escuelas y colegios, en primaria, secundaria y bachillerato. Ya de vicario general trabajó para lograr una respuesta satisfactoria al problema. De obispo fue uno de los que más se interesaron ante el Papa, la opinión pública y las instituciones por esa libertad: «La justicia, la razón y la Providencia están con nosotros», solía decir a quienes luchaban para conseguir los derechos de los padres y de los alumnos. También era capaz de discernir, con valentía, publicaciones que fomentaban la separación de los sacerdotes de sus obispos y del Papa.

Como Marsella es puerto importante del Mediterráneo, por allí le entraba y le salía la preocupación misionera, eficaz, por otras iglesias de reciente implantación. Era sensible a todos los problemas, por ejemplo, en 1839 determinó hacer una colecta en su diócesis para socorrer a las familias afectadas por un terremoto en Martinica, o en Guadalupe, o para socorrer a los sacerdotes españoles refugiados en Francia. Con ocasión del traslado de una reliquia de San Agustín, pidió —en una pastoral— la libertad para la evangelización en Argelia.

Se preocupaba de la escasez de las cosechas en Irlanda y de la extensión del tifus en Canadá. En 1850 prescribió la colecta del Viernes Santo para Tierra Santa. Promovió las «suscripciones» económicas para destinarlas a las misiones «ad gentes», invitando a los misioneros que venían de distintas partes a proponer a sus fieles las necesidades de la evangelización.

En 1848, cuando en Europa cundió el movimiento liberal y nacionalista y llegó a afectar a los estados pontificios, Mazenod escribió a Pío IX para ofrecerle hospitalidad en su obispado, pero, por la situación política introducida por Luis Napoleón, le desaconsejó luego el viaje a Francia y el Papa se refugió en Gaeta. Enseguida pensó en recolectar ayuda, mediante el «óbolo de San Pedro» para ayudar al Santo Padre en las dificultades que estaba viviendo, de tal forma que el Papa le concedió, siendo sólo obispo, para él y sus sucesores, poder llevar el «palio» de los arzobispos como vínculo especial con el pastor universal.

Napoleón III le nombró senador en 1856. Desde entonces cada Domingo de Ramos acudía al Senado. Sólo intervino dos veces: para defender el presupuesto de la construcción de una catedral en Marsella y para defender los derechos del Papa sin ofender al emperador. Por eso fue propuesto al Papa como posible Cardenal aunque la situación política no lo favorecía. En una respuesta del Papa, a una de sus muchas cartas, le decía:

> «Reiteramos la expresion del proposito, debido a nuestro afecto muy especial hacia usted, que consiste en otorgar a sus meritos, llegado el momento oportuno, la mas grande recompensa que nos sea posible dar»

Él, en cambio, escribía:

> «El capelo vendra o no vendra, no me ocupo de ello, he vivido ochenta años sin el y pasare tambien sin el el poco tiempo que me quede de vida»

Mientras mons. Mazenod promovía todas esas actividades en la diócesis, envió oblatos en 1841 a Norteamérica (Canadá y Estados Unidos), en 1847 a Asia (Ceilán, Sri Lanka, Colombo) y en 1849 a África (Argel) y, desde 1841, por Europa: a Inglaterra, Irlanda y Escocia. Naturalmente, desde el principio ya se habían ido extendiendo por toda Francia. Cuando murió, su instituto estaba ya en cuatro continentes con 414 oblatos, seis de ellos obispos. Presidió personalmente los capítulos generales desde 1818 a 1856 y dirigió más de dos mil cartas, generales o particulares, a sus misioneros oblatos en correspondencia familiar y personal.

A España no llegaron hasta 1882. En el año 2001, el cardenal Rouco, Arzobispo de Madrid, erigió un instituto religioso femenino de derecho diocesano, las «Misioneras Oblatas de María Inmaculada», con el carisma, espiritualidad y misión que San Eugenio de Mazenod recibió para los Misioneros Oblatos de María Inmaculada y que, gracias a la ayuda de éstos y a la intercesión de su santo fundador, se actualizan a comienzos del siglo XXI en la nueva rama femenina.

La última enfermedad le sorprendió a finales de 1860 cuando, durante una celebración, sintió unas punzadas de dolor en el pecho. Después de las fiestas de año nuevo, su médico le diagnosticó un tumor en el lado izquierdo del bajo vientre. Lo

operó en el mismo obispado, pero un drenaje no solucionó la limpieza de tanto pus y le sobrevino una pleuresía con espasmos nerviosos. El 17 de enero Tempier escribió a toda la congregación para que rezaran por su fundador y mons. Guibert, uno de los primeros oblatos y entonces obispo de Tours, le comunico su gravedad. El 28 le administró la unción de los enfermos. En estos meses, como perdía con frecuencia el conocimiento, decía:

> «¡Como me gustaria verme morir, para aceptar bien la voluntad de Dios! [ ] Si me duermo y si me pongo peor, despertadme, os lo ruego Quiero morir sabiendo que muero»

El 20 de mayo dio a sus oblatos sus últimas recomendaciones y bendijo a las Hermanas de la Sagrada Familia de Burdeos, de las que era director general. «Practicad entre vosotros la caridad, la caridad, la caridad, y fuera, el celo por la salvación de las almas», fueron sus últimas palabras a los oblatos, como un testamento. El martes de Pentecostés, 21 de mayo, dadas las 10 de la noche, expiró mientras quienes lo acompañaban rezaban la Salve.

Estaba dotado de un carácter excepcional y un temperamento impetuoso, que puso enteros al servicio del Reino de Dios, dominándose con autocontrol por la bondad del corazón, pero no sin sufrimiento, pues era muy sensible. Su fe en Jesucristo, el único Salvador, le hacía adherirse a Él y a su Madre con un amor apasionado trasfundiendo el mismo amor a la Iglesia. En su última pastoral de 1860 dejó escrito: «Amar a la Iglesia es amar a Jesucristo, y viceversa». Supo aunar, una con otra y viceversa, su intensa vida espiritual junto a su inmensa actividad pastoral y misionera.

Un siglo más tarde, en 1970, Pablo VI declaró la heroicidad de sus virtudes. Y el 19 de octubre de 1975 lo inscribió en el catálogo de los beatos. En aquella ocasión dijo de él:

> «Un apasionado de Cristo Un enamorado de la Iglesia y entregado totalmente a su servicio Un subyugado por el amor a la Madre Inmaculada que dio nombre a su Congregacion»

Fue canonizado el 3 de diciembre de 1995 por el papa Juan Pablo II, quien, en la homilía de la celebración en la Basílica de San Pedro, expresó:

«Eugenio de Mazenod fue uno de los apostoles que prepararon los tiempos modernos, nuestros tiempos Fue consciente de que la mision de todo obispo, en union con la sede de Pedro, tiene un caracter universal Sabia que Cristo queria unir a su persona a todo el genero humano Por eso, durante toda su vida consagro una atencion especial a la evangelizacion de los pobres, alli donde estos se encuentran»

JOAQUIN MARTIN ABAD

Bibliografía

ANZALONI, V, OMI, *Eugenio de Mazenod, vescovo di Marsiglia, fondatore dei Missionari Oblati di Maria Inmaculata* (Roma 1961)

COOKE, R, OMI, *Sketches of the life of Mgr de Mazenod* (London 1879 1882), 2 vols

ETCHEGARAY, R, *Eugenio de Mazenod, Un corazon grande como el mundo* (Madrid 1999)

LEFLON, J, *Eugene de Mazenod, eveque de Marseille, fondateur des o m i 1782 1861* (Paris 1957 1968), 3 vols

STRIKER, K, OMI, *Bischof Eugen von Mazenod* (Paderborn 1932) (traducido al polaco y al checo)

C) BIOGRAFIAS BREVES

SAN TEOBALDO DE VIENNE

Obispo († 1001)

Teobaldo o Thibaut nace en Toulon, Isère, Francia, en una familia emparentada con la Casa de Borgoña. Era tío suyo Sobono, que fue su antecesor en la sede de Vienne.

Cuando era muy joven pierde a sus padres, hereda de ellos bienes y tierras que él decide dejar y darlos a los pobres, porque quiere ser sacerdote desprendido de todo interés temporal. Su santa conducta en el sacerdocio llevó al clero y al pueblo de Vienne a aceptarlo como obispo en 957, siendo consagrado aquel año el día 8 de marzo. Esta elección consensuada ponía fin a ocho años de sede vacante en los que no había sido posible elegir un sucesor por la oposición entre la aristocracia y el clero. La corona designó a Teobaldo como candidato de posible consenso y lo logró.

Participó en los sínodos de Anse de 990 y 994, en el último de los cuales se avisó a los clérigos de la necesidad de llevar una vida adecuada a su estado, cumplir con los ministerios sagrados

y guardar continencia. Firmando estos preceptos Teobaldo no hacía sino rubricar la pastoral que había seguido desde el principio pidiendo al clero y al pueblo una conducta ajustada al evangelio.

Es claro que Teobaldo pertenecía al sector reformista de su tiempo que quería extender el espíritu de Cluny a todos los estamentos de la Iglesia. Tuvo particular amistad con San Odilón de Cluny. Murió el 21 de mayo de 1001 y enseguida se le tuvo por santo, confirmando su culto la Santa Sede el 9 de diciembre de 1903.

SAN HEMMING

Obispo († 1366)

Nace en Balinge, Suecia, a finales del siglo XIII. Manifestó en su juventud vocación eclesiástica y estudió en la escuela de Upsala. Ordenado sacerdote, marchó a París a perfeccionar estudios de teología y derecho canónico, haciéndose con una buena colección de libros, con los que, terminados los estudios, volvió a Suecia.

En 1329 es nombrado canónigo de la catedral de Abo, sufragánea de Upsala, en la moderna Helsinki, Finlandia. Aquí se acreditó por su cultura religiosa y sus virtudes, al punto que, vacante la sede en 1338, un canónigo lo propuso para nuevo obispo y todos los demás consintieron al punto en la elección.

Hemming fue un obispo de muchas iniciativas. Amante de la liturgia, se ocupó de que la catedral tuviera los oportunos objetos litúrgicos, que fueron dignos y decorosos. Igualmente reformó la enseñanza en la escuela catedralicia de manera que se formasen mejor los jóvenes clérigos. A los más destacados de ellos los mandó a París en su afán de tener un clero culto a la altura de las mejores diócesis europeas.

Celebró varios sínodos en los que se ocupó de puntos importantes de la disciplina eclesiástica, como la guarda del ayuno y la abstinencia, el descanso dominical y festivo, la seguridad del tabernáculo, la buena administración de los bienes eclesiásticos, la gratuidad de los servicios a los pobres y la entrega de los diezmos para el sostén de las iglesias.

Unido en calurosa amistad con Santa Brígida, con ella fue a Aviñón a visitar al papa Clemente VI, al que él había tenido de profesor en París, para rogarle la vuelta a Roma. Estando en Francia intercedió porque hubiera paz entre este reino e Inglaterra, pero sin éxito.

Todos los que le conocieron lo tuvieron por santo, y ello se debió a su vida conforme al evangelio, a su celo apostólico y a su amor a la Iglesia, a cuyo servicio siempre estuvo. Murió el 21 de mayo de 1366. Se le dio culto popular hasta la llegada de la Reforma, permitiendo la Santa Sede que sus reliquias fueran depositadas en un relicario (1514), y ahora su memoria ha sido inscrita en el *Martirologio romano.*

BEATO JUAN MOPINOT (LEÓN)

Religioso y mártir († 1794)

Juan Mopinot nació en Reims el 12 de diciembre de 1724. Su educación e instrucción primaria corrieron a cargo de los Hermanos de La Salle en Thillois. Del contacto con ellos le vino la vocación religiosa, e ingresó en la Congregación de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, iniciando su noviciado en Saint Yon el 14 de enero de 1744 y recibiendo el nombre de Hermano León. Hizo la profesión religiosa perpetua el 1 de noviembre de 1749.

Al tiempo de la Revolución Francesa estaba destinado en el colegio La Salle de Moulins, en el que llevaba muchos años, lo que le había permitido educar a muchos hombres de la población que habían pasado por sus manos y que para entonces eran ya adultos. Promulgada la constitución civil del clero, se les pedía a los docentes que la suscribieran, para lo cual fueron convocados los hermanos de la comunidad de Moulins, entre ellos el Hno. León. Habló por todos el hermano director, que se negó a la prestación del juramento, por lo que la escuela fue confiscada Se sabe por el acta de la confiscación qué había en la celda del hermano León: un somier, un jergón, un colchón, una manta, un armario pequeño de dos puertas y un cajón abajo, y un candelero de cobre. Este era todo su ajuar.

El 11 de junio de 1793 fue arrestado y encarcelado. Como tenía 68 años y se dio orden de no deportar a los enfermos, se esperaba que el hermano León no fuera deportado pero se le declaró hábil para la deportación. Ésta tuvo lugar el 31 de marzo de 1794 y fue llevado a Rochefort, donde esperaban los barcos que iban a llevarse a los sacerdotes y religiosos deportados pero que nunca zarparon sino que permanecieron en las playas de dicha ciudad, y estuvieron los detenidos abandonados a su suerte y padeciendo miserias y enfermedades. En aquellos pontones las condiciones higiénicas eran pésimas y comenzaron a morir los presos. El hermano León se mostró sereno y paciente y vio venir la muerte como la culminacion de su entrega a la causa de Dios Murió el 21 de mayo de 1794, siendo enterrado en la isla de Aix. Fue beatificado el 1 de octubre de 1995.

22 de mayo

A) Martirologio

1 En Casia (Umbria), Santa Rita († antes de 1457), religiosa agustina **

2 En Africa, los santos Casto y Emilio († 203), martires

3 En Comana del Ponto, San Basilisco (s IV), obispo y martir

4 En Corcega, la conmemoracion de Santa Julia, virgen y martir (fecha desconocida)

5 En Aire (Aquitania), Santa Quiteria, virgen (fecha desconocida)

6 En Angulema (Aquitania), San Ausonio (s IV V), primer obispo de la ciudad

7 En Limoges (Aquitania), San Lupo († 637), obispo

8 En Parma (Emilia), San Juan (s X), abad

9 En Pistoya (Toscana), San Aton († 1153), obispo *

10 En Florencia (Toscana), Beata Humildad († 1310), abadesa de la Orden de Valle Umbrosa *

11 En Londres (Inglaterra), Beato Juan Forest († 1538), presbitero, de la Orden de Hermanos Menores, martir bajo Enrique VIII *

12 En Kori (Japon), beatos Pedro de la Asuncion, religioso franciscano, y Juan B Machado, religioso jesuita († 1617), presbiteros y martires *

13 En Omura (Japon), Beato Matias de Arima († 1620), martir *

14 En Anam, San Miguel Ho Dinh Hy († 1857), martir *

15 En An Xa (Tonkin), Santo Domingo (Lorenzo) Ngon († 1862), martir *

16 En Luca (Italia), Beata Maria Domenica Brun Barbantini († 1868), fundadora de la Congregacion de Hermanas Ministras de los Enfermos de San Camilo **

— Hoy celebra la Iglesia de España la memoria de Santa Joaquina Vedruna de Mas († 1854), viuda, fundadora de las Hermanas Carmelitas de la Caridad, cuyo dia natalicio es el 28 de agosto **

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SANTA RITA DE CASIA

Religiosa († 1457)

«¿Quien eres Tu, Señor?»

Pregunta acuciante y angustiosa que nos hacemos muchas veces en la vida ante el roce de Dios. Porque, como dice Muller, «Dios es, en verdad, nuestro único tú en el cielo y en la tierra».

Nos hacemos esa pregunta siempre que él se cruza con nosotros y tenemos la sensación de lo trascendente sobre nuestra pobre barraca humana. Entonces la presencia de Dios «se hace carne y habita entre nosotros». Como niños medrosos en la noche clamamos: «¿Quién eres Tú, Señor?», sin atrevernos a creer que es él quien se ha metido de rondón en nuestras vidas. Dios mismo asiste emocionado a nuestro asombro y se cumplen aquellas palabras de J. L. Martín Descalzo en uno de sus poemas·

> «Y Dios poso su mano sobre el alma del hombre, y todos los rincones comenzaron de pronto a tener su sentido»

Dios tiene infinitas maneras de hacerse presente. Pero casi siempre se le adivina. Y, dentro de esas infinitas maneras, tiene como modos que le son más propios y característicos. Hay un *estilo de Dios.*

Uno de los rasgos que le distinguen, una de las formas de hacerse presente es la de tomarse «revanchas a lo divino». Entonces Dios es más grande, mas majestuoso, más accesible a nuestra raquítica talla que cuando despide rayos desde el Sinaí.

Porque entonces es el Dios del Evangelio, el Dios que, a fuerza de ser bueno, hace el milagro de hacernos buenos a nosotros.

¡Revanchas de Dios! ¿Quién no las ha experimentado en su vida personal y no las ha presenciado en el mundo y en la Iglesia?

Los santos suelen ser las figuras representativas de esas «revanchas a lo divino» porque sólo ellos se prestan a colaborar con absoluto desinterés en los planes de Dios.

Un escenario: Italia. Una época: últimas décadas de la Edad Media. Unos personajes: Urbano VI, el antipapa Roberto, Pedro de Luna...

Las ausencias de los papas en Roma por la falta de seguridad de Italia y por la lucha de los partidos en Roma provocan el cisma de Occidente, con todas sus consecuencias de relajación, indisciplina y desorientación de los espíritus.

Wenceslao tenía entre sus manos el Imperio de Occidente Manuel Paleólogo había sucedido a su padre en el Imperio de Oriente, que había entregado al sultán Bayaceto. Casia, después de su rebelión contra la Santa Sede, se vio obligada a combatir con los guelfos.

La Iglesia tenía razón para llorar su unidad rota, las costumbres licenciosas de sus hijos, la servidumbre de los papas al poder real. Los derechos de Dios son conculcados. Urge una revancha por parte de Dios, pero él se la toma a lo divino.

Para confundir a los fuertes y «a los que son», saca de «los que no son» una espada que ha quedado blandiéndose en los siglos sobre aquel gris informe de tormentas y vejaciones. La saca de Roca Porrena, aldeílla próxima a Casia, perteneciente a la Umbría, para que tenga sólo la luz y la fuerza recibidas de Dios.

Rita de Casia es una revancha a lo divino contra los abusos del Medievo italiano. Es una manera de hacerse Dios presente.

Bien se podían preguntar en Italia ante aquella niña ignorante y extraordinariamente poderosa: «¿Quién eres Tú, Señor?». Se sentía a su contacto el contacto de Dios.

Vivió Rita setenta y seis años. Y fue santa en todas las penosas alternativas de su vida. Pasó por todos los estados: matrimonio, viudez, consagración a Dios en el claustro.

Dice Thomas Merton que «cada llamada especial confiere al hombre un lugar particular en el misterio de Cristo, le otorga algo que hacer por la salvación de la humanidad». Pues bien: a Santa Rita le otorgó Dios *mucho* quehacer por la salvación de la humanidad al hacerla pasar sucesivamente por todos los estados.

Nace la niña el 22 de mayo de 1381 de una madre estéril. Sin duda, Amada Ferri, como Sara o Isabel, dio saltos de júbilo al sentir sus entrañas fecundas. Y se siguen los prodigios que, contemplados hoy desde la atalaya de su santidad, son como lucecillas de Dios en el camino doloroso de su vida. ¿Qué le cuesta a Dios rebasar el orden de la naturaleza por amor a sus escogidos o por amor a cualquiera de sus hijos? Lo raro es que no lo rebase más veces. ¿Será porque nuestra fe no es ni como un grano de mostaza?

Y, como a todos, le llegó a Rita esa edad en que canta la sangre en las entrañas, y los dientes en sonrisas blancas, y la mirada en una luz nueva... Trece años. Sus padres la casaron. Con ello su carrera hacia Dios se hizo más consciente, más crucificada.

Los procesos de canonización recorren esos caminos intrincados y luminosos. ¡Cuántas virtudes! ¡Cuánta maravilla! ¡Cuánto de Dios! Me estremecía tenerlos en las manos, porque allí se me hacían vida fresca e inmolada desde el amanecer hasta el ocaso. Y era mucho el peso de tanta santidad.

Santa Rita vive su matrimonio ungida con la mirra más amarga. Fernando Pablo es cruel. Y la reduce a una vida dura y penosa. Así dieciocho años. Hasta que él muere asesinado. Los santos aman con una intensidad y con una pureza extraordinarias, porque su amor es la quintaesencia del amor, y el corazón de la santa sufre.

La encina nacida entre los riscos de la Umbría tiene estremecimientos terriblemente dolorosos. Es fuerte, pero se siente sacudida hasta las raíces más íntimas de su ser. Sus hijos Juan Santiago y Pablo María quieren vengar la muerte de su padre. Ella ofrece sus vidas antes de que lleguen a consumar el crimen y mueren los dos. No quedan ya lágrimas en los ojos de aquella mujer, que templa su fortaleza en la Madre de un Hijo que murió por todos. Ahora ya puede realizar sus primeras aspiracio-

nes, consagrarse totalmente a Dios en el retiro de un convento de agustinas. Pero es rechazada porque no es virgen.

¡Qué madurez maravillosa la de Rita! Huele su campo a espigas granadas y en la quietud serena de sus treinta y dos años puede ya contemplar su vida fecunda a lo humano y a lo divino.

Es preciso que vuelva Dios a intervenir con un prodigio para que Rita sea admitida en el convento. Tres santos la introducen en él milagrosamente. Tommaso Nediani describe así este pasaje de la vida de la santa:

> «Non c'e nessuno a la finestra e la via e silente e deserta, ma una gran luce meridiana tiene il cielo Infine ella vide, no, non sogna, e ben desta i suoi Santi Patroni in una luminosa aureola d'oro, l'austero Giovanni Battista nella pelle di camello, Sant'Agostino nel ieratico paludamento episcopale, e San Nicole da Tolentino nel nero saio agostiniano, che l'invitano ad andare con loro»

Viene después la época de intensas efusiones divinas El dolor pasado ha concentrado y purificado el amor, y ahora su unión con la voluntad divina, su oración, su amor a la eucaristía, su entrega al prójimo, su fortaleza, su prudencia, su justicia, alcanzan unas cimas insospechadas.

Hemos dicho que Santa Rita era «una revancha a lo divino» Allí, en un rincón de la Umbría, como un gigante, mientras la Iglesia se desangra, lucha ella las grandes batallas de Dios. Porque estas batallas no se ganan con fuego y con acero, sino con la sangre del propio corazon a costa de un holocausto secreto y constante.

Allí vivió pobre, obediente y casta. Bien se le podían aplicar aquellas palabras de San Agustín: «Custodi obedientiam, ut percipias sapientiam et percepta sapientia, noli deserere obedientiam» *(In Ps.* 118, XXII, 12) Ella adquirió esa sabiduría ignorada, pero nunca abandonó la obediencia. Penetró hondamente el misterio de la cruz. Como Francisco de Asís, se ve sellada con uno de los estigmas de la Pasión: una espina en la frente, que le produce dolores insoportables y el martirio de ser enojosa a los demás por el repugnante olor que despedía.

¿Alucinación? ¿Histerismo? ¿Fantasía?

No; es el misterio de la cruz incorporado a su vida, que es ya un tejido indescifrable de dolores. Pero esta crucifixión interior no se manifiesta al exterior mas que por un derroche casi infini-

to de dulzura y de caridad. El amor ha llegado a su plenitud y se desborda en entregas.

Va a Roma. Aquella Roma combatida recibiría con la visita de la Santa un impacto nuevo.

No faltan en el último período de la vida de Rita detalles deliciosamente poéticos. Cuando su alma es como una viña cargada de frutos maduros, en un día blanco y adusto de enero, fue a visitarla una amiga. Al despedirse le dijo que si quería algo para su aldea.

> Sí —le contesto— Os ruego que, apenas lleguéis al pueblo, vayais al huerto de mi casa, corteis alli una rosa y me la traigais

También le pidió dos higos maduros.

La mujer creyó que la santa deliraba. No sabía que los delirios de los santos, Dios los hace realidades. En el jardín encontró milagrosamente florecida una rosa y maduros los higos.

¡Qué significativo es este pasaje de su vida! Tiene conmovedoras resonancias del Cantar de los Cantares, cuando el Esposo, ansioso ya de la plena posesión de la Esposa, le canta:

> «Levantate, amiga mia, esposa mia, y ven, que ya ha pasado el invierno y han cesado las lluvias Ya han brotado en la tierra las flores [ ] ya ha echado la higuera sus brotes [ ] Levantate, amada mia, esposa mia, y ven» (3,10-13)

¡Qué importa que la naturaleza esté de invierno, si el alma de Rita está como los trigales, rojos y granados por el sol!

El 22 de mayo, al cumplir cabalmente setenta y seis años, en el año de gracia de 1457, entregó a Dios su espíritu.

Sirvió de edificación en su muerte, como había servido en su vida, porque *la muerte de los justos es preciosa a los ojos de Dios.*

Fue santa hasta la hora de nona... y ¡qué difícil resulta eso a la frágil naturaleza humana! Una santa de la Edad Media que podría emplazarse muy bien en nuestros días. Una maravillosa conjugación de valores divinos y humanos, de estados de vida.

La noche de la fe de los santos, y por extensión de los cristianos, es la contrapartida más lograda a la noche de desesperanza y angustia de la época actual.

Los modernos pensadores hablan de «un hálito oscuro» que impregna los años que están por vivir. Ese vaho todo lo vuelve

negro y amargo, monótono y vacío. Es el paso de la angustia, que troncha de raíz la vida del espíritu.

En cambio, en las noches de la fe, aunque más torturantes porque el alma ha experimentado en otros tiempos algo de la luz de Dios,

> «Estamos llenos de presentimientos, experimentamos una proximidad muy grande como de brazos abiertos y desde las estrellas un interminable advenimiento...».
>
> «Nos hallamos envueltos por este *nocturno raudal de la luz de la fe,* y allí estamos y vivimos, amando como se ama con sencillez, sin buscar la razón o la esencia de la vida» (M. MULLER, *Angustia y esperanza* [Barcelona 1956]).

La fe es la que tiene poder para cambiar el «hálito oscuro» de los modernos pensadores en hálito de esperanza. Y ya con la esperanza se superan obstáculos, se allanan los caminos.

Los santos están revestidos de un cierto sentido de infinitud y producen en el alma la impresión de lo que está muy cerca de Dios. Dijimos que él les constituye en sus colaboradores, y por ello se obliga a regalarles más con sus dones. Los santos son un eco de la eternidad de Dios. Por eso para ellos no hay tiempos ni lugares, aunque también respondan, en el orden de la Providencia, a la necesidad concreta de un tiempo y un espacio.

Santa Rita, como todos los santos, es un triunfo definitivo de la fe y del amor. De ese amor que nunca se da por vencido.

M.ª DEL PILAR ALASTRUÉ CASTILLO

Bibliografía

Act. SS. Boll, 22 de marzo: *Vita,* de CAVALLUCCI

CABEZA, J. R., SI, *Vida de Santa Rita de Casia* (1913).

CONNOLLY, R., *Life of St. Rita of Cascia* (Londres 1903)

CURTIUS, C., *Vita Beatae Ritae de Cascia* (Amberes 1630).

MARABOTTINI, P., *Vita di Santa Rita di Cascia* (Roma 1923).

TARDI, L M., *Vita di Santa Rita di Cascia* (Roma 1900).

VANUTELLI, L., *Vita di Santa Rita di Cascia* (Perusa 1925).

• Actualización:

BERGADANO, E , *Rita da Cascia* (Cinisello Bálsamo [5]1996).

CHIRON, Y , *La verdadera historia de Santa Rita, abogada de las causas perdidas* (Madrid 2003)

GARCIA LOPEZ, J., *Santa Rita, abogada de los imposibles* (Madrid 2001).

GIOVETTI, P., *Santa Rita da Cascia. Sposa e madre, umile monaca, grande taumaturga* (Cinisello Bálsamo 2000).

LORENZINI, CH., *Santa Rita da Cascia* (Asís 1997).

VILLA VAZQUEZ, L., *Rita de Casia. La santa del perdón, del silencio y del amor* (Monachil, Granada 1997)
VOLPI, D., *Rita da Cascia* (Padua 1985).

SANTA JOAQUINA VEDRUNA DE MAS

Viuda y fundadora († 1854)

Hermosa, pura y blanca era la niña a los seis años: jugaba y revoloteaba en los jardines de la casa paterna, y, «si acontecía manchársele el vestido con tierra o lodo, escondíase luego y solita lavaba su traje, ponílo al sol y poníase ella a rezar candorosamente al Niño Jesús y a las benditas almas para que se secara pronto». Era un espejo de limpieza: no podía sufrir manchas ni aun en su ropa, ni quería con ellas ofender por un momento la vista de su buena madre.

Tan buena y delicada era Joaquinita de Vedruna. Había nacido el 16 de abril de 1783 en Barcelona, la gran urbe condal. Sus padres, don Lorenzo de Vedruna y doña Teresa Vidal, formaron su hogar como un nido de amores cristianos a prueba de todos los sacrificios. Eran ricos y nobles. Don Lorenzo ejercía el cargo de procurador de número en la Audiencia del principado y vio bendecida su sagrada unión con numerosa prole. Doña Teresa era una de aquellas mujeres fuertes alabadas por el sabio: noble, hacendosa y abnegada en sus deberes maternales. Cuando nació Joaquinita todo fue alegría y pura felicidad: huyó el dolor ante aquel ser que nacía para aliviar a cuantos encontrase al paso en su larga y fecunda vida.

Criada en el regazo materno dócil y sumisa, sintió al despertar su razón en los besos amorosos de su cristiana madre el aliento de lo divino, y brotó en su alma la primera revelación de su destino en cuanto supo amar a Dios. Así, a los doce años, notando el vacío que dejaba en su alma lo de acá abajo, lanzándose con valor fuera del nido donde había nacido, llamó a las puertas del convento de madres carmelitas de Barcelona, pidiendo con insistencia el santo hábito.

No fue, por cierto, admitida su humilde demanda: era jovencita y las religiosas no creyeron prudente ni aun mantener sus ilusiones para un corto plazo. Volvióse, pues, al hogar paterno: allí haría otro indefinido *noviciado* que la preparase para los

designios de Dios sobre ella. ¡Designios realmente inescrutables! Dios tiene muchos caminos, y, nueva Juana de Lestonnac o Francisca Frémiot de Chantal, será como ellas una santa viuda y madre de familia, además de religiosa y fundadora, pasando así por todos los estados.

Efectivamente, el 24 de marzo de 1799 se casa con don Teodoro de Mas, rico hacendado de Vich, procurador de los Tribunales al igual que su suegro —con el que le unía de antes, por su mismo oficio, gran amistad—, y que había reparado en las excepcionales dotes y sencillez de la menor de las tres hijas de don Lorenzo. Dieciséis años vive santamente con él, con una descendencia de ocho hijos, hasta que su esposo fallece el 5 de marzo de 1816.

La estampa de sus hijos es fiel retrato de tan buenos padres. Dos mueren en temprana edad; pero de los seis supervivientes, cuatro hijas se consagran a Dios por medio del estado religioso: dos franciscanas en Pedralbes, dos religiosas cistercienses en Vallbona, y hasta su hijo José Luis llegó a entrar en la Trapa, pero su salud no le permitió seguir, habiendo sido luego un ferviente católico y modelo de padres cristianos. La otra hija, casada también, Inés, tuvo seis hijos, varios de ellos religiosos.

Entretanto, tiempos aciagos corrían para España en el primer decenio del siglo XIX. Las tropas de Napoleón habían invadido la Península, sembrando la desolación y la muerte doquiera hallaban resistencia; y... la hallaron por todas partes, más o menos. Todos fueron soldados y héroes; se organizaron milicias nacionales, y el heroísmo dejó de parecer tal en fuerza de practicarlo todos hasta la muerte. Don Teodoro de Mas, noble por tradiciones de sangre y de valor militar, no desmintió su linaje, y, dejando las pingues ganancias que le daba su ocupación en la Magistratura de Barcelona, se retiró con su familia a su posesión «El Manso de El Escorial», de Vich, para tomar parte en la defensa desesperada de la Patria. Alistóse en las filas del heroico barón de Sabassona, que le nombró su ayudante de campo, y en el mes de abril de 1807 se le encuentra en cinco batallas sangrientas. En Vich entraron los franceses el 17 de abril a sangre y fuego, y don Teodoro batióse en retirada épica, causando al

enemigo no pocas bajas. Entretanto doña Joaquina hubo de abandonar la casa solariega de Mas, refugiándose en las montañas del Montseny con sus pequeños hijos hasta que pasó la tromba bélica.

De doña Joaquina como esposa y madre nos hace el más cumplido elogio el mismo decreto de beatificación por Su Santidad Pío XII (19 de mayo de 1940):

> «Unida en matrimonio, cuanto le fue permitido, detesto las vanidades y cosas del mundo, estuvo *completamente sometida a su marido,* cumplio *diligentemente* sus obligaciones de esposa y madre, y educo a sus hijos con admirables resultados, formandolos en sus deberes religiosos y ciudadanos».

Mas era necesario que la tribulación templara su espíritu, y así la divina Providencia amorosamente probó aquel feliz hogar con la muerte del esposo y del padre. Privada de su marido y conformada en su viudez, entregóse ahincadamente al cuidado de sus hijos y de su hacienda por espacio de diez años, consagrándose totalmente a su educación, a las obras de piedad para con Dios y de caridad para con el prójimo, mientras con oraciones y ásperas penitencias imploraba luz y fuerzas para conocer claramente la voluntad de Dios y para seguirla. Así, por cama tenía una estera, y por almohada una piedra; frecuentaba los hospitales de Vich e Igualada, confortando a los enfermos con su palabra, sonrisa y limosnas. Doña Joaquina vino a ser pronto popular entre los pobres y asilados.

Mas su corazón se iba despegando cada vez más de los bienes terrenos. Ahora ella es solamente esposa de Cristo. Un director espiritual, muerto en olor de santidad, el capuchino padre Esteban de Olot, conocido por el «apóstol del Ampurdán», es el que la llevará por la más alta senda de la perfección. Y aunque ella prefiere la vida contemplativa, el santo fraile le advierte que Dios la llama para fundadora de una Orden religiosa de vida activa, de enseñanza y de caridad. En esto un personaje providencial tercia entre las dos almas: el obispo de Vich, doctor Corcuera. No habrá de llevar hábito de terciaria capuchina, sino de religiosa carmelita; es lo que decide el virtuoso prelado. Aquel su deseo infantil de los doce años se cumple ahora, tras un largo rodeo. ¡Rutas maravillosas del Señor!

El padre Esteban de Olot redacta las reglas, reglas sapientísimas que a lo largo de un siglo no han sufrido la menor variación, y después de su profesión religiosa ante el obispo de Vich (6 de enero de 1826) inicia su obra de fundadora el 26 de febrero del mismo año con ocho doncellas. Pronto surgen contrariedades; le toca beber el cáliz de Jesús, en frase suya. Dos incipientes vuelven la vista atrás. No se desanima; pronto serán trece, y a no tardar, como el grano de mostaza, pasarán del centenar. Vich es la primera fundación: la cuna de la Congregación de las Carmelitas de la Caridad. Luego el hospital de Tárrega (1829), y en el mismo año la Casa de Caridad de Barcelona, donde permanece hasta 1830; Solsona, Manresa, hospital de peregrinos de Vich y Cardona son otras tantas fundaciones tras no pocas peripecias.

En esto la guerra civil se echa encima. Después de fundar en el hospital de Berga, plaza ocupada por los carlistas, tiene que internarse en Francia al caer aquella población en manos de las tropas liberales. Después de penoso calvario por los Pirineos llega a Prades (1836) y sigue hasta Perpiñán, donde halla a una señora conocida suya, de Barcelona, que fue el ángel protector en el destierro de la pequeña comunidad. Pasada la ráfaga, vuelve a España en 1842, reabre el noviciado, y, después de nuevas fundaciones, tiene el consuelo de ver aprobar canónicamente la Congregación en 1850. Otro obispo español, el santo padre Claret, antes de salir para su sede de Cuba aporta su granito de arena a los estatutos de la Congregación, aunque siguiendo indicaciones del doctor Casadevall, prelado vicense a la sazón.

Vuelve entonces a Barcelona, su ciudad natal, donde Dios la reclamará para sí. En efecto, en la Casa de Caridad le sobreviene un ataque de apoplejía, y hasta el cólera morbo, que entonces domina en la ciudad condal, se ceba en ella, y así muere santamente el 28 de agosto de 1854. Dios permitió que su cadáver no padeciera los trastornos de los apestados para consuelo de cuantos acudieron a implorar favores por medio de su sierva. En 1881 se trasladaron sus restos a Vich, donde aún hoy yacen. Beatificada por el papa Pío XII, ha sido la primera santa canonizada, el 12 de abril de 1959, por Su Santidad Juan XXIII.

Después de su muerte siguió desde el cielo estimulando su obra. Rápido fue el incremento de la Congregación de las Carmelitas de la Caridad, rebasando primero los lindes de Cataluña y luego los de la Península para saltar más allá de las fronteras y de los mares. Ahora [1959] son 160 casas con un total de 2.218 religiosas, 40.739 las niñas educadas en sus colegios y 4.443 las personas asistidas en diversos hospitales.

La madre Vedruna vive en un siglo turbulento, siglo de impiedad filosófica, de revolución y discordias civiles e intestinas. Su vida no contiene milagros ni cosas extraordinarias, ciertamente; pero esa su vida abnegada, paciente, humilde y laboriosa, santificando todos los estados en que puede encontrarse una mujer, contiene una gran dosis de callado heroísmo y sacrificio, secreto de la santidad de esa humilde y fragante violeta.

LUIS SANZ BURATA

Bibliografía

NONELL, P., *Vida y virtudes de la Madre Joaquina Vedruna y de Mas* (Manresa 1905)
PAMPLONA, I. DE, *Vida y obra de una insigne educadora. La sierva de Dios Madre Joaquina de Vedruna de Mas* (Vich 1926).
• Actualización:
DOMINGUEZ PRIETO, J. M., *Joaquina Vedruna* (Burgos 1999)
JOAQUINA DE VEDRUNA, Santa, *Epistolario* (Vitoria 1976)
MARTIN BIENDICHO, L., *Joaquina de Vedruna* (Barcelona ⁶2000).
SERNA, C., *Espiritualidad de Santa Joaquina de Vedruna de Mas* (Barcelona 1960)

BEATA MARÍA DOMENICA BRUN BARBANTINI

Virgen y fundadora († 1868)

Nace en Lucca el día 17 de enero de 1789, el año de la Revolución Francesa, que tres años más tarde llegaba a Italia acelerando el liberalismo y organizando distintas repúblicas que ocasionaron diversos enfrentamientos franco-austríacos. Fue el segundo fruto del matrimonio formado por Pedro Brun y Juana Granucci, recibiendo las aguas bautismales al día siguiente. Su padre, suizo, había emigrado a tierras italianas, formando una familia de sólidas virtudes cristianas. Sobrevivió a seis hermanos, manteniendo unas relaciones excelentes con todos ellos.

Su madre, una mujer «sabia y virtuosa», al enviudar se trasladó a una modesta vivienda, inculcando a sus hijos la fe cristiana.

A instancias de su madre contrajo matrimonio el 22 de abril de 1811 con Salvador Barbantini, propietario de un negocio de alquiler de telas para el adorno de iglesias y locales, una actividad que no resultaba demasiado floreciente. El matrimonio duró sólo cinco meses, al fallecer su marido de improviso en septiembre del mismo año. La misma noche de inicio de viudedad se consagró al Señor para siempre: «Dios de mi corazón, os doy gracias en medio de las amarguras que me circundan [...] Desde ahora en adelante seréis el dulcísimo esposo de mi alma». El 15 de febrero de 1812 nació un hijo póstumo, Lorenzo. Son años de intensa laboriosidad para proseguir en la actividad comercial de su marido, dar afecto de madre a su hijo, proveyendo a su educación humana y cristiana. Es el tiempo de fecundidad apostólica.

Viuda a los 22 años de edad, en estado interesante, de vida austera, con excelentes dotes físicas y morales, constituía un buen partido, y un nuevo matrimonio podía ser un remedio providencial, un apoyo material y moral. A todo renunció para dedicarse al hijo, que, desgraciadamente, falleció a los 8 años de edad. En 1819 organiza la Pía Unión de las Hermanas de la Caridad que, dos años después, logró el reconocimiento canónico de mons. Felipe Sardi, arzobispo de Lucca, prólogo de la futura congregación.

Obediente a su confesor el canónigo Andrés del Prete, fue la promotora en 1820, año de la muerte de su único hijo, bien purificada en el dolor, de una fundación de contemplativas Oblatas de San Francisco de Sales.

En 1824 adquirió el palacio Lucchesini para las oblatas, supervisando las obras que duraron cinco años, porque no conocía obstáculos cuando se trataba de la gloria de Dios y del bien de las almas: «pongo todo mi empeño en el progreso de esta obra, como hice desde su inicio, persuadida de que podrá ser para la mayor gloria de Dios». Recurrió a personas piadosas y distinguidas para recaudar fondos, asistiendo a la bendición de la iglesia: «Gozo y tanto gozo en cuanto grande ha sido la parte que con Vos y por Vos he sufrido». El enemigo pretendió una

calumnia para ofenderla en su honor, «el punto más delicado en una mujer honesta», que toleró generosamente por amor a Dios. Una generosidad que puso a prueba para desenmascarar a sus enemigos. Tranquilidad, ésa fue su reacción, dejando patente su humildad heroica porque no se trataba de «una cruz cualquiera, sino de la que Dios ve conveniente para humillar nuestra soberbia», perdonando de corazón a sus enemigos.

Vivía en el monasterio de las Oblatas pero su corazón estaba con los enfermos. Un conflicto fatigoso que la atormentaba. Tenía cuarenta años y estaba a las puertas de realizar un proyecto que descubría su propia vocación: atender a los enfermos de forma eficiente y estable. Y se puso manos a la obra.

El encuentro con el padre Antonio Scalabrini, procurador y luego superior general de la Orden de San Camilo de Lelis, le permitió conocer el espíritu caritativo del santo servidor de los enfermos. De este feliz encuentro nacieron las Oblatas de María Santísima Dolorosa el 2 de febrero de 1829, llamadas «Ministras de los enfermos» a partir de su agregación, en 1842, a la Orden de Ministros de los enfermos. El Beato Pío IX firmó el *decretum laudis* el 23 de marzo de 1852.

En la maduración de su espíritu en el sufrimiento descubrió su vocación, organizando una congregación femenina que en sus inicios no pronunciaban votos, sirviendo a Nuestro Señor en la persona de los pobres, y en ellos al «Dios humanado, agonizante en el huerto o expirando en la Cruz [...] a ellos debemos prestar los oficios humildes, modestas, llenas de celo». Mujer dotada de una extraordinaria vida interior, estuvo encargada de reformar algunas comunidades femeninas establecidas en Lucca, como las «Celestinas». Conocedora, además, de la problemática de las jóvenes y culturalmente preparada, dio admirable ejemplo carismático en momentos políticamente turbios de su tiempo, cuando en 1849 la revolución de los republicanos radicales italianos promovió la persecución contra los jesuitas, negando el amor cristiano como una utopía inalcanzable y provocando un cambio social histórico en el viejo continente.

Mujer sabia y experimentada, obediente a la voluntad de Dios en los diferentes estados de su vida, habituada a la donación de sí misma, demostró en su entrega amorosa a los enfer-

mos que su corazón estaba adornado de grandes virtudes. Podemos afirmar que esta mujer, benefactora de la humanidad, fue escogida como precursora del moderno voluntariado, organizando una asociación de seglares dedicados a la asistencia caritativa de las familias pobres y enfermas en un tiempo en que prevalecía la opción contemplativa y se limitaba la acción apostólica femenina. La asistencia domiciliaria a los pobres enfermos es una característica singular en ella.

En esta mujer emerge una personalidad caracterizada por la claridad de pensamiento y el coraje en las obras de apostolado, capaz de discernir la llamada más urgente y prioritaria de las necesidades humanas, tenaz en conseguir los objetivos de una obediente entrega a la voluntad divina. Una verdadera trama de relaciones humanas descifran su vida, encontrando laicos y sacerdotes, familiares y amistades que la acompañaron en estos proyectos. Una vida diversificada como esposa, madre y religiosa, protagonista de iniciativas asistenciales y eclesiales, cuyo centro es el amor «especialmente a los enfermos y moribundos». Ésta es la motivación evangélica y el carisma de su Instituto. Invita a sus religiosas a «gobernar el corazón, y sus pasiones, para dirigirlo por entero a Dios». La vida cotidiana alterna las preocupaciones con las pequeñas alegrías del trabajo bien hecho, buscando siempre agradar a Dios para saber qué quiere que haga.

Su dedicación a los enfermos en su propio domicilio desde el momento de su viudez la convirtió en caridad, huyendo del egoísmo espiritual, que puede no ser mas que puro amor propio, para buscar el amor a Dios por Dios, y no la propia satisfacción personal.

> «Amar lo que ama Dios, deseando lo que desea Dios, para hacer lo que Dios desea en mi»

Su madurez espiritual es un fruto que nace en la purificación diaria de cuanto Dios permite que suceda.

> «La virtud no consiste en hermosas palabras, ni en cualquier momento enfervorizado, sino unicamente en vencerse a si mismo»

Jesús crucificado se convirtió en «su bien [...] en su único y solo amor», al que buscó, amó y sirvió en los enfermos, asis-

tiéndoles con el «corazón modelado según el de Jesucristo y completamente ardiente de su caridad», consciente de que «a Jesús mismo van a servir».

Redactó el texto de las Constituciones:

> «El fin de este Instituto no es solo la propia santificacion sino tambien la asistencia a los pobres enfermos [ ] El carisma [ ] esta formado por las obras de misericordia a los enfermos»

Texto aprobado por el arzobispo Stefanelli en 1841, quien, asimismo, la nombraba superiora de la comunidad, emitiendo los votos el 15 de agosto del año mencionado. En 1848, durante la revolución, adquiere la casa Morelli aneja a la Iglesia de la Santísima Trinidad, debido al aumento de vocaciones. Afrontando los problemas provocados por las leyes de *manos muertas* que reconsideraba el patrimonio de propiedad eclesiástica, logra salvaguardar los bienes de la naciente congregación de los depredadores amparados por la ley.

La unión con la familia camiliana reclamaba el signo externo que les caracteriza: la cruz roja, un signo que San Camilo había obtenido del papa Sixto V en 1586, que desde este momento también lucirán sus religiosas. La triste llegada del cólera morbo a Lucca en 1855 motivó que les fuera encomendado el Lazareto y la atención a los enfermos colericos, falleciendo en Pescia una hermana atendiendo a los contagiados. Su corazón no se saciaba bastante en el ejercicio de la caridad, adornado con su celo, actividad infatigable e innegable perspicacia. Una santidad tan ejemplar no podía quedar ajena a grandes tribulaciones y persecuciones, en las que participaron incluso algunos sacerdotes, aquellos que debían ayudarla: «Nunca podremos conocer los caprichos de los grandes que se creen servidores de Jesucristo».

La claridad de pensamiento, el coraje puesto en el apostolado y los exitosos frutos que obtenía le granjeaban el afecto y la simpatía. Realmente poseía un espíritu sensible lleno de amistad y afecto a todos, depositario del carisma de la misericordia a los enfermos, luchando por la dignidad humana y ofreciéndole al enfermo su afecto dilatado por la caridad, que supera todo amor. Abrio caminos superando la barrera de los prejuicios establecidos contra los valores de la mujer En ella se debe evidenciar la grandeza que la llenaba al aceptar la propia prueba,

ejercitando una austera disciplina para ser «siempre igual y tranquila» Amor a Jesús que se ha dignado, con tanta misericordia y predilección, llamarme a servirle en la persona de los pobres que sufren y moribundos.

Caridad sin restricciones, con una dulzura sin alteraciones, con una humildad que ceda todo a todos, con un celo que desprecie las fatigas y peligros, el oprobio y la calumnia, y hasta la muerte, para ser útil al prójimo por amor a Dios.

> «Ama, para amar unicamente y con recta intencion de agradar le solo a el, venciendote a ti misma que es la victoria de las victo rias [ ] sin lamentos, y cuando te sea posible, con alegria»
>
> «En su tiempo fue un ejemplo de mujer fuerte, llena de maternidad, de caridad y exquisita sensibilidad En estos tiempos de va lorizacion de la mujer se convierte en un faro que ilumina el autentico valor de la mujer en la Iglesia y en la sociedad Ella ofrece a este mundo complejo y contradictorio la luz de esperanza en el testimonio del amor a la medida del amor de Cristo El camino de la caridad, sensible al grito de los que sufren, enfermos y marginados, que vivio ejemplarmente esta gran mujer»

Recomendando a sus religiosas el ejercicio de la caridad para con los pobres enfermos falleció el 22 de mayo de 1868, a los 79 años de edad, recibiendo sepultura en el oratorio de Mammoli, siendo trasladados sus restos en 1898 a una capilla de la Iglesia de la Santísima Trinidad de Lucca. El proceso informativo sobre su fama de santidad se abrió en 1927, concluyendo en 1931. En 1970 el proceso pasó a la Congregación para la Causa de los Santos. Juan Pablo II firmo el 26 de marzo de 1994 el decreto sobre la heroicidad de sus virtudes, y el 21 de octubre del mismo año se reconocía el milagro de la curación extraordinaria, leyéndose el decreto en presencia del Santo Padre el 15 de diciembre

El milagro: un hombre de 36 años, Pedro G , sufre en el mes de mayo de 1959 intensos dolores abdominales y vómitos, diagnosticándole de urgencia una pancreatitis hemorrágica con peritonitis y estado de shock acentuado. La intervención quirurgica efectuada reconocio la grave situación clínica del enfermo y la fase muy avanzada de la enfermedad. Inesperadamente, apenas tres horas después, el enfermo confiesa a sus familiares sentirse bien, con la natural sorpresa de los facultativos que pronosticaban un fatal desenlace.

Fue beatificada por Juan Pablo II el 7 de mayo de 1995, quien recordó:

> «La fe heroica y amor generoso al prójimo [ ] que transmitia con su existencia [ ] En ella reencontramos la imagen vigilante y premurosa del Buen Pastor que, consciente de ser una "criatura nueva" en el sacrificio de Cristo, no ha dudado en responder a la Gracia divina con el amor [ ] dejando una herencia y una mision tanto mas actual como preciosa Un amor evangelico concreto por los ultimos, los marginados»

ANDRES DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

Bibliotheca sanctorum (Roma 1992) cols 220 221

BRAZZAROLA, B , MI, *Ricerche e studi su la vita e l'opera della Serva di Dio Maria Domenica Brun Barbantini (1789 1868)* (Roma 1980)

L'Osservatore Romano (7 5 1995)

Martyrologium romanum, o c , 282

RESCH, A (ed), *Miracoli dei Beati* II *1991 1995* (Ciudad del Vaticano 2002) 407 415

C) BIOGRAFIAS BREVES

SAN ATÓN DE PISTOYA

Obispo († 1153)

Que este santo era natural de Badajoz lo sostuvo el P. Flórez en su *España Sagrada* y lo han seguido otros hagiógrafos y lo tiene por suyo la diócesis pacense. Otros pretenden que fue natural de Val di Pesa o Pescia, o de Passignano, en Italia. Debió nacer hacia el año 1075, pues su cuerpo, que se conserva incorrupto, es el de un anciano de entre 75 y 80 años.

Fuera o no español, lo cierto es que a comienzos del siglo XII era monje del monasterio de Valleumbrosa y que hacia 1120 fue elegido abad general de la congregación, fundándose varios monasterios nuevos durante su generalato. Tanto en su etapa de monje como luego en la de obispo no dejará la pluma y publicará comentarios bíblicos y hagiografías.

Muerto en 1133 el Beato Bernardo Uberti, obispo de Pistoya, el papa Inocencio II, que, como es sabido, estaba sostenido por los monjes más reformistas frente a su rival, lo eligió obispo de Pistoya el 21 de diciembre de 1134.

Atón se dispuso a ser un buen obispo y a dar ejemplo de reforma de vida, conservando sus costumbres monacales en la sede episcopal. Los ayunos y abstinencias propias de un convento se seguían en el palacio del obispo, y todo en él fue austeridad, modestia y compostura. No se sintió desligado de su Orden, a cuyos capítulos seguía asistiendo, y como tal obispo se sintió en el deber y el derecho de visitar los monasterios y exigirles la mayor observancia regular.

Fue un hombre de paz. Ya de monje había intervenido en polémicas civiles con el fin de componerlas, ahora de obispo con mayor autoridad y en nombre del papa procuró paz en el seno de la Iglesia, componiendo disputas entre obispados y entre canónigos y monjes.

Muy preocupado por la suerte de los pobres, favoreció los hospitales y asilos de la diócesis y fundó uno nuevo, dedicado al Apóstol Santiago, del que era devoto y del que consiguió una reliquia de parte del arzobispo Gelmírez, de cuya escuela canonical era maestro un clérigo de Pistoya.

Los papas sucesivos le mostraron su confianza y tuvo siempre el amor de su pueblo. Murió santamente el 22 de mayo de 1153, aunque en algunas fuentes se señala el 21 de junio como día de su tránsito. Su cuerpo incorrupto se conserva en la catedral de Pistoya. El papa Clemente VIII permitió en 1605 a la diócesis de Pistoya celebrar su fiesta.

BEATA HUMILDAD DE FAENZA

Abadesa († 1310)

Rosanna Negusanti nació en Faenza, en el seno de una rica familia, el año 1226. No tenía más que quince años cuando fue dada en matrimonio a un joven de la familia Caccianemici, llamado Ugolotto. Tuvo con él dos hijos que murieron en la infancia.

Su matrimonio funcionaba mal porque el marido le era infiel y, además, era un joven disipado e irresponsable, que no parecía amar a su esposa. Intervino la enfermedad para arreglar las cosas. Se puso él enfermo y ella lo atendió con amor, y él cayó en la cuenta de su mala conducta. Traído a vida más cristiana, ella se atrevió a proponerle irse ambos a un convento, y, en efecto, decidieron entrar en el doble monasterio de Santa Perpetua, cerca de Faenza. Ella entró para monja y él para hermano converso. Él tomó el nombre de Ludovico o Luis y se granjeó fama de vida santa hasta el punto de que en algunos santorales aparece con el título de beato, bien que ni siquiera en su Orden de Valleumbrosa haya tenido nunca culto.

Tenía ella veinticuatro años y decidió tomar el nombre de Humildad. No terminaba de convencerla la observancia de su monasterio y logró pasar a uno de clarisas, pero, finalmente, en 1254 decidió llevar vida de reclusa en una celda pegada a la iglesia de San Apolinar bajo la dirección de los monjes de San Crispín, que eran de la congregación de Valleumbrosa. Vivía sólo de pan, agua y algunas verduras. Aquí perseveró durante doce años dando alto ejemplo de religiosidad y mortificación.

Fue el obispo Santiago Petrella el que la convenció de que dejara la reclusión y fundara, con varias jóvenes que habían querido construir también celdas de reclusas junto a la suya, un convento de monjas de Valleumbrosa, lo que hizo haciéndose cargo del viejo monasterio de la Malta, fuera de las murallas de Faenza, llamandose en adelante monasterio Santa María Novella. Ella fue la primera abadesa y con su propia escrupulosa observancia de la regla benedictina y de las constituciones de San Juan Gualberto estimuló a las demás religiosas. Fundó luego un segundo monasterio de la misma Orden en Florencia, que puso bajo la advocación de San Juan, cuya iglesia se consagró en 1297, y al cual ella se trasladó igualmente como abadesa. Aquí, sin perder sus relaciones con sus monjas de Faenza, perseveró en su vida santa hasta que el Señor la llamó cuando ya tenía ochenta y cuatro años, el 22 de mayo de 1310. Dejó escritas sus experiencias místicas del trato con los santos ángeles. Su culto fue confirmado el 27 de enero de 1720. En 1942 fue nombrada copatrona de Faenza.

BEATO JUAN FOREST

Presbítero y mártir († 1538)

Este religioso franciscano inglés dio la vida por la fe católica en el reinado de Enrique VIII, a cuyo cisma no quiso sumarse. Era natural de Oxford, como parece, y había nacido en 1471. En 1488 decide su vocación religiosa e ingresa en la Orden de Hermanos Menores, en la rama de los Observantes. Hace el noviciado y profesa en el convento de Greenwich.

Nueve años más tarde regresa a Oxford a fin de hacer estudios superiores de teología, después de los cuales es ordenado sacerdote y vuelve a su convento. Aquí se acredita como buen predicador y persona de vida santa, y por ello el cardenal Wolsey le encomienda el púlpito de la iglesia de St. Paul's Cross. La noticia de su cultura y santidad llega a la corte y la reina Catalina de Aragón lo reclama como capellán, eligiéndolo después como su confesor, el tiempo que la corte pasaba en Greenwich.

Por esta su presencia en la corte llega a conocer personalmente al rey Enrique VIII, quien le muestra estima y da señales de confianza y amistad. Su crédito en el seno de la Orden crece también y es elegido guardián del convento.

Cuando se empieza a difundir el propósito del rey de anular su matrimonio con la reina Catalina, la Orden franciscana no deja de manifestar su oposición al proyecto, lo que provoca las iras del rey hasta el punto de que fray Juan reconoce ante sus frailes su temor de que el monarca disuelva la Orden en Inglaterra. Fray Juan no tuvo empacho en predicar en su iglesia de St. Paul's Cross contra el divorcio del rey.

En 1534, tras la negativa papal a anular el matrimonio real, los hechos se precipitaron. Enrique VIII suprimió la Orden franciscana observante y sus religiosos debieron acogerse a la caridad de otros conventos. A finales de ese año es arrestado fray Juan Forest y llevado a prisión, de la que saldría un tiempo después. No falta quien dice que Forest se vio libre porque en la cárcel se avino a reconocer la supremacía religiosa del rey. Al salir de la cárcel se fue a vivir con los conventuales de Smithfield, donde más que libre parece confinado. Desde allí sigue en correspondencia epistolar con la reina Catalina y con su capellán el Beato Tomás Abel, que también moriría mártir. Escribe un

tratado contra la supremacía religiosa del rey. A quienes le consultan responde claramente que no se puede aceptar dicha supremacía.

Estos hechos provocan que sea nuevamente arrestado y se le pida conformidad con ciertos artículos que se le leen y él acepta, pero cuando los repasa por escrito para firmarlos, ve que eran claramente cismáticos y se niega a suscribirlos. Por ello es acusado de alta traición y condenado a muerte. Antes de morir se le volvió a ofrecer la vida a cambio de jurar la supremacía del rey, pero él afirmó que no abandonaría la fe católica ni a petición de un ángel. En Londres, en la plaza Smithfield, fue quemado vivo mientras oraba, junto con algunas imágenes sagradas, el 22 de mayo de 1538. Fue beatificado el 30 de julio de 1886.

BEATOS PEDRO DE LA ASUNCIÓN Y JUAN BAUTISTA MACHADO

Presbíteros y mártires († 1617)

En Kori, reino de Omura, Japón, fueron martirizados el día 22 de mayo de 1617 los religiosos y sacerdotes Pedro de la Asunción y Juan Bautista Machado. El primero pertenecía a la Orden franciscana observante y el segundo a la Compañía de Jesús.

El primero era natural de Cuerva, en el arzobispado de Toledo, y había entrado muy joven en la Orden franciscana, en la que profesó y, hechos los estudios teológicos, se ordenó sacerdote. Sus buenas cualidades y vida santa le valieron el cargo de maestro de novicios. Se mostró sensible a la llamada que se hacía desde Extremo Oriente para que nuevos misioneros acudieran a una mies que se presentaba como mucha. Fray Pedro de la Asunción decidió ofrecerse y fue aceptado, llegando a Manila el año 1600 y marchando un año más tarde a Japón. Aquí le encomiendan el convento de Nagasaki que debía presidir como guardián. Por su mansedumbre, bondad y caridad fue enseguida muy estimado y, siendo un director espiritual excelente, debió dedicar muchas horas todos los días al confesonario. Cuando llegó la orden de expulsión de todos los misioneros, él prefirió

quedarse. Se puso un traje seglar, se marchó a un pueblo cercano para pasar más inadvertido, pero un apóstata lo denunció. Arrestado en Isofai, pasó a la cárcel de Omura y luego a Kori.

El segundo era natural de Angra, en la isla Tercera de las Azores, donde había nacido en 1570 en el seno de una rica familia. Inclinado a la piedad desde pequeño, anhelaba ser misionero. En 1597 ingresa en la Compañía de Jesús. Hecha la profesión, se le aceptan sus deseos misioneros y es enviado a Oriente, haciendo sus estudios en Goa y Macao, y ordenándose sacerdote en esta última población. Aprendido el japonés, marchó a Japón el año 1609. Trabajó en Meaco y otras partes hasta el decreto de expulsión de 1614. Entonces los superiores le permitieron quedarse clandestinamente, pero no en Meaco sino en Omura y en las islas de Goto, donde trabajó con gran celo y eficacia. Delatado por un espía fue localizado y arrestado y llevado por mar a Kori, en cuya prisión ya estaba el P. Pedro de la Asunción.

Cuando ambos mártires se vieron juntos en la prisión, se abrazaron fraternalmente, y decidieron vivir en oración y plegaria todo el tiempo que estuvieran juntos. Como el gobernador fingió ignorar la causa por la que los dos europeos estaban detenidos, se les permitió sin problema celebrar la santa misa desde Pentecostés hasta el lunes después de Trinidad, en que tendría lugar su martirio. Se animaban los mártires mutuamente y oraban con fervor por la cristiandad japonesa sometida a persecución y por toda la Iglesia.

El 22 de mayo de 1617 se les comunicó que sería el día de su ejecución y ambos mártires recibieron con alegría la noticia ante la inminencia de su entrada en el cielo. Al caer la tarde salieron de la cárcel llevando cada uno su crucifijo, se dirigieron a la colina señalada para el martirio. Aquí se arrodillaron el uno enfrente del otro. Un tajo segó la cabeza de fray Pedro y tres la del P. Machado. En ese mismo lugar fueron enterrados ambos. Fueron beatificados el 7 de julio de 1867.

BEATO MATÍAS DE ARIMA

Mártir († 1620)

Matías nació en Cuzusa, Japón, el año 1571 y se dice que a los catorce años ingresó en la Compañía de Jesús, que lo destinó a la catequesis, encargo que cumplió con gran celo y eficacia.

Llegada la persecución, fue puesto al servicio del P. Provincial, que lo empleaba como persona de la mayor confianza para llevar las cartas y comunicaciones a los misioneros y las comunidades perseguidas. Ésta sería la causa de su martirio, pues dicha actividad de ayuda a los misioneros estaba severamente prohibida.

Descubierto cuando llevaba consigo ropa de iglesia, en el interrogatorio que se le hizo se buscaba que denunciara los nombres y el paradero de los misioneros y renegara de la fe cristiana. Como Matías se negaba tenazmente, fue atormentado de diversos modos. Primero le fueron propinados puñetazos y patadas, luego con un embudo le hicieron tragar agua hasta que ya no le cabía más en el vientre y arrodillándose encima de él se la hacían soltar en medio de las mayores fatigas, luego le echaron plomo fundido en las espaldas, lo que le dejó en estado de extrema debilidad. Como ninguno de estos tormentos ablandó su firmeza, lo condenaron a ser crucificado y lo devolvieron a la cárcel. Estaba muerto el 22 de mayo de 1620 cuando fueron a buscarlo. Fue beatificado el 7 de julio de 1867.

SAN MIGUEL HO DINH HY

Mártir († 1857)

Nace en Nhu-Lam, Vietnam, en el seno de una familia cristiana el año 1808. Admitido en la casa real como escribiente, llegó a ser mandarín de la compañía de tejedores de seda. Cristiano fervoroso primero, se enfrió su fe posteriormente y se le conoció un adulterio así como su falta de escrúpulos en acompañar al rey cuando éste ofrecía los sacrificios paganos.

Pero cuando llegó la persecución, mostró su fondo cristiano y no dudó en confesar la fe. Arrestado e instado a que se confesara adicto a los franceses, negó haber faltado a sus deberes ciu-

dadanos pero reconoció su religión y no quiso en modo alguno delatar a los misioneros y sacerdotes. Entonces lo sometieron a tormento y en el tormento dio los nombres de algunos. Cuando los vio arrestados les pidió perdón, diciéndoles que él creía que habían podido ponerse a salvo.

Llevado ante el rey, éste le pidió al menos una apostasía aparente para poder salvarlo, pero él insistió en que era cristiano y no renegaría de ningún modo. Atormentado fortísimamente, perseveró en su confesión de fe, y fue condenado a muerte.

Mientras lo llevaban, iban golpeándolo con una caña, dejándolo muy maltrecho. No pudiendo más, el mártir pidió que le dieran muerte sin esperar a llegar al sitio determinado. Así lo hicieron. Fue decapitado en An-Hoa el 22 de mayo de 1857. Canonizado el 19 de junio de 1988.

SANTO DOMINGO (LORENZO) NGON

Martir († 1862)

El *Martirologio* llama Domingo a este mártir que en las listas facilitadas cuando la canonización figura como Lorenzo (cf. *AAS* 73 [1991] p.379: «Cappella Papale presieduta dal Santo Padre Giovanni Paolo II per la canonizzazione dei Beati Andrea Dung Lac... e compagni martiri. Piazza San Pietro, Domenica 19 giugno 1988, Anno Mariano, pgna. 18»). Nos parece, por ello, que el *Martirologio* ha debido cometer esta errata y que su verdadero nombre era Lorenzo.

Nació en Luc Thuy hacia 1820 y fue desde su juventud un cristiano sincero. Fundó una familia cristiana. Se ganaba la vida como agricultor. Arrestado, logró comprar su libertad con dinero. Pero cuando arreció la persecución de Tu-Duc, otra vez fue arrestado y esta vez llevado a la cárcel de An-Xá. Se escapó de la cárcel, reunió a su familia y le pidió que no hiciera nada indigno por lograr su libertad y voluntariamente volvió a la prisión.

Juzgado como cristiano, se le pidió repetidamente que renegara del cristianismo pero él mantuvo la confesión de la fe. Por ello fue condenado a muerte y al cabo de nueve meses de prisión, pasados en la oración y la exhortación a los cristianos presos para que perseveraran, fue llevado el día 22 de mayo de

1862 a ser decapitado. En el lugar de la ejecucion se hallaban su esposa y su madre, que presenciaron su muerte. Se entrego al verdugo con gran valor y coraje, confesando a Cristo. Fue canonizado el 19 de junio de 1999.

23 de mayo

A) MARTIROLOGIO

1 En Cartago, los santos Lucio, Montano, Julian, Victorico, Victor y Donaciano († 259), martires **
2 La conmemoracion de los santos martires de Capadocia en la persecucion de Maximiano († 303)
3 La conmemoracion de los santos martires de Mesopotamia, del mismo tiempo que los anteriores († 303)
4 En Langres (Galia Lugdunense), San Desiderio († 355), obispo y martir *
5 En Napoles (Campania), San Efebo (s IV), obispo
6 En Norcia (Umbria), San Eutiquio († 487), abad
7 En Norcia (Umbria), San Espeo o Esperanza († 517), abad
8 En Subiaco (Lacio), San Honorato (s VI), abad
9 En Niza (Provenza), San Siagrio († 787), obispo
10 En Sinada (Frigia), San Miguel († 826), obispo, defensor de las sagradas imagenes *
11 En Gorze (Lotaringia), San Guiberto († 962), monje *
12 En Roma, San Juan B de Rossi († 1764), presbitero **
13 En Witowo (Polonia), los beatos Jose Kurzawa y Vicente Matuszewski († 1940), presbiteros y martires *

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SANTOS LUCIO, MONTANO, JULIAN, VICTORICO, VÍCTOR Y DONACIANO

Martires († 259)

El martirio de los santos Lucio, Montano, Julián, Victorico, Víctor y Donaciano nos consta por sus actas, que Tillemont calificaba de pieza donde todo es digno de la gravedad cristiana, donde se manifiesta el amor cristiano de los primeros siglos y

todo respira el espíritu y las enseñanzas del gran San Cipriano de Cartago. Por su parte Ruinart decía de estas actas que son enteramente fidedignas y tales que con razón se computan entre los más preciosos y sinceros monumentos de la sacra antiguedad.

El martirio tuvo lugar en la persecución de Valeriano, comenzada el año 258, en el curso de la cual el obispo de Cartago, San Cipriano, dio precioso testimonio de Cristo y degollado consiguió la palma del martirio y el reino de los cielos. La persecución ejercida primero contra Cipriano continuó luego con otros miembros de la comunidad cristiana, a quienes la enseñanza de éste había iluminado y fortalecido. Los mártires que hoy se conmemoran consta por las citadas actas que fueron tomados presos y custodiados y les llegaron rumores de que el gobernador pensaba quemarlos vivos. El rumor era cierto, pues en efecto ése fue el pensamiento del gobernador. Los mártires recibieron la noticia con gran fortaleza de alma y estaban dispuestos a ser pasto de las llamas antes que apartarse de la adhesión cordial a Jesucristo. Por fin, el gobernador desistió de tomar esta drástica medida sobre la marcha y mandó en su lugar que los mártires fueran a la cárcel. Ésta era un calabozo oscuro, donde los confesores de la fe fueron como enterrados vivos, iluminándose el calabozo con la luz de la fe que ardía en el corazón de los mártires. Pasaron allí días y noches durísimos, siéndoles a todos muy penosa la detención en el calabozo y las penalidades que la acompañaban. Uno de los presos, que se llamaba Reno —y no es uno de los mártires de hoy—, tuvo una visión en sueño en la que le parecía que uno a uno los presos eran conducidos ante el tribunal, yendo delante de cada uno sendas lámparas, y que si la lámpara de cada uno no avanzaba, tampoco él seguía. Cuando Reno contó su sueño, todos tuvieron la sensación de que la lámpara era la fe de Cristo y que ellos estaban conducidos por ella. Tras pasar alegres el día por esta visión, al siguiente fueron llevados ante el procurador, el cual hacía las veces del procónsul pues éste acababa de fallecer. El procurador los llamó ante sí, los interrogó, pero los devolvió a la cárcel, sin mandar a ninguno al martirio. Y en la cárcel se añadieron otros tormentos a la detención: el hambre y la sed, ya que ni siquiera se les proporcionó agua a los enfermos.

Y en medio de aquella circunstancia el presbítero Víctor, uno de los mártires, tuvo una visión, según la cual entraba en la cárcel un niño con rostro resplandeciente y aunque parecía indicarles por donde salir, no hallaron sitio por donde hacerlo. El niño les prometió una más gloriosa corona. Víctor le pidió le mostrase dónde estaba el paraíso, y el niño le dijo que, si se lo mostraba, dónde estaría la fe. Víctor pidió una señal para dársela a sus compañeros, y el niño le dijo que les diera la señal de Jacob. Tras esto Víctor fue llamado y martirizado, habiendo muerto en la propia cárcel Donaciano, que al entrar en la prisión era catecúmeno pero tuvo la dicha de recibir en la cárcel el sacramento del bautismo, y así por camino sin mácula pasó del bautismo de agua al reino de los cielos. Tuvo también una visión la cristiana Cuartilosia, presa con ellos, de la que recibieron estímulo espiritual. Y llevaban ya dos días sin comer ni beber cuando el mártir Luciano logró que el catecúmeno Jenaro y el subdiácono Hercumiano trajeran a los presos la sagrada eucaristía, lo que fue de gran consuelo a todos.

Entre los detenidos estaban Montano y Julián que habían tenido unas palabras acerca de una mujer separada de la comunión de la Iglesia y, tras aquellas palabras, quedó entre ellos cierta frialdad. Pero Montano tuvo una visión en sueños en la cual veía que sus vestidos y sus carnes se volvían blancas y traslúcidas pero con algunas manchas en su pecho. Y comprendió que aquellas manchas se debían a su frialdad con Julián, sacando la conclusión de que la caridad fraterna tiene que vivirse con totalidad.

Pasaron largos meses en la cárcel, padeciendo oscuridad, hambre y sed y muchas penalidades, y por fin reciben la orden de comparecer ante el tribunal, siendo llevados al pretorio del presidente. Aquí los mártires confesaron la fe abiertamente. Pero de Flaviano, uno de los confesores, se dijo que no era diácono y entonces su causa quedó detenida, mientras que Lucio, Montano, Julián y Victorico eran condenados a muerte. Conducidos al lugar del suplicio, un gran concurso de gentiles y todos los cristianos los acompañaban. Éstos, siguiendo las enseñanzas del gran San Cipriano, se reunieron con mayor afecto y más crecido número que otras veces para mostrar su compañía y soli-

daridad a los mártires. Iban los confesores de la fe con rostro alegre, pero, además, con palabras manifestaron los sentimientos de su corazón. Lucio había quedado quebrantado por las penalidades de la cárcel y una grave enfermedad, y se adelantó sólo con unos cuantos compañeros por miedo de que, sofocado por la enorme muchedumbre, se viera privado de verter su sangre por la fe. Exhortaba a sus compañeros, que le decían que se acordara de ellos y él pedía que se acordaran de él. Julián y Victorico inculcaban a los hermanos la paz y llegaron asimismo al lugar del suplicio sin muestra de pavor alguno. Montano, por su parte, fuerte en el cuerpo y en el espíritu, recordaba a todos con voz profética que el que sacrificara a otros dioses fuera del Señor sería exterminado. Y conjuraba a los herejes a que por la abundancia de los mártires comprendieran dónde estaba la verdadera Iglesia. Lo mismo hacía con la precipitada prisa de los lapsos. La negociación de paz la remitía a la plena penitencia y a la sentencia de Cristo. Y a los que se habían mantenido firmes en la fe los exhortaba a la guarda de su integridad. Exhortaba a las vírgenes a defender su santidad y a todos recomendaba la comunión con la autoridad de la Iglesia, y a ésta le pedía que guardara la unanimidad. Cuando ya el verdugo estaba para degollarlo, oró en voz alta al Señor pidiendo que Flaviano le siguiera a los tres días y quiso que se cortara en dos el pañizuelo con que se iban a vendar sus ojos para que la otra parte sirviera a Flaviano y pidió que se les enterrara a los dos juntos. Todo ello se cumplió. Los mártires dieron intrépidamente su vida por Cristo y la Iglesia guardó su memoria e invocó su intercesión ante Dios.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

Bibliotheca sanctorum, t.IX, cols 572-574.
«Martirio de los santos Montano, Lucio y compañeros, bajo Valeriano», en D. RUIZ BUENO, *Actas de los mártires* (Madrid [5]2003) 801-823

SAN JUAN BAUTISTA DE ROSSI

Presbítero († 1764)

Juan Bautista de Rossi nace el 22 de febrero de 1698 en Voltaggio, pequeña ciudad del arzobispado de Génova.

Ya desde sus primeros años se le vio inclinado a las cosas de Dios, decididamente llamado al sacerdocio y dotado de no comunes virtudes, que más tarde contrastarían sobremanera con aquella piedad decadente de finales del XVII y gran parte del XVIII.

Fue la suya una época de marcado orgullo espiritual y lamentabilísimas desviaciones de la auténtica vida cristiana. Las raíces del jansenismo iban sofocando poco a poco la buena semilla de la sencillez evangélica, de la confianza filial en nuestro Padre del cielo y de la caridad fraterna con sus hijos, los hombres de la tierra.

En Francia se vivía por entonces el ambiente morboso de las *Provinciales,* reavivado en parte por las convulsiones y excentricidades del oratoriano P Quesnel, que posteriormente abrirían camino al humanismo desenfrenado y a la nueva filosofía, abiertamente opuestos al genuino sentido religioso y a la autoridad de los papas.

No se libraba de estas influencias jansenistas ni la misma Roma, que había de ser el teatro silencioso de las virtudes de nuestro De Rossi. En plena curia romana, con el pretexto de una renovación en el campo de la piedad cristiana y de las nuevas formas de la Iglesia, se urdían maniobras descaminadas.

Es verdad que la doctrina jansenista en Italia fue más política que teológica. Pero no podían menos de sembrar confusionismos ciertas ideas que poco a poco iban calando en la sencillez del pueblo Se combatía el absolutismo papal, se proclamaba la autonomía de los obispos, se concedía a los seglares una injerencia indebida en las cosas eclesiásticas, se propugnaban reformas peligrosas en el culto y devociones.. Pretendían, en una palabra, dar a la formación cristiana unos módulos demasiado íntimos y personalistas, con innegable desprecio de las obras externas, de la jerarquía y del consiguiente espíritu de sumisión.

La divina Providencia, sin embargo, siempre solícita por los intereses de su Iglesia, cuidó de suscitar en ella una serie de hombres auténticamente cristianos y evangélicos. Fue éste, sin duda, el mejor y más declarado mentís a estas innovaciones sin camino.

Contemporáneos de nuestro santo fueron los grandes fundadores San Alfonso María de Ligorio (1696), San Pablo de la Cruz (1694), San Juan Eudes (1601), el venerable Olier (1608), Bérulle, el jesuita Scaramelli, etc. Poco tiempo después sería discípulo suyo el angelical San Juan Andrés Parisi, a quien nuestro santo gustaba de comparar con San Luis Gonzaga.

También reinaba este ambiente de lucha antijansenista en el famoso Colegio romano de la Ciudad Eterna, donde, a sus trece años, ingresó el pequeño Rossi, para permanecer allí y formarse hasta su ordenación sacerdotal.

Las sanas doctrinas de maestros tan preclaros como los padres Tolomei, Juan de Ulloa, Giattini, y sobre todo los testimonios vivos de apostolado y virtud que pudo contemplar a su alrededor, fueron sembrando en su alma aquellos genuinos amores que más tarde serán los únicos resortes de su santa vida.

Precisamente por aquel tiempo era famoso en Roma el rector del Colegio romano, padre Annibale Marchetti, devotísimo del Sagrado Corazón y activo promotor de la catequesis entre los niños pobres y la gente más sencilla, a quienes recogía y cuidaba en la iglesia de San Ignacio. Con él, el padre Pompeo de Benedictis († 1715), que componía versos latinos a la vez que mortificaba su cuerpo con ásperas penitencias y gastaba su vida en hacer el bien a los necesitados. Fue el fundador de la Congregación de los Apóstoles, similar a las Congregaciones Marianas, compuesta por jóvenes romanos que aprendían de su director a hacer oración, a visitar casas de beneficencia y hospitales y a hacer el bien y repartir amor entre sus compañeros.

Enseñanzas, virtudes y ejemplos que había de aprender tan al vivo uno de sus discípulos más aventajados, Juan Bautista de Rossi.

Para Jesús —y es ésta nota dominante de su Evangelio— la caridad, o amor a Dios y al prójimo (único principio con dos manifestaciones, distintas sólo en apariencia), es la manifesta-

ción auténtica de la santidad y la única disposición del alma que dignifica, ennoblece y hace verdaderamente cristianas todas las demás manifestaciones del espíritu.

Y la prueba inequívoca de nuestro amor a Dios —también es doctrina explícita de Cristo— es el amor al prójimo. Amor que debe extenderse a todos, incluso a los que nos persiguen y calumnian, para así ser verdaderamente hijos del Padre celestial, que hace lucir su sol y envía su lluvia sobre los justos y sobre los pecadores (Mt 5,45).

Por eso quiso Jesús hacer de la caridad «su mandamiento» (Jn 15,22) y el distintivo de sus verdaderos discípulos, más exacto y seguro que cualquiera otra señal externa (Jn 17,21).

Y, en el último juicio que él hará de la conducta de los hombres, será la caridad la norma para distinguir las vidas auténticamente puestas a su servicio: «Venid, benditos de mi Padre, porque tuvisteis caridad con vuestros prójimos» (Mt 25,34-35).

Sucede a veces que esta fundamental y primerísima doctrina en la concepción cristiana de la vida queda soterrada bajo el cúmulo de otras normas, fórmulas y prácticas, que nacen más del pensamiento de los hombres que de las fuentes del Evangelio.

No sucedió así en la vida de San Juan Bautista de Rossi. Aún se recuerda en Roma al «padre de los pobres» y al «amigo de los humildes». Imitador fiel del único Maestro, pudo también sintetizar su vida en aquellas palabras evangélicas: «Pasé por la tierra haciendo el bien». Sin ruidos estridentes ni resonancias aparatosas, pero con toda la imponente fuerza y trascendencia de la verdadera caridad cristiana.

Ya colegial, y mientras sigue los estudios teológicos en la Minerva, forma parte de la Congregación, y gasta muchas horas en visitar, con los demás congregantes, los hospitales y casas de los pobres. Apostolado oculto y humilde, que no abandonará durante toda su vida, aun después de haber aceptado, contra su voluntad, la canonjía de Santa María in Cosmedín.

El 8 de marzo de 1721 fue ordenado sacerdote, y aquel mismo día hace voto de no aceptar ninguna prebenda eclesiástica, iniciando su sagrado ministerio en el Hospicio de Pobres de Santa Galla.

En las actas de beatificación y canonización se da cuenta con detalle del celo, humildad y caridad sorprendentes que logró llevar nuestro Santo hasta el grado máximo de la heroicidad.

Fue el sacerdote De Rossi varón ejemplar, modelo acabado de ministro evangélico, hecho todo para todos para ganarlos a todos en Dios.

Pero lo que más llama la atención en su vida es aquella predilección constante, afectiva y efectiva, que mostró siempre por los más desatendidos y sin relieve en la sociedad. Los hospicianos, los presos, los vagos de profesión, los ignorantes y analfabetos, los niños harapientos y pillastres, fueron sus mejores compañeros por aquellas calles de Roma.

A imitación de San Felipe de Neri, a quien profesaba por su parte una devoción entrañable, fue en su tiempo San Juan Bautista de Rossi el protector de pobres y afligidos, el consejero, abogado, amigo y maestro de todos. Sacerdote entrañablemente enamorado de Dios y de los hombres, no aguantó el espectáculo de un amor incomprendido y supo clavar en las carnes de sus hermanos el grito de salvación y de caridad.

En 1731, imitando los célebres hospicios romanos, funda uno parecido para mujeres sin casa y desamparadas. Él mismo las recogía y las cuidaba espiritual y temporalmente, hasta conseguir colocarlas y proporcionarles un medio de vida digna y cristiana.

Unos años más tarde, en 1737, muere un primo suyo, Lorenzo, canónigo de la basílica de Santa María in Cosmedín, de Roma. Y Juan Bautista, a pesar de su voto y de la abierta repugnancia que siempre experimentó hacia toda clase de cargos honoríficos, no tuvo más remedio que aceptar, bajo obediencia, este que quedaba vacante. Fue un mero cambio de ambiente, que en nada había de afectar a su camino trazado.

En su nueva condición seguirá siendo el sacerdote ejemplar y fiel cumplidor de sus deberes. El servicio del coro, el confesonario, el púlpito, la enseñanza del catecismo... llenarán todas las horas de sus días.

Su fama de santidad y de caridad alcanza los últimos rincones de la Ciudad Eterna. No hay cárcel, hospicio u hospital que no sea testigo de su celo, de su cariño y de su comprensión. Di-

ligente, infatigable, siempre dispuesto, no descanso hasta convertir el fuego del amor que le abrasaba el alma en grito constante de su garganta y en entrega martirial de su vida.

Tal vez no se pueda decir mucho más de la vida de San Juan Bautista de Rossi. Ni casi sus mismos contemporáneos se dieron cuenta del hombre de Dios que estaba conviviendo con ellos con un corazón muy grande, doblemente apasionado por Dios y por sus hijos, los hombres.

Así suele ser siempre de sencilla y natural la auténtica santidad. Como el Evangelio, como María, la Madre de Jesús, y José, el esposo de María Como el mismo Cristo, de quien casi sólo pudieron decir sus contemporáneos que pasó por la vida haciendo el bien.

Juan Bautista de Rossi, formado en la mejor universidad eclesiástica del mundo, educado en un famoso colegio, con una Roma delante, donde era tan fácil la lisonja y los puestos de grandeza, lo deja todo para entregarse a quienes necesitaban su vida y su caridad. Creyo en la palabra de Cristo y supo ser el buen pastor que pierde su vida para ganarla.

Pobre vino al mundo. Pobre vivió entre los pobres. Y muy pobre murió el 23 de mayo de 1764. Espléndido epitafio para su tumba de sacerdote. Su tumba se conserva en la iglesia de Santa Trinidad dei Pellegrini.

Y aún se recuerda en Roma al «padre de los pobres» y al «amigo de los humildes».

Pero nuestro Dios, el buen Padre de los cielos, que tanto se complace en levantar a los humildes y sencillos, quiso bien pronto darle a conocer entre las gentes.

Fue en tiempos de Pío IX cuando se inició la causa de beatificación de este escondido sacerdote y canónigo romano. Confirmados al fin unos milagros, excepcionalmente sorprendentes por las circunstancias que los acompañaron, fue beatificado el 13 de mayo de 1860.

En 1879 vuelve a hablarse de nuevos milagros obrados por la intercesión de nuestro santo. Y ese mismo año se da el decreto que los aprueba, y con ello un paso decisivo para la canonización del sacerdote romano Juan Bautista de Rossi. Por otro decreto de abril de 1881, siendo relator de la causa el cardenal

Miecislao Leodochowski y promotor de la fe el padre Salviati, se da permiso para que se proceda a ella.

Y al fin, el 8 de diciembre de este mismo año, juntamente con los Beatos José de Labre, Lorenzo de Brindis y Clara de Montefalco, fue elevado a la *Gloria* de Bernini por Su Santidad León XIII.

El Papa de los obreros había servido a la Providencia para glorificar al santo escondido de los pobres y de los humildes, San Juan Bautista de Rossi.

PEDRO MARTÍN HERNÁNDEZ

Bibliografía

CORMIER, G. M., *Un ami du peuple: S. Jean-Baptiste de Rossi* (Roma 1901).
MOUGEOT, E., *Vie de Saint Jean-Baptiste de Rossi* (París [2]1883).
RUBEIS, J. B DE, *Positio super virtutibus...* (Roma 1822).
— ID, *Novissima positio ..* (Roma 1834).
— ID., *Compendium vitae, virtutum et miraculorum beati J. B de Rossi* (Roma 1881).
TOVANI, M., *Vita del Beato J. B. de Rossi* (Roma 1867), ed. española: *Vida de San Juan Bautista de Rossi* (Madrid 1890).
• Actualización:
CORMIER, G. M., *La vita di S. Giovanni Battista de Rossi, prete ligue nativo di Voltaggio, apostolo di Roma nel Settecento* (Roma 1996, nueva ed)

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN DESIDERIO DE LANGRES

Obispo y mártir († 355)

Desiderio era obispo de Langres en la primera mitad del siglo IV. Acudió al sínodo de Sárdica el año 343.

Su martirio tuvo lugar cuando, al acercarse tropas bárbaras a la ciudad, el obispo pensó que era su deber intentar evitarle a la población el saqueo a que estaba expuesta acudiendo él personalmente a entrevistarse con el jefe bárbaro para tratar de ablandarlo. No logró su objetivo. Por el contrario, sabido por el jefe bárbaro el objetivo de su venida, mandó que al instante lo decapitaran, como se hizo, portándose Desiderio como buen pastor que da la vida por las ovejas. El *Martirologio* dice que fueron tropas vándalas, mientras que otros opinan que se trata de los germanos que entre 355-357 atacaron el Imperio y fueron vencidos por Juliano el Apóstata. A este santo se le ha atribui-

do, como tantos otros, el milagro de haber llevado en las manos su cabeza luego de ser decapitado.

La diócesis de Langres sigue celebrando a este santo y heroico pastor el 23 de mayo.

SAN MIGUEL DE SINADA

Obispo († 826)

Nació a mediados del siglo VIII en Sinada, Frigia, en el seno de una familia rica, de la que él fue el único vástago. Educado esmeradamente, fue enviado a estudiar a Constantinopla, y cuando tenía unos veinticinco años decidió hacerse monje. Ingresó en el monasterio de la orilla asiática del Bósforo que había fundado Nicéforo, futuro patriarca de Constantinopla. Lo era por entonces el insigne San Tarasio, quien ordenó de sacerdote al monje Miguel.

Acreditado como monje culto y piadoso, fue elegido metropolita de su patria Sinada y en calidad de tal asistió al II Concilio de Nicea en 787. Hombre pacífico y amable, fue empleado por el emperador Nicéforo I como emisario suyo ante el califa Harún-Al-Raschid en orden a un tratado de paz, que consiguió pero que el propio emperador rompería posteriormente. Igualmente lo empleó el emperador como mensajero suyo incluyéndolo en la embajada que envió el año 811 a Occidente y que visitó al papa León III, en Roma, y a Carlomagno, el cual firmó un tratado con Bizancio (812).

Vuelto ya a Constantinopla, fue testigo de la convulsión del Imperio tras la derrota de Miguel I por los búlgaros, lo que trajo su destronamiento y sustitución por León V el Armenio. Este emperador convocó una asamblea de eclesiásticos y funcionarios en Constantinopla en 814 y anunció su decidida voluntad de acabar con el culto a las sagradas imágenes. En esta asamblea Miguel dijo con toda claridad que él estaba por la fe ortodoxa proclamada en el II Concilio de Nicea y que no se avenía a los deseos del emperador. Entonces fue depuesto y desterrado y llevado de prisión en prisión hasta la muerte de León V. Le fue devuelta la libertad pero no pudo volver a su sede. Vivió con

modestia y santidad hasta su muerte en brazos de su amigo San Teodoro Estudita el 23 de mayo de 826.

SAN GUIBERTO DE GEMBLOUX

Monje († 962)

La historia de Guiberto es la de un hombre que, luego de haber vivido la vida seglar y haber estado empeñado en escaramuzas y batallas militares, llega a la conclusión de que el mejor destino de la vida es servir a Dios directamente y opta por la vida monástica.

Él era natural de la región de Namur en Francia y debió nacer a finales del siglo IX. Debía ser de familia acomodada, propietaria de tierras y sería seguramente siguiendo la tradición familiar como optó por las armas. En algún momento determinado su profesión hizo crisis ante los ojos de su conciencia y se planteó para qué vivía. La respuesta que se dio la sabemos, ya que dedicó sus posesiones de Gembloux a la construcción de un monasterio y llamó para que lo habitaran y rigieran a los monjes del monasterio de Gorza. Era el año 936. Seguidamente Guiberto profesó como monje, pero no quiso ser él el guía de la nueva fundación sino que dejó el puesto de abad al monje Erluino y, seguramente, para no ser obstáculo a la libre administración del monasterio por parte de su abad y monjes, él se retiró al monasterio de Gorza, donde vivió santamente como un monje más hasta su muerte, que se data en 962.

Como había él prometido a los monjes de Gembloux, su cuerpo fue llevado a enterrar a este monasterio, donde enseguida se le empezó a dar culto como a santo, culto prolongado en los siglos siguientes mientras duró la abadía. Su fiesta es el 23 de mayo.

BEATOS JOSÉ KURZAWA Y VICENTE MATUSZEWSKI

Presbíteros y mártures († 1940)

En la madrugada del 23 de mayo de 1940 la policía nazi sacó de la casa rectoral en que dormían al párroco y al coadju-

tor de la parroquia de Osiecyni, Polonia, y los obligó a montar en un coche, que de inmediato tomó la carretera en dirección a Witowo. Cuando había recorrido unos cinco kilómetros, el coche paró, los sacerdotes fueron obligados a descender de él y fueron asesinados con tiros de pistola. Sus cuerpos quedaron en una fosa al borde de la carretera.

Este trágico final lo habían visto venir no pocas personas como consecuencia de la actitud valerosa que ambos sacerdotes venían mostrando desde la entrada de las tropas nazis en la población tras desencadenarse la II Guerra Mundial. Ellos no habían querido dejar el pueblo porque decían que su sitio estaba junto a los fieles, y seguían ejerciendo su ministerio con toda la normalidad que les era posible. Más aún, llegado el día del Corpus Christi decidieron sacar la tradicional procesión a la calle, acto al que los fieles acudieron, y que disgustó sobremanera a las autoridades de ocupación. El antiguo alcalde del pueblo acudió al párroco para decirle que era perentorio que ambos se marcharan. El párroco dijo que él de ningún modo se iba pero que el coadjutor era libre de hacerlo, a lo que éste igualmente se negó diciendo que no pensaba abandonar a su párroco. Su valentía y firmeza les costó la vida.

El párroco se llamaba Vicente Matuszewski y había nacido en Chruscienska Wola el 3 de marzo de 1869, ordenándose de sacerdote el 17 de febrero de 1895. Estuvo destinado en diferentes parroquias hasta que en 1918 se le destinó a la de Osiecyni, donde trabajó con gran entrega y mucho fruto. El obispo quiso premiar su trabajo nombrándole canónigo de la colegiata de Kalisz sin por eso tener que dejar su parroquia.

El coadjutor se llamaba José Kurzawa y había nacido en Swierczyn el 6 de enero de 1910, ordenándose sacerdote el 14 de junio de 1936. Fue destinado a la parroquia de Osiecyni como primer encargo, siendo además de vicario parroquial el prefecto de las escuelas locales. Era muy apreciado por su mansedumbre y bondad.

Ambos fueron beatificados el 13 de junio de 1999.

24 de mayo

A) Martirologio

1 La conmemoracion de San Manahen, hermano de leche del rey Herodes, doctor y profeta en la Iglesia de Antioquia
2 La conmemoracion de Santa Juana, mujer de Cuza, discipula del Señor
3 En Listra (Licaonia), San Zoelo (s II-III), martir
4 En Trieste (Istria), San Sérvulo, martir (fecha desconocida)
5 En Nantes (Galia Lugdunense), santos Donaciano y Rogaciano († 304), hermanos martires
6 La conmemoracion de treinta y ocho martires de Filipopolis en Tracia († 304) bajo Diocleciano y Maximiano
7 En el monasterio de Lerins (Provenza), San Vicente († 445/450), presbitero y monje **
8 En Monte Admirable (Siria), San Simeon Estilita el Joven († 592), presbitero y anacoreta *
9 En Piacenza (Emilia), Beato Felipe († 1306), de la Orden de Ermitaños de San Agustin *
10 En Marrakesh (Marruecos), Beato Juan de Prado († 1631), presbitero, de la Orden de Menores, martir **
11 En Seul (Corea), los santos Agustin Yi Kwang-hon, Agueda Kim A gi y compañeros († 1839), martires *
12 En Saint Hyacinthe (Canada), Beato Luis Ceferino Moreau († 1901), obispo **

B) Biografias extensas

SAN VICENTE DE LERINS

Presbitero y monje († 445/450)

Al nombrar a Vicente de Lerins viene a la mente la historia del semipelagianismo, que tanto dio que hacer a San Agustín, su gran adversario. El primer chispazo semipelagiano se dio en el norte de África. Con ocasión de la controversia pelagiana, el Obispo de Hipona había enseñado que las acciones del hombre, sin excepción, dependen de Dios y, sobre todo, que la perseverancia final es un don divino completamente gratuito. Contra Pelagio había recalcado Agustín la intervención divina en cada una de nuestras obras. A los monjes de Adrumeto, probablemente una fundación monástica agustiniana, les pareció dura

esta doctrina, porque no acertaban a conciliarla con la libertad humana. Después de acaloradas e infructuosas disputas en el convento, al fin se deciden a escribir a San Agustín pidiéndole aclaraciones. El santo obispo atiende su demanda escribiendo dos libros, uno *Sobre la gracia y la libertad* y el otro *Sobre la corrección y la gracia.* Al parecer, los monjes se tranquilizaron, y nada más se volvió a oír de tales controversias en la Iglesia africana.

Años más tarde surge vigorosa de nuevo la doctrina semipelagiana en el sur de las Galias. Un célebre abad del monasterio de San Víctor, en Marsella, Casiano, en su *Colación decimotercera,* sentaba el principio de que ciertos esfuerzos de la voluntad humana preceden a la gracia y, consiguientemente, que el principio de la fe depende del hombre. La perseverancia en el bien, decía Casiano, no es una gracia especial de Dios, sino una recompensa que se debe al justificado; la elección a la gloria depende de la perseverancia en el bien y no de una libre disposición de Dios.

Próspero de Aquitania e Hilario, dos laicos avisados en cuestiones teológicas, ponían en conocimiento de su amigo Agustín las novedades del abad de San Víctor. El santo Obispo de Hipona, sin pérdida de tiempo, contestaba con sus dos tratados *De la predestinación de los santos* y *Del don de la perseverancia.* Sin rodeos San Agustín enseñaba que la perseverancia final la concede Dios a los elegidos cual gracia máxima y singularísima.

La santidad y prestigio de Casiano, padre del semipelagianismo, conquistaban para sus errores la admiración y aplauso de los contemporáneos. Las novedades del abad de San Víctor no tardaron en llegar al monasterio de Lerins, emplazado en la isla del mismo nombre (hoy San Honorato), a no mucha distancia de la moderna Cannes. En esta isla, inhospitalaria por la plaga de animales venenosos, fundaba San Honorato de Arlés hacia el 410 un monasterio que había de hacerse célebre en el campo de la teología, de la patrística y de la jerarquía eclesiástica. A él pertenecía Vicente, sobre cuya vida conocemos muy poco, pues, excepción hecha del historiador Genadio de Marsella, los contemporáneos guardan el silencio más absoluto.

Sabemos por Genadio que nació en el norte de Francia, que se ordenó de sacerdote en el monasterio de la isla de Lerins, que fue un varón docto en el conocimiento de la Sagrada Escritura

e instruido en los dogmas de la Iglesia. El mismo Vicente nos dice que el año 434 habitaba una quinta apartada y que en ella vivía la retirada vida de un monasterio, lejos del tumulto de las ciudades y de las muchedumbres, donde, sin grandes distracciones, podía cumplir lo que se canta en los salmos: «Vivid en sosiego y ved que yo soy el Señor».

Sobre el género de vida que hacía Vicente antes de su entrada en el monasterio, Genadio calla. Unas pinceladas, en cambio, del mismo Vicente en uno de sus libros, nos recuerdan lo que debió ser su vida en los años que precedieron a su ingreso en el monasterio.

> «Arrebatados en otro tiempo —nos dice— por los tristes y en contrados torbellinos de la *milicia secular,* hemos arribado al fin, con el favor de Cristo, al puerto de la religion, siempre refugio fidelisimo para todos, en el cual, ahuyentados los vientos de la vanidad y de la soberbia, aplacando a Dios con el sacrificio de la humildad cristiana, lograremos evitar no solamente los naufragios de la vida presente, sino tambien los incendios del siglo venidero»

El monje de Lerins nos habla aquí de una «milicia secular». ¿Es que vistió el uniforme militar antes de ataviarse con el hábito de monje? Así lo han pensado algunos autores interpretando literalmente la milicia secular de que habla Vicente. Nada más fuera de sentido Los torbellinos de la milicia secular, contrapuestos francamente al puerto de la religión, siempre refugio fidelísimo para todos, indica bien a las claras que la expresión es metafórica. El monje de Lerins, recogiendo un pensamiento del lenguaje ascético, quiere significar con ello la convulsión tempestuosa de un mundo siempre agitado, al que singularmente pagó tributo él en los años de su juventud. Identificarlo con el prefecto homónimo de las Galias del año 397 es también falso. La pluma de Genadio, tan pródiga en encomios para el monje de Lerins, no hubiese omitido el mayor de los elogios que de él pudiera hacerse antes de su ingreso en el convento.

Vicente, junto con Honorato de Arlés y Salviano de Marsella, educó a Salonio y Verano, hijos de Euquerio, futuro obispo de Lyon. Este célebre prelado lionés le recuerda con elogio cuando, escribiendo a Salonio, decía de Vicente que era «un varón santo y eminente en sabiduría y elocuencia». El monje de Lerins es, efectivamente, un sabio. El sorprendente manejo que

en sus obras hace de la Escritura, la inteligencia de los dogmas eclesiásticos y la formulación recta de los mismos, así como el conocimiento vasto de la historia de la Iglesia que refleja en sus escritos, son una prueba de ello. Si la formacion intelectual del lerinense era buena, su preparación humanística no era inferior. Cicerón, Lucrecio, Salustio prestan al monje de Lerins su fórmula elegante y galana para revestir pensamientos de alta teología. El estilo y lenguaje de Vicente es el de los escritores distinguidos y sobresale por su clasicismo entre los demás escritores galos del siglo V.

El monasterio de Lerins era un centro monástico cargado de entusiasmo por la ciencia, saturado de fervor teológico, foco luminoso de semipelagianismo, que mantenía relaciones con los centros culturales más distinguidos de la época. En él se habían formado Cesáreo de Arlés, Hilario, Euquerio de Lyón, Salviano de Marsella, Fausto de Rietz y Vicente de Lerins, autor este último el más afamado después de Casiano.

Cuando Vicente vistió la túnica monástica, su convento y otros escritores de la región de Marsella, acaudillados por Juan Casiano, habían entablado una guerra sorda contra la doctrina de la gracia defendida por San Agustín en su lucha con Pelagio. Dado el carácter fogoso del lerinense y su celo por la ortodoxia, no pudo quedar al margen de la controversia. Sus grandes cualidades de teólogo y escritor le hicieron primera figura y campeón del semipelagianismo. Hacia el 410 escribió su primera obra titulada *Objeciones,* que eran las dificultades que él oponía a la doctrina de San Agustín sobre la gracia. Esta obra se ha perdido. Contra ella compuso Próspero de Aquitania, amigo del Obispo de Hipona, sus *Respuestas de San Agustín a los capítulos de las objeciones vicentinas* Es una contestación adecuada a las objeciones del lerinense. No tardó éste en replicar. En 434 redactó su obra maestra bajo el seudónimo de Peregrino; él mismo le da en el texto hasta cinco veces el nombre escueto de *Conmonitorio.* Repetidas veces consigna que su libro va dirigido a «descubrir los fraudes y evitar los lazos de los herejes recientes». Los herejes modernos eran San Agustín y sus discípulos, y, por tanto, contra ellos dirigía la obra. Vicente de Lerins admiraba la doctrina del Obispo de Hipona sobre la Trinidad y Encarnación,

pero rechazaba de plano sus enseñanzas sobre la gracia. Para descubrir los fraudes de los herejes propone en el *Conmonitorio,* cual punto de referencia, la Tradición.

> «Hay que procurar a todo trance —nos dice— que todos nos atengamos a lo que en todas partes, siempre y por todos se ha creído, porque esto es lo propia y verdaderamente católico».

Así es, en efecto. La doctrina de la Tradición ha de preferirse a la autoridad de cualquier escritor, por afamado que éste sea.

Pero no se daba cuenta Vicente de Lerins que en este caso concreto el Obispo de Hipona y sus discípulos representaban la Tradición contra los semipelagianos del sur de las Galias. Así lo reconocía infaliblemente Bonifacio II cuando, al aprobar las actas del sínodo de Orange del 529, condenaba en 25 cánones las enseñanzas de pelagianos y semipelagianos y daba la razón a San Agustín. El Obispo de Hipona, por tanto, no era ningún hereje. En nuestros días nadie aceptaría tampoco el principio del monje de Lerins, cual norma discriminadora de ortodoxia, sin antes poner al margen muchas reservas.

El *Conmonitorio* del lerinense es uno de los libros que más historia ha dejado en pos de sí. Hoy pasan de 150, entre ediciones y traducciones a diversas lenguas. El olvido en que le tuvieron los siglos medievales ha quedado resarcido por el recuerdo que le ha dedicado la historia de la teología moderna. En los días tormentosos de la Reforma el *Conmonitorio* se convirtió en manzana de discordia, pues ambos contendientes, católicos y protestantes, invocaban a su favor el canon de la Tradición propuesto por el célebre monje de Lerins. No paró aquí su actividad de escritor. Polemista por temperamento, compuso todavía un *Florilegio* con textos agustinianos, trinitarios y cristológicos, en los que combatía la doctrina de Nestorio.

La obra del lerinense es benemérita en conjunto y, bajo ciertos aspectos, de valor indiscutible. Su *Conmonitorio* señala un hito en la historia de la Tradición, aunque le afee la interpretación torcida que de ella hizo aplicándola contra San Agustín, que representaba la verdad. El cardenal Noris ha expresado mejor que nadie esta anomalía con una ingeniosa comparación:

> «A veces le sucedió en esto —dice— lo que a los antiguos alquimistas, los cuales, aunque vieron frustrados sus anhelos al bus-

car la quimera de la piedra filosofal, nos legaron, sin embargo, la medicina con todos sus tesoros, mucho mas preciosos que el oro mismo»

El hecho, por otra parte, de que el *Conmonitorio* fuese un libelo difamatorio contra San Agustín arroja sobre el lerinense una oscura sombra, que quita brillo, ciertamente, a su actividad de escritor, pero que no empaña en nada su vida moral ni su buen nombre de monje fervoroso y santo. El lerinense defendía el semipelagianismo cuando esta doctrina no había sido aún condenada por la Iglesia. Por eso, según afirma Benedicto XIV, nada pierde San Vicente de Lerins por la defensa que de ella hizo, pues escribía de buena fe. San Agustín mismo decía de los semipelagianos que eran «hermanos y amigos que combaten juntamente con nosotros por la fe católica contra la maldad pelagiana». El papa Celestino los tenía por bien intencionados, aunque extraviados en el camino de la verdad. Con razón celebra la Iglesia su fiesta el 24 de mayo. La fecha precisa de su muerte no es posible determinarla. Genadio nos dice que murió en el reinado de Teodorico II (408-450) y Valentiniano III (425-455) Esta fecha, un tanto vaga e indeterminada, queda más restringida por el testimonio de Euquerio de Lyón, que en 445 habla de Vicente como de una persona que aún vive. Por lo mismo habríamos de colocar su muerte entre los años 445-450.

Una advertencia final. No imaginamos a nuestro santo polemizando en sus escritos con la Iglesia. Se ha hablado con sobrada razón del *catolicísimo* Vicente de Lerins. En efecto, las páginas de sus libros están saturadas de adhesión y amor a la Iglesia católica. Tanto es el entusiasmo que siente por la Iglesia de Roma, que la palabra «católico» a secas no le sirve y echa mano del superlativo. Aunque no lo afirme expresamente, supone la autoridad doctrinal suprema del Papa y tal vez su infalibilidad, al romano pontífice compete velar por la integridad del depósito de la Revelación, y en las polémicas sobre el mismo, nos dice Vicente de Lerins, tiene autoridad para decidir por sí solo. No podemos discutir tampoco al santo, porque, al fin y al cabo, en todas las páginas de su *Conmonitorio* late un solo pensamiento: indagar lo que siente y cree la Iglesia católica.

URSICINO DOMINGUEZ DEL VAL, OSA

Bibliografía

Act. SS. Boll., 24 de mayo: resumen de GENADIO y otros documentos.
ALES, A. D', «La fortune du Commonitorium»: *Recherches des Sciences Religieuses* (1936).
BRUNETIERE-LABRIOLLE, F., *Saint Vincent de Lerins* (París 1906).
GENADIO, *De scriptoribus ecclesiasticis:* PL 50,626s.
MADOZ, J., *El concepto de tradición en S. Vicente de Lerins Estudio histórico crítico del «Conmonitorio»* (Roma 1933).
— ID., *El «Conmonitorio» de San Vicente de Lerins* (Madrid ²1943).
TILLMONT, L. S. DE, *Mémoires pour servir à l'histoire ecclésiastique des six premiers siècles..*, XV (Venecia) 143s.
• Actualización:
MATEO-SECO, L. F., *San Vicente de Lerins. Tratado en defensa de la antiguedad y universalidad de la fe católica. Conmonitorio* (Pamplona 1977).
VICENTE DE LERINS, SAN, *El Conmonitorio.* Traducción y notas J. Madoz (Sevilla 1990).

BEATO JUAN DE PRADO

Presbítero y mártir († 1631)

El Beato Juan de Prado ha pasado a la historia de los Hermanos Menores como el restaurador de las Misiones franciscanas en Marruecos.

Llegó, vio y venció; todo en un santiamén, y con singularidades notables: se convierte en misionero a los 67 años, y vence, triunfador con la palma del martirio, en solo un año, dejando fecundada con su sangre la heroica presencia franciscana en el reino de Marruecos.

Mogrovejo (León) va asociado al nombre del gran padre de la Iglesia en el Perú, Santo Toribio de Mogrovejo, graduado en Cánones en la Universidad de Santiago, después de visitar, laico aún, la tumba del Apóstol; y Mogrovejo es el pueblo natal del Beato Juan de Prado, cuyos restos descansan en la misma ciudad de Compostela.

Nacido en 1563, realizó sus estudios en Salamanca. Allí maduró su vocación franciscana. Cumplidos los 21, tomó el hábito de San Francisco en el convento de Nuestra Señora de Rocamador en Badajoz. Pronto sus hermanos de Orden lo descubrieron como hombre emprendedor, con dotes de gobierno, y lo situaron desde muy joven en cargos de responsabilidad. Sus años se suceden como guardián de diversos conventos, siendo elegido dos veces definidor provincial. Al fundarse la provincia fran-

ciscana de San Diego, es elegido primer ministro el 19 de diciembre de 1620.

Sus designios eran claramente misioneros, y él mismo, terminado el trienio de su provincialato, decide atravesar el Atlántico para misionar en la Isla de Guadalupe. No resultaron viables sus propósitos, que mantuvo en una larga espera de siete años, ya entrado en la vejez. Conservaba muy joven el alma y su vocación misionera se consolidó con temple heroico: su destino vino a ser el de una misión verdaderamente heroica en el medio musulmán de Marruecos. El destino lo había acercado geográficamente. Se hallaba de guardián en el convento gaditano de Nuestra Señora de los Ángeles: Marruecos a la vista. Era el momento de seguir «las huellas del Caudillo enamorado».

El día 27 de diciembre de 1630 parte para Marruecos acompañado de sus hermanos fray Matías de San Francisco y fray Ginés de Ocaña. Lleva como el mejor refrendo el mandato de los Superiores de la Orden y, sobre todo, del papa Urbano VIII que le ha conferido facultades de prefecto apostólico. No ha procedido a ciegas: en su pobre valija lleva también un salvoconducto del Rey de Marruecos Abd al-Malik, que venía demostrando una actitud benévola hacia España.

Fray Juan de Prado, muy curtido en tareas de gobierno, todo lo ha previsto con exquisita prudencia. Pero el hombre propone y Dios dispone. Cuando llega a Marruecos, se encuentra con la más desconcertante novedad: el rey amigo de España ha muerto, y las cosas han cambiado radicalmente porque el trono lo ocupa su hermano Mulaj al-Walid, declarado enemigo del cristianismo. ¿Qué hacer? La fortaleza portuguesa de Magazán es lugar seguro de acogida. Sus primeras labores, en tierra extraña, se centran en los cristianos que habitan la fortaleza. Llevaban más de cuarenta años sin recibir la visita de un sacerdote. Pero él ha llegado para atender a los muchos cristianos cautivos y misionar entre los musulmanes y no hay quien lo pare, ni siquiera los consejos disuasivos del gobernador portugués, que conoce perfectamente la situación. Su largo martirio va a comenzar inmediatamente. Desde luego, no lo tenía descartado pues tenía muy presentes a los protomártires de la Orden Seráfica, San Bernardo y compañeros, que ya en 1220 habían regado con su sangre aquellas tierras, se-

guidos, siete años más tarde, de los también franciscanos San Daniel y compañeros mártires. Él se había dirigido a Marruecos dispuesto, si fuera preciso, a repetir su gesta.

Su fiel compañero fray Matías, que sobrevivió milagrosamente a la persecución, fue el testigo cualificado de sus padecimientos y de su muerte, y no vaciló en consignarlos inmediatamente, publicando su relación en Madrid, en 1643, cuando solo habían transcurrido doce años de la muerte de fray Juan. Pero antes de que la *Relación* de fray Matías apareciera impresa, ya el sexto ministro de la provincia de San Diego, fray Juan de Puelles, había enviado a Roma las primeras informaciones, que completó varios años después en una amplia memoria que, en realidad, fue el primer paso orientado a obtener la beatificación, siempre contando con el testimonio directo de fray Matías.

Nos consta así que, dejando al hermano en la fortaleza, él y fray Matías se adentraron furtivamente seis leguas, llegando a Asamor. De nada le valió el salvoconducto del rey anterior. Apresado por el alcaide fue enviado a la presencia del nuevo rey, al que tuvo que dar cuenta de sus proyectos. La relación parece arrancada de las antiguas actas de los mártires: sucesivas comparecencias ante el rey, con intervalos de prisión cada vez más inhumana; controversias seguidas de flagelaciones. La sentencia final fue morir en la hoguera. «Tirándole los moros muchas piedras y así apedreado y quemado vivo, acabó su hermosa vida», escribe fray Juan de Puelles.

No tardaron en mejorar los tiempos con el acceso al trono de un nuevo rey «nieto de una renegada andaluza y por eso muy afecto a los cristianos». Los franciscanos, con el apoyo del Duque de Medina Sidonia, pudieron traer a España sus restos, comenzando muy pronto un proceso de beatificación bastante prolongado en el tiempo. El papa Benedicto XIII lo declaró beato el 24 de mayo de 1728.

En 1862 el convento de San Francisco de Santiago, aniquilado con la exclaustración, renacía convertido en Colegio de Misioneros Franciscanos para Tierra Santa y Marruecos. Su templo era el lugar más adecuado para cobijar los restos del beato que desde 1889 inspiran devoción y temple martirial.

JOSE MARIA DIAZ FERNANDEZ

Bibliografía

BAUDOT, J. - CHAUSSIN, L., OSB, *Vie des Saints et des bienheureux...*, VII: Juillet (París 1947).

CASTILLANOS, M, *Compendio biográfico del glorioso martir B. Juan de Prado* (Tánger 1904).

FERNANDEZ, F., *Los franciscanos en Marruecos* (Tánger 1921).

POU Y MARTI, J. M.ª, «Martirio y beatificación del B Juan de Prado, restaurador de las misiones de Marruecos»: *R29* 14 (1920) 323-343.

SAN DIEGO, B. DE, *Vita, martirio e miracoli del V. P. Fr. Giovanni de Prado* (Roma 1714).

BEATO LUIS CEFERINO MOREAU

Obispo († 1901)

Luis Ceferino Moreau nació en Bécancour, diócesis de Nicolet, región de Quebec (Canadá), el 1 de abril de 1824 y murió en Saint Hyacinthe (San Jacinto) el 24 de mayo de 1901. Bautizado el mismo 1 de abril de 1824, era el quinto de los doce hijos que dio al mundo el matrimonio Louis-Zephirin Moreau y Champoux Saint-Par de Marquerite, familia de agricultores. Niño «inteligente, piadoso, modesto, apacible y pensativo», fue educado desde pequeño en la parroquia natal hasta su admisión, ya joven de quince primaveras, en el Seminario de Nicolet. El cura párroco, su profesor y sus padres acordaron al alimón que prosiguiera estudios en el Seminario de Nicolet. Una vez orientado hacia la vida sacerdotal, recibe en 1844 el hábito eclesiástico en Quebec, pero su delicada salud le impone al año siguiente un rígido reposo que da ocasión a que monseñor Signay, obispo de Quebec, le aconseje volverse con la familia. Gran revés para las aspiraciones ministeriales de un aspirante que desde muy pronto había dado sobradas pruebas de vocación sacerdotal.

Luis Ceferino entonces, lejos de perder la calma, se encomienda a la Providencia y ésta no tarda en acudir propicia en su ayuda de la mano del obispo de Montreal, monseñor Ignacio Bourget, quien atiende los ruegos e insistencias del joven aspirante que, ansioso por ver hecho realidad aquel dorado sueño del sacerdocio, le suplica el ingreso en la Escuela de teología de Montreal. Monseñor Bourget le presenta al que por aquellas fechas era su secretario y director de la entidad, monseñor Juan Carlos Prince (1804-1860), el mismo que andando el tiempo se-

ría primer obispo de San Jacinto (1852-1860), quien le invita a permanecer en el arzobispado de Montreal y prepararse allí a recibir las órdenes. Dos buenos maestros espirituales, siendo así, pone Dios en el camino de nuestro Beato con los beneméritos monseñores Bourget y Prince, quienes no contentos con tan paternal acogida, lo acompañan también en la carrera eclesiástica y le permiten acceder al sacerdocio, que recibe el 19 de diciembre de 1846, a la edad de veintidós años.

Seis más tarde, convertido ya monseñor Prince en el primer obispo de San Jacinto, nombra al joven sacerdote Moreau secretario suyo y canciller. Lo fue, en realidad, de los obispos que desfilaron por San Jacinto hasta que le tocó también a él ceñir la mitra del lugar. Sacerdote de la parroquia que hacía de catedral, y administrador por cinco veces de la diócesis, el 16 de enero de 1876 recibe la consagración episcopal y se convierte así, por fin, a sus cincuenta y un años, en el cuarto obispo de San Jacinto. Extraordinario pastor, por cierto, bien a pesar de la fragilidad de su salud, el que estrenaba ese día la joven diócesis canadiense, que él apacentó durante veinticinco largos años y de cuya nómina de prelados hace el número 4. Eligió para divisa del escudo episcopal la conocida frase paulina *Omnia possum in eo qui me confortat:* «Todo lo puedo en Aquel que me conforta» (Flp 4,13), verdadero resumen biográfico de su vida.

Era San Jacinto a la sazón diócesis con muy pocos años de existencia y mucho futuro, pues había sido instituida por bula papal el 8 de junio de 1852 (hoy es sufragánea de Sherbrooke). Por no haber, cuando su fundación, no había en toda la villa más que una parroquia: Nuestra Señora del Rosario, cuyo documento fundacional data de 1777. La iglesia de esta parroquia hubo de servir al obispo como lugar de culto a la espera de una catedral. Un año después, 1853, monseñor Juan Carlos Prince erige ya en el obispado una nueva, esta vez bajo el nombre de San Jacinto el Confesor, y en ella fija la cátedra, aunque todavía sin poder acometer la construcción del templo propiamente catedralicio, falto de dinero como estaba. Monseñor Prince —*Le Prince* (en español El Príncipe) era su verdadero nombre/apellido, pero dejó caer la partícula *Le* poco antes de ser obispo— había nacido en San Gregorio, cerca de Nicolet, el 13 de febre-

ro de 1804, cursando luego estudios clásicos en Nicolet y teológicos en Nicolet y en San Jacinto.

Ordenado sacerdote en 1826, este benemérito prelado había sido director de los seminaristas en el obispado de Montreal desde 1826 hasta 1830, y desde entonces hasta 1840, profesor y director del seminario de San Jacinto. Vuelto enseguida a Montreal, llegó a ser allí director espiritual de comunidades (1840-1845), canónigo titular después (1841-1845), y pronto, por designación del papa Gregorio XVI, obispo titular de Martyropolis y coadjutor de Montreal en 1844. Consagrado en 1845, Pío IX lo preconiza el 5 de junio de 1852 primer obispo de la nueva diócesis de San Jacinto, mientras viaja a Roma. Toma posesión de la sede a la vuelta de aquel viaje, 3 de noviembre de 1852, y en San Jacinto acaba sus días el 5 de mayo de 1860, a los cincuenta y seis años de edad. Fue monseñor Prince de veras providencial en la vida de nuestro beato Ceferino, que aprendió largo y tendido de su talento y sagacidad pastorales.

La nueva diócesis vio al principio limitado el territorio al lado sur del río Richelieu, y contuvo la mayor porción de una zona de tierra concedida en la última parte del siglo XVIII a los legitimistas americanos. Tres parroquias al norte del río Richelieu vinieron a sumarse más adelante. Hoy abraza los condados de Bagot, de Iberville, de Missisquoi, de Richelieu, de Rouville, de Saint-Hyacinthe (San Jacinto), y de una parte de los condados de Brome. San Jacinto es una ciudad industrial canadiense-francesa típica; varada en los bancos del Yamaska, a treinta y cinco millas de Montreal, con una población de no mucho más de 10.000 habitantes. Monseñor Prince construyó una residencia nueva y una capilla-catedral, y llegó a fundar veinte parroquias, varias misiones, e incluso a introducir el año 1853 en el país, traídas de Francia, a las Hermanas de la Presentación.

Con fecha 22 de junio de 1860, el decreto papal designó a don José La Rocque, obispo titular de Cydonia y coadjutor de Montreal, segundo obispo de San Jacinto. Había administrado la diócesis entre noviembre de 1856 y julio de 1857 por la prolongada enfermedad de monseñor Prince, pero ahora, no bien hubo asumido sede plena las cargas del cargo, y a causa, parece ser, de alguna dolencia, solicitó que se le relevase del puesto, pe-

ción ésta que le fue concedida el 17 de agosto de 1865. Continuó en la diócesis, monasterio de las Hermanas de la Preciosa Sangre (comunidad que le honró como a su fundador), en calidad de obispo titular de Germanicopolis y vicario-general hasta su muerte el 18 de noviembre de 1887, a los setenta y nueve años.

Cuando monseñor Juan Carlos Prince ciñó la mitra de San Jacinto, allá en 1852, se hizo acompañar en calidad de secretario suyo y canciller, está ya dicho, por el joven sacerdote Moreau, nuestro Beato. Su colaboración con este ilustre prelado proporcionó a nuestro hombre de Dios la oportunidad de aprender y cobrar una experiencia pastoral de veras impagable. La verdad es que en las diversas funciones de Moreau junto a los tres primeros obispos de la diócesis, sacerdotes, religiosos y religiosas y fieles, supo ganarse el afecto y la admiración de todos por el brillo de sus virtudes. Entre otros cargos, ocupó los de cura párroco de la catedral (1854-1860; 1869-1876), procurador del obispado (1860-1866) y vicario general (1869-1876). Por cuatro veces fue administrador de la diócesis en ausencia del titular o durante la sede vacante. Nombrado al fin obispo de San Jacinto por el papa Pío IX en noviembre de 1875, recibió la consagración en su catedral el 16 de enero de 1876.

Monseñor Moreau reabrió luego la residencia episcopal y, el 4 de julio de 1886, hizo la dedicación del templo catedralicio de piedra que él había construido con las reservas económicas que su predecesor había dejado acumuladas. Provista por él también la catedral del Capítulo de canónigos, que pudo instalarse el 15 de agosto de 1876, empezó a poner manos a la obra para construir el templo definitivo. Aprobó los planos del arquitecto Adolfo Lévesque y firmó un contrato de 50.000$ de entonces. Las obras comenzaron en 1878. El edificio, de estilo romano puro, fue bendecido por nuestro infatigable monseñor Moreau el 4 de julio de 1880, pontificado ya de León XIII.

Su fachada, sin embargo, se reveló con el tiempo demasiado pesada para el suelo arcilloso que la sostenía. De modo que, viendo el peligro y temiéndose que un día ocurriese lo peor, se impuso una primera restauración en 1908 por los arquitectos Mauricio Perrault y Alberto Mesnard, quienes se encargaron de

consolidar los cimientos y las torres. A raíz del Vaticano II (1962-1965) llegaron a la fábrica nuevos cambios, traídos esta vez por la reforma litúrgica: hubo que cambiar el altar y ponerlo de cara a la asamblea y se reorganizaron asimismo los diversos elementos del coro. La iglesia fue igualmente pintada entera y en 1975, aquel Año Santo de la reconciliación convocado por Pablo VI, se instaló la tumba de nuestro entonces bienamado Siervo de Dios Luis Ceferino Moreau en el transepto izquierdo de la catedral, luego de reconocidas por la Iglesia en 1973 sus virtudes. El año 1987 se ponían en marcha los trámites para la beatificación, que llegó ese mismo año, como luego diremos.

En el haber de su ministerio episcopal hay que destacar el ardor de su corazón de apóstol, además de una muy voluminosa correspondencia en la que se nota el soplo del Espíritu por su despejada inteligencia y viva comprensión de los hombres y de las cosas. Para asegurar el funcionamiento de las instituciones diocesanas, emprendió y llevó a buen puerto numerosas obras. También él, sobre todo él, abrió las puertas de par en par a muchas comunidades religiosas y robusteció la consolidación de otras. De Francia, por ejemplo, llegaron a requerimiento suyo los Hermanos Maristas, quienes no tardaron en levantar una casa noviciado en la diócesis. Él, por su parte, a fin de atender las escuelas rurales de muchachos y muchachas fundó, con la colaboración de la Venerable Isabel Bergeron, las Hermanas de San José de San Jacinto y las Hermanas de Santa-Marta. En lo social y económico estimuló la Unión San José, proyecto suyo de 1874 para ayudar a los trabajadores sin empleo a raíz de un devastador incendio en San Jacinto, y favoreció de igual modo a los Círculos agrícolas. Después de diecisiete años Roma le dio como coadjutor al Reverendo Máximo Decelles, sucesor sede plena inmediatamente después de morir nuestro Beato el 24 de mayo de 1901, con más de veinticinco años de pontificado.

Siempre a la escucha de Dios y de los hombres, dispuesto y disponible en todo momento a las necesidades de los diocesanos, con pastoral solicitud, presencia de ánimo y cordial cercanía para sacerdotes y feligreses, a quienes en las visitas a parroquias y escuelas animaba a *sentir con la Iglesia,* así lo apostilla el nuevo *Martirologio romano,* y a ejercer el apostolado sin descuidar

la formación personal, monseñor Moreau, ya en vida, fue considerado santo. Con singular diligencia cuidaba de los niños vocacionados al sacerdocio y tampoco descuidaba en las pastorales la formación del clero. Todo el mundo lo llamaba *el buen monseñor Moreau,* también *obispo santo,* y en verdad que los calificativos apuntan por ahí: «Bueno, simple, humilde, y pobre».

Disfrutaba exponiendo y proponiendo la persona de Cristo y las riquezas de su Corazón sacratísimo. Impulsó de igual modo una delicada, tierna devoción a la Virgen María y a San José, su esposo, en las congregaciones religiosas diocesanas y muy particularmente en las que él había fundado. Y en el florido jardín de sus virtudes resplandecieron sobremanera la caridad, la simplicidad y la penitencia. De ahí el pastor solícito que siempre fue, y la entrañable cercanía que nunca dejó de reinar entre él y sus diocesanos. Llevaba dentro del alma a la Iglesia y sabía exteriorizarlo en sermones, escritos, obras diversas e iniciativas múltiples de la diócesis y para los diocesanos.

Veintitrés años después de su muerte, empezaron a practicarse diligencias en pro de su beatificación. Los numerosos milagros a él atribuidos lanzaron pronto al vuelo su fama de santidad y obligaron a poner en marcha la máquina diocesana para el reconocimiento solemne de su santa vida. Fueron incoados los procesos canónicos informativo y apostólico, respectivamente desde 1929 a 1934 y desde 1953 a 1955. El 10 de mayo de 1973, la Iglesia reconocía de forma oficial por el magisterio de Pablo VI la heroicidad de sus virtudes.

El 10 de noviembre de 1986 Juan Pablo II, superado el proceso cognicional diocesano y los subsiguientes trámites de la Congregación para las Causas de los Santos (1983-1986), ordenaba promulgar el decreto «super dubio» de la milagrosa curación que por intercesión del Siervo de Dios había obtenido en 1978 la niña canadiense de ocho años Colleen Margarita O'Brien. Y el 10 de mayo de 1987, en fin, fue beatificado por el papa Juan Pablo II en Roma, resultando así el primer obispo de origen canadiense declarado beato por la Iglesia. Los visitantes de la catedral de San Jacinto pueden ver hoy allí su tumba y, sobresaliendo, un cuadro del hombre de Dios. Emplazada delante del obispado se yergue también una estatua suya.

La incontable muchedumbre que abarrotaba la plaza de San Pedro de Roma en la fresca mañana dominical del 10 de mayo de 1987 pudo observar colgando de la balconada de la basílica cuatro tapices gigantes representando respectivamente a los beatos que Juan Pablo II proclamaba ese día: un francés, Pierre-François Jamet; dos italianos, el cardenal de Milán, Andrés Carlos Ferrari, y la monja de Génova, Benedetta Cambiagio Frassinello; y finalmente, un canadiense francés, nuestro obispo Luis Ceferino Moreau. Era ese domingo la jornada mundial de oración por las vocaciones, en cuyo texto de IV Evangelio Jesús se llama a sí mismo «el buen pastor», y también «la puerta de las ovejas» (Jn 10,7), porque mediante el sacrificio de la Cruz, nos introdujo en la vida nueva. Un marco bíblico ideal para glosar la figura de los beatos.

Del cardenal Ferrari, incomprendido en su día por San Pío X, dijo en esas horas su sucesor en la sede de Milán cardenal Martini:

> «A pesar de su fidelidad a la Sede Apostólica fue acusado de modernismo y publicamente atacado por los intransigentes Vista inutil toda defensa, el cardenal se encerro en el silencio y la ora cion, esperando que pasara la hora de las tinieblas»

Juan Pablo II, que no entró en la homilía en este escabroso tema de dos hombres de Dios que en su día no lograron comprenderse, beatificó también al sacerdote francés que murió durante la revolución francesa Pierre-François Jamet (1762-1845), y a la italiana Benedetta Cambiagio Frassinello, que hizo voto de castidad de acuerdo con su marido.

Dijo Juan Pablo II sobre nuestro beato·

> «En el seguimiento del Buen Pastor, Luis Ceferino Moreau consagro su vida a conducir el rebaño que le fue confiado en San Jacinto (Canada) Sacerdote, despues obispo y de esta joven diocesis, el conocia a sus ovejas Trabajo incansablemente para darles alimento, *para que los hombres tengan vida y la tengan en abundancia* (Jn 10,10) Los fieles encontraron en el un hombre enteramente dado a Dios, amen de un intercesor verdadero Es bueno que la Iglesia goce hoy y le presente como un modelo pastoral»

Socorría y prestaba atención a toda persona. Respetaba a cada uno. Practicaba la mas exquisita caridad con los pobres por él acogidos. Visitaba con gusto parroquias y escuelas. Sabía

estar próximo a los sacerdotes, a quienes consultaba y animaba en su vida del espíritu y en la profundización intelectual, con miras a que aportasen luego a los cristianos una catequesis iluminada por una fe profunda y gozosa. Daba prueba de un discernimiento lúcido y cualquiera podía apoyarse en su palabra clara y alentadora, así como en la enseñanza a todos lo mismo que en las respuestas a cada uno. Consciente de las necesidades de una diócesis que, al fin y al cabo, estaba en crecimiento, monseñor Moreau multiplicó las iniciativas pastorales en campos varios como los de la educación religiosa, la cura sanitaria y el apostolado parroquial y seminarístico. En todos estos objetivos, él era audaz y remontaba con paciencia y sagacidad los obstáculos.

Allende las fronteras de San Jacinto, monseñor Moreau era conocido como el hombre de Iglesia a carta cabal. Analizaba con lucidez los problemas; defendía firme y moderado los principios y valores esenciales; trabajaba ya entonces incansable por la unidad de los cristianos. Interlocutor atento de la Santa Sede, permaneció en plena comunión con el sucesor de Pedro, a quien de modo invariable presentaba como punto referencial. No obstante su fragilidad física, vivió con austeridad evangélica. El hecho es que pudo afrontar sus enormes cometidos sólo gracias a la fuerza que ponía en la oración. Él se despachaba escribiendo:

> «No haremos bien las grandes cosas si no estamos determinados por una unión íntima con Nuestro Señor»

Se le ha llegado a llamar el obispo del Sagrado Corazón: día a día, ciertamente, era el pastor que daba la vida por sus ovejas, pues las amaba con el entrañable amor de Cristo.

No parece sino que hubieran sido escritas pensando en él, o al menos en celosos y santos pastores como él, las siguientes palabras del Decreto *Christus Dominus* sobre el oficio pastoral de los obispos, del Concilio Vaticano II:

> «Como perfeccionadores, los Obispos pongan empeño en fomentar la santidad de sus clerigos, de los religiosos y laicos, de acuerdo con la peculiar vocación de cada uno, recordando que están obligados a dar ejemplo de santidad en la caridad, humildad y sencillez de vida De tal manera santifiquen las Iglesias que les han

sido confiadas, que en ellas resplandezca plenamente el sentir de la Iglesia universal de Cristo. Por eso fomenten con el mayor empeño las vocaciones sacerdotales y religiosas, prestando especial atención a las vocaciones misioneras» (n.15).

PEDRO LANGA, OSA

Bibliografía

AAS 79 (1987) 1295-1301: 1298.

Art. en *Le Monde illustre* XIII (1897) n.664, p.609; XVII (1901) n.874, p.641; XVIII (1901) n.891, p.75.

Art. en *L'opinion publique* VI (1875) n.51, p.605; VIII (1877) n.37, p.442.

Art. en *Prions en Église* (Ottawa) (1999) n.156.

CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, «II. *Sancti Hyacinthi in Canada.* Canonizationis Ven Servi Dei Ludovici Zephyrini Moreau, Episcopi S. Hyacinthi. *Super dubio* [10.XI.1986: Card. Palazzini]»: *AAS* 79 (1987) 354-355.

JUAN PABLO II, «*Litterae Apostolicae.* I. Beatorum honores Ludovico Zephyrino Moreau deferuntur [10.V.1987: Card. Casaroli]»: *AAS* 79 (1987) 1438-1441

LAFORÊST, TH. J , *Our friends-Canadian ancestors,* XVII (Québec 1993) 161-162.

«Luis Zeferino Moreau († 1901)», en J. A. MARTINEZ PUCHE (dir.), *Nuevo año cristiano. Abril* (Madrid 2001) 462.

Martyrologium romanum, o.c., 285, n.12 *; 725.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN SIMEÓN ESTILITA EL JOVEN

Presbítero y anacoreta († 592)

Como su mismo nombre indica *(stilos* en griego: «columna»), este santo vivió en lo alto de una columna a lo largo de cuarenta y cinco años, dedicado —dice el *Martirologio*— a la conversación con Cristo y los ángeles.

Había nacido hacia el año 520 en Antioquía. Le habían precedido en este régimen de vida que adoptó a los 20 años SanSimeón Estilita el Mayor, San Daniel y otros, y a todos ellos la hagiografía oriental atribuye numerosos y sorprendentes milagros.

Desde que se sube a la columna y se toma absolutamente en serio su vida de total dedicación a la plegaria y la penitencia, empieza a tener crédito entre los fieles, y esto lleva a que trece años más tarde el obispo lo ordene sacerdote, subiéndose a una escalera para poder imponerle las manos. Verdaderas multitu-

des acudían a los pies de la columna para consultarle y oírle y empezaron a atribuirle milagros, entre otros el de poder leer las conciencias. Y no faltaron quienes se decidieron a ser sus discípulos y seguidores. Humilde, caritativo, extraordinariamente austero, pues sólo comía frutas y verduras, su vida era un ejemplo de santidad, bien que no faltaba quien criticaba esta forma de ascetismo como extravagante. Se le han atribuido algunos escritos. Murió el 24 de mayo del año 592.

BEATO FELIPE DE PIACENZA

Presbítero († 1306)

Apenas se sabe otra cosa de este beato sino que fue piacentino, pese a algunas afirmaciones de que era mantuano, y que fue sacerdote en la Orden de Ermitaños de San Agustín, y que tuvo en vida y después de muerto fama de santo y que se le atribuyeron diversos milagros, que dieron pie al culto que se le prestó desde el principio y que por ser ininterrumpido fue confirmado por el papa Clemente XIII el 27 de agosto de 1766.

Su muerte se sitúa en Piacenza el 24 de mayo de 1306.

SANTOS AGUSTÍN YI KWANG-HON, ÁGUEDA KIM A-GI, DAMIÁN NAM MYONG HYOG, MAGDALENA KIM OBI, BÁRBARA HAN A-GI, ANA PAK A-GI, ÁGUEDA YI SOSA, LUCÍA PAK HUI-SUN Y PEDRO KWON TU-GIN

Mártires († 1839)

El 24 de mayo de 1839 fue decapitado en Seúl, Corea, fuera de la llamada Puerta del Oeste un nutrido grupo de fieles seglares que se negaban firmemente a abandonar la fe cristiana que habían recibido con gozo en su corazón. Ni la prisión ni las amenazas de muerte fueron suficientes para que abandonaran la fe. Sostuvieron el combate con valor y entereza y pusieron a Jesús el Señor por encima de todas las cosas, incluyendo la propia vida.

Éstos son sus datos:

AGUSTIN YI KWANG HON, nacido en 1787 en Kwangju, provincia de Kyonggi, en el seno de una aristocrática familia, de la que varios miembros se convirtieron al cristianismo y fueron mártires en la persecución de 1801. Al tiempo de su martirio era un hombre casado, cuya esposa, Santa Bárbara Kwon Hui, también padecería martirio, como asimismo su hija Santa Águeda Yi. Persona inteligente y hábil, en su juventud había vacilado en su conducta. Y no se corrigió del todo cuando se casó. Pero unos años más tarde conoció el cristianismo, cuya doctrina acerca de un Dios único, personal y omnisciente, le cambió la mente y le hizo entrar en un mundo espiritual distinto. Cambió su modo de vida y se sintió llamado a la fe como un nuevo Agustín, decidiendo él y su esposa convertirse al cristianismo. Se dedicó a una vida de piedad y de ayuda a los demás, y abordaron juntos el cambio de fortuna que se produjo en sus vidas pues vinieron a la pobreza. Juntos hicieron lo posible por atraer a otras personas a la fe. En su casa durante la persecución se tenían reuniones de fieles y en ellas para consuelo común se leían con fervor las Sagradas Escrituras. Era un celoso catequista. Arrestado en abril de 1839, confesó la fe, se negó a abandonarla y fue torturado y condenado a muerte.

ÁGUEDA KIM A-GI era catecúmena al tiempo de su arresto y prisión, cuando tenía 52 años, pues había nacido en Seúl el año 1787 y era de estado viuda. Nacida en una familia de la que nadie era cristiano, contrajo matrimonio igualmente con un confuciano. Pero una hermana suya se hizo católica y le habló con entusiasmo de su nueva fe, dejándola impresionada. Ella habló del tema con su marido, que no le hizo caso. Ella tuvo a continuación mucha dificultad en aprender la doctrina cristiana, pues no se le quedaba ninguna de las lecciones de catecismo, no obstante lo cual repetía con mucho fervor: Jesús, María. Una vez arrestada, los compañeros de arresto insistieron en explicarle los misterios de la fe y así ella fue bautizada en la cárcel con gran alegría suya, pasando del bautismo al martirio.

DAMIAN NAM MYONG HYOG, llamado también Mun-hoa, nació en Munan, Seúl, el año 1802. Llevó una juventud alegre y descuidada moralmente. Pero un día presenció el martirio de varios cristianos y quedó vivamente impresionado de la manse-

dumbre y alegría con que los condenados abordaban la muerte. Entonces decidió informarse sobre el cristianismo y cambió de vida, estudiando la religión con gran interés. Una vez bautizado fue un decidido apóstol seglar, y se le nombró catequista junto con San Agustín Yi Kwang-hon. Casado con la futura mártir Santa María Yi Yon-hui, tuvieron un hijo. Junto con ella sirvió lealmente a la Iglesia. Había albergado en su casa al obispo San Lorenzo Imbert, que administró en ella los sacramentos a muchos cristianos; cuando llegó la policía, halló los ornamentos del obispo y metió en prisión a Damián y otros cristianos. Su mujer y él fueron torturados para que apostataran pero ellos perseveraron en la fe. Se ordenó entonces la tortura de los niños, pero tampoco apostataron ellos. Damián fue finalmente condenado a muerte por ser cristiano. Murió dando gracias a Dios por la gracia del martirio.

MAGDALENA KIM OBI, de 45 años de edad, pues había nacido en Seúl en 1774, era al tiempo de su martirio viuda y venía siendo asidua colaboradora de los misioneros. Había llegado a la fe en la infancia y maduró como cristiana fervorosa que deseaba servir de todo corazón al Señor. Hubiera querido consagrar su virginidad al Señor pero sus padres, que no eran católicos, insistieron mucho en que contrajera matrimonio y ella pensó prudente hacerlo, pero enlazando con una familia católica. Estuvo casada muy pocos años: perdió a su marido y a sus hijos. Se hizo cargo de su madre, a la que soportó con mucha paciencia, y se puso a trabajar para sostener la economía doméstica. Muerta su madre, se ofreció a la Iglesia para un mayor apostolado y se le encomendó hacerlo entre sus vecinos, logrando conversiones en su entorno y bautizando en peligro de muerte a algunos de ellos. Llegada la persecución fue arrestada en septiembre de 1836 y llevada a la cárcel. Confesó con valentía la fe y fue condenada a muerte.

BARBARA HAN A-GI, de 47 años de edad, pues había nacido en Kwang-ch'on, Seúl, el año 1792, desempeñaba en la misión el puesto de catequista y de enfermera. Hija de madre católica, había aprendido de ella la religión y la practicó en su adolescencia, pero se enfrió religiosamente cuando se casó con un pagano, hasta que su madre y otros católicos la animaron a volver a

la práctica religiosa. En 1822 ella perdió trágicamente a su marido y a sus hijos y volvió a la casa de su madre. Desde entonces colaboró fervorosamente con la Iglesia. Arrestada con la mártir anterior, soportó la cárcel y los malos tratos, se sostuvo en la confesión de la fe y fue condenada a muerte.

ANA PAK A-GI, mujer de 46 años al tiempo de su martirio, pues había nacido en Kangch'on, Seúl, en 1783, dio una espléndida confesión de fe arrancándose de su familia por amor de Cristo. Nacida en una familia católica en un pueblecito de la ribera del río Han, mostró poca memoria a la hora de aprenderse el catecismo, pero ella misma decía que si su memoria era poca, su amor a Cristo era mucho. A los 18 años se casó con un católico y tuvo con él dos hijos y tres hijas, a los que procuró educar en el camino del Señor. Era una familia modesta y tranquila que vivía feliz en medio de sus cortos haberes. Ella era muy devota de las Llagas del Señor. Cuando comenzaron en la primavera de 1836 los arrestos de católicos ella habló a sus hijos de la gracia del martirio. Poco después ella, con su marido y su hijo mayor, eran arrestados. Su marido y su hijo, ante las torturas, apostataron, pero ella, pese a que las torturas le fueron redobladas, perseveró en la fe. Su marido y su hijo venían cada día a la prisión a pedirle que apostatara ella también y salvara su vida en bien de la familia, y le ponían al corriente del dolor de todos los otros miembros de la familia al pensar que iban a perderla. Ella, llena de angustia ante estas tentaciones que se le presentaban, no quería, sin embargo, apartarse de Cristo y tuvo valor no solamente de rechazar la apostasía sino de pedirles a su marido y a su hijo que se volvieran ellos atrás de su apostasía. En vista de su fortaleza acudieron amigos de la familia a la cárcel e insistieron ante ella poniéndole toda clase de argumentos y llamándola «corazón de piedra» al negarse a decir una sola palabra que podía devolverla a su hogar. A estas tentaciones venidas de fuera se unía la debilidad de su cuerpo sumamente debilitado por las torturas. El juez le insistió en que siguiera el ejemplo de su marido pero ella le anunció que moría con gusto por Cristo. Y fue condenada a muerte.

ÁGUEDA YI SOSA había nacido en Ich'on, provincia de Kyonggi, el año 1784 y era de estado viuda al tiempo de su mar-

tirio. Su padre era pagano y su madre había sido catecúmena sin llegar a bautizarse y no cuidaron la educación religiosa de Águeda, que era una joven de finos modales y afectuosa. A los diecisiete años fue dada en matrimonio a un joven pagano, con el que no tuvo hijos. La casa de sus suegros en la que se integró no practicaba religión. A los tres años de casada murió su marido, quedando ella en una triste situación, y a poco murió también su padre. Ella decidió volver a su casa paterna, pues tenía allí el aliciente de un hermano de corta edad, nacido después de su matrimonio. Comprobó que su madre había logrado que su padre recibiera el bautismo antes de morir. Las circunstancias económicas dejadas por su padre eran penosas y Águeda optó por trabajar para aportar algo a la economía doméstica. Se decidió por estudiar el catolicismo y buscar en la fe cristiana llenar el vacío espiritual que ella sentía. Por fin ella y su hermano se bautizaron, tomando los nombres de Águeda y Pedro respectivamente. No se sabe la fecha del bautismo, que seguramente les fue administrado por un catequista al no haber sacerdotes. Tampoco se sabe cuándo se mudaron de su pueblo a Hayang, pero quizás fuera por asegurarle a Pedro una mejor formación cristiana. Ambos pudieron por fin recibir la comunión cuando un sacerdote chino vino a Corea en 1834. Pero en febrero de 1835 ambos hermanos fueron arrestados. Su interrogatorio estuvo acompañado de torturas porque querían sacarles los nombres de los católicos. La tortura fue horrible y Águeda animó cuanto pudo a su joven hermano. Días más tarde volvió a ser torturada y se dice que su cuerpo quedó como una masa sanguinolenta. Ella repetía: No traicionaré a la Iglesia. Pasaron a la prisión de la corte, en Seúl. Tuvo lugar un juicio en varias sesiones y ambos hermanos fueron condenados a muerte. Al no ser confirmada enseguida la sentencia, se les dejó en la prisión. Pedro murió en ella, y su martirio se conmemora el 25 de noviembre, y Águeda fue martirizada por decapitación tal día como hoy del año 1839.

LUCÍA PAK HUI-SUN nació en Seúl el año 1801 en el seno de una familia rica, en la que recibió una esmerada educación, dominando las lenguas y literaturas coreana y china. Era hermana de Santa María Pak K'un-agi. Joven hermosa e inteligente, fue

recibida en el palacio real para estar al servicio de la reina. El rey se enamoró de ella, pero ella no accedió a su solicitud, lo que causó admiración en su entorno. No le satisfacía la vida en palacio y buscaba algo que llenara su vida cuando vino a oír hablar del catolicismo y se interesó por esta religión. Tenía ella poco más de treinta años. Decidió alegar una enfermedad para poder dejar su puesto en la corte y así lo obtuvo. Su padre, muy enemigo del cristianismo, le dijo que si se hacía cristiana no podría vivir en su casa, y entonces ella buscó alojamiento en casa de un pariente, donde vivió con mucha modestia y sencillez, atrayendo a aquella casa a la fe cristiana. Vino entonces a vivir con ellos su hermana mayor María, que también se hizo cristiana. Cuando vieron que las autoridades se fijaban en ellos a causa de su religión, vendieron la casa y se fueron a vivir con la futura mártir Águeda Ch'on Kyong-hyop. Pero la policía los arrestó el 15 de abril de 1839 y fueron llevados a la cárcel. Se le indicó que era impropio de una joven de palacio ser cristiana pero ella se reafirmó en su fe y se la torturó sin misericordia. Llevada a juicio, se la volvió a torturar, haciéndosele numerosas heridas, rompiéndosele una pierna, etc. Ella permaneció firme. Sus contestaciones a los jueces fueron tan sabias y firmes que los dejó sin saber replicarle. Entonces fue condenada a muerte. Se preparó al martirio animando y consolando a los demás católicos presos y aun a los no católicos, siendo un ángel de paz en medio del dolor. Cuando la fueron a sacar para ser decapitada dijo: «Andemos el camino del martirio para obtener juntos la gloria». Su hermana sería martirizada unos meses más tarde (3 de septiembre).

PEDRO KWON TU-GIN había nacido en la provincia de Kyonggi en 1805 en el seno de una familia aristocrática que profesaba la religión católica. Perdió a su padre en la infancia y a su madre en la adolescencia, pero no antes de que ella le hubiera infundido su entusiasmo y fervor por la religión cristiana. Años más tarde contrajo matrimonio y puso un negocio del que vivía con honestidad y modestia, siendo amable con todo el mundo y observando con mucho cuidado la ley de Dios. Pero el 16 de enero de 1839 Pedro, su esposa y su cuñado fueron arrestados. Pedro permaneció firme, pero su esposa y cuñado ante las torturas

apostataron. Pedro les escribió desde la prisión invitándolos a volver a la fe. Se le acusó de hacer crucifijos y pintar sagradas imágenes. Ante su firmeza fue tremendamente torturado sin que su perseverancia se viniera abajo, tanto que en una ocasión llegaron a pensar que lo habían matado. Condenado a muerte, marchó al suplicio lleno de felicidad y ánimo.

Todos estos ilustres confesores de la fe fueron canonizados por el papa Juan Pablo II en Seúl el 6 de mayo de 1984.

25 de mayo

A) Martirologio

1 En la abadía de Wearmouth-Jarrow (Inglaterra), San Beda el Venerable († 735), presbítero y doctor de la Iglesia, de la Orden de San Benito **.

2. En Salerno (Campania), San Gregorio VII († 1085), papa, de la Orden de San Benito **.

3. En Florencia (Toscana), Santa María Magdalena de Pazzi († 1607), virgen, carmelita calzada **.

4 En Atella, hoy Sant'Arpino (Campania), San Canión (s. III-IV), obispo y mártir.

5. En Milán (Liguria), la conmemoración de San Dionisio († 361), obispo y mártir

6 En Florencia (Toscana), San Zenobio (s. IV-V), obispo.

7 En el monasterio de Mantenay, junto a Troyes (Galia), San León (s. VII), abad.

8. En Inglaterra, San Aldhelmo († 709), abad de Malmesbury y obispo de Sherborne *.

9 En el monasterio de Peñalba, junto a Astorga, San Genadio († 936), obispo de Astorga *.

10. En Monte Santo, del Piceno (Italia), el tránsito del Beato Gerio († 1299), solitario *.

11. En Faenza (Flaminia), Beato Santiago Felipe Bertoni († 1483), presbítero, de la Orden de los Siervos de María *.

12. En Tonkín, San Pedro Doan Van Van († 1857), mártir *.

13. En París (Francia), Santa Magdalena Sofía Barat († 1865), virgen, fundadora de la Sociedad del Sagrado Corazón **

14. En Munyonyo (Uganda), San Dionisio Ssebuggwawo († 1886), mártir *.

15 En Catatlan (Guadalajara, Mexico), Santos Cristobal Magallanes y Agustin Sanchez Caloca († 1927), presbiteros y martires *

16 En el campo de concentracion de Javas (Moldavia), Beato Nicolas Cehelskyj († 1951), presbitero y martir

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SAN BEDA EL VENERABLE

Presbitero y doctor de la Iglesia († 735)

La Edad Media guarda numerosas sorpresas a todo el que desea correr la aventura de adentrarse por sus intimidades. Siglo oscuro y ruido de armas. Señores feudales con sus mesnadas guerreras. Castillos defensores con puentes levadizos y celadas astutas por las encrucijadas de los caminos. Invasión de los bárbaros, en una palabra, que ha preparado este precario estado de cosas y ha liquidado una cultura decadente y cansada. Brilla ahora mucho más el ejercicio de las armas que el conocer la cultura clásica. Y entre los nobles llega a ser un timbre de gloria el ser analfabeto· «El señor no firma porque es noble», terminan algunos documentos del tiempo.

Pero la ciencia no ha desaparecido. Se ha refugiado en los monasterios La Iglesia, por los monjes sobre todo, es la gran y única educadora de los pueblos. Clérigo y letrado son ahora palabras sinónimas. Para penetrar, pues, bien la Edad Media es preciso conocer también la vida apretada y fecunda de los monasterios. Entrar en ella con el ánimo purificado y sereno, dócil y abierto a toda sugerencia. Descalzarse, previamente, de toda predisposición a lo complicado y vertiginoso, a las velocidades supersonicas y a las carreras contra reloj. Para sorprender mejor a aquellos hombres, enjambres de Dios elaborando, en sus celdas, la miel dulcísima de las ciencias del espíritu para el bien de las almas.

Uno de estos hombres fue Beda el Venerable, nacido en Inglaterra el año 673 Figura cumbre que iluminó con su luz todo su siglo. No solo Inglaterra, sino toda la cristiandad. No poseemos muchos datos sobre la vida de San Beda. Con todo, no siempre se tiene la feliz circunstancia de esta ocasión. Él

mismo dejó una nota, escueta y sencilla, de su vida al final de su *Historia eclesiástica de Inglaterra,* libro de gran aliento, objetivo y exacto, que le da derecho a ostentar el título de «padre de la historia de Inglaterra».

> «Yo, Beda, siervo de Cristo y sacerdote del monasterio de San Pedro y San Pablo de Wearmouth, nací en el pueblo de dicho monasterio, y a los siete años mis padres me pusieron bajo la dirección del abad Benito, primero, y, después, de Ceolfrido. Desde entonces toda mi vida discurrió dentro del claustro y puse todo mi afán en la meditación de las Sagradas Escrituras. Y entre la observancia de la disciplina regular y el cotidiano oficio de cantar en el coro, siempre me fue dulce el aprender, o enseñar, o escribir. Fui ordenado diácono a los diecinueve años y sacerdote a los treinta, de manos del obispo Juan. Desde mi sacerdocio hasta ahora, en que cuento cincuenta y nueve años, me he ocupado en redactar para mi uso y de mis hermanos algunas notas sobre la Sagrada Escritura, sacadas de los Santos Padres o según su espíritu e interpretación».

Como se ve, nada es más simple que su vida. Observar la regla y cantar el oficio divino. Todas sus delicias las ponía en aprender, enseñar y escribir. Todo su afán, meditar las Sagradas Escrituras y comentarlas para utilidad propia y de todos sus hermanos. Es decir, la regla de oro benedictina: *Ora et labora.* Oración y trabajo. La oración apoyando al trabajo, el trabajo nutriendo y nutriéndose de la oración. Sin estorbarse, sino al contrario, apoyándose mutuamente. «Ni el rezo estorba al trabajo ni el trabajo estorba al rezo».

Así resolvía San Beda, en perfecto maridaje, la conocida discusión sobre la prioridad de la oración o el trabajo en la vida cristiana. San Juan de la Cruz recordaría más tarde, con notable insistencia, el lugar preeminente, la importancia básica y fontal de la oración. Como valor en sí y con vistas al apostolado exterior.

> «Ojalá que los hombres devorados por la actividad, que piensan remover el mundo por medio de sus predicaciones y otras obras exteriores, reflexionaran un instante. Comprenderían sin dificultad cuánto más útiles a la Iglesia y agradables al Señor serían —sin hablar del buen ejemplo que darían a su alrededor— si consagraran la mitad de su tiempo a la oración. En estas condiciones, y con una sola obra, harían un bien mayor y con menor esfuerzo que el logrado por miles de otros actos a los que entregan su exis-

tencia La oracion les mereceria esta gracia [ ] Sin ella todo se re duce a puro ruido [ ] Se hace poco mas que nada, a menudo abso lutamente nada, e incluso mal»

Pero tampoco hay que descuidar el trabajo y caer en el angelismo No se ha de olvidar que somos hombres y que, como tales, compuestos de cuerpo y alma, hemos de salvarnos Ni despreciar las realidades terrenas, que nosotros hemos de transformar, y de las que hemos de servirnos para saltar hasta Dios.

«¿Vale la pena desperdiciar tanto tiempo en las cosas de la vida de aqui abajo? Vale la pena, vale la pena Hubo un tiempo en que yo mismo me preguntaba ¿Para que luchar por la vida de esta tie rra? ¿Que me importa este mundo? Soy un exiliado del cielo y siento premura por volver a mi patria Pero, con el tiempo, he comprendido, y he cambiado de pensar Nadie puede entrar en el cielo si anteriormente no ha vencido en la tierra, y nadie puede vencer aqui si no lucha contra el mundo con impetu, con paciencia y sin descanso El hombre no posee otro trampolin que la tierra si quiere lanzarse al cielo Si deponemos las armas estamos perdidos, aqui abajo, en la tierra, y alla arriba, en el cielo»

¿Qué vida es, entonces, más perfecta, la activa o la contemplativa? Santo Tomas dice que la mixta, la que participa de las dos He aquí un gran lema: «Ofrecer a los demás el fruto de nuestra contemplacion»

Tan bien sabía unir San Beda, con tanto equilibrio, estos dos polos de su vida, trabajo y oración, que es difícil comprender, nota un autor antiguo, cómo pudo sobresalir tanto en ambos.

«Si consideras sus estudios y numerosos escritos parece que nada dedico a la oracion Si consideras su union con Dios parece que no le quedo tiempo para sus estudios»

El secreto está seguramente en aquellos remansos de paz y trabajo que eran los monasterios, y en saber renunciar a distracciones que desvian del fin

«Antes de decidirse, el hombre puede escoger entre muchos caminos Pero, cuando ha tomado uno, solo adelantara a condicion de seguir en el Quien cambia continuamente de ruta vuelve sin cesar al punto de partida [ ] En cada encrucijada es necesario sacrificar varios caminos para seguir uno solo El hombre no alcanzara una perfeccion sino sacrificando muchas otras Algunas personas no saben sacrificar y no llegan entonces a nada»

Ésta es la gran lección que nos da San Beda. Trazarse un rumbo bien claro y seguir tras el ideal, sin mirar a la derecha ni a la izquierda, con una constancia y energía indomable. Lección ésta de necesidad apremiante, porque hoy es terrible el peligro de la dispersion. Basta girar un botón para oír, ver y sintonizar con lo que, hace un par de horas, le ha sucedido al alguacil de cualquier alcalde de Borneo. Hay que saber mil nombres de libros, deportistas, políticos, congresos y artistas de todo género. Todo parece dispuesto para ofuscar, seducir, entretener y desviar.

El miedo del siglo XX es el acertado título de un reciente libro.

> «Miedo a que la tecnica, la maquina, la civilizacion fria del fichero y la estadistica, de los cerebros electronicos y las leyes sin alma, se nos echen encima y nos asfixien, y no dejen ya sitio en nuestro espiritu para el Unico Necesario Miedo porque la gran marejada de la barbarie esta ante nuestras puertas»
>
> «En Europa se la esperaba tradicionalmente viniendo de Orien te La costumbre no se ha perdido Pero el Oriente nunca ha irrumpido más que en una Europa descompuesta La gran marejada de la barbarie esta en nuestros corazones vacios, en nuestras cabezas perdidas, en nuestras obras incoherentes y en nuestros actos, estupidos por cortedad de vista No nos quejemos mañana de los barbaros si aceptamos hoy nuestra decadencia»

Tiempos de bárbaros los de San Beda. Tiempos muy parecidos los nuestros. Él y los suyos tonificaron y orientaron el mundo. He aquí, también, la tarea actual de los cristianos.

Aquello de no morirse sin haber plantado un árbol, haber tenido un hijo y haber escrito un libro lo realizó San Beda muy cumplidamente. En cuanto a lo primero, plantar un árbol, en ningún sitio consta que no lo hiciera. En cambio, sí dicen las crónicas que trabajaba a veces en la huerta. Hijos, discípulos de su doctrina, los tuvo muy numerosos Cuanto a escribir libros, es uno de los escritores más fecundos de materias espirituales y temas profanos

Todos sus enciclopédicos conocimientos los fue distribuyendo en múltiples escritos de gramática, retórica, métrica, poesía, música, aritmética, meteorología, física, cronología, filosofía, teología. San Beda sabía que nada había ajeno a la legítima curiosidad del cristiano. Toda la creación es un reflejo de la glo-

ria de Dios. Su fina sensibilidad de alma interior descubría en todo la huella divina.

Pero donde brilló, sobre todo, con fulgor nuevo e irreprimible la pluma de San Beda —y, en la pluma, su mente y su corazon— fue en sus homilías y en sus comentarios sobre la Sagrada Escritura. Escribió hasta sesenta libros o tratados sobre la Sagrada Escritura, según propia confesión. Todo el plan de sus estudios lo relacionaba con la interpretación de la Sagrada Escritura. A este fin dirigía sus vigilias, sus investigaciones. Para promover en su ánimo y en el de sus discípulos tan santo y laudable estudio. Tanto ha estimado sus homilías la Iglesia, que las ha introducido en la liturgia. Sobre todo en las fiestas de la Virgen, por quien Beda sentía tiernísima devoción.

Purificaba más y más su conciencia para entender el sentido de los libros santos. «Porque en alma maliciosa no entrará la sabiduría ni morará en cuerpo esclavo el pecado», dice el Señor. El mismo Santo nos dice que, aun prescindiendo del bien que pudiera hacer a las almas, él ya lo había conseguido meditando las palabras del Señor, que tanto estimaba, siguiendo en esto el espíritu de San Agustín.

> «La palabra de Jesucristo no es menos estimable que su cuerpo, y, por tanto, las mismas precauciones que guardamos para no dejar caer al suelo el cuerpo del Señor cuando nos lo entregan debemos tomar para que no caiga de nuestro corazon la palabra de Cristo que se nos predica»

Como era entonces corriente, más que obras nuevas, recogía todo lo bueno que los Santos Padres habían dicho. Con todo, su ciencia no era propiamente ciencia de archivo, ciencia de almacén, sino ciencia de fábrica. «Abeja laboriosa», sabía libar lo más exquisito, elaborarlo y transformarlo, para provecho propio y ajeno. «Miel virgen destilaban sus labios». Más que la ciencia poseía la sabiduría, dando a esta palabra su sentido exacto de saborear, degustar. Distinguir y escoger lo mejor. Resume admirablemente esta hambre infinita de saber la oración con que acabó uno de sus libros:

> «Te ruego, buen Jesus, ya que te has dignado concederme el beber dulcemente las palabras de tu ciencia, me concedas tambien la gracia de llegar un dia hasta Ti, fuente de toda sabiduría, y estar siempre presente ante tu divino rostro»

De esta manera no es extraño que la fama de San Beda saltase de la isla al continente y se esparciese por toda la cristiandad. Los seiscientos monjes del monasterio porfiaban por escucharle. Otros acudían de los alrededores, ávidos de saber. El papa Sergio I le llamaba a Roma. San Bonifacio, el apóstol de Alemania, escribe al monasterio de San Beda para que le envíen «alguna partícula o chispita de ese cirio de la Iglesia que encendió el Espíritu Santo, investigador sagacísimo de las Sagradas Escrituras».

Se le llamó maestro nobilísimo, doctor eximio, cirio de Dios, sacerdote ejemplar, monje observante. Un concilio de Aquisgrán le reconoció Padre de la Iglesia. En 1899, el papa León XIII dio el espaldarazo oficial y canónico a su magisterio, declarándole doctor de la Iglesia.

Pero el nombre que más se divulgó y con el que sobre todo ha sido siempre conocido es el de Venerable. Un autor antiguo dice que, siendo tenido por un gran santo en la Iglesia, es el único entre los santos que no se llama santo, sino venerable. Y explica la razón con dos ingenuas leyendas: Estando ciego por su avanzada ancianidad y habiendo llegado, de manos de un discípulo, ante un montón de piedras, el discípulo empezó a persuadirle que había allí congregada una gran multitud que esperaba, con gran silencio y devoción, su predicación. Entonces el Santo les dirigió un discurso elegantísimo, y, al acabar diciendo: «Por todos los siglos de los siglos», las piedras respondieron: «Amén, venerable presbítero». Después de muerto el Santo otro discípulo se disponía a preparar una inscripción para su sepulcro en un solo verso. Le faltaba una palabra y no encontraba ninguna a propósito, hasta que, cansado, se fue a dormir. Y he aquí que, a la mañana siguiente, encontró esculpido en el túmulo el verso completo, por manos angélicas: *Hac sunt in fossa Bedae Venerabilis ossa* (En esta tumba yacen los restos del Venerable Beda).

La razón verdadera del nombre de Venerable parece ser porque se leían sus homilías en las iglesias, viviendo él. Y, al no poder llamarle santo, decían «del Venerable Beda», por el gran aprecio que se le tenía. Luego se confirmó, al extenderse sus sublimes escritos por toda la cristiandad.

Cargado de méritos, de años y de veneración, le llegó al Venerable la hora de morir. Un testigo ocular cuenta a su compa-

ñero, en una carta, la última enfermedad y la muerte del santo. Pasó los últimos días dando gracias a Dios y cantando salmos. Incluso por la noche, el tiempo que le dejaba libre el sueño. A veces interrumpía el canto y se deshacía en lágrimas y lloraban todos con él.

Durante estos días, sin dejar las lecciones que daba ni el canto de los salmos, emprendió dos obras nuevas: una traducción del Evangelio de San Juan al inglés y algunos pasajes de San Isidoro de Sevilla. Luego se agravó su enfermedad, pero él seguía trabajando.

Todo el último día, enseñaba y dictaba. Se apresuran por acabar el último capítulo.

—«Maestro, todavía falta un versículo».
—«Escríbelo pronto», respondió.
—Luego decía el discípulo: «Todo está acabado».
—«Sí —repuso el santo—, todo está acabado».

Entonces, como gesto de delicadeza, repartió los pequeños recuerdos que le quedaban. Sobre todo a los sacerdotes para que dijesen misas por él. Pidió que le pusiesen en el suelo, vuelto hacia el lugar santo donde tantas veces había alabado a Dios. Y de este modo se puso a cantar por última vez: «Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo». Luego, tranquilamente, entregó su alma a Dios. Era el 25 de mayo del año 735, víspera de la Ascensión. Contaba a la sazón sesenta y dos años.

Experto conocedor de las Sagradas Escrituras, tuvo siempre presentes las palabras del Señor: «Caminad mientras tenéis luz, para que no os sorprendan las tinieblas». «Mientras tenemos tiempo obremos el bien». «Viene la noche y ya nadie puede trabajar». Así murió San Beda. Rezando y trabajando. Aprovechando hasta el último día de su vida para no presentarse con las manos vacías. Una vez más la muerte había sido un reflejo fidelísimo de la vida.

JUSTO LÓPEZ MELÚS

Bibliografía

Act. SS. Boll., 27 de mayo: *Vita*, por TURGOT.
Art en A. VACANT - E MANGENOT - E. AMANN, et al. (dirs.), *Dictionnaire de théologie catholique*. II/1: *Baader-Buzetti* (París ^{3}1923).

BEDA EL VENERABLE, *Bedae Venerabilis opera* .: PL vols.90-95.
Diferentes *Vitas* y otros documentos en. PL vol.20.
GIBER, H., *Disputatio historico-theologica de Bedae Venerabilis, presbyteri anglo-saxonis, vita et scriptis* (Leiden 1838).
HAMILTON, A., *Beda. His life, times and writings* (Oxford 1935).
PLUMMER, C , *Historiam ecclesiasticam anglorum* (Londres 1896) 2 vols.
WERNER, K , *Beda der Ehrwurdige und seine Zeit* (Viena 1881).
• Actualización:
«Beda», en A. DI BERARDINO (dir.), *Patrologia.* IV: *Del Concilio de Calcedonia (451) a Beda. Los Padres latinos* (Madrid ²2002) 476-509.
BROWN, G., *Bede the Venerable* (Boston 1987).
HUNTER BLAIR, P., *The World of Bede* (Cambridge ²1990).
MUSCA, G., *Il Venerabile Beda, storico dell'Alto Medioevo* (Bari 1973).

SAN GREGORIO VII

Papa († 1085)

Había logrado la Iglesia, en su primera época, el triunfo de su existencia con persecuciones sangrientas y con la inconmovible constancia de sus mártires. Echó de sí, más tarde, los enemigos internos que la enturbiaban, y veía correr por todos los cauces su doctrina santa, que asimiló y educó a los bárbaros hasta formar con ellos las grandes naciones cristianas. Pero cuando, a lo largo de la Edad Media, se propuso impregnar de espíritu cristiano toda la vida pública y privada, un gran obstáculo le salió al paso: el de no haber sido todavía establecidas las relaciones, por Dios ordenadas, entre la potestad civil y la eclesiástica; el de hallarse la cabeza de la Iglesia, el vicario de Cristo en la tierra, en peligrosa dependencia del Estado, del señor temporal.

El santoral nos presenta en la fecha de hoy al coloso que removió tamaña dificultad, al gran artífice en la empresa de la independencia de la Iglesia del Estado: Hildebrando, llamado más tarde San Gregorio VII.

Nació en Soana, provincia de Siena, hacia el año 1020. Su padre, Bonizo o Bonizone, era hombre, al parecer, de condición humilde. Carpintero, según unos; según otros, cabrero. Hildebrando, pequeño de estatura y grácil de constitución, fue educado en la disciplina eclesiástica, desde su niñez, en el monasterio de Santa María, en el Aventino (Roma), donde hizo grandes progresos en la ciencia y en la virtud, hasta el punto de que Juan

Graziano (posteriormente papa Gregorio VI) llegó a decir que nunca había conocido una inteligencia igual; y de que el emperador Enrique III manifestó, cuando le oyó predicar, siendo joven todavía, que ninguna palabra le había conmovido como aquélla.

De regreso a Roma, después de algún tiempo de estancia en Francia, mereció la plena confianza de los papas. Fue el sabio y prudente consejero de cinco pontífices consecutivos y tomó parte en decisivas actuaciones de la Iglesia empeñada en la reforma, como la reunión del concilio de Lyón (Francia) para deponer a varios obispos simoníacos, la presidencia del concilio de Tours, en que Berengario abjuró de sus errores, y la legación en Ratisbona, con el fin de que la corte de Germania aprobara la elección de Esteban IX.

Durante veinticinco años rehusó aceptar personalmente el pontificado: pero, a la muerte de Alejandro II, hubo de someterse a la Providencia, que le deparaba la suprema dignidad. Presidiendo, como arcediano que era, los funerales, quedó atónito cuando la multitud —clero y pueblo— prorrumpió en un grito unánime: «¡Hildebrando, Papa!». Se precipitó hacia el ambón para neutralizar las aclamaciones; pero llegó antes Hugo el Blanco, cuyo panegírico sobre Hildebrando fue rubricado por cardenales, obispos, sacerdotes y clérigos, que pronunciaron con entusiasmo la consabida fórmula: «San Pedro ha escogido Papa a Hildebrando». El pueblo se apoderó de él, casi a la fuerza, y lo entronizó. Por prudente medida de paz y buen gobierno —y entonces por última vez— se dio aviso a la corte imperial, al objeto de recabar su aprobación. Ordenado primero de presbítero —pues no era más que diácono—, fue consagrado el 30 de junio de 1073, a los cincuenta años de edad, llamándose Gregorio VII.

Antes de que el atleta haga llegar los brazos hasta él para removerlo, deténgase un momento el lector a contemplar la magnitud del escollo que la Iglesia había encontrado a su paso: la evolución de hechos históricos en diversos países había convertido a la Esposa de Cristo en sierva del Estado. Los príncipes temporales habían sustraído a la Iglesia la provisión de los obispados y de casi todos los beneficios eclesiásticos, y la ejercían

por medio de la «investidura», palabra consagrada por el lenguaje jurídico del siglo XI para el acto de dar posesión de un cargo o de un bien cualquiera cuando se verificaba, según antigua costumbre, mediante la entrega simbólica de un objeto: una llave, para la transmisión de una casa, un terrón con hierba, para la de un campo. Los príncipes temporales, para la entrega de un obispado o una abadía, utilizaban el báculo y el anillo pastoral, quedando suprimidas la elección regular y la confirmación canónica hechas por el metropolitano, único medio previsto por la Iglesia para la designación de los obispos. De ese indignante tráfico de funciones sagradas y de la dudosa conducta de los que eran honrados con ellas, como consecuencia casi inevitable, surgieron la simonía y la incontinencia en el clero. No se daban los beneficios eclesiásticos a los que los merecían, sino a los que los compraban, ya que, llegados a ser mirados como propiedad del Estado los bienes feudales y las propiedades privadas del obispado, quienes recibían el beneficio eclesiástico se juzgaban obligados a pagar un reconocimiento a quienes lo daban. Esta injusticia y la índole de quienes se brindaban a obtener, por medios tan nefandos, los beneficios eclesiásticos, provocaron en el campo de la Iglesia el sarpullido de unos clérigos de conciencia tan ofuscada y de espíritu tan oscurecido que, invocando falsamente en su favor textos de concilios, palabras del Evangelio y hasta imposiciones de la naturaleza, quebrantaron el celibato eclesiástico hasta el extremo de celebrar solemnemente sus bodas y preparar un ambiente en que hacer hereditarios los beneficios. No deje de apreciar también el lector otro perfil que sintetiza la dureza en que ha de tropezar el martillo de la reforma: el de que la misma causa hará poco menos que irremediable el mal, pues los simoníacos rebeldes tendrán tras sí, para defenderlos, a los príncipes y reyes de quienes recibieron el nombramiento.

Con el alma inflamada por el ideal del reinado de Dios en la tierra, después de escribir muchas cartas a sus amigos en demanda de oraciones y protección moral, Gregorio VII, el gobernador sabio, piadoso y enérgico, se enfrentó con esa caótica situación.

Como base de reforma de la Iglesia, convocó concilios en Roma, bajo su presidencia, y en otros países católicos mediante

legados suyos, y se decretó en frecuentes sínodos: que los clérigos no se unieran a sus esposas, que no se confiriera el sacramento del orden sino a los que hubiesen hecho profesión de celibato perpetuo y que nadie asistiese a las misas de los sacerdotes que tuviesen mujer, «para que los que no se corrigen por el amor de Dios y la dignidad de su ministerio se arrepientan, al menos, por la verguenza del siglo y por la repulsa del pueblo».

Dispuso, contra la simonía, que los clérigos que hubiesen obtenido mediante precio algún grado u oficio de las sagradas órdenes, no ejercieran en lo sucesivo su ministerio eclesiástico, y que los que recibieran de los laicos la investidura de la Iglesia, y los laicos mismos que la dieran, fuesen castigados con el anatema.

El ataque directo a las investiduras cristalizó en un decreto del sínodo romano de la Cuaresma de 1075, excomulgando a todo emperador, rey, duque, marqués, conde o persona seglar que tuviese la pretensión de conferir cualquier dignidad eclesiástica.

Estas disposiciones con que el vicario de Jesucristo tomaba el azote, como en otro tiempo su Maestro, para arrojar del templo a los vendedores, y el paso de los legados pontificios por toda la cristiandad para hacerlas cumplir, provocó una protesta general y una sublevación violenta en todas partes, pero de modo especial en Alemania.

Hasta en Roma se opuso al Papa el partido contrario a la reforma, capitaneado por Cencio, que había estado condenado a muerte. Organizó un grupo de conjurados que, en la vigilia de Navidad, mientras Gregorio VII celebraba la santa misa en Santa María la Mayor, se arrojó armado sobre el pontífice, hiriéndole, derribándole y arrastrándole hasta recluirlo en una torre. Cuando el pueblo reaccionó y la torre estaba a punto de caer en manos de los libertadores, Cencio, al creerse perdido, se echó a los pies del Papa, que paternalmente le otorgó el perdón tan angustiosamente suplicado y calmó a la multitud ansiosa de venganza.

En Alemania, el emperador Enrique IV declaró abiertamente la guerra a Gregorio VII, reuniendo, en 1076, un conciliábulo en Worms con objeto de deponer al Papa.

Mucho sufría el Santo Padre. En el año anterior había escrito a San Hugo, abad de Cluny: «Si finalmente miro dentro de mí, me siento tan abrumado por el peso de mi propia vida, que no me queda esperanza de salud sino en la misericordia de Jesucristo».

A pesar de todo ello, la fortaleza de Gregorio VII no se rendía. Combatió en Francia los desórdenes de Felipe Augusto; luchó en Inglaterra por medio del arzobispo Lanfranco; en España —donde la campaña emprendida en 1056 por el concilio de Compostela, y continuada en 1068 por los concilios de Gerona, Barcelona y Lérida, había subvenido ya a la posible necesidad de reforma— introdujo la liturgia romana y alentó la campaña de Alfonso de Castilla contra los sarracenos, y actuó en las más apartadas regiones del norte y del oriente asiático, pensando, por primera vez, en una cruzada que había de terminar dos lustros más tarde con la conquista de Jerusalén.

Su heroica fortaleza, a juzgar por lo que aconsejaba en carta a la condesa Matilde —la gran defensora de la Santa Sede—, se alimentaba «en la recepción del cuerpo de Cristo y en una confianza ciega en su Madre».

A raíz del conciliábulo de Worms, el emperador dirigió al Pontífice una insolente carta, que fue recibida precisamente cuando, en la basílica de Letrán, se celebraba un concilio que, por unanimidad, declaró haberse hecho Enrique acreedor en sumo grado a la excomunión. La pronunció, en efecto, el pontífice, y en una bula al mundo católico explicó sus motivos y el alcance de la condenación. Envió a su vez una carta «a todos sus hermanos en Cristo» en Alemania, diciéndoles:

> «Os suplicamos, como a hermanos muy amados, os consagreis a despertar en el alma del rey Enrique los sentimientos de una verdadera penitencia, a arrancarle del poder del demonio, a fin de que podamos reintegrarle en el seno de nuestra comun Madre»

Despreció Enrique todos los anatemas y se alió con todas las furias del averno. El Papa contaba con la justicia, con la compañía de la piadosa y abnegada condesa Matilde y con la espada del esforzado Roberto Guiscardo. Los alemanes se disponían a deponer inmediatamente a Enrique, pero éste, considerándose perdido y conociendo la magnanimidad de Grego-

rio VII, se decidió a poner la causa en sus manos, llegando, en la mañana del 25 de enero de 1077, al castillo de Matilde, en Canosa, donde a la sazón se hallaba el Papa. Nevaba copiosamente y el frío se enseñoreaba del ambiente cuando, descalzos sus pies, su larga melena al aire y cubriéndose con la ropa de los penitentes, golpeaba las puertas de la fortaleza un peregrino que no era otro que el mismo Enrique IV. Tres días esperó, gimiendo, llorando, implorando el perdón, sin probar bocado y posando sus plantas en el hielo. Ya perdía la esperanza, al anochecer del tercer día, cuando se decidió a entrar en una cercana ermita. Precisamente oraban en ella la condesa Matilde y Hugo, el abad de Cluny. Se conmovieron éstos ante sus súplicas de intercesión por él ante el Papa. Y Gregorio VII, aun cuando su sagacidad le dictaba que era todo fingimiento e hipocresía en Enrique, que no buscaba más que mantener su trono, sucumbió a la bondad de su corazón accediendo a los ruegos de tan piadosos intercesores. Como tenía que suceder, volvieron a producirse los conciliábulos, las excomuniones y las hipocresías, y el pontífice tuvo que oponer su indomable firmeza a los ejércitos imperiales que llegaron hasta Roma, donde sus habitantes, ganados por las larguezas del emperador Enrique, terminaron por entregarle la ciudad.

Gregorio VII se refugió en el castillo de Sant'Angelo, donde renovó la sentencia de excomunión. Esquivó Enrique el golpe haciendo entronizar en la basílica de San Pedro al antipapa Guiberto. La Providencia salió al paso: la consternación se impuso de súbito ante el rumor de que Roberto Guiscardo estaba a las puertas de la ciudad con un formidable ejército de normandos. Ante la vacilación de los romanos, por él comprados con dinero, y viendo a sus tropas fatigadas por la larga campaña y diezmadas por la epidemia, Enrique, avergonzado, huyó precipitadamente de Roma, y los romanos, asesinados a millares o vendidos como esclavos, expiaron su traición ante los normandos que incendiaban y saqueaban la ciudad. Abandonó Gregorio VII la urbe en ruinas, dolorido por tanta destrucción, y se refugió en Montecasino, de donde paso a Salerno, haciendo a la Iglesia universal este supremo llamamiento:

> «Por amor de Dios, todos los que seais verdaderos cristianos, venid en socorro de vuestro Padre San Pedro y de vuestra Madre

la santa Iglesia, si quereis obtener la gracia en este mundo y la vida eterna en el otro»

Como otro Moisés, sin permitirle la Providencia contemplar la perfecta realización de su ideal sagrado, aunque a sus puertas, moría en Salerno, el 25 de mayo de 1085, pronunciando estas palabras: «He amado la justicia y odiado la iniquidad; por eso muero en el destierro».

Muerte de antemano aceptada cuando, ya en 1076, escribía a los obispos de Alemania esta frase, que revela la energía de su temperamento y su sinceridad apostólica:

> «Mejor es para nosotros arrostrar la muerte que nos den los tiranos que hacernos complices de la impiedad con nuestro silencio»

ANTONIO ONA DE ECHAVE

Bibliografía

ARQUILLIERE, H J, *Saint Gregoire VII Essai sur sa conception du pouvoir pontifical* (Paris 1934)

BORINO, E, *Studi gregoriani Per la storia di Gregorio VII e della riforma gregoriana* (Roma 1947)

CASPAR, E (ed), *Registrum Gregorii VII* (1920 1923), 2 vols, nueva ed *Das Register Gregors VII* (Nachdruck 1990)

DELARC, O, *Saint Gregoire VII et la reforme de l'Eglise au XI siecle* (Paris 1889)

FLICHE, A, *La Reforme gregorienne* (Lovaina 1924 1927)

— ID, *La Reforme gregorienne et la reconquête chretienne, 1057 1123,* en A FLICHE - V MARTIN (dirs), *Histoire de l'Eglise depuis les origines jusqu'a nos jours,* VIII (Paris 1946)

— ID, *Saint Gregoire VII* (Paris [3]1920)

VOOSEN, O, *Papaute et pouvoir civil a l'epoque de Gregoire VII* (Lovaina 1927)

WUHR, W, *Studien zu Gregor VII Kirchenreform und Weltpolitik* (Munich 1930)

• Actualizacion

BLUMENTHAL, U R, *Gregor VII* (Darmstadt 2001)

CORRIDORI, I, *Gregorio VII, Ildebrando di Sovana Il piu grande Maremmano di tutti i tempi* (Pitigliano 1985)

COWDREY, H E J, *Pope Gregory VII, 1073 1085* (Nueva York 1998)

TESSORE, D, *Gregorio VII Il monaco, l'uomo politico, il santo* (Roma 2003)

VANDANO, V, *La vita e il tempo di Gregorio VII* (Milan 1970)

SANTA MARÍA MAGDALENA DE PAZZI

Virgen y religiosa († 1607)

Hay en el Borgo de San Friano un monasterio «donde se trata de perfección con particular cuidado». Así lo decía un au-

tor del setecientos y así lo leo yo hoy en las páginas tostadas de años, pero quemantes siempre, de una obra en pergamino y bellos tipos renacentistas que contiene la «vida de la bienaventurada y extática María Magdalena de Pazzi, virgen florentina», la santa contradictoria y apasionante que nos ha dejado una vida extraña y vehemente como su temperamento toscano.

Su padre, Camilo Geri de Pazzi, gran señor florentino, había contraído matrimonio con María Lorenzo Buondelmonti, dama exquisita, amiga de los Médicis, que educó con extraordinaria delicadeza a su única hija Catalina. La niña era bellísima y de un natural dulce y quieto y a la vez ardiente y amoroso, mezclando voluntad y suavidades. No podemos detenernos en sus primeros años, ni en su educación entre las Canonesas de Malta, ni en su regreso al mundo, de cuya época se conserva un hermoso cuadro que nos muestra a Catalina, gran figura de italiana, vestida de blanco y dorado con unas rosas.

Vamos a partir de ese domingo primero de Adviento en que ingresa en el convento de carmelitas observantes en 1582 y donde recibe el santo hábito al final del enero siguiente. Ya se llama María Magdalena y tiene dieciséis años.

Una tarde, después de la oración que tenían las novicias reunidas en el oratorio del noviciado, su rostro pareció ardiente e inflamado como de intensa calentura. No hallaba sosiego. Se agitaba, se movía, hacía lo posible por aflojarse la correa de la cintura y deshecha en lágrimas sollozaba: «¡Oh amor que no eres conocido ni amado, qué ofendido estás!». Sólo al cabo de dos horas tornó en sí.

Era el primero de sus excesos de amor.

El amor de Dios, que es intensamente espiritual, tiene sus redundancias sobre el organismo; la parte funcional y somática de Magdalena, joven y delicada novicia, desmayaba ante el acosamiento divino. ¿Es raro, acaso, que la naturaleza se estremezca cuando Dios la acaricia? Desde el día de sus votos comienza esa cuaresma de interior comunicación que ha sido llamada «los cuarenta días». Su propia descripción es ésta:

> «No sabía si estaba muerta o viva, si en el cuerpo o en el alma, si en la tierra o en el cielo [...] sólo veía a Dios todo glorioso amarse a Sí puramente, conocerse a Sí enteramente, ser Trinidad indivisa en la unidad...».

Y cuenta otra vez así las gracias de aquellas mañanas:

> «Vi el amor inmenso y unitivo que me unio con Jesus Entendi tambien que todas las almas que participan en la sangre de Jesus son las que padecen en este mundo quedando delante de su divina Majestad bellas y hermosas Si un alma pudiese comprender en cuanta grandeza esta mientras ama asi a Dios, casi se desharia a si misma dulcisimamente»

Hablaba con un ser invisible y, tomando el crucifijo con rostro brillante y enardecido, exclamaba:

> «¡Oh Jesus mio!, dame una voz grande que la oiga el mundo entero, el pésimo amor propio es el que nos quita vuestro conocimiento [ ] el amor propio que es el contrario al vuestro, Señor [ ] ¡Amor, haz que las criaturas no amen otra cosa que a Ti!»

Y así duraba hasta eso de las cuatro en que le volvía el mal y la calentura y tornaba a la cama entre los solícitos cuidados de su madre maestra y sor Evangelista del Giocondo.

Así pasaban los días maravillosos e incomprensibles, mientras con su oración y padecer Magdalena buscaba almas dadas plenamente al Amor, enseñando que el gran apostolado es difundir la santidad que vivifica a toda la Iglesia.

Luego vinieron pesadumbres, tentaciones, luchas y negruras que ella llamó «el lago de los leones», con un recuerdo danielesco y estremecedor, mientras las obsesiones, la pesadez y el hastío de la observancia intensificaban la obra de la purificación.

Nombrada maestra de novicias, les dio a todas la humildad como camino para llegar a la unión divina y les brindaba esta definición preciosa· «La humildad es un continuo conocimiento de ser nada y un continuo gozarse en todo lo que sirve para el desprecio de una».

Y era tanta su luz sobre esta virtud que añadía: «En el infierno habrá almas apóstoles, almas vírgenes, pero no habrá nunca almas humildes»

Teólogos de fuste acudían al convento para estudiar el caso de esta monjita que los sorprendía con las gracias más subidas. Profetizó al cardenal de Médicis, más tarde León XI, su elevación al Pontificado supremo, y su brevedad.

Ella aprovechaba la curiosidad de muchos que la visitaban para inculcarles a todos una gran pureza de conciencia. Se con-

fesaba diariamente y temía la menor imperfección involuntaria. Esta limpidez de espíritu la subió pronto a una oración que le era como habitual:

> «Tener gusto en gozarme y complacerme de los atributos divinos [...] gozarme de la comunicación que tienen entre sí las tres divinas Personas [...], regocijarme en el amor infinito con que Dios se ama a Sí mismo [...] Ofrecerme a mí misma a Dios con toda aquella perfección que Él quiere que tenga».

Bastan estas líneas para atisbar algo del secreto de María Magdalena de Pazzi, la santa de los grandes excesos de amor.

El 25 de mayo de 1607 toda la comunidad rodea el lecho de sor María Magdalena. Ninguna duda ya de su perfección. A esta hora no tiene gusto ni consuelo espiritual, porque Dios quiere que muera como Cristo en la cruz.

Apretaban los dolores, cercábanla grandes sufrimientos. Ella, sencilla y humilde, deja caer esta frase: «Yo gusto de todo lo que él gusta, no quiero contentos, ¡con tal de que mi alma se salve!».

Así, ignorante, inédita para sí misma, despojada de su propio valer. Va a dar la una del mediodía..., el confesor reza himnos y alabanzas divinas, la moribunda está bella y sonrosada, tiene sólo cuarenta y un años. «¡Con lo que pudiera vivir!», insinúa alguna monja entristecida; pero ¡no!..., ella sólo quiere el amor.

Y, esta vez sin excesos, el amor viene, y definitivamente María Magdalena se pierde como llama de fuego en el seno eterno de la infinita Trinidad.

MARÍA H. DE LA SANTA FAZ, OP

Bibliografía

Los cuarenta días (Madrid 1956).

LARKIN, E. E., OC, *A study of the ecstasies of the forty days* (Roma 1956).

LEZAMA, I. B. DI, *Vita de la V. Vergen Magdalena de Pazzi* (1627)

PUCCINI, V., *Vita de la Madre suor Maddalena de Pazzi, fiorentina Monaca dell'ordine carmelitano nel Monastero di S. Maria degli Angeli di Borgo S. Fridano di Firenze* (Florencia 1611)

Santa María Magdalena de Pazzi, por una monja del monasterio (Madrid 1956)

• Actualización:

LOPEZ-MELUS, A., *Santa Maria Magdalena de Pazzi* (Onda 1980).

LOPEZ-MELUS, R. F., *Vida de Santa María Magdalena de Pazzi* (Madrid 1980)

— ID., *Magdalena. espíritu y vida de una extraordinaria mujer* (Roma-Zaragoza 1966).

SECONDIN, B., *Santa Maria Maddalena de'Pazzi. Esperienza e dottrina* (Roma 1974).

SECONDIN, B. - MOSCHETTI, P., *Maddalena de'Pazzi mistica dell'amore* (Cinisello Bálsamo 1992).

SANTA MAGDALENA SOFÍA BARAT

Virgen y fundadora († 1865)

Año 1779. Al final de un sendero bordeado de álamos, traspasado el puente sobre el Yvonne, el río pacífico con fondo de bosques lejanos y vecinos viñedos, los tejados rojo y vivo de Joigny, un lugar perdido en la Borgoña. Aquí, París; allí, Lyón. Unos minutos cuesta arriba de la calle Mayor y el barrio de los artesanos: casas minúsculas, blanqueadas, de ventanas chicas y puerta baja. Jacobe Barat, el tonelero dueño de las viñas que crecen junto al Larry, vive allí a la derecha. Madeleine, su mujer, todo un carácter, en la noche del 12 de diciembre, repitiendo el gozo de la escena comentada por Jesucristo, alza en los brazos una hijita nueva. La casa frontera arde en tanto, y esa niña, llegada entre el resplandor, contestará balbuceando que «C'est le feu», «el fuego», cuando las vecinas le pregunten entre sonrisas: «¿Quién te trajo al mundo?». Va a ser la glorificadora del Corazón ardiente de Jesucristo, que vino a incendiar la tierra. Se llamará Magdalena Sofía.

Sofía, desde la ventana de su buhardillita, otea los viñedos extensos y vuelve a sus libros. Luis, su hermano, su padrino, su maestro, es recio, exigente y hasta un poco exagerado. Estudia para llegar a sacerdote y se empeña en hacer de su hermana un doctor sesudo. Sofía era endeblita como una flor de secano, y los librotes, densos e inacabables. Profundo conocimiento de la filosofía, literaturas clásicas y modernas, el latín y el griego. Llegó a ser —decía ella— casi «más virgiliana que cristiana». Curioso este plan de estudios. Curioso por desproporcionado para una aldeana y extraño para su época, fuera de los espíritus selectos. Para colmo, estudiaba ciencias exactas, astronomía, botánica y física. Como un premio recibió el permiso para dedicarse a las lenguas vivas, y cultivó con cariño especial la española y la italiana. Más de una vez se la veía entusiasmada con el *Quijote* y el *Castillo interior* o *Moradas* de Santa Teresa, quien la convenció de que el español es la *langue faite pour parler à Dieu,* «la lengua nacida para hablar con Dios».

Tuvo Sofía una afición hispánica intensa. Lo más medular de su espiritualidad misma osciló siempre entre la gran Teresa de Ávila y San Francisco Javier y San Ignacio. Así lo afirman to-

dos sus biógrafos cuando comentan el estilo de las constituciones o reglas de la Sociedad del Sagrado Corazón, defendido con viril tesón contra todos los intentos de cambio. A la fundación primera en España, solicitada por las niñas catalanas alumnas del Sagrado Corazón en Perpiñán, contestó: «Doy mi adhesión con el corazón entero». Un hombre del temple hasta brusco de Luis Barat guió a su hermana por un camino áspero en exigencia y en métodos. Toda su vida, desde el corazón a la cabeza cruzando los sentidos, su jornada entera y su calendario, estaban sometidos a la brida y bocado de esta mano dura, que exigía a una débil criatura todo lo que a sí mismo. Tan sólo permitía el preceptor un paréntesis en el trabajo intelectual en las épocas de mayor labor campestre, durante las que la hija ayudaba a su madre en los afanes de la alegre vendimia. En aquellas ocasiones recitaba en su propio marco fragmentos de la mejor literatura bucólica.

La revolución de 1789, la gran Revolución Francesa, descompuso esta paz del pequeño Joigny. Significaba dar la espalda a Dios. Ignoraba, al proclamar los «derechos del hombre», que el primer derecho del hombre es su salvación eterna. Fue la primera revolución que desprestigió esa palabra, «revolución», que hasta entonces se había podido aplicar a la obra radical promovida por el mismo Evangelio.

Luis Barat sufrió prisión; pero, en medio de aquellos horrores, llegó a la ordenación sacerdotal, lo que venía entonces a ser sinónimo de voto de martirio. Con frecuencia en la historia sucede algo así. Entretanto Sofía, con aquel desusado bagaje intelectual, educada en unas exigencias espirituales tan exquisitas, esperaba «un no sé qué». El ambiente de Joigny anunciaba a la muchacha el destino de una normal boda con alguno de sus buenos paisanos, cuando Luis, aspirando para su hermana desconocidos horizontes de Providencia, indicó algo que cayó como una bomba en la sencilla opinión familiar: Sofía debía salir de Joigny. La empresa era difícil, pero a la medida del tozudo Barat, hijo. A París fue él para más disimulado ejercicio de su ministerio en el secreto de las circunstancias revolucionarias. Y en casa de una heroica señora, madame Duval, fue aceptado como huésped que pagaba el pupilaje con la más cotizada mo-

neda: la diaria celebración, estilo catacumbas, del santo sacrificio. Venía a ser una bautizada versión del pretencioso «París bien vale una misa» de aquel voluble rey francés. Poco después convive allí Sofía, alejada entre lágrimas de la paz hogareña. Prosigue su educación minuciosa, y son sus primeros ensayos educadores como catequista de los niños vecinos que crecían sin Evangelio.

La dirección de su alma se hizo más posible en la capital y el amor de Dios aumentó entre las piras incendiarias y las guillotinas:

> «El Papa, desterrado de Roma, prisionero y expirando en Valence, los obispos, expatriados, las iglesias, profanadas, los conventos, destruidos, los niños, sin instruccion, los hombres, sin religion, el luto en las familias, miles de miserias publicas y privadas »

Ésta es la lista de congojas escrita entre lágrimas por Sofía. Las crueldades y ridiculeces de la revolución hastiaron a los franceses y la reacción religiosa llegó a su primera cumbre en 1797: libertad de cultos. Un celo devorador de apostolado sacudió Francia entera. Fue una vocación colectiva a la santidad. Sofía, preparada por largos años a esta llamada de la gracia, pasó tres años de preguntas a Dios: ¿por dónde? ¿El Carmelo acaso?

En 1800 cruzaban la frontera francoalemana los padres del Sagrado Corazón. Fundados por Tournelv, se dirigían entonces por un ex militar fogoso: el P. Varin. Varin tuvo una historia semejante a Loyola y fue jefe de esta milicia sacerdotal que acabó desembocando de hecho en la Compañía de Jesús. Luis Barat se adhirió a los Padres del Sagrado Corazón y habló al superior de su hermana como llamada por Dios. Pero ella seguía indecisa: «Lo pensaré». Pero Varin repuso

> «Todo lo encamina Dios segun sus designios, y la educacion nada comun que habéis recibido no parece ordenada por el para ser sepultada dados los tiempos presentes No, Sofia, ya no es hora de pensar Cuando se conoce la voluntad de Dios hay que cumplirla [.] ¡Yo, en nombre suyo, os la declaro!»

En Santa Magdalena Sofía aparece más su obra y ella en función de su obra Nunca consintió ser llamada fundadora, y no fue superiora hasta 1800, y extraordinariamente, a la fuerza; superiora general no se logró que lo fuera hasta 1806. Fue siem-

pre a remolque de los destinos divinos. *Las constituciones* las escribe para asegurar la continuidad de su Sociedad contra asechanzas que pretendían desviar su espíritu corazonista y asesorada por los padres Varin y Druilhet. Ya de este momento vocacional escribe: «En cuanto a mí, nada preveía entonces; no hice sino aceptar lo que me proponían». Los nombres de sus colaboradoras —Deshayes, Duchesne, Maillucheau...— aparecen continuamente ligados a su vida.

Sofía y sus compañeras, en un principio tan inclinadas al Carmelo, cedieron su vocación contemplativa a la activa, pero sin abandonar de ningún modo la contemplación. «Contemplar y entregar esa contemplación es más perfecto que sólo contemplar, lo mismo que alumbrar es más que el simple lucir», enseña Santo Tomás. Esta vida «mixta» es la escogida por la nueva sociedad religiosa. Une en armonía la contemplativa y la activa, y resulta superior a las dos. Por eso una mujercita afanosa que alimenta sus labores diarias caseras con su diaria oración y no trabaja bien si bien no ora, y no ora bien si bien no trabaja; un oficinista que en su oración diaria halla la alegría de su trabajo monótono y oscuro, y que, a fuerza de intención sobrenatural, transfigura los papeleos en la máquina, están haciendo la más perfecta vida: contemplar y dar fruto para los demás.

Claro que la misma Sofía notará toda su vida situada en tensión entre la oración y la acción: «Lo esencial es conservar el espíritu interior en medio de este jaleo», escribirá. No siempre parece posible elevar la intención lo bastante para justificar cara a Dios largas tareas de profesor, o de enfermero, o de burócrata:

> «Soy como un secretario de ministro No tengo tiempo de respirar Las visitas, los asuntos se suceden y, en medio de este caos, ¿se puede encontrar a Jesucristo?»

El motivo de esta vida tan tensa sólo es uno. En las primeras reuniones de la Sociedad preguntó el P. Varin: «¿Cuál debe ser el espíritu de la obra?». Rápidamente fue ésta la respuesta común: «La generosidad, el Corazón de Jesús, no quiere sino almas grandes».

¿Y por qué precisamente el Sagrado Corazón? Hasta el siglo XVII las revelaciones del Corazón de Jesús fueron conocidas sólo por alguna de las monjas de los monasterios medievales.

Cuando Jansenio helaba las almas con sus herejías, que pretendían achicar el amor divino, Dios suscitaba apóstoles de su Corazón enamorado de los hombres. San Juan Eudes, Santa Margarita María, el Beato de la Colombière y San Pompilio María Pirroti.

Siglo XVII: San Juan Eudes transforma la devoción corazonista en culto litúrgico, y ya en 1672 obtiene que la fiesta del Sagrado Corazón se solemnice en los seminarios de su Congregacion. Y sobreviene en este siglo el gran aldabonazo del amor: las revelaciones a Santa Margarita María en Paray-le-Monial con la gran promesa, que acerca mensualmente al sacramento como seguro de salvación. En el hecho de que los «primeros viernes» rara vez suelan lograrse completos seguidos hay algo de divina estratagema para hacernos pasar la vida en comunión.

Con Santa Margarita de Alacoque, la Visitacion, con su confesor el Beato de la Colombière, la Compañía —apóstol universal del Corazón de Cristo—, son dos las Órdenes religiosas envueltas en el nuevo fuego, que comenzará vivo en la congregación eudista. San Pompilio María Pirroti —ya en el XVIII— embarca en la empresa a la Orden de las Escuelas Pías al propagar por Italia la primera novena al Sagrado Corazón. El siglo XIX completa el conjunto con nuestra Santa Magdalena Sofía, también en clara línea de reacción antijansenista:

> «¡Si se conociera que encantador es Jesus, que amable en los brazos de su Madre, como su pequeño corazon ya esta latiendo por nosotros! ¡Es grande el Señor y merece ser alabado! ¡Es pequeño y merece ser amado! Hacedlo conocer y pronto se le amara, sobre todo hacedlo conocer *a esas devotas ridiculas que ponen diques a la misericordia de Dios*»

Aquí asoman sus viejas lecturas literarias: *devotes ridicules* recuerda las «preciosas ridículas» del gran Molière. Pero la originalidad de Santa Magdalena Sofía está en el fin apostólico de su Sociedad, que anhela la glorificación del corazón de Cristo por la educación de la juventud, «para devolver a las almas su fe en amor» (P. Charmot).

El nombre de «Sociedad del Sagrado Corazon» fue conservado por la madre Barat contra viento y marea: desde el momento en que los vendeanos, al levantarse en armas, lo habían ostentado, usarlo parecía unirse a un partido político. Pero el

nombre era el estilo y había de perdurar. La segunda y más íntima originalidad de la Santa era que su entrega al Corazón divino, más que una devoción, era una consagración. Santa Margarita María seguía al corazón en sus sangrientas horas de la Pasión. La santa madre Barat abarcó en la consagración de su Sociedad una visión que abarcaba esto y más: el amor de Dios en su vida humana entera, todo el Evangelio como fruto cordial de Jesucristo.

> «Todos los misterios de amor y salvacion han brotado del Sagrado Corazon de Jesus Desde que la santa humanidad del Salvador fue unida a la divinidad en el seno de Maria, su pequeño Corazon nos dedica ya sus primeros sentimientos se ofrece al Padre para expiar y para salvarnos»

Por eso cuando, en 1853, conoció la misa del Sagrado Corazón *Egredimini,* de ornamento blanco —en contraste con la de ornamento rojo *Miserebitur,* más acorde con el estilo de Santa Margarita—, la pidió a Roma para las casas de la Sociedad como totalmente de acuerdo con su visión del Corazón de Jesús. El doble aspecto de este estilo se manifiesta en los evangelios: «Aprended de mí», y «He venido a traer fuego a la tierra»; el primero como escuela interior, el segundo como mística de acción. Sí; era el fuego, ya desde niña, el móvil de su vida.

La ciudad de Amiens fue la cuna de la obra. Siguieron Grenoble, Belley, Poitiers, Niort... París, Turín, Roma. En vida de la fundadora llegan a 111 las casas. Posteriormente se extienden por otras ciudades de Europa, América, Japón, China, Egipto, Congo y la India.

En Francia habían ocurrido muchas cosas. Usurpador tras usurpador, el gobierno del país había caído en las manos férreas de Napoleón.

> «Fue siempre costumbre de los usurpadores, al querer instalarse pacíficamente, apelar a la religion para legitimar el poder conquistado y rodearlo de una aureola que lo hiciese venerable a la faz del pueblo Y en semejantes ocasiones el tirano permite al pueblo incluso mantener sus creencias y aun en forma espectacular ejecuta los ritos que antes habia, si cabe, pisoteado»

Así escribe Carlo Castiglioni en su *Historia de los Papas.* Y Napoleón pretendió resucitar para su utilidad una ceremonia

imponente que desde tres siglos atrás no se había celebrado: la coronación imperial por manos del Papa. Pío VII temió por la cristiandad entera si se negaba y, después de abundantes y duras condiciones al flamante emperador, accedió. Fue entonces cuando, de paso el Pontífice por Lyón hacia París, camino del rito, Pío VII se digna recibir a la madre Barat y bendecir la Sociedad.

En los años 1808-1816 las pruebas divinas sobre la fundadora hicieron de ella «una de las santas más crucificadas de su siglo». El capellán de la casa de Amiens, Saint-Estève, que, junto con los padres Varin y Druilhet, había recibido el encargo de colaborar en la redacción de las constituciones, se dejó seducir por la idea de que a él sólo correspondían las atribuciones de fundador. Así sugestionado, se lanzó a escribir unas constituciones que fueron rechazadas por la mayoría de las religiosas. Sin embargo, un grupo, las de Gante, en Bélgica, engañadas por una falsa aprobación romana apañada por el artero «fundador», y temiendo siempre por la sospecha de galicanismo que traía envuelto indistintamente todo lo francés, siguieron a Saint-Estève y se separaron de la fundadora. En este matiz el culto, estilo y nombre del Sagrado Corazón quedaban suprimidos. Nombrado secretario del embajador francés en Roma, hizo Saint-Estève allí lo que pudo y lo que nunca debió hacer para lograr el triunfo de su facción; hasta falsificó documentos y cartas. Entretanto la madre Barat, sola, pues el padre Varin estaba en pleno noviciado en la Compañía, sostuvo su fe y la de sus atribuladas hijas: «Aceptemos la cruz desnuda. Jesús, a pesar de todo, callaba; estas tres palabras son toda mi fuerza». La crisis, por fin, pasa porque Roma acaba siendo la verdad y, desprestigiado el pobre Saint-Estève, León XII aprueba en 1826 las constituciones de la Madre. Pero en 1839 todo el separatismo eclesiástico francés se revuelve en contra del traslado a Roma de la casa madre, y en 1848 la revolución expulsa al Sagrado Corazón de Suiza y del Piamonte. Nuevas pruebas para un corazón generoso.

Al observar en las almas santas estas virtudes heroicas es preciso notar que no aparecen en ellas de un modo como mágico, automáticamente. Son el resultado de un lentísimo proceso

de entrega trabajosa de sí mismo a la voluntad divina, de una sucesiva unión con las virtudes de Jesucristo cooperando con su gracia. El secreto de la vida interior de Santa Magdalena Sofía es un armónico combinado de la ascética ignaciana de los «Ejercicios» en su aspecto de contemplación familiar de la vida del Señor, las revelaciones a Santa Margarita y el año litúrgico.

Es aquí donde aparece extraordinaria la sabiduría de la madre Barat. Actualmente ya no resulta rara esta cotización del culto en la escala interior de perfección, pero entonces el movimiento litúrgico no había hecho sino empezar, y he aquí una religiosa que ya cimienta en él la adquisición de su forma de vivir de Dios. Aun hoy es difícil para muchas almas acompasar la espiritualidad personal, el caliente momento psicológico, con el de la santa Iglesia, y Pío XII ha tenido que romper lanzas por la pretendida enemistad entre lo que han dado en llamar «piedad objetiva» —la litúrgica— y «piedad subjetiva» —la íntima—. Para la madre Barat sí que no existió esta enemiga. «La liturgia es mi pasión dominante», escribió. Y este encontrar su corazón en la liturgia, en el año litúrgico, fue normal en su vida. El padre Brou tiene un estudio admirable sobre cómo plegó con toda naturalidad su devoción personal a la piedad oficial de la Iglesia la fundadora.

Por otra parte, su ascética fue también lo que hoy se llama «de unidad», la ascética de «salvarse en racimo». «Una hija del Sagrado Corazón no se debe salvar sola». El dogma de la comunión de los santos, que haría trazar a Pío XII una de sus más luminosas cartas encíclicas, la del cuerpo místico, era ya cosa vivida por esta gran mujer, que llevó el ignaciano «sentir con la Iglesia» hasta las más escondidas fibras de su estilo.

La sencilla fecundidad de la enseñanza y el ejemplo de Santa Magdalena Sofía, la extraordinaria vigencia actual de su personalidad, se presta a una prolija consideración personal y provechosísima. «El jueves vamos al cielo», dijo, y amaneció aquél el 25 de mayo de 1865. Pero no se acabará nunca de ir de entre nosotros esta dulce y fuerte mujer. Revive en cada religiosa del Sagrado Corazón, perdura en la caliente presencia de sus escritos.

«Al irse al corazón de Dios, que tanto había amado, le quedaron —como escribe Granada— las arcas llenas y las manos sanas».

ENRIQUE INIESTA COULLANT-VALERA, SchP

Bibliografía

BAUNARD, L. P. A., *Histoire de Madame Barat, fondatrice de la Societé du Sacre-Coeur de Jésus* (París ²1877), 2 vols.; ed. española: *Vida de la Madre Sofía Magdalena Barat, fundadora de la Sociedad del Sagrado Corazón de Jesús* (Madrid 1877).
BERNOVILLE, G., *La société du Sacré-Coeur de Jésus* (Orleáns ²1951).
BROU, A., SI, *Sainte Madeleine-Sophie Barat* (París ²1926).
CHARMOT, F., SI, *La sociedad del Sagrado Corazon* (Lyón 1953).
La glorificadora del Sagrado Corazón de Jesús, por una religiosa (Madrid ⁴1934)
Une âme de feu (Toulouse 1952)
• Actualización:
ALLIXANDRE, D., *El árbol peregrino, caminar con Sofía Barat* (Madrid 2000)
KILROY, P., *Magdalena Sofía Barat. Una vida* (Madrid 2000)
ORTEGA, J. L., *Santa Magdalena Sofia Barat. Un símbolo blanco* (Madrid 1995).
VIRNOT, M.-TH., *Il carisma di santa Maddalena Sofia Barat* (Turin 1982).

C) BIOGRAFIAS BREVES

SAN ALDHELMO
Obispo († 709)

Nace hacia el año 639 en una familia emparentada con los reyes de Wessex y su educación les fue confiada a los monjes de Malmesbury, pasando luego a la escuela catedralicia de Canterbury al tiempo que la dirigía San Teodoro.

Decidida su vocación monástica, hizo la profesión religiosa y hacia el 675 fue elegido abad de Malmesbury. Logró que los monjes aceptaran regirse por la Regla de San Benito e impulsó la creación de otros monasterios. Fueron fecundos los años de su presidencia al frente de este monasterio, fomentando una vida monástica regular y observante en el lema de San Benito referente a la oración y al trabajo. Él por su parte no dejó de escribir interesantes obras, así en el inglés de entonces como en latín, cultivando tanto la prosa como el verso.

Llevaba ya treinta años de abad y tenía sesenta y uno de edad cuando fue elegido para obispo de la nueva diócesis resultante de la división de Wessex en dos obispados. De entre las ciudades de su diócesis eligió a Sherborne como sede de la mitra y construyó en ella la iglesia catedral. Se mostró muy sensible a las necesidades pastorales de sus diocesanos y en los pocos años de su episcopado pudo erigir nuevas iglesias. Dio a todos un magnífico ejemplo de vida austera y piadosa y de en-

trega a sus deberes como pastor. Murió en Doulting el 25 de mayo de 709. Enterrado en Malmesbury, tuvo mucho culto y varias fiestas litúrgicas en el año.

SAN GENADIO DE ASTORGA

Obispo († 936)

Genadio era monje del monasterio de Ageo o Argeo, situado a lo que parece en la diócesis de Astorga. Era abad del mismo Arandiselo.

Más por iniciativa propia que por obediencia estricta, pero con la bendicion del abad, según parece, Genadio y un grupo de doce monjes marcharon en 882 a restaurar el monasterio Rupianense, fundado siglos antes en el Bierzo por San Fructuoso de Braga y para entonces ya deshabitado. El primer trabajo de los nuevos monjes fue reconstruir las instalaciones monacales y devolver al cultivo las tierras colindantes, haciendo así posible la presencia de una comunidad monástica aunque fuese un sitio bastante despoblado. Posteriormente se llamaría San Pedro de los Montes.

Estaba ya consolidada la nueva comunidad cuando en 895 el obispo Ranulfo de Astorga procedió a la consagración abacial de Genadio. Pudo el santo abad llevar adelante su cargo con gran dedicación y eficiencia hasta que un suceso imprevisto para él vino a sacarle de la vida del claustro.

El año 898 murió el obispo Ranulfo, y el clero y el pueblo de Astorga eligieron de forma unánime al abad Genadio como su sucesor en la sede, impulsando y confirmando esta elección el rey Alfonso II, con quien parece que Genadio estaba emparentado. El monarca tomó al obispo como uno de sus principales consejeros y aun como su director espiritual y albacea testamentario, pasando, por tanto, el obispo a primer plano en los asuntos del reino.

Genadio, como obispo, fomentó la vida monástica en la diócesis, alentando la creación de nuevos monasterios y restaurando otros varios, hasta el punto de que al siglo siguiente se pudo decir que la mayoría de los numerosos monasterios de la zona los había fundado o restaurado él. Sentía la nostalgia de

la vida monacal y por ello cuando podía pasaba breves temporadas en el monasterio, integrándose en la comunidad como un monje más para vivir el retiro y la contemplación de los monjes.

Muerto el rey Alfonso, obtuvo Genadio la aquiescencia de Ordoño II para hacer dimisión del obispado de Astorga y poder dedicarse por entero a la vida contemplativa. Propuso como sucesor suyo al abad Forte, que le había sucedido en la abadía, y él pudo retirarse a hacer vida de monje, y aún más, retirarse a una cueva para llevar vida de eremita. Pero, atento siempre a las necesidades de la vida monástica, restauró el monasterio de San Pedro de Forcellas, que obtuvo del rey Ramiro II. Lleno de méritos y virtudes murió en 936. Enterrado en el monasterio de Santiago de Peñalba, recibió enseguida culto como santo. Su memoria se celebra el 25 de mayo.

BEATO GERIO DE LUNEL

Solitario († 1299)

Gerio o Gerardo nace en Lunel el año 1275 en el seno de una noble familia. Educado piadosamente, era aún un adolescente cuando con su hermano Effrennaud decide llevar vida eremítica. Ambos, tomando el hábito de terciarios franciscanos, se fueron a vivir a unas cuevas y se dedicaron a la vida de contemplación y penitencia.

Pero, pasado un tiempo, ambos decidieron peregrinar a Tierra Santa, visitando previamente Asís y Roma. Así lo hacen con gran sentimiento de devoción y piedad, venerando la tumba de San Francisco, de cuya Orden Tercera eran miembros, y las de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo en Roma.

Concluida la estancia en la Ciudad Eterna toman el camino de Ancona, donde pensaban embarcar para Tierra Santa. Pero en el camino, cuando estaban en Monte Santo, cerca de Fano, Gerio enferma y se ven obligados a detenerse, alojándose en una cabaña. El mal de Gerio empeora y su hermano decide ir a Monte Santo a buscar ayuda. Cuenta su historia y le dice a la gente que su hermano está necesitado de asistencia. Vuelve con algunos vecinos a la cabaña y halla que Gerio estaba muerto. Era el 25 de mayo de 1299.

La idea de que el joven peregrino había renunciado a las comodidades de su casa noble para llevar vida de ermitaño y que luego la había empleado en la peregrinación santa, indujo a los fieles a encomendarse al joven fallecido, y comenzó la fama de que los milagros florecían en su tumba, teniéndolo todos por santo. Este culto prosiguió con el tiempo y fue confirmado por la Santa Sede el 1 de agosto de 1742.

BEATO SANTIAGO FELIPE BERTONI

Presbítero († 1483)

Era natural de Celle di Monte Chiaro, Faenza, Italia, donde nace el año 1454 en el seno de una modesta familia que lo bautiza con el nombre de Andrés. El clima de piedad de su casa colabora a su pronta vocación religiosa, pues aún niño ingresa en la Orden de los Servitas en el convento de Faenza. Hace a su debido tiempo el noviciado y la profesión, tomando el nombre de Santiago Felipe y, concluidos los estudios preparatorios, se ordena sacerdote.

Ejerce varios cargos en el seno de la comunidad, entre otros el de procurador del convento, y se granjea la estima de todos por su amabilidad y sus virtudes, especialmente la modestia, la humildad, la mansedumbre y su amor al retiro y al silencio.

Sumamente austero y penitente, no hacía sino una sola comida al día y aun ésta muy frugal y ordinaria, y si acaso cenaba, eran verduras crudas. Se disciplinaba casi todos los días y procuraba mortificarse en todo, pero disimulando para que sus penitencias no fueran conocidas. Estaba por ello sumamente delgado y se decía que su piel estaba adherida a los huesos.

Sintiendo venir la muerte pidió perdón a cada uno de sus hermanos religiosos por cualquier cosa suya que les hubiese desedificado, muriendo santamente el 25 de mayo de 1483. Tenido enseguida por santo, su culto fue confirmado por el papa Clemente XIII el 22 de julio de 1731.

SAN PEDRO DOAN VAN VAN

Martir († 1857)

Este santo mártir seglar vietnamita nació en el poblado de Ke-coi el año 1780 y fue cristiano desde pequeño. A los 25 años se le encomendó la administración económica de la parroquia y también el oficio de catequista. Y cumplió con mucha diligencia ambos encargos a lo largo de muchos años.

Su martirio fue consecuencia de la denuncia de dos maleantes a quienes el mártir se había negado a dar arroz y que aseguraron a las autoridades que en el pueblo había varios sacerdotes y una iglesia. Supieron a tiempo los sacerdotes y Pedro la denuncia y abandonaron el pueblo poniéndose a salvo. Pero Pedro quiso saber qué habían hecho con la iglesia y volvió no tan disimuladamente como él creía. Conocido y delatado, fue arrestado.

Llevado ante las autoridades, dijo claramente que él no era sacerdote como en un principio habían creído aquéllas pero que sí era cristiano. Invitado entonces a apostatar o morir, eligió el martirio. Y así por el nombre de Cristo fue decapitado el 25 de mayo de 1857. Fue canonizado el 19 de junio de 1988.

SAN DIONISIO SSEBUGGWAWO

Martir († 1886)

Dionisio es uno de los jóvenes mártires de Uganda. Había nacido en 1870 en el poblado de Bulemezi, en el clan Musu, y desde muy joven estaba al servicio del rey Mutesa como paje, pasando luego al de su hijo y sucesor Mwanga. Éste le confió la supervisión de sus habitaciones personales.

Cuando conoció el cristianismo, se adhirió a esta religión, hizo el catecumenado y se bautizó el 17 de noviembre de 1885. Era desde entonces un cristiano consciente y fervoroso. Por ello, incluso dada la prohibición de propagar el cristianismo, él catequizaba al hijo del primer ministro, el joven Mwafu. Enterado el rey, se encolerizó y le pidió cuentas de su conducta. Dionisio reconoció que estaba en efecto transmitiendo a aquel joven la doctrina cristiana y el rey, sin pensarlo dos veces, tomó una

lanza y se la clavó en la garganta. Seguidamente mandó que lo sacaran fuera y lo remataran, como así se hizo degollándolo con un cuchillo de degollar cabras. Era el 25 de mayo de 1886. Fue canonizado con otros mártires de Uganda por Pablo VI el 18 de octubre de 1964.

SANTOS CRISTÓBAL MAGALLANES Y AGUSTÍN SÁNCHEZ CALOCA

Presbíteros y mártires († 1927)

Eran párroco y coadjutor, respectivamente. Habían compartido los afanes apostólicos y los llamó el Señor a compartir también la prisión y el martirio. Primero fue localizado el párroco que había huido a los montes. Luego fue arrestado el coadjutor, y ambos se encontraron en la cárcel de Totaliche. Al P. Agustín se le ofreció la libertad y él dijo que no la quería sin que también saliera el párroco, pero éste ya estaba condenado a muerte por la simple voluntad del general Goñi que dijo: «Es sacerdote y basta».

Llevados ambos a Calotitlán, se decidió fusilarlos sin juicio. Ya en el paredón el P. Cristóbal pidió poder hablar y dijo que moría inocente y que perdonaba a todos. Vio que su compañero estaba muy turbado y le dijo que en un momento estarían en el cielo. Se serenó el P. Agustín y ambos se pusieron a orar hasta que una descarga acabó con sus vidas. Los fieles pudieron recoger y enterrar sus cuerpos. Era el 25 de mayo de 1927.

Cristóbal Magallanes Jara había nacido en el Rancho de la Sementera en Totaliche, Méjico, el 30 de julio de 1869. Con su familia trabajó en el campo hasta los 19 años en que decidió su vocación sacerdotal. Estudia en el seminario de Guadalajara y se ordena el 17 de septiembre de 1899. Después de varios cargos es enviado a su propio pueblo como párroco y da la talla del pastor bueno y celoso, atento a todas las necesidades de sus feligreses, así espirituales como sociales, por ejemplo, la escuela para combatir el analfabetismo, la presa para facilitar los regadíos, etc. Muy devoto de la Virgen María, levantó el santuario de Nuestra Señora del Refugio. Tenía también un seminario auxiliar para la formación de los futuros sacerdotes, seminario que

cuidaba con gran diligencia. Positivamente desaprobaba el recurso a las armas y así lo manifestó en la revista de la parroquia. Levantado en armas el pueblo de Totaliche, fue ocupado por el ejército y el P. Cristóbal huyó a los montes pero fue detenido. Con la revista citada pudo demostrar que él no apoyaba el levantamiento, pero Goñi dijo lo que queda arriba indicado.

Agustín S. Caloca era natural del Rancho de la Presa en González Ortega, Zacatecas, y había nacido el 5 de mayo de 1898. Ingresa en el seminario de Guadalajara y, clausurado éste, pasa al seminario auxiliar de Totaliche. Se ordena el 5 de agosto de 1923. El P. Cristóbal lo pide como coadjutor y allí es destinado, ayudando en la catequesis, misiones populares y en las tareas del seminario auxiliar. Al llegar la persecución logró mantener el seminario pero tras la sublevación mandó a los jóvenes marcharse, no pudiendo él, sin embargo, evitar ser detenido y llevado a la cárcel.

Ambos fueron canonizados el 21 de mayo de 2000.

BEATO NICOLÁS CEHELSKYJ

Presbítero y mártir († 1951)

Nicolás o Mykola Cehelskyj o Tsehelsky nace en el seno de una familia grecocatólica en Strusiv, distrito de Ternopol, en Ucrania, el 17 de diciembre de 1896. Habiendo decidido su vocación sacerdotal, estudia en la Universidad de Lvov, graduándose en teología el año 1923, para contraer matrimonio, según la permisión de su Iglesia al clero secular, el año 1924 con Josefa Sartych, y ordenarse sacerdote el 5 de abril de 1925, incardinándose en la archieparquía de Lvov. De su matrimonio tuvo dos hijos y dos hijas.

Fue destinado como párroco de la comunidad grecocatólica a Soroka, en el arciprestazgo de Hrymailivsk, donde desarrolló su trabajo con celo y perseverancia, debiéndose a él la construcción de la iglesia y superando las muchas dificultades que las comunidades católicas venían teniendo y que el triunfo de Rusia en la II Guerra Mundial hizo más fuertes, por cuanto se quería la desaparición de la Iglesia grecocatólica. Se le quiso intimidar

pero él no cejó en el cumplimiento de sus deberes sacerdotales y en la afirmación de su fe católica.

Fue arrestado por ello el 28 de octubre de 1946 y acusado de actividades contrarias al Estado, debiendo aguardar en la cárcel su juicio, en el que fue condenado a diez años de trabajos forzados el 27 de enero de 1947. Llevado al campo de concentración de Javas, en Moldavia, no resistió su salud las durísimas condiciones del campo y, agotado del trabajo al cabo de cuatro años, falleció en dicho campo el 25 de mayo de 1951, siendo enterrado allí mismo. Fue beatificado como mártir por el papa Juan Pablo II el 27 de junio de 2001 en su visita a Ucrania tras la recuperada libertad de la Iglesia grecocatólica.

26 de mayo

A) Martirologio

1. En Roma, San Felipe Neri († 1595), presbítero, fundador de la Congregación del Oratorio **.
2. En Roma, San Eleuterio († 189), papa *.
3. En Roma, en el cementerio de Priscila de la Vía Salaria nueva, San Simetrio, mártir (fecha desconocida).
4. En Todi (Umbría), Santa Felicísima, mártir (s. III-IV).
5. En las cercanías de Auxerre (Galia), santos Prisco y compañeros, mártires (fecha desconocida).
6. En Canterbury (Inglaterra), San Agustín, obispo, cuya memoria se celebra mañana.
7. En el territorio de Lyón (Galia), San Desiderio († 607), obispo de Vienne y mártir *.
8. En el monasterio de St. Papoul, en el Languedoc (Francia), San Berengario o Berenguer († 1293), monje.
9. En Vence (Provenza), San Lamberto († 1154), obispo y antes monje de Lerins.
10. En Sena (Toscana), Beato Francisco Patrizi († 1328), presbítero, de la Orden de los Siervos de María *.
11. En Pistoya (Toscana), Beato Andrés Franchi († 1401), obispo, de la Orden de Predicadores *.
12. En Quito (Ecuador), Santa María Ana de Jesús de Paredes († 1645), virgen **.

13 En Fuzhou (China), San Pedro Sans y Jorda († 1747), obispo, de la Orden de Predicadores, martir *

14 En Seul (Corea), San Jose Chang Song jib († 1839), martir *

15 En Dang Hoy (Annam), los santos Juan Doan Trinh Hoan, presbitero, y Mateo Nguyen Van Phuong († 1861), martires *

16 En Numyayo (Uganda), San Andres Kaggwa († 1886), martir *

17 En Taka Jiunge (Uganda), San Ponciano Ngondwe († 1886), martir *

B) Biografias extensas

SAN FELIPE NERI

Presbitero y fundador († 1595)

Para estudiar la figura de San Felipe Neri, y hasta la última época y la sociedad en que él vivió, poseemos hoy una documentación verdaderamente excepcional. El proceso de beatificación de San Felipe se abrió con rapidez increíble. Fallecido el 26 de mayo de 1595, nos encontramos con que ya el 2 de agosto empiezan a recogerse testimonios. Esto hace que, de una parte, los testigos sean abundantísimos (baste el dato de que en los cinco primeros meses se oye a ciento cuarenta y seis testigos), y, de otra parte, sus testimonios tengan una viveza, un colorido, una abundancia de detalles que no suelen ser frecuentes en esta clase de procesos, muchos de los cuales se redactan tardíamente, cuando ya el tiempo ha hecho perder brillantez a la contemplación de las cosas ocurridas. El mismo notario que intervino en la mayor parte de la declaración de los testigos tuvo el buen cuidado de recoger las declaraciones casi taquigráficamente. Se nota una diferencia abismal entre el lenguaje elegante, depurado, de unas declaraciones y el lenguaje popular, lleno de incorrecciones y abundante en frases sin terminar de otras. Incluso como documental de una época, el proceso, que ha sido recientemente editado, constituye un documento inapreciable.

Aparece así el que con razón ha sido llamado «el más italiano de los santos» retratado por toda clase de gentes, tal y como verdaderamente fue y como le vieron sus contemporáneos. Con sus extravagancias y sus aspectos admirablemente humanos, con su celo por las almas y su alegría desbordante, con su pre-

ocupación por los pobres y los más desamparados. Y de todo esto nos hablan gentileshombres y cortesanos, curiales y modestísimos artesanos, soldados y estudiantes, dependientes de comercio y empleados de banco. Es más: concurren al proceso no pocos artistas, músicos, pintores, con quienes tanto trató, y algunos médicos. No faltan tampoco las mujeres, desde las pertenecientes a la nobleza romana hasta las de las clases más humildes, pasando por religiosas claustradas. Las jerarquías eclesiásticas, desde los cardenales hasta los más sencillos sacerdotes, de oscuras iglesias de Roma, y religiosos pertenecientes a diversas Órdenes. Es un cuadro animadísimo que nos muestra la acción espiritual de aquel «gran hombre» que fue San Felipe, según reiteradamente le llaman los testigos. No hay duda de que él fue uno de los elementos que más contribuyeron a resolver la crisis de civilización por la que atravesó la humanidad en el siglo XV. El desconsiderado humanismo que este siglo había entronizado a sus comienzos resultó barrido ante el huracán de la herejía protestante y la violenta reacción que provocó. Pero, superando la exasperación que algunas veces pudo llegar a revestir esta reacción, la segunda generación de la reforma católica restableció el equilibrio entre el espíritu religioso y un nuevo humanismo, entre la ortodoxia romana y las nuevas exigencias de la naturaleza y del hombre. El proceso demuestra cómo San Felipe fomentó y efectuó prácticamente esta obra de mediación y reconciliación, de la cual se originan, en último término, la moderna espiritualidad y la civilización cristiana.

Poco sabemos de la niñez de Felipe Neri. Ya su padre debió de ser un tipo singular, que unía el ejercicio del notariado con las aficiones a la alquimia. Felipe había nacido el 21 de julio de 1515 y bien pronto perdió a su madre. Su madrastra, sin embargo, le educó con el mayor cariño. Uno de los testigos que mayor número de noticias aportó a los procesos, Fabricio Massimo, nos cuenta que ya desde niño le llamaban «el buen Pippo», anticipándose al sobrenombre que habría de recibir en Roma años después: «Felipe el Bueno».

Nada sabemos de sus estudios. Ciertamente los tuvo, pues en su edad adulta se le verá en Roma conversando con los eruditos más distinguidos de su tiempo y orientando hacia los tra-

bajos del espíritu a aquellos discípulos suyos que considera más capaces. Sabemos que tuvo una infancia feliz, alegre, de una pureza sin tacha. Que en su adolescencia gustó de la poesía, de la música y del entusiasmo por la naturaleza.

Hacia 1532 abandonó su casa, por consejo de su padre, para irse a vivir a un lugar llamado San Germán, próximo a Montecasino, «donde estaba —nos dice un testigo de su proceso— un tío suyo rico con muchos miles de escudos y que era mercader». Su padre le había enviado para que se ejercitase en la mercadería, y el muchacho, aunque no muy hábil para esas cosas, se mostro, en cambio, tan encantador, que su tío pensó dejarle heredero de toda su fortuna. Pero Felipe sentía otros deseos y se marchó a Roma, pese a todas las reconvenciones cariñosas, con un plan no muy definido de vivir en la Ciudad Santa a la manera de ermitaño laico. Esto ocurrió hacia el año 1536. Y ya no volverá a salir de Roma jamás. Uno de sus criados y confidentes cuenta que varias veces le preguntaba por qué no se iba a pasar unos días a su tierra natal. Y que él siempre contestaba con gracia: «Lo haré más adelante. Ahora estoy ocupado».

En Roma se encuentra en una situación de pobreza total. No quiere, sin embargo, recurrir a los suyos y se acoge a un compatriota, Galeotto Caccia, director de la Aduana pontificia, con quien vive durante catorce años entregado a los ayunos y a la oración. Hace sus estudios de filosofía en la Sapienza y de teología en los agustinos, y, una vez terminados aquéllos, inicia sus trabajos de apostolado. Iba a ser el apóstol de Roma, por excelencia.

Entregado sin límites a los pobres, a los humildes, a los jóvenes más abandonados, le corresponde trabajar en un ambiente particularmente difícil Por aquellos mismos días el papa Adriano V escribía:

> «Sabemos bien que el mal se ha extendido de la cabeza a los pies, del Papa a los prelados [ ] Todo esta viciado»

San Felipe toma abiertamente partido entre los apóstoles de la reforma e inicia para ello una porción de curiosas empresas.

Unas veces le encontramos en la célebre cofradía Oratorio del Divino Amor, esforzándose en restablecer la visita a los hospitales. Años después vemos cómo se une a una pequeña

asociación fundada por su confesor con el nombre de La Santa Trinidad de los Peregrinos, para atender a los que se encontraban en necesidad. La asociación va tomando mayor auge, tiene que marchar de la iglesia de San Salvador a la de San Bernardo y va extendiendo sus actividades. San Felipe, con sus cofrades, visita las prisiones, ayuda a los estudiantes pobres, atiende a los convalecientes y parece llegar a todos con su espíritu y su caridad.

Alguno de sus éxitos apostólicos llega a tener enorme resonancia. Así, cuando, condenado a muerte el célebre hereje Paleólogo, antiguo dominico de una extraordinaria capacidad intelectual, sale Felipe a su encuentro cuando le conducían a la hoguera, y le habla con tal convicción y entusiasmo, que consigue su conversión. Así también en su intervención para obtener, gracias a su crédito ante la Santa Sede, la conversión del «buen rey Enrique IV», que no olvida jamás, según se lee en la *Vida de Morosini,* «que fue potentemente ayudado por este santo hombre para recobrar la gracia de la que la herejía le había tenido alejado».

Por fin, en 1551, San Felipe se decide a recibir el sacerdocio. Tonsurado en marzo, cuando tenía treinta y seis años, recibe la ordenación sagrada en mayo. Deja entonces la casa de su bienhechor Caccia y se retira a la iglesia de San Jerónimo de la Caridad. Allí le esperaban las humillaciones y los sufrimientos. Uno de los testigos del proceso nos cuenta, por ejemplo, haber visto con sus propios ojos a San Felipe revestido de una vieja alba y de unos pobrísimos ornamentos, retirándose con lágrimas del altar porque se le impedía decir misa. Una de las novedades de que se le acusaba era precisamente ésa: la de exhortar a los sacerdotes a decir misa todos los días y a los fieles a comulgar frecuentemente.

Sobreviene poco después, en 1555, en la vida de San Felipe un nuevo personaje verdaderamente singular: Bonsignore Cassiaguerra, héroe de una novela que no desmerecía *Las mil y una noches,* a la que puso fin una visión de Jesucristo con la cuerda al cuello y llevando la cruz. Bonsignore es nombrado superior de la casa, participa plenamente de las «ideas avanzadas» de San Felipe y transforma aquella naciente comunidad de sacerdotes

en un primer esquema de lo que habría de ser años después el Oratorio. A los dos amigos viene a unírseles Tarugi, senador de Roma y futuro arzobispo de Aviñón, que tanta influencia tuvo en la magnífica reforma pastoral que se obró en Francia en el siglo XVII. Se une también Baronio, al que, como el anterior, esperaba el cardenalato, y que logra una espléndida labor literaria, entre la que destacan sus *Anales eclesiásticos.*

Se ha iniciado la que pudiéramos llamar «edad de oro» en la vida de San Felipe. Acompañado de aquel grupo de sacerdotes selectísimos, Felipe se lanza abiertamente al más intenso apostolado. Horas interminables de confesonario, visitas a enfermos y hospitales, organización de distracciones para la juventud... Y, sobre todo, aquellas procesiones populares de las que nos hablan tantos testigos. Sólo un hombre excepcional como San Felipe podía evitar que aquello degenerase en tumulto o en partida profana. Pero no era así: el cortejo se ponía en marcha muy de mañana, todos cantando y rezando, para visitar las siete iglesias romanas. Al mediodía se hacía un alto en una viña, propiedad de un amigo de San Felipe, donde los devotos peregrinos comían en pleno campo. Después se volvía a organizar la procesión, hasta que anochecía. Estas procesiones, que eran frecuentes, tenían, sin embargo, especial solemnidad durante el carnaval, tantas veces licencioso en la antigua Roma de los papas.

No le faltaron sinsabores. En los tiempos duros del papa Paulo IV la Inquisición intervino para examinar las actividades de aquel singular sacerdote. Dicen los testigos que se presentó ante el tribunal con tal humildad y dulzura, que el mismo Papa quedó prendado de él, y hasta mostró alguna vez pena por no poder participar en las devotas peregrinaciones que él organizaba.

En tiempos de San Pío V volvió de nuevo la persecución. Se le prohibió organizar procesiones y se le sometió a una estrecha vigilancia por lo que atañía a su predicación. Nuevo triunfo de San Felipe, que se vio rodeado en lo sucesivo de la simpatía del nuevo pontífice.

Por lo demás, el campo de apostolado de San Felipe continúa extendiéndose. De manera inesperada es llamado un día por los capellanes florentinos de la iglesia de San Juan Bautista, en la señorial vía Giulia, para ser rector de ella. San Felipe acep-

ta tan sólo, y por intervención del Papa, una especie de dirección general. La nueva iglesia es complemento de la de San Jerónimo, y campo de actividad del grupo sacerdotal que durante esos años ha ido organizándose y consolidándose. Tanto que ha habido que pensar ya en darle una sencillísima regla.

Y he aquí que el 15 de julio de 1575 una bula pontificia instituía una Congregación de sacerdotes y clérigos seculares bajo el nombre del Oratorio, encomendándoles la iglesia de la Vallicella. Pocos fundadores habrá habido que se hayan negado tan obstinadamente a serlo. Si aceptó el ponerse al frente de aquel sencillísimo grupo, para el que nunca quiso votos ni nada que pudiera asemejarlo a una Congregación religiosa propiamente dicha, rehusó rotundamente todo lo que pudiera parecer una extensión del Oratorio fuera de Roma. Pese a que la contradicción venía de personalidades como San Carlos Borromeo y los cardenales Tarugi y Baronio, él se mantendrá siempre firme en su deseo de la absoluta independencia de unas casas respecto a otras.

El *Oratorio* es su creación genial. Cada casa autónoma agrupa a unos cuantos sacerdotes, sin otro vínculo que el de la caridad. Viven vida común, bajo la autoridad del padre o prepósito, al que eligen trienalmente, y tratan de santificarse con la observancia libre de los consejos evangélicos. Con diferencias de matiz, el Oratorio, que en vida del Santo se extendió a Nápoles, escribiría páginas gloriosísimas en la historia de la Iglesia en Francia, en Inglaterra, en Alemania y en España. Hoy mismo subsiste pujante, después de haberse confederado los diversos Oratorios el año 1942.

Los papas bendicen el Oratorio. Es más, en repetidas ocasiones, y muy en especial en el pontificado de Gregorio XIV, ofrecen a su fundador el capelo cardenalicio. Pero él se mantiene firme en su deseo de continuar como hasta entonces, sin otro cuidado que el de ejercitar su apostolado con la mayor sencillez que le sea posible. A sus hijos, los oratorianos, les pondrá en la regla la prohibición de «osar bajo ningún pretexto cortejar o acompañar a cardenales u otros personajes, porque habrían de estar al servicio de Dios únicamente».

A su admirable actividad unió también un profundo espíritu de oración. Viviendo en la Vallicella, transformada después en

la magnífica Chiesa Nuova, solía marcharse días enteros a su «asilo de soledad», que era San Jerónimo. Durante largas horas se entrega a la oración, muy frecuentemente premiado con extraordinarias gracias místicas. Los testigos de su proceso de beatificación nos contarán cómo con frecuencia le costaba recobrarse después de los éxtasis y volver a atender a las cosas de este mundo. Sin embargo, todos a una confiesan que bastaba que se interpusiese en lo más mínimo el bien de las almas, para que San Felipe interrumpiera su oración. Incluso durante la acción de gracias después de la misa, hora por él preferida para el máximo recogimiento, se podía recurrir a él en la seguridad de que inmediatamente se ponía en el confesonario.

Conocida es la anécdota, para unos milagrosa y para otros explicable de manera puramente humana, de su visión el día de Pentecostés de 1544, con la consiguiente dilatación de corazón y la deformación de dos costillas, curvadas fuertemente para liberar el mismo corazón. Una de ellas se conserva todavía en el Oratorio de Nápoles. Como decimos, hay discusión sobre el alcance exacto de este fenómeno. Pero en lo que no puede haberla es en el amor intensísimo que siempre sentía hacia Dios y hacia las almas.

En alguna ocasión parece que la lucha entre su deseo de soledad y el apostolado se hizo particularmente dura. Una visión interior le aclaró su vocación, imprimiendo en lo más profundo de su alma estas palabras: «La voluntad de Dios es que marches por medio del mundo, pero como en un desierto».

Los ayunos, las penitencias, las largas horas de confesonario, fueron minando aquella naturaleza que, por otra parte, parecía sobrehumanamente fuerte. En 1593, alegando estas enfermedades, obtuvo, por fin, el verse libre del gobierno del Oratorio. Baronio le sucedió, designado unánimemente por todos los electores. San Felipe hubo de guardar cama. Se le oía murmurar: «¡Tú, oh Cristo, en la cruz, y yo en la cama, tan bien cuidado, tan atendido, rodeado de tantas personas que se desvelan por mí!». Sus males se iban multiplicando, pero sin llegar nunca a borrar de su rostro aquella sonrisa que era su más destacada característica.

En 1595 su salud se agravó más y más. Recibió la extremaunción y después comulgó de manos de San Carlos Bo-

rromeo. Pareció restablecerse; pero, por fin, el 26 de mayo de 1595, en la noche de la fiesta del Corpus, murió dulcemente.

Su cuerpo fue transportado el 24 de mayo de 1602 a una capilla edificada por Nero de Neri y Tarugi.

Como hemos dicho, su proceso de beatificación empezó dos meses después de su muerte y se prosiguió, de manera un tanto irregular, hasta el 22 de octubre de 1608. Estaba un tanto parada la causa, cuando Carlos Gonzaga, duque de Nevers y embajador extraordinario de Francia, pidió al Papa que permitiese al Oratorio celebrar la misa y recitar el oficio de su fundador. El Papa pasó el asunto a la Congregación de Ritos, y ésta declaró que eso equivalía a una beatificación y que, por consiguiente, era necesario completar el proceso. Paulo V se decidió entonces, a la vista de esta contestación y de las peticiones que le llegaban de todas partes, a encomendar la causa a la Sagrada Congregación el 13 de abril de 1609.

Tras no pocas vicisitudes, y la apertura de dos nuevos procesos, se consiguió por fin, gracias a las decisivas intervenciones del cardenal Belarmino, la beatificación el día 25 de mayo de 1615. Prosiguió bajo Gregorio XV el proceso de canonización. Una nueva intervención de San Roberto Belarmino determinó que el 13 de noviembre de 1621 se declarase que se podía proceder a la canonización. Y, por fin, el sábado 12 de marzo de 1622, juntamente con los cuatro santos españoles Isidro, Ignacio de Loyola, Francisco Javier y Teresa de Jesús, era solemnísimamente canonizado.

El Oratorio obtuvo su definitiva aprobación en 1612. Según hemos dicho, en 1942 fue aprobado de nuevo, estableciéndose una cierta confederación entre las diversas casas, al frente de la cual está un visitador general, asistido por una diputación permanente.

LAMBERTO DE ECHEVERRÍA

Bibliografía

BAUDRILLART, A., *St. Philippe Neri (1515-1595), fondateur de l'Oratoire romain* (París [2]1939).

BROUTIN, P., SI, *La réforme pastorale en France au XVII siècle Recherche sur la tradition pastorale apres le Concile de Trente* (Tournai 1956), 2 vols.

INCISA DELLA ROCCHETTA, G. - VIAN, N. (eds.), *Il primo processo per San Filippo Neri nel codice Vaticano latino 3798* (Ciudad del Vaticano 1957-1963), 4 vols.
PONNELLE, L. - BORDET, L., *Saint Philippe Néri et la société romaine de son temps, 1515-1595* (París 1928).
• Actualización.
BOUYER, L., *Un Socrate romain. Saint Philippe Neri* (Milán 1980).
ORATORIANOS DE ALBACETE, *San Felipe Neri. La figura, el espíritu y la obra del fundador del Oratorio* (Albacete 1998).
ROSMINI, A., *Lo spirito di S. Filippo Neri* (Brescia 1996).
TRIVOR, M., *San Felipe Neri, apóstol de Roma (1515-1595)* (Santander 1986).
VENTUROLI, A., *L'attività apostolica di San Filippo Neri* (Ciudad del Vaticano 1997).

SANTA MARIANA (MARÍA ANA) DE JESÚS DE PAREDES

Virgen († 1645)

La cristiana república del Ecuador puede presentar ante el trono de Dios y en el cielo de la Iglesia una digna émula de Santa Rosa de Lima en la fragante flor de santidad que se llama María Ana de Jesús de Paredes y Flores. Nacida en Quito el sábado 31 de octubre de 1618, de piadosos y nobles padres, fue bautizada el 22 de noviembre en la catedral y mostró desde sus primeros años entera inclinación a la virtud, especialmente al pudor y a la modestia virginal.

Huérfana de ambos padres desde los cuatro años, quedó al cuidado de su hermana mayor y del esposo de ésta, quienes la procuraron conveniente educación. Era Mariana de gran talento, de ingenio agudo, de inteligencia viva y precoz; se la preparó, por una parte, en las letras y, por otra, en la música; alcanzó mucha destreza en manejar el clave, la guitarra y la vihuela. También aprendió a coser, labrar, tejer y bordar, haciendo grandes progresos y ocupando así santamente el tiempo para huir de la ociosidad. Tenía una voz suave y dulcísima y una gran afición a la música, de tal manera que no dejó pasar un solo día sin ejercitarse en ella, aunque dedicándose a cantos religiosos, que la ayudaban a meditar y levantar su corazón incesantemente a Dios.

Ya desde temprana edad su día estaba repartido entre la oración, el trabajo y algún recreo. Nos dicen sus compañeras que estaba muy inclinada al servicio de Dios, que celebraba todas las festividades de Nuestro Señor y de su Madre Santísima, y de

todos los santos, sus devotos, con mucha veneración, haciendo altares, ayunando sus vísperas, provocando y animando a todos para que hiciesen lo mismo, sin ocuparse en juegos y entretenimientos pueriles. Solía retirarse para orar a algún rincón de la casa, donde la hallaban con las manitas juntas, repitiendo con fervor angelical el avemaría, que había aprendido apenas supo hablar. Tenía singular afecto a la pasión del Señor, y desde entonces practicaba penitencias y austeridades, que más adelante serían mayores y más asiduas.

A los ocho años hizo su primera confesión y comunión en la iglesia de la Compañía de Jesús, que desde entonces fue el lugar escogido para su oración y vida espiritual. El padre Juan Camacho, al examinarla, quedó admirado de la inteligencia y comprensión de los divinos misterios que había en aquella niña, y casi culpaba a su familia de haberle dilatado algún tanto el recibir la eucaristía. Despojóse desde entonces de toda gala mundana, y, movida del Espíritu Santo, se ofreció enteramente a Jesucristo, haciendo voto de perpetua castidad, al que unió luego los de pobreza y obediencia. Cambió su nombre por el de Mariana de Jesús.

La Providencia desbarató uno tras otro dos proyectos suyos: uno, de ir a tierra de infieles para darles la fe cristiana (y para lo cual, como nueva Teresa de Jesús, intentó escapar de casa en unión de unas amigas), y otro, de entablar vida eremítica. Tampoco prosperó el deseo de los parientes, gozosamente aceptado por ella misma, de que entrara en la vida religiosa. Investigando en la oración y en la consulta a sus directores espirituales la voluntad de Dios, entendió ser ésta que viviese recogida en su propia casa, con la misma estrechez, pobreza y despojo de todas las cosas del mundo como pudiera hacerlo entre los muros de la comunidad más austera. En consecuencia, Mariana hizo arreglar pobremente, en la parte alta de su casa, un departamento con tres piezas: una salita, un pequeño aposento y una alcoba, completamente cerrados con cancel y cerrojos al resto de las personas, y de los que solamente salía para acudir por las mañanas a la iglesia. Su vida era de oración y penitencia continuas. Tenía en su pieza un ataúd, que le recordara constantemente la vanidad del mundo y la hora de la muerte.

Su tenor de vida queda descrito así por ella misma, en una distribución del tiempo que sometió a su confesor:

> «A las cuatro —dice— me levantaré, haré disciplina, pondréme de rodillas, daré gracias a Dios, repasaré por la memoria los puntos de la meditación de la Pasion de Cristo. De cuatro a cinco y media: oración mental. De cinco y media a seis examinarla, pondréme los cilicios, rezaré las horas hasta nona, haré examen general y particular, iré a la iglesia De seis y media a siete· me confesaré De siete a ocho: el tiempo de una misa prepararé el aposento de mi corazón para recibir a mi Dios Después que le haya recibido daré gracias a mi Padre Eterno, por haberme dado a su Hijo, y se lo volveré a ofrecer, y en recompensa le pediré muchas mercedes De ocho a nueve: sacaré ánima del purgatorio y ganaré indulgencias por ella De nueve a diez· rezaré los quince misterios de la corona de la Madre de Dios. A las diez· el tiempo de una misa me encomendaré a mis santos devotos, y los domingos y fiestas, hasta las once. Después comeré si tuviere necesidad. A las dos· rezaré vísperas y haré examen general y particular De dos a cinco· ejercicios de manos y levantar mi corazón a Dios; haré muchos actos de su amor De cinco a seis: lección espiritual y rezar completas De seis a nueve oración mental, y tendré cuidado de no perder de vista a Dios. De nueve a diez· saldré de mi aposento por un jarro de agua y tomaré algún alivio moderado y decente De diez a doce oración mental De doce a una· lección en algún libro de vidas de santos y rezaré maitines. De una a cuatro: dormiré, los viernes, en mi cruz, las demás noches, en mi escalera, antes de acostarme tendré disciplina Los lunes, miércoles y viernes, los advientos y cuaresmas, desde las diez a las doce, la oración la tendre en cruz Los viernes, garbanzos en los pies y una corona de cardos me pondré, y seis cilicios de cardos Ayunaré sin comer toda la semana, los domingos comeré una onza de pan Y todos los días comenzaré con la gracia de Dios»

Esta regla de vida, asombrosa por su austeridad y oración, Mariana la guardó desde los doce años, sin más alteración hasta su muerte que estrechándola más aún los últimos siete años. Sin embargo, prudentemente, admitía tres causas posibles para omitir alguno de los ejercicios señalados: la caridad para con el prójimo, la obediencia a quienes la podían mandar y la absoluta imposibilidad física, cuando estaba tan desprovista de fuerzas por alguna enfermedad corporal que le era materialmente imposible tenerse de pie.

Santa Mariana no excluyó de su vida un discreto apostolado, principalmente con su oración por el prójimo, sus consejos a las

almas que acudían a ella y la misericordia corporal para con los pobres. Era ya un gran ejemplo de virtud verla salir modestísimamente de su clausura camino de la iglesia.

Por consejo de sus confesores se hizo terciaria de San Francisco de Asís (ya que en la Compañía de Jesús no hay tercera orden, como ella tanto hubiera deseado). Siempre deseó vivamente ser enterrada en la iglesia de la Compañía, donde Dios tanto la había favorecido, y el Señor le cumplió colmadamente su anhelo, ya que el templo de los jesuitas en Quito (de extraordinaria riqueza, pues está espléndidamente dorado en todo su interior, desde el arranque de las paredes hasta los techos inclusive) no sólo guarda como precioso tesoro su sagrado cuerpo bajo el altar mayor, sino que le ha sido litúrgicamente consagrado poco después de su canonización.

Los testimonios de sus contemporáneos insisten especialmente en tres rasgos de su vida santa: su mortificación extraordinaria, su oración altísima y sus prodigios.

Decía ella misma a su criada Catalina:

> «Si duermo en esta cama, sabe que para mí es un regalo: porque algo se ha de hacer para merecer y ganar a Dios, pues en camas blandas y delicadas no se le halla; y supuesto que padeció tanto por mí, no es nada lo que yo haga por él».

Sin embargo, para usar estas asperezas había de vencer la gran repugnancia que tenía su cuerpo a ellas: su cama era una escalera con los balaustres con filo hacia arriba, que de tanto usarlos llegaron a embotarse y gastarse; la almohada, un madero grueso y tosco. Ambas cosas las ocultaba durante el día debajo del lecho por medio de la sobrecama, que dejaba colgar hasta el suelo. Tres veces por semana usaba esta penitencia; los restantes días tomaba las tres horas de sueño sobre una áspera sábana de cerdas y piedrecitas.

Su abstinencia y ayuno eran prodigiosos. Para disimularlos hacía que le preparasen una comida ordinaria, que luego secretamente repartía entre los pobres, limitándose a tomar para sí algunos bocados de pan, que en ocasiones amargaba con hiel, acíbar, ceniza y hierbas.

De su amor a Dios da testimonio autorizado uno de sus confesores:

«En todos los días de su vida conservo la primera gracia que recibió en el bautismo [ ] no peco en toda su vida mortal ni venialmente con advertencia»

Otro decía:

«Nuestro Señor la levantó a lo supremo de la contemplación, que consiste en conocer a Dios y sus perfecciones sin discurso y amarle sin interrupción»

Un testigo afirma de su caridad para con el prójimo:

«Se ejercitó cuanto pudo y permitía su condición en obras de caridad espirituales y corporales, en beneficio de los prójimos, deseando viviesen todos en el temor y servicio de Dios, y para el efecto diera su vida»

«Toda su conversación —añade una de sus compañeras— era de la gloria, de la virginidad y pureza, de la penitencia y vidas de los santos y santas, envidiándoles sus virtudes con santa emulación»

Aunque suplicó ardientemente a Nuestro Señor que no la concediera favores sobrenaturales exteriores en esta vida, por su humildad profunda, sin embargo, hizo por su medio varias profecías y revelaciones, además de lograr especiales conversiones y santificación de varias almas.

A principios del año 1645 se sintieron frecuentes terremotos y desastrosas epidemias en Quito. La ciudad estaba consternada. Mariana, conmovida por la desgracia de su patria, ofreció a Dios su vida en expiación de los pecados y en alivio de aquellos males. Nuestro Señor aceptó la ofrenda, porque desde aquel momento (26 de marzo) cesaron los temblores y la ciudad comenzó a tranquilizarse. Mas apenas la Santa se retiró del templo, donde había hecho ante Dios su sacrificio, comenzó a sentir los sufrimientos de la terrible enfermedad de que murió dos meses más tarde: apenas pudo llegar por sí misma a su habitación y hubo de ir a la cama por no poderse tener en pie.

Recibidos los santos sacramentos y entre sublimes afectos de amor divino, entregó su purísima alma a Dios el 26 de mayo de 1645, a los veintiséis años de edad.

A partir de su nacimiento para el cielo fue todavía mayor la veneración en que la tuvieron los quiteños y toda la nación por sus frecuentes milagros. El 17 de diciembre de 1757 Benedicto XIV introdujo su causa, Pío VI, el 19 de marzo de 1776, de-

claró heroicas sus virtudes. En 1847 Pío IX reconoció dos milagros suyos; el mismo pontífice la beatificó el 20 de noviembre de 1853.

Reanudada la causa, bajo León XIII, el 23 de abril de 1903, correspondió a Pío XII llevarla a feliz término, canonizando solemnemente a Santa Mariana el 9 de junio de 1950. Por su parte, la Asamblea Constituyente del Ecuador, a 30 de noviembre de 1946, en reconocimiento de la virtud que la llevó a ofrecer su vida por la incolumidad del pueblo, la llamó en solemne decreto «Heroína de la Patria».

GUSTAVO AMIGÓ JANSEN, SI

Bibliografía

JOUANEN, J., *Vida de la bienaventurada Mariana de Jesus, llamada la Azucena de Quito* (Quito [3]1941).
MORÁN DE BUTRON, J., *Vida de la bienaventurada Mariana de Jesús* (Quito 1854)
• Actualización:
ESPINOSA POLIT, A , *Santa Mariana de Jesus* (Quito 1975).
«Mensaje de Juan Pablo II al Ecuador (18-IV-1996). Santa María Ana de Jesús Paredes (1618-1645)»: *L'Osservatore Romano* (ed en español) (31-5-1996) 8.
RODRIGUEZ CASTELO, H., *300 años del gran libro de un guayaquileño: «La Azucena de Quito, que broto el florido campo de la Iglesia en las Indias Occidentales, la Venerable Virgen Mariana de Jesus, Paredes y Flores, admirable en virtudes, profecías y milagros»* (Quito 1999)

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN ELEUTERIO

Papa († 189)

Eleuterio fue obispo de Roma entre los años 175 y 189 y pudo disfrutar de la paz que supuso para los cristianos la actitud tolerante del emperador Cómodo. Eleuterio, como su nombre indica, era de origen griego.

Pero si disfrutaba de una cierta paz el perseguido cristianismo desde fuera, en su interior tenía un germen de disensión por causa del montanismo que con sus exageraciones rigoristas turbaba la paz de la Iglesia. Sobre el tema escribió la Iglesia de Lyón al papa y le envió la carta por medio de San Ireneo, y todo parece indicar que en efecto Eleuterio se mostró cauto y

suave con el montanismo, no queriendo precipitar condenaciones hasta que no hubiera otra salida. Esta actitud de cierta reserva o expectativa pudo prestarse, y así parece de un pasaje de Tertuliano, a pensar que con su silencio Eleuterio favorecía a estos herejes. Pero de todas formas es claro que el montanismo nunca logró que Roma lo diera por un movimiento ortodoxo.

La memoria de San Eleuterio se celebra el 26 de mayo.

SAN DESIDERIO DE VIENNE

Obispo y martir († 607)

Este santo obispo, nacido seguramente en Autun y perteneciente al clero diocesano de Vienne, manifesto desde su elección a esa sede de Vienne su decidida voluntad de cumplir sus deberes como pastor, predicando sin descanso el evangelio y llamando a clero y fieles a una vida sinceramente cristiana. Exigió al clero una vida y una pastoral conforme con los cánones vigentes, denunció la simonía como corrupción intolerable en la Iglesia y levantó su voz para denunciar las inmoralidades de la corte merovingia.

No puede extrañar que la reina Brunilde, afectada por las invectivas de Desiderio, se pusiera contra él de forma abierta y manejara los hilos para que un sínodo de obispos, reunido en Chalon-sur-Saône el año 602, aceptando por miedo falsas acusaciones contra él, decretara su deposición y destierro, que el santo obispo llevó con humildad y paciencia pero sin abandono de sus criterios evangélicos. Su destierro duró cuatro años, al cabo de los cuales pudo reintegrarse a su sede.

San Gregorio Magno, ante quien no prosperaron las calumnias vertidas contra Desiderio, entre ellas la de que se dedicaba a la lectura y enseñanza de los autores clásicos en vez de dedicarse al estudio de las Sagradas Escrituras, le había rogado acogiera con fraternidad sacerdotal a San Agustín y sus monjes que marchaban a hacerse cargo de la misión de Inglaterra.

Como, vuelto a Vienne, no cesaba en sus denuncias contra la disolución de la corte, Desiderio fue arrestado y conducido a un destino que no es conocido, en el camino un soldado de la escolta, al parecer por exceso de celo y sin una orden tajante de

la corona, lo asesinó: abatido con una gran pedrada y, a continuación, rematado a bastonazos. Desde que a los tres años de su muerte fue trasladado su cuerpo a Vienne, se le empezó a dar culto como a verdadero mártir. Su martirio tuvo lugar el 23 de mayo del 607 o quizás unos años más tarde, como prefieren otros. El lugar de su muerte tomó el nombre de St.-Didier-sur-Chalaronne.

BEATO FRANCISCO PATRIZI

Presbítero († 1328)

Francisco, a quien fuentes tardías atribuyen el apellido Patrizi, nació en Siena en 1266 y se conocen los nombres de sus padres: Arrighetto y Rainaldesca. Era solamente un adolescente y había ya perdido a su padre cuando escuchó los sermones del Beato Ambrosio de Siena, dominico, y comenzó a pensar que lo suyo era la vida entregada a Dios en la contemplación. Primero pensó en la vida eremítica. Pero de todos modos no podía dejar sola a su madre, que estaba ciega, y hubo por ello de posponer cualquier aspiración hasta la muerte de su madre. Ésta ocurrió en 1288.

Francisco se vio atrapado entre dos tendencias: por un lado deseaba una vida puramente contemplativa, por otra quería también dedicar su vida a la Virgen María, y para ello el camino que le parecía óptimo era el de los religiosos servitas, una Orden dedicada a servir a la Madre de Cristo. La casa de esta Orden en Siena, a diferencia de las demás, llamadas a la extinción, tenía privilegio de Honorio IV para recibir novicios. Lo aprovechó Francisco, ingresó en el convento, hizo el noviciado y la profesión religiosa y se preparó para el sacerdocio, que recibió en 1291.

Tres ministerios llenaron su vida sacerdotal y religiosa: fue un celoso predicador de la palabra divina, que acompañaba de tanto fervor y convicción que a su vez convencía a sus oyentes. Igualmente era un excelente director de conciencias, conduciendo a las almas por el camino de la perfección cristiana y sacando a muchos del pecado o de la rutina para lanzarlos por el sendero del seguimiento esforzado de Jesucristo. Y no menos

fue un siervo de los pobres, socorriéndolos con inagotable caridad y visitando a los ricos en demanda de limosnas que luego daba largamente a los necesitados.

Su amor ardiente a la Virgen María lo sostenía en su entrega diaria, pues él veía su vida como un servicio a la Señora, con perfecta compenetración con su profesión de «siervo de María». Murió el 26 de mayo de 1328. Su culto fue confirmado por Benedicto XIV el 11 de septiembre de 1743.

BEATO ANDRÉS FRANCHI

Obispo († 1401)

Nació en Pistoya en 1335 en el seno de la familia Franchi Boccagni. No tenía más que catorce años cuando llamó a las puertas del convento dominico de Santa María Novella de Florencia pidiendo el santo hábito. Hizo el noviciado, profesó y se ordenó sacerdote en Siena en 1358.

Ejerció su ministerio primero en Siena y luego en Pistoya, siendo su ocupación preferente la predicación de la palabra divina. En 1370 fue elegido prior del convento pistoriense y luego pasó con el mismo cargo al de Lucca. Tras volver a Pistoya, es reclamado luego a Orvieto igualmente para prior. Terminado este priorato repitió el cargo otra vez en Lucca, donde tuvo oportunidad de acoger a Santa Catalina de Siena, enviada por el papa Gregorio XI a impedir que Lucca se alinease contra el papa, cosa que ni él ni la santa consiguieron. Volvió a Pistoya y en 1382 su vida dio giro inesperado.

En efecto, muerto el obispo de Pistoya, la elección recayó sobre Andrés, que se dispuso a ser un verdadero padre de todos. Se ocupó con gran liberalidad de los pobres, a los que atendía y albergaba en su propio palacio, no habiendo obra de misericordia que no practicara. Fomentó el movimiento penitencial de los Blancos, que se agrupaban para pedir misericordia a Dios y fomentar el espíritu de conversión a Dios.

Andrés, sintiéndose débil y enfermo, dimitió del episcopado el mes de febrero de 1401 y se volvió al convento de Pistoya para dedicarse a la oración y la penitencia. Murió poco después,

el 26 de mayo de aquel año. Su culto fue confirmado el 23 de noviembre de 1921.

SAN PEDRO SANS Y JORDÁ

Obispo y martir († 1747)

Pedro Sans y Jordá nació en Ascó, Tarragona, el 1 de septiembre de 1680. Se lo llevó consigo a Lérida un tío suyo que tenía el puesto de capellán mayor en la catedral, y en esta ciudad el joven optó por la vida religiosa ingresando en el convento de la Orden de Predicadores el año 1697, tomando al profesar el 6 de julio de 1698 el nombre de fray Pedro Mártir. Hizo los estudios correspondientes y se ordenó sacerdote el 20 de septiembre de 1704.

En 1708 y a petición propia fue destinado al convento de Zaragoza, donde había una gran observancia regular y donde evoluciona hacia la vocación misionera y se ofrece para ir a las misiones de Asia que con tanto fruto y esfuerzo llevaba adelante su Orden, y es elegido en 1712 para marchar a China. El 12 de julio de este año dejaba su convento de San Ildefonso de Zaragoza para partir hacia Cádiz, donde embarca el 16 de septiembre de aquel año y llega el 2 de diciembre a Veracruz en México. El 5 de abril de 1713 zarpa a su vez de Acapulco y al fin del verano llega a Manila.

Aquí espera hasta el 12 de junio de 1715 en que se embarca con rumbo a la inmensa China, luego de haber estudiado su lengua en los dos años de permanencia en Manila. Días más tarde, y como si fuera un comerciante, pone pie en el país. Es destinado a la provincia de Fukien. El 2 de mayo de 1716 era nombrado vicario provincial, cargo que ejercería durante catorce años al tiempo que se mostraba infatigable en el trabajo apostólico, logrando numerosas conversiones.

En 1729 llega la persecución contra el cristianismo, y ésta se abate sobre todo contra las comunidades cristianas de Fukien y Chekiang por ser las más numerosas y bien organizadas. Pedro escapa a una muerte segura refugiándose en Cantón, donde aún eran tolerados los misioneros a causa del comercio con Europa. Estaba allí cuando le llega la bula pontificia que lo nom-

bra obispo titular de Mauricastro y vicario apostólico, recibiendo la consagración episcopal el 24 de febrero de 1730. Su continua labor apostólica provoca que en 1732 sea desterrado a Macao, donde hubo de pasar seis años separado de sus fieles. Por fin, el 9 de mayo de 1738 pudo regresar a la provincia de Fukien y reemprendió el trabajo misionero con su comunidad. Realizó una gran labor, pero con mucha cautela y prudencia para no privar a los fieles de su presencia de pastor si era capturado.

Pero pensaba que su propia seguridad era, a veces, a costa de que sobre los fieles viniesen medidas terribles, y por ello maduró que él mismo debía entregarse, lo que hizo el 18 de diciembre de 1746. En la cárcel y en el juicio tuvo por compañeros a otros cuatro religiosos dominicos que morirían más tarde y serían canonizados con él y cuya biografía y martirio se reseña el 28 de octubre. Pero la sentencia a muerte contra él establecía que era a él al que había que decapitar sin demora. Así lo firmaban los emperadores Yung-Cheng y su hijo Kien-Lung. Llegada la sentencia, Pedro Sans fue decapitado en Foochow el 26 de mayo de 1747. Se puso de rodillas y se recogió en oración y esperó así a que la espada del verdugo le diera la entrada en la gloria. Fue canonizado con los demás mártires de China el 1 de octubre de 2000

SAN JOSÉ CHANG SONG-JIB

Martir († 1839)

Este mártir coreano había nacido en 1786 en la provincia de Kyonggi en el seno de una familia obrera de religión pagana. Contrajo matrimonio y quedó viudo, volvió a casarse y volvió a enviudar, pasando por una fuerte crisis moral. Empezó a ganarse la vida como vendedor de hierbas medicinales. Persona seria y responsable, tenía crédito humano entre sus convecinos. Cuando conoció el cristianismo, empezó con ilusión el catecumenado, pero la encarnación del Hijo de Dios y su concepción virginal le resultaban muy difíciles de creer y abandono el catecumenado y se puso a criticar los dogmas cristianos y llevó vida completamente al margen del cristianismo. Sus amigos catoli-

cos quisieron atraerlo de nuevo, pero sin éxito, hasta que un día escuchó lo que le decía uno de ellos y la conversación le cambió el corazón. Decidió entonces volver al catecumenado y ajustar su conducta al evangelio. Convertido sinceramente al cristianismo, se bautizó en abril de 1838 y recibió la confirmación, y fue en adelante un creyente convencido y fervoroso que practicaba su religión con gran dedicación.

Llegada la persecución, vio con admiración cómo los mártires daban testimonio de su fe al precio de su vida y deseó presentarse espontáneamente a las autoridades para confesarse cristiano pero se le disuadió de la idea. Acusado de ser cristiano, fue arrestado el 18 de mayo de 1839, y llevado ante las autoridades, a las que confesó paladinamente su fe y se negó a apostatar como se le exigía para que salvara la libertad y la vida. En vista de su tenacidad en confesarse cristiano fue llevado a la cárcel y no dejó de manifestar su extrañeza de que no le torturaran. Lo hicieron poco después, mostrando él una gran fuerza interior y paciencia. El 26 de mayo de 1839 le dieron veinticinco golpes con un bastón y seguidamente fue llevado a su celda, donde al poco expiró. Fue canonizado el 6 de mayo de 1984.

SANTOS JUAN DOAN TRINH HOAN Y MATEO NGUYEN VAN PHUONG

Martires († 1861)

En Don-Hoy, Vietnam, el día 26 de mayo de 1861 fueron decapitados por su condición de cristianos un sacerdote y un seglar, ambos beneméritos de la comunidad cristiana, a la que habían servido fielmente.

Juan Trinh Hoan, el sacerdote, había nacido en Penang el año 1798, en el seno de una familia rica, cristiana ya de años, y en la que habían surgido anteriormente vocaciones religiosas así como mártires. Estudia en el seminario de Penang y se ordena sacerdote en 1836. Destinado sucesivamente a varios distritos misionales, sus buenas cualidades y su celo pastoral le granjeaban el amor de los fieles, pero debió vivir siempre huyendo y escondiéndose. Cuidaba mucho el apostolado con los jóvenes y los niños, y logró suscitar vocaciones entre sus catequizados.

Iba a huir porque le avisaron del peligro pero prefirió quedarse y ello fue la ocasión de su captura, juicio, condena y martirio.

Mateo Nguyen Van Phuong había nacido en Ke-Lay el año 1800. Primero fue médico, luego comerciante. Estaba casado y tenía ocho hijos y una buena posición económica. Conforme sus hijos se fueron casando les fue repartiendo la herencia y se quedó solamente con lo preciso para una vida modesta. Cristiano fervoroso, se ofreció para catequista y ejerció con gran celo este importante ministerio, llevando a muchos al conocimiento y amor de Jesucristo. Exponiendo su propia seguridad albergaba sacerdotes en su casa, hasta que fue encontrado en ella el P. Hoan, cuya suerte en adelante compartió. Confesó su fe ante los jueces y se negó a apostatar, lo que le llevó al martirio.

Ambos fueron canonizados el 19 de junio de 1988.

SANTOS ANDRÉS KAGGWA Y PONCIANO NGONDWE

Martires († 1886)

Estos dos mártires ugandeses murieron el mismo día, 26 de mayo de 1886, pero en sitios distintos. Su muerte, sin embargo, los une porque fueron víctimas ambos de la misma persecución anticristiana, llevada a cabo por el rey Mwanga a instigación de su primer ministro, y el primero había sido el catequista y evangelizador del segundo.

Andrés era un joven que había nacido en Uniioro en 1856, y tenía, por tanto, treinta años al tiempo de su martirio. Capturado muy joven y llevado como esclavo a la corte de Mutesa, por sus buenas cualidades se abrió camino y obtuvo la libertad. Cuando el príncipe Mwanga llegó al trono, como era muy amigo suyo, subió en posición social y fue nombrado gobernador de Kigowa. Religiosamente había evolucionado: desde su paganismo inicial pasó al Islam, pero cuando conoció a los misioneros, le atrajo el cristianismo y fue uno de los primeros ugandeses en recibir el bautismo, el 30 de abril de 1882. Luego se convirtió en un gran apóstol seglar, que atrajo a numerosas personas a la fe y especialmente a los pajes de la corte, convirtiendo su cabaña en un lugar de evangelización activa. Llegada la

persecución, el primer ministro o katikkiro le dijo al rey que eliminar a los pajes cristianos pero dejar vivo a Andrés era dejar viva la planta donde fructificaban los cristianos, y por ello, el rey accedió a la muerte de Andrés, pero, dada su amistad con él, a condición de que personalmente no tuviera que verle. Arrestado y encadenado compareció ante el katikkiro, se negó a abandonar su fe, reclamó la libertad religiosa para todos y se defendió de la falsa acusación de que había intentado el asesinato del monarca. Condenado a muerte, salió para el lugar del suplicio, escoltado por ocho verdugos, a quienes él animó a cumplir con su tarea. Fue mutilado y decapitado

Ponciano Ngondwe era natural de Bulino y al tiempo de su martirio tenía 38 años. Pertenecía al clan Nyony y desde los 13 años servía en la corte real como miembro de la guardia del rey. Aquí conoció a Andrés Kaggwa y por medio de él llegó a la fe. Instruido por el santo mártir, recibió el bautismo el 18 de noviembre de 1885. Cuando el rey decidió la muerte de sus servidores cristianos, Ponciano estaba en la cárcel por haber desobedecido una orden real, pero fue convocado y habiéndosele pedido en vano su apostasía, fue condenado a muerte y salió con los demás hacia Namugongo. Pero no sintiéndose capaz de seguir adelante por su debilidad pidió ser martirizado en Taka Jiunge, cerca de Munyonyo, y entonces se acordó que su muerte sirviera para saciar la sed de sangre de los espíritus Fue atravesado por una lanza y abandonado en el camino.

Ambos fueron canonizados el 18 de octubre de 1964.

27 de mayo

A) Martirologio

1 San Agustín de Canterbury († 605), obispo, a quien envió el papa San Gregorio Magno para la evangelización de Inglaterra **

2 En Dorostoro (Mesia), San Julio († 302), mártir **

3 En la Vía Nomentana, en el décimo miliario desde Roma, San Restituto (s IV), mártir

4 En Orange (Provenza), San Eutropio († 475), obispo

5 En Wurzburg (Franconia), San Bruno († 1045), obispo *

6 En el monasterio de Montsalvy (Auvergne), San Gausberto († 1079), abad

7 En Dryburne, junto a Durham (Inglaterra), los beatos Edmundo Duke, Ricardo Hill, Juan Hogg y Ricardo Holiday († 1590), presbíteros y mártires bajo Isabel I *

8 En Seul (Corea), las santas Bárbara Kim, viuda, y Bárbara Yi, virgen († 1839), mártires *

9 En Nakibuwo (Uganda), San Atanasio Bazzekuketta († 1886), mártir *

10 En Lubawo (Uganda), San Gonzaga Gonza († 1886), mártir *

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN JULIO

Mártir († 302)

Ha parecido lo más probable que San Julio sufriera el martirio en los comienzos mismos de la gran persecución de Diocleciano o, por mejor decir, en lo que fue el prólogo de la misma, la depuración del ejército de elementos cristianos, depuración que, a decir de Eusebio de Cesarea, precedió al decreto de persecución general. El martirio de Julio tuvo lugar en la ciudad de Doróstoro, que sería ciudad episcopal, situada en la Mesia inferior y que hoy no es otra cosa que una aldea en Bulgaria. Bien sabido es que la Mesia, como toda la frontera del Danubio, tenía una gran concentración de tropas romanas, necesarias para contener el ímpetu de los bárbaros que acosaban al imperio romano. Al frente de estas tropas estaba Galerio, que mostraría una gran ferocidad en la persecución a los cristianos, sin duda no pocos en aquellas tropas.

Se conservan las actas del martirio de San Julio, y se reconoce generalmente su autenticidad.

Julio era veterano y había servido en el ejército imperial a lo largo de veintisiete años, en los cuales su conducta fue limpia y rectilínea, de tal modo que nunca hubo acusación alguna contra él ni debió comparecer ante ningún tribunal acusado de alguna pendencia o algún crimen. Había salido siete veces a campaña y no se había quedado a la zaga de nadie. Había sido un soldado valiente y combativo, que había tenido la suerte de sobrevivir a

tantos años de actividad militar en los campos de batalla. Su conciencia estaba tranquila de no haber cometido nunca una perfidia. Pasados aquellos años se licenció como veterano, con todo el honor y consideración que a esta cualidad era debida.

De las actas parecería deducirse que Julio llegó al cristianismo luego de haberse licenciado, porque ya cristiano considera su carrera militar como haber seguido «el error de la vana milicia», un concepto peyorativo de la vida militar que lo encontramos en otros cristianos de aquel tiempo. Pero por otro lado dice ante el presidente que siempre ha dado culto al Dios creador del cielo y la tierra, lo que podría indicar que ya nació en familia cristiana. De todos modos hay que afirmar que su profesión del cristianismo, fuera antes o después de su licencia militar, fue sincera y que significó para él un compromiso total de fidelidad a Jesucristo, en quien había puesto su corazón con plenitud de entrega. Aparece la suya como una fe sencilla, firme, lozana, segura de su premio de vida eterna que espera a los que dan la vida por ella, y que se confiesa sin jactancia pero sin ambages.

Julio no fue un confesor espontáneo. Nos dicen las actas que fue detenido por agentes de la audiencia y que fue llevado a la presencia del presidente Máximo. Había debido preceder alguna delación o debía ser un hecho público que el veterano Julio era cristiano.

Las actas nos presentan dos escenas: la del juicio de Julio y la de su ejecución. El juicio es una pugna entre el presidente que tiene consideración a Julio, como veterano que es, y quiere a toda costa, y para salvarle la vida, lograr de él que acate el edicto imperial de ofrecer sacrificio a los dioses, apostatando así del cristianismo, y el propio Julio.

Cuando el acusado comparece ante Máximo éste pregunta por la identidad del mismo, lo que nos hace pensar que Julio es desconocido para el gobernador. Los agentes que lo presentan no dicen el nombre del detenido sino que se trata de un cristiano y que se niega a obedecer los edictos imperiales. El emperador le pregunta su nombre y el mártir se identifica simplemente como Julio. El presidente seguidamente alega lo que le han dicho de él y le pregunta si lo alegado es verdad. Y Julio hace su hermosa confesion de fe, diciendo que en efecto es cristiano y

que no puede negar que lo es. El presidente alega el mandato imperial de ofrecer sacrificios a los dioses. Lealmente Julio reconoció que conocía los decretos imperiales, pero alegó que siendo cristiano no podía hacer lo que se le pedía, ya que no estaba dispuesto a olvidarse del Dios vivo y verdadero. El presidente insistió en que él no veía nada malo en que se echaran unos granos de incienso en honor de los dioses y se marchara. Pero el mártir insistió en que él no podía despreciar los mandamientos divinos y aparecer como infiel a su Dios. Y es que los paganos, acostumbrados a tantas divinidades, no lograban comprender que de malo podría haber en salvarse echando unos granos de incienso de forma, se diría, meramente material en el pebetero delante de los ídolos. Pero los cristianos tenían muy en cuenta aquellas palabras de Jesús de que quien le negare delante de los hombres sería negado por él ante los ángeles de Dios (Lc 12,9). No sólo había que ser fiel sino aparecer como fiel. Julio añade como argumento que él que había sido leal y fiel en la milicia no podía ahora ser desleal en materia religiosa, «en las cosas mejores», como dice literalmente. El presidente insistió en que hiciera lo que se le mandaba. Le halagó diciéndole que lo veía un hombre prudente y grave, y le prometió una gran remuneración si asentía a lo que se le mandaba. Julio respondió que de hacerlo sería reo de condenación eterna y que era a ello lo que verdaderamente temía. Entonces el presidente cambió de estratagema: él cargaría con el pecado que asustaba a Julio. Él le haría fuerza para que no pareciera que lo hacía él voluntariamente. Y así él podría irse tranquilo, tomar el dinero en las fiestas decenales y tener la seguridad de que nadie en adelante se metería con él. Julio reacciona con energía y le dice que ni ese dinero de Satanás que se le ofrece ni su persuasión astuta lograrían privarle de la vida eterna. Y anima al presidente a que dé sentencia contra él por cuanto es cristiano. Máximo le dice entonces ya sin rodeos que si no accede a obedecer el edicto imperial tendrá que decapitarlo. Y sin rodeos le contesta Julio que su deseo es que el presidente, al que llama piadoso, lleve a cabo su amenaza y cumpla lo que para Julio es su deseo. Por aquí vemos que Julio deseaba dar la vida por Cristo y estaba animado a ello. El presidente le dice que esté seguro de que lo hará si no se vuelve atrás de su resolución, y el mártir le asegura que si él me-

reciere sufrir la muerte, le espera la perpetua alabanza. El presidente llama imaginación a la esperanza del mártir y le dice que la verdadera gloria es sufrir por las leyes de la patria. A lo que el mártir responde que sufrirá por las leyes pero por las divinas. El presidente, amoscado ya, le echa en cara que esas leyes divinas las promulgó un crucificado, y que es necedad temer más a un muerto que a los emperadores que están vivos. Julio entonces confiesa su fe en Jesús y le dice que ciertamente murió por los pecados para darnos vida eterna pero que, siendo Dios, permanece por los siglos de los siglos. Y que el que confesare a Cristo, tendrá vida eterna, y el que lo negare, sufrirá castigo eterno. El presidente alegó que le daba pena de Julio y le invita una vez más a prestar el sacrificio y así poder seguir vivo. Pero el mártir contesta que vivir en esas condiciones sería muerte, mientras que morir en la presencia del Señor es vivir eternamente. Por última vez el presidente le intima a que sacrifique o se verá obligado a quitarle la vida. Y Julio dice ante el tribunal su última palabra: él ha escogido morir temporalmente para vivir con los santos para siempre. El presidente entonces pronuncia contra él la pena capital. Y allí acabó el encuentro entre el presidente Máximo y el confesor de la fe Julio.

Seguidamente Julio es llevado al lugar del suplicio. Y al llegar, todos los presentes se acercaron a él y le besaron. Él dijo que mirara cada cual la intención con que lo besaba. Y entonces Isiquio, que estaba preso por ser cristiano y aguardaba también ser sacrificado por la fe, le pidió que se acordara de él y de su parte saludara al mártir Valentión, que les había precedido en el martirio. Julio besó a Isiquio y le dijo que se diera prisa en ir al martirio y le aseguró que cumpliría su encargo.

Momento solemne. Había llegado la hora de ofrecer el cuello al verdugo. El mártir dirigió su corazón y sus palabras al Señor Jesús. Y le dijo: «Señor Jesucristo, por cuyo nombre sufro la muerte, yo te suplico que te dignes recibir mi espíritu con tus santos mártires». El propio mártir se había atado el pañizuelo tapando sus ojos. Y estando así, en actitud mansa y en oración, fue decapitado, subiendo su alma bienaventurada al cielo donde Cristo, objeto de su fe y su amor, lo recibió.

El *Martirologio romano* señala su memoria el 27 de mayo, sin que las actas señalen la fecha.

JOSE LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

Acta sanctorum, t VI, cols 5 6
Art en *Analecta Bollandiana* 10 (1891) 50s
Bibliotheca sanctorum, t VI, cols 1231 1232
«Martirio de San Julio bajo Diocleciano», en D RUIZ BUENO (ed), *Actas de los mártires* (Madrid [5]2003) 1158 1263

SAN AGUSTÍN DE CANTERBURY

Obispo († 605)

San Agustín de Inglaterra o de Canterbury debe ser considerado como el apóstol de los anglosajones, por ser quien, junto con los treinta y nueve monjes que le acompañaban, dio comienzo en 596 a su conversión. Es cierto que la primera idea y el impulso principal vino de San Gregorio Magno, pero él fue quien echó sobre sus hombros y realizó una buena parte de aquella empresa, que llegó a su feliz término a fines del siglo VII, hacia el año 680. Todo esto coloca a San Agustín de Canterbury entre los grandes apóstoles de Cristo, al lado de San Patricio de Irlanda, de San Bonifacio de Alemania y de tantos otros evangelizadores de la fe.

Nada sabemos sobre su vida anterior al año 596, en que dio comienzo a su gran empresa, sino que era monje y prior en el monasterio de San Andrés, que San Gregorio Magno había fundado en Roma. En Inglaterra había penetrado el cristianismo desde muy antiguo, según se desprende de los testimonios de Tertuliano y Orígenes. Así, en pleno siglo IV, sus habitantes, los bretones, eran en buena parte cristianos, pero, al retirarse las legiones romanas a principios del siglo V, se vieron acosados por los pictos y escoceses, y, no sintiéndose con fuerzas para defenderse contra ellos, llamaron en su auxilio a los sajones del norte de Alemania. Efectivamente, hacia el año 449 entraron éstos por la isla de Thanet y rápidamente fueron conquistando la Gran Bretaña y, volviéndose contra los mismos bretones, los

fueron acorralando, a ellos y a los demás indígenas, a los territorios occidentales de la isla. De este modo un buen número de bretones emigraron al norte de Francia, al que dieron el nombre de Bretaña, y los demás quedaron reducidos a los territorios de Gales y Cornualles. Aquí poseían los bretones durante el siglo VI florecientes monasterios, excelentes príncipes cristianos y grandes obispos, como San David de Menevia († 544) y los santos Paterno, Udoceo y otros. Mas, por otra parte, su odio nacional contra los anglosajones fue creciendo de tal manera que imposibilitaba por completo cualquier intento de evangelización. De este modo, el pueblo anglosajón persistía en el paganismo, y en las siete provincias en que había dividido la Gran Bretaña el cristianismo había prácticamente desaparecido.

Pero lo que los cristianos bretones, movidos de su odio nacional contra los anglosajones, no querían o no podían realizar, es decir, la conversión de este pueblo pagano, lo intentó y realizó el Romano Pontífice desde Roma. Ya fue un buen principio el hecho de que, a fines del siglo VI, el joven rey de Kent, Ethelberto, aunque pagano, tomó por esposa a la cristiana Berta, hija del rey merovingio de Francia, y al mismo tiempo la dejó en plena libertad para practicar su religión. Tal vez este hecho fue el que suscitó en San Gregorio Magno (590-604) la idea de la evangelización de tan noble pueblo. El hecho, bien atestiguado por los historiadores antiguos, es que este gran Papa dio orden al presbítero Cándido, administrador suyo en los territorios provenzales pertenecientes al patrimonio de San Pedro, para que le procurara algunos esclavos anglosajones, muy abundantes entonces en el puerto de Marsella. Su plan era educarlos en algunos monasterios de Roma y enviarlos luego a evangelizar a sus compaisanos de la Gran Bretaña.

Pero San Gregorio Magno, el hombre de las grandes empresas, no tuvo paciencia para esperar la realización de este plan, que necesariamente debía ser muy lento. La circunstancia de la muerte, a principios del 596, del rey de Austrasia y la subida al trono de Brunequilda, tan adicta a los planes de San Gregorio, acabó de determinarlo. Efectivamente, el mismo año 596 escogió al abad Agustín, bien conocido por la solidez de sus virtudes y su espíritu ardiente y emprendedor, que no se arredraba

ante ninguna dificultad cuando se trataba del servicio de Dios, para que, acompañado de un buen número de monjes misioneros, acometiera aquella gloriosa empresa de la conversión de Inglaterra. Escogidos, pues, los treinta y nueve monjes que debían acompañarle, partieron en la primavera del año 596 para Francia en dirección a la Gran Bretaña.

Llegados a la Provenza, se detuvieron unos días en el célebre monasterio de Lerins, donde fueron magníficamente acogidos por su abad Esteban, el obispo de Aix, Protasio, y el patricio Arigio. Ansioso San Agustín de dar comienzo a su empresa, siguió preparando todo lo que era necesario para la misión de Inglaterra; pero, entretanto, sus compañeros se espantaron de tal manera al escuchar de los monjes de Lerins las descripciones sobre las dificultades de la conversión de los anglosajones, y sobre todo sobre la extrema crueldad de este pueblo, que Agustín se vio forzado a volver con ellos a Roma.

Pero San Gregorio Magno no retrocedía fácilmente ante una empresa comenzada. Haciéndose cargo de las inmensas dificultades que se oponían a tan ardua empresa, con la afectuosa energía que le era característica, procuró suscitar en el corazón de aquellos misioneros los sentimientos de generosidad con el Señor, que los escogía para una obra tan de gloria suya; invistió a San Agustín con la dignidad abacial, les proveyó abundantemente de cartas de recomendación para los obispos de Francia y la reina Brunequilda, y de este modo partieron de nuevo, llenos del mayor entusiasmo, para Inglaterra. Pasaron el invierno en Autun, siguieron luego por Orleáns y Tours, y, finalmente, acompañados de algunos intérpretes, se embarcaron, probablemente en Boulogne, con rumbo a la Gran Bretaña.

Era la hora señalada por la Providencia. En la primavera del año 597 San Agustín de Inglaterra, con el ejército de monjes que le acompañaban, desembarcaba en la isla de Thanet, es decir, en el mismo lugar donde siglo y medio antes habían desembarcado los invasores. La segunda conquista de Inglaterra que ahora se emprendía, era más difícil y debía durar más tiempo que la primera; era de un tipo puramente espiritual. Las crónicas antiguas se complacen en presentarnos a la figura, casi gigantesca, de San Agustín, que sobresalía por encima de todos

los demás. Al acudir el rey Ethelberto a su llamada, los misioneros aparecieron ante él llevando por delante una gran cruz y recitando procesionalmente las letanías. Impresionado el rey ante aquel espectáculo y ante la petición que se le hacía de que se les concediera amplia libertad para predicar el Evangelio, quiso primero escuchar una exposición sumaria sobre la doctrina cristiana y la obra redentora de Jesucristo, y luego concedió generosamente lo que le suplicaban.

Agustín y sus compañeros pusieron al punto manos a la obra. Dirigiéronse a Dorovernum o Canterbury, capital de la provincia o reino de Kent, y allí junto a la capilla de San Martín, utilizada por el capellán de la reina Berta, Liudardo, establecieron su primera residencia e iniciaron la predicación. El pueblo acudía espontáneamente a la explicación del Evangelio de Cristo, y, viendo el admirable ejemplo de San Agustín y sus compañeros, se sentían impulsados a la doctrina que les anunciaban. La primera conversión insigne fue la del mismo rey, ya preparada por la suave influencia de su cristiana esposa y el trabajo paciente de su capellán. Después de instruido convenientemente, el 2 de junio del año 597, recibió las aguas del bautismo.

Con todo esto se fue preparando el gran acto de las Navidades del 597, que marcan, indudablemente, el punto de partida de la conversión en masa del pueblo anglosajón. Con su acostumbrada prudencia, Ethelberto quiso dejar en plena libertad religiosa a todos sus súbditos, y así gran número de nobles, guerreros y masas del pueblo continuaron recibiendo la instrucción necesaria, hasta que el 25 de diciembre se celebró con gran solemnidad el bautismo de una inmensa muchedumbre, que algunos elevan a diez mil. Entre esta multitud de nuevos cristianos se hallaban muchos miembros de la más elevada nobleza de Kent. El celo apostólico de San Agustín recibía su primera recompensa. Con esto quedaba él consagrado como el apóstol de los anglosajones, el apóstol de Inglaterra.

Fácilmente se comprende la inmensa alegría que experimentó el papa San Gregorio Magno al recibir la noticia de todos estos acontecimientos de boca del presbítero Lorenzo y del monje Pedro, enviados expresamente a Roma por San Agustín. Su ensueño era ya una realidad. Sin poder contener su entusiasmo,

escribió al punto a su amigo Eulogio, patriarca de Alejandría, dándole cuenta de tan halagueñas noticias. Asimismo dirigió sendas cartas de congratulación a sus colaboradoras, Brunequilda, reina de Austrasia y Neustria, y Berta, esposa de Ethelberto, de Kent. Pero, sobre todo, escribió a San Agustín, héroe principal e instrumento de Dios en la conversión de Inglaterra.

Por su parte, Agustín procuró desde entonces asegurar y llevar adelante la obra comenzada. Para ello, sea antes del gran acto de las Navidades, sea poco después de él, se dirigió a Francia, y allí recibió del obispo de Arlés la consagración episcopal. Por otra parte, el presbítero Lorenzo y el monje Pedro volvieron pronto de Roma cargados de reliquias, instrumentos de culto y libros religiosos, que fascinaban a los pueblos recién convertidos, pero, sobre todo, traían consigo nuevos misioneros, que el Papa enviaba a Inglaterra. Ethelberto, por su parte, colaboraba a esta grandiosa obra de San Agustín. Hizo donación de su propio palacio, que al punto fue convertido en monasterio y residencia del obispo. En lugar de un templo pagano, hizo levantar una iglesia cristiana, dedicada a San Pancracio, y no lejos de allí hizo construir la abadía de San Pedro y San Pablo, que más tarde tomará el título de abadía de San Agustín, tumba de los reyes y obispos de Kent. En el interior de la ciudad se elevará la iglesia de Cristo, que recordará la basílica de Letrán, de Roma.

De este modo, la obra de San Agustín realiza rápidos progresos. Por esto, el año 601 envía de nuevo a Roma sus legados Lorenzo y Pedro, quienes informan ampliamente al Papa y le piden nuevos misioneros y abundantes instrucciones para su obra de evangelización. A todo accede San Gregorio Magno, lleno de comprensión y entusiasmado ante el heroísmo de aquellos abnegados apóstoles. Una nueva expedición de doce misioneros sale de Roma para Inglaterra en junio de 601, bajo la dirección de Melitón. Éste lleva a San Agustín las respuestas del Papa a multitud de consultas de orden disciplinario y litúrgico, donde, dando el más insigne ejemplo de prudencia y comprensión y de lo que hoy día se denomina espíritu de acomodación, da disposiciones acertadísimas. Respecto de los templos «no conviene —decía— derribarlos, sino solamente los ídolos en

ellos existentes». De un modo semejante, por lo que se refiere a las costumbres nacionales, «como hay costumbre —le dice— de hacer sacrificios de bueyes a los demonios, es conveniente cambiarla en una fiesta cristiana. Así las fiestas de la Dedicación y de los Mártires podrían celebrarlas por medio de banquetes fraternales».

Junto con estas instrucciones, los nuevos misioneros y legados del Papa traían a San Agustín otras misivas importantes. En primer lugar, le entregaron de parte del Papa el palio arzobispal, a lo que se añadía su nombramiento como primado de todas las iglesias de Inglaterra. Como complemento de todo, enviaba el Papa un plan completo de la organización jerárquica de toda la Gran Bretaña o la Heptarquía, que sólo, poco a poco, se fue realizando. Ante todo, Londres y York, ya desde los bretones sedes episcopales, eran constituidas en metropolitanas para el sur y norte de Inglaterra, y a cada una se le asignaban doce sedes episcopales sufragáneas.

Tal fue el conjunto de las instrucciones y disposiciones enviadas por San Gregorio Magno a Inglaterra el año 601. Indudablemente, las disposiciones sobre la organización jerárquica eran prematuras. Pronto se vio que, en lugar de Londres, era preferible erigir a Canterbury como metropolitana y juntamente primada de Inglaterra. Con el entusiasmo y el optimismo suscitado en Roma por los triunfos obtenidos, fácilmente se imaginaban que la conversión de toda la Heptarquía era cuestión de poco tiempo. Esto iría enseñando que en asunto tan importante sólo se podía avanzar lentamente.

Así, pues, por el momento, San Agustín era el único obispo para la Gran Bretaña sajona. Pero mientras los demás misioneros, alentados con los nuevos estímulos y nuevos instrumentos recibidos de Roma, y robustecidos con la nueva falange de apóstoles, continuaban avanzando en la evangelización del territorio de Kent, San Agustín realizaba, por así decirlo, un intento de carácter diplomático. Concibió, pues, el plan de entrevistarse con los dirigentes de la iglesia bretona, con el fin de llegar a un acuerdo, con lo cual obtendría de ellos gran abundancia de misioneros. Le era bien conocido el odio existente entre las dos razas; pero era necesario intentar la unión, con la

esperanza de que el espíritu cristiano se sobrepusiera a todos los rencores nacionales. Llegóse, pues, el mismo año 601 a una asamblea entre San Agustín y los obispos y literatos bretones, representantes de su pueblo, venidos del gran monasterio de Bangor. San Agustín se presentó como legado pontificio, y pidió únicamente estas tres cosas: que renunciaran a su cómputo pascual, que siguieran el rito romano en la celebración del bautismo, dejando un conjunto de ceremonias especiales usadas entre ellos, y que trabajaran con los romanos en la evangelización de los anglosajones. Fue imposible llegar a un acuerdo. Ni podían avenirse a reconocer la autoridad superior de San Agustín, ni a abandonar sus ritos llamados *culdeos,* y mucho menos a evangelizar a sus mortales enemigos, los anglosajones.

Reducidos, pues, a sus propias fuerzas, San Agustín y sus compañeros se lanzaron con nuevos bríos al trabajo de misionización. De este modo, en 604, a la muerte del gran protector de Inglaterra, San Gregorio Magno, se pudo establecer un segundo obispado en Rochester con su primer obispo, Justo, quien inició sus ministerios en una humilde iglesia con el título de San Andrés. Al mismo tiempo se organizó un tercer obispado en Londres, mientras se iniciaba la evangelización de Essex. En efecto, Londres era la capital de la provincia o reino de Essex, y allí residía su príncipe Sébert, sobrino de Ethelberto de Kent. Envíale, pues, éste algunos misioneros, a cuya cabeza iba Melitón, a quien se nombró obispo de la nueva iglesia de Londres. El mismo Ethelberto sufragó los gastos para la construcción de la primera iglesia, dedicada a San Pablo, con todo lo cual se inició la misión de Essex, que poco después fue tomando rápido incremento.

Hasta este punto llego la obra de San Agustín en la conversión de la Gran Bretaña sajona. Al morir él en mayo de 605 sucedióle su discípulo predilecto Lorenzo, consagrado por él poco antes de morir. El territorio de Kent quedaba convertido en una buena parte, y se había iniciado la conversión de Essex. Además del obispado de Canterbury existían los dos de Rochester y Londres. No era muy grande la extensión alcanzada por las conversiones anglosajonas, pero la semilla estaba echada. Aun estos territorios evangelizados tuvieron que atravesar

una difícil prueba; pero la semilla se desarrolló después hasta llegar, durante todo el siglo VII, a la conversión de toda la Heptarquía. La encarnizada oposición entre los bretones y los anglosajones continuó durante largos años, hasta que, al fin, el año 664 se llegó a la definitiva unión, si bien a costa de alguna escisión dolorosa.

Se ha pretendido rebajar el mérito de la obra y la personalidad de San Agustín de Inglaterra atribuyendo, por un lado, toda la gloria a San Gregorio Magno, y, por otro, echándole a él la culpa de la desunión con los bretones. Pero esto es sacar las cosas de sus quicios. En los comienzos de la gran empresa de la conversión de los anglosajones, San Gregorio Magno tiene la gloria de haberla ideado y protegido, y San Agustín la no menos grande de haberla realizado. Por otra parte, la desunión entre los bretones y anglosajones era cuestión de razas, exacerbada por los excesos cometidos por los invasores, y sólo con el tiempo pudo ser poco a poco superada. San Agustín fue sumamente venerado en la Edad Media y merece justamente el título de apóstol de la Gran Bretaña.

BERNARDINO LLORCA, SI

Bibliografía

Act SS Boll, 28 de mayo
BREECHTER, S, *Die Quellen zur Angelsachsenmission Gregors des Grossen* (1941)
BROU, A, *St Augustin de Canterbury et ses compagnons* (Paris 1897)
GASQUET, F A, *The Mission of St Augustine* (Paris 1925)
MABILLON, J D'ACHERY, L, *Acta Sanctorum Ordinis Sancti Benedicti* (Paris) t I, p 205s, t VI, p 742s
• Actualización
DREUILLE, CH DE (ed), *L'Eglise et la mission au VIe siecle La mission d'Augustin de Cantorbery et les Eglises de Gaule sous l'impulsion de Gregoire le Grand Actes du Colloque d'Arles 1988* (Paris 2000)

C) BIOGRAFIAS BREVES

SAN BRUNO DE WURZBURGO

Obispo († 1045)

Bruno era hijo del conde Conrado y de Matilde de Suabia y estaba emparentado con los emperadores Conrado II y Enri-

que III y asimismo con el papa Gregorio V y nació a finales del siglo X. Era clérigo y jefe de la cancillería imperial en Italia desde 1027 cuando el emperador Conrado II lo designó para la sede episcopal de Würzburgo.

Sería obispo a lo largo de once años en los que se mostró como un buen pastor de sus ovejas. En efecto se ocupó con mucho celo de la disciplina del clero, animó a los fieles a vivir como verdaderos cristianos, cuidó de que las iglesias tuvieran rentas y edificios suficientes para sus fines pastorales, y construyó la iglesia catedral, empleando no poco de su propia fortuna en esta construcción. Y daba ejemplo llevando una vida piadosa y austera aun en medio de la corte a la que se veía obligado a acudir.

La corona contó con él en diferentes ocasiones. En 1040 acompañó al emperador Enrique III en un viaje real por Alemania, sirviéndole de asesor y consejero. Intervino dos años más tarde en el matrimonio imperial con Inés de Poitou. Era una autoridad moral en la corte, donde se le respetaba y estimaba por sus muchas virtudes.

Su muerte sucedió mientras acompañaba al emperador en su expedición contra Hungría. Llegados a Persenberg, a orillas del Danubio, hospedó al emperador y su séquito la condesa Reiquilde. Pero mientras cenaban en una amplia estancia del castillo, el suelo cedió y algunas personas murieron, no el rey, y otras sufrieron graves heridas, entre ellas el obispo Bruno. Pasó una semana con grandes dolores y no resistió su constitución las heridas sufridas, viniendo a morir el 27 de mayo de 1045. Su cuerpo fue llevado a su catedral. Hay certeza de que se abrió su proceso de canonización pero ésta no consta. Su nombre figura en el *Martirologio* en este día.

BEATOS EDMUNDO DUKE, RICARDO HILL, JUAN HOGG Y RICARDO HOLIDAY

Presbíteros y mártires († 1590)

El 27 de mayo de 1590 fueron ahorcados y descuartizados en Durham, Inglaterra, cuatro sacerdotes católicos cuyo único crimen era precisamente el de ser sacerdotes que, ordenados en

el extranjero, habían acudido a Inglaterra a mantener la fe de los católicos y propagar su fe entre quienes quisieran recibirla.

Estos cuatro sacerdotes seculares eran Edmundo Duke, Ricardo Hill, Ricardo Holiday y Juan Hogg.

El primero había nacido en Kent el año 1563 en una familia acomodada de religión anglicana, pero en su juventud conoció el catolicismo y lo abrazó, y seguidamente decidió su vocación sacerdotal marchando a Reims en cuyo colegio inglés empezó los estudios en 1583. Luego marchó a Roma y en 1589 se ordenó sacerdote. Volvió a Reims, hizo ejercicios espirituales y se dispuso a volver a Inglaterra, como en efecto realizó en marzo de 1590 acompañado de sus tres futuros socios de martirio.

Ricardo Hill y Ricardo Holiday eran de la región de York, mientras que Juan Hogg procedía de Cleveland. Los tres habían nacido en 1565. Deseosos de ser sacerdotes, los tres coincidieron en el colegio de Reims, donde entraron respectivamente el 6 de septiembre de 1584, el 15 de mayo de 1587 y el 15 de octubre de 1587 y donde juntos fueron subiendo las gradas del altar: los tres subdiáconos el 17 de marzo, los tres diáconos el 25 de mayo, y los tres se ordenan juntos de sacerdotes el 25 de septiembre de 1589.

Se embarcaron los cuatro para Inglaterra y pusieron pie a tierra cerca de Tyneamouth, donde había una casa para hospedar en ella a los sacerdotes. Pero para entonces la casa había sido descubierta y eso hizo que los cuatro, sin saber a ciencia cierta dónde estaban, fueran enseguida apresados y enviados a Durham, donde fueron encarcelados. En la cárcel los visitaron varios ministros protestantes con la idea de convertirlos al anglicanismo, pero fue en vano.

Sometidos a juicio, se les aplicó el estatuto 27 de Isabel y se les condenó como reos de alta traición. La paciencia, serenidad y fortaleza con que afrontaron la muerte impactaron a algunos de los presentes, entre ellos cuatro criminales comunes que iban a ser también ajusticiados y que dijeron querer morir en la religión de los mártires. También se convirtieron otras personas. Delante del patíbulo les fue ofrecido el perdón si renegaban del catolicismo, pero los cuatro eligieron la muerte antes que trai-

cionar su fe. Fueron beatificados por Juan Pablo II el 22 de noviembre de 1987.

SANTAS BÁRBARA KIM Y BÁRBARA YI

Martires († 1839)

En la dura persecución estatal contra la Iglesia en Corea murieron de tifus en la cárcel de Seúl el día 27 de mayo de 1839 estas dos cristianas que por el nombre de Cristo perdieron primero la libertad y luego la vida.

La primera, Bárbara Kim Obi, era una mujer de 34 años, nacida en 1805 en Shi-heung, provincia de Kyonggi, y de estado viuda, y la segunda una jovencita de solamente 15 años, nacida en Ch'ongp'am, Seúl, en 1825. Ésta era sobrina de Santa Magdalena Yi Yong-hui y de Santa Bárbara Yi Chong-hui, que también darían la vida por la fe y también serían canonizadas con su sobrina. La primera había nacido en el seno de una familia pobre, católica pero no muy devota. A los 30 años se había colocado como criada y en la casa de su señora conoció de verdad a Dios y se adhirió al Señor de todo corazón. Su padre le propuso matrimonio con un católico y ella contestó que prefería no casarse, pero el padre insistió y ella accedió. Resultó que el esposo era pagano y no estaba en absoluto por convertirse. No dejó que bautizara sino a la hija, no a los hijos, y tuvo muchos problemas religiosos con él, hasta que se murió. Ella se dedicó entonces a la oración y las buenas obras, y tuvo el consuelo de que, habiendo llegado sacerdotes, pudo dirigirse espiritualmente con ellos. Bárbara Yi por su parte se había criado en la religión cristiana y a la muerte de sus padres se había ido a vivir con sus tías muy cristianas Ambas fueron arrestadas, acusadas de cristianismo y por ello mismo detenidas en la cárcel, negándose las dos firmemente a apostatar pese a las torturas. Las condiciones higiénicas de la cárcel hicieron que se propagara fácilmente el tifus entre los presos. Ellas dos cayeron víctimas de esta enfermedad en mitad de su encierro por Cristo. Fueron canonizadas el 6 de mayo de 1984.

SANTOS ATANASIO BAZZEKUKETTA Y SAN GONZAGA GONZA

Mártires († 1886)

Camino del sitio, Namugongo, en que iban a ser quemados vivos por no renegar del cristianismo, estos dos jóvenes ugandeses, unidos en vida por la pertenencia a la corte real y por la fe cristiana, fueron sacrificados el día 27 de mayo de 1886, no los dos en el mismo sitio sino uno después de otro.

Atanasio había nacido en Kampala en 1870 y pertenecía al clan Nkima. Había sido paje del rey Mutesa y continuó siéndolo de su hijo y sucesor Mwanga. Atraído al cristianismo, se bautizó el 16 de noviembre de 1885. Tenía a su cargo el tesoro real y cuando se desencadena la persecución contra el cristianismo fue delatado como tal e invitado a apostatar, lo que no hizo. Condenado a muerte, salió con los demás pajes hacia el sitio de la ejecución. Pero al llegar a Kampala, sintiéndose debilitado físicamente, preguntó que por qué el martirio no era allí mismo, y entonces decidieron ofrecerlo como sacrificio a las divinidades de Kampala. Fue llevado al borde del camino y allí atravesado con lanzas hasta que murió, siendo descuartizado su cuerpo seguidamente.

Gonzaga era un joven de 24 años, de origen busoga, vendido de pequeño al rey Mutesa y convertido por éste en paje suyo. Era su misión la guarda de los prisioneros de la corte. Se bautizó el 17 de noviembre de 1885. Arrestado por ser cristiano y negándose a apostatar, fue condenado a muerte y salió con los demás hacia Namugongo. Como en Kampala les pusieron a los presos unas cangas, su debilidad tras las caminatas con cadenas era manifiesta. Entonces en el pueblo de Lubawo cayó al suelo exhausto y allí fue rematado a golpes de lanzas y decapitado, dejando los verdugos sus restos en el camino sin detenerse a enterrarlo.

Ambos fueron canonizados el 18 de octubre de 1984.

28 de mayo

A) Martirologio

1 En Corinto (Acaya), Santa Heliconides (s III), martir
2 En Cahors (Galia Lugdunense), San Carauno (s V), martir
3 En Urgel (España Tarraconense), San Justo (s VI), obispo **
4 En Paris (Francia), San German († 576), obispo *
5 En el monasterio de Gellone (Galia Narbonense), San Guillermo († 812), monje
6 En Canterbury (Inglaterra), Beato Lanfranco († 1089), obispo, antes monje de Bec **
7 En Pisa (Toscana), Santa Ubaldesca († 1206), virgen, de la Orden de San Juan de Jerusalen *
8 En Castelnuovo (Toscana), Beato Herculano de Piegale († 1451), presbitero, de la Orden de Menores *
9 En Londres (Inglaterra), Beata Margarita Pole († 1541), viuda y martir bajo Enrique VIII **
10 En Florencia (Toscana), Beata Maria Bartolomea Bagnesi († 1577), virgen *
11 En Londres (Inglaterra), beatos Tomas Ford, Juan Shert y Roberto Johnson († 1582), presbiteros y martires *
12 En Cho Quang (Cochinchina), San Pablo Hanh († 1859), martir *
13 En Sachsenhausen (Alemania), Beato Ladislao Demski († 1940), martir *
14 En Dzialdowo (Polonia), Beato Antonio Julian Nowowiejski († 1941), obispo de Plock y martir **

B) Biografias extensas

SAN JUSTO DE URGEL

Obispo († s VI)

Parca es la información eclesial en la España visigoda. Y casi exclusivamente clerical, centrada en textos epistolares pontificios, no pocas actas conciliares y documentos de menor entidad

Parca, consiguientemente, es la referencia histórica a San Justo. Sabio y virtuoso prelado de Urgel cuya diócesis sirvió ejemplarmente durante una docena de años. El primer obispo conocido, históricamente, de la sede, discutiéndose si ésta originariamente estuvo en Castellciutat y fue posteriormente tras-

ladada al arrabal que acabaría siendo la actual ciudad de los obispos príncipes. Escritor ilustre y reconocido orador, se tiene constancia de su presencia en algunas asambleas sinodales peninsulares.

Natural de Levante, aunque hasta hace poco tiempo se le hacía hijo de la ciudad episcopal pirenaica y miembro, en el momento de su preconización, del clero diocesano.

Nacido, según cálculos, en el último cuarto del siglo quinto. Alguien, hilando fino, concreta que en el seno de una familia cristiana de origen hispano-romano.

Presumiblemente, coincidentes el desarrollo del monaquismo y la exuberancia cultural de nuestro protagonista, formado en los claustros monásticos, que bien pudieran ser los de Assau —entre los ríos Ésera y Cinca, en el corazón del Pirineo—, cuna de no pocos obispos.

Hermano de los también insignes prelados Justiniano, de Valencia; Nebridio, de Egara, que es la actual Tarrasa; Elpidio, de Huesca.

Y juzgándole muerto al poco del concilio de Valencia, en el 547. Honrado, en la diócesis, con culto público desde la undécima centuria; compartiendo el honor de los altares con los también mitrados y sucesores Ermengol y Odón. Nunca con oficio litúrgico propio.

Documentos cantan la donación del Conde de Urgel Ermengol IV, en 1079, a una iglesia diocesana donde, entre otros, era venerado San Justo. Y el obispo Ramón Treballa, en 1315, en el reconocimiento de las reliquias del altar mayor, previo el cambio de arqueta, autentificó la existencia de restos mortales del primer titular de la sede de Urgel.

Eso sí, hay que aceptar que a lo largo de los siglos doce al quince fue un culto a menos, acabando en el olvido. Sin presencia en los misales y breviarios. Fuera de las letanías de los santos, cuando curiosamente en ellas eran invocados San Ermengol y San Odón, más cercanos en el tiempo.

Pudo la lejanía histórica empolvar el recuerdo devoto del que fue gran prelado de la Iglesia catalana y española y figura destacada de la cultura visigoda. No hay duda. Pero vino la me-

recida recuperación. Y ya van cumplidos cuatro siglos de celebración litúrgica urgelense, siempre en la fecha del 28 de mayo.

Baronio lo inscribió en el *Martirologio romano.* Sin elogio alguno, enunciando simplemente la conmemoración de San Justo, obispo de Urgel, ciudad de la España Tarraconense.

Fueron escasas las notas biográficas conocidas. Y la insinuación del momento histórico, de las circunstancias ambientales y de las relaciones del insigne y virtuoso prelado.

No sabemos qué actividades le llevaron a Toledo, donde en el verano de 527 le encontramos con Nebridio. Reciente una celebración conciliar (II concilio de Toledo). Desconocida la motivación del viaje de los obispos hermanos de la Tarraconense. Pero las costumbres eran costumbres. Y, en circunstancias tales, aun siendo ajenos a la jurisdicción provincial, era usual la adhesión episcopal a la normativa de la asamblea eclesiástica. En consecuencia el titular de la sede pirenaica revisó los textos, dio su conformidad y firmó las actas.

Con la siguiente inscripción:

> «En el nombre de Cristo, Justo, obispo de la Iglesia catolica de Urgel, guardando la autoridad de los canones primitivos, he leido, aprobado y suscrito esta constitucion de mis co-sacerdotes, que ha tenido lugar en Toledo, a donde he llegado poco tiempo despues»

Nebridio también dejó constancia de su adhesión.

El concilio de referencia, segundo toledano, había teorizado y dictaminado sobre la formación del clero. Ya no valía, como en los primeros tiempos, la elección circunstancial entre los miembros de la comunidad, al vaivén de las necesidades. La sola buena voluntad resultaba a todas luces insuficiente. Lamentablemente los presbíteros, prolongación de los brazos episcopales, responsables directos de la vida sacramental, litúrgica y pastoral, dejaban mucho que desear en cuanto a preparación seria y sistemática, intelectual, moral y religiosa.

Se pusieron, pues, manos a la obra en la provincia toledana. Allí, por decisión asamblearia eclesial, nacieron las escuelas clericales, copia de los centros docentes monásticos, que florecieron paulatinamente a lo largo y ancho de la geografía patria.

Resultaría una acertada y eficaz medida para corregir la triste realidad sacerdotal en el ambiente social de la época, para re-

mediar la tremenda y dolorosa ignorancia clerical. Aunque peor aún era la ausencia de virtud, que también combatían.

Los nacientes internados conllevaban la convivencia de los aspirantes al sacerdocio a la sombra de un clérigo sabio y ejemplar bajo la directa vigilancia episcopal. Con exigencias de desarrollo intelectual y de progreso gradual en la vida moral y religiosa; teniendo en cuenta que la santidad es tan importante como la ciencia. Paralelo el aprendizaje del ejercicio ministerial, facilitado con la reglamentada asistencia a las celebraciones litúrgicas.

Consta, por otra parte, que las decisiones conciliares que merecieron la adhesión del santo prelado de Urgel legislaron, como paso previo al subdiaconado, la promesa de castidad. El perseverante recibía a los 25 años el diaconado; cinco más tarde era el acceso al presbiterado.

Otros temas y otras inquietudes: en el año 546 el obispo Justo está presente en otra asamblea diocesana —primer concilio de Lérida—, ahora dentro de los límites jurisdiccionales tarraconenses.

En Lérida, el 8 de agosto del 546, rubrica el segundo las actas en consonancia con los años de pontificado que había ejercido en la sede pirenaica. Pues, según costumbre conciliar, los prelados asistentes suscribían las decisiones por orden de antiguedad en el gobierno de las respectivas diócesis.

La mordedura arriana, con defecciones y apostasías, duele. La herida sangra sobre la asamblea eclesial, comprensiva con los que protagonizan arrepentimiento y se muestran deseosos de volver a los brazos de la Iglesia.

Legisla:

> «Respecto a aquellos que han sido rebautizados en la prevaricación, si cayeron forzados por necesidad o por tormentos, se observe con ellos lo prescrito por el concilio de Nicea, a saber, que oren durante siete años entre los catecumenos y dos entre los católicos, después, que participen con los fieles en la oblacion y en la eucaristía bajo la clemente dirección del obispo»

En cambio es rigurosa con los católicos que ofrecieron a sus hijos para ser bautizados en la herejía. Rechaza sus oblaciones y nada de compartir mantel con ellos.

Aún sabemos de una tercera presencia conciliar del obispo de Urgel. En su ciudad de origen, Valencia, y un año después.

Paralelamente al pastoreo de su rebaño diocesano, cultivó aficiones y aptitudes literarias. Con ellas la documentación histórica, parca biográficamente, resulta generosa. En concreto, tenemos información sobre un conocido comentario al *Cantar de los Cantares* y un par de textos epistolares que guardan relación con el mismo, dirigidos al metropolitano tarraconense Sergio y al homónimo diácono diocesano Justo.

También perdura un escrito homilético.

La carta al obispo, breve y con carácter de dedicatoria, va acompañada de un ejemplar del título de referencia. Y, paralelamente al obsequio, le encarga la tarea de censor. Modesto y sensato. Y espiritualmente fino él, pues suplica al metropolitano que si en sus comentarios encuentra algo digno de alabanza, lo atribuya a Dios; y el hipotético desagrado al contenido lo achaque a la ignorancia del autor.

Al diácono ha de agradecerle el estímulo que le ha llevado a la redacción de su librito. Pero reconoce haber sido realmente osado, emprendiendo un no fácil empeño.

Muy gráfico en su humildad al confesar que, habiendo manjares tan exquisitamente preparados por los Santos Padres, el suyo no es más que un plato de legumbres silvestres. Aunque considerándolo de aceptación y provecho para quienes no tengan acceso al opulento convite patrístico. Eso sí, tiene gusto en complacerle. Y en cuenta que no faltará quien critique su impericia.

Finalmente se une a sus oraciones.

Notable es la exégesis sobre el *Cantar de los Cantares,* que subtitula *Explicatio mystica.* Escrito a la vista del texto de la *Vulgata:* el autor avisa que usará «aquella interpretación que el sacerdote Jerónimo, varón eruditísimo de feliz recuerdo, tradujo de la verdad hebraica al latín». Aunque, para el uso común bíblico, a lo largo del escrito, recurrirá al texto más popular de la *Vetus Latina.*

Fue una obra de enorme divulgación en la época, hasta llegó a figurar en los textos académicos de las mentadas escuelas monásticas y episcopales. Hizo famoso al autor, al que el gran San

Isidoro de Sevilla incluye en la lista de celebridades que materializan su conocido título *De viribus illustribus*

La alusión:

> «Justo, obispo de la Iglesia de Urgel, en España, hermano del anteriormente mencionado Justiniano, escribio un opusculo comentando el *Cantar de los Cantares,* muy breve y claro, en sentido alegorico»

Se trata de una alegoría del amor divino a la Iglesia y, en definitiva, a los hombres. Una redacción en cuidado latín. Con las características de brevedad y elegancia literaria.

Transcribe versículo a versículo, sin relación de continuidad ni dependencia. Con su correspondiente glosa. Muy ágil. Fruto del enunciado fácil de ideas, a menudo sólo apuntadas, y de la repeticion intencionada de conceptos para facilitar la retención. Todo adornado con exuberancia de referencias y simbolismos bíblicos.

Unos ejemplos:

> «Beseme con besos de su boca »
>
> «Es la voz de la Iglesia que viene al encuentro de Cristo Deseosa ella de borrar la ofensa que los hombres, pecando, hicieron a Dios y vivamente anhelante de la reconciliacion por mediacion de su Hijo »
>
> «Soy morena pero hermosa, hijas de Jerusalen, como las tiendas de Cedar »
>
> «*Negra,* por la confesion de los pecados, *hermosa,* por la gracia del sacramento, *hija de Jerusalen,* porque por el Evangelio nacio de aquella primitiva Iglesia [ ] y como dice el apostol "La Jerusalen de arriba es libre y es nuestra madre" Tambien semejante a las tiendas de Cedar, que significa oscuridad, a cuyos hijos advierte el apostol "Fuisteis en otro tiempo tinieblas pero ahora sois luz en el Señor" Puede llamarse tambien *negra* cuando soporta sufrimientos, oprobios, injurias y mofas Considerarla *negra* pero *hermosa* en Pablo "En todo apremiados, pero no acosados, perplejos, pero no desconcertados, perseguidos, pero no abandonados, abatidos, pero no aniquilados" Como *las tiendas de Cedar* "hemos pasado a ser como desecho del mundo, estropajo de todos" [ ]»
>
> «Yo soy para mi amado y mi amado es para mi »
>
> «Yo soy el reino de Cristo y El es mi rey, yo su cuerpo y El mi cabeza *Pastorea entre azucenas* cuando reposa en el corazon de las virgenes o cuando en el, por su gracia, a diario crece»
>
> «¿Quien es esta que se levanta ?»
>
> «Surge como la *aurora* cuando, despreciando las obras de las tinieblas, vive casta y sobriamente en los matrimonios *Bella como la*

luna cuando brilla iluminando los continentes *Resplandeciente como el sol* cuando refulge en las vírgenes con la elegancia de la perfección, como la buena tierra evangélica que, habiendo recibido la semilla de la palabra de Dios, corresponde con el treinta, el sesenta y el cien por cien de fruto *Terrible como escuadrones ordenados* ¿Acaso no produce terror aquella que destruye los ritos paganos y el culto idolátrico y que, perseverando en la fe de Cristo, nunca ha resultado vencible?»

Vale.

Y, finalmente, la referencia al panegírico en honor del mártir San Vicente, de gran devoción en la realidad histórica religiosa del momento.

Pronunciado por San Justo, en Valencia, al parecer en las primicias del siglo sexto, con ocasión de la solemnidad del glorioso mártir, víctima de la furia persecutoria impulsada por Diocleciano y Maximiano en el primer año del siglo cuarto. Posiblemente siendo aún el predicador sólo diácono.

Una joya literaria, inédita hasta 1821

Vio por vez primera la luz en las páginas del conocido *Viaje literario a las iglesias de España,* de Jaime Villanueva, favorecido con la laboriosidad investigadora del padre Jaime Pasqual, del Monasterio de las Avellanas, quien había descubierto el texto en un leccionario de Roda y en dos breviarios de Cardona, dando a conocer, en 1796, el valioso hallazgo al cabildo catedralicio de Urgel.

También unos recortes:

«¡Oh muerte gloriosa que conduce a una vida tan elevada! ¡Oh vida vivificante ante la cual uno tiene a menos la presente! Nos habeis mostrado, Señor, como viven en Vos aquellos que, ni muertos, pueden morir [ ] He aquí como triunfan los que, por haberos confesado, han sufrido la muerte [ ]

¡Oh alma dichosa que no pudo ser vencida por unos sufrimientos tan grandes de su cuerpo y, en el momento de morir el cuerpo, desperto victoriosa delante de su Creador! [ ] Pero no le fue permitido al enemigo señorear sobre su cuerpo, como habría querido Pues lo arrojo como alimento a las fieras y a las aves y estas no lo devoraron Se transformo la naturaleza feroz de los animales ¡Oja la cambiara tambien la de los hombres malvados! El lobo, con la cabeza baja, se marcho en ayunas, el cuervo permanecio con la garganta seca [ ]

¿Quien no creera que ha de resucitar glorioso el que ha sido revestido de tanto honor y respeto? [ ] Que por sus meritos, en cier-

to modo, renazca y se beneficie la Iglesia que lo engendró por los sacramentos y cuyas virtudes la adornan. Por Nuestro Señor Jesucristo. Amén».

Realmente, saboreando los escritos de San Justo de Urgel resulta inevitable el parangón, teológico y literario, con los preciosos textos de los antiguos Padres de la Iglesia.

JACINTO PERAIRE FERRER

Bibliografía

BARAUT, C - CASTLLLS, J - MARQUES, B. - MOLINE, E., *Episcopologi de l'Església d'Urgell, segles VI-XXI* (La Seu d'Urgell 2002).

GARCIA VILLOSLADA, R. (ed.), *Historia de la Iglesia en España,* I (Madrid 1980).

MARQUFS, B., «Sant Just, bisbe d'Urgell»: *Església d'Urgell* (1997) marzo.

SARRIES, E., *Sant Just d'Urgell Su obra y su vida* (Jerusalén 1985) (Tesina de licenciatura inédita).

VILLANUEVA, J., *Viaje literario a las iglesias de España,* X (Valencia 1821).

BEATO LANFRANCO DE CANTERBURY

Abad y obispo († 1089)

No se tienen muchas noticias de los primeros años de la vida de Lanfranco. Probablemente nació hacia el año 1005 en Pavía. Su padre Hambaldo era miembro del Consejo senatorial de aquella población y su madre se llamaba Rosa. Recibió una cuidada educación, y enseguida demostró excelentes cualidades para la literatura y la dialéctica. Al morir su padre muy pronto, se vio obligado a sucederle en sus deberes para con la familia y tuvo que dedicarse al Derecho y a la magistratura. Hacia 1032 nos lo encontramos en su ciudad natal explicando ya el Código de Justiniano y recopilando una suma de sentencias legales de aquella época.

Pasó a Francia en 1035 acompañando a un grupo de estudiantes procedentes de la nobleza de su ciudad. Esta inmigración fue causada posiblemente por las disputas políticas ciudadanas, que, frecuentes en la época, obligaban a exiliarse a quienes perdían. Lanfranco se estableció en Avranches y allí, para ganarse la vida, abrió una escuela que no parece que tuviera mucho éxito. Por lo mismo marchó a Rouen intentando tener mejor suerte.

Nada hasta aquel momento hacía presagiar un cambio radical en la vida de Lanfranco. Su destierro le había separado de su familia y de su carrera. Su poca suerte en Avranches, donde su especialidad, la dialéctica, era poco apreciada por los normandos, se unió a un accidente ocurrido en su camino a Rouen, en el que quedaron trastocados todos sus planes. Miles Crespin, su biógrafo, nos lo cuenta:

> «Queriendo un día dirigirse a Rouen, hizo el camino durante la noche atravesando los bosques de Ouche. Su mala suerte le hizo toparse con un grupo de salteadores de caminos que le robaron todo lo que poseía. Después, atándole las manos a la espalda y cubriendo su rostro con el capuchón de su manto le dejaron abandonado en un alejado punto de la espesura. No sabiendo qué hacer ante tanta desventura comenzó a lamentarse de su destino. Pero el silencio de la noche obró en él un espacio de interiorización que hizo nacer el deseo de comenzar a cantar salmos. Pero no supo hacerlo pues apenas los conocía. Entonces, dirigiendo su mente a Dios, le dijo: "Señor Dios, yo he empleado tanto tiempo en instruirme, yo he gastado tanto mi cuerpo y mi alma en los estudios que no he tenido tiempo para saber hacer un poco de oración. Líbrame de este peligro y con tu ayuda enmendaré mis errores y actuaré de tal modo que aprenderé a servirte". Con las primeras luces de la mañana, oyó el paso de otros viajeros y comenzó a gritar con todas sus fuerzas para hacerse oír. Acudieron en su ayuda para desatarle y ponerle en ruta mientras él les contaba lo sucedido. Lanfranco pidió a sus salvadores que le indicaran el más pobre y sencillo monasterio de la región; así lo hicieron, indicándole el camino de Bec».

Bec había sido fundado por Herluin apenas hacía dos años, en 1042. Lanfranco ingresó en el monasterio y durante tres o cuatro años sólo se aplicó a conocer y vivir intensamente la vida monástica. Fiel a su promesa hecha a Dios en el momento de su apuro, aprendió el salterio y de dedicó con entusiasmo al culto divino, a la oración en el silencio y a la contemplación más fervorosa. Pero Bec en aquellos primeros tiempos de su vida comunitaria no era sino un modesto y pobre monasterio y su comunidad la formaban un grupo de desharrapados y rústicos monjes que por su ignorancia y tosquedad intelectual y moral hicieron sufrir mucho al profesor de Avranches. Es más, algunos empezaron a tenerle celos y antipatía porque comenzaron a sospechar que tarde o temprano un hombre de tales cualidades

y con tan buen espíritu monástico les iba a ser impuesto como superior. Lanfranco previendo dificultades pensó que lo mejor era marchar de allí y buscar un lugar solitario para hacerse ermitaño; el abad de Bec intuyó sus preocupaciones y tristezas, y temiendo perder un monje de tan inestimables cualidades le nombró prior del monasterio y además le pidió que abriese una escuela en el monasterio donde poder ejercitar su saber y sus aptitudes como profesor. Se conoce poco acerca de los primeros años de la Escuela de Bec. En efecto, la abadía era poco conocida, estaba mal situada y no tenía excesivos atractivos en su entorno.

Sin embargo, la escuela y su maestro se dieron a conocer a causa de una disputa teológica a la que Lanfranco prestó atención asistiendo a algunos concilios y sínodos convocados por el papa León IX. En efecto, en el concilio de Reims el papa se encontraba presidiendo el concilio que estaba examinando el asunto de Berenguer o Berengario de Tours, acerca de la presencia real de Cristo en la Eucaristía. La inteligencia de Lanfranco y su dialéctica atrajo de tal modo al papa que quiso que le acompañase a Italia para asistir a los concilios de Roma y luego de Vercelli en los que se condenó definitivamente a Berengario; éste, en el ardor de la polémica, había llegado a declarar que su contrincante Lanfranco tenía las mismas ideas que él, por lo que el prior de Bec, para defenderse de tal acusación, tuvo que emplearse a fondo y clarificar sus posturas teológicas; con ese fin escribió un *Libellus de sacramento corporis et sanguinis Christi contra Berengarium* o «Tratado sobre el Cuerpo y la Sangre de Cristo», en el que expuso con toda firmeza y claridad la fe tradicional de la Iglesia, al mismo tiempo que, sin buscarlo, se daba a conocer como persona de talento y categoría en el campo de la exposición teologica.

En el campo de la diplomacia, Lanfranco tuvo también su momento histórico en el caso del duque de Normandía, Guillermo el Conquistador. El duque se había casado con Matilde, una pariente suya con la que, según las normas canónicas, no podía casarse por grado de consanguinidad. El papa Nicolás II lo excomulgó. Lanfranco como abogado y profesor de derecho se atrevió a hablar y ponerse de parte del papa. Guillermo, irri-

tado, le mandó que saliera de Normandía. Pero Lanfranco, ni corto ni perezoso, con audacia evangélica se atrevió a ponerse en presencia del duque y no sólo logró calmar su enfado sino que obtuvo del duque poderes para ser su representante ante la autoridad eclesiástica en aquel espinoso asunto. No hay que olvidar que el papa Nicolás II había recibido lecciones de Lanfranco. En 1059 marchó a Roma y poco después pudo regresar a Normandía con la dispensa canónica para Guillermo, aunque con la condición de que a sus expensas construyese dos monasterios, uno para hombres y otro para mujeres. Las iglesias de ambos monasterios, San Esteban (hombres) y Trinidad (damas), subsisten bellamente hasta el día de hoy en sus grandiosos edificios románicos en la ciudad de Caen.

El éxito de la empresa gestionada por Lanfranco fue el fundamento de la buena suerte tanto para el Prior como para el insignificante monasterio de Bec. Se presentaron muchos y numerosos alumnos deseosos de aprender, y aunque la instrucción era gratuita, los padres de los alumnos, en su mayoría de la nobleza o ricos terratenientes, comenzaron a ser espléndidos en regalos y donaciones al monasterio con las cuales pudieron levantarse nuevos edificios para atender a las también numerosas vocaciones que engrosaban rápidamente la comunidad.

La brillante reputación de Lanfranco se extendió por toda Europa y le atrajo estudiantes de todas partes, hasta de las más lejanas, como Roma, que venían a sentarse en los bancos de la Escuela de Bec. Entre sus discípulos encontramos a San Anselmo, a Yves de Chartres, o al futuro cardenal Guitmondo, a Teodorico de Paderborn, etc. Ciertamente nada semejante se había visto desde la desaparición de las escuelas de los maestros griegos y latinos.

En 1065 el duque Guillermo nombró a Lanfranco abad de San Esteban de Caen, monasterio recién levantado en cumplimiento del mandato papal, en el que el nuevo abad volvió a abrir una Escuela. Pero en 1070, al coronarse Guillermo como rey de Inglaterra, llamó a Lanfranco, que contaba ya con 67 años de edad, para sentarlo en la sede primacial de Canterbury como arzobispo.

La corona de Guillermo no estaba segura; los anglosajones no miraban con buenos ojos a los normandos intrusos. El nuevo rey, por tanto, tenía que poner en puestos claves a sus fieles, que, evidentemente, eran normandos. Entre esos puestos claves estaban los obispos, ya que el clero tendía a azuzar al pueblo contra los invasores. Esta realidad, comprensible en la mera política, acarreaba muchos sinsabores en el campo pastoral a los obispos normandos recién nombrados. Lanfranco, seriamente afectado, escribió al papa Alejandro II, su antiguo discípulo, presentando la renuncia, que no le fue aceptada.

Olvidados algunos datos históricos y por circunstancias de la evolución histórica, Inglaterra contaba en esta época con dos metropolitanos eclesiásticos de casi igual preponderancia, Canterbury y York. Y sólo después de largas conversaciones con Tomás, arzobispo de York, y gracias al apoyo del rey, el concilio de Winchester en 1072 fijó la sede primacial de toda Inglaterra en Canterbury. Esta unificación también tuvo ciertos efectos civiles para Lanfranco pues el arzobispo primado vino a ser, de este modo, el lugarteniente del rey, ya que fue costumbre de Guillermo, en sus múltiples viajes al continente, que el Primado de Canterbury lo reemplazase al frente del gobierno de la nación.

En el campo de las tareas pastorales no era trabajo fácil la reforma del clero en el siglo XI, empezando por los más cercanos a la casa del obispo y a los capítulos catedral. Éstos se componían, por aquel tiempo, especialmente en Inglaterra, de una comunidad de monjes con tendencias secularizantes. Lanfranco, aun previendo el disgusto de los ingleses, hizo venir de Bec y Caen a un grupo de monjes observantes que reemplazasen a los ingleses. Él mismo organizó su casa como un monasterio que él presidía como abad y arzobispo. En cuanto al resto del clero parroquial y popular no se atrevió a una seria reforma, especialmente en lo referente al celibato. Entre el pueblo, muchos pobres sacerdotes, no siempre bien instruidos y preparados, vivían maritalmente con sus concubinas. Lanfranco comenzó la reforma por las nuevas hornadas de diáconos y sacerdotes, a los que, mejor preparados, les fue exigiendo antes de la ordenación un voto o propósito expreso de guardar la castidad

y el celibato eclesiástico. Esta conducta entre moderada y poco estricta no fue del agrado del estricto Gregorio VII, que le criticó y reprendió en alguna carta. Los historiadores están de acuerdo en que, aunque en este punto Lanfranco pecó de excesiva comprensión, el cambio deseado, y la instrucción de los nuevos clérigos, permitió que, en no mucho tiempo, la mayor parte del clero aceptase y cumpliese lo establecido por la iglesia en materia de celibato.

El rey Guillermo murió el 9 de septiembre de 1087. Según su última voluntad, Lanfranco coronó como su sucesor a Guillermo II el Pelirrojo, el hijo segundo, al que los ingleses tenían en mucho aprecio. Pero en realidad el nuevo rey defraudó a todos, pues, cruel y tirano, comenzó por cargar sobre sus súbditos nuevos impuestos y gravámenes tributarios. Lanfranco, a sus 84 años, se presentó ante el rey para exhortarle con delicadeza y afecto a enmendar tales disposiciones, pero el rey lo tomó a mal y no quiso hacerle caso. Tuvo que volver a su sede con un gran disgusto que, unido a una grave disentería que padecía, le llevaría al sepulcro dos años más tarde, el 28 de mayo de 1089. Su cuerpo fue enterrado en la capilla de San Martín de la catedral de Canterbury que él había hecho reconstruir.

Lanfranco no ha sido nunca oficialmente beatificado, pero en Inglaterra se le dio siempre el título de «Beato» y el *Martirologio* antiguo y moderno lo incluyen como tal en sus respectivas y oficiales ediciones. Mayor culto recibió en Caen, donde era costumbre imponer a los niños su nombre en el bautismo, y sobre todo en Venecia, donde parte de sus reliquias llegaron tras el cisma anglicano.

Lanfranco fue sobre todo un buen profesor y un experto maestro. Fue también un hombre de acción como abad y sobre todo como arzobispo, cargos en los que puso de relieve sus dotes y cualidades como organizador. Sus escritos no son numerosos y no aportan mucho en el campo de la teología; en realidad sólo se le conoce por uno de sus tratados, escrito más en propia defensa que por otra cosa, y como ya se ha dicho, en él sólo expuso el sentir tradicional de la Iglesia acerca de la Eucaristía, sin más añadiduras. Tiene otros escritos comentando a San Pablo y a Casiano y una serie de notas y cartas. La mayor

parte de estos escritos están en relacion con las instrucciones y conferencias que dirigía a sus monjes. Se han perdido, al parecer, otros escritos suyos, como una *Historia eclesiastica, Vida de Guillermo el Conquistador* y un *Comentario sobre los salmos.*

Lanfranco, hombre de elevadas miras, singular energía y de variadísima capacidad en el campo de la enseñanza, fue ejemplo de juristas, religiosos y sobre todo en saber exponer como maestro y profesor la doctrina de la Iglesia. Su influjo como hombre de Estado y sobre todo como organizador eclesiástico es poco conocido y merecería que se estudiase mas a fondo su obra reformadora y los beneficios que con ello aportó a la Iglesia de Inglaterra y para la posteridad en las reformas monásticas posteriores.

LUIS M. PEREZ SUAREZ, OSB

Bibliografía

BAUDOT, J CHAUSSIN, L , OSB, *Vie des Saints et des bienheureux* , V Mai (Paris 1947) 557 561
GORDINI, G D , en *Bibliotheca sanctorum,* t VII, cols 1101 1106

BEATA MARGARITA POLE

Viuda y martir († 1541)

«Creo en la Iglesia, que es una. Esto, que manifestamos en la profesión de fe, tiene *su fundamento último en Cristo, en el cual la Iglesia no está dividida* (1 Cor 1,11-13)», afirma el papa Juan Pablo II en su carta apostólica *Novo millennio ineunte,* 48, escrita al concluir el Gran jubileo del año 2000 y comenzar un nuevo milenio. Y continúa afirmando:

> «Como Cuerpo suyo [de Cristo], en la unidad obtenida por los dones del Espiritu, [la Iglesia] es indivisible La realidad de la division se produce en el ambito de la historia, en las relaciones entre los hijos de la Iglesia, como consecuencia de la fragilidad humana para acoger el don que fluye continuamente del Cristo Cabeza en el Cuerpo mistico»

En este ámbito histórico de «fragilidad humana», en el que se produjo la división de la Iglesia con el llamado cisma anglicano, se situa la vida de la Beata Margarita Pole. O mejor, su exis-

tencia se inscribe entre la de aquellos que, por «acoger el don que fluye continuamente de Cristo», cabeza de la única e indivisible Iglesia, ofrecieron su vida, hasta entregarla en martirio, para evitar que la fractura histórica desfigurara en el tiempo el rostro de la única esposa del Señor.

Margarita, «la última Plantagenet», nació el 14 de agosto de 1473 en Castle Farley, cerca de Barth, en Wiltshire, y pertenecía a la vieja Casa Real inglesa. Era hija de Jorge Plantagenet, duque de Clarence —hermano de los reyes Eduardo IV y Ricardo III de Inglaterra—, y de Isabel Neville, hija mayor del conde Edmundo de Warwick, quien en 1499, bajo Enrique VII, pagó con su vida ser el último representante masculino de la línea de York.

Perdió la madre cuando contaba tres años de edad y aún no había cumplido cinco cuando falleció también el padre, por lo que debió ser educada junto a los hijos de su tío el rey Eduardo IV, en el palacio de Shene.

En 1491, a los 18 años, el entonces rey Enrique VII la prometió en matrimonio a Sir Richard Pole, cuya madre, Edith St. John, era medio hermana de la madre del rey, Margaret Beaufort, y él hombre de confianza suyo hasta el punto de haberle encargado el cuidado de su primogénito, Arturo. Se celebró la boda el 22 de septiembre de 1494. Pero Margarita quedó viuda muy pronto, en 1505, con no demasiados recursos económicos y con cinco hijos pequeños que cuidar: Enrique, futuro Lord Montague; Godofredo; Arturo; Reginaldo, nacido en 1500, que llegó a ser cardenal en 1536, legado pontificio en 1553 y finalmente arzobispo de Canterbury (1555-1558), y Úrsula, que se casaría con Enrique, Lord Stafford.

Al subir al trono el joven rey Enrique VIII, que consideraba a su tía Margarita Pole la mujer más santa de Inglaterra, le restableció la posesión de todos los derechos de la familia, que le habían sido confiscados en 1499 a causa de la condena a muerte de su hermano Eduardo y, revocando los derechos del príncipe Arturo, el fallecido hermano mayor del rey, la hizo condesa de Salisbury el 14 de octubre de 1513, dándole posesión de los antiguos dominios de esta casa. Fue también dama de la corte de la reina Catalina de Aragón, hija de los Reyes Catolicos, que, ca-

sada primero con el príncipe Arturo y viuda de éste, había contraído matrimonio con el hermano del prematuramente fallecido príncipe, el rey Enrique VIII.

Entonces los hijos de los reyes no solían crecer junto a sus padres, empleados en el gobierno y en los asuntos cortesanos; se les dotaba de una casa con buenos tutores y personas de servicio que cuidaban adecuadamente de ellos. Como prueba de afecto, en 1516 Enrique VIII y su esposa Catalina de Aragón confiaron a Margarita Pole la educación de su hija la princesa María —futura reina María Tudor—, de quien fue madrina de bautismo y de confirmación, y a quien ella cuidó como si fuera su propia hija. La condesa de Salisbury Margarita Pole, fue honrada con un lugar muy destacado en su casa, y era frecuente que la reina Catalina de Aragón se comunicase con su hija María a través de ella.

En las primeras décadas del siglo XVI, la Iglesia estaba viviendo en toda Europa, y especialmente en Alemania, una situación muy crítica. Precisamente entre 1513 y 1518, el joven doctor en teología y profesor de la Universidad de Wittemberg, Martín Lutero, que había sido ordenado sacerdote en 1507 y pertenecía a la Orden de San Agustín, se estaba planteando en sus clases la autoridad única de la Sagrada Escritura, el tema de la justificación y la cuestión de las indulgencias, concretadas en 95 tesis, que dio a conocer para ser discutidas en ambientes académicos. Aunque esto no tuvo lugar, su difusión por gran parte de Europa llegó también a Inglaterra, siendo enviadas en 1518 a Tomás Moro por su amigo Erasmo de Rotterdam, creando defensores y adversarios. Estaban en juego, en realidad, la autoridad del Papa, la eficacia de los sacramentos y la naturaleza de las indulgencias, que dividían a los cristianos tanto en el aspecto doctrinal como en las implicaciones políticas que estos temas conllevaban. Clarificadas las opiniones y posturas, en torno a 1530 la situación era muy tensa entre protestantes y católicos, y el emperador Carlos V de Alemania —rey Carlos I de España— estaba haciendo todo lo posible para evitar un verdadero cisma o división dentro de la Iglesia. En realidad se había ido deslizando el centro de gravedad de los problemas de fe a los de la estructura y formas de la Iglesia, adquiriendo clara versión

política lo que había empezado como una cuestión doctrinal para ser tratada en las aulas. La poca formación teológica del pueblo favoreció también que las decisiones de sus dirigentes políticos o religiosos fueran colectivamente asumidas.

Para defenderse del emperador católico que actuaba a favor del Papa, los príncipes protestantes constituyeron en 1531 la llamada «Liga de Esmalcalda», que no sólo unía a los alemanes rebeldes a Carlos V, sino que contaba con el apoyo de Francia, Dinamarca e Inglaterra, no siempre en buenas relaciones con la sede romana. Concretamente, ya desde el siglo XIV se habían suscitado algunas tensiones entre el Parlamento inglés y la autoridad del Papa, abriendo cauces de opinión hacia una Iglesia nacional, desvinculada de Roma. No obstante, a pesar del sentimiento antirromano existente, la separación de Inglaterra se debió más bien a una acción personal del rey Enrique VIII, que ejercía un dominio casi absoluto sobre sus súbditos.

Enrique VIII, que ostentó la corona de Inglaterra entre 1509 y 1547, al ser hijo segundo de Enrique VII había sido educado para la carrera eclesiástica, reservando la sucesión real para el príncipe Arturo, su hermano mayor. Pero la muerte prematura de éste había elevado al trono a Enrique, siendo aún muy joven de edad. Dada su preparación religiosa, pronto dictó algunas disposiciones para mejorar la formación teológica del clero y, decididamente opuesto a los seguidores de Martín Lutero, se colocó al lado del emperador Carlos V, sobrino de su esposa Catalina de Aragón, incitándole a que rompiese con el reformador. Incluso escribió la *Assertio Septem Sacramentorum,* obra en la que se oponía a la negación de los sacramentos hecha por los protestantes, y la dedicó al Papa «como signo de su fe y su amistad». En este libro afirmaba sin equívocos que «la Iglesia entera está sometida no solamente a Cristo, sino al único representante suyo, el papa de Roma». Todo ello le valió el título de *defensor fidei,* otorgado por el papa en 1521.

No obstante esto, su deseo de reforma de la Iglesia a veces respondía al propio interés, por lo que, para lograrla, parecía dispuesto incluso a prescindir del papado, igual que otros príncipes contemporáneos. Pero, a la altura de 1527, se había ido

sumando otro motivo particular que le alejaba de Roma: su asunto matrimonial.

Como ya hemos indicado, al poco de subir al trono, Enrique VIII se había casado con Catalina de Aragón, tía del emperador Carlos V, después de que ésta enviudara del heredero inglés, Arturo, que falleció siendo muy joven. Para este matrimonio, Enrique había obtenido en 1503 dispensa del Papa del impedimento de afinidad, por haber sido ella mujer de su hermano mayor. Pero se había creado una situación difícil de resolver: de los cinco hijos de Enrique VIII y Catalina de Aragón, sólo sobrevivió María, confiada al cuidado de la condesa Margarita Pole, con lo cual la sucesión al trono comenzaba a plantearse como un verdadero problema, ya que en Inglaterra nunca habían gobernado las mujeres. A ello se añadió el enamoramiento del rey de Ana Bolena, dama de la corte, que podría procurarle un heredero varón.

Así las cosas, el rey pensó en la posible nulidad del matrimonio con su esposa Catalina de Aragón, alegando que la Escritura prohibía casarse con la mujer del hermano (Lev 18,16), lo cual invalidaría la dispensa papal de 1503. Sin embargo, no le inquietaba que también la Escritura ordenase el matrimonio levítico (Dt 25,5; Mt 22,24), y que asimismo estuviera emparentado con Ana Bolena, aunque ilegítimamente, por haber sido amante de una hermana suya.

Ante estos planes, que comenzaban a hacerse efectivos, Enrique encontró la oposición de la autoridad eclesiástica, y en 1527 el canciller y cardenal Wosley y el arzobispo de Canterbury William Warham (1503-1533) le citaron a juicio por vivir incestuosamente. Considerando que la instancia competente para decidir era Roma, enviaron allí un legado con este fin, obteniendo del papa Clemente VII (1523-1534), que entonces estaba en guerra con el emperador, la dispensa del parentesco ilegítimo con Ana Bolena, en el caso de que el matrimonio con Catalina de Aragón no fuera válido. Era un modo de zanjar la cuestión sin definirse con claridad, a la espera de que el rey abandonase su pretensión. Pero ante la insistencia de Enrique VIII, el Papa envió a Inglaterra en 1528 como legado suyo al cardenal Campeggio, quien, junto con el cardenal Wosley, ini-

ció un proceso en 1529. Catalina de Aragón no lo aceptó y apeló al Papa que, entretanto, había concertado la paz con el emperador. A instancias de éste, el papa Clemente VII suspendió los poderes de ambos cardenales y trasladó el proceso al fuero romano, con notorio desagrado del rey. El canciller y cardenal Wosley cayó en desgracia, y le sucedió como lord canciller el conocido humanista Tomás Moro, también adversario de tan enojoso asunto matrimonial, y que, no obstante, intentó algunas consultas y mediaciones para evitar la separación de la Iglesia de Inglaterra. Ante las instancias del rey, en 1531 el papa Clemente VII prohibió a Enrique VIII que celebrase un nuevo matrimonio hasta que no concluyera la investigación. Pero, dispuesto a continuar con sus planes, el rey cayó bajo la influencia de Tomás Cromwell, miembro del Parlamento y gran político, quien le aconsejó separarse de Roma, como habían hecho los príncipes alemanes.

En una asamblea general del clero, Enrique VIII consiguió una declaración de que él era la cabeza suprema de la Iglesia en Inglaterra, con lo que la pretendida Iglesia nacional y el humanismo de tendencia antirromana parecían confabularse para poner las bases hacia el cisma anglicano, modalidad local de la Reforma protestante en Europa.

Tras la muerte del anciano arzobispo de Canterbury William Warham, el rey nombró para sustituirle a Tomás Cranmer (1533-1555), quien, vinculado con el protestantismo alemán, había contraído matrimonio en secreto. En esta situación, el lord canciller Tomás Moro decidió retirarse para evitar ser cómplice del rey en su camino hacia el cisma, siendo sustituido por Audeley. Con ello, el gobierno espiritual y temporal —arzobispo primado, lord canciller— quedaba en manos de personas proclives al protestantismo, simpatizantes de la Liga de Esmalcalda y absolutamente fieles al rey.

En enero de 1533 el arzobispo Cranmer casó al rey con Ana, declarando después nulo el matrimonio con Catalina y válido el que acababa de celebrar. El 1 de julio fue coronada Ana Bolena y en septiembre nació Isabel, que habría de ser reina de Inglaterra. El papa declaró no válido el nuevo matrimonio, pero hasta 1534 no dio el dictamen final, que reconocía como único

legítimo el celebrado con Catalina de Aragón. La censura canónica de excomunión afectaba a Enrique VIII, Ana Bolena y al arzobispo Cranmer, con lo que el rey llevó a cabo la ruptura con Roma. El «Acta de supremacía» votada por el Parlamento inglés en noviembre de 1534 declaraba que el rey y sus sucesores eran la autoridad suprema de la Iglesia en Inglaterra, hecho que no encontró, en general, oposición en el clero, bastante sometido ya desde antes a la autoridad estatal, ni en el pueblo, con poca formación religiosa.

Muy pocos tuvieron la valentía de no aceptar el «Acta de supremacía», entre ellos el obispo Juan Fisher y el antiguo lord canciller Tomás Moro. Ambos fueron encarcelados y después cruelmente ejecutados. También se negaron a jurarla numerosos religiosos y varios monasterios, cuyos monjes —algunos centenares— corrieron la misma suerte de la prisión y el martirio. En el norte, hubo también un intento de rebelión campesina, la «peregrinación de gracia», que no se oponía al «Acta de supremacía», pero sí al modo de proceder de las autoridades civiles contra los monasterios, las imágenes sagradas y las reliquias.

La condesa Margarita Pole, siempre considerada como una mujer santa, de profunda y arraigada fe, con gran fortaleza y acostumbrada a sufrir, vivió esta tortuosa historia del rey valientemente cercana a Catalina de Aragón y a su hija María, desaprobando sin paliativos el matrimonio con Ana Bolena. Su sentido de Iglesia y su fidelidad al papa le impedían también aceptar la posible ruptura con Roma, aun reconociendo las evidentes limitaciones y necesidad de reformas en la vida eclesial. Además, su hijo Reginaldo Pole se manifestó con toda claridad en el mismo sentido, lo cual no la favorecía después a ella. Reginaldo era muy apreciado por Catalina de Aragón y lo había sido también por Enrique VIII, quien le había enviado a estudiar a Oxford y a Padua, de donde volvió a los 27 años con brillante reputación, ocupando después cargos eclesiásticos hasta llegar a ser arzobispo de York. Pero, tras una discusión con el rey, que en vano intentó ganarle para su causa, Reginaldo prefirió marcharse de Inglaterra.

Margarita pudo permanecer algún tiempo junto a María, que llevaba dos años separada de su madre. Pero cuando el rey orde-

nó a su hija que renunciara a su título de princesa y ella se negó, comenzó a temer que la condesa de Salisbury, vieja amiga y admiradora de Catalina, fortaleciera los propósitos de María de no someterse a los deseos de su padre, especialmente en lo concerniente al status de su madre y de ella. Por esto y, sobre todo, por su abierta oposición a la conducta de Enrique VIII en su matrimonio y frente al papa, Margarita no pudo evitar caer en desgracia y en 1533 el rey la exoneró del cuidado de su hija María y la obligó a abandonar la corte. María estaba viviendo en New Hall, en Essex, y en octubre una comisión del rey le quitó su casa, quedando poco después, en 1534, desposeída de todos sus bienes.

Margarita Pole había insistido en ayudar, incluso económicamente, a que María tuviera su propia independencia, como escribía Chapuys al Emperador el 16 de diciembre de 1533, expresando también el modo de ser de la condesa:

> «Una señora de virtud y de honor como no hay otra en Inglaterra se ha ofrecido a servir a la princesa a su propia costa, pero esto no ha sido aceptado para evitar que tuviera poder sobre ella».

María se vio obligada por su padre a integrarse en la casa de la nueva y «única» princesa de Inglaterra, su pequeña medio hermana Isabel, hija de Ana Bolena. Así empezó María, que permaneció siempre católica, sus días de absoluta miseria, considerada bastarda ante el nuevo y reconocido matrimonio del rey, y Margarita Pole, que nunca dejó de quererla y de rezar por ella y por su atormentada madre y su causa, tuvo que desaparecer del círculo de Enrique VIII. Para María, de 18 años de edad, fue muy duro verse tan relegada, pero lo fue todavía más haberla apartado de Margarita.

Reginaldo Pole se había alejado de Inglaterra, pero su madre estaba todavía al alcance del rey. Aunque la condesa de Salisbury no tenía ya contactos con María ni con Catalina, afectiva y espiritualmente estaba cercana a ellas, y había sido testigo de toda su historia, por lo que era considerada como una amenaza para él y su nueva línea de descendencia sin su hija María. Para evitar este peligro, en la primavera de 1536 Enrique VIII y Cromwell pidieron a Reginaldo Pole que regresara a Inglaterra, con la intención de persuadirle a que se pusiera de parte de ellos. Esperaban su retorno al menos para apoyar a su madre,

quien, a pesar de superar los 60 años de edad, había sido alejada de la casa real y privada de todos sus bienes.

Ese mismo año 1536, después de la caída de Ana Bolena, Margarita Pole fue incorporada de nuevo a la corte, pero sin llegar a conseguir el favor del rey. Es más, éste se enfureció fuertemente contra ella al saber que Reginaldo había sido llamado a Roma por el papa Pablo III y lo había elevado a la categoría de cardenal. Y se encolerizó más aún, cuando en 1540 le envió su tratado *Pro ecclesiasticae unitatis defensione* («En defensa de la unidad de la Iglesia»), como contestación a las preguntas que Cromwell y otros le habían hecho en nombre del rey. Además de responder teológicamente a las cuestiones formuladas, el libro era una abierta denuncia a la conducta de Enrique VIII. Éste puso el grito en el cielo, y pronto se hizo evidente que, no estando a su alcance el autor de la *defensio,* la ira real se cebaría en los rehenes presentes en Inglaterra, y ello a pesar de que la condesa y su hijo mayor habían escrito a Reginaldo reprobándole su modo de expresarse.

El hecho de que el cardenal Pole rehusara volver a Inglaterra y la anécdota de haber encontrado en la casa de su madre un escudo que entrelazaba el pensamiento, flor característica de la familia Pole, con una de las flores que usaba como símbolo María Tudor, desencadenó nuevamente la furia del rey, y el 3 de noviembre de 1538, dos de los hijos de Margarita Pole y algunos de sus familiares fueron arrestados con el cargo de alta traición, aunque Cromwell había escrito antes al rey diciendo que «apenas le habían ofendido, y que no tenían otro delito que ser parientes de sangre del cardenal». Fueron encarcelados en la Torre de Londres y en enero, excepto Godofredo Pole, brutalmente ejecutados.

Aunque Enrique VIII había dicho alguna vez de la condesa Margarita Pole que «la amaba y honraba como si fuera su propia abuela», el 13 de noviembre de 1538, diez días después que a sus hijos, ordenó arrestar a la venerable anciana en su casa de Warblington, junto a Havant, en Hampshire. Allí fue ampliamente interrogada en nombre del rey por el conde de Southampton, William Fitzwilliam, y por el obispo de Ely, Tomás Godrich. Al día siguiente escribían a Cromwell:

«Seguramente no se ha visto ni oído a mujer tan honrada, tan firme en su compostura y tan precisa lo mismo en sus gestos que en sus palabras, que se maravilla uno de verla En sus contestaciones y declaraciones así se ha comportado, con sinceridad pura y justa de su parte, de modo que nos ha convencido de que una de dos o sus hijos no la han hecho partícipe de sus pensamientos mas profundos, o ella es la traidora mas grande que jamas haya existido Ahora que le hemos quitado todo lo que tiene, y que le hemos comunicado el pensamiento del rey, como está arrestada, esperamos que pueda decir algo, al encontrarse desposeída»

A continuación, desde su casa de Warblington la llevaron prisionera a Cowdray Park, cerca de Midhurst, y la recluyeron en la casa del conde de Southampton, William Fitzwilliam, donde fue sometida a todo tipo de vejaciones. Dos días después, informaban a Cromwell:

«Hemos quitado todo a la Señora de Salisbury y la hemos llevado a Cowdray Y cuando pensabamos, como dijimos en la carta anterior, que al quitarle todo quizas confesara algo, tenemos que decir que, desde que llegamos aqui, despues de intentarlo de todos los modos posibles, no hemos conseguido nada [ ] Podemos llamarla un varon fuerte y firme, mas que una mujer Ante todos nuestros intentos, siempre se ha mostrado honrada, valerosa y correcta que mas no puede ser Tanto que pensamos que, a pesar de que hemos usado toda nuestra industria y diligencia para presionarla a que dijera mas y hemos empleado mucho tiempo sin conseguirlo, hemos decidido presentarnos al Rey y no trabajar mas de momento»

En Cowdray estuvo seis meses, sometida a las afrentas más grotescas. Mr. Gairdner la trató «con descortesía bárbara». El 12 de abril de 1539 Cromwell escribía al rey para decirle que no habían sido capaces de encontrar algo de qué acusarla, y que la condesa y su familia «no le han ofendido más que en ser parientes del cardenal». Ante esta dificultad, Cromwell consultó a los jueces si una persona acusada de traición podía ser condenada a muerte sin previo juicio o confesión. Esta propuesta tan sin sentido encontró rechazo incluso por parte de los más fieles a Enrique VIII. Le contestaron que sería un precedente peligroso, que ningún tribunal se avendría a un proceso tan ilegal, pero que la Corte del Parlamento era suprema y que su decisión se aceptaría como ley. Es el camino que se decidió seguir.

El *bill of attainder,* o «Acta de condena», no se presentó a los Lores hasta el 10 de mayo, para dar tiempo a añadir otros nom-

bres. Figuran en ella 16 personas, algunas de las cuales ya habían sido ejecutadas Las dos primeras lecturas se pasaron en un solo día, sin posibilidad de defensa ni examen de testigos, y en la tercera, Cromwell presentó una túnica de seda blanca, encontrada en uno de los cofres de la condesa, que llevaba bordadas las *cinco llagas,* signo que el rey pretendió hacer creer que la vinculaba con las revueltas del norte llamadas «peregrinación de gracia», por lo que «se había hecho acreedora de muerte por orden del Parlamento». Los otros cargos aducidos contra ella, a los cuales no le fue permitido responder, tenían que ver con que se le encontraron bulas del Papa, que había mantenido correspondencia con su hijo y que había prohibido a sus sirvientes tener el Nuevo Testamento y otros libros publicados por la autoridad real. Los Comunes se mostraron tan dispuestos como los Lores a aceptar esta condena, finalmente aprobada el 29 de junio de 1539. Este mismo día trasladaron a Margarita desde Cowdray a las prisiones de la Torre de Londres, para esperar allí la ejecución de la sentencia

Ante esta noticia, el cardenal Pole escribía el 22 de septiembre al cardenal Contarini:

> «He oido que a mi madre la han condenado por concilio publi co a morir, o mejor, a la vida eterna No solamente han condenado a una mujer de 70 años con la que el rey estaba muy relacionado y de la que él mismo habia dicho que no habia mujer mas santa en todo el reino Tambien ha condenado a su ahijado, el hijo de mi hermano, la unica esperanza de nuestra familia Mira hasta donde ha llegado esta tirania, que empezo con sacerdotes, siguio con nobles, destruyendo a los mejores, y al final ha alcanzado a las muje res y a los niños»

No la ejecutaron de momento, esperando que el rey la perdonara Pero sí padecio todo género de carencias y agravios durante los casi dos años que permaneció allí prisionera, teniendo que soportar, ademas, un clima muy severo con insuficiente vestido. Todo ello, digna y pacientemente soportado, la preparó, sin duda, para recibir la gracia del martirio

No hubo más proceso, ni posibilidad de defensa, ni otra sentencia que la dictada por el Parlamento hacía dos años Margarita Pole, última representante de la rama directa de los Plantagenet, fue decapitada en la mañana del 28 de mayo de

1541, cuando contaba casi 68 años de edad, en East Smithfield Green, en la Torre de Londres, cerca de las estancias donde estaba recluida.

Hay distintas versiones, que se complementan entre sí, de los últimos momentos de esta mujer ya anciana, frágil de salud y de baja estatura, aunque fuerte en su fe y siempre fiel a la Iglesia católica y a su conciencia, a pesar de los ultrajes y vejaciones que por ello tuvo que sufrir. Algunos la presentan resistiéndose a la injusticia que con su muerte se iba a cometer, y proclamando abiertamente su inocencia, como la balada contemporánea que pone estas palabras en boca de Margarita:

> «Los traidores encaminados al patíbulo tienen que morir; yo no soy una traidora, no. ¡Yo no! Mi fidelidad es patente, así que no marcharé hacia el tronco. No daré un paso, como veréis. ¡Cristo, en tu misericordia, sálvame!».

Otros dicen que se dirigió con toda dignidad y fortaleza desde su celda al lugar donde había de ser decapitada, diciendo solamente que no sabía por qué crimen se la estaba condenando.

No fue decapitada en un patíbulo, sino sobre un tronco de madera. Parece que, en ausencia del verdugo oficial, el joven encargado de cumplir la sentencia tuvo dificultades para manejar la pesada y dura hacha con que había de sacrificarla, y que, al haber fallado algunos golpes, endureció de modo terrible el ya crudelísimo martirio, ante el espanto del grupo de unas 120 personas que asistían al espectáculo, presidido por el alcalde mayor de Londres. Lo cierto es que Margarita Pole, condesa de Salisbury, murió decapitada de una manera brutal, pero sin perder la dignidad propia de su linaje y de su fe, y con lúcida conciencia de la verdadera causa que la había conducido a tan feroz martirio. Fue enterrada en la capilla de San Pedro ad Vincula, dentro de la Torre de Londres.

El embajador de Francia Marillac escribía al rey Francisco I el 29 de mayo:

> «Para empezar, un caso que más merece compasión que largas cartas. La condesa de Salisbury fue decapitada ayer por la mañana, hacia las 7, en una esquina de la Torre, en presencia de tan poca gente que hasta la tarde se dudó si había sido verdad. Era difícil de creer porque había estado en prisión mucho tiempo [...] La manera

de proceder en su caso parece indicar que tenían miedo de matarla públicamente y la ejecutaron en secreto»

Al llegar a oídos del cardenal Pole la historia de la muerte cruel y grotesca de su madre, con los terribles detalles que la acompañaron, comentó que «nunca temería llamarse hijo de una mártir» Y más tarde escribía al cardenal S. Marcellus que «si su propia muerte trajera como consecuencia la salvación del Rey, voluntariamente se ofrecería».

Cuando doce años después subió al trono María Tudor, la hija de Enrique VIII y Catalina de Aragón, sucediendo en 1553 a su medio hermano Eduardo VI, estaba decidida a restablecer el catolicismo en Inglaterra, para lo que solicitó la ayuda de su primo el cardenal Pole, quien fue enviado por el Papa como legado suyo con este fin Tardó algunos meses en llegar y, ya en Inglaterra, actuó con notoria prudencia y discreción, perdonando a quienes habían apoyado a Enrique VIII y promovido el cisma anglicano. El matrimonio de María en 1554 con el príncipe heredero de España —el futuro rey Felipe II— favoreció también la solemne readmisión de Inglaterra en la Iglesia católica el 30 de noviembre de ese mismo año 1554, vigorosamente propiciada por el cardenal. Pero, aunque el Parlamento aceptó la reconciliación con Roma, y aunque se persiguió duramente a los protestantes, el estado religioso del país no era favorable a este cambio, pues el pueblo estaba desorientado o indiferente ante tanta lucha y tanta violencia. La muerte temprana de María Tudor en 1558, y la del cardenal Pole con pocos días de diferencia, impidieron la consolidación del catolicismo. Su medio hermana y sucesora Isabel I (1558-1603), aunque se había declarado católica durante el reinado de María Tudor, anuló pronto la restauración de la Iglesia católica en Inglaterra, afirmándose el anglicanismo a partir de la bula de excomunión *Regnans in excelsis,* de 25 de febrero de 1570, del papa Pío V. Así quedó consolidado un cisma que se prolonga hasta la actualidad.

«En esta perspectiva de renovado camino posjubilar —afirma Juan Pablo II en el citado numero 48 de la carta apostolica *Novo millennio ineunte*— se ha de cultivar el dialogo ecumenico con los hermanos y hermanas de la Comunion anglicana y de las Comunidades eclesiales nacidas de la Reforma La confrontacion teologica sobre puntos esenciales de la fe y de la moral cristiana, la colabora

ción en la caridad y, sobre todo, el gran ecumenismo de la santidad, con la ayuda de Dios, producirán sus frutos en el futuro».

Este «ecumenismo de la santidad» es el que aporta hoy la destacada, valerosa y coherente mujer Margarita Pole, cuya memoria ha permanecido bien viva en Inglaterra y fuera de este país, acompañada siempre por su merecida fama de santidad y heroico martirio. Su retrato puede admirarse en la National Portrait Gallery de Londres.

El 2 de febrero de 1886 el papa León XIII beatificó, confirmando su culto, a un numeroso grupo de mártires ingleses, correspondientes todos al mismo momento histórico. Los primeros nombrados en el Decreto, *Passi sub Henrico Rege,* son: *Ioannes Fisher, Episcopus Roffensis, S.R.E. Cardinalis - Thomas More, Angliae Cancellarius - Margarita Pole, Comitissa Salisburiensis, Cardinalis Pole mater.*

La fiesta de la Beata Margarita Pole, mártir, se celebra el 28 de mayo.

M.ª ENCARNACIÓN GONZÁLEZ RODRÍGUEZ

Bibliografía

The English Martyrs under Henry VIII and Elizabeth (1535-1583) (Londres 1887)

HAIT, M, *Life of Reginald Pole* (Londres 1911).

JORDAN, H. B., *Margaret Plantagenet. A novel* (Londres 1885)

KEOGH, E. S., «The blessed Margaret Pole, Countess of Salisbury», en B. CAMM (ed.), *Lives of the English Martyrs declared Blessed by Pope Leo XIII in 1886 and 1895.* I: *Martyrs under Henry VIII* (Londres 1904) 502-540.

PIERCE, H, *The life, career and political significance of Margaret Pole, Countess of Salisbury, 1473-1541* (Bangor 1997).

— «Margaret Pole, 1473-1541. Loyalty, lineage and leadership», en *Great Britain History. Henry VIII, 1509-1547; Great Britain History. Henry VII, 1485-1509* y *Great Britain. History, politics and government, 1509-1547* (Cardiff 2003).

TELLECHEA IDIGORAS, J. I., *La legación del Cardenal R. Pole (1553-1554)* (Salamanca 2002).

BEATOS ANTONIO JULIÁN NOWOWIEJSKI Y COMPAÑEROS

Mártires (1939-1945)

Tal día como hoy del año 1941 en Dzaldowo, Polonia, recibía la corona del martirio el obispo Antonio Julián Nowowiejs-

ki. Su figura serviría para encabezar una gloriosa lista de mártires a quienes el papa Juan Pablo II colocó en el honor de los altares el día 13 de junio de 1999 en el curso de una de sus visitas apostólicas a su propio país. Fueron ciento ocho los mártires beatificados aquel día: 3 obispos, 52 sacerdotes diocesanos, 3 seminaristas, 26 religiosos sacerdotes y 7 hermanos profesos, 8 religiosas y 9 fieles seglares, los cuales en la persecucion nazi contra el cristianismo durante la II Guerra Mundial habían sellado con el sacrificio de sus vidas su fe en Cristo y su entrega a la causa de la libertad y la dignidad del hombre. Es justo que en este *Año cristiano* dediquemos una extensa nota a contar el combate glorioso que estos atletas de la fe hubieron de luchar por Cristo, y hemos preferido hacerlo en este día en que el cabeza de lista de ellos dio su vida por Jesús. Cada mártir tiene al menos una biografía breve en el día de su martirio. Ahora queremos contar las circunstancias en que estos muchos martirios se produjeron.

La Iglesia de Polonia estaba llamada a soportar en el siglo XX nuevas y terribles pruebas, distintas de las que ya había sufrido en generaciones anteriores. Como las Iglesias de México o España, estaba llamada a cubrirse con la púrpura de la sangre de los mártires.

Polonia había perdido en el siglo XVIII su independencia y su unidad. Había sido repartida entre varias potencias, pero en no poca medida debido a su fe católica, había conservado la conciencia de su identidad, y ésta afloró en cuanto las circunstancias le fueron favorables. La oportunidad se produjo en la I Guerra Mundial (1914-1918). Los tres imperios europeos se vinieron abajo, y los tres emperadores, el uno católico (Austria), el otro ortodoxo (Rusia) y el otro protestante (Alemania), fueron depuestos y sus países evolucionaron a la forma republicana de Estado. Las fronteras del oeste se fijaron por el Tratado de Versalles (1918), las del este por el Tratado de Riga (1921) a causa de la victoria del Mariscal Pilsudski. Un plebiscito incorporó la Alta Silesia, y en 1923 los Aliados reconocieron las fronteras. El 17 de marzo de 1921 se aprueba la constitución de la nueva República de Polonia, y el país echa a andar de nuevo por la senda de la independencia. Luego de 123 años de someti-

miento parecía un sueño, y es natural que un nuevo florecimiento patriótico, cultural y religioso acompañara un evento tan notable. En 1925 el nuevo Estado hace un concordato con el papa Pío XI, y este concordato proporciona a la Iglesia un marco para su libre desenvolvimiento. Hombres eminentes ocupan las sedes episcopales polacas, y varios de ellos son adornados con la púrpura cardenalicia, tales como el cardenal Augusto José Hlond († 1948), arzobispo de Gniezno y Varsovia, primado de la nación, religioso salesiano y fundador de una congregación religiosa, que tiene abierta causa de beatificación en Roma, y el cardenal Sapieha, prelado de Cracovia. La Iglesia florece en multitud de obras apostólicas y benéficas. Parroquias, colegios, centros de estudios superiores, casas religiosas de las más diversas finalidades florecen por doquier. Se llenan los seminarios y los internados, crece el número de sacerdotes, religiosos y religiosas, las cuales llegan a ser 16.000. La vitalidad del laicado acompaña la vitalidad del clero y del estamento religioso.

Pero llega el 1 de septiembre de 1939. Gran Bretaña y Francia habían advertido a la Alemania nazi que el ataque a Polonia significaría la guerra. Pensó quizás el gobierno nazi que era una bravata y no hizo caso, y contra toda justicia el 1 de septiembre de 1939 las tropas alemanas emprenden la ocupación de Polonia, desencadenándose dos días más tarde la declaración de la II Guerra Mundial. Otra vez iba a perderse la independencia polaca, y otra vez la llamada al martirio iba a resonar en los ámbitos de la comunidad cristiana. En pocos días el Estado polaco fue barrido del mapa y el campo quedó abierto a las atrocidades que las tropas nazis quisieron ejecutar. El oeste fue ocupado por los alemanes y el este por los soviéticos bajo el pretexto de que había que frenar la marcha del ejército nazi.

Hoy no puede caber duda de que uno de los objetivos nazis en su ocupación de Polonia era acabar con la Iglesia católica, a la que veía como un fuego sagrado de patriotismo polaco incompatible con su propósito de dominación y explotación. Este plan para acabar con la Iglesia se vio claro en los 13 puntos promulgados por el gauleiter o gobernador nazi Arthur Greiser el 14 de marzo de 1940. Si la desaparición era la suerte que se sentenciaba para la Iglesia en los propios países germani-

cos, se la quería aún más rápida en los países ocupados, y para ello no se repararía en medio alguno. El clero era enemigo —así pensaban los nazis— de la deseada germanización de Polonia, especialmente de algunas de sus zonas, como Warthegau y Pomerania. El Nuncio, monseñor Cortesi, hubo de marcharse. El cardenal primado no fue autorizado a volver. Así los principales vínculos de la Iglesia con Roma quedaban debilitados y problematizados. Se procedió al arresto de numerosos eclesiásticos y se cerraron no menos de 1.300 iglesias e igualmente los seminarios y los colegios católicos. Según las noticias que había podido recoger la Santa Sede, en febrero de 1941 ya habían muerto tras su detención o habían sido asesinados un buen número de sacerdotes y religiosos y se contabilizaban unos 1.200 internados en campos de trabajo. Los intentos para que los dejaran salir hacia países neutrales fueron inútiles. Parroquias y parroquias se habían quedado ya sin sacerdotes. Por ejemplo en la archidiócesis primada de Gniezno estaban sin cura 173 de las 253 parroquias, y en la de Posnan 120 de las 371. Esto era a finales de 1940.

El decreto de declaración del martirio de estos testigos de la fe no duda en decir:

> «El nazismo en realidad era ateo, y gozando de un poder absoluto, se hizo enemigo de Dios y de los hombres Hostil a la Iglesia Catolica y a sus miembros, de muchos modos procuro anular su influencia, y unas veces con disimulo y otras abiertamente nego y violó los derechos humanos y cristianos Sobre todo en Polonia, todo el tiempo de la ocupación militar (1939-1945) se intento arrancar de raiz la presencia del cristianismo, oponiéndose a las instituciones eclesiasticas y persiguiendo a los obispos, sacerdotes, religiosos y seglares, considerados enemigos del nacional-socialismo»

La persecución adoptó la forma de detención y prisión primeramente o prolongada en algunos casos, para terminar algunas veces en juicio y otras sin juicio alguno en lo que fue el principal instrumento de tortura y exterminio: el internamiento en los campos de concentración. Fueron sencillamente terribles, y como dijo un alto prelado sobre el campo de Dachau, «los que murieron en él fueron mártires, los que sobrevivieron son confesores». En Dachau hubo 2.794 sacerdotes y religiosos

presos, de los cuales 1.773 eran polacos. Y de los 1.034 que murieron allí, hasta 868 eran de Polonia. Los sacerdotes polacos fueron especialmente maltratados, y sometidos a toda clase de humillaciones. A los sacerdotes polacos se les pidió el 21 de septiembre de 1941 que se reconocieran alemanes y se les daría un mejor tratamiento. Ninguno aceptó. Si se hiciera una jerarquía del tratamiento que allí se recibía habría que decir que se trataba mejor a los presos alemanes, luego a los checos, luego a los de las otras nacionalidades de la Europa del oeste, luego a los polacos, luego a los criminales y por último a los sacerdotes polacos. Por ello no puede extrañar que fueran 868 los eclesiásticos polacos sacrificados allí durante la guerra.

Para la beatificación se ha seleccionado un plantel verdaderamente admirable de mártires, que al hecho mismo de su sacrificio unieron conductas heroicas, dignas por sí solas de un santo. Así el padre carmelita calzado Hilario Januszewski († 1945), cuando en febrero de 1945 hubo una terrible epidemia de tifus en el campo, se ofreció a irse al barracón de los enfermos para atenderlos pese al evidente peligro de contagio, que se produjo en efecto y terminó con su vida, siendo mártir de la caridad. El religioso corazonista José Zaplata († 1945) fue adrede al campo de Dachau para poder prestar sus servicios a los detenidos que estaban enfermos de tifus. Y lo mismo sucedió con la hermana dominica Julia Rodzinska († 1945). Mariana Biernacka se ofreció a morir en lugar de su nuera que estaba esperando un hijo. Igualmente el hermano Gregorio Franckowiak, de la Congregación del Verbo Divino, se ofreció para que otros quedaran libres. El seminarista Bronislao Kostkowski habría quedado libre si hubiera prometido dejar su aspiración al sacerdocio. Vladislao Miegon († 1942), capellán militar, no quiso abandonar a los soldados presos sino continuar a su lado para consolarlos y animarlos. Aquiles Puchala († 1943) y Hermán Stepien († 1943), sacerdotes ambos y franciscanos conventuales, fueron hechos prisioneros al negarse a abandonar a sus feligreses. José Kurzawa, un joven coadjutor, fue fusilado con su párroco al que se negó a abandonar. Las hermanas Eva Noiszewska y Marta Wolowska, de la Congregación de la Inmaculada Concepción, fueron sacrificadas por su apoyo y protección a niños judíos. Por la

misma causa la hermana Clemencia Satszewska, religiosa ursulina, fue llevada al campo de concentración de Auschwitz. El internamiento y muerte del padre José Pawlowski y del padre Miguel Piaszcynski se debió a su defensa de los judíos. Murieron estos mártires, algunos en las cámaras de gas, otros fusilados, otros ahorcados, otros guillotinados, y otros murieron a causa de las miserias y penalidades y enfermedades de su detención. Se ha distinguido así un doble grupo de mártires: el primero, que consta de 62, fue el de aquellos cuya muerte les fue infligida por los perseguidores de manera violenta e inmediata. Murieron bajo la tortura, como queda dicho, o la decapitación o el ahorcamiento, o la cámara de gas o el fusilamiento. El segundo grupo, que comprende 46, murieron también de forma brutal pero indirecta, a consecuencia de experimentos médicos, de torturas repetidas, de enfermedades contraídas y no tratadas médicamente o tratadas de forma inadecuada, de hambre y depauperación orgánica, de agotamiento por trabajos forzados, etc. Estas causas verdaderas de muerte han sido tradicionalmente admitidas como verdaderos instrumentos de martirio en la tradición de la Iglesia, cuyo *Martirologio* recoge numerosos mártires muertos in aerumnis carceris, es decir por las penalidades de su detención. Por esto no puede extrañar que el lugar principal de martirio de estos mártires haya sido algún campo de concentración, como Dachau, Auschwitz, Sachsenhausen, Dzialdowo o Stutthof. A estos campos de concentración o exterminio hay que unir las prisiones de Dresden, Berezwecz, Kalisz, Palmiry y Poznan, aparte otros sitios en que fueron muertos algunos dentro del territorio polaco.

En el curso de las investigaciones que han culminado en la beatificación ha quedado claro y evidente el espíritu martirial de estos testigos de la fe. Todos ellos fueron a los campos de concentración, a la cárcel, a la detención, a la muerte por su fe religiosa. Ninguno de ellos había dado motivo político alguno. Ninguno de ellos había realizado alguna acción que pudiera considerarse como una oposición política a las nuevas autoridades. Todos ellos se limitaron a seguir ejerciendo su ministerio sacerdotal, su cometido como religiosos o a vivir como cristianos en medio del mundo. Y todos ellos mostraron su paciencia

y mansedumbre ante la persecución o la muerte. Lejos de cualquier odio o cualquier violencia, todos ellos aceptaron los sufrimientos como forma de unirse más a Cristo, que era el centro de sus corazones. El entorno de los mártires captó la admirable paciencia de los mártires, su caridad, su celo por el bien de los demás, sus razones religiosas de fondo. Y por ello su fama de martirio les acompañó desde el primer momento.

La causa de beatificación de estos mártires no empezó ciertamente hasta 1992 pero, en realidad, su preparación empezó a raíz de la beatificación del obispo Miguel Kozal (muerto en Dachau el 26 de enero de 1943), beatificación efectuada por el papa Juan Pablo II en Varsovia el 14 de junio de 1987. El obispo de Wloclawek elevó consultas a la Congregación de las Causas de los Santos y a la Conferencia Episcopal Polaca. La plenaria de ésta el 1 de diciembre de 1989 aprobó la iniciación de la causa, que en 28 de febrero de 1991 quedaba encomendada al obispo de Wloclawek y se abrió el 26 de enero de 1992, incluyendo a 92 siervos de Dios, y se concluyó el 26 de enero de 1994. Pero durante el examen de la causa en la Congregación de la Causa algunos obispos y superiores mayores de congregaciones religiosas pidieron se añadieran los titulares de causas de beatificación individuales y así se llegó a los 108 mártires, a los cuales por fin se les dio el calificativo oficial de mártires el 26 de marzo de 1999. Las diócesis a que pertenecían los siervos de Dios eran Biastok, Czestochowa, Drohiczyn, Gdansk, Gniezno, Kalisz, Katowice, Kielce, Cracovia, Lublín, Lomza, Plock, Poznan, Radom, Sandomierz, Tarnow, Varsovia, Wloclawek, Zamosc y el Ordinariato militar, las órdenes y congregaciones religiosas a que pertenecían otros mártires eran: los hermanos del Sagrado Corazón de Jesús, los capuchinos, los carmelitas, la congregación de San Miguel Arcángel, los carmelitas descalzos, los dominicos, las hermanas dominicas, los franciscanos, los franciscanos conventuales, las esclavas de la Inmaculada Concepción, los padres marianos, los oblatos de María Inmaculada, los orioninos, los palotinos, las hermanas capuchinas, los salesianos, las hermanas escolásticas de Nuestra Señora, las hermanas de la Inmaculada Concepción, las hermanas de la Resurrección, la Sociedad del Verbo Divino, las ursulinas.

La beatificación no fue en Roma sino en Varsovia, ante una inmensa multitud. Fue un homenaje dignísimo el que ese día prestó, llena de emoción, la Iglesia polaca a estos hijos ilustres, teñidos en su sangre derramada por Cristo, y en realidad representantes de tantos más como murieron en aquella terrible circunstancia histórica de opresión y persecución. Una nueva iglesia en Lichen fue la ofrenda votiva de la Iglesia polaca por el Año Santo 2000, y ese nuevo lugar sagrado quedó como sitio especial para el recuerdo y la veneración de estos mártires. En su explanada tuvo lugar la beatificación, y en su interior la «Cámara de los mártires» los recuerda de forma muy concreta, teniendo a la Virgen María, figurada como la Pietá de Miguel Ángel, la Reina de los Mártires, como titular del Santuario.

Digamos algo, por fin, sobre el beato Antonio Julián Nowowiejski, el obispo que encabezó esta causa de beatificación por martirio. Nació en Lubienie, Polonia, el 11 de febrero de 1858, el día de la aparición de la Virgen de Lourdes. Estudió bachillerato en Radom y, al término del mismo, su familia se trasladó a Plock. Decidida su vocación sacerdotal, ingresó en el seminario de esta ciudad en 1874, pasando en 1882 a Petersburgo, en cuya Academia de teología hizo los grados. Se ordenó sacerdote el 10 de julio de 1881. Destinado al seminario, fue profesor del mismo y luego vicerrector y rector. En 1902 fue nombrado vicario general. En 1908 la Santa Sede lo elige para obispo de Plock. Hizo una gran labor pastoral en la diócesis, logrando frutos abundantes de vida cristiana, reconocidos por el papa Pío XI que le dio en 1930 el título de arzobispo. Llegada la invasión alemana en septiembre de 1939, se negó a huir, permaneció en su puesto y continuó su labor pastoral. Su arresto se produjo el 28 de febrero de 1940. Estuvo un año recluido en Slupno, y el 8 de marzo de 1941 era llevado al campo de exterminio de Dzialdowo, donde recibió innumerables malos tratos y torturas que soportó con ánimo y mansedumbre evangélica. Su salud se resintió hasta el punto de no soportar tantas miserias y falleció de debilidad el 28 de mayo de 1941.

JOSE LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 91 (1999) 1180s, 92 (2000) 665s

KACZMARIK, T. - PITOSO, F., *Lights in the darkness, 1939-1945* (Polonia 2000).

CONGREGATIO DE CAUSIS SANCTORUM, *Vladislaviensis et aliarum. Beatificationis seu declarationis martyrii Servorum ac Servarum Dei Antonii Iuliani Nowowiejski, archiepiscopi, Henrici Kaczorowski et Aniceti Koplinski, sacerdotum, Mariae Annae Biernacka, laicae, atque centum trium sociorum in odium fidei, ut fertur, annis 1939-1945, interfectorum.* Vols I-IV *Positio super martyrio* (Roma 1997)

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN GERMÁN DE PARÍS

Obispo († 576)

Germán, que llegaría a ser famoso y celoso obispo de París, era natural de Autun en Borgoña, donde nació a comienzos del siglo VI, y se educó en Avallon. De estudiante estuvo a punto de perder la vida porque la madre de su primo Estatridio, su colega de estudios, quiso envenenarle a fin de obtener su fortuna. Pero fue el primo el que bebió el veneno, quedándole secuelas para toda la vida, aunque no murió.

Germán se preparó concienzudamente para el sacerdocio, que recibió de manos del obispo de Autun, Agripino. Profesó seguidamente como monje y el siguiente obispo, Nectario, lo nombró abad de San Sinforiano en la propia ciudad de Autun, abadía donde se seguía la regla monástica de Lérins. Se mostró como tal abad hábil administrador de los bienes del monasterio y fiel impulsor del cumplimiento de la regla.

Conquistada ya Borgoña por los francos, Germán fue invitado al concilio de París del 556, al que acudieron obispos de los dos reinos, el de Clodoveo y el de Childeberto. Y allí acordaron que había que deponer al obispo parisiense. Éste reconoció la falta de que se le acusaba (¿oposición al rey?) y, hecha la dimisión, se marchó a un monasterio.Y entonces se resolvió el nombramiento de Germán como nuevo obispo, que fue seguidamente consagrado.

Como obispo estuvo siempre en su sitio. Tuvo primero el apoyo del rey Childeberto para aliviar la suerte de los pobres y para la edificación de varias iglesias, entre ellas la catedral. Pero

del siguiente rey hubo de padecer no poco. Fue incansable en su afán por frenar la contienda civil y por poner fin a los vicios de la corte, aunque tuvo poco éxito. Santa Radegunda acudió a él cuando ya no le fue posible seguir aguantando las brutalidades de su esposo el rey Clotario I. Rigió su diócesis con sabiduría y fomentó con gran devoción el culto a los santos. Fundó el monasterio que llevaría su nombre, San Germán de los Prados, y que se haría famoso. Tuvo fama de hacer milagros, fama enmarcada en su continuo afán por socorrer a los pobres, para quienes todo le parecía poco. Murió en París el 28 de mayo del año 576.

SANTA UBALDESCA

Virgen († 1206)

Ubaldesca era natural de Calcinaia, en el Valdarno inferior, Italia, donde nació en 1136. No tenía más que quince años cuando decidió servir a Dios en la persona de los enfermos del Hospital de San Juan, de Pisa, regentado por la Orden de San Juan de Jerusalén. En él las personas cosagradas al servicio de los enfermos observaban la regla de San Agustín.

Prestó su servicio con tanta entrega, amor y ternura que se hizo notable a los pisanos, los cuales empezaron a apreciarla y a acudir a ella en sus necesidades, especialmente en las enfermedades. Se corrió la voz de que la santa enfermera Ubaldesca hacía milagros con el agua de un pozo del hospital. Usaba de todos modos su influencia para atraer a la gente a Dios y a su servicio.

Perseveró toda su vida en el servicio a los enfermos hasta su muerte el 28 de mayo de 1206, luego de cincuenta y cinco años de servirlos. El culto de Ubaldesca no ha sido confirmado por la Santa Sede, pero se le viene dando desde su muerte por parte de la Orden sanjuanista y del pueblo de Dios en Pisa. Su nombre figura en el *Martirologio romano.*

BEATO HERCULANO DE PIEGALE

Presbítero († 1451)

En la italiana región de la Umbría, y en el pueblo de Piegale, nace Herculano el año 1390 en el seno de una acomodada familia. Pero desde muy joven le atrae la vida religiosa y por ello abandonó su casa y familia para ingresar en la Orden de Menores. Lo hizo en el convento de Sartiano y se ocupó de su formación el Beato Alberto Bertini. Profesó la regla, hizo los estudios y se ordenó sacerdote.

Fue un celoso predicador de la palabra divina al tiempo que un alma de intensa oración y vida austerísima, que predicaba tanto con el ejemplo que más atraía de él su persona que su palabra, bien que numerosos fieles, multitudes a veces, acudían a escucharle y a confesarse con él para obtener el perdón de sus pecados. Era tema predilecto suyo la pasión de Cristo.

Cuando en 1429 su maestro fray Alberto es nombrado legado pontificio en Tierra Santa, es designado Herculano para acompañarlo y así lo hace, no perdiendo oportunidad de evangelizar tanto en Palestina como en Egipto.

Vuelto a Italia reanuda su predicación y estaba en Lucca en la Cuaresma de 1430 cuando la ciudad fue asediada por las tropas florentinas, padeciendo mucho la población en el cerco. Herculano fue un ángel de consuelo y fortaleza y predijo la liberación, que en efecto se produjo con la llegada de tropas milanesas en auxilio de Lucca. Esta ciudad lo aclamó como su valedor.

Seguirá después de esto predicando y funda de paso varios conventos de su Orden en Toscana, hasta que decide poner su residencia en el de Castelnuovo, donde le llegaría la entrada en la gloria el 28 de mayo de 1451. Pío IX confirmó su culto el 19 de marzo de 1860.

BEATA MARÍA BARTOLOMEA BAGNESI

Virgen († 1577)

Fue una niña débil y enfermiza desde su nacimiento en Florencia el 15 de agosto de 1514. Tenía 17 años cuando se quedó huérfana de madre y hubo de hacerse cargo de su casa. Quiso

su padre casarla pero ella prefería consagrarse al Señor. Ante la insistencia de su padre enfermó y la boda se deshizo, padeciendo ella seguidamente una penosa enfermedad que se prolongó toda su vida.

Hizo de la enfermedad un medio de santificación. Tomó como director espiritual al P. Agustín Campi, se hizo terciaria dominica e hizo voto privado de castidad. Su humildad, paciencia, mortificación y caridad servían a todos de ejemplo y testimonio y desde su lecho de enferma comenzó a hacer mucho bien espiritual a todos cuantos la visitaban y trataban.

Pero en medio de su fama de santidad le vinieron también críticas y malentendidos, que ella soportó con gran humildad y mansedumbre, dejando su causa en las manos del Señor. Murió santamente el 28 de mayo de 1577. Su culto fue confirmado por el papa Pío VII el 11 de julio de 1804.

BEATO TOMÁS FORD, JUAN SHERT Y ROBERTO JOHNSON

Martires († 1582)

En Londres, el día 28 de mayo de 1582, fueron ahorcados y descuartizados tres sacerdotes católicos que, aunque bastaba para ser condenados su condición sacerdotal, fueron además acusados de conspiración contra la vida de la reina Isabel I.

El primero de ellos era TOMAS FORD, natural de Devon, y que había estudiado en Oxford y llegó a ser *fellow* del Trinity College. Convencido de la verdad católica, marchó a Douai y entró en el Colegio Inglés, donde se ordenó sacerdote y volvió en 1576 a Inglaterra. Pudo aquí trabajar apostólicamente hasta 1581 en que fue arrestado en Lyford Grange, Berkshire, y llevado a la Torre de Londres, donde fue torturado cruelmente para que dijera los nombres y el escondite de los otros sacerdotes, aunque no dijo nada. Quienes le acusaron de conspirador jamás lo habían visto, y por ello él insistió en que el motivo de su muerte era su fe católica. Reconoció a la Reina como su soberana y añadió que jamás la había ofendido en nada.

El segundo era JUAN SHERT, nativo del Cheshire y que igualmente había estudiado en Oxford en el Colegio Brasenose. Ter-

minados los estudios, se colocó como maestro de escuela en la capital inglesa hasta que marchó a Douai, donde comenzó el 9 de enero de 1576 los estudios, que terminó en Roma, donde se ordenó sacerdote en 1578. Vuelve en 1579 a Inglaterra como primer alumno del seminario romano que volvía a su país y pudo trabajar en el Cheshire y luego en Londres hasta que fue arrestado el 14 de julio de 1581. Fue juzgado como participante en una conjura contra la Reina y condenado como traidor sin prueba alguna. Hubo de asistir al martirio de Tomás Ford, y cuando lo descuartizaban gritó: «Bendita alma, ya eres feliz, ruega por mí». Le dijeron entonces que podría salvarse si reconocía a la Reina como cabeza de la Iglesia en Inglaterra. Y él respondió: «Ni lo es ni puede serlo. Lo es el papa». Seguidamente fue martirizado.

El tercero es ROBERTO JOHNSON, natural de Shropshire. Primero trabajó como criado de una familia pero luego decidió irse al Continente a finales de 1569. Entró en el colegio teutónico romano en 1572 para estudiar para el sacerdocio, pasando en 1574 a Douai y ordenándose en abril de 1576. Vuelve a Inglaterra donde trabaja apostólicamente, va en peregrinación a Roma en 1579 y regresa a su país y puede misionar hasta el verano de 1580 en que es detenido, llevado a la Torre de Londres y torturado varias veces bajo la acusación de estar implicado en una conjura contra la Reina, siendo condenado a muerte en otoño de 1581. Cuando le pusieron la soga al cuello, él rezaba en latín y el verdugo le dijo que rezara en inglés. Él contestó: «Rezo en una lengua que entiendo perfectamente». Seguidamente él fue ahorcado y luego descuartizado.

Estos mártires fueron beatificados el 29 de diciembre de 1886.

SAN PABLO HANH

Mártir († 1859)

He aquí a un hombre de vida poco limpia pero que, puesto en el trance de negar su fe cristiana, prefirió la muerte a la apostasía y lavó con su sangre sus faltas anteriores.

Había nacido en Cho-Quang, Vietnam, el año 1826 en una familia de tradición cristiana que lo bautizó de niño y lo educó en la fe. Llegado a la juventud comenzó a ejercer con sus hermanos el comercio, pero esto no era sino la cobertura de una verdadera banda organizada de ladrones. Saquearon en una ocasión la casa de una mujer, de la que le dio pena a Pablo y como tal jefe de la banda mandó a sus compañeros devolverle lo robado. Se le rebelaron sus cómplices y para vengarse de él lo acusaron de estar en trato secreto con los franceses y fue arrestado.

Ante las autoridades pudo probar que la acusación era falsa, pero en el curso del interrogatorio le preguntaron si era cristiano y dijo que sí. Entonces le dijeron que estaba prohibido ser cristiano y tenía que apostatar. Él dijo que no pensaba hacerlo. Lo torturaron para que lo hiciera, pero se mantuvo firme, y entonces, en cumplimiento de la ley, fue condenado a muerte y decapitado el 28 de mayo de 1859.

Este nuevo buen ladrón fue canonizado el 19 de junio de 1988.

BEATO LADISLAO DEMSKI

Presbítero y mártir († 1940)

De familia polaca, nace en Sztum, Prusia, en 1884. Tras hacer los estudios eclesiásticos se ordena sacerdote en Frombork el 6 de febrero de 1910. Quedó dedicado a la atención pastoral de los polacos de su zona. Cuando ésta queda integrada en Alemania, él marcha a Polonia y se emplea como profesor en la diócesis de Gniezno. Hizo los estudios de filosofía y letras en Poznan, y a continuación pudo dar clases de lenguas clásicas. Como profesor fue un verdadero apóstol, y al lado de su enseñanza ejercía con gran celo su ministerio sacerdotal.

Tras empezar la guerra mundial, se encargó de la parroquia de la Santísima Virgen, pero el 2 de noviembre de 1939 fue arrestado y enviado al campo de concentración de Stutthof, de donde pasa al de Sachsenhausen en abril de 1940. Quiso evitar la profanación de un rosario y por ello fue torturado hasta el extremo que murió de resultas el 28 de mayo de 1940. Fue beatificado el 13 de junio de 1999.

29 de mayo

A) Martirologio

1 En Antioquia de Siria, San Hesiquio († 303), martir
2 En Trier (Galia Belgica), San Maximino († 347), obispo *
3 En el Valle de Anania, junto a Trento, los santos Sisinio, diaco no, Martirio, lector, y Alejandro, ostiario († 397), martires
4 En Ravena (Flaminia), San Exuperancio († 477), obispo
5 En Milan (Liguria), San Senador († 480), presbitero
6 En Mâcon (Borgoña), San Gerardo († 1138), obispo
7 En Pisa (Toscana), Santa Bona († 1207), virgen *
8 En Avignonet, junto a Toulouse, los beatos Guillermo Arnaud y sus compañeros Bernardo de Roquefort, Garcia d'Aure, Esteban de Saint-Thierry, Raymundo Carbonier, Raymundo de Cortisan, llamado Escribano, que era canonigo, Bernardo, Pedro d'Arnaud, Fortanerio y Ademaro, clerigos, y el Prior de Avignon, cuyo nombre se ignora († 1242), martires **
9 En Pisa (Toscana), Beata Gerardesca († 1269), viuda *
10 En York (Inglaterra), Beato Ricardo Thirkeld († 1583), presbite ro y martir *
11 En el poblado Roma, entre los basutos del Africa Austral, Beato Jose Gerard († 1914), presbitero, de la Congregacion de Oblatos de Maria Inmaculada **
12 En Roma, Santa Ursula Ledochowska († 1939), virgen, fundado ra del Instituto de Ursulinas del Corazon de Jesus Agonizante **

B) Biografias extensas

BEATOS MÁRTIRES DE AVIGNONET
(Guillermo Arnaud, Bernardo de Roquefort, García d'Aure, Esteban de Saint-Thierry, Raymundo Carbonier, Raymundo de Cortisan, Bernardo, Pedro d'Arnaud, Fortanerio, Ademaro, y el Prior de Avignon)

Martires († 1242)

Los once mártires de Avignonet, pequeña ciudad junto a Tolosa en la Francia meridional, dieron su vida por la fe de Cristo y por su obediencia filial a la Iglesia, a manos de los herejes, el 29 de mayo de 1242, Vigilia de la Ascension del Señor En la noche se escuchaban sus voces unánimes, cantando el himno *Te Deum* en accion de gracias, mientras las espadas de los verdugos tronchaban sus cabezas.

Su memoria y sus once nombres figuran en el *Martirologio romano* actual (2001) el día de su natalicio, el 29 de mayo. Son los siguientes: Guillermo Arnaud, de la Orden de Santo Domingo; Bernardo de Rocafort, también dominico; García d'Aure, converso de la misma Orden; Esteban de Saint-Thierry, abad que pasó a la Orden de los Menores, Raimundo Carbonier, de la Orden de los Menores; Raimundo Cortisan, llamado «el Escribano», canónigo de Tolosa y arcediano de Lézat; Bernardo, clérigo de la catedral de Tolosa; Pedro Arnaud, notario de la Inquisición; Fortanerio, clérigo cursor de la Inquisición; Ademaro, clérigo cursor de la Inquisición, y el Prior de Avignonet, monje, cuyo nombre desconocemos.

Pero ¿cuáles fueron las circunstancias de su vida y misión y cuáles las causas inmediatas de su martirio?

Hay que remontarse al siglo XIII para evocar aquella Edad Media de contrastes, enorme y delicada, concretamente en los pontificados de Inocencio III (1198-1216), Honorio III (1216-1227) y Gregorio IX (1227-1241); en el ambiente caballeresco de las Cruzadas y en el nacimiento de las nuevas órdenes religiosas, los mendicantes de Santo Domingo y San Francisco, las herejías y la Inquisición.

La historia de la Iglesia se teje, en gran parte, por la vida y la muerte de las herejías. Desde el siglo V en Occidente, pasadas las crisis de las grandes desviaciones cristológicas y trinitarias, no hubo herejías notables hasta que fueron brotando nuevos movimientos populares, bien intencionados en los comienzos, que poco a poco se convirtieron en enclaves antieclesiales. Fueron los que provocaron la creación de mecanismos represivos, cuyos efectos constituyen los rasgos más tristes y deplorables de esta época; tan brillante, por otra parte, que alza las catedrales y la *Suma teológica* y que presenta florecientes y nuevos modelos de santidad, en constelación.

El ideal común de la Iglesia, sobre todo después de la reforma gregoriana, era el retorno a la vida apostólica, a la sencillez y pobreza de la primitiva comunidad cristiana.

Es lo que predicaban los santos, frente a los escándalos y la prepotencia de algunos señores y algunos clérigos, que humillaban al pueblo.

Pero no faltaban entre los predicadores ambulantes algunos exaltados que se fueron separando progresivamente de la autoridad religiosa, hasta oponerse frontalmente a la doctrina sana y a la moral cristiana. Rebrotaron las herejías.

En Lyón, por ejemplo, el mercader Pedro Valdés comenzaría a predicar el evangelio puro y simple en 1175, pero ni él ni sus discípulos fueron obedientes al Papa y a los obispos, sino que consumaron el cisma, los «valdenses». Entre otras cosas, consideraban que el ministerio sagrado no podía confiarse más que a los laicos piadosos, hombres o mujeres, excluyendo al clero oficial, como y por poseedor de bienes materiales.

En el polo opuesto, San Francisco, «il Poverello», veneraba a los ministros de Dios y con «el evangelio sin glosas» como regla única, reformaba la Iglesia, al estilo de los santos, desde dentro de ella.

El movimiento de mayor extensión e influencia fue el de los cátaros o puros y perfectos. Predicaban la existencia del Dios bueno, creador de los espíritus, pero no del mundo visible, que procede del mal. Condenaban, por ello, la materia y el matrimonio. Negaban la redención de todo el hombre, excluyendo su cuerpo. Formaban una verdadera anti-Iglesia y se difundieron desde Bélgica, por Alemania y Francia, principalmente en el Languedoc y Aquitania.

Uno de los focos principales estaba en el Condado de Tolosa y en las ciudades de Carcasona, Agen y Albi, de donde también se les llamaba «albigenses», aunque este nombre comprende varios grupos de herejes.

En un rico paisaje de bosques y viñedos, la ciudad medieval de Albi se asoma al río Tarn que da nombre a la provincia del centro en la región francesa del Midi Pyrénées. Allí se dice que cuando el río baja de color rojo, es que viene teñido de la sangre de los cátaros. Y es que estos herejes, partidarios de la austeridad eclesial y del igualitarismo, tuvieron en Albi su fuerte y fueron casi arrasados por la alianza de la Iglesia y la realeza en la Cruzada que contra los albigenses había capitaneado Simón de Monfort y el mismo Luis IX (San Luis).

Más adelante, después de los trágicos episodios de nuestros mártires, de la represión y del suicidio colectivo de los rebeldes

que se refugiaron tras los muros de la gran fortaleza de Montségur (16 de marzo de 1244), para afirmar el triunfo de la ortodoxia, comenzó la construcción de la hermosa catedral de Santa Cecilia de Albi. En el interior, bajo el órgano, un inmenso fresco representa el juicio final y advierte, con lujo de detalles, de los tormentos que aguardan a los pecadores.

Entre estos herejes ejerció su ministerio Santo Domingo y ellos fueron la ocasión que le movió a fundar la Orden de los Dominicos, o de Predicadores, para convertirlos por el ejemplo y la doctrina.

El 22 de abril de 1234, el papa Gregorio IX designó a Guillermo Arnaud como primer inquisidor en la diócesis de Tolosa, Albi, Carcasona y Agen. Era un fervoroso dominico oriundo de Montpellier que, después de profesar en Tolosa, se había convertido en el brazo derecho del famoso inquisidor Pedro Seila, compañero de Santo Domingo.

La Inquisición —de la palabra inquirir, averiguar— la formaban tribunales eclesiásticos establecidos para reprimir «delitos» contra la fe cristiana. Ya el derecho romano cristiano había establecido penas para algunos de esos delitos. Era un precedente. Pero fue en el siglo XII cuando aparecieron tribunales específicos en este campo.

La reacción popular contra los desmanes de algunos herejes fue aprovechada en ocasiones por gobernantes y acogida por concilios y Papas para reprimir con penas materiales ese tipo de faltas que las leyes consideraban como un crimen.

Gregorio IX se encontró con un decreto imperial dado en la Dieta de Rávena (año 1231) que declaraba a la herejía «crimen de Estado o de lesa Majestad» y aplicaba la pena de muerte en la hoguera para los que no se arrepintieran. Si el culpable se arrepentía, se quemaba su cadáver.

Sólo el tribunal eclesiástico podía decidir la existencia del delito, tras un examen de expertos. Hallado el culpable y probado el delito, se hacía la entrega al brazo secular, que era el único capacitado para ejecutar la sentencia.

La leyenda negra de algunos historiadores ha exagerado notablemente lo que hizo la Inquisición y ha confundido sin discernimiento lo que era propio de la acción de la Iglesia y lo que

practicaba la autoridad civil. Hoy se ha hecho un juicio más sereno y objetivo. En todo caso el hecho y el principio de castigar con penas físicas los delitos contra la fe, es una desviación deplorable.

Guillermo puso manos a la obra con un celo indiscreto y un ardor excesivo. Llegó a hacer desenterrar los cadáveres de los herejes para entregarlos a las llamas. Y esta actitud le creó serias dificultades.

El conde de Tolosa, Raimundo VII, pidió al Papa que moderase tanto rigor y prohibió a sus súbditos toda relación con fray Guillermo y los inquisidores, sus compañeros. Colocó guardias a las puertas de los conventos para que no pudieran recibir provisión alguna.

Por esta razón, el 15 de noviembre de 1225, fueron expulsados de la ciudad todos los dominicos, que se fueron alejando procesionalmente, cantando himnos sagrados.

Sólo pudieron regresar a su residencia al año siguiente. Pero, entretanto, el odio popular contra los inquisidores seguía creciendo y provocando tumultos. El gobernador de Avignonet, poblado a pocos kilómetros de Tolosa, simulando amistad y propósito de conciliación, invitó a su castillo a Guillermo con sus diez compañeros. Los encerró dolosamente en un gran salón y, por la noche, los hizo degollar. La crueldad de los sicarios se cebó especialmente en Guillermo, a quien le cortaron la lengua.

En el grupo de los once mártires hay algunos dominicos y franciscanos, canónigos y clérigos de la catedral, escribanos y cursores del tribunal.

Guillermo Arnaud y García d'Aure fueron objeto de veneración inmediatamente y sepultados en la iglesia de San Román de su monasterio de Tolosa. En 1383 fueron colocados honoríficamente en la capilla de San Nicolás de la misma iglesia y se celebraba todos los años su memoria junto con la de su compañero Bernardo de Rocafort. En la Revolución Francesa fue destruida su tumba.

Los franciscanos, Esteban de Saint-Thierry y Raimundo Carbonier, fueron sepultados en sendas tumbas, con epitafio, de la iglesia de su Orden, en Tolosa. En 1619 se realizó el reconocimiento de sus cuerpos.

El archidiácono de Lézat y su clérigo, Bernardo, fueron inhumados en el claustro de la catedral de San Esteban de Tolosa, junto al muro de la iglesia. El cabildo hizo un reconocimiento de sus restos en 1647 y los trasladó al interior de la misma catedral, a la capilla de San Alejo, hoy de San Pablo.

El 30 de septiembre de 1809, el arzobispo de Tolosa, primero constitucional y después concordatario, hizo retirar de la iglesia de Avignonet un cuadro que representaba a los once inquisidores mártires con aureola. Repuesto más tarde, desapareció en 1861.

En el museo de San Marcos de Florencia existe un bellísimo retrato de Bernardo de Rocafort atribuido a Fra Angélico, como detalle pormenor de una crucifixión (siglo XV).

El proceso de estos mártires, o al menos la aprobación del culto, iniciado por el dominico tolosano Parcin en 1700, fue avanzando lentamente y en 1866, el 1 de septiembre, el Beato Pío IX lo autorizó.

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

BERTUCCI, S M, «Avignonet, Martiri di», en *Bibliotheca sanctorum,* t II, cols 647 649
GABIT, G, *Histoire des comtes de Toulouse* (Tolosa 1623)
MASSON, H, *Manual de herejías* (Madrid 1989)

BEATO JOSÉ GERARD

Presbítero († 1914)

Nació el 12 de marzo de 1831 en Bouxières-aux-Chênes, próximo a Nancy, en la Lorena francesa, hijo de Juan Gérard y Ursula Stofflet, primogénito de cinco hermanos, una pobre familia de campesinos entregada al trabajo de sus viñedos. Sus progenitores, de fe profunda y señalada piedad, acuden en diversas ocasiones en peregrinación al santuario de Nuestra Señora del Buen Socorro de Nancy. Fue alumno de la escuela comunal que dirigían las Hermanas de la Doctrina Cristiana. El párroco local l'abbé Cayens, que había misionado en Argelia, le preparó para la primera Comunión (1842), y viendo en él sus grandes cualidades y su posible vocación le enseñó latín, prepa-

rándole para entrar en el Seminario menor de Pont-à-Mousson en 1844, de donde pasó cinco años más tarde al Seminario mayor de Nancy. La predicación de los Padres Oblatos de María Inmaculada fundados por San Eugenio de Mazenod, obispo de Marsella, que trabajaban como misioneros en Canadá, le permitió conocer este apostolado y sentirse vocacionado a participar en la misión. Fue un duro golpe para sus padres, pues la perspectiva de la separación definitiva hacía más difícil la prueba. Obtenido el consentimiento paterno, ingresó en el noviciado oblato de Nuestra Señora de l'Osier (Grenoble), profesando el 10 de mayo de 1852:

> «Dios mio, sólo os pido una cosa, concededme el espíritu de sacrificio que es el espiritu del verdadero oblato de Maria Inmaculada [ ] Que sea humilde, mortificado, caritativo»

Era bien visible para sus superiores que la gracia actuaba en él y le dirigía. La profunda humildad le granjeaba el respeto de todos, aumentando su piedad de día en día· «Verle rezando en la iglesia conduce a Dios». Con estas virtudes llegará a ser un apóstol capaz de grandes sacrificios. Concluido el noviciado marchó a Marsella para continuar su formación bajo la dirección del Padre Enrique Tempier, primer compañero del santo fundador. Dotado de singulares dotes naturales y muy devoto de María, se granjeó el afecto de todos por su gran simpatía. El propio San Eugenio de Mazenod, superior general, le ordenó de diácono el 3 de abril de 1853, siendo destinado al mes siguiente a la nueva misión de Natal (Sudáfrica).

Los vientos contrarios llevaron el barco a Río de Janeiro en vez de bordear la costa africana, recalando después en la isla Mauricio, donde permaneció dos meses antes de poder llegar a su destino. Allí conoció al Beato Jacobo Desiderio Laval, misionero de la Congregación de Padres del Espíritu Santo, quien le adoctrinó con un método eficaz para su misión apostólica que no olvidará nunca En enero de 1854 partió, finalmente, hacia Ciudad del Cabo, donde arribó el 21 de enero, junto con dos compañeros. El 19 de febrero recibio la ordenación sacerdotal de manos de mons. Allard, dedicándose al aprendizaje del inglés y de la lengua zulú con gran facilidad. Su primera misión fue San Miguel de Zulúes (1855-1856), en una población exclu-

sivamente de negros felices de su manera de vivir, fieros, polígamos y supersticiosos. Ése era el panorama que encontró el nuevo apostol de Cristo.

No hubo conversiones y todo esfuerzo parecía estéril. Realmente existen pocos ejemplos de una parecida infructuosidad misionera. Ante esta dura experiencia mons. Allard le ordena el regreso, aunque su corazón espera volver pronto y comenzar de nuevo la misión con más ardor: «Los momentos en que tuvimos que sufrir han sido los más hermosos». En 1858 retorna a San Miguel, construye una capilla que fue bendecida al año siguiente, aunque persisten los nulos resultados, dedicando ocho años a la evangelización de los zulúes.

Entre 1861 y 1862 participó en dos expediciones apostólicas, una, a lo largo de la ribera del río Umzinkulu, y la otra, en el Estado Libre de Orange, con resultados desiguales. Con su natural facilidad para las lenguas se expresaba muy bien en inglés y en las lenguas autóctonas. En 1862 fue enviado a Lesoto, donde fue bien recibido por el reyezuelo Moshoeshoe I en su fortaleza de Thaba Bosiu, quien le concedió un terreno para la iglesia y vivienda para los misioneros. Allí se fundó la Misión Madre de Dios, poco después llamada «Roma». Especialmente se dedicó a los niños, adoctrinándoles en el santo temor de Dios, y atendiendo con grandes sacrificios a los enfermos. Pero los problemas constatados con los zulúes se repiten en los basotos, donde vuelve a encontrar tres obstáculos a la fe: la poligamia, el culto idolátrico y el papel fundamental de los hechiceros y sus mágicos sortilegios que fascinan a las gentes, aunque también comprueba las buenas disposiciones que demuestran los nativos hacia la religión, siendo accesibles a la enseñanza y civilización cristiana. Durante un año el trabajo apostolico va abriéndose camino: «Qué dolor tan grande comprobar tantas almas que se pierden porque no aman a Jesucristo». A finales de 1864 mandó a la imprenta un catecismo en lengua sesoto que había compuesto para el aprendizaje de la fe.

En el verano del año 1865 estalló la guerra de los boers con los basotos que duró tres años, con períodos de calma, produciendo un gran desánimo en el corazón del misionero: «Que yo sea una víctima perpetua, consumida a vuestra gloria por la sal-

vación de las almas». A pesar de las conversiones cada vez más numerosas y la llegada de seis religiosas de la Sagrada Familia de Burdeos (25 de abril), la cruz no faltó nunca. Enfermedades, fracasos, las consecuencias de la guerra y las tentaciones de abandonarlo todo se van sucediendo. Atendió con gran solicitud a todos, enfermos y heridos, ganándose el reconocimiento general, «porque la caridad es siempre un lenguaje muy persuasivo, incluso para los infieles». Las mencionadas religiosas pudieron abrir un colegio dedicándose a la enseñanza de los nuevos conversos, inaugurando en 1869 el primer centro educativo.

Después de 22 años en esta misión, en 1876 pasó al norte de Lesoto para fundar una nueva casa —Santa Mónica— adonde llegó acompañado por algunos colaboradores y un joven, Malapo, hijo del mencionado monarca de Lesoto. Después de nueve meses de visitas a las familias y profunda y constante oración formó un grupo de catequistas, llegando en 1877 las religiosas de la Sagrada Familia que abrieron un centro de enseñanza. Persisten la pobreza y la soledad en una tierra de calor sofocante y le parece estar sembrando en tierra árida. Alimenta su esperanza con una prolongada oración en las horas de la noche, sintiéndose lleno de coraje para seguir misionando en medio de tantas pruebas y desvalimientos. El excesivo trabajo le pondrá también a prueba en su espíritu, pero cuenta con la singular ayuda de la Providencia que le anima y conforta. Los indígenas lo encuentran siempre bueno y afable, un verdadero hombre de Dios, predicando de palabra y ejemplo: «Decir lo que este hombre de Dios, este apóstol, ha sufrido, sería difícil». Respetado por todos regresó a Lesoto en 1898 bajo la autoridad de mons. Allard, su primer superior en África, donde celebró en medio del afecto general el 50.° aniversario de su ordenación sacerdotal y entrega misionera en Lesoto (1904). Falleció el 29 de mayo de 1914 a los 83 años de edad, dejando una cristiandad de 15.000 católicos y 44.000 catecúmenos.

Estuvo siempre cerca de cada uno presentando el mensaje de Jesucristo con métodos atrayentes y cantos, despertando en los oyentes su inteligencia e invitándoles a practicar la caridad que tan ejemplarmente vivía. No escatimó nada en su trabajo, sin hacer distinciones a nadie, exhortando a todos al amor de

Dios, por lo cual fue llamado «el querido padre de los basotos». Sus funerales fueron la expresión de su triunfo, miles de personas, cristianos y paganos, asistieron a su entierro. Un homenaje popular al apóstol de Lesoto, al santo de este país negro. Un hombre providencial, paciente y tenaz que puso su empeño en sembrar la fe entre los paganos de Sudáfrica. Un testigo del amor de Dios. Una labor entregada hasta el extremo «amando a todos, amándolos siempre». Ésa fue su lección magistral, llevada hasta el término de su vida gracias a la oración confiada y constante para conducirlos a Cristo, para que no solamente estuvieran instruidos en la fe, sino que la practicaran y vivieran como testimonios vivos del amor de Dios.

Considerado el modelo de religioso por su vida ejemplar y celo por las almas, ofrecía los desconcertantes y fracasados proyectos a Dios al no conseguir conversión alguna en los primeros años de misionero. Se vio abandonado incluso por algunos compañeros, sufriendo la pobreza, soledad y enfermedades, que ofrecía a Dios, pero perseverando con admirable audacia y tenacidad en el empeño evangelizador:

> «Es necesario que las obras de Dios, como las almas, sufran alguna tribulacion para que recordemos que son las obras del divino Crucificado El Padre Gerard escucho la llamada de Dios, confiando en ser heraldo de la fe para proclamar el Reino de Dios con gran celo por la evangelizacion en cada momento de su vida, confiando en la Providencia Su amor por Dios encendio en caridad su generoso corazon, manifestado en el amor al projimo Proximo a Dios, se hizo proximo a todos Con el rosario siempre en sus manos La oracion era su pan cotidiano»

El proceso informativo de la causa de beatificación se inició en 1940, continuando el proceso apostólico en 1955.

En 1976, Pablo VI promulgó el Decreto sobre sus virtudes heroicas, siendo beatificado por Juan Pablo II el 14 de diciembre de 1988. El milagro: en 1928 una niña de seis años, Florina Plakela, enfermó gravemente quedando su cabeza y ojos cubiertos por úlceras, incapaz de distinguir entre el día y la noche. Una vez al mes acudía a Lesoto el doctor Hertig, que le recetó algunos fármacos, aunque no pudo resolver la enfermedad, pronosticando la ceguera total a la niña. El padre Pennerath, encargado de la misión católica, invitó a la madre a comenzar

una novena al padre Gérard, llevando a la pequeña a la tumba del religioso. Una noche, durante el novenario, se le apareció un sacerdote a quien no conocía la enferma, que le puso la mano en los ojos, y le dijo: «Tú curarás». A la mañana siguiente —primer viernes del mes de julio— estaba curada, pudiendo vestirse ella sola, reconociendo a su benefactor en una fotografía que le mostraron. El 1 de junio de 1987 se firmó el Decreto de esta curación, inexplicable por causas naturales.

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

BEAUDOIN, Y., OMI, *Le bienheureux Joseph Gerard O.M.I., l'apôtre des Basotho, 1831-1914* (Roma 1988).

Martyrologium romanum, o c, 294.

L'Osservatore Romano (15 y 16-12-1988).

RUSCH, A., *Il Beati di Giovanni Paolo II*. II. *1986-1990* (Ciudad del Vaticano 2000) 125-128.

RUSCH, A. (ed.), *Miracoli dei Beati*. II: *1991-1995* (Ciudad del Vaticano 2002) 335-343

SANTA ÚRSULA LEDÓCHOWSKA

Virgen († 1939)

Julia María —como llamaron en el bautismo a la futura madre Úrsula— nació en Loosdorf (Austria) el 17 de abril de 1865. Su padre, Antonio, exiliado de Polonia, descendía de la antigua y noble familia polaca Ledóchowski, en la que destacaron hombres de Estado, militares, eclesiásticos y personas consagradas. De nacionalidad suiza, su madre, Josefina Salis-Zizers, procedía también de una familia noble. Fue sobrina del Cardenal Miecyslaw Halka Ledóchowski, arzobispo de Gniezno-Poznan, Primado de Polonia y después Prefecto de la Sagrada Congregación para la propagación de la fe, quien ejerció gran influjo sobre su vida, y a quien ella llamaba «tío Lebo». Él será quien asuma la responsabilidad de la familia cuando el padre, Antonio, muera de viruela en febrero de 1885. Algunos de sus ocho hermanos fueron Wlodzimierz (1866-1942), Prepósito general de la Compañía de Jesús de 1915 a 1942, y la mayor, María Teresa Ledóchowska (1863-1922), fundadora de las Misioneras de San Pedro Claver, conocida como «madre de Áfri-

ca», y beatificada por el papa Pablo VI en el año 1975. Otro de sus hermanos, Ignacio, general del ejército polaco, murió asesinado por los nazis en el campo de concentración de Dora-Nordhausen. Como se ve, una familia de santos.

En aquel amplio y piadosísimo hogar, creció Julia María en un ambiente familiar profundamente religioso, lleno de exigente amor. Poseedora de una personalidad magnética, se sintió, desde su más tierna infancia, amada por todos cuantos la rodearon. Su madre la llamaba «mi rayito de sol». Francis, su hermana más joven, recordaría que «para los niños más pequeños era como una segunda madre; nos ayudaba en nuestros estudios, jugaba con nosotros y nos leía y explicaba la Pasión de Jesús». Su hermano Wladimiro, un año menor que ella, nos dice que Julia María era muy sensible, que se volcaba especialmente con los pobres y enfermos, visitando sus hogares, llevándoles medicinas y, sobre todo, creando en derredor de los más necesitados una atmósfera de paz, consuelo y alegría.

Cursó sus estudios regulares en el Instituto de la Bienaventurada Virgen María de las Damas Inglesas en St-Pölten (Austria), y continuó después privadamente estudiando lenguas, pintura y música. En 1883, debido a dificultades económicas familiares, se trasladó con toda su familia a Lipnica Murowana, en Polonia.

El 18 de agosto de 1886 ingresó en el convento autónomo de las ursulinas de Cracovia, donde, el 28 de abril de 1889, pronunció los votos solemnes, adoptando el nombre de María Úrsula de Jesús, y destacando enseguida por su dinamismo y celo apostólico. Su fe profunda, su audacia y su valor revelaban un inmenso amor al Señor y al prójimo. En cierta ocasión en que le sugerían que, por estar ocupada, hiciera esperar un poco a la persona que venía a visitarla, Úrsula contestó: «Nunca debemos pedir a Jesús que espere». Eran patentes su talento educativo y su sensibilidad ante las necesidades de los jóvenes en las difíciles circunstancias sociales, políticas y morales de su tiempo. En Cracovia consiguió el título de maestra de enseñanza media-superior (1894), y en Orleáns adquirió la capacitación como maestra de lengua francesa (1897). Trabajó como educadora y profesora, y de 1904 a 1907 fue superiora, período du-

rante el cual Úrsula, con valientes iniciativas apostólicas, amplió el campo educativo de las ursulinas, acogiendo a la juventud universitaria, y estableciendo el primer internado universitario regentado por religiosas en Polonia, donde las muchachas no sólo pudieran encontrar un lugar seguro, sino también una sólida formación religiosa. Una de sus antiguas alumnas, María Tucholczyna, diría, años más tarde:

> «Cada palabra de madre Úrsula estaba empapada de amor de Dios. Ella nos explicaba que con el cumplimiento de nuestras responsabilidades diarias podíamos encontrar a Dios, hacernos santos y ganar el cielo. Su invencible confianza en la Providencia divina revestía las características de un abandono verdaderamente infantil. Veía y nos enseñaba a ver la mano de Dios en todo lo que ocurría».

Úrsula estableció la primera Congregación Mariana para universitarios, además de cursos, dirigidos por eminentes teólogos, para profundizar en la visión cristiana de la vida. Con el consenso de su comunidad, adaptó las Constituciones a las necesidades apostólicas de su tiempo, con la aprobación de la Santa Sede el 9 de julio de 1907.

Habiendo viajado a Roma con tal motivo, en una audiencia con el Papa San Pío X, éste le propuso realizar su trabajo apostólico en el corazón de la Rusia hostil a la Iglesia. Con la bendición del Vicario de Cristo, ese mismo año, al concluir su cargo de superiora del convento de Cracovia, marchó con otra hermana —ambas vestidas de civil, pues la vida religiosa estaba prohibida en Rusia— a fundar en San Petersburgo una filial del convento de Cracovia, que sería declarada por la Santa Sede, a causa de las grandes dificultades de comunicación, casa autónoma, con noviciado propio, el 25 de enero de 1908. Úrsula fue nombrada superiora. Llevaba a Rusia la encomienda de dirigir el internado femenino en el Liceo católico de Santa Catalina. Además de su intenso trabajo educativo con la juventud y los adultos (Congregaciones marianas, cursos de formación religiosa, de pedagogía católica, de sociología...), se dio con toda el alma a crear un clima de recíproca comprensión entre los católicos de varios ritos y los ortodoxos. En este tiempo se examinó de lengua rusa para poder enseñar, y ampliar así sus posibilidades apostólicas.

Las condiciones de trabajo eran harto difíciles, porque el gobierno zarista prohibía el establecimiento de los religiosos en el país. Las ursulinas vivían en la clandestinidad y, aunque eran vigiladas continuamente por la policía secreta, realizaban una intensa labor educativa y de formación religiosa, también con vistas a promover buenas relaciones entre polacos y rusos.

Al año siguiente, la actividad del convento se extendió a Finlandia (Sortavala), donde Úrsula construyó en 1909 un internado y una escuela media-superior según el modelo de los colegios ingleses «plain air», para jóvenes de escasa salud. Entabló contacto con los protestantes, abandonados espiritualmente. Organizó para los pobres pescadores de la zona un ambulatorio gratuito. Tradujo el catecismo y los cantos religiosos al finlandés y así, espontáneamente, surgieron, en la capilla de su convento, funciones paralitúrgicas interconfesionales, alentadas por su deseo desinteresado de compartir con los otros las riquezas de la fe. Como Cristo, se conmovía a la vista de las muchedumbres que andaban como ovejas sin pastor...

Debido a su imparable actividad apostólica en Rusia, Úrsula fue perseguida por la prensa y la policía y, al llegar la Gran Guerra de 1914, por ser ella ciudadana austríaca, fue expulsada del país. Exiliada en Escandinavia (primero en Suecia y después en Dinamarca, naciones neutrales), pudo mantener el contacto con las hermanas que quedaron en Rusia hasta que, para evitarles las consecuencias de la revolución bolchevique, logró trasladar la comunidad a Estocolmo, donde fundó un Instituto de lenguas para chicas. Luchó contra la soledad, orando, trabajando para mantenerse y estudiando la lengua sueca. Infatigable en su celo apostólico, comenzó bien pronto a reunir a las mujeres católicas para charlas religiosas y retiros espirituales, que les dirigía ella misma en su propia casa. Inauguró, en la Suecia protestante, la Congregación Mariana (1915), que aún hoy se mantiene pujante. Fundó la revista mensual *Solglimtar* (1916), entonces la única publicación católica, que, ya muy arraigada en Suecia, pasó a llamarse con los años *Katolsk Kyrkotidning*.

Ante la apremiante llamada del papa Benedicto XV a todos los hombres de buena voluntad para prestar ayuda a favor de

las víctimas de la guerra, Úrsula se empeñó a fondo en una admirable acción caritativa, especialmente en Polonia.

Entre los años 1915-1918 pronunció en Escandinavia cerca de ochenta conferencias, en seis lenguas, sobre cultura, literatura, historia, y sobre el derecho a la libertad de la nación polaca, entonces esclavizada y borrada del mapa de Europa. Su acendrado patriotismo era tan manifiesto como libre de compromisos. Al preguntarle un diplomático sobre su postura política, Úrsula le contestó: «Mi opinión política es el amor de Dios y de mi país». Organizó comités locales recogiendo fondos para enviar al comité general de ayuda a las víctimas de la guerra en Polonia, fundado y presidido por Henryk Sienkiewicz, el famoso escritor polaco premiado con el Nobel por su novela histórica *Quo vadis?* En Escandinavia colaboró con las personalidades más relevantes en el mundo de la ciencia y la cultura, de diversa extracción política e ideológica (A. M. Benedictsen, G. Brandes, I. Daszynski, A. Jensen, Ellen Key, S. Lagerlöff, E. Luninski, O. Montelius, V. von Heidenstam, etc.) y, gracias a su ayuda, publicó en tres lenguas *Polonica* (Estocolmo 1917). En esta época, durante su permanencia en Escandinavia, además de su apostolado educativo, Úrsula trabajó intensamente en la promoción del compromiso ecuménico. Se relacionó con Nathan Söderblom, arzobispo luterano de Uppsala, uno de los pioneros del ecumenismo.

En 1917, a requerimiento de los padres camilos, que atendían a los inmigrantes en Dinamarca, Úrsula se ocupó de los huérfanos de los emigrantes polacos, manteniéndolos con el trabajo de las hermanas en el Instituto de lenguas y en la Escuela de economía doméstica, fundados por ella (Djursholm, 1915 y Aalborg, 1918). Con el restablecimiento del Estado polaco (1918) y el fin de la I Guerra Mundial, la madre Úrsula retornó a su patria (Pniewy, Polonia), con su comunidad (cerca de cuarenta hermanas), para dedicarse a la educación de cuarenta huérfanos de obreros polacos.

Las tentativas de Úrsula para integrar su casa autónoma y su obra educativa en la naciente Unión de las Ursulinas polacas, no dieron resultado. La dificultad estribaba, sobre todo, en las objeciones sobre la validez de los votos religiosos emitidos

privadamente (bien que con permiso de San Pío X) por las hermanas que habían ingresado en conventos oficialmente prohibidos, motivo por el cual habían sido imposibles los votos públicos. Por otra parte, la labor con los niños pobres era difícil de encajar en las actividades de las ursulinas polacas, de tradición claustral, y que en aquel momento estaban empeñadas en organizar escuelas en la Polonia recientemente liberada. Se temía, en fin, que un grupo tan diverso por la formación y el género de apostolado pudiese desvirtuar la unidad de la naciente Unión. No prosperó la propuesta de unión en un plano de igualdad, proyecto presentado por la fundadora para integrar a sus religiosas en las casas de la incipiente Unión, formando en ella una categoría diferente de miembros, sobre los cuales Úrsula, bajo la jurisdicción de la superiora general de la Unión, habría ejercido autoridad directa, continuando así la obra ya iniciada a favor de los más necesitados.

En esta dolorosa situación, el consejo del Nuncio apostólico en Polonia, Achile Ratti, futuro Pío XI, vino a asegurar a la fundadora en su especial misión: «Permaneced en el puesto que os ha indicado la misma Providencia» (21-10-1920). Por el rescripto de la Sagrada Congregación de Religiosos del 7 de junio de 1920, Úrsula fue autorizada a transformar el convento autónomo de San Petersburgo (con sede transferida a la casa de Pniewy, Polonia) en una Congregación, y a escribir las nuevas Constituciones, mientras que los votos privados de las hermanas eran reconocidos canónicamente válidos. Nació así la nueva Congregación de Hermanas Ursulinas del Sagrado Corazón de Jesús Agonizante, llamadas después vulgarmente «Ursulinas grises», por el color de su hábito. La primera aprobación de la Santa Sede llegaría el 4 de abril de 1923, la definitiva, el 21 de noviembre de 1930. La espiritualidad del instituto se centra en la contemplación del amor salvífico de Cristo y en la participación en su misión por medio de la labor educativa y el servicio al prójimo, especialmente a los que sufren, a los que viven en soledad, a los marginados y a los que buscan el sentido de su vida. Conservando lo esencial de la vida religiosa y de la espiritualidad mericiana, Úrsula adaptó la nueva Congregación a las necesidades apostólicas del mundo contemporáneo y, al mismo

tiempo, retornó a la idea primitiva de la fundadora de las ursulinas, Santa Ángela de Mérici: trabajar en medio de los pobres y en el apostolado del propio ambiente.

La misión específica de la Congregación, según las Constituciones originales de 1923 y 1930, es:

> «La extension del Reino del Sagrado Corazon mediante la educacion y la instruccion de la juventud, especialmente de las clases pobres, obreras y agricolas [ ] y las obras de piedad y de misericordia espirituales y temporales, que contribuyen a la preservacion y propagacion de la fe» (Const I, 2)

Hasta la muerte de la fundadora, la Congregación se prodigó, sobre todo, para atender a los huérfanos de la I Guerra Mundial, dedicándose especialmente a la catequesis en las escuelas públicas —algo vanguardista entonces—, a la formación de catequistas laicas y religiosas, al apostolado y a la actividad social en los barrios obreros y marginales, hasta los confines de Rusia, asistiendo a los más desfavorecidos, sin distincion de religión o nacionalidad. Prestó asistencia a los jóvenes obreros emigrados a Francia para trabajar en las fábricas. Organizó cursos de reciclaje didáctico intercongregacional, asilos, albergues familiares, internados, cursillos para universitarios, talleres ocupacionales...

Úrsula educaba a sus religiosas para amar a Dios sobre todas las cosas, y en Dios a toda persona humana y a toda la creación. Recomendaba, como testimonio creíble de una relación personal con Cristo, la sonrisa, la serenidad de espíritu, la humildad y la capacidad de vivir la vida ordinaria como camino privilegiado para la santidad. Ella misma era un ejemplo notable de ese tipo de vida, porque las amaba maternalmente, no sólo como grupo, sino de manera individual, recordando los problemas de cada una, teniéndolos presentes y llevándolos en su corazón. En su testamento espiritual, les pide:

> «Sean buenas con los niños, con cada uno de ellos Resuelvanlo todo con la sonrisa del amor y una palabra cariñosa en los labios Esten siempre dispuestas a servir a los otros, aun cuando esto les reporte molestias o incomodidades Vivan siempre en armonia con todos, sin abrigar ninguna envidia, mirando al projimo mejor que a si mismas, y animandose con las palabras de Jesus "Lo que hagais con uno de estos, mis humildes hermanos, conmigo lo haceis"»

Veía la propia familia religiosa desde la perspectiva de la gran familia de Dios, por eso se interesaba y tomaba parte en los movimientos religiosos, pedagógicos y sociales de la época, no sólo de Polonia, sino también del exterior. Para despertar en la sociedad el sentido eclesial y misionero y el deber de colaborar en la promoción del hombre, se servía de los entonces más recientes medios de comunicación social, como la radio y la prensa; pero, ante todo, de la palabra viva, dando conferencias en varios convenios y congresos. En una de estas ponencias se expresaba así:

> «La responsabilidad de la madre y del profesor es dar a Dios a los niños Si les dan a Dios, les han dado todo, si no les dan a Dios, por mucho que les den, no les habran dado nada»

Solía decir que Dios no pide cosas más allá de la capacidad de la persona; por el amor, cada acto diario puede transformarse en una gran obra.

Convencida de la importancia de la relación de los más pequeños con Jesús Sacramentado, fundó en Polonia, en 1925, la Cruzada Eucarística de los niños, que en 1939 llegaría a contar con cerca de 200.000 miembros. También para la infancia y la juventud, fundó dos revistas: *Oredowniczeck Eucharystyczny* y *Dzwonek Sw. Olafa,* y publicó diversos artículos e incluso algunos libros, buscando así implicar a los niños y jóvenes en la vida de la Iglesia y de la sociedad. Participaba activamente en la vida de la Iglesia y del país. Recibió condecoraciones estatales y eclesiásticas.

Se inscribió en el naciente movimiento internacional de los más recientes institutos religiosos de carácter educativo-social (Salzburgo, Austria, 1930), donde reveló su apertura a todas las instancias de su tiempo, ofreciendo la solución práctica a muchos problemas cruciales del mundo religioso femenino, y defendiendo decididamente los valores inalterables de la fe.

La Congregación se extendió rápidamente. Surgieron comunidades de religiosas ursulinas en Polonia y en otras regiones. En 1928 abrió en Roma la Casa general y una pensión para muchachas pobres. Las ursulinas comenzaron también a trabajar entre los pobres de la Ciudad Eterna. En 1928 se establecieron en Italia, y en 1930, en Francia. A la muerte de la funda-

dora, la Congregación contaba con 780 religiosas y 35 casas distribuidas en Polonia, Italia y Francia. Cuarenta años después, las comunidades eran 83, habiéndose extendido a Canadá, Argentina, Brasil, Dinamarca y Finlandia.

Úrsula murió en Roma, en la Casa general de la vía del Casaletto, siendo superiora general de su Congregación, el 29 de mayo de 1939. Fue beatificada por el papa Juan Pablo II el 20 de junio de 1983 en Poznan y, después de que su cuerpo incorrupto fuese trasladado a la Casa madre de Pniewy el 29 de mayo de 1989 —en el cincuentenario de su muerte—, fue canonizada en Roma el 18 de mayo de 2003 por el mismo Sumo Pontífice, que en esta ocasión, y ante más de veinte mil polacos —entre ellos, diversos familiares de la nueva santa—, se refirió así a ella en su homilía:

> «Durante toda su vida, Santa Úrsula Ledóchowska fijó su mirada, con fidelidad y amor, en el rostro de Cristo, su Esposo. De modo particular se unió a Cristo agonizante en la cruz. Esta unión la colmaba de un extraordinario celo en la tarea de anunciar, con palabras y obras, la buena nueva del amor de Dios. La llevaba, ante todo, a los niños y a los jóvenes, pero también a todos los que se encontraban en dificultades: a los pobres, a los abandonados y a las personas solas. A todos se dirigía con el lenguaje del amor demostrado con las obras. Con el mensaje del amor de Dios recorrió Rusia, los países escandinavos, Francia e Italia. En su época fue apóstol de la nueva evangelización, dando prueba, con su vida y con su actividad, de la actualidad, la creatividad y la eficacia constantes del amor evangélico.
>
> También ella sacaba de este amor a la Eucaristía la inspiración y la fuerza para la gran obra del apostolado. Escribió: "Debo amar al prójimo como Jesús me ha amado a mí. Tomad y comed [...] Comed mis fuerzas, estoy a vuestra disposición [...] Tomad y comed mis capacidades, mi talento [...], mi corazón, para que con su amor caliente e ilumine vuestra vida [...] Tomad y comed mi tiempo, que está a vuestra disposición [...] Soy vuestra como Jesús Hostia es mío". ¿No resuena en estas palabras el eco del don con el que Cristo, en el cenáculo, se entregó a sí mismo a los discípulos de todos los tiempos?
>
> Al fundar la Congregación de las Hermanas Ursulinas del Sagrado Corazón de Jesús Agonizante, le transmitió este espíritu. "El Santísimo Sacramento —escribió— es el sol de nuestra vida, nuestro tesoro, nuestra felicidad, nuestro todo en la tierra [...] Amad a Jesús en el tabernáculo. Que allí permanezca siempre vuestro corazón, aunque materialmente estéis trabajando. Allí está Jesús, a

quien debemos amar ardientemente, con todo nuestro corazon Y, si no sabemos amarlo, por lo menos deseemos amarlo cada vez mas"

A la luz de este amor eucaristico, Santa Ursula sabia descubrir en cada circunstancia un signo de los tiempos, para servir a Dios y a los hermanos Sabia que para quien cree, todos los acontecimientos, incluso los menos importantes, son una ocasion para realizar los designios de Dios Convertia en extraordinario lo ordinario, transformaba lo diario en perenne, hacia santo lo que era banal

Si hoy Santa Ursula llega a ser un ejemplo de santidad para todos los creyentes, es con el fin de que acojan su carisma quienes, por amor a Cristo y a la Iglesia, quieren testimoniar de modo eficaz el Evangelio en el mundo actual Todos podemos aprender de ella como edificar con Cristo un mundo mas humano, un mundo en el que se realicen cada vez mas plenamente valores como la justicia, la libertad, la solidaridad y la paz De ella podemos aprender a poner en practica cada dia el mandamiento "nuevo" del amor»

Porque permaneció íntimamente unida a Cristo, injertada en El como el sarmiento en la vid, Úrsula recibió la savia vital de su gracia. Porque vivio en profunda comunion con Dios, produjo frutos abundantes de justicia y santidad

ALBERTO JOSE GONZALEZ CHAVES

Bibliografia

Escritos de Santa Ursula, en polaco y editados en Pniewy *Constituciones* (1923 1930), 4 vols , *Meditaciones para las hermanas* (1930 1931), 4 vols , *Meditaciones para las superioras* (1932), *Directorio* (1932), *Retiro mensual* (1933), *Usos* (1939), *Testamento* (1939), *Examen de conciencia para las superioras* (1939)

Art en G PELLICCIA G ROCCA (dirs), *Dizionario degli Istituti di Perfezione* V *Iona Monachesimo* (Roma 1978) 567 569, VI *Monachesimo urbano Pinzoni* (Roma 1980) 898 900

GORSKY, G A , *Dilige et quod vis fac* (Varsovia 1951) (en polaco)

«Homilia de Juan Pablo II en la canonizacion (18 5 2003)» *Ecclesia* (2003) n 3156, p 32 33

JASINSKY, V , *Madre Ursula L. religiosa apostol* (Wloclawek 1949) (en polaco)

KUJAWSKA, M , *Madre Ursula L.* (Kielce 1947) (en polaco)

LIDOCHOWSKA, J , *Vida y actividad de Ursula L.* (Poznan 1975) (en polaco)

MIREWICZ, G , *Los pensamientos y obras preconciliares de la M Ursula L.* (Londres 1966) (en polaco)

ORSOLINE DEL SACRO CUORE DI GESU AGONIZANTE, *Sulla via del Concilio* (Roma1965)

POZZO, S DAL, *Una donna polaca da Pietroburgo a Roma* (Brescia 1949)

WERNER, B , Art en *Hagiografia polska, II* (Poznan 1972)

ZDYBICKA, J , *En la corriente de los problemas postconciliares M Ursula L.* (Varsovia 1968) (en polaco)

SAN MAXIMINO DE TRIER

Obispo († 347)

Natural de Poitiers, se educa en Trier (Tréveris en la Galia Bélgica) bajo el obispo Agricio, y se acredita entre el clero local, de modo que a la muerte del obispo el año 333 fue él elegido para sucederle en la sede episcopal.

Amante de la ortodoxia, tomó firme partido contra el arrianismo en defensa de la verdadera divinidad de Jesucristo y sostuvo con su palabra y sus obras a las víctimas del arrianismo, como p.e. San Atanasio, a quien acogió durante dos años en su casa, y San Pablo de Constantinopla, al que igualmente acogió cuando fue desterrado por Constancio. Y no dudó en instar a Constante para que cesara en todo apoyo al arrianismo. Todos los católicos hubieron de elogiar el valor y arrojo de Maximino en la defensa de la verdadera fe en los concilios a que asistió y en toda su actividad. Murió hacia el 347. Su memoria se celebra el 29 de mayo.

SANTA BONA DE PISA

Virgen († 1207)

Nace en Pisa hacia el año 1146 y queda huérfana de padre muy pronto. Afloran en ella, cuando es solamente una jovencita, unos firmes sentimientos de religiosidad y piedad que la llevan a consagrar a Dios su virginidad en medio del mundo.

Bona llevaba una intensa vida interior, dedicaba su tiempo a la oración y las buenas obras, y realizó varias peregrinaciones a Tierra Santa, donde recibió con paciencia injurias y agravios, y también a Roma, a Santiago de Compostela y a otros célebres santuarios, viviendo con suma pobreza y austeridad. Tenía fama de santa y se le atribuyeron sucesos sobrenaturales.

Murió en Pisa el 29 de mayo de 1207, recibiendo enseguida un culto popular que dura hasta hoy. Su nombre está inscrito en el *Martirologio romano.*

BEATA GERARDESCA DE PISA

Viuda († 1269)

Nacida en Pisa hacia el año 1212 en el seno de una familia acomodada, no deseaba contraer matrimonio sino dedicar a Dios su virginidad, pero obedeció la voluntad paterna y contrajo matrimonio con Alferio di Bandino, con el que no tuvo hijos. El matrimonio no funcionó bien al principio, pero ella con su bondad atrajo al marido a su propia religiosidad y decidieron ambos consagrarse al Señor.

El marido ingresó en el monasterio camaldulense de San Sabino, y ella hizo edificar una celda adosada al mismo donde, tomado el hábito de oblata camaldulense, vivió en santo retiro y oración. No todos los monjes estuvieron de acuerdo con la presencia de aquella mujer junto al monasterio y algunas denuncias contra ella prosperaron, de modo que el prior general de la Orden le retiró la comunión. Pero su confesor insistió en que era un alma de Dios, pudieron deshacerse los equívocos y ella quedó en su celda el resto de su vida. Tenía experiencias místicas y se le atribuyeron milagros. Murió el 27 de mayo de 1269, según parece, y fue sepultada en la iglesia del monasterio. Su culto fue confirmado por Pío IX el 29 de mayo de 1856.

BEATO RICARDO THIRKELD

Presbítero y mártir († 1583)

Había nacido hacia el año 1524 en Cunsley, condado de Durham, y había estudiado en el Queen's College de Oxford. Ya hombre maduro decidió su vocación sacerdotal e ingresó en el seminario de Douai en 1575, del que pasó al de Reims, y se ordenó sacerdote en 1579.

Vuelto a Inglaterra, trabajó apostólicamente en la región de York, encargándose de recoger noticias sobre los mártires, pero desgraciadamente su trabajo también vino a manos de los perseguidores cuando lo arrestaron y por ello desapareció.

Una visita que hizo de noche a un preso católico de la cárcel de Kidcote en York y que llevaba ya mucho tiempo en la prisión, despertó sospechas. Fue arrestado e interrogado el 24 de marzo de 1583 y reconoció que era sacerdote católico. Fue de-

tenido en los calabozos del castillo de York. En el juicio reconoció haber reconciliado muchas personas con la Iglesia católica, lo que llevó a su condena. El mártir declaró que desde niño anhelaba el martirio y que la condena le llenaba de santa alegría. Y añadió: «Éste es el día que hizo el Señor. Sea nuestra alegría y nuestro gozo». Fue ahorcado y descuartizado en York el 29 de mayo de 1583. Fue beatificado el 29 de diciembre de 1886.

30 de mayo

A) Martirologio

1. En Torres de Cerdeña, San Gabino (s. IV), mártir.
2. En Cesarea de Capadocia, los santos Basilio y Emelia (s. IV), esposos, padres de San Basilio Magno y otros santos *
3. En Pavía (Lombardía), San Anastasio († 680), obispo.
4. En Gheel (Brabante), Santa Dimpna (s. VII/IX), virgen y mártir.
5. En Tervueren (Brabante), San Huberto († 727), obispo de Tongres y Maastricht *.
6. En Sevilla (España), San Fernando III († 1252), rey de Castilla y León **.
7. En Ruán (Normandía), Santa Juana de Arco († 1431), virgen **.
8. En Londres (Inglaterra), San Lucas Kirby († 1582), presbítero y mártir bajo Isabel I. Con él fueron martirizados los beatos presbíteros Guillermo Filby, Lorenzo Johnson y el jesuita Tomás Cottam *.
9. En Londres (Inglaterra), los beatos Guillermo Scott, monje benedictino, y Ricardo Newport († 1612), presbíteros y mártires bajo el reinado de Jacobo I *.
10. En Kampala (Uganda), San Matías Kalemba († 1886), mártir **.
11. En Savona (Italia), San José Marello († 1895), obispo de Acqui, fundador de la Congregación de Oblatos de San José **.
12. En el campo de concentración de Buchenwald (Turingia), Beato Otto Neururer († 1940), presbítero y mártir **.

B) Biografías extensas

SAN FERNANDO III, REY DE CASTILLA Y LEÓN

Rey († 1252)

San Fernando (1198?-1252) es, sin hipérbole, el español más ilustre de uno de los siglos cenitales de la historia humana, el

siglo XIII, y una de las figuras máximas de España; quizá con Isabel la Católica la más completa de toda nuestra historia política. Es uno de esos modelos humanos que conjugan en alto grado la piedad, la prudencia y el heroísmo; uno de los injertos más felices, por así decirlo, de los dones y virtudes sobrenaturales en los dones y virtudes humanas.

A diferencia de su primo carnal San Luis IX de Francia, Fernando III no conoció la derrota ni casi el fracaso. Triunfó en todas las empresas interiores y exteriores. Dios les llevó a los dos parientes a la santidad por opuestos caminos humanos; a uno bajo el signo del triunfo terreno y a otro bajo el de la desventura y el fracaso.

Fernando III unió definitivamente las coronas de Castilla y León. Reconquistó casi toda Andalucía y Murcia. Los asedios de Córdoba, Jaén y Sevilla y el asalto de muchas otras plazas menores tuvieron grandeza épica. El rey moro de Granada se hizo vasallo suyo. Una primera expedición castellana entró en África, y nuestro rey murió cuando planeaba el paso definitivo del Estrecho. Emprendió la construcción de nuestras mejores catedrales (Burgos y Toledo ciertamente; quizá León, que se empezó en su reinado). Apaciguó sus Estados y administró justicia ejemplar en ellos. Fue tolerante con los judíos y riguroso con los apóstatas y falsos conversos. Impulsó la ciencia y consolidó las nacientes universidades. Creó la marina de guerra de Castilla. Protegió a las nacientes Órdenes mendicantes de franciscanos y dominicos y se cuidó de la honestidad y piedad de sus soldados. Preparó la codificación de nuestro derecho e instauró el idioma castellano como lengua oficial de las leyes y documentos públicos, en sustitución del latín.

Parece cada vez más claro históricamente que el florecimiento jurídico, literario y hasta musical de la corte de Alfonso X el Sabio es fruto de la de su padre. Pobló y colonizó concienzudamente los territorios conquistados. Instituyó en germen los futuros Consejos del reino al designar un colegio de doce varones doctos y prudentes que le asesoraran, mas prescindió de validos. Guardó rigurosamente los pactos y palabras convenidos con sus adversarios los caudillos moros, aun frente a razones posteriores de conveniencia política nacional; en tal

sentido es la antítesis caballeresca del «príncipe» de Maquiavelo. Fue, como veremos, hábil diplomático a la vez que incansable impulsor de la Reconquista. Sólo amó la guerra bajo razón de cruzada cristiana y de legítima reconquista nacional, y cumplió su firme resolución de jamás cruzar las armas con otros príncipes cristianos, agotando en ello la paciencia, la negociación y el compromiso. En la cumbre de la autoridad y del prestigio atendió de manera constante, con ternura filial, reiteradamente expresada en los diplomas oficiales, los sabios consejos de su madre excepcional, doña Berenguela. Dominó a los señores levantiscos; perdonó benignamente a los nobles que vencidos se le sometieron y honró con largueza a los fieles caudillos de sus campañas. Engrandeció el culto y la vida monástica, pero exigió la debida cooperación económica de las manos muertas eclesiásticas y feudales. Robusteció la vida municipal y redujo al límite las contribuciones económicas que necesitaban sus empresas de guerra. En tiempos de costumbres licenciosas y de desafueros, dio altísimo ejemplo de pureza de vida y sacrificio personal, ganando ante sus hijos, prelados, nobles y pueblo fama unánime de santo.

Como gobernante fue a la vez severo y benigno, enérgico y humilde, audaz y paciente, gentil en gracias cortesanas y puro de corazón. Encarnó, pues, con su primo San Luis IX de Francia, el dechado caballeresco de su época.

Su muerte, según testimonios coetáneos, hizo que hombres y mujeres rompieran a llorar en las calles, comenzando por los guerreros.

Más aún. Sabemos que arrebató el corazón de sus mismos enemigos, hasta el extremo inconcebible de lograr que algunos príncipes y reyes moros abrazaran por su ejemplo la fe cristiana. «Nada parecido hemos leído de reyes anteriores», dice la crónica contemporánea del Tudense hablando de la honestidad de sus costumbres. «Era un hombre dulce, con sentido político», confiesa Al Himyari, historiador musulmán adversario suyo. A sus exequias asistió el rey moro de Granada con cien nobles que portaban antorchas encendidas. Su nieto don Juan Manuel le designaba ya en el *Enxemplo XLI,* «el *santo* et bienaventurado rey Don Fernando».

Más que el consorcio de un rey y un santo en una misma persona, Fernando III fue un santo rey; es decir, un seglar, un hombre de su siglo, que alcanzó la santidad santificando su oficio.

Fue mortificado y penitente, como todos los santos, pero su gran proceso de santidad lo está escribiendo, al margen de toda finalidad de panegírico, la más fría crítica histórica: es el relato documental, en crónicas y datos sueltos de diplomas, de una vida tan entregada al servicio de su pueblo por amor de Dios, y con tal diligencia, constancia y sacrificio, que pasma. San Fernando roba por ello el alma de todos los historiadores, desde sus contemporáneos e inmediatos hasta los actuales. Físicamente, murió a causa de las largas penalidades que hubo de imponerse para dirigir al frente de todo su reino una tarea que, mirada en conjunto, sobrecoge. Quizá sea ésta una de las formas de martirio más gratas a los ojos de Dios.

Vemos, pues, alcanzar la santidad a un hombre que se casó dos veces, que tuvo trece hijos, que, además de férreo conquistador y justiciero gobernante, era deportista, cortesano gentil, trovador y músico. Más aún: por misteriosa providencia de Dios veneramos en los altares al hijo ilegítimo de un matrimonio real incestuoso, que fue anulado por el gran pontífice Inocencio III: el de Alfonso IX de León con su sobrina doña Berenguela, hija de Alfonso VIII, el de las Navas.

Fernando III tuvo siete hijos varones y una hija de su primer matrimonio con Beatriz de Suabia, princesa alemana que los cronistas describen como «buenísima, bella, juiciosa y modesta» *(optima, pulchra, sapiens et pudica),* nieta del gran emperador cruzado Federico Barbarroja, y luego, sin problema político de sucesión familiar, vuelve a casarse con la francesa Juana de Ponthieu, de la que tuvo otros cinco hijos. En medio de una sociedad palaciega muy relajada, su madre doña Berenguela le aconsejó un pronto matrimonio, a los veinte años de edad, y luego le sugirió el segundo. Se confió la elección de la segunda mujer a doña Blanca de Castilla, madre de San Luis.

Sería conjetura poco discreta ponerse a pensar si, de no haber nacido para rey (pues por heredero le juraron ya las Cortes de León cuando tenía sólo diez años, dos después de la separa-

cion de sus padres), habría abrazado el estado eclesiástico. La vocación viene de Dios y él le quiso lo que luego fue. Le quiso rey santo. San Fernando es un ejemplo altísimo, de los más ejemplares en la historia, de santidad seglar.

Santo seglar lleno además de atractivos humanos. No fue un monje en palacio, sino galán y gentil caballero. El puntual retrato que de él nos hacen la *Crónica general* y el *Septenario* es encantador. Es el testimonio veraz de su hijo mayor, que le había tratado en la intimidad del hogar y de la corte.

San Fernando era lo que hoy llamaríamos un deportista: jinete elegante, diestro en los juegos de a caballo y buen cazador. Buen jugador a las damas y el ajedrez, y de los juegos de salón.

Amaba la buena música y era buen cantor. Todo esto es delicioso como soporte cultural humano de un rey guerrero, asceta y santo. Investigaciones modernas de Higinio Anglés parecen demostrar que la música rayaba en la corte de Fernando III a una altura igual o mayor que en la parisiense de su primo San Luis, tan alabada. De un hijo de nuestro rey, el infante don Sancho, sabemos que tuvo excelente voz, educada, como podemos suponer, en el hogar paterno.

Era amigo de trovadores y se le atribuyen algunas *cantigas,* especialmente una a la Santísima Virgen. Es la afición poética, cultivada en el hogar, que heredó su hijo Alfonso X el Sabio, quien nos dice: «Todas estas vertudes, et gracias, et bondades puso Dios en el Rey Fernando».

Sabemos que unía a estas gentilezas elegancia de porte, mesura en el andar y el hablar, apostura en el cabalgar, dotes de conversación y una risueña amenidad en los ratos que concedía al esparcimiento. Las *Crónicas* nos lo configuran, pues, en lo humano como un gran señor europeo. El naciente arte gótico le debe en España, ya lo dijimos, sus mejores catedrales.

A un género superior de elegancia pertenece la menuda noticia que incidentalmente, como detalle psicológico inestimable, debemos a su hijo: al tropezarse en los caminos, yendo a caballo, con gente de a pie torcía Fernando III por el campo, para que el polvo no molestara a los caminantes ni cegara a las acémilas. Esta escena del séquito real trotando por los polvorientos caminos castellanos y saliéndose a los barbechos detrás de su

rey cuando tropezaba con campesinos la podemos imaginar con gozoso deleite del alma. Es una de las más exquisitas gentilezas imaginables en un rey elegante y caritativo. No siempre observamos hoy algo parecido en la conducta de los automovilistas con los peatones. Años después ese mismo rey, meditando un Jueves Santo la pasión de Jesucristo, pidió un barreño y una toalla y echóse a lavar los pies a doce de sus súbditos pobres, iniciando así una costumbre de la corte de Castilla que ha durado hasta nuestro siglo XX.

Hombre de su tiempo, sintió profundamente el ideal caballeresco, síntesis medieval, y por ello profundamente europea, de virtudes cristianas y de virtudes civiles. Tres días antes de su boda, el 27 de noviembre de 1219, después de velar una noche las armas en el monasterio de las Huelgas, de Burgos, se armó por su propia mano caballero, ciñéndose la espada que tantas fatigas y gloria le había de dar. Sólo Dios sabe lo que aquel novicio caballero oró y meditó en noche tan memorable, cuando se preparaba al matrimonio con un género de profesión o estado que tantos prosaicos hombres modernos desdeñan sin haberlo entendido. Años después había de armar también caballeros por sí mismo a sus hijos, quizá en las campañas del sur. Mas sabemos que se negó a hacerlo con alguno de los nobles más poderosos de su reino, al que consideraba indigno de tan estrecha investidura.

Deportista, palaciano, músico, poeta, gran señor, caballero profeso. Vamos subiendo los peldaños que nos configuran, dentro de una escala de valores humanos, a un ejemplar cristiano medieval.

De su reinado queda la fama de sus conquistas, que le acreditan de caudillo intrépido, constante y sagaz en el arte de la guerra. En tal aspecto sólo se le puede parangonar su consuegro Jaime el Conquistador. Los asedios de las grandes plazas iban preparados por incursiones o «cabalgadas» de castigo, con fuerzas ágiles y escogidas que vivían sobre el país. Dominó el arte de sorprender y desconcertar. Aprovechaba todas las coyunturas políticas de disensión en el adversario. Organizaba con estudio las grandes campañas. Procuraba arrastrar más a los suyos por la persuasión, el ejemplo personal y los beneficios futu-

ros que por la fuerza. Cumplidos los plazos, dejaba retirarse a los que se fatigaban.

Ésta es su faceta histórica más conocida. No lo es tanto su acción como gobernante, que la historia va reconstruyendo: sus relaciones con la Santa Sede, los prelados, los nobles, los municipios, las recién fundadas universidades; su administración de justicia, su dura represión de las herejías, sus ejemplares relaciones con los otros reyes de España, su administración económica, la colonización y ordenamientos de las ciudades conquistadas, su impulso a la codificación y reforma del derecho español, su protección al arte. Ésa es la segunda dimensión de un reinado verdaderamente ejemplar, sólo parangonable al de Isabel la Católica, aunque menos conocido.

Mas hay una tercera, que algún ilustre historiador moderno ha empezado a desvelar y cuyo aroma es seductor. Me refiero a la prudencia y caballerosidad con sus adversarios los reyes musulmanes. «San Fernando —dice Ballesteros Beretta en un breve estudio monográfico— practica desde el comienzo una política de lealtad». Su obra «es el cumplimiento de una política *sabiamente dirigida con meditado proceder y lealtad sin par*». Lo subraya en su puntual biografía el padre Retana.

Sintiéndose con derecho a la reconquista patria, respeta al que se le declara vasallo. Vencido el adversario de su aliado moro, no se vuelve contra éste. Guarda las treguas y los pactos. Quizá en su corazón quiso también ganarles con esta conducta para la fe cristiana. Se presume vehementemente que alguno de sus aliados la abrazó en secreto. El rey de Baeza le entrega en rehén a un hijo, y éste, convertido al cristianismo y bajo el título castellano de infante Fernando Abdelmón (con el mismo nombre cristiano de pila del rey), es luego uno de los pobladores de Sevilla. ¿No sería quizá San Fernando su padrino de bautismo? Gracias a sus negociaciones con el emir de los benimerines en Marruecos el papa Alejandro IV pudo enviar un legado al sultán. Con varios «San Fernandos», hoy tendría el África una faz distinta.

Al coronar su cruzada, enfermo ya de muerte, se declaraba a sí mismo en el fuero de Sevilla *caballero de Cristo, siervo de Santa María, alférez de Santiago.* Iban envueltas esas palabras en expre-

siones de adoración y gratitud a Dios, para edificación de su pueblo. Ya los papas Gregorio IX e Inocencio IV le habían proclamado «atleta de Cristo» y «campeón invicto de Jesucristo». Aludían a sus resonantes victorias bélicas como cruzado de la cristiandad y al espíritu que las animaba.

Como rey, San Fernando es una figura que ha robado por igual el alma del pueblo y la de los historiadores. De él se puede asegurar con toda verdad —se aventura a decir el mesurado Feijoo— que en otra nación alguna *non est inventus similis illi.*

Efectivamente, parece puesto en la historia para tonificar el espíritu colectivo de los españoles en cualquier momento de depresión espiritual.

Le sabemos austero y penitente. Mas, pensando bien, ¿qué austeridad comparable a la constante entrega de su vida al servicio de la Iglesia y de su pueblo por amor de Dios?

Cuando, guardando luto en Benavente por la muerte de su mujer, doña Beatriz, supo, mientras comía, el novelesco asalto nocturno de un puñado de sus caballeros a la Ajarquía o arrabal de Córdoba, levantóse de la mesa, mandó ensillar el caballo y se puso en camino, esperando, como sucedió, que sus caballeros y las mesnadas le seguirían viéndole ir delante. Se entusiasmó, dice la *Crónica latina: irruit... Domini Spiritus in rege.* Veían los suyos que todas sus decisiones iban animadas por una caridad santa. Parece que no dejó el campamento para asistir a la boda de su hijo heredero ni al conocer la muerte de su madre.

Diligencia significa literalmente amor, y negligencia desamor. El que no es diligente es que no ama en obras, o, de otro modo, que no ama de verdad. La diligencia, en último término, es la caridad operante. Éste quizá sea el mayor ejemplo moral de San Fernando. Y, por ello, ninguno de los elogios que debemos a su hijo, Alfonso X el Sabio, sea en el fondo tan elocuente como éste: «No conoció el vicio ni el ocio».

Esa diligencia estaba alimentada por su espíritu de oración. Retenido enfermo en Toledo, velaba de noche para implorar la ayuda de Dios sobre su pueblo. «Si yo no velo —replicaba a los que le pedían descansase— ¿cómo podréis vosotros dormir tranquilos?». Y su piedad, como la de todos los santos, mos-

trabase en su especial devocion al Santísimo Sacramento y a la Virgen María.

A imitación de los caballeros de su tiempo, que llevaban una reliquia de su dama consigo, San Fernando portaba, asida por una anilla al arzon de su caballo, una imagen de marfil de Santa María, la venerable «Virgen de las Batallas» que se guarda en Sevilla. En campaña rezaba el oficio parvo mariano, antecedente medieval del santo rosario. A la imagen patrona de su ejército le levanto una capilla estable en el campamento durante el asedio de Sevilla, es la «Virgen de los Reyes», que preside hoy una espléndida capilla en la catedral sevillana. Renunciando a entrar como vencedor en la capital de Andalucía, le cedió a esa imagen el honor de presidir el cortejo triunfal A Fernando III le debe, pues, inicialmente Andalucía su devoción mariana. Florida y regalada herencia.

La muerte de San Fernando es una de las más conmovedoras de nuestra Historia. Sobre un montón de ceniza, con una soga al cuello, pidiendo perdón a todos los presentes, dando sabios consejos a su hijo y sus deudos, con la candela encendida en las manos y en éxtasis de dulces plegarias. Con razón dice Menéndez Pelayo:

> «El transito de San Fernando oscurecio y dejo pequeñas todas las grandezas de su vida»

Y *añade*·

> «Tal fue la vida exterior del mas grande de los reyes de Castilla de la vida interior ¿quien podria hablar dignamente sino los angeles, que fueron testigos de sus espirituales coloquios y de aquellos extasis y arrobos que tantas veces precedieron y anunciaron sus victorias?»

San Fernando quiso que no se le hiciera estatua yacente, pero en su sepulcro grabaron en latín, castellano, árabe y hebreo *este epitafio impresionante:*

> «Aqui yace el Rey muy honrado Don Fernando, señor de Castiella e de Toledo, de Leon, de Galicia, de Sevilla, de Cordoba, de Murcia e de Jaen, el que conquisto toda España, el mas leal, e el mas verdadero, e el mas franco, e el mas esforzado, e el mas apuesto, e el mas granado, e el mas sofrido, e el mas omildoso, e el que mas temie a Dios, e el que mas le facia servicio, e el que quebranto

e destruyo a todos sus enemigos, e el que alzo y ondro a todos sus amigos, e conquisto la Cibdad de Sevilla, que es cabeza de toda España, e passos hi en el postrimero dia de Mayo, en la era de mil et CC et noventa años»

Que San Fernando sea perpetuo modelo de gobernantes e interceda por que el nombre de Jesucristo sea siempre debidamente santificado en nuestra Patria

JOSE M.ª SANCHEZ DE MUNIAIN

Bibliografía

Act SS Boll, 30 de mayo *Cronicas*, de RODRIGO JIMENEZ DE RADA, LUCAS DE TUY, etc Cf asimismo *Cronica general de Alfonso X el Sabio* y *Cronica latina de los Reyes de Castilla*, ed por CIROT (1913) Tambien GIL DE ZAMORA, art en *Boletin de la Real Academia de la Historia* 5 (1884) 308s

BALLESTEROS BERETTA, A, art en *Historia de España*, III (Madrid 1948) 59s

GARCIA CALLADO, A, «El imperio medieval español» *Arbor* 4 (1945) 199s

GONZALEZ PALENCIA, A, *Moros y cristianos en la Espana medieval* (Madrid 1945)

LAURENTIE, J, *Saint Ferdinand III (1198 1252)* (Paris 1910)

MENENDEZ PELAYO, M, *El siglo XIII y San Fernando* (Sevilla 1892), cf J M.ª SANCHEZ DE MUNIAIN (ed), *Antologia general de Menendez Pelayo*, I (Madrid 1956) 54s

RETANA, L F DE, *San Fernando y su epoca* (Madrid 1941)

RODRIGUEZ, S, *Vida del santo rey don Fernando III de Espana* (Barcelona 1902)

• Actualizacion

ANSON OLIART, F, *Fernando III* (Madrid 1998)

COSTAS RODRIGUEZ, J, *Fernando III a traves de las cronicas medievales* (Zamora 2002)

ROS CARBALLAR, C, *Fernando III el Santo* (Sevilla 2003)

SANTA JUANA DE ARCO

Virgen († 1431)

Diecisiete años fueron suficientes para culminar la obra de Dios en una sencilla aldeana, que, si había de dar su nombre a cuestiones de guerras y banderías, iba a ser solamente para que se cumplieran en ella y en los hombres de su época los destinos que el mismo Dios se había trazado

Nace Juana en una escondida aldea del nordeste de Francia, en 6 de enero de 1412, hija de Jaime de Arco, labrador acomodado, y de Isabel Romée. Eran años aquéllos de agotamiento para la nacion, que se debatía en una guerra interminable y sin salidas posibles para el futuro. Los ingleses ansiaban dominar toda Francia, y casi lo iban consiguiendo, mientras la corte y los

pocos expedicionarios que aún le permanecían fieles se refugiaban en la pequeña ciudad de Clunón, en espera de que la suerte les fuera más propicia. Juana crece en la sencillez de las flores del campo, sin una educacion especial —nunca llego a saber leer ni escribir—, pero su alma, con el influjo de su madre, se iba llenando de un sentimiento delicado de piedad y de amor confiado al Padre del cielo y a la Santísima Virgen, a la que se consagra en una ternísima devoción. Como hicieron constar en su proceso, todos los sábados se dedicaba a recoger las flores más preciosas que podía encontrar para ofrecérselas después a María. Ya desde pequeña confesaba y comulgaba todos los meses, cosa rara en aquellos tiempos aun para la gente devota, y lo hacía siempre en Pascua y en las fiestas principales. Su vida era semejante a la de sus compañeros de aldea, sin nada de extraordinario, pero todo lleno de Dios, porque Juana, dentro de su simplicidad, sólo pensaba en eso: en ser buena y en no cometer nunca ningún pecado.

La guerra continuaba, cada vez más enfurecida y sangrienta. Los soldados, ora ingleses, ora franceses o mercenarios, pasaban como una tromba por los pueblos, sembrando por doquier el pillaje, la rapiña y la violencia. Precisamente hacía poco que habían entrado los ingleses en el ducado de Bar, amenazando toda la Champagne con sus incursiones. En una de estas entran y saquean las aldeas de Domremy y de Greux (año 1425), teniendo que huir al campo sus habitantes, perdidas las haciendas y los ganados. Pronto se rehacen los franceses, que logran infligir una seria derrota a sus enemigos en el monte San Miguel (junio de 1425). Entre estas dos fechas tiene lugar un hecho maravilloso en la pequeña aldea de Domrémy, donde Juana seguía creciendo, rezaba y se divertía con sus hermanos y compañeros.

Era una tarde de junio del año 1425. Juana tiene trece años y a esta hora está jugando con su hermano y otros niños del lugar. De pronto se detiene como sorprendida, se separa de sus compañeros y, dando media vuelta, se va presurosa hacia su casa, porque le ha parecido oír que su madre la llama. «Juana, vete a tu casa; tu madre te llama», sentía que le decían de muy cerca. Pero parece ser que es una broma del hermano, ya que su

madre no la ha llamado. Vuelve de nuevo donde están los niños, pero de pronto vio una luz muy intensa y oyó otra vez la voz que le decía: «Juana, estás llamada a realizar hazañas maravillosas; el Rey de los cielos te ha elegido para salvar a Francia». A continuación, sigue diciendo la crónica, se le aparecen San Miguel, Santa Margarita y Santa Catalina. Se le predice a Juana un porvenir y se le marca un camino. Es ella, la jovencita al parecer insignificante, la que ha de salvar a su rey y a su país, la que ha de marcar un nuevo rumbo a la historia de Francia y, en definitiva, a la historia de Europa. La Providencia, que conduce a los pueblos, sabe lo que ha de venir. Importa a sus designios que la doncella Juana desempeñe una misión especial.

Mientras corren los días se van haciendo más frecuentes las «voces» que va recibiendo del cielo. Le dicen de nuevo que es ella la que ha de salvar a su patria, y le prometen a su vez la salvación de su alma. La pequeña doncella se lo cuenta todo a sus padres y vecinos, que al principio no quieren darle fe, hasta que ellos mismos se convencen de que no puede ser mentira lo que con tanta sencillez y tan insistentemente les viene repitiendo la niña. Los mandatos divinos se van haciendo cada vez más apremiantes, y un día le dicen con toda claridad que se vaya al capitán Roberto de Baudricourt, con el fin de que éste la presente al rey. En mayo de 1428, acompañada de su primo Durand Laxard, se presenta Juana ante aquel personaje, que la trata de visionaria y rechaza por completo sus ofrecimientos. Un año más tarde, en enero de 1429, vuelve a hablar con el capitán, que, medio convencido ante las apremiantes declaraciones de la doncella, decide darle una escolta y un salvoconducto para que pueda marchar a la corte. Llega allá en el mes de marzo y, después de tres días de espera, le dicen que va a ser presentada ante el rey.

Aquella corte, licenciosa y degradada, quiere poner a prueba la veracidad de la misión sobrenatural de Juana, y le prepara una comedia insulsa, que la joven aparta con un gesto de leve impaciencia, como aquel a quien le ponen obstáculos en un sendero trascendental. El rey Carlos VII se oculta entre los pobres adulones que le quedaban, ocupando otro su lugar. La doncella no había visto nunca al rey, pero sin vacilar siquiera un momento se dirige en seguida adonde aquél estaba, y, delante de todos,

que quedan sorprendidos, le empieza a hablar. Era una prueba irrebatible.

> «En una conversacion reservada —dice un testigo presencial, Allain Chartier— Juana dio pruebas al monarca de su mision pro videncial»

Carlos VII la nombra allí mismo capitán de sus ejércitos, la regala una rica armadura y la rodea de un séquito militar. Quiso darle personalmente una espada, pero ella pide que le den una especial, cuya hoja estaba marcada con cinco cruces y que debía encontrarse detrás del altar mayor de la iglesia de Santa Catalina de Furbois. Los pajes de servicio corren a la iglesia y, tal como había dicho la Santa, allí encontraron la espada, hecho que acabó de confirmar las esperanzas que no sólo la corte, sino toda Francia, iba poniendo en aquella doncella de mirada ardiente que habían recibido como un regalo especial del cielo.

Para asegurarse más de la veracidad de aquellas revelaciones un gran número de teólogos se reúnen durante quince días, examinando el caso en todos sus detalles. ¿Sería aquello obra de Dios, o más bien del diablo? Los teólogos se convencen de que es imposible en aquel caso la impostura, y, ante aquella declaración, el pueblo, delirante, aclama a Juana como salvadora de Francia. En Blois —abril de 1429— se había reunido un ejército de diez mil hombres, toda la fuerza que, con gran trabajo, se pudo allegar. Juana se pone a la cabeza, desplegando su bandera blanca en la que iban bordadas las flores de lis en oro y en la que figuraban un mundo, dos ángeles y la divisa: *Jesús y María.* A todos les exhorta para que tengan confianza y para que, desde entonces, empiecen a confiar solamente en Dios. Como condición previa hace que desaparezca de aquel ejército disforme, casi todos ellos de la vida airada, todo lo que sonara a blasfemia y a trato impúdico con mujerzuelas. A éstas las echa de entre los soldados, y todos obedecen a aquella voz imperativa, que les dice resueltamente: «En este ejército no se blasfema; en este ejército no se admiten mujerzuelas».

Tres días después, y acompañada de mariscales, grandes maestres y almirantes, se dirigen todos hacia la plaza de Orleáns, que los ingleses tenían sitiada, cantando el *Veni, creator* y entre exclamaciones de piedad y de penitencia. Ante la ciudad,

intima por dos veces a los ingleses a la rendición, pero éstos se mofan de ella. Juana da entonces la señal de ataque para el asalto y, pronto, ante el empuje de las tropas francesas, se ha de retirar el enemigo, duramente castigado y escarmentado. Era el 7 de mayo de 1429. Ella iba delante de todos al asalto, pero nadie cayó muerto ni herido de su mano. La Santa solamente guiaba. La Santa se exponía a morir, pero no era su misión la de matar; de aquí que el canciller de París, Juan Gerson, no pudiera menos de decir que iba a la batalla solamente porque iba inspirada por Dios. Algunos han dudado al través de los tiempos de lo conveniente de estos caminos —la guerra y la muerte— como medios para llegar a la santidad. Se olvidan de que Dios escoge a veces el instrumento más sencillo con el fin de realizar sus planes. Además, la misión de Juana no iba a terminar aquí. Le esperaba el sufrimiento y el dolor, que, si no iban a testimoniar una fe ante los herejes ni paganos, iban a dar, sin embargo, fe de la misión divina que Dios le confiara y ante la cual no rehúsa pasar por las calumnias más odiosas, el proceso envilecido y la misma hoguera.

A seguido de la primera victoria, la «Doncella de Orleáns», como ya todos la llaman, sigue su camino del triunfo por las distintas ciudades de Francia. El 10 de mayo vuelve donde estaba el rey, quien, saliendo ante ella, se quita su sombrero, la abraza y le concede ante la corte el privilegio de la nobleza. Juana, por su parte, y con el fin de asegurar la corona de Francia, quiere llevar a Carlos a Reims para coronarle. De parte de Dios le dice que vivirá poco tiempo, por donde le insta a que aproveche la ocasión. Pero el rey, apático y preocupado solamente de sus diversiones, se resiste. En junio, la doncella se apodera de todas las plazas del Loira y, movido por ello, Carlos va al fin a Reims, donde es coronado solemnemente en la catedral, el 17 de julio.

Ha llegado el momento en que Juana parece que ha cumplido ya con su misión y por ello piensa retirarse tranquila a su aldea. Pero Dios la quería para mucho más; y si hasta ahora la había escogido para heroína, ahora la va a escoger para santa. Juana no puede resistir los ruegos de la corte y de su propio ejército, y resuelve seguir al lado de ellos hasta terminar la guerra. Pronto, sin embargo, empiezan a surgir alrededor de ella

envidias e insidias en la corte. Ya en parte les estorba y de hecho no pueden resistir la vida de pureza, de virtud y de entusiasmo que ella iba dejando por doquier. A instancias de la doncella, las tropas se encaminan a poner sitio a París, pero, cuando más inminente se veía venir el asalto, el rey ordena súbitamente la retirada. Guardando los últimos bastiones es herida Juana en un muslo al tratar de defender la puerta de San Honorato. La llevan a Gieu-Deja y ella deja su armadura como exvoto en la abadía de San Dionisio. Una vez restablecida, pero ya casi sola, ya que el rey ha caído en una completa inacción, sigue por su cuenta la lucha contra los ingleses, hasta que en una celada cae prisionera en las cercanías de Compiègne, donde, derribada del caballo, se tuvo que rendir al bastardo de Borgoña, que luchaba al lado de los ingleses, quien entrega la prisionera al señor de Luxemburgo, de quien el de Borgoña era feudatario. Juana es llevada primero al castillo de Beaulieu, cerca de Noyon, y después al de Beaurevoir. Los ingleses han celebrado su captura con grande algazara y alegría, cantando Tedéums y echando al vuelo las campanas. Y es entonces cuando, entre los manejos de los nobles franceses aliados del inglés, los mismos ingleses y algunos jerarcas eclesiásticos, vinculados también a su causa, se inicia contra la Santa de Domrémy el inicuo proceso que la ha de llevar al martirio de la hoguera.

Tal vez los que formaron el proceso pensaran alguna vez que la obra de la doncella había obedecido más a insinuación del diablo que a una providencia de Dios. Otros quizá no lo pensarían así, y llevaron a la sentencia lo más bajo de sus manejos humanos, pero, de hecho, fue un vergonzoso proceso el de la gloriosa mártir. Pedro Cauchon, el obispo desterrado de Beauvais y vendido a Inglaterra, es el animador de todo. También el rey de Francia, Carlos VII, la abandona cobardemente a su suerte. De este modo su amante Inés Sorel quedaba más tranquila, sin que la inquietaran las aclamaciones que aquella valiente joven llevaba a cada paso. Juana sigue en su prisión, más apenada por los suyos, «tan fieles al rey», que por sí misma. Con todo, aprovecha un descuido de la guardia y pretende huir, arrojándose desde lo alto de la torre del castillo, pero se hiere y es apresada de nuevo, entregada a los ingleses y trasladada al castillo de Ruán. Mientras la

virginal doncella tiene que sufrir los ultrajes y modos desvergonzados de los carceleros, allí arriba, en las salas de palacio, se está preparando el proceso que la ha de condenar.

Cuando se presenta ante los jueces del tribunal, Cauchon la acusa de magia y de herejía, de no ser cristiana por vestir el traje de varón, y, en fin, de abominables maquinaciones, que quiere poner en juego para condenarla. Más tarde, en el proceso de rehabilitación, un testigo de aquellos hechos, Pedro Cusquel, declara haberla visto en la prisión, encadenada de pies y manos y por el cuello, junto a una jaula de hierro donde se disponían a encerrarla A veces llegaron hasta situar a dos testigos, que oyeran una de sus confesiones, donde el religioso que la atendía le dio el consejo de apelar al Papa, cosa que hizo inmediatamente. Pero Cauchon, al enterarse, le respondió con todo descaro: «El Papa está muy lejos», cerrándole con esto todo camino de salvación.

Los jueces hacen lo posible por condenarla como impostora, herética y hechicera. Le dan una cédula para que firme, haciéndola saber que contenía tan sólo una promesa de no vestirse jamás de hombre ni de llevar armas en su vida, asegurándole que con ello la dejarían libre. La inocente doncella lo firma, pero en ello firmaba más bien una retractación de los supuestos delitos de hechicería, con lo que, en vez de a la pena de muerte, la condenan a cárcel perpetua, sometida al régimen del «pan y del dolor» y del «agua de la angustia».

Los perseguidores no quedan contentos todavía y usan de esta miserable estratagema: Una madrugada, al despertarse, Juana ve con pavor que los carceleros se le han llevado todas sus ropas, lo que la obliga a ponerse unos hábitos de varón que intencionadamente habían dejado esparcidos por la celda. Cuando se entera el tribunal, dando muestras del mayor escándalo, se reúnen de nuevo, y por unanimidad —eran 42 los asesores— la condenan por relapsa y hechicera al cruel castigo del fuego. Era el día 29 de mayo del año 1431 y la sentencia había sido declarada en el mismo palacio del arzobispo de Ruán.

Al día siguiente se prepara en el mercado viejo de la ciudad una gran pira y alrededor de ella dos tablados: uno para los jueces, otro para los prelados, y allí, enfrente, un grande espacio para la multitud, que va a presenciar la ejecucion entre acongo-

jada y llorosa. La santa sale llena de entereza y de resignación, con sus ojos elevados al cielo. La atan al palo mayor de la pira, y pronto empiezan a chisporrotear las llamas, aunque todavía el humo lo envuelve todo, pues han tenido gran cuidado de rodear los troncos de tierra humedecida para que el calvario se prolongue más y sean terribles los sufrimientos. La santa no dice una palabra. Su último deseo es contemplar el crucifijo, que le presenta el sacerdote que la asiste, y solamente cuando, ya en medio de las llamas, se le acerca Cauchon, la inocente Juana le dice, casi con la voz apagada:

> «Muero por vuestra culpa Si me hubieseis entregado a la Iglesia, y no a mis enemigos, no me encontraría aquí ¡Ah! ¡Ruan, temo que mi muerte te sea fatal!»

Pide un poco de agua bendita, invoca al arcángel San Miguel, y suavemente expira, invocando por tres veces el santo nombre de Jesús.

Algunos de sus jueces, dicen las viejas crónicas, lloraron ante tal espectáculo. Mientras, ella, la Santa, sonreía.

Cuando el rey entra por fin en Ruán, manda que se revise todo el inicuo proceso llevado contra Juana. Ante las pruebas evidentes lo tacha de falso y de criminal, y consigue que se haga públicamente la total rehabilitación de la santa, el 7 de julio de 1456. Con el correr de los siglos, la gloria de la doncella se va extendiendo por Francia y por el mundo entero. Todos la tienen ya como enviada de Dios, como salvadora de su patria y como mártir. En el siglo XIX los obispos franceses, con el famoso Dupanloup a la cabeza, piden su canonización a Su Santidad Pío IX. No se cree conveniente todavía dar el paso, pero su sucesor, León XIII, hace que toda la causa pase a la Congregación de Ritos En tiempos de San Pío X se completa la compleja y minuciosa labor, y el 13 de diciembre de 1908 se formulaba el decreto de beatificación, que el Pontífice mencionado promulga solemnemente el 18 de abril de 1909. El siguiente Papa, Benedicto XV, la incluye por fin en el catálogo de los santos el 16 de mayo de 1920, dando con ello el supremo homenaje a la inocente heroína, que no hizo otra cosa en su vida sino seguir fielmente los caminos que la Providencia le había señalado

FRANCISCO MARTIN HERNANDEZ

Bibliografía

BARANTE, BARON DE, *Histoire de Jeanne d'Arc* (París 1859)
CHAMPION, P, *Proces de condamnation de Jeanne d'Arc* (París 1920 1921), 2 vols
DUHOURCAU, F, *Jeanne d'Arc ou le miracle français* (París 1939)
FUNCK BRENTANO, F, *Jeanne d'Arc, chef de guerre* (París 1943)
HANOTAUX, G, *Jeanne d'Arc* (París 1911)
PETITOT, H, OP, *Sainte Jeanne d'Arc* (París [2]1921)
TOCHET, S, *La sainte de la patrie* (París 1920)
• Actualización
Jeanne d'Arc Une epoque, un rayonnement Colloque d'histoire medievale Orleans, octobre 1979 (París 1982)
MARCANTEI, P, *Juana de Arco La historia de la doncella de Orleans* (Barcelona 1998)
PEGUY, CH, *El misterio de la caridad de Juana de Arco* (Madrid 1979)
SACKVILLE WEST, V, *Juana de Arco* (Madrid 2003)
SINUES, M ª DEL P, *Juana de Arco, la doncella de Orleans* (Madrid 2001)
TWAIN, M, *Juana de Arco* (Madrid 1989)

SAN MATÍAS KALEMBA

Martir († 1886)

El glorioso y esclarecido grupo de los mártires de Uganda tiene su memoria en el *Martirologio* el día 3 de junio, en que tuvo lugar el sacrificio de la parte más nutrida de ellos en la colina de Namugongo, pero no todos los mártires murieron allí y aquel día Algunos se habían adelantado a la fecha dejando la vida en los días anteriores, y uno de ellos es nuestro Matías Kalemba. Este santo bien merece una biografía aparte, porque dos condiciones le hacen destacarse del grupo: la primera, que no era un joven como los demás sino un hombre de cincuenta años, que había llegado al cristianismo tras una larga y honesta búsqueda de la verdad, y la segunda, que su martirio fue sin duda el más prolongado, doloroso y humanamente terrible de todos, superando en ello no sólo a los demás mártires de Uganda sino a muchos otros mártires de todas las épocas.

El África negra vivía por entonces, en la década de 1830, cuando nace este futuro santo en la tribu de los Musogas, encerrada en sí misma. Si bien en las costas africanas existían ya colonias europeas y si bien muy pronto los ojos de Europa se pondrán en África para «descubrirla» y conquistarla, todavía muchos pueblos negros vivían a su aire, con sus ancestrales costumbres y modos de vida, y entre éstas se encontraban las razzias que proporcionaban esclavos.

Wanté, que éste fue su nombre original, creció como un niño más en el poblado de su tribu hasta que cuando tenía doce años una razzia asalta su poblado, y él entonces junto con su madre es apresado y llevado a la corte del kabaka o rey de Uganda como esclavo. Fue el primer gran dolor de su vida, un terrible desgarro que cambió por completo su vida y le orientó a un futuro distinto del que le aguardaba de haber vivido entre los suyos.

Wanté era una persona enérgica y de carácter independiente y la esclavitud no podía hacérsele sino muy dura, pero era también un genio práctico y viendo que aquello no tenía remedio aceptó la esclavitud y se dispuso a vivir en ella. El kabaka dispuso que Wanté fuera vendido y optó por él y lo compró un tal Mugatto. Aquello humanamente fue lo que mejor le pudo suceder al joven esclavo. Porque Wanté sirvió bien y lealmente a Mugatto, y éste empezó a tomarle afecto a causa de sus buenos servicios, y este afecto cambiaría la suerte de Wanté. Vivían en el distrito de Kirumba, provincia de Singo. Mugatto tal como lo pensó lo hizo: sacó de la esclavitud a Wanté y lo adoptó como hijo, y cambió su nombre por el de Kalemba. De esta forma recobró la libertad y tuvo un status social muy diferente porque la perspectiva era heredar a su padre adoptivo y ser él también señor de Kirumba. Mugatto no se arrepintió de haber liberado y adoptado a Kalemba. El joven fue cariñoso y obediente, cuidó con amor a su padre adoptivo cuando se puso enfermo y velaba junto a él durante su enfermedad. Y en una de esas noches de vela junto al enfermo, recibió de éste una importante confidencia. Mugatto le dijo que él toda su vida había estado a la búsqueda de la verdad. La había buscado en su corazón y ahora sabía con certeza que él, Kalemba, sí llegaría a ella, porque vendrían de tierras lejanas —le añadió— unos hombres blancos, de cuyos labios escucharía la verdadera religión. Harás bien en escucharlos y en seguirlos. Mugatto poco después murió y su hijo adoptivo Kalemba le heredó. Y guardó en su corazón aquella advertencia que le hizo al morir, y estaba atento a ver cuándo esos anunciados hombres se presentarían.

La vida siguió para Kalemba. Se hizo mayor. Contrajo matrimonio, o por mejor decir, matrimonios, pues en la práctica de

los ugandeses entraba la poligamia. Y de estas esposas tuvo hijos, para quienes fue un padre bueno y afectuoso. En 1866 estuvo a las puertas de la muerte porque una terrible epidemia de viruela asoló el país. Kalemba la contrajo y su fuerte constitución luchó contra ella hasta lograr superarla, pero no sin que le quedaran secuelas.

Por fin, y siendo rey Suna, vinieron por el país unos hombres vestidos de largos trajes y mantos blancos, que profesaban unas creencias distintas al paganismo de su entorno. Se trataba de musulmanes del norte de África que establecían relaciones comerciales con los países de raza negra. Kalemba creyó que se trataba de los hombres blancos a los que su padre moribundo había aludido, y se interesó por su religión. Comparó el Islam y su afirmación del Dios único, su espera del juicio de Dios, su rendida sumisión a la majestad divina, su aprecio por la oración, el ayuno, la limosna, etc., con el paganismo en que se había criado, y pensó que allí estaba la verdad y que aquéllos eran los mensajeros anunciados por su padre. Se hizo musulmán. Algo, sin embargo, en su interior le avisaba que no era aquélla la verdad completa que se le había predicho. No obstante, atrajo al Islam a algunas amistades suyas. Estaba por entonces al servicio del jefe de la provincia de Singo, el Mukwenda, lo que le hacía residir en Mitiyana. Allí conoció al alfarero del jefe, llamado Mawaggali, y logró su islamización. En realidad y por entonces estaba bien visto hacerse musulmán y era mucha su influencia en la corte. El propio kabaka o rey Mutesa también profesó el Islam. Pero a comienzos de 1875 el kabaka se irritó con esta religión, porque los musulmanes se negaron a comer las carnes servidas en un banquete ya que los animales no habían sido muertos siguiendo las prescripciones coránicas. El rey montó en cólera y dio comienzo a una verdadera persecución antiislámica, en la que hubo víctimas. Kalemba se salvó porque disimuló su fe musulmana, que siguió practicando en privado aunque pareciera dar culto a los dioses en la vida social. En ella su crédito era grande. Estaba en plena madurez humana y a sus cuarenta años aparecía como un hombre inteligente y sensato, eficaz y leal. Su jefe le puso de sobrenombre Mulumba, que significa algo así como el Fuerte o el Bravo, y lo hizo juez de los procesos de la provincia.

Kalemba Mulumba no podía menos que interesarse cuando supo que en 1877, tras el explorador Stanley, llegaban al reino unos hombres blancos que predicaban una nueva doctrina, la doctrina cristiana. Se trataba de misioneros protestantes, que enseguida atrajeron su atención Kalemba acudió a las reuniones de los misioneros y pudo oír la lectura de la Biblia así como el anuncio de Jesucristo que los protestantes hacían y se sintió atraído por este mensaje, de tal manera que decidió dejar el Islam y hacerse cristiano Pero no tardaron mucho, fue en 1879, en llegar misioneros católicos, los Padres Blancos, autorizados por el kabaka a propagar su religión. Naturalmente los protestantes pusieron a Kalemba en guardia contra el catolicismo. Dijeron que el catolicismo no profesa la verdad y que adoran a la Virgen. Kalemba los veía como eran: hombres de piel blanca y de largos vestidos blancos. Se acordaba de la advertencia de su padre, pero, movido por la reconvención de los protestantes, no se acercó de momento a ellos. Sin embargo, tuvo que tratarlos, porque como se les autorizó a los misioneros a construir sus casas, la vigilancia de la construcción se le confió a Kalemba y pudo así ver su conducta y modo de vida. El testimonio de los misioneros le impresionó y con su amigo Banabakintu y más tarde con su ya conocido amigo Mawaggali comenzó a acudir a la enseñanza del catecismo católico. Tuvo una entrevista con Mons. Livinhac y hubo entre él y el misionero un largo coloquio en el que el corazón de Kalemba quedó conquistado para el catolicismo

No era sencillo hacerse cristiano. Tenía que renunciar a la poligamia y quedarse únicamente con una esposa, y esto se le planteó claramente en cuanto en la primavera de 1881 dio comienzo formal a su catecumenado. Pero pudo verse que su resolución de hacerse católico era firme, y en efecto se separó de sus esposas y se quedó sólo con una, no desamparando a las otras en sus necesidades materiales y atendiendo debidamente a sus hijos. Acudía con puntualidad y celo a las catequesis y su alma se fue abriendo a la luz de Dios, el Dios revelado en Jesucristo que por ministerio de la Iglesia continúa ejerciendo su obra redentora en el mundo.

Los misioneros se convencieron de que Kalemba era un converso sincero. Dio toda clase de seguridades de que no vol-

vería al protestantismo, y se tomó la decisión de acortar su catecumenado y admitirlo al santo bautismo. Con gran emoción y singular alegría fue regenerado por el agua y el Espíritu en la fiesta de Pentecostés de 1882, el día 28 de mayo. Con él se bautizó entre otros su amigo Banabakintu, que tomó el nombre de Lucas, y será mártir como él. También recibiría por entonces el bautismo su amigo Mawaggali, que tomó el nombre de Noé y moriría mártir igualmente. En el santo bautismo tomó el nombre de Matías.

Mitiyana, su residencia, sería el campo de su desde ahora fecundo apostolado. Jefe de varios poblados, quiso desde su autoridad dar vivo ejemplo de los valores del cristianismo, haciendo cosas que para su condición social elevada eran prohibitivas pero que él quería hacer como signo de que consideraba a los demás no inferiores sino hermanos. Para imitar a Jesús obrero y subrayar el valor cristiano del trabajo comenzó a labrar la tierra, tarea reservada a mujeres o esclavos. Igualmente en vez de hacer que sus paquetes o bultos los llevasen sus criados, cargaba él con uno de ellos. No dejaron de decirle: Llevando un bulto, pareces un esclavo. Y él contestó: Lo soy. Soy esclavo de Jesucristo.

Su cristianismo le llevó a ser un juez excelente. Le traían sus diferencias y en vez de limitarse a administrar justicia neutralmente, iba al fondo de las cosas y procuraba la paz y entendimiento entre los que pleiteaban, de modo que hizo una gran obra de pacificación y concordia. Pero luego renunció a este cargo y así tenía más tiempo para su labor catequética.

Para todos tenía buenas palabras y buenas obras. Fueron especiales amigos suyos los pobres, socorriéndoles de su bolsa siempre abierta a todos los que lo necesitaran.

Su casa se convirtió en un centro de catequesis. Llegó a formar una comunidad cristiana compuesta de doscientas personas, a las que él había conquistado para Cristo, las había instruido pacientemente y las había llevado hasta la fuente del bautismo. Comprendiendo que su formación era todavía rudimentaria, ideó un sistema para renovar sus catequesis. Dos veces al mes mandaba un neófito a la residencia de los misioneros en Rubaga, a unos ochenta kilómetros, el cual luego le refería la

catequesis de los misioneros y él a su vez se la pasaba a su comunidad y a sus catecúmenos.

Tenía un escrúpulo de conciencia: no le gustaba tener que ir con su jefe a expediciones de saqueo. Iba, pero se negaba a tomar parte en el botín y no dejaba de decir que su mayor deseo era poder prescindir de ellas.

En noviembre de 1882 los misioneros fueron expulsados por orden del kabaka Mutesa que había mudado su primitiva simpatía en odio. Los misioneros creyeron lo más prudente acatar la orden y abandonar el país. Matías, sabedor de la orden de expulsión, fue a buscarlos y se despidió de ellos, recibiendo el encargo de cuidar de los catecúmenos y velar por la fe de los conversos de su zona. El encargo lo recibieron Matías y Lucas Banabakintu, y desde entonces y hasta la vuelta de los misioneros cumplieron con ardor y óptima voluntad su tarea.

En 1884 murió Mutesa y subió al trono su hijo Mwanga, el cual volvió a permitir la entrada de los misioneros. Pareció en un primer momento que se abría una primavera para la Iglesia porque el kabaka quiso también ser instruido en la fe católica y dio puestos importantes de su corte a notorios cristianos. Pero los elementos paganos no estaban dispuestos a una pacífica evangelización del reino. El katikkiro o primer ministro ideó matar al rey, fue descubierta la conjura y por súplica de los cristianos fue perdonado, lo que no hizo sino paradójicamente aumentar el odio que el katikkiro sentía contra el cristianismo. Para ello acudió a la seducción y la lisonja e hizo ver al kabaka que el cristianismo ponía en cuarentena su cualidad de semidiós y su mando omnímodo sobre todas las personas del país. El rey se volvió soberbio, celoso, cruel y dejó que se destapase en su alma la afición a los jóvenes pajes. Pese a las advertencias hechas por los cristianos y los misioneros, mandó asesinar al obispo anglicano que iba con su séquito camino de Kampala, y tomó por intento de asesinato el mal que le produjo una medicina proporcionada por los misioneros y no tomada según prescripción. La cólera del rey se unió al esfuerzo de los enemigos del cristianismo, y se produjo entonces la primera víctima. Los cristianos se hicieron el ánimo a una posible persecución. Ésta estalló el 25 de mayo de 1886 cuando el rey descubrió que el

hijo del katikkiro estaba siendo catequizado por el armero real, el cristiano Dionisio Ssebuggwawo. Asesinó a Dionisio con sus propias manos, y dio la orden de acabar con los cristianos.

Matías había visto venir, como los demás cristianos, la persecución. A comienzos de mayo fue a Rubaga a ver a los misioneros y a pedirles los sacramentos. Les manifestó su gozo por la proximidad entrevista del martirio. Luego marchó a su residencia y allí esperó. En la mañana del 26 de mayo de 1886 junto con Lucas fue arrestado. Ambos, Lucas y él, podrían haber huido, pero se presentaron como cristianos. Matías mandó recado a Singo previniendo a los cristianos y ordenó que su mujer y sus hijos se pusieran a salvo. Manifestó estar contento de padecer por Cristo.

Sujetos ambos con grilletes, no les dieron nada de comer en todo el día, y a la mañana siguiente les metieron en la boca bolas de puré de plátano. Seguidamente los llevaron a Mengo, donde fueron encerrados en una cabaña en la que ya estaba preso el futuro mártir Andrés Kiwanuka.

Entonces llegó el katikkiro, y se produjo un diálogo que nos recuerda los de las actas de los mártires del Imperio Romano.

> — Katikkiro ¿Eres tu Malumba?
> — Matias Sí, yo soy
> — Katikkiro Eres un personaje distinguido ¿Por que te has decidido a abrazar el cristianismo?
> — Matias Mi religión es un asunto personal mio
> — Katikkiro ¿Y has despedido a tus mujeres y ahora te preparas tu mismo tu comida?
> — Matias ¿De que me acusas, de comer poco o de cambiar de religion?
> — Katikkiro Llevaoslo y matadlo Pero hacedle sufrir Cortadle los pies y las piernas, rasgadle las espaldas, asad trozos de su carne ante sus ojos Veremos si su Dios viene a librarle
> — Matias El me librara Pero tu no podras verlo Porque tomará lo que hace al hombre pero dejara la envoltura

Y de esta forma, y como nuevo Macabeo, confesó su fe en la inmortalidad del alma mientras el cuerpo muere.

Hecha por parte de Lucas la misma confesión de fe, ambos confesores salieron en dirección a Kampala, donde debían unirse a un grupo de pajes condenados a muerte que llegaría de la corte. Al llegar a Kampala, Matías mismo sugirió que no tenía

sentido seguir adelante porque él no era un hombre de la corte sino del gobernador, y que el rey no lo conocía, por lo que no podía esperar su perdón. Y añadió: Matadme aquí. Se despidió de su amigo Lucas diciéndole que se volverían a ver en el cielo. Y empezó el horroroso tormento a que fue sometido el intrépido testigo de Cristo.

Cumpliendo la orden del katikkiro, lo llevaron a un lugar solitario y lo ataron fuertemente de manera que no pudiera por sí mismo zafarse de las ligaduras. Luego, usando machetes y cuchillos, comenzaron a hacerle heridas y a cortarle trozos de su carne, partiéndole las piernas, dislocándole las coyunturas, lacerando los nervios y aplastándole los músculos, todo ello de forma que padeciera los más atroces dolores. El mártir no chillaba ni protestaba, no maldecía a sus verdugos, no les echaba en cara su crueldad, no los insultaba. Sólo repetía una y otra vez: Dios mío, Dios mío (Katonda wange).

La paciencia del mártir no aplacó la crueldad de los verdugos. La aguijoneó. Decidieron entonces encender un fuego y cortándole trozos de carne de su pecho y espalda asarlos allí mismo ante sus ojos, mientras lo llenaban de insultos e improperios y vomitaban blasfemias contra el Dios de los cristianos. El mártir guardó un sagrado silencio ante aquella horrible carnicería.

Decidieron no rematarlo sino abandonarlo a su suerte, y se marcharon. Estuvo expuesto tres días al sol y a las lluvias y a las frías noches de la primavera, y una nube de moscas e insectos, atraídos por la sangre, acudieron a cebarse en los pobres despojos vivos de aquella víctima. La fiebre, el hambre y sobre todo la sed se apoderaron del mártir. Subieron algunas personas a cortar cañas a aquella colina y oyeron una voz débil que pedía agua, pero al acudir y ver aquel horrendo espectáculo dejaron al mártir de nuevo solo en su larga espera de la muerte. Se unió a la sed de Cristo en el Calvario y con Cristo se inmoló por su amor. Se supone que moriría el día 30 de mayo.

No pudo saber que al día siguiente a su muerte un mensajero del kabaka se apoderó de su mujer y sus hijos. Él estaba ya con el Padre. Pasaron unos días y los misioneros pudieron localizar sus restos mortales y darles cristiana sepultura.

El Espíritu de Dios le había dado fortaleza para confesar bravamente la fe. Fue de verdad Mulumba, el Fuerte, en su martirio, y bien merece este padre de familia, que a los cuatro años de convertido muere por la fe de forma tan escalofriante, tener un sitio de honor en este *Año cristiano.*

Fue canonizado con los demás mártires de Uganda, por el papa Pablo VI, el 18 de octubre de 1964.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

«I centenario de los mártires de Uganda»: *Mundo Negro* (1986) junio.
BEDUSCHI, J., *Los Mártires de Uganda* (Madrid-Mexico 1974)
FAUPEL, J J., *African holocaust. The story of the Uganda martyrs* (Londres 1962).
LIZALDE, J. L., *Todos los santos africanos* (Madrid 2000).
MARION, F., *Nuovi santi africani. Ventidue martiri d'Uganda* (Milán 1964).
REPETTO BETES, J. L., *Mil años de santidad seglar* (Madrid 2002) 279-295
VALERY-RADOT, R., *La legende doree au dela les mers. les 22 martyrs de l'Ouganda* (París 1930)

SAN JOSÉ MARELLO

Obispo y fundador († 1895)

En plena visita pastoral, cuando acababa de celebrar la eucaristía en Savona (Italia), el 30 de mayo de 1895, en la iglesia de Nuestra Señora de la Misericordia, falleció el obispo de Acqui, mons. José Marello, a quien, con toda justicia, el gran pontífice León XIII llamó «lumbrera del episcopado».

Había acudido enfermo a conmemorar el centenario de San Felipe Neri. El llanto y el dolor de la diócesis fue grande y duradera e inolvidable la huella profunda que dejó el paso vivificador de su ministerio pastoral. La amabilidad atrayente de sus heroicas virtudes, su prodigiosa ecuanimidad siempre afable, su piedad singular, su prudencia y su celo, su caridad incomparable y desbordante le ganaron el cariño de todos y dejaron un recuerdo indeleble.

Era una «perla de obispo», como reza el título de la biografía que le dedicó A. Raniero (Asti 1947). En realidad fueron pocos los años que estuvo al frente de la diócesis, pues su nombramiento data de 1888; pero la madurez y la experiencia, junto

con la entrega generosa sin reservas a pesar de su precaria salud, le permitieron llevar a cabo una gran obra apostólica, logrando la unidad y la cohesión de la vida diocesana, de todas las fuerzas católicas y de todas las instituciones, que es el sueño y la misión principal de un obispo.

Sorprende esa madurez y esa prudencia activa, serena y eficaz. Había acumulado en su vida breve un gran caudal de espíritu.

Nació en Turín el 26 de diciembre de 1844. Fueron sus padres Vicente y Ana Viale, quien falleció cuando el niño tenía ocho años. Se crió con sus abuelos en San Martín Alfieri.

Llamado al sacerdocio de un modo algo extraordinario, ingresó en el seminario diocesano de Asti, donde cursó casi todos los estudios, hasta la ordenación sacerdotal el 19 de septiembre de 1868.

El obispo, Carlos Savio, lo escogió como su secretario particular. Siempre fue un sacerdote modelo. Acompañó a su obispo al Concilio Vaticano I y fue enriqueciendo su experiencia pastoral en los distintos cargos diocesanos por los que pasó: director espiritual del Seminario (1880); canciller de la curia diocesana desde 1881; examinador prosinodal.

Junto con otros canónigos de la catedral, en 1883, adquirió el edificio de Santa Clara y lo convirtieron en un hospital de caridad. A él dedico todos sus ingresos. En 1885 fue a vivir allí y en él prodigó testimonios de humildad, mansedumbre y amor a los pobres.

Se distinguió por el amor a la Iglesia y al Papa, por la devoción tierna a la Santísima Virgen, inspirada en los escritos de San Luis María Grignon de Monfort, con el título de «Reina de los corazones», y al glorioso patriarca San José. Ésos fueron sus ideales y sus amores.

En 1878 fundó la Congregación de los Oblatos de San José, a los que el pueblo llama «josefinos de Asti», dedicada prioritariamente a la educación de la juventud y a las misiones. Primero fue laical y más tarde se convirtió en clerical y obtuvo la aprobación pontificia en 1909.

Los primeros pasos fueron muy humildes, pero, como el grano de mostaza del evangelio, creció y se desarrolló, de modo

que llegó a extenderse no sólo por Italia sino también por las Islas Filipinas, Brasil, México, Bolivia, Perú y por la misma América del Norte, donde los oblatos se dedicaron a la ayuda y atención de los numerosos emigrantes italianos.

La estela de sus virtudes apostólicas bien conocidas movió al papa León XIII a nombrarle, en 1888, obispo de Acqui.

Desde el 29 de julio de 1923, su sepulcro se venera en la cripta del Santuario de San Jose, junto a la casa madre de los oblatos, a donde fue trasladado desde el cementerio de Acqui. Y es la meta de numerosas peregrinaciones.

A su intercesión se atribuyen milagros, favores y gracias. Por su fama de santidad se inició el proceso de canonización por decreto de la Sagrada Congregación de Ritos el 28 de mayo de 1948. Fue beatificado el 26 de septiembre de 1993 por Juan Pablo II, y canonizado por el mismo Papa el 25 de noviembre de 2001.

Éstas fueron las palabras del vicario de Cristo en la homilía de la misa. Nos dan una bella semblanza espiritual del sacerdote, el obispo, el fundador, el enamorado de la Virgen y de San José, encarnándolo todo en su tiempo y en su tierra, donde, por entonces, brillo una gran constelación de santos.

> «De esta plenitud (la que habita en Cristo, segun Col 1,19) fue hecho participe San Giuseppe Marello, como sacerdote del clero de Asti y como obispo de la diocesis de Acqui Plenitud de gracia fomentada en el por la intensa devocion a Maria Santisima, plenitud del sacerdocio que Dios le confirio como don y compromiso, plenitud de santidad que el alcanzo conformandose a Cristo, Buen Pastor»
>
> «Mons Marello se formo en el periodo aureo de la santidad piamontesa, cuando en medio de multiples formas de hostilidad contra la Iglesia y la fe catolica, florecieron campeones del espiritu y de la caridad, tales como Cottolengo, Cafasso, Don Bosco, Murialdo, Allamano»
>
> «Joven bueno e inteligente, apasionado de la cultura y del compromiso civil, nuestro santo encontro solo en Cristo la sintesis de todo ideal y a el se consagro en el sacerdocio Realizar los intereses de Jesus fue el lema de su vida y por eso se fijo totalmente en San Jose, el esposo de Maria, el custodio del Redentor»
>
> «De San Jose le atrajo fuertemente el servicio oculto, nutrido de profunda intensidad Supo infundir este estilo a los oblatos de San Jose, la congregacion religiosa por el fundada Acostumbraba a repetirles "Sed extraordinarios en las cosas ordinarias" Y añadia "Sed cartujos en las casas y apostoles fuera de casa"»

«De su robusta personalidad el Señor se quiso servir para su Iglesia llamandolo al episcopado en la diocesis de Acqui, donde en pocos años gasto para la grey todas sus energias, dejando una im pronta que el tiempo no ha borrado» (Homilia en la canonizacion)

Después de repasar la vida y obra de este gran amigo de Dios, demos gracias con alegría al Padre que nos ha hecho capaces de tomar parte en la herencia de los santos en la luz (Col 1,12). *Oportet illum regnare.*

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

AAS 71 (1979), 86 (1994) 118s

PIAZZANO, M , «Marello, Giuseppe», en *Bibliotheca sanctorum* t VIII, p 753

RANIERO, A , *Una perla di Vescovo* (Asti 1947)

RIPETTO BITTIS, J L , «Jose Marello», en ID , *Santoral del clero secular* (Madrid 2000) 456 457

«Homilia de Juan Pablo II en la canonizacion (25 11 2001)» *Ecclesia* (2001) n 3078, p 1845 1846

BEATO OTTO NEURURER

Parroco y martir († 1940)

El sacerdote y párroco Otto Neururer fue un mártir del sacramento matrimonial. Murió por haberlo defendido como un signo de fidelidad y por haber librado a una de sus jóvenes parroquianas de un divorciado imbuido de la brutalidad nazi. La venganza por haber cumplido con su deber fue tremenda y ejecutada con tanta crueldad, que sólo unos locos pudieron portarse así con un prisionero indefenso.

Pero la locura nazi era en los años de su euforia bélica un desahogo desesperado de quien, sin razón ya para vivir, busca el matar como venganza y despecho. Aconteció en aquellos campos de concentración, en donde la vida ya no valía nada, pero en los que miles de personas dependían del capricho de un desalmado. Las llamaradas de heroísmo que surgieron en medio del sufrimiento dejaron en claro que la victoria sobre los tiranos a la larga es patrimonio de las víctimas. Ellas sobreviven con la palma del martirio. Los asesinos se hunden en las tinieblas de

la historia. Y los mártires, como Otto Neururer, brillan para siempre con fulgores de grandeza.

La pléyade de hombres fuertes en aquellos campos de exterminio representa una de las páginas más bellas de la Historia cristiana, tal vez sólo comparable con los días de Nerón o Diocleciano. Porque los crímenes no eran sólo obra de un tirano encumbrado en la Cancillería de Berlín. Eran un destello de la eterna lucha entre el bien y el mal, entre Dios y los profetas de la raza, del poder, de la guerra o de la materia confundida con el espíritu.

Figuras como San Maximiliano Kolbe (1941), polaco y franciscano; Santa Edith Stein (1942), carmelita alemana e intelectual; el Beato Titus Brandsma (1942), holandés y carmelita; el Beato Michel Kozal (1943), polaco y obispo; el Beato Jacques Gapp (1943), austriaco y marianista; la Beata Hélène Kafka (1943), austriaca y religiosa; el Beato Bernard Lichtenberg (1943), polaco y sacerdote; el Beato Étienne Frelichowski (1945), polaco y sacerdote; el Beato Charles Leisner (1945), alemán y sacerdote; el Beato Marcel Calle (1945), francés, seglar; y la legión de los Beatos Antonio Julián Nowowiejski, obispo, con 107 compañeros asesinados entre 1939 y 1945, son los jalones de un camino único y sorprendente. Uno de los primeros peldaños lo forma el humilde párroco del Tirol que murió para defender a una inocente. En este contexto es donde hay que descubrir, admirar e imitar la fe y el celo del Beato Otto Neururer.

Vivió toda su vida sacerdotal en Gotzens, Austria (cerca de Innsbruck). Fue párroco celoso hasta que le llegó la hora del martirio. Hasta entonces no hizo otra cosa que cumplir con su deber de pastor. Al ser ordenado sacerdote fue enviado a la parroquia escondida en las montañas del Tirol austriaco. El celo le hizo buscar y animar también algunas clases de religión en diversos centros de la zona para educar la fe de sus parroquianos en las horas escolares. Por este motivo su vida fue tan sencilla como espectacular, rápido y cruel fue su martirio. Es el contraste del padre Otto, como todos le llamaban con cariño y respeto.

Había nacido el 25 de marzo de 1892 en Piller, en el Tirol de Austria. Fue el último de los varones de una familia de doce hermanos. En la región en la que se hallaba su aldea la vida era

siempre dura y afanosa, al igual que las montañas, bellas por el paisaje, pero ingratas para el cultivo.

El ambiente hogareño era propio de los sufridos campesinos, que enseñaban a trabajar a sus hijos más con el ejemplo de cada día que con consejos innecesarios. Así procedió su padre, que era un honrado labrador de escasa parcela y que vivía de su trabajo en la tierra que le pertenecía. También llevaba un molino en la aldea a fin de redondear sus ingresos y dar de comer a su numerosa familia.

Pero el padre falleció cuando Otto era muy niño. Fue la madre, muy piadosa, sufrida y pacífica, la que con ayuda de los hijos mayores debió cargar con la educación y crianza de tan numerosa prole. Dios siempre ayuda a los humildes de corazón. En aquella familia todos lo eran. Entre la pobreza y el trabajo de todos fueron saliendo adelante. A Otto, el más pequeño, le correspondió seguir el ejemplo de sus hermanos y realizar todas las jornadas las monótonas faenas de las tierras, de los animales y de los esfuerzos.

Se sabe que la madre era reservada y exigente. Padecía periódicos estados de tristeza y depresión. No bastaban los consuelos de los vecinos para amortiguar la dureza de la existencia. Pero, en aquellos lugares campesinos, la solidaridad estaba muy arraigada y nunca faltaba una mano piadosa que ayudara a los hijos desde fuera, hasta que la madre se restablecía con el cariño de su entorno. Y ése fue un rasgo que se marcó en el carácter del niño Otto, de quien los testimonios afirman que era tímido, callado, reflexivo, introvertido, acostumbrado a sufrir en silencio sus dudas y tristezas.

Por eso, Otto aparecía siempre con una actitud de reserva y serenidad y se movía entre la resignación y la prudencia, con su mirada lánguida adornada de una sonrisa cautivadora. Nadie hubiera dicho que aquel temperamento medroso llegaría un día a dar muestras de una fortaleza y valentía sorprendentes y propias de los héroes curtidos para la lucha.

Sin embargo, era inteligente y muy sistemático. Se hallaba bien dotado para los estudios. A pesar de su timidez, sus aciertos en la escuela local fueron buenos y garantizaban su aprovechamiento intelectual. No parecía destinado por la naturaleza

para una vida brillante, pero sus serenos juicios y su finura intuitiva, su cordialidad natural, le capacitaban para una responsabilidad a prueba de obstáculos, si la ocasión llegaba. También dio muestras de piedad y de sensibilidad en la oracion y en el amor a los necesitados.

Ese manojo de rasgos y las inquietudes espirituales prioritarias para él, junto con el natural sentido del deber y la honradez, fueron los avales que movieron al párroco de Piller a fijarse en sus buenas cualidades para orientarlo hacia el sacerdocio. No parecía estar destinado para ser un héroe brillante ni catedrático erudito. Pero sí resultaría un sacerdote fiel y cumplidor de su misión eclesial. Por eso el Seminario menor de la localidad de Brixen (Bressanone) le abrio las puertas cuando Otto contaba 12 años y luego el Seminario Mayor le recibió para perfeccionar su vocación de pastor generoso en su entrega.

Su formación en ambos niveles de su vida seminarística fue normal, sin grandes sorpresas ni especiales incidencias. Como la de tantos muchachos que estudiaban, pues la región era muy católica y las familias sabían rezar y dar buen ejemplo, la vida de trabajo orientó sus inquietudes juveniles. Realizó su preparación sacerdotal y cursó sus estudios sin dificultad. Y las virtudes cultivadas en el Seminario florecieron en sus primeros años sacerdotales. Lo que sobresalió en su personalidad desde seminarista, fue su sensibilidad por la justicia en el mundo del trabajo y en aquella sociedad en la que el obrero era maltratado y precisaba defensores.

Ordenado sacerdote, celebró su primera misa en su aldea natal. Luego fue destinado como párroco y profesor de religión en varios lugares. Siguió con sus inquietudes sociales y su deseo de defender al mundo obrero. Ello le originó en diversas ocasiones algunas disensiones y serias advertencias por parte de sus superiores eclesiásticos, no del obispo, que no tenía tiempo para hablar con cualquier cura de aldea, sino con los vicarios que vigilaban para que el clero diocesano no se desviara por sendas no deseadas. Por eso le llamaron al orden en alguna ocasión y le dijeron que sus vínculos con los sindicatos y su apoyo a diversas reclamaciones que surgieron no parecían ser la misión primera de un sacerdote.

Pero la disensión no subió de tono, por su timidez probablemente, más bien que por el valor objetivo de la advertencia. Él seguía con fervor la línea marcada por la *Rerum novarum* y se lanzaba a apoyar a quienes parecían a sus ojos víctimas de injusticias. Por eso muchas veces rozaban sus palabras y acciones el lindero de lo político. Mas no se extralimitaba en sus predicaciones ni jamás hizo del púlpito una plataforma de promoción social ni menos de campaña política. Poseía demasiado sentido común para caer en semejantes errores.

Su vida de párroco y profesor de religión en diversos centros discurrió durante años entre el deseo de la justicia y el cultivo de la piedad en sus feligreses. Con todo, hacia el año 1920, terminada la primera guerra mundial, las fuertes tensiones ideológicas y políticas en el Tirol introdujeron un factor nuevo de convivencia, tanto en los aspectos sociales como en los eclesiásticos. El padre Otto supo mantenerse como sacerdote prudente, pero sin ceder a la tentación de aliarse con los más fuertes y abandonar a sus parroquianos en las dificultades que se iban presentando. Fueron años en que se sintió muy comprometido con los grupos reivindicativos, sobre todo con el llamado «Christian Social Movement». Mas su postura fue de consejero y no de militante de vanguardia.

En 1938 los nazis ocuparon el Tirol. El sacerdote Otto tenía entonces 46 años y llevaba 20 en la parroquia. Se hallaba en la edad de la plena madurez y de la conciencia clara de su sacerdocio. Era párroco de Gotzens, cerca de Innsbruck, y en las parroquias del entorno comenzaron las zozobras y algunas detenciones. Los advenedizos se apoyaron en colaboracionistas locales, como las SA, grupos paramilitares que obedecían órdenes de la Gestapo, la policía secreta de nefasto recuerdo.

Pronto se inició una verdadera persecución religiosa, brutal e irracional, ya que la zona era mayoritariamente católica. Estaba hábilmente dirigida a amedrentar a los que resistieran y a quebrar la fuerte fe católica de los habitantes del Tirol austriaco. Especialmente se cebó la agresividad de los perseguidores en los sacerdotes. Muchos de ellos fueron condenados a muerte por procedimientos sumarísimos, si es que llegaron a existir, pues los asesinatos anónimos, las desapariciones y los crímenes

impunes se pusieron a la orden del día. Por regla general eran sometidos a interrogatorios por la Gestapo y llevados sin causa ni sentencia a los campos de concentración o simplemente asesinados.

La hora le llegó al padre Otto, a pesar de lo retirado de la aldea de Gotzens, con motivo de una denuncia. La causa de su detención, si no fuera ya suficiente ser sacerdote y tener fama de apoyar al mundo obrero, fue el haber desaconsejado a una joven parroquiana suya el matrimonio con un miembro de los grupos locales de las fuerzas paralelas de seguridad, el cual estaba divorciado de su anterior mujer y pretendía a una joven suficientemente honesta y piadosa para merecer la protección del párroco.

El hombre rechazado por la muchacha era amigo de un tal Gauleiter, jefe nazi del Tirol. Este factor aceleró la detención inmediata del párroco y el proceso de su ejecución rápida. La acusación para el arresto fue de «actuar en detrimento del matrimonio alemán» y, por lo tanto, de traición. Se añadió la acusación de «obstruir el matrimonio de un amigo de Alemania».

Sometido a sádicas torturas durante el interrogatorio, se mantuvo sereno y firme, a pesar de los sufrimientos que le produjeron. El padre Otto de los interrogatorios no era ya el tímido y silencioso sacerdote que llevaba una parroquia tranquila sin hacer ruido. Mostró gran entereza, consciente de que eran sus últimos días, a juzgar por lo acontecido a otros detenidos. Sus feligreses no pudieron hacer nada, sobre todo cuando sin más trámites fue enviado al campo de prisioneros de Dachau. Era aquel nefasto lugar conocido como «campo de la muerte», por las grandes cantidades de asesinatos que a diario se cometían entre sus alambradas. Eran pocos los que salían con vida de él.

Otto salió después de unos meses en que su proceso fue aparentemente olvidado. Pero salió para ser trasladado a otro campo, el de Buchenwald. Allí fue sometido de nuevo a interrogatorios y torturas, como cuando le dejaron días enteros sin alimento ni bebida por no ser sujeto de confianza ni colaborar en las pretensiones de los carceleros. El hecho de ser sacerdote le hacía objeto de especial agresividad por parte de varios guardianes y de sanciones por los más fútiles pretextos.

Él siguió con su sensibilidad pastoral y se refugió en el silencio y en la oración. Se entregó en secreto a ayudar y alentar a otros prisioneros, que sabían su condición de sacerdote y le pedían apoyo moral, ya que otro no era posible. Cualquier actividad religiosa o proselitismo estaba rigurosamente prohibida en el campo. Por ello sabía que se arriesgaba a un castigo si alguien le acusaba de haber consolado a un prisionero enemigo del régimen.

En el campo había soplones y espías. Cualquier acción o conversación sobre tema religioso debería ser muy discreta y oportuna. Él se acomodó durante algunas semanas a esa limitación. Sabía que corría el riesgo de ser traicionado si daba signos de su sacerdocio, pero tenía claro que no podría negar ayuda espiritual y sacerdotal a quien se la pidiera. Por encima de su vida estaba su conciencia.

Un día le pidió un compañero de prisión que le bautizara. El padre Otto sospechó que podría ser una trampa, pero no vaciló en hacerlo, pues en la duda prefirió el riesgo al abandono de una persona en aquella situación. El nombre del hombre que fue bautizado por él, después de unos días de clandestina formación e instrucción cristiana, se ha perdido entre los horrores del colectivo holocausto. Pero a los dos días del bautismo en secreto, el padre Otto Neururer fue trasladado de forma violenta al «bunker» de los castigados por haber infringido la ley de la libertad religiosa. Inmediatamente fue colgado de unas vigas por los pies y, cabeza abajo, se mantuvo agonizando durante 36 horas que duró, según parece, el martirio.

Sucedió el 30 de mayo de 1940. En el documento que se extendió a petición de sus hermanos, como causa de su fallecimiento se hizo notar cínicamente que había fallecido por congestión cerebral. Fue el primer sacerdote, según parece, ejecutado en un campo de concentración nazi. Sus restos fueron llevados al crematorio. Y sus cenizas colocadas en una caja y enviadas a Gotzens por los dueños del crematorio. Fueron ellos los que expidieron, entre otros muchos, un certificado acreditando ser las auténticas del fallecido por congestión cerebral. Las exhaustivas investigaciones que hicieron personas interesadas en guardar el recuerdo de un mártir garantizaron la sufi-

ciente credibilidad de sus restos, que además iban acompañados de las lentes que usaba y de restos de su rosario calcinado, ambos signos identificados por sus familiares.

La urna con sus cenizas reposa hoy en un cofre de oro en el altar de la parroquia de Gotzens, a donde Otto Neururer había quemado su vida antes de que los enemigos de la paz y de Dios quemaran su cuerpo mortal.

El P. Otto Neururer fue beatificado el 24 de noviembre de 1996, junto con el marianista Santiago Gapp, que también fue torturado y asesinado en otro campo de concentración por los nazis. Juan Pablo II, ante más de 5.000 peregrinos que acudieron desde la provincia del Tirol en donde había vivido, afirmó ese día entre otras cosas:

> «El Padre Otto fue modelo de fortaleza y valor Fue declarado delincuente por haber hecho el bien con valentia El sera un intercesor y celeste patrono del anuncio valiente de la santidad del matrimonio y del cumplimiento sacerdotal»

PEDRO CHICO GONZALEZ, FSC

Bibliografía

Art en *La Documentation Catholique* (1997) n 1, p 1 2
FIEVET, M , *Martyrs du nazisme* (Paris 1987)
HERICOURT, J , *Requiem a Buchenwald* (Paris 1968)
MOUSSE, J , *Libre a Buchenwald* (Paris 1995)
L'Osservatore Romano (noviembre 1996) 2 3, (diciembre 1996) 9s
TSCHOI, H , *Pfarrer Neururer Priester und Blutzeuge* (Innsbruck 1963)

C) BIOGRAFIAS BREVES

SANTOS BASILIO Y EMELIA

Esposos († s IV)

Basilio y Emelia eran dos esposos cristianos que vivían en Cesarea de Capadocia, donde Basilio se dedicaba a la enseñanza de la retórica. Ambos habían nacido en la segunda mitad del siglo III. Basilio era hijo de Basilio y Macrina, esposos cristianísimos, cuyos nombres también aparecen en los santorales. San Gregorio Nacianceno califica a Basilio de cristiano fervoroso, hombre de gran cultura y maestro en la virtud. Emelia, dama de

gran virtud igualmente, al haber quedado huérfana joven buscó la protección de un marido adecuado que encontró en Basilio.

Tuvieron diez hijos, de los cuales cuatro venera la Iglesia en los altares: San Basilio el Grande, San Gregorio Niseno, Santa Macrina la Menor y San Pedro de Sebaste. De su educación cristiana cuidaron los padres con gran dedicación, iniciándolos en la lectura y conocimiento de la Sagrada Escritura. Se distinguieron por su caridad con los pobres y reconocida bondad.

Ambos hubieron de ir al destierro bajo Galerio Maximino, pero, devuelta la paz al cristianismo, pudieron regresar a su tierra.

Basilio murió el año 349 cuando su último hijo acababa de nacer, y Emelia hizo frente viuda a sus obligaciones familiares. Pero una vez que todos sus hijos tomaron estado se retiró al monasterio de Amasa, donde ya estaba su hija Macrina, y allí vivió dedicada a la oración hasta que en edad muy avanzada murió hacia el año 370. Su memoria se celebra el 30 de mayo.

SAN HUBERTO

Obispo († 727)

La biografía de San Huberto está llena de leyendas, pero hay datos seguros de su historia que delinean con seguridad su verdadera personalidad. Leyenda parece que con anterioridad al episcopado estuviera casado, igualmente que cazando viera un viernes santo la figura de un crucifijo entre los cuernos de un ciervo, leyenda de la que se apoderó luego la iconografía, y legendarias son también otras noticias sobre su familia. Parece que era de familia noble y cuando entra en la historia es un clérigo en el séquito del obispo San Lamberto, obispo de Tongres-Maastricht, embarcado como él en la evangelización de los paganos que aún quedaban en el Brabante meridional y en las Ardenas.

Martirizado en el año 707 San Lamberto, Huberto, que lamentaba no haber sufrido el martirio con su querido maestro, fue elegido para sucederle. En sus veinte años de obispo continuó la labor misionera de su antecesor. Trasladó las reliquias de

San Lamberto a Lieja, donde se le dedicó al santo mártir una nueva iglesia.

Su muerte se debió a la infección que cogió cuando pescando, un criado, sin querer, le hirió en una mano. Enfermo y todo, dispuso marchar a la dedicación de una iglesia, pero sintiéndose muy mal se alojó en Tervueren, donde falleció piadosamente el 30 de mayo del 727. Tenido desde su muerte por santo, su culto se extendió en los siglos siguientes a diferentes países de Europa.

SAN LUCAS KIRBY Y BEATOS GUILLERMO FILBY, LORENZO JOHNSON Y TOMÁS COTTAM

Martires († 1582)

A los dos días de que los mártires Ford, Shert y Johnson fueran ejecutados en Londres, la misma furia anticatólica martirizaba a San Lucas Kirby y tres sacerdotes más. A los siete se les ha llamado los «Mártires de Londres de 1582».

No se sabe a ciencia cierta dónde nació LUCAS KIRBY; se le ha supuesto del Lancashire o de Richmond. Estaba graduado, parece que por Cambridge, y se reconcilió con la Iglesia en Lovaina, entrando luego en el seminario de Douai (1576) y ordenándose sacerdote en Cambrai en 1577. Regresó por poco tiempo a Inglaterra, pues deseando perfeccionar sus estudios teológicos, marchó a Roma. En la primavera de 1580 con los santos Edmundo Campion y Rodolfo Sherwin volvió a Inglaterra, pasando por Ginebra, donde retaron al teólogo protestante Beza a tener una pública discusión. Embarcado en junio de 1580 con rumbo a Inglaterra, no hizo más que desembarcar cuando fue arrestado pues la policía estaba alertada. Llevado a la Torre de Londres, pasó por espantosas torturas y resistió todo intento de atraerlo al anglicanismo. Pudo desde la cárcel escribir a sus amigos y celebrar una vez la santa misa. Tenía 33 años al tiempo de su martirio.

GUILLERMO FILBY era nativo de Oxford, en cuyo Lincoln College había estudiado. Marchó a Reims y hechos los estudios se ordenó sacerdote en 1581, volviendo a continuación a Inglaterra, y siendo al poco tiempo arrestado en Henley e ingresado

en la Torre de Londres el 22 de julio, siendo juzgado al día siguiente y condenado a muerte, pero debería esperar con los grilletes puestos diez meses a su ejecución. Tenía 27 años.

LORENZO RICHARDSON, conocido también por Johnson, había nacido en Lancashire y había estado en el Colegio Brasenose de Oxford. Entró en el seminario de Douai y se ordenó sacerdote a comienzos de 1581. Vuelto a Inglaterra y arrestado al poco tiempo, se le ofreció la vida si confesaba que estaba metido en una conjura contra la Reina. Él contestó que no podía faltar a la verdad y confesar lo que era mentira.

TOMAS COTTAM, nacido en 1549, era también natural del Lancashire y había estudiado en Oxford, en el Brasenose. Comenzó sus estudios sacerdotales en Douai pero luego fue a Roma, donde comenzó el noviciado en la Compañía de Jesús. Volvió a Reims a ordenarse sacerdote y entonces regresó a Inglaterra. Arrestado en Dover, fue llevado a la prisión de Marshalsea y luego a la Torre, donde padeció terribles torturas.

De estos mártires el juicio fue en noviembre y se quiso a todo trance probar que habían urdido una conjuración en Roma y Reims contra la Reina, conjuración inexistente. Condenados a muerte, fueron ahorcados y descuartizados en la plaza londinense de Tyburn el 30 de mayo de 1582. Fueron beatificados en 1929 y Lucas fue canonizado el 25 de octubre de 1970.

BEATOS GUILLERMO SCOTT Y RICARDO NEWPORT

Presbíteros y martires († 1612)

Treinta años después que San Lucas Kirby y sus compañeros dieran la vida por Cristo en Londres, en el mismo día y lugar otros dos misioneros ingleses regaron nuevamente con su sangre la plaza londinense de Tyburn, el 30 de mayo de 1612, siendo ahorcados y descuartizados. Ya no estaba de reina Isabel I, pero su sucesor Jacobo I seguía los mismos pasos en el furor anticatólico y persecución de los pastores de la comunidad católica de Inglaterra.

GUILLERMO SCOTT había nacido en Chigwell, condado de Essex, en 1578 de padres anglicanos. Estudió en Londres y lue-

go en el Trinity Hall de Cambridge, llegando a doctorarse en derecho en 1600. Vuelve a Londres y conoce a algunos amigos católicos. La lectura de un libro le hizo llegar a la conclusión de que la verdadera iglesia de Cristo era la católica. Marchó al Continente y se hizo benedictino en la abadía de Sahagún en España en 1604, con el nombre de Mauro. Ordenado sacerdote en 1610, volvió a poco a Inglaterra, donde asistió al martirio del Beato Juan Roberts el día 10 de diciembre y logró salvar sus reliquias. Pero tres días más tarde era arrestado, recluido en Newgate casi un año y liberado por intervención del embajador de Saboya bajo la pena de destierro. Pasó unos meses en el monasterio de Douai pero en la primavera de 1612 estaba otra vez en Inglaterra, pero fue capturado en el camino a Londres y llevado a la cárcel. El 28 de mayo fue juzgado en Old Bailey y condenado a muerte.

RICARDO NEWPORT había nacido en 1572 en Peterborough. Se presentó en Roma en 1595 y solicitó ser admitido en el colegio inglés. Allí cursó los estudios sacerdotales y se ordenó de sacerdote en la Basílica de Letrán el 10 de abril de 1599. Permaneció aún tres años en Roma y en 1602 volvió a Inglaterra. Trabajó durante cuatro años con gran fruto, hasta que en 1606 fue arrestado y expulsado del país. Marchó a Roma, donde pidió poder continuar en la misión inglesa y volvió con gran valor a Inglaterra. Otra vez fue arrestado y otra vez se urgió la orden de expulsión contra él, pero enseguida que pudo regresó y se puso a hacer su fecundo apostolado. Su arresto definitivo fue en 1611. Encerrado en Newgate, fue juzgado con el mártir anterior. Afirmó su lealtad al rey pero reconoció ser sacerdote católico y no estar dispuesto a prestar el juramento que se le pedía. En consecuencia fue condenado a muerte como traidor.

Ambos fueron beatificados el 15 de diciembre de 1929.

31 de mayo

A) Martirologio

1. Fiesta de la Visitación de la Bienaventurada Virgen María a su prima Santa Isabel **.
2. En Roma, en el cementerio de Domitila en la Vía Ardeatina, Santa Petronila (s. III-IV), virgen y mártir *.
3. En Comana del Ponto, San Hermías (s. III), mártir.
4. En Aquileya (Véneto), los santos Cancio, Canciano y Cantianila (s. IV), mártires.
5. En Toulouse (Galia Narbonense), San Silvio († 400), obispo.
6. En Forlì (Emilia), Beato Santiago Salomoni († 1314), presbítero, de la Orden de Predicadores *
7. En Camerino, del Piceno (Italia), Beata Bautista Varano († 1527), abadesa de la Orden de Santa Clara *.
8. En York (Inglaterra), beatos Roberto Thorpe, presbítero, y Tomás Watkinson († 1591), mártires bajo el reinado de Isabel I *.
9. *En París (Francia), Beato Nicolás Barré († 1686), presbítero, de* la Orden Mínima, fundador de las Hermanas del Niño Jesús y de las Hermanas de la Providencia **
10. En Nicosia (Sicilia), Beato Félix (Santiago Amoroso) de Nicosia († 1787), religioso capuchino *
11. En Bellegra, junto a Roma, Beato Mariano de Roccacasale († 1866), religioso franciscano *.
12. En Mityana (Uganda), San Noé Mawaggali († 1886), mártir *.

B) Biografías extensas

LA VISITACIÓN DE LA VIRGEN MARÍA A SANTA ISABEL

«He aquí la esclava del Señor...».

Imaginad a María. En el pequeño cuarto de su casa nazarena, donde aún queda el aire removido por las alas del ángel. Fuera, en la calle, seguirían los ruidos mínimos y familiares. El zureo de las palomas en el alero, el grito de los pájaros, el chorro de una fuente, el sol sobre la hierba —misterioso ruido de alegría vital que sólo escuchan los ángeles...—. La estancia, ya vacía. Pero el corazón de la doncella lleno de cosas que empiezan. Ella, en la penumbra, bajo la sombra del Espíritu Santo

que la cubre como unas alas. Ella, aún con los ojos cerrados, apretados fuertemente para que no se le escape el misterio. Ella, aún con las manos sobre el regazo, junto a la artesa, la tinaja o la masa que enleudar.

> «Y mira —ha dicho el angel—, también Isabel, tu pariente, ha concebido un hijo en edad avanzada, y este es ya el sexto mes para ella, que es considerada como esteril Porque para Dios no hay imposibles»

¡Qué lluvia de prodigios, Señor!, suspirará María desde dentro. Isabel, anciana, esperando un hijo. Cuando María abra los ojos y vuelva así la luz a la sala, y entre el sol por la ventana hasta su cuerpo reclinado; cuando María vuelva de su lejanía, allá donde ha dicho «sí» sencillamente, la vida estará esperando para reanudarse. María tendrá un primer suspiro, una primera ternura para aquello que está en ella. ¿Imagináis este despertar especial de esa ternura, cómo llenaría el corazón de la doncella? Luego, al volver a la casa, al trabajo, a la pieza de hilo o al abrevar de los corderos, María pensaría en Isabel.

> «Por aquellos días —dice el santo cronista Lucas— partió María y se dirigio aceleradamente a la montaña, a una ciudad de Juda »

Por aquellos días... ¡Lástima de parquedad del evangelista! ¡Lástima de no poder asomarnos a lo que pasaba en el corazón de la Señora «por aquellos días»! ¡Lástima de quedarnos a oscuras sin la luz de aquel tiempo! Por aquellos días la Doncella sentiría un renovarse del espíritu y de la sangre. Lo hemos visto en nuestro hogar de seglares, de padres de familia. Pasada la alegría algo inconsciente de las primeras fechas del matrimonio, llega un día lleno de temblores y de júbilos. Es, ya, la certeza de ese hijo del amor que viene a santificar el amor. Y empieza para nosotros, hombres vulgares, una etapa nueva, incomprensible hasta entonces: sabernos padres, saber en camino al fruto de la ternura santificada, nos va a dar una nueva dimensión, la de la gravedad, la de la hondura, la de una madurez que sólo nos trae la plenitud de la vida. Pues si esto es en nosotros, hombres de hoy, hombres del mundo, ¿qué ocurriría en el corazón de la Señora, de aquella que fue elegida para ser corredentora, de aquella en cuya casa se hospedaría el Señor? Esta nueva gracia sobre

María, ¡qué hermosa luz daría a su rostro! Sus ojos serían más suaves y como más ausentes, su paso más ingrávido, sus manos más palomas, su amor tan ancho y tan alto, que las dimensiones del universo no podrían contenerlo. No es ya la madurez comenzada de la eternidad. Es que ese hijo es Dios mismo, es el Mesías prometido. Casi pienso que el corazón le dolería a la doncella, incapaz de contener tanto amor. Y ya entonces tendría que empezar a amarnos a nosotros, incluso a los hombres que aún no existíamos, porque Ella no podría guardar dentro toda aquella necesidad de darse.

Sí. Por aquellos días. María tendría pronto preparada su ropa, el hatillo y el velo que cubriría su rostro del sol de la montaña. Quizá marcharía con un grupo de peregrinos, de los que iban para la Pascua en Jerusalén. Una tierna teoría antigua nos quiere pintar a María marchando por los caminos de Judea con una escolta de ángeles. Como si los ángeles fuesen cuidando de su paso, quitándole las piedrecillas hirientes, los guijos puntiagudos, el calor y la sed, los cardos y la arena ardiente. Es una tierna teoría antigua. ¿Para qué iba a necesitar María del oficio de los ángeles, si ella llevaba en su corazón, dentro de sí misma, a aquel que era ya la alegría del mundo a través de la alegría de la Señora? ¿Para que más compañía y más amparo que los del mismo Dios? ¿Y acaso María iba a renunciar a la sed y al calor, a la fatiga y a las piedras? ¿Acaso podemos comprenderla a ella hurtándose de los dolores de este mundo, Ella que va a ser la Señora del dolor más intenso? Imaginemos mejor a María caminando hacia la casa de Isabel, a ratos en soledad —aparente— del camino, a ratos marchando con Samuel, el carpintero, o Jacob, el herrero, o Felipe, el labrador de Nazaret.

«También Isabel», ha dicho el ángel. ¿También? La doncella pensaría, sin duda, todas aquellas palabras, y no dejaría de ver que el «también» suponía alguna relación entre lo ocurrido en Isabel y lo ocurrido en ella misma. Y tal vez por eso María va «aceleradamente». ¡Qué pocas veces se rompe la sobriedad narrativa de los evangelistas para darnos esta matización de la circunstancia! Aceleradamente, con prisa, María hace el camino hasta la casa de su prima. Por un lado, para expresar a Isabel su alegría de pariente. Pero, sobre todo, para dar cauce a esta ale-

gría inmensa que la llena. ¿Cómo era posible tener esto guardado en el corazón sin compartirlo con nadie? Esto es amor: compartir, dar sobre todo, sin pedir nada o muy poco a cambio. Ama más quien más da. Son así las matemáticas de Dios, que hacen más rico a aquel que se empobrece dando que al que se ha enriquecido recibiendo. Habría, sin duda, cierto temor de María a comunicar, sin más ni más, la razón de su júbilo a Isabel. Pero algo le haría esperar —aquel «también»— que la comunicación sería fácil. Isabel, en mes sexto de su buena esperanza, quizá supiese comprender sólo con ver el brillo sobrenatural de los ojos de María. En tanto, María sigue su camino, dejando atrás la llanura de Esdrelón, amasando en su espíritu todas aquellas cosas extraordinarias. Cuatro o cinco días de viaje. Dormir, quizá, mirando a las estrellas, sobre la paja de una era, al lado de un camino, resguardada de la brisa fresca por unas rocas, escuchando el gran silencio de la noche que Ella llenaría con el eco misterioso de sus dos corazones, el propio y el de su Hijo, que María ya estaría escuchando en sus ansias. Días y noches para acunar su alegría, para asomarse a sí misma como a un pozo que escondiera toda la frescura del mundo. Un pozo donde el mundo podrá calmar pronto toda su sed.

Y, al fin, en casa de Isabel. Quizá alguna vecina la viese llegar por la ladera. «¿No es aquélla María, tu pariente?» Quizá Isabel sentiría una súbita necesidad de salir bajo el emparrado y colocar su mano como visera sobre sus ojos y sonreír luego con el júbilo del reconocimiento.

María «entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel», sigue San Lucas. Sería un saludo respetuoso, por los años de Isabel y por el afecto, el viejo saludo tradicional de Palestina: «La paz sea contigo, Isabel». Pero ya, aquí, en este momento, el prodigio. Isabel siente algo. Algo que no le dicen la sangre ni la carne, sino Aquel que está en los cielos y para el cual nada es imposible. Por primera vez el Mesías va a ser reconocido. Isabel siente que aquel hijo que va en el sexto mes y que, según la profecía del ángel a Zacarías, está lleno del Espíritu Santo desde el seno de su madre, salta en su vientre, como un niño que brinca de alegría. Y «ella misma —dice San Lucas— se sintió llena del Espíritu Santo». Isabel ve a María, se mira en sus ojos anchos y

prodigiosos, entra por ellos hasta el misterio que trae escondido la Doncella. Y exclama en alta voz:

> «¡Bendita eres tu entre las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre! ¿De donde se me concede que la Madre de mi Señor venga a mi? He aqui que tan pronto como tu voz ha resonado en mis oidos, ha saltado el niño en mi seno ¡Bienaventurada tu, que has creido que se cumpliran las cosas que se te han dicho de parte del Señor!»

Hay un desatarse del júbilo de Isabel. ¿Qué ha visto la anciana en aquella muchacha para bendecirla «entre todas las mujeres»? ¿Qué luz llevan los ojos de María? ¿Qué misterioso mensaje ha recibido Isabel, en inspiración súbita del Espíritu Santo? Ésta es, sin duda, la fuente de su conocimiento. Sólo así pudo Isabel saber que su prima María esperaba un Hijo, y que ese Hijo no era un niño como los demás. Hay, en este acontecer de las cosas, una fulgurante dilación poética, que va encajándolas en una sorprendente armonía. Dios no solo escribe la historia, no sólo la inventa, sino que, además —y es lógico que asi sea—, lo hace con una delicadísima belleza, mezclando las encantadoras cosas cotidianas con las cosas celestes. Y, así, las personas que van cruzando por esa realista pantalla cinematográfica que es el Evangelio son seres suspendidos entre el cielo y la tierra, con sus ventanas abiertas siempre al prodigio

¿Veis cómo Isabel rinde homenaje a María, su jovencísima prima? Los saltos de Juan el Bautista en el seno de su madre son el primer signo de una expectación humana ante el Mesías que ya viene, que necesitará que sus caminos sean allanados para que la verdad camine fácilmente y encuentre eco en los corazones endurecidos de los hombres

Pero ved cómo Dios mismo quiere, además, evitar a la Señora la explicación de algo inexplicable. ¿Qué palabras podría usar María para decirle a Isabel que el Mesías estaba ya en su seno? ¿Podía tal prodigio ser explicado con las pequeñas palabras humanas, las que nos sirven para pesar, contar y medir, para dar razón apenas de los actos humanos? Dios se adelanta al rubor de María y hace conocer a Isabel, portentosamente, lo ocurrido. Como un ángel llegará a José más tarde para detenerle en su angustiado proyecto de abandonar a la doncella, para decirle: «No tengas recelo en recibir a María, tu esposa, en tu casa,

porque lo que ha concebido es obra del Espíritu Santo». Dios mismo va delante de María, abriendo también ante ella los caminos.

Y viene ahora el más largo párrafo que conocemos de María. Nunca más recogerá el Evangelio tantas palabras suyas. Casi siempre, María va junto a Jesús como una sombra silenciosa. Imaginamos que hablaría poco, porque ella y Jesús se entenderían fácilmente sin necesidad de largos parlamentos. ¿Recordáis la súplica tan breve, tan concisa, en las bodas de Caná? Ella siempre irá así, como un árbol deseando extender el cobijo de sus brazos para dar a Jesús un poquito de sombra fresca, como un ánfora en un rincón, como una sonrisa de infinito amor a la que, más de una vez, habrá de volverse Jesús.

Pero ahora, no. Ahora el santo cronista va a recogernos para siempre una de las páginas más hermosas del Evangelio. El cántico del *Magnificat:*

> «Mi alma glorifica al Señor —dice María—, y mi espíritu esta transportado de gozo en Dios, mi Salvador
>
> Porque ha puesto los ojos en la bajeza de su esclava, por eso, desde ahora, me llamaran bienaventurada todas las generaciones
>
> Algo grande ha hecho conmigo el Poderoso y cuyo nombre es Santo
>
> Su misericordia perdura de generacion en generacion para los que le temen
>
> Muestra su brazo potente, desbarata a los soberbios en los deseos de su corazon
>
> A los poderosos los derriba del trono, a los humildes los ensalza, a los hambrientos los sacia de bienes, a los ricos los despide sin nada
>
> Ha tomado bajo su amparo a Israel, su siervo, acordandose en su misericordia, segun lo prometió a nuestros padres, Abraham y su progenie, por siempre jamas»

Es una hora nueva en el reloj que mide la existencia humana de la Señora. Una existencia que va a estar apretada de tantas y tantas horas densas. Porque María ha conocido la hora de la aceptación en la visita del ángel a su humilde casa nazarena; y aceptación será ya toda su existencia, dedicada tan sólo a Jesús: a atenderle de niño, a verle crecer, a verle sonreír y abstraerse, a verle prosperar en sabiduría y gracia, a seguirle luego humildemente por los caminos de toda Palestina... María conocerá la

hora de la soledad cuando el Hijo alguna vez esté distante, en país tan hostil que recibe mal a sus propios profetas; y la soledad, sobre todo, cuando Jesús ascienda a los cielos finalmente y ella aún pase años de existencia humana suspirando por volver junto a su Hijo, esperando con ansias la hora de la dormición. María conocerá la hora tremenda del dolor cuando todos menos ella abandonen a Cristo, cuando todos le nieguen, cuando el mundo se vuelva enloquecido, furioso, bárbaro, criminal, contra Aquel que no venía sino a dar liberación eterna a los hombres pecadores; la terrible hora en que María llorará con el Hijo, en el huerto, y estará a su lado, junto a los salivazos y las blasfemias, junto a la negación y el máximo horror de este mundo. María conocerá la hora de la felicidad cuando, ante sus lágrimas sonrientes, respetando milagrosamente su virginidad, tenga ante sí el cuerpecillo desvalido del Niño, aquella noche honda y misteriosa de Belén, aquella noche en que también habrá dolor —dolor por la ignorancia del mundo—, pero sobre todo la alegría de que el Mesías esté entre nosotros, y de que ese Mesías haya dado a la doncella el honor de alimentarse en su seno.

Pero ahora es un momento distinto. Hora para el júbilo, para la alegría que desata la lengua y parece rodear a la Señora de una luz que no es de este mundo. Ahora necesita decir con palabras, con las más hermosas palabras, que ella acepta, junto al dolor, junto a la soledad, junto a tantas cosas, también la gloria de esta maternidad.

Y véase que lo primero que hace María es dar gracias —«Mi alma glorifica al Señor...»— en un perfecto modo de decir «gracias», que es reconociendo, al mismo tiempo, la grandeza del Señor y dándole alabanza. «Mi espíritu está transportado de gozo». ¿Veis cómo era imposible que el corazón de María guardase tanta alegría para sí? ¿Veis cómo era necesario dejar al viento aquel júbilo, para que el viento lo llevase sobre los caminos secos del mundo? ¿Es tan imposible pensar que, en aquel momento, todos los hombres que existían sobre la tierra debieron sentir un escalofrío de alegría incomprensible?

Pero apenas ha dado gracias, al tiempo que da la razón de su cántico. María dice algo maravilloso: «Porque ha puesto sus ojos en la bajeza de su esclava». ¡Señor, Señor! ¡Si esta criatura

puede llamarse a sí misma «esclava», si puede hablar de su «bajeza», qué locos, qué ciegos, qué sordos somos los hombres cuando la vanidad se nos sube a la cabeza como un vino fácil, cuando creemos ser lo que no somos, cuando no sentimos a cada instante humillado el espíritu por el conocimiento de nuestra limitación humana!

Apunta Williams con acierto que muchas personas conciben la humildad como una especie de modestia, que se traduce, en último término, en un estado de encogimiento ante los hombres. Y otros toman como humildad un como estar avergonzados ante Dios. Pero la esencia de la humildad no es eso: es doblegarse en las cosas de la vida a lo que se reconoce como voluntad del Altísimo. Por eso, dice Williams, la mirada de los humildes está dirigida siempre en primer término a Dios.

María no es humilde porque se considere más baja que los restantes hombres. Sino porque, como ser humano, se reconoce tan pequeña al lado del Creador. Y al aceptar su gloria, al aceptar esta hora del júbilo, no pierde su perspectiva humana. Se sigue sabiendo mujer, sigue diciendo que todo el mérito de su actual grandeza está en la voluntad del Señor. Ésta es la perfecta humildad.

Ni se confunda humildad con ignorancia. Que María sabe exactamente lo que le ocurre, está bien claro. «Algo grande ha hecho conmigo el poderoso», dice. Y aún añade: «Desde ahora me llamarán bienaventurada...». María sabe, pues, que ese Hijo que lleva en sí es el Mesías. El Evangelio no nos cuenta «todo» de la vida de María. Deja largos espacios de tiempo y muchos sucesos posibles sin narrar. Y es natural que María, que tenía a Dios en sí misma, tuviese una fácil comunicación con el Padre, obrase siempre inspirada por él. Lo mismo que por él fue preservada de pecado original, preparada así para su maternidad desde el principio de los tiempos.

Tras expresar, tan humildemente, su alegría y su aceptación, junto al conocimiento perfecto del prodigio que en ella se ha obrado, las palabras siguientes de María son para la confianza. Reconoce que la misericordia de Dios «perdura de generación en generación para los que le temen». ¿Verdad que María parece hablar, a veces, en nombre de todos nosotros, sus hijos, espe-

cialmente de los justos? ¿Acaso no es lo mismo que dice el salmista y que dirán los santos, al expresar su confianza en que su amor a Dios, la verdad de sus vidas, les llevarán a las puertas de la misericordia divina? La virtud, ciertamente, tendrá siempre el premio de Dios.

Y en María esta esperanza está madurada. No sólo por la pureza de su propia vida, sin posibilidad de pecado. Por el conocimiento de su virtud. Sino también porque esa madurez espiritual, que está en María desde su origen, viene reforzada por la voluntad divina: «Ha puesto sus ojos en mí», dice la doncella. ¿Veis los ojos del Padre, tan capaces —seguro— de sonreír, complaciéndose en la belleza, en la gracia, en la santidad de aquella muchachita judía? ¡Con qué amor habría preparado Dios el nacimiento de esta criatura! ¡Con qué infinita delicadeza pensaría su alma y su cuerpo! Pensad en los orfebres españoles, en Arfe y en tantos otros, tallando durante años aquellas portentosas custodias. Fundiendo la plata y el oro, y encargando las más hermosas perlas y los diamantes más limpios. Y soñando con formas esbeltas, con gracia de campanillas, con brillos cegadores para hacer las custodias. Pues ella, María, primera custodia, la más grande custodia de nuestro Dios.

Cuando se escribe de María, de la vida de María, de los dolores o los gozos de María, los hombres nos sabemos pobres e incapaces. Todo en ella es distinto. Ella es única. Sólo ella puede decir sus palabras, y, cuando los labios humanos las repiten —como en esa piadosa costumbre de recitar el *Magnificat* tras la comunión de los fieles—, los labios humanos se sonrojan. Sólo ella, la más perfecta criatura que haya existido, puede hacer ese tremendo balance de la misericordia de Dios que nos presenta el final del cántico. Sólo ella, la que no podía temer por su salvación. Sólo ella podría decir cómo Dios muestra la fortaleza de su brazo, la potencia de sus músculos, el ancho abarcar de su mano ante los hombres.

Sólo ella podía decir cómo Dios derrumba los castillos de los soberbios y arroja a tierra sus sueños de ambición y de mandato. Sólo ella podría decir que Dios derriba del trono a los poderosos, sin que ninguna gloria humana prospere, porque todo en este mundo es fugaz y las criaturas humanas nacen muertas,

nacen con el sello de la muerte, sin que su vida sea otra cosa que un acercarse, cada vez más, hacia el fin inevitable de la humana existencia. Y, por contra, cómo Dios busca a los humildes en sus rincones de silencio y los ensalza, como en aquella parábola de Cristo, cuando los que se colocan en los últimos puestos son llamados a sentarse en la cabecera de la mesa de bodas. Hay un admirable reconocimiento de la justicia humana en los versos del *Magnificat:* a los ricos, a los que viven como ricos, a los que no se empobrecen en el amor de Cristo, Dios los despide sin nada, sin decirles una palabra tan sólo. Y a los pobres, a los que viven como pobres y acomodan su existencia a las normas de la evangélica pobreza, Dios los sacia de bienes.

¿Verdad que sólo ella podía decir tales cosas? Porque sólo ella estaba libre de pecado.

Pero aún dice algo María. Nadie como ella podría hablar, como ella lo hace, en nombre de Israel, del pueblo elegido, de la futura cristiandad. Dios, viene a decir María, ha sabido cumplir su promesa. He aquí que por mi camino nos manda al Señor, al Mesías, al esperado, al que soñaron ver los profetas, mientras se morían de ansias y de años en la espera inútil. Éste es el día, como recordará Cristo, que los profetas hubiesen querido ver. ¡Qué bien sonarían estas palabras en los oídos del Padre! Mejor que los elogios de todos los ángeles y bienaventurados.

Cuando sonasen las últimas palabras del *Magnificat* —yo imagino a María, de pie, inclinada, cogida la mano de Isabel y los ojos cerrados—, cuando siguiese un tenso y expectante silencio donde los suspiros fuesen como vientos..., Dios pondría música a la letra de María, a aquella letra que evidencia tan hondo conocimiento de los Santos Libros, tanta familiaridad con la Escritura. María, hoy, junto al Padre, seguirá diciendo su *Magnificat.* Y en ese cántico, y en los labios que lo modulan, nosotros, los hombres, tenemos hoy la esperanza. En María, mediadora del género humano.

JOSE MARIA PEREZ LOZANO

BEATO NICOLÁS BARRÉ

Presbítero y fundador († 1686)

Fue un hombre de sólida y luminosa espiritualidad, de ciega fe en la Providencia y lleno de grandezas interiores, las cuales supo comunicar a los demás con verdadera sensibilidad apostólica. Su amor a los hombres y su generosidad nunca conocieron límites. Fue un Maestro del espíritu cautivador y singular. Sus escritos ascéticos reflejan sublimes esencias. Y los frutos que produjo a su alrededor quedaron latentes en figuras de resonancia histórica, al estilo de San Juan Bautista de la Salle, de quien hizo un héroe de la educación cristiana con sólo empujarle con sus contagiosas actitudes providencialistas.

El Beato Nicolás nació el 21 de octubre de 1621 en Amiens, Francia. Su padre, Luis Barré, y su madre, Antonieta Pellé, pertenecían a la burguesía de la ciudad. Ejercían el comercio y formaban un matrimonio muy piadoso. Fue el primero de cinco hermanos. Las cuatro que nacieron después de él fueron niñas. Recibió el bautismo en la Parroquia de San Germán el 17 de diciembre del mismo año.

Desde los ocho años frecuentó una pequeña escuela local y su piedad fue admirable desde la infancia. Incluso es misterioso el hecho de que, inteligente e intuitivo, entendió que Dios le pedía cosas admirables. Se dispuso a darlas y, cosa sorprendente en niños pequeños, hasta hizo a los diez años voto de castidad, como él recordaría en alguno de sus escritos posteriores «por inspiración divina que no mérito propio». Acaso fue la respuesta a la educación piadosa que recibió en el hogar familiar. Y lo hizo con la sencillez de un niño y con la sorpresa después de quien consideraba casi increíble que tal hecho o actitud surja en la infancia.

En 1630 ya frecuentaba, al menos desde Navidad, la Escuela de San Nicolás, llevada por los padres jesuitas. En ese centro pasó diez años en estudios de gramática, retórica y humanidades. Incluso estudió teología y filosofía durante los dos últimos cursos.

Tenía 19 años cuando, en octubre de 1640, ingresó en el convento de los religiosos mínimos de la ciudad. Eran hombres sencillos de espíritu franciscano y formaban la Congregación de

ermitaños fundada por San Francisco de Paula en 1450, para «orar, servir y edificar al prójimo». El lema del Instituto, encerrado en la palabra *charitas,* y la pobreza de vida de sus religiosos, a quienes las gentes llamaban «los hombres buenos», parece que fueron los estímulos de su vocación. Fue enviado al noviciado de Nigeon, cerca de París, en la zona actual de Passy.

El 31 de enero de 1642 hacía su profesión religiosa con la alegría de quien ha encontrado su camino en la vida y con la ilusión de quien comienza un sendero nuevo en la Iglesia. Fue destinado al convento de Vincennes, cerca de París. Allí continuó estudios para prepararse a lo que sería la orientación de su vida: orar, predicar, confesar y dirigir almas.

El 27 de febrero de 1643 fue ordenado como diácono. Meses antes había recibido las órdenes menores. La ordenación sacerdotal la recibió en octubre de 1645. Se le encargó de la cátedra de filosofía, en la casa de estudios de la Orden. En esa ocupación permaneció hasta 1647, en que se le confió la cátedra de teología escolástica y mística en la misma casa. Su labor docente mereció la aprobación de todos por su profundidad, según los testimonios que quedan. Al mismo tiempo comenzó su tarea de dirección espiritual de almas y de predicación. Ganó pronto, en lo primero, precoz reputación de buen director; y en lo segundo, prestigio de orador insigne al que pronto fueron conociendo los múltiples oyentes.

En 1649 se inscribió en la «Asociación de oraciones» para obtener buenos maestros, que había sido fundada por Adrián Bourdois. El año 1650 con mucha probabilidad participó en la condena de diversas tesis jansenistas, rechazo crítico que se promovió en diversos organismos de su Orden. Eran los tiempos en que las ideas de Jansenio, con su *Augustinus,* publicado en 1640 y condenado por la bula *In eminenti* en 1643, se hallaban en pleno vigor y alteraban la vida religiosa de muchos grupos y personas.

En 1653, el 6 de octubre, Barré fue designado bibliotecario del convento de la Plaza Real de París. Era una biblioteca para entonces portentosa: unos 15.000 volúmenes se guardaban en ella. Era muy frecuentada por gentes de saber y de la aristocracia. Allí tendría él que hacer brillar sus dotes sociales y su cultu-

ra admirable. Pero no se dejo absorber por los saberes humanos, sino que lo tomó como un servicio de Iglesia.

Siguió con intensa actividad pastoral y sacerdotal en la iglesia conventual, pasando largas horas de confesonario y manteniendo amplia correspondencia con diversas personas de todos los estados que reclamaban sus consejos. Su ideal hubiera sido marchar a misiones, pero su salud frágil hizo que pronto le desengañaran del proyecto. Asumió la negativa como expresión de la voluntad divina y aceptó aquella tarea de promoción y significación cultural con verdadero celo y espíritu sobrenatural. De entonces es un fragmento que escribía:

> «Me entregare del todo a la virtud de la fe, de la esperanza y del amor, de la paciencia, y de la entrega generosa, deseando el paraiso y, sin embargo, viviendo con la confianza de que mis gritos seran escuchados»

Los esfuerzos de aquellos dos o tres años le dejaron casi agotado en su salud. En 1656, en septiembre, fue enviado por sus superiores al convento de Amiens, para restablecerse de la penosa enfermedad que le había afectado por sus fuertes penitencias y sus largas horas de vigilia. En Amiens actuó como sacristán. Pero tuvo ocasión de tomar contacto más directo con la gente pobre y abandonada que acudía al convento. Las muchachas ignorantes y prematuramente viciosas que conoció le impresionaron de forma especial.

Su estancia se prolongó allí hasta 1658, en medio de muchos sufrimientos físicos y morales. Sentía, sobre todo, el verse privado de su trabajo apostólico directo de la predicación y de la dirección de almas. Se sentía inútil y fue para él la noche del espíritu, de la que hablaría en sus notas espirituales:

> «Fue una noche como un excelente dia sin ver nada, todo se ve, y sin saber nada, todo se sabe, pues todo se posee ya sin temor»

En 1659, ya restablecido y reconfortado espiritualmente, fue enviado a Rouen para predicar una fervorosa misión. Muchas personas quedaron conmovidas por sus palabras y le pedían dirección espiritual. En esa misión descubrió la tremenda ignorancia de la gente. Confirmó lo que ya sabía de la triste situación de las niñas y jóvenes. Mientras estaba allí, fue elegido superior del convento de los Mínimos de Peronne. Asustado

por aquella responsabilidad, y humilde en el concepto de sí mismo, solicitó al Capítulo de la Orden que no confirmara la elección, debido a su precaria salud. Fue atendido su ruego y quedó en Rouen.

La tarea a la que se entregó de lleno fue la dirección espiritual de almas deseosas de perfección. Apreciado y buscado por cuantos oyeron hablar de sus habilidades para entender las conciencias y de su carisma de animador de corazones, brilló con su exigencia mezclada de ternura y con su tacto y capacidad de discernimiento de espíritus. El Beato Barré, sin acepción de personas, a todos comunicaba su experiencia y su ciencia, sus intuiciones tan acertadas para cada uno y su inmenso amor al Señor Jesús.

Y lo hacía de dos formas: predicando y aconsejando, con la dirección colectiva en el púlpito y con la más personal del confesonario. En la predicación era un maestro hábil y consumado, más por la unción de sus palabras, que transmitían vivencias espirituales, que por sus ideas eruditas, destinada a comunicar ciencia. La burguesía local tenía a gala frecuentar la Iglesia de los Mínimos, deseando escuchar la palabra divina de su boca.

En lo referente a la dirección espiritual, por su confesonario pasaban procesiones de penitentes que buscaban luz y no sólo el perdón. Su foco luminoso era la persona divina de Jesús. Por eso atraía a innumerables personas, que recibían sus palabras, encendidas por el celo, como llamadas a la conversión. Con frecuencia sus cartas, llenas de sutil doctrina y de sabios alientos, reforzaban los consejos dichos en el silencio del templo.

La segunda forma de su apostolado se centró en lo más necesario en su tiempo en todas las villas y aldeas francesas en donde pudo llegar. Le dolía ver cómo la infancia y la juventud se corrompía en las calles, mientras los nobles se desgastaban en las fiestas palaciegas de Versalles y de tantos lugares. Por eso se consagró con ilusión a la obra de las escuelas cristianas de caridad, para que el mensaje de Jesús, en alas de la cultura, llegara a todos los hijos de Dios.

Estando en Sotteville-les-Rouen en 1662, comenzó una primera experiencia de «escuela de caridad» para niñas y otra para niños, en compañía del párroco de San Amand, Antonio de la

Haye. Luego siguieron otras y hubo de buscar maestras y maestros y apoyarlos con sus alientos y ejemplo. Elaboró sabias consignas sobre todo para las maestras, que se mostraron más receptivas. Una de ellas refleja lo que latía en su compasivo corazón por aquel tiempo:

> «Instruir y tratar de ganar las almas para Dios es mucho más importante que edificar iglesias y adornar altares Pues es preferible preparar para su Divina Majestad templos espirituales y altares vivos» *(Maximas espirituales,* III 139)

En 1664, reunió en Sotteville las primeras maestras de caridad que quisieron llevar vida de comunidad. Asumió su dirección espiritual y su formación, pero rehusó encargarse de la administración de los bienes de la comunidad. La tarea le llevó hasta 1669, año en el que ya pudo dar por constituida la comunidad y considerar que las maestras estaban formadas.

En 1670 envió ya varias de las maestras formadas al hoy Beato canónigo Nicolás Roland de Reims, uno de sus dirigidos siendo estudiante en París y sacerdote celoso de su ciudad y cabildo. Llegaron a su destino el 27 de octubre y con ellas Roland inició una obra similar en su ciudad. Las «Hermanas de Roland» tomarían con el tiempo el nombre de «Hermanas del Niño Jesús de Reims». Y las de Barré recibieron el nombre de «Damas de San Mauro de París», por el lugar donde habían concentrado su hermosa tarea educadora. A las suyas, Barré las dejó en claro su misión:

> «El Instituto de las "Escuelas Cristianas y de Caridad" tiene su origen en el Corazon de Dios, el cual ha amado tanto al mundo que le ha dado a su Hijo para instruir a los hombres y para enseñarles la via de la salvacion, a fin de que ellos tengan fe en Él y no se pierdan» *(Estatutos y reglamentos,* 1)

Pero no fueron las únicas instituciones que ayudó a configurarse por esos años. Otros institutos religiosos incipientes recibieron más tarde sus consignas y mensajes, como las «Hermanas de San Carlos de Lyón», organizadas por Carlos Demiá en 1687, y las «Hermanas de la Providencia», de Lisieux, de las hermanas Juana Francisca y Teresa Jouen, en 1683.

En 1672 abrió otra escuela para niños en Darnetal. Para ello reunió a varios maestros. Era por entonces ya superior de su

comunidad de Rouen y contaba para su tarea apostólica con facilidades que le daba su cargo y con la comprensión de la Orden, cada vez más sensibilizada a las grandes deficiencias sociales que se respiraba en las ciudades francesas. A mediados de ese año de 1672 fue elegido superior de la comunidad de París y asistente provincial. Tuvo que cambiar de sistema de vida, pero se siguió cuidando minuciosamente de su naciente Instituto, aunque hubo de trasladarse a la capital. Allí logró llevar otro grupo de Hermanas y así comenzó la difusión de la obra por diversos lugares de Francia.

En 1674 instituyó una especie de seminario para la formación de las maestras y otro para maestros, con excelentes resultados. Pero encontro muy difícil la perseverancia de los maestros que iniciaban la tarea docente, debido a lo precario de su situación. Algo le decía que los maestros no era lo suyo y que su mejor acierto eran las «Religiosas de San Mauro».

Desde 1675 en que regresó a París, su vida discurrió ya en la capital permanentemente, como confesor y predicador, como director de almas, como animador de las «escuelas de caridad» de parroquia. Siguieron otras escuelas en la ciudad. Sabía buscar colaboradores entre la gente elegante para que aportaran sus recursos y en ocasiones su tiempo a la empresa de la educación de las niñas. Los centros se multiplicaron, pero también surgieron algunas maniobras y celos entre los diversos administradores de las escuelas. Sintió mucho el que las ya Hermanas terminaran separándose en dos grupos y formaran dos congregaciones diferentes, pero asumió la variedad de caminos con tal de que el apostolado de la buena educación se desarrollara con eficacia.

Hizo lo posible para que las maestras, ya religiosas, crecieran espiritualmente en profundidad. Para ellas escribió por aquellos años parisinos algunas obras, como *Estatutos y reglamentos de las Hermanas de San Mauro.* En 1677 estaba ya preparado este reglamento. Y son probablemente de este año los *Avisos para dar el catecismo humildemente* y la *Escuela cristiana del trabajo manual,* que dispuso para orientar su obra. También recopiló una serie de *Máximas espirituales* para orientar su reflexión y oración.

En 1678 reinició de nuevo en Paris otro «Seminario para la formación de las maestras». Lo dirigía él mismo con sabias nor-

mas y doctrina. Le interesaba una formación pedagógica, pero sobre todo perseguía la educación espiritual. En una carta decía a una Hermana:

> «Salid de vosotras mismas para pensar en Dios Pensad que Él es quien os dirige la palabra que os llega [ ] Si os preguntan a qué habeis venido aqui, responded que no habeis venido, sino que os han traido» *(Carta* 13).

En 1681 obtuvo la protección de Luis XIV para su obra. Sus maestras se difundieron por diversas diócesis y parroquias ya bajo un amparo legal, pero Barré se «fiaba más de Dios que del Rey» y por eso no apreció demasiado la aprobación civil conseguida. No sucedió lo mismo con los maestros, los cuales terminaron dispersándose. En sus últimos años mantuvo especial relación con el canónigo de Reims Juan Bautista de la Salle, relacionado con otro canónigo, Nicolás Roland, también dirigido suyo. Con Juan de La Salle fue poco el tiempo que Barré actuó de director, pero el joven clérigo se impregnó hondamente de su doctrina sobre la Providencia, de su amor a la oración y de su sentido de austeridad. La correspondencia entre ambos se mantuvo durante los pocos años que ya a Barré le quedaban de vida y consta que varias veces el fundador de las «Escuelas cristianas» viajó a París para solicitarle consejo.

Así fue como el rico canónigo, con motivo de las grandes hambres de 1683 y 1684, repartió todos sus bienes patrimoniales a los indigentes y se quedó pobre él mismo, como le había insinuado Barré. El piadoso mínimo, ante la pregunta del canónigo remense de si debía dedicar sus bienes patrimoniales a fundar bien las escuelas de los niños, había respondido algo que marca perfectamente su espiritualidad y que él mismo había hecho con sus maestras:

> «Si fundais la obra de vuestras escuelas en vuestros dones, desapareceran y no duraran mucho Si las fundais en la Providencia, es ella la que llevara la obra y durara para siempre [ ] Solo Dios»

Ese «Dios sólo» estaba entre las consignas que Barré daba a sus maestras. Era la entrega a la Providencia lo que más le inquietaba. A todos les decía:

> «Los maestros y las maestras tienen que hacer todas las cosas para someterse a la voluntad divina Y lo haran todo por puro

amor de Dios La virtud de la caridad es el vinculo de toda perfeccion Esta por encima de todas las demas virtudes Ella tiene que ser el alma de toda obediencia y de todo desinteres, de su paciencia y de su modestia, de su constancia y de su perseverancia, y de todo lo que se refiere a la perfeccion de su estado» *(Estatutos y reglamentos,* 4)

Esta doctrina era lo más entrañablemente ahondado por el piadoso religioso. Las *Cartas espirituales y de dirección* que de él se conservan, y que luego serían publicadas, constituyen el mejor testamento dejado a los seguidores de su espíritu. En ellas sólo existe una palabra clave duplicada: «Dios sólo y amor total». Ambos conceptos forman el eje magnífico de sólida espiritualidad. El resultado de la presencia divina será siempre la paz. Por eso escribía en sus últimos tiempos:

«Cerrad completamente los ojos para no mirar nada desde este mundo Dios es quien nos gobierna y obra en nosotros Es el unico que tiene sus planes sobre nuestra vida Nosotros debemos solo obedecer, sufrir y hacer lo que el quiere que hagamos» *(Carta* 1)

Y también añadía:

«Es preciso meditar, porque es preciso profundizar lo que nosotros recibimos de Dios por las lecturas y las conversaciones Asi llenamos de luz las tinieblas que nos ofuscan el espiritu y nos desvian de Dios» *(Carta* 4)

En 1686, el 10 de abril, estableció la casa central de las Hermanas en París. Fue uno de los últimos actos y decisiones que tomó en la tierra. El 17 de mayo cayó seriamente enfermo. Dejó recomendada la obra a Dios. El día 31 entregó su alma al Señor, siendo enterrado en la sepultura común de su convento. La gente que acudió en tropel a pedirle su intercesión celeste decía al unísono: «Ha muerto un santo». En ese momento, su instituto contaba ya con unas 100 Hermanas distribuidas por diversas escuelas parroquiales.

Tuvieron que pasar tres siglos para que un día su larga causa de beatificación, que se inició formalmente a mediados del siglo XX, llegara a término. El 7 de marzo de 1999 fue beatificado por Juan Pablo II y su mensaje espiritual y educador difundido a todo el universo. A pesar de haber pasado tres siglos, sus sa-

bias palabras quedaban en la mente de quienes siempre admiraron su figura. Sobre todo cuando decía verdades como éstas:

> «Muchas personas quieren servir a Dios, pero se resisten a que Dios se sirva de ellas. Sin embargo, la verdadera disposición que debe tener toda alma fiel, de modo especial la maestra cristiana, es ponerse en las manos de Dios, como un pincel en las manos del pintor o como una pluma en las del escribano. Y conviene caer en la cuenta de que, ordinariamente, la pluma, para que sirva mejor para la escritura, se la corta, se la tronza, se la talla» *(Máximas espirituales,* XIII.31).

PEDRO CHICO GONZALEZ, FSC

Bibliografía

BARRÉ, N., *Obras completas* (Barcelona 1997)

SACRA CONGREGATIO DE CAUSIS SANCTORUM, *Beatificationis et canonizationis servi Dei Nicolai Barre sacerdotis professi Ordinis Minimorum fundatoris Congregationis Sororum a Iesu Infante et Sororum a Providentia († 1686).* I: *Positio super introductione causae et super virtutibus ex officio concinnata* (Roma 1970). II: *Positio super virtutibus* (Roma 1980).

Un uomo di Dio. P. Nicolas Barré (Roma 1971).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTA PETRONILA

Virgen y mártir († s. III-IV)

Mientras una leyenda presenta a Petronila como hija del apóstol San Pedro que con él viaja hasta Roma, otra la hace su hija espiritual, diciendo que era una doncella romana convertida por el Apóstol, que se hospedó en adelante en su casa, y a quien el santo curó de la enfermedad de parálisis. El anterior *Martirologio romano* decía de ella que «era hija del apóstol San Pedro y que, desdeñando el enlace con el noble varón Flaco, y aceptando para deliberar el plazo de tres días, en que se dio a la oración y el ayuno, al tercer día, apenas recibió el sacramento de Cristo, expiró». Estas leyendas están hoy superadas. Por ello el nuevo *Martirologio* se limita a decir que en Roma se conmemora en el cementerio de Domitila de la Via Ardeatina a Santa Petronila, virgen y mártir.

Se ha dicho con toda razón que las fuentes arqueológicas avalan el texto del nuevo, no del antiguo, *Martirologio romano.* Un

fresco de la segunda mitad del siglo IV, que aún existe, en el cementerio de Domitila de la Via Ardeatina presenta a la difunta Veneranda introducida en el Paraíso por una jovencita junto a la cual está escrito: Petronila mártir. Una basílica romana a partir al menos del siglo VI llevó el nombre de Petronila y ésta era la construida en el pontificado de Siricio a finales del siglo IV junto al cementerio de Domitila donde estuvo enterrada la santa. La hagiografía actual no duda de la existencia de una mártir romana llamada Petronila, de los siglos III o IV, y que es la persona que está al fondo de todas las leyendas de las que se la hace protagonista.

BEATO SANTIAGO SALOMONI

Presbítero († 1314)

Nace en Venecia en 1231 de noble familia. Perdió primero a su padre siendo muy niño y su madre se encargó de su educación, pero posteriormente ella ingresó en un monasterio cisterciense, y el muchacho quedó bajo la tutela de su abuela. De todos modos, su educación fue buena y cristiana y el joven con 17 años decide su vocación religiosa e ingresa en la Orden de Predicadores.

Hecho el noviciado y la profesión religiosa, estudió la teología y se ordenó sacerdote y se acreditó en su Orden por sus muchas virtudes. Por ello fue destinado como prior sucesivamente a varios conventos: Forli, Faenza, San Severino y Rávena, en todos los cuales desempeñó ejemplarmente su cometido, apareciendo como persona mansa y pacífica y gran amante de los pobres y necesitados.

Por fin se le fijó la residencia en Forli, donde su austeridad de vida y caridad con los pobres le granjeó fama de santo. Dado a la lectura de la Biblia y de las vidas de los santos, era hombre de altísima oración y se habló de los éxtasis con que el Señor le favoreció. También se dijo de él que tuvo el don de profecía y el de milagros. Murió en Forli el 31 de mayo de 1314. Se le comenzó a dar culto enseguida, que no ha sido formalmente confirmado, pero su memoria litúrgica de mucho tiempo atrás se le permitió a Forli y a la Orden de Santo Domingo.

BEATA BAUTISTA VARANO

Abadesa († 1527)

Camila nace en el seno de la casa ducal de Camerino, hija de Julio César y de Juana Malatesta, princesa de Rímini. Educada cristianamente, en su adolescencia concibe el propósito de ser religiosa y consagrarse enteramente a Cristo.

Su padre quiere a todo trance que contraiga matrimonio y ante la firme negativa de la joven, la reduce a prisión en la propia casa y dura el encierro dos años, en el curso de los cuales sube más y más en la vida interior y tiene experiencias místicas que la animan en el camino emprendido.

Por fin su padre decide dejarla seguir su «capricho» y le permite ingresar en la Orden de las Clarisas en Urbino. Pero, arrepentido de haberla dejado ir fuera de Camerino, impide profese en aquel monasterio y alcanza del papa Sixto IV la fundación de uno en el propio Camerino, que quiso dotar espléndidamente, negándose Camila a separarse de la pobreza que había elegido. Por fin puede profesar y toma el nombre de Bautista, siendo elegida abadesa por la comunidad. Desempeñó santamente su cometido, sabiendo dirigir a las monjas por las sendas de Dios, dotada de una gran discreción de espíritus, y siendo un modelo de vida religiosa hasta su muerte el 31 de mayo de 1527. Su culto fue confirmado por el papa Gregorio XVI el 7 de abril de 1843.

BEATOS ROBERTO THORPE Y TOMÁS WATKINSON

Mártires († 1591)

Roberto Thorpe era natural de la provincia de York, y habiendo decidido su vocación sacerdotal ingresó en el seminario inglés de Reims el 1 de mayo de 1584. Se ordenó de sacerdote el 9 de mayo de 1585, volviendo enseguida a Inglaterra donde logró ejercer con gran celo y fruto el ministerio durante los años siguientes. Era bajo de estatura y enfermizo, no muy culto pero sí muy piadoso y entregado a su ministerio. Fue localizado y arrestado en la casa de Tomás Watkinson, donde había acudido a decir misa, el 18 de marzo de 1591.

Tomás Watkinson era de Menthorpe, en el condado de York Era viudo y tenía hijos y era agricultor. Llevaba vida retirada y tenía ofrecida su casa a los misioneros para que en ella pudieran hospedarse y celebrar la santa misa. Era, como este hecho lo demuestra, un católico piadosísimo y valeroso. Ya era un anciano cuando sufrió el martirio.

La policía en la fecha citada registró su casa y encontró en ella los vasos sagrados propios para la santa misa y, además, localizó en ella al P Thorpe, motivo por el cual ambos fueron arrestados y llevados a Topcliffe, el gran enemigo de la fe católica y buscador de sacerdotes.

A ambos se les aplicó el estatuto 27 de Isabel, que prohibía por un lado entrar en Inglaterra a los sacerdotes ordenados en el extranjero, y por otro prohibía que nadie diera albergue a tales sacerdotes. Thorpe declaró con toda claridad que la Reina no era la autoridad suprema en materias religiosas sino que lo era el Papa, y Watkinson reconoció haber auxiliado al sacerdote. Llevados al lugar del suplicio en York, Thorpe se enfrentó a los ministros anglicanos que querían atraerlo a su religión y los califico de doctores de una religión falsa. El juez le quito la palabra y mandó que fuera enseguida ahorcado y descuartizado. Watkinson fue requerido a pasarse al anglicanismo y pedir perdón a la Reina por haber albergado a un traidor, a lo que el mártir respondió que no había albergado a un traidor sino a un ministro del Señor. Seguidamente fue ahorcado. Era el 31 de mayo de 1591. Fueron beatificados el 22 de noviembre de 1987.

BEATO FELIX (SANTIAGO AMOROSO) DE NICOSIA

Religioso († 1787)

Santiago Amoroso nació en Nicosia el 5 de noviembre de 1715. Su padre era zapatero remendón y él mismo trabajó desde joven en una zapatería. Muy piadoso y religioso desde su infancia, aspiraba a la vida religiosa y cuando murieron sus padres, acudió a los capuchinos solicitando ingreso, pero no fue admitido. Perseveró en su pretensión durante años hasta que fue admitido en 1743 en el convento de Mistretta, donde hizo la

profesión religiosa como hermano lego y tomó el nombre de fray Félix de Nicosia.

Enviado al convento de Nicosia, acompañó primero al hermano limosnero por las calles de la ciudad y luego fue hortelano, cocinero, zapatero, enfermero, portero y limosnero, oficio éste que le permitió ponerse en contacto con mucha gente a la que hizo mucho bien. Su exquisita espiritualidad y grandes virtudes, como la humildad, la mansedumbre, la caridad, atrajeron hacia él la atención de los fieles que se encomendaban a sus oraciones y decían recibir de Dios por medio de ellas grandes favores, incluso milagros. El guardián del convento sometió muchas veces a prueba su obediencia y humildad, comprobando que fray Félix era en efecto tan santo como parecía. Llevaba una vida austerísima, con grandes ayunos y mortificaciones. Devotísimo de la eucaristía, se pasaba no pocas horas de la noche ante el sagrario, y era asimismo muy fervorosa su devoción a la Virgen María.

Lleno de méritos murió en su convento de Nicosia el 31 de mayo de 1787. Fue beatificado por el papa León XIII el 12 de febrero de 1888.

BEATO MARIANO DE ROCCACASALE

Religioso († 1866)

Domingo di Nicolantonio nace en Roccacasale, Italia, el 13 de enero de 1778 en el seno de una familia pobre pero muy religiosa, que lo educó con esmero en los principios evangélicos. Adolescente se sumo al trabajo para ayudar a su casa como obrero del campo. Pero no sentía el atractivo del mundo sino de la vida religiosa, y así, a los 24 años pidio ingreso en la Orden de Menores.

En mayo de 1802 ingresó en el convento de San Nicolás en Arischia, hizo la profesión religiosa como hermano lego y con el nombre de fray Mariano de Roccacasale. Aquí estuvo hasta que el cardenal Galeffi pidió lo trasladasen al convento de San Francisco, de Civitella, ahora Bellegra, de la Provincia Franciscana de Roma, donde pasaría los siguientes cincuenta años de su vida.

No tenía otra lectura que la *Regla* de San Francisco y la *Doctrina cristiana* de San Roberto Belarmino, pero su intensa meditación le llevaba a ser capaz de decir palabras de gran edificación y sabiduría espiritual, en las que se mostraba su ardiente devoción a la Pasión del Señor, la Eucaristía y la Santísima Virgen María, lo que unido a la radicalidad de su pobreza franciscana, lo hacía acreedor de la estima y veneración de los fieles. Y es que tenía el cargo de portero en un convento al que acudían muchos fieles y tuvo la oportunidad en ese cargo de hacer mucho bien a todos, y que se vieran sus muchas virtudes, entre las que sobresalía su humildad. Con fama de santo murió el 31 de mayo de 1866. Fue beatificado el 3 de octubre de 1999.

SAN NOÉ MAWAGGALI

Mártir († 1886)

Es uno de los mártires de Uganda. Nacido en el distrito de Singo, en la zona de Mityana, en 1851, pertenecía al clan del Antílope y era alfarero de profesión. Vino al conocimiento del cristianismo y se adhirió a Cristo, bautizándose el 1 de noviembre de 1885.

Nombrado catequista de la comunidad cristiana, cumplía su encargo con gran celo, y estaba precisamente dando catequesis en su casa cuando los emisarios reales vinieron a su poblado, Kiwanga, a poner fin a la comunidad cristiana. Se le avisó y pudo huir, pero no quiso abandonar su puesto y por ello fue martirizado. Atravesado primero con lanzas hasta dejarlo todo lleno de heridas, fue luego colgado de un árbol para que fuese pasto de los perros y fueron echadas a las hienas algunas vísceras suyas. Era el 31 de mayo de 1886. Su hermana Munaku, entonces catecúmena, presenció su martirio y manifestó el deseo de ser ella también martirizada, pero no lo fue. Vivió en la misión consagrada al Señor y aún vivía cuando los mártires fueron beatificados. Noé fue canonizado con los demás mártires el 18 de octubre de 1964.

FIESTAS MOVIBLES

ASCENSIÓN DEL SEÑOR

A los cuarenta días de la solemnidad de la Pascua, la liturgia romana celebra, ya desde los siglos IV-V, la solemnidad de la Ascensión del Señor. Como la Pascua es domingo, la añadidura de cuarenta días nos lleva necesariamente a un jueves, y en efecto, en jueves, a lo largo de los siglos, pudo celebrar la Iglesia española, en sintonía con el rito romano, la fiesta de la Ascensión. El sentir popular, consciente de la importancia de la fiesta, lo expresó en un conocido adagio:

«Tres jueves hay en el año
que relucen mas que el sol
Jueves Santo, Corpus Christi
y el día de la Ascension»

Pero los condicionamientos políticos y sociales han obligado a numerosas iglesias, como es el caso de la española, a trasladar la solemnidad al domingo siguiente, el VII de Pascua, por ser laborable y no festivo en el país ese jueves tradicional de la Ascensión. La Iglesia española, por tanto, celebra la solemnidad de la Ascensión del Señor en el domingo VII de Pascua.

El motivo de celebrarse la Ascensión cuarenta días después de la Pascua surge de la propia Sagrada Escritura, ya que el autor del libro de los Hechos de los Apóstoles dice expresamente que fueron cuarenta los días en que Cristo resucitado se apareció a sus apóstoles y que al cabo de esos cuarenta días y delante de ellos tuvo lugar su ascensión. La fiesta tiene, pues, un claro origen neotestamentario.

Desde el punto de vista doctrinal hay que decir que esta fiesta celebra aquel punto de la fe enunciado en el Credo: «Y subió al cielo, y está sentado a la derecha del Padre». Tanto para la primera afirmación, la de la subida de Cristo al cielo, como

para la segunda, que está sentado a la derecha del Padre, tenemos numerosos textos neotestamentarios que así lo enseñan.

La ascensión de Jesús es narrada por San Lucas en el evangelio (24,51), y en el libro de los Hechos de los Apóstoles (1,9), también está narrada en el evangelio de San Marcos (16,19), se refiere a ella en varias ocasiones San Juan, también con el verbo ascender, e igualmente nos habla de ella la carta a los Efesios con verbo idéntico. Pero es San Lucas el que la encaja en las coordenadas de espacio y de tiempo, diciéndonos que fue a los cuarenta días de resucitar y exactamente en el monte Olivete, junto a Betania, distante de Jerusalén lo que se puede caminar en sábado. Los otros textos no han puesto interés en mostrar estas coordenadas espaciotemporales. No obstante, el evangelio de San Juan pone en labios de Jesús resucitado una frase que encaja con esta idea de que hay un espacio de tiempo entre la resurrección y la ascensión. Jesús le dice a la Magdalena cuando se le aparece junto al sepulcro: «Suéltame, que todavía no he subido al Padre, pero ve y díles a mis hermanos: Subo al Padre mío y Padre vuestro, a mi Dios y vuestro Dios» (Jn 20,17).

Aquí la ascensión aparece como un hecho distinto y posterior a la resurrección. Las palabras de San Lucas son suficientes para que el papa Pablo VI haya calificado desde su magisterio la ascensión del Señor como hecho histórico:

> «La ascension de Cristo al cielo es un hecho historico sucedido cuarenta días despues de su resurreccion, narrado por el primer capitulo del Libro de los Hechos de los Apostoles, en el que se nos presenta el triunfo final de Cristo con palabras sencillisimas pero importantes para su historia terrena, que desemboca en una historia celeste » (Catedral de Milan, 15 de mayo de 1958)

No es óbice a esta afirmación del papa Montini el que no pocos de los textos en los que se presenta a Cristo en la gloria del Padre, lo que supone su ascensión, no hablen explícitamente de ella o la enfoquen más como una realidad de fe que como el hecho histórico que fue. También en no pocos textos referentes a la muerte de Cristo es su valor redentor y su significado teológico lo que se destaca y no el hecho histórico mismo de la muerte de Jesús de Nazaret. El valor teológico, la cualidad de punto de la fe, no quita sino más bien supone la realidad histó-

rica de lo que se afirma. A este respecto decía el Beato Columba Marmion:

> «El misterio de la ascensión de Jesucristo nos es presentado de modo conforme a nuestra naturaleza: contemplamos la santa humanidad que se eleva de la tierra y sube visiblemente hacia los cielos.. Pero esta ascensión material, por muy real y maravillosa que se manifieste, es, al mismo tiempo, símbolo de una ascensión de la que los mismos apóstoles no vieron el final. Ascensión aún más admirable, aunque incomprensible para nosotros» *(Cristo en sus misterios).*

Y Juan Pablo II insistirá en que las indicaciones del libro sagrado no tienen por qué tomarse meramente como signo alegórico y no histórico:

> «Respecto al problema del tiempo, no se ve por qué razón podría negarse que Jesús se haya aparecido a los suyos en repetidas ocasiones durante cuarenta días, como afirman los Hechos. El simbolismo bíblico del número cuarenta, que sirve para indicar una duración plenamente suficiente para alcanzar el fin deseado, es aceptado por Jesús, que ya se había retirado durante cuarenta días al desierto antes de comenzar su ministerio, y ahora durante cuarenta días aparece sobre la tierra antes de subir definitivamente al cielo. Sin duda, el tiempo de Jesús resucitado pertenece a un orden distinto del nuestro. El Resucitado está ya en el ahora eterno, que no conoce sucesiones ni variaciones. Pero, en cuanto que todavía actúa en el mundo, instruye a los Apóstoles, pone en marcha la Iglesia, el ahora trascendente se introduce en el tiempo del mundo humano, adaptándose una vez más por amor. Así el misterio de la eternidad-tiempo se condensa en la permanencia de Cristo resucitado en la tierra Sin embargo, el misterio no anula su presencia en el tiempo y en el espacio; antes bien, ennoblece y eleva al nivel de los valores eternos lo que Él hace, dice, toca, instituye, dispone· en una palabra, la Iglesia. Por esto de nuevo decimos. Creo, pero sin evadir la realidad de la que Lucas nos ha hablado» (Audiencia general, 12 de abril de 1989).

Y por su parte, la liturgia romana nos dirá en el prefacio II, el más antiguo, de la fiesta, que:

> «Cristo Nuestro Señor después de su resurreccion se apareció visiblemente a todos sus discípulos y, ante sus ojos, fue elevado al cielo para hacernos compartir su divinidad» *(Misal romano).*

No hay que insistir en que los Santos Padres enseñaron siempre que habían sido en efecto cuarenta días reales, y no me-

ramente una forma de hablar, el tiempo que transcurrió entre la resurrección y la ascensión del Señor, y lo que hacen es subrayar que esto estuvo dispuesto por Dios por sus altos designios a fin de obtener frutos saludables. Dice así, sirva de ejemplo, San León Magno·

> «Hoy, amadísimos, se cumple el numero de cuarenta dias sagrados que han transcurrido despues de la dichosa y gloriosa resurreccion de Nuestro Señor Jesucristo Este numero de dias lo señalo la santisima disposicion de la Providencia para nuestra utilidad y enseñanza, para que, prolongandose durante este espacio de tiempo la presencia temporal del Señor, la fe de la resurreccion fuese confirmada con las pruebas necesarias» *(Homilia* 73)

La fiesta de la Ascensión celebra la vuelta de Cristo al Padre, vuelta anunciada por él mismo: «Salí del Padre y vine al mundo, de nuevo dejo el mundo y voy al Padre» (Jn 16,28). Esta salida del Padre es la encarnación, de la que habla el cuarto evangelio en el prólogo, y que significa la presencia humana de la Palabra de Dios en medio de los hombres, entre los cuales acampó. La Palabra encarnada ha venido con una misión de parte del Padre y ha dado señales de esa misión en sus obras, las cuales le han acreditado como mensajero divino (Jn 5,36, 10,25). Con su misterio pascual de muerte y resurrección va Jesús a redondear y cumplir su obra, y tras este pleno cumplimiento de la misión recibida, Cristo vuelve al Padre, y esta vuelta tiene, incluso en el evangelio de Juan, el apelativo de ascensión o subida: «Nadie sube al cielo sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre, que está en el cielo» (Jn 3,13) Y también: «Pues ¿qué sería si vierais al Hijo del hombre subir allí donde estaba antes?» (Jn 6,62).

La vuelta al Padre conlleva la glorificación de Jesús Jesús ha vivido en estado de humillación o kenosis, durante su estancia en la tierra, de modo que, aunque tenía categoría divina, aparecía como un hombre corriente, ya que no consideró imprescindible, una vez encarnado, ir luciendo la gloria de su divinidad, y llevaría su kenosis o humillación hasta el extremo, hasta la muerte en la cruz y la sepultura, pero tras ello vendría la exaltación y glorificación y la manifestación de que a Cristo le corresponde el nombre supremo, el nombre divino (Flp 2,6-11). Por ello, al acercarse su pasión, Jesús pide al Padre que le glorifique:

«Padre, llego la hora, glorifica a tu Hijo para que el Hijo te glorifique [ ] Yo te he glorificado sobre la tierra llevando a cabo la obra que me encomendaste realizar Ahora tu, Padre, glorificame cerca de ti mismo con la gloria que tuve cerca de ti antes de que el mundo existiese» (Jn 17,1-5)

La carta a los Efesios presenta a Cristo glorificado sentado a la derecha del Padre y colocado así por encima de todas las cosas y cabeza de la Iglesia:

« segun la fuerza del poder que El (Dios) ejercio en Cristo, resucitandolo de entre los muertos y sentandole a su diestra en los cielos, por encima de todo principado, potestad, poder y dominacion, y de cuanto tiene nombre no solo en este siglo sino también en el venidero A El sujeto todas las cosas bajo sus pies y le puso por cabeza de todas las cosas en su Iglesia, que es cuerpo, plenitud del que lo acaba todo en todos» (Ef 1,20-23)

Jesús está definitivamente por encima y a la cabeza de toda la creación, la material y la espiritual, los hombres y los ángeles, y el cosmos entero, y él es el juez de los vivos y los muertos. Con su resurrección y ascensión acaba su kenosis o humillación, y se revela su verdadera dignidad, la que tiene como Dios y como Redentor consumado. Lo expresó Juan Pablo II en su encíclica *Redemptor hominis*: «El Redentor del hombre, Jesucristo, es el centro del cosmos y de la historia» (1,1). Esta supremacía de Cristo sobre todas las personas y cosas por debajo de Dios es la que fundamenta su apelativo de Rey del Universo con que lo festeja la Iglesia en el último domingo del año litúrgico.

Pero la entrada y estancia de Cristo en el cielo no se presenta como una ruptura de Cristo con la realidad terrena: «No se ha ido para desentenderse de este mundo...» *(Prefacio I de la Ascensión)*. En efecto, Cristo en el cielo es nuestro Sumo Sacerdote, como con tanta fuerza se expresa en la carta a los Hebreos:

«El punto principal de todo lo dicho es que tenemos un Pontifice que esta sentado a la diestra del trono de la Majestad en los cielos, ministro del santuario y del tabernaculo verdadero, hecho por Dios y no por el hombre [ ] Ha recibido en suerte un ministerio tanto mejor cuanto que es mediador de una mas excelente alianza, concertada sobre mejores promesas» (Heb 8,1-6)

Cristo, recibido en el cielo, es mediador y sacerdote, y como tal sacerdote y mediador continuamente aboga por los hombres

e intercede sin cesar por ellos (Heb 7,25). Más aún: no hay entre Dios y los hombres otro mediador sino Jesucristo (1 Tim 2,5), de modo que no llega ninguna oración desde los hombres al Padre sino por medio de Jesucristo ni llega ninguna gracia desde Dios a los hombres sino por medio de él. Esto nos debe mover a acercarnos a Cristo y a poner en él toda nuestra confianza, sabiendo que por medio de él tenemos acceso a la gracia y la misericordia del Padre, recordando siempre aquella exhortación:

> «Teniendo, pues, un gran Pontífice que penetró en los cielos, Jesús, el Hijo de Dios, mantengámonos adheridos a la profesión de fe No es nuestro Pontífice tal que no pueda compadecerse de nuestras flaquezas, pues fue tentado, en todo a semejanza nuestra menos en el pecado Acerquémonos, pues, con confianza al trono de la gracia, a fin de recibir misericordia y hallar gracia para el auxilio oportuno» (Heb 4,14 16)

Él es ante el Padre nuestro abogado, de forma que nuestros pecados no deben llevarnos a la desesperación, ya que Cristo es propiciación por los mismos y continuamente presenta al Padre sus propios méritos y sacrificio, que sobreabundan sobre el pecado (Rom 5,20). Por ello dice San Juan:

> «Hijitos míos, os escribo esto para que no pequeis Si alguno peca, abogado tenemos ante el Padre, Jesucristo, el justo Él es propiciacion por nuestros pecados, y no solo por los nuestros sino por los del mundo entero» (1 Jn 2,1-2)
>
> «Ha querido precedernos como cabeza nuestra» *(Prefacio* I)

La ascensión de Jesús es también nuestra propia ascensión, puesto que Cristo no ha subido solo al cielo, sino que nos ha llevado consigo, como dice la carta a los Efesios aplicando las palabras del Salmo 68,19.

> «Subiendo a las alturas, llevó cautiva a la cautividad» (Ef 4,8)

Y más expresamente dice:

> «Dios, que es rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó, y estando nosotros muertos por nuestros delitos, nos dio vida en Cristo, habeis sido salvados gratuitamente, y nos resucitó y nos sentó en los cielos en Cristo Jesus » (Ef 2,4 6)

Los Santos Padres han expuesto esta idea a los fieles, como por ejemplo el citado San León Magno, quien nos dice que la

ascension de Cristo constituye nuestra elevación, y el cuerpo místico de Cristo tiene la esperanza de llegar algún día a donde ya está su gloriosa cabeza. Hoy —añade— no sólo hemos sido constituidos herederos del paraíso sino que con Cristo hemos ascendido a lo mas elevado de los cielos, consiguiendo una gracia más inefable por Cristo que la que habíamos perdido por la envidia del diablo. Pues a los que el malvado arrojó del paraíso, el Hijo de Dios, juntándolos consigo, los coloco a la diestra de Dios Padre *(Homilia* 73). De aquí se deduciran consecuencias morales de la mayor altura, porque la ascensión de Jesús muestra que nuestras almas están llamadas a lo alto, y por tanto no deben deprimirlas los deseos terrenos, destinadas a la eternidad, no las deben ocupar las cosas perecederas, habiendo entrado en el camino de la verdad, no deben entretenerlas los atractivos falaces. Han de recorrer el tiempo de la vida presente de tal modo que se consideren extranjeros que van de viaje por este valle del mundo y recordar siempre la exhortación apostólica:

> «Os ruego, queridisimos, que, como huespedes y peregrinos, os abstengais de los apetitos carnales que combaten contra el espiritu» (1 Pe 2,11)

Es el camino del amor el que tomó Cristo para descender hasta nosotros, por él nosotros subamos hasta él *(Homilía* 74). Subraya este tema Dom Lefebvre:

> «La ascension de Jesus es prenda de la nuestra Sublimada la Iglesia por una esperanza inmensa, levanta los ojos hacia su Jefe que le ha precedido a la patria celestial y la ha introducido alli en su propia persona [ ] Toda la vida de la Iglesia se situa entre la ascension del Señor y su vuelta al fin de los tiempos Segura de no engañarse en su espera, propaga por todas partes el mensaje de Cristo y derrama sin cesar su gracia hasta el dia en que el vuelva definitivamente a introducir en la gloria del Padre a todos los que ha arrebatado al poder de Satanas» *(Misal diario y vesperal)*

El día de la ascension, como nos ha recordado Dom Lefebvre, es el día del mandato evangelizador de Cristo (Mc 16,15). Terminada la presencia visible de Cristo sobre la tierra, ahora su sacramento, su signo visible y su instrumento será la Iglesia, a través de la cual Cristo hará en adelante su obra: por medio de ella predica, congrega a los creyentes, los santifica y los encamina a la vida eterna, y por medio de ella transmite al mundo la es-

peranza de un nuevo cielo y una tierra nueva, superando este mundo de miserias, injusticias, opresiones y pecado. A Cristo en adelante ya no se le ve sino con los ojos de la fe, pero la Iglesia queda en su lugar: ella es su cuerpo, y ella tiene la misión de Cristo: «Como el Padre me envió a mí, así yo os envío a vosotros» (Jn 20,21), ella es la prolongación de Cristo en el tiempo y en el espacio.

Para que sea capaz de llevar adelante esta misión Jesús le promete su Espíritu, que derramará sobre ella el día de Pentecostés. Pero también le promete su propia presencia. Y por ello, al concluir su evangelio, Mateo nos presenta a Jesús diciendo: «He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mt 28,20). La Iglesia vive con la seguridad gozosa de la presencia de Cristo, que el Concilio subrayó como múltiple y continua (SC 7). Lo subraya San Agustín en la homilía elegida para el oficio de lecturas de esta fiesta:

> «Él no se aparto del cielo cuando desde allí descendió a nosotros, ni se apartó de nosotros cuando de nuevo subió al cielo» *(Liturgia de las Horas)*

Esta presencia llena de alegría y confianza a la Iglesia que se siente habitada e inundada por la presencia confortadora de Cristo y por ello, aun en medio de dificultades, peligros, tentaciones, persecuciones y debilidades, no teme. No vive en el temor sino en la confianza y se abraza siempre a su Señor y Esposo con un corazón seguro y tranquilo, y no obstante esta seguridad de su presencia invisible, no deja de rogar continuamente por la vuelta del Esposo, y se cumple cada día lo que dice el Apocalipsis: «El Espíritu y la Esposa dicen: Ven» (Ap 22,17). Sí, mientras cumple su obra en la tierra, la Iglesia canta un continuo *Maranatá,* segura de que «ese mismo Jesús que ha subido desde vosotros al cielo, vendrá de la misma forma que le habéis visto subir al cielo» (Hch 1,14).

En la liturgia romana vigente, la solemnidad de la Ascensión tiene una liturgia de las horas propia con himnos, antífonas y preces cuidadosamente elegidos y que subrayan algún aspecto del misterio que se celebra, e igualmente una bella selección de salmos y cánticos bíblicos que subrayan el poder y el triunfo de Dios, utilizando para laudes la salmodia de la domínica de la

primera semana. La primera lectura del oficio de lecturas está tomada de la carta a los Efesios 4,1-24, carta que igualmente utiliza en la lectura breve de I Vísperas. Para la de laudes elige la carta a los Hebreos 10,12-14 y para la de II Vísperas la primera carta de San Pedro 3,18.22. Y para la segunda lectura del oficio de lecturas elige un sermón de San Agustín sobre la ascensión del Señor. En la misa la oración colecta pide al Señor «darle gracias y exultar de gozo en esta liturgia de alabanza, porque la ascensión de Cristo es ya nuestra victoria» y en la oración después de la comunión se le pide a Dios la gracia de «desear vivamente estar junto a Cristo». La primera lectura, fija para los tres ciclos, es la narración de la Ascensión en el libro de los Hechos (Hch 1,1-11) y la segunda lectura, igualmente fija, es de la carta a los Efesios (1,17-23): la ascensión de Cristo nos hace comprender la esperanza a la que Dios nos llama. El evangelio varía en cada ciclo: el año primero se toma de Mateo (28,16-20) la aparición de Jesús a los once en el monte de Galilea y la promesa de estar con ellos hasta el fin del mundo; en el año segundo se toma de Marcos (16,15-20), aparición de Jesús a los Once, mandato misionero y ascensión, con el final de que los Once cumplieron efectivamente el mandamiento de Jesús; y el año tercero se toma de Lucas (24,46-53), y narra la aparición de Jesús a los discípulos, la promesa del Espíritu Santo y la ascensión. La fiesta tiene dos prefacios propios, el primero redactado en la reforma litúrgica y el segundo procedente del antiguo misal romano.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

CASTELLANO, J , *El año litúrgico. Memorial de Cristo y mistagogía de la Iglesia* (Barcelona 1994).

JUAN PABLO II, *Creo en Jesucristo. Catequesis sobre el Credo,* II (Madrid 1996).

LEON MAGNO, SAN, *Homilías sobre el año liturgico* (Madrid 1969)

Liturgia de las horas.

Misal romano vigente.

PABLO VI, *Cristo, vida del hombre de hoy.* Selección de textos por V. LEVI (Madrid 1968).

RYAN, V., *Pascua, fiestas del Señor* (Madrid 1987)

SOLEMNIDAD DE PENTECOSTÉS

Pentecostés, del griego Penthkosth (cf. Hch 2,1), etimológicamente significa «quincuagésimo» y corresponde a la fiesta de la recolección de la cosecha, a los cincuenta días despues de la pascua, cuando el pueblo también debía presentarse en el templo, y por eso se la llamaba en hebreo fiesta de las «semanas» *(shebuot)* porque se celebraba precisamente siete semanas después de la fiesta de «los ácimos» —la pascua judía— en la que se había ofrecido la primera gavilla de la recolección.

> «Contaras siete semanas Cuando la hoz comience a cortar las espigas, entonces comenzaras a contar estas siete semanas Despues celebraras en honor de Yahve tu Dios la fiesta de las Semanas, con la ofrenda voluntaria que haga tu mano, en la medida en que Yahve tu Dios te haya bendecido» (Dt 16,9-10)

Era, por tanto, no sólo fiesta de alegría sino también de acción de gracias y, como gesto, se ofrecían primicias de todo lo que se había sembrado. En esta fiesta originalmente agraria, a partir de la destrucción del templo en el año 70, se rememoraba ante todo el pueblo —remontándose desde el cordero pascual y el paso del Mar Rojo hacia más atrás— la promulgación de la Ley de la Alianza en el Sinaí Por eso se la denominaba a partir de entonces como «fiesta de los juramentos»

En la providencial historia de la salvación, justamente en esta fiesta del año 30, la primera fiesta de pentecostés después de la pascua en la que murió y resucitó Jesucristo, aconteció la venida del Espíritu Santo:

> «Llegado el dia de Pentecostes, estaban todos reunidos en un mismo lugar De repente vino del cielo un ruido como el de una rafaga de viento impetuoso, que lleno toda la casa en la que se encontraban Se les aparecieron unas lenguas como de fuego que dividiendose se posaron sobre cada uno de ellos, quedaron todos llenos del Espiritu Santo y se pusieron a hablar en otras lenguas, segun el Espiritu les concedia expresarse» (Hch 2,1 4)

Este texto subraya dos signos de la venida del Espíritu: «ruido como de viento impetuoso» y «lenguas como de fuego sobre cada uno de ellos», y, además, un efecto de la llenumbre del Espíritu: hablaban en otras lenguas según «les concedía expresarse».

El viento y el fuego recuerdan la profecía del Bautista sobre el Mesías (Lc 3,16): «Él os bautizará en el Espíritu Santo y el fuego».

El término griego para decir «viento» (pnoh) tiene la misma raíz que «espíritu» (pneuma) y, como en hebreo *(ruaj)*, significa a la vez viento y espíritu. Durante la ascensión, los apóstoles y discípulos habían visto cómo Jesús subía al cielo (en paralelismo con Eliseo que vio a Elías ascender y entendió que iba a recibir dos tercios del espíritu de su maestro: 2 Re 2,9-15) y, por eso, podían esperar la venida del Espíritu de Jesús enviado desde lo alto por el mismo Señor.

El término «fuego» (pur) hace referencia al tiempo de la «siega» definitiva y al momento escatológico del juicio de Dios, en el que se cierne o se aventa el grano y la paja, el grano va al granero mientras que la paja es echada al fuego. «En su mano tiene el bieldo y va a limpiar su era· recogerá su trigo en el granero, pero la paja la quemará con fuego que no se apaga» (Mt 3,12).

El Espíritu posibilita expresarse en distintas lenguas. En contraste con la confusión de lenguas en Babel (Gén 11,1-9), ésta es una señal profética que inaugura una nueva era en la que, por la posesión del Espíritu, el Evangelio puede ser comprendido, recibido y aceptado por hombres y mujeres de todos los pueblos y naciones de la tierra. En Pentecostés, junto a las «lenguas de fuego» aparece el «don de lenguas» por el que cada uno de la lista enumerada de pueblos «los oímos hablar de las maravillas de Dios en nuestra propia lengua» (Hch 2,11).

El libro de los Hechos estaría, pues, subrayando que el Espíritu Santo en el «nuevo» Pentecostés es el sello que Dios imprime a la Nueva Alianza, el Espíritu de la Nueva Ley, pues implícitamente alude a la Antigua Alianza y a la entrega de las tablas de la Ley en la teofanía del Sinaí, donde y cuando también hubo los signos de «ruido» y «fuego» (Éx 19 y 20). Comentaba San Agustín:

«Se cumplen cincuenta dias despues de la muerte de Cristo y viene el Espiritu Santo, esto es, el dedo de Dios» *(Serm*, 8,18)

En este Pentecostés «nuevo», el Espíritu de Dios, el Espíritu de Jesús, es enviado desde el Padre por el Hijo a toda la Iglesia Por eso también es el Espíritu de la Iglesia, de tal forma que, como escribia San Ireneo·

«Donde esta la Iglesia esta tambien el Espiritu de Dios, y donde esta el Espiritu de Dios, alli esta tambien la Iglesia y toda gracia» *(Adv haer*, 3,24,1), pues el llamaba a Cristo y al Espiritu «das dos manos del Padre» *(Adv haer*, 5,6,1)

El Espíritu inaugura el tiempo de la Iglesia, «prolongación» del mismo Señor Jesucristo en el mundo a lo largo de la historia, permite la identificación con Él, realizar los mismos gestos y pronunciar las mismas palabras de Jesús, faculta e impulsa para la extensión del mensaje evangélico en el nombre y en la persona del Señor hasta los confines de la tierra

La Iglesia, «cuerpo» del que Cristo es su «cabeza», se convierte en «morada de Dios por medio del Espíritu» (Ef 2,22) El Espíritu del Padre y del Hijo nos hace «espirituales» y «capaces de Dios» hasta poder ser «hijos en el Hijo». Sólo en el Espiritu podemos llamar a Dios «Abbá, Padre» (Rom 8,14) y confesar «Jesús es Señor» (1 Cor 12,3) El Espíritu Santo se comunica, en la historia de la salvacion, dentro de la Iglesia y la acción redentora de Cristo en la Iglesia se hace «nuestra» por medio de su Espíritu. Por eso el Espíritu del Señor conduce a su Iglesia a la acción misionera, de tal forma que el libro de los Hechos de los Apóstoles aparece como el libro de los «Hechos del Espíritu».

«Si el Espiritu de Dios ocupa un puesto eminente en la vida de la Iglesia, actua todavia mucho mas en su mision evangelizadora No es una casualidad que el gran comienzo de la evangelizacion tuviera lugar la mañana de Pentecostes, bajo el soplo del Espiritu Puede decirse que el Espiritu Santo es el agente principal de la evangelizacion el es quien impulsa a cada uno a anunciar el Evangelio y quien en lo hondo de las conciencias hace aceptar y comprender la Palabra de salvacion Pero se puede decir igualmente que el es el termino de la evangelizacion solamente el suscita la nueva creacion, la humanidad nueva a la que la evangelizacion debe conducir, mediante la unidad en la variedad que la misma evangelizacion querria provocar en la comunidad cristiana A tra-

ves de el, la evangelizacion penetra en los corazones, ya que el es quien hace discernir los signos de los tiempos —signos de Dios— que la evangelizacion descubre y valoriza en el interior de la historia» (EN 75)

Pentecostés es el día de la «misión» en el que los conversos giran su corazón, extraviado o perdido, hacia el Señor y los que no han oído siquiera si existe el Espíritu Santo (cf. Hch 19,2) acogen el primer anuncio gozoso de la Buena Noticia y llegan a ser bautizados.

Desde el principio hasta ahora la cincuentena pascual ha sido celebrada en la Iglesia como todo un tiempo que arranca en la misma vigilia de la Pascua y concluye en la solemnidad de Pentecostés. Entre los siglos II y V Pentecostés era la cincuentena entera, como tiempo unitario e indivisible, al final de la que se conmemoraba conjuntamente la Ascensión del Señor y la venida del Espíritu Santo en el día quincuagésimo. Cada vez fue cobrando más relieve el mismo día cincuenta, número y día «jubilar» después de las «siete semanas de siete días», no sólo como colofón sino también como síntesis de todos los frutos de la pascua cristiana. A finales del siglo IV se introdujo la fiesta de la Ascensión justamente a los cuarenta días de la Pascua, y Pentecostés pasó a ser la solemnidad de la venida del Espíritu Santo, con una vigilia y una octava como en la solemnidad de la Pascua. En la liturgia romana, como también en la hispánica, la fiesta de Pentecostés se relacionó, pues, en conformidad con los textos bíblicos, con la venida del Espíritu Santo. Decir «Pentecostés» es entender, en la teología, en la liturgia y en la espiritualidad, «venida del Espíritu». Pero esta relación tan estrecha no ha sido sólo por coincidir la cronología de los días con los de Pascua y Pentecostés según el calendario judío —conforme cada año quedan marcadas las fechas de la pascua por la luna llena del mes de Nissán—, sino, sobre todo, porque el don del Espíritu proviene como fruto de la Pascua para la Iglesia.

Desde entonces, la solemnidad de la Ascensión, en la que celebramos que el Verbo Encarnado, Jesucristo, que había descendido hasta la muerte, asciende al Padre y, glorificado como Señor, se sienta a su derecha, precede y es preámbulo de la solemnidad de Pentecostés, pues desde el seno de la Santísima Trinidad nos es enviado por Cristo, como lo había prometido, su Espíritu.

La liturgia, por la acción del Espíritu, realiza lo que celebra. En la solemnidad de Pentecostés ella significa este hecho pasado en la historia de la salvación que se actualiza aquí y ahora, en cada comunidad concreta y en toda la iglesia universal y el mismo Espíritu renueva su presencia en la comunidad eclesial y en cada uno de sus miembros, en los que Dios inhabita por la gracia, don de sí mismo. La liturgia en esta solemnidad de Pentecostés renueva la venida del Espíritu sobre cada miembro de la Iglesia entera con el mandato misionero recibido de Jesús como comunidad universal, catolica. Por eso el Espíritu es principio de la catolicidad de la Iglesia y, a la vez, de la unidad, santidad y apostolicidad.

La venida sobre cada uno de los miembros de la Iglesia, estando todos al único fin de la edificación de la comunidad, que es mediación para la salvación del mundo, origina los diversos dones, ministerios y carismas en la Iglesia.

> «El Espiritu habita en la Iglesia y en los corazones de los fieles como en un templo (1 Cor 3,16, 6,19), y en ellos ora y da testimonio de la adopcion de hijos (cf Gal 4,6, Rom 8,15-16 26) Con diversos dones jerarquicos y carismaticos dirige y enriquece con todos sus frutos a la Iglesia (cf Ef 4,11-12, 1 Cor 12,4, Gal 5,22), a la que guia hacia toda verdad (cf Jn 16,13) y unifica en comunion y ministerio Hace rejuvenecer a la Iglesia por la virtud del Evangelio, la renueva constantemente y la conduce a la union consumada con su Esposo Pues el Espiritu y la Esposa dicen al Señor Jesus "¡Ven!" (cf Ap 22,17)» (LG 4)

El Espíritu hace resonar en la Iglesia la Palabra de Dios y gracias a él puede interpretar la palabra inspirada como fuente y norma de vida.

Todos los sacramentos, cada uno de forma específica, tienen una relación singular con el Espíritu Santo, quien, a través de ellos, actualiza el misterio pascual y la salvación: el orden confiere el Espíritu de la santidad para el sacerdocio ministerial o para el ministerio diaconal, mediante la imposición de las manos y las epíclesis sacramentales consagratorias; la eucaristía, presencia verdadera, real y sustancial de Cristo, es también presencia del Espíritu, quien transforma el pan y el vino (epíclesis de consagración) y santifica a la comunidad que celebra (epíclesis de comunión), de ahí el origen antiguo de algunos «sagra-

ríos» en forma de paloma, que recuerdan la teofanía del Jordán y que juntan la forma de paloma, el símbolo del Espíritu, con la sagrada forma, Cristo verdadero; el bautismo y la confirmación hacen posible el «nacer de nuevo»; en el matrimonio el amor humano queda transformado por el Espíritu en amor de Cristo por su Iglesia; en la penitencia y la unción de los enfermos el Espíritu da la victoria del amor de Dios sobre el pecado y la enfermedad, pues Cristo resucitado concedió el don del Espíritu para perdón de los pecados.

La *Ordenación general de la liturgia de las horas* recuerda que:

> «No puede darse oracion cristiana sin la accion del Espiritu Santo, el cual, realizando la unidad de la Iglesia, nos lleva al Padre por medio del Hijo» (n 8)

Por eso concluimos toda oración litúrgica en la Iglesia: «en la unidad del Espíritu Santo».

El Espíritu hace que la Santísima Trinidad inhabite en los justos, pone su morada en sus discípulos de tal forma que puedan gozar ya de una experiencia trinitaria, por el vínculo de amistad y de recíproca presencia, con cada una de las tres divinas personas hasta que lleguen a la plenitud en la bienaventuranza eterna.

Gracias al Espíritu podemos vivir las virtudes teologales —fe, esperanza y caridad—, que nos ponen en relación directa con la Santísima Trinidad, y las virtudes cardinales —prudencia, justicia, fortaleza y templanza—, que nos mantienen en relación fraterna con los hermanos y en el aguante hasta la venida del Señor.

«La vida moral de los cristianos está sostenida por los dones del Espíritu Santo. Éstos son disposiciones permanentes que hacen al hombre dócil para seguir los impulsos del Espíritu Santo» (CIC 1830) y que son siete: sabiduría, inteligencia, consejo, fortaleza, ciencia, piedad y temor de Dios.

«Los frutos del Espíritu son perfecciones que forma en nosotros el Espíritu Santo como primicias de la gloria eterna» (CIC 1832), y segun la tradición eclesial son doce: caridad, gozo, paz, paciencia, longanimidad, bondad, benignidad, mansedumbre, fidelidad, modestia, continencia y castidad.

El «Espíritu de la verdad», el Paráclito, abogado y defensor, nos «lo enseñará todo» (Jn 14,17.26)

En la celebración litúrgica de Pentecostés se renueva, por tanto, y en cada ciclo litúrgico la presencia del Espíritu en la Iglesia que espera perseverante y unánime en oración —como en aquel día anterior en el Cenáculo junto a María, la Madre del Señor— la venida continua del Espíritu sobre todos los fieles. De la misma manera que el Padre, por la acción del Espíritu Santo en María, llegada la plenitud de los tiempos dio al mundo el «Dios-con-nosotros», también ahora el Espíritu en María, Madre de la Iglesia, realiza toda preparacion para la venida de Cristo al Pueblo de Dios (cf. CIC 744) Como María, también la comunidad eclesial es «templo del Espíritu Santo» (LG 53).

La Iglesia, por Pentecostés, dirige su mirada a María, Madre de Cristo y de la Iglesia, justamente en la hora de la Iglesia naciente, puesto que si la Iglesia nació del costado de Cristo, en la Pascua, con él el Espíritu en Pentecostés se muestra como co-fundador de la misma Iglesia. María acogió en su ser la gracia y la acción del Espíritu Santo para la Encarnación del Verbo. La Virgen y Madre permanecía en oración con los apóstoles y discípulos, primer germen de la comunidad cristiana, para que la semilla del árbol de la cruz, Cristo, donde nos fue entregada por él mismo como nuestra Madre, fructificara en una doble misión, el envío del Espíritu y el envío de los apóstoles.

> «En medio de los problemas, de las desilusiones y esperanzas, de las deserciones y retornos de nuestra epoca, la Iglesia permanece fiel al misterio de su nacimiento Si es un hecho historico que la Iglesia salio del Cenaculo el dia de Pentecostes, se puede decir en cierto modo que nunca lo ha dejado Espiritualmente el acontecimiento de Pentecostes no pertenece solo al pasado la Iglesia esta siempre en el Cenaculo que lleva en su corazon La Iglesia persevera en la oracion, como los Apostoles junto a Maria, Madre de Cristo, y junto a aquellos que constituian en Jerusalen el primer germen de la comunidad cristiana y aguardaban, en oracion, la venida del Espiritu Santo» (DV 66)

Así, pues, la liturgia, «el sacramento del Espíritu», perpetúa Pentecostés. El Espíritu, en ella, nos hace presente el pasado y nos hace pregustar el futuro. En la solemnidad de Pentecostés por la liturgia se actualiza, presencializándose, la venida del

Espíritu sobre todos los fieles en los que ya inhabita por la gracia.

La solemnidad de Pentecostés tiene «vigilia» y, ya desde la antiguedad, se parecía a la vigilia pascual y hasta en ella algunos recibían, si no había podido ser en la de Pascua, los sacramentos de la iniciación. Aparecía también en la celebración litúrgica el cirio pascual para sensibilizar, en la fiesta de la venida del Espíritu, que Cristo es la luz del mundo. En las lecturas se proclamaban seis profecías. Y se ha celebrado siempre —como la Misa votiva del Espíritu Santo al comenzar alguna acción importante— con el color rojo, el de los mártires y testigos. En la edad media se llamaba a Pentecostés la «pascua de las rosas» porque se adornaban los altares con rosas rojas que recordaban las lenguas de fuego. Las rosas rojas, en la simbología social del occidente, han significado siempre: «amor».

Actualmente en la misa de la vigilia se ofrecen cuatro lecturas del Antiguo Testamento (Génesis, Éxodo, Ezequiel y Joel) para elegir una; el Salmo 103 con la respuesta «envía tu Espíritu, Señor, y repuebla la faz de la tierra», la carta de Pablo a los Romanos (8,22-27), y el Evangelio de Juan 7,37-39: «Decía esto refiriéndose al Espíritu que habían de recibir los que creyeran en él».

En la «misa del día» permanece, como desde siempre, la lectura del comienzo del capítulo segundo de los Hechos (2,1-11) con la narración del «primer» Pentecostés. Se toman otros versículos del Salmo 103, con la misma respuesta. La segunda lectura es de la primera carta de Pablo a los Corintios (12,3b-7.12-13) y se refiere a la acción del Espíritu, «hemos sido bautizados en un mismo Espíritu, para formar un solo cuerpo»: para confesar a Jesús, para mantener la diversidad de dones, servicios y funciones, y para ensamblar la unidad de la iglesia en un solo cuerpo a pesar de las diferentes razas, culturas y procedencias. También hay secuencia (como en pascua), versificada en latín, «Ven, Santo Espíritu», de finales del siglo XIII y atribuida al papa Inocencio III, que describe bellamente la persona y la acción del Espíritu (padre, luz, fuente, huésped, tregua, brisa, gozo...), con un deseo ardiente por la venida de su persona ante las necesidades de nuestra vida. El evangelio según San Juan (20,19-23)

describe el momento postpascual, cuando el Señor resucitado «alentó» sobre ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos». Así permanecen vivas y actuales en la asamblea litúrgica, al ser proclamadas, tanto las palabras de Cristo resucitado en el cenáculo recién acontecida la Pascua, cuando los discípulos estaban encerrados por miedo y les alienta el Espíritu para el perdón de los pecados, como la narración del día de Pentecostés cuando «se llenaron todos del Espíritu Santo y empezaron a hablar en lenguas extranjeras». El prefacio resume la adopción de hijos por el Espíritu, su acción en la iglesia naciente, la infusión del conocimiento de Dios a todos los pueblos y la unión en la comunión eclesial de la misma fe a pesar de la diversidad de lenguas.

En el día de Pentecostés nuestra gratitud se dirige al Padre y al Hijo por el don del Espíritu Santo, puesto que nos viene de ambos. Se dirige también al mismo Espíritu, qué menos que en este día, ya que durante el año quizá no nos acordemos de él tanto como debiéramos para serle agradecidos, puesto que lo vivimos todo por él aunque no seamos conscientes y él «intercede por nosotros» y «viene en nuestra ayuda».

En tiempo de Pentecostés, que coincide con el final del curso académico, que también ahora marca, como antes el agrícola, el curso pastoral, se celebra habitualmente el sacramento de la confirmación: así el cristiano recibe al Espíritu Santo como signo escatológico de Cristo resucitado, para robustecer la fe en el Señor y su compromiso con la misión de la Iglesia. La imposición de las manos, en la liturgia, ha significado siempre el desbordamiento del Espíritu sobre quienes reciben el sacramento. La crismación, unción material, para ser cada cristiano «ungido» —como el «Ungido», el Cristo, pues: «Dios lo ungió con el Espíritu Santo y con poder» (Heb 10,38)—, significa la unción espiritual, pero real, del Espíritu sobre el confirmando cuando él mismo se derrama como don: «Recibe por esta señal el don del Espíritu Santo».

Por esta connotación del compromiso bautismal y de la confirmación para el apostolado, en esta jornada, se celebra en la Iglesia en España el «Día de la Acción Católica».

Dom Guéranger ya escribía en *El año litúrgico,* a mediados del XIX, que cuatro son los grandes sucesos de la historia: la creación del hombre y su elevación al estado sobrenatural; la encarnación del Verbo; la venida del Espíritu Santo; y la segunda venida del Hijo de Dios (vol.III). Aunque habría que añadirle, entre medias, la Pascua de la muerte y resurrección del Señor, en cualquier caso nos encontramos, pues, entre esa tercera y cuarta, ya que vivimos la experiencia de un continuado Pentecostés hasta que él vuelva. Así y mientras tanto creemos: «Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida... y que habló por los profetas».

El Beato Papa Juan XXIII, en la constitución apostólica de convocatoria del Concilio Vaticano II, escribía una oración que bien podemos tomar de «jaculatoria» contemporánea: «Renueva en este tiempo nuestro tus prodigios como en un nuevo Pentecostés».

> «Ojala suceda ahora en toda la familia cristiana lo que conocemos de los apóstoles después de la Ascensión de Jesús al cielo, cuando toda la Iglesia naciente se unió en comunión junto a Pedro, Pastor de corderos y ovejas, y con él y por él oraba Y dignese el Espíritu divino, atendiendo a los votos ardientes de todos, admitir esta oracion que todos los dias sube hasta él desde todos los rincones de la tierra. "Renueva en este tiempo nuestro tus prodigios como en un nuevo Pentecostes y concede a la Iglesia santa que, con María la Madre de Jesus, perseverando en unánime e intensa oración y guiada por el bienaventurado Pedro, propague el Reino del divino Salvador, reino de verdad, de justicia, de amor y de paz. Amén" (cf. AAS 51 [1959] 382)» *(Humanae salutis,* 21)

JOAQUIN MARTIN ABAD

Bibliografía

AUSEJO, S DI (ed), *Diccionario de la Biblia* (Barcelona [10]2000)
Catecismo de la Iglesia Catolica (CIC) (Madrid 1992)
FARMER, W R et al (dirs), *Comentario biblico internacional* (Estella, Navarra 1999)
GUERANGER, P , *El año liturgico,* III (Barcelona 1976)
LOPEZ MARTIN, J , *La liturgia de la Iglesia* (Madrid [4]2002)
Nueva ordenacion general de la liturgia de las horas (Madrid 1971)

SANTÍSIMA TRINIDAD

Somos cristianos, porque hemos sido bautizados «en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo»

Nuestra vida cristiana ha de ser, pues, una vida en Cristo Jesús ante el Padre y para el Padre, animada por el Espíritu Santo.

Y cuando estemos a punto de pasar de este mundo a la vida eterna, ojalá la Iglesia por boca de alguno de los cristianos presentes nos diga estas o semejantes palabras:

> «Alma cristiana, al salir de este mundo, marcha en el nombre del Padre todopoderoso, que te creo, en el nombre de Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que murió por ti, en el nombre del Espíritu Santo, que sobre ti descendió» *(Ritual de los sacramentos)*

Todo nos viene del Padre por Jesucristo su Hijo y Señor nuestro en el Espíritu Santo; y entre lo que hagamos sólo será bueno y aceptable aquello que suba al Padre por Jesucristo en la unidad del Espíritu Santo.

La adorable Trinidad es siempre punto de partida, camino y meta de todo lo que hace la Iglesia y ha de serlo de todo lo que hacemos los cristianos.

Lo es sobre todo en la sagrada liturgia, en la Eucaristía de modo eminente.

¿Por qué, pues, y para qué una *fiesta especial de la Santísima Trinidad?* Toda fiesta es siempre fiesta de la Santísima Trinidad

Pero el amor del pueblo cristiano al misterio de la Santísima Trinidad se fue traduciendo en deseo ferviente de poder celebrar una fiesta en la que se recordase, celebrase y predicase de modo muy especial este insondable misterio

Ya a principios del siglo IX el monje benedictino Alcuino había compuesto una misa de la Santísima Trinidad para que la usasen los que lo desearan como misa votiva. Esta misa no tardó en pasar a algunos sacramentarios. A comienzos del siglo siguiente, Esteban, obispo de Lieja, compuso un oficio para esta fiesta. Se contaba, pues, ya con una liturgia completa, liturgia

cuyo uso se fue generalizando en la cristiandad medieval. Entre los impulsores de la devoción a la Santísima Trinidad, y, por tanto, a la fiesta en su honor, está la Orden de la Santísima Trinidad, fundada en 1198.

Roma se resistió a aceptar esta fiesta en su calendario, pues no veía necesaria una fiesta bajo esta advocación. La razón de tal actitud la había dado ya a mediados del siglo XI el papa Alejandro II († 1073), quien argumentaba que no es propio del uso de Roma dedicar un día particular a honrar a la Santísima Trinidad, pues se la honra todos los días. Un siglo más tarde, Alejandro III († 1181) repetirá lo mismo.

Sólo en 1334 esta fiesta fue introducida en el calendario de la Iglesia romana por el papa Juan XXII. Como fecha para su celebración se señaló el mismo día en que se venía celebrando ya: el domingo que seguía inmediatamente a la octava de la fiesta de Pentecostés, octava que terminaba después de la hora de nona del sábado inmediatamente anterior.

Aunque actualmente el tiempo pascual termina con las segundas vísperas de Pentecostés por haberse suprimido la octava de esta solemnidad, la solemnidad de la Santísima Trinidad conserva su sentido primero: ser como una recapitulación de la historia de la salvación que la Iglesia ha estado celebrando desde el primer domingo de Adviento hasta la fiesta de Pentecostés.

La revisión de la liturgia, decretada por el concilio Vaticano II y felizmente realizada ya, ha conservado la liturgia tradicional de esta fiesta; ha aumentado, sin embargo, y enriquecido notablemente la liturgia de la palabra de la misa.

La Iglesia es siempre muy consciente de que todo acto de culto es acto de culto a la Santísima Trinidad, lo que aparece claramente en todas las acciones litúrgicas. Así, en la celebración de la Eucaristía el sacerdote que preside abre la celebración santiguándose mientras dice: «En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo», a lo que el pueblo, santiguándose también él, asiente con un «Amén». Y, finalizada la celebración, antes de despedir al pueblo, el sacerdote lo bendice diciendo: «La bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros». Y durante la celebración, la Iglesia que celebra explicitará una y otra vez esta verdad fontal. Todas las oraciones,

la plegaria eucarística entre ellas y con un énfasis especial, explicitan al final que lo que se pide se pide «por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo...». Y clara y profundamente trinitarios son el himno «Gloria a Dios en el cielo» y la profesión de fe «Creo en un solo Dios». Y en la Liturgia de las horas se repite una y otra vez la doxología «Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo...».

Este fondo trinitario, presente siempre en todas las celebraciones, está, como es natural, muy enriquecido en la liturgia de este día, en la que se repiten una y otra vez fórmulas doxológicas como: «Gloria a ti, Trinidad igual, Divinidad única...»; «Bendita sea la santa Trinidad e indivisible unidad...»; «Gloria y honor a Dios en la unidad de la Trinidad...».

Antes de pasar a presentar la liturgia de la celebración eucarística de este día, como introducción, lea el lector las siguientes líneas, parte de una carta del gran defensor de la ortodoxia de la fe, el obispo San Atanasio de Alejandría († 373), que se lee hoy en el oficio de lectura. Es una síntesis viva del misterio de la Santísima Trinidad.

> «Existe, pues, una Trinidad, santa y perfecta, de la cual se afirma que es Dios en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, que no tiene mezclado ningun elemento extraño o externo, que no se compone de uno que crea y de otro que es creado, sino que toda ella es creadora, es consistente por naturaleza, y su actividad es unica El Padre hace todas las cosas a través del que es su Palabra, en el Espiritu Santo De esta manera, queda a salvo la unidad de la santa Trinidad Asi, en la Iglesia se predica un solo Dios, *que lo trasciende todo, y lo penetra todo, y lo invade todo Lo trasciende todo,* en cuanto Padre, principio y fuente, *lo penetra todo,* por su Palabra, *lo invade todo,* en el Espíritu Santo»

Las partes propias de la liturgia de la misa de este día, unas ponen en nuestros labios palabras acertadísimas para que con ellas y desde ellas oremos a Dios uno y trino y para que lo contemplemos, y otras, las lecturas sobre todo, nos adentran en la vida de Dios y nos recuerdan cómo Dios se nos ha ido manifestando como Trinidad adorable a través de la historia de la salvación.

La *antífona de entrada:* «Bendito sea Dios Padre, y su Hijo unigénito, y el Espíritu Santo, porque ha tenido misericordia de no-

sotros», y la *aclamación antes de la proclamación del Evangelio* en los tres ciclos: «Aleluia, aleluia. Gloria al Padre, al Hijo, y al Espíritu Santo; al Dios que es, que era y que vendrá. Aleluia», son como un saludo lleno de agradecimiento, de admiración y de alegría a la Santísima Trinidad por lo que es y «porque ha tenido misericordia de nosotros», pobres pecadores, y nos ha salvado gratuitamente.

En la *oración colecta* tenemos, en su primera parte, una síntesis del misterio que estamos celebrando, contemplado en sí mismo y en su acción salvadora: Dios, Padre todopoderoso, para revelarnos no en abstracto sino en la vida y desde la vida «su admirable misterio», es decir, quién es en sí y quién ha sido y sigue siendo para nosotros, nos ha enviado la «Palabra de la verdad» y el «Espíritu de la santidad». En la segunda parte le pedimos que, como lógica consecuencia, nos conceda la gracia de las gracias: «Profesar la fe verdadera, conocer la gloria de la Trinidad y adorar su unidad todopoderosa».

La *liturgia de la palabra* presenta al pueblo fiel que celebra una visión de cómo Dios se ha ido revelando al hombre, cómo le ha ido manifestando su voluntad salvadora y qué nos pide como respuesta.

Ciclo A:

— En el Sinaí *(primera lectura,* tomada del Éxodo) Dios se proclamó «un Dios compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia y lealtad», proclamación a la que Moisés, rostro en tierra, correspondió pidiendo al Señor que, aunque el pueblo es pecador, lo tome como heredad suya. Dios sigue siendo el mismo; ¡y nosotros demasiado parecidos al pueblo de Israel!

— En la *segunda lectura* San Pablo nos invita a vivir en el amor para que el *Dios del amor* esté con nosotros. Y como saludaba a los cristianos de Corinto, nos saluda hoy a nosotros con estas oportunísimas palabras: «La gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo esté siempre con vosotros».

En el *Evangelio* según San Juan, se nos leen parte de las palabras que el Señor le dijo a Nicodemo: «Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo unico [...] Porque Dios no mandó a

su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por él». Tanto, que no mucho después el Padre *entregaría* a su Hijo por nosotros, y en Pentecostés, a petición del Señor, nos enviaría el Espíritu Santo.

Ciclo B:

— Dios es un Dios cercano, un Dios que ya en el Antiguo Testamento compartió la historia del hombre. Tanta bondad, generosidad tan grande exigen una respuesta nuestra, que si ello fuera posible, tendría que ser proporcionada. Es lo que enardecido le grita al pueblo israelita Moisés *(primera lectura):* «Nadie, nunca ha escuchado como tú has escuchado la voz de Dios vivo, nadie ha hecho nada semejante a lo que Dios ha hecho con vosotros [...] Medítalo en tu corazón, guarda los preceptos que Dios te ha dado».

— Y el pueblo al que Moisés pedía una respuesta tan generosa estaba lejos de haber recibido lo que nosotros hemos recibido y que San Pablo nos lo recuerda en la *segunda lectura:* «Habéis recibido, no un espíritu de esclavitud [...], sino un espíritu de hijos adoptivos, que nos hace gritar: *abba!* (Padre)». Y la presencia de ese Espíritu en nosotros, continúa el gran apóstol, nos impulsa a afirmar que: «Somos hijos de Dios, y si somos hijos, también herederos, herederos de Dios y coherederos con Cristo». ¡Somos hijos de Dios, somos coherederos con Cristo! La Santísima Trinidad no es una verdad lejana, es una realidad en la que «vivimos, nos movemos y existimos» (Hch 17,28).

— El *Evangelio* cuenta cómo el Señor, antes de ascender a los cielos, envía a los apóstoles a hacer discípulos de todos los pueblos, «bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo». El bautismo nos sumerge en la vida de la Santísima Trinidad, nos *cristaniza* haciéndonos aptos para vivir ante el Padre y para el Padre, animados por el Espíritu Santo, vida que ha de estar sustentada por la práctica de los mandamientos: «Y enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado».

Ciclo C:

— Las culturas del antiguo Oriente hicieron de la sabiduría la meta más alta de sus conocimientos. También el pueblo de

Israel. Pero sólo éste, inspirado por Dios, llegó a ver, además de la sabiduría que el hombre puede alcanzar por sí mismo, otra sabiduría de naturaleza muy superior, una sabiduría personificada, la Sabiduría de Dios, una sabiduría que, como leemos en la *primera lectura* (Deuteronomio), proclama de sí misma que existía no sólo cuando Dios mediante ella creaba el mundo, sino ya antes de la creación. Jesucristo con sus obras y expresamente con su palabra descorrerá el misterio que encerraba la Sabiduría en el Antiguo Testamento repitiendo que él es la sabiduría de Dios.

Como *segunda lectura* se leen unas palabras de la carta a los Romanos. El apóstol les recuerda a sus discípulos de Corinto ¡qué grande es ser cristiano! Y se explaya repasando lo que la fe nos ha aportado· «Hasta nos gloriamos en las tribulaciones [...] Porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones con el Espíritu Santo que se nos ha dado».

Como *lectura evangélica* se lee parte de las palabras de despedida que el Señor dijo a sus discípulos durante la Última Cena. Son, como las de la primera lectura, Palabras de la Sabiduría de Dios, pero éstas lo son de la Sabiduría encarnada. En ellas Jesús anuncia a sus discípulos que más tarde el Espíritu de la Verdad los conducirá hasta la verdad plena, Verdad, que el Espíritu Santo recibirá de él, como él la recibe del Padre. Anuncia, pues, el Señor que después de Pentecostés se les dará a conocer el misterio de la Trinidad.

La Palabra de Dios, que la Iglesia nos ofrece en esta solemnidad, abre ante nosotros un horizonte amplísimo que ha de alimentar y activar nuestra fe, nuestra esperanza y nuestra caridad. El Padre, ¡no lo olvidemos!, nos sigue enviando al Hijo para que, iluminados por el Espíritu Santo, nos vayamos *cristianizando* en profundidad, para que, dejándonos guiar por el Espíritu Santo, que *nos habla con gemidos inenarrables,* sigamos a Jesús camino, verdad y vida, que nos lleva hasta el Padre.

En el *prefacio* de esta fiesta, que aparece ya en el Sacramentario gelasiano (siglo VII), tenemos una síntesis del misterio de la Santísima Trinidad. Entre otras cosas dice:

«... Señor, Padre Santo,
Dios todopoderoso y eterno.
Que con tu único Hijo y el Espíritu Santo
eres un solo Dios, un solo Señor;
no una sola persona,
sino tres personas en una sola naturaleza...
De modo que al proclamar nuestra fe
en la verdadera y eterna divinidad,
adoramos tres personas distintas,
de única naturaleza e iguales en su dignidad».

«Por Cristo unos y otros tenemos en el mismo Espíritu acceso al Padre». ¡Qué resonancias tienen en nuestras almas de fieles cristianos estas palabras del gran apóstol en la solemnidad de la Santísima Trinidad! Cristo es para nosotros el camino, la verdad y la vida; si dejamos que el Espíritu Santo nos conduzca por ese camino, que nos descubra esa verdad y que nos dé fuerzas e ilusión para vivir incansablemente de ella, el Padre nos hará sentar a su mesa en el Reino de los Cielos, donde podremos seguir cantando eternamente el «Gloria al Padre, y al Hijo y al Espíritu Santo», que tantas veces habremos cantado en la tierra.

AUGUSTO PASCUAL, OSB

Bibliografía

ABAD IBANEZ, J. A. - GARRIDO BONAÑO, M., *Iniciación a la liturgia de la Iglesia* (Madrid 1988) 745s.

BONNAR, P. E., et al. (eds.), *Fiesta de la Trinidad* (Asambleas del Señor, 53, Madrid 1965).

CABROL, F., «Le culte de la Trinité dans la liturgie et l'institution de la fête de la Trinite»: *Ephemerides Liturgicae* 5 (1931) 270s

GUERANGER, P., *El año litúrgico,* IV (Barcelona 1976).

VAGAGGINI, C., *El sentido teológico de la liturgia* (Madrid 1965) 189s.

APÉNDICE

3 de mayo

HALLAZGO DE LA SANTA CRUZ

La galanura de mayo ofrece a la vida, sobre los altares de la primavera, un cáliz opulento de rosas. Pienso en el buen Dios que, cada amanecer, pone un lujo de diamantes en el rocío, canciones en los pájaros, oro maduro en los trigales y una tierna esperanza en el corazón del hombre. Suspira San Juan de la Cruz, escoltado por los ángeles que habitan el aire inocente del alba. «¡Oh bosques y espesuras, plantadas por la mano del Amado!». Y le responden, en un salterio de colores y de perfumes, todas las criaturas humildes que resucitan con la primavera —las golondrinas, las aguas de las fuentes, los almendros— para que el alma enamorada se acerque más a su Dios.

Todo vuelve a vivir ahora. Porque no sabemos dónde —si en la brisa o en la estrella, a las orillas del mar, entre las palmas del huerto o en la pequeña casa de nuestro corazón— unas campanas celestes repican sus *aleluias* de júbilo a Jesucristo resucitado, que se alza de su sepulcro, como *Dux* invencible de la vida. Miradle cuando se aparece de hortelano a la Magdalena, de peregrino a los peregrinos de Emaús, que arrastran, en la sobretarde, las sombras de su propia melancolía, entre un cansado andar de dudas y de incertidumbres. Y, en el Cenáculo, al fin, como Maestro, en medio de los apóstoles. Al abrir, de saludo, sus brazos, para que se certifique que no es un fantasma, una claridad sangrienta anuda las cinco rosas de sus llagas sobre la carne real, pero celeste. Y, así, la cruz nos queda en el mundo redentora, palpitante, viva.

Para la augusta fiesta de este día escribió San Pablo a los Gálatas: «Nosotros sólo podemos gozarnos en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo, en el cual reside nuestra resurrección y nuestra

vida, y por el que hemos alcanzado la libertad y la salud». Y entonces, como un eco risueño de este «introito» que canta la santa misa, todas las flores de la primavera se suben impacientes a los altares de mayo para ungir de su gozo la gloria de la cruz. Os diré los motivos.

En los días cruciales de la disolución del Imperio romano. Parece increíble que aquella orgullosa república, extendida por todo el orbe conocido, con la geografía de sus calzadas y el ímpetu de sus legiones, hubiera de desmoronarse ante la pequeña comunidad de creyentes sembrada por Pedro entre la tiniebla de las catacumbas. Y así fue, contra todos los pronósticos racionales y los paganos augurios de los Césares.

La nueva religión de la cruz, purificada en las controversias de los retóricos y de los sofistas, ha crecido en multitud de milagros, cuando los emperadores la creían aniquilada con la arbitrariedad de sus edictos de persecución. El testimonio de la sangre siembra poderosos crecimientos. Y el misterio vital, paradójico, de la cruz hace que la carne destruida y caliente de los mártires no sufra los rigores de la corrupción, sino que palpite, con una elocuente y divina presencia, en los discursos del Foro, en los juegos sensuales de las Termas, en la solemnidad del Senado, hasta subir a la cúpula del Capitolio para imperar desde allí.

Ahora son los mejores. Y tanto influyen en la conciencia del pueblo que el Imperio no les puede ignorar. El edicto de Galerio plantea el difícil tema de los cristianos en su punto más realista. Por el futuro de la república, incierto ya y vacilante, se impone una tregua política, que, en la realidad, nada resuelve. Sólo la libertad de la Iglesia de Cristo pondrá paz en los corazones y grandeza en el regimiento de los ciudadanos destinos.

Pues el hombre vocado a tan augusta empresa es Constantino. Eusebio de Cesarea nos describe en su *Historia* el perfil de este príncipe pagano.

> «Era, en su juventud florida, de talla eminente, la fisonomía noble y hermosa, fina y fuerte su musculatura Pero aun subyugaba mas por la ternura de su corazon ancho y por la luz de sus ojos que irradiaban realeza y poder»

De otras fuentes sabemos que amaba la soledad meditabunda y que su alma no se saciaba en las filosofías groseras del poli-

teísmo, sino que trascendía a la busca de la única divinidad, a quien, aun sin conocerla, gustaba de invocar con el nombre de «Padre del cielo».

Imperaba en las Galias, compartiendo el poder con Majencio y Licinio. Los reinos divididos dan en la disolución y en la ruina. Y la guerra estalla entre los tres, como siempre, por piques de rivalidad y de soberbia. Constantino es multitudinario en el fervor de su pueblo y entre sus fieles legiones. Semejante aureola recome a Majencio, que pretexta vengar con sangre el supuesto asesinato de Máximo Hércules, por intrigas de Constantino. Pero el gran viento de las victorias empuja a los cien mil soldados desde las Galias hasta Turín, por Brescia y Verona, y a todo lo largo de la vía Flaminia. Constantino tenía videncias de su propio triunfo, porque no combatía solamente con sus ejércitos, sino con el poder divino de aquel anagrama que, a la luz sangrienta del otoño, resplandecía en los estandartes y sobre el pecho de sus leales, recordando otra batalla más cruel y decisiva: la de Cristo en la cruz. Y con su nombre iba seguro a la victoria.

Fue así el milagro, según lo refiere Eusebio, recogido de los mismos labios del emperador. Que a los comienzos de esta injusta guerra embargaba su espíritu el pensamiento de la muerte, como acontece a los que llevan oficio de armas. Y repasó en su memoria el fin dramático de todos los emperadores que habían perseguido a los cristianos. Sólo su padre, Constancio, encontró una muerte piadosa, tranquila, serena. ¿Acaso porque quiso bien, en amistad y protecciones, a los creyentes de la cruz? Pide entonces un signo al Señor de los ejércitos. Y se le dio, en un estupendo milagro. Sobre un cielo deslumbrante de mediodía vio arder una cruz de sangre, con esta divisa: *in hoc signo vinces.* Era el lábaro de su victoria. Y más aún. En el sueño impaciente de aquella noche Cristo se le muestra, ordenándole que sus combatientes, sus armas, sus banderas, lleven su propio nombre sacro e invencible. Y mientras aquel 28 de octubre del 312 se alza al cielo, desde las siete colinas, el incienso inútil ofrecido por Majencio a los dioses paganos, la última batalla del Puente Milvio, sobre el Tíber, proclama a Constantino emperador triunfante en la señal de la cruz.

El famoso Edicto de Milán es el ofrecimiento de su victoria a la cruz. Los cristianos se ven libres, con todos los derechos jurídicos de los ciudadanos de Roma. En su brevedad, una sola idea se repite, con clara intención, para que no haya espacio a interpretaciones o dudas: la perfecta igualdad de ciudadanía para los creyentes, a los que ningún prefecto podrá, en adelante, torturar con los garfios y las cárceles ante la pública profesión de su fe.

Y, a los pocos años, el hallazgo de la cruz, como radiante trofeo de aquella gesta castrense. Era muy lógico que Constantino y los de su casa anhelaran, muy ardidamente, poseer aquella cruz, aparecida en los cielos. Y es su madre Elena la que se pone en piadosa romería hacia Oriente. Todo esto es pura historia. La podemos seguir con Eusebio, por todo el itinerario, entre las aclamaciones entusiastas que la hacen, a su paso, las provincias del Imperio. Visita la cueva de Belén para seguir, con fidelidad, el recuerdo de la vida de Cristo. Sobre el desnudo pesebre, que profanan unos altares en honor de Adonis, edifica un templo majestuoso, «de una hermosura singular, digno de eterna memoria». Se detiene largamente en el lago, porque aquel mar de Tiberíades, que tiene geografía y curvas de corazón, palpita como el corazón de todo el Evangelio, como el mismo corazón de Cristo. Y después a las agonías del monte de los Olivos. Y al Calvario.

En este punto nos despedimos de Eusebio de Cesarea, que nos guió minuciosamente, con sus infolios, en la peregrinación de la emperatriz. Los rigores de la crítica histórica hinchan el silencio de este escritor para tejer las insidias de la duda en la maravilla celeste del *hallazgo*. Pero este dato no entenebrece su perfecta historicidad. Lo consignan escritores eminentes: Rufino, Sozomeno, el Crisóstomo, San Ambrosio, y el Breviario romano lo tiene recibido, en las Lecciones históricas, para la fiesta de este día. Además, Eusebio de Cesarea no ignora el suceso, aunque no lo consigne expresamente, pues reproduce una carta de Constantino a Macario, obispo de Jerusalén, en la que se habla «del memorial de la pasión escondido, bajo la tierra, durante muy largos años».

Con las fuentes mencionadas podemos componer la historia así. A los comienzos del siglo IV el más inconcebible aban-

dono cubría los santos lugares, a tal punto que la colina del Gólgota y el Santo Sepulcro permanecían ocultos bajo ingentes montañas de escombros. El concilio de Nicea dictó algunas disposiciones para devolver su rango y su prestigio a aquellas tierras sembradas por la palabra y la sangre del Redentor, mientras el mismo Constantino ordenaba excavaciones que hicieran posible recuperar el Santo Sepulcro.

Y allí Elena, alentando con su poder y sus oraciones el penoso trabajo. Se descubre una profunda cámara con los maderos, en desorden, de las tres cruces izadas sobre el Calvario aquel mediodía del viernes. ¿Cuál de las tres, la verdadera cruz de Jesucristo? Y entonces el milagro, para un seguro contraste. Porque el santo obispo de Jerusalén, a instancias de Elena, las impone a una mujer desvalida, siendo la última la que le devuelve la salud. Aún la tradición añade que, al ser portada la Vera Cruz, procesionalmente, en la tarde de aquel día, un cortejo fúnebre topó con el piadoso y entusiasta desfile, y, deseando el obispo Macario más y más certificarse sobre el auténtico madero, mandó detenerle, como Jesucristo en Naím, cuando los sollozos de la madre viuda le arrancaron del corazón el devolverle la vida a su único hijo muerto. Se probaron, con el que llevaban a enterrar, las tres cruces, y sólo la que ya veneraban como verdadera le resucitó. Era el 14 de septiembre del año 320.

La emperatriz Elena, en nombre de su hijo, edificó allí el *Martyrium* sobre el sepulcro, dejando la cruz, enjoyada en riquísimo ostensorio, para culto y consuelo de los fieles. Una parte fue enviada a Constantino, junto con los cinco clavos, dedicando a tan insignes reliquias la basílica romana de la Santa Cruz de Jerusalén para que toda la cristiandad la venerara y fortaleciera también la «roca» de Pedro. Dictó, además, Constantino un decreto, por el que nadie sería en adelante castigado al suplicio de la cruz, divinizada ya con la muerte del Hijo de Dios.

Las cristiandades de Oriente celebraron este hallazgo de la cruz con la pompa hierática de su rica liturgia, en el *Martyrium* de Constantino, consagrado el 14 de septiembre del 326. Precedían a la fiesta cuatro días de oraciones y rigurosos ayunos de todas aquellas multitudes que afluían de Persia, Egipto y Meso-

potamia. Allí encontró su camino de santidad una mujer egipciaca pecadora que, como la Magdalena, se llamaba María.

Muy pronto la fiesta del hallazgo se incorporó a las liturgias de toda la cristiandad cuando fueron llegando a las Iglesias occidentales las preciosas reliquias del *Lignum Crucis,* como regalo inestimable para promover entre los fieles el recuerdo vivo de nuestra redención.

Tres siglos después —3 de mayo del 630— acontecía en Jerusalén otro suceso feliz. El emperador Heraclio, depuesta la majestad de sus mantos y de su corona, con ceniza en la cabeza y sayal penitente, portaba sobre sus hombros, desde Tiberíades a Jerusalén, la misma Vera Cruz que halló Elena. En un saqueo de la Ciudad Santa fue sustraída por los infieles persas. Y ahora era devuelta al patriarca Zacarías con estos ritos impresionantes de fervor y humildad.

Las liturgias titularon este acontecimiento con el nombre de «Exaltación de la Santa Cruz». Y, aunque las Iglesias occidentales acogieron con entusiasmo semejante recuperación definitiva del Santo Madero, sólo muy tardíamente fue conmemorada su fiesta, según se ve en el sacramentario de Adriano. El tiempo confundió la historia de ambas solemnidades. Y todo el Occidente cristiano, dando mayor acogimiento y simpatía al hallazgo de la cruz, lo celebró siempre en este día 3 de mayo, dejando para el 14 de septiembre la memoria de la «Exaltación».

Escribía De Broglie en el pasado siglo:

> «A la nueva de que Jerusalen se alzaba de sus ruinas, coronada por la verdadera cruz de Cristo, escapose un grito de alegria de toda la familia cristiana Dios acababa de consagrar, con un postrer milagro, el triunfo ya maravilloso de su Iglesia ¡Que espectaculo este resurgimiento, desde las entrañas de la tierra, de los instrumentos del Suplicio divino, convertidos en una señal de dominacion y de victoria! Se creia hallarse presente a la resurreccion universal y ver al Hijo del Hombre, entronizado en la nube, venir para coronar a sus fieles servidores»

Pero la cruz de Cristo resume, en su íntima teología, todos los misterios estremecidos que hilan el dogma de la religión cristiana. Dos proyecciones hacia el infinito: la una, fragante de luz; la otra, sombría de sacrificio y de sangre.

Como signo de libertad para todo el linaje humano, resplandece victoriosa, presidiendo el desfile apresurado de las edades, de las civilizaciones y de las culturas, con una viva presencia impresionante, en todos los corazones que creen, que esperan y que aman. El navío de Pedro puede marear seguro, hasta que pase este mundo y su figura, todos los mares amargos y difíciles, porque lleva, en la vela latina, el signo inmortal de la cruz.

Ella es cima de heroísmos sobre los pechos de los cruzados, engarzada a un laurel perenne de sangre y luz en la pluma de Santo Tomás, que escribe constelaciones de sabiduría; sacrificio en el puño de las espadas que se emplean en los combates de la justicia; amor en los ojos arrobados de Santa Teresa; señorío en la cúpula de todas las coronas; eterno descanso sobre la tierra humilde de las tumbas. ¡La cruz no es sólo bandera de esperanza, sino evidencia gozosa de inmortalidades, porque nos libertó, con su poder divino, de todas las servidumbres del demonio, de las agusanadas ligaduras de la muerte y de la muerte eterna de nuestro pecado! Pero tiene otra cara, también, de suplicio y de escándalo, de agonías desamparadas y de victimación. Aquel día del paraíso, cuando un crepúsculo de melancolía ensombreció toda su plural hermosura, el árbol de la vida, mancillado por el ansia de nuestros padres, quedó allí, como argumento justo de nuestro destierro en el valle de lágrimas que es el mundo. Y había tan infinita fealdad en aquel pecado de origen que sólo Dios podía saldar adecuadamente la deuda. Pues la respuesta al árbol del paraíso está en el árbol de la cruz. Árbol joven, vitalísimo, pero desnudamente sangriento, porque ha servido de altar al sacrificio hasta la muerte del Hijo de Dios, Jesucristo.

El sencillo esquema de su mensaje, del misterio amoroso de su Encarnación, cuando se hace Hombre, inscrito en las miserias de nuestra mortalidad, podía enunciarse así: «Para hacernos conformes con su imagen». Para que echemos toda nuestra vida incierta y angustiada en el molde caliente de su propia vida. «Aprended de mí», nos enseña. Y nos invita: «Si alguno quiere venir conmigo, que tome su cruz y que me siga». Luego esta cruz, que ahora conmemoramos, debe presidir nuestras vidas y nuestro destino.

La ascesis cristiana aprieta cinturas de ceniza y ayuno a nuestra carne, coronas de espino a nuestro corazón, soledades de agonía al alma. Y, sin embargo, la nuestra es religión iluminada de afirmaciones y optimismo, de infinita belleza porque se nutre del amor. Porque Cristo y su cruz, después de todas las humillaciones y fracasos, entre las burlas y los retos de aquella chusma que a sus pies bramaba, se alzó —cruz de luz— a las eternas victorias del cielo Tenía un nombre —Cristo y su cruz—, dado por el Padre, que era superior, en poder y señorío, a todos los más altos y orgullosos nombres. Y ante ese «nombre» doblan su adoración los cielos, y sus humildes súplicas la tierra, y su rabia impotente los abismos.

Por eso la primavera ofrece a esta «Cruz de mayo» esclarecida y deslumbrante de vida, un cáliz opulento de rosas. ¡Que también la rosa de nuestro corazon, encendida y caliente, se enrosque, como el de la Magdalena, a las glorias y las victorias de la cruz!

FERMIN YZURDIAGA LORCA

Bibliografía

Act SS Boll, 3 de mayo
BERNARD, P R, OP, *Le mystere de Jesus*, II (Salvator ²1967)
HALUSA, T, *Das Kreuzholz in Geschichte und Legende* (1926)
KELLNER, K A H, *Heorto ogy* (1908) 333s
LECLERCQ, H, art en F CABROL H LECLERCQ (dirs), *Dictionnaire d'archeologie chrétienne et de liturgie*, t 3 col 313s
ROUILLON, A M, *Sainte Helene* Apendice «Etude sur sainte Helene et l'invention de la croix» (Paris 1908)
SCHUSTER, A I, *Liber sacramentorum*, VII y VIII (Turin 1941)
STRAUBINGER, J, *Die Kreuzauffindungslegende* (Paderborn 1912)
TIXERONT, J, *Origines de l'Eglise d'Edesse et la legende d'Abgar* Apendice «L'invention de la vraie croix» (Paris 1888)

6 de mayo

SAN JUAN ANTE PORTAM LATINAM

Apostol y martir († 95)

Ni la historia ni la hagiografía han estado acertadas al transmitirnos la efigie física y moral del apóstol San Juan. Nos han

legado de él una imagen tierna y cromática, un santo imberbe, casi feminoide, cuando, en realidad, fue un carácter vigoroso y fuerte.

Aceptamos con facilidad que los demás apóstoles fuesen duros, podríamos decir que hasta broncos. La obra pedagógica de Jesús sólo penosamente logró limarlos, debiendo confiar al Espíritu la tarea de hacer de aquellos galileos ásperos unos instrumentos aptos para el apostolado. Pero con San Juan hacemos una excepción. Indefectiblemente le damos el calificativo del «discípulo amado», el que tuvo la dicha suprema de recostar su cabeza sobre el pecho del Señor en la última cena, y ya no pensamos en más, creyendo haber agotado su biografía y su psicología. De esta forma nos quedamos a la mitad del camino, no atisbando más que uno de los aspectos de su personalidad polifacética.

A Juan hay que asociarle con su hermano Santiago. Juntos forman un excelente binomio, son los «hijos del Zebedeo», los pescadores ribereños del Tiberíades, hechos a las faenas rudas de la pesca, a las tormentas del lago y a la exaltación religiosa.

Los hijos del Zebedeo tenían la conciencia de su propio valor. Su categoría social les colocaba en una situación desahogada, como patronos de una embarcación, con un negocio próspero, que consentía tener criados y todo. Trabajaban, sí, pero también mandaban y, además, tenían ambiciones

El Maestro conoció primero a Juan, que era discípulo del Bautista y esperaba confiadamente la «redención de Israel» Con mucha fe, con mucho ardor, pero con ideas un tanto confusas. Porque la predicación del Bautista, rígido y austero como un esenio, cubierto con una piel de camello y alimentándose de langostas y miel silvestre, arrebataba el entusiasmo de los aldeanos que rodeaban el Jordán. Ellos captaban con avidez sus palabras, mas lo único que percibían con claridad era que «el reino de Dios estaba próximo».

Aquel reino de Dios iba envuelto en conceptos mesiánicos, expresados con bellas imágenes de los antiguos profetas, donde era difícil separar la metáfora de la realidad. Así cada uno alimentaba en su interior un reino conforme a sus ideales. Juan, espíritu recto, soñaría con un reino religioso, sin duda alguna,

donde el Mesías, Cordero de Dios, que iba a redimir a su pueblo, le devolvería la santidad que el pecado le arrebatara, pero donde hubiera a la vez cargos importantes, con responsabilidad, mando y honor.

Este dualismo en la psicología del apóstol perdura a lo largo de todo el Evangelio, si bien se hace mucho más acusado cuando se juntan ambos hermanos, Santiago y Juan. Entonces la unión hace la fuerza y se sienten doblemente atrevidos y audaces.

Juan fue, con Andrés, de los primeros entre los discípulos que tomaron contacto con Jesús. Con precisión encantadora, recordando, a pesar de los muchos años, hasta el instante del encuentro, nos ha legado Juan el relato de aquella primera entrevista:

> «Al día siguiente, otra vez hallandose Juan con dos de sus discípulos, fijó la vista en Jesus que pasaba, y dijo He aqui el Cordero de Dios Los dos discípulos que le oyeron siguieron a Jesús Volviose Jesús a ellos y, viendo que le seguian, les dijo· ¿Que buscais? Dijeronle ellos Rabbi, que quiere decir Maestro, ¿dónde moras? Les dijo Venid y ved Fueron, pues, y vieron dónde moraba, y permanecieron con él aquel dia Era como la hora décima» (Jn 1,35-39)

Aquello no fue todavía la vocación al apostolado, aunque fue el encuentro providencial que determinó la suerte de sus vidas. Permaneciendo con Jesús «todo aquel día» quedaban maduros para la ulterior llamada.

Juan y Andrés fueron proselitistas. De Andrés sabemos que presentó a Jesús a su hermano Simón, el futuro Pedro. Juan hablaría de estas cosas con Santiago... Ya todo lo demás se desarrolló normalmente.

Pasando Jesús por la ribera del lago, mientras ellos remendaban sus redes, les invitó a seguirle: «Venid conmigo, y os haré pescadores de hombres». Y ellos, generosos, dejándolo todo, le siguieron.

A Juan le encontramos en el Evangelio entre los íntimos del Maestro, formando con su hermano Santiago y con Simón Pedro el trío de confianza. Jesús les lleva a la resurrección de la hija de Jairo, a los resplandores de su transfiguración, a las congojas de su agonía en Getsemaní. Juntos los vemos también,

aunque con algunos mas, cuando la deliciosa aparición en el lago de Tiberíades.

Desde el primer momento, Cristo impuso a los dos hijos del Zebedeo el sobrenombre de Boanerges, «los hijos del trueno» (Mc 3,17), porque eran súbitos como el rayo

Alguna anécdota de este carácter impulsivo, que no conocía la ponderación, ha llegado hasta nosotros, como cuando quieren que descienda fuego del cielo sobre la aldea samaritana que se negó a recibirles al ir en peregrinación a Jerusalén. Jesús les reconviene dulcemente: «No sabéis de qué espíritu sois» (Lc 9,55). También en otra ocasión el Maestro desaprueba la conducta de Juan, que había prohibido actuar a un exorcista espontáneo, que, sin ser de los doce, arrojaba los demonios en nombre de Jesús. «No se lo prohibáis —le dice—, quien no está contra vosotros trabaja a favor vuestro» (Mc 9,39).

Sin embargo, la escena que retrata al vivo las ambiciones de ambos hermanos es aquella en que interviene su madre para solicitar a favor de ellos los dos primeros puestos en el futuro reino.

Las circunstancias en que formula su petición no podían ser más inoportunas. La caravana apostólica marcha hacia Jerusalén para celebrar la Pascua, la última que Jesús comerá con los suyos, conforme acaba de manifestárselo con toda claridad, al predecirles que en ella tendrán cumplimiento los vaticinios referentes a su pasión y muerte. Y en ese instante es cuando se acerca Salomé adorándole y pidiéndole algo.

> —¿Que quieres? —le dice Jesus

La madre contesta con decisión y sin rodeos·

> —Di que estos dos hijos mios se sienten contigo en tu reino, uno a tu derecha y otro a tu izquierda

Jesús debió sonreírse ante tan extraña petición, formulada en el momento en que predice un reino levantado sobre una cruz. Pero comprendió que ni la madre ni los hijos estaban para reconvenciones. Optó por tentar su generosidad.

> —No sabeis lo que pedis [ ] Pero, en fin, ¿sereis capaces de beber el caliz que yo tengo que beber?

Y aquí es donde se retratan los dos hermanos. Valientes, decididos, incontenibles, como cuando a la llamada del Maestro

dejaron a su padre el Zebedeo en la nave con los criados, así ahora responden sin quedarles nada dentro, dispuestos a todo.

Tanto arrojo, que en otros labios hubiera sonado a bravuconería, debió agradar a Jesús, que les dijo:

> —Esta bien Mi cáliz lo habreis de beber, pero en cuanto a sentaros a mi derecha y a mi izquierda no corresponde a mi el daroslo, pues es cosa que tiene preparada mi Padre (Mt 20,20-23)

Los demás condiscípulos, al ver las pretensiones de los Zebedeos y de su madre, se indignaron. No por verles privados de espíritu evangélico, sino porque también a ellos les tentaban iguales ambiciones, aunque les faltase el arrojo de los Hijos del Trueno para formularlas, y una madre con indiscutibles derechos para interceder. Porque Salomé había dejado marchar generosamente a sus hijos y, además, ella misma seguía a Jesús sirviéndole en su peregrinar.

Esta decisión de los dos hermanos es más intrépida en Juan, a pesar de ser el más joven Jesús le escoge a él y a Pedro para misiones arriesgadas, como buscar el cenáculo de la Pascua, sin que trascienda el sitio a los restantes, y menos a Judas.

Emparejado a Pedro aparece asimismo en otros momentos solemnes, como en la hora de la cena, al inquirir, sin levantar sospechas, quién era el traidor. En aquella ocasión Juan se muestra mucho más prudente que el arrogante Pedro, y sabe reaccionar con cautela y eficiencia despues del desconcierto del huerto, siguiendo decididamente a Jesús hasta la casa de Anás, donde no sólo entra él, por sus conocimientos con la familia del pontífice, sino que consigue paso libre para el mismo Pedro.

Al día siguiente, a la hora terrible de la crucifixión, sólo Juan persevera con las santas mujeres en el monte Calvario. Él recogió las últimas palabras del Maestro, él se hizo cargo de su madre desolada, él asistió al embalsamamiento de su cuerpo destrozado, cooperando a enterrarlo en el sepulcro nuevo de José de Arimatea Sus retinas asombradas tomaron fielmente nota del trascendental acontecimiento, y como un notario levantó acta de todo el suceso: «El que lo vio da testimonio, y sabemos que su testimonio es verdadero» (Jn 19,35).

Y al igual que fue testigo y evangelista de la pasión lo será de la resurrección de Cristo. Aunque testigo difícil e insobornable.

Porque, si llega el primero en la mañana del domingo al sepulcro de Jesús, no fue allí con la esperanza de encontrarle resucitado. María Magdalena, exaltada de dolor, había venido a traer la inesperada noticia: «Han robado al Señor, y no sabemos dónde lo han puesto».

Corrió Juan y corrió Pedro, mas la juventud del discípulo amado le hizo llegar primero al huertecillo de José de Arimatea, si bien, deferente con el cabeza del colegio apostólico, no entró en la cámara mortuoria hasta haberlo hecho Simón Pedro. Observó entonces los lienzos enrollados, el sudario colocado aparte, todo recogido cuidadosamente sin el cuerpo de Jesús... Y confiesa ingenuamente que es entonces cuando «vio y creyó» (Jn 20,8). Porque no conocían las Escrituras referentes a la resurrección de Jesús de entre los muertos.

Por estas razones la Iglesia ha escogido a San Juan como el apóstol de la Pascua cristiana.

Él ha recalcado que la resurrección tuvo lugar *una sabbati* el día primero de la semana, que en honor de Cristo resucitado se llamaría domingo o «día del Señor». Por la tarde de ese mismo día —nos dice— se apareció Jesús «a los discípulos congregados en un mismo lugar» (Jn 20,19). Y a los ocho días —otra vez domingo— vuelve a aparecérseles, cuando estaba también Tomás con ellos.

Como ahora, cada domingo, en una *pascua hebdomadaria,* el Señor se nos aparece también a los cristianos reunidos para la celebración eucarística, haciéndose presente sobre el altar santo.

Igualmente, en domingo, tuvo Juan las revelaciones de la isla de Patmos, siendo él quien por vez primera usa en los escritos neotestamentarios la palabra *dominica die* (Ap 1,20) para designar nuestro día festivo.

Durante los cinco domingos de Pascua Juan nos acompañará con textos de su evangelio, y en la tercera semana las lecturas escriturarias del oficio se tomarán de su *Apocalipsis,* y en las ferias que van de la Ascensión a Pentecostés leeremos sus epístolas.

Pero todavía hay más. La Iglesia, que no acostumbra a conceder dos fiestas al mismo santo, hace una excepción honrosa con San Juan. Estas excepciones alcanzan a poquísimos: San Pedro y San Pablo; San Juan Bautista, precursor del Señor;

San José, su padre nutricio, San Esteban, protomártir; San Francisco de Asís, crucifijo viviente...

La fiesta normal del apóstol San Juan, la que celebra su natalicio para el cielo, se sitúa el 27 de diciembre, haciendo cortejo al divino infante

Esta fiesta de ahora es el homenaje pascual de la Iglesia al evangelista San Juan, que nos ha transmitido «lo que oyó, lo que vio con sus ojos, lo que percibió y sus manos tocaron del Verbo de la vida» (1 Jn 1,1) y en confirmación de lo cual aceptó con valentía beber, como su hermano Santiago, el cáliz del Señor.

Durante este tiempo litúrgico los oficios de los mártires son una sinfonía de aleluyas, un brotar de metáforas policromas y símbolos iriscentes:

> «Candidos se han vuelto tus nazarenos, aleluya, resplandecieron delante de Dios, aleluya, y como la leche se coagularon, aleluya, aleluya Mas blancos son que la nieve, mas brillantes que la leche, mas sonrosados que el marfil antiguo, mas hermosos que los zafiros »

El 6 de mayo, cuando la primavera ríe, se celebra la fiesta de *San Juan ante Portam Latinam.* Esta fiesta está en relación con la de su hermano, el apóstol Santiago, protomártir del colegio apostólico, al que diera muerte Herodes «en los días de los ázimos» (Hch 12,3), y por eso primitivamente se le festejaba el 1 de mayo, aunque después se aplicó esta festividad a Santiago el Menor, y la del apóstol patrón de España pasó al 25 de julio, como en la actualidad perdura.

La Iglesia antigua ensalzó así en fechas cercanas las fiestas martiriales de los dos hermanos generosos. La de San Juan aparece ya en los antiguos sacramentarios sin indicación topográfica; pero en el siglo IX se localizó su celebración en una pequeña basílica, cercana a la Puerta Latina, que el papa Adriano dedicara en este mismo día en 780, por haber tenido lugar allí el martirio del apóstol evangelista al ser echado en una caldera de aceite hirviendo. Del hecho no cabe la menor duda, aunque los críticos duden de su localización, porque la Puerta Latina es posterior al suceso, ya que el recinto de tales muros fue levantado por el emperador Aureliano más de siglo y medio después.

Pero el pequeño templo pudo surgir sobre el área donde la tradición fijaba el lugar del martirio de San Juan, aunque reformas urbanas posteriores cambiasen la topografía del terreno. Hoy la basílica de San Juan ante Portam Latinam se encuentra en medio de un itinerario en que se entremezclan los mejores recuerdos de la Roma pagana y cristiana, cerca de las grandiosas termas de Caracalla, hacia el arranque de la vía Apia, la *regina viarum:* huertos de Galatea, sepulcros de los Escipiones, mausoleo de Cecilia Metela, oratorio que recoge la leyenda del *Quo vadis,* catacumbas de Calixto y San Sebastián.

El suceso debió ocurrir el año 95, cuando San Juan era el único superviviente del colegio apostólico, y, aunque anciano venerable, gozaba de excelente salud, hasta el punto de dar pie a que circulara entre la primitiva comunidad cristiana la leyenda de que no habría de morir.

Domiciano fue el instrumento de Dios para hacerle beber el cáliz de la pasión que el Maestro le predijera. Este emperador observó en punto a religión una política conservadora, defendiendo la religión nacional contra el proselitismo de los cultos orientales y haciendo guardar con tal rigor las tradiciones romanas, que no dudó en enterrar vivas a dos vestales que fueron infieles a su voto de castidad.

Buen gobernante en los comienzos, se dejó llevar después del autoritarismo, al volverse sumamente desconfiado. A partir del año 93 un régimen de terror pesó sobre Roma y la delación se hizo la norma de gobierno. Los filósofos fueron los primeros en sufrir las consecuencias, como ya había ocurrido en el reinado de Nerón. Unos padecieron la muerte, otros fueron desterrados, como Epicteto y Dión Crisóstomo. Tácito y Juvenal aseguran que inundó de sangre la ciudad, inmolando a sus más ilustres habitantes. Naturalmente, también los cristianos, culpables de ateísmo, es decir, de menospreciar el culto al emperador y a la diosa Roma. El propio primo del emperador, Flavio Clemente, y el consular Acilio Glabrión fueron condenados a muerte. También Domitila, la esposa del primero, fue desterrada a la isla Pandataria.

Refiere Hegesipo, judío converso y cercano a los sucesos, que Domiciano mandó prender conjuntamente a los des-

cendientes del rey David y a los del apóstol Judas, que el Evangelio denomina «hermano» de Jesús Como Herodes, tenía miedo de que pudieran disputarle el trono. Sin embargo, al convencerse de que eran gente humilde e inofensiva, se contentó con despreciarles, dejándoles en libertad.

Pero con San Juan obró de distinta manera. El prestigio de que gozaba entre los fieles le hacía más peligroso. Mandó prenderle en Éfeso y le trajo conducido a Roma el año 95. El cruel emperador se mostró insensible a la vista de este venerable anciano y le condenó al más bárbaro de los suplicios. Sería arrojado vivo en una caldera de aceite hirviendo.

Conforme a la práctica judiciaria de entonces, el santo apóstol hubo de sufrir primero el terrible suplicio de la flagelación, sin que pudiera invocar, como San Pablo, el privilegio de la ciudadanía romana.

El santo viejo escucharía con un gozo estremecedor el anuncio de la sentencia. Los verdugos encendieron la colosal hoguera y prepararon la tinaja con el aceite chisporroteante. En ella arrojaron al apóstol. Al fin iban a quedar colmados sus deseos. El cáliz que prometiera beber un día lejano en Palestina estaba pronto con toda su amargura.

Pero Dios no quiso que las cosas llegaran a su fin. Le había concedido el mérito y el honor del martirio, pero al mismo tiempo volvía a repetirse el milagro de los tres jóvenes en el horno de Babilonia. El fuego perdía sus propiedades destructoras. Ante la admiración de verdugos y populacho, San Juan continuaba ileso en la caldera, y el aceite hirviendo le servía de baño refrescante. El tirano tomó a magia el prodigio y desterró a San Juan, que había salido más joven y vigoroso del suplicio, a la isla de Patmos.

Aunque de esta manera el martirio continuaba. Patmos es una pequeña isla, árida y semidesértica, que servía de escala a los navíos que iban o venían de Roma a Éfeso. En esta isla, tal vez sometido a trabajos forzados, escribió San Juan su *Apocalipsis*. Sería su último y gran servicio a la Iglesia. Un domingo se le aparece Cristo glorificado y le ordena escribir a las cristiandades de Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardes, Filadelfia y Laodicea. Son siete cartas que contienen consejos y alientos, felicita-

ciones y reproches, promesas y amenazas, según la situación de cada comunidad.

Después continúa la descripción de las restantes visiones: el libro de los siete sellos, las siete trompetas, los siete signos, las siete copas, las siete fases de la caída de Babilonia o Roma, los siete principales actos del drama escatológico... En este libro desconcertante se refleja el carácter impetuoso del «hijo del trueno» en las exhortaciones inflamadas y en las descripciones terroríficas.

Tras las frases proféticas se encierran veladas alusiones a la persecución de Diocleciano, que debía alcanzar a las comunidades de Pérgamo y Esmirna: «He aquí que el diablo va a meter a alguno de vosotros en la cárcel, para que seáis tentados, y la tribulación durará diez días» (Ap 2,10). Pero avanzando el libro se consignan ya las víctimas que la «gran meretriz que se sienta sobre las siete colinas» hacía con aquellos que se negaban al culto a los emperadores y a la diosa Roma: «Yo he visto a la mujer ebria con la sangre de los santos y de los mártires de Jesús» (Ap 17,16). Y poco después: «Vi bajo el altar las almas de los degollados por el testimonio de Jesús y por la palabra de Dios, aquellos que no adoraron a la bestia ni a su imagen» (Ap 20,4).

Sin embargo, el Apocalipsis es un mensaje de esperanza. Las palabras más alentadoras de toda la Escritura, las descripciones más bellas de la liturgia celeste, el triunfo definitivo del bien sobre el mal, del Cordero sobre el Dragón, recorren sus páginas. Se encierra un deseo infinito en ese Amén, en esa afirmación con que el apóstol anciano, que presiente el fin, responde a las palabras de Jesús: «Vengo pronto». Y Juan contesta: «Amén. Ven, Señor Jesús» (Ap 22,20).

El 18 de septiembre del 96, al año del martirio de San Juan, moría asesinado el emperador Diocleciano. El vidente de Patmos debió quedar libre para retornar a Éfeso, donde, por fin, encontraría, en una muerte apacible, a «Jesucristo, el testigo fiel, el primogénito de los muertos». Como a vencedor le daría a comer del árbol de la vida que está en medio del paraíso de Dios (Ap 2,7).

CASIMIRO SÁNCHEZ ALISEDA

Bibliografía

AITO, E B, *L Apocalypse de St Jean* (Paris 1921)
DUCHESNE, L (ed), *Liber pontificalis,* I (Paris 1886) 508s, 521s
GSELL, S, *Essai sur le regne de l empereur Domitien* (Paris 1894)
SANCHEZ ALONSO, C, *La pastoral de Jesus* (Madrid 1958) c 6 «Los apostoles»
TERTULIANO, *De praescriptione,* 36 PL col 49s

10 de mayo

NUESTRA SEÑORA DE LOS DESAMPARADOS

A Valencia le cabe el honor de haber sido la cuna de esta advocación mariana, de signo profundamente humano y universal Una historia, trágica y consoladora a la vez, señala su proceso de formación a lo largo del siglo XV, el que posiblemente registra el mayor apogeo religioso, artístico y comercial de la vieja ciudad mediterránea.

Un ilustre mercedario, fray Juan Gilabert Jofré, compañero y coetáneo del más famoso valenciano, San Vicente Ferrer, es quien proclama desde el púlpito de la catedral la iniciativa feliz que ha de determinar la nueva advocación de la Virgen María, símbolo protector de varias y dispares empresas de caridad Un episodio menudo, trivial, sirve para estimular el espíritu misericordioso del padre Jofré.

Es la mañana del 24 de febrero de 1409 cuando surge la figura del mercedario para poner fin a una desagradable escena callejera. En una encrucijada de aquel barrio artesano que se extiende desde la plaza del Mercado hasta la catedral, donde cada oficio tiene su sede y da nombre a una calle, un tropel de muchachos maltrata de palabra y de obra a un pobre demente. Esto impresiona vivamente al religioso, que, desde su convento de la Merced, se dirigía al templo mayor para predicar el sermón de la primera dominica de Cuaresma.

Y surge aquel improvisado final de su homilía, realmente trascendental. El libro de las *Memorias de la fundación del Hospital dels Ignoscens* ha conservado estas palabras, con las reiteraciones y la viveza de la lengua vernácula en la que se pronunciaron

«En la presente ciudad —dijo el comendador de la Merced— hay mucha obra pia y de gran caridad y sustentacion, pero aun falta una, que es de gran necesidad, cual es un "hospital" o casa donde los pobres inocentes y furiosos sean acogidos Porque muchos pobres inocentes y furiosos van por esta ciudad, los cuales pasan grandes desaires de hambre, frio e injurias Por tal, como por su inocencia y furor no saben ganar ni pedir lo que han de menester para sustentacion de su vida, por lo que duermen por las calles y perecen de hambre y de frio, muchas personas malvadas, no teniendo a Dios ante los ojos de su conciencia, les hacen muchas injurias y daño, y señaladamente alla donde les encuentran dormidos los vejan y matan a algunos y a algunas mujeres averguenzan Asimismo, los pobres furiosos hacen daño a muchas personas que van por la ciudad Estas cosas son notorias a toda la ciudad, por lo que seria santa cosa y obra muy santa que en la ciudad de Valencia fuese hecha una habitacion u "hospital" en que semejantes locos e inocentes estuviesen de tal manera que no fuesen por la ciudad ni pudiesen hacer daño ni les fuese hecho»

Este inesperado llamamiento a la caridad ciudadana impresiona notablemente al auditorio, en que destaca un personaje inquieto, de extraordinaria actividad, medio providencial para las fundaciones subsiguientes, Lorenzo Salom, que aquel mismo día transmitió los deseos del predicador a diez destacados mercaderes que, por su espíritu abierto y su intuición viva —mediterráneos, al fin—, asimilaron perfectamente el pensamiento del padre Jofré y se constituyeron fundadores de la nueva y necesaria obra.

Diecinueve días después del memorable sermón el Consejo General de la ciudad estudiaba el proyecto, y tan sólo dos meses después —como registra en su curioso dietario el capellán del rey Alfonso V el Magnánimo— comenzaron las obras en un solar adquirido en las inmediaciones de la Puerta de Torrente, más tarde llamada de los Inocentes. El rey Don Martín el Humano confirmó las obras y, a petición de los jurados de la ciudad, concedió el privilegio de amortización, firmado en Barcelona a fines del mismo año 1409.

Por su parte, el pontífice Benedicto XIII otorgaba su licencia para erigir una capilla, un cementerio y una capellanía que tuviese a su cargo la administración de los sacramentos a los enfermos y moradores del naciente hospital de los Santos Inocentes. Hay que destacar el espíritu mariano de aquellos artesanos y

menestrales del siglo XV valenciano, puesto que su laudable afán de que estuviera la nueva fundación bajo el patrocinio directo de la Santísima Virgen les llevó a modificar el título asignado por el propio pontífice en su bula de 26 de febrero de 1410 y a denominarlo «Hospital de Nuestra Señora Santa María de los Inocentes», como será reconocido más tarde en los subsiguientes documentos pontificios y reales. De este modo surgió una nueva advocación mariana con su iconografía peculiar, determinada por la adición de las figuras de los dos inocentes mártires junto a la Virgen, como símbolo de los acogidos en el nuevo hospital y que recibían, además de asilo y trato caritativo, la oportuna asistencia médica, verdadera innovación que constituye una indiscutible gloria del nuevo establecimiento benéfico.

El empuje del nuevo hospital requería cada vez mayor colaboración y más intensa asistencia por parte de todos los sectores ciudadanos. Por ello, según las ideas de la época, se pensó muy pronto en la organización de una Cofradía que, sin aumento del personal directivo del hospital, ofreciese el medio normal que asegurase su continuidad y su vital desenvolvimiento.

Así, pues, en la fiesta que en honor del apóstol San Matías se celebró en la iglesia del hospital en el año 1413, el predicador mosén Juan de Rodella propuso la constitución de la Cofradía para salvar los objetivos indicados. Los cofrades ejercerían abundantemente su misericordia con los hospitalizados, contribuirían al esplendor de los actos religiosos y aun al mismo sepelio de los dementes.

El citado pontífice Benedicto XIII bendecía la constitución de la referida Cofradía mediante su bula de 4 de marzo de 1414 y el monarca don Fernando de Antequera, pocos meses después, el 24 de agosto, sancionaba las Ordenanzas de la nueva Cofradía de Santa María de los Inocentes. Setenta y cinco fueron los cofrades fundadores, entre los que destacaban por su número los maestros y oficiales del floreciente arte de la seda, para cuyas transacciones levantaron el magnífico edificio de la Lonja.

El espíritu caritativo de los cofrades no quedó satisfecho con la empresa del hospital ni con las lucidas fiestas religiosas en honor de los principales misterios marianos, entre las que

muy pronto destacó la del 8 de diciembre, considerada como la fiesta principal de la Cofradía y trasladada, en 1684, al segundo domingo de mayo. Muy pronto comenzó a extender su radio de acción a los indigentes, a los huérfanos, a los ajusticiados, a las mujeres de la mancebía, allá donde hubiera alguna necesidad material o moral que socorrer, hasta dar cristiana sepultura a los cadáveres de los ahogados que el mar abandonaba en la playa o de los desamparados, esto es, de los no identificados que se encontraban en la ciudad o sus arrabales. La simple enumeración de los documentos reales serviría para señalar los jalones de esta sucesiva ampliación de las empresas caritativas realizadas bajo el nombre y la protección de Santa María de los Inocentes.

Hay que destacar la fecha de un privilegio de don Fernando el Católico. Llegadas a la mayoría de edad las dos obras hermanas, hospital y Cofradía, el monarca juzgó oportuna la separación, y el 3 de junio de 1493 firmaba en Barcelona el privilegio por el que se concedía a la Cofradía el título de la «Sagrada Virgen María de los Inocentes y Desamparados», con total independencia del hospital y con la dedicación absoluta a sus múltiples empresas de caridad. Con ello quedaba asimismo establecido el nombre de la nueva advocación mariana, llamada a centrar el fervor religioso del Levante y a extenderse por el resto de España y por otras naciones.

Desde los primeros tiempos de la Cofradía, como exigencia también de los gustos de la época, se veneró una imagen considerada como titular. Ya en el tercer capítulo de las primitivas constituciones aprobadas por don Fernando de Antequera en 1414 se obtiene la licencia oportuna para poseer «camillas, cirios, paños de seda con bordados que pudiesen cubrir los cuerpos de los cofrades y cofradesas difuntos y sobre los que pudiera poner la imagen o figura de la Virgen María con algunos inocentes», así como «la vera cruz con el misterio de la Pasión», esto es, la cruz con los tres clavos ensangrentados que aparece como sello en los primeros documentos.

Dos años después el rey Alfonso V el Magnánimo concede su autorización para que «pueda tener la representación o imagen de la gloriosa Virgen María de plata sobredorada o madera», que pueda ser llevada «sobre las cajas de los cofrades que

mueran en dicha Cofradía», y que pueda acompañarla «alguna otra representación de los inocentes muertos por el rey Herodes por causa de Nuestro Señor Jesucristo».

Como acertadamente señala el historiador holandés Huizinga, la psicología de las gentes del siglo XV exigía la sensibilización de lo sobrenatural, y la protección dispensada por la Virgen María en la vida y en la muerte de su cofrade tenía su expresión mediante esta colocacion de su imagen sobre los féretros, hecho que no era exclusivo de esta Cofradía. Por ello, en los primitivos inventarios figura en lugar preeminente la imagen «que va sobre los cuerpos» y «que lleva un brote de lirio y una cruz de madera», rasgos fundamentales que conserva la imagen original venerada en la Real Basílica de Valencia.

Esta finalidad del sagrado simulacro explica el material ligero y fuerte en que está construido, los pliegues del ropaje de la dorada talla gótica, concebidos en sentido horizontal, y, especialmente, la inclinación de la cabeza, propia de su posición originaria de descanso sobre un almohadón. La imagen se llevaba a la diminuta capilla del actual hospital provincial, llamada «Capitulet», para presidir las reuniones o capítulos de la Cofradía; figuraba yacente en el entierro de los cofrades, dementes, ajusticiados o desamparados, y era llevada erguida sobre unas andas en las procesiones de las grandes solemnidades marianas. Primeramente recibió veneración en la casa de los clavarios; desde 1603 en la diminuta capilla exterior de la catedral, cedida por el Cabildo metropolitano a la Cofradía y, desde 1667, en la actual Real Basílica, construida por la Cofradía, y considerada como el centro espiritual de primer orden de la región valenciana.

Porque ya en el siglo XV la devoción a la Virgen de los Desamparados había prendido en diversas poblaciones del viejo reino, como Moncada y Torrente, donde se constituían Cofradías filiales, y en 1603, al intentar imprimir el libro sumario de indulgencias concedidas a la Real Cofradía, adoptóse la lengua castellana en vez de la valenciana, por tener que repartirse dicho sumario «en Castilla y Aragón y en otras partes longincuas, y particularmente en las Indias». A fines del XIX dos pujantes congregaciones religiosas, las Hermanitas de los Ancianos Desamparados, fundadas por Santa Teresa de Jesús Jornet,

y las Madres de Desamparados y San José de la Montaña, fundadas por la Beata Petra de San José, han tomado a la Virgen de los Desamparados como su principal patrona y han constituido sus centenares de casas esparcidas por el mundo como otros tantos focos de intensa devoción a la Santísima Virgen bajo esta consoladora advocación.

Porque ésta es, en definitiva, la gran innovación introducida en la liturgia por el título de Madre de los Desamparados. Ni en el avemaría, donde llamamos a la Virgen Madre de Dios; ni en la salve, donde le decimos Madre de la misericordia, refiriéndonos más bien a ser la madre de quien es la misericordia misma; ni en la letanía lauretana, ni en el misal y el breviario, aparece tan rotundamente proclamada la maternidad de la Virgen sobre todos los hombres como en este título de Madre de los Desamparados, sinónimo de Madre de todos los hombres, de los desterrados hijos de Eva, abrumados por el desconsuelo y el dolor.

Bellamente glosó este título en ocasión memorable en la Asamblea regional mariana —celebrada en 1923, con motivo de la coronación pontificia de la Virgen de los Desamparados— el canónigo magistral don Rogelio Chillida, mártir de Jesucristo en 1936, cuando presentó cinco razones teológicas para la palabra *Mater* y otras cinco para la frase *desertorum seu derelictorum.*

María es Madre nuestra: primero, porque es realmente maternal su solicitud e interés por la salvación humana; segundo, porque, entregando voluntariamente en el Templo y al pie de la cruz a su Hijo por la humana redención, nos dio la vida; tercero, por título de herencia, ya que de labios de su Hijo moribundo recibió el encargo de adoptarnos a todos los hombres, representados, en sentir de la tradición sagrada, en la persona de San Juan; cuarto, porque es Madre de Cristo dentro de la economía cristiana, en la cual Jesucristo es nuestro hermano, razón por la cual su Madre ha de ser nuestra Madre, y quinto, porque la Encarnación es una especie de matrimonio íntimo entre el Verbo y la humana naturaleza, matrimonio del que habían de nacer todas las almas justas y para el que se requería el consentimiento de la humanidad y que lo otorgaron los labios de María, según subraya Santo Tomás de Aquino, «en nombre de todo el

género humano», razón por la cual María conquistó con toda propiedad el dictado de su espiritual y universal maternidad, tal como la conquista la madre terrena al dar su consentimiento a la unión conyugal.

El genitivo «de los Desamparados» se enlaza tan maravillosa, tan teológicamente con el título de María Madre de la humanidad, que difícil resultará hallar otro más tierno y adecuado. Porque, primero, si la razón más sutil de la maternidad espiritual de María se toma del consentimiento que prestó para la encarnación, Madre de los Desamparados fue entonces de los hombres faltos de redención, sumidos en el desamparo horrible del pecado y del paganismo.

Porque, segundo, cuando María comienza a ejercitar visiblemente su oficio de Madre de los hombres es después de partir Jesús de este mundo, en aquellos años de la Iglesia naciente en que María asiste y aconseja no sólo a San Juan, sino a todos los apóstoles y discípulos del Señor, y claro está que en aquella sazón era Madre de los Desamparados, de los que su Maestro había dejado en este mundo.

Porque, tercero, así como en la economía cristiana la fraternidad se practica en su grado más sublime con los enemigos, con los pecadores, con los desgraciados, con los desamparados, de igual modo ha de acontecer con la maternidad espiritual; por tanto, decimos lo más delicado y glorioso de María, madre de los hombres, si la invocamos por Madre amorosa y compasiva de los pecadores, de los débiles, de los desgraciados, por Madre de los Desamparados.

Porque, cuarto, es imposible concretar mejor el lado característico que los Santos Padres, las liturgias de Oriente y Occidente, y la persuasión del pueblo fiel han visto siempre en la intercesión de María al considerarla como la sombra de un inmenso manto tendido sobre los dolores humanos, y es imposible resumir mejor la sentencia del Crisóstomo: «Aquellos a quienes no salva la justicia de Dios salvarlos puede la misericordia de María», y es imposible cifrar mejor el juicio del Doctor Angélico al decir que el divino Asuero ha dado a María, bella Ester, la mitad de su reino, o sea el reino de la misericordia, reservándose para sí el de la justicia, que atribuyendo a María en-

trañas maternales de predilección para los descarriados, para los infelices, para los que naufragan en los mares de la tribulación, que llamándola una y mil veces Madre de los Desamparados.

Porque, quinto, no hay actitud más maternal que la de amparar, la de abrigar, la de estrechar contra el corazón al hijo pequeñuelo, desnudo e indefenso; no hay imagen más expresiva del amor materno que aquella que aprendimos de Jesucristo Señor nuestro; la imagen de la gallina abriendo sus alas para cobijar a los polluelos, aquella imagen que empleaba el gloriosísimo arzobispo Santo Tomás de Villanueva cuando decía: «De igual modo que los polluelos, si ven volar sobre ellos el gavilán, corren presurosos a refugiarse bajo las alas de su madre, nosotros nos ponemos bajo la protectora sombra de tus alas; no conocemos otro refugio sino a ti. Tú eres la única esperanza en quien confiamos, Tú eres la única Patrona nuestra a quien todos miramos».

Todo esto dice la advocación y la imagen misma de Nuestra Señora de los Desamparados.

MARCELINO OLAECHEA LOIZAGA, SDB

Bibliografía

APARICIO OLMOS, E. M., *La imagen original de Nuestra Señora de los Desamparados* (Valencia 1955).

BOLINAGA, J. DE, *La Virgen de los Desamparados* (Valencia 1945).

CARRERES ZACARÉS, S., *La Virgen de los Desamparados bajo el dominio rojo* (Valencia 1939).

DOMÍNGUEZ, M., *La Virgen de los Desamparados en las calles de Valencia* (Valencia 1948).

PERTEGAS, J., *Historia de la Antigua y Real Cofradía de Nuestra Señora de los Inocentes Mártires y Desamparados* (Valencia 1922).

19 de mayo

SAN PUDENTE

(† s. II)

Uno de los puntos que suelen ponderarse en la primitiva historia de la Iglesia es que, no solamente se propagó rápida-

mente el Evangelio entre el pueblo y entre la gente sencilla, sino también entre los hombres cultos, entre los filósofos paganos, y aun en la alta sociedad romana. El hecho de la propagación del cristianismo entre la gente humilde no puede ponerse en duda. Por esto los controversistas paganos echaban en cara a los cristianos que su religión era sólo de gente simple y poco instruida. Esto es una aberración, pero es un hecho palpable, que todos podían ver, que, desde los apóstoles, fue principalmente la gente humilde la que abrazaba la doctrina de Cristo, que fue Él mismo pobre artesano.

Pero, además, ya desde el primer momento el Evangelio se introdujo igualmente entre las clases altas de la sociedad. Muy pronto encontramos entre los cristianos un buen número perteneciente a la gente de alto nivel social, a la gente ilustrada y aun a la nobleza. El procónsul Sergio Paulo, convertido por San Pablo en Chipre; Dionisio el Areopagita, filósofo convertido en Atenas; Pomponia Graecina, de la que habla Tácito; los Flavios y los Acilios y el senador Apolonio, de quienes hablan Suetonio y Dión Casio; todos los apologetas cristianos, a cuya cabeza debemos colocar a San Justino el Filósofo; todos estos nombres son buena confirmación de la verdad indicada.

Hasta en la corte se había introducido el Evangelio ya en el siglo I. Esta circunstancia conviene tenerla presente, pues demuestra la fuerza interna que poseía el cristianismo, ya que los varones, por el mero hecho de declararse cristianos, debían enfrentarse con un sinnúmero de dificultades, y aun las matronas romanas, si eran cristianas, se cerraban el camino para los más elevados puestos. Así San Pablo, en la carta a los Filipenses, manda saludos principalmente a los de la casa del César y en la carta a los Romanos nombra a otros que parece pertenecían a la corte. Por otra parte, sabemos que, en tiempo de Domiciano, Tito Flavio Clemente y su esposa Domitila eran cristianos.

Uno de los ejemplos más insignes de este hecho, tan significativo para el cristianismo, es el de San Pudente, cuya memoria celebra la Iglesia el día de hoy, a quien podemos añadir a su hija Santa Pudenciana, que también se conmemora en este mismo día. Según todos los indicios, este San Pudente, al que se refiere la fiesta litúrgica de hoy, es un noble romano, discípulo del papa

San Pío I (140-155), que se distinguió en este tiempo por su entereza cristiana y la defensa de su fe frente a las impugnaciones paganas.

Más noticias poseemos de las dos hijas que tuvo de su esposa Savinella. Llamábanse Pudenciana y Práxedes, y fueron educadas por él en las verdades de la fe cristiana y en el más puro amor a Jesucristo. Son interesantes las noticias, históricamente bien probadas, que de ellas poseemos. Ambas pertenecen a los primeros casos conocidos en la historia de la Iglesia de vírgenes cristianas consagradas a Dios. En efecto, sabemos que, movidas del amor a Cristo, heredado de su padre Pudente, le consagraron su virginidad y convirtieron su casa en un santuario, adonde acudían incluso los papas a celebrar los misterios divinos y administrar los sacramentos y ocultarse cuando amenazaba algún peligro. Sabemos igualmente que ambas hermanas recibían y trataban a todos sus hermanos con la mayor caridad, y personalmente les servían, haciendo todos estos oficios con predilección a los más pobres. En esta forma se presentan a la antiguedad cristiana como insignes ejemplos de virginidad y de caridad a sus semejantes y amor sacrificado a los pobres. La muerte de Santa Pudenciana es señalada el año 160, en tiempo del emperador Antonino Pío (138-161). La de Santa Práxedes, algo más tarde.

Por su parte, el noble Pudente, después de haber dado insigne ejemplo de virtud cristiana, según los datos que poseemos, murió el año 161, al final del reinado de Antonino Pío. Según algunas fuentes antiguas, sus restos mortales fueron sepultados en el cementerio de Santa Priscila, en la vía Salaria, y su casa, ya antes empleada muchas veces para la celebración de la liturgia cristiana, fue convertida en iglesia. Posteriormente fue designada con el título del *Pastor*.

De este Pudente, padre de las santas Pudenciana y Práxedes, que vivieron en torno a los años 150-160, parece debe distinguirse otro Pudente, de fines del siglo I, que tal vez fue padre o abuelo del anterior. Era senador romano, y una antigua tradición romana nos testifica que fue discípulo de San Pedro y que recibió el bautismo de sus manos. Asimismo que lo recibió en su propia casa, donde el santo apóstol pasó algún tiempo ejerciendo allí sus ministerios apostólicos.

Por otro lado, según la misma tradición, conoció igualmente a San Pablo, y así parece referirse a él el apóstol cuando, al fin de la segunda carta a Timoteo, escribe: «Eubulo, Pudente, Lino y Claudia os saludan». Más aún: muchos suponen que esta Claudia, aquí nombrada, era su esposa.

Otras noticias, conforme a esta antigua tradición, nos presentan al senador Pudente del siglo I como ejemplo de caridad cristiana. A la muerte de su esposa debió renunciar a todos sus bienes en favor de los pobres, e incluso a su propia casa, con el objeto de que, habiendo morado en ella y ejercido su ministerio el «príncipe de los apóstoles», San Pedro, fuera transformada en iglesia. Hecho esto, dedicóse personalmente a la vida de servicio a Dios, a quien se consagró por entero después de haberle entregado todo lo que poseía. En uno de los martirologios se añade que «guardo inmaculada hasta su muerte aquella inocencia que recibió en el bautismo administrado por los apóstoles».

BERNARDINO LLORCA, SI

Bibliografía

Act SS Boll, 19 de mayo *Acta auctore S Pastore*
ALLAIN, «Le titre de S Pudentienne» *Revue Catholique de Bordeaux* 16 (1984) 322s
TILLEMONT, L S DE, *Memoires pour servir a l'histoire ecclesiastique des six premiers siecles*, II (Venecia) 287s

20 de mayo

SANTA MARÍA DE LA CARIDAD DEL COBRE

Patrona de Cuba

En El Cobre, poblado minero de la provincia de Oriente, fue consagrado en 1927 el actual santuario nacional a la Virgen de la Caridad. La advocación no es oriunda de Cuba: el año 633 fundó San Ildefonso el monasterio de Illescas, y la tradición dice que él llevó allí la imagen de Nuestra Señora de la Caridad, que todavía existe en la villa toledana, en el santuario construido por el Greco en 1600. La advocación es frecuente en la costa

andaluza: en Cádiz, desde que Juan de Austria fundó una cofradía bajo esa advocación, para la tripulación de las galeras. Loja la tiene por patrona. Y hasta cerca de Ávila se conoce una imagen de la Virgen de la Caridad ante la cual rezó Santa Teresa.

Posiblemente la advocación cubana llegó directamente de Sanlúcar de Barrameda. Durante más de un siglo, después del tercer viaje de Colón, salían de allí las naves que iban a América; y hoy está confirmada la devoción que los marinos sanlucareños sentían por la Virgen de la Caridad venerada en Bonanza y en la Cofradía del Puerto de Santa María.

Dos hermanos indios llamados Juan Rodrigo y Juan Diego Hoyos, a los que se añadió un muchacho de raza negra también llamado Juan según la tradición, obreros todos del hato de Barajagua, que se encontraba muy cerca de una mina de cobre, fueron comisionados para conseguir sal en la costa norte de la isla. Llegaron hasta el río Mayarí, y por él salieron a la gran bahía de Nipe, alojándose en un pequeño cayo llamado Francés o Vigía con objeto de pasar la noche y salir muy de mañana para la salina. Una tormenta inesperada les impidió realizar el proyectado viaje, y hasta tres días tuvieron que permanecer en el cayo por el mal tiempo. Hacia la medianoche del cuarto día cesó el viento; los tres «Juanes» tomaron la canoa antes de salir el sol, y a medida que avanzaban notaron que en la lejanía, sobre la superficie tranquila del mar, había algo que no era un ave acuática de las conocidas. Remaron con mayor curiosidad, los primeros rayos del sol iluminaron plenamente aquel bulto navegante. Cuando lo tuvieron frente a frente se dieron cuenta que era una talla de madera de unos cuarenta centímetros de alto y la inscripción: «Soy la Virgen de la Caridad». Esto sucedía entre los años 1604 y 1608.

Podemos imaginarnos fácilmente la variedad de sentimientos que experimentarían aquellos nativos cubanos ante semejante hallazgo. Habían oído hablar muchas veces de la Virgen y de sus apariciones, era la devoción más propagada por los evangelizadores hispanos en el Nuevo Mundo. Pero jamás se imaginarían que habrían de encontrar sobre las aguas del mar una imagen de María. En la escasa literatura sobre esta advocación mariana no encontramos que se interpreten los hechos bajo el

signo del milagro. La etapa milagrera comenzará después. Inicialmente parece que ellos recogieron la imagen como quien recoge un objeto precioso que otro ha perdido sobre las aguas. Pero esta interpretación tan poco espiritual no le restó, ni le restará nunca, intensidad a la veneración que sintieron todos por aquel pedazo de madera que representaba a la Madre de Jesucristo.

La imagen provenía de una nave española, de las muchas que zarpaban de Sanlúcar. Es cierto que usaban el verbo sustantivo en las tablas onomásticas de las naves y, por tanto, la leyenda podía referirse a la imagen o a la embarcación bajo cuyo patrocinio navegaba. La razón de aparecer flotando sobre las aguas antillanas es más difícil de determinar. Se dice que los marinos, durante las tempestades, echaban al mar alguna imagen para conseguir por su intercesión que el mar se apaciguara. También se dice que, en momentos de gran calma, los marinos colocaban la imagen en el mar, sobre una balsa, y de esa manera determinaban la dirección de las corrientes marinas que podían ayudarles a avanzar.

Los afortunados indios transportaron la imagen al hato; improvisaron un altar, y la devoción popular comenzó a desarrollarse y a manifestarse: plegarias ante la imagen, flores siempre frescas para la Virgen. Un día desapareció la imagen de su sitio. Entonces comenzó la etapa milagrera de la advocacion cubana. Desaparecerá varias veces, la cambiarán de sitio, interpretando posibles deseos de la Virgen; se repetirán las desapariciones. Apolonia, una niña india, encontrará un día la imagen, o dirá que había visto la imagen, sobre unas rocas cercanas a la mina de cobre. En el mismo lugar alguien verá una luz misteriosa tres veces consecutivas, y la voz popular fue que la Virgen deseaba en aquel sitio una ermita. Las historias dicen que el lugar era de tan difícil acceso que hubo que modificar, sin embargo, un poco la situación.

La devoción creció y la ermita llegó a ser capilla, iglesia, santuario. Varias veces los temblores de tierra o los huracanes destruyeron el edificio, y otras tantas los devotos de la Virgen lo reconstruyeron. La generosidad de los cubanos fue enriqueciendo los adornos de la imagen, hasta provocar un robo sacrí-

lego; el ladrón se atrevió a mutilar la talla para llevarse las piedras preciosas que tenía incrustadas; pero se pudo recuperar todo providencialmente. La dulce talla de madera oscura es hoy un verdadero joyero cubierto de mantos preciosos.

Los favores que se atribuían a la Virgen eran tan numerosos y tan extraordinarios, que se llegó a invocarla con el nombre de Nuestra Señora de la Caridad y de los Remedios. Los exvotos fueron inundando el altar de tal manera que hubo que acudir a la solución —en el actual santuario— de una gran capilla debajo del altar de la Virgen, para acumular en ella todos esos regalos. Uno de los últimos es la medalla de oro del premio Nobel ganado por el novelista Hemingway.

Cuando prendió en los cubanos el deseo de la independencia, la devoción a Santa María de la Caridad del Cobre estaba tan metida en el corazón de los nativos que iba a ser la devoción insignia de los libertadores. Los insurrectos se encomendaban a la Caridad —como se dice vulgarmente— antes de salir para el campo de batalla, y llevaban a la guerra un pequeño recuerdo sagrado que consistía en una cinta del tamaño de la imagen. El 20 de mayo de 1902 Cuba adquirió la soberanía y, pocos años después, el 8 de septiembre de 1916, a petición de los veteranos de aquella guerra, el papa Benedicto XV le concedía a la advocación cubana el título de «Patrona principal de la República».

La fiesta litúrgica de la patrona de Cuba, sin oficio ni misa especial aún, se celebra el 8 de septiembre, pero la importancia que tuvo la devoción de los libertadores durante la gesta independentista permite que cada año, al celebrarse la instauración de la República el 20 de mayo, fiesta nacional, no falte el homenaje a la Patrona de Cuba, a la Virgen Mambisa (mambises se llamaba a los que peleaban por la independencia).

La ignorancia religiosa y ciertos residuos ancestrales de los esclavos africanos que llegaron a Cuba durante la colonización ha fomentado supersticiones y prácticas piadosas a la Virgen de la Caridad no del todo ortodoxas. En definitiva, ello prueba la antigüedad de la devoción y lo arraigada que siempre ha estado en el corazón de las capas sociales más humildes de la nación. Por eso, sin duda, el santo obispo de Santiago de Cuba, monseñor Claret, explotaba bien este sentimiento de filial devo-

ción mariana escribiendo así en su carta pastoral del 25 de marzo de 1853:

> «La verdadera devoción a Nuestra Señora de la Caridad consiste en abstenerse de todo pecado, en imitar sus virtudes, en tributarle algunos obsequios, en frecuentar los santos sacramentos y en hacer bien, con agrado y perseverancia, las devociones y demás cosas de su servicio».

ALBERTO J. VILLAVERDE, SI

Bibliografía

FONSECA, O DE, *Historia de la aparición milagrosa de Nuestra Señora de la Caridad del Cobre* (La Habana 1840)

LEISECA, J M, *Apuntes para la historia eclesiastica de Cuba* (La Habana 1938)

MARTIN, J. L, *Historia de la Virgen de la Caridad* (La Habana 1952)

VERUNES, J A., *Historia de Nuestra Señora de la Caridad del Cobre y de su santuario* (Santiago de Cuba 1935).

1 de mayo

SANTOS ORENCIO Y PACIENCIA

Mártires (s. III)

El anterior *Martirologio romano* señalaba el día 1 de mayo la memoria de los santos Orencio y Paciencia, con el título de mártires y situados en Huesca. El nuevo *Martirologio* no ha acogido esta memoria.

Según Justo Fernández Alonso en la *Bibliotheca sanctorum:* «Se trata de santos legendarios, cuyo culto no es anterior al siglo XV» y no duda en llamar fabulosas las noticias referentes a ellos.

En la diócesis de Huesca se les celebra con el título de «padres de San Lorenzo» y su memoria litúrgica es obligatoria.

En la traducción española que hizo el P. Isla al *Año cristiano* de Croisset, los PP. Pedro Centeno y Juan de Rojas, agustinos, añadieron las noticias referentes a los santos españoles, y ellos son los que en dicha obra nos dicen que se llamaban Orencio u Oroncio él y ella Paciencia y que eran personas ricas y muy cari-

tativas y que Dios les concedió dos hijos, el uno Lorenzo, el futuro diácono y mártir en Roma, y el otro Orencio, a quien se identifica con el San Oriencio u Orencio, obispo de Aux. Se dice que habiendo venido a Huesca el papa San Sixto II, quedó prendado del joven Lorenzo y lo llevó consigo a Roma. Poco después murió Paciencia. Orencio, inspirado por Dios, marchó con su hijo Orencio al valle de Labedan en la diocesis de Tarbes, donde hizo sonoros milagros, y siendo ya su hijo Orencio obispo de Aux y habiendo conocido el martirio de Lorenzo en Roma, decidió volver a Huesca, donde por sus oraciones mandó Dios lluvias abundantes y muy necesarias. Vivió una vida llena de piedad y buenas obras hasta su muerte. Añaden que estos santos son invocados en la escasez de lluvia y contra las langostas. En esta versión de sus vidas no se les presenta, pues, como mártires.

Muy similar es la versión que da Luis Calpena Ávila en su obra *La luz de la fe en el siglo XX*.

Baronio, en nota a su inclusión en el *Martirologio,* dice que en antiguos monumentos de la Iglesia de Huesca se lee que son los padres de San Lorenzo.

JOSE LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

Acta sanctorum, III (Venecia 1751) 501 503
Bibliotheca sanctorum, t IX, cols 1226 1227
Martyrologium romanum, o c , 213 214
CALPENA Y AVILA, L , *La luz de la fe en el siglo XX Libro de la familia cristiana,* V (Madrid 1912 1916) 17 18
CROISSET, J , SJ, *Año cristiano, o ejercicios devotos para todos los dias del año,* V (Barcelona 1863) 15 18

9 de mayo

SAN GREGORIO DE LA BERRUEZA

Obispo († 1044)

En las diócesis de Pamplona y Tudela se celebra como memoria libre el día 9 de mayo a San Gregorio de la Berrueza. Tie-

ne su santuario en Sorlada, al que acuden en romería los pueblos de la comarca de La Berrueza. Su veneración es antigua, remontándose al siglo XIV y extendiéndose la misma por Navarra, la Rioja y Aragón. Se conserva su cabeza en relicario de plata y por él se pasa agua con la que luego se bendicen los campos, siendo invocado el santo como protector de las cosechas. Esta devoción tuvo un momento importante en el reinado de Fernando VI cuando la reliquia del santo recorrió numerosas poblaciones de varias regiones, siendo muy invocado por los fieles.

La identidad personal de este santo es la de San Gregorio, cardenal obispo de Ostia. Se le supone natural de Roma, monje y luego abad del monasterio romano de los Santos Cosme y Damián, bibliotecario luego de la Iglesia romana, y finalmente cardenal obispo de Ostia. Se supone que fue enviado por el papa Benedicto IX en 1039 para consuelo de los pueblos de la ribera del Ebro que se veían atacados por una terrible plaga de langosta. Llegado el para entonces ya anciano cardenal a las tierras asaltadas por la plaga, predicó la conversión y la penitencia como modo de acabar con aquel azote de la ira de Dios que era la plaga que se padecía. Dispuso oraciones y rogativas y al paso de San Gregorio los campos iban quedando libres de la voraz langosta, siendo aclamado y festejado como libertador por donde iba pasando. Al cabo de cinco benéficos años de estancia en España vino a morir santamente en Logroño el 9 de mayo de 1044. Puesto que todos los pueblos favorecidos por su presencia podían alegar títulos para ser depositarios de su sagrado cuerpo, éste fue depositado en una mula, la cual, dejada al azar, salió de Logroño y se dirigió a Navarra, donde murió en el sitio llamado San Salvador de Peñalva, cercano a Los Arcos.

(NB. Agradecemos su colaboración a D. Santiago Cañardo Ramírez, delegado de liturgia de las diócesis de Pamplona y Tudela).

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

Acta sanctorum. Mai, II (Venecia 1738) 463-465.
Bibliotheca sanctorum, t.VII, cols.210-212.

CALPENA Y AVILA, L., *La luz de la fe en el siglo XX Libro de la familia cristiana,* V (Madrid 1912-1916) 171-173.
CROISSET, J., SJ, *Año cristiano, o ejercicios devotos para todos los dias del año,* V (Barcelona 1863) 161-164.
ZAMORA MENDOZA, J., *Santos de la Rioja. Coleccion de semblanzas biograficas* (Logroño 1962) 77-83

11 de mayo

SAN ANASTASIO

Mártir († 305)

Con rango de solemnidad celebra la ciudad de Lleida la memoria de San Anastasio o Anastasi, mártir, al que se tiene por natural de la propia ciudad, nacido en el seno de una familia pagana en el antiguo barrio de la Magdalena.

De joven marcha a Roma, donde se alista en el ejército romano, llegando a ser centurión y pretor de la guardia pretoriana a las órdenes del emperador Diocleciano.

Durante su estancia en Roma abraza la fe cristiana, admirado por el testimonio y la fortaleza de los cristianos ante las persecuciones a que eran sometidos. No sólo se convierte al cristianismo, sino que propaga su nueva fe entre sus compañeros de armas. Denunciado ante el emperador, éste ordena su detención y Anastasio huye de Roma, regresando a su Lleida natal, junto a otros compañeros convertidos por él a la fe cristiana.

Ya en Lleida, el gobernador Daciano de Tarraco le hace detener y le conmina a adorar a los dioses del Imperio, tal como lo ordena un edicto del emperador, lo cual fue rehusado por Anastasio. Encarcelado en Tarragona y Barcelona, finalmente fue llevado a la cárcel de Badalona. La tradición nos evoca su martirio el 11 de mayo del año 303 o 305, junto a otros 73 compañeros de milicia, en la playa de Badalona, ciudad que —al igual que Lleida— lo venera como su santo patrono.

La memoria de un San Anastasio de Lleida, no figura en el antiguo *Martirologio romano,* que recogía en tal día la memoria de un San Anastasio mártir en Camerino. Tampoco la recoge el nuevo *Martirologio,* si bien aparece reseñado en diversas vidas de

santos, como es el caso de la *Topographia sanctorum Christi,* editada en 1450, o en la obra *Barcino,* escrita por el jurista barcelonés Jeroni Pau a finales del siglo XV.

Lleida lo proclamó patrono el 9 de mayo de 1627, haciendo «voto solemne» de celebrar su fiesta a perpetuidad cada 11 de mayo, conmemorando su martirio con oficio solemne y procesión por las calles de su ciudad natal. Tradición ésta que aún hoy se conserva, solemnizada a partir de 1968 con una multitudinaria ofrenda floral ante su imagen.

JORDI CURCÓ I PUEYO

Bibliografía

Acta sanctorum. Ianuarii, II (Venecia 1738) 457-458
Bibliotheca sanctorum, t.I, cols 1061-1062.
CROISSET, J., SJ, *Año cristiano, o ejercicios devotos para todos los días del año,* I (Madrid 1874) 321-322.
CALPENA Y ÁVILA, L., *La luz de la fe en el siglo XX. Libro de la familia cristiana,* V (Barcelona 1914) 210-211
CURCÓ I PUEYO, J., *Sant Anastasi de Lleida. Història, tradició i llegenda* (Lleida 2002).

19 de mayo

BEATOS JUAN DE CETINA Y PEDRO DE DUEÑAS

Mártires († 1397)

Al Beato Juan de Cetina o Juan Lorenzo lo venera con memoria obligatoria la diócesis de Tarazona; al Beato Pedro de Dueñas, igualmente con memoria obligatoria, lo venera la diócesis de Palencia; y a ambos con memoria libre los venera el arzobispado de Valencia.

Aunque el P. Gonzalo de Córdoba en su obra *Del solar franciscano. Santoral de las tres órdenes* y también Isidoro de Villapadierna en *Bibliotheca sanctorum* señalan que ambos mártires fueron beatificados por el papa Clemente XII el 29 de agosto de 1731, en el *Index* de la Congregación para las Causas de los Santos no los hallamos ni entre los beatificados ni entre aquellos cuyo culto inmemorial haya sido confirmado. Tampoco registra sus nombres el nuevo *Martirologio romano.*

Consultadas las fuentes que se señalan en la bibliografía, éstos son los datos de ambos confesores de Jesucristo.

Juan Lorenzo (Lorente) o Juan de Cetina era natural de esta población de Aragón y en su juventud fue primeramente militar, llevando vida disipada. Pero la gracia de Dios le tocó el corazón y decide dedicarse a Dios, pasando primero unos años como ermitaño, e ingresando luego en el convento de los claustrales de Monzón, de la Orden franciscana. Ordenado sacerdote es enviado a Barcelona, donde predica con gran fruto y completa sus estudios, pasando después al convento de Chelva. Lleva una vida austera y edificante y cuando conoce el martirio de algunos hermanos de su Orden en Jerusalén, arde en deseos de obtener también esa corona. Le permiten viajar a Roma, donde el papa Bonifacio IX no le da licencia para acudir a Tierra Santa pero le da amplias facultades para evangelizar en otras tierras. Entonces se vuelve a España para misionar en la zona islámica de la Península y los superiores le mandan al convento de San Francisco del Monte de la sierra de Córdoba para madurar su propósito. Un año más tarde le es dada la licencia que quería para predicar en las tierras musulmanas del sur de España. Lleva como compañero a Pedro de Dueñas.

Pedro de Dueñas, natural seguramente de esta población palentina, era un joven religioso, que había tenido a fray Juan de Cetina como maestro de novicios y ya había profesado los votos religiosos. No era sacerdote, y aunque se le presenta como hermano lego, pudiera ser que no tuviera las sagradas órdenes a causa de su juventud. Se ofreció para acompañar a fray Juan y al principio los superiores negaron la licencia, pero el joven religioso insistió tanto en su petición que al final consiguió el permiso pedido.

Salen ambos camino de Granada y en Alcalá la Real entrega fray Juan su capa a un mendigo sin ropa, y con solo el hábito y en el rigor del invierno prosigue hacia Granada, a donde llega el 8 de enero de 1397, según se dice. Encuentran allí al franciscano fray Eustaquio, que como capellán de los mercaderes cristianos vivía pacíficamente entre los musulmanes, y cuando iban con él por la ciudad se inquieta la población al verlos, como adivinando el motivo que les traía. Interviene el cadí, que informa-

do, decide llevar a los dos religiosos ante el rey Mohamed. Éste los interroga y queda maravillado de que los dos le digan que su propósito es evangelizar. Piensa el monarca que están locos y los manda a casa de unos cristianos, advirtiéndoles que se abstengan de toda acción evangelizadora. Pero ellos al poco salen a la calle y empiezan a predicar el evangelio, lo que trae consigo que sean de inmediato encarcelados a la espera de que el monarca, ausente, regrese. Cuando vuelve, los llama y conoce por ellos mismos que han desobedecido sus órdenes y han intentado expandir el evangelio por la ciudad. Y se dice que en un arrebato de cólera el mismo rey con su alfanje segó las cabezas de ambos confesores de Cristo, el 19 de mayo de 1397. Se añade que sus sagradas reliquias fueron luego llevadas a la catedral de Vich y a los conventos franciscanos de Sevilla y Córdoba.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

Acta sanctorum. Mai, IV (París 1866) 294.
Bibliotheca sanctorum, t.VI, cols.1050-1052 (con amplia bibliografía).
GONZALO DE CORDOBA, Fray, *Del solar franciscano. Santoral de las tres Órdenes* (Madrid 1957) 376-380
SACRA CONGREGATIO DE CAUSIS SANCTORUM, *Index ac status causarum* (Ciudad del Vaticano 1999).

CALENDARIO ESPAÑOL

MEMORIAS QUE CELEBRAN LAS DIÓCESIS ESPAÑOLAS

Día 1	En Huesca, los santos Orencio y Paciencia, padres de San Lorenzo Memoria
Día 2	En Ávila, San Segundo, obispo. Fiesta
Día 3	En Granada, la Santa Cruz Fiesta
Día 4	En Madrid, Alcalá de Henares y Getafe, San Jose Maria Rubio, presbitero
	En Barbastro-Monzon, Beato Ceferino Jiménez «el Pelé», mártir Memoria libre.
Día 5	En Jaén, San Amador, presbítero y martir Memoria
	En Siguenza-Guadalajara, San Martín de Finojosa, obispo Memoria
	En Granada, Beato Manuel Sierra y compañeros, mártires Memoria libre.
Día 8	En Valencia, la Virgen María Madre de las Gracias Memoria
	En Sevilla (memoria), Cuenca, Pamplona y Tudela (memoria libre), la Bienaventurada Virgen María, mediadora de todas las gracias
Día 9	En Burgos, Santa Casilda, virgen Memoria
	En Pamplona y Tudela, San Gregorio de la Berrueza Memoria libre
Día 11	En Lleida, San Anastasio, mártir. Solemnidad
	En Bilbao y Cuenca, Beato Domingo Iturrate, presbítero Memoria
Día 12	En Calahorra y la Calzada-Logroño, Santo Domingo de la Calzada En la ciudad, solemnidad, en la diocesis, memoria
Día 13	En Valladolid, San Pedro Regalado, presbitero En la ciudad, solemnidad, en la diócesis, fiesta
	En Bilbao y San Sebastian (memoria), Pamplona y Tudela (memoria libre), San Miguel Garicoitz, presbitero
Día 15	En Almería, San Indalecio, obispo y mártir. Solemnidad
	En Guadix-Baza y Zaragoza, San Torcuato, obispo, y compañeros mártires Solemnidad
	En Jaén, San Eufrasio, obispo y martir Solemnidad.
Día 16	En Lugo, San Eufrasio, obispo y mártir Memoria
	En Pamplona-Tudela, San Andrés Huberto Fournet, presbitero Memoria libre

Día 17	En Segorbe-Castellón, San Pascual Bailón. Fiesta. En Tarazona, Orihuela-Alicante, Siguenza-Guadalajara y Valencia, memoria
Día 18	En Tarragona, San Próspero, obispo. Memoria.
Día 19	En Palencia, Beato Pedro de Dueñas, mártir. Memoria.
	En Tarazona, Beato Juan Lorenzo, mártir. Memoria.
	En Valencia, Beatos Juan de Cetina y Pedro de Dueñas, mártires. Memoria libre.
Día 21	En Córdoba, San Secundino, mártir. Memoria.
	En Santiago de Compostela, San Torcuato y compañeros, mártires Memoria.
Día 22	En Merida-Badajoz, San Atón, obispo. Memoria.
	En Cádiz y Málaga, Beato Diego José de Cádiz, presbítero. Memoria.
	En Barcelona, Tarragona y Vic, Santa Joaquina Vedruna. Memoria.
Día 24	En Astorga, San Genadio, obispo. Memoria libre.
	En León (memoria) y Sevilla (memoria libre), Beato Juan de Prado, presbítero y mártir.
	En Sevilla, Jerez y Menorca (memoria libre), en Córdoba (memoria), la Bienaventurada Virgen María, auxiliadora de los cristianos
Día 25	En Bilbao, Pamplona, Tudela, San Sebastián (memoria), Madrid y Alcalá (memoria libre), Santa Vicenta María López de Vicuña, virgen.
Día 27	En Guadix-Baza, San Francisco Serrano y compañeros, mártires. Memoria
Día 29	En Urgel (memoria) y Solsona (memoria libre), San Justo, obispo.
	En Tortosa, San Pedro Sans, mártir. Memoria libre.
Día 30	En Sevilla, San Fernando, fiesta. En Cartagena, León, Segovia y Zamora, memoria.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

1. Santos y beatos

Ademaro, Bto († 1242), día 29, 660-665.
Agapio, San († 258/259), día 4, 99-101.
Águeda Kim A-gi, Sta. († 1839), día 24, 542-548.
Águeda Yi Sosa, Sta. († 1839), día 24, 542-548.
Agustín de Canterbury, San († 605), día 27, 608-615
Agustín Novelli, Bto. († 1310), día 19, 438-439.
Agustín Roscelli, San († 1902), día 7, 148-153.
Agustín Sánchez Caloca, San († 1927), día 25, 579-580.
Agustín Schoeffler, San († 1851), día 1, 30-32.
Agustín Webster, San († 1535), día 4, 87-94.
Agustín Yi Kwang-hon, San († 1839), día 24, 542-548.
Alberto de Bérgamo, Bto. († 1279), día 7, 155.
Aldhelmo, San († 709), día 25, 574.
Amado Ronconi, Bto. (s. XIII), día 8, 175-176.
Amador, San († 418), día 1, 26-27.
Ana Pak A-gi, Sta. († 1839), día 24, 542-548.
Ana Rosa Gattorno, Bta († 1900), día 6, 129-134.
Anastasio, San († 305), día 11, 809-810.
Andrés Abellon, Bto. († 1450), día 15, 333-342
Andrés Bobola, San († 1657), día 16, 350-356.
Andrés Franchi, Bto. († 1401), día 26, 598.
Andrés Huberto Fournet, San († 1834), día 13, 295-299.
Andrés Kaggwa, San († 1886), día 26, 602-603.
Ángel de Massaccio, Bto. († 1458), día 8, 176.
Ángel, San († 1225), día 5, 118.
Antonia Mesina, Bta. († 1935), día 17, 369-374.
Antonia, virgen († 258/259), día 4, 99-101.
Antonino de Florencia, San († 1459), día 2, 43-50
Antonio Bajewski, Bto. († 1941), día 7, 155-156.
Antonio Julián Nowowiejski, Bto. († 1941), día 28, 646-654.
Antonio Middleton, Bto. († 1590), día 6, 136-137.
Aquiles, San (s. I), día 12, 253-258.
Arcángel Tadini, Bto († 1912), día 20, 452-456.
Ascensión del Señor (movible), 747-755.
Atanasio Bazzekuketta, San († 1886), día 27, 619.
Atanasio de Alejandría, San († 373), día 2, 34-43.
Atilano Cruz Alvarado, San († 1928), día 21, 460-468.
Atón de Pistoya, San († 1153), día 22, 503-504.

Austregisilo, San († 624), dia 20, 457-458
Avertino, San († 1189), dia 5, 118

Barbara Han A-gi, Sta († 1839), dia 24, 542-548
Barbara Kim, Sta († 1839), dia 27, 618
Barbara Yi, Sta († 1839), dia 27, 618
Bartolome Pucci-Franceschi, Bto († 1330), dia 6, 135 136
Basilio, San (s IV), dia 30, 717-718
Bautista Varano, Bta († 1527), dia 31, 742
Beatriz d'Este, Bta († 1226), dia 10, 230 231
Beda el Venerable, San († 735), dia 25, 549-556
Benedicto II (papa), San († 685), dia 8, 174-175
Bernardino de Siena, San († 1444), dia 20, 444 451
Bernardo de Roquefort, Bto († 1242), dia 29, 660-665
Bernardo, Bto († 1242), dia 29, 660 665
Blandina (Maria Magdalena) Merten, Bta († 1918), dia 18, 394-404
Boleslao Strzelecki, Bto († 1941), dia 2, 68-69
Bona de Pisa, Sta († 1207), dia 29, 680
Bonifacio IV (papa), San († 615), dia 8, 157-159
Brendan, San († 578), dia 16, 357-358
Bruno de Wurzburgo, San († 1045), dia 27, 615-616
Burcardo, Bto († 1192), día 18, 404

Caleb, San cf Elesbaan, San
Carlos Eugenio de Mazenod, San († 1861), dia 21, 468 483
Cartago, San († 638), dia 14, 324
Casimiro Gostynski, Bto († 1942), dia 6, 137-138
Catalina Cittadini, Bta († 1857), dia 5, 110-116
Clemente Septyckyj, Bto (1951), dia 1, 33
Comgall, San († 602), dia 10, 229 230
Crispin de Viterbo, San († 1750), dia 19, 422-431
Cristobal Magallanes, San († 1927), dia 25, 579 580

Damian Nam Myong Hyog, San († 1839), dia 24, 542-548
David Galvan Bermudez, San († 1915), dia 21, 460-468
David Roldan Lara, San († 1926), dia 21, 460-468
David Uribe Velasco, San († 1927), dia 21, 460-468
Desiderio de Langres, San († 355), dia 23, 520
Desiderio de Vienne, San († 607), dia 26, 596-597
Dionisio Ssebuggwawo, San († 1886), dia 25, 578 579
Domingo (Lorenzo) Ngon, Sto († 1862), dia 22, 510 511
Domingo de la Calzada, Sto († 1109), dia 12, 270-278
Domitila (Flavia), Sta (s I), dia 7, 139-141
Donaciano de Cartago, San († 259), dia 23, 511-514

Eadberto, San († 698), dia 6, 135
Edmundo Duke, Bto († 1590), dia 27, 616-618

Eduardo Jones, Bto. († 1590), día 6, 136-137.
Eduardo José Rosaz, Bto († 1903), día 3, 74-79
Elésbaan, San († 560), día 15, 343-344.
Eleuterio (papa), San († 189), día 26, 595-596.
Emelia, Sta. (s. IV), día 30, 717-718.
Emilia Bicchieri, Bta († 1314), día 3, 85.
Emiliano, lector († 258/259), día 4, 99-101.
Enrique Kaczorowski, Bto. († 1942), día 6, 137-138
Enrique Rebuschini, Bto. († 1938), día 10, 225-229
Epifanio de Salamina, San († 403), día 12, 263-267.
Eremberto, San († 672), día 14, 324-325.
Erico IX, San († 1161), día 18, 386-389.
Estanislao de Kazimierz, Bto. († 1489), día 3, 85-86.
Estanislao Kubski, Bto. († 1942), día 18, 406.
Esteban de Saint-Thierry, Bto († 1242), día 29, 660-665.
Esteban Grelewski, Bto. († 1941), día 9, 205-206.

Felipe (apóstol), San (s. I), día 3, 70-74.
Felipe de Piacenza, Bto. († 1306), día 24, 542.
Felipe Neri, San († 1595), dia 26, 582-590.
Félix de Cantalicio, San († 1587), día 18, 389-394.
Félix (Santiago Amoroso) de Nicosia, Bto. († 1787), día 31, 743-744.
Fernando III, San († 1252), día 30, 682-691
Fortanerio, Bto. († 1242), día 29, 660-665.
Francisco de Jerónimo, San († 1716), día 11, 241-244.
Francisco de Montmorency-Laval, Bto. († 1708), día 6, 120-124.
Francisco Patrizi, Bto. († 1328), día 26, 597-598
Fuerte Gabriel, Bto. († 1040), día 9, 203.

García d'Aure, Bto († 1242), día 29, 660-665.
Gema, Bta. († 1439), día 13, 300.
Genadio, San († 936), día 25, 575-576.
Gerardesca de Pisa, Bta. († 1269), día 29, 681.
Gerardo Mecatti, Bto. († 1242), día 18, 405.
Gerio de Lunel, Bto. († 1299), día 25, 576-577.
Germán de Constantinopla, San († 733), día 12, 267-270.
Germán de París, San († 576), día 28, 654-655
Gil de Vaozela, Bto. († 1265), día 14, 325-326.
Gisela, Bta († 1060), día 7, 154-155.
Godeardo, San († 1038), día 5, 117.
Gonzaga Gonza, San († 1886), día 27, 619.
Gregorio Celli, Bto. († 1343), día 11, 250-251.
Gregorio de la Berrueza, San († 1044), día 9, 807-809.
Gregorio Franckowiak, Bto. († 1943), día 5, 119-120.
Gregorio VII (papa), San († 1085), día 25, 556-562.
Gualterio, San († 1070), día 11, 249-250
Guiberto de Gembloux, San († 962), día 23, 522.

Guillermo Arnaud, Bto. († 1242), día 29, 660-665.
Guillermo de Tolosa, Bto. († 1369), día 18, 405-406.
Guillermo Filby, Bto. († 1582), día 30, 719-720.
Guillermo Scott, Bto. († 1612), día 30, 720-721.
Guillermo Tirry, Bto. († 1654), día 2, 66-67.
Guillermo, San († 1192), día 10, 230.

Hallazgo de la Santa Cruz, día 3, 775-782.
Hemming, San († 1366), día 21, 484-485.
Herculano de Piegale, Bto. († 1451), día 28, 656.
Hilario de Arlés, San († 449), día 5, 102-105.
Huberto, San († 727), día 30, 718-719.
Humildad de Faenza, Bta. († 1310), día 22, 504-505.
Humiliana de Cerchi, Bta. († 1246), día 19, 437-438.

Ignacio de Láconi, San († 1781), día 11, 244-248.
Imelda Lambertini, Bta. († 1333), día 12, 280-281.
Isaías (profeta), San († s. VII a.C.), día 9, 178-186.
Isidro Labrador, San († 1130), día 15, 327-332.
Iván Merz, Bto. († 1928), día 10, 231-232.
Iván Ziatyk, Bto. († 1952), día 17, 381.
Ivón de Bretaña, San († 1303), día 19, 414-416.

Jenaro Sánchez Delgadillo, San († 1927), día 21, 460-468.
Jeremías (profeta), San (Antiguo Testamento), día 1, 11-15.
Jesús Méndez Montoya, San († 1928), día 21, 460-468.
Joaquina Vedruna de Mas, Sta. († 1854), día 22, 493-497.
Job, Santo, día 10, 206-209.
José Czempiel, Bto. († 1942), día 19, 443-444.
José Chang Song-jib, San († 1839), día 26, 600-601.
José Do Quang Hien, San († 1840), día 9, 204-205.
José Gerard, Bto. († 1914), día 29, 665-670.
José Isabel Flores, San († 1927), día 21, 460-468.
José Kurzawa, Bto. († 1940), día 23, 522-523.
José Marello, San († 1895), día 30, 707-710.
José María Robles, San († 1927), día 21, 460-468.
José María Rubio Peralta, Bto. († 1929), día 2, 50-65.
José Nguyen Van Luu, San († 1854), día 2, 67-68.
José Obrero, San, día 1, 4-11.
Juan ante Portam Latinam (evangelista), San († 95), día 6, 782-792.
Juan Bautista de Rossi, San († 1764), día 23, 515-520.
Juan Bautista Loir, Bto. († 1794), día 19, 442-443.
Juan Bautista Machado, Bto. († 1617), día 22, 507-508.
Juan de Ávila, San († 1569), día 10, 217-225.
Juan de Beverley, San († 721), día 7, 153-154.
Juan de Cetina, Bto. († 1397), día 19, 810-812.

Juan de Prado, Bto. († 1631), día 24, 530-533.
Juan de Santo Domingo Martínez, Bto. († 1619), día 19, 440-441.
Juan Doan Trinh Hoan, San († 1861), día 26, 601-602.
Juan Forest, Bto. († 1538), día 22, 506-507.
Juan Haile, Bto. († 1535), día 4, 87-94.
Juan Hogg, Bto. († 1590), día 27, 616-618.
Juan Houghton, San († 1535), día 4, 87-94
Juan I (papa), San († 526), día 18, 382-386.
Juan Luis Bonnard, San († 1852), día 1, 32
Juan Martín Moye, Bto. († 1793), día 4, 94-99.
Juan Mopinot (León), Bto. († 1794), día 21, 485-486.
Juan Rochester, Bto. († 1537), día 11, 251-252.
Juan Shert, Bto. († 1582), día 28, 657-658.
Juana de Arco, Sta. († 1431), día 30, 691-699.
Juana de Portugal, Bta. († 1490), día 12, 281-282.
Julia Salzano, Bta. († 1929), día 17, 375-379.
Julián de Cartago, San († 259), día 23, 511-514.
Julio Álvarez Mendoza, San († 1927), día 21, 460-468.
Julio, San († 302), día 27, 604-608.
Justino Orona Madrigal, San († 1928), día 21, 460-468.
Justo de Urgel, San (s. VI), día 28, 620-627.

Ladislao de Gielnow, Bto. († 1505), día 4, 101.
Ladislao Demski, Bto. († 1940), día 28, 659.
Lanfranco de Canterbury, Bto. († 1089), día 28, 627-633.
Lorenzo Johnson, Bto. († 1582), día 30, 719-720.
Lucas Kirby, San († 1582), día 30, 719-720.
Lucía Pak Hui-sun, Sta. († 1839), día 24, 542-548.
Lucifer de Cagliari, San († 370), día 20, 456-457.
Lucio de Cartago, San († 259), día 23, 511-514.
Luis Batis Sainz, San († 1926), día 21, 460-468.
Luis Ceferino Moreau, Bto. († 1901), día 24, 533-541.
Luis Rabatà, Bto. († 1490), día 8, 177.

Mafalda de Portugal, Bta. († 1257), día 1, 28.
Magdalena Albrici, Bta. († 1465), día 13, 300.
Magdalena Kim Obi, Sta. († 1839), día 24, 542-548.
Magdalena Sofía Barat, Sta. († 1865), día 25, 566-577.
Mamerto, San († 475), día 11, 249.
Manuel Morales, San († 1926), día 21, 460-468.
Margarita Pole, Bta. († 1541), día 28, 633-646.
Margarito Flores García, San († 1927), día 21, 460-468.
Maria Bartolomea Bagnesi, Bta. († 1577), día 28, 656-657.
María Bernarda (Verena) Butler, Bta. († 1924), día 19, 431-437.
María Catalina de San Agustín Symon de Longprey, Bta. († 1668), día 8, 160-168.

María Catalina de Santa Rosa Troiani, Bta. († 1887), día 6, 125-129.
María Domenica Brun Barbantini, Bta. († 1868), día 22, 497-503.
María Dominica Mazzarello, Sta. († 1881), día 14, 312-317.
María Leonia Paradis, Bta. († 1912), día 3, 79-84.
María Magdalena de Pazzi, Sta. († 1607), día 25, 562-565.
María Teresa de Jesús Gerhardinger, Bta. († 1879), día 9, 197-202.
Mariana (María Ana) de Jesús de Paredes, Sta. († 1645), día 26, 590-595.
Mariano de Roccacasale, Bto. († 1866), día 31, 744-745.
Martín Oprzadek, Bto. († 1942), día 18, 407-408.
Mártires de Avignonet, Btos. († 1242), día 29, 660-665.
Mártires de México, Stos. († 1915-1937), día 21, 460-468.
Mártires de San Sabas († 614), día 16, 358-359.
Mateo Correa Magallanes, San († 1927), día 21, 460-468.
Mateo Le Van Gam, San († 1847), día 11, 252.
Mateo Nguyen Van Phuong, San († 1861), día 26, 601-602.
Matías (apóstol), San (s. I), día 14, 301-307.
Matías de Arima, Bto. († 1620), día 22, 509
Matías Kalemba, San († 1886), día 30, 699-707.
Maximino de Trier, San († 347), día 29, 680.
Mayolo, San († 994), día 11, 233-240.
Miguel de la Mora, San († 1927), día 21, 460-468.
Miguel de Sinada, San († 826), día 23, 521.
Miguel Garicoitz, San († 1863), día 14, 307-312.
Miguel Ho Dinh Hy, San († 1857), día 22, 509-510.
Miguel Wozniak, Bto. († 1942), día 16, 361.
Modoaldo, San († 640), día 12, 279.
Montano de Cartago, San († 259), día 23, 511-514.

Nereo, San (s. I), día 12, 253-258.
Nicolás Albergati, Bto († 1443), día 10, 210-217.
Nicolás Barré, Bto. († 1686), día 31, 732-740.
Nicolás Cehelskyj, Bto († 1951), día 25, 580-581.
Nicolás Hermansson, Bto († 1391), día 2, 65-66.
Noé Mawaggali, San († 1886), día 31, 745.
Nuestra Señora de Fátima, día 13, 283-295.
Nuestra Señora de los Desamparados, día 10, 792-799.
Nunzio Sulprizio, Bto. († 1836), día 5, 105-110.

Orencio, San (s. III), día 1, 806-807.
Otto Neururer, Bto. († 1940), día 30, 710-717

Pablo Hanh, San († 1859), día 28, 658-659.
Paciencia, Sta. (s. III), día 1, 806-807.
Pacomio, San († 347-348), día 9, 186-197.
Pancracio, San (s. IV), día 12, 258-263.
Pascual Bailón, San († 1592), día 17, 362-369.

Pedro Celestino, San († 1296), día 19, 409-414.
Pedro d'Arnaud, Bto († 1242), día 29, 660-665.
Pedro de Dueñas, Bto. († 1397), día 19, 810-812.
Pedro de Jesús Maldonado, San († 1937), día 21, 460-468.
Pedro de la Asunción, Bto. († 1617), día 22, 507-508.
Pedro Doan Van Van, San († 1857), día 25, 578.
Pedro Esqueda Ramírez, San († 1927), día 21, 460-468.
Pedro Kwon Tu-gin, San († 1839), día 24, 542-548.
Pedro Liu Wenyuan, San († 1834), día 17, 380.
Pedro Sans y Jordá, San († 1747), día 26, 599-600.
Pedro Wright, Bto. († 1651), día 19, 441-442.
Peregrino Laziosi, San († 1345), día 1, 29-30.
Petronila, Sta. († s. III-IV), día 31, 740-741
Ponciano Ngondwe, San († 1886), día 26, 602-603.
Posidio, San († luego del 437), día 16, 356-357.
Prior de Avignon, Bto. († 1242), día 29, 660-665.
Protasio Chong Kuk-kó, San († 1839), día 20, 458-459
Pudente, San († s. II), día 19, 799-802.

Raymundo Carbonier, Bto. († 1242), día 29, 660-665
Raymundo de Cortisan (Escriban), Bto. († 1242), día 29, 660-665.
Reticio de Autún, San (s. IV), día 15, 342.
Ricardo (Herminio Felipe) Pampuri, San († 1930), día 1, 19-26.
Ricardo Hill, Bto. († 1590), día 27, 616-618.
Ricardo Holiday, Bto. († 1590), día 27, 616-618
Ricardo Newport, Bto. († 1612), día 30, 720-721.
Ricardo Reynolds, monje († 1535), día 4, 87-94.
Ricardo Thirkeld, Bto († 1583), día 29, 681-682.
Rictrudis, Sta. († 678), día 12, 279-280.
Rita de Casia, Sta. († antes de 1457), día 22, 487-493.
Roberto Johnson, Bto. († 1582), día 28, 657-658.
Roberto Lawrence, San († 1535), día 4, 87-94
Roberto Thorpe, Bto († 1591), día 31, 742-743.
Rodrigo Aguilar, San († 1927), día 21, 460-468.
Román Adame, San († 1927), día 21, 460-468.
Rosa Venerini, Bta. († 1728), día 7, 142-148.
Ruperto, San (s VIII), día 15, 344.

Sabas Reyes Salazar, San († 1927), día 21, 460-468.
Salvador Lara Puente, San († 1926), día 21, 460-468.
Santa María de la Caridad del Cobre, día 20, 802-806.
Santiago (apóstol), San (s. I), día 3, 70-74.
Santiago Felipe Bertoni, Bto. († 1483), día 25, 577
Santiago Salomoni, Bto. († 1314), día 31, 741.
Santiago Walworth, Bto. († 1537), día 11, 251-252.
Santísima Trinidad (movible), 767-773.

Secundino, San († 258/259), día 4, 99-101.
Segismundo, San († 523), día 1, 27-28.
Servacio, San († 384), día 13, 299.
Simeón Estilita el Joven, San († 592), día 24, 541-542.
Simón Stock, San († 1265), día 16, 346-349.
Solemnidad de Pentecostés (movible), 757-766.

Teobaldo, San († 1001), día 21, 483-484.
Teodora Ana Teresa Guerin, Bta. († 1856), día 14, 317-324.
Teodosio de Kiev, San († 1074), día 3, 84.
Teófilo de Corte, San († 1740), día 19, 416-422.
Tértula, virgen († 258/259), día 4, 99-101.
Tomás Cottam, Bto († 1582), día 30, 719-720.
Tomás Ford, Bto. († 1582), día 28, 657-658.
Tomás Pickering, Bto. († 1679), día 9, 203-204.
Tomás Watkinson, Bto. († 1591), día 31, 742-743.
Toribio Romo González, Sto. († 1928), día 21, 460-468.
Tranquilino Ubiarco, San († 1928), día 21, 460-468.

Ubaldesca, Sta. († 1206), día 28, 655.
Ubaldo, San († 1160), día 16, 359-360.
Ulrica Nisch, Bta. († 1913), día 8, 168-173.
Úrsula Ledóchowska, Sta. († 1939), día 29, 670-679.

Varones Apostólicos, día 1, 15-19.
Venerio de Milán, San († 409), día 6, 134.
Vicente de Lerins, San († 445/450), día 24, 524-530.
Vicente Matuszewski, Bto. († 1940), día 23, 522-523.
Víctor de Cartago, San († 259), día 23, 511-514.
Víctor de Milán, San († 304), día 8, 174.
Victorico de Cartago, San († 259), día 23, 511-514.
Vidal Vladimiro Bajrak, Bto. († 1946), día 16, 361-362.
Visitación de la Virgen María a Santa Isabel, día 31, 722-731.
Vivaldo de San Geminiano, Bto. († 1320), día 1, 29.

Wirón, San († 753), día 8, 175.
Witesindo, San († 855), día 15, 344-345.

2. **Colaboradores**

Alastrué Castillo, M.ª del P. 487-492.
Alcorta, J. 307-312.
Alonso Schokel, L. 206-209.
Amigó Jansen, G. 590-595.
Arratíbel, J. 362-368.
Artero Pérez, J. 312-317.

Baltar, S. 327-332.

Carro Celada, J. A. 79-84 110-116 148-153.
Chico González, P. 333-342 710-717 732-740.
Cunill, R. 34-43.
Curcó i Pueyo, J. 809-810.

Díaz Fernández, J. M. 129-133 295-298 530-532.

Dominguez del Val, U 524 529

Echeverría, L de 4-11 582-589

Ferri Chulio, A de S 168-173 414-416 497-503 665-670
Flores Arcas, J J 125 128 241-244

González Chaves, A J 50-65 142-147 416-422 670-679
Gonzalez Rodriguez, M ª E 283-295 633-646

Iniesta Coullant-Valera, E 566-573

Langa, P 160-167 394-403 422 430 533-541
Llabres y Martorell, P J 43-50 105-110 197-202 386-389
Llorca, B 15-18 270-278 444-451 608-615 799-802
Lopetegui, L 350-356
Lopez Melus, J 549-555

Maria H de la Santa Faz 562-565
Martín Abad, J 468-483 757-766
Martin Abril, F J 389-394
Martín Hernandez, F 691-698
Martín Hernandez, P 515-520
Melendres, M 11-15
Molina Piñedo, R 186-196

Nuñez Uribe, F 74-79 94-99 225-229

Olaechea Loizaga, M 792-799
Ona de Echave, A 556-562

Pascual, A 767-773
Peraire Ferrer, J 369-374 431-437 460-468 620-627
Perez Lozano, J M ª 722-731
Pérez Suarez, L M 87-94 210-217 233-240 627-633
Pérez, G 70-74
Pont y Gol, J 409 413

Repetto Betes, J L 19-26 26-33 65-69 84-86 99 101 117-120 134 138 153-156 174-177 203-206 229-232 249-252 263-267 279-282 299-301 317-323 324-326 342-345 356-362 375-379 380-381 404-408 437 444 456-459 483-486 503-511 511-514 520-523 541 548 574-581 595-603 604-608 615-619 646-653 654-659 680-682 699-707 717-721 740-745 747-755 806 808 810-812
Rodriguez, J V 244-248 382-386 452-455

Sala Balust, L 217-224
Sanchez Aliseda, C 253-258 782-791
Sánchez de Muniain, J M ª 682-691
Sanz Burata, L 493-497
Segovia, A 267-270
Sendin Blázquez, J 102-105 139-141 157-159 258-262
Staehlin, C M ª 301-306

Velado Graña, B 120-124 178 186 660-665 707-710
Villaverde, A J 802-806

Xiberta, B M 346-349

Yzurdiaga Lorca, F 775-782

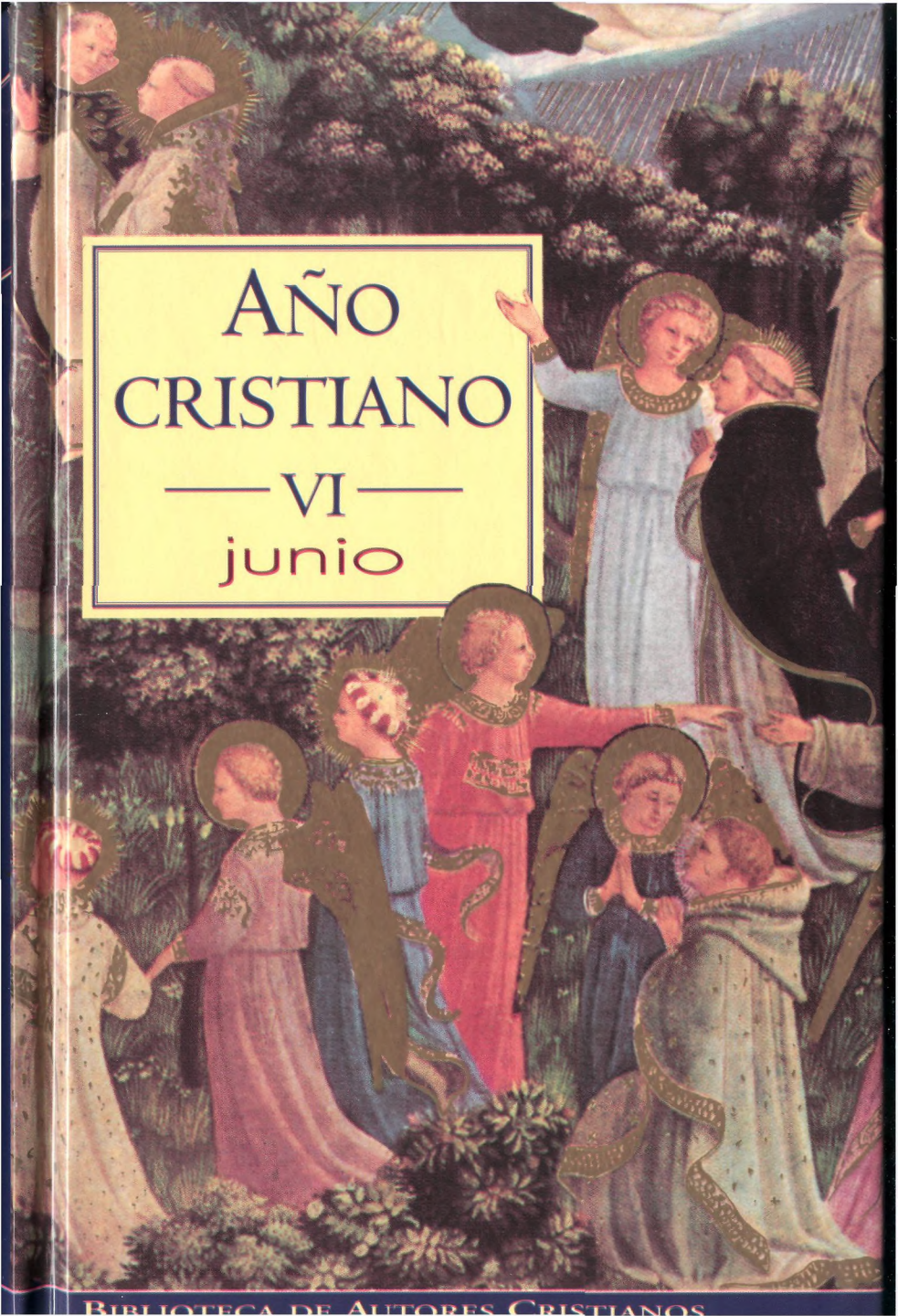

AÑO CRISTIANO

VI

junio

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS

AÑO CRISTIANO

VI

Junio

COORDINADORES
Lamberto de Echeverría (†)
Bernardino Llorca (†)
José Luis Repetto Betes

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS
MADRID • 2004

Ilustración de portada: *Juicio final* (detalle), Fra Angelico.

Guardas: *El juicio universal* (detalle), Giovanni di Paolo.

Diseño: BAC

© Biblioteca de Autores Cristianos
Don Ramón de la Cruz, 57, Madrid 2004
Depósito legal: M. 51.998-2002
ISBN: 84-7914-629-X (Obra completa)
ISBN: 84-7914-729-6 (Tomo VI)
Impreso en España. Printed in Spain.

ÍNDICE GENERAL

	Págs.
COLABORADORES	IX
PRESENTACIÓN	XI
NOTA INTRODUCTORIA	XV
Santoral de junio (martirologio, biografías extensas y biografías breves)	3
FIESTAS MOVIBLES	739
APÉNDICE	789
CALENDARIO ESPAÑOL: MEMORIAS QUE CELEBRAN LAS DIÓCESIS ESPAÑOLAS	801
ÍNDICE ONOMÁSTICO	803

COLABORADORES

A) BIOGRAFIAS EXTENSAS

ARNALDICH, Luis, OFM
BAYON, Rodrigo, CSSR
BLAJOT, Jorge, SI
BREYDY, Miguel
CANTERO CUADRADO, Pedro
CAPÁNAGA, Victorino, ORSA
CARRO CELADA, José Antonio
CASTÁN LACOMA, Laureano
CORTES, Hernán
CHICO GONZÁLEZ, Pedro, FSC
DIAZ FERNANDEZ, José María
DIEZ O'NEILL, José Luis, SI
ECHEVERRIA, Lamberto de
FERRI CHULIO, Andrés de Sales
FLORES ARCAS, Juan Javier, OSB
GAGO, José Luis, OP
GONZÁLEZ CHAVES, Alberto José
GONZÁLEZ RODRIGUEZ, M.ª Encarnación
GREENSTOCK, David Lionel
GREGORIO DE JESUS CRUCIFICADO, CD
GUELL, Dolores
KRYNEN, Jacqueline
LANGA, Pedro, OSA
LIZCANO, Manuel
LOPEZ ORTIZ, José, OSA
LLABRES Y MARTORELL, Pere-Joan
LLORCA, Bernardino, SI
MAÑAS, Ramón Luis M.ª, OSB (Leyre)
MARTIN ABAD, Joaquín
MUÑOZ ALONSO, Adolfo
NUÑEZ URIBE, Félix
OÑATIBIA, Ignacio
ORDOÑEZ, Valeriano, SI
ORTEGA, Joaquín L.
PERAIRE FERRER, Jacinto
PEREZ SUAREZ, Luis M., OSB (Leyre)
PORTERO, Luis
REPETTO BETES, José Luis

RIBER, Lorenzo
RIFSCO PONTEJO, Pedro, OP
RODRIGUEZ, José Vicente, OCD
RULLÁN FERRER, Pedro Antonio, CR
SANCHEZ ALISEDA, Casimiro
SANCHEZ VAQUERO, José
SANZ BURATA, Luis
SENDIN BLAZQUEZ, José
USSEGLIO, Giuseppe, SDB
VELADO GRAÑA, Bernardo
YZURDIAGA LORCA, Fermín

B) BIOGRAFIAS BREVES

REPETTO BETES, José Luis

PRESENTACIÓN

Tras largos años de total *agotamiento editorial* vuelve ahora felizmente al catálogo de la BAC una obra que ocupaba en él un puesto relevante y que fue, durante décadas, alimento espiritual seguro y sabroso para infinidad de lectores: el AÑO CRISTIANO.

Quede, ante todo, constancia de la satisfacción con que la BAC devuelve al público lector —y en cierto modo a toda la Iglesia de habla española— esta obra preciada que tanto se echaba de menos y que nos era requerida con insistencia por muchos lectores y amigos. Larga ha sido la espera. Pero la BAC se complace ahora en relanzar un AÑO CRISTIANO compuesto y acicalado como lo piden las circunstancias eclesiales y articulado en doce volúmenes que irán apareciendo sucesivamente y que ofrecerán al lector la variedad y la riqueza del entero santoral de la Iglesia católica.

Las razones del dilatado eclipse que ha sufrido el AÑO CRISTIANO a pesar de su notorio éxito editorial de antaño son pocas y escuetas. Y muy fáciles tanto de explicar cuanto de entender.

El proceso de aceleración en canonizaciones y beatificaciones que ha experimentado la Iglesia después del Vaticano II —y muy singularmente en el pontificado del Papa Wojtyla— obligaba obviamente a complementar, corregir y ajustar el venturoso descalabro que el tiempo iba originando en los bosques y jardines de la hagiografía cristiana del pasado. Se imponían una poda y una plantación de renuevos cuya envergadura queda ahora patente en el estirón —de cuatro a doce— que ha experimentado este AÑO CRISTIANO.

Semejante tarea de revisión y actualización la hubiera emprendido la BAC. Era su obligación y su deseo. Pero su efecto habría sido precario. El pontificado de Juan Pablo II estaba ya demostrando con creciente evidencia que la santidad cristiana es una realidad de cada día y de cada latitud; que, por consiguiente, el martirologio o santoral, lejos de ser memoria fosili-

zada, es un caudal fresco y abundante que riega generosamente el hoy de la Iglesia. ¿Cómo intentar la actualización de algo que cambia y crece sin cesar?

Por otra parte, es sabido que el Concilio Vaticano II, en su constitución *Sacrosanctum Concilium,* ordenó la revisión y adaptación de todos los libros litúrgicos. El mandato alcanzaba también al Martirologio o Santoral, libro litúrgico de pleno derecho y de peculiar significación y complejidad dadas sus implicaciones históricas que requerían estudios críticos minuciosos y especializados. La tarea de su revisión podía resultar dilatada. ¿Cómo arriesgarse como editorial responsable a componer un AÑO CRISTIANO sin contar con la referencia obligada del Martirologio romano ya autorizadamente puesto al día? ¿No había que sacrificar las prisas editoriales o comerciales a la firmeza histórica y a la seguridad doctrinal que ofreciera la edición posconciliar? ¿No era ésa la mejor forma de servir a los intereses de los lectores?

El proceso de reforma y adaptación del martirologio romano ha durado desde 1966 hasta 2001, año en que apareció finalmente la llamada «edición típica». Una espera que ha otorgado al Martirologio romano una mayor credibilidad histórica, un orden hagiográfico más acorde con la doctrina y las reformas derivadas del Vaticano II y, en consecuencia, mayor fiabilidad para la vida litúrgica y la piedad cristiana.

Contando ya con la pauta insoslayable del martirologio reformado y renovado, se imponía ponerlo cuanto antes al servicio de los lectores y usuarios de habla castellana, tanto en España como en Hispanoamérica. Es un reto que la BAC ha asumido con responsabilidad editorial y que trata ya de cumplir con prontitud y rigor.

Estoy seguro de que nuestros lectores compartirán con la BAC la impresión de que la larga y obligada espera que ha tenido que observar nuestro AÑO CRISTIANO no le priva de sentido ni de oportunidad. Todo lo contrario. El momento presente, con sus grandezas y miserias, con sus luces y sombras en la parcela de lo religioso, hace especialmente atinada la publicación de un santoral serio y documentado de la Iglesia católica.

Son tiempos, los nuestros, de secularización que quiere decir, lisa y llanamente, de descristianización. A su sombra, las verdades de la fe y los juicios de la moral cristiana pierden vigencia y hasta significado. Algo que ocurre también en el terreno de la hagiografía. No es que haya desaparecido el culto a los santos, pero sí se ha nublado en buena parte su relevancia para la vida cristiana. Con la ignorancia ha sobrevenido la confusión. La cantera del santoral para dar nombres de pila a las personas está en declive. El conocimiento de las vidas de los santos se ha reducido hasta confundirlos con héroes o dioses de los martirologios paganos. Se ha acentuado, aun entre los que se profesan devotos de advocaciones concretas, la brumosidad de los contornos y de los conceptos.

En paralelo con el desconocimiento correcto de las hagiografías, han proliferado las supersticiones y las desviaciones de lo que debería ser una auténtica veneración de los santos. Se observa una notoria reducción de la piedad al utilitarismo. A los santos se los mete cada vez más en la zambra de los videntes, los adivinos, las cartas, la superchería y las voces de ultratumba. Ahora hay santorales para agnósticos y santorales de puro humor a costa de los santos que pueden alcanzar cotas notables de acidez o de impiedad. ¿No es el caso, nada infrecuente, de anuncios y montajes publicitarios a cargo del santoral y al servicio de cualquier producto en el mercado?

El servicio que la BAC pretende prestar con este renovado AÑO CRISTIANO a sus lectores y a la Iglesia tiene perfiles muy precisos.

Principalmente, la mejora de los recursos didácticos para una sabia y atinada catequesis. Los santos, sus vidas y ejemplos, son fuente inagotable para la educación cristiana. No es su utilidad terapéutica o milagrera lo que de ellos nos interesa, sino la enseñanza cristiana que se deriva de sus virtudes y conductas como testigos de Jesucristo, como reflejos de su vida y como *caminos* que nos llevan al *Camino* por excelencia, que es Él.

Este AÑO CRISTIANO no pretende, por tanto, fomentar la *santería* en detrimento de la *cristería,* dicho en términos populares. Muy al contrario, es una contribución a la *Cristología* a través de la *hagiografía.*

Algunos pastores y pastoralistas han alertado sobre el peligro de que el culto a tantos santos y beatos, la proliferación de tantas devociones particulares, pudiera difuminar, como *efecto colateral,* el aprecio central e irremplazable de Jesucristo. Sería aquello de que los árboles no dejaran ver el bosque.

Ni el peligro ni la advertencia son sólo de hoy. Léanse si no las constituciones conciliares *Lumen gentium* y *Sacrosanctum Concilium.* También la introducción que figura en la edición típica del Martirologio romano.

En cualquier caso, la BAC pone ahora en circulación esta nueva edición de su AÑO CRISTIANO como homenaje a Jesucristo cumbre de la santidad y modelo de todos los santos y beatos que la Iglesia ha reconocido a lo largo de los siglos como seguidores e imitadores del Maestro. «Por la hagiografía al Cristocentrismo» podría ser el lema de ese propósito editorial.

Perfiladas las circunstancias y las intenciones de esta obra, nada he de decir sobre su articulación, ni sobre los criterios metodológicos o redaccionales que se han seguido en su elaboración. Tanto estos como otros particulares técnicos que ayudarán en su utilización figuran en la *nota introductoria* preparada por el coordinador de la edición.

Con laudes o elevaciones solían cerrar sus páginas los santorales antiguos. La BAC se suma al amén, así sea, que venía después. Y se permitirá a la vez (no podía ser de otra manera) confiar el buen fruto de esta obra a la intercesión de todos los santos y beatos que —sin distinción de grado, sexo o condición— poblarán las páginas de este AÑO CRISTIANO renacido en los umbrales todavía del tercer milenio.

JOAQUÍN L. ORTEGA
Director de la BAC

NOTA INTRODUCTORIA

Definido el propósito de reeditar el AÑO CRISTIANO, empezamos por fijar criterios que sirvieran de guía para la nueva edición, y que ahora exponemos para información del lector y facilidad de su uso.

En primer lugar se fijó el criterio de que, con muy escasas excepciones, se reeditaría todo el conjunto de artículos que componía la segunda edición, la de 1966. Su texto no ha sufrido revisión ni variación. Va tal cual lo escribieron en su tiempo los diferentes y acreditados autores que lo firman. En el fondo no han tenido más añadidura que la referencia a la canonización de aquellos santos que entonces eran solamente beatos. Y esas excepciones son sobre todo las debidas a las variaciones introducidas por el nuevo Misal de Pablo VI, de 1969, que tiene algunos cambios en la denominación de fiestas, como la del 1 de enero, o en el santoral.

Pero no se quería simplemente reeditar, sino que se quería también completar y poner al día. Para completar, hemos añadido santos o beatos importantes anteriores a las últimas canonizaciones y beatificaciones y que en su día no se biografiaron en las primeras ediciones. Para poner al día, hemos añadido los nombres de muchos santos y beatos que en estos últimos tiempos han sido declarados tales por la Iglesia, y cuyo número, como es bien sabido, es grande.

Nos pareció que saldría una obra demasiado abultada si a cada uno de todos estos santos o beatos les señalábamos una nota biográfica de la misma extensión que las de las ediciones anteriores. Y para evitar ese tamaño demasiado crecido pero para no pasarlos tampoco en silencio hemos dividido las biografías en *extensas* y en *breves*. El criterio seguido para asignar a un santo o beato una biografía extensa o breve ha sido el de su importancia en el santoral: por ser más o menos conocido, por ser significativo de un tiempo o una situación, o por ser intere-

sante al público de habla hispana, o por ser fundador o fundadora de una comunidad religiosa, a todos los cuales fundadores o fundadoras hemos tomado el criterio de dedicar una biografía extensa. Y naturalmente hemos tenido en cuenta el cada día mayor santoral de las iglesias iberoamericanas.

Hemos añadido también artículos referentes a los tiempos litúrgicos, p. ej. *Cuaresma,* ya que son parte importante y vital de lo que se llama el año cristiano.

Y hemos añadido a cada día su martirologio o lista de los santos y beatos que para esa fecha señala el Martirologio romano. De esta forma, cada día puede saber el lector cuáles son los santos que la Iglesia conmemora, y de la mayoría de ellos tiene una nota biográfica, extensa o breve.

Esta obra sigue el nuevo *Martirologio romano* que, como edición típica, ha sido publicado el año 2001. Este seguimiento ha hecho que no demos entrada en el *Año cristiano* sino a los santos y beatos que en dicho Martirologio se recogen, enviando al Apéndice las notas biográficas de otros que no están incluidos en él pero que pueden resultar interesantes, por ejemplo, por celebrarlos, en su propio de los santos, alguna diócesis española. De todos modos son muy pocos. Igualmente ha obligado el seguimiento del nuevo Martirologio romano a resituar no pocas biografías que en las ediciones anteriores se encontraban en otras fechas y que han sido pasadas al día que ahora se les asigna.

Nos parece que este criterio de seguir el nuevo Martirologio no necesita defensa. Pues aunque se le hayan encontrado al texto del mismo algunos fallos de detalle, sustancialmente es un texto definitivo. No olvidemos que el Martirologio es un libro litúrgico, editado por la Congregación del Culto Divino y de la Disciplina de los Sacramentos, promulgado por la autoridad del Romano Pontífice, cumpliendo una determinación del Concilio Vaticano II. Se trata del registro oficial de santos y beatos que hace para su uso la Iglesia Romana y que tiene vigencia en todo el ámbito, tan mayoritario dentro de la Iglesia, del rito romano. Hay que decir que en su actual edición se ha hecho una grande e inmensa labor, verdaderamente meritoria, y que con ella se ha cumplido el objetivo conciliar de máxima historicidad, y el de

poner al día esta lista oficial con la añadidura no solamente de los nuevos santos sino también de los beatos, ya que, aunque en distintos niveles, unos y otros reciben legítimamente culto público en la Iglesia.

Con respecto a la bibliografía digamos que hemos seguido el criterio que se usó en las ediciones anteriores. Se ofrece en el primer volumen una bibliografía general actualizada. En ella se indican las obras que se refieren a todo el calendario o a una parte de él, por ejemplo, el santoral de una nación, el de una congregación u orden religiosa, el de los mártires de una persecución, etc. La bibliografía específica de cada santo o beato de las biografías extensas va al final de cada una de ellas.

Hemos pensado que con estos criterios volvemos a darle al lector el ya clásico AÑO CRISTIANO de la BAC pero con ampliaciones y mejoras que esperamos merezcan su atención.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES
Coordinador

AÑO CRISTIANO

VI

Junio

1 de junio

A) MARTIROLOGIO [1]

1. La memoria de San Justino († 166), filósofo y mártir en Roma **.
2. En Roma, los santos Caritón y Cariti, Evelpisto e Ieraces, Peón y Liberiano († 165), mártires, discípulos de San Justino.
3. En Alejandría de Egipto, santos Ammón, Zenón, Tolomeo, Ingenis, soldados, y Teófilo, anciano († 249), martires.
4. En Licópolis (Egipto), santos Iquirión, jefe militar, y otros cinco soldados († ca.250), mártires.
5. En Bolonia (Emilia), San Próculo († ca.300), mártir
6. En Montefalco (Umbría), San Fortunato, presbitero († s. IV-V).
7. En la isla de Lerins (Provenza), San Caprasio († ca.430), solitario.
8. En Auvergne (Aquitania), San Floro (fecha desconocida).
9. En Bretaña Menor, San Ronano († s VII-VIII), obispo.
10. En Leicester (Inglaterra), San Wistano († 849), mártir.
11. En Tréveris (Renania), San Simeón († 1035), recluso.
12. En el monasterio de Oña (Burgos), San Íñigo († 1068), abad **.
13. En Alba (Pompeya), Beato Teobaldo († 1150), seglar *.
14 En Urbino, del Piceno (Italia), Beato Juan Pelingotto († 1304), seglar, de la Tercera Orden de San Francisco **.
15. En Londres (Inglaterra), Beato Juan Storey († 1571), mártir *.
16. En Omura (Japón), beatos Alonso Navarrete, religioso dominico, Fernando de San José Ayala, religioso ermitaño de San Agustín, presbíteros, y León Tanaka, religioso jesuita († 1617), mártires *
17 En Rochefort (Francia), Beato Juan Bautista Vernoy de Montjournal († 1794), presbítero y mártir *.
18. En Hyng Yen (Tonkín), San José Tuc († 1862), martir *.
19. En Piacenza (Italia), Beato Juan Bautista Scalabrini († 1905), obispo, fundador de las Pías Sociedades del Sagrado Corazón **.
20. En Mesina (Sicilia), San Aníbal María de Francia († 1927), presbitero, fundador de la Congregación de los Rogacionistas del Corazon de Jesus y de las Hijas del Divino Corazón **.

[1] Los asteriscos que aparecen en el martirologio hacen referencia a las biografias que siguen a continuacion, que seran extensas (**) o breves (*)

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN JUSTINO

Filósofo y mártir († 166)

San Justino, hombre de su tiempo, fue filósofo, santo y mártir. Tres dimensiones de la vida humana, cada una de las cuales es suficiente para dignificarla si se realiza con plenitud, conciencia y autenticidad. San Justino cumplió con las tres. Como filósofo, amó la verdad y se entregó a su estudio; como santo, respondió con virtudes a la gracia suficiente, difundiendo la verdad con el ejemplo de su vida tanto o más pulcramente que con sus escritos, con ser éstos, en la opinión de algunos críticos, muy bellos. Su estilo literario es, a decir verdad, harto discutible; su estilo de vida es, sin lugar a dudas, admirable. Como mártir, confesó con valentía y serenidad, pero sin jactancia, su fe en Jesucristo, negándose a sacrificar a los ídolos.

Había nacido en Flavia Neápolis, en los primeros años del siglo II. Flavia Neápolis es la moderna Naplusa, Nabulus o Nablus. El nombre se lo dio a la ciudad Flavio Vespasiano al apoderarse de ella el año 72. El nombre samaritano primitivo fue Siquem; estaba considerada como uno de los puntos más fértiles y hermosos de la Palestina central. Ciudad ancha y fecunda, centro de heredades bíblicas, granero y fortaleza. Contaba con veinticinco mil habitantes. En el siglo II, cuando San Justino nace, se mezclan judíos de origen, resentidos y torvos, con colonos paganos, orgullosos, privilegiados y en expectativa.

El nombre Justino, aunque de clara ascendencia samaritana, no engaña a los naturales. Denuncia el origen de la tierra, pero no supone ascendencia judía del linaje. Abuelo y padre de Justino fueron, a buen seguro, gentiles. Nuestro santo parece tenerlo a gala, fundándose en la mejor disposición que muestran los paganos en abrazar la fe de Cristo y en la más firme voluntad para defenderla que la que demostraban los judíos.

San Justino parece como un primer anuncio de San Agustín. Su itinerario intelectual es muy semejante, y representa entre los apologetas lo que San Agustín significará, con majestad, entre los Padres de la Iglesia.

De la corteza de la lengua griega pasa, afilándola, al corazón de las ideas, sin que las bellezas literarias, que le cantan al oído, le encanten o detengan en la penetración de la verdad.

Sigue en el estudio y en la persecución de la verdad el camino que le señala la sinceridad de la búsqueda. Lee y escucha a los estoicos, porque es el sosiego del alma lo que busca, y en ellos parece que podrá encontrarlo; pero no alcanza la paz consigo mismo porque algo más hondo le grita. Es el primer destello de Dios en el alma de Justino. Un Dios presentido y querido, que los estoicos no aciertan a escuchar. Después asistirá a las lecciones de los peripatéticos, pitagóricos y platónicos, sin que la inteligencia de sus textos ofrezca al corazón de Justino el fervor que el corazón le pide, y sin que el corazón entregue a la inteligencia la claridad y el amor que solicita.

Lo que no consigue la ciencia de los sabios lo logrará el ejemplo, la constancia y la fortaleza de los humildes. Justino advierte en los mártires cristianos cómo la ciencia vana se transforma en sabiduría plena. Al profundizar en las razones misteriosas que ordenan la formación de ejércitos de mártires y la sucesión de los tiranos en los primeros siglos del cristianismo convendrá no echar nunca en olvido la gracia santificadora de los tormentos, derramándose por todos los miembros de los que buscan la verdad por caminos de buena voluntad. La persecución de Adriano y la divinización de Antinoo pudieron abrir, en invitación sobrenatural, los portones del alma de Justino a la recepción de la gracia de la fe.

> «Cuanto más se nos persigue —dice en el *Diálogo con Trifón*— tanto más crece el número de los que se convierten a la fe por el nombre de Jesús. Nos sucede como con la cepa, a la que se podan los sarmientos que han dado ya fruto para que broten otros más vigorosos y lozanos. La viña plantada por Dios y por nuestro Salvador Jesucristo es su pueblo. No hay quien amedrente o reduzca a servidumbre a los que por todo el ámbito de la tierra creemos en Jesucristo».

El fenómeno de la conversión del hijo de Presco a la gracia sobrenatural del cristianismo, algunos años antes de cumplir los cuarenta, la edad de la gracia natural del filósofo, que diría Platón, sólo se explica suficientemente por la virtud y eficacia misteriosa de la gracia divina, es cierto; pero en las galerías del alma

de Justino oímos cómo discurren los pasos de la sinceridad, de la inteligencia, del ejemplo de los mártires en vida y en muerte, de la meditación silenciosa, de la vigilancia de las pasiones y, finalmente, de la lectura de los profetas. Estos pasos andados con humildad ensanchan su mirada y ahondan sus ecos hasta llegar a la fuente divina de la voz primera y esencial. En efecto, Justino abraza el cristianismo sin tener por ello que abandonar la filosofía, sin apagar sus fervores didascálicos, sin renunciar a su pujante vitalidad, sin contradecir a la fe con la razón ni humillar a la razón con la fe.

Justino, convertido al cristianismo, no desfallece en la búsqueda iniciada de la verdad —conviene repetirlo— ni abandona la filosofía. Éste es el alcance que hay que dar a muchas de sus frases entusiásticas y que, lejos de racionalizar la fe, lo que señalan es la posibilidad racional de alcanzarla y la injusticia que supone atacarla. La filosofía no depone contra la fe, sino que el vivir en la fe delata una excelsitud sobre el mero pensar filosófico. En San Justino la fe es siempre un don de Dios, original y sobrenatural. Se opera en Justino una transformación. Es como una elevación del sentido, como un ahondamiento por profundidades, como una transverberación de luces inéditas y sobrenaturales en la constelación intelectual de sus conocimientos anteriores. La conversión al cristianismo le ha enseñado para qué sirve la vida, le ha descubierto una nueva faz de la verdad, le ha iluminado y enfervorizado el anhelo. Lejos de despreciar lo sabido, lo tiene en más, como si el cristianismo fuera la coronación de todos los saberes, por su superación sobrenatural.

> «He procurado —dice al prefecto Rústico— adquirir conocimiento de todo linaje de doctrinas, pero sólo me he adherido a las doctrinas de los cristianos, que son las verdaderas, aunque no sean gratas a quienes siguen falsas opiniones».

Antes de convertirse, su alma era como un desierto, ahora es como una antorcha; y abre escuela en Roma para mostrar y demostrar que la filosofía o conduce a la fe en Jesucristo, Verdad verdadera, voz entre los ecos, plenitud de tiempo y verdades, o se convierte en retórica vana. Para nuestro santo la verdad que persigue la filosofía es una fuerza luminosa y penetrante. Pero no por ello le entregará las llaves de la fe. Grande es, ciertamen-

te, Sócrates —nos dice—; pero a Sócrates nadie le ha creído hasta el punto de dar su vida por mantener esta doctrina. Por la de Cristo, sí; dan su vida los filósofos, los sabios, los artesanos y los humildes. Y ésta es la doctrina a que aspiran los hombres: una verdad por la que valga la pena morir, si llega el caso.

San Justino sabe muy bien que no ha sido la filosofía la que le ha abierto el cielo de su alma, pero no ignora tampoco que la filosofía no es obstáculo para abrazar la fe, y defiende que una filosofía con fe es una filosofía auténticamente humana. San Justino se percató de que cabe hablar de una filosofía cristiana, pues la razón sólo engendra monstruos cuando con ella se comete la monstruosidad de oponerla a la fe en Cristo. Tan fuerte es esta convicción en San Justino que llega a considerar como un deber de filósofo cristiano el predicar la fe con los medios de expresión de que cada uno dispone y que resulten inteligibles y comprensibles. Él se vale de expresiones platónicas. Sólo si algún filósofo arremete contra la fe en nombre de la filosofía impugnará al filósofo y a su filosofía. Justino es antes que nada el filósofo de la sinceridad en la búsqueda, de la autenticidad en la conducta, de la humildad en el hallazgo, del fervor en la predicación de su fe, del heroísmo en el testimonio de su creencia.

La vida de San Justino es un testimonio palpitante de cómo ha de vivir su fe un filósofo cristiano. Cierto que su tiempo no es el nuestro, ni su circunstancia la que hoy nos rodea, ni su estadio es como nuestro anfiteatro; pero no es menos cierto que la situación radical es y seguirá siendo análoga o muy semejante hasta el final de los tiempos. Más aún: San Justino conserva un no sé qué de modernidad palpitante para esta Europa lacerada.

San Justino despliega sus actividades con una sencillez, entusiasmo y sinceridad que sorprende. Como la bondad y la verdad son difusivas, y el consejo evangélico señala que la luz de la inteligencia ha de manifestarse en público y en privado, San Justino escribe, habla, predica y peregrina. Suena un filósofo cínico, enemigo del cristianismo, y Justino entabla polémica pública en términos filosóficos. Surge un judío recalcitrante, y Justino abre diálogo en términos de milagros y profecías cumplidas por Cristo. Arrecian las persecuciones, y Justino alza solemne su voz, proclamando directa y audazmente la verdad y la seguridad

de su fe en un Dios vivo y viviente, creador, conservador, redentor y juez. No hay en San Justino impertinencia, no hay tampoco imprudencia, pero jamás cederá en la defensa de la verdad ni celará su fervor. Su presencia intelectual, moral y religiosa se multiplica oportuna e importunamente, porque los tiempos exigían esta presencia en la importunidad. Resuena en él San Pablo como un eco potente.

San Justino está todo él, de cuerpo entero, en las llamadas *Apologías* y en el *Diálogo con Trifón*. Es de lamentar que otros escritos suyos se hayan perdido, pero sólo con lo que nos resta, San Justino queda retratado maravillosamente. Dedica sus *Apologías* a Antonino Pío y a Marco Aurelio. Les imputa error, debilidad, cobardía e injusticia, basando la acusación en pruebas morales y en el influjo maléfico de los demonios. Las *Apologías* están esmaltadas de pensamientos luminosos y eficaces, relieves de sus lecturas platónicas, purificadas por la sinceridad de su fe cristiana. Conservan hoy su validez intacta. Son los hechos —alega San Justino— los que reflejan la piedad o la iniquidad, el amor o el odio que se esconde en los pensamientos y en el corazón de los hombres. El que acusa al cristianismo de iniquidad bastante castigo tiene con el delito que comete con la acusación. El que castiga a un cristiano quebranta la paz, porque el cristiano, por serlo, la busca y la defiende para él y para los demás. El que, conocida la verdad, la persigue, comete iniquidad. Vosotros —dirá en los comienzos de la *Apología*— os oís llamar por doquiera piadosos y filósofos, guardianes de la justicia y amantes de la instrucción; pero que realmente lo seáis es cosa que tendrá que demostrarse. Vosotros —añadirá— matarnos sí podéis; pero dañarnos, no. Instruidos como estáis, no tendréis excusa delante de Dios si no obráis según la justicia.

En San Justino adquieren relieve expositivo los puntos fundamentales de la teología dogmática, de la moral y de la liturgia. Alcanzan un valor superior al meramente apologético. En él se lee con claridad la divinidad de Jesucristo y su misión redentora. Cristo ha muerto para librarnos de la esclavitud de los demonios que rondan por el mundo desde el pecado del Paraíso. La madre virginal de Cristo aparece vinculada a la obra redentora. En la unidad de todos los cristianos se aprecia la comunión de

los santos, mantenida por la fe. El valor de la tradición es claramente expuesto y defendido. La eucaristía es el misterio en el que «no tomamos el pan consagrado como un pan común, ni el cáliz consagrado como bebida común, sino que sabemos que son el cuerpo y la sangre del mismo Jesucristo, que se encarnó por nosotros». Es quizá el testimonio más expresivo y terminante si se advierte que una confesión tan explícita no podía resultar grata a los paganos ni a los judíos. El testimonio de San Justino sobre la eucaristía, como transubstanciación del pan y del vino en cuerpo y sangre de Cristo, revela la doctrina creída y defendida por todos los cristianos a los que nuestro santo sirve y expresa. Aunque sus *Apologías* sólo nos hubieran legado las reuniones de los cristianos y la liturgia del sacramento, serían un documento maravilloso. Y aunque el *Diálogo con Trifón* se hubiera reducido a los pasajes en los que desarrolla el sacrificio de la misa, ya merecería la honra de todos los cristianos.

San Justino presiente el martirio, porque sabe que los demonios acechan, y ha podido comprobar cómo los enemigos de la fe son por naturaleza calumniadores. Una descripción de las reuniones cristianas como la que San Justino había escrito, y la exposición de la verdad eucarística, no podían menos que armar el brazo de los amigos y confidentes del emperador Marco Aurelio. Ante la doctrina expuesta por San Justino sobraban los testigos. El discípulo era tratado como el Maestro, una vez confesada la divinidad. La fecunda semilla del Verbo Divino fecundó en sangre, que es una de las ramas en que maduran sus frutos cuando la persecución arrecia.

No hubo en la gracia del martirio de San Justino necesidad de purificación de errores doctrinales, pues los que pueden atribuírsele se desvanecen si se atiende bien al siglo en que vivió o se leen las páginas con benevolencia crítica. Que los filósofos griegos bebieran o no aguas de inspiración en lecturas y tradiciones del Antiguo Testamento no es asunto que inquiete demasiado al que lo asegure con denuedo, sobre todo si la convicción esconde una toma de posición subjetiva. Este convencimiento es el que permite al filósofo cristiano asegurar que en Platón o en los estoicos se descubren resplandores anunciadores de verdades más altas y sublimes. La concordia de verdades

cristianas con sentencias estoicas no supone una dependencia de los dogmas cristianos, sino una proclamación, por diversos caminos, de la verdad divina. Es a las sentencias estoicas a las que San Justino obliga a descubrir sentidos que no pueden tener, no es a los dogmas cristianos a los que arrodillará ante la adivinación estoica o platónica. El panteísmo de los estoicos es algo que no cabe en la doctrina de San Justino. Todo aparece claro cuando leemos en San Justino que la fe es un don de Dios que se conquista con la plegaria humilde, y que es la oración la que nos descubre el significado y la inteligencia de las Sagradas Escrituras.

El apostolado seglar —seglar fue nuestro santo— tiene en San Justino un buen maestro. El santo patrono de los filósofos se presenta a su vez, y con los mismos títulos, como el santo abogado de los creyentes humildes y sencillos. Todo un símbolo para nuestra época.

ADOLFO MUÑOZ ALONSO

Bibliografía

Act. SS. Boll., 14 de abril: *Vita*, por P. HALLOIX, SI, basada en los escritos.
BARDY, G., «Justin», en A. VACANT - E. MANGENOT - E. AMANN, *et al.* (dirs.), *Dictionnaire de théologie catholique.* VIII/2: *Joachim de Fiore-Latrie* (París 1925).
BERY, A., *Saint Justin, sa vie, ses écrits* (París 1911).
FRANCHI DE CAVALIERI, P., *Note agiografiche. Fascicolo 8.°* (Roma 1909).
LAGRANGE, M.-J., OP, *Saint Justin, philosophe, martyr* (París 1914).
«Martirio de San Justino y de sus compañeros, bajo Marco Aurelio», en RUIZ BUENO, D , *Actas de los mártires* (Madrid [5]2003) 303-316.
RIVIERE, J., *Saint Justin et les apologistes du second siècle* (París 1907).
«Vida y obras», en D. RUIZ BUENO (ed.), *Padres apostólicos y apologistas griegos (s. II)* (Madrid 2002): *Vida*, p.890-1017; *Apologías*, p.1019-1085, *Diálogo con Trifón*, p.1087-1259.
• Actualización:
GIRGENTI, G., *Giustino martire, il primo cristiano platonico, con in appendice «Atti del martirio di San Giustino»* (Milán 1995).
MERLO, P., *Principi e criteri dell'agire morale in San Giustino filosofo e martire* (Roma 1991).

SAN ÍÑIGO

Abad († 1068)

En concordancia con la calenda antigua del cenobio pirenaico de San Juan de la Peña no se encuentra documento alguno,

escrito o cultual, a lo largo de nueve siglos que haya sugerido para San Íñigo patria diversa de Aragón y Calatayud. Gráficamente expresaba esta realidad una representación escénica del siglo XVI en honor de San Íñigo, cuando un actor en figura de demonio sugería a su príncipe:

> «Sábete, gran Belcebú,
> que este santo venerado
> que en Oña está sepultado
> era de Calatayú».

Los escritores y el pueblo bilbilitano han fijado la casa natal de San Íñigo en el barrio de los mozárabes, donde la actual iglesia benedictina, un barrio indefenso que hacia el año mil aguantaba sobre sí los cerros fortificados de los invasores sarracenos y a sus lados el ambiente hebreo que tantas lápidas ha legado. Pocos años después de la muerte de San Íñigo existía ya allí un monasterio benedictino.

Al carácter de San Íñigo en esta primera juventud dedicó su discípulo el abad Juan de Alcocero una sola frase, pero de honda sugerencia: «Fue suave y manso aun cuando estaba en la soberbia del siglo».

Tobed de Calatayud, con su cueva y su culto a la Virgen, es un nombre enlazado en el recuerdo bilbilitano a la retirada de San Íñigo hacia la soledad.

También el monasterio de San Juan de la Peña consideraba a San Íñigo de su escuela y lo resalta en su calenda: «Íñigo, monje del monasterio de San Juan Bautista». Eran los años del implantarse, en los monasterios del viejo reino navarro, la reforma benedictina que el recoleto Paterno y sus compañeros enviados por Sancho III el Mayor habían aprendido y practicado en Cluny.

Un manuscrito inédito del archivo oniense compendia así la estancia de San Íñigo en el monasterio pirenaico:

> «Tomó el hábito de monje en el monasterio real de San Juan de la Peña, el cual poco había que el rey don Sancho el Mayor había ilustrado. Y después de haber vivido en el dicho monasterio algún tiempo, con beneplácito y voluntad de sus superiores, salió a vivir a los desiertos imitando a los Santos Padres».

El prestigio firme de San Íñigo por este tiempo es su vida oculta y anacoreta Cada documento anterior presenta un nuevo rasgo hagiográfico

> «En los comienzos de su edad dispuso de servir a Dios todopoderoso, ayudandole su gracia Y porque esto mas a su voluntad pudiese hacer, estaba apartado fuera de todo poblado en un monte, adonde en una cueva hacia vida de ermitaño y solitaria, y alli estuvo algunos años morando en habito de monje, mortificando su carne con trabajos de vigilias, ayunos y oraciones»
>
> «Durante muchos años llevaba una vida de rigidisima aspereza en la soledad de los montes en habito de monje, preclaro en opinion de santidad»
>
> «Su celebre fama resonaba lejos y ampliamente y con frecuentes milagros»
>
> «Y oyendo los moradores comarcanos su santidad iban a verlo con gran devocion y recibian de el muy saludables consejos y amonestaciones, y con su ejemplo muchos menospreciaban el mundo y entraban en religion»

Todos estos detalles de los viejos documentos, aun a través de su dura corteza latina, configuran la primera imagen historica de San Íñigo: carácter de apacibilidad externa y empuje interior para entregarse a Dios en los rigores y dulzuras contemplativas de la vida eremítica y para entregarse a los hombres desde su cueva y con su hábito monacal como guía y modelo de vida perfecta

Mientras tanto, en un bravio recodo de las estribaciones cantabricas que encuñan de roquedales la vieja astilla burgalesa, el conde don Sancho de Calatañazor, nieto de Fernán González, había aplomado un monasterio con robusta silueta románica de retiro y fortín

Lo entregaba como dote a Tigridia, «nuestra hija dulcisima», que fue la más popular abadesa de este monasterio benedictino de religiosas con capellanía de monjes. La generosa carta fundacional del conde don Sancho de Castilla es del año 1011 La abadesa infanta quedo para la posteridad como Santa Tigridia y su epitafio se escribió sobre un altar de la iglesia de San Salvador de Oña

Posteriormente a la abadesa Tigridia la observancia religiosa aparece lánguida en el cenobio del conde Su yerno Sancho III el Mayor de Navarra, primer emperador de las Españas recon-

quistadas, con facultad pontificia y de los obispos de sus dominios, suprime la Comunidad de monjas e introduce monjes de la regla cluniacense el año de 1033.

El primer abad de la Oña cluniacense fue don García, pero su prelatura sólo duró dos años incompletos. Lo demás lo transmite en este castellano primaveral una memoria antigua y abreviada del archivo de Oña:

> «Quedó este Monasterio de Oña sin Pastor. E cobdiciando el Noble Rey darle Regidor e que la nueva planta, que había ordenado, permaneciese siempre en mayor virtud y santidad, finalmente, la fama (que casi todas las cosas quenta) vino a las sus Orejas de este piadoso Rey, e fuele dicho la vida santa y loable, que el Bienaventurado S. Íñigo facía, y habiendo el su Consejo con varones sabios e discretos, que consigo siempre traía, envió a rogar con ellos a este Santo Varón que le pluguiesse vinirse para él, porque le quería encomendar el regimiento de este su Monasterio de Oña; porque con su exemplo, y la buena vida, los Monges que aquí estaban, fuesen informados en toda Santidad.
>
> E como el bienaventurado S. Íñigo a los primeros y segundos Mensageros respondiesse que lo non faría en ninguna guisa, en fin viendo el Noble Rey la su voluntad, el mismo Rey olvidando su dignidad Real, fue en persona a le rogar que sí quisiesse venir, e después que se hobo mucho excusado, en la conclusión constreñido por la devoción del Rey hóbolo de aceptar contra toda la su voluntad. E assí fue este Santo varón ordenado por Abad de este Monasterio de Oña, de común consentimiento y clamor de todos los sus Monges, según que la Regla de nuestro bienaventurado Padre S. Benito lo dispone y ordena, e con grande aplauso, beneplácito e gusto del dicho Señor Rey que a todo fuesse presente».

El manuscrito de fray Íñigo de Barreda redondea de monaquismo el llamamiento de Sancho el Mayor con esta composición de escena:

> «Obligado de las exhortaciones del Rey y assimismo de los mandatos de su Abad de la Peña (porque entrambos estaban presentes y le hacían las debidas instancias), temiendo desagradar a Dios si resistía a su vocación, aceptó el cargo y dexó el consuelo de aquellos riscos, testigos de sus penitencias, con harto desconsuelo suyo y de aquellos sus Hermanos y Compañeros Monjes, y... vino a descender de las montañas de Xaca para levantar las de Burgos».

Ciertamente, el nombramiento de abad de Oña recayó sobre San Íñigo con anterioridad al 21 de octubre de 1034, fecha

en que confirma una donación de Sancho el Mayor al monasterio de Leyre con la fórmula *Enneco Abbas Honiensis.*

El gobierno interno de San Íñigo aparece en el juicio de su discípulo fray Juan de Alcocero como de una paternalidad discreta, espiritual y popular:

> «No vivió para sí solo, sino para nosotros, porque todo el día estaba él para nosotros. Nunca se indignó de manera que en su indignación olvidase la benignidad; y no podía airarse un hombre que despreciaba las injurias y evitaba los rencores. Nunca juzgó sin comprensión, como quien sabía que el juicio de los cristianos ha de ir revestido de misericordia. El Espíritu Santo otorga su don de justicia a los más benignos, y concede a los suyos tanta equidad y justicia como gracia y piedad; de ahí que nuestro padre Íñigo guardaba rectitud al examinar lo justo y misericordia al decidir la sentencia. En la solicitud de su monasterio e iglesias imitó la fe y caridad de todos los apóstoles, obispos y abades».

Con razón alude el discípulo ferviente al cuidado de «las iglesias». Al entrar San Íñigo en Oña recibía la prelatura de una verdadera diócesis y el gobierno —según aquel tiempo feudal— de un auténtico señorío. Las escrituras comprueban ciento cincuenta nombres de iglesias y pertenencias que tenía que regir el abad Íñigo en diáspora caprichosa por las actuales provincias de Burgos, Logroño, Palencia y Santander. Todas estas solicitudes del obligado feudalismo de entonces imponían al anacoreta aragonés, ya en plena madurez de vida, largos y penosos viajes. Su firma de prestigio se repite con frecuencia en los documentos monásticos y reales de la época. Y su presencia aparece frecuentemente junto al rey navarro García, hijo de Sancho el Mayor, lo mismo en las tierras riojanas de Nájera, su corte, que en la fratricida batalla de Atapuerca, a cuatro leguas de Burgos, donde sucumbió traidoramente Don García, que vino a morir en los mismos brazos y oraciones de San Íñigo. San Íñigo no se separó de su rey, lo mismo anteriormente en el sitio victorioso de Calahorra que en su desastre de Atapuerca, hasta confiarlo al sepulcro en Santa María la Real de Nájera. Los esfuerzos pacifistas de San Íñigo hasta el momento mismo de la batalla tenían razón. Por eso la actuación de San Íñigo dejó invariable el afecto de Fernando I de Castilla hacia el capellán de su hermano, como aparece en diversas donaciones mu-

tuas, especialmente en las hechas en 1063 cuando fue convocado San Íñigo a León para recibir el cuerpo de San Isidoro.

A pesar de esta obligada dispersión, las primeras atenciones pastorales de San Íñigo se centraban en su monasterio de Oña. Y con éxitos reconocidos.

> «La santa regla —repiten insistentemente los monjes onienses— se observaba sin interpretación, sin dispensa, sin privilegio. El silencio era silencio, el ayuno, ayuno, la clausura, clausura; y todo en aquel peso y medida del santo legislador. Con tal pastor era el rebaño como él».

Y hablan de aquel monje de agrio carácter que termina reducido y blando ante la psicología y oraciones paternales del santo abad. Y de su bendición manifiesta sobre los campos y vecinos de Oña. Y del castigo sensacional de aquellos dos hidalgos que injuriaron a San Íñigo y al día siguiente, sin causa, se agredían entre sí con sus espadas para perecer ambos locamente bajo sus mutuas heridas. Y ante el pueblo vibrarán con aureola legendaria la serenidad, la oración y la hoguera de San Íñigo para aniquilar un fantaseado serpentón y el espectáculo ridículo del «jorobado de Tamayo», atribuido a su mala intención de pastor al meter su ganado en la viña del monasterio recién plantada por el abad junto al río.

> «Abrió sus alhóndigas a los pobres y sus despensas a todos los que venían a él. A cuántos levantó que estaban oprimidos. A cuántos puso en libertad que estaban cautivos. Con una sola diligencia enjugaba las lágrimas de los deudores y renovaba el gozo de los acreedores».

Así comenta la acción social de San Íñigo su discípulo fray Juan de Alcocero.

Y la voz popular no teme envolver en prodigios su veneración por San Íñigo. La parálisis remediada del conde leonés Gonzalo Muñiz, de un peregrino traído de más allá de los Pirineos y de un mendigo tendido ante las tapias de la huerta del monasterio. El hijo concedido a las oraciones de San Íñigo para una mujer atribulada sin familia después de quince años de matrimonio. La vista restituida a una humilde joven. Diversos casos mentales extraños totalmente normalizados. Lluvias conseguidas. Hambres subsanadas.

Eran tiempos de reconquista, y la caridad de San Íñigo tuvo que suavizar las frecuentes refriegas entre los barrios moros y cristianos, próximos al monasterio. Cierto día en que la composición ofrecida por San Íñigo fue aceptada por ambos bandos, menos por el jefe moro, se trabó la batalla y sólo pereció el jefe disconforme, según el prenuncio del abad, que pronto logró cristianar con sus monjes aquellos rescoldos agarenos.

«El caminante pobre cantando va entre los salteadores», respondió San Íñigo, con el proverbio latino en su granja de Solduengo a unos ladrones que le habían cercado inútilmente toda la noche; y, al replicarle ellos que, si no la bolsa, al menos le podrían quitar la vida, les respondió que para él quitarle la vida era sólo quitarle de muchos cuidados. Y su entereza cristiana fue el comienzo de una amistad que acabó con el arrepentimiento y la disolución de aquella banda temida. Otra famosa conversión del apostolado de San Íñigo, fue la de un bandido profesional, causante de verdaderas batallas campales entre dos pueblos vecinos al monasterio.

Pero la flor más perfecta de la dirección espiritual de San Íñigo fue San Adón, o, como él mismo se firmaba, *Atto, Aukensis episcopus;* Ato, obispo de Oca y Valpuesta, por los años de 1034 y 1039. San Adón, dejando sus obispados, se puso bajo la obediencia de San Íñigo, quien le asignó un eremitorio en los montes de la Peralada junto a la aldea del Portillo de Busto. Su fama de santidad perdura juntamente con su sepulcro en el monasterio de Oña, donde fue enterrado por el mismo San Íñigo, que le sobrevivió casi quince años.

La estampa final de la vida de San Íñigo se aromatiza de un lirismo de romance místico. Los manuscritos monásticos detallan la misma narración fundamental.

> «Había salido San Íñigo a visitar las iglesias que tenía a su cargo. En Solduengo se sintió enfermar gravemente. Al ser llevado al monasterio de noche le pareció que iban delante dos muchachos con hachas encendidas. Compadeciéndoles el varón de Dios la fatiga del camino, pues creía que eran muchachos cuando en realidad eran ángeles, vuelto a los circunstantes les exhortaba a que aliviasen a los muchachos, cuando nada semejante veían los que le acompañaban, sino sólo una gran claridad. Todos los monjes recibieron al abad moribundo. San Íñigo les daba saludables consejos de amor, hermandad y observancia. Pidió y recibió los auxilios sa-

cramentales humilde y devotamente y, como despedida y promesa de amparo, dio su ultima bendicion de padre y abad»

Era el 1 de junio de 1068 Los arrebatos sin tasa del discípulo Juan de Alcocero en el sermón de honras fúnebres recogen el ambiente de aquel entierro «en la claustra vieja»·

> «Vimos como se nos quita el justo sin que la mente se haga a ello ¿Que lugar hay en la tierra que no se haya conmovido con el transito de nuestro santisimo padre Iñigo? »

En una arqueta de plata y piedras preciosas se conservan en la iglesia de Oña las reliquias de San Iñigo, el patrono medieval de los cautivos, que enrejaron de exvotos su altar, el patrono de Calatayud y de Oña. Su popularidad taumatúrgica le siguió durante los siglos de la Reconquista y del esplendor de España, cuando todas las familias nobles imponían a alguno de sus hijos el nombre del abad de Oña Íñigo de Loyola se llamaba el fundador de la Compañía de Jesús y un autor de fines del siglo XVI llama al abad de Oña San Ignacio de Calatayud. Dos nombres y dos símbolos fundidos de un cristianismo apostólico, entero y perenne

VALERIANO ORDOÑEZ, SI

Bibliografía

Act SS Boll, 1 junio *Vita*, de alguna importancia

Arts en *Analecta Bollandiana* 52 (1934) 448s, 69 (1951) 295s

FITA, F, Arts en *Boletin de la Real Academia de la Historia* 27 (1895) 7s, 38 (1901) 206s

KEMP, E W, *Canonization and authority in the Western Church* (Londres 1948) 83s

SERRANO, L, *El obispado de Burgos y Castilla primitiva Desde el siglo V al XIII*, II (Madrid 1935)

— *Cartulario de San Millan de la Cogolla* (Madrid 1930) 135s, 163s

BEATO JUAN PELINGOTTO

Seglar († 1304)

El inefable Francisco de Asís había fallecido, como un pajarito, el 3 de octubre de 1226, catorce años antes de que Juan Pelingotto abriera los ojos a la luz del hermano sol.

Esta diferencia de años es la que nos va a dar la pista para comprender la vida de este humilde hermano de la Orden Tercera de San Francisco. Catorce años no son nada para la vida de una orden religiosa, pero en esos catorce años ya había surgido en la familia franciscana un incipiente cisco que luego adquiriría caracteres de cisma. Veamos lo que pasó.

Juan Pelingotto y Francisco de Asís, a pesar de la diferencia de edad, ya tenían un parecido que les unía desde la cuna. Los dos eran hijos de mercaderes. Los dos padres querían emplear a sus hijos en sus respectivos negocios y los dos críos empezaron como aprendices de sus correspondientes comercios.

Los dos obedecieron y los dos lo hicieron a regañadientes. Por eso, los dos lo dejaron. Francisco se quedó desnudo delante del obispo y de su padre, con sólo el cilicio sobre sus carnes.

Y Juan lo hizo más suave, pero dejó a su padre con dos palmos de narices cuando le dijo que no le interesaba la tienda. El padre le responde que bien, pero que no se le ocurra entrar en ninguna orden religiosa. Quedan de acuerdo y Juan hace su vida.

Pero al poco tiempo, decide entrar en la Tercera Orden de San Francisco, que al fin y al cabo era la rama seglar de una Orden recién fundada. Nunca sería fraile. Siempre sería seglar. El padre pensó: «Este pollo ya me la ha jugado». Pero se tuvo que conformar con la decisión de su hijo, y eso que en aquellos años los padres aguantaban muy poco.

Juanito había nacido en un precioso lugar, mitad ciudad y mitad pueblo. Se llama Urbino, está situado a 80 kilómetros de Asís, por lo que se podría suponer que, al hacerse mozo el niño Juan Pelingotto, le entraron ganas de entrar en la Orden que acababa de fundar San Francisco. Porque la fama de este hombre fue tan grande en aquellos años, que todo el mundo quería entrar a formar parte de su hermosa familia religiosa. Uno de ellos fue Juan.

Urbino está a 20 kilómetros del Mar Adriático, donde está la ciudad de Pésaro. Por situarnos un poco, a 200 kilómetros de Roma, hacia el norte. A pesar de ser un pueblo, no creamos que era una «birria» de pueblo. De eso, nada. Pasarán 230 años y allí nacerán dos monstruos del arte: uno de ellos, Rafael, el pintor; y el otro, Bramante, el arquitecto.

Rafael nació en Urbino en 1483; fue el mejor pintor del Renacimiento italiano, siempre en rivalidad con Miguel Ángel. Pintó los frescos de las cámaras y de las logias del Vaticano. Fue autor de la Transfiguración del Señor y las Madonas, obras inimitables. Murió en Roma en 1520, a los 37 años de edad. Y el otro, Bramante, se llamaba Donato D'Angeli Lazzari, autor de la plaza de San Pedro, en Roma, reformada después por Miguel Ángel. Nació en Urbino en 1444 y murió a los 70 años.

Juan siguió los pasos de Francisco, quien había nacido en 1182. Cuando Francisco armó aquella revolución espiritual en los alrededores de Asís, Juan se integró al grupo de forma discreta. Porque, apenas difunto el gran Seráfico, empezó la disensión en el seno de la familia franciscana. Veamos un poco la historia.

1182: Nace Francisco.

1207: Francisco se despoja de sus vestidos.

1209: Nacimiento de la Orden Franciscana.

1212: Profesión de Santa Clara.

1221: Empieza la Tercera Orden Franciscana.

1223: Llega la aprobación pontificia para la Orden.

1224: Aprobación de las clarisas.

1226: Muere Francisco. A los 45 años.

1228: Canonización de Francisco.

1240: Nace Juan Pelingotto.

Francisco había ideado su gran familia para evangelizar. Los grandes santos siempre se han movido por la misma razón, la de San Pablo: «Ay de mí si no evangelizare».

Por ello, mandó emisarios a Marruecos en 1213; luego se fue a Egipto, en 1219 y de allí llegó a Palestina, donde dejó los primeros franciscanos al cuidado de los lugares santos. Se sabe que Francisco estuvo en España, visitó muchas ciudades, entre ellas Vitoria, y peregrinó a Santiago de Compostela.

Poco más tarde nacería la Tercera Orden Franciscana, en la que entró Juan Pelingotto. El brote de espiritualidad era tan fuerte que muchas personas de ambos sexos querían formar parte de la Orden; deseaban hacer penitencia. Unos, como estaban casados, no podían abrazar la vida religiosa. Otros, como Juan, por motivos familiares, no podían tampoco ser «religio-

sos». El caso es que nació la Tercera Orden (la segunda era la de las clarisas), para gente seglar que quería vivir el espíritu franciscano desde su vida en el mundo.

No es fácil saber cuándo San Francisco les dio por escrito la «Regla» de la Tercera Orden. Se llamaban hermanos y hermanas de la penitencia.

Además de los preceptos sobre la oración y los ayunos, los terciarios tenían que vestir modestamente, abstenerse de fiestas y bailes, ayudarse mutuamente, socorrer a los pobres y enfermos, pagar las deudas, hacer a tiempo el testamento, apaciguar las riñas, no llevar armas y no jurar sin necesidad.

La Tercera Orden tenía un administrador y dos ministros que cesaban en su cargo cada año. Tenían un visitador y un religioso que les daba instrucciones espirituales. O sea, era una Tercera Orden bien organizada.

Y allí entró Juan, con todo el espíritu de su enamorada juventud. Le tocó vivir plenamente la lucha interior franciscana. Durante su vida, la Orden había crecido de tal forma, que a finales del siglo XIII existían 1.500 conventos franciscanos; había entre 30.000 y 40.000 frailes. Aquello era una algarabía, un alboroto, un sueño imposible de llevar adelante.

¿Por qué parecía un sueño imposible? Porque lo que había sido precioso en sus principios, se había vuelto imposible de gobernar. Había serias dificultades para seguir con la primera regla de San Francisco.

La extensión de la orden obligaba a una organización seria; por ejemplo, los frailes necesitaban conventos capaces de albergar a todos, en lugar de aquellos míseros tugurios donde vivían antes; se había empezado a evangelizar las ciudades, lo cual obligaba a que los frailes estudiasen, y eso obligaba a tener libros y bibliotecas; era preciso que se mitigara la pobreza primitiva porque todo el plan nuevo no se podía llevar a cabo sin dinero, por tanto era necesario poner personas para recoger dinero.

Es decir, había que cambiar los estatutos. Y el papa Nicolás II aprobó estas reformas incipientes en 1279, cuando Juan Pelingotto tenía 39 años.

Pasó algún tiempo y eligieron el tercer general de la Orden, que se llamaba Elías de Cortona. Éste era fraile, no sacerdote, y

tenía una gran facilidad para organizar la vida de los demás y desorganizar la suya. Hizo cosas grandes: difundió la orden, envió gente a las misiones, encargó a otros que fueran a estudiar. Sin embargo, él llevaba una vida poco franciscana, inclinado al gasto excesivo y la ostentación. Recogió grandes cantidades de dinero y con ellas hizo la gran basílica de San Francisco. O sea, era un buen empresario, capaz de sacar dinero debajo de las piedras, pero poco más.

Naturalmente, una persona así fomentó todo lo que pudo la reforma de la Orden. Y tanto la quiso reformar, que incluso los reformadores mitigados —no digamos nada los rigoristas— convocaron un capítulo general en Roma en 1239 para destituirlo; cosa insólita. Por esa misma razón, él no había querido nunca disponer un capítulo general, pues veía cuáles podían ser las consecuencias. Indudablemente era una persona muy lista.

Pero tampoco llegó la paz con esta destitución. Entonces, el papa Inocencio IV tomó una decisión drástica: puesto que se trata de pobreza, todos los bienes de los franciscanos pasan a propiedad de la sede apostólica, de forma que los franciscanos podrán hacer uso de sus propiedades, pero nada más; no podran enajenarlos sin permiso del Papa.

¿Vino con eso la paz? Tampoco. Sería San Buenaventura el artista que supo imponer disciplina en la Orden y, desde 1257 hasta 1274, restableció la tranquilidad. Suprimió la relajación de algunos, urgió la pobreza y austeridad para todos, promovio los estudios En una palabra, supo ponerse en medio de los contendientes para apaciguar a ambas partes, con amabilidad y sosiego. Fue un fenómeno.

¿Llegó con esto la paz? Tampoco. Los seres humanos, tanto hombres como mujeres, tenemos ansias irrefrenables de discutir y volvieron los conflictos.

Veinte años más tarde seguía la discusión. Había distintos grupos los espirituales, que no hacían mucho honor a su nombre puesto que su único espíritu era armar follones por todas partes, eran «intransigentes, derechones y fascistas». Por otra parte, estaban los observantes o espirituales moderados, gente con sentido común y buen espíritu franciscano.

En este ambiente llegó un Papa curioso, llamado Celestino V, abad de un monasterio benedictino, fundador de una congregación de celestinos, y Papa el año 1294. Ese año y nada más, porque renunció en cuanto «vio las orejas al lobo». Era un señor bendito y santo del que nadie supo por qué le habían nombrado Papa.

La razón de su nombramiento estaba en que, en aquellos días, dos familias, los Orsini y los Colonna, se disputaban el que uno de sus miembros fuera nombrado Papa. El enfrentamiento fue tal que, al fin, Carlos II de Anjou y Carlos Martel, su hijo, tuvieron que intervenir para intentar acelerar el proceso y que saliera elegido Papa cualquiera que sirviera un poco. El objetivo era «quitar de en medio» a las dos familias contrincantes. De esta manera nombraron a Celestino, el pobrecito y santo.

Celestino V era un eremita perfecto, pero un Papa inútil. Era tímido, ingenuo y rústico. No tenía experiencia alguna en los negocios, no conocía a los hombres y menos a las mujeres. Era Papa y apenas sabía latín. El caso es que este ingenuo Papa autorizó a los espirituales a unirse a los celestinos —aquellos frailes que el Papa, sin ser Papa, había fundado—. El Papa que le sucede, Bonifacio VIII, anuló esta autorización. Entonces, ellos se enfadaron, atacaron al Papa, dijeron que no eran Papas legítimos ni él ni sus sucesores, se separaron de la Orden y se empezaron a llamar *fraticelos*. Esta secta duró hasta el siglo XV.

Así las cosas, en esta maravillosa familia franciscana quiso entrar, y entró, nuestro amigo Juan Pelingotto y pidió hacerse hermano de la Tercera Orden de San Francisco. Cuando dio este paso, le ocurrió lo que ha sucedido muchas veces: que le trataron de loco. Como era austero y no le gustaba derrochar, estaba loco. Como era rico y prefería vivir como pobre, estaba loco.

Juan, la verdad sea dicha, se reía de todas estas críticas e incluso se alegraba de que le trataran así. Sin embargo, no todo eran críticas. Con su vida logró que un hermano suyo —ése sí que vivía locamente— volviera al buen camino y se convirtiera de su desastrosa vida.

Juan tomó el hábito en la iglesia de Santa María de los Ángeles, la primera iglesia franciscana de Urbino, y vivió austeramente. Se privaba de lo más necesario para ayudar a los pobres, se

quitaba de la boca el pan para dárselo a los necesitados. En fin, que en Urbino lo tenían todos como santo.

Llegó el año 1300 y sucedió en Roma un acontecimiento inusual. El papa Bonifacio VIII había convocado el primer jubileo de la historia de la Iglesia. Y Juan se presentó allí. Fue un jubileo raro. Había sido convocado por el Papa, suprema autoridad, pero no se presentó ninguna persona destacable. Sólo aparecieron los peregrinos que, como Juan Pelingotto, habían acudido a la llamada del Papa devotamente. Ante esta situación, al Papa se le ocurrió la idea de formar con todos ellos una nueva cruzada a Tierra Santa. Al final no se hizo nada, ya que de otra forma, Juan, a sus 60 años, quizá habría cogido la ballesta y el bocadillo para marchar a conquistar Tierra Santa.

De esto ya se libró, pero no lo hizo de un acontecimiento insospechado: apenas llegado a Roma, donde nunca había estado, un señor que andaba por allí dijo en alta voz: «¿No es éste aquel santo hombre de Urbino?». Y empezó a correr de boca en boca su fama de santidad.

Volvió a su pueblo, Urbino, y siguió viviendo su espíritu franciscano con más intensidad. Sólo deseaba llegar a su patria verdadera, el cielo. Padeció una grave enfermedad por la que perdió hasta el habla, que sólo recuperaría en sus últimos días.

Fue imitador de San Francisco en los dolores de su última enfermedad. Se pareció a él al nacer y fueron iguales al morir. En medio de escrúpulos que le hacían pensar que había sido un gran pecador, abrió la boca y dijo: «Y ahora, vamos con toda confianza». Le dijeron: «Padre, ¿adónde vas?». «Al Paraíso», respondió él. Y poco después expiró. Era el día uno de junio de 1304. Tenía 64 años de edad.

Juan había pedido que le enterrasen en la iglesia de Francisco, pero no cumplieron su deseo. Lo enterraron en el cementerio de los franciscanos, en el claustro del convento. Pero era tal la peregrinación de gente que acudía a su sepultura que los frailes decidieron llevarlo por fin a la iglesia de San Francisco. Y allí está, con un altar sobre su tumba donde se continúan diciendo misas. Su culto, aprobado por Benedicto XV en 1918, ha perdurado a través de los siglos.

FÉLIX NÚÑEZ URIBE

Bibliografía

AAS 10 (1918) 268; 513, 527.
«Beato Juan Pelingotto», en J. L REPETTO BETES, *Mil años de santidad seglar* (Madrid 2002) 57-58.
CONGREGATIO DE CULTU DIVINO ET DISCIPLINA SACRAMENTORUM, *Concessionis et approbationis officii et missae propriae necnon elogii in martyrologio inserendi in honorem B. Joannis Pelingotto tertii ordinis S Francisci Minorum Conventualium* (Roma 1919).
LLORCA, B , SI - GARCIA VILLOSLADA, R., SI - LABOA, J M.ª, *Historia de la Iglesia católica*, II: *Edad Media* (Madrid ⁶2003) 671-689.

BEATO JUAN BAUTISTA SCALABRINI

Obispo y fundador († 1905)

«Apóstol del catecismo» le llamó en una ocasión Pío IX, y «padre de los emigrantes» fue el título que le otorgó Juan Pablo II en la homilía de su beatificación. En efecto, Juan Bautista Scalabrini fue en estos dos campos un auténtico pionero, pues llevó a cabo la iniciativa, novedosa para su tiempo, de fundar dos revistas mensuales dedicadas a estas tareas pastorales: *Il catechista cattolico* (1876), primera publicación catequística italiana, y *L'emigrato italiano* (1903) sobre el drama de las migraciones, la gran preocupación de este beato, obispo de Piacenza, y uno de sus carismas, que fructificaría en la congregación de Misioneros y Misioneras de San Carlos para la atención de los emigrantes.

En Fino Mornasco, muy cerca del lago de Como, en la Lombardía italiana, nació el 8 de julio de 1839 Juan Bautista Scalabrini y ese mismo día recibió las aguas bautismales. Era el tercer hijo de los ocho que tuvieron Luis y Colomba, muy religiosos, pero de recursos modestos, pues la familia vivía de un pequeño negocio de vinos. Esta posición económica tan poco boyante le permitió, sin embargo, estudiar en el instituto «Volta di Como», donde el chico brilló por su inteligencia y aplicación. Continúa su formación en el seminario diocesano comasco, donde cursa filosofía y teología con excelente aprovechamiento, y recibe la ordenación sacerdotal el 30 de mayo de 1863.

Se estrenó pastoralmente en una parroquia de Valtellina, pero al poco tiempo fue nombrado formador y profesor de humanidades en el seminario menor de San Abundo, del que durante un bienio llevó la dirección. En 1870 ya lo tenemos de pá-

rroco en un barrio obrero de la ciudad de Como. La feligresía de esta parroquia de San Bartolomé fue testigo de una infatigable actividad, volcada principalmente en la juventud, en la organización de una escuela de catequesis, y en una sensible dedicación a los problemas sociales —laborales y de marginación— que se presentaban en el barrio. Con todo, le quedaba tiempo e ilusión para el seguimiento del gran acontecimiento eclesial que se celebraba en Roma, el Concilio Vaticano I, sobre el que impartió en la catedral de Como varias conferencias, publicadas después en libro, cuyos ecos llegaron al propio Pío IX. Se dice que fue Don Bosco el que le sugirió al Papa su nombramiento de obispo, como así se cumplió. Tenía tan sólo 36 años cuando recibió la ordenación episcopal, el 30 de enero de 1876, y tomó posesión de su diócesis de Piacenza.

Para entonces el apostolado sacerdotal de Scalabrini era sobresaliente. Su vocación misionera, que orientaba su mirada a otras tierras de evangelización, fue aconsejada por su obispo con este comentario: «tus Indias están en Italia»; su actitud samaritana con los enfermos de la epidemia del cólera que diezmó su parroquia en 1867 fue recompensada oficialmente con una medalla por «benemérito de la salud pública»; y su vocación catequética ya le había inspirado «un precioso regalo para los niños», el *Pequeño catecismo,* editado en Milán en 1875, muy apreciado por sus innovaciones.

«Hacerse todo para todos» era su frase y convicción preferida como pastor. Tenía un gran don de gentes y unas cualidades humanas que no pasaban inadvertidas, una voz persuasiva y una brillante inteligencia. Su conocida competencia pedagógica para la enseñanza del catecismo fue una de las columnas de su pastoral diocesana. Consciente de la necesidad de una educación cristiana, y no sólo de una instrucción, que diera respuesta a la progresiva laicización de Italia, publicó muy pronto una carta pastoral para organizar la catequesis en Piacenza: había que formar catequistas con una profunda vida espiritual y poner en práctica una catequesis menos memorística y más dialogada. Para apoyar esta actividad pastoral no sólo fundó una revista mensual sobre catequesis sino que publicó un importante libro sobre *El catecismo católico,* y fue el alma del I Congreso Catequís-

tico (1889) celebrado en Italia, donde propuso el catecismo único, iniciativa que sería aceptada más tarde por el papa Pío X.

Otra de las atenciones predilectas del obispo Scalabrini era la formación de los aspirantes al sacerdocio. Había sido profesor y rector del seminario antes de ser obispo y siguió considerando los tres seminarios de Piacenza como su casa, donde se presentaba a menudo. Actualizó el plan de estudios eclesiásticos, instituyó una cátedra de gregoriano y, anticipándose a León XIII, introdujo en los estudios filosóficos y teológicos el tomismo. Con todo, considerando importante el cultivo de la inteligencia, siempre ponía por delante la virtud, y lo explicaba en comentarios como éste: «Aunque un párroco sea de corto ingenio, si es virtuoso, puede hacer y de hecho hace mucho bien».

Como pastor de Piacenza recorrió cinco veces cada una de las 365 parroquias de la diócesis durante sus veintinueve años de obispo. Dada la situación geográfica de muchos pueblos, tuvo que trasladarse con frecuencia a pie y a caballo para cumplir con la visita pastoral, que —según decía— era «el más querido de mis oficios». Convocó tres sínodos diocesanos, uno de ellos dedicado al culto eucarístico, y se distinguió por la práctica de la caridad: asistió a enfermos del cólera, visitó encarcelados, y socorrió a muchos pobres, campesinos y obreros, vendiendo para este fin, incluso, sus caballos y el pectoral que le había regalado Pío IX. Se entregó con toda el alma a poner en marcha instituciones y sociedades de ayuda, cooperativas, cajas rurales y fundó un instituto para chicas sordomudas. Eran los tiempos que alumbraron la encíclica *Rerum novarum* de León XIII sobre la cuestión social.

Un buen día viendo el hormigueo de emigrantes —«hijos de la miseria y del trabajo»— que había en la estación de Milán, a la espera de tomar el tren que les llevaría a otros países de Europa o camino de un barco que les dejara en un puerto de América, le empezó a bullir en su corazón de pastor el impulso de atender a tanta gente que «por encontrar el pan del cuerpo, les falta el del alma, no menos necesario». Unos 25 millones de italianos habían emigrado en sólo diez años, el 12 por ciento de sus diocesanos de la montaña —según comprobó en su primera visita

pastoral— estaban fuera del país. ¿Qué podía hacer?, se preguntaba el obispo Scalabrini ante este drama humano de tantas caras, con repercusiones económicas y sociales, pero también culturales y religiosas.

Sus propios diocesanos emigrantes en el Orinoco le pedían angustiosamente un sacerdote, lo que hoy se llama un capellán de emigrantes. Y lo que hizo fue tomar conciencia de la gravedad del problema y trabajar para que el estado italiano practicara una política migratoria y la Iglesia se comprometiera en una pastoral específica. Pero sobre todo fundó el 28 de noviembre de 1887 la Congregación de los Misioneros de San Carlos, aprobada por León XIII, dedicada a la asistencia religiosa, moral, social y legal de los emigrantes. Años después, el 25 de octubre de 1895 nació la rama femenina, las Misioneras scalabrinianas. Una y otra siguieron a los emigrantes italianos en América e implantaron la iglesia de los emigrantes italianos con su lengua, historia, sacerdotes, religiosidad popular, fiestas propias Misioneros y misioneras abrían y mantenían escuelas, hospitales, orfanatos, oratorios, iglesias y publicaciones —el obispo Scalabrini fundó en Piacenza en 1903 una publicación sobre emigración— para que sirvieran de alimento espiritual y de comunicacion Este carisma lo fue madurando y contagiando Juan Bautista Scalabrini en numerosas publicaciones, propuestas en congresos, conferencias y libros. Y de modo particularmente solemne lo hizo en un famoso *Memorial* sobre la congregación o comision *pro emigratis catholicis* que ya en 1905, veinte días antes de morir, escribió a Pío X, donde denunciaba la parte de culpa de la Iglesia en la pérdida de la fe de millones de católicos emigrados a América y no atendidos. Calcula que en diez años de emigracion, la Iglesia católica ha perdido más fieles que los que habia bautizado en trescientos años de evangelización. Y pedía que la Iglesia se sintiera interpelada por esta realidad y la utilizase como «vehículo de su misión evangelizadora».

Sobre el problema migratorio tenía el Beato Scalabrini informacion de primera mano de sus misioneros y de sus visitas pastorales a la «porción abandonada de su grey» emigrante en Estados Unidos (1901) y en Brasil y Argentina (1904). Estos viajes le convencen de que «es necesario que el emigrado se en-

cuentre con nuestra iglesia y nuestra escuela», conserve la identidad cultural italiana para conservar la religión católica: «Para mí el tratado de unión de los italianos en el extranjero debe ser la fe». Para entonces ya había completado el arco de sus fundaciones con la Obra de San Rafael, una asociación laical que se hizo presente en puertos de embarco y desembarco de Italia y América, prestaba servicios de acogida y de información, e influía decisivamente en sacar adelante normativas parlamentarias relacionadas con la emigración. No llegó Scalabrini a conocer una respuesta del *Memorial* entregado al Papa en 1905, pero sus propuestas no habían caído en saco roto pues en 1912 se instituía oficialmente lo que en la actualidad se llama Consejo pontificio para la pastoral de los emigrantes.

Escribió cartas pastorales dedicadas al catecismo, a Jesucristo, a la Iglesia, a la eucaristía y a la oración. Todas ellas constituyen un buen índice de su magisterio y de sus preocupaciones como pastor, y esta faceta suya de pastor sobresale más que la de docto. Su lema fue hacerse todo para todos, con un corazón rebosante de caridad, de fina sensibilidad para responder al drama de los más pobres. El obispo Scalabrini era partidario de trabajar codo con codo con el Estado y con los políticos siempre que estuvieran en juego los intereses de los pobres. De hecho, en una carta a sus diocesanos les decía que era «necesario participar en la vida pública, sirviéndose de todos los medios lícitos, para el triunfo de la verdad y de la justicia». También llegó a escribir: «Debemos salir del templo si queremos realizar una acción auténtica dentro del templo». Por eso apoyó multitud de iniciativas de carácter social. Vivió —como dijo Juan Pablo II el 9 de noviembre de 1997 en la homilía de la beatificación— «sirviendo a Cristo pobre y crucificado en los numerosos necesitados y personas que sufrían, a quienes amó con predilección en su corazón de pastor solidario con la propia grey». A propósito de su labor con los emigrantes, el Papa añadió: «Estaba convencido de que, con su presencia, los emigrantes son un signo visible de la catolicidad de la familia de Dios y pueden contribuir a crear las premisas indispensables para el auténtico encuentro entre los pueblos».

Su piedad eucarística queda expresivamente reflejada en que quisiera ser enterrado con lo necesario para decir la misa, con el

caliz y la patena, y asi estar preparado a celebrarla otra vez el dia de la resurreccion. Murio en Piacenza el 1 de junio de 1905, día de la Ascensión del Señor Las últimas palabras que pronunció antes de morir fueron de disponibilidad para partir a la casa del Padre «¡Señor, estoy listo! ¡Vamos!». Cuatro años antes le había confiado por escrito al papa León XIII este juicio sobre su vida.

> «Si miro las obras realizadas con tanto esfuerzo, tengo muchos motivos para alegrarme en el Señor, pero si con el pensamiento escudriño el interior de mi espiritu, no veo sino materia de remordimiento por lo que deje de hacer o no hice bien Una cosa puedo asegurarle, Beatisimo Padre, y es que en todas las circunstancias no tuve otro guia que la gloria de Dios y la salvacion de las almas que me fueron confiadas»

JOSE ANTONIO CARRO CELADA

Bibliografía

AAS 90 (1998) 945 946

FIORENTINI, B , *Il beato Giovanni Battista Scalabrini* (Piacenza 1997)

FRANCESCONI, M , *Giovanni Battista Scalabrini, vescovo di Piacenza e degli emigrati* (Roma 1985)

MARIN, U , *Todo para todos Beato Juan Bautista Scalabrini Obispo y fundador* (Buenos Aires ²1997)

L Osservatore Romano (9 11 1997) 7, (10/11 11 1997) 6 8

L Osservatore Romano (edicion en español) (7 11 1997) 9, (14 11 1997) 7 8

SAN ANIBAL MARÍA DE FRANCIA

Presbitero y fundador († 1927)

En 1909, el canónigo de la catedral de Messina, don Aníbal di Francia, escribió una carta a Su Santidad Pío X y en ella podia decir con toda sinceridad·

> «Desde mi juventud quedaron grabadas en mi corazon aquellas palabras evangelicas "La mies es mucha y los obreros pocos, rogad al Dueño de la mies para que envie obreros a su mies" y en todas mis pequeñas obras —en las que siempre se procura hacer el bien—, los huerfanos, los pobres, los sacerdotes y las religiosas, cada dia derraman sus oraciones en presencia de los Corazones de Jesus y de Maria, del Patriarca San Jose y de todos los apostoles, rogando para que la Iglesia sea provista de santos y elegidos sacerdotes que trabajen entre las misticas mieses de las almas»

Aníbal nació en Messina, Italia, el 5 de julio de 1851 de la noble familia de los Marqueses di Santa Caterina dell'Ionio. Su padre era el vice-cónsul pontificio en Messina. Fue el tercero de cuatro hijos. Estudió sus primeros años en el colegio cisterciense de San Nicolás donde fue ingresado como interno a los siete años tras la muerte de su padre. Esta amarga experiencia infundió en él un especial amor y comprensión hacia los huérfanos y niños abandonados. Inclinado a la piedad, se distinguió por un gran amor a Jesús sacramentado y precisamente ante el Santísimo Sacramento intuyó la necesidad de orar por las vocaciones y que Dios le tenía predestinado a rogar permanentemente para que el «dueño» de la mies envíe a su Iglesia santos y esforzados sacerdotes. Tuvo como director espiritual a un monje cisterciense, don Ascanio Foti, que al conocer la gracia que la providencia había infundido en el alma del joven Aníbal le permitió, cosa rara en la época, que pudiese comulgar diariamente.

A los diecinueve años, después de haber continuado sus estudios en la escuela del literato y poeta italiano Felice Bisazza, sintió la llamada del Señor, a la que respondió generosamente, dedicando al ministerio sacerdotal las cualidades que había recibido de capacidad literaria y oratoria. Siempre fue considerado como un literato y un gran orador, aunque sabía acomodar su palabra y su verbo a toda clase de oyentes, de modo que hasta las más humildes gentes y especialmente los niños, captaban perfectamente la doctrina que les transmitía. Su facilidad en la retórica le sirvió de mucho para las numerosas publicaciones que su misión y su carisma necesitaron.

Vistió la sotana en 1869 juntamente con su hermano Francisco, que, más tarde, fundaría las Capuchinas del Sagrado Corazón. En 1870 obtuvo los grados como maestro y con su nuevo oficio y sueldo pudo pagarse en adelante sus estudios eclesiásticos y no ser un gravamen para su familia. Recibió la ordenación sacerdotal el 16 de marzo de 1878 y en 1882 fue nombrado canónigo de la catedral por su arzobispo mons. José Guarino, que también va por el camino de los altares. Cargo, el de canónigo, al que por cierto renunció repetidamente pero del que nunca se vio libre, ya que su dimisión nunca le fue aceptada. Desde el primer momento de su ministerio ya se puede decir de él que

gastó toda su vida en promover el apostolado de las vocaciones sacerdotales y religiosas y siempre tuvo en cuenta en su ministerio el aspecto evangelizador y el socorro a los pobres.

Aníbal, iluminado por la frase de Jesús en el Evangelio: «Rogad al Dueño de la mies para que envíe operarios a su mies», siempre sintió que esa petición de Jesús en el evangelio no era una mera exhortación, sino un riguroso mandato de Cristo, y sobre ese precepto basó toda su vida. Dijo muchas veces que esta oración era «el gran medio para alcanzar todos los bienes y para alcanzar la salvación ahora y en la eternidad». Ésta fue su vocación y su específico carisma: rogar continuamente por las vocaciones y encontrar por todos los medios el modo de despertarlas. Para realizar su vocación fundó dos congregaciones religiosas y diversas organizaciones.

La espiritualidad de don Aníbal se caracterizó siempre por un profundo espíritu de fe. En su vida interior, la fe se actuaba y se desarrollaba con una vida de gran intimidad con Dios. Externamente se manifestaba esto con un intenso ejercicio de oración, un serio empeño en caminar en perfección y una no común práctica de la vida de austeridad y mortificación. Su vida santa se transmitía a los demás mediante las que él llamaba sus «industrias espirituales», que eran geniales obras llenas de piedad y entusiasmo para avivar la fe cristiana especialmente entre los pobres y los huérfanos. Se distinguió, además, por su intensa devoción al nombre de Jesús, al Sagrado Corazón de Jesús y a la Pasión del Señor, confiando siempre e ilimitadamente en la Divina Providencia. Ni que decir tiene que siempre tuvo un amor inextinguible a su Señora, la Virgen Santísima.

En el plano histórico hay que señalar que el joven Aníbal nunca tuvo la intención de fundar una congregación religiosa. Pero apenas ordenado sacerdote dio comienzo a sus visitas apostólicas al barrio de Messina llamado «Casa Avignone» (por el nombre de su propietario) gracias al providencial encuentro que tuvo con un pobre de esa barriada siendo ya diácono. Según la descripción hecha por el propio don Aníbal en 1881, aquel barrio estaba compuesto por unas 200 personas, hombres, mujeres, niños, jóvenes, adultos y viejos, sanos y enfermos, hábiles e inhábiles, necesitados de todo, amontonados en

tugurios oscuros y húmedos, que durante el día marchaban por las calles de la ciudad, tratando de escabullirse de la vigilancia de la policía, pues en aquellos tiempos, pobres y malhechores eran una misma cosa como amenaza pública.

Don Aníbal se sintió llamado por Dios para poner remedio concreto a tales miserias desde los primeros días como sacerdote y, con permiso de su obispo, abandonó su casa y estableció su morada en aquel mismo barrio. Limpió tugurios, compró camas, alimentos, vestidos, organizó reuniones de catecismo, estableció una escuela y buscó trabajos y empleos para todos los que podía.

Al comenzar esta misión, tuvo no sólo la comprensión y la admiración de muchos, sino la ayuda voluntaria de varios cooperadores. Sin embargo, pronto sintió la necesidad de cooperadores estables y preparados espiritualmente para tales ministerios de caridad y apostolado cristiano. Buscó entre las diversas congregaciones para que se hiciesen cargo permanente de todo ello, pero fue en vano. Así fue como, ante la necesidad, comenzó a madurar en él la idea de fundar, una tras otra, las dos congregaciones que lo tienen por padre. Ambas congregaciones estuvieron encaminadas desde el principio a la práctica de la caridad y a la evangelización de los niños y de los pobres y al mismo tiempo a orar por las vocaciones, siguiendo el mandato de Jesús: «Rogad al Dueño de la mies que envíe obreros a su mies». Consideraba a Jesús sacramentado el fundador de ambas congregaciones, mientras que él se tenía solamente como su iniciador.

La primera en ser fundada, el 19 de marzo de 1887, fue la de las religiosas «Hijas del Divino Celo». Su nombre está en relación con el carisma de don Aníbal de orar celosamente, como Cristo, por la abundancia de vocaciones. Y fueron puestas, además, bajo la especial protección de la Virgen del Carmelo. Establecidas en el barrio «Avignone» para ayudar en la obra social y caritativa del Padre, pronto tuvieron que trasladarse a una casa mayor, en el antiguo monasterio cisterciense del Espíritu Santo, que ha sido considerada como la Casa madre. Pasadas las primeras dificultades, que en alguna ocasión hicieron dudar de su misma existencia, como sucedió tras el terremoto de Messina en 1908 en que murieron trece religiosas, pronto se afianzaron y

empezaron a extenderse no sólo por los pueblos de los alrededores de Messina, sino por diversas regiones de la península italiana. La primera madre general fue M. Nazarena Maione († 1939), que fue una hija «obedientísima y fidelísima» de don Aníbal. Hoy la congregación, aunque no muy numerosa (en 1974 eran casi 800 religiosas), está extendida por Italia, Australia, España, Brasil y Estados Unidos de América.

La congregación religiosa de varones, que se llamó *Congregatio Rogationistarum a Corde Jesu,* o *Rogacionistas,* se fundó diez años después (1897) pero no obtuvo su aprobación diocesana hasta casi treinta años más tarde, el 6 de agosto de 1926, un año antes de la muerte del fundador. Y obtendría el paso a congregación de derecho pontificio en 1958. La sustancia y los objetivos de su finalidad apostólica, tal como los deseaba el fundador, se pueden resumir según las formulaciones hechas por el Capítulo general de los *Rogacionistas* en 1980:

> «El carisma de la congregación es la inteligencia y el celo por la palabra del Señor que dijo: La mies es mucha y los obreros pocos. Rogad al Dueño de la mies para que mande obreros a su mies».

Los miembros de la congregación tienen un cuarto voto, el de rogar siempre por las vocaciones religiosas y sacerdotales.

Ejercen su carisma, primero, mediante la oración cotidiana por las vocaciones; segundo, propagando por todas partes ese espíritu de oración por *los obreros de la mies;* tercero, siendo buenos obreros de los campos del Señor y trabajando por el bien espiritual y material del prójimo, principalmente en la educación y perfeccionamiento de los niños y de los jóvenes, especialmente los pobres y abandonados.

La congregación está dedicada al Sagrado Corazón y a la Inmaculada. Para poner en práctica el apostolado del *Rogate,* todos los días ofrecen al Señor su vida y sus obras para obtener vocaciones y hacen media hora de oración comunitaria por las vocaciones ante el Santísimo. Celebran también la «Jornada mundial de las vocaciones», que consideran la jornada «rogacionista» por excelencia, y el «Día mundial de las misiones». Las derivaciones e instituciones de todo tipo que son producto del carisma de don Aníbal se han extendido por muchos países de Europa y por los cinco continentes.

Don Aníbal organizó otras sociedades persiguiendo siempre el objetivo de su vocación. En 1897 fundó la «Sacra Alianza», unión espiritual de sacerdotes, prelados y obispos. A su muerte se habían adherido a ella 50 cardenales, cerca de 400 obispos, 60 superiores generales y más de 1.000 sacerdotes, de los que se conservan numerosas cartas de entusiástica adhesión a la obra *rogacionista* de su fundador. Entre ellos nos encontramos con el beato cardenal Ferrari, el beato don Orione, y el siervo de Dios cardenal Merry del Val.

La «Pía Unión de la Rogación Evangélica» quedó establecida en 1900 mediante el decreto del arzobispo de Messina mons. D'Arrigo. Se trataba de reunir en ella a todos los fieles para que, bajo la consigna del «rogad», esta oración se convierta en universal y se pueda obtener del Señor y de su divina bondad la más grande de sus misericordias, o lo que es lo mismo, la abundancia de obreros para su mies. Don Aníbal para cooperar con la Pía Unión escribió numerosos artículos, y más tarde, en 1938, sus hijos fundaron la revista *Rogate ergo.*

En el campo social su labor fue grande desde los primeros momentos de su ministerio sacerdotal. Su cariño y comprensión por los huérfanos, con los que había tenido su primer contacto en el barrio «Avignone», cristalizó en el Orfanatorio de San Antonio de Padua. Y en aquel clima de afecto y caridad, en 1887, surgió la práctica del «Pan de San Antonio para los huérfanos», con tres años de precedencia a la homónima de Tolón en 1890. Voces de reconocimiento de los huérfanos a sus muchísimos bienhechores fue la publicación periódica *Dios y el prójimo.*

El apostolado caritativo de don Aníbal, sin perdonarse esfuerzos ni penas, hasta llegar a pedir en la misma vía pública y por las casas, se volcó sobre todos los necesitados, tanto sobre los que se presentaban en su casa como con aquellos que se encontraban por la calle misma. Por esta razón era conocidísimo en Messina y en toda la región como «la boca que nunca dice no». Él se fió siempre en la Divina Providencia, ante la que hizo voto personal de absoluta confianza en su auxilio y socorro.

Otra de sus obras fue el templo dedicado al Sagrado Corazón de Jesús con una sola misión: que en él todos los cultos y oraciones se elevasen al Señor para rogar por las vocaciones. En

ese templo fue sepultado tras su muerte, ocurrida el 1 de junio de 1927 a los 76 años de edad. Su cadáver fue paseado con el fervor popular por toda la ciudad de Messina, aun contra la voluntad sediciosa de las autoridades civiles y el poderío de la masonería, que, al fin, tuvieron que ceder y otorgar el singular permiso, en aquellas fechas, de que pudiera ser enterrado en el templo.

La fama de santidad fue ya grande en vida. Todo el pueblo lo tenía por santo, y al decir el pueblo se quiere incluir a todo tipo de personas, las de alta alcurnia, las intelectuales, las sencillas, e incluso las más alejadas de la Iglesia en sus opiniones y vida, como lo pudo testificar el arzobispo mons. Ángel Pajno El Beato don Orione fue uno de los primeros en solicitar la apertura de la causa de canonización de don Aníbal, sin embargo, se hubo de esperar a que terminase la segunda guerra mundial. Así pues, la causa diocesana fue iniciada el 21 de abril de 1945 y concluida en 1952. Examinados sus escritos y cumplidos otros trabajos del proceso, en 1979 se abrió en Roma el proceso apostólico. Y el 7 de noviembre de 1989 fue declarada la heroicidad de las virtudes del siervo de Dios. En el decreto firmado el 21 de diciembre se reconoce que Aníbal de Francia unio de forma eminente en su vida los rasgos de un contemplativo, por su intensa oración, y los de un hombre de acción, por sus muchísimas obras sociales y caritativas en bien de los más pobres y necesitados, dando muestras así de tanta perfeccion evangélica que merece la admiración de la Iglesia.

Finalmente, el 7 de octubre de 1990, el papa Juan Pablo II lo declaró beato en la plaza de San Pedro En su homilía dijo del Beato Aníbal:

> «El fuego de amor por el Señor y por los hombres marco toda la vida y la obra del beato Aníbal Maria di Francia [ ] La multitud de personas a las que todavia no ha llegado el Evangelio y el numero insuficiente de los evangelizadores fueron el tormento de su corazon de apostol y sacerdote Para tal fin fundo dos familias religiosas y promovio numerosas iniciativas para difundir entre los fieles la conciencia de la necesidad de rezar intensamente por las vocaciones»

Amó profundamente su sacerdocio, lo vivio con coherencia y exaltó su grandeza en el pueblo de Dios Repetía con frecuen-

cia que la Iglesia, para desarrollar su misión, tiene necesidad de sacerdotes «numerosos y santos», «según el corazón de Dios». Sentía que éste es un problema de importancia esencial e insistía en que la oración y la formación espiritual ocupasen el primer puesto en la preparación de los presbíteros; de lo contrario —escribía— «todos los esfuerzos de los obispos y de los rectores de los seminarios se reducen a un cultivo artificial de sacerdotes...». Para él toda vocación auténtica es fruto de la gracia y de la oración aun antes de las necesarias mediaciones culturales y organizativas. Pero a su oración por las vocaciones unió una atención concreta a las necesidades espirituales y materiales de los sacerdotes y de los seminaristas.

> «Además, dondequiera que había necesidades a las que había que hacer frente: niños sin familia, muchachas en graves peligros, monasterios de contemplativas con problemas materiales, él estuvo presente oportunamente y con amor. Fue padre y bienhechor de todos; siempre pronto a pagar personalmente, ayudado y sostenido por la gracia».
>
> «El mensaje que él nos transmitió es actual y urgente. La herencia que dejó a sus hijos e hijas espirituales es comprometedora. Que la obra que él inició pueda seguir dando frutos generosos en beneficio de toda la comunidad cristiana, y por su intercesión, que el Señor conceda a la Iglesia sacerdotes santos, según el corazón de Dios».

Y en otro discurso, el Papa, al día siguiente de la beatificación, añadía:

> «El beato Aníbal María di Francia, despreciando los ideales terrenos, sediento sólo de Dios y de su gracia, se convirtió en instrumento dócil de la misericordia divina y propagador intrépido de la infinita caridad del Señor. Las dificultades y las incomprensiones no atenuaron nunca su ascensión hacia el Absoluto; en cada tendencia egoísta y temporal prevaleció siempre la confianza en la Providencia. Por esto el Señor lo bendijo. Y vosotros, que os inspiráis en su ejemplo, no debéis dejar nunca de seguir sus huellas; así podréis anunciar también con vuestra existencia "las maravillas de Dios" (Hch 2,11)».

Canonizado por Juan Pablo II el 16 de mayo de 2004.

LUIS M. PÉREZ SUÁREZ, OSB

Bibliografía

AAS 82 (1990) 441-445, 84 (1992) 109 111
L Osservatore Romano (ed en español) (14 10 1990) 12
PELLICCIA, G ROCCA, G (dirs), *Dizionario degli Istituti di Perfezione* III *Conventua li Figlie di Santa Rita* (Roma 1976) cols 495 496, 1580 1581, VII *Pio II Rzadka* (Roma 1983) cols 1882 1886

C) BIOGRAFIAS BREVES

BEATO TEOBALDO

Seglar († 1150)

Teobaldo Roggeri nació en Vico, provincia de Asti, Italia, hacia el año 1100 en una familia acomodada. Huérfano en su adolescencia, dejó su pueblo para irse a vivir a Alba, en el Piamonte, habiendo dado todo su dinero a una pobre viuda y teniendo en adelante que ganarse la vida con su trabajo. Se colocó como zapatero y el dueño del taller lo hospedó en su casa y le ofrecio luego en vano la mano de su hija, porque Teobaldo, además de cumplir exactamente sus deberes como obrero, tenía su vida dedicada a Dios y a la piedad así como a las obras de misericordia

Cuando murio el dueño del taller, hizo una peregrinación a Santiago de Compostela, y a la vuelta de la misma trabajó otra vez como zapatero y también como mozo de cuerda y dedicaba sus ganancias al socorro de los pobres Humilde, piadoso, amable, servicial, fue un ejemplo para toda la comunidad cristiana Por espíritu de pobreza y penitencia se quedaba a dormir en las gradas de la iglesia de San Lorenzo, y hacía ademas de sacristán de esta iglesia. En este género de vida persevero hasta su muerte el 1 de junio de 1150. El pueblo lo tuvo enseguida por santo y comenzo a darle culto

BEATO JUAN STOREY

Martir († 1571)

Juan Storey o Story nace en el norte de Inglaterra hacia el año 1504, es hijo de Nicolás y Juana Estudia derecho en Ox-

ford en el Hincsay Hall, obtiene el doctorado en ambos derechos el 29 de julio de 1538. Acreditado muy pronto como buen jurista, ejerce como profesor en el propio Oxford y es también director del Broadgates Hall, a lo que renuncia para ser admitido a los *Doctor's Commons.*

Hay que decir que prestó el juramento de supremacía exigido por Enrique VIII y se adaptó, por tanto, a la situación religiosa creada por este monarca. Contrajo matrimonio y, muerto el rey, fue miembro del primer Parlamento de Eduardo VI, representando a Hindon en el Witshire. Pero ya en la segunda sesión (noviembre de 1548) se opuso abiertamente a las reformas religiosas de signo protestante que se abrían camino tanto en la doctrina como en la liturgia, y no dudó en decir públicamente el versículo del Eclesiastés (10,16) que dice que «pobre tierra la que tiene a un niño por rey». Arrestado inmediatamente, fue llevado a la Torre, donde estuvo preso desde el 21 de noviembre de 1548 hasta el 2 de marzo de 1549 en que se le puso en libertad. Entonces se marchó del país y con su familia se fue a Lovaina.

Cuando murió Eduardo VI y consiguió el trono María I, pareciendo que regresaba el catolicismo, volvió a Inglaterra en agosto de 1553. Fue nombrado canciller de las diócesis de Oxford y de Londres y decano de Arches. Como canciller del obispo Bonner, su intervención agrió aún más las de suyo severas medidas tomadas por la reina María contra los protestantes y fue procurador en el proceso contra Tomás Cranmer.

Pero María I murió muy pronto y al subir al trono Isabel I las cosas cambiaron a la dirección que tomaban bajo Eduardo VI. Como no dejó de oponerse a la repuesta *Acta de supremacía,* fue detenido y llevado a la cárcel de Fleet (20 de mayo de 1560), y poco después liberado. Nuevamente fue arrestado tres años más tarde, pero pudo escaparse y volver a Lovaina. Su necesidad económica le llevó a aceptar el puesto de inspector de libros heréticos y objetos de contrabando de las naves inglesas que atracaban en el puerto de Amberes, cargo que le fue otorgado por orden de Felipe II de España. Y estaba cumpliendo este cargo con la escrupulosidad que solía cuando el barco, según lo convenido con los espías de la reina inglesa, zarpó inme-

diatamente y lo llevó a Inglaterra. Trasladado a Londres y preso en la Torre, fue objeto de juicio en el Queen's Bench el 26 de mayo de 1571, donde se le condenó a muerte por alta traición. No le sirvió alegar que era súbdito del rey de España. Fue ahorcado y descuartizado en Tyburn el 1 de junio siguiente. El papa León XIII lo beatificó en 1886.

BEATOS ALONSO NAVARRETE, FERNANDO DE SAN JOSÉ AYALA, LEÓN TANAKA

Mártires († 1617)

El día 1 de junio de 1617 fueron degollados en Omura, Japón, los beatos Alonso Navarrete, dominico, Fernando de San José Ayala, ermitaño agustino, ambos sacerdotes, y León Tanaka, que en unas fuentes y en el nuevo Martirologio aparece como religioso jesuita, y en otras en cambio se le llama simplemente catequista compañero de los misioneros jesuitas.

ALONSO NAVARRETE nació en Logroño el 21 de septiembre de 1571. En su juventud sintió la vocación religiosa y entró en la Orden de Predicadores, en el convento de Valladolid. Terminados sus estudios con aprovechamiento y ordenado sacerdote, se ofreció para las misiones de Oriente y el año 1598 fue enviado a Manila. Una vez en Filipinas, se le destinó a Nueva Segovia donde ejerció con fruto su ministerio. Habiendo enfermado fue enviado a España y una vez restablecido, hizo propaganda del ideal misionero entre sus hermanos de hábito y volvió a Filipinas en 1611 con treinta de ellos. Pero conociendo que Japón estaba muy necesitado de misioneros, aquel mismo año obtuvo permiso para marchar a este país. Fundó una casa de niños expósitos, y una hermandad de la caridad para el socorro de los pobres, siendo muy distinguida su caridad con los necesitados. Abordó los peligros inherentes a la persecución desatada contra el cristianismo y se decidió a trasladar su residencia a la zona de Omura donde sabía que no quedaban misioneros. Obtuvo la licencia de su superior, el beato Francisco de Morales, e invitó al beato Fernando de Ayala, religioso agustino y buen amigo suyo, a que lo acompañara. Llegados a Omura, dieron a conocer su presencia a los cristianos, los cuales se alegraron sobremane-

ra de tener entre ellos a dos sacerdotes y pudieron recibir así los santos sacramentos. Ambos sacerdotes pudieron hacer una gran labor. Pero ésta no pasó inadvertida y muy pronto las autoridades pudieron dar con ellos, apresándolos y condenándolos a muerte.

El P. FERNANDO DE SAN JOSÉ AYALA era natural de Ballesteros, en el arzobispado de Toledo, donde nació el año 1575 en el seno de acomodada e hidalga familia. Dieciocho años más tarde se decidía por la vida religiosa y tomaba el santo hábito en el convento agustino de Montilla (9 de mayo de 1593). Hecha la profesión religiosa fue enviado a estudiar a Alcalá de Henares y se ordenó sacerdote. Destinado a México en 1603, se ofreció para las misiones y fue enviado a Japón con el cargo de vicario provincial. Fue un varón apostólico infatigable. Trabajó sobre todo en Oxaca, pero también en muchos otros sitios, y atrajo a numerosas almas a la fe cristiana. Cuando el P. Navarrete le propuso pasar a Omura a cuidar de los cristianos que se habían quedado sin sacerdote, no lo dudó, siendo apresado y condenado a muerte por orden de Hidetada.

LEÓN TANAKA nació en Japón en el seno de una familia ya cristiana. Se dedicó desde niño al servicio de los misioneros jesuitas como catequista y se le asignó al P. Juan Bautista Machado para que fuera su acompañante y auxiliar. Con este heroico y bienaventurado misionero trabajó cuanto pudo por el evangelio. Preso con él, hubiera podido evadirse de la prisión de la isla de Goto y de la cárcel de Cori pero no quiso dejar nunca al Padre e incluso pudo acompañarlo en su viaje a la prisión, prefiriendo ser encarcelado con él. Hubiera deseado morir con el misionero pero éste fue sacrificado sin que León le acompañara en el martirio. Quedó en la cárcel y cuando se dispuso la ejecución de los dos anteriores, fue sumado a ellos y recibió con ellos la palma del martirio. El Martirologio nuevo lo llama religioso jesuita pero incluso el P. Celestino Testore en su conocido libro *Santos y beatos de la Compañía de Jesús* no lo considera jesuita sino catequista y compañero del Beato Machado.

Los tres fueron beatificados el 7 de julio de 1867.

BEATO JUAN BAUTISTA VERNOY DE MONTJOURNAL

Presbítero y mártir († 1794)

Juan Bautista Ignacio Pedro nació el 17 de noviembre de 1736 en Moulins, de donde su padre, Juan Bautista, era presidente-tesorero. Su madre se llamaba Catalina Desbouis de Beaufort. Habiendo sentido la vocación eclesiástica, hizo los estudios, se ordenó sacerdote y el año 1763 (22 de febrero) fue investido como canónigo de la colegiata de Notre Dame de Moulins, siendo nombrado dos años más tarde el colector del trigo perteneciente al cabildo.

Llevó una vida honesta y piadosa, cumpliendo con sus obligaciones como canónigo, con fama de muy buen sacerdote y excelente director de conciencias hasta que, llegada la Revolución, su cabildo fue suprimido como lo fueron los demás. Permaneció en Moulins y cuando se le ordenó prestar el juramento de acatamiento a la constitución civil del clero, se negó firmemente alegando que era contrario a la fe católica y a su conciencia. Por ello las autoridades del departamento de l'Allier le mandaron arrestar en 1793, figurando en la lista de los que se negaban a prestar el juramento de libertad-igualdad (18 de mayo de 1793). Llevado a la cárcel alegó enfermedad para no ser deportado, pero no le sirvió. Hubo de dejar Moulins en el convoy de noviembre por las costas de la Charente inferior. En abril del año siguiente consta que estaba detenido en el barco Borée, pasando luego al llamado Les Deux Associés, donde murió de miseria y enfermedad el 1 de junio de 1794, siendo una de las primeras víctimas de Rochefort. Fue beatificado con sus compañeros mártires el 1 de octubre de 1995.

SAN JOSÉ TUC

Mártir († 1862)

Había nacido en el pueblo tonquinés de Hoang-Xa en 1842. Fervoroso cristiano, aunque era de profesión obrero del campo, mostraba mucho interés por todo lo que era aumentar su cultura.

Le acusaron de ser cristiano y lo arrestaron en su propio pueblo, de donde fue llevado a la cárcel de Hung-Yen y pasó de ahí a la de Dong-Ket. Esta cárcel fue muy dura. Apenas comía ni bebía, recibía muy mal trato y estaba, además, cargado con la canga y con grilletes y cadenas. Aquí pasó cuatro terribles meses, que no minaron su resistencia moral ni la firmeza de su fe pues se negaba constantemente a pisotear la cruz y renegar del cristianismo. Devuelto a la cárcel de Hung-Yen, mantuvo su confesión de fe, pese a que fue amenazado de muerte y no se volvió atrás teniendo en cuenta su juventud. Por fin, lo condenaron a muerte y lo degollaron el 1 de junio de 1862 con sólo veinte años. Fue canonizado el 19 de junio de 1988.

2 de junio

A) MARTIROLOGIO

1. Los santos Marcelino, presbítero, y Pedro, exorcista († ca.304), mártires en Roma **.
2. En Lyón (Galia), los santos Potino, obispo, Blandina y cuarenta y seis compañeros: Zacarías, presbítero, Vecio Epagato, Macario, Asclíades, Silvio, Primo, Ulpio, Vital, Commino, Octubre, Filomeno, Gemino, Julia, Albina, Grata, Emilia, Potamia, Pompeya, Rodana, Biblis, Cuarcia, Materna, Helpis, Santos, diácono, Maturo, neófito, Atalo, natural de Pérgamo, Alejandro, natural de Frigia, Póntico, Isto, Aristeo, Cornelio, Zósimo, Tito, Julio, Zótico, Apolonio, Geminiano, otra Julia, Ausona, otra Emilia, Jamnica, otra Pompeya, Domna, Justa, Trófima y Antonia († 177), mártires **.
3. En Formio (Campania), San Erasmo († 301), obispo y mártir.
4. En Roma, San Eugenio I († 657), papa *.
5. Junto al Bósforo en Propóntide, San Nicéforo († 829), obispo de Constantinopla, defensor de las sagradas imágenes *.
6. En Acqui (Piamonte), San Guido († 1070), obispo.
7. En Train (Apulia), San Nicolás († 1094), peregrino.
8. En Sandomir (Polonia), beatos Sadoc, presbítero, y compañeros de la Orden de Predicadores († 1260), martirizados por los tártaros *.
9. En Au Thi (Tonkín), Santo Domingo Ninh († 1862), mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTOS PEDRO Y MARCELINO

Mártires († ca.304)

Sus nombres los oíamos repetidos en el antiguo canon romano de la misa antes de la última reforma del misal. Los sacerdotes al rezar el oficio de su día, 2 de junio, encontraban unas líneas de introducción donde se sintetizaban los momentos fundamentales de su vida. Su popularidad ahora no ha decaído. Es el justo tributo a la celebridad de que vienen gozando estos dos santos que derramaron su sangre por Cristo a finales del siglo III o principios del siglo IV. A su sepulcro todavía acuden los devotos repitiendo la famosa invocación: «Marcelino y Pedro, poderosos protectores, escuchad nuestros clamores».

Marcelino era un sacerdote que gozaba de muy bien ganado prestigio en Roma. Le servía de ayuda Pedro, exorcista, que ejercía con gran poder su oficio sobre los demonios y sus enfermedades, algo que irritaba a los gentiles, hasta el punto de levantarse contra él.

Denunciado ante el juez vicario Sereno, el exorcista fue acusado de ser el mayor enemigo de los dioses romanos. Llevado a prisión, soportó los azotes y tormentos con tal entereza que entre cantos y oraciones daba gracias al Señor porque le permitía sufrir por él. Incluso le sirvió de estímulo para seguir su obra evangelizadora sin perder un ápice de su ilusión de predicador.

Su actitud llamó la atención de su propio carcelero Artemio, que vio en él un hombre especial, conectado con lo divino, hasta el punto de pedirle que sanara a su hija poseída de los demonios. El milagro una vez más se hizo tan patente que Artemio, abrumado por la evidencia, se convirtió al cristianismo, en unión de su mujer Cándida, su hija Paulina y numerosos familiares y amigos.

Pedro, ante la magnitud de las conversiones, comunicó la noticia a Marcelino, su presbítero, quien asumió la responsabilidad de adoctrinar a los convertidos en los misterios de la religión cristiana, acudiendo para ello con frecuencia a la prisión.

El éxito fue de tal magnitud que muy pronto recibieron el bautismo no sólo Artemio y los suyos sino incluso otros muchos de los encarcelados.

Sereno, el vicario, enterado de los hechos mandó llamar a Pedro y Marcelino como responsables de lo que estaba ocurriendo. Se trataba de aplicar el decreto de Diocleciano, que por un edicto fechado en abril del año 303 mandaba encarcelar a todos los dirigentes del cristianismo, con el fin de dejarlo totalmente acéfalo. Ahí se incluían no sólo a los obispos sino también a presbíteros y exorcistas.

Pedro y Marcelino fueron llevados a su presencia, y ante sus mismos ojos, mandó despedazar con azotes las carnes inocentes del pobre Artemio. Furioso, mientras presenciaba tan sanguinario espectáculo, gritó encolerizado:

> «Si ahora mismo no ofrecéis incienso a nuestros dioses, vosotros también seréis tratados de la misma manera».

Marcelino contestó con convencido aplomo:

> «No lo haremos jamás. Nosotros no conocemos más que un solo Dios verdadero, al que amamos y servimos».

Irritado Sereno por la segura contestación, mandó apalear sin piedad a Marcelino. Cuando lo miró molido, destrozado, ordenó que lo llevaran al calabozo y que allí lo dejasen tirado en el suelo entre cascotes de vidrio, sin agua ni alimento alguno.

A Pedro, temeroso de su popularidad, lo trasladó a otra prisión distinta, cargado de cadenas y grilletes para evitar cualquier huida o rescate.

Al llegar la media noche un ángel bajó a la prisión donde se hallaba Marcelino, sanó sus heridas, hizo pedazos sus cadenas, le mandó que tomase sus vestidos y lo instó para que lo acompañara a la prisión de Pedro, para repetir parecidos hechos.

Sanos y salvos, ambos se encaminaron a la casa donde estaban refugiados los cristianos bautizados por Marcelino para confirmarlos en la fe y prepararlos al que se presumía próximo martirio. No tardó en llegar. Enterado Sereno de los hechos, descargó toda la responsabilidad en Artemio, ya antes cruelmente azotado, y mandó que él con su familia fueran llevados al templo de Júpiter para que ofrecieran sacrificios. Ante la tajante

negativa de todos, dio órdenes para que fueran enterrados vivos y sus sepulturas se cubrieran con piedras con el propósito de sumirlos en el olvido.

Mientras eran conducidos al martirio, inspirados por el Señor, Pedro y Marcelino les habían salido al encuentro y delante de ellos caminaron alentándoles al martirio.

Sereno mandó detenerlos también y ordenó prenderlos nuevamente con la intención de que fueran degollados junto a ellos. Pero, temeroso de la popularidad de las víctimas o de que se repitiera otra vez alguno de los hechos milagrosos y consciente de la fama de los condenados, quiso evitar todo tipo de protestas y mandó que la sentencia se ejecutase fuera de Roma, eligiendo el llamado Bosque Negro, que luego cambiaría su nombre por el de Bosque Blanco en honor a los santos. Allí, entre zarzas y malezas, debieron excavar sus propias sepulturas.

Sus cuerpos fueron arrojados a las profundidades de una sima hedionda para que fueran olvidados hasta sus nombres. Pero el plan de Dios era muy otro. Los propios mártires se aparecieron a una mujer llamada Lucina, quien recogió los cuerpos y les dio piadosa sepultura. Algunos cronistas afirman que el propio verdugo, admirado de tan ejemplar muerte, se convirtió al cristianismo y fue él mismo quien declaró el lugar de los enterramientos. Los cuerpos fueron trasladados muy pronto al cementerio llamado «Ad duas lauros», en la cuarta milla de la Via Labicana.

Sucedía todo esto hacia el año 304 de nuestra era.

No cabe duda de que en el relato que hemos trazado, van mezcladas la historia y la leyenda. Encontramos rasgos comunes con las historias legendarias de otros santos. Pero conviene recordar que las mismas leyendas, en lo profano y en lo religioso, son formas elegidas por el pueblo para magnificar y soñar con sus santos y sus héroes. Pedro y Marcelino forman parte de esa galaxia mística y misteriosa donde brillan las estrellas seleccionadas por Dios para ser veneradas por su pueblo. Y ese pueblo es el que los sublima hasta los altares.

El cementerio de ambos santos, en la misma Via Labicana, hoy Casilina, se hizo famoso en extremo. Dentro de él la familia del emperador Constantino levantó una amplia basílica en ho-

nor de los mártires, justo al lado de la basílica donde más tarde reposaron inicialmente los restos de la emperatriz Santa Elena, su madre.

Antes de ser destruida por los godos esta basílica de Roma era una de las más llamativas por la riqueza y abundancia de pinturas bíblicas, representaciones de santos y escenas alegóricas. Tenía una cripta amplia y lujosa, también decorada con llamativas pinturas donde se celebraba el triunfo definitivo de Pedro y Marcelino en el reino celestial. El papa Vigilio la restauró entre los años 537-555. Él mismo introdujo sus nombres en el canon romano de la misa, fijando el 2 de junio como celebración de su glorioso martirio.

Los visitantes podían leer la famosa inscripción mandada grabar por el papa San Dámaso y que incluía el testimonio de su admiración personal:

> «Marcelino, Pedro, recibid la memoria de vuestro triunfo. Siendo yo niño, el verdugo me refirió a mí, Dámaso, que el furioso perseguidor había ordenado que os cortaran la cabeza en medio de los zarzales, a fin de que nadie pudiera conocer dónde se hallaban vuestros cuerpos.
>
> Vosotros, triunfantes, con vuestras propias manos os preparasteis esta sepultura. Después de haber descansado por breve tiempo en esta Selva Blanca revelasteis a Lucina que queríais descansar aquí».

San Dámaso fue papa desde 366 a 384. Muy cercano a los años del martirio, recoge los extremos más importantes que en su tiempo circulaban sobre tan celebrados santos.

La certificación histórica de los hechos recibió nueva ratificación cuando el arqueólogo Stevenson excavó la cripta el año 1887.

JOSÉ SENDÍN BLÁZQUEZ

Bibliografía

LLORCA, B., SI - GARCÍA VILLOSLADA, R., SI, *Historia de la Iglesia católica.* I: *Edad Antigua* (Madrid 1976) 132s.
Libro de las Horas, II, p.1261.

SANTOS MÁRTIRES DE LYÓN

(Potino, Blandina, Zacarías, Vecio Epagato, Macario, Asclibíades, Silvio, Primo, Ulpio, Vital, Commino, Octubre, Filomeno, Gemino, Julia, Albina, Grata, Emilia, Potamia, Pompeya, Rodana, Biblis, Cuarcia, Materna, Helpis, Santos, Maturo, Atalo, Alejandro, Póntico, Isto, Aristeo, Cornelio, Zósimo, Tito, Julio, Zótico, Apolonio, Geminiano, otra Julia, Ausona, otra Emilia, Jamnica, otra Pompeya, Domna, Justa, Trófima, Antonia)

(† 177)

Corría el año 177 de nuestra era; y con él, a su postrimería, corrían los días de Marco Aurelio, emperador meditabundo. La inminencia de la celebridad anual que en Lyón, ciudad cabecera de la Galia, situada en la confluencia del Saona y del Ródano, se solemnizaba todos los años en las calendas del mes sextil (agosto), reunía en derredor del altar de Roma y de Augusto a los legados de las tres Galias. En esta famosa conmemoración, las jóvenes y aguerridas cristiandades de Lyón y de Viena del Delfinado sostuvieron una serie de luchas cruentísimas y triunfales. Lavaron sus estolas en la sangre del Cordero y volaron a los brazos de Cristo con alas plateadas de paloma. De los episodios de estas luchas nos queda una relación auténtica pormenorizada, salvada por Eusebio en el libro V de su *Historia eclesiástica,* que yo —*spatiis exclusus iniquis*— me veo forzado a resumir.

Los siervos de Cristo que habitan Viena y Lyón, en la Galia, a sus hermanos del Asia y de la Frigia, que profesan la misma fe e idénticas esperanzas en la redención que nosotros, paz, gracia y gloria de parte de Dios Padre y de Cristo Jesús, Nuestro Señor.

[...] No tenemos palabras con que expresar en este mensaje la intensidad de la opresión y la saña de los gentiles contra los santos y los tormentos que los bienaventurados mártires soportaron. El Fuerte Armado descargó en nosotros toda la furia y el poder de su brazo. Se nos echó de nuestras casas, se nos privaron los baños, el foro y hasta la pública convivencia. Con todo, la gracia de Dios combatió contra ellos; alejó a los débiles; pero quedaron enhiestos y firmes los sólidos pilares de la fe, que demostraron que las tribulaciones temporales no merecen consideración ante la perspectiva de la gloria que en nosotros será re-

velada. La plebe frenética les infligió toda suerte de sevicias: escarnios, golpes, lapidaciones y cárcel indistinta; mientras no llegaba el gobernador...

Fueron interrogados por este orden:

Vetio Epagato, el más conspicuo de nuestros hermanos. Había llegado a la plenitud del amor de Dios y del prójimo, y hervía de Espíritu Santo. Varón representativo en nuestra comunidad, no se avino al expeditivo procedimiento y reclamó que se le oyera; la plebe aulló; el presidente se limitó a la pregunta escueta: «¿Eres cristiano?». Su respuesta fue afirmativa y tajante: «Soy cristiano». La pequeña grey fiel le calificó de paráclito de la cristiandad lionesa.

[...] En las detenciones en masa de fieles de ambas iglesias, que de día en día y con ritmo creciente íbanse haciendo, como la cizaña en el trigo, anduvieron mezclados con los santos algunos paganos que estaban al servicio de los nuestros; los cuales, caídos en la paranza de Satán, declararon que nosotros hacíamos cenas como las de Tiestes e incestos como los de Edipo. Entonces pareció tener realidad la palabra evangélica: *Día vendrá cuando el que os diere muerte creerá haber rendido culto a Dios.*

[...] Llegó el segundo interrogatorio de mártires, iniciado por Vetio Epagato. Abriólo el diácono de Viena (del Delfinado), Santo de nombre y de vida; siguió el de Maturo, simple neófito pero invencible púgil; continuó Atalo, originario de Pérgamo, columna y sostén de la cristiandad lionesa, y Blandina finalmente. En ella Cristo hizo gallardísimo alarde de que lo que es ruin y rahez, sin atractivo físico, desdeñable a los ojos de los hombres, se juzgó digno de gloria muy grande ante el acatamiento de Dios. Todos nosotros recelábamos, y hasta su propia ama según la carne, que estaba con nosotros, mártires designados, que Blandina no pudiera dar testimonio de su fe, tanta era la flaqueza de su cuerpo. Para acabar con ella los verdugos se relevaban; a cada momento parecía que iba a quebrarse el tenue hilo de su vida; mas en la confesión se rejuvenecía y para ella constituía una insuflación de nueva vida decir: *Soy cristiana; y nosotros no hacemos ningún mal.* Y en diciéndolo parecía embellecerse.

Santo, de Viena, se mantuvo firme como un risco marino en medio del oleaje, combatido de sal asidua. No se dignó decir su

nombre, ni el de su nación, ni el de su ciudad, ni su condición de esclavo o libre, ni su grado eclesiástico. A todas las preguntas capciosas contestaba en latín paladino: *Soy cristiano.* A las más delicadas partes de su cuerpo aplicáronsele láminas de bronce al rojo. Santo perseveró inconmovible en su silencio y en su confesión. La fuente de agua paradisíaca que brotó del costado de Cristo le comunicaba refrigerio y reciedumbre. También la tortura para él era fuente de juventud.

[...] En gran ansiedad y congoja teníamos el caso de Biblis, dama conspicua de nuestra cristiandad, que en el primer asalto de terror había renegado. Creídos estábamos que Satanás la había ya engullido; mas el asalto segundo la despertó de su ceguera y de su momentánea embriaguez. Aquel dolor pasajero hízola pensar en la gehena de fuego; y con vehemencia echó en rostro a los calumniadores: «¿Cómo podéis pensar que esta gente coma carne de niños si les está mandado abstenerse de sangre de animales?». Biblis abjuró de su abjuración y se sumó al grupo de los mártires.

[...] Satanás inspiró a los verdugos una nueva suerte de martirio exangüe: el encierro colectivo y promiscuo en noche perpetua de una zahurda más que plutónica, con ambos pies en un cepo, separados el uno del otro *hasta el quinto agujero.* En número muy grande, anónimamente, murieron de asfixia en aquellas tinieblas palpables, irrespirables; y sus almas volaron en canoros bandos, como alondras, al aire vivo del amanecer, allá, hacia la esfera que huye más del suelo...

[...] El bienaventurado Potino, a quien el Espíritu confiara el episcopado de Lyón, había ya colmado la rotación de nueve decenios. Era como un ángel que hubiese envejecido. Apenas respirar podía. Fue sacado de las tinieblas y arrastrado por la venerable melena al tribunal. El gobernador le preguntó cuál era el Dios de los cristianos. Respondió: *Si tú lo merecieras le conocerías.* Atado de manos y pies, por que no huyese, saturado de oprobios se le volvió a sepultar en la carceral negrura y en el aire irrespirable. Dos días después, silenciosamente como un ave cautiva, dio suelta a su acérrimo espíritu aleluyante.

En la tartárea confusión de la mazmorra, en desconcertante promiscuidad, andaban mezclados los creyentes y los renega-

dos a quienes la apostasía de nada les valiera. En este comedio iba a producirse una poderosa intervención de Dios y una inconmensurable misericordia de Jesús. Quienes tras el primer arresto habían renegado de su fe compartían los sufrimientos con los que la habían confesado. Aquéllos permanecían detenidos por sospecha de las cenas de Tiestes y de los incestos de Edipo, y su castigo había de ser más fiero que el de los cristianos partícipes de sus cadenas. Roíales trágicamente la conciencia de su cobardía, al paso que los cristianos exultaban por la proximidad de su liberación y por beber el cáliz inebriante del martirio.

[...] Maturo, Santo, Atalo y Blandina fueron excarcelados; vencedores de la sevicia de los hombres, iban a encararse con la voracidad de las fieras. Éste era el postrer y sensacional programa de los festivales olímpicos con que las tres Galias solemnizaban las calendas de agosto, en derredor del altar de *Dea Roma* y de Augusto, en el cerco del anfiteatro.

A Maturo y Santo sólo les faltaba la postrera fase del combate para merecer la corona incorruptible: sufrieron azotes, zarpazos y dentelladas de bestias, todos los crudelísimos antojos de una multitud delirante. Ambos se ofrecieron en espectáculo al mundo, a los ángeles y a los hombres. De Santo no se oyeron más palabras que las de su confesión: *Soy cristiano.* Maturo soportó toda la variedad de luchas que se veían en los gladiadores profesionales.

Quedaba Atalo como olvidado. El populacho, que harto bien le conocía, le reclamó a gritos. Se le hizo dar la vuelta al ruedo, con un letrero infamante: *¡Atalo, cristiano!* Enteróse el gobernador de su condición de ciudadano de Roma. Tuvo escrúpulos el melindroso gobernador; determinó que se le devolviera al báratro infernal del que se creía ya redimido, mientras consultaba con el emperador qué debía hacerse con ese delincuente honrado. Esta obligada demora no fue ni inútil ni estéril. En este lapso de tiempo la inconmensurable misericordia de Cristo tuvo una espléndida manifestación en la misma cárcel. Los vivos vivificaron a los muertos. Allí estuvo el dedo de Dios. Esta mudanza ocasionó un júbilo inenarrable de nuestra Madre Virginal. El milagro fue que quienes anteriormente renegaron de

Cristo quisieron de nuevo medirse con el perseguidor; se reanimaron a nueva vida. Dios, que no quiere la muerte del pecador, sino que se enmiende y viva, les tornó sabroso y fácil el regreso a la casa del Padre de familia.

En el ínterin llegó la orden del César: Decapitación para Atalo, ciudadano romano; para los restantes, la voracidad de las fieras. Cristo fue magníficamente glorificado por quienes le negaron; y su Iglesia les incorporó en el ejército de mártires que visten túnicas blancas. Mientras duró el interrogatorio individual, Alejandro, de nación frigio y médico de profesión, avecindado de muchos años en la Galia lionesa, conocido y amado de todos por su amor a Dios, por su libertad de palabra, copiosamente dotado del carisma apostólico, de pie cerca del tribunal, exhortaba con señas a los interrogados que proclamasen su fe. Se le culpó de haber sido él quien promovió aquella retractación colectiva. Se le preguntó que quién era, respondió: *Cristiano.* Fue condenado a las bestias.

Dios, que eligió lo más flaco de este mundo para confusión de lo más fuerte, había reservado para la lucha final a dos seres entecos. Blandina fue sacada al anfiteatro, llevando de la mano a Póntico, mozuelo en su primer bozo, de quince años escasos. Con refinadísima perversidad, todos los días se les había sacado por que viesen los suplicios de sus hermanos en la fe. La plebe, ebria y sedienta de sangre, no se apiadó de la niñez del muchacho venerando ni respetó el augusto carácter de la mujer. Ambos recorrieron todo el ciclo de los tormentos. A Póntico infundíale bríos la muchacha. Póntico le precedió en la muerte y en la liberación. *Libróse, como gamo, del cazador; como pájaro, del lazo del parancero.*

Quedaba Blandina, la última de todos, madre virgen y feliz de haber enviado al Rey de los siglos, inmortal e invisible, a muchos hijos victoriosos. Sobreabundaba de gozo como partícipe en un festín nupcial. Recorrió toda la cadena de los tormentos ya conocidos y superados. Se la brindó, por fin, a un toro furioso, que, como arista leve, la proyectaba hacia arriba, como en un ansia de vuelo y de cielo... Fue inmolada por fin.

Los cadáveres de los mártires de Lyón, durante seis días, quedaron insepultos, en la gran inverecundia de la muerte, bajo

las miradas de Dios y el estupor de los cielos. Incinerados al fin, llevó solemnemente al mar sus pavesas leves el Ródano sonoroso y raudo, *fluviorum rex,* majestuoso rey de los ríos de Francia.

LORENZO RIBER

Bibliografía

CHAGNY, A., *Les martyrs de Lyon de 177* (París 1936).

EUSEBIO, *Historia eclesiástica,* l.5 c.1: PG 5,1409s. Cf. *Historia eclesiástica.* Ed. bilingüe preparada por A. VELASCO-DELGADO (Madrid 2002) 266-284.

GRIFFE, E., *La Gaule chrétienne à l'époque romaine.* I: *Des origines chrétiennes à la fin du IVe siècle* (París 1947).

JULLIAN, C., *Histoire de la Gaule* (París 1914-1920) t.IV, p.436s; t.VI, p.515s.

«Lyon», en F. CABROL - H. LECLERCQ (dirs.), *Dictionnaire d'archéologie chrétienne et de liturgie.* X/1: *Lyon-Manosque* (París) cols.72s; 399s.

«Martirio de San Potino y los otros mártires de Lyón, bajo Marco Aurelio», en D. RUIZ BUENO, *Actas de los mártires* (Madrid 52003) 317-348.

TILLEMONT, L. S. DE, *Mémoires pour servir à l'histoire ecclésiastique des six premiers siècles...,* III (Venecia) 1s.

QUENTIN, H., art. en *Analecta Bollandiana* 39 (1921) 113s.

• Actualización:

Les martyrs de Lyon (177). Colloques internationaux du Centre National de la Recherche Scientifique, Lyon, 20-23 septembre 1977 (París 1978).

TROUBNIKOFF, A., *Les martyrs de Lyon et leur temps* (París 1986).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN EUGENIO I

Papa († 657)

El papado de Eugenio I hay que encuadrarlo en las difíciles circunstancias por que pasó la sede romana ante las violencias y abusos de la corte bizantina. La santa libertad con que había procedido el papa San Martín I haciéndose consagrar sin esperar el placet imperial y condenando abiertamente el monotelismo, irritó de tal forma al emperador Constante I que dio orden al exarca Teodoro Caliope de que detuviera al pontífice romano, lo que hizo con toda violencia en la noche del 19 de junio de 653. El papa detenido fue llevado a Constantinopla, procesado, privado del palio y exiliado en el Quersoneso, Crimea, donde murió el 16 de septiembre de 655.

Pero ya antes de que el Papa muriera, el clero romano, que tan adicto se había mostrado con Martín en el sínodo que condenó el monotelismo, cedió a las presiones imperiales y se permitió elegir un sucesor, como si la sede romana estuviera vacante. Reunido, pues, en agosto del 654, eligió a Eugenio como obispo de Roma y se tuvo la consagración episcopal el día 10 del mismo mes.

Con independencia de la legalidad de la elección, para la que el propio desterrado Martín se mostró comprensivo, es claro que el elegido era una persona dignísima, sobre cuya rectitud moral y dotes religiosas no cabía duda. Eugenio era romano, hijo del también romano Rufiniano, y había servido con lealtad y honestidad a la Iglesia en las filas del clero romano.

No mostró servilismo alguno respecto a la corte bizantina y a su posición doctrinal. El patriarca Pedro, sucesor de Pirro y monoteleta como él, le envió una carta en 656 comunicando su elección y conteniendo una ambigua profesión de fe en la debatida cuestión de las dos voluntades y energías de Cristo. Leída la carta en Roma en la reunión tenida en Santa María ad Praesepe, tanto el Papa como el pueblo y el clero rechazaron la epístola y así se lo comunicaron a Pedro, lo que no pudo menos que irritar a la corte imperial. Muy probablemente hubiera corrido la misma suerte que Martín, pero la muerte le sobrevino el 2 de junio de 657, dejando una estela clara de santidad.

SAN NICÉFORO DE CONSTANTINOPLA

Patriarca († 829)

Nicéforo nació en Constantinopla hacia el año 758, hijo de Teodoro y Eudoxia, padres nobles y religiosos. El padre era tesorero imperial y, llegada la ola de iconoclastia, se negó a abjurar de las sagradas imágenes, lo que le valió ser azotado y exiliado al Ponto. Llevado otra vez a la capital, repitió su adhesión a las sagradas imágenes, lo que le valió ser de nuevo torturado y relegado a Nicea de Bitinia donde murió al cabo de seis años. Por ello la educación de Nicéforo hubo de correr a cargo de su madre, persona muy religiosa también que terminaría sus días en un convento.

Llegado a la juventud obtuvo el cargo de secretario imperial, en el que tuvo como jefe al futuro San Tarasio, por entonces seglar. En calidad de tal secretario tomó parte en el Concilio II de Nicea, y compuso poco después un poema contra la iconoclastia. Pero la vida secular no llenaba su corazón y entonces se decidió por la vida eremítica y fundó un monasterio, en el que, sin embargo, no tomó formalmente el hábito monástico. Hubo de dejar su amada soledad cuando la corte lo llamó, bajo propuesta del ya patriarca San Tarasio, a que se encargara de la dirección del asilo de los pobres *(ptocotrofo)*.

Muerto San Tarasio (18 de febrero de 806) y pese a que Nicéforo no era sino un seglar, fue elegido por el emperador para suceder al difunto en la sede bizantina, obteniendo la elección imperial la aquiescencia del clero. El elegido, en cambio, puso objeciones que no valieron. Tomó el hábito monástico el 5 de abril, siendo seguidamente ordenado de las diferentes órdenes hasta que el día de Pascua de 806 (12 de abril) recibió la consagración episcopal. Como la corte bizantina no aceptaba la coronación de Carlomagno efectuada el año 800 por el papa León III, Nicéforo no pudo enviar su carta entronística y profesión de fe al Papa hasta el 811, cuando el emperador Nicéforo I murió.

Preocupado por la disciplina eclesiástica y la ortodoxia, Nicéforo tuvo problemas con los monjes estuditas y con grupos poco ortodoxos. El futuro León V el Armenio antes de llegar al trono imperial le aseguró su propia ortodoxia, y Nicéforo le hizo prometer por escrito que no introduciría novedades religiosas, y con esta tranquilidad pasó a coronarlo. Pero en diciembre de 814 el emperador instaba al patriarca a retirar del culto las sagradas imágenes, a lo que el patriarca contestó organizando una celebración en honor de las mismas y convocando una nutrida reunión de obispos y monjes que juraron dar la vida en defensa de las sagradas imágenes y anatematizaron al iconoclasta obispo Antonio de Silea. Nicéforo escribió cartas en defensa de la ortodoxia y avisando que renunciaría a la sede antes que apartarse de ella. Pero las cosas siguieron adelante: un grupo de obispos se atrevieron a citarlo ante ellos constituidos en tribunal, a lo cual respondió Nicéforo deponiéndolos, y el empera-

dor, quitada del todo la venda, le invitó a dejar el patriarcado. Cayó enfermo, hubo un tumulto popular en su favor, y se dio la orden de detenerlo, pero Nicéforo, por amor a la paz, presentó su dimisión del patriarcado. La noche del 12 al 13 de marzo de 815 fue llevado a Millo, donde habría podido ser asesinado, pero finalmente se le internó en un convento y se le llevó luego a una isla de la Propóntide. Muerto León V, se procuró que el nuevo emperador Miguel II repusiera a Nicéforo en el trono patriarcal pero Nicéforo no se avino a componendas doctrinales. Era en su destierro el santo y seña del movimiento de defensa de las sagradas imágenes. Murió el 2 de junio de 829.

BEATO SADOC Y COMPAÑEROS

Mártires († 1260)

Quiere una consolidada tradición que cuando los tártaros asediaron y conquistaron la ciudad polaca de Sandomir o Sandomierz, junto al Vístula, fue masacrada por ellos toda la comunidad de frailes dominicos del convento de Santiago, compuesta por el prior, fray Sadoc, y cuarenta y nueve religiosos, de los que solamente se salvó uno que pudo ser así testigo del martirio de sus compañeros. Este asalto se sitúa en sus incursiones de los años 1259-1260, aunque algunos autores han propuesto otras fechas (como 1241, 1250, etc.).

Se cuenta que el día anterior al asalto de la ciudad, cuando ya era evidente que la misma no podría resistir, el fraile que recitaba en el coro el *Martirologio* del día siguiente añadió: «En Sandomir cuarenta y nueve mártires». El prior lo tomó como un aviso del cielo y exhortó a la comunidad a prepararse al martirio. En efecto, en vez de dormir, todos pasaron la noche en oración, disponiendo sus almas al supremo sacrificio si ésa era la dignación de Dios, y cuando llegó la hora del asalto y los bárbaros se hicieron presentes en el convento hallaron a la comunidad reunida y cantando la *Salve Regina.* Entonces atacaron a los frailes, que cayeron todos, uno tras otro, bajo las espadas inmisericordes de los asaltantes.

La tradición presenta a Sadoc como el prior de aquella comunidad y se dice que muy joven se hizo discípulo del propio

Santo Domingo, y que asistió al capítulo general de Bolonia de 1221, recibiendo el encargo de ir con los frailes que, enviados por Santo Domingo, se disponían a fundar conventos en Hungría, Polonia y más allá si pudieran llegar. De Hungría pasó luego a Polonia y estaba de prior en el convento de Santiago de Sandomir. Unas fuentes lo llaman húngaro y otras lo tienen por polaco.

La Orden de Predicadores, que venía venerando como mártires a estos religiosos, solicitó la confirmación del culto que les era dado y luego de presentar los documentos históricos oportunos logró del papa Pío VII que el 18 de octubre de 1807 fuera confirmado su culto. En el *Index* de la Sagrada Congregación de las Causas de los Santos se dice expresamente que eran «XLVIII los compañeros mártires», pero luego en el *Apéndice* no da sus nombres, como es lo regular. Éstos, en cambio, vienen en la *Bibliotheca sanctorum* (t.XI col.564) y son éstos: Pablo, vicario; Malaquías, predicador; Andrés, limosnero; Pedro, guardián del huerto; Abel, síndico, Simon, penitenciario; Santiago, maestro de novicios, Clemente, Bernabé, Elías, Bartolomé, Lucas, Mateo, Juan, Felipe; los diáconos Tadeo, Moisés, Abraham y Basilio; los clérigos David, Aarón, Benito, Onofre, Domingo, Miguel, Matías, Mauro y Timoteo, los estudiantes profesos: Gordiano, Feliciano, Marcos, Juan, Gervasio, Cristóbal, Donato, Medardo y Valentín, los novicios Daniel, Tobías, Macario, Rafael e Isaías; y los hermanos conversos Cirilo, sastre, Jeremías, zapatero, y Tomás, organista.

Del canto de la *Salve* por estos mártires a la hora de su martirio parece que viene la costumbre dominicana de cantar la *Salve* a la hora de la muerte de los religiosos.

SANTO DOMINGO NINH

Martir († 1862)

Domingo Ninh fue un joven vietnamita que dio un alto testimonio de fortaleza moral en la profesión y confesión de la fe cristiana, por la que dio la vida. Había nacido en Trung-Linh el año 1842. Se dedicaba a la agricultura, y siendo un adolescente fue literalmente arrastrado por su padre a contraer matrimonio

con una joven a la que él no amaba. Por ello reaccionó negándose a consumar el matrimonio y a tener por válida aquella unión. Aficionado a la lectura, procuraba su formación humana y religiosa.

Acusado de ser un cristiano fervoroso fue arrestado y conducido delante del tribunal. El joven confesó su fe sin ambages y no sirvieron amenazas ni promesas para llevarlo a pisotear la cruz y renegar de Cristo. Fue torturado y maltratado y metido en una dura prisión donde hubo de padecer muchísimo, sin que las miserias de su detención debilitasen su fuerte ánimo. Por fin fue condenado a muerte y decapitado en An-Triem el 2 de junio de 1862. Fue canonizado el 19 de junio de 1988.

3 de junio

A) Martirologio

1. En Namugongo (Uganda), la memoria de San Carlos Lwanga y doce compañeros († 1886): Mbaya Tuzinde, Bruno Seronuma, Santiago Buzabaliao, Kizito, Ambrosio Kibuka, Mgagga, Gyavira, Aquiles Kiwanuka, Adolfo Ludigo Mkasa, Mukasa Kiriwanvu, Anatolio Kiriggwajjo y Lucas Banabakintu, mártires **.

2. En Cartago, San Cecilio († s. III), presbítero, que convirtio a San Cipriano.

3. En Carcasona (Galia Narbonense), San Hilario († s. VI), obispo.

4. En Tours (Galia Lugdunense), Santa Clotilde († 545), reina *.

5. En Meung-sur-Loire, en el territorio de Orleáns, San Lifardo († s. VI), presbítero y solitario

6. En Anagni (Campania), Santa Oliva († s. VI-VII), virgen.

7. En Glendalough (Irlanda), San Coemgeno o Kevin († 618), abad *.

8. En Auvergne (Aquitania), San Ginés († ca.650), obispo de Clermont.

9. En Córdoba (Andalucía), San Isaac († 851), monje y mártir *.

10. En Luca (Toscana), San Davino († 1051), peregrino.

11. En Altkirch (Alsacia), San Morando († 1113), presbítero y monje *.

12. En Spello (Umbría), Beato Andrés Caccioli († 1254), presbítero, religioso franciscano *.

13. En el monasterio de Santa María de Cadossa (Lucania), San Cono († 1118), monje.
14. En York (Inglaterra), Beato Francisco Ingleby († 1586), presbítero y mártir bajo el reinado de Isabel I *.
15. En Jerez de la Frontera (Andalucía), San Juan Grande († 1600), religioso de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios **.
16. En Rochefort (Francia), Beato Carlos Renato Collas du Bignon († 1794), presbítero, de la Sociedad de San Sulpicio y mártir *
17 En Au Thi (Tonkín), San Pedro Dong († 1862), mártir *
18. En Bellegra, junto a Roma, Beato Diego José Oddi († 1919), religioso franciscano *.
19. En Roma, Beato Juan XXIII († 1963), papa, que convocó el Concilio Vaticano II **.

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SANTOS MÁRTIRES DE UGANDA

(Carlos Lwanga, Mbaya Tuzinde, Bruno Seronuma, Santiago Buzabaliao, Kizito, Ambrosio Kibuka, Mgagga, Gyavira, Aquiles Kiwanuka, Adolfo Ludigo Mkasa, Mukasa Kiriwanvu, Anatolio Kiriggwajjo, Lucas Banabakintu)

(† 1886)

«Quién fue el que primero introdujo en África la fe cristiana se disputa aún, pero consta que ya antes de la misma edad apostólica floreció allí la religión, y Tertuliano nos describe de tal manera la vida pura que los cristianos africanos llevaban, que conmueve el ánimo de sus lectores. Y en verdad que aquella región a ninguna parecía ceder en varones ilustres y en abundancia de mártires Entre éstos agrada conmemorar los mártires escilitanos, que en Cartago, siendo procónsul Publio Vigelio Saturnino, derramaron su sangre por Cristo· de las preguntas escritas para el juicio, que hoy felizmente se conservan, se deduce con qué constancia, con qué generosa sencillez de animo respondieron al procónsul y profesaron su fe. Justo es también recordar los Potamios, Perpetuas, Felicidades, Ciprianos y "muchos hermanos mártires" que las Actas enumeran de manera general, aparte de los mártires aticenses, conocidos tambien con el nombre de "masas candidas", o porque fueron quemados con cal viva, como narra Aurelio Prudencio en su himno XIII, o por el fulgor de su causa, como parece opinar Agustín Pero poco después, primero los herejes, despues los vándalos, por último los mahometanos, de tal manera devastaron y asolaron el África cristiana que la que tantos ínclitos héroes ofreciera a Cristo, la que se gloriaba de más de trescientas sedes

episcopales y había congregado tantos concilios para defender la fe y la disciplina, ella, perdido el sentido cristiano, se viera privada gradualmente de casi toda su humanidad y volviera a la barbarie».

Así comienza Benedicto XV las letras apostólicas de beatificación de los siervos de Dios Carlos Lwanga, Matías Murumba y sus compañeros, más conocidos con el nombre de los Mártires de Uganda.

En efecto, ya hacia fines del siglo XIX, cuando las glorias del África cristiana habían pasado a una remota perspectiva histórica, mientras los exploradores iban penetrando en los misterios del continente negro, los misioneros emulaban, y en no pocas ocasiones superaban, sus trabajos y sus esfuerzos. Entre ellos destacaba un insigne hijo de Bayona, el cardenal Lavigerie, a quien correspondió la gloria de restituir la gloriosa sede de Cartago. Él fue quien, con el deseo de promover eficazmente el apostolado misional en África, instituyó los «misioneros de África», más conocidos con el nombre de Padres Blancos.

Ya en los principios del apostolado, los Padres Blancos se encargaron de la región de Uganda, como parte del Vicariato del Nilo superior, el año 1878. Consiguieron entrar en la región, y hasta obtener no pocos neófitos. Establecida una estación misional, la de Santa María de Rubaga, acudieron a ella por centenares los negros, y hubo momentos en que podía esperarse una rápida cristianización de toda aquella región. El mismo rey, llamado Mtesa, al principio les favoreció, aunque luego, por temor a que la nueva religión fuera obstáculo para el floreciente comercio de esclavos que él mantenía, obligó a los misioneros a alejarse. Pero, muerto el rey Mtesa, le sucedió su hijo Muanga, amigo de los cristianos, con lo que volvieron a renacer las esperanzas.

Aún más: con ocasión de una conjuración que fue descubierta, el nuevo rey decidió rodearse de cristianos, y así gran parte de su corte estuvo compuesta por jóvenes bautizados, con alguno de los cuales había llegado el rey a establecer auténtica amistad. Pronto, sin embargo, aquel panorama iba a verse enteramente turbado.

Se interpuso, de una parte, la política. El primer ministro, que había tenido cierta intervención en la conjura descubierta y

no podía perdonar a los cristianos su lealtad, empezó a tramar su destrucción. Acabó de exasperarle la noticia de que el rey pensaba nombrar para su cargo a José Mñasa, un cristiano. Pero acaso sus maniobras hubieran fracasado si no hubiese intervenido otra causa: la lujuria. Por influjo de las costumbres mahometanas, el rey, que hasta entonces había llevado una vida pura, cayó en la lujuria en su forma más abyecta y opuesta a la naturaleza. Y se encontró con que los jóvenes que formaban parte de su corte y eran cristianos oponían una negativa rotunda a sus infames solicitaciones. Lo que debiera haber servido en honor de la religión fue utilizado como pretexto para la persecución.

Nada faltaba al esquema clásico. Como motor, las pasiones. La codicia, excitada por el temor a perder el comercio de esclavos. La ambición de los políticos, temerosos de verse al margen del poder. La lujuria, en su forma más baja y repugnante. Nada iba a faltar tampoco para ese mismo esquema clásico en el desarrollo. Las escenas que habíamos leído en los primeros tiempos del cristianismo las vamos a encontrar reproducidas, en algunas ocasiones casi a la letra, en 1886, en el corazón del continente africano.

En efecto, el rey, irritado por aquella resistencia que encontraba, decretó la persecución contra «todos los que hicieren oración», que ésta fue la preciosa definición de los cristianos que se dio en el decreto persecutorio. E inmediatamente se desataron las furias de los paganos contra aquella cristiandad naciente. Cuántos fueron los que perecieron no lo sabemos, ni será fácil que se sepa nunca, habiendo ocurrido aquellos martirios en sitios donde la escritura era desconocida prácticamente y donde, por tanto, no podían perpetuarse los hechos ocurridos. Dios quiso, sin embargo, que conociéramos siquiera el martirio de algunos africanos que, por ocupar puestos más relevantes, dieron su vida en condiciones que permitieron luego averiguar lo sucedido. Tales son los mártires que Benedicto XV beatificó solemnemente el 6 de junio de 1920.

Pueden dividirse en dos grupos, de los que hablaremos sucesivamente. El primero está constituido por unos cuantos jóvenes, cuyas edades fluctúan entre los trece y los veintiséis años. A última hora se les agregó un compañero de treinta años. To-

dos ellos tienen como nota común el formar parte de la corte y estar viviendo como pajes en el palacio del rey. Todos fueron martirizados un mismo día, y casi todos con un mismo martirio.

Puede tenerse como principal a Carlos Lwanga. Tenía veintiún años el día de su martirio y podía considerarse como el favorito del rey, que había contado con él siempre para sus encargos más delicados. Siempre, hasta el día en que el rey se atrevió a pedirle lo que él no podía en manera alguna darle. Entonces fue arrojado al calabozo, y allí vinieron muy pronto a acompañarle sus compañeros de martirio. Entre ellos Mbaya Tuzinde, hijo de Mkadjanga, el principal y el más cruel de los verdugos. Era catecúmeno cuando empezó la persecución, y el mismo Carlos Lwanga le bautizó poco antes de ser condenado a muerte. Con él sucedió una escena que ya habían conocido los cristianos en las actas de las Santas Perpetua y Felicidad: su padre se presentó en el calabozo para pedirle una y otra vez que abjurase la religión católica, o que, al menos, dejase que le escondieran y que prometiera no volver a orar. A lo que el adolescente, pues no había cumplido todavía dieciséis años, respondió, con la firmeza que tantas veces hemos contemplado en los mártires cristianos, diciendo que prefería perderlo todo antes que abjurar. El padre tuvo que limitarse a utilizar su cargo para obtener para su hijo un triste privilegio: encargó a uno de los verdugos que estaban a sus órdenes que, cuando ya estuviera su hijo junto a la pira, le diera un golpe en la cabeza para que perdiera el sentido y así fuese quemado sin sufrir tanto.

No es posible dar, ni siquiera en síntesis, las biografías de los trece mártires que forman este primer grupo. Dos de ellos, Mgagga y Gyavira, de dieciséis y diecisiete años, fueron bautizados en la misma cárcel por Carlos Lwanga. Otro, Santiago Buzabaliao, intentó repetidas veces la conversión del mismo rey, con quien le había unido buena amistad antes de su elevación al trono. Los demás, jóvenes todos, resistieron impávidos todas las amenazas. Pero entre ellos destaca la figura angelical y encantadora de Kizito, niño aún de trece años, que fue, sin embargo, el que dio la nota de máxima valentía. Él levantó el ánimo de los que desfallecían. Él fue también el que, camino del patíbulo, invitó a todos a cogerse de las manos, de tal manera que

se llevaran unos a otros, si alguno decayera en su ánimo. Él fue, en fin, el que con mayor fuerza rechazó proposiciones libidinosas del rey.

Nota curiosa constituye la presencia en el grupo de Mukasa Kiriwanvu. Formaba parte del grupo de los pajes de la corte, pero aún no estaba bautizado. Cuando sus compañeros salían hacia el lugar del suplicio, uno de los verdugos le preguntó si era cristiano. Él contestó que sí y se unió a los condenados. Y así, sin haber recibido el bautismo de agua, sino únicamente el de sangre, ascendió a los altares.

Es hermoso también el caso de Lucas Banabakintu. No pertenecía a la servidumbre regia, sino a la de un gran señor. Había recibido hacía cuatro años el bautismo y la confirmación, y, cuando después recibió la primera comunión, se distinguió por su extraordinaria pureza de vida y su fervor en las cosas santas. Al estallar la persecución le hubiera sido fácil evitar ser apresado. Con gran fortaleza de ánimo se presentó, sin embargo, a su dueño, y éste le entregó a los soldados del rey. Así, a pesar de que su edad era superior a la de sus compañeros (tenía treinta años), mereció padecer el martirio con ellos.

Amaneció el día 3 de junio de 1886. Agrupados todos los mártires, salieron del calabozo camino de una colina llamada Namugongo. No todos, sin embargo, llegaron a ella. Algunos, que no pudieron andar con la suficiente presteza, fueron alanceados por el camino. Los que quedaban llegaron, por fin, al lugar del suplicio. Les ataron de pies y manos; les envolvieron en una red hecha de cañas y les pusieron en pie sobre unos haces de leña, para que sus cuerpos se fueran consumiendo lentamente. Y entonces se produjo la maravilla que colmó de admiración a los verdugos, que jamás habían visto cosa parecida: empezó a arder la leña y comenzaron las llamas a lamer los pies de los mártires; quedaron éstos envueltos en una nube de humo. Y, en lugar de salir de ella gemidos o maldiciones, salieron únicamente murmullos de oración y cánticos de victoria. Exhortándose unos a otros estuvieron firmes sobre el fuego, hasta que, por fin, sus voces se fueron extinguiendo. *Grex immolatorum tener,* tierna grey de los inmolados, les llama Benedicto XV, aplicándoles la frase que la sagrada Liturgia dedica a los Santos Inocentes.

Pasemos al segundo grupo de mártires, formado por nueve de ellos. En realidad, sin embargo, muy bien pudieran agregarse cinco al grupo anterior, pues, aunque no fueron martirizados el mismo día ni de la misma forma, pertenecían también, como los anteriores, a la corte, estaban unidos con ellos por lazos de íntima amistad, eran jóvenes de la misma edad, y sólo circunstancias fortuitas hicieron que no fuesen atormentados el mismo día 3 de junio.

Junto a ellos nos encontramos con otros mártires, que también repiten, por su parte, las más hermosas páginas de los primeros tiempos del cristianismo.

Recordemos en primer lugar a Matías Kalemba Murumba. Era ya un hombre hecho, pues tenía cincuenta años y ejercía la profesión de juez. Había sido primero mahometano y después protestante, para terminar recibiendo el bautismo en la Iglesia católica el 28 de mayo de 1882. Entonces, temiendo las dificultades de su profesión, la dejó, y se dedicó con alma y vida a la propagación de la religión, no sólo mediante la educación cristianísima de sus propios hijos, sino también con una labor de ardiente proselitismo. Llamado a la presencia del primer ministro, confesó abiertamente la fe y fue condenado a morir con muerte horrible. Sus verdugos le llevaron a un lugar inculto y desierto, temiendo que la piedad de los espectadores pudiera poner obstáculos a la ejecución de la tremenda sentencia. Allí fue Matías, con sus verdugos, alegre y contento. Empezaron por cortarle las manos y los pies. Después le arrancaron trozos de carne de la espalda, que asaron ante sus propios ojos. Finalmente, le vendaron con cuidado las heridas, para prolongar su martirio, y le dejaron abandonado en aquel lugar desierto. Tres días después, unos esclavos que estaban cortando cañas oyeron la voz de Matías, que les pedía un poco de agua. Pero, al verle desfigurado, mutilado, temieron al rey y se horrorizaron de tal manera que huyeron dejándole abandonado. Solo por completo, expiró al poco tiempo.

Tiene también un corte evangélico el martirio de Andrés Kagwa, pues nos recuerda la escena del de San Juan Bautista. Unido con íntima amistad al rey, había dado muestras de una gran caridad con ocasión de la peste que había invadido a la re-

gión. Fueron muchos los enfermos a los que, después de haberles atendido con caridad ardiente, bautizó y enterró después con sus propias manos. En su apostolado llegó a intentar catequizar a los hijos del primer ministro. Éste juró su ruina, hasta el punto de prometerse que no habría de cenar aquel día sin que el verdugo le trajera a la mesa la mano cortada de Andrés. Así se hizo aquel 26 de mayo en que el mártir, a sus treinta años de edad, voló a los gozos del cielo.

El mismo primer ministro consiguió también que el rey le entregase a Juan María Lamari, conocido con el sobrenombre de Muzeyi, es decir, el anciano. Hombre de gran prestigio, lleno de prudencia, misericordioso con los pobres, daba su dinero y su actividad para conseguir la redención de los cautivos, a los que catequizaba. Cuando vio que eran perseguidos los cristianos rehusó huir. Antes al contrario, se presentó con toda naturalidad ante el rey. Éste le envió al primer ministro. Algo sospechaba el mártir, pero, como dicen las letras de beatificación, «pensé que era absurdo temer por algo que tuviera relación con la causa de la religión». Y, en efecto, al presentarse al primer ministro, éste ordenó que le arrojaran a un estanque que tenía en su finca. Allí pereció ahogado.

Terminemos la relación, que puede parecer monótona, pero que, sin embargo, es gloriosísima, con la primera de las víctimas: José Mkasa Balikuddembé. Había servido ya al rey Mtesa como ayuda de cámara. Su hijo Muanga, al llegar al trono, le conservó junto a sí y le puso al frente de la casa regia. El mártir se dedicó a un apostolado activísimo entre los jóvenes que formaban parte de la corte. Todo iba bien, y el rey le tenía en gran consideración y afecto, hasta que José hubo de oponerse a las obscenas pretensiones del rey. Entonces cambió todo. Fue condenado a muerte. Y llevado a un lugar llamado Mengo, donde fue decapitado. Antes, sin embargo, de que la sentencia se ejecutara el mártir declaró públicamente que perdonaba de todo corazón al rey y que encargaba a us verdugos que le pidieran, por favor, en su nombre que hiciese penitencia cuanto antes.

Tal es la historia de los Mártires de Uganda. Otros muchos martirios hubo en aquella misma persecución, de los que, como hemos dicho, no conservamos memoria pormenorizada. Lo

que ciertamente sabemos es que al poco tiempo cambiaba por completo la situación. Los perseguidores morían con muertes miserables. Y, en cambio, las multitudes acudían en masa a los misioneros solicitando el bautismo. Hoy las tierras de Uganda se han transformado en una de las más florecientes cristiandades. Establecida la jerarquía eclesiástica con un arzobispado y seis diócesis sufragáneas, florece el clero indígena, y alguno de los obispos puestos al frente de las diócesis es descendiente directo de los beatos mártires. Los católicos de aquella región se cuentan por muchos millares y ha vuelto a cumplirse la frase de Tertuliano. Como en los primeros tiempos del cristianismo, la sangre de los mártires ha sido semilla de cristianos.

Su causa de beatificación fue introducida por San Pío X el 15 de agosto de 1912. Declarado que constaba el martirio el 10 de marzo de 1920, el 6 de junio del mismo año eran solemnemente beatificados por Benedicto XV. Su fiesta se celebra en todas las casas de Padres Blancos, y en todas las circunscripciones encomendadas a su Congregación. Pablo VI, en la homilía de canonización, en 1964, dijo: «El África, bañada por la sangre de estos mártires, surge libre y dueña de sí misma».

LAMBERTO DE ECHEVERRÍA

Bibliografía

AAS 12 (1920) 82; 168s; 272-281; 57 (1965) 693-703.
ANDRE, M., *Les martyrs noirs de l'Ouganda* (París 1936).
BEDUSCHI, G., *Los mártires de Uganda* (Madrid 1964).
STREICHER, H., *The blessed martyrs of Uganda* (Quebec 1928).
VALLERY-RADOT, R., en R. RICARD - M. VAUSSARD *et al., La légende dorée au-delà des mers* (París 1930).
• Actualización:
«San Carlos Lwanga y compañeros mártires», en A. BALL, *Santos de nuestro tiempo,* I (Lima 2003).

SAN JUAN GRANDE

Religioso († 1600)

La vida de San Juan Grande es verdaderamente admirable, porque fue un continuado ejercicio de todas las grandes virtudes cristianas. Desde su infancia lo llamó el Señor a conocerle y

amarle y Juan respondió con prontitud y constancia a la llamada del Señor, según en cada momento la captaba.

Su nacimiento tuvo lugar en Carmona, en la hoy provincia de Sevilla, el sábado 6 de marzo de 1546 en la calle que se llamaba del Caño y que hoy lleva el nombre del santo y conserva su casa natal Su padre, Cristóbal Grande, era herrero y sostenía la casa con su trabajo y algunos bienes que tenía y que naturalmente legó a sus hijos. Su madre se llamaba Isabel Román, llamada «Romana» por feminización del apellido. Debieron contraer matrimonio en 1543, ya que tuvieron su primera hija en enero de 1544. Este matrimonio tuvo siete hijos de los que sobrevivieron tres. Juan fue el segundo hijo y primer varón, el último, nacido el 27 de septiembre de 1557, fue un hijo póstumo, pues el padre murió en los primeros nueve meses de este año. Tenía Juan, por tanto, once años cuando su padre murió. Fue él quien situó al niño Juan como acólito o niño de coro de la parroquia de San Pedro, donde se acreditó el pequeño por su bondad y su piedad, siendo notable ya para entonces su tierna devoción a la Virgen María Aunque más tarde y por humildad Juan se presentará como analfabeto, el hecho es que consta haber escrito y firmado algún documento, lo que indica que sabía leer y escribir y sería en la parroquia de San Pedro donde lo aprendería. Vistas las buenas cualidades del niño, el párroco le propuso optase por el sacerdocio, ofreciéndose a ayudarle, pero el muchacho respondió que no se sentía con tal vocación.

Muerto su padre en 1557, su madre contrajo nuevo matrimonio con Cristóbal de Fontanilla, con quien Juan siempre se llevó bien y que con la madre terminaría viviendo en Jerez, naciendo de este matrimonio cuatro hijos de los que sobrevivió solamente una hija. Y, o bien antes de este segundo matrimonio, o bien ya casada de nuevo, la madre de Juan lo llevó a Sevilla y lo situó de aprendiz de pañero con un maestro de la Cal de Escobas para que le enseñara el oficio. Aquí el jovencito Juan volvió a acreditarse por su bondad y buenas cualidades, siendo tanto el afecto que el maestro le cobró que, cuando pasaron los cuatro años y tocaba volver a Carmona, el maestro insistió con gran empeño ante la madre para que lo dejara como socio del negocio en Sevilla Pero la madre no se avino y lo llevó consigo

a su pueblo para que allí ejerciera el oficio de pañero que había aprendido. Esta vuelta a Carmona hay que situarla en 1562 o 1563. En Carmona se dedicó a vender telas por las calles en compañía de un joven llamado Álvaro López. Lo que vendía era tela blanca o lino. Muy pronto Juan se sintió mal en este oficio, por un problema de delicadeza de conciencia. Entendía él que para llevar de forma económicamente provechosa el oficio había algunas veces que mentir y no quería hacerlo. Este escrúpulo le provocó una verdadera crisis interior, que culminó en un viaje que hizo al puerto de Sanlúcar de Barrameda para adquirir telas, y en el cual por no mentir tuvo una notable pérdida económica, y entonces decidió abandonar el oficio de pañero y vuelto a su casa de Carmona así se lo dijo a su madre y lo hizo. No salió más a vender.

¿A qué dedicar su vida? Esta pregunta era inevitable cuando acababa de abandonar el oficio para el que había sido preparado pero en el que se encontraba espiritualmente incómodo. Un día toma una determinación firme: abandonar su casa e irse a pensar en su vocación verdadera. Lo hizo. Marchó a la vecina población de Marchena y en la ermita de Santa Olalla se dedicó a la oración, pidiendo al Señor lo iluminase. Aquí llega a una conclusión primera y fundamental: dedicará su vida a Dios viviendo en castidad y pobreza. Se despoja no sin trabajo de su ropa seglar y se viste una tosca túnica. Y decide abandonar su nombre y llamarse en adelante Juan Pecador. Él logrará que apenas nadie sepa que se llama Juan Grande y que todos, especialmente fuera de Carmona, le llamen hasta su muerte Juan Pecador. Dios será siempre en adelante el centro de su vida. Su pasión será el amor a Dios y su ilusión más honda que todos amen a Dios. Él repetirá por las calles de Jerez: «Amemos mucho a Dios. Oh Señor, si todas tus criaturas te amasen...». La opción por Dios es su opción fundamental, de manera que todo cuanto haga en adelante será sobre la base de esta opción. Todo lo hará movido por el amor de Dios.

Decidido a servir al Señor, se preguntaba Juan cómo querría Dios que lo sirviese, y un encuentro casual, providencial, con unos ancianos pobres y abandonados le dio la solución: los llevó consigo y se dedicó a cuidarlos, pidiendo limosnas por las

calles de Marchena para poder sostenerlos. Cayó en la cuenta de que Dios lo quería siervo de los pobres y humildes.

Tomada esa decisión, toma Juan otra que sus primeros biógrafos atribuyen a una expresa indicación divina, y fue la de establecerse en Jerez de la Frontera. Que sepamos no tenía Juan ninguna relación humana con Jerez. Por ello, comentando este paso de la vida de San Juan Grande, el primer obispo de Jerez, mons. Bellido Caro, llamó al santo «regalo de Dios a Jerez».

Hay constancia documental de que Juan estaba ya en Jerez el 10 de mayo de 1566 cuando se dirige al Consistorio jerezano y le pide ayuda para la obra que estaba realizando y que era la de cuidar de los presos pobres de la cárcel real y atender a algunos enfermos en una sala aneja a la Capilla de los Remedios. Según su primer biógrafo, cuando él llegó a Jerez confesó con un franciscano y le preguntó qué necesidad más urgente había en Jerez, y el religioso le contestó que estaban muy necesitados los pobres detenidos en la cárcel real. Juan entonces se dedicó a atenderles, pidiendo para ellos limosnas por las calles y socorriéndolos con ellas El alcaide de la cárcel, viendo la buena obra que el joven Juan Pecador hacía, le dio albergue en la misma prisión, asignándole una habitación en la que residir No siempre los presos se mostraron agradecidos con su bienhechor y hubo de soportar, y lo hizo con paciencia, ingratitudes y malos tratos, pero muy pronto Jerez se dio cuenta de que Juan Pecador era un hombre de Dios dedicado a santas obras. Y fue él, recorriendo Jerez para pedir limosnas, el que cayó en la cuenta de que había un sector muy abandonado y necesitado de auxilio: los enfermos convalecientes que eran despedidos de los varios hospitales y los incurables a los que dichos establecimientos benéficos no daban acogida Muchos de ellos languidecían por las calles e incluso aparecían muertos en los soportales y calles «como atunes en las playas». Y decidió Juan atenderlos hasta donde pudiera. Consiguió que la Hermandad de Nuestra Señora de los Remedios le diera una sala aneja a la capilla y en ella estableció ocho camas donde empezó su obra hospitalaria. Cuentan sus biógrafos que Juan se vio alentado a esta obra de misericordia por una visión que tuvo de Cristo, todo llagado, y que le pidió que lo atendiera en sus enfermos. Esta obra de

Juan en Los Remedios duró quince meses, al cabo de los cuales la Hermandad despidió a Juan, porque Juan quería ampliar la obra hospitalaria e incluso le pidió al Concejo jerezano le dieran un corralito que había detrás de la capilla. Todo Jerez estaba muy edificado de la buena obra que hacía Juan y por ello vio con malos ojos que se le despidiera. La Hermandad se defendió como pudo y fue puesto en entredicho el buen nombre de Juan. Pasó Juan por una tormenta interior, pues se preguntaba si estaba haciendo las cosas bien, pero se serenó pensando que lo hacía todo por Dios y era en definitiva el Señor el que era servido en los pobres.

Juan se marchó de Los Remedios con sus enfermos a un sitio que no se ha podido localizar, pero que él calificó en escrito dirigido al Concejo de sitio estrecho e inapropiado. Pasó entonces a formalizar lo que sería el ideal de su vida: un buen hospital para pobres convalecientes e incurables. En abril de 1567 se dirige Juan al Concejo municipal jerezano y le pide un sitio donde edificar un nuevo hospital y cartas de presentación para ir a Roma a solicitar del Papa indulgencias para quienes le ayuden a la buena obra. El Consistorio jerezano le asignó un sitio junto a la capilla de Las Angustias y le dio la solicitada carta de presentación al Papa en la que llena de elogios a Juan. Naturalmente el Concejo para autorizar a Juan a edificar un nuevo hospital tenía que obtener licencia real, y creyó el Concejo que la obtendría, pero no fue así y el 13 de junio de 1567 hubo de intimar a Juan la orden real de que cesase en la empezada construcción de su hospital. Debió ser un momento difícil para Juan, pero tenía lógica que si el Rey y el Papa se proponían reducir los hospitales españoles y concentrar muchos pequeños en unos cuantos mejor atendidos, no se diera licencia para hospitales nuevos.

La negativa fue acompañada de una propuesta que era una solución, no óptima pero mejor que nada, y fue la de que Juan se hiciera cargo de la hospedería de San Sebastián, a cargo de la Hermandad de San Juan de Letrán y contigua a las capillas de Letrán y de San Sebastián. Eran varias salas en las que era posible que Juan colocara y atendiera a sus enfermos. Juan aceptó y allá se trasladó con sus pobres. Hasta entonces en aquellas salas la obra de misericordia que se había hecho era albergar a pobres

sin techo; ahora se dedicarían a enfermos. Y tenía aquello la ventaja de su legalidad: pues existía legalmente el Hospital de San Sebastián y Juan lo que entraba era a regentarlo No era necesario pedir un permiso de nuevo hospital. Pero Juan nunca abandonó la idea de hacer un hospital materialmente nuevo para convalecientes e incurables, y todo indica que entre 1569 y 1572 estuvo ahorrando con la idea de hacerlo, y para ello encontró el sitio: el camposanto contiguo; el 11 de mayo de 1572 pedía licencia a la Hermandad de Letrán a fin de construir en su terreno nuevas salas destinadas a enfermerías para ampliar y mejorar la obra que se venía haciendo. Juan ayudado de un mozo atendía con gran celo a los enfermos, y la Hermandad había podido ver la magnífica conducta y cristianas obras de Juan. Se llegó a un acuerdo: Juan edificaría en el cementerio un nuevo pabellón de enfermerías a sus expensas y lo regentaría hasta el final de sus días. En muriendo Juan la Hermandad quedaba libre para destinar la construcción a los fines que quisiese. Como puede verse, Juan no pensaba en la continuación de su obra más allá de su muerte. Era obviamente un luchador solitario. Y bajo este supuesto empezó la obra y se fue llevando adelante durante los años 1573 y 1574, no siendo hasta 1575 cuando se completa y la dedica a Nuestra Señora de la Candelaria. Pero para entonces en la vida de Juan hay novedades.

Novedades grandes. En una fecha desconocida del año 1574 Juan Pecador había ido a Granada y había profesado como hermano de la entonces recientemente formalizada Congregación de Juan de Dios. Bien sabido es que aunque San Juan de Dios había vestido un hábito de tipo religioso, había vivido en pobreza y castidad en el seno de su hospital, obediente a su director espiritual y a su prelado, y teniendo compañeros que compartían su género de vida, en realidad el grupo no había sido formalizado como congregación religiosa. A petición de los hermanos de Granada que seguían llevando la obra de Juan de Dios y que ya se había extendido a otros varios hospitales, el papa San Pío V erigió formalmente la Congregación de Juan de Dios el 1 de enero de 1572 con los hermanos de los cuatro hospitales *juandedianos* que había entonces y dejando la puerta abierta para que otros hospitales y sus servidores pudieran integrarse

en la misma. Les dio el Papa la Regla de San Agustín y puso cada hospital bajo la autoridad del respectivo obispo diocesano. Por esa puerta abierta dejada por el santo pontífice entró en la Congregación Hospitalaria San Juan Grande, empezó a vestir el escapulario típico de los *juandedianos* y a observar las costumbres que le señalaron como propias en el hospital granadino. Una vez profeso, vuelve a Jerez y es claro que trae la consigna de agregar no sólo su persona sino también su hospital a la nueva Congregación, y es lo que Juan solicitó de la Hermandad el 10 de enero de 1575, de forma que a su muerte el hospital en vez que quedar a disposición de la Hermandad, como era lo acordado en 1572, quedara para su comunidad religiosa. La petición de Juan es estudiada por la Hermandad y el 4 de julio de ese mismo año 1575 se sustancia un nuevo acuerdo por el cual el hospital quedaba para la Congregación de Juan de Dios. Juan expresaba su confianza de que Dios le daría compañeros que colaboraran y prosiguieran su obra.

Juan recibió en el hospital vocaciones hospitalarias a las que educó y llevó hasta su plena integración en la vida religiosa. Entre los novicios que tuvieron por maestro a Juan se cuenta el que será el primer general de la congregación española de la Orden, fray Pedro Egipcíaco. Los religiosos formados por Juan fueron muy apreciados en todas partes.

El hospital de Juan Pecador tenía un orden admirable. Muy temprano Juan Pecador y sus hermanos se levantaban para hacer oración, oír luego la santa misa, y acudir enseguida a atender a los enfermos. Juan personalmente iba cama por cama preguntando a cada enfermo cómo estaba y si necesitaba algo. Luego de tomar el desayuno, los enfermos eran arreglados y curados, y Juan y sus hermanos hacían las diferentes tareas precisas, entre ellas la de pedir limosna por las calles y por los campos de Jerez. Luego de almorzar los hermanos continuaban su trabajo. Juan visitaba enfermos también por las casas y repartía todos los días limosnas a las puertas del hospital e igualmente visitaba a numerosas familias pobres vergonzantes y les llevaba socorro. Se cuenta que un año multiplicó el pan, dada la cantidad de pobres y la gran necesidad que hubo en la ciudad. Había un médico que pasaba visita diaria y un enfermero mayor al que acompa-

ñaban Juan y sus hermanos al hacer las curas. Llegada la caída de la tarde y luego de la cena tenía lugar la oración comunitaria, que Juan nunca veía la hora de terminarla. Y luego cada hermano pasaba a su celda, salvo el que atendía a los pobres que eran acogidos para pasar la noche en una sala y que no durmieran al raso e igualmente se atendía a los internos del hospital que necesitaban cuidados de noche. En las celdas había mucha austeridad, porque los hermanos vivían con mucha intensidad la pobreza evangélica, pero, además, en la de Juan no había cama pues dormía en una tabla sobre el suelo. Los enfermos tenían buenas camas con colchones y sábanas, y tenían camisas de dormir. Pensando que procedían de las calles donde habían dormido y languidecido en los soportales, entrar en el hospital de la Candelaria sería para ellos como entrar en un lujoso hotel. El trato que se les daba era exquisito y Juan se llamaba a sí mismo «el pobrecillo esclavo de los pobres de Cristo». Cuando morían los enfermos del hospital, Juan les hacía un digno entierro y mandaba celebrar misas por sus almas y pedía limosna por las calles expresamente para esta obra de caridad de hacer sufragios por los difuntos. Los hermanos que vivían con Juan participaban de su ideal hospitalario y de su entrega. Y toda la comunidad cristiana de Jerez estaba muy edificada, como quedó claro cuando se recogieron informaciones sobre los hospitales jerezanos.

Juan tenía permiso para pedir por algunos pueblos de la diócesis sevillana, a la que entonces pertenecía Jerez, y así sabemos que pedía en Sanlúcar de Barrameda, en el Puerto de Santa María, etc., y tenía también licencia para pedir en el vecino obispado de Cádiz, cosa que hacía. Mucha gente acudía a Juan no solamente a solicitar ayuda en sus necesidades materiales sino también consejo y consuelo en sus problemas espirituales y morales. Cada día, cuando volvía al hospital de haber estado pidiendo por las calles o visitando pobres en sus casas, le esperaban para recabar sus consejos y orientaciones numerosas personas, muchas de ellas de las familias más principales de la ciudad, entre las cuales tenía un enorme crédito y le ayudaban generosamente en sus obras de caridad. Mucha gente le pedía que fuera el padrino de bautismo de sus hijos, y se han localiza-

do varios cientos de partidas de bautismo en las que el hermano Juan Pecador figura como padrino.

Les tocó a los hospitales jerezanos la anunciada reducción y reestructuración de hospitales, que hemos dicho acordaron el Rey y el Papa. La comisión nombrada al efecto escuchó a todos los gerentes o dueños de los hospitales jerezanos, y por ello también a Juan, el cual declaró el origen del hospital, el tipo de hospitalidad que se hacía en él, los ingresos y gastos, etc. Y debió dar su opinión sobre cuál debiera ser la forma concreta que en Jerez adoptara la reducción. Juan entregó un *Memorial,* que fue luego, en la causa de beatificación, el único manuscrito personal suyo que pudo hallarse. Cuando llegó la hora de tomar decisiones se acordó en bastante medida lo aconsejado por Juan y se le encomendó a él la parte ejecutiva de la reducción. Esto le acarreó grandes sinsabores porque, como su hospital era uno de los tres que subsistían y se le convertía en hospital general de hombres, los fondos de otros hospitales venían a parar al suyo, y de ahí vino que se le lanzara la calumnia de que era un acaparador y avaricioso y le motejaran de Juan «Pescador». Hubo de pasar un tiempo de tribulación que soportó con admirable paciencia. La reducción se efectuó el 11 de febrero de 1593 y Juan tuvo de todos modos la satisfacción de ver que la hospitalidad jerezana quedaba muy mejorada en su estructura y su eficiencia. A poco, además, se le dio para uso del hospital la contigua iglesia de San Sebastián, en la que el propio santo sería enterrado.

En vida de Juan hubo novedades en la estructura formal de la Congregación de Juan de Dios, a la que Sixto V convirtió en orden religiosa autónoma. Juan no acudió a las reuniones en que se preparó esta nueva modalidad ni acudió tampoco a los capítulos generales celebrados en Roma. No hizo mudanza en su modo de adhesión a la Congregación y se atuvo a la bula fundacional de San Pío V. Clemente VIII desharía posteriormente la obra de Sixto V y aun parte de las concesiones de Pío V, perseverando Juan en su manera discreta y silenciosa de comportarse.

Juan era un alma de altísima oración, a la que dedicaba, pese a su mucha actividad, muchas horas del día. El Señor le favoreció en numerosas ocasiones con éxtasis evidentes y que muchas

personas de su entorno pudieron comprobar. Su devoción central era la Trinidad, sobresaliendo también por su singular devoción a la humanidad de Cristo, especialmente a los misterios de su encarnación y pascual. Era igualmente singularmente devoto del Santísimo Sacramento, al que visitaba y adoraba con fervor ardoroso. Era igualmente devotísimo de la Virgen María, a la que decía que llevaba en su corazón desde su nacimiento, y a la que rezaba cada día los quince misterios del rosario. Su especial estima de la virtud de la castidad le llevó a una tierna devoción a San Juan Evangelista y a Santa Inés. Su confesor dijo al año siguiente de la muerte de Juan, cuando tuvo lugar el primer traslado de sus restos, que Juan había muerto virgen, había conservado todo el tiempo de su vida la flor de la pureza.

Tenía Juan cincuenta y cuatro años cuando el Señor lo llamó a su reino. Había logrado hacer la obra de su vida: un buen hospital para los pobres enfermos. En mayo de 1600 se declaró la peste bubónica en Jerez en una epidemia que desde el norte recorrió la geografía española. Juan y sus hermanos no solamente acogieron en el hospital a cuantos enfermos pudieron sino que, además, se lanzaron a la calle a atender y cuidar a los que pudieran. Juan se contagió del mal y el 26 de mayo caía en plena calle impotente ya de continuar con su obra hospitalaria. Fue llevado a su celda. Vio venir la muerte. Recibió algunas visitas, y con los santos sacramentos se dispuso al encuentro con Dios. Murió solo en su celda en el mediodía del sábado 3 de junio de 1600. Lo hallaron muerto abrazado a una cruz. No hubo entierro solemne para él. Arrastrado hasta un foso en el corral del hospital, allí estuvo hasta que al año siguiente sus restos fueron solemnemente trasladados a la iglesia de San Sebastián, donde estuvieron hasta 1840. Desde entonces hasta 1928 estuvieron en la parroquia jerezana de San Dionisio, y ese año pasaron a la nueva casa que los Hermanos de San Juan de Dios tienen en Jerez y que ahora lleva su nombre. Juan Grande fue beatificado el 13 de noviembre de 1853 y canonizado el 2 de junio de 1996. El 3 de marzo de 1980 el papa Juan Pablo II creó la nueva Diócesis Asidonense-Jerezana y de ella confirmó patrono a Juan Grande el 10 de diciembre de 1986.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

MASCAREÑAS, J., *Vida, virtudes y maravillas del Venerable Juan Grande, denominado Pecador* (Cádiz [5]1981).
REPETTO BETES, J. L., *El Hermano Juan Pecador. Biografía crítica del B. Juan Grande* (Jerez 1984).
— *San Juan Grande, apóstol de la misericordia* (Madrid 2001).
SANCHO DE SOPRANIS, H., *Biografía documentada del B. Juan Grande,* 2 vols. (Jerez 1960).

BEATO JUAN XXIII

Papa († 1963)

El 3 de septiembre de 2000, en la ceremonia de beatificación de Angelo Giuseppe Roncalli, el papa Juan Pablo II pronunciaba estas palabras:

> «Contemplamos hoy en la gloria del Señor a Juan XXIII, el Papa que impresionó al mundo por su afabilidad de trato, en el que se trasparentaba la singular bondad de su alma [...] Del Papa Juan permanece en el recuerdo de todos la imagen de su rostro sonriente y de sus brazos abiertos en un abrazo al mundo entero. ¡Cuántas personas fueron conquistadas por la sencillez de su alma, unida a una amplia experiencia de hombres y de cosas!» *(Ecclesia,* 16-9-2000).

Estas breves pinceladas papales suponen ya un sustancial retrato o testimonio no sólo de Juan XXIII sino también del impacto universal que su vida y su muerte dejaron en el corazón de sus contemporáneos.

Juan XXIII había muerto el 3 de junio de 1963 entre un plebiscito mundial de popularidad y de cariño. Su breve pontificado —apenas cinco años— había resultado sorpresivamente fecundo y atractivo, pletórico de un estilo pastoral abierto y entrañable que le valió apelativos de tanto aprecio como «papa bueno», «papa de todos», «párroco del mundo». Por otra parte, las previsiones formuladas a la vista de su avanzada edad, 77 años, pronosticándolo como un «papa de transición», quedaron pulverizadas por iniciativas suyas tan resonantes y comprometidas como la convocatoria del Concilio Vaticano II, que apuntaba hacia un *aggiornamento* o actualización de la Iglesia ante la faz del mundo en la segunda mitad del proceloso siglo XX.

El candor entre infantil y campesino de Juan XXIII, su talante afectuoso y bien humorado, la serena audacia de sus deci-

siones, dieron pie a infinidad de actuaciones suyas y de anécdotas que confluían siempre en la bondad de su corazón y en su confiado abandono a la Providencia, así como en una disposición permanente a tener más en cuenta lo mucho que une a los hombres, y aun a las iglesias, en comparación con lo poco que, según él, los separa.

De su talante y de su perfil espiritual derivaron las gentes una suerte de «franciscanismo» atribuido a Juan XXIII. Amén de las muchas «florecillas» que de él se contaban, algunas encuestas y cuestionarios con motivo del tránsito al tercer milenio señalaban a Francisco de Asís como el personaje cristiano más relevante del segundo milenio y a Juan XXIII como la figura más atractiva y benéfica del siglo XX. Era un emparejamiento que evocaba aquel pasaje de *Las Florecillas* en que fray Masseo le preguntaba a San Francisco: «Dime por qué toda la gente corre detrás de ti». La respuesta de Francisco, alegrándose de que así fuera y atribuyendo todo a la gloria de Dios, podría haber salido también de los labios de Juan XXIII.

Esta opinión generalizada de bondad, y aun de beatitud, no era, en el caso del papa Roncalli, un mero sentimiento piadoso o popular. Fue el cardenal Alfred Suenens, uno de los grandes protagonistas del Vaticano II, quien al comienzo de la segunda sesión conciliar, en octubre de 1963, sintetizó la vida y el pontificado del recién fallecido Juan XXIII con estas palabras: «Hubo un hombre enviado por Dios cuyo nombre era Juan», elogio que el cuarto evangelista dedicara al precursor de Jesús, Juan el Bautista (Jn 1,16).

Por su parte, el cardenal Montini, que le sucedería como Pablo VI, había bendecido ya su memoria diciendo a renglón seguido de la muerte de Juan XXIII que la herencia que dejaba a la Iglesia ni cabía en su sepulcro ni podía quedar encerrada en él.

Angelo Giuseppe Roncalli, hijo de Battista Roncalli y de Marianna Mazzola, nació en Sotto il Monte, provincia de Bérgamo, siendo el cuarto de doce hermanos. Recibió el bautismo dentro de la fecha de su nacimiento: el 25 de noviembre de 1881. En su misma parroquia haría la primera comunión en 1888, a los siete años. El ambiente sano, sencillo y rural en que

se desenvolvió su infancia lo describiría él mismo con estas palabras siendo ya Papa:

> «Éramos pobres pero vivíamos felices en nuestra condición y confiados en la Providencia. Faltaba el pan en la mesa, sustituido por la polenta. Pocas veces veíamos la carne. Apenas en Navidad y Pascua un trozo de dulce casero. La ropa y el calzado de ir a la iglesia tenía que durarnos años. No obstante, cuando un mendigo llamaba a la puerta mi madre se apresuraba a sentarlo a la mesa con nosotros» *(Diario del alma,* 411).

De 1892 a 1900 su vida transcurrió en el seminario de Bérgamo, hasta concluir allí el segundo año de teología. De notar que ya en el seminario, en 1896, con solo 15 años, dio comienzo a su *Giornale dell'anima,* diario espiritual que prosiguió hasta el 1962, el año anterior a su muerte, y fuente imprescindible para conocer el alma y el talante de Juan XXIII.

En enero de 1901 es enviado a Roma con una beca para residir en el colegio de la diócesis de Bérgamo, asistiendo en el Apollinare a las clases de teología del Seminario Mayor de Roma. Enseguida hubo de interrumpir los estudios para cumplir el servicio militar en un regimiento de infantería del que salió en noviembre de 1903 con el grado de sargento.

Un sacerdote de Bérgamo

En el mes de julio de 1904 recibió el doctorado en sagrada teología, asistiendo a sus exámenes el profesor Eugenio Pacelli, futuro Pío XII. Pocos días después, el 10 de agosto, era ordenado sacerdote en la iglesia romana de Santa María in Monte Santo, en la Piazza del Popolo. Tras la ordenación fue recibido en audiencia por el papa Pío X y en los días sucesivos celebró sus primeras misas en iglesias de Roma, Florencia y Milán, haciéndolo solemnemente en Sotto il Monte en la festividad de la Asunción, fiesta patronal de su pueblo.

Cuando —ya en 1905— había reemprendido los estudios superiores en el Apollinare, mons. Radini-Tedeschi, que acababa de ser nombrado obispo de Bérgamo, lo llamó a su lado para desempeñar el cargo de secretario y capellán suyo. El influjo de este obispo en el sacerdote Roncalli, la huella que dejó en su sa-

cerdocio, lo pondera así él mismo en una carta de 1953, al ser nombrado cardenal·

> «He tenido siempre a Mons Radini Tedeschi por la estrella de mi juventud sacerdotal y el maestro de mi vida eclesiastica y de servidor de la santa Iglesia y del Papa»

Junto a Radini-Tedeschi, que en octubre de 1906 le nombro profesor de Historia eclesiástica en el Seminario de Bergamo, adquirió don Angelo una amplia experiencia, como secretario también de la visita pastoral y del XXXIII Sínodo diocesano de Bergamo celebrado en abril de 1910 La proximidad a mons Radini-Tedeschi le proporcionó igualmente, entre los años 1905 y 1914, la ocasión de viajar por Europa asistiendo a reuniones y congresos múltiples

En agosto de 1914, a los dos días del fallecimiento de Pío X, murió también mons Radini-Tedeschi. Don Angelo Roncalli proseguía en sus tareas de investigación histórica relativas a las diócesis de Bérgamo y Milán, trabajos que quedaron interrumpidos al ser movilizado como consecuencia del estallido de la primera guerra mundial. Esta nueva experiencia militar en su vida se extendería desde mayo de 1915 hasta diciembre de 1918, tiempo en que realizó funciones de asistencia religiosa y sanitaria dentro del ejército italiano. Terminada la guerra, el sacerdote Roncalli volvería a su diócesis de Bérgamo donde inmediatamente fue nombrado director espiritual del Seminario.

Esta etapa de su vida, señalada por la concentración espiritual y los estudios que llevaba entre manos, concluyó inesperadamente, en enero de 1921, al ser llamado a Roma por el papa Benedicto XV para que, dentro de la Congregación de Propaganda Fide, desempeñara el cargo de Presidente del Consejo Central para Italia de la Pontificia Obra de la Propagación de la Fe. En los años siguientes don Angelo recorrió las diócesis de Italia dedicado en plenitud a la labor de la animación misionera, menudeando también los viajes a otros países con los mismos fines misionales y sin perjuicio de que se ocupara, en 1924, de la cátedra de patrística en el Pontificio Ateneo Lateranense de Roma.

En el servicio diplomático de la Santa Sede

El rumbo de la vida de Angelo Giuseppe Roncalli cambia notablemente en 1925. En marzo de ese año era nombrado visitador apostólico en Bulgaria, por Pío XI, cargo que comportaba su elevación al episcopado. El 19 del mismo mes recibía la ordenación episcopal en la iglesia romana de San Carlos del Corso y en abril estaba ya en su residencia de Sofía, guiado por el mote o lema que había elegido para su escudo episcopal: *Obedientia et Pax*. Era el mismo que había lucido y cumplido en el siglo XV el admirado cardenal Baronio de sus estudios históricos. En los apuntes de su diario tomados en los ejercicios espirituales previos a la ordenación episcopal (13-17 de marzo de 1925) figura esta explicación: «Estas palabras son, en cierto modo, mi historia y mi vida» *(Diario del alma,* 281). Curiosamente, en 1959, siendo ya Juan XXIII, repetirá en su diario la misma persuasión:

> «Éste es el misterio de mi vida. No busquéis otras explicaciones. Siempre he repetido la frase de San Gregorio Nacianceno: "Voluntas tua pax nostra". Es el mismo pensamiento que aletea en esas otras palabras que me han acompañado siempre: "Obedientia et Pax"» *(Diario del alma,* 407).

A los seis años de ejercer en Bulgaria su cargo de visitador apostólico con gran celo ecuménico y misionero, la Santa Sede lo nombró delegado apostólico. Era un ascenso en el rango de su representación sin moverlo de Bulgaria, donde él había alternado sus obligaciones diplomáticas con las de carácter pastoral: predicación, retiros, ejercicios espirituales, etc.

Finalmente, en noviembre de 1934, mons. Roncalli era trasladado a la Delegación apostólica de Turquía y Grecia con residencia en Estambul, donde estaba ya en los primeros días de 1935. Su estancia al frente de esta doble Delegación apostólica iba a durar nueve años. Mons. Roncalli los vivió con la intensidad que tanto Turquía como Grecia brindaban a su preparación humanística, a sus conocimientos históricos y a su sensibilidad religiosa ecuménica y evangelizadora. Recorrió lugares y monasterios sagrados para el clasicismo griego y el cristianismo oriental, siempre con ánimo bondadoso y conciliador. Frases

como: «Seré amable con todos como si no tuviera otra cosa que hacer que ocuparme de cada uno» *(Diario del alma,* 303), o «Proseguiré con mi esfuerzo tranquilo por ser por encima de todo bueno y benigno, sin debilidades, pero con perseverancia y paciencia para con todos» (ibid., 307), aparecen en su diario de aquellos años. Ni la idiosincrasia local ni las consecuencias, luego, de la segunda guerra mundial hacían siempre fáciles las aspiraciones del delegado apostólico. Por otra parte, en un mundo tan ajeno a su tierra natal, mons. Roncalli supo culminar algunos de los meritorios trabajos de investigación histórica que logró publicar. Así, *Actas de la visita apostólica de San Carlos Borromeo a Bérgamo* (1936) y *Los comienzos del Seminario de Bérgamo y San Carlos Borromeo. Notas históricas con una introducción sobre el Concilio de Trento y la fundación de los primeros seminarios* (1939).

En las vísperas de la Navidad de 1944 el papa Pío XII, con sorpresa de muchos y del propio mons. Roncalli, le nombraba nuncio apostólico en Francia. Hizo diligentemente sus maletas y, tras haber mantenido en el Vaticano una conversación con el papa Pacelli, el 1 de enero de 1945, presentaba ya sus cartas credenciales al general Charles de Gaulle, presidente del gobierno provisional de la República Francesa. A pesar del trasiego y la precipitación, el nuncio Roncalli no había perdido la serenidad de su alma. Por una parte a mons. Pappalardo, en carta de 26 de diciembre de 1944, le decía·

> «No habiendo buscado ni imaginado nada de cuanto me ha sucedido, gozo de gran paz de corazon y de una serena confianza en el Señor» *(Diario del alma,* 342)

De otro lado, a sus familiares, en tono mucho más llano, les explicaba que, como Habacuc, se había sentido cogido por los cabellos y transportado de repente de Estambul a París. Incluso echaba mano de un refrán latino para, quitando importancia a su nombramiento, hacerles saber que «cuando no hay caballos tienen que trotar los burros».

La Nunciatura de mons Roncalli en París duraría desde enero de 1945 hasta enero de 1953. Tanto en el tejido social de Francia como en los asuntos de relación de la Santa Sede con el Estado francés, y en la provisión de las diócesis que al Nuncio le correspondía gestionar, estaba aún muy viva la huella de la

segunda guerra mundial. Roncalli supo alternar la habilidad diplomática, basada en la llaneza y sinceridad del trato, con sus desvelos pastorales a favor de los que habían sufrido las consecuencias del conflicto bélico. Dejó en Francia, lo mismo entre las autoridades civiles que en la Iglesia o en el pueblo, un aroma de intensa y religiosa humanidad, como se deduce de muchos testimonios contemporáneos. Siendo Nuncio en París, en abril de 1950, de regreso de una breve estancia en Argelia y Túnez, visitó privadamente algunos santuarios y localidades españolas como Cádiz, Sevilla, Granada, Córdoba, Toledo, Madrid, Burgos y San Sebastián. De todas esas visitas quedaron testimonios y anécdotas que tenían que ver con su piedad, su amabilidad y su buen humor.

Roncalli, patriarca de Venecia

El año 1953 se abrió para mons. Roncalli con nuevas e inesperadas perspectivas. El papa Pío XII le creaba cardenal el 12 de enero y sólo tres días después anunciaba su nombramiento para Patriarca de Venecia. En ambas circunstancias dio prueba de su profunda serenidad espiritual. Siguiendo una vieja tradición, recibió la birreta cardenalicia de manos del Presidente de Francia, a la sazón el socialista Vincent Auriol, en brillante ceremonia celebrada el 15 de enero en el palacio del Elíseo, que se convirtió en su despedida de Francia. Ya en una ocasión semejante, el Nuncio había remitido a su hermano Saverio su interpretación del acto protocolario tan sencilla y candorosa como ésta:

> «Ayer tarde me encontraba en el esplendor más fulgurante de París, en el Palacio del Elíseo, que es la residencia del Presidente de la República. Allí me acordaba de la Colombera. Me parecía estar viendo a nuestra madre asomar por alguna parte y exclamar: "Virgen Santísima, hay que ver a dónde ha llegado mi Angelino"» (Carta, de 1 de enero de 1950).

Su designación para regir como cardenal la importante y antigua diócesis de Venecia la recibió con honda conmoción espiritual. Era, por fin, la oportunidad de ser y actuar como verdadero pastor de almas, su más secreta vocación. Buena prueba de

ello se encuentra en la homilia de su presentacion a los fieles de Venecia ante los que comparecio el 15 de marzo de 1953 En ella les dijo, entre otras cosas

> «Desde que naci no he pensado nunca mas que en ser sacerdote No hay cosa que mas me interese Vengo de gente humilde y fui educado en una pobreza gozosa y bendita Desde que me vi joven sacerdote no aspiraba a otra cosa que a ser un buen cura rural Pero la Providencia me hizo recorrer los caminos del mundo en Oriente y Occidente antes de llegar aqui Siempre me he preocupado mas de lo que une que de lo que separa Asi sera mi ministerio entre vosotros No mireis, pues, a vuestro patriarca como a un politico o a un diplomatico Buscad al sacerdote, al pastor de almas que ejerce entre vosotros su oficio en nombre de nuestro Señor»

Angelo Giuseppe Roncalli, como nuevo cardenal-patriarca de Venecia, dio rienda suelta a su vocación pastoral y a su estilo de gobierno basado en la solicitud y en la bondad de corazón Era el tono de sus visitas pastorales y de su trato con sacerdotes y fieles Habiendo superado ya para entonces los setenta años de edad, se consideraba en la plenitud de su sacerdocio y en el comienzo del declinar de su vida De ahí que en uno de sus múltiples retiros espirituales, en junio de 1954, redactara su testamento espiritual y algunas disposiciones consiguientes que luego, ya Papa, completaría con una nota escrita el 12 de septiembre de 1961, según consta en su *Diario del alma* (p 427)

En el verano de 1954 el Cardenal Roncalli hizo un segundo viaje a España que el planteaba como *peregrinacion* ya que se proponia visitar los lugares y las memorias mas estelares de la espiritualidad española Entre el 15 y el 28 de julio visito Loyola, Javier, Covadonga, Santiago de Compostela, Alba de Tormes, Ávila, Zaragoza, Montserrat y Manresa entre otros lugares y santuarios De este su segundo periplo español dejó constancia personal en apuntes y reflexiones que fueron publicadas y glosadas por uno de sus acompañantes (cf J I Tellechea, *Estuvo entre nosotros,* Madrid 2000)

La placidez de su pontificado veneciano y su gustosa inmersión en la pastoral diocesana, entre cuyos afanes habia celebrado el 10 de agosto de 1954 sus bodas de oro sacerdotales, se interrumpieron y quedarían definitivamente modificadas

con la muerte de Pío XII, ocurrida el 9 de octubre de 1958. Los acontecimientos iban a precipitarse inesperadamente para el Patriarca.

Tres días después, el 12, partía para Roma con escaso equipaje y la esperanza de regresar pronto a su sede. El 25 dio comienzo el cónclave para la elección del sucesor de Pío XII. En la tarde el 28, tras once votaciones, resultó elegido el cardenal Angelo Giuseppe Roncalli, patriarca de Venecia.

A pesar de lo sorpresivo de la elección aceptó con serenidad, diciendo pausadamente: «Inclino la cabeza y la espalda ante el cáliz de la amargura y el yugo de la cruz». Enseguida respondió al preguntársele sobre el nombre que elegiría: *«Vocabor Joannes»* («Me llamaré Juan»), y aportó como razones, entre otras, que Juan se llamaba su padre y que el de Juan era el nombre más común entre los papas ya que 22 habían llevado ese nombre.

> «Casi todos —explicó el recién elegido Juan XXIII— tuvieron un pontificado muy breve. He preferido esconder la pequeñez de mi nombre detrás de esa magnífica galería de pontífices romanos».

Tenía Juan XXIII setenta y siete años. La liturgia de su coronación papal tuvo lugar, por especial deseo suyo, el 4 de noviembre, fiesta de su admirado San Carlos Borromeo. Así se lo hacía saber a su gran amigo el arzobispo Montini, a la sazón arzobispo de Milán, en carta escrita momentos antes de bajar a la Basílica de San Pedro para la solemne ceremonia. En la misma carta, de 4 de noviembre de 1958, tras anunciarle a Montini su propósito de nombrarle cardenal, le decía:

> «Puesto que en todo lo que me ha ocurrido no hay nada que sea mío, excepto el "suscipe, Domine, universam meam libertatem", permanezco absolutamente tranquilo frente a cualquier acontecimiento».

Ya para entonces había circulado por el mundo entero la previsión de que sería el del papa Roncalli un pontificado «de mera transición». Pronto se conocieron los primeros destellos de su talante sencillo, bondadoso y sereno y algunos rasgos de su atrayente y sorpresiva personalidad.

Juan XXIII llama a Concilio

No habían pasado tres meses de su elección, cuando el 25 de enero de 1959 anunciaba, en el curso de un acto litúrgico celebrado en la Basílica de San Pablo Extramuros, su propósito de poner en marcha la revisión del Código de derecho canónico, la celebración de un sínodo para la diócesis de Roma y, sobre todo, la convocatoria de un concilio ecuménico. La sorpresa dentro y fuera de la Iglesia fue inmensa. Pero él mismo anotaría más tarde en su diario, durante el retiro preparatorio al concilio que practicó en el Vaticano del 8 al 16 de septiembre de 1962, lo siguiente: «El primer sorprendido ante esta propuesta mía fui yo mismo ya que nadie me había hablado de tal cosa» *(Diario del alma,* 407).

Desde el momento del audaz anuncio del concilio, el pontificado de Juan XXIII quedó marcado por la magnitud de la tarea de prepararlo y por las esperanzas que universalmente suscitó su convocatoria. Sería sólo dos años más tarde, el 25 de enero de 1961, cuando por medio de la carta apostólica *Humanae salutis,* haría oficial la convocatoria, fijando luego el 11 de octubre de 1962 para su comienzo.

Entre tanto, el 29 de junio de 1959, día del Apóstol San Pedro, publicó la primera encíclica de su pontificado con el título de *Ad Petri cathedram.* La encíclica pasó un tanto inadvertida pero en ella latía entero el optimismo eclesial de Juan XXIII. Dentro del mismo año haría públicas otras tres: *Sacerdotii nostri primordia,* en el centenario de la muerte del Cura de Ars, *Grata recordatio,* sobre la devoción al santo rosario, y *Princeps pastorum,* en el XL aniversario de la *Maximum illud* de Benedicto XV.

En mayo de 1961, en medio de los afanes crecientes de la preparación del Vaticano II, apareció la encíclica *Mater et Magistra,* una de las joyas de su pontificado. Con el pretexto de conmemorar el LXX aniversario de la *Rerum novarum* de León XIII, exponía en ella su visión de la Iglesia en el mundo contemporáneo. Era el mejor anticipo posible del concilio y desarrollaba ya todo el pensamiento eclesial de Juan XXIII desde su rica sensibilidad histórica y pastoral. Todavía dentro del mismo año, el 11 de noviembre, daría a conocer otra encíclica, *Aeterna Dei,* al cumplirse el XV centenario de la muerte de San León Magno.

En ese mismo mes de noviembre, el día 25, Juan XXIII cumplía los ochenta años. Durante los ejercicios espirituales con que quiso celebrarlos (del 26 de noviembre al 2 de diciembre) escribió en su *Diario del alma* la siguiente confesión:

> «Disfruto de la complacencia que me proporciona la fidelidad de mis prácticas piadosas: santa misa, oficio divino, rezo meditado de las tres partes del rosario, unión continua con Dios y con las cosas espirituales» *(Diario del alma,* 400).

En esos mismos días revisó y actualizó el testamento que había redactado siendo patriarca de Venecia, en 1954. De ese su testamento son estos párrafos que bien manifiestan la calidad de su espíritu y la pureza de su alma:

> «Nacido pobre pero de gente humilde y honrada, me siento particularmente contento de morir pobre» [...]; «doy gracias a Dios por esta gracia de la pobreza, de la que hice voto en mi juventud, pobreza de espíritu y pobreza real que me ayudó a no pedir nunca nada, ni puestos ni dinero ni favores: nunca, ni para mí ni para mis parientes o amigos»; «a mi querida familia, según la sangre, de la que no recibí riqueza material alguna, no puedo dejarle más que una grande y especialísima bendición» *(Diario del alma,* 425).

Y refiriéndose a la muerte, referencia que es serenamente habitual en sus notas espirituales, consignaba en su testamento:

> «Espero y acogeré sencilla y gozosamente la llegada de la hermana muerte en las circunstancias en que al Señor le plazca enviármela» (ibid., 427).
>
> «[...] vestimentas y cruces o anillos, que se vendan y se dé el dinero a los pobres de Venecia» (ibid., 428).

Su testamento espiritual (ibid., 424-437) fue publicado en *L'Osservatore Romano* del 7 de junio de 1963, a los cuatro días de su muerte.

El 1962 iba a ser ya el año de la apertura del Concilio. Pero también el tiempo en que se manifestara la enfermedad que habría de poner fin a su vida. El 1 de julio de este año publicó la encíclica *Poenitentiam agere,* en la que pedía oraciones y sacrificios por el éxito del Vaticano II. Tras el mismo objetivo realizó sendas peregrinaciones a Loreto y a Asís, dos lugares muy queridos para él.

Con el 11 de octubre llegó la fecha de la inauguración del magno acontecimiento de su pontificado y de la historia recien-

te de la Iglesia. El alcance histórico y eclesial de la ceremonia lo sintetizó Juan XXIII así en su *Diario del alma:*

> «Este día marca la inauguración solemne del Concilio Ecuménico. Doy gracias a Dios por haberme hecho no indigno del honor de abrir en su nombre este comienzo de grandes gracias para su santa Iglesia. Él dispuso que la primera ráfaga que preparó durante tres años este acontecimiento brotase de mi boca y de mi corazón. Estaba bien dispuesto a renunciar a la alegría de este comienzo. Con la misma calma repito ahora el "fiat voluntas tua"».

Con ánimo sereno y confiado pero ya con las molestias y limitaciones propias del proceso canceroso que soportaba, Juan XXIII afrontó los trabajos y tensiones que se derivaban de la celebración del Concilio y de la atención a los padres conciliares y a las personalidades y representaciones presentes en el Vaticano durante la sesión conciliar. Pretendía infundir en todos la serenidad y la audacia apostólica que a él le alentaban. Trataba de neutralizar el derrotismo de los que veían en el mundo, y aun en el Concilio, peligros y amenazas más que razones para la esperanza. Ya lo había dicho en su discurso de la sesión inaugural:

> «Me parece que tengo que disentir de estos profetas de desventuras que no anuncian más que acontecimientos infaustos».

El 8 de diciembre el papa Juan XXIII cerraba con un discurso de agradecimiento y estímulo para todos, de hondo y confiado espíritu de abandono en la Providencia, la primera sesión del Concilio Vaticano II. En su despedida de los dos mil doscientos obispos presentes los convocaba para la segunda sesión conciliar, prevista para septiembre de 1963. Era él el que no asistiría ya a esa cita.

Al encuentro con la hermana muerte

Ya antes del cierre de la primera sesión, en el otoño de 1962, los médicos habían alertado a Juan XXIII de la gravedad de su dolencia tumoral y de la rápida evolución de su proceso. El Papa entendió que le quedaban pocos meses de vida y decidió sabia y serenamente, dentro de la normalidad de su trabajo, de-

dicar sus mejores esfuerzos a la causa de la paz, entendida como un don y como una prioridad para la Iglesia y para el mundo de su tiempo.

Así 1963 sería el año de su muerte pero también el de la entrega a la Iglesia y al mundo de la gran encíclica de su pontificado: *Pacem in terris.* Quiso que fuera publicada el 11 de abril, día de Jueves Santo, como un acto de amor, y en su encabezamiento introdujo la novedad de dirigírsela no sólo a la Iglesia sino también «a todos los hombres de buena voluntad». La aceptación de esta encíclica postrera de Juan XXIII fue intensa y jubilosa en la Iglesia y más allá de sus fronteras. Fue entendida como un gran regalo para la humanidad, como la herencia doctrinal que el papa Juan dejaba a la Iglesia y a sus hermanos los hombres.

Unas semanas después, el 10 de mayo, la prestigiosa «Fundación Eugenio Balzán» entregaba al papa el Premio Internacional de la Paz. Juan XXIII, en su última salida del Vaticano, acudió a recibirlo al Palacio del Quirinal, residencia del Presidente de la República Italiana y antiguo palacio de los papas. Sus condiciones de salud eran ya precarias y el gesto papal era una vez más novedoso y hasta revolucionario, ya que ponía fin, en ese punto, a un distanciamiento institucional entre el Papado y el Estado Italiano que había durado más de un siglo. Era, por su parte, otro gesto de paz.

El 20 de mayo celebró el papa las últimas audiencias. El 22, víspera de la Ascensión, habló por última vez a los fieles congregados en la Plaza de San Pedro para el rezo del *Regina coeli.* Con voz tenue pero animosa invitó a todos a mirar al cielo siguiendo a Cristo resucitado. El 23 tuvo que limitarse ya a recitar la oración y bendecir a la multitud sin añadir una sola palabra. Era su despedida amable y silenciosa. El 31 recibió piadosamente los santos sacramentos e hizo las últimas recomendaciones personales y ministeriales. La enfermedad había entrado en estado crítico. Finalmente, el 3 de junio, coincidiendo con el final de la misa que se celebraba en la plaza de San Pedro, a las 19,49 horas, expiraba serena y santamente. La inmensa multitud que se apiñaba en la plaza y el mundo entero que seguía con intensa emoción su larga agonía, conocieron la triste noticia al ilu-

minarse la ventana del apartamento pontificio. Era el púlpito, ya vacío, desde el que Juan XXIII, como «párroco del mundo», había hecho llegar a todos sus luminosos y entrañables mensajes.

Mons. Loris Capovilla, su secretario privado y la persona más próxima al papa ya desde sus tiempos de Venecia, describió sus últimas horas, rodeadas del cariño universal, «como una solemne misa papal en la que Juan XXIII había enseñado a la humanidad la belleza del bien morir». Por su parte, el P. Giulio Bevilacqua, su paisano y amigo, revelaba una de las últimas confidencias del Papa: «Ahora entiendo cuál ha de ser mi aportación personal al Concilio: mis sufrimientos».

Tampoco el sentido ecuménico que perfumó su entero pontificado le abandonó en el lecho de su muerte. Así lo manifiesta esta confesión postrera:

> «El secreto de mi sacerdocio esta en el crucifijo que he colocado enfrente de mi cama El me mira y yo le hablo En las largas y frecuentes conversaciones nocturnas, el pensamiento de la redencion del mundo me ha parecido mas urgente que nunca "Tengo otras ovejas que no son de este rebaño" (Jn 10,16)»

Juan XXIII contaba, a la hora de fallecer, 81 años y 6 meses. Había cumplido 59 de sacerdocio, 38 de episcopado y 5 de papado. Tras los solemnes funerales oficiados en la Basílica y Plaza de San Pedro con presencia de representaciones de todo el mundo religioso, político y laico, en una especie de plebiscito universal de afecto y agradecimiento, sus restos fueron enterrados en la cripta papal, bajo la basílica vaticana. Allí, desde el primer momento y ya sin cesar, recibieron el homenaje de los fieles a su memoria, para todos bendita.

La espiritualidad de Juan XXIII

La muerte de Juan XXIII había dejado en la Iglesia y en el mundo entero un intenso olor de santidad. En cuanto se escribió y dijo a su muerte, aparecían siempre, como denominador común, su sencillez y afabilidad, su serena audacia pastoral, su abandono confiado a la Providencia, su cercanía humana y espiritual, su buen humor habitual. Y, por encima de todo, su bon-

dad de corazón y de trato. De ahí surgiría enseguida el cariñoso apelativo de «Papa bueno» que le fue universalmente atribuido.

Pero la lectura de sus cartas personales y de su *Diario del alma,* que él consideraba el espejo fiel de su vida y de su espíritu, revela que ni su bondad era simple campechanía bonachona ni su santidad mera apariencia. En las páginas de este diario, al que fue fiel desde que era seminarista hasta poco antes de su muerte, hay pruebas evidentes de su esfuerzo diario y tenaz por ser bueno y santo además de parecerlo. La vida espiritual de Juan XXIII se presenta como un ejercicio continuado de ascética y de piedad. Era fiel a sus devociones diarias, las más comunes y tradicionales, y fidelísimo a la práctica de ejercicios espirituales y retiros frecuentes. Sus reflexiones y anotaciones personales en ellas, son el nervio central del *Diario del alma,* el mejor testimonio del cuidado exquisito y esforzado que ponía en su vida interior.

Valga un ramillete de algunos de sus pensamientos y propósitos para entender mejor su nítida y sencilla espiritualidad.

El abandono a la Providencia llena toda su vida, pero aparece formulado lo mismo en sus retiros de joven sacerdote que siendo ya papa. «Mantenerme siempre abandonado a la Divina Providencia» es una de las seis máximas que formulara en un retiro en Castel Gandolfo, en agosto de 1961, con la siguiente conclusión:

> «El papa ha de permanecer tranquilo ante cualquier acontecimiento. Serán la Providencia y la bondad las que guíen mis pasos» *(Diario del alma,* 391).

La aspiración a la santidad es otra de las constantes de su vida interior. Así lo consigna en un retiro de sus tiempos de Bulgaria, en 1928:

> «En este retiro he sentido una vez más y de forma intensa la obligación que tengo de ser santo de verdad» (ibid., 288).

Y así lo ratifica ya en el Vaticano, en agosto de 1961:

> «Estoy muy lejos de ser santo pero el deseo y la voluntad de serlo los siento vivos y decididos. Ya que todos me llaman Santo Padre debo y quiero serlo de verdad» (ibid., 382).

Él mismo, al cumplir el primer aniversario de su pontificado, el 5 de diciembre de 1959, se confiesa sencillamente audaz:

> «Me siento siempre "en obediencia" y constato que el sentirme así, in magnis et in minimis, otorga a mi pequeñez tanta fuerza de sencillez audaz que, siendo tan evangélica, reclama y consigue respeto general y es motivo de edificación para muchos» (ibid., 378)

Por lo que se refiere a su bondad, el *Diario del alma* la presenta no como un corolario de su buena pasta psicológica sino como el resultado de su trabajo esforzado y perseverante en la virtud. En noviembre de 1927, al llegar a Eslovenia, escribe:

> «En mi relación con todos, católicos u ortodoxos, chicos o grandes, trataré de dejar siempre una huella de dignidad y de bondad, de bondad luminosa y de dignidad amable» (ibid., 286)

No siempre le resultaría tan fácil cuando, en 1930 y también en Bulgaria, anotaba lo siguiente: «Me dejaré aplastar, pero quiero ser paciente y bueno hasta el heroísmo» (ibid., 293).

Esta *dignidad amable* y esta *bondad luminosa* eran la mejor herencia que Juan XXIII había dejado a los cristianos y a todos los hombres de buena voluntad.

Bajo los auspicios de Pablo VI, el 21 de diciembre de 1974, se abrió el proceso ordinario para su posible beatificación. Fue ya Juan Pablo II quien proclamó la heroicidad de sus virtudes y lo declaró beato el 3 de septiembre del año jubilar 2000. Su beatificación estuvo acompañada de la de otros cuatro *siervos de Dios:* el papa Pío IX (1846-1878), el arzobispo de Génova Tomás Reggio, el fundador de los marianistas Guillermo José Chaminade y el monje benedictino Dom Columba Marmión La hermana Caterina Capitani, religiosa de la Caridad, que en 1966 había quedado milagrosamente curada de una severa afección estomacal por intercesión de Juan XXIII, como se acreditó durante el proceso, estuvo presente en la solemnísima ceremonia de su beatificación.

JOAQUIN L ORTEGA

Bibliografía

CAPOVILLA, L, *Giovanni XXIII, un santo della mia parrocchia* (Bergamo 1993)
GONZALEZ BALADO, J L, *Vida de Juan XXIII* (Madrid 1995)
— *El bendito Juan XXIII* (Madrid 2003)
JUAN XXIII, *Il Giornale dell'anima e altri scritti di pieta* (Roma 1964), ed española *Diario del alma* (Madrid 1964)
— *Mensaje espiritual* (Madrid 1969)
— *Cartas a sus familiares* (Madrid [2]1978)

MARTIN DESCALZO, J. L. (dir.), *El Concilio de Juan y Pablo. Documentos pontificios sobre la preparación, desarrollo e interpretación del Vaticano II* (Madrid 1963).
ORTEGA, J. L., «La luminosa bondad del Papa bueno»: *Alfa y Omega* (14-9-2000).
ROUQUETTE, R., *Le mystère Roncalli* (París 1963).
TELLECHEA IDIGORAS, J. I., *Estuvo entre nosotros. Mis recuerdos de Juan XXIII en España* (Madrid 2000).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTA CLOTILDE

Reina († 545)

Clotilde fue la esposa del rey de los francos Clodoveo, en cuya conversión al catolicismo se dice haber tenido tanta parte. Su santidad de vida admiró a sus contemporáneos y dejó una estela de lo que puede la mansedumbre y el amor cristianos cuando se practican con profundidad.

Ella era hija del rey Chilperico de Borgoña y era católica, pese a que muchos de sus parientes eran arrianos. Contrajo matrimonio en 492 con Clodoveo, el rey de los francos, que entonces era pagano y poco amigo del cristianismo. Consiguió licencia de su esposo para bautizar a su primer hijo pero la muerte del niño aquel mismo día hizo dudar al rey de la prometida protección del Dios cristiano. Logró ella licencia para bautizar al segundo hijo que, aunque enfermo, logró sobrevivir, y habiéndose encomendado los soldados francos al Dios de Clotilde, la batalla que ganaron movió al rey a cumplir la promesa que había hecho de bautizarse si se lograba la victoria. La preparación al bautismo estuvo bajo la dirección de San Remigio, obispo de Reims. Por fin el rey se bautizó el año 496. Muchos francos siguieron su ejemplo.

Muerto el rey en 511, a Clotilde le quedaban muchos años en los que tuvo que sufrir no pocos problemas familiares, empezando por el asesinato de su hijo Clodomiro, cuyos hijos adoptó, y luego el de dos de sus nietos. Clotilde dejó París y se fue a vivir a Tours junto a la basílica de San Martín, dedicando su vida a la piedad y las buenas obras, singularmente a las obras de misericordia. En esta cristiana forma de conducta perseveró hasta su muerte el 3 de junio del año 545.

SAN COEMGENO
Abad († 618)

Coemgeno o Caoimhghin o Kevin, como más comúnmente se le llama en Irlanda, es un santo de cuya juventud se conoce poco, aunque se tiene por seguro que pertenecía a la nobleza de Leinster, que fue bautizado por San Cronan y que fue educado en el monasterio de Kilmanach, junto a Dublín, por San Petroc. Luego de su ordenación hizo vida solitaria durante unos años, pero luego se reunieron junto a él discípulos y con ellos fundó el monasterio de Glendalough, del que él fue abad.

Rigió santamente el monasterio durante muchos años, y al morir con 120 años de edad, fue enseguida venerado como santo, surgiendo muchas leyendas en torno a su memoria. Es uno de los santos patronos de Dublín.

SAN ISAAC DE CÓRDOBA
Monje y mártir († 851)

Isaac era hijo de padres ricos, vecinos de Córdoba y cristianos, los cuales dieron a su hijo una magnífica instrucción. Conociendo a la perfección el idioma árabe pudo ocupar el cargo de notario público.

Pero no le llenaba la vida secular y se decidió por la vida religiosa, ingresando como monje en el monasterio de Tábanos, situado en la sierra cordobesa. Era un monasterio doble, de hombres y mujeres, y había sido fundado por su tío paterno Jeremías, cuya esposa Isabel también se había hecho religiosa.

Era superior del monasterio el abad Martín, hermano de la citada Isabel. Llevaba Isaac tres años en dicho monasterio cuando tomó la resolución de confesar públicamente a Cristo, y por ello dejando el monasterio bajó a Córdoba y en plena plaza pública le pidió al cadí que le diera explicaciones acerca del Islam, el cual accedió a hacerlo, quizás esperando que Isaac pensaba convertirse. Pero Isaac no le dejó terminar sino que, interrumpiéndole, denostó a Mahoma como falso profeta. El cadí reaccionó abofeteando al joven monje, pero pensando si estaría loco o borracho, quiso comprobar primero si

de verdad estaba en su juicio. Cuando comprobó que lo estaba, mandó detenerlo y llevarlo a un calabozo. Seguidamente dio cuenta al Emir de lo sucedido a la vista de todos, y el Emir no titubeó en decir que Isaac merecía la muerte, como todo el que insultara a Mahoma.

Fue llevado a la orilla opuesta del Guadalquivir y decapitado el 3 de junio de 851. Su cuerpo fue colocado en un palo hacia abajo para que todos pudieran verlo y sirviera de escarmiento. Unos días más tarde fue quemado y sus cenizas arrojadas al río. Nos cuenta su historia San Eulogio de Córdoba en su libro *Memorial de los santos.*

SAN MORANDO

Presbítero († 1113)

Morando nace de noble familia en el Valle del Rin, junto a Worms, a mediados del siglo XI. Recibió adecuada educación e instrucción en la escuela catedralicia de esta ciudad, y se ordenó seguidamente de sacerdote.

Decidió hacer una peregrinación a Santiago de Compostela y en el camino fue albergado por los monjes de Cluny, de donde era entonces abad San Hugo. La vida de oración y trabajo de los monjes impresionó notablemente al peregrino, que vio que era una forma muy provechosa de gastar la vida y servir a Dios. Continuó su peregrinación, visitó la tumba del Apóstol y volvió sobre sus pasos; pero ya no se dirigió a Worms sino a Cluny, donde pidió el hábito benedictino y se hizo monje, integrándose con gran satisfacción de su espíritu en la vida de la comunidad. Fue enviado a una de las casas filiales de Auvergne.

El conde Federico Piers, un noble de la baja Alsacia, reconstruyó la iglesia de San Cristóbal, en Altkirch, y pidió a Cluny que se establecieran en ella monjes que además del culto divino evangelizaran los alrededores. Como Morando era alemán de nacimiento y conocía, por tanto, su lengua que era la hablada en aquella zona, fue enviado como superior de la nueva fundación. Este encargo lo llevó adelante con gran dedicación y realizó una magnífica labor apostólica en todo el contorno que visitó

asiduamente y con cuyos habitantes estableció cordiales relaciones. Murió el 3 de junio del año 1113 o poco después. Su culto aún está vivo en Alsacia.

BEATO ANDRÉS CACCIOLI

Presbítero († 1254)

Nacido en Spello, diócesis de Espoleto, en la Umbría, en 1194, se sintió inclinado desde muy joven al sacerdocio y en plena juventud recibió la consagración sacerdotal, siendo destinado con posterioridad a una parroquia, acompañándolo en su casa su madre y su hermana. Fue un párroco celoso y amante de sus feligreses, que le estimaban por sus virtudes. Pero permitió el Señor que murieran en breve intervalo de tiempo tanto su madre como su hermana. Y aquello le impactó al extremo de decidirse por la vida religiosa. Había oído hablar de San Francisco, y, habiendo vendido sus bienes y dado su importe a los pobres, acudió a Asís y se puso a sus pies rogándole le admitiera entre los Hermanos Menores, a lo que el santo accedió, siendo el primer presbítero recibido en la Orden.

Vivió junto a Francisco los años que a éste le quedaban de vida y tuvo la fortuna de contarse entre los que estuvieron a su lado a la hora de su muerte. La cercanía de Francisco sirvió a Andrés para estimularse más y más en la vida interior y el seguimiento de Cristo con la práctica de todas las virtudes. En 1233 viene a España y asiste al capítulo que convoca el general fray Juan Parente en la ciudad de Soria. Se atribuyó a su oración el fin de una sequía que angustiaba a los hombres de Castilla por entonces.

Vuelto a Italia, ejerció el ministerio apostólico por las provincias de Lombardía, y hubo de padecer contradicciones y amarguras, pues quería preservar el verdadero espíritu de la Orden. Vivió los últimos años en el convento llamado de Le Carceri. Murió el 3 de junio de 1254. Su culto fue confirmado por el papa Clemente XII el 25 de julio de 1738.

BEATO FRANCISCO INGLEBY

Presbítero y mártir († 1586)

Francisco Ingleby o Ingelby nace en Ripley, en el Yorkshire, hijo del caballero Guillermo Ingleby y de la noble señora Ana Mallory. El año de su nacimiento se duda si es 1551 o 1557.

Decidido por el sacerdocio, marchó al Colegio de Reims, donde realizó los estudios, ordenándose en Laon en diciembre de 1583 y marchando después a Inglaterra el 5 de abril de 1584. Inmediatamente fue apreciado por los fieles católicos de la zona de York a causa de sus magníficas cualidades y evidentes virtudes, siendo muy lamentado el hecho de su pronta prisión.

Su proceso tuvo lugar en York por el tiempo de Pentecostés del año 1586. Los jueces lo condenaron como traidor sin haberle podido achacar otra cosa que el haberse ordenado sacerdote en el extranjero y haber ejercitado el ministerio sacerdotal en Inglaterra. Quisieron forzarlo a prestar un juramento de decir la verdad, con el que pretendían sacarle los nombres de las personas católicas que le habían hospedado. Pero el mártir no cayó en el engaño. Cuando recibió la sentencia de muerte, dijo: «Credo videre bona Domini in terra viventium» (Sal 27,13). A su vuelta al castillo donde estaba preso, los católicos lo rodearon pidiéndole la bendición y él dijo: «Qué dulce juicio». El mismo carcelero elogiaría la alegría con que vivió los días posteriores a su condena. Fue ahorcado y descuartizado el 3 de junio de 1586. Fue beatificado el 22 de noviembre de 1987.

BEATO CARLOS RENATO COLLAS DU BIGNON

Presbíteto y mártir († 1794)

Nace en Mayenne el 25 de agosto de 1743, hijo de un abogado del Parlamento, Esteban, llamándose su madre Renata Perrine Davoines.

Decidido por el sacerdocio, ingresó en el seminario de Angers el 10 de octubre de 1764, pasando luego a la Sociedad de San Sulpicio en 1766. Ordenado sacerdote, estuvo en el seminario de Orleáns como superior de los filósofos y luego ecónomo, pasando en 1777 al seminario de Angers y en 1785 como supe-

rior al seminario menor de Bourges. Aquí se encontraba cuando estalló la Revolución y con sus compañeros sulpicianos rehusó prestar el juramento a la constitución civil del clero, por lo que fue expulsado del seminario el 15 de junio de 1791. Con sus compañeros se marchó a una casa particular. No se expatrió sino que se quedó en Bourges, siendo arrestado en 1793 y encerrado en el exconvento de San Francisco. En diciembre estaba en la prisión Sainte-Claire. En febrero de 1794 encabeza la lista de eclesiásticos que debían ser deportados, llegando a Rochefort el 5 de mayo siguiente y siendo detenido en el Deux-Associés, barco inmundo, en el que muy pronto cae enfermo. Llevado a la llamada chalupa-hospital, murió el 3 de junio siguiente, aunque alguna fuente sitúa su muerte el 23 de mayo. En el curso de su estancia en Rochefort, dijo a un compañero: «Es verdad que somos los más desgraciados de los hombres, pero los más felices de los cristianos». Fue beatificado el 1 de octubre de 1995.

SAN PEDRO DONG

Mártir († 1862)

Hemos dejado, por respeto al *Martirologio,* el nombre de Pedro para este mártir pero no sin decir que, en las «Letras decretales de la canonización» *(AAS* 93 [1991] 378s), así como en el folleto repartido en la Cappella Papale el día de la dicha canonización, viene con el nombre de Pablo.

Nacido en Vuc-Duong en 1802, era de clase social distinguida, estaba casado y tenía varios hijos. Fervoroso cristiano, recibió de la misión el encargo de administrar los bienes de la comunidad. Una vez arrestado por ser cristiano, fue llevado a la cárcel de la capital, An Triem, donde fue golpeado y maltratado por negarse a pisar la cruz. Hizo cuanto pudo por impedir que le grabaran en la cara la expresión «falsa religión», y cuando se lo hicieron por la fuerza, consiguió que un cristiano corrigiera la expresión poniendo «verdadera» en vez de «falsa». Esto aceleró su muerte pues el mandarín dispuso que fuera decapitado. Se dijo él mismo la recomendación del alma y su última palabra fue Jesús. Murió el 3 de junio de 1862. Fue canonizado el 19 de junio de 1988.

BEATO DIEGO JOSÉ ODDI
Religioso († 1919)

José Oddi, que en religión tomó el nombre de Diego, nació en Vallinfresa, diócesis de Tivoli, Italia, el 6 de junio de 1839. A los 32 años ingresó en la Orden franciscana en el convento del Sagrado Retiro de San Francisco, de Bellegra. Como en 1871 no se permitía hacer el noviciado, entró como simple terciario. No pudo por ello vestir el hábito seráfico y llamarse fray Diego hasta el 12 de febrero de 1884. El 14 de febrero del año siguiente, completado el noviciado, emitió la profesión religiosa simple, y la solemne el 16 de mayo de 1889.

Destinado a la cuestación a favor de la comunidad, sus dotes de humildad, mansedumbre, amabilidad y caridad evangélica le atrajeron el amor de todos, siendo en todas las casas en que entraba un ángel de bondad y de consuelo, y llenando con el perfume de sus virtudes seráficas toda la zona recorrida por él. Su fe, su devoción, su atención a los humildes, su sensibilidad ante todos los problemas llevaron a muchos a encomendarse a sus oraciones y le atribuyeron ya en vida favores milagrosos. Se le atribuyó el don de profecía y la bilocación.

Alabando a la Virgen María, a la que tanto amaba, murió santamente el 3 de junio de 1919. Lo beatificó el papa Juan Pablo II el 3 de octubre de 1999.

4 de junio

A) MARTIROLOGIO

1. En Sabaria (Panonia), San Quirino († 309), obispo de Sisak, en el Ilírico, mártir.
2. En Constantinopla, San Metrófanes († 325), obispo de Bizancio, que consagró a Dios la Nueva Roma *.
3. En Milevis (Numidia), San Optato († 387), obispo *.
4. En Cornualles, San Petroco († s. VI), abad.
5. En Serviliano, del Piceno (Italia), San Gualterio o Walter († s. XIII), abad *.

6. En Cerdeña, los santos Nicolás y Train (antes del s. XII), ermitaños.

7. En Cerano (Sicilia), Beato Pacífico Ramati († 1482), presbítero, de la Orden de Menores *.

8. En Agnone, de los Abruzos, San Francisco Caracciolo († 1608), presbítero, fundador de la Congregación de Clérigos Regulares Menores **.

9. En Lecce (Apulia), Beato Felipe Smaldone († 1923), presbítero, fundador de la Congregación de Hermanas Salesianas de los Sagrados Corazones **.

10. En el campo de concentración de Dachau (Baviera), beatos Antonio Zawistowski, presbítero, y Estanislao Starowieyski († 1942), mártires *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN FRANCISCO CARACCIOLO

Presbítero y fundador († 1608)

San Francisco Caracciolo nace el 13 de octubre de 1563, el mismo año en que se clausura el Concilio de Trento. Sus biógrafos toman tal coincidencia por un presagio, pues este santo está plenamente dentro del espíritu de la reforma tridentina.

Al clausurarse el concilio fue como si la Iglesia hubiera lanzado un suspiro de alivio. Quedaba salvaguardada la integridad del dogma frente a los desvíos protestantes, se había formulado una legislación pastoral capaz de renovar el espíritu del clero y la piedad de los fieles, se habían sentado las bases justas para toda la renovación de la vida cristiana.

A mayor abundamiento, Dios había concedido a la cristiandad un Papa santo que la librase de la amenaza turca, y se mostrase decidido a aplicar con toda energía la verdadera reforma. Puso en orden la curia pontificia, exhortó a mayor austeridad a los cardenales, obligó a guardar la residencia a los obispos, envió misioneros a los países recientemente descubiertos, y según escribían los embajadores venecianos, Pío V llevaba trazas de hacer de Roma un convento.

Al inflexible dominico sucedieron los papas Gregorio XIII, Sixto V y Clemente VIII, los mismos que llenan el último tercio

del siglo XVI y las primeras fechas del XVII, contemporáneos todos de San Francisco Caracciolo.

Estamos en toda la gloria del Barroco, esa manifestación compleja que desborda el arte para invadir la literatura, el teatro y las mismas formas devocionales.

¡Qué diferencia entre los comienzos del siglo XVI y su coronación! La orgía del Renacimiento había sacudido con un viento de locura a la Ciudad Eterna. Fue una fiebre que embotó los sentidos para no ver siquiera el alcance de la rebelión de Lutero. Dios tuvo que enviar contra la urbe distraída el castigo del *sacco.* Pero, misericordioso también, le envió una racha de santos reformadores. Pudiéramos decir que abren la marcha San Cayetano y San Ignacio; pero después son pelotón, como cuando avanzan juntos los ciclistas de la «vuelta».

Se reforman las Órdenes antiguas y nacen Órdenes religiosas nuevas, atentas a las necesidades de los tiempos y como enfrentándose al protestantismo. Ellos negaban el valor de las buenas obras, el culto a la Eucaristía, la eficacia de la confesión, la veneración a los santos... Las nuevas Órdenes se dedican a la enseñanza, al cuidado de los enfermos, a la educación de la juventud. Se exalta la adoración al Santísimo, hasta llegar a establecerse las «cuarenta horas», que regula Clemente VIII. La dirección espiritual llena de confesonarios los templos y San Felipe Neri emplea largas horas en este ministerio. El culto llega a fastuosidades no conocidas antes, los templos se hacen hermosos, ricamente decorados, las imágenes inflan sus ropajes desde las altas hornacinas, los cuadros tocan los temas del martirio, de la beneficencia, de los éxtasis milagrosos. El arte se pone en línea de batalla para dar réplica contundente a cada una de las negaciones protestantes.

Y con el arte, la teología en Salamanca y Alcalá, y la historia en los volúmenes de Baronio y la patrística en los de Petavio, y la mística teología en la prosa castellana de Santa Teresa y San Juan de la Cruz.

Ahora los decretos del concilio no serán cánones muertos en las colecciones sinodales. Una pléyade de santos obispos estimulará la reforma con su ejemplo. Giberti y Santo Tomás de Villanueva, San Carlos Borromeo y San Francisco de Sales, fray

Bartolomé de los Mártires y el Beato Ribera serán el ejemplo viviente para estímulo de pastores. Podemos decir con plena justicia que la época postridentina es, con el siglo XIII, el momento de mayor eclosión de santidad que ha conocido la Iglesia.

Entonces precisamente nace en un pueblo italiano de los Abruzos, en Villa Santa María, un niño hijo de familia distinguidísima en Italia y enlazada con las principales casas de aquella región y aun del reino de España Don Francisco Caracciolo y su esposa, la noble dama doña Isabella Baratuchi, tuvieron la dicha de tener cinco hijos, que consagraron al servicio del Señor, excepto el primogénito, que llevó la casa. El segundo fue el santo a que nos estamos refiriendo, a quien dieron en el bautismo el nombre de Ascanio, que después, en decisiva circunstancia, cambiaría por el de Francisco.

Puede suponerse la esmerada educación que tan ilustres progenitores darían a sus hijos. Con Ascanio, además, cualquier esfuerzo rendía copioso fruto. A los seis años le aplicaron al aprendizaje del latín, y por estar dotado de un excelente ingenio, ya a los nueve podía formar discursos y entablar conversaciones en esta lengua. No menos prodigiosos fueron sus progresos en la retórica y en las letras, haciendo su conversación agradable y elocuente, según el gusto depurado de la época.

Llegado a la juventud destinóle su padre al ejercicio de las armas Ascanio era un apuesto mancebo, de ojos negros, cabellos ensortijados, piel ligeramente morena Un joven agraciado, como los italianos del Sur, con la viveza y desenvoltura propia de esta raza de artistas.

Los autores advierten que Ascanio consiguió superar la prueba de la milicia sin menoscabo de su virtud; era un joven piadoso, devotísimo de la sagrada Eucaristía y de la Santísima Virgen, que diariamente rezaba el oficio parvo y el rosario y ayunaba los sábados. Pero estas devociones eran por entonces patrimonio de muchas almas. Propiamente en Ascanio no había surgido aún el problema vocacional. Fue necesario que Dios le visitase con la enfermedad A los veinte años hallóse cubierto de un mal repugnante que los médicos diagnosticaron como lepra Sus amigos le desampararon por temor al contagio. En tales circunstancias es cuando hace voto de abrazar el estado religioso si un milagro le devolvía la salud.

Y Ascanio curó. Marchó a Nápoles para estudiar teología. Allí visitaba las iglesias, sobre todo las menos frecuentadas de público, donde le era más fácil entregarse a la oración. Y en 1587 recibió el sacerdocio. Para hacer útil su ministerio se inscribió al año siguiente en la cofradía de los *Bianchi,* los Blancos, una congregación sita en la iglesia de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, que se ejercitaba en oficios de caridad con los enfermos, los presos, los condenados a galeras y aun los ajusticiados. Porque Nápoles es tierra volcánica donde la sangre hierve en las venas, como la lava en el Vesubio, y donde acudían a repostar las naves del rey católico, que sin tregua ni descanso hacían la guerra a turcos y berberiscos. ¿Y quién puede contener en tierra a marinos y soldados dispuestos a compensarse de la dura disciplina del mar? Las pendencias y las reyertas estaban a la orden del día, y frecuentemente acababan en sangre. Recuérdese que Tirso de Molina sitúa en Nápoles las hazañas de Enrico, de su obra *El condenado por desconfiado.* Siendo entonces los procedimientos judiciales muy expeditivos y el virrey español inflexible en aplicar las sentencias, con esto está dicho que a los hermanos de la Cofradía de los Blancos no les faltaría tarea en que emplearse.

Por entonces vino a Nápoles un genovés, Juan Antonio Adorno, a quien San Luis Beltrán pronosticara en Valencia que había de ser fundador de una nueva religión. Comunicando tal vaticinio con su director espiritual, el padre Basilio Pignatelli, le alentó al cumplimiento de tal aviso, llevándoselo consigo a Nápoles, para que, fuera de su país —Italia estaba entonces dividida en muchos Estados—, pudiera ejecutarlo con menos obstáculos.

Ordenóse Adorno de sacerdote y se inscribió también en la Cofradía de los Blancos, y allí conoció a un pariente de Ascanio, don Fabricio Caracciolo, abad de Santa María la Mayor, hombre de mucho mérito, en quien puso los ojos para realizar sus ideas. De común acuerdo determinaron ambos escribir a un tercer pariente de nuestro santo, llamado también Ascanio, a quien dirigieron una citación. Por error del emisario la carta fue llevada no al verdadero destinatario, sino a su homónimo, quien consideró providencial la equivocación y aceptó complacidísimo in-

tervenir en aquel asunto, viendo el dedo de Dios, que así le indicaba la religión en la cual era gustoso que ingresase.

Reunidos los tres con los vínculos de la más pura caridad, se retiraron a la abadía de los padres camaldulenses, cerca de Nápoles, para redactar en el retiro y la oración las constituciones del futuro instituto, lo que llevaron a cabo en el espacio de cuarenta días.

Pasaron Adorno y Ascanio a Roma para solicitar la aprobación de la Orden del papa Sixto V, quien la reconoció con fecha del 1 de julio de 1588, dándoles el nombre de «clérigos menores». A los tres votos habituales añadían un cuarto de no aceptar dignidades eclesiásticas. Vueltos a Nápoles hicieron su profesión en manos del vicario del arzobispado en el oratorio de la Virgen del Socorro el día 9 de abril de 1589, en cuyo acto se mudó Caracciolo el nombre de Ascanio por el de Francisco, por la gran devoción que profesaba al seráfico patriarca, a quien se propondría imitar en toda su vida.

En Nápoles se les agregaron diez clérigos, completando así el número de doce, como en el colegio apostólico. Para atraer hacia el nuevo instituto las bendiciones de lo alto, ayunarían por turno a pan y agua una vez a la semana y se relevarían de hora en hora junto al Santísimo, a fin de que la adoración fuese perpetua.

Adorno pensó marchar a España para recabar de Felipe II permiso para establecer en sus reinos la nueva congregación, pues un decreto reciente del Consejo de Estado prohibía admitir nuevas religiones, por la exuberancia de fundaciones que en todas partes se llevaban a cabo. Francisco Caracciolo le acompañó, y después de un viaje penosísimo por mar llegaron a Madrid, donde les colmaron de honores, pero no encontraron solución favorable en la corte a sus demandas. Vueltos a Italia obtuvieron nueva confirmación del instituto del papa Gregorio XVI. Adorno, después de grave enfermedad, fallecía en Nápoles el 18 de febrero de 1591. Entonces fue elegido Caracciolo para sucederle en la congregación general que se celebró el día 9 de marzo de 1593, poniendo él como condición que dicho cargo sólo durase un trienio. Contaba entonces Francisco treinta años, edad considerada entonces como demasiado juvenil

para tareas de tan grave responsabilidad, pero su eminente virtud y consumada prudencia decidió la elección.

El 10 de abril de 1594 se le presentó nuevamente ocasión favorable de volver a España. Pasando de Nápoles a Madrid don Juan Bautista de Aponte, nombrado presidente del Supremo Consejo de las Indias, le invitó a acompañarle, costeándole los gastos del viaje. Sin embargo, no consiguió que se hospedase en su casa de Madrid, haciéndolo en el hospital de los italianos, con objeto de poder asistir a los pobres enfermos, en cuyo oficio y en otros no menos admirables brilló su heroica caridad para edificación de todos.

Fue al Escorial para entrevistarse con Felipe II y lograr despacho favorable a su demanda, pero halló la más tenaz oposición entre los miembros del Consejo, no logrando resultados positivos.

Sin embargo, como se agravasen los dolores de gota del rey, dio en pensar Felipe II si eran consecuencia de la negativa dada a Caracciolo, haciéndole llamar al instante para que se cumplimentase su solicitud; hecho esto, al punto cesaron los dolores. Entonces, agradecido, le remitió al arzobispo de Toledo, con orden de que se apoyase el establecimiento en España del nuevo Instituto, lo que logró con la ayuda de un caballero principal que le cedió una casa para ello. Allí se recogió el santo con algunos compañeros, ejercitándose en las funciones del confesonario y púlpito con tanto celo y notorio aprovechamiento de las almas, que mereció el nombre de predicador del amor de Dios, conciliándose con esto y su virtud la veneración de toda la corte.

Pero la persecución es patrimonio de las obras de Dios, y el mismo caballero que le protegía iba a ser el origen de la tempestad que se levantó en contra de los clérigos menores. Porque dicho señor comenzó a mezclarse en los asuntos privados de la Congregación, y como Francisco resistiese a semejante abuso, tomó tal inquina al santo que comenzó a propalar contra él y sus compañeros tal suerte de calumnias que, informado siniestramente el Consejo, dio orden de que se cerrase la iglesia y que saliesen los religiosos de la corte en el espacio de seis días.

Recibió Caracciolo con su acostumbrada mansedumbre tan terrible determinación, y pasando al Escorial logró que se sus-

pendiese la ejecución de lo mandado; pero, como los enemigos no desistiesen de molestarle, sufrió por espacio de dos años otras muchas contradicciones con admirable paciencia.

En medio de estas tribulaciones le fue preciso pasar a Italia a establecer su instituto en varias partes que lo deseaban con vivas ansias, y en Roma logró, con el favor del cardenal Montalvo, protector de la Orden, informar al papa Clemente VIII, quien, condolido de los sucesos de Madrid, le dio la más expresiva recomendación para el rey católico, que fue capaz de sosegar todas las contradicciones.

De allí volvió a Nápoles, donde la ciudad le hizo un honorífico recibimiento, arrodillándose los fieles a su paso y besándole las manos. Esto era demasiado para su humildad. Tomando el crucifijo, se hincó de rodillas en la plaza pública y pidió perdón a todos por los escándalos de su juventud.

En Nápoles le esperaba una gran alegría. Su pariente Fabricio Caracciolo, que había alentado la fundación de la nueva Orden sin decidirse a ingresar en ella, lo hizo finalmente con fecha del 15 de agosto de 1596.

En el capítulo de 1597 Francisco fue reelegido nuevamente general. Las cosas se habían sosegado en España y a Felipe II le sucedió su hijo Felipe III, que se mostró más favorable a los clérigos menores que su padre. Entonces Francisco partió por tercera vez a esta nación con cuatro de los suyos. Fundó una casa en Valladolid, donde se hallaba la corte, merced a una cuantiosa limosna que recibiera del rey. Esto fue en 1601. También fundó un colegio en Alcalá, para que sus religiosos pudieran seguir los cursos de aquella célebre universidad.

Es admirable cómo un hombre solo pudo desplegar tan asombrosa actividad y llevar a cabo tal número de fundaciones privado de recursos. Pero todavía es objeto de mayor sensación su inalterable conformidad con la voluntad divina entre tantas contradicciones como padeció, sin que saliera de sus labios la más mínima queja contra sus opositores. Aunque agasajado en medio de las cortes, supo conservarse pobre y humilde. En este punto están concordes todos los que le conocieron. Se tenía por el más despreciable de los pecadores y nada le ofendía tanto como la estimación y aplauso que hacían de su persona.

Tampoco se dispensó de la mortificación en medio de su ajetreada vida. Ayunaba a pan y agua tres días a la semana, añadiendo a éstos en el Adviento, Cuaresma y cuarenta días precedentes a la Asunción de la Virgen muy sangrientas disciplinas, que destrozaban sus carnes. De continuo llevaba pegado al cuerpo un jubón de cilicio, sobre una plancha de hierro adherida a la carne, que costó mucho trabajo despegarla cuando después de su muerte se trató de amortajar su cadáver. Tan abrasado estaba del amor divino que le bastaba poner los ojos en un crucifijo para salir fuera de sí, cayendo en éxtasis y deliquios no pocas veces, acompañados de admirables resplandores de todo su rostro, consecuencia del fuego interior que le abrasaba, según aquellas palabras del salmo: «El celo de tu casa me devora».

De aquí resultaba aquella caridad sin límites para con los prójimos, por cuya salvación suspiraba incesantemente, tomando sobre sí rigurosas penitencias para satisfacer por sus pecados, pidiendo limosnas por las calles para socorrer a los pobres, privándose no pocas veces de lo necesario para socorrerlos, brillando su piedad con los enfermos que visitaba en sus casas y en los hospitales.

Su devoción a la Santísima Virgen era tal que sólo oír su dulce nombre le producía una emoción que se desbordaba en lágrimas. Fue propagador incansable de las glorias de Nuestra Señora, a la que llamaba con ternura su piadosa madre.

Después de nuevas fundaciones en Roma, donde le fue concedida la iglesia de San Lorenzo in Lucina y la de Santa Inés en la plaza Navona, consiguió de su Orden que se le exonerase del cargo de general, para mejor entregarse al retiro y a la oración. Eligió para habitación un hueco de la escalera del convento, donde se ocupaba día y noche en altísima contemplación y ejercicios de penitencia, acreditando Dios su eminente santidad con los dones de profecía, discreción de espíritus, lágrimas y milagros.

Era feliz en su nuevo género de vida cuando en 1608 fue requerido para marchar a Agnone, en el reino de Nápoles, por ofrecerle a la Orden una iglesia y casa los padres de San Felipe Neri, a fin de que estableciese allí el nuevo Instituto. Expuesto el caso al nuevo general, le ordenó que fuera personalmente, lo

que hizo al punto; pero apenas llegado a aquella tierra, presintiendo que su fin estaba próximo, pronunció estas palabras de la Escritura: «Aquí será mi descanso por los siglos». Y, en efecto, a los pocos días de su estancia en Agnone una fiebre altísima le obligó a guardar cama. En estas disposiciones escribió a los cardenales Gimnasio y Montalvo encargándoles encarecidamente la protección de su religión. Al traerle el viático se levantó del lecho para recibirlo de rodillas, y al punto entró en agonía. No cesaba de pronunciar los nombres de Jesús y de María. Sus últimas palabras fueron: «Vamos, vamos». Y como uno de los asistentes le preguntara adónde quería ir, contestó: «¡Al cielo, al cielo!». Eran las siete de la tarde del 4 de junio de 1608 cuando entregó su alma al Creador. Tenía cuarenta y cuatro años.

Su cuerpo, que desde el instante de expirar despedía una suave fragancia, fue expuesto por tres días a la veneración de los fieles, sin que durante los mismos, aun siendo riguroso verano, se notasen síntomas de descomposición. Más tarde, en 1629, fue transportado a la iglesia de Santa María la Mayor, de Nápoles, cuna de su Orden, donde se conserva. San Francisco Caracciolo fue beatificado por el papa Clemente XIV en 1769 y canonizado por Pío VII en 1807, quien mandó incluir su oficio en el breviario romano. Se le representa con una custodia en la mano, para resaltar la devoción que tuvo su Orden al Santísimo Sacramento.

CASIMIRO SÁNCHEZ ALISEDA

Bibliografía

CENCELLI, A , *Compendio storico della vita e miracoli del beato Francesco Caracciolo, fondatore dei Chierici Regolari Minori* (Roma 1769)

PISELLI, C , *Compendio della vita, virtu e doni del venerable siervo di Dio P F Caracciolo* (Roma 1705), ed facsimil *S Francesco Caracciolo, fondatore dei Chierici Regolari Minori e dell'adorazione perpetua* (Roma 1989)

TAGLIALATELA, G , *Terzo centenario di S Francesco Caracciolo* (1908)

• Actualizacion

PORCARO, G , *Francesco Caracciolo* (Napoles 1967)

BEATO FELIPE SMALDONE

Presbítero y fundador († 1923)

La atención y el cuidado solícito de cuantos sufren discapacidades, de orden psíquico o físico, ha sido distintivo constante de los seguidores de Cristo y ha provocado el nacimiento en la Iglesia de congregaciones religiosas y asociaciones de fieles, que manifiestan ante el mundo la multiforme caridad de Dios, palpable en sus hijos, cercana a cuantos padecen, en su cuerpo o en su espíritu, el peso de deficiencias y malformaciones y, tantas veces, de la injusticia o marginación de sus semejantes. Tal atención, compartida por muchos hombres y mujeres de buena voluntad de nuestros días, bien puede ser calificada de «signo de los tiempos», augurio de una sociedad más solidaria y fraterna, en que los discapacitados encuentren acogida y lugar digno.

Para los creyentes en Cristo, para el Beato Felipe Smaldone, esta entrega generosa y sin reservas a los disminuidos físicos o psíquicos dimana del amor de Jesús, que «todo lo hizo bien: hizo oír a los sordos y hablar a los mudos» (Mc 7,37). No sólo personalmente este sacerdote diocesano del mediodía de Italia siguió la pauta del divino Maestro, médico corporal y espiritual, sino que dotó a la Iglesia, por el carisma recibido del Espíritu, de una nueva congregación que cuidara maternalmente e instruyera adecuadamente a los sordomudos.

Nació Felipe Smaldone en Nápoles el 27 de julio de 1848. En su adolescencia y juventud, vivió los tiempos difíciles para la Iglesia del conflicto por la unidad de Italia. A esta unidad política quedó agregado el Reino de Nápoles, en el que surgieron no pocos atropellos y persecuciones hacia la comunidad católica porque en la contienda eran beligerantes el papado y los Estados pontificios. A pesar de las dificultades ambientes, Felipe decidió hacerse sacerdote a los 12 años.

Desde sus tiempos de seminarista vio nacer en su corazón una preocupación especial y una compasión profunda por los que se veían privados del oído o del habla: pobres criaturas, pobres de espíritu, pobres en bienes intelectuales, a cuyo corazón y mente faltaba la luz de la fe. Empezó ya entonces a atender a estos discapacitados con vivo interés y ánimo apostólico. Adoctrinado por el Apóstol, Felipe sabía que la fe entra por oír la

predicación (Rom 10,17). Parecía, pues, que los sordomudos quedaban al margen de la escucha del Evangelio y de la proclamación de la fe.

Ordenado sacerdote el 23 de septiembre de 1871, renueva e intensifica su apostolado. Entonces ya se siente completamente absorbido por el ministerio que había iniciado. Con humildad, sin protagonismos, con un corazón lleno de confianza en Dios, inicia su camino sacerdotal con los sordomudos y con plena dedicación a ellos, en los Institutos de San Agustín en Nápoles y en el de Apicella en Molfetta. Quiere ser, ya en estos primeros pasos de su ministerio sacerdotal, testigo de la misericordia de Dios y de la materna solicitud de la Iglesia hacia los necesitados. Va realizándose más y más como maestro y padre de los sordomudos. Con asiduidad visita también a los enfermos y educa en la fe, por medio de la catequesis, a los niños en un oratorio-escuela que él mismo en su infancia había frecuentado.

Esta solicitud apostólica y caritativa le llevó a entregarse sin reservas, heroicamente, al cuidado de los afectados por el cólera morbo que asoló Nápoles en los meses de verano de 1884. Con su celo, arriesgó su vida. Quedó contagiado, en efecto, de la terrible enfermedad, de la que fue curado milagrosamente por la intercesión de Nuestra Señora de Pompeya, a quien del todo se había confiado.

De su trato con los sordomudos, surgió en su corazón generoso y apostólico la iniciativa de crear un instituto prioritariamente dedicado a su instrucción especializada y eficaz y a su educación. En la primavera de 1885 decidió trasladarse a Lecce, en la región de Apulia, donde abrió un colegio para sordomudos. En esta actividad, se asoció a algunas mujeres, dirigidas espiritualmente por él. Con ellas puso los cimientos de una congregación religiosa que denominó «Congregación de Hermanas Salesianas de los Sagrados Corazones». La fundación se inició el 25 de marzo de 1885, fiesta de la Encarnación y de la Anunciación a María. A estas vírgenes consagradas, Felipe les encomendó la tarea maternal de ser intermediarias de la comunicación verbal, restituyendo la voz y la palabra a quienes estaban faltos de oído. Aquel sacerdote diocesano, con la cooperación de sus religiosas, repetía en el hoy de la historia el milagro de Jesús, el

Éffeta del evangelio de Marcos (7,31-37): por su ministerio, los oídos de los alumnos se abrían y se soltaba su lengua para hablar correctamente. La congregación, fundada por don Felipe Smaldone, recibió la aprobación canónica requerida del Ordinario de la diócesis de Lecce, el siervo de Dios Salvador Luis Zola, en enero de 1895.

> «Don Smaldone —enseñó Juan Pablo II en 1985— supo ver la presencia de Cristo en la persona de los sordomudos, en él los amaba, los servía, los educaba. Dejó a su Instituto, como mensaje y como programa, la pedagogía del amor, hecha de comprensión, de paciencia, de bondad sin límites».

Este bienaventurado sacerdote diocesano, luego canónigo ejemplar de la Catedral de Lecce, vio multiplicada su labor con la ayuda de sus colaboradoras salesianas. Levantó muchas casas religiosas y colegios en varias ciudades del sur de Italia, acogió, educó e instruyó a un ingente número de sordomudos, se dedicó también a instruir a ciegos y a cuidarlos con paternal solicitud.

En su espiritualidad, cultivó especialmente la devoción y el culto a la Eucaristía, promocionando la espiritualidad eucarística que fue tan fecunda, en el siglo XIX y a principios del XX, para el progreso en la santidad de fieles, de personas consagradas y de sacerdotes. El sacerdocio, para don Smaldone, era una relación personal con Cristo. De aquí nacía su ferviente devoción a la Eucaristía: ésta era el centro de su vida, el alma de su existencia. Su fe y amor a la Eucaristía constituyeron el más firme apoyo de su apostolado fecundo en la Iglesia. Cuando lo veían celebrar sus hermanos sacerdotes, sus religiosas, sus sordomudos, lo veían transfigurado: hacía creíble el misterio del Dios hecho pan de vida con el temblor y el fervor de su fe. Animado por su espiritualidad y su apostolado eucarísticos, fundó la «Asociación de sacerdotes adoradores y de damas eucarísticas». Fue asimismo confesor prudente y sabio director de seminaristas, de sacerdotes y de comunidades religiosas.

Era hombre de una intensa vida de oración, de penitencia, de trato íntimo con Dios, que luego se manifestaba en la caridad pastoral hacia el prójimo, sobre todo hacia el más desvalido y necesitado.

Un ministerio muy solicitado y de gran provecho para las diócesis era el de la evangelización a través de las misiones populares. Don Felipe fue nombrado presidente de la Asociación de misioneros de San Francisco Javier para las misiones populares.

Tras arrostrar con paciencia cristiana, durante varios meses, su última enfermedad, entregó su postrer suspiro al Creador el día 4 de junio de 1923. Murió rodeado de fama de santidad

El periódico de Lecce, *L'Ordine,* publicó esta nota el siguiente 8 de junio·

> «Con el desaparece una de las figuras mas venerables de nues tro Cabildo Catedral, uno de los sacerdotes mas integros y mas santos Con él nuestra ciudad pierde al fundador y al director de una obra benefica y altamente humanitaria el Instituto de los sordomudos Debe ser, por lo tanto, imperecedero el reconocimiento de Lecce y de su provincia por este hombre que ha dedicado toda su vida a la regeneración espiritual de tantos seres infortunados Fue sacerdote, copia fiel del Maestro divino Paso entre nosotros haciendo el bien»

La herencia de don Smaldone, la recibieron con amor y la han cuidado sus hijas salesianas de los Sagrados Corazones: con fe, con vocación misionera —atestiguada en Brasil y en Ruanda—, con una sólida preparación en las técnicas más avanzadas de su dedicación primordial. Siguen cumpliendo y prolongando en nuestro tiempo la consigna del bienaventurado fundador:

> «Los sordomudos, mas que los que oyen y hablan, tienen necesidad de una mano amorosa y amiga que les ayude, les instruya, les ayude a ser buenos hijos y ciudadanos honestos»

En 1949 se comprobó que él había sido el único y verdadero fundador de las Hermanas Salesianas de los Sagrados Corazones. El arzobispo de Lecce inició la causa de beatificación y canonización con el proceso informativo ordinario en 1964. En 1995 el papa Juan Pablo II aprobó sus virtudes heroicas y lo declaró venerable. La Congregación para las Causas de los santos aprobó un milagro, obrado por la intercesión del siervo de Dios en Bari en 1937, aprobación ratificada en enero de 1996 por el mismo papa, el cual procedio a su beatificación. Ésta, con la del cardenal Schuster y con la de otros tres bienaventurados, fue

celebrada por Juan Pablo II en la plaza de San Pedro del Vaticano el domingo 12 de mayo de 1996.

En la homilía de la celebración eucarística, el Papa afirmó:

> «La caridad para con Dios y para con el prójimo fue intensamente vivida y encarnada por el sacerdote de Lecce Felipe Smaldone, cuya existencia se volcó en una constante atención hacia los pobres y en un extraordinario empuje apostólico. Este gran testigo de la caridad intuyó que era su deber cumplir la propia misión en el sur de Italia, dedicándose de una forma especial a la educación de los sordos para integrarlos activamente en la sociedad. Su intensa y sólida espiritualidad sacerdotal, alimentada de oración, de meditación y de penitencia también corporal, le empujó a un servicio social abierto a aquellas instituciones asistenciales que la auténtica caridad pastoral sabe suscitar. Este generoso sacerdote, perla del clero meridional, fundador de las Hermanas Salesianas de los Sagrados Corazones, dedicadas prioritariamente a la educación de los sordomudos, es hoy propuesto a la veneración de la Iglesia universal, para que todos los fieles, siguiendo su ejemplo, sepan dar testimonio del Evangelio de la caridad en nuestro tiempo, en particular mediante la solicitud hacia los más necesitados».

PERE-JOAN LLABRÉS Y MARTORELL

Bibliografía

AAS 90 (1998) 12-14.

CONGREGATIO DE CAUSIS SANCTORUM, *Canonizationis servi Dei Philippi Smaldone, sacerdotis fundatoris Sororum Salesianarum a Sacris Cordibus (1848-1923).* Relatore mons. José Luis Gutiérrez (Roma 1989).

MONTONATI, A., *Due cuori, una voce. Il beato Filippo Smaldone, apostolo dei sordomuti* (Cinisello Bálsamo 1997).

L'Osservatore Romano (12-5-1996) 10; (13/14-5-1996) 4-5.

PORSI, L., *Filippo Smaldone, apostolo dei sordomuti* (Cinisello Bálsamo 1990).

RUPPI, C. F., *Filippo Smaldone servo della carità. Fondatore Suore Salesiane dei Sacri Cuori* (Lecce 1996).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN METRÓFANES

Obispo († 325)

Metrófanes era sobrino del emperador Probo, en cuanto hijo de su hermano Domecio, el cual, tras su conversión al cristianismo, se fue a vivir a Bizancio, y allí el obispo Tito de Hera-

clea lo ordenó, siendo luego su sucesor. Le sucedió su hijo mayor Probo y luego su otro hijo Metrófanes, que es tenido por el primer obispo de Bizancio. Ciertamente lo era cuando Constantino decide trasladar a aquella hasta entonces pequeña ciudad la capital del Imperio.

Metrófanes no acudió, debido a su edad avanzada, al concilio de Nicea pero envió al presbítero Alejandro para que lo representara, y a su vuelta lo nombró su sucesor. Metrófanes recibió la visita de Constantino aquel mismo año. Murió a los siete días de ella, el 4 de junio de 325. Todos le tenían por santo y no pasó mucho tiempo sin que le dedicara una iglesia. El *Martirologio* dice que él fue el que consagró al Señor la Nueva Roma.

SAN OPTATO DE MILEVI

Obispo († 387)

Este insigne obispo tuvo por sede la ciudad de Milevi en Numidia, y se distinguió por sus escritos contra los donatistas, la herejía que tanto alteró la vida de la Iglesia africana en los siglos IV y V.

En sus escritos hizo ver que los donatistas se habían separado de la Iglesia universal, contra cuya doctrina y costumbres ellos se habían levantado, y que igualmente se habían separado de la sede de Pedro, a quien el Señor entregó las llaves de la Iglesia. Trató otros muchos temas útiles, y su enseñanza fue muy apreciada por San Agustín. Vivía aún en 384 pero tres años después parece seguro que ya había muerto. Sus obras se conservan.

SAN GUALTERIO

Abad († s. XIII)

Gualterio o Gualtiero es un abad del monasterio de Servigliano, en la diócesis de Fermo, Italia, que dejó fama de santidad y cuyo culto está comprobado a lo largo del tiempo desde el siglo XIV, pareciendo que la fecha de su santa muerte hay que ponerla a mediados del siglo XIII. El papa Inocencio X (5 de mar-

zo de 1652) concedió indulgencia plenaria a todos los fieles que visitasen la parroquia de San Marcos, de Servigliano, a donde se habían trasladado sus reliquias, desde las primeras a las segundas vísperas del día de su fiesta. Su fiesta se sigue celebrando en la diócesis de Fermo. Ahora su nombre ha sido introducido en el *Martirologio romano.*

BEATO PACÍFICO RAMATI

Presbítero († 1482)

Pacífico nace en Cerano, Italia, en el seno de la noble familia Ramati o Ramota el año 1424. Habiendo quedado huérfano cuando era muy niño, su educación fue confiada a los benedictinos de Novara, de cuyo monasterio era abad un tío suyo. Aquí se instruye convenientemente y madura su vocación religiosa pero elige la Orden franciscana y es admitido en ella por San Juan de Capistrano.

Hechos con gran aprovechamiento los estudios teológicos y ordenado sacerdote, sobresale enseguida por su ciencia religiosa, que le lleva a componer magníficos escritos, especialmente la llamada *Summa Pacifica,* muy celebrada en su tiempo. Igualmente se dedica a la predicación popular, con notable fruto de incremento de la vida cristiana en las almas. Erige en su pueblo natal una capilla que dedica a la Santísima Virgen. Atiende de modo particular a los pobres y los enfermos, brindándoles toda clase de consuelos.

Nombrado legado papal de Sixto IV para Cerdeña a fin de predicar allí la resistencia a la anunciada invasión turca de la isla, se despide de sus paisanos y marcha a la isla, donde es recibido con gran alborozo. Pero en plena predicación de la cruzada, el 4 de junio de 1482 le sorprende la muerte en Sassari con gran sentimiento de todos. Los habitantes de Cerano, al conocer su muerte, gestionaron que su cuerpo les fuera entregado, como así lograron, siendo depositado en la misma capilla de la Virgen María que él había levantado. Más tarde lo proclamaron patrono de la villa y levantaron un templo en su honor. El papa Benedicto XIV confirmó el culto que ya se le daba el 7 de julio de 1745.

BEATOS ANTONIO ZAWISTOWSKI Y ESTANISLAO STAROWIEYSKI

Martires († 1942 y 1941)

En el campo de concentracion de Dachau dieron su vida por Cristo los mártires Antonio Zawistowski, presbítero, y Estanislao de Kostka Biberstein Starowieyski, seglar, pero en fechas distintas uno y otro· el sacerdote en 1942 y el seglar en 1941, sin embargo, el *Martirologio* engloba las memorias de ambos.

El sacerdote había nacido en Strumiamy, Polonia, el 10 de noviembre de 1882, y había estudiado en el seminario de Lublín, de donde pasó a la Academia eclesiástica de Petersburgo, donde se graduó Ordenado sacerdote el año 1906, fue profesor del seminario, vicario parroquial de la catedral, censor de libros y finalmente canónigo y vicerrector del seminario Tuvo a su cargo las «Damas de la caridad» Excelente predicador y confesor, publicó varios libros. Pudo evitar su arresto con la huida, pero prefirió quedarse, siendo arrestado el 17 de noviembre de 1939 junto con los obispos de la diócesis y otros sacerdotes. Llevado al campo de concentración de Sachsenhausen, un año más tarde pasó al de Dachau Aquí trabajó cuanto le fue posible en su ministerio sacerdotal de forma clandestina. El día del Corpus de 1942 un guarda le dio un golpe a consecuencia del cual murió.

Estanislao nació en Ustrobna, Polonia, el 11 de mayo de 1895 en el seno de una noble y rica familia. Llegada la I Guerra Mundial hubo de servir en el ejército imperial austriaco, pero terminada la guerra y recuperada la independencia de Polonia se alistó en el ejército de su país y fue condecorado por su valor en la guerra contra los bolcheviques de 1920. En 1924 contrae matrimonio con la condesa María Szeptycka de Labunie y pone su residencia en Tomaszow, diócesis de Lublín. Tuvo seis hijos a cuya cristiana educación se dedicó con esmero, al tiempo que administraba los bienes familiares. En 1931 organizó la Acción Católica, de la que es elegido presidente en 1935. El papa Pío XI reconoce su labor cristiana nombrándole camarero secreto de Su Santidad. Llevaba una gran vida interior, daba un magnífico ejemplo como cristiano y estaba siempre pronto a todas las actividades apostólicas como seglar comprometido.

Llegada la guerra, es apresado por los soviéticos pero logra evadirse, y al ser ocupada su zona por los alemanes es arrestado el 19 de junio de 1940. Pasa por la cárcel de Zamosc, luego por la de Lublín, el campo de concentración de Sachsenhausen y finalmente lo llevan a Dachau, donde maltratado y enfermo no soportó las duras condiciones del campo y murió en el día de Pascua, 13 de abril de 1941.

Fueron beatificados el 13 de junio de 1999.

5 de junio

A) Martirologio

1. La memoria de San Bonifacio († 751), obispo y mártir, evangelizador de Germania **.
2. En Egipto, santos Marciano, Nicandro, Apolonio y compañeros († s. III), mártires.
3. En Tiro de Fenicia, San Doroteo († s. IV), obispo y mártir.
4. En Auvergne (Aquitania), San Ilidio († 384), obispo.
5. En Como (Liguria), San Eutiquio († 539), obispo.
6. En Dokkum (Frisia), santos Eoban, obispo, Adelario y nueve compañeros: Vintrungo y Gualterio, presbíteros, Amundo, Sevibaldo y Bosa, diáconos, Vaccaro, Gundecaro y Atevulfo, monjes († 755), martirizados todos ellos con San Bonifacio.
7. En Córdoba (Andalucía), San Sancho († 851), mártir **.
8. En Azerigo, en los Abruzos, San Franco († 1270), ermitaño *.
9. En Hanoi (Tonkín), San Lucas Vu Van Loan († 1840), presbítero y mártir *.
10. En Tang-Ya (Tonkín), santos Domingo Toai y Domingo Huyen († 1862), mártires *.

B) Biografías extensas

SAN BONIFACIO

Obispo y mártir († 755)

Bonifacio o Winfrido es justamente designado como apóstol de Alemania, si bien es verdad que ya antes de él otros mi-

sioneros habían predicado el Evangelio en diversas regiones de este territorio, y a pesar de que algunas de estas regiones, como Baviera y Turingia, constituían ya importantes núcleos de cristiandad. A él se debe, en efecto, por una parte, haber generalizado y sistematizado, mucho más que los anteriores misioneros, la evangelización de la mayor parte de Alemania, y, por otra, haber organizado de una manera definitiva la jerarquía de estos vastos territorios, procediendo en toda esta labor en inteligencia con los romanos pontífices. Mas con todo este trabajo de evangelización de Alemania y organización de sus iglesias no se agotó la actividad de este gran apóstol. Ésta comprende una segunda parte, a la que suelen atender menos los historiadores, pero que tuvo extraordinaria importancia en la vida de San Bonifacio. Es la regeneración y reorganización de la Iglesia de los francos, que se hallaba en gran decadencia. Así, pues, San Bonifacio es apóstol de Alemania y reorganizador de la Iglesia franca.

Llamábase Winfrido y nació hacia el año 680, según todas las probabilidades, en el territorio de Wessex, de una familia profundamente cristiana. Contando sólo cinco años, atraído por el ejemplo y las palabras de unos monjes, manifestó a sus padres el deseo de seguirlos, y, después de vencer su persistente oposición, pudo dirigirse a la escuela del monasterio de Exeter. Contaba entonces sólo siete años y durante otros siete pudo poner los más sólidos fundamentos a su formación humanística y sacerdotal. A los catorce se trasladó al monasterio de Nursling, de la diócesis de Winchester, donde, ingresado en la Orden, recorrió los estudios superiores del llamado *trivio y cuatrivio,* en los que salió tan aventajado que bien pronto pudo ser allí mismo renombrado maestro. De ello nos dejó una excelente prueba en una gramática latina que compuso en este tiempo.

Pero mucho más que en los estudios profanos, que constituían la base de la formación humanística y filosófica, aventajóse Winfrido en los eclesiásticos, que más directamente debían servirle para los ideales apostólicos que ya entonces acariciaba en su interior. Por esto consta que estudió de un modo especial la Sagrada Escritura y la dogmática o teología, tal como entonces se proponía, al mismo tiempo que realizaba los primeros ensayos de predicación entre la gente humilde y sencilla del

pueblo. Todo esto, unido a un espíritu profundamente religioso, a la práctica de todas las virtudes monásticas y a un abrasado amor de Dios y del prójimo, le prepararon convenientemente para la gran obra a que Dios lo destinaba.

Precisamente entonces eran frecuentes las salidas de Inglaterra de monjes misioneros, que partían para el centro y norte de Europa, donde se entregaban con toda su alma a la evangelización de aquellos territorios, todavía paganos. Hallábase entonces en la región de Frisia (la actual Holanda) el gran apóstol San Willibrordo, y continuamente llegaban a los monasterios de Inglaterra e Irlanda voces en demanda de nuevos misioneros. Winfrido, pues, que se hallaba a la sazón en la plenitud de su vida, sintióse llamado por Dios a este inmenso campo de apostolado, y, después de obtener, tras largas luchas, el permiso de su abad, partió para el continente, junto con otros dos compañeros, el año 716.

Mas no había llegado todavía la hora de Dios. La situación del norte de Europa era insegura, por lo cual Winfrido se convenció de que su labor apostólica sería inútil. Así pues, volvióse a su monasterio de Nursling, donde, a la muerte del abad Wimbert, trataron los monjes de elegirlo a él. No sin mucho esfuerzo consiguió, al fin, verse libre de esta dignidad, pues su única obsesión era volver al continente para entregarse de lleno a su evangelización. Convencido, pues, de que, para dar verdadera eficacia a su labor, era necesario recibir una comisión directa del Papa, dirigióse el año 718 a Roma.

Era el primer viaje que hacía a la Ciudad Eterna. El papa San Gregorio II le recibió con muestras de extraordinaria satisfacción, cambióle su nombre de Winfrido por el de Bonifacio; instruyóle ampliamente sobre el modo de introducir en los pueblos germanos la doctrina cristiana, la liturgia y administración romana, y en la primavera de 719 le dio una comisión especial para los pueblos del centro de Europa.

Atravesando, pues, Bonifacio la Baviera y el centro de Alemania dirigióse a Frisia, donde providencialmente había muerto su rey Radbod, y su sucesor, unido con los francos, se mostraba favorable a la predicación del Evangelio. Allí, pues, al lado del veterano apóstol San Willibrordo, pasó el novel misionero Bonifacio tres años. Este aprendizaje fue de grandísima utilidad

para él. Sin embargo, resistiendo a las instancias de San Willibrordo, quien, ya anciano, deseaba nombrarle sucesor suyo, y siguiendo las instrucciones del Papa, se dirigió a Hesse, donde inició su primera gran campaña de predicación. En este tiempo se le unió uno de sus más fieles colaboradores, llamado Gregorio. Para dar más firmeza y regularidad al trabajo misionero estableció pronto su primer monasterio en Amöneburg. El resultado de sus primeros trabajos fueron millares de conversiones y el establecimiento de numerosas cristiandades.

Ante las primeras noticias de los éxitos obtenidos el Papa le llamó a Roma, donde, bien informado de su espíritu y de sus métodos de predicación, así como también de los nuevos campos que se abrían al Evangelio, le consagró obispo el 30 de noviembre, fiesta de San Andrés, del año 722. A esta dignidad, que tanto ascendiente debía dar a Bonifacio, añadió el Papa una carta especial para Carlos Martel, con el objeto de que obtuviera de éste su apoyo oficial para tan importante empresa, y asimismo gran cantidad de reliquias, el *Código oficial* canónico y otras cosas que contribuían a dar mayor autoridad al misionero.

Armado, pues, Bonifacio de su nueva autoridad episcopal y de todas estas nuevas armas, dirigióse a Carlos Martel, quien, a la vista de la carta pontificia, puso al servicio del misionero todo el apoyo de su poder. En esta forma entró de nuevo Bonifacio en Alemania y se dispuso a continuar la obra comenzada en Hesse. Para ello realizó entonces una de las más sublimes hazañas de su vida misionera, con el objeto de deshacer la superstición pagana, que constituía el principal obstáculo del Evangelio. Efectivamente, en un día señalado con anticipación, para hacer presencia de gran multitud de paganos, dio con sus propias manos algunos golpes de hacha y luego hizo derribar la encina sagrada de Geismar, a la que los gentiles profesaban gran veneración. Al ver, pues, los paganos que sus dioses no hacían nada para vengar aquel ultraje, reconocieron su impotencia, y a partir de este hecho se mostraron mejor dispuestos para recibir el Evangelio. Con la madera de aquella encina hizo Bonifacio construir una iglesia dedicada a San Pedro, y a corta distancia de ella levantó el monasterio de Fritzlar, que fue en adelante uno de los puntos de apoyo de su obra misionera.

Puesta ya en marcha la misión de Hesse, el año 725 pasó a Turingia, donde ya anteriormente había sido introducido, pero no había arraigado el cristianismo, y allí continuó desarrollando su actividad apostólica. En todas partes encontraba al pueblo dispuesto a escuchar la palabra de Dios. Lo único que faltaba eran misioneros. Por esto insistió constantemente a los monasterios ingleses en demanda de nuevas fuerzas, y, en efecto, fueron llegando muchos monjes misioneros durante los años siguientes. Bien pronto fundó en Turingia, cerca de Gotha, el monasterio de Ordruf, que fue su base de operaciones en aquel territorio. Entre los nuevos misioneros son dignos de mención San Lull, que fue el sucesor de San Bonifacio en la sede de Maguncia, y San Esteban, su futuro compañero de martirio. Llegaron asimismo religiosas, que iniciaron la rama femenina del monacato en Turingia y Hesse. Entre ellas se distinguieron Santa Tecla, Santa Walburga y sobre todo la prima del mismo San Bonifacio, Santa Lioba.

Cerca de diez años hacía que trabajaba en estas regiones de Hesse y Turingia, alentado siempre por San Gregorio II, cuando este gran Papa murió en 731. Su sucesor, San Gregorio III (731-741), conociendo perfectamente el celo y la santidad de San Bonifacio, le envió en 732 el palio arzobispal, constituyéndole metropolitano de toda la Alemania al otro lado del Rhin, a lo que añadía una amplia facultad para fundar nuevos obispados en todos aquellos territorios.

Algunos años más tarde, en 737, hizo su tercer viaje a Roma, con el objeto de tratar detenidamente con el romano pontífice sobre la organización definitiva de las iglesias germanas. Entonces recibió de Gregorio III el nombramiento de legado apostólico con poder general sobre todos aquellos territorios, y en Montecassino obtuvo uno de sus mejores auxiliares, el monje San Willibald, y otros misioneros. Con estos nuevos poderes y nuevos auxiliares dirigióse, ante todo, a Baviera, cuyas cristiandades reorganizó e introdujo una plena jerarquía con los obispados de Salzburgo, Ratisbona, Freising, Passau y otros.

Una vez organizada la iglesia de Baviera, volvió a su campo de operaciones de Hesse y Turingia, donde creó los obispados de Erfurt para Turingia, Buraburg para Hesse y Wurz-

burgo para Franconia; algo más tarde organizó el obispado de Eichstätt. El año 741, mientras realizaba esta obra fundamental de estabilización de aquellas iglesias, fundó la abadía de Fulda, tan célebre en lo sucesivo, y donde debían luego descansar sus restos mortales.

Este mismo año 741 entró San Bonifacio en un nuevo campo de su actividad, al que tal vez han prestado menos atención los historiadores, y que da una idea completa de la magnitud de su obra apostólica. En efecto, su encendido amor de Dios y su celo por las almas no se contentó con la evangelización y organización de las iglesias germanas, sino que realizó también una completa regeneración y reorganización de la Iglesia en Francia. Ésta se encontraba en un estado de general decadencia. Muerto el año 741 Carlos Martel, su hijo Carlomán heredó los territorios orientales de Austrasia y Pipino los occidentales de Neustria. Entonces, el piadoso Carlomán, que conocía perfectamente el celo apostólico de San Bonifacio, le invitó para que acudiera a sus dominios con el fin de reformar la disciplina eclesiástica. Aceptó Bonifacio la invitación y comenzó al punto su tarea. Ésta se dirigió principalmente a los elementos eclesiásticos, los clérigos, obispos y monasterios. Mas, para dar más eficacia a su acción reformadora, apoyada siempre por Carlomán y más tarde por Pipino, celebró una serie de concilios, célebres en la historia de la Iglesia de Francia.

El primero tuvo lugar en Austrasia en 742. Es el primer *concilio germánico.* El resultado que con él obtuvo San Bonifacio puede juzgarse por las disposiciones reformadoras que se tomaron. Se atacó a la raíz del mal, ordenando la devolución de los bienes eclesiásticos. Se urgió el derecho de los obispos y se dieron severas disposiciones contra los vicios de simonía e incontinencia del clero. Todas estas disposiciones fueron luego proclamadas como leyes del Estado. En 743 celebráronse otros dos sínodos en Austrasia. El año siguiente solicitó también Pipino la intervención de San Bonifacio en los territorios de Neustria, donde se celebraron dos sínodos y se introdujeron todas las normas reformadoras de Austrasia. El año 745 se pudo celebrar ya un concilio general para ambos territorios. El resultado fue a todas luces visible. A los cinco años de la-

bor de San Bonifacio la Iglesia franca quedaba completamente regenerada.

El concilio general germano del año 747 fue la mejor confirmación de los resultados obtenidos por la grandiosa obra de San Bonifacio. En él todo el episcopado franco firmó la llamada *Carta de la verdadera profesión de fe y de la unidad católica* y la mandaron a Roma. De este modo toda la Germania y toda Francia quedaban, por la obra de San Bonifacio, íntimamente unidas con Roma.

Pero esto mismo señala otro punto culminante de la vida de San Bonifacio. Hasta este tiempo poseía una comisión general para todos aquellos territorios. El nuevo papa Zacarías juzgó llegado el tiempo de nombrar a San Bonifacio arzobispo de Maguncia, constituyendo esta sede como primada de Alemania y Francia. De este modo se completaba la unidad de la obra de San Bonifacio. Apenas realizado esto perdió, el mismo año 747, a su principal apoyo, Carlomán, quien se retiró a un monasterio. Pero su hermano Pipino el Breve, que unió entonces toda Francia, continuó prestándole el mismo apoyo. La obra de Bonifacio continuó, pues, produciendo los más sazonados frutos, no obstante los disturbios promovidos por algunos caracteres turbulentos.

Pero, entretanto, San Bonifacio, ya de avanzada edad, obtuvo el nombramiento de su discípulo y colaborador Lull como sucesor suyo en la sede de Maguncia. Pero su ardiente espíritu misionero no encontraba mejor descanso que el campo de sus primeros trabajos apostólicos. Dirigíase, pues, entonces a la región de Frisia, donde con aliento juvenil se entregó de lleno al trabajo misionero entre los gentiles, todavía numerosos en aquel territorio. Los primeros éxitos de esta nueva y última campaña del veterano apóstol le rejuvenecieron extraordinariamente. Sentíase allí como en su propio elemento. Organizaron las cosas para celebrar una confirmación en el campo de Dokkum; y el 5 de junio de 755, cuando esperaba a los nuevos cristianos para administrarles este sacramento, cayeron sobre él unos gentiles fanáticos y le martirizaron junto con cincuenta y dos compañeros. Enterrado primero en Utrecht, más tarde fue trasladado a Maguncia y luego a Fulda.

Con justicia se le ha dado el título de apóstol de Alemania en el más amplio sentido de la palabra. San Bonifacio es uno de los más excelentes ejemplos de los grandes misioneros de la Iglesia católica de todos los tiempos. Su encendido amor de Dios y de las almas le comunicó la fuerza necesaria para vencer las mayores dificultades y trabajar hasta derramar su sangre por la fe que predicaba. El resultado de su obra apostólica, verdaderamente admirable, se extendió a toda Alemania y a Francia.

BERNARDINO LLORCA, SI

Bibliografía

Act. SS. Boll., 5 de junio· *Vita*, de S. WILLIBALD y otros.
Art. en *Dictionnaire d'histoire et de géographie ecclésiastique.* IX: *Bishop-Boulli* (París 1937) col.883s.
HAUCK, A., *Kirchengeschichte Deutschlands.* II· *Die Karolingerzeit* (Leipzig [4]1912).
KURTH, G., *Saint Boniface (680-755)* (París [3]1902).
LAUX, J., *Der hl. Bonifatius* (Friburgo 1922).
LESNE, E., *La hiérarchie episcopale. Provinces, métropolitains, primats en Gaule et Germanie depuis la réforme de saint Boniface jusqu'à la mort d'Hincmar 742-882* (París 1905).
LEVINSON, W , «Vitae sancti Bonifatii archiepiscopi Moguntini», en *Monumenta Germaniae Historica.* Abt. 1. *Scriptores.* 7. *Scriptores rerum germanicarum in usum scholarum separatim editi* (Hannover 1905; reimp. anastática: Hannover 1999).
SCHNÜRER, G., *Die Bekehrung der Deutschen. Bonifatius* (Paderborn 1909).
— *Kirche und Kultur im Mittelalter,* I (Paderborn 1927) 288s. Ed. española: *La Iglesia y la civilización occidental en la Edad Media,* I (Madrid 1955) 381s.
TANGL, M. VON (ed.), «S. Bonifatii et Lullii Epistolae», en *Monumenta Germaniae Historica.* Abt. 4 *Epistolae.* 3. *Epistolae selectae* (Berlín 1916)
• Actualización:
MASCHERPA, E. (ed.), *Vita e lettere di San Bonifacio* (Noci, Bari 1991).
ROMAIN, W.-P., *Bonifacio precursore dell'Europa* (Turín 1991).
TOMLIN, E. W. F., *The world of St Boniface* (Exeter 1981).

SAN SANCHO

Mártir († 851)

El martirio de este joven santo se sitúa en la próspera ciudad de Córdoba en el reinado del emir Abderramán II. Este martirio nos lo narra San Eulogio, y tiene que encuadrarse en unas muy concretas circunstancias.

Cuando se fue realizando la invasión musulmana de España, se fueron pactando convenios entre los conquistadores y la población hispana, y una parte de esos convenios era la licencia a

los cristianos para seguir practicando su religión, quedando como sometidos y por ello sujetos política y socialmente a los conquistadores. Poco a poco una parte importante de la población se pasó al Islam, pero siguió habiendo una amplia capa de población que seguía fiel a su religión cristiana y a su lengua latina. Se llegó —como señalan los historiadores— a una convivencia relativamente pacífica, sin que faltaran movimientos de signo nacionalista, diríamos hoy, que obligaban a los soberanos omeyas a contenerlos y sofocarlos en defensa de la unidad del Emirato. Estos conatos exacerbaron la suspicacia de la población descendiente de los conquistadores y tomaron las medidas de defensa que estimaron oportunas, viendo no pocas veces los árabes en estas revueltas o movimientos una connivencia de los mozárabes con los bereberes o con los españoles conversos al Islam, llamados muladíes. Se produjeron deportaciones, confiscaciones e impuestos exorbitantes, que no podían menos que provocar un generalizado descontento en la población cristiana. La población peninsular había conservado casi intacta la organización política, judiciaria, económica y también la eclesiástica. Pero se guardaban leyes coránicas, que venían a ser peligrosas para los mozárabes, como por ejemplo las blasfemias o el hablar mal contra Mahoma o el Islam, y asimismo la obligación de que todos los hijos de matrimonios mixtos tuvieran que practicar la religión islámica, no estándoles permitidos a estos hijos el abrazar la religión de la madre, el cristianismo, y, si lo hacían, ello se consideraba delito tan grave que se castigaba con la muerte. Por este motivo, a comienzos del reinado de Abderramán II, fueron martirizados los hermanos Adolfo y Juan, hijos de un matrimonio mixto de clase alta. Y parece que siempre existió cierta animosidad entre cristianos y musulmanes, pues los primeros se sentían dominados y discriminados por los segundos. Avanzado ya el reinado de Abderramán II y cuando numerosos cristianos estaban instalados en cargos de la administración civil, se empezó una política equívoca respecto a los cristianos, pidiéndoseles a los cristianos el convertirse al Islam o el asistir al menos a ceremonias oficiales en las mezquitas y a mezclarse con ellos en los espectáculos públicos, teatros, baños y festejos. Se dice que esto trajo consigo una relajación de las costumbres cristianas hasta el punto de alarmar a los cristianos

más fervorosos, y a empezar en el seno de la comunidad cristiana una evidente confrontación entre los relajados, motejados como vitizas, y los cristianos más fervorosos y atentos a la conservación de la identidad cristiana. Para San Eulogio, Paulo Álvaro, el obispo Saulo de Córdoba y otros, la pretensión de preservar la identidad cristiana aun a riesgo de la vida era una forma no sólo legítima sino santa de ser fiel a Cristo. Para otros, en cambio, aquello pareció provocación, exaltación fanática, y este mismo punto de vista lo podemos ver en historiadores de hoy. El martirio de San Perfecto, un sacerdote que animado a proclamar su fe, declaró que Mahoma era un falso profeta, por lo que fue delatado como blasfemo y posteriormente ejecutado (18 de abril de 850), abrió un período de confesiones voluntarias de fe ante el cadí de la aljama mayor de Córdoba que por envolver calificaciones de falso al Islam terminaban en muerte de los confesores.

Dice así San Eulogio de Córdoba *(Memorial de los santos,* l.II, c.I):

> «Este gran crimen cometido con el sacerdote (San Perfecto) obligo a muchos que gozaban de la divina contemplacion en las fragosidades de los montes y en la soledad de los bosques a detes tar de forma espontanea y publica y maldecir al fementido profeta y dio a todos el impetu de un mayor ardor para morir por la justicia»

El primero en presentarse espontáneamente y abrir así el martirologio cordobés del 851 fue el monje San Isaac que, «alumbrado —dice San Eulogio— por divina inspiración, corrió a presentarse al juez y [...] sufrió martirio [...] el 3 de junio de 851».

Y el segundo fue nuestro santo de hoy, San Sancho, del que cuenta el martirio San Eulogio en el breve capítulo III del citado *Memorial de los santos.*

Si leemos bien a San Eulogio, debemos decir que el santo era natural de la ciudad gala de Albi, en la Galia Comata. Éste era su origen o procedencia. Había llegado a Córdoba porque había sido capturado, y habrá que suponer seguramente que se había alistado en algún ejército cristiano y en alguna batalla había sido cogido prisionero. Por ese camino había llegado hasta Córdoba, y aquí su suerte había mejorado. Pues había consegui-

do la libertad y había sido alistado en la guardia personal del propio emir *(militares regis pueros,* dice literalmente San Eulogio), siendo comensal del propio palacio regio. Disfrutaba por tanto de una buena y envidiable posición.

Sancho, ni por estar al servicio del monarca ni por comer de la mesa real, había perdido el fervor de su fe. No sólo no se había hecho musulmán sino que era fervoroso cristiano y nutría su fe con los consejos y las palabras vibrantes de San Eulogio, que lo llama su «auditor», su discípulo, es decir, persona que escuchaba al santo sacerdote y se dejaba guiar por él.

Al martirio —dice el mismo San Eulogio— lo llevó la confesión de la fe. ¿Espontánea? Por el contexto en que se cuenta este martirio podríamos pensar que sí, pero San Eulogio no subraya esta espontaneidad en la confesión, de forma que queda espacio para la especulación: ¿se le invitó a hacerse musulmán y él replicó entonces que el Islam es una religión falsa y él no podía abrazarla, con lo que cometió el crimen de blasfemia contra el Islam? ¿Se sentía llamado él a dar un testimonio especial de fe por vivir en circunstancias sociales favorables y estimular así a los cristianos a no preferir las ventajas de la vida temporal al logro de la vida eterna? ¿Se le dijo que lo propio era que fuera musulmán quien ocupaba un puesto de confianza en el entorno del emir? Cualquiera de las alternativas es posible. San Eulogio se atiene a la causa de la muerte: la confesión de la fe, porque era esta confesión la que acreditaba su inclusión en el número de los santos.

Sancho era un joven *(adolescens)* y no era clérigo, como dice expresamente San Eulogio y como hubiéramos supuesto de todos modos al saber que era un joven militar del emir. Tenía ante sí la vida, y ésta hubiera podido conservarla haciéndose musulmán, alternativa segura a la muerte, porque la profesión de fe musulmana lavaba la injuria que hubiera podido decir contra el Islam. Pero Sancho no quiso. Se atuvo a su fe y a su conciencia, y se dejó matar por ella.

El martirio consistió en obligar al joven a tenderse en la tierra sobre un palo al que fue fijado y fue luego levantado hasta que expiró en ese patíbulo. Era el tormento del empalamiento. Podemos suponer que con su cuerpo se hizo lo que dice San

Eulogio del cuerpo de San Isaac, que fue abrasado en voraz hoguera y reducido a pavesas y luego arrojado al río para borrar su memoria Esto lo pensamos, puesto que dice San Eulogio que al cuerpo de los demás que murieron imitando su ejemplo se les hizo lo mismo. Sucedió el martirio del glorioso joven en la ciudad de Córdoba el día 5 de junio del año del Señor 851 La Iglesia de Córdoba celebra su memoria litúrgica el día mismo de su martirio, el 5 de junio.

JOSE LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

EULOGIO DE CORDOBA (SAN), *Obras completas* Ed bilingue (Cordoba 1959)

REPETTO BETES, J L, *Andalucia, tierra de santos* (Jerez 1982)

SÁNCHEZ ALBORNOZ, C, *La España musulmana segun los autores islamitas y los cristianos medievales* (Madrid [6]1982)

SIMONET, J, *Historia de los mozarabes* (Madrid 1903)

C) BIOGRAFIAS BREVES

SAN FRANCO

Ermitaño († 1270)

Franco nace en Roio (L'Aquila) hacia 1159. Luego de hacer los primeros estudios bajo la direccion de un sacerdote se hizo monje benedictino en San Jorge de Lucoli, y vivió con entrega y devoción la vida del monasterio durante unos veinte años Luego obtuvo permiso para llevar vida eremítica, que llevó por diversos sitios hasta que finalmente se estableció cerca de Assergi, junto a los Montes Sabinos Bajaba varias veces al año en las principales fiestas a la iglesia de Santa María in Silice a fin de recibir la sagrada comunión En torno a su memoria surgieron tradiciones acerca de hechos milagrosos, uno de ellos el de haber librado a un niño de las fauces de un lobo, milagro representado de ordinario en su iconografía Tras su muerte fue llevado a enterrar a la iglesia del monasterio y los fieles comenzaron a darle culto La diócesis de L'Aquila celebra su memoria

SAN LUCAS VU VAN LOAN

Presbítero y mártir († 1840)

Bajo la terrible persecución desatada contra el cristianismo por el emperador Minh Mang, a quien los cristianos comparaban con Nerón, murieron numerosos misioneros, sacerdotes y seglares tonquineses, en cualquiera de los dos vicariatos en que las misiones del país se hallaban organizadas. Pero fue particularmente feroz la persecución en el vicariato oriental por obra del gobernador Quang-Khanh, llamado el carnicero de los cristianos. En esa persecución tuvo lugar el martirio del sacerdote tonquinés Lucas Vu Van Loan, el cual fue arrestado, llevado a la cárcel y sometido a juicio, y se hizo todo lo posible para obtener su apostasía, permaneciendo firme el mártir en confesar la fe hasta que, condenado a muerte, murió degollado el 5 de junio de 1840. Fue canonizado el 19 de junio de 1988.

SANTOS DOMINGO TOAI Y DOMINGO HUYEN

Mártires († 1862)

Amigos y compañeros de trabajo, compartían estos dos padres de familia la misma fe cristiana, y ella les llevó al martirio y a la gloria. El día 5 de junio de 1862 en el pueblo de Tang-Ya ambos fueron introducidos en sendas chozas de cañas secas, a las que prendieron fuego, pereciendo los dos quemados vivos.

Domingo Toai había nacido en Dong-Thanh hacia 1810. Estaba casado, tenía tres hijos y se ganaba la vida como pescador. No disfrutaba de buena salud. Arrestado en el otoño de 1861, parece que habría podido sobornar a alguna autoridad para obtener la libertad pero no quiso apelar a ese medio y hubo de padecer nueve meses de cárcel. Aquí encontró otros cristianos presos, a los que animó a perseverar en la fe, como él mismo perseveraba, negándose repetidamente a apostatar.

Domingo Huyen era del mismo pueblo que su amigo y compañero en el oficio de pescador y más o menos de la misma edad. También estaba casado y tenía hijos. Arrestado por el mismo tiempo, pasó a la cárcel de Tang-Ya, donde dio continuo testimonio de fe.

Ambos fueron canonizados el 19 de junio de 1988 con los demás mártires vietnamitas.

6 de junio

A) MARTIROLOGIO

1. San Norberto († 1134), obispo de Magdeburgo, fundador de la Orden Premonstratense **.
2. En Roma, en la Via Aurelia, en el miliario segundo, santos Artemio y Paulina (fecha desconocida), mártires.
3. En Hesete (Egipto), San Besarión († s. IV), anacoreta *.
4. En Grenoble (Borgoña), San Ceracio († ca.452), obispo.
5. En Milán (Liguria), San Eustorgio Segundo († 518), obispo.
6. En Irlanda, San Jarlath († ca.550), obispo de Armagh.
7. En el Monte Jura, San Claudio († ca.703), obispo de Besançon y abad de Condat.
8. En el territorio de Bolonia (Emilia), San Alejandro († 823), obispo de Fiésole y mártir *.
9. En Constantinopla, San Hilarión († 845), presbítero y hegúmeno.
10. En las Islas Orcadas, San Colmán (ca.1010), obispo.
11. En el monasterio de Cava (Campania), Beato Falcón († 1146), abad.
12. En Auvergne (Aquitania), San Gilberto († 1152), abad, de la Orden Premonstratense.
13. En Udine (Véneto), Beato Bertrando († 1350), obispo de Aquileya y mártir *.
14. En Ortona, de los Abruzos, Beato Lorenzo de Villamagna († 1535), presbítero, de la Orden de Hermanos Menores *.
15. En Londres (Inglaterra), Beato Guillermo Greenwood († 1537), monje cartujo, mártir bajo el reinado de Enrique VIII *.
16. En Saint-Chamond (Galia Lugdunense), San Marcelino Champagnat († 1840), presbítero, de la Sociedad de María, fundador del Instituto de los Hermanos Maristas **.
17. En Lung-Mi, Tonkín, santos Pedro Dung, Pedro Thuan y Vicente Duong († 1862), mártires *.
18. En Ciudad de México, Beato Rafael Guízar Valencia († 1938), obispo de Veracruz **.
19. En Sachsenhausen (Alemania), Beato Inocencio Guz († 1940), presbítero, de la Orden de los Franciscanos Conventuales, mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN NORBERTO

Obispo y fundador († 1134)

He aquí unos pies anchos, seguros, infatigables, que caminan bajo la ternura de la primavera, por las orillas del Rhin, esponjados gozosamente sobre la caricia de los praderíos, que los unge de un perfume de hierbabuena. Yo he visto estos pies, en el verano, polvorientos y morenos de sol, sudorosos por la enorme fatiga, recogerse al descanso, a la sombra de la catedral de Colonia, y, al quedar reverentes, de rodillas, todos los santos, los ángeles y los grifos, que cantan un misterio de fe sobre la gloria del pórtico, han sonreído beatamente, en la frialdad de la piedra sagrada y maravillosa. Y los vi sobre los montes de Spira, en lucha amarga con las tormentas de invierno, ir dejando en la nieve un camino de sangre. Pero su vida y su gloria —la de estos pies extraordinarios— resplandece en caminar sin vacilaciones, sin pausas. ¿Qué buscan con tan ardorosa impaciencia estos pies? ¡Las almas!

Los pies pueden definir la existencia de un hombre. En los Libros Sapienciales hay toda una impresionante teología de los pies, como mandatarios de nuestro libre albedrío, cuando siguen las huellas del Señor y cuando caminan por las tinieblas del pecado, a la condenación eterna. Y, en el Evangelio, una ordenanza, sin apelaciones, de Jesucristo: «Si tu pie te escandaliza, córtalo y arrójalo lejos de ti; porque más te vale entrar cojo en el cielo que con los dos pies perderte en la gehena».

Pero estos pies —para siempre, ahora, descalzos, mendicantes apostólicos— calzaron en su juventud finos escarpines de pieles, labradas en oro y pedrería. Eran esbeltos y ágiles para la danza en las fiestas de corte del emperador Enrique; cautelosos para tantear los laberintos sutiles de la política; raudos en la ambición de prebendas y honores.

Son los pies de Norberto. Noble en las marcas de la Germania, arzobispo de Magdeburgo, fundador de los canónigos regulares premonstratenses, santo en el cielo de Dios. Y, según la historia que os voy a referir, estos pies, como dos columnas inconmovibles de la santa Iglesia de Cristo, en la edad turbada del

siglo XII, donde hay antipapas, confusión de la fe con las herejías, mientras atardece en un crepúsculo deslucido de sombras toda la grandeza del Sacro Imperio.

Había nacido el año 1080, en la pequeña ciudad de Santes, del Estado de Cleves, en las márgenes alemanas del Rhin, que tiene castillos de leyenda, viñedos dorados por un embrujo de sol, para que destilen sus vinos, como la sangre encendida. La crónica laudatoria del XVII atribuye a su padre Heriberto ascendencia de césares. Era realmente noble y emparentado con el emperador. Su madre, Haduvije, «traía origen de la serenísima Casa de Lorena, raíz fecunda de donde han descollado, en todas las edades, muy cristianos héroes». Pues nada sorprende que, con semejantes ejecutorias en su cuna, tuviera Norberto entre sus manos la estrella de los elegidos y la fortuna asomada a sus ojos anhelantes y limpios. Sería un puro intelectual de la época, libre de toda servidumbre a las armas y a las artesanías.

En las escuelas monásticas y episcopales se refugiaba entonces todo el humano saber. Turbas de copistas, en la calma serena y oracional de los *scriptorios,* ponían a punto las humanidades clásicas, junto a las últimas novedades de Anselmo de Bec, de Escoto Eriúgena, de Rabano Mauro. El *Trivium,* con el estudio de la gramática y de la dialéctica, con la pompa de los retóricos, interpretaba la historia y la poesía, mientras la austeridad del *Quadrivium,* apretado de números secretos, de astrologías y geometrías, se humanizaba también admitiendo los simples pentagramas de Guido de Arezzo, para reducir a un lúcido orden las melodías de la música. En la inquietud de estas escuelas se preludiaba ya el advenimiento feliz de la escolástica, que casaría valientemente las verdades de la fe con la filosofía de Aristóteles. Y un gran viento de mística espiritualidad agitaba a toda la Europa, empujando a las gentes al heroísmo de las Cruzadas, a la quieta y dolorosa contemplación de Dios en la penitencia y silencio de los claustros.

Norberto ha vivido estos mundos alucinantes de la sabiduría. Tiene una inteligencia despejada y aguda; imaginación dulce para los madrigales, una palabra vital, que hace impacto de llagas en quien le oye.

Sigue las disciplinas eclesiásticas porque le prima en la sangre el ejemplo de su tío, Federico de Carinthia, arzobispo de Colonia. Y asciende al subdiaconado, pero sin intenciones de consagrarse al Señor en la plenitud de entrega del sacerdocio. Su tonsura le traerá un estado de vida magnificada por los honores y por las prebendas. Su propio tío le confiere una capellanía en la imperial iglesia de Santes, donde se muere de tedio y de nostalgias bajo el meridiano del demonio, dando a sus pasiones placer y a su ambición conquistas. Un canonicato en la catedral de Colonia le introduce triunfalmente en la vida cortesana. El emperador le hace su limosnero. Y ya está Norberto sobre los lujosos escenarios de la intriga palatina, para decir su papel, en alegres justas de amor, que han de terminar en drama. De cuerpo bien plantado y hermoso, maestro de humanidades, de cetrerías y poesías, insinuante y bien compuesto el ademán, la palabra caliente..., y una turba de damas, como gacelas, que ansían el venablo del cazador.

Hay para Norberto, en este tiempo de vanidades, un viaje imperial a Roma, porque Enrique desea zanjar con el papa Pascual II el escándalo de las investiduras que trae envilecida a la cristiandad. Han precedido unas conversaciones en Sutri, donde ambas partes llegaron a un esquema de convenio. Sólo falta la solemnidad de la firma, en la gran ceremonia que se celebra en San Pedro, con pausada pompa papal. Pero entonces, lejos de suscribir el emperador las estipulaciones de Sutri, «con la mayor alevosía que se lee en las historias —según papeles del tiempo—, hace una seña en alemán a sus tropas, que se echan sobre el Pontífice y los cardenales, les despojan de sus sacras vestiduras y los reducen a prisión». Fuera, los regocijos de Roma por la visita de tan insigne viajero naufragan en sangre inocente, en tropelías de la soldadesca, en incendios de destrucción. El alma exquisita de Norberto se turba y reprueba la conducta indigna de su amo: corre a la cárcel del Pontífice para reverenciarle y llorar con él tan grandes desventuras, y, ya de regreso en Alemania, no quiere admitir el obispado de Cambray, con el que desea investirle el emperador. Es el principio de su salud.

La crónica jesuita de Anvers desliza otra interpretación a esta renuncia obispal, como si el joven subdiácono amase más

su vida desarreglada que el servicio divino, y pone la misma intención mundana a un cierto recreo que Norberto se toma, un día luminoso de abril, jinete de elegante caballo, cuando se dirige con su paje a un conventillo de Freten de Westfalia. ¿Le llevaba el impulso ciego del amor? Pero allí sería su camino de Damasco. Iba así nuestro caminante, huyendo de la luz hacia las oscuras regiones de tan ruines pensamientos, «cuando vino sobre la espalda de este fugitivo de Dios una palabra poderosa, que derriba en tierra al caballo y al caballero». Claro que esto es la pintura un poco barroca del *Cronicón*. Porque la realidad fue que aquella calma radiante de primavera —todo el cielo perfumado de lirios y de rosas— se cerró en una colosal tormenta. Nubes cárdenas restallando truenos, los árboles de la selva bamboleantes, las golondrinas atolondradas sin poderse recoger a seguro, y Norberto acurrucado en los temblores de su miedo, aterido entre el furor de las lluvias. Un rayo cae a los pies de su cabalgadura y sepulta a Norberto, con su paje, entre el lodo y las hierbas ardientes, como en un infierno.

Se repite la historia de Saulo. Norberto encuentra su Ananías en el santo abad del cenobio de Ligeberg, en cuyas soledades se convierte a la contrición de sus pecados, a la penitencia. Entonces decide ascender hasta el sacerdocio. Su primera misa en la iglesia natal de Santes se configura, como una perfecta crucifixión, con el Cristo vivo de su sacrificio. Es escarnecido por clérigos y por labradores, que le recuerdan los regalos carnales de su vida mundana; pero el sermón primero que les dirige impresiona hasta las lágrimas a todos sus paisanos, porque les confiesa con extrema humildad los escándalos de su vida y les invita a seguir a Jesucristo, en la vida nueva que él va a emprender.

Y sus pies inician la gran epopeya. Reparte entre los pobres sus tesoros; renuncia a los cargos eclesiásticos y se hace sembrador del Evangelio por todas las marcas del Rhin, con milagros, carismas y don de lenguas, como los mismos apóstoles, que recibieron en Pentecostés al Santo Espíritu. Andar y andar, a la sola conquista de las almas. Los auditorios que abarrotan los templos vienen de largas distancias para oírle: pastores, letrados, clérigos, y todos quedan embebidos en los ardores de su

caridad. Acusado falazmente por su propio Cabildo de Colonia al concilio de Hesse, en 1118, alcanza del Papa una legación para predicar en todo el orbe. Llega a Valenciennes con la salud rota, agotado de una misteriosa fiebre, y, sabiendo que allí se encuentra su buen amigo Burcardo, obispo de Cambray, le visita. Asiste a la conversación el capellán de su excelencia, Hugo, que, desde tiempo, había tomado el propósito de renunciar al mundo. Y, oyéndole, le suplica que le tome de compañero para aquel apostolado de evangelización rural. Y así la Providencia une estos dos corazones en un mismo destino: la fundación de una Orden que remedie las necesidades de la Iglesia.

En 1119, muerto el papa Gelasio, le sucede el arzobispo de Viena, Calixto II, quien convoca un concilio en Reims para la reforma de las costumbres y el arreglo de la cuestión de las investiduras. Asisten cuatrocientos obispos, el rey de Francia y nuestros dos apóstoles, Norberto y Hugo. En el curso de las sesiones conocen al obispo de Laón, don Bartolomé, quien, movido del Espíritu, ofrece edificar un monasterio allí donde lo determine Norberto. Y así nace el Premontré. En la selva de Coucy, pantanosa, sombría, dantesca, circundada de montes pelados y rocosos, hay un prado —*pratum monstratum*— donde Norberto presiente que debe nacer su obra. Y en la Navidad de 1121, sobre las ruinas de una pobre ermita, se alza el primer monasterio de la Orden Premonstratense. El drama de su propia vida —la traición que hizo al estado eclesiástico con su vida desarreglada— va a encontrar aquí un muy original y divino remedio. Bajo la regla de San Agustín no busca Norberto a los monjes, sino a los clérigos: en una vida común, tan rigurosa como la de los cenobios, sus canónigos regulares aseguran en el estudio, en la penitencia y en el silencio ese potencial de vida interior que es la clave de todo apostolado: no permanecerán en clausura, ni adscritos de por vida a un monasterio, como los monjes, sino que deben andar y andar a la conquista de los pecadores, derramando el cáliz de su corazón, que está lleno de Cristo, sobre las almas abandonadas e ignorantes. Y así van por las ciudades y las campiñas, con su hábito de lana blanca, como ángeles de la buena noticia, adoradores del sacramento y heraldos de Santa María.

El suceso del Premontré conmueve a toda Europa. Las grandes órdenes monásticas que obedecen a Cluny han entrado en una crisis de decadencia; las riquezas territoriales y el amplio poder de jurisdicción han corrompido al Císter; la soberbia de su gran abad Pons de Melgueil siembra de rivalidades la paz de los monjes, hasta conducirles a la excomunión y a la apostasía. Por eso Francia, Alemania, Bélgica acogen a los premonstratenses como la medicina celeste que Dios les envía. En los cuatro primeros años Norberto preside ya nueve monasterios y atiende a la formación de sus canónigos, a quienes empuja y calienta el ejemplo santo de su vida.

En este nacimiento afortunado de la Orden hay un signo que la consagra definitivamente: el encuentro de su fundador con la herejía maniquea. Importada de Asia a Europa en el siglo III, reaparece con nuevos bríos en Amberes y Brujas, en el Delfinado, Provenza y Languedoc. Un cierto Tanchelim, fingiéndose obispo, nada menos que de consagración papal, embauca a turbas de mujeres con sus palabras histéricas. Cuando aparece en los campos o en las plazas públicas —él odia los templos, a los que llama guaridas del diablo—, centellea, como un ídolo, cubierto de púrpura y de oro. Es risible, pero dramático. Porque se hace acompañar de un verdadero ejército de tres mil hombres, que, en su fanatismo, siembran de libertinaje y de muerte las dulces tierras de Flandes. Muere a manos de un clérigo. Pero su muerte aumenta el número de los seguidores, encolerizados y rebeldes. Y es Norberto, con sus canónigos, llamados por el obispo de Cambray, quienes combaten el error y devuelven la paz y el orden a las gentes.

Semejante suceso le hace concebir una idea genial y salvadora. Su Orden tendrá otra rama, completamente secular, donde hombres y mujeres, que viven en el mundo, observan una vida cristiana a la sombra de sus abadías, lucrándose de las instrucciones, del ejemplo, de la oración y de la compañía de sus canónigos. Son, ya entrevistas, las *Órdenes Terceras,* que los mendicantes Asís y Domingo han de fundar, después, como pilares ciclópeos de la grandeza espiritual de la Alta Edad Media.

Y ahora la apoteosis de sus pies descalzos. Peregrinantes, celosos de la gloria de Dios. Por el 1126 se reunía en Spira lo

más selecto de Europa; del sacerdocio y del Imperio. La entrada triunfal del emperador Lotario aterra a los vencidos, que buscan el valimiento del obispo de Maguncia para que la victoria no les tiña de sangre ni les humille con cadenas. Y corre, de pronto, la voz de que Norberto se encuentra en la ciudad. Le conocen bien: le saben piadoso y justiciero; y le suplican que, en aquella hora de amargura, les consuele su palabra, ungida de tantos carismas. Lotario asiste al sermón y queda transido del amor de caridad en que se abrasa el apóstol. Y sin saber cómo —¡el Santo Espíritu sopla donde quiere y como quiere!—, arrebatado el auditorio se echa sobre Norberto, clamando, «¡Norberto, arzobispo de Magdeburgo!». Queda anonadado y se resiste, con violencias, por su auténtica humildad. Pero aquel fervor de multitud mueve a Lotario a confirmar la elección de Norberto y después al Papa. A los pocos días hace su entrada en la catedral. Va, como siempre, descalzo, con su pobre túnica blanca, para recibir el homenaje de los obispos, de los nobles, de los cabildos y del pueblo. Cuando la solemnidad termina y se dirige a su palacio, el guardián le niega la entrada al verle tan pobre y descalzo: «Llegas tarde —le dice—, porque ya se dio la comida a los necesitados». Y cuando le avisan que aquél es su señor, el nuevo arzobispo, se arrodilla confuso para besarle los pies. Y así queda, para la historia, la apoteosis de unos pies anchos, seguros, inconmovibles, que sólo se movieron para la honra de Dios y la caridad del prójimo.

Durante los ocho años de su pastoreo arzobispal Norberto culmina, en sus obras, el ejemplo de San Pablo. Pone a su discípulo Hugo como gran abad de toda la Orden, que se extiende por ciento veinte monasterios. Predica y escribe. Es perseguido como el Apóstol, salvando por dos veces la vida de manos criminales. Viaja con el emperador a Roma y consigue deponer al antipapa Pedro de León. Asiste al concilio de Reims, donde su sabiduría brilla con los mismos resplandores de su santidad y de su celo.

El 6 de junio de 1134, dentro de la octava de Pentecostés, este siervo humilde, a quien San Bernardo llamaba «Maestro», apóstol fidelísimo del Espíritu Santo, agotado de la fiebre, en suaves transportes de divino amor, se fue para el cielo a festejar

los gozos de su Pascua Os dejaré una divisa para que la maduréis dentro del alma. La que sin cesar repetía a sus discípulos:

> «Yo he frecuentado las cortes de los príncipes y abunde en riquezas No perdone los deleites Pero tened por cierto, hermanos míos, que la mayor abundancia de bienes de este mundo reside en la pobreza del espíritu Solo fui rico cuando de ellos carecí Porque lo mismo fue arrojar de mi corazón los bienes de la tierra que llenarse de los de la gloria, mucho mejores sin comparación, de suavidad inefable y de una duración eterna»

FERMÍN YZURDIAGA LORCA

Bibliografía

ABAD ILLANA, M , *Historia del gran padre y patriarca San Norberto, fundador del Orden Premonstratense* (Salamanca 1755)

Act SS Boll, 6 de junio *Vita Norberti*, por un contemporaneo

DEREINE, C , «Les origines de Premontre» *Revue d'Histoire Ecclesiastique* 41 (1947) 352s

KIRKFLEET, C J , *History of Saint Norbert, founder of the Norbertine (Premonstratensian) order, apostle of the blessed sacrament, archbishop of Magdeburg* (Londres 1916)

MAIRE, E , *Saint Norbert (1082 1134)* (Paris [3]1922)

PETIT, F , *La spiritualite des Premontres aux XII et XIII siecles* (Paris 1947)

«Premontre», en A VACANT E MANGENOT - E AMANN, *et al* (dirs), *Dictionnaire de theologie catholique* 13/1 *Preexistence Puy* (Paris 1936)

• Actualización

DAUZET, D M , *Petite vie de Saint Norbert (1080 1134)* (Paris 1995)

JIMENEZ HERNÁNDEZ, E , *San Norberto, apostol itinerante* (Baracaldo 2000)

SAN MARCELINO CHAMPAGNAT

Presbítero y fundador († 1840)

Nació este varón de Dios el 20 de mayo de 1789, en la aldea de Rosey, de la parroquia de Marlhes, departamento de Loira, diócesis, desde 1801, de Lyón Fueron sus padres Juan Bautista Champagnat y María Chirat, este matrimonio tuvo diez hijos El padre era hombre recto, bastante instruido, de buen juicio y muy estimado en la comarca; sus convecinos acudían a él para que dirimiera sus diferencias El aprecio de que gozaba y su relativa buena hacienda le merecieron el nombramiento de jefe del municipio de Marlhes, mantuvo el cargo con rectitud inflexible y protegió decididamente a la Iglesia, por lo cual fue juz-

gado desafecto a la Revolución, sometido a procesos y vejado con pérdidas cuantiosas.

La madre era muy piadosa, devota ferviente de la Santísima Virgen, solícita con sus hijos, excelente ama de casa y consejera a la que acudían a su vez vecinas y amigas. Llegada la noche rezaba en familia el rosario con las últimas oraciones y daba lectura a *Las vidas de los santos.* La divina Providencia le avisó que, como al Sabio (Sab 8,19), a Marcelino le «cupo en suerte un alma buena», pues al cuidar a su infante advirtió más de una vez una llamita que se levantaba del pecho del niño, subía a su frente y se esparcía hasta esfumarse por la alcoba; María Chirat ofreció su hijo a la Virgen, y se dispuso a esmerarse en la educación de Marcelino.

El ambiente familiar era propicio por demás para la adecuada formación del alma de nuestro beato. Tenía la madre un hermano llamado Marcelino, piadoso como ella, y que, alborozado y diligente, apadrinó en la pila a su sobrino y le impuso los nombres de Marcelino, José y Benito. En la misma casa vivía refugiada la tía Rosa, hermana de su padre, expulsada por el Terror de su convento; esta santa mujer ayudó a la madre en la educación cristiana de Marcelino; le hablaba de Dios, de María, de los ángeles custodios y de los estragos de la Revolución. Las instrucciones, consejos y ejemplos de la edificante tía calaron hondo en el alma de Champagnat, como más tarde lo reconocía y comentaba agradecido.

Frutos del cristianismo práctico de aquel hogar fueron, entre otros, el bautismo sin dilación de Marcelino, al día siguiente de nacer, fiesta de la Ascensión; la preparación esmerada de Marcelino a la comunión primera, que recibió a los once años en la primavera de 1800; la mayor frecuencia en comulgar, ya en la casa, ya en el seminario, de lo entonces en uso y que hubo que conceder a Marcelino, y la consagración a Dios de otros hermanos que siguieron el ejemplo de nuestro beato.

Rosey era un lugarejo situado en la zona elevada y montañosa del sudoeste de Lyón, región agreste de los montes Pilat, donde aún se guardaban costumbres patriarcales; la vida de los Champagnat-Chirat la constituían los deberes religiosos, la atención a los hijos, el cuidado de una granja-molino, la ganadería, la agricultura, en ocasiones la albañilería, la carpintería y el

oficio de herrero, y siempre una sobria y prudente administración en la que eran expertos los padres; en todas estas prácticas iba iniciando a sus hijos Juan Bautista, y de todas ellas sacó Marcelino buen provecho para sus empresas posteriores.

Ésta fue cortada al talle de la de Nazaret, la primera acreditada escuela cristiana de Marcelino, en la que aventajó mucho y mereció promoción a más altos destinos.

La Revolución había maltrecho la Iglesia en Francia; era arzobispo de Lyón el insigne y piadoso cardenal Fesch, tío de Napoleón Bonaparte, quien decidió restaurar la vida cristiana en su diócesis y empezó por restablecer y poblar los seminarios; mandó que su vicario general enviase sacerdotes emisarios que hallaran jóvenes aptos para el sacerdocio; el párroco de Marlhes enderezó los pasos del visitante que le correspondió hacia la granja de los Champagnat; no eran llamados por Dios los hermanos mayores de Marcelino, pero éste, que, por muerte del último hijo, había quedado el benjamín, si bien perplejo al pronto, reaccionó enseguida con decisión y aceptó la vocación divina en la que jamás vaciló a pesar de las dificultades muy grandes que tuvo que vencer. La escuela de Cristo en la granja de Rosey había dado su floración esplendente: un sacerdote.

Y pasó Marcelino a la escuela superior de la formación de su alma, el seminario. En octubre de 1805 ingresó en el Seminario Menor de Verrières, y en él acreció la piedad, ejercitó la fortaleza, aprovechó las humillaciones, fue dechado de paciencia y regularidad y ganó el afecto de sus colegas, el aprecio de sus superiores y maestros y el nombramiento de prefecto de disciplina durante las noches, de las que se sirvió para el estudio, realizando una evolución que sorprendió a profesores y condiscípulos y acortó los cursos de su carrera.

En octubre de 1813 ingresó en el Seminario Conciliar de Lyón. La divina gracia le condujo a perfección más alta; escogió por virtud predilecta la humildad, con la que su santidad resultó hondamente cimentada; gozó en los estudios que le hablaban de Dios; formó parte de un grupo de doce seminaristas resueltos a emplear sus vidas en la restauración cristiana del mundo, por medio de la devoción y culto de María, el apostolado de las misiones y del catecismo, y de su ejemplo; comunicaron sus pla-

nes al rector del seminario, subieron con él al santuario de Fourvière y se consagraron a María; de aquel cenáculo mariano salieron más tarde los padres y los hermanos Maristas, y, entre aquellas almas selectas había un santo, el Cura de Ars; un beato, Marcelino Champagnat, y un venerable, Juan Claudio Colin, fundador y primer general de la Sociedad de María.

El 22 de julio de 1816 fue ordenado sacerdote en la metropolitana iglesia de Lyón, cuando pasaba poco de los veintisiete años de edad; muy luego subió otra vez a Fourvière y ofreció a María su sacerdocio. Fue nombrado coadjutor de La Valla, pueblo situado en las estribaciones del Pilat, con extensa feligresía diseminada entre montes y comunicada por pésimos caminos; al llegar Marcelino a la vista de la torre de la iglesia de su cargo se arrodilló y, con oración sentida, se dispuso a emprender la etapa de ejercitación heroica de virtudes apostólicas con las que iba a consumar su perfección.

Fue el consuelo del anciano párroco, que le reputó irreprensible; levantó el caído esplendor de su iglesia; cuidó de que ningún enfermo muriera sin sacramentos, sin reparar en la hora, en el rigor de las estaciones, en el cansancio o el desfallecimiento por tiempo transcurrido sin alimento para poder comulgar, ni en la distancia y mal camino. Predicaba con unción; y las notas conservadas de sus sermones y avisos de buen gobierno requieren talento y densa cultura eclesiástica. Se ganó la confianza de los jóvenes, de los ancianos, enfermos y de todos sus feligreses. Acabó con el vicio de la embriaguez, con las fiestas mundanas y las malas lecturas: un día entero se alimentó su hogar con libros esparcidos por la Revolución; fundó una biblioteca y regaló lecturas con prodigalidad. Se granjeó el corazón de los niños, a los que tanto gustó su catequesis que vez hubo en que, engañados por la luna, creyeron que amanecía y los hubo de recoger en la iglesia antes de salir el sol; sus lecciones de catequista eran recordadas treinta años después con agrado por los mayores que le oyeron. La transformación de La Valla fue completa y su buen suceso recuerda el cabal éxito apostólico de su condiscípulo Juan María Vianney.

Y, así preparado por Dios, surgió el fundador que nos presentan sus hijos, los hermanos maristas, como muy joven fun-

dador de la Iglesia, pues contaba algo más de veintisiete años al fundar, y moría a los cincuenta y un años de edad; nos lo describen los maristas diciendo:

> «Fue de elevada estatura, robusto y bien constituido: de carácter enérgico y dulce a la vez. Hombre alto en su aspecto físico y *hombre gigante en la virtud...*».

En los coloquios apostólicos marianos decía Marcelino a sus compañeros que necesitaban hermanos que ayudaran a los sacerdotes misioneros y enseñaran el catecismo; insistió reiteradamente en su idea, y sus amigos, al fin, le dijeron que, pues era idea suya, se encargara él de su ejecución; pero tuvo además Marcelino la ratificación del cielo para la empresa de fundación; dice un marista:

> «... Tuvo la personal inspiración de fundar un Instituto de hermanos [...], la recibió el año 1816, en una de sus frecuentes visitas al santuario de Nuestra Señora de Fourvière, en Lyón».

Una placa de bronce recuerda en el santuario este suceso. Pero el momento escogido por Dios para lanzar a Marcelino a su obra fue a fines de octubre de 1816, cuando fue requerido para asistir en su muerte a un adolescente llamado Francisco Montaigne, que expiraba en total desconocimiento de los rudimentos de la doctrina cristiana; Marcelino, lleno de amor y de celo, le instruyó y dispuso a morir como un ángel, y se retiró con el tiempo justo para haber salvado un alma. Champagnat se conmovió y, meditando en el ingente número de niños y adolescentes que se hallarían en el mismo caso que Montaigne, resolvió proceder a la fundación de sus hermanos.

El Instituto comenzó el 2 de enero de 1817; la primera casa fue, por su pobreza, un auténtico portal de Belén. Animado Marcelino por sus superiores eclesiásticos y probado con la cruz de la adversidad, solicitados sus hermanos por los párrocos que le pedían escuelas, acometió las obras de su *casa* en el valle que desciende de La Valla a Saint-Chamond, a las orillas del Gier. El día de la Asunción de 1825 fue bendecida esta *casa,* que él denominó Nuestra Señora del Hermitage. Allí murió Marcelino el 6 de junio de 1840, sábado, día de la semana en que deseaba morir, a la hora del amanecer, en que sus hijos, por su mandato, cantan la Salve. En el Hermitage dictó su testa-

mento al hermano Luis María y lo hizo leer a sus hijos en su presencia antes de expirar; es modelo de santidad y muestra de talento y buen gobierno; recomienda la obediencia, la caridad, delicada para con todos los demás Institutos; la sencillez, la perseverancia marista como prenda de salvación, el oficio de ángeles custodios con los niños y el amor a María, primera superiora del Instituto. Al morir dejaba Marcelino en Francia 280 hermanos, con 40 casas.

La pedagogía marista tiene características propias, aprovechamiento de progresos que halló reconocidos, enmienda de fracasos frecuentes en la enseñanza y aciertos de orientación en bien de la Iglesia. Es Instituto dedicado a Dios por el apostolado exclusivo de la enseñanza; muy adicto a la jerarquía eclesiástica; amigo del clero secular desde su comienzo y a lo largo de su historia: el caso del párroco de Saint-Chamond, señor Dervieux, ayudando generosamente al fundador en un momento difícil de su incipiente obra, era el preludio de una mutua cooperación entre hermanos y sacerdotes que había de ser nota distintiva de los maristas.

Marcelino padeció un maestro que no supo discernir un retraso mental por falta del cultivo del alma de una inteligencia escasa; no quiso pisar más en una escuela en la que vio maltratar a un niño, y lloró siempre la exasperación y desvío de la Iglesia de un niño al que motejó un sacerdote en la catequesis con tan desgraciada fortuna que los condiscípulos le abochornaban con el apodo molesto. Prohibió para siempre los remoquetes en sus casas; desterró de sus aulas los castigos aflictivos; para estímulo de instrucción y educación se sirvió del canto en la escuela; aprovechó el método simultáneo de enseñanza establecido por Juan Bautista de la Salle; introdujo el uso docente de las consonantes seguidas de vocal, práctica muy suya que se generalizó enseguida en Francia y ha pasado a la pedagogía universal; fue precursor de la escuela activa por la participación de los alumnos en su propia formación; entre los maristas ha habido en este último aspecto aventajados seguidores de Champagnat...; inculcó en sus hijos el cultivo de la intuición; un día explicaba con una manzana la forma de la tierra y la existencia de infieles en apartadas regiones; un niño que le oía con interés fue

más tarde monseñor Epalle, misionero de Oceanía y mártir en las islas Salomón. Así quería Champagnat a sus hijos, los hermanos maristas, catequistas perfectos, y para esto les manda: una hora diaria de estudio religioso y que enseñen el catecismo cada día en sus clases y en la primera hora de lección del día...

Pero la quintaesencia de la pedagogía marista es la devoción, culto y amor a María; el lema del Instituto es el de Marcelino: *Todo a Jesús por María y todo a María para Jesús;* a María llamaba y tenía el fundador por su recurso ordinario; encarga a sus hijos que den culto brillante al mes de María; decía así Champagnat:

> «En el Instituto todo pertenece a María; bienes y personas; todo debe emplearse a su gloria; amarla [...], inculcar su devoción a los niños [...] como medio de servir fielmente a Jesucristo [...] es el fin y el espíritu de la Congregación».

Así se ha podido publicar en la beatificación de Champagnat, 29 de mayo de 1955 —por Pío XII—, que en poco más de un siglo este Instituto había llegado a 8.500 hermanos con 5.500 formandos o novicios, de 700 colegios en 52 países y más de 250.000 alumnos. En 1997 los hermanos maristas, en número superior a los 4.900, estaban presentes en 74 países.

Marcelino Champagnat fue canonizado por Juan Pablo II el 18 de abril de 1999.

HERNÁN CORTÉS

Bibliografía

Beato Marcelino Champagnat, fundador de los hermanos maristas: 1789-1840 (Zaragoza 1964).

El superior perfecto. Virtudes y cualidades que ha de poseer según la doctrina del venerable siervo de Dios J. B. Marcelino Champagnat (Zaragoza 1952).

- Actualización:

ALBERTI, C., *Il figlio del giacobino. Marcellino Champagnat* (Génova 1981).

BOI, S., *La figura catechistica del Beato Marcellino Champagnat* (Roma 1993).

JUAN BAUTISTA, HNO., FMS, *Vida de José-Benito-Marcelino Champagnat: 1789-1840* (Madrid 1990).

JUAN MARÍA, HNO., FMS, *Marcelino cautivado por Dios. Rasgos del centro personal* (Madrid 1991).

MASSON, R., *Marcelino Champagnat. Las paradojas de Dios* (Madrid 1999).

MESONERO SÁNCHEZ, M., *Espiritualidad de San Marcelino Champagnat. A partir del estudio crítico de su biografía* (Madrid 2003).

BEATO RAFAEL GUÍZAR VALENCIA
Obispo († 1938)

«Yo daría mi vida por la salvación de las almas», era la frase repetida constantemente por el obispo mejicano Rafael Guízar Valencia, beatificado por Juan Pablo II el 29 de enero de 1995.

Había nacido en Cotija, diócesis de Zamora, en el estado mexicano de Michoacán, el 26 de agosto de 1878 dentro de una familia numerosa y sólidamente cristiana. Prudencio y Natividad fueron sus padres. Terminados los estudios primarios en su ciudad natal, a los 18 años ingresó en el seminario de Zamora para cursar los eclesiásticos y cinco años más tarde, en 1901, fue ordenado sacerdote.

Dedicó los primeros años de su ministerio a la predicación de la Palabra de Dios y, siendo todavía muy joven, fue nombrado director espiritual y profesor de «Ascética y mística» en su seminario diocesano de Zamora. Al propio tiempo se le confió la tarea de misionero apostólico, a la que se entregó plenamente por medio de las misiones populares, propagando con entusiasmo la devoción al Sagrado Corazón de Jesús y el apostolado de la oración. Por entonces le llamaban *el padrecito que mueve corazones.*

En 1912 el obispo de Zamora le hizo canónigo de su catedral. Dejaron honda huella sus encuentros personales con el clero cuando acompañaba al obispo en las visitas pastorales.

Desde 1913 se intensificó la lucha abierta contra la Iglesia y sus ministros. En este clima adverso le tocó vivir hasta el final de su carrera.

Para poder enmarcar el heroísmo de su vida pastoral es muy conveniente recordar, en mirada sintética, la situación de la Iglesia mexicana durante los años de su singladura.

La historia de México durante el siglo XIX y el primer tercio del XX se movió en constante inestabilidad, con guerras civiles, anarquía política, militarismo y ásperos conflictos entre el Estado y la Iglesia.

Lo mismo que en otros países de Hispanoamérica, también en el virreinato de la *Nueva España,* la Iglesia, mejor organizada, hubo de renunciar al contexto favorable del antiguo régimen, entrando en un proceso virulento de la laicización hostil que se afianzó e institucionalizó en la constitución de 1857, vigente

hasta 1917. En ella se limitaron los espacios de acción de la Iglesia y se abolieron los derechos civiles del clero. Muchos sacerdotes fueron torturados y asesinados en la guerra civil de 1858-1861. Las iglesias fueron saqueadas y nueve de los once seminarios, confiscados.

El 1874 se incluyeron en la carta constitucional las llamadas «leyes de reforma» promulgadas por Benito Juárez. Con ellas se completó el proceso que iba mucho más allá de un régimen de separación. La Iglesia era considerada como una fuerza «centrífuga» que debía ser aniquilada. El gobierno mexicano consideraba al Papa como un soberano extranjero cuya autoridad rechazaba de plano. Se intentó incluso sustituir el culto católico por el laico de la Patria.

La asamblea constituyente parecía, en frase de J. Meyer, un concilio de padres; y el presidente, un pontífice que hacía declaraciones dogmáticas con una fraseología político-religiosa: la constitución era sagrada. Se llegó a hablar del «sacramento de la patria». Ocampo redactó una «epístola» a los casados —que todavía hoy se lee en los matrimonios civiles— intentando crear ritos y liturgias paralelas (cf. J. Meyer, *La cristiada* [México 1980] t.II, p.26s).

A partir de 1876, Porfirio Díaz se erigió como el hombre de la conciliación capaz de conseguir la convivencia, si no en armonía, al menos en beligerancia, de las tendencias opuestas: políticas y religiosas.

Este largo paréntesis, que duró un cuarto de siglo, permitió a la Iglesia una profunda renovación de su vida y de sus estructuras. La reforma interna del clero —que fue en aumento— y la de los laicos, favoreció las organizaciones, la escuela y la prensa católicas con un nuevo arraigo personal en las zonas campesinas, llegando a celebrarse varios concilios provinciales. El floreciente catolicismo mexicano se inspiró en la *Rerum novarum* y su doctrina social estudiada a fondo en congresos nacionales.

De este modo la Iglesia se presentaba, no como una supervivencia conservadora del pasado sino como una realidad viva, inserta en la sociedad y en los compromisos político-sociales.

Pero en 1914 se desencadenó una nueva fase revolucionaria más larga y violenta que la anterior, prolongándose durante tres

décadas. Casi todos los obispos y no pocos sacerdotes, religiosos y laicos comprometidos, se vieron obligados a exiliarse. Los seminarios y colegios fueron clausurados. Catorce sacerdotes y religiosos fueron asesinados.

La sangrienta persecución llegó al ápice en 1917 con la nueva carta constitucional que perjudicó profundamente la libertad religiosa. Se prohibió a la Iglesia toda actividad educativa, la profesión de los votos religiosos y la fundación de órdenes monásticas así como toda adquisición, posesión o administración de propiedades. Iglesias, seminarios y conventos fueron considerados bienes estatales. Las prácticas religiosas sólo estaban permitidas dentro de los edificios de culto. Según el artículo 130, cada Estado de la Federación tenía derecho a determinar el número máximo de los ministros del culto, sin voto activo o pasivo, ni libertad de asociación.

Tras el breve paréntesis de Obregón (1920), en el que pudieron regresar del exilio los obispos, Plutarco Elías Calles —su sucesor— atacó frontalmente a la Iglesia. En 1925 provocó el cisma de la «Iglesia apostólica mexicana», que nunca pudo arraigar. En julio de 1926, el episcopado difundió una carta en la que anunciaba la suspensión del culto hasta que cesaran las aplicaciones drásticas de la constitución.

La llamada «guerra de los cristeros» fue una reacción popular de los campesinos que se alzaron espontáneamente al grito de «¡Viva Cristo Rey!». Causó gran sorpresa, lo mismo en el Estado que en la Iglesia. No faltaron verdaderos mártires, como el P. Miguel Agustín Pro, beatificado en 1988, y los 22 sacerdotes y 3 obispos beatificados en 1992. Habían dado su vida por Cristo entre 1915 y 1937.

Estos últimos períodos reseñados, tan llenos de violencia, son los que vivió Rafael sin que se apagara su celo apostólico y su entrega a la misión recibida.

Consciente de su deber, se dedicó ardorosamente a la defensa de los derechos de la Iglesia y, trasladado a México, Distrito Federal, intensificó su fructuoso apostolado. Perseguido, preso y condenado a muerte, y a punto de ser fusilado, logra escapar y se ve obligado a marchar al destierro. Busca refugio en Guatemala y más tarde en Cuba. Allí pudo desarrollar sus anhelos apostólicos.

Cuando se encontraba en Cuba, el año 1919, fue nombrado por la Santa Sede obispo de Veracruz, inmenso y rico territorio, estado y puerto mexicano que fundó en 1519 Hernán Cortés y cuyo castillo-fortaleza de San Juan de Ulúa fue el último reducto español en 1821; y tan apetecido y tomado por los piratas, por los franceses en 1847 y por los norteamericanos en 1914.

Allá se trasladó nuestro obispo en 1920, después de ser ordenado por el Delegado apostólico en las Antillas. Llegado a la diócesis se entregó a la ingente tarea de la visita pastoral continua en tan dilatados horizontes. Se preocupó primeramente del cuidado y preparación de los seminaristas, incluso cuando el seminario estaba clausurado, atendiendo esmeradamente como paso previo a la formación de los niños en la catequesis y velando con especial mimo por los enfermos y por los pobres. Trágica ocasión para esos desvelos le dio el terremoto impresionante que asoló y devastó gran parte de la diócesis.

No olvidó las misiones populares, en las que estaba especializado. Fundó la Congregación de Nuestra Señora de la Esperanza.

Nuevas persecuciones le obligaron en 1927 a un segundo destierro. En los Estados Unidos y más tarde en la América Central, concretamente en Colombia, siguió desarrollando su apostolado fecundo durante dos años. Pudo volver a la diócesis, pero por poco tiempo, porque en 1931 fue desterrado por tercera vez y en el destierro permaneció hasta 1937. Entonces, pacificada en parte la nación, volvió a su sede, pero ya enfermo y agotado por las fatigas apostólicas. Una grave dolencia le acarreó la muerte en México el 6 de junio de 1938.

Fue sepultado en la catedral de Jalapa (dedicada a la Inmaculada), capital de Veracruz. La heroicidad de sus virtudes, su celo apostólico, su paciencia y fortaleza en las adversidades, su modestia y su humildad, su gran caridad con los enfermos, pobres y perseguidos, su prudencia y discreción en los asuntos difíciles, su pobreza personal y la intensidad de su vida interior, fueron proclamadas en el decreto del 27 de noviembre de 1981.

En el día glorioso de su beatificación, 29 de enero de 1995, el papa Juan Pablo II, en su homilía, exaltó su ejemplaridad con estas palabras:

«El camino de la caridad. En este camino de la caridad entró con paso firme el obispo Rafael Guízar Valencia Ejerció su apostolado como sacerdote y como obispo, casi siempre perseguido o en situaciones peligrosas. Por muchos años no tuvo domicilio fijo, sin que las dificultades le impidieran desempeñar su acción misionera, repitiendo: "Yo daría mi vida por la salvación de las almas", al estilo del Buen Pastor. Quienes le conocieron pudieron afirmar que no había fuerza ni contrariedad que debilitase su afán evangelizador

La enseñanza del catecismo y las misiones populares fueron los polos sobre los que centró su actividad Así, su México natal, los Estados Unidos, Guatemala y Cuba se beneficiaron de su celo pastoral.

Su espiritualidad estaba basada en la devoción eucarística y en el amor a la Virgen María El fomento de las vocaciones sacerdotales, la administracion de los sacramentos, particularmente la penitencia y el matrimonio, regularizando así muchas uniones de hecho; la predicación de la palabra de Dios, además de una dedicación asidua a la oración, hicieron también de él un hombre de fe y de acción, preocupado por la salvación de las almas.

La nueva evangelización, a la que he convocado en repetidas ocasiones y en la cual está comprometida también la Iglesia en América, encuentra en figuras como Rafael Guízar Valencia un modelo a seguir A su intercesión queremos confiar el trabajo apostólico por la extensión del Reino, que realizan tantos hombres y mujeres, en todas partes y aun en medio de situaciones difíciles como la que vivió el nuevo beato»

Poco tiempo después, en la alocución del *Ángelus* de ese mismo domingo 29 de enero añadió el Papa:

«El Beato Rafael Guízar Valencia, obispo mexicano, afrontó con valentía la dramática situación de su país católico en el que la Iglesia era perseguida. Lo sostuvo en ello y le inspiro siempre la íntima unión con la Eucaristía y con María Santísima, pilares de su vida espiritual En efecto, quiso que en su escudo episcopal figurase la Virgen de Guadalupe de rodillas ante el Santísimo Sacramento».

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

AAS 87 (1995) 367s

JUAN PABLO II, «Ángelus del 29 de enero de 1995» *Ecclesia* (1995) n 2724, p 237

— «Homilia en la beatificacion del obispo Rafael Guizar Valencia, 29-1-1995», en *Ecclesia* (1995) n 2724, p 235 236

— «Discurso a los peregrinos en la audiencia del 30-1-1995» *Ecclesia* (1995) n 2724, p 238-239

REPETTO BETES, J. L., *Santoral del clero secular. Del siglo XIII al siglo XX* (Madrid 2000) 547.

RICCARDI, A., *El siglo de los mártires* (Barcelona 2001).

ZAMALLOA, T., «Guízar Valencia, R.», en *Bibliotheca sanctorum. Appendice prima* (Roma 1987) 635-636.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN BESARIÓN

Anacoreta († s. IV)

Besarión nace en Egipto de padres cristianos y es todavía un muchacho cuando se siente atraído por la vida de los anacoretas del desierto, vida que le parecía más propia de ángeles que de hombres y que deseó ardientemente compartir. Se hizo discípulo de San Antonio Abad, a cuyo lado perseveró durante muchos años. Producida la muerte de San Antonio, pasó al lado de San Macario de Escete, y años más tarde decidió hacerse mendigo y peregrino por amor de Dios. Floreciente en vida interior y santas obras, el Señor lo prestigió haciendo por su mano algunos milagros, como la curación de un paralítico, la liberación de un poseso, la conversión de agua salada en agua dulce... Mostró una gran caridad con los pobres, por los cuales se desprendió de su capa, de su túnica, vendió su evangelio para socorrerlos, y dio testimonio de un gran espíritu de mortificación y austeridad. Su memoria la celebran los calendarios o martirologios copto, bizantino y romano.

SAN ALEJANDRO DE FIÉSOLE

Obispo y mártir († 823)

Era natural de Fiésole y nació en el seno de una familia noble. Inclinado desde joven a la vida eclesiástica, fue adscrito al clero catedralicio y llegó a ser el arcediano del obispo Leto. Acreditado en este cargo, fue elegido por el clero y el pueblo para suceder a este prelado. Acudió a Roma a pedir la confirmación papal, y el propio romano pontífice lo consagró obispo.

Como obispo, hubo de encarar una difícil situación: los señores feudatarios habían reducido a la ruina económica a la Iglesia de Fiésole al quedarse con todos sus bienes. Apeló entonces el obispo al emperador Lotario para que hiciera justicia y acudió personalmente a visitarlo en Pavía. El emperador escuchó al obispo, se dio cuenta de la justicia de su causa y determinó se le devolvieran los bienes secuestrados al tiempo que le hacía otras generosas donaciones. Pero cuando esta noticia se adelantó a su vuelta a Fiésole, los señores fesulanos decidieron su asesinato, que tuvo lugar el 6 de junio de 823 cuando volvía de ver al emperador. Cuando iba a atravesar el río Reno, junto a Bolonia, simularon ayudarle a hacerlo pero en realidad lo empujaron a la corriente donde se ahogó. Llevado su cadáver a Fiésole, fue pronto objeto de culto popular como obispo y mártir, y con el tiempo se le dedicó una basílica.

BEATO BERTRANDO DE AQUILEYA

Obispo y mártir († 1350)

Bertrando nace hacia el año 1260 en la diócesis de Cahors, en la localidad de Saint Geniès. En su juventud marcha a Toulouse donde estudia derecho y se gradúa *in utroque,* pasando a ser profesor de dicha Universidad. Cuando en 1316 llega a papa su paisano Jacques Duèse, Juan XXII, se ve favorecido con varias prebendas y es nombrado capellán papal. Participa en la causa de canonización de Santo Tomás de Aquino y en 1321 es nombrado deán de Angulema. Cumple varias misiones por encargo de la Santa Sede, hasta que el 4 de julio de 1334 es nombrado por el papa patriarca de Aquileya. Tenía ya entonces unos setenta y cuatro años y pese a su ancianidad se dispuso a ser un buen patriarca, afrontando tanto el ministerio pastoral de su patriarcado como el gobierno de los territorios en que el patriarca era señor temporal.

Hizo frente a numerosas actitudes hostiles, sin por ello dejar de preocuparse por el progreso material de sus súbditos, procurando el incremento de la agricultura, de la industria y del comercio, así como la extensión de la escolarización. Convocó varios sínodos diocesanos y un concilio de su provincia

eclesiástica, fomentó los monasterios e institutos religiosos, así masculinos como femeninos. Se negó a practicar el nepotismo y vivió con austeridad y modestia, dando ejemplo de persona de oración y de vida interior, procurando la moralidad pública y las buenas costumbres. Tenía voluntad de diálogo y prefería componer las diferencias por caminos de paz pero se vio obligado a tomar las armas, aunque personalmente no combatía sino que oraba mientras sus hombres combatían. Iba camino de Udine, y estaba a varias millas de Spilimbergo cuando fue asaltado por sus enemigos que pudieron con su escolta y asesinaron al patriarca. Era el 6 de junio de 1350.

Tenido por mártir, recibió culto popular, que aunque no ha sido confirmado por la Santa Sede, sí ha recibido refrendos autorizados, como la permisión de Clemente XIII de que se rezase en las diócesis de Udine y Gorizia su oficio como de confesor pontífice, con título de beato.

BEATO LORENZO DE VILLAMAGNA

Presbítero († 1535)

Nace en Villamagna, del Abruzo citerior, el 12 de mayo de 1476 en el seno de la familia De Masculis. Educado cristianamente en el seno de su acomodada familia, en cuanto llega a la adolescencia manifiesta su deseo de ser franciscano, a lo que sus padres se oponen. Concretamente su padre intentó utilizar así los halagos como las amenazas para apartarlo de lo que creía un capricho del joven, pero éste se mantuvo firme en su deseo. Logra, por fin, que su padre dé la licencia e ingresa en el convento de Santa María de las Gracias, de Ortona, perteneciente a la rama de los observantes. Hace el noviciado y la profesión religiosa y, concluidos los estudios, es ordenado sacerdote. Entienden los superiores que tiene cualidades y aptitudes para la sagrada predicación y a ella lo dedican.

Su palabra atraerá multitudes que corren a escucharlo, porque su palabra llena de unción y fuerza evangélica arrastraba a quienes lo escuchaban. Pero él no subía jamás a un púlpito a predicar sin haber hecho antes oración por largo tiempo, de modo que cuanto decía había sido primero meditado en la ora-

ción. Logra sonados frutos de penitencia y conversión así como que muchas almas se decidan por la búsqueda de la perfección cristiana.

En este ministerio perseveró toda su vida hasta que, estando predicando la cuaresma en la catedral de Ortona, se sintió repentinamente enfermo. Llevado a su convento, estuvo un tiempo en el lecho, hasta que el 6 de junio de ese año 1535 el Señor lo llamó a su reino. El culto que recibió enseguida fue confirmado por el papa Pío XI el 28 de febrero de 1923.

BEATO GUILLERMO GREENWOOD

Monje y mártir († 1537)

Guillermo Greenwood era hermano converso en la Cartuja de Londres, de la que era prior San Juan Houghton. Cuando llegó la orden de jurar las nuevas disposiciones dictadas por Enrique VIII, se atuvo al criterio de su prior y con él juró lo que se le pedía con la restricción de «en cuanto no fuese contrario a la ley de Dios». Producido el martirio del prior y colocado un nuevo prior en la Cartuja, éste dio el paso adelante en 18 de mayo de 1537 de aceptar la supremacía religiosa del monarca, lo que significaba la separación respecto de la autoridad del Papa. Diez religiosos, entre ellos nuestro mártir, se negaron a esta apostasía, siendo encarcelados y sometidos a la tortura de la argolla y la cadena, dejándoseles morir de inanición. El primero en sucumbir fue nuestro mártir, que expiró el 6 de junio de 1537. Fue beatificado el 9 de diciembre de 1886.

SANTOS PEDRO DUNG, PEDRO THUAN Y VICENTE DUONG

Mártires († 1862)

El día 6 de junio de 1862 fueron muertos a causa de su fe cristiana los santos Pedro Dung y Pedro Thuan, en Lung-Mi, y Vicente Duong, en Doang-Trung-Mi-Nhue.

Los dos primeros eran pescadores, y tras su arresto padecieron un período de cárcel en Lung-Mi. Pese a la insistencia de las

autoridades, se negaron a pisotear la cruz y apostatar. Encerrados en cabañas de paja, fueron quemados vivos en ellas.

Pedro Dung era natural de Dong-Phu, estaba casado y tenía varios hijos, y era un excelente padre de familia. Cargado ya con la canga tras su arresto, logró que lo llevaran a la puerta de su casa, se despidió de su familia y pidió que todos perseveraran en la fe.

Pedro Thuan, amigo y paisano del anterior, había sido anteriormente arrestado varias veces y se había librado de las represalias porque pisó la cruz. Pero se arrepintió y volvió al ejercicio de su religión, lo que le valió un último arresto y el paso por varias cárceles, hasta que habiendo confesado la fe, esta vez sin titubeo, fue quemado vivo.

Vicente Duong era también padre de familia, de profesión agricultor. Arrestado por su fe, la confesó abiertamente, y no cediendo a ninguna amenaza, por ella fue quemado vivo.

Fueron canonizados el 19 de junio de 1988.

BEATO INOCENCIO GUZ

Presbítero y mártir († 1940)

José Adalberto Guz nació el 18 de marzo de 1890 en Lvov, siendo bautizado a los pocos días en la parroquia de San Andrés Apóstol. Hechos ya los estudios primarios y el bachiller, optó por la vida religiosa e ingresó en la Orden de Hermanos Franciscanos Conventuales el 25 de agosto de 1908, tomando el nombre de fray Inocencio. Hizo los primeros votos el 26 de agosto de 1909, y pasó al convento de Cracovia donde hizo los estudios filosóficos y teológicos. Hecha la profesión perpetua el 8 de diciembre de 1912, se ordenó sacerdote el 2 de junio de 1914. Fue destinado sucesivamente a los conventos de Hanaczow, Czyzki, Halicz, Varsovia, Lvov y Radomsko. Luego fue destinado a la casa de Grodno, donde se encontró con San Maximiliano Kolbe, que por entonces dirigía la revista *El Caballero de la Inmaculada.* Pasó luego al convento de Niepokalanów y fue confesor de la comunidad, vicemaestro de coristas, y profesor de canto en el seminario menor seráfico. Pasó en 1936 a Grodno y aquí estaba cuando se declaró la II Guerra Mundial.

Arrestado por los soviéticos el 21 de marzo de 1940, pudo huir de la cárcel de Grodno, pero al atravesar las líneas fronterizas ruso-alemanas fue detenido por los alemanes, y llevado al campo de concentración de Dzialdowo, del que pasó luego a Sachsenhausen. Aquí padeció muchos malos tratos, enfermó y fue muerto a manos de la guardia del campo el 6 de junio de 1940. Fue beatificado el 13 de junio de 1999.

7 de junio

A) MARTIROLOGIO

1 En Irlanda, San Colman († s VI), obispo y abad de Dromore *

2 En Cordoba, santos Pedro (de Ecija), presbitero, Walabonso, diacono, Sabiniano, Wistremundo, Habencio y Jeremias (de Cordoba), monjes († 851), martires *

3 En Newminster (Inglaterra), San Roberto († 1159), abad, de la Orden Cisterciense *

4 En Amberes (Brabante), Beata Ana de San Bartolome († 1626), virgen, de la Orden de las Carmelitas Descalzas **

5 En Piacenza (Emilia), San Antonio Maria Gianelli († 1846), obispo de Bobbio, fundador de la Congregacion de las Hijas de Maria Santisima del Huerto **

6 En Paris (Francia), Beata Maria Teresa de Soubiran La Louviere († 1889), virgen, fundadora de la Sociedad de Maria Auxiliadora **

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

BEATA ANA DE SAN BARTOLOMÉ

Virgen († 1626)

La Beata Ana de San Bartolomé es un satélite que se mueve por completo en la órbita de Santa Teresa de Jesús. Tiene con ella un punto de contacto excepcional: la vida de ambas está dominada por los fenómenos místicos, constituyendo un válido testimonio de la existencia de lo sobrenatural, prueba patente de la presencia de Dios en el mundo de las almas. Ambas nos han descrito sus experiencias. Teresa como maestra, con la

exactitud y riqueza de sus minuciosas descripciones; Ana con la sencillez de su mente inculta y campesina, pero con una sinceridad y una transparencia que encantan.

La *Autobiografía* de la beata está tan llena de hechos extraordinarios, que resulta poco atrayente para los espíritus críticos y desconfiados de nuestro siglo, pero está escrita con un estilo tan directo y con una tal convicción, que no pueden menos de ser aceptados, por lo menos, como experiencia vivida, por quienes se acerquen a ella con un criterio adicto a lo divino.

Nació Ana en El Almendral, pueblo de la provincia de Toledo, el 1 de octubre de 1549, en una familia cristiana y campesina, de costumbres austeras y acendrada piedad, siendo la sexta entre siete hermanos. Un vulgar episodio de su infancia parece señalar el destino de su vida. Ella misma lo cuenta en su *Autobiografía:*

> Cuando todavía era muy niña y apenas podía tenerse en pie la dejaron un día solita sus hermanas para que se entrenara en andar. Pasando por allí su madre, les dijo:
> — Mirad que la niña no caiga, que se matará.
> Una de las hermanas replicó:
> — Dios la haría merced, si se muriera: que ahora iría al cielo.
> Y la otra repuso:
> — Déjala, no se muera, que si vive podrá ser santa.
> Mas la primera objetó:
> — Esto está en duda, y ahora no tiene peligro, mas en llegando a los siete años pecan los niños.

Nos asegura la beata que este diálogo, sólo vagamente comprendido, causó un impacto terrible en su alma. Cobró horror al pecado, y, levantando los ojos al cielo, le pareció que se le mostraba claramente la majestad divina.

Es posible que una elaboración posterior fuese llenando de contenido la primitiva impresión, pero lo cierto es que su vida queda marcada desde sus albores con el signo de lo sobrenatural. Y cuando cumplió siete años la encontraban con frecuencia llorando y, preguntada por el motivo, respondía: «Porque tengo miedo de pecar y condenarme».

Cuando contaba apenas diez años perdió a sus padres, y sus hermanos la obligaron a guardar el rebaño que poseía la familia. Ana aprendió con el contacto del campo a relacionarse con

Dios, a quien veía presente en la creación. Gustaba de pasar las horas muertas con el pensamiento en el cielo, absorta en contemplación, y ya desde entonces se entrenó en continuos coloquios con Cristo, que, nos asegura, se le aparecía continuamente en figura de niño que conversaba con ella. Lo sentía junto a sí y le hacía partícipe de sus pensamientos y preocupaciones. La beata interpreta estas experiencias como si se tratara de una presencia real y corporal de Cristo, mas acaso no pasasen de visiones imaginarias producto de su fantasía infantil excitada por el pensamiento de Cristo, hacia el cual encauzaba toda la capacidad sensitiva de su alma. Lo cierto es que vivía en continua presencia de Dios, nota que fue la característica de su vida toda bajo diversos aspectos, conforme al desarrollo de la gracia en su alma y al diverso grado de madurez espiritual.

Al llegar a los veintiún años, sus hermanos quisieron casarla y le buscaron para marido un mozo gallardo y de buena posición. La joven estaba decidida a consagrarse al Señor y, con hábil estratagema, logró burlar las pretensiones familiares, presentándose ante su presunto esposo tan desastradamente ataviada, que no fue aceptada. Durante mucho tiempo continuó la insistencia de sus familiares y fue tanta la guerra que le hicieron, que faltó muy poco para que se rindiera.

> «Si yo hallara un hombre muy rico, muy agradable, muy santo y que me ayudara al servicio de Dios, que me holgara con tal compañía».

Mas Cristo, que en su infancia se le hacía sentir como niño, se le mostró entonces con rasgos juveniles y le susurró al oído: «Yo soy el que tú quieres, y conmigo te has de desposar», y desapareció.

Desde entonces todos sus pensamientos y deseos se encaminaron al claustro, y por consejo de su confesor, el párroco del pueblo, se dirigió al convento de San José de Ávila pidiendo ingresar entre las hijas de Santa Teresa. Sus hermanos se opusieron en un principio y su hermano mayor, cuando cierto día le reclamaba el dinero para el viaje, tuvo un acceso tan terrible que poco faltó para que la atravesase con su espada. Mas finalmente, amansado, él mismo la acompañó a Ávila, donde ingresó el 1 de noviembre de 1570.

La beata carecía por completo de instrucción y no sabía leer ni escribir, lo cual suponía un grave inconveniente para su admisión por su incapacidad para el rezo del coro. Mas la santa Madre, que nunca había querido admitir legas en sus conventos, hizo una excepción con ella para no perder una vocación tan privilegiada, y la recibió para «freila», siendo la primera lega de la descalcez. Hay que notar, sin embargo, que no se tuvo en cuenta para nada la cuestión económica, ya que aportó su dote correspondiente.

En el convento la probó el Señor con duras pruebas espirituales, retirándola el suave sentimiento de su presencia y presentándosele como Cristo doliente que la invitaba a caminar por el sendero de la cruz. En una visión se le mostró afligidísimo y descargó en su corazón la pena que tenía.

> «¡Mira las almas que se me pierden! ¡Ayúdame!, mostróme la Francia como si estuviera presente allí y millones de almas que se perdían en las herejías».

Dios la probó con graves enfermedades, efecto de su vida de oración, en la que incluso pasaba las horas de la noche, con lo que gastaba su cuerpo no muy robusto. Pero un día la madre Teresa, encontrándose enferma nuestra beata, le ordenó por obediencia que se convirtiera en enfermera de las demás y, superando su debilidad, se dio tal maña en el oficio, que se convirtió en «priora de las novicias», como donosamente la llamaba Santa Teresa.

Fue la santa la que moldeó su espíritu con sus enseñanzas y con su familiaridad, ya que la convirtió en su confidente, su enfermera, su ayuda de cámara y hasta en su secretaria. Ella misma confiesa que «la Santa estaba ya tan acomodada a mis pobres y groseros servicios, que no se hallaba sin mí».

Como la Beata Ana no sabía escribir se lamentaba Teresa de ello, porque hubiera querido que la ayudase a llevar su copiosa correspondencia. Por dar gusto a la Madre se empeñó con tal entusiasmo en conseguir aprender a escribir, que lo consiguió con sólo copiar la letra de la santa y con tal rapidez que se tuvo por todos como verdadero milagro.

Cuando en 1579 se autorizó de nuevo a Santa Teresa para que reanudase la visita de sus conventos y su actividad de fun-

dadora, tras el obligado reposo de dos años en Ávila, quiso llevar como compañera a la Beata Ana de San Bartolomé, que la acompañó en sus últimas peregrinaciones, las más duras y trabajosas, a lo largo de todos los caminos de Castilla. A la pluma de la beata debemos las vívidas descripciones de estos trabajos, que completan las trazadas por Teresa en el libro de las *Fundaciones.*

Ana la acompañó a las de Malagón, Villanueva de la Jara y Burgos, y se hizo su presencia tan necesaria a la santa, que no sabía ponerse en camino sin su compañía.

En la última enfermedad de Santa Teresa la Beata Ana no se apartó de su lado, olvidándose de comer y de dormir, y tal era el consuelo que le daba el verse por ella atendida que, cuando se alejaba, reclamaba insistentemente su presencia. Ella la asistió en su agonía y tuvo reclinada entre sus manos durante varias horas la cabeza de la santa Madre hasta que en ellas expiró.

Muerta la santa, se convirtió Ana de San Bartolomé en oráculo para las descalzas, que a ella acudieron en su ilusión de conocer los detalles de la vida y enseñanzas de su Madre, que ella mejor que nadie conocía.

Cuando el cardenal P. de Bérulle vino a España para llevarse a Francia un grupo de carmelitas, se acordó Ana de la revelación que respecto de Francia le había hecho el Señor en otro tiempo y de los deseos de Santa Teresa, y acogió la idea con entusiasmo, formando parte de la primera expedición.

En Francia la obligaron los superiores a tomar el velo negro de corista y la nombraron priora primero de Pontoise y luego de París. La madre Ana tuvo que hacerse al trato de las damas y personajes de la corte, que dieron en la moda de visitar las descalzas y someterse a su dirección. Las primeras vocaciones francesas al Carmelo pertenecían a la nobleza francesa, y fue Ana encargada de su formación, trasvasando en ellas el espíritu teresiano de que el suyo rebosaba. A ella se debe también la fundación del convento de Tours.

Una grave dificultad presentaba la permanencia en Francia de las descalzas. El cardenal Bérulle, una de las más grandes figuras de la espiritualidad francesa, quiso moldear a las carmelitas conforme a su propio espíritu, aunque siguiendo la línea de

Santa Teresa. Las españolas estaban acostumbradas a la dirección de los padres y no podían hacerse a vivir sin consultar su espíritu con ellos. La Beata Ana aguantó cuanto pudo; mas, no bien comprendió que el Carmelo en Francia podía continuar por sus propios medios, aceptó la invitación de trasladarse a Bélgica, donde podría dirigirse con los descalzos, que estaban ya establecidos allí.

Llegó a Bélgica a los sesenta y tres años de su edad y fueron los años que allí vivió hasta su muerte los más fecundos de su vida. Su recuerdo está unido en Bélgica a la fundación de Amberes por ella realizada y que se convirtió pronto en un potente foco de irradiación espiritual. Desde la reja de su locutorio y a través de su correspondencia ejerció poderosa influencia sobre la sociedad belga, colaborando al desarrollo de la espiritualidad y vida de oración entre aquellas gentes que se han distinguido siempre entre las más dispuestas para la vida sobrenatural.

Cuando Mauricio de Nassau intentó por tres veces tomar por sorpresa la fortaleza de Amberes, la población atribuyó a las oraciones de la Beata Ana y de sus monjas la liberación, y la infanta y los generales acudieron al locutorio para agradecerle su intervención.

Murió la Beata Ana de San Bartolomé el 7 de junio de 1626, precisamente el día de la Santísima Trinidad, cuya presencia sintió de manera especial en su alma durante los últimos años de su vida.

Su memoria perdura viva en el Carmelo y en la ciudad de Amberes, que en los días terribles de la guerra mundial volvió a encomendarse a ella, atribuyendo a su mediación protectora el haberse visto libre de la destrucción.

GREGORIO DE JESÚS CRUCIFICADO, CD

Bibliografía

Anne de Saint-Barthélémy. Obra en colaboración en el III centenario de su muerte (Chévremont 1949).

Autobiografía. Fue publicada en 1646 y se conserva en el convento de las carmelitas de Amberes. Traducida al francés como: *Autobiographie de la vénérable mère Anne de Saint-Barthélémy, compagne inséparable de Sainte Thérèse... et fondatrice des Carmels de Pontoise, Tours et Anvers* (París 1869; nueva ed.: Gent 1989).

ENRÍQUEZ, C., *Historia de la vida, virtudes y milagros de la venerable madre Ana de San Bartolomé* (Bruselas 1622).

FLORENCIO DEL NIÑO JESUS, CD, *La Beata Ana de San Bartolomé, compañera y secretaria de Santa Teresa de Jesús. Compendio de su vida* (Burgos 1917).
La vie et les instructions de la vénérable mère Anne de Saint-Barthélémy, compagne et coadjutrice infatigable de la sainte et séraphique mère Thérèse de Jésus, fondatrice de plusieurs couvents de carmes déchaussés en France et de celui d'Anvers en Belgique, vues des plus illustres de ses filles, por un solitario (París 1897; repr. de la ed. de 1708).
Une nouvelle gloire du Carmel. Vie de la bienheureuse Anne de Saint-Barthélémy, compagne de Sainte Thérese (Rodez 1918).
• Actualización:
JIMENEZ DUQUE, B., *Ana de San Bartolomé (1549-1626)* (Madrid ²1988).
MACCA, V., «Ana de San Bartolomé», en L. SAGGI, *Santos del Carmelo* (Madrid 1982) 226-228.

SAN ANTONIO MARÍA GIANELLI

Presbítero († 1846)

Había nacido nuestro santo el 12 de abril de 1789 en Cereta (Italia) durante las fiestas pascuales, de una pobre familia de campesinos de los que aprendió la caridad, el espíritu de sacrificio y la capacidad de condivisión.

A los 19 años entró al seminario de Génova y cuatro años después fue ordenado sacerdote el 24 de mayo de 1812. Siguió en el seminario como profesor de literatura y retórica.

Los años que van del 1826 al 1838 lo ven como arcipreste de Chiávari y como vicario del Valle di Vara. Fue un tiempo dedicado intensamente a la vida parroquial con la creación de varias instituciones, como un seminario propio, y el redescubrimiento de la *Suma teológica* de Santo Tomás de Aquino para la preparación de los candidatos al sacerdocio.

El fundamento de toda actividad en la Iglesia debe ser el amor, que nuestro santo consideraba el principio pedagógico indispensable.

Entre sus creaciones e innovaciones se cuenta la llamada «Sociedad Económica» que confió a los cuidados de las señoras de la caridad para la instrucción gratuita de las niñas pobres; no era sino la preparación de lo que más tarde sería la fundación de las Hijas de María Santísima del Huerto, conocidas también como Hermanas Gianelinas, que nacieron un 12 de enero de 1829. Les dejó escrito en las constituciones:

> «Fidelidad al carisma, viviendo en vigilante caridad evangélica, olvidando el propio interés y las propias comodidades; estar aten-

tas a las necesidades de los tiempos, alegrándoos de haceros todas a todos mediante un compromiso que no conozca otro límite que la imposibilidad o la inoportunidad» *(Constituciones,* n.2).

Insistió mucho en la pobreza, que debía de ser «el verdadero distintivo del instituto». Además del amor fiel a la pobreza, no debía faltar jamás el espíritu de sacrificio, con la certeza diaria de que una Hija de María «no puede estar sin cruz». Entre las cualidades que debían tener las Hijas de María Santísima del Huerto, San Antonio María Gianelli pone de relieve una gran confianza en Dios. Vivir abandonadas a él; esto les ayudará a que no las turben los aparentes fracasos, sino que, al contrario, les permitirá sostener a las personas angustiadas y desorientadas. A las primeras hermanas les decía:

> «Cuando las cosas no van bien, o incluso cuando van mal, no se turbarán, ni lo considerarán un verdadero mal, sino que se humillarán ante Dios y confiarán en que él sabrá sacar algún bien de ellas».

También creó una pequeña congregación misionera que puso bajo el patronazgo de San Alfonso María de Ligorio, para la predicación de misiones particulares al pueblo y para la organización del clero, llamados por ello «ligorianos» y más tarde «Oblatos de San Alfonso». Fueron una ayuda insustituible cuando fue nombrado en el año 1838 obispo de Bobbio.

Fue llamado «santo de las hermanas» especialmente en la América Latina, donde más se extendió su obra y donde aún hoy —especialmente— siguen ayudando en la pastoral, evangelización y catequesis en parroquias y centros de atención espiritual.

Recomendaba a sus hijas espirituales:

> «Procuren, en primer lugar, amar de verdad y demostrar un gran amor a las jóvenes que se les confían, porque nadie ama a quien no ama; y si no las aman, ni siquiera irán a la escuela, o no estarán a gusto con ellas y no aprenderán ni la mitad de lo que aprenderían amando a sus maestras y sintiéndose amadas por ellas».

Moriría relativamente joven el 7 de junio de 1846, tras una vida de sacrificios y privaciones, de tisis en Piacenza a los 57 años. Fue declarado beato el día 21 de octubre de 1925, por

Pío XI, siendo canonizado por Pío XII el 21 de octubre del año 1951. El 4 de junio de 2000 fue proclamado patrono del Valle di Vara por la curia episcopal de La Spezia.

El papa Juan Pablo II ha dicho recientemente de él («Discurso del Santo Padre Juan Pablo II al capítulo de las Hijas de María Santísima del Huerto», 17 de febrero de 2003) que «vivió con vigor y pasión su misión al servicio del reino de Dios». Solía repetir: «Dios, Dios, Dios solo». Toda su acción estaba animada por el ardiente anhelo de pertenecer a Cristo. Deseaba servir al Señor en los pobres, en los enfermos y en las personas sin instrucción, así como en los que aún no conocían o no habían encontrado a Dios en su existencia. Abría su corazón a la acogida de los hermanos y se interesaba por toda persona.

JUAN JAVIER FLORES ARCAS, OSB

Bibliografía

BAUDOT, J. - CHAUSSIN, L., OSB, *Vie des saints et des bienheureux.*, VI· *Juin* (París 1948) 139.
«Breve de beatificacion»: *AAS* 17 (1925) 176-179.
«Bula de canonización»· *AAS* 45 (1953) 124-136.
FREDIANI, G., *S. Antonio Maria Gianelli. Profilo biografico* (Roma 1951).
GAROFALO, S., *Sant'Antonio Maria Gianelli. Un grande vescovo per una piccola diocesi* (Cinisello Balsamo 1989).
SANGUINETI, L., *Il beato Antonio Maria Gianelli, vescovo di Bobbio, fondatore delle Figlie di Maria SS. dell'Orto* (Turín-Roma 1925).
SCHAUBER, V. - SCHINDLER, H. M., *Heilige und Namenspatrone im Jahreslauf* (Munich 2001) 278-279

BEATA MARÍA TERESA DE SOUBIRAN

Virgen y fundadora († 1889)

María Teresa de Soubiran, en el siglo Sofía-Teresa-Agustina-María de Soubiran La Louvière, virgen, fundadora de las Hermanas de María Auxiliadora, vino al mundo el 16 de mayo de 1834 en el castillo de Castelnaudary, cerca de Carcassonne (Aude, Francia), dentro de los confines de esta diócesis, en el seno de una ilustre familia de raíces cristianas. Sus padres, José Pablo, barón de Soubiran La Louvière, y Noemí de Gélis, saga de los Albigeois, pertenecían a un árbol genealógico de mucho abolengo, siglo XII, entre cuyas ramas, por razones de afinidad

y consanguinidad, había príncipes, reyes, papas —el Beato Urbano V— y hasta santos, como Elceario, conde de Sabran, y su esposa la Beata Delfina de Signe y Santa Roselina de Villeneuve. Por defender la fe católica cuando en Francia se desató furiosa la revolución civil, uno de sus abuelos se vio despojado de los bienes y sufrió el exilio, ese otro despojo del hábitat y de la cultura que tantas veces sufren los humanos.

En el bautismo, administrado al día siguiente de nacer, vigilia de Pentecostés, su padre José Pablo le impuso los cuatro nombres arriba dichos. La verdad es que desde el punto de vista del éxito inmediato y del brillo temporal su vida fue un rotundo fracaso, y no por falta de formación cristiana, como veremos. Educada en Cristo ya desde la cuna, el cielo se volcó en ella con el espíritu de oración a raudales. No ha de extrañar, pues, que en este clima hogareño de fe Sofía creciese en medio de una vida austera, que, después de todo, se ajustaba de lleno a su atractivo por la soledad, la oración y la penitencia. Temerosos de Dios, de conducta irreprochable, amigos del silencio y de la sobriedad, sus padres la habían recibido al nacer como se recibe, o debe recibirse, un regalo del cielo, y desde entonces no habían hecho sino esmerarse cada día más y más por infundir en su tierno corazón el santo temor de Dios procurándole una formación según los misterios del cristianismo. Se comprende por eso que, desde la tierna infancia, diera muestras de atesorar mucha virtud.

Cumplidos los tres años, más bien mediado el cuarto, le sobrevino un grave mal de fiebres tifoideas, del que se repuso aplicándole un escapulario de la Bienaventurada Virgen María. En vista de lo cual, se consagró desde entonces a la Señora en la Congregación Mariana. Mujer de carácter, discreta, humilde y afable a la vez, Sofía supo vivir siempre dócil a sus padres, en actitud reverente, dispensándoles con el gesto y la palabra cariñoso trato. A pesar de su precocidad, de su vehemencia si se quiere, firme en la vocación a la vida religiosa, dio sobradas pruebas de vivir al amparo de la inefable inspiración divina. Ajena a las diversiones infantiles, interesada en cambio por el embeleso de la oración, cabe afirmar que de igual modo que la planta se vuelve hacia el sol, del que recibe luz y calor, es decir,

vida, así su distinguida espiritualidad se volcaba con indecible ternura y querencia por el Corazón de Jesús.

Comensal del banquete eucarístico a los doce años, con el espíritu pronto para emprender las mejores hazañas, como una pequeña heroína de la santidad más legítima, implora con vivas ansias al divino huésped que incite su alma hacia la vocación religiosa. Después de lo cual, por completo ajena como ella estaba al matrimonio y al entretenimiento de las criaturas, recibe en el sacramento del Crisma la fuerza del Espíritu Santo, que templa su persona toda, como las cuerdas de una lira, para las mejores melodías ascético-místicas. A sus catorce años, noviembre de 1848, hace voto de castidad hasta la muerte. Dedica sus fuerzas a cultivar sobremanera tan excelsa virtud poniendo como valedora suya en el empeño a la Virgen, contenta de pertenecer al número de los aludidos por el apóstol cuando dice: «Mas vosotros no estáis en la carne, sino en el espíritu, ya que el Espíritu de Dios habita en vosotros» (Rom 8,9).

En septiembre de 1854, sacrifica sus ansias del Carmelo para darse a un beaterio que le viene rondando la cabeza a su tío Luis de Soubiran, canónigo y vicario general de la diócesis de Carcassonne. Y puesto que la vocación religiosa es en ella evidente, su tío Luis, que había rehusado tiempo atrás la dignidad episcopal, y el obispo de Carcassonne la envían a Gand (Bélgica), para que, bajo la dirección de una consumada maestra, estudie sobre el terreno el género de vida denominado en Francia «béguinage», o sea, conventual, pues rápidamente el beaterio toma un rumbo netamente religioso. Buscaba su tío repristinar la antigua institución de este género de vida terciaria a favor de aquellas jóvenes que ni se sentían inclinadas a entrar en un instituto religioso ni, por otra parte, querían casarse.

De vuelta en Francia, el 29 de septiembre de 1854, año del dogma de la Inmaculada, y luego de haber superado la repentina muerte del padre, abre con sus primeras compañeras en Castelnaudary «El Buen Socorro», casa para jóvenes indigentes. Daba inicio así al capítulo de las fundaciones. A los 25 años, es ya fundadora y superiora. Gasta luego su herencia para construir «La Preservación», nueva y grande casa que apenas terminada es pasto de un voraz incendio en 1861. La capilla, sin em-

bargo, a la que Sofía acude presurosa y desafiando a las llamas para salvar el Tabernáculo con la Eucaristía, quedó ilesa. Salieron asimismo indemnes las hermanas y las niñas, gracias sin duda a la Virgen María, en cuyo valimiento la intrépida Sierva de Dios había puesto su esperanza arrojando al fuego con ese fin su escapulario.

En memoria de tanta gracia, consagró con triple voto la familia religiosa de su fundación a la Virgen María. A tal fin determinó asimismo introducir la adoración expiatoria a la santísima Eucaristía, que las religiosas, salvas e incólumes, acordaron hacer en la noche aniversario del incendio. La joven, pues, no se arredra, ni se desanima, antes al contrario, recomienza su obra con redoblado brío bajo la dirección de los jesuitas, e instituye la «Congregación de María Auxiliadora», siempre a favor de jóvenes pobres y extraviadas. Con su pequeña comunidad decide profesar los tres votos el 8 de septiembre de 1862, reconociendo a la Virgen como primera superiora y disponiendo que cada religiosa tome a partir de entonces el nombre de María.

En mayo de 1864, Sofía, llamada en lo sucesivo Teresa, tras un reposado discernimiento en el transcurso de un retiro de treinta días en Toulouse bajo la dirección del jesuita Paul Ginhac, se siente llamada a fundar una congregación propia y verdadera, una nueva forma de instituto, en suma, con nuevas reglas, nuevo nombre, nuevo vigor y hasta nuevo carisma. El proyecto toma vida el 16 de mayo de 1864, y su título «María Auxiliadora» indica el espíritu y el objetivo, a saber: conciliar las necesidades de un apostolado al servicio de las jóvenes hijas más desfavorecidas con las exigencias de la vida contemplativa. Es cierto que por un bienio se llamó *Santa María de Béguinage,* pero después cambió definitivamente a *María Auxiliadora.* El 7 de junio, hace un voto especial de desapropio, de suerte que «por María Auxiliadora y por mí —precisa— Nuestro Señor me sea todo», comprendida la posibilidad misma de ser un día rechazada en la Congregación. El nuevo régimen de vida pretendía combinar vida activa y contemplativa según las hermanas lo solicitaren para propia virtud y utilidad ajena. Objetivo este a conseguir mediante la adoración nocturna y diurna del Santísimo Sacramento en cada casa de la congregación y también,

por supuesto, con la recitación diaria del oficio del sacratísimo Corazón de Jesús.

En julio de 1864 sus hermanas, acogidas en Toulouse por el arzobispo Julien Desprez, abren la primera «casa de familia» y continúan la adoración nocturna iniciada en Castelnaudary el año 1862. La fisonomía del nuevo Instituto ofrece una imagen estrechamente ligada a la espiritualidad ignaciana y al espíritu de reparación, con los añadidos de la adoración reparadora, común en muchas fundaciones francesas del XIX, así como al espíritu misionero. Por casi diez años trabaja en la formación de las religiosas y en la redacción de las Constituciones. Funda casas en Francia y consigue establecer la *obra* en Inglaterra. De hecho, el P. Ginhac suplica el 13 de diciembre de 1868 el decreto de alabanza de la Santa Sede, a lo que pocos días después accede el Beato Pío IX por *Letras apostólicas* del 19 de diciembre de 1868 dirigidas al arzobispo de Toulouse. Siguen en 1869 las fundaciones de Amiens y de Lyón, y poco más tarde las de Bourges (1871), París (1872) y Angers (1873). Lo de Inglaterra responde a que por el año 1870 estalla la guerra entre franceses y alemanes, y a María Teresa no le queda más alternativa que huir con sus monjas y sus hijas ante el avance del ejército invasor, hasta que encuentra refugio en Londres. León XIII aprueba en 1901 el Instituto y las Constituciones, y Pío XI confirma esta decisión de su predecesor el año 1924.

Después de la derrota regresa de Londres bajo las condiciones de una dura paz impuesta por los vencedores. Hace falta su obra por doquier. La gente necesita calor humano, reconciliación, fraternidad, justo lo que le van a negar a ella muy pronto, cuando la reduzcan a persona ruin y despreciable. Porque en las cuadernas y techumbre del sólido edificio de su Congregación ha surgido mientras tanto lo que algunos biógrafos denominan «carcoma negra», es decir, una anciana señora tardíamente consagrada a la vida religiosa que va a ser el instrumento del que Dios se valga para purificar a la madre María Teresa Soubiran. Los fusilazos de la tormenta dibujan ya el horizonte de lo que se avecina, y es en 1874, efectivamente, cuando suena la hora de la terrible prueba: la madre María Teresa es acusada por esta inteligentísima, soberbia, intrigante y ambiciosa mujer, asistente

María Francisca, de ser la causa de la ruina inminente de la Congregación.

María Francisca acusa de mala administración a la madre María Teresa, precisamente a quien había empleado herencia y sudores y lágrimas para bien del Instituto por ella fundado y dirigido. Bajo el consejo de Monseñor Charles de la Tour d'Auvergne, entonces obispo de Bourges, y del P. Ginhac (que no la consideraba exenta de culpa), ambos seguramente embaucados por las maniobras de tan ladina mujer, María Teresa se ve precisada a presentar la dimisión de superiora general. Pero María Francisca, la nueva superiora, no contenta con esto, humilla más y más a María Teresa, la hostiliza, la critica y no para hasta conseguir que en 1874 abandone el Instituto y se vaya. Una expulsión en toda regla. Y aquí no para la cosa porque, puesta ya a todo, expulsa también a la hermana, que va a juntarse en París con María Teresa y por quien la afligida ex general y siempre fundadora viene a saber así que su Congregación ha dejado de ser lo que ella soñó. La «carcoma negra» ha destruido también el espíritu.

Pasados siete meses en el hospital de Clermont-Ferrand, después de haber peregrinado de un lado para otro y de haber ido llamando de puerta en puerta con reiteradas negativas de varios conventos, es por fin acogida el mes de septiembre de 1874 por la congregación eudista de las Hermanas de Nuestra Señora de la Caridad del Refugio (rue St-Jacques, París), donde permanece durante casi tres meses entre las señoras seglares. De fundadora a novicia. De maestra y superiora general en su Congregación a humilde portera en la nueva familia religiosa que la acoge. Ella, no obstante, sabe dar ejemplo de virtud en todo.

Profesa en el nuevo Instituto el 29 de junio (alguna fuente prefiere el 29 de agosto) de 1877 bajo el nombre de María del Sagrado Corazón, y en 1882 añade a los de la profesión el voto de «víctima» (no raro en quienes seguían la espiritualidad de la reparación). María del Sagrado Corazón no murmura, ni critica, ni maldice. Tampoco habla de los tiempos en que fue madre María Teresa Soubiran. Confía en Dios, simplemente. De ahí que ore, confíe y espere en él. Deja por eso que él disponga se-

gún su beneplácito, haciendo suyas las palabras finales del *Te Deum:* «En ti, Señor, confié, no me veré defraudada para siempre». Y Dios dispone que María Teresa muera lejos de sus hermanas, apartada de su Congregación, ignorada incluso, si es que no despreciada.

María del Sagrado Corazón, en efecto, la que por tantos años se había llamado María Teresa Soubiran, fallece el 7 de junio de 1889 en el Monasterio de San Miguel (París), entre el cariño de sus nuevas hermanas y los ojos vueltos hacia su entrañable y nunca olvidada Congregación. Inhumada primero en la cripta de las Hermanas de San Miguel, Monte Parnaso del cementerio, su cuerpo es trasladado más tarde a un lugar vulgarmente conocido como «Villepinte», donde las Hermanas de María Auxiliadora, en tardía reparación, acabaron haciéndose con un sepulcro. Allí reposan hoy sus restos, en aquella institución de las cercanías de París dedicada al cuidado de los enfermos.

Bajo el «irregular» gobierno de María Francisca, la Congregación camina de mal en peor y sufre profundos trastornos y pierde de día en día vitalidad. De tal desaguisado no se repondrá sino después de muerta la fundadora y tan pronto como María Francisca presenta la dimisión, cosa que ocurre en febrero de 1890. Elegida en su lugar durante el mes de septiembre de 1890 Isabel de Luppé, una de las fieles a la difunta fundadora (¿dónde estaban éstas cuando el pedrisco?), rehabilita inmediatamente a madre María Teresa de Soubiran, y corre presurosa a recoger su cuerpo. Con este acto de reparación, vuelven a la *obra* el fervor y el bienestar. Dios misericordioso, en quien María Teresa siempre había confiado y a quien se abandonó con absoluta fe durante los relámpagos y truenos de la tormenta, y en el que permaneció contrita y humillada hasta el fin, hizo reflorecer a la Congregación de María Auxiliadora. El evangelio había vuelto a dar en la diana: «Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere da mucho fruto» (Jn 12,24).

Uno de los más bellos textos místicos del siglo XIX nos lo dejó la Beata María Teresa de Soubiran con sus *Notes spirituelles,* unas páginas estremecidas de misticismo auténtico por las que

refulge la profunda doctrina de su vida interior, a la vez que su heroísmo, transparencia y magníficos dones del cielo. Movida por «el deseo de la expiación en unión con Nuestro Señor trabajando por el sufrimiento redentor» (p.102), dedica sus religiosas a la adoración nocturna y el día a las obras de caridad. Su vida de total sufrimiento y humillación le vale una fe desnuda de adherencias, y, por tanto, de radical identificación con Cristo-Cruz:

> «Quienes no han sufrido —escribe en 1883— estas dolorosas agonías, tampoco pueden gustar la nada de la criatura, única capaz de volvernos ricos de Dios» (p.436).

Las gracias místicas y las virtudes teologales hacen de ella un alma en permanente estado de unión con Dios. Su espiritualidad es netamente ignaciana.

Asistida desde la niñez con «vivas luces sobre la hermosura del trabajo apostólico» y deseosa de «sacrificarse para procurar la gloria de Dios», marcará las orientaciones esenciales de su Congregación a partir de esta primera llamada y en armonía con las corrientes espirituales de la época:

> «El pensamiento que ha presidido la formación de esta sociedad ha sido el deseo de la expiación en unión con Nuestro Señor trabajando para la redención por el sufrimiento y la abnegación activa» (p.102).

A este espíritu de reparación va fuertemente ligada la vida eucarística:

> «La adoración nocturna del Santísimo Sacramento expuesto nace de este doble principio de expiación y de celo [...] La adoración diurna aviva (el alma) en medio de las ocupaciones de su vida activa, en la ofrenda generosa de sí misma» (p. 104). La Eucaristía será siempre «el centro del que todo parte y al que todo vuelve» *(Directoire,* p.4).

Hay que relacionar con la misma corriente espiritual la insistencia sobre la devoción al Sagrado Corazón *(Notes,* 59, 281, 424). Los *Ejercicios espirituales* de San Ignacio jugaron un papel decisivo en la evolución interior de María Teresa y en su fundación. Hizo de ellos un medio privilegiado de formación y de recurso y no paró hasta inspirar su Instituto en las

Reglas ignacianas. En sus *Notes* personales, redactadas en gran parte después de la gran crisis de 1874, aflora también la influencia de la Escuela franciscana que ella descubre por la lectura de San Juan Eudes, en quien halla nueva comprensión de la «vida de Jesucristo en nosotros», acorde con el cristocentrismo ignaciano.

Los últimos años, va de suyo, marcan a la vez la etapa más dolorosa y la coronación de su experiencia mística; su lenguaje sobrio y poderoso es de una profundidad doctrinal nada común. Jalonan esta ascensión espiritual gracias que se decantan por una muerte progresiva a todo lo creado y una vida radical, que se adelgaza y se acendra y se llena casi constantemente de la plenitud y de la paz de Dios. Todo ello contribuye a que su alma vaya penetrando con mayor hondura y más profética intuición prospectiva en la inteligencia de la vida de Cristo en nosotros:

> «Yo he como gustado y experimentado —dice— que Cristo reside en nosotros. He comprendido que, residiendo, viviendo en nosotros, se une a nuestro espíritu, a nuestra alma; él actúa en ella cuando ella le es fiel, especialmente en la santa comunión: una de las grandes gracias de mi vida» *(Notes,* p.320).

Al mismo tiempo se intensifican su celo apostólico y su deseo «de abrazar a Jesucristo y, por él, al mundo entero» (p.385). Había hecho ella el 15 de junio de 1882, no se olvide, el voto de «víctima». Hay, pues, que inscribir la supervivencia y el desarrollo de su obra sobremanera en la fecundidad de su sacrificio.

Brilló con luz incomparable en aquella caridad por la que quiso ser siempre, y lo fue, «hija de amor», y en la mística estrechura asociativa con el divino Redentor, de quien le nace su incesante ansia de imitar la Pasión, y de propagar su gloria, a fin de procurar la salud de las almas, inmolándose por los pecados de los hombres. Ejemplo de virtudes teologales en grado heroico, la fama de santidad empezó a difundirse por doquier a raíz de su muerte. Sus Hermanas de María Auxiliadora, en el corto espacio de un año, conforme había ella predicho asistida de espíritu profético antes de morir, una vez iniciado el retorno al primitivo esplendor, empezaron a practicar las diligencias opor-

tunas para incoar cuanto antes la causa de beatificación de la madre fundadora.

Instruido el proceso ordinario en Carcassonne y en París, Pío XI firmó el 9 de mayo de 1934 la comisión encargada de introducir la causa. Pío XII, por su parte, luego de haber examinado las virtudes, declaró por decreto del 7 de agosto de 1940 la heroicidad. En cuanto a la parte de los milagros incoada el 24 de abril de 1945, el mismo Pío XII declaró por decreto del 21 de mayo del mismo año la constancia de dos, para cuyo examen se procedió según el régimen jurídico anterior a las reformas conciliares. El 13 de noviembre de 1945, el papa Pacelli declaró estar todo listo para la solemne beatificación.

Finalmente, por *Letras apostólicas* dadas en Roma junto a San Pedro, bajo el anillo del Pescador, el 20 de octubre de 1946, el mismo Papa facultó para que en adelante la Sierva de Dios María Teresa de Soubiran, fundadora de la Sociedad de María Auxiliadora, fuera honrada como Beata, y su cuerpo y reliquias pudieran ser veneradas conforme a lo establecido por el derecho, es decir, en la diócesis de Carcassonne y en la archidiócesis de París, así como en las capillas todas del mundo donde las Hermanas de María Auxiliadora tengan casas. Arrodillado en San Pedro ese 20 de octubre de 1946, Pío XII veneraba así, en aquella humilde religiosa tan duramente probada y hasta derrotada aquí en la tierra, a la Sierva de Dios ya Beata y triunfante para siempre allá en el cielo. Había sabido sufrir en silencio hasta la muerte una calumnia que ahora, a la luz de Dios, cobraba la nueva dimensión de ser en el cielo su preciado tesoro. Una vez más se habían adverado en ella, en la sufrida y humilde María Teresa, las palabras de Jesús: «El que se enaltece será humillado; y el que se humilla, será ensalzado» (Mt 23,12).

PEDRO LANGA, OSA

Bibliografía

AAS 39 (1947) 17-25.

ANNICK BARON, M., «Soubiran la Louvière, Marie-Thérèse de», en G. PELLICCIA - G. ROCCA (dirs.), *Dizionario di Istituti di Perfezione.* VIII: *Saba-Spirituali* (Roma 1988) cols.1930-1931.

BARGELLINI, P., *Mille Santi del giorno* (Florencia [8]1991).

DELMAS, M.-T., *Bienheureuse Marie-Thérèse de Soubiran La Louviere, fondatrice de la Société de Marie-Auxiliatrice 1834-1889* (París 1946).

— *Voie spacieuse. Bienheureuse Marie-Thérèse de Soubiran, fondatrice de la Société de Marie-Auxiliatrice (1834-1889) Discours de Sa Sainteté Pie XII, 22 octobre 1946* (París 1955).

DERS, S., Art. en W. KASPER *et al.* (eds.), *Lexikon für Theologie und Kirche* IX. *Rom bis Tetzel* (Friburgo ²1964) 899

GIRARD, A., *Marie-Thérèse de Soubiran (1834-89), fondatrice des soeurs de Marie Auxiliatrice, et la maison de Bourges* (Bourges 1975).

IRIMIA-TUCHTENHAGEN, S., Art. en F. W. BAUTZ (ed.), *Biographisch-bibliographisches Kirchenlexikon.* XVIII: *Erganzungen V* (Herzberg 2001) 1.333-1.334.

LANZ, M., *La Beata María Teresa de Soubiran* (Roma 1946).

LAWSON, W., *A life of blessed Marie Thérèse de Soubiran, foundress of the Society of Marie Auxiliatrice* (Londres 1952).

MARTINDALE, C. C., *Marie Thérese de Soubiran, 1834-1889, foundress of the Society of Marie Auxiliatrice and Marie Elizabeth de Luppé, 1841-1903* (Londres 1921).

Martyrologium romanum, o.c., 310, n.6*; 733.

MATHON, G., «Soubiran, Marie-Thérèse de», en *Bibliotheca sanctorum.* XI. *Ragenfreda-Stefano* (Roma 1968) cols 1329-1331.

MONIER-VINARD, H. (ed.), *Notes spirituelles de la bienheureuse Marie-Thérèse de Soubiran* (París ²1948).

PERRET, G., *Marie-Thérèse de Soubiran. Pauvre avec Jésus-Christ pauvre* (París-Montreal 1980).

PHILIPPONNAT, M.-F., «Marie Thérèse de Soubiran», en *Dictionnaire de spiritualité ascétique et mystique.* X: *Mabille-Mythe* (París 1980) 594-596.

RAYEZ, A., *De la revolution au debut du XXᵉ siecle,* en *Dictionnaire de spiritualité ascétique et mystique.* V. *Faber-Fyot* (París 1964) 953-997, esp. 994.

THELOZ, J., *La fondatrice des soeurs de Marie-Auxiliatrice* (París 1894)

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN COLMÁN

Obispo y abad († s. VI)

Nacido en Irlanda de noble familia, fue encomendado muy joven a la dirección de San Cailano, abad de Noendrum, y estudió la Sagrada Escritura con San Ailbeo de Emly. El obispo Macnisa de Connor lo impulsó a fundar el monasterio de Dromore, en la orilla del río Lagan. Este monasterio se convierte en cabeza de un obispado, del cual fue igualmente el primer abad prelado su fundador. Gastó su vida en regirlo santamente hasta su muerte. Murió a mediados del siglo VI y su nombre figura desde antiguo en los santorales irlandeses.

SANTOS PEDRO DE ÉCIJA, WALABONSO, SABINIANO, WISTREMUNDO, HABENCIO Y JEREMÍAS DE CÓRDOBA

Mártires († 851)

Seis mozárabes fueron martirizados en Córdoba el 7 de junio del año 851 por haber confesado la fe cristiana al tiempo que denostaban al islam como falsa religión. Se presentaron juntos y espontáneamente ante el cadí y ofrecieron su profesión de fe. El martirio consistió en que fueron degollados. Sus cuerpos estuvieron unos días atados a unos palos y luego fueron quemados y sus cenizas arrojadas al Guadalquivir.

PEDRO, el primero del grupo, era natural de Écija (Astigis), y era sacerdote. Había ido a Córdoba a ampliar estudios, y estando allí había sido nombrado capellán del monasterio femenino de Cuteclara.

WALABONSO era natural de Elepla. Era diácono y había ido a Córdoba con la misma intención que Pedro y estaba, como él, al servicio del monasterio femenino de Cuteclara. Tenía una hermana monja, María, que lo seguiría meses después en el martirio.

SABINIANO, natural de Froniano, un pueblo de la sierra cordobesa, era una persona entrada en años y había profesado como monje en el monasterio de Armelata.

WISTREMUNDO era natural de Écija, como Pedro, y hacía poco que había ingresado en el monasterio de Armelata.

HABENCIO, natural de Córdoba, ya en la edad madura había ingresado en el monasterio de San Cristóbal, en las cercanías de Córdoba, y llevaba vida eremítica dentro del monasterio.

JEREMÍAS, también natural de Córdoba, era persona noble y rica que, luego de años de matrimonio con Isabel, decidieron ambos retirarse a sendos monasterios, en Tábanos. Era tío del mártir Isaac (3 de junio).

San Eulogio de Córdoba, que es quien nos narra este martirio, llama a este grupo místico senario, y no cabe duda que se hizo famoso que un grupo tan numeroso desafiara junto la ira del cadí.

SAN ROBERTO DE NEWMINSTER
Abad († 1159)

Era natural de Gargrave en el Yorkshire. En su juventud marchó a estudiar a París y, terminados los estudios, regresó a su tierra, luego de ordenarse sacerdote. Aquí ejerció su ministerio pero se decidió finalmente por la vida religiosa e ingresó como monje en la abadía de Whitby. Un tiempo después supo que un grupo de monjes había obtenido licencia del arzobispo Thurston para fundar una nueva abadía en Skeldale y le fue concedido unirse a ellos.

Así se hizo, en 1133, la fundación de la abadía de Fountains. Sus monjes, deseando vivir muy rigurosamente la santa Regla, adoptaron el camino cisterciense y se dispusieron a vivir con mucha intensidad el lema de la oración y el trabajo. Roberto se acreditó como un monje cumplidor y ejemplar.

En 1138 el señor de Morpeth que visitó la abadía, quedó tan edificado de su regularidad, que quiso fundar una similar en sus estados y así lo propuso. Se escogieron doce monjes de la comunidad y se les envió a fundar el que se llamó Newminster, teniendo a Roberto por abad. Lleno de celo por la gloria de Dios y dando ejemplo con su gran espiritualidad, Roberto no sólo rigió con santidad y sabiduría el monasterio sino que pudo fundar otros tres monasterios más. Escribió un comentario a los salmos. Quiso conocer personalmente a San Bernardo, a quien visitó y del que no logró la aceptación de su dimisión como abad. Pudo también visitar en Francia al papa Eugenio III, que era cisterciense. Vuelto a su monasterio, lo siguió presidiendo hasta su santa muerte, el 7 de junio de 1159. Su tumba fue objeto de culto popular y peregrinaciones.

8 de junio

A) MARTIROLOGIO

1. En Aix-en-Provence (Francia), San Maximino (fecha desconocida).
2. En Ruán (Francia), San Gildardo († ca.511), obispo.
3. En Soissons (Francia), San Medardo († 560), obispo de Vermand **.
4. En Fano, del Piceno (Italia), San Fortunato († s. VI), obispo.
5. En Metz (Austrasia), San Clodulfo († ca.660), obispo.
6. En York (Inglaterra), San Guillermo Fitzherbert († 1154), obispo **.
7. En Londres (Inglaterra), Beato Juan Davy († 1537), diácono, monje cartujo, mártir *.
8. En Ambiate (Madagascar), Beato Santiago Berthieu († 1896), presbítero, de la Compañía de Jesús, mártir **.
9. En Oporto (Portugal), Beata María del Divino Corazón Droste zu Vischering († 1899), virgen, de la Congregación de Hermanas de la Caridad del Buen Pastor **.
10. En Kuzhikkattussery, en Kerala (India), Beata María Teresa Chiramel Mankidiyan († 1926), virgen, fundadora de la Congregación de Hermanas de la Sagrada Familia **.
11. En Cagliari (Cerdeña), Beato Nicolás de Gesturi (Juan A. S. Medda) († 1958), religioso capuchino *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN MEDARDO
Obispo († 560)

San Medardo es un santo merovingio. Un santo de aquella Francia recién convertida al catolicismo por obra del obispo San Remigio, que hizo bautizar en Reims a Clodoveo, bárbaro sicambro.

San Remigio conocía bien a su regio catecúmeno, y, después de prepararle concienzudamente cuanto daba de sí la rudeza del belicoso monarca, organizó toda una fiesta en la catedral de Reims. La oportunidad lo demandaba. Tapices, colgaduras, cruces gamadas, lámparas en los intercolumnios, reflejos dorados

de los mosaicos, melodías de clérigos y chantres, aclamaciones de los fieles.

Clodoveo se sintió conmovido, transportado. Hombre de guerras y torneos, no conocía las bellezas del culto cristiano.

—Padre —exclamó al penetrar en la basílica deslumbrante—, ¿es esto el cielo de que me tenéis hablado?

—No, hijo —respondió el obispo—, esto es solamente la antesala del cielo.

Esta anécdota nos sirve muy bien para introducirnos en la vida de un santo merovingio. Con aquellos pueblos francos, regidos por Meroveo, que habían estado al servicio de la Roma imperial, a la cual prestaron buena ayuda en la derrota de Atila el año 451, había que proceder así, con suavidad y energía, como con niños grandes, deslumbrándoles con algo que ellos no poseían: tradición y cultura.

Al desaparecer el Imperio de Occidente, el rey Childerico comienza a construir el reino franco, aunque el verdadero creador de aquella nacionalidad es Clodoveo, que da a su pueblo la unidad de territorio y de religión.

Por la batalla de Tolbiac (496) vence a los francos ripuarios y a los alamanes, y posteriormente abraza la religión católica por influencia de su esposa, la princesa borgoñona Clotilde, y del obispo San Remigio.

Por otra batalla, la de Vouillé (507), se apodera de los dominios visigóticos, eficazmente apoyado por el clero, que veía con agrado la expulsión de los arrianos de las Galias. Posteriormente, y aplicando toda clase de procedimientos, logró adueñarse de todos los dominios de los demás pueblos francos del Rhin y Cambray.

Clodoveo era un gran político y un gran militar, que recurría a todos los medios para consolidar su poder. La frase que San Remigio pronunciara, al tiempo de administrarle el bautismo: «Adora, sicambro, lo que has quemado, y quema lo que hasta ahora has adorado», la entendió siempre a medias, o, mejor, según le convenía. Su talento político iba por encima de su conciencia, y por eso su reinado, abundante en aciertos de primer orden, lo es también en violencias y desmanes.

En este clima crece San Medardo. Sería ya un adolescente cuando ocurrió la muerte de Clodoveo el año 511, en que su

reino fue dividido entre sus cuatro hijos: Thierry, Clodomiro, Childeberto y Clotario, reino que no volvería a reunirse hasta muchos años después, en 558, en manos de Clotario, cuando a San Medardo sólo le restaban dos años de vida.

Los reyes francos tenían, como los restantes monarcas bárbaros, psicología de nuevos ricos. Todo les venía ancho, en especial el derecho y el respeto hacia los otros. Aquella mesura de los romanos, que con las legiones llevaban las formas jurídicas y la ordenación social, no la poseían los bárbaros pueblos de la selva, gentes en estado tribal. Fueron los monjes y los obispos quienes penosamente hubieron de educarlos en la moderación y el uso ponderado de la fuerza. Y —¡oh maravilla!— el caballero, el hombre que pone su espada al servicio de las más nobles empresas teniendo por norma el honor, es un producto del feudalismo cristianizado. La Edad Media sería el equilibrio entre religión y poder.

San Medardo nació en Salency. Su padre, Néctor, pertenecía a una gran familia franca, y su madre, Protagia, era galorromana. Buena fusión para un santo que habría de influir poderosamente en su pueblo.

De su padre heredaría la fortaleza, la decisión e incluso el prestigio para que nadie le tomara por sospechoso. De su madre mamaría la delicadeza, las finas maneras, el gusto depurado.

Naturalmente, con una madre así había que pensar en una educación esmerada para el hijo; que, seguramente, también el padre apoyaría. Los padres quieren vengarse de su ignorancia dando carrera a sus hijos, sobre todo si ellos prosperaron solamente por audacia y fortuna.

San Medardo estudió en Augusta Veromanduorum. Esta población del norte de Francia, cerca ya de la actual Bélgica, corresponde hoy a una ciudad que tiene para los españoles recuerdos imperiales y nos valió El Escorial: Saint Quentin.

Allí estudiaría en la escuela episcopal y adelantaría en los estudios; pero más en la virtud. Tratándose de un santo, y de un santo merovingio, esto es de todo punto imprescindible. No es que estuviera predestinado a la santidad; el joven escolar pondría grandes esfuerzos, derrocharía todo su empeño en los estudios, pero no menos en superarse en el bien.

Está probado por los biógrafos primitivos el sentido limosnero del joven Medardo. Compartía con los estudiantes más pobres su comida, socorría largamente a los menesterosos y, en una ocasión, dio un caballo a un pobre peregrino a quien los ladrones habían dejado a pie, robándole su cabalgadura. Cuando su padre notó la falta en la caballeriza, se admiraría ante el suceso y presentiría que su hijo, si algún día alcanzaba fama, no sería como guerrero, sino como clérigo.

Efectivamente, el obispo de su diócesis le promovió a las órdenes sagradas, y ascendiendo por los grados de la jerarquía llegó al sacerdocio. Por entonces debió volver a Salency para hacerse administrador de las propiedades paternas en beneficio de los pobres, aunque no de los ladrones.

Una de las cosas que debían aprender los francos, acostumbrados a la ley de la selva, era el respeto a la propiedad. Parece que San Medardo tuvo en parte esta misión. Pero el santo no necesitaba llevar a los rateros a los tribunales civiles. Resolvía él mismo, con milagros y caridad, los casos.

Tres anécdotas, como de *Flos sanctorum,* han llegado hasta nosotros, y ungidas, además, con su propia moraleja, como los apólogos orientales.

El santo tenía una viña junto a su casa. Eran los comienzos del otoño, cuando un sol en declive va dando toques de oro a los racimos de las cepas. Una noche los ladrones asaltaron la heredad. Llenaron sus capachos y pretendieron huir con el objeto de su depredación. Todo fue inútil; no encontraban la salida de la finca. A la mañana siguiente la aurora y San Medardo, que salía al predio para cantar los salmos de su oficio, encontraron a los rateros. El santo no tuvo reproche alguno para los infelices. Tal vez, con un dejo de ironía, pudo decirles:

> «¿Veis? El pecado ciega. ¡Con lo fácil que era dar con la puerta! Podéis marchar, y que os aproveche vuestra vendimia».

Otro día fue un ladrón goloso que asaltó las colmenas de la casa parroquial. Pero tan apurado se vio de las abejas que le picaban implacables, que tuvo que solicitar socorro del santo.

> «Mira, lo mismo ocurre con el pecado. Sus comienzos son dulces, pero las consecuencias tienen veneno y picor de abejas».

Por último, el caso más gracioso y educativo fue el de la vaca. San Medardo tenía una vaquita. Debía de ser preciosa, como cuidada por un santo. Y daba mucha leche. El santo soltaba su vaquita al prado, y para saber si se alejaba, para conocer sus correrías, San Medardo puso una esquila a su vaca. La becerra pacía aquí y allí, bajaba hasta la ribera del río, se metía entre los juncos y espadañas de la orilla. El santo oía la cencerra, escuchaba su sonido, y sabía las andanzas de su vaca. Si alguna vez el animalito se extraviaba demasiado, San Medardo lanzaba un silbido profundo y la vaca volvía a la querencia del establo. El santo la ordeñaba, la apiensaba, y hasta el día siguiente. Pero un día la vaca se alejó. Al principio San Medardo oía el cencerro de su vaca. Después sólo muy lejanamente, por último, nada, ni un eco. San Medardo silbó a su vaca, esperando hallar la respuesta de su esquilita; pero la vaca no contestaba, porque un ladrón la había robado. San Medardo se acostó triste aquella noche, sin tomarse su cuenco habitual de leche espumante. Pero a la mañana siguiente se presentó el ladrón solo, por su voluntad, sin que nadie le obligara. Mejor dicho, venía obligado por la esquila de la vaca. Cuando la robó, para que no sonara, le quitó el cencerro, y lo escondió en sus alforjas; pero el cencerro sonaba, sonaba y sonaba. Después lo enterró en el suelo, y el cencerro seguía sonando. Por fin en su casa lo atascó con paja y lo escondió entre el heno. Mas el cencerro no dejaba de sonar. Aquella noche el hombre no pudo pegar ojo, oyendo incesantemente la esquila de la vaca de San Medardo. Cuando a la mañana siguiente le explicó al santo lo ocurrido, le respondió éste:

> «Hijo, eso es la esquila de tu conciencia. El remordimiento no te ha dejado dormir. Es la consecuencia de todo pecado».

Estos hechos y aún otros más portentosos debieron hacer subir el crédito de santidad de Medardo. Y nada puede extrañar que fuera elegido obispo a la muerte de Alomer, que regía la sede de Vermandois. Parece ser que fue consagrado por el propio San Remigio, y para poder seguir atendiendo a sus posesiones familiares, y para enseñar costumbres cívicas a sus cristianos, recién salidos de la idolatría, o, como quieren otros biógrafos más dudosos, porque Noyon ofreciera mejores con-

diciones de defensa en aquellos tiempos calamitosos de invasiones y guerra, trasladó a esta ciudad la sede episcopal.

Aquí comenzaría su lucha enérgica y suave contra los restos de paganismo que se resistía a cristianizarse, contra las supersticiones, contra las duras costumbres, contra la ignorancia, contra la rapiña y la haraganería, contra la intriga y el asesinato. Oscura tarea que llevaron a cabo aquellos obispos galos del siglo VI, que lograron cambiar la mentalidad de los francos recién convertidos.

El prestigio de San Medardo aparece en todo su esplendor cuando vemos a la reina Radegunda postrada a sus pies pidiendo con humildad y energía el hábito de diaconisa.

Radegunda era esposa de Clotario, que la había conseguido como botín el año 531, cuando las luchas intestinas de Turingia permitieron a los reyes francos apoderarse de aquel reino. Los hijos de Bertario, hijo del rey derrotado, Hermanfrido, cayeron prisioneros, y entre ellos venía Radegunda, princesa que había recibido una educación refinada en la corte de su tío. Clotario consiguió finalmente casarse con ella, dentro de la legalidad, aunque venciendo la repugnancia natural de la derrotada.

Mucho debió de sufrir ésta al lado de su regio consorte, quien no sabía percibir del cristianismo nada más que el temor del infierno, y las noticias que la historia nos ha dejado de él nos lo presentan como príncipe violento y lujurioso, aunque capaz de arrepentirse de alguna mala decisión si se interponía el gesto enérgico de algún prelado. Así, después de haber decidido apoderarse del tercio de las rentas de las iglesias, renunció a su proyecto ante una simple protesta del obispo de Tours.

Radegunda supo conducir la corte de Clotario dentro de una alta vida religiosa, sin descuidar un momento sus deberes de soberana. Mas, como dijimos, tenía ella un hermano que había sido hecho prisionero en 531, cuando la destrucción de la Turingia. En 555 esta región se sublevó contra Clotario, y éste hizo asesinar brutalmente al hermano de la reina.

Radegunda pidió y obtuvo permiso de abandonar la corte y, con su ascendiente moral, obligó a San Medardo a que le diera el velo de consagrada. El santo duda, no por miedo a la cólera del rey o de los presentes que le advierten: «Obispo, cuida mu-

cho de no arrebatar al rey su legítima esposa, la cual él desposó solemnemente», sino más bien temía ir contra los sagrados cánones, que prohíben la separación de marido y mujer. Mas, como Radegunda ya había obtenido la autorización del rey, venció los últimos escrúpulos del santo prelado cuando se presentó ante él revestida de los hábitos religiosos y le dijo:

> «Si dudas de consagrarme, si tienes miedo de un hombre más que de Dios, sabe, pastor, que el te pedira cuenta del alma de tus ovejas»

Estas palabras decidieron al buen pastor, que impuso las manos a Radegunda, consagrándola diaconisa. Y no parece que Clotario tomara a mal la conducta del santo, a pesar de lamentar el haberse quedado sin tan santa esposa. Ésta marchó a Poitiers y fundó un monasterio, que puso bajo la regla de San Cesáreo de Arlés, y donde Venancio Fortunato hacía como de capellán y consejero del regio cenobio.

San Medardo murió poco después, avanzado de edad y cargado de méritos, probablemente el año 560. Al siguiente moría también Clotario, y otra vez la dinastía franca se hacía reino cuatripartito en sus hijos.

El cuerpo de San Medardo fue llevado muy pronto a Soissons, donde se levantó un célebre monasterio, comenzado por el propio Clotario. La fama taumatúrgica del santo creció tan rápidamente que al año podía escribir San Niceto de Tréveris que era parangonable con la de San Martín de Tours, San Hilario de Poitiers y San Remigio.

Los prisioneros liberados por su intercesión acudían a su templo a dejar sus cadenas como exvotos. Al principio del siglo X los monjes de Soissons, huyendo de los normandos, llevaron sus reliquias de Dijon.

San Medardo es uno de los santos más populares de la Francia de la Edad Media. No es raro que alrededor del mismo hayan proliferado las leyendas. Dom Leclercq, en el *Diccionario de arqueología y liturgia,* tiene un denso artículo sobre las «vidas» de este santo. La que más fe hace es la escrita el año 600 por un monje merovingio, y que se atribuyó durante muchos siglos a Venancio Fortunato, pero que indudablemente no es suya.

Otro hecho muy curioso es la leyenda que hace hermanos gemelos a San Medardo y San Gildardo, los cuales habrían sido bautizados el mismo día, ordenados sacerdotes y consagrados obispos el mismo día y habrían entrado igualmente en el cielo el mismo día. Un dístico medieval lo dice en latín litúrgico: *Una dies natos utero viditque sacratos, albis indutos et ab ista carne solutos.*

Pero esta leyenda absurda y sin fundamento la refutó el mismo Mabillon en 1668, en carta al prior de San Medardo, demostrando la imposibilidad de coincidencias cronológicas entre el obispo de Noyon y San Gildardo, que es anterior a San Medardo.

San Gregorio de Tours nos dice que ya en su tiempo se representaba a San Medardo con la boca entreabierta y enseñando la dentadura, para significar de esta manera ingenua que era patrón contra los dolores de muelas. Este gesto del santo ha pasado a la paremiología francesa, en que se dice: *Ris qui est de saint Médard le coeur n'y prend pas grand part* («En la risa de San Medardo el corazón no toma mucha parte»).

La abadía de San Medardo de Soissons llegó a ser famosa y poseer pingües riquezas, jugando un papel importantísimo bajo los reyes merovingios y carolingios.

CASIMIRO SÁNCHEZ ALISEDA

Bibliografía

Act. SS. Boll., 8 de junio: diversas fuentes. Asimismo, en *Monumenta Germaniae Historica.* Abt. 1: *Scriptores. 1: Auctores antiquissimi.* 4/2: *Venanti Honori Clementiani Fortunati presbyteri Italici Opera* (B. KRUSCH, ed.).

Art. en F. CABROL - H. LECLERCQ (eds.), *Dictionnaire d'archéologie chrétienne et de liturgie.* XI/1: *Maximin-Miniaturistes* (París) cols.102s.

DUCHESNE, L., *Fastes épiscopaux de l'ancienne Gaule.* III: *Les provinces du nord et de l'est* (París 1915).

LEBRETON, G. - ZEILLER, G. (eds.), *Storia della Chiesa dalle origini ai giorni nostri.* V: *Gregorio Magno, il Papato, Bisanzio e l'Occidente (590-756),* eds. L. BRÉHIER y R. AIGRAIN (Turín 1946).

POQUET, A. E., «Une lettre de Mabillon»: *Bulletin historique et philologique du Comité des Travaux Historiques et Scientifiques* (1892) 24s.

SAN GUILLERMO FITZHERBERT
Obispo († 1154)

El historiador y monje benedictino Dom Knowles concluye así sus notas históricas acerca del arzobispo de York, San Guillermo Fitzherbert:

> «Thus ended, in a manner not wholly free from enigma, the story of William Fitzherbert, which had throughout its course abounded in unexpected changes of fortune and episodes which, to us at least, must remain in some measure enigmatic» («Así acaba, de un modo no totalmente libre de enigma, la vida de Guillermo Fitzherbert, cuya historia, recorrida por abundantes e inesperados episodios y cambios de fortuna, nos deja, en cuanto a nosotros se refiere, no exentos de perplejidad e incertidumbre»).

En realidad, acercarse a la biografía de San Guillermo es como asistir a un largo e interminable proceso canónico, un episodio más del siglo XII, fruto de la larga lucha de la reforma gregoriana. Y si bien, como se ha apuntado, el juicio histórico queda de alguna manera en suspenso, los datos que se tienen de aquel prolijo proceso y que han llegado hasta nosotros son abundantes.

Guillermo fue hijo de Herbert de Winchester, del que sólo se sabe que tuvo un cargo en la corte real de Inglaterra, y de su esposa Emma, hermanastra ilegítima del futuro rey de Inglaterra, Esteban. Estaba relacionado con otros personajes: era sobrino y ahijado de Enrique de Blois, obispo de Winchester y legado pontificio (algo así como nuncio o embajador permanente) en Inglaterra del papa Inocencio II.

Guillermo fue educado en medio de una corte lujosa y extrovertida y, como muchos hijos segundones de la época, fue destinado al estado eclesiástico; joven todavía, fue incorporado al Capítulo catedral de York como canónigo. Y en esa ciudad y región, habitada por muchos de sus parientes ricos e influyentes, Guillermo pudo obtener del rey tierras y feudos y otros muchos beneficios eclesiásticos. En 1138 —otros señalan ya el año 1114— fue elegido como canónigo tesorero (ecónomo) del Capítulo catedral.

De esta época de su vida, sólo se sabe que no brilló precisamente por su santa vida; fue, probablemente, un producto más

de aquellas vocaciones semi-obligadas en que las circunstancias imponían a muchos hijos de nobles una vida eclesiástica para la que no tenían vocación. Las consecuencias eran evidentes y nos son conocidas desde hace mucho tiempo: una vida en búsqueda del bienestar, de las riquezas, a veces también de todo tipo de placeres, incluso los ilícitos... Es probable que algo de todo esto hubiera, durante bastante tiempo, en la vida de Guillermo. Sin embargo, un rasgo de su carácter, que reflejan los historiadores, nos advierte que el escándalo no llegó a graves extremos. Guillermo, dicen, era un tipo tranquilo, quizá algo indolente, que, de por sí, no fue nunca amante de meterse en problemas; eso probablemente le libró de caer en lamentables desórdenes, en la primera parte de su vida.

Con la muerte de arzobispo Thurstan en 1140, durante muchos meses la sede quedó vacante por no ponerse de acuerdo el Capítulo catedral en elegir un sucesor. El Capítulo tenía un candidato, Waldef, prior de los canónigos regulares de Kirkham, pero fue objeto del veto real a causa de sus lazos de parentesco con la casa real de Escocia.

Quisieron entonces los capitulares de York elegir a Enrique de Sully, abad de Fécamp, sobrino del rey, pero rehusó el nombramiento pues no quería abandonar su monasterio. Entonces el conde de York hizo saber al deán del Capítulo, Guillermo de Ste-Barbe, que el rey deseaba ver en la sede arzobispal de York a otro de sus parientes, el tesorero capitular Guillermo Fitzherbert. La mayoría de los capitulares se inclinaron por esta solución y eligieron a Guillermo en enero de 1141; sin embargo, una minoría rehusó aceptar la sugerencia real por considerar a su tesorero indigno no sólo a causa de sus costumbres relajadas, sino por haber comprado simoníacamente algunos votos a cierto número de capitulares y poniendo de manifiesto que, canónicamente, la intrusión de los poderes no eclesiásticos en aquella elección era causa de irregularidad para el elegido.

La minoría estaba dirigida por el más antiguo de los arcedianos del Capítulo de York, Walter de Londres, y vigorosamente apoyada por los abades cistercienses ingleses de Rievaulx y Fountains, como ardientes defensores de la reforma gregoriana y que, además, con motivos o sin ellos, temían que el nuevo ar-

zobispo electo se mostrase hostil para con aquellos dos nuevos monasterios recién fundados en Inglaterra.

Mientras tanto, Guillermo marchó a encontrarse con el rey en Lincoln para recibir los derechos temporales pertenecientes a su sede. Pero sus adversarios no tardaron en presentarse ante el legado pontificio, Enrique de Winchester, presentándole una demanda judicial contra Guillermo por simonía (compra de votos para ser elegido para un cargo sagrado). Ante la causa presentada, el arzobispo de Canterbury, Teobaldo, rehusó consagrar al dudoso electo arzobispo de York.

El legado pontificio, que se hallaba inmerso en otros conflictos político-militares que a él le parecían de mayor importancia en aquellos momentos, pues correspondían a personajes de mayor altura —como el rey Esteban y la emperatriz Matilde—, reenvió la querella ante el tribunal del Papa. Guillermo partió para Roma, en 1142, acompañado de sus leales. En el entretanto, sus adversarios habían alertado a San Bernardo de Claraval, que, desde aquel momento, hizo causa con ellos, instando a la Santa Sede continuamente para que aquella elección fuese tenida por irregular y nula. No hay que extrañar tal conducta, pues las historias de aquel tiempo están llenas de tales peripecias, y como se ha dicho, la vida y conducta de Guillermo hasta aquel momento no daba para pensar otra cosa. En efecto, en esa correspondencia se apuntan, de nuevo, las acusaciones de las que se culpan al electo: no observancia de sus obligaciones del celibato eclesiástico, simonía y presiones del poder civil en la elección. Y fue precisamente en este tercer punto en el que el arcediano Walter y los dos abades cistercienses hicieron más hincapié, pues se trataba de hacer ver que podían volver los tiempos de «las investiduras»...

En Roma los cardenales y curiales estaban divididos; desde el punto de vista jurídico, los métodos o modo de proceder de los acusadores no estaban al abrigo de toda sospecha, y en cuanto al fondo de la cuestión, muchos, en la Curia romana, estaban predispuestos a favorecer la potestad episcopal contra las presiones «rigoristas» de los monjes cistercienses.

Sea como fuere, Guillermo logró explotar hábilmente los resortes del proceso canónico a su favor ante el tribunal roma-

no y finalmente, después de meses de discusiones, Inocencio II, estimando que las pruebas que presentaban sus adversarios no eran ni firmes ni claras, decidió en marzo de 1143 volver a enviar la causa a su legado Enrique. En la carta de reenvío —encontrada recientemente en un manuscrito de Oxford— ordena el Papa que se interrogase bajo juramento al deán del Capítulo de York, en cuya presencia se había hecho la elección: «Si el capítulo, o él mismo, se habían visto libres, o no, de las presiones políticas que se le achacaban». Pero sucedió que al volver Guillermo a Inglaterra, el antiguo deán había sido elegido obispo de Durham, y éste encontró excusas suficientes para decir que, a causa de asuntos urgentes en su nueva diócesis, no podía acudir a comparecer ante el legado pontificio. Todo hace pensar, según escribe San Bernardo, que el nuevo obispo de Durham no parecía estar muy dispuesto, por la cuenta que le traía, a presentarse ante un tribunal a declarar bajo sagrado juramento.

Entonces Guillermo Fitzherbert «se sacó un as de la manga», diríamos hoy, y presentó una carta del Papa autorizando que, si el deán no estaba libre, pudiese ser sustituido por otro testigo. Esta carta parece ser algo sospechosa, pues de ella no se encuentra ningún rastro en los archivos vaticanos correspondientes a aquella época, por lo que algunos suponen que, o es una falsa carta, o es una carta obtenida de modo poco regular de algún curial romano. De todos modos la carta fue aceptada como válida y el legado aceptó la declaración del obispo de Orkney, sufragáneo de York, y de otros dos abades benedictinos, el de York y el de Whytby, algo rivales de los cistercienses; estos dos últimos no juraron como testigos del hecho de la elección sino como *purgatores* o testigos a favor de la moralidad del sujeto sometido ante el tribunal.

Con todo, aunque el tribunal declaró válida la elección, el arzobispo de Canterbury a quien correspondía por tradición consagrar al de York se negó a hacerlo por no ver del todo claro el asunto. Entonces fue el mismo legado quien lo ordenó como obispo el 26 de septiembre. Ante los hechos consumados, San Bernardo escribió una carta llena de indignación al nuevo papa, Celestino II, estigmatizando al nuevo arzobispo como *homo bis intrusus, primo quidem per regem, deinde per Legatum* (hombre doble-

mente intruso, primero por el rey y después por el legado). El hecho es que el Papa no envió a Guillermo el palio arzobispal que, como signo de unidad y comunión, suele entregar a todos los metropolitanos.

Guillermo fue, en conjunto, bien acogido como arzobispo de York, y su carácter afable y su generosidad conquistó el afecto de muchos. Pero la oposición de los cistercienses, instigada por el propio San Bernardo, continuó acechando y alimentando la discordia. Al fallecer el abad de Fountains, el propio Bernardo designó al nuevo abad Enrique Murdac, conocido adversario de Guillermo. El nuevo arzobispo comenzó a ejercer sus actividades pastorales, incluso las de metropolitano, aunque todavía no había recibido el palio.

Al poco tiempo murió el papa, y su sucesor, Lucio II, menos dispuesto que su antecesor para escuchar a los cistercienses, mandó a su nuevo legado para Inglaterra, el cardenal obispo de Túsculo, Imar, un cluniacense, que entregara el palio a Guillermo. Mas al pasar por Clairvaux, Bernardo, que en algunas ocasiones parece ser que se creía ser más que el papa (él mismo lo dice que de él lo referían sus adversarios), hizo prometer al legado que antes de entregar el palio haría jurar al obispo de Durham, antiguo presidente del Capítulo en la elección de Guillermo, según lo estipulado por Inocencio II. Y otra vez la suerte le fue adversa a Fitzherbert, pues antes que la comitiva llegase a las costas, el papa Lucio murió, por lo que, automáticamente, quedaba cesado en su oficio el legado Imar, que tuvo que volverse a Italia sin entregar el palio.

Para suceder a Lucio fue elegido Eugenio III, cisterciense discípulo del mismo San Bernardo y amigo personal del abad de Fountains, Enrique Murdac. Volvió entonces Bernardo a la carga y se apresuró a escribir a Roma, y aunque la mayoría de los cardenales estaban por dejar pasar el asunto de Guillermo y dar por concluidas las disputas, el abad de Clairvaux consiguió que el nuevo Papa abriese de nuevo la querella. Guillermo tuvo, pues, que viajar de nuevo a Roma a finales del año 1145, confiando en la mayoría del sacro colegio que estaba a su favor. Pero Eugenio III, bajo las presiones de San Bernardo, concluyó, en febrero de 1146, por suspender en su oficio a Guillermo

mientras el obispo de Durham no jurase ante el tribunal que la elección había sido libre y canónica. Entonces, las fuerzas le fallaron a Guillermo, y decidió abandonar la contienda canónica. Viajó hacia el sur de Italia y se encaminó a la corte de Roger de Sicilia, uno de sus reales parientes. Unos meses más tarde, ante el silencio de Guillermo, a primeros del año 1147, el papa declaró vacante la sede de York por nulidad de la anterior elección y mandó que se procediese a una nueva elección. El elegido, probablemente para dar gusto a los que entonces mandaban, fue el abad Enrique Murdac, que fue consagrado por el mismo Eugenio III el 7 de diciembre de 1147. Pero no quedó así la cosa, pues el Papa en el concilio de Reims, a pesar de todo lo hecho, se vio obligado a declarar solemnemente la deposición de Guillermo, lo que nos hace sospechar que no todos estaban de acuerdo con lo hecho y acontecido en contra del despojado arzobispo.

Guillermo por estas fechas ya estaba de vuelta en Inglaterra y se había ido a vivir con su tío, el obispo de Winchester. Asistimos, entonces, a lo que podríamos llamar una conversión. La mayoría está de acuerdo en que vivió desde entonces como un monje más en el monasterio adjunto a la catedral y comenzó a edificar a todos por su piedad, espíritu de oración, disciplina y austeridad aquel que, hasta hacía poco, había vivido en el lujo y la prodigalidad. Es posible que estos testimonios sean en parte fruto de la visión hagiográfica propia del tiempo, pero parece ser que Dios se sirvió de esos revueltos caminos para llevarle a una remodelación de su conciencia como cristiano y como eclesiástico.

En 1153 moría Enrique Murdac, a quien Guillermo nunca perturbó en su cargo; y también había muerto poco antes Eugenio III y Bernardo. Entonces fue cuando Guillermo decidió hacer valer sus razones y recuperar sus derechos. Partió para Roma una tercera vez a presentarse ante el nuevo papa Anastasio IV. El papa y la mayor parte de los cardenales le dieron la bienvenida con agrado y en poco tiempo logró ser reconocido en su puesto como arzobispo de York que, esta vez, sí pudo recibir el palio de las mismas manos del Papa. En 1154 estaba de vuelta en Inglaterra, recibiendo una acogida triunfal por parte

del pueblo de York. Un acontecimiento, que pudo haber sido un presagio funesto para la mentalidad de la época, aumentó su fama y su popularidad; al paso del cortejo del arzobispo, una multitud de gente se encontraba observándolo en un puente viejo de madera, el cual se hundió sin causar ninguna víctima, lo que fue tenido como un verdadero milagro.

Guillermo, haciendo gala de magnanimidad cristiana, visitó el monasterio de los cistercienses de Fountains y les aseguró que siempre sería su protector. Sin embargo, una parte del alto clero continuó siéndole hostil, teniendo como cabecilla al arcediano Osbert, que se atrevió a renovar las antiguas acusaciones ante Teobaldo, el arzobispo de Canterbury; pero antes que éste tuviera tiempo de atender a aquellas demandas, inesperadamente, Guillermo, tras celebrar la misa del domingo de la Santísima Trinidad, sufrió un colapso y a los tres días, el 8 de junio de 1154, falleció, justo al mes de haber recuperado su sede arzobispal. Muerte tan súbita como imprevista no podía sino levantar sospechas, y más en aquella época, en que no pocas veces ocurrían defunciones misteriosas de altos cargos. El caso es que uno de los capellanes de Guillermo, llamado Sinforiano, aseguró que se había echado veneno en el cáliz del arzobispo y que la mano del arcediano Osbert estaba detrás de todo ello. El caso se llevó a los tribunales y llegó hasta Roma; Osbert nunca dio explicaciones satisfactorias sobre las acusaciones vertidas contra él.

Guillermo fue enterrado en una capilla de su catedral. Su fin trágico aumentó su popularidad, y también sus repetidas desgracias y la serenidad con que las había aceptado; todo fue causa del impulso que la devoción del pueblo encontró en Guillermo. Pronto su tumba fue lugar de peregrinación donde la gente sencilla encontraba consuelo y según se cuenta se obraban numerosos milagros. Ante las pruebas presentadas en Roma, el papa Honorio III lo canonizó oficialmente en 1227; y en 1284, en presencia del rey Eduardo I sus restos, introducidos en una nueva caja, fueron trasladados y colocados detrás del altar mayor de la catedral de York. Tras el cisma anglicano se respetó su tumba pero en el siglo XVIII alguien hizo desaparecer sus reliquias.

LUIS M. PÉREZ SUÁREZ, OSB

Bibliografía

Art. en A. BAUDRILLART - R. AUBERT (dirs.), *Dictionnaire d'histoire et de géographie ecclésiastiques*. XXII: *Grégoire-Haeglsperger* (París 1988) cols.900-904.

BAUDOT, J. - CHAUSSIN, L., OSB, *Vie des saints et des bienheureux...*, VI: *Juin* (París 1948) 150-151.

RE, N. DEL, «Guillermo Fitzherbert», en *Bibliotheca sanctorum*. VII: *Giustiniani-Lhuilier* (Roma 1966) cols.489-492.

BEATO SANTIAGO BERTHIEU

Presbítero († 1896)

Nació el 28 de noviembre del año 1838 en Monlogis (Aurillac), donde vivía su familia, unos modestos campesinos habitantes en una región fértil, rica en agua y pastos, de arraigadas costumbres cristianas. Su padre, Pedro Berthieu, había esposado en 1836 con Catalina Lamoure, procreando siete vástagos, cinco varones y dos mujeres, entregándose al trabajo agrícola en una heredad familiar situada en Marnejol que, a su muerte (1865), administró su viuda con señalado empeño.

En un ambiente de austeridad, mutuo respeto y fidelidad al deber crecieron los hijos de este matrimonio. El 29 de noviembre de 1838 recibió las aguas bautismales, asistiendo a la escuela de Marnejol, próxima a su casa, regentada por una maestra que observó su carácter dócil, voluntarioso y su interés por la lectura, más que por las labores del campo. Creció en un ambiente familiar donde la caridad para con los pobres era signo destacado.

En torno al año 1850, contando con unos doce años, marchó con su hermano Pedro a los Hermanos de las Escuelas Cristianas de Aurillac, donde celebró su primera comunión y progresó en los estudios. Tres años más tarde reconoce su vocación al sacerdocio, ingresando en septiembre de 1853 en el seminario de Pleaux, donde no destacaría como alumno brillante pero sí en tenacidad y diligencia. Sus superiores comprobaron en su comportamiento el espíritu de fe y su afable paciencia, evitando siempre las eventuales discordias entre sus compañeros. Durante el tiempo vacacional colaboraba con su padre en los trabajos del campo, ayudando a su familia. En 1859 pasó al seminario de Saint-Flour donde transcurrieron los cinco años de formación, preparándose para el sacerdocio bajo

la atenta mirada de los Padres de la Misión (Paúles), que dirigían espiritualmente a los seminaristas, acrisolando las virtudes de los futuros párrocos, avivando en ellos el deseo de los discípulos de Cristo con la severa disciplina de su vocación, haciendo que los jóvenes asimilaran la doctrina de la Iglesia, clara y segura, basada en la Sagrada Escritura. Uno de los antiguos directores de esta casa de formación fue un auténtico mártir, San Juan Gabriel Perboyre, muerto en China en 1840 y canonizado por Juan Pablo II en 1996.

El 29 de junio de 1862 recibió el subdiaconado, al año siguiente el diaconado y, finalmente, el 21 de mayo de 1864 fue ordenado presbítero, recibiendo al día siguiente el primer nombramiento pastoral como vice-párroco de Roannes Saint-Mary, cargo que desempeñó durante nueve años. Las relaciones con el anciano párroco, enfermo y siempre descontento, no resultaban fáciles, pero a su muerte su sucesor fue un auténtico padre para el joven sacerdote, entregándose ambos a reparar la fábrica parroquial y visitar a las familias. Esta colaboración resultó verdaderamente eficaz. Además, el estudio de la teología fue una de sus preocupaciones principales durante este tiempo, y también la actividad misionera de la Iglesia. Su entrega a los parroquianos no le resultaba complicada pues conocía perfectamente sus necesidades, sus cualidades y defectos, como campesino que era. Utilizaba un lenguaje comprensible por todos en sus sermones, ayudando con paciencia y generosa bondad, especialmente a los pobres faltos de lo más necesario.

Desde hacía tiempo acariciaba la idea de llegar a Roma, incluso durante la guerra de 1870 pensó en enrolarse como capellán militar, pero su salud no se lo permitió, permaneciendo en la parroquia. La muerte en 1865 de su padre le convirtió en el consejero especial de su familia, aunque lamenta «valer hoy cien veces menos que al principio. Es triste, pero es verdad [...] cuántas cruces y espinas que no me servirán de nada, porque no he hecho buen uso de ellas». Su espíritu le anima a liberarse de lo material. Se interroga por la perfección y la vida misionera. Cada día estaba más convencido de la llamada de Dios a sacrificarse, abriendo su ánimo al abate Revillaic, su director espiritual, que le animó a consagrarse a la salvación de las almas en la

Compañía de Jesús. El obispo de Saint-Flour rehusó, en principio, que abandonase su parroquia, aunque finalmente le concedió su permiso. Más duro fue separarse de su madre y sus hermanos, encargando a Gabriel, también sacerdote, que ocupara su puesto de consejero con verdadera decisión, aunque lo hizo por poco tiempo pues pronto siguió los pasos de su hermano. El 31 de octubre de 1873 ingresó en el noviciado de los jesuitas de Pau, con treinta y cinco años de edad. El ambiente de este colegio era bien distinto al de su parroquia, adaptándose de inmediato a la rígida disciplina de la regla ignaciana. Llegaba para obedecer, aceptando todo, sin perder la serenidad y el buen humor de los campesinos. Un año de formación, de vida interior y apostólica, en donde a punto de concluir llegó su hermano Gabriel, también deseoso de hacerse jesuita.

Su pensamiento se orientó hacia tierras lejanas, en países de misión, ardiendo en deseos de seguir el ejemplo de tantos hombres que habían dado su vida por Cristo. Y consiguió su deseo. Fue destinado como apóstol de los malgaches a la isla de Madagascar. «Es el Señor quien lo ha dispuesto y yo soy muy feliz». Antes de partir se despidió de su madre y hermanos, y peregrinó al célebre santuario del Sagrado Corazón de Jesús de Paray-le-Monial, donde se ofreció decididamente como misionero. El 26 de septiembre de 1875 junto con otro jesuita, el padre Jalbert, partió desde el puerto de Marsella rumbo a Madagascar, a donde llegaron el 23 de octubre. El padre de la Vaissière, superior general de la Misión, le asignó la isla de Santa María. El 13 de noviembre emitió sus votos. No había tiempo que perder. Observa que «la población es un poco superficial pero simple y buena, que ama al buen Dios con todo el corazón en la santa Eucaristía». El 7 de diciembre deja la isla de Réunion y llega a Santa María el 14 del mismo mes, un islote de proporciones limitadas, con apenas 8.000 habitantes y con un clima caluroso y húmedo que daña la salud, y mantiene viva las prácticas supersticiosas y más absurdas. Una cristiandad no verdaderamente formada.

La ignorancia sobre la fe era grande, el alcoholismo evidente y las costumbres disolutas, resultando de este modo poco atractivo el mensaje evangélico. Existían dos escuelas, la de los mu-

chachos a cargo de los jesuitas, y la femenina que dirigían las Hermanas de San José de Cluny.

Su poca facilidad para los idiomas le llevó a dedicarse con empeño largo tiempo en el estudio de la lengua local, convencido de la importancia de conocer el malgache para evangelizar a los naturales de aquel país. Al poco tiempo contrajo unas fiebres malignas que le pusieron a las puertas de la muerte. De nuevo en 1878 tuvo que ingresar en el hospital, devorado por la fiebre. Regresa sano con una gran idea: ¿por qué no disfrutar de aquella tierra fértil, pero improductiva, enseñando a los jóvenes en la agricultura?

> «La indolencia innata de los indígenas podía corregirse incul candoles trabajar y cultivar la tierra, haciendo fructífero el cultivo del cafe y el cacao» Siempre caritativo y generoso, desea instruir a esta pobre gente, «pero antes es necesario nutrirla, para administrarles los sacramentos hace falta vestirlos [ ] El Corazón de Jesus, que hasta ahora ha hecho todo, resolvera todo [ ] Convertirlo todo en un medio de salvacion debe ser labor del misionero, siguiendo el ejemplo del Salvador»

A pie o a lomos de un mulo recorre la isla enseñando el catecismo, preparando a los neófitos a recibir el bautismo y la eucaristía, aunque muchas veces constata su fracaso. Al cabo de diez años qué cortos eran los frutos evangélicos, pero todos se alegran de verle. Era realmente un hombre bueno, y poco a poco, se iba ganando la confianza y el afecto de los indígenas Todo era cuestión de saber administrar la paciencia Una paciencia que en Francia no parecían valorar de idéntico modo. El 29 de marzo de 1880 el gobierno promulgó la expulsión de los jesuitas, encontrándose en París en ese momento el superior de la Misión de Madagascar, obteniendo permiso del Ministerio de Asuntos Exteriores para que este decreto no entrase en vigor en el Océano Índico, aunque, finalmente, se llevó a efecto en las islas de Réunion y Santa María. El 14 de octubre de 1881 escribía:

> «Les dejo con el corazon destrozado, porque amo a estos pobres, a pesar, o sobre todo, por su espantosa miseria ¡Pobre gente!»

Su nuevo destino fue Fianarantsoa, en la provincia de Betsileo, en la parte meridional de la isla de Réunion, un territorio

más vasto que Francia, con un problema latente debido a que los protestantes se oponían al esfuerzo evangelizador de los católicos alegando el derecho de prioridad al haber comenzado su labor antes. La reina Ranavalona II se había convertido al protestantismo, y con ella, la mayor parte de los cargos importantes. La rivalidad era evidente y los problemas por esta cuestión muy numerosos.

Fue nombrado vice-párroco del padre Fabre en Ambohimandroso, al sur de Fianarantsoa, pasando en 1882 a Mananjary, un pequeño puerto en la costa oriental. «Quiero a mis malgaches, también con sus miserias». Pero la antigua rivalidad entre Francia e Inglaterra no conocía tregua, católicos y protestantes se disputaban el derecho de ejercer su influencia sobre la reina y sus ministros. La situación se agravó al ocupar el almirante Pierre la ciudad de Majunga. El 25 de mayo de 1883 el gobierno de Madagascar ordenó la expulsión de los franceses sin excepción. En Famatave permanecieron reunidos todos, y allí mismo, con gran tenacidad el padre Berthieu sembró verduras, plantó un huerto, y debido a este gran esfuerzo enfermó gravemente de disentería. Concluida la grave persecución en 1885, al año siguiente fue enviado a la misión de Ambositra, punto de encuentro entre el norte y el sur. Una zona extensa y montañosa entregada al cultivo del arroz, que constituye el principal alimento de la población. Su llegada colmó de alegría a los católicos. El gobernador Rarivo, autoritario y sin escrúpulos, no toleraba oposición, y como era contrario a los católicos obstaculizaba su labor. A su muerte (1889) le sucedió en el cargo un católico, lleno de buena voluntad, pero sin la energía que se supone en su cargo.

El 18 de noviembre de 1891 partió rumbo a Merina, al norte de Tananarive, entregándose en cuerpo y alma a los enfermos. El distrito progresa y se organiza, consumido por la salvación de las almas y probado constantemente por la fatiga. Pero su excepcional bondad le rebosa en el corazón, insaciable en el deseo de salvar a sus hermanos. El año 1894 resurgió el conflicto franco-malgache, produciéndose graves atentados contra personas y bienes franceses. Se avecinaba un nuevo enfrentamiento. El 20 de octubre de 1894 sus superiores le ordenan que

abandone su cargo y celebra su última misa. El 7 de enero de 1895 se hallaba en Tamatave; al mes siguiente estaba en la isla de Réunion. La guerra estalla, concluyendo el 30 de septiembre con la rendición del gobierno de Tananarive al general Duchesne. El tratado de paz firmado el 1 de octubre estableció el protectorado de Francia sobre Madagascar, respetando el ordenamiento del gobierno nativo bajo el poder de los ministros, pero la reina quedaba bajo la autoridad de los franceses. Una paz escrita, pero poco duradera. Un mes después un grupo de aborígenes se levantaron en armas apoyados por la reina. La tribu de los Zanakantitra se rebeló, asesinando al gobernador de Arivonimano y a una familia de misioneros protestantes. Otra tribu, la de los Ménalamba, dirigió la insurrección general contra los blancos y los cristianos, más con motivos religiosos y fetichistas que políticos, colocando a los misioneros en el punto de mira de los rebeldes.

En marzo de 1896 la rebelión se afianza y no tardan en armarse, extendiéndose por la región. Los católicos y el padre Berthieu no contaban con ayudas, y organizaron un pequeño ejército al mando del general Vayron.

> «Cuántas confrontaciones, cuántas lágrimas. Trabajamos y nos afanamos por ganarnos la vida, es justo, pero sin olvidarnos del paraíso. Los tiempos son difíciles; estemos atentos y tengamos siempre presente, en todo, el fin que no acabará nunca».

Las tropas y los paisanos deben alcanzar Tananarive, pero la larga caravana avanza lentamente, mientras el P. Berthieu, a caballo, vigila la columna. Los Ménalamba logran dividir la columna, quedando la mayor parte del convoy sin protección, dispersándose por el campo. En el pueblo de Ambiate, a 60 kms. de Tananarive, el día 8 de junio de 1896 le hacen prisionero, maltratándole de palabra y obra, con golpes de machete. Tiene 67 años. Le proponen salvar la vida a cambio de renunciar a predicar el evangelio, pero él responde: «Prefiero morir. Cierto que rezaré hasta la muerte». No respondió a los insultos, no protestó contra la brutalidad de sus enemigos. Rezaba por ellos y los perdonaba. Le disparan y lo rematan a bastonazos. Su cuerpo fue arrojado al río Mananara al caer la noche, siendo localizado al día siguiente en Ankonakaly, pero su cadáver no

pudo recogerse y todo hace pensar que fue presa de los caimanes. El 17 de junio de 1896 se celebraron en la catedral de Tananarive solemnes funerales en sufragio del protomártir de la Isla Roja. Su madre contaba con 85 años.

El proceso ordinario informativo para la beatificación comenzó en 1933, concluyendo en 1935. La causa se introdujo en 1940, quedando interrumpida por la Segunda Guerra Mundial, siendo retomada en 1960. Fue beatificado por Pablo VI el 17 de octubre de 1965, resaltando en su discurso:

> «Un misionero con una vida tan normal y unas cualidades tan discretas que apenas se había caído en la cuenta de ello... Su vocación misionera demuestra su pasión por las almas, la caridad por los hombres que se complace en mostrarse excelsa en practicarse con afabilidad y gratuitamente, sobre todo con extraños desconocidos [...] El primer fruto de su muerte fue que algunos de los que participaron en su asesinato pidieron años más tarde recibir el bautismo. Fue un testimonio heroico de la caridad misionera llevado hasta el martirio, un buen pastor que generosamente trabajó por la Iglesia de Cristo [...] Un asceta profundamente unido a Dios y un vigoroso hombre de acción [...] Sacrificó su vida por el Señor y por la salvación de los malgaches».

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

BONETTI, A. (ed.), *Pablo VI cantore dei santi.* III: *Beati e santi canonizzati da Paolo VI* (Ciudad del Vaticano 1996) 70-76.
SARTRE, V., SJ, *Il primo martire dell'Isola Rossa. P. Giacomo Berthieu, S.J.* (Turín 1965).
Martyrologium romanum, o.c., 310-311.

BEATA MARÍA DEL DIVINO CORAZÓN DROSTE ZU VISCHERING

Virgen († 1899)

Esta ilustre hija del catolicismo alemán vivió su vida de solo treinta y seis años como un continuado acto de amor y reparación al Divino Corazón de Jesús, objeto de su adoración y adhesión continuas. Para ella la devoción al Corazón de Cristo era una forma perfecta de vivir el cristianismo, y en esta devoción destacaba singularmente la consagración al Corazón divino, entrega mediante la cual Cristo se hace dueño de los corazones y

reina en ellos. Por eso su gran anhelo era, y no podía ser otro, la consagración del mundo entero al Sagrado Corazón. María del Divino Corazón vivió de forma muy destacada la espiritualidad de su tiempo, toda ella, máxime en el pontificado de León XIII, basculando en torno a la devoción al Sagrado Corazón.

Pertenecía por su padre y su madre a dos grandes y nobles familias católicas: su padre era el conde Clemente Droste zu Vischering y su madre la baronesa Elena von Galen. Él era miembro del parlamento de Berlín. Ella era pariente de mons. Ketteler, el arzobispo de Maguncia, y tía del futuro cardenal Von Galen, arzobispo de Münster, que se opondría a las medidas racistas del régimen hitleriano. María nació en Münster el 8 de septiembre de 1863. Su infancia transcurrió en el castillo de Darfeld y estuvo en él rodeada de un clima de amor y piedad que despertaron en la niña los más bellos y nobles sentimientos. Es en esta etapa en donde comienza en ella la devoción al Corazón de Cristo, porque en su casa se practicaba con mucho fervor. En la capilla doméstica la familia tenía una imagen del Sagrado Corazón.

Cumplidos los ocho años fue llevada como alumna a las Damas del Sagrado Corazón, que le procuraron una sólida instrucción cultural y una magnífica formación moral. Aprendió varias lenguas, se formó en humanidades y recibió excelentes conocimientos de música y pintura, para lo cual se mostró muy hábil. Al cumplir los quince años volvió a su casa, y a sus habituales obras de religión añadió la de visitar y ayudar a familias necesitadas.

Su vocación religiosa surge a partir del impacto que le causó un sermón que escucha el 21 de noviembre de 1878 y en el que se habla de la entrega plena de la Virgen María a los planes de Dios. Ella sintió que Dios la atraía de tal manera que no podía ser sino sólo para él. No obstante no tomará una decisión rápida sino que irá madurando durante años esta vocación en su corazón. En 1882, cuatro años después de aquel sermón, se la manifestó a sus padres, los cuales le dijeron que no se opondrían en absoluto a su vocación y que se sintiera libre para seguirla cuando lo estimara conveniente. Ella perseveró todavía unos años en su vida piadosa y caritativa hasta que se decidió por la

Congregación de las Hermanas de la Caridad del Buen Pastor. Surgieron entonces algunas dificultades ya que su salud era endeble y ello podría significar menor capacidad para llevar con normalidad la vida religiosa. Por fin en 1888 la aceptaron como postulante y el día 10 de enero de 1889 tomaba el santo hábito y comenzaba el noviciado. No le cambiaron su nombre bautismal de María pero añadieron al mismo el gran amor de su alma: el Divino Corazón de Jesús. Todos los biógrafos recalcan que ese mismo día en Lisieux tomaba el hábito carmelita Santa Teresita del Niño Jesús.

Para sor María el noviciado fue un tiempo de encuentro con los aspectos más íntimos de su personal vocación. Ya el Señor le mandó algunas experiencias místicas y en ellas comprendió que era llamada a amar y a reparar por las muchas ofensas con que Dios es ultrajado pese a su amor y su misericordia. Y comprendió que la reparación no tiene otro camino que la asociación a la cruz y los dolores de Cristo. Tomó la determinación de que ningún dolor, humillación o abandono le parecerían demasiado con tal de reparar al Corazón sacratísimo de Cristo. Y en este estado de plena entrega y disponibilidad a lo que Dios quisiera de ella, a comienzos de 1891 emitió los votos religiosos.

La rehabilitación de la mujer es el propósito de su Instituto y a este noble fin dedica sus actividades. Sor María se centró en ellas atendiendo con obediencia y humildad los trabajos que le asignaron, y revelándose enseguida como religiosa prudente y eficiente, capaz de afrontar responsabilidades de liderazgo. La superioridad se dio cuenta de que sor María sería una magnífica superiora, y contando con su cultura y buenas dotes, en 1894 la destinó a superiora de la casa que la Congregación tiene en Oporto, Portugal. Sor María hubo de dejar su tierra y marchar al extranjero, sin que ello supusiera para ella ningún quebranto interior pues estaba entregada por completo a la obediencia y al ideal de su comunidad.

Sor María se hizo cargo de la casa de Oporto con la voluntad de organizarla y dirigirla del mejor modo posible. Muy pronto quedaron claras sus dotes como administradora y su firmeza como superiora. El buen orden, la regularidad, la eficiencia fueron siempre compañeros de su mandato. Pero sobre

todo imprimió un clima de espiritualidad y fervor religioso que facilitó la labor que la casa quería llevar adelante. Logró con exquisita caridad tener las mejores relaciones con el entorno social y con la comunidad católica de Oporto, cuyo clero y autoridades religiosas enseguida estimaron a sor María y apoyaron la labor social importante que llevaba su casa adelante. No limitó a la casa su actividad: su caridad también se extendió a personas de fuera.

Y todo tuvo que hacerlo viviendo el carisma de la enfermedad. En efecto, se le declaró una mielitis que la obligaba a estar en el lecho y le paralizaba las extremidades inferiores. Ella la tomó como su cruz, su concreta manera de participar en los dolores de Cristo, y la hizo más capaz de hablar con convicción de la necesidad de reparar a Dios por tantos pecados y ofensas y ser ferviente apóstol de la devoción al Corazón de Jesucristo.

Se confesaba con el sacerdote Teotonio Ribeira de Castro, quien dirigía su alma por los senderos que Dios iba marcando, y a quien ella le confió un deseo de su corazón: dirigirse directamente al Papa y pedirle que consagrara el mundo al Sagrado Corazón de Jesús. El confesor, futuro patriarca de Lisboa, la animó a hacerlo y en 1898 por dos veces la humilde religiosa le escribió al Papa. Su súplica no fue en vano. Porque el Santo Padre se sintió impactado por la súplica y las razones de sor María y consultó a algunos teólogos al respecto. Llegó a la conclusión de que era oportuna la solicitada consagración y la anunció en la encíclica *Annum sacrum* (15-6-1899), con la que convocaba el Año Santo de 1900. La consagración se haría el 11 de junio de 1899, precedida de un triduo solemne. Sor María no pudo menos que recibir la noticia con inmensa alegría, pero su salud estaba ya tan debilitada que no viviría para el día de la consagración sino que el 8 de junio de aquel año 1899 entregaba su alma al Señor en la casa de Oporto.

Enterrada entre los pobres en el cementerio de Oporto, muy pronto, sin embargo, su fama de santidad saltaba a toda la Iglesia. Introducida su causa de beatificación, Pablo VI la beatificaba el Año Santo de 1975, el día 1 de noviembre.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 68 (1976) 489-492.

HANLEY, M. L., *Vita della Serva di Dio Maria del Divino Cuore Droste zu Vischering* (Roma 1944).

KERDEUX, M. DE, *Comme une flamme, Marie Droste zu Vischering, religieuse du Bon Pasteur* (Mulhouse 1968).

RICCIARDI, A., *Più nobile per carità. Beata Maria Droste zu Vischering (1863-1899)* (Roma 1975).

BEATA MARÍA TERESA CHIRAMEL MANKIDIYAN

Virgen y fundadora († 1926)

María Teresa Chiramel Mankidiyan nació en uno de los Estados más habitados de la India, el de Kerala, franja poblada entonces por unos veinte millones de habitantes, situada entre la costa malabar del Océano Índico y la zona occidental de los montes Ghates. Allí se vivía la pobreza, amortiguada por los ricos cultivos de arroz y otras especies vegetales propias de las zonas boscosas, aunque el comercio estaba entonces dominado por el señorío de unos pocos nobles ricos, simbolizados en los restos del palacio del Rajá que preside la capital. La aldea cercana de Puthenchira no era numerosa en población, pero sí excelente en virtudes. Abundaban los católicos de rito siromalabar, organizados en 1887 en cuatro vicariatos y varias diócesis. Su estilo de vida se sentía en la población, por ejemplo en el respeto con que eran tratadas las mujeres, algo poco frecuente en una sociedad de castas, que era la que numéricamente predominaba.

La ciudad de Trichur, también llamada de Tirushavaperur, era diócesis y de su obispado dependían la mayor parte de los templos y capillas siromalabares de la región. Los católicos de rito latino dependían del obispo católico de la más lejana Verapoly.

En ese ambiente, rito y estilo de vida, una de las muchas familias católicas fue la formada por los padres de la que sería fundadora de las «Hermanas de la Sagrada Familia de Trichur». El hogar en que nació esta mujer excepcional tenía problemas, como todos los de una región con suave clima, abundante en cosechas, multiforme en creencias, original en bellezas artísticas y naturales. Se multiplicaban las tradiciones curiosas y se respiraba la necesidad de corazones que aliviaran

la pobreza de los ancianos, la soledad de los huérfanos y el dolor de los enfermos.

Dios bendijo a la aldea de Puthenchira, lugar rural, tranquilo, sencillo y austero, perteneciente a la provincia de Trichur, enviando un ángel de caridad y de piedad, pues tal fue la niña Teresa, nacida el 26 de abril de 1876 y bautizada el 3 de mayo de 1876. Fue la tercera de los cinco hijos que en el hogar se criaron, dos chicos y tres niñas.

Sus padres fueron Tomás y Thanda (María) Chiramel Mankidiyan. La familia, de origen noble, que había vivido con desahogo en sus grandes propiedades y terrenos, se empobreció cuando el abuelo paterno de Teresa tuvo que dotar para el matrimonio a sus siete hijas con abundantes bienes, según las costumbres de la región. Ésa fue la causa de que su fortuna quedara reducida casi a la nada. El padre de Teresa, llegado así a una pobreza no aceptada, cayó en el vicio de la bebida para olvidar, y también el primero de los hijos pronto siguió su ejemplo. Esto hizo del hogar de Teresa un lugar de frecuentes conflictos y sufrimientos.

Sin embargo, la madre era ferviente católica y trató de sembrar en sus hijos una fe profunda y una piedad sólida. Teresa recibió semillas sanas, abundantes y prometedoras. Aprendió a rezar con su madre y, precoz e inteligente como era, empezó a entender desde muy pequeña lo que era el amor de Dios, la penitencia y la oración. La devoción a Jesús crucificado fue para ella una intuición o acaso un don divino. Brilló a lo largo de su vida de manera especial. Ella misma lo relataría luego en su *Autobiografía* (un pequeño cuaderno que con mucho esfuerzo tuvo que escribir por orden de su director espiritual).

Ya con ocho años experimentó un intenso deseo de amar a Dios, fue después de una de sus primeras y misteriosas visiones divinas de las muchas que acompañaron su caminar terreno. En ella descubrió el rostro de Jesús crucificado y entendió que el Señor sufría por amor y le reclamaba, precisamente a ella, una respuesta de amor y de sacrificio. Al mismo tiempo entendió la importancia para su vida de tener gran devoción a María Santísima, la Madre de Jesús, a quien tomó como modelo. Y parece que fue en una aparición de la Virgen cuando comenzó a añadir

a su nombre de Teresa el de María, por indicación de la misma celestial Señora. Ella misma recordaría después que desde entonces rezaba cuatro veces a la semana largas oraciones y que recitaba varias veces al día el santo rosario.

Tenía 10 años cuando consagró con inocencia infantil su virginidad a Dios, según ella misma declaró. Al cumplir los once años, el párroco ya la encargó de enseñar el catecismo y las oraciones a otros niños pequeños de la parroquia. Y comenzó a multiplicar sus austeridades y sacrificios, a fin de tener contento al Señor crucificado. Su madre, Thanda, trató de disuadirla para que no pasara, siendo tan niña, largos ratos de oración y en ocasiones se quedara por la noche haciendo penitencia. Pero ella la convencía con ternura de que era Dios quien se lo pedía. Teresa quería ser cada vez más santa y seguir los dictados de su corazón. Sobre todo lo hacía para conseguir la conversión de los pecadores, tal vez pensando en la situación de su padre y de su hermano mayor.

Contaba doce años cuando, en 1888, murió su piadosa madre. Este hecho significó para ella el final de su vida infantil feliz y protegida y también el abandono de la escuela local, en donde había recibido su primera formación elemental, con la que habría de defenderse toda su vida.

Huérfana y entregada a las tareas del hogar, comenzó al mismo tiempo un proceso de búsqueda sobre lo que debería hacer en la vida. Se aficionó a la soledad y a la silenciosa oración en la parroquia de su aldea. Siguió con frecuentes e intensas prácticas de penitencia y se entregó cada vez más a múltiples obras de caridad.

En 1891, a sus quince años, planeó seguir un camino nuevo en la vida religiosa de algún convento. Pidió ser admitida como criada en uno de los cercanos, pero fue rechazada cuando supieron que era de familia noble venida a menos. Intentó entrar en otro de carmelitas, pero también fue rechazada por no tener dinero para pagar la dote exigida. Entonces pensó en vivir como ermitaña en una región abandonada y solitaria, y una noche marchó a la soledad de los montes cercanos a su aldea natal. Comprendió pronto que no era su camino y que esa idea era ingenua e insuficiente, a pesar de su afán de oración y de penitencia.

Siguió frecuentando la Iglesia parroquial junto con un grupo de compañeras que se unieron a ella en sus compromisos apostólicos. Al principio fueron tres amigas las que más seguían sus consignas y se comprometían a imitar sus acciones. Se ofrecían generosamente para limpiar y adornar el templo y el altar. Y se dedicaban con preferencia a visitar enfermos, a asistir ancianos solitarios, a ayudar y promover acciones y recursos para los más abandonados y necesitados.

Los pobres eran abundantes en la región. Y los huérfanos y enfermos sin asistencia eran numerosos en las cercanías. Ella entendió pronto que la oración y el amor a Jesús debía traducirse en obras de misericordia y fue adquiriendo cada vez más exigentes compromisos parroquiales. Fueron sobre todo los enfermos los que llamaron su atención y se dedicó a cuidar a los más abandonados, incluso a diversos leprosos a los que nadie quería atender. También tomó bajo su cuidado algunos niños huérfanos y abandonados. Su entrega en estos tiempos de su primera juventud comenzó a ser admirable. No faltaron las críticas, como acontece en todas las obras buenas. Y al ver la audacia de aquellas muchachas, cosa sorprendente en un ambiente en el que las jóvenes apenas podían salir de casa, hubo quien las señalaba con el dedo y las denominaba «las chicas de la calle». Pero ningún obstáculo las acobardaba sabiendo que había muchas personas que, en medio de sufrimientos, las esperaban y de ellas dependían.

En medio de esa generosa entrega, y hasta heroica abnegación, fue cuando llegó su mejor director espiritual. Fue en 1902. Ella tenía ya 26 años. La figura providencial de un nuevo párroco de Puthenchira, don Joseph Vithayathil, pronto descubrió que aquella parroquiana era singular. Se sintió sorprendido por su entrega apostólica. Prácticamente fue su guía durante el resto de su vida. A él le abrió el corazón y le confió las experiencias misteriosas que la desconcertaban, sus pruebas y sus tentaciones, la voz interior que la guiaba. La confianza entre ambos fue total, sincera, profunda. Y en todo lo relativo a los caminos de su espíritu, ya no hizo otra cosa que seguir las consignas que del piadoso sacerdote procedían. De las 55 cartas que de ella se conservan, 53 a él están dirigidas.

Entre 1902 y 1909 se fue configurando su orientación definitiva, entre los trabajos de caridad y la intensa vida de oración que llevaba. Como otra Gema Galgani, tuvo que enfrentarse a intensas y desconcertantes tentaciones contra la fe, contra la esperanza y contra la virtud de la castidad.

En 1903 solicitó al obispo de Trichur permiso para abrir una casa de oración. Mons. John Menachery quiso primero probar su vocación. La dio una respuesta evasiva y la recomendó que intentara de nuevo el ingreso en las clarisas franciscanas de Trichur; pero ella se dio cuenta que no era lo que le pedía su voz interior.

Se multiplicaron sus visiones misteriosas y situaciones extáticas. Veía a la Virgen María y ella la conducía a la visión del Santo Niño Jesús. Los ángeles la traían la sagrada forma para que recibiera la comunión. El crucifijo la miraba y la hablaba. La Sagrada Familia entera la reclamaba para que trabajara por los pobres y por los hogares destrozados. Tantos encuentros con los personajes celestiales la hacían dudar entre la acción de Dios y el riesgo de que sus visiones procedieran de los espíritus malignos. Tenía la impresión de ver el cielo, el infierno, el purgatorio. Veía ángeles bellos y demonios en forma de animales. Sintió el «desposorio espiritual», al estilo de Santa Catalina de Siena; y la «transverberación», al modo de Santa Teresa de Ávila. Incluso tuvo desde 1905 la experiencia de la crucifixión y vio cómo sus manos y pies quedaban sellados con los estigmas o llagas de crucificado, como lo había experimentado San Francisco de Asís.

Era demasiado para una mujer sencilla, que no quería otra cosa que servir al Señor en la forma más humilde y sacrificada. Sus dones sorprendentes resultan casi inaceptables en nuestros días, pero han quedado consignados, refrendados y aceptados en su proceso canónico de beatificación por multitud de pruebas y testimonios irrefutables.

Su director espiritual la guiaba con discernimiento en lo que acontecía en su interior. Él mismo consultaba las situaciones que con frecuencia se escapaban de sus propias luces. Y llegó incluso el momento de las pruebas humillantes, pues el obispo diocesano, mons. John Menachery, recomendó, incluso impuso,

unos exorcismos y la prohibición de recibir la sagrada comunión hasta que su situación se aclarase. Ella aceptó con total obediencia, humildad y paciencia. Fue su director mismo quien la sometió a diversos exorcismos para acatar las órdenes del obispo, aunque estaba persuadido de que en su dirigida sólo brillaba la luz de Dios.

Cuando pasó este período de dones, pruebas, desconfianzas y apoyos, desconciertos y esperanzas, la luz se fue haciendo y la serenidad volvió a las revueltas aguas de su espíritu y de su entorno. Mientras tanto ella siguió su intensa entrega a los más pobres y su plena dedicación a los enfermos y abandonados. Comenzó a pensar en que había que incrementar su vida de servicio y de penitencia y fue suavemente proponiendo a sus compañeras de apostolado dar algunos pasos más para formar un grupo más estable en la Iglesia. Incluso proyectó un hogar en común, lejos de los propios familiares, para contar con más posibilidades de dedicación y trabajo, cosa que para la mujer en su tiempo y ambiente era una medida audaz y arriesgada.

En 1912, por orden del obispo, que la vigilaba con desconfianza, intentó de nuevo orientar su vida hacia un convento de monjas carmelitas en Ollur. Estuvo unas semanas en el convento, edificando a todas las religiosas con su ejemplo. La hubieran admitido con gusto, dada la pureza de sus intenciones y la claridad de su vida apostólica, pero de nuevo comprendió que no era su camino por buenas que fueran sus actitudes y propicia su plegaria en aquella vida solitaria y contemplativa.

Finalmente, en 1913, mons. Menachery permitió construir la casa de oración proyectada y envió a su secretario a bendecirla. Con sus compañeras de obras caritativas inició la empresa que daría nueva dimensión a su existencia. El obispo comprendió que estaba en juego una nueva congregación para el servicio de los pobres de su diócesis, tan abundantes, y se mostró a favor de la nueva obra. El 7 de octubre ella se trasladó a su nueva casa. Sus tres compañeras tardaron un poco más y se reunieron en enero del año siguiente. El 14 de mayo de 1914 se erigió canónicamente con el nombre de «Congregación de la Sagrada Familia (CHF)» y comenzaron oficialmente la vida de comunidad. El mismo obispo recibió la profesión perpetua de María

Teresa. Las tres más adictas quedaron en la casa como postulantes y luego novicias. Ella fue nombrada superiora del grupo por el obispo. El 22 de julio del mismo año de 1914 el obispo aprobó las Constituciones, que él había buscado en las Hermanas de la Sagrada Familia de Bordeaux, establecidas en la casa de Jaffna, en Ceilán, hoy Sri Lanka, y que había traducido al malayo y adaptado personalmente para la nueva Congregación. En ellas se dejaba claro que «el objetivo del Instituto era la oración y la penitencia, las visitas a las familias pobres, la asistencia a los enfermos y la educación de la juventud femenina».

El grupo fue creciendo con nuevas jóvenes que se unieron pronto. El celoso párroco Joseph Vithayathil, nombrado capellán del Instituto, fue el animador que alentó la intensa vida de oración, de intensa penitencia y de apostolado que comenzaron a llevar las reunidas.

La regularidad y la fidelidad fue el distintivo del grupo. Su preocupación primera fue la conversión de los pecadores. Decía en una carta (la 4 a su director espiritual) que «Dios da con seguridad la vida eterna a los que convierten a los pecadores y les regala la paz en la tierra». Personalmente su espiritualidad recia, serena y adornada con los misteriosos dones que Dios la concedía, la transformó en una mujer fuerte en todo el sentido bíblico del término. Se pasaba largas horas delante del Santísimo Sacramento, sobre todo en interminables meditaciones nocturnas, contemplando los sufrimientos de Jesús como fuente de inspiración personal.

Al comulgar, su rostro irradiaba una sonrisa cautivadora y luminosa. El amor a Jesús era su fuente de vida y el secreto de su capacidad para persuadir a los demás. Su sentido de penitencia silenciosa la movía a elegir todos los sacrificios más sencillos e imperceptibles.

La salvación de los hombres y la conversión de los pecadores era para ella una obsesión espiritual y apostólica. Tenía un tacto misterioso para atraer a los que se cruzaban en su camino. Era un alma selecta, a quien las luchas de la vida la habían hecho imperturbable ante las dificultades y totalmente confiada en la acción de Dios. Su esperanza en la victoria final de la cruz era total.

Pequeña de estatura y aparentemente frágil, la piadosa fundadora irradiaba un atractivo singular por su energía, por su confianza en Dios, por la sencillez de su trato. Fueron muchas las muchachas que, después de haber hablado con ella, sin saber por qué sentían el deseo de entrar a trabajar en una comunidad tan heroica, pobre y evangélica como aquélla. Hablaba con tal persuasión de la familia y de la necesidad de educar a la mujer para renovar la familia, que quien la escuchaba se sentía desafiado por su mensaje tan arrollador. En un ambiente en el que el nacimiento de una niña era una desgracia, sus palabras sonaban a revolución. Ella fue un eslabón poderoso en la valoración de la mujer en su entorno cultural. Por lo tanto fue un imán poderoso y arrollador en la cristianización de las costumbres, en el respeto a la mujer, en la promoción cultural de los valores femeninos.

Durante la I Guerra Mundial y en los años inmediatos, las obras se fueron incrementando bajo su clarividente gobierno, basado en el sentido común, en la piedad y en la total confianza en la Providencia. Su primera fundación tuvo lugar en 1917 en Kuzhikkattussery, que fue casa generalicia hasta 1970. Tres conventos más se formaron, dos escuelas, dos asilos, una casa de estudios y dos hospicios para huérfanos surgieron bajo su gobierno antes de que la guerra terminara. La ayuda del padre Joseph Vithayathil continuó hasta su muerte en 1964, por lo que bien mereció el título de cofundador de la obra.

Ella murió en la casa central el 8 de junio de 1926, casi de forma inesperada y a causa de una llaga en una pierna, ocasionada por un objeto que la hirió en una de sus acciones de caridad. Su diabetes impidió que la herida curara. Sólo tenía 50 años y dejaba en ese momento 55 hermanas en 11 casas, 30 hospicianas y 10 huérfanas acogidas.

Su fama de santa y sus virtudes de penitencia, piedad y bondad se extendieron rápidamente por todas partes. Sobre todo fueron los prodigios y milagros que siguió realizando desde el cielo lo que transformó su sepulcro y su recuerdo en motivo de devoción y de piedad.

La Congregación de la Sagrada Familia conoció una interesante expansión. En el año 2000 el Instituto comenzó el nuevo

siglo con 1.592 hermanas y 119 novicias. Tenía ya 176 casas organizadas en siete provincias en la India, en Alemania, en Italia, en Ghana. El 1 de agosto de 1978 había recibido el decreto romano que la reconocía como Congregación de «Derecho pontificio».

Lo que más quedó como dato interesante en el ambiente delicado y espiritual de la cultura hindú fueron los comprobados dones místicos que en vida había tenido la fundadora. Una vida mística intensa y un apostolado ardiente y agotador con mendigos, enfermos, moribundos, jóvenes, niños, que por lo demás parecía incompatible con tan inmenso abanico de dones misteriosos sorprendentes. Sin embargo, mística y apostolado en ella estuvieron compenetrados. Su eficacia y su carisma para convertir pecadores llamaban la atención. Hasta en los momentos más difíciles supo conservar la paz, la humildad y la obediencia. No le faltaron las amarguras finales, por ejemplo cuando el obispo, por una mala interpretación de sus intereses, la prohibió en 1918 dirigirse personalmente a él y ni siquiera poner el pie en la capital de Trichur. Obedeció hasta su muerte con toda fidelidad y ni una palabra de crítica salió de sus labios ante tan inusual medida.

Las milagrosas curaciones y las gracias a ella atribuidas siguieron multiplicándose para desconcierto de quienes la habían considerado sólo como una visionaria. Tal fue la cantidad de atribuciones milagrosas, que menos de cincuenta años más tarde, en 1971, una comisión diocesana comenzó a recoger documentos y testimonios sobre su vida y virtudes.

En 1983 se presentaron en la Eparcia, o diócesis, de Trichur, ante el tribunal diocesano constituido al efecto. Así se formalizó su causa diocesana de beatificación. El 28 de junio de 1999 la Congregación para las Causas de los Santos promulgó el decreto sobre la heroicidad de sus virtudes y otorgó autorización para llamarla «Venerable».

Entre los numerosos milagros y curaciones que se la atribuyeron, los hubo de diversa naturaleza. Fueron examinados canónicamente en 1992. Y sirvió para elevarla al honor de los altares el obrado en Mateo Pellissery, nacido en 1956 con una deformación congénita en ambos pies y que fue curado a los 14

años de manera sorprendente y científicamente inexplicable, después de 33 días de oraciones intensas por parte de sus padres. En la noche del 21 de agosto de 1970 fue curado del todo en uno de los pies. Y en la noche del 28 de agosto de 1971 lo fue del otro. Esta doble curación fue declarada inexplicable por los nueve médicos que analizaron en India e Italia tan singular y doble curación y aceptada por la Congregación romana de los santos el 27 de enero de 2000.

El papa Juan Pablo II la declaró beata el 9 de abril de 2000, estando presente el agraciado con la curación y haciendo conocer al mundo a la que, medio siglo antes que se hiciera famosa por su caridad la Madre Teresa de Calcuta, había sido la «mensajera de la caridad y la defensora de la familia» en la India.

Al elevarla a los altares con otros cuatro beatos, Juan Pablo II dijo de ella:

> «Desde niña comprendió que el amor de Dios le pedía una profunda purificación personal. Por eso se empeñó en una vida de oración y penitencia, abrazó la Cruz de Cristo, permaneció firme ante las frecuentes incomprensiones y en las difíciles pruebas espirituales. La Beata india no olvidó al prójimo más abandonado, por el que se prodigó junto a las jóvenes que siguieron su ejemplo. Los más pobres, los enfermos incurables y todos los necesitados fueron objeto de sus cuidados. Es el secreto de la santidad. Porque "si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero, si muere, da mucho fruto" (Jn 12,24)».

PEDRO CHICO GONZÁLEZ, FSC

Bibliografía

CONGREGACION DE LA SAGRADA FAMILIA, *Mother Mariam Theressia* (Roma 1967).
The life of Mother Mariam Theressia (Trichur, Kerala 1981).
Stigmata of Kerala. Th. Moothedan (Trichur, Kerala 1970).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

BEATO JUAN DAVY

Diácono y mártir († 1537)

Era religioso de la Cartuja de Londres, donde había profesado los votos y ya había sido, al tiempo de su martirio, ordenado

diácono, pero aún no había recibido el sacerdocio. En abril de 1534 los delegados reales se acercaron a la Cartuja londinense y exigieron a todos y cada uno de los monjes su adhesión plena a la supremacía real y a lo dispuesto sobre la sucesión. El padre prior contestó que los monjes no entraban a discutir temas como el de la sucesión sino que acataban la autoridad real en materia de sucesión. Pero entonces se le obligó a declarar, en presencia de la comunidad, que él estaba por la legitimidad del primer matrimonio del monarca, lo que provocó su detención. Esto hizo que el obispo de Londres interviniera y les convenciera de que no era una cuestión de importancia y así el 6 de junio toda la comunidad prestó el juramento, pero añadiendo: «En cuanto no fuere contrario a la ley de Dios».

El 4 de noviembre el Parlamento declara que el rey es la cabeza suprema de la Iglesia en el reino sin que el obispo de Roma tenga autoridad alguna en él. El prior, entonces, reunió a la comunidad y manifestó su decisión de no desgajarse de la autoridad papal y de morir por la fe católica si fuere preciso. Toda la comunidad hizo especiales ejercicios espirituales como preparación a un posible martirio. Se produjo el martirio del prior y de los otros dos priores que con él fueron a entrevistarse con el ministro Cromwell. Al día siguiente de la ejecución del prior, San Juan Houghton, volvieron a la Cartuja los delegados reales y ante sus inútiles esfuerzos para que suscribieran la supremacía real, apresaron a tres monjes más que fueron martirizados (19 de junio de 1535). El monasterio se vio sometido a duras medidas represivas, pero lo peor fue el nuevo prior, que sí había prestado el juramento, cuyo dominio hizo salir a varios monjes, algunos de los cuales serían también martirizados. El nuevo prior logró por fin seducir a una parte de la comunidad y el 18 de mayo de 1537 suscribieron el acta de supremacía; sin embargo, diez religiosos se negaron rotundamente, entre ellos Juan Davy. Con los demás fue llevado a la cárcel, sometido a la tortura de la argolla y las cadenas y dejado morir de inanición. Juan Davy murió el día 8 de junio de 1537. Fue beatificado el 9 de diciembre de 1886.

BEATO NICOLÁS DE GESTURI

Religioso († 1958)

Juan Medda nació en Gesturi, Cagliari, el 4 de agosto de 1882, hijo de campesinos pobres. Sus padres lo educaron religiosamente, pero ya era huérfano Juan cuando tenía 13 años y debió colocarse muy pronto como obrero agrícola y cuidador de ganado. Era un joven piadoso y puro, que a los 31 años decidió ingresar en la Orden Capuchina (octubre de 1913), en la que profesó los votos como religioso lego con el nombre de fray Nicolás de Gesturi. Estuvo destinado en el convento de Oristano y posteriormente en el de Sanluri, hasta que en 1924 fue destinado al convento de Cagliari donde permanecería el resto de su vida. Se le asignó el oficio de limosnero. Él se echaba a la calle todos los días con su modestia y humildad, su amabilidad y agrado con todos, granjeándose el aprecio universal. Todos acudían a él a solicitar sus oraciones, pedirle consejos y buenas palabras, ser consolados en sus enfermedades o problemas. Visitaba los hospitales y llevaba consuelo a los enfermos. Cuando regresaba al convento, siempre había gente esperándolo para escuchar de sus labios alguna palabra de aliento. Llegada la guerra mundial, acudía a los sitios bombardeados para tratar de prestar ayuda a los afectados y estar al servicio de todos. Murió santamente el 8 de junio de 1958. Fue beatificado el 3 de octubre de 1999.

9 de junio

A) MARTIROLOGIO

1 En Edesa (Mesopotamia), San Efren Siro († ca 373), diacono y doctor de la Iglesia **

2 En la Via Nomentana, los santos Primo y Feliciano, martires (fecha desconocida)

3 En Nicea de Bitinia, San Diomedes, martir (fecha desconocida)

4 En Vernemet, junto a Agen (Aquitania), San Vicente († s IV), martir

5 En Siracusa (Sicilia), San Maximiano († 594), obispo

6. En Iona (Escocia), San Columba o Columcille († 597), abad **.
7. En Andria (Apulia), San Ricardo († s. XII), obispo *.
8. En Londres (Inglaterra), Beato Roberto Salt († 1537), monje cartujo, mártir bajo el reinado de Enrique VIII *.
9. En Reritiba (Brasil), Beato José de Anchieta († 1597), presbítero, de la Compañía de Jesús **.
10. En Rochefort (Francia), Beato José Imbert († 1794), presbítero y mártir *.
11. En Roma, Beata Ana María Taïgi († 1837), madre de familia **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN EFRÉN SIRO

Diácono y doctor († ca.373)

La Iglesia estaba todavía en los inicios de su cuarto siglo de vida y las persecuciones no faltaban, cuando en el pueblo de Nisiben, en la Mesopotamia, nacía Efrén, hijo de José, varón piadoso y justo, habiendo conseguido la nobleza más apreciada y alabada entre los cristianos: la de pertenecer a una familia rica en el número de sus miembros martirizados por la fe de Cristo. Érase el año 300 (otros suponen el año 306). Su nombre significa, como el del hijo de Jacob en el libro del Génesis (41,5), Dios me hizo *fecundo*. Es un nombre, por tanto, auténticamente religioso y bíblico, y por ello nos creemos con derecho a escoger aquellas biografías que hacen de San Efrén hijo de cristianos y no de paganos. Es que muchos escritores tejieron variadísimos y a veces legendarios cuentos sobre su vida, de manera que nos resulta difícil distinguir lo legendario de lo histórico. Es sabido, sin embargo, que los nombres bíblicos no eran adoptados sino por los cristianos en la Mesopotamia, y no por los paganos o por sus hijos convertidos al cristianismo a pesar de sus padres. Es cierto, además, que a Efrén le gustaba realizar en su vida y en sus pensamientos los datos y detalles que leía en la Sagrada Escritura, aplicándose a sí mismo lo que hallaba escrito sobre Efraím, el hijo de Jacob.

En esta perspectiva recogeremos los datos que más se compaginan con la verdad del origen cristiano de San Efrén. En el

«testamento» que se le atribuye nos revela el santo el sueño que le ocurrió en su niñez, diciendo:

> «Vi aparecer sobre mi lengua una vid que creció tanto hasta que sus ramas cubrieron casi el mundo entero; de sus numerosísimos racimos picoteaban los pájaros del cielo y nunca la uva venía a menos, sino aumentaba a cada picoteo».

Este sueño se realizó proféticamente por la innumerable cantidad de creaciones poéticas cristianas que dejó San Efrén a la posteridad, pues sus obras no tardaron en ser traducidas al griego, armenio, latín, eslavo, etiópico y hasta en varios idiomas modernos, aventajando a cualquier otra época y región cristiana del mundo por el caudal de testimonios a favor de la fe católica encerrados en sus versos y sus ritmos.

Cuenta la tradición que, después de los años de adolescencia, Efrén fue a ver al obispo de Nisiben, San Jacobo, viviendo con él y sirviéndole hasta que llegó la reunión del concilio ecuménico de Nicea en 325 y entonces acompañó a su obispo como diácono y secretario al concilio. De allí volvió con su obispo para realizar públicamente la decisión tomada en el concilio de que cada obispo fundase en su ciudad una escuela episcopal. San Efrén siguió enseñando en esta escuela con todo el empeño de su alma ardiente e iluminada por el Espíritu de sabiduría y caridad hasta la muerte de su obispo en 338. En esto los persas limítrofes empezaban a atacar a los habitantes de Nisiben por despecho a los romano-bizantinos que imperaban en Mesopotamia.

De esta época son conocidas las *Carmina Nisibena,* donde Efrén canta en términos y figuras bíblicas las gestas y las peripecias ocurridas en la ciudad de Nisiben para defender su fe católica y no caer bajo el dominio de los paganos de la Persia. Por una vez Efrén pudo salvar milagrosamente a la ciudad con sus oraciones: el rey persa Sapor la tenía asediada desde hacía varios meses y había decidido la muerte de todos sus habitantes, si no por el saqueo, por el hambre. El Señor, escuchando las oraciones de su fiel y confiado siervo, mandó una enorme cantidad de insectos y reptiles, que atacaron a los caballos y ahuyentaron a todo el ejército enemigo, dejando en paz a la ciudad, que se había reunido cerca de su obispo implorando el perdón y la gracia

divina. Años más tarde el rey Sapor volvió al ataque saqueando y destruyendo, hasta que en 350 ocupó la ciudad definitivamente, haciendo que clero y cristianos huyesen lejos, prefiriendo el exilio a la esclavitud pagana. También Efrén se fue con ellos, y la Providencia le condujo hasta Edesa, otra ciudad de la Mesopotamia más hacia el interior (llamada también Orfa y al-Rocha en la hodierna nación del Irak).

En Edesa la ciencia bíblica de los siros estaba en su apogeo. Su sede episcopal (tercera entre las doce metrópolis del Oriente) dependía del patriarcado de Antioquía. Allí había estudiado el famoso Taciano, escribiendo luego su obra *Diatessaron,* resumen sintético de los cuatro evangelios, utilizado muchísimo y comentado por los escritores eclesiásticos posteriores. También San Efrén lo comentará, pero este texto efrenítico nos llegará tan sólo en su versión armena.

Y el discutido Bardesanes, filósofo naturalista de aquella época, se dice que nació en ella (154-222). Hizo escuela, y sus discípulos exageraron tanto sus opiniones científicas, que fueron luego considerados como herejes y combatidos acerbamente como tales por San Efrén. Armonio el Bardesanita había recurrido a las razones astrales para negar la resurrección de los cuerpos, y, empleando una táctica humana de mucho éxito, compuso muchas poesías con ritmo popular, donde inculcaba sus doctrinas erróneas. San Efrén se hizo cargo de la situación y recurrió a la misma arma, combatiendo la secta bardesanita con tanta superioridad en el arte poético y en la ciencia bíblica, que fue posteriormente llamado «cítara del Espíritu Santo» y «magno poeta de los siros». Con cánticos suaves, melodiosos y persuasivos rogaba a sus contemporáneos que dejasen de lado las ciencias de este mundo y meditasen más la Sagrada Biblia y los misterios del cristianismo, considerándolos la fuente de mayor seguridad para una vida intelectual digna de todos los hombres de bien.

En Edesa, pues, San Efrén buscó primero la soledad de los montes vecinos y la vecindad de santos monjes y eremitas, admirando sobre todo la sabiduría del pueblo, que tanto provecho había sacado de la presencia en aquella ciudad de la famosa escuela episcopal «de los siros de Edesa». Se cuenta que hasta las

mujeres iban repitiendo frases inspiradas en la doctrina bíblica, tanto que una de ellas a quien San Efrén reprochaba sus miradas provocativas le contestó:

> «Yo tengo que mirarte porque de ti he sido tomada, mas tú tienes que rebajar tu mirada hacia la tierra, de donde has sido tomado».

Se decidió, por tanto, Efrén a quedarse en Edesa, pero lejos del remolino de la vida social. En las chozas monacales no dejó, sin embargo, de escribir bajo el empuje y la inspiración de su fe y la gracia del Espíritu Santo, exponiendo y comentando los libros sagrados, y empezando por el Génesis, según el texto de la versión sira llamada *Peschitta* o «versión llana y simple». Seguía el método exegético de la «Escuela de Antioquía». Pero en sus cánticos acudía a las alegorías y expresiones místicas, que convienen mejor al cantor de los misterios cristianos.

No tardaron los profesores de la Escuela de Edesa en notar sus dones, y el obispo le ofreció pronto la dirección de la Escuela. Se supone que en este período (350-363) haya sido elevado a la dignidad sacerdotal, según la opinión de los que quieren considerarle como tal. De hecho vemos que toma parte, a pesar de su amor al retiro monástico, en todas las cuestiones pastorales, didácticas y patrióticas de la «cristiana ciudad de Edesa».

Sin embargo, el apostolado didáctico ha sido la mayor labor de San Efrén. En Nisiben, como en Edesa, le encontramos siempre enseñando o dirigiendo en las escuelas episcopales. Sus escritos poéticos, como también los otros en prosa, tienen por blanco principal e inmediato el de exponer los dogmas cristianos, contrarrestar las herejías, desterrar los vicios, mejorar las costumbres, aniquilar las malas influencias de los sectarios y herejes y aumentar la fe en los fieles cristianos. De ahí que actualmente, como hace dieciséis siglos, sus obras sean de grandísima utilidad no sólo para la historia de las herejías y de los dogmas católicos, sino también, y muy en especial, para predicar la doctrina de la Iglesia y sostener la verdad católica. En sus libros, como en su cátedra y desde el púlpito y el altar, San Efrén ha sido siempre «el doctor de la Iglesia» que expone los divinos misterios con la admiración entusiasta del poeta contemplativo y místico, a la vez que con su conducta ascética y austera ejerci-

taba una influencia preponderante en todo el Oriente siro a través de su fama y sus consideraciones sobre la vida y las virtudes cristianas. Encomendaba para «el combate espiritual» de cada cristiano el ayuno, la oración, lección de los libros sagrados, penitencia y humildad como las mejores armas contra los vicios. Y para la perfección no cesaba de aconsejar la vida de caridad, la virginidad y la filial devoción hacia la «Madre de Dios, purísima y sin mancha alguna». De ella, a la que siempre llama «María Madre de Dios», afirmaba la perpetua virginidad e inmaculada concepción en varios lugares de sus himnos, particularmente cuando comparaba la santidad de María a la de su Hijo Jesús: «Tú solo, ¡oh Jesús!, y tu Madre sois puros bajo todos los aspectos, y vuestra pureza supera la de cualquier otro, pues en ti no hay mancha alguna, ni tampoco en tu Madre».

La otra fuente de santidad para los cristianos es la Iglesia misma a través de la vida sacramentaria, y muy particularmente la comunión inquebrantable con la jerarquía, parte esencial del cuerpo místico, exaltando el sacerdocio y la primacía de Pedro, «fuente del sacerdocio y por donde los sacerdotes reciben sus poderes santificadores»; además, no encontraremos quizá en toda la antigüedad un autor patrístico que haya tan categóricamente declarado la presencia real de Cristo en la Eucaristía y demostrado con tanta fe y amor los efectos de la comunión sacramental:

> «Tu cuerpo, Señor, se ha mezclado con mi cuerpo, y tu sangre con la mía; por eso las llamas del infierno se alejarán de mí y no me quemarán».
>
> «Tu cuerpo, que he comido, y tu sangre, que he bebido, resucitarán mis pobres miembros de las tinieblas de la tumba».

En esto, como en otros temas tratados por él, los escritos de Efrén y sus sermones eran «teología viva». Entre las actividades pastorales de San Efrén han de recordarse su celo para la formación de apóstoles, su organización de las funciones litúrgicas, tan útiles en pro de las almas y del culto, y, en fin, su amor a los pobres y enfermos.

En el himno laudatorio que San Jacobo de Sarug (451-521) consagró a la memoria de San Efrén, le comparaba a Moisés, quien, para provecho de las mujeres y para solemnizar el culto

divino, había ordenado a su hermana María que cantara los cánticos suyos junto con las demás (Éx 15,20-21). Así hizo Efrén: para evangelizar a los fieles y catecúmenos reunía un grupo de «vírgenes» que se llamaban «hijas del pacto», a quienes enseñaba los resúmenes poéticos de la doctrina evangélica y apostólica; y éstas, colocadas a su alrededor en las funciones litúrgicas, le hacían coro. Para cada fiesta del Señor, de los mártires, de los difuntos, como también para las veladas en honor a la Madre de Dios, las voces armoniosas de las «vírgenes» alegraban la comunidad de los fieles asistentes, repitiendo en varios tonos y melodías los conceptos de la fe cristiana, los preceptos de la moral y las reglas de vida honrada en composiciones de estilo piadoso y popular, que se grababan en la memoria y eran repetidas en los hogares y en los campos de trabajo.

Y cuál fue la grandeza de su caridad y la actividad de sus esfuerzos cuando, acudiendo en ayuda de sus compaisanos diezmados por el hambre de un año de mala cosecha y sequía, se enfrentó con la avaricia de los ricos y las lágrimas de los enfermos sin techo y de los harapientos labradores. Con palabras de máxima austeridad hallaba como una llave milagrosa para abrir los corazones y las arcas de los que acaparaban el trigo. Con ejemplar abnegación y a pesar del peso de los años que tenía, logró hacer, bajo los pórticos de Edesa, el primer hospital conocido: camas buscadas por doquier a disposición de pobres, enfermos y hambrientos. Siguió pidiendo él mismo la limosna, mendigando y recogiendo alimentos y abrigos para todo un año, hasta que, acabada la sequía y llegado el momento de nueva y abundante cosecha, se retiró otra vez a su vida de soledad y de oración mezclada con el estudio y el servicio de la Iglesia en su culto y funciones litúrgicas.

Cuando murió dejó dispuesto en su testamento que no le enterrasen en la iglesia debajo del altar (como era costumbre en el Oriente antiguo para con los sacerdotes), sino en el cementerio de los peregrinos y extranjeros, insistiendo tan sólo en que se acordasen de él en los santos sacrificios, «porque los sacerdotes del Hijo de Dios pueden perdonar los pecados de los difuntos por medio de sus sacrificios y sus oraciones». La fecha de su muerte no es muy fija, pero es muy probable que sea la del 18

de junio de 373 (según otros 378), y por eso el papa Benedicto XV, quien le declaró doctor de la Iglesia universal en el año 1920, la designó como día de su fiesta. Sin embargo, los maronitas y otros siros celebran su fiesta el 28 de enero; en el último *Martirologio romano,* figura su fiesta el 9 de junio.

Sus restos, distribuidos después en reliquias, llegaron por mano de los cruzados en el siglo XII hasta Roma y varias ciudades europeas.

Que la familia universal de los cristianos en el mundo halle en este santo el mejor acicate y protector para reunirse y seguir unida «en la misma única barquilla de Pedro».

MIGUEL BREYDY

Bibliografía

Arts. en A. VACANT - E. MANGENOT - E. AMANN, *et al.* (dirs.), *Dictionnaire de théologie catholique.* 4/2: *Dinouart-Emser* (París 1939); *Dictionnaire de la Bible,* 2 (París 1899).
ASSEMANI, S. E. (ed.), *Ephraem Syri opera omnia in sex tomos distributa* (Roma 1732-1746) t.I p.XXXIII; t.III p.XXXV.
BEDJAN, P. (ed.), *Acta martyrum et sanctorum,* III (París 1892) 665s.
— «Testamento de San Efrén», ibid., 693s.
CHABOT, J.-B., *Littérature syriaque* (París 1934) 25s.
EMERAU, E., *Saint Ephrem le Syrien. Son oeuvre littéraire grecque* (París 1918).
GREGORIO NISENO, SAN, *Panegírico de San Efrén:* PG 46,819s.
HIKARY, B. E., *Petite biographie de St. Ephrem, docteur de l'Église universelle* (Beirut 1952-1953).
LAMY, T. J. (ed.), *Sancti Ephraem Syri Hymni et Sermones,* I (Malinas 1882) 5s.
RICCIOTTI, G., *Sant'Efrem Siro. Biografia, scritti, teologia* (Turín 1925).
TILLEMONT, L. S. DE, *Mémoires pour servir a l'histoire ecclésiastique des six premiers siècles...,* VIII (Venecia).
• Actualización:
BOU MANSOUR, T., *La pensee symbolique de Saint Ephrem le Syrien* (Kaslik, Líbano 1988).
PERNIOLA, E., *Sant'Efrem Siro, dottore della Chiesa e cantore di Maria* (Montefiascone 1989)

SAN COLUMBA O COLUMCILLE

Abad († 597)

Es uno de los tres grandes patronos de Irlanda. Nacido en el clan principesco de los Ui Nelly el jueves 7 de diciembre de 521, su bisabuelo fue el célebre Conall Gulban, hijo de Niall, rey supremo de Irlanda, hacia finales del siglo IV. Niall junto

con sus dos hermanos había conquistado el norte-oeste del Ulster y estableció su reino en Ailech. Tres primos de Columba eran reyes y el mismo Columba habría sido probablemente rey si no hubiera preferido la vida monástica. La influencia de su familia, a la que pertenecían la mayor parte de los monjes a los que él reclutó para sus monasterios, fue un factor determinante en el predominio ejercido más tarde por la *paruchia* de Colum-cille, como se llamaba al dominio del conjunto de iglesias y monasterios de un jefe de la Iglesia irlandesa.

El nombre de Columba fue, originariamente, el de Crimthann, que significa «zorro». El de Colum (Columba o Paloma en latín) lo recibió en el claustro, probablemente para indicarle el cambio o transformación que debía dar a su vida, cambiar de zorro a paloma. Mas tarde se le dio el nombre de Colum-celle o Columcille que San Beda explica como «Columba de la Iglesia» o Columba, el fundador de iglesias o monasterios = «celle». El niño se educó en el monasterio de Cill-Enna en la isla de Aran, fundado por San Enda hacia 542, y posteriormente en Morville y Clonard. De su infancia y juventud se cuentan diversos episodios que hacen transparentar las dificultades con las que sus educadores tuvieron que luchar para reconducir un carácter lleno de orgullo, bravura, obstinación y fuerza. Recibió el diaconado estando en Morville y después marchó a ponerse bajo la tutela de un viejo maestro bardo en Leinster, para poder perfeccionar la lengua y la literatura de su país. Pasó luego a Clonard, regido por el abad Finnian. Parece ser que este abad según unas costumbres de organización eclesiásticas del todo irregulares en el pueblo celta, que luego se comenta, quiso tener a su disposición a un obispo y mandó a Columba para que recibiera la ordenación doble, de presbítero y de obispo, de manos del obispo San Etchan, pero éste no le quiso ordenar más que de presbítero. Otros dicen que se ordenó en Moví cerca de Dublín y que allí permaneció algún tiempo hasta que una epidemia dispersó aquella comunidad.

A Columba, durante quince años, se dio la tarea de misionar pueblos y tribus de Irlanda, levantando iglesias y fundando monasterios, que siempre le estarían sujetos, según costumbre celta, siendo el principal de ellos el de Dair-mag (Valle de la enci-

na), actualmente Durrow, en el condado de Offaly; los otros fueron Daire-Calgaich o Daire-Columcille, hoy Derry, Kells y el de Raphoe. Se conserva un poema atribuido a Columba en el que el joven y arrebatado poeta o bardo canta:

> «Cuando tenga todos los tributos de Escocia, desde el interior a todas sus fronteras, yo querré una sola cosa, tener una pequeña celda en mi bello Derry. Ved por qué es para mí tan hermoso Derry: es a causa de su paz y de su pureza. Sobre cada una de las hojas de encina de Derry ¡veo posado un ángel blanco! ¡Querido Derry, querida pequeña encina, querida morada, querida celdita! ¡Oh eterno Dios, que habitas en el cielo! ¡Maldito quien las profane! ¡Muy amados son Derry y Durrow; muy amada Raphoe, la pura; muy querida es Drumhome, la de los frutos abundantes; muy amadas Sords y Kells! Todas son deliciosas, pero mucho más lo es, y sobre todo, el mar salado, sobrevolado por los gritos de las gaviotas, cuando remo de lejos hacia la orilla de Derry; todo respira paz, no hay más que delicia, ¡oh, sí, delicioso!...».

En 563, a sus cuarenta años, Columba deja Irlanda, siendo ya sacerdote y abad. Se ha discutido mucho sobre la causa que motivó su partida. Según diversas tradiciones, unos dicen que fue a causa de un remordimiento o como castigo penitencial. Otros opinan que fue motivada por la repulsa de sus compatriotas después de unas luchas sangrientas por él originadas. La causa de la contienda no está completamente fuera de la realidad histórica y el hecho de que se haya conservado en la tradición, incluso como algo que desfavorece la vida del santo, la hace más que probable. Según esta tradición, años atrás, estando Columba en Clonard copió a escondidas un salterio que le había gustado mucho. Esto no podía hacerse, y llegado a conocimiento del superior le exigió la entrega de la copia; la virtud de Columba no debería estar muy formada, cuando no sólo se negó a entregarla sino que presentó querella ante el rey de la región. Éste, llamado Diarmaid, sentenció contra Columba diciendo: «Que el ternero siga a la vaca»; es decir, que la copia era propiedad de quien tenía el original. No debió sentarle bien tal sentencia y el resentimiento anidó en su corazón. Años más tarde un pariente suyo, hijo del rey Connaught, huyendo de un homicidio involuntario se asiló en sagrado en el monasterio de Columba; pero el rey Diarmaid lo manda sacar y ejecutar. La ira de Columba estalló, y azuzando contra el rey a sus muchos pa-

rientes clamó venganza. La sangrienta batalla que posteriormente aconteció, escandalizó tanto, al conocerse los hilos de la intriga y los resentimientos de Columba, que entre avergonzado y probablemente excomulgado o castigado tuvo que exiliarse de su país. El hecho de que Adamnán, el biógrafo más autorizado de Columba, así como San Beda el Venerable no señalen semejante motivo a la partida de Columba de su país, no es del todo concluyente. De hecho Adamnán habla del deseo de «exiliarse por Cristo» *(pro Christo peregrinare volens),* que sería un modo discreto de explicar el deseo de expiar una culpa con toda la sinceridad de un penitente que en adelante dormiría siempre en el suelo y que ayunaría todos los días de su vida. Beda, en cambio, entiende ya la frase de Adamnán como una muestra del celo apostólico *(praedicaturus verbum Dei)* que siempre le devoraría, dispuesto a marchar lejos para predicar el evangelio. En verdad una cosa no desmiente la otra, y se sabe que Dios siempre saca bienes de males. Por otra parte, se da otra explicación a esta marcha: es de todos conocida la incapacidad de los isleños irlandeses a quedar fijos en su territorio y la necesidad de salir de la isla en busca de mayores horizontes. Y con esto, aplicado siempre a los misioneros irlandeses de todos los tiempos, que a ejemplo de San Columba, devorados por un vivo celo apostólico y un fuerte deseo de abnegación, marcharon lejos hasta de su propia patria, tenemos más que motivos suficientes para afirmar que Columba marchó *peregrinante pro Christo.*

El nombre de Columba ha pasado, además, a la posteridad como el del fundador del monasterio de «I» o de «Hii» (Iona), porque el nombre actual de la isla de Iona es el resultado de una falta de grafía derivada del adjetivo «ioua». Beda cuenta que Columba recibió la isla de Iona de manos de los pictos, pero según los anales irlandeses, fue Conall Mc Comgaill, rey de Dal Riada, quien le hizo la donación. La isla, a ciento quince kilómetros de Irlanda, está situada junto a las costas escocesas y había sido quizá propiedad de los pictos, mas los scots tenían sobre ella, en aquellos momentos, derecho de feudo. Sea como fuere, Columba se asentó en ella con toda tranquilidad y se estableció en esta pequeña isla, de poco menos de cinco kilómetros, desde la que podía extender su radio de acción sobre muchas de estas

tribus y poblaciones. Y este *Insulanus miles* (soldado isleño), como lo llama Adamnán en su *Vita Columbae,* una de las biografías irlandesas más valiosas, vivió allí 34 años en Iona. Y sobre la tumba de uno de sus compañeros que murió nada más llegar a ella, fundó una de las más importantes abadías del mundo céltico. Acerca de este monasterio tenemos muchos y preciosos detalles consignados por Adamnán († 704), noveno abad del monasterio y biógrafo de Colum-cille.

Doce compañeros se llevó consigo a Escocia. Pero, los discípulos que Columba atrajo, no tardaron mucho en formar una gran comunidad en Iona. Enseguida se tuvieron que fundar monasterios y ermitas por todos los alrededores y regiones vecinas: Ethica, Elena, Himba y Scia. Estos establecimientos junto con los de Irlanda y de Escocia, cuya dirección Columba nunca abandonó, formaron una gran confederación monástica que los textos designan como *Muinitr Colum-cille,* o *Familia de Columba.* Llegaron a ser más de cuarenta iglesias y monasterios en Irlanda y casi sesenta en Escocia las sometidas jurisdiccionalmente al Monasterio de Iona. Y fue en este monasterio donde empezaron a prepararse los futuros apóstoles de los pictos y de los anglosajones.

La evangelización de las cercanas tribus comenzó enseguida. Conviene, no obstante, recordar que, antes de Columba, un bretón, en fecha desconocida, instruido en Roma en la fe y doctrina cristiana, fue el primero en predicar el Evangelio por el norte de Gran Bretaña a los bretones de Strat-Clut y a los pictos de Galloway; se trata de San Ninian. Con respecto a este misionero, los datos que de él ofrece la historia son muy pocos. Se sabe que se estableció en la península de Galloway, lugar que más tarde se llamó «Cándida Casa», a causa de las piedras blancas y brillantes con las que él edificó un monasterio, cosa rara, pues, en general, los celtas construían sus iglesias de madera. Pero los pictos del sur convertidos por Ninian no perseveraron en la fe. Pues San Patricio, en una carta que se conserva de mediados del siglo V, los trata como apóstatas. Corresponderá a Columba y a los monjes de Iona y Lindisfarne recuperar la obra de Ninian y reevangelizar aquellas rudas tribus y ganarlas de nuevo para Jesucristo. Pero su misión no acaba en estas tierras.

Desde el siglo V los *scots* de Irlanda se habían asentado en la actual Escocia, al sur de los pictos en Dal Riada *(colonia de los scotti),* región que ahora corresponde al actual condado de Argyle *(Airer Gaidhel* o territorio de los galeses). En el siglo VIII, San Beda llama a esta región: *provincia Scottorum* o *septentrionalis Scottorum provincia,* o, lo que es lo mismo, Provincia de los irlandeses *(los scotti asentados al norte de Gran Bretaña).* Irlanda, en efecto, era la Scottia propiamente dicha. Y fueron estos scotti o escoceses-irlandeses de Albión los que dieron origen a la actual nación de Escocia, puesto que el elemento *scotti* triunfó sobre los *pictos* después de las victorias del rey Kenneth Mc Alpin, a mediados del siglo IX.

Los scots de Dal Riada eran cristianos, al menos de nombre. Los pictos del sur, evangelizados por San Ninian, habían perdido la fe, como se ha dicho. Los pictos del norte, que habitaban en la región más septentrional, la menos accesible de la isla, al norte de Grampians, eran todavía paganos. Con éstos era precisamente con los que soñaba el celo apostólico y misionero de San Columba, al fundar Iona.

Para arrancar a los pictos del paganismo, Columba no dudó en presentarse ante su jefe, el rey Brudo, que estaba rodeado de los sacerdotes druidas, que evidentemente estaban muy opuestos a la obra misional evangelizadora de los monjes cristianos. Se cuenta que el rey Brudo lo encerró a cal y canto en una prisión pero Columba con el signo de la cruz desmoronó la entrada y Brudo no tuvo más remedio que aceptar la fe cristiana. Columba aplicó, pues, los mismos medios que empleaba San Patricio para convertir aquellas tribus casi salvajes, pues, después de convertir a Brudo, la conversión del resto del pueblo y de las otras tribus del norte fue cosa relativamente fácil. Los sacerdotes druidas continuaron haciéndole oposición, incluyendo sesiones de magia y conjuros de tempestades, hasta el día en que oyendo cantar a Columba, con voz poderosa, a la vez que delicada y conmovedora, el salmo *eructavit cor meum* se sintieron verdaderamente intimidados y tuvieron que huir o rendirse a la gracia. La influencia de Columba entre las tribus de Dal Riada fue enorme. Después de la muerte de Conall, su rey, fue Columba el que consagró a su sucesor, Aedhan Mc Gabhrain, en la misma Iona.

En 575 hallamos a Columba de viaje por Irlanda, asistiendo a un concilio en Drumceatt, en la que se muestra contrario a la desaparición de los bardos o trovadores, pues él mismo se sentía poeta, y en cambio manifiesta ser contrario al servicio militar femenino.

Columba no fue obispo, a diferencia de muchos otros abades irlandeses de su tiempo. Sin embargo, ejerció sobre toda su confederación eclesiástica de Irlanda y Escocia una jurisdicción que hoy llamaríamos de Metropolitano. Este estado de cosas sorprendente, todavía se aceptaba en la práctica aun en tiempos de San Beda, que nos ha dado una descripción de tan inhabitual organización de la *Iglesia de Iona:*

> «La isla —cuenta Beda— estaba gobernada por un presbítero-abad, con jurisdicción eclesiástica en toda la provincia, incluyendo en ella hasta los mismos obispos, que, de modo insólito, le estaban sometidos. Tal era, concluye Beda, la condición y estado de este Doctor que no era obispo, sino sólo presbítero monje».

El monasterio de Iona fue muy visitado; muchos venían a consultarle, a admirar al héroe, al taumaturgo, al profeta. El santo siempre fue muy duro consigo mismo; lecho de roca, ayuno perpetuo. Con los años su carácter se dulcificó con todos. El abad biógrafo nos da un retrato muy atrayente de su primer predecesor, aunque podemos entrever las acostumbradas y piadosas exageraciones propias de las hagiografías de la época:

> «Tenía cara de ángel; su carácter era excelente; su palabra, arrebatadora; sus obras, santas; admirable en sus consejos. Nunca dejó pasar el intervalo de una hora sin hacer oración, lectura o escritura o alguna otra ocupación. Se dio a las vigilias nocturnas y al ayuno sin relajar nunca su propósito, noche y día. El peso del trabajo de la menor de sus empresas habría excedido las fuerzas de cualquier otro. Él, en cambio, en medio de sus fatigas y trabajos se mostraba afable, sonriente, perfecto. Llevaba consigo el gozo del Espíritu Santo en lo íntimo de su corazón».

Cuando su vigor corporal disminuyó, su trabajo consistió en copiar manuscritos. Pocos días antes de morir estaba trabajando en un salterio y después de escribir el verso del Salmo 32: «Los que buscan al Señor no carecen de nada», se paró y dijo: «Lo dejo aquí, Baithin lo continuará», haciendo referencia a un monje pariente suyo que más tarde le sucedería en el abadiato.

San Columba murió en la medianoche del sábado al domingo 8-9 de junio de 597. Los monjes que entraron en el oratorio para las vigilias nocturnas, lo encontraron moribundo echado a los pies del altar y parece ser que aún tuvo tiempo para esbozar un gesto de bendición.

Un siglo después de su muerte el clero de su confederación monástica dominaba todavía la pastoral y la jurisdicción eclesiásticas de Irlanda, Escocia y Northumbria. La célebre *Vita Columbae* de Adamnán nos hace notar que el nombre del patriarca de Iona era venerado y conocido no sólo en Francia sino en España y más allá de los Apeninos, en la misma Roma. Inglaterra tiene contraída una deuda de especial gratitud con el apóstol de Iona, puesto que fueron sus hijos, Aidan, sus compañeros y sus sucesores los que, viniendo a establecerse en Lindisfarne, misionaron y convirtieron al cristianismo a los anglos del norte. Columba murió precisamente el mismo año en el que Agustín y sus monjes romanos pusieron sus pies en la región de Kent, al sur de Inglaterra.

Recientemente algunos historiadores se han esforzado en reducir la zona del apostolado de Columba, sobre todo en los territorios ocupados por los pictos. Es posible que la influencia de Columba se haya exagerado un tanto por los hagiógrafos irlandeses; pero los historiadores escoceses que tratan de minimizar la zona de su ministerio no aportan sino textos tardíos.

En la época de las incursiones escandinavas, las circunstancias obligaron a transportar las reliquias de San Columba de un lugar a otro de Irlanda y Escocia. Pero cuando el rey Kenneth Mc Alpin reunió en su cabeza la corona de los scots y los pictos mandó colocar los restos de San Columba en la iglesia de Dunkeld, edificada para ese menester en el año 849. La leyenda de que el cuerpo de San Columba está enterrado junto a los cuerpos de San Patricio y Santa Brígida, en Dunpatric, es tardía. Columba comparte el triple patronazgo de Irlanda, sin haber nunca dejado de ser patrón de Escocia; en ella Columba siempre fue mucho más venerado popularmente que San Andrés aun después que reliquias de este santo fueran recibidas y veneradas en la ciudad que ahora lleva su nombre, St. Andrews.

El culto a San Columba no solamente se extendió por Escocia e Irlanda, sino que fue muy venerado en Francia y otras regiones europeas. Ya se cita su nombre en las letanías romanas del siglo IX y su oficio se celebraba en la Abadía de la Trinidad en Vendôme en el siglo XIII, con solemnidad, pues en maitines las 12 lecciones se cantaban con capas. El calendario de San Willibrordo introdujo su culto en los países germánicos ya en el siglo VIII. A San Columba, como se ha apuntado, se le atribuyen varios poemas, especialmente el *Amra Colum-cillem,* obra bastante conocida en la edad media, pero por su redacción literaria algunos sospechan que es de tiempo mucho más tardío. Con todo, se demuestra que la fantasía celta es una «barda» que une fraternalmente a los poetas, atravesando los siglos.

LUIS M. PÉREZ SUÁREZ, OSB

Bibliografía

BAUDOT, J. - CHAUSSIN, L., OSB, *Vie des saints et des bienheureux...*, VI: *Juin* (París 1948) 159-163.

CARDONA Y TUR, J. (Obispo de Sión) (ed.), *El cristianismo y sus héroes,* III (Madrid 1903) 579-586.

CORISH, P., Art. en *Bibliotheca sanctorum.* IV: *Ciro-Erifrido* (Roma 1964) cols.126-127.

O'BRIAIN, F., art. en A. BAUDRILLART - R. AUBERT (dirs.), *Dictionnaire d'histoire et de géographie ecclésiastiques.* XIII: *Clinge-Czorna* (París 1956).

BEATO JOSÉ DE ANCHIETA

Presbítero († 1597)

La obediencia le desplazó a la otra ribera del Atlántico, impulsado el envío por un legítimo deseo de favorecer una resquebrajada salud, ya que primaba en la época la creencia de que el clima de ultramar —en este caso, muy parecido al nativo— podía al menos parchear los diecinueve lastimados años del canario.

En Brasil, ilusionado y con un buen bagaje cultural a cuestas, impartiendo catecismo en la misión jesuítica portuguesa.

Me estoy refiriendo a José de Anchieta, nacido el 19 de marzo de 1534 en San Cristóbal de La Laguna, donde el emigrante vasco —Juan López de Anchieta, castellanización de «Antxia»— que le dio vida y apellido había casado con la joven viuda tinerfeña y madre de dos hijos Mencía Díaz de Clavijo,

de ascendencia judía. Tercero, nuestro protagonista, entre ocho hermanos.

Alumno aventajado de los dominicos, con quienes aprendió las primeras letras, destacó también en los ambientes universitarios de Coimbra, donde se estrenó en 1548. En el centro de enseñanza superior lusitano completó el trienio en artes, compartiendo aulas y entablando amistad con jóvenes estudiantes jesuitas. La fundación ignaciana, recién nacida, ya tenía presencia en Portugal y sus colonias. Presencia y simpatía y favor real traducido en el incesante envío de expediciones misioneras a Brasil.

Aquel roce humano más la contagiante ilusión epistolar de Javier, misionero en Oriente, abrieron horizontes de generosidad derivando en la vocación religiosa del español. Así las cosas, el primero de mayo de 1551, diecisieteañero, dio el paso adelante. Un paso que no tendría marcha atrás.

Decidido, pues, a sumarse a los seguidores de Ignacio de Loyola —aún viviente, en Roma—, estrena convivencia con los novicios de Coimbra. Pero... frecuentemente, surgen pegas y dificultades a los propósitos, a las iniciativas, a los proyectos humanos en marcha. En este caso por culpa de un serio accidente. Una escalera que se le vino encima a José de Anchieta, lesionándole gravemente la columna vertebral. Culpable, al parecer, no sólo la escalera. Que, según el padre Nieremberg, ciertos excesos penitenciales también influyeron negativamente en la resquebrajada salud del novicio canario.

En consecuencia, el futuro religioso del joven jesuita se vio muy comprometido. Aparte, naturalmente, el persistente dolor. El provincial, Simón Rodríguez, compañero del fundador, borró preocupaciones e inquietudes: «Perded, hijo, ese cuidado, que no os quiere Dios con más salud». «Tranquilo».

A trancas y barrancas, sus hombros y su espalda aguantan, y ya con votos, en los primeros días de junio de 1553, embarca en Lisboa, con dos sacerdotes y otros tres hermanos legos, rumbo a Brasil tras la búsqueda de la salud, que parcialmente remediaría, y encargado de desmenuzar a los nativos las sublimes verdades de la fe.

Cuarenta días de navegación le «plantarán», el 13 de julio, en San Salvador de Bahía de Todos los Santos.

Los biógrafos Berettari y Nieremberg presentan las primicias apostólicas de Anchieta en ultramar: compartiendo con el provincial Manuel de Nóbrega, al año de su arribo, la puesta en marcha de la aldea de Piratininga, tierras adentro —a un puñado de kilómetros de la costa—, versión de las famosas «reducciones» jesuíticas del Paraguay.

Una década en Piratininga en cuyas modestas aulas el joven religioso canario, con gran facilidad para las lenguas y a diario más familiarizado con el tupiguaraní, instruiría gramaticalmente a los indios y a los hijos de los portugueses. Diez años frenando el nomadismo y organizando socialmente a los indios; frenando su incultura; enderezando sus instintos tribales; enseñándoles a hablar el lenguaje común en la región costera. Y gastando energías esforzándose en la corrección de la mala estampa ofrecida por no pocos colonos.

En ciernes, la figura pionera de la historia literaria brasileña. Autor, entre otros títulos, de *Arte de gramatica de lingoa mais usada na costa do Brasil* y de una *Doutrina christiâa e misterios da Fé, dispostos a modo de dialogo em beneficio dos indios catecúmenos,* una colección de homilías, cantos y poemas en portugués, tupí y guaraní. Amén de publicaciones poéticas en latín e histórica local. Y de sus *Cartas,* valiosa documentación abundando en la presentación de hechos y costumbres de su tiempo.

Adoctrinando en el guaraní; ofreciendo una moral nueva; enseñando a conocer y amar a Dios; y, a fin de cuentas, estrenándose en la formación humana y cristiana de los indígenas, desde la perspectiva evangélica, objetivo de su generosa dedicación misionera, nacía también con toda justicia el apodado «apóstol del Brasil».

> «Una cosa deseamos todos aquí —escribe en 1555— y pedimos mucho a nuestro Señor: que esta tierra sea muy poblada de cristianos que la tengan sujeta, porque la gente es tan indómita y está tan empecinada en comer carne humana y es tan reacia a reconocer superior, que será muy difícil que permanezca lo que se planta si no hay este remedio».

Con el tiempo la agrupación residencial indígena en los campos de Piratininga, baluarte de la expansión portuguesa hacia el interior, derivaría en la moderna y mastodóntica São Paulo.

Sólo primicias, que la hoja de servicios de José de Anchieta dará muchísimo más de sí. Hasta resultar brillante religiosa y civilmente.

Nos ofrecerá la estampa del hombre emprendedor creando poblados, residenciando indígenas, fundando y dirigiendo centros escolares.

Nos pintará al políglota español, con dominio perfecto del portugués, latín, tupí y guaraní. Hábil en el aprendizaje de las diferentes lenguas autóctonas, que habla, escribe, enseña, estructura gramatical y léxicamente. Se trata de un plural conocimiento que le permitirá delicadas y apostólicas funciones de intérprete.

Dibujará al misionero culto que redacta también catecismos, poemas, dramas y obras históricas. Protagonizando múltiples actividades pastorales, instruye, adoctrina, educa, promociona y defiende frente al avasallamiento colonizador.

Resumirá al jesuita de cuerpo entero. Lanzado sin reservas a la proclamación evangélica, contemplativo en la acción, virtuoso, culto, dialogante, pacificador, abnegado, caritativo.

Silueteará al superior y provincial bondadoso e itinerante.

En definitiva retratará al hombre de Dios, sacrificado y pobre, que sabe hacerse nativo con los nativos, indio con los indios. En una palabra, todo para todos.

Extremadamente delicada fue su inicial importante misión. Y meritoria, pues pudo haberle costado el pellejo. En 1563 era acompañante, en calidad de intérprete, del provincial empeñado en el logro de la paz entre los feroces y belicosos tamolos y los mestizos portugueses. Fueron cinco meses de tensión, extremadamente angustiosos: rehén Anchieta de las tribus indias mientras el padre Nóbrega negociaba en São Paulo.

Cinco meses con riesgo no sólo de la vida. También la virtud del religioso tinerfeño estuvo en peligro, pues los indígenas, no comprendiendo que un hombre joven viviera sin mujer, intencionadamente le presentaban y ofrecían sus hijas y esposas. ¡Qué trance, Señor!

La Virgen le guardó. La Virgen, a la que invocó e idealizó poéticamente, memorizando los cerca de tres mil dísticos lati-

nos escritos con un palo en la arena, a la vera del río. Un poema mariano que vio la luz, en Lisboa, en 1663.

Fue una paz difícil y perezosa. Una pacificación que no llegaba. Una espera no exenta de repetidas amenazas de muerte al rehén. Mas él, firme, sin abandonar la esperanza; fiado ciegamente en la Madre que le había anunciado no ser aún su hora. Por eso exteriorizaba: «Yo sé que no me mataréis, que no ha llegado aún el tiempo de mi muerte». Esperanzado y desbordando su ardiente celo apostólico. Asiduo en la predicación del amor a Dios y a los hombres.

Afortunadamente los buenos oficios de Nóbrega instaurarían una tranquilidad estable en la región.

El intérprete pacificador misiona, en 1565, en São Vicente, donde abriría aulas y lograría unas instalaciones hospitalarias. Al año siguiente, coronados los estudios teológicos, recibe la ordenación sacerdotal y las riendas del colegio de São Paulo, adonde retorna.

Es el estreno de una década fecunda. Con más de lo ya conocido: suma y sigue de las «reducciones», predicación a colonos y nativos, redacción de un diccionario y una nueva gramática, producciones sacroteatrales y catequísticas, inicio de una historia de los jesuitas en Brasil.

Una plural actividad académica que no estorba la presencia física en la realidad nómada india, la penetración apostólica itinerante, naturalmente favorecidas por los conocimientos lingüísticos de Anchieta. Él va con ellos de caza, se gana confianzas y, paulatinamente, consigue que algunos le confíen la educación de sus hijos. Éstos acabarían adoctrinando a sus padres, futuros ciudadanos de vida sedentaria.

Tarea sacrificada, ardua, el apostolado itinerante. Fácil sí, en el caso del políglota Anchieta, la relación y el trato, pero no desprovista de situaciones de verdadera angustia. Como en la ocasión que trae a cuento el biógrafo Nieremberg. Cuando el misionero canario, implícitamente reconociendo la agobiante dureza de un trayecto, anima al hermano acompañante:

> «Yo os digo que no hay género de muerte mejor que dejar la vida anegada entre el cieno y el agua de estas lagunas, caminando por obediencia y el bien de nuestros prójimos...».

En 1567, nuevamente aparece colaborando con el padre Nóbrega, haciendo con él camino, ahora para dar vida al núcleo humano que, impensablemente desarrollado, sería el futuro Río de Janeiro.

Y, tras el paréntesis, la etapa de superior en São Vicente. Donde recordaría a los jesuitas compañeros de enfermería en Coimbra:

> «Mucho tenéis, carísimos hermanos —les escribe—, que dar gracias al Señor porque os hace participantes de sus trabajos y enfermedades, en las cuales mostró el amor que nos tenía; razón será que lo sirvamos, a lo menos algún poquito, con tener gran paciencia en las enfermedades y en ellas perfeccionar la virtud [...] Por lo que en mí experimenté, os puedo decir que esas medicinas materiales poco hacen y aprovechan [...] Las medicinas son trabajos y tanto mejores cuanto más conformes a Cristo».

Insistente:

> «Porque no tenía purgas ni regalos de enfermería —refiriéndose a la época de Piratininga—, muchas veces era necesario comer (y aun casi lo más común) hojas de mostazos cocidas, con otras legumbres de la tierra y otros manjares que allá no podréis imaginar, junto con entender en enseñar gramática en tres clases diferentes desde por la mañana hasta la noche, y a las veces estando durmiendo me venían a despertar para preguntarme; y en todo esto parece que sanaba, y es así, porque en haciendo cuenta que no estaba enfermo, comencé a estar sano».

Y una curiosidad:

> «He aprendido un oficio que me enseñó la necesidad, que es hacer alpargatas, y soy ya buen maestro y he hecho muchas a los Hermanos, porque non se puede andar por acá con zapatos de cuero por los montes».

Y, ya al final de la comunicación epistolar, una llamada de atención a los misioneros en ciernes:

> «Os digo, carísimos Hermanos, que no basta con cualesquiera fervores salir de Coimbra, sino que es menester traer alforja llena de virtudes adquiridas porque, de verdad, los trabajos que la Compañía tiene en esta tierra son grandes y acaece andar un Hermano de la Compañía entre indios seis y siete meses, en medio de la maldad y de sus ministros, sin tener otro con quien conversar sino con ellos, donde conviene ser santo para ser Hermano de la Compañía de Jesús...».

Estuvo al frente de la misión de São Vicente hasta 1578.

Llegó el momento de su mayor responsabilidad. Máxima fronteras adentro del país. El general de los jesuitas «le ha cargado» con la titularidad de la provincia jesuítica. Aproximadamente centenar y medio de seguidores ignacianos —sacerdotes, hermanos y estudiantes— dispersos a lo largo de la costa brasileña. Menuda tarea.

Ya no se tratará exclusivamente de patearse descalzo charcos, barrizales y espesura vegetal. Necesitará ahora medios de locomoción marítima. Así, se hace con una embarcación: la *Santa Úrsula,* que le acerca y facilita compañía a los jesuitas del litoral. ¡Los 2.500 kilómetros de costa entre Pernambuco y São Vicente que surcará tantísimas veces!

Anchieta, impaciente a lo Javier, no para. Incansable. De aquí para allá, por tierra y por mar, estimulando, apoyando, creando, repartiendo estratégicamente los recursos humanos a su disposición. Y no perdiendo ocasión en sus desplazamientos para relacionarse con los nativos.

Siempre sumamente caritativo y delicado, atento principalmente al beneficio espiritual de sus gobernados. Y, consiguientemente, aceptadas de buen grado las pertinentes correcciones. Personalmente consecuente con la norma que había dado:

> «Ninguna culpa ha de saber el superior de sus subditos, que primero que llegue avisar al culpado no la haya llorado dos o tres veces delante de la divina misericordia, que esto es cuidar de las ovejas encomendadas por Cristo al cuidado del superior»

Curiosa, por otra parte, la recomendación del padre Anchieta al religioso revestido de autoridad que justificaba su aspereza de trato a un subordinado:

> «El superior que me encomendo este oficio me encargo con el que no dejase pasar ninguna ocasión en que pudiese ejercitar la paciencia a cualquiera de los súbditos»

El criterio y la norma del provincial:

> «Pues yo, en el nombre de Dios, ordeno a vuestra reverencia que desnude ese afecto y se vista de otro de mansedumbre y blandura y, en cuanto pudiere, procure no dar a nadie ocasión de enojo, sino a todos se muestre afable y benevolo»

Él encarnaba el consejo. Y es por lo que, aun siendo riguroso en el mantenimiento de la disciplina, merecía la confianza y el cariño de los religiosos, quienes, según los biógrafos de la época, la preferían para volcar sacramentalmente la propia conciencia.

Cuando en 1588 culmina su mandato, la provincia jesuítica brasileña está crecida y en plena madurez.

Ahora va de superior a la residencia costera de Vitoria donde, sin pérdida del entusiasmo juvenil, repetirá presencia misional entre los indios nómadas y seguirá literariamente adoctrinando con nuevos autos sacramentales. Su cuerpo acusará desgaste y sus energías irán a menos, pero sin hacer mella en el espíritu. Que por algo plantó cara hasta el último momento a su parcheada mala salud.

Fresca aún su presencia en la geografía americana, se confiaba epistolarmente: «La salud del cuerpo es flaca; mas tal que, ayudada con las fuerzas de la gracia, dura».

Y también, anteriormente:

> «Ninguna diferencia hay de mí a un sano, aunque algunas veces no dejo de tener algunas reliquias de las enfermedades pasadas. Pero no hago más cuenta de ellas».

Y, a propósito de la alusión personal, una referencia a las atenciones de Anchieta con los enfermos. Recortamos del mismo envío postal:

> «En el tiempo que estuve en Piratininga —empalma epistolarmente— serví de médico y barbero, curando y sangrando a muchos de aquellos indios, de los cuales vivieron algunos, de quienes no se esperaba vida por haber muerto muchos de aquellas enfermedades».

Describe Nieremberg:

> «Era su médico y enfermero; visitábales, ordenábales la comida, sangrías y otras medicinas. Más los curaba sobrenaturalmente con su oración que por medicamentos naturales».

Cariñosa solicitud con los enfermos de la residencia. A cualquier hora. Siempre presto a su servicio y alivio. De manera que «cuando alguno le buscaba —anota el mismo autor— no iba a su aposento sino al de los enfermos, donde le hallaban de ordinario».

Una noche se levantó para servir un jarabe. Un acto de caridad recompensado nada menos que con una mala caída. En consecuencia hubo de guardar cama y sus normales dolencias dorsales recobraron un vigor que ya no perderían.

Pesaban los castigados años. La dedicación misionera. Sumados a la de por sí ardua labor de evangelización, la sobriedad alimentaria, horas y horas robadas al descanso, ásperos cilicios e implacables penitencias.

Eran, a modo de ejemplo, largos trayectos y penosas correrías apostólicas a pie descalzo. Eran noches dedicadas a la oración; cuando al sueño, sobre una tabla y con un zapato por almohada o sobre el suelo y con un manojo de varas en suplencia del cabezal. Eran voluntarias privaciones fruto de un espíritu de pobreza que no le permitía la más mínima propiedad —ni una simple pluma de ave para escribir— y no le consentía ropa de recambio —sin otras prendas que las que vestía, gastadas y raídas.

Se imponía abandonar la primera línea. Y los superiores le ofrecieron que eligiera residencia. Lo explica en comunicación epistolar:

> «El Padre Provincial me ha dado opción de elegir la casa que quisiere pero no me agrada tanta libertad [...] Y fuera grande yerro, habiendo cuarenta y dos años entregádome todo al arbitrio de mis Superiores, querer ahora en estos últimos años disponer de mí por mi parecer».

Nada de voluntad propia. Obediente hasta el postrer aliento.

A los achaques se sumaron molestias y sufrimiento nuevos. El cuerpo ya no aguantaba. Y se derrumbó. En puertas, el verano.

A trancas y barrancas José de Anchieta aún había logrado corresponder a la solicitud de un auto sacramental para la vecina festividad de la Visitación de Nuestra Señora. Se fue sin conocer el estreno, el 9 de junio de 1597. Frescos aún sus premonitorios versos marianos:

> «Ya me marcho, sin marchar
> de Vos, oh Madre y Señora,
> confiado que, en la hora
> de mi vida abandonar,
> seréis mi visitadora».

Y sin la soñada palma martirial. Había escrito:

> «Ya que no puedo alcanzar la corona del martirio, me suceda por lo menos dejar la vida por mis hermanos en alguna peña de estos montes, entre las asperezas de los caminos y suma falta de todas las cosas, desamparado de todos y destituido de todo humano consuelo».

Tenía reservada una muerte dulce, tranquila, entre sus compañeros de ideales y fatigas. Cumplidos 63 años, 47 de religioso y tres menos de evangelización. Los restos mortales del «incansable y genial misionero canario» —en palabras de Juan Pablo II—, inicialmente sepultados en Vitoria —la actual Anchieta—, por voluntad del general Aquaviva descansan, desde 1611, junto al altar mayor del colegio jesuita de Bahía.

Venerable desde 1617 por la heroicidad de sus virtudes, Juan Pablo II honró con la beatificación al jesuita español el 22 de junio de 1980.

Brasil le considera fundador de la nación y de la Iglesia local. Y, en merecido reconocimiento a su inmensa labor humana y social, le proclamó patrono nacional.

JACINTO PERAIRE FERRER

Bibliografía

CARDOSO, A., *O Bem-aventurado Anchieta* (São Paulo 1991).
CASTRO, S. - SIMÕES, M. G. (eds.), *La scrittura e la voce. Atti del Convegno Internazionale sui gesuiti José de Anchieta e António Vieira* (Padova 1999).
CAXA, Q., *Breve relação de vida e morte do Pe. José de Anchieta* (Río de Janeiro 1958).
ESCRIBANO, J., *El Beato Padre José de Anchieta* (Santa Cruz de Tenerife 1883).
IRABURU, J. M., «Beato José de Anchieta, apóstol del Brasil», en ID., *Hechos de los Apóstoles en América* (Pamplona ²2001).
NIEREMBERG, J. E., *Varones ilustres de la Compañía de Jesús*. III: *Misiones de Filipinas, México, Canadá, Brasil* (Bilbao 1889).
L'Osservatore Romano (22 y 29-6-1980).
PORTUGAL, W. A., *Vida de Padre José de Anchieta. O apóstolo do Brasil* (Aparecida, SP 2001).

BEATA ANA MARÍA TAÏGI

Madre de familia († 1837)

Un día cualquiera de julio de 1837. Un trágico clamor se esparce por toda la ciudad: ¡el cólera ha hecho su aparición en

Roma! El pánico cunde y la gente abandona sus hogares evitando todo contacto con los contaminados. En el nuevo cementerio de Campo Verano una muchedumbre se halla en oración ante una tumba aún reciente: piden al Señor que, por intercesión de la allí sepultada, les libre del azote que ha caído sobre ellos. En la pequeña cruz que preside la tumba unos débiles trazos de pintura, aún no del todo seca, componen un nombre: Ana María Taïgi, y dos fechas: 1769-1837.

¿Qué influencia puede tener esta mujer para que ahora todos acudan a implorar su ayuda? Su historia es la más corriente y la más extraordinaria a la vez que se pueda imaginar. Su vida, la vida de una simple mujer.

Nacida en Siena el 29 de mayo de 1769, su existencia transcurre durante uno de los períodos más críticos para la Iglesia y Europa. La corte de Luis XV, hundida en la lucha de intrigas y voluptuosidades, prepara activamente su ruina al tiempo que la de la cristiandad. La Enciclopedia adquiere resonante brillo. Voltaire reina e inunda el mundo con su filosofía pagana. Todo está minado: la Iglesia, la moral, la realeza. En Roma, Clemente XIV va a suprimir la Compañía de Jesús a ruegos de los Borbones. Las naciones más católicas, como España, Polonia, Austria e Italia, se ven arrastradas por el torbellino que producen los acontecimientos. La masonería impera por doquier.

Ana María pertenece a una honorable familia: su abuelo, Pietro Giannetti, dirige en Siena una farmacia. Su hijo Luis, después de seguir los estudios que le permitan suceder algún día a su padre, se casa con una buena cristiana: María Santa Masi. Nuestra beata es el único fruto de este matrimonio. Casi al mismo tiempo, dos meses más tarde, nace en Córcega, frente a esta tierra toscana, Napoleón I.

Bautizada al día siguiente de su nacimiento, recibe los nombres de Ana María Antonia Gesualda. Durante los seis primeros años la vemos jugar entre los viñedos, olivos y rosales que, como muralla roja, coronan las arenosas llanuras de la Toscana.

Pero esta época feliz ha de durar poco: el espíritu algo disipado y extravagante de su padre va produciendo la falta de recursos en la familia. Muy pronto vende todo lo que tiene en Siena y marcha a Roma con esperanza de hacer allí fortuna. Sin

embargo, ésta no se muestra propicia y la pequeña familia ha de ir a habitar una mísera casucha en el barrio denominado de los Montes.

En esta situación viven ocho años. Nada sobresaliente hay en su infancia que haga prever la misión que la Providencia le tiene reservada. Cada mañana Annette mete su comida en un pequeño serillo y marcha a la escuela gratuita de la Via Graziosa, regentada por hermanas del Instituto Maestre Pie fundado por Santa Lucía Filipini. Junto a las clases de religión y cálculo recibe la pequeña Giannetti las enseñanzas propias del hogar. Los domingos asiste en la parroquia a la catequesis semanal.

Mas los reveses de fortuna endurecen poco a poco el carácter de sus padres. Tristes, irascibles, en lugar de conformarse con su suerte y unirse en la adversidad, avivan cada vez más la llaga. Luis, el primer responsable, en vez de remediar su culpa, vuelve sus malos humores contra su hija, maltratándola a diario sin razón. Hay que trabajar para comer.

Despedida a poco de ir a la escuela por causa de una epidemia de viruelas, no podrá volver a ella por tener que ayudar a su madre en los oficios de la casa. Ha aprendido a leer, pero no a escribir, y jamás sabrá otra cosa que apenas garabatear su firma.

Ana María tiene ahora trece años. En este tiempo no se habla de otra cosa sino de las innovaciones financieras de Necker y de guerras. Inglaterra lucha contra sus colonias americanas y termina por reconocer la independencia de los Estados Unidos. Las nuevas ideas triunfan: Roma, París se apasionan por Diderot, D'Alembert. *El contrato social* y los aeróstatos. ¡El hombre, se canta, ha conquistado los cielos y derrotado a los dioses! La multitud aplaude clamorosamente las sarcásticas e hirientes representaciones en las que se hace mofa de los reyes, señores, religión y moral. En cambio, Voltaire es sublimado y su nombre figura en las letrillas populares.

A pesar de sus pocos años Annette comienza a darse cuenta de todo esto. Oye las conversaciones de la calle y las noticias que cuentan las compañeras del taller donde ha comenzado a trabajar. Para llevar algún refuerzo al vacío erario familiar carda la seda y corta las viejas ropas en una pequeña tienda propiedad de dos hermanas solteras. De regreso a su casa lava la ropa y

hace la comida, mientras su madre sirve de asistenta en varias casas para sacar con qué comer. Durante estos trabajos siempre tiene la sonrisa en los labios, tratando de alegrar un poco la amargada vida de sus padres.

Poco a poco su cuerpo va desarrollándose: su cimbreante tipo, interesante rostro y serena mirada atraen la atención de cuantos la ven por las calles de Roma. La llaman Anita la guapa. Como todas las chicas italianas de su edad, ella sueña con fundar un hogar maravilloso, adora los romances sentimentales y le gusta bailar.

En 1787 abandona el taller para ocupar una plaza de doncella en el palacio donde trabaja su padre. La patrona, encantada de sus condiciones domésticas, ofrece también un empleo a su madre, y desde entonces los Giannetti trasladan su residencia a dos habitaciones que amablemente les ha cedido la señora Sierra, su patrona. La indigencia de la familia ha terminado: su madre no tendrá ya que ir de asistenta por las casas y, al menos, no les faltará comida y techo en que cobijarse.

En este palacio, mezcla de fortaleza y de convento, como todos los antiguos de Roma, es donde conoce a un criado que, dos veces por semana, les lleva provisiones desde el palacio Chigi. Domenico Taïgi es hombre de buenas costumbres, de sólida piedad, aunque rudo, inculto y de vivo genio. Poco tiempo después se celebra la boda en la iglesia de San Marcelino y, como en todas las demás, hay una buena comida, se baila y se canta hasta el cansancio. Annette acaba de cumplir veinte años y su esposo veintiocho.

El príncipe Chigi les cederá dos habitaciones de su palacio y allí pasarán su luna de miel y les nacerán seis de sus siete hijos. Estamos en 1790 y la tempestad que va a purificar al mundo se encuentra próxima. Pero aún Dios no cree llegada la hora de su conversión. Durante los tres primeros años de su matrimonio Ana María sigue siendo la muchacha bonita, alegre y entusiasta de la vida mundana.

Un día Domenico y su esposa, arrastrados por la multitud, ganan la plaza de San Pedro. En París ha estallado la revolución y la noticia corre de boca en boca entre el estupor de algunos y la alegría de no pocos. Mas Dios ha elegido ya a su sierva: junto

a la columnata de Bernini su dulce mirada se cruza con la de un religioso servita, el padre Angelo. Éste no había visto nunca a la joven, pero una voz interior le anuncia de repente:

> «Presta atención a esa mujer. Yo te la confiaré un día; tú trabajarás por su conversión. Ella se santificará porque yo la he escogido para santa».

Ana comienza a no gustar las cosas de este mundo. Se despoja de su vanidad y busca el consuelo a su insatisfacción en la piedad. Va de uno a otro confesor en busca de consuelo y apoyo, hasta que un día entra en la iglesia de San Marcelo, donde se casó. Hay allí un confesonario y a él se dirige nuestra Beata. El confesor, un religioso servita, el padre Angelo, la reconoce por la voz y le dice:

> «¡Ah, al fin habéis venido, hija mía! El Señor os llama a la perfección y vos no debéis desatender su llamada».

Y acto seguido le cuenta el mensaje recibido en la plaza de San Pedro.

Han pasado tres años de matrimonio en medio de las vanidades del mundo. Una nueva vida comienza para Ana María: vida de penitencia, de mortificación. En casa se impone el sacrificio de la sed, y no bebe agua sino cuando su marido se extraña de su conducta. Castiga su cuerpo con cilicios y correas, y es el propio confesor el que ha de advertirle de su condición de esposa para que no maltrate su cuerpo, que no le pertenece enteramente. En 1808 toma el hábito de terciaria trinitaria y quiere perfeccionarse más.

Pero la verdadera perfección consiste, como le dijo el Señor en una de sus apariciones, en la mortificación de la propia voluntad, en ocultar dentro de lo posible a los ojos de los hombres las obras que se hacen, en ser buena, caritativa y paciente. Y Ana María sigue fielmente estos consejos del Maestro.

Quizá lo que más llama la atención de su vida es cómo ha sabido conjugar o ser perfecta en su estado matrimonial. Máxime cuando Domenico no era precisamente un San José. Ella deberá tener presente cada día sus deberes de esposa y de madre.

En su casa todo debe de seguir igual. Atiende a sus hijos con maternal solicitud. Se levanta temprano para tener preparado el

desayuno, arregla la casa, hace la comida e inculca a sus hijos el amor al trabajo, la economía y el orden. Los manda al colegio y les enseña sus deberes para con Dios y la sociedad; pero jamás usará la violencia contra ellos, sino la persuasión, la bondad.

Con su marido, de mal genio, ha de mostrar continuamente su paciencia: ni una disputa, ni un mal gesto en sus cuarenta y ocho años de matrimonio. Ella sabe que Domenico, como jefe de familia, debe ser respetado y obedecido. Sabe los derechos que sobre su persona tiene y nunca se opone a su legítimo cumplimiento. Humildad y confianza en Dios fueron siempre sus armas para salir de los malos trances. Porque Dios le ha dicho: «Yo seré tu guía en la vida de perfección».

Mas él quiere que su sierva sea víctima expiatoria por los pecados ajenos. Y uno tras otro tiene que soportar dolores, vejámenes y sufrimientos. Ve morir a cuatro de sus hijos con santa resignación, aceptando siempre la voluntad del Todopoderoso; sufre calladamente las burlas de muchas personas que la consideran visionaria. Jamás protesta por su humilde condición. Poco a poco su alma se va purificando.

Ya Napoleón Bonaparte ha dado el golpe del 18 brumario y se ha erigido emperador de los franceses. Sus ejércitos avanzan incontenibles por todos los suelos de Europa. Se profanan las iglesias, se hace mofa de la religión, se predice por doquier el fin de la cristiandad. Las ideas revolucionarias alcanzan su máximo esplendor.

Ana María es la respuesta de Dios a todas estas cosas: al racionalismo triunfante, al orgullo de los poderosos, al materialismo del siglo. El Señor sigue fiel a su promesa: «Ensalzaré a los humildes y abatiré a los orgullosos».

En su cotidiano vivir esta mujer nunca ha dejado de ser pobre, sencilla. Buena madre, fiel esposa y modelo de suegras. Inculta y sin apenas saber firmar, es a ella a la que se le concede uno de los más extraordinarios dones con que santo alguno haya sido distinguido: desde el año de su conversión podrá ver en una especie de globo luminoso el pasado, el presente y el porvenir. Los principales personajes políticos desfilan ante su mirada con sus sinceridades e hipocresías. Los designios de Dios para confundirlos, los complots y reuniones de las sectas

secretas, los acontecimientos futuros en todo el mundo, las almas que padecen en el purgatorio, las que se condenan y se salvan. Todo lo ve con una claridad meridiana.

Las circunstancias extraordinarias por las que van a pasar el mundo y la Iglesia son la probable explicación, dice el decreto de beatificación, del prodigio, único en los anales de la santidad, con que la Providencia distinguió a esta simple mujer.

Pobres, cardenales y embajadores vienen a pedirle consejo o solución a sus problemas. Ella trata a todos igual. Nunca rehúsa el consuelo y la ayuda a nadie y jamás admite regalo ni limosna alguna. Y cuando, como en alguna ocasión, una reina, desterrada en Roma, quiere ayudarla dándole oro, ella le responde: «Señora, yo sirvo al más grande de los reyes y él sabrá recompensarme espléndidamente».

Con su santidad —Ana María Taïgi es la única santa que murió estando casada— Dios ha querido darnos dos estupendas lecciones: que la santidad no es patrimonio de ricos ni de clases y que, además, no está reñida con estado alguno. Cada persona puede ser santa en medio de su quehacer habitual, en el convento o en la calle, guardando la virginidad o cumpliendo los deberes matrimoniales.

Su actuación en esta vida habrá de servir de ejemplo a las muchas almas que pretenden ser perfectas en medio de los peligros del mundo. Durante su permanencia en él no dejó sino constancia de las virtudes que deben adornar a las madres y esposas. Sus milagros fueron incontables: ve desde Roma la muerte de Pío VI en el destierro, contempla día a día las tribulaciones de Pío VII durante los cinco años de su cautividad. Cura enfermedades, anuncia muertes y señala las fechas de elección de los nuevos papas. Así quiso la Providencia premiar su oscura y pobre vida, concediéndole a sus ruegos el que la peste no entre en Italia hasta después de su muerte.

Pero aún debe purificarse más. Como si fuera poco lo que ha tenido que sufrir, Dios le reserva siete meses de dolorosa agonía. A pesar de ello su eterna sonrisa no desaparece de sus labios. Lleva con alegría esta última prueba, sabiendo que sus días están contados. Por fin el 9 de junio de 1837, rodeada de su marido y tres hijos, deja de existir a los sesenta y ocho años de

edad. Al día siguiente es enterrada en el nuevo cementerio de Campo Verano. Ocho días más tarde la peste entra en Roma.

Beatificada por Benedicto XV el 30 de mayo de 1920, es declarada patrona de las madres de familia y su cuerpo descansa, incorrupto, en la basílica de San Crisógono, de Roma.

LUIS PORTERO

Bibliografía

ANTIGNANI, G., *Anna Maria Taigi. Storia di una mamma dai documenti e dal diario inediti* (Siena [2]1983).
BESSIÈRES, A., SI, *Wife, mother and mystic. Blessed Anna-Maria Taigi* (Rockford 1982).
LUQUET, J. F. O., *Notice sur la vie et sur les vertus de l'humble servante de Dieu Anna-Maria Ant. Gés. Taigi née Giannetti* (Roma 1849).
— *Notizia sulla vita e sulle virtù dell'umile serva di Dio Anna Maria Antonietta Gesualda Taigi nata Giannetti* (Roma [3]1951).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN RICARDO DE ANDRIA

Obispo († s. XII)

No hay muchas noticias sobre este santo obispo de Andria, diócesis sufragánea de Bari, en Italia, y su santo protector. La tradición quiere que fuera inglés, lo más seguro monje benedictino en alguna de las muchas abadías benedictinas de Europa, y que llegase al episcopado en el pontificado de Adriano IV († 1159), también él inglés y benedictino. Se sabe que participó en el III Concilio Lateranense en 1179 y que él recibió las reliquias de los santos Ponciano y Erasmo, trasladadas solemnemente a Andria a cargo del sacerdote Manerio y del monje Juan, abad de Civitella. Las sagradas reliquias fueron depositadas en la iglesia de San Bartolomé. Todos pudieron ver con cuánta alegría y devoción recibía el obispo las reliquias. Ricardo tenía entre sus fieles fama de santidad y en vida se le atribuyeron muchos milagros, por lo que a su muerte, quizás el último año del siglo XII, comenzó enseguida a dársele culto como santo, culto que fue confirmado con la canonización que efectuó el papa Bonifacio VIII el 23 de abril de un año cercano a 1300. Sus reliquias fueron llevadas al llamado «altar de la confesión» en la ca-

tedral, de donde desaparecieron luego para aparecer en 1438. Actualmente se conservan en una bella capilla de la catedral.

BEATO ROBERTO SALT

Monje y mártir († 1537)

Roberto Salt era hermano converso de la Cartuja londinense y fue uno de los diez monjes que, cuando el 18 de mayo de 1537 otros monjes de la comunidad hicieron el juramento cismático de acatar la supremacía religiosa de Enrique VIII, se negaron a separarse de la comunión del Papa y de la Iglesia. Por este motivo él y los demás monjes renuentes fueron arrestados y llevados a la cárcel, donde se les sujetó con argollas y cadenas, y se les dejó morir de hambre. Una buena mujer intentó, y logró unos días, llevarles alimentos, pero, descubierta, no pudo volver a entrar y, dejados en inanición, los monjes prisioneros fueron muriendo uno tras otro. El hermano Roberto Salt murió el 9 de junio de 1537. Fue beatificado el 9 de diciembre de 1886.

BEATO JOSÉ IMBERT

Presbítero y mártir († 1794)

No se sabe a ciencia cierta si nació el 5 de septiembre de 1719 o en la misma fecha del año 1721. Nació, ciertamente, en Marsella y entró en la Compañía de Jesús en el noviciado de Aviñón en 1748. Hizo sus primeros votos el 29 de junio de 1750 y recibió las órdenes sagradas en 1754. Fue destinado a la enseñanza y desempeñó su tarea docente, sucesivamente, en los colegios jesuitas de Chalon-sur-Saône, Besançon y Grenoble, donde estaba cuando en 1762 fue suprimida la Compañía de Jesús. Quedó entonces adscrito a una de las iglesias de Moulins.

Llegada la Revolución, cuando todos los obispos legítimos habían sido expulsados de Francia, el Papa nombró al P. Imbert como vicario apostólico de Moulins y su territorio. Los verdaderos fieles se unieron a él, pero el cargo no podía menos que atraerle el odio de los revolucionarios. Arrestado y encarce-

lado, consta su presencia en la cárcel de Moulins en julio de 1793. De allí, con otros ochenta eclesiásticos del departamento de l'Allier, fue llevado a Limoges ya de camino hacia la deportación. Aquí hubieron de presenciar la ejecución de un sacerdote. Luego, en Saintes, él compuso una letra misionera para la música de «La marsellesa». Llegado a Rochefort, fue embarcado en el barco *Les Deux Associés,* luego de haber sido cacheado y despojado de sus pertenencias. Dio gran ejemplo de piedad, mansedumbre, caridad y celo por sus hermanos sacerdotes, y murió de las penalidades del embarque el 9 de junio de 1794, siendo enterrado en la isla de Aix.

10 de junio

A) MARTIROLOGIO

1. En Auxerre (Galia Lugdunense), San Censurio († s. V), obispo.
2. En París, San Landerico († ca.660), obispo *.
3. En Rochester (Inglaterra), San Itamar († ca.656), obispo *.
4. En Dobrow (Polonia), San Bogumilo († 1182), obispo de Gniezno **.
5. En Bolonia (Emilia), Beata Diana de Andaló († 1236), virgen, religiosa dominica.
6. En Treviso (Véneto), Beato Enrique de Balzano († 1315), seglar *.
7. En Buda (Hungría), Beato Juan Dominici († 1420), obispo de Ragusa *.
8. En Londres (Inglaterra), beatos Tomás Green, presbítero, y Gualterio Pierson († 1537), monjes cartujos, mártires bajo el reinado de Enrique VIII *.
9. En Moerzeke-lez-Termonde, junto a Gante (Bélgica), Beato Eduardo Poppe († 1924), presbítero **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN BOGUMILO DE GNIEZNO
Obispo († 1182)

El nombre polaco de Bogumilo corresponde al de Teófilo o Amadeo, que significa «Dios te ama». Nace de familia noble en la villa de Kozmin a la orilla del río Wartha, al sudeste de Poznan, hacia el año 1116, juntamente con un hermano gemelo al que llamaron Bogufal. Los dos hermanos estudiaron en Gniezno al este de Poznan y más tarde concluyeron su formación universitaria en París.

De regreso a Polonia, Bogufal ingresó en la orden cisterciense, mientras Bogumilo se dedicó a ocuparse de la administración de las vastas propiedades de la familia. Una de las primeras cosas que nos adelanta su piedad, incluso como simple cristiano, es que, por aquellas fechas, levantó a sus expensas una iglesia en su pueblo de Dowrobo, que se dedicó a la Santísima Trinidad.

Viendo la devoción y piedad de Bogumilo, un tío suyo que era arzobispo de Gniezno, le indicó que lo mejor que podía hacer con su vida era hacerse sacerdote. Ordenado presbítero, fue, durante algún tiempo, cura de su pueblo natal y más tarde fue reclamado para hacerse cargo del deanato de la catedral de Gniezno, aunque conservando su cargo pastoral en su pueblo, pues no estaba tan lejos que no pudiese ir a pie todos los días festivos de uno a otro lugar.

Se cuenta que, en estas idas y venidas, en más de una ocasión atravesó el ancho río Wartha a pie enjuto, sobre las aguas. En otras ocasiones para socorrer a los fieles, dicen que, acercándose con ellos al río, llamó a los peces para que saltaran a la orilla y pudieran servir de alimento a los necesitados, y haciendo soltar a los sobrantes les decía: «Marchad, creced y multiplicaos».

En el año 1167, fue elegido arzobispo de Gniezno, no sin haber pasado un tiempo resistiendo a esa elección y teniendo que mediar en ello el papa Alejandro III que le obligó a aceptar dicho cargo por el bien de los fieles. Fue un pastor extremadamente celoso, sin renunciar en nada a llevar una vida en la que

la oración y la ascesis tenían un puesto preponderante. Gracias a sus bienes personales pudo sostener y crear escuelas para la educación de los niños y también fundar y dotar abundantemente un monasterio cisterciense, con la ayuda de su hermano, en la localidad de Coronawa en la diócesis de Poznan.

Tras cinco años de trabajos intensos en la diócesis pidió al papa Alejandro III permiso para retirarse a la soledad. Al parecer estaba un tanto deprimido porque su labor como pastor, especialmente con el clero, no estaba dando buenos resultados. Marchó primero a Hungría a una camáldula, pero volvió pronto a un paraje solitario no lejos de su patria chica, donde pasó diez años en retiro y oración, sin descuidar, no obstante, salir a predicar o confesar según las necesidades del pueblo del que había sido párroco y obispo. Murió santamente el 10 de junio de 1182. Sus reliquias fueron veneradas en la iglesia parroquial desde 1232. El 27 de mayo de 1925 la jerarquía polaca obtenía del papa Pío XI un decreto por el que se aceptaba oficialmente en la Iglesia el culto de San Bogumilo.

Ésta es la nota biográfica oficial de San Bogumilo; sin embargo, la crítica histórica no está tan segura de a quién, de verdad, se da culto y veneración en este caso. En efecto, cuando Pío XI aprobó su culto en 1925, ya se le daba, de modo inmemorial a San Bogumilo, primero en la iglesia parroquial de Dowrobo, donde estuvo su tumba, y después en la Colegiata de Uniejów. Los primeros documentos oficiales sobre ese culto datan de 1443 y 1462, emanados por el arzobispo de Gniezno para regular las ofrendas *ad tumbam sancti Bogumili.* En 1580 con ocasión de la *recognitio corporis,* se encontraron en la tumba un báculo, un anillo y el cadáver revestido con un hábito pretendidamente camaldulense.

En 1584 se escribe en Dowrobo una biografía asegurando que Bogumilo descendía de la familia de San Adalberto, que fue arzobispo de Gniezno entre 1170 y 1182; en ella se explicaba que, perseguido por los poderosos de la época, renunció a su cargo y buscó la soledad donde acabó su vida, no sin haber hecho donación de sus bienes a Dowrobo, a los pueblos vecinos y a los cistercienses, orden a la que pertenecía su hermano Bogufal. Esto último era razón suficiente para que Bogumilo fuese

también venerado en el cercano monasterio cisterciense de Coronawa. Y fue también en este monasterio donde se escribió otra biografía de Bogumilo, muy parecida a los datos aquí aportados, aunque las fechas difieran levemente. Después de su muerte fue sepultado en la iglesia de Dowrobo hasta que en 1668 fue trasladado a la Colegiata de Uniejów. Esta *Vita* apunta que se basa en un documento de 1232 por el cual el príncipe Vladimir Odonicz confirmó a los cistercienses de Sulejów la villa de Dowrobo y otras circunvecinas que, por sucesivas donaciones, habían ido a parar a aquel monasterio.

Hay, no obstante, ciertas dificultades para aceptar los datos de esta biografía. Tenemos en primer lugar que Duglosz, en su obra sobre la *Vida de los obispos del Reino de Polonia,* ni tampoco en el necrologio, no cita a ningún Bogumilo, arzobispo de Gniezno por aquella época. En efecto, por los años en que se supone ocupó el cargo pastoral, Duglosz señala a dos obispos, a Juan Zdzislao y a Pedro. Alguno ha querido identificar a Bogumilo con este Pedro, pues el arzobispo Pedro era también descendiente de San Adalberto y tenía sus bienes alrededor del río Wartha; pero hay de él otras noticias más que alejan la posibilidad de confundir uno con otro.

También se ha querido identificar a Bogumilo con otro del mismo nombre fallecido en 1092, y que tuvo que dimitir de su sede por estar a favor del papa Gregorio VII en la lucha contra las investiduras. Pero esta posibilidad habría destruido la teoría del documento cisterciense de 1232.

Otros, como Martín Baronio, Bzowski y Tadeo Mini, confunden a Bogumilo con Wloscibor, que fue elegido por el Capítulo de Gniezno en 1279, y que por ciertos problemas con el príncipe Przemyslaw, no pudo gobernar su sede. Renunció, pues, a su elección y se retiró al cercano monasterio de Dowrobo, donde murió. Mas tampoco esta hipótesis parece ser aceptable. Por lo que la conclusión que se impone es que, en el episcopologio de Gniezno, no hay lugar para Bogumilo.

Pero queda una teoría que tiene visos de probabilidad; el tal Bogumilo, no habría sido un obispo sino un abad. El historiador Pedro David propone que el ermitaño enterrado en Dowrobo no es un arzobispo sino un abad benedictino de Molgi-

no. El abad habría renunciado a su cargo y, retirado en un lugar solitario, murió el 28 de noviembre de 1179. Este abad también pertenecía a la familia de San Adalberto y también sus tierras y bienes familiares estaban en la vecindad de Dowrobo. De este modo serían explicables el lugar de su muerte y las fechas aproximadas con Bogumilo. También sería fácil, entonces, explicar la transformación popular de un abad en obispo que la tradición ha sustentado.

En el *Acta sanctorum* se recoge la biografía publicada en 1668 que es bastante extensa, aunque común y predecible en ese tipo de hagiografías; sin embargo, parece más oportuno y discreto haber dado aquí una somera noticia y resumen de ella, como se ha hecho al principio de estas líneas, y dejar para futuras investigaciones el aclarar la verdad ante los problemas que surgen entre la tradición popular y los datos históricos comprobables.

LUIS M. PÉREZ SUÁREZ, OSB

Bibliografía

Acta sanctorum, Junii, t.II cols.337-356.

BAUDOT, J. - CHAUSSIN, L., OSB, *Vie des saints et des bienheureux...,* VI: *Juin* (París 1948) 185-186.

NARUSZEWICZ, P., Art. en *Bibliotheca sanctorum.* III: *Bern-Ciro* (Roma 1963) cols.227-229.

BEATO JUAN DOMINICI

Obispo († 1420)

¡Ignorante y tartamudo! No son éstas, padre prior, las mejores cualidades para un dominico.

Y Juan fue rechazado. Aquella noche Paula y Domingo lamentaron su pobreza. Su hijo era un obrero y cualquier otra aspiración fracasaría por la escasez de medios económicos. Aquel muchacho tendría que continuar partiendo el pan áspero con sus duras manos. Sin embargo, en aquel hogar pobre ardía una llama inextinguible y poderosa: Dios. Y lo llenaba todo, y todo lo envolvía y transformaba. El trabajo, duro y necesario, era un paréntesis que se abría, de madrugada, en la

iglesia de los dominicos de Santa María-Novella, y se cerraba allí mismo con la tarde.

Su carácter viril y la voz de Dios vitalmente sentida le determinan a pedir nuevamente el ingreso en la Orden de Predicadores. Los Padres comprendieron que aquel joven tenía en su vida un camino único, que nacía allí, en Santa María-Novella. Y, sin querer parar mientes en su aspecto rústico y la torpeza de su decir, Juan fue admitido.

El año de noviciado fue una línea ascendente: desde los primeros días, en que su estilo torpe constituía motivo para la sonrisa vana, hasta el respeto y la admiración por el hombre esforzado y por el religioso entregado a Dios plenamente. El silencio, la oración, el ascetismo de su vida, la amabilidad entregada, el amor absoluto a Dios y a los suyos constituyeron la meta ganada con la gracia de Dios y el esfuerzo continuo y vigilante. Desde el principio dio con la clave que transforma lo mínimo e insignificante. El detalle delicado, la palabra cálida, el gesto y la mirada reprochando dulcemente, todo habla de amor. La observancia exacta, la rúbrica sentida, la disciplina cruel, el sueño domeñado y la entrega absoluta y sencilla, todo habla de amor. Y Dios con él, impulsando aquel brío irresistible. Fray Juan tenía una misión difícil en la Orden: vitalizar la observancia. Por eso convenía que él probase hasta dónde puede el hombre y en qué punto ha de esperar.

La profesión constituyó para él la autonomía de la austeridad y de la exigencia. Frecuentemente era pan y agua su única refección. Dormía escasamente sobre un saco y vestía muy pobremente, pero con limpieza.

El estudio, tan sagrado en la Orden de Predicadores, constituyó su pasión. Hombre inteligente y fino, terminó la carrera, siendo propuesto para graduarse académicamente. Renunció, sin embargo. Se lo sugirió una humildad sencilla y cierta.

La fatiga del estudio busca compensaciones. Fray Juan es artista. Y llenará los libros corales con sus delicadas y sugestivas miniaturas. Así comenzó su predicación. El dibujo cariñoso y sugerente de la vida de Cristo y sus milagros orientaba la salmodia hacia la meditación. Esta preocupación por el arte al servicio de Dios le acompañará más tarde a los conventos que visite y funde.

Con la ordenación sacerdotal el amor a las almas culmina en un anhelo impetuoso por la predicación. Sólo una pena ensombrece el gozo de su vida. Su lengua sigue torpe y ridícula. Estando en Siena le invadió la tristeza. Se sintió inútil. Lloró. Las lágrimas dieron transparencia a su mirada y aquella noche se arrodilló ante una imagen de Santa Catalina. Y le pidió un milagro. Se lo exigió por amor de Dios y el prodigio se realizó. Su lengua se torna ágil y expedita.

Florencia girará en torno de este extraordinario y súbito predicador. Su ciencia, su prodigiosa memoria, su pasión avasalladora y serena se conjugan en un decir limpio y cautivador. Predicará durante muchas Cuaresmas en Florencia. Habrá días que suba al púlpito cinco y seis veces. Nunca el cansancio en él. Siempre el interés en los que le escuchan. «El hombre tiene un alma generosa y se deja convencer más difícilmente por la dulzura que por el rigor». Eso dijo y así obró. Recorre las principales ciudades y villas de Italia. Censura los vicios con un patetismo profético e invita a los pueblos a una renovación de la vida cristiana. El flagelo en su palabra suscita el rencor hasta el punto de ser amenazado con el exilio. Por amor de la paz abandona Venecia y se retira a Florencia. Allí conjuga el aislamiento monástico con la predicación cíclica en los tiempos litúrgicos. San Vicente Ferrer renuncia a predicar en Florencia: «¿A quién queréis oír teniendo al padre Juan Dominici?».

Una idea le obsesiona: la restauración de los conventos. La terrible peste de 1348 y los cinco años siguientes arrasó los monasterios. El de Santa María-Novella vio morir en cuatro meses a setenta de sus frailes. Los supervivientes se retraían y se sentían incapaces del rigor primitivo. Juan Dominici predicaba. Los jóvenes eran su presa. Necesitaba muchachos generosos y decididos, y los tuvo en gran número después de su predicación.

Acepta el priorato de varios conventos con el ánimo de imponer la reforma ansiada. La labor es dura y surge la oposición. Santo Domingo de Venecia, el convento de Città di Castello, el de Fabriano y otros recibieron el impulso de su espíritu emprendedor. Posteriormente es elegido vicario general de los conventos observantes en los Estados de Venecia y de la provincia romana. Ha llegado el momento. Comprende que la la-

bor es áspera y lenta. Por eso dedica su vitalidad y esfuerzo a la creación de una Casa noviciado. Es la clave. Que el espíritu y la vida no se improvisan. Es preciso nacer y respirarlo para que se haga sangre en cada uno. Con este fin nació el convento de Cortona, situado en un paraje delicioso, donde el clima y el cielo empujan hacia Dios.

Las religiosas, pensó el padre Juan, están íntimamente vinculadas a nuestra vida dominicana. Con este convencimiento restauró el convento del Corpus Domini y el de San Pedro Mártir, de Florencia. En este monasterio su anciana madre terminó sus días. La labor tenía sólidas bases.

Una labor gigantesca exige un hombre fabuloso. El cisma de Occidente estaba enconado.

A la muerte de Inocencio VII es elegido Gregorio XII. Éste y Benedicto XIII pudieron llegar a un acuerdo e intentaron reunirse en Saona. Tal entrevista no llegó a realizarse. Siete cardenales de Gregorio XII le abandonan. Lo mismo le sucede a Benedicto XIII. Ambos grupos convocan un concilio general en Pisa y allí eligen nuevo antipapa a Pedro Philargi, que toma el nombre de Alejandro V. A éste sucede Juan XXIII.

La labor diplomática del padre Juan Dominici en el cónclave de elección de Gregorio XII fue tal que el nuevo Papa, a quien hizo prometer la renuncia al Papado en el momento conveniente, le mantuvo junto a sí. Fue elegido arzobispo de Ragusa y posteriormente cardenal. La crítica se cebará en él. «Acepto esta dignidad como Cristo aceptó su corona de espinas».

Gregorio XII le envía a Alemania para tratar con el emperador Segismundo el modo de terminar con el funesto cisma. Fiel a Gregorio, le convence de la urgencia de renunciar a la dignidad papal por el bien de la Iglesia. Por fin el Papa convoca el concilio de Constanza, en el que los tres papas renunciarán a su pretendida dignidad. Juan XXIII promete su asistencia. Benedicto XIII anuncia un representante suyo y Gregorio XII delega en Juan Dominici, quien, con la renuncia escrita, envolverá hábilmente a los presuntos papas. Anuncia que Gregorio XII abdicará si los otros dos lo hacen igualmente. Juan XXIII aceptó. Fue el momento. Juan Dominici leyó con gran emoción la renuncia escrita de Gregorio.

La huida de Juan XXIII y la rebeldía de Benedicto XIII fueron suficiente razón para que aquellos hombres perdieran el prestigio.

Juan Dominici convoca nuevamente el concilio en nombre de Gregorio XII y el 11 de noviembre de 1417 es elegido verdadero papa Martín V. Pero antes un gesto generoso de Juan Dominici emocionó a los cardenales. Él, que había aceptado la púrpura cardenalicia para el bien de la Iglesia, renuncia ahora humildemente. Ahora que su labor parecía ya terminada. Despojándose de los distintivos fue a sentarse entre los obispos. Aquel gesto hizo que los cardenales volvieran a incorporarle al Sacro Colegio.

La unión anhelada ha sido conseguida. El prestigio de Juan Dominici no disminuye, como tampoco se apaga su dinamismo y trabajo por el bien de la Iglesia. Ahora es el encargo de extender en los reinos del Norte los decretos del concilio y vencer las herejías de Wiclef y de Hus. Acompaña a Martín V hasta su nombramiento de legado apostólico en Hungría y Bohemia.

Cuando trabajaba en el proyecto de una grandiosa obra apostólica y de evangelización de aquellos reinos, el Señor le llamó cariñosamente a su gozo.

Murió a los setenta años, el día 10 de junio de 1420. En plenitud de vida y santidad, dedicado entusiásticamente, juvenilmente, a la salvación de los hombres.

Él ha muerto. Ahí queda su obra, su testimonio, su martirio, su figura como un hito sublime. Murió un hombre perfecto, un religioso terminado, un dominico íntegro. Un santo. Que, al fin, fue su máxima obra.

JOSÉ LUIS GAGO, OP

Bibliografía

Act. SS. Boll., 10 de junio: *Vita*, de SAN ANTONIO DE FLORENCIA y JUAN CAROLL.
DOMINICI, G., *Lucula Noctis*. Ed. por R. Coulon (París 1908).
FINKE, E. (ed.), *Acta Concilii Constanciensis* (Münster 1846-1928; nueva ed. 1976-1982).
HOLLERBACH, J., Art. en *Römische Quartalschrift für christliche Altertumskunde und Kirchengeschichte* 23 (1909); 24 (1910).
MORTIER, D. A., *Histoire des maîtres généraux de l'Ordre des Frères Prêcheurs*. IV: *1400-1486* (París 1909).
• Actualización:
VIGLIONE, A., *The idea of christian reform in Giovanni Dominici* (Washington 1978).

BEATO EDUARDO POPPE

Presbítero († 1924)

Eduardo Juan María Poppe nació en Temse, diócesis de Gante (Bélgica), el 18 de diciembre de 1890 del matrimonio compuesto por Desiderio Luis Poppe, panadero, y Josefa Ogiers, quienes tuvieron once hijos y los educaron cristianamente ya desde el primer momento, de tal forma que, de entre ellos, otro hermano también sería sacerdote y cinco hermanas serían religiosas. De su padre aprendió el amor al trabajo y a los pobres, y de su madre, una gran capacidad para la oración y, a la vez, claridad de mente y sabiduría de corazón.

De temperamento movido y de carácter enérgico, sintió bien pronto la llamada al sacerdocio. Cuando murió su padre en 1907, Eduardo quiso hacerse cargo del negocio familiar pero su madre le insistió en que no abandonara sus estudios. No comenzó a ser seminarista hasta 1909, después de tomar su decisión el 20 de mayo. En su vocación sacerdotal había influido notablemente la llamada que había experimentado para atender a los pobres, heredada de su padre, y un movimiento apostólico juvenil en el que participaba.

Cuando comenzó sus estudios eclesiásticos siendo estudiante-soldado en las milicias universitarias de Lovaina, la vida dura en el cuartel no le impedía crecer en su vocación sacerdotal y dedicar sus ratos libres al estudio. En este tiempo su libro de compañía espiritual era la *Historia de un alma* de Teresa de Lisieux, que configuraría también su alma.

Por fin el 13 de mayo de 1912 entró en el seminario «León XIII» en el que, según su propio testimonio, recibió los medios para su futura felicidad: la consciencia de la presencia de Dios y de su amor a él así como la humildad y devoción hacia la Santísima Virgen María. En su escala de valores mantenía por encima de la licenciatura en filosofía, que obtuvo en la facultad de Lovaina en 1913, la espiritualidad de la esclavitud mariana de San Luis María Grignion de Monfort y la infancia espiritual de Teresa Martin, Santa Teresa del Niño Jesús. En el seminario imitó también los ejemplos de San Juan Berchmans, para seguir sus pasos presurosos hacia la santidad mientras se preparaba para el sacerdocio.

Durante sus vacaciones trabajaba ya pastoralmente, con ardor apostólico y con firmeza de espíritu, en el mismo movimiento apostólico en el que se había formado. Animaba a sus compañeros por la emancipación de su querido «pobre Flandes» con un método precursor de la «revisión de vida»: «ver, juzgar y actuar». Cuando estalló la guerra tuvo que interrumpir forzosamente sus estudios. En Bouriers, un pueblecito valón, durante el encargo que le había hecho el párroco para la preparación de los niños de primera comunión, ya de seminarista descubrió su carisma para la catequesis y educación de la fe. Leyendo la *Vida del Padre Chevrier* vio reflejada en ella su propio ideal sacerdotal, en la pobreza («el pesebre»), su ofrecimiento («la cruz») y su amor («el sagrario»).

Fue ordenado presbítero el 1 de mayo de 1916. Nombrado vicario parroquial en la Parroquia de Santa Coletta, dentro de un barrio obrero de Gante, Eduardo Poppe encontró el lema para su ministerio y vida en el texto de Lucas 4,18: «El Espíritu del Señor sobre mí, porque me ha ungido, me ha enviado a anunciar el evangelio a los pobres, a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos». En esa parroquia fue como otro «cura de Ars», pobre entre los pobres, buscando con preferencia a los que vivían en casas miserables de aquella ciudad secularizada y herida por la guerra, creciendo de día en día en amor por su pueblo encomendado. Formó un grupo de maestras catequistas para educar a los niños y fundó una asociación para la comunión frecuente. Conocía y vivía la doctrina social de la Iglesia y mostraba una predilección singular por los niños abandonados de la gente pobre, haciendo vida la intuición espiritual de Santa Teresa de Lisieux: «Practicar el amor en las cosas pequeñas y hacerse pequeños hasta el heroísmo». Dos años en esta parroquia le convirtieron en auténtico padre de los pobres, los marginados y los niños, pero le arruinaron su salud.

Para reponerse y cuando ya terminaba la guerra mundial fue a Moerzeke, un pueblo rural no lejos de Temse, como rector de una comunidad de religiosas que regentaban un hospicio. Durante el cuatrienio que va desde 1918 a 1922, en el que estuvo casi más tiempo en cama que en pie, su enfermedad le ofrecía la posi-

bilidad de tener tiempo para la oración, el estudio y la reflexión. Ayudaba como podía a los sacerdotes de las parroquias próximas y abrió su casa a todos —sacerdotes, religiosos y laicos— como lugar de oración, quienes al mismo tiempo requerían los consejos de su ministerio sacerdotal. Estos pocos años fueron tiempo de gran maduración interior. Su experiencia de amor a la Virgen María, siguiendo las huellas de San Luis M.ª Grignion, lo preparaba para la época que se echaba encima con los embates que sobrevenían de secularismo, materialismo y marxismo.

El estudio de la teología —especialmente de mariología— y de las ciencias humanas —particularmente de pedagogía—, junto a su conocimiento de las vidas de los santos lo fueron convirtiendo en verdadero maestro de religiosidad popular, magisterio que ejercitó también a través de sus escritos *El libro eucarístico del catequista,* de 1920, y otro estupendo librito, *El amigo de los niños,* de 1922.

En Moerzeke también puso en marcha, a pesar de su salud quebrantada, diferentes obras de apostolado: la unión sacerdotal, la obra del catecismo, la educación en la fe a través de la cruzada eucarística, la renovación litúrgica, el apostolado de los laicos y el movimiento social flamenco.

El 15 de septiembre de 1920 pudo llegar a Lisieux para visitar la tumba de Santa Teresa del Niño Jesús, y esta experiencia fue para él de una conmoción espiritual enorme, pues, según contaba, recibió «las gracias más grandes de su vida». En enero de 1922, siguiendo la estela de «infancia espiritual» abierta por esta santa y, tras la consulta a su director espiritual, hizo como ella el ofrecimiento de sí mismo al amor misericordioso del Señor. Esto significó en él la renuncia total a su voluntad para abandonarse totalmente en manos de Dios Padre.

Quienes se acercaban a don Eduardo encontraban en él la respuesta adecuada a su necesidad: ánimo, consuelo, paz y reconciliación, en su país flamenco donde las divisiones manifestaban el rescoldo de la guerra. Movilizó a los educadores para una re-evangelización cuyo punto de partida y de llegada debía ser la eucaristía.

El cardenal Mercier, arzobispo de Malinas, hizo que Poppe se trasladara a Leopoldsburg el 6 de octubre de 1922, nombra-

do director espiritual de los eclesiásticos, seculares y religiosos, de todo el país que acudían a realizar su servicio militar al campo de Beverlo. Éste fue su tercer y último nombramiento. Los «cibistas», pues así eran llamados aquellos eclesiásticos que realizaban su servicio militar en el «centro de instrucción de camilleros y enfermeros», recibieron su impulso sacerdotal a través de conferencias y retiros espirituales, entrevistas personales y, sobre todo, su ejemplo contagioso. Les inflamaba el corazón en el amor al Señor, a la Iglesia y a la Virgen María. Dedicaba sus horas libres a escribir o responder cartas y redactar artículos.

Una carta de 1923 reflejaba, sin él quererlo, su propia espiritualidad:

> «¿Cuál es mi espiritualidad? Reza más bien por mí un "Ave María" y no me hagas hablar de mi espiritualidad. Qué se yo, hermano, si es benedictina o ignaciana. Lo que sé es que, habitualmente, busco los fundamentos en el Evangelio y en la Sagrada Escritura. Sólo después de la acción constato si tiene más de San Ignacio o de San Benito. Todo lo que sé decir es que esa acción vive humildemente unida a la vida de Jesucristo en su santa Iglesia y plenamente sometida a todos aquellos por medio de los cuales Nuestro Señor nos dirige; que no busca sus elementos en cosas extraordinarias, sino en los deberes, en las cruces, en las situaciones en las que nos pone la providencia de Jesús, aquí y ahora; que quiere llevarnos simplemente a la renuncia más completa interna y externa y a la pura conformidad con Jesús de tal modo que nos transformemos en otros Jesús, en hermanicos extraordinariamente asemejados a Jesús, vivientes por Él y en Él, en todos nuestros pensamientos, oraciones y acciones, sobre todo en nuestra caridad hacia los hermanos, todos los hombres, amigos o enemigos; que en esta espiritualidad el altar está en el centro, sobre el que está el Cordero divino, como en el Calvario está el crucificado en el centro de la historia... ¿Dónde vamos a estar mejor que con María, al pie de la cruz, en pie con la Corredentora, saciando la sed de nuestra alma en el altar, nutriendo nuestro espíritu con la Hostia? ¿Cuándo podremos beber, en plena y perfecta unión de deseos, de amor y de disposición con María, los largos y dulcísimos sorbos en la fuente de la energía constituida por las llagas de Jesús? Queridísimo hermano, no me preguntes por un nombre de mi espiritualidad, no he pretendido nunca tener una especial. Benedictina en el sentido que entiendes tú, no, no lo es de hecho. Repito: piedad sentimental en ningún modo, mi vida de fe y de amor. Se apoya preferentemente en la confianza, porque se deriva una mayor generosidad para morir del todo a sí mismo, en Jesús. Lo encuentro en el modo más íntimo en Grignion de Monfort, en los escritos sulpicianos y de San

Francisco de Sales. También en el método de San Ignacio se encuentra, en forma simplificada, mi enseñanza sobre el examen de conciencia, la meditación, etc. Debo añadir que me es imposible indicar en todo eso la mínima partecica que me pertenezca exclusivamente...».

Siendo tan joven, vivía, pues, su sacerdocio tras las huellas de los santos que más le habían impactado en su vida. Anunciaba la Palabra en el sentir con la Iglesia gracias a su gran carisma de predicador y maestro espiritual. Llamaba a sus hermanos de sacerdocio a la santidad por el ejercicio del ministerio y a santificarse para la santificación de los hermanos. Recababa ayudas para los contemplativos e impulsaba a los religiosos para el fruto apostólico de sus compromisos con el mundo. Respecto a los laicos, reconoció la prioridad de la formación cristiana en medio de la autonomía de la sociedad.

Don Eduardo había escrito:

«Oblatus est [...] Jesús se ha ofrecido, él me ha amado, él se ha inmolado por mí. Oh Jesús, aquí me tienes para ser ofrecido por ti, inmolado contigo. Aquí me tienes, adherido a la cruz, unido a ti hasta la locura de la cruz. O Salutaris Ostia! Por medio de tu muerte tú nos has engendrado a la vida. He aquí el Cordero de Dios [...] el buen Pastor que ha dado la vida por sus ovejas y, por medio de la muerte, ha vencido al mundo. Oh Jesús, soy feliz de ser tu sacerdote-víctima, muerto y sepultado contigo, resucitado contigo».

Había vuelto a Moerzeke para celebrar la Navidad cuando una grave enfermedad le impidió ya regresar a Leopoldsburg.

En abril de 1924 expresaba su felicidad a un compañero:

«Hermano, es maravilloso vivir así, dependiente de la Madre, para ser transformado en otro Cristo en su seno de gracia».

Al igual que Santa Teresita, había aprendido a vivir como a morir diciendo:

«Encuentro bueno tanto morir como vivir; esto significa que, si pudiera escoger, preferiría morir. Pero como el buen Dios elige por mí, yo quiero lo que Él quiera. Quiero hacer mejor lo que él escoja».

En su testamento había ofrecido su vida por la santificación de sus hermanos sacerdotes.

Murió el 10 de junio de 1924, de un ataque al corazón, mientras miraba a una imagen del Corazón de Jesús, en cuya misericordia había puesto toda su confianza.

El cardenal Mercier, arzobispo de Malinas, escribió en una carta de pésame a su madre:

> «Querida señora, comprendo vuestro dolor porque he tenido la suerte de conocer a quien usted llora. No habríais podido desear un hijo más virtuoso. Él llevaba a Cristo no sólo en el alma sino en su lenguaje y en su comportamiento. No se podía entrar en contacto con él sin desear ser mejor. El Sagrado Corazón le conceda aceptar con ánimo esta prueba. Por mi parte, rezaré y ofreceré la Santa Misa por él, pero no dudaré en invocarlo porque tengo la convicción de que su hijo es santo y que el Dios de la paz lo ha acogido ya en su gloria. Lo recomendaré a su "Cruzada eucarística" y a nuestra juventud del "Centro de instrucción de camilleros y enfermeros", de los que era la guía luminosa y el amigo querido profundamente».

En 1924 apareció la primera parte de su «trilogía» pedagógica: *El método eucarístico* que, junto a las otras, el *Amigo de los pequeños* y *Salvemos a nuestros obreros,* se difundieron ampliamente en ambiente francófono, también en África y en Asia. Como pedagogo de la religión inventó un método educativo para poner en el centro —«hacia» y «desde»— a la eucaristía: educar (actuar justamente) y enseñar (saber justamente) como objetivos equivalentes tal y como están presentados y vividos en el ejemplo divino de Jesús, el maestro educador perfecto.

En su familia se había encontrado con un ambiente plural: su padre seguía a Daens, su tío —tutor de su familia desde la muerte de su padre— era liberal y presidente de la fundación Willems, y su única prima fue mujer del fundador del partido socialista de Temse. Conoció a los jefes del movimiento social y pedagógico flamenco e intentó la conciliación de las diversas tendencias de ese movimiento, después de la primera guerra mundial. Propuso un «intento de solución práctica» en el conflicto entre el movimiento estudiantil y la jerarquía. En tan pocos años de sacerdocio mantuvo contactos con sacerdotes de Flandes, valones y de los Países Bajos (Breda, Haarlem, Meersen, Nimega, Tilburg).

En la espiritualidad de Poppe la misa era el centro de su vida y su pedagogía consistía en promover, con palabras, escritos y con la dirección espiritual, la eucaristía como centro de la vida cristiana. Su vida, su sacerdocio y el ejercicio de su ministerio fueron puestos bajo la protección filial y gozosa de la Virgen

María conforme a la esclavitud mariana de San Luis M.ª Grignion. Optó por el «pequeño camino» de la «infancia espiritual» de Santa Teresa de Lisieux, su santa predilecta, como él denominaba graciosamente: un «atajo en el camino de la santidad». Pero incorporaba en esa síntesis todo lo santo que había encontrado en la vida de los santos: San Agustín, San Francisco de Asís, San Ignacio, San Francisco de Sales, San Juan María Vianney...

A petición de los fieles fue incoado su proceso de beatificación y canonización por el obispo de Gante, porque los que lo habían conocido habían expresado ya desde el momento de su muerte que este sacerdote joven —aún no había cumplido 34 años— verdaderamente había vivido como un santo.

El papa Juan Pablo II declaró Venerable a este Siervo de Dios el 30 de junio de 1986 y el 3 de julio de 1998 dio el decreto sobre el milagro de la curación completa, pronta y duradera —de una tuberculosis pulmonar— en la niña Godelieve Delanghe, cuando en el año 1928 no tenía posibilidades de curación.

Eduardo Poppe fue beatificado por el mismo Juan Pablo II en la plaza de San Pedro de Roma el 3 de octubre de 1999. En su homilía el Papa dijo sobre él:

> «La acción pastoral es fecunda sólo en la contemplación. Se nutre en el encuentro con el divino Maestro, que unifica el ser interior para que cumpla su voluntad. Invito a los sacerdotes a poner siempre a la Eucaristía en el centro de su vida y de su ministerio, como el beato Eduardo Poppe. Dejándonos iluminar por Cristo es como podremos transmitir la luz».

JOAQUÍN MARTÍN ABAD

Bibliografía

AAS 98 (2001) 131-133.
BUCKINX-LUYKX, A., *Don Edoardo Poppe, profeta della povertà* (Roma 1975).
DE ROOVER, E. R., O.PRAEM, *Priester Poppe* (Roma 1987).
LEKEUX, M., OFM, *L'ardua ascesa. Vita eroica di don Edoardo Poppe* (Milán 1966).
L'Osservatore Romano (3-10-1999).
POPPE, E., *Pláticas y cartas a los sacerdotes* (Barcelona 1954).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN ITAMAR DE ROCHESTER
Obispo († ca.656)

Itamar (Ythamar) pasa a la historia por ser el primer anglosajón que alcanzó la dignidad episcopal. A la muerte de San Paulino, lo elige San Honorio, el primado de Canterbury, para la sede de Rochester. Él procedía de Kent y —según dice San Beda— mantuvo en la sede la dignidad y la sabiduría de sus predecesores. Se comportó santamente y le tocó a él consagrar en 655 al arzobispo Deusdedit, sucesor de Honorio. Parece que murió el año 656 y es cierto que enseguida tuvo culto como santo y que se le dedicaron numerosas iglesias.

SAN LANDERICO DE PARÍS
Obispo († ca.660)

Landerico o Landry era un clérigo piadoso y honesto que fue elegido obispo de París el año 650 en el reinado de Clodoveo II. Sobresalió en su episcopado por su enorme interés por los pobres y marginados de la sociedad, a los que socorría con cuanto le era posible. Llegada la gran hambre de 651 vendió todas sus posesiones personales para alimentar a los pobres y no dudó en poner a la venta los vasos sagrados de las iglesias con tal de obtener fondos para dar de comer al hambriento.

Esta misma caridad suya le llevaba a lamentar la mala atención a los enfermos pobres, para quienes no había otra cosa que una pequeña casa de alojamiento sin estructura sanitaria ni benéfica alguna, dependiendo los allí alojados de las limosnas que quisieran hacerles. Él pensó entonces que era necesaria una seria institución llevada por la Iglesia y en la que se ofreciera a los enfermos pobres cama, atención sanitaria y comida, y fundó por ello el Hospital de San Cristóbal, cerca de la catedral de Notre Dame, y que más tarde se llamó el Hôtel-Dieu.

Estuvo de acuerdo en la exención de la abadía de St. Denis de la autoridad episcopal. Aún vivía en 660, pero parece que muy poco después o ese mismo año tuvo lugar su santa muerte.

BEATO ENRIQUE DE BALZANO

Seglar († 1315)

El Beato Enrique, al que en Italia llaman popularmente San Rigo, nació en Balzano en la segunda mitad del siglo XIII en el seno de una familia pobre. Contrajo matrimonio y tuvo un hijo, no siéndole la vida familiar obstáculo para la intensidad de su vida religiosa. Era analfabeto, pero persona de finos sentimientos y delicadas palabras, y no cejaba en su empeño de santificarse uniéndose más y más a Dios cada día mediante su trabajo de obrero y sus obras diarias de piedad. Se levantaba muy temprano, acudía a la iglesia a confesar diariamente sus pecados y a oír la santa misa, obteniendo licencia para comuniones frecuentes y dedicando las horas que podía a la oración. No le importaba que se metieran con él por su mal aspecto, pues hallaba en ello ocasión de humildad y paciencia. A los treinta años se marchó a vivir a Treviso, donde perdió a su mujer y a su hijo y siguió su estilo de vida santa. Cuando ya era mayor y se había quedado solo, un vecino de Treviso le dio una habitación en su casa y se preocupaba de que comiera, pero él aceptaba las limosnas que le daban y las empleaba en su propio sustento y en los pobres, recibiendo para dar. Su dulzura y bondad le conquistó el amor de los ciudadanos de Treviso que a su muerte, el 10 de junio de 1315, veneraron su cadáver como el de un santo, y por tal lo tuvieron, atribuyéndole muchos milagros. Benedicto XIV confirmó su culto el 23 de julio de 1750.

BEATOS TOMÁS GREEN Y GUALTERIO PIERSON

Monjes y mártires († 1537)

Entre los diez monjes de la Cartuja de Londres que el día 18 de mayo de 1837 se negaron firmemente a suscribir el juramento que los hubiera apartado de la comunión con el Papa y con la Iglesia para adherirlos al cisma de Enrique VIII estaban el sacerdote Tomás Green y el hermano converso Walter (Gualterio, Gautier) Pierson, que en aquella santa casa habían profesado la vida monacal y con sus demás hermanos habían tenido

que vivir las azarosas circunstancias por las que pasaba el país bajo el impulso cismático del monarca.

Al contestar un no definitivo al requerimiento de los visitadores regios fueron llevados a los pocos días a la cárcel, donde fueron sujetados con argollas y cadenas y donde se les dejó morir de inanición, obteniendo ambos el 10 de junio de 1537 la corona del martirio. Fueron beatificados el 9 de diciembre de 1886.

11 de junio

A) Martirologio

1. San Bernabé († s. I), apóstol **.
2. En Nápoles (Campania), San Máximo († s. IV), obispo *.
3. En Bremen (Sajonia), San Remberto († 888), obispo de Hamburgo y de Bremen *.
4. En Maguncia (Alemania), Beato Bardón († 1051), obispo *.
5. En el monasterio de La Cambre, junto a Bruselas (Bélgica), Santa Aleidis o Adelaida († 1250), virgen, de la Orden Cisterciense *.
6. En Treviso (Véneto), San Parisio († 1267), presbítero, de la Orden Camaldulense *.
7. En Gniezno (Polonia), Beata Violante o Iolenta o Yolanda († 1298), abadesa *.
8. En Saluzzo (Italia), Beato Esteban Bandelli († 1450), presbítero, de la Orden de Predicadores.
9. En Salamanca, San Juan de Sahagún González de Castrillo († 1479), presbítero, de la Orden de Ermitaños de San Agustín **.
10. En Tortosa, Santa María Rosa de los Dolores Molas Vallvé († 1876), virgen, fundadora de la Congregación de Hermanas de Nuestra Señora de la Consolación **.
11. En Roma, Santa Paula Frassinetti († 1882), virgen, fundadora de la Congregación de Hermanas de Santa Dorotea **.
12. En Ragusa (Sicilia), Beata María del Corazón de Jesús Schininà († 1910), virgen, fundadora de las Hermanas del Sagrado Corazón de Jesús **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN BERNABÉ

Apóstol († s. I)

Pocas son, relativamente, las noticias que nos ha conservado la historia de este apóstol de Jesucristo, procedente de la diáspora e incorporado tempranamente al número de los que fueron los pilares de la Iglesia primitiva. Nada sabemos de los años de su infancia, que pudo haber pasado en Chipre o en Jerusalén, ni del tiempo en que entró a formar parte de la comunidad cristiana. San Clemente de Alejandría y Orígenes creen que la conversión del levita José —llamado más tarde Bernabé por los apóstoles— fue en vida de Jesucristo, siendo del número de sus setenta y dos discípulos. Con todo, otros Santos Padres y autores antiguos y modernos opinan que Bernabé se convirtió en discípulo de Cristo en los días que siguieron inmediatamente a la venida del Espíritu Santo sobre los apóstoles, en la festividad de Pentecostés.

Reunidos los apóstoles y sus inmediatos colaboradores en el Santo Cenáculo, descendió sobre ellos el Espíritu Santo, tal como Jesucristo se lo había profetizado en vísperas de su pasión y muerte. La acción del Espíritu se dio a conocer por un conjunto de prodigios que anunciaron su venida y dejaron constancia de la profunda transformación operada en los apóstoles. «Hombres religiosos de toda nación de las que están debajo del cielo» (Hch 2,3), que habían ido en peregrinación a Jerusalén, quedaron pasmados al oír a los apóstoles hablar cada uno en su propia lengua. Algunos se mofaron de aquella súbita transformación, achacando al vino lo que era obra divina; otros, en cambio, intrigados, se preguntaban: «¿Qué querrá ser esto?» (Hch 2,12). San Pedro tomó pie de la interpretación torcida que se daba al hecho para señalar la verdadera naturaleza del milagro que se había obrado, logrando una conversión en masa. Entre los espectadores de aquel milagro se contaba muy probablemente Bernabé, de familia levítica, originario de Chipre y radicado de tiempo en Jerusalén, quien, tocado por la gracia, abrazó el cristianismo y se convirtió muy pronto en íntimo colaborador de los apóstoles.

Entre los miembros de la primitiva comunidad cristiana reinaba la caridad hasta el extremo de que se dijese de ellos que tenían todos un solo corazón y una sola alma (Hch 4,32). Una importante modalidad de esta convivencia fraternal aparece en la decisión de los propietarios de enajenar sus bienes de fortuna y depositar su producto a los pies de los apóstoles para que lo distribuyeran equitativamente entre todos los miembros de la comunidad. En virtud de este desprendimiento heroico «ninguno decía ser propia suya cosa alguna de las que poseía, sino que para ellos todo era común» (Hch 4,32). Este movimiento en favor de la comunidad de bienes vigía entre los esenios que residían en el desierto de Judá. Pero ni el ejemplo de estos sectarios ni su legislación influyeron directamente en la conducta de los primeros cristianos, sino el consejo de Cristo a un joven que le pedía mayor perfección: «Si quieres ser perfecto, ve, vende cuanto tienes, dalo a los pobres [...] y ven y sígueme» (Mt 19,21). Aligerado el apóstol de la carga de los bienes materiales, podía entregarse de lleno al servicio de Cristo. Lo que no hizo el joven aludido lo practicó Bernabé, como nos lo atestigua el texto de los Hechos de los Apóstoles, al decir: «José el apellidado por los apóstoles Bernabé, que traducido es lo mismo que *hijo de la consolación,* levita, chipriota de linaje, como poseyese un campo, lo vendió, trajo el dinero y lo puso a los pies de los apóstoles» (Hch 4,36-37).

La venta que hizo Bernabé debió de causar sensación entre los primeros cristianos de Jerusalén, tanto por el valor del campo enajenado como por el total desinterés demostrado al entregar a los apóstoles el precio íntegro de la venta. Esta generosidad de Bernabé, junto con su compasión por los indigentes, movieron a la comunidad cristiana de Antioquía a confiarle la misión de ir a Jerusalén para distribuir entre los fieles menesterosos las limosnas para este fin recogidas en aquella ciudad (Hch 11,30). Acaso por ser él de espíritu generoso, caritativo y abnegado recibió de los apóstoles el sobrenombre de Bernabé, término derivado de dos palabras aramaicas: *bar nebuah,* que significan «Hijo de la profecía» o «Hijo de la consolación». Efectivamente, José era para la primitiva Iglesia a la vez consolador y profeta, es decir, predicador inspirado. Además de un corazón

sensible poseía una palabra fácil, dulce y persuasiva, con la cual ganábase inmediatamente el favor de todos. De él dice San Lucas que era un hombre bueno, lleno del Espíritu Santo y de la fe (Hch 11,24). Por estas cualidades temperamentales o adquiridas con su cooperación a la gracia, unidas a una extensa cultura lograda en la escuela de Gamaliel, llegó a desempeñar un papel preponderante en la organización de la Iglesia primitiva.

Tenemos una prueba del prestigio de que gozaba entre los apóstoles en el incidente ocurrido a San Pablo con ocasión de su primer viaje a Jerusalén, pocos días después de haber sido derribado del caballo en el camino de Damasco. Refiere el libro de los Hechos que, habiendo Pablo llegado a Jerusalén, trataba de juntarse con los discípulos; mas todos recelaban de él, no creyendo que fuera discípulo. Bernabé, que lo había tratado en Tarso, o había sido su condiscípulo en la escuela de Gamaliel en Jerusalén, le sacó de aquella situación embarazosa al tomarlo consigo y llevarlo a los apóstoles, a quienes declaró cómo en el camino de Damasco había Pablo visto al Señor y le había hablado, y cómo en Damasco se había despachado bien en el nombre de Jesús (Hch 9,26-27). Bernabé, que conocía la entereza de su amigo Pablo, sabía que éste no mentía al referirle su conversión y no dudaba de la sinceridad de la misma y de la perseverancia de Pablo en el camino de la verdad. Bastó que Bernabé intercediera a favor de Pablo para que los apóstoles y discípulos depusieran su actitud recelosa y admitieran sin vacilación en el seno de la Iglesia jerosolimitana al que poco tiempo antes había sido su acérrimo enemigo. A Bernabé cabe la gloria de haber descubierto el genio de Pablo y de haberle encaminado hacia las obras de apostolado.

Otro ejemplo de la reputación de que gozaba Bernabé entre los apóstoles se manifiesta en la incorporación de los gentiles a la Iglesia en tierras de Siria. La tribulación sufrida por la Iglesia de Jerusalén, que culminó con la lapidación de San Esteban, indujo a muchos a dispersarse hacia Fenicia, Chipre y Antioquía, anunciando únicamente a los judíos la palabra de la buena nueva. Pero algunos de entre ellos, chipriotas y cirenenses, llegáronse a Antioquía y, contra la costumbre, anunciaron la buena nueva a los griegos, convirtiéndose muchos al cristianismo. La

noticia de la conversión de gran número de gentiles llegó a oídos de los apóstoles, quienes se interesaron por las condiciones en que se efectuaba aquella innovación. Para cerciorarse enviaron los apóstoles a Bernabé a Antioquía, el cual, al llegar y ver la gracia de Dios, alegróse en gran manera y exhortaba a todos a perseverar fieles al Señor. Al sancionar Bernabé aquel movimiento proselitista, contribuyó eficazmente a derrumbar el muro que cerraba a los gentiles el acceso a la religión del que, según Simeón, era «luz para iluminación de las gentes» (Lc 2,32). Durante su estancia en Antioquía «se agregó crecida muchedumbre al Señor» (Hch 11,24), de tal manera que Bernabé juzgó conveniente recabar la ayuda de su amigo y recién convertido Pablo de Tarso para atender al servicio espiritual de los convertidos. Por espacio de un año ambos apóstoles trabajaron juntos en Antioquía, dedicados a instruir en la fe a los conversos del paganismo. Por aquel entonces, y por primera vez en la historia, los discípulos de Cristo residentes en Antioquía comenzaron a llamarse «cristianos». ¿Fue esta palabra invención de Bernabé? No lo sabemos. La historia únicamente nos refiere que el apostolado de Bernabé fue muy fecundo en Antioquía.

Ante el éxito conseguido en Antioquía, Bernabé y su amigo Pablo juzgaron que las tierras de la gentilidad estaban sazonadas para recibir la siembra de la buena nueva, y de ahí su propósito de emprender la evangelización del mundo pagano para dar testimonio de Cristo hasta los confines de la tierra. La decisión de los dos apóstoles fue trascendental y revolucionaria. Hasta entonces la Iglesia se nutría preferentemente de judíos conversos y por alguno que otro prosélito procedente del paganismo, en adelante, las fuentes de salud se irán cerrando a los judíos a causa de su dura cerviz y fecundarán el corazón humilde de los que durante siglos anduvieron por las sendas del error. Al llamamiento interno que sintieron los dos apóstoles siguió el testimonio público y solemne del Espíritu Santo al declarar en un acto litúrgico en honor del Señor por boca de los profetas de la comunidad: «Segregadme a Bernabé y a Pablo para la obra a que los llamo» (Hch 13,3). Entonces los profetas y doctores de la comunidad, después de orar y ayunar, les impusieron las manos para conferirles la misión de predicar a los gentiles, invo-

cando sobre ellos la bendición del Señor a fin de que cumplieran dignamente su cometido. Con esta ceremonia solemne salía la Iglesia de su aislamiento y se lanzaba, por decisión de Bernabé y Pablo, a la conquista del mundo pagano.

Chipre fue el primer campo de apostolado de Bernabé y Pablo. La isla era famosa en la antigüedad por la feracidad de su suelo, sobre todo el de la amplia llanura que corre de un extremo a otro del territorio regado por las aguas del Pediacus y flanqueado a los dos lados por dos montañas que se extienden en dirección Este-Oeste. Producía Chipre vino, aceite y trigo en abundancia; las lomas de sus montañas estaban recubiertas por frondosos bosques y en sus entrañas se albergaban minas de cobre. Desde los tiempos macabaicos (1 Mac 15,23) existía en Chipre una colonia judía que se incrementó extraordinariamente con la adjudicación por Augusto de las mencionadas minas a Herodes el Grande. Aunque expatriados, los judíos de Chipre se mantuvieron fieles a sus creencias religiosas, tratando de ganar prosélitos para su causa. En los grandes núcleos urbanos disponían de sinagogas adonde acudían los sábados para oír la lectura de la Ley y de los profetas. Bernabé, de ascendencia judía, y su compañero Pablo frecuentaban estas reuniones, aprovechando la coyuntura para predicar la palabra de Dios a los judíos y a los prosélitos procedentes del paganismo. En este apostolado viéronse asistidos por Juan Marcos, primo de Bernabé, y por algunos cristianos residentes en la isla (Hch 11,20). En su obra de apostolado los dos apóstoles atravesaron la isla y llegaron a Pafos.

Aunque Chipre fuera pagana en su inmensa mayoría y sus habitantes se entregaran al culto licencioso de Afrodita, había, sin embargo, almas selectas que sentían necesidad de una religión más perfecta. Entre éstas cabe mencionar al procónsul de la isla, Sergio Paulo. Tan pronto como tuvo noticia de la presencia de los dos nuevos apóstoles mandó llamarlos, deseoso de oír de sus labios la palabra de Dios. Vencida la oposición de un sabio llamado Elimas, el mago, por la enérgica actitud de Saulo, y en vista de la ceguera con que fue castigado por Dios, el procónsul Sergio creyó en el mensaje cristiano.

Bernabé y Pablo —nombre que adoptó Saulo en honor del procónsul Sergio Pablo— embarcaron en Pafos, rumbo a Perge

de Panfilia. Ante las dificultades de la empresa, Juan, que les había acompañado, se separó de ellos volviéndose a Jerusalén. De Perge marcharon a Antioquía de Pisidia, en donde los judíos tenían una sinagoga. A la invitación que se les hizo de decir una palabra de exhortación al pueblo improvisó Pablo un discurso por cuyo efecto «muchos de los judíos y prosélitos adoradores de Dios siguieron a Pablo y a Bernabé, que les hablaban para persuadirlos que permaneciesen en la gracia de Dios» (Hch 13,43). Al sábado siguiente acudió gran concurso de pueblo; pero, envidiosos los judíos de aquel éxito, contradijeron a Pablo y a Bernabé, los cuales valientemente contestaron: «A vosotros os habíamos de hablar primero la palabra de Dios, mas puesto que la rechazáis y os juzgáis indignos de la vida eterna, nos volveremos a los gentiles» (Hch 13,46). Sintiéronse éstos muy halagados al oír tales palabras, y se alegraban y glorificaban la palabra del Señor, creyendo cuantos estaban ordenados a la vida eterna (Hch 13,48). Un tumulto promovido por los judíos obligó a Bernabé y Pablo a marcharse a Iconio, «mientras los discípulos quedaban llenos de alegría y del Espíritu Santo» (Hch 13,52). También de esta ciudad escaparon a uña de caballo a causa de un tumulto de gentiles y judíos con sus jefes, que pretendían ultrajar y apedrear a los dos apóstoles. Pero también en Iconio «creyó una numerosa multitud de judíos y griegos», confirmándose en la fe por las señales y prodigios que obraba Dios por sus manos.

El celo por la gloria de Dios les llevó a Listra, ciudad donde existía una reducida colonia judía carente de sinagoga y célebre por la colonia de soldados establecida allí por Augusto en el año 6 a.C. Un milagro obrado en la persona de un paralítico de nacimiento puso en efervescencia a toda aquella población, que clamaba en dialecto licaónico: «Dioses en forma humana han descendido a nosotros», y llamaban a Bernabé Zeus y a Pablo Hermes, «porque éste era el que llevaba la palabra» (Hch 14,12). Los mismos sacerdotes de los ritos paganos se contagiaron de aquel entusiasmo hasta el punto de que «el sacerdote del templo de Zeus trajo toros enguirnaldados y, acompañado de la muchedumbre, quería ofrecerles un sacrificio» (Hch 14,11-13), homenaje que los dos apóstoles rechazaron enérgicamente, haciendo

ver a aquellos infelices que eran hombres iguales a ellos, que habían ido a sus ciudades para convertirlos de las vanidades terrenas al Dios vivo y verdadero. Tampoco en Listra viéronse libres los dos apóstoles de la persecución de los judíos, que solivianta-ron a las muchedumbres que antes les habían conceptuado como dioses, apedreando a Pablo y arrastrándole fuera de la ciudad, donde le dejaron por muerto. A pesar de estas contrariedades Bernabé y Pablo volvieron a visitar las comunidades de las ciudades que habían evangelizado, «confirmando las almas de los discípulos y exhortándoles a permanecer en la fe, diciéndoles que por muchas tribulaciones nos es preciso entrar en el reino de Dios» (Hch 14,22).

De regreso a Antioquía de Siria encontraron a aquella comunidad envuelta en una grave discusión provocada por los cristianos judaizantes de Jerusalén, que proclamaban la necesidad de la circuncisión para ingresar en el seno del cristianismo. Bernabé se opuso rotundamente a tales pretensiones y, junto con su compañero de fatigas y de ideales, Pablo, se incorporó a la embajada que marchó a Jerusalén para conocer la mente de los apóstoles en esta cuestión. La influencia de Bernabé en el debate fue decisiva, tanto por su predicamento como por la narración que hizo de las señales y prodigios que había hecho Dios entre los gentiles por medio de ellos (Hch 15,12). La contienda promovida por los judaizantes fue resuelta a favor de Bernabé y Pablo. Vuelto Bernabé a Antioquía, permaneció allí algún tiempo confirmando a los hermanos en la fe.

Cuando se planeó el segundo viaje de evangelización de los gentiles determinó Bernabé acompañar a Pablo, pero quería al mismo tiempo llevarse consigo a su pariente Juan Marcos, que se había separado de ellos en Panfilia. San Pablo se negó a admitir en su compañía al que no tuvo valor para sobrellevar las incomodidades anexas al apostolado entre infieles. Acaso por haberse enfriado las relaciones amistosas entre San Pablo y Bernabé a consecuencia de haberse dejado arrastrar este último por el ejemplo de San Pedro en lo que se refería a comer con los gentiles (Gál 2,13), o por simples razones de parentesco, Bernabé renunció a aquel viaje, quedándose con su primo hermano Juan Marcos (Col 4,10). Mientras Pablo y Silas marcharon rum-

bo al Asia Menor con ánimo de visitar allí a los hermanos que habían sido evangelizados en el primer viaje, Bernabé y Marcos se embarcaron en dirección a Chipre, en donde, desde este momento, se pierde la memoria histórica de Bernabé. Según 1 Cor 9,6, trabajó Bernabé con Pablo en la evangelización de Corinto.

La epístola pseudoclementina se ocupa del apostolado de Bernabé en Alejandría, Roma y Milán, y de su martirio en Chipre. Las tradiciones conservadas en esta isla tienen una base histórica más sólida, aunque no pueden aceptarse en todos sus pormenores. En las *Actas y martirio de San Bernabé, apóstol,* que escribió cierto chipriota llamado Alejandro, se dice que Bernabé murió en Salamina, lapidado por los judíos. Cuenta asimismo dicho autor que el santo se apareció al obispo de Salamina para indicarle el lugar de su tumba. Abierto el sepulcro, encontróse su cadáver, sobre cuyo pecho descansaba un ejemplar del Evangelio de San Mateo, que Bernabé, siempre según el mencionado autor, había escrito con su propia mano. Sucedía esto en el año 488, en tiempos del emperador Zenón. El obispo aprovechó el hallazgo para defender los derechos de la Iglesia de Chipre contra los proyectos de anexionarla al patriarcado de Antioquía. El Evangelio de San Mateo que se halló en la tumba fue enviado por el obispo Antemas al emperador Zenón, quien mandó que se conservara en su palacio y se construyera una espléndida basílica en su honor.

San Bernabé fue considerado por muchos Santos Padres como verdadero apóstol de Cristo, con todos los privilegios inherentes a dicho cargo. Por este motivo se le atribuyó una epístola, que muchos Santos Padres consideraron como canónica, en la cual se contiene una apología contra los judíos. En el códice sinaítico dicha epístola figura a continuación de los libros canónicos del Nuevo Testamento, lo que induce a pensar que la Iglesia de Alejandría la consideraba como inspirada. También se le atribuye un evangelio en el catálogo gelasiano de libros sagrados —que nada tiene que ver con el Evangelio de San Mateo hallado en su sepulcro—, lo que debe rechazarse por tratarse de un evangelio herético y de sabor gnóstico.

La Iglesia latina y la griega celebran la fiesta de San Bernabé el 11 de junio. La Iglesia católica lo ha tenido siempre en gran

estima y veneración, como lo atestigua el hecho de que su nombre figure desde muy antiguo en el canon de la misa. En la liturgia ocupa Bernabé un rango casi igual al de los apóstoles y su oficio litúrgico es sacado del común de los mismos apóstoles.

En su breve paso por el mundo dejó San Bernabé constancia de su recia personalidad. Espíritu abierto a la verdad, abrazó prontamente la doctrina de Cristo y se alistó en el número de sus discípulos. Deseoso de entregarse al servicio del Señor, vende todos sus bienes y se consagra de lleno a la evangelización del mundo pagano. Con su ejemplo nos enseña a que busquemos en primer lugar el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se nos entregará por añadidura.

LUIS ARNALDICH, OFM

Bibliografía

Act. SS. Boll., 11 de junio: diversos documentos antiguos.
BONNET, M., *Acta Philippi et acta Thomae. Accedunt acta Barnabae,* en R. A. LIPSIUS - M. BONNET (eds.), *Acta apostolorum apocrypha,* vol. 2/2 (Leipzig 1903).
BOVER, J., «¿Bernabé, clave de la solución del problema sinóptico?»: *Estudios Bíblicos* 3 (1944) 55s.
BRAUNSBERGER, O., *Der Apostel Barnabas* (Maguncia 1876).
BRUNS, H., *Barnabas, ein Junger Jesu* (Berlín 1937).
BURGER, D., «L'énigme de Barnabas»: *Museum Helveticum* 3 (1946) 180s.
DUCHESNE, L., Art. en *Mélanges G. B. de Rossi* (París-Roma 1892) 41s.
KAPPELER, A., «S. Barnabas in vita Sancti Pauli»: *Verbum Domini* 22 (1942) 129s.
POLZL, F. X., *Die Mitarbeiter des Weltapostels Paulus* (Ratisbona 1911) 8s.

SAN JUAN DE SAHAGÚN

Presbítero († 1479)

Las nobles piedras de Salamanca cantan la leyenda áurea de San Juan de Sahagún. Él comparte, juntamente con Santa Teresa, el patronazgo de la ciudad. Las calles de Tentenecio, Traviesa, Pozo Amarillo, Padilleras, plaza de la Concordia multiplican su recuerdo de taumaturgo y pacificador de las discordias de otros tiempos. Fueron sus padres dos próceres leoneses, don Juan González del Castrillo y doña Sancha Martínez, cuyo seno, estéril durante mucho tiempo, floreció en hermosura y olor de santidad. Después de una novena de preces, ayunos y limosnas, Santa María de la Puente les hizo el regalo deseado. Juan nació

probablemente en el año 1430 o 1431, estando ausente del hogar su padre en la guerra de Juan II contra los moros. El niño fue educado por los monjes benedictinos del pueblo nativo, Sahagún. Como se le vio inclinado a los estudios eclesiásticos, nadie contrarió su vocación. Muy joven recibió la tonsura y estudió artes y teología, favoreciéndose de las rentas de un beneficio que cobraba su padre, aunque pronto, por delicadeza de conciencia, renunció a él. Por sus buenas prendas puso los ojos en él el obispo de Burgos, Alonso de Cartagena, que le tomó para su familiar y camarero. Él mismo le ordenó de sacerdote y le hizo canónigo de la catedral. Pero ni el canonicato ni otros beneficios le dieron el sosiego que andaba buscando para vivir más unido a Dios. Renunció, pues, a todo, dejando el palacio episcopal, y tomó cura de almas en la parroquia de Santa Gadea, o Santa Águeda, famosa en nuestra historia medieval por los juramentos de los nobles. Allí el Cid Campeador tomó juramento al rey Alfonso VI de no haber tomado parte en la muerte de Sancho, su hermano y predecesor.

El estudio, el ministerio de la predicación, las atenciones pastorales, el socorro de los pobres, dieron buena ocupación al nuevo párroco. Pero pronto un viento extraño le empujó de allí, como a un pájaro que no encuentra su nido. Y a Salamanca le guió la Providencia para ser allí su predicador de la paz y taumaturgo. Sin duda la causa de su traslado fueron los estudios. Probablemente tenía entonces unos veintisiete años de edad. El antiguo canónigo de Burgos se hizo pobre estudiante de cánones. Mas pronto le dio a conocer el resplandor de su buena estrella.

Al año siguiente de llegar allí fue invitado a predicar en la fiesta de San Sebastián, patrono del famoso colegio de San Bartolomé, y agradó tanto su panegírico que le hicieron ingresar en él como capellán interno. Todavía una estatua del frontispicio recuerda al antiguo y glorioso capellán. En aquel colegio, fundado a principios del siglo XV para estudiantes pobres y virtuosos por don Diego de Anaya, obispo de Salamanca, quince colegiales y dos capellanes, vestidos de manto y beca, con certificado de limpieza de sangre, vivían sometidos a una rígida disciplina. Por los muchos personajes que salieron del colegio para las letras, la Iglesia y los altos puestos de la nación, se divulgó la fra-

se: «Todo el mundo está lleno de bartolomicos». Juan de Sahagún levantó a mucha honra el grupo. En el *Memorial* antiguo del colegio, contra costumbre, se estampa este elogio en su favor:

> «Éste es aquel verdadero israelita en quien no se halló engaño, y que por su bondad y honestidad de vida y por la entereza de sus costumbres fue nombrado capellán de adentro».

A los recuerdos del colegio va unido el emblema del *ciprés luminoso,* porque un día de trabajo y fatiga, recogida ya la comunidad para el descanso de la noche, vínosele a la memoria que le faltaba por rezar una parte del oficio divino, y lleno de sobresalto, tomando el breviario a toda prisa, se disponía a salir de la habitación en busca de luz cuando comenzó a entrar en su habitación un chorro luminoso de claridad, que, filtrándose por el ramaje del ciprés del claustro, le llenó de alegría el alma y la celda para cantar sin molestar a nadie las divinas alabanzas. Aquel ciprés, perpetuado en relieves y pinturas, fue tenido en mucho respeto y de él se tomaron astillas para hacer imágenes del santo. Unos tres o cuatro años duró la permanencia de Juan en el colegio, dedicándose al estudio, a la cura de almas y predicación de la divina palabra. Alojóse después en casa de un virtuoso sacerdote llamado Pedro Sánchez, dedicándose de lleno a la predicación. Iba con sencillo traje de clérigo, de color pardo durante la semana y de azul celeste en los días de fiesta. Fue entonces como el predicador oficial de Salamanca, y vivió sostenido por la caridad pública. Una penosísima dolencia y difícil operación de la que salió bien dieron el último rumbo a su espíritu.

A este episodio alude con estas palabras, que refiere el padre Antolínez:

> «Lo que pasó aquella noche entre Dios y mi alma Él solo lo sabe; y luego, a la mañana, fuime a San Agustín, (a lo que creo) alumbrado por el Espíritu Santo, y recibí este hábito».

Lucía entonces en Salamanca como un foco de sabiduría y santidad el convento de San Agustín, y allí, el 18 de junio de 1463, vistió el hábito el bachiller fray Juan de Sahagún. Con sus treinta y tres años de edad, mezclado entre compañeros oscuros y jovencitos, púsose bajo la dirección del padre Juan de Arenas, maestro de novicios, celebrado por su virtud, grande espíritu y

penitencia. El nuevo novicio abrazó con alegría los oficios humildes en que se ejercitaban los aspirantes a la perfección religiosa. Al antiguo canónigo de Burgos y predicador de Salamanca le tocó hacer de refitolero, cuidando de la limpieza de las escudillas y de los vasos. Servía el vino a la comunidad, e hizo famosa *la cuba de San Juan de Sahagún,* que después de dos siglos todavía se guardaba con veneración en el convento, según el testimonio del padre Vidal, por haber multiplicado milagrosamente el vino. El día 28 de agosto, fiesta de San Agustín, de 1464 rubricó el acta de su profesión, afiliándose a la Orden agustiniana.

Siempre fray Juan se mostró como un religioso observante, modelo de virtudes, afable con todos, devotísimo del Santísimo Sacramento y amigo del coro y de la oración. «Estaba en el coro como un ángel», dice un biógrafo suyo. Fue hombre de mucha paz y de equilibrio interior. Amaba el estudio, sobre todo el de la Sagrada Escritura, algunos de cuyos pasajes apuntó y comentó de su puño y letra.

Aunque amigo del retiro, un suceso trágico le sacó a la calle.

Dos nobles caballeros, de la familia de los Manzanos, dieron muerte, y a uno alevosamente, a dos hijos de una viuda principal, llamada doña María de Monroy. Los asesinos huyeron a Portugal, pero María —llamada la Brava—, disfrazándose de varón y sirviéndose de espías, descubrió su paradero y allí los buscó y mató y, cortándoles las cabezas, las trajo a Salamanca y las puso en la iglesia sobre el sepulcro de sus dos hijos. Al fin se amansó y lavó con lágrimas de arrepentimiento su venganza. Pero la consecuencia de aquel suceso fue la división de Salamanca en dos bandos guerreros. Los apellidos de los Manzanos y Monroyes se hicieron bandera de discordia y turbulencia.

> «Todo es armas, todo espantos,
> afrentas, voces, injurias,
> venganzas, asombros, furias,
> heridas, muertes y llantos».

Dice un poeta describiendo aquella situación.

En el convento de San Agustín se comentaban con pena los sucesos de la ciudad, abrasada de odios. Sobre todo a fray Juan le daban pena tantos pecados, tanto desorden y miseria pública.

Había que purificar la ciudad con lágrimas, oraciones, penitencias y palabras de fuego. Y se decidió a levantar la voz y dar la batalla del amor, lanzándose a la calle a predicar la paz. Como predicador era ameno, dulce y persuasivo. «Vamos a oír al fraile gracioso», decían las gentes embelesadas. Pero sabía también sacar los registros pavorosos de la elocuencia. Arrullaba y tronaba a la vez. Y comenzó su apostolado pacífico predicando en las iglesias y en las calles. Se metía por las casas, hablaba a las personas de más influencia, amenazaba a los más turbulentos, cantaba la bienaventuranza de la paz y de los pacíficos. A veces todo el día gastaba en su trabajo, sin acordarse de volver a casa a tomar los alimentos.

Era una misión peligrosa y dura, en que tuvo que oír muchos insultos y palabrotas sucias y padecer persecución por la verdad. Dos atrevidos mozos, instigados por uno de los más turbulentos caballeros de la ciudad, quisieron una vez apalearle, pero, llegada la hora, se quedaron con las manos yertas y alzadas, temblando de pavor.

A la postre, fray Juan cosechó el fruto de su siembra, mereciendo la bienaventuranza de los hombres pacíficos. En 1476 los dos bandos contrarios con juramento se perdonaron y abrazaron en testimonio de concordia. Unos veintidós apellidos ilustres —los Maldonados, Anayas, Acebedos, Nietos, Arias, Enríquez, etc.— firmaron un documento público, «deseando el bien e paz e sosiego de esta ciudad, e por quitar escándalos, ruidos e peleas e otros males e daños dentre nosotros, e por nos ayudar a faser buenas obras unos a otros, queremos y prometemos de ser todos de una parentela e verdadera amistad e conformidad e unión». Todavía la *Casa y la plaza de la Concordia* de Salamanca recuerdan este hecho social importante, en que tuvo tanta parte el humilde fraile agustino.

Fray Juan fue un predicador libérrimo y sincero, perseguido por la verdad y la justicia. En un sermón predicado en Alba de Tormes habló con tanto rigor contra los señores que tenían vasallos, que sus palabras se tomaron como una descortesía contra los nobles. Pero el valiente fraile respondió a las quejas del duque: «Sepa vuestra señoría que al predicador conviene hablar la verdad y morir por ella, e reprender los vicios y ensalzar las

virtudes». Por la misma libertad evangélica fue arrojado de la villa de Ledesma, donde cantó verdades muy claras a los nobles que maltrataban a los colonos y dependientes. Afrontó también serenamente los agravios y maledicencia de las mujeres elegantes, por haber reprendido su liviandad en el vestir.

Aunque la Orden le ocupó en algunos cargos como el de prior y consejero provincial varias veces, no por eso dejó sus obras de celo y misericordia. Los huérfanos, los enfermos de las casas y hospitales, las viudas le tuvieron por su bienhechor. Miró con particular lástima a las mujeres extraviadas, y con sus sermones en la iglesia de San Lázaro logró el cambio de muchas, a las que recogió y mantuvo con sus socorros hasta conseguirles un estado decoroso, porque para él la pureza de las costumbres era la sal de las ciudades.

Los milagros dieron auge a su autoridad y fuerza a su palabra.

Libró de la peste a su pueblo y curó a muchos enfermos. Todavía una lápida e inscripción de la calle llamada del Pozo Amarillo recuerda un famoso milagro con que salvó la vida a un niño que en él se cayó. La madre comenzó con gritos a pedir socorro, sin que nadie la oyera, cuando se presentó el bendito fraile. La llevó al brocal del pozo y sin titubear fray Juan alargó la correa hacia lo hondo de él, y al punto el agua subió, trayendo en la superficie al niño, el cual, asido de la correa, salió libre y sano. Arremolinóse la gente gritando: «¡Milagro, milagro!», y el buen fraile, para huir de las aclamaciones de la multitud, echó a correr hacia la inmediata plaza de la Verdura y, tomando allí una banasta de pescado que estaba vacía, se la puso en la cabeza en la forma que acostumbran los muchachos para jugar al toro, y, corriendo, comenzó a gritar: «¡Al loco, al loco!». Toda la chiquillería se fue detrás de él con grande algazara y diversión. Así el milagro acabó en una fiesta y algarabía increíble.

Fray Juan no se hizo viejo, pues el 11 de junio de 1479, a los cuarenta y nueve años, murió en el convento de San Agustín, sospechándose que acabó sus días envenenado. Una despechada mujer a la que privó de la compañía de su amante, traído a buen camino con una plática que pronunció el año 1479 en la iglesia de San Blas, juró venganza contra él. «Yo haré que no

acabes el año», dijo la irritada hembra. «Y así fue que murió secándose todo, con señales que todos afirmaron que le habían dado veneno con que muriese».

Premió su muerte el Señor con la pena y el regocijo general de Salamanca, enviando una copiosa lluvia a los campos, después de muchas rogativas a las que se había asociado el bendito enfermo. Fue sepultado debajo del coro del convento de San Agustín, y pronto su sepulcro fue centro de devoción y de milagros. «Después de la muerte de este santo religioso excede de doscientos el número de los milagros que fueron vistos ante su sepulcro», dice el Beato Alonso de Orozco, testigo de algunos. Fue beatificado en 1601 por Clemente VIII y canonizado el 15 de julio de 1691 por Inocencio XII, con grandes festejos cívicos y religiosos en Salamanca y otras partes. La misma ciudad costeó en 1692 una urna de plata primorosamente cincelada para guardar los restos del santo, los cuales, después de varias traslaciones, se colocaron en el año 1835 en la catedral, donde se veneran todavía en el altar mayor al lado del Evangelio, así como en el lado de la epístola otra urna similar contiene algunas reliquias de Santo Tomás de Villanueva.

Salamanca honra a San Juan de Sahagún como su patrón especial y la España eucarística le cuenta entre sus extáticos adoradores del divino sacramento. Su lentitud en la celebración de la misa se debía a sus visiones. Dios le hablaba y se le manifestaba en la Santa Hostia. Por eso fue tan extremadamente celoso de la pureza interior. Antes de celebrar solía confesarse siempre, aunque algunos sacerdotes le acusaron de ello; pero él se mantuvo en su costumbre, porque admiraba, adoraba y amaba el candor de la Hostia santa, de la Hostia pura, de la Hostia inmaculada de nuestros altares.

VICTORINO CAPÁNAGA, ORSA

Bibliografía

Act. SS. Boll., 12 de junio. Trad. en latín de la *Vida*, de JUAN DE SEVILLA.

ALFONSO DE OROZCO, SAN, *Vida...*, reproducida en M. VIDAL, *Agustinos de Salamanca. Historia del observantissimo convento de San Agustín NP de dicha ciudad*, I (Salamanca 1751).

ANTOLINEZ, A., OSA, *Vida de S. Ioan de Sahagún, de la Orden de S. Agustín. N.P.* (Salamanca 1605).

CAMARA Y CASTRO, T., *Vida de San Juan de Sahagún, del Orden de San Agustín, patrono de Salamanca* (Salamanca 1891).
CHEVALIER, U., «Jean de Sahagún», en F W BAUTZ (ed.), *Biographisch-bibliographisches Kirchenlexikon*. III: *Jedin, Hubert bis Kleinschmidt, Beda* (Herzberg 1992).
ROBINE, N., *La vie de Saint Jean Gonçalez de Sahagún, ou de saint Facond, religieux de l'ordre de Saint Augustin* (París 1692).
• Actualización:
GARCIA ABAD, A., *San Juan de Sahagún. Fenómeno social del siglo XV* (León 1994)
GONZALEZ DAVILA, G., *Vida del gloriosísimo patrón de esta ciudad de Salamanca, San Juan de Sahagún de la orden de San Agustín* (Salamanca 1973)
LOPEZ, F , *Vida y milagros de San Juan de Sahagún, patrono principal de Salamanca* (Salamanca 1979).
LUNA GARCIA, P., *San Juan de Sahagún, ángel de la paz* (Madrid 1998).

SANTA MARÍA ROSA DE LOS DOLORES MOLAS

Virgen y fundadora († 1876)

«En el Calvario, a los pies de Jesús, se halla todo consuelo y alivio». Consuelo para Cristo, que sufre la noche de su Pasión, cuando, pasada la medianoche del Jueves al Viernes Santo de 1815, nace Rosa Francisca María de los Dolores, como un capullo abierto al contacto con el rocío de la sangre preciosa de Jesús agonizante. Consuelo para los hombres, para los más pobres y necesitados, a cuyos corazones llevará ella el bálsamo del amor de Dios.

Es el 24 de marzo. Al ver que peligra su salud, José Molas y María Vallvé deciden ese mismo día bautizar a su pequeña hija. «Doloretes» se la llamará en casa desde ahora, quizá por la devoción de su padre a la Virgen de los Dolores de la Prioral de San Pedro, adonde se le ve encaminarse con su hija de la mano. Otras veces, a la Virgen de la Misericordia, Patrona de Reus, donde vive la familia, ante la que pasan largos ratos. La niña contempla en silencio cómo las lágrimas surcan el duro rostro de aquel artesano con la mirada fija en la Señora. También ella mira el rostro de la Virgen: llora, ¿por qué llora? Y en su corazón infantil nace el deseo de consolar a María...

Es el encanto de sus padres por su carácter abierto y gracioso. Tiene un hermanito, José, y otros dos, fruto del primer matrimonio de su madre. Ya desde pequeña, sin pretenderlo, empiezan a sobresalir en ella dotes de organización y gobierno: dirige a las demás niñas en los juegos, que se desarrollan en un ambiente de piedad y orden, merced a la educación que está re-

cibiendo de sus cristianos padres. Practica la caridad con los más necesitados: aquel pobre que pasa a su lado, la ancianita de enfrente, a la que lleva a escondidas todo lo que puede... La mamá se lo prohíbe: «¿Qué sabes tú quién es esa señora?»; y por primera vez en su corazón infantil surge la pregunta: ¿qué es antes, la obediencia a mamá o la caridad? Dios, que instruye con su luz el corazón que busca la verdad, le hace ver que su voluntad se manifiesta en la obediencia a sus representantes, a mamá en este caso. Pero crecen las olas de la caridad en ese pequeño corazón enamorado de Jesús.

Doloretes crece: crece su amor por la Eucaristía, y arde en deseos de que Jesús venga a su pecho. Todo el día es corto para estudiar el catecismo, que «sabe de corrido», por lo que el párroco le concede permiso para recibir la primera comunión a los 10 años, dos antes de lo permitido. Pero a partir de ese día, le asalta una noche oscura que la acompañará toda la vida: duda si tiene la necesaria preparación para recibir a Jesús sacramentado, y se considera indigna de amarle. El resplandor de la luz divina que acaba de entrar en su corazón posesionándose de él, ha cegado su alma. No importa: Le buscará a través de las tinieblas de la fe.

Siempre había abrigado el deseo de consagrarse al único amor. Ahora, a sus 16 años, cree llegado el momento, y decide hablar a su padre. Contra lo que esperaba, don José se niega, y le prohíbe hablar más de ello. Así, de un golpe, la figura de su padre como modelo de fe cae por tierra, y se levanta un muro que pondrá fin a esa confianza que siempre había existido entre los dos. Su alma se sume en la más profunda soledad, pero no lo utiliza como una escapatoria para encerrarse en sí misma: durante diez años largos se entregará alegre al cuidado del hogar, y de los más pobres y desvalidos, viendo en ello la adorable voluntad de Dios.

Dolores tiene ya 26 años. No puede contener por más tiempo esos deseos que, como un mar en crecida, le demandan su entrega total. Lo consulta: ya no es necesaria a su padre. Y un día, como si nada, sale de casa para ingresar en el hospital que las Hijas de la Caridad tienen en Reus. Es el 6 de enero de 1841. Al día siguiente viste el hábito de las Paúlas, llamándose desde ahora sor María Rosa. Salta de gozo el corazón de esta joven, en

la que la comunidad intuye un mundo de promesas. Se lanza al trabajo más duro, sin reservarse nada, viendo en los enfermos el rostro de Jesús doliente, a quien ella quiere consolar.

La situación política del país está enrarecida, y se hace notar en el tipo de enfermos que van llegando al hospital; hay tensiones políticas, encono anticlerical, ambición económica. La novicia se multiplica con su abnegación habitual: el trabajo es sólo expresión de ese amor interno que la consume. Es la delicia de los enfermos en sus turnos de vela: «Esta noche sí que vamos a estar bien, porque vela la sor M.ª Rosa».

Poco después de su profesión, es enviada a levantar la «Casa de caridad» de Reus, en un estado lamentable. Allí organiza el trabajo para todos: niños, ancianos, minusválidos. Y nace en ellos la felicidad perdida al sentirse útiles y ver que alguien los necesita. En unos días la «Casa» parece otra: los suelos relucientes, la ropa limpia y todo en orden. Es también maestra en el colegio de señoritas, haciendo con las niñas una intensa labor de formación material y espiritual. Se gana su confianza. Ella es para todos, pero su corazón lo reserva sólo para Dios.

> «No era de las que esperaba el día de mañana para hacer el bien —dice su confesor—, pues que un instante sabía importa una eternidad».

Pero el trabajo es agotador, y su frágil salud se resiente: continuas jaquecas y una disentería fuerte durante un año la debilitan. Tiene que dejar ayunos y penitencias, y pasa las noches en vela. Arrecian los escrúpulos al pensar que no es fiel: le cuesta comprender que Dios quiere de ella sólo su abandono confiado. Sufre la más espantosa noche interior: se siente la más ruin de todas, piensa que sus faltas son infidelidades al amor de Dios, del que se considera indigna, y emergen las espinas de los escrúpulos, que van engarzando en su corona las perlas de la mansedumbre y humildad. Su mirada de fe le hace ver a través de todo la disposición divina. Tiene para con su superiora la apertura más sincera. Sor Estivill, mujer demasiado activa y autoritaria, conoce bien a M.ª Rosa; deposita gran confianza en ella, lo que acarrea a la joven religiosa envidias y pequeños celos de sus hermanas. Ella se da cuenta y sufre en silencio; su espíritu vuela libre a posarse en el corazón de su Dios, fuente y ma-

nantial de toda obra buena. Pero no siempre sale ilesa: «Tropezaba de vez en cuando», nos dice su confesor, pero llora sus faltas, que le sirven de trampolín para sumergirse más de lleno en el océano de la caridad.

Una mañana llega al Hospital un aviso del Ayuntamiento de Tortosa: pide a las hermanas se hagan cargo de la Casa de Misericordia del arrabal del Jesús, ante el deplorable estado en que se encuentra. Se piensa en M.ª Rosa. A los pocos días sale de Reus en dirección a Tortosa con cuatro hermanas. El coche de caballos cubre los 70 kilómetros de distancia, mientras ella va recordando a sus enfermos de Reus, pero sin nostalgia. Ahora son otros rostros, pero el mismo Dios quien alienta en sus almas. M.ª Rosa se lanza a la tarea desde el primer momento. Tras una mirada rápida, percibe el desorden e inmundicia que reina en la casa. El recelo y desconfianza de los asilados ante las recién llegadas, va cediendo ante el cariño y la sonrisa de las hermanas, a la vez que prende en sus corazones el fuego del amor de Dios. Esto es lo que pretende M.ª Rosa, sorda a los halagos del Ayuntamiento ante el éxito de la empresa: ella sabe, como Juan de la Cruz, que «el que con puro amor obra por Dios, no solamente no se le da nada de que lo sepan los hombres, pero ni lo hace porque lo sepa el mismo Dios...». Organiza la formación, la frecuencia de sacramentos en la Casa, el rezo comunitario con los asilados... Comienza una tarea de seguimiento personal de cada uno; se sienten amados de la madre M.ª Rosa, que los escucha como si sólo su problema le interesara. Defiende los derechos de sus pobres ante el Ayuntamiento. Ante la decisión municipal de expropiar el huerto de la Casa de Misericordia hace gestiones, y consigue que la Casa siga gozando de sus espacios verdes para que los ancianos paseen, los niños jueguen, puedan cultivar las verduras y hortalizas que constituyen su sustento, y todos alaben al Señor, dador de todo bien.

Por otro lado, le hace sufrir la situación de las niñas del barrio y arrabales vecinos, no escolarizadas, que, por no tener nada que hacer, con frecuencia adquieren vicios y malas costumbres. Decide abrir para ellas una escuela en la Casa de Misericordia. Llegan tantas alumnas que no se pueden admitir más por falta de espacio material.

Ante la labor de M.ª Rosa, las autoridades le proponen dirigir una escuela pública para niñas. Lo comunica a sor Estivill, a quien acude en todo, pues sabe que nada le saldrá bien si no lo consulta, y son enviadas cuatro hermanas desde Reus. Crecen las responsabilidades de M.ª Rosa, ahora con dos comunidades y dos obras apostólicas a su cargo. Pero la caridad no conoce el cansancio, y asume con alegría la nueva tarea. La escuela se inaugura el día de San José de 1851.

El año siguiente se hacen cargo del Hospital de la Santa Cruz de la ciudad, que se encuentra en muy malas condiciones en cuanto a higiene y asistencia. La labor de M.ª Rosa y las hermanas en Tortosa ha sido el rayo de sol que ha llenado de luz corazones sumidos en la tiniebla, llevándoles calor y alegría.

Sor Estivill pide a M.ª Rosa saque el título de maestra; ésta lo ve lógico por su cargo de directora-administradora de la escuela, pero le resulta extraño que tenga que realizarlo en el más absoluto secreto. ¿Cómo hacerlo? Encuentra la solución: busca un auxiliar que la ayude en la administración, a la vez que le dará las explicaciones necesarias a las materias de estudio; así nadie podrá sospechar. Pero pronto comienzan los rumores y las críticas: tantas horas juntos, ¿qué pasa entre el administrador y la madre? M.ª Rosa sufre, más cuanto que las murmuraciones vienen a veces de sus mismas hermanas. Su fama no le importa, pero le es doloroso que éstas abriguen contra ella sentimientos tan bajos. En 1852 saca por fin su título de Magisterio.

M.ª Rosa sigue sospechando: las órdenes de sor Estivill son a veces extrañas. Ya se le había comunicado el cambio de hábito... Pronto descubre la verdad: la comunidad de Reus está desvinculada de las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl y de los PP. Paúles, y no está bajo la jurisdicción de autoridad eclesiástica alguna: sor Estivill es autoridad única, independiente en su pensar y proceder. ¡Doloroso descubrimiento para M.ª Rosa! Como antaño cayera de repente la imagen de su padre, así ahora la de esta mujer que ha sido para ella confidente, amiga, guía y madre, además de superiora, con quien la unía una estrecha relación de confianza. Se siente más sola que nunca. Intenta el diálogo, pero todo resulta inútil ante la obstinación de sor Estivill en su idea de independencia.

Pasa horas ante el Santísimo pidiendo luz. Su alma grande se arroja confiada en los brazos de su Padre Dios: él irá diciendo. M.ª Rosa y las hermanas que han querido seguirla presentan, el 14 de marzo de 1857, una solicitud a la Iglesia de Tortosa en la persona de su vicario capitular y gobernador eclesiástico, puesto que entonces la diócesis es sede vacante. También acuden al Ayuntamiento en reconocimiento de su nueva situación. A los pocos días llegan afirmativas ambas respuestas. «¡Al fin, Señor, hija de la Iglesia!». El vicario da a M.ª Rosa el título de superiora de las tres comunidades de Tortosa, y al día siguiente va a la Misericordia de Jesús a recibir los votos de las hermanas. Gozo y acción de gracias en el alma de todas.

Enseguida piensan nombres para la naciente congregación: «consolar» es su carisma, consolar a Dios de la ingratitud de los hombres, consolar las almas redimidas por Cristo... Se llamarán Hermanas de la Consolación. El alma de M.ª Rosa derrama gotas de sangre por el dolor de la separación, pero siente el gozo inmenso de saberse ya dentro de su madre la Iglesia.

No rompe con el pasado: hay una continuidad en cuanto a la forma de vida y espiritualidad, porque nada ha cambiado excepto su status jurídico. Ahora hay que dar forma y consolidar esa obra que Dios está haciendo surgir: noviciado, legislación, hábito, para evitar confusiones... Llegan las primeras novicias, fruto de la bendición divina ante la fidelidad de la madre. Pero M.ª Rosa sabe discernir. Despide a una postulante por pegar a un niño, mientras le dice: «No puede ser Hermana de la Consolación». O cuando, con firmeza dolorida, niega la vuelta a la Congregación a quienes la han abandonado.

Pronto reclaman a las hermanas desde Castellón para atender un Hospital. La petición se hace por medio del obispado, lo que constituye una felicidad para M.ª Rosa que, por primera vez, se ve requerida por la Iglesia para prestar un servicio a los más necesitados. Al año siguiente se hacen cargo de una Casa de Misericordia en la misma ciudad. Su entrega es incondicional: las hermanas se multiplican para colaborar con el Ayuntamiento en el envío de material sanitario a las tropas que están librando la campaña de África, bajo el mando de O'Donnell y Prim.

Es ahora cuando Dios pone en su camino a quien va a atender la obra y confortar a su fundadora: el obispo de la diócesis, don Benito Vilamitjana. Pronto se establece entre ambos una corriente de confianza, infundiendo en la comunidad aliento en momentos de prueba:

> «No hay motivo para acobardarnos. Somos probados y, si somos fieles, la prueba terminará en triunfo, y después de esto vendrá la corona. No se escandalicen si hay defecciones. Cuando el viento sacude los árboles, los frutos agusanados caen al suelo».

La congregación continúa su expansión fecunda: quiere llegar al corazón de cada hombre, para prender en él una chispa del amor divino que la consume. «Evangelizar no es gloria para mí, sino necesidad, y ¡ay de mí si no evangelizare!» (1 Cor 9,16). Fundaciones en Ulldecona, Mora del Ebro, Burriana, Vinaroz... hasta la benjamina, un colegio en Benicarló, cuatro meses antes de su muerte. No traspasó en vida las fronteras de Tortosa y Castellón, porque es reclamada en su diócesis para estar presente en todas las parroquias; pero el impulso misionero que alienta dentro de ella, lo legará a su congregación. El campo de trabajo que se abre ante sus ojos es vastísimo, a la vez que escasean las hermanas con título académico. El Inspector de Enseñanza de Tarragona recomienda a la madre acudir a Isabel II, rogándole «autorice con su real asentimiento que las hermanas de la Congregación de la Consolación puedan abrir sus escuelas privadas, aunque carezcan de títulos profesionales». Llega la respuesta afirmativa: se lanzan a velas desplegadas al mar de la enseñanza.

Pero la escuela de Tortosa fue, desde sus comienzos, motivo de preocupación y lucha para M.ª Rosa. Para asegurarla había sacado el título de maestra, y por su cargo de directora se había acarreado ciertas envidias. La situación política de su tiempo es muy inestable, y el Ayuntamiento tortosino, que tanto antes la había ayudado y loado su labor, comienza a poner inconvenientes, haciendo imposible ya la permanencia de las hermanas en la escuela pública, que abandonan para abrir un colegio privado de la congregación. Estaba claro: los planes anticatólicos de 1868 querían llevar la educación por derroteros laicistas. Todo lo que sonara a Iglesia sobraba y, por tanto, las hermanas. La re-

volución no sólo se hizo notar en Tortosa; también sus hijas de Ulldecona y Vinaroz son perseguidas. M.ª Rosa salva todas las dificultades: su alma grande y su deseo de llegar al corazón del hombre es más fuerte, y defiende ante las autoridades la estructura de sus obras apostólicas como medio de que Dios sea conocido y amado.

Mientras el ambiente está alborotado, el alma de M.ª Rosa es un lago en calma: el silencio y la oración son el consuelo de su alma siempre atenta, como la Virgen, a escuchar la voz de Dios, y generosa para lo que él le pida. Enseña a sus hijas con la vida: su testimonio es la mayor lección. «Sea la primera en humillarse», porque ella así lo practicaba. «Haga todas las cosas sólo por dar gusto a Dios». Si en alguna ocasión, siendo superiora, se olvidan de servirle la comida, ella calla, sintiéndose dichosa de poder carecer de algo por Jesús.

Atiende personalmente a cada una de sus hijas. En los capítulos comunitarios se transparenta su vivencia interior, su grandeza de espíritu, consecuencia del continuo trato con Dios. Exhorta con dulzura y caridad, pero también con energía cuando es necesario. Decía: «Tenemos una ley para vivirla», porque para ella no era algo frío, sino la manifestación del amor que tributaba a su Señor: su voluntad manifestada. Cuando en 1858 son aprobados sus estatutos por la autoridad eclesiástica, no cabe la madre en sí de gozo: ya puede cantar su *nunc dimittis.* Pero aún le quedará tiempo para consolar a sus pobres. Tras diez años de experiencia, en 1868, son revisados los estatutos con la ayuda de su gran protector, el obispo Vilamitjana. Pocos días antes, dirige una circular a sus comunidades:

> «Fuerza es que nos esmeremos unánimes en corresponder a tan preclaro regalo del cielo, permaneciendo fieles a los votos que delante de Dios y de los ángeles hemos pronunciado, privándonos de los bienes y cosas materiales por la santa pobreza, de las personas y afectos terrenos por la santa pureza, y de nuestras inclinaciones y hasta de nosotras mismas por la santa obediencia».
>
> «Las Hermanas de la Consolación tienen por monasterios los establecimientos de los pobres, por clausura la obediencia, por rejas el temor de Dios y, últimamente, por velo la santa modestia».
>
> «Nuestro fin es amar, honrar y hacer conocer y venerar a Nuestro Señor Jesucristo, sirviéndole corporal y espiritualmente en la persona de los pobres, enfermos, niños, encarcelados y otros cualesquiera necesitados».

Al final de la noche, cuando todo calla, M.ª Rosa vela; vela a sus enfermos prodigándoles toda clase de cuidados; o para acabar tareas a las que no han podido llegar las hermanas. En las noches que tiene libres para descansar, se la ve encaminarse por los corredores del convento hacia una tribunita de la capilla donde su Esposo la espera para tener Sus delicias con su alma enamorada. Y allí da rienda suelta a los afectos del corazón. «En el Calvario, a los pies de Jesús...», de su Jesús sacramentado, en un trato continuo de amor. Anhelando la Comunión del día siguiente. Consultando a Jesús asuntos importantes de la congregación. Pidiendo paz para la pobre España.

Las vigilias de Jueves Santo y Navidad, las pasa en vela acompañada de las hermanas. Cuando al final de sus días no pueda ya asistir, gustará de que las celebren sus hijas, con las que ella se siente unida.

La débil salud de M.ª Rosa se resquebraja cada día más. Padece un ahogo continuo que le impide dormir, pasando las noches en vela en una especie de silloncito, contenta de poder sufrir algo por Quien todo lo dio por ella, olvidada de sí. «A mí todo me sobra, y cuántos pobrecitos hay sin amparo ni consuelo». Pero a pesar de las noches interminables, el día siguiente aparece contenta y animosa para continuar con las mil ocupaciones de la congregación. Así hasta cuatro meses antes de su muerte.

En 1870, el Ayuntamiento de Tortosa, que acaba de conseguir que las Hermanas dejen la Escuela pública de la ciudad y ha sido el origen de una persecución de falsas acusaciones contra ellas, acude de nuevo a M.ª Rosa pidiendo su ayuda para prevenir la fiebre amarilla que está causando estragos en Barcelona. La madre consulta a las hermanas y acepta. Ella no guarda rencores, ni en su corazón anida el menor resentimiento. «Si es preciso, hasta morir víctimas de la caridad».

Pero una caridad basada en la justicia. Como cuando, recién profesa en la Comunidad de Reus, pedía de puerta en puerta el pago retrasado debido al trabajo de las hermanas; ahora reclama a las autoridades las mensualidades de las amas de lactancia de la Casa de Misericordia; y acude al administrador del Hospital de Castellón defendiendo los derechos de las hermanas y su permanencia en el hospital.

En plena guerra carlista, una noche tiene que desalojar a todos los enfermos y asilados ante el aviso de un bombardeo inminente. Acalla el alboroto reinante en un principio, y tranquiliza los ánimos. Pone en juego sus dotes de gobierno ante la confusión y el pánico de todos; y el desalojo se produce sin el menor altercado.

Un día la madre M.ª Rosa sufre una grave congestión cerebral que hace temer por su vida. Pero se recupera. No obstante, va en aumento la hinchazón de las piernas ulceradas. Tiene 61 años: es el declive de una vida que M.ª Rosa ha desgastado más aprisa de lo normal. No piensa en sí misma; sólo lamenta no poder ayudar a sus hermanas en el trabajo ni seguir la vida comunitaria. Se siente pobre internamente, la menor de todas... Dios está acrisolando su alma para obrar la transformación definitiva.

Un jueves por la noche se ve sorprendida por agudos dolores de vientre, con un temblor general muy violento. La enfermera llama rápidamente a la comunidad. Acude el confesor. Por la mañana llega el médico, que califica la situación de irreversible. La muerte está cercana. Corre la noticia por la Misericordia y las demás Casas: las lágrimas afloran a los ojos de niños y ancianos... Sólo M.ª Rosa se mantiene serena en medio de su dolor.

El viernes por la mañana le es administrado el viático con toda solemnidad. Todos callan a su alrededor, ante el misterio del corazón de la madre, que no quiere dramatizar el momento y, olvidada por completo de sí, consuela y anima a sus hijas, incluso contando algún chiste. Consuela... hasta el final. Pero a partir de ahora, ya parece más del cielo que de la tierra.

El sábado, a las 6 de la tarde, recibe la extremaunción. Pide permiso a su confesor... hasta para morir: «¡Déjeme marchar!». «Cúmplase la santísima Voluntad de Dios», fue la respuesta del padre León, conmovido.

Pasa tranquila todo el domingo. Ve cercano a su Esposo, que viene ya a arrebatar la joya preciosa de su alma. A las doce menos cuarto de la noche, ansiosa de abismarse para siempre en el seno de la Santísima Trinidad, cuya fiesta celebra ese día la Iglesia, le entrega su alma hermosísima. Es el 11 de junio de 1876.

Cuando profundas noches oscuras cercaban su alma, pensando que no era fiel a Dios, había temido su muerte como un final «poco tranquilo y edificante». Pero fue un dulce despertar a ese Dios a quien se había entregado sin reserva.

Le vistieron hábito nuevo, corona en la cabeza, palma entre las manos, símbolos del martirio virginal, sereno y gozoso, que ha vivido día a día M.ª Rosa.

Sus hijas, los asilados, las autoridades, gentes de todas clases, pasan a darle el último adiós: los pobres se sienten los presidentes del duelo, y con razón, pues se sabían los más queridos de la madre.

A las seis y media de la tarde trasladan el cuerpo de M.ª Rosa al cementerio del Jesús, donde al día siguiente es depositado en un pequeño nicho, pobre, como ella se sentía, pero del que empezó a expandirse la fragancia de su testimonio y espiritualidad, perfumando su presencia los cinco continentes, en la persona de sus hijas y en el carisma legado a su congregación: «Consolad, consolad a mi pueblo, dice vuestro Dios, hablad al corazón de Jerusalén, gritadle» (Is 40,1).

El papa Pablo VI, que la beatificó el 8 de mayo de 1977, la llamó *maestra en humanidad,* porque «vivió el desafío humanizador de la civilización del amor». Juan Pablo II, al canonizarla en 1988, dijo de la madre M.ª Rosa:

> «Consolaba sosteniendo la esperanza de los pobres, defendiendo su vida y sus derechos, curando heridas del cuerpo y del alma; consolaba luchando por la justicia, construyendo la paz, promoviendo a la mujer; consolaba con humildad, con mansedumbre, con bondad y misericordia; consolaba con la libertad de los hijos de Dios que nada temen. La existencia de esta mujer impregnada de caridad, totalmente entregada al prójimo, es un anuncio profético de la misericordia y la consolación de Dios».

ALBERTO JOSÉ GONZÁLEZ CHAVES

Bibliografía

LEÓN TOMAS, S., *Instrumento de misericordia y de consolación. Compendio de la vida de la Beata María Rosa Molas y Vallvé* (Roma 1977).

JAVIERRE, J. M.ª, *María Rosa Molas, mujer misericordiosa* (Madrid 1975).

CURI, M., *María Rosa, o don de consolar* (São Paulo 1979).

ROSILLO, M.ª T., *Por dentro* (Zaragoza 1989).

CASAUS CASCÁN, M.ª E., *Historia de las Hermanas de Nuestra Señora de la Consolación*, 9 vols. (Madrid 1985-1993), esp. I: *María Rosa Molas, dimensión humana.* II: *María Rosa Molas, su perfil espiritual.* III: *La fundación.* IV: *María Rosa Molas, gobierno y fundaciones.*

SANTA PAULA FRASSINETTI

Virgen y fundadora († 1882)

El 11 de marzo de 1984, primer domingo de Cuaresma, canonizaba Juan Pablo II a Paula Frassinetti. Y lo hacía proclamando con fuerza que «los santos son el fruto maduro de la redención de Cristo». Paula Frassinetti, añadía, es, en efecto, un espléndido fruto de la redención, siempre operativa en la Iglesia.

Tercera hija de Juan Bautista y de Ángela Vitale, nació en Génova el 3 de marzo de 1809. La bautizaron el mismo día de su nacimiento y la ofrecieron sus padres a la Virgen María. Se le impusieron los nombres de Paula, Ángela y María. Los primeros rudimentos de las letras se los enseñó su propio padre, temeroso de que la chiquilla fuera a perder la inocencia en la escuela pública. Cuando contaba nueve años murió su madre. Tuvo que ocuparse de ella y de sus otros hermanos una señora que, a su vez, murió en 1821. Desde entonces, sobre Paula, a sus 12 años, caen todos los cuidados del hogar, teniendo que atender a su padre y hermanos.

El mayor de éstos, José, se ordenó de sacerdote en 1827. Se le asignó la parroquia de Quinto, no lejos de Génova. Preocupado por la salud de la hermana, y temiendo que se pusiera tísica, convenció a su padre para que la dejara ir con él y pudiera gozar así de aires más sanos.

En la parroquia «el alma de la joven comenzó a iluminarse y fue naciendo en ella un gran ideal»: el de consagrarse a la educación de las niñas. Su hermano José pensaba también en la educación de las niñas más pobres de la parroquia y puso al frente de un grupo de ellas a Paula.

Yendo a más aquel pequeño grupo, el 12 de agosto de 1834, día de Santa Clara, dio comienzo en Génova-Quinto al «Instituto Religioso de las Hijas de Santa Fe», que tenía como objetivo

propagar las verdades reveladas, a través de la catequesis que impartían en las parroquias.

Más adelante, en 1838, entró en comunicación con el sacerdote don Lucas Passi de Bérgamo que había dado inicio a un Instituto muy parecido al suyo y así la santa cambió el nombre primitivo llamando a su obra «Hermanas de Santa Dorotea». Por consejo insistente de algunos sacerdotes —el mencionado don Passi, mons. Teloni y el jesuita padre Costa— se dirigió a Roma con su hermano José y dos novicias para pedir al papa Gregorio XVI la aprobación de las constituciones del Instituto. En Roma amplió sus horizontes fundacionales. Instaladas en la Ciudad Eterna, ya en 1842 comenzó a funcionar un convictorio para muchachas jóvenes, una escuela popular y un noviciado junto a Santa María Mayor.

La fundadora se movía de Roma a Génova, de Génova a Roma y a otros puntos para animar, esforzar y consolar a sus hijas y poner en marcha nuevas fundaciones.

> «Aprobado el Instituto por la Santa Sede en 1863, las hermanas, como un gran enjambre, pasaron a Brasil, Portugal y sus colonias, a la isla de Malta y a otros muchos puntos de Europa y de América Latina».

En todo este desarrollo de su obra no podían faltar dificultades, y no pequeñas. El Papa al canonizarla puntualizaba muy bien:

> «No faltaron a la santa tormentos interiores y los de la persecución: calumnias, infamias, insultos, burlas y vejaciones. Pero ella supo soportarlo todo con fortaleza cristiana, convencida de que de la misma manera que el terreno tiene necesidad de lluvias fecundantes, así también su naciente instituto debía ser bañado por sus lágrimas. No se arredraba por nada y solía decir: "¡Ah, cualquier castigo, pero que no se me quite la cruz!"».

La voluntad de Dios era su norte y la estimaba como la piedra preciosa más grande. Se la oía decir con frecuencia: «¡Voluntad de Dios, mi paraíso!», y le daba carta blanca a Dios. Le sucedió que alguna de sus religiosas no hacía más que desear la muerte; ella, con gracia y verdad, le decía: «Como no persuadí al Señor acerca del día de mi nacimiento, no quiero tampoco sugerirle cuándo me ha de sacar de esta vida». En medio de las

más grandes contradicciones y pruebas que tuvo que soportar, se la oía decir:

> «Nos preparamos la cruz nosotros mismos cuando no obedecemos a la voluntad de Dios: pues los planes del Señor son siempre santos. Por otra parte cuando nuestra voluntad va de acuerdo con la de Dios, no hay ninguna cruz que llevar: pues las líneas paralelas no configuran la cruz; pero cuando nuestra voluntad se atraviesa transversalmente con la de Dios, ya tenemos formada la imagen de la cruz, y no desaparecerá hasta que volvamos a la primera conformidad».

Como se recuerda en el decreto de canonización, le tocó vivir en Roma grandísimos acontecimientos: la muerte de Gregorio XVI, la elección de Pío IX; la definición del dogma de la Inmaculada Concepción, la celebración del Concilio Vaticano I; los mil tumultos de los enemigos de la Iglesia con ocasión de la sepultura de Pío IX, la elección de León XIII, etc. Aun siendo, como era, tan fogosa, supo encajar con mirada providencial los acontecimientos adversos, manifestando una entereza singular. Hizo un viaje a Portugal para establecer allí su congregación. Y en sus días la vio crecer admirablemente. Ella seguía pensando con toda humildad que su obra era una cosa insignificante. Y en algo así como un borrador de constituciones dejó escrito:

> «Entre otros muchos y grandes Institutos se encuentra también el Instituto de Santa Dorotea, del que el Señor se sirve con benignidad para suscitar en los padres cristianos el deseo de entregarse a la educación religiosa de sus hijas. Y esto han de tener muy presente nuestras Hermanas: que las niñas que se educan en nuestras casas serán el día de mañana las esposas y madres de familia y que de la mujer verdaderamente cristiana nacerá un bien inmenso para la sociedad».

Paula Frassinetti moría el 11 de junio de 1882 en Roma, en la casa de San Onofre a los pies del Janículo. Allí se conservan y veneran sus restos. Visitándola ya enferma, San Juan Bosco dijo a sus hijas: «A la corona de vuestra madre ya se le ha dado la última mano». León XIII, que tanto había favorecido a la fundadora y a su Instituto, a los pocos meses de la muerte de Paula, recibió a las hermanas de la congregación llegadas a Roma para elegir a la nueva superiora y sucesora de la madre. Las admitió en su capilla privada y allí les dijo la misa. Vino a decirles:

«Os he mandado llamar para resarciros de alguna manera de tan gran pérdida como habéis sufrido. Levantad el ánimo. Es seguro que vuestra Madre fundadora está ya en el paraíso. Vuestra santa Fundadora, de cuya muerte nos lamentamos, y cuyos méritos a favor de la Iglesia son inmensos, por la fundación de su Obra, creédmelo, ya ha recibido el premio. Vuestra madre es santa».

A pesar de esta declaración pontificia, se fueron siguiendo los trámites corrientes. Se hicieron los procesos correspondientes en Roma y en Génova. La causa se introdujo en 1906; los procesos apostólicos se hicieron entre 1907 y 1917. La declaración de la heroicidad de sus virtudes es de agosto de 1928. Finalmente, aprobados los dos milagros, Pío XI la beatificaba el 18 de junio de 1930 en una ceremonia solemnísima. Y en 1984 la canonizó Juan Pablo II.

¿Cuál es el mensaje de Santa Paula Frassinetti? Juan Pablo II lo presentaba así en la homilía de la canonización:

«El mensaje que brota de la vida sencilla pero profundamente devota de Santa Paula, toda pureza y pobreza, pero también rebosante de celo ardiente por las jóvenes marginadas de la sociedad, es una invitación a los verdaderos valores de la mujer, a la expresión de las más delicadas dotes femeninas, a la afirmación de la identidad y dignidad de la mujer que la Iglesia ha protegido y apoyado siempre para el incremento moral de la sociedad y para la venida del reino de Cristo [...] Deseo que dicho mensaje sirva de estímulo a las beneméritas hermanas doroteas para que continúen perfectamente llevando a todos los continentes, en los que se levantan sus casas, el espíritu y el celo de su santa fundadora».

JOSÉ VICENTE RODRÍGUEZ, OCD

Bibliografía

«Breve de beatificación»: *AAS* 22 (1930) 316-319.
«Bula de canonización»: *AAS* 77 (1985) 923-928.
DA LANGASCO, C., «Frassinetti, Paola», en *Bibliotheca sanctorum*. V: *Erizzo-Galdino* (Roma 1964) cols.1959-1960.
JUAN PABLO II, «Homilía en la canonización... (31-3-1984)»: *Ecclesia* (1984) n.2168, p.11-12.
PEZZO, A. DEL - REPETTO, F., «Frassinetti, Paola», en G. PELLICCIA - G. ROCCA (dirs.), *Dizionario degli Istituti di Perfezione*. IV: *Figlie di Santa Teresa-Intreccialagli* (Roma 1977) 588-590.

BEATA MARÍA DEL CORAZÓN DE JESÚS SCHININÀ

Virgen y fundadora († 1910)

María Schininà es una de las destacadas figuras que, en el momento en que la Iglesia tomaba renovada conciencia de su responsabilidad apostólica en orden a la después llamada «cuestión social», empeñó toda su vida en el heroico servicio a las personas y sectores más necesitados de su entorno. Tenía 47 años cuando en 1891 el papa León XIII promulgó la trascendental encíclica *Rerum novarum,* que puso las bases a la moderna doctrina social de la Iglesia, y acababa de fundar en Ragusa (Sicilia, Italia), en un ambiente muy marcado por el gran distanciamiento entre ricos y pobres, el Instituto del Sagrado Corazón de Jesús, aglutinador de las distintas «clases» sociales mediante el abnegado ejercicio de la caridad. El 17 de marzo de 1889 había suplicado a dicho pontífice que aprobara esta fundación y el 10 de junio de 1890 la había recibido personalmente en audiencia, otorgando su bendición apostólica al Instituto que acababa de iniciar.

María pertenecía a una familia noble y de sólida formación cristiana. Nació en Ragusa, en el palacio más destacado de la ciudad, el 10 de abril de 1844, quinta hija del matrimonio formado por Juan Bautista Schininà Cosentini, hijo de los marqueses de Sant'Elia y barones de San Filippo y del Monte, y por Rosalía Arezzo Grimaldi, de los duques de San Filippo delle Colonne. El apellido Schininà, que aparece por primera vez en 1500, era netamente ragusiano.

D. Juan Bautista y D.ª Rosalía se habían casado en Ragusa el 2 de enero de 1836, y de ellos nacieron ocho hijos: Francisca, Ángela, Manuel, Rafael, María, Ana, Vicente y Francisco. Todos fueron bautizados el mismo día en que vieron la luz, muy probablemente en el domicilio familiar. Dos de ellos, Ana y Francisco, murieron de niños. Otros dos, Rafael y Vicente, fueron padres de numerosa descendencia. Con quien más se relacionó María fue con Manuel, quien, casado con Elisa, por ser el mayor de los hijos varones permaneció junto al hogar de la familia, según la costumbre local.

El 2 de noviembre de 1850, cuando el arzobispo de Siracusa, mons. Miguel Manzo, se acercó en visita pastoral a Ragusa,

María, que había cumplido ya los 6 años de edad, recibió el sacramento de la confirmación. En 1851 hizo la primera comunión, precedida de su primera confesión con el sacerdote don Juan Boscarino, apostólico y virtuoso, que continuó ayudándola espiritualmente mientras vivió.

Como correspondía a su elevada situación social, desde los 4 a los 8 años acudió a la escuela privada de dos institutrices, las hermanas Capodicasa, bondadosas y de vida ejemplar, que cuidaron de su formación inicial, educándola para el ambiente noble en que había de desenvolverse. Después, el sacerdote don Vicente di Stefano, a quien tenían en casa como preceptor de la familia, le enseñó a leer y escribir. Recibió también una buena y prolongada educación musical, como correspondía a su rango.

María, igual que sus hermanos, respiró desde niña el aire de una familia que se distinguía por su antigua nobleza y por las buenas maneras, y también por un destacado sentido humanitario y religioso. El padre era un hombre muy piadoso, a quien gustaba que se rezara el rosario en la casa todas las tardes. Murió en 1865, cuando María contaba 21 años de edad. La madre había sido educada por las monjas benedictinas; tenía muy buena formación y era mujer muy virtuosa y amable. Respetaba mucho a sus hijos y todos aprendieron de ella las primeras lecciones de catecismo. La familia sufrió un dolor muy intenso cuando en 1850, durante el corto espacio de un mes y medio, perdió a dos de los hijos más pequeños: Ana, de cinco años, y Francisco, de uno.

De niña, María fue acogida, custodiada y seguida con escrupulosa admiración por sus padres, familiares y educadores. Cariñosamente solían llamarla «Rosita». De temperamento vivaz y expansivo, gozó del afecto de todos y, por su parte, asimiló bien cuanto sembraron en ella de bondad y de compasión.

Durante su adolescencia vivió como correspondía a su ambiente, a su edad y a su carácter fogoso y simpático. Le gustaba la danza y sobre todo la música, que cultivó con asiduidad y constancia. También tenía a gala vestir a la moda, distinguiéndose por su buen gusto y porte elegante. A los 16 años fue ella la animadora de la primera banda musical que se creó en Ragusa para las fiestas que celebraron la unidad de Italia, y —lo que

era insólito en su tiempo— tuvo el honor de que el maestro de la orquesta le cediera la batuta para dirigir una actuación en una conocida plaza de la ciudad, adyacente a la actual catedral de San Juan Bautista.

Animada y animosa, supo disfrutar, divertirse sanamente y hacer felices a los demás. También buscaba la propia felicidad, que, a pesar de todo, no encontraba en seguir las costumbres de su ambiente social. En su cuidada y elegante sencillez, le atraía lo bello y había empezado pronto a percibir el gusto de la oración. Además, al mismo tiempo que gozó viendo desposarse a todos sus hermanos, personalmente rechazó varias propuestas de matrimonio, quedando con la madre cuando en 1874 se casó Vicente, su hermano menor.

Poco a poco, sobre todo desde 1869, había ido dando mayor espacio a la vida espiritual, lanzándose a una búsqueda de Dios que parecía requerirle la entrega total. Su madre la animaba en este propósito, aún sin vislumbrar cuál había de ser el modo concreto de su consagración al Señor.

El verdadero cambio de rumbo de María tuvo lugar el día en que, sustituyendo sus vestidos de dama de la alta nobleza por los de las mujeres del pueblo, decidió dedicarse al servicio de los pobres, dispuesta a afrontar todas las críticas que de ello pudieran seguirse. Tenía 30 años de edad. No es de extrañar que sus hermanos la llamaran «loca», o «deshonra de la familia», lo cual no sólo no la hizo retroceder en el camino emprendido, sino afirmarse interiormente de que su toma de postura a favor de los más necesitados era fruto de la auténtica sabiduría del evangelio, que ve en los desvalidos de este mundo los herederos del Reino de Dios. Su madre fue la única que la comprendió desde el principio, mostrándose contenta de verla progresar en la virtud. Es más, al poco tiempo el testimonio de auténtico cristianismo que, con su vida, humildemente estaba ofreciendo María, comenzó a tener una fuerte incidencia en su ambiente, lo cual contribuyó de modo decisivo a abatir el muro que separaba a los ricos de los carentes de recursos, a los nobles del pueblo.

El alcance de esta decisión vocacional, que no sólo tuvo carácter personal, porque la convirtió en fundadora de una congregación religiosa, cobra su sentido más pleno a la luz del con-

texto de la ciudad de Ragusa, situada en el sur-este de Sicilia, donde se desarrolló toda su existencia.

Esta isla del Mediterráneo, dominada sucesivamente por los griegos, romanos, bizantinos, árabe-musulmanes, normandos, angevinos y aragoneses, se había ido beneficiando del valioso patrimonio cultural de estos pueblos, presente en el arte, en la lengua y en las costumbres. Fue después base británica contra la invasión napoleónica, y también los Borbones de Nápoles se habían refugiado en ella esperando recuperar los territorios perdidos en la península. Éstos la reconquistaron en 1734, llegando el futuro Carlos III a ser a la vez rey de Nápoles y Sicilia. Después de haber sido elevado al trono de España, con su hijo Fernando I creó en 1816 el reino de las Dos Sicilias, gobernado por virreyes. A Fernando I le sucedió Francisco I (1825-1830), y a éste Fernando II (1830-1859), durante cuyo gobierno nació María Schininà. El último virrey de los Borbones fue Francisco II, quien gobernó sólo dos años porque en 1861 las tropas unificadoras de Italia procedentes del norte conquistaron Sicilia, siendo sometida a la misma legislación que toda la península convertida, con sus islas adyacentes, en un solo Reino. Se planteó entonces de modo dramático la llamada «cuestión meridional», porque el sur resultaba explotado económicamente por el norte, viéndose los pobres abandonados a su indigencia o en la obligación de emigrar. Ni siquiera eran considerados dignos de recibir instrucción.

Durante el siglo XIX el número de aristócratas de la isla era notoriamente elevado. Podían contarse en Sicilia casi 150 príncipes, más de 750 marqueses y unos 1.500 entre duques y barones. Y este hecho no beneficiaba al conjunto de la sociedad. Cerrados en sí mismos, vivían galantemente en palacios suntuosos y ajenos a la problemática social, excepto algunas familias —como los Schininà— que, por su sólida formación cristiana, se interesaban por los pobres y practicaban obras de beneficencia.

La plebe constituía el 90 por 100 de la población, mísera y analfabeta, con una arraigada moral que justificaba los robos, los homicidios y las venganzas personales. Su actitud ante los ricos, dueños del poder y de los recursos económicos, era o de

resignación sumisa y obsequiosa, o de rebelión sangrienta y reaccionaria. La escasa clase media, normalmente comerciantes advenedizos, servía a los nobles y se aprovechaba del pueblo.

La Iglesia había construido en Sicilia a lo largo de los siglos gran número de iglesias y monasterios y, aliada con la aristocracia gobernante, estaba bastante alejada de Roma. La religiosidad popular, vivida con mucha intensidad, era excesivamente supersticiosa, o dada a un anacrónico masoquismo. El clero, con mentalidad de poder temporal y bajo nivel cultural, solía estar sometido a los nobles.

La ciudad de Ragusa, equidistante de Siracusa y Catania, participaba plenamente de este contexto siciliano. En tiempo de María Schininà, eclesiásticamente pertenecía a la archidiócesis de Siracusa y el pueblo, muy religioso a su modo, llenaba las iglesias y los conventos. Pero el clero no llevaba, en general, una vida demasiado fervorosa, excepto algunos sacerdotes, como don Juan Boscarino, que elevó notoriamente el tono espiritual del pueblo ragusano mediante el rezo del rosario. Con la unidad de Italia, en las últimas décadas del siglo XIX esta ciudad estaba participando intensamente de todos los avatares del ámbito meridional: latifundios, pobreza generalizada en el pueblo, emigración, analfabetismo, miseria. Era evidente que, por parte de los fieles, faltaba una obra que atendiera a los pobres, ancianos, enfermos y marginados. Es lo que atrajo la atención de María Schininà.

Aun perteneciendo a una de las numerosas familias nobles que daban aire aristocrático y elegante a la ciudad, como ya hemos señalado, cuando contaba 30 años de edad eligió una vida de sencillez y humildad para atender personalmente en sus propios tugurios a los más pobres de entre los pobres, a los abandonados de todos en esa sociedad siciliana con clases tan distanciadas entre sí. Convertida pronto en la «madre de los pobres», María solía llamarlos «la pupila de Dios» porque veía en ellos el rostro de Jesucristo.

Distintos factores contribuyeron a este cambio tan notorio, que no pasó inadvertido en su ambiente. El primero, y seguramente el más decisivo, fue la buena formación religiosa recibida en su familia y el apoyo de la madre, que siempre la ayudó. Con-

taba también con la guía espiritual del padre Boscarino, uno de los sacerdotes más virtuosos de la ciudad. Pero hubo otras circunstancias más puntuales que incidieron mucho en su cambio, como la muerte de su padre el 22 de marzo de 1865, golpe muy duro para ella, a raíz del cual comenzó a pensar en entregarse sólo a Dios. No obstante, pasado el obligado tiempo de luto, había vuelto a su habitual vida social. «Este modo de vestir no va bien con la vida de piedad», le advirtió por entonces cordialmente una amiga, causando en ella considerable impresión. Y los padres jesuitas predicaron en Ragusa una misión, también de honda incidencia en su vida.

Todo ello la había ido decidiendo interiormente, ya desde 1869, a consagrarse por entero al Señor. Pero la manifestación externa de este deseo, cinco años después, fue dejar sus trajes habituales y presentarse con un vestido sencillísimo: «Abandoné todo para dedicarme a una vida distinta de la llevada hasta ahora». Y desde 1874 abrazó una vida intensa dedicada a la oración y a servir a los pobres acudiendo a sus propios domicilios. En ellos les lavaba sus ropas, les vendaba las llagas, intentaba remediar cualquier necesidad.

Desde niña se había caracterizado por su honda devoción mariana, que afloró con más intensidad al producirse este cambio de vida. Era el momento en que se estaba organizando en Ragusa la «Pía Unión de Hijas de María», en cuyo primer grupo pronto se integró. En 1877 se constituyó el Consejo de la Pía Unión, y ella fue elegida primera directora. Con la ayuda cercana del padre Boscarino, llamado «el apóstol del rosario», fue creando un ambiente de piedad que atraía a las jóvenes, muchas de las cuales, a ejemplo de María, se sentían llamadas a seguir los consejos evangélicos.

De hecho, con la numerosa juventud de Ragusa que empezó a polarizarse en torno a ella, dio vivacidad y fervor a nuevas formas de actividad apostólica, como la catequesis a los niños para prepararles a la primera comunión o a las principales fiestas litúrgicas, la atención a los pobres en su propio domicilio y la colaboración con las distintas iniciativas de la Iglesia local.

La beatificación de Margarita María de Alacoque y la difusión del «Apostolado de la oración» dieron gran consistencia en

la Iglesia a la devoción al Corazón de Jesús, actividad apostólica en la que se insertó pronto, y muy activamente, María Schininà. Esto contribuyó de modo muy eficaz a su propia formación, ya que hizo suya toda la espiritualidad contenida en las enseñanzas eclesiales sobre el Corazón de Jesús, devoción de la que llegó a ser una gran propagadora entre los fieles e incluso el clero. Hay que tener muy en cuenta que el papa León XIII fue gran impulsor de la devoción a la humanidad de Cristo expresada en el Corazón de Jesús, y a él consagró repetidamente la actividad social de los cristianos, de modo especial en la carta apostólica *Annum sacrum* (1899), declarando Año Santo a 1900, en el cambio de siglo del XIX al XX. De hecho la espiritualidad de María Schininà quedó decisivamente marcada por este ambiente religioso, en el que con tanto entusiasmo participó.

Como era muy conocida en Ragusa, en este momento de su opción vocacional deseaba alejarse de todos y recluirse en un claustro. Había elegido para ello un monasterio de Malta, que conoció durante un viaje con su familia, donde «soñaba vivir completamente separada del mundo y escondida en Jesucristo». Pero quienes la atendían espiritualmente pronto la disuadieron de ello, invitándola a que continuara con sus actividades con las jóvenes de Ragusa y sirviendo a los más necesitados. Así, el arzobispo de Siracusa mons. Benito La Vecchia Guarneri, franciscano, conocido por su caridad con todos y por crear casas religiosas, que había tratado a María durante sus estancias en Palermo y tenía noticia de su dedicación a los pobres de Ragusa. Del mismo modo el teólogo mons. Mario Mineo Janni, y el P. Juan Guimmarra, confesor de María después del P. Boscarino, que acababa de morir. Todos la animaron a seguir con las obras de caridad emprendidas en su ciudad, teniendo en cuenta, además, la edad avanzada de su madre, a quien no debía abandonar.

Al faltar la madre el 4 de junio de 1884, María dio todo a los pobres, incluso la herencia de un hermano de su padre, dispuesta a seguir su antigua vocación monástica. Acompañada de su hermana Francisca, viajó a Palermo a comienzos de 1885, y en el mes de marzo escuchó la predicación cuaresmal de mons. Mario Mineo. Se sintió llamada a pedirle consejo, y este conoci-

do teólogo, autor del libro *El papado y la Iglesia,* le dijo que rezara una novena al Sagrado Corazón de Jesús. Era un momento de sufrimiento y soledad para María, y también de disponibilidad y libertad interior. «Obedece a mis ministros», creyó oír decir durante su oración, y fomentó en ella esta actitud.

En el grupo de las «Hijas de María» había conocido a las hermanas Carmela y Lucía Boscarino. Cuando en 1877 la eligieron a ella directora, Carmela había ocupado el cargo de presidenta del Consejo y Lucía el de 1.ª asistente. Carmela, que estaba sufriendo porque su madre no le permitía ser Hija de San Vicente de Paúl, intimó mucho con María, que también discernía su propia vocación. María recordaba, a este respecto, un importante coloquio entre ambas, que tuvo lugar en 1885. Además, ese año había comenzado ella a asociar a algunas compañeras a sus actividades en favor de los pobres de Ragusa. Es en este momento cuando recibió de mons. La Vecchia el encargo de fundar un Instituto.

Después de un tiempo de oración y de intensa actividad apostólica, y de ver agruparse en su entorno un pequeño grupo de jóvenes de su ciudad, la decisión llegó en 1889, cuando María escribió al papa León XIII pidiendo autorización para la apertura de un «Pío Instituto en el que dedicarse al servicio de los enfermos y al mantenimiento de las huérfanas pobres».

El 15 de marzo de este mismo año 1889 recibió aprobación diocesana la nueva fundación y su estatuto el 8 de abril. El arzobispo La Vecchia, con carta de 15 de abril de 1889, restituyó al P. Guimmarra, confesor y párroco de María, el estatuto «aprobado para las Hermanas Adoratrices del Sagrado Corazón de Jesús». Poco después, el 9 de mayo, María formaba comunidad con las primeras cinco jóvenes que, junto a ella, dieron origen al Instituto del Sagrado Corazón de Jesús, nombre definitivo de la nueva fundación. El arzobispo consagró a María y a sus cinco compañeras, quienes, recibido el hábito religioso y pronunciados sus votos, se instalaron en el antiguo colegio de Santo Tomás, tomado en alquiler.

El nuevo Instituto nacía con la finalidad de acoger a las huérfanas abandonadas y pobres y a las personas ancianas o inválidas, además de ayudar a la instrucción catequística en Ragu-

sa y alrededores, y atender a los enfermos en los hospitales. Su actividad apostólica llegó también a los encarcelados y a los obreros de las minas cercanas a la ciudad. Era notorio el sentido de vida religiosa comunitaria y la dedicación al ejercicio de la caridad espiritual y material con los más necesitados.

Un paso muy importante para la consolidación inicial de esta obra fue el hecho de que el 10 de junio de 1890 la fundadora, sor María del Sagrado Corazón de Jesús Schininà, fuera recibida en audiencia por el papa León XIII, obteniendo la bendición apostólica para el naciente Instituto.

Las actividades fueron ampliándose en consonancia con el proyecto fundacional. Así, el 30 de noviembre de 1891 el Ayuntamiento de Ragusa decidió confiar a María el hospital municipal de la ciudad, trasladándose ella allí en agosto de 1892. También desde 1892, y ya durante toda su existencia, las numerosas actividades de María a favor de los más necesitados se completaron con una intensa acción apostólica en las cárceles de Ragusa.

Con el fin de dar consistencia a la nueva fundación, ese mismo año 1892, el 10 de noviembre, se comenzó a construir la Casa Madre del Instituto de las Hermanas del Sagrado Corazón, que había de ser centro espiritual y referente de toda actividad. Por su parte, María, el 9 de mayo de 1894 hizo voto perpetuo de castidad, escrito con su propia sangre, y el 16 de agosto se trasladó a la Casa Madre desde el hospital municipal donde había vivido dos años.

Por estas fechas, 1894, amplió la ya intensa acción apostólica con otra nueva actividad: la atención a los obreros que trabajaban en los yacimientos petrolíferos, base para la elaboración de asfaltos, que constituían la riqueza del subsuelo ragusano.

Dispuesta a favorecer cualquier obra de la Iglesia y a atender toda necesidad, en noviembre de 1894, cuando surgió en Ragusa la «Asociación de las damas de caridad» y fue llamada para colaborar en su organización, prestó gustosa su ayuda. Favoreció también el establecimiento del primer Carmelo en la ciudad, para lo cual desde 1906 a 1908 hospedó en un ala de la Casa Madre a la primera comunidad de monjas carmelitas. En 1908-1909 puso los locales del Instituto a disposición de los prófugos del terremoto de Mesina y de Calabria.

Mientras tanto iba tomando forma propia la nueva obra, tanto en la organización como en las actividades. El 20 de marzo de 1895 obtuvo del arzobispo mons. La Vecchia la primera aprobación del *Proyecto de reglamento interno para las Hermanas del Sagrado Corazón de Jesús,* escrito por la fundadora; en 1898 el arzobispo mons. Fiorenza otorgó su beneplácito al Instituto; el 17 de marzo de 1900 está fechada la aprobación definitiva del *Reglamento para las huérfanas,* y el 18 de marzo de 1901 mons. Fiorenza aprobó de modo definitivo el *Reglamento* de las hermanas.

Pero lo que sin duda sor María consideró más decisivo para la consolidación del Instituto fue el haberlo consagrado a la Santísima Virgen «hasta el final de los siglos», para que dispusiera de él «como cosa y posesión» suya. El hecho tuvo lugar en 1904, cincuentenario del dogma de la Inmaculada Concepción de María.

Y, mientras tanto, se ampliaban las actividades: el 1 de agosto de 1902, se ponía la primera piedra para construir una sección dedicada a las ancianas.

En localidades cercanas a Ragusa era notorio el ambiente de incredulidad. Ya desde 1895 María se había opuesto enérgicamente a que la influencia de estas corrientes llegara a su ciudad, y en 1902 promovió misiones populares en Vittoria, Santa Croce Camerina, Marina de Ragusa, etc., con la misma finalidad de combatir la increencia.

Convencida de que su obra habría de extenderse y prosperar, en 1908, ya al final de su vida, se dedicó personalmente a revisar las *Constituciones del Instituto de las Hermanas del Sagrado Corazón de Jesús de Ragusa.* Pero no pudo ultimar esta tarea. El 11 de junio de 1910, después de haber dado sólidas bases a sus hijas, confiándoles el mandamiento del amor: «amad, amaos», María Schininà murió en la ciudad donde siempre había vivido, a los 66 años de edad. Fue sepultada al día siguiente en el cementerio municipal. Dos años después, en 1913, se trasladaba su cuerpo a la Casa Madre del Instituto del Sagrado Corazón de Jesús.

La vida de María Schininà estuvo impregnada de amor, de oración y de fe. Dotada de un corazón abierto a las necesidades espirituales, morales y materiales de las personas de su entorno, no ahorró energías ni sacrificios para dar a las jóvenes una ade-

cuada formación cristiana, la más evangélica atención a los pobres y necesitados, y a los que sufren y a los ancianos, tantas veces abandonados, la debida asistencia cristiana.

Sus obras, además de manifestar por sí mismas la grandeza de corazón y la destacada capacidad de ingenio y de sacrificio de esta mujer noble de alcurnia y de espíritu, revelan el genuino cuño de una santidad sólida y sufrida, fruto inequívoco de su entrañable amor a Jesucristo. Se había escrito sobre el pecho el nombre de *Jesús* con un hierro candente y había hecho suyas las palabras de Pablo: «El amor de Cristo nos apremia». Además, en 1891, queriendo definir su «programa» o «bandera», había grabado en el frontispicio del Instituto: «Todo lo puedo en Aquel que me conforta».

Junto a su ilimitada confianza en el Señor, María fue siempre consciente de la responsabilidad personal de hacer fructificar los talentos recibidos de él. Es lo que casi al final de su vida pone de manifiesto en esta entrañable oración a nuestra Señora, que es también prueba evidente de su firme y arraigada devoción mariana:

> «Reina preciosísima, Madre de Dios y Madre mía, María. Heme aquí, hoy, 29 de abril de 1908. Éste es el mes de mi venida a este mundo y, ahora que os entrego mi alma, vos sois responsable; vos debéis otorgarme la correspondencia a la gracia; vos me debéis conceder saber manejar —o sea, traficar— los talentos que Dios me ha dado para salvarme. Sí, sí, sí, Madre mía; me tenéis que salvar; mi alma debe expirar en vuestros sacratísimos brazos y, apenas liberada mi alma, la debéis llevar al cielo. Ahora, en este mes de mayo, ¿cuántas gracias me concederéis? Cuando muera os agradeceré personalmente en el paraíso todo lo que me habéis hecho. Vos sois la causa de todo el bien que he practicado; vos sois la causa de que yo no esté en la perdición y pudiera ir al infierno. Madre, Mamá. Dadme vuestro santo Amor con la gracia final.
>
> Vuestra hija indignísima, Sor María del Corazón de Jesús».

Para quienes la conocieron y trataron, sus virtudes características fueron la reparación eucarística, la humildad, la pobreza y el amor a los pobres. Como afirman sus biógrafos:

> «No hubo lágrimas que no fueran por ella enjugadas; no hubo mano tendida para pedir limosna que no recibiese el óbolo de su caridad; no hubo un corazón oprimido que no fuera aliviado por ella; no hubo llaga que no vendara».

Sin embargo, no siempre recibió la recompensa que parecían merecer estas obras. Algunos, que preferían permanecer en su indigencia, se obstinaban en no recibir sus ayudas, obligándola con no buenos modos a alejarse de su presencia.

> «No son ellos —afirmaba—. Son la ignorancia y la pobreza las que les impulsan a comportarse de esta manera. Tienen razón; tienen razón [...] También nosotros debemos recordar las palabras de Jesús: perdónalos, porque no saben lo que hacen».

María Schininà, que, junto a su intensa actividad apostólica fuera del Instituto, se dedicó intensamente a esta fundación, no vio, sin embargo, que inicialmente prosperara como hubiera sido de esperar. Pero, de hecho, la dotó de bases muy consistentes y sólidas, que hicieron posible el notable desarrollo posterior. «La comunidad era el Instituto en miniatura», afirman quienes vivieron aquellos comienzos. Porque en ella, en este grupo primero, había ido trazando las líneas esenciales del espíritu, fisonomía, disciplina religiosa y prácticas de piedad que habían de caracterizar después a su fundación. Por su parte, no vivió con inquietud el hecho de que no fueran muchas las Hermanas que ingresaran en la congregación, porque estaba convencida de que, por la gracia de Dios, el Instituto del Sagrado Corazón de Jesús de Ragusa había de extenderse y prosperar. Con gran confianza en el Señor y segura de su voluntad, no dudaba en afirmar:

> «La obra es del Sagrado Corazón; yo soy un vil instrumento en sus manos. El Corazón de Jesús me quiere humillada con él, pero veréis que después de mi muerte vendrán las vocaciones...».

En una ocasión, interrogada por el motivo que provocaba su evidente alegría, respondió con toda sencillez:

> «¡Cómo no voy a estar contenta! Veo que este humilde Instituto se hace grande, se extiende [...] ¡Y yo lo siento! Veo ampliarse la casa del Sagrado Corazón [...] ¡Qué bueno es Jesús!».

En efecto. Entre 1910 y 1946 se fundaron en Sicilia 26 casas; de 1946 a 1951 la congregación se extendió fuera de la isla y se iniciaron otras seis casas. En 1962 el Instituto fue llamado por los padres jesuitas a Madagascar y pronto las hermanas indígenas de ese país comenzaron a sostener y a dirigir importantes actividades apostólicas. Entre 1951 y 1971 se fundaron otras

22 casas, entre ellas las de Estados Unidos y Canadá. Después se han añadido más, como la de Manila, en las Islas Filipinas, estando hoy presente el Instituto del Sagrado Corazón de Jesús de Ragusa en varios países de cuatro continentes.

La causa de canonización de Sor María del Sagrado Corazón de Jesús comenzó en Siracusa el 2 de abril de 1937, extendiéndose la fase diocesana hasta 1945. Previo el juicio de los censores teólogos sobre los *Escritos* en 1947, se promulgó el decreto correspondiente el 2 de enero de 1949. Por algunas cuestiones planteadas al examinar el proceso ordinario en Roma, fue necesario instruir en 1956 un nuevo proceso en Ragusa, que desde el año anterior había sido constituida en diócesis distinta de la de Siracusa. Introducida la causa de beatificación en la Congregación de Ritos de Roma en 1975, durante 1977-1978 se desarrolló el necesario proceso apostólico sobre la vida y virtudes de la Sierva de Dios, así como el del milagro atribuido a su intercesión, obteniendo los respectivos decretos en 1983. Sor María del Sagrado Corazón de Jesús Schininà fue beatificada por el papa Juan Pablo II el 4 de noviembre de 1990.

MARÍA ENCARNACIÓN GONZÁLEZ RODRÍGUEZ

Bibliografía

FRANCINI, M., *La Beata Maria Schininà, coraggio senza clamori* (Roma 1990).
LA SCALA, P., *Suor Maria Schininà fondatrice e superiora dell'Istituto delle Suore del Cuore Eucaristico di Gesù 1844-1910* (Ragusa 1924).
RANIOLO, M., *Maria Tarcisia, pensieri ed esempi di madre Maria Schininà, fondatrice dell'Istituto del Sacro Cuore di Ragusa* (Ragusa 1978).
— (ed.), *La Beata Maria Schininà nei ricordi di Suor Maria Boscarino* (Ragusa 1996).
SUORE DEL SACRO CUORE DI RAGUSA, *Maria Schininà, la madre dei poveri* (Albano Laziale 1987).
TORNELLO, B. A., *L'angelo della carità: Madre Maria Schininà del Sacro Cuore* (Palermo 1985).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN MÁXIMO DE NÁPOLES

Obispo († s. IV)

Máximo sucede al obispo Fortunato en la sede napolitana como décimo de sus obispos. Partidario fervoroso de la orto-

doxia nicena, la defiende en los momentos en que el arrianismo parecía imponerse y por ello en 355 es relegado al exilio con los demás obispos ortodoxos. Parece que el sitio de su destierro fue el Oriente. Aquí supo que un arriano, Zósimo, se había atrevido a usurpar su sede y no dudó en enviar desde el exilio la excomunión para el intruso, del que se dice que aunque abandonó el arrianismo fue castigado por Dios con la imposibilidad de hablar en público. De todos modos Máximo murió en el exilio antes de que en 362 Juliano el Apóstata decretara el levantamiento del exilio a todos los obispos desterrados.

SAN REMBERTO DE HAMBURGO

Obispo († 888)

Remberto fue colaborador, sucesor y biógrafo del gran San Óscar, que lo estimaba tanto que decía de sí mismo que no era digno ni de ser el diácono de Remberto.

Era natural de Brujas y había profesado como monje en el monasterio de Torhout, cuando el arzobispo San Óscar pensó en él para que le acompañase en su misión evangelizadora por el norte de Europa. Así lo hizo con total entrega y a plena satisfacción del infatigable obispo misionero. A la muerte de éste en 865 fue elegido Remberto para sucederle en la sede de Hamburgo-Bremen, y se esforzó en seguir los pasos de su predecesor y estar atento no solamente a apacentar el rebaño de Cristo ya reunido sino a extender el evangelio por Noruega, Schleswig y países eslavos. Escribió la vida de San Óscar y perseveró como buen pastor de sus ovejas hasta el 11 de junio de 888 en que pasó al Padre, recibiendo muy pronto culto como santo.

BEATO BARDÓN DE MAGUNCIA

Obispo († 1051)

Nace en 981 en Oppertshofen en el seno de una familia noble emparentada con la familia imperial. En su adolescencia sintió la vocación monacal e ingresó en el monasterio de Fulda, donde muy pronto fue considerado un monje modelo, por su

caridad, humildad y mansedumbre. Su abad, valorando sus buenas cualidades y conducta, lo nombró preboste de Neumünster. Estando aquí acertó a conocerlo el emperador Conrado II, cuya esposa Gisela era pariente de Bardón. Le parecieron tan buenas sus dotes que lo nombró en 1029 abad de la abadía imperial de Werden en el Ruhr, a la que se unió en 1031 la de Hersfeld.

Ese mismo año, vacando la sede arzobispal de Maguncia, el emperador lo presentó para la misma, lo que no agradó a los cortesanos, que hubieran preferido un hombre más de mundo. No lo recibieron todos en su diócesis de buena gana, empezando por el podestá de la ciudad, pero Bardón se dispuso a ser un buen obispo como había sido un buen monje, y sin hacer caso de los desprecios de que era objeto, se dedicó con celo y entrega a su tarea pastoral. Estableció un modo sencillo y evangélico de vida, haciendo de su casa no el palacio de un príncipe sino la casa del padre de todos, especialmente los pobres y humildes, que empezaron a ver que podían acudir a él con confianza y se les recibía en cualquier momento. El secreto de sus santas obras era su intensa vida interior: se pasaba las noches en oración en la iglesia. Muy consciente de que su primer deber como pastor era dar abundante pasto de la divina palabra, fue un celoso predicador, y el Señor le acompañó con el don de la elocuencia, atrayendo a muchos a la vida cristiana con sus sermones y homilías.

Tuvo el honor de recibir en Maguncia al santo pontífice León IX que en la primavera del año 1049 presidió allí un sínodo. El año 1051 moría en Dornloh, junto a Paderborn, el 11 de junio. Muy pronto comenzó a ser nombrado e invocado como santo y a celebrarse su fiesta litúrgica.

SANTA ALEIDIS

Virgen († 1250)

Aleidis o Alix o Adelaida nace en Schaerbeek, junto a Bruselas, en el primer tercio del siglo XIII. Desde muy pequeña es confiada al monasterio cisterciense de La Cambre para su educación, mostrando la niña magníficas dotes de inteligencia y corazón.

Llegada a la juventud opta por la vida religiosa y profesa en el mismo monasterio, teniendo muy pronto experiencias místicas que la prepararon a la dura prueba que iba a ser su vida: contrajo la lepra que poco a poco se apoderó de su organismo y la dejó incapaz de todo, salvo de sufrir por amor de Dios y ofrecer su enfermedad por el bien de la comunidad cristiana, mostrando una paciencia y dulzura admirables. Solamente se lamentaba de no poder comulgar bajo las dos especies, pero el Señor le reveló que bastaba una sola de las especies para recibir la gracia del sacramento. Finalmente, en 1249 la enfermedad la dejó ciega, lo que ella ofreció a Dios por el éxito de las empresas de San Luis de Francia. Murió el 11 de junio de 1250. Su culto está autorizado en la Orden Cisterciense y en las diócesis de Bélgica.

SAN PARISIO

Presbítero († 1267)

Parisio murió años después de cumplir los cien años. Tenía 108 según el *Martirologio* y 116 según algunos biógrafos. Nació en el seno de la familia Parigi en Bolonia, y apenas había dejado la infancia cuando optó por la vida religiosa tomando el hábito camaldulense en el monasterio boloñés de los Santos Cosme y Damián. Hizo los votos religiosos y fue oportunamente ordenado sacerdote. Dentro del monasterio llevó una vida ejemplar como monje en el silencio y en la guarda de la disciplina monástica.

Llevaba ya veinticuatro años de monje cuando la obediencia le destinó como director espiritual y capellán del monasterio camaldulense femenino de Santa Cristina, en Treviso, necesitado de renovación espiritual. Este monasterio tenía adjunta una hospedería de peregrinos y hospital de enfermos, bajo la advocación de Todos los Santos, cuya dirección igualmente correspondía al capellán. Parisio atendió con celo y constancia sus obligaciones, logrando la renovación de la vida religiosa en el monasterio y mostrando una gran caridad con los enfermos y peregrinos. Aunque se vio obligado a vivir fuera de su comunidad camaldulense, fue fidelísimo a su regla en lo que se refiere al régimen de vida y a las penitencias, de las que no quiso ser

dispensado ni siquiera cuando ya era muy anciano y el propio obispo diocesano de Treviso le ofreció la dispensa.

En 1196 varias personas piadosas erigieron el monasterio camaldulense femenino de Santa María de Belén en Bolonia y quisieron que estuviera bajo la dependencia del de Santa Cristina de Treviso a fin de que gozase de la dirección de Parisio, como así se hizo, prestigiándose enseguida por su exacta regularidad, hasta que, consolidado, se hizo autónomo en 1214. Lleno de méritos y virtudes Parisio murió el 11 de junio de 1267. Desde entonces ha recibido culto popular.

BEATA VIOLANTE DE POLONIA

Abadesa († 1298)

Violante, Yolanda o Iolenta era hija de Bela IV, rey de Hungría, y de su esposa la princesa bizantina María. Estaba emparentada con numerosos santos: sobrina de Santa Eduvigis y Santa Isabel de Hungría; prima de Santa Isabel de Portugal y tía de San Luis de Anjou, y hermana de las santas Cunegunda y Margarita.

Habiéndose casado su hermana Cunegunda con el rey de Polonia Boleslao el Casto, Violante fue enviada a la corte polaca para ser educada allí. Recibe una esmerada educación cristiana que hace florecer en ella muy tempranas virtudes. Apenas sale de la adolescencia cuando es dada en matrimonio al gran duque Boleslao el Piadoso. Ella, además de cumplir sus deberes en el hogar, se dedica a obras de piedad y misericordia, siendo una verdadera madre para todos los pobres y necesitados. Funda con su esposo iglesias, dota hospitales y contribuye generosamente a la difusión de la Orden franciscana en el país. De su matrimonio tuvo tres hijas, cuya educación cuidó con gran dedicación.

Muerto su esposo en 1279, cuando ya dos de sus hijas estaban casadas y la menor había declarado su vocación religiosa, opta por dirigirse junto con esta su hija Ana al monasterio de Santa Clara que su hermana Cunegunda había fundado en Gandeck y donde a su vez había ya profesado. Hace el noviciado, emite los votos y se dispone a vivir, sin excepción alguna, como

una religiosa más de la comunidad. Habiéndose mudado el convento por razones de seguridad a Gniezno en 1292, es elegida contra su voluntad abadesa del cenobio y, adornada de muchas virtudes, rige con santidad y sabiduría el monasterio hasta su edificante muerte el 11 de junio de 1298. León XII confirmó su culto el 26 de septiembre de 1827.

12 de junio

A) MARTIROLOGIO

1. En Lorio, en la Vía Aurelia, en el duodécimo miliario desde Roma, San Basílides, mártir (fecha desconocida).
2. En Egipto, San Onofre († 400), anacoreta *.
3. En Roma, San León III († 816), papa *.
4 En Utrecht, San Odulfo († 865), presbítero.
5. En Suecia, San Eskil († 1080), obispo y mártir *.
6. En Cortona (Toscana), Beato Guido († 1250), presbítero, discípulo de San Francisco *.
7. En Ocre, de los Abruzos, Beato Plácido († 1248), abad *.
8. En Città di Castello, en el Tiferno (Italia), Beata Florida Cevoli († 1767), virgen, de la II Orden de San Francisco *.
9. En Verona (Italia), San Gaspar Bertoni († 1853), presbítero, fundador de la Congregación de las Sagradas Llagas de Cristo **.
10. En Capránica, junto a Viterbo, Beato Lorenzo María de San Francisco Javier Salvi († 1856), presbítero, de la Congregación de la Pasión **.
11. En Riobamba (Ecuador), Beata Mercedes María de Jesús Molina († 1883), virgen, fundadora del Instituto de Santa Mariana de Jesús **.
12. En Ragusa (Italia), Beata María Cándida de la Eucaristía Barba († 1949), virgen, monja de la Orden de Carmelitas Descalzas *.

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SAN GASPAR BERTONI

Presbítero y fundador († 1853)

El día 1 de noviembre de 1989 tuvo lugar la canonización de Gaspar Bertoni por el papa Juan Pablo II. La bula corres-

pondiente se inicia con una conmovedora proclamación: «San Gaspar Bertoni hizo de su vida un holocausto perfecto unido al sacrificio de Cristo».

Verona tiene que ser, por fuerza, una de las ciudades que más repetidamente figura en el santoral: tantos son los santos y santas con que cuenta. En ella nació Gaspar el 9 de octubre de 1777. No puede repetirse aquí el tópico *de padres cristianos*. De situación muy acomodada y ambos notarios de profesión, su tenor de vida era muy diferente. Francisco Luis Bertoni no fue un esposo fiel, descuidó su función notarial, administró muy mal su rico patrimonio y vivió desentendido de la educación de su hijo.

Su madre, mujer de gran fortaleza cristiana en su vida conyugal tan poco feliz, dedicó los mayores cuidados a la educación de su hijo y, verdaderamente, recibió el premio ya en esta vida. En sus últimos años, cuando por las enfermedades apenas podía moverse, Gaspar era su báculo espiritual y corporal hasta el extremo de confiarle, como a sacerdote, todos sus problemas de conciencia. Lo de *holocausto perfecto* para él ya comenzó en los primeros años: no puede haber un dolor comparable al de un niño que vive avergonzado de su padre.

Su primera comunión, a los doce años, ya estuvo marcada por una experiencia mística. Cursó sus primeros estudios en la escuela de San Sebastián, convertida en municipal tras la supresión de la Compañía de Jesús a la que había pertenecido. Algunos de los antiguos jesuitas, ahora convertidos en sacerdotes seculares, continuaron en Verona como profesores y atendiendo a la Congregación Mariana. Gaspar tuvo la suerte de tener como profesor y director espiritual a Luis Fortis, que llegaría a ser General de la Compañía de Jesús tras su restablecimiento.

La experiencia mística de la primera comunión continuó actuando en él. A los 18 años la vocación sacerdotal era ya flor cuajada y comenzó los estudios eclesiásticos como alumno externo del seminario de Verona. En la bula de canonización se cita especialmente al egregio profesor de teología moral, Nicolás Galvani: fue su maestro y guía espiritual. Eran tiempos muy convulsos para Verona: el 1 de junio de 1796 se produjo la invasión francesa, seguida de veinte años de sufrimientos y desdi-

chas, ocasión para que Gaspar desplegase su ardor caritativo en favor de enfermos y heridos.

Terminó los estudios teológicos a los 22 años. Las tensiones entre sus padres habían ido en aumento y ya no hubo otro remedio que el de la separación consensuada en abril de 1800. Un verdadero drama del que Gaspar jamás dijo ni escribió palabra alguna. Con esta espina clavada en el alma recibía la ordenación sacerdotal unos meses después, el 20 de septiembre. Contaba 23 años.

Había entonces en Verona, como en tantas otras diócesis, verdadera sobreabundancia de clero. Su misma parroquia natal de San Pablo, de poco más de 2.500 feligreses, contaba con una docena de sacerdotes y algunos religiosos. Se explica así que no se pensase en Gaspar para cargo alguno relevante: continuó en su propio domicilio, prestando ayuda al párroco de San Pablo. Eran para Verona tiempos especialmente difíciles. Todo el Véneto había sido *vendido* a Austria en el tratado de Campofornido. La ciudad se vio ocupada por los austriacos desde el 31 de enero de 1798, la fecha aciaga en que las autoridades veronesas entregaron en una bandeja de plata las llaves de la ciudad al procónsul imperial. Las escaramuzas entre los ejércitos de Francia y Austria continuaron y el detrimento de toda la vida ciudadana se hacía sentir sobre todo en el sector juvenil. Las desventuras de Verona llegaron al colmo cuando el 9 de febrero de 1801 la ciudad fue dividida en dos: a los franceses correspondía el centro histórico, con cerca de 36.000 habitantes, y a los austriacos la zona norte, con poco menos de 20.000. En esta situación, el experimentado párroco, don Girardi, le dijo a su ayudante Bertoni: «Oh querido Gaspar, para mí tienes aire de misionero». Don Gaspar apuntilló: «Misionero sí, pero misionero de los jóvenes».

Comenzó con una docena de muchachos con edades comprendidas entre los 12 y los 15 años, analfabetos casi todos ellos y aprendices de algunos oficios. El local de reunión era el propio archivo parroquial. Sus iniciativas eran de lo más sencillo: buenas lecturas, pequeñas pláticas instructivas y animadoras, momentos de juegos y entretenimiento. Y se repitió lo que tantas veces sucede en ambientes de gente mayor: el ruido y alga-

zara en los locales parroquiales resultaban inaguantables. ¿Solución? Todos los domingos después del catecismo se los llevaba a su casa y allí pasaban la tarde alegremente. Por lo visto, don Gaspar se limitaba muchas veces a exclamar: «Oh, si conociésemos sólo un poquito lo bueno que es Dios». Y concluía: «Amemos a Dios, amemos a Dios». Poco después los grupos eran tres, divididos en razón de la edad. Las monjas de San Francisco de Paula (Mínimas) le permitieron distribuirse en algunos de sus locales: los más pequeños en la antesacristía, los grandecitos en la sacristía misma y los jóvenes en la iglesia conventual. Pronto sus muchachos sobrepasaron el número de 400 y supo ganarse a otros clérigos que le ayudaron. Como no podía ser menos, el *Oratorio de San Pablo* se hizo muy famoso y no tardó en implantarse en otras parroquias. Era necesario dotarlo de una estructura adecuada que denominó *cohorte mariana,* dividida en las secciones de «seniores» y «juniores», buen precedente de las ramas de la Acción Católica en el siglo XX. Don Gaspar supo escoger entre sus seguidores a algunos especialmente entregados: fueron sus *agregados,* pronto divididos en *decurias* que le acompañaban en sus expediciones para implantar nuevas cohortes, siempre bajo la protección de María.

Las horas del joven sacerdote estaban del todo dedicadas, y no sólo a los jóvenes: también se volcó en las visitas a los presos de la cárcel local, y cuando en 1806 se fundó un pequeño hospital para reclusos enfermos, fue allí D. Gaspar, muy unido espiritualmente con el médico Barbieri, quien endulzaba aquellas existencias humilladas y rotas. Precisamente entonces (1808) escribió su *Memoriale privato,* un diario que no excede las 25 páginas, más que suficientes como radiografía espiritual de este apóstol.

Apenas había rebasado los treinta años. Él florecía en medio de las dificultades y lo mismo sucedía en la misma Verona con otras almas grandes con las que sintonizó de maravilla. Su obra recibió un golpe durísimo con el decreto gubernamental de 1807, prohibiendo «las fraternidades, congregaciones, compañías y, en general, todas las sociedades religiosas laicales». En adelante debió prescindir de toda forma de organización externa, difuminando su obra en las actividades parroquiales, siempre vigilado por la policía.

Vivió con su madre hasta el fallecimiento de ésta, el 6 de febrero de 1810, después de una dolorosa enfermedad, asistida espiritualmente por su propio hijo. Después se fue a vivir con su tía materna Rosa Ravelli, casada con Giuseppe Scudellini. Poco después, el 25 de abril, Napoleón decretaba la supresión de todas las órdenes religiosas, masculinas y femeninas. Las reacciones fueron muy diversas, esclareciéndose las posturas de los verdaderamente fieles y los acomodaticios. Lo más grave era la situación interna del Seminario. El obispo mons. Lituri encomendó a don Gaspar la dirección espiritual del mismo. En 1815 un notable escritor señalaba el cambio experimentado en los siguientes términos, que deben ser leídos en su contexto: «El seminario de Verona es un monasterio de monjes más que de jóvenes eclesiásticos».

Quizás la experiencia de su propia soledad y la de tantos otros sacerdotes fue lo que le inspiró el deseo de agruparse con otros viviendo en común. La cosa comenzó por reuniones de estudio en su propia casa con un grupo de cinco jóvenes presbíteros: temas bíblicos, teológicos y humanísticos. El 4 de noviembre de 1816 se retiraba con dos de ellos a una vivienda junto a la suprimida iglesia de los Sagrados Estigmas de San Francisco. Comenzaba así un servicio enteramente gratuito a la Iglesia y a la sociedad, en vida común de estricta observancia y rígida penitencia, intensa vida de contemplación y amplio apostolado que comprendía la educación de la juventud, la formación del clero, la predicación de misiones populares, todo ello en perfecta disponibilidad a las órdenes del obispo.

Ya en 1812 había sufrido una grave enfermedad. El verdadero martirio comenzó en 1824 y fue en aumento hasta la muerte: 19 años de creciente padecer. Primero fue una hinchazón de la pierna derecha, pronto apareció un tumor que fue creciendo hasta la rodilla... Las intervenciones quirúrgicas, con los medios rudimentarios de entonces, se sucedieron continuamente —bueno será ahorrarnos las descripciones de los testigos, que hoy nos resultan escalofriantes—; se habla de más de 200 intervenciones dolorosas, y se comprende así muy bien la proclamación con que comienza la bula de su canonización.

La advocación de las Sagradas Llagas de San Francisco resultó premonitoria: también él se convirtió en un Cristo llagado como el Serafín de Asís. Así, configurado con Cristo dolorido, siguió en la brecha del trabajo. Acomodado en una butaca de brazos, seguía la marcha espiritual de los alumnos que le rodeaban y dirigía retiros y ejercicios espirituales. Sólo interrumpía su actividad cuando el dolor era demasiado fuerte. Y se producía en los oyentes una sensación inefable: las palabras de aquel hombre crucificado rezumaban dulzura y alegría. Es considerable la lista de fundadores de otras congregaciones que recabaron sus orientaciones y consejo: el Beato Carlos Sleeb, el Siervo de Dios Nicolás Marza, don Antonio Provolo y hasta el famoso filósofo Rosmini, fundador de dos familias religiosas, aparte de varias santas fundadoras.

Su propia fundación, llamada la Congregación de las Sagradas Llagas de Nuestro Señor Jesucristo, iba creciendo con ritmo lento, pero seguro. Bertoni quería, ante todo, asegurar la concordia y la fraternidad. Los aspirantes parecía que entraban con cuentagotas, pero sorprendía su calidad, como fue el caso de don Vincente Raimondi, egregio profesor de teología, cuyo ingreso causó gran admiración en todo Verona. Se llegó a hablar de curaciones milagrosas por la imposición de las manos de don Bertoni: tal fue el caso de mons. Castori, provicario de la curia diocesana, y otros enfermos clínicamente desahuciados.

La comunidad de don Bertoni amaba la vida escondida, en pobreza alegre, laboriosa y desprendida. Hace mucho al caso la observación del capellán de la Corte imperial, Luis Schlor, que pasó nueve meses en Verona entre 1837 y 1838. En su librito titulado *La vida de la Iglesia de Verona en los últimos tiempos* retrata maravillosamente al fundador y a su congregación:

> «Estos sacerdotes hacen del retiro y el recogimiento la nota distintiva de su vida y su trabajo, y es tan grande el esplendor de su virtud y la eficacia de su celo apostolico que toda la ciudad, clero y pueblo, los ama profundamente y tiene por santos Su superior don Gaspar Bertoni, conduce su comunidad con tanta suavidad y firmeza que en todos resplandece el mismo espiritu y todos difunden una misma vida»

Schlor, al escribir lo que precede, no hace más que reflejar la fama creciente de santidad que difundían cuantos le trataban:

cardenales, obispos, monseñores de sumo prestigio, como Antonio María Traversi, confesor del papa Gregorio XVI.

Llegado al año de 1841, todavía tenía por escribir la regla de su congregación. Le bastó con formular por escrito lo que tenía muy claro en su mente desde el año 1817, cuando la Congregación de Propaganda Fide le había otorgado el título de *Misionero apostólico.* También le bastaba con reflejar fielmente lo que sus seguidores practicaban con fruto creciente. Su estilo debía ser el de servir a la Iglesia con absoluta gratuidad, «ajenos a dignidades, residencia fija, beneficios perpetuos», «dispuestos a ir a cualquier lugar de la diócesis o del mundo», «siempre bajo la dirección y dependencia de los obispos de los lugares en que ejerciesen su ministerio».

Las señales de crucifixión fueron en aumento. El 10 de septiembre de 1843 celebró su última misa. Le restaban aún diez años de vida que no fueron estériles, a su habitación de enfermo acudían incesantemente, sobre todo, numerosos sacerdotes buscando orientación espiritual. Nada tiene de extraño que algunos personajes muy adinerados legaran sus bienes a la Congregación de las Santas Llagas. A todo ello renunciaron tanto él como sus discípulos, para más identificarse con Cristo pobre.

Sus biógrafos se extienden en detallar los dolores agudizados en los últimos tres años. Al final ni siquiera podía recibir alimento alguno. Pudo seguir comulgando, eso sí, hasta el último día, 12 de junio de 1853. «Padre», le preguntó el enfermero, «¿quiere alguna cosa?». Y respondió: «Necesito partir». Fueron sus últimas palabras.

A las tres de la tarde, las campanas del templo de las Santas Llagas anunciaban a Verona la muerte de un santo. Tenía 62 años.

JOSÉ M.ª DÍAZ FERNÁNDEZ

Bibliografía

CERESATO, G., *Il volto e l'anima del ven. Gaspare Bertoni: fondatore dei preti delle Sacre Stimate de N.S.G.C.* (Verona 1952).

DALLE VEDOVE, N., *San Gaspare Bertoni: fondatore degli Stimmatini* (San Giovanni Lupatoto 1989).

MUZII, L., *Voglia di santità. San Gaspare Bertoni, fondatore degli Stimmatini, 1777-1853* (Roma 1989).
ZAUPA, L., *Gaspare Bertoni, un santo per il nostro tempo* (Verona 1994).

BEATO LORENZO MARÍA DE SAN FRANCISCO JAVIER SALVI

Presbítero († 1856)

La santidad cristiana consiste en reproducir en la propia persona y en el seno de la comunidad cristiana el misterio salvador de Jesucristo. Él es único y culminante en el misterio pascual; pero cada uno de los pasos de la vida terrena de Jesús, hasta su muerte y su resurrección, encierran un valor salvífico y son pauta y norma de vida para sus seguidores: desde la encarnación del Hijo de Dios, hecho hombre en las entrañas de Santa María Virgen, hasta su cruz y su glorificación a la derecha del Padre, cuando es constituido verdaderamente Hijo de Dios poderoso (Rom 1,4), fuente de salvación eterna para cuantos creen en él (Heb 5,9). En la historia de la santidad cristiana, comunidades y personas han vivido con preferencia, han meditado y se han asimilado misterios concretos de la vida del Señor. Se trata de los acentos, de las preferencias con que las diversas espiritualidades han primado aspectos, gestos, palabras, signos, misterios de Jesucristo, que con su encarnación, nacimiento, predicación, pasión —como paso de la vida terrena hacia la vida nueva a través de la muerte— y glorificación eterna junto al Padre, en el Espíritu, ha obrado nuestra redención y nos ha conformado a sí mismo, para que, ya desde nuestra peregrinación terrena, vivamos en la fe de que Dios, rico en misericordia, tanto nos ha amado que en su Hijo ya nos ha dado la vida nueva, ya nos ha resucitado, ya nos ha entronizado con Cristo en el cielo, para que en esta vida mortal realicemos las obras que él practicó mientras convivió con los hombres (cf. Ef 2,4-10).

Vivir el misterio de la Encarnación y la infancia del Dios hecho hombre fue la elección espiritual del Beato Lorenzo María de San Francisco Javier Salvi, sacerdote pasionista.

Romano por su nacimiento y por la parroquia de su bautismo, Lorenzo abrió los ojos a la luz de esta tierra en la Ciudad Eterna el 30 de octubre de 1782, hijo de Antonio Salvi y de Ma-

ría Ana Biondi, y al día siguiente recibió el baño de la regeneración en la iglesia —entonces parroquia— de San Eustaquio, junto al Panteón, recibiendo los nombres cristianos de Lorenzo, Cayetano, Manuel.

Recibió una muy buena educación en la familia Salvi y se inició en los estudios de humanidades y eclesiásticos en el colegio romano, donde tuvo como profesor particular por algún tiempo a Dom Mauro Cappellari, camaldulense, que más tarde sería papa con el nombre de Gregorio XVI.

El 14 de noviembre de 1801, cuando contaba 19 años, ingresó en la Congregación de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo. Cumplió su noviciado en la casa de retiro de San José del Monte Argentario, fundado por el mismo San Pablo de la Cruz. En la congregación adoptó el nombre religioso de Lorenzo María de San Francisco Javier. El 20 de noviembre de 1802 pronunció los votos perpetuos. El 29 de diciembre de 1805 recibía la ordenación sacerdotal en Roma. Inmediatamente inició su actividad apostólica.

Pero la invasión de Roma y de los Estados Pontificios por Napoleón, que decretó la supresión de las órdenes religiosas, lo sacó del convento. El P. Salvi rehusó, por otra parte, prestar juramento de fidelidad al emperador francés. Por espacio de algún tiempo, prosiguió su ministerio sacerdotal en la iglesia de Santa Maria in Publicolis, en el barrio de San Eustaquio, y luego en la región del Piceno. Allí cayó gravemente enfermo. Su maravillosa curación fue atribuida por el bienaventurado religioso a una aparición del Niño Jesús. Esta visión cambió el rumbo de su vida y la orientación de su ministerio apostólico.

Tras el regreso a Roma del papa Pío VII, liberado del cautiverio napoleónico (24 de mayo de 1814), el P. Lorenzo volvió también a la Urbe y reanudó con renovado fervor su oficio de predicador, ministerio propio de los pasionistas. Entre 1815 y hasta su muerte, acaecida en 1856, recorrió como misionero popular, de forma casi ininterrumpida, la Italia central: el Lacio, las Marcas, la Toscana y el Abruzzo. Ejerció también el cargo de superior en los conventos de la Congregación de Terracina, Todi, de la casa general de los santos Juan y Pablo de Roma y de Vetralla. Fue asimismo consultor provincial, elegido varias veces.

Además de las misiones populares, predicó ejercicios espirituales al clero, a religiosas y a monjas; se dedicó intensamente a oír confesiones y a la dirección espiritual. Se cuentan en unas trescientas las misiones populares y ejercicios espirituales que predicó. Siguiendo el carisma de su congregación, difundía y predicaba la devoción a la Pasión de Jesucristo. Cultivaba también el culto a la Eucaristía y profesaba devoción filial a Nuestra Señora. Pero su predilección, en su espiritualidad y en su apostolado, se cifraba en el amor apasionado al misterio de la Encarnación y al de la infancia del Niño Jesús, devoción que se había obligado él mismo a difundir con un voto particular.

Sin duda esta entrañable piedad y devoción hundía sus raíces en la misma infancia del P. Lorenzo, en la piedad popular romana que profesa singular y secular veneración a la imagen del Dios Niño, en la iglesia del Ara coeli, junto al Capitolio; devoción pupular que en las fiestas navideñas se mantiene con gran concurso de niños y de otros fieles de cualquier edad. Cultivó el fervor religioso en su vida espiritual, un amor creciente al Verbo Encarnado y se sentía verdaderamente llamado a ser apóstol ardiente de esta devoción. Por todos los medios, con su predicación, con sus exhortaciones y con sus escritos, se esforzaba por atraer a todos al amor del Dios hecho niño. Meditaba asiduamente la Encarnación, repartía imágenes del Niño Jesús, muchas de ellas esculpidas con sus propias manos, instituía asociaciones de fieles enfervorizados con su piadoso objetivo. Era tan conocido y popular su apostolado que pastores y fieles familiarmente lo llamaban: «Padre Lorencito del Niño Jesús». De todos era conocido como el «apóstol de Jesús Niño». Llevaba consigo siempre la imagen del Niño Dios: con ella en sus manos, predicaba, bendecía, realizaba prodigios, pues se dice que acompañaba su predicación apostólica con gracias y curaciones extraordinarias que la gente de aquel tiempo consideraba milagrosas. En 1855 la ciudad de Viterbo se vio liberada del cólera morbo después de que el bienaventurado religioso, llamado por el obispo, hubiera predicado un triduo sobre el Niño Jesús en la catedral, ante gran concurrencia de fieles.

Pero su celo de predicador incansable, en un momento de su vida, le hizo entrever un nuevo campo de apostolado: el diá-

logo entre las Iglesias anglicana y romana. De buen grado hubiera querido acompañar a su amigo, el Beato Domingo Barberi, a Inglaterra para ayudarle en la tarea ecuménica que éste había iniciado; pero la obediencia no se lo consintió y tuvo que permanecer en Italia.

El celoso apóstol popular se vio agraciado también con dones místicos extraordinarios.

Acompañó sus palabras de apóstol de la infancia de Jesús con sus escritos: la novena de Navidad que prepara la fiesta del 25 de diciembre; ejercicios piadosos sobre el Adviento; visita espiritual a la cueva de Belén; visita a la santa cuna. Divulgó otras obras para estimular la devoción y las asociaciones piadosas: *I gradi della santa Infanzia de N.S.G.C.; La devota lega per la difusione della devozione a Gesù Bambino; Il cameriato di Gesù Bambino; L'anima innamorata di Gesù Bambino; L'anima mistica nutrice di Gesù Bambino.*

De esta devoción personal y de su predicación sobre la infancia de Jesús niño, el Beato Lorenzo Salvi aprendió a ambientar toda su vida cristiana en la «infancia espiritual». El abandono filial en brazos de Dios, como niño en el regazo de su madre (Sal 130,2; Is 66,12-13), la simplicidad y humildad en todas las ocasiones de la vida, eran la constante de su espiritualidad, vivida con todo el fervor del espíritu, traducida en la práctica de todas las virtudes teologales y morales.

Lleno de trabajos y méritos, se durmió santamente en el Señor el 12 de junio de 1856, en Capránica, en la casa señorial de los Porta, insignes benefactores de los pasionistas. Rodeado de gran fama de santidad, fue sepultado en la casa de retiro de su congregación, en el pueblo de Sant'Angelo, en Vetralla, diócesis de Viterbo.

En Roma y en otras diócesis, fueron incoados los procesos ordinarios de beatificación entre 1891 y 1894. El proceso apostólico se desarrolló entre 1923 y 1927. Juan Pablo II proclamó sus virtudes heroicas en 1978. El milagro para la beatificación fue aprobado en 1988. Ésta se celebró solemnemente en la plaza de San Pedro del Vaticano el día primero de octubre de 1989, juntamente con la de otros 26 religiosos pasionistas, mártires durante la persecución religiosa en España.

En su homilía, Juan Pablo II resaltó:

> «Lorenzo combatió el "buen combate de la fe", según el espíritu de su Congregación religiosa, ocupándose intensamente en la predicación de las misiones populares, en cursos de ejercicios espirituales, en el ministerio de las confesiones. Buscaba infundir en cuantos se le acercaban el amor a Cristo pobre y humilde, mediante la devoción a la infancia de Jesús y a su Pasión, momentos en los que se revelan sobre todo la humildad y la dulzura del Salvador. Convencido de la infinita misericordia del corazón de Cristo, no se cansaba de exhortar las almas a la confianza, proponiéndoles el ejemplo del niño que se confía en todo a los brazos amorosos y fuertes del padre».

Ante el primado de Canterbury, Dr. Robert Runcy, que asistía a la beatificación, recordó el propósito del nuevo beato romano de trabajar por abrir un fructuoso diálogo entre la Iglesia anglicana y la Iglesia de Roma.

PERE-JOAN LLABRÉS Y MARTORELL

Bibliografía

AAS 82 (1990) 939-942.

ANDREA DELLA MADONNA DEL BUON CONSIGLIO, CP, *L'apostolo di Gesù Bambino, o, Vita del servo di Dio P. Lorenzo M.ª di S. Francesco Xaverio, pasionista* (Roma 1987); repr. facsímil de la ed. de Viterbo 1906.

NERONE, C., *L'infanzia spiritale nella dottrina e nella prassi di un asceta del secolo XIX* (Roma 1958).

BEATA MERCEDES MARÍA DE JESÚS MOLINA

Virgen y fundadora († 1883)

Nació en Baba, provincia de Los Ríos, entonces Departamento de Guayaquil, el 24 de septiembre de 1828. Fue hija de don Miguel Molina y Arbeláez y de doña Rosa Ayala y Aguilar, hacendados locales que llevaban una vida piadosa, desahogada y tranquila, pero con amplias relaciones sociales por sus múltiples amistades.

El hogar fue bendecido por Dios con tres hijos, dos niñas y un chico. Ella fue la menor y por lo tanto el centro de las atenciones familiares. Tenía sólo dos años cuando falleció su padre, después de corta enfermedad. La madre se trasladó entonces a

Guayaquil, para estar más cerca de otros familiares. En la elegante e industriosa ciudad, rival de Quito por su industria, su puerto y su gente emprendedora, en la ribera del río Guayas a cincuenta kilómetros de la desembocadura en el inmenso Pacífico, pasó su infancia, asistió a la escuela, hizo sus primeras amistades y descubrió lo que era el estudio, la convivencia y la alegría de la juventud inicial.

Su madre, que era muy piadosa, seria y responsable de lo que la educación significaba para sus tres hijos, la enseñó a rezar y a conocer la doctrina cristiana. Se preocupó con esmero de infundirla buenos sentimientos y relacionarla con personas piadosas que en la parroquia y en la escuela la ayudaran en su vida cristiana. La niña respondió con dulzura, aunque de carácter vivo y un tanto propensa a las evasiones estimuladas por el ambiente festivo y amistoso en el que se movía.

A los quince años de edad el idilio familiar quedó interrumpido ante la muerte de la madre. Ella quedó bajo la tutela de su hermana mayor, que hubo de tomar las riendas de sus dos hermanos huérfanos. Entonces era ya una bella e inteligente jovencita, admirada por su ingenio decidido, por su claridad de mente y que, como es natural, atraía a muchos galanes que rondaban su casa con pretensiones amorosas. De buen carácter, nada pretenciosa, llena de ilusiones vitales que apenas su hermana mayor podía dominar, apenas podía resistirse ante tantas solicitudes y diversiones que se presentaban y ante el desahogo económico en el que los tres hermanos habían quedado.

Pero en 1849, cuando acababa de cumplir veintiún años, tuvo un accidente providencial. En uno de sus esparcimientos juveniles se cayó de un caballo y se rompió un brazo. Tuvo que pasar muchos días inmovilizada por los médicos y los dolores de la herida. No la quedó otro remedio que resignarse a la lectura, a la reflexión y sobre todo a la contemplación de un crucifijo que presidía el hogar. Fue en esta situación donde los sentimientos nobles, infundidos por la madre y latentes en su corazón sano, tomaron cuerpo. Una nueva vida se abrió a sus ojos espirituales en medio de sus pensamientos. Y la posibilidad de «otra vida» se la presentó como un desafío.

Renunció a un brillante matrimonio que se le ofrecía y que antes la había seducido. Cambió de rumbo en sus ideales y fue dejando sin estridencia las amistades algo frívolas que frecuentaba hasta ese momento. Incrementó sus limosnas y comenzó a pensar en los que sufrían y en los pobres que esperaban ayudas de los poderosos. Cuando se restableció del todo había tomado determinadas opciones con la claridad de un espíritu maduro, que hasta entonces no había demostrado del todo. Inició un estrecho camino de obras de misericordia y de caridad. Se entregó a la asistencia de huérfanos en un hospicio cercano a su domicilio.

Fue su plataforma de despegue hacia el heroísmo y su consagración a Dios. Incluso decidió trasladarse a vivir con los huérfanos, para actuar con ellos como educadora y como madre cariñosa, recordando por experiencia propia lo que era la orfandad. Su corazón, decidido a no vivir a medias, se inclinó hacia decisiones de entrega total a Dios. Después de madura reflexión y algunas consultas a directores espirituales que la entendían, repartió todos los bienes que la correspondían de la herencia familiar en obras de asistencia a los pobres. El asombro de sus conocidos y cierto desconcierto de sus otros dos hermanos no la asustaron. A todos tranquilizó con su serenidad y alegría. También se hizo con este motivo miembro activo de la incipiente Junta de beneficencia de Guayaquil. Y terminó en breve siendo elegida como directora de la Residencia de huérfanas.

Su opción de vida no se contentó con lo exterior. Al mismo tiempo creció en su vida de oración. Probablemente fue en estos meses de desprendimiento cuando experimentó sus primeros dones místicos y espirituales. Como fruto de ellos fue la emisión de un voto de virginidad perpetua, consciente de que tomaba el camino del sacrificio, de la bondad, de la entrega definitiva a Dios y a los hombres por Dios.

Parece que fue también entonces cuando, estando en oración contemplativa y admirando los pasos de la santa ecuatoriana Mariana de Jesús, a quien imitaba en su amor a Dios, vio un rosal florido, en cuyo símbolo entendió que Dios la pedía fundar un colegio, una familia o un Instituto religioso dedicado a dar flores y frutos de santidad para la Iglesia.

Su vida intensa de oración se fue acrecentando. Al menos desde 1862 hubo testigos que la vieron en levitación en algunos momentos de oración. Supieron también que perdía los sentidos en esos momentos y entraba en éxtasis después de comulgar. Y descubrieron que en su vida acontecían hechos misteriosos que ni ella misma podía explicar.

Su fama de piadosa, de caritativa, de mujer extraordinaria, se extendió por toda la ciudad ocasionando muchos comentarios, unos favorables y otros despectivos, como tantas veces aconteció en la vida de los santos. Fue justamente por esa época cuando conoció a Narcisa de Jesús Martillo Morán, con quien compartió su casa por largo tiempo para ayudarse mutuamente en el camino de la cruz y practicar juntas la virtud, la oración y la penitencia.

En 1870 su director espiritual, el jesuita italiano Domingo Bovo, que se había cambiado el nombre en P. García, para resultar más familiar a los nativos, la invitó a participar en una misión con los indígenas jíbaros, en el Oriente del Ecuador. Con él partió al principio a Gualaquiza y luego a otros lugares. Actuó como catequista, maestra y enfermera, en unión con las tres compañeras que con ella convivían. Fue una misión difícil. Los jíbaros, diseminados en la zona selvática amazónica y en los montes cercanos a la cordillera del Sur, resultaban peligrosos por sus costumbres guerreras y su manía primitiva de cortar las cabezas y empequeñecerlas para guardarlas como trofeo de guerra. Precisamente su nombre de jíbaros significaba «salvajes», aunque antropológicamente se les conocía como tribus shuares, achuales o yaruros. La misión no resultó definitiva ni aparentemente exitosa, pues la peste y las luchas tribales que se desencadenaron, obligaron a interrumpirla esperando mejores circunstancias. Pero la empresa había durado tres años, que fueron provechosos para todos.

Regresó a Cuenca por algún tiempo y prosiguió su labor educativa y asistencial con más huérfanos, con niñas y mujeres, así como con la asistencia domiciliaria a los enfermos y moribundos.

Y fue entonces cuando sonó la hora de la Providencia. Las circunstancias la condujeron a la ciudad de Riobamba, donde se

estableció a la espera de lo que convendría hacer: o reanudar la misión al mejorar las condiciones de la selva o regresar a su ciudad de origen. Pero ni una cosa ni otra era el plan divino. Más bien había llegado el momento de hacer realidad la antigua visión del rosal florido. Vio cristalizado su deseo de fundar un Instituto religioso ante la invitación de quedarse, organizar un centro educativo para los necesitados y atraer vocaciones para incrementar la obra. Organizado el grupo, el 14 de abril de 1873, con dos de las compañeras, formuló los votos de pobreza, castidad y obediencia. Y así nació la pequeña semilla que pronto se desarrollaría con exuberancia.

El nombre elegido para la obra se debió a la gran devoción que ella sentía por la primera santa ecuatoriana, Mariana de Jesús, nacida en 1654 en Quito. Había sido beatificada esta singular mujer por Pío IX en 1850. Un día lejano de 1950 sería declarada santa por Pío XII. En honor de la entonces admirada Beata Mariana, el centro y el grupo se denominaron con su nombre y la gente sencilla añadió el adjetivo de «marianitas».

El mismo P. García (Domingo Bovo) redactó las Constituciones después de diversas conversaciones con ella y con el grupo de las que seguían a la incipiente fundadora. Habían hablado del tema durante la misión entre los jíbaros. El objetivo de la obra quedó claro. Sería la acogida de niñas huérfanas pobres, para educarlas y preservarlas del mal. Se añadirían otras labores, como acogida de arrepentidas, atención a presidiarias, recuperación de doncellas en peligro.

Tenía la fundadora al iniciar la hermosa obra educativa de las «marianitas» cuarenta y cinco años y la quedaban por delante veinte al servicio eclesial. Fue un trabajo difícil, que caminó en paralelo con sus progresos espirituales, alentados por su sentido de penitencia, por las pruebas morales por las que atravesó su alma, por las temporadas de bonanza en el mar de su espíritu. Sobre todo la hicieron sufrir mucho las tensiones originadas por las intromisiones de los directores espirituales externos, de algunos jesuitas en clara rivalidad con otros redentoristas, los cuales ofrecían y promovían nuevas ocupaciones a las Hermanas que no respondían a su carácter institucional.

El trabajo social y las actividades eficaces de la fundadora y de sus compañeras llamaron la atención de los gobernantes locales. Y el eco de sus aciertos llegó hasta el Presidente de la República, el ferviente católico Gabriel García Moreno, quien decretó ayudas y subvenciones a la obra de las marianitas. Ello contribuyó a acelerar su proceso de expansión. Nuevas jóvenes se fueron adhiriendo al grupo inicial y pronto el trabajo se hizo más amplio y los frutos más visibles. Incluso otros grupos de atención a huérfanas y marginadas se fueron extendiendo por otros lugares del país. La desaparición del Presidente de la nación, asesinado en 1875 por esbirros masónicos y cuyas últimas palabras al caer mortalmente herido fueron: «Dios no muere», creó dificultades. Su sucesor bloqueó las ayudas a las obras sociales del Instituto y algunas de las obras entraron en crisis.

Ante la imposibilidad de librarse de la influencia o coacción de los directores externos, la fundadora decidió dimitir de su cargo en la congregación y dejar en 1876 el gobierno a otra persona. Fue la hermana María Urquillas, quien durante un tiempo toleró actividades fuera de la clara orientación educativa y de atención a las mujeres marginadas, encarceladas o necesitadas.

Ella siguió como maestra de novicias y entregada a la oración, en espera de que Dios defendiera lo que claramente Él había inspirado.

Los últimos doce años los pasó, como ocurrió con otras fundadoras, apartada de la dirección de su obra y dedicada a la formación, a la oración y a rigurosas penitencias, dando ejemplo de paz y de humildad. Llena de virtudes y méritos, murió el 12 de junio de 1883. Sus restos serían llevados luego al lugar de su primera obra. Y hoy descansan en la ciudad de Riobamba, en la misma casa donde fundó la congregación de las marianitas.

La devoción de los que la habían conocido y los signos milagrosos que pronto se fueron multiplicando en torno a su recuerdo y a su sepulcro, movieron a las autoridades eclesiásticas a iniciar su proceso de beatificación, que comenzó en 1886 en la Diócesis de Bolívar. La oposición de personas contrarias a la obra y las grandes convulsiones políticas surgidas en Ecuador en los últimos decenios del siglo XIX tuvieron el proceso detenido hasta 1929, en que se siguieron recogiendo testimonios. Se

reanudó en 1929 y el 8 de febrero de 1946 el papa Pío XII decretó la introducción de la causa de su beatificación.

El 27 de noviembre de 1981, Juan Pablo II expidió el decreto sobre las virtudes heroicas y le dio el título de Venerable. Cuatro años más tarde, el 1 de febrero de 1985, «La Rosa del Guayas» fue beatificada durante la visita pastoral que el Santo Padre realizó a la ciudad de Guayaquil.

PEDRO CHICO GONZÁLEZ, FSC

Bibliografía

VILLAFUERTE, E., *Vida de la Sierva de Dios Sor Mercedes de Jesús de la Congregación de la Beata Mariana de Jesús, muerta en olor de santidad el 12 de junio de 1883* (Barcelona 1886; Quito ²1984).
FAJARDO, E. L., *La Rosa del Guayas* (Quito 1961).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN ONOFRE

Anacoreta († 400)

Conocemos de la vida y muerte de San Onofre por el relato que un viajero por el desierto de la Tebaida nos hace en una narración llena de sentido sobrenatural y místico. Según ella Onofre fue primeramente monje en un monasterio de la Tebaida, Egipto, pero luego se sintió llamado a la vida solitaria para estar dedicado por completo a la divina contemplación. Entonces se adentró en el desierto, donde vivió en una cueva, comiendo los dátiles de una palmera y ofreciendo continuamente plegarias al Señor.

Llevaba ya sesenta años en el desierto cuando el citado viajero lo encontró. Onofre llevaba cabellos y barba hasta los pies, tenía el cuerpo cubierto de pelos y se cubría con una falda de hojas. Le contó su historia al viajero y le dijo que el Señor lo había llevado hasta allí para que asistiera a su muerte y lo enterrara. Le pidió solicitara las oraciones de la comunidad cristiana por él y que a su vez no se hiciera anacoreta porque la voluntad del Señor para él era otra. Murió Onofre y lo enterró el viajero en la cueva, cubriéndola bien para preservar el cuerpo de las fieras.

Este viajero se llamaba Pafnucio, y se duda si era San Pafnucio el Grande o el abad Pafnucio de Escitis. San Onofre tiene dedicada una iglesia en Roma y devotos en todo el mundo.

SAN LEÓN III

Papa († 816)

León era romano e hijo de Azupio. Había ingresado en su juventud en el clero de Roma y había llegado a ser prepósito de la custodia de Letrán, y como cardenal era presbítero y del título de Santa Susana. Al día siguiente de la muerte del papa Adriano I (25 de diciembre de 795) fue elegido por unanimidad obispo de la ciudad por el clero y el pueblo. Se consagró pacíficamente el día 27 del mismo mes y año. Comunicó enseguida a Carlomagno la muerte de Adriano y su propia elevación a la sede de Pedro, a lo que contestó el monarca exhortándolo a ser fiel a las normas de los Santos Padres y a orar por la Iglesia como Moisés hiciera por el pueblo de Dios durante la batalla. La carta de Carlomagno no ofrecía duda sobre la decidida voluntad de intervenir activamente en los asuntos de la Iglesia. Al mismo tiempo le envió al papa presentes con los que enriqueció las iglesias de Roma. El papa nombró a Carlomagno portaestandarte de la Iglesia, a cuyo fin le envió el estandarte y también las llaves como señal de que el rey era el guardián honorífico del sepulcro de San Pedro. Nombrado Carlomagno patricio romano, el pueblo le juró fidelidad ante sus delegados.

Bajo León III siguió adelante el tema del adopcionismo español, condenado en los sínodos de Ratisbona (792) y Francfurt (794), pero cuyos corifeos no se echaban definitivamente atrás. León convocó un sínodo en Letrán (798) y condenó a Félix de Urgel, el cual al año siguiente compareció ante el sínodo de Aquisgrán, desde donde ya no pudo volver a su diócesis. Parece que se arrepintió pero Elipando no lo hizo.

En Roma se formalizaba una conspiración a cargo de algunas familias nobles contra el pontífice que el 25 de abril de 799 en la procesión de las Letanías fue atacado físicamente, malherido y salvado milagrosamente de manos de sus enemigos por un grupo de personas conscientes y valerosas. Refugiado en San

Pedro, convaleció el papa de sus heridas sin que sus enemigos cejasen en su voluntad de acabar con él, levantándole, además, las más viles calumnias. Por fin el duque de Espoleto llegó con tropas, auxilió al pontífice y se lo llevó a su ciudad. De allí partió para el reino franco, donde Carlomagno, como toda la cristiandad, oyó con horror lo sucedido en Roma. Esta ciudad quedó a merced del saqueo de los enemigos del papa, que, además, redactaron un memorial con las acusaciones contra el pontífice. Reunido el papa con Carlomagno, éste determinó la vuelta del papa a Roma, donde sus enemigos no se atrevieron a oponerse a un papa amparado por Carlomagno. Salió el clero y el pueblo a recibir al pontífice, y se dispuso a esperar a Carlomagno que iba a celebrar en Roma la Navidad del año 800. Recibió León a Carlomagno con toda solemnidad y fueron congregados abades y obispos para examinar las acusaciones contra León, pero los prelados se negaron a juzgar al papa, pues los inferiores no juzgan al superior. Y entonces León espontáneamente se sinceró de su conducta delante de los reunidos y declaró falsas las acusaciones habidas contra él.

Al día siguiente, mientras Carlomagno asistía a los divinos oficios de Navidad, el papa León III coronó emperador a Carlomagno, restituyendo así el Imperio de Occidente. El pueblo aclamó entusiasmado al emperador.

León fue un buen pontífice que buscó en todo el mayor bien de la cristiandad. Murió después de Carlomagno, el 12 de junio de 816.

SAN ESKIL

Obispo y mártir († 1080)

Aunque se piensa que tenía sangre vikinga, Eskil era natural de Inglaterra y acompañó a su pariente San Sigfrido, monje de Glastonbury, cuando éste fue en misión evangelizadora a Noruega a petición del rey Olavo Trygvasson. Sigfrido puso su sede episcopal en Vajxo, mientras que Eskil desarrolló su labor itinerante por Suecia, singularmente en Södermanland. Eskil también fue consagrado obispo y tuvo su sede en la isla de Strägnäs, comprendida hoy en Estocolmo, siendo probable que

fuera todavía un obispo regionario y no propiamente un obispo con diócesis organizada.

Cuando el rey Inge, que había apoyado la labor misionera cristiana, fue asesinado, se produjo una reacción pagana y se organizó una gran fiesta en honor de los antiguos dioses, a la que acudieron a participar no solamente paganos sino también algunos que ya habían sido bautizados. Eskil se hizo presente, solicitó de los fieles cristianos que no participaran de los sacrificios paganos y, como señal divina de que dichos sacrificios paganos eran abominación, pidió a Dios que destruyera el altar y los sacrificios paganos, lo que efectivamente sucedió a causa de una repentina tempestad de pedrisco, que dejó salvos a Eskil y sus oyentes. Entonces, lleno de rabia, el rey Sewyn ordenó que Eskil fuera ejecutado. La multitud así lo hizo matándolo a pedradas. Parece que fue el 12 de junio de 1080.

BEATO GUIDO DE CORTONA

Presbítero († 1245)

Guido nació en Cortona hacia el año 1190, y era un joven honesto y puro cuando en 1211 conoce a San Francisco al visitar éste su ciudad. Se siente impactado por el santo y le pide el hábito, despojándose inmediatamente de sus bienes y diciendo adiós a su familia para vivir en la pobreza del seguimiento de Jesucristo y de Francisco.

Francisco, viendo sus buenas cualidades, le manda ordenarse sacerdote y le confía el ministerio de la predicación, al que se dedicará con gran celo, acreditándolo al mismo tiempo con una vida llena de las virtudes del evangelio. Su muerte se sitúa el 31 de mayo de 1245 pero el *Martirologio* lo celebra el 12 de junio. Gregorio XIII, el 29 de mayo de 1583, aprobó su culto.

BEATO PLÁCIDO

Abad († 1248)

Nació en Rosi, de los Abruzos, a finales del siglo XII en el seno de una familia campesina que lo educó cristianamente,

aunque no pudo darle oportunidad de instruirse. Fue un joven diligente y modesto, que anhelaba su propia formación humana y cristiana y ayudaba a su familia en el trabajo del campo.

Sin avisar, dejó su casa y empleó un año en peregrinar a Santiago de Compostela, de donde volvió enfermo. Estuvo cinco años en la cama, padeciendo mucho, pero por fin se curó, reemprendiendo la vida de peregrino que le llevó a Roma y a otros santuarios. Llevó vida eremítica un tiempo, pero cuando se le unieron muchos discípulos que querían ser dirigidos por él fundó el monasterio de Ocre (1222), donde organizó la vida de oración, de trabajo y de estudio, dando un altísimo ejemplo de virtud a todos y consolidando su fundación. A fin de unirla a alguna cadena de monasterios lo hizo a la Orden cisterciense. Murió el 12 de junio de 1248, y tuvo culto como santo desde su muerte.

BEATA FLORIDA CEVOLI

Virgen († 1767)

Lucrecia Elena Cevoli nace en Pisa, Italia, el 11 de noviembre de 1685, hija de los condes Curzio Cevoli y Laura della Seta. Primero recibe una esmerada educación cristiana en el hogar y a los 13 años es llevada como pensionista al convento de capuchinas de San Martín donde estuvo cinco años. Allí, prendada del ejemplo de las monjas, surge su vocación religiosa.

A los 18 años ingresa en el convento de capuchinas de Città di Castello y al tomar el hábito (7 de junio de 1703) cambia su nombre por el de Florida. Tuvo como maestra de novicias a Santa Verónica de Giuliani, que la orientó eficazmente en el camino de la vida religiosa y de la vida interior, profesando el 10 de junio de 1704.

Fue una religiosa ejemplar, que intentó vivir siempre con total entrega los votos religiosos y hacer el mayor bien a su comunidad. Fue primero cocinera, despensera, panadera y encargada de la farmacia, llamándola luego la comunidad a cargos de mayor responsabilidad. Cuando en 1716 Santa Verónica es elegida abadesa, Florida es su vicaria, confidente y secretaria. Y al morir la santa en 1727, la comunidad la elige a ella como abadesa,

siendo reelegida muchos trienios hasta su muerte. Fue también maestra de novicias. Impregnada del espíritu de Santa Verónica, ella formó a las jóvenes novicias en el verdadero espíritu de San Francisco y en la devoción a la pasión del Señor y los dolores de María. Cuando a la muerte del papa Benedicto XIV (1758) hubo un levantamiento popular contra el gobierno papal, Florida fue un ángel de paz y un instrumento de pacificación. Llena de méritos y con gran fama de santidad, murió el 12 de junio de 1767. Fue beatificada el 16 de mayo de 1993.

BEATA MARÍA CÁNDIDA DE LA EUCARISTÍA

Virgen y religiosa († 1949)

María Barba nació el 16 de enero de 1884 en el seno de una familia de origen siciliano, hija del consejero del Tribunal superior, Pedro Barba. Cuando tenía dos años su familia regresó a Palermo, en cuyo colegio de Santa Maria al Giusino se educó. Inclinada a la piedad desde muy niña, esperaba a que su madre regresara de la iglesia de comulgar para pedirle le echara su aliento y la niña entendía percibir así algo del Señor que su madre había recibido. A los 10 años hizo su primera comunión y procuraba desde entonces comulgar con frecuencia. En 1899 sintió con toda claridad la vocación religiosa, pero halló la tenaz oposición de su familia. Hubo de pasar largos años de espera y de sufrimiento interior, pero se mantuvo firme en su piedad y en su fidelidad al propósito de la vida religiosa. Osciló entre elegir la Visitación o el Carmelo y se decidió por este último. Murió su madre en 1914 y sus deseos de recibir la comunión frecuentemente se vieron frustrados pues no se le permitía salir sola de la casa. Por fin, el 25 de septiembre de 1919 lograba entrar en el Carmelo teresiano de Ragusa. Eligió el nombre de María Cándida de la Eucaristía, y se propuso acompañar a Jesús, en su condición de eucaristía, lo más que pudiese. Hizo los primeros votos el 17 de abril de 1921 y, llegado el tiempo, los votos solemnes el 23 de abril de 1924. Y con gran sorpresa de ella misma, a los pocos meses de pronunciada la profesión solemne, fue elegida priora (10 noviembre) con la natural dispensa. Este cargo lo llevaría adelante con tal celo y tal dedicación y tan a sa-

tisfacción de la comunidad, que fue repetidamente reelegida: 1927, 1933, 1937, 1940 y 1944, dispensando la autoridad eclesiástica las veces que la dispensa fue necesaria. Infundió a su comunidad un profundo amor a las constituciones de Santa Teresa de Jesús y contribuyó directamente a la expansión del Carmelo con la fundación de Siracusa y la vuelta a Sicilia de la rama masculina de su Orden. Fue también sacristana y maestra de novicias entre 1930 y 1933.

Su vida espiritual fue muy notable, centrada en lo que ella llamó «mi vocación a la Eucaristía», apoyada siempre en la espiritualidad carmelitana y muy concretamente en la doctrina de Santa Teresita del Niño Jesús. A partir de la fiesta del Corpus Christi de 1933, que era el Año Santo de la Redención, comenzó a escribir su obra sobre la Eucaristía, a la que se ha llamado verdadera joya de la espiritualidad eucarística vivida. Ella descubría en la Eucaristía el sentido profundo de los votos religiosos y una progresiva conformación al único modelo, Jesucristo. Llamaba a la Eucaristía alimento, encuentro con Dios, fusión del corazón, escuela de virtud, sabiduría de la vida. Para ella el verdadero modelo de vida eucarística es la propia Virgen María, deseando ser María para Jesús y teniéndola siempre presente en sus comuniones.

En 1949 se le declaró un cáncer de hígado. Ella soportó la enfermedad con gran ánimo y entereza, sobrellevando el mal con silencio y paciencia, y mostrando una gran disponibilidad a la voluntad de Dios. Declaró que se encontraba felicísima de amar y sufrir por Jesús, reafirmando que nunca se había arrepentido de dedicarse a él por entero. Murió invocando a la Virgen María el 12 de junio de 1949. Fue beatificada el 21 de marzo de 2004.

13 de junio

A) Martirologio

1 En Padua, San Antonio († 1231), presbítero y doctor de la Iglesia, de la Orden de Menores **

2. En la Via Ardeatina, en el miliario séptimo desde Roma, Santa Felícula († s. IV), mártir.
3. En Alejandría de Egipto, el bienaventurado Aquiles († 312), obispo.
4. En Nicosia (Chipre), San Trifilio († 370), obispo.
5. En los Abruzos, San Ceteo o Peregrino († 600), obispo de Amiterno, mártir.
6. En Alejandría de Egipto, San Eulogio († 607), obispo *.
7. En Limoges (Aquitania), San Salmodio († s. VII), ermitaño.
8. En la Galia Lugdunense, San Ragneberto († 680), mártir *.
9. En el Valle de Larboush, en los Pirineos, San Aventino († 732), ermitaño y mártir *.
10. En Córdoba, San Fándila († 853), presbítero y mártir **.
11. En el monasterio de Claraval (Borgoña), Beato Gerardo († 1138), monje, hermano de San Bernardo *.
12. En Hué (Annam), santos Agustín Phan Viet Huy y Nicolás Bui Duc The († 1839), mártires *.
13. En Naumowicze (Polonia), Beata Mariana Biernacka († 1943), madre de familia y mártir **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN ANTONIO DE PADUA

Presbítero y doctor de la Iglesia († 1231)

Uno de los santos que más se han granjeado el corazón y la estima del pueblo cristiano es San Antonio. Llámasele, según famosa frase de León XIII, «el santo de todo el mundo»; pero es conocido, amado e invocado preferentemente por el pueblo humilde, que ha vislumbrado en él al dispensador de los tesoros celestiales y al protector decidido de los intereses de los pobres. La historia, principalmente la más antigua biografía del santo paduano, conocida por el nombre de *Asidua,* nos da en síntesis una perfecta semblanza del mismo.

Escasas e imprecisas son las noticias de los primeros biógrafos sobre la cuna e infancia del santo. Ninguno de ellos señala el año de su nacimiento, que, por conjeturas y deducciones, los autores modernos fijan entre los años 1188 y 1191. Según el más antiguo biógrafo, nació en Lisboa, «ciudad situada en los confines de la tierra», en una casa que poseían sus padres cerca y al norte de la catedral, en cuyo baptisterio recibió las aguas

bautismales a los ocho días de su nacimiento, imponiéndosele el nombre de Fernando. Sus años juveniles deslizáronse en el seno de la familia, convertido en el hechizo de sus padres, por ser el primogénito y por aparecer dotado de índole buena, probidad e integridad de costumbres Desde su más tierna edad profesó una especial devoción hacia la Virgen Santísima, a la cual se consagró y escogió por institutriz, guía y sostén de su vida y muerte. El historiador Surio dice de él que visitaba a menudo las iglesias y monasterios de la ciudad y que era compasivo con los pobres, a quienes socorría en sus necesidades.

Juntamente con la educación religiosa proveyeron sus padres la educación intelectual de su hijo al confiarle a los desvelos del maestrescuela de la catedral, para que lo iniciara en los rudimentos de la gramática, retórica, música, aritmética, geografía y astronomía, materias que constituían el plan de estudios de las escuelas catedralicias de aquel tiempo.

Dicen sus biógrafos que el santo fue acometido en su juventud por la violencia de las pasiones, pero añaden que el «casto joven nunca, ni por un instante, se rindio a las exigencias de la pubertad y del placer». Estas crisis pasionales que asaltan a la juventud, y que para muchos jóvenes son el principio de una vida de pecado, fueron para el santo la piedra de toque que le movió a encauzar su vida por otras sendas que estuvieran al abrigo del demonio de la impureza. De ahí su decisión de ingresar en el monasterio de San Vicente de Fora, situado en las afueras de Lisboa, sobre una pequeña colina, y habitado por hombres honorabilísimos por su piedad.

Dos años moró el santo en el monasterio de San Vicente, hasta que, a causa de las frecuentes visitas de familiares y amigos que le impedían la paz y recogimiento, decidió pedir su traslado a la casa madre de Coimbra, en donde ingresó a los diecisiete años de edad. Aquí llevó una vida tan fervorosa que los antiguos biógrafos aseguran que en este tiempo escaló Fernando las cimas de la santidad. Al intenso trabajo espiritual acompañaba siempre el estudio, que consideraba como complemento y perfección de su vida de piedad. Aunque muy amplios, sus estudios tendían exclusivamente al conocimiento más perfecto de la Sagrada Escritura.

Atendiendo al ambiente político-religioso del monasterio de Santa Cruz durante los tiempos en que moró allí el santo, sacamos la conclusión de que su santidad y ciencia fueron más bien producto de su esfuerzo personal y de la gracia que imposiciones del medio ambiente. En una atmósfera de luchas, intrigas y defecciones dolorosas vivía el joven Fernando entregado a la oración y al estudio. La virtud se robustece en la adversidad, y, lejos de escandalizarse por la conducta equívoca de algunos prohombres del monasterio, se impuso una vida más intensa de espiritualidad. Sin embargo, más de una vez soñó en la posibilidad de abrazar otro género de vida más perfecto y más al abrigo del mundanal ruido. La vida simple de los pobrecillos hijos de San Francisco de Asís del eremitorio de San Antonio de Olivares, de Coimbra, le atraía irresistiblemente. Tuvo Fernando su primer contacto con dichos frailes al hospedarse en el monasterio los protomártires franciscanos de Marruecos, a su paso por Coimbra en dirección a África. Además, los frailes de Olivares acudían al monasterio en busca de limosna, a los que atendía el joven monje, que, según testimonio de Azevedo, tenía a su cargo la hospedería.

A este cenobio fueron después traídos los cuerpos de los protomártires de Marruecos. ¿Qué impresión producirían en el ánimo de Fernando los despojos mortales de aquellos intrépidos soldados de la fe? Despertaron en él el deseo de consagrarse al apostolado entre infieles y morir mártir de Cristo. Era imposible realizar sus sueños mientras permaneciera en Santa Cruz de Coimbra, porque el monasterio no tenía en su programa de vida las misiones entre infieles y sólo podía llevarlo a cabo en el supuesto de profesar en una Orden como la franciscana; pero para efectuar este tránsito debía contar con la autorización de los superiores de ambas Órdenes.

Un día, según costumbre, los frailes de San Antonio de Olivares acudieron al monasterio en busca de limosna y Fernando, en secreto, les contó su propósito, diciéndoles:

> «Hermanos, recibiría con entusiasmo el hábito de vuestra Orden si me prometierais enviarme, luego de haber entrado, a tierra de sarracenos para que sea partícipe de la corona de los santos mártires».

Los frailes le dieron palabra y fijaron para la mañana siguiente el ingreso en la Orden franciscana. Aquella noche, según el biógrafo más autorizado, arrancó Fernando a duras penas y a base de muchos ruegos el permiso del prior del monasterio. Con el fin de vencer dificultades de parte de sus familiares y de algunos monjes de Santa Cruz se convino en cambiar su nombre de Fernando por el de Antonio, que era el titular del eremitorio donde residían los franciscanos, y en mandarle cuanto antes a tierra de infieles. La ceremonia de la imposición de hábito al nuevo candidato fue rápida y sencilla, por razón de que el prior, el monasterio, la diócesis y todo el reino estaban en entredicho por el arzobispo de Braga, y, según el derecho, se prohibía la celebración pública de la santa misa y del oficio divino.

En el verano de 1220 vestía Antonio la librea franciscana y a primeros de noviembre desembarcaba en Marruecos. Una terrible enfermedad le retuvo todo el invierno en cama y los superiores de la misión juzgaron conveniente repatriarlo para que atendiera a su convalecencia. Con este propósito hízose a la mar: pero un recio viento empujó la nave hacia Oriente, obligándola a atracar en las costas de Sicilia. Antonio se refugió en el convento franciscano de las afueras de Mesina y de allí marchóse al Capítulo general, convocado en Asís por el seráfico fundador para el 20 de mayo de 1221. Antonio pasó inadvertido en medio de aquella multitud, de tal manera que, terminado el Capítulo, los frailes se reunieron en torno a sus provinciales y en su compañía regresaban a sus respectivas provincias, mientras él quedaba a disposición del ministro general. A ruegos del santo el provincial de Romaña se lo llevó consigo y con su permiso retiróse al eremitorio de Monte Paolo para consagrarse a la soledad. De su vida en aquel eremitorio dice el primer biógrafo:

> «Cierto fraile habíase arreglado una cueva que debía servirle de celda para retirarse allí y dedicarse a la altísima contemplación. Cuando Antonio, que iba explorando el bosque, la vio, prendóse de ella y, con muchos ruegos, se la pidió al devoto fraile, que, vencido por las reiteradas súplicas del Santo, se la cedió fraternalmente. Desde entonces todas las mañanas, después de haber tomado parte en la plegaria común, retirábase allí, llevándose consigo un

poco de pan y un vaso de agua para todo el día, obligando a la carne a servir al espíritu. Pero, fiel a las prescripciones de la regla, asistía por la tarde a la conferencia espiritual que se tenía en el convento. Sucedía a menudo que, cuando al toque de la campana quería reunirse con sus hermanos, hallábase su pobre cuerpo tan debilitado por las vigilias y tan extenuado por el ayuno, que se tambaleaba y rehusaba sostenerse, teniendo necesidad de apoyarse en otro hermano para poder llegar al eremitorio».

Pero aquella alma privilegiada no debía vivir sólo para sí, sino ser útil y provechosa a los demás. No quiso Dios que aquella lámpara de la ciencia y santidad permaneciese por más tiempo debajo del celemín. Y pronto presentóse la oportunidad de revelarse al mundo con ocasión de un sermón predicado en Forlí en las cuatro témporas de septiembre de 1221, ante los religiosos franciscanos y dominicos que fueron ordenados sacerdotes. A ruegos del superior habló de tal manera que todos quedaron maravillados del torrente de sabiduría que fluía de sus labios. Su ciencia había traicionado a su humildad y no era posible esconderla por más tiempo. Aquella intervención de Antonio sorprendió gratamente al provincial, que pensó en dedicarle inmediatamente al apostolado.

Su primer campo de acción apostólica fue la Romaña, región infectada por los herejes cátaros y patarinos. Antonio entró en liza con ellos, poniendo en juego todas las reservas espirituales acumuladas anteriormente en la soledad y sus extensos conocimientos teológicos y bíblicos. En Rímini encontró fuerte oposición de los herejes, que impedían al pueblo que asistiera a sus sermones. Entonces recurrió el santo a la eficacia del milagro. Ante la apatía del público por la palabra de Dios fuese a orillas del Adriático y empezó a predicar a los peces, diciendo:

«Oíd la palabra de Dios, vosotros peces del mar y del río, ya que no la quieren escuchar los infieles herejes».

A su palabra acudieron multitud de peces, que sacaban sus cabezas fuera del agua con grandísima quietud, mansedumbre y orden. Aquel milagro despertó gran entusiasmo en la ciudad, quedando corridos los herejes. Fue tan eficaz su acción apostólica contra los mismos, que los antiguos biógrafos le llamaron incansable *martillo de los herejes.*

Al cabo de unos años de apostolado eficaz fue nombrado Antonio profesor de teología Cerciorado San Francisco de su sabiduría y santidad, convencido de la necesidad del estudio de sus frailes para el más completo desenvolvimiento de la Orden, envióle la siguiente carta:

> «A fray Antonio, mi obispo, fray Francisco, salud en Cristo Me place que interpreteis a los demas frailes la sagrada teologia, siempre que este estudio no apague en ellos el espiritu de la santa oracion y devocion, segun los principios de la regla Adios»

Con el beneplácito del santo fundador fue San Antonio el primer lector de teología que tuvo la Orden franciscana.

Poco duró su magisterio en el estudio de los franciscanos de Bolonia, por cuanto las necesidades generales de la Iglesia reclamaron su presencia en Francia, para combatir allí la herejía albigense. Santo Domingo había trabajado incansablemente para reducir a los herejes, pero, a pesar de su acendrado celo y de su actividad incansable, la herejía mostrábase cada día más pujante Ante aquel peligro movilizó el Papa a todos los predicadores que por su celo, ciencia y santidad de vida fueran aptos para acometer una cruzada eficaz de apostolado, para persuadir a los herejes de la falsedad de su doctrina. Entre los escogidos figuraba San Antonio.

El primer puesto de batalla fue Montpellier, en donde enseñó Antonio sagrada teología a los religiosos de su Orden, de allí pasó a Tolosa para ejercer el mismo ministerio, que alternaba con el apostolado entre el pueblo

> «Dia y noche —dice Assidua— tenia discusiones con los herejes, exponiales con grande claridad el dogma catolico, refutaba victoriosamente sus prejuicios, revelando en todo una ciencia admirable y una fuerza suave de persuasion que penetraba en el animo de sus contrarios De Toulouse paso el Santo a Le Puy, Bourges, Limoges y Arles Por razon de ocupar el cargo de custodio de Limoges viose obligado a asistir al Capitulo general convocado por fray Elias en Asis para el 30 de mayo de 1227, y en el cual fue elegido Antonio ministro provincial de Romaña, cargo que ejercito con exito hasta el año 1230»
>
> «A finales de 1229 mando Dios a Padua —dice Rolandino— de los confines de la Hesperia y de los paises de Occidente, esto es, de las tierras de Galicia, Sevilla y Lisboa, al hombre religioso y santo, celebre por sus virtudes y conocimientos literarios, arca del Antiguo Testamento y forma del Nuevo y, si me es licito usar de

esta expresión, poderoso en obras y palabras. Éste habitó con sus hermanos de Padua; pero espiritualmente habitaba en el cielo».

Por indicación del cardenal de Ostia se dedicó allí Antonio a la composición de sermones para todas las festividades de los principales santos y domínicas del año. La soledad y el retiro del convento de Arcella, cerca de Padua, invitaban al recogimiento y al estudio, necesarios para llevar a término la composición de una obra de tan vastas proporciones. También se le atribuye una exposición del salterio y algunas otras obras.

Al llegar la Cuaresma suspendía Antonio el estudio para dedicarse de nuevo a la predicación. Era tan vivo el celo que devoraba su corazón, que se propuso predicar durante cuarenta días continuos, y lo llevó a cabo, a pesar de la maligna hidropesía que le aquejaba. Era tanto el fervor del pueblo por su persona, que se abalanzaban sobre él las gentes para recortar pedazos de su hábito. Con el fin de impedir estas escenas se dispuso que, terminado el sermón, desapareciera Antonio ocultamente o saliera escoltado por un piquete de hombres valientes que impidieran acercársele.

Consumido por el esfuerzo y la enfermedad retiróse San Antonio al eremitorio de Camposampiero. Junto al mismo había un espeso bosque y en él un nogal gigantesco con un tupido ramaje en forma de corona. El santo, movido por divina inspiración, pidió por caridad que se le construyera una celdita entre la enramada del árbol, como lugar apartado y apto para la meditación. Aparte del sabor poético de la escena, ¿no encierra este hecho un poco de filosofía cristiana? Los monjes y los pájaros son hermanos. Las alondras y las tórtolas amaban a San Francisco, y es probable, aunque las *Florecillas* no lo cuenten, que los pajaritos no huían del árbol cuando Antonio subía en él. Los monjes y los pájaros son pobres y confían en la Providencia, que da a los unos las migajas de la caridad y a los otros los ligeros granos que levanta el viento; teje para los primeros un vestido glorioso con el oro de sus virtudes y prepara para los segundos un manto real con la variedad de su plumaje.

Un día la enfermedad que le aquejaba anunció un fatal desenlace. Recibidos los santos sacramentos, cantó Antonio un cántico a la Virgen mientras fijaba su mirada hacia un punto lu-

minoso, invisible para los allí presentes, con una sonrisa beatífica en sus labios. El religioso que le asistía le preguntó en la intimidad qué cosa veía, a lo que respondió el santo: «Veo a mi Señor». Después alargó los brazos, juntó las palmas de las manos en actitud humilde y alternaba con los religiosos en el rezo de los salmos penitenciales. Al terminar entró en un profundo éxtasis que duró media hora; vuelto en sí miró por última vez a los presentes, sonrióles y su alma santísima, desligada de los lazos de la carne, fue absorbida en los abismos de los resplandores divinos. Era viernes, día 13 de junio del año 1231. Tan pronto como expiró, los niños de Padua recorrieron la ciudad al grito de: «¡Ha muerto el Santo! ¡Ha muerto San Antonio!».

Dios quiso glorificar su sepulcro obrando por su intercesión gran número de milagros, lo que movió a las autoridades eclesiásticas a pensar en su canonización, lo que hizo el papa Gregorio IX aún no transcurrido el año de la muerte. El mismo Gregorio IX le concedió, al canonizarle, la misa de doctor, que ininterrumpidamente se ha celebrado en su fiesta, por los tesoros de altísima sabiduría de que fueron testigos y panegiristas los romanos pontífices. Pío XII se hizo intérprete de esa tradición secular cuando el día 16 de enero de 1946 le proclamaba doctor de la Iglesia, asignándole el título de *Doctor Evangélico,* por las letras apostólicas que empiezan con el siguiente elogio:

> «Alégrate, feliz Lusitania; salta de júbilo, Padua dichosa, pues engendrasteis para la tierra y para el cielo a un varón que bien puede compararse con un astro rutilante, ya que brillando, no sólo por la santidad de su vida y gloriosa fama de sus milagros, sino también por el esplendor que por todas partes derrama su celestial doctrina, alumbró y aún sigue alumbrando al mundo entero con una luz fulgentísima».

San Antonio no ha perdido actualidad y su memoria es evocada constantemente por el pueblo cristiano, que ve en él al santo que resucita los muertos, que cura las enfermedades, que está dotado del don de bilocación, que habla a los peces, que convierte a los herejes, que aligera el bolsillo de los ricos en provecho de los pobres necesitados, que asegura y multiplica las provisiones, que allana los obstáculos que dificultan el contraer matrimonio, que halla las cosas perdidas, que conversa amigablemente con el Niño Jesús. La experiencia cotidiana enseña

que San Antonio no defrauda nunca la esperanza de sus devotos, que confían en su valimiento ante el trono del Altísimo.

LUIS ARNALDICH, OFM

Bibliografía

ARNALDICH, L., *San Antonio, doctor evangélico* (Barcelona 1958).
CALLEBAUT, A., «Saint Antoine de Padoue. Recherches sur ses trente premiers années...»: *Archivum Franciscanum Historicum* 24 (1931) 441s.
CONCONI, F., *San Antonio di Padova. Saggio storico critico* (Padua 1932).
DAL-GAL, G., OFM.conv., *Nuova luce d'Italia. Il santo di Padova nella storia* (Roma 1932).
FACCHINETTI, V., *Antonio di Padova, il santo, l'apostolo, il taumaturgo* (Milán 1925).
KERVAL, L. DE (ed.), *Sancti Antonii de Padua vitae duae quarum altera hucusque inedita* (París 1904).
SPARACIO, D., *San Antonio di Padova, taumaturgo francescano, nella vita, nel pensiero, nella gloria,* 2 vols. (Padua 1923).
• Actualización:
BAUDOIN-CROIX, M., *San Antonio de Padua* (Burgos 1999).
CONFERENCIA DE MINISTROS PROVINCIALES FRANCISCANOS DE ESPAÑA, *Para conocer a San Antonio de Padua. VII Centenario de su nacimiento, 1195-1995.* 33.ª Semana CONFRES (Madrid 1995).
DOBRACZYNSKY, J., *San Antonio de Padua, gran predicador y hombre de ciencia* (Madrid 1990).
HARDICK, L., *Antonio il santo di Padova* (Roma 1995).
LOPEZ SAINZ, C., *Vida de San Antonio de Padua* (Oñate 1978).
PEREZ SIMÓN, L., *San Antonio de Padua. Vida, doctrina, devoción* (Madrid 2003).
— *San Antonio de Padua. Exposición sistemática de su predicación* (Murcia 1998).
— *San Antonio de Padua. Mensajero del Evangelio* (Segovia 2003).
SALVINI, A., *San Antonio de Padua* (Madrid [2]1966).
STRAPPAZZON, V., *Vida de San Antonio de Padua* (Madrid 2002).

SAN FÁNDILA

Presbítero y mártir († 853)

En la constelación de santos que configuran el martirologio mozárabe se encuentra como muy principal Fándila, mártir de Córdoba.

Nacido en Guadix (Granada), estudió en una de las escuelas mozárabes de Córdoba. Llegado a la adolescencia se sintió atraído por la vida monástica, «agradándole el trato y la vida de los monjes y se les juntó para servir siempre a Dios».

El monasterio de Tábanos, donde se hizo monje, lo describe San Eulogio:

«Sito a unas millas al norte de Córdoba, rodeado de rocas escarpadas y de bosques impenetrables y habitado por una comunidad dúplice de monjes y de religiosas, muy ejercitados en la austeridad de la vida monacal [...] Un varón lleno de temor de Dios, llamado Jeremías, notable por sus riquezas en el siglo, había edificado el monasterio, y juntamente con su santa esposa Isabel, sus hijos y toda su parentela, hacía tiempo que todos vivían allí, entregados a la contemplación y a la lectura de las Divinas Escrituras».

Aquí vivió Fándila y aquí se templó su espíritu. Pasó después al monasterio de San Salvador de Peñamelaria, sito al norte:

«Y no lejos de la ciudad, al pie de una roca de la sierra de Córdoba, en la que hacían la miel artificiosas abejas. De aquí le vino el nombre».

Los moradores de este monasterio, también mixto —de monjes y religiosas, de padres y madres con sus hijos—, le insistieron a Fándila para que se ordenase de sacerdote. No le costó poco aceptar la propuesta y, al fin, se le ordenó. En el monasterio todos le reverenciaban y le tenían por santo. De su vida virtuosa dan fe «las alabanzas y relación que de él hacen los monjes y monjas que le tenían por pastor».

Poco después de ordenarse estalló la persecución contra los cristianos movida por Mohamed I, hijo de Abderramán II; éste, en sus últimos años, había «hecho» 29 mártires. Una de sus últimas proezas fue mandar que quemasen los cuerpos de los mártires Emila y Jeremías, colgados de la horca. Y cuenta San Eulogio narrando la muerte del tirano:

«Aquella boca que mandó quemar a los santos de Dios, herida por el ángel, quedó al punto cerrada, y la lengua no pudo emitir más sonidos. Llevado de este modo a su lecho, entregó su espíritu aquella misma noche, antes de que el fuego consumiera los cuerpos de los santos».

Después de esta memoria del padre, recuerda:

«Dejó por sucesor del reino a su primogénito Mohamed I, enemigo de la Iglesia de Dios y malévolo perseguidor de los cristianos. Heredó con la sangre el odio a los católicos, oponiendo continuamente dificultades y trabas a los fieles; no parecía inferior en méritos a aquel cuyo nombre llevaba: Mohamed (Mahoma)».

Da todavía San Eulogio otras noticias más concretas de la tiranía de Mohamed I: el mismo día que comenzó a reinar echó

a todos los católicos de sus alcázares y los declaró indignos de cualquier oficio palaciego. Los cargó con tributos y privó de sueldos y manutención a otros muchos. En estas circunstancias tan adversas —lo dice con pena San Eulogio— «la tristeza era tan grande y tan sañuda la persecución, que muchos caían en el lazo de la prevaricación». El mismo santo escritor sigue cargando las tintas sobre la persecución. Al levantarse el pueblo contra Mohamed I por sus arbitrariedades, aquella especie de

> «[...] guerra civil le dio ocasión para descargar con más furia su odio contra nosotros y nos trituró y pisó como al barro de las plazas, haciéndonos sentir su poder, ayudándole a ello la maldad de algunos cristianos (si cristianos merecen llamarse), o más bien obreros de la iniquidad».

Por presión del emir se celebró un concilio de obispos en Córdoba en 852, «en que se desaprobaba la presentación voluntaria al martirio». Hubo una cierta tregua, pero los emisarios del rey se mofaban y envalentonaban, y decían «en tono de guasa»:

> «¿Qué se ha hecho ya de aquel valor de vuestros combatientes? ¿A dónde huyó su magnanimidad? ¿Dónde se oculta su osadía confundida y su fortaleza quebrantada? Los que vinieron resueltamente a blasfemar contra nuestro Profeta, han perecido, castigados como merecían; vengan, pues, que se presenten ahora, a combatir si se sienten divinamente inspirados» (San Eulogio).

Y Mohamed prometía nuevas crueldades contra los cristianos.

Aquí y ahora entra en escena Fándila renovando la nueva serie de mártires voluntarios. San Eulogio lo introduce con unas buenas pinceladas:

> «Un joven llamado Fándila, agraciado de rostro, sacerdote de vida santa y virtuosa, y lleno de temor de Dios, abrió el primero el camino al martirio, entre estas matanzas y crueldades decretadas en la persecución del Emir».

Cuenta luego algunos datos de su vida, su formación cordobesa, su entrada en el monasterio, etc. Cree que las virtudes heroicas de Fándila «se ponen más de manifiesto cuando, posponiendo con arrojo sus años juveniles, se va al encuentro de la espada que le corona con el martirio». De hecho, un buen día, Fándila, abandonando el monasterio, se presenta ante el juez y

tranquilamente le explica el evangelio, ataca a Mahoma y «dijo y protestó con juramento, que los que observaban aquella perniciosa secta, la cual permitía tales impurezas, pagarían las penas en las llamas eternas, a no ser que, arrepintiéndose, abrazasen la fe cristiana». Terminado su discurso se le apresó inmediatamente y le metieron en la cárcel con los ladrones y le cargaron de cadenas. El cadí (juez) comunicó el caso al rey. Fándila, como blasfemo contra Mahoma, etc., fue condenado a muerte: a ser degollado.

> «Rodo la cabeza del valeroso Fándila, y colgaron su cuerpo en un patíbulo, al otro lado del Guadalquivir, obedeciendo los verdu gos las ordenes del Emir»

El martirio tuvo lugar el 13 de junio del año 853.

La tristeza de la apostasía de algunos cristianos ante la persecución quedaba de alguna manera resarcida por la valentía de estos otros testigos de Cristo y auténticos mártires. Su ejemplo cundía y seguía aumentando el número de mártires, como fue el caso de Santa Pomposa que salió también para el martirio del mismo monasterio de San Salvador de Peñamelaria, del que había bajado San Fándila.

A finales del siglo XVI se celebraba con gran solemnidad la fiesta de este santo mártir en Guadix, su ciudad natal, y existía una floreciente cofradía.

San Fándila es uno de esos cristianos que, después de haber entregado todo lo suyo en la vida monástica, en la penitencia y en la oración, termina por entregarse a sí mismo en oblación martirial.

El tipo de monasterios en que se santificó puede ser una sugerencia asumible en nuestros tiempos, en los que se andan ensayando tantas formas de vida consagrada. Los monasterios de Tábanos y San Salvador de Peñamelaria han sido llamados «monasterios dúplices», o mejor, «monasterios familiares», integrados por religiosos y religiosas, separados unos de otros, aunque también a ellas las gobernaba un solo y único abad.

JOSE VICENTE RODRIGUEZ, OCD

Bibliografía

EULOGIO DE CORDOBA (SAN), *Obras completas* Ed bilingue Traduccion de A S RUIZ, OB (Cordoba 1959) Vease «Memorial de los santos» Libro III, especial

mente, cap.VII, p.245-249. Puede verse también el tema del Concilio de Córdoba del año 852, las diversas incidencias y pareceres de los obispos: ibid., XXX-XXXIV.

VILLAPADIERNA, I. DE, «Fandila», en *Bibliotheca sanctorum.* V: *Erizzo-Gladino* (Roma 1964) 450-451.

VIVES GALETI, J., «Fándila», en Q. ALDEA VAQUERO - T. MARÍN MARTÍNEZ - J. VIVES GALETI (dirs.), *Diccionario de historia eclesiástica de España,* II (Madrid 1972) 905.

BEATA MARIANA BIERNACKA

Madre de familia y mártir († 1943)

La heroicidad de los mártires demuestra con su mansedumbre y fortaleza la fuerza del amor de Cristo que en ellos actúa. Y aun siendo todos mártires, en algunos se manifiesta este amor de forma especial. Es el caso de Mariana Biernacka, seglar católica, que llevando al extremo la verdad del amor al prójimo dio su vida por la salvación de otra vida, o por mejor decir, por la salvación de dos vidas, la de una madre y la del hijo que llevaba en sus entrañas.

Constando que nació el año 1888 y que fue bautizada en la Iglesia católica, no consta, sin embargo, la fecha del nacimiento ni la del bautismo. No se sabe si el registro parroquial de bautismo se perdió luego o si ni siquiera se registraban los bautismos dada la difícil situación por la que pasaba el catolicismo uniata al que Mariana pertenecía. El lugar de su nacimiento fue Lipsk, diócesis de Lomza, y su apellido originario era Czokalo. En 1905 ella y los suyos se pasaron al rito latino, de lo que queda documentación.

En 1908 se casó por el rito latino con Ludwik Biernacki, y de este matrimonio nacieron seis hijos, cuatro de los cuales murieron muy pronto, en plena infancia. Solamente le quedaron la hija Leocadia y el hijo Estanislao. Toda la familia trabajaba y se mantenía de un terreno de veinte hectáreas. Leocadia contrajo matrimonio y dejó el hogar paterno y Estanislao siguió con sus padres compartiendo con ellos la casa y el trabajo. Pero la muerte visitó aquel hogar y Ludwik fue llamado por el Señor. Mariana aceptó con cristiana resignación la pérdida de su marido, y siguió viviendo sola con su hijo.

El muchacho encontró una chica con quien quería compartir su vida, y así el 11 de julio de 1939 contrajo matrimonio con

Ana Szymanczyk. La pareja podría haberse ido a vivir sola y habría quedado sola a su vez Mariana, pero los jóvenes pensaron que era mejor que se mantuviera la convivencia con Mariana, y así se hizo. Mariana entonces puso lo mejor de sí misma al servicio de la joven pareja, volcando en la esposa un amor de madre que la muchacha apreció enseguida. Llegaron al hogar varios hijos, que Mariana amó con intenso cariño de abuela, siendo sus servicios de mucha utilidad a la joven pareja.

Mariana, aparte sus virtudes naturales, era una cristiana convencida que vivía con intensidad su fe. Ya desde pequeña había sentido una gran devoción por la santa misa, que oía con gran devoción los domingos y festividades desde sus años de adolescencia y tenía la costumbre de comulgar con frecuencia. Era una persona abierta a Dios, de gran espíritu de oración y, por ello mismo, abierta igualmente al prójimo.

Cuando tras su martirio se pidieron testimonios sobre ella, su nuera dijo:

> «He vivido en la misma casa con Mariana a lo largo de cuatro años. Y en base a lo que he observado sostengo que Mariana era una mujer y una madre ejemplar. En nuestra familia había siempre una atmósfera de amor, de paz y de concordia. No asistí jamás a una discusión. Mariana me trataba como a una hija, y ella se dirigía siempre a mí con afecto y amor».

Mariana era querida igualmente por los vecinos, que veían en ella una mujer activa y serena, cuidadosa del bien de su hogar y de repartir afecto y ayuda al prójimo, y era tenida por una mujer muy piadosa porque su devoción era evidente. Aquella familia vivía en paz y amor y fueron sucesos muy ajenos a su acontecer interior los que vendrían a llenar de luto el hogar de los Biernacki.

El 1 de septiembre de 1939 Hitler invadía Polonia y esto trajo consigo la declaración de la II Guerra Mundial. Comenzaron las invasiones de nazis y soviéticos sobre aquellos pueblos que nada podían hacer por impedir las crueldades y represalias que los invasores cometían.

No hay prueba alguna de que los Biernacki intervinieran en política o manifestaran agresividad alguna contra los ocupantes. Pero había el propósito por parte de los nazis de aterrorizar a la gente con represalias masivas sobre la población inocente.

Fue el 1 de junio de 1943. Las fuerzas alemanas hacen pública una lista de personas a las que por represalia se las arrestaba. Y resultó que en aquella lista estaban incluidos Estanislao Biernacki y su esposa Ana. Y Ana estaba encinta de ocho meses. La población quedó anonadada. Porque detrás del arresto era muy posible la muerte, era lo ordinario, y estaba en peligro, por tanto, la vida de Ana y la del hijo aún no nacido.

Mariana no hubo de pensarlo mucho. Se armó de valor y fortaleza espiritual y se dirigió de forma espontánea a la autoridad nazi, y le propuso que en vez de llevarse a su nuera, dado su estado de gestación, se la llevaran a ella. Tenía cincuenta y cinco años. Todavía podía vivir muchos años. Era muy peligroso ofrecerse porque el arresto podía terminar en muerte. Mariana miró a Dios, miró a su corazón y se acordó de aquello del evangelio: «Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por los que ama» (Jn 15,13). Pensó que si su nuera era arrestada, aquel hijo no nacería, aquella alma no llegaría al bautismo. Pensó que su nuera era el amor de su hijo y que podía darle a éste esta suprema muestra de amor maternal ofreciéndose por ella. Pensó que la caridad cristiana no dejaría de darle fuerza para soportar cuantas cosas tuviera que afrontar una vez arrestada y que la gracia de Dios, el consuelo de los afligidos, no iba a faltarle. Se juntaron en su corazón el amor natural y el amor cristiano en simbiosis perfecta, aunándose la naturaleza y la gracia para que diera este heroico paso. Y se ofreció a la autoridad militar. La autoridad militar accedió. Su nuera fue dejada en la casa y ella en cambio fue constreñida a ir con los que la arrestaban. Solamente pidió un favor al ser arrestada: que le permitieran tomar su rosario consigo. Y pertrechada con esta arma poderosa afrontó su calvario.

Mariana y los demás arrestados fueron llevados a la cárcel de Grodno. Aquí pasarían doce días, en los que la oración fue la fuerza de Mariana. Apegada a su rosario, debió rezarlo una y otra vez para solicitar del Señor fuerzas y aceptar con amor el cumplimiento de lo que fuera su santísima voluntad. Llegó el 13 de junio. Cincuenta habitantes de Lipsk iban a ser fusilados, entre ellos Mariana. Se les dio orden de salir. Anduvieron hasta las fortificaciones cercanas a Naumowicze, no lejos de Grodno, y

allí fueron colocados en fila y fusilados. Aquella tierra, ahora integrada en Bielorrusia, recibió el cuerpo inerte de Mariana, mientras que su alma piadosa iba a recibir de Dios el premio de la gloria.

El gesto heroico de Mariana que culminaba una vida religiosa y pura no pudo menos que ser apreciado por la comunidad católica. Comprendida entre los mártires polacos como el más destacado de los seglares, fue beatificada con ellos el 13 de junio de 1999.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

«Beata Mariana Biernacka», en J. L. REPETTO BETES, *Mil años de santidad seglar* (Madrid 2002) 391-392.

CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, «Decretum super martyrio. Beatificationis seu declarationis martyrii servorum et servarum Dei Antonii Juliani Nowowiejski [...], Mariannae Biernacka laicae atque CIV sociorum († 1939-1945)»: *AAS* 91 (1999) 1180-1192.

KACZMAREK, T. - PELOSO, F., *Lights in the darkness. 1939-1945* (Varsovia 1999).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN EULOGIO DE ALEJANDRÍA
Obispo († 607)

Eulogio era antioqueno. En su ciudad fue monje. Siendo monje se ordenó de sacerdote, y como tal sacerdote escribió ya algunas obras que fueron apreciadas y le dieron prestigio. Tuvo a su cargo la iglesia de Santa María, iglesia llamada «la Justiniana». Su prestigio le valió ser elegido patriarca de Alejandría, el 46.°, y hay que situar la fecha de su elección entre el 578 y el 580.

Como tal patriarca se propuso, ante todo, defender la ortodoxia, rechazando principalmente el monofisismo, pero también a los llamados samaritanos, novacianos, teodosianos, cainitas, agnoítas y otros. Esta labor la realizó convocando sínodos y escribiendo libros. Fue un tenaz defensor de la famosa epístola dogmática de San León Magno en la cuestión monofisita.

Construyó una magnífica iglesia en honor del mártir San Julián de Antínoe, en el mismo sitio de una anterior que ya estaba en ruinas, y se dice que lo hizo movido por una aparición del santo al patriarca.

Se mantuvo en relación con el papa San Gregorio Magno, a quien había conocido personalmente cuando el futuro Papa estuvo de apocrisario en Constantinopla, y se conservan las cartas que Gregorio le dirige. El Papa apreciaba en Eulogio su fortaleza frente a todas las herejías y la energía evangélica que ponía en su rechazo. Ambos intercambiaron también regalos.

Lleno de méritos murió el año 607, según parece, recibiendo enseguida culto como santo.

SAN RAGNEBERTO

Mártir († 680)

Era de Borgoña, de donde su padre, el duque Radeberto, era gobernador. Su nombre aparece como Ragneberto o Ramberto. Educado esmeradamente por su padre, llegó a ser un joven piadoso y un buen caballero, valeroso en las acciones de guerra.

Su sentido de la justicia le llevó a manifestar su desacuerdo con la conducta caprichosa y tiránica de Ebroino, el maestro de palacio del reino de Neustria. Éste no dudó en hacerlo arrestar y condenarlo a muerte como enemigo público. San Audoeno, arzobispo de Ruán, intervino a favor del condenado a muerte y logró que le fuese conmutada la pena por la de destierro. Fue deportado a los confines con el Bugey y confiado a la vigilancia del feudatario Teudefredo. Pero éste recibió la secreta consigna de acabar con la vida del desterrado y se disponía a hacerlo cuando lo detuvo la bondad y mansedumbre de Ragneberto. Poco después Teudefredo murió. Ebroino envió entonces dos emisarios que localizaron a Ragneberto a la orilla del río Albarine y le dieron muerte a lanzazos el 13 de junio de 680. Los monjes del vecino monasterio de San Domiciano recogieron su cuerpo y lo sepultaron en su claustro. La fama de mártir —había muerto en defensa de la justicia— acompañó enseguida su

memoria y se empezaron a contar milagros obrados en su tumba. En el lugar de su muerte se erigió una cruz.

SAN AVENTINO

Ermitaño y mártir († 732)

Aventino, natural de Bagneres, en los Pirineos, había decidido dedicar su vida a la divina contemplación y para ello se había instalado en el Valle de Larboush. Además de sus continuas oraciones, movido por la caridad, de cuando en cuando se acercaba a los poblados de las cercanías y exhortaba a todos, con cálidas palabras, a amar y seguir a Jesucristo. Su modestia, pobreza y humildad hablaban con más fuerza que sus propias palabras.

Pero en una incursión de las que hacían los sarracenos por los Pirineos lo hallaron y no dudaron en darle muerte, siendo muy pronto tenido por mártir. Se suele señalar como fecha el año 730, aproximadamente, es decir, poco después de la toma musulmana de España. Sin embargo, hay quien retrasa su muerte hasta el siglo IX.

BEATO GERARDO DE CLARAVAL

Monje († 1138)

Gerardo, hijo de Tescelino de Fontaines y de su esposa Alicia, era hermano de San Bernardo, de más edad que el santo, y debió nacer hacia el año 1088. Militar de profesión, persona de pocas letras y de carácter extrovertido, desoyó el llamamiento de su hermano a entrar con él en el Císter, pero cuando se repuso de una herida grave recibida en el sitio de Grancy, decidió acudir al monasterio y pedir él también el hábito monástico.

Designado su hermano como abad de la nueva fundación de Claraval, marchó a ella con Bernardo y estuvo unido a él no sólo por el amor fraternal sino por una gran sintonía espiritual. Designado encargado de las celdas, y hábil en todos los trabajos manuales, quitó a su hermano muchas ocupaciones temporales dejándole libre para su vasta obra teológica, abacial y eclesial.

Entregado por completo a su vocación monástica, dio altos ejemplos de todas las virtudes y cumplió el lema benedictino de la oración y el trabajo. Cuidaba con singular amor de las limosnas y auxilios a los pobres.

En 1137 acompañó a su hermano en el viaje a Italia y enfermó gravemente en Viterbo, pero se repuso y pudo volver a Claraval, donde finalmente moriría al año siguiente, el 13 de junio de 1138. San Bernardo sintió mucho su muerte e hizo de él los públicos elogios que merecía. La Santa Sede aprobó en 1702 el culto que se le venía dando en la Orden y confirmó más tarde su inclusión en el «Propio de los santos cistercienses».

SANTOS AGUSTÍN PHAN VIET HUY Y NICOLÁS BUI DUC THE

Mártires († 1839)

Cuando en 1838 y tras un viaje a la corte del emperador Minh-Manh, el gobernador del Tonkín occidental regresó dispuesto a acabar con el cristianismo en su zona, decidió empezar por la depuración del ejército. Llamó a todos los cristianos enrolados en las filas y les exigió la apostasía. Apostataron todos menos tres: nuestros dos santos y su compañero Santo Domingo Dat. Fueron los tres cruelmente torturados, sin que apostatasen, y como esto no se lograba se recurrió al truco de drogarlos. Drogados, en efecto, pisotearon la cruz. Fueron entonces dejados libres, licenciados y se les dio dinero para volver a sus casas.

Pero, pasada la droga, los jóvenes se negaron a ser tenidos por apóstatas y así se lo hicieron saber al gobernador, el cual volvió a torturarlos y, no logrando nada de ellos, mandó que fueran remitidos cada uno a su respectivo pueblo, tenidos por apóstatas e impedidos de volver con la alegación de que su apostasía no era válida. Entonces los jóvenes decidieron ir en persona a la capital, Hué, y entregar su profesión de fe al propio emperador. La familia de Domingo no lo dejó ir, y partieron Agustín y Nicolás. Entregada su profesión de fe al emperador, éste les puso en el dilema de la apostasía o la muerte. Los dos jóvenes eligieron la muerte. Llevados a un barco en alta mar, fueron cortados por

medio y sus cuerpos arrojados al mar, a fin de impedir que los cristianos los tomaran y veneraran como cuerpos de mártires. Fueron canonizados el 19 de junio de 1988.

14 de junio

A) MARTIROLOGIO

1. En Samaría o Sebaste (Palestina), San Eliseo (s. IX-VIII a.C.), *discípulo de Elías y profeta* **.
2. En Aquileya (Véneto), San Proto, mártir (fecha desconocida).
3. En Soissons (Galia), santos Valerio y Rufino († s. IV), mártires.
4. En Nápoles (Campania), San Fortunato († s. IV), obispo *.
5. En Vienne (Borgoña), San Eterio († s. VII), obispo.
6. En Constantinopla, San Metodio († 847), obispo **.
7. En Córdoba, santos Anastasio, presbítero, Félix, monje, y Digna, virgen († 853), mártires *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN ELISEO

Profeta (s. IX-VIII a.C.)

La narración bíblica sobre la vida y el mensaje del santo profeta Eliseo, compañero y continuador de la de Elías, «el profeta ígneo cuya palabra quemaba como una antorcha» (cf. Eclo 48,1), «el buscador del Dios único», ocupa doce capítulos del Segundo libro de los Reyes, del 2 al 13, en el llamado «ciclo de Eliseo», una de sus fuentes principales. Ya en 1 Re 19,16s, se nos refiere la especial y directa elección de parte de Dios llamándole *por sorpresa al seguimiento de Elías.*

Estamos en el siglo IX antes de Cristo. La figura de Eliseo se destaca a través de sus últimas décadas y las primeras del VIII. Gobernaban en Israel, el reino del Norte donde se desenvolvió principalmente el ministerio del profeta, Ajab (874-853), Jorán (852-841), Jehú (841-814), ungido rey por iniciativa de Eliseo, Joacaz (814-798) y Joás (798-783), durante cuyo reinado falleció Eliseo según 2 Re 13,25. En Judá se sucedieron Josafat

(870-848), Jorán de Judá (848-841), Ocozías-Atalía (841-835), Joás (835-796) y Amasías (796-781).

Conocemos el nombre de su padre, Safat, y sabemos que su familia era acomodada (cf. 1 Re 19,16-19), originaria de Abel Meholah, al sur de Bet-san.

A Eliseo, nombre que significa «Dios es mi salvación», le llegó la llamada directa y sorprendente de Dios al seguimiento del gran profeta Elías, quien, en el monte Horeb, había recibido el mandato del Señor: «Vuelve a tu camino, en dirección al desierto de Damasco. Cuando llegues, unge rey de Aram a Jazael; rey de Israel a Jehú, hijo de Nimsí, y profeta sucesor tuyo a Eliseo» (1 Re 19,15-16).

> «Partió de allí y encontró a Eliseo, hijo de Záfate, que estaba arando. Tenía frente a él doce yuntas y él estaba con la duodécima. Elías pasó a su lado y le echó el manto encima. Entonces Eliseo abandonó los bueyes y echó a correr tras Elías diciendo: "Déjame ir a besar a mi padre y a mi madre y te seguiré". Le respondió: "Anda y vuélvete, pues ¿qué te he hecho?". Volvió atrás Eliseo, tomó la yunta de bueyes y los ofreció en sacrificio. Con el yugo de los bueyes asó la carne y la entregó al pueblo para que comieran. Luego se levantó, siguió a Elías y le servía» (1 Re 19,19-21).

En realidad será Eliseo el que llevará a cabo esas misiones. La unción se daba a los reyes (Éx 30,22s), no a los profetas. Aquí se usa el término «unción» sólo por exigencias del paralelismo. El manto simboliza la personalidad y los derechos de su dueño. El de Elías tiene una eficacia milagrosa, como se verá más adelante. Así adquiere un derecho sobre Eliseo al que éste no puede hurtarse.

Destruyendo el yugo y sacrificando la yunta de bueyes, Eliseo indica la renuncia a su anterior estado con diligente prontitud. Es heredero del espíritu profético de Elías en la misma medida en que heredaban los primogénitos: el doble que los demás herederos (cf. 2 Re 2,1-15).

En la iconografía, que es muy abundante, aparece siempre como discípulo y heredero, acompañándole en todo, hasta el episodio más significativo, cuando Elías es arrebatado al cielo en el torbellino. La narración tiene un ritmo casi litúrgico y está envuelta en un halo de misterio, llena de simbolismo. El maestro y el discípulo reproducen las etapas peregrinantes del pue-

blo de Dios y el paso del Jordán. El coro de profetas les acompaña de lejos. Aunque Elías insiste por tres veces en ir solo, lo hace para probar la fidelidad de Eliseo, que ha de ser testigo de su ascensión en el carro de fuego y heredero de su espíritu y de su misión.

«Esto es lo que sucedió cuando Yahvé arrebató a Elías en la tempestad hacia el cielo. Elías y Eliseo partieron de Guilgal. Elías dijo a Eliseo: "Quédate aquí, pues Yahvé me envía a Betel". Eliseo dijo: "¡Por el Dios vivo y por tu propia vida, yo no te dejaré!". Y bajaron a Betel.

Los discípulos de los profetas que había en Betel salieron al encuentro de Eliseo y le dijeron: "¿Sabes que Yahvé va hoy a arrebatar a tu señor por encima de tu cabeza?". Respondió: "Ya lo sé yo también. ¡Callad!". Elías le dijo: "Eliseo, quédate aquí porque Yahvé me envía a Jericó". Pero él respondió: "¡Por el Dios vivo y por tu propia vida, yo no te dejaré!". Y llegaron a Jericó.

Los discípulos de los profetas que había en Jericó se acercaron a Eliseo y le dijeron: "¿Sabes que Yahvé va hoy a arrebatar a tu señor por encima de tu cabeza?". Respondió: "Ya lo sé yo también. ¡Callad!". Elías le dijo: "Quédate aquí, porque Yahvé me envía al Jordán". Respondió: "¡Por el Dios vivo y por tu propia vida, yo no te dejaré!". Y los dos continuaron caminando.

Cincuenta hombres de los discípulos de los profetas iban también de camino y se pararon frente (al Jordán) a cierta distancia de Elías y Eliseo, que se detuvieron al lado del Jordán. Elías se quitó el manto, lo enrolló y golpeó con él las aguas, que se separaron a un lado y al otro y ambos pasaron sobre terreno seco. Mientras pasaban, Elías dijo a Eliseo: "Pídeme lo que quieras que haga por ti antes de que sea arrebatado de tu lado". Eliseo respondió: "Que pasen a mí dos tercios de tu espíritu". Replicó: "Pides algo difícil; si alcanzas a verme cuando sea arrebatado de tu lado, entonces pasará a ti; si no, no pasará".

Iban caminando y hablando, y de pronto un carro de fuego con caballos de fuego los separó a uno de otro. Elías subió al cielo en la tempestad. Eliseo lo veía y clamaba: "¡Padre mío, padre mío! ¡Carros y caballería de Israel!".

Cuando dejó de verlo, agarró sus vestidos y los desgarró en dos. Recogió el manto que había caído de las espaldas de Elías, volvió al Jordán y se detuvo a la orilla. Tomó el manto que había caído de las espaldas de Elías y golpeó las aguas, pero éstas no se separaron. Dijo entonces: "¿Dónde está Yahvé, el Dios de Elías?". Golpeó otra vez las aguas, que se separaron a un lado y al otro y Eliseo pasó sobre terreno seco.

Cuando los discípulos de los profetas lo vieron venir hacia ellos, dijeron· "El espíritu de Elías se ha posado sobre Eliseo".

> Fueron a su encuentro, se postraron en tierra ante él, y le dijeron: "Tus siervos cuentan con cincuenta hombres de guerra. Deja que marchen y busquen a tu señor. Tal vez el espíritu de Yahvé se lo ha llevado y lo ha arrojado sobre alguna montaña o algún valle". Él dijo: "No enviéis a nadie". Pero tanto le insistieron que exclamó abochornado: "Enviadlos". Ellos enviaron cincuenta hombres que estuvieron tres días buscándolo, pero no lo encontraron. Cuando volvieron a Eliseo, que se había quedado en Jericó, les dijo: "¿No os ordené: no vayáis?"» (2 Re 2,1-18).

Las claves de lectura de este pasaje hay que buscarlas en el paralelismo con el paso del Mar Rojo y del Jordán hacia la tierra prometida. Aquí el manto de Elías hace lo que allí la vara de Moisés. Experiencia profunda inspira el relato. Al último encuentro, el hombre llega solo, alejándose misteriosamente de los presentes sobrecogidos ante la presencia sentida de Dios.

El ritmo convierte el viaje casi en procesión litúrgica: Betel, Jericó, paso del Jordán. Es como la peregrinación al santuario, subida al monte, paso por los atrios a la nave, entrando sólo los elegidos, quedando fuera los demás. Y en el «Sancta Sanctorum», sólo está el Sumo Sacerdote. Elías, el profeta, ya no vuelve a salir. Ha visto al Señor. Dios se le acerca, lo arrebata. Y el profeta sube en el fuego como un sacrificio vivo.

El relato se concentra en el maestro y el discípulo, heredero y sucesor, no por dinastía de sangre sino por elección divina. Las imágenes del torbellino y el carro de fuego tirado por caballos envuelven una teofanía como la que describe el salmo: «Las nubes te sirven de carroza, avanzas en las alas del viento» (Sal 104,3b); «Volabas a caballo de un querubín cerniéndose sobre las alas del viento» (Sal 18,11).

Después de un rito de luto, cuando ya no lo vio más y rasgó su túnica en signo de dolor, recoge el manto del padre y maestro y en él recibe su herencia y queda investido de su misión y sus poderes, cuyo traspaso real testimonia el milagro de las aguas divididas. Lo mismo la división del Jordán, a semejanza del Mar Rojo, testifica que Josué es el sucesor de Moisés (cf. Jos 3,7; 4,14). La fuerza del Dios de Elías está en el manto, y Eliseo lo va a vestir.

Como Eliseo no volvió a ver a Elías vivo, y los profetas, fracasados en la búsqueda de su cadáver, no lo hallaron muerto, la posteridad pensó que Elías había sido arrebatado en vida y

sólo habría de volver en cercanía a la llegada del Mesías (cf. Eclo 48,10). A esta creencia alude Jesús cuando afirma rotundamente: «Elías ya vino», refiriéndose a Juan Bautista, el precursor, que vestía como el profeta. Y en el espíritu y misión de Elías preparó los caminos al Salvador (cf. Mt 17,10-13).

Los profetas, discípulos de los profetas, a quienes el texto llama «hijos de los profetas», vivían juntos, agrupados en hermandades. Con ellos Eliseo mantiene una buena relación, al contrario de Elías, profeta solitario.

En el profeta Eliseo sobresalen dos dimensiones: la primera es su carácter taumatúrgico; y la segunda, su relevante intervención en la política de aquel tiempo, hasta cambiar dinastías.

Por el número ingente de los milagros que aureolan su figura, destaca entre todas las del Antiguo Testamento. Y, como veremos, sus prodigios aparecen simbólicamente vinculados no pocas veces a los milagros y signos del Evangelio. Muchos tienen relación con el agua, como el de Jericó cuando sanea el agua de la fuente (2 Re 2,19-22) sobre la que pesaba la maldición de Josué, paralelo al milagro de Moisés en Éx 15,25.

El llamado «profeta de las aguas» interviene cuando el líquido elemento es cuestión de victoria o derrota, de vida o muerte, en la expedición del rey Joram de Israel contra Mesá de Moab, que se había negado a pagarle tributo. Le ayudaban Judá y Edom como aliados. Después de rodear el sur del Mar Muerto durante siete días faltó el agua para los soldados y las acémilas.

> «Mientras el músico tañía, la mano de Yahvé vino sobre Eliseo que dijo: "Así dice Yahvé: Excavad en este valle albercas y más albercas, pues así dice Yahvé: No podréis vislumbrar viento ni lluvia y, sin embargo, esta torrentera se colmará de agua y beberéis vosotros, vuestros ejércitos y vuestros ganados". Y Yahvé no se contenta con esto, pues entregará también a Moab en vuestras manos.
>
> A la mañana siguiente, a la hora de la ofrenda, comenzó a llegar agua de la dirección de Edom y la tierra se cubrió de agua» (2 Re 3,15.20).

El oráculo exige la fe y la obediencia, al no explicar cómo sucederá todo. La música ayuda a procurar el éxtasis o entrar en trance profético.

Eliseo toma parte activa y comprometida en los acontecimientos políticos de Israel, con una gran influencia a través de sus oráculos y milagros.

En la guerra de Ben-Hadab II —rey de Damasco— contra Israel, intervino revelando al rey Joram los planes del enemigo (cf. 2 Re 6,8-23) y le indica la estrategia «astuta» que ha de emplear para «cazar» a los soldados enemigos.

En otra ocasión, durante un asedio del mismo rey de Damasco a Samaría, el profeta predijo el final de la carestía angustiosa y del asedio (2 Re 6,24-7,20). Y en la enfermedad del mismo rey Ben-Hadab, anunció su muerte a manos de un sicario en Hazael, que lo ahogó y luego reinó en su lugar (2 Re 8,7-15).

A través de un discípulo suyo, Eliseo hizo ungir secretamente a Jehú en Ramot-de-Galaad, alrededor de los años 841-814 antes de Cristo, cambiándose así la dinastía, con el encargo de exterminar la casa del impío Ajaz (2 Re 9,1-10).

Poco antes de su muerte, ocurrida antes de 796, hizo su última aparición en la escena política, anunciando al rey Joás, segundo sucesor de Jehú, tres victorias sobre Siria. «¡Flecha de victoria de Yahvé...!» (cf. 2 Re 13,14-19).

Eliseo es un profeta itinerante, reconocido por las comunidades locales y respetado en las altas esferas. Probablemente tuvo casa propia en la capital de Samaría.

El panorama internacional contemporáneo de Eliseo es la paz entre Judá e Israel, hostilidades con Damasco. Asiria todavía no es mencionada. En Eliseo se comprueba que los profetas y sus oráculos no son monopolio de uno solo de los reinos y que se abren a un horizonte universal.

También queda patente que sus intervenciones políticas no se pueden reducir al ámbito de lo temporal sino que en el fondo tienen mucho que ver con la alianza y los planes y designios salvíficos del Dios fiel y con los pecados repetidos de infidelidad del pueblo y de sus gobernantes que, según la expresión bíblica, «hacían lo que no agradaba al Señor».

Más que en la multitud de sus milagros, en acumulación minuciosa de un anecdotario un tanto pintoresco, la figura y la personalidad de Eliseo va más allá de esa imagen de milagrero taumaturgo popular, y está delineada en el profeta indomable

que dirige los movimientos políticos que abren camino a la historia de la salvación, manteniendo la fe en el único Dios vivo y verdadero, frente a los falsos dioses como Baal, frente a la idolatría, tentación universal de todos los tiempos y personas.

Uno de los episodios más significativos en la vida del profeta Eliseo —citado en el Nuevo Testamento (Mt 3,13-15; Lc 4,27), en la liturgia y en los Padres— fue la curación del general sirio Naamán, llegado desde su patria para que Eliseo le curara la lepra. Con la conversión de este pagano, una vez más el Señor enseñaba a su pueblo elegido que su misericordia abarcaba a todos los pueblos y razas y que ésa era la misión profética: anunciarlo en favor de todos.

«Naamán, jefe del ejército del rey de Aram, era hombre notable y muy estimado por su señor, pues por su medio Yahvé había concedido la victoria a Aram. Pero este hombre (siendo un gran militar) era leproso. Unas bandas de arameos habían hecho una incursión y habían traído de la tierra de Israel una muchacha que pasó al servicio de la mujer de Naamán.

Ella dijo a su señora: "Ah, si mi señor pudiera presentarse ante el profeta que hay en Samaría. Él le curaría de su lepra". (Naamán) fue y se lo comunicó a su señor diciendo: "Esto y esto ha dicho la muchacha que procede de la tierra de Israel". El rey de Aram dijo: "Anda y ve; yo enviaré una carta al rey de Israel".

Tomó en su mano diez talentos de plata, seis mil siclos de oro y diez vestidos nuevos y llevó al rey de Israel la carta que decía: "Cuando te llegue esta carta, sabrás que te envío a mi siervo Naamán, para que lo cures de su lepra". Cuando el rey leyó la carta, rasgó sus vestiduras, diciendo· "¿Soy yo Dios para repartir muerte y vida? Éste me encarga nada menos que curar a un hombre de su lepra. Daos cuenta y veréis que está buscando querella contra mí".

Cuando Eliseo, el hombre de Dios, oyó que el rey de Israel había rasgado sus vestiduras, envió a decir al rey: "¿Por qué has rasgado tus vestiduras? Que venga a mí y sabrá que hay un profeta en Israel". Naamán llegó con sus caballos y carros y se detuvo a la entrada de la casa de Eliseo. Éste envió un mensajero a decirle: "Ve y lávate siete veces en el Jordán. Tu carne te renacerá y quedarás limpio".

Naamán se puso furioso y se marchó diciendo: "Yo me había dicho: ¡Saldrá seguramente a mi encuentro, se detendrá, invocará el nombre de su Dios, frotará con su mano mi parte enferma y sanaré de la lepra! El Abaná y el Farfar, los ríos de Damasco, ¿no son mejores que todas las aguas de Israel? ¡Podía bañarme en ellos y quedar limpio!".

Se dio la vuelta y se marchó furioso. Sus servidores se le acercaron y le dijeron: "Padre mío, si el profeta te hubiera mandado una cosa difícil ¿no la habrías hecho? ¡Cuánto más si te ha dicho: Lávate y quedarás limpio!".

Bajó, pues, y se lavó en el Jordán siete veces, conforme a la palabra del hombre de Dios. Su carne volvió a ser como la de un niño pequeño y quedó limpio. Él y toda su comitiva volvieron ante el hombre de Dios. Al llegar, se detuvo ante él y exclamó: "Ahora conozco que no hay en toda la tierra otro Dios que el de Israel. Recibe, pues, un presente de tu siervo". Pero él replicó: "Vive Yahvé ante quien sirvo, que no he de aceptar nada". Le insistió que aceptara, pero él rehusó. Naamán dijo: "Entonces, que al menos se entregue a tu siervo tierra, la carga de un par de mulos, porque tu siervo no ofrecerá ya holocausto ni sacrificio a otros dioses más que a Yahvé. Que Yahvé perdone a su siervo por esto: cuando mi señor entra en el templo de Rimón para postrarse allí en adoración, se apoya en mi brazo de manera que yo tengo que postrarme en el templo de Rimón. Así que cuando me postro en el templo de Rimón, que Yahvé perdone a su siervo por ello". Él le dijo: "Ve en paz"» (2 Re 5,1-19).

Un milagro, en apariencia doméstico, se convierte en asunto de política internacional, porque sirios o arameos e israelitas mantenían una paz inestable que las bandas de guerrillas aprovechaban para sus correrías. La criada cautiva da cuenta del profeta a su señora, ésta a su marido, que se lo cuenta al rey. Éste escribe recomendando al rey de Israel que atienda a su general. Del rey de Israel se apela al poder divino por la intercesión del profeta.

Se trata de un poder absoluto, de repartir muerte y vida, salud o enfermedad. La técnica literaria de la narración repite siete veces la raíz verbal de la palabra «lepra» y opone al movimiento ascensional, en contrapunto, un movimiento-contraste de humillación, bajando del rey al profeta, de éste a su criado mensajero y por fin descender al Jordán.

Una vez curado, pedirá tierra sagrada para alzar en ella un altar y dar culto al Dios de Israel. La confesión monoteística del Dios universal es solemne y exclusiva de otros dioses.

Eliseo multiplica el aceite de una pobre viuda y resucita al hijo de la Sunamita. Y en muchos de sus pasos prefigura a Cristo. La ovación entusiasta con que es acogido en Jericó prefigura la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén. Las inesperadas burlas de los muchachos por su calvicie, cuando sube a Betel, son ima-

gen de los escarnios y befas de que es objeto Jesús en el palacio de Caifás. La curación de Naamán el leproso, a quien ordena bañarse siete veces en las aguas del Jordán, es imagen espléndida y elocuente del bautismo cristiano, así como la resurrección del hijo de la Sunamita prefigura la de Lázaro obrada por Jesús. El hallazgo del hacha que flota de las aguas es símbolo de Cristo que sale del sepulcro.

En una homilía de San Juan Crisóstomo predicada en Antioquía se subraya cómo en la entrega del manto, veía prefiguración de los poderes transmitidos por Cristo a los apóstoles.

Todas estas y otras conexiones simbólicas aparecen reflejadas en la riquísima iconografía del profeta, unas veces en unión con Elías, y otras, en episodios independientes. La tipología es muy clara y casi invariable en comparación con los demás profetas. Siempre calvo, vestido de carmelita porque esta Orden le considera segundo patrono y fundador, con Elías.

Los atributos suelen ser: una alcuza de aceite, el hacha del hallazgo, a veces una paloma bicéfala posada sobre su espalda que recuerda la doble posesión de espíritu heredado de Elías, aludiendo a la doble parte de herencia que entre los israelitas se reservaba al primogénito.

Las principales escenas de su vida, desde la vocación, se suceden. En torno a su sepulcro en Samaría se obraron prodigios similares a los que había obrado en vida, tal como la resurrección de un muerto a quien precipitadamente arrojaron en la tumba de Eliseo unos enterradores acosados por los moabitas. En contacto con los huesos del profeta, recobró la vida.

En tiempos de San Jerónimo se conocía su sepulcro vacío, que había sido violado por Juliano el Apóstata. Pero se salvaron algunas reliquias veneradas más tarde en Rávena, Alejandría y Constantinopla.

El culto al santo profeta se extendió de Oriente a Occidente como el de Elías, aunque un poco menos. La fiesta de los dos se celebró fundida en Oriente, con iglesias a ellos dedicadas, por ejemplo, en Constantinopla. El *Martirologio romano* la celebra el 14 de junio. Los carmelitas difundieron su culto. Su oficio litúrgico lo compuso Roberto de Bale († 1503) inspirándose en otros dos que se venían utilizando ya.

El gran elogio de Eliseo lo hace el autor del Eclesiástico (48,12-14):

> «Cuando Elías fue arrebatado en el torbellino, Eliseo se llenó de su espíritu. Durante su vida ningún príncipe le hizo temblar, nadie pudo dominarle. Nada era imposible para él, hasta en el sueño de la muerte su cuerpo profetizó. Durante su vida realizó prodigios, y después de muerto fueron admirables sus obras».

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

ALONSO SCHOKEL, L., *Reyes* (Madrid 1973) 167-226.
SPADAFORA, F., «Eliseo. Culto e iconografía», en *Bibliotheca sanctorum*. IV: *Ciro-Enfrido* (Roma 1964) 1131-1135.
STRAMARE, T., «Eliseo», en ibid., 1125-1131.

SAN METODIO DE CONSTANTINOPLA

Obispo († 847)

Patriarca de Constantinopla entre los años 842-846, San Metodio nació en Siracusa a finales del siglo octavo, hacia el año 789. Hijo de una familia acomodada, recibió desde la cuna una educación esmeradísima. Trasladóse muy pronto a Constantinopla buscando obtener un puesto en la Corte, confiado en sus nobles ascendientes familiares.

Allí, casualmente, se encuentra con un monje asceta, posiblemente Eutimio de Sardes (del que Metodio escribió una *Vida);* este encuentro le hace cambiar de rumbo y entra en el monasterio de Chenolacco en Bitinia, a unos 70 kms. de la capital. Aquí también destaca enseguida por su talento, perfeccionando su cultura y demostrando sus hábiles cualidades de mando. Enseguida el patriarca Nicéforo I se lo lleva como colaborador personal.

El desempeño de su cargo coincidió con la segunda persecución iconoclasta, bajo el emperador León V, apodado el Armenio, entre los años 813 y 820. Casi todos los monjes de su orden y de otras se le opusieron frontalmente.

El patriarca Nicéforo fue destituido y nombrado en su lugar Theodotus (815-821). Metodio se vio obligado a huir a Roma

para informar al papa Pascual I, que ocupaba la silla pontificia desde el año 817. Allí Metodio siguió convertido en un acendrado defensor del culto a las imágenes. En Roma fue ordenado sacerdote, no sin antes ser calumniado por una perversa mujer. Permaneció en la Ciudad Santa hasta que el emperador León V fue asesinado en el año 820, sucediéndole en el cargo Miguel II.

Por consejo del Papa, Metodio regresó a Constantinopla confiado en el cambio y portando una carta en la que el Pontífice instaba al nuevo emperador a cambiar su política y a reponer al patriarca, antes injustamente depuesto, en su silla patriarcal de Constantinopla.

Todo fue inútil y contraproducente porque nada más entregar la carta papal y exhortar al emperador a seguir las doctrinas y normas pontificias, Metodio fue castigado recibiendo los setenta latigazos legales. Desterrado a la isla de San Andrés, archipiélago de los Príncipes, fue encarcelado en un oscuro calabozo y, más tarde, en Antigoni, en una cripta vieja abandonada, sin los más elementales espacios, que aún se conserva en la iglesia de San Juan Bautista.

Siete años permaneció en esta situación, hasta que el 828 el emperador Miguel II, sintiendo ya próximo su final, concedió un amplio perdón y una total amnistía. Beneficiado de ello, Metodio regresó a Constantinopla visiblemente agotado por tantos sufrimientos padecidos, mas su espíritu recio y sus afianzados convencimientos doctrinales no habían muerto, antes, al contrario, siguió defendiendo la vieja doctrina ahora ratificada por Roma.

A Miguel II le sucedió su hijo Teófilo en el año 829 y siguió y acentuó cruelmente las consignas de su padre. Metodio fue nuevamente azotado y llevado a la cárcel, pero ahora en los mismos calabozos imperiales. El emperador vigilaba de cerca la actitud de su encarcelado y convencido de que no lograría doblegar su ánimo con castigos físicos quiso vencerlo con argumentos doctrinales que fueron rebatidos por las firmes razones de Metodio, las cuales, incluso, llegaron a hacer mella en el propio emperador.

Quizás por eso o porque se sentía impotente ante tan serio valladar, mitigó sus penas y le concedió una especie de libertad

vigilada, tratando de lavar su imagen, ya que Metodio se había convertido en uno de los exponentes más relevantes de la corte bizantina.

Con todo, no recuperó la libertad hasta la muerte de Teófilo, el 20 de enero del 842, pero Metodio, ya cansado, decepcionado, se retiró al convento de los Eligmoi.

A Teófilo le sucedió su esposa Teodora como regente de su hijo Miguel III. Esta circunstancia favoreció a Metodio ya que la emperatriz había sido siempre partidaria de sus doctrinas. Inmediatamente empezó a restaurar el culto a las imágenes, dejando en libertad a todos los encarcelados defensores del viejo culto, proclamando como doctrina cultual la dictada por el II Concilio de Nicea en el 787.

El patriarca de Constantinopla, Juan VII el Gramático, que regía la iglesia desde el año 832 —impuesto por el antiguo emperador, acérrimo iconoclasta—, fue depuesto y Metodio fue nombrado nuevo patriarca el 4 de marzo de 842. Un sínodo reunido en Constantinopla aprobó la destitución de Juan VII y las normas del concilio ecuménico tomaron definitiva vigencia.

El 19 de febrero de ese mismo año las imágenes habían sido devueltas a los templos en solemne fiesta y procesión. Esta celebración, denominada «Fiesta de la ortodoxia», se repetirá en toda la Iglesia bizantina el primer domingo de cuaresma de cada año.

La tarea que tenía delante Metodio no resultaba ni fácil ni grata, ya que debía comenzar por el propio clero. Destituyó a los obispos y abades afectos a las ideas iconoclastas, mientras que perdonó a los sacerdotes y religiosos pero sin posibilidad de ser promovidos a más altos cargos. Al proveer las nuevas sedes episcopales se encontró con notabilísimos opositores que no tuvieron inconveniente en calumniarle valiéndose sobre todo de una mujer que, instigada por sus enemigos, aseguraba haber sido violada por el patriarca. Más tarde esta misma mujer reconoció su calumnia y haber sido comprada por los enemigos de Metodio.

No pocos, entre ellos los monjes estuditas, exigían una actitud más severa contra los antiguos iconoclastas. Incluso se llegó hasta las cercanías del cisma cuando Metodio, después de haber

trasladado solemnemente a Constantinopla los restos mortales de San Teodosio Estudita y su hermano José, hacia el año 846, anatematizó sus escritos. Hecho del que luego se arrepentiría con la consecuente rectificación.

Otro suceso muy significativo de su patriarcado fue la adquisición de las reliquias de su antecesor Nicéforo, muerto en el exilio, y que fueron enterradas con toda veneración en la iglesia de los Santos Apóstoles.

La muerte de Metodio tuvo lugar el 14 de junio del año 847, siendo sepultado también en la iglesia de los Santos Apóstoles de Constantinopla. Le sucedió el patriarca Ignacio, en cuyo tiempo desgraciadamente se inició el gran cisma de Focio.

A pesar de una vida tan frenética y complicada, encontró tiempo para dejarnos importantes y numerosos escritos. Se conservan aún algunos de ellos relacionados con su actividad, en los que se deben contar muy interesantes himnos sagrados. Además, como buen monje, realizó también copias de manuscritos.

Conocemos, entre otros, los *Cánones penitenciales; Cartas y sermones* (dos importantes sobre San Nicolás) y *Elogio de San Dionisio Areopagita.*

Las dos iglesias, latina y oriental, coinciden en celebrar su fiesta el 14 de junio, día de su muerte.

JOSÉ SENDÍN BLÁZQUEZ

Bibliografía

LILIE, R.-J., *Die Patriarchen der ikonoklastischen Zeit: Germanos 1. Methodios 1 (715-847)* (Berlín 1999).

«Methodios», en A KAZHADAN (ed.), *The Oxford Dictionary of Bizantium,* II (Oxford 1991).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN FORTUNATO DE NÁPOLES

Obispo († s. IV)

Le tocó a Fortunato regir la iglesia napolitana en mitad del siglo IV, en plena diatriba arriana. Fortunato se adhirió a la orto-

doxia y profesó la divinidad de Jesucristo y procuró mantener su rebaño limpio de la herejía. Unos obispos orientales, huidos del concilio de Sárdica, llegaron a Nápoles e intentaron atraer a Fortunato a su partido arriano, pero Fortunato se mantuvo firme en la fe católica.

Hizo construir una basílica-cementerio, que sería conocida con su nombre, donde él mismo fue enterrado a raíz de su santa muerte, y en ella estuvieron sus restos hasta que a mediados del siglo IX un sucesor suyo llevó sus reliquias a la catedral napolitana. Su deposición fue un 14 de junio, como consta por el famoso calendario de mármol. Su culto en la diócesis de Nápoles es muy antiguo.

SANTOS ANASTASIO, FÉLIX Y DIGNA DE CÓRDOBA

Mártires († 853)

Tal día como hoy del año 853 confesaron intrépidamente la fe cristiana en Córdoba y fueron martirizados por ello los santos Anastasio, presbítero, Félix, monje, y Digna, virgen y monja. Su martirio lo narra San Eulogio de Córdoba.

Anastasio se había criado y educado en la basílica de San Acisclo, a cuyo clero se adscribió llegando a recibir el diaconado. Entonces optó por la vida monacal, y cuando ya era un hombre entrado en años ascendió finalmente al sacerdocio.

Félix era bereber de raza y natural de Alcalá de Henares *(Complutum)*. Era de religión musulmana pero hizo un viaje a Asturias y en ese viaje conoció el cristianismo, que le atrajo, y se decidió por el bautismo. A continuación decidió servir a Dios en la vida monástica. No se sabe por qué motivo se hallaba en Córdoba.

Ambos decidieron presentarse al cadí, ante el que denostaron como falsa la religión islámica y confesaron abiertamente la divinidad de Jesucristo. El cadí mandó que en el mismo punto y hora ambos fueran degollados y sus cuerpos colgados en un patíbulo a la otra orilla del Guadalquivir.

Mientras los sagrados despojos de los dos mártires eran colgados, llegó de su monasterio de Tábanos la monja Digna, la

cual estaba muy descontenta de su nombre pues decía de sí misma que era mejor la llamaran *Indigna.* Venía con la intención de confesar también a Cristo ante el juez, a lo que la había exhortado una aparición de Santa Águeda que había tenido. Eran las tres de la tarde. Entró a ver al cadí, le echó en cara haber sacrificado a ambos mártires y confesó ante él a la Santísima Trinidad, rechazando el islam como impostura.

El cadí mandó que fuera inmediatamente degollada y su cuerpo colgado en un patíbulo al lado de los de los otros dos mártires.

15 de junio

A) MARTIROLOGIO

1. La conmemoración de San Amós († s. VIII a.C.), profeta **.
2. En Doróstoro (Mesia), San Hesiquio, soldado.
3. En Lucanio, San Vito, mártir
4. En Auvergne (Aquitania), San Abraham († ca.480), monje *.
5. En Crepy, San Landelino († 686), abad.
6. En Séez, San Lotario († 756), obispo.
7. En Córdoba, Andalucía, Santa Benilde († 853), mártir *.
8. En Espalion (Rouergue), San Hilariano († 793), mártir.
9. En Mont-Joux (Valais), San Bernardo de Menthon († 1081), presbítero, canónigo de Aosta **.
10. En Ratzburg (Alemania), San Isfrido († 1204), obispo *.
11. En Londres (Inglaterra), Beato Tomás Scryven († 1537), monje cartujo y mártir bajo el reinado de Enrique VIII *.
12. En York (Inglaterra), beatos Pedro Snow, presbítero, y Rodolfo Grimston († 1598), mártires bajo el reinado de Isabel I *.
13. En Pibrac (Francia), Santa Germana Cousin († 1601), virgen **.
14. En Bérgamo (Italia), Beato Luis María Palazzolo († 1886), presbítero, fundador de los Hermanos de la Sagrada Familia y de las Hermanas Pobrecitas **.
15. En Qianshengzhuang (China), Santa Bárbara Cui Lianzhi († 1900), mártir *.

B) Biografías extensas

SAN AMÓS

Profeta († s. VIII a.C.)

A mediados del siglo VIII antes de Cristo, se produce un hecho totalmente nuevo y de gran trascendencia en la historia de Israel. Hasta entonces la profecía contaba ya con una larga nómina de personajes famosos, como Samuel, Ajías, Natán, Elías y Eliseo, por no citar sino los más notables. Ahora se inicia una etapa nueva: aparecen los profetas que nos legaron su mensaje por escrito, sea en directo por sí mismos, o recogido por sus discípulos en diferido.

Esto se debe no tanto a la mayor difusión de la escritura cuanto a la sorprendente novedad de un mensaje que no se podía relegar al olvido. La novedad está en el rechazo radical del reformismo predicado hasta entonces por los profetas que pretendían resolver los problemas morales dentro de las estructuras vigentes.

A partir de Amós ya no se sigue esta línea: todo el sistema está podrido y convertido en estructura de pecado. La catástrofe es inevitable. De ella, en el resto de Israel, brotará una semilla santa.

El libro bíblico del profeta Amós abre esta etapa nueva. Es el más antiguo de los oráculos proféticos transmitidos por escrito. Tanto el canon hebreo como la Biblia griega agrupan con el número y título de doce, *Dodekapropheton,* los opúsculos atribuidos a los profetas a quienes la Iglesia cristiana apellida «menores».

Esta denominación se refiere únicamente al tamaño y brevedad de los libros. Sería engañosa si con ella se prejuzgara e infravalorara su importancia en comparación con los «mayores» o más extensos.

Algunos, sin duda, como el de Amós, tienen la singular trascendencia de ser los primeros en los que empieza a resonar la profecía clásica en todas sus dimensiones: libertad de palabra frente a reyes y poderosos, vigorosa preocupación por las exigencias de la Alianza en las relaciones sociales y en el culto verdadero; lucidez para diagnosticar esas plagas de la sociedad que

son las injusticias del desorden establecido; y las fulgurantes intuiciones del misterio de Dios, de su justicia, su misericordia y su ternura.

Aunque el hebreo y la Vulgata nos lo presentan en tercer lugar, después de Oseas y Joel, Amós con toda probabilidad histórica los precede. Y, aunque entre los profetas «menores», es un gigante de la fe, proclamador de la Palabra de Dios.

No conocemos el nombre de los padres de Amós, pero sí su lugar de origen. Era de Tecua (o Tecoa), pequeña aldea, pocos kilómetros al sudeste de Belén, y a diecisiete al sur de Jerusalén, en el límite del desierto de Judá. Tecua es nombrada en la Biblia, y en la historia de David (cf. 2 Sam 14,1-24). En ella habitaban únicamente pastores y labradores junto con un reducido destacamento militar. La zona es quebrada y el paisaje semidesértico.

Amós era sencillamente un pastor y cultivador de sicómoros. Más bien ganadero y granjero que guardián asalariado. La compraventa de animales y el cultivo de sicómoros, que no se daban en Tecua, le obligaban a frecuentes viajes a zonas menos desérticas como la Sefela o las cercanías del Mar Muerto. Esta obligada movilidad nómada de profesión, le proporcionaba amplitud de horizontes, sin perder la proximidad al lenguaje expresivo y a las hondas experiencias del mundo rural.

La vida austera de Amós en esos ambientes, en pleno contacto con la naturaleza, favoreció el desarrollo de aquella rica personalidad que se manifestará después en su etapa profética: vivo sentimiento de la asombrosa grandeza de Dios y de su poder sobre el mundo, constantemente experimentado en las inmensas soledades del paisaje; espíritu indomable de independencia y altivez; lenguaje enérgico y expresivo, no exento de cierta rudeza; aversión al lujo y la frivolidad. Con este talante y esos criterios juzgará la vida y costumbres del reino de Israel a donde le envía el Señor:

> «Yo no soy profeta, ni hijo de profeta; yo soy un vaquero y picador de sicómoros. Pero Yahvé me tomó de detrás del rebaño y Yahvé me dijo: "Ve y profetiza a mi pueblo Israel"» (Am 7,14-15).

Amós no pertenecía a ninguna familia o comunidad de profetas como era frecuente y usual. A este hombre, sin ninguna

relación con el profetismo o los grupos proféticos, sin ser funcionario del culto ni estar ligado a la corte, le envía Dios a tierra extraña, desde el reino de Judá, donde vive, a profetizar en el reino del Norte.

Independizado de Judá a la muerte de Salomón en 931, este reino había atravesado situaciones difíciles al ser invadido por Siria, pero a comienzos del siglo VIII, con Joás, conquista el territorio y vence a Judá. Su sucesor, Jeroboán, extiende sus dominios desde Jamat hasta el Mar Muerto (787-747). Es el reinado más próspero de la historia en el reino del Norte. Durante este período, el eclipse de las grandes potencias rivales que atenazaban a los pequeños reinos, les permitió un respiro de libertad.

Gracias al comercio con Arabia, Fenicia, el Mar Rojo, y las minas de cobre de Arabá, se logra una prosperidad material desconocida, con esplendor y lujosas edificaciones; crecen los recursos económicos y agrícolas, junto con la industria textil y la del tinte en florecimiento.

Pero este progreso puramente material ocultaba una terrible descomposición social. La suerte de los ciudadanos modestos era durísima y el Estado no hacía nada por ayudarles. Se daban flagrantes injusticias y brutales contrastes entre ricos y pobres. El pequeño agricultor, amenazado de sequías, plagas y fallos de la cosecha, estaba a merced de prestamistas inmisericordes que los exprimían con hipotecas y embargos, obligándoles a tener que servir como esclavos si no saldaban sus deudas.

La ambición de ricos y comerciantes aprovechaba la ocasión falsificando pesas y medidas, acudiendo a trampas legales y sobornando a los jueces. La situación era insoportable.

A la descomposición social iba unida la corrupción religiosa. Los grandes santuarios estaban en plena actividad, repletos de adoradores, magníficamente equipados y provistos. Pero el culto no se conservaba en su pureza y autenticidad. Muchos santuarios eran paganos. Fomentando los cultos de la fertilidad y la prostitución «sagrada» (?). Otros, la mayoría, aunque se presentaban como yahvistas ortodoxos, cumplían una función totalmente negativa: apaciguar a la divinidad con ritos y sacrificios externos que garantizaban la tranquilidad de conciencia y el bie-

nestar del país. Con la falsa seguridad de estar protegidos por Yahvé, sin conversión interior alguna.

A esto se añadía un enfoque desviado del pasado: los beneficios de Dios, la elección, la liberación de Egipto, la alianza, no estimulaban la generosidad sino la permisividad e indiferencia, la apatía, la falsa seguridad, la seguridad antes mencionada, y el complejo de superioridad en relación con los otros pueblos. La alianza recordada en la liturgia se convirtió en letra muerta sin el mínimo influjo en la vida social.

En esta situación de prosperidad económica y estabilidad política, de desigualdades sociales e injusticias, de paganismo y corrupción religiosa, aparece el primer profeta con oráculos escritos, Amós, llamado irresistiblemente por Yahvé a su misión: «Ruge el león, ¿quién no teme? Habla el Señor, ¿quién no profetiza?» (Am 3,8).

¿Cuánto duró la actividad profética de Amós? Lo más probable es que predicase durante algunas semanas o meses, y en diversos lugares o santuarios: Betel, Samaría, Guilgal, por los años 783-743.

El libro de Amós señala al comienzo estos datos cronológicos: «En tiempo de Ozías, rey de Judá, y en tiempo de Jeroboán, hijo de Joás y rey de Israel, dos años antes del terremoto ..». Este seísmo, tal vez atestiguado por excavaciones de Jasoc en la alta Galilea, habría coincidido con estas fechas, a mediados del siglo VIII. Según Zac 14,5, a consecuencia del terremoto, quedaron obstruidos algunos valles.

En este fenómeno catastrófico ve el libro una manifestación divina que venía a confirmar el mensaje de Amós cuando dice en su hermosa doxología:

> «¡El Señor Yahve Sebaot [ ], el que toca la tierra y ella se derrite, y hacen duelo todos sus habitantes, se eleva toda entera como el Nilo de Egipto! El que edifica en el cielo sus altas moradas y asienta su boveda en la tierra, el que reune a las aguas de la mar y las derrama sobre la faz de la tierra ¡Yahve es su nombre!» (Am 9,5-6)

El santuario cismático de Betel, émulo del templo de Jerusalén, con sacerdotes y funcionarios reales, con un culto esplendoroso al «toro de Yahvé», fue el escenario donde irrumpió, como una tromba inesperada, la vigorosa predicación de Amós.

Allí es donde chocó frontalmente con la oposición de los dirigentes.

El sacerdote Amasías se escandaliza principalmente por los ataques de Amós al rey Jeroboán II y por el anuncio del inminente destierro del pueblo. Lo denuncia a la corte, le impone silencio y lo expulsa de Israel.

> «El sacerdote de Betel, Amasías, mandó a decir a Jeroboán, rey de Israel: "Amós conspira contra ti en medio de la casa de Israel"; el país no puede soportar todas sus palabras. Porque Amós anda diciendo: "A espada morirá Jeroboán, e Israel será deportado de su tierra"». Amasías dijo a Amós: «Vete, vidente; huye al país de Judá; come allí tu pan y profetiza allí. Pero en Betel no sigas profetizando, porque es el santuario real y la Casa del reino» (Am 7,10-13).

Este episodio, el más conocido de la vida de Amós, ocupa un lugar central en la significación de su mensaje profético. Está íntimamente vinculado a la visión que el profeta relata en los versículos precedentes: «El Señor dijo: "[...] Serán devastados los altos de Isaac, asolados los santuarios de Israel, y me alzaré con espada contra la casa de Jeroboán"» (Am 7,9).

La mención de los altozanos y de los santuarios y de Jeroboán, explica la confrontación entre Amós y Amasías; señala las consecuencias del anuncio profético con el trasfondo político, institucional y religioso.

En el episodio se enfrentan dos visiones de la realidad radicalmente opuestas. Amasías tiene una concepción localista, reductiva, de la fe, cual si estuviera vinculada a la casa y dinastía regia y al santuario de Betel como templo real. Para preservar su territorio acusa al profeta Amós de conspirador y, tal vez intentando salvarlo, lo expulsa del santuario: «Vete, vidente», precisamente lo contrario de lo que le había ordenado Dios.

Amós, por el contrario, se abre desde lo particular a un horizonte universal como es la voluntad de Yahvé. La fe de Israel no queda confinada a uno u otro reino, ni condicionada o reducida a una dinastía. Si el sacerdote es un funcionario real, el hombre de Dios debía haber aprendido que debe distinguir entre lo puro e impuro ritual; el profeta es el hombre de lo imprevisto de Dios, de su palabra inesperada.

El enfrentamiento de estas dos visiones de la realidad se resuelve con el anuncio de que esos muros levantados por el rey y el sacerdote van a desaparecer. La tierra del sacerdote será repartida y él será enviado a una tierra impura. La tierra de Israel quedará sin sentido cuando el pueblo tenga que partir desterrado a tierras extrañas (Am 7,8-9 y 17).

Es un relato ejemplar de la historia del profetismo en Israel El profeta que denuncia allí los pecados del pueblo y de quienes utilizan la religión en provecho propio, es perseguido y se convierte en símbolo de la libertad y de la fe de Israel Su palabra sostiene a los creyentes frente a los poderes que intentan subyugarla.

Algunos opinan que con esto terminó la actividad profética de Amós. Otros la prolongan en el Sur, en Judá.

El libro de Amós contiene oráculos de juicio contra los países limítrofes de Israel· Damasco, Gaza, Filistea, Tiro, Fenicia, Edom, Amón, Moab, Judá. Y contra el mismo Israel, que es el más desarrollado en la denuncia de los pecados y con el anuncio del castigo Dios es el defensor de la justicia en todas las naciones (cf Am 1,3-2,16)

A continuación los oráculos contra Israel (Am 3,1-6,14) denuncian las injusticias, el falso culto, la negativa a convertirse, el lujo y el orgullo de la clase alta y corrompida de Samaría Dios va a tomar cuenta de todo, va a encararse con su pueblo, a pasar entre él sembrando la oscuridad y la muerte.

Pero para comprender el mensaje de Amós en su totalidad se debe comenzar por las visiones, aunque están al final del libro. Éstas nos revelan la profunda experiencia que Dios hizo vivir al profeta y la actitud que adoptó en su predicación. Se advierte una continua progresión. En las dos primeras (7,1-16), Dios manifiesta su voluntad de castigar al pueblo con una plaga de langosta y una sequía. El profeta intercede. «Perdona, por favor, Señor Yahvé, ¿cómo va a resistir Jacob, que es tan pequeño?» (Am 7,2). Y el Señor se compadece y perdona· «Se arrepintió Yahve de ello: "No sucederá", dijo Yahvé» (Am 7,3).

En las visiones 3.ª y 4.ª, Dios le obliga a fijarse en la situación del pueblo.

«Esto me hizo ver el Señor Yahvé: Estaba aplicando a una pared una plomada que tenía en la mano. Y me dijo Yahvé: "¿Qué ves, Amós?". Yo respondí: "Una plomada". El Señor dijo: "He aquí que voy a aplicar plomada en medio de mi pueblo Israel. Ni una más le volveré a pasar"» (Am 7,7-9).

«Esto me hizo ver el Señor Yahvé: Una canasta de fruta madura. Y me dijo: "¿Qué ves, Amós?". Yo respondí: "Una canasta de fruta madura". Y Yahvé me dijo: "Ha llegado la madurez para mi pueblo Israel. ¡Ni una más le volveré a pasar! Los cantos de palacio serán lamentos aquel día —oráculo del Señor Yahvé—, muchos serán los cadáveres, se arrojarán por todas partes, ¡silencio!"» (Am 8,1-3).

Amós comprende que el muro ya no puede sostenerse en pie; el mal no está fuera (langosta, sequía) sino dentro. Por eso Amós ya no se atreve a interceder. Calla.

La fruta madura está a merced del primero que pasa. Lo mismo le ocurre al reino del Norte. Basta que una potencia extranjera venga a derrocarlo.

La visión 5.ª (9,1s) añade la imagen del terremoto, que da paso a una catástrofe militar y a una persecución del mismo Dios. La progresión llega al máximo. De un castigo injustificado en apariencia (langosta, sequía) se pasa a revelar la corrupción del pueblo (muro, cesto de higos), que hace inevitable la catástrofe.

Todo esto sucederá 40 años más tarde cuando las tropas asirias conquisten Samaría y el reino del Norte desaparezca en la historia.

Decir esto en medio de la prosperidad de Jeroboán II, era pasar por loco. Pero éste fue el mensaje que Dios confió al profeta y él lo proclamó con valentía y claridad, sin eufemismos.

El tema del castigo es constante, ya en expresiones generales (Am 2,13; 5,17), ya en detalle, con explícita alusión al ataque enemigo, y sus consecuencias: devastación, ruina, muerte, deportación.

Pero Amós no se limita a anunciar el castigo inminente, sino que explica al pueblo las causas que lo han motivado y denuncia constantemente las injusticias, el lujo, el falso culto a Dios y la falsa seguridad religiosa. En el fondo, lo que critica duramente es la falta de comprensión solidaria de los ricos, que atesoran, no arcas de marfil ni cobertores de damasco, sino violencias y

crímenes, pues las riquezas se han acumulado oprimiendo a los pobres y maltratando a los míseros, hasta llegar a vender a inocentes como esclavos (Am 2,6), falseando las medidas y aumentando los precios (Am 8,5)

La venalidad de los jueces agrava la situación de inmoralidad pues aceptan ser sobornados y hacen injusticias a los pobres en el tribunal (cf Am 5,7-12).

Mayor pecado es pretender hacer compatibles estas opresiones e injusticias sociales con una vida religiosa esplendorosa en apariencia: peregrinaciones a Betel y Guilgal, sacrificios matutinos, diezmos, plegarias, votos, fiestas, pensando que basta para agradar a Dios el culto externo. Dios los rechaza. Sólo sirven para aumentar los pecados. No responden a la voluntad de Dios sino al capricho del hombre. El Señor no quiere ofrendas, holocaustos ni cantos, sino derecho y justicia (Am 5,21-24).

La falsa seguridad religiosa del pueblo que se sabe elegido y liberado le hace sentirse inmune, protegido y privilegiado, en espera del «día de Yahvé», de triunfo y bienestar. Amós dice tajantemente· Israel no es mejor que otros reinos (cf. Am 6,2). Salir de Egipto no es un privilegio, porque Dios también puso en movimiento a filisteos, y a los sirios. Un beneficio especial es para una especial responsabilidad.

> «Solamente a vosotros conocí entre todas las familias de la tierra, por eso, os visitare por todas vuestras culpas» (Am 3,2) «El día del Señor sera tenebroso y oscuro» (Am 5,18-20)

El único modo de evitar lo que parece inevitable, es la conversión.

> «Porque asi dice Yahvé a la casa de Israel· "¡Buscadme a mí y vivireis!"» (Am 5,4)
>
> «Buscad el bien, no el mal, para que vivais, y que este así con vosotros Yahve Sebaot, tal como decis Aborreced el mal, amad el bien, implantad el derecho en la Puerta, quiza Yahve Sebaot tenga piedad del Resto de José» (Am 5,14-15)

El pueblo no escuchó este consejo y el castigo llegó.

Pero la última palabra de Dios no es la condena. El libro de Amós lo predica de otro modo. Se cierra con dos oráculos de liberación:

«Aquel día levantaré la cabaña ruinosa de David, repararé sus brechas y restauraré sus ruinas; la reconstruiré como en los días de antaño [...] He aquí que vienen días —oráculo de Yahvé— en que el arador empalmará con el segador y el que pisa la uva con el sembrador; destilarán vino los montes y todas las colinas se derretirán. Entonces haré volver a los deportados de mi pueblo Israel; reconstruirán las ciudades devastadas y habitarán en ellas. Plantarán viñas y beberán su vino, cultivarán huertas y comerán sus frutos. Yo los plantaré en su tierra y no serán arrancados nunca más de la tierra que les di, dice Yahvé, tu Dios» (Am 9,11.13-15).

Tanto las doxologías del libro de Amós como los himnos, según los estudiosos, son añadiduras posteriores a la época del profeta.

Muchos de sus textos hallan eco en el Nuevo Testamento referidos a Cristo, aunque, a primera vista, no tiene especial relieve la dimensión mesiánica de su mensaje. Se advierten ecos del Deuteronomio. *El pueblo será bendecido, si es fiel a la alianza, pero, si la rompe, será castigado.*

Su género literario es el profético, con toques sapienciales.

El *Martirologio romano* reciente menciona a Amós el primero del día 15 de junio: «Conmemoración de San Amós profeta. Siendo ganadero en Tecua y cultivador de sicómoros, lo envió el Señor a los hijos de Israel para que vindicara su justicia y santidad a la vista de las prevaricaciones de ellos».

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

ALONSO DIAZ, J., *De pastor a profeta* (Madrid 1966).
ALONSO SCHÖKEL, L. - SICRE, J. L., *Profetas,* II (Madrid 1980) 951-993.
ASURMENDI, J. M., *Amós y Oseas* (Cuadernos bíblicos, 64; Estella [Navarra] 1989).
BALLARINI, L., «Amós», en *Bibliotheca sanctorum.* I: *A-Ans* (Roma 1961) 1020-1028.
WOLFF, H. W., *L'enracinement spirituel d'Amos* (Ginebra 1974).

SAN BERNARDO DE MENTHON

Presbítero († 1081)

A un papa milanés y alpinista, en el sentido estricto de la palabra, pues fueron precisamente los Alpes los montes preferidos para sus escaladas, le correspondió declararle patrono de

los habitantes de los Alpes y de todos los alpinistas. Nos referimos a Pío XI. Pero, sin necesidad de esta declaración, ya San Bernardo era famoso en todo el mundo por los dos abrigos o refugios que preparó en lo alto de la cordillera y por los famosos perros que llevan su nombre.

Había nacido en el corazón de Europa. Menthon es un pueblo al borde del lago de Annecy. Dista tan sólo unos diez kilómetros de esta ciudad episcopal, célebre por estar ligada al recuerdo de San Francisco de Sales, Santa Juana de Chantal y el nacimiento de la Orden de la Visitación. Un plácido recorrido por el maravilloso lago basta para trasladarse de Annecy a Menthon, pueblo que hoy ha añadido a su nombre el de su más glorioso hijo: Menthon-Saint Bernard. Nos encontramos en el mismo corazón de Europa. A un paso, Suiza. Tras los montes, Italia. En tierras de Saboya, desde hace cosa de un siglo francesas. La vida de San Bernardo había de responder a este claro designio europeo.

Nació, según parece, pues su discutida cronología se mueve holgadamente en un siglo entero, hacia el año 996. Como en el caso de tantos otros santos, recibe su formación en París. Al terminarla vuelve a su castillo natal de Menthon. Allí le espera su padre, que tiene trazados ya para él ambiciosos planes. En concreto, un ventajoso matrimonio. Tan preparado estaba todo, que, cuando quiere darse cuenta Bernardo, es ya la víspera de la boda. Su padre no quiere atender a las razones del hijo, que aspira a hacerse sacerdote. Todo aquello que él dice que ha madurado largamente durante su estancia en París no pasa de ser una locura. Así las cosas, no quedaba a Bernardo más que un remedio heroico: escapar por una ventana del castillo. Dicho y hecho. Aún hoy se muestra a los visitantes el barrote que hubo de romper para lograrlo.

Inmediatamente quiso aprovechar la libertad recobrada. Y llamó a las puertas de los canónigos regulares del valle de Aosta, al otro lado de los Alpes. El arcediano del valle le ha acogido con cariño y comprensión. Recibe el sacerdocio y años después se ve colocado en ese mismo cargo de arcediano.

Fue entonces cuando pudo darse cuenta a fondo de una urgente necesidad que existía. En sus predicaciones por los pue-

blos del valle, en sus contactos con los curas de las montañas, había visto ya algo. Pero no todo. Ahora, cuando su cargo de arcediano le imponía la obligación de atender con limosnas a los pobres peregrinos que tenían que atravesar los Alpes, se dio cuenta de la tragedia en todas sus dimensiones. No era sólo que el camino fuese áspero, arriesgado y, sobre todo en invierno, mortalmente peligroso. A los rigores de la naturaleza se añadían otros, provenientes de la malicia de los hombres. Aquellas caravanas, que tenían que pasar días enteros sin encontrar abrigo alguno frente a los elementos desencadenados, eran no pocas veces cruelmente saqueadas por los sarracenos, los húngaros o simplemente por gentes sin entrañas del mismo país.

Y se repitió entonces lo que tantas veces ha ocurrido y seguirá ocurriendo en la historia de la Iglesia. San Bernardo salió, como Santo Domingo de la Calzada, como San Vicente de Paúl, como San Juan de Mata... y como tantos otros santos, al paso de aquella necesidad. En verdad, la empresa era difícil, casi diríamos que descabellada. Enterrar a unos hombres en la nieve, obligarles a recorrer aquellos intransitables caminos de montaña en pleno invierno, obligarles a permanecer siempre atentos a la llamada de cualquier caminante, es mucho hoy, cuando se puede contar con medios que entonces ni siquiera podían entreverse. Pero era inmensamente más entonces. Y, sin embargo, pese a todo, se hizo. La caridad llegó a tanto. Y, pese a todas las dificultades, San Bernardo logró edificar, en lugar de los miserables refugios de tablas que hasta entonces existían, dos sólidos hospicios en Mont-Joux y Colonne-Joux. Como en tiempo de Nehemías, fue necesario tener en una mano la espada mientras con la otra se edificaba, pues las bandas de salteadores no dejaron de intentar hacer imposible la empresa. Pudo más la caridad del santo. Y los dos hospicios llegaron a ser una feliz realidad.

Pero los edificios no bastaban. Había que poblarlos. Un grupo de canónigos regulares venidos de Aosta, se establecieron en ellos y sirvieron de núcleo inicial a la Congregación Hospitalaria de San Nicolás y San Bernardo del Monte de Júpiter, como hoy se llama oficialmente por haber elegido San Bernardo a San Nicolás como patrono del más importante de

los dos hospicios, el que hoy se conoce como el Gran San Bernardo.

Vida dura, heroicamente dura, la de los canónigos en aquellas alturas. Solos en la agreste soledad de las montañas, aislados del mundo, esperaban la primera señal para ponerse en movimiento en busca del viajero perdido. Sus célebres perros, maravillosamente adiestrados, les servían de ayuda. Y miles de caminantes debieron la vida a esta ingeniosa caridad de San Bernardo.

Tranquilo estaba en medio de sus hijos cuando vinieron a buscarle. El emperador Enrique, según parece el cuarto de este nombre, estaba irritado por una revuelta que había tenido lugar en Pavía. Se le pedía con angustia al santo que interviniera para aplacarle. Y así lo hizo. Se puso rápidamente en camino, descendió a la planicie y realizó plenamente su labor de paz. Pero esta caridad suya le iba a suponer un serio sacrificio: el morir lejos de sus hijos.

Caminando, ya de vuelta, hacia sus amados Alpes, se sintió enfermo en Novara. Halló acogida entre los benedictinos. Y atendido por ellos, expiró plácidamente el año 1081 al parecer. Nacido en tierras saboyanas, educado en la capital de Francia, canónigo regular en el valle de Aosta, rincón hoy día de habla francesa en Italia; fundador en Suiza, iba a descansar, fiel a este destino europeo, en la planicie lombarda, no lejos de Milán. Pese a las protestas, mantenidas tensamente durante siglos, de sus hijos los Canónigos del Gran San Bernardo, su cuerpo permanecerá en Novara. Primero en la iglesia de los hospitalarios benedictinos, que le habían acogido en su última enfermedad. Y después, hasta nuestros días, en la catedral misma de Novara, a la que fue trasladado en 1454.

Ya en 1123 se procedió, según el procedimiento entonces usual para declarar la santidad de una persona, a levantar su sepulcro sobre el suelo. La fecha de esta elevación, o la de su traslación a la catedral, parece que fue el 15 de junio, día en que durante siglos se ha venido celebrando su fiesta. Desde 1922, sin embargo, su elogio se hace en el *Martirologio romano* el 28 de mayo, sin que por eso se haya trasladado su fiesta en las diócesis en que se celebra.

En 1923 se celebró solemnemente su milenario. No obstante, hoy se da como más segura la cronología que hemos indicado, ya que el encuentro con el emperador, de que nos habla su biógrafo Ricardo de Val d'Isère, tiene todas las características de haber ocurrido con Enrique IV, lo que sitúa a San Bernardo en pleno siglo XI.

La congregación por él fundada continúa existiendo, y tiene en la actualidad (1959) setenta y dos miembros. Por influjo de un insigne prelado vasco, el abad don Fernando Urquía, se ha confederado con las demás Congregaciones de Canónigos Regulares de San Agustín, medida esta que permite esperar un glorioso resurgimiento.

El hospicio del Gran San Bernardo ha perdido, como es lógico, la mayor parte de su utilidad con la perforación de los túneles bajo los Alpes, que hacen innecesario atravesarlos durante el invierno. No obstante, la congregación continuó viviendo fielmente su primitivo espíritu, e intentó emprender tareas similares en tierras de misiones, lo que, desgraciadamente, no pudo lograrse por las circunstancias políticas que el mundo atravesaba.

LAMBERTO DE ECHEVERRÍA

Bibliografía

Analecta Bollandiana 26 (1907) 135-136; 63 (1945) 269-270.

BAUDRILLART, A. - AUBERT, R. (dirs.), *Dictionnaire d'histoire et de géographie ecclésiastiques.* VIII: *Benoît-Biscioni* (París 1935) col.690.

«Documento de proclamación del santo como patrono de los alpinistas»: *AAS* 15 (1923) 437-442.

LUTOLF, Art. en *Theologische Quartalschrift* 61 (1897) 179-207.

PIDOUX DE LA MADUERE, P -A., *Saint Bernard de Menthon, l'apôtre des Alpes Sa vie, son oeuvre* (Lille 1923).

REGIA DEPUTAZIONE DI STORIA PATRIA (ed.), *Miscellanea di storia italiana,* XXXI (Turín 1894) 269-270.

• Actualización·

ANTET, D., *Bernard de Montjou* (Martigny 1980).

Bernardi di Aosta, il santo dei monti. Nel nono centenario della morte, 1081-1981 (Novara 1981).

QUAGLIA, L., *Saint Bernard de Montjou* (Aosta 1988).

SANTA GERMANA COUSIN
Virgen († 1601)

El pueblo de Pibrac, a unos kilómetros de Toulouse, se levanta en las vertientes de una colina por cuya falda corre un arroyo llamado «El Courbet». No muy lejos, en la llanura que domina este arroyo, en medio de un paisaje muy descubierto cuya vista se extiende hasta los Pirineos al sur, se encuentra una casa rústica de ladrillos y adobes donde nació Germana Cousin en 1579. Su llegada al mundo pareció señalar el fin tan deseado de las guerras de religión, que habían ensangrentado durante años el reino, y especialmente el Languedoc.

Maître Laurent, el padre de Germana, honrado labrador, gozaba en el pueblo de cierta consideración, puesto que llegó a ser cónsul, o sea alcalde, en 1573 y 1574. Era modesta su alquería, pero la explotación de varias fincas le proporcionaba una renta decente. Entre los años 1575 y 1578 casó en terceras nupcias con la que iba a ser madre de nuestra santa, con Marie Laroche. Nació Germana enclenque, escrofulosa e impedida de la mano derecha; desde los años más tiernos quedó huérfana. Hugo, su hermanastro, nacido de la primera mujer, quedaba por amo de la casa. Le llevaba a Germana unos treinta años. Su mujer, Armanda Rajols, despiadada, mandona, regentaba sus cosas con mano dura; trataba reciamente a la pobre tullida, que no valía para las labores de casa y sólo podía prestar insignificantes servicios, como hilar el copo o guardar las ovejas; la mantenía arrinconada como pestífera con el fin de evitar que a nadie se le pegara su repugnante escrófula. Con Germana hacía las veces de madre una pobre sirvienta llamada Juana Aubian, quien descubría sus llagas, las lavaba y curaba, llevando a la chiquilla a su lado al amor de la lumbre, partiendo con ella la comida y la cama hasta que la juzgaron bastante crecida para que se echara a dormir sola debajo de las escaleras del establo contiguo a las habitaciones de la casa. La bondadosa Juana Aubian era una mujer profundamente caritativa: no sabía leer ni escribir, pero poseía esa intuición de las cosas sobrenaturales que el Señor deposita en las almas sencillas y puras. Ella fue quien instruyó a Germana en las verdades de la fe y abrió su corazón al amor de

Dios, hablándole de las maravillas que el Salvador obra en favor de los desventurados.

Puesto que no valía para ser empleada en las faenas del campo, Germana fue arrinconada como pastora, sin que los suyos pudieran sospechar que este título, al igual que el de los patriarcas, el de Genoveva —la pastora de Nanterre— o de Juana de Arco —la pastora de Domrémy—, iba a ser más adelante su gloria y la característica de su santidad, aunque la suya debía de realizarse dentro de los estrictos límites de una vida del todo oculta en Dios. Los vecinos de Pibrac sólo sabían de ella que era tullida y vivía atormentada por los duros tratos de su madrastra: era sonriente y bondadosa, se dedicaba a la oración y frecuentaba la iglesia, lo que le valió el apodo de *la beata.* En el campo, mientras vigilaba su rebaño se la veía postrarse de rodillas tan pronto como se oía el tañido del *Ángelus;* a veces dejaba pacer su rebaño y echaba a correr hasta la iglesia: no se le desmandaban sus ovejas, que seguían paciendo la hierba alrededor del huso, que quedaba clavado en la tierra todo el tiempo que duraba su ausencia. Fue notorio el hecho de que nunca las atacaron los lobos, a pesar de que la selva de Bouconne cercana era la guarida de fuertes bandas, que solían encarnizarse contra rebaños, niños y hasta labradores. Una secreta virtud parecía salir de su huso y tenerlos a raya.

Ésta era la vida de Germana durante todo el año: en los fuertes calores del verano como en las recias heladas del invierno, cuidadosa y silenciosa, vigilaba su rebaño. Cuando cerraba la noche se recogía con él y se pasaba las noches durmiendo bajo las escaleras del establo, junto a sus ovejas, tan cerca del Niño Dios en el aprisco de Belén como los pastores de Navidad. Por la mañana, cuando salía a los pastos, se llevaba en el delantal una ración de pan, no el mejor de casa por cierto: se le reservaban los mendrugos, y ella misma los iba a recoger en el arca, pan de la humillación voluntaria de la pequeña Cenicienta, que no aspiraba a más que al último lugar en casa. Este pan que se le consentía, como las migajas caídas de la mesa de los ricos, Germana lo compartía con los más pobres. En aquel entonces se viajaba a pie; ¡cuántos vagabundos, peregrinos y menesterosos en busca de pan iban y venían por los caminos pidiendo de-

lante de las puertas y a la entrada de los pueblos! Germana los veía acercarse desde lejos, se iba hacia ellos y, abriendo su delantal, compartía con ellos el consuelo del pan y de su sonrisa. Quiso el Señor manifestar con un prodigio notorio cuán agradable era delante de él la caridad de Germana.

Se aproximaba el término de su vida. Armanda, que tenía barruntos de la prodigalidad de la joven para con la gentuza, viéndola cierto día marcharse de casa con una provisión que abultaba más de lo acostumbrado, resolvió seguirla con un garrote en la mano, con ánimo de confundirla delante de testigos presenciales de su fechoría, hizo que parara delante de unos vecinos, tirándola bruscamente del delantal, y ocurrió el milagro: a los pies de la joven, desparramadas en el suelo, se le caían como llovidas del cielo unas flores silvestres. Los testigos contemporáneos tuvieron cuidado de añadir: «Y no era la estación de las flores». Armanda, aterrorizada por el prodigio celeste, quería volver a mejores sentimientos. «Vuelve con nosotros, te acomodaremos una buena habitación, comerás con nosotros». Pero Germana rechazaba con suavidad sus propuestas. Tenía afición a su camaranchón: ¿acaso no era el mísero alojamiento en el que Jesucristo Nuestro Señor le había comunicado su consuelo y su alegría?

Tan estupendo milagro ocurrió algunos años antes de su muerte; pero ya había sido glorificada por Dios delante de los vecinos del lugar. El párroco de Pibrac, don Guillermo Carné, se hacía lenguas de la santidad de la joven, tan devota a los oficios y tan caritativa con todos. Sabedor de las luces que Dios le deparaba en los misterios de la fe, le dio permiso para que diera la doctrina a los niños. Fue Germana una maravillosa catequista; acudían a ella las criaturas en los campos para oírla hablar de Dios, valiéndose de las cosas visibles para poner al alcance de sus oyentes los altos secretos de la realidad invisible, no de otra manera que Nuestro Señor cuando enseñaba a los corazones puros y sencillos en un maravilloso lenguaje de parábolas. A todos les inculcaba su ardiente amor a la Eucaristía, puesto que solía comulgar cada domingo, sin faltar en ninguna de las fiestas de la iglesia. Un día, pues, dirigiéndose a la parroquia, cuando se preparaba a vadear el arroyo se encontró con que las aguas sali-

das de madre le impedían el paso. Las gentes se reían de la beata. Pero Germana, con santo atrevimiento, se preparó a cruzar las aguas como solía. Y ocurrió el milagro: las aguas arremolinadas y sucias se apartan, dejándola pasar a pie enjuto. Volvió a reproducirse el prodigio después de la misa. La noticia se difundió en la comarca y corrió la voz de que la pequeña pastora del tío Lorenzo era una santa. En una canción popular muy divulgada aparece Germana: se la llama la violeta de Pibrac. Pero la santa no hace caso de lo que dicen de ella; sigue con su vida oculta, aguantando con admirable paciencia sus miserias y trabajos, fiel a su condición humilde, de secreto martirio, hasta su muerte.

Un sacerdote de la diócesis de Auch, al hacer de noche el viaje a Toulouse, y dos religiosos que habían encontrado asilo en las ruinas de un antiguo castillo cercano a Pibrac, afirmaron que en medio de la noche habían visto doce formas blancas dirigirse hacia la llanura y levantarse después hacia el cielo haciendo escolta a una joven vestida de blanco y coronada de flores silvestres. Al entrar de madrugada en el pueblo, se enteraron de que había muerto en la noche una joven tullida tenida en fama por sus virtudes. Había muerto Germana Cousin en aquella noche de junio de 1601, sin ruido, sola, tal como había vivido, debajo de las escaleras del establo.

Fue enterrada en la iglesia de Pibrac, frente al púlpito, en la concesión que poseía su familia. En 1644, al enterrar una allegada de Germana, el sepulturero Guillermo Cassé descubre aterrorizado un cuerpo en perfecto estado de conservación casi a ras del suelo. Era el cuerpo de una joven que parecía haber sido enterrada el día anterior. La noticia se difunde en el pueblo. Los ancianos reconocen a Germana Cousin: su cuello lleva todavía las señales de sus lamparones, la mano derecha no se parece a la otra. Entonces vuélvense a contar los milagros ocurridos en vida de Germana; queda expuesto su cuerpo en la iglesia y se produce el primer milagro póstumo: la señora del castillo de Beauregard fue curada de un absceso del seno que ponía en peligro la vida de su recién nacido. En testimonio de gratitud hizo donación de un ataúd de plomo, en el que quedó depositada la preciosa reliquia del cuerpo de la santa.

Así empezaron una serie de milagros tan manifiestos, tan frecuentes y sonados, que hacen de Santa Germana una de las más grandes taumaturgas de todos los tiempos: paralíticos y ciegos, personas atacadas de abscesos infecciosos o de incurables llagas purulentas, enfermos y tullidos que se acercaban al sepulcro de Germana, se encontraban súbitamente curados durante la santa misa. Los expedientes en los que constan los primeros milagros fueron consultados en 1661 por don Jean Dufour, arcediano de la catedral de Toulouse, y más tarde, en 1700, por el párroco de la Dalbade; no obstante, tardaba el proceso de beatificación a pesar de las curaciones milagrosas, que no cesaban. Un legajo de documentos fue confiado en 1739 a un misionero apostólico en Mesopotamia para que lo entregase, a su paso por Roma, a la Sagrada Congregación de Ritos; dichos documentos debieron de extraviarse, puesto que nunca fueron remitidos a Roma. En 1793, en pleno período revolucionario, los miembros del Comité de Salvación Pública, queriendo llevar a cabo un designio sacrílego de sustraer los «cadáveres» a la devoción de las muchedumbres, se encarnizaron sobre el cuerpo de Germana, arrojándole en un foso de cal viva, mientras se mandaba el ataúd de plomo a Toulouse para que sirviera para la fabricación de balas. Pasada la oleada revolucionaria, se descubrió por segunda vez el cuerpo: apareció casi intacto, a pesar de haber permanecido durante años bajo la acción de la cal viva. Entonces se volvió a tratar del proceso de beatificación.

En enero de 1845 el expediente era entregado, por fin, a la Sagrada Congregación de Ritos. Gregorio XVI dio su firma dos días antes de morir para aprobar los trabajos de la comisión apostólica. Fue Pío IX quien tuvo la alegría de proclamar Beata a Germana en 1854, y Santa en 1867. Al terminar el siglo no se contaban menos de cuatrocientos milagros realizados por la intercesión de la santa. Para el proceso de beatificación sólo se retuvieron los cuatro más conocidos: en 1845 la casa de las religiosas del Buen Pastor, de Bourges, a quienes faltaba hasta el pan, debe a su intervención dos multiplicaciones milagrosas de pan y harina; en 1828 Jacquette Cathala, niña de siete años, fue instantáneamente curada de un raquitismo incurable; Felipe Lucas, niño de doce años, igualmente de una fístula en la cadera.

Entre los numerosos milagros realizados por la intercesión de la Santa de Pibrac señalaremos el que favoreció a María Teresa de España en febrero de 1845. La esposa de don Carlos, que vivía exiliada en Bourges, padecía de un hipo tan alarmante con congestión de la garganta, que los médicos habían abandonado toda esperanza de salvarla. Doña María Teresa se puso al cuello una medalla de la Santa, se durmió y despertó al día siguiente totalmente curada.

Las fiestas de la canonización se celebraron con un esplendor incomparable tanto en la Capilla Sixtina como en la ciudad de Toulouse, en medio de un alborozo general, que destaca la gran popularidad que disfruta la Santa de Pibrac. Hoy en día la aldea de Santa Germana sigue siendo un centro de peregrinación donde acuden los fieles todos los domingos. Cuando se celebra la gran peregrinación anual el 16 de junio, la muchedumbre no cabe en la pequeña parroquia. Empezó a levantarse en su honor una basílica para recordar a la santa, cuyo resplandor sigue iluminando las tierras de Languedoc, a las que tanto había amado. Todo resulta maravilloso en la historia de Santa Germana. Dios ha revestido a la flor de los campos y el lirio de los valles de la gloria de los santos para manifestar una vez más al mundo cómo se complace en revelar a los humildes sus secretos misterios, ocultos en su seno desde los orígenes de la creación.

JACQUELINE KRYNEN

Bibliografía

DANIEL-ROPS, *Légende dorée de mes filleuls* (París 1950).
GHEON, H., *La bergère au pays des loups. Un conte sur la vie merveilleuse de Sainte Germaine Cousin de Pibrac en esprit de dévotion et de louange* (París 1931).
SUPERCAZE, P., *Sainte Germaine de Pibrac. Vie nouvelle et complète* (Toulouse 1929).
VEUILLOT, L., *Vie, vertus et miracles de la B. Germaine Cousin, bergère, d'après les documents authentiques* (París 1854).

BEATO LUIS MARÍA PALAZZOLO

Presbítero y fundador († 1886)

Metido en no sé qué inquietudes y actividades caritativas, que eran su ilusión y le absorbían pastoralmente, aún le bailaba

insistentemente en la cabeza un proyecto de generosidad. Y una mujer empujó la idea. Adelante...

El de la iniciativa era el sacerdote diocesano de Bérgamo Luis María Palazzolo. La colaboración femenina decisiva la puso la compaisana Teresa Gabrieli. Atención a cada singularidad.

Palazzolo, hijo de Octavio y de Teresa Antonia. Nacido el 10 de diciembre de 1827, en Bérgamo, la misma geografía provincial lombarda que, en las últimas colinas alpinas, abriga el modesto puñado de casas de Sotto il Monte.

Sotto il Monte que, unas décadas más tarde, recibiría el honor de acunar al futuro «Papa bueno», Juan XXIII. A Giuseppe Roncalli, chavalín —aún por cumplir cinco años—, le había sonado por primera vez aquella identidad una tarde primaveral, exactamente el 15 de junio de 1886, cuando, en la iglesia parroquial de San Giovanni, el sacerdote concluyó los cultos vespertinos con una noticia que sembró visible tristeza en los semblantes de la feligresía. Informó: «Ha llegado de Bérgamo la noticia de que ha muerto, en la ciudad, D. Luigi Palazzolo».

Comentando a renglón seguido: «¡Verdaderamente era un santo!».

Naturalmente, el niño no era consciente de la significación de la realidad anunciada, desconocía la personalidad del finado. Después, en los futuros años de seminario y aun antes, tendría sobradas referencias que habrían de derivar en admiración personal, estímulo y mucho más que simpatía. Y a quien, más tarde, gloria del clero secular italiano, en una venidera liturgia solemnísima con marco en la basílica vaticana, gozosamente presentará como modelo a sus compaisanos que abarrotarán el templo, a la Iglesia, al orbe creyente.

Palazzolo venía al mundo en el seno de una acomodada familia cristiana y como último eslabón de una cadena de ocho hermanos, coronando una fecundidad matrimonial prematuramente destrozada. A dentelladas mortales. Pues corrían tiempos en que la mortalidad infantil campaba a sus anchas, implacable, sumando dolor y lágrimas en los hogares jóvenes. Aún no habían llegado las vacunas y los antibióticos.

Con la hiriente espina de la orfandad paterna clavada en sus tiernos diez años. Reincidente el doloroso pinchazo estrenada la

juventud, cuando a los veintitrés, pierde a Aquilino y queda también sin hermanos. Solos mamá y él.

Ella es virtuosa y le ha educado en el amor a Dios y a los hombres; particularmente a los pobres y los enfermos, a quienes el muchacho viene ofreciendo cariño y ayuda material en sus periódicas visitas a domicilio, en los míseros tugurios urbanos, y hospitalarias.

La ejemplar orientación materna y una sabia dirección espiritual —en la que tienen parte, entre otros, los presbíteros Pietro Sironi y Alejandro Valsecchi, futuro obispo auxiliar de Bérgamo— empujan al muchacho por caminos de generosidad. Tanto que, en 1848, rompe amarras profesionales familiares, abandona una posición social prometedora y se planta en el seminario diocesano.

Alumno externo, «dotado de una inteligencia superior a la normal» —proclamará al mundo su compaisano papa—, admirable en la oración, la obediencia, la mortificación y la humildad, como recordarán quienes compartieron aulas con él. Notas estupendas para adornar una semblanza.

Entre 1847 y 1849 recibe la tonsura, las órdenes menores y el subdiaconado. Posteriormente el diaconado. Y en fecha 23 de junio de 1850 el titular de la diócesis, mons. Carlo Gritti Morlacchi, le confiere el presbiterado. Sacerdote a los veintidós años.

Ministro de Dios en total e ilusionada disposición de servicio al pueblo cristiano, en la parcela diocesana que el prelado señale y fiel a sus orientaciones pastorales. Y metida entre ceja y ceja, pero más en el corazón, la idea de que *el sacerdote debe amar preferentemente a los pobres, como hizo Jesús.*

El obispo tiene en cuenta los loables ideales del joven presbítero. Y, dispuesto a complacerle, le asigna actividad ministerial en la parroquia urbana de San Alejandro cuya demarcación incluye la mísera calle suburbial de La Forpa, llamada a bautizar, por extensión, el barrio y la realidad caritativa del cura Palazzolo.

La Forpa no le es extraña. La conoce y la ama. Clérigo aún, había sido escenario de sus ilusionadas y generosas primicias apostólicas.

La Forpa, donde preferentemente guerras, calamidades públicas, pestes y toda suerte de desgracias sumaron miseria. Son familias numerosas hambrientas. Vidas adultas mordidas por la enfermedad sin posibilidad de acceso hospitalario. Cuerpos haraposos o poco menos que desnudos. Criaturas a sus anchas, escapadas a la explotación laboral cuando no a la venta. Incultura, dolor, rabia y lágrimas.

El destino le viene como anillo al dedo. Pero ahora metido de lleno en *La Forpa.* Responsablemente. Desbordándose infatigable, ilusionada, generosamente con los niños sin escolarizar, robados a la calle y al hambre.

Con ellos consume horas, gasta energías, es feliz. Les reúne, les entretiene, les alfabetiza, les estimula al estudio, les abre futuro. Y ellos contagian, estiran presencias.

A diario las asistencias van numéricamente a más. Viento en popa a toda vela *La Forpa,* hasta la presencia súbita de la borrasca, el tremendo contratiempo de 1859. Cuando el propietario del inmueble que enmarca la acción caritativa del joven presbítero rescinde unilateralmente el contrato y deja la perla sin concha. Planta al cura y a los chicos en la dura calle.

Bueno: más que en la calle, en el bosque. A cielo abierto. En las cercanías de la ciudad. Y aún sólo los domingos.

Nadie se lo esperaba. Mayúscula la sorpresa. Dramática. Claro que no resultaba igual la oferta sin techo. Había perdido interés. Los pequeños se retraían, dejaban de venir. Desgarrador.

Menos mal que la buena Teresa Antonia reúne medios para acabar con la dolorosa erosión infantil. Acude en alivio de la angustiosa situación que asfixia al hijo. Y decide la solución: la compra de un edificio.

Los Reyes de 1864 traen a *La Forpa* un nuevo oratorio y el estreno de vocaciones en el nacido marco de la asociación laical de Santa Dorotea. Una realidad, en manos de Luigi María, generosamente abierta a la redención humana y cristiana de la infancia pobre y abandonada del barrio.

Inicialmente tendrá vida únicamente los domingos, pues el celoso padre y motor institucional sólo tiene dos brazos. Y no alcanzan más. La mies es mucha... ¡Tanta...!

Su abandono irremediablemente le aguijonea. Soñó con colaboradores voluntariosos. Soñó con una fundación femenina. Soñó con la persona idónea para materializar el cosquilleo ilusionado que le robaba horas de merecido descanso.

Ha llegado el momento. El momento de la entrada en escena de la tal Teresa Gabrieli.

También natural de Bérgamo. Respirando por primera vez fuera del vientre materno el 13 de septiembre de 1837. Fruto de un cristiano matrimonio hortelano que, con no poco sacrificio, la hizo maestra.

Tenía decidido enclaustrarse con las religiosas canosianas, de las que fue alumna. Es verdad que el hombre propone y Dios dispone. Pues asuntos familiares, tras la muerte sucesiva de sus padres, la frenaban. El propósito, vivo pero en vía muerta.

En éstas que suena el clarinazo. Una muy oportuna llamada del obispo diocesano a las conciencias urgiendo atención pastoral a la juventud. Y en consecuencia, la Gabrieli, que tiene sensible fibra de apóstol, abandona las verduras y las frutas y se planta en la parroquia de San Alejandro. Abre un centro escolar.

Tres años lleva de actividad apostólica, bregando en la formación de hombres y de cristianos. Y aportando también brazos y entusiasmo al puñado de voluntades que bautiza Santa Dorotea. A don Luigi le ha abierto los ojos.

Don Luigi está en que aquella voluntariosa y dinámica colaboradora parroquial reúne condiciones para convertirse en la pieza clave. La pieza humana que viene buscando para encauzar su crecida y madurada inquietud sacerdotal. Le presenta la propuesta. La ilusiona. Y manos a la obra.

Así, el 22 de mayo de 1869, inicia andadura la primera, y por el momento única, «dorotea». Puntal y futura superiora general de la institución.

Tras el compromiso canónico matinal, al que precedió toda una noche de oración, la cofundadora y la niña huérfana, llagada y coja, que ya llevaba seis meses cuidando, hollaban el umbral de la humilde vivienda.

Brecha abierta. Brecha caritativa que ha de resultar un coladero de lástimas y miserias, afortunadamente aún no taponado,

moderno testimonio eclesial paralelo a las realidades con sello del Cottolengo o Teresa de Calcuta.

Luis María Palazzolo explicará humildemente:

> «Yo busco y recojo todo lo que otros rechazan. Donde ellos ponen dedicación atienden mejor de lo que yo podría hacerlo. Allí donde otros no llegan, yo miro de hacer algo, todo lo que puedo».

En los rechazos entra lo más tirado del mundo. Son basuras humanas: huérfanos abandonados, familias numerosas en penuria, enfermos pobres desprovistos de atención hospitalaria, jóvenes y adultos analfabetos.

Una novedad, en la plural realidad religiosa femenina de la Iglesia, de almas consagradas plenamente a Dios —*consagradas a la caridad de Cristo,* en palabras de Luigi Palazzolo— para servir con total entrega a los pobres.

Luis María Palazzolo quiere a sus hijas «conscientes de que hemos de movernos siempre entre los pobres, dedicarnos a los pobres, amar a los pobres. Cada una debe pedir a Dios que la adorne de espíritu maternal hacia los pobres».

Dedicación absoluta e incondicional. Incluso en circunstancias de contagio y de peste. Y amor auténtico, evangélico:

> «Nada de inútiles palabras y superflua amabilidad [...] Sí pan, vino, fuego, justos consejos y ayuda concreta a tenor de cada necesidad».

Porque:

> «Los pobres son el mismo Jesús [...] ¡Dijo que lo que hagamos con los menesterosos se lo hacemos a él!».
>
> «Los ricos son fácilmente atendidos pero los desheredados no tienen quien les sirva [...] Reservémonos para los más pobres y abandonados».
>
> «Nuestro amor a la Iglesia consiste en servir a los pobres».

Preciosas perlas ilustrativas de una trayectoria y un carisma. Vive para los pobres.

Pero aún no está totalmente satisfecho. Quiere más. Quiere vivir con ellos.

En consecuencia, fresca aún la muerte materna, vacía el hogar familiar, vende todo y se marcha a residir a *La Forpa,* compartiendo mesa, techo y calor humano con los acogidos. Nunca había conocido lujos en su casa.

Un paso más. En adelante exagerará hasta encarnar una extrema pobreza a fin de que otros puedan pasarlo mejor.

De resultas, el colchón de lana es sustituido por una colcha de paja; en lugar de sillas, toscas banquetas; fuera exquisiteces en la comida.

Total que, gracias a la venta del viejo inmueble familiar, logra la deseada ampliación de sus instalaciones asistenciales. Necesaria, porque las llamadas de socorro a la puerta no cesan.

Todo para la promoción de los desheredados: bienes de fortuna, experiencias de vida, recursos de ingenio, renuncias sobrehumanas, sacrificios sin fin. Todo. La caridad de Cristo, igual que al apóstol Pablo, le urge. Le quema en las entrañas.

Y, así, crea la versión masculina de las «suore» o hermanas. Serán los hermanos o «Fratelli della S. Famiglia», que pone en marcha, en Torre Boldone, en la festividad de San Francisco de Asís —4 de octubre— de 1872. Dios les había reservado una vida corta. Pues murieron, treintañeros, en 1912.

Había dicho:

> «Me viene a la mente la estampa de Jesús desnudo en la cruz y entonces me entra un deseo vehemente de dar hasta la última gota de mi vida por amor a los pobres».

La dio. Gastado, envejecido, enfermo entró en la primavera de 1886. El 16 de abril subió por última vez al altar. Fue su postrera celebración eucarística. Se había quedado sin fuerzas. Hubo de acostarse. Y se le pegaron las sábanas al cuerpo.

Quieto en la cama, donde aguantará dos meses sin moverse, hasta su adiós a la vida. Murió lentamente el pastor y padre bueno.

Murió el sacerdote obediente hasta el heroísmo. Dijo:

> «Estoy dispuesto, si el obispo lo desea, a abandonar todo y correr al momento al último rincón de la diócesis para hacer de coadjutor».

Pobre y humilde; de inteligencia viva, creativo, dinámico, organizador.

Murió el popular predicador de misiones y ejercicios espirituales. El fundador de escuelas nocturnas. El extraordinario animador del tiempo libre y gran titiritero. El promotor de vo-

caciones eclesiásticas que acompañó a una cuarentena de jóvenes al altar.

Murió, en definitiva, el apóstol —pastoralmente mezcla del canónigo Cottolengo y de Juan Bosco—, pionero de caminos eclesiales nuevos, impulsor de la atención pastoral a la acción caritativa y el celo en el campo social.

El punto final llegó cuatro semanas más tarde, cuando estaba para saltar la fecha del 15 de junio.

Se fue con la bendición personal de mons. Guidani, que le había honrado con su visita —el día 18 de mayo anterior— para comunicarle personalmente el visto bueno diocesano a la andadura de las «doroteas».

Los restos mortales del Beato Palazzolo, glorificado canónicamente el 19 de marzo de 1963, son honrados en la iglesia principal de las «Suore delle Poverelle», en Bérgamo. En 1912, con la aprobación oficial romana, sus hijas espirituales se desprendieron del «Santa Dorotea». Simple cambio de nombre. Con respeto absoluto al carisma de nacimiento. Y, a lo largo de los veintidós años siguientes a la muerte del fundador, bajo la máxima responsabilidad de la Gabrieli.

Consolidándose y en expansión la nueva familia religiosa en el período de referencia. Pues los 11 centros, con 270 enfermos y 70 mujeres consagradas puestas al cuidado de la primera superiora general, sumaban respectivamente 27 casas, 217 hermanas y una treintena de novicias cuando ella, en 1908, dejó huérfana a la institución.

La crecida aún seguiría. La estadística de 1963 abultaba el censo real. Ahora eran 233 presencias colectivas distintas, 1.400 vocaciones ligadas con votos y centenar y medio de novicias y postulantes.

Estirón y presencia elocuentes. Iniciados, es verdad, aún vivo Palazzolo; burlando fronteras de Bérgamo para cobrar realidad física primeramente en Vicenza, donde se repetirán por dos veces más; en Brescia...

Sorprendentes estirón y presencia en contraste con la humildad de medios y pese a las no pocas dificultades en el empeño de las intrépidas y entusiastas mujeres. Siempre ellas corres-

pondiendo a las carencias y los obstáculos con enorme riqueza de ánimos.

Y andando el tiempo, no demasiado, saltarán Italia, donde, en el año de referencia, tienen 220 puntos de atención caritativa. Generosas y caritativas ellas, auténticos ángeles de amor, en Luxemburgo, Bélgica, Suiza, Francia y en el continente negro.

Abren brazos indistintamente a huérfanos, ancianos, enfermos crónicos, tuberculosos, obreros, delincuentes infantiles, presos, débiles mentales, heridos de guerra, prófugos, deportados, inmigrantes. Y porque todo cabe en el bondadoso corazón de las «sorelle», la maravillosa generosidad de las hijas espirituales de Palazzolo rompió no sólo moldes. También barreras continentales. Viajeras incansables que incluían en el humilde equipaje acompañante una confianza total y absoluta en el Dios bueno que alimenta a los pájaros y viste de color y perfume las flores silvestres.

Su aparición, en 1952, en el hospital congoleño de Kikwit, en el abrasado corazón de África, marca la inicial andadura de una soñada ilusión misionera. Y más. Del Zaire a Kenia, pasando por Costa de Marfil, Malawi y por las favelas del Brasil.

Extremadamente pobres en el vestido. Extremadamente pobres en la vivienda. Extremadamente pobres en la mesa. En todo. Bueno, menos en la anchura de sentimientos cristianos.

Repitiéndose maternalmente en las instalaciones sanitarias, en las aulas, en los orfanatos, en los suburbios; luchando a brazo partido, pacíficamente, a favor de la promoción femenina y contra el hambre, la enfermedad, la incultura y la miseria. Jugándose brava y heroicamente la vida; perdiéndola para salvar otras. Reciente botón de muestra al respecto es la formidable realidad zaireña, en 1995, cuando la conocida epidemia de Ébola...

Estirando admiración. Y contagiando. Pegando entusiasmo e ilusionado compromiso personal, particularmente desde que los aires conciliares, unas décadas atrás, soplaron a favor de una mayor responsabilidad y participación de los laicos en la misión apostólica de la Iglesia.

En consecuencia, en 1977, nace la «Fraternidad Don Luigi Palazzolo», marco de la colaboración seglar en el carisma de la

fundación. Abierta a hombres y mujeres, a matrimonios cristianos simpatizantes. Laicos formalmente comprometidos a encarnar e irradiar el espíritu evangélico en la familia, en el ambiente parroquial y en el entorno social que les envuelve.

Europa aparte, presente en la actualidad en el Congo, en Costa de Marfil y en el Brasil. Todo un estilo de vida engarzado en la problemática realidad postindustrial europea y en las situaciones de injusticia y pobreza tercermundistas. Son brazos, codo a codo con las «suore», monumentalizando en el espacio y en el tiempo la realidad caritativa, el poema de humildad y de sacrificio de Luigi María Palazzolo, gloria del clero secular italiano, que su coterráneo Juan XXIII honró canónicamente con la beatificación en la mañana de San José, 19 de marzo de 1963.

JACINTO PERAIRE FERRER

Bibliografía

CASTELLETTI, C., *Vita del Servo di Dio don Luigi Palazzolo* (Bérgamo 1920).
MEDA, M., *Un avventuriero della carita* (Bérgamo 1963).
L'Osservatore Romano (20/21-3-1963).
VALOTI, P M., «L'Istituto del Palazzolo»: *L'Osservatore Romano* (16-12-1951).
www.istitutopalazzolo.it

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN ABRAHAM

Monje († ca.480)

Nace en Mesopotamia en la ribera del río Éufrates. Siendo un joven se decide a ir a visitar a los ermitaños de los desiertos de Egipto, pero es capturado por una banda de ladrones paganos que lo tienen prisionero cinco años, al cabo de los cuales puede escapar. Embarca y la nave lo lleva a las costas galas. Va a Auvergne y se establece como solitario cerca de Clermont. Aquí llevó una vida de gran espiritualidad y virtud. Finalmente entró en el monasterio de St. Cyrgues, donde tuvo lugar su santa muerte hacia el año 480.

SANTA BENILDE
Mártir († 853)

Benilde era una mujer cordobesa de mucha piedad y decisión, ya entrada en años. Al día siguiente del martirio de los santos Anastasio y compañeros, es decir el 14 de junio de 853, concurrió ella animosamente al cadí y confesó abiertamente la divinidad de Jesucristo al tiempo que rechazaba la religión del Corán. Fue inmediatamente degollada por ello y su cuerpo unido a los de los mártires anteriores hasta que días más tarde se ordenó su cremación y sus cenizas fueron arrojadas al Guadalquivir. Narra su martirio San Eulogio de Córdoba.

SAN ISFRIDO
Obispo († 1204)

Habiendo profesado los votos religiosos en la Orden Premonstratense en el convento de Cappenberg en Westfalia, su buen crédito le obtuvo el nombramiento de prepósito del convento de Jerichow en 1159. Era un sacerdote amable y activo, lleno de piedad y de espiritualidad.

En 1180 fue elegido obispo de Ratzburg, diócesis que venía siendo ocupada por religiosos de su Orden. Él no cambió un ápice el género de vida mortificado y austero que llevaba hasta entonces sino que quiso simultanear sus obligaciones como obispo con las del verdadero religioso. Cuando él ya era obispo tuvo lugar la destrucción, por un pavoroso incendio, del convento de su Orden en Floreffe, junto a Namur. Isfrido tomó a su cargo restaurarlo y devolverlo a los religiosos.

Su otra gran tarea fue la de continuar la evangelización de los vendos que ya había comenzado su predecesor San Evermondo, y a la que él dedicó grandes energías. No le fue sencillo realizarla porque de muchos sitios le surgieron dificultades, pero tuvo ánimo para sortearlas y proseguir una labor tan necesaria para la gloria de Dios y el bien de las almas.

Murió el 15 de junio de 1204 y fue tenido enseguida como santo. La Orden Premonstratense obtuvo del papa Benedicto XIII, en 1725, la aprobación del culto que se le venía dando.

BEATO TOMÁS SCRYVEN

Monje y mártir († 1537)

Era uno de los diez monjes cartujos del monasterio de Londres que el 18 de mayo de 1537 se negaron a suscribir el acta que los hubiera separado de la comunión con la Iglesia y con el Papa para adherirse al cisma de Enrique VIII. Se trataba de un hermano converso que prefirió, con sus otros compañeros, antes perder la vida que perder la fe.

Llevado a la cárcel fue cargado de cadenas y sometido a la tortura de la argolla, y abandonado a su suerte, pues se le negó la comida, y por ello pereció de inanición el día 15 de junio siguiente a su detención. Fue beatificado el 9 de diciembre de 1886.

BEATOS PEDRO SNOW Y RODOLFO GRIMSTON

Mártires († 1598)

Ambos mártires eran naturales del Yorkshire y, aunque tenemos de ellos pocos datos, su martirio está bien atestiguado. El primero era sacerdote, se había ordenado en el continente el año 1591 y había vuelto a Inglaterra, ejerciendo su ministerio sacerdotal en York. Rodolfo Grimston era de Nidd y era un caballero, esto es, persona de clase acomodada, que practicaba la fe católica y no había dudado en hospedar y favorecer al sacerdote. Ambos iban por la calle a finales de abril de 1598 cuando el sacerdote fue rodeado de quienes se disponían a arrestarlo. El caballero sacó la espada y quiso defenderlo, pero ambos vinieron a quedar presos. Comparecieron en juicio y ambos declararon su fe, siéndoles aplicado el estatuto de Isabel por el cual se prohibía ordenarse en el extranjero y dar protección a los ordenados, recayendo sobre ellos la pena de traición. Se negaron a apostatar para salvar la vida. Fueron ahorcados y descuartizados en York el 15 de junio de 1598. Fueron beatificados el 22 de noviembre de 1987.

SANTA BÁRBARA CUI LIANZHI

Mártir († 1900)

Bárbara era una cristiana china que fue martirizada en la persecución de los boxers. Había nacido en 1849 en Toan Kiau y en su juventud había contraído matrimonio con Andrés Ts'oei y tenido varios hijos con él, dos de los cuales estaban en el seminario estudiando para sacerdotes mientras que otro, Vicente, estaba ya casado. Estallada la persecución, Andrés marchó con diligencia al seminario a llevarse a sus hijos para intentar salvarlos al tiempo que buscaba otro domicilio más seguro que su pueblo. También Bárbara, su hijo, su nuera y varias personas salieron del pueblo en varias carretas intentando esquivar a los boxers cuya inminente llegada temían. Logró Bárbara reunirse con su esposo, pero entonces apareció una banda de boxers que rodeó los carros y obligó a bajar a todos. Andrés y Bárbara lograron esconderse y pudieron presenciar cómo mataban a su hijo y a su nuera luego de que ambos se negaran a apostatar. Ambos entonces se dieron a la fuga, pero mientras el marido pudo salvarse, ella fue alcanzada a causa de sus pies malformados y fue muerta por los perseguidores. Bárbara era una mujer de sólidas convicciones cristianas, alma de oración y plegaria constante que supo hasta el final dar un limpio testimonio de fe. De su familia fue elegida ella para figurar en la causa de beatificación y canonización. Su martirio tuvo lugar el 15 de junio de 1900 en Qianshengzhuang, junto a Liushitao, en la provincia de Hebei. Su marido volvió a buscar su cuerpo y le dio conveniente sepultura. Su canonización fue el 1 de octubre de 2000. Ponemos su nombre en la grafía que figura en el *Martirologio.* En la causa de beatificación y canonización se transcribe como Ts'oei-Lien-Cheu.

16 de junio

A) MARTIROLOGIO

1. En Asia, los santos Quirico y Julita, mártires († 304) *.
2. En Besançon (Galia Lugdunense), santos Ferreolo y Ferrucio († s. IV), mártires.
3. En Nantes (Galia Lugdunense), San Siciliano († s. IV), obispo.
4. En Amathus, hoy Limassol (Chipre), San Tichon († s. IV), obispo.
5. En Maguncia (Alemania), santos Áureo, obispo, Justina, su hermana, y compañeros († s. V), mártires.
6. En Lyón, la deposición de San Aureliano († 551), obispo de Arlés *.
7. En Carrara (Toscana), el tránsito de San Cecardo († 860), obispo de Luni y Sarzano *.
8. En Meissen (Sajonia), San Benón († 1106), obispo **.
9. En el monasterio de Auwières (Brabante), Santa Lutgarda († 1246), virgen, de la Orden Cisterciense **
10. En Londres (Inglaterra), Beato Tomás Reding († 1537), monje cartujo y mártir bajo el reinado de Enrique VIII *.
11. En Rochefort (Francia), Beato Antonio Constante Auriel († 1794), presbítero y mártir *.
12. En Lang-Coc (Tonkín), santos Domingo Nguyen, Domingo Nhi, Domingo Mao, Vicente y Andrés Tuong († 1862), mártires *.
13. En Ingenbohl (Suiza), Beata María Teresa Scherer († 1888), virgen, religiosa y cofundadora de las Hermanas de la Caridad de la Santa Cruz **.

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SAN BENÓN DE MEISSEN

Obispo († 1106)

Benón era originario de una familia condal sajona (los Woltingerode o Woldenberge). En una carta de Goslar del 3 de marzo de 1062 se hace mención del conde Cristóbal y de su hermano el capellán Benón. Se sabe por el historiador Lamberto de Hersfeld, el único fiable por su antigua documentación, que Benón fue canónigo en Goslar y que fue nombrado obispo de Meissen por Enrique IV en 1066 y ordenado como tal por el arzobispo de Magdeburgo, Werner.

Lamberto lo presenta como un varón amante de la austeridad y pobreza evangélica y amigo de la sencillez, incluso como obispo. En la guerra que estalló poco después entre los sajones y Enrique IV, Benón se alineó, como todos los demás obispos sajones, al lado de sus compatriotas. Se dice que Benón no participó activamente en esas contiendas, y al cesar las hostilidades no parecía haber mayores obstáculos para retornar las cosas como antes estaban. Sin embargo cuando, en septiembre, el rey marchó a guerrear, en represalia contra el marqués Egbert, al pasar por las tierras del obispo permitió que la tropa se diera al pillaje e incluso que tomara como prisionero a Benón. El rey pretextó que durante la guerra con los sajones Benón no le había dado muestras de fidelidad ni le había mandado mensajes de amistad; Benón fue puesto a buen recaudo en casa de otro obispo afecto a Enrique.

Mas la excomunión pontificia a que por estos actos se hizo acreedor Enrique, así como otros cambios políticos que entonces sucedieron, aconsejaron al rey liberar a Benón y llamar del exilio a los otros obispos sajones para negociar con ellos en Maguncia. Según el biógrafo, el rey les dio la libertad bajo promesa de fidelidad. Según otra versión, Enrique trató de exigirles un precio por soltarles, pero habiéndose producido un tumulto en la ciudad, a su abrigo los obispos prisioneros tuvieron la oportunidad de fugarse.

En estas circunstancias Benón no se creyó en el deber de cumplir su palabra y juntamente con otros siete obispos acudió a la Dieta de Forchheim en 1078 para elegir como rey a Rodolfo de Suabia, y, tras la muerte de éste, se alió con el partido de Hermann de Salm. Con su metropolitano, Hartwig de Magdeburgo, asistió en 1085 a la reunión de Berchach del partido pontificio. También tomó parte Benón en el sínodo celebrado en Quedlinburg bajo la presidencia del Legado pontificio Otón de Ostia. Y como los otros obispos fieles al papa, Benón fue depuesto y exiliado cuando poco después, en la ciudad de Maguncia, se tuvo otro sínodo de los obispos partidarios de Enrique.

En lugar de Benón fue colocado en la sede de Meissen un clérigo llamado Félix. Mas, después de la muerte de Grego-

rio VII, Benón marchó a Italia y se sometió al antipapa Clemente, partidario del emperador. Entonces regresó a Alemania con una carta de recomendación ante el emperador y otra para Félix, y logró recuperar su sede de nuevo, aun con la oposición del arzobispo de Magdeburgo, Hartwig.

Hasta 1088 fue considerado como obispo del partido del emperador y ocupó su sede sin dificultades. Durante este período la diócesis de Meissen recibió muchas donaciones de parte del emperador. En general, Benón siempre buscó estar a bien con todos. La obra que Benón escribió, *De unitate Ecclesiae conservanda,* favorable al emperador, nos hace suponer que él no criticaba con acritud a sus colegas los obispos partidarios del papa. En todo caso, desde 1097, reconoció al papa Urbano. Y a partir de ese momento las fuentes documentales callan.

Se ha dicho que durante los últimos años de su vida, Benón se consagró a la evangelización de los wendos; pero esta noticia sólo se apoya en la vida de Emser y no tiene certeza ninguna documental. En cuanto a la mayoría de los escritos que se le atribuyen, son asignaciones erróneas o, cuando menos, dudosas, especialmente en cuanto a la titulada *Expositiones breves super evangelia dominicalia.*

Benón murió entre 1106 y 1107 en fecha desconocida. Una *Vita* escrita por Mecer, aunque excesivamente legendaria, en esta ocasión no sin cierta verosimilitud, señala su muerte el 16 de junio de 1106, fecha en la que se fijó después su fiesta. Su culto se remonta al momento en que, por motivos de la reconstrucción de la catedral de Meissen, sus restos fueron de nuevo sepultados con gran veneración en 1285. Con tal ocasión el obispo Wegetho acordó dar 40 días de indulgencia a los que visitaran su tumba. Encontramos una prueba de la popularidad de su culto en algunos manuscritos en los que se relata una larga serie de milagros atribuidos a su intercesión y ocurridos ante su tumba. A partir de esas circunstancias fue cuando el clero de Meissen, en 1497, se propuso que fuera canonizado oficialmente por Roma. Esta causa fue apoyada por el duque Jorge de Sajonia así como por el autor de la *Vita* de Emser. Así fue como el 31 de mayo de 1523 el papa Adriano VI lo canonizó solemnemente y fijó su fiesta el 16 de junio. El día de su fiesta, en

1524, se procedió a un nuevo reconocimiento y traslado de sus reliquias, lo que provocó un panfleto de Lutero aparecido pocos días antes de la fiesta. Lutero escribió: *Widder den newen Abgott und allten Teuffel, der zu Meyssen sol erhoben werden* (El macho cabrío —por el Papa— ha levantado, en Meissen, un nuevo ídolo del antiguo diablo), a lo que replicó Emser: *Antwurt auff das lesterliche Buch wider Bischoff Benno zu Meissen* (Al literato —por Lutero— sólo le faltaba un panfleto contra el obispo de Meissen).

Y con esto ya estuvo servida una nueva polémica entre protestantes y católicos. Y como después el ducado de Sajonia se pasara al protestantismo, el altar y la tumba de San Benón fueron destruidos; mas el obispo Juan VIII de Meissen, antes de que aquello sucediese, tuvo tiempo para llevarse las reliquias a su castillo de Stolp. De allí fueron trasladadas primero a Wurzen y más tarde a Munich, no sin haberse dado unas largas negociaciones, llevadas a cabo por el Chambelán de la Kommerstädt, entre el obispo de Meissen, Juan IX, y el duque de Baviera, Alberto V. En Munich se las veneró primero en la capilla de la corte ducal y posteriormente en 1580, bajo el reinado de Guillermo V, fueron trasladadas a la catedral. Allí actualmente reposan.

Benón es venerado como patrón de Meissen y Munich, y, desde 1698, de toda Baviera. Se le invoca para obtener la lluvia y su patronazgo se extiende a los tejedores y a los pescadores. A San Benón suele representársele con un pez y una llave. La leyenda, aunque pudiera ser sólo eso, merece, al finalizar estas notas biográficas, que la narremos dando la palabra, o mejor, la pluma, al benedictino Dom Hünermann, que escribió una bella página en su libro *El coro de los santos:*

> «Amanecía el día de Navidad del año 1075. Un mensajero del rey Enrique IV entraba a caballo en la ciudad de Meissen y hacía entrega al obispo Benón de una misiva de su señor. El príncipe de la Iglesia leyó con el ceño fruncido el escrito sellado, repitiendo para sí y a media voz las últimas palabras y dando muestras de un disgusto que iba en aumento. "[...] Y os intimo a presentaros en Worms para tomar parte en un sínodo que se reunirá el 24 de enero y en el que los arzobispos, obispos y abades del reino celebrarán juicio sobre el monje Hildebrando, que a sí mismo se llama papa Gregorio VII".

Benón echó una fulgurante mirada al mensajero y, rasgando furioso el escrito, lo arrojó a sus pies. ¿Es ésta vuestra respuesta, señor?, preguntó, temblando de indignación, el caballero portador del mensaje. ¡Sí! ¡Ésta es!, contestó el obispo, sin miedo. ¡Pero esto equivale a un acto de rebelión contra vuestro rey!, gritó el caballero mientras su mano se crispaba sobre la empuñadura de su espada, que colgaba de su cinto. En las cosas lícitas obedezco gustosamente a mi rey, contestó con tranquilidad Benón. Pero eso, continuó, señalando con un gesto de la mano la rasgada misiva que yacía en el suelo, eso va más allá de mis atribuciones. No es falta de deseos de obediencia. Es mi dignidad la que me impide hacerlo.

No es la primera vez que habéis despreciado una orden real, señor obispo, dijo el mensajero. Lo sé, asintió Benón. Esto sucedió el año 1073, cuando el rey dispuso las levas para el ejército destinado a ir contra el duque de Sajonia. Entonces me negué. ¿Quién podía esperar que un obispo marchase contra sus hermanos alemanes, hasta contra los parientes de su linaje, con quienes le unían mil vínculos de consanguinidad? Tendréis que responder de vuestra falta de diplomacia, exclamó el mensajero. Y, dando media vuelta, abandonó la estancia.

No había empezado aún el nuevo año, cuando entraban en Meissen dos escuadrones de caballería y cogían preso al obispo. Prefiero antes las cadenas que no sucumbir al deshonor, dijo, ecuánime, Benón, y se dejó conducir sin resistencia. Enrique le retuvo en la cárcel durante un año. Pero creyendo que podría atraerse con dulzura al hombre a quien la violencia no era capaz de doblegar, mandó ponerle en libertad. Mas se engañó, pues el obispo se negó entonces, como se había negado antes, a apoyar a Enrique IV y a su favorito el antipapa Clemente III en su lucha contra la legítima cabeza de la Iglesia.

El mismo año en que moría Gregorio VII, Enrique, que entretanto había recibido la corona imperial, separaba a Benón de su dignidad efectiva. Benón marchó entonces a Roma cruzando los Alpes. Pero antes de abandonar su ciudad episcopal ordenó a un canónigo que arrojase al Elba la llave de la catedral, por si el excomulgado emperador o alguno de su corte se atrevía a entrar en ella.

Tres años después (1088) se reconciliaba con Enrique IV y regresaba a la capital de su diócesis, donde fue recibido con clamoroso júbilo por el clero y por el pueblo. El intrépido obispo trabajó aún durante veinte años por el bien de su obispado con fuerza y brío inquebrantables; pese a lo avanzado de su edad, trasladábase incansablemente de ciudad en ciudad y de pueblo en pueblo para visitar a su rebaño y hacer el bien donde hacía falta. Su obra apostólica llegó incluso a atravesar las fronteras de su diócesis para internarse en el territorio de los paganos wendos, de tal manera que se le dio el apodo de "Apóstol de los Eslavos". Falleció en el convento de Naumberg, donde se retiró en los últimos años de su vida

para prepararse a emprender el viaje de regreso a la casa del Dios Padre, cuando casi tenía cien años.

La diócesis de Meissen venera como a su patrón al inflexible obispo. En recuerdo de él ha adoptado en su escudo un pez cuya boca sostiene una llave. La leyenda nos aclara el sentido de tal emblema. Cuéntase que cuando el obispo Benón volvió de Roma, los canónigos le anunciaron que, en cumplimiento de su indicación, habían arrojado al Elba la llave de la catedral antes de hacer entrega de ella al pastor instituido por el emperador. Al mediodía, al sentarse a comer con sus convidados fue servido a la mesa un gran pescado. Cuando lo cortaron, se encontraron con que en su interior había una llave, en la que, con santo asombro, reconocieron la llave de la catedral, que creían perdida.

Así fue cómo una hermosa leyenda sirvió para las armas del obispado. Pero con ello no debe quedar en segundo término la simbología paleo-cristiana, puesto que también se puede interpretar como un símbolo de fidelidad a Cristo, a quien la primitiva iconografía cristiana representa bajo la figura del Pez, y de la fidelidad a su vicario en la tierra, aquel que lleva en sus manos las llaves del reino del Señor».

LUIS M. PEREZ SUAREZ, OSB

Bibliografía

BAUDOT, J. - CHAUSSIN, L, OSB, *Vie des saints et des bienheureux*., VI· *Juin* (París 1948) 264-265.

BILGERMAIR, A., Art. en A. BAUDRILLART - R. AUBERT (dirs), *Dictionnaire d'histoire et de géographie ecclésiastique* VII *Bavière Benoist* (París 1934) cols.1363-1365.

HÜNERMANN, W, *El coro de los santos* (Barcelona 1955) 327-328.

ZIMMERMANN, A M, Art. en *Bibliotheca sanctorum* II: *Ans-Bern* (Roma 1962) cols.1243-1244

SANTA LUTGARDA DE AUWIÈRES

Virgen († 1246)

Con Santa Lutgarda florece en la Iglesia la contemplación mística del amor del Corazón de Jesucristo. Para narrar su vida nos aprovechamos, resumiendo mucho, de la *Vita* escrita por su director, el dominico Tomás de Cantimpré, y de su versión, pasada a un castellano algo vetusto, como podrá comprobar enseguida el avisado lector, y que puede releerse en Croisset. Nació la santa en Tongre, en 1182, de padres honrados, probable-

mente mercaderes, en el antiguo ducado de Bravante. Viéndola despierta y llena de cualidades, quisieron prepararla con la mejor instrucción que en aquel momento se le podía dar y, con apenas doce años, la ingresaron en el monasterio benedictino de Santa Catalina, aunque, a lo que parece, no con intento formal de ser monja, porque pretendiendo un joven caballero casarse con ella, le dio oídos. Pero el Señor, que la había escogido para esposa suya, estando un día hablando en el locutorio con aquel pretendiente se le apareció, y descubriéndose la llaga del costado, que destilaba sangre, le dijo:

> «Mira: de aquí en adelante no te entretengas en falsas ternuras de amor necio; contempla aquí lo que debes amar, y por qué lo debes amar, que yo te prometo desde ahora todos los gozos y las finezas más castas y seguras».

Con esta visión, Lutgarda quedó tan arrepentida de su vida anterior y, a la vez, presa del amor de Cristo, que cerró las puertas de su corazón y sus oídos a las palabras de aquél y de otros que después la pretendieron, como si fueran silbos de venenosas serpientes.

Lutgarda, que había sido hasta entonces una muchacha alegre, parlanchina, bulliciosa y amiga de bromas, comenzó a darse a la oración y meditación de las cosas espirituales con tanto fervor como para parecerles a algunas de las monjas que aquello no podía ser sino entusiasmo pasajero, y que presto se resfriaría, y como ella misma temiese su flaqueza, y se entristeciese, se le apareció la Virgen y con rostro alegre y sereno le dijo que no temiese, porque ella la ampararía, y la haría crecer en la vida de perfección. También se le apareció Santa Catalina, la patrona del monasterio, y la confortó, y prometió el don de perseverancia.

A los dieciséis o diecisiete años profesó como monja. Y Dios, para confirmar la amistad entablada con Lutgarda, inició en ella una serie de favores sensibles que hacían patente su amistad y su amor para con la joven monja. Así, las hermanas la podían contemplar en el coro puesta en oración y levantada en el aire un metro sobre el suelo, y por la noche en vigilias veían sobre ella una luz tan resplandeciente, que parecía el mismo sol. Además, el Señor le dio la gracia de que, tocando cualquiera en-

fermo con su mano, luego sanaba; y como por esta causa concurriese al monasterio gran multitud de enfermos para que los sanase, se volvió a su Cristo y le dijo: «Señor, ¿para qué me has dado esta gracia, pues me estorba el estar más contigo? Quítamela, y dame otra de más provecho para mí». Y como el Señor le preguntase: «¿Qué gracia quieres?». Ella dijo: «Quiero tu corazón, Señor». A lo que Jesús respondió: «Pues yo también quiero el tuyo». Y de allí en adelante quedó el corazón de Cristo tan unido y tan impreso en el corazón de Lutgarda, que ni tuvo movimiento ni pensamiento sensual, por un solo momento, en toda la vida.

En una ocasión, a la puerta de la iglesia se le apareció Cristo crucificado y ensangrentado; y bajando el brazo de la cruz lo extendió hacia ella, y la abrazó, y puso los labios de Lutgarda junto a la llaga de su costado, del cual bebió una suavidad tan celestial y divina, que la saliva de su boca le quedó más dulce que la miel. De este modo, para remedio de cualquier trabajo y fatiga, no tenía necesidad sino de mirar la imagen del Crucifijo, porque con solo mirarle, cerrados los ojos del cuerpo, se arrobaba en su espíritu y veía a Cristo, y su sagrado costado abierto; y con este regalo y dulzura del Señor se consolaba, de modo que ninguna cosa le daba pena ni aflicción.

Doce años estuvo en el monasterio de Santa Catalina, y al morir la priora, y teniendo ella solos veinticuatro años, la comunidad la eligió como nueva madre del monasterio. Condescendió en un primer momento con la voluntad de las monjas; pero poco después, por consejo de su director de entonces, conoció que Dios no la quería para aquel oficio y determinó dejar aquel monasterio y buscar otro donde pasar inadvertida y con más estrecha observancia. Con gran tristeza y sentimiento de todas las monjas de Santa Catalina, que perdían en Lutgarda una madre y una hermana, se despidió Lutgarda no sin antes prometerles y asegurarles que el Señor y la Virgen se ocuparían de ellas en todo momento en lo espiritual y en lo temporal.

Quiso refugiarse en la abadía cisterciense de Herkenrode, fundada el mismo año de su nacimiento. Pero estando en estos trámites, su confesor, Juan de Liro, y la religiosa Cristina de Brustem le pidieron que se uniese a un pequeño grupo de mu-

jeres piadosas que vivían en la pequeña población de Awirs (hoy Gleixhe) cerca de Lieja, que, aunque vivían bajo la regla de San Benito, estaban deseosas de pasarse al *Ordo* cisterciense. Lutgarda se les unió antes de junio de 1206; y al año siguiente el obispo de Lieja, Hugo, les confirió la consagración de vírgenes. A este pequeño grupo le fue ofrecido, por el alcalde, unos terrenos en Lillois al norte de la villa de Nivelles, y la comunidad se estableció allí en 1210. El 30 de octubre del mismo año, Inocencio III tomó bajo su protección «el monasterio de Nuestra Señora de Awirs de la Orden de Cîteaux». Finalmente, en 1215, Godofredo, Vizconde de Bruselas, invitó a las monjas a edificar una abadía en Couture-Saint-Germain, y antes de 1217 ya se había trasladado la comunidad allí, conservando el mismo título de «Nuestra Señora de Auwières».

Cuando se supo que Lutgarda se había pasado a aquel monasterio, otros muchos de la misma Orden, que a la sazón se fundaban, la desearon y pretendieron como abadesa. Al conocer ella estas pretensiones se entristeció mucho, y suplicó al Señor que la librase de estas preocupaciones y cargas, y la Virgen nuestra Señora se le apareció y la tranquilizó. Aquí hay que hacer notar un detalle del que la Providencia se sirvió para ampararla en todos estos menesteres. La actual Bélgica, es un lugar fronterizo que incluye etnias y lenguas distintas. Lutgarda era de habla alemana en Tongre y Santa Catalina, pero en Auwières, cerca de Lieja, se hablaba el francés. A pesar de las muchas gracias que tenía, Dios no le dio el de la facilidad para aprender lenguas, y así, aunque pasó cuarenta años en Auwières, nunca pasó de chapurrear malamente el francés; esto, para ella, fue una bendición pues con ello quedó excluida del mucho locutorio y de cargos que necesitasen comunicarse con el exterior.

En aquel tiempo surgió en Francia la herejía albigense y tuvo una visión de Nuestra Señora con el rostro triste y lloroso; al preguntarle Lutgarda por la causa de aquella tristeza, respondió que «porque los herejes y malos cristianos escupían y crucificaban otra vez a su Hijo Jesucristo»; entonces la Madre del Salvador le pidió que estuviese en continua penitencia y llanto, y que ayunase siete años por los pecados del mundo, para que su Hijo pudiera perdonarles, pues la ira de Dios pendía sobre

aquellos pueblos; y ella ayunó los siete años continuos, no comiendo sino un poco de pan, y bebiendo un poco de cerveza; y aunque los superiores la mandaron algunas veces comer más, y ella por obediencia quería comer, nunca pudo tragar de otro manjar la más pequeña cantidad. Pasados estos siete años de este ayuno riguroso, le fue mandado por revelación divina que hiciese otro ayuno por todos los pecadores; y esto lo hizo con gran voluntad, y ayunó otros siete años, comiendo cada día un poco de pan y algunas yerbas, sin más.

Un caballero alemán noble y rico, llamado Simón, renunciando a las vanidades del mundo, había entrado en la Orden del Císter, y siendo abad había pasado a mejor vida. Hizo mucha oración y penitencia la santa virgen por el alma de este religioso, porque había sido muy amigo suyo; y el Señor la oyó, y se le apareció, trayendo consigo el alma de Simón; la cual después se le apareció muchas veces, dándole gracias por la gracia que por sus oraciones había recibido de Dios; porque decía que, si no fuera por ellas, tendría que haber estado mucho tiempo entre las penas del purgatorio. Otras visiones maravillosas tuvo de personas, o que estaban en el purgatorio, para que les ayudase, o que ya estaban en el cielo, y le daban noticia de su gloria y bienaventuranza; porque era tanta la caridad de Lutgarda que todos los males y los bienes de sus prójimos los tenía por suyos propios.

Comulgaba todos los domingos, y como en aquel tiempo esto fuese algo singular, madre Inés, la abadesa, le ordenó que no comulgase tan a menudo; y ella le respondió: «Madre, haré lo que me manda; pero tengo por cierto que esto lo va a pagar con su salud». Diole luego a la abadesa una grave enfermedad, que no podía ni siquiera ir a la iglesia. Conoció su culpa, pidió perdón, y cobró salud; así Lutgarda pudo proseguir la santa costumbre de comulgar cada ocho días. De este o parecidos modos fueron amonestadas otras monjas que murmuraban de ella, para que conocieran su error.

Temíanla terriblemente los demonios, y no osaban llegarse a ella, ni al lugar de su oración; y aunque Lutgarda sabía poco latín, cuando cantaba el verso: *Deus in adiutorium meum intende,* y algunos otros, veía huir los demonios llenos de temor, y así en-

tendía la eficacia que tenían las palabras divinas para ahuyentar al maligno, aunque no las entiendan los que las oyen o cantan.

Estaba Lutgarda tan llena de celestial luz, e ilustrada de un conocimiento tan sorprendente y profundo de la soberana majestad de Dios y de su nada, que en medio de tantas virtudes, grandezas, prerrogativas y regalos que tuvo del Señor, la vanagloria nunca la molestaba. Si este conocimiento fue tan excelente y su humildad tan grande, no lo fue menos su caridad y el deseo encendido que tuvo de darlo todo por Cristo; una noche tuvo un deseo tan ardiente de imitar a la mártir Santa Inés y morir como ella por Cristo, y fue este deseo tan encendido, que se le rompió una vena cerca del corazón, y salió tanta sangre de ella, que bañó el hábito y pensó allí expirar. Vio entonces a Cristo que le dijo que tendría en el cielo el mismo premio que había tenido Santa Inés, «porque aunque no había derramado la sangre por él, como ella, había deseado derramarla»; y toda la vida le quedó la señal de la vena rota y soldada.

Era tanto su fervor y amor, especialmente cuando meditaba la pasión de Cristo, que se arrobaba, y parecía quedar como teñida en sangre. De esta fuerza y virtud interior le brotaba una fuerza maravillosa, y Dios daba a las oraciones de Lutgarda la virtud de convertir a los pecadores, dar salud a los enfermos, y obrar muchos otros portentos. Un caballero, soldado, noble y rico, pero muy vicioso y perdido, a ruegos de una hija suya monja, pidió a Santa Lutgarda que le encomendase a Dios. Así lo hizo Lutgarda con grande instancia; y al poco tiempo el caballero perdió sus bienes, y de muy rico vino a gran pobreza, sufriéndola con gran paciencia; finalmente se hizo religioso, y vivió y murió santamente. A una monja, que por debilidad no podía ayunar, alcanzó del Señor fuerzas para poder seguir en todo la comunidad, y hacer sus penitencias; a otra, que por una fuerte tentación estaba para desesperarse, la detuvo y consoló; y lo mismo le aconteció con otro hombre, que por sus grandes pecados desconfiaba de su salvación... Sanó con sus oraciones a una mujer del todo sorda, y a otro enfermo de epilepsia. Penetraba las conciencias de las personas con quienes trataba, y los pecados ocultos que tenían, y que aun ni a sus mismos confesores querían manifestarlos. Sucedía también que hablando Lut-

garda en su lengua vernácula, el alemán, con algunas personas de lengua francesa, que no sabían alemán, la entendían inexplicablemente. Y en otras muchas y muy señaladas cosas mostraba el Señor cuán dulce esposa era para él Lutgarda, y los favores que le hacía.

Mas como la perfección de la vida cristiana no consiste tanto en hacer cosas grandes y maravillosas, cuanto en padecer con alegría las duras y dificultosas por Cristo, once años antes que muriese Lutgarda, se quedó ciega para que así se ejercitase más su paciencia, y para que, cerrados los ojos del cuerpo, abriese más los del alma, y gozase más puramente de la divina luz. Un año antes se le apareció su dulce Esposo, y le dijo:

> «Va llegando el tiempo en que has de recibir el premio de tus trabajos, y estar eternamente conmigo, pero quiero hagas tres cosas en este año la primera, que me des muchas veces gracias por las gracias que de mi has recibido, y pidas a los santos que hagan lo mismo por ti, la segunda, que ruegues con gran fervor por los pecadores a mi eterno Padre, y la tercera, que, dejando de preocuparte por cualquier otra cosa, con grande ansia desees venir a reunirte conmigo»

Finalmente cayó enferma con fiebres muy altas, y confortada con los santos sacramentos de la Iglesia, y la visión de muchos santos y de las almas bienaventuradas de las monjas de su monasterio, que ya gozaban de Dios, entregó su alma al Señor el 16 de junio de 1246, a los sesenta y cuatro de su edad. Quedó su cuerpo blando y tratable, y el rostro blanco y resplandeciente. Muchos al tocar su cuerpo quedaron sanos de enfermedades de alma y cuerpo.

La figura espiritual de Lutgarda, como hemos apuntado al inicio de estos apuntes, se nos ha hecho accesible gracias a la *Vita* escrita por el dominico Tomás de Cantimpré, cuya primera redacción se remonta a 1248 y que él mismo retocó entre 1254 y 1255.

Un estudio atento refleja que, cuando se trata de contar hechos extraordinarios, el dominico siempre se apoya en al menos dos testigos; en cambio, es él mismo el único que da fe de la vida interior de Lutgarda. Y si uno compara la *Vita* con las obras anteriores de Tomás, y poniendo aparte los hechos extraordinarios, se constata que el director se ha con-

vertido en un atento y más competente conocedor en materia de teología mística. En resumen, la *Vita* es una fuente documental seria.

Tomás recoge muchos detalles de la juventud de Lutgarda y de su período como benedictina, de su formación intelectual esencialmente monástica; la encuentra un poco «tosca y muy simple en su modo habitual de expresarse». Lutgarda dice de sí misma que «no tiene instrucción», y que es inculta y «laica» (= desconocedora del latín).

Tomás se dedica sobre todo a mostrar el ensanchamiento o dilatación mística del «corazón» de Lutgarda ante el misterio del Salvador según la escuela de San Bernardo; explica cómo la que estaba prendada del «amor carnal», es decir, del amor de sí y la generosidad natural hacia el otro, pasa al amor «mercenario» de su Señor (en busca del premio) para llegar finalmente al amor filial (gratuito) de Dios. Pero el itinerario queda muy personalizado.

El biógrafo pone de relieve el encanto y la sensibilidad empática de Lutgarda y que impregna toda su vida, aunque transformada por la gracia. De ahí sus muchas amistades, como las que tuvo con el dominico Bernardo, penitenciario del papa Inocencio IV, los abades Juan de Affligem y Simón de Foigny (citado más arriba), con la Beata María de Oignies, con Cristina «la admirable», con Sibylle de Gages, duquesa de Brabante, con Jacques de Vitry (que le escribió desde Palestina) y con el Beato Jordán de Sajonia, sucesor de Santo Domingo de Guzmán.

Lutgarda heredó de la escuela benedictina el gusto por la liturgia, que fue la base nutricia de su vida espiritual. Vivió el misterio cristiano a través de la celebración de la Palabra y de los sacramentos. Después de los oficios litúrgicos Lutgarda siempre retenía alguna frase para «rumiarla» y poder así prolongar la plegaria. San Bernardo, en cambio, le dio el sentido de una austera ascesis (hizo Lutgarda tres ayunos de siete años cada uno) y de la dulzura del amor impregnado de humildad.

El autor de la *Vita* queda impresionado de las gracias místicas recibidas por Lutgarda, al haber sido su confidente y como

el testigo de su intimidad sobrenatural con Dios. Lamentablemente no se extiende en este campo y sólo describe algunas de las visiones, que, por su coherencia y progresión, tienen todas las trazas de la mejor autenticidad espiritual.

La primera visión narrada es la de la llaga del costado de Cristo, que lleva a Lutgarda a ser la primera en la historia de la espiritualidad cristiana en descubrir el Corazón de Cristo y en poder orar así al Señor:

> «Quiero tu Corazón [...] derrama el amor de tu Corazón en el mío. Que yo ponga mi corazón en el Tuyo, bajo tu protección, que quede allí con toda seguridad, para siempre».

La segunda visión es la del abrazo que tuvo con el Crucificado, para significar la participación que Lutgarda debía tener en la obra de la redención. Está también la del águila que transforma su amor «carnal», mediante la humanidad de Cristo, en amor espiritual por el Verbo de Dios. Otras cinco visiones ulteriores están en relación con el pensamiento espiritual central de Lutgarda: unir su amor al amor redentor y propiciatorio que mana del Corazón del Señor.

En los once últimos años de su vida, Lutgarda, al quedarse ciega, se fue preparando para su muerte. Desde aquel momento sus visiones no hablan sino de acción de gracias y de intercesión por los pecadores. Lutgarda sólo desea estar junto a los santos y sobre todo «ver» al Señor, como describe emotivamente en una visión que tuvo del rostro de Cristo.

Tomás nos ha descrito a Lutgarda como una discípula perfecta de Bernardo. Con todo su amor (la razón es aquí secundaria) ella vivió en tanto que le fue dado a conocer el misterio de la Cruz y, consecuentemente, el amor de Cristo. La ascesis la perfeccionó en el camino de la Cruz. Las experiencias místicas la introdujeron al amor que mana de la Cruz. Lutgarda no supo describir el amor que abrasaba su interior porque su atención estuvo polarizada por la pasión redentora de Cristo. Fue la primera en descubrir el Corazón de Jesús, y a la espiritualidad bernardina ella añadió la «satisfacción por sustitución». Testigo de todas esas gracias, Tomás de Cantimpré pensó que se podía comparar a Lutgarda con la esposa del Cantar de los Cantares,

convencido de que *sic affici deificari est* («amar así, es estar ya deificada»).

LUIS M. PÉREZ SUÁREZ, OSB

Bibliografía

BAUDOT, J. - CHAUSSIN, L., OSB, *Vie des saints et des bienheureux...*, VI: *Juin* (París 1948) 266-267.

CROISSET, J., SJ, *Año cristiano, o ejercicios devotos para todos los días del año* (Barcelona 1862) 283-284.

DEBOUTTE, A., en *Dictionnaire de spiritualité ascétique et mystique.* IX: *Labadie-Lyonnet* (París 1976) cols.1201-1204.

SOMER, M. DE, Art. en *Bibliotheca sanctorum.* VIII: *Ladan-Marzi* (Roma 1967) cols. 396-397.

BEATA MARÍA TERESA SCHERER

Virgen y fundadora († 1888)

Ana María Catalina Scherer, en religión María Teresa, virgen (1825-1888), cofundadora y primera superiora general de la Congregación de las Hermanas de la Caridad de la Santa Cruz de Ingenbohl, diócesis de Curión (Suiza), nacida el 31 de octubre de 1825 en Meggen (Lucerna, Lago de los Cuatro Cantones, Suiza), murió en Ingenbohl el 16 de junio de 1888. Cuarta de los siete hijos que trajo al mundo la familia Scherer-Sigrist, fue bautizada con el nombre de Ana María Catalina. Sus padres Carlos José Scherer y Ana María Sigrist, modestos propietarios y matrimonio de arraigado cristianismo, se encargaron de ir sembrando en el tierno corazón de su pequeña la buena semilla de la divina Palabra, a ese Cristo, por decirlo en resumen paulino, fuerza de Dios y sabiduría de Dios que, andando el tiempo, se habría de hacer revelación de amor en su alma para comprender, en medio de vicisitudes y contratiempos, de todo hubo en su vida, que «la necedad divina es más sabia que la sabiduría de los hombres, y la debilidad divina, más fuerte que la fuerza de los hombres» (1 Cor 1,25). El amor de su madre se trasluce con palmaria claridad, bien se puede comprobar, hasta por los dos primeros nombres recibidos en el bautismo.

Prematuramente huérfana con la súbita muerte de su padre el año 1833, se tuvo que ir a vivir en casa de unos parientes,

quienes, célibes ellos, la educaron según los severísimos principios de la religión y le dieron una sana educación cristiana. En los tiempos libres se ocupaba de los trabajos de la casa y del campo. Por deseo de su madre, a los 16 años entró como enfermera en el hospital cantonal, hospital civil si se quiere, de Lucerna, encomendado a las Hermanas de la Caridad de Besançon (o Hermanas de la Caridad bajo la protección de San Vicente de Paul). Más que nada con el propósito de completar su preparación doméstica. Llevó hasta el fin, sin embargo, aquel duro régimen de incomodidades, con el que poco a poco se fue adiestrando para sentirse, así lo solía decir ella, «siempre y sólo unida con la desventura y la enfermedad». También hubo de ocuparse más adelante de los pobres y los enfermos.

A sus 17 años ingresó en la Tercera Orden de San Francisco y en la Congregación de Hijas de María. Durante una peregrinación a Einsiedeln sintió el llamamiento a la vida religiosa. El 1 de marzo de 1845 ingresó en el Instituto de las religiosas enseñantes, fundado hacía poco por el capuchino P. Teodosio Florentini para la instrucción cristiana de la juventud, y que estaba dando sus primeros pasos en Menzingen (Zug, Suiza). Soplaban los primeros vientos del otoño con la caída de la hoja amarillecida y los dorados atardeceres cuando el 27 de octubre de 1845 emitió la profesión religiosa en Wurmsbach (San Gallo), según la regla de la Tercera Orden franciscana. Las superioras la destinan a Galgenen (Suiza) para que allí ejerza de maestra en la escuela elemental local. Un año después la envían a Baar y luego a Oberägeri (Zug, Suiza), como profesora y superiora en ambas comunidades. Período aquél, por cierto, de dudas y dificultades, superadas gracias a un austero ascetismo y a la ciega obediencia prestada a su director espiritual. En 1850, el P. Florentini la escoge de nuevo como directora esta vez del hospicio de los pobres y huérfanos en Näfels (Glarona), donde atiende también, entre otros menesteres, la enseñanza del trabajo doméstico en la escuela femenina local. En 1852 las circunstancias indujeron al P. Florentini a prevalerse de las hermanas de su Instituto para asegurar la dirección de un hospital por él fundado en Coira, encargo que encomienda una vez más, cómo no, a María Teresa. Acepta ella, por supuesto, convencida de que el

carisma del fundador abarca el aspecto escolar-educativo y el caritativo, aunque sin advertir entonces de las complicaciones que esta nueva opción podría acarrear, y acarreó de hecho, en la congregación.

La nueva actividad pedida a las hermanas enseñantes de Menzingen suscitó el problema de la oportunidad o no de que el Instituto añadiese a su fin originario el de la asistencia caritativa propiamente dicha. Ante la divergencia de opiniones, agudizada sobre todo por la acción de personas extrañas al Instituto, la autoridad eclesiástica cortó por lo sano decidiendo que las hermanas dispuestas a abrazar la asistencia caritativa constituyesen un instituto autónomo. Éste tuvo inmediatamente la propia casa-madre en Ingenbohl. Aquellas medidas hicieron sufrir a sor María Teresa, que no terminaba de ver con buenos ojos a la congregación escindida de pronto en dos.

El hecho es que en 1856 las religiosas enseñantes acordaron separarse del fundador para continuar por su cuenta el apostolado educativo. Sor María Teresa sufrió mucho por ello: oró, se asesoró sobre el caso y acabó comprendiendo que Dios deseaba que ella se ocupase, en el futuro, de las obras de misericordia espirituales y corporales El 13 de octubre de 1857 fue elegida superiora general de las «Religiosas al servicio de la escuela y de los pobres», cargo para el que fue sucesivamente reconfirmada hasta la muerte. Al lado del P. Teodosio guió el Instituto de las Religiosas de la Caridad de la Santa Cruz, que muy pronto empezaron a registrar un desarrollo sorprendente. A Ingenbohl llegaban un día y otro día solicitudes para que las religiosas se ocupasen de pobres y huérfanos, del servicio en correccionales y en lazaretos: tareas arduas eran éstas, desde luego, pero al fin y al cabo estaban en sintonía con el pensamiento de la madre María Teresa.

Abrió escuelas y hospitales especializados para inválidos, es cierto, pero lo que no terminaba de encajar en su espíritu era eso de ver a las religiosas como responsables de empresas Todo ello, como es natural, originó tensiones con el fundador, sólo superadas después de serias reflexiones y a base más que nada de oración y buenos propósitos. De todas formas, ella estaba persuadida de que la intención del P. Teodosio era resolver

la cuestión obrera con justicia y solidaridad, razón por la cual le ayudó cuanto pudo, y supo ser fiel a dicho apostolado incluso después de su muerte, acaecida el 15 de febrero de 1865. De ahí que no sólo recibiese su herencia espiritual sino que se hizo cargo también de la material, por cierto, y dicho sea sin espíritu descalificador hacia el difunto, teniendo que trabajar ella y las hermanas durante años hasta saldar las deudas que el P. Teodosio había contraído en su apostolado social. Luchó por salvar las constituciones por éste dadas al Instituto, y lo hizo aun a costa de oponerse al celo reformador de sus sucesores.

Había desempeñado el oficio próxima siempre al fundador, y madre de los pobres, de los enfermos, de los huérfanos y abandonados, a los que procuró ayudar siempre no ya sólo en sus necesidades materiales, sino también en las espirituales, mostrándose solícita de la salud de sus almas. No era cuestión ahora de echarlo todo por la borda. Bajo su guía, el Instituto prosperó hasta rebasar pronto las fronteras de Suiza y afincarse en el Baden, Bohemia, Moravia, Austria, Prusia, Hungría, Eslovenia, Croacia e Italia. Gracias también a los trabajos y valimiento de madre Scherer, el Instituto superó momentos difíciles, debidos sea a las consecuencias de las no felices experiencias industriales y otras iniciativas del inquieto cofundador, sea a las condiciones políticas adversas a la vida religiosa y a las instituciones católicas, en Suiza sobre todo.

La madre María Teresa, no obstante, que era la regla viviente de las hermanas, fue pocos años antes de su muerte criticada por la forma de guiar la congregación y de observar y hacer observar la pobreza. Sufrió los crueles zarpazos de la calumnia y hubo de soportar una lluvia de sufrimientos físicos, que no le impidieron emprender viajes y más viajes para animar a sus hijas y exhortarlas a vivir según el espíritu del P. Teodosio. Dio en todo momento espléndido testimonio de fe, de súplica y de sacrificado amor, de recogida piedad en la Eucaristía, cuidadosa siempre del culto y enamorada de la gloria de Dios, de ardiente caridad con todos, en particular los indigentes, haciendo que las dificultades y dolores de tanto personal sufrido como a diario encontraba por la calle tuvieran humana resonancia en su Instituto. Plenamente confiada en el auxilio de la Providencia y de-

sapegada de las cosas terrenas, procuraba servirse de ellas sólo para ayudar a los pobres. En su maternal corazón se dejaban sentir ya, con una suerte de premonitorio adelanto a los tiempos actuales, las certeras palabras del Concilio Vaticano II:

> «Dios ha destinado la tierra y cuanto ella contiene para uso de todos los hombres y pueblos En consecuencia, los bienes creados deben llegar a todos en forma equitativa, bajo la egida de la justicia y con la compañía de la caridad» (GS 69)

Cultivó con esmero la prudencia, la fortaleza, la justicia y la pobreza. Decía a sus Hermanas: «Mientras seamos pobres, nuestra congregación existirá». Mujer de índole fuerte, firme y constante, abnegada consigo misma, sin preocuparse de sus cosas y sin intermisión laboriosa y trabajadora por el bien de su congregación, que, con las bendiciones del cielo, creció enseguida y se extendió, según ya he dicho, por casi toda Europa. Soportando con paciencia el grave dolor de cuerpo que padecía, fue capaz de seguir por todos los caminos para visitar a sus Hermanas allí donde estuvieran. Las exhortaba a seguir fielmente a Cristo portando con amor la cruz de cada día. Hasta que, tras dolorosa enfermedad, sobrellevada con gran presencia de ánimo, el 16 de junio de 1888 rindió su alma al Creador, segura de conseguir el cielo.

Falleció en olor de santidad en el convento de Ingenbohl. A su muerte, el Instituto contaba ya con 1.689 religiosas profesas, más de 100 novicias, y habían sido abiertas 422 casas. La memoria y el recuerdo de sus virtudes eminentes permanecieron con su agradable perfume sobrenatural en quienes la habían conocido en vida, que eran muchos, y sobre todo en sus hijas espirituales, para las que había sido regla viviente de fidelidad al Evangelio, de amor a la Iglesia, así como acabado ejemplo de solicitud hacia los huérfanos, sordomudos, pobres, enfermos, ancianos, obreros, mutilados de guerra, y sacerdotes impecunes. Su fama de santidad se vio pronto confirmada por signos prodigiosos.

El cardenal Van Rossum, conmovido ante la bondad de vida de la madre María Teresa, y dada la veneración que despertaba entre el pueblo de Dios, aconsejó incoar la causa de canonización, de modo que la máquina burocrática de beatificación tar-

dó poco en moverse: el proceso ordinario informativo a nivel diocesano se celebró entre los años 1931-1934. A éste siguió el *additicio.* Después del decreto *Super causae introductione* (año 1949), llegó el proceso apostólico (años 1950-1951). La causa quedó lista y pasó a la entonces llamada Sagrada Congregación de Ritos el 6 de diciembre de 1952. Recorrido el iter ordinario y extraordinario conforme a lo establecido por el derecho canónico de 1917 y examinada la «positio» sobre virtudes por los consultores teólogos y el promotor general de la fe el 27 de octubre de 1992, hecha finalmente la prescrita relación por el cardenal prefecto de la congregación ante el papa Juan Pablo II, éste mandó que se redactase por correspondiente decreto que la madre María Teresa Scherer había cultivado en grado heroico las virtudes teologales, cardinales y anejas.

La Congregación de las Causas de los Santos admitió a trámite la sorprendente curación obrada el 10 de agosto de 1951, por intercesión de la Venerable sierva de Dios, a favor de la niña Bruna Hötzel. Tratado el caso en proceso apostólico de la curia arzobispal de Viena celebrado el año 1955, fue declarado válido por decreto el 21 de febrero de 1992. El consejo de médicos de la Congregación de las Causas de los Santos, en sesión del 27 de abril de 1993, falló favorable. Y el 22 de junio de 1993 lo hizo el Congreso peculiar de consultores teólogos. Y el 16 de noviembre, la sesión plenaria de cardenales y obispos. Oída la relación del cardenal Angelo Felici, prefecto del dicasterio, Juan Pablo II ordenó publicar con fecha de 23 de diciembre de 1993 el correspondiente decreto sobre la curación milagrosa. El mismo Juan Pablo II beatificó a María Teresa Scherer el 29 de octubre de 1995, junto a otras dos hijas espirituales de San Francisco, a saber: María Bernarda Bütler (cf. 19 de mayo) y Margarita Bays (cf. 27 de junio).

> «María Teresa Scherer —dijo Juan Pablo II en la homilía de la beatificación— libró el buen combate. A través de su vida y su obra nos recuerda el aspecto esencial del misterio de la cruz, con la cual Dios manifiesta su vida y concede la salvación al mundo. Mediante la fe, la esperanza y el amor, el hombre participa, con la totalidad de su existencia, en el misterio de la cruz del Salvador, y así logra participar también en el misterio de la resurrección. Además, la cruz tiene un aspecto cósmico: eleva todo el universo a Cristo, el Señor de la historia».

Hizo notar asimismo el Papa que María Teresa había dejado traslucir desde muy niña una disposición interior a la gracia, y, teniendo que tomar a veces decisiones difíciles, había sabido comprometerse con la divina llamada en y a través de su Iglesia. Sin embargo, la naturaleza de su personalidad y de su vida no se había opuesto a su profunda fe, a sus exigencias morales, fundamento del diario quehacer. Al contrario, había acertado a desarrollar sus talentos lo mismo en su vida privada que en su apostolado con los demás. El mensaje de su vida, por tanto, nos permite descubrir el misterio de la unión de todo hombre con Dios. Y es que la respuesta a la llamada de Cristo y su seguimiento nos hacen libres de un modo admirable, y consiente que desarrollemos plenamente nuestros talentos, que son, a la postre, sus dones.

Comprendidos el dolor y el destino de los enfermos, resolvió consagrar su vida al Señor en las Religiosas de la Caridad de la Santa Cruz de Ingenbohl, por ella fundadas, ante todo, para servir a la juventud y, más tarde, a los más pobres y marginados. Lo hizo con tal empeño que la gente no tardó en conocerla como la «madre de los pobres». Dejada a un lado su actividad docente para seguir de cerca la voluntad de Dios, María Teresa comprendió que la obediencia, como Santa Teresa dejó escrito para siempre, «es el camino más rápido para alcanzar la cumbre de la perfección» *(Fundaciones,* n.5). En ella encontró nuestra Beata la verdadera felicidad, porque hizo de su vida un don de amor al Señor y a los pobres, a los que él ama como a sus predilectos.

El Papa propuso a María Teresa como un ejemplo a seguir. Su fuerza interior brotaba de su vida espiritual: dedicaba muchas horas ante el Santísimo, donde el Señor comunica su amor a todos los que viven profundamente unidos a él. Aunque no entregó su amor a ningún hombre, no por ello dejó de desarrollar todas las virtudes que en el amor se dan. El aumento de su vida interior se acompasaba con el de su sensibilidad ante las necesidades del mundo de su tiempo. En las difíciles circunstancias de la Europa del XIX, llegó hasta los pueblos de Europa central con las fundaciones. Ella repetía que es preciso tener «la mano en el trabajo y el corazón en Dios». Es cierto. Aquella Europa de los tiempos que la Beata María Teresa vivió, es la que ahora

«[...] ha pasado a formar parte de aquellos lugares tradicionalmente cristianos en los que, además de una nueva evangelización, se impone en ciertos casos una primera evangelización [...], necesita una verdadera y auténtica misión ad gentes» (JUAN PABLO II, *Ecclesia in Europa,* 46).

La Beata María Teresa vivió animada de una preocupación particular por ser fiel al compromiso bautismal y a sus votos religiosos. El compromiso de imitar a Cristo es el triunfo del amor de Dios, que se adueña del hombre, y le pide que se esfuerce hasta límites sólo propios de un amor oblativo y de servicio, que se entrega y se dona sencillo y por completo, aun a sabiendas de la debilidad humana. María Teresa supo claramente que la garantía de su fidelidad consistía en ser consciente de la limitación de sus propias fuerzas y en abandonarse incansable a la oración contemplativa y a la vida sacramental.

Según es costumbre, Juan Pablo II tuvo al día siguiente palabras de aliento para los numerosos peregrinos que habían acudido a Roma para celebrar a las nuevas beatas.

«María Teresa Scherer, María Bernarda Bütler y Margarita Bays, cada una a su manera —dijo—, vivieron el carisma propio de San Francisco de Asís. Deseo vivamente —prosiguió— que las celebraciones en Roma sean aliento para vuestra consagración religiosa, ayuda para llevar una vida de oración como la de ellas, y renovado impulso en los numerosos servicios prestados a la Iglesia y a la humanidad en todo el mundo. Me complazco especialmente por todos los esfuerzos para ayudar a las personas que se encuentran en situaciones difíciles de pobreza y de enfermedad, y que tienen derecho a toda nuestra solicitud. Cuando acudís a asistirlas, les mostráis de manera explícita el rostro de Dios, que oye el clamor de su pueblo y que manifiesta así toda su ternura de Padre infinitamente bueno. Vuestra dedicación a los niños y a los jóvenes es también importante. Su educación humana y cristiana debe atraer vuestra atención, tanto en el ámbito escolar como en el de la formación religiosa. Sabed aceptar la invitación a seguir a Cristo por el camino de la humildad y la obediencia, camino que María Teresa, María Bernarda y Margarita recorrieron con intrepidez, inspirándose y sacando fuerzas, aun en situaciones muy diversas, de los ejemplos y de la espiritualidad de San Francisco de Asís. Su historia humana y espiritual muestra cuán maravillosas son las obras que el Señor realiza en los corazones sencillos y dóciles a su gracia».

María Teresa Scherer, cofundadora de las Religiosas de la Caridad de la Santa Cruz, se entregó desde joven a la práctica de

la caridad en el campo de la enseñanza y de la asistencia a los pobres y a los enfermos. Tuvo que pasar para ello por situaciones difíciles en la vida religiosa, por momentos duros que le hicieron vivir con intensidad el misterio de la cruz. Concluyó el Papa, en fin, con esta elocuente síntesis:

> «Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado (Jn 4,34). María Teresa Scherer, siguiendo el ejemplo y las disposiciones del Señor Jesús, que hizo la voluntad del Padre hasta el sacrificio, trató de hacer la voluntad de Dios pronta y diligentemente. Ella misma puede decir con toda seguridad: no deseo otra cosa que hacer la voluntad de Dios».

PEDRO LANGA, OSA

Bibliografía

BARBEY, L., *La mère des pauvres* (Friburgo 1950).
BUONO, G., *La porta aperta* (Roma [3]1978).
CONGREGATIO DE CAUSIS SANCTORUM, «Decretum Canonizationis servae Dei Mariae Theresiae Scherer (in saec.: Annae Mariae Catharinae). Confundatricis et Primae Moderatricis Generalis Congregationis Sororum a Caritate S. Crucis ab Ingenbohl (1825-1888). *Super dubio* [2-4-1993: A. card. Felici, *Praefectus*]»: *AAS* 85 (1993) 723-726.
CONGREGATIO DE CAUSIS SANCTORUM, «Decretum Beatificationis Ven. Servae Dei Mariae Theresiae Scherer (in saec.: Annae Mariae Catharinae). Confundatricis et Primae Moderatricis Generalis Congregationis Sororum a Caritate S. Crucis ab Ingenbohl (1825-1888). *Super dubio* [23-12-1993: A. card. Felici, *Praefectus*]» *AAS* 86 (1994) 350-352.
JUAN PABLO II, «[Homiliae] in Vaticana basilica habita, ob decretos beatis Mariae Theresiae Scherer, Mariae Bernardae Butler, Margaritae Bays, Sanctorum caelitum honores [Die 29 octobris 1995]»: *AAS* 88 (1996) 633-638; 692-694.
Martyrologium romanum, o.c., 323, n. 13 *; 733.
MURB, M., *Eine Wohltaterin der Menschheit* (Ingenbohl 1930).
RUTISHAUSER, C., *Liebe erobert die Welt* (Ingenbohl [2]1967).
SECCHI, M. C., *Suor Maria Teresa Scherer* (Milán 1959).
SEGESSER, A. V., *Generaloberin Sr. M. Theresia Scherer* (Lucerna 1939).
SNIDER, C., «Scherer, Anna Maria Katharina», en G. PELLICCIA - G. ROCCA (dirs.), *Dizionario degli Istituti di Perfezione.* VIII: *Saba-Spirituali* (Roma 1988) cols.1034-1035.
www.franciscanos.org/santoral: *Directorio franciscano. Santoral franciscano:* «Beata María Teresa Scherer (1825-1888)», textos de *L'Osservatore Romano* edición en español) (27-X-1995; 3-XI-1995).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTOS QUIRICO Y JULITA
Mártires († 304)

Según la tradición, Julita era una dama de familia noble y rica y Quirico era su hijo. Llegada la persecución de Diocleciano es juzgada en Tarso y, teniendo a su hijo a su lado, ella contestó con claridad y firmeza a todas las preguntas que se le hicieron. Quedó claro que era cristiana y que no pensaba dejar de serlo, y entonces el gobernador Alejandro la condenó a ser desgarrada y azotada. Cuando fueron a llevársela, el niño se negaba a separarse de su madre y el gobernador lo sentó en sus rodillas intentando pacificarlo. Pero cuando empezaron a torturar a Julita y ésta gritó: «Soy cristiana», el niño a su vez gritó: «Yo también lo soy». Y en un intento por soltarse mordió al gobernador. Éste, lleno de rabia, lo empujó y tiró por las escaleras, de cuyas resultas se partió el cráneo y murió. Julita dio gracias a Dios por haber dado a su hijo la gracia del martirio, y ella seguidamente fue nuevamente torturada y posteriormente ejecutada.

Posteriormente su martirio se haría muy popular, y en París le fue dedicada a San Quirico una abadía benedictina, St. Cyr, convertida luego en célebre academia militar.

SAN AURELIANO DE ARLÉS
Obispo († 551)

Aureliano, elegido arzobispo de Arlés, es honrado por el papa Vigilio con el palio y nombrado vicario papal para la Galia. Tuvo mucho interés en el fomento de la vida monástica y por ello fundó dos monasterios, uno de hombres y otro de mujeres, a los que dotó de una estricta y severa regla que lo tenía a él como autor.

Hay que decir que en la famosa cuestión de los «Tres Capítulos» actuó Aureliano con mayor libertad y firmeza que la del propio papa Vigilio que, presionado por el emperador, terminó aceptando la condenación de los dichos «Tres Capítulos», es decir, de las obras de Teodoro de Mopsuestia, Teodoreto de Ciro

e Ibas de Edesa. Aureliano, convertido en portavoz de los obispos galos, le dijo al Papa que no se debía permitir la intromisión del emperador en las cuestiones doctrinales y que en ningún caso la condenación de los «Tres Capítulos» podía entenderse con menoscabo de la enseñanza del concilio de Calcedonia. Aureliano murió en la ciudad de Lyón el año 551.

SAN CECARDO DE LUNI

Obispo y mártir († 860)

El *Martirologio romano* recoge la tradición según la cual San Cecardo, obispo de Luni y Sarzano, se hallaba en las canteras cuando fue asesinado por los marmolistas y por ello fue venerado como mártir. Esta tradición añade que el santo obispo se hallaba en las canteras de Carrara procurándose mármol para las devastadas iglesias de Luni, que había sufrido la incursión normanda. Los bolandistas dan la fecha del año 892.

Pero una reciente investigación histórica sostiene que la incursión normanda fue el año 860 y coloca por ello la muerte del prelado en esa fecha. Carrara tiene como protector a este santo obispo.

BEATO TOMÁS REDING

Monje y mártir († 1537)

Tomás Reding o Redyng era hermano converso de la Cartuja de Londres y siguió las peripecias de su monasterio cuando el cisma de Enrique VIII. Luego del martirio del prior, San Juan Houghton, y cuando se intimó de forma definitiva a la comunidad la orden de suscribir el acta de supremacía por la que se repudiaba la autoridad del Papa en Inglaterra, Tomás fue uno de los diez monjes que rehusaron firmarla, por cuyo motivo fue arrestado y llevado a la cárcel, en donde se le sujetó a una argolla, se le cargó de cadenas y se le dejó morir de hambre. Su alma voló al cielo el 16 de junio de 1537. El papa León XIII lo declaró bienaventurado el 9 de diciembre de 1886.

BEATO ANTONIO CONSTANTE AURIEL

Presbítero y mártir († 1794)

Se llamaba Antonio por su bautismo pero se le conocía por el nombre de Constante. Nació en Fajolles, Francia, el 19 de abril de 1764, hijo de un procurador. Optó por el sacerdocio y recibió la tonsura clerical el 7 de marzo de 1789, ascendiendo después por las órdenes hasta el sacerdocio, recibido el 29 de noviembre de 1790 con dimisorias de su obispo, el de Cahors.

Una vez ordenado sacerdote, fue enviado como vicario a las parroquias de Calviat y Sainte-Mondane, donde comenzó a ejercer su ministerio con dedicación y celo. Llegada la orden de suscribir la «constitución civil del clero», se negó desde primera hora firmemente, lo que trajo primero su expulsión de la parroquia y posteriormente su reclusión en la prisión de Notre Dame de Périgueux, en la que el 12 de diciembre de 1793 fue hallado apto para la deportación. Llegado a Rochefort, fue embarcado en la nave Deux Associés, y se ofreció para enfermero del hospital donde tantos pobres y algunos ya ancianos sacerdotes sufrían de diferentes males. Su amabilidad, bondad, caridad y ternura como de hijo fue un consuelo para todos. Muy pronto el que enfermó fue él y murió el 16 de junio de 1794. Fue beatificado el 1 de octubre de 1995.

SANTOS DOMINGO NGUYEN, DOMINGO NHI, DOMINGO MAO, VICENTE TUONG Y ANDRÉS TUONG

Mártires († 1862)

El cristianismo no se implantó en la tierra vietnamita solamente en las clases populares y modestas. También hubo personas ricas y de clase acomodada que se abrieron al evangelio y lo hicieron el centro de sus vidas. Los perseguidores del nombre cristiano quisieron dejar claro que la posición social no iba a ser una defensa frente a las medidas persecutorias y que no se pensaba permitir el cristianismo ni a los pobres ni a los ricos. El prefecto de Xuang-Trang quiso dar un escarmiento en su distrito arrestando y sometiendo a juicio a cinco hombres de clase

distinguida y rica, cuyo cristianismo le había sido asegurado, y cuya apostasía esperaba lograr como ejemplo para que gente más modesta les siguiera.

El arresto tuvo lugar en diciembre del año 1861 y se les intimó la orden formal de apostatar del cristianismo, amenazándoles con severos castigos si se negaban. Los cinco se negaron de forma unánime sin que las amenazas les hicieran la mínima mella. Entonces ideó el prefecto una pena de destierro que iba a ser acompañada de una verdadera tortura: deberían ir andando hasta Lang-Coc, en la prefectura de Vu-Ban, pero cargados ya con la canga y con cadenas en las manos y pies. Los confesores de la fe se dispusieron a abordar su martirio con generosa entrega al Señor. Pasaron en el camino grandes penalidades, llegaron agotados al sitio de su destierro y una vez allí se les recluyó en la cárcel, pero ninguno de ellos mostró debilidad moral sino que se mantuvieron firmes en la verdadera fe. Sabiendo que la perseverancia final es gracia de Dios, a todas horas la pedían al Señor con ánimo humilde, y para hacerse capaces de ella decidieron ayunar tres veces en semana en la cárcel solicitándola de la misericordia de Dios. La vida en la cárcel estuvo animada por la fe, la caridad mutua y la intensa oración. Separados de sus familias, debieron pasar muchos malos tratamientos y privaciones que ofrecían al Señor con entrega y confianza.

El 15 de junio de 1862, luego de seis meses de dolores pasados desde su arresto, fueron llevados a la subprefectura de Yau a padecer un nuevo interrogatorio y juicio. El juez volvió a intimarles la orden de apostasía y ellos manifestaron que eran hombres hechos y derechos que no se volvían atrás de sus convicciones por torturas y malos tratos y que con la ayuda de Dios pensaban perseverar en la fe cristiana hasta la muerte. El juez, frustrado e impotente ante aquella confesión de fe, mandó que al día siguiente fueran decapitados. Los cinco se dispusieron en la oración al martirio y rogaron al verdugo que los degollara de tres golpes para que su martirio, como su bautismo, fuese en el nombre de la Trinidad. Y así sucedió.

Domingo Nhi era natural de Ngoc-Cuc, donde vivía y era un rico terrateniente; Domingo Mao era natural de Fu-Yen, en la provincia de Nam-Dinh, y se había establecido en Ngoc-Cuc

como rico agricultor; Domingo Nguyen era de Ngoc-Cuc, donde ejercía con gran crédito la profesión de médico; Andrés Tuong era natural de Fu-Yen y se había trasladado a Ngoc-Cuc, donde vivía como rico terrateniente; y Vicente Tuong era igualmente de Fu-Yen, y se había venido a vivir a Ngoc-Cuc, donde era juez suplente y vivía de su rico patrimonio.

Todos ellos fueron canonizados el 19 de junio de 1988.

17 de junio

A) MARTIROLOGIO

1. En Roma, en la Via Salaria antigua, los santos Blasto y Diógenes, mártires (fecha desconocida).
2. En Apolonia (Macedonia), santos Isaurio, Inocencio, Félix, Hermas, Peregrino y Basilio, mártires (fecha desconocida).
3. En Doróstoro (Mesia), santos Nicandro y Marciano († 297), soldados y mártires.
4. En Besançon (Galia Lugdunense), San Antidio († 411), obispo y mártir.
5. En Bitinia, San Hipacio († 446), hegúmeno *.
6. En la Bretaña Menor, San Herveo, ermitaño († s. VI).
7. En Orleáns (Galia), San Avito († 530), abad.
8. En Pisa (Toscana), San Rainerio († 1160), peregrino *.
9. En Lorvao (Portugal), Santa Teresa († 1250), reina de León y luego monja cisterciense **.
10. En Venecia, Beato Pedro Gambacorta († 1435), ermitaño, fundador de la Orden de Ermitaños de San Jerónimo **.
11. En Nápoles (Campania), Beato Pablo Burali († 1578), obispo de Piacenza y luego de Nápoles, cardenal, de la Orden de los Clérigos Regulares Teatinos **.
12. En Rochefort (Francia), Beato Felipe Papon († 1794), presbítero y mártir *.
13. En Qua Linh (Tonkín), San Pedro Da († 1862), mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTA TERESA DE PORTUGAL

Reina y monja († 1250)

Hoy podía presentarse a esta santa portuguesa como modelo relevante para tantos matrimonios o personas que tienen problemas —justificados o no— dentro de sus vidas conyugales. La solución dada a su situación hay que juzgarla como heroica, aunque sea la única normal y aceptable para la Iglesia.

Teresa nació en Coimbra el año 1175. Sus padres fueron el rey D. Sancho I de Portugal y D.ª Aldonza o Dulce de Aragón. Fue educada en la misma Corte, dentro de los más subidos valores cristianos, en aquellos siglos medievales, cuando se gestaba la estructura regional de la Península Ibérica, consecuencia de los avances de la Reconquista. Sucedía entonces con harta frecuencia que los asuntos políticos entre los reinos nacientes, además de las conquistas de las tierras varios siglos bajo dominio musulmán, se dirimieran con casamientos cargados de importantes connotaciones temporales, a veces lejos de las mismas normalidades de la persona, marginando incluso las exigencias de la fe eclesial.

Algo de esto se hizo patente en la joven infanta Teresa, que con 15 años de edad, dotada de extraordinaria hermosura y talento, la casaron por razones de Estado con Alfonso IX, joven de 19 años, rey de León en España, ambos primos hermanos. De la normal y feliz convivencia marital nacieron dos hijas y un hijo en los solos cinco años de vida conyugal.

Al llegar a la Santa Sede las informaciones sobre el hecho acaecido en España, el matrimonio fue anulado, como consecuencia del grado de parentesco entre los cónyuges, ya que no se había concedido la debida dispensa, exigida por las leyes canónicas. Este tipo de enlaces eran rechazados en aquellos tiempos por la sociedad y no eran dispensados por la Iglesia.

No se conformaron los esposos alegando que se trataba de un impedimento civil, que ellos mismos podían resolver. Por otro lado alegaban que su matrimonio era de interés público.

La Iglesia era gobernada entonces por Clemente III, que defendió la licitud y obligatoriedad de la doctrina pontificia.

Tampoco su sucesor Calixto III, el famoso cardenal Jacinto, que había intervenido en las negociaciones iniciales sin resultado positivo, cambió un ápice en las exigencias dictadas por el concilio que había tenido lugar en Salamanca en 1192, al que faltaron los obispos de Salamanca, Astorga, León y Zamora, ya que entendían también que se trataba de un impedimento civil, del que ellos, los reyes, podían dispensarse. Los prelados ausentes fueron excomulgados y los dos esposos regios, en 1195 o 1196, no tuvieron otra alternativa que la de aceptar su separación.

Teresa regresó a su tierra con sólo veinte años, llevándose únicamente a su hija pequeña, mientras los dos mayores siguieron con el padre. En esta situación el rey de León se casó nuevamente con doña Berenguela, hija de Alfonso VIII de Castilla y también primos entre sí y que después sería anulado, casándose nuevamente con una dama noble llamada Teresa Gil de Soberosa. Para entonces ya había engendrado otro hijo, el que luego sería Fernando III el Santo.

El hijo varón del primer matrimonio, Fernando, murió a los 14 años de edad. Las dos hijas, Sancha y Dulce, y la madre, ingresaron en el monasterio cisterciense de San Benito de Lorvao, muy próximo a Coimbra.

Allí la que fuera reina cumplió escrupulosamente las normas monacales. Ni un solo privilegio, ni la más leve excepción, ya en vida la convirtieron en llamativo aunque humilde ejemplo de religiosa entregada por completo a Dios.

De su boca jamás salió la más leve queja, ni en su corazón anidó por un instante el menor atisbo de rencor hacia quienes habían ensayado en ella otro tipo de vida, cuando aún era una auténtica niña. A quienes se acercaban hasta las rejas claustrales, más dolidos que ella misma, los adoctrinaba con ejemplaridad y los prevenía contra todo tipo de rencor o venganza. Es la madera de la que están hechos los santos.

Su conducta consiguió para España un acuerdo pacífico que hizo posible la actual España. Dos mujeres, una religiosa contemplativa y una reina dinámica, fueron las verdaderas artífices de la unión entre León y Castilla, que es tanto como decir el camino de la definitiva España.

Para asegurar los derechos de su hijo, Fernando III, doña Berenguela se entrevistó con Teresa en Valencia de Don Juan. Teresa renunció a todos los derechos de sus hijas mediante una pensión muy generosa, a pesar de que la última voluntad de Alfonso IX era favorable a las hijas. Además, como la mayoría de la nobleza no se había declarado por Fernando, ante el temor de una guerra civil, la sabiduría y la prudencia de las dos reinas allanó el camino, dando paso a la unión de Castilla y León, cimientos de nuestra actual España. Un favor que España no puede olvidar.

Murió como había vivido, en olor de santidad, a los 75 años, una larga vida para entonces. Era el 17 de junio de 1250. Fue enterrada en su mismo monasterio, junto a la tumba que ella había preparado veinte años antes, para su hermana Sancha, virgen clarisa, también santa, cuyos restos habían llegado hasta allí gracias a una argucia de Teresa, muy propia de aquella época. Fue beatificada por Clemente XI el 23 de diciembre de 1705. Su fiesta se celebra el día de su muerte. Los restos mortales se conservan aún dentro de la urna de plata primitiva, en el monasterio de Lorvao.

Las dos hermanas unidas en un mismo destino: la corte, el convento y la gloria. Se convierten así en un signo claro de los distintos caminos por los que se llega a la santidad. Desde entonces los sepulcros de ambas hermanas se convirtieron en el centro espiritual de Lorvao. Algo que comenzó ya en los tiempos de doña Sancha con claros signos del cielo.

Don José M.ª de Llanos nos lo recuerda:

> «Dicen que junto a ella —la tumba de Sancha— Doña Teresa pasaba horas y horas postrada en oración. Y dicen las crónicas del tiempo que en cierta festividad de San Bernardo la abadesa, Doña Goda, vio en el coro que Doña Sancha cantaba al lado de su hermana. Ésta también lo advertía y no permitió que la abadesa se dejase llevar de su admiración. Después, Doña Goda manda, en virtud de santa obediencia, a la ex reina Doña Teresa, que le diga si su hermana se le ha aparecido estando ya en el cielo o todavía en el purgatorio. "Ojalá usted y yo estuviésemos donde está ella", ha respondido la santa religiosa. No había modo de separarlas, ambas nacidas del mismo tronco, ambas se unían en el mismo amor. ¡Ah!, y también en una idéntica burla y olvido del mundo, en lo cual dejaban a los hombres de su patria y de la Iglesia todo un maravilloso tratado de las vanidades del siglo y de los encantos misteriosos del

convento [...] Teresa hizo el recorrido a través del matrimonio y su cruz más espantosa; Sancha por vía de la virginidad y su más heroico escondimiento».

JOSÉ SENDÍN BLÁZQUEZ

Bibliografía

Art. en *Enciclopedia universal ilustrada Espasa,* t.60, p.1222.
«D. María Teresa», en *Dicionário histórico, corográfico, heráldico, biográfico, bibliográfico, numismático e artístico,* IV (Lisboa 1904) 844.
LLANOS, J. M.ª DE, SI, *El desfile de los santos* (Madrid 1956) 602.

BEATO PEDRO GAMBACORTA

Ermitaño y fundador († 1435)

Pedro Gambacorta, ermitaño de la Tercera Orden Regular y fundador de la Congregación de Ermitaños Pobres de San Jerónimo, conocidos comúnmente como los *Girolamini,* nació el 15 de febrero de 1355 en Pisa (Etruria), de ahí el nombre de Pedro Gambacorta Pisano, o simplemente Pedro de Pisa con que también se le conoce. Hijo del matrimonio Gerardo Gambacorta y Niera Gualandi, llegó al mundo precisamente cuando la noble familia gambacortiana, políticamente venida a menos, había sido vencida por los enemigos. Su padre, Gerardo, de la antigua saga de los Gambacorta oriunda de Alemania, fue moderador de la República pisana. Su madre, Niera, mujer de gran piedad, estuvo en íntima relación epistolar con Santa Catalina de Siena. Pedro Gambacorta no pasaba de ser todavía un bebé, tendría sólo tres meses, cuando hubo de partir con sus padres al destierro de Florencia. Creció no obstante fuerte y robusto, normal y sano, como digno vástago heredero del ilustre linaje que hasta en el exilio conservaba intacta su ambición, unida todavía por entonces a un inolvidable poderío político.

La genealogía de los Gambacorta pone de manifiesto que se trata de una linajuda familia italiana, concretamente de Pisa, valga repetirlo, que intervino de forma activa en la cosa pública de dicha ciudad. Familia, por otra parte, en cuyo seno abunda de todo: conjuras, altercados, muertes más o menos violentas, éxitos y fracasos, emboscadas, rencores, recelos, envidias, rebelio-

nes y también, por supuesto, gestas, como la heroica defensa de la ciudad de Pisa. Llega esta famosa generación hasta el siglo XVIII De hecho, en 1701 Cayetano Gambacorta, príncipe de Macchia, es el jefe de la conjura contra la dominación española en Nápoles, intento por cierto que fracasa, razón por la cual Cayetano tiene que poner tierra por medio huyendo de la quema hasta encontrar refugio en Viena, donde acabará sus días corriendo el año 1703. El último de los Gambacorta será Francisco, muerto en 1725. Pues bien, a este clan pertenecieron la Beata Clara (1362-1420), fundadora del monasterio de Santo Domingo, y Pedro (1355-1435), asimismo fundador de la Congregación de los Eremitas de San Jerónimo, también llamado Beato Pedro de Pisa, o sea nuestro protagonista, que en 1381 instituyó la Orden de los frailes mendicantes de San Jerónimo, según vamos a ver.

Cuando su hermana Tora (diminutivo de Teodora) huyó de casa para convertirse en la Hermana Clara, Pedro no vaciló en unirse al hermano mayor Andrés para, ambos a dos, forzar la puerta conventual y llevarse de allí a la muchacha, maniobra que, a la corta o a la larga, acabaría siendo inútil En efecto, Teodora había sido prometida al joven Simón de Massa después de haberse ella ofrecido a Dios mediante ayunos y oraciones y dedicada de cuerpo y alma al servicio de los enfermos más repugnantes. Pero resulta que un buen día, apenas frisando ella los quince años, Simón su galán murió inesperadamente. Tora entonces se cortó los cabellos, abandonó los ricos vestidos que solía lucir y se refugió en un convento de clarisas donde cambió el viejo nombre de Teodora por el de Clara. Pero sus hermanos, que veían con malos ojos la repentina y ardiente vocación de su joven hermana conversa, no dudaron en arrancarla por la fuerza de aquellos claustros y llevársela consigo a casa, donde la tuvieron prisionera cincuenta meses, al cabo de los cuales, y en vista de que seguía en sus trece, tuvieron que desistir, respetar la granítica voluntad de la criatura y consentirle la entrada en las dominicas de Pisa, donde, después de no pocas vicisitudes, una consagración comprometida y una vida religiosa a toda prueba, además de la fundación en 1384 del monasterio pisano de Santo Domingo, acabó sus días en olor de santi-

dad, impresión corroborada por unas cartas suyas llenas de poética ternura franciscana y de lirismo ascético.

Aquel comportamiento de Teodora huyendo del mundo para encerrar a cal y canto su vida en un convento, la férrea voluntad de consagración demostrada en trance semejante y, en fin, el empeño de seguir contra viento y marea el rumbo emprendido, sin dar en ningún momento su brazo a torcer, impresionaron profundamente a Pedro el hermano. Más aún, puestos ya en el capítulo de estupores y sorpresas, diríase que fue aún más grande y desestabilizadora la huella que en su abatido corazón abrieron las muertes tanto del hermano como de la madre. En vista de lo cual, y de vuelta ya en Pisa el año 1369, abandonadas las ambiciones temporales, dejados a un lado los deseos de poder, apasionado por la vida ascética y con singular devoción a San Jerónimo, Pedro hizo primero un alto en el camino con los ermitaños de Bartolomé Bonone en Santa María del Santo Sepulcro, cercanías de Florencia, en la localidad denominada «alla Colombaia» o Camporese, conoció luego las otras sedes a la sazón famosas de la vida monástica, verbigracia Valumbrosa, Camáldula y la Verna, y terminó por retirarse definitivamente a la soledad, cerca de Urbino, en un silvestre paraje llamado Montebello.

Fue la vida de Pedro de veras admirable, luminosa, evangélica y aleccionadora por múltiples y diversas razones, ello es bien cierto, pero de manera especial, si se quiere, por la pobreza: ni tenía riquezas ni quería tenerlas. Hasta tal punto había arraigado en él esta hermosa virtud evangélica que dispuso para sus hermanos eremitas que se llamaran en adelante y fueran en verdad pobres de Cristo y pobres por Cristo. Era el camino que siglos atrás habían recorrido las Iglesias de Macedonia según recuerda San Pablo a los corintios:

> «Aunque probados por muchas tribulaciones, su rebosante alegría y su extrema pobreza han desbordado en tesoros de generosidad» (2 Cor 8,2). Era sobre todo el que Jesús de Nazaret había señalado con su invitación al joven rico: «Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos; luego ven, y sígueme» (Mt 19,21).

Cuentan los biógrafos que Pedro maceraba su cuerpo casi diariamente con ayunos y disciplinas, nunca se desentendía de la oración y un día sí y otro también ocupaba tiempo y habilidad

en las humildes labores diarias del monasterio Observaba escrupulosamente el ayuno en Cuaresma, desde el día de rogativas hasta Pentecostés; desde primeros de agosto hasta la Asunción, y desde el día de los difuntos hasta la Natividad del Señor: y ello en las ferias segunda, cuarta, sexta, y en el Sábado. Maceraba el cuerpo, valga repetirlo, casi a diario con ayunos, privaciones y aspérrimas disciplinas, salmodiando mientras tanto tres veces el *Miserere,* tres veces el *De profundis,* la *Salve Regina,* y recitando de igual manera otras oraciones. Tejía para sí rudos aunque limpios vestidos, y sobre la desnuda carne solía llevar el cilicio. Se alzaba siempre a media noche para alabar al Señor. Sólo dormía lo necesario sobre unas tablas cubiertas por una humilde estera De su boca no se escuchaban sino pensamientos santos y buenos consejos. Como era de buen conformar, en cuestión de aguante toleraba con mucha paciencia las calamidades de sus eremitas, a quienes regía con gran humildad y benignidad.

Un régimen de vida, como se ve, austero y penitente al que apunta el Concilio Vaticano II cuando en la constitución *Sacrosanctum concilium* dice:

> «El cristiano, llamado a orar en comun, debe, no obstante, entrar tambien en su cuarto para orar al Padre en secreto, mas aun, debe orar sin tregua, segun enseña el Apostol Y el mismo Apostol nos exhorta a llevar siempre la mortificacion de Jesus en nuestro cuerpo, para que tambien su vida se manifieste en nuestra carne» (SC 12)

Género de vida que había practicado siglos atrás San Antonio abad, padre y modelo de ermitaños, el cual, según refiere su biógrafo San Atanasio, para mejor resistir a la tentación cuando ésta arreciaba insidiosa en extremo y turbulenta velaba gran parte de la noche, si es que no la noche entera, comía una sola vez al día, después de la puesta del sol, y a veces pasaba dos y hasta cuatro días sin saciar el hambre, durmiendo en el suelo y limitando su refección a sólo pan y agua

Fue en Montebello donde Pedro tomó el hábito de la Tercera Orden de San Francisco, viviendo de limosnas Entregado a la referida vida austera y penitente, llegó a construir una iglesita y un minúsculo monasterio el año 1380. Sajanello, uno de sus mejores biógrafos e historiadores, escribe:

«Establecido en un monte, llamado Cesana, junto a Urbino, con las ofrendas de los fieles erigió un cenobio con una iglesiuca dedicada a la Santísima Trinidad» (o.c., 3).

En tiempos de Urbano VI (1378-1389), empezó a llevar túnica negra con escapulario pendiente por la espalda, y áspero manteo del mismo color. Ordenó, sin embargo, andar con los pies descalzos, sólo protegidos por unas elementales sandalias, algo duras por lo demás, que se llevaban mucho por Lombardía en tiempos de Martín V (1417-1431), cuando fueron aprobados. No se obligaban en cambio por profesión alguna de ningún voto, y conservaban la libertad de volver cuando quisieran al siglo: hasta que, reformados bajo San Pío V (1566-1572), se comprometieron con los tres consabidos votos de la vida religiosa y, en 1569, con la práctica de la vida en común bajo la Regla de San Agustín. Quedaron, eso sí, divididos en dos provincias, una y otra de las Marcas, a saber: Tarvisina y Anconitana, en cuyos eremitorios, hasta 46 llegaron a contar, sobresalía el convento napolitano Santa María de las Gracias.

Junto a nuestro joven eremita —tendría entonces unos 25 años— se recogieron otros ermitaños y discípulos, dando así vida a una fraternidad de eremitas que veneraban a San Jerónimo como patrón y maestro. La verdad es que los primeros compañeros fueron algunos malvivientes por él convertidos y transformados luego en devotos ermitaños, para quienes dictó una regla penitente y meditativa. Así es como empezó el rodaje ascético su Congregación de Hermanos Eremitas de San Jerónimo, también conocida como Pobres Ermitaños de San Jerónimo y, a partir de la muerte del fundador, Pobres Ermitaños del Beato Pedro de Pisa, o, más comúnmente aún, sobre todo en el lenguaje de la calle, los *Girolamini.*

Algunas fuentes refieren lo dicho con más lujo de detalles. De paso por tierras de la Etruria Pedro de Pisa, podemos leer en ellas, fue de pronto asaltado por una turba de malvivientes o desarrapados. El Espíritu del Señor se apoderó de Pedro con tal fuerza persuasiva que, transformado por dentro, cayó en la cuenta no sólo de que debía renunciar enteramente al siglo, sino también de trabajar con entrega y dedicación por la salud de estos infelices. Y se cuenta que, al desgaire de su discurso, aquellos corazones empezaron a reblandecerse y, excitados así a

penitencia según el ejemplo de San Jerónimo, o sea con la esperanza puesta en el perdón divino, decidieron seguirle por aquellos ásperos montes y establecerse con él lejos del mundanal ruido. Convictos de sus delitos, Pedro entonces suplicó para ellos la venia al Duce de Urbino, y con ellos se retiró a los amenos collados de Cesana, disfrutando del cielo saludable del lugar: fundó después en Montebello el primer oratorio de la nueva Congregación bajo la invocación de la Santísima Trinidad. Corría el año 1380, tiempos de Urbano VI (1378-1389).

Entre los numerosos grupos eremíticos italianos que a Gambacorta se unieron, sobresalen los de los bienaventurados Beltrán de Ferrara, Nicolás de Forca Palena y Ángel de Córcega, estos dos últimos arrastraron consigo a otros compañeros. Conviene, pese a todo, precisar que, en la segunda mitad del siglo XIV, las «observancias» se multiplicaban un poco por todas partes y reinaba por doquier gran confusión. Tanta, que algunos conventos franciscanos pasaron al movimiento de Pedro, como si se tratase de una nueva «observancia», y no ya de lo que eran en verdad: una institución eremítica y autónoma. Del Beato Nicolás de Forca Palena, sacerdote, ermitaño de la Tercera Orden Regular (1349-1449 [memoria el 1 de octubre]), que vivió a caballo entre los siglos XIV y XV y falleció el 1 de octubre de 1449, a la longeva edad de 100 años, se cuenta, por ejemplo, que en Roma, Monte Esquilino, fundó el eremitorio y la iglesia de San Onofre, que luego sería célebre andando el tiempo por haber hospedado dentro de aquellos muros al poeta Torcuato Tasso. Y bien, allí también se encontró varias veces con el Beato Pedro Gambacorta de Pisa, quien venía a Roma para impetrar la aprobación de su Congregación de San Jerónimo, es decir, de sus ermitaños *Girolamini*. Los dos santos se estimaban y se amaban con fraternal afecto.

La prueba del nueve llegó para nuestro Beato Pedro cuando, desprendido ya, según él creía, de su viejo mundo, vino a saber en 1393 que su padre había sido asesinado por instigación de un adversario, después de que allí mismo hubieran muerto tiempo atrás, y misteriosamente además, tres hermanos suyos. La antigua sangre de los Gambacorta hervía por dentro con un deseo irreprimible, casi pasión, de venganza. Sólo después de

un tenaz esfuerzo de autodominio consiguió serenarse y perdonar, recobrando la paz de su alma. El Evangelio acabó imponiéndose a la espada justiciera y la mansedumbre cristiana al odio vengador. La proverbial humildad y sencillez de los pobres de Cristo consiguió doblegar en el hondón de aquel espíritu atribulado a la prepotencia y al terror de los miserables que viven sólo de revancha, presa del ojo por ojo y diente por diente. Porque fue un momento difícil de verdad, de honda y sorda y terrible guerra interior. Pero la gracia había conseguido dulcificar lo bastante a este humilde siervo de Cristo como para superar un trance tan duro.

En los siguientes decenios Pedro Gambacorta, llevado del celo por la salvación de las almas, multiplicó las fundaciones de la Congregación en Urbino, Fano, Pésaro, Treviso, Padua, Roma y, sobre todo, Venecia, ciudad donde los ermitaños de San Jerónimo se fundieron con un grupo de terciarios franciscanos, en cuya compañía llegaron a fundar un hospital y un monasterio. Pedro iba a menudo a los diversos eremitorios donde sentía que era necesaria, o por lo menos oportuna, su presencia de guía espiritual, de padre y maestro en la fe, con el fin de formar y confirmar con el ejemplo y con la palabra en la vida eremítica y cenobítica a sus cada vez más numerosos discípulos.

Así y todo, su residencia ordinaria era Montebello, el apartado rincón al que desde el principio se había retirado, y donde con mayor facilidad podía gustar la más íntima unión con Dios en la oración común y privada, en la recitación salmódica y en el canto litúrgico, en la contemplación de las verdades de la fe, en el estudio y en el trabajo, en una vida, por decirlo de una vez, heroica de mortificación y penitencia, totalmente regulada por sabias normas disciplinares. Estos reglamentos o constituciones produjeron frutos de verdadera santidad: son, de hecho, diecisiete los beatos venerados en los altares que a ellas ajustaron su vida y muchos asimismo los venerables y religiosos muertos en olor de santidad cuyo espíritu, de acuerdo con tales normas, informó su espiritualidad.

La característica de los ermitaños era la extrema pobreza y el reclamo a la vida apostólica. Así viene a subrayarlo el jefe de

la República de Venecia, Antonio Venier († 1400), en un documento del 2 de diciembre de 1393 —lo aporta Sajanello— cuando escribe: «Hemos concedido a fray Ángel de Córcega y a sus compañeros, eremitas pobres, que conducen la vida de los Santos Apóstoles...». De tal suerte ardía Pedro de Pisa en caridad hacia Dios que muy pronto empezó a dar pruebas de poseer dentro de sí grandes y providenciales dones del cielo: mediante sus plegarias curaba de enfermedades, liberaba de los demonios y sacaba de apuros en no pocas ocasiones a sus propios Eremitas, como cuando, faltos de pan y vino, les abastecía milagrosamente de sobrado y sabroso alimento.

Pedro murió en Venecia el 17 de junio de 1435 a la edad de 80 años, después de haber visto aprobada su Congregación de los *Girolamini* el año 1421. Los papas Martín V y Eugenio IV (1431-1447) animaron vivamente y enriquecieron de privilegios esta nueva Institución religiosa, puesta sin tardanza bajo su protección y objeto frecuente de predilecciones por parte de la Sede Apostólica. Este instituto se extendió con rapidez por Italia y allende sus fronteras: Francia del norte, Bélgica, Hungría, Austria y sobre todo Alemania del sur En cuanto congregación eremítica alcanzó gran desarrollo y en el año 1444, nueve después de la muerte del fundador, se dio las constituciones, que la Santa Sede presentó más tarde como modelo para nuevas similares.

Pedro, pues, siguió de cerca el desarrollo del Instituto desde su eremitorio de Montebello de Urbino, atalaya monástica que raras veces dejó, y cuando lo hizo fue sólo por las causas arriba dichas. Sus hijos espirituales, los Eremitas de Fray Pedro de Pisa, profesaron austeridad y penitencia propias del eremo. Precisamente su fundador, ya octogenario, viajó, como he dicho, en 1435 a Venecia, en cuyos confines contaba con varias casas, para encontrarse con los que allí vivían alojados en una estrecha habitación junto a la parroquia de San Rafael. Viajó, pues, por asuntos de su congregación. Y en Venecia justamente, una vez anunciado el día de su muerte, recibidos con profunda veneración los sacramentos de la Iglesia y luego de haber exhortado a los suyos con pacíficas palabras a tener caridad recíproca, murió a los pocos días. Hay una corriente de opinión cuya tesis sostie-

ne que recibió cristiana sepultura junto al convento de las monjas agustinas, en la iglesia del monasterio de San Jerónimo. La realidad, sin embargo, es que el sitio exacto no se conoce con precisión: las pesquisas y búsqueda hechas especialmente en la iglesia del monasterio de San Jerónimo en Venecia, lugar el más probable, resultaron en su día infructuosas.

Inocencio XII (1691-1700) aprobó el culto al Beato Pedro Gambacorta el 9 de diciembre de 1693, historia ampliamente descrita en la biografía de Ferrara. Al fundador le fue reconocido por equivalencia el título de Beato (decreto del 10 de enero de 1693) y, algunos años más tarde, la Santa Sede autorizó el oficio religioso para la Orden y para la diócesis de Pisa, Urbino y Venecia. Fue San Pío V quien denominó Beato a Pedro de Pisa, decorándolo con tan alto honor, y por constitución del mismo pontífice impresa en el Bulario el 30 de marzo de 1571, concedió a la congregación por él fundada todos los privilegios de los mendicantes. También Clemente VIII (1595-1605) denominó Beato a Pedro de Pisa por Motu proprio fechado el 7 de septiembre de 1600, tal y como está en la constitución del mismo pontífice impresa el 23 de diciembre del mismo año en el Bulario. Toda la Iglesia católica asumió sin asomo de ninguna duda y de modo constante dicha denominación, hasta tal punto que nuestro Siervo de Dios fue comúnmente y por doquier así llamado y considerado. En 1729 se aprobaron el oficio y la misa del beato. Desdichadamente la Orden, andando el tiempo, iría decreciendo hasta que Pío XI (1922-1939) tuvo que suprimirla el 12 de enero de 1933 por falta de vocaciones: tan reducida había quedado que se hacía imposible la vida en común.

PEDRO LANGA, OSA

Bibliografía

Acta sanctorum, Junii, t.IV cols.533-549.

ADAUTO, P., *Compendio della vita del B. Pietro da Pisa* (Vicence 1929).

Art. en *Bibliotheca sanctorum.* VI: *Galena-Giustiniani* (Roma 1965) cols.26-28.

Art. en SOCIÉTÉ DES BOLLANDISTES (ed.), *Bibliotheca hagiographica latina antiquae et mediae aetatis,* II (Bruselas 1900-1901) 975.

BONUCCI, A. M., *Historia della vita e miracoli del b. Pietro Gambacorta, fondatore della congregazione de Romiti di Ss. Girolamo* (Roma 1716).

FERRARA, P., *Luci ed ombre nella cristianità del secolo XIV. Il B. Pietro Gambacorta da Pisa e la sua congregazione* (Ciudad del Vaticano 1964).

GALUZZI, A. M , «Gambacorta, Pietro, beato», en G. PELLICCIA - G. ROCCA (dirs.), *Diziionario degli Istituti di Perfezione* IV· *Figlie di Santa Teresa-Interciialagli* (Roma 1977) cols 1025-1026.

Martyrologium romanum, o c., 324, n. 10 *; 747.

PASCADOPOLI, E., «Gambacorta, Pietro», en *Enciclopedia católica.* V: *Ea-Gen* (Ciudad del Vaticano 1950) col.1919.

PASCHINI, P., «Gerolamini», en· *Enciclopedia Italiana.* Vol 16: *Franck-Guian* (Roma 1932) 827.

PIO XI, «Litterae apostolicae Ordo S. Hieronymi Congr. B. Petri de Pisis supprimitur (12-1-1933 [E. Card. Pacelli, a Secretis Status])»: *AAS* 25 (1933) 147-149.

PUCCI, B., *Vita del B Pietro Gambacurti da Pisa* (Foligno 1665).

RAHNER, H., «Einsiedler», en W. KASPER *et al.* (eds.), *Lexikon für Theologie und Kirche* III: *Damon bis Fragmentenstreit* (Friburgo 1959) 767-769.

SAJANELLO, G. B., *Historica monumenta Ordinis s. Hieronymi Congregationis b. Petri de Pisis,* I (Venecia 1728) 3-63.

BEATO PABLO BURALI D'AREZZO

Obispo († 1578)

La palabra «reforma» fue reiteradamente proferida a lo largo del siglo XVI con las más dispares intenciones y con muy variada fortuna. Eran los días del Renacimiento. Toda Italia, hondamente sacudida por el afán de la cultura grecolatina, vivía en la embriaguez de la belleza y de las formas estéticas. Pero el retorno al clasicismo, perdida la moderación, no pudo verificarse sin grave daño para la piedad y la vida cristiana. El espíritu del paganismo se infiltraba en las artes plásticas y en la literatura, en las diversiones públicas y en las costumbres, llegando a contaminar al mismo clero.

Lutero, en los castillos de Germania, lanzaba su grito de reforma aprovechando la corrupción reinante en ciertas esferas clericales para rebelarse contra el pontificado y propagar los errores de su secta. El papa León X reunía en 1512 el V Concilio de Letrán para promover una auténtica y sana reforma de costumbres, bajo el lema con que Egidio Canisio de Viterbo iniciaba el programa de renovación en el discurso inaugural del concilio: «Los hombres han de ser trocados por la religión, no la religión por los hombres», pero la legislación conciliar había quedado en letra muerta por la ineficacia de la acción oficial ante los estragos de la Roma pagana, que intentaba arrollar a traición la Roma de Pedro y de Pablo.

El Oratorio del Amor Divino, aparecido en Roma y otras ciudades de Italia como un cenáculo de almas selectas dedicadas totalmente al servicio de Jesucristo y su Iglesia, brindaba un fermento de enorme capacidad constructiva y renovadora, creando un clima de austeridad y de vida sobrenatural que iniciaba la tan ansiada Reforma sobre las bases seguras de la santificación personal.

Uno de los fundadores del Oratorio romano fue San Cayetano de Thiene, protonotario apostólico en la corte pontificia. Pronto comprendió el virtuoso prelado que las metas del Oratorio del Amor Divino debían ser rebasadas con un despliegue más general de fuerzas y una estrategia más acusadamente sacerdotal y apostólica. Para ello, en aquel mismo ambiente de fervor religioso, elaboró su plan genial de reforma católica, cifrado en la restauración de la forma de vida apostólica para la santificación del clero, a fin de que, restituido éste a su excelsa categoría de sal de la tierra y luz del mundo, fuera digno instrumento para lograr, a las órdenes del Papa, la ansiada renovación de la vida cristiana.

Con tan santos y ambiciosos proyectos fundaba Cayetano de Thiene en la basílica de San Pedro, el día de la exaltación de la Santa Cruz de 1524, la Orden de los Clérigos Regulares, llamados después «teatinos», en compañía de Juan Pedro Carafa, arzobispo de Brindis y obispo de Chieti, que había renunciado a las dos sedes; de Bonifacio de Coille y de Pablo Consiglieri. Sobre el mismo sepulcro de San Pedro, del centro de la iglesia santa, como escribió Pío XI, surgió, pues, el gran movimiento de la reforma católica encabezado por Cayetano y sus hijos, los cuales abrieron un nuevo capítulo en la historia del estado religioso al señalar rutas inéditas a la vida canónica sacerdotal y dar paso a las sucesivas Órdenes de clérigos regulares.

Este fermento renovador de la obra de San Cayetano penetró en las altas esferas eclesiásticas y transfundió su savia a los más delicados órganos del gobierno pastoral. Cuando el papa Paulo III decidió, por fin, convocar un concilio ecuménico que acometiera la reforma católica con garantías de éxito, no podía fiarse del ambiente frívolo que le rodeaba, so pena de repetir la triste experiencia de una legislación inoperante. Era de absoluta

necesidad crear un clima adecuado e instalar en la curia romana a los personajes más caracterizados por sus ardientes deseos de reforma para encargarles la preparación del concilio. Con tal motivo fueron llamados al Vaticano para recibir la púrpura cardenalicia las figuras más señeras del Oratorio del Amor Divino, y en primera línea el obispo de Chieti, Juan Pedro Carafa, el más ilustre compañero de San Cayetano y que más tarde fue Papa con el nombre de Paulo IV.

Cuando, reunido ya el concilio de Trento, los Padres acuñaban en sapientísimos cánones todo el vasto programa de reforma católica, las Órdenes de clérigos regulares ofrecían en numerosas e importantes facetas de la vida y del apostolado sacerdotales la norma justa y esplendente que había preparado e hizo fructificar la reforma tridentina. Una vez terminado el concilio debía comenzar la ingente y humanamente ingrata tarea de poner en marcha todo el colosal engranaje de la legislación reformadora, la cual, sin un nutrido cuadro de obispos celosos y competentísimos, podía quedar reducida a un mero código, ineficaz.

Uno de los mayores méritos que puede atribuirse a la obra de San Cayetano es el haber brindado a la sede apostólica una cantera de varones integérrimos que, elevados a las sillas episcopales, supieron infundir espíritu y vida a la legislación del Tridentino para implantar con firmeza y sabiduría en sus diócesis la auténtica reforma católica. Entre ellos destaca, con fulgores de santidad y exquisitas dotes de gobierno, el Beato Pablo Burali d'Arezzo.

En la población de Itri, situada cerca de la costa meridional de Italia, entre Fondi y Gaeta, nacía en 1511 el segundo de los cuatro hijos que concedió el cielo a los nobles esposos Pablo Burali de Arezzo y Victoria Olivers, siéndole impuesto en el bautismo el nombre de Escipión. La antigua familia de los Burali procedía de la ciudad toscana de Arezzo y se había distinguido por los meritorios servicios prestados a la monarquía en el reino de Nápoles. El padre de Escipión era gentilhombre del rey católico de España y diplomático al servicio de Clemente VII. Su madre, Victoria Olivers, pertenecía a la alta nobleza de Barcelona.

La infancia del gentil retoño de los Burali se caracterizó por precoces manifestaciones de una inteligencia despejada, ardien-

tes muestras de amor a Dios y generosos sentimientos de compasión y afecto hacia los pobres y desgraciados. En el año 1524, en que Cayetano de Thiene fundaba en Roma su Orden de clérigos regulares, la antigua universidad de Salerno abría sus puertas al joven Escipión, que en la flor de sus trece años emprendía la ruta de sus estudios literarios para ser más tarde gloria fulgente de la misma Orden.

Pocos años después fue Bolonia, la milenaria y docta ciudad de las cien torres, la que con el prestigio de su rancio abolengo cultural atrajo las miradas y el corazón del joven D'Arezzo. En su célebre universidad, que resplandecía como «antorcha del derecho», completó su formación intelectual y cursó con brillantez los estudios de derecho civil y canónico, desentrañando ágilmente los áridos latines del *Digesto,* del *Decreto* de Graciano y de las decretales de los pontífices, que eran los textos vigentes en aquel tiempo. En la grave teoría de sus togados profesores emerge la relevante figura de Hugo Buoncompagni, el futuro Papa reformador del calendario, del cual será Burali, al correr de los años, colega en el Sacro Colegio Cardenalicio. En una época en que no existía una clara línea divisoria entre las disciplinas sacras y profanas, el novel jurisconsulto fue investido a los veinticinco años con la birreta doctoral en ambos derechos, avalando su ciencia jurídica con una profunda formación en teología dogmática y moral.

El foro napolitano fue la palestra donde, por espacio de doce años, ejerció el flamante jurista su carrera de abogado. Sus excepcionales dotes de prudencia y sinceridad, su insobornable lealtad y su acrisolado amor a los pobres, le granjearon bien pronto las generales simpatías de los napolitanos, los cuales rindieron homenaje a su sabiduría y a su virtud al designarle con este mote asaz honorable y expresivo: «el doctor de la verdad».

En 1550 una fuerte crisis religiosa, acompañada de lacerantes escrúpulos, le obligó a dejar las ocupaciones del foro para retirarse a su amada soledad de Itri y buscar en el silencio y trato íntimo con Dios la ruta definitiva que diera paz y consuelo a su espíritu. A los dos años el virrey de Felipe II, don Pedro de Toledo, le llamó otra vez a Nápoles y le nombró consejero regio

y juez de lo criminal. Con repugnancia, y sólo por consejo de su director espiritual, aceptó Burali estos importantes cargos, que procuró servir con toda fidelidad y diligencia.

Pocos años antes, en 1547, había fallecido santamente, en la casa teatina de San Pablo el Mayor, Cayetano de Thiene. La bella Parténope, que había recibido con gozo el apostolado multiforme del fundador de los teatinos, postrada ahora ante su sepulcro, se nutría de su enjundiosa espiritualidad e imploraba su celestial protección. El padre Juan Marinonio, compañero e íntimo amigo de Cayetano, había recogido su herencia y presidía la Casa de San Pablo con la madurez de un magisterio lúcido en la dirección de los espíritus.

El jurisconsulto Burali frecuentaba la Casa de San Pablo y era hijo espiritual de Marinonio, lo mismo que otro abogado famoso, Andrés Avelino, que era ya sacerdote. Conquistados ambos por la espiritualidad teatina, suplicaron a su director y prepósito de la Casa su ingreso en la Orden, haciendo juntos el noviciado bajo la sabia dirección del mismo Marinonio. Exquisita amistad de tres almas excelsas, que se compenetraron tan intensamente hasta escalar las tres cumbres de la santidad y ser venerados en los altares. Más tarde un discípulo de Avelino, el padre Lorenzo Escúpoli, acuñará en uno de los más famosos libros de ascética, *El combate espiritual,* esa recia espiritualidad teatina que provocó el clima de la reforma católica y troqueló tan egregias figuras de santidad.

Al ingresar Burali, en 1557, en la Orden de clérigos regulares cambió su nombre de Escipión por el de Pablo, cuyo amor a Cristo deseaba imitar. La humildad y el desprecio absoluto de los bienes terrenos son notas básicas de la espiritualidad teatina. Por ello, al solicitar a sus cuarenta y seis años su entrada en la Orden, pidió ser admitido en calidad de hermano coadjutor, porque se reputaba indigno del ministerio sacerdotal. Marinonio no sólo no accedió a sus deseos, sino que, antes de terminar el noviciado, le mandó recibir las órdenes menores y el subdiaconado. En la festividad de la Purificación de María de 1558 emitió el antiguo consejero regio su profesión religiosa, y pocos meses después fue ordenado diácono y presbítero, celebrando su primera misa el domingo de Pascua de Resurrección.

Entonces comenzó la lucha entre la humildad del padre Burali, que desplegaba toda su sagacidad para esquivar honores y dignidades, y la providencia del Señor, que se complacía en elevarlo a los más altos cargos para que fuera uno de los mejores adalides de la reforma católica. Venció el brazo de Dios, que quiso hacer cosas grandes en su siervo. Pero éste exclamará humildemente a lo largo de su vida, con los ojos arrasados en lágrimas: «Dios le perdone al padre Juan, que quiso que yo me ordenase sacerdote».

El capítulo general le nombró en 1560 prepósito de la Casa de San Pablo, y poco después Felipe II le ofreció el obispado de Cortona y el arzobispado de Brindis. El padre Burali los rehusó muy de corazón, no sin haber recibido un aviso del papa Pío IV, que le decía: «Te ruego aceptes estos cargos, que podrán ser gravosos para ti, pero serán provechosos para las almas».

En 1565, temerosos los napolitanos de que Felipe II implantara en el reino la Inquisición española, decidieron enviar a Madrid una embajada prestigiosa que disuadiera al monarca de tal propósito. La ciudad escogió al padre Burali para llevar a término tan delicada misión diplomática. La elección fue vista con muy buenos ojos por el virrey don Perafán de Ribera, duque de Alcalá, y por la misma Santa Sede. Burali se resistía con todas sus fuerzas. Carlos Borromeo, secretario de Estado de Pío IV, tuvo que escribirle varias cartas en nombre del Papa y, por fin, un mandato formal para que aceptara la embajada.

El padre Burali fue acogido en Madrid con singulares muestras de consideración y de afecto. Felipe II le recibió con toda deferencia, escuchó atento el mensaje de la ciudad y prometió estudiarlo con cariño, queriendo que el embajador napolitano celebrara la misa en su presencia en la capilla del real alcázar. Con motivo de las fiestas de Navidad se ausentó el monarca de la capital, esquivando dar en un asunto tan vidrioso como el de la Inquisición una respuesta categórica. Burali se mantuvo impertérrito en la corte, fiel a su legacía. Después de varios meses de ausencia regresó Felipe II a Madrid y accedió, en parte, a los deseos de los napolitanos, a los cuales prometió en breve una visita. Conmovida la ciudad, tributó a su embajador un recibimiento triunfal, que revistió caracteres de fervoroso plebiscito.

Nombrado en abril de 1567 prepósito de la Casa de San Silvestre, de Roma, el padre Burali pasó a residir en la Ciudad Eterna. El papa San Pío V desplegaba una enérgica actividad apostólica para convertir en sustancia y vida de la Iglesia los decretos reformadores del concilio de Trento. San Carlos Borromeo, cardenal arzobispo de Milán, implantaba en su sede la reforma con celo enardecido. La vecina diócesis de Plasencia vegetaba en franca decadencia religiosa. El padre Burali fue preconizado obispo de la misma en el consistorio de julio de 1568. Esta vez su humildad no pudo hallar escapatoria. Obligado por el Papa, recibió la consagración episcopal el 1 de agosto siguiente en la propia iglesia de San Silvestre, de manos del cardenal de Pisa, monseñor Escipión Rebiba, haciendo su entrada solemne en la diócesis el 29 de septiembre.

El celo pastoral del prelado, unido al talento y sentido humano del antiguo jurista, transformaron en plazo breve la diócesis placentina, promulgando en ella la legislación del Tridentino. Animado por el espíritu litúrgico de la Orden, restauró la catedral y veló por el esplendor del culto divino, asistiendo cada domingo a la misa mayor y a las vísperas. Llamó a los teatinos, capuchinos y somascos para que fundaran en la diócesis. Pero centró toda su actividad apostólica en tres empresas importantísimas, pilares básicos de la reforma católica: la visita pastoral, que realizó meticulosamente varias veces; el sínodo diocesano, que celebró dos veces, y la fundación del seminario, uno de los primeros de Italia, y cuyo primer director espiritual fue San Andrés Avelino, el cual se multiplicaba para complacer a sus dos amigos Burali y Borromeo.

En el consistorio del 27 de mayo de 1570, San Pío V creó al obispo de Plasencia cardenal presbítero del título de Santa Pudenciana. Otra gran «tribulación» para el obispo teatino —así calificaba él a los honores—, al cual no quedó más remedio que ir a Roma para recibir el capelo de manos de Su Santidad. Al retornar a su diócesis, toda Plasencia saltó de júbilo y dispensó al que llamaba «el obispo santo» un recibimiento apoteósico.

Mas los cantos de alegría se trocaron en lágrimas de dolor al ser promovido en 1576 a la sede arzobispal de Nápoles. Durante ocho años había laborado incansable en la diócesis placenti-

na, en amigable colaboración con San Carlos Borromeo, asistiendo al III Concilio provincial de Milán que éste convocó. Reunido en 1572 el cónclave que debía dar sucesor a San Pío V, los votos de los purpurados se polarizaron en torno a dos grandes figuras del sacro colegio: Hugo Buoncompagni y Pablo Burali. Elevado aquél al solio de San Pedro con el nombre de Gregorio XIII, quiso recompensar el celo reformador de su antiguo alumno de Bolonia enviándole a la sede de San Jenaro.

En Nápoles desplegó el cardenal Burali el mismo celo apostólico y renovador. Pero a los dos años escasos, macerado por las mortificaciones y agobiado por los achaques, la fractura de una pierna le llevó al sepulcro. Devotísimo siempre de la Santísima Virgen, había hecho edificar un templo en su honor y visitaba con fervor sus imágenes más veneradas. Con frecuencia se le veía con el rosario en la mano y cada noche lo rezaba con sus familiares. Postrado ahora en el lecho del dolor, recibidos con ejemplar piedad los Santos Sacramentos, hizo colocar junto a su cama una imagen de María y, fijando en ella su mirada de hijo amantísimo, expiró santamente en el ósculo del Señor el día 16 de junio de 1578, a los sesenta y siete años de edad.

El papa Clemente XIV, el día 18 de junio de 1772, procedió a la beatificación de este hijo insigne de San Cayetano, que por su extraordinario celo en favor de la reforma católica mereció el título de «obispo ideal del renacimiento tridentino».

PEDRO ANTONIO RULLÁN FERRER, CR

Bibliografía

BAGATTA, G. B., CR, *Vita del venerable servo di Dio Paolo Burali d'Arezzo della religione de Chierici Regolari* (Verona 1698).

BONAGLIA, J. B., CR, *Vita del Beato Paolo Burali d'Arezzo, Chierico Regolare* (Turín 1772)

VERGARA, C., *Vida del venerable siervo de Dios Paolo Burali d'Arezzo* (Madrid 1772).

MOLINARI, P., «Il card. teatino Beato Paolo Burali e la riforma tridentina a Piacenza»: *Analecta Gregoriana* (1957).

- Actualización:

LINARI, C., *Il Beato Paolo Burali d'Arezzo, C.R. (teatino), vescovo di Piacenza, arcivescovo di Napoli, cardinale del titolo di S. Prudenziana. Cenni biografici nel 4 centenario della morte (1578-1978)* (Vicenza 1978).

PONTIERI, E., *Un arcivescovo riformatori nella Napoli post-tridentina: il cardinale Paolo Burali d'Arezzo* (Nápoles 1971).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN HIPACIO
Hegúmeno († 446)

Parece que era natural de Frigia e hijo de un letrado que quería que su hijo siguiera sus pasos y por ello no veía con agrado la inclinación del muchacho a la vida monástica. Hipacio terminó por huir de su casa y luego de haber trabajado como pastor en Tracia se unió a un asceta, Jonás, con el que fundó un monasterio que empezaba a ser floreciente cuando lo destruyeron los hunos en una de sus correrías.

Entonces se fue con Jonás a Constantinopla a pedir limosnas para la región devastada por los bárbaros y aquí encontró a su padre, con el que hizo las paces. Mientras Jonás se quedaba en Constantinopla, Hipacio pasó el Bósforo y se hizo cargo del monasterio llamado de los rufinianos —por el nombre de su fundador— en el sitio conocido como La Encina, en un suburbio de Calcedonia, y donde se tuvo un célebre sínodo contra San Juan Crisóstomo. Retirados de él los monjes en 393, el monasterio se hallaba en ruinas. Superando dificultades Hipacio lo reconstruyó y ayudado de dos compañeros, Timoteo y Mosquión, logró una numerosa comunidad en el monasterio y se acreditó como hegúmeno del mismo, recibiendo la visita de personas de la casa imperial y aun del propio emperador Teodosio II. Comenzó a tener fama de santo y a atribuírsele muchos milagros. Fue un campeón de la ortodoxia frente al nestorianismo. Se opuso a la restauración de los juegos olímpicos porque los veía como un resurgir del paganismo. Murió el año 446, el 17 de junio según los menologios.

SAN RAINERIO DE PISA
Penitente († 1160)

San Rainerio es el patrón de Pisa y su tumba se halla en la bella catedral de la ciudad. Su nombre era Rainerio (o Raniero) Scaccieri, hijo de una acomodada familia pisana. En su juventud

fue frívolo y disipado, pero un familiar suyo, preocupado por él, lo puso en contacto con Alberto Leccapecore, religioso del monasterio de San Vito, con fama de santo, el cual supo infundirle el deseo eficaz de vivir una vida de estrecha unión con Dios. Hizo una peregrinación a los Santos Lugares, donde tuvo notables experiencias místicas y de donde regresó al cabo de años, vistiendo una túnica basta y dedicado por completo a su santificación. Vuelto a Pisa y recibido por toda la ciudad con gran respeto y veneración, vivió, sucesivamente, en la abadía de San Andrés y en la de San Vito, pero sin emitir nunca los votos religiosos ni recibir las sagradas órdenes.

Se sentía llamado a hacer apostolado entre sus conciudadanos, y por ello hablaba muchas veces en público, predicando las verdades eternas y señalando a todos el camino del evangelio. La gente, que le escuchaba con gran interés, le atribuyó numerosos milagros. Murió el 17 de junio de 1160, y parece que lo canonizó el papa Alejandro III.

BEATO FELIPE PAPON

Presbítero y mártir († 1794)

Felipe Papon nació en Saint-Pourçain, en el Allier, el 5 de octubre de 1744, hijo de un boticario. Parece que hizo sus estudios en Moulins y consta que ya en 1763 había recibido la tonsura. Se ordena sacerdote en 1768 y tiene como destino ser vicario en la parroquia de Contigny, a donde llega en junio de 1769.

En 1772, a la muerte del párroco de Contigny, es designado para sucederle y en los años siguientes él cumple con regularidad y honestidad sus funciones como pastor de esta comunidad cristiana. En 1790 era, además de párroco, alcalde de la población. Y se ve en la difícil circunstancia de tener que prestar el juramento de aceptación de la constitución civil del clero. Lo prestó el 30 de enero de 1791 pero con restricción, lo que le desagradó al directorio del distrito, por lo que hubo de repetir el juramento el día 27 de febrero siguiente, igualmente con una restricción, pero esta vez el directorio no dijo nada, y por ello su nombre apareció en la lista de sacerdotes juramentados del día

2 de marzo. A partir de este momento él estuvo dividido entre su deseo de permanecer fiel a la Iglesia, por un lado, y su deseo de no ser alejado de sus feligreses, por otro. El 8 de mayo él expuso esta perplejidad a los feligreses y su sermón causó un gran revuelo, que provocó una investigación abierta por el directorio. Se llevó a cabo el día 19 de mayo y al siguiente día se decretó que estaba cesante de su cargo de párroco, llegando un sustituto el día 22. Con lágrimas en los ojos hubo de dejar su parroquia, pero prometió que la Pascua del año siguiente la celebraría con sus fieles.

Se quedó en el pueblo, lo que no podía menos que resultar peligroso. Le escribió al legítimo obispo de Clermont, mons. De Bonnal, explicándole el sentido de su juramento (20 de enero de 1793). Le mandan en febrero una carta pastoral sobre la Cuaresma y él no duda en repartirla entre sus cercanos. Como era de esperar, el 16 de marzo, el directorio de Moulins toma una determinación contra él y el directorio del departamento la confirma. El 12 de abril comparece ante el juez Pélassy, del tribunal de Moulins, y como resultado del interrogatorio se le dice que sus juramentos con restricciones no pueden ser aceptados y se le declara no juramentado o renuente. El 17 de mayo comparece ante el tribunal de lo criminal del Allier y se le imputa haber perturbado el orden público con propósitos fanáticos y sediciosos al haber distribuido una publicación de estas características. El juez lo condena a una corrección y a un año de arresto. En carta a las autoridades afirmó que él deseaba ser fiel tanto a la patria como a la Iglesia pero que le ponían en condiciones muy difíciles de compatibilizar ambos amores.

Como igualmente se niega al juramento de libertad-igualdad, es condenado a la deportación y se le envía a Rochefort, constando que estaba ya a bordo del Borée el día 13 de abril de 1794, de donde pasa al Deux Associés. Aquí enferma prontamente y muere el 17 de junio de aquel año, siendo enterrado en la isla de Aix. Había logrado llevar consigo hostias consagradas, que fueron de gran consuelo entre los detenidos. Cuando se vio muy enfermo se las dio a los sacerdotes que hacían de enfermeros. Pudo así, pese a las pesquisas que se hicieron para quitarles a los sacerdotes todo objeto religioso, conservar tan gran te-

soro y poder recibir al Señor antes de morir, y lo había dado con gran celo a otros moribundos. Lo beatificó el papa Juan Pablo II el 1 de octubre de 1995.

SAN PEDRO DA
Mártir († 1862)

Pedro Da era del mismo pueblo, Ngoc-Cuc, que los cinco mártires vietnamitas de ayer, y fue detenido con ellos el mes de diciembre de 1861. Pero no acompañó a sus correligionarios al mismo punto de destierro sino que se le envió a Quang-Linh y aquí fue encerrado en la cárcel. Él no era un rico terrateniente como los otros cinco mártires, sino un modesto carpintero que, además, colaboraba con la Iglesia siendo el sacristán de la iglesita del pueblo. Luego de unos meses en la cárcel fue decapitado el 17 de junio de 1862. Lo canonizó el papa Juan Pablo II el 19 de junio de 1988.

18 de junio

A) MARTIROLOGIO

1. En Roma, en el cementerio de Balbina de la Via Ardeatina, los santos Marcos y Marceliano († 287), mártires.
2. En Trípoli (Fenicia), San Leoncio († s. IV), soldado y mártir.
3. En África, los santos Ciriaco y Paula († s. IV), mártires *.
4. En Burdeos (Aquitania), San Amando († s. V), obispo *.
5. En Sicilia, San Calogero († s. V), ermitaño *.
6. En Schönau (Renania), Santa Isabel († 1165), virgen, abadesa benedictina **.
7. En Mantua (Lombardía), Beata Hosanna Andreasi († 1505), virgen, terciaria dominica **.
8. En Padua (Véneto), San Gregorio Barbarigo († 1697), obispo y cardenal **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTA ISABEL DE SCHÖNAU

Virgen y abadesa († 1165)

Cuando afrontamos la vida de Isabel de Schönau, abordamos simultáneamente uno de los fenómenos más peculiares de la vida religiosa: la vida mística en su vertiente visionaria. Sin duda, ha sido la Edad Media uno de los momentos en los que más intensamente se ha vivido este fenómeno. Prueba de ello son Isabel de Schönau y su contemporánea, Hildegarda de Bingen, natural también de las mismas tierras. Ambas, magníficos exponentes de lo que habría de ser una zona fecunda en lo que a la mística se refiere: las comarcas bañadas por el curso medio del Rin.

Conviene preguntarse al introducir una figura como Isabel de Schönau el porqué de esa abundancia de visiones místicas en la Edad Media. Un estudioso de este fenómeno señala que esta época de la historia de occidente se encuentra, más que ninguna otra, invadida por el pensamiento en la vida que se encuentra después de la muerte. De ese modo, para la gente de aquel momento, sólo teniendo en consideración lo que sucede en el lado de allá, puede cobrar sentido lo que acaece en este lado de acá. Sólo en la hora de la muerte y del Juicio Final se tocan ambos mundos. A través de las visiones se le concede la posibilidad al hombre de tener, todavía desde este lado de acá, una mirada hacia lo que pueda ser la vida del otro lado.

Los monasterios del curso medio del Rin se encontraban fuertemente influidos por la mística de Bernardo de Claraval, que junto a la enseñanza de la escuela de San Víctor de París facilitó que la mística de Dionisio el Areopagita encontrara en estos claustros un lugar apto para su florecimiento. Y es en este marco, místico a la vez que escatológico, en el que se inscriben las visiones de Isabel de Schönau. Mientras que la mística de su contemporánea Hildegarda llega a unas cumbres solitarias que la sitúan fuera de su contexto histórico, por el contrario Isabel es un reflejo del estado de la experiencia espiritual de su época.

Una leyenda posterior habla de su origen en una casa sencilla y pobre, pero la verdad es que procede con toda seguridad de una familia nobiliaria renana que no carecía de importancia. Si bien de la familia paterna no tenemos demasiados datos, su procedencia materna es más clara. Entre otros, se conoce un tío abuelo del lado materno, el obispo Egberto de Münster (muerto el 9 de enero de 1132), íntimo consejero del emperador Lotario. Este pariente, que, como obispo, ardió en un piadoso celo, fue además predicador famoso, activo reformador monástico y estuvo siempre preocupado por la mejora de las costumbres del clero, todo lo cual hace pensar en los rasgos de la obra y de la manera de ser de Isabel.

Isabel nació en una familia numerosa, de la que se conoce sólo el nombre y la dedicación a la vida religiosa de dos de sus hermanos. El más querido por ella, que más tarde sería su más íntimo consejero espiritual, Egberto (1130-1184), fue canónigo de San Casio y San Florencio (hoy, Münster) de Bonn, una de las iglesias más relevantes de la diócesis de Colonia. En respuesta a los ruegos insistentes de su hermana, de aquí pasaría en 1155 a ser monje en Schönau.

Isabel, por su parte, que había nacido en 1129, siguiendo las costumbres de su época, fue encomendada a los doce años de edad (en 1141 o 1142) al monasterio de Schönau, monasterio benedictino dúplice fundado en 1117 por el Conde Tuto de Laurenburg como Priorato del conocido monasterio de Todos los Santos de Schaffhausen. En 1126 se convirtió en Abadía independiente. Parece que muy pronto surgió la comunidad de monjas no lejos del monasterio de los monjes, de cuyo abad dependía, pero que estaba guiada por una propia *magistra* (maestra).

En el año 1147 tuvo lugar la vestición monástica de la joven Isabel a sus dieciocho años. Desde la niñez había padecido enfermedades que la habrían de acompañar a lo largo de su vida. De los primeros cinco años de vida conventual no tenemos ningún dato relevante, pero muy pronto se vio afligida con diversas enfermedades, ansiedad y depresiones.

En medio de incesantes mortificaciones, a cada nuevo sufrimiento que el Señor disponía para ella, añadía ella, por su parte,

voluntariamente, el sacrificio de otras tribulaciones, como la cadena que permanentemente llevaba debajo de su áspero vestido, o la increíble frugalidad de sus comidas.

En el año 1152, en torno a Pentecostés, cayó Isabel en una depresión muy profunda. Rechaza todo tipo de alimentación, experimenta simultáneamente un intenso miedo al pecado y dudas en la fe, todo lo cual hace que se le presente como única salida el suicidio. Finalmente, después de diez días, la crisis se resuelve en una serie de éxtasis visionarios que serían recurrentes desde este momento hasta su muerte.

Desde el principio se diferencian el carácter extático de las visiones de Isabel de las historias relatadas por Santa Hildegarda. Esta última recibió la gracia de la visión profética desde la niñez. Según ella misma, sus ojos estaban abiertos, no la asaltaba ningún tipo de éxtasis, sino que veía día y noche, despierta y no durmiendo.

En Isabel nada sugiere que hubiera tal tipo de dones innatos. Con los éxtasis anteriormente descritos comienza repentinamente su vida visionaria a los 23 años de edad, acompañada desde el principio por serias molestias físicas, como fuertes dolores en los miembros, opresión del corazón, estado de angustia, convulsiones y parálisis. A menudo quedaba inconsciente, quedando como muerta. A continuación pronunciaba palabras tomadas de la Biblia, algunas veces en latín y otras en alemán. Según Egberto, Isabel nunca había recibido de nadie ningún tipo de instrucción en el latín hablado o escrito, aunque seguramente podía entender algo por el uso diario el Salterio y la Escritura.

A menudo le asaltaron a Isabel los éxtasis durante la celebración de la liturgia, en el momento en el que es más intenso el recogimiento y devoción de los fieles. Con frecuencia entró en éxtasis durante la celebración del oficio matutino por la mañana temprano, en estado de ayunas, perdiendo a continuación la conciencia.

Entre los años 1152 y 1155 se desarrolla progresivamente su vida visionaria. Tras la depresión del año 1152, se le acerca el *tentador* bajo diversas formas, siendo consolada por una aparición de la Madre de Dios. Lentamente se hacen las visiones más

frecuentes, estando su contenido en estrecha relación con la fiesta del santo recurrente en el calendario. Posteriormente se introducirán diálogos con las apariciones que se prolongarán a lo largo de diversas visiones. Isabel tiene también un trato frecuente con la Sagrada Escritura, en particular de los Salmos y el Apocalipsis, lo que encuentra en sus visiones un lugar privilegiado. Junto a los acontecimientos bíblicos, se representa dramáticamente en su visión interior la pasión de Cristo.

El lugar que ocupa Isabel en la historia de la mística se sitúa entre el temor de Hildegarda y el fervor de los místicos posteriores. Así, por ejemplo, en Isabel, María es Reina del cielo, mientras que el Niño Jesús aparece como el sublime Redentor, no como un niño encantador, como lo sería en la devoción posterior.

Tras estas primeras visiones, la entrada en 1155 de su hermano Egberto como monje en Schönau supone para Isabel un corte decisivo en su vida. Con la llegada de éste, que gobernaría el monasterio como abad tras Hildelin hasta su muerte en 1184, empieza a experimentar Isabel el consuelo y una gran paz. En consecuencia, éste habría de ejercer un gran influjo sobre Isabel, siendo él el que nos ha transmitido la obra de su hermana, plagada, sin duda, de rasgos femeninos que la hacen indudablemente auténtica. Lo que el abad Hildelin anteriormente había hecho aisladamente en alguna ocasión, se convertirá en una costumbre en el caso de Egberto. Invita a que su hermana consulte sobre aspectos de sus visiones que son dudosos o contradictorios con la teología de su época, convirtiéndose así en el verdadero espíritu que guía el tema unificador de diversas visiones. Su fama como vidente, a partir de este momento, se extiende más allá de los estrechos muros de Schönau gracias a Egberto.

La fertilidad visionaria de Isabel alcanza su punto más alto justo después de la entrada de Egberto en Schönau. Así, de esta época (1156-1157) proceden los grandes ciclos de visiones *Liber viarum Dei, Liber revelationum de sacro exercitu virginum Coloniensium,* así como la mayor parte del pequeño ciclo *De resurrectione beatae Mariae virginis.* El *Liber viarum Dei,* tanto por el título como por el contenido, es una imitación del libro de Ildegarda, *Scivias* (de

1151). Como Ildegarda, Isabel ve una alta montaña, sobre cuya cima hay una figura divina fulgurante. Su rostro brilla como el sol, sus ojos, como las estrellas, y de la boca sale una espada de doble filo. En la mano derecha tiene una llave y en la izquierda un cetro real. Diez caminos ascienden a lo alto del monte. Representan los diversos estados de los cristianos: los contemplativos, los activos, los mártires, los casados, los continentes, los superiores eclesiásticos, los viudos, los eremitas, los jóvenes y los niños inocentes. Prosigue con diez advertencias en forma de sermón dirigidas a cada uno de estos estados.

Como el libro *Scivias,* el *Liber viarum* es una llamada a la penitencia, una invitación a mejorar las costumbres morales de su época en cualquiera de los estados religiosos del cristiano.

Incluso después de hacerse conocida, la vida de Isabel apenas cambió en nada en su comportamiento exterior. En el año 1157, tras la muerte de la primera «maestra» de la comunidad de monjas de Schönau, fue elegida Isabel como su sucesora, cargo que sólo pudo ejercer pocos años. La extrema ascesis, sus continuos padecimientos y los éxtasis hicieron que su cuerpo débil perdiera progresivamente las fuerzas. Dos días después de la Solemnidad de Pentecostés del año 1164 o 1165 (los testimonios sobre el año de su fallecimiento son contradictorios) enfermó gravemente. Durante esta enfermedad, que duró tres semanas, padeció dolores inaguantables, además de una fuerte tos que le impedía la alimentación normal e incluso el recibir la Sagrada Eucaristía. Alternaron momentos de éxtasis con momentos de total claridad espiritual.

En los últimos momentos de su vida se muestra preparada para la muerte. Declara entonces, en sus últimos momentos, que el don recibido, no lo ha sido para su beneficio, sino por misericordia del Señor, haciendo de esta manera cosas maravillosas en ella y en su tiempo. El 18 de junio se hizo más difícil su respiración, no pudiendo hablar más. Finalmente se durmió tranquilamente entre las oraciones de los monjes y de las monjas de su comunidad, siendo enterrada junto al altar de la iglesia conventual.

Después de la muerte de su hermana, Egberto proclamaría que a través de ella el cielo se abría para la tierra, por medio de

su voz, fluían los misterios de Dios escondidos desde la eternidad. Por su medio, hablaban los ángeles con los hombres y el Altísimo, Príncipe del Cielo, por su mediación, era condescendiente y amigo de los hombres. Es quizá ésta la mejor síntesis de la impresión que causó Isabel en sus contemporáneos. Para ellos, mediante las visiones extáticas de Isabel, Dios mismo estaba presente en la tierra. Es ésta, sin duda, la vocación a la que también está llamado todo cristiano: hacer real la presencia de Dios de manera profética en medio de los hombres.

JUAN JAVIER FLORES ARCAS, OSB

Bibliografía

CLARK, A. L., *Elisabeth of Schonau. A twelfth-century visionary* (Filadelfia 1992).

KOSTER, K., «Elisabeth von Schonau (1129 bis 1165)», en *Nassauische Lebensbilder,* III (Wiesbaden 1948) 35-59

— «Elisabeth von Schonau. Werk und Wirkung im Spiegel der mittelalterlichen handschriftlichen Uberlieferung». *Archiv fur mittelrheinische Kirchengeschichte* 3 (1951) 243-315.

PRAMONSTRATENSER-CHORHERRENSTIFT TEPI IN KLOSTER SCHONAU (ed.), *Schonauer Elisabeth Jubilaum 1965. Festschrift anlaßlich des 800 jahrigen Todestages der heiligen Elisabeth von Schonau* (Schonau 1965); cf. *Analecta Praemonstratensia* 42 (1966)

BEATA HOSANNA ANDREASI

Virgen seglar († 1505)

Hosanna Andreasi, vinculada por parte materna a la nobleza de los Gonzaga, ha quedado para la iconografía, por obra de algunos pinceles de cámara, vestida con el hábito blanco y negro de la Orden Tercera de la Penitencia de Santo Domingo. Su vida, relacionada estrechamente con la historia política y religiosa del estado de Mantua, recuerda en cierto modo algunas intervenciones de Santa Catalina de Siena. Existen, al menos, tres retratos suyos: uno pintado por el renacentista Francisco Bonsignori que se conserva en el Palacio de Mantua, donde aparece la beata con los signos de la Pasión de Cristo pisándole la cabeza a un diablo, otro de Andrés Mantegna conservado en la *Camera degli sponsi* del mismo palacio, en el que está la familia Gonzaga al completo, y el tercero representa a la beata orando en la

parte inferior de una Asunción, obra de su familiar Hipólito Andreasi, que preside el retablo de una iglesia en Carbonara de Po.

Cerca de Carbonara, en Carbonarola, a orillas del río Po, provincia de Mantua (Italia), nació el 17 de enero de 1449 Hosanna Andreasi, hija primogénita de Nicolás Andreasi y de Inés Mazzoni, que muy pronto tuvo que hacerse cargo de la protección y educación de sus muchos hermanos al quedarse huérfanos. A los quince años contrarió los deseos y planes de sus padres que la querían ver casada, pues ella, siguiendo su inclinación a la vida ascética, decidió hacerse terciaria y vestir el hábito penitencial de las dominicas seglares que ya no abandonaría hasta su muerte.

Los quehaceres domésticos y el cuidado de sus hermanos dieron buena cuenta de una mujer hacendosa y responsable, valores que unidos a su preocupación por adquirir un nivel cultural que se les hurtaba a las mujeres, la movieron a poner todo su empeño, aptitudes e irrefrenable deseo en conocer la Sagrada Escritura y los Santos Padres. Ya de niña había manifestado en casa querer asistir a un centro humanístico de Mantua, exigencia que al padre sólo le parecía extravagante, y eso que Hosanna en la escuela daba muestras de gran aprovechamiento.

Su hábito dominicano fue siempre el recordatorio de una piedad ejemplar, de ese largo noviciado que le permitió el cultivo y crecimiento de su vida interior, una intensa experiencia ascética y mística, pero también el ejercicio de la caridad con los pobres y el consejo sabio y prudente a los gobernantes. Hizo posible la armonización entre vida contemplativa y vida activa, pudo vivir con los ojos abiertos a la realidad social y política mantuana, y al mismo tiempo transitar por el camino de la perfección y foguearse en una unión con Dios manifestada con verdadero privilegio.

Tenía Hosanna Andreasi una personalidad carismática muy apreciada por sus conciudadanos, que acudían a ella para exponerle sus problemas y para solicitar consejo y consuelo. Sus bienes, y también su influencia para conseguirlos en las instancias políticas y sociales pudientes, los puso a disposición de los más necesitados, huérfanos y viudas, chicas sin dote y encarcelados.

Y se fijó sobre todo en ella, en sus cualidades y en la calidad de su servicio la familia de los Gonzaga, que gobernaba Mantua, con la que Hosanna Andreasi estaba emparentada, de tal modo que llegó a ostentar una cierta responsabilidad en la gobernación de la vida política durante algunos períodos particularmente graves.

Así, en 1478, cuando Federico I se ausentó por motivos de guerra para defender la confederación de Mantua, Ferrara y Milán contra Nápoles y Roma, le pidió a Hosanna que cuidase de su mujer Margarita de Baviera —murió en 1479— y de sus hijos, y que asumiese la regencia del ducado de Mantua, cometido que desempeñó con gran humildad y competencia. Se lo planteó como una obligación moral antes que política y lo ejerció sin entrar en los juegos de poder ni en los intereses mundanos. Las relaciones con la nobleza continuaron y se intensificaron años más tarde en tiempos del sucesor Francisco II, de quien también fue consejero, y de su esposa Isabel d'Este, a la que asesoró en el gobierno cuando su consorte marchó a Francia en 1498 para apoyar a Luis XII. Ambos la consideraron como su guía espiritual, y a las oraciones de Andreasi atribuyeron el logro tardío de un heredero, Federico II, nacido en 1500, y llamado por este motivo «hijito de oración».

La vida de la Beata Hosanna está llena de predilecciones místicas y de sucesos extraordinarios que trascendieron a todos los estratos sociales de la ciudad de Mantua. Cundió entre la gente su austeridad de vida, la práctica de la penitencia mortificando su cuerpo con ayunos y su devoción a la Pasión de Cristo, hasta tal punto que en 1477 experimentó en su propia carne la señal de los estigmas —sin herida, como simple inflamación— y fue recompensada por el don de los esponsales místicos. Su itinerario espiritual lo cuenta ella misma en sus cartas —escribió un centenar— y en su *Libello,* memoria autobiográfica incluida en la vida de la beata publicada por Jerónimo Scolari, monje olivetano, que la conoció personalmente y se enteró de primera mano de sus vivencias interiores. Esta biografía de Hosanna Andreasi, editada en 1507, y la que apareció dos años antes, a raíz de su muerte, escrita por el dominico Francisco Silvestri de Ferrara, ofrecen un testimonio vivo y apasionado, muy

entretejido con sucesos milagrosos atribuidos a la beata, y son expresión fiel de cómo esta mujer extraordinaria fue apreciada por sus contemporáneos y venerada como una santa.

En el epistolario de Hosanna de Mantua están descritos los momentos más intensos de su experiencia mística, sus arrobamientos y el gozo de su unión con Dios, al que invoca como «luz perpetua que trasciende a todas las luces creadas» y a quien pide la purificación de los secretos de su corazón. El deseo de su encuentro definitivo con Dios lo expresa con estas palabras: «¿Cuándo llegará el dichoso y ansiado momento en que me sacie con tu presencia?», pero mientras vive las imperfecciones de este mundo le ruega por la paz: «Tú que dominas el poderío del mar y amansas el furor del viento en las montañas, ayúdame, convence a los que declaran las guerras, atráelos a la virtud, muestra, te ruego, tus grandes hazañas, y sea glorificada tu diestra, para que en mí no quepa otra esperanza que no seas tú, Señor Dios mío».

Hosanna Andreasi murió como una santa en Mantua, el 18 de junio de 1505, acompañada por el afecto de su familia, de los Gonzaga y de todos los mantuanos. Y por bienaventurada la honró el pueblo en un funeral multitudinario y emotivo. Su cuerpo fue enterrado en una capilla de la iglesia de Santo Domingo que enseguida se llenó de exvotos, pero desde 1813 sus restos se veneran en la catedral de Mantua. Si ya en vida la gente la tenía por santa debido a sus estigmas, a su don profético y a la atribución de extraordinarios prodigios y curaciones, después de su muerte no hizo sino aumentar su fama de santidad, de tal manera que el papa León X autorizó su culto público para la diócesis de Mantua por medio de un Breve pontificio, el 6 de enero de 1515, confirmado por Inocencio XII con una Bula, el 27 de noviembre de 1694, que fue aplicada tres meses más tarde en la orden dominicana.

Hosanna Andreasi ha quedado en la memoria de los mantuanos, que la consideran desde entonces protectora de la ciudad, como una mujer entregada al ejercicio de la caridad, una «madre de pobres y consejera de príncipes», lúcida en el juicio histórico sobre aquellos momentos azarosos de la vida de Italia y de la Iglesia. Este carisma de discernimiento lo compartía con

una intensa vivencia de la pasion de Cristo, centro de su meditacion y de su espiritualidad

JOSE ANTONIO CARRO CELADA

Bibliografía

Art en *Enciclopedia catolica* I *A Arn* (Ciudad del Vaticano 1948) col 1207
BAGOLINI, G FERRETI, F, *La Beata Osanna Andreasi da Mantova* (Florencia 1905)
«Beata Hosanna Andreasi», en J L REPETTO BETES, *Mil años de santidad seglar* (Madrid 2002) 104-105
FERRARA, F S DE, *Beatae Osannae Mantuanae de tertio Ord Fratrum praedicatorum vita* (Milan 1505)
GANAY, H C DE, *Les bienheureuses dominicaines* (Paris 1924)
MAGNAGUTI, A, *La Beata Osanna degli Andreasi* (Padua 1949)
MORABITO, G, Art en *Bibliotheca sanctorum* I *A Ans* (Roma 1961) cols 1170 1174
SCOLARI, G, *Libretto de la vita et transito de la beata Osanna da Mantua* (Mantua 1507)

SAN GREGORIO BARBARIGO

Obispo y cardenal († 1697)

Gregorio Juan Gaspar Barbarigo nació en Venecia el 16 de septiembre de 1625, primogénito de cuatro hijos del matrimonio de Juan Francisco Barbarigo y Lucrecia Lion. Era tradición heredada en la familia de los Barbarigo que la educación religiosa y moral la impartiese personalmente el padre a sus hijos En este caso fue imprescindible, además, porque Gregorio quedó huérfano de madre a sus seis años Su padre era un hombre de profunda fe, hasta el punto de que rezaba diariamente el oficio de la Santísima Virgen María. Vivió hasta 1687 y siempre representó para su Gregorio un verdadero amigo y consejero, a quien podía confiarse verbalmente o en las incontables cartas que le escribía

Hizo su primera confesión a los siete años y a los diez la primera comunión. Comulgaba con la mayor frecuencia entonces posible, cada domingo, y esa fidelidad era verdadera muestra no solo de su piedad sino también de su responsabilidad en todo y la formación que ya recibía. Así como para el aprendizaje del latin y del griego, de la música y de la esgrima tenía otros profesores, de la enseñanza de la filosofía y de las matemáticas quiso

encargarse directamente su propio padre. A los 18 años fue uno de los primeros miembros de la Academia fundada en Venecia para formar capitanes de tierra y de marina, pero tuvo que abandonarla poco después, ya que el 11 de agosto de 1643 partió, con su primo Pedro Duodo, para Münster como secretarios de Alviso Catarini, embajador de la república veneciana en el congreso de paz de Westfalia.

Un día, en Colonia, el nuncio papal Fabio Chigi lo vio recitar el oficio de la Virgen María. Se admiró tanto que, desde entonces, entabló con él una relación de amistad que se acrecentó cuando Chigi fue destinado también a Münster como mediador de paz. Este mismo nuncio lo introdujo en la lectura y espiritualidad de San Francisco de Sales, lo preparó para un estudio más concienzudo del latín y de las ciencias sagradas y eclesiásticas sin que por eso tuviera que abandonar el estudio de sus ciencias predilectas, que eran la matemática, la astronomía, la geografía y la cartografía. Durante esta estancia en Westfalia pudo hacer algunos viajes, los que le permitían su oficio de secretario del embajador Contarini, quien al mismo tiempo lo iba introduciendo en la diplomacia y la política.

Después de regresar de Münster, obteniendo el título de especialidad en artes, continuó su relación por correspondencia con Chigi, quien fue nombrado cardenal en 1653. Fue a entrevistarse con él a Roma y le aconsejó que se laurease en leyes; por eso, a su vuelta se estableció en el palacio que la familia tenía en Padua y allí fue alumno de los mejores profesores de derecho y también de teología, como Jerónimo Ercolani. Aunque no lo había dicho, se estaba preparando, pues, claramente para el sacerdocio, no obstante que seguir su vocación implicaría abandonar a los suyos que estaban en el gobierno de la república veneciana, como escribía a Chigi en 1654. Finalmente, recibió en ese mismo año la tonsura clerical.

Mientras tanto, el 7 de abril de 1655, nada menos que su amigo Fabio Chigi era elegido papa con el nombre de Alejandro VII. En este mismo año, Gregorio recibía las órdenes menores de manos del patriarca de Venecia, Morosini, el 2 de septiembre se laureaba *in utroque iure* y, a sus treinta años, el 21 de diciembre, fue ordenado presbítero por el mismo patriarca.

El Papa lo invitó a Roma y se estableció en una casa, capaz para sus muchos libros y sobria para su vida, y al poco tiempo fue nombrado prelado doméstico de Su Santidad, referendario de las dos signaturas y canónigo de la catedral de Padua. Sin embargo, él se mantenía en una máxima, que escribía a su padre en carta del 1 de abril de 1656:

> «No pedir jamás nada, porque sé lo poco que soy, y no rechazar nunca nada, sabiendo que tengo buenos dueños que aceptarán mi buena voluntad».

Conjugaba su trabajo con el estudio, sin dejar las matemáticas y la historia eclesiástica y teología, que le apasionaban.

Cuando se desató una tremenda peste (el tifus negro) en 1656, murieron quince mil personas en Roma, y aunque tenía tal miedo que se sentía morir, aceptó el encargo de organizar la sanidad pública en el Trastévere y, para desempeñar bien su trabajo, se fue a vivir al mismo barrio.

El 19 de abril de 1657 le fue comunicado que el Papa quería elegirlo obispo de Bérgamo; después de todo aceptó, hizo ejercicios espirituales y fue ordenado en San Marcos de Roma, el 29 de julio, por el cardenal Bragadin, sin haber cumplido todavía 32 años.

Regaló la mayor parte de sus libros, para evitar los gastos del transporte, y se preocupó de preguntar si encontraría en Venecia las *Actas de la Iglesia milanesa,* de San Carlos Borromeo, «porque si no están, es necesario que las lleve desde aquí, siendo el solo libro —por decirlo así— del que tendré necesidad en Bérgamo». Esa obra, y la biografía de San Carlos, serían siempre su guía pastoral, de tal forma que algunos empezaron a llamarlo «el otro Carlos». Fue retenido en Venecia, por la cuarentena que se había declarado, y desde allí escribió a sus diocesanos una carta del 16 de febrero de 1658 en la que les decía:

> «Queridísimos, esperáis un pastor y procuraremos que lo tengáis como esperáis [...] Sabemos que el nombre de pastor es nombre de trabajo y de afán [...] Pero confiando sólo en Dios, nada podemos temer. No rehusamos la fatiga ni la muerte [...] Será alegre la vida en medio de vosotros y alegre también la muerte por vosotros [...] Todo se comprenderá en la palabra que todo lo abraza: os amaremos. El distintivo del pastor es la caridad».

Entró en Bérgamo privadamente el 27 de marzo de 1658. Allí se dedicó con todas sus fuerzas a la renovación de la diócesis y del clero aplicando los decretos del concilio de Trento.

La diócesis se encontraba en una situación bien triste, como él relató en un informe de 1660 para la Congregación de obispos, en el que también enumera las iniciativas que iba a tomar en esos primeros años de ministerio episcopal: la renovación del clero; para dar las licencias de confesión tenían que presentarse a él o a su vicario general y dar un examen, prohibió la asistencia de los clérigos a los teatros, distribuyó mejor a los párrocos y vicarios parroquiales, estableció la formación permanente del clero cada mes y un retiro también mensual, distribuyó gratuitamente a sus sacerdotes obras de San Francisco de Sales, introdujo la práctica de los ejercicios espirituales anuales para el clero y el pueblo, seleccionó a los candidatos al sacerdocio.

En 1658 se le habían presentado 200 candidatos y, después de entrevistas personales con todos, ordenó sólo a 8. Renovó la disciplina del seminario mayor y estableció seminarios menores en Alzano y Zogno. En dos años realizó la visita pastoral a las doscientas sesenta y nueve parroquias de la diócesis, en verano y en invierno. Justamente cuando la concluía, Alejandro VII, el 5 de abril de 1660, antes de cumplir treinta y cinco años, lo nombró cardenal. Los milaneses dirían a los bergamascos, comparando a Borromeo con Barbarigo: «Nosotros tenemos un cardenal santo muerto, vosotros tenéis uno vivo».

A su vuelta de Roma, después de haber recibido la birreta cardenalicia, convocó un sínodo diocesano, que celebró del 1 al 3 de septiembre del mismo año, y en él, como había escrito a su padre, sin dar órdenes nuevas bastaba recoger las de los sínodos anteriores para hacer cumplir lo que hasta ahora no se había observado. Los canónigos de dos capítulos, no queriendo renunciar a los abusos que se habían hecho costumbre, le pusieron pleito civil ante el gobierno de Venecia, pero no se amilanó, sino que con autoridad y respeto prosiguió su obra reformadora, también en los monasterios masculinos y femeninos, y, a pesar de las oposiciones y las burlas, supo superar todo con in-

mensa caridad. Promovió escuelas e instituciones benéficas, especialmente la «Misericordia Mayor de Bérgamo».

Alejandro VII, que lo estimaba tanto, lo llamó a Roma para un oficio que nunca le había gustado, ver y estudiar causas y sentencias, y, por obediencia, tuvo que permanecer lejos de su diócesis desde enero de 1663 a febrero de 1664, hasta que le arrancó al Papa el permiso para volver a Bérgamo, bien preocupado porque había oído rumores de su traslado a Padua. Cuando pensó que aquellas habladurías podían ir en serio, escribió a Alejandro VII para que no cargara a su salvación un nuevo encargo de almas, y a su padre, a quien le enviaba copia de la misma carta al Papa, le decía el 19 de marzo:

> «Si el Papa, sabiendo mi intención, lo quiere hacer, me alegraré mucho. Si no lo quiere hacer, también me alegraré porque será la voluntad de Dios y yo no habré perdido nada».

Pero Alejandro VII firmó la bula de traslado el 24 de marzo y entonces el joven cardenal Barbarigo se confiaba así a mons. Viero: «Me conviene ahora comenzar otro noviciado después de haber terminado uno».

Tomó posesión de Padua por procurador el 24 de abril siguiente, confió esta misión al arcipreste de la catedral y así tener un gesto cercano al cabildo, pero, abusando de su confianza, el procurador —en nombre de su cardenal— juró observar y hacer observar las leyes y estatutos de aquella institución. Era el primer aviso que el capítulo canonical iba a originarle, incluso le hicieron retrasar dos meses su entrada, que hizo de incógnito el 22 de junio sin que se pudiera presentar al pueblo hasta el pontifical de la Asunción. En una homilía programática reconocía a sus diocesanos el derecho a visitas, audiencias, y cualquier trabajo pastoral, que no le molestaría nunca con tal que fuera para el bien de las almas.

Comenzó en Padua de nuevo su trabajo pastoral como había ensayado en Bérgamo. No faltó de la diócesis más que durante los cónclaves a los que tuvo que asistir: en 1667 en el que salió elegido Clemente IX, en 1670 Clemente X, en 1676 Inocencio XI (beato), en 1689 Alejandro VIII y en 1691 Inocencio XII. Participó, pues, en la elección de cinco papas.

Fue nombrado visitador de monasterios y conventos, era miembro de las Congregaciones del Concilio, de Propaganda Fide y sirvió en muchas ocasiones para intermediar entre la Santa Sede y Venecia. En sus ausencias, como después de la elección del Beato Inocencio XI, que por el mismo papa tuvo que permanecer tres años fuera de Padua, seguía rigiendo la diócesis y el seminario con una correspondencia frecuente.

Cuando volvió se dedicó otra vez, con alma, vida y corazón a la formación del clero y a la educación cristiana del pueblo, directamente y a través de sus cartas pastorales. Trabajó para que los eclesiásticos no vistieran de seglares o asistieran a espectáculos mundanos, promulgó unas *Reglas para vivir las personas eclesiásticas,* introdujo también la formación permanente del clero, tanto espiritual como intelectual, los retiros mensuales y ejercicios espirituales anuales, y divulgó las obras espirituales que pudieran renovar a los sacerdotes y a los religiosos y religiosas. Fundó la «Congregación eclesiástica de San Gil» para la renovación espiritual y pastoral de sus sacerdotes y abrió una residencia sacerdotal para que pudieran vivir y ejercitar mejor su ministerio.

En Padua convocó dos sínodos diocesanos, el primero en 1667 y el segundo en 1683. Con el mismo estilo que había hecho en el de Bérgamo, confirmó las constituciones sinodales de sínodos anteriores, porque según él no se trataba de dar normas nuevas sino de cumplir las establecidas. Tenía y trataba a sus sacerdotes como auténticos «coadjutores del obispo».

En el seminario instituyó en 1671 una «Congregación de oblatos de los santos Prosdocimo y Antonio» para favorecer en los futuros sacerdotes su disponibilidad al servicio de la Iglesia. Realizó continuadamente la visita pastoral, nada más entrar en Padua hasta siete días antes de su muerte, y las actas de esas visitas ocupan treinta y cuatro volúmenes, pues fueron varias veces las que estuvo en las 390 parroquias. Al final de la visita a cada arciprestazgo o vicaría se reunía primero con todos los sacerdotes y luego en entrevistas personales con cada uno de ellos. Además de la visita pastoral formal, visitaba también improvisadamente parroquias e instituciones eclesiales.

Dos cosas le preocupaban, porque decía que de ellas tendría que dar gran cuenta a Dios: la «imposición de las manos» y el nombramiento de párrocos y vicarios. Igualmente la formación de los nuevos sacerdotes, porque afirmaba que, más que echar remiendos a vestidos viejos, valía más hacer trajes nuevos. Cuando llegó, el seminario sólo tenía doce alumnos en un edificio pequeño y viejo. El 30 de marzo de 1669, como ya tenía cuarenta seminaristas, compró el edificio de un monasterio suprimido y lo transformó en seminario con capacidad para doscientos seminaristas. Cuando lo abrió en 1670 ya había ciento veinte, y, poco después, ciento cincuenta. Redactó un Plan de formación para su seminario, teniendo por modelo la *Ratio studiorum* de los jesuitas, que promulgó sólo en 1690, una vez que había sido experimentada con buenos frutos en los lustros anteriores.

Al pertenecer a la Congregación de Propaganda Fide hizo que su seminario fuera también un vivero de misioneros para el cercano y medio oriente, preparando sacerdotes para trabajar pastoralmente entre ortodoxos y en ambiente musulmán. Por eso introdujo en el plan de estudios asignaturas de griego y de lenguas orientales. Imprimió libros de texto en estas lenguas con gastos enormes, que no le importaban porque había que hacer lo que estaba en su mano, que Dios ya haría lo que estaba en la suya. Renovó el claustro de profesores, trayéndolos también de otras diócesis o incluso del extranjero. Asistía personalmente a los exámenes de los seminaristas aunque duraran cuarenta días al año. Como él manifestaba, en el seminario encontraba su esparcimiento dentro de las muchas espinas de su gobierno episcopal.

Organizó la enseñanza católica en escuelas y colegios, incluso promoviendo profesores y maestros y procurando la economía suficiente a cuenta de la diócesis o de las parroquias, con el fin de que se impartiera la doctrina cristiana junto a los demás saberes. No dejaba a otros la visita pastoral y permanecía con los niños o con los adultos horas y horas en catequesis que él mismo impartía, para explicar personalmente la religión y moral católicas, sometiéndose durante largos ratos a preguntas y respuestas.

Al final de su pontificado, en la ciudad había cuarenta y dos colegios de doctrina cristiana, con seiscientos profesores y seis

mil alumnos. En el total de la diócesis eran trescientas catorce escuelas, casi tantas como parroquias.

A los pobres, para la instrucción cristiana, los recibía en su mismo palacio episcopal, todos los viernes, cuando se llegaban para recibir también la caridad del obispo. En la catedral instituyó un curso trienal de filosofía cristiana con una cincuentena de profesores para que pudieran seguirlo los intelectuales de la diócesis. A la vez que fundó una escuela para nobles abrió un colegio gratuito para niños y niñas pobres. En sus cartas y sermones dialogaba con el ambiente universitario y más de una vez fue en persona a predicar a cuatro parroquias contra los errores «quietistas» que se estaban propagando en su diócesis.

Escribió unas «Reflexiones», como un «diario del alma», con las meditaciones, propósitos y programas de los ejercicios espirituales que él mismo había ido haciendo desde 1656 a 1693.

En mayo de 1697 visitó durante siete días las nuevas parroquias del arciprestazgo de Veggiano cerca de la ciudad. El 6 de junio, en la solemnidad del Corpus Christi, llevó la custodia en la larga procesión por la ciudad de Padua. Fue después a otro arciprestazgo lejano, Beduina sull'Adige. El 12 de junio, ya de vuelta, visitó la tipografía en la que se imprimía *Alcorani textus completus* y la *Summa theologica* de Santo Tomás. En la fiesta de San Antonio de Padua, el día 13, celebró pontifical en la basílica del santo y, al día siguiente, dijo a su hermano Antonio y otros familiares que habían venido a verlo, que no se encontraba bien. A las dos de la noche llamó a su familiar y secretario último, el oratoriano José Musoco, y cuando él se lamentaba de sus pecados, Musoco lo animó a la confianza en Dios, expresándole que, si temía de sí mismo, esperase en Dios y recitaron el *Te Deum* hasta la conclusión: «En ti, Señor, esperé, no seré confundido eternamente». A la mañana siguiente, el obispo de Famagusta junto con su familiar, que lo acompañaban, le decían que, cuando se curara, tendría que cambiar el modo de vivir trabajando menos. En cambio, él respondió que «San Carlos ha dicho que el Obispo debe morir fatigándose por su Iglesia». Cuando el domingo 16 de junio, después de una noche agónica, le administraron un calmante reconstitu-

yente, exclamó: «Ay de los pobrecillos que no tienen estas comodidades».

Murió a las 5,30 del 18 de junio, después de cuarenta años de un ejercicio directo del ministerio episcopal fecundo e incansable.

Al ir a embalsamarlo, el corazón se lo dieron a su hermano Antonio. La familia Barbarigo lo regaló después al Monasterio de Vanzo y, cuando éste fue suprimido en 1812, pasó al seminario de Padua que él solía llamar «el corazón de mi corazón».

Fue sepultado en la tumba de los obispos de Padua y, después de concluir el proceso de beatificación, en 1724 y en distintas diócesis, fue trasladado a otro sepulcro por su sobrino y segundo sucesor en la de Padua, el cardenal Juan Francisco Barbarigo.

Fue beatificado por Clemente XIII el 16 de julio de 1761, quien antes también había sido obispo sucesor suyo en Padua.

En 1912, San Pío X, quien había sido alumno del seminario de Padua, reasumió la causa.

Juan XXIII, quien como buen bergamasco había conocido la santidad, en ministerio y vida, de Gregorio Barbarigo —de quien era muy devoto pues también el beato papa Roncalli había escrito a ejemplo suyo otro «diario del alma»—, para que esta causa no se prolongase la concluyó el 26 de mayo de 1960 con una «canonización equipolente». La fiesta del santo se anticipó entonces del 18 al 17 de junio, al extenderse el culto que como beato se le daba en Bérgamo, Padua y Venecia, a toda la Iglesia universal.

JOAQUÍN MARTÍN ABAD

Bibliografía

Art. en *Bibliotheca sanctorum*. VII: *Giustiniani-Lhuilier* (Roma 1966) cols.387-403.
«Bula de canonización»: *AAS* 52 (1960) 437-447.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTOS CIRIACO Y PAULA

Mártires († s. IV)

El *Martirologio* de Baronio decía que estos santos padecieron en Málaga y que su martirio fue por lapidación. En cambio el nuevo *Martirologio* sitúa este martirio en África sin ulterior determinación. Estos santos son los patronos de Málaga.

Esta nueva redacción del *Martirologio* parece deberle mucho a la *Bibliotheca sanctorum,* cuyo artículo relativo a estos santos es original de Gian Michele Fusconi (t. III, cols.1306-1308), en el cual se reseña ciertamente la tradición que atribuye estos santos a Málaga y se da su fundamento pero se aducen también los argumentos que avalan su atribución a África y se decanta por esta última posición.

Resumiendo, hay que decir que hay una fuente de ordinario bien informada porque las noticias españolas las tomó de su viaje por España, que es el *Martirologio* de Usuardo, el cual afirma que el martirio de estos santos tuvo lugar en Málaga, España, que Paula era virgen, y que su martirio se realizó por lapidación. La fecha que da es el 18 de junio. Esto nos asegura que la Iglesia mozárabe que informó a Usuardo celebraba la memoria de estos santos como malagueños. Pero otro calendario español del siglo X, el de Racemundo, complica el tema, pues coloca el martirio de estos santos no en Málaga sino en Cartagena. Otros calendarios mozárabes contemporáneos traen la memoria de estos santos pero sin especificar su lugar. Se concluye de esto que ciertamente estos santos eran venerados en la Iglesia mozárabe y que se les tenía por españoles (Málaga o Cartagena).

Pero se aduce un manuscrito del British Museum procedente de la abadía de San Pedro de Cardeña, y datado en el siglo X, el mismo en que se escribió el calendario de Racemundo, y en este ms. se contiene una *Passio* de estos santos, llamados por cierto *Siriace et Paule* y que sitúa su martirio en Tremeta, África, siendo procónsul Anolino y emperadores Diocleciano y Maximiano. Ahora bien, en África no hay trazas de culto a los santos Ciriaco y Paula si no es una inscripción descubierta en Pavillier, Túnez, relativa a las reliquias de un

San Ciriaco, sin nombrar a Paula. Y esta *Passio* unida a esta inscripción le parecen a Fusconi suficientes para concluir que estos santos pertenecen a la hagiografía africana y no a la española, aventurando la hipótesis de que su culto en España se debe a haber sido traído por los monjes que huyendo de las persecuciones vinieron luego a refugiarse en España y que terminaron por adquirir color local. Este discurso está muy lejos de ser un argumento apodíctico. Entendemos que sigue teniendo toda su probabilidad que los santos sean españoles y, dado el crédito de Usuardo, malagueños.

Reseñamos ahora la tradición relativa a cómo se llegó a su patronato sobre Málaga. Se dice que estando los Reyes Católicos en Córdoba preparando la conquista del reino de Granada, un monje jerónimo, que tenía crédito de santo, fray Juan de Carmona, le dijo a la Reina que hiciese voto a Dios de construir una iglesia a estos santos mártires si conquistaba la ciudad de Málaga y que confiase en que con el poder de Dios la conquistaría con relativa facilidad. Y que, movida por esta exhortación del religioso, se animó la Reina a emprender la campaña para conquistar Málaga, ciudad que efectivamente conquistaron. Dieron los Reyes cuenta de su victoria al papa Inocencio VIII, el cual respondió diciendo que Málaga había sido consagrada con la sangre de Ciriaco y Paula como Jerusalén lo fuera con la de San Esteban, igualmente lapidado. Se edificó el templo y los malagueños tomaron a estos santos por patronos, y todavía continúan honrándolos como a tales.

SAN AMANDO DE BURDEOS

Obispo († 431)

Nace en la segunda mitad del siglo IV y recibe su educación religiosa junto al obispo San Delfín, el cual lo agrega al clero diocesano. A la muerte de San Delfín el año 404, el clero y el pueblo lo eligen como obispo.

Trabaja con gran celo en la evangelización de los paganos y en el interior de la comunidad lucha contra la influencia priscilianista. Fue él quien preparó al bautismo a San Paulino de Nola, con quien le unió una sólida amistad cristiana. Paulino

nos asegura que Amando era un pastor muy versado en las sagradas Escrituras y que llevaba una vida casta y austera con la que daba ejemplo y estímulo a la vida cristiana de sus fieles. Se cuenta que avisado por Dios resignó la sede en San Severino, pero que, muerto éste, tomó de nuevo las responsabilidades pastorales de Burdeos. Mantuvo correspondencia epistolar con San Jerónimo. Murió hacia el año 431.

SAN CALOGERO
Ermitaño († s. V)

Este santo ha venido teniendo mucha veneración en el occidente de Sicilia. Se le tiene por un santo ermitaño que vivió en una cueva. Una tradición quiere que fuera griego de nación y cultura, concretamente bizantino, y que acudió a Roma, donde obtuvo la bendición del papa para llevar vida eremítica, que simultaneó con la evangelización en las islas Lípari y en el monte Gemmariaro donde tuvo su sede. Parece que vivió en el siglo V.

19 de junio

A) MARTIROLOGIO

1. San Romualdo († 1027), anacoreta y padre de los monjes camaldulenses, que murió en Val de Castro **.
2. En Milán (Liguria), conmemoración de los santos Gervasio y Protasio († s. II), mártires *.
3. En los Vosgos (Borgoña), San Diosdado († 679), obispo de Nevers.
4. En el monasterio de Fécamp (Neustria), Santa Childomarca († 682), abadesa.
5. En Zaragoza, San Lamberto († s. VIII), mártir **.
6. En Caltagirone (Sicilia), Beato Gerlando († s. XIII), caballero de la Orden de San Juan de Jerusalén *.
7. En Florencia (Toscana), Santa Juliana Falconieri († 1341), virgen, fundadora de las Hermanas de la Orden Servita **.
8. En Pésaro, en el Piceno (Italia), Beata Miguelina († 1356), viuda, terciaria franciscana *.

9 En Londres (Inglaterra), beatos Sebastian Newgate, Hunfredo Middlemore y Guillermo Exmew († 1535), presbíteros y monjes cartujos, mártires en el reinado de Enrique VIII *

10 En Londres (Inglaterra), Beato Tomas Woodhouse († 1573), presbítero, de la Compañía de Jesus y mártir bajo el reinado de Isabel I *

11 En Wuyi (China), santos Remigio Isore y Modesto Andlauer († 1900), presbíteros, de la Compañía de Jesus, y mártires *

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SAN ROMUALDO

Anacoreta y fundador († 1027)

San Romualdo, como fundador de la Orden contemplativa de los camaldulenses, es uno de los mejores representantes de la tendencia reformadora de fines del siglo X y del siglo XI, como reacción contra el deplorable estado de relajación en que se hallaba la Iglesia católica y gran parte de la vida monástica del tiempo El movimiento renovador más conocido y más eficaz para toda la Iglesia en este tiempo fue el cluniacense, iniciado a principios del siglo X en el monasterio de Cluny Pero en Italia tuvo manifestaciones características de un ascetismo más intenso, que tendía a una vida mixta, en que se unía la más absoluta soledad y contemplación con la obediencia y vida de comunidad cenobítica El resultado fueron las nuevas Órdenes de Valleumbrosa y de los camaldulenses y los núcleos organizados por San Nilo y San Pedro Damiano

San Romualdo, de la familia de los Onesti, duques de Rávena, nació probablemente en torno al año 950 y murió en 1027 Es cierto que su biógrafo San Pedro Damiano atestigua que murio a la edad de ciento veinte años, pero ya los bolandistas corrigieron este testimonio, que, como resultado de modernos estudios, no puede mantenerse Educado conforme a las máximas del mundo, su vida fue durante algunos años bastante libre y descuidada, dejándose llevar de los placeres y siendo víctima de sus pasiones Sin embargo, según parece, aun en este tiempo experimentaba fuertes inquietudes, a las que seguían aspiraciones y propósitos de alta perfeccion Así se refiere que, yendo

cierto día de caza, mientras perseguía una pieza, se paró en medio del bosque y exclamó:

> «¡Felices aquellos antiguos eremitas que elegían por morada lugares solitarios como éste! ¡Con qué tranquilidad podían servir a Dios, apartados por completo del mundo!».

Un hecho trágico le dio ocasión para abandonar el mundo. En efecto, su padre, llamado Sergio y hombre imbuido en los principios mundanos, se lanzó a un duelo con un pariente, obligando a Romualdo a asistir como testigo. Terminado el duelo con la muerte del adversario, Romualdo sintió tal remordimiento por aquella muerte y tal repugnancia por el mundo, que se retiró al monasterio benedictino de Classe, cerca de Rávena, con el fin de hacer penitencia. Tres años pasó allí entregado a las mayores austeridades, y al fin se decidió a suplicar su admisión en el monasterio. El abad tuvo especial dificultad por no contrariar a su padre Sergio; mas, por intercesión del arzobispo de Rávena, antiguo abad de Classe, le permitió al fin vestir el hábito benedictino, en aquel célebre monasterio.

Pero entonces comenzó un nuevo género de dificultades. La vida de observancia y penitencia del nuevo monje constituía una tácita reprensión para muchos religiosos de aquel monasterio, más o menos relajados. Por esto, se fue formando tal oposición contra Romualdo, que, de acuerdo con el abad, se vio obligado a retirarse a un lugar solitario cerca de Venecia, donde se puso bajo la dirección de un tal Marino. Éste, con sus formas rudas y su austera ascética, contribuyó eficazmente al adelantamiento de Romualdo en la perfección religiosa, y tal fue el ascendiente de santidad que ambos llegaron a alcanzar, que el mismo dux de Venecia, San Pedro Orseolo, se sintió impulsado a abandonar el mundo y entregarse a la vida solitaria. Así pues, ambos, juntamente con Pedro Orseolo, se dirigieron a San Miguel de Cusan, donde se entregaron a la más rigurosa vida solitaria. Movido por el ejemplo de su hijo, también el duque Sergio se retiró al monasterio de San Severo, cerca de Rávena, para expiar sus pecados. Sin embargo, después de algún tiempo, vencido por la tentación, intentaba volver a su antigua vida; pero entonces su hijo Romualdo, abandonando su retiro, acudió a su

lado y consiguió mantenerlo en aquella vida de penitencia, en la que perseveró hasta su muerte.

La vida de San Romualdo durante los treinta años siguientes constituye un verdadero prodigio de ascetismo cristiano. En el monasterio de Cusan se puso bajo la dirección del abad Guérin, de quien obtuvo el permiso de retirarse a un lugar solitario, próximo a la abadía, donde se entregó durante tres años a las mayores austeridades.

Ponía ante sus ojos la vida de los santos y procuraba imitar los excesos de penitencia que ellos habían practicado. Como los antiguos anacoretas del desierto se habían impuesto ayunos rigurosísimos, Romualdo quiso también seguir su ejemplo. Durante estos años, Romualdo no comía más que el domingo, y aun entonces, una comida sumamente frugal.

En medio de todo esto, lo acometió el enemigo con las más molestas tentaciones. Poníale ante los ojos con la mayor viveza los atractivos de la vida del mundo, mientras, por otra parte, le representaba la inutilidad de los esfuerzos que realizaba y de la vida que llevaba. Frente a los repetidos asaltos del enemigo, Romualdo se entregó más de lleno a la oración, de donde sacaba la fuerza necesaria para mantenerse firme en la lucha. Según se refiere, el enemigo llegó a maltratar cruelmente su cuerpo, con el objeto de apartarlo de aquella vida de austeridad. Más aún, excitando en su imaginación durante la noche imágenes feas y espantosas, trataba de amedrentarlo con el ejercicio de la vida de perfección.

Pero Romualdo, fiel a la oración y puesta su confianza en Dios, salió victorioso de todas estas batallas. Hacia el año 999 volvió a Italia y se incorporó de nuevo al monasterio de Classe, donde, en una celda solitaria, continuó la vida de penitencia y de retiro que había comenzado. Allí se renovaron los asaltos del enemigo. Las crónicas antiguas refieren que, habiéndolo el demonio flagelado cruelmente un día en el interior de su celda, Romualdo se dirigió al Señor con estas palabras: «Dulcísimo Jesús mío, ¿me habéis abandonado por completo en manos de mis enemigos?». Al oír el demonio el nombre de Jesús, huyó rápidamente, a lo que siguió una gran tranquilidad y dulzura del alma.

Pero Romualdo tuvo que superar otras muchas dificultades, con las que se fue purificando su alma y aquilatando su virtud, hasta disponerlo definitivamente a la fundación de la nueva Orden de los Camaldulenses. Estas dificultades le vinieron de sus mismos monjes. Viviendo él en su retiro, no lejos del monasterio de Classe, un rico caballero le envió una limosna de siete libras para que las distribuyera entre los monjes pobres. Así lo hizo él inmediatamente, repartiéndolo entre otros monasterios más pobres que el suyo, por lo que los de su monasterio se enfurecieron contra él, y como ya estaban resentidos por sus grandes austeridades, lo tomaron aparte y, después de azotarlo bárbaramente, le obligaron a retirarse.

Pero, precisamente entonces, quiso el Señor valerse de él para la reforma de aquel monasterio de Classe. En efecto, hallándose a la sazón en Rávena el emperador Otón III, lleno siempre de los más elevados ideales de reforma eclesiástica, trabajó eficazmente para la reforma del monasterio de Classe, y para ello obtuvo de sus monjes que eligieran como abad a Romualdo. Él mismo en persona fue en busca del solitario y lo introdujo como abad y reformador en la célebre abadía. Efectivamente, durante dos años entregóse con toda su alma a la importante obra de la reforma del monasterio; pero, viendo que no lograba su intento, acudió al arzobispo de Rávena y al mismo Otón III, y puso en sus manos su báculo, renunciando a la dignidad de abad.

Tal fue el momento preparado por la Providencia para que iniciara su obra de fundador. En efecto, con toda la experiencia adquirida durante los largos años dedicados a la vida solitaria, e impulsado siempre por sus ansias de vida contemplativa y de la más absoluta soledad, pidió entonces a Otón III le concediera los terrenos y los medios para la construcción de un monasterio, donde pudieran entregarse a una vida mixta de contemplación, soledad y obediencia, y, efectivamente, el emperador le hizo construir uno en el lugar denominado Isla de Perea dedicado a San Adalberto, a donde se retiró Romualdo con algunos caballeros del séquito de Otón III, que se decidieron a seguirle. Poco después organizó otros centros de vida eremítica en Italia y en la Istria, y concibió el plan de construir uno en Val de Cas-

tro, consistente en un conjunto de celdas separadas, cuyos moradores debían llevar una vida de rigurosa soledad, entregados a la oración y penitencia, pero manteniendo la unión y vida de comunidad. Con esto debía realizarse su ideal de consagración a Dios.

Entre tanto, movido del ansia de derramar la sangre por Cristo, que siempre había sentido, obtuvo del Papa el permiso de predicar el Evangelio en Hungría. Púsose, en efecto, en marcha; pero, cuando estaba a punto de llegar a la meta de sus aspiraciones, se sintió atacado por una enfermedad, y como esto se repitiera cada vez que intentaba continuar su empresa, comprendió que no era aquélla la voluntad de Dios, y así volvió a Italia.

Entonces, pues, se entregó con toda su alma a la realización definitiva de su ideal monástico. Afianzóse la fundación de Val de Castro; continuó organizando otros centros semejantes. Llamado a Roma por el romano pontífice, dedicóse algún tiempo al apostolado y, con la santidad de su vida y sus ardientes exhortaciones, logró la conversión de muchos pecadores; mas, volviendo a su ideal monástico, fundó diversos centros en las proximidades de Roma, entre los que sobresale el de Sasso Ferrato, donde permaneció algún tiempo. Precisamente en este lugar quiso el Señor que resplandecieran de un modo especial sus virtudes. En efecto, según refieren sus biógrafos, un señor, a quien Romualdo había tratado de convertir de su desordenada vida de impureza, lanzó contra Romualdo la más inicua calumnia. Dios permitió que los monjes, demasiado crédulos, se dejaran convencer, y así, impusieron al santo una severa penitencia y le prohibieron celebrar la santa misa. Romualdo sobrellevó aquella deshonra con el más absoluto silencio durante seis meses; pero, transcurrido este tiempo, Dios mismo le ordenó que no se sometiera por más tiempo a una sentencia abiertamente injusta, pronunciada contra él sin autoridad y sin ninguna sombra de verdad. La primera vez que celebró la santa misa después de esta prueba apareció, según se refiere, arrobado en éxtasis.

Después de esto, ya iniciado el siglo XI, pasó seis años en Monte-Sitrio, donde había organizado un nuevo centro de vida ascética conforme a su ideal. Él mismo era un ejemplo viviente de la vida de consagración a Dios: guardaba el más absoluto si-

lencio; observaba las más rigurosas austeridades; rehusaba a sus sentidos todo lo que pudiera darles alguna satisfacción. El emperador Enrique I, sucesor de Otón III, en su primer viaje a Italia, quiso visitar a Romualdo, de cuya santidad y austeridades estaba informado. El resultado de la entrevista fue entregarle el monasterio de Monte-Amiato, en Toscana, para que introdujera en él algunos de sus discípulos. Así lo realizó él, en efecto, durante los años siguientes. A este tiempo se refieren diversos hechos milagrosos, que las crónicas le atribuyen; pero estas mismas observan que Romualdo procuraba siempre obrar los milagros de tal manera que no se le pudieran atribuir a él. Así se refiere que, cuando enviaba a sus discípulos a alguna misión, les daba pan y diversos frutos benditos, con los que Dios quiso obrar algunos milagros. Durante un sueño que tuvo por este tiempo al pie de los Apeninos mientras andaba en busca de un lugar apropiado para sus monjes, según refieren las crónicas, vio en sueños una escala que subía de la tierra al cielo, por donde subían muchos religiosos en hábitos blancos.

Con esto, dio la forma definitiva a sus fundaciones. Así, al fundar en 1012 el monasterio de Campo Maldoli (que se abreviaba Camaldoli) puso en práctica el ideal de vida en celdas independientes, del más riguroso silencio, gran austeridad de vida, pero bajo la obediencia a un superior, vida común y demás obligaciones impuestas por la regla, a lo que se añadió el hábito blanco. En realidad, pues, la obra del fundador de los camaldulenses, San Romualdo, no comienza en 1012 con el establecimiento del monasterio de Campo Maldolo o Camaldolo. Esta fundación, significa más bien el complemento final de San Romualdo. Su obra se prepara con la práctica de sus largos años de vida solitaria en los monasterios de Classe, Cusan y otros lugares en que vivió vida solitaria, y se realiza, desde principios del siglo XI, en la Isla de Perea, en Val de Castro, Sasso Ferrato, Monte-Sitrio, Monte-Amiato y, finalmente, en Camaldolo.

El motivo de haber tomado la Orden por él fundada el nombre de camaldulense fue, como se interpreta comúnmente en nuestros días, porque en Camaldolo se realizó plenamente el ideal de San Romualdo. Por lo demás, es conocida la explica-

ción que se ha dado tradicionalmente a esta denominación. Se supone que aquel monasterio se llamó Campo Maldolo por ser donativo de un caballero llamado Maldoli. Pero frente a esta explicación, se ha averiguado que la donación fue hecha por Teobaldo, obispo de Arezzo. En todo caso, consta que el nombre del monasterio fue Campo Maldolo o Camaldolo.

Tal fue la obra de San Romualdo que halló en este monasterio su más perfecta realización, con lo cual se consolidó definitivamente este nuevo tipo de vida, mezcla ideal de la vida anacorética y cenobítica, que luego imitaron los cartujos y otras órdenes. Una vez establecido y bien organizado este monasterio, Romualdo volvió a su vida ambulante, visitando y afianzando los demás centros por él fundados. Finalmente, sintiendo que se aproximaba su fin, se retiró a Val de Castro, donde expiró el 7 de febrero de 1027 estando enteramente solo en su celda. Según se atestigua, veinte años antes había profetizado que moriría en este lugar, en esta fecha y en esta forma.

La Orden de los camaldulenses fue aprobada definitivamente por Alejandro II en 1072. Contaba entonces con nueve monasterios. El cuarto general, Beato Rodolfo, redactó en 1102 las constituciones definitivas, en las que se mitiga un poco el extremado rigor primitivo.

BERNARDINO LLORCA, SI

Bibliografía

Act. SS. Boll., 7 de febrero: *Vita*, por SAN PEDRO DAMIANO, fuente principal.
CASTAGNIZZA, J. DE, *Historia de San Romualdo* (Madrid 1597).
FRANKE, W., *Quellen und Chronologie zur Geschichte Romualds vom Camaldoli und seiner Einsiedlergenossenschaften im zeitalter Ottos III* (Berlín 1910).
MABILLON, J. - D'ACHERY, L., *Acta Sanctorum Ordinis Sancti Benedicti*, IV, prima pars (París 1680) 280s.
«Obras de San Pedro Damiano»: PL 144,653s.
PAGNANI, A., *Vita di S. Romualdo abbate, fondatore dei Camaldolesi* (Sassoferrato 1927).
• Actualización:
BARTOLETTI, R. (ed.), *San Romualdo. Vita, iconografia* (Fabriano 1984).
DAMIANO, P., *Vita di San Romualdo* (Verucchio 1988).
LASSUS, L.-A., *San Romualdo di Ravena, eremita e profeta* (Seregno 1994).

SAN LAMBERTO

Mártir († s. VIII)

En la noche del 13 al 14 de agosto de 1808 volaba, con horrísono estruendo, la fábrica secular del monasterio de Santa Engracia, de Zaragoza. Los franceses dejaban ese triste recuerdo al tener que levantar el sitio. Conservamos una descripción contemporánea, en la que se nos narra la pena de los zaragozanos cuando, al día siguiente, contemplaron aquel espectáculo de desolación y de horror. La voladura había arrastrado consigo la destrucción de valiosísimos elementos arqueológicos y de un archivo que nos podría ilustrar sobre muchos aspectos de la historia de la gloriosa sede cesaraugustana.

No obstante, aunque, como consecuencia de tan triste acon tecimiento, la actual cripta de la parroquia de Santa Engracia no presente prácticamente nada de su primitiva planta ni casi de sus primeros materiales, sabemos que se trata de uno de los templos más antiguos y venerables de la cristiandad. Se construyó la cripta en época constantiniana, para recoger en ella los restos de los mártires zaragozanos. Un sarcófago del siglo IV, en el que arqueólogos y teólogos quieren ver la primera representación iconográfica del misterio de la Asunción de Nuestra Señora, es testimonio de la gran antigüedad de la cripta. En ella se conservaban, y se conservan, las cenizas de los mártires de Zaragoza, las «santas masas», junto a las de Santa Engracia y a las de San Lamberto.

De todos estos mártires hace mención el 16 de abril el *Martirologio romano.* No obstante, la fiesta de San Lamberto se celebra en la diócesis de Zaragoza y en algunas otras de Aragón el día 19 de junio, impedida como está la fecha del 16 de abril por la fiesta misma de Santa Engracia. Por otra parte, en este mismo día 19 se encontraba su fiesta en alguno de los antiguos martirologios, incluido el romano, en sus primeras ediciones.

Esta coincidencia en una misma fecha de la conmemoración de los mártires de Zaragoza y de San Lamberto dio pie a una antigua leyenda, que, según los Bolandos, y según el unánime criterio de todos los historiadores modernos, en manera alguna puede sostenerse a falta, por completo, del más mínimo apoyo documental o arqueológico. Según la leyenda, San Lamberto,

por los mismos días de Daciano, había sido decapitado por odio a su religión cristiana. Tomando entonces su cabeza entre las manos, había marchado al lugar en que estaban las cenizas de los mártires, y su cuerpo se había unido a ellas, conservándose únicamente la cabeza. Ni el nombre de Lamberto, de clara estirpe nórdica y desusado, por tanto, en la España romana, ni el corte de la narración, claramente inspirada en una errónea interpretación de la costumbre medieval de presentar a los mártires decapitados con su cabeza entre las manos, ni la debilidad del fundamento, de dar algún martirologio su nombre el mismo día que el de los otros mártires, permiten tomar esta leyenda en serio.

Nos queda, pues, bien poca cosa. La existencia de un mártir llamado Lamberto. La época probable de su martirio, muy verosímilmente, cuando Zaragoza gemía bajo la dominación de los moros. El dato de que ese martirio ocurrió en Zaragoza. Y la tradición, que parece tener cierto fundamento, de que se trataba de un labrador. Esto es todo.

El caso de San Lamberto no es único, ni mucho menos, en el *Martirologio.* Son legión los mártires de los que sólo nos ha quedado la mención escueta de sus nombres. Y aun algunos ni eso nos han dejado. Santos hay, como los cuatro coronados, que han pasado incluso al mismo culto litúrgico universal sin que sepamos cómo se llamaban. Fenómeno este que se presta a muy provechosas reflexiones.

Limitar la santidad únicamente a los santos de los que se ha tenido pormenorizada noticia y cuyo martirio o heroicas virtudes constan de forma plena y con todos los trámites jurídicos, sería hacer grande injuria a la verdad que todos los días presenciamos. En el siglo XX nos consta la existencia de martirios, tras el telón de acero por ejemplo, de los que nunca llegará a saberse con exactitud qué es lo que ocurrió. Dígase lo mismo de las virtudes heroicas. ¡En cuántas diócesis y en cuántas casas religiosas se conserva viva la memoria del olor de santidad que tras sí dejaron sacerdotes, seglares o religiosos, que luego, por circunstancias a veces de orden político, en ocasiones de tipo económico, en otras ocasiones de simple descuido humano, no se llegó a recoger y plasmar jurídicamente! La Iglesia recuerda a todos

ellos en la fiesta de Todos los Santos. Y conserva con cariño la mención que la historia le ha legado de algunos desconocidos, como San Lamberto, en su universal *Martirologio.*

Los modernos hagiógrafos nos explican lo sucedido en estos casos. Lamberto era un labrador santo que dio su sangre por Cristo. A los primeros destinatarios del martirologio que recogió su nombre no hacía falta decirles más. Unos le recordarían personalmente, otros habrían oído hablar de él a sus padres o amigos. La simple mención de su martirio, el día de su natalicio para el cielo, bastaba. Pero los años pasaron; las circunstancias, que antes eran tan conocidas, se fueron borrando de la memoria de los hombres, y la hermosa y edificante historia del santo labrador quedó reducida a sólo su nombre en el martirologio. Es decir, no a eso sólo, porque Lamberto gozaba ya en el cielo del premio a su heroísmo e interponía su mediación en favor de quienes, como los labradores de las tierras de Teruel, se refugiaban bajo su glorioso patrocinio.

Para el cristiano, su nombre, como el de tantos otros a quienes pudiéramos llamar «santos sin historia», es fuente de gran consuelo. Lo que al tender a la santificación buscamos no es una gloria humana, efímera y frágil, como lo demuestra el caso de estos hombres que un día hicieron actos heroicos que hoy desconocemos por completo, sino una gloria mil veces más firme y duradera. Lo que hoy no sabemos lo supo y lo sigue sabiendo Dios, que es quien se lo premia. Nuestras acciones buenas, aun las mal interpretadas por los hombres que nos rodean, son bien conocidas por Dios, nuestro supremo y último Juez. Y este su definitivo juicio, y no el contingente de la Historia, es el que verdaderamente nos interesa. Nada sabe la historia hoy de San Lamberto. Pero él goza de la visión de Dios, que con sus desconocidas acciones mereció en sus tiempos.

Nos quedan, en cambio, sus reliquias. Perdida la memoria de la existencia misma de la cripta de Santa Engracia, el 12 de marzo de 1389, al realizar unas obras, apareció de nuevo, y se reavivó con esta ocasión el culto de los mártires. Pero todavía recibió mayor impulso con motivo del paso del papa Adriano VI por Zaragoza. Sabido es que este papa fue elegido encontrándose en Vitoria y que desde esta ciudad emprendió su

viaje hasta Tortosa, donde embarcó para ir a Roma. Forzoso le era, siguiendo el curso del Ebro, pasar por Zaragoza, y así lo hizo, visitando entonces la iglesia de las Santas Masas, o de Santa Engracia. Mostró con esta ocasión particular devoción a Lamberto, glorioso homónimo de otros santos de ese mismo nombre, muy venerados en su tierra natal de Flandes. Y tanta fue su devoción, que mandó el Papa abrir el sepulcro para tomar de él alguna reliquia. Y ocurrió que, al separar una quijada del santo cuerpo, salió tanta copia de sangre, según nos cuenta el célebre historiador padre Risco, que fue necesario recibirla en una fuente de plata, y hoy se conserva una buena porción de ella en un relicario de cristal.

La devoción mostrada por Adriano VI y el suceso prodigioso de salir sangre fresca del cuerpo santo, acrecentó la devoción de Zaragoza hacia San Lamberto. Por eso se determinó edificar en el sitio en que San Lamberto fue martirizado un convento de la Orden de la Santísima Trinidad. Se comenzó éste el año 1522, concurriendo los zaragozanos con copiosas limosnas. Para estimularles en esta tarea expidió el Papa el 22 de junio del mismo año un breve, en el que expresa con gran ternura su devoción hacia este santo. Cuenta Adriano VI cómo se había dirigido a él el padre Juan Ferrer, de la Orden de la Santísima Trinidad, exponiéndole el propósito que tenían de edificar el convento en el sitio en que se había verificado el martirio, y en el que aún se conservaba una mata plantada por el mismo santo.

> «Nos, considerando el grandísimo afecto de devoción que ya desde hace tiempo teníamos a ese Santo, y continuamos teniéndole [...] concedemos las indulgencias solicitadas».

Concluido el convento, se trasladó a él una canilla del brazo de San Lamberto con parte de la sangre de que se ha hecho memoria. En los tiempos siguientes se mejoró todavía más su fábrica, llegando a ser, cuando el padre Risco escribe, «un convento suntuoso, que mantiene un buen número de religiosos, cuya virtud y observancia hacen resplandecer el espiritual edificio».

Desaparecido el convento con los tristes avatares de la desamortización, la devoción a San Lamberto se refugió únicamen-

te en la cripta de la iglesia de Santa Engracia. La voladura del monasterio, ocurrida en 1808, respetó las reliquias de los santos. Llevadas a la Seo, pasaron después a la sacristía del Pilar y a una de las parroquias de Zaragoza, hasta que, restaurada la cripta entre los años 1813 a julio de 1819, pudieron volver a ella. La cripta no tiene ya el carácter vetusto y primitivo que un día debió de tener. No obstante, los zaragozanos, a cuya diócesis se incorporó recientemente la parroquia de Santa Engracia, que durante siglos perteneció a la de Huesca, continúan siendo fieles a la devoción a sus gloriosos mártires, a los que el 26 de abril de 1480 tomaron por patronos de la ciudad. El Concejo de ésta ejerce, a su vez, patronato sobre la misma cripta.

LAMBERTO DE ECHEVERRÍA

Bibliografía

Acta sanctorum, Aprilis, t.II.

FLÓREZ, E., *España sagrada,* t.XXX, p.295-300.

SOCIÉTÉ DES BOLLANDISTES (ed.), *Bibliotheca hagiographica latina antiquae et mediae aetatis,* II (Bruselas 1900-1901) 975.

SANTA JULIANA FALCONIERI

Virgen y fundadora († 1341)

Santa Juliana de Falconieri es la fundadora de las Religiosas Terciarias Servitas, organizadas en 1306 en Florencia y designadas comúnmente en Italia con el nombre de *Mantellate,* o «de la mantilla». Deben, pues, distinguirse bien, por un lado, de los servitas, o siervos de María, insigne Orden mendicante que debe su origen a los célebres siete santos fundadores florentinos, y, por otro, de las religiosas servitas, fundadas por San Felipe Benicio, de carácter puramente contemplativo. Sin embargo, Santa Juliana está, en cierto modo, emparentada con ambas Órdenes, pues, por una parte, pertenece a la familia de los Falconieri, de la que procedía su tío, San Alejo Falconieri, uno de los siete fundadores de los servitas, y, por otra, se inició en la vida religiosa con las religiosas servitas y bajo la dirección de su fundador, San Felipe Benicio.

Nacida del hermano de San Alejo Falconieri, llamado Carisino, recibió en Florencia una educación profundamente cristiana. Su padre, que había reunido con su comercio grandes riquezas, levantó a sus expensas la magnífica iglesia de Nuestra Señora de la Anunciata, y no mucho después murió. Juliana, por su parte, según refieren sus antiguos biógrafos, dio desde sus primeros años las más expresivas muestras de eximia piedad y, sobre todo, de su predilección por la Santísima Virgen y por la virginidad cristiana. Por esto se refiere que San Alejo, su tío, llegó a decir a la madre de Juliana que había traído al mundo, no una niña, sino un ángel.

Efectivamente, cuando contaba sólo catorce años, en 1284, renunciando al ventajoso matrimonio que se le ofrecía y ansiando consagrar a Dios su virginidad, recibió de San Felipe Benicio el hábito de terciaria de las religiosas servitas por él fundadas, y hasta la muerte de su madre vivió en su propia casa conforme a las normas recibidas del santo. Su ejemplo fue imitado por algunas damas de la buena sociedad florentina, y aun su propia madre se puso bajo su dirección en la vida de piedad. Un año más tarde recibía San Benito Benicio su profesión religiosa, y al morir poco después confió a Juliana la Orden por él fundada y la alentó de un modo especial en la Congregación de terciarias servitas iniciada por ella, que bien pronto, a causa de la mantilla que todas ellas llevaban, fueron vulgarmente designadas con el epíteto de *Mantellate.*

Después de la muerte de su madre su vida de consagración a Dios fue tomando una forma más rigurosa y definitiva. Se impuso ayuno riguroso los miércoles y viernes, no tomando en estos días más que un poco de pan y agua. El sábado lo empleaba entregándose por completo a la contemplación de los dolores de la Virgen, y el viernes lo dedicaba por entero a la meditación de la Pasión, en cuyo obsequio tomaba una sangrienta disciplina. De este modo fue creciendo rápidamente la fama de sus virtudes y de la sublimidad de la vida que llevaba, por lo cual fue aumentando el número de las mujeres que se le iban juntando. Todas ellas llevaban, como ella, en sus propias casas una vida de piedad y de la más absoluta consagración a Dios, sobre todo por medio de su virginidad. Entre las que ya entonces se le jun-

taron en este género de vida merecen especial mención una de sus primas, llamada Juana, que se distinguió por su eximia virtud, y una hermana del mismo San Felipe Benicio.

Sin embargo, todo esto significaba únicamente una vida de consagración al Señor puramente individual o privada. Ella y sus compañeras deseaban algo más, es decir, convertirse en Congregación religiosa canónicamente reconocida por la Iglesia. Así, pues, cuando ya estaban todas ellas habituadas a aquella vida de consagración y penitencia, el año 1306 se establecieron en vida común en una casa preparada para ello en Florencia. Por esto se considera esta fecha como la de la fundación de la congregación. Ya los papas Honorio IV (1285-1287), Nicolás IV (1288-1292), Bonifacio VIII (1294-1303) y Benedicto XI (1303-1304) habían aprobado su primer género de vida; pero la aprobación definitiva de la congregación propiamente tal de las Servitas Terciarias de Santa Juliana de Falconieri se la concedió el papa Martín V (1417-1431) por medio de la bula *Sedis apostolicae providentia.*

La vida de la nueva congregación, conforme al contenido de la misma bula, se distinguía por un conjunto de prescripciones de una alta perfección y por su austeridad en los ayunos y en otras penitencias. Sin embargo, estas constituciones de las servitas terciarias ya no tienen valor en nuestros días. Las diversas ramas de dicho Instituto tienen actualmente reglas particulares, canónicamente establecidas y acomodadas a los tiempos presentes.

Una vez, pues, organizada y canónicamente establecida la congregación, Juliana se vio forzada, bien contra su inclinación natural, a admitir el cargo de superiora general, que mantuvo durante treinta y cinco años, hasta su muerte. Bien persuadida de que, precisamente por ser la organizadora y por estar al frente de la congregación, tenía más obligación que nadie de observar sus constituciones, procuró desde el principio ser modelo de observancia aun de las más mínimas prescripciones de la regla, pues, como para las demás, también para ella constituía la voluntad de Dios. Por otra parte, sintiendo en su interior un ansia, cada día más intensa, de corresponder a las gracias que había recibido del cielo, entregábase de lleno a la oración y a la

práctica de las mayores austeridades. De un modo muy especial se pondera el empeño con que procuró ejercitar la humildad y caridad con los demás, buscando siempre los empleos más humildes y siendo la esclava de todas sus hermanas.

En este punto son interesantes los datos concretos que nos comunican las biografías e historias antiguas de la Orden de los servitas, de la que esta congregación es considerada como una rama femenina. Algunas de estas prácticas, que en nuestros días nos parecen excesivas y aun extravagantes y desde luego no aconsejables, responden al espíritu de religiosidad y austeridad propio de la Edad Media. Así se refiere que pasaba a veces veinticuatro horas seguidas en oración, sea porque se sentía arrebatada por el espíritu interior, sea porque quería por este medio librarse de graves tentaciones. Por otro lado, dormía con frecuencia sobre la tierra desnuda, y para mortificar su carne usaba disciplinas, cuerdas, cilicios en la cintura; ordinariamente no tomaba más que un poco de alimento cuatro veces por semana. Los demás días solamente la comunión.

En medio de una vida tan austera, entregada por entero a la contemplación y a la penitencia, es admirable lo que se refiere sobre el influjo que llegó a tener sobre el mundo que la rodeaba. La fama y el aroma de su santidad había trascendido de tal manera fuera de la casa donde habitaba, que producía más provecho espiritual que muchas predicaciones. Así consta que en varias ocasiones obtuvo la conversión de grandes pecadores, y, sobre todo, que logró poner término a enconadas enemistades, discordias y odios individuales y aun públicos.

Tanta penitencia y austeridad llegaron, por fin, a causar trastornos en su estómago y producirle agudas enfermedades. Pero ella supo sobrellevarlo todo con la mayor resignación. Próxima ya a morir, según refieren antiguos testimonios más o menos fidedignos, no pudiendo recibir el viático, rogó ella que, al menos, le trajeran el copón y lo depositaran sobre su pecho, sobre el cual se extendieron los corporales. Así se hizo; pero al punto desapareció la «sagrada forma» que en él se contenía. Y añaden las mismas crónicas que, después de su muerte, se encontró grabado sobre el pecho, encima del corazón, un sello a manera de hostia. Precisamente como recuerdo de esta tradición, sus

religiosas, las *Mantellate,* llevan sobre el lado izquierdo de su escapulario la imagen de una hostia.

Santa Juliana Falconieri murió el 19 de junio de 1341 y desde un principio fue sumamente venerada por su eximia santidad.

BERNARDINO LLORCA, SI

Bibliografía

Act. SS. Boll., 19 de junio: *Vita,* trad. al latín de A. GIANI.
Act. SS. Boll., octubre, p.403s; y diciembre: *Propylaeum ad Act. SS.*
LÉPICIER, A.-H.-M., *Santa Giuliana Falconieri, fondatrice delle Suore Mantellate Serve di Maria. La sua vita, il suo tempo, la sua opera* (Pistoia 1922).
PANICHELLI, P., *Una vittima dell'amore eucaristico: Santa Giuliana Falconieri* (Pisa 1928).
POLETTI, E. M., OSM, *Storia di s. Giuliana Falconieri fondatrice delle suore Mantellate del Terz'Ordine dei Servi di Maria* (Florencia 1903).
• Actualización:
ROSSI, A. M.ª, OSM, *Santa Giuliana dei Falconieri* (Postulazione Generale dei Servi di Maria 1954).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTOS GERVASIO Y PROTASIO

Mártires († s. II)

La vida y martirio de estos dos mártires no se conocen, pero la invención de sus reliquias por San Ambrosio está bien atestiguada. Según cuenta el santo en carta a su hermana Marcela, se hicieron todos los preparativos para la dedicación de la iglesia catedral milanesa. Y, entonces, Ambrosio tuvo el presentimiento de que en el cementerio de la iglesia de los Santos Nabor y Félix se hallaba la tumba de algunos antiguos mártires. Se hicieron las averiguaciones necesarias y aparecieron los cuerpos de dos hombres decapitados, que pudieron ser identificados como los mártires Gervasio y Protasio, de los cuales sólo se conocía el nombre y la condición de mártires. Los cuerpos de los santos fueron trasladados a la catedral y en el traslado se produjo el milagro de la curación de un ciego llamado Severo, que vivió luego muchos años en Milán y pudo dar testimonio del favor divino obtenido por la intercesión de los santos mártires.

Estuvieron presentes, junto a San Ambrosio, otros dos santos: San Paulino de Nola y San Agustín. Desde entonces se conservan los cuerpos de los santos en Milán junto al de San Ambrosio que fue sepultado con ellos.

BEATO GERLANDO

Religioso († 1279)

Gerlando era un alemán de la Orden de San Juan de Jerusalén y que en tiempos del emperador Federico II se encargó de la iglesia de Nuestra Señora del Templo, cerca de Caltagirone, Sicilia. Aquí desarrolló una intensa actividad benéfica socorriendo a las viudas y a los niños desprotegidos mientras que llevaba una vida de gran austeridad y penitencia. Muerto en 1279, su culto comenzó cuando sus reliquias fueron trasladadas a la iglesia de Santiago de Caltagirone.

BEATA MIGUELINA METELLI

Viuda († 1356)

Nacida en Pésaro hacia el año 1300 en el seno de una familia acomodada, apenas llegada a la adolescencia fue dada en matrimonio a un joven de la familia Malatesta, con quien tuvo un hijo. Vivió felizmente en su matrimonio, pero en poco tiempo murieron su esposo y su hijo.

Ella, impresionada por la vida piadosa de una amiga, se decide por dedicarse a Dios y toma el hábito de terciaria franciscana. Con resistencia y escándalo de su familia se desprende de todos sus bienes, que reparte entre los pobres. Peregrina a Tierra Santa donde tuvo especiales experiencias espirituales. De vuelta en Pésaro lleva una vida dedicada por entero a la piedad, en austeridad, humildad y modestia y acepta que una mujer piadosa la recoja en su casa, viviendo así de limosna quien todo lo había dado en limosnas.

Al morir, el 19 de junio de 1356, todo el mundo la alabó como santa y empezó a dársele un culto que la Santa Sede confirmó el 24 de abril de 1737.

BEATOS SEBASTIÁN NEWGATE, HUNFREDO MIDDLEMORE Y GUILLERMO EXMEW

Presbíteros y mártires († 1535)

Eran tres monjes de la Cartuja de Londres: Hunfredo era el vicario de la comunidad, Guillermo el procurador y Sebastián uno de los padres de la comunidad. Acaecido el martirio de su prior, San Juan Houghton, por negarse a suscribir la supremacía religiosa del monarca, al día siguiente los delegados reales acudieron de nuevo a la Cartuja e intimaron a los monjes a que prestaran el juramento pedido. Como no lo conseguían, prendieron a estos tres religiosos, los tres sacerdotes, y los llevaron a la cárcel donde los sujetaron al muro con una argolla que les obligaba a estar de pie, de lo contrario habrían perecido ahogados, y les sujetaron las manos con cadenas y los pies en un cepo. Como el P. Sebastián había sido íntimo del rey, acudió éste en persona para hacerlos suscribir el juramento pedido, pero no lo logró. Entonces mandó llevar a Sebastián a la Torre.

Los dos primeros fueron juzgados el 11 de junio y condenados a muerte, pero como Sebastián no cedía, la condena se extendió a él y el 19 de junio de 1535 fueron llevados a la plaza de Tyburn donde fueron ahorcados y posteriormente descuartizados. Sebastián había nacido en Harefield y se había educado en Cambridge. Contrajo matrimonio y perdió años después, en 1524, a su esposa. Tenía mucha amistad y predicamento con el rey, pero advertido por su hermana de las inmoralidades del monarca, decidió abandonar la corte e ingresó en la Cartuja, donde profesó y se ordenó sacerdote. León XIII beatificó a estos mártires el 9 de diciembre de 1886.

BEATO TOMÁS WOODHOUSE

Presbítero y mártir († 1573)

Se sabe de este mártir inglés que se ordenó sacerdote en Inglaterra en el último año del reinado de la reina María Tudor, cuando el catolicismo fue reinstalado en el reino, y se le nombró rector de una pequeña parroquia del Lancashire. Pero cuando en 1555 murió la soberana y subió al trono Isabel I, y ésta

volvió a los pasos cismáticos de su padre y a los protestantes de su hermano Eduardo VI, Tomás, al no someterse a estas novedades religiosas, perdió su parroquia y se ganó la vida dando clases en Gales.

En 1561 fue arrestado y acusado de ser católico, toda vez que se le encontró diciendo misa, y fue encerrado en la prisión de Fleet. Le esperaban doce años de prisión. El director de la carcel lo trató con blandura, le dejó decir misa e incluso hacer propaganda catolica con los otros presos, convirtiendo así a algunos. En 1563, con motivo de una epidemia, fue llevado con los otros presos a la cárcel de un condado.

En 1572 solicitó ser admitido en la Compañía de Jesús y recibió por carta la admisión a la misma. Pero, producida la excomunión de Isabel I por el papa Pío V, Tomás escribió a Lord Burleigh instándolo a que recomendara a la reina se sometiera al Papa. Esto provocó que se le hiciera un interrogatorio en el que el mártir defendió calurosamente la primacía papal, motivo por el cual hubo de comparecer a juicio en Guildhall. Negó la autoridad de un tribunal secular para juzgar a un sacerdote por asuntos religiosos y defendió su propia fe con convicción y ardor. Fue condenado a muerte como traidor y llevado a Tyburn para ser ejecutado el 19 de junio de 1573. En el propio patíbulo volvió a demandar a la reina que se sometiera a la autoridad apostólica del Papa. Fue ahorcado y descuartizado. Beatificado el 9 de diciembre de 1886.

SANTOS REMIGIO ISORÉ Y MODESTO ANDLAUER

Presbíteros y mártires († 1900)

En plena persecución de los boxers contra el cristianismo, estos dos misioneros jesuitas que se hallaban en el poblado chino de Wuyi, en la mañana del día 19 de junio de 1900, al comprobar la cercanía de los boxers, se dirigieron a la capilla donde se postraron ante el altar y se entregaron a la oración poniendo sus vidas en las manos de Dios. Llegaron los boxers, rompieron las puertas y se dirigieron hacia ellos, matándolos a golpes con sus lanzas y salpicando su sangre el altar en el que tantas veces se había celebrado la santa misa.

REMIGIO ISORE había nacido en Bambeque, Francia, el 22 de enero de 1852. En su juventud, sintiendo la vocación sacerdotal, ingresó en el seminario de Cambrai y se preparaba para el sacerdocio, pero, atraído por la vida religiosa, pidió un tiempo de reflexión y al cabo del mismo decidió su ingreso en la Compañía de Jesús. Entró en el noviciado de St. Acheul el 20 de noviembre de 1875 y una vez hechos los votos se ofreció para las misiones. Fue enviado a China, donde completó los estudios y se ordenó sacerdote el 31 de julio de 1886. Fue un misionero energico y celoso. Estaba en la estación misionera de Weishien, Tientsin, cuando empezó la revuelta de los boxers, pero fue enviado a Changkiachwang para una temporada de descanso. Cuando le llegó la noticia de la revolución, quiso volver enseguida a su puesto misional y se puso en camino, pero se paro en la estación misionera del P. Andlauer.

MODESTO ANDLAUER había nacido en Rosheim, Alsacia, el 22 de mayo de 1847. Entró en la Compañía de Jesús en St. Acheul el 5 de octubre de 1872. Fue ordenado sacerdote en Francia en 1876 y marchó a China en 1882, entregándose a su tarea misional con gran dedicación en la misión de Wuyi. Era modesto y humilde, una persona de gran vida interior.

Fueron canonizados el 1 de octubre de 2000.

20 de junio

A) MARTIROLOGIO

1 La conmemoracion de San Metodio († 312), obispo de Olimpo y martir

2 En Laon (Neustria), San Goban o Gobain († 670), presbitero y ermitaño *

3 En el monasterio de Santiago de Foggia, en Apulia, San Juan de Matera († 1139), abad **

4 En el monasterio de Modingen (Baviera), Beata Margarita Ebner († 1351), virgen, monja dominica *

5 En Dublin (Irlanda), la pasion del Beato Dermicio O'Hurley († 1584), obispo, martir bajo el reinado de Isabel I **

6. En Dublín (Irlanda), la conmemoración de la Beata Margarita Ball († 1584), viuda y mártir, muerta en la cárcel en fecha desconocida y conmemorada hoy *.

7. En Nagasaki (Japón), beatos Francisco Pacheco, presbítero, y ocho compañeros: Baltasar de Torres y Juan Bautista Zola, presbíteros, Pedro Rinsei, Vicente Kaun, Juan Kisaku, Pablo Kinsuke, Miguel Tozo y Gaspar Sadamatsu († 1626), todos ellos religiosos de la Compañía de Jesús *.

8. En Londres (Inglaterra), beatos Tomás Whitbread y sus compañeros Guillermo Harcourt, Juan Fenwich, Juan Gavan y Antonio Turner († 1679), todos ellos presbíteros y religiosos jesuitas, mártires bajo el reinado de Carlos II *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN JUAN DE MATERA
Abad († 1139)

San Juan de Matera nació probablemente el año 1070 en la provincia de Matera (Italia) y murió en Foggia el 20 de junio de 1139. Pertenece al grupo de santos reformadores del monacato del siglo XII en la Italia meridional. Se formó con los monjes basilios que se habían establecido en la pequeña isla de San Pedro, frente a la ciudad de Tarento, pasando luego a ser ermitaño en diversos lugares del sur de Italia: Calabria, Sicilia y Ginosa. Vivió por mucho tiempo en el más absoluto retiro y en una penitencia rígida, aunque a lo largo de su vida tuvo que experimentar etapas de vida comunitaria e incluso de predicación.

Tras unos años de vida solitaria en dicha isla de San Pedro, vuelve a su patria y se establece en Ginosa, cerca de Matera. Fue entonces cuando su tipo de vida y su fuerte personalidad hacen que se le junten algunos discípulos y para ellos abre un monasterio. Comienza para él una serie de problemas de no fácil solución, el primero de los cuales fue una acusación de hurto, lo que le llevó incluso a la cárcel. Solucionado este problema continúa su vida itinerante y se encamina hacia la ciudad de Capua. Allí, durante un tiempo, vive con otro santo, San Guillermo de Verceli, que comenzaba un nuevo tipo de vida monástica en Montevergine. Tras un tiempo de experiencia en este monacato tiene la idea de dirigirse a Tierra Santa, pero antes se detiene en la ciudad de Bari donde se comienza a predicar para ele-

var el nivel religioso de sus gentes. Nuevamente es acusado, en esta ocasión, de enseñar doctrinas falsas y peligrosas, pero logró demostrar su plena ortodoxia y partió de nuevo hacia Ginosa a observar la evolución de los discípulos que allí había dejado. Tras un tiempo de estabilidad, y ahora movido por su devoción al arcángel Miguel, se dirige al Monte Gargano, al santuario que allí hay dedicado al arcángel y donde se detiene por un tiempo. Siente más fuerte que nunca la llamada a la soledad y al silencio y, en el año 1129, se establece en Pulsano, un lugar no lejos del Monte Gargano, donde erige un monasterio dedicado a la Santísima Virgen María. Los seis miembros que inicialmente lo poblaron, muy pronto pasan a ser unos sesenta y de ese modo surge la congregación de Pulsano.

La norma de vida era la Regla de San Benito en su interpretación más rígida: los monjes lo tenían todo en común; caminaban descalzos, practicaban durísimas penitencias, se alimentaban del trabajo de los campos y de las limosnas que recibían; vestían un tosco sayal y un escapulario negro. No obstante, los monjes tenían una buena formación y cuidaban mucho todo lo relacionado con los estudios.

Sin depender de la reforma de San Romualdo en la Camáldula, ni de la de San Bruno en la Cartuja, a San Juan de Matera y a la congregación benedictina de Pulsano hay que enmarcarlos dentro de este momento de renovación monástica. Como característica propia, la congregación benedictina de Pulsano tuvo un cierto carácter ermitaño. Junto al monasterio se excavaban grutas en la roca, normalmente en lugares de difícil acceso, donde los monjes se retiraban a llevar vida de oración y contemplación.

Aunque en un principio la obra de San Juan de Matera estaba pensada para monjes, no tardaron en unirse algunas mujeres que querían ponerse bajo su dirección y carisma, por lo que se abrieron dos monasterios femeninos con el mismo ideal que el de los monjes.

No se conocen escritos del santo, por lo que no es fácil conocer su espiritualidad ni la regla de vida de la que parte; únicamente por sus discípulos podemos conseguir algo de su fuerte personalidad y de su duro carácter para la ascesis y la mortifica-

ción. A ello se unía un gran amor por las almas a las que quería salvar, lo que le llevó a abandonar la soledad y hacerse predicador ambulante. También llegó a tener un fuerte atractivo por la pobreza absoluta, imponiéndola a sus discípulos para contrastar con la prosperidad de algunos monasterios medievales. Anticipaba así en unos siglos algunos de los ideales que después impondrían los mendicantes.

Murió en Foggia tras diez años continuos de gobierno abacial, en el monasterio de Santiago, el año de 1139. Fue sepultado en Pulsano, pero en el 1830 su cuerpo fue trasladado a la catedral de Matera.

Su sucesor fue el Beato Jordán († 1145), que sería el gran impulsor de la congregación. Sobre todo, estableció el principio de dependencia de todos los monasterios del abad de Pulsano. Durante el gobierno del Beato Joel la congregación alcanzó el mayor desarrollo: los monasterios eran numerosos en muchas partes de la Italia central y meridional, especialmente en la Toscana, entre ellos se hicieron célebres los de San Pedro de Vallebona, cerca de Chieti, de San Miguel de Guamo, cerca de Lucca, y de San Miguel del Orticaia, cerca de Pisa.

En el año 1177, el papa Alejandro III, que viajaba a la ciudad de Benevento, consagró la iglesia de Santa María de Pulsano y con una bula puso bajo la protección de la Santa Sede la congregación de Pulsano.

JUAN JAVIER FLORES ARCAS, OSB

Bibliografía

LECCISOTTI, T., «Nell'ottavo centenario di un apostolo dell'Italia meridionale»: *Convivium* 2 (1939) 341-353.

MATTEI-CERASOLI, L., *La congregazione benedettina degli eremiti pulsanesi. Cenni storici* (Badia de Cava 1938).

PECCI, A., *Vita sancti Johannis a Mathera abatis* (Putignano 1938).

LOS MÁRTIRES INGLESES

(† s. XVI)

Cuando se habla de los mártires ingleses, se entiende aquellos héroes, sacerdotes y seglares, hombres y mujeres, que die-

ron sus vidas durante la Reforma en Inglaterra, en un esfuerzo supremo para conservar la fe, la misa y los sacramentos en aquella isla.

Para entender mejor lo que les llevó a la muerte por su religión será menester hacer un pequeño resumen de la historia de aquella Reforma tal como se desarrolló en Inglaterra. Es decir, es necesario comprender el origen, naturaleza y tendencias de la causa en que perdieron la vida. Si no, nunca podremos comprender por qué se les acusó de traición, por qué fueron tan vanas las acusaciones lanzadas contra ellos y por qué fueron aceptadas dichas acusaciones tantas veces juntamente con pruebas ridículas contra su causa delante de los tribunales.

El protestantismo no logró tener éxito en Inglaterra hasta el reinado de Eduardo VI. Todo lo contrario, al rey Enrique VIII le fue concedido por el Papa el título de defensor de la fe por sus escritos contra aquella herejía. Sin embargo, la semilla de la separación entre Inglaterra y la Iglesia católica había sido sembrada hacía años, puesto que el poder de la Corona y el del monarca habían aumentado mucho desde las guerras de las Rosas, de tal manera que la Iglesia en Inglaterra llegó a ser un instrumento más en las manos del rey. Por tanto, cuando Enrique VIII decidió casarse con Ana Bolena, divorciándose de su legítima esposa, Catalina de Aragón, pocas fueron las voces que se levantaron en contra, si dejamos aparte las de Tomás Moro y Juan Fisher. Así llegó el cisma; pero todavía no había entrado la herejía.

El protestantismo empezó su trabajo nefasto en el reinado del joven Eduardo VI, introduciéndose primero entre los ministros del rey y, más tarde, apoderándose, sin mucha oposición, de las grandes ciudades, tanto como de los condados del este del país. Cuando llegó al trono la reina María, hija legítima de Enrique VIII y Catalina de Aragón, defensora de la verdadera religión y ferviente católica, el protestantismo tenía mucha fuerza en todo el país. Por esta razón, el renacimiento del catolicismo durante su reinado duró muy poco, escasamente cuatro años desde su proclamación oficial hecha por el Parlamento.

Después de la muerte de María heredó el trono Isabel I, en el año 1558, y ésta, olvidando enseguida su solemne promesa de mantener en el reino la fe católica, se rodeó de consejeros y

ministros protestantes, de los cuales Guillermo Cecil puede considerarse el jefe y prototipo. Entonces empezó la verdadera lucha entre la herejía y las fuerzas de la Contrarreforma, tanto, que la mayoría de los mártires fueron ejecutados durante estos años, siendo relativamente pocos los que murieron durante el período de Carlos I, Jaime I y el protector Cromwell. Sin embargo, la persecución no empezó de una manera abierta y violenta, debido a que Isabel I y sus ministros habían condenado de forma rotunda las ejecuciones de protestantes durante el reinado de María y sería demasiado ingenuo lanzarse enseguida, a su vez, a asesinar a los católicos.

Así, por lo menos, pensó Cecil, el primer ministro de Isabel. Primero sería necesario consolidar la posición del protestantismo y preparar el terreno. Esto se hizo con dos leyes, el «Decreto de supremacía» y el «Acta de uniformidad», en el año 1559. Con estos decretos se planteó un grave problema que hasta entonces no había surgido, y por tanto, frente a él los mismos católicos se encontraron desconcertados.

Antes se había discutido mucho la relación entre el poder de la Iglesia y el del Estado, siendo mantenido firme el derecho de la Iglesia de nombrar a los obispos y de concederles sus poderes jurisdiccionales, mientras el Estado había conseguido en Inglaterra el derecho de exigir contribuciones del clero y de juzgarles. Ahora se planteó un problema muy distinto, puesto que el rey se declaró monarca no solamente en cuanto a las cosas civiles del país, sino también de las espirituales y religiosas dentro de su reino. Algunos de sus súbditos —la mayoría— resolvieron el problema aceptando con sumisión los decretos reales, viendo en ellos solamente los deseos del rey de enriquecerse mediante una confiscación de los bienes de la Iglesia en el país, especialmente de los grandes monasterios. Otros, y al principio fueron muy pocos, dieron su vida antes de ceder al monarca lo que consideraban una prerrogativa del romano pontífice. Es decir, éstos vieron en el problema su aspecto teológico, mientras los otros no vieron más que el aspecto político-social. Pero vamos a continuar con nuestra historia.

El levantamiento en el norte de Inglaterra en el año 1569, por motivos puramente religiosos, hizo a Cecil cambiar su política, y

desde entonces la persecución de los católicos fue más dura, tanto que, en el año 1570, el papa San Pío V excomulgó a la reina Isabel. En seguida Cecil tomó su revancha. Identificando el protestantismo con el espíritu nacional, empezó a calificar de traidores a todos los que propagaron las noticias de la sentencia papal, a todos los sacerdotes que continuaron en la verdadera fe, juntamente con los que les ayudaran con dinero y les hospedaran en sus casas. Pero, al mismo tiempo, había empezado aquel movimiento espiritual que llamamos la Contrarreforma.

La sentencia papal lanzada contra la reina hizo que muchos católicos «abrieran los ojos» y se marcharan de Inglaterra al extranjero, formándose así verdaderas colonias en muchos países con estos jóvenes dispuestos a dar su vida para conservar la fe en Inglaterra. En 1565 el cardenal Allen abrió su famoso seminario en Douai, mandando desde allí los primeros misioneros en el año 1574. Un poco más tarde abrió otro seminario en Roma, en 1578, y en 1589 otro en Valladolid. Tanto el de Roma como el de Valladolid perduraron durante mucho tiempo y continuaron con su trabajo de educar y mandar sacerdotes a todas partes de Inglaterra. Tanto como la oposición, la resistencia de los católicos se había endurecido. La persecución continuó bastantes años todavía, hasta el fin del gobierno del protector Cromwell; pero llegó a su punto más feroz después del decreto del año 1585 contra la misa y los sacerdotes.

Según este decreto todos los sacerdotes de la isla tendrían que salir de ella en un plazo de cuarenta días; el mero hecho de ser sacerdotes era un acto de traición a la nación; los que estaban estudiando en seminarios fuera del país tendrían que volver a él dentro de un período de seis meses y prestar un juramento de fidelidad a la reina como cabeza de la nación y de la Iglesia. Los que rehusaron cumplir estas condiciones fueron declarados traidores, juntamente con todos los que les ayudaron en cualquier forma. Les esperaba la pena de muerte.

Ésta, en general, fue la situación política y religiosa de aquellos tiempos. Ahora examinemos con más detalle la vida de aquellos gloriosos mártires y su muerte.

Al terminarse la persecución, 316 personas habían dado su vida para conservar los restos de la fe en Inglaterra. De éstas, 79

fueron seglares y 237 sacerdotes, de los cuales 85 eran religiosos de distintas Órdenes, entre ellas jesuitas, dominicos, benedictinos y franciscanos. Al leer estas cifras nuestra primera reacción es: ¿por qué fueron tan pocos? La contestación a esta pregunta no es sencilla, pero podemos resumirla diciendo que, al principio, no se vio claramente el peligro que encerró el cisma en tiempos de Enrique VIII, siendo solamente cincuenta los que murieron por la fe durante su reinado. Pero entre ellos encontramos aquellos dos santos, Santo Tomás Moro y San Juan Fisher, obispo de Rochester y gran defensor de la reina Catalina de Aragón. Además, la supresión de los monasterios y la flaqueza de los obispos en tiempos de Enrique planteó un problema para los fieles y para los sacerdotes. No tuvieron más remedio que seguir el ejemplo de sus obispos. En tiempos de Isabel I, como hemos indicado, se endureció la resistencia, pero ya era demasiado tarde para conseguir la completa conversión de la isla. Sin embargo, tenemos que decir que, si hoy día la misa se celebra en Inglaterra y si hay un elevado número de católicos fervorosos allí, este hecho es debido, en gran parte, al sacrificio de aquellos católicos que murieron entre 1535 y 1679.

No podemos escribir aquí las vidas de cada uno de los mártires, puesto que no disponemos de espacio suficiente para ello. Por tanto, los vamos a dividir en dos grupos: los seglares y los sacerdotes. Entre los seglares encontramos de todas las clases sociales, desde lo más alto hasta lo más bajo, desde un canciller del reino hasta un simple obrero. Entre ellos hay tres mujeres. Cada uno dio su vida en circunstancias muy distintas, pero todos murieron por la misma causa: su fe. Entre ellos se destaca, tanto por su carácter como por las circunstancias de su muerte, el canciller Santo Tomás Moro. Íntimo compañero y amigo del rey Enrique VIII, abogado distinguido, de mucha cultura general, amigo de Erasmo, cariñoso padre de familia, era un hombre muy simpático, tenía buen humor y, además, era un católico fervoroso. Cuando vio que no era compatible con su religión aceptar el juramento de sumisión a Enrique como cabeza de la Iglesia en Inglaterra, presentó su dimisión, tratando de vivir una vida tranquila en su casa sin más complicaciones. Pero, por fin, fue arrestado e interrogado en la Torre de Londres. A todos los

esfuerzos para convencerle de que debía prestar el juramento contestó sencillamente que no podía reconciliarlo con su conciencia. Cuando su propia mujer añadió sus esfuerzos a los de sus amigos, le contestó: «¿Cuántos años crees que podía vivir en mi casa?». «Por lo menos veinte, porque no eres viejo», le dijo ella. «Muy mala ganga, puesto que quieres que cambie por veinte años toda la eternidad». Murió después de quince meses en la cárcel. Su catolicismo se demuestra en la pequeña obra *Diálogo en tiempos de tribulación,* que escribió en la cárcel; mientras su buen humor se reveló en los últimos momentos de su vida, cuando, al agachar la cabeza sobre la madera para recibir el hachazo, dijo, quitando su barba de la madera: «Dejadme quitar la barba de aquí; ésa no ha cometido ninguna traición».

La mayoría de los otros seglares murieron porque ayudaron a los sacerdotes en su trabajo como misioneros, ocultándoles en sus casas, preparándoles escondites donde podían refugiarse con sus hábitos y con todo lo que podía demostrar que se había celebrado misa en aquel lugar. Entre ellos encontramos a tres mujeres. Una, Ana Line, fue condenada por tener sacerdotes en su casa. Antes de ser ahorcada dijo a la muchedumbre: «Me han condenado por recibir en mi casa a sacerdotes. Ojalá donde recibí uno pudiera haber recibido a miles y no me arrepiento por lo que he hecho». Las últimas palabras de Margarita Clitheroe fueron: «Este camino al cielo es tan corto como cualquier otro». Margarita Ward perdió la vida porque llevó en una cesta la cuerda con que se escapó de la cárcel el padre Watson, sabiendo que, de ser descubierta, nada la podría salvar de la horca. Los jueces hicieron lo posible para que prometiese ir a la iglesia protestante, pero su contestación fue sencilla y clara: «Eso no me lo permite la conciencia».

La vida de los sacerdotes es más fácil de describir por la semejanza que existe entre ellas.

Se educaron en seminarios y colegios en el extranjero (en España había tres: Valladolid, Madrid y Sevilla), cursando los años de filosofía y teología. Después de ordenarse marchaban a Inglaterra, disfrazados de comerciantes, soldados, criados, etc., sabiendo que la muerte les acechaba a cada paso. Algunos fueron hechos prisioneros nada más llegar, mientras otros con-

siguieron pasar muchos años inadvertidos, sin despertar las sospechas de las autoridades civiles. Pero, más tarde o más temprano, para todos llegó el momento de la prueba. Generalmente debido a informes de algún traidor o espía, los guardias les buscaban, encontrándoles a veces cuando estaban celebrando misa o escondidos con sus hábitos sacerdotales en una casa. Encadenados, pasaban un período indefinido en la cárcel, donde eran interrogados repetidas veces para conseguir las pruebas necesarias contra ellos y los nombres de aquellos que les habían dado alojamiento o ayuda, tanto como los sitios donde habían celebrado la misa. Pero, fieles a su fe y su vocación, en ningún caso revelaban datos importantes, por lo que eran sometidos a la tortura para conseguir por la fuerza lo que no quisieron decir libremente. Esta tortura fue tan dura a veces que, al llegar al juicio público, había que dejarles sentar, porque no tenían fuerza bastante para mantenerse de pie. Las condiciones en la cárcel eran tan miserables que algunos murieron allí sin llegar a la horca. Un alumno del colegio inglés de Valladolid fue traicionado por su propio padre, quien, después de la muerte de su hijo en la cárcel, rehusó darle entierro cristiano.

Después del interrogatorio oficial venían las disputas con los pastores protestantes, quienes trataban de conseguir la apostasía de los misioneros mediante sus argumentos, sin éxito, saliendo vencidos por la sabiduría y la paciencia de los mártires, debidamente preparados durante sus estudios para este momento. Luego venía el juicio, del cual sabemos todos los detalles pues los documentos oficiales y deposiciones se encuentran en los archivos del Estado todavía. Un estudio de estos documentos nos revela que la causa principal fue siempre religiosa, disfrazada bajo acusación de traición. Los documentos del juicio de San Edmundo Campion, uno de los más renombrados mártires de la Compañía de Jesús, también demuestran la insuficiencia de las pruebas admitidas por el juez, tanto como el truco principal que utilizaron los jueces para conseguir la condena cuando otras pruebas les fallaron.

Este método consistió en una serie de preguntas tales como las siguientes: «¿Aceptaría usted la libertad, tanto para usted como para su Iglesia, si esto fuese posible?». Dada la contesta-

ción afirmativa, el juez continuó: «¿La aceptaría de manos de una fuerza papal? En caso de una invasión de este reino por las fuerzas papales, ¿qué debe hacer un buen católico?». Como ningún católico de aquellos tiempos podía dar una contestación satisfactoria a estas preguntas, no había dificultad en condenarles como traidores al reino. Campion denunció con toda su elocuencia la injusticia de este truco en su juicio.

Después de la sentencia condenatoria les dejaban en la cárcel unos días más, sacándoles solamente para llevarles a la horca atados a una especie de trineo arrastrado por un caballo, siendo acompañados siempre por el pastor protestante que iba discutiendo con ellos, sin duda para que no tuviesen oportunidad para hablar con amigos o rezar en paz. Al llegar al sitio de su martirio les quitaban la ropa y les dejaban solamente la camisa, así facilitaban el cumplimiento de los últimos detalles de la sentencia brutal. Ataban la cuerda al palo y el mártir subía las escaleras de la horca. La gente alrededor esperaba un discurso del condenado, y muchos de los mártires aprovechaban esta ocasión para hacer su última predicación de la verdadera fe a la gente ignorante que les rodeaba. Después de rezar una oración, sin miedo alguno y muchas veces con visible alegría, se preparaban para el supremo sacrificio. Quitando las escaleras o el carro debajo de sus pies, el verdugo les dejaba congestionarse hasta casi perder el conocimiento. En este momento les echaba al suelo, donde les quitaban las entrañas y el corazón. A muy pocos, como favor especial, les dejaron en la horca hasta morir, y la mayoría tuvieron bastantes fuerzas para elevar una última oración al cielo en el momento de quitarles el corazón. Luego les cortaban la cabeza y les descuartizaban con el fin de exponer sus restos en un lugar público.

Así murieron por su fe, sabiendo que otros vendrían detrás de ellos para continuar su trabajo. En efecto, los estudiantes, todavía en sus colegios en el extranjero, al recibir las noticias del martirio solían acudir a la capilla para cantar el *Te Deum* y la Salve. En el colegio de Valladolid esta ceremonia tenía lugar delante de una estatua de la Virgen mutilada por las tropas inglesas durante el saqueo de Cádiz. Como siempre, de la sangre de los mártires brotó una resistencia cada día más fuerte y más eficaz.

España puede tener el merecido orgullo de haber dado refugio a muchos de aquellos sacerdotes, puesto que el colegio de Valladolid cuenta entre sus alumnos de aquellos tiempos veintitrés mártires, diecinueve de ellos ya beatificados por la Iglesia. El país tendrá su recompensa por ese acto de generosidad y verdadero espíritu católico.

Quizá sea verdad que la resistencia a la Reforma fue menos dura y eficaz en Inglaterra que en otros países de Europa; pero también es cierto que el heroísmo de los pocos que lucharon tanto, perdiendo sus vidas por la causa de la fe, es un ejemplo, no solamente para los católicos ingleses, sino también para el mundo entero. De aquellos esfuerzos y de aquella sangre ha brotado la fe de nuevo en la isla, tanto que podemos afirmar que no fue derramada en vano. Lo mismo se dirá de todos los mártires de la santa Iglesia, y mientras existan hombres y mujeres que estén dispuestos a sacrificar todo, incluso sus vidas, por la causa de la verdad, aquella verdad triunfará sobre todos los obstáculos y todos los perseguidores.

DAVID LIONEL GREENSTOCK

Bibliografía

BURTON, E. H. - POLLEN, J. H (eds.), *Lives of english martyrs.* Second series: *The martyrs declared venerable.* I: *1583-1888* (Londres 1914).

CAMM, B , *Lives of the english martyrs,* 2 vols. (Londres 1915).

— ID (ed.), *The english martyrs Papers from the Summer School of Catholic Studies held at Cambridge, july 28-august 6 1928* (Cambridge 1929).

CHALLONER, R., *Memoirs of missionary priests, as well secular as regular and of other catholics, of both sexes, that have suffered death in England, on religious accounts, from the year of our Lord 1577 to 1684,* 2 vols. (Londres 1741-1742; nueva ed. 1964).

HENSON, E. (ed.), *Registers of the english college at Valladolid, 1589-1862* (Valladolid 1930).

• Actualización:

MORRIS, J., SI, *The english martyrs* (Londres 1960).

MCNEILL, CH., art. en *The Catholic Encyclopedia,* I (Londres 1907); cf. www.enciclopediacatolica.com/1/irlandeses htm

BEATO DERMICIO O'HURLEY

Obispo y mártir († 1584)

Irlanda ha estado sojuzgada durante siglos por la corona inglesa hasta que en pleno siglo XX la mayor parte de la isla consi-

guió formalizarse como república independiente. Irlanda, al depender de la corona británica, hubo de padecer sometimiento también religioso, porque al separarse la corona inglesa de la comunión con Roma y el resto de la catolicidad en el siglo XVI, la pretensión fue arrastrar también a Irlanda por su camino rupturista. La resistencia a esta novedad religiosa impuesta por Enrique VIII no pudo menos que crear mártires en Irlanda como los creó en la Gran Bretaña. El *Martirologio romano* recoge la memoria de estos testigos de la fe, puesto que algunos ya han sido canonizados o beatificados por la Iglesia.

Uno de esos testigos de la fe que sellaron con su sangre la fidelidad al Primado de Pedro y la tradición católica fue el obispo Dermicio O'Hurley, que con otros dieciséis mártires fue colocado en los altares por el papa Juan Pablo II el 27 de septiembre de 1992. Su historia es la historia de una entrega y una fidelidad.

Dermot, castellanizado Dermicio, O'Hurley nació en Emly, condado de Tipperary, Irlanda, hacia el año 1530. Su padre, Guillermo, era agente del conde de Desmond y su madre se llamaba Honora O'Brien. Era todavía un niño cuando su familia se trasladó a vivir en Lickadoon, en el condado de Limerick, y es probable que Dermicio hiciera sus primeros estudios en la escuela catedralicia de Emly, cuyo obispo también tenía el apellido O'Hurley. Y esto es prácticamente todo lo que sabemos de la infancia de Dermicio. Era ya un espigado adolescente cuando marchó a estudiar a Lovaina.

Consta que en 1551 se gradúa en artes en el «Paedagogium Lilia» y que ocho años más tarde ya estaba dando clases de filosofía en este colegio, y se sabe que tuvieron mucho éxito sus comentarios en el aula a Aristóteles. Al mismo tiempo que enseñaba, y ello no dejaría de serle arduo, estudió la carrera de Derecho, llegando a graduarse como doctor in utroque iure. Este grado de doctor hizo posible su nombramiento como decano en la Facultad de Derecho de Lovaina. Tras pasar quince años de su vida en esta ciudad, se trasladó a Reims, en cuya Universidad obtuvo cátedra de Derecho, que le fue asignada por el arzobispo Luis de Guisa, fundador de la Universidad. Aquí estuvo cuatro años hasta que, parece que en 1570, dejó Reims y se fue a Roma.

¿Qué hizo Dermicio en Roma? Parece que aquí también fue profesor, y así se deduce de unos versos que le dedicaron cuando, nombrado ya arzobispo, dejaba Roma por Irlanda, pero no queda traza documental de la actividad romana de Dermicio. Se diría más tarde que en Roma fue miembro del Santo Oficio, pero de ello no queda prueba documental alguna. Lo que sí es cierto es que debió acreditarse como persona de la confianza de la Iglesia durante los once años de su estancia en la Ciudad Eterna, ya que en 1581 el papa Gregorio XIII le proponía aceptase el arzobispado de Cashel. Dermicio no era ni siquiera clérigo, no había recibido ni la tonsura clerical. Era un profesor seglar, al que de pronto y de golpe se le elevaba al episcopado. Es claro que al papa debieron presentárselo como el hombre idóneo y que la curia papal estaría de acuerdo.

Un breve pontificio le facultaba para recibir en pocos días todas las órdenes, menores y mayores, hasta el sacerdocio. Con este aval pudo recibir la tonsura y luego las cuatro órdenes menores y las tres mayores entre el 29 de julio y el 13 de agosto de 1581. Y de esta forma el ya sacerdote Dermicio O'Hurley fue preconizado en el consistorio secreto del 11 de septiembre de 1581 como nuevo arzobispo metropolitano de Cashel, alegándose que en él se veían unidas la piedad y la doctrina. Recibida la consagración episcopal, el Papa le impuso el palio el 27 de noviembre del mismo año.

En el verano del año siguiente ya ha dejado Roma y ha vuelto a Reims, donde ha hecho entrega de una cantidad de dinero procedente del Colegio Inglés de Roma al Dr. William Allen fundador del seminario misionero inglés de Douai, trasladado luego a Reims. Y aquí en Reims cayó enfermo y hubo de esperar un año antes de comenzar los preparativos para su viaje de vuelta a Irlanda. Se eligió como puerto de partida el de Le Croisic, en la boca del Loira, y pareció más discreto y apartado que el de Nantes. Se tomó la decisión de que el puerto de desembarque fuera Holmpatrick, en la vecindad de Skerries, condado de Dublín, que pareció un sitio seguro y además no estaba bajo la jurisdicción de la corporación de Dublín y era de propiedad privada. Se acordó además que el breve papal y los demás documentos comprometedores no los llevaría consigo sino que se le

encargaría su traslado a Irlanda a un mercader de Wexford. No contaron con un suceso inesperado, y es que el barco de Wexford fue interceptado por unos piratas. El dossier con las letras de su consagración y demás documentos vino a poder de los jueces de Dublín. Todo indica que ya las autoridades conocían la llegada de Dermicio a Irlanda y no solamente por la documentación proporcionada por los piratas sino por información facilitada por los espías. Por otro lado no parece que supiera Dermicio en qué mal momento político llegaba a su isla.

Porque había una verdadera situación de crisis en la misma en aquel año 1583. Se trataba de los coletazos de la llamada rebelión de Munster que venía de 1579 y se extendía por toda Irlanda. La disidencia era extensa y grave, y no era exactamente esta situación la mejor para la llegada de un nuevo arzobispo católico. Una vez desembarcado en Skerries, O'Hurley fue saludado por el sacerdote John Dillon que lo acompañó a Drogheda y se alojó con él en una hostería. No pasó inadvertido y las autoridades de Dublín fueron avisadas de su presencia. Alguien de Drogheda le puso en aviso, y entonces Dermicio se marchó a Slane, cuyo barón supo de su venida, y le permitió empezar sus actividades. Las autoridades conocieron además la presencia de O'Hurley en Meath por la visita de Sir Robert Dillon, justicia mayor de litigios comunes, a su primo el barón de Slane, con el cual había estado el arzobispo. Dillon informó a Dublín y de aquí le vino al barón el requerimiento de facilitar el arresto del prelado. Hubo que presionarlo, pero por fin Slane se avino. El arzobispo se había ido a Carrick-on-Suir, del condado de Tipperary. Slane mandó por él y le pidió que lo acompañara a Dublín para poder justificarse de una acusación de traición. El arzobispo estuvo de acuerdo y no había hecho más que llegar —comienzos de octubre de 1583— cuando fue arrestado y detenido, primero en la prisión de Kilkenny y luego en el castillo de Dublín.

Se decidió su interrogatorio, que tuvo lugar entre el 8 y el 20 de octubre, y estuvo a cargo de Edward Waterhouse, que era el miembro más antiguo del Concejo Privado Irlandés, siguiendo las instrucciones dadas por los Lores de Justicia Loftus y Wallop. Como el resultado de este interrogatorio fue poco satis-

factorio, se escribió al secretario de Estado de la reina Isabel, pidiéndole instrucciones. Éste, sir Francis Walsingham, contestó que aunque fuera mediante tortura había que lograr que O'Hurley reconociera sus actividades contra la Reina. Desde Dublín los jueces contestaron a su vez que carecían de los necesarios instrumentos de tortura y sugerían que el preso fuese llevado a Londres e interrogado y torturado allí. No se aceptó esta sugerencia y se insistió en que fuera el preso interrogado y torturado hasta que reconociera cuanto había hecho contra cualquiera de los dominios de la Reina. Intentaron en Dublín que dijera cuanto se quería de él sin apelar a la tortura, pero como las declaraciones de O'Hurley no gustaban, se apeló por fin a torturarlo. El 7 de mayo de 1584 se enviaba a Walsingham el texto de las declaraciones del arzobispo hechas bajo la tortura, y en las que él repitió que respecto a las actividades que se le achacaban no tenía nada que decir. Ya no se le torturó más.

Los lores de justicia habían exigido la detención de O'Hurley por tener la sospecha y casi certeza de que estaba implicado en la rebelión de Munster y en las conspiraciones del vizconde Baltinglass y William Nugent, las ramificaciones de las cuales continuaban molestando a la administración dublinesa. Creían igualmente que había una conspiración internacional contra el reino inglés, liderada por Roma, de donde O'Hurley venía. Pero los interrogatorios bajo tortura dejaron claro que O'Hurley nada tenía que ver con todo esto y que era inocente de todos los cargos, y se dieron cuenta de que esta inocencia quedaría patente en un juicio público. Pensaron entonces que tenía que ser juzgado por la ley marcial, evitando con ello un juicio público, lo que pudiera decir el jurado, la autodefensa pública del acusado, etc., y así se lo dijeron a Walsingham, proponiendo una ejecución por el delito de traición cometida en el extranjero. Walsingham consultó con la Reina y contestó que prefería un juicio público por la ley común pero que autorizaba la ejecución por la ley marcial. Fue por este procedimiento como fue el prelado condenado a muerte.

La ejecución se fijó para el 20 de junio de 1584. Muy temprano al arzobispo se le hizo salir por la puerta trasera del castillo y fue llevado a Hoggin Green para ser colgado en un patíbu-

lo. Casualmente había allí algunos ciudadanos que habían ido a un *match* de arqueros. Al preso se le permitió hablar y protestó su inocencia y señaló su convicción de que su ejecución se debía solamente a su condición de ministro de la fe católica, lo que confirma lo que se había dicho ya durante su arresto y era que se le había propuesto al detenido prelado el cambio de religión como medio de salvarse. Con paciencia y mansedumbre encomendó su alma a la misericordia de Dios. Fue ahorcado, pero a lo que parece no descuartizado, y cuando la noticia se supo en Dublín algunas señoras fueron por su cadáver y le dieron sepultura en el oratorio de San Kevin, al parecer con la colaboración de William Fitzsimon que lo logró cuando ya estaba en un ataúd para ser llevado a un enterramiento secreto.

La comunidad cristiana siempre lo tuvo por mártir y, perseverando en los siglos esta fama, se llegó a la causa de beatificación que fue introducida en 1915.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 84 (1992) 391s.

CONGREGATION FOR THE CAUSES OF SAINTS. Diocese of Dublin, *Cause for the beatification and canonization of the Servants of God Dermot O'Hurley, archbishop, and companions, who died in Ireland in defence of the catholic faith, 1579-1654* (Roma 1988).

O'MORTHUILE, S., *A martyred archbishop of Cashel: Dr. Dermot O'Hurley, 1519-1584* (Dublín 1935).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN GOBÁN

Presbítero y ermitaño († 670)

Gobán o Gobain era irlandés de nacimiento. En Inglaterra se hizo discípulo de San Fusco o Fusey, bajo el cual se hizo monje en Burgh-Castle, en Suffolk. Lo siguió a Francia, y, ya ordenado presbítero, se decidió por la vida solitaria, adentrándose en una gran selva junto al Oise. Según la tradición, fue asesinado por unos bárbaros y de él tomó aquel lugar el nombre de St.

Gobain, pero el nuevo *Martirologio* no menciona su asesinato ni le da el tradicional título de mártir.

BEATA MARGARITA EBNER

Virgen y monja († 1351)

Nace en la población de Donauwörth en el seno de una familia acomodada el año 1291, aproximadamente. Educada cristianamente, sintió muy joven la vocación religiosa y pudo entrar a los 15 años en el convento de monjas dominicas de Mödingen, junto al Danubio, en la diócesis de Augsburgo.

En este monasterio profesó los votos religiosos y permaneció toda su vida, con excepción de una temporada que por causa de la guerra hubo de volver a casa con su madre y hermanos, regresando luego al monasterio. Llevaba una vida de gran mortificación y piedad y hubo de padecer enfermedades físicas así como pruebas interiores. La ayudó mucho su director espiritual, el sacerdote Enrique de Nördlingen, que la animó a escribir su diario, por el que puede verse la vida humilde, devota y caritativa de la religiosa. La tuvieron en gran estima y en unión de oración muchos de los que se llamaban a sí mismos «los amigos de Dios» y que se hallaban en Alemania y Suiza. Muerta el 20 de junio de 1351, su culto fue confirmado el 24 de febrero de 1979.

BEATA MARGARITA BALL

Viuda y mártir († 1584)

Margarita Ball no se sabe qué día del año 1584 pasó desde este mundo al Padre. Pero como el día de hoy fue el martirio del Beato Dermicio O'Hurley y este santo obispo encabeza el grupo de mártires irlandeses beatificados el 27 de septiembre de 1992, en el que está incluida Margarita, el *Martirologio romano* incluye su memoria en el día de hoy.

Margarita Bermingham debió nacer el año 1515, poco más o menos, hija de Nicolás Bermingham de Corballis, en la baronía de Skreen, condado de Meath, en Irlanda, y de su esposa

Catalina, hija de Richard de La Hide, de Drogheda. Tendría unos quince años cuando en 1530 se casó con Bartolomé Ball, natural de Balrothery, en el condado de Dublín, y que fue «bailiff» de Dublín entre octubre de 1541 y octubre de 1542 y «mayor» de la ciudad entre 1553 y 1554. Bartolomé Ball murió al cabo de 38 años de matrimonio, en los cuales tuvo con Margarita nada menos que veinte hijos, pero de los cuales solamente sobrevivieron cinco, tres hijos y dos hijas.

Cuando en 1568 se quedó viuda, Margarita pensó emplear su tiempo en alguna buena obra, y así ella, una respetable señora de Dublín, se decidió a abrir en su casa una escuela donde ofrecer educación y formación a los niños y jóvenes procedentes de familias católicas, las cuales, muy pronto, le mandaron alumnos de todos los rincones del país. La instrucción, la buena educación y la piedad que ella les transmitía acreditaron a los ojos de los padres y de los propios jóvenes la institución de Margarita. Ella no tenía inconveniente, corriendo riesgos, en acoger sacerdotes católicos en su casa, pero a finales de los años 1570 fue denunciada y, registrada su casa, hallaron a un sacerdote diciendo misa, por lo que Margarita fue a parar a la cárcel, de la que salió pronto con la ayuda del dinero y de algunas personas influyentes. Pero no salió escarmentada, pues continuó su labor educativa y apostólica.

El problema lo tuvo en su propia casa. Cuatro de sus hijos siguieron siendo católicos, pero el mayor, Walter, era un protestante decidido y llevaba a mal las amonestaciones de su madre para que se hiciera católico. La cosa se agrió al extremo de que Walter arrestó a su propia madre, la llevó por las calles de la ciudad en un zarzo y la metió en prisión. Seguramente se la acusó de recusar el «Acta de uniformidad». El hecho es que permaneció en la cárcel, donde padeció tanto que su salud se resquebrajó y vino a morir en ella, como queda dicho, en un día no sabido del año 1584.

BEATOS FRANCISCO PACHECO, BALTASAR DE TORRES, JUAN BAUTISTA ZOLA, PEDRO RINSEI, VICENTE KAUN, JUAN KISAKU, PABLO KINSUKE, MIGUEL TOZO, GASPAR SADAMATSU

Religiosos y mártires († 1626)

Aunque el rey de Arima, Japón, no puso en vigor inicialmente los decretos imperiales de 1616 contra el cristianismo sino que, disimulando, dejó seguir clandestinamente con su apostolado a los misioneros, en su ida a la corte imperial en 1625 al oír qué trato se daba en otros sitios a los cristianos, se asustó de su propia tolerancia y desde la corte dio orden de que empezara en su reino la persecución anticristiana, como así se hizo. Por medio de un apóstata se tuvo noticias de los misioneros y de los cristianos y comenzaron las redadas, la primera de las cuales fue el 18 de diciembre de 1625.

Ese día fue apresado el P. Francisco Pacheco, provincial de la Compañía de Jesús y vicario general de la diócesis, que había fijado su residencia en el puerto de Cochinotzu, hospedándose en casa de unos sinceros cristianos. Arrestado junto con un grupo de cristianos, fueron todos ellos llevados a dos embarcaciones. Cuatro días más tarde fueron arrestados el P. Juan Bautista Zola, también jesuita, y otro grupo de cristianos. Todos fueron encerrados en la fortaleza de Ximabara, donde comenzaron a pasar frío y otras penalidades, hasta que llegó orden de que se les diera buen trato. El 15 de marzo de 1626 hubo la tercera redada, en la que, mientras decía misa, cayó preso el P. Baltasar de Torres, igualmente de la Compañía de Jesús, y lo llevaron a una prisión tipo jaula.

El día 17 de junio las autoridades revisaron las causas seguidas contra los misioneros y sus compañeros y decidieron que debían ser quemados vivos, lo que tuvo lugar en Nagasaki el día 20 siguiente. Damos algunos datos de los mártires de aquel día, todos ellos religiosos jesuitas:

FRANCISCO PACHECO nació en Ponte de Lima, Portugal, el año 1565 en el seno de una noble familia. Llevado de su gran espiritualidad, muy joven hizo el voto de ser mártir y cuando era estudiante en Lisboa y vio a cuatro japoneses que volvían de Roma de visitar al Papa, porque eran católicos, decidió dedicar-

se a las misiones del Japón. Con ese deseo entró en la Compañía de Jesús el 1 de enero de 1586. Hechos los votos religiosos y los estudios, se ordenó sacerdote y la superioridad accedió a su deseo y lo envió a Japón, donde llegó en 1604. Conoció primero la libertad religiosa y en su ámbito hizo un fecundo apostolado y luego pasó por numerosos avatares cuando se desató la persecución. Tuvo que pasar más de un año en un escondite, del que salía sólo por las noches.

BALTASAR DE TORRES había nacido en Granada, España, el 14 de diciembre de 1563 en el seno de una noble familia. Pasa de niño a Ocaña, de donde su padre fue gobernador, y estudia en el colegio que la Compañía de Jesús tenía en aquella población, donde le vino su vocación religiosa. Ingresó a los 16 años en el noviciado de Navalcarnero. Hechos los votos, estudió filosofía en el colegio de Huete y fue destinado al de Cuenca como maestro de gramática. Luego pasó a Alcalá para estudiar teología y le fue aceptado su ofrecimiento de ir a las misiones. Ordenado ya de diácono, con los tres japoneses que volvían de Roma, marchó a Oriente y ordenado sacerdote entró por fin en Japón el año 1600. Trabajó en Meaco, Osaka, Canga, Noto y Zu con mucho fruto espiritual. Cuando llegó la persecución de 1614 se quedó clandestinamente en el Japón hasta que fue arrestado y sometido a juicio para pasar de ahí al martirio.

JUAN BAUTISTA ZOLA nació en Brescia, Italia, en 1575. Ingresó en su juventud en la Compañía de Jesús y, habiéndose ofrecido para las misiones, pasó primero a la India en 1602 y dos años más tarde al Japón. En 1614 se quedó de forma clandestina en el reino de Arima donde continuó su trabajo apostólico. Pidió a dos compañeros jesuitas —que fueron martirizados antes que él— que intercedieran ante Dios para que le fuera concedida la gracia del martirio, y ellos se lo prometieron por carta.

PEDRO RINSEI era natural de Arima y se había criado con los jesuitas desde pequeño, convirtiéndose en su colaborador y acompañante, sobresaliendo como debelador del paganismo.

VICENTE KAUN era un coreano que con 13 años marchó al Japón, donde conoció el cristianismo y se convirtió, criándose

con los jesuitas. Fue un insigne colaborador de los misioneros y catequista, poniendo al servicio del evangelio su conocimiento del coreano, el japonés y el chino.

JUAN KISAKU era natural de Cochinotzu y había sobresalido como notable catequista y compañero de los misioneros, con los que se había criado y de quienes no quiso separarse cuando con ellos fue arrestado y pudo obtener la libertad.

PABLO KINSUKE era también de Arima y compañero del P. Provincial en las tareas apostólicas, estando muy preparado en su labor catequística.

MIGUEL TOZO era, igualmente, del Estado de Arima y había acompañado a los jesuitas en sus tareas apostólicas, siendo apresado cuando ayudaba al P. Torres.

GASPAR SADAMATSU, natural del Estado de Omura, era un hombre culto y versado en la religión del país. Durante cuarenta años ejerció su labor apostólica y catequética.

Todos estos mártires japoneses eran hermanos de la Compañía de Jesús, en la que habían hecho los votos religiosos. Fueron beatificados el 7 de julio de 1867.

BEATOS TOMÁS WHITBREAD, GUILLERMO HARCOURT, JUAN FENWICH, JUAN GAVAN, ANTONIO TURNER

Presbíteros y mártires († 1679)

En Londres, la capital inglesa, en la plaza de Tyburn, donde tantos mártires habían dado su sangre por la fe católica, fueron ajusticiados el día 20 de junio de 1679 cinco sacerdotes jesuitas acusados de conspiración y traición, que en realidad no morían por otra causa que la de su sacerdocio ejercido en Inglaterra y su fe católica. A los cinco los había acusado Titus Oates de conspirar contra el rey, promover su destitución o su muerte y querer cambiar por la fuerza la religión del país. No se presentaron pruebas que pudieran hacer creíble tan falsa acusación, pero en el clima de la Inglaterra de entonces la acusación prosperó y los acusados, entre ellos estos jesuitas, terminaron su vida terrena en el cadalso.

TOMÁS WHITBREAD, llamado también Harcourt, había dado motivo de odio personal a Titus Oates cuando, estando en Flandes, pidió éste ingresar en la Compañía y Tomás, entonces provincial, se negó rotundamente a admitirlo, pero en realidad Oates no odiaba solamente a este religioso sino a toda la Compañía de Jesús.

GUILLERMO HARCOURT para poder pasar inadvertido había usado en Inglaterra también los apellidos de Barrow y Warring. Su actividad había sido conocida por el Consejo real, que no había dudado en tildarlo de traidor por ejercer el ministerio sacerdotal en Inglaterra.

JUAN FENWICK también había usado el apellido de Caldwell. Fue arrestado a media noche y llevado a la cárcel de Newgate donde pasó dos meses de prisión antes de ser llevado a juicio y acusado de traidor. Como no pudo probarse su conspiración, se le mandó a la prisión nuevamente junto con Tomás Whitbread hasta que, posteriormente, se les renovó la acusación y la falta de pruebas no fue motivo para esquivar la condena a muerte.

JUAN GAVAN, acusado y condenado por participar en la falsa conspiración delatada por Oates, parece que ya muerto fue objeto de una segunda acusación: la de haber dicho que la reina podía lícitamente atentar contra el rey por las infidelidades de éste.

ANTONIO TURNER no fue detenido sino que al conocer que se había levantado esta nueva persecución anticatólica, llevado del deseo del martirio, marchó a Londres y se presentó al juez al que declaró ser jesuita y sacerdote, lo que le acarreó prisión, juicio y condena a muerte. No puede alegarse la voluntariedad de su presentación al juez para negar la verdad de su martirio. Otros mártires anteriores ya lo habían hecho.

Estos mártires fueron beatificados el 22 de noviembre de 1987.

21 de junio

A) MARTIROLOGIO

1. La memoria de San Luis Gonzaga († 1591), religioso de la Compañía de Jesús **.
2. En Gaël (Bretaña Menor), San Meveno o Meen († s. VI), abad *.
3. En la provincia de Evreux (Neustria), San Leutfrido o Leufroy († 738), abad *.
4. En Bourges (Aquitania), San Radulfo o Raúl († 866), obispo *.
5. En Huesca, San Ramón († 1126), obispo de Roda y Barbastro **.
6. En Londres (Inglaterra), San Juan Rigby († 1600), mártir bajo el reinado de Isabel I *.
7. En Rochefort (Francia), Beato Santiago Morelle Dupas († 1794), presbítero y mártir *.
8. En Zapotlanejo (México), San José Isabel Flores († 1927), presbítero y mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN LUIS GONZAGA
Religioso († 1591)

Fue Luis Gonzaga el mayor de los ocho hijos nacidos del matrimonio de Ferrante Gonzaga, marqueses de Castellón y condes de Tanasentena. Su nacimiento fue grandemente celebrado en la casa solariega de Castellón, a corta distancia de Villafranca y Solferino.

Lo que había de ser aquel pequeñuelo decíalo su entusiasmo por las armas ya desde la edad de cuatro años. Cubierta la cabeza con un pequeño morrión, defendido el pecho con garbosa coraza, lanza en la mano y espadín en la cintura, gozaba de pasar revista de parada al ejército de su padre.

Al disparar en Casale de Monferrato pesado arcabuz quemóse el rostro. Más tarde robó pólvora a los soldados del marqués y cargó temerariamente un cañón, cuya cureña, al retroceder por la reacción del disparo, estuvo a punto de aplastar al precoz artillerito.

En el campamento aprendió a repetir vergonzosas palabrotas que su ayo tuvo prontamente que corregir. El recuerdo de estas que él llamó toda su vida sus faltas le ofreció, de mayor, constante ocasión de humillarse ante Dios.

Descorazonóse el marqués al volver de su expedición a Túnez, cuando encontró a Luis demasiado dado a las cosas piadosas. Para poner coto al dominio que creía excesivo de la ascética en el corazón de su primogénito decidió enviarle a Florencia con Rodolfo, su segundo hijo, para que el atrayente fausto de la corte de los Médicis le curara.

Fue allí donde, en la iglesia de los servitas, ofreció con voto su pureza a la reina de la celeste corte y recibió de ella el don de conservarla intacta en sí y en otros. Su misión universal de guardián de la pureza en la juventud tiene allí su raíz. En los medios de defensa y preservación de la virtud angélica va tan adelante como pocos santos.

Se ha dicho que tanta precaución espiritual logró ensimismarle y convertirle en un misántropo. En contra de tal afirmación ofrecemos pruebas. Las numerosas cartas que en estas fechas escribía a su madre, doña Marta, demuestran con qué ilusión asistía a las corridas en el mismo palco del duque. Sus descripciones tan extraordinariamente minuciosas en los detalles son inexplicables si no gozara vivamente con la asistencia a tales espectáculos.

Fue más adelante, en Mantua, donde comenzó a sentir los primeros amagos del mal de piedra, que sería un filón más que su sabia técnica espiritual explotaría en orden a lo eterno.

Vuelto a Castellón, y en la intimidad de la vida familiar, empezó a escalar las cumbres de la unión con Dios. Horas pasaría extasiado en oración. Los criados atisbaban detrás de las puertas sus ratos de ocio a lo divino, puestos sus brazos en cruz y las rodillas sobre el frío mármol, los ojos en el crucifijo.

Pero no era su piedad pasiva y no más. Ya entonces enseñaba el catecismo a los pobres y atendía con sus visitas y limosnas a los menesterosos.

San Carlos Borromeo, cuando se encarga de prepararle para tomar por primera vez el pan de los ángeles, queda maravillado al descubrir tan honda contemplación y un espíritu de mortificación tan varonil en cuerpo todavía tan joven.

De nuevo preocupado por las inclinaciones que estimaba demasiado espirituales de Luis, don Ferrante, gobernador entonces de Monferrato, le conduce a Casale para que, bajo su inmediata vigilancia, tome más alegre parte en torneos, festivales, bailes, juegos y paradas militares, tanto a pie como a caballo. Las conversaciones con caballeros y damas conseguirían alejar del corazón de su primogénito, pensaba él, su demasiada inclinación al trato con Dios.

Nada logró don Ferrante, ya que fue allí donde el ángel de la pureza formuló su decidido propósito de abrazar la vida religiosa, aunque sin decidir todavía en qué instituto. Allí visitaba a los padres capuchinos, el santuario de la Crea y a los padres barnabitas.

No creyó prudente, con todo, manifestar nada a su padre todavía; pero la decisión de abandonar el mundo fue para él desde este momento definitiva e irrevocable.

Al volver de Casale a Monferrato la proporción de sus penitencias aterró a su padre. Tres veces por semana se disciplinaba hasta derramar sangre. Fabricóse él mismo un cilicio con las estrellitas de las espuelas para los corceles y metía bajo sus sábanas astillas de madera para mejor martirizarse. Aquí también Luis cumplía una misión de ejemplaridad que había de arrastrar eficazmente a lo mejor de la juventud durante siglos.

No paró el marqués hasta conducirle a Madrid, la corte más poderosa del mundo entonces, donde esperaba que sus esplendores habían de hacer entrar en razón al fervoroso Luis. Trasladóse a bordo de una galera de Juan Andrés Doria.

Ofreció la ocasión soñada la invitación por parte de la emperatriz de Austria, hija del emperador Carlos V, viuda de Maximiliano II, a la marquesa de Castellón de que la acompañase como dama de honor. De sus cinco hijos, Luis y Rodolfo fueron escogidos para pajes de honor del príncipe Diego, hijo de Felipe II.

Placeres, honores, seducciones y glorias no lograron doblar la convencida y férrea voluntad de Luis, de modo que renunciara a su ideal de total entrega a Dios.

Si un día Luis forzará las puertas de una casa religiosa no habrá sido porque la suave brisa llevara allí su barca sin luchar con temporales.

Cierto que desde entonces le ayudará la mano en su timón de Nuestra Señora del Buen Consejo, quien el 15 de agosto de 1583, desde su altar, le invita claramente a ingresar en la Compañía de Jesús. Esta devota imagen que se veneraba en la iglesia imperial, hoy catedral, pereció abrasada en julio de 1936.

Ya antes había sopesado las razones que podían doblar su voluntad, en la indecisión de qué instituto abrazar, a favor de la Orden de Ignacio. Dos de ellas más le vencían: la una, su celo por la salvación de las almas; la otra, el encontrar en ella cerrado el camino para cualquier dignidad eclesiástica.

Apenas tuvo decidido el extremo con su confesor, comunicólo a su piadosa madre, quien, lejos de desanimarle, se propuso ayudarle mediando con don Ferrante. No era fácil alcanzar la victoria sobre un carácter tan tesonero como el del marqués, y menos después de haber concebido ilusiones tan numerosas sobre cuánto le había de ayudar su primogénito. Al primer intento de razonar su decisión no logró el joven Gonzaga sino verse arrojado coléricamente de su presencia.

Pasado algún tiempo creyó el marqués buen camino para el logro de sus ilusiones, sin quebrar totalmente las de Luis, invitarle a que se contentase con entrar en una Orden religiosa que admitiera dignidades eclesiásticas. Con ello no cerraba la puerta a los triunfos humanos que esperaba de las maravillosas cualidades que todos descubrían en el primero de sus ocho hijos.

La respuesta de Luis fue clara y terminante:

> «Padre —contestó—, si yo ambicionara honores conservaría el marquesado que Dios, por ser yo el primogénito, me ha dado, y no dejaría lo cierto por lo que no podré apetecer ya en esta vocación. Deseo entrar en la Compañía de Jesús porque, entre otras cosas, me aleja de tales dignidades».

Nada pudo, ayudando a don Ferrante, su primo fray Francisco Gonzaga, ministro general de los franciscanos, quien, de paso en aquellos días por Madrid, intentó, pero sin éxito, que tomara su sobrino ruta más a gusto del marqués. Es más: convencido de la divina vocación de Luis, aseguró a don Ferrante que el llamamiento de lo alto era tan claro que nadie debía imprudentemente oponérsele. Ello ayudó a lograr del orgulloso

pero siempre cristiano Gonzaga la promesa de que daría pronto su autorización para la entrada en la religión que Luis ansiaba.

Cuando llegó el momento de cumplir la promesa dada, don Ferrante pensó que, enviándole a Mantua, Ferrara, Parma y Turín, Luis cambiaría sus fervorosos propósitos. Pero todo fue inútil.

Tampoco lograron domar aquella voluntad hercúlea personalidades movidas por el marqués con el mismo fin. Ni un muy eximio religioso, ni el arcipreste de Castellón, ni un devoto prelado lograron que cediese un palmo en su intento.

Al fin pudieron sobre la energía del marqués las muchas manchas de sangre sobre el pavimento de la alcoba de su primogénito, señales de sus penitencias.

Siguiéronse los numerosos expedientes para la renuncia del marquesado a favor de Rodolfo.

Con todo, hubo de partir Luis para Milán, donde durante ocho meses, con diecisiete años de edad, resolvería difíciles negocios de su padre con tal diplomacia que el marqués volvió de nuevo a la carga, aduciendo su avanzada edad, la inexperiencia de Rodolfo, la libertad que estaba decidido a concederle para cuanto se refiriese a su bien espiritual, y, sobre todo, el bien de todo género que podría hacer a manos llenas con el peso de su categoría social y su espiritual ejemplo.

Largo sería referir con detalle las muchas batallas que todavía ofrecería don Ferrante a Luis. Decíale que en partiendo dejaría de llamarle hijo, que, estando él herido en el lecho, terminaba de arrancarle la vida, y así de muchas maneras. Nada pudo contra la coraza de Luis, quien, entre lágrimas, defendía el castillo de un corazón enamorado de altos ideales.

Cuando el primogénito de los Gonzaga entraba en el noviciado de San Andrés de Roma, el marqués escribía al general, padre Claudio Aquaviva:

> «Hago saber a vuestra señoría reverendísima que le entrego lo que más quiero en este mundo y la mayor esperanza que tenía para la conservación de esta mi casa...».

De las industrias que ama la Compañía de Jesús en la formación de sus hijos, las preferencias de Luis recayeron en cuanto fuera especialmente humillante. Su categoría social y represen-

tación política ofrecían abundante orgullo que poder valientemente pisar por amor de lo eterno.

Luis manifestó la profundidad de su talento también entre los jesuitas. Muestra de ello fue el haber sido escogido por los superiores para sostener, conforme a la costumbre de entonces, la defensa en acto público de las tesis íntegras de la universal filosofía en presencia de tres cardenales y con general aplauso.

A la muerte de don Ferrante recurrió doña Marta a los superiores para que Luis acudiera a poner paz entre el duque de Mantua y el hermano de Luis, Rodolfo, a propósito del Estado de Solferino. Logrólo a satisfacción de ambos.

Llevó también entonces a feliz término asunto más delicado. Habíase visto obligada doña Marta a abandonar su palacio, porque Rodolfo vivía en él con Elena Aliprandi, con general escándalo. Luis averiguó que en secreto estaban unidos en legítimo matrimonio y obligó a Rodolfo a que lo hiciera público, alejando de su ánimo los temores que había concebido de que este matrimonio sería desaprobado por los suyos.

La caridad que ardía en el corazón de Luis le había de llevar al martirio en forma juvenil, arengadora para su seguimiento de la juventud perezosa. Pasando horas y días junto a la cabecera de los apestados que inundaron Roma en el año 1591; cargando sobre sus débiles hombros sus agotados cuerpos; queriendo atender a cuantos necesitaban en aquellos angustiosos días de su maternal solicitud, le prendió en sus garras la enfermedad que terminó consumiéndole. Su amor a la Eucaristía le hizo concebir la idea de alcanzar del cielo su muerte para la fiesta del Corpus. El cielo casi se lo concedió, ya que murió en la madrugada del viernes siguiente.

De él dijo en su visión Santa María Magdalena de Pazzis: «Asaeteó con dardos de amor al corazón del Verbo».

El águila valiente de los Gonzaga podía ya desde entonces mecerse con un nuevo vuelo sobre las verdes llanuras de Castiglione sin amedrentarse de superar las altas colinas que les dan sombra.

Doña Marta podría pronto dejar la airosa torre desde donde, melancólica, contemplaba la riente planicie del marquesado,

para acudir a la beatificación en Roma de aquel Luis que la tierra, el papado y el cielo consideraban como la más galana joya de la brillante dinastía de los Gonzaga.

Durante días repicarían como reinas las campanas de Castiglione, se prolongarían los banquetes entre viejos tapices, los cañones atronarían el aire y las fuentes manarían néctar para los servidores del marquesado.

Los pórticos renacentistas de la antigua mansión señorial sentiríanse orgullosos de haber visto pasar bajo sus piedras a aquel que llevaba al linaje Gonzaga a las máximas alturas de la gloria.

La ciudad apellidada al par alcázar, santuario y jardín ofrecía para su alcázar un capitán de la juventud; para su santuario, un santo inconfundible, y para su jardín, una flor cuyo aroma de pureza embalsamaría ambientes hasta entonces de repulsiva corrupción y podredumbre.

Si Luis ha pasado de moda para algunos sectores ¿no será quizá que para ellos no tienen sentido las armas de la fe, la aureola de la santidad y, sobre todo, la azucena de la pureza?

JOSÉ LUIS DÍEZ O'NEILL, SI

Bibliografía

Act SS. Boll., 21 de junio: Numerosos documentos del proceso de beatificación.

CEPARI, V., *Vida de San Luis Gonzaga, modelo y patrón de la juventud cristiana* (París 1891).

— *Vida del bienaventurado San Luis Gonzaga, de la Compañía de Jesús* (Barcelona 1868).

DAURIGNAC, J. M. S., *Histoire de Saint Louis Gonzague, prince du Saint-Empire, novice de la Compagnie de Jésus* (París [7]1889).

DELPIERRE, E. - NOCHE, A., *Saint Louis de Gonzague et la renaissance italienne* (Le Puy 1945).

MARTINDALE, C. C., *The vocation of Aloysius Gonzaga* (Londres 1927).

• Actualización:

LUIS GONZAGA (SAN), *Lettere e scritti* (Roma 1990, nueva ed.).

PAPÁSOGLI, G., *El rebelde por Dios. Luis Gonzaga príncipe heredero del Sacro Romano Imperio* (Salamanca 1977).

TORAL PEÑARANDA, C., *San Luis Gonzaga* (Madrid 1979).

SAN RAMÓN DE RODA
Obispo († 1126)

El santo patrono de la diócesis de Barbastro-Monzón es un testigo de la santidad pastoral que, a lo largo de la historia, ha brillado en la Iglesia sobre todo en épocas cruciales y difíciles para la grey del Señor. A Ramón (o Raimundo, según la versión más latina de este antropónimo germánico) le tocó vivir en tiempos difíciles, en tierras de frontera, entre luchas de cruzada y en medio de fuertes disputas por apetencias de poder, civil, político y eclesiástico. Metido en todo este atormentado torbellino de enfrentamientos y ambiciones, el santo obispo Ramón mantuvo su fidelidad a la vocación y a la misión recibidas. Fue, ante todo, hombre religioso, consagrado en la vida claustral al servicio de Dios en el seguimiento de la perfección evangélica y al servicio de sus hermanos, a quienes, como pastor, proporcionó la educación en la fe, la entrega de su celo episcopal, la paz en medio de dificultades temporales de todo orden y hasta la fruición de un arte bello y aleccionador que ambientara y estimulara la celebración de los misterios de la fe.

Ramón Guillermo era su nombre de pila. Nació en el sur de Francia, en Durban, diócesis de Couserans, en la segunda mitad del siglo XI, hijo de una familia que le educó en la fe, le abrió la mente a la cultura y le orientó hacia la profesión militar. Pero el joven prefirió la vida religiosa al manejo de las armas. Su piedad y su ansia de perfección cristiana le inclinaron a abrazar la consagración total a Dios y al servicio pastoral de sus hermanos en la fe, siguiendo la vocación y estilo de vida de los canónigos regulares de San Antonino de Fredoles, canónica de las cercanías de la ciudad de Tolosa de Languedoc. En 1101 los canónigos de San Saturnino de Tolosa lo eligieron prior, atraídos por la fama de sus virtudes. Esta célebre iglesia canonical en el camino de Santiago vio desplegarse el celo del nuevo prior de acuerdo con la vocación a la perfección cristiana y a la dedicación a la cura pastoral de los fieles. Desde Tolosa la fama de santidad pastoral del prior Ramón se difundió rápidamente más allá de los Pirineos, en tierras aragonesas, metidas de lleno entonces en las gestas de la reconquista de las tierras hispanas para la Cristiandad, poniendo fin a la ocupación musulmana.

En 1104 el obispo San Poncio renunció a la mitra de Roda-Barbastro. Roda tenía catedral desde el año 956; sufrió la violencia de una incursión islámica, capitaneada por Abd al-Malik, en 1006, y tuvo que ser restaurada a partir de 1010. La ciudad de Barbastro fue conquistada en 1064 bajo el signo de cruzada, promulgada por el papa Alejandro II, la primera conquista de ejércitos cristianos bajo el signo de la cruz y tutelada por la suprema autoridad de la Iglesia que concedió gracias espirituales a los combatientes, preludio de las sucesivas cruzadas sobre Tierra Santa. La toma de la ciudad fue llevada a cabo por una coalición de ejércitos: el pontificio, el normando, el del duque de Aquitania, el aragonés capitaneado por Sancho Ramírez y los catalanes del conde Ermengol de Urgell y del obispo de Vic. Un año después volvió a ser tomada por el ejército del rey musulmán de Zaragoza Al-Muqtadir, pero en 1101 pasó definitivamente al reino cristiano de Aragón. En este año el papa Pascual II, a petición del rey Pedro I de Aragón, amplió la diócesis de Roda con la ciudad definitivamente conquistada.

Para restablecer el culto y la vida cristiana en la ciudad reconquistada, llegaron canónigos regulares de San Gil de Provenza. Fueron éstos quienes llevaron a la ciudad noticias de la santidad del prior de San Saturnino de Tolosa. Tras la sede vacante por la renuncia del obispo Poncio, el 5 de octubre de 1104, Ramón fue elegido obispo de Roda-Barbastro, con el beneplácito del rey Alfonso I de Aragón, y consagrado en la catedral de Barbastro por el arzobispo Bernardo de Toledo y Esteban de Huesca. En 1110 el obispo Ramón trasladó la sede episcopal a Barbastro.

El reino de Aragón, bajo el reinado de Alfonso el Batallador, vivía entonces un momento de gran expansión territorial a costa de las conquistas a los moros. Pero las tierras, pueblos y ciudades recién conquistados presentaban obstáculos de todo tipo a la labor pastoral. El culto divino, ocupación primera en la vocación de los canónigos regulares, y por ende del nuevo obispo, tenía que ser restablecido en su pureza y esplendor tras años de dominación islámica. Tenían que arrancarse del pueblo supersticiones y otros restos de antiguas prácticas religiosas, mientras soplaban vientos de extrañas doctrinas y cundía por

doquier la ignorancia. La convivencia civil estaba erizada de enormes dificultades por enfrentamientos entre bandos, ambiciones de todo tipo, en una población abigarrada de procedencias distintas debido a la repoblación por gentes de las comarcas de Ribagorza y Sobrarbe, mientras la violencia generada por la persistencia de la guerra se adueñaba con frecuencia de los antiguos y nuevos pobladores. Musulmanes que habían permanecido tras la reconquista cristiana instalados en situaciones acomodadas, judíos emprendedores que manejaban los hilos de la economía, ricos hombres y caballeros instalados en posiciones de privilegio, todo formaba una sociedad abigarrada, con rivalidades insuperables entre los diversos grupos que se disputaban el poder político y económico, mientras estallaban odios sin cuento. En medio de todo este cúmulo de contratiempos y hostilidades, el obispo Ramón tuvo que ejercer su misión de pastor solícito, de pacificador, de promotor del culto litúrgico y de la catequesis tanto en las ciudades episcopales de Roda y Barbastro como en las feligresías dispersas por montes y campos.

Pero la ambición, los odios y las rivalidades salpicaron también a la Iglesia y a su jerarquía. San Ramón tuvo que sufrir en carne propia y en su ministerio espiritual la ambición de obispos vecinos, que le discutían límites diocesanos y derechos de propiedad. Así, en 1116-1117, el obispo Esteban de Huesca expulsó con sus tropas, violentamente, de Barbastro, ciudad que él pretendía para su diócesis, a San Ramón, quien tuvo que refugiarse en la primitiva sede de Roda de Isábena. El obispo de Urgell, Odón, pretendía también recuperar territorios de la jurisdicción de Ramón. Aunque el papa dictaminó a favor del santo obispo, sus contrincantes no acataron la decisión pontificia.

Mérito singular de San Ramón en la historia de la diócesis y en la historia del arte románico fue la edificación y decoración de nuevas iglesias. En esta obra, el prelado supo rodearse de óptimos artistas que dejaron huella de su religiosidad y de su sublime arte en las iglesias del Valle de Boí, entonces pertenecientes a la diócesis de Roda. Resplandece sobre todo aún el arte del maestro de Sant Climent de Taüll, decorador de un pequeño

ábside de la catedral de Roda de Isábena y de la citada iglesia de Sant Climent de Boí, templos consagrados, juntamente con Santa María de Boí, por San Ramón los días 10 y 11 de diciembre de 1123. Para nuestra admiración quedan estas creaciones románicas del *Pantocrátor,* de protagonistas y escenas de la historia de la salvación, que ofrecieron a las asambleas celebrantes del siglo XII y presentan aún a las actuales la visualización del misterio de nuestra fe, actualizado en la liturgia que nos acerca la presencia del Señor y nos hace vivir la historia santa en la vivencia de la celebración.

El obispo Ramón era amante de la paz y huía de toda participación en actos de violencia. No obstante se unió al rey Alfonso el Batallador en una excursión para socorrer a los cristianos mozárabes en las tierras de Murcia, Almería y Córdoba, que por entonces sufrían la intolerancia de fanáticas tribus almorávides, llegadas de África.

A su regreso a Aragón, el santo prelado enfermó en la ciudad de Huesca y murió el 21 de junio de 1126. Ramón no había podido volver a su ciudad episcopal de Barbastro; por eso los canónigos de Roda trasladaron los restos de su insigne obispo a su catedral.

Para las generaciones futuras de la Iglesia en Barbastro, la figura de San Ramón de Roda permanecerá siempre nimbada con la aureola de un pastor pacífico en medio de los conflictos de la guerra y de las ambiciones terrenas, como el restaurador de una cristiandad que iba rehaciéndose en medio del esplendor del arte románico y de las tinieblas que pesan sobre una convivencia difícil, donde el discípulo de Cristo tiene que ser luz y sal, levadura del Reino de Dios, que es paz y justicia, verdad y caridad fraterna.

Consta su culto desde 1140. En la catedral de Roda se le dedicó un magnífico mausoleo en 1170, que guarda sus reliquias. En 1595 el obispo de Barbastro, don Miguel de Cercito, lo declaró patrón de la diócesis, que desde 1191 rezaba oficio propio del santo obispo.

PERE-JOAN LLABRÉS Y MARTORELL

Bibliografía

Acta sanctorum, Junii, t.IV cols.125-135.

Bibliotheca sanctorum. XI: *Ragenfreda-Stefano* (Roma 1968) cols.24-25.

DURÁN GUDIOL, A., «La santa Sede y los obispados de Huesca y Roda en la primera mitad del siglo XII»: *Antologica Annua* 13 (1965) 55-85.

IGLESIAS COSTA, M., «Ramón de Roda», en C. LEONARDI - A. RICCARDI - G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los Santos,* II (Madrid 2000) 1964-1965.

LÓPEZ NOVOA, S., *Historia de la ciudad de Barbastro y descripción geográfico-histórica de su diócesis* (Barbastro 1861).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN MEVENO

Abad († s. VI)

Meveno o Maine o Mewan o Meen era galés, y acompañado de San Austolo siguió a San Sansón, primero a Cornualles y luego a Dol en Bretaña, donde fundó el monasterio de Saint-Méon en la selva de Broceliande, donde vivió santamente y donde murió a edad muy avanzada, teniendo más tarde un amplio culto popular en toda la región.

SAN LEUTFRIDO

Abad († 738)

Leutfrido o Leufredo o Leufroy nació en la región de Evreux en el seno de una noble familia, hizo sus estudios en Chartres y luego volvió a su tierra, donde fue maestro de niños y adolescentes. Pero sentía la llamada a la vida religiosa y por ello dejó su casa. Primero llevó vida de recluso en Varenne, luego recibió en Ruán el hábito religioso de manos de San Sidonio y años más tarde volvió a Evreux y fundó el monasterio de La-Croix-Saint-Ouen. Ingresaron en él muchos monjes. Al lado del monasterio fundó un asilo para pobres y, cuando hacía cerca de cincuenta años que gobernaba santamente su monasterio, murió el 21 de junio de 738.

SAN RADULFO
Obispo († 866)

Radulfo o Raúl, y también Rodolfo, nace de familia noble en Cahors a comienzos del siglo IX. Profesó como monje de un monasterio cuyo nombre se ignora y llegó a abad del mismo. En 840 fue elegido arzobispo de Bourges.

Al año siguiente convocó un concilio en Bourges donde se depuso al arzobispo de Reims al que se acusaba de haber impuesto injustamente penitencia pública a Ludovico Pío. Asistió a los sínodos de Meaux (845), Savonnières (859), Tuzey (880) y Pitres (862), concilios todos ellos convocados por Carlos el Calvo con el fin de que la Iglesia apoyara la política real, de la que Radulfo era ardiente partidario. En 855 consagró rey en Aquisgran al príncipe Carlos.

Radulfo fue un buen obispo, amante de la disciplina eclesiástica. Publicó la *Instrucción pastoral* con muy oportunas normas sobre la liturgia y la vida del clero y la comunidad cristiana. Estuvo en correspondencia con el papa San Nicolás I. Construyó la iglesia catedral de Bourges, dedicada a San Esteban, y fundó varios monasterios en su diócesis. Murió el 21 de junio de 866 y tuvo muy pronto culto popular como santo.

SAN JUAN RIGBY
Mártir († 1600)

Nace en Harrock Hall hacia el año 1570 en el seno de una familia católica. Llegado a la juventud se colocó como criado de una familia protestante y para no ser denunciado iba con ella a los cultos protestantes. Se arrepiente de ello y deja su colocación. Pasa entonces a servir a la familia Huddleston, que era católica.

Su martirio se debió a que se ofreció a servir de testigo de la enfermedad de los miembros de la familia, enfermedad alegada para justificar su ausencia de los cultos reformados. Uno de los comisarios sospechó de cuál era en realidad la religión del criado y comenzó a hacerle preguntas de las que dedujo que él tampoco iba a la iglesia protestante. Igualmente averiguó que él no

hacía el juramento de acatamiento a la supremacía religiosa de la reina. Entonces fue arrestado y enviado a la cárcel de Newgate donde se le encadenó. San Juan Rigby afirmó que sus cadenas le parecían más hermosas que el collar del Lord Mayor, y dio una propina al que lo había encadenado.

El juez lo llamó varias veces y le prometió la libertad si aceptaba la supremacía religiosa de la soberana e iba a la iglesia protestante. Pero Juan se negó. Llevado a juicio, el jurado lo halló culpable, y el acusado dio gracias a Dios, y ofreció su perdón al juez y al jurado. Impactado por la mansedumbre del reo, el juez decretó un receso de tres meses para la ejecución de la sentencia, pero a los tres meses el juez que sucedió al anterior era más severo y lo llamó a su presencia. Al llegar ante él, las cadenas se cayeron solas de sus manos. El guardia volvió a ponérselas más apretadas y seguras, pero volvieron a caérsele, lo que llenó de asombro a los presentes. El juez informó a Juan de que, pese a estar ya condenado a muerte, sería perdonado y puesto en libertad si se decidía a asistir a los cultos de la iglesia protestante. El joven alegó que su conciencia no se lo permitía. La sentencia fue entonces confirmada y Juan llevado al patíbulo el 21 de junio de 1600. Le permitieron hablar y dijo que él no había cometido delito alguno y que moría sólo por ser católico. El verdugo tiró de la soga y Juan colgó unos instantes, siendo bajado cuando ni siquiera había perdido el conocimiento. Y entonces se dispusieron a descuartizarlo estando él vivo y consciente. Dijo a los verdugos: «Dios os perdone. Señor Jesús, recibe mi espíritu». Y fue descuartizado bárbaramente según era costumbre. Fue canonizado el 25 de octubre de 1970.

BEATO SANTIAGO MORELLE DUPAS

Presbítero y mártir († 1794)

Jacques Morelle Dupas nació el 10 de noviembre de 1754 en Ruffec, diócesis entonces de Poitiers. Habiendo decidido su vocación sacerdotal y hechos los estudios, se ordenó sacerdote y fue destinado como vicario a su parroquia natal, donde ejerció el ministerio pacíficamente hasta que llegó la hora de la Revolución. Igual que su párroco, prestó el juramento de acatamiento

a la constitución civil del clero, pero no sin declarar que entendía que la Asamblea no se había metido en el terreno estrictamente espiritual y que de todos modos quería seguir fiel a la Iglesia. Esta prestación del juramento le permitió seguir en la parroquia, pero su manifiesta fidelidad a la Iglesia le trajo problemas y terminó por ser arrestado y llevado a la cárcel de la Visitación en Poitiers. En marzo de 1794 es sentenciado a la deportación y en abril llevado a Rochefort, donde después de ser registrado es embarcado primero en Le Borée, pasando seguidamente a Les Deux Associés donde murió, debido a las privaciones y miserias, el 21 de junio de 1794. Era un sacerdote digno, serio y duro consigo mismo pero lleno de caridad hacia los demás, modesto y honesto. Fue beatificado el 1 de octubre de 1995.

SAN JOSÉ ISABEL FLORES VARELA

Presbítero y mártir († 1927)

Era natural de San Juan Bautista de Teúl de González Ortega, México, donde nació el 20 de noviembre de 1866. Con once años ingresó en el seminario de Guadalajara, en el que fue un alumno modelo. Se ordenó sacerdote el 26 de julio de 1896, siendo destinado sucesivamente a capellanías de las parroquias de Teocaltiche y Zapotlanejo, en la que, salvo una breve temporada, permanecería hasta su muerte. Su capellanía era la de Matatlán.

Ejerció una buena labor, restaurando las iglesias de su capellanía, fomentando las asociaciones de fieles y combatiendo el alcoholismo y llamando a todos a una intensa vida cristiana. Cuando se suprimió el culto público, pasó a la clandestinidad y continuó atendiendo pastoralmente a sus fieles en la medida en que le era posible. Se dirigía a un rancho a celebrar la misa cuando fue detenido. Llevado a Zapotlanejo, se le propuso la libertad a cambio de reconocer las leyes de control sobre la Iglesia, a lo que se negó. Todas las tentativas para liberarlo fueron inútiles.

Llevado al cementerio de la población por un pelotón de soldados, pidió que si alguno de los soldados había sido bauti-

zado por él se abstuviera de disparar. Entonces uno de los soldados se negó por haber recibido el bautismo de sus manos y fue inmediatamente fusilado. Cuando fueron a matar al sacerdote se encasquillaron las armas y por ello uno de los soldados lo degolló con su machete. Fue canonizado el 21 de mayo de 2000.

22 de junio

A) MARTIROLOGIO

1. San Paulino († 431), obispo de Nola **.
2. Santos Juan Fisher, obispo, y Tomás Moro († 1535), mártires bajo el reinado de Enrique VIII **.
3. En Roma, la conmemoración de San Flavio Clemente († 96), mártir *.
4. En Verulam (Gran Bretaña), San Albano († s. III), mártir *.
5. En Caerleon-upon-Usk (Gran Bretaña), santos Julio y Aarón († s. IV), mártires *.
6. En Doliche (Siria), San Eusebio († 379), obispo de Samosata y mártir *.
7. La conmemoración de San Nicetas († 414), obispo de Remesiana *.
8. En Roma, Beato Inocencio V († 1276), religioso dominico y papa *.
9. En Laval (Francia), Beata María Lhuillier († 1794), virgen y mártir, de las Hospitalarias de la Misericordia *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN PAULINO DE NOLA
Obispo († 431)

Difícilmente habrá habido ningún santo que haya hecho tantos esfuerzos para ocultarse y pasar inadvertido como San Paulino de Nola; mas, por el contrario, apenas se encontrará hombre ninguno que haya sido tan celebrado como él. En efecto, los santos más eminentes de la Iglesia, San Ambrosio, San

Jerónimo, San Agustín y San Gregorio Magno, le dedicaron los mayores elogios. Por otra parte, San Paulino de Nola presenta en su vida y en todo el aspecto de su santidad un conjunto de matices y circunstancias que le hacen particularmente agradable y atractivo.

Nacido en Burdeos hacia el año 353, sus padres eran romanos, pertenecientes a la más elevada nobleza, tal vez de la familia de los Anicios, que disfrutaba de abundantes riquezas en Italia, las Galias y España. Conforme al rango de su nacimiento, su educación fue esmerada y completa, y el año 378, contando veinticinco de edad y siendo ya cónsul, tomó por esposa a la dama española Teresa, a la que otros la llaman Terasia, rica en bienes de este mundo, pero más rica todavía por sus cualidades morales, que la convierten en digna compañera de Paulino. Tanto sobresalió Paulino por su tacto en el desempeño de los asuntos públicos que el emperador Valentiniano le puso al frente del gobierno de Roma en el cargo de prefecto de la ciudad. Pero, después de desempeñar por corto tiempo este cargo, se vio precisado, por una serie de importantes negocios, a recorrer durante quince años diversos territorios de Italia, las Galias y España.

Estas ocupaciones y los correspondientes viajes fueron los medios de que se sirvió la Providencia para transformar por completo su espíritu. En ellos tuvo ocasión de hablar con San Ambrosio, San Agustín y otras personas eminentes, y estuvo en Alcalá de Henares y en otras poblaciones de España. El espectáculo de la tumba de San Félix en Nola conmovió profundamente su interior. Por otro lado, el influjo callado y constante de su esposa Teresa fue completando la transformación lenta de su alma; pero, sobre todo, encontrándose en Burdeos el año 389, su obispo San Delfín acabó de convencerlo, y, habiendo recibido ese mismo año el bautismo, se retiró a Barcelona. Allí, pues, comenzó a poner en práctica la resolución que había tomado de renunciar a todos los honores y riquezas con que profusamente le brindaba el mundo y entregarse absolutamente al servicio de Dios en la soledad.

Este primer retiro de Barcelona constituye el principio y la base de la transformación fundamental de Paulino. El antiguo cónsul y prefecto de Roma, el hombre cargado de riquezas y

honores, se convierte en el servidor perfecto de Cristo en la más completa soledad. En 390 se inicia con toda eficacia la renuncia de sus inmensas riquezas en beneficio de los pobres. La muerte de un hijo, a los ocho días de nacer, rompe las últimas esperanzas en este mundo. Su esposa Teresa es su mejor consejera y su mejor sostén en la vida ascética a que Paulino se entrega. Barcelona tiene la gloria de haber proporcionado a Paulino el ambiente que él necesitaba para realizar esta sublime transformación. A los cuatro años el cambio era completo y Paulino recibe en el año 393, en Barcelona, la ordenación sacerdotal.

Una vez se vio libre del peso de todas sus riquezas y honores, y adornado con la dignidad de sacerdote de Cristo, quiso realizar su antiguo ideal de retirarse definitivamente a Nola, junto al sepulcro de San Félix, para vivir allí el resto de su vida. Con esta intención, pues, se dirigió con su fiel compañera Teresa a Milán, donde se encontró con San Ambrosio, quien le puso a sus eclesiásticos como ejemplo viviente de santidad cristiana y sacerdotal y de renuncia del mundo. Por esto no tiene nada de inverosímil la noticia, transmitida por algún historiador, de que trató de retenerlo para que fuera su sucesor. En Roma fue objeto de grandes agasajos y extraordinarias muestras de regocijo de parte del pueblo y la nobleza, que conocían sus grandes cualidades del tiempo de su prefectura. En cambio, parece que, de parte del clero y aun del romano pontífice, observó algunas señales de recelo, debidas, sin duda, al hecho de haber recibido la ordenación sacerdotal sin observar las normas canónicas. Él mismo se hace eco de estos recelos; pero debe observarse que aquello no dependió de él, sino del obispo que lo ordenó.

Esto mismo contribuyó a confirmarle en la decisión ya tomada de retirarse a Nola, y, en efecto, allá se dirigió con su esposa Teresa. Cuando él fue gobernador de la Campania había hecho construir un edificio para acoger en él a los peregrinos pobres. Es uno de los más antiguos ejemplos de hospicios cristianos. Pues bien, junto a este hospicio hizo arreglar ahora unas sencillas celdas, que constituyeron aquella especie de monasterio donde vivió el resto de su vida. A su lado se fueron acomodando algunos compañeros que se ofrecieron a imitarle en aquel género de vida solitaria. En cuanto a su santa esposa Te-

resa, vivía en lugar separado, pero, según parece, hacía los oficios de ama de casa, siendo para él en todo momento el mejor estímulo en su vida de perfección.

Su vida en este retiro fue la de un solitario, vida de entrega absoluta a Dios, vida de continencia voluntaria con el consentimiento de su esposa, vida de oración y penitencia. Su alimento era sumamente frugal. Alimentábase de un pan especial, más basto y ordinario que el que comúnmente se usaba, y si bebía un poco de vino era porque se lo impusieron como necesario a su salud. Un lado muy interesante de la vida de retiro de Paulino en Nola es que cultivó en ella sus aficiones de poeta, componiendo en este tiempo aquellas obras poéticas que nos lo presentan como uno de los mejores vates cristianos de la antigüedad. Así, cada año, dedicaba con la mayor devoción un himno al patrono de la población, el mártir San Félix. De este modo los trece *Poemas natalicios,* dedicados a San Félix, constituyen el mejor tesoro poético de San Paulino de Nola que se nos ha conservado.

El nuevo género de vida de San Paulino, como suele ocurrir en casos semejantes, fue objeto de los más opuestos comentarios. Algunos de los paganos, numerosos todavía en Roma, entre ellos su propio antiguo maestro Ausona, se indignaron ante el nuevo giro de la vida de Paulino, considerándolo como una extravagancia. Según su apreciación, era una gran pérdida para la sociedad romana, puesto que, con sus cualidades extraordinarias, hubiera podido prestarle grandes servicios. Ahora, en cambio, en su vida solitaria, sepultaba e inutilizaba todas estas dotes naturales.

Pero el juicio de los hombres verdaderamente grandes fue muy diverso. En efecto, fue en verdad universal el coro de aprobación y alabanza que se elevó en torno a Paulino de parte de las más grandes figuras cristianas en que tanto abundaba la Iglesia en aquel tiempo. El gran obispo de Tours, San Martín, tan popular en toda la Iglesia, que gozaba entonces de su mayor prestigio, lo proponía a sus discípulos como modelo de desprecio de las grandezas del mundo y de perfección cristiana. San Ambrosio de Milán, el gran maestro del Occidente, lo proponía como un prodigio de grandeza de alma. San Agustín, el mayor

prodigio intelectual de todos los tiempos y buen conocedor de los atractivos del mundo, trabó íntima amistad con Paulino y le enviaba a algunos de sus mejores discípulos para que aprendieran la verdadera virtud cristiana. El papa San Anastasio (398-401), apenas elevado al solio pontificio, escribió un gran elogio suyo a todos los obispos de la Campania, y, en cierta ocasión en que Paulino fue a Roma para asistir a la fiesta de San Pedro, le acogió con toda clase de distinciones. San Jerónimo fue uno de sus principales admiradores y panegiristas.

En medio de este coro general de estima y alabanza la única voz que disonaba era la propia de San Paulino. Como verdaderamente humilde, en las respuestas que dirigía a los que se dirigían a él con las más expresivas muestras de aprecio y reverencia da bien a entender el bajo concepto que tenía de sí mismo. Cuando su íntimo amigo Septimio Severo le suplicó que le mandara su retrato, juzgó esta petición poco menos que como una locura. Por otra parte, es admirable su firmeza y perseverancia en el género de vida comenzado. Bien persuadido de que no está el mérito en comenzar una vida de perfección y sacrificio, sino en perseverar en ella hasta el fin, no solamente no desmereció en sus austeridades y en el ejercicio de todas las virtudes, sino que más bien fue adelantando en todas ellas, en todo lo cual uno de sus mejores estímulos fue su fiel esposa Teresa.

Por todo esto no es de sorprender que los habitantes de Nola le eligieran como obispo. En realidad no se conoce ni el tiempo ni la manera como fue elegido. Pero sí el hecho de que fue elevado a esta cátedra episcopal y que murió siendo obispo de Nola. Seguramente ocurrió esta elección el año 409, a la muerte del obispo de la ciudad. Así pues, vivió como obispo de ella unos veintidós años. Precisamente entonces, en 410, los visigodos, capitaneados por Alarico, se apoderaron de Roma y poco después de Nola. A este tiempo, según refiere San Gregorio Magno, pertenece el sublime acto realizado por Paulino, cuando, para ayudar y consolar a una pobre viuda, se quedó en lugar de un hijo suyo, prisionero de los vándalos en África; pero éstos, admirados de tal heroísmo, le devolvieron en un navío cargado de víveres y de buen número de otros prisioneros.

En esta forma continuó Paulino su vida hasta el año 431, en que murió. Uno de sus últimos actos fue la ornamentación de la basílica dedicada a San Félix. Enterrado en ella, al lado de este santo, tan estimado por él, fue bien pronto más venerado que el mismo titular de la Iglesia, y de una semejante veneración le hizo bien pronto objeto toda la cristiandad.

BERNARDINO LLORCA, SI

Bibliografía

Act SS Boll, 22 de junio· Diversos documentos biograficos
AMMAN, E., «Paulin de Nole», en A. VACANT - E. MANGENOT - E. AMANN, *et al.* (dirs.), *Dictionnaire de théologie catholique.* XII/1: *Paul-Philopald* (Paris 1933).
BAUDRILLART, A., *S. Paulin, évêque de Nole* (Paris 1905)
FABRE, P , *Saint Paulin de Nole et l'amitié chrétienne* (París 1949).
LABRIOLLE, P. DE, *La correspondance d'Ausone et de Paulin* (París 1910)
— *Histoire de la littérature latine chretienne* (París ²1924).
LAGRANGE, F., *Histoire de Saint Paulin de Nole,* 2 vols. (París ²1882).
LECLERCQ, H., «Nole», en F CABROL - H LECLERCQ (dirs), *Dictionnaire d'archéologie chretienne et de liturgie.* XII/2: *Noirmoutier-Orvieto* (París).
PAULINO DE NOLA (SAN), *Sancti Pontii Meropii Paulini Nolani opera.* Ed. G. de Hartel, 2 vols (Corpus scriptorum ecclesiasticorum latinorum, 29, 30; Viena 1894; nueva ed 1999)
— *Obras:* PL 61.
TILLEMONT, L. S DE, *Mémoires pour servir à l'histoire ecclesiastique des six premiers siecles...,* XIV.
URANIUS, *Carta sobre la muerte de San Paulino:* PL 53,866s.
• Actualización:
D'ONOFRIO, A., *Vita popolare di S. Paolino da Nola schiavo per amore* (Roma 1980).
KASPRZAK, D., *Il pensiero sociale di Paolino da Nola* (Roma 1999)
PEÑA, R. (ed.), «Fe y vida en la predicación de los Padres de la Iglesia: Cromacio de Aquileya y Paulino de Nola»: *Cuadernos Monásticos* 29 (1994) n.108-111.
RUGGIERO, A. - CROUZEL, H. - SANTANIELLO, G., *Paolino di Nola. Momenti della sua vita e delle sue opere* (Nola 1983).

SAN JUAN FISHER

Obispo y mártir († 1535)

Juan Fisher, el hijo de un modesto mercero de Beverley, en el condado de York, llega con catorce años a la universidad de Cambridge. Al punto se adivina la fecundidad de su porvenir académico. Hay en el muchacho talento para la especulación y enteriza superioridad moral. Con ello se encaramará desahogadamente por la doble escala intelectual y administrativa. Y así a

los grados sucesivos de bachiller, maestro y doctor en teología acompañan paralelamente las dignidades de master de su colegio mayor *(Michaelhouse)* y de vicecanciller de la universidad. Pero más importante y existencialmente decisiva iba a ser otra elevación otorgada a Fisher, por privilegio, a la edad de veintidós años: la consagración sacerdotal, que sellaría irrevocablemente su trágico y luminoso destino. A partir de este momento el sacerdote y el universitario se hermanan y condicionan en Fisher de por vida.

La madre del rey Enrique VII, viuda por tercera vez, cansada ya de una vida de azares palaciegos junto a tres monarcas, opta por «colocar» el resto de sus días bajo la dirección del brillante académico y sacerdote de indiscutida hondura espiritual, Juan Fisher. Este encuentro no sólo había de resultar ganancioso para el alma de lady Margaret, sino que debía repercutir fértilmente en el desenvolvimiento de la universidad, en la que la noble dama decide invertir gran parte de su fortuna. Dos nuevas cátedras de teología con el nombre de su fundadora, lady Margaret, aparecen en Oxford y Cambridge, esta última regentada, naturalmente, por Fisher. Dos nuevos *Colleges* —de Cristo y de San Juan— van a surgir en Cambridge bajo la tenaz dirección del joven eclesiástico, que, a la edad de treinta y cinco años, es nombrado canciller de la universidad y en noviembre de este mismo 1504 obispo de Rochester

Fisher se aplica infatigable a la doble tarea. Su labor pastoral en la diócesis no se reduce a una lejana supervisión simbólica, sino que entra a fondo en los problemas de su clero y alcanza personalmente a los menesterosos. Pero, profundamente percatado de la importancia, religiosa y apostólica en última instancia, del saber científico, urge desde su puesto de canciller la seriedad de los estudios. Recuerda con verguenza la universidad de sus tiempos de estudiante, con una biblioteca de solo 300 volúmenes y sin enseñanza alguna de griego y hebreo. En adelante estas lenguas sabias se integrarán en los programas universitarios y el propio Fisher, rozando los cincuenta años de edad, comenzará a familiarizarse con sus gramáticas, supliendo así la deficiencia y estimulando a otros con su ejemplo. Nunca debía abandonar la dedicación al estudio. La riqueza de citas contení-

das en sus obras da cuenta de su contacto personal con la espléndida biblioteca, una de las más selectas de su tiempo, que pacientemente fue reuniendo en su palacio, para legarla más tarde a la universidad.

Sus producciones no son las de un *dilettante* de la cultura, sino instrumentos rigurosos de sus preocupaciones sacerdotales. Entre sus primeras inquietudes estaba la serpeante difusión de la recién nacida herejía luterana. Y así cuatro obras le colocan a la vanguardia de la apologética antiprotestante. La defensa del sacerdocio y la de la eucaristía, contra Ecolampadio, suscitan dos nuevas obras a su pluma. Los escasos sermones que de él nos quedan —entre ellos las oraciones fúnebres de Enrique VII y de lady Margaret— son, sí, piezas clásicas de la elocuencia sagrada de su época, pero al mismo tiempo modelos de austeridad y espíritu sinceramente religioso. Su prestigio intelectual contaba con el indiscutible apoyo de una vida santa, parca en el descanso y recia en la penitencia; despegada de ataduras terrenas, con la meditación insistente de la muerte que una calavera le ponía de continuo ante los ojos. Santo Tomás Moro pudo decir de él que «era un hombre ilustre, no sólo por la vastedad de su erudición, sino mucho más por la pureza de su vida», y Erasmo —amigo suyo y por él invitado a las cátedras de Cambridge— sostenía que no había en el país «hombre más culto ni obispo más santo».

Juan Fisher sintió siempre con gran agudeza los problemas de la Iglesia. Nos quedan páginas suyas cargadas de preocupación. Su plegaria es:

> «Señor, pon en tu Iglesia fuertes y poderosos pilares, capaces de sufrir y soportar grandes trabajos —vigilia, pobreza, sed, hambre, frío y calor—, que no teman las amenazas de los príncipes, la persecución ni la muerte...».

Así quería a los demás, como lo manifestó su acre censura de la relajación del clero en el sínodo convocado por el cardenal Wolsey en 1508. Pero, sobre todo, conforme a este ideal configuraba su propia vida.

Cuando Enrique VIII alega la nulidad de su matrimonio con Catalina de Aragón, la palabra de Fisher, desconocedora del temor a los príncipes, salta valiente en defensa de su validez

e indisolubilidad recordando a sus adversarios que ya Juan el Bautista murió en similar conflicto con la irritación de un monarca. Más adelante, en su condición de miembro de la Cámara de los Lores, arremete contra ciertas medidas anticlericales o hace añadir una cláusula fatalmente restrictiva al nombramiento de Enrique VIII como Cabeza de la Iglesia en Inglaterra. Una tal firmeza, en el punto mismo en que otros colegas se doblaban a la voluntad regia, tenía que arrastrar sobre sí la persecución: cárcel por dos veces, intentos anónimos de asesinato, calumnias para complicarle en el asunto de una visionaria... Por fin llegará la prueba decisiva: el «juramento de supremacía», que viene indirectamente a reconocer la potestad de Enrique VIII sobre la Iglesia de Inglaterra, independizándola de Roma. Juan Fisher y Tomás Moro se niegan en redondo a prestar tal juramento. ¿Que otros lo hacen? Fisher responde a Cromwell: «A ellos debe salvarles su conciencia; a mí, la mía».

Fiel al imperativo de su conciencia, rectamente ajustada a la ley de Dios, Fisher ingresa prisionero en la Torre de Londres. Se le despoja de su título episcopal y Rochester queda declarada sede vacante. El papa Paulo III no se intimida y envía al agotado cautivo el capelo de cardenal. Ante esto Enrique VIII pierde el control de sus palabras: «Ese capelo se lo pondrá sobre los hombros, porque lo que es cabeza no ha de tenerla para recibirlo». El 17 de junio de 1535 es condenado a muerte. Lloran algunos jueces, pero nadie osa doblegar la voluntad del furioso monarca.

El sueño del cardenal en la víspera de la ejecución es sereno, más prolongado incluso que de costumbre. ¿Por qué alterarse? Para el camino del cadalso no olvida protegerse del frío con una esclavina de piel, como si fuera de paseo. El libro de los Evangelios será su compañero en este camino último. Semicadáver ya por el ayuno y los sufrimientos, el anciano sube las gradas del patíbulo. Las postreras palabras del famoso orador anuncian que va a morir por Cristo y su Iglesia, y suplican una oración de la muchedumbre expectante, a fin de que él persevere firme en este trance decisivo. No le resta sino entonar el *Te Deum,* mientras el hacha, de un solo golpe, pone punto final al sufrimiento. La cabeza, cuyo corte ascético y mirada profunda nos ha con-

servado el lápiz de Holbein, sube a lo alto de un palo, como lección de escarmiento, para los transeúntes del Puente de Londres, hasta que, quince días más tarde, otra cabeza, egregia también de santidad y martirio, venga a ocupar su puesto: la del canciller Tomás Moro.

Como siglos antes Tomás, arzobispo de Canterbury, víctima de la pasión de un rey Enrique, vuelve Juan Fisher a rubricar en tierra inglesa los derechos de Dios y de su Iglesia con el más hermoso y fecundo sello del cristianismo: a costa de su vida.

JORGE BLAJOT, SI

Bibliografía

BENIANS, E. A., *John Fisher. A lecture delivered in the hall of St. John's College on the occasion of the quartercentenary celebration by Queens', Christ's, St. John's and Trinity colleges* (Cambridge 1935).

BRIDGETT, T. E., *Life of Blessed John Fisher, Bishop of Rochester, Cardinal of the Holy Roman Church and Martyr under Henry VIII* (Londres [3]1902).

CONSTANT, G., *La Réforme en Angleterre,* I (París 1930).

DELCOURT, J., *Deux saints anglais* (París 1935).

DELLA CIOPPA, G., *I santi martiri Giovanni card. Fisher e Tommaso More* (Isola del Liri 1935).

HALL, R., *The life of Fisher.* Transcribed from mss. Harleian 6382 by R. Bayner (Londres 1921; nueva ed. 2001).

JANELLE, P., *L'Angleterre catholique à la veille du schisme* (París 1935).

LLANOS Y TORRIGLIA, F. DE, *El divorcio de Catalina de Aragón, San Juan Fisher y Santo Tomás Moro* (Madrid 1935).

MCCANN, P., *A valiant Bishop against a ruthless king. The life of St. John Fisher* (Londres 1938).

«Vita»: *Analecta Bollandiana* 10 (1981); 12 (1983).

WILBY, M. N., *The story of Blessed John Fisher* (Londres 1929).

• Actualización:

BRADSHAW, B. - DUFFY, E. (eds.), *Humanism, reform and the Reformation. The career of bishop John Fisher* (Cambridge 1989).

REX, R., *The theology of John Fisher* (Cambridge 1991).

ROUSCHAUSSE, J., *La vie et l'oeuvre de John Fisher, évêque de Rochester, 1469-1535* (Nieuwkoop 1972).

SANTO TOMÁS MORO

Mártir († 1535)

En 1516 se publica la traducción del Nuevo Testamento y la *Institución del príncipe cristiano,* de Erasmo; *el Orlando furioso,* de Ariosto; la traducción de la *Epístola a los romanos,* primera obra

importante de Lutero, y la *Utopía,* de Tomás Moro. Unos meses después, ya en 1517, aparecerá también la otra gran obra ético-política de Erasmo, junto con la *Institutio:* la *Querela pacis.* Dos años antes Maquiavelo había escrito *El Príncipe.* Se trata, pues, de un momento intelectualmente decisivo en medio del desbordamiento de entusiasmo y de embriaguez creacional que caracterizan al siglo renacentista. Incluso parecen darse cita simbólicamente, en tan heterogéneos acontecimientos literarios, las mismas tres fuerzas colosales en cuyo conflicto vital consiste la época misma del Renacimiento: el humanismo católico, la Reforma protestante y el espíritu y la dialéctica extracristianos de la modernidad.

Los sociólogos nos desvelarán después los procesos desarrollados por las fuerzas y estructuras sociales que en esa época están bullendo. Weber, Sombart o Gómez Arboleya reconstruirán todo ese período configurador de la aventura histórica triunfante del burgués occidental. Paganización, secularización. Ruptura con el orden feudal y con todo un período histórico agotado-formal, esteticista, turbio ya de poderío y de desprestigio del cristianismo. Quiebra de la cristiandad y aparición de fuerzas creadoras decisivas no cristianas y descristianizadoras. Individualismo y racionalismo. Aparición de poderes temporales centrados en sí mismos y racionalizadores del orbe humano: Estado moderno y capitalismo. Florecimiento y cristalización entrecruzados de las naciones modernas y del sistema capitalista, en su vigorosa época juvenil: en las repúblicas mercantiles italianas; en la vida suntuosa y epicúrea —de difícil financiación— de la corte pontificia; en la Alemania de los Függer, forjadora de las empresas, los negocios y el comercio germanos; en los Países Bajos, especialmente en la Holanda que ya se configura, primera nación cuya vida colectiva se presenta impregnada del espíritu capitalista; en la Francia, que aún se resiste perezosamente a secundar la acción audaz de sus primeros grandes empresarios; en la Inglaterra que está atravesando la que se ha calificado de «edad heroica del capitalismo inglés».

En ese momento, en 1516, Moro tiene treinta y ocho años, faltan trece todavía para que Enrique VIII le nombre canciller de Inglaterra. Cuatro años después, en 1533, el monarca esta-

blece la tiranía y provoca el cisma. Dos años más, y la cabeza de Moro rodará en el patíbulo. Pero en la *Utopía* se ha alcanzado ya la plenitud intelectual del gran humanista inglés. En la *Utopía* Moro centra todo su esfuerzo en un objetivo único: tomar el Evangelio, confrontarlo con la injusta sociedad de su tiempo, formular contra ella una denuncia airada y poner frente a tal situación el cuadro de lo que debía ser una sociedad inspirada íntegramente en la concepción evangélica de la vida. Luego, como hombre de acción, tratará de realizar lo único que a él le resulta viable: contener en lo posible el libertinaje político de los déspotas, neutralizando con su prestigio bien ganado el asesoramiento tradicional, complaciente y abyecto, de los dignatarios cortesanos. A unos y a otros, a déspotas y a nobles, hace en este sentido duras alusiones en su obra. Pero es más importante detenernos algo en la crítica de una situación económica en la que Moro nos declara hasta qué punto el lujo palaciego y la codicia del incipiente capitalismo lanero y textil están llevando al pueblo a la miseria.

> «Vuestras ovejas, que tan mansas eran y que solían alimentarse con tan poco, han comenzado a mostrarse ahora, según se cuenta, de tal modo voraces e indómitas que se comen a los propios hombres y devastan y arrasan las casas, los campos y las aldeas».
>
> «[...] los nobles y señores, y hasta algunos abades, santos varones, no contentos con los frutos y rentas anuales que sus antepasados acostumbraban a sacar de sus predios, ni bastándoles el vivir ociosa y espléndidamente sin favorecer en absoluto al Estado, antes bien perjudicándolo, no dejan nada para el cultivo y todo lo acotan para pastos; derriban las casas, destruyen los pueblos, y si dejan el templo es para estabulizar sus ovejas; pareciéndoles poco el suelo desperdiciado en viveros y dehesas para caza. Esos excelentes varones convierten en desierto cuanto hay habitado y cultivado por doquier».
>
> «Y para que uno solo de esos ogros, azote insaciable y cruel de su patria, pueda circundar de una empalizada algunos miles de yugadas, arrojan a sus colonos de las suyas, los despojan por el engaño o por la fuerza, o les obligan a venderlas, hartos ya de vejaciones. Y así emigran de cualquier manera esos infelices...».

La referencia aún podría ser bastante más extensa, con precisas alusiones de Moro a la conducta antisocial del oligopolio de la lana y de la carne, y a la cruel mecánica alcista en la forma-

ción de los precios. Así, hasta parar en la amarga conclusión a que le lleva el análisis del estado de su patria: «[...] la malvada codicia de unos pocos arrastrará a la ruina vuestra isla, que, precisamente por esta riqueza, parecía ser tan feliz». Pero los párrafos transcritos han bastado para dejarnos sin disimulos ante la personalidad intelectual de Moro. Al menos, ante esa parte decisiva que en su espíritu juegan la pasión por la justicia y la mentalidad ya indiscutiblemente objetiva, positiva, científica, de su enfrentamiento con los problemas sociales; actitudes que nos van a servir de clave para interpretar los aparentes juegos de fantasía con que las circunstancias le obligan a revestir su pensamiento; actitudes, por otra parte, que le llevarán al enfrentamiento, como subraya Mesnard, «nada menos que con la monarquía inglesa y con el sistema económico-social que se le muestra estrechamente ligado».

Hay otros rasgos salientes, que no pueden silenciarse en la semblanza de Tomás Moro. Bouyer nos habla de su figura:

> «La más bella del Renacimiento católico, porque es la de un hombre de acción más que de un pensador [...] Su vida y su muerte son el más elocuente testimonio de la vitalidad del catolicismo humanista, penetrado por el espíritu de este Renacimiento, cuyo corifeo sigue siendo Erasmo».

Erasmo, su amigo admirado y venerado, promotor de cuanto de valiosa herencia humanista ofrece el catolicismo en tan turbulenta y dramática época, que nos dejará la entrañable evocación de la vida familiar de Moro, llena de sensibilidad, de afecto, de acierto pedagógico, discurriendo dichosamente en el jardín de la casa de Chelsea, junto al Támesis. Su decidida militancia humanista, que le llevará a cultivar los grandes temas de su tiempo, como lo hizo en su estudio sobre la impresionante figura de Pico de la Mirandola, o a concebir la vocación política como mero ejercicio del sentido cristiano del deber, hasta el extremo de acometer la empresa de dejar su testimonio insobornable de integridad como gobernante en un país que «desde 1422 hasta 1509», «en la fatídica galería de monstruos que va de Enrique VI a Enrique VIII» (Mesnard), había vivido un drama sangriento interminable que había de terminar por devorarle también a él mismo.

Pero el aspecto más valioso de su obra intelectual, transida de reiterados giros de *humour* sajón y de ironía universal, es, sin duda, el legado imperecedero que nos aporta como filósofo político y pensador cristiano. Su obra se centra en este aspecto en el ataque a los principios viciosos cuya extirpación consideraba *único remedio capaz de devolver la salud a la sociedad de su* tiempo. Estos dos principios permanentes de la corrupción política eran, a su juicio, la monarquía y la propiedad. Y a este fin,

> «Para conmover a los espiritus rebeldes a la especulacion filo sofica, para forzar a los conservadores a evacuar posiciones en las que la critica no tiene cabida, Moro ha dedicado cinco años a construir un mundo ideal, verdadero espejo de justicia y de prosperi dad, mundo en el que, a partir de entonces, esta invitado a penetrar el lector de todo pais y de toda epoca» (Mesnard)

Por mi parte pienso que, no obstante ser Erasmo quien, en uno de los rasgos más permanentes de su obra intelectual y espiritual, sitúa doctrinalmente el problema de la evangelización de la política, a Moro es a quien corresponde hasta ahora la significación de figura máxima en cuanto a la respuesta dada al mismo por los cristianos de todos los tiempos

No podemos en esta ocasión acometer un estudio exhaustivo de la filosofía política de Moro, en cuanto discípulo y testigo del Evangelio Pero desconocen en absoluto lo que él representa en la economia del plan divino sobre el género humano quienes hacen un deliberado alarde de ignorancia acerca de la magnitud trascendental de su concepción política Concepción a la altura de la cual él supo estar, sin duda, con el testimonio de una vida ejemplar como padre y esposo, como sabio, como gober nante, como mártir Y ello en un trance en el que la organización eclesiástica de su patria, comenzando por un episcopado cobarde, a excepción del obispo Fisher, su compañero de cadalso, se hunde en la abyección ante el tirano Sin embargo, ese testimonio de su vida no es lícito que pueda servir a nadie para intentar escamotear la importancia intrínseca de una aportación filosófica, cuyo autor mismo juzga con estas palabras:

> «Si hay que silenciar como insolito y absurdo cuanto las perversas costumbres de los hombres han hecho parecer extraño, habria que disimular entre los cristianos muchas cosas enseñadas por Cristo, cuando el, por el contrario, prohibio que se ocultasen y

mando incluso predicar las que susurro al oido de sus discipulos, pues la mayor parte de esas palabras son tan ajenas a las actuales costumbres como lo fue mi discurso»

Precisamente desde esta perspectiva hay que enfocar los aspectos fundamentales de la teoría política de Moro· la construccion de una republica ideal y el ataque a la monarquía y a la propiedad privada. Este último aspecto, que es el más radical de su pensamiento, emerge constantemente del texto de la *Utopía.*

«Dondequiera que exista la propiedad privada y se mida todo por el dinero —nos dira Moro por boca de Rafael Hytlodeo, el descubridor portugues que le sirve para expresar sin demasiado riesgo sus energicos juicios—, sera dificil lograr que el Estado obre justa y acertadamente, a no ser que pienses que es obrar con justicia el permitir que lo mejor vaya a parar a manos de los peores, y que se vive felizmente alli donde todo se halla repartido entre unos pocos que, mientras los demas perecen de miseria, disfrutan de la mayor prosperidad»

Pero esto no era una novedad en el cristianismo. Es la misma voz con que en el siglo IV habían clamado varonilmente los Padres de la Iglesia. Por ejemplo, Lactancio.

«Dios nos dio la tierra en comun, no para que una avaricia irritante y despiadada se alzase con todo, sino para que los hombres viviesen en comunidad y nadie estuviera falto »

Por ejemplo, Crisóstomo·

«Cuando tratamos de poseer algo en particular trayendo continuamente en la boca las insipidas palabras "mio" y "tuyo", entonces es cuando surgen las luchas fratricidas, envidias y rencores Asi, pues, la posesion en comun es mas natural que la propiedad privada»

Por ejemplo, Ambrosio·

«[ ] Tu te apropias para ti solo lo que se ha dado para comun utilidad de todos La tierra no pertenece exclusivamente a los ricos, es patrimonio de todos, y, sin embargo, son muchos mas los que no usan de lo suyo que los que usan de ello» «La avaricia fue la causa de haberse repartido entre pocos las posesiones»

Y los mismos conceptos en Clemente Romano, en Basilio, en Jerónimo, en Agustín. Son los conceptos sobre los que Moro afirma que la igualdad de bienes, unico camino para la salud pú-

blica, es casi incompatible con la propiedad privada; mientras que la república perfecta sólo podrá edificarse sobre la base de la comunión de bienes entre los hombres. Temas ambos que constituyen, respectivamente, el núcleo de la primera y segunda partes de la *Utopía.*

Y todavía distaba más esta doctrina de ser una novedad en la revelación bíblica, desde el Génesis hasta el Apocalipsis, en el conjunto global del libro dictado por Dios a los hombres. A partir del momento mismo de la creación Yahvé entrega a los hombres la tierra en común: «[...] Los bendijo y les dijo: Sed fecundos, multiplicaos, llenad la tierra y sometedla; dominad sobre la Tierra» (Gén 1,28). Y luego ya, sin cesar, la sed colectiva de justicia que sube de la tierra, con clamor de milenios: la expectación de las generaciones por la ciudad en que los hombres «construirán casas que habitarán; plantarán viñas cuyos frutos comerán. No edificarán para que habite otro, ni plantarán para que otro lo consuma» (Is 65,21.22); «Éste es el nombre que tendrá la Ciudad: "Yahvé-nuestra-justicia"» (Jer 33,16). «Son nuevos cielos y una nueva tierra lo que esperamos —según su promesa—, donde habitará la justicia» (2 Pe 3,13). Esperanza de que Dios nos permita al fin construir una tierra en que reine la justicia y la paz, que culmina en el *Apocalipsis:* «Después vi un cielo nuevo, una tierra nueva —el primer cielo, en efecto, y la primera tierra han desaparecido, y ya no hay mar—. Y vi la Ciudad Santa, Jerusalén nueva, que descendía del cielo, de donde Dios; se había embellecido, como una joven casada radiante ante su esposo. Oí entonces una voz clamar, desde el trono: "Ved la morada de Dios con los hombres. Él tendrá su morada con ellos; ellos serán su pueblo y él, Dios-con-ellos, será su Dios. Él enjugará toda lágrima de sus ojos; de muerte, ya no habrá nada; de llanto, grito y pena, nada habrá ya, porque el antiguo mundo se ha ido"» (Ap 21,1-4).

El Evangelio rezuma esta misma conciencia profunda de la vida. La Iglesia primitiva también. Igual la época de los Padres. El pensamiento medieval, en sus líneas de conjunto, está lejos de romper con este legado. Lo que hace Moro es darle expresión moderna. Quizá demasiado moderna, demasiado arraigada en lo que empezaba a ser ya la modernidad, el Occidente. A la

concepción de la vida que es peculiar del hombre ibero, por ejemplo, le puede resultar demasiado comunista la república utopiana. La ética natural misma podría tomar noticia mucho más directa entre los iberos de la concepción evangélica de la vida, respecto a lo que pudieron lograrlo los ahistóricos pobladores de *Utopía*. Buena muestra son de estas afirmaciones nuestras tanto el humanismo ibero de los siglos XVI y XVII, en lo que tiene de no-europeo y de no-contrarreformista, sino de Reforma católica española, como las grandes empresas utópicas de evangelización y civilización acometidas en Indias por los grandes misioneros —exponentes de una conciencia colectiva— que se llamaron Vasco de Quiroga, Zumárraga, Junípero Serra, o los jesuitas paraguayos. Pero eso no altera la significación crucial de la *Utopía* en la cultura humana y en el cristianismo. En realidad, si es grande la obra de Dios en Moro, tomándole para testigo suyo en la lucha por la justicia sobre la tierra, a costa del supremo sacrificio, la obra de Moro en Dios supone un punto culminante de ese mismo drama visto desde abajo, desde la perspectiva terrestre de la historia. Hasta ahora supone, sencillamente, la aportación más valiosa de los cristianos a la sangrienta expectación de la humanidad por una sociedad justa y fraterna.

Pero lo cierto es que, a partir de Moro, los cristianos no habíamos vuelto a decirle al pueblo oprimido y explotado las grandes palabras encendidas de cólera y esperanza. Batida duramente la Iglesia por el burgués triunfante, fueron las generaciones católicas desvirtuándose y contagiándose en no pequeña medida de racionalismo y de formalismo jurídico y estético durante los siglos modernos. Parecieron incluso perder la fe en que «el fermento cristiano ha comenzado apenas a transformar las instituciones colectivas de la humanidad...; (en) que no estamos más que al comienzo de las victorias de la verdad evangélica a través de la historia, y (en) que así, sirviéndola, el cristiano trabaja eficazmente, al mismo tiempo que por su propia salud, por la salud de toda la familia humana». Y así las grandes ansias de las multitudes obreras de nuestro tiempo, su sacrificio, su combate, su inmensa y ruda energía creadora, no los han encauzado ya héroes cristianos, sino héroes y pastores brotados por

millares al margen de la Iglesia. Saint-Simon, Proudhon, Bakunin, Kropotkin, Marx, Sorel, Anselmo Lorenzo, Costa, Pablo Iglesias, Lenin y tantos otros teóricos y jefes del movimiento obrero occidental o soviético, o del movimiento revolucionario ibérico, tuvieron que formarse marginalmente al cristianismo, porque hacía doscientos años que yacía sepultada en el olvido, entre los cristianos, aquella filosofía de liberación del pueblo que Moro había sabido llevar a su expresión más audaz.

Pero el cristianismo guarda en sus senos una vitalidad inmensa. La gigantesca experiencia del hombre moderno ha empezado a tocar ya sus propios límites. Y es ahora, cuando esta vasta hazaña creativa presenta ya su entera dimensión, cuando al cristianismo le empieza a ser posible acometer la empresa de evangelizarla. Ahora, cuando ante los ojos apagados de los burgueses se han mostrado viables ya varias utopías siniestras, está más próxima que nunca la realización en el tiempo de la utopía cristiana. Y es ahora cuando el cristianismo puede entrar de nuevo en las entrañas del pueblo. En la medida en que los cristianos volvamos a ofrecer a ese mismo pueblo —debatiéndonos contra la injusticia que nos asedia, codo con codo con el ejército de los que sufren, en la misma línea espiritual de Tomás Moro— los artesanos de paz y los luchadores perseguidos que necesitan para ser libres los hambrientos y sedientos de justicia.

El camino, quizá ya el camino final hacia la ciudad justa, vuelve a verse claro cuando el hombre actual se lava los ojos con ese ideal ético de la humanidad que Jesús nos traza en su discurso evangélico, y al que la humanidad se acerca progresiva y trabajosamente en el tiempo:

> «Felices los pobres en espíritu [...], los dulces [...], los afligidos, los hambrientos y sedientos de justicia [...], los misericordiosos [...], los corazones puros [...], los artesanos de paz [...], los perseguidos por la justicia. Porque suyo es el reino de los cielos» (Mt 5,3-10).

El 31 de octubre de 2000, Juan Pablo II lo nombró patrono de los gobernantes y políticos.

MANUEL LIZCANO

Bibliografía

BOUYER, L., *Autour d'Érasme. Études sur le christianisme des humanistes catholiques* (París 1955).
CHAMBERS, R. W., *L'Apocalypse de Saint Jean, vision chrétienne de l'histoire* (París 1943).
MESNARD, P., *L'essor de la philosophie politique au XVIe siècle* (París 1952).
PALACIO, J. M.ª, *Enquiridion sobre la propiedad. Concepto cristiano del derecho de propiedad y del uso de las riquezas* (Madrid 1935), espec. c.3: «Santos Padres».
La Sainte Bible. Versión de la Escuela Bíblica de Jerusalén (París 1956).
TOMÁS MORO (STO.), *Utopías del Renacimiento.* Primera traducción española en versión directa por A. Millares Carlo (México 1941).
• Actualización:
AAS XCIII (2001) p.76.
ACKROYD, P., *The life of Thomas More* (Londres 1999).
NIGG, W., *Thomas More ou la conscience d'un saint. Essai biographique* (París 1979).
RODRÍGUEZ SANTIDRIÁN, P., *Vida de Santo Tomás Moro* (Madrid 1997).
SURTZ, E. - HEXTER, J. H. (eds.), *The complete works of St. Thomas More* (Londres 1979s).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN FLAVIO CLEMENTE

Mártir († 96)

Flavio Clemente, miembro de la ilustre familia romana de los Flavios, era hijo de Flavio Sabino, hermano del emperador Vespasiano. Casado con su pariente Flavia Domitila, tuvo con ella siete hijos. Y el año 95 fue promovido a la dignidad de cónsul de Roma.

Su martirio se produjo en la persecución de Domiciano, ante el cual, además, su familia había perdido el favor. La acusación contra él fue de ateísmo, como se solía llamar al cristianismo por su negativa a adorar a los dioses. Su martirio fue el año 96.

SAN ALBANO

Mártir († s. III)

Albano pasa por ser el protomártir de la Gran Bretaña ya que su muerte es la primera, que se sepa, en la isla debida a la profesión del cristianismo. Hay que esperar al siglo VI para hallar por escrito la tradición relativa a él. Según ésta, Albano era

un romano-británico que vivía en Verulamium (hoy St. Albans) y que, aún no bautizado, se entregó a sí mismo, cambiando los vestidos, por un clérigo huésped, del cual había aprendido la doctrina cristiana; acusado de ser cristiano, profesó la fe y se mantuvo firme en medio de amenazas y torturas hasta morir decapitado. Cuando se escribe esta tradición ya se ha añadido a la narración original que hay de fondo la presencia de hechos sobrenaturales. En el sitio donde se decía haber tenido lugar el martirio, Holmhurst Hill, se le dedicó una iglesia y luego surgió allí una abadía. La tradición sobre este santo se ha prestado a diferentes debates entre los estudiosos ingleses que, naturalmente, han mostrado siempre mucho interés en este tema.

SANTOS JULIO Y AARÓN

Mártires († 303)

Julio y Aarón pasan por ser dos mártires romano-británicos. Desde muy antiguo se les supone martirizados en tiempos de Diocleciano, y así lo dice el actual *Martirologio romano,* a lo que se ha objetado que no queda constancia de que los decretos anticristianos de este emperador se pusieran en ejecución en Gran Bretaña. Pero, de todos modos, de lo que no hay duda es de que su culto es muy antiguo y de que su martirio se situaba en Caerleon-upon-Usk, en el Monmouthshire.

SAN EUSEBIO DE SAMOSATA

Obispo y mártir († 379)

Ya era obispo de Samosata en Siria cuando el patriarca Melecio fue elegido para la sede antioquena (360), sin duda, con el apoyo fervoroso de Eusebio. Aunque se le tenía por arriano, en realidad era ortodoxo y lo demostró en cuanto tuvo oportunidad. Su estrecha amistad con San Basilio fue claro índice de esta ortodoxia, y en las cartas que se conservan del santo Doctor dirigidas a Eusebio se puede ver la identidad de doctrina entre ambos prelados.

En 374 el emperador Valente lo exilió a Tracia a causa de su ortodoxia. Cuatro años más tarde, muerto el emperador, pudo

volver a su sede, donde la mayoría de los fieles se habían negado a comulgar con el obispo sustituto que era arriano y que el pueblo tuvo por intruso. Comenzó entonces su gira en defensa de la ortodoxia, propiciando la elección de obispos fieles a la verdadera fe. Pero a su llegada a Doliche, una mujer arriana le arrojó un ladrillo a la cabeza que le causó tal herida que falleció, no sin antes perdonar a su agresora. Era el 22 de junio de 379.

SAN NICETAS DE REMESIANA

Obispo († 414)

Nicetas fue durante medio siglo obispo de Remesiana en la Dacia, actualmente Bela Palenka en Serbia. Su ciudad estaba situada entre Oriente y Occidente. Políticamente pertenecía al imperio bizantino pero eclesiásticamente era del patriarcado de Roma, y era por ello un sitio de encuentro entre culturas. Debió comenzar su episcopado en torno al año 366.

Íntimo amigo de San Paulino de Nola, sabemos por este santo que Nicetas viajó a Roma donde se acreditó por su sabiduría y virtudes, y también viajó a Nola a visitar el sepulcro de San Félix, siendo acogido por el todavía sacerdote Paulino. Por él sabemos, igualmente, la gran labor evangelizadora que Nicetas llevaba a cabo y que desbordaba con mucho los límites de su diócesis. La suya era una labor evangelizadora y civilizadora, difundiendo el espíritu romano. El año 402 volvió a Nola para celebrar con la iglesia local la fiesta de San Félix. Escribió obras catequéticas y pastorales, de las cuales algunas han llegado a nosotros y que ya en la antigüedad recibieron elogios.

En el elogio del nuevo *Martirologio romano* se dice que lo alabó en un poema San Paulino de Nola y que supo llevar el evangelio a gente bárbara y que les enseñó a cantar a Cristo con mentalidad romana. Murió el año 414.

BEATO INOCENCIO V
Papa († 1276)

Su nombre de bautismo era Pedro y por su lugar de nacimiento, Tarentaise-en-Forez, se le llamó Pedro de Tarantasia. Nació hacia 1224. Muy joven sintió la vocación religiosa e ingresó en la Orden de Predicadores, donde se distinguió muy pronto por sus altas dotes de talento e inteligencia. Completados sus estudios y alcanzado el doctorado, fue profesor en La Sorbona al mismo tiempo que lo era Santo Tomás de Aquino, compañero de Orden y amigo suyo.

Con el Doctor Angélico fue parte del equipo de cinco religiosos que en 1259 recibió el encargo de organizar el plan de estudios en la Orden, plan que ha sido durante siglos el esquema del *curriculum studiorum* de la Orden de Predicadores. Escribió excelentes comentarios a las Cartas de San Pablo así como a las *Sentencias* de Pedro Lombardo, siendo sin duda muy estimadas sus obras por los estudiantes de su tiempo y por sus contemporáneos.

Por dos veces fue elegido provincial de la Orden en Francia y, como tal, visitó todos los conventos de la misma, haciendo viajes a pie y mostrando un gran espíritu de pobreza evangélica y fortaleza. Al ser llamado Santo Tomás a la curia romana, le sucede en el encargo de enseñar en París, pero el papa Gregorio X le nombra en 1272 arzobispo de Lyón y al año siguiente cardenal obispo de Ostia. Hay que señalar que el papa Gregorio X había sido alumno suyo y por ello lo conocía bien.

Naturalmente, estuvo presente en el II Concilio de Lyón (1274) y tomó parte activa en él, siendo mérito suyo haber sabido expresar la doctrina latina de forma comprensible a los orientales. Como en pleno concilio falleció San Buenaventura, también cardenal, se le encomendó a Pedro la oración fúnebre del santo. Terminado el concilio, fue liberado de su cargo de arzobispo de Lyón y regresó a Italia con el papa y los cardenales, sucediendo que, a poco de llegar, fallecía el santo pontífice, en Arezzo el 10 de enero de 1276, a quien igualmente la Iglesia venera en los altares.

Reunidos los cardenales para darle sucesor a Gregorio, todos los votos recayeron en Pedro (21 de enero de 1276), que

tomó el nombre de Inocencio V y fue el primer papa dominico de la historia. Marchó a Roma y su principal interés estuvo en la confirmación y consolidación de la unión con los orientales conseguida en Lyón. Se ha dicho de él que cayó en Roma bajo la influencia de Carlos de Anjou. De todos modos no tuvo tiempo de realizar ninguna labor especial pues el clima de Roma le sentó mal, contrajo unas fiebres y falleció santamente el 22 de junio de 1276. Tenido por santo a lo largo de los siglos, su culto fue confirmado el 14 de marzo de 1898.

BEATA MARÍA LHUILLIER

Virgen y mártir († 1794)

María Lhuillier nació el 18 de noviembre de 1744 en Arquenay, Francia, en el seno de una familia modesta y religiosa. Perdió a sus padres cuando era muy pequeña y una pariente suya la llevó consigo y la crió. Llegada a la adolescencia trabajó en el campo de esta pariente. Unos años más tarde sintió la vocación religiosa e ingresó en la congregación de Hermanas Hospitalarias de la Misericordia de Jesús, en el Hospital de San Julián de la población de Château-Gontier.

Para consolidar su vocación religiosa, hubo de superar numerosas dificultades, procedentes sobre todo de su escasa salud. Pero, finalmente, el 13 de octubre de 1778 pudo pronunciar su profesión religiosa, recibiendo el nombre de sor Santa Mónica. Fue una religiosa ejemplar, que cumplía con exactitud las reglas y obligaciones de su estado religioso.

Llegada la Revolución, el 22 de junio de 1790 fue interrogada, con las demás religiosas, sobre si deseaba dejar el monasterio, a lo que contestó que su voluntad era permanecer en el mismo y llevar la vida de monja que había llevado hasta entonces. De momento pudieron las hermanas seguir en su casa pero el 19 de febrero de 1794 se les intimó con la orden de prestar el juramento llamado de «libertad-igualdad». Sor Santa Mónica fue llevada con otras religiosas al antiguo convento de las ursulinas, convertido en cárcel. Aquí las religiosas quisieron llevar una vida regular en cuanto les era posible, pero el 11 de abril sor Santa Mónica hubo de comparecer ante el tribunal municipal

acusada de haber robado al hospital, ya que había dado a ciertas personas ropas del mismo con la intención de que las devolvieran a las monjas si alguna vez volvían al mismo. Tras la sesión pública del juicio, es enviada a la cárcel y el 20 de abril, por orden del mismo tribunal, debe comparecer ante la Comisión revolucionaria de Laval bajo la acusación del dicho robo, que decían indicaba un deseo y voluntad de la acusada de volver al antiguo régimen y ser, por tanto, conspiración contra la República. Enviada a la cárcel de Laval el 9 de junio de 1794, dio ejemplo de paciencia, caridad y de todas las virtudes.

Compareció ante la dicha Comisión revolucionaria el 21 de junio de 1794, se le preguntó por las señaladas prendas y si quería la restitución del antiguo régimen y si pensaba prestar el juramento pedido, a lo que dijo que no. Entonces fue condenada a muerte «por haber atentado contra la soberanía del pueblo y propiciado el restablecimiento de la realeza y haberse coaligado con todos los fanáticos para obrar la contrarrevolución por su negativa formal a reconocer a la República, y por haber robado al hospital de Château-Gontier algunos efectos y ropas de uso de los sacerdotes y religiosos, con intención de conservarlos hasta la vuelta de unos y otros, y de haberlo hecho con propósito contrarrevolucionario». Cuando la sierva de Dios oyó esta sentencia de muerte dio gracias a Dios.

Cuando la llevaban al suplicio, volvieron a pedirle por tercera vez que prestara el citado juramento, pero ella dijo que no. Y así llegó al patíbulo y fue guillotinada. Fue beatificada el 19 de junio de 1955.

23 de junio

A) Martirologio

1. La conmemoración de muchos santos mártires de Nicomedia bajo el imperio de Diocleciano († s. IV).

2. En el monasterio de Ely, en Anglia oriental (Inglaterra), Santa Ediltrudis o Eteldreda († 679), abadesa *.

3. En Vannes (Bretaña Menor), San Bilio († 913), obispo y mártir.

4. En Pavía (Lombardía), Beato Lanfranco († 1194), obispo.
5. En Onhaigne (Hainaut), San Valhero († 1199), presbítero y mártir.
6. En Oignies (Hainaut), Beata María († 1213), viuda *.
7. En Orvieto (Toscana), Beato Tomás Corsini († 1343), religioso servita.
8. En el monasterio de Valmanente, en el Piceno (Italia), Beato Pedro Santiago de Pésaro († 1496), presbítero, de la Orden de Ermitaños de San Agustín *.
9. En Londres (Inglaterra), Santo Tomás Garnet († 1608), presbítero, de la Compañía de Jesús, mártir bajo el reinado de Jacobo I *.
10. En Turín, San José Cafasso († 1860), presbítero **.
11. En Alatri (Italia), Beata María Rafaela (Santina) Cimatti († 1945), virgen, fundadora de la Congregación de Hermanas de la Misericordia **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN JOSÉ CAFASSO
Presbítero († 1860)

En la trama biográfica de San José Cafasso no se echa de ver nada deslumbrador o complicado. Nacido el 15 de enero de 1811 en el seno de una familia profundamente cristiana, en Castelnuovo d'Asti —hoy Castelnuovo Don Bosco—, pareció predestinado ya desde los primeros años al ministerio sacerdotal. Niño dócil y piadoso, aficionado cual ninguno a la casa y a la iglesia, acabó por merecer el apelativo de *santetto.* En su juventud mantuvo fiel sus propósitos de bondad, recogimiento y oración, conservando el fulgor de la inocencia y el vivísimo anhelo de consagrarse a Dios. Lo hizo el 1 de julio de 1827, vistiendo con gran ilusión el hábito talar. Juan Bosco, a la sazón un muchacho de doce años, le vio por primera vez aquel mismo año con ocasión de una fiesta popular: ya entonces tuvo la impresión de haber encontrado un santo. Vivaracho como era, se ofreció a acompañar al seminarista para visitar los espectáculos de la ciudad. Años más tarde resonaban todavía intactas en los oídos de Don Bosco las palabras de respuesta del ejemplar seminarista:

> «Querido amigo, las diversiones de los sacerdotes son las funciones de la Iglesia; cuanto más devotamente se celebran tanto

más gustan. Nuestras novedades son las prácticas religiosas siempre renovadas y dignas, por tanto, de frecuentarse con la mayor diligencia».

Para persuadir al joven, que no parecía del todo convencido, añadió sonriendo:

«Quien abraza el estado eclesiástico se vende al Señor; de ahí que nada hay en este mundo que le atraiga si no es la mayor gloria de Dios y el bien de las almas».

He ahí una respuesta que da la talla del hombre.

Fiel a tales convicciones que inspiraban sus propósitos, pasó de los estudios de filosofía a los de teología, coronándolos finalmente con la ordenación sacerdotal el 21 de septiembre de 1833.

Ya sacerdote, rehusando ofertas tentadoras de diversos párrocos que se lo disputaban, no satisfecho con su formación espiritual y teológica, y libre, por otra parte, de preocupaciones económicas, prefirió continuar su preparación pastoral en el «Convitto» eclesiástico de San Francisco de Asís, de Turín, fundado precisamente para esos fines el año 1817, gracias al interés y acción coordinada de dos figuras altamente representativas en el clero piamontés de aquel entonces: el siervo de Dios Pío Brunone Lanteri y el teólogo Luis María Fortunato Guala, que ocupaba a la sazón el cargo de rector.

La divina Providencia velaba sobre sus pasos: aquel «Convitto» escogido por Cafasso como palestra de perfeccionamiento sacerdotal acabaría por ser su campo de apostolado más fecundo y el centro de su delicadísima misión hasta el fin de sus días. No tardó en destacarse a la vez que la solidez de su cultura teológica su madurez ascética. Por lo que muy pronto ocupó allí mismo la cátedra de maestro: primero como auxiliar, luego como suplente del teólogo Guala en sus clases, sobre todo de teología moral, y, finalmente, sucediéndole en su cargo de rector a su muerte, acaecida en 1848.

Esta tarea de perfeccionamiento y renovación del joven clero piamontés constituye el más alto timbre de gloria de nuestro santo. Labor nada fácil: resentíase aún la vida religiosa del Piamonte, en medida no despreciable, del influjo de una situación

madura en la segunda mitad del siglo XVIII y cristalizada en una práctica severa en plano pastoral y sacramental, que no excluía la inspiración de corrientes jansenistas del tiempo. Dejábanse sentir a la vez tendencias regalistas de volumen no despreciable. En uno y otro campo batalló victorioso San José Cafasso en su empresa de renovación, siguiendo las huellas de sus predecesores Lanteri y Guala, a la luz de la doctrina de San Alfonso María de Ligorio. Sintetizan con exactitud y autoridad la postura de nuestro santo las apreciaciones de Su Santidad Pío XI con ocasión del decreto *De tuto* para la beatificación de Cafasso el 1 de noviembre de 1924:

> «Bien presto logro Cafasso sentar plaza de maestro en las filas del joven clero, inflamado de caridad y radiante de sanísimas ideas, dispuesto a oponer a los males del tiempo los oportunos remedios Contra el jansenismo alzaba un espíritu de suave confianza en la divina bondad, frente al rigorismo colocaba una actitud de justa facilidad y bondad paterna en el ejercicio del ministerio, desbancaba, en fin, el regalismo, con una dignidad soberana y una conciencia respetuosa para con las leyes justas y las autoridades legítimas, sin claudicar jamas, antes bien dominada y conducida por la perfecta observancia de los derechos de Dios y de las almas, por la devo cion inviolable a la Santa Sede y al Pontífice Supremo y por el amor filial a la Santa Madre Iglesia»

Gracias a esta labor suya nuestro santo procuró a la Iglesia un plantel de sacerdotes que habían de fructificar presto en parroquias, seminarios, institutos religiosos, escuelas públicas, alcanzando muchos de ellos neta fama de santidad. Brilla con fulgores vivísimos la figura de San Juan Bosco, con quien Cafasso fue pródigo en extremo, pues a lo que ofrecía a los demás añadió su consejo iluminado, su palabra de aliento, su óbolo material incluso en los momentos críticos de la fundación de su obra prodigiosa.

Pero la misión apostólica y sacerdotal de nuestro santo no se agotaba en el recinto del «Convitto» ni en la educación del clero. Desde su morada, su actividad benéfica, inspirada en un ardentísimo celo por las almas, se irradiaba en todo el ambiente circundante. San Juan Bosco destaca en la biografía de su maestro varias facetas de su múltiple actividad: padre de los pobres, consejero de los vacilantes, consolador de los enfer-

mos, auxilio de los agonizantes, alivio de los encarcelados, salud de los condenados a muerte. Dos calificativos merecen subrayarse entre ellos.

No había cárcel en Turín cerrada a la caridad del santo. Amaba a los desgraciados allí recluidos y no acertaba a dejar aquellos lugares en que se le antojaba ver sufrir a Cristo más que en ningún otro. Los condenados a muerte, en particular, le requerían para tenerlo a su lado como ángel de consuelo en el momento del suplicio... Dios premió su efusión de caridad sincera: a pesar de que entre los sesenta y ocho condenados a pena capital, que a lo largo de más de veinte años hubo de asistir, encontrara auténticos monstruos de maldad, no hubo uno solo que resistiera a la gracia: todos se convirtieron, llegando en más de una ocasión a signos inequívocos de extraordinario arrepentimiento. Conocido ese misterioso influjo que ejercía para con esos pobrecitos condenados, fue muy solicitado en varias ciudades del Piamonte en ocasiones análogas. De ahí el mote popular con que se le conocía de «padre de las horcas». No deja de ser un título de gloria para quien había logrado convertir un horrible instrumento de muerte en auténtico medio de salvación y de vida eterna.

«Consejero de los inciertos» lo apellida Don Bosco. Otros prefieren calificarlo «oráculo del laicado y del clero». Efectivamente, de todos los rincones del Piamonte corrían a él gentes de toda clase y condición, ansiosos de su consulta y su consejo. Seglares y clérigos —incluso prelados y obispos—, doctos e ignorantes, abogados, militares, nobles y plebeyos, católicos fervientes, fríos en piedad y aun alejados de la práctica religiosa..., todos le hacían compañía en la calle, le consultaban en su cuarto de estudio, se le acercaban en la iglesia en largas e interminables horas de confesionario. No rechazaba jamás a ninguno. Aunque extenuado de tanta fatiga y cargado de preocupaciones gravísimas, sabía tratar a todos con idéntica cordialidad. Y todos tenían la persuasión de recibir de sus labios una palabra que, limpia de toda pasión humana, traía consigo el sello inequívoco de la verdad divina, admirablemente ajustada a las necesidades de cada cual.

El maestro, el consejero, el confesor, el predicador dejaba a las claras en el ejercicio de su ministerio las líneas maestras de

su espiritualidad. Se la ve práctico-pastoral, sencilla y discreta, enraizada en los más sólidos y genuinos filones de la espiritualidad católica de todos los tiempos y, en particular, de San Ignacio, de San Francisco de Sales, y de San Alfonso María de Ligorio. Sin cejar jamás en la tensión a metas ideales —pues sencillez para él no significa pobreza y menos aún raquitismo de vida interior—, nuestro santo se preocupaba ante todo de asegurar a las almas lo estrictamente indispensable, es decir, el desarrollo completo de la vida cristiana, acentuando con trazos muy vivos el fin de esta vida, el valor del tiempo, la salvación del alma, la lucha contra el pecado, la necesidad de la gracia, las verdades eternas, el despego del mundo, la frecuencia de los sacramentos... Pero todo ello en un clima de bondad, de sano optimismo, de insinuante moderación. Se explica así que recalcara la facilidad de obtener la perfección a través de la práctica de las cosas pequeñas, puesta al alcance de la mano de todo el mundo; que hiciera resaltar la belleza de la religión, concebida como un ejercicio de amor hacia un Dios de bondad y de misericordia infinitas, y que, sin descuidar las verdades esenciales, pusiera el acento sobre todo en las más agradables y atrayentes y que, por ser tales, son capaces de engendrar una serena expansión del espíritu hacia su Dios. La piedad, revestida de formas simpáticas, resultaba agradable y, en su escuela, pasaba a ser una fuente perenne de alegría cristiana. Tendía directamente a la unión con Dios. Esquivaba el peligro de anquilosarse en prácticas y gestos exteriores, para insistir en la urgencia de cumplir con exactitud el propio deber entendido como servicio de Dios que ha de realizarse con intención de agradarle y procurarle mayor gloria. La misma mortificación, dirigida preferentemente al interior, más bien que al aspecto corporal, tiende a destacar la dimensión positiva que encierra la renuncia, su aspecto más amable, en cuanto que se la enfoca como liberación del amor y unificación más completa con Dios.

Sonó para Cafasso la hora suprema el 23 de junio de 1860, sin haber alcanzado los cincuenta años, pero agotado por un incesante trabajo apostólico cuyo motor fueron los que él llamara sus tres amores: Jesús Sacramentado, María Santísima y el Papa. Fue realidad gozosa para él un presentimiento suyo consignado en su testamento espiritual:

«Non già morte, ma dolce somno
sarà per te, o anima mia,
se morendo, t'asiste Gesù,
se sperando, t'abbraccia Maria».

La fama de santidad que lo acompañó durante su vida y a la hora de su muerte obtuvo presto la contraseña del milagro y, más tarde, la ratificación solemne de la Iglesia: el 3 de mayo de 1925 Pío XI le declaró beato; el 22 de junio de 1947 Pío XII le incluyó en el catálogo de los santos.

GIUSEPPE USSEGLIO, SDB

Bibliografía

ACCORNERO, F., *La dottrina spirituale di San Giuseppe Cafasso* (Asti 1958).
GIUSEPPE CAFASSO (SAN), *Sacre missioni al popolo* (Turín 1923); nueva ed.: *Missioni al popolo. Meditazioni,* a cura di P. A. Gramaglia (Cantalupa 2002).
— *Esercizi spirituali al clero* (Alba 1955).
GRAZIOLI, A., *La pratica dei confessori nello spirito di San Giuseppe Cafasso* (Asti [3]1953).
JUAN BOSCO (SAN), *Biografia del sacerdote Giuseppe Cafasso. Esposta in due ragionamenti funebri* (Turín 1860).
NICOLIS DE ROBILANT, L., *Vita del venerable Giuseppe Cafasso, confondatore del convitto eccles. di Torino,* 2 vols. (Turín 1912).
SALOTTI, C., *La perla del clero italiano. Il Beato Giuseppe Cafasso* (Turín 1925).
• Actualización:
BARRA, G., *San Giuseppe Cafasso* (Turín 1960).
MUGNAI, L., *San Giuseppe Cafasso. Prete torinese* (Siena 1972).

BEATA MARÍA RAFAELA (SANTINA) CIMATTI

Virgen y fundadora († 1945)

María Rafaela nació el 6 de junio de 1861 cerca de Faenza, a unos 130 km de Florencia, en una población llamada Celle. Allí podemos contemplar todos los recuerdos de la fundadora de la Congregación de las Hermanas de la Misericordia para la atención a los enfermos. Sus padres se llamaban Santiago Cimatti y Rosa Pasi. Eran pobres, pero tenían mucha fe. Era una familia maravillosa donde reinaba el amor, el trabajo y la fe en Dios. María Rafaela nació el mismo año en que Víctor Manuel se proclamaba rey de Italia.

Durante su vida sucedieron tres cosas muy importantes que influyeron en la vida de la beata: la unificación de Italia (1861), el Concilio Vaticano I (1870) y la II Guerra Mundial (1939-1945).

El 17 de marzo de 1861, Víctor Manuel se proclamó rey de Italia y empezaron las negociaciones con la Santa Sede para que se reconociera la nueva situación política que se estaba creando en el país.

Esta hermosa nación estaba compuesta por diversos estados independientes que guerreaban muchas veces entre sí. Uno de esos estados era el Vaticano. Cuando los italianos se propusieron unificar el país, se encontraron con la dificultad de que el Papa no quería perder autonomía; no consentía que los Estados Pontificios (Estados de toda la Iglesia católica) quedaran en el futuro como una provincia más del Estado italiano. Como en esto no cedía, pasó mucho tiempo. Después de grandes dificultades, reinando Pío XI, se llegó el 11 de febrero de 1929 al siguiente resultado:

— Italia reconoce la soberanía de la Santa Sede en el campo internacional como atributo inherente a su naturaleza, en conformidad con su tradición y con las exigencias de su misión en el mundo.

— Italia reconoce a la Santa Sede la plena propiedad y la exclusiva y absoluta potestad y jurisdicción soberana sobre el Vaticano, tal como está actualmente constituido, con todas sus pertenencias y dotaciones.

— Italia, que considera sagrada e inviolable la persona del Sumo Pontífice, declara punibles los atentados contra la misma con las mismas penas establecidas para los atentados contra la persona del rey.

— Italia reconoce a la Santa Sede plena propiedad de las basílicas patriarcales de San Juan de Letrán, de Santa María la Mayor y de San Pablo, con los edificios anejos.

— Italia reconoce a la Santa Sede la plena propiedad del palacio pontificio de Castel Gandolfo con todas las dotaciones, pertenencias y dependencias.

— Los tesoros artísticos y científicos existentes en la Ciudad del Vaticano y en el palacio Lateranense estarán libres a los

estudiosos y visitantes; quedando, sin embargo, reservada a la Santa Sede plena libertad de regular el acceso al público.

Durante este tiempo, Rafaela iba creciendo en edad y virtud. A los nueve años se enteró de que la Iglesia estaba celebrando un concilio. Los que hemos pasado por esa misma experiencia, sabemos que es un hecho que no se puede olvidar nunca. ¿Cómo se desarrollaron los hechos durante su infancia y juventud?

El Concilio Vaticano I empezó con mucha tensión en la Iglesia. Los defensores de la libertad del Papa eran mayoría; los partidarios de la libertad de los obispos, minoría. Y no faltaba quien afirmaba —Dölinger en un periódico de Berlín— que «no sólo la autoridad pontificia, sino también la episcopal, se reduce a un simple mandato del pueblo».

Hubo 89 congregaciones, eran discusiones entre las personas encargadas de los diversos temas, y 4 sesiones solemnes donde se aprobaron los acuerdos de las distintas comisiones. El 28 de diciembre de 1869 se celebró la primera discusión sobre «la fe». Aquello era un alboroto. En el Vaticano no había altavoces; había que hacerse oír a gritos. A los dos días se devuelve el esquema sobre la fe, «no para reformarlo, sino para enterrarlo». A los tres meses se presenta un nuevo esquema mejor aceptado, aunque, como tiene algunas frases ofensivas para los protestantes, ocasiona un gran revuelo. El 24 de abril de 1870 fue aprobado el documento *Dei filius* que contenía la doctrina sobre la fe.

Hubo otras discusiones que no ocasionaron tanto alboroto. Por ejemplo, en torno a los deberes y derechos de los obispos, vicarios, sacerdotes, cardenales y la curia. Otra, sobre la jurisdicción inmediata y universal del Papa sobre toda la Iglesia. Otra, sobre la reforma de los orientales unidos a Roma. Pero donde se aglutinaron todos los problemas fue en el tema de la infalibilidad del Papa. La discusión duró tres semanas seguidas. Lo peor no era lo que estaba sucediendo dentro de la sala conciliar, sino que el tema trascendió a todos los gobiernos y a la prensa.

El 16 de julio de 1870, cuando estaba todo preparado para la sesión general, estalla la guerra franco-prusiana. Ése fue el motivo que aceleró la marcha del concilio con el fin de dejarlo

para mejor ocasión. Así, el 18 de julio de 1870, se presentaron en la sala 535 obispos, todos menos dos firman aceptando la infalibilidad de Papa. Estos dos, antes de marchar, se adhirieron a la mayoría.

Los 55 obispos que la víspera se habían marchado de Roma se fueron adhiriendo también a la propuesta del «sí». El 8 de agosto de 1870 se publicaron los decretos del Concilio sobre la infalibilidad papal. El Concilio quedaba suspendido, no terminado, hasta mejores días.

Pero la discusión había sido tan fuerte que quedaron algunos grupos de católicos que no estaban conformes con las decisiones tomadas. Eran los llamados «Viejos católicos». A los católicos que se habían adherido a la doctrina de la infalibilidad papal, se les llamó los «Nuevos católicos». Los gobiernos alemanes se pusieron del lado de los «Viejos católicos». Cada vez se iban sintiendo más alejados de Roma y estuvieron a punto de formar una iglesia nacional aparte. Fue pasando el tiempo, las aguas se fueron calmando y, en 1919, en Alemania, no había más que un obispo opositor, con 58 eclesiásticos y 20.000 fieles.

Fue durante este tiempo cuando María Rafaela empezó a despuntar. El año 1882, con 21 años, comenzó una obra parroquial para la instrucción de las jóvenes. Mal estaba la educación de la juventud en todo el mundo, por lo que en esa época la Iglesia creó numerosas congregaciones para atender a este sector de la sociedad. Brotaban como hongos, allí donde hubiera una necesidad. María Rafaela fue una de estas impulsoras.

Tardó algún tiempo en crear su propia obra porque tuvo necesidad de atender a su madre, viuda y pobre. Y, antes de empezar a cuidar a otras personas, se vio en la obligación de atender a su propia familia.

En 1889, con 28 años, empieza su trabajo con los enfermos. Hace los votos perpetuos en 1905 y se dedica a cuidar enfermos con toda la fuerza de su vocación ardorosa.

Se dice de ella que empleaba amor de Dios, oración, sacrificio y humildad en el cuidado a los enfermos. Vivió en sus carnes aquellas palabras de Jesús: «Lo que hicisteis a uno de estos pequeños, a mí me lo hicisteis».

Era madre, hermana, amiga y consejera de todos sus enfermos. Y extendía su cariño a todas las personas que los cuidaban, como médicos o enfermeras. Ésta fue su vocación y éstos fueron los años en que más caridad desarrolló en favor de los enfermos.

En aquellos años reinaba en Italia un gran espíritu evangelizador y misionero. En 1919, un sacerdote de la diócesis de Vitoria, D. Ángel Sagarmínaga, pronunciaba en el seminario un discurso de inauguración de curso con el tema de las misiones y citaba el fervor misionero en Italia. Ésta es la «Unión misional del clero de Italia». Hoy es un hecho con su revista, con sus consejos generales y diocesanos.

Miro su sello, su distintivo, y diviso la caridad amplia, universal que todo lo invade y en todo se compenetra; estudio su organización y admiro la sencillez y grandeza fusionadas en admirable consorcio; contemplo los instrumentos de que se vale la institución, el personal escogido, y veo que es el más apto, el mismo que Cristo Señor Nuestro eligió para este fin, la predicación del evangelio; y observad que lo coloca en su puesto, en las trincheras, en su trabajo propio y casi exclusivo.

Medito su programa y lo encuentro práctico, real, eficacísimo; y en la bendición especialísima de Su Santidad Benedicto XV, en la aprobación y adhesión de casi todos los obispos de Italia, en la rapidez con que rebasando las fronteras italianas (ha llegado hasta Holanda en donde va tomando honda y firme raigambre), y en las circunstancias que rodeaban su nacimiento, veo la mano de Dios, que, como siempre en la historia de los cataclismos, se complace en fortificar nuestra fe probándonos con los hechos sus palabras: *et portae inferi non praevalebunt adversus eam.*

Me figuro a las misiones caminando en el mar revuelto del mundo, demonio y carne, caminando hacia Jesús que las llama, pero al estallar la tempestad que acaba de alejarse, al sentirse sumergir en las airadas olas que se levantan amenazadoras, rompen en aquella exclamación de San Pedro: *Domine, salvum me fac!* («Salvadme, Señor, que perezco»). Y el Señor, extendiendo su mano, le dice: «Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?». Ésta es sin duda la mano del Señor: la «Unión misional del clero de Italia».

Respecto a la Segunda Guerra Mundial, Hitler dio su primer paso con la invasión de Polonia el 1 de septiembre de 1939. El mundo se partió en dos: los que estaban con él y los que estaban enfrente. También hubo algunos que se declararon neutrales. Italia tenía entonces como jefe a Benito Mussolini. Una famosa revista de historia dice de él lo siguiente:

> «Benito Mussolini (1883-1945). El dictador italiano, llamado "Il Duce", había tomado el poder en 1922, durante la "marcha sobre Roma". Propenso siempre a las bravatas y la fanfarronería, dejó de ser una figura dominante en el plano internacional para convertirse en un bufón y un títere.
>
> La declaración de guerra por parte de Italia (10 de junio de 1940), fue el preludio de una sucesión de humillantes derrotas. Italia no estaba preparada para la guerra, pero la posición del propio Mussolini no corrió peligro hasta 1943.
>
> El 19 de julio, tras las invasiones aliadas de Sicilia, el consejo supremo fascista aprobó, en una reunión, una moción para alejarlo del poder. Encarcelado, Mussolini sólo fue rescatado para presidir un gobierno títere de los alemanes en el norte. Con el derrumbamiento del poderío alemán, fue capturado y ejecutado sumariamente».

En resumidas cuentas, la historia de Italia en la Segunda Guerra Mundial se ciñe a los siguientes vergonzosos datos:

Al principio fue un aliado tardío de los alemanes. Participó en la campaña francesa y más tarde en la invasión de la URSS; pero tuvo tales desastres en las campañas de Grecia y del Norte de África, que Hitler decidió borrarla del mapa bélico. Los alemanes tuvieron que entrar en estos dos frentes porque sus aliados italianos abandonaban uno tras otro los combates. Y el gran dictador se enfadó tanto, que en adelante los trató como sometidos al dominio alemán.

Tras la caída de Mussolini, en julio de 1943, hubo un cambio de posiciones en las alturas políticas italianas y Hitler ocupó gran parte de Italia. En ese momento, las provincias del norte de Italia estuvieron expuestas a las mismas brutalidades que el resto de los países ocupados por los alemanes.

En esta situación, los aliados siguieron la guerra para conquistar Italia entera. Italia, tan llena de montañas y bosques, era un terreno propicio para la guerra de guerrillas.

Por eso, los aliados tardaron en solucionar el fin de la guerra. Los alemanes se escondían detrás de cualquier pedrusco,

donde quizá había una ermita románica o una ruina romana. Montecasino quedó hecho papilla por la entrada de uno y otro ejército. La guerra fue horrible.

Cuando llegó el año 1940, María Rafaela, con 79 años, estaba dedicada con especial fervor a la oración y adoración de Jesús en la Eucaristía. Era mayor. Tenía derecho y necesidad de descansar, y estaba en oración continua.

Pero al llegar la guerra, se dio cuenta de que no eran días de estar en contemplaciones místicas, cuando tenía tantos heridos delante de su casa. Y volvió de nuevo a servir a los enfermos, ayudando a los soldados heridos.

Al mes siguiente de suicidarse Hitler, el día de su boda, murió María Rafaela (23 de junio de 1945), terminada ya la guerra. Su fama de santidad se fue extendiendo por toda Italia. Su obispo inició el proceso de beatificación en 1962; al año siguiente se declaran sus virtudes en grado heroico. En 1970 ocurre el milagro de un niño enfermo que se cura por su intercesión. En 1989 se declara la validez del milagro. El papa Juan Pablo II la beatifica el 12 de mayo de 1996. Su fiesta se celebra el 23 de junio.

FÉLIX NÚÑEZ URIBE

Bibliografía

AAS 89 (1997) 12-14.
LLORCA, B., SI - GARCÍA VILLOSLADA, R., SI - LABOA, J. M.ª, *Historia de la Iglesia católica.* IV: *Edad Moderna* (Madrid ⁴2001) 493s; 496s.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTA EDILTRUDIS

Abadesa († 679)

Ediltrudis o Eteldreda o Aethelthryth o Audrey es una de las más veneradas santas sajonas y a su nombre han sido dedicadas numerosas iglesias. Hija del rey Ana, de los anglos del este, y hermana de varias santas, casó varias veces pero la tradición quiere que nunca consumara sus matrimonios y permaneciese virgen.

Por orden de sus padres casó siendo muy joven con Tonbert, príncipe de Fen, el cual murió poco después. Luego casó con Egfrido, hijo del rey de Nortumbria, quien no estaba conforme con los propósitos virginales de su esposa, pero ésta fue apoyada por San Wilfrido, y entonces su esposo la repudió, oportunidad que ella aprovechó para tomar el velo religioso. Marchó a la isla de Ely, donde luego de vivir una temporada de retiro, fundó un doble monasterio a cuyo frente estuvo hasta su muerte. Austera y muy religiosa, después del canto de maitines permanecía en la iglesia en oración el resto de la noche. Murió el 23 de junio del año 679.

BEATA MARÍA DE OIGNIES

Viuda († 1213)

Nació en Nivelles, Brabante, en 1177, y muestra desde pequeña una gran inclinación a la piedad. Casada a los 14 años con Juan, un hombre sinceramente religioso, al principio vivieron su matrimonio normalmente pero luego decidieron guardar castidad y dedicarse a la obra de misericordia de atender a los leprosos.

Se despojaron de sus bienes y los distribuyeron entre los pobres. Otras piadosas mujeres la ayudaban en su tarea de atender a los enfermos. Llevaba ya doce años en esta obra de caridad cuando se sintió llamada a llevar una vida de contemplación, acompañada de otras mujeres piadosas, para lo cual tuvo la licencia de su marido. Se situó en Oignies, junto al convento agustino, en el que asistía a los oficios divinos y prestaba servicios como sacristana. Mucha gente acudía allí para visitarla y pedirle orientación y consejo. Se dice de ella que tuvo el don de lágrimas. Murió el 23 de junio de 1213.

BEATO PEDRO SANTIAGO DE PÉSARO

Presbítero († 1496)

Nació en Pésaro en la primera mitad del siglo XV y muy joven ingresa en la Orden de San Agustín, donde profesa los vo-

tos religiosos y, hechos los estudios, se ordena sacerdote. Enseñó en el estudio agustino de Florencia, luego pasó a Rímini como regente del estudio (1482) y posteriormente a Perugia como director de los estudiantes. En 1491 fue elegido provincial de la provincia Picena. Retirado al convento de Valmanente, junto a Pésaro, allí murió el 23 de junio de 1496. Su culto fue confirmado el 27 de septiembre de 1848.

SANTO TOMÁS GARNET

Presbítero y mártir († 1608)

Tomás Garnet nació en Southward en el seno de una familia católica en 1574. Luego de haber servido como paje al Conde Arundel fue enviado, en 1594, al nuevo Colegio de St. Omer en los Países Bajos, y dos años más tarde pasó al Colegio de Valladolid, regentado por los jesuitas. Ordenado sacerdote en 1599, fue enviado ese mismo año a la misión inglesa y pudo trabajar apostólicamente durante seis años yendo de un sitio a otro con tanta cautela como fortaleza espiritual.

En 1604 le pidió a su tío, el P. Enrique Garnet, provincial de la Compañía de Jesús, que lo admitiera en la misma ya que pensaba que nadie como los jesuitas eran tan adictos a la verdadera Iglesia. Pero antes de marchar al continente para hacer el noviciado, estalló el asunto de la conspiración de la pólvora. Tomás fue arrestado, encerrado en la Torre de Londres y retenido allí durante nueve meses. En la Torre contrajo una fuerte ciática. El parentesco con su tío no le favoreció. Sometido a numerosos interrogatorios, no lograron de él ninguna confesión contra los demás católicos. Le enviaron una falsa carta de su tío comprometiéndolo pero él negó su autenticidad. No pudieron hallar ninguna evidencia contra él y entonces fue condenado al destierro.

Hizo entonces el noviciado en la Compañía de Jesús y en 1607 fue de nuevo enviado a Inglaterra. Trabajaba con celo en Warwickshire cuando recibió una llamada de los católicos de Cornualles para que los visitara. Un sacerdote traidor lo delató, siendo arrestado y llevado a Gatehouse, en Londres. Se le insistió en el juicio para que prestara el juramento de supremacía

pero él pidió que en su lugar se le permitiera jurar fidelidad al rey en conformidad con la ley natural y la ley de la verdadera Iglesia de Cristo. No se lo admitieron y lo condenaron a muerte, no por causas religiosas, le dijeron, sino por negarle lealtad al rey. Él respondió que el rey había mandado que si algún sacerdote volvía a Inglaterra, que fuera muerto. Pues bien, él daba su cuerpo al César y su alma a Dios. Llevado el 23 de junio de 1608 a la plaza de Tyburn, donde había mil personas reunidas, perdonó en alta voz a cuantos habían intervenido en su arresto y condena y comenzó a rezar. Recitó el padrenuestro, el avemaría y el credo, y estaba recitando el *Veni Creator* cuando fue ahorcado. Fue canonizado el 25 de octubre de 1970.

24 de junio

A) MARTIROLOGIO

1. Solemnidad de la Natividad de San Juan Bautista, precursor del Señor **.
2. En Roma, en la Vía Salaria antigua, los santos Juan y Festo, mártires (fecha desconocida).
3. En Autún (Galia Lugdunense), San Simplicio († 375), obispo *.
4. En Creteil, junto a París, el martirio de los santos Agoardo, Agliberto y muchos otros († s. V-VI).
5. En Malinas (Brabante), San Rumoldo o Rombauld († 775), ermitaño y mártir *.
6. En Lobbes (Austrasia), San Teodulfo († 776), obispo y abad.
7. En Nantes (Bretaña Menor), San Gohardo († 843), obispo y mártir.
8. En Vestervig (Dinamarca), San Teodgaro († 1065), presbítero *.
9. En Sicuani (China), San José Yuan Zaide († 1817), presbítero y mártir *.
10. En Guadalajara (México), Beata María Guadalupe García Zavala († 1963), virgen, cofundadora de la Congregación de Siervas de Santa Margarita María y los Pobres **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

NATIVIDAD DE SAN JUAN BAUTISTA

Es primavera, y, sobre la alta serranía, Nazaret abre su caserío blanco, como lirio enorme, a la tierna caricia del sol. Caen las aguas de nieve, con juvenil travesura, entre las quebradas del monte. Los almendros apuntan estremecidos sus yemas, y se percibe un murmullo caliente cuando rompen, con ímpetu, a la vida. Un perfume antiguo de hornos se mezcla a la liturgia del incienso y cubre los sembrados como una bendición anticipada. ¿Quién oyó el cantar de las tórtolas, entre las dos luces tranquilas de la sobretarde? Pues parece que el rey Salomón, turbado de muchos amores, suspira, escondido entre el verde fresco de los jardines, su llamada impaciente: «Ya pasó el invierno, amada mía. Ven, mi paloma, que anidaste sobre las piedras, ven». Y de la corola opulenta de ese lirio nazaretano salta la Doncella María, como un prodigio de hermosura. Hay, en el aire de oro, un reguero de palabras del buen Dios, y la brisa pequeña simula aún el roce inocente de las alas del arcángel. Ya fue la Encarnación. Con la docilidad sencilla de una esclava creyó el fausto mensaje. Y en el otro lirio celeste y cerrado —el seno de la siempre Virgen— se hace carne la deidad del Verbo. Pero aquel signo increíble de la prima Isabel, fértil y anciana, la empuja, con su cosquilleo femenino y curioso, hacia Ain Karim, mientras las augustas modulaciones del *Magnificat* se asoman a la ternura del labio. Todo su camino trasciende a un profundo misterio. Atraviesa la llanada de Esdrelón, ahora exuberante y pacífica; pero en estos mismos campos Israel cortó los laureles de sus grandes victorias y la cizaña negra de sus declinaciones. Y parece que las sombras del crepúsculo reaniman, en la soledad de sus sepulcros, a todos los viejos caudillos, que alzan sus trofeos y sus laudes al paso de la Virgen de la Promesa. Sube alegre las montañas de Samaría y percibe aún los ecos de aquellos pactos que hizo Yahvé con los patriarcas, y el recuerdo de anchas bendiciones. Y, al fin, la Judea la recibe en la solemne liturgia de su sacerdocio, y convoca a todos los profetas muertos para que se gocen en los días de la plenitud, cuando los montes destilen pura miel y se hermanen el cordero con el lobo. ¡Toda

la historia del Pueblo de Dios se asoma para verla pasar, y la acompaña, cantando un salterio de amorosa bienvenida!

Las cuatro jornadas de viaje —iba, según San Lucas, con mucha presteza, por el más corto camino— dieron en Ain Karim, donde los primos tienen una casita de recreo para los días de verano. Zacarías permanece mudo desde aquel sofoco que le produjo la presencia del arcángel Gabriel, cuando ofrecía el incienso ritual en el Santuario. Era como una llama de oro encendido que le hablaba así: «No temas, porque ya ha sido oída tu oración. Tu mujer te dará un hijo a quien pondrás de nombre Juan». Y precisamente su boca muda habla como signo visible del milagro.

De pronto rompe, en la modorra del mediodía, una voz de saludo: «¡La paz sea con vosotros!». Y se despierta el paisaje, sobresaltado con un revuelo de palomas y un murmullo en todas las flores del huerto. Sale impaciente Zacarías, porque anda nervioso desde la visitación celeste, y se queda suspenso, con los brazos tendidos. ¿Cómo, ahora, la prima de Nazaret? Y la estrecha con enorme dulzura, porque, en el recreo del alma, presiente ya los días de salud para su pueblo, mientras por la barba temblona le caen lágrimas dulces, como las perlas que el rocío pone estas madrugadas de abril en el verdor de los campos. A las puertas de la casa aparece Isabel, radiante. ¿Porque le dan de cara los rayos del sol? No. Es toda ella un divino reverbero, llena del Santo Espíritu, que es luz. Está en trance, como ardiendo. Y más que hablar, grita la profecía de su saludo: «Bendita tú entre todas las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre». Y así queda, sobre el aire inmóvil, que es más azul y más risueño, la primera avemaría de la historia, iniciada, en la eternidad, por la misma boca del Padre. Se turba la Virgen con el recibimiento de los primos, porque es muy humilde. Y entonces su palabra serena, en un susurro enamorado, prorrumpe a cantar sus alabanzas al Altísimo, porque la hizo grande con su poder y le colmó el seno de fecundidad y de maravilla. Oíd: *Magnificat anima mea Dominum...*

El grupo deliciosamente enlazado de los tres busca refrigerio y reposo dentro de la casita, que tiene al mediodía tendido un parral de sombras y un encanto de aguas en los surtidores, que lloran la frescura de su luz sobre los nardos. ¿Quedó allí

María hasta el nacimiento de Juan? La teología de Nuestra Señora nos lo aclara. Ved. Las gracias que acaba de recibir en la Encarnación —añadidas a las de su plenitud original— la han introducido en un orden de vida sobrenatural eminente. La hipóstasis del Verbo en su carne le confiere el título de coparental de las divinas personas. Es realmente hija del Padre, madre de su Verbo y esposa del Santo Espíritu, del amor que la sombreaba en Nazaret. Pero no hay que olvidar la cooperación que presta María a este lujo de dones y de privilegios. En el plano de los merecimientos personales funciona sin la traba de las pasiones rebeldes que a todos los hombres nos afligen. Y, así, el Angélico nos asegura que, con la caridad, crecían en su alma, a la vez, como los cinco dedos de nuestra mano, las virtudes, dones y méritos, en una progresión incalculable. La caridad, pues, la indujo a permanecer en Ain Karim, junto a la prima necesitada, hasta el jubiloso alumbramiento del Bautista: sin que estimemos en contra las razones de un pudor fuera de tono al interpretar como ya acabados esos «cerca de tres meses» que San Lucas asigna al misterio de la visitación de la Virgen.

Y corre la primavera, embalsamada por los dulces coloquios de aquellas dos madres del milagro, en una íntima comunión de corazones y de ofrendas al Altísimo. ¡Cuántas veces recontaría Isabel que el niño saltó en el seno, santificado por la visita de la doncella! Y mientras preparaban las dos los pañales del alumbramiento, el cielo se hacía blanco de tan azul y transparente; y agobiaba el aire, desde los arenales de Judá; y el equinoccio del estío venía, ardiente y solemne —el sol como una custodia de fuego—, para el desfile festival de la vida, en el triunfo del amor. Pues, con el gozo y las zozobras de vísperas, decidieron volverse a la casa solariega para que el niño naciese dentro de la misma raíz troncal.

«Y se cumplió el tiempo de dar a luz Isabel y tuvo un hijo. Los vecinos y los parientes conocieron que el Señor había tenido misericordia con ella y la felicitaban». Nos parece demasiado desnuda la narración que el evangelista pone a un suceso tan extraordinario. El arcángel había dicho a Zacarías: «Será para ti de mucho gozo y alegría, y los hombres se regocijarán con su nacimiento». Ain Karim es un poblado reducido, como

una ancha familia, con los júbilos, las preocupaciones y las penas comunes. Pues el suceso que las gentes esperaban con angustiosa curiosidad conmovería a toda la aldea, un poco enajenada en su rutina gris. Sí. La noticia corre en la boca de las comadres, con añadiduras y aspavientos; se mandan mensajeros a las cercanías, y toda la casa desborda de familiares y de aldeanos. «¡Ya dio a luz Isabel!», y la agobian de parabienes y de sencillas ofrendas —tortas crujientes, corderos recentales, alguna que otra tela recamada de oro— y una buenaventura común para la felicidad del recién nacido. Yo pienso que María, un poco alejada del ruidoso entusiasmo, cortaría en el huerto una brazada de rosas de sangre, para coronar, como un augurio, aquella vida pequeña que debía dar testimonio de su propio Hijo.

El evangelista nos refiere, con más riqueza de detalles, la circuncisión, doble ceremonia que se celebraba a los ocho días del nacimiento para imponer al varón israelita el nombre y para ingresarle, con todos los deberes y derechos, religiosos y civiles, en la comunidad. Seguramente los sacerdotes, compañeros del padre, se encargarían del rito, aunque entre las clases humildes lo practicaba también el padre de la criatura. Y entonces el milagro. Aunque mudo, Zacarías comunicó de alguna manera a Isabel los detalles de la visión angélica del Templo y el dato precioso del nombre que el mensajero del Señor le traía. Por eso Lucas nos dice que la madre se adelanta y exige: «Se llamará Juan». Hubo forcejeo entre los parientes, «porque nadie hay en tu parentela que lleve ese nombre»; y, acaso, porque desearían ofrecer a Zacarías, imponiéndole el suyo, el consuelo de verse renovado en la varonía del hijo. Pero él pide las tablas enceradas y, a punzón, escribe: «Juan es su nombre», en el mismo instante se suelta su lengua, comienza a hablar rectamente, entre la maravilla de los familiares, y en grandes transportes proféticos dicta su oración del *Benedictus,* majestuosa, agradecida como para ser rezada, de rodillas, por la liturgia de la iglesia, pregonando todo el poder del Señor.

Antes de los dos años es conducido el pequeño Juan al desierto, para salvarle de la degollina de Herodes. Y asombra que le dejen de por vida allí, según la tradición de los Santos Padres,

porque estos hijos tardíos suelen ser mimosamente amados de los suyos. Pero Lucas es muy concreto cuando nos asegura: «Crecía y se fortalecía, en las estepas, hasta su manifestación a Israel». Los sensacionales descubrimientos del desierto de Judá en la primavera de 1947 nos aclaran esta juventud, escondida hasta ahora en el misterio de las suposiciones gratuitas. Las excavaciones de Qumrán demuestran que allí existió un gran cenobio, donde la secta de los esenios se consagraba a una vida común de oraciones y de ayunos. Pues los padres del Bautista le entregarían a estas gentes piadosas, para defenderle de los matarifes de Herodes y para asegurar una educación fuerte entre aquellos hombres expertos y ejemplares. Tenemos razones para pensar así. Cuando le llegue el gran trance de su profetismo será fiel a la llamada. Entonces, rompiendo con la vida común monástica, será un disidente de Qumrán, pero sin despojarse de un género de vida que ha hecho, en él, naturaleza. No es ninguna coincidencia que las prácticas del «bautismo de inmersión», corrientes entre los monjes esenios, las imponga Juan a los pecadores como penitencia pública: que se defina como la «Voz que clama», porque en los días de su entrenamiento aprendió muy bien aquella primera «regla» del cenobio de Qumrán:

> «Todos los que vengan de la comunidad de Israel sepan que se han separado de la ciudad de los hombres para vivir en el desierto y escuchar al Señor, como está escrito: En el desierto oíd su voz y preparad, en las estepas, un camino para encontrarle».

Casan, pues, demasiado los temas y los ritos de Qumrán con el modo y las predicaciones del Bautista.

Pero no es un profeta del montón. Lucas le introduce en su evangelio con una solemnidad inusitada, escoltado por todas las jerarquías, religiosas y civiles, reinantes entonces en Israel. Impresiona la majestad del cortejo: Tiberio César, Poncio Pilato, Herodes, Filipo y Lisanias, Anás y Caifás: y todos con la pompa de sus poderes imperiales, políticos y sacerdotales, para atestiguar sencillamente esto: «En el desierto vino la palabra de Dios sobre Juan, el hijo de Zacarías». Sí. Más que profeta, es el precursor del Mesías. En el prólogo del cuarto Evangelio el otro Juan le confiere toda su excelsa dimensión teológica:

«Hubo un hombre, por nombre Juan, enviado de Dios. Vino como testigo para testificar sobre la Luz, a fin de que, por él, todos creyesen; él no era la Luz, sino testigo de la Luz». Aquí el evangelista zanja, sin apelaciones, la peligrosa polémica que, a lo largo de los dos primeros siglos, inquietó la ortodoxia de las comunidades cristianas, cuando los discípulos esenios de Juan predicaban que su maestro fue la Luz verdadera y que su bautismo perdonaba los pecados en las inmersiones del río Jordán. No. Pero los elogios que tributa a su ministerio, como «testigo de la Luz», están en la misma línea eminente de aquellas palabras de Cristo: «Entre los hombres nacidos de mujer, ninguno mayor que este Juan».

Se explica el enorme impacto que su profetismo alcanza en la conciencia de Israel. Parece misterioso el declive del pueblo elegido, porque, en lo humano, sería muy difícil explicar cómo, de aquellos esplendores de la monarquía de David, ya no queda nada: vacías sus instituciones jurídicas y religiosas; el pueblo, «como ovejas que no tuvieran pastor», y todo Israel, una pequeña y difícil provincia del dominio augusto de Roma. Entonces se desatan las fugas hasta el maravillosismo —es la hora turbia de todas las extravagancias intelectuales y morales, de visiones mágicas y alucinaciones colectivas—, buscando cada hombre que su vecino le salve. Este clima psicológico explica bien el falso concepto israelita sobre el mesianismo.

Entonces aparece Juan en su desierto y choca. Es el profeta de fuego, árido y airado, la piel batida de intemperies y de soles, una cintura de penitencia que le desgarra la carne poca, y una luz infinita en la mirada profunda e irresistible. ¡Qué duro contraste! Los rectores religiosos eran de aquella catadura aristocrática que permitió al levita y al sacerdote pasar junto al pobre judío, robado de los ladrones en Jericó, sin oír los lamentos helados de su agonía. Los poderes civiles, envilecidos en obsequio del invasor. Y un clasismo de pena, que permitía a todos los epulones sentarse a los convites de la carne y del vino mientras los lázaros morían en la soledad de su hambre y de su lepra. ¿No ha de chocar, de imponerse, la tremenda desnudez del Bautista? Un runrún invade, desde el desierto, toda Palestina. «Yahvé se ha compadecido de su pueblo suscitando un salvador, un nuevo profeta». ¿Acaso Elías o el Ungido? Y cuando aquellas vastedades del Jordán se pueblan de patriarcas, de rameras, de soldados y de publicanos, la sinagoga de Jerusalén

se ve obligada a intervenir con justas razones, porque tenía recibida del Altísimo la encomienda de guardar incólumes las prácticas.

El diálogo que en su evangelio nos transfiere San Juan es hábil, duro, diplomático. Van a interrogar al Bautista sobre su persona, su vida, sus ministerios; pero en el paisaje de estas indagaciones la diana aterradora y verdadera es el Cristo. Juan, a quien sus jueces estiman sólo como un inculto visionario, centra con fina sabiduría el estado de la cuestión y se adelanta en la respuesta: «¡Yo no soy el Cristo!».

Porque no es la Luz, tampoco es el Cristo, ni Elías, ni el profeta, ni aun un hombre, con los atributos y resortes a su personalidad correspondientes. Es sólo la Voz que clama, que flagela, que purifica. Es el precursor.

Cuando la embajada descubra sus vergonzosas intenciones —la competencia material de su bautismo, que resta ofrendas al gazofilacio del Templo— Juan tranquiliza sus temores, pero les envuelve en una conminación impresionante. «Yo bautizo en el agua. En medio de vosotros está quien no conocéis. El que viene después de mí, a quien no soy digno de desatar el calzado». Y este colofón del Bautista sí da que pensar. Desconocer a Jesucristo cuando está en medio de nosotros. Ignoramos, o conocemos con enormes lagunas, las doctrinas evangélicas, el ciclo dogmático, el magisterio del Papa. Su misma persona divina, viviente en la Eucaristía, en la miseria de los hambrientos, en la orfandad de los hogares, en las llagas de los desamparados, no nos impresiona con su mensaje, aunque nos hable con palabras auténticas de fuego, con esa luz eterna que llevan en la frente sus enviados. Es el signo, que preside las vidas dramáticas de todos los precursores. Tienen el destino de sembrar con su sangre sin ver la granazón gozosa de las espigas ni recoger en los graneros la gloria de la sementera. Precisamente porque el Bautista es un hombre entero, veraz, fiel a su misión de adelantado, Herodes le encarcelará en aquel castillo de Maqueronte, a orillas del mar Muerto, donde él quema su vida en los altares de la lujuria más arrastrada y monstruosa. Morirá. Su cabeza sangrante sobre el disco de oro que le trae el verdugo, como último ludibrio, queda trenzada a los pies impuros de Salomé, la bailarina.

Pero entonces, con la palma de su sangre, triunfa en la gloria de Dios este Juan Profeta, precursor del Mesías, amigo del Esposo, «el más grande entre los hombres nacidos de mujer».

FERMÍN YZURDIAGA LORCA

Bibliografía

Arts. en A. VACANT - E. MANGENOT - E. AMANN, *et al.* (dirs.), *Dictionnaire de théologie catholique.* 6/2: *Ghezzi-Hizler* (París 1947); F. CABROL - H. LECLERCQ (dirs.), *Dictionnaire d'archéologie chrétienne et de liturgie.* 7/2: *Iona-Jubilus* (París); *Dictionnaire de la Bible,* 3 (París 1903).

BUZY, D., SCJ, *Saint Jean-Baptiste. Études historiques et critiques* (París 1932).

DU CANGE (CHARLES DU FRESNE), sieur, *Traité historique du chef de S. Jean Baptiste, contenant une discussion exacte de ce que les auteurs anciens et modernes en ont écrit, et particulièrement de ses trois inventions* (París 1665).

MILIK, J. T., *Dix ans de découvertes dans le désert de Juda* (París 1957).

TORRES, A., SI, *Lecciones sacras sobre los Santos Evangelios.* I: *La infancia del Señor (Curso de 1922-1923)* (Cádiz 1943).

STEINMANN, J., *Saint Jean-Baptiste et la spiritualité du désert* (París 1955).

• Actualización:

CÁRDENAS, R. M., *San Juan Bautista, una historia deslumbrante* (Buenos Aires 1984).

DAUTREY, P. - SONRIER, M.-A., *Saint Jean-Baptiste, prophète et missionnaire* (Chaumont 1990).

GALLEGO, S., *San Juan Bautista* (El Prat de Llobregat 1996).

«San Juan Bautista (24 de junio)», en J. SENDÍN BLÁZQUEZ, *Santos de leyenda, leyendas de santos* (Madrid 2000) 149-158.

BEATA MARÍA GUADALUPE GARCÍA ZAVALA

Virgen († 1963)

Mientras este libro estaba en la imprenta, se ha producido la beatificación de una insigne sierva de Dios que colaboró a dar vida a una nueva congregación religiosa y en su larga vida de 85 años dio ejemplo admirable de verdadera virtud cristiana. Se trata de la Beata María Guadalupe García Zavala, cofundadora de la Congregación de Siervas de Santa Margarita María y de los Pobres. Para no dejar a los lectores sin alguna noticia de esta nueva beata nos hemos apresurado a dedicarle unas páginas en este tomo del *Año cristiano.*

Anastasia Guadalupe García Zavala nació en Zapopán, en el estado de Jalisco, en la República de México, el 27 de abril de 1878. Era la suya una familia cristiana, de buena posición económica, pues don Fortino, su padre, era comerciante de objetos

religiosos frente a la Basílica de Nuestra Señora de Zapopán y tenía medios desahogados de vida. Era tía suya la venerable sierva de Dios María Librada del Sagrado Corazón de Jesús Orozco Santa Cruz, que fundó la Congregación de Hermanas Franciscanas de Nuestra Señora del Refugio, muerta el 20 de marzo de 1926, y cuyas virtudes heroicas han sido reconocidas por la Iglesia el 18 de diciembre de 2000. Esta tía suya la preparó a la primera comunión y ya pudo comprobar cuán receptiva era la niña de la enseñanza cristiana que se le transmitía y cómo tenía un espíritu de verdadera piedad. En su casa era muy querida, la llamaban familiarmente Lupita, y frecuentaba la vecina basílica, aprovechándose mucho de los actos de culto a los que concurría y naciendo en ella una grande y sólida devoción a la Santísima Virgen María.

Su familia se trasladó a la ciudad de Guadalajara, donde discurriría en adelante la vida de Lupita. Llegada a la juventud, Lupita era una joven simpática y alegre, sencilla y transparente en su trato, y de manifiesta belleza física. Sus cualidades atrajeron la atención de un joven, Gustavo Arreola, con el que ella formalizó relaciones prematrimoniales, llegando ambos novios a prometerse formalmente. Tenía Lupita 23 años. Ella con otras compañeras participaba en las Conferencias de San Vicente de Paúl y con ellas hacía la obra de caridad de atender al hospital de Santa Margarita María de Alacoque, y en la práctica de esta obra caritativa tuvo la inspiración de que el Señor no la llamaba en verdad a la vida del matrimonio sino que la llamaba a dedicarse por completo al servicio de los enfermos. Ella era también miembro de la Asociación de Hijas de María, que la habían elegido su presidenta. Como dicho sentimiento de consagrarse a Dios y a los enfermos se apoderaba poco a poco de su corazón, ella decidió hacerle una consulta clara a su director espiritual, ya que quería tener la seguridad de que esos sentimientos provenían de Dios. Y sucedió que al expresarle sus sentimientos al sacerdote, éste le dijo que él por su parte también estaba pensando en la necesidad de crear una nueva congregación religiosa que se hiciera cargo del hospital para el mejor y más esmerado servicio de los enfermos. Y entonces invitó a Lupita a romper su compromiso matrimonial y a decirle al joven prome-

tido que no lo dejaba por otra razón que la de preferir consagrarse al servicio de Dios y de los enfermos. Su director espiritual era el padre Cipriano Íñiguez Martín del Campo († 1931), que era a su vez el director del citado hospital.

Y así fue como entre director y dirigida dieron comienzo a una nueva congregación. Eligieron como nombre el de Siervas porque querían expresar que toda la congregación nacía con un neto espíritu de servicio; tomaban como titular a Santa Margarita María de Alacoque, la confidente del Sagrado Corazón de Jesús, a la que estaba dedicado el hospital en el que iban a prestar sus servicios, y añadieron la expresión «de los Pobres», porque ellos serían los destinatarios directos de su labor. Era el año 1901. Se juntaron otras jóvenes que con ella comenzaron a prepararse para la vida religiosa, sirviendo desde el comienzo en el hospital. Lupita comenzó así, dejada la casa de su familia y superada la oposición paterna, a prestar el oficio de enfermera, sin importarle tirarse al suelo para fregar los suelos de las enfermerías y procurando prestar el mejor servicio que era posible. Desde el principio el fundador le encomendó a ella guiar a las demás jóvenes en el camino de la vida religiosa. El 13 de octubre de 1901 comenzaba la vida religiosa del grupo. El 8 de diciembre de 1901 emitió los votos privados, ya que la naciente congregación aún no tenía aprobación oficial diocesana, aunque sí licencia para vivir en comunidad al modo de una congregación religiosa. Al frente de la misma fue puesta Lupita que tomó el nombre de Madre María Guadalupe, bien que todos la conocieran como Madre Lupita.

Desde el principio en el seno de la comunidad florecieron las virtudes religiosas: la pobreza, la humildad, la caridad fraterna, la obediencia de corazón y la santa unión necesaria para la consolidación de la obra. Madre Lupita iba por delante en todas las virtudes y su ejemplo servía de estímulo a las demás compañeras.

El hospital tenía muchas carencias y llegó un momento en que éstas se volvieron demasiadas. Por ello Madre Lupita solicitó licencia al director para poder mendigar por las calles a fin de recoger limosnas con las que subvenir a las necesidades del hospital. El P. Director accedió y tanto la Madre como otras varias

hermanas se lanzaron a pedir por las casas a todos los que llevados de buen corazón quisieran colaborar en la obra de mantener un hospital para el servicio de enfermos pobres. Esta postulación callejera duró varios años hasta que los problemas del hospital pudieron atenderse por otros medios. Pero Madre Lupita y sus hermanas dieron el testimonio que era necesario dar y salieron espiritualmente robustecidas de la experiencia.

La realidad sociopolítica de la nación mejicana en los años que van de 1911 a 1936 es bien conocida. Hubo una auténtica persecución religiosa que llegó a su clímax con la presidencia de Plutarco Elías Calles, debiendo incluso suspenderse el culto público y siendo asesinados numerosos sacerdotes y religiosos. En ese clima la Madre Lupita no se vino atrás de su obra, más aún, logró ampliarla. Arriesgando su propia vida, escondió en el hospital a numerosos sacerdotes, entre ellos al arzobispo de Guadalajara, mons. Francisco Orozco Jiménez. Y su caridad se vio que no hacía distinción entre personas, pues atendió a los mismos soldados que perseguían a los sacerdotes, abriéndoles el hospital para darles alimentos y curarles sus heridas.

En Guadalajara logró el amor de las gentes, queriéndola lo mismo la clase rica que los pobres. Y lo mismo sucedió en los demás sitios en donde ella logró fundar alguna de las once casas que pudo abrir en vida. El 13 de octubre de 1961, al cumplirse los sesenta años de su vida religiosa, la congregación, erigida como tal por el arzobispo de Guadalajara en 1935, año en que la Madre María Guadalupe emitió su profesión religiosa perpetua (que privadamente había hecho en 1924), festejó la efeméride con gran alegría, recibiendo Madre Lupita el merecido homenaje de sus hijas y de sus amigos. Ya para entonces estaba muy enferma, luego de haber tenido buena salud la mayor parte de su vida, pues había enfermado en 1957, sobrellevando con gran entrega a la voluntad de Dios su ancianidad y su enfermedad y siendo para todos un estímulo continuo de vida cristiana. Murió en Guadalajara el 24 de junio de 1963.

Como expresa el decreto que reconoce sus virtudes heroicas, ella puso su esperanza en Dios y en su providencia, y despegada de las cosas terrenas, puso los ojos en la vida eterna,

preparándose para ella recorriendo el camino de la misericordia y la caridad y desempeñando con gran responsabilidad sus deberes con Dios, con la Iglesia, con su congregación y con los pobres. Fue fuerte, paciente, perseverante en la fidelidad a sus compromisos de vida e, incluso, siendo ya anciana llevó adelante el régimen de su congregación pues ésta jamás quiso tener otra superiora general mientras ella viviera. Dio un continuo ejemplo de cumplimiento de los votos y de las constituciones de la congregación y tuvo una exquisita obediencia para con la jerarquía de la Iglesia.

La fama de santidad que la acompañaba en vida, la siguió después de muerta. En 1984-1986 se instruyó el proceso diocesano en orden a su beatificación en el arzobispado de Guadalajara, siendo declarado válido el proceso el 15 de marzo de 1991. El 1 de julio de 2000 el Papa reconocía sus virtudes heroicas. El 20 de diciembre de 2003 se aprobaba un milagro obtenido por su intercesión, y el 25 de abril de 2004 el Santo Padre Juan Pablo II ha procedido a inscribirla en la lista de los bienaventurados en solemne ceremonia celebrada en la plaza de San Pedro.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 93 (2001) 31-32.
Bibliotheca sanctorum. Seconda appendice (Roma 2000) col.530.
L'Osservatore Romano (23-4-2004) 8.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN SIMPLICIO DE AUTÚN
Obispo († 375)

La tradición sobre San Simplicio es que estaba casado pero vivía en castidad perfecta con su mujer y hacía numerosas obras de caridad, por lo que fue elegido obispo de Autún a la muerte del obispo Egemonio. Misionó con gran celo por toda la región y se cuentan de él varios milagros para la afirmación del cristia-

nismo y la defensa de su propia virtud. Se calcula el año 375 como el de su muerte. Habla de él San Gregorio de Tours.

SAN RUMOLDO

Ermitaño y mártir († 775)

Según la tradición, Rumoldo era escocés y luego de una peregrinación a Roma se estableció en Mechelen, cuyos condes le hospedaron. Él rogó a Dios diera descendencia a sus bienhechores y el Señor escuchó su plegaria. Evangelizó aquella zona y luego llevó vida eremítica hasta que fue asesinado por unos ladrones. Se ha dicho también que había construido un monasterio.

SAN TEODGARO

Presbítero († 1065)

Se le tiene por un sacerdote anglosajón que evangelizó en el territorio de la diócesis de Vendyssel, Dinamarca, de la que fue constituido patrono, donde construyó la primera iglesia de madera y donde fue como párroco de los fieles cristianos, atribuyéndosele en vida y en muerte muchos milagros y teniendo en la baja Edad Media culto en toda Jutlandia.

SAN JOSÉ YUAN ZAIDE

Presbítero y mártir († 1817)

Era sacerdote diocesano de la Misión de Su-Tchuen. Había nacido en 1765 en el seno de una familia pagana en la ciudad de Pe-Choui-Hien. Acertó a escuchar a mons. G. Dufresse y se sintió atraído por el cristianismo. Se bautizó y edificó a todos en su empeño por vivir con profundidad la vida cristiana.

El mismo santo obispo lo preparó para el sacerdocio, al que se sentía llamado, y lo ordenó sacerdote, siendo enviado, sucesivamente, a varios distritos donde ejerció con celo el ministerio sacerdotal.

Llegada la persecución del emperador Kia-Kin, fue arrestado en agosto de 1816. Se le quería sacar los nombres y paraderos de los demás misioneros europeos y de los sacerdotes cristianos, pero él no delató a ninguno. Se le sometió a interrogatorios de diversos géneros. Compareció a juicio revestido de los ornamentos sacerdotales, exaltó allí su fe cristiana y su ministerio sacerdotal y explicó el significado de la plegaria evangélica: «Venga a nosotros tu reino». Fue condenado al estrangulamiento pero se tardó tiempo en ejecutar esta sentencia, por lo que el mártir permaneció en prisión hasta el 24 de junio de 1817. El día de la ejecución fue orando en voz alta y exhortando a los cristianos que estaban entre la multitud a ser fieles a Cristo. Fue canonizado el 1 de octubre de 2000.

25 de junio

A) Martirologio

1. En Turín (Liguria), San Máximo († 423), primer obispo de la ciudad.

2. La conmemoración de San Próspero de Aquitania († 463), monje **.

3. En Regio (Emilia), San Próspero († s. V-VI), obispo.

4. En Maurienne (Saboya), Santa Tigridis o Tygris († s. VI), virgen.

5. En Rossmarkie (Escocia), San Moloc o Lugaidh († 572), obispo.

6. En Jaca (España), Santa Orosia o Eurosia († 714), virgen y mártir *.

7. En Egmond (Frisia), San Adalberto († s. VIII), diácono y abad *.

8. En la Bretaña Menor, San Salomón († 874), rey y mártir *.

9. En Guglieto, junto a Nusco (Campania), San Guillermo († 1142), abad *.

10. En la cartuja de Reposoir (Saboya), Beato Juan de España († 1160), monje, que escribió las constituciones de las monjas cartujas *.

11. En Marienwerder (Prusia), Beata Dorotea de Montau († 1394), viuda *.

12. En Nam Dinh (Tonkín), santos Domingo Henares, obispo, de la Orden de Predicadores, y Francisco Minh Chieu († 1838), mártires **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN PRÓSPERO DE AQUITANIA

Monje († 463)

Es bien poco lo que conocemos sobre la vida de San Próspero de Aquitania. En la historia de la Iglesia se nos presenta como un gran luchador contra los semipelagianos y como el gran defensor de San Agustín y su doctrina sobre la gracia. Así, pues, su figura nos es conocida más bien por sus escritos y por la polémica que mantiene en ellos contra estos herejes o heretizantes. Sin embargo a través de todas estas luchas en defensa de la verdad aparece suficientemente su acrisolada virtud y su férrea perseverancia.

Según el testimonio del historiador Gennadio, Próspero era natural de Aquitania y, de hecho, es siempre designado como *Próspero de Aquitania.* Nacido, pues, a fines del siglo IV, recibió una formación literaria y religiosa muy completa, como apareció luego en las grandes controversias en que tomó parte activísima. Ya en su primera juventud frecuentó, según parece, el monasterio de San Víctor de Marsella, donde tanta fama gozaba en este tiempo su célebre abad Juan Casiano († 435), y en este tiempo debió componer uno de los primeros escritos que llevan su nombre. Titúlase *Poema de un esposo a su esposa,* y, si bien algunos críticos niegan que fuera suyo, ciertamente tiene un sentido profundamente cristiano. De él han deducido los autores que Próspero estaba casado. Ciertamente no era eclesiástico y se mantuvo siempre en el estado seglar.

El poema ofrece una excelente meditación sobre las miserias de este mundo, de donde se deduce que deben despreciarse los honores, las riquezas y todos los placeres terrenos y poner la esperanza únicamente en Dios. Tal es la primera obra que, si es realmente de Próspero de Aquitania, nos lo presentaría como un cantor sublime de la vida ascética y de retiro del mundo, a la que tantos se entregaban entonces en los desiertos del Oriente, y que tanto comenzaba a cundir en el Occidente. La estancia de Próspero en el monasterio de San Víctor, uno de los centros más típicos del monacato occidental, sería un buen indicio de la paternidad de Próspero sobre esta obra.

Son realmente deliciosas y de gran valor ascético algunas reflexiones que se hacen en dicho poema.

> «¿Qué sufrimiento puedo yo rechazar —se dice en él—, teniendo la esperanza de tantos bienes como la bondad de Dios me prepara? ¿Qué cosa me podrá separar de Él? Si se me encierra en un oscuro calabozo y se me carga de cadenas, yo podré siempre, a pesar de todo, elevar mi espíritu a Dios. No puedo temer el destierro, pues el mundo entero es la morada de todos los hombres. Podrán someterme a sufrir hambre corporal. Pero yo me preocupo muy poco de ello. La palabra de Dios será mi alimento. Pero esta fuerza no me vendrá de mí mismo. Sois Vos, oh Jesús, quien ponéis en mi boca estas palabras y me concederéis la gracia para cumplirlas. De mí mismo no puedo prometerme absolutamente nada. Toda mi esperanza está puesta en Vos. Vos nos mandáis luchar y Vos nos hacéis vencer».

Empapado, pues, en estos sentimientos e ideas dirige a su esposa estas humildes expresiones:

> «Procurad reprimirme si el orgullo me levanta. Sed mi consuelo en medio de mis penalidades. Démonos mutuamente el ejemplo de una vida santa, verdaderamente cristiana. Cumplid conmigo los deberes que yo estoy obligado a cumplir con vos. Velad por quien está obligado a velar por vos. Levantadme si caigo. Esforzaos por levantaros cuando yo os advierta de una falta. No nos contentemos de formar los dos un solo cuerpo; seamos también una sola alma».

Pero lo que más caracteriza toda la obra y actividad de San Próspero de Aquitania y pone bien de manifiesto la santidad de su vida y los profundos sentimientos cristianos que le animaban son las enconadas luchas que tuvo que mantener a partir del año 426 en defensa de la gracia y de la doctrina de San Agustín contra los semipelagianos.

A principios del siglo V se había presentado Pelagio con la halagadora doctrina de que el hombre, con sus propias fuerzas y sin necesidad de ningún auxilio sobrenatural, podía evitar todos los pecados y obrar el bien, realizando toda clase de obras sobrenaturales. Frente a esta concepción, que ha sido designada como la soberbia pelagiana, se levantó San Agustín y, con todo el peso de su poderosa inteligencia, propuso con toda claridad y defendió con toda evidencia la doctrina de la gracia interna sobrenatural y enteramente necesaria para toda obra buena. Por

todo ello San Agustín mereció justamente el dictado de *Doctor de la gracia.* Los concilios por él dirigidos en Cartago, entre 416 y 418, condenaron decididamente los diversos puntos contrarios a la doctrina fundamental católica sobre la gracia. Todas estas decisiones, al ser adoptadas posteriormente por los papas, adquirieron el carácter de doctrina oficial de la Iglesia. En este primer estadio de las discusiones sobre la gracia, según parece, Próspero no tuvo intervención ninguna, pero se hallaba al lado de San Agustín y se compenetró con él en la más profunda estima de la ayuda sobrenatural de Dios y de su más absoluta necesidad en toda obra sobrenatural del hombre. Precisamente esta íntima convicción es la que late en los sentimientos del poema anteriormente citado y que debió componerse por este tiempo.

Pero no todos se dieron por satisfechos con la doctrina de San Agustín sobre la necesidad absoluta y general de la gracia interior para todos los actos sobrenaturalmente buenos y meritorios del hombre; no a todos gustaban los principios por él establecidos acerca del poder absoluto de Dios sobre todas las obras y, por consiguiente, sobre la predestinación del hombre. Así, pues, en el sur de Francia, y particularmente en el monasterio de San Víctor de Marsella, se levantaron algunos monjes, a cuya cabeza iba el bien conocido escritor y teólogo Juan Casiano, quienes admitían la doctrina general, proclamada contra los pelagianos, pero afirmaban que Dios «no ha podido dejar al hombre en la impotencia de querer y obrar el bien». Sostenían, pues, estos monjes marselleses que debía depender del hombre la primera elección, el primer impulso hacia el bien, el primer acto bueno o sobrenatural, lo que ellos designaban como *initium fidei.* Sólo así, decían, se puede explicar, por una parte, la verdadera libertad humana en la elección del bien o del mal, y, por otra, la voluntad verdaderamente universal de Dios de que se salven todos los hombres. Dios ofrece, según esa concepción, indistintamente a todos los hombres los auxilios necesarios y suficientes para salvarse. El que unos se salven y otros no, esto depende exclusivamente del hombre.

Con esta doctrina, que, a semejanza de la de Pelagio, tanto halaga la soberbia humana, atrajeron los monjes marselleses a muchos incautos; mas, por poco que se examine, se ve fácil-

mente que es un pelagianismo disimulado o vergonzante, pues si el auxilio sobrenatural de la gracia divina es necesario para elevar sobrenaturalmente cualquiera obra, lo es también para la primera. La razón es la misma para ésta que para todas las demás. El primero, pues, que cayó plenamente en la cuenta del verdadero peligro latente en esta doctrina fue Próspero de Aquitania, quien se hallaba precisamente entonces en la Provenza. Por esto él fue quien informó detenidamente a San Agustín sobre aquella corriente, que entonces se designó como *doctrina de los marselleses* o de las Galias. El apelativo de *semipelagianismo* no se le dio hasta el siglo XVI, en que se renovaron las grandes discusiones sobre la gracia.

Así lo hizo, en efecto, San Próspero en una célebre carta, escrita en 428, en la que expone a San Agustín las objeciones que se ponían a su doctrina y le suplica les dé la debida orientación en tan delicada materia. Como se deduce de esta carta, la única que se ha conservado, parece que ya anteriormente le había enviado algunas otras sobre el mismo asunto. Rápidamente comprendió San Agustín todo el alcance de esta ideología y su estrecho parentesco con la pelagiana. Así, pues, aunque ya de avanzada edad, compuso a fines del 428 y principios del 429 dos de sus obras básicas: *Sobre el don de la perseverancia* y *De la predestinación de los santos.* En ellas expone abiertamente la opinión católica, contraria por completo a la de los marselleses o semipelagianos.

Naturalmente, esto no satisfizo a los monjes de San Víctor de Marsella. Tanto Casiano como sus discípulos continuaron aferrados a sus opiniones; mas, por el respeto que les merecía la autoridad de San Agustín, no quisieron, mientras él vivió, oponérsele abiertamente. Pero no tuvieron que esperar mucho tiempo. Muerto San Agustín el año siguiente, 430, volvieron a la carga, haciendo propaganda de sus ideas. Al exponer la doctrina de San Agustín exageraban algunos de sus puntos, insistiendo principalmente en que su doctrina no era compatible con la libertad humana. Ésta, repetían, sólo puede salvarse si se admite que el hombre puede, con solas sus propias fuerzas, determinarse hacia el bien, es decir, si puede poner, sin ayuda sobrenatural, el *initium fidei.*

En momentos tan críticos entra plenamente en actividad San Próspero de Aquitania, a cuyo lado aparece constantemente otro laico semejante a él, llamado Hilario. Imbuido plenamente en la ideología de San Agustín, que era la ortodoxa católica, y sintiéndose sinceramente representante de la misma, Próspero compuso una serie de obras que constituyen el núcleo principal de sus producciones literarias. En realidad, después de las de San Agustín, son, indudablemente, las mejores que se escribieron sobre la gracia a lo largo de toda esta controversia. Con ellas se ha podido afirmar con razón que, aunque laico, San Próspero de Aquitania completó lo que sobre ella había escrito San Agustín.

Su principal intención iba dirigida contra Juan Casiano, quien gozaba de un prestigio extraordinario y en sus célebres *Colaciones* enseñaba expresamente que Dios esperaba el primer movimiento de la voluntad del hombre para darle entonces la gracia sobrenatural, con la cual pudiera seguir realizando obras meritorias. Toda esta doctrina la refutó maravillosamente San Próspero en su opúsculo *Contra el autor de las «Colaciones»*. Aparte otros tres opúsculos, en los que refutaba las objeciones de los obispos galos y exponía otros puntos fundamentales, sus trabajos principales fueron, ante todo, una epístola titulada *Sobre la gracia y el libre albedrío,* donde, basándose en toda la concepción de San Agustín, trataba de armonizar debidamente la gracia sobrenatural y la absoluta dependencia de Dios con el libre albedrío del hombre. Asimismo compuso un célebre poema, titulado *De los ingratos,* donde en mil dos hexámetros trata de probar que no hay cosa que denote mayor ingratitud que el creer que poseen por sí mismos y con su libre albedrío lo que sólo nos viene de la misericordia y de la omnipotencia del Salvador.

Mas como su calidad de laicos restaba autoridad a las refutaciones de Próspero de Aquitania y su amigo Hilario, se dirigieron ambos a Roma, con el objeto de invocar la intervención del romano pontífice. Tal fue la ocasión de la primera intervención pontificia en las controversias de los monjes galos o marselleses. Como los tiros de éstos iban dirigidos contra San Agustín, que gozaba de una autoridad general e indiscutible, no costó mucho a Próspero mover al Papa a tomar su defensa. Goberna-

ba entonces la Iglesia el papa San Celestino I (422-432), bien avezado a las cuestiones teológicas. Así, pues, en un escrito dirigido a los obispos de las Galias expuso la verdadera doctrina católica, ensalzando en particular a San Agustín y exhortando a todos a la verdadera sumisión al magisterio de la Iglesia.

Con esto se llegó al punto culminante en toda esta controversia. Como el Papa no definía ninguna cuestión y sólo recomendaba el respeto a la autoridad de San Agustín, continuaron las discusiones durante los decenios siguientes, aun después de la muerte de Casiano, ocurrida en 435. Del lado de éste se pusieron, entre otros, Gennadio de Marsella, Fausto de Riez y San Vicente de Lerins.

Contra todos ellos continuaron batallando con nuevos escritos Hilario y sobre todo Próspero de Aquitania. Todavía hacia el 450 publicó la obra titulada *La vocación de todos los gentiles,* donde suavizaba un tanto algunos puntos de la doctrina de San Agustín, pero manteniendo la más estricta ortodoxia.

Este espíritu estrictamente eclesiástico y ortodoxo de Próspero de Aquitania, su tenacidad en la defensa de la doctrina de San Agustín, es decir, la sobrenaturalidad más absoluta de la gracia, y juntamente su vida íntima, señalada por la práctica de todas las virtudes cristianas, todo ello movió al nuevo papa San León Magno (440-461) a llamarle a Roma y tomarle como secretario particular suyo. Así nos lo comunica expresamente el historiador Gennadio, nada simpatizante con sus ideas. Él mismo insinúa la idea de que, con su extraordinaria erudición, fue desde entonces el mejor auxiliar de este gran Papa en la redacción de sus cartas y de sus principales obras. Indudablemente, pues, constituye esto una de las principales glorias de San Próspero de Aquitania. Sus eximias virtudes y su defensa constante de la ortodoxia católica recibían de esta manera la debida recompensa.

Así, pues, como secretario particular del papa San León, San Próspero colaboraría con él en la redacción de la célebre *Epístola dogmática,* dirigida por San León Magno a la Iglesia de Oriente, donde tan magistralmente se expone el misterio de la Encarnación, declarando contra Nestorio la unión personal, y contra Eutiques y los monofisitas las dos naturalezas en Cristo. En

todo caso han observado los más sagaces críticos que, si se atiende al estilo de la epístola, se ve en ella más bien la mano de San León. De un modo semejante debió ayudar al santo Papa en la respuesta y solución a las cuestiones que le llegaban de todas las partes del mundo.

En esta forma se desarrolló la última etapa de su vida, en la cual compuso todavía una especie de «historia», designada con el título de *Crónica de San Próspero.* Sobre la fecha de su muerte no tenemos noticia ninguna, sino que debió ocurrir después del año 455, puesto que la *Crónica* llega hasta esta fecha. La fama de su virtud y de sus méritos como gran defensor de la fe ortodoxa fue constantemente en aumento después de su muerte.

San Próspero de Aquitania no debe ser confundido con *San Próspero de Riez* ni con otro *San Próspero, obispo de Reggio.*

BERNARDINO LLORCA, SI

Bibliografía

BARDY, G., «Prosper d'Aquitaine», en A. VACANT - E. MANGENOT - E. AMANN, *et al.* (dirs.), *Dictionnaire de théologie catholique.* 13/1: *Préexistence-Puy* (París 1936).

MORIN, G., Art. en *Revue Bénédictine* 12 (1895) 241s.

PLINVAL, G. DE, *Prosper d'Aquitaine, interprète de Saint Augustin* (París 1958).

Prosper d'Aquitaine Opera: PL 51.

TILLEMONT, L. S. DE, *Mémoires pour servir à l'histoire ecclésiastique des six premiers siècles...,* XVI (Venecia).

VALENTIN, L., *Saint Prosper d'Aquitaine. Étude sur la littérature latine ecclésiastique au Ve siècle en Gaule* (París 1900).

Véanse en general *Historias de la Iglesia,* donde se trata del «Pelagianismo» y «Semipelagianismo». Cf. B. LLORCA, SI - R. GARCÍA VILLOSLADA, SI - J. M.ª LABOA, *Historia de la Iglesia católica,* I: *Edad Antigua. La Iglesia en el mundo grecorromano* (Madrid [8]2001) 509-521.

SANTO DOMINGO HENARES

Obispo y mártir († 1838)

El día 19 de junio de 1988, Juan Pablo II canonizaba a una verdadera pléyade de santos del Vietnam, altamente representativa de la legión de mártires que regaron con su sangre aquellas difíciles tierras de misión en el largo período que va desde la primera persecución, iniciada en 1620, hasta el año 1862 en que el rey Tu-Duc, tras una intervención de Francia, sancionó el

principio de libertad religiosa para todos sus súbditos. En la impresionante lista de canonizados figuran ocho obispos, cincuenta presbíteros y cincuenta y nueve seglares. De ellos, noventa y seis son nativos del Vietnam, once españoles y diez franceses. Pertenecen, casi a partes iguales, a los Vicariatos apostólicos encomendados a los dominicos españoles y a la Sociedad de Misiones Extranjeras de París.

Encabezan la lista de los ocho obispos (todos ellos dominicos españoles excepto el francés Esteban Teodoro Cuenot) Santo Domingo Henares y San Clemente Ignacio Delgado: fueron los primeros en recibir la palma del martirio y los primeros también en ser beatificados, ya en 1900, por el papa León XIII.

Los setenta y dos años de vida de Santo Domingo Henares están divididos a partes iguales por la consagración episcopal: fue ordenado obispo a los treinta y seis años y fue decapitado treinta y seis años después.

Nació en Baena, diócesis de Córdoba, el 19 de diciembre de 1765 en el seno de una familia muy humilde. A los 17 años recibió el hábito de Santo Domingo en el convento de Santa Cruz de Granada. Parece que obtuvo la admisión después de mucho insistir. En 1783 hizo la profesión religiosa. Recién profeso, y sólo iniciados los estudios teológicos, manifestó voluntad decidida de ser misionero. El ambiente apostólico del convento de Santa Cruz debía de ser muy bueno porque otros compañeros manifestaron el mismo deseo. Los dominicos ya contaban en España, y siguen contando, con la provincia del Santo Rosario que mira a las misiones en el Extremo Oriente. A ella se incorporó el joven dominico profeso del convento de Granada. Partió de Cádiz en septiembre de 1785 rumbo a Puerto Rico, Cuba, México y Filipinas, donde desembarcó el 9 de julio de 1786.

La Universidad de Santo Tomás de Manila, regida por los dominicos, estaba en todo su esplendor. En ella concluyó sus estudios al mismo tiempo que impartía clases de humanidades. El 20 de septiembre de 1789 recibió la ordenación sacerdotal e inmediatamente fue destinado a las Misiones de Tonkín (hoy al norte de Vietnam). Llegó el 28 de octubre de 1790 junto con San Clemente Ignacio Delgado y otros dos padres dominicos.

Uno de sus primeros cargos en la misión fue el de rector del seminario para sacerdotes indígenas establecido en Tiên-Chu, cargo en el que permaneció hasta 1798 en que fue nombrado vicario-provincial por el Capítulo de la Orden. Al fallecer el vicario apostólico Fr. Feliciano Alonso, le sucedió San Clemente Ignacio, que ya era su obispo-coadjutor con derecho de sucesión. Inmediatamente designó a Fr. Domingo para vicario general. Los tiempos eran difíciles y cargados de malos presagios. San Clemente Ignacio procuró inmediatamente contar con su propio obispo coadjutor: el 9 de septiembre de 1800 obtenía del papa Pío VII para nuestro Santo Domingo Henares el nombramiento con el título episcopal de Fez. La ordenación episcopal se retardó hasta el 9 de enero de 1803; tuvo lugar en Phunhay.

Con sólo cuatro años de diferencia de edad, la labor pastoral de ambos santos transcurre en colaboración íntima hasta la muerte. Vidas largas de casi cincuenta años de apostolado misionero, convirtiendo a muchos paganos, erigiendo parroquias, formando y ordenando a numerosos sacerdotes indígenas, siempre escapando de perseguidores y delatores, en clima de evidente hostilidad.

Causó admiración la rapidez con que aprendió la lengua de los nativos y, más aún, su afabilidad no sólo con los conversos sino incluso con los mandarines, que con harto pesar se veían obligados a proceder contra él.

Tratándose de un mártir, lo que más importó para los procesos de su beatificación y canonización fue documentar debidamente los datos de su persecución y muerte. Cuando el sanguinario rey de Tonkín, Minh-Manh, inició la persecución contra los cristianos, decidió, ante todo, acabar con los misioneros fijándose directamente en los pastores más sobresalientes de la grey: Delgado, Henares, Hermosilla, Ximeno. Nuestro Santo Domingo Henares, ya rebasados los setenta años, anduvo errante, huyendo de aquí para allá de los soldados que le buscaban por los diversos poblados. El 9 de junio de 1838 creyó ponerse a salvo con el fiel catequista Francisco Chieu en una pobre embarcación, pero los vientos fueron contrarios y tuvieron que volver a tierra. Hallaron refugio en la casita del pescador

cristiano Nghiêm. Pronto se enteró el prefecto del poblado Bat-Phang. Se puso en contacto con él, fingiéndose su amigo, e inmediatamente lo traicionó. Los mandarines lo arrestaron junto con los mencionados Chieu y Nghiêm.

Todo sucedió con rapidez. El 11 de junio fue conducido a Nam Dinh junto con sus dos compañeros. A él, seguramente por la debilidad de la vejez, lo conducían encerrado en una jaula, seguido de sus compañeros que iban a pie cargados de cadenas. Nada más llegar fue condenado a muerte. Lo decapitaron el día 25 del mismo mes de junio. Coronaba así con el martirio cuarenta y nueve años de actividad misionera. Dos semanas después los cristianos tomaron su cuerpo y le dieron sepultura en Luc Thuy Ha. Para mejor asegurar su posesión buscaron luego un lugar más seguro, trasladándolo a Bin-Ciu.

San Jerónimo Hermosilla, uno de los ocho obispos mártires canonizados, sólo tenía 38 años, y también fue decapitado veintitrés años después. Dejó escrito el siguiente elogio de Santo Domingo Henares:

> «Pureza extrema de vida, celo insaciable por la salvación de las almas, sed ardiente del martirio, evangélicamente pobre para sí mismo y prodigiosamente generoso con los necesitados».

JOSÉ M.ª DÍAZ FERNÁNDEZ

Bibliografía

BERTUCCI, S. M., «Henares, Domenico», en *Bibliotheca sanctorum,* VI (Roma 1996) 189-190.

DOMINGO HENARES (STO.), *Epistolario* (Salamanca 1998).

OCIO, H. - NEIRA, E., *Misioneros dominicos en el Extremo Oriente* (Manila 2000).

PUEBLA PEDROSA, C. *et al., Testigos de la fe en Oriente. Mártires dominicos de Japón, China y Vietnam* (Madrid 1987).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTA OROSIA DE JACA

Virgen y mártir († 714)

Santa Orosia o Eurosia es la patrona de Jaca, donde su fiesta se celebra con rango de solemnidad. El 1 de mayo de 1902 el

papa León XIII confirmó el culto inmemorial que en la diócesis se le venía dando, siendo uno de los santos más antiguos cuyo culto ha sido objeto de expresa confirmación oficial. Varias diócesis del sur de Francia también la celebran y consta su culto en iglesias del norte de Italia, e incluso hay una iglesia en Roma dedicada a San Felipe y Santa Eurosia.

La tradición quiere que fuera una joven doncella de los Pirineos y que, en la entrada de los moros en la Península, fuera hostigada por uno de ellos que la mató en la cueva donde la joven se había refugiado. Advertido un pastor por un ángel, hizo sonar las campanas y acudió entonces el clero a llevarse el santo cuerpo.

SAN ADALBERTO

Diácono († 740)

Adalberto era natural de Nortumbria, quizás de familia real, y fue monje en Rathmelgisi. Más tarde, en 690, sería uno de los monjes que acompañaron a San Wilibrordo en su obra evangelizadora en Frisia.

Sobresalió por su amabilidad y humildad. Su trabajo fue especialmente en torno a Egmond, consiguiendo numerosas conversiones. Su humildad le impidió ascender al sacerdocio y así se quedó en el grado de diácono. Wilibrordo lo hizo archidiácono de Utrecht. En Egmond fue erigida una abadía benedictina bajo la advocación de San Adalberto en el siglo X y, con el tiempo, allí han vuelto los benedictinos de la Congregación de Solesmes, teniendo el nuevo monasterio a nuestro santo como titular.

SAN SALOMÓN

Mártir († 874)

Salomón fue rey de Bretaña a partir del año 857 y no llegó al poder de forma limpia. Era primo de Erispoé, sucesor de Nominoé, primer rey de Bretaña. Gracias a la protección franca, Salomón logra para sí el gobierno de una parte importante del

reino y siguiendo adelante en su ambición, urde una conspiración contra el rey, que es asesinado, y ello hace posible su ascenso al trono.

Una vez en el trono quiso afianzar su poder, logra extender considerablemente el territorio de su reino y quiere ser un buen rey. Procuró una buena organización del país y una administración adecuada de la justicia. Mostró sentimientos religiosos y se preocupó por la Iglesia, fomentando la erección de varias sedes episcopales y protegiendo los monasterios.

Parece que, movido por los remordimientos de conciencia sobre la forma de su ascenso al trono, estableció en 873 un consejo de regencia y abdicó de la corona, pero ya era tarde para impedir el progreso del partido formado contra él y que había logrado apoderarse de su propio hijo. Buscó el rey refugio en el monasterio de Plélan, pero, viendo que allí no estaba seguro, pasó a Landernau, y estando en una iglesia de Elorn lo alcanzaron sus enemigos. Él se puso en sus manos y éstos no dudaron en asesinarlo, era el 25 de junio de 874. Inmediatamente, este asesinato fue visto por el pueblo como un martirio, pues se fijó más en el buen gobierno del rey que en su sangriento acceso al poder. Su culto comenzó enseguida y se prolongó a lo largo de los siglos.

SAN GUILLERMO

Abad († 1142)

Guillermo nace en Vercelli el año 1085 y queda huérfano muy joven, encargándose de él unos parientes que le proporcionaron una excelente y cristiana educación. Desde muy joven se consolidan en él los sentimientos de piedad y religión, deseando llevar una vida retirada y austera. A los 14 años decide irse como peregrino a Compostela, llevando en el cuerpo puestas dos planchas de hierro. Luego se fue a vivir al Monte Solicoli como ermitaño, pero cuando vio que acudían a él muchas personas y que cobraba fama de taumaturgo decidió irse con San Juan de Matera a Basilicata, siéndole muy edificante la amistad con este santo.

Posteriormente se establece en Monte Virgiliano, entre Nola y Benevento, para llevar allí una vida eremítica, pero no tardaron en juntársele sacerdotes y seglares que querían ser dirigidos por él en la vida religiosa. Decidió entonces formar una comunidad monástica y erigió un monasterio en honor de la Virgen María que le dio al monte el nombre de Montevergine. Le dio a la comunidad una regla muy austera, que siguió siempre fielmente, pero cuando un buen número de monjes —entre ellos San Juan de Matera— le pidió un régimen más suave, abandonó el monasterio y procedió a una nueva fundación. Las dificultades de ésta obligaron a ambos santos a separarse y Guillermo fundó el monasterio de Monte Cognato en Basilicata, que sería el primero de una serie de nuevos monasterios que fundaría más tarde, entre ellos uno femenino. Roger II, el rey normando de Nápoles y Sicilia, lo llamó a su corte para beneficiarse de sus consejos, pero no todos en la corte veían con buenos ojos la influencia de un monje en los asuntos políticos. Guillermo se retiró de la corte pero el rey puso bajo su dirección otros muchos monasterios de su reino. Murió en el monasterio de Guglietto el 25 de junio de 1142. Su congregación de Montevergine se asoció luego, adoptando su regla, a la Orden benedictina pero conservando su hábito blanco.

BEATO JUAN DE ESPAÑA

Presbítero († 1160)

Llamado Juan de España por su origen español, nació en Almansa, reino de León, el año 1123 en el seno de una familia de clase media. Luego de haber estudiado gramática en su pueblo natal, sus padres le dieron algún dinero para que marchara a Francia con otro compañero y buscara un buen lugar de estudios. Éste fue Arlés, donde estudió filosofía, que completó a los 16 años. Pero ya antes se le había acabado el dinero que le dieran sus padres y una familia noble lo había acogido.

Se planteó su futuro y decidió consultarlo con un monje basilio de gran prestigio, siendo el resultado su ingreso en esta Orden, pero cuando vio que querían elegirlo prior pese a su juventud y, además, oyó hablar de la Cartuja, se decidió a pedir

entrada en la Cartuja de Montrieux. Hecho el noviciado y la profesión religiosa, se preparó para el sacerdocio, que recibió con verdadera unción, y se dispuso a vivir la vida oculta y profunda de los cartujos. Su primer cargo en la comunidad fue el de sacristán, y todos admiraron en él la estricta observancia religiosa y el afán que ponía en hacerlo todo bien. Apenas pasados siete años de su ingreso en el monasterio fue elegido prior. Acometió la restauración del edificio y pudo verse, también, el concepto tan exacto y perfecto que tenía de lo que debía ser la vida cartujana, concepto que intentó infundir en todos los monjes de su comunidad.

Las monjas del monasterio de Prebayon, sabedoras de la ciencia espiritual del prior de Montrieux, se dirigieron al prior de la Cartuja de Grenoble, general de la Orden, que era entonces San Antelmo, y le pidieron que se encomendara a Juan la acomodación al sexo femenino de las llamadas «Costumbres de Dom Guigo» por las que se regía la Cartuja, ya que ellas deseaban poder ser monjas cartujas. Aceptada la petición, hizo Juan la solicitada acomodación y comenzó así la rama femenina de la Cartuja.

Tuvo problemas su monasterio con un poderoso vecino que, ambicionando tierras del convento y no aviniéndose a ello el prior, intentó indisponerlo con la comunidad, cosa que no logró, pasando a hacer cuanto daño podía al monasterio. Ante ello y para evitar males mayores, Juan se retiró del monasterio y con algunos religiosos se fue a la «Gran Cartuja», donde San Antelmo lo recibió, y de allí pasó a la fundación de la Cartuja llamada del *Reposoir* en el valle del Béol (1151). Edificó el monasterio y comenzó en él una vida de gran regularidad y santidad seguida por todos los monjes, sobresaliendo Juan como prior. En esta casa pudo llevar la vida propia de los cartujos hasta su muerte el 25 de junio de 1160. Su culto fue confirmado por el papa Pío IX el 14 de julio de 1864.

BEATA DOROTEA DE MONTAU
Viuda († 1394)

La patrona de Prusia pasó el último año de su vida como reclusa y emparedada en la catedral de Marienwerder, a donde había llegado el año 1391, cuando enviudó.

Había contraído matrimonio en 1364 con el militar Adalberto, persona rica y piadosa, pero de carácter áspero, que no siempre trató bien a su esposa y le hizo difícil la vida. Ella, persona de gran vida interior a la que el Señor favorecía con carismas místicos, soportó con gran humildad, paciencia y fortaleza los malos humores de su marido hasta que éste se dio cuenta de la santidad de su esposa y mejoró el trato que le daba. Más aún, decidió con ella guardar continencia a partir de 1380 y la acompañó en sus peregrinaciones, una de ellas a Roma, que marcó fuertemente el alma de Dorotea.

Cuando se quedó viuda dejó su pueblo de Montau, donde había nacido el 6 de febrero de 1347, y se estableció en la citada ciudad de Marienwerder. Aquí tomó como director y confidente al P. Juan de Marienwerder, de la Orden teutónica, quien puso por escrito las confidencias de Dorotea acerca de su vida interior y su doctrina espiritual, lo que se publicaría después de su muerte para edificación de muchos. Murió el 25 de junio de 1394, y su culto fue confirmado el 9 de enero de 1976.

26 de junio

A) MARTIROLOGIO

1. En Roma, la conmemoración de los santos Juan y Pablo, a quienes está dedicada una basílica en el Monte Celio († s. IV) **.
2. En Trento (Véneto), San Vigilio († 405), obispo *.
3. En Nola (Campania), San Deodato o Diosdado († 405), obispo, sucesor de San Paulino.
4. En Poitiers (Aquitania), San Majencio († 515), abad.
5. En Tesalónica (Macedonia), San David († 540), ermitaño.
6. En Valenciennes (Austrasia), santos Salvio, obispo, y compañeros († 768), mártires.

7. En Córdoba, San Pelayo († 925), adolescente y mártir **.
8. En Belley (Saboya), San Antelmo († 1178), obispo, monje cartujo *.
9. En Rochefort (Francia), Beato Raimundo Petiniaud de Jourgnac († 1794), presbítero y mártir *.
10. En Cambrai (Francia), beatas María Magdalena Fontaine, Francisca Lanel, Teresa Fantou y Juana Gérard († 1794), vírgenes y mártires, de la Compañía de las Hijas de la Caridad **.
11. En Qianshengzhuang (China), San José Ma Taishun († 1900), médico, catequista y mártir *.
12. En Jalisco (Guadalajara), México, San José María Robles († 1927), presbítero y mártir, fundador de la Congregación de Hermanas del Corazón de Jesús Sacramentado **.
13. En la selva de Birok, junto a Stradch (Ucrania), beatos Nicolás Konrad, presbítero, y Vladimiro Pryjma († 1941), mártires *.
14. En Sykhiv (Ucrania), Beato Andrés Iscak († 1941), presbítero y mártir *.
15. En Roma, San Josemaría Escrivá de Balaguer († 1975), presbítero, fundador del Opus Dei y la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz **.
16. En Treviso (Italia), Beato Andrés Jacinto Longhin († 1936), obispo, de la Orden de Hermanos Menores Capuchinos *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTOS JUAN Y PABLO

Mártires († s. IV)

Los peregrinos medievales que llegaban a Roma a venerar los sepulcros de los mártires empezaban preguntando por la basílica de los santos Juan y Pablo en el monte Celio. Era de rigor comenzar por ella el recorrido de los santuarios romanos. Era la única iglesia erigida sobre tumba de mártires dentro del recinto de la ciudad. Los demás mártires habían sido enterrados en las afueras, por aquella ley de las Doce Tablas que prohibía la sepultura en el interior de la ciudad.

> «Dios, que había rodeado a Roma con una gloriosa corona de tumbas de mártires —cantaba un prefacio antiguo—, quiso esconder en las entrañas mismas de la ciudad los miembros victoriosos de los Santos Juan y Pablo».

El itinerario-guía, que orientaba a los peregrinos a través de los santos lugares, advertía, además, que la basílica que guarda-

ba tan preciadas reliquias era «la propia casa de los mártires, convertida en iglesia después de su martirio».

A pocos metros del Coliseo arrancaba un suave repecho, el *Clivus Scauri,* que les llevaba rápidamente al espacioso atrio que abría sus pórticos delante de la basílica.

Debía de ser muy fuerte la emoción de los peregrinos al poner los pies en la «casa de los mártires».

En torno a la figura de aquellos mártires, y con retazos de procedencia diversa, el tiempo había tejido, ya para el año 500, una leyenda sugestiva. Resulta difícil, hoy, señalar el núcleo de verdad que acaso contenga la leyenda y separar el filón de la escoria que le cubre. No faltan en ella, ciertamente, incongruencias y contradicciones históricas. Por eso la mayor parte de los críticos se inclinan hoy a negar todo crédito a las actas que nos refieren el martirio de Juan y Pablo. Pero está la voz de los monumentos, que nos cuentan a su manera, con su lenguaje de piedra y de pinturas, la historia de unos mártires que no pueden ser sino los mismos que la leyenda desfiguró.

Según las *Actas,* Juan y Pablo fueron oficiales del ejército, acaso legionarios de la famosa legión Jovia. Pasaron luego a la corte, como gentiles hombres de cámara al servicio del emperador Constantino y, más tarde, de su hijo Constancio. La hija de Constantino les dejó en herencia cuantiosas riquezas. Cuando Juliano ocupó el trono imperial e hizo pública su apostasía, los dos oficiales palatinos, fervientes cristianos, abandonaron la corte en señal de protesta y se retiraron a su casa del Celio, en Roma.

Conocemos hoy perfectamente las características de la casa a que alude la tradición. Excavaciones realizadas bajo el pavimento de la basílica celimontiana nos han revelado la disposición interior de aquella casa romana y gran parte de su decoración. Se trataba de un inmueble de vastas proporciones, que ocupaba una superficie de 2.250 metros cuadrados y treinta metros de fachada. En el monte Celio, famoso en aquel entonces por la suntuosidad de sus edificios, la grandiosa «casa de los mártires» encajaba perfectamente.

Encontramos en ella la misma distribución y el mismo gusto por la decoración que distinguían a las casas patricias roma-

nas. La parte noble del edificio, destinada a habitaciones de los señores y de sus huéspedes, con sus amplias salas lujosamente decoradas con estatuas, revestimiento de mármoles, mosaicos y grandes pinturas murales, contrasta con la estrechez de los dormitorios de los esclavos. Muy espaciosas las salas de baño. En las bodegas se han desenterrado gran número de ánforas, cántaros y otras vasijas donde se guardaban las provisiones de la casa. Dos de las ánforas llevan grabado el monograma de Cristo. Trece aposentos conservan todavía, mejor o peor, la decoración antigua. No serán obras de arte, pero denotan un gusto bastante depurado. Los temas mitológicos se combinan con paisajes y motivos ornamentales. Allí puede contemplarse el cuadro más grande que se conserva de la Roma antigua, pintado al fresco, sin que el color haya perdido todavía su viveza. Representa a Proserpina que vuelve del averno, acompañada de Ceres y de Baco. Una mano cristiana, en el siglo IV, extendió sobre la escena una capa de estuco. En otra sala, pintados al encáustico, diez efebos de tamaño natural, poco menos que desnudos y tocados con guirnaldas, sostienen con gracia un festón de hojas, mientras pavos reales, cisnes y otras aves se mueven entre sus pies y gran número de pájaros revolotean sobre su cabeza. Completa la decoración de la sala una inmensa cepa, que cubre la parte superior y toda la bóveda, y en cuyas volutas se encaraman geniecillos desnudos que van recogiendo racimos.

No faltan en la casa de Celio pinturas de inspiración cristiana, que demuestran que sus moradores, en el siglo IV, eran cristianos. En una de las salas, en medio de figuras de apóstoles y escenas alegóricas de vida pastoril, se levanta espléndida la Orante, vestida de dalmática amarilla, con un velo verde sobre la cabeza y los brazos extendidos en actitud de oración.

Una escalera de piedra ponía en comunicación la planta baja con los pisos superiores. La casa alcanzaba una altura de quince metros. Desde sus amplios ventanales podía gozarse de uno de los espectáculos más maravillosos de Roma. A pocos metros extendía sus grandes arcos de travertino el templo erigido en honor del emperador Claudio. Más allá, el Coliseo, los templos y edificios públicos del Palatino, del Foro y del Capitolio y las

termas de Trajano y de Tito desplegaban al sol sus mármoles fulgurantes. Y, por encima de edificios y murallas, la mirada se perdía en las líneas onduladas de las colinas del Lacio y en los anchurosos horizontes del mar.

En aquella casa esperaban pasar Juan y Pablo los últimos años de su vida. Pero bien pronto empezaron a llegar noticias alarmantes de la actitud hostil del nuevo emperador. Su odio se ensañaba particularmente con los que habían servido más de cerca a su predecesor. Era, además, conocida su codicia del dinero. Trataba de apoderarse, por todos los medios, de las riquezas de los cristianos. En carta a Scévola escribía él mismo con ironía que la admirable ley de los cristianos quiere que sean éstos exonerados de las cosas de aquí abajo, a fin de «estar más ágiles para subir al cielo», y que por eso se dedicaba él a facilitarles el viaje despojándoles de sus bienes. Cuidaba mucho el Apóstata de que los cristianos fueran condenados siempre como enemigos públicos, sin que en la sentencia se reflejaran los motivos verdaderos.

No tardó en llegar a oídos del emperador la noticia de que Juan y Pablo socorrían todos los días en su casa del Celio a una turba de cristianos pobres, a cuenta de las riquezas que habían heredado de la hija de Constantino. Hízoles llamar a la corte repetidas veces con promesas lisonjeras. Mas ellos se negaron a servir a un emperador renegado que perseguía a los cristianos. Juliano pasó entonces de las promesas a las amenazas. Les conminó con la muerte como a enemigos públicos si en el plazo de diez días no renunciaban a su fe cristiana y volvían a los oficios de la corte.

Juan y Pablo se dispusieron a morir por Cristo. Como primera medida distribuyeron todas sus riquezas entre los pobres y se entregaron a obras de religión y piedad. Pasados los diez días de plazo, a la hora de cenar, se presentó en la casa del Celio Terenciano, capitán de cohorte, con un puñado de soldados. Dicen las *Actas* que encontró a nuestros héroes en oración. En nombre del emperador les instó por última vez a adorar una pequeña estatua de Júpiter que traía consigo. Era la estatua que los legionarios de la legión Jovia veneraban en sus cuarteles. Juan y Pablo se negaron resueltamente.

Al filo de la medianoche Terenciano los hizo decapitar en un rincón oscuro de la misma casa. Y, para evitar que fueran luego venerados como mártires, mandó abrir una zanja a toda prisa en el fondo de uno de los corredores, debajo de la escalera principal. Allí ocultaron los cadáveres. Ocurría esto en la noche del 26 al 27 de junio del año 362.

A la mañana siguiente Terenciano hizo correr en Roma la voz de que Juan y Pablo habían salido de la ciudad, desterrados por orden del emperador.

Exactamente un año más tarde, el mismo día y a la misma hora en que caían al suelo las cabezas de nuestros mártires, moría asesinado en Maronsa, cerca de Bagdad, Juliano el Apóstata. En Roma un grupo de posesos, entre ellos el hijo único de Terenciano, comenzaron a revelar a voz en cuello la muerte de Juan y Pablo. Terenciano se vio obligado a indicar el lugar del enterramiento y los detalles del glorioso martirio.

Las *Actas* terminan con la historia de la transformación de la «casa de los mártires» en iglesia, por obra de los senadores Bizante y Pammaquio. Bizante es un personaje poco conocido en la historia de Roma. Sería él, probablemente, quien abrió al culto parte de la casa del monte Celio, después de convertir la planta baja en un pequeño santuario. Levantó un tabique frente al lugar de la sepultura, para protegerla de la devoción indiscreta de los visitantes. Pero dejó abiertas unas pequeñas ventanas o *fenestrellae,* para que los devotos pudieran contemplar la tumba y tocarla con retazos y otros objetos, que luego conservarían como preciadas reliquias. Decoró las paredes de aquel sagrado recinto con pinturas alusivas a los mártires. En el puesto de honor mandó pintar la figura de uno de ellos, en actitud de paz, a la entrada del paraíso, y a sus pies, venerándole, dos fieles postrados en tierra. Entre otras composiciones, dos escenas de martirio llaman poderosamente la atención. Una de ellas nos muestra a tres personajes, dos varones y una mujer, en el momento de ser conducidos a la presencia del juez, bajo la vigilancia de dos guardianes. La otra nos hace asistir a la ejecución de los mártires. Están los tres personajes de rodillas, los ojos vendados y las manos atadas a la espalda, esperando con la cabeza inclinada el golpe de la espada. El verdugo está detrás de ellos y, junto a él, otro personaje que pare-

ce estar presidiendo la escena. Es ésta una de las más antiguas y más dramáticas escenas de martirio que se conservan.

El pequeño santuario fue muy visitado por los devotos. Algunos dejaron en las paredes sus nombres y sus ruegos grabados con punta de hierro. La afluencia de visitantes fue creciendo y bien pronto aquel santuario resultó insuficiente. Decidióse erigir en aquel mismo lugar un santuario digno de la celebridad de que gozaban ya los santos mártires Juan y Pablo.

Costeó las obras el senador Pammaquio, personaje muy conocido en la Roma de fines del siglo IV. Pertenecía a la noble familia de los Furios. Fue amigo de San Jerónimo. Estudiaron juntos en Roma y se profesaron toda la vida mutuo afecto. San Paulino de Nola y San Agustín alabaron en sendas cartas la fe y piedad de Pammaquio. Solía éste acudir al Senado en hábito de monje. Se hizo célebre, sobre todo, por sus obras de caridad. Distribuyó íntegramente entre los pobres la herencia que le dejara su mujer Paulina. Fundó en Ostia el famoso *xenodochium,* abierto a los peregrinos que llegaban a Roma por mar.

La basílica que levantó en el Celio hizo también honor a su munificencia. Fueron abatidos los tabiques interiores de los dos pisos superiores. Se rellenó de escombros toda la planta baja, a excepción *del locus martyrii.* Y sobre veinticuatro columnas de granito negro apoyaron la espaciosa nave, bañada en la cálida luz que tamizaban setenta ventanas convenientemente distribuidas. Los itinerarios medievales la señalaban como «basílica grande y muy hermosa». El pavimento y parte de los muros estaban revestidos de mármol blanco. A derecha e izquierda, a lo largo de toda la nave central, se sucedían escenas del Antiguo y Nuevo Testamento, que cantaban el triunfo del culto del Dios verdadero sobre el culto pagano. Aquellos cuadros reflejaban las preocupaciones de una época que acababa de asistir al fracaso de la última tentativa de restaurar el paganismo. Pero eran, al mismo tiempo, un elogio a los héroes de la fe, que con su martirio aseguraron la victoria del cristianismo.

La basílica de los santos Juan y Pablo representa en Roma, que tantos monumentos singulares atesora, un ejemplar único de continuidad. Podemos seguir allí las transformaciones sucesivas de un palacio pagano del siglo II que, al abrazar sus due-

ños el cristianismo, se convierte en morada cristiana. La sangre de los mártires hizo de ella centro de peregrinación. Fue primero un humilde santuario, que la afluencia siempre creciente de devotos obligó a transformar en una basílica toda reluciente de mármoles y mosaicos. Cada generación ha ido dejando después en aquellos muros el testimonio de su piedad.

Sin preocuparse excesivamente del signo de interrogación que la crítica ha puesto, con razón, a los detalles que nos suministran las Actas, el pueblo cristiano seguirá venerando, en el monte Celio, a los mártires, cuyos nombres recuerda la Iglesia romana todos los días en el canon de la misa, entre los testigos más gloriosos de nuestra fe.

IGNACIO OÑATIBIA

Bibliografía

Act. SS. Boll., 26 de junio: Diversos documentos y estudios.
FRANCHI DE CAVALIERI, P., *Nuove note agiografiche* (Roma 1902), espec.: «Di un probabile fonte della leggenda dei santi Giovanni e Paolo», 53s.
— *Note agiografiche. Fascicolo 5.°* (Roma 1915), espec.: «Del testo della Passio SS. Iohannis et Pauli», 43s.
GASDIA, V. E., *La casa pagano-cristiana del Celio* (Roma 1937).
GERMANO DI S. STANISLAO, *La casa Celimontana dei SS. Martiri Giovanni e Paolo* (Roma 1894).
GIOACCHINO DE SANCTIS, CP, *Santi Giovanni e Paolo. Martiri Celimontani* (Roma 1962).
ORTOLANI, S., *SS. Giovanni e Paolo* (Roma ²1925).

SAN PELAYO

Adolescente mártir († 925)

Aunque no consta el año de su nacimiento éste se sitúa en la parte final del año 911 o a inicios del 912. Sobre el lugar donde nació, aunque no existe una opinión unánime, la tradición pone su cuna en Albeos, una pequeña feligresía en la provincia de Pontevedra perteneciente a la diócesis de Tui, donde existió un monasterio de monjas benedictinas en las tierras familiares de los padres de Pelayo, pasando en el siglo XV al de San Pelayo de Antealtares de Santiago de Compostela.

No contamos con datos exactos sobre los padres de este muchacho, y es probable que perteneciera a una familia enno-

blecida con amplias posesiones, y estrechamente relacionada con la corte leonesa, interviniendo en asuntos políticos de la época. Hermogio, hermano de su padre, fue obispo de Oporto hasta el año 915, y luego de Tui, hasta su renuncia en los años 925-926. Este prelado tuvo una influencia decisiva en la vida del joven, llevando el cuidado de su primera educación.

Cristianado como Pelagius, nombre latino, de él procede el nombre de Pelayo, tradicionalmente común en la Edad Media. Teniendo en cuenta su posterior proceder, tuvo que recibir una esmerada formación en la doctrina cristiana, bajo la atenta mirada del prelado. Pero mientras el niño crecía y se desarrollaba las guerras se sucedían. A lo largo del siglo X los reinos cristianos del norte de España y los moros de Al Ándalus se enfrentaron en múltiples ocasiones. En la campaña del 917 los árabes fueron derrotados en San Esteban de Gormaz (Soria), y Abderramán III con señalado deseo de venganza organizó en 920 un gran ejército, enfrentándose con los cristianos en Valdejunquera (Navarra), a quienes venció, llevándose prisioneros como rehenes a Córdoba. Entre los cautivos se hallaban Hermogio, tío de Pelayo, obispo de Tui, que había apoyado a Ordoño II, Dulcidio, obispo de Salamanca, y otros nobles.

Una vez en Córdoba, los funcionarios del emir le proponen a Hermogio la liberación a cambio de un fuerte rescate. El obispo envió emisarios a su tierra para recabar lo que exigían los moros. Para tratar de su liberación llegó a Córdoba su hermano, acompañado de Pelayo, niño aún de diez años.

> «Ajustado el rescate del prelado, fue parte del contrato que el obispo enviase a Córdoba unos cautivos que los moros pedían. La fianza para la seguridad de la promesa fue el niño S. Pelayo, que entró en la cárcel para librar al tío».

Al no poder cumplir todas las condiciones impuestas por los moros, el tío y el padre deciden ir a sus tierras para completar las exigencias del rescate, quedando como garantía del cumplimiento Pelayo, quien permanece en Córdoba como rehén. La llegada del niño a la capital andaluza y la partida de sus parientes pueden situarse hacia finales del año 921 o comienzos del 922. Pelayo tiene unos diez años, y permanecerá en la cárcel tres años y medio. ¿Cómo no rescató al niño una familia distinguida

e influyente? Nada sabemos al respecto, pero pudo influir la inestable situación política del reino leonés en la década del 920.

Lo cierto es que durante estos tres años y medio Pelayo conservó la fe, afianzándose su personalidad en un ambiente tan hostil. La divina Providencia condujo su infantil decisión hacia la perfección por el martirio cruel y desalmado, alcanzando la santidad en la cárcel. Allí se fue fraguando su personalidad moral, mientras su cuerpo experimentaba un señalado desarrollo físico, convirtiéndose en un atractivo muchacho, dotado de una despierta inteligencia, esperando un rescate que, a su pesar, no llegó nunca.

Es bien conocido el esplendor de la corte cordobesa del califa, con soberbios palacios y refinados jardines, donde la sensualidad se ofrecía sin inhibición, con numerosos jóvenes bien parecidos y eunucos de ambiguo papel, sirviendo al placer de los poderosos. En estas condiciones renunciar a la fe cristiana era muy rentable, pues el renegado tenía abierto un camino fácil para ascender socialmente. Al abandonar la fe se convertían en un ejemplo y obtenían cargos de confianza en la corte, quedando vinculados al sultán con agradecida fidelidad. Llegaron a oídos del rey moro las cualidades morales y buen aspecto de este joven prisionero, sobre todo la hermosura que le atribuían, ordenando que lo trajesen ante su presencia. Adecuadamente vestido lo introducen en la estancia delante del sultán, quien admira su gallarda figura, su gracia, su juventud, y al momento decide que renuncie a su fe para así convertirse en paje de su corte. Le ofrece la libertad, magníficos obsequios, cargos importantes:

> «Muchacho, te otorgaré grandes honores, si niegas a Cristo y reconoces a Mahoma como profeta verdadero».

La respuesta del joven admira a los presentes:

> «¡Oh, rey! Tú eres muy poderoso, pero yo soy cristiano, y Cristo es eterno, no tiene fin, en cambio lo que me ofreces se acaba y desaparece un día».

Este rechazo motivó un renovado esfuerzo del emir deseando halagarle de nuevo, pero el muchacho se resiste valientemen-

te, resultando vana la persistencia en doblegarlo. «Suéltame perro, ¿crees que soy un ninfo?». Enfurecido, el sultán ordena que sus criados le persuadan para que apostate de la fe. Pelayo regresa a la prisión, donde intentan convencerle, inútilmente. El muchacho ni renuncia a su fe ni se deja convencer por las promesas futuras. Por su pertinaz osadía se intentará obtener por la fuerza lo que no se consigue con halagos. Quieren quebrantar su cuerpo a golpes, descoyuntando sus articulaciones, pero él sigue repitiendo: «Soy y seré cristiano». Este inexplicable fracaso decide al emir a ordenar una injusta sentencia, para que sirva de escarmiento: que su cuerpo sea despedazado y sus miembros sean arrojados al Guadalquivir. Golpeado sin piedad en el conocido como «Campo de los mártires», murió el 26 de junio del año 925, mártir de la fe y de la pureza, a los trece años y medio de edad. Su cuerpo, destrozado con inusitada crueldad, fue lanzado al Guadalquivir. Recogidos sus restos por los cristianos, fueron enterrados en la iglesia de San Ginés. Su cabeza, recuperada más tarde, fue llevada al templo de San Cipriano.

Sus torturadores veían en este joven un despreciable cautivo cristiano, osado y desobediente, pero Pelayo no ofendió a nadie ni desobedeció ninguna ley, bien al contrario, fue fiel a la fe cristiana y no consintió en entregarse al mal. Empleó toda su energía en defender su conciencia y la dignidad de su cuerpo, templo del Espíritu Santo. Raguel, un sacerdote cordobés, recogiendo declaraciones de testigos presenciales del martirio, redactó en torno al año 960 la *Passio Sancti Pelagii,* la primera «pasión» de San Pelayo, resaltando que el joven mártir había tenido como maestro suyo a San Pablo, siempre atento a velar por la fidelidad a la doctrina, perseverante en la oración y capaz de compartir los sufrimientos de Cristo sin desfallecer en medio de las tribulaciones. Y así él, como San Pablo, consumó su vida en el martirio. He aquí un admirable testimonio en defensa de la fe. Pelayo murió por confesar valientemente a Cristo, por defender su castidad como signo de su entrega al amor verdadero, y venció en todo, pese a su debilidad de adolescente, confiado en el poder de Dios, su único valedor. Actitud valiente y decidida de quien se resiste al mal moral, aun a costa de perder la propia vida.

De este relato se conservan cuatro antiquísimas copias, alguna de ellas muy próxima al original. Unos veinte años más tarde (ca. 980), Roswita, una monja del monasterio de Gandersheim (Sajonia), recogiendo narraciones de un cordobés comerciante o diplomático que anduvo por aquellas tierras germánicas, escribió una biografía, un poema épico, que prueba el interés que el martirio de este joven despertó en lejanos países.

El sublime ejemplo de este joven fue conservado por la comunidad mozárabe de Córdoba como estímulo de la fe, siendo venerado como mártir de Cristo de inmediato también en León. El conocimiento de este triste suceso ocasionó la renuncia de Hermogio a la sede tudense, retirándose al monasterio por él fundado en Alabrugia (Portugal), entonces territorio de su diócesis, en donde murió santamente. En el año 933, ocho años después del martirio, tenía construido en La Rioja un templo en su honor. En 945 se menciona a Pelayo como Santo, siendo declarado en 947 segundo patrón de la ciudad portuguesa de Coimbra.

El año 959 el rey Sancho el Gordo acudió a Córdoba para que los médicos del sultán le tratasen de la obesidad que padecía. Restablecido, al año siguiente regresó a León, donde a instancias de su hermana Elvira, envió una embajada a Alhakén II, hijo de Abderramán III, pidiendo el cuerpo del santo mártir. Obtenidas las reliquias, ordenó construir en León una iglesia en su honor como honrosa sepultura, pero cuando estas preciadas reliquias llegan a la capital leonesa (967) reinaba Ramiro III, hijo de Sancho el Gordo, pues éste había fallecido. A finales del siglo X, temiendo las devastadoras *razzias* de Almanzor, Bermudo II de León decide trasladar los restos de San Pelayo al monasterio benedictino de Oviedo, a donde llegan el año 994. Desde este momento el venerado mártir comienza a compartir titularidad en este cenobio junto con San Juan Bautista, convirtiéndose en residencia de infantas y lugar de enterramiento de la dinastía leonesa. Prevaleció, por tanto, el nombre del niño mártir, San Pelayo, y sus moradoras pronto recibieron coloquialmente el nombre de las *Pelayas*.

El año 1053 Fernando I de León con su esposa Sancha llegó a Oviedo acompañado de la corte, para honrar el cuerpo de San

Pelayo, promoviendo el traslado de sus veneradas reliquias a una capilla del templo y la restauración de la residencia monacal, convirtiendo el monasterio de San Pelayo en el corazón del núcleo urbano de la ciudad.

En 1585 don Antonio Mauricio de Pazos, obispo de Córdoba y oriundo de Galicia, fundó el colegio de San Pelayo, honrando de este modo a su paisano en el mismo lugar donde se martirizó al santo, justo frente a la puerta del palacio episcopal. Actualmente en dicho edificio se halla el seminario. San Pelayo también es titular del Seminario de Tui.

Ante la progresiva demanda de reliquias del mártir que se extraían de la urna en donde se hallaban, la comunidad benedictina elevó preces a la Santa Sede, suplicando prohibiese la apertura de dicho relicario y extracción de reliquias bajo pena de excomunión que, finalmente, obtuvo el 16 de abril de 1804.

Al conmemorarse en 1925 el milenario del martirio de San Pelayo, las autoridades civiles y religiosas de Tui organizaron unas solemnes y grandiosas fiestas, solicitando una reliquia del santo a las monjas ovetenses. Informados del preceptivo permiso de la Santa Sede y alcanzado éste, obtuvieron una insigne reliquia del mártir que fue depositada en el relicario de la catedral tudense «pues el cuerpo del Santo Pelayo, que debió ser rico tesoro de esta ciudad, por circunstancias de los tiempos, es joya inestimable de la ciudad de Oviedo».

Durante las amargas jornadas de la «Revolución de Asturias», en octubre de 1934, los milicianos ocuparon este singular monasterio, destacando su estratégica situación, desde donde se enfrentaron a las tropas gubernamentales. Por este motivo el edificio fue objeto de un intenso bombardeo, durante el cual fue incendiado. En acertada previsión de los consabidos desastres las monjas se trasladaron al convento de las Salesas, donde permanecieron hasta 1936, salvaguardando el cuerpo de San Pelayo y el archivo monacal. Al producirse la Guerra Civil el edificio de las «salesas» se habilitó como hospital, siendo acogidas las benedictinas ovetenses en el monasterio de Santa María de Carbajal de León, hasta su regreso en 1939 a Oviedo. La iglesia actual fue consagrada en 1954.

El templo erigido en su honor en la capital cordobesa posee una insigne reliquia suya traída en 1762 desde Oviedo. El nom-

bre de San Pelayo o San Payo está muy extendido en la toponimia gallega.

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

HERNÁNDEZ MATÍAS, A., *El Milenario del Martirio de San Pelayo y la Ciudad de Tui* (Tui 1994).

Martyrologium Romanum, o.c., p.335.

Real Monasterio de San Pelayo. Monjas benedictinas (Oviedo 1994).

VIVES, J., «Pelagio», en Q. ALDEA VAQUERO - T. MARÍN MARTÍNEZ - J. VIVES GALETI (dirs.), *Diccionario de historia eclesiástica de España,* III (Madrid 1973) 1954.

BEATAS MARÍA MAGDALENA FONTAINE, FRANCISCA LANEL, TERESA FANTOU Y JUANA GÉRARD

Vírgenes y mártires († 1794)

En la plaza de armas de Cambrai el día 26 de junio de 1794 fueron guillotinadas cuatro Hijas de la Caridad, procedentes de Arras, donde la tiranía revolucionaria no se atrevió a sacrificarlas por miedo a la opinión pública.

María Magdalena Fontaine había nacido en Etrépagny, diócesis de Evieux, el 22 de abril de 1723. Al llegar a la juventud se sintió inclinada a dedicar su vida a Dios y a los pobres y formalizó su ingreso en la Compañía de las Hijas de la Caridad, fundada por San Vicente de Paúl, entrando como postulante en Hébécourt en 1747, y pasando al año siguiente, el 9 de julio, al noviciado en la Casa madre de París. Una vez que se le dio el hábito, a comienzos de 1749 se la envió a Rebais, diócesis de Meaux, al hospital de los Santos Roque y Margarita, cuya dirección estaba confiada a las Hijas de la Caridad. De esta casa era nombrada hermana sirviente, es decir superiora, en 1788 y a lo largo de los años ejerció su servicio con plena dedicación y entrega, y en medio de no pocas dificultades. Porque los cirujanos estaban en contra de las hermanas ya que decían que éstas, haciéndoles curas gratuitas a los enfermos, les quitaban clientela. Igualmente opusieron dificultades al servicio de las hermanas los administradores del hospital, que querían actuar como due-

ños absolutos de la institución, mientras que las hermanas insistían en que era prevalente el bien de los enfermos. De 1762 a 1764 se habían negado a pagar el sueldo de las hermanas y estas dificultades habían hecho que de 1757 a 1766, en que entró como sirviente sor María Magdalena, se hubieran sucedido seis superioras. Cuando en enero de este último año entró sor María Magdalena las dificultades siguieron. Ella se apoyó en el párroco, que estaba a favor de las hermanas, y en dos administradores del llamado Hôtel-Dieu, los cuales venían protestando indignados contra la conducta de los administradores. Llegó el asunto al obispo de Meaux, el cual se puso al habla con el arzobispo de Tours, al que como abad de Rebais le correspondía juzgar el caso, y éste dio plena razón a las hermanas e impuso silencio a quienes estaban contra ellas. Los superiores de las hermanas, es decir la superiora general de la Compañía de las Hijas de la Caridad y el superior de la Congregación de la Misión, ofrecieron la retirada de las hermanas por el bien de la paz, pero al final se decidió que las hermanas no se retiraran aunque sí se le daría otro cargo a sor María Magdalena, que fue nombrada en 1776 superiora de la Casa de la Caridad en Arras, casa muy querida por las hermanas por ser fundación del propio San Vicente de Paúl, y que tenía fama de funcionar muy bien.

Contaba la comunidad con seis hermanas, y sor María Magdalena con su acostumbrada dedicación se puso al frente de la casa. El obispo de Arras hizo donación a las hermanas en 1779 del terreno para una nueva casa y ésta fue efectivamente construida y se instalaron en ella las hermanas en 1782. Aquí continuaron ellas su labor a favor de los enfermos y los pobres.

Y aquí estaban cuando llegó la Revolución.

María Francisca Pelagia Lanel nació en Eu, diócesis de Ruán, el 24 de abril de 1745. Hecho el postulantado, ella entró en el seminario noviciado de las Hijas de la Caridad en Eu el 10 de abril de 1764. Sabía leer, un poco escribir, hilar y hacer encajes. Tomó el hábito el 25 de enero de 1765 y fue enviada al mes siguiente a Cambrai. Aquí pronunciaría sus primeros votos en 1769, siendo enseguida destinada a Arras, sin que se sepa la fecha exacta del traslado.

Teresa Magdalena Fantou nació el 29 de julio de 1747 en Miniac-Morvan, entonces diócesis de Dol en Bretaña. Hizo el postulantado en Plouer (Côtes du Nord) y fue recibida en el seminario de París el 28 de noviembre de 1771. Pasó por las casas de Ham, Chauny, Cambrai y finalmente Arras.

Juana Gérard nació en Cumières, diócesis de Verdun, el 23 de octubre de 1752. Sus padres eran propietarios de unas tierras y llevaban además una finca de unas religiosas de Verdun. Al morir su madre en 1774, ella hubo de hacerse cargo de su casa, cuidando de su padre y de sus cuatro hermanos menores. Era una joven trabajadora y piadosa que se dedicó con generosidad al cuidado de los suyos. Pedida en matrimonio, ella rehusó, pese a ser un matrimonio ventajoso, porque ya había decidido en su corazón dedicarse a Dios y a los pobres. Obtenida la licencia paterna, entró en el postulantado de las Hijas de la Caridad de Verdun (1776) y pasó al seminario de París el 17 de septiembre de ese mismo año. En abril de 1777 fue enviada a la casa de Arras, donde quedaría hasta su arresto.

Éstas eran las hermanas que subirían las escaleras del cadalso y con su sangre testimoniarían a Cristo. La casa en la que estaban destinadas se ocupaba de tres obras fundamentales de caridad: el dispensario donde se atendía a los enfermos, la visita de los pobres a domicilio y la escuela gratuita de niñas. Además de las hermanas señaladas, al tiempo de la Revolución estaban también destinadas en la casa las hermanas: María Rosa Micheau, nacida el 27 de febrero de 1751; Juana Fabre, nacida el 25 de junio de 1761 y Renata Francisca Coutaucheau, nacida el 19 de junio de 1767.

Cuando llegó la Revolución, se aconsejó a las tres últimas hermanas que dejaran la comunidad y velaran por su seguridad; las dos primeras se quedaron en Arras pero cuando llegó la hora del arresto se marcharon, dejaron Francia y se refugiaron en Polonia. La Hermana Coutaucheau marchó con su familia.

Pese a los sucesos revolucionarios, las hermanas continuaron prestando sus acostumbrados servicios, pero en 1793 ya no tuvieron que dar cuenta de sus recetas y gastos al obispado de Arras sino a la administración municipal, representada por el administrador Effroy, cuentas que serían clausuradas y firmadas

por el dicho administrador y la hermana Fontaine el mismo día del arresto de las hermanas, es decir el 14 de febrero de 1794. Desde julio de 1793 se llamaba a las hermanas en las cuentas «las así llamadas Hijas de la Caridad», pero en diciembre de ese mismo año ya se las llama «las ciudadanas que dirigen la Casa de la Caridad». Y la superiora debe firmar como Magdalena Fontaine, sin el apelativo de hermana. Parece que fue en julio de 1793 cuando se las obligó a dejar el hábito religioso, sin que por ello se las impidiera continuar ejerciendo sus servicios.

Aunque desde el 14 de agosto de 1792 se había mandado y los decretos de la Convención del 3 de octubre de 1793 y del 29 de diciembre del mismo año obligaban también a las hermanas, como servidoras de una institución pública, a prestar el juramento de libertad-igualdad, las hermanas no se ofrecieron en ningún momento a prestarlo. Llenas de caridad y de fe ellas continuaron ejercitando su ministerio a favor de los enfermos y los pobres con la misma entrega y generosa dedicación con que lo habían hecho hasta entonces. La gente del pueblo se dio cuenta de la difícil situación de las hermanas y de su ejemplar conducta, y se dice que las limosnas a ellas fueron en los años 1793 y 1794 antes de su arresto más abundantes que en los años anteriores. Algunas personas se dirigieron a ellas y les dijeron se dieran cuenta de que estaban en peligro, pues cualquier día la represalia contra ellas y su manifiesta actitud religiosa podría ser muy fuerte, y se les ofreció ayuda para dejar Arras e intentar buscar la frontera y ponerse a salvo. Pero ellas contestaron que jamás abandonarían voluntariamente a sus pobres, a los que querían tanto como eran queridas por ellos. La hermana Fontaine, viendo sin embargo que las dos hermanas Fabre y Micheau no tenían suficiente fortaleza para enfrentarse a la prisión y la muerte, las requirió a abandonar la comunidad y buscar su salvación. Como queda dicho, gracias a esta discreta conducta de sor Magdalena, ambas hermanas pudieron huir oportunamente. Hay que decir que, pese a no haber prestado el juramento, sor Magdalena logró que se les pagara a las hermanas sus sueldos hasta el momento mismo de su arresto. El 24 de Brumario del año II (14 de noviembre de 1793) los administradores Deleville y Lefets y el procurador síndico Leroy, encar-

gados de averiguar si el personal de los hospitales de Arras habían prestado el juramento, levantaron acta de que nuestras mártires no habían hecho el juramento y además se negaban a hacerlo. Al día siguiente, insistiendo sobre el mismo tema, se tomó nota de lo que sucedía:

> «Nosotros las hemos interpelado sobre el punto de saber si ellas habían prestado el juramento exigido por la ley; todas ellas nos han respondido que no habían prestado el tal juramento. Luego de esta declaración nosotros hemos recorrido los diferentes sitios de la casa y hemos comprobado que existen cuadros relativos a la religión católica y al feudalismo; hemos dado orden al ecónomo de hacer desaparecer estos signos reprobados y avisar al ciudadano Doncre, pintor, que venga a la casa para llevarse los mismos».

En otro documento de ese mismo día se califica a las hermanas de «llenas de un fanatismo indignante». Como resultado se nombró un director de la casa, un médico, un cirujano, un boticario y una costurera; pero aun así, las hermanas continuaron humildemente prestando sus servicios, hasta que sin previo aviso ni ulterior amenaza el directorio decidió el arresto de las hermanas el 14 de febrero de 1794, como queda dicho.

Declaradas presas, las hermanas fueron llevadas de una cárcel a otra, no perdiendo nunca la serenidad y el ánimo. Fueron llevadas primero a la prisión de la Abadía, luego a la de la Providencia y luego a la de la calle de Les Baudets, de donde ya no saldrían sino para el juicio y posterior ejecución en Cambrai. Ellas en todas estas cárceles se comportaron como ángeles de piedad y consuelo. Y así pudo verse también camino de Cambrai y por las calles de esta población hasta el cadalso. Ellas daban ánimo a sus compañeros de prisión, pudo la hermana Fantou escribir desde la prisión a su familia mostrando un gran ánimo, y todas se mostraban absolutamente sumisas a la voluntad divina y felices de sufrir por Cristo. Así lo contaron personas que habían estado presas con ellas, como madame Cartier. El 4 de abril fueron interrogadas por dos miembros del Comité de vigilancia y revolucionario de Arras. Las hermanas volvieron a negarse a prestar el juramento. A continuación de este interrogatorio es cuando fueron llevadas a la cárcel de la calle de Les Baudets.

El día 25 de junio, a las diez de la noche, llegó orden del acusador público del tribunal revolucionario de Cambrai para que las hermanas fueran llevadas a esta población y comparecieran ante el tribunal. La conducción se hizo enseguida con abundante guardia. Llegadas a Cambrai se las condujo directamente a la cárcel, pero estaba ésta tan llena de presos que no había sitio para ellas, y entonces fueron llevadas al edificio del seminario donde el tribunal tenía su sede. Ellas habían llegado a Cambrai a las ocho y media de la mañana. Comparecen ante el tribunal y hay para ellas una sola pregunta: si están dispuestas a prestar el juramento. Contestan las cuatro que no. Les dice el juez que es preciso hacerlo para la salvación de la República. Responden ellas que su conciencia no les permite prestarlo. Comenzó seguidamente una deliberación del tribunal y ellas se pusieron a rezar sus rosarios. Entonces Daillet les dijo que dejaran sus rosarios, que no iban a servir para salvarlas, y prestaran el juramento, que eso sí que las salvaría. No podemos, contestó sor Magdalena. No tememos la muerte, dijeron las demás. Entonces Darthé les quitó los rosarios y se los puso en la cabeza a cada una como si fueran una corona. Y fueron condenadas a muerte y se dispuso su ejecución enseguida.

Las hermanas salieron llenas de gozo hacia el patíbulo. Entonaban las letanías de Nuestra Señora. Una de ellas vio algunos llorar a su paso, y les dijo: «No lloréis, por la guillotina vamos al Paraíso». Llegaron a la plaza y vieron las mártires la guillotina preparada. Al llegar junto a ella se pusieron de rodillas y se recogieron en oración. Luego, una tras otra, mansamente subieron al cadalso y colocaron sus cabezas en el sitio designado. Fueron siendo sacrificadas. La última que subió fue sor Magdalena. Ésta hizo señal de querer hablar y dijo en voz alta:

> «Cristianos, escuchadme. Nosotras somos las últimas víctimas. Mañana la persecución habrá cesado, el cadalso será destruido y los altares de Jesús se levantarán gloriosos...».

Seguidamente cayó su cabeza. La multitud estaba muda y expectante, porque el silencio era bajo el régimen del Terror la única protesta posible. Los cuerpos de las venerables mártires fueron enterrados en una fosa común. Hay que decir que un dolor que sin duda llegaría muy hondo al corazón de las hermanas fue

el ver que un sacerdote apóstata tuvo parte tan importante en la persecución religiosa de Arras que acabó con sus vidas.

Fueron beatificadas el 13 de junio de 1920 por el papa Benedicto XV.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 17 (1925) 234-238.
Art. en *Bibliotheca sanctorum,* I: *A-Ans* (Roma 1961) cols.468-469.
MISERMONT, L., *Les Filles de la Charité d'Arras* (Cambrai-París 1901).
SACRA RITUUM CONGREGATIONE, «Cameracen». Beatificationis seu declarationis martyrii ven. servarum Dei Mariae Magdalenae Fontaine et trium sociarum eius ex Instituto Puellarum Caritatis S. Vincentii a Paulo... (Roma 1916).

SAN JOSÉ MARÍA ROBLES

Presbítero, fundador y mártir († 1927)

José María Robles Hurtado nació en Mascota, diócesis de Tepic, estado mexicano de Jalisco, el 3 de mayo de 1888, de Antonio y Petronila, un matrimonio tan cristiano como ejemplar. El mismo día fue bautizado en la parroquia de Mascota. Recibió la confirmación antes de cumplir sus ocho años, el 10 de marzo de 1896, de manos del obispo Ignacio Macedo. Justamente en ese mismo año hizo su primera comunión en una capilla que había en el rancho Yerbabuena de su mismo pueblo natal. Cursó sus estudios primarios en la escuela comarcal dirigida por el sacerdote Mariano Ruiz.

A sus doce años notó los primeros indicios de su vocación sacerdotal durante una misión popular predicada en su parroquia y, en ese mismo año de 1900, ingresó en el Seminario conciliar de Guadalajara. En él, ya desde adolescente, compaginó su educación humana y académica —sacando muy buenas notas— con su formación espiritual.

Sus formadores y compañeros atestiguaron de él una actitud respetuosa y obediente, fraterna y amigable con todos. Era de temperamento sereno y de carácter pacífico. En las prácticas de espiritualidad destacaba por su devoción profunda al Sagrado Corazón de Jesús y su amor entrañable a la Santísima Virgen

María. Su piedad era muy honda y se esforzaba por sacrificarse no sólo en el cumplimiento del deber sino también con mortificaciones voluntarias. En esos años comulgaba diariamente y se confesaba con asiduidad. Ya desde los primeros años mostró un deseo pastoral y evangelizador muy grande, pues en sus vacaciones se dedicaba a instruir en el catecismo a los campesinos de los ranchos vecinos y, a la vez, les comunicaba su amor a Jesucristo y a la Madre de Dios. En uno de ellos, el rancho del Agostadero, incluso construyó una pequeña capilla donde congregaba a la gente para dar las catequesis. Cuando aún era seminarista fue invitado ocasionalmente por el obispo de Tehuantepec a trabajar en su diócesis.

Bien pronto, en 1904 a sus dieciséis años de edad, recibió la tonsura clerical y, en esa ocasión, escribió desde el Seminario una carta a su madre en la que le comunicaba su deseo de entregarse por entero al sacerdocio y al ministerio sacerdotal y, así, le manifestaba una firme convicción sobre su vocación. Oraba constantemente y, desde la recepción del subdiaconado, se alegró de poder recitar la *Liturgia de las Horas* no sólo por obligación sino también por servirle de fuente espiritual.

El 27 de noviembre de 1911 fue ordenado diácono y el 22 de marzo de 1913, poco antes de cumplir veinticinco años, fue ordenado presbítero en la capital de la archidiócesis por el mismo arzobispo de Guadalajara, don Francisco Orozco y Jiménez. Diez días después, el 2 de abril, cantó misa en la iglesia de su parroquia natal.

En 1914 fue enviado a su casa, por causa de la revolución, pero el 18 de abril de 1916 ya recibió el primer destino pastoral: de vicario parroquial en Nochistlán, estado de Zacatecas, donde era párroco don Román Adame.

En esta parroquia se inició en el ministerio presbiteral de la palabra, del culto y la santificación, y del cuidado pastoral. Era buen predicador, pasaba muchas horas en el confesionario, celebraba la Misa y los demás sacramentos con una unción contagiosa y se preocupaba de los pobres y necesitados hasta el punto de fundar un hospital. Algunos de sus compañeros, al ver cómo difundía la devoción al Corazón de Cristo, cariñosamente le llamaban «el loco del Corazón de Jesús». Los fieles le veían

ante el Sagrario de la iglesia durante largas horas diarias de adoración y meditación. Por eso mucha gente ya lo tenía por santo y, al ser sacerdote tan joven y tan fervoroso, lo estimaba por encima de su párroco, quien no se llegó a molestar por eso, sino todo lo contrario, quiso ayudar —en lo que él podía— al neosacerdote para que creciera en el ejercicio del ministerio; a su vez, el aprecio de la gente tampoco hacía creerse a José María mejor que nadie, pues no se avergonzaba de mostrar una actitud dócil, de total adhesión y afecto fraterno a su propio párroco. El obispo diocesano en 1917 le encargó atender un «preseminario» establecido en esa parroquia, llamado «Seminario auxiliar».

Don José María había recibido de Dios, tiempo atrás, la inspiración de fundar un instituto religioso femenino. Allí mismo, con permiso escrito —de fecha 9 de diciembre de 1918— del arzobispo de Guadalajara, quien le había ordenado presbítero, lo fundó el 27 del mismo mes, para que las hermanas que ingresaran en él se dedicaran al culto del Corazón de Jesús y al ejercicio de la caridad para con los enfermos y necesitados. Entonces les dio el nombre de «víctimas del corazón eucarístico de Jesús». Esta Congregación religiosa recibiría más adelante, en 1933, la aprobación diocesana y, en 1963, la aprobación pontificia, denominándose desde entonces y en la actualidad «Hermanas del Corazón de Jesús Sacramentado».

Fue, pues, a sus treinta años —y sólo cinco de sacerdote— fundador de un instituto de vida religiosa. Para las hermanas era un verdadero maestro del espíritu, pues sabía conjugar la firmeza en la dirección espiritual y la suavidad en la corrección para animarlas a la santidad con la sabiduría de Dios, como lo muestran sus escritos, infundiéndoles sus dos grandes amores: al Corazón de Cristo y a la Virgen María.

El 19 de diciembre de 1920 fue enviado como párroco interino a Tecolotlán, en el mismo estado de Jalisco, recibiendo poco más tarde, el 24 de enero de 1921, el nombramiento de «vicario foráneo» de la misma parroquia. También en ella desarrolló un fecundo ministerio sacerdotal.

Atendía apostólicamente a toda la gente, a las asociaciones católicas de la parroquia, a la escuela parroquial que estaba re-

gentada ya por sus religiosas; se preocupó de la pastoral con los obreros; y, en medio de su apostolado incansable, aún tuvo tiempo para escribir distintas obras con el fin de fundamentar el carisma, la espiritualidad y la misión de las religiosas por él fundadas.

Le habían tocado tiempos duros y difíciles —que se venían arrastrando todo un siglo— de persecución a la Iglesia y de marcado anticlericalismo, algo más suaves en el tiempo de su formación sacerdotal pero totalmente convulsos en los sólo catorce años de vida en los que pudo vivir su entrega ministerial.

Hay que explicar que ya en 1821, cuando México se constituyó en República y se redactó y aprobó la Constitución de 1824, uno de los problemas más espinosos fue determinar las relaciones entre Estado e Iglesia. Ésta tendría que sufrir indeciblemente, desde entonces, a causa de las tensiones originadas por la misma legislación, primero a costa de la lucha entre liberales y conservadores, después por las leyes de Reforma aparecidas desde 1833, luego por la nueva Constitución de 1857 y la interpretación y aplicación de las leyes por los gobiernos durante otros veinte años más. Los derechos de la Iglesia y de la libertad religiosa, en referencia con el clero, la enseñanza y las propiedades, estaban siempre amenazados, en peligro continuo y en riesgo constante, y simultáneamente, la seguridad de las personas.

Desde 1877 a 1911 el general Porfirio Díaz intentó una «reconciliación nacional», dejando a salvo los principios constitucionales pero mostrando tolerancia hacia la Iglesia como institución y también a las personas individuales, tanto eclesiásticos como laicos católicos. Fue éste un tiempo de reorganización de las diócesis, de construcción de nuevos templos y de libertad relativa aunque vigilada. En 1903 se celebró un congreso en Puebla en el que los católicos tomaron mayor conciencia sobre el compromiso público de su fe. Sirvió, por tanto, para que muchos católicos promovieran su presencia e influencia en los sindicatos y en la vida pública, incluso con la fundación de un partido católico nacional. Éste era el ambiente de la juventud y formación sacerdotal de José María en el seminario.

Pero en 1911, antes de su ordenación sacerdotal, comenzó una época de inestabilidad política y social, por causa de los enfrentamientos entre Madero y Huerta y, después, entre los «constitucionalistas» anticlericales, de Carranza, y los llamados «rebeldes», capitaneados por Zapata y Pancho Villa, quienes estaban más próximos al pueblo y no mostraban hostilidad contra la Iglesia.

La insurrección armada de Carranza de 1913, el mismo año de la ordenación sacerdotal de don José María, además de alcanzar el poder pretendió oponerse a la Iglesia dejando que los extremistas la persiguieran violentamente con incendios, profanaciones y destrucciones de iglesias, atentando contra conventos de religiosas y encarcelando a sacerdotes y religiosos. Por el contrario, en los territorios bajo el control de Zapata había paz y Villa era también contrario a perseguir a la Iglesia.

En 1917 Carranza promulgó una revisión de la constitución de 1857 en la que no se reconocía personalidad jurídica a la Iglesia y, en consecuencia, se le negaba capacidad de poseer bienes; a los eclesiásticos se les imponían algunas prohibiciones, como ejercer la enseñanza, el periodismo o editar publicaciones; se fijaba un número de sacerdotes por comarca, que tenían además que ser mexicanos de nacimiento; y se prohibían partidos que tuvieran filiación o inspiración cristiana. No había posibilidad de apelación ante instancia alguna pues no existían relaciones diplomáticas entre México y la Santa Sede. Incluso se dio decreto de expulsión al propio arzobispo de Guadalajara, mons. Orozco, y esto originó la protesta de muchos católicos fieles. No obstante, entre 1919 y 1920 pudieron volver a México algunos obispos que habían sido expulsados; a cambio se les pedía, como condición, una actitud comprensiva para llegar a una reconciliación nacional.

Asesinado Carranza y elegido Obregón, desde 1920 a 1924 no hubo un enfrentamiento abierto entre Estado e Iglesia, pero tampoco dejaron de existir provocaciones. Los católicos participaban masivamente, como reacción espectacular y pacífica, en impresionantes ceremonias religiosas. En 1924 se celebró el primer Congreso eucarístico nacional, que llenó de alegría, de consuelo y fortaleza a don José María Robles.

Cuando en 1924 fue elegido Plutarco Elías Calles como presidente de la República, de quien era públicamente conocida su relación con el protestantismo norteamericano y con la masonería, se acusó entonces a mons. Orozco de inmiscuirse en política y éste, por el bien de la paz, tuvo que emprender un viaje a Italia durante un año. El gobierno hubiera deseado entonces que surgiera una «iglesia nacional», separada de Roma, y para ello favoreció algunos conatos que nunca prendieron en el pueblo.

En 1926 la «ley Calles», como una reforma del código penal, prohibió a la Iglesia cualquier actividad que no estuviera bajo control directo de las autoridades civiles e impedía a los sacerdotes ejercer el culto público en los templos, bajo penas muy severas. Como signo de protesta, y con la autorización de Pío XI, el episcopado estableció en una carta colectiva que el primer domingo de agosto no se celebrara misa alguna. A esta decisión se adhirieron todos los sacerdotes y fieles.

A los pocos meses de este recrudecimiento de la persecución violenta gubernamental hacia la Iglesia, brotó una actitud popular de rebeldía armada contra esa situación establecida por el gobierno. Así nació el movimiento de los «cristeros», llamados de este modo porque celebraban con gran solemnidad la fiesta de Cristo Rey, recientemente establecida por el mismo Papa en 1925 para toda la Iglesia universal, y fijada entonces para el último domingo de octubre. Ese movimiento popular de los cristeros estaba integrado por labradores, obreros, mineros y artesanos sin mucha cultura pero con mucho sentimiento religioso. Su lucha armada se mezclaba además contra una extraña reforma rural del gobierno que, pretendiendo evitar los latifundios, enfrentaba a pequeños propietarios —aunque fueran modestos— con los nuevos propietarios a quienes el mismo gobierno había repartido las tierras. Esta lucha ideológica y social, con el fuerte componente de persecución religiosa y la reacción violenta que originaba, enfrentaba al ejército contra los cristeros, y viceversa.

El episcopado se mostró siempre de modo pacífico y mayoritariamente se mantuvo firme en sus convicciones y manifestaciones de no violencia, pero no tenía capacidad de oponerse a la

espontaneidad con que había surgido aquel movimiento de los cristeros, al margen de sus propios propósitos, que además comprometía su magisterio evangélico sobre la paz y el perdón.

Don José María comulgaba enteramente con las orientaciones de su obispo diocesano y de todo el episcopado. Enseguida se vio perseguido por la política del presidente Calles, que era especialmente dura en Jalisco. El arzobispo de Guadalajara, mons. Orozco, dejó en libertad a todos los sacerdotes de su presbiterio para elegir entre quedarse en las propias parroquias o concentrarse en las grandes poblaciones. El párroco Robles optó por quedarse en su parroquia y, tomando las debidas precauciones, siguió ejerciendo el ministerio durante todo el año 1926.

Cuando comenzó la rebelión armada de los cristeros, en la que él nunca tomó parte alguna, su presencia en el pueblo se vio dificultada, teniendo que ocultarse en diversos lugares, viviendo en la clandestinidad y ejerciendo el ministerio de modo prudente y como podía. Aun así, al haberse suspendido el culto público había puesto, como signo visible de la consagración de su parroquia al Sagrado Corazón de Jesús, una cruz en La Loma, y esto a los gubernamentales les pareció una provocación, quienes emprendieron ya desde entonces la búsqueda y captura estrechándole cada vez más el cerco. En este tiempo mantuvo su temple firme y sereno y, cuando sus hermanos trataron de persuadirlo para que abandonara su parroquia y se concentrase con otros sacerdotes en Guadalajara, él respondió: «Un pastor no abandona nunca a sus ovejas».

Quienes, en estos meses, estuvieron cerca de él aseguran cómo celebraba diariamente la Eucaristía, dedicaba sus horas a la oración y al estudio, haciendo mortificación y penitencia por la situación que atravesaba la Iglesia y por los feligreses y ciudadanos de su pueblo. Descansaba pintando estampas, entre ellas la imagen del Corazón de Jesús, que había centrado siempre su ministerio y su vida, y escribiendo poesías espirituales. Daba palabras de aliento a quienes se preocupaban por su situación o a quienes también temían la persecución religiosa. A pesar de los pesares se mantenía con el don de la fortaleza y con la gracia de la alegría que da la confianza en Dios.

El 9 de febrero de 1927 una señorita se presentó en casa de la familia Brambila Agraz solicitándole que escondiera en su casa a don José María. Cuando él se trasladó a este escondite dijo: «Ahora sí, de aquí, a la libertad o al martirio», y seguía, desde allí, velando por mantener vivo el espíritu cristiano en su parroquia. Por eso, los soldados gubernamentales, que iban tras su rastro desde tiempo atrás registrando distintas casas en las que podría haberse ocultado, por fin lo encontraron en la casa de la familia Brambila y fue apresado en la madrugada del 25 de junio de 1927 por un pelotón comandado por el teniente Calderón. Justamente el día 24 anterior don José María había escrito en el margen de una estampa: «Renovación de mi esclavitud e irrevocable entrega al Corazón de Jesús, por María, mi Madre y Señora».

Cuando llegaron los soldados, José María Robles se disponía a celebrar la misa. Fue él mismo quien les abrió la puerta, con serenidad admirable, se mostró amable y prudente, y se dejó conducir dócilmente por ellos, quienes lo llevaron al cuartel de los agraristas, que se había establecido en casa del señor Ignacio Gómez. Algunos de sus feligreses de Tecolotlán hicieron una tentativa para liberarlo por medios legales, apelando al «derecho de amparo». Mientras tanto, don José María compartió con sus guardianes la comida que le había llevado la gente de su pueblo. Pero los intentos de liberarlo de la prisión segura y de la muerte, sospechada inminente, no resultaron. Algunas mujeres intentaron hablar con él, pero tan sólo consiguieron que uno de sus vigilantes les entregara el *Breviario* de su párroco en el que descubrieron este texto suyo, premonitorio de su martirio:

«Quiero amar tu corazón,
Jesús mío, con delirio;
quiero amarte con pasión,
quiero amarte hasta el Martirio...
con el alma te bendigo
mi Sagrado Corazón;
dime: ¿Se llega el instante
de feliz y eterna unión?
Tiéndeme, Jesús, los brazos,
pues tu "pequeñito" soy;
de ellos, al seguro amparo,

a donde ordenes, voy [...]
al amparo de mi Madre
y de su cuenta corriendo
yo, su "pequeño" del alma,
vuelvo a sus brazos sonriendo.
Un Padre, espera a sus hijos,
a todos, allá en el Cielo».

El general del cuartel de Sayula, Ferreira, instó al regimiento de Tecolotlán a que procediera con energía contra el sacerdote dando orden, que llegó a las diez de la noche, de que se matara inmediatamente a don José María. Como el «derecho de amparo» de la justicia federal lo protegía en Tecolotlán, a la media noche del mismo 25 de junio lo sacaron de la prisión y lo llevaron por el camino que lleva a Ameca, atravesando el rancho de Quila, que pertenecía a la jurisdicción de su propia parroquia pero estaba ya fuera de la jurisdicción civil del poblado. En medio de la oscuridad de la noche y por un camino tortuoso llevaban al sacerdote atado con cuerdas y a pie. Como pidió a sus guardianes que tuvieran paciencia con él, puesto que le resultaba difícil caminar, le ofrecieron subir sobre un caballo.

Después de cuatro horas de camino por el mismo rancho de Quila, se detuvieron y lo desmontaron de la cabalgadura, situándolo junto a un roble. Don José María comprendió enseguida que había llegado su hora. Pidió unos minutos y se arrodilló para rezar, dio luego la bendición a su parroquia, y en voz alta perdonó e incluso bendijo a sus verdugos. Para evitarles que tuvieran que recriminarse a sí mismos aquella acción, él mismo tomó la soga, la besó y se la puso al cuello. Sin juicio alguno, ni civil ni militar, en la madrugada del día 26 de junio, lo ahorcaron. Una vez muerto, lo descolgaron y lo abandonaron en tierra, avisando a los empleados de una carbonera vecina que allí había un cadáver. Algunos vinieron enseguida para sepultarlo en la misma carbonera sin haber reconocido que era el párroco. Cuando los feligreses de Quila se enteraron de que era el cadáver de su párroco de Tecolotlán, acudieron a la carbonera para exhumar su cuerpo y lo condujeron, cubierto de flores, a una sepultura en el cementerio del rancho de Quila.

El 26 de junio de 1932, con autorización del obispo auxiliar de Guadalajara, mons. José Garibi Rivera, que había sido con-

discípulo de San José María Robles, sus restos fueron trasladados desde Quila al Templo expiatorio de Guadalajara.

Fue beatificado el día 22 de noviembre de 1992 por el papa Juan Pablo II, quien lo canonizó el 21 de mayo del año jubilar 2000.

Sus reliquias se encuentran en el noviciado de las Hermanas del Corazón de Jesús Sacramentado, en Guadalajara (México).

JOAQUÍN MARTÍN ABAD

Bibliografía

«Breve de beatificación»: *AAS* 85 (1993) 313-316.
CONFERENCIA EPISCOPAL MEXICANA, *Mártires de la Iglesia de México* (México 1991).
CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, *Positio super martyrio. Christophori Magallanes et XXIV sociorum,* I (Roma 1992).
LÓPEZ BELTRÁN, L., *La persecución religiosa en México* (México 1987).
MEYER, J., *La cristiana,* 3 vols. (México 1973-1974).
RICCARDI, A., *Il secolo del martirio, i cristiani nel novecento* (Milán 2000) 318s.

SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER

Presbítero y fundador († 1975)

Muchos miles de personas le llaman «el padre» porque, sobre todo, supo querer. A Dios y a los hombres. El Señor le hacía sentir la ternura en el corazón.

> «De pocas cosas —decía— puedo ponerme de ejemplo. Y, sin embargo, en medio de todas mis miserias personales, pienso que puedo ponerme como ejemplo de hombre que sabe querer. Desearía, con un corazón de padre y de madre, llevar todo sobre mis hombros...».

El segundo entre seis hijos, de los que sólo sobrevivirían tres, nació en Barbastro, Huesca, el 9 de enero de 1902, de D. José Escrivá y Corzán, hombre íntegro y sinceramente piadoso, propietario de un negocio textil, y de D.ª M.ª Dolores Albás y Blanc, prototipo de la mujer fuerte y hacendosa de la Biblia. A los cuatro días recibió el bautismo, y le impusieron los nombres de José María (que él siempre fundió en uno solo), Julián, Mariano (pseudónimo que usó en no pocas ocasiones por amor a la Virgen). Con tres meses y medio, el 23 de abril, recibió la confirmación.

El niño era un pimpollo que hacía las delicias de sus papás, pero a los dos años contrajo una gravísima enfermedad infecciosa que los médicos diagnosticaron incurable. Para salvar la preciosa vida del retoño, su madre prometió a la Virgen peregrinar con él y con su esposo a la ermita de Nuestra Señora de Torreciudad, muy venerada en la región del Somontano aragonés. El pequeño curó precisamente en la noche en que los facultativos habían pronosticado su muerte, y D.ª Dolores cumplió su manda. Años más tarde, repetiría con frecuencia a su hijo: «Para algo grande te ha dejado en este mundo la Virgen, porque estabas más muerto que vivo».

Creció Josemaría como un niño muy despierto, sociable y lleno de alegría, pero a veces algo caprichosillo, o vergonzoso con las visitas. «La vergüenza, para pecar», le decía su madre en tales casos, forjando así su recia personalidad. De sus padres aprendía la sólida piedad que siempre le gustó seguir viviendo con matices tiernamente infantiles, y en su hogar respiró, sobre todo, el amor a Jesús Sacramentado y a la Santísima Virgen. Desde los tres años asistió al parvulario de las Hijas de la Caridad de Barbastro y, desde los siete, al colegio de los escolapios. Con uno de aquellos religiosos, preparado Josemaría por su madre, hizo su primera confesión a los seis o siete años. El simpático P. Enrique le puso como penitencia al pequeñuelo: «Dirás a mamá que te dé un huevo frito». Le encantó a Josemaría, que aún lo recordaba a distancia de 60 años.

Para su primera comunión, que hizo en el décimo aniversario de su confirmación, el 23 de abril de 1912, le preparó otro calasancio, quien le enseñó la fórmula de la comunión espiritual que Josemaría iba a rezar millones de veces y a propagar por el mundo entero:

> «Yo quisiera, Señor, recibiros, con aquella pureza, humildad y devoción con que os recibió vuestra Santísima Madre; con el espíritu y fervor de los santos».

Sus compañeros de estudios primarios y bachillerato le recordarán como un chico educado, de carácter abierto, estudioso y reflexivo, talentudo y hondamente piadoso. Eran años en que Josemaría se dormía rezando el Rosario, para desagraviar por las faltas de otros colegiales...

Entre 1910 y 1913 la muerte de las tres hermanas menores sembró de dolor la familia. Pero D.ª Dolores nunca temió por la vida de Josemaría: estaba ofrecido a la Virgen. Poco después, en 1914, quebró el negocio de su padre, que, arruinándose totalmente, no dejó de comportarse como un caballero cristiano, con una serenidad y elegancia espiritual que supusieron una auténtica lección para el casi adolescente Josemaría. Mientras soportaba en silencio las humillaciones de sus compañeros de colegio, él se sentía lleno de un orgullo santo por la entereza de su padre en medio de la tribulación. Para salir a flote, D. José pudo conseguir un nuevo trabajo en Logroño, adonde la familia Escrivá se trasladó en 1915, llamando enseguida la atención de sus nuevas amistades por la crianza y distinción con que se conducían y por su testimonio de caridad generosa y oculta, de fe recia sin ostentaciones, y de abundante fortaleza en la prueba. Josemaría recordará más tarde:

> «Así preparó el Señor mi alma, con esos ejemplos empapados de dignidad cristiana y de heroísmo escondido, siempre subrayados por una sonrisa...».

Ya metido en sus trece años, Josemaría prosiguió sus estudios de bachillerato en el Instituto Nacional de Logroño. Era un chico «de los que no se tuercen por nada», que, además del estudio de las asignaturas, se revelaba como un lector impenitente, que devoraba la historia y los clásicos, de los que aprende, imprimiéndole un sello muy personal, la limpidez y donaire que ha de verter en sus escritos.

Son crudos los inviernos riojanos. Asomaba el año 1918, y Logroño parecía querer esconderse bajo un espeso manto de nieve sobre la que se hundían, profundas, las huellas de un carmelita descalzo que pasaba frente a la casa de Josemaría, justo cuando él salía a la calle. Aquello fue un aldabonazo para su corazón; «barruntos del amor», lo llamará el joven, entendiendo que el Señor quiere de él algo muy concreto, aunque hasta dentro de diez años no se le desvele. Ahora, a sus dieciséis, trata de buscar la voluntad de Dios comulgando a diario, confesando con frecuencia y llevando una exigente dirección espiritual. Al fin, le parece ver claro: él, que pensaba estudiar arquitectura, se decide a ser sacerdote. Su padre lloró al recibir la noticia, pero

no sólo no se opuso, sino que facilitó a Josemaría el contacto con sacerdotes beneméritos que le pudieran orientar bien, y le aconsejó que, si podía, estudiara también, con el tiempo, una carrera civil, encargo que el hijo no olvidará.

Agradecido Josemaría al desprendimiento de sus progenitores, y comprendiendo que su resolución truncaba los planes de aquéllos sobre él para rehacer con su ayuda el patrimonio familiar, rezó con fervor para que Dios les enviara otro hijo varón. Efectivamente, el 28 de febrero de 1919 nacía el pequeño Santiago, que venía a ser el báculo de la vejez de estos buenísimos padres, y la prueba de que la plegaria confiada de Josemaría era escuchada por Dios, lo que confirmaba su vocación al sacerdocio. Él, deseando conocer más y mejor la voluntad de Dios, oraba con insistencia como el ciego Bartimeo: *Domine, ut videam!*

Terminados sus estudios de bachillerato con brillantes resultados, Josemaría se matricula como alumno externo en el seminario de Logroño, en octubre de 1918. Empezó a destacarse enseguida, no sólo por su porte elegante —chaqueta azul, con cuello alto y lazo—, sino sobre todo por su carácter agradable y risueño, siempre dispuesto a lo que le mandasen, por su inquietud apostólica y su inclinación a la oración. Tras el primer curso de teología, se trasladó al seminario de San Francisco de Paula (vulgo San Carlos), en Zaragoza, para completar sus estudios en la Universidad Pontificia de San Valero y San Braulio, donde siguió distinguiéndose por su amor al sacerdocio, su cultura y educación, su limpieza exterior y corrección en el vestir, su buen humor y naturalidad, su respeto y bondad para con superiores y compañeros. Tanta soltura tenía para escribir epigramas como para moverse con el cilicio sin ser notado. De aquellos años dirá más tarde:

> «Sucedieron muchas cosas duras, tremendas [...] Eran hachazos de Dios Nuestro Señor con el fin de preparar —de ese árbol— la viga que iba a servir, a pesar de su debilidad, para hacer su Obra. Yo, casi sin darme cuenta, repetía: "Domine, ut videam!, Domine, ut sit!". No sabía lo que era, pero seguía adelante, adelante, sin corresponder plenamente a la bondad de Dios, esperando lo que más tarde habría de recibir: una colección de gracias, una detrás de otra, que no sabría cómo calificar, y que llamaba operativas, porque de tal manera dominaban mi voluntad que casi no tenía que

hacer esfuerzo. Adelante, sin cosas raras, trabajando sólo con mediana intensidad [...] Fueron los años de Zaragoza».

Ciertamente, Josemaría pasaba muchas horas —algunas por la noche— ante el sagrario, en una tribuna del presbiterio de la iglesia de San Carlos, gritando en silencio: «¡Señor, Señora [...] que vea!».

En 1922, el cardenal arzobispo de Zaragoza, Soldevila y Romero (que un año después sería asesinado por un comando anarquista), nombró a Escrivá inspector del seminario, para lo cual le adelantó la tonsura al 28 de septiembre de ese año. A sus veinte, don Josemaría, ya todo un clérigo, se estrenaba como forjador de sacerdotes. De su mezcla de firmeza y suavidad, que llegará a hacerse proverbial, nos cuentan:

> «Su mera presencia, siempre atrayente y simpática, contenía a los más indisciplinados; una sencilla sonrisa, acogedora, asomaba por sus labios cuando observaba en sus seminaristas algún acto edificante; una mirada discreta, penetrante, triste a veces, y muy compasiva, reprimía a los más díscolos».

El 17 de diciembre de 1922, el obispo auxiliar don Miguel de los Santos Díaz Gómara, le confirió las órdenes menores del ostiariado y lectorado; y el 21 del mismo mes, el exorcistado y acolitado. En junio de 1923 terminó —con las máximas calificaciones— cuarto de teología; y en junio de 1924, los cursos monográficos del quinto año para el doctorado, aunque no podría leer la tesis hasta 1955, en la Universidad Lateranense de Roma.

También en 1923, con la anuencia de sus superiores, inició la carrera de derecho en la Universidad civil de Zaragoza, dedicándose al estudio de la abogacía durante el verano, cuando terminaban los cursos escolares del seminario. En aquella época aumenta su devoción a la Virgen del Pilar, que le habían inculcado sus padres desde niño, como buen baturrico. La visitaba diariamente en su Basílica para pedirle lo que había grabado con un punzón en la base de una sencilla imagencita: «Domina, ut sit!, que sea de mí lo que Dios quiere que sea». Medio siglo más tarde escribirá de la Virgen:

> «La sigo tratando con amor filial. Con la misma fe con que la invocaba por aquellos tiempos, en torno a los años veinte, cuando el Señor me hacía barruntar lo que esperaba de mí».

El 27 de noviembre de 1924 murió repentinamente su padre, don José, «con una santidad que invadía a toda la familia». Josemaría aceptó la noticia con asombrosa serenidad y, viéndose ahora el cabeza de familia, arregló el traslado de su madre y hermanos a Zaragoza, donde el 20 de diciembre recibió el diaconado conferido por mons. Díaz Gómara, quien le ordenó presbítero el 28 de marzo de 1925 en la iglesia de San Carlos. El día 30 celebró en la santa capilla del Pilar su primera misa por el eterno descanso de su padre.

A los tres días de su ordenación sacerdotal fue destinado como regente auxiliar de la parroquia de Perdiguera, pueblecito de 870 habitantes, cercano a Zaragoza, donde permaneció apenas dos meses, en los que tuvo tiempo para visitar a todas las familias. Repartía su jornada entre la oración y el estudio, el confesonario, la santa misa, el Rosario por la tarde, hora santa los jueves, catequesis de niños y adultos, visitas y comuniones a enfermos.

El 18 de mayo de 1925 regresó a Zaragoza para hacerse cargo de una capellanía en la iglesia de San Pedro Nolasco y atención a familias humildes, catequesis en barrios pobres... Dando clases particulares ayudaba al sustento de su familia y por la noche continuaba sus estudios de Derecho, hasta completar la licenciatura en enero de 1927. Con el fin de cursar el doctorado, pidió permiso al arzobispo, D. Rigoberto Doménech, para trasladarse a Madrid. Allí se estableció en una residencia sacerdotal que las Damas Apostólicas de D.ª Luz Casanova tenían en la calle Larra. Don Josemaría se hizo cargo de una de las labores asistenciales que llevaba esta institución: la capellanía del Patronato de enfermos, en la calle Santa Engracia, donde se dio generosamente: visitó más de 4.000 enfermos y logró que los más difíciles recibieran los sacramentos, administró casi 500 extremaunciones, bendijo 800 matrimonios, confirió más de 100 bautismos, dedicó muchos miles de horas a confesar, en las barriadas más pobres de Madrid, a niños a los que «había que empezar limpiándoles la nariz antes de limpiarles un poco aquellas pobres almas».

En la festividad de los Santos Ángeles Custodios de 1928, mientras hacía ejercicios espirituales en la residencia de los PP.

Paúles de la calle García de Paredes, *vio* claramente lo que Dios le pedía, desde aquellos primeros *barruntos:* que dedicara su vida entera a promover, en servicio de la Iglesia, una tarea espiritual, a la que más tarde llamará Opus Dei, cuyo espíritu «recoge la realidad hermosísima —olvidada durante siglos por muchos cristianos— de que cualquier trabajo digno y noble en lo humano puede convertirse en un quehacer divino». Algo que, como señalaría a la muerte de Escrivá el cardenal Marcelo González Martín, siendo «tan sencillo y tan evangélico, estaba prácticamente olvidado». Por eso, algunos consideraron a don Josemaría un soñador o un loco, aunque a él no le gustaba ser fundador de nada y buscaba una obra parecida a la que Dios le pedía a él, ya existente, para pedir en ella la admisión, como el último miembro. Pero nada tenía que ver con lo que el Señor quería, aunque él sólo tenía, por ahora, «veintiséis años, la gracia de Dios y buen humor: nada más». Decía que, al servirse de él, Dios escribía con la pata de la mesa, para lucirse más.

La capilla del Patronato de enfermos y la iglesia de Santa Isabel fueron testigos mudos de sus largas horas de oración nocturna, suplicando luz de lo Alto. Intensificó sus penitencias y ayunos y aumentó su trabajo entre pobres y desvalidos. Pedía sin cesar oraciones por *su intención,* sobre todo a los sacerdotes y a los enfermos. Entretanto, y aunque necesitaba con urgencia incardinarse en la diócesis de Madrid, declinó ofertas muy ventajosas, como la posibilidad de ser capellán de Palacio, o director de la casa del consiliario de Acción Católica. Él continuaba atendiendo a niños necesitados, y desplegando su celo infatigable en el Hospital del Rey, en el Hospital General y en el de la Princesa.

Celebrando misa en casa de la marquesa de Onteiro, madre de Luz Rodríguez Casanova, el 14 de febrero de 1930, Josemaría, contra su inclinación natural, comprendió que en el naciente Opus Dei también debían caber las mujeres. Sólo con veintiocho, pedía al Señor «ochenta años de gravedad»: los necesitaba para trabajar en la nueva labor con prudencia y fortaleza. Una de las primeras «conquistas» para su obra fue un antiguo compañero de estudios en Logroño, el joven ingeniero Isidoro Zorzano, que moriría en olor de santidad en 1943.

En abril de 1931 había sido proclamada la II República española, despiadadamente anticlerical. En otoño cesó Escrivá como capellán del Patronato de enfermos para pasar a serlo de las Agustinas Recoletas dependientes del Patronato de Santa Isabel, del que, en 1934, fue nombrado rector. Eran años en los que Dios le hacía sentir fuerte y dulcemente el inefable misterio de la filiación divina y la necesidad apostólica de poner a Cristo en la entraña de todas las actividades humanas. Los hombres y mujeres del Opus Dei han de ser, con naturalidad, por la oración, mortificación y trabajo, «contemplativos en medio del mundo». Don Josemaría veía, más y más, agrandarse su campo apostólico: hospitales, capillas, oficinas, centros de trabajo, la calle, la universidad, el parque del Retiro, la chocolatería «El Sotanillo», cercana a la Puerta de Alcalá. Su círculo de hijos espirituales se extendía, su dedicación a los pobres y su evangelización en los barrios extremos se intensificaban, porque ahora le ayudaban «sus chicos»: Pedro Casciaro, Luis Gordón, Álvaro del Portillo, Juan Jiménez Vargas, y otros jóvenes espléndidos, iban engrosando las filas del Opus Dei.

En diciembre de 1933, don Josemaría logró abrir, en un entresuelo de Luchana 33, la Academia DYA: Derecho y Arquitectura (en la mente del fundador, también «Dios y Audacia»...). Allí acudirían a estudiar numerosos universitarios, que también recibían formación doctrinal. Era una labor apostólica del Opus Dei, con los rasgos propios de todas las que vendrían después: planteamiento jurídico civil, ambiente de hogar alegre, formación cristiana, dimensión apostólica, respeto a la libertad. Al trasladarse el centro en 1934 a Ferraz 50, ya como residencia de estudiantes, se pudo instalar un año después —merced a la «ayuda económica» de San José— el Oratorio con el reservado, ante la ilusión casi infantil de don Josemaría. A partir de aquel 31 de marzo de 1935, la modesta capillita estaría llena de jóvenes haciendo oración mental, lo que entonces no era corriente. Les había enseñado aquel que ya todos comenzaban a llamar, espontáneamente, «el padre». Al pie del Sagrario, y en el palenque de un trabajo serio y concienzudo, se forjaban para ser, como quería el fundador, «sembradores de paz y de alegría por todo el mundo».

Las condiciones en que desarrolla Escrivá su trabajo agotador en la residencia son de extrema pobreza. Su salud no es buena... Por entonces escribe sus libros *Santo Rosario* y *Consideraciones espirituales* (en 1939 ampliado y publicado como *Camino,* una de las obras de espiritualidad más difundidas).

A comienzos de 1936 la Obra comenzó su expansión fuera de Madrid, con el proyecto de Valencia y los preparativos para salir a París. Pero todo se suspendió por el estallido de la Guerra Civil, el 18 de julio, con su sangrienta persecución de todo lo sagrado por parte de los republicanos. Como tantos miles de sacerdotes y religiosos, perseguidos como alimañas por los revolucionarios marxistas, don Josemaría se vio obligado a prescindir de su querida sotana y a buscar refugio. A pesar del peligro que corría —murieron mártires más de 7.000 eclesiásticos en una contienda que fue, desde el primer día, una auténtica Cruzada en la que se decidía la supervivencia de la Iglesia en España—, él siguió desarrollando su ministerio sacerdotal. Pero cualquier sacerdote comprometía con su presencia a quien le daba alojamiento... En octubre, Escrivá pudo esconderse en una pequeña clínica psiquiátrica de Chamartín de la Rosa, donde —lo que era un privilegio entonces— pudo celebrar casi a diario durante cinco meses. En marzo de 1937 se trasladó a la Legación de Honduras, con su hermano Santiago y cuatro miembros del Opus Dei. Los seis ocuparon una habitación de diez metros cuadrados. El padre, que mantenía con su fervor el del grupo, y escribía y visitaba a los miembros de la Obra, llevándoles la comunión en una pitillera, llegó a perder cuarenta kilos. Su vida corría peligro, y sus hijos le insistían en que saliera de la zona roja atravesando los Pirineos por Andorra. En octubre de 1937 marchó a Valencia, y de allí a Barcelona, desde donde, el 19 de noviembre, con una expedición clandestina, emprendió la marcha, a través de altas montañas y desfiladeros abruptos.

El 2 de diciembre llegó a Andorra, y de allí pasó a Lourdes y Pamplona. A comienzos de 1938, el fundador del Opus Dei fijó su residencia en Burgos y reanudó su actividad apostólica por toda la España nacional, en medio de una situación de enorme estrechez y preparó por entonces su tesis doctoral.

Acabada la guerra en 1939, comenzó un movimiento imparable por toda la Península Ibérica, viajando desde Madrid a las grandes capitales, durante los fines de semana, para extender su Obra, y atender a las numerosas vocaciones que surgían. En esta época predicó incontables tandas de Ejercicios al clero de diversas diócesis y a comunidades religiosas, a las que decía: «Sois el tesoro de la Iglesia».

Por aquellos años se desataron con singular virulencia ataques y calumnias contra el Opus Dei y su fundador, a veces debidos a la incomprensión de gente con buena intención que no entendía ese camino de santificación en el mundo. Llegaron a acusarles, incluso, de masones. Don Josemaría, que nunca se presentaba como víctima —aunque sufría por la ofensa de Dios que esto representaba—, preguntaba con gracia algunas noches: «¿Desde dónde nos insultarán mañana?». Pero el obispo de Madrid-Alcalá, mons. Eijo-Garay, que estaba con Escrivá, quiso aprobar la Obra como Pía Unión, el día de San José de 1941.

El 14 de febrero de 1943, celebrando misa, «vio» la solución canónica para que pudieran ordenarse sacerdotes de la Obra, e incluso el nombre y el sello de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, que recibió el *nihil obstat* de la Santa Sede para su erección diocesana el 11 de octubre del mismo año. El 25 de junio de 1944 fueron ordenados los tres primeros: Álvaro del Portillo, José María Hernández de Garnica y José Luis Múzquiz.

En 1945 ya existían centros de la Obra en Madrid, Barcelona, Valencia, Bilbao, Sevilla, Granada, Zaragoza, Valladolid y Santiago de Compostela. En 1946, se establecieron en Portugal, Inglaterra e Italia; en 1947, en Francia e Irlanda.

En 1947 la Santa Sede aprobaba el Opus Dei, aunque con un marco jurídico no conforme aún a los deseos del fundador. (Éstos no se verían realizados hasta después de su muerte, con la creación de una prelatura personal.) Ese mismo año solicitaban su admisión en la Obra las primeras personas casadas, y don Josemaría recibía del Papa el nombramiento de «Prelado doméstico de Su Santidad». También en 1947 se trasladó a vivir a Roma. En 1948 erigió el colegio romano de la Santa Cruz, para la formación de miembros del Opus Dei de todo el

mundo, y en 1953 el colegio romano de Santa María, para mujeres.

En 1949 la Obra se establece en México y Estados Unidos, y en 1950 en Chile y Argentina. En la fiesta del Corazón de Jesús de este año, Pío XII concedía la aprobación definitiva al Opus Dei. A partir de entonces, la expansión de la Obra constituyó una realidad en los cinco continentes, pero su desarrollo se impulsaba, como quería el padre, «en Roma y desde Roma». Desde la Ciudad Eterna, Escrivá, casi encerrado en Villa Tevere, promovió y dirigió toda clase de actividades apostólicas, recibió a innumerables personas de toda raza y condición, alentó a muchos hombres de Iglesia...

El centro de su jornada, de intenso trabajo, era la santa misa, que celebraba con extraordinaria piedad, jalonando el resto de las horas con rápidas y frecuentes visitas al Santísimo y obsequios espirituales a Santa María. Su devoción a la Virgen era tan recia como tierna. A ella consagró la Obra en Loreto, el 15 de agosto de 1951. De 1953 a 1960, llenó de avemarías y canciones las carreteras de Europa —en su expresión—, viajando incansablemente para impulsar la marcha de los apostolados o para extender el Opus Dei a nuevas naciones. Soñaba los apostolados de la Obra como «un mar sin orillas», con ámbitos muy diversos en que debían caber gentes de toda procedencia, cultura, clase social, edad e incluso religión.

Fue el alma de la creación de las universidades de Navarra, en España, y Piura, en Perú, nación en la que, en 1957, al Opus Dei le fue encomendada por la Santa Sede la Prelatura de Yauyos, en una zona paupérrima de los Andes, carente por completo entonces de asistencia sacerdotal y medios materiales. Inspirados por el padre, surgieron por todo el mundo colegios y centros de enseñanza superior, y numerosas «Escuelas del hogar», como centros de formación y residencias para proporcionar a las empleadas del hogar, a un tiempo, formación espiritual y humana, y preparación profesional y cultural.

Monseñor Escrivá de Balaguer recibió los nombramientos de consultor de la S. Congregación de Seminarios y Universidades y miembro de la Pontificia Academia de Teología (1957); y consultor de la Comisión Pontificia para la interpretación au-

téntica del CIC (1961). Durante el Concilio Vaticano II, cientos de padres conciliares, peritos, teólogos y canonistas acudieron a la vía de Bruno Buozzi para consultar con Escrivá los más diversos asuntos. Por su parte, previendo las interpretaciones desviadas o la incorrecta aplicación de los decretos conciliares —como en tantos lamentables casos sucedió—, él rezó e hizo rezar mucho para que el Concilio dejara bien patente la incontestable autoridad del Papa, y reafirmase la unidad de los obispos con el Santo Padre, «en estos momentos de deslealtad».

El Concilio vino a confirmar, con su magisterio solemne, aspectos fundamentales de la espiritualidad de Escrivá, proyectados en su Obra, tales como la llamada universal a la santidad, el trabajo profesional como medio de santificación, la vocación al apostolado de todos los fieles laicos, que tienen verdadera alma sacerdotal; la santa misa como centro y raíz de la vida interior, etc.

En sus últimos años, parece que Dios quiso compensar a Josemaría Escrivá de las persecuciones y maledicencias de que había sido objeto durante tanto tiempo, honrándole ya en esta tierra. Y así, en 1960 fue nombrado Doctor «honoris causa» por la Universidad de Zaragoza, en la que él, tras ordenarse sacerdote en la ciudad del Ebro, había estudiado Derecho; e hijo adoptivo de Pamplona, en medio de un júbilo popular tal, que llamó la atención del prelado navarro, Enrique Delgado, y del Nuncio Antoniutti. Parecidas escenas se repitieron cuatro años después, presidiendo los actos académicos como Gran Canciller de la Universidad de Navarra y la I Asamblea de amigos de la Universidad. En 1965 el papa Pablo VI inauguró solemnemente los edificios del centro ELIS (Educazione, Lavoro, Istruzione, Sport), construido por el Opus Dei en la periferia romana para la enseñanza media y formación profesional de jóvenes y obreros. En 1966 Escrivá fue nombrado hijo adoptivo de Barcelona, ciudad en la que, años atrás, su Obra había sido objeto de enconadas persecuciones. En 1967 el fundador volvió a Pamplona, y 40.000 personas asistieron a una misa celebrada por él en el campus de la universidad, el 8 de octubre. En ella pronunció la homilía «Amar al mundo apasionadamente», resumen de su predicación sobre la santificación de la vida ordinaria, que aparecería publicada en 1973, con otras homilías, en su

libro *Es Cristo que pasa.* Otro libro póstumo, *Amigos de Dios,* dio a la luz en 1977 dieciocho homilías más.

A partir de 1967, y hasta 1975, año de su muerte, el Padre emprendió una larga serie de viajes por el mundo —entreverados de peregrinaciones marianas: Loreto, Fátima, Guadalupe de México, el Pilar, Torreciudad...— para dirigir catequesis a grandes grupos de personas. Durante aquellos días pasaba la jornada dedicado por entero a predicar, aconsejar, y atender, sin concederse reposo, a gentes de toda condición. Así, en 1970 prolongó durante más de un mes su estancia en México y recibió a millares de personas de toda América. A la Virgen de Guadalupe, con quien pasó largas horas en su santuario, le rezó entonces así:

> «Señora nuestra, ahora te traigo —no tengo otra cosa— espinas, las que llevo en mi corazón; pero estoy seguro de que por Ti se convertirán en rosas. Haz que en nuestros corazones cuajen a lo largo de todo el año rosas pequeñas, las de la vida ordinaria, corrientes, pero llenas del perfume del sacrificio y del amor...».

En el invierno de 1972 Escrivá recorrió España y Portugal y unas 150.000 personas pudieron escuchar su predicación. No se explicaba su resistencia sino porque le sostenía el amor de Dios y el celo por las almas. En 1974 se lanzó a un nuevo viaje por América, en tierras de Brasil, Argentina, Chile, Perú, Ecuador y Venezuela. Habló, casi diariamente, a miles de personas (estando, algunos días, con fiebre alta y una grave afección pulmonar), y visitó los santuarios marianos de La Aparecida y Luján. Tras un paréntesis en Roma, pasó el mes de febrero de 1975 en Venezuela y Guatemala, donde cayó otra vez enfermo como consecuencia de aquellas jornadas agotadoras. En mayo volvió a España para visitar las obras del santuario de Torreciudad, junto a su Barbastro natal, en fase final de construcción.

Desde 1956, movido por su deseo de reavivar el culto a esta advocación mariana, el Padre promovió el ambicioso proyecto de este gran santuario, financiado con aportaciones económicas provenientes de todo el mundo. Al verlo prácticamente terminado —él mismo consagró el altar mayor y quiso «estrenar» la capilla de las confesiones—, exclamó: «Sólo los locos del Opus

Dei hacemos esto, y estamos muy contentos de ser locos... ¡Qué bien se va a rezar aquí!».

El fundador partió de regreso a Roma el 26 de mayo de 1975. Nadie suponía que sólo le quedaba un mes de vida. El 26 de junio, después de hacer la oración y celebrar misa bien temprano, como todos los días salió, rezando el Rosario, hacia Castelgandolfo, para dirigir una charla a las alumnas del colegio romano de Santa María. Tuvo que interrumpir la plática por sentirse indispuesto y, acompañado de sus fieles Álvaro del Portillo, Javier Echevarría y Javier Cotelo, regresó sereno a Roma. Como siempre, al entrar en Villa Tevere saludó, lo primero, al Señor de la casa, en el oratorio. Subió al despacho y, según hacía cada vez que entraba, dirigió una mirada de cariño filial a un cuadro de la Virgen de Guadalupe. Sería su última mirada a la Virgen antes de verla cara a cara. Víctima de un paro cardíaco, se desplomó en el suelo, mientras acudían, corriendo, Echevarría y Álvaro del Portillo, quien le absolvió y administró la unción de enfermos, llorando como un niño. El padre había muerto como quería, «sin dar la lata». Como había predicho en Jaltepec (México): «Quisiera morir así: mirando a la Virgen Santísima y que ella me entregase una flor»...

Incontables personas, desde purpurados a amas de casa, rezaron ante su cadáver, cuyo rostro transmitía una paz sobrenatural. El papa Pablo VI manifestó inmediatamente su dolor por la noticia. La misa exequial, de carácter íntimo, tuvo lugar el 27 de junio en la cripta del oratorio de Villa Tevere. El funeral público del día siguiente, en la Basílica romana de San Eugenio de Valle Giulia, a la que asistieron las más altas autoridades civiles y eclesiásticas, fue una conmovedora manifestación de duelo de miles de personas.

Tras un rápido proceso, *el padre,* como reza en su lápida sepulcral y le llaman multitudes ingentes, fue beatificado el 17 de mayo de 1992 y canonizado el 6 de octubre de 2002, en el centenario de su nacimiento. Ambas ceremonias, presididas por Su Santidad Juan Pablo II en la Plaza de San Pedro del Vaticano, asombraron a Roma y al mundo porque la muchedumbre asistente —en los dos casos sobrepasó las 300.000 personas— ofreció un magnífico ejemplo de orden, silencio y fervor, a la

vez que invadió la Ciudad Eterna con la alegría de los hijos de Dios, como quería San Josemaría Escrivá.

ALBERTO JOSÉ GONZÁLEZ CHAVES

Bibliografía

BERGLAR, P., *Opus Dei* (Madrid 1989).
BERNAL, S., *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer* (Madrid 1980).
CEJAS, J. M., *Amigos del fundador del Opus Dei* (Madrid 1992).
GONDRAD, F., *Al paso de Dios* (Madrid 1985).
PORTILLO, A. DEL, *Entrevista sobre el fundador del Opus Dei* (Madrid 1993).
SECO, L. J., *La herencia de Mons. Escrivá de Balaguer* (Madrid 1986).
URBANO, P., *El hombre de Villa Tevere* (Barcelona 1995).
VÁZQUEZ DE PRADA, A., *El fundador del Opus Dei*, I-II (Madrid 2002).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN VIGILIO DE TRENTO

Obispo y mártir († 405)

Era natural y ciudadano de Trento y miembro de una familia acomodada que le pudo costear estudios en Atenas. Sus buenas cualidades y su magnífica preparación lo acreditaron a los ojos de la comunidad cristiana de su ciudad natal que lo eligió obispo cuando no tenía aún los treinta años.

Al llegar a obispo se encontró con que todavía eran abundantes los paganos en su zona, y muchos de ellos casaban con cristianas o viceversa, lo que ponía en peligro la transmisión de la fe a las nuevas generaciones, y por ello él insistiría, por consejo de San Ambrosio de Milán, en que las personas cristianas tomaran cónyuge de su misma religión. Cuidó igualmente de que la comunidad cristiana viviera con sinceridad el cristianismo, al que procuró atraer, con notable éxito, a los muchos paganos que, como queda dicho, aún había en su diócesis. Para ayudarlo en esta tarea evangelizadora San Ambrosio le envió tres ayudantes que en su tarea hallaron el martirio, que Vigilio contó al sucesor de San Ambrosio, San Simpliciano, así como a San Juan Crisóstomo, quizás conocido suyo en su tiempo de estudiante (395).

Él, a su vez, encontraría el martirio en su afán por acabar con el paganismo y cristianizar a todos los habitantes de su región. Estaba en el valle de Rendena predicando el evangelio y hablando de la fatuidad de los ídolos cuando con sus propias manos derribó la estatua de Saturno, el protector de los agricultores. Los paganos, airados de este hecho, se abalanzaron contra él y lo mataron a pedradas.

SAN ANTELMO DE BELLEY

Obispo († 1178)

Antelmo nació en Chignin, junto a Chambery, en el seno de una familia noble saboyana. Sintiendo la vocación sacerdotal, ingresó en las filas del clero y se ordenó de sacerdote, logrando una canonjía en Ginebra, de cuya iglesia llegó a ser el preboste. Era un sacerdote ejemplar y amante de la reforma de la Iglesia.

Pero, visitando a unos parientes que tenía en la Cartuja, se sintió impactado por la vida santa del monasterio y decidió hacerse cartujo, ingresando en la de Portes en 1137. No había acabado su noviciado cuando fue trasladado a la Gran Cartuja, la casa madre de la Orden en Grenoble. No habían pasado sino dos años cuando, al dimitir del priorato Hugo I, Antelmo fue elegido para sucederle y hubo de hacer frente a numerosos problemas, entre ellos la reconstrucción de edificios arruinados, volver a la primitiva observancia, conjuntar todas las casas de la Orden entre sí y convocar el primer capítulo general. Dio encargo al Beato Juan de España para que adaptara las costumbres cartujanas a las monjas y surgiera así la rama femenina de la Orden. Al cabo de doce años de priorato, presentó la renuncia, y se disponía a vivir la vida solitaria propia de los monjes cuando fue llamado a hacerse cargo del priorato de Portes. Él procuró establecer la más estricta observancia del modo de vida cartujano en un monasterio que parecía apartarse un poco de él. Pasados dos años, volvió a Grenoble.

Cuando vio que por influencia de Federico Barbarroja se creaba un antipapa en la persona de Víctor IV, Antelmo hizo cuanto pudo por mantener a los monjes y a los fieles en la obediencia de Alejandro III. Y esta conducta valerosa incitó al di-

cho papa Alejandro a nombrarlo obispo de Belley. No quería Antelmo, pero el pontífice insistió, y por ello Antelmo fue consagrado obispo el 8 de septiembre de 1163.

Como obispo procuró la reforma de la Iglesia en la línea gregoriana: insistió en el celibato del clero, en los derechos de la Iglesia frente a la intromisión del poder secular, en la guarda de la disciplina eclesiástica. El papa lo desautorizó levantando la excomunión a uno que él había excomulgado, y entonces dejó la diócesis y se retiró a Portes, pero los fieles insistieron ante él en que volviera y así lo hizo. El papa no se enfadó por la firmeza de Antelmo. Fue un obispo celoso de la causa de los pobres, a los que ayudaba cuanto podía, y daba el ejemplo de vivir con simplicidad y austeridad monacal, pasando temporadas en la Cartuja para robustecer su espíritu. Murió en Belley el 26 de junio de 1178.

BEATO RAIMUNDO PETINIAUD DE JOURGNAC

Presbítero y mártir († 1794)

Nació en Limoges el 3 de enero de 1747 en el seno de una religiosa familia, tres de cuyos hijos llegarían a ser sacerdotes. Optó por el sacerdocio y se doctoró en la Sorbona, obteniendo en 1767 una canonjía en la catedral de Limoges. En 1780 se le dio el cargo de *sochantre* y poco después el de *chantre*. En 1785 el obispo de la diócesis, mons. D'Argentré, lo nombró su vicario general. Era también oficial de la diócesis y arcediano de Limoges. En la casa cural de San Mauricio él vivió habitualmente con sus dos hermanos sacerdotes, Juan José y Juan Bautista.

Llegada la Revolución, se negó a jurar la constitución civil del clero y fue expulsado de sus cargos. Se refugió en Riom, diócesis de Clermont. Cuando salió la ley de deportación de los no juramentados, él creyó que se libraría de la deportación a causa de su mal estado de salud, y por ello se presentó a las autoridades del departamento de Puy-de-Dôme. Conducido a Limoges el 8 de marzo de 1794, primero intentaron condenarlo a muerte como emigrado vuelto, pero, finalmente, la pena fue de deportación, decretada contra él tras deliberación el 13 de marzo. El día 29 salía hacia Rochefort en el segundo envío, estando

ya el día 13 de abril a bordo del Borée cuando se le hizo el habitual registro. De ahí pasó a Les Deux Associés, cuyas condiciones no pudo resistir su débil salud, falleciendo el 26 de junio de 1794 y siendo enterrado en la isla de Aix. Sintiéndose morir llamó a sus compañeros en torno a sí, les recordó algunos pasajes de la Escritura apropiados para su situación y les dijo que la muerte en aquellas circunstancias era una ganancia, puesto que era tan dura la vida que les hacían llevar. Moría en la esperanza de que los sufrimientos terrenos se convertirían en gloria eterna junto a Dios y que Cristo los resucitaría finalmente para convertir nuestro cuerpo débil en un cuerpo glorioso como el suyo. Fue beatificado el 1 de octubre de 1995.

SAN JOSÉ MA TAISHUN

Catequista y mártir († 1900)

Cristiano distinguido de la comunidad cristiana china, de la que era catequista. Era médico de profesión y vivía en el poblado de Tsien-Cheng-Tchoang. Cuando supo de la revolución bóxer y su odio al cristianismo, se refugió en la casa de un amigo pagano, el cual le insistió mucho en que salvara su vida renegando de la fe o al menos aparentara que renegaba, pero que se diera cuenta del peligro que corría de no hacerlo. José temió que la insistencia de su amigo, llena de la mejor voluntad de salvarlo, pudiera debilitar su fe y entonces decidió dejar la casa donde se hospedaba y comenzó a ir de un sitio a otro.

Fue finalmente apresado y llevado a su pueblo, donde confesó firmemente la fe y fue condenado a muerte. Llevado al lugar del suplicio, pidió unos instantes para poder hacer oración y estando haciéndola fue masacrado. Era el 26 de junio de 1900. Tenía sesenta años. Fue canonizado el 1 de octubre de 2000.

BEATOS NICOLÁS KONRAD Y VLADIMIRO PRYJMA

Mártires († 1941)

El párroco de Stradch, en la archieparquía de Lvov, fue llamado el 26 de junio de 1941 a administrar los sacramentos a

una mujer que estaba enferma. El cantor o *sochantre* de la parroquia decidió acompañar al sacerdote. Era el tiempo en que se retiraban las tropas soviéticas por la llegada de los alemanes. Los rusos hallaron al párroco y a su acompañante y decidieron fusilarlos en el bosque de Birok.

El párroco se llamaba Nicolás (Mykola) Konrad. Había nacido en Strusiv, región de Ternopol, el 16 de mayo de 1876. Se licenció en filosofía y teología e hizo los estudios de posgrado en la Academia de Santo Tomás de Aquino. Recibió la ordenación sacerdotal en 1899, incardinado en la archieparquía de Lvov, y luego de enseñar religión en las escuelas ucranianas y húngaras, fue designado párroco de Stradch, donde ejerció con fruto su ministerio sacerdotal.

El seglar se llamaba Vladimiro Pryjma. Había nacido el 17 de julio de 1906 en la propia Stradch. En 1931 casó con María Stojko y tuvo con ella cuatro hijos. Era *sochantre* de la parroquia y cumplía con sus deberes familiares y profesionales.

Fueron beatificados el 27 de junio de 2001.

BEATO ANDRÉS ISCAK

Presbítero y mártir († 1941)

Nació el 23 de octubre de 1887 en Mykolaiv, región de Lvov. Hizo los estudios de filosofía y teología en Innsbruck y se ordenó sacerdote en 1914, incardinándose a la archieparquía de Lvov. Prefecto en el seminario de Lvov, pasó luego a la Academia teológica como profesor. En 1930 fue a Roma y frecuentó las aulas del Pontificio Instituto Oriental. Vuelto a su patria, fue nombrado párroco de Sykhiv, en la región de Lvov, donde desempeñó ejemplarmente su ministerio en circunstancias muy difíciles por la ocupación soviética del territorio. Cuando las tropas soviéticas se retiraban ante el avance de las tropas alemanas decidieron fusilar a este párroco celoso y fiel, el 26 de junio de 1941. Fue beatificado el 27 de junio de 2001.

BEATO ANDRÉS JACINTO LONGHIN
Obispo († 1936)

Nació el 23 de noviembre de 1863 en Fiumicello de Campodarsego, diócesis de Padua, en Italia, en una religiosa familia de campesinos. En el bautismo se le puso Jacinto Buenaventura. Educado cristianamente por su familia, ésta le autorizó a seguir su temprana vocación religiosa y a los 16 años ingresaba en el noviciado de la Orden capuchina, tomando el nombre de fray Andrés de Campodarsego. Estudia primero en Padua y luego hace los estudios de teología en Venecia, siendo ordenado sacerdote el 19 de junio de 1886.

Los dieciocho primeros años de su sacerdocio hubo de emplearlos, por obediencia, en la formación de los religiosos jóvenes, de los que era director espiritual y profesor, lo que hizo con gran competencia, dedicación y fruto. En 1902 fue elegido provincial de su Orden en Venecia, y como tal hubo de tratar con el futuro San Pío X que le hizo diferentes encargos ministeriales para su diócesis.

Llegado Pío X a la sede papal, eligió personalmente al provincial capuchino para la diócesis de Treviso, y lo hizo consagrar obispo en Roma por manos del cardenal secretario de Estado, monseñor Rafael Merry del Val. Tomó posesión de la diócesis el 6 de agosto de 1904 y se dedicó enseguida a la visita pastoral, que le llevó cinco años y le permitió conocer muy bien las necesidades pastorales de su comunidad. Al cabo de la visita convocó un sínodo diocesano, queriendo que todas las orientaciones papales se incorporaran a la vida de la diócesis.

Reformó el seminario diocesano en su plan de estudios y su formación espiritual. Promovió los ejercicios espirituales y la formación permanente de los sacerdotes. Al estallar la primera guerra mundial, su diócesis padeció mucho por estar en la línea del frente y sufrir bombardeos destructores. Más de cincuenta parroquias sufrieron sus efectos. El obispo permaneció en su puesto e instó a los sacerdotes a que hicieran lo mismo. Impulsó la asistencia a los soldados, los enfermos y los pobres.

En los duros años que siguieron a la guerra, comenzó una segunda visita a la diócesis y no cesó de predicar la paz y la jus-

ticia. En 1926 comenzó la tercera visita pastoral, y recibió por entonces el encargo papal de visitador apostólico de las diócesis de Padua y Údine para tratar de llevar a ellas la paz y la concordia. Llegada la época fascista hubo de padecer mucho, y se mostró fuerte y firme, sin ceder a halagos ni amenazas. Eran evidentes a todos sus insignes virtudes, su espíritu genuinamente franciscano, su voluntad de servicio, su austeridad de vida y su inmensa caridad con todos. Empezó a perder sus facultades mentales y lo soportó con gran paciencia. Murió el 26 de junio de 1936. Fue beatificado el 20 de octubre de 2002.

27 de junio

A) MARTIROLOGIO

1. San Cirilo († 444), obispo de Alejandría y doctor de la Iglesia **.
2. En Cartago, Santa Gudenas († 203), mártir.
3. En Córdoba, San Zoilo († 303), mártir *.
4. En Constantinopla, San Sansón († 560), presbítero *.
5. En Castro Chinon (Galia Turonense), San Juan († s. VI), presbítero *.
6. En Milán (Lombardía), San Arialdo († 1066), diácono y mártir *.
7. En Nam-Dinh (Tonkín), Santo Tomás Toan († 1840), catequista y mártir *.
8. En Friburgo (Suiza), Beata Margarita Bays († 1879), virgen **.
9. En Moulins (Francia), Beata Luisa Teresa Montaignac de Chauvance († 1885), virgen, fundadora de la Pía Unión de Oblatas del Sagrado Corazón de Jesús **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN CIRILO DE ALEJANDRÍA

Obispo y doctor de la Iglesia († 444)

San Cirilo Alejandrino es uno de los Santos Padres más celebrados de la Iglesia oriental antigua.

Fue, durante treinta y dos años, patriarca de Alejandría, ciudad en que confluían la ciencia del paganismo, del judaísmo y

del cristianismo. Ciudad puesta al frente de todo el Egipto en lo político y en lo eclesiástico. Su actividad literaria coincide con el siglo de oro de la literatura patrística.

En la historia eclesiástica su nombre va vinculado al Concilio de Éfeso, tercero ecuménico, y en la defensa de la fe brilla como lumbrera rutilante en la magna controversia nestoriana. Su doctrina cristológica y las estrechas relaciones eclesiásticas que le unieron con la cátedra romana le hicieron acreedor de la simpatía y veneración de la Iglesia universal.

Nació San Cirilo, según parece, en la misma ciudad de Alejandría. Era sobrino del prepotente patriarca Teófilo, que rigió los destinos de aquella iglesia madre entre los años 385-412 y se hizo famoso por su enconada lucha con San Juan Crisóstomo, patriarca de Constantinopla.

De posición social acomodada y cristiana, recibiría esmerada educación según las tradiciones más puras de la antiquísima iglesia alejandrina y frecuentaría, en su juventud, las aulas de la escuela que fundara San Panteno e ilustraron Clemente, Orígenes, Dídimo el Ciego y el gran Atanasio.

Los escritos transmitidos y su actividad pastoral nos obligan a imaginarlo dedicado de lleno a su formación sacerdotal y preparación intelectual en los últimos años del glorioso siglo IV, cuando las sedes eclesiásticas principales ostentaban figuras luminosas en ciencia y santidad, como San Ambrosio de Milán, San Dámaso en Roma, San Cirilo de Jerusalén, San Gregorio de Nisa y San Juan Crisóstomo en Constantinopla.

Las bibliotecas de la ciudad del Nilo le ofrecerían tesoros manuscritos abundantes de las Sagradas Escrituras. La difícil convivencia de judíos, paganos y cristianos le estimularía a la futura defensa del pueblo cristiano contra los enemigos exteriores. La herencia antiarriana de San Atanasio se le metería en la médula de su formación dogmática y le pondría en guardia ante las innovaciones dogmáticas. Y, sobre todo, la influyente proximidad de su tío, el patriarca Teófilo, se dejaría sentir en su formación clerical, y el mismo gobierno de la gran metrópoli le iría capacitando para las futuras tareas de régimen eclesiástico, al tiempo que le daban oportunidad para aprender a evitar los defectos que registraba la actuación de Teófilo y que estarían completamente ausentes del gobierno de San Cirilo.

El año 412 ocupaba la cátedra alejandrina como patriarca y cabeza de todas las iglesias del Egipto romano.

Desde aquella fecha tres etapas distintas definen su inmensa actividad patriarcal: desde el año 412 al 428, de tareas inmediatas en la sede propia; desde 428 al 431, ocupado intensamente en la lucha contra Nestorio, y desde 431 al 444, dedicado a defender y consolidar la paz eclesiástica en el Oriente cristiano.

Apenas había tomado Cirilo las riendas del gobierno, cuando tuvo que actuar contra los novacianos y los judíos, por las grandes molestias que inferían a los cristianos. Los primeros se vieron obligados a dejar sus iglesias, y los segundos, tuvieron que salir de la ciudad mientras sus sinagogas eran convertidas en templos cristianos. Tales triunfos los obtenía el patriarca a pesar de la reluctancia y oposición de Orestes, gobernador civil de todo el Egipto.

El año 417 la paz entre Alejandría y Constantinopla, rota por la contienda de Teófilo contra San Juan Crisóstomo, estaba totalmente restablecida: el patriarca constantinopolitano figuraba ya en los dípticos alejandrinos.

Un año después el papa Zósimo le comunicaba, por carta particular, la condenación romana del pelagianismo.

Y cada año, por deber pastoral y siguiendo la usanza antigua de su iglesia, dirigía Cirilo su homilía pascual a todos los obispos sufragáneos y a todos sus diocesanos. Veintinueve homilías son las que se nos han conservado, correspondientes a los años 414-442. En ellas el pastor del Egipto anunciaba el ayuno cuaresmal, fijaba la fecha de la pascua y exponía con profundidad la grandeza de la condición humana, la necesidad de austeridad y mortificación para obtener la victoria evangélica, acompañando reprensiones oportunas y exhortaciones de aliento.

La vida, pues, de Cirilo, aunque cargada de múltiples tareas cotidianas, aún no se había desbordado en aras del interés general de la Iglesia universal. En Alejandría se vivía en paz. Los sacerdotes pastoreaban espiritualmente la grey bajo las orientaciones y ejemplo de su jerarca. La comunidad florecía en virtudes. Los obispos egipcios seguían las directrices de la metrópoli. Y los monjes del desierto gozaban de quietud solitaria y espiritual, sembrados acá y allá de las riberas del gran río.

Cirilo, eso sí, vivía intercomunicado con el exterior. De Roma, de Antioquía y de Constantinopla recibía, casi a diario, noticias de actualidad eclesiástica. Y estaba, sobre todo, en guardia ante los derroteros dogmáticos que podría tomar lo que llamaba «el dualismo antioqueno», que comprometía la unidad del Dios-hombre.

El año 428 llegaron de Constantinopla noticias alarmantes. Sus fieles representantes en la ciudad del Bósforo le anunciaron que Nestorio, patriarca de la capital del Imperio oriental, había escrito y hablado públicamente contra la unidad del Verbo encarnado y contra la maternidad divina de María. Inmediatamente Cirilo, en la homilía pascual del 429, declaraba la doctrina ortodoxa comprometida indicando el error y callando el hereje:

> «No un hombre corriente —decía— es el engendrado por María; sino el mismo Hijo de Dios hecho carne, y por ello María es de verdad madre del Señor y madre de Dios».

El error seguía extendiéndose. Los escritos y doctrinas de Nestorio estaban penetrando en la república monacal de su patriarcado. Informado Cirilo por los mismos solitarios de la perturbación espiritual que iba naciendo entre los monjes, se propuso, con diligencia y profundidad, atajar los perniciosos efectos de tal propaganda. Escribió, con esta ocasión, una carta dogmática a los monjes probando por la Sagrada Escritura y la tradición que a María le pertenece con todo derecho el título de *Theotokos* o Madre de Dios. Dos ejemplares envió a Constantinopla, aún sin declarar al autor de la doctrina.

Ofendido Nestorio en su soberbia y no queriendo retractar, Cirilo no dudó en dirigirse personalmente a él, diciéndole:

> «Los fieles y obispo de Roma, Celestino, se hallan muy escandalizados. Conceded, os ruego, a María el título de Theotokos. No es doctrina nueva la que os pido profesar; es la creencia de todos los Padres ortodoxos».

Nestorio respondió con calumnias. Y Cirilo contrapuso una segunda carta con la exposición detallada del dogma cristológico. Fue inútil. Nestorio abundó en insultos y siguió contumaz.

Entonces el celo apostólico y la caridad del patriarca alejandrino encontraron otro camino: el de los intermediarios. Escri-

bió varias cartas: al obispo centenario Acacio de Berea, para que utilizara su venerabilidad ante Nestorio; al emperador Teodosio II, para prevenirle de las sutilezas dogmáticas de su patriarca, a las princesas Arcadia y Marina, y a las mismas emperatrices Pulqueria y Eudoxia, con la misma finalidad.

De Roma, a donde había escrito Nestorio, el papa Celestino pedía información a Cirilo, a quien tenía por celoso e instruido.

Éste no quería desorbitar los acontecimientos. Pretendía curar el mal reducido a sus orígenes. Pero, convencido de la imposibilidad, no regateó información: en la primavera del 430 salió su diácono Posidonio para Roma equipado con una relación-informe de todo lo sucedido, con un conmonitorio-resumen de los principales puntos nestorianos, con los escritos de Cirilo dirigidos a los monjes, a Nestorio, a la casa imperial y, parece, con los Cinco libros contra Nestorio.

La respuesta de Roma no podía esperarse más favorable. Un sínodo romano declaraba heterodoxas las doctrinas nestorianas y, por voluntad expresa del Pontífice, Cirilo quedaba comisionado para notificar a Nestorio la decisión, conminándole la excomunión si en el término de diez días no retractaba sus errores.

Pero Cirilo quería rematar el golpe. Con la luz de Roma delante, reunió a sus obispos, redactó una carta sinodal y formuló los doce anatematismos clásicos, que debería suscribir Nestorio para quedar plenamente purgado de sus errores.

Y ahora saltó un acontecimiento inesperado. El emperador convocaba concilio general para junio del año 431 en la ciudad de Éfeso. ¿Qué haría Cirilo? ¿Sería cuestión de revisar las decisiones romanas y alejandrinas? Consultado el papa Celestino, se puso en camino para Éfeso.

Allí tuvo que echar mano de toda su prepotencia dogmática, eclesiástica y diplomática. Sin el auxilio poderoso de los legados romanos, que no habían llegado a Éfeso, y con la ausencia intencionada de los obispos antioquenos, que, reprobando la doctrina nestoriana, no querían condenar personalmente a Nestorio, Cirilo obtuvo la condenación de la herejía y del heresiarca, aunque a costa de tres meses de arresto imperial y la enemistad con el patriarcado de Antioquía. Desde entonces la Iglesia uni-

versal reconoció en Cirilo Alejandrino al artífice del tercer concilio ecuménico.

En lo que le resta de vida, desde 431 a 444, una preocupación de paz eclesiástica dominará toda su actividad. Paz con el patriarcado de Constantinopla, paz interior de su iglesia, paz con los orientales de Antioquía y paz, nunca interrumpida, con la cátedra de Pedro.

Apenas volvió a su sede, el año 431, envía «letras de comunión» al nuevo patriarca de Constantinopla, Máximo, sucesor de Nestorio.

A los antioquenos, que le pedían abandonara sus anatematismos, les dio una gran lección de humildad y celo auténtico, contestándoles:

> «Estoy pronto a perdonar las injurias de Éfeso, a rechazar de corazón el arrianismo y apolinarismo, a reconocer el símbolo de Nicea [...]; pero no puedo sacrificar los anatematismos, porque sería sacrificar la fe, condenar el concilio de Éfeso y justificar a Nestorio».

En cambio, el año 433, cuando Alejandría y Antioquía firmaron el «Símbolo de unión», Cirilo tuvo prisa por escribir su epístola *Laetentur Coeli* y anunciar gozoso la paz al papa Sixto III, a Máximo de Constantinopla y a otros obispos significados.

Entre sus mismos súbditos tuvo que sufrir a algunos extremistas que tenían por claudicación la unión verificada y trajeron dolor a su corazón de pastor bueno. Ante ellos se esforzó continuamente por justificar la paz y la ortodoxia del «Símbolo de unión».

Finalmente, pidiendo sus fervientes seguidores que condenara públicamente, como había hecho con Nestorio, a Diodoro de Tarso y Teodoro de Mopsuestia, respondió que no debía «condenar a los obispos que habían muerto en comunión con la santa Iglesia».

Pasó Cirilo a mejor vida el año 444 y la Iglesia universal le veneró y venera como el santo de la maternidad divina de María.

JOSÉ SÁNCHEZ VAQUERO

Bibliografía

EBERLE, A., *Die Mariologie des heiligen Cyrillus von Alexandrien* (Friburgo 1921).
HEBENSPERGER, J. N., *Die Denkwelt des Hl. Cyrill von Alexandrien eine Analyse ihres philosophischen Ertrags* (Augsburgo 1927).
MAHÉ, J., «Cyrille d'Alexandrie», en A. VACANT - E. MANGENOT - E. AMANN, *et al.* (dirs.), *Dictionnaire de théologie catholique.* III/2: *Constantinople-Czepanski* (París 1908) 2476-2527.
Obras: PG 68-77; *Sancti Cyrilli Alexandrini opera omnia.* Ed. crítica por P. E. Pusey, 7 vols. (Oxford 1868-1877).
Obras de patrología como: B. ALTANER, *Patrología* (Madrid [5]1962); O. BARDENHEWER, *Patrologie,* 3 vols. (Roma 1908); L. DUCHESNE, *Histoire ancienne de l'Église,* III (París [5]1929).
REHRMANN, A., *Die Christologie des hl. Cyrillus von Alexandrien systematisch dargestellt* (Hildesheim 1902).
TILLEMONT, L. S. DE, *Mémoires pour servir à l'histoire ecclésiastique des six premiers siècles...,* XIV (Venecia) 267s.

BEATA MARGARITA BAYS

Virgen († 1879)

Margarita Bays fue una piadosa y apostólica campesina, seglar, costurera, catequista, modelo de vida cristiana sencilla y entregada al trabajo y a la parroquia. Se tomó en serio su carisma de bautizada y se dedicó a hacer obras buenas en la Iglesia. Ellas fueron el camino de su admirable santidad y el motivo de que la Iglesia reconociera su elevado valor testimonial.

Miembro de la Tercera Orden Seglar de San Francisco, realizó un apostolado admirable en quienes acudían a escuchar sus consejos. Modelo de vida espiritual y de oración, recibió de Dios signos misteriosos de la pasión de Cristo, que la fueron haciendo cada vez más influyente en medio de las gentes que venían a solicitar sus consejos, sus plegarias y sus ayudas morales y espirituales. En su sencillez estuvo su fortaleza.

Había nacido en La Pierraz, parroquia de Siviriez (Friburgo, en Suiza), localidad de Chavannes-les-Forts, el 8 de septiembre de 1815. Sus padres, Pierre-Antoine y Marie-Joséphine Morel, eran agricultores modestos y excelentes cristianos. Ella fue la segunda hija del matrimonio, que fue bendecido por Dios con tres niños y tres niñas.

Asistió a la escuela local durante corto tiempo, entre dos y tres años. Su cultura quedó en la sencillez de las niñas de su en-

torno, que pronto habían de dedicarse a las tareas del hogar y a la práctica de sus sencillas devociones de humildes aldeanas. Desde su más tierna juventud manifestó un raro don de oración, que la impulsaba a pasar horas enteras ante el sagrario y, sobre todo, a mantener largas sesiones de contemplación en su mismo hogar familiar. La agradaban las peregrinaciones a lugares de piedad, que eran frecuentes en su entorno parroquial Por eso siempre se la veía en ellos devota y recogida.

A los 15 años sus padres la orientaron a aprender el oficio de modista o costurera, para preparar su situación en la vida, ya que sus propiedades no llegaban para todos los hijos. Fue el oficio que ejerció a domicilio y en las familias vecinas, el cual le reportaba algunos dones o salarios de los que había de vivir modesta y humildemente Pasó su vida entera en la familia, dedicada a las tareas domésticas y esa profesión de costurera, que la permitía hablar de Dios a las gentes que reclamaban sus servicios o que acudían a su hogar con algunos encargos. En su entorno siempre había una atmósfera de buen humor y de paz, incluso cuando se casó su hermano mayor y tuvo que soportar la hostilidad de su cuñada, que la reñía sin cesar por el tiempo que pasaba en oración.

Desde muy joven recibió como don del Espíritu Santo un intenso amor a la oración contemplativa. De muy pequeña, dejaba a menudo los juegos infantiles y los amigos para retirarse a un rincón de la casa para orar. Cuando creció, su vida espiritual se hizo más intensa, pero también se incrementó su dedicación a los compromisos apostólicos en la parroquia, donde encontró su santificación. Y fue en ella donde, por designios misteriosos de Dios, comenzó a ser regalada con determinadas gracias y dones místicos para ella inexplicables, pero que recibía con humildad y exponía a su director, el párroco del lugar.

En 1860 fue aceptada para formar parte de la Tercera Orden de San Francisco. Mantuvo estrechas relaciones con una abadía local, llamada «De la hija de Dios», en la que una de sus dirigidas o muchachas educadas a su lado había entrado como religiosa. Pero no consta que ella se sintiera «tentada» a pedir la admisión, aunque la espiritualidad franciscana constituía el eje de su vida interior.

En la parroquia fue modelo de laica comprometida. Disponible para todo, lo mismo servía a los enfermos que reclamaban ayuda que enseñaba el catecismo a los niños, tarea en la que se sentía muy entusiasmada por sus grandes deseos de hablar de Dios y de inculcar la piedad y las virtudes a los demás. Los sacerdotes del templo sabían que podían en cualquier momento solicitar su ayuda, que se adelantaba a tener el altar siempre limpio y bello y que, si ella estaba cerca, todo se conservaba en orden y diligentemente preparado para los actos de culto.

A los niños de sus catequesis les llama «los predilectos de Dios». Les enseñaba el catecismo de acuerdo con su edad. Cuando crecían, les trazaba planes de vida cristiana. En las dificultades y tentaciones se adelantaba con una intuición misteriosa para señalarles los mejores caminos. El ascendiente que ejercía ante sus pequeños o en sus jóvenes tenía algo de excepcional. El manantial de su influencia estaba en su reputación de mujer santa. Todos sospechaban que era Dios quien la inspiraba soluciones a todos los problemas en sus largas horas de conversación celestial.

Su atención prioritaria estaba en la preparación de los sacramentos, sobre todo el de la primera comunión de los jovencitos, cuando la hora de la iniciación eucarística llegaba. Y también se sentía muy preparada para preparar al matrimonio a las muchachas de la parroquia que se acercaban a tan festivo y espiritual acontecimiento. Los pobres y los enfermos hallaban en ella una amiga fiel, llena de bondad y siempre dispuesta a la compañía y a la ayuda durante el día y durante la noche.

Tenía 35 años cuando le sobrevino un cáncer en el intestino, que los médicos no lograron detener. Margarita pidió a la Virgen que le cambiase estos dolores por otros que le permitieran participar más directamente en la pasión de Cristo. El 8 de diciembre de 1854, en el momento en que el papa Pío IX proclamaba en Roma el dogma de la Inmaculada Concepción, sintió que el cáncer se curaba milagrosamente, atribuyendo tal don a la Inmaculada Concepción. Sin embargo, había pedido a Dios poder seguir con su apostolado en la parroquia.

Al mismo tiempo, cinco llagas aparecieron en su cuerpo, en el costado, en las dos manos y en los dos pies. Sin ninguna ex-

plicación para estos fenómenos, los aceptó con humildad. Al mismo tiempo, fue consciente de que su oración se hacía más pura y que con mayor frecuencia caía en éxtasis divinos que escapaban del todo a su voluntad. Aquellos éxtasis se hacían más intensos los viernes, mientras revivía en el espíritu y en el cuerpo los sufrimientos de Jesús, desde Getsemaní hasta el Calvario. Ocultó aquello en cuanto pudo a los ojos de los curiosos. Pero, a petición del párroco que la dirigía espiritualmente, el médico local procedió a aplicarla determinados remedios para que las llagas se curaran, sin poder conseguirlo en ningún momento.

En 1873 trabajó con afán en el Apostolado de la buena prensa. Se debió a las prohibiciones procedentes del gobierno que procedían de la gran campaña del ministro Bismarck contra la Iglesia católica y que se conoció como la del *Kulturkampf*. Los sacerdotes de la parroquia, sobre todo el canónigo José Schorderet, dirigente del clero de Friburgo, trabajaron activamente en la promoción de la prensa católica para enfrentarse con los movimientos de los librepensadores y contrarrestar la persecución ideológica que reflejaba el movimiento germano. Ella se empeñó en la difusión de publicaciones católicas que salieran al paso de las calumnias de las autoridades alemanas. Se dedicó a la extensión de las publicaciones preparadas, aunque estuviera en peligro de contravenir las leyes impías y adversas a los sentimientos cristianos del pueblo y corriera el riesgo de ser denunciada ante la policía.

Su insistente inquietud apostólica se resumía en una de sus frecuentes preguntas: «¿Qué podemos hacer para que todos amen más al Señor?». En los últimos años de su vida el dolor de sus misteriosas llagas, o estigmas, se hizo más intenso, pero lo soportó sin un lamento, abandonándose totalmente a la voluntad del Señor.

Murió, según su deseo, el viernes de la fiesta del Sagrado Corazón, 27 de junio de 1879, a las tres de la tarde. Sus últimas palabras fueron una jaculatoria al Corazón divino que la había comunicado su amor y había sido el centro de su vida durante los 64 años de su existencia terrena. Su sepulcro quedó instalado en la iglesia de Siviriez. Y su misma casa familiar se transfor-

mó en un santuario visitado por los peregrinos que acudían a La Pierraz, para solicitar su intercesión.

Todos sus conocidos quedaron persuadidos de que una santa había pasado por su lado. Fue un sentimiento que perduró durante años e incluso ha llegado hasta nuestros días. Todos entendieron que su espiritualidad había sido una respuesta sencilla y eficaz a las dificultades del momento. Sus devotos quisieron iniciar su proceso de beatificación y se pensó en recoger recuerdos y testimonios sobre la originalidad de su vida y la realidad de sus virtudes, para que un día sirvieran a este objetivo. Con todo, no todos estuvieron de acuerdo; y determinadas desconfianzas de las autoridades religiosas frenaron durante medio siglo su proceso. Sin embargo, la voz del pueblo pudo más que las razones de las autoridades. El 30 de junio de 1927 se inició oficialmente el proceso canónico. Se aceleró en 1953 y el decreto de la heroicidad de sus virtudes fue publicado en Roma en 1940.

Su sepulcro, que nunca careció de flores y de personas piadosas que allí rezaban, vio cómo las visitas se hicieron frecuentes de cristianos sencillos de Suiza, de Francia, de Italia y de Alemania. Las peregrinaciones no cesaban a la parroquia en Siviriez y a su casa de Pierraz. Un escritor se preguntaba en una revista:

> «¿Quiénes son esas gentes que acuden con tanta fe al sepulcro de una pobre campesina?».

Y Jean-Paul Conus, presidente de la Fundación Margarita Bays, se lo explicaba así:

> «Son las gentes buenas que acuden en busca de ayudas para su fe, esa fe que no dan los sabios del mundo y que se halla en el testimonio de una hija humilde del pueblo, la cual señala el camino del Evangelio y de la confianza en Dios. Por eso van allí y piden la curación de un hijo enfermo, la solución de un problema grave, el consuelo en una angustia».

Fue beatificada por Juan Pablo II el 29 de octubre de 1995 con otras dos heroicas mujeres: María Teresa Scherer y María Bernarda Bütler. Ese día el Papa decía de ella:

> «Fue una mujer muy sencilla, con una vida común, en la que cada uno de nosotros puede verse reflejado. No realizó cosas ex-

traordinarias, y, sin embargo, su existencia fue una larga marcha silenciosa por el camino de la santidad. En la Eucaristía, cumbre de su jornada, Cristo era su alimento y su fuerza. A través de la meditación de los misterios del Salvador, en particular del misterio de la pasión, llegó a la unión transformadora con Dios. Algunos de sus contemporáneos consideraban que sus largos momentos de oración eran tiempo perdido. Pero, cuanto más intensa era su oración, tanto más se acercaba a Dios y más se consagraba al servicio de sus hermanos Porque sólo el que ora conoce verdaderamente a Dios y, escuchando el corazón de Dios, también está cercano al corazón del mundo. Descubrimos así el puesto tan importante que ocupa la oración en la vida seglar».

PEDRO CHICO GONZALEZ, FSC

Bibliografía

JUAN PABLO II, «[Homiliae] in Vaticana basilica habita, ob decretos beatis Mariae Theresiae Scherer, Mariae Bernardae Butler, Margaritae Bays, Sanctorum caelitum honores [Die 29 octobris 1995]» *AAS* 88 (1996) 633-638, 692-694.
LOUP, R., *Marguerite Bays* (Friburgo 1980)
CONUS, H , *Positio super virtutibus* (Roma 1986)

BEATA LUISA TERESA MONTAIGNAC DE CHAUVANCE

Virgen y fundadora († 1885)

Estalló a la vida en un escenario de moda.

De moda por obra y gracia de la novedad turística, de la insistente presencia británica. Una presencia joven, nacida en los albores del siglo XIX y pionera en la estima de la franja litoral de Normandía, en la margen acuática continental —los isleños, temporalmente desplazados, contagiarían a los franceses la afición a la playa; el entusiasmo por las caricias de las juguetonas olas y las zambullidas marítimas—. Era un despertado y creciente interés nacional.

De moda también el escenario gracias a la influyente atracción artística, paralela a la estival riada humana. Coincidentes en Deauville, en Honfleur y en Trouville, preferentemente, los pinceles de afamados paisajistas galos, británicos, norteamericanos y holandeses. Maestros de la elegancia coloreando telas en perfecta armonía, olas mansas o enfurecidas, impresionantes

acantilados, arenales, auroras, ocasos, gaviotas, navíos... Todos —particularmente, en representación indígena, Boudin, Courbet y Monet— firmantes de admirables y admiradas marinas que popularizaron y han inmortalizado la húmeda y verde geografía norteña gala; histórica, famosa por sus catedrales, castillos y abadías; abierta al mar. Turistas y obras pictóricas, pues, centrando atención y curiosidad.

Aún más. En acertada correspondencia, el favor del tren. Estirado el ferrocarril hacia el litoral atlántico; inicialmente de París a Rouen. En 1843. Veinte años más tarde llegaría hasta Deauville...

De moda, en definitiva, a partir del primer cuarto del siglo decimonono, las playas, las estaciones balnearias, los centros de recreo normandos...

En escena la protagonista: Luisa Teresa de Montaignac de Chauvance.

Venida al mundo en El Havre, muy avanzada la primavera —concretamente, el día 14 de mayo— de 1820.

En la conocida ciudad portuaria, donde el Atlántico engulle las aguas fluviales del Sena, nace, se desarrolla y mama la profunda religiosidad familiar, compartida por una auténtica bendición de frutos matrimoniales. En definitiva, creciendo en el amor a Dios y a los hombres. Así hasta los diez años.

En 1830 viene la separación hogareña; todo, porque una tía madrina, caritativamente interesada en aligerar las responsabilidades y las multiplicadas preocupaciones paternas, se lleva a la niña a París. Carga así con su cuidado y su educación, sin escatimar dedicación, entusiasmo ni medios. Quiere una formación sólida para ella —humana y espiritualmente—, nada de simple barniz.

Una formación que tendrá molde jesuítico, ofrecido por el conocido monasterio parisino de la congregación de Nuestra Señora, que fue pionero en la celebración popular del «mes de junio». Centro de irradiación de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús que se le pegaría a la muchacha, viviéndola hasta el enamoramiento.

Una dedicación fuera de lo común, una entrega apasionada, formalizada en fecha 8 de septiembre de 1843, cuando contaba

con veintitrés años. Precisamente cuando son más comunes otros enamoramientos.

Amar, amar, amar...

Luisa Teresa aspiraba a más. Insatisfecha con la aportación personal, pretendía y perseguía que otros también la acompañaran en la correspondencia generosa.

Hiriente en su alma el lamento divino a Santa Margarita María de Alacoque:

> «He aquí el corazón que tanto ha amado a los hombres y que no recibe de ellos más que olvido y menosprecio...».

Veinteañera y apóstol. Apóstol, moldeada y fortalecida con el paladeo constante de la Palabra de Dios, particularmente a través del Evangelio y de los salmos. Y con la frecuencia sacramental eucarística. Confesaría: «Desde mi primera comunión he permanecido siempre bajo la acción divina».

Admirablemente fiel...

Juan Pablo II en la homilía de la misa de beatificación, el 4 de noviembre de 1990, destacaría:

> «Hija de la Iglesia y mujer en la Iglesia, quiso "servir al Señor, servir a la Iglesia, lo que es lo mismo" [...] en estrecha comunión con su obispo, los sacerdotes de su parroquia y los fieles laicos».

En extremo servicial. Generosamente...

En 1848 abandona París y fija su residencia en Montluçon, a orillas del Chier, en el corazón de Francia. París es París y el Borbonesado es el Borbonesado, dos realidades muy distintas: la metropolitana y la rural.

Comprensiblemente, sorprende tanto a Luisa Teresa y le lastima el alma la miseria de las iglesias que va conociendo. Torres parroquiales aldeanas que invitan a los campesinos a las celebraciones festivas y a las devociones y les alertan ante el inminente riesgo de granizos y rayos.

Le duelen las construcciones visiblemente descuidadas, clamando reparación; los campanarios poco menos que desmoronándose, los tejados permitiendo filtraciones lluviosas, las bóvedas húmedas y despintadas, múltiples carencias interiores. Empresa ardua enfrentarse al problema. Pero ella tiene agallas y no le teme a la aventura.

En marcha la decisión. Con el consiguiente sumado entusiasmo de un puñado de valientes que la acompañan, asociados para atender a la conservación y el mantenimiento de los edificios de culto rurales. Pero la hiere, también, la soledad de los sagrarios aún más, muchísimo más, que el desmoronamiento de los muros y la pobreza de los edificios. Por eso, al compás de la atención material a los templos, gasta energías y tiempo impulsando el espíritu reparador al que ha consagrado toda su vida.

Promueve así el Apostolado de la oración, y la devoción mariana, y... En definitiva, se mete de lleno, con entusiasmo, en la propagación de la religiosidad popular, de una piedad sin complicaciones, al alcance de la gente sencilla. En el estímulo del espíritu cristiano parroquial...

De Montluçon «salta» ochenta kilómetros y se domicilia en Moulins, también en la geografía del Borbonesado. Moulins, con bellos monumentos, en la época romana fue *Boia Gergovia,* en la Edad Media *Molinae* y en el siglo XV residencia de los Borbón y capital del ducado.

Moulins conocerá, además de la devoción sagradocorazonista de Luisa Teresa, las nuevas inquietudes apostólicas de la normanda con educación parisina, centradas ahora en la atención a la infancia necesitada, para la que, en 1850, con la protección de mons. Dreux-Brézé, logra un orfanato. Por supuesto, también se muestra solícita con los desheredados, con los que poco o nada tienen.

Y en Moulins madurará, estructurará y tornará realidad un empeño y una iniciativa engendrada por su tía madrina, fallecida prematuramente. Era la «Obra de la Adoración», asociación de mujeres cristianas reparadoras que nació en 1854.

Designios divinos. Sorprendentemente, casi a renglón seguido, en el mismo año, la debilidad de la carne hizo aparición en la joven naturaleza femenina que había engendrado la nueva institución. Es la purificación...

Enferma ella, pero sin rendirse al dolor y a las consecuentes privaciones y carencias. Lejos de hundirse moralmente, aún más estimulada. Apóstol desde la cama, donde la enfermedad la ha amarrado; en comunicación epistolar constante propagando su ideal; despertando, estimulando, mimando, orientando vocacio-

nes seguidoras. En Francia y más allá, hasta la estructuración de la Pía Unión de las Oblatas del Sagrado Corazón.

Inmovilizada. Pero con las riendas de la fundación en la mano, como quieren sus hijas espirituales.

Apostolado parroquial completo: propagandista de las devociones al Sagrado Corazón de Jesús, a la Virgen María; amor a la oración, espíritu reparador; caritativa con los templos necesitados y con los pobres. Y enamorada del sacerdocio.

Amor desbordado merecedor de referencia en la mentada homilía pontificia:

> «Al final del reciente Sínodo de los obispos, consagrado al importante tema de la formación de los sacerdotes, conviene evocar, en la circunstancia solemne de este día, la solicitud que tuvo Luisa Teresa por contribuir a la expansión de las vocaciones sacerdotales Para responder a las necesidades de la Iglesia de entonces trató de formar jóvenes abiertos a la llamada de Dios y les dio una instrucción sólida para ayudarles a responderle»

La Iglesia lo ha respaldado canónicamente con el reconocimiento de la heroicidad cristiana de Luisa Teresa Montaignac Chauvance, beatificada en fecha 4 de noviembre de 1990.

JACINTO PERAIRE FERRER

Bibliografía

Art en *Bibliotheca sanctorum* IX *Masabaki Ozanam* (Roma 1967)
L'Osservatore Romano (2 y 9 11 1990)

C) BIOGRAFIAS BREVES

SAN ZOILO DE CÓRDOBA

Mártir († 303)

La nueva redacción del *Martirologio romano* ha optado por omitir que Zoilo tuviera compañeros en su martirio, bien que el anterior *Martirologio* le asignara diecinueve. Este número variaba en otros martirologios y es completamente ignorado en otros. El criterio más seguro es que Zoilo fuera mártir en solitario.

Por el poeta Prudencio consta que ya entonces era venerado como mártir de Córdoba, y figura, igualmente, el 27 de junio en

el *Martirologio jeronimiano.* En el epítome del Cerratense consta la antigua tradición relativa a él: era de familia acomodada y educado desde niño en la religión cristiana. Era joven cuando fue denunciado como cristiano y llevado ante el presidente, el cual, no pudiendo convencerle de que renegara de Cristo, lo condenó a la pena capital. La liturgia mozárabe se hace eco de la edad juvenil del santo llamándole *puer,* adolescente. Se dice de él que, enterrado en un cementerio pagano, se perdió la noticia de sus restos hasta que su paradero le fue revelado al obispo Agapio que procedió a su solemne traslación. Usuardo, en su *Martirologio,* refiere la invención de las reliquias por revelación al obispo Agapio. El calendario de Racemundo, año 961, señala que el 4 de noviembre es la traslación de las reliquias de San Zoilo desde el sepulcro en Cris hasta la iglesia de los Tiracios. En el siglo XI el cuerpo de San Zoilo fue trasladado al monasterio benedictino de Carrión de los Condes (Palencia), donde recibió culto hasta la «desamortización». Fue luego este monasterio casa jesuita y luego pasó al clero diocesano.

SAN SANSÓN EL HOSPITALARIO

Presbítero († 560)

La vida de este santo discurrió primero en Roma y luego en Constantinopla. Nació hacia el año 490 en Roma, en una familia acomodada de sangre imperial, y allí estudió medicina. Mientras vivieron sus padres, vivió con ellos y ejerció su carrera de médico, pero a favor de los pobres, hacia quienes tenía los mejores sentimientos de caridad. Muertos sus padres, decidió vender todos sus bienes y dárselos a los pobres para hacerse él mismo pobre por Cristo y dio la libertad a todos los esclavos de su casa.

Entonces marchó a Constantinopla, donde decidió acoger a los enfermos y pobres en su propia casa convirtiéndola en hospital y asilo, casa que se dice que salvó milagrosamente de un incendio sucedido cuando la sedición de Nika el año 532. Acreditado por sus virtudes, le propuso el patriarca Menas que se ordenara sacerdote, lo que aceptó Sansón, y de manos del obispo recibió el orden de presbítero, continuando con sus obras de

caridad y misericordia. Enfermo el emperador Justiniano I de mucha gravedad, llamó a Sansón para que lo tratara y el humilde sacerdote consiguió la curación del augusto enfermo. Justiniano, agradecido, amplió magníficamente la casa de misericordia de Sansón. En ella y atendiendo a pobres y enfermos perseveró el santo sacerdote el resto de su vida hasta su muerte en 560. La Iglesia oriental lo veneró enseguida como santo y Baronio introdujo su nombre en el *Martirologio romano,* que en la nueva edición lo conserva. Estamos ante el caso de un sacerdote diocesano, pues Sansón nunca fue monje. Algunos han discutido que Sansón viviera en el siglo VI, pareciéndoles que su muerte fue anterior al año 500, negando por tanto la relación de Sansón con Justiniano I y con Menas, pero de todos modos hay acuerdo en que fue el fundador del hospital o xenodoco de Constantinopla y que su vida estuvo dedicada a los pobres y enfermos.

SAN JUAN DE CASTRO CHINON

Ermitaño (s. VI)

Juan era bretón y fue a establecerse como ermitaño a Chinon, entre Tours y Saumur. Aquí adquirió fama de santo y también de sabio, acudiendo muchas personas a dirigirse espiritualmente con él y consultarle sus asuntos.

Una de estas personas que acudieron a él fue Santa Radegunda, la esposa del rey Clotario I, que había huido de su esposo a causa de su conducta brutal y asesina, temiendo que dirigiera contra ella su violencia. Llegado el mensajero de la reina, Juan pasó la noche en oración y a la mañana siguiente le contestó que dijera a la reina que no usaría el rey de violencia contra ella. En efecto, Radegunda, consagrada diaconisa por San Medardo, pudo fundar el Monasterio de la Santa Cruz en Poitiers y vivir allí en paz muchos años.

Juan vivió muchos años santamente en su retiro, dando alto ejemplo de espiritualidad y sirviendo con sus consejos a la comunidad cristiana. Habla de él San Gregorio de Tours.

SAN ARIALDO

Diácono y mártir († 1066)

Arialdo nace en Cucciago, Como, poco después del año 1000 en una familia hidalga, y es destinado por sus padres a la carrera eclesiástica. Es seguro que hizo estudios superiores, pero no se sabe dónde, y que en el curso de ellos se adscribió al movimiento de reforma radical que culminaría con Gregorio VII y que por ello se le ha llamado gregoriano.

Era ya una persona adulta, de no menos de cuarenta años, cuando el arzobispo de Milán, Guido de Velate († 1071), lo ordenó diácono y le encargó de su capilla, al tiempo que lo nombraba profesor de la escuela catedralicia de Santa María para jóvenes aspirantes a la vida clerical. En la iglesia de Milán se había convertido en costumbre generalizada la praxis de ordenar a hombres casados y se defendía esta práctica como legítima costumbre del clero ambrosiano. Obviamente chocaba con el movimiento de reforma al que pertenecía Arialdo y que quería a todo trance imponer el celibato clerical, llamando concubinato al matrimonio de los ordenados. Arialdo no tuvo empacho alguno en predicar abierta y ardorosamente contra esta praxis y clamar por su abolición inmediata. El éxito de su predicación fue muy escaso.

Tuvo entonces lugar la fundación de la Pataria, con la intervención de Anselmo de Baggio, más tarde papa Alejandro II, del propio Arialdo, de Erlembaldo y Landulfo Cotta y de otros ciudadanos que, mezclando religión con política, querían imponer, por un lado, la reforma y, por otro, oponerse al Imperio y al feudalismo. Cuando, consagrado ya Anselmo obispo de Luca, quiso la Pataria imponer a los clérigos el juramento de la continencia perfecta, los obispos de la provincia lombarda excomulgaron a Arialdo y a Landulfo, los cuales recurrieron a Roma, que los absolvió y se logró que el arzobispo Guido se comprometiera a promover la reforma en Milán. Arialdo, mientras tanto, había fundado una comunidad de canónigos regulares en la que se había integrado y que le sirvió de fondo religioso a su actuación.

Elegido papa Anselmo el 1 de octubre de 1061, la Pataria se sintió sumamente alentada y enfervorizada, y la situación de

malestar y enfrentamientos en Milán creció constantemente, hasta que el día de Pentecostés de 1066, rebelado el arzobispo contra la excomunión papal, hubo Arialdo de dejar Milán y ponerse en camino hacia Roma. Pero en el viaje es hecho prisionero y conducido al castillo de Angera y de ahí llevado a uno de los islotes del Lago Mayor, donde fue asesinado el 27 de junio de dicho año 1066. Sus partidarios enseguida le dieron culto como a mártir. El culto inmemorial fue confirmado por San Pío X el 13 de julio de 1904.

SANTO TOMÁS TOAN

Mártir († 1840)

Éste es un santo vietnamita, natural de Can Phan, donde nace hacia 1768. Prestaba servicios en el distrito misional de Trung-Linh como catequista y como procurador, y era fervoroso miembro de la Orden Tercera de Santo Domingo.

Fue denunciado como cristiano por un médico y arrestado el 16 de diciembre de 1839 y llevado a la cárcel de Nam-Dinh. No compareció a juicio inmediatamente, pero fue repetidamente torturado para recabar su apostasía. Se mantuvo firme y confesó la fe. Comparece por fin ante el gobernador en abril de 1840 y, al no lograrse su apostasía, es encerrado en una celda estrechísima junto con dos renegados. Éstos se dedicaron a procurar que también Tomás renegase, debiendo oír de ambos sujetos continuas obscenidades y blasfemias y soportar de ellos un continuo trato humillante. Le hacían ver, además, que la salvación de los dos apóstatas dependía de su propia apostasía. Debilitado y hundido moralmente, dijo que obedecería al gobernador. Entonces lo sacaron de la celda inmunda en que estaba y lo llevaron a otra, donde encontró preso al religioso Santo Domingo Tranh y recuperó el valor. Se arrepintió de su debilidad, se confesó con el sacerdote y cuando fue llevado al gobernador se negó a pisar la cruz y volvió a confesar la fe. Nuevamente torturado, las torturas fueron en vano. Llevado a la cárcel y abandonado en ella, murió de miseria, sed y hambre el 27 de junio de 1840. Fue canonizado el 19 de junio de 1988.

28 de junio

A) MARTIROLOGIO

1. La memoria de San Ireneo († 202), obispo de Lyón y mártir **.
2. En Alejandría de Egipto, los santos mártires Plutarco, Sereno, Heráclides, catecúmeno, Herón, neófito, otro Sereno, Heraides, catecúmena, Potamiena y Marcela, su madre († 202), discípulos de Orígenes.
3. En Roma, el papa San Pablo I († 767) **.
4. En Córdoba, San Argimiro († 856), monje y mártir *.
5. En Hasungen (Westfalia), San Heimerado († 1019), presbítero y ermitaño *.
6. En Londres (Inglaterra), San Juan Southworth († 1654), presbítero y mártir **.
7. En Lóvere (Italia), Santa Vicenta Gerosa († 1847), virgen, fundadora de las Hermanas de la Caridad junto con Santa Bartolomea Capitanio (cuya memoria se celebra el 26 de julio) **.
8. En Wang-La-Kia (China), santas Lucía Wang Cheng, María Fan Kun, María Qi Yu y María Zheng Xu († 1900), vírgenes y mártires *.
9. En Jieshuiwang (China), Santa María Du Zhaozhi († 1900), mártir *.
10. En Drohobych (Ucrania), beatos Severiano Baranyk y Joaquín Senkivskyj († 1941), presbíteros, de la Orden de San Josafat, mártires *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN IRENEO DE LYÓN

Obispo y mártir († 202)

Nos conserva recuerdos de su infancia el mismo San Ireneo en una carta suya escrita hacia el año 190 a un compañero de su niñez, Florino. Es un bello relato, lleno de vida y verdad. El antiguo condiscípulo se había afiliado a una secta gnóstica y el santo trata de atraerle al buen camino.

> «No te enseñaron estas doctrinas, oh Florino, los ancianos que nos precedieron, los que habían sido discípulos de los apóstoles. Te recuerdo, siendo yo niño, en el Asia inferior, junto a Policarpo. Brillabas tú entonces en la corte imperial y querías también hacerte querer de Policarpo. Recuerdo las cosas de entonces mejor que las recientes, tal vez porque lo que aprendimos de niños parece que va acompañándonos y afianzándose en nosotros según pasan los años. Podría señalar el sitio en que se sentaba Policarpo para ense-

ñar, detallar sus entradas y salidas, su modo de vida, los rasgos de su fisonomía y las palabras que dirigía a las muchedumbres Podría reproducir lo que nos contaba de su trato con Juan y los demas que vieron al Señor, y como repetía sus mismas palabras, lo que del Señor les había oído, de sus milagros, de sus palabras, como lo habían visto y oído, ellos que vieron al Verbo de vida Todo esto lo repetía Policarpo, y siempre sus palabras estaban de acuerdo con las Escrituras Yo oía esto con toda el alma y no lo anotaba por escrito porque me quedaba grabado en el corazón y lo voy pensando y repensando, por la gracia de Dios, cada día»

«En la presencia del Señor podría yo ahora asegurar que aquel bienaventurado anciano, si oyera lo que tu enseñas, exclamaría, tapandose los oidos "¡Señor! ¡A que tiempos me has dejado llegar! ¡Que tenga que sufrir esto!" Y seguramente huiría del lugar donde, de pie o sentado, oyese tales palabras»

Con estas suyas Ireneo nos confía lo más hondo de su intimidad. Ha recibido la enseñanza, y se ha familiarizado con la presencia de Cristo junto a quien lo recibió de los que con él convivieron; él es plenamente de Cristo; no puede sufrir que Cristo sea deformado por vanas especulaciones. Las palabras de Jesús, sus acciones salvadoras, sus milagros, tal como las recibió, en toda su autenticidad, son desde su niñez alimento de su espíritu, por la gracia de Dios las va repitiendo cada día; es desde niño cristiano de constante oración. Seguramente por ello son sus escritos tan densos, sus palabras tan llenas de significado

Poco más tarde, cuando Ireneo podía contar unos quince años, hacia el 155, hubo de grabarse en él otro recuerdo, no menos vivo y fecundo. La Iglesia vivía incesantemente amenazada; las leyes persecutorias se mantenían en vigor, aunque hubiera algún periodo de calma, aun los edictos de Adriano y Antonino Pío reprobando los procesos en los que las turbas acusaban tumultuariamente a los cristianos, y que a veces se alegan como mitigaciones de los primitivos edictos, no siempre tenían cabal cumplimiento. Ciertamente, no se observaron en el caso de San Policarpo.

Los gentiles y judíos de Esmirna, no contentos con el suplicio de once cristianos que se les ofreció en el circo, reclaman al anciano obispo. Éste confiesa valerosamente a Cristo y es condenado a la hoguera, para la que buscan diligentemente leña las turbas. Se presiente la presencia emocionada de cristianos entre los espectadores del suplicio, ellos están a punto para pedir in-

mediatamente los sagrados despojos, y conservan los detalles del martirio, la serena dignidad del santo anciano, la postrera oración de perdón, paz y entrega. Entre estos cristianos no había de faltar el adolescente que seguía embebecido por las enseñanzas del santo obispo.

Durante veinte largos años se nos hace muy borrosa la figura de Ireneo, aunque por sus escritos podemos colegir con gran seguridad una prolongada estancia en Roma. Su peregrinar de Esmirna a Lyón le fue confirmando en la fidelidad con que se conservaba la tradición apostólica en las Iglesias que recorría; pero hubo también de apreciar el pulular oscuro de jefecillos de sectas diversas, hinchados de vanidad. Volvemos a encontrarle en Lyón en 177 al lado de un grupo excepcional de mártires. Son cerca de cincuenta y los preside el anciano obispo Potino, también oriundo de Asia Menor y discípulo de San Policarpo. Desde la cárcel escriben una carta preciosa dirigida a las Iglesias de Roma, Asia y Frigia; el documento es de lo más hermoso que conservamos de los tiempos martiriales; ellos ven la muerte con sencillez, sin jactancia, como lo que corresponde a cristianos que lo son de veras; en espera del suplicio se preocupan de la perturbación que causa en la Iglesia universal la falsa profecía de Montano, y quieren prevenir. Ireneo trabajaba hacía tiempo al lado de su anciano compatriota el obispo Potino, que le había ordenado presbítero de la iglesia de Lyón. No había sido capturado y lo aprovechan los mártires para que lleve su carta a Roma. En ella le dedican un cumplido elogio.

Mientras su legación en Roma, muere Potino, acabado de sufrimientos en la cárcel; los otros cincuenta van sucumbiendo a diversos suplicios.

Al regresar de Roma recae en él el peso de restaurar la iglesia lionense. Contaría Ireneo, al ser promovido al episcopado, unos cuarenta años.

La labor que se le encomendaba era muy dura. Eran los albores de aquella cristiandad, y el martirio de aquellos cincuenta cristianos tenía que dejar sus filas notablemente menguadas; pero el martirio, lejos de dificultar la propagación de la fe, resultó su mejor ayuda; la sangre de los mártires fue siempre semilla de cristianos. San Ireneo vio crecer su grey de manera maravi-

llosa. Aunque no conocemos bien la organización de la Iglesia en las Galias en esta segunda mitad del siglo II, parece seguro que no había por entonces en aquellos contornos más sede episcopal que la de Lyón; pronto comprobamos la existencia de otras cristiandades; Lyón se había convertido en un pujante centro de irradiación en un área bastante extensa. San Ireneo gobernaba estas nacientes comunidades, ya que el nacimiento de nuevas sedes episcopales en esta parte de las Galias parece bastante más tardío; desde luego, posterior al martirio de San Ireneo. Podemos, pues, dar por seguro que su vida se empleó en frecuentes viajes de misión y organización. Cada una de estas nuevas comunidades cristianas va rindiendo su tributo de martirio; San Alejandro, San Epipodio, San Marcelo, San Valentín y San Sinforiano serían, seguramente, discípulos de San Ireneo en Chalons, Tournus y Autun. La inscripción sepulcral de Pectorio en Autun, hermosa profesión de fe eucarística, puede considerarse como un eco de la predicación de Ireneo.

Los viajes apostólicos del santo hubieron de llegar hasta el *limes* o confín del Imperio, pues él mismo nos da noticia por primera vez de que la predicación cristiana ha llegado más allá de las fronteras y de que empiezan a entrar en la Iglesia gentes de estirpe germánica: los *bárbaros.*

Toda esta actividad se desarrolla sin que remita nunca la persecución, en pobreza y peligro; tiene que ser obra casi personal del obispo, pues aún los presbíteros no han empezado a hacerse cargo de comunidades aisladas; es el obispo el único que celebra la sagrada liturgia, admite al bautismo y prepara para el mismo durante el catecumenado, y es también el que recibe a los pecadores a penitencia y reconciliación.

No poseemos grandes detalles acerca de esta actividad, que, no obstante, podemos apreciar en su impresionante conjunto. Conocemos, en cambio, su labor como maestro, y ello nos revela otro aspecto de máximo interés.

A todas las dificultades que hubo de vencer se sumó para él la más dura y dolorosa, pues la causaban las defecciones de los mismos cristianos. Aun en el seno de las cristiandades heroicas de los años de las persecuciones no faltó a la Iglesia el desgarramiento interno de la herejía. Ésta se presentaba bajo una forma

cuya sugestión no comprendemos hoy bien, pero cuyo peligro efectivo fue considerabilísimo. La Iglesia venció el peligro gracias a su inquebrantable adhesión a la enseñanza recibida, conservada con inalterable firmeza por los obispos. El cristianismo, sin este esfuerzo y fidelidad, se hubiera transformado en un pobre sistema no muy lejano de las sectas oscuras de inspiración maniquea que más o menos ha sobrevivido. Claro que esto no podía ocurrir, y el Señor preparó los remedios por caminos, por cierto, bien distintos a los que a cualquiera se le hubieran ocurrido. El vario complejo de desviaciones con que se enfrentó San Ireneo se denomina gnosticismo. La gnosis pretende ser un conocimiento más razonable de la religión, patrimonio de un grupo selecto de iniciados. Ya antes de Cristo la gnosis había tratado de encontrar un substrato racional a los cultos paganos. Se trató de emplear el mismo procedimiento con la enseñanza cristiana. Los intentos son varios e inconexos, denominados por sus iniciadores: Basílides, Marcos Valentín, Marción. Tema común a todos suele ser el del origen del mal, que se atribuye a un principio poco menos que divino. Este principio para algunos es el Yahvé del Antiguo Testamento, distinto del Dios de Jesús.

San Ireneo había conocido algunos de estos sistemas en vida de San Policarpo; desde entonces no ceja en desenmascararlos y hacer ver que nada tienen que ver con la enseñanza cristiana, aunque lo afecten.

Conservamos una obra de San Ireneo que recoge su actividad como maestro; su título es *Manifestación y refutación de la falsa gnosis,* aunque se la conoce más corrientemente con el de *Adversus haereses.*

Frente a la varia y confusa proliferación de especulaciones, Ireneo mantiene la integridad de la enseñanza de Jesús, tal como la han conservado las Iglesias, por una tradición no interrumpida y de acuerdo con las Santas Escrituras. Entre las diversas Iglesias hay una a la que se acude siempre con seguridad, la de Roma, «la más grande, la más antigua, por todos conocida, fundada por los gloriosos apóstoles Pedro y Pablo». «Con esta Iglesia, a causa de su superior preeminencia, es preciso que concuerden todas las demás que existen en el mundo, ya que los

cristianos de los diversos países han recibido de ella la tradición apostólica».

La argumentación de Ireneo y su práctica eran los buenos frente a la gnosis; una discusión en el mismo terreno de sus corifeos habría sido inútil. La verdadera enseñanza es la del que el Padre envió y Él confió a su Iglesia.

En esta obra de San Ireneo, y en otra de propósitos en gran parte catequéticos, *Demostración de la verdad apostólica,* se pueden espigar tesoros de enseñanza y piedad. Se considera a Ireneo como el primer teólogo de la Iglesia: lo que más sugestiona en sus escritos es su fuerza de testimonio de la continuidad de la doctrina de la Iglesia; no sólo hacia el pasado, sino principalmente hacia el porvenir, hacia nosotros. Leyendo sus escritos encontramos nuestra fe de hoy, en los términos que hoy empleamos: la seguridad de que son los mismos que aquel muchacho escuchaba de los labios de Policarpo en los recuerdos directos de los que vieron y oyeron al Señor.

Es Ireneo el primero que da a la Virgen Santísima el título de *causa salutis:* causa de nuestra salvación; lo bebió en buena fuente.

Aún nos ha conservado Eusebio de Cesarea, con un hermoso fragmento de otra carta de Ireneo, un rasgo más de su carácter, que relaciona con su nombre, de resonancias pacificadoras. El papa Víctor, un tanto impacientado por no lograr el acuerdo de las iglesias de Oriente sobre la fecha de la celebración de la Pascua, llegó a pensar en excluirlas de su comunión. Ireneo escribe entonces al Papa, en nombre de los fieles a quienes gobernaba en las Galias. Afirma, desde luego, que debía guardarse la costumbre romana y celebrarse en domingo el misterio de la Resurrección del Señor; pero exhorta respetuosamente al Papa a no excomulgar iglesias enteras por su fidelidad a una vieja tradición. «Si hay diferencias en la observancia del ayuno, la fe, con todo, es la misma». Es honra también del papa Víctor haber escuchado la advertencia del obispo de Lyón.

La vida laboriosa y santa de San Ireneo termina con el martirio. No sabemos cómo ni cuándo; sin duda en tiempos de Septimio Severo, muy a principios del siglo III. Verosímilmente se encuadran los días del santo entre los años 140 y 202.

Figura muy familiar a teólogos e historiadores, era poco conocida del pueblo fiel fuera de Francia. El papa Benedicto XV hizo una obra de justicia al extender su fiesta a la Iglesia universal. Las lecciones del oficio que adoptó el *Breviario romano* son un ejemplo de concisa y piadosa exactitud.

JOSÉ LÓPEZ ORTIZ, OSA

Bibliografía

DUFOURCQ, A., *Saint Irénee* (París 1905).
FREPPEL, C.-E., *Saint Irénée et l'éloquence chrétienne dans la Gaule pendant les deux premiers siècles* (París 1861).
HARWEY, W. W., *Sancti Irenaei episcopi lugdunensis libri quinque,* 2 vols. (Cambridge 1949).
LEBRETON, J., SI, *Histoire du dogme de la Trinite.* II: *De Saint Clément à Saint Irenée* (París [2]1928).
LECLERCQ, H., Art. en F. CABROL - H. LECLERCQ (dirs.), *Dictionnaire d'archeologie chrétienne et de liturgie.* VII/2: *Iona-Jubilus* (París).
Obras: PG 7 (Ed. de R. MASSUET, París 1710; Venecia 1734).
RUIZ BUENO, D., *Actas de los mártires* (Madrid [5]2003) 317s.
— *Padres apostólicos* (Madrid 1950) 672s, nueva ed.: *Padres apostólicos y apologistas griegos (s. II)* (Madrid 2002) 507s.
«San Ireneo», en A. FLICHE - V. MARTIN (dirs.), *Historia de la Iglesia.* II: *La Iglesia en la penumbra* (Valencia 1976) 73-93
VERNET, F., Art. en A. VACANT - E. MANGENOT - E. AMANN, *et al.* (dirs.), *Dictionnaire de théologie catholique.* VII/2: *Impanation-Irvingiens* (París 1927) 2394-2533.
• Actualización:
GRASSI, A , *Vita di S. Ireneo di Lione* (Siena 1993).

SAN PABLO I

Papa († 767)

Nació en Roma. Su padre se llamaba Constancio. Desde su juventud estuvo al servicio de la sede apostólica. Siendo ya diácono, el papa Esteban II, su hermano, le envió como legado a tratar diversos asuntos con Desiderio, el nuevo rey de los longobardos.

El 29 de mayo de 757 moría el papa Esteban II. Pablo estuvo junto a él en el Laterano, atendiéndole en su enfermedad. «Al volver de la ceremonia fúnebre, celebrada en San Pedro, la facción que le apoyaba le aclamó como sucesor de Esteban». Ha llegado hasta nosotros una carta de Pablo, anunciando a

Pipino, rey de los francos, la muerte de su hermano Esteban y la elección a sucederle que había recaído sobre él. Se llamará Pablo I. Fue consagrado el 29 de mayo, al mes y dos días de la muerte de su antecesor y hermano, Esteban II. Su pontificado (757-767) estuvo surcado por grandes dificultades de tipo político temporal y religioso. Los historiadores de la Iglesia puntualizan:

> «El joven Estado pontificio era excesivamente débil para poder defenderse de dos poderosos enemigos, que, a pesar de sus antiguos antagonismos, no dudaban en unirse contra el recién llegado».

Tuvo que habérselas con el emperador de Bizancio, Constantino V, que por resentimiento contra Roma llegó, incluso, a formar alianza con sus antiguos enemigos, los lombardos, y a plantear otras cuestiones enojosas. Pablo I recurre a la corte de los francos para que le ayuden a «consolidar el pequeño estado pontificio», rectificando sus fronteras, y es en una carta «del senado y del pueblo romano» donde se formula esta petición «al gran vencedor Pipino, rey de los francos y patricio de romanos».

Las amenazas e intrigas de Desiderio, rey de los lombardos, eran constantes. En un momento dado se acercó a Roma para negociar, pero no se logró nada positivo en cuanto a modificaciones fronterizas, como exigía el Papa. Más adelante, Pablo I, ayudado por Pipino, logró algunas promesas de rectificación en las fronteras por parte de Desiderio. Quedaba claro en todas estas tractativas que el Papa «no renunciaba al sueño de realizar un gran Estado italiano que abarcase toda la parte central de la península, del que él era soberano». Las promesas de Desiderio no sólo no se cumplían sino que llegó a enviar «sus tropas para depredar en territorio pontificio». Requerido a cambiar de actitud, había respondido con una carta insolente y llena de amenazas, que el papa consideró un deber transmitir a Pipino. Pablo imploró de rodillas la protección del monarca. Al fin, el papa hubo de «renunciar provisionalmente a las grandiosas esperanzas que, tanto él como su hermano, habían llegado a concebir». Y en un tira y afloja se fue llegando a lo que se ha llamado un *modus vivendi* y un cierto entendimiento con el reino lombardo.

Dejando a un lado este aspecto político en el que Pablo I tuvo que moverse, lo que más interesa es su actividad religiosa.

La lucha iconoclasta acapara su atención y le preocupa seriamente. En el sínodo constantinopolitano de 754 se habían pronunciado los asistentes claramente contra el culto a las imágenes. A este sínodo no habían asistido ni patriarcas ni legados pontificios del papa Esteban II. La persecución iconoclasta no se calmaba sino que más bien se había reactivado. Testigos y víctimas de ella eran muchos monjes ortodoxos. Expulsados de Oriente llegaron a Italia buscando refugio y amparo. Pablo I los recibió en Roma con toda solicitud y les asignó un monasterio que él mismo mandó construir en su casa paterna en honor de San Esteban I, papa y mártir, y de San Silvestre. Allí se acomodaron estos monjes griegos, entregándose a la vida contemplativa y a las celebraciones litúrgicas en su propia lengua. La llegada de estos refugiados era muy fuerte y el papa envió sus legados a Constantinopla, pidiendo que cesara la persecución. Legados pontificios ante los emperadores Constantino V y León IV, trataron de que se restablecieran «a su antiguo estado de veneración las muy santas imágenes de Nuestro Señor, de su santa Madre y de los santos». Parece que el emperador, para hacer más complicadas las negociaciones, amenaza con suscitar temas más difíciles de tipo dogmático-trinitario. El papa en todo este tiempo mantiene gran correspondencia con Pipino, a quien tiene lo más informado que puede y le previene contra las maquinaciones de los griegos y de sus embajadas en Francia.

En la Pascua de 767 se celebra un sínodo en Gentilly. En documentos del tiempo se dice «un sínodo grande entre romanos y griegos acerca de la Santísima Trinidad y de las imágenes de los santos». El tema debatido acerca del misterio de la Santísima Trinidad se puede conjeturar que versaría sobre la fórmula del Credo, sobre el *filioque.*

Fue Pipino quien reunió el sínodo en Gentilly; por este motivo y por otras de sus actuaciones se ha dicho que la concordia entre Pablo I y Pipino se reveló beneficiosa también para las cuestiones religiosas.

Pablo I enfermó en junio de 767. Había ido huyendo de los grandes calores del centro de la urbe y se había hospedado en el

monasterio cercano a la basílica de San Pablo Extramuros. En los días de su enfermedad se estaba urdiendo ya una auténtica conspiración. Los ánimos de muchos estaban enfurecidos contra el papa por su mano dura en el gobierno «y no se hablaba de otra cosa que no fuera cómo ayudar a éste a morir lo más pronto posible». Y allí, en el monasterio al que se había retirado, entregó su alma a Dios el 28 de junio del mencionado año de 767. Había ocupado la sede de San Pedro durante diez años.

En el llamado *Liber pontificalis* se le encomia por sus virtudes, por su caridad para con los pobres y desvalidos, por la amistad y palabras y gestos de consuelo con que trataba a los encarcelados.

También habla el mismo *Liber pontificalis* de los traslados solemnísimos que hizo de cuerpos de mártires y santos desde las catacumbas y cementerios de los alrededores de Roma a las iglesias de la ciudad. Hizo también obras en la basílica Vaticana con la capilla de Santa Petronila, etc.

No oculta el *Liber pontificalis* las vejaciones ejercidas por los «inicuos satélites» del papa, que él mismo trataba de atenuar. En un juicio de valor dado por un historiador moderno se reconoce que Pablo I «continuó con perseverancia y tenacidad la obra comenzada por su hermano Esteban II. El joven Estado pontificio parecía estar haciéndose consistente. El papado, al final del reinado, desembarazado de sus más graves preocupaciones temporales, volvió a interesarse de nuevo en los grandes asuntos religiosos». La realidad es que las ocupaciones y preocupaciones de orden temporal mediatizaban la entrega más plena a lo espiritual. Pablo I hubo de santificarse atendiendo a las cuestiones que se presentaban en ambos campos. ¡Cosas de los tiempos; y no hay que sacarlas de su contexto histórico!

La conspiración o complot del duque Toto que se andaba urdiendo ya durante la enfermedad del papa siguió adelante y, estando todavía Pablo I de cuerpo presente, se llegó a la usurpación del trono pontificio por Constantino, simple laico, y hermano de Toto. Las terribles represalias que se siguieron hablan claro de la ambición de Toto y de los suyos y de la falta de moderación de los contrarios. Un verdadero desastre hasta que se pudo llegar a la elección legítima del sucesor de Pablo I en la persona de Esteban III.

Los restos mortales de Pablo I fueron depositados primero en la basílica de San Pablo y tres años después trasladados a la basílica Vaticana.

JOSÉ VICENTE RODRÍGUEZ, OCD

Bibliografía

BAUMONT, M., «Le pontificat de Paul 1er»: *Mélanges d'Archéologie et d'Histoire* 47 (1930) 7-24.

DUCHESNE, L. (ed.), *Liber pontificalis,* I (París 1886) 463-467.

FLICHE, A. - MARTIN, V. (dirs.), *Historia de la Iglesia.* VI: *Los carolingios* (Valencia 1975) 14-29.

RABIKAUSKAS, P., «Paolo I, papa», en *Bibliotheca sanctorum.* X: *Pabai-Rafols* (Roma 1968) cols.283-285.

SAN JUAN SOUTHWORTH

Presbítero y mártir († 1654)

El 28 de junio de 1654, bajo el régimen de Oliver Cromwell, era martirizado en el cadalso de Tyburn, a las afueras de Londres, el sacerdote secular Juan Southworth, nacido en 1592 en Samlesbury, en la región de Lancashire. Es uno de los cuarenta mártires de Inglaterra y Gales, canonizados por Pablo VI el 25 de octubre de 1970, que aceptaron su muerte —como glosa la homilía de santificación— «con un gozo espiritual y una caridad admirable y radiante». Todos, incluido San Juan Southworth, quisieron ser y fueron leales a su patria, reconocieron el poder real en lo tocante al orden civil y político, pero el verdadero drama —según apunta el papa Montini— se desencadenó cuando su lealtad a la autoridad civil entró en conflicto con su fidelidad a Dios y a su conciencia:

> «situados ante la alternativa de permanecer firmes en su fe y, en consecuencia, morir por ella, o bien, salvar la vida renegando de la primera, con una fuerza verdaderamente sobrenatural optaron por Dios y afrontaron gozosamente el martirio».

Aunque el arzobispo de Canterbury, Dr. Ramsey, había manifestado que esta canonización no favorecía la amistad ecuménica, se disiparon al fin las dudas y decidió enviar un represen-

tante suyo a la ceremonia de la basílica de San Pedro. El Papa no quiso obviar el problema y tras afirmar que los mártires «han contribuido a la conservación de la fe católica» en Gran Bretaña, deseó que su sangre fuera «capaz de curar la gran herida infligida a la Iglesia de Dios a causa de la separación de la Iglesia anglicana de la Iglesia católica».

La biografía de San Juan Southworth es la historia de una inquebrantable fidelidad y de una reiterada persecución; por lo que está llena de entrega pastoral y de reclusiones, de ejercicio caritativo y de exilios, de una aceptación de la cruz con todas las consecuencias. El propio mártir, el día de su muerte, predicó al pie del patíbulo su mejor sermón contando el pormenor de su conciencia, las altas y profundas razones y convicciones que habían movido el compromiso cristiano de su vida.

Nacido en el seno de una familia católica y económicamente rica, que vio mermada su fortuna por las frecuentes multas que tuvo que afrontar por su fidelidad al catolicismo, se vio obligado a salir de las fronteras de la isla para emprender sus estudios eclesiásticos. Había cumplido ya 21 años cuando ingresó el 14 de julio de 1613 en el Colegio Inglés de Douai, ciudad francesa bastante próxima al Canal de la Mancha. Allí recibiría la ordenación sacerdotal el sábado de gloria de 1618 y cantaría su primera misa al día siguiente, 15 de abril, en la capilla del colegio. Después de unas primeras correrías apostólicas por Inglaterra, comenzó a pensar que tal vez estaba llamado a la vida monástica, de tal manera que decidió ingresar en una comunidad benedictina francesa a poco de celebrar el primer aniversario de su ordenación, el 28 de abril de 1619. Que no le gustó la vida conventual o no le probó la experiencia parece evidente, pues antes de que terminase el año ya había abandonado la orden y, una vez reanudada su vida como sacerdote diocesano, lo tenemos cruzando el Canal, de regreso a Inglaterra, el 13 de diciembre de 1619.

Durante tres años y medio vive y trabaja apostólicamente en la isla, pero vuelve de nuevo al continente en 1624 y permanece en Bruselas como capellán de un convento de benedictinas inglesas. Al amparo de una más favorable situación política, se marcha a Inglaterra durante el reinado de Carlos I y desarrolla

su ministerio pastoral en su comarca natal de Lancashire, donde lo detienen, procesan y sentencian a muerte en 1627, aunque la circunstancia de estar casado el rey con una princesa católica le salvó a él y a otros de la ejecución. No se libró, sin embargo, del rigor de la prisión en el castillo de Lancaster, donde convivió con otro de los cuarenta mártires canonizados con él, el jesuita Edmundo Arrowsmith, de cuya muerte, el 28 de agosto de 1628, fue testigo desde la ventana de su celda, y a quien le dio la absolución.

San Juan Southworth permaneció recluido, entre el castillo de Lancaster y la Torre de Londres, hasta que en la primavera de 1630, mediante los buenos oficios del embajador francés Chateauneuf, se le conmutó la pena de muerte —a él y a otros compañeros sacerdotes— por el exilio. Evidentemente la gestión del diplomático resolvía que el lugar de destierro fuera en territorio de Francia. Y allí se fue, mas no por demasiado tiempo, ya que unos meses después, sin temor alguno a ser encarcelado, regresa a Inglaterra dispuesto a ejercer una labor sacerdotal eminentemente samaritana, al lado de numerosas familias católicas afectadas por la peste, acompañando y socorriendo, ofreciendo un apoyo material y espiritual lleno de riesgos. En este tajo caritativo se encontró en 1636 con otro de sus compañeros mártires de canonización, el jesuita Enrique Morse.

Esta labor caritativa del santo afianzaba la fe católica de numerosas familias y también suscitaba la admiración y el acercamiento de algunos anglicanos. Cundió este comportamiento, y no faltaron las denuncias de proselitismo por parte de ciertos pastores. Se elevaron quejas al Gobierno, porque —decían— con la disculpa de la ayuda material a los necesitados, los sacerdotes trataban de ganárselos para el catolicismo. La denuncia tuvo su efecto, Juan Southworth fue detenido y recluido en la cárcel de Gatehouse, pero logró enviar a la reina Enriqueta María un *memorial* explicando que «había visitado a algunos enfermos de peste, tal y como diariamente hacía desde el principio de la epidemia, socorriéndolos, así como a otros que ya estaban a punto de morir de hambre, con limosnas concedidas por Vuestra Majestad y por otras personas caritativas». Contaba cómo un teniente de cura de Westminster lo vio salir de una

casa contaminada, lo denunció y por orden de Sir Dudley Carlton, del Consejo privado de Su Majestad, fue encarcelado.

> «Sírvase —le dice el suplicante a la reina— manifestar a Su Majestad que, al haber actuado con el único fin de salvar a los pobres de la muerte, lo que estimó es que no constituiría perjuicio alguno ni para Su Majestad ni para el Estado, y rogar a Su Majestad tenga a bien permitir que vuelva entre sus amigos con el fin de no perecer él mismo en la cárcel, por lo que el suplicante se considerara obligado, como de hecho ya se obliga, a orar siempre por ambas Majestades»

El resultado de la súplica fue la excarcelación inmediata.

No pararon aquí las persecuciones, incluso fue víctima de un aprovechado que abrió por su cuenta una cárcel e hizo redadas de sacerdotes católicos que recluía en sus mazmorras particulares y entregaba al Gobierno a cambio de apetecibles recompensas. Eso fue lo que hizo Francis Newton —así se llamaba— con Southworth. Lo detuvo y entregó al Gobierno el 28 de noviembre de 1637, que lo encerró en Gatehouse, pero pagando una fianza quedó en libertad y reanudó con renovado celo sus tareas pastorales. Todavía en dos ocasiones más se vio entre las rejas de la cárcel, en agosto y en diciembre de 1640, aunque por intervención del Secretario de Estado del Rey Carlos I, Francis Windebank, que no ocultaba sus simpatías por el catolicismo y acabó abrazando la fe de Roma, fue puesto en libertad y ya durante un largo tiempo de 14 años ejerció su cura de almas sin grandes sobresaltos.

Fue, sin embargo, en la primavera de 1654, bajo el poder de Oliver Cromwell, cuando le detuvieron de manera definitiva. Le juzgó en Old Bailey un tribunal presidido por un sargento. No tenían pruebas irrefutables de que Juan Southworth fuera sacerdote, pero cuando se lo preguntaron directamente a él, no hizo sino reconocerlo. Tras esta confesión lo condenaron a muerte por traidor y sacerdote; y pese a que los embajadores de España y Portugal intercedieron ante el Lord Protector solicitando la conmutación de su pena, el Consejo se opuso rotundamente

Espero con serenidad el día de la ejecución, que tuvo lugar en el árbol de Tyburn, víspera de la fiesta de San Pedro de 1654.

Llovía con fuerza en aquellos momentos, mas no faltaron testigos del martirio, unos por curiosidad morbosa y algunos otros para acompañarle en aquel trance. Cuando estaba al pie del cadalso pidió, y se le permitió, pronunciar unas palabras dirigidas a todos los presentes. Fue un largo parlamento cuyo texto fue contado por uno de los testigos en una carta enviada al obispo Challoner, quien posteriormente lo difundió.

Tras referirse a la «buena gente» que escuchaba y presentarse como nacido en Lancashire, hizo la siguiente confesión:

> «Es la tercera vez que me arrestan, y ahora, a punto de morir, quisiera testimoniar y profesar abiertamente esa fe por la que padezco. Y aunque poco es el tiempo que me queda, espero suplir la insuficiencia de mis palabras con mi sangre, que deseo con toda mi voluntad derramar hasta la última gota por mi fe. Jamás fue mi intención, ni al venir a Inglaterra ni al ejercer en ella, atentar contra el gobierno temporal. Mis legítimos superiores me enviaron a enseñar la fe de Cristo, no a mezclarme en asuntos temporales [...] Procuré tan sólo cumplir con mi obligación y desempeñar mi deber salvando mi alma y las almas de otros. Esto, y sólo esto, es lo que procuré realizar con mis escasas facultades. Me había encargado hacerlo aquel a quien nuestro Salvador, en la persona de su antecesor San Pedro, otorgó el poder de enviar a otros a difundir su fe. Por esta santa causa, por ella muero, y no por traición alguna a las leyes. Mi fe y la obediencia a mis superiores constituyen toda la traición que se me imputa; mejor dicho, muero por la ley de Cristo, que ninguna ley humana, cualquiera que sea su autor, puede contrariar o contradecir. La ley de Cristo me ordenó obedecer a esos superiores y a esa Iglesia diciéndome que quien los escucha lo escucha a él. A esa Iglesia y a sus superiores he obedecido, y por obedecerles muero. Esta es la lección que siempre he deseado aprender: la misma que ahora vengo a poner en práctica muriendo y que me enseñó nuestro bendito Salvador con su doctrina y con su ejemplo a un tiempo [...] Para seguir su santa doctrina e imitar su santa muerte, gustoso padezco yo ahora, y considero este patíbulo como su misma cruz, que abrazo jubiloso para seguir a mi amado Salvador. Mi fe es mi crimen; el cumplimiento de mi deber el motivo de mi condena [...] Antaño se pretendió que la libertad de conciencia no constituyera motivo de enfrentamiento, por lo que razonablemente se propuso que todos los naturales que se comportaran como súbditos obedientes y leales debían disfrutar de ella. Así las cosas, ¿por qué si se conducen y rigen según conciencia con arreglo a la fe recibida de sus antepasados habrían de verse implicados más que los demás en una culpa general, cuando precisamente su propia rectitud constituye la auténtica razón que absuelve a los demás y los hace inocentes?».

Al parecer, los oficiales que le habían permitido hablar le apremiaban a que acabase Entonces, Juan Southworth pidió a todos los católicos que asistían al suplicio que rezaran por él y con él.

> «Con las manos elevadas al cielo y los ojos dulcemente cerrados —escribio el testigo— espero el momento de su ejecucion, que en seguida llego, y afrontó la muerte con tranquilidad impasible, entregando santamente su alma a ese Dios que tanto lo amaba, que por el murio y por el que murio»

Una vez ahorcado y posteriormente descuartizado, el embajador español Flento de Cárdenas se hizo con el cuerpo pagando 40 chelines al verdugo, lo envió al Colegio Inglés de Douai en Francia y al mismo tiempo puso en conocimiento del papa Alejandro VII el martirio. Fue tan edificante la muerte que uno de los asistentes, William Carles, quiso tomar el relevo del mártir, se hizo jesuita y se ocupó de la cura de almas en Inglaterra hasta su muerte.

Los restos del mártir enviados por el embajador español a Douai fueron enterrados en el colegio inglés donde había cursado sus estudios eclesiásticos, en la capilla en que había celebrado su primera misa. Cuando llegaron los tiempos de la Revolución Francesa y por cautela se cerró el colegio, se ocultaron los despojos de tal modo que se les perdió la pista. Sólo en 1927, dos años antes de que fuera beatificado por Pío XI, al derribar el viejo edificio que había sido vendido, se encontró una caja que contenía restos humanos y, examinados, coincidían con los de un varón martirizado como Juan Southworth. Estas reliquias, guardadas dentro de una estatua yacente convertida en relicario, se veneran hoy en la catedral de Westminster, en el corazón de Londres, «como uno de los tesoros más preciados —son palabras de Pablo VI en la canonización— de esta isla de santos».

JOSE ANTONIO CARRO CELADA

Bibliografía

AAS 64 (1972) 259 260
Ecclesia (1970) n 1477, p 18-20, (1970) n 1516, p 7 9
L'Osservatore Romano (24 10 1970) 5, (26/27 10-1970) 1 2
REPETTO BETES, J L, *Santoral del clero secular* (Madrid 2000) 96-98
WHITFIELD, J L, *Blessed John Southworth* (Londres 1965)

SANTAS VICENTA GEROSA Y BARTOLOMEA CAPITANIO

Vírgenes y fundadoras († 1847, 1833)

He aquí dos almas gemelas en santidad, en el lugar de cuna y muerte, en la fundación de un mismo Instituto religioso y hasta en su misma canonización, proclamada a la par en la fiesta de la Ascensión del Año Santo 1950 por Su Santidad Pío XII.

Ambas santas son hijas de un mismo pueblo: Lóvere. Pocos paisajes hay más singularmente envidiables en el norte de Italia que el que corona el marco luminoso de esa villa recostada a lo largo de la orilla del Sebino, que desciende de los majestuosos Alpes del Bergamasco, al norte de la Lombardía. Es el 13 de enero de 1807 cuando viene al mundo Bartolomea Capitanio, en el seno de un hogar de mediana condición, elegida por Dios para resplandecer sobre las ruinas morales y sociales acumuladas al principio del 800 por el nefasto influjo de la Revolución Francesa y el jansenismo, como faro de caridad.

Mas, tanto Bartolomea como Vicenta Gerosa —anterior en nacimiento (29 de octubre de 1784)— serán desde sus primeros años como flores entre espinas. En sus hogares no reina la paz ni la armonía doméstica. El padre de Bartolomea, comerciante de comestibles, era demasiado aficionado a la bebida, lo que provocaba en casa turbaciones, disgustos, gritos y lágrimas de la paciente esposa y buena madre cristiana; la cual decidió, para alejar a la inocente criatura de tales escenas, recluir a la muchacha en el pensionado de monjas clarisas de Lóvere, una vez reinstalado su monasterio tras el huracán napoleónico.

En cuanto al hogar de Vicenta Gerosa, su padre, Juan Antonio, era poco inteligente y práctico para los negocios de pieles, y su madre, Jaimina Macario, bastante inepta para las tareas domésticas, todo lo cual originaba continuos roces y mutuas incomprensiones de carácter. A los diecisiete años murió su padre, y entonces su madre, rechazada por sus parientes y tíos, que estaban en buena posición, tuvo que huir de casa e ir a mendigar, con gran pena de la hija, a la que sus tíos no quisieron soltar de su lado. En 1814, cuando Vicenta iba ya por los treinta años, moría su madre.

Volvamos ahora los ojos a Bartolomea, acogida a los once años al monasterio de clarisas de Lóvere. Cuando la maestra, sor Francisca Parpani, le abría sus puertas, poco pensaba que adquiría una joya preciosa, la que luego ella misma había de llamar orgullosamente la *ragazza d'oro* (joven de oro) Era, sí, la edificación de todos. Soportaba las molestias, castigos y aun golpes de sus compañeras en silencio. La maestra la probó con humillaciones, que sabía sobrellevar sin molestarse. «La humildad, la abnegación y la oración me han de santificar», decía ella misma.

Ya aquí, en el pensionado de las clarisas, aparece como confesor y director espiritual D. Angelo Bosio, que fue puesto por la divina Providencia al lado de Bartolomea como su guía, consejero y ángel tutelar de su gran empresa apostólica. Preclaro en virtud y de certera intuición, quedará indeleblemente grabada su figura en los anales del Instituto de las Hermanas de la Caridad, de la que fue su inspirador, su animador y su definitivo sostén. Él intuyó con sagacidad de santo el fondo inmenso de aquella joven, y la ayudó en el camino de la perfección hasta llegar a la meta propuesta.

Mas, entretanto, su madre añoraba a la hija querida. Dos veces llamó a las puertas del pensionado para reclamarla. A la segunda vez, en 1823, Bartolomea, con los encantos de sus dieciséis años, pero más aún con los de su formación espiritual cabe aquellos santos muros, tuvo que regresar al hogar con cierta pena Conocía la diferencia del remanso de paz del monasterio y la agitación de su casa paterna, a causa del mal ejemplo del padre; pero también aquí vio una gran oportunidad de conducir a su progenitor al buen camino. En efecto, para apartarle del vicio iba ella en su busca por tabernas y mesones, y con sus zalamerías y buenas mañas le convencía a seguirla para casa. Poco a poco el lobo se trocó en cordero, y en siete años la santidad de Bartolomea logró su cometido. El padre moría en 1831 en la paz del Señor, después de haber vivido días tranquilos en la armonía familiar.

Entretanto Bartolomea no se ceñía al apostolado doméstico. Con ser mucho, no habría sido nada para su espíritu dinámico y emprendedor. El párroco de Lóvere le había propuesto sacar el título de maestra para consagrarse a la enseñanza. Pare-

cióle acertada la idea, y así cursó los estudios necesarios para ello hasta obtener el diploma en Bérgamo; pero la enseñanza a los pobres era sólo una parte de su vasto programa. Día tras día confió sus planes a su confesor Dom Bosio. Ella quería abarcar toda clase de obras de misericordia corporal y espiritual.

Su corazón compasivo se estremecía ante tantas necesidades de alma y cuerpo, pero su director quería ver una mayor madurez en su dirigida, y así aguardó hasta seis años —que le parecieron eternos—, al cabo de los cuales la autorizó, con la venia del prelado, monseñor Nava, para echar los primeros cimientos del Instituto religioso con la creación de un hospital a base de sus propias rentas, y del que ella fue su directora. Con el hospital nació también la idea del Instituto de las Hermanas de la Caridad, inspirándose en las reglas del Instituto que había fundado San Vicente de Paúl. Pero ella sola no podía dar un paso. Mas, ¿quién se pondría a su lado en tamaña empresa?

Fue entonces cuando D. Bosio, que conocía a Catalina Gerosa —la que luego cambiaría su nombre en religión por el de *Vicenta*—, puso en contacto con Bartolomea a aquella mujer de cuarenta años, alma sencilla y humilde, desprovista de cultura, pero instruida con las luces del Señor en las cosas de Dios, y muy conocida en Lóvere también por sus generosas obras de misericordia, dada su mayor holgura económica como heredera del pingüe patrimonio de sus ricos tíos.

Después de algunas dificultades por causas familiares, las dos almas entraron en contacto mutuo, y, compenetradas con el plan de un Instituto religioso de caridad, con el dinero de sus respectivos patrimonios compraron la casa *De Gaya,* el 12 de marzo de 1832. El 21 de noviembre del mismo año emitían sus votos religiosos de pobreza, castidad, obediencia y caridad, obligándose a ofrecerse a sí mismas y sus bienes en servicio de los pobres. Así quedaba fundada la Obra en aquel pequeño nido, al que todos llamarían «conventito» para distinguirlo del convento de las clarisas. Bartolomea organizó el orfanato, la escuela y las congregaciones, dedicando algunas horas del día al hospital, y Vicenta, aunque designada superiora a pesar suyo, asumió las tareas más penosas de la casa, del huerto, de la cocina y asistencia a las huerfanitas y a los enfermos. Careciendo

aún de capilla, de buena mañanita corrían a la iglesia de San Gregorio a practicar allí sus devociones y rezos.

La obra estaba en marcha. Cada día eran más las escolares y huerfanitas acogidas. Todo iba muy bien; pero he aquí que el Señor quería para sí a Bartolomea, flor lozana de virtud, a los veintiséis años tan sólo, tras unas fiebres malignas que habían de llevarla al sepulcro en cuatro meses. Resignada se dispuso a bien morir, consolando a su compañera y prometiendo ayudarla en el Instituto desde el cielo, más que si estuviera en la tierra, y que el Instituto duraría por los siglos de los siglos. Todo lo contrario, empero, parecía humanamente; muerta ella, diríase que desaparecía la obra. Así, al menos, lo creían las gentes de Lóvere, que lloraron unánimemente su muerte; mas los caminos de Dios son muy distintos.

Hasta Vicenta pensó en volver al retiro de su hogar; pero Dom Bosio, aquel director espiritual de ambas almas, logró convencerla haciéndole ver claramente la voluntad divina. Ella debía continuar y perpetuar su empresa. Obedeció dócilmente. Al poco tiempo centenares de fervorosas doncellas llamaban a las puertas del «conventito» para enrolarse en sus filas. Elegida superiora general, presidió durante su vida la toma de hábito de 243 religiosas y fundó 24 comunidades por toda Italia. Se palpaba la promesa de Bartolomea en su lecho de muerte. Cuando Vicenta Gerosa dormía en la paz del Señor el 29 de julio de 1847, a los sesenta y tres años de edad, rica en méritos y en virtudes, el Instituto de las Hermanas de la Caridad quedaba consolidado y agrandado.

Si miramos el cuadro estadístico del Instituto hoy en día —1966—, es realmente impresionante. Sólo en Italia hay 566 comunidades. En misiones de infieles (Bengala, China, etc.) hay setenta. En total, las religiosas son 8.665. No hay obra de misericordia que no caiga dentro del campo apostólico y caritativo del Instituto, desde los asilos, hospitales, enfermerías, orfanatos, leproserías y casas para viudas hasta los reformatorios y cárceles de mujeres, escuelas, colegios, cocinas económicas, comedores de obreras, etc., etc.

LUIS SANZ BURATA

Bibliografía

Santa Bartolomea Capitanio e Santa Vincenza Gerosa, fondatrice delle Suore di Carità di Lóvere (Milán 1950).

PIO XI, «Litterae apostolicae quibus Ven. Dei Famula Bartholomaea Capitanio Beata renunciatur»: *AAS* 18 (1926) 267-271.

— «Litterae apostolicae quibus Ven. Dei Famula Vincenta Gerosa Beata renunciatur»: *AAS* 25 (1933) 300-303.

PIO XII, «Acta Pii PP. XII: In sollemni canonizatione Beatarum virginum Bartholomaeae Mariae Capitanio et Catharinae Vincentiae Gerosa Homilia»: *AAS* 32 (1950) 4-17.

• Actualización:

CARRARO, M. - MASCOTTI, A., *L'Istituto delle Sante Bartolomea Capitanio e Vincenza Gerosa* (Milán 1987-1996).

LUBICH, G. - LAZZARIN, P., *Vincenza Gerosa la «sciura» della carità* (Roma 1982).

PREVEDELLO, M. A., *Santa Bartolomea Capitanio, fundadora de las Hermanas de la Caridad* (Buenos Aires 1958)

SUORE DI CARITÀ DELLE S. BARTOLOMEA CAPITANIO E VINCENZA GEROSA, *Un istituto tutto fondato sulla carità. Regola di vita delle Suore di Carità delle sante B. Capitanio e V. Gerosa* (Milán 1975).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN ARGIMIRO

Monje y mártir († 856)

Argimiro era natural de Cabra, nacido en el seno de una familia de raza árabe y religión musulmana. Había ejercido el cargo de censor en Córdoba, y cuando dejó este cargo se convirtió al cristianismo y se retiró a vivir en un monasterio, donde alcanzó la ancianidad.

Antiguos correligionarios suyos le oyeron decir que el islam era una religión falsa y que Jesucristo era Dios verdadero, y entonces lo denunciaron como blasfemo. Detenido e invitado a volver al islam, no lo consiguieron ni halagos ni amenazas, por lo que fue encarcelado. Llevado a juicio, perseveró en la confesión de la fe y fue condenado a muerte. El 28 de junio de 856 fue arrojado a un ergástulo y muerto a espada. Días más tarde los cristianos lograban hacerse con su cuerpo y enterrarlo en la basílica de San Acisclo. Cuenta su historia San Eulogio de Córdoba.

SAN HEIMERADO

Presbítero y ermitaño († 1019)

Se le ha llamado a este santo excéntrico y vagabundo, y ya a sus contemporáneos les resultó extraño. Algunos captaron la santidad que había debajo de su forma original de conducirse, mientras que otros se resistían a pensar que fuera efectivamente un hombre de Dios. La Iglesia ha zanjado la cuestión y hoy lo tiene en su *Martirologio* oficial.

Nació en Suabia en el seno de una familia de siervos de un señor, cuya esposa apreció en el muchacho buenas cualidades y lo apoyó para que llegara al sacerdocio y se convirtiera en su capellán. Pero aquel puesto tranquilo y quieto no era el suyo y él mismo obtuvo permiso para poder dejarlo y seguir su inclinación. Se dedicó a hacer peregrinaciones, viviendo de limosnas y compartiendo las que recibía con otras personas pobres. Fue a Roma y luego a Jerusalén, y luego anduvo por Alemania, de una parte a otra, hasta que pidió lo alojaran en el monasterio de Hersfeld y, efectivamente, se le dio alojamiento. Pero no parece que llegara a pedir el hábito ni a convertirse en monje, y él mismo con su extraña conducta se procuró que terminaran finalmente por despedirlo, de lo que él no dejó de quejarse.

Volvió a su vida errante y en el curso de ella un párroco de Detmond, en Westfalia, lo acogió y le permitió celebrar en una iglesia cerrada hasta entonces. Tuvo éxito y los fieles comenzaron a irse con él y abandonar la parroquia, lo que no gustó al párroco, que, como era frecuente en los pueblos alemanes, compaginaba sacerdocio con matrimonio, lo que no dejó de serle reprochado por Heimerado. Hubo de volver a su vida errante y cosechó en ella numerosos desprecios y malos tratos, no siendo comprendido ni siquiera por personas santas, como Santa Cunegunda o San Meinverco de Paderborn. Finalmente se retiró a llevar vida eremítica en la zona boscosa donde hoy está la ciudad de Wolfhagen y allí vivió con gran pobreza y austeridad, entregado a la divina contemplación. Muerto en 1019, su tumba fue objeto de culto popular, pensando los fieles que todas sus extravagancias habían sido voluntarias para conseguir que lo despreciasen y humillasen, como cuando, por ejemplo,

San Juan de Dios se hizo el loco para ser tratado por humildad como demente.

SANTAS LUCÍA WANG CHENG, MARÍA FAN KUN, MARÍA QI YU Y MARÍA ZHENG XU

Vírgenes y mártires († 1900)

Estas cuatro jóvenes chinas habían sido criadas en el orfanato católico de Wang-La-Kia y eran fervorosas cristianas.

El 24 de junio de 1900 una banda de boxers asaltó el orfanato, destruyó la iglesia y mató a numerosas personas del establecimiento. Estas jovencitas huyeron, pero en su huida fueron a parar a manos de unos soldados que las llevaron a Yinn-Fa-choang, donde quedaron bajo la custodia de un capitán que puso sus ojos en Lucía. Ésta tenía 18 años y el capitán quería que apostatara para poder hacerla su esposa. La familia que las hospedaba las presionó fuertemente para que las cuatro apostataran pero no lo lograron, pues sostenidas por Lucía, las otras, pese a tener 16, 15 y 11 años respectivamente, resistieron halagos y amenazas. Pero unos días más tarde, una banda rival de boxers asaltó el pueblo y se llevó a las jovencitas a las cercanías de Wang-La-Kia, donde primero las hirieron con lanzas y picas y luego las decapitaron. Las jóvenes, cuando vieron que iban a ser sacrificadas, se cogieron de las manos y se dedicaron a rezar, y así en oración recibieron la muerte. Fueron canonizadas el 1 de octubre de 2000.

SANTA MARÍA DU ZHAOZHI

Madre de familia y mártir († 1900)

María Du Zhaozhi había nacido en 1849 y era una cristiana fervorosa, casada y madre de familia, que había tenido la alegría de que uno de sus hijos llegara a sacerdote y pudiera ella verlo celebrando la santa misa.

Llegada la persecución bóxer, primero huyó, pero luego volvió a su casa siendo localizada como cristiana por los boxers, los cuales exigieron de ella que apostatara de la fe, a lo que ella

se negó con toda fortaleza, siendo seguidamente decapitada. Esto ocurrió en el poblado de Vang-Kia-Tien (Jieshuiwang), provincia de Hebei, el 28 de junio de 1900. Fue canonizada el 1 de octubre de 2000.

BEATOS SEVERIANO BARANYK Y JOAQUÍN SENKIVSKYJ

Presbíteros y mártires († 1941)

Cuando las tropas alemanas llegaron el 29 de junio de 1941 a la ciudad ucraniana de Drohobych, recién evacuada por las tropas soviéticas, se hallaron con que los presos de la cárcel habían sido asesinados. Entre estos presos eliminados estaban dos sacerdotes, y el motivo de su encarcelamiento no había sido otro que el de su condición de ministros de la Iglesia católica.

El primero de ellos, SEVERIANO BARANYK, había nacido el 18 de julio de 1889, y, sintiendo la vocación religiosa, había ingresado en la Orden basiliana de San Josafat el 16 de mayo de 1905, profesando el 16 de mayo de 1907, prosiguiendo luego sus estudios hasta su ordenación sacerdotal el 14 de febrero de 1915. Ejerció primero el ministerio en Zhovka y pasó luego como superior al monasterio de Drohobych. Cuando en 1939 llegaron las tropas soviéticas, el P. Severiano permaneció en su puesto atendiendo a los fieles. Arrestado el 26 de junio de 1941, fue encerrado en la cárcel de la ciudad y al día siguiente o al otro masacrado.

El segundo de ellos, JOAQUÍN SENKIVSKYJ, había nacido el 2 de julio de 1896 en Velyki (Ternopol). Luego de estudiar en el seminario, se ordenó sacerdote el 4 de diciembre de 1921, y posteriormente, sintiendo la vocación religiosa, empezó el noviciado en la Orden Basiliana de San Josafat el 10 de julio de 1923, donde haría la profesión religiosa. Ejerció el ministerio pastoral en Krasnopucha (1925-1927), y pasó luego como docente a Lavriv (1927-1931). Pasó entonces al monasterio de Lvov y en 1939 al de Drohobych. Encarcelado el 26 de junio de 1941 por los soviéticos, al entrar las tropas nazis fue hallado su cuerpo muerto en la cárcel.

Fueron beatificados el 27 de junio de 2001.

29 de junio

A) MARTIROLOGIO

1. La solemnidad de los santos apóstoles Pedro y Pablo († 67) **.
2. En Génova (Liguria), San Siro († 330), que es venerado como obispo.
3. En Narni (Umbría), San Casio († 558), obispo *.
4. En Gurk (Carintia), Santa Emma († 1045), viuda *.
5. En Xiaoluyi (China), santos Pablo Wu Juan y su hijo Juan Bautista Wu Mantang y su sobrino Pablo Wu Wanshu († 1900), mártires *.
6. En Dujiadun (China), santas María Du Tianshi y su hija Magdalena Du Fengju († 1900), mártires *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN PEDRO

Apóstol († 67)

El buen Simón de Betsaida, bronco y tierno como una ola del mar de su patria, fogoso y sencillo como un mílite de las legiones romanas, es una de las figuras más humanas y más encantadoras que desfilaron por la órbita divina del Evangelio de Jesús de Nazaret. Con su barca y sus llaves, con sus dichos y sus hechos, con sus pecados y sus lágrimas, la personalidad histórica de San Pedro encuadra a todo el apostolado de los Doce y atrae por su fe ardiente y por su cálido humanismo la simpatía y el amor de todas las generaciones cristianas.

Ignoramos el año exacto del nacimiento de San Pedro, pero sí sabemos que nació en Betsaida, una aldea campesina y marinera tendida en la ribera occidental del lago Tiberíades, donde vivía con su esposa dedicado a las tareas salobres de la pesca. Su nombre de pila era el de Simón, y fue el mismo Jesucristo quien, en su primer encuentro con este pescador, le impuso el nuevo nombre de Cefas, que significa «Pedro» o «piedra». El evangelista San Juan nos narra el primer encuentro de Jesús con San Pedro con la santa simplicidad de estas palabras: «Andrés halla primero a su hermano Simón y le dice: Hemos hallado al

Mesías. Llevóle a Jesús. Poniendo en él los ojos, dijo Jesús: Tú eres Simón, hijo de Juan; tú te llamarás Cefas» (Jn 1,41-42). Jamás olvidaría Pedro de Betsaida esa mirada y esa delicadeza exquisita de Jesús. Tiempo adelante, el porvenir nos daría la clave y el sentido de este cambio de nombre y confirmaría el vaticinio de Jesús de Nazaret.

A pesar del laconismo biográfico del Evangelio, en sus páginas encontramos datos más que suficientes para formarnos una idea clara y cabal de la fisonomía moral del apóstol San Pedro. Vehemente y francote por temperamento, un poco o muchos pocos presuntuosillo, transparente y casi infantil en la manifestación de sus espontáneas y más íntimas reacciones psicológicas, encontramos en la veta de sus valores morales un alma bella, un gran corazón, una lealtad, una generosidad, unas calidades humanas tan entrañables y subyugantes que aún hoy, a distancia de siglos, la fragancia de su recuerdo perdura y atrae la simpatía y la confianza de las generaciones cristianas.

Al primer llamamiento vocacional de Jesús, el corazón de Pedro, abierto siempre a todo lo grande y generoso, abandona todo lo que tenía. Poco, ciertamente; pero todo lo deja por seguir a Cristo con la confianza de un niño, el ardor de un soldado. Algo especial vio Jesús en la humanidad cálida y abierta del antiguo pescador de Betsaida, cuando, por un acto de su misericordiosa predilección, le elige para la misión de «pescador de hombres» (Lc 5,11), para ser la piedra fundamental de la Iglesia (Mt 16,18) y cabeza suprema de los doce apóstoles y de toda la cristiandad (Jn 21,15-17). Para ser el predilecto entre los tres apóstoles predilectos de Cristo, otorgándole la promesa y la garantía de una asistencia especial, a fin de que su fe no vacilara y confortara la de sus hermanos (Lc 22,31).

Así fue, en efecto. A las puertas de Cesarea de Filipo, Cristo le promete el primado universal y supremo sobre toda la Iglesia; y más tarde, en el candor intacto de una mañana primaveral, junto a la orilla del Tiberíades, Cristo, ya resucitado, cumple esta promesa al conferirle el poder de apacentar a las ovejas y a los corderos de su grey. Aquella promesa fue el premio a la fe de San Pedro, y su cumplimiento fue realizado ante las pruebas de amor de Pedro hacia el Maestro y Pastor de todos los pastores.

La fe ardiente y el amor profundo de Pedro a Jesús constituyen los trazos más destacados de su semblanza y de su vida toda. Basta evocar el recuerdo de estos pasajes evangélicos y de la vida de Pedro: su confesión en Cesarea de Filipo, su actitud después del discurso anunciador de la institución de la Eucaristía, en el lavatorio de los pies de los apóstoles en el Cenáculo, en el prendimiento de Jesús en el huerto de los Olivos, en las lágrimas amargas que empezó a derramar después de la caída de sus tres negaciones, en su carrera madrugadora hacia el sepulcro de José de Arimatea, en su lanzamiento al agua y entrega total de la pesca milagrosa para llegar pronto y obedecer sin regateos al Maestro, en la escena romana del *Quo vadis?,* en el testimonio y en la forma de su martirio.

Amor que fue siempre correspondido, y con predilección, por Jesucristo, como se transparenta —entre otras ocasiones— en el encargo expreso que las piadosas mujeres recibieron del ángel en el alba de la mañana de la Resurrección: «Decid a sus discípulos y a Pedro...» (Mc 16,7). A Pedro, concreta, particular y principalmente: Tal vez el pobre San Pedro seguiría llorando amargamente su triple negación, sin que sus lágrimas pudieran borrar de la retina de sus ojos el reflejo de aquella dulce mirada de Jesús en el patio hebreo de la casa de Caifás. Tal vez, replegado en el regazo contrito de su dolor y de su cobardía, no se atreviera a acercarse al buen Jesús; sin embargo, Jesús le seguía amando y mantenía su promesa de levantar sobre Pedro el edificio colosal de la Iglesia católica.

Frente a los prejuicios sectarios y a las interpretaciones torcidas en torno a la designación de Pedro como jefe y maestro supremo y universal de la Iglesia, ahí están los documentos históricos del Evangelio y la actuación primacial de San Pedro en la vida interna y externa de la Iglesia. Los pasajes del capítulo 16 del evangelio de San Mateo y del capítulo 21 del evangelio de San Juan son tan claros que, ante su claridad solar, algunos debeladores del primado de San Pedro no tienen otra salida que el negar la autenticidad histórica de esos pasajes evangélicos. En conformidad con su sentido actuó siempre San Pedro, y todos los cristianos vieron en esta conducta la puesta en práctica de sus poderes, concedidos por Cristo y simbolizados en la entre-

ga de las llaves del reino de los cielos al antiguo pescador de Betsaida.

Efectivamente, fue San Pedro quien anatematiza al primer heresiarca Simón Mago; quien recibe en Joppe la ilustración de Cristo en orden a la universalidad de la joven Iglesia y marcha a Cesarea a convertir al centurión romano Cornelio; quien preside y define la actitud dogmática de la Iglesia en el concilio de Jerusalén; quien propone a los fieles la elección del sustituto del traidor Judas en el colegio apostólico; quien en el día augural de Pentecostés se levanta, en nombre de todos, para arengar a la multitud y exponer la doctrina y el mensaje divino de Jesús; quien es consultado y obedecido por San Pablo, quien anuncia el castigo a Ananías y a Tafita, y es citado y ocupa siempre el primer lugar. Todos acuden a Pedro, y Pedro acude a todas partes, dejando con sólo la sombra de su cuerpo una estela de milagros, y abriendo con su palabra horizontes de luz, de unidad, de universalidad y de paz.

Esta posición y esta influencia de San Pedro dentro y fuera de la Iglesia fue el origen de su encarcelamiento en Jerusalén y de su sentencia de muerte dada por Herodes Agripa, el nieto de aquel Herodes degollador de los niños inocentes y sobrino de Herodes Antipas, el asesino del Bautista y burlador de Cristo en los días de la Pasión. El odio contra la naciente Iglesia se centraba ya en su primera cabeza visible, en San Pedro. La pluma de Lucas nos lo afirma en el libro de los Hechos de los Apóstoles, al decir: «Y entendiendo (Herodes Agripa) ser grato a los judíos, siguió adelante prendiendo también a Pedro» (Hch 12,3). Esta narración bíblica del prendimiento y liberación de San Pedro por un ángel, horas antes de la ejecución de la sentencia de su muerte, es todo un poema, una de las páginas más bellas, más emotivas, más realistas y de más fino sentido psicológico de la literatura universal al servicio de la verdad histórica.

Libertado por el ángel, Pedro salió de Jerusalén. El libro de los Hechos de los Apóstoles, después de la escena encantadora y realísima ocurrida en «la casa de María, la madre de Juan, apellidado Marcos», añade: «Y, partiendo de allí, se fue a otro lugar» (12,17). ¿Cuál es este lugar? ¿Adónde se dirigieron los pasos peregrinos de San Pedro recién liberado? ¿A Roma? ¿A Cesarea?

¿A Antioquía? Con certeza histórica no lo sabemos. Lo cierto es que a San Pedro volvemos a encontrarle en Antioquía; que una antigua tradición afirma que San Pedro fue el primer obispo de Antioquía; que la Iglesia admite y confirma esta tradición con la institución litúrgica de la fiesta de la Cátedra de San Pedro (cf. *Año cristiano. Febrero,* p.467) en Antioquía; que Eusebio, en su *Historia eclesiástica,* nos dice que Evodio fue el segundo obispo de Antioquía y sucedió a San Pedro. ¿Fue a raíz de su milagrosa liberación de la cárcel de Jerusalén cuando Pedro fue por primera vez a Antioquía? ¿Había ido anteriormente, hacia el año 36-37, después de la muerte del protomártir San Esteban, a fundar la primera cristiandad antioquena? Tampoco podemos contestar con certeza a estas preguntas, ni ofrece gran interés a los lectores la exposición de los últimos resultados de la investigación histórica acerca de estos detalles marginales en la gran trayectoria de la vida del apóstol San Pedro.

Más importancia teológica e histórica presenta y encierra el incidente de Antioquía aludido por San Pablo en su Carta a los Gálatas (2,11). Tiempos eran aquéllos en los que, por una parte, las formas de expresión del viejo culto judaico estaban más concretadas que en la nueva religión cristiana, y, por otra parte, los judíos cristianos de Jerusalén —especialmente los de procedencia farisea— abrigaban la ilusión de esperar en la joven Iglesia un simple florecimiento espiritualista y más lozano de la antigua sinagoga mosaica. Por ello, algunos judíos cristianos defendían que el mundo de la gentilidad sólo podía entrar en la Iglesia de Cristo pasando previamente por el Jordán de la circuncisión y la observancia total de la Ley de Moisés.

El problema era de fondo, no sólo de forma y de rito. Porque obligar a la circuncisión a los gentiles, y a la observancia de los ritos mosaicos, equivalía a reducir la Iglesia de Cristo a la estrechez nacionalista de la vieja sinagoga, a negar la universalidad de la redención por los méritos de Cristo, a hacer del cristianismo universal y universalista una religión de raza.

El aspecto dogmático y religioso de esta cuestión había sido ya resuelto, hacia el año 50, en el concilio de Jerusalén, al definir la no obligatoriedad de la circuncisión y de la observancia de la ley mosaica, y precisamente se había zanjado por la autoridad

de San Pedro. Mas, en la práctica, seguían algunos judíos cristianos absteniéndose en las comidas de los manjares impuros según la ordenanza y el rito de la Ley de Moisés. Efectivamente, desde el punto de vista dogmático y teológico la cuestión estaba resuelta en el plano del pensamiento; pero la continuidad de su planteamiento, aun en el plano del rito y de la práctica, seguía presentando serios y graves peligros para la desviación doctrinal en torno a la unidad y universalidad de la Iglesia. El incidente ocurrido en Antioquía entre Pedro y Pablo fue originado por las condescendencias del gran corazón de San Pedro en el terreno de las conveniencias prácticas de la prudencia, no de los principios doctrinales de la Iglesia. San Pablo no era un hombre de medias tintas ni de términos medios, y en la condescendencia del corazón de San Pedro vio «una simulación» —así la califica— que en el orden de las conductas podría, por orgullo de raza, dar pretextos para seguir manteniendo, dentro de la catolicidad de la Iglesia, un muro de separación entre judíos y gentiles, como en el templo de Jerusalén. San Pablo no transigía ante estas condescendencias rituales de San Pedro, y el Espíritu Santo, que, por encima de todas las flaquezas, dirige a la Iglesia de Dios, facilitó los caminos a la expansión ecuménica del cristianismo. El muro que en el templo de Jerusalén separaba a los gentiles y judíos fue derrumbado para siempre. Sobre sus escombros y sus ruinas se levantan hoy, abiertas y campeadoras, las columnas berninianas de la gran plaza romana, precisamente, de San Pedro.

La fantasía novelera de la Escuela de Tubinga se atrevió un día a lanzar por el mundo la especie de una oposición dogmática y de una indisciplina jerárquica entre ambos príncipes de la Iglesia. Hoy la misma crítica histórica contemporánea ha echado por tierra tal imputación. Pedro y Pablo, figuras cimeras de la Iglesia, almas hermanadas por una misma fe y un mismo amor, sellaron con la sangre del martirio sus nombres y sus vidas bajo los cielos de Roma. Por encima de sus distintos temperamentos, un mismo credo, un mismo amor, un mismo ideal les unió en el combate y en la muerte, emparejando sus personas tan íntimamente, que ya desde los primeros tiempos de la Iglesia aparecen juntos en el medallón de las catacumbas de Santa

Domitila y en el más antiguo aún sarcófago de Junio Baso, hallado en la cripta del Vaticano.

Si los enemigos de la Iglesia han gastado tanta tinta en combatir la institución misma del Primado, mayores aún son sus ataques contra el hecho histórico-dogmático del Primado de Pedro y de sus sucesores en la cátedra de Roma. Frente a la claridad que brota de los documentos históricos en favor de las tesis católicas, se empeñan en afirmar que, tanto la institución del Primado en la Iglesia como su encarnación en la persona de Pedro y en el obispo de Roma, son productos puramente naturales de un proceso evolutivo histórico.

Ni el Evangelio ni la Iglesia temen a la verdad, y ahí están las realidades históricas proclamando la verdad católica en relación con el Primado de Pedro y de sus sucesores los papas. La Iglesia había de desarrollarse como el grano de mostaza y perpetuarse a través de los siglos. La indefectibilidad de la Iglesia exige una autoridad indefectible también, y para ello Cristo la cimentó en la piedra, en Cefas, en Pedro, y contra esa piedra ni han prevalecido ni prevalecerán las puertas del infierno. Dos mil años de historia vienen confirmando esta realidad, garantizada por la promesa de Cristo Dios (Mt 16,18).

La estancia de San Pedro en Roma, su pontificado romano y su martirio en la Ciudad Eterna son hechos históricos hoy admitidos por todos los historiadores responsables y de buena fe. El mismo Harnack, nada sospechoso, llega a afirmar «que no merece el nombre de historiador el que se atreve a poner en duda esta verdad». La fecha de la misma llegada y la duración de la estancia de San Pedro en Roma son hoy cuestiones aún por dilucidar, así como la fecha exacta de su martirio en tiempos de Nerón.

¿Fue San Pedro el primer sembrador de la semilla evangélica en Roma? ¿Fueron los romanos residentes en Jerusalén en el día de Pentecostés, a quienes alude el libro de los Hechos de los Apóstoles (2,10) y convertidos a la fe de Cristo por el discurso de San Pedro? ¿Fueron los judíos dispersos de Jerusalén los que, con motivo de la persecución de Herodes Agripa, se alejaron hasta Roma y fundaron el primer núcleo de la cristiandad romana entre la numerosa colonia judía del *Trastevere?* Nada

sabemos con certeza histórica sobre estas interrogaciones tan sugerentes.

El hecho cierto es que Pedro estuvo en Roma y que fue su primer obispo. Desde Roma escribió su primera carta a los fieles del Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia, fechada en Babilonia (5,13), nombre simbólico universalmente interpretado por Roma, la ciudad pagana sucesora o representante de la antigua Babilonia. Los testimonios de Clemente Romano, tercer sucesor de San Pedro en el pontificado romano; de Ignacio de Antioquía, en su epístola dirigida a los romanos; de San Ireneo, en su tratado *Adversus haereses,* y recientemente las últimas excavaciones realizadas en la cripta de la basílica Vaticana, demuestran hasta la evidencia la estancia de San Pedro, su pontificado y el ejercicio de su jurisdicción primacial en Roma y en toda la Iglesia.

Roma y San Pedro son dos términos plenos de grandeza histórica, que se asocian espontáneamente en la inteligencia y en el corazón de todos los cristianos. Según una antiquísima tradición, el pontificado romano de San Pedro duró veinticinco años: *Annos Petri non videbis.* Esta tradición viene a confirmar la opinión de los que afirman que la primera llegada de San Pedro a Roma aconteció hacia el año 42, y su martirio hacia el año 67. En efecto, el martirio de San Pedro ocurrió entre estas dos fechas extremas: entre el año 64, fecha del gran incendio de Roma, y el año 68, fecha de la muerte de Nerón. San Juan en su evangelio nos legó estas palabras de Jesucristo a San Pedro: «En verdad, en verdad te digo: Cuando eras más joven tú mismo te ceñías y andabas adonde querías; mas cuando hayas envejecido extenderás tus manos y otro te ceñirá y te llevará donde tú no quieras» (21,18-19). Era una alusión delicada al martirio del apóstol.

En el verano del año 64 un gran incendio devastó gran parte de la ciudad de Roma. Mientras ocurría la gran catástrofe, Nerón —según escribe Tácito en sus *Anales*— cantaba en su teatro privado su poema acerca de la ruina de Troya, aspirando a la gloria de fundar una ciudad nueva que llevase su nombre. Esta actitud de Nerón dio ocasión al rumor popular de que el incendio de Roma había sido provocado por el propio emperador; Nerón acusó entonces a los cristianos como causantes y

provocadores del incendio de Roma, y comenzó su sanguinaria persecución contra la Iglesia. Torrentes de sangre cristiana corrieron por el circo, por las cárceles, por las afueras de Roma. La leyenda, flor de la historia, ha recogido la escena enternecedora del *Quo vadis,* que la piedad y el arte cristiano nos recuerdan en la devota capilla romana del *Quo vadis,* erigida en el lugar donde Jesús se apareció a San Pedro, cuando huía de Roma despavorido por la persecución neroniana. Pedro pregunta al Maestro: «Señor, ¿adónde vas?», y el Señor le responde: «A Roma, para ser otra vez crucificado». Pedro comprende la significación y el alcance de este dulce reproche de Jesús, y retorna a la ciudad de su martirio.

Pronto es apresado por los esbirros de Nerón. El peregrino cristiano visita en Roma con profunda veneración la célebre cárcel Mamertina, donde fue preso San Pedro, y donde convirtió y bautizó a sus mismos carceleros, Proceso y Martiniano, futuros mártires de la fe cristiana.

Poco tiempo después el gran apóstol San Pedro moría clavado en la cruz, como su Maestro; pero, en conformidad con su propio deseo, cabeza abajo, dándonos con esta actitud una gran prueba de su humildad y de su amor a Cristo Jesús. Su sangre cayó cerca del obelisco de Nerón, en la colina vaticana, donde se levantó la antigua basílica Constantiniana y hoy se alza la gran basílica que lleva su nombre.

La tumba del gran apóstol San Pedro se yergue bajo la bóveda grandiosa del Bramante, el monumento más hermoso del orbe. Ante el altar de la confesión y de la tumba del apóstol arrodillémonos con veneración, y, a semejanza del viejo pescador de Betsaida, volvamos nuestro espíritu hacia Cristo Redentor, para repetir el eco de la fe y de la plegaria de San Pedro: «Tú eres Cristo, el Hijo del Dios viviente».

La Iglesia celebra con los máximos honores de su liturgia la fiesta de San Pedro en el mismo día que la fiesta de San Pablo. Ellos fueron, y serán siempre, los «Príncipes de los apóstoles». Así los ha apellidado la Iglesia, así los invoca la fe y el arte de las generaciones cristianas.

PEDRO CANTERO CUADRADO

Bibliografía

AIGRAIN, R., *Saint Pierre* (París 1938).
AMBROGGI, P. DE, *S. Pietro Apostolo* (Milán 1946).
BENSON, M., *Saint-Pierre et les origines de la primaute romaine* (Ginebra 1929).
FILLION, L. C., *Saint Pierre* (París [5]1925).
FOUARD, C., *Saint Pierre* (París [15]1928).
IVEN, C., *Saint Pierre* (París 1950).
KIRSCHBUM, E., SI, *La tumba de San Pedro y las catacumbas romanas* (Madrid 1954).
— *Die Graber der Apostelfursten* (Frankfurt 1957).
THILS, G., *L'enseignement de St. Pierre* (París 1946).
Véanse las *Historias de la Iglesia* y otras obras similares.
WALSH, T., *San Pedro el Apóstol* (Madrid 1951).
• Actualización:
ALDAZÁBAL, J., *San Pedro, discípulo de Jesús* (Barcelona 1995).
MASTRACCO, G., *Recenti studi e notizie di indole biografica e cronologica sul principe degli apostoli San Pietro papa e martire e de l'apostolo delle genti San Paolo* (Sulmona 1972).
MOCCIARO, G., *Lo Spirito Santo e il vero teologo. Pietro l'apostolo degli ebrei, Paolo l'apostolo dei non ebrei* (Palermo [2]2000).

SAN PABLO

Apóstol († 67)

Hacia el año 18 de nuestra era, un joven de poco más de quince años, judío de raza, de la tribu de Benjamín, llamado Saúl (o Saulo), dejaba su ciudad natal de Tarso de Cilicia y se hacía a la mar rumbo a Jerusalén. De una manera en parte imaginaria en parte real, llevaba consigo cinco acompañantes invisibles cuya síntesis constituía la personalidad del joven viajero.

El primer compañero de viaje era un *ciudadano romano.* Saúl era súbdito de aquel gran Imperio; tenía, además, el derecho de ciudadanía por nacimiento y sabía acogerse, si había lugar, a las prerrogativas que este título le confería. Junto al ciudadano romano había en Saúl un *griego.* Se expresaba en esta lengua, que era la que se hablaba en Tarso, con corrección y con agilidad. Estaba acostumbrado a oír fragmentos de los poetas helénicos, a hablar de las competiciones atléticas en el estadio y a contemplar el esplendor externo y la belleza de formas de aquella cultura deslumbradora. El tercer viandante invisible era un *obrero.* «El que no enseña a su hijo un oficio le hace ladrón», se decía entre los judíos. Y el padre de Saúl, aunque era, al parecer, un acomodado comerciante de paños, quiso que su hijo aprendiera

desde muy joven el oficio de tejedor de lonas para tiendas de campaña. De la imaginaria comitiva formaba parte también un *fariseo.* Fariseo e hijo de fariseos era Saúl, y, como tal, pegado hasta lo inverosímil a las tradiciones de sus mayores, capaz de recorrer el cielo y la tierra para hacer un prosélito, de dura cerviz en sus empresas para no ceder ante los obstáculos, anhelante por la venida del Mesías liberador del yugo extranjero y guardador de la Ley hasta en sus mínimos detalles externos. El último acompañante de Saulo era un sincero y afanoso *buscador de la verdad.* Ya junto a los rabinos tarsenses la había buscado en la lectura de la *Torá* (Ley) primero, y luego en el estudio de la *Mishnáh* (tradición oral). Pero su alma anhelaba un conocimiento mayor de la suprema verdad, que es Dios, y su palabra revelada.

Ése era justamente el motivo de su viaje. Al emprenderlo no soñaba en otra cosa que en poder oír las doctas explicaciones del prestigioso Gamaliel, jefe de la escuela de Hillel, miembro destacado del Sanedrín y rabino famoso entre los famosos. Varios años pasó en aquella escuela, rival de la de Schammai, estudiando la *Haggada,* esto es, el dogma e historia del Antiguo Testamento. Al cabo de aquel tiempo la Escritura no tenía secretos para él. La sabía en gran parte de memoria, no sólo en el original hebreo, sino también según la versión griega de los *Setenta.* Años más tarde, cuando en sus viajes no le era dado llevar consigo los voluminosos rollos sagrados, podría citar de memoria con facilidad textos y más textos de la Ley.

No sabemos a punto fijo qué hizo y adónde fue Saulo cuando terminó sus estudios en Jerusalén. Parece indiscutible que no estaba en Palestina durante los años del ministerio público de Cristo, a quien, por consiguiente, no pudo conocer antes de su ascensión. Pero sí sabemos que, cuando tenía unos treinta años de edad, Saulo volvía a estar en la Ciudad Santa, si bien no en calidad de estudiante, sino como fariseo exaltado al rojo vivo.

Un día, estando en la sinagoga de los de Cilicia, cuando oyó que el diácono Esteban, después de un discurso, a su juicio, indignante, terminaba llamando a los judíos «duros de cerviz e incircuncisos de corazón», y proclamando Mesías a un crucificado, herido por el escándalo de la cruz, cerró sus puños «lleno de

rabia» y «rechinó de dientes contra él» con los demás fariseos asistentes. Y cuando, al poco rato, el vehemente diácono moría apedreado, Saulo animaba a los improvisados verdugos y custodiaba sus vestiduras. A partir de aquel momento, «respirando amenazas de muerte» contra todos los cristianos, se dedicaba a buscarlos en sus propias casas para hacerlos encarcelar.

Con todo, los días de aquel ofuscado fariseo que vivía en el alma de Saulo y la tiranizaba estaban contados. Camino de Damasco, iba a morir ahogado por una impetuosa catarata de gracia divina. Y, al morir el fariseo, nacería para la Iglesia y la historia el gran Apóstol. Los demás estratos del alma paulina quedaron intactos, si bien perfeccionados por la gracia. A lo largo de su densa vida volverán a aparecer uno tras otro, aunque en orden inverso y sustituyendo al fariseo muerto el apóstol vivo.

Saulo seguía siendo un buscador de la verdad. Pero no ya de aquella verdad pequeña y estrecha compuesta de mil fragmentos diminutos de verdad de que se componía la doctrina de los fariseos, sino de la verdad infinita, de la verdad hecha hombre en aquel que dijo: «Yo soy la verdad».

En efecto. Terminada su estancia junto a aquel judío llamado Judas que le hospedó en su casa de la calle Recta de Damasco, Saúl, sin pedir consejo a la carne ni a la sangre, se marchó a Arabia. Allí, lejos de la persecución de sus antiguos correligionarios, tendría recogimiento, soledad y paz para ahondar en aquella Verdad que había encontrado, reflexionando, meditando y orando. Allí llegaría a su plenitud la gran metamorfosis espiritual del alma de Saulo: Cristo, el blanco de sus odios más cordiales, acabaría siendo el ideal total de su vida; el fariseo estrecho y rencoroso dejaría paso al apóstol generoso y anhelante. Todo esto fue realizándose lenta y silenciosamente en aquel retiro espiritual de casi tres años de duración que Saulo hizo en Arabia, acaso en las laderas del Sinaí, y en el que abundarían las ilustraciones interiores y las comunicaciones de Dios.

Pero esa búsqueda afanosa de luz no había terminado. La verdad tenía sobre la tierra un oráculo; Cristo había dejado en el mundo un vicario. Y Saulo, haciendo escala en Damasco, de donde tuvo que huir de noche descolgado por la muralla en una

espuerta, fue a Jerusalén, en la que a la sazón se encontraba Pedro, el antiguo pescador de Galilea.

Desde el primer momento quiso unirse a los cristianos, pero éstos huían de él. ¿No sería aquélla una conversión simulada, una hábil estratagema para conocer mejor los secretos de la cristiandad naciente y ahogarla en su cuna? La mayoría así lo sospechaba. Pero Dios puso pronto en contacto con él a Bernabé, hombre que calaba hondo en los espíritus y vio en Saulo un alma privilegiada. Presentó el neoconverso a Cefas y le contó lo sucedido. Éste le invitó con amorosa insistencia a que se quedara con él en casa de la hospitalaria María, la madre de Marcos, el futuro evangelista, sobrino de Bernabé. Allí estuvo Saúl quince días bebiendo a boca llena la verdad en aquella nueva fuente que Dios ponía en su camino: la primitiva tradición cristiana llegaba hasta él por la boca más autorizada, la del pastor primero de la cristiandad.

Y empezó Saulo en Jerusalén a dar testimonio de la verdad. Pero su predicación, en vez de provocar conversiones, levantó tempestades. A los pocos días los judíos resolvieron quitarle de en medio dándole muerte, como un día a Esteban. Amargado con este fracaso, fue un día al Templo, donde, estando en oración, tuvo un éxtasis:

> —Date prisa y sal pronto de Jerusalén... —le decía el Señor.
>
> —Pero si ellos saben que yo era el que perseguía y encarcelaba...
>
> —Vete pronto, porque yo quiero enviarte a naciones lejanas.

Ante la inminencia del peligro los cristianos de Jerusalén, para salvarle la vida, «llevaron a Saúl hasta Cesarea y de allí lo enviaron a Tarso», seguramente por vía marítima. Unos cinco años estuvo esta vez en su ciudad natal. ¿Qué hacía allí entretanto? Esperar sin desasosiego la hora de su apostolado y, mientras esperaba, continuar llenándose de la verdad que había encontrado.

La llamada de Dios no se hizo esperar. Un día se presentó en Tarso Bernabé. Iba a buscar a Saulo para llevárselo consigo a Antioquía. Saulo accedió y por espacio de un año estuvo junto a Bernabé instruyendo a la pujante cristiandad antioquena, que iba a ser durante algún tiempo el centro de la joven Iglesia. En

efecto. La persecución de Herodes Agripa había hecho desaparecer de Jerusalén a los directores de aquélla. Santiago cayó al filo de la espada; Pedro, liberado milagrosamente de la cárcel, salió también de la ciudad deicida y se dirigió a otro lugar, probablemente a Roma. Juan Marcos se marchó a Antioquía.

Un día estaba reunida la cristiandad de esta ciudad y, «mientras celebraban la liturgia en honor del Señor y guardaban los ayunos, dijo el Espíritu Santo, por boca de uno de los que tenían dones carismáticos: Segregadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los tengo llamados». La hora había sonado definitivamente. El vaso de elección se iba a derramar sobre los gentiles. Por eso los ancianos de aquella comunidad, después de orar y ayunar, les impusieron las manos y les dieron el abrazo de despedida. Y empezaron los viajes apostólicos de Saulo. En el primero, junto con Bernabé, visitó la isla de Chipre y luego, desembarcando en Panfilia, evangelizó algunas ciudades del Asia Menor y regresó a Antioquía, pero con un nombre nuevo: Pablo. Desde que en esta primera correría convirtió en Pafos al procónsul Sergio Paulo no volvió a usar su nombre antiguo. En el segundo y tercer viaje no sólo evangelizó el Asia Menor, sino que llegó a Europa. Su celo impetuoso no le dejaba reposar. En todas partes empezaba predicando a los judíos para hacer oír luego su palabra a los gentiles. Su apostolado le originaba por doquier persecuciones y peligros. Él mismo hace un recuento de ellos cuando en el tercer viaje escribe desde Macedonia su Segunda carta a los Corintios:

> «Cinco veces —dice— recibí de los judíos cuarenta azotes menos uno. Tres veces fui azotado con varas, una vez fui apedreado, tres veces padecí naufragio, un día y una noche pasé en los abismos del mar; muchas veces en viajes me vi en peligros de ríos, peligros de ladrones, peligros de los de mi linaje, peligros de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en el desierto, peligros en el mar, peligros en los falsos hermanos, trabajos y miserias en prolongadas vigilias, en hambre y sed, en ayunos frecuentes, en frío y desnudez; esto sin hablar de otras cosas, de mis cuidados de cada día, de la preocupación por todas las iglesias. ¿Quién desfallece que yo no desfallezca? ¿Quién se escandaliza que yo no me abrase?».

Pero en medio de todos estos afanes Pablo «estaba lleno de consuelo y rebosaba gozo en todas sus tribulaciones». Es que

llevaba a Cristo en su alma y tenía al mundo bajo sus pies; es que «su vida para él era Cristo y morir para él era un negocio»; es que se sentía «clavado en la cruz con Cristo hasta el punto de que ya no era él propiamente el que vivía, sino que era Cristo el que vivía en él».

Durante aquellos ministerios Pablo sabía rebajarse a otros más humildes menesteres. Aquel oficio de tejedor que había aprendido en Tarso le dio en más de una ocasión el medio de ganarse el sustento sin ser gravoso a nadie. Cuando en su segundo viaje llegó a Corinto, al encontrarse allí con el judío Áquila que había salido de Roma a consecuencia del decreto dado por Claudio, se unió a él «porque era del mismo oficio, y se quedó en su casa y trabajaban juntos en la fabricación de lonas». En el trabajo manual encontraba Pablo no sólo su sustento, sino una fuente de recursos para obras de caridad. Por eso, años más tarde, estando en Éfeso, pudo decir en presencia de toda la asamblea, mostrando al mismo tiempo sus manos encallecidas:

> «No he codiciado plata, oro ni vestido de nadie. Vosotros sabéis que a mis necesidades y a las de los que me acompañaban han suministrado estas manos. En todo os he dado ejemplo, mostrándoos cómo trabajando así socorráis a los necesitados, recordando las palabras del Señor, Jesús, que él mismo dijo: "Mejor es dar que recibir"».

Más duro había sido, ciertamente, el acento con que nuestro apóstol tejedor había dicho en su carta a los fieles de Tesalónica, para reprimir su ociosidad y vagancia: «El que no quiere trabajar, que no coma».

Nadie crea que, por estar encallecidas las manos de Pablo por el áspero contacto de los pelos de cabra con que fabricaba sus lonas, se había embotado la sutil penetración de su inteligencia, desarrollada en el ambiente de la cultura helenística. En su segundo viaje Pablo fue a la cuna y emporio de aquella refinada civilización, la sabia Atenas. Allí, al oírle algunos filósofos estoicos y epicúreos, le llevaron al Areópago para que les expusiese su doctrina. Ante aquella doctísima asamblea Pablo, con gran serenidad y aplomo, «puesto en pie», pronunció un discurso modelo de fina habilidad y prueba de su honda cultura helénica.

«Atenienses —les dijo—, veo que sois sobremanera religiosos, porque, al pasar y contemplar los objetos de vuestro culto, he hallado un altar en el que está escrito: "Al Dios desconocido". Pues ese que sin conocerlo veneráis es el que yo os anuncio. El Dios que hizo el mundo y todas las cosas que hay en él, ése, siendo señor del cielo y de la tierra, no habita en templos hechos por mano de hombre [...] Él hizo de uno todo el linaje humano para poblar toda la haz de la tierra [...], para que busquen a Dios y le hallen, que no está lejos de nosotros, porque "en él vivimos, nos movemos y existimos", como alguno de vuestros poetas ha dicho: "Porque somos linaje suyo" [...]».

Después de esta alusión a un hexámetro del poema *Minos,* de Epiménides, y de la cita del verso del poema *Fenómenos,* de Arato, pasó a impugnar la idolatría, y hubiera seguido exponiendo en una segunda parte la revelación de Dios por medio de Jesucristo, cuya misión, dijo, «quedaba acreditada ante todos por su resurrección de entre los muertos», si la mayoría de sus oyentes no hubieran tomado a risa sus últimas palabras sobre la resurrección. Ante esta actitud Pablo abandonó el Areópago; pero no había sido del todo baldía la siembra: «Dionisio el Areopagita, una mujer de nombre Dámaris y otros más» creyeron en las palabras de Pablo y le siguieron.

Pablo adoctrinó con insistencia las tierras de Grecia y Macedonia con su palabra ardiente. Además, Corinto, Filipos y Tesalónica fueron destinatarias de cinco hermosas cartas que, como las restantes, sin excluir las dirigidas a los hebreos y a los romanos, estaban redactadas en un griego que, si no es el de Platón, o Jenofonte, o de los aticistas de su tiempo, no es tampoco inferior al que usaban por entonces generalmente las personas cultas.

Terminada su tercera misión, Pablo vuelve a Jerusalén. Estaba un día orando en el Templo cuando sus enemigos, al reconocerle, promovieron un tumulto contra él. Un centurión romano con sus soldados le encadena. El populacho vocifera pidiendo su muerte. El tribuno manda que le introduzcan en el cuartel y le azoten.

—¿Os es lícito azotar a un ciudadano romano sin juzgarlo? —pregunta Pablo.

—¿Eres tú romano? —inquiere a su vez, temeroso, el tribuno.

—Sí —contesta lacónicamente el apóstol.

—Yo adquirí esta ciudadanía por una gran suma —dice, admirado, el tribuno.

—Pues yo —prosigue Pablo sin altanería, pero con noble dignidad— la tengo por nacimiento.

Aquella vez la reclamación produjo su efecto. Pablo no fue azotado. Pero días más tarde, ante una conjuración de cuarenta judíos que habían jurado no comer ni beber hasta que mataran al apóstol, fue trasladado a Cesarea, donde permaneció unos dos años. Un día el procurador Festo, queriendo congraciarse con los judíos, dijo a Pablo:

—¿Quieres subir a Jerusalén y allí ser juzgado?

—Estoy ante el tribunal del César; en él debo ser juzgado [...] A él apelo.

—¿Has apelado al César? Al César irás —dijo Festo para terminar.

Y al César fue. Custodiado por un centurión llamado Julio embarcó en Cesarea, y, tras una penosa navegación en la cual volvió a conocer los horrores de las tempestades marítimas, llegó por fin a Roma. Pablo veía cumplido uno de sus más vehementes deseos. En Roma permitieron a Pablo morar en casa propia con un soldado que le custodiaba, entretanto fallaban su causa, facilidad que el apóstol aprovechó para evangelizar y escribir: seis de sus epístolas, la mitad, fueron escritas en Roma.

Por fin se dictó para él sentencia absolutoria. Pablo quedaba libre para poder realizar otro sueño dorado de su vida: llegar a España, el último confín de Occidente, y predicar también en ella a Cristo crucificado. Ya en la carta que escribió desde Corinto a los romanos les manifestaba este deseo: «Espero veros cuando vaya a España y ser allá encaminado por vosotros». Roma era entonces para el indomable ímpetu de Pablo no una meta, sino un punto de partida. Y así se realizó: el gran apóstol vino a España. Acaso desembarcó en la imperial Tarraco, ciudad en la que una tradición venerable asegura la estancia y predicación del tarsense. A pocos metros del lugar donde se escriben estas líneas, sobre una roca que de generación en generación se señala como lugar de las predicaciones paulinas, una capilla románica dedicada al apóstol es argumento pétreo de este hecho histórico.

De todas formas, la estancia de Pablo en nuestra tierra no pudo ser muy larga. El año 67 de nuestra era, y después de haber realizado un viaje a Oriente, volvía a estar en Roma cargado de cadenas. ¿Dónde y cuándo había sido apresado? A esta pregunta no se puede contestar sino con hipótesis. Lo cierto es que antes de que acabase el año 67 Pablo había llegado a su ocaso. Aquel sediento buscador de la verdad, aquel apóstol insaciable, aquel tejedor de lonas, aquel griego sutil, aquel ciudadano romano, caía al filo de la espada junto al tercer miliario de la Via Ostiense.

Sobre su tumba hubieran podido servir de epitafio aquellas palabras que, próximo ya a su fin, había escrito en su última carta a Timoteo:

> «He combatido el buen combate.
> He terminado mi carrera.
> He guardado mi fe.
> He recibido la corona de justicia».

LAUREANO CASTÁN LACOMA

Bibliografía

ALLO, E. B., *Paul, apôtre de Jésus-Christ* (París 1946).
BOVER, J. M., *Las epístolas de San Pablo,* 2 vols. (Barcelona 1940).
— *La teología de San Pablo* (Madrid 1952).
CONTINI, G., *Paolo di Tarso, apostolo delle genti* (Albi 1940).
BEAUFYS, J., *Saint Paul* (Bruselas ²1940).
DELATTE, P., *Les épîtres de Saint Paul* (Tours 1928-1929).
FOUARD, *Saint Paul,* 2 vols. (París 1908-1909).
GIORDANI, I., *Saint Paul, apostle and martyr* (Nueva York 1946).
GLORIEUX, P., *Pablo, apóstol de Cristo* (San Sebastián 1942).
GONZÁLEZ RUIZ, J. M.ª, *San Pablo al día* (Barcelona 1956).
HOLZNER, J., *San Pablo, heraldo de Cristo* (Barcelona 1956).
PENNA, D. A., *San Paolo* (Roma 1946).
PEREZ DE URBEL, J., OSB, *San Pablo, apóstol de las gentes* (Madrid 1941).
PRAT, F., *Saint Paul* (París 1902).
— *La teología de San Pablo,* 2 vols. (México 1947).
RICCIOTTI, G., *Paolo Apostolo* (Roma 1946).
SENCOURT, R., *St. Paul. Envoyé de grâce* (París 1948).
• Actualización:
BARBAGLIO, G., *Pablo de Tarso y los orígenes cristianos* (Salamanca 1997).
GNILKA, J., *Pablo de Tarso, apóstol y testigo* (Barcelona 1998).
GONZÁLEZ RUIZ, J. M.ª, *El evangelio de Pablo* (Santander 1988).
PENNA, R., *L'apostolo Paolo. Studi di esegesi e teologia* (Milán 1991).
— *Un cristianismo posible. Pablo de Tarso* (Madrid 1992).
SALAS FERRAGUT, A., *Pablo de Tarso* (Madrid 1994).

C) BIOGRAFIAS BREVES

SAN CASIO DE NARNI

Obispo († 558)

Nos habla de el en términos muy elogiosos San Gregorio Magno en sus *Diálogos,* y nos dice que era un celoso pastor, amante de su clero y de su pueblo y muy abnegado en la causa de los pobres, a los que iban a parar sus haberes y limosnas. Él iba a Roma cada año por la fiesta de los Santos Pedro y Pablo, cuyos sepulcros veneraba devotamente, y fue en un día de esta fiesta y estando en Roma cuando murió, dejando dicho que quería ser enterrado junto a su predecesor, el obispo Juvenal.

SANTA EMMA

Viuda († 1045)

Emma fue la esposa del conde Guillermo de Sann, del que enviudó el año 1015, dejándole un hijo que moriría posteriormente en una batalla. Viuda, sin hijos y muy rica, decidió dedicar su tiempo y su dinero a la causa de la religión y de los pobres, y comenzó a sobresalir por sus abundantísimas limosnas así como por su espíritu de piedad y devoción.

Puso manos a la fundación de dos monasterios, el masculino de Admont, que no se inauguraría sino después de su muerte, y el femenino de Gurk, que se abrió en vida de la fundadora, siendo su iglesia consagrada el 15 de agosto de 1043. Se dice que la propia Emma tomó el velo religioso en el mismo monasterio. Su muerte fue en 1045. Su culto fue confirmado el 5 de enero de 1938.

SANTOS PABLO WU JUAN, JUAN BAUTISTA WU MANTANG Y PABLO WU WANSHU

Martires († 1900)

El 29 de junio de 1900 los boxers asesinaban en Xiaoluyi, provincia de Hebei, en China, a los santos Pablo Wu Juan, a su

hijo Juan Bautista Wu Mantang y a su sobrino Pablo Wu Wanshu El primero tenía 62 años, el segundo 17 años y el tercero 16 Los cristianos de su pueblo, cuando supieron la llegada de los boxers, se fueron al bosque cercano, pero allí acudieron los bandoleros y fueron matando a los cristianos conforme los encontraban Juan Bautista huía junto con un amigo pagano y cuando ambos fueron apresados, el pagano alegó que no era cristiano para salvar su vida, y Juan Bautista, en cambio, dijo que era cristiano, lo que le valió ser asesinado en el acto. Su padre y su primo estaban bien escondidos, pero cuando el muchacho vio a los boxers salió huyendo; lo cogieron los bandidos y lo mataron. Visto lo cual, salió también el tío, confesó su cristianismo y fue masacrado. Los tres han sido canonizados el 1 de octubre de 2000.

SANTAS MARÍA DU TIANSHI Y MAGDALENA DU FENGJU

Martires († 1900)

Magdalena era hija de María y ambas eran fervorosas cristianas La madre tenía 42 años y la hija tenía 19 Fueron masacradas en el poblado de Dujiadun, China, el 19 de junio de 1900 por una banda de boxers que habían llegado al pueblo buscando cristianos Ellas corrieron a esconderse en un cañaveral, pero allí fueron localizadas y asesinadas mientras confesaban la fe, y aún no había muerto la joven cuando la echaron a la fosa. Fueron canonizadas el 1 de octubre de 2000

30 de junio

A) MARTIROLOGIO

1 Los Santos Protomartires de la Iglesia Romana († 64 67) **
2 En Alejandria de Egipto, San Basílides († 202), martir
3 En Limoges (Aquitania), San Marcial († 250), obispo

4. En Le Mans (Neustria), San Bertrán o Berticrammo († 623), obispo.

5. En Salzburgo, Santa Erentrudis († 718), primera abadesa de Nonnberg *.

6. En Salanigo, junto a Vicenza (Italia), San Teobaldo o Thibaut de Champagne († 1066), presbítero y ermitaño *.

7. En Nyitra, junto a los Montes Cárpatos, San Ladislao († 1095), rey de Hungría **.

8. En Bamberg (Baviera), San Otón († 1139), obispo **.

9. En Osnabrück (Sajonia), San Adolfo († 1224), obispo, monje cisterciense *.

10. En Londres (Inglaterra), Beato Felipe Powell († 1646), presbítero, de la Orden de San Benito, mártir bajo el reinado de Carlos I *.

11. En Nápoles (Campania), Beato Jenaro María Sarnelli († 1744), presbítero, de la Congregación del Santísimo Redentor **.

12. En Hai Duong (Tonkín), San Vicente Do Yen († 1838), presbítero, de la Orden de Predicadores, mártir *.

13. En Chendun (China), santos Raimundo Li Quanzhen y Pedro Li Quanhui († 1900), mártires *.

14. En Lvov (Ucrania), Beato Zenón Kovalyk († 1941), presbítero y mártir, de la Congregación del Santísimo Redentor, cuyo martirio sucedió en un día desconocido del mes de junio *.

15. En Winnipeg (Canadá), Beato Basilio Velyckovskyj († 1973), obispo de la Iglesia grecocatólica ucraniana y mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

PROTOMÁRTIRES DE LA IGLESIA ROMANA
(† 64-67)

No tenemos la lista de sus nombres, que sería larguísima, aunque ciertamente distaría de alcanzar el número redondo de 10.000 que llegó a señalar algún autor. Pero está el hecho cierto, testificado con riqueza de matices por el acreditado historiador Tácito, pagano y, por lo mismo, nada sospechoso. Nos acredita el hecho, pormenorizándolo ampliamente, sin omitir motivaciones ni reacciones subsiguientes, pero no nos ofrece un solo nombre de los cristianos sacrificados en la persecución de Nerón, ni siquiera los de San Pedro y San Pablo, los únicos conservados en la memoria viva de la Iglesia, que los celebra conjuntamente el 29 de junio.

Ha venido repitiéndose que en esta celebración ya iba implícita la memoria de todos los cristianos martirizados durante la primera persecución. Pero era más que conveniente una conmemoración explícita, que afortunadamente ya se da, y en el día más oportuno: el 30 de junio, que sigue al de la solemnidad de San Pedro y San Pablo.

En tres decenios de vida de la Iglesia, los cristianos ya se hacían notar en Roma. Ante ellos, la actitud popular más generalizada fue de hostilidad. Tertuliano formula de modo sugerente el odio a la Iglesia registrado desde sus inicios: «En cuanto la Verdad entró en el mundo, con su sola presencia levantó el odio y la hostilidad». Los historiadores tratan de escudriñar las causas más profundas de este odio que tan patente se hizo en la Roma de Nerón. ¿Fueron las sinagogas «semillero de persecuciones», como quiere el mismo Tertuliano? Parece más certero y, desde luego más oportuno, reparar en los que tenían motivos para sentirse económicamente amenazados: los que vivían del culto pagano y de lo que éste implicaba, los adivinos, astrólogos, maestros de escuela y filósofos. Por otro lado, la vida misteriosa de los mismos cristianos, siempre ausentes de los templos paganos, lógico es que provocara cierta curiosidad hostil. Desconcertante, además, resultaba desde el principio la expansión de la nueva doctrina, que constituía por sí misma un desafío a la moral de los paganos. Cundía el odio, deseoso de ensañamiento. La calumnia estaba servida, y presagiaba lo peor.

La ocasión vino dada al producirse en julio del año 64 el gran incendio en el que quedó enteramente devastada una gran parte de Roma. ¿Incendio casual? ¿Eliminación mediante el fuego de viejas edificaciones, en aras de un gran proyecto urbano? ¿Determinación demencial de Nerón para procurarse un espectáculo único que él mismo presencia mientras pulsa las cuerdas de su lira? Parece que el pueblo pensó en el emperador, y el modo más eficaz de alejar toda sospecha fue echar la culpa a la *secta cristiana* tan desprestigiada y calumniada. Tácito dice expresamente que el emperador, para acabar definitivamente con las sospechas del vulgo, «sometió a proceso y castigó con penas atrocísimas a aquellos que, odiados por sus pervertidas costumbres, el vulgo denominaba cristianos». Y no deja de sorprender-

se ante la reacción del público, que, aun creyéndolos culpables y merecedores de castigo, admiró su serenidad, compadeciéndose ante crueldades tan desproporcionadas.

La afirmación de Tácito no da pie para pensar que Nerón promulgara una ley persecutoria en toda regla: pudo limitarse a una instrucción a los tribunales para que los cristianos fueran juzgados como delincuentes en toda regla. Y fue bastante para que, según el mismo Tácito, los mártires de Nerón formaran una multitud incalculable. El mismo historiador no se queda corto en describir diversas formas de martirio, obradas bajo la acusación genérica de reos de odio al género humano: unos recubiertos de pieles de animales para ser devorados por las fieras, otros clavados en cruz, otros convertidos en antorchas vivientes que iluminaban por las noches los viales de los jardines neronianos porque así lo quería el mismo emperador que disfrutaba del macabro espectáculo, unas veces cómodamente sentado en un trono o mezclado con las turbas o luciendo su destreza como auriga a la luz de aquellas antorchas vivientes.

El papa San Clemente recoge el recuerdo vivo de estos martirios, obrados *propter zelum et invidiam* y hasta nos regala con los nombres de dos mujeres, «Danaidi y Dirci, que, tras horribles ultrajes, alcanzaron la meta segura del camino de la fe consiguiendo ellas, tan débiles corporalmente, el premio definitivo». La persecución no se limitó al año del incendio, sino que se prolongó hasta la muerte de Nerón el año 67. Se señala como lugar del martirio el circo construido por Calígula llamado luego circo neroniano, en los antiguos huertos de Agripina, madre de Calígula, en la falda meridional de la colina vaticana, de donde partían las vías Aurelia, Cornelia y Triunfal.

El culto a los mártires de esta persecución iba implícito, como queda dicho, en el tributado a San Pedro y a San Pablo, pero no hay especial mención de ellos ni en los calendarios ni en martirologios antiguos. Baronio fue el primero en introducirlos en el *Martirologio romano,* fijando una especial conmemoración el 23 de junio, tal vez movido por un hecho milagroso que acababa de suceder. Un distinguido personaje solicitó de San Pío V alguna reliquia insigne. El santo le ofreció un poco de tierra extraída del subsuelo del Vaticano. Ante el desencanto del

solicitante, el pontífice le hizo ver cómo estaba empapada de sangre fresca.

En las excavaciones practicadas en 1626, en el pontificado de Urbano VIII, para levantar el baldaquino de Bernini, aparecieron sepulturas con huesos calcinados que obligaron a pensar en los primeros mártires. Pero su fiesta sólo comenzó a celebrarse en 1904 en la iglesia de Santa María in Camposanto, la antigua *Schola francorum* fundada por Carlomagno. Enseguida se extendió a toda la diócesis de Roma, y desde 1964 cuentan estos mártires con iglesia titular en la Via Aurelia antigua.

Es hermosa la inscripción que desde el 27 de julio de 1923 figura en uno de los muros de Camposanto. Traducida al castellano dice así:

> Este lugar, en otro tiempo palacio y circo de Nerón,
> hoy faro de luz para el mundo,
> lo regaron con su sangre,
> bajo el mandato de San Pedro,
> los primeros mártires romanos
> que aquí llegaron en multitud ingente
> para ofrecer a Cristo
> las palmas del triunfo nuevo.

JOSÉ M.ª DÍAZ FERNÁNDEZ

Bibliografía

ANTONELLI, F., «I protomartiri romani», en I. CECCHETTI, *Roma nobilis. L'idea, la missione, le memorie, il destino di Roma* (Roma 1952) 301-306.
BALBONI, D., «Protomartiri romani», en *Bibliotheca sanctorum*. X· *Pabai-Rafols* (Roma [2]1990) cols.1224-1227.
COEN, A., *La persecuzione neroniana dei cristiani* (Florencia 1901).
PIRRO, A., *Tacito e le persecuzione neroniane dei cristiani* (Salerno 1911).
SEMERIA, G., *Il primo sangue cristiano* (Roma [2]1907)

SAN LADISLAO DE HUNGRÍA

Rey († 1095)

A la muerte de San Esteban, primer rey de Hungría, le sucedió su sobrino Pedro, quien, no contando con el beneplácito de sus paisanos por su despotismo, fue destronado, aunque volvió a recuperar el trono gracias a la ayuda prestada por Enrique III,

emperador de Alemania. Repuesto en el trono, acabó por enemistarse con sus súbditos, que, finalmente, lo destronaron, accediendo al gobierno Andrés I en el año 1046. Al no contar con descendencia directa, el mencionado monarca nombró como heredero a su hermano Bela, aunque el posterior nacimiento de su hijo Salomón hizo cambiar los planes previstos por Andrés I. La animosidad entre ambos hermanos llegó al extremo de tener que marchar Bela a tierras polacas —huyendo de la persecución por rivalidades dinásticas— donde en tiempos del rey San Esteban había contraído matrimonio con la princesa Riska, hija de Mieczyslaw, rey de Polonia. Fruto de este matrimonio fueron dos hijos: Geza y Ladislao, este último nacido en Polonia en torno al año 1040.

Los dos vástagos recibieron una esmerada educación, distinguiéndose Ladislao, según antiguas tradiciones, por su acendrada caridad y rectas costumbres.

La reconocida animosidad existente entre Bela y su hermano Andrés I se puso de manifiesto en numerosas ocasiones. En 1047 Bela regresó a Hungría, donde permaneció doce años, aunque en 1059 tuvo que huir de nuevo con su familia a Polonia en donde solicitó la ayuda de Boleslao II para enfrentarse al ejército de Andrés I, quien, a su vez, encontró colaboración en Enrique IV, emperador de Alemania. Obtenida la victoria, Bela I se proclamó rey de Hungría el año 1060, despreciando los derechos de Salomón, hijo de su hermano, legítimo heredero. A la muerte de Bela I, Ladislao prefirió que fuera su primo Salomón el nuevo rey, reponiéndole en su legítimo derecho que le había sido arrebatado por Bela I. Se distinguió por su bravura y heroísmo legendario en las batallas contra los tártaros, destacando la espléndida victoria obtenida en Kerlés contra los uzis (1068) y en el asedio a Belgrado (1072).

El reinado de Salomón fue especialmente contradictorio, pues a pesar de estas victorias su carácter despótico y cruel concitó en contra suya las iras de su pueblo. Además, su declarada animadversión en contra de Ladislao llevó a éste a solicitar la ayuda de Otón de Moravia para defenderse, logrando vencer al ejército de su primo en la batalla de Mogyoród el año 1074. Tampoco en esta ocasión Ladislao accedió al trono pues se lo

ofreció a su hermano mayor Geza I, quien falleció a los tres años de reinado, quedando así vacante de nuevo el trono hungarés. Las dotes de gobierno demostradas por Ladislao en tantas guerras y circunstancias movieron al clero y notables del reino a ofrecerle el trono de Hungría el año 1077, que, finalmente, aceptó.

Dispuesto a restaurar la pacífica convivencia con su primo Salomón para lograr la pacificación del reino, le ofreció una dignidad y respetables rentas para su mantenimiento; éste rechazó la propuesta y organizó una conspiración contra la vida del nuevo monarca. Descubierto este plan y detenido Salomón, fue recluido en la fortaleza de Visegrad, en donde se encontraba sepultado el rey Esteban; pero fue liberado y se retiró a tierras del litoral adriático, en donde tiempo después falleció.

En 1083, Ladislao consiguió que se canonizase a San Esteban, primer rey de Hungría, y a su hijo, San Emerico, restableció el culto religioso en su reino, y promovió la vida religiosa según la doctrina de la Iglesia, para lograr un estado cristiano. Dos años más tarde (1085) venció a las tropas cumanas del príncipe Kutesk que habían invadido Hungría instigados por Salomón, su primo, venciéndoles totalmente en 1091. Extendió los confines del reino hacia el suroeste, iniciando una potente política imperial frente a Croacia y Eslovenia. Ocupó la primera entre 1089-90, y donde fundó el obispado de Zagreb. Llamado por su hermana Elena, viuda del rey Zvonimir de Croacia, desplegó su ejército navegando por el río Una y ocupó el reino croata, encargando del gobierno a su sobrino Almos. La ocupación de Croacia influyó muchísimo en su acercamiento a la Santa Sede, pues Urbano II no aceptaba las pretensiones de Ladislao I sobre esta nación, donde Almos, lugarteniente real en el país conquistado, se vio obligado a recurrir al apoyo del emperador Enrique IV para enfrentarse a los ataques de los bizantinos y el *doge* Vital Faliero. La reconciliación de Ladislao I con el emperador Enrique IV el año 1091 fue un éxito del papa Urbano II y, siguiendo la voluntad del papado, Ladislao I dejó de inmiscuirse en los asuntos croatas.

En la corte de Poszony, hoy Bratislava (Eslovaquia), se entregó a la práctica de las más heroicas virtudes, destacando,

sobre todo, en su caridad inagotable y la sobriedad de sus costumbres. Su acendrado espíritu religioso le movió a organizar sabiamente el joven reino de Hungría, limitando la influencia de los príncipes, emprendiendo la reconstrucción de templos y dotándolos de espléndidos beneficios. Tan conocidas eran su atenta caridad y entrega a los ideales evangélicos que era de gran fama este elogio: «No sirve más que para fundar hospitales, erigir iglesias y socorrer a los pobres». Fundó diversos monasterios, como el de Somogyvár para los monjes franceses de Saint-Gilles, creando así una base para la influencia cultural francesa en Hungría. Ordenó la construcción, probablemente por maestros italianos, de las catedrales de Nagyvarad y Gyulafehérvár (Transilvania), y la no menos célebre basílica de Nuestra Señora de Waradín (Rumanía), excelente monumento de piedad hacia la Madre de Dios. En el Sínodo de Szaboles celebrado en 1092, que él mismo presidió, animó al clero a renovar la vida religiosa de su país según la reforma gregoriana, que fue asimilada lentamente.

Conquistó a los bárbaros la Dalmacia, arrojó a los hunos que asolaban las tierras húngaras y venció a los polacos y bohemios. El año 1095 Pedro el Eremita predicó por Europa la organización de la primera Cruzada para reconquistar los Santos Lugares del poder de los moros. En esta ocasión los reyes de España, Francia e Inglaterra le instaron para que se encargase del ejército cristiano, aceptando de buen grado. El papa Urbano II había solicitado, desde el Concilio de Clermont en donde se hallaba, que los príncipes cristianos llevasen a cabo esta magnífica empresa. Ladislao se distinguió por su solicitud en reunir medios necesarios para ello y llevar a buen término la obra proyectada. Una nueva insurrección de los bohemios alteró sus planes, debiendo enfrentarse a ellos. En este intervalo cayó gravemente enfermo, muriendo el día 29 de julio del año 1095 en Nyitra (Eslovaquia), siendo enterrado en Nagyvarad, aunque posteriormente sus restos se condujeron a la magnífica iglesia basilical de Nuestra Señora de Waradín. Según testimonia su leyenda, fue proclamado santo el año 1192, celebrándose su fiesta el 27 de junio, día en que se hizo una traslación de sus reliquias. En este singular acontecimiento refieren las crónicas que

tuvo lugar un manifiesto milagro que contribuyó especialmente a extender su culto. Según los relatos, una madre agobiada por haber parido una criatura afectada por una terrible deformidad corporal acudió al sepulcro del monarca pidiéndole la curación de su querido hijo, obteniendo de inmediato la sanación de aquel cuerpo deforme.

El culto a San Ladislao es muy popular en Hungría, donde cuenta con numerosos templos erigidos en su honor, así como en las naciones vecinas. Es aclamado Patrono de Transilvania, surgiendo rápidamente numerosas leyendas que fueron motivo predilecto de la poesía húngara hasta el siglo XVIII. Su culto se desarrolló profusamente como ejemplar y real caballero, señalado con singular valor y heroica fortaleza, que mereció el título de padre de huérfanos por su distinguida caridad. Las artes plásticas lo efigian siempre con un estandarte nacional en una mano y la espada en la otra, memoria de su intrepidez y la protección dispensada a su patria, o alzando una iglesia en sus manos, como alusión a las muchas que hizo edificar para la gloria de Dios.

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

Martyrologium romanum, o.c., p.342.
El santo de cada día. III: *Mayo-Junio* (Zaragoza 1947) 583-591.

SAN OTÓN DE BAMBERG

Obispo († 1139)

Otón nació en Suabia (Alemania) el año 1063. Tenía 11 años cuando subió al pontificado Gregorio VII. La familia de Otón era noble, aun así, cuando el chico quedó huérfano de padre y madre se vio en la necesidad de tener que trabajar. Alternó sus ocupaciones con estudios de filosofía y ciencias humanas. Para ganarse la vida, salió de Alemania y se colocó en Polonia. Poco a poco se estableció y fundó una escuela que le dio mucho prestigio y buenas ganancias. Es decir, se situó en la vida, dentro de una familia noble, pero a base de mucho esfuerzo.

Cuando ya era sacerdote, el emperador Enrique IV le pidió que acompañara a su hermana Judit a la boda que iba a celebrar con Boleslao III, duque de Polonia. Y así lo hizo. Al morir la princesa, Otón volvió a Alemania y allí el emperador le nombró su canciller.

Ya hemos nombrado al papa Gregorio VII y al emperador Enrique IV. Entre ambos hubo fuertes enfrentamientos, que. afectaron a Otón al encontrarse en medio de ellos. En aquel ambiente de luchas terribles, estar a bien con los dos era una suerte harto difícil de conseguir.

El ambiente de lucha consistía en que, al pasar de los años, el emperador (y muchos reyes) se tomaron la libertad de nombrar obispos por su cuenta, como si la Iglesia y la catedral fueran propiedad particular de ellos.

A eso se le llama investidura laica, y tenía varios inconvenientes serios que el Papa quería solucionar. El primero era que los episcopados se compraban; los obispos eran, pues, simoníacos. Esta simonía llevaba consigo el peligro de que cualquiera, independientemente de su idoneidad, pudiera ser obispo; se conseguía el episcopado sencillamente porque se había comprado la mitra y el anillo de obispo. Y cuando el obispo carecía de integridad humana y cristiana, todo el clero resultaba semejante a él; de ahí que proliferara el concubinato entre muchos curas y frailes. Lo cual terminaba siendo desastroso.

Había que solucionar aquella situación, y por eso, Gregorio VII, en cuanto subió al pontificado, se aplicó a poner en su sitio tanto a la Iglesia como al Estado. Al año siguiente de ser elegido emprende la reforma del clero denunciando el concubinato y la simonía. El emperador se pone de su parte. Pero muchos obispos y curas se enfrentan al Papa, ante el temor de perder su cómoda situación. El enfrentamiento fue muy fuerte.

Al año siguiente (1075) el Papa excomulga a cinco consejeros reales y a algunos obispos. Y prohíbe bajo excomunión la investidura laica. Pero Enrique IV acoge a esos cinco excomulgados y sigue haciendo investiduras laicas. Era la primera vez en que se veían enfrentados al Papa y al Emperador.

El Papa le envía unos legados, unos ministros intermediarios para arreglar el problema dialogando. Pero Enrique los des-

precia, llegando, incluso, a calumniar y deponer al Papa. Gregorio VII, por su parte, reacciona excomulgando al Emperador. Era la primera vez que se daba un caso así en la historia. Todo esto sucedió, a velocidad de vértigo, en el transcurso de un año.

El Papa excomulga al Emperador, lo depone, y dice que sus súbditos están libres del juramento de fidelidad que tenían hecho a Enrique. Y para terminar, depone y excomulga a todos los obispos nombrados anteriormente por la autoridad imperial. Para que todo quede cerrado y bien cerrado, publicó unos estatutos, algunos de cuales decían así:

— Sólo el Papa puede deponer o absolver a los obispos.

— Sólo él puede establecer nuevas leyes, reunir nuevos pueblos o parroquias, hacer de una colegiata una abadía o viceversa, dividir un obispado rico y juntar obispados pobres.

— Que su nombre es el único que se recita en las iglesias.

— Que tiene facultad de deponer a los emperadores.

— Que tiene facultad de trasladar a los obispos cuando la necesidad lo reclame.

— Que puede ordenar a un clérigo de cualquier iglesia.

— Que ningún sínodo, sin su mandato, puede llamarse general.

— Que tiene poder para deponer y absolver a los obispos, sin reunir asamblea sinodal.

— Que puede desligar a los súbditos del juramento de fidelidad prestado a los inicuos.

Ante estos hechos, el Emperador no se rinde, depone a Gregorio VII y escribe cosas horrendas contra él. Pero en eso no fue seguido por sus súbditos. Éstos dijeron que si el Papa no le levantaba la excomunión, dejarían al emperador. Esta actitud es difícil de comprender para nosotros, pero la excomunión era muy grave en aquellos tiempos. El Papa tenía tal poder, que la gente entendía que cuando alguien era excomulgado, no podía ser emperador.

Ante esta situación, Enrique, a pesar de su orgullo, decidió reconciliarse con el Papa, pues de otra forma se jugaba el trono de Alemania. Y dispuso entablar un diálogo en Augsburgo el día de la Purificación de Nuestra Señora del año 1077. Los hechos se producían muy rápidamente.

Para estas fechas, Otón tenía 15 años. Pero no era un chiquillo y comprendía bien lo que ocurría a su alrededor.

Al acercarse el 2 de febrero de 1077, Gregorio iba camino de Augsburgo. Pero al llegar a Mantua, se entera de que Enrique está en Italia. Para evitar este encuentro, se detuvo en la fortaleza de una buena amiga suya, la condesa Matilde de Tuscia, en Canosa. Y allí permaneció hasta ver qué pasaba. Enterado de ello el Emperador, acudió a Canosa a pedir perdón.

Gregorio tuvo a Enrique a sus pies, a la puerta de su casa, en el duro invierno, en plena calle. Y lo tuvo allí tres días y tres noches. Al cabo de ese tiempo, y gracias a la intercesión de Matilde, Gregorio recibió al Emperador y le concedió un amplio perdón. Este hecho de Canosa ha pasado a la historia como una de las escenas más duras de la vida de la Iglesia. Un emperador, en lágrimas, esperando día y noche el perdón del Papa.

El perdón llegó, pero las cosas siguieron igual o peor. Los nobles alemanes, descontentos con esta situación tan embarazosa, enfadados con la postura de su obstinado emperador, lo destituyen y ponen en su lugar a Rodolfo de Suabia.

Ante tan gran conflicto, los dos supuestos emperadores acuden al Papa, pero éste se mantiene neutral y se niega a entrar en ese lío político. Enrique, que creyó que tras su perdón el Pontífice se mantendría siempre a su lado, exigió de éste un reconocimiento para él, amenazando que, si no era así, pondría un antipapa al frente de la Iglesia.

Gregorio VII, en el sínodo cuaresmal de 1080, hace tres cosas de gran trascendencia. Lanza la segunda excomunión a Enrique; lo depone de su puesto y reconoce como emperador a Rodolfo de Suabia. Nuestro amigo Otón tenía entonces 18 años y ya empezaba a pensar con su propia cabeza.

Enrique, amigo de Otón, reúne en la fiesta de Pentecostés de ese mismo año, 1080, en Maguncia, una asamblea de obispos. Y realiza otras tres acciones: depone a Gregorio, coloca en su lugar al antipapa Clemente III, y deja herido en una batalla a Rodolfo de Suabia. Después, se dirige a Italia en enero de 1081 para que el nuevo papa, de fabricación propia, le corone emperador.

Llegada la fiesta de Pentecostés de ese año, y al ver Enrique que no puede entrar en Roma porque nadie lo acepta, planta en

pleno campo una tienda de campaña y hace que Clemente III le corone emperador. Tras ello asedió Roma. Tres años duró el asedio, entrando por fin en Roma en 1084 y deponiendo al papa Gregorio. El Papa tuvo que refugiarse en el castillo de Santangelo.

Grandes amonestaciones le hizo Otón al emperador por la persecución que hacía al Papa. En aquella época, Otón era un noble que se había ganado la simpatía del Emperador. Y se tomaba la libertad de expresarle su disconformidad. Otón tenía tales dotes de suavidad y persuasión que Enrique no se enfadaba nunca. Por fin el Emperador abandona Roma; el Papa va a Montecasino y después a Salerno. Allí vivirá en el exilio.

A finales de 1084 el Papa excomulga de nuevo al emperador y a Clemente III. Y el 5 de mayo de 1085 se muere pronunciando unas famosas palabras: «Amé la justicia y odié la iniquidad; por eso muero en el exilio». Otón tenía entonces veintitrés años de edad. Veinte años después Enrique le nombró obispo de Bamberg, Alemania; tres años más tarde muere el Emperador y ese mismo año el papa Pascual II le concede el episcopado.

Él estaba deseando arreglar su situación, pues comprendía que no se podía aprovechar del nombramiento civil dado por el emperador. Una vez reconocido obispo por el Papa, se dedicó con toda su alma a su labor pastoral como obispo.

Boleslao IV, duque de Polonia, conquista Pomerania (Alemania) y encarga a Otón la evangelización de aquella zona. Más tarde, Wratoslao II, duque de Pomerania Superior, recibe el bautismo con todos sus súbditos en 1124. Sin duda, la evangelización de toda aquella región fue obra de Otón.

Además de esta labor evangelizadora, Otón seguía intentando reconciliar a los dos bandos, el del Emperador y el del Papa, entre los que se encontraba a medio camino, lo que le creaba una difícil situación. No obstante, cumplió su papel lo mejor que pudo.

El año 1122, cuando Otón tenía 60 años, se celebró el Concordato de Worms. Fue una reunión para decidir acuerdos que afectaban a las regiones alemanas. Nuestro obispo tuvo allí una gloriosa intervención; se notó su presencia y su poder de persuasión. En él se determinó:

En favor de la Iglesia: los obispos y abades serán elegidos libremente y consagrados con igual libertad. En favor del Emperador (Enrique V): que pueda estar presente en la elección de los prelados; que en caso de elección controvertida, podría auxiliar a la parte más sana. Era un paso muy grande para arreglar el conflicto de las investiduras.

Luego vino el I Concilio de Letrán. Otón estuvo presente. Allí se ajustaron más los decretos, que se extendieron, además, a toda la Iglesia (1123). Otón contaba entonces 61 años.

A la edad de 77 años, lleno de méritos por sus muchos trabajos en favor de la paz y la evangelización, murió el 30 de junio de 1139. El papa Clemente III lo canonizó en 1189. La urna que guarda sus restos se conserva en Hannover, en el tesoro del Elector.

FÉLIX NÚÑEZ URIBE

Bibliografía

Biblioteca sanctorum, IX, 1316.
Historia de la Iglesia Católica BAC, tomo II p.104 y 370-385.
El magisterio de la Iglesia (Denzinger) p.359-367.

BEATO JENARO MARÍA SARNELLI

Presbítero († 1744)

> «Oigo algunas veces de los principios de las Órdenes decir que, como eran los cimientos, hacía el Señor mayores mercedes a aquellos santos nuestros pasados. Y es ansí, mas siempre habían de mirar que son cimientos de los que están por venir».

Estas palabras de Santa Teresa de Jesús en el libro de las *Fundaciones* (c.4, n.6) podrían ser aplicables al Beato Jenaro María Sarnelli, porque su vida, de extraordinario fervor, se desarrolla en los comienzos de una nueva Congregación religiosa, la del Santísimo Redentor, o Redentoristas. Fue compañero y amigo del fundador, San Alfonso María de Ligorio, a quien apoyó decididamente en momentos difíciles y con quien colaboró en los trabajos iniciales facilitando algunas fundaciones y siendo un extraordinario predicador, un misionero en el sentido más auténtico de la palabra, un verdadero evangelizador de toda clase

de personas, especialmente de la gente sencilla de los campos y de las ciudades, para lo cual estaba naciendo la nueva fundación. Y, a quienes recordamos hoy a este beato, nos sirve también la reflexión de la Santa de Ávila, porque traer al presente a estos santos primeros pone en evidencia que, cada uno en nuestra propia vocación, somos «cimientos de los que están por venir. Porque si ahora, los que vivimos, no hubiésemos caído de lo que hicieron los pasados, y los que viniesen después de nosotros hiciesen otro tanto, siempre estaría firme el edificio».

Perteneciente a la nobleza napolitana, muy culto —ejerció la abogacía antes de ser sacerdote, estudió Sagrada Escritura y Teología y escribió una veintena de libros—, Jenaro María Sarnelli dedicó su vida y actividad a evangelizar a nobles y a plebeyos, a burgueses y a mendigos; a los enfermos, a los niños de la calle, a los campesinos, a los olvidados de todos. Su predicación estuvo sustentada por el asiduo ejercicio de la oración, y también por la gran fragilidad física, que le requirió un sacrificio constante. Así, su vida, que sólo alcanzó los 42 años de edad, fue el auténtico testimonio que dio eficacia evangélica, entonces y después, a sus palabras y a su actuación.

Sus contemporáneos captaron enseguida su honda densidad espiritual y su acierto en discernir la necesidad urgente, de modo que supo estar donde y como le requería la vocación recibida de Dios. Así lo ponen de manifiesto sus primeros biógrafos, como San Alfonso María de Ligorio, que escribió pronto la vida del compañero y amigo: *Ristretto della vita e virtù del Servo di Dio D. Gennaro M. Sarnelli, della Congregazione del Ssmo. Redentore* (1752). Y también uno de los primeros redentoristas, el P. Giuseppe Landi: *Vita del P. D. Gennaro M. Sarnelli, della Congregazione del Ssmo. Redentore* (1782). Ambas biografías son fuente de primer orden porque pertenecen a cualificadísimos autores que conocieron y quisieron al beato, y que pusieron por escrito lo que ellos mismos habían visto y oído.

Jenaro María Sarnelli nació en Nápoles (Italia) el 12 de septiembre de 1702. Era el quinto de los ocho hijos de los Barones de Ciorani, Ángel Sarnelli de Bracigliano y Catalina Rosa Schioppa, que habían contraído matrimonio en 1697. Pertenecían a la nobleza napolitana y vivían en alta posición social y

económica. El padre era abogado y, lo mismo que su esposa, muy buen cristiano. Gozaban de óptima fama en la ciudad.

Fue bautizado el 14 de septiembre, a los dos días de nacer, y le impusieron los nombres de Jenaro María Francisco José Roque. El primero, porque en aquellos días se celebraba la novena de San Jenaro, protector principal de la ciudad de Nápoles, y María porque estaban dentro de la octava de la Natividad de Nuestra Señora. Los otros nombres, por sus familiares.

De pequeño recibió la formación que correspondía a su alcurnia, y fue educado en la práctica de la religión cristiana, igual que sus hermanos. De ellos, Juan, mayor que él, fue jesuita; Andrés, que le seguía en edad, un ejemplar sacerdote diocesano que también ayudó a San Alfonso María en los trabajos fundacionales de la Congregación del Stmo. Redentor poniendo a disposición suya algunas posesiones; y otro, que era capitán del ejército, renunció a la milicia por virtud.

La infancia y juventud de Jenaro María transcurrieron en la ciudad de Nápoles o en el feudo paterno de Ciorani (Salerno), donde solía trasladarse la familia en el verano. Sus biógrafos lo describen muy inclinado a la piedad y a las virtudes cristianas desde pequeño, cariñoso con todos y fácil para pedir perdón si provocaba algún enfado en los demás.

Cuando contaba 14 años de edad, a raíz de la beatificación de San Juan Francisco de Regis, de la Compañía de Jesús, llamado «el apóstol de los pobres», sintió deseos de hacerse jesuita. El padre, aunque sin oponerse a la posible vocación, lo disuadió de momento: ya había dado un hijo a la Compañía y consideraba que Jenaro era demasiado joven para tomar tal decisión. Le aconsejó que estudiara jurisprudencia, y así lo hizo, licenciándose en 1722, con veinte años de edad, en Derecho civil y eclesiástico.

Durante seis años ejerció su carrera de leyes, igual que el padre, siendo el abogado de los duques de Cirifalco y de las Salinas Reales. Refiriéndose a estos años, el P. Landi narra:

> «En medio de estas ocupaciones no dejaba la misa cada mañana, ni la oración mental, de la cual estaba tan enamorado que, en los ratos libres, se iba a la Iglesia de San Francisco Javier. Si llegaba alguno a buscarlo y no estaba en casa, los criados, que conocían sus costumbres, solían decir: Id a San Francisco Javier y allí lo encontraréis».

Mientras ejercía su profesión se inscribió en la «Congregación de los caballeros togados y doctores» que tenían los Sacerdotes Píos Operarios en San Nicolás. Entre las reglas de esta congregación figuraba la de visitar los lunes a los enfermos del Hospital de incurables, obligación que Jenaro María cumplió fielmente desde el comienzo. Para él fue decisiva esta actividad, a la que se dedicó cada vez más asiduamente, y en la que descubrió la llamada del Señor. Escribe el P. Landi:

> «Solía ir a servir más veces a la semana a los enfermos del Hospital de los Incurables en Nápoles y solía decir que allí se veía como circundado de la luz de Dios. El hospital, como él decía, le servía de continua meditación y salía de allí consolado en el espíritu y lleno de Dios. En este lugar fue llamado por el Señor a dejar el mundo y las grandezas del siglo. En efecto, con el consejo de su Padre espiritual, resolvió dejar los tribunales y el oficio de abogado —que era también el del señor Barón, su padre— y hacerse sacerdote para atender solamente al servicio divino. Por eso, una vez que tomó el hábito eclesiástico, se separó totalmente de las cosas del mundo, dando como limosna a los pobres el dinero que tenía reservado e incluso sus vestidos de seglar, y se dedicó a una vida toda de Dios, gastando desde entonces todos sus días en la oración y en el estudio de las ciencias necesarias a un Sacerdote, y también en obras de caridad para con el prójimo».

Convertido en seminarista de la Iglesia napolitana en 1728, con 26 años de edad, permaneció al principio en la casa de sus padres, que acogieron muy favorablemente su decisión, incardinado por el cardenal Pignatelli en la parroquia de Santa Ana del Palacio, donde había sido bautizado. Ese mismo año comenzó con San Alfonso María de Ligorio —a quien conoció en el Hospital de incurables— las llamadas «capillas vespertinas», o del atardecer, como actividad apostólica de la «Congregación de los caballeros togados y doctores». Empezaron reuniendo a los niños y a los pobres de las calles de Nápoles, primero en lugares públicos, luego en casas privadas y, finalmente, por deseo del cardenal-arzobispo, en diversas iglesias o capillas de la ciudad.

En 1729 llegó a Nápoles Mateo Ripa, misionero de China, para fundar la «Congregación de la Sagrada Familia», destinada a formar sacerdotes que se dedicaran luego a la evangelización de aquel país. Lo inició con algunos chinos llegados de Roma, y Jenaro María Sarnelli fue uno de los primeros napolitanos que

se acercaron a esta fundación, dejando la opulenta casa familiar y yéndose a vivir muy austeramente con ellos. Su ejemplo animó a otros jóvenes que lo imitaron, entre ellos su amigo Alfonso María de Ligorio, que ya era sacerdote.

La vida de San Alfonso escrita por el P. Antonio María Tannoia, su compañero y discípulo, insiste en la pobreza y austeridad del «Colegio de los chinos» fundado por Mateo Ripa, lo cual le da pie para alabar su espíritu de penitencia. Lo mismo afirma de Jenaro María, añadiendo que allí se dedicó éste con gran intensidad al estudio de la Sagrada Escritura y de la teología, especialmente a través de Santo Tomás. Continuó también con sus visitas al Hospital de incurables y comenzó a ejercitarse en el ministerio instruyendo a niños y jóvenes, sobre todo a los más pobres y abandonados, a quienes salía a buscar a las afueras y a los pueblos de Nápoles. Fue importante esta actividad —la preferida por San Alfonso María— porque orientó su vida posterior.

Después de pasar un año con la comunidad de los padres chinos, en abril de 1730, regresó a la casa de su familia. Continuó atendiendo a los niños de la calle, sobre todo a los que se veían obligados a trabajar al servicio de los ancianos del hospicio de San Jenaro *extra muros* y de los condenados a las galeras recluidos en el Hospital de la dársena. Sus primeros biógrafos recuerdan que los reunía en una habitación de la casa de sus padres, se ocupaba de ellos, les daba de comer, les lavaba y les enseñaba la doctrina cristiana.

Para comprender el alcance de su actuación —y la de San Alfonso María de Ligorio— hay que tener en cuenta el contexto napolitano de entonces, donde convivían, socialmente muy distanciadas, la alta y nutrida nobleza, dueña de los recursos económicos y del poder, y la numerosa, pobre y analfabeta plebe, que cultivaba los campos de sus señores o malvivía de sus oficios, muchas veces en total indigencia y abandono, con una religiosidad más ligada a la superstición, a la emotividad o a costumbres ancestrales, que al cristianismo que decían practicar. A ellos de dedicó por completo el Beato Jenaro María Sarnelli.

Después de haber percibido en sí esta llamada, el tiempo de su formación para el sacerdocio fue también para Jenaro de amistad y de apostolado con Alfonso María de Ligorio, ya que

seguían con las «capillas vespertinas», obra continuada por Sarnelli cuando en 1732 San Alfonso dejó el Colegio chino y marchó a la ciudad de Scala (Salerno, diócesis de Amalfi) para fundar la que había de ser «Congregación del Santísimo Redentor». Además, en 1731, Jenaro María se había hecho miembro de la «Congregación de las Misiones Apostólicas», o «De Propaganda», que perseguían la misma finalidad de evangelización del pueblo sencillo.

Después de haberle sido conferidas las órdenes menores, el 8 de julio de 1732, sábado después de Pentecostés, el Beato Sarnelli fue ordenado presbítero por el cardenal-arzobispo Francisco Pignatelli, que enseguida le envió como «Delegado para la doctrina cristiana» a la parroquia de los Santos Francisco y Mateo, en el corazón de uno de los barrios más populosos y de peor fama de Nápoles.

Allí Sarnelli tomó amplia conciencia de la plaga de la prostitución, difundida especialmente entre las niñas y, sin abandonar las otras actividades, inició una ferviente campaña de recuperación y prevención, para ayudar a salir de ella a las mujeres obligadas a vivir en esa degradación moral.

San Alfonso María de Ligorio, después de su intensa actividad apostólica en Nápoles, donde, como hemos dicho, entabló amistad y promovió actividades con Jenaro María, el 9 de noviembre de 1732 daba inicio en Scala a la entonces llamada Congregación del Santísimo Salvador, después del Santísimo Redentor (Redentoristas), dedicada a evangelizar a la población pobre y abandonada de los suburbios, los campos y los pueblos.

Pero mientras San Alfonso fundaba el primer colegio de la congregación en un local proporcionado por el obispo mons. Santoro, se desató en Nápoles una intensa oleada de críticas contra él. Buen conocedor de la obra que Alfonso estaba iniciando y de las actitudes que le movían a ello, y completamente compenetrado con su actividad y con su espíritu, D. Jenaro María Sarnelli se apresuró a defenderlo, afirmando que San Alfonso no estaba siendo movido por la ambición, ni por ilusiones vanas, sino que procedía después de haber orado mucho y de haber pedido consejo a personas sabias y prudentes. Es más, con el deseo de apoyarlo, en junio de 1733 se trasladó

a Scala para encontrarse con él, que, además, estaba pasando un duro momento, ya que acababa de ser abandonado por la mayoría de sus primeros compañeros a causa de la Regla que él deseaba para la nueva congregación. Fue de gran consuelo para San Alfonso la cercanía y apoyo de Sarnelli, que, una vez allí, colaboró con él en una importante misión llevada a cabo en Ravello.

Durante la predicación, en los diálogos con el santo, Jenaro María tomó aún mayor conciencia del valor evangélico del carisma de la nueva fundación y, vuelto a Nápoles, continuó defendiendo el naciente Instituto de las críticas y acusaciones injustas que le hacían los hermanos de las Misiones apostólicas. Además, hasta tal punto se sintió compenetrado con la naciente obra, que a finales de julio del mismo año 1733 decidió adherirse al proyecto alfonsiano, solicitando pertenecer a la Congregación del Santísimo Salvador. Lo narra así el mismo San Alfonso:

> «Deseando la mayor perfección, con el consentimiento de su Padre espiritual, que fue el conocido Siervo de Dios P. Manulio, de la Compañía de Jesús, se retiró a la Congregación del Stmo. Salvador, entonces nuevamente erigida en la Ciudad de Scala desde el año 1732 bajo la protección de Mons. Falcoia, Obispo de Castellmare, y allí vivió más años continuamente, para la edificación común. Pero por razón de su salud deteriorada, y también para atender las importantes obras que tenía entre manos para librar a las jóvenes de la prostitución, como diré después, lo cual necesitaba de su presencia en Nápoles, también con consejo de su Director (porque hay que decir que todo lo que hacía lo realizaba con el consejo de su Padre espiritual) fue necesario trasladarse a Nápoles. Desde allí, de cuando en cuando, según se lo permitía su salud, no dejaba de acudir a Scala para ayudar a los Padres en sus Misiones, y en los otros trabajos apostólicos, en los cuales se ejercitaba continuamente en Nápoles ayudando al prójimo. Tanto era así que fue considerado apto para el trabajo pastoral en su diócesis por el Emmo. Arzobispo de Nápoles Cardenal Spinelli, y a este empeño se dedicó después durante años, hasta el final de su vida, con el provecho que se sabe, y con la satisfacción de este celosísimo Pastor».

Los primeros biógrafos de Sarnelli detallan cómo, conociendo que San Alfonso estaba fundando una congregación para el bien de los campesinos que vivían olvidados de todos en casas aisladas o en pueblos pequeños, y que los congregantes

llevarían una exigente vida religiosa, no sólo amó y defendió el Instituto, sino que, como hemos dicho, decidió inscribirse en él. Aunque su director espiritual reconoció enseguida la llamada de Dios, pensó que era necesaria mucha oración para llevarla a cabo y así se lo comunicó a Sarnelli. Éste, no obstante, escribió enseguida —julio de 1733— a San Alfonso, pidiéndole ser de los suyos, aunque le advertía que pensara bien si debía admitirle, por ser de tan frágil salud y tan indigno.

San Alfonso gozó intensamente con la resolución del amigo y le respondió aceptándole. Unas semanas después recibía nueva carta de Sarnelli, quien, asegurado en su vocación, le manifestaba que deseaba entrar en la naciente congregación y cumplir el fin principal de la misma: evangelizar a los pobres y abandonados y «regenerar el mundo mediante la educación y la instrucción de los niños», y de este modo complacer a Dios y hacerse santo. Y añadía:

> «Yo os suplico a V R y a todos esos Padres tan buenos que, cuando en el sacrificio de la Misa pongais ese poquito de hostia en el caliz, metais alli mi corazon y receis a Jesucristo que me saque hasta la ultima gota del veneno del amor propio»

Tanto gozó San Alfonso con esta decisión que no pudo dejar de comunicársela a un sacerdote amigo, D. José Cerchia, diciéndole: «Nuestro D. Jenaro ya viene», y le exhortaba a seguir su ejemplo. Así, el Beato Jenaro María Sarnelli ingresó en la Congregación del Santísimo Redentor en la antigua ciudad de Scala, donde San Alfonso María de Ligorio la estaba fundando. No existía todavía una Regla aprobada —la primera es de 1749, cinco años después de la muerte de Sarnelli—, pero su vida fervorosa y su incesante trabajo de evangelización contribuyó, sin duda, a fortalecer y dar densidad espiritual a este nuevo carisma.

Cuando D. Jenaro María hubo de regresar a Nápoles, apoyado por su hermano Andrés, sacerdote, pidió a su padre que permitiera a San Alfonso instalarse en el feudo familiar de Ciorani y fundar en él una casa de misioneros redentoristas, y que le diera medios para ello. Obtuvieron, en efecto, que el padre le cediera un edificio construido por él, con amplio jardín, y pusiera a su disposición el dinero suficiente para convertirlo en

convento y fundar una iglesia. Y el Barón consintió además que, mientras se hacían las obras, se utilizase para las misiones una gran sala de su palacio y la iglesia anexa, llamada de Santa Sofía. Además, D. Andrés Sarnelli dio a San Alfonso unas viñas que había heredado para ayudar en los gastos.

El padre colaboró también económicamente en la fundación de la casa redentorista de Villa degli Schiavi, donde Jenaro María predicó una gran misión de cuaresma. Recuerdan las crónicas antiguas el esfuerzo y el tiempo que dedicaba a evangelizar y a confesar.

También cuentan las crónicas que explicaba la palabra de Dios con mucho celo y oía las confesiones de los fieles con grandísimo fruto para ellos. Cuando llegaba, decía la gente: «Vamos a escuchar al Santo que predica». Lo hacía con tanto celo y unción que quienes lo oían enseguida se sentían movidos a confesarse. En los trabajos de su ministerio era incansable, no obstante su mala salud, y en las misiones confesaba todo el día, excepto el tiempo de la prédica y el de una sencilla comida tomada normalmente en la sacristía, o un poco de chocolate, o uvas pasas con pan. A quienes le reprochaban que se cuidaba muy poco siendo físicamente tan frágil, respondía enseguida que, si hubiera querido trabajar con salud, no habría predicado ni escrito libros piadosos.

Hasta abril de 1736 se dedicó a las misiones populares tan sin ahorrar esfuerzos que casi le cuestan la vida. Y cuando no podía misionar por los campos y pueblos por su frágil salud, solía decir que predicaría «hasta el día del juicio» mediante los libros que pensaba escribir. San Alfonso María de Ligorio lo narra de este modo:

> «Su celo por el bien de las almas le llevó a grandes fatigas y a grandes gastos para editar sus libros. En ellos, sólo con ver el espíritu con que los escribió y, especialmente, las materias que eligió para tratar, se percibe que tenía un gran deseo de santificar a todo el mundo. Imprimió primero *El mundo santificado,* que verdaderamente se puede decir que ha santificado a todo el mundo; publicó un libro entero contra el vicio de la blasfemia; imprimió un tratado del respeto que se debe a la Iglesia; publicó un librito sobre la obligación de los padres y las madres de educar a sus hijos, publicó otro libro sobre la guía de las almas espirituales, titulado *La discreción de los espíritus;* otro libro publicado por él con mucha fatiga,

porque lo compuso en medio de los dolores de la agonía, fue el del *Cristiano iluminado* Y otros libros que citare después»

Se percibe, pues, su celo en las obras que se proponía hacer, algunas de las cuales, después de comenzadas, las ha dejado sin concluir, como un tratado sobre la ayuda a las almas del purgatorio y otro sobre el modo de agradar a Dios en las flagelaciones públicas Otro devotísimo libro de selectas reflexiones devotas para todos los días del año y, además, todos los libros que tenía en su mente escribir, como uno con sermones sobre María para cada sábado y para todas sus novenas; otro con meditaciones sobre María; un libro de instrucción catequística, y otros En resumen: todos sus libros los compuso con el deseo de ayudar a las almas, incluso después de su muerte, y cuando estaba muriendo dijo al canónigo Sersale· «Señor canónigo, yo quiero predicar hasta el día del juicio».

Algo restablecido físicamente después de su intensa actividad misionera, para su curación más completa fue obligado a establecerse en Nápoles, con la autorización del obispo Falcoia y de San Alfonso. Vuelto a la casa paterna, no se separó, sin embargo, de la congregación redentorista, reuniéndose con los hermanos cada vez que San Alfonso lo llamaba para el apostolado de las misiones.

En la capital volvió a tomar el ritmo de vida anterior a su ingreso en la congregación, dedicando los años que median entre 1736 y 1741 a la publicación de gran parte de sus escritos; a las campañas para la rehabilitación de las prostitutas y contra el abuso de la blasfemia, y a la difusión entre los laicos del pueblo de Dios de la práctica de la oración mental. «Apóstol santo de Nápoles», le llamaba la gente.

Es de notar que en 1741, preparando la visita a la diócesis del cardenal-arzobispo Spinelli, programó y participó en una gran misión en los pueblos y caseríos de los alrededores de Nápoles, espiritualmente muy abandonados. D. Jenaro María pidió al cardenal que la dirección de esta misión fuera confiada a San Alfonso María de Ligorio y a los redentoristas. Así fue hasta el comienzo del verano de 1742, porque San Alfonso hubo de dejar la campaña misionera para regresar a Ciorani. Sarnelli, para ayudar una vez más al amigo en este otro momento difícil, ce-

dió al deseo del cardenal, aceptando sustituirle en el encargo. Guió la misión hasta septiembre del año siguiente, cuando, ya extenuado y sin fuerzas, tuvo que renunciar a ello. A pesar de todo siguió predicando hasta el mes de abril, cuando, ya agotado, regresó a Nápoles, donde murió el 30 de junio de 1744, a los 42 años de edad, en casa de su hermano Domingo. Lo narra de esta manera el P. Landi:

> «Después en Nápoles, además de la obra de las prostitutas, sobre lo que compuso un libro bastante docto, se dedicaba tan completamente y con tanto celo a ayudar a las almas que el Emmo. Cardenal Spinelli, entonces Arzobispo de Nápoles, habiendo llamado al P. Alfonso de Ligorio, Rector Mayor de nuestra Congregación, para venir a cultivar con sus compañeros a través de las Misiones los caseríos de su diócesis, quiso expresamente que uno de sus compañeros fuera el P. D. Jenaro María. Les asignó para ello una habitación permanente en las dependencias del Casal de S. Iorio, en el lugar llamado S. Agnello, con la finalidad de andar girando por otros caseríos de Nápoles a expensas del Emmo. Cardenal Arzobispo. Y como el susodicho P. D. Alfonso hubo de marcharse de la Diócesis de Nápoles por asuntos de su Congregación, el Cardenal dejó el encargo de todas las Misiones de los caseríos de Nápoles al mismo P. Jenaro María, el cual continuó la obra comenzada junto con el señor D. Mateo Testa, excelente misionero, después dignísimo Arzobispo de Reggio y hoy Capellán Mayor del Rey de Nápoles Fernando IV. Y así, siguió ocupándose activamente en estas Misiones, con inmenso provecho de los pueblos hasta su bienaventurada muerte, que le llegó pocos años después en Nápoles, con gran tristeza no sólo del Emmo. Arzobispo, sino de toda la ciudad, que lloró la muerte de un obrero tan grande de la viña del Señor diciendo, como hoy se dice, que él solo valía por diez Misioneros».

San Alfonso María de Ligorio, en la breve biografía del Beato Sarnelli, describe detalladamente su muerte. Éstos son algunos de los párrafos del amplio relato:

> «Pero hablemos de su última enfermedad y dichosa muerte. Él hizo su última Misión en Polisipo, consumido por las fatigas y las penurias. Retirado de esta Misión a S. Aniello, se agudizaron sus dolores de tal manera que dejó sus acostumbrados y continuos afanes, incluso no confió en poder celebrar la Misa, signo conocido por todos de que estaba cercana su muerte, porque nunca la había querido dejar, como dije antes. Un día, que se quiso esforzar en decir la Misa, se desvaneció sobre el altar.

Agravandose en la enfermedad, se retiró a Nápoles, a casa de su hermano, donde estuvo enfermo un mes y algunos días mas, siempre creciendo en los dolores, y sin dejar nunca su oración Y como todavía duraba su desolación, buscaba consuelo en los Siervos de Dios que iban a visitarlo [. .].

Quince días antes de morir, se acostó para no levantarse más. En este tiempo el Señor le quiso aligerar la cruz de las miserias de la vida y comenzó a gozar en adelante de una gran paz y, quitándosele cualquier otra preocupación, se encendió en él un gran deseo de unirse con Dios en la Patria Santa. Tanto que, al decirle un criado de su padre que esperase en Dios, que se pusiera bien y que se levantara, respondió. ¡Oh! Si pudiera gritar, gritaría ahora mismo, mi única consolación es pensar que he de morir, ¿y tú me hablas de levantarme?

En este tiempo demostró qué grandes habían sido sus sufrimientos y su caridad, pues mientras padecía dolores insufribles, teniendo necesidad de continua asistencia, compadecía al criado que lo servía. Y cuando tenía que pedir alguna cosa, decía a un Hermano de la Congregación del Stmo. Redentor que le envió el Superior de la misma para asistir a este Hermano tan amado y estimado: Hermano, ten paciencia por amor a Jesucristo, porque ya me queda poco tiempo. En este tiempo dio todas las cosas que le quedaban [...].

Una vez se oyó decir de un Hermano que le asistió en su última enfermedad estas afectuosas palabras con Dios· Padre mío, heme aquí. Ya la criatura vuelve al Creador, el hijo vuelve al Padre. Señor, si os place, suspiro por ir a veros cara a cara, pero no quiero ni morir ni vivir, quiero sólo lo que Vos queráis. Vos sabéis que cuanto he hecho, cuanto he pensado, todo ha sido para gloria vuestra. Estas últimas palabras, dichas por un moribundo en ese momento supremo de la verdad, testifican que verdaderamente él actuó según lo que estaba diciendo [...].

El médico lo visitó en la mañana del martes 30 de junio hacia las 14 horas y, cuando se fue, dijo· ahora quiero entrar en una dulce agonía [..] El hermano, viendo que se acercaba la hora, mandó llamar a un Sacerdote, y éste empezó a sugerirle algún sentimiento sobre Dios. Pero él le interrumpió diciendo: Déjame hablar a mí, y comenzó a hacer dulces coloquios con Dios, que casi no se entendían porque iba perdiendo las fuerzas y la palabra

Entrando en agonía, los Hermanos de la Congregación que lo asistían le pidieron la bendición y él, alzando la mano, los bendijo Duró la agonía una media hora, y durante este tiempo, teniendo entre sus manos un Crucifijo, no dejaba de besarlo cada poco. Recibió la absolución y plácidamente expiró hacia las 16 horas del martes 30 de junio de 1744, a la edad de 42 años, la antevíspera de la Visitación de María, como él había siempre deseado en vida: morir durante una novena de María».

El P. Tannoia, en la *Vida de S. Alfonso,* se refiere al sentimiento que le produjo la muerte del P. Sarnelli:

> «Si Alfonso fue consolado por este éxito (había obtenido del Rey poder construir una casa con iglesia en Pagani), Dios, que con la cruz quería hacerle un gran Santo, lo visitó quitándole al excelente P. Jenaro M. Sarnelli, una de las piedras angulares de su naciente Congregación. Entregó este buen Padre su hermosa alma a Dios el 30 de junio de 1744, siendo llorado por todos los buenos, después de haber soportado infinitos trabajos por la gloria de Dios y de haber estado muchas más veces en peligro de perder la vida [...] Si muy sensible fue para Alfonso esta pérdida, se consoló con la firme esperanza de haber ganado en el Cielo un solícito protector del bien de la trabajada Congregación. Tenemos una vida de Sarnelli escrita en síntesis por el mismo Alfonso».

El gran misionero Jenaro M. Sarnelli fue sepultado inicialmente en la iglesia napolitana de María Auxiliadora y en 1894 su cuerpo se trasladó a la iglesia redentorista de San Alfonso y San Antonio de Tarsia. Desde el 25 de octubre de 1994 sus restos son venerados en la iglesia de Ciorani, el que fue feudo de sus padres.

Con gran fama de santidad ya en vida, su causa de canonización comenzó en 1861 en la diócesis de Nápoles. La primera fase quedó concluida en 1874 con el decreto de introducción de la causa en la Sagrada Congregación de Ritos de Roma. El proceso apostólico se desarrolló desde 1878 a 1881, y el 2 de diciembre de 1906 el papa San Pío X lo proclamó Venerable, decretando la heroicidad de su virtud. Ha sido beatificado en Roma por Juan Pablo II el 12 de mayo de 1996.

MARÍA ENCARNACIÓN GONZÁLEZ RODRÍGUEZ

Bibliografía

CHIOVARO, F. (ed.), *Storia della Congregazione del Santisimo Redentore.* I/I: *Le origini (1732-1793)* (Roma 1993).

FERRERO, F., *El Beato Jenaro M.ª Sarnelli. Misionero redentorista apóstol de Nápoles (1702-1744)* (Madrid 1996).

LONDOÑO, N., *Un excluido entre los excluidos. Notas sobre la obra moral de Jenaro Sarnelli.* (Servicio Informativo Redentorista, Bogotá, 1 de septiembre de 1995).

MARRAZZO, A., *Documentazione bio-bibliografica su Gennaro Maria Sarnelli* (Roma 1995).

SARNATARO, S., *La catechesi a Napoli negli anni del Card. Giusseppe Spinelli (1734-1754)* (Nápoles 1989).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTA ERENTRUDIS DE NONNBERG

Abadesa († 718)

Nacida en la Francia occidental, acudió a la llamada de su tío San Ruperto, obispo de Salzburgo. Este santo prelado había fundado un monasterio femenino en Nonnberg y deseaba una persona de su confianza al frente del mismo, a fin de que secundara con claridad los criterios que él tenía sobre lo que debe ser la vida conventual. Por ello, conociendo las cualidades de su sobrina, la llamó y la puso al frente del monasterio como abadesa.

Erentrudis fue digna completamente de la confianza que el obispo ponía en ella, pues supo darle al monasterio el clima de regularidad monástica y espíritu de oración que ella misma vivía, y acogiendo los deseos apostólicos del santo prelado admitió en el monasterio jóvenes educandas en las que infundió un sincero espíritu cristiano, devolviéndolas al mundo para ser excelentes esposas y madres de familia y surgiendo también entre ellas las vocaciones monásticas. Erentrudis murió poco tiempo después de su tío, el 30 de junio del año 718, según parece, y desde el principio recibió culto en la iglesia de Salzburgo.

SAN TEOBALDO

Presbítero y ermitaño († 1066)

Teobaldo o Thibaut era hijo del conde Arnoldo de Champagne y de su esposa Gisela, y nació en Brie el año 1017. Educado cristianamente en el seno de su casa y destinado inicialmente a la vida militar, leyó con admiración la vida de los Padres del desierto y cobró el deseo de imitarlos. Entusiasmado con sus ejemplos, hizo privadamente el voto de abandonar el mundo y dedicarse a la vida de austeridad y contemplación, sirviendo solamente a Dios. Cuando su padre le propuso marchar al frente de un cuerpo de tropas, Teobaldo se sinceró con su padre y le contó su voto, y el padre le dio su licencia para poder vivir en conformidad con él.

Entonces, acompañado de su amigo Gautier, que compartía con él el mismo ideal, marchó al monasterio de Saint-Remi en Reims, donde ambos abandonaron sus vestidos suntuosos y se vistieron como mendigos y mendigando para subsistir se fueron a la selva de Pettingen en Luxemburgo, donde construyeron dos celdas y se dedicaron a la contemplación. Echaban peonadas durante el día para las familias de los poblados cercanos y de su trabajo vivían en la pobreza de sus chozas, simultaneando el trabajo y la plegaria. A la caída de la tarde los dos recitaban el oficio divino. Su conducta atrajo sobre ellos la atención de los fieles que comenzaron a estimar su vida pobre y piadosa, y ellos como no deseaban ser estimados ni tenidos por buenos decidieron hacer la peregrinación a Santiago de Compostela, a Roma y a otros santuarios, viviendo de limosnas y padeciendo con alegría la pobreza y las privaciones. En Salanigo, junto a Vicenza, hallaron una iglesia en ruinas y decidieron quedarse a vivir en ella, lo que hicieron, muriendo Gautier al cabo de dos años. En su lugar Teobaldo aceptó algunos compañeros que compartieran su género de vida, y el obispo de Vicenza entendió que nadie más digno del carácter sacerdotal que Teobaldo y le propuso ordenarse de presbítero. Accedió el santo ermitaño, entendiendo que así podría dirigir mejor a sus compañeros.

Sus padres, que lo echaban mucho de menos y que nada sabían de él desde el comienzo de sus peregrinaciones, vinieron por fin a saber que el santo y famoso ermitaño de Salanigo era su hijo y fueron a visitarlo, admirándose de la vida de austeridad y penitencia que su hijo vivía. Su madre le suplicó le concediera licencia para vivir ella también como anacoreta en una celda cercana a la de su hijo y su comunidad, y allí vivió hasta su muerte.

Pero Teobaldo contrajo una enfermedad de la piel parecida a la lepra y se dio cuenta de que no viviría mucho. Llamó al abad del monasterio camaldulense, del que había recibido el hábito que llevaba, y le pidió lo admitiera en la Orden y le permitiera hacer la profesión monástica, como así hizo. Recibidos los santos sacramentos y luego de encomendar al abad camaldulense a su madre y sus discípulos, pasó al Padre el 30 de junio de 1066. El papa Alejandro II lo canonizó seis años más tarde, en 1073.

SAN ADOLFO DE OSNABRÜCK

Obispo († 1224)

Adolfo nació el año 1185 en el seno de la noble familia de los condes de Tecklemburg en Westfalia. Destinado a la vida eclesiástica, recibió muy joven la tonsura y fue agregado al clero diocesano de Colonia. Luego obtuvo una canonjía en la catedral. Era un joven puro y piadoso.

Un día visitó el monasterio cisterciense de Altenkamp y se quedó maravillado de la observancia regular y de la vida santa de los monjes, y entonces pidió licencia para quedarse un tiempo con los monjes y poder observar el día a día de su vida. Por fin decidió dejar su canonjía y hacerse monje, emitiendo oportunamente la profesión monástica.

No llevaba muchos años en el monasterio cuando le llegó su elección para obispo de Osnabrück. Él no aspiraba a ninguna dignidad y recibió el nombramiento como la llamada a un servicio pastoral que Dios quería de él. Siguió llevando la vida austera y simple del monasterio, y su corazón fue tocado por la presencia en la diócesis de muchos pobres y de enfermos no cuidados, y decidió volcar en ellos su solicitud, de forma que una parte sustancial de las rentas episcopales iba a parar a la atención de los pobres y enfermos, que bendecían la caridad eficaz del prelado. Se preocupó no poco de la vida religiosa, exigiendo que todos los monasterios de su jurisdicción vivieran en conformidad con la Regla y logró que efectivamente mejorara no poco la regularidad conventual en su diócesis. No tenía cuarenta años cuando el Señor lo llamó a su reino el 30 de junio de 1224. Enseguida tuvo culto popular como santo.

BEATO FELIPE POWELL

Presbítero y mártir († 1646)

Su apellido era Powell o Powel y su nacimiento se fija el año 1594 en la población de Trallwng, junto a Brecor. Sus primeros estudios los hizo en Abergavenny y a los 16 años marcha a Londres a estudiar derecho, siendo su profesor el futuro benedictino Agustín Baker. Por motivos de algunos asuntos pasó a

Douai tres años más tarde y aquí conoció a los benedictinos del monasterio de San Gregorio, que le impactaron. Hizo los estudios en Lovaina y se ordenó sacerdote en 1618. Al año siguiente profesaba como benedictino.

En 1622 estaba de vuelta como misionero en Inglaterra usando el apellido de Morgan. Su trabajo apostólico se desarrolló en Devon, Somerset y Cornualles con la relativa tranquilidad con que fue posible a los católicos vivir bajo el reinado de Carlos I. Pero llegada la guerra civil y el ascenso de Cromwell y el parlamento puritano, la persecución arreció contra los católicos. Felipe se unió a las fuerzas monárquicas y fue capellán en el ejército del general Goring durante varios meses. Iba en barco hacia Gales cuando fue reconocido y denunciado como católico, siendo arrestado. Llevado a Penarth e interrogado, reconoció su condición de sacerdote católico. Llevado a Londres, padeció el calabozo del King's Bench donde pasó muchas privaciones y hubo de dormir en el suelo, lo que le produjo una pleuresía. Llevado a juicio, se negó a reconocer la legitimidad de un tribunal que obedecía a un Parlamento rebelde y negó que las leyes anticatólicas pudieran aplicarse a quienes iban por mar. De todos modos fue condenado a muerte. Los propios jueces pidieron para él un aplazamiento de la ejecución, pero el Parlamento no estuvo de acuerdo. Murió dando pruebas de gran firmeza y espiritualidad. Su ejecución tuvo lugar en Tyburn el 30 de junio de 1646. Fue beatificado el 15 de diciembre de 1929.

SAN VICENTE DO YEN

Presbítero y mártir († 1838)

Nace en el seno de una familia cristiana el año 1764 en el poblado vietnamita de Tra-Lu. Recibido y educado en la llamada «Casa de Dios», San Clemente Ignacio Delgado lo ordenó sacerdote en 1798. Surgida aquel mismo año la persecución, cuando ya estaba dedicado a la cura de almas, fue denunciado y arrestado en 1799 y pasó a la cárcel con la canga al cuello. Un mes más tarde los fieles lograron su libertad dando por él una suma de dinero. Continuó su labor apostólica hasta que finalmente decidió ingresar en la Orden de Predicadores. Fue recibi-

do como miembro de la comunidad de Manila y emitió su profesión religiosa el 22 de julio de 1808.

Adornado de extraordinarias cualidades morales, era amado de sus feligreses que veían en él un ángel de Dios. Su parroquia era la de Ke Sat, donde logró ampliar y fortalecer la comunidad cristiana y hacer verdaderamente una cristiandad ejemplar. Llegada la persecución de Minh-Mang y luego de que los cristianos tuvieran que destruir con sus manos la iglesia y la casa de la misión (1832), se dieron trazas de tener oculto al sacerdote nada menos que durante seis años. Años en los que no se derramó sangre cristiana en el Tonkín oriental. Pero cuando el gobernador fue llamado al orden por el emperador, la persecución se hizo muy espesa. Los fieles de Ke Sat supieron de una inmediata búsqueda en el pueblo y dirigieron al sacerdote a Thua y luego a Bong, queriendo también librar de problemas a sus fieles. Pero aquí fue rápidamente localizado, arrestado, cargado de cadenas y de una canga y enviado a Hai Duong el 8 de junio de 1838. El día 11 fue interrogado por el tribunal. Uno le invitó a que diera respuestas ambiguas, como que era médico (de las almas) y que pisara un círculo mientras los jueces creían que pisaba una cruz. Se negó el mártir a cualquier engaño. Declaró ser sacerdote y estar pronto a morir por la fe. Su declaración se envió a la corte y de allí vino la condena a muerte. Mientras llegaba la condena, estuvo en la cárcel haciendo oración y recibiendo a los fieles que venían a visitarlo. Llegada la condena el día 30, ese mismo día fue llevado al suplicio, siendo decapitado. Fue canonizado el 19 de junio de 1988.

SANTOS RAIMUNDO LI QUANZHEN Y PEDRO LI QUANHUI

Mártires († 1900)

Raimundo tenía, en 1900, cuarenta y cinco años y estaba muy feliz de tener un hijo sacerdote. Era un cristiano chino que vivía su fe con intensidad y daba buen ejemplo a todos por su magnífica conducta evangélica.

Cuando el 30 de junio de 1900 vio venir a los boxers, tomó en sus brazos a su pequeña hija Magdalena y se escondió en un

cañaveral. Aquí le hallaron los bandidos y para forzarlo a la apostasía le quitaron la niña y la mataron ante sus ojos. A continuación lo condujeron por la fuerza a la pagoda y le exigieron que adorara a los dioses, pero él se negó firmemente. Entonces, le cortaron una oreja y le hicieron quemaduras en la espalda, pero no por ello apostató. Sacado fuera de la pagoda, fue rematado a golpes de espada y de lanza.

Pedro era su hermano, nacido en 1837 y de más edad, por tanto, que Raimundo. Intentó también a la llegada de los boxers esconderse en un cañaveral, pero fue descubierto y llevado también a la pagoda para que adorara a los dioses, a lo que se negó con energía. Lo llevaron entonces frente a su casa, donde vivían sus ancianos padres, y como insistía en manifestarse cristiano, allí fue asesinado a golpes de lanza.

Ambos fueron canonizados el 1 de octubre de 2000.

BEATO ZENÓN KOVALYK

Presbítero y mártir († 1941)

Al retirarse las tropas soviéticas por el avance de las tropas alemanas, fueron asesinados por los soviéticos los presos de la prisión de Bryghidki, en Lvov. Uno de los que fueron encontrados muertos en uno de los calabozos fue el sacerdote redentorista Zenón Kovalyk.

Había nacido el 18 de agosto de 1903 en Ivachiv Horisnyl, en la región de Ternopol. Decidido por la vida religiosa, ingresó en su juventud en la Congregación del Santísimo Redentor, en la que profesó el 28 de agosto de 1926. Prosiguió los estudios eclesiásticos y se ordenó sacerdote el 9 de agosto de 1932, ejerciendo desde entonces provechosamente su ministerio. Como a tantos otros religiosos, le tocó también a él ser arrestado en la madrugada del 21 de diciembre de 1940 y llevado a la citada cárcel, donde pasó seis meses de dura prisión, llevada por el religioso con paciencia y fe. Fue beatificado el 27 de junio de 2001.

BEATO BASILIO VELYCKOVSKYJ

Obispo y mártir († 1973)

Este obispo de la Iglesia greco-católica ucraniana clandestina ha sido reconocido como mártir por cuanto, a la hora de ponerlo en libertad, los soviéticos le inyectaron una sustancia desconocida que lo enfermó y al cabo de cuatro años de sufrimientos lo condujo a la muerte.

Había nacido el 1 de junio de 1903 en Stanislaviv (hoy Ivano Frankvisk). Sintiendo la vocación religiosa ingresó en 1925 en la Congregación del Santísimo Redentor, en la que hizo la profesión religiosa y los pertinentes estudios, ordenándose de sacerdote. Ejerció con provecho su ministerio misionero en Volyn a lo largo de siete años y en 1942 fue nombrado superior de la casa de su congregación en Ternopol. Aquí estaba cuando, acusado de actividades contra el Estado, fue arrestado y encarcelado el 11 de abril de 1945, siendo condenado en el juicio a diez años de detención en el campo de concentración de Vorkuta en Siberia. Allí pasó dichos años, siendo puesto en libertad en 1955. Volvió a Lvov y estando allí le llegó el nombramiento clandestino de obispo, pero, dadas las terribles condiciones de persecución religiosa en que se estaba, no pudo ser consagrado obispo hasta 1973.

Sus actividades apostólicas volvieron a hacerlo odioso a los ojos del régimen dictatorial existente y fue nuevamente detenido, acusado de organizar estudios teológicos secretos en Ternopol. Fue condenado a tres años de exilio y antes de ser puesto en libertad, el 27 de enero de 1972, le pusieron la indicada inyección. Murió en Winnipeg, Canadá, el 30 de junio de 1973. Fue beatificado el 26 de junio de 2001.

FIESTAS MOVIBLES

JESUCRISTO, SUMO Y ETERNO SACERDOTE

Jueves después de Pentecostés

«Tu es Sacerdos in aeternum, secundum ordinem Melquisedech...» (Sal 109).

Cristo significa «ungido». Ungido por el Padre, con el perfume del Espíritu Santo derramado en su humanidad sacratísima para que con Él «salpique» y embalsame también las almas de sus hermanos los hombres. Por eso Cristo es esencialmente sacerdote. Por eso el sacerdocio es el ser de su propio Ser. Porque, por y desde la encarnación, en cuanto verdadero Dios y hombre verdadero, no ha sido ni un instante no sacerdote. La encarnación, acto en virtud del cual el Verbo se hace hombre, da a Jesucristo, no concomitante, sino sustancialmente, el sacerdocio, eterno y sumo, absoluto y ontológico, inseparable de su personalidad de Salvador y Redentor, Hermano de los hombres pecadores, por los cuales, inmolado en la Cruz y en la Eucaristía, no cesa de interceder ante el Padre.

Éstas, y otras muchas que no traemos aquí ahora, son reflexiones del siervo de Dios don José María García Lahiguera, el ejemplar prelado, primero obispo auxiliar de Madrid, después residencial de Huelva y por último arzobispo de Valencia. A él tenemos que referirnos, ineluctablemente, al hablar de esta fiesta litúrgica, aún muy reciente y, tal vez por eso, no tan arraigada y profundizada como sería de desear. Porque fue este varón de Dios, modelo de sacerdotes y obispos, quien, repitiendo incesantemente el grito que llevaba entrañado en el alma, *¡santidad sacerdotal!,* trabajó con denuedo por la institución de esta fiesta, sobre todo en España, y también en la Iglesia universal.

El siglo XX ha sido, no cabe duda, el siglo del sacerdocio católico. Con el magisterio de los sumos pontífices y, de una manera especialísima, con el Concilio Vaticano II, se ha perfilado con más nitidez que nunca la figura del ministro de Cristo y su obligación intrínseca de tender a una muy alta santidad. Y, por lo mismo, se ha dado a la espiritualidad cristiana una marcada orientación cristológico-sacerdotal, con la consiguiente y exuberante floración de aplicaciones prácticas que trae consigo la vivencia sacerdotal de la consagración bautismal. Desde esta angulatura, los fieles no sólo veneran al sacerdote ministro porque ven en él la presencialización de Jesucristo, sino que se contemplan a sí mismos con una suerte de misteriosa y humilde reverencia, al comprender que pueden y deben, ellos también, ofrecer sus cuerpos *como hostia santa, agradable a Dios,* y que éste es el *culto razonable* que, unidos a Jesús eucaristía, han de tributar a la Trinidad beatísima.

Esto será para el pueblo de Dios la más cabal imitación del ejemplo del «mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, que se entregó a sí mismo para redención de todos» (1 Tim 2,5).

Ciertamente, sólo el sacerdocio de Cristo puede ser el paradigma del ministerio sacerdotal, en razón de las características específicas que lo convierten en único, aunque no se puede perder de vista su relación con el sacerdocio de Israel, en que los sacerdotes comienzan por ser los que *hablan en nombre de Dios,* y pasan después a constituirse en *los hombres del santuario.* Y como entre las ceremonias del culto sobresalía el sacrificio expiatorio, asumen el papel de *sacrificadores.* Eran, además, los encargados de velar por la *pureza ritual* y de impartir la *bendición,* mediante la que se establecía una relación entre la persona bendecida y Dios. Toda la organización del culto sacerdotal antiguo se fundamenta sobre la idea de *santidad,* en la convicción de que es preciso ser santo (no tanto opuesto a imperfecto moralmente cuanto a profano) para acercarse a Dios. Esto explica la separación ritual, la *consagración.*

El sacerdocio tenía entre los judíos un papel preponderante, tanto religioso como político, según se refleja en el libro de los Hechos. Aunque los profetas criticaban la actuación de los

sacerdotes, sin embargo proclamaban su estabilidad y esperaban un Mesías-sacerdote, también en los tiempos de Jesús. Pero Él no pertenecía a ninguna familia sacerdotal judía —era de la tribu de Judá—, y su actividad se situaba más en la línea de los profetas y maestros, no aludiendo apenas en su predicación al culto y la función sacerdotal. Los sumos sacerdotes aparecen en los evangelios —especialmente en Juan— como los responsables principales de la pasión de Jesús, con los otros miembros del Sanedrín. Lo fueron también del arresto de Pedro y Juan (cf. Hch 4,1s), de todos los apóstoles (cf. Hch 5,17s), del mandato dado a Saulo de perseguir a los cristianos (cf. Hch 22,5; 26,12), y de las vejaciones de Pablo tras su conversión (cf. Hch 22,30; 23,14). El libro de los Hechos no presenta a los sacerdotes en el ejercicio de sus funciones cultuales, sino como jefes religiosos del pueblo.

Pero Jesús no se había opuesto al papel del sacerdocio levítico. Cuando cura al leproso, le manda mostrarse a los sacerdotes para que reconozcan su curación. Además, se somete al impuesto del templo. Si fustiga la tolerancia de las autoridades religiosas con los vendedores y cambistas es para mostrar así su gran respeto al templo como lugar de oración. Para Cristo, la misericordia con el prójimo debe estar por encima de una observancia escrupulosa de las prescripciones de la Ley y del culto. A imitación de Jesús, los primeros cristianos judíos no rompieron con la religión de sus padres, sino que continuaron frecuentando el templo, ajustando a esa liturgia los ritos y prácticas de los que Jesús era el iniciador (Hch 2,42.46).

Cristo, por una parte, reconoce en los sacerdotes, en el templo y en el culto levítico una disposición providencial preparatoria y, por otra, anuncia su derogación y superación por el nuevo culto que su pasión va a instaurar, por medio de su propio cuerpo y por su verdadero sacerdocio. Él es sacerdote de una manera radicalmente nueva y, aunque no se llame nunca sacerdote, tiene conciencia de serlo, por la tarea sacrificial, redentora y reveladora que asume como enviado de Dios.

Por más que sólo se dé a Cristo el título de sacerdote en la Carta a los Hebreos, hay otros textos que, hablando de su sacrificio, nos descubren su naturaleza sacerdotal, tales como la

fórmula de 1 Cor 5,7: «Nuestra Pascua, Cristo, ha sido inmolado»; las menciones de su Sangre (cf. Mc 14,24; Rom 3,5; 5,9; Ef 1,7; 2,3); las fórmulas en que describe su muerte —«Él se entregó por nosotros»—, ligadas a la figura del siervo sufriente (cf. Jn 6,51; 10,11.15; Lc 22,19; Mc 10,45); la designación joánica: «He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo» (Jn 1,19). Jesús es víctima de propiciación, sacrificio por el pecado del mundo entero, y este sacrificio es la ofrenda que él hace de sí mismo, y que expresa mediante la imagen del Buen Pastor, relacionada con la del Siervo de Yahvé. El don de su vida por su rebaño, en obediencia al mandato del Padre, es el culmen de toda su obra. En su misión, todo está dominado por un amor verdaderamente «pastoral» y por un amor infinito a su Padre. El sacerdocio de Cristo no es sólo una función que abarque aspectos de su vida, sino la vida entera, aunque haya un momento culminante como el de la ofrenda en la cruz.

La Carta a los Hebreos proclama que nosotros, los cristianos, tenemos un *sacerdote eminente,* más aún, un *sumo sacerdote.* Y ese sacerdote es «Jesús, el Hijo de Dios» (Heb 4,14), el «sumo sacerdote de los bienes futuros» (Heb 9,11). Hasta treinta veces le llama así el autor de la epístola. Jesús es el sumo sacerdote no según el orden de Aarón sino «según el orden de Melquisedec» (Heb 7,11). Este sacerdote-rey que ha bendecido al patriarca Abrahán (cf. Gén 14,18-20; Sal 109,4) —lo que indica su preeminencia con relación a la raza judía—, es un extranjero y, por tanto, su sacerdocio no pertenece al levítico, ya que ni siquiera tiene un origen judío. Pero la carta, además, al reconocer en el silencio del relato bíblico sobre el origen de Melquisedec la ausencia de una ascendencia humana (cf. Heb 7,3), le confiere una dimensión eterna, asemejado al Hijo de Dios, asegurando así la eternidad de su sacerdocio: *permanece sacerdote para siempre.* Cristo Resucitado es Cristo sacerdote eterno, Hijo de Dios y hermano de los hombres, en el sentido más estricto del término, especialmente en el sufrimiento y en el destino mortal.

La descripción que el autor de Hebreos hace del Sumo Sacerdote (cf. Heb 5,1-10) comprende tres elementos. El primero señala la doble relación del sumo sacerdote con los hombres y con Dios, añadiendo la función sacrificial de expiación:

«Todo sumo sacerdote es tomado de entre los hombres y puesto a favor de los hombres en lo que se refiere a Dios, para ofrecer dones y sacrificios por los pecados». El segundo subraya la relación con los hombres, evidenciando también la función expiatoria: «Puede sentir compasión hacia los ignorantes y extraviados, por estar también él envuelto en flaqueza. Y a causa de esta misma flaqueza debe ofrecer por los pecados propios igual que por los del pueblo». El tercero vuelve sobre las relaciones con Dios: «Nadie se arroga tal dignidad, sino el llamado por Dios, lo mismo que Aarón». Aplicar a Cristo esta descripción evoca sobre todo su pasión, como una *oración* y una *ofrenda, escuchada y aceptada.*

Más abajo abunda la Carta en que el nuevo sacerdocio se establece, no según la ley, sino según la fuerza de una vida imperecedera, con carácter eterno e inmutable, a la manera de Melquisedec. Así se dibuja la perfección del nuevo sacerdote celestial «que nos convenía: santo, inocente, incontaminado, separado de los pecadores, encumbrado sobre los cielos, que no necesita ofrecer sacrificios cada día, primero por sus pecados propios como aquellos sumos sacerdotes, luego por los del pueblo, porque lo hizo de una vez para siempre, ofreciéndose a sí mismo» (cf. Heb 7,26-28).

Tal expresión, «se ofreció a sí mismo», repetida en Heb 9,14, implica una ofrenda personal de Cristo que la diferencia del sacrificio del Antiguo Testamento, cuyos sacrificios aparecen como simples prefiguraciones del único verdadero. Se presenta así la muerte de Cristo como expiación, sacrificio de alianza y condición para la entrada en vigor de un testamento, que trae consigo la abolición del pecado.

Cristo es el perfecto sumo sacerdote porque, superando la etapa de los ritos exteriores, incapaces de purificar las conciencias, se ofreció a sí mismo *en el Espíritu Eterno,* y derramando su sangre, obtuvo la transformación sacrificial de su propia humanidad, que se convirtió en *la tienda más perfecta,* adaptada al verdadero santuario (cf. Heb 9,11-14). Superando la primera alianza, imperfecta y tradicional por la impotencia de sus ritos (cf. Heb 8,7-13), Cristo, gracias a la eficacia irreversible de su muerte, se transformó en el Mediador de una alianza con validez to-

tal y eterna (cf. Heb 9,15-23); y superando también el tiempo del culto terreno, meramente figurativo, estableció una comunicación perfecta entre el hombre y Dios (cf. Heb 9,24-28). Por esto, el autor de la epístola no usa una metáfora cuando aplica a Cristo el título de sumo sacerdote y a su pasión el nombre de sacrificio. Su perspectiva es la contraria: es en el Antiguo Testamento donde el sacrificio y el sacerdocio se tomaban en sentido metafórico, ya que se aplicaban a una figura simbólica impotente.

La Carta a los Hebreos insiste en el papel de víctima vivido por Cristo durante toda su vida en la tierra y sobre su actividad de sacerdote una vez franqueado el acceso al cielo. El lazo entre ambos momentos puede concebirse de este modo: el Sumo Pontífice vertió su sangre en la tierra como un acto pleno de amor, lo que le permitió entrar en el *Sancta Sanctorum* con el sacerdocio eterno de quien posee una vida imperecedera, por su Resurrección gloriosa. En nombre de su único sacrificio, Hostia viva pero eternamente ofrecida, Cristo, por su presencia misma en el cielo, es una interpelación permanente en nuestro favor. No se trata de un sacrificio del cielo que sucedería al de la tierra, sino de un solo sacrificio, siempre actual porque es el mismo estado de Cristo Resucitado ofreciéndose al Padre por nosotros, y continuado también en la tierra en virtud de la ofrenda eucarística del Señor.

Sacrificio, culto, mediación, alianza, ofrenda y templo son, pues, conceptos transformados por Cristo, «sacerdote de un nuevo orden» (Heb 8,1-2), que ha hecho de sus sacerdotes «servidores de una nueva alianza» (2 Cor 3,6). En la persona de Jesús se produce un misterioso intercambio entre Dios y los hombres, no sólo el *mirabile commercium* entre su divinidad y nuestra humanidad, sino el que se da entre su riqueza y nuestra pobreza, entre su fuerza y nuestra debilidad, entre su plenitud y nuestra nada, por el asombroso anonadamiento de Quien «se despojó de sí mismo, tomando nuestra condición de siervo, haciéndose semejante a los hombres..., obedeciendo hasta la muerte, y muerte de cruz» (Flp 2,7-8). En Él se ha dado el intercambio de nuestro pecado con su justicia (cf. 2 Cor 5,21). Su Rostro macilento en la cruz nos devuelve la imagen de nuestro

pecado. Así traduce San Agustín esta verdad en una hermosa plegaria que en sus *Confesiones* dirige al Padre Eterno:

> «El verdadero mediador, a quien por tu secreta misericordia revelaste a los humildes y lo enviaste para que con su ejemplo aprendiesen la misma humildad, aquel mediador entre Dios y los hombres, el Hombre Cristo Jesus, aparecio entre los pecadores mortales justo inmortal, mortal con los hombres, justo con Dios Porque en tanto es mediador en cuanto hombre, pues en cuanto Verbo no puede ser intermediario, por ser igual a Dios, Dios en Dios y juntamente con El un solo Dios»
>
> «¡Oh, como nos amaste, Padre bueno, que no perdonaste a tu Hijo unico, sino que lo entregaste por nosotros, impios! ¡Oh, como nos amaste, haciendose por nosotros, quien no tenia por usurpacion ser igual a Dios, obediente hasta la muerte de cruz, siendo el unico libre entre los muertos! Por nosotros se hizo ante ti vencedor y victima, y por eso vencedor, por ser victima, por nosotros sacerdote y sacrificio ante ti, y por eso sacerdote, por ser sacrificio, haciendonos para ti de esclavos, hijos, y naciendo de ti para servirnos a nosotros»

Ésta es, por otra parte, la definicion tomista de Cristo mediador en la *Suma teologica* (III, q.26 a 1):

> «La labor del Mediador consiste propiamente en unirse a aquellos entre los cuales ejerce esta funcion, pues los extremos se juntan en el medio Pero el unir de una manera perfecta a los hombres con Dios compete ciertamente a Cristo, pues por Cristo son reconciliados los hombres con Dios, segun se dice en la carta a los Corintios "Dios estaba en Cristo reconciliando el mundo consigo" Por tanto, solo Cristo es el perfecto Mediador entre Dios y los hombres, por cuanto reconcilio con su muerte al genero humano con Dios»

Ahora bien, ¿cuál es el testimonio de Jesús sobre su sacerdocio? Porque es en Cristo donde hay que descubrir los rasgos distintivos del sacerdocio ministerial, toda vez que en Él se encuentra el origen y manantial de este sacerdocio, no solamente a título de una institución de la cual es fundador, sino, sobre todo, por la formación inaugural e ideal del sacerdocio en su persona Se puede decir que el sacerdocio ha tomado cuerpo en Él antes de tomar cuerpo en la Iglesia. La Iglesia vive de Cristo, y el sacerdocio de la Iglesia encuentra en Cristo su principio y sus rasgos característicos Por tanto, no es alejandose de la voluntad institucional de Cristo como se puede constituir un sacerdocio

más conforme con la finalidad de la Iglesia y más eficaz. Muchos proyectos recientes de sacerdocio están guiados, de hecho, por esta convicción de que podemos, en nuestra época, forjar un ministerio sacerdotal diferente del que se ha ejercido en la Iglesia hasta el presente y que reivindica un vínculo histórico con Cristo por medio de una sucesión apostólica. Se critica este vínculo y se pretende para la Iglesia de hoy un nuevo sacerdocio cuando, en realidad, la Iglesia no tiene la libertad de apartarse de la voluntad de su divino fundador. Si la libertad creadora del teólogo se separa de la creación del sacerdocio nuevo hecha por Cristo, deja de formar un pensamiento auténticamente teológico, apoyado sobre la revelación y la tradición. Si el sacerdote es representante de Cristo y si ejerce algunos poderes en su nombre, es que el mismo Jesús lo ha decidido así.

Hay que notar que la ausencia de vocabulario sacerdotal en boca de Jesús es conforme con su costumbre de evitar definirse por títulos, así como no se autodenomina expresamente Mesías o Cristo, Señor, Hijo de Dios, Verbo hecho carne, Redentor, por su deseo de no reducir a fórmulas la revelación de su identidad personal, y su voluntad de provocar un esfuerzo de reflexión en sus discípulos. Jesús busca presentarse a la humanidad como un misterio que ninguna fórmula puede expresar en plenitud. Además, evita atribuirse un sacerdocio semejante al sacerdocio judío de su época, del que le separa no sólo el carácter hereditario, sino la idea de un sacerdocio que no se satisface en sí mismo, que no busca su interés y su honor, cargando un yugo sobre el pueblo.

Jesús manifiesta su intención de conformarse a la ley, y su respeto por la función sacerdotal: «Ve a presentarte al sacerdote...» (Mc 1,44). No se presenta como un revolucionario que contesta la organización institucional del judaísmo, pero reprueba un legalismo que sirve para justificar omisiones clamorosas en el amor debido al prójimo (cf. Lc 10,31-32). La posición de Jesús frente al sacerdocio judío, esencialmente ligado al culto del templo, aparece en la declaración: «Aquí hay uno mayor que el templo» (Mt 12,6), reivindicando sobre el templo una autoridad mayor a la existente. «Destruid este templo y en tres días lo reedificaré» (Jn 2,19). Su resurrección es la edificación de

un nuevo Templo, de un nuevo sacerdocio, no como un servicio cultual ligado a un edificio, sino como una comunidad alimentada por la vida del salvador triunfante.

La de Jesús es una santidad ontológica, por el misterio de la Encarnación. Él es «aquel a quien el Padre ha consagrado y enviado al mundo» (Jn 10,36). Esta consagración encuentra su acabamiento en el sacrificio redentor, del que es fruto precioso la Resurrección.

Por otra parte, también se presenta Cristo como pastor, sabiendo que se atribuye a sí mismo una cualidad que conviene a Dios, pero que este privilegio único no le impide compartir con otros, de manera soberana, su misión y su poder de pastor. Jesús, Buen Pastor, hace lo que Yahvé no había podido realizar en su trascendencia divina: dar su vida por sus ovejas. En esta novedad aparece el sacerdocio del pastor. Para ser sacerdote, es necesario ser hombre. La misión pastoral no es el ejercicio del poder que se busca a sí mismo; la autoridad sobre el rebaño se ejerce como el sacrificio del pastor que tiene por objeto la vida más abundante de las ovejas, porque «el Hijo del Hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida en rescate por muchos» (Mc 10,45; Mt 20,28). Si el sacerdote es el hombre que sirve a Dios, Cristo Sacerdote es el Hijo de Dios que sirve a los hombres. La misión de enseñar (cf. Lc 18-19), es su primera tarea de pastor. Y en cuanto al nuevo culto, por la comida eucarística el pastor cumple su misión de comunicación de la vida.

Así pues, y recapitulando, Cristo Jesús es sacerdote, no como Dios, sino como hombre, pues el mediador debe ser un intermediario entre Dios y los hombres y, con este título, inferior a Dios. Sin embargo, nadie puede estar más unido a Dios que el alma santa de Cristo. La santidad de Jesús, puro de toda falta original o personal, es innata, sustancial e increada. Él es la santidad misma, su humanidad está santificada por el Verbo que la posee íntimamente y para siempre. Los actos sacerdotales de Jesús, que proceden de su inteligencia y voluntad humanas, tenían en la tierra un valor meritorio y satisfactorio infinito, por provenir de la personalidad divina del Hijo de Dios. Así, por su alma humana, el Verbo Encarnado no cesa de interceder por nosotros.

No se puede concebir un sacerdote que esté más íntima e indisolublemente unido a Dios. Además, Nuestro Señor, en tanto que cabeza de la Iglesia, recibió la plenitud de gracia creada, que debe desbordar sobre nosotros, y el poder de excelencia para instituir los sacramentos, con la fuerza de producir y aumentar la vida divina, y para instituir un sacerdocio indefectible hasta el fin del mundo, sacerdocio que es una participación del suyo.

Él es «el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo» (Jn 1,29) por su sacrificio perfecto. Si el pecado continúa, no es porque la virtud de este sacrificio sea insuficiente, como la de los sacrificios de la antigua ley, sino porque, a menudo, los hombres no quieren recibir sus frutos.

El sacerdocio de Cristo no puede ser más perfecto en razón de la unión del sacerdote y de la víctima y de la dignidad de ésta. Jesús no podía ofrecer por nosotros a su Padre otra víctima que Él mismo. Imagen de Cristo, el joven Isaac se había dejado ofrecer en sacrificio; Jesús se ofrece Él mismo cuando se le crucifica. Esta purísima víctima tiene un valor infinito, pues es el cuerpo del Verbo de Dios que, desgarrado, clavado sobre la cruz, derrama toda su sangre. Jesús es víctima hasta en su alma, totalmente sumergida en el dolor y en el abandono universal: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?». Es la inmolación completa, el holocausto total en reparación de la soberbia de la vida, de la concupiscencia de la carne y la de los ojos.

De Cristo, *Cabeza del Cuerpo, de la Iglesia,* fluyen a nosotros, incesantemente, los frutos del sacrificio de la cruz, la vida de la gracia; y por Él nuestras oraciones suben hasta Dios unidas a la suya en el momento de la misa, que perpetúa en sustancia el sacrificio de la cruz. Él, que ha satisfecho y merecido por todos los hombres, continúa rogando por nosotros, y su humanidad sacratísima, como el instrumento unido siempre a su divinidad, nos comunica todas las gracias que recibimos.

Tenemos la impresión, al terminar de redactar estas líneas, de no haber sabido sino balbucir torpemente algunos conceptos, que reflejan con más penumbra que luz la riqueza inconmensurable de esta festividad de la cual tratamos. Porque hablar de Cristo sumo y eterno sacerdote es hablar del centro de la

mediación personal que es y ejerce Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, a través de su misterio pascual, que introduce a la humanidad en la comunión plena con Dios. Hablar, pues, de los cristianos como «sacerdotes» es hablar de su existencia bautismal como oblación por Cristo, con Él y en Él. Y hablar de los presbíteros y obispos como «sacerdotes ministros» es hablar de la realización sacramental de la mediación de Cristo, en la proclamación de la Palabra de Dios, la ofrenda del santo sacrificio y el pastoreo del rebaño de Cristo, Buen Pastor, a quien sus ministros deben transparentar. Lo que es tanto como decir el triple oficio sacerdotal: *munus sanctificandi, munus docendi, munus regendi.*

Tiene, pues, la celebración de esta fiesta litúrgica una incidencia directa en la que, a no dudarlo, ha de ser intención primordial en la plegaria de nuestras comunidades: la santificación de los sacerdotes. Así lo entendió el venerable prelado, espejo de sacerdotes santos, don José M.ª García Lahiguera, que consumió no pocas energías en procurar que la fiesta que hoy nos hace gozar tuviera carta de ciudadanía en el año litúrgico.

Conociendo la iniciativa del P. Mario Venturini, fundador de la Congregación sacerdotal de los Hijos del Corazón de Jesús, de Trento, don José María, ya en 1948, escribe al entonces obispo auxiliar de Madrid, don Casimiro Morcillo, proponiéndole la sugerencia de no sólo celebrar, sino *instituir* de modo oficial en la diócesis el *Dies sanctificationis sacerdotalis.* De hecho, este día se estableció, celebrándose por primera vez en la capilla del Seminario madrileño el 23 de junio de 1950, octava, aquel año, del Sagrado Corazón. Mons. Lahiguera, ya obispo auxiliar preconizado, dirigió su ardiente palabra a los sacerdotes congregados concluyendo con un punto de examen que se grabó en el alma de todos los asistentes: «Si no somos santos, ¿por qué somos sacerdotes? Y si somos sacerdotes, ¿por qué no somos santos?». Posteriormente, Lahiguera conseguía de Roma la gracia de que sus religiosas Oblatas pudieran celebrar cada año el 25 de abril —fecha de la fundación— la fiesta de Cristo sacerdote, con misa propia.

Entretanto, el referido P. Venturini hacía gestiones cerca de Pío XII proponiendo el establecimiento del «día de la santificación sacerdotal» y que fuera, a la vez, «fiesta de Cristo Sacerdo-

te», concitando ambas celebraciones la mirada de los fieles en el misterio del sacerdocio de Cristo. Para la Iglesia universal tomaría la delantera la fiesta litúrgica, retrasándose la «jornada para la santificación del clero» a la llamada de Juan Pablo II, recogiendo en su *Carta a los sacerdotes,* del Jueves Santo de 1995, la propuesta anterior de la Congregación del Clero. La Conferencia Episcopal Española, en 1996, determina que se pueda celebrar, según la decisión de los respectivos ordinarios, bien el día de San Juan de Ávila, patrono del clero secular español, bien en la fiesta de Cristo Sacerdote, bien en la solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús.

Ante la favorable acogida de aquellas primeras celebraciones, don José M.ª no ceja en su empeño y propone a don Leopoldo Eijo y Garay, obispo-patriarca de Madrid-Alcalá, recabar de todos los prelados, cabildos catedralicios y parroquiales, seminarios, órdenes religiosas, institutos seculares y asociaciones de fieles de España, adherirse a una súplica a la Santa Sede pidiendo la institución de la fiesta. El resultado fue un entusiasta plebiscito. El 8 de septiembre de 1956, don José M.ª, en nombre del Sr. Patriarca y adjuntando las preces de éste al Santo Padre, escribe al cardenal prefecto de la Sagrada Congregación de Ritos·

> «La concesion de tal gracia nos llenaria a todos de gozo, incluso a los simples fieles [ ] Metida ya en el alma de todos ellos la doctrina del sacerdocio, sintiendo en si mismos como llaga viva el problema de las vocaciones sacerdotales, cooperando, en fin, con generosidad desinteresada en el asunto del seminario, la fiesta liturgica de Cristo Sumo y Eterno Sacerdote vendria a colmar en ellos el fervor profundo y afectuoso respeto que sienten hacia todo lo que es participacion del divino y santo sacerdocio de Jesucristo»

Ante la dilación de la respuesta por parte de Roma, mons. Lahiguera insiste en 1959 y más tarde, con motivo del Concilio Vaticano II. Él mismo hará resonar su voz en medio de los padres conciliares para, al intervenir en la sesión en que se trata del esquema «de sacerdotes», decir, paladinamente:

> «Permitaseme proponer un monumento liturgico de este Concilio, a saber, la fiesta universal de Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote, por la cual Cristo sacerdote, como fuente de toda la vida sobrenatural, sea reconocido, nuestra participación de su sacerdocio —seamos obispos o presbiteros— se haga cada vez más instru-

mento para comunicar al pueblo de Dios esta vida sobrenatural; y, de este modo, se pueda manifestar Cristo Maestro y fuente de nuestra santidad sacerdotal y, a la vez, de la santificación y salvación de todo el mundo».

En 1970 aparece una *Instrucción sobre liturgia* que permite solicitar del Dicasterio correspondiente el rezo de la Liturgia de las Horas propio de Cristo Sacerdote. Don José M.ª se pone manos a la obra y, ayudado de la R. M. M.ª del Carmen Hidalgo de Caviedes, fundadora con él de las Oblatas de Cristo Sacerdote, compone los textos litúrgicos que en septiembre de 1971 entrega para su aprobación al cardenal Tabera, prefecto de la Congregación para el Culto Divino. Dichos textos fueron aprobados, también para las diócesis e institutos que los pidieran, el 22 de diciembre del mismo año. Don José M.ª, entonces, ya arzobispo de Valencia, envía los textos de misa y oficio recién aprobados a todos los prelados españoles invitándoles a solicitar la fiesta para España, a la que ya se había adelantado Argentina. La comisión permanente de la Conferencia Episcopal estimó oportuno, para elevar las preces a Roma de manera oficial, aguardar a la siguiente Asamblea Plenaria, en la cual, asombrosamente, se canceló el asunto sin dar explicaciones. Informada del *incidente* la Congregación de Ritos, respondió en carta del 23 de febrero de 1973 instando a que los obispos españoles llegasen al acuerdo de introducir la fiesta en el calendario litúrgico nacional. Por fin, la Plenaria de la Conferencia, en sesión del 5 de julio de 1973, aprobó la determinación de elevar la petición a la Santa Sede en una votación casi unánime —sólo tres votos negativos—, a la que había precedido una alocución de don José M.ª («guiada por el Espíritu Santo», dirá él, y entusiásticamente aplaudida por los obispos) sobre el sentido y suma conveniencia de la fiesta. Ésta se fijó para la fecha insinuada por la Congregación romana: el jueves siguiente a Pentecostés, y quedó definitivamente aprobada por Roma para la nación española el 22 de agosto de 1973.

Pero el empeño de don José M.ª iba más allá, y así, en octubre de 1976 escribe a todos los obispos de América Central, del Sur y de México invitándoles a solicitar de la Sagrada Congregación la institución de la fiesta en la Iglesia universal, propuesta a la que se adhirieron noventa y ocho prelados. Y aún más, en

1984, ya obispo dimisionario, dirige a S S. Juan Pablo II una hermosa carta en la que sugiere al Santo Padre, como algo muy hermoso, «que en la clausura del Año santo de la Redención resuene la voz del Vicario de Cristo exaltando a Cristo Sacerdote al instaurar su fiesta en la Iglesia universal». Esta carta pasó al «oportuno estudio» de la Congregación para los Sacramentos y el Culto Divino.

En España, la fiesta fue arraigando progresivamente en el ámbito de vivencia sacerdotal De ciencia propia sabemos citar, y no nos resistimos a hacerlo, el ejemplo de la archidiócesis toledana, en la cual, distribuyéndose la celebración en varios puntos estratégicos de su amplia geografía, no sólo sus numerosos y ejemplares sacerdotes (jóvenes en su mayoría), sino también los fieles participan en las solemnes y nutridas concelebraciones eucarísticas en honor de Jesucristo sumo y eterno sacerdote. Llenos de emoción hemos oído muchas veces al que ocupó durante veintitrés fecundísimos años la «silla primada», el cardenal don Marcelo González Martín, realzar el significado de este día, y aún nos parece escuchar su verbo cálido y vibrante enardeciendo a sus sacerdotes y haciendo a éstos enamorarse más y más de su sagrada misión, participación asombrosa del sacerdocio único de Jesucristo. Porque esta fiesta —sírvannos las palabras de tan venerable prelado para cerrar la presente reflexión—,

> «[ ] es un estímulo para fomentar en todos los sacerdotes que po seen el sacerdocio ministerial y en todo el Pueblo de Dios, que también es pueblo sacerdotal, el sentido de amor y confianza en Jesucristo y, a la vez, de seguridad»

ALBERTO JOSE GONZÁLEZ CHAVES

Bibliografía

GALOT, J , *Sacerdote en nombre de Cristo* (Toledo 1990)
GARRIGOU-LAGRANGE, R , *El Salvador* (Madrid 1977)
MARMION, C , *Jesucristo, vida del alma* (Pamplona 1993)
OBLATAS DE CRISTO SACERDOTE, *Don Jose Maria Garcia Labiguera* (Madrid 2002)
PONCE CUELLAR, M , *Llamados a servir* (Barcelona 2001)
SESBOÜE, B , *Jesucristo, el unico Mediador* (Salamanca 1990)
VANHOYE, A , *El mensaje de la Carta a los Hebreos* (Estella 1990)
— *Sacerdotes antiguos, sacerdote nuevo, segun el Nuevo Testamento* (Salamanca 1984)

SOLEMNIDAD DEL SANTÍSIMO CUERPO Y SANGRE DE CRISTO

Domingo siguiente a la Santísima Trinidad

Una de las solemnidades más populares del año litúrgico es sin lugar a dudas esta del Corpus Christi, solemnidad que desde la Edad Media ha hecho rivalizar a pueblos y ciudades en el ornato y el culto al Santísimo Sacramento, convirtiéndose ella misma en una extraordinaria explosión de fe y de piedad. Solemnidad en la que además se dan cita el arte, con mayúsculas, de la más rica orfebrería, y la magnificencia litúrgica y procesional, junto al colorido de las más variadas tradiciones locales o de los adornos florales que engalanan las calles, y todo ello acompasado casi siempre por cantos de tipo eminentemente popular. Delicada amalgama de devoción y exquisitez artística, de sentimientos que impregnan el fondo del alma creyente y de emociones que emergen y se palpan a flor de piel. Hermosa mezcolanza de lo popular y lo teológico, de lo divino y lo humano, cincelada por la diestra mano de grandes maestros orfebres como Arfe y secularmente cantada con los elegantes versos de Santo Tomás de Aquino.

Solemnidad del Santísimo cuerpo y sangre de Cristo, tal como se la denomina desde la reforma litúrgica del Vaticano II, dedicada por entero a la Eucaristía, destinada a la exaltación del Santísimo Sacramento, a la contemplación de ese misterio de amor por el que Cristo Jesús se hace pan vivo bajado del cielo, y a la adoración de su persona, de su ser divino y humano, siempre presente y a su vez oculto en el pan y en el vino, en un sencillo trozo de pan y en un poco de vino, que por la acción del Espíritu se convierten en su cuerpo entregado y en su sangre derramada, en la sangre que sella la nueva y definitiva alianza de Dios con el hombre, y cuyo efecto más inmediato es el perdón de los pecados.

Fiesta de la Eucaristía como tal, y complementaria de la del Jueves Santo en la que principalmente se conmemora su institución, aunque ciertamente ambas parten de un mismo acontecimiento: la cena del Señor, la cena de la Nueva Pascua, en la que el sacerdote es a la vez su propia víctima y el pastor aparece como manso cordero, en la que el rey toma la condición de siervo y el mismísimo Dios se hace pecado. La contradicción y el disparate, vistos desde lo humano, ya no pueden ser más reales.

Jesús sentado a la mesa con sus discípulos inaugura la Pascua Nueva, su Pascua, en la que ya no se conmemorará la liberación del pueblo hebreo, su salida de Egipto, pues a partir de ahora se recordará y celebrará que Dios ha hecho por fin una alianza eternamente duradera con toda la humanidad, llamada a constituir el nuevo Israel, una alianza sellada con un único y definitivo sacrificio, tan eficaz, que es por ello irrepetible, aunque a la vez sea actualizado y realizado diariamente sobre la mesa del altar. Ahora el pan y el vino ya no recordarán aquella memorable noche en que Yahvé Dios sacó de la esclavitud a los hijos de Abraham. Desde ahora serán el cuerpo y la sangre de su Hijo Jesucristo, con los que en adelante se revivirá sacramentalmente su misterio pascual y con los que se proclamará su muerte en cruz hasta que él vuelva.

Sacrificio y sacramento, realidad y signo, presencia y misterio. Cena pascual y banquete escatológico. Comida de Jesús con y para los pecadores, en la que él mismo es el alimento, el manjar más enjundioso, el cordero más sabroso, el pan de vida, el maná de la inmortalidad:

> «Yo soy el pan de la vida Vuestros padres comieron en el desierto el maná y murieron, este es el pan que baja del cielo para que el hombre coma de él y no muera Yo soy el pan vivo bajado del cielo el que coma de este pan vivirá para siempre Y el pan que yo dare es mi carne para la vida del mundo» (Jn 6,48-51)

Sacrificio, sacramento y banquete de Eucaristía, es decir de acción de gracias y también de comunión, de común-unión entre todos nosotros, que comemos un mismo pan y bebemos de un mismo cáliz, entre todos nosotros que nos sentamos alrededor de la misma mesa y compartimos un mismo alimento, anti-

cipando así el banquete definitivo del Reino. Común-unión, porque este pan del cielo nos hace vivir a todos en Cristo y a él en cada uno de nosotros: «El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él» (Jn 6,56). Común-unión porque todos pasamos a formar un solo pan, donde ya es imposible distinguir los granos de trigo, y un solo vino donde los granos licuados del racimo ya no pueden separarse. Común-unión porque todos nos transformamos en el mismo manjar que comemos, en ese mismo y único cuerpo de Cristo que somos y recibimos, tal y como expresa San Agustín en estas significativas palabras:

> «Lo que está sobre la mesa del Señor es símbolo de vosotros mismos, y lo que recibís es vuestro misterio». «Vosotros sois eso mismo que recibís [...] y lo suscribís al responder: amén. Eso que veis es el sacramento de la unidad».

Sacramento y misterio de común-unión que surge (se realiza y celebra) en el seno de la Iglesia-comunidad, pero que además es él quien crea (configura) esa misma Iglesia-comunidad-cuerpo de Cristo.

Sacramento, preludio y anticipación del misterio pascual, en la cena del Jueves Santo. Sacramento y memorial en el altar. Sacramento que es a la vez anuncio de muerte y proclamación de resurrección. Cuerpo entregado y sangre derramada en la cruz, y presencia real del Cristo vivo que vuelve a darse a conocer, como en Emaús, en la fracción del pan.

Corpus Christi, fiesta del cuerpo y de la sangre, fiesta del sacramento por el cual el sacrificio es a la vez banquete y la mesa se hace misa. Fiesta de la presencia real del Señor, que no se agota con la celebración eucarística, pues él se queda, Jesús permanece en ese pan blanco e inmaculado reservado en el sagrario, como el amigo que después de habernos invitado a comer nos insta a seguir con él en una larga e íntima sobremesa. Pero sobre todo quiere quedarse para poder llevar su amor y su consuelo hasta el lecho del enfermo o del anciano, para que quienes no pudieron asistir a la fiesta, participen de ella en su propia casa.

Solemnidad del Corpus, que tiene su origen primero y principal en el mandato de Jesús: «Haced esto en memoria

mía» (1 Cor 11,24). Mandato celosamente cumplido por los discípulos y por aquellas primeras comunidades apostólicas, que se reunían en las casas para la fracción del pan y que lo tenían todo en común, practicando así la comunión como regla de vida. Mandato guardado y transmitido sucesivamente desde el cristianismo más incipiente a la Iglesia de todos los tiempos, tal como ya lo atestigua San Pablo en ese memorable texto de 1 Cor 11,23s: «Porque yo he recibido una tradición que procede del Señor y que a mi vez os he transmitido: Que el Señor Jesús, la noche en que iban a entregarlo tomó pan...».

Cierto que este crucial mandato de Jesús se fue difundiendo y transmitiendo entre las sucesivas generaciones de cristianos, quienes desde la teología y la liturgia lo fueron enriqueciendo, pero habrían de pasar muchos años, siglos incluso, hasta que el culto externo al Santísimo Sacramento fuera una realidad, tal cual hoy la vivimos. Habrían de pasar las épocas de las controversias cristológicas, habrían de aparecer los grandes heresiarcas, siempre en pugna con las más insignes figuras de la apologética y del dogma, para llegar así a la Edad Media donde religión y sociedad se funden en una misma cosa y donde todo adquiere un carácter eminentemente teocrático. Y fue en esta época cuando se vio la necesidad teológica y pastoral de exponer dignamente el Sacramento Eucarístico a la pública veneración de los fieles.

A lo largo de los primeros siglos del cristianismo, lo mismo que todavía ocurre hoy en las Iglesias de Oriente, el Santísimo quedaba reservado después de la misa en un lugar retirado, sin más, para distribuirlo después entre los enfermos y moribundos. Lo cual no obsta para afirmar que la Eucaristía ocupó siempre un destacadísimo lugar en la vida de la Iglesia, tal como lo atestigua el sucesivo enriquecimiento litúrgico de que fueron objeto las celebraciones. Tuvieron que surgir, entre otras, las formulaciones heréticas de Berengario de Tours y sus seguidores, que negaban el dogma de la transubstanciación, y no veían del todo clara la presencia real del Señor en el Sacramento, para que la Iglesia romana viera la necesidad de reservar el Santísimo en un lugar digno y visible, siempre al alcance de los fieles, donde se le pudiera tributar el honor y la reverencia que a tan sacro-

santo e innegable misterio le corresponden. Pero además, junto a esta motivación puramente apologética, podemos hablar también de otros motivos de orden más bien canónicos, pues quedando la Eucaristía depositada en un sitio asequible a todos, los penitentes, que no tenían acceso a ella, podrían al menos adorarla y contemplarla.

Así, poco a poco el culto eucarístico fuera de la misa fue tomando cada vez más auge, hasta alcanzar las grandes muestras devocionales y artísticas del barroco, concediendo una mayor importancia al descendimiento de la divina majestad a la forma, mientras que otros aspectos eucarísticos, anteriormente más significativos, ahora quedaban marginados. Pero aun con todo faltaba algo, faltaba una fiesta que viniera a solemnizar y a celebrar el sacramento eucarístico por sí mismo, es decir sin los aditamentos que la liturgia y el fervor popular propios de la Semana Santa habían añadido al día de su institución. Y esa fiesta sería la del Corpus Christi, la cual va a surgir por expreso deseo del Señor, pasando a incluirse en el elenco de las grandes celebraciones cristológicas.

Y una vez más iba a ser una mujer la confidente de Jesús, la persona escogida para dar a conocer este deseo suyo, como mujer que había sido la primera testigo de que estaba vivo: María Magdalena, y como lo serán también las dos almas elegidas por él para desvelar al mundo los misterios más profundos de su amoroso corazón: Gertrudis de Helfta y Margarita María de Alacoque. Otra mujer, otra santa: una monja belga conocida como Juliana de Monte Cornillón, por el monasterio agustiniano en el que había profesado, situado en las cercanías de la ciudad de Lieja. Un monasterio dúplice, es decir formado por dos comunidades, una masculina y otra femenina, que aunque independientes entre sí y en edificios separados, compartían la misma espiritualidad y un idéntico estilo de vida, cantando juntas las divinas alabanzas en la iglesia que les era común, y ejerciendo una caritativa labor hospitalaria.

Desde muy niña venía sintiendo Juliana una gran devoción al Santísimo Sacramento, que la llevaba a pasar largas horas al pie del sagrario, en silenciosa y profunda oración, contemplando el Misterio y experimentando las ternuras y gracias de que

era objeto por parte de Jesús. Muy joven todavía, en 1208, cuando apenas contaba los dieciséis años, pero habiendo vestido ya los hábitos monacales, fue objeto de una singular y no menos extraña visión: ante sus ojos apareció un luminosísimo disco blanco, cual si se tratara de la luna llena, al que parecía faltarle una parte, pues uno de sus lados se veía completamente obscurecido.

Y así, por espacio de dos años esta insólita imagen fue repitiéndosele una y otra vez a nuestra piadosa y joven monja, hasta que por fin le fue desvelado el secreto que la misma encerraba: aquella resplandeciente luna representaba la Iglesia, la cual carecía en su ciclo litúrgico de una solemnidad dedicada al Santísimo Sacramento, una fiesta que año tras año viniera a honrar solemnemente la Eucaristía y su memorable institución, puesto que el Jueves Santo quedaba un tanto ensombrecido por el ambiente de tristeza y de penitencia con el que entonces se vivía la Semana Santa. Una fiesta por otra parte muy necesaria, para ensalzar al sacramento eucarístico, y contrarrestar así el pernicioso influjo que determinadas ideas heréticas estaban ejerciendo sobre el pueblo fiel. Únicamente cuando esta nueva solemnidad fuese una realidad, la Iglesia simbolizada en aquel luminoso disco blanco brillaría con todo su esplendor.

Conocido ya por Juliana el significado de aquella asombrosa visión, que en un principio había tomado por figuración diabólica, comunicóle el Señor que era ella la elegida para dar a conocer este ardiente deseo suyo, y a su vez, que debía ser la primera en llevarlo a cabo, es decir en celebrar la nueva fiesta eucarística. Aunque hubieron de pasar algo más de veinte años para que todo esto comenzara muy lentamente a hacerse realidad, pues, fruto de una humildad mal entendida por parte de la santa, creyóse indigna de hablar con nadie acerca de lo que había visto y de todo cuanto Jesús le había comunicado.

Así, durante cuatro lustros Juliana mantuvo silencio sobre aquellas revelaciones, que guardó escrupulosamente en su corazón, cual si se tratara de un inexpugnable secreto, hasta que pasado aquel tiempo puso en conocimiento de las mismas a dos personas de su máxima confianza, quienes la condujeron hasta Juan de Lausana, canónigo de la colegiata de San Martín de Lie-

ja y hombre de probada virtud, para que él expusiera todo aquello a los más eminentes teólogos que pudieran juzgar en la materia. Y así se hizo. El venerable clérigo consultó la delicada cuestión a varios expertos en las ciencias sagradas, dos de los cuales, Hugo de San Caro y Santiago Pantaleón, contribuirían muy eficazmente a hacer realidad la futura fiesta del Corpus. Hugo, siendo cardenal de Santa Sabina y legado pontificio en Alemania, fue uno de los primeros en celebrarla con la mayor solemnidad, además de imponerla en su legación, mediante un documento expedido el 29 de diciembre de 1253. Y su compañero, tras haber llegado al solio pontificio en 1261 con el nombre de Urbano IV.

Realizadas pues estas consultas y apoyada por el favorable parecer de los teólogos, Juliana no perdió más tiempo, encargando a Juan, prior de la comunidad masculina de Monte Cornillón, que redactara el oficio divino de la nueva fiesta, haciéndolo aprobar posteriormente por el obispo de Lieja, Roberto de Torote, el cual miraba también con entusiasmo todo aquello. Aunque en el resto de la clerecía local no eran todos del mismo parecer por considerar inútiles los deseos de nuestra santa.

Pronto, como siempre suele ocurrir, los más reticentes a cualquier innovación comenzaron a tachar a Juliana de visionaria, ganándose así acérrimos enemigos, aunque esto no supuso obstáculo alguno para que, dadas sus virtudes y cualidades, fuera elegida priora poco antes de 1240.

Mujer de probada santidad, no ahorró esfuerzos a la hora de elevar el nivel de observancia en Monte Cornillón, lo cual no hizo sino aumentar la hostilidad de la que ya era objeto por parte de sus contrarios, máxime tras la muerte de su valedor el obispo Roberto. Y tanto fue así, que optó voluntariamente por un exilio que, aunque muy doloroso, veía igualmente necesario. Finalmente, y tras haber hallado refugio en distintas comunidades de monjas bernardas, acabó vistiendo como ellas la cogulla blanca del Císter, bajo cuya obediencia moriría en Fosses el 5 de abril de 1258.

Entre tanto, Roberto de Torote había convocado un sínodo diocesano en 1246, a fin de instituir en su obispado la fiesta del Santísimo Sacramento, fijándola en el jueves siguiente a la octa-

va de Pentecostés, pero como la muerte le sobrevino inesperadamente el 16 de octubre de aquel mismo año, fueron los canónigos de San Martín quienes en cumplimiento de lo establecido la celebraron por vez primera en 1247.

Los deseos que Jesús había revelado a Juliana estaban siendo ya realidad, pero todavía quedaba dar el paso definitivo y más importante: la implantación de la fiesta del Santísimo Sacramento a nivel de toda la Iglesia, un paso que tampoco sería fácil ni llegaría con la rapidez que la santa y sus afectos hubieran deseado. Tendrían que pasar diecisiete años para que tal aspiración se tradujera en algo tangible. ¡Lástima que Juliana ya hubiese muerto para aquellas fechas!

Acontecimiento singular entre quienes habían cogido el testigo a la confidente del Señor fue la elevación al pontificado en 1261, con el nombre de Urbano IV, del teólogo Santiago Pantaleón, uno de los primeros en estudiar el contenido de las revelaciones y en mostrarse favorable a las mismas.

Los seguidores de Juliana habían logrado atraer para su causa a un mayor número de personas, instando a su vez al obispo Enrique de Gueldres a dirigirse personalmente al nuevo pontífice, pues confiaban en que, conocedor como estaba de la cuestión, daría los pasos definitivos para extender la fiesta del Santísimo Sacramento a toda la Iglesia. Y estaban en lo cierto, pues el 8 de septiembre de 1264, Urbano IV emitía la bula *Transiturus,* por la que ordenaba la celebración anual de la fiesta del Corpus Christi. Aunque en la firma de este importante documento, había contribuido igualmente y de manera decisiva un milagro acaecido en la población italiana de Bolsena.

Hallábase un sacerdote celebrando misa en la iglesia de Santa Cristina de Bolsena, cuando se vio atormentado por fuertes dudas acerca de la presencia real del Señor en la Eucaristía, sin que por ello dejara la celebración, pero poco antes de la comunión pudo contemplar entre sus manos un conmovedor milagro que venía a confirmarle en la fe de la Iglesia. Al partir la forma, ésta se transformó en carne viva y comenzó a derramar sangre en abundancia. Conmocionado y sin poder finalizar la misa, envolvió en el corporal la carnosa y ensangrentada hostia, retirándose a la sacristía.

Muy pronto Urbano IV tuvo conocimiento del suceso, pues se encontraba en Orvieto, ciudad situada no muy lejos de Bolsena. Por suerte acompañaban al pontífice las dos grandes lumbreras de su tiempo en las ciencias sagradas: Tomás de Aquino y Buenaventura, los cuales se trasladaron al lugar del milagro para dar fe de lo sucedido. Posteriormente y con todo el boato imaginable, rodeado de la mayor reverencia y veneración, el papa hizo trasladar procesionalmente el corporal ensangrentado con la milagrosa forma hasta Orvieto. Y habiendo salido a su encuentro, acompañado de toda su corte, él mismo lo llevó solemne y triunfalmente hasta la catedral, entre largas filas de niños que, como los de Jerusalén, salían a recibir al Señor con palmas y ramos de olivo.

Este extraordinario prodigio había venido, pues, a ser el detonante que definitivamente empujara a la Sede Apostólica a establecer la fiesta del Corpus Christi, con el fin de honrar y venerar solemnemente al Santísimo Sacramento y de aumentar la fe y la devoción en la presencia real de Jesús en la Eucaristía, dado el ambiente que, como ya dijimos, envolvía al Jueves Santo, sobrecargado además con otras celebraciones.

Por fin se había instituido ya un día dedicado expresamente al Santísimo Sacramento, pero ahora hacía falta darle cuerpo, y el mismo papa Urbano no ahorró esfuerzos para solemnizarlo. Lo primero de todo iba a ser la composición de otro oficio divino, pues el de Lieja le parecía pobre. Un Oficio que destacara por su calidad teológica y poética, pero que además exaltara la piedad y moviera los corazones de cuantos lo rezaran y cantaran en el transcurso de los siglos, y que por lo tanto estuviera a la altura de lo que quería fuese la fiesta del Corpus. Había que poner enseguida manos a la obra, y para ello volvió a llamar a los dos grandes maestros Tomás de Aquino y Buenaventura, adalides en la ciencia teológica, pero sobre todo hombres de Dios, hombres de espíritu recio, curtidos por la vida religiosa mendicante de oración y de pobreza.

Fijada una fecha, se hallaban ambos nuevamente en presencia del papa, cada uno con su respectivo oficio divino ya compuesto. Designado primeramente el aquinate, comenzó a leer cuanto había escrito, siendo la admiración de quienes allí se en-

contraban, y en especial de su querido colega, que, en un gesto de santa humildad, rasgó sus papeles por considerar que su trabajo no valía nada en comparación a lo que estaba oyendo. Mas si los delicados versos del sabio dominico han servido siglo tras siglo para honrar al augusto sacramento, no le honra menos la noble postura del humilde hijo de San Francisco, aunque merced a ella la posteridad se haya visto privada de aquel inédito oficio que sin lugar a dudas sería también de una calidad más que sublime.

Parecía que los deseos manifestados por el Señor a la monja de Monte Cornillón eran ya una realidad, pero habrían de venir nuevos contratiempos originados tras la muerte de Urbano IV el 2 de octubre de aquel mismo año, 1264, pues las consiguientes luchas en las que se vio envuelto el papado volvieron a retrasar la celebración universal de la fiesta del Corpus. Fue el papa Clemente V quien, traspasadas las fronteras del siglo XIV, tomó de nuevo cartas en el asunto reasumiendo todo cuanto ya se había hecho y presentándolo al concilio general de Viena de 1311, a la vez que publicaba un nuevo decreto en el que expresamente recogía la bula *Transiturus*. Pero aún tendría que llegar su sucesor, Juan XXII, para llevar a la práctica el contenido de estos señalados documentos en 1318. Y finalmente Martín V y Eugenio IV serán quienes terminen de engarzar, cual hábiles orfebres del culto divino, la solemnidad del Corpus Christi en el calendario litúrgico, enriqueciéndola con generosas indulgencias.

Así en pocos años la nueva solemnidad dedicada al Santísimo Sacramento se fue extendiendo por toda la Iglesia de Occidente, aunque no en todos los países a la vez, siendo los primeros, después de Bélgica, su lugar de procedencia, Alemania, España e Inglaterra. La primera festividad del Corpus celebrada en suelo español tuvo lugar en Barcelona en 1319, pasando poco después a otras poblaciones de la Corona de Aragón, para llegar con posterioridad al resto de la Península.

Esta solemnidad, como hemos visto, es propia únicamente de la Iglesia de rito latino, pero en Oriente existe también una fiesta dedicada al Santísimo Sacramento, que queda reflejada en los calendarios rutenos, coptos, sirios, melquitas y armenios.

Hasta aquí los largos y nada fáciles prolegómenos de esta entrañable solemnidad del Corpus que, con el correr del tiempo, y sobre todo a partir de la Contrarreforma, se convertiría en una de las fiestas más señaladas del año litúrgico, pues el Concilio de Trento había ratificado las doctrinas tradicionales de la transubstanciación y de la presencia real de Jesús en el Sacramento Eucarístico. Pero por encima de cualquier formulación dogmática y de la propia liturgia, han sido las procesiones las que le han dado al Corpus su gran popularidad, por haberse convertido en el elemento más característico de cuantos concurren en su celebración, haciendo de ella un gran acicate para la piedad de los fieles.

La costumbre de sacar al Santísimo por las calles no procede directamente de las revelaciones hechas a Santa Juliana, pues salvo alguna excepción, tal práctica no da comienzo hasta el siglo siguiente. ¿Pero cuándo? Pues exactamente no se sabe, lo mismo que tampoco su lugar de origen, aunque la referencia más antigua hay que fecharla el año 1279 en la ciudad alemana de Colonia, seguida muy probablemente de España (en Cataluña), Francia, Inglaterra y Roma, lugares en los que fue apareciendo sucesivamente durante la primera mitad del siglo XIV.

De la misma forma es imposible precisar de cuándo data el uso de la custodia u ostensorio, pues en un principio el Santísimo era llevado cubierto y dentro de una píxide, tal como se sacaba ya hacia el siglo XI en algunos lugares acompañando las procesiones del Domingo de Ramos y del Domingo de Pascua.

Los papas Martín V y Eugenio IV fueron los primeros en conceder indulgencias a quienes asistían a estas procesiones, por medio de sendas constituciones del 26 de mayo de 1429 y del mismo día de 1433, respectivamente. Pero fue en la época de la Contrarreforma cuando las procesiones del Corpus adquirieron mayor auge, dada la importancia que les concedió el Concilio de Trento en su Decreto sobre la Eucaristía, de 1551. Y gracias a ello, han contribuido poderosamente desde entonces a aquilatar la fe de los corazones y a exaltar como nadie la devoción eucarística, dado el ambiente de fervor, el colorido, el arte, y todas esas tradiciones tan variadas, que secularmente se

han ido sumando en las procesiones de pueblos y ciudades, especialmente a todo lo largo y ancho de la geografía española.

Hablar del Corpus en España, es hacer una obligada referencia a Toledo, con su magnífica custodia de Arfe y su emblemática procesión; a Granada, con sus recuerdos de los Reyes Católicos; a Sevilla, con sus seises; a Madrid, con el Santísimo sacado antaño en carroza real y desde la capilla de palacio; a Barcelona, con su célebre procesión de 1535, en la cual participó el emperador Carlos llevando una de las varas del palio, como ya lo había hecho Alfonso V el Magnánimo en 1424. Obligada referencia también a otras poblaciones más pequeñas, como por ejemplo Sitges (Barcelona), con sus artísticas alfombras florales; Daroca (Zaragoza), sacando a la calle sus sagrados corporales fruto de un milagro parecido al de Bolsena; o por citar alguna más, la localidad toledana de Camuñas, cuya procesión tiene aires de auto sacramental, al estilo de aquellos que Lope, Tirso y Calderón dedicaron al misterio eucarístico.

Simbólica tradición que tiene su origen en las procesiones del Corpus, es la de las comparsas de gigantes y cabezudos. Grotescas figuras de cartón piedra, que representan a los reyes y poderosos de este mundo, y a las distintas razas de la tierra, todos en actitud de adoración y rindiendo pleitesía al Santísimo Sacramento, o que personalizan a la idolatría, los vicios, errores y poderes maléficos, que huyen ante la omnipotencia de Jesús Sacramentado.

Y junto a todo esto de signo netamente popular está también y principalmente lo litúrgico, que con toda solemnidad nos mete de lleno en la misma entraña de la fiesta, que nos introduce en este misterio de la presencia real de Jesús en la Eucaristía, que nos lleva no sólo a celebrar la institución del augusto sacramento y a dar gracias por él, sino a celebrar al propio Jesús hecho pan de vida, que como alimento imperecedero permanece entre nosotros, y que en su afán de cristificarnos, de configurarnos cada vez más a él, nos da la posibilidad de entrar en comunión con él y de establecer desde él la común-unión de toda la humanidad.

Lógicamente esta solemnidad del Corpus, lo mismo que el resto de las fiestas del año litúrgico, no se ha celebrado siempre

de la misma manera, pero dado que sus orígenes no van más lejos de la Edad Media, como ya hemos visto, y que únicamente pertenece al ámbito de la Iglesia latina, no podemos hablar de grandes cambios litúrgicos a lo largo de su historia, salvo los que introdujo la reforma propiciada por el Concilio Vaticano II.

De entrada, y como novedades más importantes a primera vista, hay que hablar del propio nombre de la fiesta, la cual pasó a denominarse Solemnidad del santísimo cuerpo y sangre de Cristo, en lugar del tradicional y popular Corpus Christi, así como del cambio de la fecha de su celebración, pues en distintos países ha pasado del jueves siguiente a la Trinidad, al domingo inmediatamente posterior, evitando así su posible desaparición. Pero, como se ve, no se trata de cambios ciertamente sustanciales, pues en definitiva se sigue celebrando lo mismo que antes: la Eucaristía como sacramento del cuerpo entregado y de la sangre derramada del Señor. Y aunque hasta la reforma conciliar existió una fiesta dedicada a la preciosísima sangre de Cristo, ésta no puede ponerse ni mucho menos en paralelo con el Corpus, pues nunca tuvo su entidad ni llegó tampoco a gozar de su popularidad.

Quizá haya que hablar más bien de un cambio de orientación en la celebración del Corpus, propiciado por distintos documentos eucarísticos del magisterio postconciliar, como por ejemplo la instrucción *Eucharisticum mysterium,* o el *Ritual de la sagrada comunión y del culto de la Eucaristía fuera de la misa,* los cuales nos recuerdan que la presencia del Señor en la Eucaristía es consecuencia, y por tanto no puede disociarse, del memorial-sacrificio realizado en la misa, insistiendo a la vez en que el fin principal de la reserva eucarística es la administración de la comunión a los enfermos y sobre todo del viático a los moribundos, mientras que la comunión de los fieles y la adoración son fines secundarios.

Actualmente la Solemnidad del santísimo cuerpo y sangre de Cristo ofrece a lo largo de los tres ciclos litúrgicos —lo mismo en las lecturas que en las oraciones y en los dos prefacios— un precioso y estructurado resumen de lo que es la Eucaristía: banquete del Señor, sacrificio de la nueva alianza, y memorial del misterio pascual de Jesús y acción de gracias.

Así, en el ciclo A todo se centra en la Eucaristía como banquete del Señor, en el que él mismo se nos da en comida y bebida de salvación, como bien expresa el evangelio (Jn 6,51-58), tomado del discurso del pan de vida de San Juan: «Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida» (v 55).

La Eucaristía, en contraposición al maná del desierto es alimento de inmortalidad (cf. Jn 6,49-50), aunque, por otra parte, en él tiene un clarísimo precedente, como recuerda la primera lectura (Dt 8,2-3 14-16). El maná fue enviado por Dios para alimentar al pueblo que tras su liberación caminaba hacia la tierra de promisión. Y en la Eucaristía, es el propio Señor que nos ha redimido quien se nos da en comida para nuestra peregrinación hacia la Jerusalén celeste.

Pero además, como nos recuerda San Pablo en la segunda lectura (1 Cor 10,16-17), por ser el mismo Cristo nuestro alimento —pan de vida y cáliz de acción de gracias—, pasamos todos a entrar en comunión con él, de tal forma que quienes comemos de su mismo y único pan, formemos también un solo cuerpo: el suyo.

El ciclo B, en cambio, pone como telón de fondo la Pascua Sacramental de Jesús, su Sacrificio de la nueva alianza. Y de ahí esa primera lectura (Éx 24,3-8) cuyo epicentro es la alianza de Dios con su pueblo, sellada mediante la sangre de animales: «Ésta es la sangre de la alianza que hace el Señor con vosotros...» (v.8).

Por su parte el pasaje evangélico (Mc 14,12-16.22-26), en el que Marcos nos narra la cena pascual del Señor, establece un claro paralelismo con el relato anterior, pues mediante la sangre de Jesús, Dios instituye una alianza nueva y universal: «Ésta es mi sangre, sangre de la alianza derramada por todos» (v.24). Y ésta es la verdadera alianza, la que ciertamente tiene poder efectivo para perdonar los pecados, en tanto que Cristo, su único y eterno Sacerdote, «no usa sangre de machos cabríos ni de becerros, sino la suya propia», tal como leemos en la segunda lectura (Heb 9,11-15).

Un nuevo sacrificio, para una nueva Pascua que, inaugurada por Jesús, se renueva y actualiza sacramentalmente sobre la mesa del altar.

En el ciclo C, la Eucaristía aparece bajo el aspecto de memorial y acción de gracias, como bien refleja la segunda lectura (1 Cor 11,23-26), la cual constituye el relato escrito más antiguo sobre la institución eucarística. En este texto, San Pablo hace hincapié en el mandato de Jesús: «Haced esto en memoria mía» (v.24), sobre el que insiste una segunda vez: «Por eso, cada vez que coméis de este pan y bebéis de la copa, proclamáis la muerte del Señor hasta que vuelva» (v.26).

Pero esta acción de Jesús sobre el pan y el vino, que siglo tras siglo ha venido renovándose en memoria suya, no es exclusiva del momento de la Cena, pues la vemos ya, aunque en otro contexto, en la multiplicación de los panes (Lc 9,11-17), que este último ciclo proclama como lectura evangélica. En ambos textos, Jesús, puesto en oración, parte y reparte el pan. Sin lugar a dudas debía de ser un gesto suyo muy característico, pues gracias a él se dará a conocer a los discípulos de Emaús.

Y en la primera lectura (Gén 14,18-20) se nos presenta un antiquísimo precedente de la cena del Señor: la ofrenda del sacerdote Melquisedec, la cual es así mismo preludio del sacrificio y del sacerdocio de Jesús: «Melquisedec, rey de Salem, ofreció pan y vino» (v.18).

Finalmente, otro aspecto importante de la solemnidad del Corpus es la celebración del «Día de la caridad», que partiendo del gran amor de Jesús tan maravillosamente expresado en el Sacramento Eucarístico, nos invita a dar pleno cumplimiento al mandamiento nuevo, el cual procede también de la misma cena del Señor. Un amor, una caridad y un servicio que la Iglesia está llamada a desplegar esencialmente entre los más pobres, dando así respuesta a dos grandes mandatos de Jesús al respecto, los cuales han de ser igualmente renovados como memorial vivo y actualizado de su entrega: «...Pues si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, vosotros debéis lavaros los pies unos a otros: os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis» (Jn 13,14-15). «Os aseguro que cada vez que lo hicisteis con uno de estos mis humildes hermanos, conmigo lo hicisteis» (Mt 25,40). Dos mandatos que, como se ve, van en la misma línea del memorial eucarístico:

«Haced esto en memoria mía» (1 Cor 11,24). O mejor aún, que quedan englobados en él.

RAMÓN LUIS M.ª MAÑAS, OSB

Bibliografía

GUÉRANGER, P., *El año litúrgico,* IV (Burgos 1955).
HERMAND, M. X., «Juliana de Cornillón», en C. LEONARDI - A. RICCARDI - G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los Santos,* II (Madrid 2000) 1417-1418.
LÓPEZ MARTÍN, J., *El año litúrgico* (Madrid 1997).
MARTÍNEZ GARCÍA, F., *La fracción del pan de la comunidad* (Barcelona 1999).
NOCENT, A., *Celebrar a Jesucristo: El año litúrgico.* V: *Tiempo ordinario* (Santander 1979).
Ritual de la sagrada comunión y del culto de la Eucaristía fuera de la misa (Madrid 1974).

SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

Viernes después de la Semana del Corpus Christi

La expresión «Sagrado Corazón» designa ante todo el corazón de carne de Jesús, que bate dentro de su pecho humano-divino. Centro y agente principal de la circulación de la sangre, el corazón irradia como el sol sobre todo el organismo humano. *Primum movens, ultimum moriens,* cuando se mueve hay vida, cuando se para hay muerte. En Cristo el corazón está unido sustancialmente a la segunda persona de la Santísima Trinidad. Es el Corazón de Dios. En la cruz fue traspasado por la lanza; el Señor quiso mostrárselo así a Santa Margarita María: «Descubriéndose el Corazón, me dijo: He aquí el Corazón que tanto ha amado a los hombres».

Pero la expresión «Sagrado Corazón», designa no sólo al corazón de carne de Jesús, sino también su amor, del que el corazón de carne es el símbolo natural.

El corazón de carne de Jesús no es una reliquia fría y muerta, sino algo caliente y vivo; es el corazón de un hombre; es también el corazón de Dios. Ha sido una costumbre muy extendida designar a Jesús como «el Sagrado Corazón». En el lenguaje corriente la palabra «corazón» se emplea a veces para designar a una persona; cuando se dice por ejemplo: «Tiene un gran corazón» o «¡Qué corazón tiene!», estamos hablando de una persona, no de un órgano corporal. Estas expresiones son tan naturales que Santa Margarita habla de Jesús empleando su nombre o la expresión «Sagrado Corazón». Pero se han necesitado siglos para poder expresarse así. El Sagrado Corazón es siempre Jesús, pero Jesús no es siempre el Sagrado Corazón, pues los dos nombres no son sinónimos. El Sagrado Corazón es siempre Jesús, porque tal expresión designa siempre el nombre del Verbo encarnado; mas el nombre de Jesús no siempre expresa, en la persona del Verbo encarnado, el amor de caridad que proyecta siempre y necesariamente el nombre de «Sagrado Corazón».

El corazón de carne, en la devoción al Sagrado Corazón, no es sólo el símbolo del amor, sino la expresión global de todos los sentimientos humanos. En el corazón, como el más noble y el principal órgano, es donde residen todos los sentimientos y afectos sensibles de Jesucristo, como el amor, el celo, la obediencia, las aspiraciones, sus gozos, las tristezas, es como el principio y la sede de todos los afectos y de todas las virtudes del «Dios hecho hombre», y para ciertos autores, el corazón de carne les recuerda toda la vida interior, toda el alma de Jesús. Y con razón. Nuestra vida afectiva y nuestra condición moral están estrechamente unidas, están íntimamente ligadas al corazón Podemos, pues, decir: el Sagrado Corazón es Jesús que nos presenta su corazón de carne como símbolo de su amor y de toda su vida moral, de su «interior». La visión de Santa Margarita, en junio de 1675, encarna, por así decirlo, esta idea; y las imágenes, los cuadros, las estatuas que en ella se inspiran son innumerables. Jesús, se ha osado escribir, está ahí, no como él mismo, sino para mostrar su corazón de carne con todo lo que ello simboliza y todo lo que evoca El corazón de carne no es tampoco el objeto principal, porque la devoción es para toda la persona, pero él aparece como el objeto primero, el objeto directo que ve la devoción. Sin corazón, la devoción no existiría.

La bula *Miserentissimus Redemptor* (1928), la misa y el oficio aprobado en 1929 (y que subsisten hasta ahora) expresan el último y solemne pensamiento de la Iglesia sobre el objeto y el principio de la devoción al Sagrado Corazón, y muestra el sentido del término «Sagrado Corazón», en el culto litúrgico. Y no es menos interesante la parte que el mismo Pío XI quiso tener en su composición. Se podrá comprender y practicar individualmente esta gran devoción de otra manera; pero ahí esta cómo la ha comprendido y la comprende la Iglesia por la palabra y el magisterio de Pío XI.

La colecta tradicional de la misa del Sagrado Corazón expresa claramente la idea:

> «Oh Dios que en el Corazon de tu Hijo, herido por nuestros pecados, has depositado infinitos tesoros de caridad, te pedimos que al rendirle el homenaje de nuestro amor, le ofrezcamos una cumplida reparacion»

La devoción al Corazón de Jesús en la liturgia de la Iglesia es, pues, la devoción a «los tesoros infinitos de la caridad divina» contemplada en el corazón de carne herido por nuestras ofensas. Esta visión nos debe mover a rendir al divino corazón el homenaje de nuestra devoción y de nuestra piedad y movernos también a ofrecerle nuestra reparación por los ultrajes cometidos contra él. Después de haber expuesto brevemente el deber de consagrarse al Corazón de Jesús —deber recordado por el mismo Jesús a Santa Margarita—, el Papa, en la bula citada, insiste sobre el deber de la reparación. Y recuerda las palabras de Jesús en junio de 1675:

> «Este Corazón —dijo Jesús— que tanto ha amado a los hombres, y que ha hecho tantos beneficios a todos, no sólo no ha recibido ni siquiera algún agradecimiento, sino que ha sido olvidado, despreciado y ultrajado hasta por aquellos que por su cargo deberían amarlo más».

Y para hacer esa «reparación» agradable a Dios, pero insuficiente por sí misma, los devotos del Sagrado Corazón la deben unir a la reparación infinita de Cristo Salvador; la bula señala como medios de expiación los mismos que son recomendados por Jesús a Margarita: la comunión reparadora y la hora santa.

Esta manera de concebir la devoción, añade el papa, es aquella que mejor se adapta a lo que sabemos de sus orígenes, de su naturaleza, de su propia virtud, como de sus prácticas. La devoción al Corazón de Jesús, desde que fue aprobada en 1765 por Clemente XIII, penetrando muy poco a poco, pero triunfalmente, en la liturgia, se ha presentado a los fieles como la devoción al corazón de carne de Jesús, símbolo de su amor por los hombres, amor desconocido que reclama el homenaje de su devoción, de su piedad y de sus reparaciones.

Antes de ser autorizada por Roma, la devoción fue practicada desde el siglo XII al XVII por algunas almas y por algunas congregaciones religiosas aprobadas por los obispos en Alemania, en los Países Bajos, en Francia, en Italia, en Polonia, en España, en Siria, en China, en América; pero después de las revelaciones de Paray-le-Monial, y el decreto de la Congregación de Ritos del 26 de enero de 1765, se extendió por la Iglesia entera.

Parece útil, incluso necesario, cuando se habla de la devoción al Sagrado Corazón, precisar si la miramos desde el punto de vista del dogma o de la historia. La idea de la historia está siempre conforme a la idea del dogma, pero la idea del dogma es mucho más amplia que la de la historia; los hechos no cambian la doctrina, sólo manifiestan cómo la Iglesia ha interpretado y vivido oficialmente esta doctrina.

Un breve repaso a la historia nos pone en conocimiento de muchos detalles concernientes a la devoción al Corazón de Cristo, mucho antes de las conocidas revelaciones hechas a Santa Margarita María de Alacoque.

Podemos decir que la devoción al Corazón de Cristo se ignora en los primeros diez siglos de la historia de la Iglesia. Porque no hay devoción al Sagrado Corazón hasta que no aparece el corazón de carne de Jesús. Uno de los primeros en acercarse es el benedictino San Anselmo (1033?-1109). El abad de Bec y arzobispo de Canterbury en sus ardientes meditaciones en *De passione Christi* exclama:

> Dulcis Jesus in inclinatione capitis et morte, dulcis in extensione brachiorum, dulcis in apertione lateris («¡Oh Jesús, qué amoroso estás con tu cabeza caída en la muerte, con tus brazos extendidos, con tu pecho abierto!»).

Anselmo explica cada manifestación de la divina pasión y al llegar al costado de Cristo dice:

> Apertio siquidem illa revelavit nobis divitias bonitatis suae, caritatem, scilicet Cordis sui erga nos («Aquella herida abierta nos ha revelado las riquezas de su bondad, a saber, el amor de su Corazón para con nosotros»).

Es probable que el término *Cordis* se deba traducir más bien como «alma»; pero ya tenemos el costado abierto y de él brota la gracia, la bondad de un corazón traspasado. Ciertamente San Anselmo ha «interiorizado» a Jesús en la literatura cristiana, como San Agustín lo hizo con «Dios». Así «interiorizado», Jesús es ya el Sagrado Corazón. Se lo debemos a San Anselmo.

San Bernardo dice en una ocasión:

> Patet arcanum cordis per foramina corporis, patent viscera misericordiae («Por la herida abierta se ve el misterio del corazón, se ven sus entrañas de misericordia»).

Ya antes había dicho: «La lanza traspasó el alma y le tocó el Corazón». La llaga del costado manifiesta el misterio del Corazón, la herida del costado ha sido abierta por la lanza. Es, pues, en el corazón de carne en donde Bernardo contempla el gran misterio del amor: *Magnum illud pietatis sacramentum,* las profundidades de las divinas misericordias, *viscera misericordiae.* Cuando Bernardo escribe esta frase en su admirable discurso 61 sobre el Cantar de los Cantares, ¿pensaba en rendir culto al Corazón de Cristo? Es poco probable; él pensaba sobre todo en Jesús; pero al leer a Bernardo no se puede menos de pensar que intuyó el misterio del Corazón de Cristo.

El abad de Igny, Guillermo de Saint-Thierry, Gilberto de Holanda y otros autores de la época bernardina, inmersos en la cálida atmósfera de apasionado amor por Jesucristo creada por Bernardo, adivinan o entrevén el corazón traspasado de Jesús, símbolo del amor misericordioso del Redentor; para ellos, como para Hugo de San Víctor, el abad Ruperto y otros, la devoción al corazón de Cristo es la devoción al corazón herido de Jesús, símbolo del amor redentor para con los hombres. Lo encuentran en la meditación de la pasión, aunque no sabemos cómo vivieron y desarrollaron esa devoción.

En el siglo XIII empiezan las revelaciones a las almas privilegiadas. Ahora es el mismo Cristo quien da a conocer estos aspectos de su amor. Santa Lutgarda de Auwières († 1246) es la primera en poner su boca en la llaga sangrante del costado de Jesús para beber de las delicias de la fuente de la salvación. En Helftad, Santa Gertrudis, después de haber recibido los estigmas, después de haber sentido cómo un rayo proveniente del corazón divino de Cristo atravesaba el suyo, mete la mano en el corazón sagrado de Jesús y la retira enjoyada con siete anillos de oro. Su amiga Matilde es también una privilegiada del amor divino. Ambas han visto al corazón de carne en su realidad divina y humana. El corazón se manifiesta también, y sobre todo, a través de diferentes símbolos que expresan sus virtudes: lira, lámpara, incensario, copa de oro, fuente inagotable, lugar de descanso, tesoro de infinita riqueza. Mediador entre Dios y los hombres, adora, alaba, rinde gracias; unidas a ese canto divino, las voces humanas llegan a ser armoniosas. Para las dos grandes

místicas benedictinas el corazón de carne de Jesús es el glorioso símbolo del amor y de los sentimientos del Verbo encarnado por su Padre y por los hombres. La devoción desde sus inicios toma de ellas la cálida luz de un radiante mediodía. Los doctores franciscanos y dominicos aprobarán sus revelaciones y, sin embargo, muy pronto se las echa en el olvido hasta que, en el siglo XVI, se las vuelva a recuperar y a releer con admiración, aunque su devoción por el Corazón de Cristo pasará desapercibida.

Nacida benedictina, pronto encontramos esta devoción entre los franciscanos. Y no viene del exterior sino que nace, como en Bernardo y Gertrudis, de la misma fuente, es decir, mediante la meditación de la pasión del Señor y por las gracias sobrenaturales concedidas por el Señor a sus privilegiados. San Francisco de Asís, el estigmatizado de la Alvernia, y el mismo San Antonio de Padua la intuyeron, pero fue San Buenaventura el que ciertamente la encontró:

> «Puesto que nos hemos podido acercar al dulcísimo Corazon de Jesus, en el que se puede vivir tan felizmente, no nos alejemos de el a la ligera [ ] Nos acercaremos a ti, oh Jesus, el recuerdo de tu Corazon nos llenara de gozo, la perla preciosa de tu Corazon, oh buen Jesus, la hemos encontrado al cruzar el campo de tu cuerpo [ ] Oh Jesus, perforaron tu costado para que tuviesemos una puerta [ ] La verdadera razon, el gran motivo de esa herida en tu Corazon, es hacernos comprender, por esa llaga visible, el lugar invisible de tu amor»

Santa Margarita de Cortona († 1297) pegó también sus labios sobre la herida del costado para entrar en los secretos de la divina ternura, Santa Ángela de Foligno († 1309) bebió de la sangre caliente que manaba del costado y quedó purificada. Las siguieron otros muchos. Bernardino de Siena († 1444), el apóstol del nombre de Jesús, un día de Viernes Santo exclamaba:

> «Vayamos al Corazón de Jesus, Corazon profundo, Corazon secreto, Corazon que nada olvida, Corazon que lo sabe todo, Corazón que ama, Corazon que arde de amor La fuerza del amor ha abierto la puerta, entremos amando como Jesus, penetremos en el secreto divino escondido desde toda la eternidad La herida del costado deja ver el templo eterno de la eterna felicidad»

Son palabras de fuego que nos hablan del influjo de la devoción del alma de Bernardino, que, al cantarla con tales acentos,

hacía derramar raudales de lágrimas en todos los que las escuchaban.

En el siglo XIV también los alemanes intuyeron esta devoción; Enrique de Suso y Taulero, y muchas monjas contemplativas anidadas en monasterios a las orillas del Rhin, encuentran en el recuerdo de la pasión del Señor, en el campo de los sufrimientos divinos, un tesoro escondido, el corazón herido de amor, en el que el agua purifica y la sangre nutre. No obstante, a veces, la rudeza germánica, aunque suavizada bajo la caricia de la Iglesia romana, guarda como una impronta salvaje que asusta y hace arrugar el ceño a los latinos... Hay muchos más, según recientes investigaciones, y se podrían añadir muchos nombres, pero en todos hallamos las mismas o parecidas consideraciones y expresiones. Su devoción no tiene, sin embargo, ningún tipo de signos externos, imágenes que la representen, a no ser el Crucificado; el corazón de carne llegará más tarde. Devoción privada, individual, no tiene fórmulas para expresarse en actos externos. Apenas se conocen oraciones salvo el *Summi Regis Cor aveto,* muy extendida en el siglo XIV. En las orillas del Rhin florecen muchas oraciones, algunas magníficas, pero son muy personales y no logran imponerse ni extenderse.

Ya Ludolfo el Cartujo en una gran obra suya sobre la *Vida de Jesús* escribió hermosas páginas sobre el Corazón de Jesús, en donde entra atrevidamente: «Oh Jesús, al abrir tu corazón, has abierto a tus elegidos la puerta de la vida». Meditado este libro muchos años en más de doscientas cartujas de toda Europa, e impreso a finales del siglo XV, ha ayudado a los hijos de San Bruno a conocer y a amar el Corazón de Jesús. Otro cartujo, Lanspergio († 1539) en su *Pharetra divini amoris,* considerado como el primer devocionario, describe cómo, por la herida del costado, se penetra en el corazón abierto por el amor y la lanza; ora al corazón traspasado de Jesús, el corazón amantísimo de Jesús: «Oh dulcísimo Jesús... te ofrezco mi corazón, únelo al tuyo». Lanspergio quiere que los devotos del Sagrado Corazón tengan en sus celdas una imagen del corazón de carne, o las cinco llagas; su vista, dice, multiplica los actos de amor. Conviene besar esas imágenes y persuadirse que así se pone los labios sobre el divino corazón. La imagen del Sagrado Corazón que se

veneraba en la Cartuja de Colonia en tiempos de Lanspergio, recuerda, más que las cinco llagas del Salvador, la herida del costado; es un Corazón de carne, el de Jesús ciertamente, herido por la lanza, en medio de una cruz y colocado entre las llagas de las manos y los pies. Así, pues, la devoción al Corazón de Jesús ha estado desde sus inicios ligada, unida o mezclada con la devoción a las cinco llagas. No cabe duda que Lanspergio trabajó mucho y bien entre sus hermanos y amigos, en vida y en muerte, por la devoción al Corazón de Jesús, incluso sacando a luz los escritos de Santa Gertrudis para preparar su primera impresión —hecha, tras su muerte, por su discípulo Thierry Loher—. Desconocemos cómo se desarrolló su apostolado. Es, sin embargo, verosímil que su impronta llegase hasta San Pedro Canisio y otros devotos de la región de Colonia

El abad benedictino Luis de Blois (Ludovico Blosio) también trabajó por esta devoción al calor de la obra de Santa Gertrudis; la leyó doce veces en un mismo año Sus pensamientos, sus sentimientos, las mismas palabras de la santa las hace suyas. *Mellifluus,* el término de Bernardo o Gertrudis, recoge todo su joven y gozoso anhelo, y retorna una y otra vez a su pluma, así como los *Salve* y los *Ave* de la gran Gertrudis.

Luis de Blois, los devotos del siglo XVI, benedictinos, dominicos, cartujos, sacerdotes seculares y laicos, los jesuitas (San Francisco de Borja, P. Canisio, Rodolfo Aquaviva, Pacheco y Anchieta que, al parecer, levantó en Guaropary la primera iglesia en honor del Corazón de Jesús, y que ciertamente compuso en 1562 una oración en su honor), son los apóstoles que en Europa y en los países de misión adoran ya al Corazón de Jesús. Le entregan amor por amor, quieren vivir en él y dejarse absorber por él. Todos ellos exclaman con Luis de Blois:

> O dulce lumen animae meae [ ] Aplica me divino Cordi tuo et in fruitionem vernanticum amaenitatum immerge Eia amor sua vissime, Deus meus, vora et prorsus consume pulvisculum sub stantiae meae («Oh dulce luz de mi alma Uneme a tu divino Corazon y sumérgeme en el disfrute primaveral de tus delicias ¡Ea, amor gustosisimo, mi Dios, absorbe y consume totalmente a esta pobre criatura!»)

Los tiempos que les siguieron no añadirán nada esencial a estas ideas, a estos fervores, a estas plegarias, pero la devoción

al Corazón de Jesús se separa de la devoción a la pasión y de las cinco llagas; tomará un ser y un camino propio. Reunirá a los fieles en unas prácticas comunes y muchos superiores y fundadores religiosos la expondrán e implantarán entre sus hijos, en espera de que Jesús mismo le haga donación de ella a Santa Margarita María, y por ella a toda la Iglesia.

En este repaso general es difícil atender al progreso «internacional» e histórico posterior a lo ya dicho... Comentemos brevemente que de Alemania y los Países Bajos pasa la devoción a Francia, en donde, otra vez, las monjas benedictinas serán las pioneras de esta devoción. La hallamos en los monasterios de Montmartre, Val de Grâce, y La Benissons Dieu. Aparece la devoción también entre las hijas de Santa Ángela de Mérici, y en San Francisco de Sales y en sus hijas, que, sin saberlo, preparan el acontecimiento de Paray-le-Monial. Santa Luisa de Marillac, con San Vicente de Paúl, quiere que en el escudo de las Hijas de la Caridad aparezca un gran Corazón de Jesús en llamas. Y el jesuita P. Druzbicki († 1662) compone el primer oficio del Corazón de Jesús, seguido de nueve meditaciones, obras maestras del amor y de la ciencia teológica. En fin, la devoción se va extendiendo, pero sólo aisladamente, casi de forma individual, alma por alma, corazón por corazón.

Un franciscano, el P. José (conocidísimo en Francia por ser consejero del cardenal Richelieu), funda desde Poitiers la Congregación de las Benedictinas del Monte Calvario en 1617 que también van a ser las primeras en dar, como Congregación, culto público al Sagrado Corazón. Y cuando muere en 1638, ya son dieciséis monasterios. El P. José exige a sus hijas no sólo la devoción interior sino la práctica exterior y comunitaria. Se hace a través de la meditación diaria ante Cristo crucificado y cada viernes mediante el Ejercicio del Calvario: las religiosas deben meditar ante la llaga abierta por la lanza en el costado de Cristo; y cada sábado, durante todo el día, una religiosa de cada diez debe hacer el Ejercicio de «Los dolores de María» y rezar a la Virgen que la introduzca en el Corazón de su Hijo para vivir su vida y consumirse de amor. Ésta es ya una devoción tradicional, aunque todavía enlazada con la pasión y no tiene signos externos concretos. Lo original de las benedictinas del P. José es

que esta devoción es ya permanente y comunitaria y ya no se puede olvidar ni abandonar.

Con San Juan Eudes se repite lo mismo Impone a sus dos congregaciones la devoción al Corazón de Jesús; y todas sus iglesias y capillas deben estar consagradas al Sagrado Corazón y cada día deberán recitar la oración·

> Benedictum sit Cor amantissimum et dulcissimum nomen Domini nostri Jesu Christi in aeternum et ultra («¡Bendito seas, Corazon amantisimo y tu dulcisimo nombre de nuestro Señor Jesucristo por siempre y mas alla!»)

San Juan Eudes entra en la corriente devocional que ya hemos explicado, pero en Jesús distingue tres corazones, el de carne, el espiritual y el divino Juan Eudes habla de los dos últimos y no parece que en sus obras haya desarrollado algo más profundamente esta devoción. Sin embargo, gracias a su predicación y apostolado se gana en el culto litúrgico un gran esplendor. Es el primero en obtener la aprobación episcopal de un oficio y también de una misa del Sagrado Corazón. La antífona de entrada de esta misa (1672) dice así

> Gaudeamus omnes in Domino, diem festum celebrantes, in honorem Cordis amantissimi Redemptoris nostri Jesu Christi, cuius amorem adorant seraphim psallentes in unum Ecce cuius imperium manet in aeternum («Alegremonos todos en el Señor al celebrar este dia de fiesta en honor del amantisimo Corazon del Redentor, nuestro Señor Jesucristo, cuyo amor adoran los serafines al unisono he aqui aquel cuyo imperio permanece para siempre»)

Y después de todo este largo y fecundo trayecto, llegamos ahora a Santa Margarita María de Alacoque La visitandina de Paray-le-Monial dará a la devoción todo un carácter especial —amor desconocido, que pide un amor reparador— que la Iglesia se encargará de establecer en un primer término en la liturgia y que se marcará decisivamente en la bula *Miserentissimus Redemptor.* Con ello se establece oficialmente en la Iglesia una devoción universal y las palabras de una religiosa han hecho posible esto. Santa Margarita no encontró «su devoción», sino que le fue revelada El Señor lo ha revelado y apoyado por el dogma, la devoción al Sagrado Corazón se sostiene por sí misma,

ya que ha sido el mismo Jesús el que ha manifestado cómo comprenderla y practicarla.

En junio de 1675, quizá el día 16, durante la octava del Corpus, el Señor se apareció a Santa Margarita y descubriéndole su corazón le dijo:

> «He aquí el corazón que tanto ha amado a los hombres, que no ha ahorrado nada hasta agotarse y consumirse para demostrarles su amor; y como reconocimiento de todo ello no recibo de la mayoría sino ingratitudes que manifiestan en las irreverencias, en los sacrilegios, en las frías indiferencias, y en los desprecios que se tiene para conmigo en este Sacramento del amor. Pero lo que más siento de todo, es que son los corazones que me están consagrados los que así se comportan. Por ese motivo te pido que el primer viernes después de la octava del Corpus sea celebrada una fiesta particular para honrar mi corazón, comulgando en ese día y haciendo honrosa reparación como compensación de las indignidades que el sacramento recibe mientras está expuesto sobre el altar».

El gesto, las palabras son elocuentes. Con el gesto se designa el corazón de carne que late en el divino pecho del Salvador. Las palabras explican el gesto: ese corazón que late es el símbolo del amor de Jesús por los hombres; ese amor de Jesús por los hombres es un amor ultrajado e ignorado; ese amor desconocido es el que está pidiendo una honrosa reparación; la reparación se manifestará por la institución de una fiesta en honor del Sagrado Corazón, el viernes siguiente a la octava del Corpus, y en ese día hay que comulgar. La cosa está clara, límpida, como todo lo divino. La devoción al divino corazón solicitada a Santa Margarita, y por ella a la Iglesia, es una devoción al corazón de carne, símbolo del amor de Jesucristo a los hombres. Se puede pensar otras cosas de esta devoción, pero Jesús pide que se comprenda y se practique tal como se lo dijo a la monja de Paray-le-Monial. De hecho la Iglesia lo entendió bien y así se hizo.

Santa Margarita se admiraba de ver al Señor dirigirse a ella y de confiarle tal misión: «Tú eres una pobre inocente, ¿pero acaso no sabes que yo me sirvo de las personas más débiles para confundir a los fuertes?». Sin embargo el Señor le dijo a Margarita que solicitase la ayuda de San Claudio de la Colombière. El jesuita aceptó el reto y desde 1675 hasta su muerte en 1682 trabajó discretamente pero sin descanso en todo lo que pudo, y allí por donde pasó, Paray, Londres, Lyón. En sus conferencias, en

sus cartas, en sus entrevistas trató de exponer a todos la voluntad del Señor y que prácticamente él solo conocía. En el libro *Retiro espiritual,* impreso en 1684, se deja entrever las revelaciones de 1675. Santa Margarita comienza su apostolado en 1685 entre sus propias hermanas de Paray-le-Monial y en la casa de las salesas de Dijon, entre sus propios hermanos en Semur, y con otros padres jesuitas. A su muerte en 1690, caen todos los velos y se empieza a hablar claro; entonces aparecen opúsculos, misas, oficios, letanías, etc. Del libro del P. Croiset, *La devoción al Corazón de nuestro Señor Jesucristo,* se editan miles de copias. Lo propagan los ciento cincuenta monasterios de las salesas por toda Europa y llega incluso a China y América.

La devoción particular (en cierto modo «individualmente») avanzaba, pero no así la que podríamos llamar oficiosa. A lo largo de casi dos siglos, se dieron unas veces pasos adelante y otras pasos hacia atrás. Los objetivos de los propagandistas no siempre fueron escuchados ni comprendidos. A veces no se explicaron bien, y otras veces en las esferas eclesiásticas no estaba el terreno preparado; las ideas contrastadas no llegaban a hacer luz. Algunos obispos dieron permiso para celebrar de algún modo la fiesta en el día señalado por la revelación a Santa Margarita. Hubo, pues, éxitos y pruebas muy duras en este camino. Ya al principio, el 19 de mayo de 1693, por un breve de Inocencio XII, se otorgaba indulgencia plenaria a los que comulgasen en una iglesia de salesas el viernes siguiente a la octava del Corpus. Esto fue mal interpretado, pues algunos pensaron que era ya aprobar la fiesta y se convirtió en una fuente de discusiones y disgustos, cuando no de represalias en algunos ambientes religiosos y diocesanos. En este punto no hace falta ni comentar la orquestación polémica y batalladora de los profanos y enemigos de la Iglesia: desde los jansenistas hasta los ateos, agnósticos y librepensadores de la «época de las luces».

Algunos años después, la reina de Inglaterra, en el exilio por ser católica, que siendo Duquesa de York estuvo bajo la dirección del P. de la Colombière, solicitó del Papa la institución de la fiesta. Pero la Congregación de Ritos (Culto), después de un gran debate, contestó: *Non expedire* («No parece conveniente»). Aunque el Papa permitió que, en ese día, en los conventos de la Visitación se pudiera celebrar la misa de «las cinco llagas».

Entrados en el siglo XVIII, se ganan más y más adeptos; en Marsella se hace un voto de la ciudad al Sagrado Corazón para verse libres de la peste. En algunas diócesis los obispos instituyen la fiesta. En el primer cuarto de siglo, el P. General de los Jesuitas, P. Gallifett, cree llegado el momento de que Roma instituya la fiesta o permita la misa a toda la Iglesia y solicita la ayuda de todos los conventos de la Visitación y sobre todo del rey de España Felipe V, el primer Borbón. Pero Roma vuelve a rehusar. Tendrá que pasar casi un siglo, exactamente 90 años, desde las revelaciones, para que Roma, en 1765, permita a Polonia el oficio, misa y letanías al Sagrado Corazón.

Con esta ocasión, y por primera vez, aparece el pensamiento de Roma acerca de lo que piensa la Iglesia «oficial» de esta devoción, y como sucede, en su reserva y prudencia, sólo acepta lo que en general ya saben y practican todos: *Nil amplius quam ampliari cultum iam institutum.* Es decir, sólo acepta aquel culto que ya está establecido y que el abogado de la causa, Alegiani, ha expuesto. La Sagrada Congregación entiende la fiesta como un renovar, simbólicamente, el memorial del divino amor que ha llevado al Hijo de Dios hasta tomar la naturaleza humana. Y el símbolo de carne es el Corazón del Hombre-Dios. Pero en esta comprensión, así como en los textos de culto aprobados, no aparece nada referente a la reparación debida a ese «corazón ignorado y ultrajado». Se ha dado un paso pero todavía no se ha desplegado oficialmente todo el contenido de la revelación.

Mientras tanto sigue imparable, y a pesar de los pesares externos e internos de la Iglesia, el despliegue universal de la devoción. En Francia, sobre todo, aparecen los primeros mártires de la devoción al Sagrado Corazón. Soldados y civiles «vendeanos» son asesinados y muertos por el mero hecho de llevar al pecho una «salvaguardia» o pequeño trozo de tela en el que se ha bordado la imagen de un Corazón y que durante estos años se ha hecho muy popular. Por esta época empiezan a fundarse congregaciones religiosas que ostentan en su título una dedicación explícita al Sagrado Corazón y cuya eclosión alcanzará su mayor expansión en el siglo XIX. Son cerca de las cuarenta congregaciones, entre las de hombres y mujeres, las que se fundan en el siglo XIX y en las que se hace alusión explícita al Corazón

de Jesús, e incluso aparece el término «Reparador(a)». Y aparte de esto, la mayoría de las órdenes y congregaciones, hasta las más antiguas, se consagran al Sagrado Corazón, como es el caso de la Congregación Benedictina de Solesmes, a la que Dom Guéranger consagró al Sagrado Corazón, consagración que se repite todos los años y en todos los monasterios, y de alguna manera todos los primeros viernes de mes, hasta el día de hoy.

Finalmente el 25 de agosto de 1856, casi doscientos años después, Roma extendía a toda la Iglesia, con rango de *Memoria obligatoria* —como diríamos hoy—, la fiesta del Sagrado Corazón, rango que León XIII elevará a «fiesta» en 1889 y finalmente, pero ya en el siglo XX, Pío XI la constituirá en «solemnidad», en 1929.

La religión cristiana, religión de amor, amor de Dios a los hombres, amor de los hombres hacia Dios, encuentra su más alta significación y realización en la Encarnación del Verbo. Dios, por amor, da su Hijo a los hombres. El Hijo único, Verbo encarnado, vive sobre la tierra una vida de amor y su Corazón de carne es el símbolo natural. Siempre la Iglesia ha amado a su Redentor, siempre sus hijos, los rescatados del amor, han amado al que fue crucificado por su amor. Y al menos desde el siglo XV el amor de los hombres hacia su Redentor se ha «encarnado» en la devoción al Sagrado Corazón. El culto al Sagrado Corazón es más que una devoción, es toda la religión en aquello que es más esencial, más eficaz, más elevado; es todo el Evangelio, que puede resumirse en dos palabras: *Dilexit, diliges* («Amó, amarás»).

No cabe duda de que hoy la fiesta está ahí; pero parece que un velo de silencio se extiende, en general, sobre esta devoción a finales del siglo XX y comienzos del XXI; ¿acaso Cristo, en su amor, vuelve a ser «ignorado y ultrajado» principalmente por los que le están consagrados? El Espíritu que rige y dirige la Iglesia tiene que suscitar y renovar en ella ese amor y hacer comprender que, en el amor, la «reparación» es esencial y obligatoria.

LUIS M. PÉREZ SUÁREZ, OSB

Bibliografía

HAMÓN, A., *Dictionnaire de spiritualité ascétique et mystique*. II: *Cabasilas-Cyrille de Scythopolis* (París 1953) cols.1024-1046.

LEAL, J., SJ, *Año cristiano* (Madrid 1946) 608-611.

INMACULADO CORAZÓN DE MARÍA

Segundo sábado después de Pentecostés

Cuando el maestresala probó el vino milagroso que la bendición de Jesús regalaba a los felices novios de Caná, exclamó admirado, dirigiéndose al esposo: «Has reservado el buen vino hasta ahora...».

La devoción al Inmaculado Corazón de María es este buen vino que el esposo, Jesucristo, tenía en reserva para su Iglesia hasta la hora actual. Aunque María ha sido objeto del especialísimo amor y veneración de la Iglesia desde los primeros tiempos, había tal vez en este culto más admiración que intimidad. Se ensalzaba la altísima dignidad, las gracias y privilegios de María, sin atreverse a penetrar en el santuario de todas ellas: su corazón.

Ha sido precisa una llamada expresa de la misma Santísima Señora para alentarnos a dar este paso. El mensaje de Fátima es una invitación apremiante a la intimidad de su corazón. El cardenal patriarca de Lisboa lo considera como «una revelación del Corazón Inmaculado de María al mundo actual». Y afirma categóricamente que «la salvación del mundo —en esta hora trágica de la historia— ha sido confiada por Dios al Inmaculado Corazón de María» *(A Voz,* 18-9-1946).

Por su parte, Pío XII nos invita a arrojarnos en los brazos de María, «seguros de encontrar en su amantísimo corazón [...] el puerto seguro en medio de las tempestades que por todas partes nos apremian» *(Oración Año Mariano).*

Al hablar del Corazón de María entendemos:

— Su corazón físico, el que latía en su pecho durante su vida mortal y ahora en el cielo.

— El conjunto de afectos, cualidades y virtudes que constituyen su «vida interior».

— Su persona misma, considerada en su más noble aspecto: el amor.

En todos los tiempos, en el lenguaje usual, la palabra «corazón» ha sido tomada como símbolo de la vida interior del hombre y aun de la misma persona considerada en su vida afectiva La Sagrada Escritura da comúnmente al término «corazón» este carácter simbólico De este modo, a través del corazón físico de María veneramos su vida interior y su misma persona por la suprema razón de su dignidad inmensa de Madre de Dios.

La maternidad divina de María es la raíz y la causa de todas las gracias que adornan su corazón

> «De su maternidad divina —dice Pío XII en la *Fulgens corona*—, como de arcana y purísima fuente, parecen derivar todos los privilegios y gracias que tan excelentemente adornaron su alma y su vida»

Predestinada a tan altísima misión, la infinita sabiduría de Dios no podía dejar de prevenirla con gracias adecuadas que le permitieran asumirla dignamente. Gracias tan excepcionales, que Santo Tomás afirma que, por ser Madre de Dios, la Santísima Virgen tiene cierta dignidad infinita.

Y esta maternidad excelsa, que coloca a María por encima de todas las criaturas, se realizó en su Corazón Inmaculado antes que en sus purísimas entrañas. «Al Verbo que dio a luz según la carne, lo concibió primeramente según la fe en su Corazón», afirman los Santos Padres. Por la fe y el amor, por la pureza, sumisión y humildad de su corazón, María mereció llevar en su seno al Hijo de Dios.

Madre de Cristo-cabeza por su corazón, es, también por su corazón, madre del cuerpo de Cristo, la Iglesia. Nos concibió al mismo tiempo que a Jesús al dar su consentimiento a la embajada del ángel. Libremente y por amor, aceptando de corazón ser madre del Cristo total. Y, por los dolores de su corazón, nos dio a luz al pie de la cruz de su Primogénito, mereciéndonos así, juntamente con él, la gracia redentora que ahora nos llega por su mediación.

Si todo corazón de madre es ya una cristalización admirable del amor de Dios, ¿qué será el corazón de María destinado a la más augusta maternidad? No es preciso que la teología nos lo enseñe: la intuición del pueblo fiel le ha atribuido siempre una tal plenitud de gracias y dones como para agotar la munificencia

de un Dios. Todos los adjetivos se nos quedan cortos y descoloridos cuando se trata de definir el corazón de María. Después de haber dicho que es inmaculado, bondadoso, santo, humildísimo, rebosante de caridad, misericordiosísimo, tenemos la impresión de no haber dicho nada.

Imposible detenernos aquí, ni tan siquiera someramente, en la contemplación de todas y cada una de las incontables riquezas de este Corazón. Pero, puesto que la maternidad divina para la que ha sido expresamente creado es «la fuente de que dimanan todas sus excelencias», podemos lógicamente concluir que en la cualidad maternal de su corazón las hallaremos compendiadas todas.

María posee un auténtico corazón de madre. Con más exactitud cabría decir que todo corazón de madre es una copia, más o menos feliz, del de María. Y nos encanta hallar plena confirmación de esta verdad adivinada por nuestro instinto filial en las páginas del Evangelio. En dos breves rasgos, San Lucas y San Juan nos dan el perfil inconfundiblemente materno del corazón de María.

San Lucas tiene una frase que nunca le agradeceremos bastante. Por dos veces —tras el relato de la primera infancia de Jesús y, después, al cerrar el breve capítulo de su adolescencia— repite, ponderativo: «Y María guardaba todas estas cosas en su corazón».

En tan pocas palabras el evangelista de Nuestra Señora acaba de decirnos lo que más nos importaba saber: que en el Corazón de María tenemos un corazón de madre. Que María posee en grado sumo una cualidad específicamente maternal: la memoria fiel del corazón. El niño que un día fuimos continúa viviendo siempre en el corazón de nuestra madre: en él quedaron grabados los más nimios detalles de nuestra infancia. Esta es la condición que San Lucas hace resaltar, por dos veces, en el corazón de María. Teniendo en cuenta la estricta sobriedad de los evangelios, esta insistencia es significativa: es que debe importarnos mucho la fidelidad de su corazón.

A todos nos habrá entristecido alguna vez el pensamiento de que no podremos ver en el cielo a Jesús Niño, ya que es a Cristo adulto a quien contemplaremos allí glorificado. La infan-

cia de Jesús ¿será, pues, para nosotros, un bien definitivamente perdido? No, porque, por fortuna, «María guardaba todas estas cosas en su corazón». La gracia torpe y encantadora de los primeros pasos del Niño, y aquel modo tan suyo, único, de decir «madre»; los hoyuelos que se le formaban en las mejillas al reír, sus deliciosos dientecitos de leche, y aquella asombrosa mirada de un Dios en unos ojos de niño..., todas estas cosas son las que guardaba y guarda todavía fielmente para nosotros el corazón maternal de María. Éste es el Evangelio íntimo que no conocemos y que ella nos reserva para el cielo.

Y junto a la infancia de Jesús, ella guarda también la nuestra, la de todos sus hijos. Nuestra niñez tan breve, tan pronto marchita, tan escasamente graciosa en todos sentidos. Y lo poco —nunca será mucho— que hayamos sabido vivir, ya adultos, con alma de niño, con limpia intención. En María lo hallaremos todo intacto. Podemos confiarle ahora nuestros menudos tesoros, como hacen los chiquillos con las bolas o los cromos ganados en la última partida: «Toma, madre, guárdame esto...». Está en buenas manos. Nada se perderá de lo que hayamos confiado a su custodia. Tal vez no lo reconozcamos siquiera cuando nos lo devuelva: el contacto de su corazón lo habrá embellecido.

San Juan, en la escena de las bodas de Caná, nos revela otro rasgo exquisitamente maternal del corazón de María: su atenta solicitud por los demás. Un corazón maternal es un corazón atento: nada de cuanto atañe al hijo puede pasarle desapercibido. Es vigilante, nunca se distrae; presiente las angustias del hijo, las adivina. Cuando la madre desaparece de nuestra vida hacemos de pronto un doloroso descubrimiento: el de la absoluta indiferencia del universo. De pronto caemos en la cuenta de nuestra insignificancia, de cuán poco interesantes somos para los demás. La presencia siempre atenta de la madre nos lo había ocultado hasta entonces.

En Caná el corazón maternal de María despliega su vigilante cuidado en favor de unos extraños —parientes lejanos a lo sumo— para remediar una situación embarazosa, sí, pero sin consecuencias graves. Para demostrarnos que a ella, en verdad, nada humano puede serle extraño y que nadie queda excluido de su celosa ternura. Nuestros pequeños fallos y ridículos des-

cuidos, lo mismo que nuestras enormes culpas y tremendas angustias, todo, absolutamente todo, es objeto de sus desvelos, de su preocupación. «No tienen vino», le dice a su Hijo. Todos están distraídos, nadie se ha dado cuenta. Sólo Ella. Jesús parece lejano, indiferente. Tal vez está hablando del reino de Dios y de la necesidad de buscarlo ante todo y por encima de todo. «¿Vino? Bueno, Madre, esto no es cosa nuestra...». Pero los ojos de María insisten en silencio, las ánforas están preparadas: «Haced cuanto él os diga...», y el milagro, por fin, florece. La solicitud maternal de María ha conseguido su primera victoria.

Y continúa consiguiéndolas. Su táctica no ha variado: constante vigilancia, mediación oportuna, súplica insistente. El corazón de María se desvive por sus hijos.

Así hacen las madres. De ella lo han aprendido.

Quizá empecemos ahora a entender en qué debe consistir nuestra devoción al corazón de María. No se trata de añadir uno más a la lista de nuestros ejercicios de piedad. No se trata de practicar los cinco primeros sábados de mes, ni de ir en peregrinación a Fátima, ni de recitar cierta fórmula de consagración. Todo esto está muy bien. Pero nuestra devoción ha de consistir en algo más que en una reiteración de actos externos. Ha de ser una corriente vital de corazón a Corazón que penetre, informe y reforme todo nuestro ser. A su materna ternura sólo se puede corresponder con filial cariño. Su solicitud reclama nuestra confianza; su fidelidad exige la nuestra.

Saber, como San Estanislao de Kostka, vivir de este solo pensamiento: «La Madre de Dios es mi madre». Sentir sobre nosotros la constante vigilancia de su mirada, inquieta, solícita, atenta, saborear la certeza de saber que nos lleva continuamente en su Corazón como niños que no han nacido todavía... Y no angustiarse por nada: «La Madre de Dios es mi madre». ¿Qué puede ocurrirnos que no sea bueno, maravillosamente bueno?

Todas nuestras desdichas provienen de que hemos crecido demasiado... y hemos imaginado, ya tan mayores, poder prescindir de la Madre.

Es hora ya de volver al regazo materno. El corazón de María nos espera.

DOLORES GÜELL

Bibliografía

Allons au coeur de Marie. Manuel de la garde d'honneur du coeur de Marie (Besançon [2]1938).
GAUDERON, J., CSM, *Le très Saint Coeur de Marie* (París).
ROSCHINI, O. S. M., «S. Antonio Maria Claret e la devozione al C. I. di Maria»: *Ephemerides Mariologiae* 9 (1959).
TORRES, I., CMF, *El corazón de María habló a un sacerdote* (Madrid 1957).
• Actualización:
FRATERNITÉ SALVE REGINA, *Bulletin consacré aux Saints Coeurs unis de Jésus et de Marie* (Le Fréchou 1979-1984).
GIRABAL, J. M.ª, *Inmaculado corazón de María* (El Prat de Llobregat 1998).
JUBERÍAS, F., *El corazón de María, tabernáculo de la Trinidad* (Madrid 1982).

APÉNDICE

2 de junio

SANTOS GERMÁN, PAULINO, JUSTO Y SICIO

Mártires († s. IV)

En la llamada *Arca de los Santos Mártires* se conservan en Gerona las reliquias de los santos Germán, Paulino, Justo y Sicio, mártires. Es una obra escultórica del primer gótico, anterior a 1350 y encargada por el obispo Arnau de Mont-rodon. En la Liturgia de las Horas del día 2 de junio para celebrar su memoria, como libre, se dice:

> «La tradición de la Iglesia gerundense venera este grupo de mártires como originarios de esta ciudad, cuyos nombres aparecen ya en el Martirologio Jeronimiano. La fecha de su festividad que se celebraba el jueves inmediatamente posterior a la Octava de Pentecostés, y también el 8 de junio, ha quedado fijada en el Calendario actual el 2 de junio».

A esta breve información podemos añadir la que proporciona dom Alexandre Olivar, OSB, monje de Montserrat, comentando el nuevo santoral litúrgico de Cataluña. Y por él podemos ver el escaso fundamento histórico de la atribución a Gerona de estos mártires, pero que tienen sin duda una larga veneración de siglos en aquella ciudad, motivo suficiente para conservar allí su memoria litúrgica. Los nombres de estos santos —puntualiza dom Alexandre— ya aparecen en el *Martirologio jeronimiano* el día 31 de mayo, pero no como grupo sino cada uno por su parte. Examinados los distintos manuscritos que se conservan de este *Martirologio* se comprueba variación en los nombres: Justo como Víctor o Victurio, que da lugar a Justurio, y Sicio como Isicio o Isticio. Sobre el sitio de su martirio, dice dom Alexandre, parece que Germán y Justo son africanos, mientras Paulino y Sicio parecen ser antioquenos. No se saben más datos de estos santos.

¿Cómo fue su conexión con Gerona? Se maneja la hipótesis de que la expresión *in civitate eorumdem,* referida a los mártires Germán y Justo, se leyera *in civitate Gerunda,* y que esto dio opción a que se les hicieran unas actas, se leyeran en Gerona, en el oficio divino del 31 de mayo, ya en el siglo XIV, y se les tuvieran por gerundenses. El obispo Andreu Bertrán trasladó en 1420 su fiesta al lunes inmediato posterior a la Octava de Pentecostés.

(NB. Agradecemos a D. Joan Baburés i Noguer, Delegado de Pastoral Litúrgica del Obispado de Gerona, haya querido enviarnos datos y bibliografía).

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

Litúrgia de les Hores segons el Ritu Romá (Barcelona 1977) 1177.
FÁBREGA, A. - GROS, M. S. - OLIVAR, A., *El nou santoral litúrgic de Catalunya* (Barcelona 1973).

SAN JUAN DE ORTEGA

Presbítero († 1163)

Juan nace en Quintana de Ortuño (Burgos) hacia el año 1080 y recibe en su casa una adecuada educación cristiana. Llegado a la juventud, siente el deseo de consagrarse a Dios y, habiendo oído la santa vida y caritativas obras de Santo Domingo de la Calzada, acude a ponerse bajo su dirección. Va madurando en la vida espiritual y su maestro le aconseja se ordene de sacerdote, lo que hace, muerto ya Santo Domingo, hacia el año 1112.

Seguidamente pone en práctica su propósito de peregrinar a Roma y Tierra Santa y para ello se embarca en la costa levantina española. Este viaje le resultaría inolvidable, no sólo por los fuertes sentimientos religiosos experimentados en las tumbas apostólicas y en el santo sepulcro sino también porque estuvo a punto de perecer en un naufragio en medio de una terrible tempestad, peligro en el que Juan invocó a San Nicolás de Bari y a quien atribuyó su salvación.

Una vez vuelto de su peregrinación se decide a llevar vida solitaria en un lugar llamado Ortega, en los Montes de Oca, junto a la ruta de los peregrinos a Santiago de Compostela. Y

aquí su caridad le lleva a ponerse al servicio de los peregrinos. Construye para ellos una ermita dedicada a San Nicolás. Muy pronto su vida se convierte en imán para otras almas que también quieren consagrarse a Dios en aquella soledad, entre las cuales están dos sobrinos suyos. Y entonces se decide a crear un convento que pone bajo la regla de San Agustín. El papa Inocencio II en 1138 le concederá el privilegio de la exención. Por su parte la reina doña Urraca fundó un hospital para peregrinos en las cercanías, y su hijo el rey Alfonso VII rogó a Juan que se hiciera cargo de él, como en efecto hizo; y así, tanto él como sus religiosos se dedicaron con mucha caridad a atender a los peregrinos en lo material y en lo espiritual.

San Juan de Ortega pasa también a la historia como el propulsor de la construcción de sendos puentes en Logroño y Nájera que facilitaron enormemente el paso de los miles de peregrinos que transitaban por aquellas tierras en dirección a Compostela. Tanto el rey Alfonso VII como su hijo Sancho III favorecieron con mucho interés el monasterio y el hospital.

Juan de Ortega vivió rodeado de gran fama de santidad, atribuyéndole el pueblo numerosos milagros, hasta su santa muerte el 2 de junio de 1163, y tuvo muy pronto culto como santo en la diócesis de Burgos. Su monasterio fue habitado desde el siglo XV hasta la desamortización por frailes jerónimos. En un extremo del puente edificado por el santo en Logroño se edificó en su honor una ermita, la cual desapareció en una gran crecida del Ebro el año 1775, en la que las aguas se llevaron la imagen del santo, la cual apareció en la Dehesa de Varea, de donde fue llevada a una iglesia. La ciudad hizo entonces un voto al santo.

Como queda dicho, celebran su memoria las diócesis de Burgos y Calahorra-La Calzada-Logroño, pero su nombre no figura en el *Martirologio romano.*

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

Santos de La Rioja. Colección de semblanzas biográficas (Logroño 1962).
Acta sanctorum. Iunii I (Venecia 1738) 260-263.
Bibliotheca sanctorum, t.VI, cols.858-859.

SAN DICTINO

Obispo de Astorga († ca.420)

Lo más notable de este obispo astorgano del siglo IV-V es su sincera conversión de la herejía priscilianista que había propagado fervorosamente durante la primera etapa de su vida, junto con su padre Simposio, que le precedió en ello.

Estaban entonces las comunidades cristianas de estas tierras sacudidas por la herejía de Prisciliano. Predicador ardiente de una ascética muy rigurosa, comenzó éste su actividad hacia el año 370-375 en el sur de España, y logró muchos adeptos sobre todo entre las mujeres.

A los priscilianistas se les acusaba de una mezcla de maniqueísmo y gnosticismo. No hay duda de que rozaban la herejía y despreciaban el matrimonio; ayunando los domingos, en Navidad y en Pascua, negaban la Encarnación y la Resurrección.

Pronto se le unieron dos obispos: Instancio y Salviano; pero se le opusieron otros dos: Hidacio de Mérida e Itacio de Ossonoba (Algarve).

Un concilio celebrado en Zaragoza a fines del 380 condenó las ideas de Prisciliano y sus adeptos pero sin tomar medidas disciplinarias contra las personas.

La respuesta de los obispos Instancio y Salviano fue consagrar a Prisciliano como Obispo de Ávila.

Entonces Hidacio e Itacio obtuvieron de Graciano un decreto de exilio contra los maniqueos, que aprovecharon contra Prisciliano y sus seguidores. Huyeron éstos a Aquitania y después a Roma y Milán, buscando el apoyo de San Dámaso y San Ambrosio.

De momento consiguieron la revocación del decreto y pudieron regresar a España Prisciliano e Instancio, Salviano ya había muerto. Hidacio le denunció de nuevo.

La herejía tuvo en las tierras asturicenses una especial virulencia con un gran número de seguidores. Entre ellos, el obispo Simposio y su hijo Dictino, a quien ordenó presbítero muy joven, se distinguieron por su entusiasmo a favor de los priscilianistas. En particular, Dictino, que poseía brillantes cualidades que le ganaron la predilección del pueblo, hasta el punto de que esos grupos simpatizantes solicitaron a Simposio que consagra-

ra obispo a su propio hijo y lo asociara en el gobierno pastoral de la diócesis.

La actividad de Dictino fue intensa e influyente dentro y fuera del territorio diocesano, principalmente por medio de sus escritos. No han llegado a nosotros ni siquiera los títulos, tal vez por la expurgación practicada más tarde, sobre todo en el Concilio Bracarense del 572.

Pero sabemos de uno llamado *Libra,* rebatido nada menos que por San Agustín de Hipona en su *Contra mendacium* (ep.119), después de haber sido denunciada la obra por Consencio, Obispo de Baleares.

La influencia nociva de esos escritos se prolongó incluso después de su conversión y su muerte, como lo testifica la queja de San León Magno en la carta que envió al obispo de Astorga, Toribio, en el año 447.

La confusión creada por los priscilianistas en las comunidades cristianas provocó las denuncias a los emperadores Graciano y Máximo, el Usurpador. Y, después del Concilio de Burdeos (384), Prisciliano, que no quiso acudir, fue condenado a muerte por inmoralidad y práctica de la magia, en Tréveris, donde residía el emperador Máximo.

No pudieron evitar esta lamentable ejecución los esfuerzos de San Martín de Tours y de San Ambrosio de Milán. Fue la primera vez que se dio ese paso que tantas amarguras produjo en el futuro: tribunales civiles sentenciando causas religiosas...

En España perduró el movimiento de Prisciliano, difundido y arraigado en el pueblo con los himnos y las costumbres culturales.

Pero en la vida de Dictino y de su padre Simposio, iba a llegar la hora de Dios, la conversión sincera y profunda. Fue en el Concilio de Toledo convocado en el mes de septiembre del año 400. Asistieron numerosos obispos de la Península. Allí confesaron padre e hijo sus errores, abjuraron solemnemente de ellos y recuperaron la ortodoxia:

> «Oídme, sacerdotes óptimos y corregidme en todo. Yo condeno en mí mismo el haber dicho que era una misma la naturaleza de Dios y la del hombre. No solamente os pido corrección sino que condeno cuanto dictó mi presunción; y en mis escritos todo lo desecho sin exceptuar más que el nombre de Dios».

Vuelto a la diócesis, después de esta verdadera y humilde confesión, fue su labor pastoral tan fecunda como había sido la sementera de sus errores.

Cinco siglos después de su muerte, el santo obispo Fortis, sucesor suyo, en un diploma del 929 le llama «santísimo, gloriosísimo y poderoso pastor».

Junto a la iglesia parroquial de Santa Colomba de Puerta de Rey, en Astorga, se conservan las ruinas de un monasterio que lleva el nombre de San Dictino. Fue fundación suya y se puede considerar como un precedente del monacato.

Allí vivió los últimos años con sus presbíteros, y más tarde comenzó a llevar su nombre. Hasta la desamortización del siglo XIX fue convento de Frailes Predicadores, hijos de Santo Domingo. De esta etapa quedan obras artísticas y libros litúrgicos en el Museo de la Catedral. Y muchos documentos en el Archivo Histórico Nacional de Madrid.

No sabemos cuánto tiempo duró su pontificado. Se supone que falleció el 24 de julio, *circa* 420. Pero su fiesta se celebra en la Iglesia particular de Astorga el 2 de junio. Su culto es inmemorial y se refleja en los calendarios y en los oficios propios. En 1635 se hicieron las gestiones oficiales para obtener la aprobación de Roma.

En 1733 el Cabildo lo colocó entre los patronos con la categoría litúrgica correspondiente y signos de fiesta en los cantos del oficio. La iconografía es abundante en la catedral, con la mitra, el báculo y el libro que alude a sus escritos. Se repite su efigie en las puertas, en el trascoro y en la sacristía, junto a San Genadio. También figura en la galería de retratos del Obispado. En algunas representaciones aparece echando al fuego sus libros heréticos, recordando su conversión y la abjuración de sus errores.

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

FLÓREZ, E., *España Sagrada,* VI, 96-112; XVI, 75-89.
GARCÍA VILLADA, Z., *Historia Eclesiástica de España,* I/2.ª (Madrid 1929ss) 91-145.
RODRÍGUEZ LÓPEZ, P., *Episcopologio Asturicense,* I (Astorga 1906).
GONZÁLEZ GARCÍA, M. A., «Dictino de Astorga», en *Diccionario de Santos* (San Pablo, Madrid 2000) 617s.

27 de junio

NUESTRA SEÑORA DEL PERPETUO SOCORRO

Pocos casos hay en la historia de la Iglesia de difusión tan rápida y universal de una devoción mariana como es la del culto al famoso cuadro de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro.

Era el día 23 de junio del año 1867, dominica infraoctava del Corpus, cuando, en la iglesia de padres redentoristas de Roma, el decano del Capítulo Vaticano, patriarca de Constantinopla (después cardenal), daba comienzo a la ceremonia de coronación de la imagen de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro. Con anterioridad, el día 12 de mayo del mismo año, habían aprobado por unanimidad los capitulares el proyecto de coronación, declarando en público decreto que dicho cuadro reunía todas las condiciones para tal honor: antiquísimo culto de más de tres siglos y fama de muy milagroso. Se señaló para la litúrgica conmemoración de aquella fiesta la dominica que precede a la Natividad de San Juan Bautista. En la actualidad se celebra el 27 de junio en el calendario universal de la Iglesia.

¿Cuál es la historia de este cuadro, desde entonces tan celebrado en las cinco partes del mundo?

Precisamente uno de los diputados por el Cabildo Vaticano para la coronación era Pedro Wenzel, subprefecto después del Archivo Secreto Vaticano, quien, años andando, en 1903 comunicó a un padre redentorista, investigador del origen de este cuadro por bibliotecas y archivos vaticanos, un interesante documento manuscrito que constituía la fuente primaria para la historia de la venerada imagen. Hallábase el documento en un códice manuscrito de Franciscus Turrigius (siglo XVI). También se hallaron dos relaciones del mismo en la obra manuscrita en veintiséis grandes volúmenes de Io. Antonius Brusius (siglo XVII) sobre antigüedades sacras de Roma. El documento primitivo, escrito en pergamino, fijo en una tabla, estaba colocado en el cancel que cerraba el altar mayor de la iglesia de San Mateo *in Merulana.* Ambos autores copiaron el original, que, por ser largo, lo resumiremos aquí.

Un comerciante de Creta robó de una iglesia el cuadro milagroso y se dio a la mar, ocultando el cuadro entre las mercancías. Sobrevino una tempestad y todos, sin saber del cuadro, invocaban a la Virgen. Serenóse el mar y tomaron puerto. Un año después el comerciante, con el cuadro, llegaba a Roma. Enfermó el cretense y un amigo romano se lo llevó a su casa. En el trance de la muerte el cretense contó al romano el robo del cuadro, sin honor entre sus mercancías, rogándole que lo colocase en una iglesia donde se le diera culto. Lo prometió el romano. Muerto el mercader, hallaron, en efecto, el cuadro, mas la mujer del piadoso amigo persuadió a su marido a quedarse con el cuadro, reteniéndolo nueve meses. La Virgen, en una visión, dijo al romano que no hiciera tal, sino que lo colocara en lugar más decente. No obedeció. Volvió la Virgen segunda y tercera vez, amenazándole entonces con una mala muerte si no lo ponía en una iglesia. Temió el romano y rogó a su mujer que regalara el cuadro a alguna iglesia. Negóse ella con muchas razones y el marido se conformó. La Virgen volvió a hablar al romano: «Te avisé, te amenacé, no has querido obedecer. Tendrás que salir tú primero, para salir yo después en busca de lugar más honorable». Y se murió el romano. Se apareció la Virgen a una hija suya de seis años y le dijo: «Avisa a tu madre y a tu tío, y diles que Santa María del Perpetuo Socorro quiere que la saquéis de casa si no queréis morir todos muy pronto». Contó la niña, temió la madre, que había tenido la misma visión, y se determinó a obedecer. Pero en esto, una vecina, enterada de lo ocurrido, la decide con muchas y poco piadosas razones a que no lo haga. Volvió la vecina a casa, pero enfermó de peste. Entonces invocó a la Virgen y se curó. Volvió la Virgen a la niña para que dijese a su madre que quería ser llevada a cierta iglesia llamada de San Mateo, entre Santa María la Mayor y San Juan de Letrán. Obedeció la madre y, avisando a los frailes agustinos que llevaban aquella iglesia, con acompañamiento de todo el clero y pueblo fue trasladado el cuadro y el mismo día de la traslación hizo el primer milagro.

La fecha de la traslación fue el 27 de marzo de 1499, reinando Alejandro VI, y la data del documento fue entre la fecha anterior y el año 1503, en que murió dicho Papa. Brusius decía que la letra y el color denunciaban la fecha.

Quedó allí la imagen durante tres siglos (1499-1798). Las tropas de Napoleón ocuparon Roma y, entre otras iglesias, derribaron la de San Mateo. Los agustinos irlandeses que la regentaban se pasaron con el cuadro a la próxima iglesia de San Eusebio y, de allí, a la de Santa María *in Posterula.* En el año 1855 tomaba el hábito de redentorista el joven Miguel Marchi. De niño había sido monaguillo en la casi extinta comunidad de

agustinos, custodios del cuadro que ignoraban. Pero un lego, fray Agustín Orsetti, muy viejo, que había conocido el culto y los milagros de la Virgen olvidada, decía con frecuencia al monaguillo: «Sábetelo bien, Miguelito. La Virgen de San Mateo la tenemos en el oratorio. No lo olvides [...] ¡Era muy milagrosa!». Y no lo olvidó. Enterado el superior general de los padres redentoristas, reverendísimo padre Nicolás Maurón, se presentó con el padre Marchi a Pío IX. Le refirió el caso del milagroso cuadro, su paradero, ser voluntad de la Virgen exponerla al culto entre San Juan de Letrán y Santa María la Mayor, término que coincidía precisamente con el solar de los redentoristas. Acogió Pío IX las súplicas y pocos días después, por billete escrito de propio puño, ordenó (11 de diciembre de 1865) al cardenal prefecto de la Propaganda gestionase la entrega del cuadro a los padres redentoristas. Así se hizo.

El día 26 de abril de 1866 recorrió el cuadro de nuevo las calles de Roma. Al año siguiente, como dijimos al principio, fue coronado por el Cabildo Vaticano. Desde entonces no ha cesado su devoción de recorrer aldeas y ciudades de las cinco partes del mundo con gran fruto espiritual de conversiones.

El cardenal Francisco Ehrle, SI, decía a un padre redentorista: «No hay Virgen romana más documentada que la Virgen del Perpetuo Socorro».

Descripción del cuadro.—Su tamaño es de 53 por 41,5 centímetros. Está pintado al temple y en nogal. Fue restaurado por el artista polaco Novodny en 1866. La Virgen viste túnica roja, *peplos* o manto azul marino con vueltas verdes y esclavina. El *quecrífalos,* redecilla o pañuelo verde, le recoge el cabello. El Niño viste túnica verde con cinturón púrpura y manto marrón claro. A la derecha de la figura San Miguel, túnica jacinto, manto y paño de honor verdes. A la izquierda, San Gabriel, túnica, manto y paño de honor jacinto. Todos los personajes nimbados. Los pliegues de los paños van acusados con reflejos de oro. El fondo es oro. Los personajes llevan sus nombres en abreviaturas griegas: Jesús-Cristo, Madre de Dios, el arcángel Miguel, el arcángel Gabriel. Los trazos sobre las letras son signos ortográficos y de abreviación.

Composición del cuadro.—No es una simple imagen o retrato de María. Es una escena, una especie de cuadro de género. Para

ello no basta que haya en la escena varios personajes. Es preciso que el pedazo de vida que allí se vive encadene y relacione a los personajes unos con otros, no con inscripciones o guiones, sino con el gesto, la mirada, el sentido. Es un momento simbólico de la vida de María. Su momento feliz es interrumpido por una visión terrible: la Pasión, cuyos instrumentos presentan los ángeles al Niño. Éste vuelve la mirada consternado hacia la aparición. Con el movimiento brusco de terror contrae el pie izquierdo y la sandalia se le desprende. Las manecitas se aferran al pulgar de la Madre. Por eso la llaman a veces los rusos la *Virgen del pulgar (Taletskaia Bojia Mater).* La mirada de la Virgen trasciende el cuadro y pasa al espectador.

Escuela y fecha.—La flexibilidad de la escena denota la presencia del realismo italiano. Sin embargo, la técnica es bizantina. Su dibujo es más rígido que el de sus contemporáneos italianos, tiene más de calco que de inspiración personal. No es un cuadro hecho en Italia como sus congéneres de Cimabue, Bernabé de Módena y Botticelli. Es un cuadro bizantino con influencias italianas. La isla de Creta era entonces colonia veneciana. Un ejemplar de nuestro cuadro está firmado por Andreas Rico de Candía (siglo XV). El nuestro parece más antiguo que sus similares esparcidos por Italia. Kondakof y Muratof, disintiendo a veces, convienen en la inspiración italiana y lo atribuyen a la escuela ruso-bizantina de Novgorod, entre los siglos XIV y XV. En Rusia las *Metsnaia ikona* (imágenes de asiento) o *Poklonnaia ikona* (imágenes grandes) estaban fijas en el Iconostasio. Las Vírgenes de la Pasión (nuestro cuadro) eran imágenes de la devoción íntima y se llamaban *Domovaia* (imagen doméstica) o *Molennaia ikona* (imagen pequeña).

Los papas han tenido siempre particular devoción al cuadro de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro. Pío IX lo regaló a los católicos de Zitomir (Rusia), que le pedían una de las Vírgenes más veneradas en Roma. León XIII se la dio a los misioneros de la Asunción que partían para Bulgaria. San Pío X la regaló a la emperatriz abisinia Taitú. Benedicto XV la tenía sobre su trono; para el 50 aniversario de la exposición al culto del prodigioso cuadro acuñó, a sus expensas, una medalla conmemorativa con su busto y la imagen del Perpetuo Socorro. Pío XI la puso

en el escudo de la misión pontificia para socorrer a los niños hambrientos de Rusia. Hoy se la considera como símbolo de enlace entre la Iglesia romana y las Iglesias orientales disidentes, para la unión. Es cosa menos que interminable enumerar las naciones y centros en que a la Virgen del Perpetuo Socorro se le tributa culto especial. Baste decir que se halla extendida su devoción por las cinco partes del mundo. Sólo destacaremos las formas más significativas de este culto.

Existe la Archicofradía de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, de la que Pío IX quiso ser el primer archicofrade, encabezando las listas. También lo fue Alfonso XIII, cuya curación, en una gripe infantil, se atribuyó a una estampa de la Virgen colocada en su cuna. La Archicofradía tiene una sección especial: la «Súplica perpetua», por la que los socios se comprometen a orar media hora todos los meses ante el cuadro. Está también en plena vitalidad la visita domiciliaria por medio de capillas portátiles. En muchos países extranjeros existe la novena perpetua, sobre todo en los pueblos anglosajones, originaria de los Estados Unidos, que celebra una función religiosa como de media hora un día a la semana, durante todo el año. Pero esa función se repite, como en San Luis (Estados Unidos), once veces por día, para dar entrada a las oleadas de devotos. Éstos, en la iglesia de Boston, no bajan de 20.000 el día semanal de la novena. El centro de Manila es asombroso. En Baclarán, barrio de la capital, se ha construido una iglesia con capacidad para 12.000 personas. En los días de novena perpetua el municipio organiza servicio especial de tranvías y autobuses, con un promedio de 60.000 asistentes en los siete ejercicios al día. El delegado apostólico, monseñor Panico, decía: «La Novena Perpetua es la gracia más grande que Dios ha dado a Filipinas después de su conversión al cristianismo». A estas novenas perpetuas asisten muchos no católicos. El padre Juan Herat, oblato de María Inmaculada, decía que, en su parroquia de Colombo, asistían los miércoles de la novena 30.000 personas entre católicos, hindúes, budistas, mahometanos, parsis y protestantes. Francia, Italia, Bélgica, Holanda, Alemania, Inglaterra la tienen en la mayor parte de sus iglesias. Son cientos de miles los lugares misionados adonde se ha llevado el cuadro y su devoción. Varios

cientos de miles suman los ejemplares de las revistas de su nombre. Los altares erigidos en su honor son innumerables. Un cronista extranjero contaba por el año 1916 unos 1.200 altares sólo en pueblos de Andalucía. En España, además de la devoción privada que todo español conoce, tiene esta Virgen el homenaje de instituciones públicas de que es ella patrona, así: Sanidad militar, Colegios médicos, Beneficencia municipal de Madrid, en el Ministerio de la Gobernación, Asociación Mutua de Socorros, el Seguro Español, Mutualidad de Peritos del Ministerio de Agricultura, Ministerio de Hacienda. En México y en las naciones de Centro y Sudamérica florece la devoción en prácticas piadosas y frutos de bendición, como en cualquier nación europea.

No basta la distancia remota de los pueblos para limitar su devoción. A principios de siglo unos misioneros austriacos, en misión rodante por el Transiberiano, llevaron el cuadro desde Moscú a Vladivostok. En África lo presentan al culto los misioneros del Alto Níger (franceses), del Congo (belgas), de África del Sur (ingleses). También en Oceanía los misioneros de Nueva Guinea. Siete catedrales de Australia y Nueva Zelanda celebran la Novena Perpetua. En Newcastle (Oceanía) cinco estaciones radiofónicas comerciales transmiten la Novena Perpetua. En 1948 el padre Henry, oblato de María Inmaculada, llevaba el cuadro al Polo Norte, a la península de Boothia.

Como se ve, esta devoción tiene un marcado carácter universalista, con un fruto abundante de conversiones.

RODRIGO BAYÓN, CSSR

Bibliografía

BRESCIANI, E., CSSR, *Cenni storici sull'antica Imagine della Madonna del Perpetuo Soccorso* (Roma 1866).
D'ORAZIO, B. - BUSCHI, E., CSSR, *La Madonna del Perpetuo Soccorso. Storia della sacra immagine e del suo culto nel mondo* (Verona 1953).
El Perpetuo Socorro. Revista mensual religiosa (Madrid 1899).
FREAN, W., CSSR, *Star of the Sea over Creta* (Sydney 1949).
HENZE, C. M., CSSR, *Mater de Perpetuo Succursu* (Roma 1926).
— *Ausführliche Gesch. des Muttergottesbildes der immerwahrenden Hilfe* (Roma 1939).
RAMOS, T., CSSR, *Nuestra Señora del Perpetuo Socorro* (Madrid [4]1952).
• Actualización:
SARABIA, R., *Novena del milagro a Nuestra Señora del Perpetuo Socorro* (Madrid [10]1978).
La Madonna del Perpetuo Soccorso. L'immagine, le grazie, le chiese (Isola del Liri 1998).

CALENDARIO ESPAÑOL

MEMORIAS QUE CELEBRAN LAS DIÓCESIS ESPAÑOLAS

Día 1	En Burgos y Tarazona, San Íñigo de Oña, abad.
	En Ciudad Real, Beato Fernando de Ayala, presbítero y mártir
Día 2	En Astorga, San Dictino, obispo.
	En Burgos, Calahorra-La Calzada-Logroño, San Juan de Ortega, presbítero.
	En Gerona, santos Germán, Paulino, Justo y Sicio, mártires
Día 3	En Asidonia-Jerez y Sevilla, San Juan Grande, religioso.
Día 5	En Córdoba, San Sancho, mártir.
Día 7	En Sevilla, santos Pedro, presbítero, y Wistremundo, monje, martires
	En Huelva, San Walabonso, mártir.
Día 9	En Tenerife, Beato José Anchieta, presbítero
Día 11	En Tortosa, Santa María Rosa Molas y Vallvé, virgen.
Día 12	En Salamanca y León, San Juan de Sahagún, presbítero
	En Guadix-Baza, San Fándila, presbítero y mártir.
Día 14	En Córdoba, santos Anastasio, presbítero, Félix y Digna, martires.
	En Sevilla y Asidonia-Jerez, Beato Diego José de Cádiz, presbítero.
Día 15	En Córdoba, Santa Benilde, mártir.
Día 16	En Burgos, santos Quirico y Julita, mártires.
	En Madrid, Santa María Micaela del Santísimo Sacramento, virgen.
Día 18	En Málaga, santos Ciriaco y Paula, mártires.
Día 19	En Zaragoza, San Lamberto, mártir.
Día 20	En Plasencia, Cartagena y Sevilla, Santa Florentina, virgen.
Día 21	En Barbastro-Monzón y Lleida, San Ramón de Roda, obispo.
Día 22	En Barcelona, San Paulino de Nola, obispo
Día 25	En Jaca, Santa Orosia, virgen y mártir
Día 26	En Tuy-Vigo, San Pelayo, martir.
	En Barbastro, Madrid, Pamplona, Tudela y Zaragoza, San Josemaría Escrivá de Balaguer, presbítero.
Día 27	En Córdoba y Palencia, San Zoilo, mártir.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

1. Santos y beatos

Aarón, San († s. IV), día 22, 547.
Abraham, San († ca.480), día 15, 394.
Adalberto, San († s. VIII), día 25, 591.
Adolfo de Osnabrück, San († 1224), día 30, 734.
Adolfo Ludigo Mkasa, San († 1886), día 3, 58-65.
Agustín Phan Viet Huy, San († 1839), día 13, 351.
Albano, San († s. III), día 22, 546-547.
Albina de Lyón, Sta. († 177), día 2, 47-52.
Aleidis, Sta. († 1250), día 11, 306-307.
Alejandro de Lyón, San († 177), día 2, 47-52.
Alejandro, San († 823), día 6, 148-149.
Alonso Navarrete, Bto. († 1617), día 1, 39-40.
Amando de Burdeos, San († 431), día 18, 469-470.
Ambrosio Kibuka, San († 1886), día 3, 58-65.
Amós, San († s. VIII a.C.), día 15, 367-375.
Ana de San Bartolomé, Bta. († 1626), día 7, 153-159.
Ana María Taïgi, Bta. († 1837), día 9, 234-241.
Anastasio de Córdoba, San († 853), día 14, 365-366.
Anatolio Kiriggwajjo, San († 1886), día 3, 58-65.
Andrés Caccioli, Bto. († 1254), día 3, 94.
Andrés Iscak, Bto. († 1941), día 26, 641.
Andrés Jacinto Longhin, Bto. († 1936), día 26, 642-643.
Andrés Tuong, San († 1862), día 16, 423-425.
Aníbal María de Francia, San († 1927), día 1, 29-37.
Antelmo de Belley, San († 1178), día 26, 638-639.
Antonia de Lyón, Sta. († 177), día 2, 47-52.
Antonio Constante Auriel, Bto. († 1794), día 16, 423.
Antonio de Padua, San († 1231), día 13, 333-341.
Antonio María Gianelli, San († 1846), día 7, 159-161.
Antonio Turner, Bto. († 1679), día 20, 511-512.
Antonio Zawistowski, Bto. († 1942), día 4, 114-115.
Apolonio de Lyón, San († 177), día 2, 47-52.
Aquiles Kiwanuka, San († 1886), día 3, 58-65.
Argimiro, San († 856), día 28, 683.
Arialdo, San († 1066), día 27, 661-662.
Aristeo de Lyón, San († 177), día 2, 47-52.
Asclibíades de Lyón, San († 177), día 2, 47-52.

Atalo de Lyón, San († 177), día 2, 47-52.
Aureliano de Arlés, San († 551), día 16, 421-422.
Ausona de Lyón, Sta. († 177), día 2, 47-52.
Aventino, San († 732), día 13, 350.

Baltasar de Torres, Bto. († 1626), día 20, 509-511.
Bárbara Cui Lianzhi, Sta. († 1900), día 15, 397.
Bardón de Maguncia, Bto. († 1051), día 11, 305-306.
Bartolomea Capitanio, Sta. († 1833), día 28, 679-683.
Basilio Velyckovskyj, Bto. († 1973), día 30, 738.
Benilde, Sta. († 853), día 15, 395.
Benón de Meissen, San († 1106), día 16, 398-403.
Bernabé, San (apóstol) († s. I), día 11, 262-270.
Bernardo de Menthon, San († 1081), día 15, 375-379.
Bertrando de Aquileya, Bto. († 1350), día 6, 149-150.
Besarión, San († s. IV), día 6, 148.
Biblis de Lyón, San († 177), día 2, 47-52.
Blandina de Lyón, Sta. († 177), día 2, 47-52.
Bogumilo de Gniezno, San († 1182) día 10, 244-247.
Bonifacio, San († 755), día 5, 115-122.
Bruno Seronuma, San († 1886), día 3, 58-65.

Calogero, San († s. V), día 18, 470.
Carlos Lwanga, San († 1886), día 3, 58-65.
Carlos Renato Collas du Bignon, Bto. († 1794), día 3, 95-96.
Casio de Narni, San († 558), día 29, 705.
Cecardo de Luni, San († 860), día 16, 422.
Ciriaco, San († s. IV), día 18, 468-469.
Cirilo de Alejandría, San († 444), día 27, 643-649.
Clotilde, Sta. († 545), día 3, 91.
Coemgeno, San († 618), día 3, 92.
Colmán, San († s. VI), día 7, 171.
Columba, San († 597), día 9, 217-225.
Columcille: cf. Columba, San.
Commino de Lyón, San († 177), día 2, 47-52.
Cornelio de Lyón, San († 177), día 2, 47-52.
Cuarcia de Lyón, Sta. († 177), día 2, 47-52.

Dermicio O'Hurley, Bto. († 1584), día 20, 501-506.
Dictino, San († ca.420), día 2, 792-794.
Diego José Oddi, Bto. († 1919), día 3, 97.
Digna de Córdoba, Sta. († 853), día 14, 365-366.
Domingo Henares, Sto. († 1838), día 25, 587-590.
Domingo Huyen, Sto. († 1862), día 5, 127.
Domingo Mao, Sto. († 1862), día 16, 423-425.
Domingo Nguyen, Sto. († 1862), día 16, 423-425.
Domingo Nhi, Sto. († 1862), día 16, 423-425.
Domingo Ninh, Sto. († 1862), día 2, 56-57.
Domingo Toai, Sto. († 1862), día 5, 127.
Domna de Lyón, Sta. († 177), día 2, 47-52.

Dorotea de Montau, Bta. († 1394), día 25, 595.

Ediltrudis, Sta. († 679), día 23, 563-564.
Eduardo Poppe, Bto. († 1924), día 10, 252-258.
Efrén Siro, San (ca.373), día 9, 211-217.
Eliseo, San (s. IX VIII a.C.), día 14, 352-361.
Emilia de Lyón, Sta. († 177), día 2, 47-52.
Emilia de Lyón (otra), Sta. († 177), día 2, 47-52.
Emma, Sta. († 1045), día 29, 705.
Enrique de Balzano, Bto. († 1315), día 10, 260.
Erentrudis de Nonnberg, Sta. († 718), día 30, 732.
Eskil, San († 1080), día 12, 328-329.
Estanislao Starowieyski, Bto. († 1941), día 4, 114-115.
Eugenio I (papa), San († 657), día 2, 52-53.
Eulogio de Alejandría, San († 607), día 13, 348-349.
Eusebio de Samosata, San († 379), día 22, 547-548.

Fándila, San († 853), día 13, 341-345.
Felipe Papon, Bto († 1794), día 17, 447-449.
Felipe Powell, Bto. († 1646), día 30, 734-735.
Felipe Smaldone, Bto († 1923), día 4, 107-111.
Félix de Córdoba, San († 853), día 14, 365-366.
Fernando de San José Ayala, Bto. († 1617), día 1, 39-40.
Filomeno de Lyón, San († 177), día 2, 47-52.
Flavio Clemente, San († 96), día 22, 546.
Florida Cevoli, Bta. († 1767), día 12, 330-331.
Fortunato de Nápoles, San († s. IV), día 14, 364-365.
Francisca Lanel, Bta. († 1794), día 26, 608-614.
Francisco Caracciolo, San († 1608) día 4, 98-106.
Francisco Ingleby, Bto. († 1586), día 3, 95.
Francisco Pacheco, Bto. († 1626), día 20, 509-511.
Franco, San († 1270), día 5, 126.

Gaspar Bertoni, San († 1853), día 12, 309-316.
Gaspar Sadamatsu, Bto. († 1626), día 20, 509-511.
Geminiano de Lyón, San († 177), día 2, 47-52.
Gemino de Lyón, San († 177), día 2, 47-52.
Gerardo de Claraval, Bto. († 1138), día 13, 350-351.
Gerlando, Bto. († 1279), día 19, 487.
Germán de Gerona, San († s. IV), día 2, 789-790.
Germana Cousin, Sta. († 1601), día 15, 380-385.
Gervasio, San († s. II), día 19, 486-487.
Gobán, San († 670), día 20, 506.
Grata de Lyón, Sta. († 177), día 2, 47-52.
Gregorio Barbarigo, San († 1697), día 18, 459-467.
Gualterio, San († s. XIII), día 4, 112-113.
Gualterio Pierson, Bto. († 1537), día 10, 260-261.
Guido de Cortona, Bto. († 1245), día 12, 329.

Guillermo Exmew, Bto. († 1535), día 19, 488.
Guillermo Fitzherbert, San († 1154), día 8, 182-189.
Guillermo Greenwood, Bto. († 1537), día 6, 151.
Guillermo Harcourt, Bto. († 1679), día 20, 511-512.
Guillermo, San († 1142), día 25, 592-593.
Gyavira, San († 1886), día 3, 58-65.

Habencio, San († 851), día 7, 172.
Heimerado, San († 1019), día 28, 684.
Helpis de Lyón, San († 177), día 2, 47-52.
Hipacio, San († 446), día 17, 446.
Hosanna Andreasi, Bta. († 1505), día 18, 455-459.
Hunfredo Middlemore, Bto. († 1535), día 19, 488.

Inocencio Guz, Bto. († 1940), día 6, 152-153.
Inocencio V (papa), Bto. († 1276), día 22, 549-550.
Íñigo, San († 1068), día 1, 10-17.
Ireneo de Lyón, San († 202), día 28, 663-669.
Isaac de Córdoba, San († 851), día 3, 92-93.
Isabel de Schonau, Sta. († 1165), día 18, 450-455.
Isfrido, San († 1204), día 15, 395.
Isto de Lyón, San († 177), día 2, 47-52.
Itamar de Rochester, San († ca.656), día 10, 259.

Jamnica de Lyón, Sta. († 177), día 2, 47-52.
Jenaro María Sarnelli, Bto. († 1744), día 30, 719-731.
Jeremías de Córdoba, San († 851), día 7, 172.
Joaquín Senkivskyj, Bto. († 1941), día 28, 686.
José Cafasso, San († 1860), día 23, 552-557.
José de Anchieta, Bto. († 1597), día 9, 225-234.
José Imbert, Bto. († 1794), día 9, 242-243.
José Isabel Flores, San († 1927), día 21, 527-528.
José Ma Taishun, San († 1900), día 26, 640.
José María Robles, San († 1927), día 26, 614-623.
José Tuc, San († 1862), día 1, 41-42.
José Yuan Zaide, San († 1817), día 24, 579-580.
Josemaría Escrivá de Balaguer, San († 1975), día 26, 623-637
Juan Bautista Scalabrini, Bto. († 1905), día 1, 24-29.
Juan Bautista Vernoy de Montjournal, Bto. († 1794), día 1, 41.
Juan Bautista Wu Mantang, San († 1900), día 29, 705-706.
Juan Bautista Zola, Bto. († 1626), día 20, 509-511.
Juan Bautista, San, día 24, 567-574.
Juan Davy, Bto. († 1537), día 8, 208-209.
Juan de Castro Chinon, San († s. VI), día 27, 660.
Juan de España, Bto. († 1160), día 25, 593-594.
Juan de Matera, San († 1139), día 20, 491-493.
Juan de Ortega, San († 1163), día 2, 790-791.
Juan de Sahagún, San († 1479), día 11, 270-277.
Juan Dominici, Bto. († 1420), día 10, 247-251.

Juan Fenwich, Bto († 1679), día 20, 511-512.
Juan Fisher, San († 1535), día 22, 533-537
Juan Gavan, Bto. († 1679), dia 20, 511-512
Juan Grande, San († 1600), día 3, 65-75
Juan Kisaku, Bto. († 1626), día 20, 509-511.
Juan Pelingotto, Bto († 1304), día 1, 17-24.
Juan Rigby, San († 1600), día 21, 525-526.
Juan Southworth, San († 1654), día 28, 673-678.
Juan Storey, Bto († 1571), día 1, 37-39.
Juan XXIII (papa), Bto. († 1963), día 3, 75-91.
Juan, San († s IV), día 26, 596-602.
Juana Gérard, Bta († 1794), día 26, 608-614
Julia de Lyón, Sta († 177), día 2, 47-52.
Julia de Lyón (otra), Sta († 177), día 2, 47-52.
Juliana Falconieri, Sta. († 1341), día 19, 482-486.
Julio de Lyón, San († 177), día 2, 47-52.
Julio, San († s. IV), día 22, 547.
Julita, Sta. († 304), día 16, 421.
Justa de Lyón, Sta. († 177), día 2, 47-52.
Justino, San († 166), día 1, 4-10.
Justo de Gerona, San († s. IV), día 2, 789-790.

Kizito, San († 1886), día 3, 58-65.

Ladislao de Hungría, San († 1095), día 30, 710-714.
Lamberto, San († s. VIII), día 19, 478-482.
Landerico de París, San († ca.660), día 10, 259.
León III (papa), San († 816), día 12, 327-328.
León Tanaka, Bto. († 1617), día 1, 39-40
Leutfrido, San († 738), día 21, 524.
Lorenzo de Villamagna, Bto. († 1535), día 6, 150-151.
Lorenzo María de San Francisco Javier Salvi, Bto. († 1856), día 12, 316-320.
Lucas Banabakintu, San († 1886), día 3, 58-65
Lucas Vu Van Loan, San († 1840), día 5, 127.
Lucía Wang Cheng, Sta. († 1900), día 28, 685.
Luis Gonzaga, San († 1591), día 21, 513-519.
Luis María Palazzolo, Bto. († 1886), día 15, 385-394.
Luisa Teresa Montaignac de Chauvance, Bta. († 1885), día 27, 654-658.
Lutgarda de Auwières, Sta. († 1246), día 16, 403-412.

Macario de Lyón, San († 177), día 2, 47-52.
Magdalena Du Fengju, Sta. († 1900), día 29, 706.
Marcelino Champagnat, San († 1840), día 6, 136-142.
Marcelino, San († ca.304), día 2, 43-46.
Margarita Ball, Bta. († 1584), día 20, 507-508
Margarita Bays, Bta. († 1879), día 27, 649-654
Margarita Ebner, Bta. († 1351), día 20, 507.

María Cándida de la Eucaristía Barba, Bta. († 1949), día 12, 331-332.
María de Oignies, Bta. († 1213), día 23, 564.
María del Corazón de Jesús Schininà, Bta. († 1910), día 11, 292-304.
María del Divino Corazón Droste zu Vischering, Bta. († 1899), día 8, 195-199.
María Du Tianshi, Sta. († 1900), día 29, 706.
María Du Zhaozhi, Sta. († 1900), día 28, 685-686.
María Fan Kun, Sta. († 1900), día 28, 685.
María Guadalupe García Zavala, Bta. († 1963), día 24, 574-578.
María Lhuillier, Bta. († 1794), día 22, 550-551.
María Magdalena Fontaine, Bta. († 1794), día 26, 608-614.
María Qi Yu, Sta. († 1900), día 28, 685.
María Rafaela (Santina) Cimatti, Bta. († 1945), día 23, 557-563.
María Rosa de los Dolores Molas, Sta. († 1876), día 11, 277-288.
María Teresa Chiramel Mankidiyan, Bta. († 1926) día 8, 199-208.
María Teresa de Soubiran, Bta. († 1889), día 7, 161-171.
María Teresa Scherer, Bta. († 1888), día 16, 412-420.
María Zheng Xu, Sta. († 1900), día 28, 685.
Mariana Biernacka, Bta. († 1943), día 13, 345-348.
Mártires de Lyón, Stos. († 177), día 2, 47-52.
Mártires de Uganda, Stos. († 1886), día 3, 58-65.
Materna de Lyón, Sta. († 177), día 2, 47-52.
Maturo de Lyón, San († 177), día 2, 47-52.
Máximo de Nápoles, San († s. IV), día 11, 304-305.
Mbaya Tuzinde, San († 1886), día 3, 58-65.
Medardo, San († 560), día 8, 174-181.
Mercedes María de Jesús Molina, Bta. († 1883), día 12, 320-326.
Metodio de Constantinopla, San († 847), día 14, 361-364.
Metrófanes, San († 325), día 4, 111-112.
Meveno, San († s. VI), día 21, 524.
Mgagga, San († 1886), día 3, 58-65.
Miguel Tozo, Bto. († 1626), día 20, 509-511.
Miguelina Metelli, Bta. († 1356), día 19, 487.
Modesto Andlauer, San († 1900), día 19, 489-490.
Morando, San († 1113), día 3, 93.
Mukasa Kiriwanvu, San († 1886), día 3, 58-65.

Nicéforo de Constantinopla, San († 829), día 2, 53-55.
Nicetas de Remesiana, San († 414), día 22, 548.
Nicolás Bui Duc The, San († 1839), día 13, 351.
Nicolás de Gesturi, Bto. (Juan A. S. Medda) († 1958), día 8, 210.
Nicolás Konrad, Bto. († 1941), día 26, 640-641.
Norberto, San († 1134), día 6, 129-136.

Octubre de Lyón, San († 177), día 2, 47-52.
Onofre, San († 400), día 12, 326.
Optato de Milevi, San († 387) día 4, 112.

Orosia de Jaca, Sta. († 714), día 25, 590-591.
Otón de Bamberg, San († 1139), día 30, 714-719.

Pablo (apóstol), San († 67), día 29, 696-704.
Pablo Burali, Bto. († 1578), día 17, 438-445.
Pablo I (papa), San († 767), día 28, 669-673.
Pablo Kinsuke, Bto. († 1626), día 20, 509-511.
Pablo Wu Juan, San († 1900), día 29, 705-706.
Pablo Wu Wanshu, San († 1900), día 29, 705-706.
Pablo, San († s. IV), día 26, 596-602.
Pacífico Ramati, Bto. († 1482), día 4, 113.
Parisio, San († 1267), día 11, 307-308.
Paula Frassinetti, Sta. († 1882), día 11, 288-291.
Paula, Sta. († s. IV), día 18, 468-469.
Paulino de Gerona, San († s. IV), día 2, 789-790.
Paulino de Nola, San († 431), día 22, 528-533.
Pedro, San († ca.304), día 2, 43-46.
Pedro (apóstol), San († 67), día 29, 687-696.
Pedro Da, San († 1862), día 17, 449.
Pedro de Écija, San († 851), día 7, 172.
Pedro Dong, San († 1862), día 3, 96.
Pedro Dung, San († 1862), día 6, 151-152.
Pedro Gambacorta, Bto. († 1435), día 17, 429-438.
Pedro Li Quanhui, San († 1900), día 30, 736-737.
Pedro Rinsei, Bto. († 1626), día 20, 509-511.
Pedro Santiago de Pésaro, Bto. († 1496), día 23, 564-565.
Pedro Snow, Bto. († 1598), día 15, 396.
Pedro Thuan, San († 1862), día 6, 151-152.
Pelayo, San († 925), día 26, 602-608.
Plácido, Bto. († 1248), día 12, 329-330.
Pompeya de Lyón, Sta. († 177), día 2, 47-52.
Pompeya de Lyón (otra), Sta. († 177), día 2, 47-52.
Póntico de Lyón, San († 177), día 2, 47-52.
Potamia de Lyón, Sta. († 177), día 2, 47-52.
Potino de Lyón, San († 177), día 2, 47-52.
Primo de Lyón, San († 177), día 2, 47-52.
Próspero de Aquitania, San († 463), día 25, 581-587.
Protasio, San († s. II), día 19, 486-487.
Protomártires de la Iglesia Romana, Stos. († 64-67), día 30, 707-710.

Quirico, San († 304), día 16, 421.

Radulfo, San († 866), día 21, 525.
Rafael Guízar Valencia, Bto. († 1938), día 6, 143-148.
Ragneberto, San († 680), día 13, 349.
Raimundo Li Quanzhen, San († 1900), día 30, 736-737.
Raimundo Petiniaud de Jourgnac, Bto. († 1794), día 26, 639-640.
Rainerio de Pisa, San († 1160), día 17, 446-447.

Ramón de Roda, San († 1126), día 21, 520-524.
Remberto, San († 888), día 11, 305
Remigio Isoré, San († 1900), día 19, 489-490.
Ricardo de Andria, San († s. XII), día 9, 241.
Roberto de Newminster, San († 1159) día 7, 173.
Roberto Salt, Bto. († 1537), día 9, 242.
Rodana de Lyón, Sta. († 177), día 2, 47-52.
Rodolfo Grimston, Bto. († 1598), día 15, 396.
Romualdo, San († 1027), día 19, 471-477.
Rumoldo, San († 775), día 24, 579.

Sabiniano, San († 851), día 7, 172
Sadoc, Bto. († 1260), día 2, 55-56.
Salomón, San († 874), día 25, 591-592.
Sancho, San († 851), día 5, 122-126.
Sansón el Hospitalario, San († 560), día 27, 659-660.
Santiago Berthieu, Bto. († 1896), día 8, 189-195.
Santiago Buzabaliao, San († 1886), día 3, 58-65.
Santiago Morelle Dupas, Bto. († 1794), día 21, 526-527.
Santos de Lyón, San († 177), día 2, 47-52.
Sebastián Newgate, Bto. († 1535), día 19, 488.
Severiano Baranyk, Bto. († 1941), día 28, 686.
Sicio de Gerona, San († s. IV), día 2, 789-790.
Silvio de Lyon, San († 177), día 2, 47-52.
Simplicio de Autún, San († 375), día 24, 578-579.
Teobaldo, Bto. († 1150), día 1, 37.
Teobaldo, San († 1066), día 30, 732-733.
Teodgaro, San († 1065), día 24, 579.
Teresa de Portugal, Sta. († 1250), día 17, 426-429.
Teresa Fantou, Bta. († 1794), día 26, 608-614
Tito de Lyón, San († 177), día 2, 47-52
Tomás Garnet, Sto. († 1608), día 23, 565-566.
Tomás Green, Bto. († 1537), día 10, 260-261.
Tomás Moro, Sto. († 1535), día 22, 537-546.
Tomás Reding, Bto. († 1537), día 16, 422.
Tomás Scryven, Bto. († 1537), día 15, 396.
Tomás Toan, Sto. († 1840), día 27, 662.
Tomás Whitbread, Bto. († 1679), día 20, 511-512.
Tomás Woodhouse, Bto. († 1573), día 19, 488-489.
Trófima de Lyón, Sta. († 177), día 2, 47-52.

Ulpio de Lyón, San († 177), día 2, 47-52.

Vecio Epagato de Lyón, San († 177), día 2, 47-52.
Vicenta Gerosa, Sta († 1847), día 28, 679-683.
Vicente Do Yen, San († 1838), día 30, 735-736.
Vicente Duong, San († 1862), día 6, 151-152.
Vicente Kaun, Bto. († 1626), día 20, 509-511

Vicente Tuong, San († 1862), día 16, 423-425.
Vigilio de Trento, San († 405), día 26, 637-638.
Violante de Polonia, Bta. († 1298), día 11, 308-309.
Vital de Lyón, San († 177), día 2, 47-52.
Vladimiro Pryjma, Bto. († 1941), día 26, 640-641.

Walabonso, San († 851), día 7, 172.
Wistremundo, San († 851), día 7, 172.

Zacarías de Lyón, San († 177), día 2, 47-52.
Zenón Kovalyk, Bto. († 1941), día 30, 737.
Zoilo de Córdoba, San († 303), día 27, 658-659.
Zósimo de Lyón, San († 177), día 2, 47-52.
Zótico de Lyón, San († 177), día 2, 47-52.

2. **Colaboradores**

Arnaldich, L. 262-270 333-341.

Bayón, R. 795-800.
Blajot, J. 533-537.
Breydy, M. 211-217.

Cantero Cuadrado, P. 687-695.
Capánaga, V. 270-276.
Carro Celada, J. A. 24-29 455-459 673-678.
Castán Lacoma, L. 696-704.
Chico González, P. 199-208 320-326 649-654.
Cortés, H. 136-142.
Díaz Fernández, J. M. 309-315 587-590 707-710.
Díez O'Neill, J. L. 513-519.

Echeverría, L. de 58-65 375-379 478-482.

Ferri Chulio, A. de S. 189-195 602-608 710-714.
Flores Arcas, J. J. 159-161 450-455 491-493.

Gago, J. L. 247-251.
González Chaves, A. J. 277-287 623-637 739-752.
González Rodríguez, M.ª E. 292-304 719-731.
Greenstock, D. L. 493-501.
Gregorio de Jesús Crucificado 153-158.
Güell, D. 783-787.

Krynen, J. 380-385.

Langa, P. 161-170 412-420 429-437.
Lizcano, M. 537-545.
Llabrés y Martorell, P.-J. 107-111 316-320 520-523.
Llorca, B. 115-122 471-477 482-486 528-533 581-587.
López Ortiz, J. 663-669

Mañas, R. L. M.ª 753-768.
Martín Abad, J. 252-258 459-467 614-623.
Muñoz Alonso, A. 4-10.

Núñez Uribe, F. 17-23 557-563 714-719.

Oñatibia, I. 596-602.
Ordóñez, V. 10-17.
Ortega, J. L. 75-90.

Peraire Ferrer, J. 225-234 385-394 654-658.
Pérez Suárez, L. M. 29-36 182-188 217-225 244-247 398-403 403-412 769-782.
Portero, L. 234-241.

Repetto Betes, J. L. 37-42 52-57 65-74 91-97 111-115 122-126 126-128 148-153 171-173 195-199 208-210 241-243 259-261 304-309 326-332 345-348 348-352 364-366 394-397 421-425 446-449 468-470 486-490 501-506 506-512 524-528 546-551 563-566 574-578 578-580 590-595 608-614 637-643 658-662 683-686 705-706 732-738 789-790 790-791.
Riber, L. 47-52.
Rodríguez, J. V. 288-291 341-344 669-673.
Rullán Ferrer, P. A. 438-445.

Sánchez Aliseda, C. 98-106 174-181.
Sánchez Vaquero, J. 643-648.
Sanz Burata, L. 679-682.
Sendín Blázquez, J. 43-46 361-364 426-429.

Usseglio, G. 552-557.

Velado Graña, B. 143-147 352-361 367-375 792-794.

Yzurdiaga Lorca, F. 129-136 567-574.

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR ESTE VOLUMEN DE «AÑO CRISTIANO. JUNIO», DE LA BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS, EL DÍA 29 DE JUNIO DEL AÑO 2004, FESTIVIDAD DE SAN PEDRO Y SAN PABLO, APÓSTOLES, EN LOS TALLERES DE SOCIEDAD ANÓNIMA DE FOTOCOMPOSICIÓN, TALISIO, 9. MADRID

LAUS DEO VIRGINIQUE MATRI

AÑO CRISTIANO

VII

Julio

COORDINADORES
Lamberto de Echeverría (†)
Bernardino Llorca (†)
José Luis Repetto Betes

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS
MADRID • 2005

Ilustración de portada: *Juicio final* (detalle), Fra Angelico.

Guardas: *El juicio universal* (detalle), Giovanni di Paolo.

Diseño: BAC

© Biblioteca de Autores Cristianos
Don Ramón de la Cruz, 57, Madrid 2005
Depósito legal: M. 51.998-2002
ISBN: 84-7914-629-X (Obra completa)
ISBN: 84-7914-763-6 (Tomo VII)
Impreso en España. Printed in Spain.

ÍNDICE GENERAL

Págs.

COLABORADORES IX
PRESENTACIÓN XI
NOTA INTRODUCTORIA XV
Santoral de julio (martirologio, biografías extensas y biografías breves) 3-1022
APÉNDICE 1023
CALENDARIO ESPAÑOL: MEMORIAS QUE CELEBRAN LAS DIÓCESIS ESPAÑOLAS 1047
ÍNDICE ONOMÁSTICO 1051

COLABORADORES

A) Biografías extensas

Aguilera, César, SchP
Alonso Schökel, Luis, SI
Arnaldich, Luis, OFM
Arteche, José de
Barranquero Orrego, Jesús María
Bau, Calasanz, SchP
Bejarano, Virgilio
Carro Celada, José Antonio
Cid, Emilio, CM
Colombás, García María, OSB
Colunga, Alberto, OP
Chico González, Pedro, FSC
Díaz Fernández, José María
Echeverría, Lamberto de
Ferri Chulio, Andrés de Sales
Flores Arcas, Juan Javier, OSB (Silos)
García Cordero, Maximiliano, OP
García-Villoslada, Ricardo, SI
González Chaves, Alberto José
González Rodríguez, María Encarnación
Güell, Dolores
Guim Castro, Ladislao, OFM
Hervás Benet, Juan
Iriarte de Aspurz, Lázaro, OFM Cap
Langa, Pedro, OSA
López Melús, Rafael María, O.Carm
Luca de Tena y de Brunet, María Luisa
Llabrés y Martorell, Pere-Joan
Llorca, Bernardino, SI
María H. de la Santa Faz, OP
Martín Abad, Joaquín
Martins, Mario, SI
Mary G. Santa Eulalia
Meseguer, Juan, OFM
Molina Piñedo, Ramón, OSB (Leyre)
Núñez Uribe, Félix
Olivar, Alejandro, OSB
Ortiz Muñoz, Antonio

PASCUAL, Augusto, OSB (Leyre)
PERAIRE FERRER, Jacinto
PÉREZ ARRUGA, Luis, OP
PÉREZ LOZANO, José María
PÉREZ SUÁREZ, Luis M., OSB (Leyre)
PRADO, Germán, OSB
REPETTO BETES, José Luis
ROBRES LLUCH, Ramón
RODRÍGUEZ, José Vicente, OCD
SÁNCHEZ ALISEDA, Casimiro
SANTOS OTERO, Aurelio de
SANZ BURATA, Luis
SENDÍN BLÁZQUEZ, José
SETIÉN, José María
VARGAS UGARTE, Ramón
VELADO GRAÑA, Bernardo
VIZCARRA Y ARANA, Zacarías de
YZURDIAGA LORCA, Fermín
ZURBANO, Francisco, SI

B) BIOGRAFÍAS BREVES

REPETTO BETES, José Luis

PRESENTACIÓN

Tras largos años de total *agotamiento editorial* vuelve ahora felizmente al catálogo de la BAC una obra que ocupaba en él un puesto relevante y que fue, durante décadas, alimento espiritual seguro y sabroso para infinidad de lectores: el AÑO CRISTIANO.

Quede, ante todo, constancia de la satisfacción con que la BAC devuelve al público lector —y en cierto modo a toda la Iglesia de habla española— esta obra preciada que tanto se echaba de menos y que nos era requerida con insistencia por muchos lectores y amigos. Larga ha sido la espera. Pero la BAC se complace ahora en relanzar un AÑO CRISTIANO compuesto y acicalado como lo piden las circunstancias eclesiales y articulado en doce volúmenes que irán apareciendo sucesivamente y que ofrecerán al lector la variedad y la riqueza del entero santoral de la Iglesia católica.

Las razones del dilatado eclipse que ha sufrido el AÑO CRISTIANO a pesar de su notorio éxito editorial de antaño son pocas y escuetas. Y muy fáciles tanto de explicar cuanto de entender.

El proceso de aceleración en canonizaciones y beatificaciones que ha experimentado la Iglesia después del Vaticano II —y muy singularmente en el pontificado del Papa Wojtyla— obligaba obviamente a complementar, corregir y ajustar el venturoso descalabro que el tiempo iba originando en los bosques y jardines de la hagiografía cristiana del pasado. Se imponían una poda y una plantación de renuevos cuya envergadura queda ahora patente en el estirón —de cuatro a doce— que ha experimentado este AÑO CRISTIANO.

Semejante tarea de revisión y actualización la hubiera emprendido la BAC. Era su obligación y su deseo. Pero su efecto habría sido precario. El pontificado de Juan Pablo II estaba ya demostrando con creciente evidencia que la santidad cristiana es una realidad de cada día y de cada latitud; que, por consiguiente, el martirologio o santoral, lejos de ser memoria fosili-

zada, es un caudal fresco y abundante que riega generosamente el hoy de la Iglesia. ¿Cómo intentar la actualización de algo que cambia y crece sin cesar?

Por otra parte, es sabido que el Concilio Vaticano II, en su constitución *Sacrosanctum Concilium,* ordenó la revisión y adaptación de todos los libros litúrgicos. El mandato alcanzaba también al Martirologio o Santoral, libro litúrgico de pleno derecho y de peculiar significación y complejidad dadas sus implicaciones históricas que requerían estudios críticos minuciosos y especializados. La tarea de su revisión podía resultar dilatada. ¿Cómo arriesgarse como editorial responsable a componer un AÑO CRISTIANO sin contar con la referencia obligada del Martirologio romano ya autorizadamente puesto al día? ¿No había que sacrificar las prisas editoriales o comerciales a la firmeza histórica y a la seguridad doctrinal que ofreciera la edición posconciliar? ¿No era ésa la mejor forma de servir a los intereses de los lectores?

El proceso de reforma y adaptación del martirologio romano ha durado desde 1966 hasta 2001, año en que apareció finalmente la llamada «edición típica». Una espera que ha otorgado al Martirologio romano una mayor credibilidad histórica, un orden hagiográfico más acorde con la doctrina y las reformas derivadas del Vaticano II y, en consecuencia, mayor fiabilidad para la vida litúrgica y la piedad cristiana.

Contando ya con la pauta insoslayable del martirologio reformado y renovado, se imponía ponerlo cuanto antes al servicio de los lectores y usuarios de habla castellana, tanto en España como en Hispanoamérica. Es un reto que la BAC ha asumido con responsabilidad editorial y que trata ya de cumplir con prontitud y rigor.

Estoy seguro de que nuestros lectores compartirán con la BAC la impresión de que la larga y obligada espera que ha tenido que observar nuestro AÑO CRISTIANO no le priva de sentido ni de oportunidad. Todo lo contrario. El momento presente, con sus grandezas y miserias, con sus luces y sombras en la parcela de lo religioso, hace especialmente atinada la publicación de un santoral serio y documentado de la Iglesia católica.

Son tiempos, los nuestros, de secularización que quiere decir, lisa y llanamente, de descristianización. A su sombra, las verdades de la fe y los juicios de la moral cristiana pierden vigencia y hasta significado. Algo que ocurre también en el terreno de la hagiografía. No es que haya desaparecido el culto a los santos, pero sí se ha nublado en buena parte su relevancia para la vida cristiana. Con la ignorancia ha sobrevenido la confusión. La cantera del santoral para dar nombres de pila a las personas está en declive. El conocimiento de las vidas de los santos se ha reducido hasta confundirlos con héroes o dioses de los martirologios paganos. Se ha acentuado, aun entre los que se profesan devotos de advocaciones concretas, la brumosidad de los contornos y de los conceptos.

En paralelo con el desconocimiento correcto de las hagiografías, han proliferado las supersticiones y las desviaciones de lo que debería ser una auténtica veneración de los santos. Se observa una notoria reducción de la piedad al utilitarismo. A los santos se los mete cada vez más en la zambra de los videntes, los adivinos, las cartas, la superchería y las voces de ultratumba. Ahora hay santorales para agnósticos y santorales de puro humor a costa de los santos que pueden alcanzar cotas notables de acidez o de impiedad. ¿No es el caso, nada infrecuente, de anuncios y montajes publicitarios a cargo del santoral y al servicio de cualquier producto en el mercado?

El servicio que la BAC pretende prestar con este renovado AÑO CRISTIANO a sus lectores y a la Iglesia tiene perfiles muy precisos.

Principalmente, la mejora de los recursos didácticos para una sabia y atinada catequesis. Los santos, sus vidas y ejemplos, son fuente inagotable para la educación cristiana. No es su utilidad terapéutica o milagrera lo que de ellos nos interesa, sino la enseñanza cristiana que se deriva de sus virtudes y conductas como testigos de Jesucristo, como reflejos de su vida y como *caminos* que nos llevan al *Camino* por excelencia, que es Él.

Este AÑO CRISTIANO no pretende, por tanto, fomentar la *santería* en detrimento de la *cristería,* dicho en términos populares. Muy al contrario, es una contribución a la *Cristología* a través de la *hagiografía.*

Algunos pastores y pastoralistas han alertado sobre el peligro de que el culto a tantos santos y beatos, la proliferación de tantas devociones particulares, pudiera difuminar, como *efecto colateral,* el aprecio central e irremplazable de Jesucristo. Sería aquello de que los árboles no dejaran ver el bosque.

Ni el peligro ni la advertencia son sólo de hoy. Léanse si no las constituciones conciliares *Lumen gentium* y *Sacrosanctum Concilium.* También la introducción que figura en la edición típica del Martirologio romano.

En cualquier caso, la BAC pone ahora en circulación esta nueva edición de su AÑO CRISTIANO como homenaje a Jesucristo cumbre de la santidad y modelo de todos los santos y beatos que la Iglesia ha reconocido a lo largo de los siglos como seguidores e imitadores del Maestro. «Por la hagiografía al Cristocentrismo» podría ser el lema de ese propósito editorial.

Perfiladas las circunstancias y las intenciones de esta obra, nada he de decir sobre su articulación, ni sobre los criterios metodológicos o redaccionales que se han seguido en su elaboración. Tanto estos como otros particulares técnicos que ayudarán en su utilización figuran en la *nota introductoria* preparada por el coordinador de la edición.

Con laudes o elevaciones solían cerrar sus páginas los santorales antiguos. La BAC se suma al amén, así sea, que venía después. Y se permitirá a la vez (no podía ser de otra manera) confiar el buen fruto de esta obra a la intercesión de todos los santos y beatos que —sin distinción de grado, sexo o condición— poblarán las páginas de este AÑO CRISTIANO renacido en los umbrales todavía del tercer milenio.

JOAQUÍN L. ORTEGA
Director de la BAC

NOTA INTRODUCTORIA

Definido el propósito de reeditar el AÑO CRISTIANO, empezamos por fijar criterios que sirvieran de guía para la nueva edición, y que ahora exponemos para información del lector y facilidad de su uso.

En primer lugar se fijó el criterio de que, con muy escasas excepciones, se reeditaría todo el conjunto de artículos que componía la segunda edición, la de 1966. Su texto no ha sufrido revisión ni variación. Va tal cual lo escribieron en su tiempo los diferentes y acreditados autores que lo firman. En el fondo no han tenido más añadidura que la referencia a la canonización de aquellos santos que entonces eran solamente beatos. Y esas excepciones son sobre todo las debidas a las variaciones introducidas por el nuevo Misal de Pablo VI, de 1969, que tiene algunos cambios en la denominación de fiestas, como la del 1 de enero, o en el santoral.

Pero no se quería simplemente reeditar, sino que se quería también completar y poner al día. Para completar, hemos añadido santos o beatos importantes anteriores a las últimas canonizaciones y beatificaciones y que en su día no se biografiaron en las primeras ediciones. Para poner al día, hemos añadido los nombres de muchos santos y beatos que en estos últimos tiempos han sido declarados tales por la Iglesia, y cuyo número, como es bien sabido, es grande.

Nos pareció que saldría una obra demasiado abultada si a cada uno de todos estos santos o beatos les señalábamos una nota biográfica de la misma extensión que las de las ediciones anteriores. Y para evitar ese tamaño demasiado crecido pero para no pasarlos tampoco en silencio hemos dividido las biografías en *extensas* y en *breves*. El criterio seguido para asignar a un santo o beato una biografía extensa o breve ha sido el de su importancia en el santoral: por ser más o menos conocido, por ser significativo de un tiempo o una situación, o por ser intere-

sante al público de habla hispana, o por ser fundador o fundadora de una comunidad religiosa, a todos los cuales fundadores o fundadoras hemos tomado el criterio de dedicar una biografía extensa. Y naturalmente hemos tenido en cuenta el cada día mayor santoral de las iglesias iberoamericanas.

Hemos añadido también artículos referentes a los tiempos litúrgicos, p. ej. *Cuaresma,* ya que son parte importante y vital de lo que se llama el año cristiano.

Y hemos añadido a cada día su martirologio o lista de los santos y beatos que para esa fecha señala el Martirologio romano. De esta forma, cada día puede saber el lector cuáles son los santos que la Iglesia conmemora, y de la mayoría de ellos tiene una nota biográfica, extensa o breve.

Esta obra sigue el nuevo *Martirologio romano* que, como edición típica, ha sido publicado el año 2001. Este seguimiento ha hecho que no demos entrada en el *Año cristiano* sino a los santos y beatos que en dicho Martirologio se recogen, enviando al Apéndice las notas biográficas de otros que no están incluidos en él pero que pueden resultar interesantes, por ejemplo, por celebrarlos, en su propio de los santos, alguna diócesis española. De todos modos son muy pocos. Igualmente ha obligado el seguimiento del nuevo Martirologio romano a resituar no pocas biografías que en las ediciones anteriores se encontraban en otras fechas y que han sido pasadas al día que ahora se les asigna.

Nos parece que este criterio de seguir el nuevo Martirologio no necesita defensa. Pues aunque se le hayan encontrado al texto del mismo algunos fallos de detalle, sustancialmente es un texto definitivo. No olvidemos que el Martirologio es un libro litúrgico, editado por la Congregación del Culto Divino y de la Disciplina de los Sacramentos, promulgado por la autoridad del Romano Pontífice, cumpliendo una determinación del Concilio Vaticano II. Se trata del registro oficial de santos y beatos que hace para su uso la Iglesia Romana y que tiene vigencia en todo el ámbito, tan mayoritario dentro de la Iglesia, del rito romano. Hay que decir que en su actual edición se ha hecho una grande e inmensa labor, verdaderamente meritoria, y que con ella se ha cumplido el objetivo conciliar de máxima historicidad, y el de

poner al día esta lista oficial con la añadidura no solamente de los nuevos santos sino también de los beatos, ya que, aunque en distintos niveles, unos y otros reciben legítimamente culto público en la Iglesia.

Con respecto a la bibliografía digamos que hemos seguido el criterio que se usó en las ediciones anteriores. Se ofrece en el primer volumen una bibliografía general actualizada. En ella se indican las obras que se refieren a todo el calendario o a una parte de él, por ejemplo, el santoral de una nación, el de una congregación u orden religiosa, el de los mártires de una persecución, etc. La bibliografía específica de cada santo o beato de las biografías extensas va al final de cada una de ellas.

Hemos pensado que con estos criterios volvemos a darle al lector el ya clásico AÑO CRISTIANO de la BAC pero con ampliaciones y mejoras que esperamos merezcan su atención.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES
Coordinador

AÑO CRISTIANO

VII

Julio

1 de julio

A) MARTIROLOGIO [1]

1. La conmemoración de San Aarón, que por Moisés fue ungido sacerdote del Antiguo Testamento **.
2. En Vienne (Galia Lugdunense), San Martín († s. III), obispo.
3. En Bebron (Galia Lugdunense), San Domiciano († 440), abad *.
4. En Mont d'Or, junto a Reims, San Teodorico († 533), abad.
5. En Angulema (Aquitania), San Eparquio († 581), presbítero.
6. En Bretaña Menor, San Golveno († s. VI), obispo.
7. En el monasterio de Anisole (Galia Cenomanense), San Carilefo († 536), abad.
8. En Tolemaida (Palestina), San Nicasio († 1187), caballero de la Orden de San Juan de Jerusalén y mártir.
9. En Londres (Inglaterra), beatos Jorge Beesley y Montfordo Scott († 1591), presbíteros y mártires bajo Isabel I *.
10. En la misma ciudad, Beato Tomás Maxfield († 1616), presbítero y mártir bajo Jacobo I *.
11. En la misma ciudad, San Oliverio Plunket († 1681), obispo y mártir bajo Carlos II **.
12. En Rochefort (Francia), beatos Juan Bautista Duverneuily, carmelita descalzo, y Pedro Aredio Labrouhe de Laborderie, canónigo de Auvergne († 1794), presbíteros y mártires *.
13. En La Valetta (Malta), Beato Ignacio Falzón († 1865), clérigo, de la Tercera Orden Franciscana **.
14. En el pueblo de Zhuhedian (China), San Zhang Huaileu († 1900), catecúmeno y mártir *.
15. En el Rancho de las Cruces (México), santos Justino Orona y Atilano Cruz († 1928), presbíteros y mártires *.
16. Junto a Munich (Baviera), en el campo de concentración de Dachau, Beato Juan Nepomuceno Chrzan († 1942), presbítero y mártir *.

[1] Los asteriscos que aparecen en el martirologio hacen referencia a las biografías que siguen a continuación, que serán extensas (**) o breves (*).

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN AARÓN
Sumo sacerdote

El *Martirologio romano* vigente (año 2001), en las *Kalendas* de julio, es decir, el día primero, encabeza las 16 menciones y elogios de los santos en esa fecha con esta referencia: «Conmemoramos a San Aarón, de la tribu de Leví, que fue ungido con óleo santo por Moisés, su hermano, como sacerdote del Antiguo Testamento y fue sepultado en el monte Hor» (p. 344, ed. típica). Este elogio y memoria lapidarios y escuetos contrastan y son el eco del más extenso, brillante y detallista que nos ofrece la Biblia en Eclo 45,7-27:

> «Exaltó (el Señor) a Aarón, un santo como él, su hermano (Moisés), de la tribu de Leví. Estableció con él una alianza eterna y le concedió el sacerdocio del pueblo. Le honró con espléndidos ornamentos, le ciñó con una túnica de gloria. Le revistió con perfecto esplendor, y le confirmó con las insignias del poder: los calzones, la túnica, el efod.
>
> Le colocó granadas en los bordes de sus vestidos y muchas campanillas de oro alrededor, para que tintinearan al caminar y resonaran en todo el templo, como memorial para los hijos de su pueblo. Le dio los ornamentos sagrados de oro, jacinto y púrpura, obra de obrador, y el pectoral del juicio con el Urim y el Tumim, con cintas de escarlata, obra de artista; con piedras preciosas, grabadas como sellos, en engaste de oro, obra de joyero, y con una inscripción grabada según el número de las tribus de Israel.
>
> Encima del turbante le colocó corona de oro, grabada con el sello de consagración, insignia de honor, obra magnífica, adorno que era un regalo para los ojos. Antes de él nunca se vieron cosas semejantes, y jamás un extraño se vistió de ese modo, sino sólo sus hijos, y sus descendientes para siempre. Sus sacrificios se consumían totalmente, dos veces al día sin interrupción.
>
> Moisés lo consagró sacerdote, lo ungió con óleo santo. Así se estableció una alianza eterna para él, y para su descendencia mientras dure el cielo; presidirá el culto, ejercerá el sacerdocio, y bendecirá a su pueblo en nombre del Señor.
>
> Lo eligió de entre todos los vivientes para presentar la ofrenda al Señor, el incienso y el aroma en memorial y para hacer expiación por el pueblo. Le confió sus mandamientos, y potestad sobre las prescripciones legales, para enseñar a Jacob sus dictámenes e instruir a Israel en la ley.

> Unos extraños confabularon contra él, y en el desierto le cogieron envidia, los hombres de Datán y Abirón, la banda enfurecida de Coré. El Señor lo vio y se irritó y los destruyó con el ardor de su ira. Hizo prodigios contra ellos, y los consumió con su fuego ardiente. Aumentó la gloria de Aarón y le concedió una heredad, le otorgó las primicias de los frutos y sobre todo pan en abundancia.
>
> Por eso se alimentan con los sacrificios del Señor, que él le concedió a Aarón y a su linaje. En cambio, no tiene heredad en la tierra, ni parte en el pueblo, porque: "Yo soy tu parte y tu heredad"».

Sin duda es Aarón una de las figuras más notables y señeras del Antiguo Testamento. Se nos presenta, ante todo, como protagonista inseparable de Moisés en el escenario que nos describen las tradiciones primitivas recogidas por el libro del Éxodo cuando se relata el acontecimiento dramático, verdadera epopeya de Israel, que se despliega en tres actos: liberación de la esclavitud de Egipto; peregrinación por el desierto hacia la tierra de promisión; y establecimiento de la Alianza con Yahvé, su Dios.

La vida entera de Aarón se condensa en el servicio del hermano, el servicio de Dios y el servicio de su pueblo. Aarón nació en Egipto tres años antes que Moisés (cf. Éx 7,7), en la época en que los israelitas eran duramente oprimidos por los faraones (cf. Éx 1,8-22). Concretamente, en el reinado de Ramsés II (1304-1238), quien, por el año 1250, desarrollaba una gran actividad constructora. Es entonces cuando grupos numerosos de israelitas, acaudillados por Moisés y Aarón, escapan de Egipto a través de las marismas y el desierto (Éx 13,17 a 15,27). Cruzan el desierto del Sinaí, cuando ya reinaba Merneftah (1238-1209) y, tras muchos avatares, llegan a las puertas de Canaán. Hacia 1220 aquel grupo emigrante de Egipto, con Josué como jefe, comienza la ocupación del anhelado territorio.

El padre de Aarón fue el levita Amram, hijo de Caah; Jocabel se llamaba su madre; hermana suya y de Moisés, era María, profetisa que cantó la victoria del paso triunfal por el Mar Rojo: «María, la profetisa, hermana de Aarón, tomó en sus manos un tamboril y todas las mujeres la seguían con tamboriles y danzando. Y María les entonaba: "Cantad a Yahvé, espléndida es su gloria, caballo y jinete arrojó en el mar"» (Éx 15,20). Aarón se casó con Isabel, hermana de Naasón, jefe de la tribu de Judá (cf.

Éx 6,23; Núm 1,7). De ella tuvo cuatro hijos: los dos primeros, Nadab y Abiú, murieron sin descendencia (1 Crón 24,2); el Levítico (10,1-2) explica su muerte en castigo por irregularidades en el culto al ofrecer ante Yahvé fuego profano. Los otros dos hijos, Eleazar e Itamar, tuvieron muchos descendientes que perpetuaron el sacerdocio de Aarón hasta la venida de Cristo.

La misión y el ministerio de Aarón estuvieron estrechamente unidos al de Moisés. Junto a él condujo a los hebreos hasta las puertas de la Tierra prometida. Para esta ingente hazaña fue gradualmente preparado e investido. Ya tenía 83 años (cf. Éx 7,7) cuando Yahvé, en la zarza ardiente, le designó intérprete de Moisés para que con su elocuencia supliera la dificultad que su hermano padecía para expresarse: «Moisés dijo a Yahvé: "¡Por favor, Señor! Yo nunca he sido hombre de palabra fácil, ni aun después de haber hablado tú con tu siervo; sino que soy torpe de boca y de lengua". Yahvé le respondió: "¿Quién ha dado la boca al hombre? ¿Quién hace al mudo y al sordo, al que ve y al ciego? ¿No soy yo, Yahvé? Así pues, vete, que yo estaré en tu boca y te enseñaré lo que debes decir". Él replicó: "¡Por favor, Señor! Envía a quien quieras". Entonces se encendió la ira de Yahvé contra Moisés y le dijo: "¿No tienes a tu hermano Aarón, el levita? Sé que él habla bien; además va a salir a tu encuentro, y al verte se alegrará su corazón. Tú le hablarás y pondrás las palabras en su boca; yo estaré en tu boca y en la suya, y os enseñaré lo que habéis de hacer. Él hablará por ti al pueblo, él será tu boca y tú serás su dios"» (Éx 4,10-16).

Después de granjearse la confianza de los ancianos del pueblo, Aarón y Moisés se presentaron al Faraón (el ya citado Ramsés II) para pedirle que permitiera a los hebreos salir al desierto tres jornadas de camino, a celebrar una fiesta en honor del Dios de Israel. Los israelitas, esclavizados, se ocupaban a toda marcha de fabricar materiales de construcción: adobes y ladrillos. La embajada al faraón no hizo más que empeorar la situación. Los hebreos, por añadidura, se vieron obligados a la sobrecarga de buscar la paja que antes les venían suministrando los egipcios. Por ello se disgustaron con Moisés y Aarón (cf. Éx 5,21). Moisés se querelló con el Señor, pero el Señor insistió en sus mandatos y reiteró sus promesas.

El Éxodo dibuja el cuadro de opresión que sufren los descendientes de los patriarcas. Los israelitas, unos marginados en la opulenta sociedad egipcia, gemían y clamaban encolerizados y sus gritos de socorro llegaban hasta Dios (cf. Éx 2,23). Moisés sale de Egipto y descubre su misión en el encuentro con una tribu yahvista del Sinaí, que le transmite la fe en el Dios verdadero, el de los padres. La experiencia religiosa y mística que tiene lugar junto a «la zarza», confirma su misión. El nombre propio del Dios de Israel —Yahvé— es la garantía de su empresa (Éx 3,7-12). Aarón acompañará siempre a Moisés.

El Faraón es un tirano explotador y obcecado que no teme enfrentarse con Dios (cf. Éx 5,2). Su invencible resistencia y su rotunda negativa, no obstante los prodigios obrados en su presencia, sólo cedió ante la última de las diez famosas plagas (cf. Éx 7,21-11,10): la muerte de los primogénitos que cubrió de luto la nación entera.

Tal como lo describe el Éxodo es un drama o poema en doce secuencias. Cada una de ellas se centra en una señal prodigiosa. La estructura es tan uniforme que muestra a las claras el artificio del poema. Pone de relieve —éste es el contexto esencial— la inolvidable experiencia histórica de la liberación de Israel y sus consecuencias religiosas. El esquema es uniforme: orden de Dios para que Moisés y Aarón lleven el mensaje; orden de realizar el signo; realización del mismo; remedo por parte de los magos; el Faraón simula ceder; Moisés y Aarón interceden y cesa el signo; obstinación del Faraón. Las fases son casi idénticas con leves variaciones.

El poema descubre una enseñanza: Dios tiene como plan formar un pueblo que sea libre y que le sirva como señal para otros pueblos. Este plan de Dios se cumplirá a pesar de los obstáculos. Para llevar a cabo una empresa tan grande, Moisés y Aarón tienen que hacer verdaderos milagros puesto que intervienen de forma decisiva en la formación del pueblo. Bajo el artificio de la forma literaria del poema, está el núcleo de la narración. El desenlace es el triunfo de Yahvé y la celebración de la victoria que se encarna en la Pascua como signo de liberación. Por eso, toda la acción sucede en una noche, no una noche cronológica, sino en el tiempo litúrgico de la noche de Pascua. En el difícil camino de la libertad Dios acompaña a su pueblo.

Aarón, por su parte, no está exento de debilidades ni pecados. Experimenta alguna vez los celos y la rebelión contra el hermano al que ha dedicado su vida (cf. Núm 11-12), sin embargo, pide perdón, demostrándose así la gratuidad de la elección divina que no se debe a méritos propios —de Aarón— sino a la libérrima voluntad de Dios. Por otra parte, se ponen de manifiesto las cualidades no comunes de su espíritu: humilde, sincero, fiel, obediente. Aunque apenas aparece junto a su hermano en los últimos episodios que preceden al éxodo, su autoridad —patente en los acontecimientos anteriores— fue tan grande, que el Faraón le incluye en las amenazas contra Moisés.

El pueblo siempre ve unidos a Moisés y Aarón, tanto cuando confía en ellos, como cuando contra ellos protestan por el hambre, la sed y las penalidades de la marcha por el desierto (cf. Éx 16,2). Cuando el Señor alimentó al pueblo con el maná, Moisés mandó a Aarón que guardara la medida de un ómer, la décima parte de un efá, en el Tabernáculo (cf. Éx 16,33-34). Así inició Aarón su ministerio sacerdotal que consistía en guardar las cosas sagradas.

Durante la batalla contra los amalecitas, Aarón sostuvo con Jur los brazos orantes de Moisés (cf. Éx 17,12). Este detalle fue una anticipación de la prerrogativa propia del sacerdote: alzar las manos al cielo para interceder por su pueblo. Cuando Moisés subió a la cumbre del Sinaí, dejó a Aarón y a Jur el encargo de regir al pueblo durante su ausencia. Como ésta se prolongaba, Aarón cedió a las presiones del pueblo y permitió la fabricación del becerro de oro. Ante él hizo poner un altar, se ofrecieron holocaustos y se inmolaron sacrificios; después declaró día de fiesta del Señor (cf. Éx 32,1-6). Fue el episodio más duro de su vida. Tal vez en su mente el becerro no era más que una imagen simbólica y no un ídolo politeísta, pero fue un pecado grave de superstición y de desobediencia a la taxativa prohibición divina de fabricarse imágenes, aunque fueran simbólicas.

La airada reprimenda de Moisés y el castigo del pueblo fueron una prueba terrible para Aarón. Fue perdonado por la intercesión de Moisés, como testifica Dt 9,20, y, terminada esa laboriosa preparación espiritual, Dios consagró a Aarón Sumo Sacerdote por medio de Moisés.

No es fácil discernir las tradiciones primitivas de otras posteriores recogidas en el Pentateuco, con adiciones posteriores. La figura de Aarón se fue convirtiendo a través de los siglos en el prototipo ideal del sacerdocio; y en su persona se proyectaron muchos rasgos y detalles del ritual y de los códigos sacerdotales posteriores. Su consagración tuvo lugar en una ceremonia solemnísima, en el mismo lugar de la prevaricación: la llanura de Er-Rahan, en las faldas orientales del Sinaí, ante el Tabernáculo del encuentro.

Durante siete días Moisés llevó a cabo los ritos de la consagración y ofreció sacrificios; mientras tanto, Aarón y sus hijos —que iban a ser ordenados sacerdotes con él— permanecieron separados del pueblo. Al final entró Aarón con Moisés en el Tabernáculo para tomar posesión. La gloria del Señor apareció sobre el Tabernáculo y un fuego venido del cielo consumió los holocaustos. Y todo el pueblo, al verlo, prorrumpió en gritos de júbilo y se postró rostro en tierra (cf. Lev 8-9). El ejercicio principal del sacerdocio quedaba confiado sólo a los descendientes de Aarón. Los demás levitas se ocupaban de tareas secundarias.

El ritual de la investidura se describe bajo la forma de un relato y comprende la entrega de las vestiduras y la unción, un sacrificio por el pecado para consagrar el altar; luego, el holocausto y, finalmente, el sacrificio de consagración. El rito de la unción que transfiere al sacerdote una prerrogativa real, no aparece hasta la época del segundo templo. En la época antigua no existía la ordenación propiamente dicha, porque el ejercicio mismo de sus funciones introducía al sacerdote en el ámbito de su sagrado ministerio.

La carta a los Hebreos explica la superioridad del sacerdocio de Cristo sobre el levítico. Más en la línea de Melquisedec que en la de Aarón, pone de relieve la condición humana del sacerdote:

> «Tomado de entre los hombres está constituido en favor de los hombres en lo que se refiere a Dios para ofrecer dones y sacrificios por los pecados. Es capaz de comprender a inocentes y extraviados porque está también él envuelto en flaqueza.Y a causa de la misma, debe ofrecer por sus propios pecados lo mismo que por los del pueblo. Y nadie se arroga tal dignidad si no es llamado por Dios, lo mismo que Aarón. De igual modo tampoco Cristo se atri-

buyó el honor de ser Sumo Sacerdote, sino que lo recibió de quien le dijo: "Hijo mío eres Tú; yo te he engendrado hoy". Como también dice en otro lugar: "Tú eres sacerdote para la eternidad, a la manera de Melquisedec"» (Heb 5,1-10).

La diferencia capital entre el Sumo Sacerdote aarónico y Jesús reside en el hecho de que el primero, mediante una serie de abstenciones que le mantienen separado (Lev 21,10-23), es solidario con el pueblo sólo en el pecado; mientras que Cristo está en medio de todos, pero no tiene pecado. Para representar a los hombres, el sacerdote debe ser uno de ellos; para compadecer sus miserias, debe haberlas compartido. Pues bien, esta condición humana de carne (Rom 7,5s) queda bien probada en Jesús por toda su vida terrena y sobre todo por su agonía y su muerte. En todo igual a nosotros, excepto en el pecado. Suyo es el sacerdocio que no pasa, el definitivo.

La institución del sacerdocio aarónico tuvo una importancia definitiva en la conservación del yavismo (culto al Dios único). Fue una innovación que suscitó resentimientos y envidias entre las tribus. De hecho, las funciones sacerdotales estaban reservadas al primogénito, por lo que le correspondía a la tribu de Rubén. Pero el Señor había escogido la tribu de Leví, premiándola por el celo con que reprimió la sacrílega adoración del becerro de oro (cf. Éx 32,27-29). Los excluidos del sacerdocio y los levitas que habían quedado en funciones de segundo orden encontraron un portavoz de su celotipia en la figura de un primo de Moisés y Aarón: Coré. Éste, junto con Datán, Abirón y Hor, de la tribu de Rubén, y con doscientos levitas, provocaron una revolución contra Aarón, pero fueron castigados por el Señor (cf. Núm 17).

En los 37 años siguientes ya no tenemos noticias de Aarón. Ni él ni Moisés llegan a entrar en la Tierra prometida. El libro de los Números (20,12) explica el porqué. En Meribá, la roca fue golpeada dos veces y brotó agua abundante. Es difícil comprender la culpa de los dos hermanos. Tal vez la desconfianza o la duda, como si Dios se hubiese puesto de parte de los rebeldes sedientos. Sería de orgullo.

A los cuatro meses falleció Aarón en el monte Hor (Núm 20,22-30). El pueblo se vistió de luto por 30 días. Le sucedió en el sumo sacerdocio su hijo Eleazar. Aarón aparece en la Sagrada

Escritura como una persona plenamente sumisa a su hermano Moisés, puesto por Dios al frente de todo el pueblo. Siempre está dedicado al servicio de todos los israelitas. Profundamente plegado a la voluntad de Dios que lo recompensó con una larga vida de 123 años y numerosos hijos. Por su pronto arrepentimiento de los pecados se le puede colocar entre los santos penitentes. De su descendencia nació Juan Bautista, el precursor de Jesús (Lc 1,5).

Sólo con la llegada de Cristo, su sacerdocio fue abrogado. Los mismos infieles con sus peregrinaciones y culto, a veces supersticioso, confirman las alabanzas del Eclesiástico con las que se inició esta biografía. Los árabes lo veneran en el lugar que la tradición señala, cerca de Petra, su tumba. En el Corán se le nombra unido a Moisés, como uno de los profetas. Y, aunque no es muy frecuente, algunos musulmanes llevan su nombre. La liturgia bizantina celebra su fiesta el 20 de julio; y en Occidente, el día primero. La iconografía lo presenta casi siempre junto a Moisés, ya desde la época de las catacumbas romanas, hasta las iglesias del románico y las vidrieras del gótico. Muchas veces aparece en paralelo y analogía con la vara florecida de San José, esposo de la Virgen, porque también floreció la suya como signo de elección. Desde el siglo XVI, una escultura de Nicolás Cordier en la basílica de Santa María la Mayor de Roma, representa a Aarón con el atuendo de Sumo Sacerdote hebreo agitando un incensario en alabanza del Señor.

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

Act. SS. Boll., 1 de julio (Venecia 1746) 7-11.
AUNEAU, J., *El sacerdocio en la Biblia* (Estella 1990).
BALLARINI, L., «Aronne», en *Bibliotheca sanctorum*. II: *Ans-Bern* (Roma 1962) cols.455-467.
Biblia de Jerusalén (Bilbao 1998).
BUIS, P., *El Levítico. La ley de santidad* (Estella 2003).
WIENER, C., *El libro del Éxodo* (Estella 1986).

SAN OLIVERIO PLUNKET

Obispo y mártir († 1681)

Hubo una época en la historia de Irlanda que se caracterizó por una sañuda persecución religiosa.

Como toda persecución organizada, esta de la historia irlandesa tiene un nombre, un tirano y un mártir. El nombre es «época penal»; el tirano, O. Cromwell, y el mártir, Oliverio Plunket. Esto no quiere decir que no hubiese otros perseguidores ni otros mártires. Éstos se cuentan a millares.

La historia religiosa de Irlanda, que ya en el siglo XI contenía en sus tres martirologios mil ochocientos santos, presenta, a partir de entonces, una pléyade de defensores de la fe que dan su vida generosamente por la religión católica. Un hecho evidente y un fenómeno extraordinario en la vida de un pueblo poco numeroso. Mientras los perseguidores triunfan en el orden político, militar y económico, fracasan en su intento de arrebatar la fe católica al pueblo sojuzgado.

La población de la «isla de los santos» pierde casi cuatro millones de habitantes a causa de la persecución, pero ésta ha contribuido a que una nación insignificante, que no alcanza los cuatro millones dentro de su territorio, haya lanzado a otros países, como Norteamérica, más de doce millones de católicos que han sembrado su espíritu y su psicología en otros pueblos jóvenes de grandes perspectivas en el porvenir.

Era preciso presentar este cuadro general en unas rápidas pinceladas para situar en su justo punto la figura del arzobispo de Armagh decapitado. Un personaje histórico no puede considerarse independiente de su marco y de su época. Pierde talla. Un mártir es siempre un héroe de la fe, pero, cuando ese mártir representa una situación histórica, es, además, un símbolo. Ésta es la característica más significativa de San Oliverio Plunket. Es un símbolo.

Un símbolo de la unidad religiosa del pueblo irlandés que no tolera la ruptura del cristianismo, iniciada en Alemania por Lutero y consumada en Inglaterra por Enrique VIII. Un símbolo de lealtad a la Iglesia de Roma. Un símbolo de constancia hasta la muerte.

Durante la «época penal» las leyes son ominosas. Se necesitaría mucho más espacio del que disponemos solamente para dar una idea de lo que fueron las «leyes penales». Los católicos no tenían derecho a la cultura ni a los cargos públicos. No había acceso a la universidad o a los centros educativos. No se podía hablar el idioma propio. No se podía tener posesiones. Solamente cuando la persecución amaina se tolera que un católico posea un caballo, a condición de que su valor no exceda las cinco libras. Se persigue a los clérigos, se calumnia a los obispos, se destruyen pueblos enteros... Se trata de hacer de la población católica un grupo de ignorantes empobrecidos.

El lema de Cromwell es: «Los católicos, a Connor o... al infierno». Connor era la parte más pobre del país, donde la gente moría de miseria y de hambre.

En el mismo siglo XVII pueden encontrarse hechos como la matanza del padre John Murphy (que estudió su carrera sacerdotal en la Casa de la Santa Caridad de Sevilla, antiguo seminario), a quien dividieron en pedazos, ofreciendo los trozos de su carne a un vecino católico «para que los comiera». Un monumento conmemorativo se halla actualmente cerca de Westford, lugar de su martirio.

Es sorprendente que un pueblo sobreviva indemne después de una persecución de siglos. Si se viaja por los lugares en donde, un día, estuvieron las cristiandades paulinas no se encuentra ni un vestigio ni un templo. Todo desapareció bajo la invasión de los turcos y después de la primera guerra europea. Solamente en las cavernas de los montes se hallan, a veces, restos de antiguos mosaicos.

En cambio, en la «Isla Esmeralda», el viajero contempla un pueblo rejuvenecido después de siglos de sufrimiento. Sus iglesias son espléndidas, mientras que las de sus viejos perseguidores están vacías, oscuras y polvorientas. No importa que éstos alardeen de tener las iglesias «tradicionales» del país. La «iglesia» no es un edificio arrebatado por la fuerza, sino una fe y una sociedad perfecta instituida por Cristo. Y eso es lo que se descubre sobre los jaspes de los templos recientes de la católica Irlanda.

Cuando, en 1828, Daniel O'Connel consigue la emancipación, una nueva vida comienza para el catolicismo irlandés. La

libertad de los 26 condados, lograda en 1921, ha hecho posible que la nueva generación sea la primera que experimente la conciencia de vivir.

Pero, como un fundamento de esta realidad, en la catedral de San Pedro de la ciudad de Drogheda se conserva, en una urna de cristal, la cabeza incorrupta del último santo irlandés: Oliverio Plunket.

El día 8 de junio de 1680 llega a Londres el arzobispo de Armagh, removido de su silla, depuesto y confinado durante diez meses sin ninguna clase de juicio o investigación jurídica y sin posibilidad de obtener permiso para comunicarse con sus amigos o de buscar testigos.

El juicio en Londres es dirigido por Maynard y Jefries contra toda consideración de justicia y en violación flagrante de toda forma legal. Un «agente de la Corona», cuyo nombre se da como Gorman, es introducido «por un desconocido» en la sala ante el tribunal y «voluntariamente» hace de testigo en favor del reo. El conde de Essex intercede ante el rey en su favor, pero Carlos responde casi con las mismas palabras de Pilatos: «No le puedo perdonar porque [...] no me atrevo. Su sangre caiga sobre vuestra conciencia. Vosotros le podíais salvar si quisierais».

Solamente un cuarto de hora de deliberación fue preciso para que el jurado diera el veredicto: se le condena a ser ahorcado y descuartizado el día 1 de julio de 1681. El mártir solamente pronunció dos palabras ante esta sentencia: *Deo gratias.*

Hay un hecho extraño, como todos los acontecimientos providenciales de la historia. Ocho años más tarde, en el mismo día exacto en que San Oliverio Plunket había sido decapitado, el último de los reyes Estuardos era lanzado de su trono y su dinastía eliminada para siempre.

La acusación urdida contra el santo era ésta: mantener correspondencia «traidora» con Roma y con Francia, y también con los irlandeses del continente; preparar una insurrección en Armagh, Monagham, Cavan, Louth y otros condados, organizar en Carlingford el recibimiento de fuerzas francesas y haber dirigido varias reuniones para levantar hombres con estos propósitos.

Podría fácilmente hacerse una defensa histórica frente a estos cargos, pero no es de la incumbencia de esta obra. La semejanza con la persecución y condenación de jerarcas de la Iglesia en nuestros mismos tiempos puede ser una ilustración de la identidad de métodos empleados por los perseguidores de la fe cuando tratan de acusarlos bajo pretextos económicos o políticos.

He aquí algunos párrafos tomados del juicio celebrado contra él:

> «El juez: "Considerad, señor Plunket, que habéis sido acusado del más grave crimen: la traición". Y continúa: "Estáis manteniendo vuestra falsa religión, que es diez veces peor que todas las supersticiones". El santo responde: "Mis principios religiosos son tales que el mismo Dios todopoderoso no puede dispensar de ellos". El juez concluye: "Veo con disgusto que persistís en profesar los principios de esa religión"».

El delito de traición no era más que un pretexto, como se ve, para condenar al primado de Irlanda por la defensa de la fe católica.

El juez insiste: «Se os aconseja que tengáis algún ministro para atenderos, algún ministro protestante».

Por fin, ante la insistencia del santo, se le autoriza a recibir los auxilios de algún sacerdote católico de los que estaban encerrados en la prisión y él hace esta última declaración:

> «Puesto que soy un hombre muerto a este mundo y puesto que espero misericordia en el otro, quiero declarar que jamás he sido culpable de traición ni de ninguno de los cargos que se me han hecho, como su señoría sabrá algún día».

A pesar de su confesión fue sentenciado a muerte. El efecto de esta sentencia fue tal que un torrente de personas, católicos y protestantes, se agolparon ante su celda pidiendo su bendición o admirando su heroísmo. Hasta altas personalidades del protestantismo declararon que «Inglaterra iba a volver pronto a ser "papista" si el Gobierno persistía en condenar a muerte a personas de tanta constancia».

De unas cartas escritas por el mártir en su celda de muerte tomamos estas edificantes líneas:

> «Se ha dictado contra mí sentencia de muerte. Los que me perseguían han conseguido su intento. Como San Esteban quiero clamar: "Señor, no les imputes este pecado"».

> «Siento la responsabilidad de ser el primer irlandés y tener que dar ejemplo de morir sin temor. Pero veo que Nuestro Redentor sintió temor y tristeza ante la muerte y me pregunto por qué yo no la siento. Es que Cristo, con su pasión, mereció para mí el no tenerla ante mi muerte».

Las últimas líneas que escribió a vuelapluma en una breve nota fueron éstas:

> «Se me ha comunicado que mañana seré ejecutado. Estoy contento de que sea en viernes y en la octava de San Juan, y de que se me haya concedido el tener un sacerdote en esa última hora».

Desde que en 1533 Enrique VIII separó la iglesia de Inglaterra de la unidad de Roma hasta este momento de 1681, habían pasado muchos años de odios y persecuciones a los defensores de la fe católica. Después de la ejecución de Carlos I en 1649, y durante los años de Cromwell —de 1653 a 1659—, la persecución a los católicos irlandeses fue intensa hasta el exterminio. El reinado de Carlos II —a partir de 1675— se caracterizó por la debilidad y la indecisión. Las diferencias de fechas históricas sobre la vida de Oliverio Plunket deben explicarse por la oposición de Inglaterra a adoptar las reformas del calendario gregoriano. Mientras que casi toda Europa las había aceptado desde 1582, todavía en 1681 Inglaterra vivía diez días retrasada, y el mismo sol que en Roma señalaba el amanecer del 11 de julio marcaba, media hora después, en Londres, el día primero. Hasta en estos pormenores aparecía el exceso de nacionalismo religioso y anglicano del siglo XVII.

Ya, desde el cadalso, Oliverio Plunket leyó su último sermón, que le había costado muchas horas de meditación, y el texto fue entregado al embajador de España en Londres, quien lo hizo imprimir y traducir a varios idiomas confirmando su fidelidad. Después de una fervorosa oración, en la que de nuevo perdonó a sus acusadores, murió con la paciencia y constancia de los mártires.

La persecución se hizo tan violenta que no fue posible protestar públicamente por la injusticia de su degollación. Sus restos fueron recogidos y venerados inmediatamente, y Roma envió al superior de los franciscanos irlandeses una orden de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide en que se excomul-

gaba a dos religiosos apóstatas, McMoyer y Duffy, que habían tenido parte en la acusación del arzobispo de Armagh.

El 23 de mayo de 1920 fue beatificado por Benedicto XV y, en el mismo corazón de Londres, una fervorosa procesión de católicos honró su memoria. El 12 de octubre de 1975 fue canonizado por el papa Pablo VI.

Comenzar la vida de un mártir por el relato de su martirio no es ninguna infidelidad histórica, porque teológicamente el martirio es suficiente prueba de la heroicidad de las virtudes.

Oliverio Plunket era hijo de una noble familia avecindada en el condado irlandés de Meath. Allí nació, en 1629, en la localidad de Loughcrew. Su madre pertenecía a la nobleza de Roscommon y su padre a la de Fingall.

Su infancia se desarrolló en un ambiente de luchas y persecuciones y entre escenas de matanzas y feroces batallas. De Irlanda pasó a Roma, en donde vivió durante ocho años estudiando filosofía, teología y derecho civil y eclesiástico, siendo uno de los primeros alumnos del Colegio Irlandés «Ludovisi» en Roma y uno de los primeros irlandeses en la universidad romana «La Sapienza». Una vez ordenado sacerdote siguió en Roma, y el 20 de noviembre de 1669 se anunció en Irlanda que Oliverio Plunket había sido nombrado obispo de Armagh. A pesar de la amnistía que siguió a los años de Cromwell, aún perduraban muchas de las leyes isabelinas. La vida de un sacerdote católico estaba valorada en el mismo precio que la de un lobo, y las cinco libras estipuladas se pagaban, en uno y otro caso, en el momento de la presentación de sus cabezas.

En 1649 había veintiséis obispos irlandeses residentes «en sus sillas» y en 1669 sólo quedaban cinco vivos y otros tres en el destierro. En cuanto se conoció la elección de Oliverio Plunket para obispo de Armagh, el virrey, lord Roberts, recibió una comunicación en que se le decía que, si podía hallarlo y apresarlo, habría realizado un «aceptable servicio». Durante algún tiempo, Oliverio Plunket pudo acogerse a la hospitalidad belga, hasta que le fue posible viajar a Londres y de allí a Irlanda, en donde tomó posesión de su silla de Armagh. A la muerte del virrey presbiteriano lord Roberts, su sucesor, lord Berkeley, cambió a una política más pacifista y trató incluso con cortesía a algunos

miembros del clero. Esto facilitó la labor pastoral del arzobispo de Armagh, que pronto llegó a ser primado al declararse Armagh sede primada de toda Irlanda.

Su caridad para con sus sacerdotes y su humildad y modestia se hicieron proverbiales y caracterizaron todo su apostolado y gobierno. Su celo y actividad por la organización de su diócesis fue incansable. Aunque eran muchas las diócesis sufragáneas —en total once—, él consiguió reunir en sínodos a los obispos dependientes de la metrópoli tratándolos como hermanos y no como forasteros. Recorrió su diócesis en visitas pastorales, congregó a sus sacerdotes con afecto de pastor y sencillez de amigo, hablándoles con verdadera veneración y agradeciéndoles sus servicios, y soportó con entereza las injusticias que, en algunos lugares de su diócesis, llevaron a cabo contra los católicos, aun bajo el moderado virreinato de lord Berkeley.

La pobreza y la austeridad presidían la vida del arzobispo. En realidad, los católicos habían quedado empobrecidos. Una de las tácticas de la persecución fueron las llamadas «plantaciones» o «traídas» de protestantes escoceses, que se hacían dueños de las propiedades que antes tuvieron los católicos. Aún en 1672 el arzobispo primado denunciaba el abuso de que los católicos fueran obligados a pagar a los ministros protestantes dos chelines por cada hijo que se bautizaba en una iglesia católica. Su bondad para con sus fieles y sacerdotes se convertía en valentía y tenacidad cuando tenía que defender, frente a las injusticias, los derechos de la verdad y la fe.

Conociendo ahora estas virtudes características del primado irlandés y el marco histórico de su vida, es fácil comprender que la persecución hiciera presa en él sin demasiada dilación. La atmósfera tormentosa y la audacia de su espíritu explican suficientemente por qué fue detenido y apartado de sus fieles. La acusación de felonía y traición, y la sumisión a un tribunal inglés, eran igualmente elementos de la trama urdida contra su fe. Nunca Irlanda consideró legal el traslado del arzobispo a Londres y su juicio por los jurados ingleses. Desde 1495 las leyes inglesas carecían de vigor en Irlanda, a no ser que fueran aprobadas por las decisiones del Parlamento de Dublín, y la disposición de Enrique VIII de someter a los tribunales ingleses a cual-

quier acusado de traición que viviera en uno de los dominios de la Corona había prescrito ante el uso de los juristas desde que el Parlamento había sustituido a las Cortes.

No obstante todo este cúmulo de factores ilegales, Oliverio Plunket fue sacado un día de su diócesis y llevado a Inglaterra para, después de las formalidades acostumbradas por todos los tribunales injustos de la historia, escuchar, de boca del juez inglés, la palabra definitiva: *Guilty* (¡Culpable!). La misma estratagema e idéntico procedimiento que un día llevara al Sanedrín a proclamar ante el más justo de los acusados su *reus est mortis* (reo es de muerte).

Sus dos únicas palabras de respuesta: *Deo gratias* (gracias a Dios) resuenan todavía bajo los arcos de la catedral de Drogheda y su cabeza incorrupta, en parte ennegrecida por las llamas a que fue entregado su cuerpo después de degollado, es el mejor clamor que los siglos han podido conservar para la posteridad.

Terminemos con estas palabras tomadas de la declaración de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide en el mismo año de 1681:

> «Las conjuras en Inglaterra pretendieron ser dirigidas contra la vida del rey o como intentos de las conspiraciones irlandesas, pero, en realidad, no había más que una finalidad: atacar el establecimiento de la fe».

Oliverio Plunket pasará a la posteridad como un símbolo de constancia en defensa de la fe católica y como una prueba de la voluntad indestructible de un pueblo, tradicionalmente fiel a Roma, por conservar a toda costa su unidad religiosa.

JESÚS MARÍA BARRANQUERO ORREGO

Bibliografía

Blessed Oliver Plunket. His times and work and death at Tyburn (1629-1681) (Edimburgo 1920.

BUSHNELL, N. S., *The historical background of english literature* (Nueva York 1930).

Butler's lives of the Saints, rev. y refun. por H. THURSTON y D. ATTWATER (Londres 1956s).

HALL, H. R. W., *Social life in England through the centuries* (Londres 1920).

MCGEE, T. D'ARCY, *A popular history of Ireland,* I (Londres 1825).

QUENELL, B. - QUENELL, C. H. B., *A history of everyday things in England* (Londres [6]1961).

SHEED, J., *The irish way* (Londres 1932).

TREVELYAN, G. M., *A history of England* (Londres 1937).

BEATO IGNACIO FALZÓN

Clérigo († 1865)

Ignacio nació en la isla de Malta, un acontecimiento que le marcó para toda su vida. Los malteses «tienen demasiada historia encima de sus huesos» como para dejar olvidadas sus raíces.

Empecemos, pues, por estudiar este misterioso lugar.

Malta es una isla del Mediterráneo situada al sur de la de Sicilia. Es la principal isla de un pequeño archipiélago. Tiene una superficie de 350 km^2; una población de 327.000 habitantes; su capital es la ciudad de La Valetta; y es una colonia inglesa (una república de la Commonwealth).

Había sido colonia fenicia, griega y romana. Carlos V la cedió a los caballeros de Rodas, que sostuvieron en ella un memorable sitio contra los turcos en 1565. Bonaparte se apoderó del archipiélago en 1798. Inglaterra ocupó las islas en 1800 y obtuvo su posesión definitiva en 1814 por el Tratado de París.

Éste es el sitio. Ignacio nació en La Valetta, capital de la isla. Su padre era abogado y se llamaba José Francisco Falzón. Su madre era María Teresa Debono. Ignacio vio la luz del sol el día 1 de julio de 1813.

La familia era respetable y bien acomodada. El padre era miembro de una comisión encargada de la elaboración del nuevo código civil. Más tarde fue juez de Su Majestad Británica. O sea, todo un personaje. Ignacio tuvo dos hermanos, Calcedonio y Francisco, que eran doctores en derecho y se hicieron sacerdotes.

Cuando Ignacio Falcón cumplió los 15 años, se vistió la sotana y recibió la tonsura. Tres años más tarde fue ordenado ostiario y lector; y más tarde, exorcista y acólito. A los 20 años —el 7 de septiembre de 1833— obtuvo en la Universidad de Malta la laureada en Derecho Canónico y Civil, pero no ejerció nunca la carrera de abogado porque sus pensamientos no estaban puestos en esos menesteres. A pesar de ser doctor en Derecho, y aunque había recibido las órdenes menores, no se ordenó sacerdote; no se consideró digno de ejercer tan alta misión. En tales circunstancias —un abogado que no ejerce y un ordenado que no quiere ser sacerdote— cabe preguntarse: ¿Qué hizo, pues, este señor, para que encima le elevasen a los altares de la santa Iglesia? Ahora lo vamos a ver.

Parece ser que lo suyo eran los enfermos y a ellos dedicó toda su vida.

En un principio se consagró a la oración. Causaba admiración entre los fieles que iban a la parroquia de San Pablo Náufrago y le veían rezar. (El nombre de esta parroquia viene de aquello que le ocurrió al apóstol en aquella isla cuando de viaje para Roma naufragó entre las rocas de la isla de Malta). Cuántas veces leyó Ignacio aquellas páginas del libro de los Hechos de los Apóstoles:

> «Tropezaron contra un lugar con mar por ambos lados y encallaron allí la nave; la proa clavada, quedó inmóvil; en cambio, la popa, sacudida violentamente, se iba deshaciendo.
>
> Los soldados entonces resolvieron matar a los presos, no fuera que alguno se escapase a nado; pero el centurión, que quería salvar a Pablo, se opuso a su designio y dio orden de que los que supieran nadar se arrojasen los primeros al agua y ganasen la orilla; y los demás saliesen, unos sobre tablones, otros sobre los despojos de la nave. De esta forma, todos llegamos a tierra sanos y salvos.
>
> Una vez a salvo, supimos que la isla se llamaba Malta. Los nativos nos mostraron una humanidad poco común, encendieron una hoguera a causa de la lluvia que caía y del frío, y nos acogieron a todos. Pablo había reunido una brazada de ramas secas; al ponerla sobre la hoguera, una víbora que salía huyendo del calor, hizo presa en su mano. Los nativos, cuando vieron el animal colgado de la mano, se dijeron unos a otros: "Este hombre es seguramente un asesino; ha escapado del mar, pero la justicia divina no le deja vivir". Pero él sacudió el animal sobre el fuego y no sufrió daño alguno. Ellos estaban esperando que se hincharía o que caería muerto de repente; pero después de esperar largo tiempo y viendo que no le ocurría nada anormal, cambiaron de parecer y empezaron a decir que era un dios.
>
> En las cercanías de aquel lugar tenía unas propiedades el principal de la isla llamado Publio, quien nos recibió y nos dio amablemente hospedaje durante tres días. Precisamente el padre de Publio se hallaba en cama atacado de fiebres y disentería. Pablo entró a verle, hizo oración, le impuso las manos y le curó. Después de este suceso los otros enfermos de la isla acudieron y fueron curados. Tuvieron para con nosotros toda suerte de consideraciones y a nuestra partida nos proveyeron de lo necesario.
>
> Transcurridos tres meses nos hicimos a la mar en una nave alejandrina que había invernado en la isla» (Hch 27,41-44; 28,1-11).

En aquella isla, y en aquella parroquia, pasaba Ignacio sus largos ratos de oración.

La misión que Ignacio desarrolló en su querida isla fue atender a los enfermos y heridos. Para entender este servicio es bueno recordar todo lo que allí se había hecho, durante siglos, a favor de los enfermos. Así llegamos a conocer la Orden hospitalaria de San Juan de Malta.

La primera Orden militar fue la de San Juan de Jerusalén. Se les llamaba también Caballeros Hospitalarios. En 1048, cincuenta años después de la primera cruzada, los mercaderes de Amalfi fundaron en Jerusalén un hospital y una hospedería para acoger a los peregrinos que acudían a Tierra Santa que pusieron bajo la advocación de San Juan Bautista.

En 1120 esta institución de caridad prosperó mucho por la llegada de los cruzados. Muchos caballeros cruzados se afiliaron a esta hermandad; y se fundaron instituciones filiales en Francia e Italia.

Los hospitalarios de San Juan Bautista tomaron forma de congregación religiosa bajo la regla de San Agustín, con la aprobación del papa Pascual II, en 1113. Más tarde, en 1137, se convirtieron en Orden militar, comprometiéndose sus miembros a tomar las armas en defensa de la fe, al igual que hicieron los Templarios desde su fundación en 1119.

Los sacerdotes de la Orden atendían a los enfermos en los hospitales y los caballeros luchaban contra los turcos en defensa de Tierra Santa. En 1291 los cruzados perdieron ante los musulmanes la última plaza que les quedaba: San Juan de Acre. Los soldados se retiraron a Chipre, y desde allí a la isla de Rodas que defendieron contra los turcos durante dos siglos. Se les llamó desde entonces «Los caballeros de Rodas».

En 1522 fueron derrotados por Solimán II tras seis semanas de asedio y tuvieron que abandonar la isla. El emperador Carlos V les donó la isla de Malta, donde se establecieron en 1530; de ahí que se les conozca también como «Caballeros de Malta». Aquí permanecieron hasta que en 1798 fueron expulsados por el general Bonaparte.

Los caballeros de la Orden nunca abandonaron su carácter hospitalario. Llevaban la cruz de Malta: una cruz blanca de 8 puntas sobre el manto negro. Su espíritu dio origen a lo que todavía seguimos llamando «caballerosidad», es decir, la dignidad,

la nobleza, el decoro, el sentimiento del honor, el desinterés, la fidelidad a la palabra dada.

Los diez mandamientos de los caballeros eran:

1. Cumplir la ley cristiana.
2. Proteger a la Santa Iglesia.
3. Defender y respetar a todos los débiles, especialmente a las mujeres, viudas y huérfanos.
4. Hacer guerra sin cuartel a los sarracenos.
5. No mentir jamás.
6. Ser casto.
7. Obedecer a su señor y cumplir los deberes feudales, mientras no sean contrarios a la ley de Dios y de la Iglesia.
8. Ser humilde.
9. No retroceder ante el enemigo.
10. Oír misa, ayunar los viernes y hacer limosnas.

Y como resumen de todo ello, mantener el honor caballeresco.

Resumiendo: Fue la orden religiosa y militar más célebre y más antigua de las órdenes militares surgidas en las cruzadas. Fue fundada en Jerusalén por Pedro Gerard en 1099 y sus miembros tomaron el nombre de Hospitalarios de San Juan. Su último gran maestre fue fray Tomás de Cortona muerto en 1805. Reorganizada por Pío IX y León XIII, subsiste como orden honorífica y hoy los caballeros de Malta se consagran a la beneficencia y al socorro de los heridos de guerra.

Ignacio Falzón se hizo terciario franciscano, y como tal figura en la lista de los beatificados. No consta, por tanto, que el espíritu de los caballeros de Malta estuviese en el alma de Ignacio. Pero, sabiendo que él era de Malta, sabiendo que esta Orden se dedicaba entonces al servicio de los enfermos, y sabiendo que Ignacio empleaba su vida en este mismo trabajo, es muy fácil pensar que estuviera lleno de aquel amor caritativo de los antiguos caballeros de su querida isla de Malta. Pero, sea lo que sea, lo importante es saber cómo atendía a los enfermos y heridos que estaban en aquellos momentos en la isla.

Estos enfermos eran soldados ingleses que se estaban preparando para combatir en la guerra de Crimea. Ignacio aprendió inglés para atender espiritualmente a los heridos. En aque-

llos días había en Malta más de 20.000 soldados ingleses, lo que suponía el 10 por 100 de la población total de la isla. Utilizó sus conocimientos de inglés para poder darles catequesis. Empezó organizando sesiones de oración y clases de catecismo para los marineros católicos ingleses. Más tarde trabó amistad con soldados ingleses protestantes y de otras religiones y, de esta forma, atrajo a la Iglesia católica a muchos de ellos. Consta que más de 650 personas se prepararon con él a recibir el bautismo. Por el trato que tuvo con soldados no católicos se le puede llamar pionero del ecumenismo. O sea, un auténtico evangelizador.

Ya se sabe que los soldados que van a una guerra necesitan amigos que les acompañen en sus preocupaciones familiares. Ignacio lo hacía, y de esta forma se ganó la confianza de muchos de ellos, los cuales le entregaban objetos personales valiosos para que, si morían, se los entregaran a sus familiares.

Pero, ¿por qué atendió precisamente a los soldados ingleses que estaban preparándose para ir a la guerra de Crimea? ¿Qué sucedió en aquellas tierras durante los años 1854-1856?

Crimea es una península de Rusia meridional entre los mares Negro y Azof. Tiene una superficie de 38.500 km^2 con una población de 1.200.000 habitantes. Es el antiguo Quersoneso Táurico que perteneció sucesivamente a los griegos, a los romanos, a los hunos, a los tártaros y finalmente a los rusos. En 1854-1856 fue teatro de una sangrienta guerra entre Rusia y Turquía (aliada ésta con Inglaterra, Francia y el Piamonte).

Nicolás I, zar de Rusia (1825-1855), había intervenido en los Balcanes para defender a los pueblos ortodoxos contra los turcos. Obtuvo triunfos notables, pero las potencias europeas veían con disgusto el crecimiento de la influencia rusa y comenzaron a intrigar en Turquía contra Nicolás I.

Una concesión del sultán a los católicos en Palestina, lesiva para los privilegios del clero ortodoxo, produjo la guerra turco-rusa de 1853 y la formación de una coalición contra Rusia. Una escuadra anglo-francesa entró en el Mar Negro con el fin de aniquilar el poderío naval ruso, concentrado en el puerto militar de Sebastopol. Un ejército de 60.000 soldados ingleses, franceses y turcos desembarcaron en Crimea, mientras que la

escuadra se aprestaba al bombardeo de Sebastopol. Las tropas rusas fueron vencidas en Alma y en Inkermann, pero la toma de la ciudad costó inmensas pérdidas a los aliados. Por la «Paz de París» (1856) Rusia recuperó la plaza de Sebastopol y renunció a sus posesiones del Danubio y al protectorado de los súbditos cristianos de los Balcanes.

Los antecedentes de la guerra de Crimea se remontan a 1850 debido a los desacuerdos entre Francia y Rusia (Nicolás I) con respecto a la posesión de los santos lugares, más en concreto el Santo Sepulcro. Rusia apoyaba a las iglesias griegas, y Francia, a las iglesias latinas. Cuando aún no estaba resuelta la cuestión, Rusia mandó un ultimátum al imperio otomano (Turquía). En esta situación, Francia se alía con Inglaterra para proteger a Turquía. La escuadra anglo-francesa (15 de junio de 1853) se presenta en los Dardanelos para proteger Constantinopla. En 1854 hacen una alianza con Turquía en contra de Rusia. Y empieza la guerra de Crimea. Los rusos, con Gortschakof, ocupan Moldavia y la Valaquia. Y en noviembre de 1853 la flota rusa destruye la escuadra turca. Entonces, Francia e Inglaterra declaran la guerra (24 de enero de 1854). Los rusos siguen invadiendo tierras turcas. Austria se une a los aliados. Éstos temen entrar a Rusia y atacan Crimea. Vencen en Alma y comienzan a sitiar Sebastopol. En 1855 se une a ellos el rey de Cerdeña. A la muerte de Nicolás I le sucede Alejandro II. Los aliados logran entrar en Sebastopol entre un montón de escombros y de muertos. Los rusos toman Kars.

Todo este conflicto sangriento terminó con la «Paz de París», en 1856, que estipula: libertad de navegación por el Danubio y el Mar Negro. Devolución de Sebastopol a Rusia. Entrega de Kars a los turcos. Establecimiento para los súbditos cristianos de los mismos derechos que los musulmanes en Tierra Santa. Los principados del Danubio quedan bajo la protección colectiva de las grandes potencias.

El apostolado de Ignacio Falzón tuvo sus seguidores. Él trabajaba siempre con la ayuda de colaboradores laicos; algunos se hicieron sacerdotes y capellanes militares. Uno de ellos quedó en Malta continuando su labor. Ignacio vivió una existencia callada. Murió el 1 de julio de 1865 a los 52 años. Como era

miembro de la Tercera Orden de San Francisco, fue enterrado en la tumba de su familia en la iglesia franciscana de Santa María de Jesús, en La Valetta. Sus restos permanecen allí hasta el día de hoy. Fue beatificado por Juan Pablo II el 9 de mayo de 2001.

Fechas orientativas:

— Ignacio Falzón (1813-1865).
— Pío VII (1800-1823).
— León XII (1823-1829).
— Pío VIII (1829-1830).
— Gregorio XVI (1831-1846).
— Pío IX (1846-1878).
— Dogma de la Inmaculada Concepción (8-12-1854).
— Guerra de Crimea (1854-1856).
— Syllabus (8-12-1864).
— Concilio Vaticano I (8-12-1869).

FÉLIX NÚÑEZ URIBE

Bibliografía

AAS 94 (2002) 606s.
Homilía en la beatificación: *L'Osservatore Romano* (ed. en español) (18-5-2001).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN DOMICIANO
Abad († 440)

Se le tiene por romano, nacido en una familia cristiana en el último tercio del siglo IV. Educado religiosamente, el muchacho correspondió a los desvelos paternos y estudió con gran ahínco, pero muy pronto perdió en plena juventud a sus padres y entonces decidió vender sus bienes, dárselos a los pobres y llevar vida eremítica. Luego partió para las Galias, visitó el monasterio de Leríns y vino a establecerse en Arlés de donde San Hilario era obispo, y ante el cual se acreditó hasta el punto de ordenarlo sacerdote. Posteriormente pasó a Lyón y expuso a su obispo San Euquerio el deseo de fundar un monasterio. Así lo hizo, en

una soledad cercana a la ciudad, donde estableció la vida común de los monjes dedicados a la oración y al trabajo y en medio de los cuales brilló por sus muchas buenas obras. Cobró fama de taumaturgo, contribuyó a extinguir los restos del paganismo y defendió con valentía frente a los arrianos la divinidad de Jesucristo. Murió santamente el año 440.

BEATOS JORGE BEESLEY Y MONTFORDO SCOTT

Presbíteros y mártires († 1591)

Ambos confesores de la fe fueron martirizados en Londres el mismo día, 1 de julio de 1591, en Fleet Street. Llevados hasta allí y ante el patíbulo, los mártires confirmaron su fe serena y firmemente, siendo seguidamente ahorcados, destripados y descuartizados, dando su vida terrena en homenaje a Cristo y a la verdad de su evangelio.

JORGE BEESLEY había nacido en Goosnargh, Lancashire, el año 1562. Opta por el sacerdocio católico y estudia en el Colegio Inglés de Reims, donde se ordena sacerdote en 1587. Vuelve a Inglaterra al siguiente año y ejerce su ministerio en Laton, junto a Lancaster, y en Londres. Aquí es arrestado en 1590 y llevado a la Torre donde es sometido a tortura, permaneciendo firme en la fe. Pasó luego a la cárcel de Newgate y fue condenado a muerte.

MONTFORDO o MONFORDO SCOTT nació en Hawstead, Suffolk, en el seno de una familia acomodada. Marchó a Douai para hacer los estudios sacerdotales. Aún subdiácono, regresa a Inglaterra donde es capturado, pero puede salir libre y vuelve al continente ordenándose de sacerdote en Bruselas en 1577, y regresa a Inglaterra el 19 de junio del mismo año. Muy poco después fue arrestado en Cambridge y trasladado a Londres, con sus libros y pertenencias, por orden del obispo anglicano de la capital. No se sabe muy bien qué pasó y parece probable que lo desterraran, pero el hecho es que regresó enseguida a Inglaterra. Trabajó apostólicamente durante ocho años en la parte oriental de Gran Bretaña, y cuantos le conocían admiraban en él la austeridad y santidad de vida por su continua oración, sus ayunos y su celo apostólico. Conocida su presencia y actividad,

Topcliffe, el famoso perseguidor de sacerdotes, puso especial empeño en su captura. En 1590 estaba en casa de William Kilbeck en Hawstead cuando fue arrestado y enviado a Londres. Ante el juez reconoció ser sacerdote y dijo haber vuelto a Inglaterra por la salvación de las almas. Poco antes de ser ejecutado reafirmó en público su fe y oró por la reina. Uno de los espectadores de su ejecución se convirtió al catolicismo.

Ambos fueron beatificados el 22 de noviembre de 1987.

BEATO TOMÁS MAXFIELD

Presbítero y mártir († 1616)

Una numerosa concurrencia asistió el 1 de julio de 1616 en la plaza londinense de Tyburn a la ejecución de este santo sacerdote. Todo se desarrolló sin incidentes pero pudo verse que el patíbulo estaba adornado con flores como si fuera a celebrarse una fiesta. El mártir fue traído desde la cárcel de Newgate y cuando estaba en el patíbulo se le permitió hablar. Él dijo que se le condenaba por haber vuelto a Inglaterra tras ser ordenado sacerdote pero que él había ido a Inglaterra enviado por la misma autoridad que había enviado, a su vez, a San Agustín de Canterbury y que su tarea era la de instruir a los fieles en la verdadera fe de Jesucristo. La multitud insistió en que no lo bajaran de la soga hasta que estuviera verdaderamente muerto y que no le hicieran vivo el destripamiento y descuartizamiento usuales. Así fue y, sacrificado en aras de la fe católica, el alma del mártir voló al cielo.

Tomás Maxfield o Macclesfield nació en Maer Hall, Staffordshire, el año 1585. Nace en una familia de confesores de la fe: su padre estuvo sentenciado a muerte por haber hospedado a un sacerdote y debió permanecer en la cárcel hasta 1606. Su madre, llamada Úrsula, también padeció cárcel y estando allí dio a luz a este hijo, destinado por la providencia amorosa de Dios a la gloria del martirio. Criado en un ambiente familiar de tan intensa religiosidad, no puede extrañar que sintiera el atractivo del sacerdocio y que en 1606 marchara al seminario de Douai para prepararse a la ordenación. En 1610 fue despedido del seminario, parece que no sólo por tener poca salud, sino porque

no terminaba de gustar su conducta a los superiores; pero le permitieron volver en 1612 y por fin se ordenó sacerdote en 1614. Vuelve a Inglaterra en 1615 y empieza su trabajo misionero, que fue muy breve pues llevaba solamente tres meses en Londres cuando fue arrestado y encarcelado en Gatehouse. Al ser interrogado reconoce que es sacerdote y declara admitir la autoridad del rey en todas las materias civiles pero niega la pretendida supremacía religiosa del monarca. Tras ocho meses de prisión intenta escaparse pero es capturado apenas llega a la calle, y es llevado a la prisión de Newgate. Juzgado formalmente es condenado a muerte pese a su declarada fidelidad al rey. El embajador español, duque de Gondomar, intentó que se le cambiara la sentencia de muerte pero no lo consiguió; se le permitió, en cambio, que fuera visitado por uno de los capellanes de la embajada, que le administró los sacramentos. El embajador, tras el martirio, logró hacerse con los restos del mártir. Fue beatificado el 15 de diciembre de 1929 por Pío XI.

BEATOS JUAN BAUTISTA DUVERNEUILY Y PEDRO AREDIO LABROUHE DE LABORDERIE

Presbíteros y mártires († 1794)

En el barco Les Deux Associés, en la playa de Rochefort, donde los sacerdotes destinados a la deportación padecían tantas miserias y malos tratos, murieron el día 1 de julio de 1794 dos de ellos, agotados por los padecimientos y faltos de alimentos y cuidados.

El primero de ellos era el P. Leonardo, carmelita descalzo de la casa de Angulema. Se llamaba, inicialmente, Juan Bautista Duverneuily, pero, aunque se ha dado como fecha de nacimiento el año 1737 y como lugar de nacimiento Limoges, en el registro de ordenaciones del obispado de Limoges aparece como nacido en Saint-Yrieix el 8 de enero de 1759, sin que se haya podido explicar tanta diferencia de fechas en las varias fuentes biográficas. Su partida de bautismo no ha sido localizada en el proceso de beatificación. Juan Bautista perteneció al clero secular: hizo los estudios en el seminario de Limoges y se ordenó sacerdote el 15 de marzo de 1783. Ya sacerdote optó por la vida

religiosa e ingresó en el Carmen teresiano, tomando, como queda dicho, el nombre de «Leonardo». Cuando fueron suprimidas las órdenes religiosas, fijó su residencia en Limoges y se negó al cisma constitucional. Arrestado en esta ciudad, hizo la preceptiva declaración de bienes el 28 de septiembre de 1793 y dijo que no tenía bienes ni muebles ni inmuebles. Condenado a la deportación, partió para Rochefort en el primer envío, el 25 de febrero de 1794, estando ya en su destino a comienzos de mayo. Religioso orante y celoso, no dudó en defender los derechos de Dios y de la Iglesia con santa y admirable libertad.

Pedro Yrieix Labrouhe de Laborderie nació en Saint-Yrieix el 24 de mayo de 1756, siendo su padre señor de la villa. Yrieix es un nombre que en castellano se dice Aredio, del latín Aredius. Tras estudiar humanidades y filosofía en Périgueux, entró en 1780 en el seminario de Limoges y se ordenó sacerdote el 25 de marzo de 1782. Muy pronto obtuvo una canonjía en la colegiata de Saint-Yrieix al resignar en él su prebenda un pariente suyo. Al ser suprimidos los cabildos por la Revolución, él y sus compañeros canónigos presentaron una protesta formal. Al no ser funcionario público, no se le pidió que hiciera el juramento constitucional, y no se consideró comprendido en la ley de expulsión de los no juramentados. Se dedicó a ejercer su ministerio a favor de los verdaderos católicos y se negó a prestar el juramento de libertad-igualdad; por ello fue arrestado en 1793 y enviado, el 25 de febrero de 1794, a Rochefort como refractario a la ley del 14 de agosto de 1792. Las noticias que han quedado de él lo presentan como un sacerdote de vida ordenada y austera, amante de los pobres, delicado de conciencia y muy piadoso. Se dijo que había muerto de una fluxión del pecho.

Ambos fueron beatificados el 1 de octubre de 1995.

SAN ZHANG HUAILEU

Catecúmeno y mártir († 1900)

Zhang Huaileu (Tchang Hoai Lu) era un hombre de unos cincuenta y tantos años, de Shansi, China, cuando vino a conocer el cristianismo y su corazón se apegó a la verdad del evangelio. Se inscribió en el catecumenado pero en su grupo no había

otros adultos sino solamente niños. Éstos se reían de la torpeza de Zhang porque le costaba mucho aprenderse las oraciones, pero a él no le importaba. Procedía con gran sencillez y humildad y anhelaba la gracia del bautismo.

Al llegar los boxers él se presentó como cristiano y dijo que creía en Jesús, confesión de fe que fue respondida con varios lanzazos que le causaron la muerte, recibiendo el bautismo de sangre. Fue canonizado el 1 de octubre de 2000.

SANTOS JUSTINO ORONA Y ATILANO CRUZ

Presbíteros y mártires († 1928)

En el curso de la cruenta persecución de la República mexicana contra la Iglesia, el párroco y el coadjutor de Cuquío, Jalisco, fueron martirizados en el Rancho de las Cruces en la madrugada del 1 de julio de 1928.

El párroco, don Justino, había llegado al rancho el día 28 de junio y mandó llamar al coadjutor, don Atilano, porque tenía que tratar con él asuntos de la pastoral parroquial. Al coadjutor le advirtieron la peligrosidad de acudir pues se sospechaba que las autoridades estaban buscando a los sacerdotes, pero obedeció a la llamada de su párroco y acudió el día 29. Hablaron ambos sacerdotes largamente y rezaron juntos el rosario y, tras cenar, se acostaron ambos en la misma habitación. Delatada la presencia de los sacerdotes en el rancho, el capitán y un pelotón de soldados llegaron a las dos de la madrugada y dieron fuertes golpes en la puerta. Acudió el párroco a abrir, y en cuanto lo hizo y vio quiénes eran dio un viva a Cristo Rey y cayó acribillado a balazos. El coadjutor, que sintió el grito y los disparos, tomó en sus manos el rosario y el crucifijo y se puso de rodillas en la cama. Entraron los soldados y le dispararon muchos tiros, y sin que hubiera aún expirado lo arrastraron hasta el patio junto al cadáver del párroco y allí murió.

Ambos cuerpos fueron montados en un burro y llevados a la plaza del pueblo donde los arrojaron. Cuando se fueron los soldados, acudieron los fieles, rodearon los cuerpos y comenzaron a rezar. Horas más tarde los colocaron en ataúdes y los lle-

varon, entre cánticos y vivas a Cristo Rey, al cementerio. Años después llevarían sus cuerpos a la parroquia.

JUSTINO ORONA MADRIGAL había nacido en Atoyac, Jalisco, el 14 de abril de 1877. Tras diez años de estudios en el seminario de Guadalajara se ordenó sacerdote el 7 de agosto de 1904. Fue vicario en varias parroquias y luego auxiliar de la curia episcopal; en 1912 recibió el nombramiento de párroco de Poncitlán; posteriormente pasó a la parroquia de Encarnación y, en 1916, a la de Cuquío. Fueron fecundos sus doce años de párroco en esta población. Además de cumplir con gran esmero sus deberes como pastor, estuvo encargado del seminario auxiliar y contribuyó a la fundación de las Clarisas del Sagrado Corazón, dedicadas a recoger niñas huérfanas y pobres. Las orientó con gran celo y prudencia.

ATILANO CRUZ ALVARADO había nacido en Ahuetiche de Abajo, Jalisco, el 3 de octubre de 1901 en una familia de ascendencia indígena y campesina. Luego de estudiar en los seminarios de Totaliche y Guadalajara, prosiguió el estudio en casas particulares por el cierre de estos seminarios. Se ordenó, clandestinamente, el 24 de julio de 1927 y fue destinado a Cuquío como coadjutor. Piadoso, humilde, obediente y celoso, los meses de su sacerdocio los llenó de buenas obras. No hacía un año que era sacerdote cuando el martirio lo llevó al cielo.

Ambos mártires fueron canonizados el 5 de mayo de 2000.

BEATO JUAN NEPOMUCENO CHRZAN

Presbítero y mártir († 1942)

Nace en Gostyczyn, Polonia, el 25 de abril de 1885, hijo de un maestro rural. Terminado el bachillerato siente la vocación sacerdotal e ingresa en el seminario de Gniezno, ordenándose de sacerdote el 30 de enero de 1910. Tras una experiencia pastoral como vicepárroco en tres parroquias es nombrado párroco de Bieganowo, y en 1925 de Zerkow.

Junto a su actividad pastoral desarrolló también una intensa actividad social como miembro de la «Asociación de Amigos de la Ciencia» de Poznam y del «Consejo de Vigilancia» sobre la

banca de Zerkow. Fue también visitador de las catequesis parroquiales y arcipreste.

Comenzada la guerra, empezó a padecer malos tratos por parte de los elementos nazis pero él decidió no abandonar la parroquia ni siquiera cuando el templo fue clausurado, y continuó diciendo misa en secreto. Arrestado el 6 de octubre de 1941, fue llevado al campo de concentración de Dachau. Aquí hubo de sufrir muchísimo, brillando su heroica paciencia, fortaleza y caridad, ejerciendo su ministerio clandestinamente y orando sin cansancio por la salvación de todos. Murió de agotamiento el 1 de julio de 1942. Fue beatificado el 13 de junio de 1999.

2 de julio

A) MARTIROLOGIO

1. En Roma, en el cementerio de Dámaso en la Via Aurelia, santos Proceso y Martiniano, mártires (fecha desconocida).
2. La conmemoración de los santos Liberato, abad, Bonifacio, diácono, Servo y Rústico, subdiáconos, Rogato y Septimio, monjes, y Máximo, niño († 484), mártires en Cartago, en la persecución vandálica *.
3. En Turón (Neustria), Santa Monegunda († 557), virgen.
4. En Winchester (Inglaterra), San Suituno († 862), obispo.
5. En Sezze (Lacio), San Lídano († 1118), abad.
6. En Villeneuve, junto a Aviñón (Francia), Beato Pedro de Luxemburgo († 1387), obispo de Metz **.
7. En Fabriciano, del Piceno (Italia), la conmemoración de los beatos Juan y Pedro Becchetti († 1420 y 1421), presbíteros, de la Orden de Ermitaños de San Agustín *.
8. En Lecce (Apulia), San Bernardino Realino († 1616), presbítero, de la Compañía de Jesús **.
9. En Lieja (Bélgica), Beata Eugenia Joubert († 1904), virgen, de la Congregación de la Sagrada Familia del Corazón de Jesús **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

BEATO PEDRO DE LUXEMBURGO
Obispo († 1387)

Nació el 20 de julio de 1369 en Ligny-en-Barrois, al oeste de Nancy, sexto hijo de Guy de Luxemburgo, un capitán al servicio del rey de Francia, conde de Ligny, y de Mahaut de Châtillon, condesa de Saint-Pol, perteneciente a una familia de rancio abolengo, emparentada con diferentes reyes, que dio emperadores al Santo Imperio y reyes a Bohemia. Queda huérfano de muy corta edad, pues a los dos años fallece su padre en un combate, y a los cuatro, su madre, personas que gozaban de gran reputación; su padre, como ejemplo de caballero, y su madre, por su bondad y espléndida caridad. Al quedar sin sus progenitores se encargó de su educación su tía Juana de Châtillon, muy piadosa.

En 1377, a los ocho años, *Clemente VII* (Roberto de Génova) le nombra canónigo de Notre-Dame, distinguiéndose por su actitud piadosa y entrega al estudio. Su personalidad no deja de llamar la atención en la corte pontificia, considerada como corrupta, desarrollando una gran caridad con los más pobres. A su llegada a París entabla amistad con Pedro d'Ailly, maestro suyo en el Colegio de Navarra. El año 1379 es enviado a Londres, donde se queda como rehén para que su hermano Valeran, prisionero de los ingleses, fuera liberado; sin embargo, el rey Ricardo II le deja pronto en libertad. El agradecido testimonio de Clemente VII a los Luxemburgo, una de las dinastías más poderosas de Europa en el siglo XIV, explica la fulgurante carrera de este joven: archidiácono de Dreux, en la diócesis de Chartres (1381), y de Bruselas (1381) y canónigo de Cambrai (1382). Cuando tan sólo cuenta con 14 años recibe el obispado de Metz —el 10 de febrero de 1384—, sucediendo a Thierry Beyer von Boppard. Metz era una ciudad situada en el ámbito de los partidarios del papa Urbano VI, para la cual el rey Wenceslao de Bohemia había elegido como prelado a Thilmann Vuss, produciéndose un enfrentamiento armado con las tropas comandadas por su hermano Valeran, que le permitieron tomar posesión de su diócesis en el mes de abril de 1385. Pero, al poco

tiempo, aprovechando su marcha a Ligny para confortar espiritualmente a su hermano Roberto, gravemente enfermo, las tropas enemigas sitiaron Metz, devastando el territorio. Por todo ello, el mismo año renunció a su sede episcopal retirándose, primero, a Ligny y, más tarde, a París.

El 15 de abril de 1384 fue promovido cardenal diácono de S. Jorge in Velabro, y el 23 de septiembre de 1386 Clemente VII lo llamó a la corte de Avignon. Era benigno, liberal en las limosnas, distribuía sus bienes entre los pobres, pero aún era mayor el tiempo dedicado a la oración, creciendo en santidad al contemplar a Jesús en la cruz, inflamado su corazón de amor a Cristo. Para sus contemporáneos «parecía un ángel» por sus ásperas penitencias, macerando su cuerpo joven con ayunos y otros sacrificios. Lleva una vida tan austera y penitente que el propio Clemente VII le ordenó que la mitigara, redoblando sus limosnas. En marzo de 1387 se trasladó a Villeneuve-les-Avignons, donde se dedica con mayor empeño a la oración, teniendo lugar sus famosos raptos y éxtasis. Enfermó de tuberculosis y se preparó con redoblada serenidad, humildad y paciencia al tránsito de su vida. Dictó testamento el 29 de junio y murió el 2 de julio de 1387, a los 17 años de edad, con una extraordinaria fama de virtudes y vida santa. Entregó su espíritu con perfectísima y rara humildad.

Fue enterrado el día 5 de julio según era su deseo en el cementerio de San Miguel, en el recinto de los pobres. La etapa de su muerte está claramente consignada por los que le atendieron. Es precisamente este acontecimiento el que explica la exaltada manifestación desarrollada en su muerte, a la que asistió una inmensa multitud, y en donde tuvo lugar el primer milagro. El culto al joven cardenal comenzó nada más recibir sepultura, pues el pueblo empezó a encender velas sobre la tumba. Según un testigo presencial: «Es el acontecimiento más extraordinario y la devoción más unánime que se ha visto en cien años».

Este entusiasmo inmediato y espontáneo es el que suscita la decisión de elaborar una relación de milagros con declaración de testigos, que comenzó el 7 de julio, dos días después de su entierro, llegando a reunir 159 milagros diferentes. Vista la fama de taumaturgo del cardenal Pedro de Luxemburgo, Clemen-

te VII nombró el 4 de septiembre de 1389 una comisión formada por el padre Gilles, Poncio de Ponte y Juan de Regis —también notario de la Cámara Apostólica— como notarios apostólicos, y por Clemente de Grandmont, obispo de Lodève, como auditor general. Debido a la turbulencia de los tiempos el proceso de beatificación quedó interrumpido en cuatro ocasiones. En 1433 Eugenio IV retomó la causa, y en 1435, estando en el Concilio de Basilea, nombró una nueva comisión en la que trabajó el cardenal Juan de Torquemada, examinando los milagros y el proceso del joven prelado. Agradecido a su leal servidor, Eugenio IV le distinguió con el título de Maestro del Sacro Palacio.

El papa Clemente VII permitió el 9 de junio de 1527 que Pedro de Luxemburgo fuera venerado como beato, y el 30 de mayo de 1629 Urbano VIII otorgó el oficio y misa de Confesores para el día de su fiesta. En 1432 fue proclamado patrón de Avignon. En 1600 se declaró fiesta de precepto el aniversario de su muerte, y se extendió su culto por toda la Provenza y Languedoc. Protector de los niños en una época en que existía una gran fragilidad infantil, era invocado contra los problemas nerviosos, enfermedades de los pulmones y la tuberculosis. La reina María de Sicilia ordenó construir sobre su tumba un mausoleo, y años después (1395) se fundó un convento de Celestinas en ese mismo lugar. Durante la Revolución Francesa (1793) sus reliquias fueron dispersadas.

El joven Pedro de Luxemburgo no pudo retraerse de la responsabilidad política que le incumbía, en un tiempo en que la Iglesia estaba dividida. El cisma del año 1378 fue promovido por los mismos Cardenales, y la elección de Urbano VI tuvo lugar en unas circunstancias tan especiales que no era nada difícil manipular o tergiversar la verdad. Intentar comprender cuál de los pretendientes era el verdadero y legítimo Papa no resultaba fácil debido a la terrible confusión de las opiniones reinantes, y en una y otra parte, Roma y Avignon, destacaron mujeres y varones de singular santidad, como Santa Catalina de Siena y Santa Cristina de Suecia, San Vicente Ferrer y Santa Coleta. Por su parte, los cardenales franceses que participaron en la «obligada» elección de Urbano VI durante el

tumultuoso cónclave de Roma, alarmados por el comportamiento del nuevo Papa se retiraron en cónclave a Fondi y, con la protección de Juana I de Nápoles, el duque de Fondi y el rey Carlos V de Francia, eligieron al cardenal Roberto, de los condes de Génova, como papa con el nombre de Clemente VII, estableciendo la corte en Avignon. Pedro supo ganarse el favor de los poderosos de su tiempo, en un momento en el que el prestigio del papado cayó muy bajo y comenzaron a difundirse algunas herejías como las de Juan Wyclif en Inglaterra y Juan Huss en Bohemia. El mundo católico estaba dividido en la obediencia a los dos papas, cada uno se llamaba legítimo y condenaba y excomulgaba al otro.

El joven cardenal se distinguió en la corte papal por su vida austera, promoviendo en Avignon, con gran éxito, la fiesta de la Presentación de la Virgen María. La fama de santidad y el fervor popular que se propagó con su muerte, y los innumerables milagros que se obraron en su tumba, facilitaban la legitimidad del papa de Avignon, razón de peso para que Clemente VII promoviera la causa de beatificación, aunque no lograra su objetivo. Los hagiógrafos redactaron una biografía sobre su vida ejemplar y edificante, que fue impresa en numerosas ocasiones, mientras los panegiristas se hacían eco de sus méritos en sus sermones hasta finales del Ochocientos.

Se le atribuye un opúsculo ascético impreso con el título de *Dieta de salud,* compuesto para la devoción particular de su hermana Juana, a quien Pedro escribía frecuentemente. En 1433, cuando de nuevo se introdujo oficialmente la causa de canonización, las distintas biografías del joven prelado pretendían servir de apoyo para que Eugenio IV pudiera concluir el proceso.

El texto de esta *Dieta de salud* no es original, sino más bien el resultado de reunir diversos textos sacados de varios tratados ascéticos, sobresaliendo una regla de vida muy popular en Francia desde el siglo XIII. Se trata, por tanto, de una compilación heterogénea con intención biográfica con textos representativos de la espiritualidad de su tiempo, estableciendo un programa de devociones diarias, y preconizando un modo de vida amante del silencio, el recogimiento y la oración. En la actuali-

dad se conocen 21 manuscritos de dicho texto, que ha sido impreso en numerosas ocasiones.

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

Art. en *Dictionnaire de spiritualité, ascétique et mistique.* XII/1: *Pacaud-Photius* (París 1984) cols.1612-1914.
Art. en *Bibliotheca sanctorum,* X: *Pabai-Rafols* (Roma 1968) cols.705-708.
PROUVOST, Y., *«Les miracles de Pierre de Luxembourg (1387-1390)». Hagiographie et culte des saints en France Méridionale (XIIIe-XVe siècle)* (París 2002) 481-506.

SAN BERNARDINO REALINO

Presbítero († 1616)

Con San Bernardino Realino ocurrió un hecho insólito que tal vez no se vuelva a narrar en este *año cristiano.*

Sin esperar a que traspasase el umbral de la muerte fue nombrado patrono celestial de la ciudad de Lecce, donde murió.

Ocurrió a comienzos de 1616. Por toda la ciudad corrió el rumor de que el padre Bernardino Realino, que había sido su apóstol durante cuarenta y dos años, estaba a punto de morir. Era por entonces alcalde de la ciudad Segismundo Rapana, hombre previsor y decidido. Informado de la gravedad del «Santo Bernardino», se presenta con una comisión del Ayuntamiento en el colegio de los jesuitas. Los guardias le abren paso entre el gentío que se ha formado en la portería del colegio. Llegado a la presencia del moribundo, extrae de su casaca un documento que llevaba preparado y lo lee delante de todos:

> «Grande es nuestro dolor, oh padre muy amado, al ver que nos dejáis, pues nuestro más ardiente deseo sería que os quedarais para siempre entre nosotros. No queriendo, sin embargo, oponernos a la voluntad de Dios, que os convida con el cielo, deseamos, por lo menos, encomendaros a nosotros mismos y a toda esta ciudad, tan amada por vos, y que tanto os ha amado y reverenciado. Así lo haréis, oh padre, por vuestra inagotable caridad, la cual nos permite esperar que queráis ser nuestro protector y patrono en el paraíso, pues por tal os elegimos desde ahora para siempre, seguros de que nos aceptaréis por fieles siervos e hijos, ya que con vuestra ausencia nos dejáis sumergidos en el más profundo dolor».

El anciano padre, acabado como estaba por la enfermedad, hizo un supremo esfuerzo y pudo, al fin, pronunciar un «Sí, señores» que llenó al alcalde y a toda la ciudad de inmenso júbilo.

Había nacido San Bernardino Realino en Carpi, ducado de Módena, el 1 de diciembre de 1530. Su familia pertenecía a la nobleza provinciana. Su padre, don Francisco Realino, fue caballerizo mayor de varias cortes italianas. Por este motivo estaba casi siempre ausente de su casa. La educación del pequeño Bernardino estuvo confiada a su madre, Isabel Bellantini.

Dicen que Bernardino era un niño hermoso, de finos modales, todo suavidad en el trato, siempre afable y risueño con todos. A su buena madre le profesó durante toda su vida un cariño y una veneración extraordinarios. Durante sus estudios un compañero le preguntó: «Si te dieran a escoger entre verte privado de tu padre o de tu madre, ¿qué preferirías?». Bernardino contestó como un rayo: «De mi madre jamás». Dios, sin embargo, le pidió pronto el sacrificio más grande.

Su madre se fue al cielo cuando él todavía era muy joven. Su recuerdo le arrancaba con frecuencia lágrimas de los ojos. Ella se lo había merecido por sus constantes desvelos y, principalmente, por haberle inculcado una tierna devoción a la Virgen María.

En Carpi comenzó el niño Bernardino sus estudios de literatura clásica bajo la dirección de maestros competentes. «En el aprovechamiento —escribe el mismo santo—, si no aventajó a sus discípulos, tampoco se dejó superar por ninguno de ellos». De Carpi pasó a Módena y luego a Bolonia, una de las más célebres universidades de su tiempo, donde cursó la filosofía.

Fue un estudiante jovial y amigo de sus amigos. Más tarde se lamentará de «haber perdido muchísimo tiempo con algunos de sus compañeros, con los cuales trataba demasiado familiarmente».

Fue, pues, muchacho normal. Hizo poesías. Llevó un diario íntimo como todos, y se enamoró como cualquier bachiller. Hasta tuvo sus pendencias, escapándosele alguna cuchillada que otra...

> «Habiéndome introducido por senda tan resbaladiza —escribe el santo refiriéndose a aquellos días—, vino el ángel del Señor a

amonestarme de mis errores, y, retrayéndome de las puertas del infierno, me colocó otra vez en la ruta del cielo».

¿Quién fue este «ángel del cielo»?

Un día vio en una iglesia a una joven y quedó prendado de ella. La amó con un amor maravilloso, «hasta el punto —son sus palabras— de cifrar toda mi dicha en cumplir sus menores deseos. No obedecerla me parecía un delito, porque cuanto yo tenía y cuanto era reconocía debérselo a ella». Esta joven se llamaba Clorinda. Bellísima, había dominado por sí misma, sin ayuda de nadie, el vasto campo de la literatura y la filosofía. Era profundamente piadosa. Frecuentaba la misa y la comunión. Precisamente la vista de su angelical postura en la iglesia fue lo que prendió en el corazón de Bernardino aquella llama de amor puro y bello que elevó su espíritu a lo alto, como lo demuestran las cartas y poesías que se cruzaron entre los dos y que todavía se conservan. Clorinda y Bernardino tuvieron una confianza cada día creciente, pero siempre delicada y noble.

Bernardino tenía proyectado graduarse en Medicina. Pero a Clorinda no le gustaba, y él se sometió dócilmente a los deseos de ella. Había que cambiar de carrera y comenzar la de Derecho.

—Grande y ardua empresa quieres que acometa —le dijo Bernardino.

—Nada hay arduo para el que ama —fue la respuesta de Clorinda.

Dicho y hecho. Bernardino se sumergió materialmente en los libros de leyes, que le acompañaban hasta en las comidas, y tan absorto andaba con Graciano y Justiniano, que a veces trastornaba extrañamente el orden de los platos. Por fin, el 3 de junio de 1556, a los veinticinco años, se doctoró en Derecho canónico y Derecho civil, coronando así gloriosamente el curso de sus estudios.

A los seis meses de terminar la carrera fue nombrado *podestá,* o sea alcalde, de Felizzano. Del gobierno de esta pequeña ciudad pasó al cargo de abogado fiscal de Alessandría, en el Piamonte. Después se le nombró alcalde de Cassine, y de Cassine pasó a Castel Leone de pretor a las órdenes del marqués de Pescara.

En todos estos cargos se mostró siempre recto y sumamente hábil en los negocios. He aquí el testimonio —un poco altisonante, a la manera de la época— de la ciudad de Felizzano al terminar en ella su mandato el doctor Realino:

> «Deseamos poner en conocimiento de todos que este integérrimo gobernador jamás se desvió un ápice de la justicia, ni se dejó cegar por el odio, ni por codicia de riquezas. No es menos de admirar su prudencia en componer enemistades y discordias; así es que tanta paz y sosiego asentó entre nosotros, que creíamos había inaugurado una nueva era de tranquilidad y bonanza. Siempre tomó la defensa de los débiles contra la prepotencia de los poderosos; y tan imparcial se mostró en la administración de la justicia que nadie, por humilde que fuese su condición, desconfió jamás de alcanzar de él sus derechos».

El marqués de Pescara quedó tan satisfecho de las actuaciones de Realino que, cuando tomó el cargo de gobernador de Nápoles en nombre de España, se lo llevó consigo como oidor y lugarteniente general.

En Nápoles le esperaba a Bernardino la Providencia de Dios.

La felicidad de este mundo es poca y pasa pronto. Clorinda se cruzó en la vida de Bernardino rápida y bella como una flor. Ella, que le había animado tanto en los estudios, murió apenas daba los primeros pasos en el ejercicio de su carrera. La muerte de Clorinda abrió en el alma de Bernardino una herida profunda que difícilmente podría curarse. Fue una lección de la vanidad de las cosas de este mundo.

El recuerdo de aquella joven querida le alentaba ahora desde el cielo, presentándosele de tiempo en tiempo radiante de luz y de gloria y exhortándole a seguir adelante en sus santos propósitos.

Un día paseaba el oidor por las calles de Nápoles cuando tropezó con dos jóvenes religiosos cuya modestia y santa alegría le impresionó vivamente. Les siguió un buen trecho y preguntó quiénes eran. Le dijeron que «jesuitas», de una Orden nueva recientemente aprobada por la Iglesia.

Era la primera noticia que tenía Bernardino de la Compañía de Jesús. El domingo siguiente fue a oír misa a la iglesia de los padres.

Entró en el momento en que subía al púlpito el padre Juan Bautista Carminata, uno de los oradores mejores de aquel tiempo. El sermón cayó en tierra abonada. Bernardino volvió a casa, se encerró en su habitación y no quiso recibir a nadie durante varios días. Hizo los ejercicios espirituales, y a los pocos días la resolución estaba tomada. Dejaría su carrera y se abrazaría con la cruz de Cristo.

Su madre había muerto, Clorinda había muerto. Su anciano padre no tardaría mucho en volar al cielo. No quería servir a los que estaban sujetos a la muerte. Pero, ¿cuándo pondría por obra su propósito? ¿Dónde? ¿No sería mejor esperar un poco?

Un día del mes de septiembre de 1564, mientras Bernardino rezaba el rosario pidiendo a María luz en aquella perplejidad, se vio rodeado de un vivísimo resplandor que se rasgó de pronto dejando ver a la Reina del Cielo con el Niño Jesús en los brazos. María, dirigiendo a Bernardino una mirada de celestial ternura, le mandó entrar cuanto antes en la Compañía de Jesús.

Contaba Bernardino, al entrar en el Noviciado, treinta y cuatro años de edad. Era lo que hoy decimos una vocación tardía. Por eso una de sus mayores dificultades fue encontrarse de la noche a la mañana rodeado de muchachos, risueños sí y bondadosos, pero que estaban muy lejos de poseer su cultura y su experiencia de la vida y los negocios. Con ellos tenía que convivir, y el exlugarteniente del virrey de Nápoles tenía que participar en sus conversaciones y en sus juegos, y vivir como ellos pendiente de la campanilla del noviciado, siempre importuna y molesta a la naturaleza humana. Pero a todo hizo frente Bernardino con audacia y a los tres años de su ingreso en la Compañía se ordenó de sacerdote. Todavía continuó estudiando la teología y al mismo tiempo desempeñó el delicado cargo de maestro de novicios.

En Nápoles permaneció tres años ocupado en los ministerios sacerdotales como director de la congregación, recogiendo a los pillos del puerto, visitando las cárceles y adoctrinando a los esclavos turcos de las galeras españolas. Pero en los planes de Dios era otra la ciudad donde iba a desarrollar su apostolado sacerdotal.

Lecce era y es una población de agradable aspecto. Capital de provincia, a 12 kilómetros del mar Adriático, es el centro de una comarca rica en viñedos y olivares. Sus habitantes son gentes sencillas que se enorgullecen de las antiguas glorias de la ciudad, cargada de recuerdos históricos.

El ir nuestro santo a Lecce fue sin misterio alguno. Desde hacía tiempo la ciudad deseaba un colegio de Jesuitas, y los superiores decidieron enviar al padre Realino con otro padre y un hermano para dar comienzo a la fundación y una satisfacción a los buenos habitantes de la ciudad, que oportuna e inoportunamente no desperdiciaban ocasión de pedir y suspirar por el colegio de la Compañía.

Los tres jesuitas, con sus ropas negras y sus miradas recogidas, entraron en la ciudad el 13 de diciembre de 1574. Por lo visto, la buena fama del padre Bernardino Realino le había precedido, porque el recibimiento que le hicieron más parecía un triunfo que otra cosa. Un buen grupo de eclesiásticos y de caballeros salió a recibirles a gran distancia de la ciudad. Se organizó una lucidísima comitiva, que recorrió con los tres jesuitas las principales calles de Lecce hasta conducirlos a su domicilio provisional.

El padre Realino era el superior de la nueva casa profesa. En cuanto llegó puso manos a la obra de la construcción de la iglesia de Jesús y a los dos años la tenía terminada. Otros seis años, y se inauguraba el colegio, del cual era nombrado primer rector el mismo santo.

Desde el primer día de su estancia en Lecce el padre Realino comenzó sus ministerios sacerdotales con toda clase de personas, como lo había hecho en Nápoles. Confesó materialmente a toda la ciudad, dirigió la Congregación mariana, socorrió a los pobres y enfermos. Para éstos guardaba una tinaja de excelente vino que la fama decía que nunca se agotaba. Después de los pobres de bienes materiales, comenzaron a desfilar por su confesonario los prelados y caballeros, tratando con él los asuntos de conciencia.

> «Lo que fue San Felipe Neri en la Ciudad Eterna —dice León XIII en el breve de beatificación de 1895—, esto mismo fue para Lecce el Beato Bernardino Realino. Desde la más alta nobleza hasta los últimos harapientos, encarcelados y esclavos turcos, no

había quien no le conociese como universal apóstol y bienhechor de la ciudad».

El Papa, el emperador Rodolfo II y el rey de Francia Enrique IV le escribieron cartas encomendándose a sus oraciones. Tal era la fama de el «Santo de Lecce».

Los superiores de la Compañía pensaron en varias ocasiones que el celo del padre Realino podría tal vez dar mejores frutos en otras partes y decidieron trasladarle del colegio y ciudad de Lecce. Tales noticias ocasionaron verdaderos tumultos populares. En repetidas ocasiones los magistrados de la ciudad declararon que cerrarían las puertas e impedirían por la fuerza la salida del padre Bernardino. Pero no fue necesario, porque también el cielo entraba en la conjura a favor de los habitantes de Lecce. Apenas se daba al padre la orden de partir, empeoraba el tiempo de tal forma que hacía temerario cualquier viaje. Otras veces, una altísima fiebre misteriosa se apoderaba de él y le postraba en cama hasta tanto se revocaba la orden. De aquí el dicho de los médicos de Lecce: «Para el padre Realino, orden de salir es orden de enfermar».

Pasaron muchos años y la santidad de Bernardino se acrisoló. Recibió grandes favores del cielo. Una noche de Navidad estaba en el confesonario y una penitente notó que el padre temblaba de pies a cabeza a causa del intenso frío. Terminada la confesión, la buena señora fue al que entonces era padre rector a rogarle que mandara retirarse al padre Bernardino a su habitación y calentarse un poco. Obedeció el santo la orden del padre rector. Fue a su cuarto y mientras un hermano le traía fuego se puso a meditar sobre el misterio de la Navidad. De repente una luz vivísima llenó de resplandor su habitación y la figura dulcísima de la Virgen María se dibujó ante él. Como la otra vez, llevaba al Niño Jesús en sus brazos. «¿Por qué tiemblas, Bernardino?», le preguntó la Señora. «Estoy tiritando de frío», le respondió el buen anciano. Entonces la buena Madre, con una ternura indescriptible, alarga sus brazos y le entrega el Niño Jesús. Sin duda fueron unos momentos de cielo los que pasó San Bernardino Realino. Lo cierto es que, al entrar poco después el hermano con el brasero, le oyó repetir como fuera de sí: «Un ratito más, Señora; un ratito más». En todo aquel invierno no volvió a sentir frío el padre Bernardino.

Llegó el año 1616. La vida del padre Realino se extinguía. «Me voy al cielo», dijo, y con la jaculatoria: «Oh Virgen mía Santísima» lo cumplió el día 2 de julio. Tenía ochenta y seis años, de los cuales la mitad, cuarenta y dos, los había pasado en Lecce, dándonos ejemplo de sencillez y de constancia en un trabajo casi siempre igual.

Muerto el padre, el ansia de obtener reliquias hizo que el pueblo desgarrara sus vestidos y se los llevara en pedazos, lo cual hizo imposible la celebración de la misa y el rezo del oficio de difuntos. Y, así, los funerales de este hombre tan popular y tan querido de todos tuvieron que celebrarse a puerta cerrada y en presencia de contadísimas personas.

Fue canonizado en 1947 por el papa Pío XII.

FRANCISCO ZURBANO, SI

Bibliografía

GERMIER, G., SI, *San Bernardino Realino* (Florencia 1942).
GRANERO, J. M.ª, *Vidas heroicas* (Bilbao 1947).
TESTORE, C., SI, *San Bernardino Realino* (Madrid 1943).
• Actualización:
COMITATO DIOCESANO DI CARPI, *Conosci Bernardino Realino? Il primo santo carpigiano. Fascicolo pubblicato in occasione del 50. di canonizzazione di San Bernardino Realino* (Carpi 1997).
CUGINI, R., *Bernardino Realino* (Castelleone 1977).
GIOIA, M., SI, *La grazia vocazionale in S. Bernardino Realino* (Roma 1970).
— *Per una biografia di San Bernardino Realino S.I., 1530-1616. Analisi delle fonti e cronologia critica* (Lecce 1970).
PADOAN, E., *S. Bernardino Realino* (Modena 1997).

BEATA EUGENIA JOUBERT

Virgen († 1904)

Sobre los ásperos altiplanos del Alto Loira, en Francia, está el pueblecito de Yssingeaux, de la diócesis de Puy-en-Velay: tierra de santos. Allí nació Agnès du Langeac, OP (1602-1637), beatificada junto con Eugenia, a la que San Luis M.ª Grignion de Montfort pone como ejemplo de consagración a la Virgen en su *Tratado de la verdadera devoción.* Allí fundó las «Soeurs de Saint Joseph» un pionero de las congregaciones religiosas de vida activa, el P. Jean-Pierre Médaille, SI (1610-1669).

En Yssingeaux se distingue, entre sus habitantes, la familia de Pierre Joubert y Antoinette Celle, acomodados terratenientes. Pierre se ocupa de las tierras. Antoinette es una mujer de fe profunda, siempre dispuesta a socorrer generosamente a los pobres; tienen ya tres hijos, Ernesto, María y Lorenzo, a los que educan en la fe y la caridad cristianas.

El 11 de febrero de 1876, 18.º aniversario de las apariciones de la Inmaculada a la pequeña Bernadette junto al río Gave, la imagen de la Virgen de Lourdes es solemnemente coronada en nombre del papa Pío IX. Suenan todas las campanas de Francia felicitando a María. Algunos creyeron oír el repique antes de tiempo... En las primeras horas de aquel día gélido, los Joubert veían nacer su cuarto vástago —aún vendrán cuatro más—: una preciosa niña a la que bautizan esa misma mañana con el nombre de Eugenia. Mamá Antoinette, que la consagra a la Virgen, tan pronto como puede comprender la pequeña le habla de Jesús y María, la enseña a rezar.

Eugenia es un cascabel, tiene la sonrisa pintada en los ojos. Con su madre y los demás hermanitos va con frecuencia a visitar a los pobres, aprendiendo así desde pequeña a ser generosa, a darse. Le encanta jugar. A veces es caprichosa, pero se cura viendo que en casa hay hermanos más pequeños en los que fijarse. A los cinco años, en 1881, es enviada al colegio de las Ursulinas de Monistrol, donde ya estaba María, su hermana mayor, a la que toma como modelo. Tienen entre las religiosas una tía que vela solícita por sus sobrinitas. En aquella escuela, austera, Eugenia aprende a leer, a escribir y a contar. Estudia con ahínco; se abre su interés a las cosas bellas. Pero la tía ve que María, que ya tiene nueve años, ha hecho más progresos que Eugenia, y llama la atención a ésta, que promete dócilmente esforzarse más. Las compañeras mayores la recordarán humilde, modesta, amante del orden, la limpieza y la elegancia, buscando siempre el último lugar. Parece portadora de pureza, como una gracia especial de Dios. No obstante las dificultades, es feliz, y un día escribirá: «Conservo de Monistrol recuerdos deliciosos, impresiones imborrables». El recuerdo más bello es el de su primera comunión, después de confirmarse, el 29 de mayo de 1887, y los meses de intensa preparación que la precedieron.

Desde aquel día, Eugenia saborea la intimidad de Jesús, que llena su corazón, perfumándola con una alegría siempre nueva.

> «¡Qué perfume me dejó el recuerdo de mi primera Comunión! No olvidaré jamás el bien que me hicieron nuestras buenísimas hermanas de Monistrol, tan maternales».

Y con Jesús Sacramentado, la Virgen María. A una de sus hermanas pequeñas dará este consejo:

> «El secreto para comportarnos como hijos de Dios es vivir como hijos de la Santísima Virgen. Debemos pedirle todos los días morir antes que cometer un solo pecado mortal».

Cuando, a los once años, Eugenia salga del colegio de Monistrol, estará impregnada de fe, de oración, de alegría. Su secreto es el amor sin límites a Jesús y la confianza filial en María. Guiada por ellos, iniciará un camino de perfección.

Durante las vacaciones, retorna a su casa. En Yssingeaux, entre los suyos, vive al estilo de Monistrol. Los pobres, en los que su madre le enseñó a ver la imagen de Cristo, son sus predilectos. Cuando, una vez a la semana, los menesterosos van al hogar de los Joubert a recibir su limosna, Eugenia es la primera en colaborar con su madre para atenderlos. Enseña a rezar a sus hermanitos, de los que su preferido es el pequeño Wilfredo, quien, años después, conservará como un tesoro el rosario de Eugenia, aquel con el que ella le hacía postrarse ante la imagen de la Virgen.

Después de los estudios elementales, mamá Antoinette lleva a Eugenia al Colegio de las Hermanas de San José en Yssingeaux, donde estará un año. Las maestras tardan poco en apreciar que se les ha confiado una niña diferente a las otras. Y, según los métodos educativos de aquel tiempo, a veces la prueban acusándola de culpas que no ha cometido. Eugenia no se defiende, no abre la boca. Cierto día —cuentan— un grupo de compañeras cree ver circundando la cabeza de Eugenia una luz extraña, una especie de aureola.

Del de San José, pasa al colegio de Santa María en Le Puy, para completar su instrucción humanística. Sus condiscípulas allí nos han transmitido de ella este retrato:

> «No mostraba preferencias por nadie, era igualmente cortés con todas nosotras. No criticaba nunca. En la capilla rezaba como

un ángel. Era siempre cuidadosísima de su persona. Tenía siempre un orden perfecto en su pupitre, en sus libros y cuadernos. Si alguna compañera impertinente venía a importunarla, ella no se alteraba nunca. Cuando íbamos de paseo, nos dábamos cuenta de que, a escondidas, muchas veces daba su merienda a un niño pobre. Muchas alumnas se hacían dispensar de levantarse temprano. Eugenia, en cambio, participaba todas las mañanas en la Santa Misa y la meditación que la precedía. Cuando hablaba de la Virgen, parecía tener el cielo en sus ojos».

Para entonces, ya no era una niña, sino una hermosa y gentil jovencita, con un atractivo irresistible, con una pasión en su interior: amar a la Santísima Virgen, imitarla, para ser agradable a Jesús. El Rosario es su oración predilecta. Cuando quiere obtener un favor especial, lo reza completo durante nueve días, ofreciendo a María, además, cinco sacrificios, los más costosos para ella. Y la Virgen le responde siempre. El amor a Jesús y a María es para ella la fuente de un gozo inexhaurible.

Con un grupo de alumnas ingresa en las «Hijas de María», consagrándose más íntimamente a la Madre de Dios. Enseguida la eligen presidente de la asociación mariana, porque, sin pretenderlo, con su rica personalidad, tiene un gran ascendiente sobre sus compañeras. El secreto de su atractivo es su alegría. Posee un excelente humor, es el alma de las fiestas y comedias. Muy comunicativa, contagia fe y bondad. Cuando alguna en el colegio se siente sola, acude a Eugenia. Ella disimula los defectos de las demás y pone de manifiesto sus cualidades, sembrando así paz y unión. Alguna dirá: «La sonrisa de Eugenia diciéndome que la Virgen estaba contenta conmigo, era mi mejor recompensa».

Los días de Eugenia están llenos de pequeños y grandes gestos de amor. Un amor verdadero, que se da y se sacrifica por el otro, sin buscarse a sí mismo. Sabe ser amiga de verdad, desde este presupuesto: «Debemos amarnos en Dios y para Dios». Un día —tiene 16 años— le preguntan quiénes son sus mejores amigas. Ella responde con el nombre de dos niñas de 5 y 6 años. De ellas no podía esperar nada a cambio, podía amarlas gratis.

Eugenia es toda una señorita, inteligente y culta, entusiasta y vital, con un corazón afectuoso y ardiente y... con su elección hecha. Ha entregado el corazón entero a Jesús, su único Ama-

do. Cuando sus compañeras hablan del futuro, de ideales y planes, e intentan hacerla hablar, Eugenia sonríe y calla.

Al cabo de tres años en el colegio de Le Puy, Eugenia vuelve a Yssingeaux, con su familia, donde ayuda a su madre en las tareas domésticas y cuida de sus hermanos pequeños. Va al hospital a hacer compañía a los enfermos, en quienes ve a Jesús paciente. Siente cierta «envidia» de las religiosas, esposas del Señor... Reúne a los niños más pobres y abandonados del pueblo para enseñarles las oraciones y el catecismo. El vicario parroquial tiene una ayuda inestimable en Eugenia, de la que dice:

> «Era un modelo de piedad, de virtud, de carácter. Dotada de excelentes cualidades, era sin embargo de una sencillez y modestia encantadoras. Fue mi primera catequista voluntaria. ¡Ayudó tanto en la parroquia!».

Las hermanas de Le Puy ambicionan una novicia como Eugenia, pero ella dice: «Aún no he deliberado nada. Busco el lugar donde Jesús desea que yo fije mi tienda...». El padre, que intuye su proyecto, se opone con fuerza: su hija mayor, María, ha ingresado hace algún tiempo en las Hermanas de la Santa Familia del Sagrado Corazón. Se trata de una reciente congregación, fundada en 1888 por la joven Adelaide Melin y el jesuita P. Rabussier. La primera comunidad se había instalado en el monte Anis, que domina la ciudad de Le Puy, donde se levanta una antigua basílica a la Virgen, y una estatua colosal de Notre Dame de France, sobre la roca Corneille. En 1890, el papa León XIII bendice al naciente Instituto y a sus primeros miembros, cuyo carisma será la catequesis, especialmente de los niños más pobres y abandonados, y una profunda vida interior. Eugenia siente que algo la atrae al monte Anis. No es sólo el afecto por su hermana, sino el reclamo de *aquel* que la ha fascinado y la posee. Cuando va de visita, conoce el estilo de vida de la comunidad y descubre la presencia dulce y penetrante de Jesús como en la Familia de Nazaret. Se siente, ella también, en familia.

La fundadora, ahora M. M.ª Ignacia, ha buscado una casa de retiro para las hermanas a once kilómetros de Le Puy, en el campo, junto a Coubon. Es un lugar delicioso al que han llamado «La Darne Sainte Marie». En octubre de 1893, Eugenia pasa allí unos días de retiro, con su hermana, y escribe entusiasmada a su madre:

«¡Si supieras qué bien se está aquí! Es la antesala del cielo... El buen Dios no ha podido escoger mejor morada para su pequeña Santa Familia del Sagrado Corazón. Esta soledad cautiva mi alma, querida mamá. Estoy muy contenta de encontrarme con mi amada María que está, por así decir, ¡sobrehumanizada! Estamos juntas buena parte del día y, cuando nos dejamos, me parece sentirme mejor: ¡ella me habla tan bien de Dios! Pero no creas por esto que adopte el tono o el aspecto de un predicador. En medio de nuestras conversaciones, a veces nos entra una risa imparable...».

Tiene casi 18 años: la edad del amor, de la vida. Eugenia escribirá:

«Desde la infancia, mi corazón, aunque pobre, hosco y terrenal, buscaba en vano saciar su sed de amor. Quería amar, pero sólo a un Esposo bello, perfecto, inmortal, cuyo amor fuese puro e inmutable. Oh, María Santísima, Tú me has dado a mí, pobre gusanillo, el más hermoso de los hijos de los hombres, tu Divino Hijo Jesús».

El 2 de julio de 1895, fiesta entonces de la Visitación de la Virgen, Eugenia ha ido a La Darne para la toma de hábito de una joven religiosa. En un largo coloquio, abre su corazón al P. Rabussier, que la ilumina y le descubre el designio de Dios sobre ella. Tras superar la oposición de su padre, que sueña para ella ventajosos matrimonios, Eugenia, acompañada de su madre, llama a las puertas de La Darne para hacerse religiosa. Es la tarde del 6 de octubre de 1895. Las hermanas cantan las primeras Vísperas de Nuestra Señora del Rosario. Al darle el abrazo de despedida en la puerta del convento, su madre, traspasada de dolor, le dice heroicamente: «Eugenia, yo te entrego al Señor. Tú no te vuelvas nunca atrás: ¡hazte santa!». Realmente, desde aquel día, Eugenia no tendrá otro empeño que dejarse hacer santa por Jesús y María. Aquella noche escribe en su cuaderno, que ha titulado «María y yo»:

«¡Oh gracia de las gracias! ¡Estar admitida en la Santa Familia de Jesús, María y José, en esta casa de fervor, donde Jesús es el único Rey, donde María es la Señora de todos los corazones, donde cada miembro de la familia no tiene otra ambición que la de ser el más obediente, el más humilde; donde el *Cor unum* y la caridad son sagrados; donde se prodiga la más pura doctrina del Evangelio y de la Iglesia! ¡Oh, Jesús, María, mi buen Padre, santa familia, San Ignacio, gracias!».

Desde el inicio de su postulantado, admira a todas las hermanas el recogimiento de Eugenia, que se ha propuesto vivir de fe para crear una amada soledad en el fondo de su corazón. Toda su vida se concentra en Jesús. Hasta las religiosas mayores la toman como modelo. En la capilla, su continente es angelical. Ora con todo su ser. Todo su porte exterior revela un alma empapada de Dios, apartada de todo lo extraño a la vida sobrenatural. «¿A qué he venido al convento —se pregunta con frecuencia— sino a ser santa?». Es heroico el desprendimiento que manifiesta con su hermana carnal, no demostrando ninguna preferencia por ella. Cuando trasladan a María a otra casa, Eugenia siente que se le desgarra el corazón, pero se dice: «Jesús solo cuenta. Jesús solo basta. Jesús solo es todo». Aunque en el postulantado tiene permiso para levantarse media hora más tarde, decide levantarse, como todas, a las cinco. En todo obra venciendo su propio natural. Cuando la cocinera debe ausentarse, Eugenia, aunque le cuesta mucho, se ofrece para hacerse cargo de la cocina, renunciando así a la recreación comunitaria, el único momento de expansión de la jornada. Al ofrecer estas renuncias, pequeñas sólo en apariencia, anota en su diario:

> «Combatir el egoísmo con la generosidad. ¡Más amor, más sacrificio! No pensar en mí misma, sino sólo en los Corazones de Jesús y María. Nunca es pequeño lo que solicita el amor».

La abrasa la sed de imitar a Jesús humillado. Cuando es reprendida por algún error o equivocación, calla y sonríe, aunque sepa que la culpable es otra hermana. Entonces, su rostro aparece aún más luminoso, porque ama la humillación, la desea, busca hacerse pequeña para atraer la mirada amorosa de Jesús.

El 13 de agosto de 1896, fiesta de su querido San Juan Berchmans, Eugenia recibe el santo hábito de manos del P. Rabussier, y exclama:

> «Ancilla Christi sum! Que de ahora en adelante mi corazón, blando como la cera, sencillo como el de un niño, se deje revestir, con obediencia ciega, de la Voluntad Divina, sin oponer más resistencia que la de querer ofrecerse más y más».

Desde la primavera de 1897, el noviciado de la Santa Familia se trasladó a Saint-Denis-sur-Seine, en el antiguo Carmelo donde se santificó Luisa de Francia. Allí, Sor Eugenia es destinada a

la lavandería y la farmacia, y encargada de la limpieza de la capilla y de una sala común. Mucho trabajo, que la hermana a cuyas órdenes estaba la novicia encontraba siempre hecho. «Para sí misma soportaba todo; a las demás no nos hacía soportar nada». Cuando al poco tiempo es nombrada ayudante del noviciado, se reserva la parte más penosa en todo, por eso puede enseñar a sus connovicias:

> «No hemos de hacer menos por el Señor que por alguien del mundo que nos visita. ¿Cómo podemos soportar el menor desorden en nuestra celda, donde Nuestro Señor se digna entretenerse con nosotras en la oración?».

El 8 de septiembre de 1897, sor Eugenia se consagra a Cristo con los santos votos. El P. Rabussier, en el sermón de la ceremonia, traza para ella el itinerario de la infancia espiritual. Será el camino de la breve existencia de Eugenia. Precisamente en aquellos mismos días está concluyendo, en el Carmelo de Lisieux, la breve pero intensísima vida terrena de sor Teresa del Niño Jesús, que muere el 30 de septiembre después de haber recorrido su «caminito» de infancia, de confianza, abandono y amor. No parece sino que sor Eugenia viniera a continuar por algunos años este «caminito» sobre la Tierra, como una pequeña hermana y heredera de Santa Teresita.

Como profesa temporal, inicia un período de estudio y apostolado. Es destinada a la casa de Aubervilliers, junto a París, donde el año anterior siete hermanas habían ido, a requerimiento del párroco, a ser apóstoles del catecismo en medio de una población obrera, manipulada por la prensa impía y la propaganda socialista. Allí Eugenia es encargada de la catequesis de los niños. Será felicísima. No tiene más que un deseo: «Ser una sola cosa con Jesús, ser otro Jesús, ser pequeña, pequeñísima, para adentrarme en el Corazón de María». Buscará en todo la obediencia, la soledad, la crucifixión del corazón, la humildad. «La obediencia es el fruto de la humildad y su forma más verdadera...». Pasará por la terrible prueba de creerse separada de Dios, cuando en realidad está llena de él, y por eso lo irradia.

Ante la creciente descristianización a lo largo del siglo XIX, la Iglesia siente la urgencia de evangelizar con la catequesis. No sólo eran los Papas; el mismo Presidente de la República Fran-

cesa, Adolfo Thiers, había dicho en la Asamblea Nacional: «Es necesario retornar al catecismo».

Sor Eugenia se dedicará a catequizar a los niños más difíciles, a los más pobres. Algunos días el grupo es de 70 u 80, a los que Eugenia, con la delicadeza de una madre, explica la doctrina, repitiéndola con paciencia una y otra vez hasta que la aprenden. A menudo se trata de niños de la calle, que no tienen ninguna ayuda de la familia. Muchos son hoscos, maleducados, rebeldes, sin interés. Eugenia, empero, ejerce sobre ellos una suerte de mágica atracción. Su hermana, sor María, responsable de las catequesis, se admira del ascendiente de Eugenia sobre estos pilluelos indomables. Su secreto es la fidelidad. Fidelidad a Dios, a la oración. Al pie del Sagrario se propone: «Dulzura con los niños. Cuando alguno más turbulento provoque mi impaciencia, pensaré en la dulzura y la paciencia de Jesús para conmigo, no obstante mis infidelidades». Prefiere a los más infelices y desafortunados, a los ininteligentes con los que ha de ocuparse más tiempo, sin apenas resultados. Los prepara con paciencia y bondad sin límites a la primera confesión y comunión. A veces, con los niños más retrasados, ha de repetir cientos de veces el mismo argumento, siempre con la misma incansable dulzura, mientras mira de tanto en tanto la imagen de la Virgen: «Mi buena Madre, ayúdame a enseñarles».

A un muchacho semiparalítico y descreído que vive con sus padres en un mísero granero, ella lo acoge y lo prepara con una dedicación que asombra al mismo chico, cuyo corazón se abre a la fe. El párroco de Aubervilliers se admira ante la obra de la pequeña religiosa. Otro joven, de capacidades limitadas, es conquistado por sor Eugenia de tal modo que se hace apóstol entre sus compañeros; reúne a los chicuelos callejeros en su casa para hablarles de Jesús y María. Su discípula Margarita, transformada por la catequesis de Eugenia, llega a convertir a una vecina protestante.

Después de Aubervilliers, sor Eugenia es trasladada a Le Puy y más tarde, en 1898, a La Darne Sainte-Marie. De allí, en 1901, a Liegi. En marzo de 1902 tiene el primer vómito de sangre, pero el médico no juzga grave el episodio. Tras un breve reposo, reemprende su actividad catequística. En junio emplea

sus últimas energías en preparar la fiesta del Sagrado Corazón. Llega a todo, incluso a los adornos, las flores, la procesión del Santísimo. Al fin de la jornada está agotada; la enfermera le ordena meterse en cama. El médico constata que sus pulmones están gravemente dañados; es llevada a la enfermería, donde queda sometida a la más completa inacción, que ella acepta con filial confianza en Dios: «Mi vocación no es sólo de vida apostólica. Es, sobre todo, de vida contemplativa. Escondiéndome en el Corazón herido de Jesús, respondo a mi vocación».

Tras algunas semanas de cuidados, mejora un poco, y es enviada a la casa sobre las alturas de Saint-Gilles, junto a Liegi, lugar apacible, de clima benigno en verano, donde es superiora su hermana María. Allí, rodeada de atenciones, se ocupa en pequeñas labores. Desde aquel día del Corazón de Jesús, sor Eugenia parece haber recibido un don especial de amor e intimidad con él, que se intensificará más y más hasta el día de las bodas eternas. Esta unión con Jesús —ella lo sabe— se estrecha en la Cruz. «La Cruz es el don más precioso, la mejor corona. Quiero ser una pequeña hostia que se deja inmolar en silencio, como el Señor quiera, para que él esté contento».

Al final del verano retorna a Saint-Denis, donde el 29 de septiembre de 1902 inicia su retiro anual. Escribe en su diario:

> «En estos últimos tiempos he visto un poco la incapacidad, la pobreza, la miseria de mi alma. Pero, considerando la riqueza de un niño entre los brazos y sobre el seno de su madre, he resuelto hacerme como él, y no vivir sino con los ojos, el corazón y la palabra de mi Madre, con espíritu de fe y de obediencia. ¡Aleluya!».

En el invierno de 1902-1903, sor Eugenia mejora inesperadamente. Las superioras, para obtener su curación habían hecho el voto, si sucedía, de llevarla al santuario mariano de la Santa Casa de Loreto. En primavera piensan que ha llegado el momento de cumplir la promesa de la peregrinación, y el 2 de mayo de 1903 llegan a Loreto, desde donde escribe:

> «Es imposible describir la impresión que se prueba entre estos muros. Aquí se olvida una de sí misma, no le parece estar en esta tierra, si algún recuerdo se tiene, es el de orar por los que amamos: la Santa Familia del Sagrado Corazón, las queridas hermanas, Francia, ¡las almas!».

Allí siente que Jesús le dice:

> «Acércate al fuego de mi amor. Es una ardiente hoguera de luz y de llamas que consumen todo. Es el fuego abrasador de Nazaret. Es mi Sagrado Corazón. ¿Quieres seguirme en mi vida de pobreza y amor de Nazaret?».

Finalmente llega a Roma, donde su congregación está fundando una nueva casa, en cuya comunidad Eugenia será sembradora de alegría, además de cronista. Es recibida en audiencia por León XIII, ya anciano de 93 años, al que Eugenia, fiel hija de la Iglesia, aclama con todas sus fuerzas. «¿Por qué el mundo entero —escribe a la madre general— no se postra ante el Vicario de Cristo?». Pocas semanas después, el 20 de julio de 1903, participa del luto por la muerte del Papa. Y el 4 de agosto, se alegra por la elección de Pío X. En ambas ocasiones asiste en San Pedro a los funerales del Pontífice difunto y a la coronación del nuevo.

A finales de agosto, sor Eugenia se agrava para no recuperarse más. En octubre vuelve a peregrinar a Loreto, donde las superioras la invitan a pedir el milagro de su curación, que no llega. De la santa casa se lleva el deseo de unir sus dolores a los del Redentor. Un médico no creyente había exclamado al verla: «Una persona así no debería morir nunca». De regreso en Roma, no se levantará del lecho, difundiendo paz y alegría en torno suyo. Habla ya sólo de Dios y de su amor. Ante una imagen del Niño Jesús exclama: «¡Oh, qué hermoso! Pero, sobre todo... ¡qué pequeño!». Jesús era su modelo. Su empeño, hacerse pequeña, ofrecerse con amor total, como Jesús, contemplado en su infancia y en su Pasión redentora, máxima expresión del amor de Dios.

En los meses siguientes sor Eugenia sufre, ora, se ofrece. Se hace hostia con Jesús hostia. Tiene sed de sacrificarse por él, su único amado. Los médicos creen que no podrá soportar el verano de Roma; es mejor volver a Liegi. El 6 de mayo de 1904 Eugenia, acompañada de una hermana, parte de Roma para retornar a Saint-Gilles. En el viaje, que califica de «delicioso», debe cambiar de tren cinco veces en poco tiempo. Ya en Saint-Gilles, sus días transcurren serenos, transidos de oración. Asistida por las hermanas, tiene con ellas mil delicadezas. Vive su último mes

de mayo como una ofrenda silenciosa a su Esposo, con María. El día de Pentecostés pide al Espíritu Santo el don de sabiduría que le enseñe a ser pequeña, a ser nada. El 13 de junio, onomástico de su madre, le escribe: «Ya no sé hablar más que del cielo».

El 18 de junio se acuesta para no levantarse más. Los vómitos de sangre se suceden, incesantes. Le llevan su querida imagen del Niño Jesús. Ella lo mira, murmurando: «Todo por ti, mi pequeño Jesús, todo por ti, hasta el último aliento». A causa de la insistente tos, casi no puede hablar. Su oración es continua. El día 26 parece gravísima, recibe la unción de enfermos.

Sor Eugenia, le dicen, su hora está cercana. Una usted su cruz a la de Jesús.

> «Así lo hago continuamente en mi corazón. Sufrir sin él no sería posible».

¿Sufre usted mucho?

> «Terriblemente, pero estoy contenta. Sufro por el Corazón de Jesús y le pido la gracia de procurar su gloria con todo lo que tengo y lo que soy, con mi vida y con mi muerte».

Recita el *Benedicite,* invitando a todas las criaturas a alabar al Señor. Pide perdón a todas las hermanas, y a la superiora, su hermana María, la licencia para morir. Como Jesús, obediente hasta la muerte. El primer viernes, 1 de julio, recibe el santo viático. El día siguiente, fiesta de la Visitación, es el aniversario de aquel día inolvidable, 2 de julio de 1895, cuando, por medio del P. Rabussier, sintió la llamada divina a entrar en la Santa Familia del Sagrado Corazón.

> «Voy a ser juzgada por el Corazón de mi pequeño Jesús, en los brazos de su Madre. ¿Cuándo, cuándo vendrá?».

Hacia las diez de la mañana, pide que todas, en torno a su lecho, recen las letanías del Sagrado Corazón, que se cante el *Miserere,* el *Te Deum,* el *Magnificat,* la *Salve.* Sor Eugenia está tranquila, en paz. Renueva su holocausto por el Papa, por la Iglesia, por su familia religiosa, por los niños y por todas las almas. Pide que se salven todos los que mueran ese día. Ofrece todo por la gloria del Divino Corazón. Invoca a su Esposo, único amado de su juventud, de su vida:

> ¡Jesús!... ¡Jesús!... ¡Jesús!

Y se deja caer para siempre entre sus brazos y en su corazón...

Con apenas 28 años, Eugenia había recorrido el caminito de infancia espiritual cuya meta es el cielo. Amortajada, aparecía bella y sonriente como un niño dirigiéndose a una fiesta. Las niñas de la catequesis se acercan a besarla. Su sepulcro, en el cementerio de Saint-Gilles, se convirtió pronto en lugar de peregrinación y plegaria. Su biografía recorrió Francia, Europa, África, el mundo entero. Su intercesión sobre cuantos la invocaban se dejaba sentir. Durante la Primera Guerra Mundial, como su hermana Santa Teresita, se convirtió en el ángel tutelar de los soldados franceses. Humildes y doctos, gentes del pueblo y eminentes hombres de Iglesia expresaban su deseo de que Sor Eugenia fuese propuesta como modelo de santidad. El cardenal español Vives y Tutó, leída su biografía, exclamó: «Es necesario canonizarla».

Su proceso de canonización se abrió en Liegi en 1919. El 9 de junio de 1983, el papa Juan Pablo II reconocía la heroicidad de sus virtudes. Tras el reconocimiento de un milagro obtenido por intercesión de la Venerable, el 11 de diciembre de 1992, fue beatificada en Roma, por el mismo Sumo Pontífice, el 20 de noviembre de 1994, solemnidad de Cristo Rey. En su homilía, el Santo Padre dijo, refiriéndose a la nueva beata:

> «Es un vivo ejemplo de la acción de Dios en un corazón humano. También en ella, la educación cristiana fue decisiva para la acción futura. Dos años antes de su muerte, al fin de una breve existencia consagrada a la catequesis de los pequeños, dejó salir este grito de su corazón: "Quiero ser como un niño pequeño en brazos de su madre".
>
> El reino de Dios puede comenzar en el corazón de un niño. Sor Eugenia lo comprendió y por eso ponía tanto cuidado en preparar a los más jóvenes a la primera confesión y comunión. Cada uno, desde sus primeros años, está llamado a dar testimonio de la Verdad.
>
> Incesantemente, la Iglesia nos recuerda la palabra del Señor: "Dejad que los niños vengan a mí" (Mt 19,14), porque sabe que el más pequeño, por pobre que sea, no es indiferente para Dios. Todos son llamados a su reino, y los santos nos preceden y nos muestran el camino».

ALBERTO JOSÉ GONZÁLEZ CHAVES

Bibliografía

DANIEL-ROPS, *Storia della Chiesa,* VI (Torino-Roma 1969) t.II.
DECHAUD, M., *Eugénie Joubert. 28 ans de sourire* (Le Puy-en-Velay 1994).
RISSO, P., *Eugenia Joubert. Una giovane vita per Gesù* (Leumann, Torino 1994).
— *Beata Eugenia Joubert. Nuova epopea di fortezza* (Roma 1997).
SAINTE FAMILLE DU SACRÉ COEUR (ed.), *Soeur Eugénie Joubert* (París 1911).
UNA RELIGIOSA DELLA CONGREGAZIONE, *Un'epopea di fortezza. Suor Eugenia Joubert* (Roma 1928).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTOS LIBERATO, BONIFACIO, SERVO, RÚSTICO, ROGATO, SEPTIMIO, MÁXIMO

Mártires († 484)

Este martirio se sitúa en la campaña anticatólica desplegada por el rey Hunerico en el África septentrional. Esta campaña le fue pedida por el obispo arriano Cirilo. Entre los varios monasterios que fueron molestados se encontraba el de Gafsa, en la Bizacena. Siete monjes del mismo fueron detenidos: el abad Liberato, el diácono Bonifacio, los subdiáconos Servo y Rústico, los monjes Rogato, Septimio y Máximo, que era un adolescente todavía. Una vez presos, fueron llevados a Cartago.

La intención era que los monjes abandonasen el catolicismo y se hiciesen arrianos, bautizándose de nuevo, a lo que los monjes se negaron. Encerrados en la cárcel, apenas se les dio de comer esperando se rindiesen por el hambre. Pero los católicos pudieron pagar a los guardianes y llevarles algún socorro.

Vista la negativa de los monjes a adoptar el arrianismo, dio orden Hunerico de que fueran llevados a una nave y ésta fuera incendiada. Y, en efecto, se sacó a los monjes de la cárcel y se les llevó hasta el puerto, les acompañaba una verdadera multitud de católicos que los animaba a perseverar hasta el martirio. Se insistió al joven Máximo que al menos él se hiciera arriano y salvara su vida, pero fue en vano porque él y sus compañeros se mostraron firmes en todo momento. Atados a haces de leña o a troncos, se les intentó quemar, pero al no producirse llamas en forma suficiente los remataron a golpes de remo. Tiraron sus cuerpos al mar, que las aguas llevaron a la orilla, de donde los

recogieron los católicos y los llevaron triunfalmente a enterrar en un monasterio. Era el 2 de julio del año 484.

BEATOS JUAN Y PEDRO BECCHETTI DE FABRIANO

Presbíteros († 1420 y 1421)

Llamados también Juan y Pedro de Fabriano por ser éste el sitio de su nacimiento en Las Marcas. Eran parientes.

Juan vistió el hábito religioso de ermitaño de San Agustín en su propio pueblo natal, pasando luego al convento de Rímini, donde se acreditó como profesor, y en 1385 fue enviado a la Universidad de Oxford, donde además de enseñar consiguió el doctorado en teología. Vuelve a Italia y en 1392 es nombrado regente del estudio agustiniano de Perusa, pasando luego a Fabriano. Fue un estimado escritor de obras filosóficas, teológicas y escriturísticas y tuvo también buena fama como predicador. Murió el año 1420.

Pedro se hizo religioso de la misma Orden en Fabriano, pasando luego a Rímini como lector, y en 1391 a Venecia. Estimado como orador sagrado, propagaba la devoción a la pasión del Señor. Esta devoción le llevó a visitar los Santos Lugares en 1393 y a su vuelta, ayudado por Juan, edificó una capilla en el claustro del convento de Fabriano que dedicó al Santo Sepulcro y tuvo mucha devoción popular. Murió en 1421.

El culto que se les empezó a dar a raíz de su muerte lo confirmó el papa Gregorio XVI el 28 de agosto de 1835.

3 de julio

A) MARTIROLOGIO

1. Fiesta de Santo Tomás Apóstol, que se cree evangelizó en la India († s. I) **.
2. En Laodicea de Siria, San Anatolio († s. III), obispo.
3. En Bicia (Tracia), San Memnón († s. III), centurión y mártir.
4. En Mesia, santos Marcos y Mociano († s. IV), mártires.

siguiera para transformarle en pescador de almas. Es de creer que, al oír la llamada de Jesús, lo abandonara todo y le siguiera, porque es muy probable que perteneciera él a aquel numeroso grupo de auténticos israelitas que sentían llamear en su corazón los ideales religiosos y mesiánicos, avivados por la esperanza de la llegada inminente del Mesías, que debía restablecer el reino de Israel. Por lo que nos deja adivinar el evangelio de San Juan, en las contadas ocasiones en que señala algún hecho o refiere algún diálogo en que interviene Santo Tomás, deducimos que nuestro apóstol era de modales poco refinados y amigo de soluciones tajantes, rápidas y expeditivas. Pero junto a esta brusquedad y rudeza tenía un corazón impresionable y sensible, demostrando repetidamente un amor extraordinario y una lealtad sin límites hacia su divino Maestro, que exteriorizaba con brutal franqueza. De ahí que, en justa correspondencia, profesara Jesús hacia él un afecto especial, como se lo demostró al aparecerse por segunda vez a sus apóstoles reunidos en el Cenáculo con el fin de quitar de los ojos de Tomás la venda de la incredulidad, que amenazaba cegarle, diciéndole en tono amistoso: «No hagas el incrédulo, que no te conviene».

De este amor y lealtad de Tomás hacia Cristo tenemos un fiel testimonio en su primera intervención que recuerda el Evangelio (Jn 11,1-16). Crecía la animosidad del judaísmo oficial contra Jesús, y se buscaba una ocasión propicia para quitarle silenciosamente de en medio. Todas estas maquinaciones conocíalas Jesús, y por ello, con el fin de ponerse al abrigo de toda asechanza, se retiró a la región de Perea. Conocían su paradero las hermanas de Lázaro, que le mandaron un recado con la noticia de que Lázaro, su hermano, estaba enfermo. A pesar de esta alarmante noticia permaneció Jesús dos días más en el lugar en que se hallaba, pasados los cuales dijo a sus discípulos: «Vamos otra vez a Judea». La noticia desconcertó a los apóstoles, que recordaban el atentado que pocos días antes tuvo Jesús. Rabí —le dicen—, los judíos te buscan para apedrearte, ¿y de nuevo vas allá? Cristo les responde que nada adverso sucederá en tanto que no llegue la hora decretada por el Padre, añadiendo: «Lázaro, nuestro amigo, está dormido, pero yo voy a despertarle». A estas palabras se acogen los discípulos con el fin de disuadirle

del viaje a Judea. Sabían cuánta era la amistad que mediaba entre Jesús y la familia de Lázaro, y no dudaban de que, en caso de grave enfermedad, acudiría Jesús junto al lecho de su amigo. Pero, al anunciarles sin tapujos que Lázaro había muerto, callaron todos, consternados por la muerte de un amigo entrañable y por conjeturar que aquel triste desenlace empujaría a su Maestro a ir a Betania, situada junto a los muros de la ciudad de Jerusalén, donde, pocos días antes, los judíos juntaron piedras para apedrearles. Sólo Tomás rompió el silencio para increpar a sus compañeros de apostolado, reprochándoles implícitamente su cobardía y falta de fidelidad a su Maestro. «Vamos también nosotros a morir con él», dijo Tomás. En sus palabras, concisas y tajantes, se encierra una idea profunda. No es posible, viene a decir Tomás, que Jesús cambie de parecer y renuncie al propósito de ir a despertar a Lázaro de su sueño de muerte. Por otra parte, sería inconcebible dejarle marchar solo hacia el lugar de peligro, quedando ellos a buen recaudo en la lejana Perea. ¿Qué hacer, pues? No queda, según Tomás, otra solución airosa que acompañarle adondequiera que él vaya, aunque esta lealtad y adhesión pueda acarrearles la muerte.

Aunque el Evangelio no lo diga expresamente, por lo que dejan entrever los textos que hablan de las actuaciones de Tomás, estaba él siempre dispuesto a dar su vida por su Maestro.

En vísperas de su pasión y muerte quiso Cristo celebrar la última cena en compañía de sus discípulos. De sobremesa se entretuvo largamente con ellos, abriéndoles de par en par su corazón dolorido y tratando de tranquilizar a sus amigos ante las perspectivas sombrías de un futuro próximo. Cristo les habló de su inminente partida: «Un poco aún estaré todavía con vosotros; adonde yo voy vosotros no podéis venir». Estas palabras de adiós desgarraron el corazón de sus apóstoles hasta el punto de no poder articular palabra. Jesús infundióles ánimo diciéndoles que la separación no era definitiva porque un día se juntarían todos en la gloria. «En la casa de mi Padre —aseguróles Cristo— hay muchas moradas; si no fuera así, os lo diría, porque voy a prepararos el lugar. Cuando yo me haya ido y os haya preparado el lugar, de nuevo volveré y os tomaré conmigo, para que donde yo estoy estéis también vosotros. Pues para donde yo voy, vosotros conocéis el camino».

Estas últimas palabras llamaron la atención de Tomás, quien, con los ademanes rudos que le caracterizaban, objetó: «No sabemos adónde vas; ¿cómo, pues, podemos saber el camino?». A lo cual respondió Cristo: «Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie viene al Padre sino por mí».

Aunque el ánimo de Tomás estuviera abatido por el pensamiento de tener que separarse de su Maestro, no perdía, sin embargo, la esperanza de poder impedir su muerte. Bien sabía él que el verdadero israelita entra por la muerte en la paz de Dios, pero la turbación y el afán de hacer algo para salvar a Jesús no le dejaban ahondar en estos misterios. También habría oído en las sinagogas que la palabra «camino», en los profetas (Is 30,11), se toma muchas veces en sentido moral y religioso, pero le ofusca el ansia por conocer adónde quiere marcharse su Maestro, con el fin de alejar los peligros que pudiera encontrar en su camino.

Este rasgo de valentía y fidelidad del apóstol ha sido recogido exactamente por el pincel de Leonardo da Vinci en su cuadro de *La última cena,* en que se representa a Tomás reafirmando a Cristo calurosamente, y con maneras casi agresivas, su fidelidad.

Una vez terminadas sus últimas enseñanzas y exhortaciones, salió Jesús del Cenáculo en dirección a un huerto que estaba al otro lado del torrente Cedrón. Sus apóstoles le acompañaban en silencio, dibujándose en sus rostros la gravedad del momento. Tomás le seguía con la esperanza de salvarle. Pocos momentos antes le había dicho Jesús que él era el camino, la verdad y la vida. Sabrá Cristo, por consiguiente, pensaba Tomás, escoger el camino verdadero para no caer en las asechanzas que le tienden sus enemigos. Además, si algunos exaltados se atrevieran a tocarle, allí estaba él, el robusto marinero, para castigar su atrevimiento.

Pero estas últimas esperanzas se derrumban al divisar el tropel de gentes que acudían a prender al Maestro, y mayormente cuando éste mandó a Pedro que metiera la espada en la vaina, porque deseaba beber el cáliz que le presentaba su Padre. Ante esa actitud de Jesús, un grave desengaño se apodera del ánimo del fornido Tomás, que se pregunta si fue un mito y un engaño el poder que había manifestado Cristo en otras ocasiones. Él,

que esperaba, como sus compañeros, la restauración de Israel y confiaba ocupar un lugar destacado en el nuevo reino, se encuentra de golpe fracasado en su ideal, objeto de escarnio de todos y con la perspectiva de volver a sus redes para ganar el pan de cada día. De ahí que, a pesar de sus bravatas y promesas, al comprobar el prendimiento de su Maestro, huye despavorido en dirección al monte Olivete para internarse en el desierto de Judá o esconderse en casa de alguna familia amiga. Pensaba Tomás que su aventura había terminado; Cristo moriría en manos de sus enemigos. Sería sepultado y desaparecería su memoria para siempre. Tanto Tomás como los otros apóstoles no previeron, ni menos esperaron, la resurrección de su Maestro.

Pasada la tormenta, encontráronse los apóstoles sin pastor, turbados y desconcertados, sumidos en la tristeza y el llanto (Mc 16,10). María Magdalena les anunció que Jesús había resucitado y que se le había aparecido, pero ellos no lo creyeron. ¿Cómo debían ellos dar fe al testimonio de una mujer? Más tarde aparecióse a dos que iban de camino y se dirigían al campo. Éstos, vueltos, dieron la noticia a los demás; ni aun a éstos creyeron (Mc 16,12-15). Los dos discípulos que se encaminaban a Emaús tardaron mucho en rendirse a la evidencia de las pruebas que les presentaba Cristo resucitado (Lc 24,13-35). Cuando los once se fueron a Galilea, al monte que Jesús les había indicado, aparecióseles Cristo. Viéndole se postraron; pero algunos vacilaron (Mt 28,16-17).

Una ola de escepticismo se había adueñado de los apóstoles y hacían falta pruebas fehacientes para que renaciera en ellos la fe y la confianza en Jesús. Y no tardaron éstas en venir, porque tuvo Cristo compasión de sus amados apóstoles, de dura cerviz y tardos en creer.

Estaban diez de ellos reunidos en el Cenáculo con las puertas herméticamente cerradas por temor de los judíos. De repente se presentó Cristo en medio de ellos y les dijo: «La paz sea con vosotros». Aterrados y llenos de miedo, creían ver un espíritu. Jesús les increpó suavemente por su incredulidad, y añadió: «Ved mis manos y mis pies, que soy yo. Palpadme y ved, que el espíritu no tiene carne ni huesos como veis que yo tengo». Diciendo esto, les mostró las manos y los pies (Lc 24,37-40). Pero

aun con pruebas tan palmarias no creyeron ellos totalmente hasta que Cristo les abrió la inteligencia (Lc 24,45).

Vemos en esta aparición —la misma de que habla San Juan (20,19-25)— que, a pesar de ofrecerles Jesús pruebas tan evidentes de su personalidad, algunos abrigaban ciertas sospechas. Quiso la fatalidad que a esta aparición no estuviera presente Santo Tomás, y sería aventurado querer investigar las razones que motivaron su ausencia. Quizá su mismo temperamento independiente, impulsivo y con acentuada personalidad le impelía a no querer mezclarse de nuevo en un asunto que había fracasado. Él, que tanto había batallado para impedir que Jesús cayera en manos de sus enemigos, comprueba ahora que sus esfuerzos fueron inútiles y que la causa de su Maestro se había desvanecido para siempre con la muerte del mismo. Es verdad que oye voces de unos y otros de que Cristo ha resucitado y de que se ha aparecido a algunas personas; pero él quiere pruebas tangibles: exige que se le aparezca como ha hecho con otros —que no fueron tan generosos como él—, que pueda hablarle cara a cara y palparle.

Sus compañeros de apostolado, entusiasmados, contaron a Tomás que habían visto a Cristo, que le habían tocado y comido con él. Tomás, en el fondo, quiere dar fe a su testimonio, pero responde con una negación fría a su narración entusiasta. No merece ni quiere sufrir la humillación de ser él el único del colegio apostólico que no vea al Maestro resucitado, y de ahí sus protestas de que no creerá en lo que le dicen hasta que lo vea y toque él personalmente. Es curioso ver cómo cada vez sus exigencias van en aumento: quiere ver con sus propios ojos la señal o marca dejada por los golpes y tocar la herida. «Si no veo en sus manos la señal de los clavos y meto mi dedo en el lugar de los clavos y mi mano en su costado, no creeré» (Jn 20,25).

No podemos afirmar que Tomás dudara formalmente de la resurrección de Cristo; más bien cabe suponer que sus exigencias ante los otros apóstoles van encaminadas a obligar a Cristo a que se le aparezca a él personalmente en premio de la fidelidad que siempre le demostró en vida. Y al formular tales pretensiones abriga en su interior la esperanza de que Jesús no se negará a ellas.

Y no podía menos de acudir Jesús al llamamiento de su apóstol. En efecto, a los ocho días estaban reunidos de nuevo los apóstoles en el Cenáculo y con ellos Tomás. Las puertas, como la primera vez, estaban cerradas. Cristo se apareció y saludó a los presentes, diciéndoles: «La paz sea con vosotros». Luego dijo a Tomás: «Alarga acá tu dedo, y mira mis manos, y tiende tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo, sino fiel» (Jn 20,26-27). Cristo conocía las condiciones puestas por su discípulo para creer en él y se somete gustoso a que Tomás haga la experiencia de distinguir entre un fantasma y un cuerpo viviente. No es de suponer que Tomás hiciera uso de la autorización que le hacía el Maestro. Su reacción ante las palabras de Jesús fue la de reconocer la divinidad de Jesús: «¡Señor mío y Dios mío!». Trátase de una confesión de fe completa. Nadie en el Evangelio le había dado este título, que él había reivindicado con términos precisos. Jesús mira al corpulento e impulsivo Tomás humillado a sus pies y con una sonrisa beatífica le reconviene, diciendo: «¿Crees ahora o no?». Tomás creyó por haber visto a Cristo; pero dichosos los que sin ver creyeron. Después de los apóstoles vendrán otros que no han contemplado la humanidad gloriosa de Cristo. A ellos se dirige elogiosamente Jesús.

Las futuras generaciones compensarán por el ardor de su fe lo que les faltará de presencia real. El evangelista San Juan quiso cerrar su evangelio con el episodio de Tomás. La escena que él cuenta después de ésta, la aparición de Jesús en el mar de Tiberíades, es sólo un apéndice que añadió más tarde. La respuesta final de Jesús había de ser como un amén poderoso que había de resumir todo el Evangelio y había de resonar a través de todos los siglos en el alma de los creyentes: «Porque me has visto has creído, Tomás. Bienaventurados los que no vieron y creyeron».

Con una simple mención en el relato de la pesca milagrosa (Jn 21,2) y la consignación de su nombre en la lista de los apóstoles reunidos en el Cenáculo después de la Ascensión (Hch 1,13), desaparece Tomás de los anales de la historia para adentrarse en la enmarañada selva de la leyenda. Su paso fugaz por el escenario de la historia fue provechoso para nosotros, hasta

el punto que San Gregorio el Grande no vacila en afirmar que «más beneficiosa fue para nuestra fe la incredulidad de Tomás que la fe de los apóstoles que fácilmente creyeron» *(Hom. in Evang.* 26,7).

El apóstol enérgico y valiente sentía cómo su corazón ardía en llamas por el deseo de predicar a las gentes la buena nueva del Maestro, a quien tanto amó en vida y que, después de muerto, vio con sus ojos y pudo tocar con sus manos. La atmósfera que se respiraba en Palestina era tan hostil a Cristo que hubiera sido arriesgado organizar allí un plan sistemático de apostolado. Algunos de los apóstoles fueron encarcelados o llevados a los tribunales, prohibiéndoseles predicar la doctrina de Cristo. En estas condiciones era mejor emigrar hacia los pueblos de la gentilidad. El cristianismo no era una secta como cualquiera otra de las que existían por aquel entonces en el seno del judaísmo, sino un movimiento universalista encaminado a ganar para la doctrina de Cristo a todos los hombres de buena voluntad. La estrella nacida en Belén debía alumbrar a todo hombre que viene a este mundo. A los judíos, como depositarios de la revelación primitiva, pertenecían las primicias del apostolado cristiano: pero, a causa de su obstinada ceguera, fueron ellos preteridos a los pueblos que vivían en las tinieblas y en medio de las sombras de la muerte.

Santo Tomás emprendió el camino de la gentilidad; sabemos que salió de Palestina, y las tradiciones aseguran que marchó hacia Oriente, a las tierras por donde sale el sol, para anunciarles que otro sol más radiante y vivificador había nacido en tierras de Palestina. Desde muy antiguo tomó cuerpo la tradición de que fue Tomás el apóstol de los partos, medas y persas, territorios que actualmente corresponden al Irak, Irán y Beluchistán. Otras tradiciones extienden hasta la India el campo de su apostolado, adonde llegó por el llamado «camino de la seda», que atravesaba la Persia, el Pakistán y el Tíbet. Se dice que su apostolado fue muy fructífero debido a su predicación y a la multitud de milagros que obró en confirmación de su doctrina. Una tradición siria llama a Santo Tomás «rector y maestro de la Iglesia de la India, fundada y regida por él». Sin embargo, los cristianos del Indostán, conocidos por el nombre de cristianos

de Santo Tomás, que habitan el Malabar y pertenecen a la Iglesia siria, tienen probablemente su origen de un misionero nestoriano llamado Tomás. En la Iglesia malabar se canta en las lecciones litúrgicas en honor del Santo:

> «Por las fatigas apostólicas de Santo Tomás llegaron los chinos y los etíopes al conocimiento de la doctrina de Cristo. Por Santo Tomás fueron bautizados y se hicieron hijos de Dios. Por Santo Tomás el reino de Dios llegó hasta la China».

En el libro de las *Actas* atribuidas al apóstol se refieren fantásticas aventuras referentes a su ida a la India y a sus trabajos allí como arquitecto real.

El Breviario romano dice que el santo fue martirizado en Calamina, ciudad que no se ha identificado todavía. Parte de sus reliquias fueron trasladadas a Edesa, en cuyo lugar se mostraba su sepulcro, según testimonio de escritores cristianos antiguos. San Juan Crisóstomo enumera la tumba de Santo Tomás entre los cuatro sepulcros de los apóstoles (San Pedro, San Pablo, San Juan) cuyo emplazamiento puede identificarse. De Edesa sus reliquias fueron trasladadas a la isla de Quíos y de ahí pasaron a Ortona, donde se veneran actualmente.

La tradición ha atribuido a Santo Tomás un evangelio de carácter gnóstico, que se ha perdido. El actual *Evangelio de Santo Tomás,* también apócrifo, refiere numerosas y fantásticas leyendas en torno a la infancia de Jesús. También se le han adjudicado el libro de las *Actas de Santo Tomás* y un *Apocalipsis,* condenado por el papa Gelasio I a fines del siglo V.

Nunca admiraremos bastante la recia figura de Santo Tomás, quien, bajo unos modales toscos, escondía un alma noble, generosa, impresionable, amante de Jesús, confesor de su divinidad y su apóstol abnegado. En vez de hacer hincapié en su incredulidad, más bien afectada que real, debemos ahondar en el conocimiento de sus excelsas virtudes para confirmarnos en nuestra condición de soldados de Cristo.

LUIS ARNALDICH, OFM

Bibliografía

BONNET, M. (ed.), *Acta Thomae. Graece partim cum novis codicibus contulit partim primus edidit latine recensuit praefatus est indices adiecit* (Leipzig 1883).

HOPHAN, O., *Los apóstoles* (Barcelona 1957).
ROSENMÖLLER, M., *Die Apostel Iesu* (Leipzig 1821).
VIGOUROUX, F., Art. en *Dictionnaire de la Bible,* V (París 1912) cols.2197-2199.
• Actualización:
«Evangelio según Tomás», en A. DE SANTOS OTERO (ed.), *Los evangelios apócrifos.* Ed. bilingüe (Madrid 2003) 678-714.
PAGELS, E., *Más allá de la fe. El evangelio secreto de Tomás* (Barcelona 2004).
TREVIJANO ECHEVERRÍA, R., *Estudios sobre el evangelio de Tomás* (Madrid 1997).

SAN RAIMUNDO GAYRARD

Canónigo († 1118)

Los orígenes de la ciudad de Tolosa (Francia) se remontan hasta las emigraciones de los pueblos celtas (siglo IV antes de nuestra era), cuando los «bárbaros» descendieron hacia el Garona y fundaron en torno al viejo Tolosa un Estado cuya influencia debía extenderse hasta las orillas del Mediterráneo. Bajo la conquista romana, desde el año 125 antes de Jesucristo al 52 después del mismo, la Galia céltica se asimila la civilización del ocupante, y Tolosa, renovada al contacto con las instituciones romanas, constituye durante el primer siglo de nuestra era la ciudad más opulenta de la provincia Narbonense.

En esta ciudad galorromana penetró en el siglo III San Saturnino, fundador de la iglesia de Tolosa, cuya grandiosa figura se destaca en toda la antigüedad cristiana del sur de Francia. Él fue quien plantó la iglesia y es signo visible de la apostolicidad de la misma. En su memoria se construyeron dos basílicas: una en el lugar de su suplicio, antiguo Capitolio, dedicada hoy a Nuestra Señora del Toro; la otra sobre su tumba, donde se veneran aún sus reliquias, y que es uno de los más célebres monumentos de la arquitectura románica.

Pues bien: a la construcción de esta grandiosa basílica está ligado el nombre de otro santo, San Raimundo Gayrard, cuya fiesta se celebra en Tolosa el 3 de julio y en las casas de los canónigos regulares de Letrán el día 8. Es más, habiéndose realizado, por breve de 4 de mayo de 1959, la Confederación de las cuatro Congregaciones de canónigos regulares de San Agustín que existen en la Iglesia, la fiesta de San Raimundo ha pasado a celebrarse en todas las casas de dicha Confederación en esta misma fecha.

Raimundo nació en Tolosa a mediados del siglo XI. Sus padres le hicieron entrar al servicio de la iglesia de San Sernín o San Saturnino, en la que fue cantor, aunque sin pertenecer al estado clerical. Allí vio comenzar los trabajos de la nueva basílica y cómo rápidamente, en los años que van del 1080 al 1096, se elevaban el ábside y el presbiterio. El papa Urbano II, el 24 de mayo de ese año 1096, consagraba solemnemente la parte de obra que se había acabado ya.

Joven aún abandona la basílica y se casa. Transcurren así unos años de vida tranquila y ejemplar. Pero su mujer muere joven y Raimundo decide no volver a casarse y dedicarse de lleno a adquirir la santidad. Lo hace por el camino que el mismo Señor nos ha marcado en el Evangelio: la práctica de la caridad. Una caridad sin límites, manifestada en la continua distribución de limosnas, de víveres, de vestidos, de buenos consejos. Una caridad tan amplia que alcanza a todos, incluso a los mismos judíos, entonces tan menospreciados. Una caridad que llega a simbolizarse en el asilo que logra construir, en honor de Cristo y de los doce Apóstoles, para acoger a trece pobres. Una caridad que le lleva también a realizar una hermosa obra al servicio de los caminantes: las crecidas del río Hers les causaban muchas dificultades y Raimundo encuentra la manera de construir dos puentes de piedra.

Pero hay una cosa que le causa profundo sentimiento. La basílica de San Sernín, que había comenzado con tan buenos auspicios, se encontraba, sin embargo, casi detenida en su edificación. El pueblo se había cansado, y en Tolosa cundía el desaliento ante la enormidad del trabajo que quedaba por realizar. En ese momento toma Raimundo la dirección de la obra que habría de conservar hasta el mismo día de su muerte. Todo cambia al contacto con su entusiasmo y su tenacidad. Trabajador infatigable, siempre en su puesto para dirigir y estimular a los obreros, va resolviendo al mismo tiempo las dificultades de carácter técnico, que no eran pequeñas, y las de orden económico, mayores aún. Cuidando con amor de todos y cada uno de los detalles, consigue salvar el plan primitivo, que muchos consideraban completamente imposible. Edifica primero el transepto, después los últimos cuatro trozos de la nave, por fin los

muros exteriores de los lados hasta el nivel de las ventanas altas. La muerte le impide acabar por completo la obra, pero, como hemos dicho, el plan primitivo se había salvado y sus sucesores, unas veces con mayor rapidez y otras, las más, con lentitud, irán terminando la obra. Sin embargo, aún hoy se puede apreciar en la maravillosa basílica la finura de la decoración y el mimo con que están tratadas las partes edificadas por San Raimundo.

Ocurrió lo que cabía esperar. De una parte, San Raimundo, entregado por completo a su vida de caridad y de trabajo al servicio de la Iglesia, concibió deseos de consagrarse enteramente a Dios. De otra parte, los canónigos no podían mirar con indiferencia a aquel admirable arquitecto que la Providencia les había deparado para terminar la obra emprendida. Raimundo solicitó ser admitido en el Cabildo. Y los canónigos no sólo accedieron, sino que poco después le dieron el cargo de preboste del Cabildo. Canónigo ejemplar, continúa edificando a sus hermanos durante el resto de su vida hasta morir santamente el 3 de julio de 1118.

Numerosos milagros se produjeron en su tumba, y bien pronto fue honrado como un santo. Sin embargo, no se obtuvo la aprobación de su culto por parte de la Santa Sede hasta el año 1652. Con ocasión de una gran epidemia, aplacada por su intercesión, se acrecentó grandemente la devoción hacia él, y el papa Inocencio X aprobó solemnemente su culto.

Su vida no fue escrita hasta el siglo XIII, y de esta única fuente parten todos los conocimientos que de él tenemos. Inocencio X recomendó que se le invocara en las enfermedades. Pero, con razón, varios autores modernos, como los monjes benedictinos de Hautecombe y de París, han señalado la oportunidad de invocarle también como patrono de los arquitectos, de los constructores y de los mismos arqueólogos, ya que manifestó de manera tan admirable su ciencia técnica, su habilidad y su conciencia profesional. En estos tiempos de incertidumbre en cuanto al camino que ha de recorrer el arte sagrado, la protección del santo canónigo tolosano, autor de una de las más maravillosas obras de arte de la cristiandad, podría ser prenda de acierto en tan difíciles problemas.

LAMBERTO DE ECHEVERRÍA

Bibliografía

AUBERT, M., *L'Église S. Sernin de Toulouse* (París 1933).
AURIOL, A. - REY, R., *S. Sernin de Toulouse* (París 1930).
DUVAL, J., *Raymond Gayrard graveur et statuaire. Notice biographique* (París 1859).
GRIFFE, E., «Toulouse romaine et chrétienne»: *Bulletin de Littérature Ecclésiastique* 60 (1959) 117-134.
«Vita», en *Acta sanctorum.* Iulii, t.I p.680-682.
«Vita», en C. DOUAIS, *Mélanges de S. Sernin de Toulouse* (París 1894) 7-22.

BEATA MARÍA ANA MOGAS FONTCUBERTA

Virgen y fundadora († 1886)

Nació en el hostal familiar llamado «El Lledoner» de Corro del Vall (Barcelona), en el dulce paisaje del Vallés, el 13 de enero de 1827. Tercera hija de Lorenzo y Magdalena, fue bautizada en la iglesia de Santa Eulalia de Corro del Vall al día siguiente de su nacimiento. Se llamará María Ana Peregrina.

Su padre muere cuando aún es muy niña y su madre seis años más tarde, en 1840. Huérfana y tan sola, su madrina de bautismo se la lleva consigo a Barcelona. Parroquiana de la basílica de Santa María del Mar, María Ana «da lo que tiene a los pobres, aun a ocultas de su madrina». Y elige uno de los sacerdotes de la parroquia por confesor y director espiritual.

Cuando cuenta unos 20 años llega a su conocimiento que dos monjas capuchinas contemplativas exclaustradas, Isabel Yubal y María Valdés, se están dedicando a la educación de niñas pobres. Traba contacto con ellas y decide consagrarse al Señor en lo que va siendo una asociación. Y se incorpora al grupo. La madrina, que abrigaba otros planes ambiciosos sobre su ahijada, lleva muy a mal su decisión; pero la joven se mantiene firme y decidida. Tampoco el director espiritual ve claro y no considera conveniente el paso que está dando su dirigida. Aquí entra en escena el P. José Tous, capuchino exclaustrado, y trata de convencer a mosén Gorgas, que así se llama el confesor y director espiritual, de que María Ana es pieza fundamental para llevar adelante el proyecto y la obra de las dos religiosas capuchinas. Entre los dos, Tous y Gorgas, hacen en la oración el discernimiento obligado sobre el caso. Gorgas habla con la joven y le dice: «María Ana, ¿sabes que te llaman para fundar? Vete con

Dios». Ahora sí que la madrina se siente desazonada y defraudada en todos sus sueños. María Ana se traslada a Ripoll donde se encuentran las dos religiosas mencionadas; ellas habían ofrecido al Ayuntamiento de Ripoll «la posibilidad de enseñar gratuitamente a las niñas, reclamando a cambio sólo un local adecuado». El municipio acepta. Apenas llega María Ana le dan el hábito y comienza el noviciado. En septiembre de 1850, en aquel Instituto religioso que se va configurando y al que van llegando nuevas candidatas, se piensa en elegir una responsable que se ponga al frente del proyecto. Presente la autoridad eclesiástica, se elige a María Ana, por unanimidad, para el cargo. Es ella misma quien en sus memorias fundacionales lo cuenta así:

> «La citada hermana [Isabel Yubal] y sus compañeras por inspiración divina me confiaron dicha Congregación a los 10 de septiembre del mismo año, aunque incapaz y ruin para desempeñar semejante ministerio».

En seguida comienza a trabajar en la reestructuración de la obra, conforme a los estatutos que ha aprobado el obispo Casadevall.

En junio de 1851 María Ana emite sus votos religiosos y desde entonces es la superiora; ella alaba la actitud de sor Isabel que «estuvo, mes más o menos, bajo mi dirección tan sumisa que edificaba». Isabel, entregado el testigo en tan buenas manos, y después de unos meses, volvió al claustro, donde murió santamente. La otra, María Valdés, abandonó también la congregación naciente.

En el seno de la corporación municipal se suscitó la cuestión de si las encargadas de la escuela se habían de llamar «señoras de enseñanza» o «religiosas de enseñanza». María Ana quiso concluir con aquella dualidad, señoras hacia fuera y religiosas hacia dentro, y ordenó que todas llevasen el hábito. Así quedaba manifiesto el carácter religioso de las enseñantes y de la enseñanza.

Las dificultades van en aumento y el Ayuntamiento les retira la retribución municipal. Al fin, se exige a María Ana que saque el título oficial de maestra a la mayor brevedad posible; de lo contrario se anunciará la vacante. En 1852 María Ana pide a la Comisión Superior de Escuelas de la Provincia ser admitida a

los ejercicios previos a la obtención del título de maestra de escuela elemental. Los diversos ejercicios realizados en Barcelona los días 16 y 17 de febrero de 1853 los superó con buena nota, habiendo obtenido en «la censura parcial» seis calificaciones de mediana, cuatro de buena, y una de sobresaliente en Religión y Moral. Así obtuvo el título. Así quedaba aprobada para maestra de instrucción primaria elemental.

La situación mejora un poco, aunque siguen las dificultades al tener que ir acomodándose al artículo 30 del Concordato con la Santa Sede de 1851. Un buen día se presenta en Ripoll el P. Coll, dominico, fundador de las Terciarias dominicas, y propone a María Ana la fusión de ambas instituciones. Mogas le responde: «Con tal que sea la voluntad de Dios, no hay inconveniente; pero hoy por hoy no me inclino a una cosa más que a otra». El nuevo obispo de la diócesis llama a María Ana y ella le explica detalladamente la situación del Instituto. El prelado le indica que vaya a hablar con el P. Sala, director de las Terciarias carmelitas. Después de hablar con él lleva el tema a la oración y sale con la resolución de no aceptar ninguna de las fusiones aconsejadas, las dos indicadas y alguna más, bien convencida de que debía sostener aquella institución y ser guía de sus hermanas.

Vuelve a la presencia del obispo y le manifiesta su firme resolución; y éste viéndola tan animosa y sabiendo de sus muchas cualidades la anima a seguir adelante. Así se van clarificando las cosas.

Las dificultades no desaparecen sino que, a veces, parecen acrecentarse y hasta en el seno de la pequeña fraternidad cunde un cierto desaliento, hasta el punto que María Ana tiene que decir: «Las que estén dispuestas al sufrimiento por amor de Dios, queden conmigo».

Así las cosas, en 1860 sopesadas las hostilidades del Ayuntamiento, que trata de que otra institución se haga cargo de las escuelas y del hospital del pueblo, la comunidad abandona Ripoll. María Ana cuenta: «En vista de la poca protección que tuvimos en Ripoll, nuestro director el P. Tous, se vio precisado a mirar dónde podíamos poner los cimientos». Con licencia del obispo, después de nueve años abandonan Ripoll. Ya antes de este

abandono María Ana y tres compañeras han ido a fundar en Capellades (Barcelona). En el origen de la nueva fundación anda el arzobispo Antonio María Claret que ha venido de Cuba, llamado por la Reina Isabel II para ser su confesor. Amigo de infancia del P. Tous, se entrevista con él y hablan de las dificultades que atraviesa la obra de la madre Mogas. Claret anima a su amigo a seguir adelante con la obra emprendida y le señala como el lugar para una nueva fundación Capellades, donde se solicita la presencia de las Hermanas. Y donde son recibidas con entusiasmo por toda la ciudadanía. Su actividad docente se ve gratificada con nuevas vocaciones, algunas de allí mismo, de Capellades. Se hizo famosa una romería que emprendió la madre Mogas con las demás hermanas para visitar a la Virgen de Montserrat a seis horas a pie desde Capellades. «Subieron la montaña sudando abundantemente». Llegaron, rezaron, comulgaron, visitaron la iglesia y «marcharon a comer en una fuente que se encontraba en un camino de vuelta».

A mediados de 1858 abren otra casa en San Quirico de Besora, donde se busca una comunidad religiosa que lleve una escuela de niñas y atienda el hospital del lugar. Allá va Mogas con dos postulantes y comienza su labor docente. Concluidas las obras que habían tenido que realizarse, la madre Mogas vuelve a Capellades, habiendo llegado otras hermanas a San Quirico. El hospital, del que se hicieron cargo al principio, se cerró después por falta de enfermos.

El 1862 abren otra casa en Barcelona. La intervención personal y decidida de María Ana endereza las cosas y ya en 1868 el colegio, con gran prestigio, cuenta con un número muy elevado de alumnas.

La congregación va creciendo estos años y va adquiriendo buen nombre debido al buen desempeño de sus actividades. En 1864 son ya 15 hermanas con tres casas: en Capellades, San Quirico y Barcelona.

La acción de gobierno de María Ana es prudente y efectiva, como corresponde al carisma de fundadora que tiene.

El plan de expansión les lleva a salir de Cataluña y emigrar a Castilla. Un benedictino, José María Benito Serra, obispo en Australia, ahora dimisionario en España, ha fundado una casa

en Ciempozuelos (Madrid) «con el objeto de ofrecer un asilo a las mujeres extraviadas que, deseando volver a las sendas del honor y de la virtud, no encuentran quien las reciba». La inauguración del Asilo de Nuestra Señora del Consuelo tuvo lugar en junio de 1864. Serra está buscando una congregación religiosa que quiera ocuparse de ese asilo de arrepentidas. Hace varios tanteos y se pone también al habla con el P. José Tous; éste acepta pero quiere saber las bases en que ha de fundarse el establecimiento y en qué condiciones tendrán que hacerse cargo del asilo sus Hermanas Terciarias Capuchinas. Va pasando el tiempo y hay que sortear no pocas dificultades de todo tipo. Monseñor Serra tiene ya preparados los estatutos para el asilo; en ellos detalla el régimen de vida, y hasta los horarios de la comunidad que venga, sin contar con las interesadas. Finalmente, el 11 de diciembre de 1865, llegan a Madrid con el padre Tous al frente María Ana y otras tres hermanas. Nadie las espera en la estación de Madrid.

Siguen a Ciempozuelos y allí sí son recibidas afectuosamente por el obispo Serra y por doña Antonia María de Oviedo, que seguirá siendo la directora del asilo. A las religiosas se les había hecho, además, la promesa de que podrían ocuparse también de la educación de las niñas del pueblo. La aventura de Ciempozuelos, tramada más bien por el P. Tous y el obispo Serra, se va a convertir para María Ana y compañeras en «un extraño calvario», como alguien lo definió. Las secuencias de los acontecimientos, las fricciones con Serra y doña Antonia, se iban presentando en una sucesión dramática que ya ha sido estudiada a fondo (véase en bibliografía el libro de Laura Paz González).

Evidentemente, no estaban llamadas por vocación a la obra del asilo y a la atención de aquellas arrepentidas, aunque el tiempo que se ocuparon de ellas lo hicieran magníficamente. Los inconvenientes de aquella obra se fueron manifestando bastante pronto. La madre Mogas, ya desde el primer momento, los había intuido y se lo había dicho al padre Tous. Al fin, María Ana, viendo que lo del asilo no tiene futuro, hace un concierto con el Ayuntamiento, previo el permiso del padre Tous, para encargarse del hospital y de la escuela de niñas de la villa. Monseñor Serra desbarata el concierto. «Las posibles soluciones al drama

vocacional de las cuatro capuchinas y a su fidelidad al fin vocacional se han agotado». Dejarán el asilo de Ciempozuelos, primero María Ana y otra compañera a finales de noviembre de 1867, y en 1868 las dos que, ayudadas por una postulante, habían seguido trabajando.

La actividad docente de las cuatro religiosas, con María Ana y Concepción Dulcet como maestras titulares, se pone en marcha en las «Escuelas de gratitud» en Madrid, en la calle Juanelo.

Estas escuelas, sostenidas por damas de la aristocracia, habían sido fundadas por don Manuel Fernández Campuy-Dusmet, pero se encontraban en un estado lamentable. Las hermanas tienen que poner orden y concierto en el establecimiento y reorganizar la enseñanza. «Sin embargo, la calma que parecen gozar en los primeros tiempos de la estancia en la Corte empieza a tornarse en tempestad y las dificultades se suceden». Razones económicas, discrepancias en la educación que hay que dar a las niñas, arbitrariedades extrañas por parte del fundador de las escuelas y otros imponderables van llevando a un desenlace penoso. Los acontecimientos se precipitan y don Valentín Sánchez, en quien el padre Tous ha delegado todos sus poderes, aparta, sin ningún miramiento, a las hermanas del colegio y las pone, literalmente, en la calle. María Ana llega de Barcelona a Madrid a primeros de junio de 1868. Escarmentada por los casos de Ripoll y Ciempozuelos, y ahora aleccionada por lo que ha pasado en las «Escuelas de gratitud», «opta por la idea primera de prescindir de nuevos intentos al servicio de proyectos ajenos». Hay que establecerse por cuenta propia. Acude a consultar a Antonio María Claret acerca de cómo orientar definitivamente la actividad del Instituto hacia el cumplimiento de su propia vocación y carisma. En esta histórica entrevista llega a la conclusión de que las religiosas en Madrid han de trabajar «en alguno de los barrios bajos de la ciudad, que son los más necesitados, puesto que para la gente acomodada del centro ya existen muchos locales educativos». El padre Tous da, como quien dice, carta blanca a la fundadora para que funde en Madrid y extienda la obra a otros lugares. Obtenidos los permisos necesarios de autoridades eclesiásticas y civiles, abren un pequeño colegio en la calle de la Palma Alta bajo la advocación de la Divina

Pastora. «Las Hermanas están centradas en su misión de educadoras y viven en plenitud e identidad su vocación primera».

Ante la gran concurrencia de alumnas, el Colegio de la Palma Alta se queda pequeño. Hay que buscar espacios más amplios. A pesar de la revolución de septiembre de 1868 —«La Gloriosa»—, se trasladan a un lugar más espacioso en la calle de San Andrés, n.º 1. Crecen las actividades de las hermanas y se necesita más gente para un buen desempeño de todas las encomiendas. María Ana pide al padre Tous que envíe más hermanas desde Cataluña. La contestación, en 1869, es que no puede enviar ninguna hermana, por no haber de sobra. Más tarde llegarán dos, pero una regresa pronto a Cataluña. El nuevo sitio en San Andrés se va quedando también pequeño y la madre Mogas emigra de nuevo, esta vez a la calle Sagunto, n.º 7, en Chamberí. Allá se traslada en 1871 y abre el asilo colegio de niñas desamparadas de la Divina Pastora.

Desde hacía algún tiempo, Antonio María Claret, lo mismo que el cardenal franciscano de Toledo y otros eclesiásticos consultados, eran del parecer que había que ir pensando en pedir a la Santa Sede la aprobación del Instituto, dotándolo de las Constituciones más precisas que configuraran bien el carisma vocacional de la congregación.

Entre tanto se va a dar otra incidencia penosa para la vida del Instituto: la poca comunicación entre las hermanas de Cataluña y las de Madrid —de la que era responsable en buena parte el padre Tous— va caminando a una escisión entre los dos bloques. En 1872 se presentan las Constituciones «en un caso al obispo de Barcelona, en el otro, al arzobispo de Toledo. A partir de este momento reciben su aprobación dos Institutos distintos: capuchinas (Barcelona) y franciscanas (Madrid)». Intentos de reunificación, todavía en vida de María Ana Mogas, no dieron el fruto apetecido.

María Ana al quedar al frente de las hermanas de Madrid «centra su acción en este período en la configuración decisiva del Instituto, libre ya de interferencias y ocasionales atribuciones excesivas por parte de directores generales, ajenos a la identidad propia de la comunidad. María Ana, en obediencia directa al Ordinario del lugar, asume toda la responsabilidad en la animación de la vida y misión de las hermanas».

a la cruz, su espiritualidad inspirada en el Corazón de Cristo y basada en la entrega a Dios y al prójimo con "amor y sacrificio". Fiel al ideal franciscano, mostró su preferencia por los pobres, la capacidad de perdonar y olvidar las ingratitudes e injurias, así como la dedicación a la educación de la infancia, la atención a los enfermos y a los que padecían alguna carencia. De ese modo respondió a la llamada del Señor a trabajar en su viña, con un estilo tan auténtico, que "su santidad no impedía que fuera tan jovial". Éste es el estilo que transmitió a sus hijas, las Franciscanas Misioneras de la Madre del Divino Pastor, expresado en su última exhortación: "Amaos unas a otras como yo os he amado y sufríos como yo os he sufrido. Caridad, caridad verdadera. Amor y sacrificio".

Ciertamente que en la vida de la Madre Mogas y en la vivencia personal y transmisión de su carisma se verifica aquello de que "la exacta ecuación entre carisma genuino y perspectiva de novedad y sufrimiento interior, supone una conexión constante entre carisma y cruz; es precisamente la cruz la que, sin justificar los motivos inmediatos de incomprensión, resulta sumamente útil al momento de discernir la autenticidad de una vocación" *(Mutuae relationes,* n.12). La oración ferviente de María Ana Mogas al Señor la sostenía en todas las pruebas: "Perfeccionad, Señor, asegurad los pasos que he comenzado a dar en el camino de vuestro servicio, de tal manera que ninguna cosa del mundo sea capaz de hacerme volver pies atrás"».

El repaso a la vida de la madre Mogas hace ver que su camino estuvo sembrado de cruces, de dificultades, y por eso resulta un camino de luz y de ejemplaridad evangélica singular en la búsqueda de la voluntad de Dios y en el seguimiento de Cristo, y de su Madre María, Madre del Divino Pastor. La Virgen fue considerada desde los albores del Instituto como «la suprema abadesa», ideal y estímulo de la vida consagrada de la madre Mogas y de sus hijas: Franciscanas Misioneras de la Madre del Divino Pastor.

JOSÉ VICENTE RODRÍGUEZ, OCD

Bibliografía

«Decreto sobre la heroicidad de virtudes»: *AAS* 87 (1995) 657-660.

Homilía en la beatificación (6-10-1996): *AAS* 89 (1997) 26-29; 440-442; 88 (1996) 889-891.

EIJÁN, S., *Vida admirable de Sor M.ª Ana Mogas* (Santiago de Compostela 1928).

GÓMEZ-LIMÓN RODRÍGUEZ, M.ª A., *María Ana Mogas, una vida, una obra, un carisma* (Madrid 2002).

LÓPEZ SOBRINO, J., «La madre Mogas, camino y cayado»: *Ecclesia* (1996) n.2809, p.16-17.

PAZ GONZÁLEZ, I. A., *Amor y sacrificio. María Ana Mogas Fontcuberta* (Madrid 1994).
— *Camino y cayado* (Madrid 1996).
— *María Ana Mogas Fontcuberta* (Madrid 1993).
— *Pinceladas de una espiritualidad: María Ana y la Virgen* (Madrid 1988).
— *Rasgos (María Ana Mogas Fontcuberta, fundadora de las Franciscanas Misioneras de la Madre del Divino Pastor, vista a través de algunos testimonios)* (Madrid 1985).
— *Las Terciarias Franciscanas de la Madre del Divino Pastor* (Madrid 1978).
SACRA CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, *Beatificationis et canonizationis ven. servae Dei Mariae Annae Mogas Fontcuberta... Positio super virtutibus ex officio concinnata* (Roma 1988).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN ANATOLIO DE CONSTANTINOPLA

Obispo († 458)

Anatolio era natural de Alejandría, donde entró en el círculo de los discípulos y seguidores de San Cirilo. Acompañó al gran doctor de la Iglesia al Concilio de Éfeso (431) y en él habló firmemente contra la enseñanza herética de Nestorio. Como muestra de su confianza, San Cirilo lo nombró su representante en la corte imperial bizantina, donde muy pronto se acreditó por su sabiduría religiosa y su vida inmaculada.

En el 449 asiste al llamado «latrocinio de Éfeso», que vino a costarle la vida al santo obispo de Constantinopla, San Flaviano; y, entonces, es elegido Anatolio para sucederle en la sede constantinopolitana. Lo consagró Dióscoro de Alejandría, un obispo claramente monofisita, y esto haría que surgieran dudas acerca de la ortodoxia de Anatolio. Llegadas estas dudas a Roma, San León Magno mandó hacer una investigación al respecto y Anatolio convocó un sínodo en el que se sustanciara el asunto. Anatolio manifestó su aceptación del Tomo de León, y envió el mismo a los obispos para que lo aceptaran. Esperaba con esto que el Papa lo reconociera, lo que finalmente logró, pero se dijo que más por gracia que por justicia.

Anatolio tomó parte activa y decisiva en el Concilio de Calcedonia de 451, que además de definir la fe católica en las dos naturalezas de Cristo depuso a Dióscoro. El concilio, además, dio a Constantinopla el lugar preeminente después de Roma, lo

que a la sede romana no resultó agradable. Su muerte tuvo lugar el año 458.

En Oriente se le dio desde antiguo culto como santo, no así en Occidente, donde perseveraron las dudas sobre su ortodoxia y su santidad. En el nuevo clima de paz ecuménica, el *Martirologio romano* lo conmemora en este día.

SAN LEÓN II

Papa († 683)

León era un siciliano que marchó a Roma y entró en las filas del clero romano, distinguiéndose por sus conocimientos literarios y buen manejo de la lengua griega.

El 10 de enero de 681 moría el papa San Agatón, estando candente la cuestión del monotelismo y del concilio celebrado en Constantinopla donde se condenaba a los líderes monoteletas y al propio papa Honorio. Ese mismo mes de la muerte de Agatón, el clero y el pueblo de Roma eligieron papa a León pero no pudo procederse a su consagración hasta que no llegó la confirmación imperial. Ésta se condicionó a la aceptación por León del concilio y de la condena de Honorio, a lo que accedió León, siendo entonces consagrado. Se firmó así la paz entre Constantinopla y Roma y el emperador anuló la autocefalia de la sede ravenate. Posteriormente se ha planteado la cuestión de si León II no pagó un precio demasiado alto por la paz.

León era un hombre de vida santa, amante de los pobres, que cuidó de las reliquias de los mártires y restauró la iglesia de San Jorge in Velabro. Murió el 3 de julio de 683.

SAN JOSÉ NGUYEN DINH UPEN

Catequista y mártir († 1838)

Nació el año 1774, aproximadamente, en Nink-Cuong y se crió en la casa misional de Tien-Chu, donde se preparó para ser catequista. Llegado a la edad adulta no optó por el sacerdocio pero tampoco contrajo matrimonio y se dedicó por entero a la tarea catequética.

Asignado primero como compañero del P. Nanh, auxilió a éste en su tarea pastoral y misionera y, tras su muerte, lo llamó a su lado el obispo Santo Domingo Henares, con quien hizo varios viajes misioneros en los que fueron acompañados por San Francisco Hien.

Llegada la persecución del año 1838, mientras que Santo Domingo Henares y San Francisco Hien fueron a refugiarse en Kien-Lao, José se quedó en Tien-Chu para sostener la fe de los fieles. Para entonces José ya había sido admitido en la Tercera Orden seglar de Santo Domingo.

El 28 de mayo de 1838 hubo un registro general en el pueblo y se obligó a todos los varones a presentarse. Se le preguntó si era sacerdote o dirigente cristiano, y pudo responder que no, pero al ser invitado a pisar la cruz se negó. Entonces fue arrestado y llevado a la capital donde fue bárbaramente apaleado para que apostatara y dijera el paradero de Santo Domingo Henares. Guardó silencio. Llevado a la cárcel, contrajo una fortísima disentería pero un médico lo alivió. Nuevamente comparece ante el tribunal, que manda apalearlo para que apostate e intentan que, materialmente al menos, pise la cruz, pero José encogía las piernas y hacía inútil el intento. Devuelto a la cárcel lleno de magulladuras y llagas le volvió la disentería; los cuidados que le proporcionaron varias cristianas no surtieron efecto y murió de agotamiento en la cárcel de Nam-Dinh el 4 de julio de 1838. Fue canonizado el 19 de junio de 1988 por Juan Pablo II.

SAN FELIPE PHAN VAN MINH

Presbítero y mártir († 1853)

Nació en Cai-Nong en 1815. Destacado creyente, acompañó al vicario apostólico cuando éste hubo de dejar el país y dirigirse a Tailandia y Calcuta, donde residió. Aquí le ayudó en la redacción de un diccionario latino-annamita, siendo un acompañante fiel y leal del obispo. Muerto éste, volvió a su patria.

Por fin, en 1840, se decidió por el sacerdocio e ingresó en el seminario de Penang. Terminados los estudios fue ordenado en 1846 y destinado a su pueblo natal, donde ejerció el sacerdocio con gran dedicación.

Arreciando la persecución, se trasladó al poblado de Ma Bat donde fue acogido por una familia, pero Felipe temía que esta familia sufriera represalias por alojarlo y, entonces, decidió entregarse. Así lo hizo el 26 de febrero de 1853.

Arrestado y juzgado, se le conminó repetidamente a apostatar pero no se logró de él sino una perseverante confesión de fe cristiana. Se le condenó al destierro, pero el rey Tu Duc en vez de confirmar la sentencia de exilio la conmutó por la de muerte.

Llegado el día de su ejecución en Cai-Nhum, entregó su dinero a un amigo rogándole que con ello pagara estipendios de misas por su alma pero que no gastara nada en aparato funeral. Luego saludó a los verdugos como a unos amigos. Procuró que le dejaran claro que lo mataban por ser cristiano y entonces ofreció mansamente su cabeza al verdugo, que lo decapitó. Los fieles recogieron su cuerpo y su cabeza, y componiéndolos lo vistieron con los ornamentos de la misa y así lo enterraron en su pueblo natal. Fue canonizado el 19 de junio de 1988.

SANTOS PEDRO ZHAO MINGZHEN Y JUAN BAUTISTA ZHAO MINGXI

Mártires († 1900)

En el pueblo de Dongyangtai (Pei-Wang-Ten), China, el día 3 de julio de 1900 fueron masacrados estos dos hermanos que, viendo la feroz persecución anticristiana de los boxers, intentaron salvar a los más posibles de la comunidad cristiana y, en ese empeño, se dejaron la vida. Juan Bautista tenía 57 años y Pedro 62. Fueron canonizados por Juan Pablo II el 1 de octubre de 2000.

4 de julio

A) MARTIROLOGIO

1. Santa Isabel († 1336), reina de Portugal y luego monja clarisa, que pasó al Padre en Estremoz mientras buscaba la paz entre su hijo y su yerno **.

2. En África, San Jucundiano, mártir (fecha desconocida).
3. En las cercanías de Bourges (Aquitania), San Laureano († s. III/IV), mártir.
4. En Cirene de Libia, San Teodoro († s. IV), obispo, que en la persecución había confesado la fe.
5. En Cahors (Aquitania), San Florencio († s. V), obispo.
6. En Lassois (Aquitania), San Valentín († s. V), presbítero y ermitaño.
7. En Blangy (Artois), Santa Berta († 725), abadesa *.
8. En Erisso, isla de Lesbos, San Andrés de Creta († 740), obispo de Gortina, que cantó las glorias de la Virgen inmaculada y asunta al cielo **.
9. En Augsburgo (Baviera), San Ulrico († 973), obispo *.
10. En Florencia (Toscana), Beato Juan de Vespiniano († s. XIII/XIV).
11. En Dorchester (Inglaterra), beatos Juan Cornelius, presbítero de la Compañía de Jesús, Tomás Bosgrave, Juan Carey y Patricio Salmon, seglares († 1594), mártires bajo el reinado de Isabel I *.
12. En Cork (Inglaterra), beatos Guillermo Andleby, presbítero, Enrique Abbot, Tomás Warcop y Eduardo Fulthrop, seglares († 1597), mártires bajo Isabel I *.
13. En el territorio de los Hurones (Canadá), San Antonio Daniel († 1648), presbítero, de la Compañía de Jesús y mártir. Su memoria litúrgica se celebra el 19 de octubre *.
14. En Mauriac (Francia), Beata Catalina Jarrige († 1836), virgen, terciaria dominica **.
15. En Heng-tchou-fu (China), San Cesidio Giacomantonio († 1900), presbítero, de la Orden de Hermanos Menores y mártir *.
16. En Turín (Italia), Beato Pedro Jorge Frassati († 1925), joven seglar **.
17. En el campo de concentración de Auschwitz (Polonia), Beato José Kowalski († 1942), presbítero, religioso salesiano y mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTA ISABEL
Reina de Portugal († 1336)

Según parece más probable, nació a principios de 1270, hija del rey don Pedro III de Aragón y de la reina doña Constanza. ¿En qué lugar? ¿En Zaragoza? ¿En Barcelona? No sabemos fijo. Se casó en 1282 con Don Dionís, rey de Portugal, firmando el diploma matrimonial en latín. Esta frágil criatura de cabellos dorados y doce años incompletos no adivinaba, seguramen-

te, la misión que Dios le reservaba en la agitada vida peninsular de aquellos tiempos, misión religiosa, política, social y humana de primera clase.

Nieta de Jaime I el Conquistador, biznieta de Federico II de Alemania, de ellos heredó la energía tenaz y la fuerza del alma. Pero se caracterizaba, sobre todo, por la bondad inmensa y el espíritu equilibrado y justo de Santa Isabel de Hungría, su pariente cercana. Como dice la leyenda medieval de su vida, escrita por una mano contemporánea de la reina santa, ella era una mujer llena de dulzura y bondad, muy inteligente y bien educada.

El viaje a Portugal fue largo y dificultoso, pues los guerreros rodeaban los caminos de entonces, poco seguros. En junio de 1282 se encontraba en Trancoso con el rey don Dionís, a quien veía por primera vez. El *Libro que habla de la buena vida que hizo la reina de Portugal, Doña Isabel de Portugal,* al que llamaremos leyenda primitiva, y las *Crónicas de los siete primeros reyes de Portugal,* trazan vigorosamente el retrato moral de esta mujer extraordinaria, que al indomable don Alfonso IV el Bravo tan cariñosamente amó.

Le gustaba la vida interior y el trabajo silencioso. Ayunaba días incontables a lo largo del año, se conmovía por los errantes, rezaba con su libro de horas, cosía y hacía bordados en compañía de las dueñas y doncellas, y distribuía limosnas a los necesitados, sin olvidarse del gobierno de su casa (la casa de la reina era un mundo). Todo esto lo hacía intensamente y esta intensidad nos da medida de su vida.

A los veinte años nació don Alfonso IV el Bravo, que fue su cruz y el gran amor de su existencia. Caso único en la primera dinastía portuguesa, la vida de este hombre fue pura y no estará descaminado descubrir aquí la influencia de la madre, y tal vez un complejo de repugnancia por las aventuras amorosas, influenciado por los dolores que él veía padecer a Santa Isabel, medio abandonada por el marido.

Pero era discreta esta joven reina. Obligaba al hijo a obedecer a su padre (¡él era el rey!), fingía no saber nada de lo de don Dionís, y, al hablarle de eso cambiaba la conversación o *empezaba a rezar y a leer sus libros.* El rey se arrepentía o tapaba sus peca-

dos lo más que podía. Y ella, muy mujer, pero cristiana hasta la medula del alma, criaba a los hijos ilegítimos del marido. De esta forma todos se maravillaban de ver a esta niña con tanto juicio y dominio de sí misma.

En la política peninsular de entonces su poder moderador se hizo sentir profundamente, ya en las guerras entre reinos cristianos que habían de formar la España moderna, ya en las desavenencias interminables de don Dionís con el hermano y el hijo turbulento. Daba a su dueño la razón, procuraba explicarle *el derecho y la verdad.* Y no siempre era fácil convencerle. En estos momentos sombríos y cargados de destino hacía el alma de esposa, de madre y de reina: aunque *dulce en el habla,* se jugaba heroicamente el todo por el todo, llegando a ser desterrada lejos del rey.

Un odio fuerte enraizaba en el alma del infante, a punto de tratar a su padre como a un *extraño.* Y no era solamente la familia real la que estaba desunida, eran millares de familias divididas por ambos partidos, odiándose implacablemente, quemando casas y talando campos. Para rehacer la paz, deshecha en cada momento, Santa Isabel se puso en camino de Coimbra. Luchaba por lo que modernamente llamamos arbitraje. Nada de guerras. Que la sentencia sea dada por el juez. Éste es su curso. Que las tropas se alejen y, si el infante tuviese alguna razón, que el rey se la dé.

Ahora era junto a Lisboa, donde los soldados de don Dionís y del infante iban a empezar una guerrilla más sin fruto. Apresuradamente, Santa Isabel subió a una mula y, sin nadie a su alrededor, pasó como una mujer cualquiera entre las huestes enemigas.

Recordó al hijo sus juramentos pasados, le pidió que no hiciese daño a su padre, habló con don Dionís y volvió al infante por segunda vez. Y la tempestad se apaciguó pausadamente. Es una pena que se haya perdido casi toda la correspondencia, fuera de pocas cartas. De éstas recordamos una que le envió al rey don Jaime, *almirante de la Santa Iglesia de Roma.* Otra se destinaba al rey don Dionís, y nos da medida exacta de la angustia de esta mujer, que amaba igualmente al marido que al hijo y los veía siempre en guerra:

> «No permitáis —escribe ella— que se derrame sangre de vuestra generación que estuvo en mis entrañas. Haced que vuestras armas se paren o entonces veréis cómo en seguida me muero. Si no lo hacéis iré a postrarme delante de vos y del infante, como la loba en el parto si alguien se aproxima a los cachorros recién nacidos. Y los ballesteros han de herir mi cuerpo antes de que os toque a vos o al infante. Por Santa María y por el bendito San Dionís os pido que me respondáis pronto, para que Dios os guíe».

Los años fueron pasando, don Dionís enfermó de viejo, como dice el cronista anónimo. Lleváronlo a Santarem y Santa Isabel, una vez más, fue su humilde enfermera, hasta que el rey entregó su alma a Dios. Entonces la reina se sintió más lejos de este mundo. Volvería a hacer paces, a entrar en relaciones, a encaminar como podía la tormentosa política de la península Ibérica, pero su propósito estaba tomado. Púsose un velo blanco y el hábito de Santa Clara, aunque libre de votos religiosos, conservando lo que era suyo, como dice ella, para construir iglesias, monasterios y hospitales. Era una resolución antigua, ya conocida del hijo y de su confesor, fray Juan de Alcami. Como antes (y todavía más, pues era ahora más libre para darse a Dios y a los pobres), se entregó a la vida interior y dio largueza a su sentido cristiano de función social de la riqueza.

En sus viajes veía a los pobres sentados a las puertas de las villas y de los pueblos. Distribuía vestidos, visitaba a los enfermos poniendo en ellos sus manos sin *darle asco,* y los entregaba a los médicos. Frailes menores, dominicos y carmelitas, monjitas medio emparedadas en los conventos religiosos, los que venían desde España pidiendo limosna, a todos ella daba alguna cosa. En suma: no quedaban desamparados ni presos que de su limosna no recibiesen parte. Besaba los pies de las mujeres leprosas. Junto a sí criaba muchas hijas de hidalgos, caballeros y gente más humilde. De ellas, unas se casaban, otras se metían monjas, conforme Dios quería, llevando todas una dote. Y Santa Isabel ponía en todo un cariño especial, un gesto de inefable delicadeza. Por ejemplo, a las novias que ella casaba les prestaba una corona de piedras amarillas, y el tocado y el velo, para que estuviesen más guapas. Era una actividad de estadista competente y de bienhechora social. Por donde pasaba y veía hospitales, iglesias, puentes o fuentes en construcción, en seguida ayu-

daba. Se interesaba por todas las obras, dirigió la construcción del convento de Santa Clara de Coimbra, hablaba con los operarios, les decía cómo tenían que hacer las cosas, y ellos se quedaban asombrados de sus conocimientos.

Como todos los cristianos de la Edad Media iban a Santiago de Compostela, allí se dirigió ella sin dar explicaciones a nadie, pues su marido ya había muerto. El arzobispo celebró misa y Santa Isabel ofreció al patrono de España la más noble corona de su tesoro, velos, paños bordados, piedras preciosas y la mula con su manto de oro y plata. Al volver a Portugal traía consigo el bordón y la esclavina de los peregrinos, para «aparecer peregrina de Santiago».

En un día caliente de verano la oyeron decir que la guerra iba a estallar entre don Alfonso IV, rey de Portugal, y el rey de Castilla. Eran su hijo y su nieto. El calor era tremendo. Aun así, la reina, cansada de años y de trabajo, se puso en camino. Esta vez el camino de Estremoz era como de muerte. Con un dolor agudo apareció una herida en el brazo y tuvo también fiebre. Junto a su cama estaba su nuera doña Beatriz. Entonces vio pasar como una dama con vestiduras blancas. ¿Tal vez Nuestra Señora? ¿Le subió la fiebre? Es posible. Pero revela un alma que pensaba en el otro mundo. El jueves siguiente confesóse, asistió a misa y *con gran devoción y muchas lágrimas recibió el cuerpo de Dios.* Volvió a la cama. La noche caía. Dijo a don Alfonso IV que fuese a cenar, siguiendo la costumbre que tienen las madres de cuidar a los hijos como si siempre fuesen pequeños. Sentía que la hora estaba al llegar. ¡Mucho había ya rezado en su vida! Había visitado centenares de iglesias, había asistido a incontables fiestas eucarísticas. Sabía latín, conocía de memoria los himnos litúrgicos, a punto de corregir a los clérigos cuando ellos se equivocaban. No nos extrañemos oyéndola recitar a la hora de la muerte los versos latinos: *Maria, mater gratiae...* La voz se consumía cada vez más, pero ella continuaba rezando, hasta que nadie la entendió; y así rezando acabó su tiempo. Cumpliríase lo que ella tanto pedía a Dios: murió junto al hijo. Y nada tan conmovedor como el amor indestructible de esta santa que nadie vio enfadada con aquel hijo bravo y duro de cerviz. Fue esto en el castillo de Estremoz el 4 de julio de 1336.

En siete jornadas, a través de las planicies abrasadoras de Alemtejo y de Extremadura, llevaron su cuerpo al convento de Santa Clara de Coimbra. Y allí quedó a lo largo de los siglos, rodeado de una aureola de milagros. Algunos de ellos legendarios, como el milagro de las rosas, que no viene en la leyenda primitiva. Otros, verdaderos. Al canonizarla, el 25 de mayo de 1625, Urbano VIII confirmaba la voz antigua del pueblo rodeando de una gloria inmortal a una de las más perfectas mujeres de la Edad Media.

MARIO MARTINS, SI

Bibliografía

BRASIO, A., *Novos documentos para a história da Rainha Santa Isabel* (Coimbra 1957).
CRESPO, J., *Santa Isabel na doença e na morte* (Coimbra 1942).
LLANOS Y TORRIGLIA, F. DE, *Santa Isabel de Aragón, reina de Portugal* (Barcelona 1920).
VASCONCELOS, A. DE, *Evolução do culto de Dona Isabel de Aragão* (Coimbra 1894). Con las fuentes manuscritas e impresas hasta el año de la edición.
VIANA, J., *A vida da Rainha Santa Isabel* (Coimbra 1936).
• Actualización:
BLÁZQUEZ MATEOS, E. - MERINO PERAL, E., *Isabel de Portugal: la reina invisible* (Madrid 2000).
CORREDOR GARCÍA, A., *Santa Isabel, reina de Portugal* (Sevilla 1987).
DOMÍNGUEZ NAVARRO, E. - LERMA VILLALBA, I., *Isabel de Aragón, reina de Portugal* (Zaragoza 1986).
GONZÁLEZ HERNÁNDEZ, V., *Santa Isabel de Aragón, infanta y reina de Portugal. Historia de su vida y de su tiempo* (Zaragoza 1971).
SAN VICENTE, A., *Isabel de Aragón, reina de Portugal* (Zaragoza 1971).

SAN ANDRÉS DE CRETA
Obispo († 740)

No conservamos muchas noticias sobre su vida, y las que poseemos llegan con bastante retraso, en fuentes del siglo X. Pero gracias a sus escritos podemos recrear el temple y la grandeza de un obispo singular de la Iglesia Oriental, cuya personalidad se adivina como una mezcla de exquisito poeta y la reciedumbre teológica y evangélica de un auténtico pastor de almas.

Se le conoce como Andrés de Creta porque su obispado de Gortina se situaba en Creta, isla del Mediterráneo Oriental, pero también se le designa como Andrés de Jerusalén, por los múltiples años de su estancia en la Ciudad Santa.

Hijo de Jorge y Gregoria, debió nacer en Damasco, hacia el año 660, cuando ya varias de estas naciones del Próximo Oriente se hallaban bajo dominio musulmán. Se dice que en los años de su infancia tenía bastantes dificultades para hablar, y fue al recibir la eucaristía por vez primera, cuando milagrosamente se vio libre de este impedimento que tanto le afeaba.

A los quince años marchó a Jerusalén, donde fue acogido por el obispo Teodoro para formar en el número de sus clérigos, llegando a ser notario y luego ecónomo del Santo Sepulcro. Aquí adquirió una notable formación teológica, además de ejercitarse en el cultivo de las letras, que tanto le servirían para sus composiciones himnográficas.

Fue seleccionado con otros monjes para marchar a Constantinopla y felicitar al emperador Constantino Pogonato por la celebración del VI concilio ecuménico, donde habían sido condenadas las herejías del monotelismo y en el que él personalmente no había tomado parte. Quedaba así demostrada la adhesión de esta iglesia a las doctrinas conciliares.

Se quedó allí adherido a la iglesia de Santa Sofía, recibiendo la orden del diaconado, para encargarse de obras de caridad. Dirigió primero un orfanato y luego un asilo.

Más tarde, hacia el año 700, fue consagrado obispo de Gortina, sede metropolitana de Creta, donde defendió la legitimidad del culto a las imágenes. Entregado por completo a su compromiso pastoral, creó también aquí diversos lugares asistenciales, desempeñando siempre su misión de manera heroica. Se conservan una veintena de sus homilías y otro notable número de predicaciones, fruto de su inquietud de pastor.

Cuando, por vez primera, intentaron invadir los árabes la isla de Creta, él mismo fue el alma de la resistencia, haciendo fracasar la intentona de su conquista. Pero en aquella situación tan conflictiva, y consecuencia de ella, la isla comenzó a sentir el aislamiento y con ello el hambre y la peste, hasta el punto de que, a pesar de su longevidad, quiso marchar personalmente a Constantinopla con el único objetivo de buscar remedios para sus diocesanos. Cuando volvía de regreso, la nave se detuvo en el puerto de Erisso, isla de Lesbos, y aquí murió el 4 de julio del año 740.

Él murió pero nos ha quedado su obra, ahora cada vez más estudiada y comprendida. San Andrés de Creta es principalmente celebrado como compositor de himnos sagrados, para lo que demostró una notable pericia. Muchas de sus composiciones se han incorporado a la liturgia de los orientales, y a no pocas se les ha añadido la música para el canto.

En nuestro tiempo la parte más destacada de las relevancias con que le van a destacar todos sus biógrafos son las homilías, panegíricos de santos y sermones, hasta el punto de que las *Homilías marianas* se han editado en Madrid con fecha de 1995. En ellas destacan dos de las principales prerrogativas de la Virgen Santísima: la Inmaculada Concepción y la Asunción al cielo. Algunas de sus afirmaciones son rotundas: «María, preservada de toda culpa, trae al mundo las primicias de la nueva creación».

Con sus homilías, San Andrés de Creta, junto a San Juan Damasceno (676-732) y San Germán de Constantinopla (638-733) forman una trilogía gloriosa de predicadores y teólogos de la Iglesia Oriental en su tiempo. Los temas cristológicos, muy variados, lo mismo nos hablan de la infancia de Jesús, como de la transfiguración o de la exaltación de la Santa Cruz. Y, si se refiere a los santos, desfilan por él aquellos santos que eran conocidos y queridos por su pueblo como San Tito, San Jorge, San Nicolás o los mismos mártires de Creta.

Pero su fama, al menos actual, se debe a las homilías marianas. Estudiadas hoy a la luz de los avances de la teología de la Virgen, San Andrés de Creta nos presenta una mariología muy avanzada, casi la misma de nuestro tiempo.

Las homilías que se han publicado ahora tratan cuatro de la Natividad de la Virgen, una de la Anunciación y tres de la Dormición o Asunción al cielo. Un conjunto de doctrina que en la constitución dogmática *Lumen gentium* del Concilio Vaticano II (VIII, 56, 59, 62) le hace ser considerado como uno de los Padres convertidos en grandes testigos de la fe mariológica de la Iglesia a través del tiempo.

Su doctrina sobre la Inmaculada Concepción, a pesar de que en los Padres Orientales no hay una afirmación todavía expresa sobre la singular prerrogativa de la pureza original, en San Andrés sí enaltece una limpieza inmaculada de María y su extre-

ma vinculación con el Señor. Hay toda una serie de afirmaciones en este sentido en sus homilías donde el calificativo de *inmaculada* (hyperámonon) se le adjudica varias veces en un contexto de profunda limpieza, *totalmente inmaculada.* Las palabras del Cantar de los Cantares se adjudican a María, con notoria propiedad. «Eres del todo hermosa, amada mía; no hay tacha en ti» (Cant 4,7).

Respecto a la Natividad nos ratifica diversos detalles sobre el nacimiento de María, que encontramos en la Tradición y en el protoevangelio de Santiago, relativos a los padres de María, la presentación en el templo, su infancia, la genealogía davídica de María, los desposorios..., todos aquellos instantes relacionados con la infancia de Jesús, de los cuales tanto gustaban los cristianos de los primeros siglos, coincidentes y confirmando muchas veces sus propias costumbres.

La homilía de la Anunciación, posiblemente pronunciada ya en el día de su fiesta del 25 de marzo, es una pieza vibrante referida a la Encarnación del Verbo. Aquí a la grandeza teológica y escriturística del sermón se le unen detalles tradicionales como el hecho de que María estaba tejiendo un manto de púrpura, símbolo de la realeza de aquel que se encarna en sus entrañas.

En las homilías de la Asunción o de la Dormición se nos repite con insistencia la palabra Virgen, porque para San Andrés la Asunción de María y la incorrupción en el sepulcro van estrechamente unidas al misterio de su virginidad perpetua. Se trata pues de una mutua interrelación.

En estas homilías de la Asunción hay interesantes recuerdos sobre los lugares sagrados escenarios de este hecho, como el santuario de la Dormición, situado en el Valle Cedrón, cerca del Huerto de los Olivos. Y luego, en su última homilía para cantar su entrada en el Cielo, el autor sabe echar mano de todos sus recursos de poeta prorrumpiendo en un canto triunfal muy meritorio en honor de María.

Hay, además, en las homilías algo entrañablemente curioso: las connotaciones eucarísticas con las que el autor nos traslada desde María a la eucaristía. Así, por ejemplo, nos dice que Cristo es levadura que nos llega a través de María hasta el punto de convertirse en pan para la restauración del género humano, ci-

tando incluso a San Juan cuando dice: «Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá eternamente» (Jn 6,51). Algo que parafrasea con otras citas evangélicas.

El estilo que utiliza el autor es modélico en su forma y composición. Son homilías escritas y se cuida al máximo la expresión pero al mismo tiempo revistiéndola con los elegantes ropajes de su formación poética, pero sin dejarse jamás llevar por ésta en detrimento de sus contenidos teológicos, su compromiso de adoctrinar a su pueblo y la alabanza divina.

Quizás la mejor despedida sean unas palabras suyas que encontramos en la homilía segunda de la Dormición:

> «La Iglesia, reina de la multitud de los creyentes, acompaña hoy en triunfo y ofrece con regocijo sus mejores obsequios a la Reina de todo el género humano, a la que Dios, rey y señor del universo, con triunfal magnificencia constituye reina de los cielos» (p.150).

JOSÉ SENDÍN BLÁZQUEZ

Bibliografía

ANDRÉS DE CRETA, SAN, *Homilías marianas* (Madrid 1995).
GARCÍA, R., OP, *Andrés de Creta, doctor de la Inmaculada Concepción y teólogo clásico de la Asunción* (Madrid 1970).

BEATA CATALINA JARRIGE

Virgen († 1836)

La amable y sencilla figura de Catalina Jarrige, conocida por Catinon-Menette, es la de una modesta campesina y artesana francesa, valerosa y simpática, animada de una extraordinaria caridad y de un ardentísimo celo.

Su vida puede dividirse en tres etapas bien definidas. Los treinta y cinco primeros años transcurrieron en su pequeño pueblo natal, dedicada a los trabajos del campo; enseguida al servicio doméstico con distintas familias, y luego a su profesión de encajera en una ciudad cercana, donde ya viviría siempre. Allí se hizo terciaria dominica y se entregó activa y desinteresadamente al servicio de los más necesitados. El segundo período de su vida, los doce años que van desde los 35 a los 47 de edad, que bien merece llamarse heroico, coincide con la Revolu-

ción Francesa (1789-1801). En estos años, además de continuar atendiendo a los pobres, huérfanos y enfermos, protegió de modo valiente y audaz a los sacerdotes perseguidos por el régimen político: los escondía, les avisaba de los peligros inminentes y les procuraba alimentos, ropas y cuanto necesitaban para poder ejercer su ministerio. La tercera y última etapa, hasta que el Señor la tomó para sí cuando contaba 82 años de edad, fue más tranquila que la anterior, de continuo crecimiento espiritual y muy rica en obras de caridad con los pobres y los encarcelados, a quienes ayudaba material y espiritualmente. Siempre alegre, serena y jovial en el trato, tenía la gracia de saber pedir para ellos con garbo y simpatía y de distribuir con suma delicadeza cuanto le daban. Gozó de gran aprecio y veneración por parte de todos. Su vida fue el triunfo de la sencillez, y también de la fortaleza, la bondad, la caridad y la misericordia.

Catherine Jarrige nació el 4 de octubre de 1754 en la aldea de Doumis, parroquia de Chalvignac, en la Alta Auvergne de Francia. Era la menor de siete hijos de una modesta familia de campesinos pobres. Tenía tres hermanas y tres hermanos.

Cuando se visita su casa natal en Doumis, donde ella dio sus primeros pasos, impresiona la exigüidad de la morada: una única habitación de reducidas dimensiones, en una planta baja; un granero que servía de hogar y de dormitorio. Allí no sobraba nada. Pierre Jarrige, el padre, era un modesto granjero, de gran bondad y con elemental instrucción: sólo sabía leer y escribir. Él y su mujer, Marie Célarier, también de humilde familia, debían trabajar duro para sostener a los suyos. Habían contraído matrimonio en 1744. Eran buenos cristianos y muy honrados. En su casa se rezaba todos los días. Trabajaban al servicio de pequeños ganaderos que vendían sus bueyes, caballos, corderos, quesos... Y de esta ocupación debía vivir la numerosa familia que iban formando.

En este ambiente se desarrolló la primera infancia de Catalina. Llevó la vida de una sencilla campesina de su tiempo: pobremente vestida, alimentada con sobriedad y colaborando en las labores domésticas desde muy niña. Temperamentalmente era animosa y jovial. Estaba dotada de un carácter franco, festivo y alegre.

No era pensable en su época la escolaridad obligatoria, por lo que, dadas sus condiciones de vida, no pudo tener la experiencia de haber acudido a la escuela. Adquirió toda su ciencia de la sabiduría rural, al contacto diario con la naturaleza, a través de la propia experiencia, por las enseñanzas y consejos de los mayores y, desde luego, por su catolicismo, en el que fue cuidadosamente formada desde niña. Su inteligencia vivaz se nutrió de la tradición oral y de cuanto la propia vida y las personas que tenía cerca le iban enseñando. Así, aprendió a creer en Dios, a coser, a hilar y a realizar las tareas cotidianas. De las cosas santas sabía lo que le enseñó su madre, y también algunos libros, porque consiguió leer un poco. Se ha conservado en Mauriac, lugar donde se desarrolló la mayor parte de su existencia, su libro de oraciones y el de su Regla de terciaria dominica. Pero hasta los 10 años vivió en el campo de Doumis con sus hermanos y hermanas y con los chavales de alrededor. Solían guardar rebaños de ovejas, que llevaban a pastar.

Simpática, amable y divertida, le complacía jugar con sus compañeros y, naturalmente, no faltaron las pequeñas disputas del juego. Tampoco era la última en aceptar apuestas con los pastores. Catinon, como la llamaban familiarmente, contó más de una vez sus travesuras de niña, que después deploraba. Abría, por ejemplo, huecos en las cercas, de modo que los rebaños de sus adversarios de aquel día pasaban por ellos y quedaban a la ventura en los prados vecinos...

A pesar de su esfuerzo constante, los Jarrige no lograron remontar una situación económica siempre precaria, por lo que los padres decidieron colocar a sus hijos. Los varones se dedicaron al comercio ambulante. Catinon, igual que sus hermanas, comenzó a servir como empleada doméstica a la edad de nueve o diez años. Como era trabajadora, daba plena satisfacción a sus amos. Sesenta años más tarde, las autoridades del distrito que la propusieron para el premio «Monthyon», le dieron este reconocimiento: «Trabajó sucesivamente con varios dueños con una fidelidad, una actividad y una inteligencia que la distinguieron, dentro de su condición». Cuando se piensa en lo que era la vida de aquellos niños tan pequeños, o de los pastorcillos que estaban en sus mismas condiciones, en la explotación de que a ve-

ces eran objeto, en su sufrimiento por estar separados de la familia, en el ritmo de trabajo más que intenso a que estaban sometidos, el elogio resulta sobradamente merecido.

Hacia los 12 o 13 años, hizo su primera comunión, preparándose como pudo para este acontecimiento tan importante de su existencia. Igual que otros niños y jóvenes, aprovechó las enseñanzas de un sacerdote que solía dedicar los domingos a enseñar la doctrina cristiana en las distintas poblaciones de su parroquia. Catalina acudía a estas catequesis con interés y piedad, completando así la formación que había recibido en el hogar. Y se produjo por entonces un notable cambio en su vida: entrada en la adolescencia, se hizo más seria y comenzó a gustarle la oración.

El 22 de diciembre de 1767 murió su madre a la edad de 47 años. Catalina hacía dos meses que había cumplido los 13. No tuvo, pues, una infancia fácil, herida por la pobreza, por la obligación de trabajar desde muy niña y por la privación de la vida en familia desde tan corta edad. Pero estas pruebas forjaron en ella un alma singularmente valerosa y, además, fue siempre muy alegre. Nunca perdió el buen humor, el encanto, la gracia, la simpatía, la jovialidad.

Al crecer, aprendió a bailar. Era uno de los principales modos de diversión en el ambiente rural, y se apasionó por la danza, de modo que llegó a tenerle verdadera afición. «Yo iba a todos los lugares donde había una velada, un baile popular, un instrumento musical», confesaba después.

Bailaba la bourrée, danza graciosa y típica de la región de Mauriac. Cuando comenzó su causa de canonización —1911-1930— no era común que una santa hubiera sido bailarina. Los testigos interrogados entonces afirmaban que ésta «era una danza poco reprochable, que no tenía ninguna consecuencia negativa».

No obstante, cuando tomó conciencia de que el Señor la quería para su servicio, no sin gran pesar por su parte, renunció a bailar. Tuvo a este respecto una importante experiencia personal que llamaba su «conversión». El 24 de febrero de 1786 se casó su hermana Jeanne. Ella, que ya era terciaria dominica, obtuvo autorización para ir a la boda y, después del banquete, par-

No era pensable en su época la escolaridad obligatoria, por lo que, dadas sus condiciones de vida, no pudo tener la experiencia de haber acudido a la escuela. Adquirió toda su ciencia de la sabiduría rural, al contacto diario con la naturaleza, a través de la propia experiencia, por las enseñanzas y consejos de los mayores y, desde luego, por su catolicismo, en el que fue cuidadosamente formada desde niña. Su inteligencia vivaz se nutrió de la tradición oral y de cuanto la propia vida y las personas que tenía cerca le iban enseñando. Así, aprendió a creer en Dios, a coser, a hilar y a realizar las tareas cotidianas. De las cosas santas sabía lo que le enseñó su madre, y también algunos libros, porque consiguió leer un poco. Se ha conservado en Mauriac, lugar donde se desarrolló la mayor parte de su existencia, su libro de oraciones y el de su Regla de terciaria dominica. Pero hasta los 10 años vivió en el campo de Doumis con sus hermanos y hermanas y con los chavales de alrededor. Solían guardar rebaños de ovejas, que llevaban a pastar.

Simpática, amable y divertida, le complacía jugar con sus compañeros y, naturalmente, no faltaron las pequeñas disputas del juego. Tampoco era la última en aceptar apuestas con los pastores. Catinon, como la llamaban familiarmente, contó más de una vez sus travesuras de niña, que después deploraba. Abría, por ejemplo, huecos en las cercas, de modo que los rebaños de sus adversarios de aquel día pasaban por ellos y quedaban a la ventura en los prados vecinos...

A pesar de su esfuerzo constante, los Jarrige no lograron remontar una situación económica siempre precaria, por lo que los padres decidieron colocar a sus hijos. Los varones se dedicaron al comercio ambulante. Catinon, igual que sus hermanas, comenzó a servir como empleada doméstica a la edad de nueve o diez años. Como era trabajadora, daba plena satisfacción a sus amos. Sesenta años más tarde, las autoridades del distrito que la propusieron para el premio «Monthyon», le dieron este reconocimiento: «Trabajó sucesivamente con varios dueños con una fidelidad, una actividad y una inteligencia que la distinguieron, dentro de su condición». Cuando se piensa en lo que era la vida de aquellos niños tan pequeños, o de los pastorcillos que estaban en sus mismas condiciones, en la explotación de que a ve-

ces eran objeto, en su sufrimiento por estar separados de la familia, en el ritmo de trabajo más que intenso a que estaban sometidos, el elogio resulta sobradamente merecido.

Hacia los 12 o 13 años, hizo su primera comunión, preparándose como pudo para este acontecimiento tan importante de su existencia. Igual que otros niños y jóvenes, aprovechó las enseñanzas de un sacerdote que solía dedicar los domingos a enseñar la doctrina cristiana en las distintas poblaciones de su parroquia. Catalina acudía a estas catequesis con interés y piedad, completando así la formación que había recibido en el hogar. Y se produjo por entonces un notable cambio en su vida: entrada en la adolescencia, se hizo más seria y comenzó a gustarle la oración.

El 22 de diciembre de 1767 murió su madre a la edad de 47 años. Catalina hacía dos meses que había cumplido los 13. No tuvo, pues, una infancia fácil, herida por la pobreza, por la obligación de trabajar desde muy niña y por la privación de la vida en familia desde tan corta edad. Pero estas pruebas forjaron en ella un alma singularmente valerosa y, además, fue siempre muy alegre. Nunca perdió el buen humor, el encanto, la gracia, la simpatía, la jovialidad.

Al crecer, aprendió a bailar. Era uno de los principales modos de diversión en el ambiente rural, y se apasionó por la danza, de modo que llegó a tenerle verdadera afición. «Yo iba a todos los lugares donde había una velada, un baile popular, un instrumento musical», confesaba después.

Bailaba la bourrée, danza graciosa y típica de la región de Mauriac. Cuando comenzó su causa de canonización —1911-1930— no era común que una santa hubiera sido bailarina. Los testigos interrogados entonces afirmaban que ésta «era una danza poco reprochable, que no tenía ninguna consecuencia negativa».

No obstante, cuando tomó conciencia de que el Señor la quería para su servicio, no sin gran pesar por su parte, renunció a bailar. Tuvo a este respecto una importante experiencia personal que llamaba su «conversión». El 24 de febrero de 1786 se casó su hermana Jeanne. Ella, que ya era terciaria dominica, obtuvo autorización para ir a la boda y, después del banquete, par-

ticipó en los bailes con gran entusiasmo y naturalidad, animando incluso a otros a bailar. Pero cuando volvió a su casa no pudo dormir de preocupación en toda la noche, porque entendía que su comportamiento no había sido oportuno en una persona a quien Dios llamaba para él. A la mañana siguiente se postró a los pies de la imagen de Nuestra Señora de los Milagros, patrona del lugar.

> «Yo lloraba como un niño —decía después—. Supliqué a la Virgen que tuviera piedad de mí, y cuando me levanté noté que me había convertido: sentí que no bailaría más».

Desde entonces sólo el Señor fue su alegría y su canto. Hay que tener en cuenta que la Regla de las Terciarias dominicas, aunque era una orden seglar, prohibía participar en los bailes. Reconocía después que esta renuncia había sido uno de los mayores sacrificios de su vida. También debió controlar su naturaleza fogosa e impetuosa.

A la edad de 24 años pensó consagrarse a Dios por completo. Después de haber trabajado como empleada doméstica en varias casas, Catalina se había trasladado a Mauriac, estableciéndose allí como bordadora de encajes. Con el fin de cuidar mejor su vida espiritual, ingresó en la Orden Tercera de Santo Domingo, convirtiéndose así en lo que la gente de la Auvergne llamaba una «Menette», que etimológicamente significa persona sola, o solitaria, pero que también tiene el sentido de «monjita», aunque, en realidad, las «Menettes» eran laicas, no religiosas. Se trataba de mujeres que se consagraban a Dios viviendo en el mundo, en medio de sus conciudadanos, y allí le servían haciendo el bien. Su estatuto podía parecerse al de las actuales vírgenes consagradas.

En Mauriac, Catalina tuvo que dedicarse a cuidar a su hermana Marguerite, que cayó gravemente enferma, lo cual le dio ocasión para que se desarrollase en ella el sentido de atención a los más necesitados. Ya desde antes, y sobre todo a partir de aquel momento, este modo de situarse ante los demás constituyó su propio camino de santidad, fielmente mantenido hasta el final de su vida. Había descubierto pronto que Dios la estaba llamando al servicio de los pobres, de los enfermos, de los huérfanos, y su actividad principal comenzó a ser, en efecto,

ayudar a los más carentes de recursos, prestándoles ayuda no solamente material, sino espiritual. Colaboraba también en la catequesis. Su regla les prescribía tiempos de oración y asistencia diaria a misa: una vida de unión profunda con Cristo. Así, las «Menettes» eran entre sus contemporáneos los testigos de la ternura de Dios para con los hombres.

Había entonces en Mauriac cuatro grupos de «Menettes». La Orden Tercera de Nuestra Señora, la de San Francisco, la de Santa Inés y la de Santo Domingo. Es probable que eligiera esta última porque llevaba el nombre de una gran santa dominica, Catalina de Siena. También porque conocía al padre Ronnat, del convento de los Dominicos de Mauriac, que regía su parroquia. Así, por su santa patrona y por el cura de Mauriac, Catinon conoció la familia dominicana. Sin duda fue atraída por el espíritu evangélico y apostólico de Santo Domingo. El servicio a los más pobres, ¿no era la mejor manera de dar a conocer el evangelio? Catinon así lo pensó, y se comprometió con esta familia religiosa. Dedicó en ella cincuenta años de su vida a servir a los más pobres, a los enfermos, a los huérfanos, a los más desgraciados de la región de Mauriac. De hecho, les regaló su vida.

No faltaban pobres en la Francia de finales del siglo XVIII y principios del XIX. Catinon les conocía y sabía bien sus necesidades. Para socorrerlas, pasaba parte de su jornada pidiendo para ellos en casa de los más afortunados. Toda la burguesía adinerada fue reclamada por ella durante estos años.

Catalina solía llevar un delantal con dos grandes bolsillos, en los que metía el resultado de sus súplicas. Cuando entraba en la casa a donde iba a pedir, con una mirada limpia y perspicaz, y una insinuante sonrisa, mostraba sus grandes bolsos abiertos, y decía en lenguaje popular: «¡Llenadlos, llenadlos!». O también: «Buenos días, señora, aquí estoy otra vez; por favor, no os enfadéis». Éste era todo su discurso. El resto se adivinaba sin dificultad. Si el ama de casa se negaba a darle algo, la «Menette» seguía sonriendo y mirándola pacientemente, y se quedaba allí, a la espera. Siempre obtenía alguna cosa. A veces, cuando la respuesta se hacía esperar, llegaba a tomar cierto aire serio y enfadado y gritaba más alto que sus interlocutores:

«¡Oh, vosotros, gran dama, gran señor! Vosotros tenéis todo lo que necesitáis: dinero, pan blanco, buen vino, fuego para calentaros. No sabéis nada de los que mueren de hambre o de frío. ¡Vamos! ¡Dadme algo o lo cojo!».

Y normalmente se lo daban. Incluso los corazones más duros se dejaban vencer por la sonrisa de Catinon. Así conseguía pan, salchichas, frutas, vestidos, etc., para los pobres y los enfermos.

Cuando encontraba un huérfano o un niño pobre o abandonado en las calles de Mauriac, lo tomaba por la mano y lo conducía a su propia casa o a la de alguna familia acogedora, y allí lo calentaban, le daban de comer y lo vestían. Antes de dejarlo marchar, le daba lo que tenía: pan, un gorro, una camisa, unos zapatos.

Catalina nunca tuvo orgullo por su actividad caritativa. Obraba gratuitamente, sin ruido, por amor a Jesucristo y a los demás. Amiga de los pobres, vivía ella misma en gran pobreza. Alguna vez les daba sus vestidos, o sus zapatos de uso personal. Enseguida encontraba algún pobre que los necesitaba. También estaba dispuesta a renunciar a sus alimentos en favor de ellos. Se cuenta que en cierta ocasión una burguesa quiso darle a ella una sopa, y se dijo a sí misma en su propio dialecto: «Boca, tú lo quieres; boca, no lo tendrás jamás».

A esta actividad de atender a los pobres y enfermos en sus necesidades, que se iba haciendo en ella habitual, vino pronto a sumarse la ocasionada por la Revolución Francesa, que tuvo lugar a partir de 1789, cuando ella se acercaba a los 40 años de edad. Le tocó, pues, vivir su etapa adulta en una época muy dura y compleja, marcada por las profundas transformaciones religiosas, culturales, políticas y sociales que trajo consigo dicha Revolución. Además, el 28 de diciembre de 1790 murió su padre, de 77 años de edad, por lo que a los intensos sufrimientos provocados por la situación social se sumaron en ella los producidos por esta nueva situación familiar.

Sabido es que en la segunda mitad del siglo XVIII muchos quisieron enfrentar la razón con la fe, creyendo que, con sus únicas posibilidades, la inteligencia era capaz de conocer el destino del hombre. A la intolerancia del hecho religioso acompañó, además, una drástica revisión del régimen político existente,

tratando de sustituir la monarquía absoluta, entonces en su máximo esplendor, por gobiernos de tinte burgués. Así, entre 1789 y 1801 se produjo el viraje de una sociedad fuertemente jerarquizada a una de tendencia más democrática, fundada sobre la dignidad y la responsabilidad de todos. Pero esto no sucedió sin los sufrimientos, excesos e injusticias de una dura guerra civil. Después, entre 1801 y 1836, año en que moría Catalina, la sociedad francesa, temerosa e incierta, oscilaba entre la nostalgia del pasado y los logros alcanzados por la Revolución.

En este contexto de un mundo en cambio, la Iglesia, enraizada en la sociedad del Antiguo Régimen, estaba siendo víctima de la desconfianza de los poderes emergentes, a la vez que ella misma dudaba de la posibilidad de establecer el diálogo con las nuevas mentalidades. Así, para escapar a la sumisión al Estado que le imponía la «constitución civil del clero» y salvar la independencia de su misión, se vio obligada a tomar una actitud de resistencia espiritual, lo cual trajo consigo una dura y prolongada persecución.

La talla humana y espiritual de Catalina, y su fortaleza y valor, se pusieron bien de manifiesto durante estos años difíciles de la Revolución Francesa. Sin dudarlo, con el buen sentido de su fe, de su entrega y de su voluntad de seguir al Señor, optó por ayudar de modo valiente y audaz a los sacerdotes que, por fidelidad a la Iglesia, rechazaban la sumisión pedida por el Estado en la aludida «constitución civil».

Ante el acoso de las autoridades, que constituyó una verdadera persecución, algunos sacerdotes tomaron el camino del exilio y otros optaron por esconderse en el paisaje accidentado de los alrededores de Mauriac. A éstos ayudó valerosamente Catalina, buscándoles refugio en las montañas de Auze y Dordogne, en las casas de los pueblos o en las esparcidas por los campos. También tuvo escondidos a dos sacerdotes en su propio domicilio, de manera que aseguraran, aunque clandestinamente, el ejercicio del ministerio pastoral en Mauriac. Y, pidiendo limosna para ellos, a todos procuraba alimentos y vestidos, además de todo lo necesario para que pudieran celebrar la santa misa.

Catalina, que debía vivir su fe en circunstancias tan difíciles, fue fiel a Dios en un momento en que el hombre estaba tentado

de ver en Él un obstáculo para la libertad y para el progreso, y cuando practicar la religión suscitaba la desconfianza de las autoridades civiles y la ironía, la befa y el insulto de muchos ciudadanos. Pero ella permaneció profundamente anclada en la Iglesia, en una sociedad donde su papel era constantemente puesto en tela de juicio.

Aunque muchos sacerdotes y fieles oscilaban ante la elección de hacer frente o no a los nuevos poderes que se oponían abiertamente a la Iglesia, o que la querían someter del todo al Estado, a Catalina, que no tenía una formación religiosa particular, su sentido de la fe le hacía presentir la importancia para la Iglesia local de permanecer en comunión con la de Roma. Por eso ayudó decida y arriesgadamente a quienes, de modo heroico, optaron por defender la identidad y la independencia de la Iglesia respecto al poder civil.

¿Dónde estuvo el secreto de una fidelidad tan esforzada y valiente? En su habitual unión con Dios, nutrida con la oración, con la participación asidua en la Eucaristía, con la frecuente reconciliación, y con su devoción a Nuestra Señora. Además, su afición a los enfermos, a los pobres y a los perseguidos la hizo más conforme con Jesucristo, de quien se sabía humilde testigo.

Para poder permanecer fiel en esta arriesgada actividad evangélica, Catalina se asía, pues, a la oración como a una fuente de agua viva. Rezaba en la iglesia, en su casa y en las calles de la ciudad. En cualquier lugar sabía hacer sitio y encontrar a Dios. «¡Cuántas veces —afirma un testigo— la he visto venir hacia mí con una mano tendida para recibir la limosna y la otra escondida bajo su delantal, en la que ella tenía discretamente el rosario!».

Durante la Revolución, Catalina resistió con fortaleza y dolor la cruel desestructuración de la Iglesia, debida al cisma que trajo consigo la aludida «constitución civil del clero». Había, en realidad, dos iglesias en Francia: la sometida al Estado y la perseguida por desear permanecer libre. Sufrió intensamente al ver consagrada por la ley francesa la ruptura de la comunión con la Iglesia de Roma, con el Papa; al constatar la supresión de la vida religiosa; al experimentar la terrible descristianización padecida durante la época del Terror, y las persecuciones injustas contra

los religiosos y religiosas y contra el clero refractario a las indebidas exigencias del poder civil.

Durante esta cruel tormenta comprendió que estaba en juego la supervivencia de la Iglesia en su país o, lo que es lo mismo, la continuación del anuncio del Evangelio por la Iglesia de Cristo. Por eso, rehusando asistir a los oficios del clero constitucional, ayudó a los sacerdotes refractarios, que estaban siendo perseguidos, a ejercer el ministerio clandestinamente, escondiendo incluso a dos de ellos en su casa, como acabamos de indicar. Así, la «Menette» de los pobres había llegado a ser también la «Menette» de los sacerdotes.

Durante lo más fuerte del «terror», Catalina recorría los bosques para llevar alimentos, vestidos y objetos de culto para la celebración de la misa a los sacerdotes que se escondían. Se arriesgaba a pedir limosna para ellos y, a fin de que pudieran protegerse, procuraba tenerles informados de las pesquisas de sus perseguidores.

En 1793 fue condenado a muerte el P. François Filiol, por ser refractario al juramento que exigían las autoridades civiles. Ella le acompañó con valentía hasta el pie del cadalso, animándole en todo momento y recogiendo después su sangre, como piadosamente hacían los primeros cristianos con la de sus mártires.

También ayudó en sus necesidades espirituales a los fieles del pueblo de Dios. Si había que bendecir un matrimonio, o confesar a un enfermo, o bautizar a un niño, bastaba decírselo a ella y enseguida, sigilosamente, de día o de noche, procuraba un sacerdote que ejerciera el requerido ministerio. Y, a medida que los revolucionarios extremaban su furor, ella redoblaba la prudencia, la vigilancia, la valentía en su discreta actividad.

No obstante, fue arrestada dos veces, pero las dos pudo, providencialmente, librarse de la condena. Una de ellas llegó a ser juzgada, pero el procesamiento concluyó dejándola en libertad por falta de pruebas. Tampoco en la otra sus acusadores pudieron probar su culpabilidad. Ella no ignoraba que a cada paso arriesgaba su vida, porque la ley castigaba tanto a los sospechosos como a los que escondían a los sacerdotes refractarios. Pero tenía el valor que da el Espíritu de Dios a las almas

fuertes y esto la animaba en su incesante actividad al servicio de la Iglesia.

La persecución duró diez largos años. Cuando terminó la Revolución, ella continuó aportando su ayuda al clero para reconstruir la parroquia de Mauriac, de modo que el Evangelio volviera a reinar en los corazones.

Después de la Revolución, continuó hasta su muerte en 1836 su ministerio incesante al servicio de los más pobres, los huérfanos y los enfermos. Y también de los encarcelados, con frecuencia personas de la nobleza o del clero, a los que visitaba y atendía derrochando cariño, comprensión y solicitud, llevándoles noticias de sus familiares y amigos, y proporcionándoles alimentos, algún entretenimiento o vestidos. Era frecuente ver recorriendo las calles de Mauriac, para llevar alivio a unos y otros, a esta mujer sencilla, ágil, paciente, mediana de estatura, con el tocado propio de las aldeanas de su tiempo, pero revestida de una fortaleza sobrehumana, de un espíritu de sacrificio verdaderamente heroico y de una caridad extraordinaria. Como dice su biógrafo Juan Bautista Serres, Catalina, «con la alegría sobre los labios y el amor en su corazón, supo penetrar en los reductos de la indigencia. Llamó a todas las puertas, a las del rico para recibir y a las del pobre para dar»: 36 años bien llenos de prudente y audaz servicio a los más necesitados. Ayudándoles tenía la conciencia de servir al Cristo que sufre.

Después de una vida extraordinariamente fecunda, una vida de amor y servicio a los más pobres y desvalidos y, muy en particular, a los ministros de la Iglesia en un momento de persecuciones y confusión, Catinon «Menette», ya anciana, entregó su alma a Dios el 4 de julio de 1836. Fue llorada por todos. La región entera se movilizó para sus exequias. Los más ricos y los más pobres, los más favorecidos por la fortuna y los obreros y campesinos, los de lejos y los de los alrededores, todos fueron a rendirle el último homenaje.

Catinon «Menette» no ha sido olvidada por sus paisanos. Su tumba es visitada y siempre tiene flores. Se la reza. Se pide su intercesión ante el Señor por los enfermos, por los más disminuidos, por las vocaciones, especialmente para la vida sacerdotal.

Su causa de canonización comenzó en 1911, 75 años después de su muerte. Eran ya pocos los testigos que la habían conocido y tratado, pero permanecía nítida y creciente su fama de santidad. Fue decisiva para el buen éxito de su «causa» la detallada biografía que publicó en 1864 el prestigioso sacerdote Juan Bautista Serres, ya aludido, elaborada sobre la base de cualificadas declaraciones de un buen número de testigos y con rigurosa utilización de las fuentes documentales. Tras la introducción de la causa en la Congregación de Ritos, el proceso apostólico tuvo lugar entre 1931 y 1933. Concluidas positivamente las fases sucesivas, fue declarada beata por el papa Juan Pablo II el 24 de noviembre de 1996 en la basílica de San Pedro de Roma.

En este solemne acto, afirmaba sobre ella el Santo Padre: «Su mensaje es un mensaje de alegría, de amor, de esperanza». Y, después:

> «La sencillez evangélica fue una característica importante de Catalina Jarrige. Su existencia, a la vez humilde y luminosa, hace pensar espontáneamente en María de Nazaret, cuyos ejemplos inspiraron la generosa abnegación de la nueva beata en su servicio al prójimo».

MARÍA ENCARNACIÓN GONZÁLEZ RODRÍGUEZ

Bibliografía

AA.VV., «Bienheureuse Catherine Jarrige (Catinon Menette, 1754-1836)»: *Supplément à «La Vie diocésaine de Saint-Flour»* (1997).

AA.VV., *Bienheureuse Catherine Jarrige. Une amie pour marcher vers le Christ. Catinon Menette, 1754-1836* (Estrasburgo 1997).

REPETTO BETES, J. L., «Beata Catalina Jarrige», en ID., *Mil años de santidad seglar. Santos y beatos del segundo milenio* (Madrid 2002) 230-231.

SERRES, J. B., *Catinon-Menette* (París ²1894).

BEATO PEDRO JORGE FRASSATI

Seglar († 1925)

— [...] Me quedo con el dinero.
— ¡...!
— Decididamente.

Explicó un amigo:

> «Cierto día me pidió consejo sobre una decisión. Su padre le había ofrecido anticiparle el regalo por la obtención del título uni-

versitario: un automóvil nuevo o el precio equivalente en metálico. No sabía qué escoger. Me dijo, sin embargo, que se inclinaba por el dinero, pues podría utilizarlo en beneficio de los pobres».

Naturalmente apetitosa la posesión de un flamante deportivo Fiat, recién salido de fábrica. Fuerte, golosa tentación para un universitario de veinticuatro años. Y comprensible la sorpresa del oferente, el prestigioso periodista y empresario piamontés Alfredo Frassati premiando anticipadamente la esperada titulación profesional de su hijo Pedro Jorge, que coronaba los estudios de ingeniería de minas.

La escena enmarcada, geográficamente, en Turín; y, cronológicamente, avanzada la primavera de 1925. Felices veinticuatro años, pletóricos de dinamismo, de entusiasmo, de ilusión. Bulliciosos y divertidos. Espléndidos. Enamorados de la montaña, del mar, de las flores, de toda belleza. Amantes de la literatura, del teatro, de la pintura, de la música, de toda realidad artística. Desbordándose deportivamente sobre la nieve, en las rocosas paredes escarpadas, sobre las ruedas de la bicicleta, en los campos de fútbol, sobre los lomos de un corcel, en cualquier modalidad de riesgo o aventura.

Imaginadle quinceañero, pedaleando de un tirón los ochenta kilómetros de trazado vial, ondulado y tortuoso, entre Turín y la residencia familiar de Pallone, un pintoresco recorte habitado de las estribaciones alpinas. Corriendo, de delantero centro en punta, para conseguir el balón o para lanzarlo furiosa y apasionadamente sobre la portería contraria. Cabalgando su domado pero fogoso y difícil Parsifal.

Imaginadle en sus refrescantes zambullidas veraniegas en el Mar de Liguria, en el golfo de Génova, jugueteando con las remansadas olas mediterráneas. En las alegres y apostólicas acampadas de montaña, de rodillas, dirigiendo el diario rosario nocturno contestado por los colegas, ya tendidos sobre la litera o metidos en el saco de dormir. «Todos los días me ayudaba a misa y comulgaba —recuerda el capellán de un refugio alpino— y de regreso de la excursión, arrodillado en la capilla, hacía la visita al Santísimo». Muchos de los compañeros, impulsados por su ejemplo, también comulgaban...

Imaginadle en los ambientes juveniles, académicos, deportivos y apostólicos. Amigo sincero y leal. Sumamente respetuoso,

caballeroso con las chicas. «Sabía ser amigo —afirma una de ellas— como pocos saben serlo. Cordial y sencillo [...] Con nosotras se comportaba perfectamente, esforzándose en ser igual para con todas, de manera que ninguna pudiera decir que había recibido una cortesía, una palabra, un detalle más que otra». Otro testimonio: «Era delicado, alegre, bromista, galante, sencillo...».

Soñadle... Y sumad cuatro pinceladas testimoniales.

Inicialmente la referencia amiga:

> «Pier-Giorgio Frassati era un hombre. Un hombre maduro que llevaba la recia coraza de la fe [...] Un hombre que no había sentido la contaminación de los tiempos [...] Siempre al lado de la verdad. Un hombre recto, todo de una pieza [...] Un hombre de aquellos no destinados a hacer carrera si, para llegar a terminarla, tienen que arrodillarse, adaptarse; ser "prudente", temporizador, diplomático».

Su diplomacia tenía una sola credencial: la verdad. Por lo tanto era un hombre irritante para toda aquella «masa gelatinosa de cristianos perfumados» que piensan que, al fin y al cabo, el diablo, decentemente vestido, puede entrar en la sociedad.

Y, desde la acera de enfrente, el elogio de un periódico socialista de Milán, en cuyas páginas, reciente aún la desaparición terrena de Pier-Giorgio, se lee:

> «Era, sin duda, un hombre de cuerpo entero [...] Lo que se lee de él es tan nuevo e inédito que colma de estupor a los que no comparten su fe».

También, la evocación del prestigioso teólogo Karl Rahner, relacionado familiarmente con los Frassati-Ametis durante la estancia del diplomático italiano en Berlín.

> «Yo [...], después de cincuenta años, conservo vivo su recuerdo [...] Pedro Jorge Frassati representa al joven cristiano puro, alegre, entregado a la oración, abierto a todo lo que es libre y hermoso, atento a los problemas sociales, que llevaba la Iglesia en su corazón, de una espontaneidad serena y viril. Un milagro de la gracia divina».

Y, finalmente, la pincelada magistral del propio Juan Pablo II:

> «Pier-Giorgio Frassati —proclamaba en su visita a Turín, en 1978— nos muestra al vivo lo que verdaderamente significa para

> un joven seglar dar una respuesta concreta al "Ven y sígueme" [...] Fue la respuesta de un joven moderno, abierto a los problemas de la cultura, del deporte (¡un alpinista tremendo!), a las cuestiones sociales, a los verdaderos valores de la vida; a la vez que un hombre profundamente creyente, nutrido del mensaje evangélico, fuerte en su carácter, coherente, apasionado en servir a los hermanos y consumado en un ardor de caridad que le llevaba a acercarse, según un orden de preferencia absoluta, a los pobres y enfermos».

En la primavera del año anterior, el cardenal-arzobispo de Cracovia Karol Wojtyla, también en el marco de la capital piamontesa, había sentenciado:

> «Pedro-Jorge Frassati es el hombre de las ocho bienaventuranzas que lleva en sí la gracia de un ángel, el gozo de la salvación ofrecida por Cristo».
>
> «El cristianismo —acentuaba— es gozo y el que lo profesa debe transparentarlo en su propia vida: tiene el deber de testimoniarlo, de comunicarlo, de defenderlo en el ambiente en que se mueve...».

Y, tras la semblanza, el perfil familiar.

Pedro-Jorge Frassati Ametis llegó a la vida con el «estallido» del siglo, el Sábado Santo 9 de abril de 1901, en la poblada y convulsionada Turín. Una ciudad en proceso acelerado de industrialización, capital del Piamonte y «rendija» italofrancesa por donde se filtraban las diferentes corrientes culturales y sociales del centro y norte europeos.

Pedro-Jorge nace fruto de un adinerado matrimonio burgués, muy prestigioso, que no encontró la felicidad. Una endeble, simplemente formal relación de pareja por culpa de las ocupaciones y de la ideología del cabeza de familia. Pues don Alfredo, que en 1895 había fundado y ahora dirigía el acreditado diario liberal *La Stampa,* de gran difusión, compartía las actividades empresariales y la política. Ambas hasta extremos absorbentes. Y la dedicación pública, en 1913, le haría el senador más joven del país y, en 1920, le situaría al frente de la Embajada de Italia en Berlín. Antifascista hasta la médula. Y, religiosamente, agnóstico. Pero, eso sí, honrado y muy sensible a las necesidades de los obreros y de los desheredados.

Doña Adelaida Ametis compensaba la soledad, las horas de ausencia marital, con brillantes relaciones sociales y la afición a los pinceles. Era una mujer de exquisita fibra artística, con cele-

brada dedicación pictórica. Era, también, una esposa y madre que vivía sus creencias religiosas. Sumamente recta en la educación de sus hijos —Pedro-Jorge y Luciana, un año mayor—, a quienes contagió la estima de los valores morales y de la fe católica.

Los dos hermanos compartieron la docencia básica en el Liceo Massimo d'Azaglio, donde, con diez años, el niño iniciaría los estudios de enseñanza secundaria pero con poco aprovechamiento escolar. De manera que la desaplicación del alumno, coronando con suspenso el segundo curso, decidió el cambio de centro docente. Ahora al «Istituto Sociale», jesuítico.

Allí Pier-Giorgio, nunca un estudiante brillante pero a diario afianzándose en la constancia y en la responsabilidad, despertará al sentido cristiano de la vida, madurará la orientación de su futuro, encarnará una intensa piedad sacramental y se abrirá a la inquietud por los desheredados y los marginados.

Y, en consecuencia, con trece años se inscribe en la Asociación del Santísimo Sacramento y en el Apostolado de la Oración. Tres años más tarde milita en la Liga Eucarística. Y, diecisieteañero, se alista en las Congregaciones Marianas, en la Cofradía del Rosario y en las Conferencias de San Vicente de Paúl.

Un estallido de vitalidad cristiana que, cuando el mozo curse estudios superiores, retoñará con su presencia en la Acción Católica y en la Federación de Universitarios Católicos Italianos. En el Césare Balbo, centro de reuniones y donde la muchachada discutía, practicaba juegos de salón, cantaba y se desbordaba bulliciosamente. Donde, al insulto de cierta compañera censurando su enorme vozarrón —Frassati, rebuzne usted más bajo— el reprendido correspondió con una sonora carcajada y la observación: «¿Qué más da? Lo que importa es cantar». Todo esto unido a su dedicación al apostolado parroquial y la asistencia frecuente del círculo obrero católico de la Fiat. Y aún se afiliaría a los Jóvenes Adoradores Universitarios Nocturnos. Y a Pax Romana.

Pier-Giorgio andaba mordido por la fiebre del afán de presencia en el mundo. Insaciable. Alerta a cualquier rendija asociativa para colar espíritu cristiano personal en los distintos am-

bientes de una sociedad en fermento, indiferente y, en el peor de los casos, hostil a la Iglesia. Una militancia, por supuesto, apostólicamente dinámica.

Esta militancia que le llevará a jornadas, congresos, asambleas, actos conmemorativos. Con la mera presencia y activamente. Y, paralelamente, inquietud política. Se estrena, con diecinueve ilusionados años, en las filas del Partido Popular Italiano —preludio de la Democracia Cristiana—, fundado por el sacerdote Luigi Sturzo.

El joven universitario Frassati está doblemente comprometido —como bautizado y como ciudadano— en unos momentos de grave convulsión nacional. A pecho descubierto tanto contra el comunismo como el fascismo, sin rehuir la dialéctica de los puños. En defensa del amor, no del odio y la violencia; de la libertad, no de la esclavitud dictatorial. En defensa de la Iglesia y de los valores morales que brinda al individuo y a la sociedad.

En 1922, con ocasión de la marcha fascista sobre Roma, escribía:

> «En el momento grave que vive nuestra patria nosotros, los católicos y singularmente los estudiantes, tenemos un gran deber que cumplir: la formación personal. Nosotros que, por la gracia de Dios, somos católicos, no debemos derrochar los mejores años de nuestra vida, como desgraciadamente tantos jóvenes, en pos de la diversión y del placer, malgastan. Nosotros debemos estar siempre en disposición de hacer frente a la lucha que ciertamente se nos presentará».

No se refería, comprensiblemente, a una batalla cruenta. No a un enfrentamiento armado, como el que ensangrentaba la geografía europea, aludido en conversación con la empleada de servicio que lloraba la pérdida de un hermano en el frente:

> — Natalina, ¿no estarías dispuesta a ofrecer la vida a cambio de que cesara la guerra?
> — Pues yo sí. Ahora mismo —replicó a la muchacha.

Dieciochoañero se había matriculado en Ingeniería de Minas, en el Politécnico de Turín. Tenía un claro ideal:

> «Yo seré ingeniero de minas —confesó— para poderme consagrar a Cristo entre los mineros [...] Como ingeniero puedo, dan-

> do buen ejemplo, actuar de modo eficaz [...] Yo quiero ayudar de todas las maneras posibles a mi gente y esto lo podré hacer mejor como laico que como sacerdote».

Y ahora sí. Ahora se tomaba en serio los estudios. Responsable y tesonero. Hasta sacrificar el ocio y las vacaciones e incluso recortar dedicación apostólica y política. Pero jamás pasando por alto la comunión diaria, que recibía, normalmente, a primeras horas de la mañana camino de la Universidad.

Sin brillantez pero sin tropiezos pasaba cursos. Clara y decidida la vocación de apóstol seglar ingeniero de minas. En el mundo sin ser del mundo. Con traje y corbata. Consiguientemente, entraba en sus planes el matrimonio. Y, así, se enamoró de la mirada candorosa, la sonrisa perenne, la supersimpatía, la belleza, la irradiante bondad de Laura Hidalgo. La joven universitaria con quien, afortunadamente, compartía gustos, aficiones e ideales. Silenciosamente enamorado. Amor secreto. Limpio, puro, noble. Sin exteriorización verbal alguna. Aunque posiblemente la mujer de sus sueños leyera más que pura simpatía en los ojos y en las múltiples y constantes delicadezas del joven estudiante. Y gozosamente, en solitario, soñándola madre de sus hijos.

A propósito:

> «A mis hijos —había intimado con amigos— no les dejaré dinero. Estoy persuadido de que las riquezas, lejos de favorecer la posición social, con sobrada frecuencia no sirven sino para fomentar las pasiones. Me preocuparé de darles una instrucción completa, una educación cristiana; de manera que, si quieren, puedan por sí mismos hacerse una posición social digna y decorosa. Pero, cumplido esto, si tengo dinero, lo emplearé en obras de caridad».

Y alimentando ilusiones se dio de bruces con un serio obstáculo. Una auténtica prueba de fuego. La realidad de la vida le enfrentó a otro dilema, pero en esta ocasión más dramático. Brutal. Muchísimo más difícil que cuando la opción con protagonismo automovilístico.

Sus padres, Alfredo y Adelaida, no simpatizaban con el amor del hijo. No estaban dispuestos a aceptar una nuera de condición social inferior a la que los Frassati-Ametis ostentaban. A esto se añadía la realidad de la situación familiar derivada del enlace matrimonial de Luciana en 1925: se había casado con

un ciudadano polaco, con la consiguiente residencia lejos del hogar patrio.

Pier-Giorgio no estimaba conveniente que papá y mamá quedaran solos. Temía que su lastimosa relación marital, precisamente ahora en su peor momento, sin la presencia filial que siempre ayudó a zurcirla, acabaría inevitablemente rota e inservible. Y quería evitarlo.

Precisamente, para no dejar solo a papá, tentado con el abandono del hogar, aceptó la colaboración periodística en *La Stampa*.

Terrible problema. Enfrentadas en su conciencia dos realidades queridas: Laura y los padres. Consultó.

Naturalmente, le confirmaron que, con veintidós años, tenía pleno derecho a la libre elección matrimonial. Que adelante. Sin escrúpulo alguno. Tranquilamente.

Pero él, prescindiendo de la mayoría de edad, no estaba en disposición de contrariar a sus progenitores. En consecuencia: «Entonces —fue la sentencia— no cabe más que la renuncia».

Y renunció.

> «Podría casarme con Laura —se declararía amigablemente, calientes aún las lágrimas tras la dolorosa decisión— contra la voluntad de mis padres, pero destruir un hogar para crear otro nuevo sería absurdo».

Bravo el muchacho: «Seré yo el sacrificado».

Volviendo sobre el desapego amoroso, confiaba epistolarmente a otra amistad:

> «Mi programa es el siguiente: convertir aquella simpatía especial, que yo sentía por ella y que no encaminaba al fin a donde debíamos dirigirnos a la luz de la caridad, en respetuoso lazo de amistad, entendida en sentido cristiano; en respeto a sus virtudes, en la imitación de sus preclaras dotes [...] Ahí va mi programa que espero, confiado en la gracia de Dios, llegar a cumplir, aunque me cueste el sacrificio de la vida. Eso poco importa».

Y aún una tercera referencia personal, íntima, sobre el particular:

> «Sí, querido amigo: éste es un momento grave para mí. Dura es la lucha, pero hay que buscar la forma de vencer...».

Y en el combate fiero, a corazón abierto, siempre gozoso y tranquilo:

> «¿Cómo no voy a estar alegre —escribió a Luciana, ya residenciada polaca— mientras la fe me da fuerzas? Siempre alegre. La tristeza debe ser barrida del alma del católico».

Y ¡qué creencias!: «Gracias a Dios —había dicho— mi fe es todavía bastante sólida».

Enraizada, robusta la fe. Y sólida, esencial y prioritaria la caridad entre los valores morales que Pier-Giorgio amaba, proclamaba y defendía.

Coincidentes los amigos: «¡Pero si todo él era caridad!».

Aquel auténtico amor al prójimo cercano; en los ambientes doméstico y laboral familiar, parroquial, universitario. Al prójimo lejano, particularmente los enfermos y pobres, que buscaba en el Cottolengo, en los hospitales, en domicilios particulares.

Ideas claras:

> «La base fundamental de la fe católica —escribió meses antes de su muerte— es el amor, a Dios y al prójimo, sin el cual toda ella se derrumbaría».

En consecuencia:

> «El prójimo tiene necesidad de nosotros y debemos estar a su servicio. Diariamente, siempre [...] No hay que dejar abandonado a ningún ser humano».
>
> «Cuando herede, mis bienes irán a parar a los pobres».

Y ya ensayaba, prodigándose caritativamente: repartiendo el bocadillo de sus desayunos... todas las mañanas salía de casa en ayunas, para poder comulgar. Desprendiéndose de los aguinaldos, de los regalos. Protagonizando largas caminatas para ahorrar el importe del transporte público que convertía en limosna. Distribuyendo productos farmacéuticos y alimentos en las míseras viviendas urbanas y de la periferia suburbial de Turín. Rescatando hipotecados escasos y queridos objetos de valor de no pocas familias en apuros. ¡Gastándose íntegramente el importe del «Fiat» nuevo que no aceptó como premio final de carrera!

> «Prefiero llevar yo mismo los paquetes a los pobres, pues así puedo infundirles ánimos y darles esperanza [...] y convencerles para que ofrezcan sus sufrimientos y que vayan a misa».

¡Verdadero apóstol!...

No heredaría. Por culpa de un virus ávido preferentemente de cuerpos jóvenes y robustos, el martes 30 de junio de 1925, en el transcurso de un alegre paseo fluvial sobre las aguas del Po, los amigos adivinaron un Frassati extrañamente fatigado justificando el interesado un simple y natural entumecimiento muscular pues llevaba un mes de excesiva vida sedentaria, recluido en su domicilio por la intensa preparación del cercano examen final de carrera. Sólo acudía a la iglesia —decía que necesitaba la comunión diaria— o a satisfacer alguna urgencia caritativa.

A la mañana siguiente el joven despertó con fiebre. Veinticuatro horas más tarde ya no podía con su cuerpo, pero él tozudo, más que tozudo, y haciendo de tripas corazón, viajó con la familia a Pollone para dar sepultura a la abuela. En Pollone empeoró.

Fue trasladado urgentemente a Turín, donde, en impetuosa cascada, hubo consulta médica, diagnóstico y tremendo bombazo: Pier-Giorgio estaba afectado de una poliomielitis de origen infeccioso posiblemente contagiada en alguna de sus caritativas visitas hospitalarias.

Poliomielitis fulminante. Irremediable. Imposible parar el mal. La ciencia médica carecía de frenos. Sin embargo, dará tiempo al flamante apóstol laico para la lúcida, serena y gozosa recepción de los últimos sacramentos. Y aún más. Pues incluso le permitirá el encargo de unos inyectables y una ayuda económica para sendos desfavorecidos. Pier-Giorgio se muestra caritativamente solícito, generoso y heroico hasta el último momento.

Cuando los relojes marcaban las siete de la tarde y el calendario anunciaba el sábado 4 de julio de 1925, Pier-Giorgio Frassati Ametis, perdidamente enamorado de la montaña, protagonizó la última escalada. Había coronado la cima del «Verso alto» que había estampado sobre una fotografía de montañero dedicada a un amigo.

También dejó escrito:

> «No seremos católicos de verdad —en *Apuntes para un discurso sobre la caridad,* dirigido a sus compañeros universitarios— mientras no conformemos nuestra vida a los dos mandamientos que son

esencia de la fe cristiana: amar a Dios con todas nuestras fuerzas y amar al prójimo como a nosotros mismos».

Una apoteosis fue la beatificación de Pier-Giorgio Frassati, en la Plaza de San Pedro, el 20 de mayo de 1990. Estaba presente Luciana, la hermana del nuevo modelo cristiano. Juan Pablo II en la despedida a la bulliciosa muchachada católica, congregada entre las columnas de Bernini, dijo: «Queridos jóvenes: os invito a imitar el ejemplo del nuevo beato».

Momentos antes, en la homilía de la misa, le había presentado como

> «Un joven moderno lleno de vida, verdadero deportista de Dios, contento y orgulloso de su vocación cristiana, testigo vivo y valiente de la esperanza, en quien la fe se confundía con la caridad. Y a quien la fe y la caridad, verdaderas fuerzas motrices de su existencia, hicieron activo y trabajador en el ambiente en que vivió; en la familia y en la escuela, en la universidad y en la sociedad. Lo transformaron en alegre y entusiasta apóstol de Cristo».

JACINTO PERAIRE FERRER

Bibliografía

AAS 82 (1990) 3 de mayo; y 3 de diciembre.
COJAZZI, D. A., *Pier Giorgio Frassati* (Barcelona 1934).
FORCADA, V., *Beato Pedro Jorge* (Burgos 1997).
— «Beato Pedro-Jorge Frassati», en J. A. MARTÍNEZ PUCHE, *Nuevo año cristiano* (Madrid 2001) 98-110.
L'Osservatore Romano (27-5-1990).
«Il sitio del Beato Pier Giorgio Frassati»: http://azionecattolica.bussola.it/frassati.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTA BERTA

Abadesa († 725)

Berta era natural de Teruana, en el Paso de Calais, y entra en la historia como fundadora del monasterio de Blangy, en el Artois. Era hija del conde Rigoberto y en su juventud había contraído matrimonio acorde con su cuna y había tenido cinco hijos. Al morir su marido, decidió hacerse monja en el monaste-

rio que ella anteriormente había fundado, siguiéndola en su propósito dos de sus hijas.

Elegida abadesa, se mostró muy celosa de una estricta observancia de la Regla, y pasados unos años decidió llevar vida retirada en una celda, dejando la dirección del monasterio a una de sus hijas. Rodeada de fama de santa murió el año 725.

SAN ULRICO DE AUGSBURGO

Obispo († 973)

Nace en el año 890 en Augsburgo, hijo de los condes de Dillingen, que confían su educación al monasterio de San Galo en Suiza. Terminados sus estudios vuelve a Augsburgo, de donde es obispo su tío San Adalberón, con quien convive y quien le agrega al clero de la ciudad y lo ordena sacerdote. Como tal sacerdote llevó una vida intachable, y pudo ser así un aceptable candidato a la sede de Augsburgo el año 923, presentado a la misma por su abuelo materno el duque de Suabia. Tres años más tarde los magiares invadieron la ciudad e incendiaron la catedral. Ulrico se dedicó a la reconstrucción de la ciudad y a poner orden y buena convivencia en la misma, adquiriendo un gran crédito como pastor y como líder. Restauró las parroquias de la ciudad y puso un evidente buen orden en las cosas de su diócesis. Una de sus afortunadas empresas fue la defensa de la ciudad, que sirvió para impedir un nuevo asalto magiar. El emperador Otón I lo nombró uno de sus consejeros, y Ulrico, por su parte, sostenía los propósitos de Otón.

Su vida personal era ejemplar. Hombre de profunda oración, de gran austeridad, de atención a los enfermos y los pobres. Todos lo tenían por santo. Intentó dimitir de la sede y poner en ella a su sobrino Adalberón, lo que se prestó a críticas y protestas, a las que hubiera tenido que responder en el sínodo de Ingelheim si no hubiera el sobrino muerto antes, con lo que se desbarató su deseo de retirarse a un monasterio. Murió en 973. Fue canonizado por el papa Juan XV en el sínodo lateranense de 993, siendo la suya la primera canonización papal de que queda noticia.

BEATOS JUAN CORNELIUS, TOMÁS BOSGRAVE, JUAN CAREY Y PATRICIO SALMON

Mártires († 1594)

Cornelius parece ser la latinización de Cornelly, aunque se tiene por su verdadero apellido el de Conor O'Mahoney. Nació en Bodmin, Cornualles, entre 1554 y 1557, en una familia pobre de ascendencia irlandesa. Su padre era criado del conde de Arundel, quien le costeó los estudios en Oxford, en el Exeter College, del que fue expulsado a causa de su fe católica. Entonces decidió hacerse sacerdote y marchó a Reims y, después, a Roma donde se ordenó el año 1582. Se acreditó como orador sagrado hasta el punto de predicar ante el propio papa en la Capilla Sixtina y gozar de gran fama como tal.

Vuelto a Inglaterra en 1583, trabajó como capellán de la familia Arundel, que por entonces se veía obligada por el gobierno a vivir en Londres a fin de poder ser vigilada estrechamente. Al morir sir John Arundel en 1590 la familia marchó al castillo de Chideock donde Juan ejerció un notable apostolado. Mantuvo viva la fe de la familia Arundel y logró la vuelta al catolicismo de su propia madre que se había hecho anglicana. Llevaba una vida de gran piedad y austeridad y era sumamente caritativo con los pobres. El propio Consejo Real había comentado y lamentado su labor.

Fue denunciado por un criado a quien había llamado la atención y fue arrestado en abril de 1594 junto con otros habitantes del castillo. Fue llevado a la casa del lugarteniente Trenchard, donde atrajo a la fe a la esposa y a un hermano del mismo.

Llevado a la cárcel londinense de Marshalsea, pidió al provincial de los jesuitas que lo admitiera en la Compañía de Jesús y pudo pronunciar los votos en la misma prisión.

Los otros detenidos eran:

THOMAS BOSGRAVE, sobrino de sir John Arundel, que se hallaba en la casa en el momento del arresto del P. Cornelius y fue arrestado también por acercarse a darle un sombrero al sacerdote. Era natural de Cornualles y hombre de gran cultura, de fina elocuencia y porte aristocrático, católico fervoroso que frecuentaba los actos religiosos del P. Cornelius.

JUAN CAREY, conocido también por Terencio, había nacido en Dublín y trabajaba en el castillo como encargado de la atención a los sacerdotes que pasaban por él, encargo que cumplía con todo empeño.

PATRICIO SALMON, igualmente irlandés, de Dublín, y nacido en humilde familia, trabajaba en el castillo como criado y era un fervoroso católico.

El P. Cornelius fue torturado para que revelara los nombres de los católicos que había atendido, pero se negó firmemente. Los cuatro fueron juzgados el día 2 de julio y condenados a muerte como traidores, ofreciéndoseles la vida y la libertad si se hacían anglicanos, a lo que los cuatro se negaron. Su ejecución por ahorcamiento y descuartizamiento tuvo lugar en Dorchester el día 4 de julio de 1594. Al P. Cornelius no se le permitió hablar. Salmon pudo manifestar en voz alta que moría de buena gana por la fe católica. Fueron beatificados el 15 de diciembre de 1929 por Pío XI.

BEATOS GUILLERMO ANDLEBY, ENRIQUE ABBOT, TOMÁS WARCOP Y EDUARDO FULTHROP

Mártires († 1597)

Guillermo Andleby o Anlaby era hijo de John Anlaby, de Etton, en Yorkshire, y nació hacia el año 1550. Su familia era no solamente protestante, sino decididamente anticatólica y él no parecía ser un joven muy creyente. Se graduó en el St John's College de Cambridge y para aumentar su cultura hizo un viaje al continente. Deseaba visitar a los protestantes holandeses, entonces en plena lucha con los españoles. Por curiosidad visitó el Colegio Inglés de Douai y discutió ampliamente los asuntos religiosos con el fundador del mismo, William Allen. La discusión duró hasta que Guillermo dejó de tener argumentos que oponer a su interlocutor, pero no por ello se rindió. El Dr. Allen lo dejó y se fue a rezar por él. Al día siguiente Guillermo se había convertido al catolicismo y tras ingresar en la Iglesia católica pidió estudiar para sacerdote. Fue ordenado en Château Cambrésis en 1577.

En 1578 vuelve a Inglaterra y trabaja en Yorkshire y también en Durham, Huntingdonshire y Lincolnshire. Con no poco riesgo, él y Tomás Atkinson se atrevieron a entrar a atender sacerdotalmente a los prisioneros católicos de la cárcel de Hull.

Era un hombre de gran austeridad y oración, prefería, por pobreza, hacer los viajes a pie mejor que a caballo y en todas sus cosas resplandecía un gran espíritu evangélico de pobreza. Fue arrestado en 1597 pero no se tienen particulares detalles de este hecho. Fue juzgado y condenado como traidor por haber ejercitado ilegalmente el ministerio sacerdotal en el reino de Isabel I. Con el P. Guillermo Andleby fueron ajusticiados tres seglares que, igualmente, habían confesado intrépidamente la fe católica. Eran:

TOMÁS WARCOP, en cuya casa estaba el P. Andleby cuando fue arrestado, por lo que fue condenado a muerte. Anteriormente había sido delatado y hecho preso por haber hospedado a otro sacerdote. Era natural de York y de familia acomodada.

EDUARDO FULTHROP, perteneciente a la clase alta de York y converso al catolicismo, por esto fue acusado y condenado. Se le conminó a que pidiera por la Reina y él dijo que Dios la hiciera buena sierva suya.

ENRIQUE ABBOT también procedía del protestantismo y, hecho católico, colaboraba en poner en contacto con los sacerdotes a quienes lo deseaban. Un traidor lo denunció y por ello fue arrestado y acusado de ayudar a los sacerdotes católicos.

Los cuatro fueron ahorcados y descuartizados en York el 4 de julio de 1597. Fueron beatificados el 15 de diciembre de 1929 por Pío XI.

SAN ANTONIO DANIEL

Presbítero y mártir († 1648)

Nace en Dieppe el año 1601. Veinte años más tarde es admitido en la Compañía de Jesús en Ruán, y luego de haber hecho el noviciado, la profesión religiosa y los estudios correspondientes, en 1630 es ordenado sacerdote. Se ofrece para la misión entre los hurones, a donde llega en 1632.

Allí trabaja apostólicamente con gran celo a lo largo de muchos años, siendo su especial carisma la catequesis a los niños, a miles de los cuales llevó al conocimiento de Cristo en sus años de actividad misionera.

A finales de junio de 1648 fue a la misión central de los hurones, llamada Santa María, a hacer sus ejercicios espirituales, y el día 3 de julio volvió a su puesto habitual, que era la misión de San José. A la mañana siguiente dijo temprano la santa misa, a la que acudieron muchos fieles, y al terminar se oyeron gritos de guerra. Eran los iroqueses. El P. Daniel se quitó los ornamentos y salió fuera. Vio que se producía una matanza y tomando agua bautizó por aspersión a los grupos de catecúmenos que estaban siendo atacados. Volvió a la capilla y señaló a los allí presentes el mejor camino para huir. Y para que la atención se dirigiera a él y los demás pudieran escapar, salió fuera de nuevo llevando una cruz. Una nube de flechas descargó sobre él, pero se mantuvo en pie hasta que lo derribó un arcabuzazo. Posteriormente su cadáver fue quemado. Su memoria, como la de los demás mártires de Canadá, se celebra el 19 de octubre, a donde remitimos.

SAN CESIDIO GIACOMANTONIO

Presbítero y mártir († 1900)

Nació en Fossa Aquilana, Italia, el 30 de agosto de 1873 y fue bautizado con el nombre de Ángel. Sintiendo de joven la vocación religiosa, se decidió por la Orden franciscana e ingresó en el noviciado de Ocre, cambiando su nombre por el de fray Cesidio. Habiendo ofrecido sus servicios a las misiones, fue enviado al colegio internacional de San Antonio de Roma, donde se preparó, y del cual sería el primer mártir.

Ordenado sacerdote marchó a China y fue destinado al distrito de Heng-tchou-fu, donde pudo desarrollar su labor misionera a lo largo de un año, al cabo del cual el Señor lo llamó a su gloria por el martirio. El día 4 de julio de 1900 en medio de la persecución bóxer contra el cristianismo una multitud invadió la misión. Fray Cesidio temiendo que fueran a profanar las sagradas formas corrió hacia la iglesia para consumirlas pero va-

rios golpes de lanza acabaron con su vida. Tomaron su cadáver, lo envolvieron en una tela y lo rociaron de petróleo y lo quemaron. Tenía el joven sacerdote 26 años. Fue canonizado con los otros mártires de China el 1 de octubre de 2000.

BEATO JOSÉ KOWALSKI
Presbítero y mártir († 1942)

Nació en Siedliska, Polonia, el 13 de marzo de 1911. Terminada la enseñanza elemental entró en el colegio Don Bosco de Oswiecim. Después de cinco años de estudios se decidió por la vocación religiosa y entró en la Congregación salesiana en el noviciado de Czerwinsk en 1927. Un año más tarde hacía los primeros votos. Estudió filosofía en Cracovia y en 1934 hizo la profesión perpetua. Concluidos los estudios de teología se ordenó sacerdote en 1938. Fue destinado como secretario del inspector don Adán Cieslar; colaboró en la pastoral juvenil, predicando, dando ejercicios, retiros...; y llevó el coro juvenil.

Con la ocupación nazi fue arrestado el 23 de mayo de 1941 junto con otros salesianos y llevado a la prisión de Montelupi en Cracovia. El 26 de junio siguiente es llevado al campo de concentración de Oswiecim (Auschwitz), donde hubo de padecer muchísimo. El 4 de julio de 1942 fue asesinado por los guardias del campo por negarse a profanar un rosario. Era devotísimo de la Santísima Virgen. Fue beatificado el 13 de junio de 1999.

5 de julio

A) MARTIROLOGIO

1. En Cremona (Italia), San Antonio María Zacarías († 1539), presbítero, fundador de la Congregación de Clérigos Regulares de San Pablo o Barnabitas **.

2. En Cirene (Libia), Santa Ciprila († 303), mártir *.

3. La conmemoración de San Atanasio de Jerusalén († 451), diácono, que murió mártir por defender el Concilio de Calcedonia *.

4. La conmemoración de San Domecio el Médico († s. V), ermitaño en el monte Quros de Armenia.

5. En el Monte Admirable (Siria), Santa Marta († 551), madre de San Simeón Estilita el Joven.

6. En el Monte Atos, San Atanasio († 1004), hegúmeno, que introdujo en la Gran Lavra la vida cenobítica **.

7. En Wexford (Irlanda), beatos Mateo Lambert, Roberto Meyler, Eduardo Cheevers y Patricio Cavanagh († 1581), mártires bajo Isabel I *.

8. En Oxford (Inglaterra), beatos Jorge Nichols, Ricardo Yaxley, presbíteros, Tomás Belson, seminarista, y Hunfredo Pritchard († 1589), mártires bajo Isabel I *.

9. Junto al poblado de Huangeryin (China), santas Teresa Chen Jinxie y Rosa Chen Aixie († 1900), hermanas, vírgenes y mártires *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN ANTONIO MARÍA ZACARÍAS

Presbítero y fundador († 1539)

Nació en Cremona (Italia) el año 1502 y murió en la misma ciudad el 5 de julio de 1539. Basta la escueta indicación de estas fechas para comprender la trascendencia que, para la vida de la Iglesia, tuvieron los días que vivió Antonio María Zacarías. Inquietud y aspiración de reforma, ansias de renovación por caminos no siempre gratos a la jerarquía eclesiástica, miedo pusilánime en unos y excesos imprudentes en no pocos, definen el clima en el que debía germinar la semilla de un nuevo reformador santo, entre otros que, como San Cayetano de Thiene y San Ignacio de Loyola, produjo la Iglesia católica en el siglo XVI. Reformador, santo y, además, añadimos, precursor del gran San Carlos Borromeo en la elevación espiritual de la diócesis de Milán.

Antonio María fue obra de la gracia, que comenzó por materializarse en el regalo de una piadosísima madre; de su seno salió a contemplar la luz de este mundo y de sus brazos tuvo la dicha indecible de volar a contemplar la claridad de Dios. La buena Antonieta Pescaroli recibió con conciencia de responsabilidad el encargo y la confianza que la Providencia en ella de-

positó al darle un hijo para hacer de él un buen cristiano; por fidelidad a él, y para mejor dedicarse a su formación, rehusó la joven viuda un nuevo matrimonio. Antonio María Zacarías pudo así aprender de su madre a ser pobre para poder ser caritativo, hasta tanto que, con el fin de facilitar a ésta el ejercicio de la caridad en favor de los necesitados, renunció notarialmente a los bienes que le correspondían por herencia paterna; se nos hará, pues, natural que, como un necesitado más, solicite humilde de su madre lo indispensable para su sustento, sin permitirse jamás nada que pueda parecer superfluo o lujoso; para Antonio María supondría ello privar a otros de lo necesario para vivir.

Quiso prepararse por el estudio de la medicina para ser un ciudadano útil a sus hermanos los hombres. Pero el Señor le quería escoger para curar dolencias de otra índole. En los años de estudiante la piedad y amor a la Santísima Virgen, a quien había consagrado su virginidad, sostuvo firme su propósito de virtud y su espíritu de caritativo servicio a los hermanos, que fue poco a poco transformándose en el deseo de ser sacerdote. Pero, a pesar de que la decadencia de las costumbres, aun en el clero, hiciera a sus contemporáneos poco respetable la dignidad sacerdotal, supo él descubrir la grandeza de la misión del sacerdote, a la vez que la profundidad de su indignidad, de manera que sólo por el prudente consejo de su director espiritual se decidiera a entrar por el camino del sacerdocio.

En una época en que la Reforma de la Iglesia aspiraba no solamente a la purificación de las costumbres, sino a la consolidación de la doctrina, no bastaba ser virtuoso para responder a las exigencias que su tiempo tenía, consciente o inconscientemente, respecto de los sacerdotes. Hacía falta doctrina sólida inspirada precisamente en las fuentes puras de la revelación, en la Sagrada Escritura. Visto desde la perspectiva de nuestro siglo, nos parece sumamente moderno y actual el esfuerzo puesto por Antonio María Zacarías, estudiante para el sacerdocio, de llegar a la comprensión de la doctrina católica, en la teoría y en el espíritu de San Pablo, a través de sus preciosas epístolas. Libertad y gracia, virginidad y cuerpo místico, locura por Cristo crucificado y desprecio de las realidades terrenas, son algunos de los muchos temas en los cuales se fue empapando el futuro

apóstol y reformador, cuya íntima preocupación no fue otra que la de reproducir la imagen del apóstol Pablo, gran enamorado de Cristo.

Once años escasamente fue Antonio María sacerdote; pero los santos saben vivir con intensidad su tiempo, y así debió vivirlo quien en tan poco tiempo mereció ser llamado por su bondad y caridad, por su prudencia y celo, el «Ángel de Cremona» y el «Padre de la Patria». Su madre le enseñó a compadecer y aliviar el sufrimiento ajeno, y, ordenado sacerdote, no tuvo que hacer otra cosa que seguir la misma trayectoria, poniendo al servicio de sus hermanos el gran don del sacerdocio, que fue en él luz, mortificación, amor.

En un siglo de exaltación de la razón y de la cultura, y de optimismo desbordado por los valores humanos, Antonio María Zacarías luchó por llevar a los creyentes la ceguera de la fe y la locura de la cruz; la Eucaristía y la pasión fueron las devociones que con mayor ardor trató de inculcar en el pueblo cristiano, y aún perduran ciertas prácticas que él introdujo, como son el recuerdo piadoso de la pasión y de la muerte del Señor al toque de las tres de la tarde de todos los viernes, y la práctica de las cuarenta horas de adoración al Santísimo Sacramento, solemnemente expuesto sucesivamente en diversas iglesias para salvar la continuidad del culto.

Los santos no suelen ser guardianes egoístas de los tesoros que en ellos deposita la gracia; buscan la comunicación abundante y fecunda, en vistas a una mayor eficacia apostólica; por esto es frecuente que en torno a ellos surjan familias religiosas vivificadas por su espíritu y penetradas de su misma inquietud apostólica. Antonio María descubrió en el mundo en que la Providencia le situó, una gran indigencia; vio en su cristianismo una radiante luz que la colmara; y su vida personal, lo mismo que la de los clérigos de la congregación de San Pablo, no será otra cosa que la dedicación a la obra de la salvación de los hermanos, en el sacrificio total de las apetencias puramente personales. Así nació en Milán esta asociación para la reforma del clero y del pueblo, que más tarde sería conocida con el nombre de los «barnabitas», por la sede en que se instalaron definitivamente a partir del año 1545. Clemente VII la aprobó en 1533.

Un sacerdote y un seglar, Bartolomé Ferrari y Jacobo Morigia, fueron sus primeros colaboradores. Y no solamente en el espíritu y la doctrina quisieron estos hombres de Dios imitar a San Pablo; como éste en el foro, se lanzaron ellos a las calles de Milán, predicando, mucho más que por la preparación de su elocuencia, por la austeridad y la mortificación de la vida. No faltaron quienes se escandalizaron ante estas santas «excentricidades», acusándoles de hipócritas y aun heréticos. Se les promovió una causa ante el senado y la curia episcopal de Cremona, de la que la nueva asociación salió fortalecida, pues le valió la bula de Paulo III, quien el año 1539 puso a la nueva Congregación religiosa bajo la inmediata jurisdicción de la Santa Sede.

Con el fin de llevar el espíritu de la Reforma a las jóvenes y a las mujeres, Antonio María transformó un instituto erigido con esta finalidad por la condesa Luisa Torrelli de Guastalla en monasterio de religiosas que tomará por nombre el de *Angelicus,* que fue también aprobado por Paulo III. Siguiendo fiel a su espíritu, la base de la transformación religiosa y moral la puso el fundador en la instrucción religiosa, sin la cual no puede existir una verdadera reforma. San Carlos Borromeo se sirvió de ella aun para la reforma de los monasterios, elogiándola tanto que la llamó «la joya más preciosa de su mitra».

No sería completa la reseña sobre la obra de San Antonio María Zacarías si pasáramos por alto una de sus preocupaciones que plasmó en una realización que a nosotros, hombres del siglo XXI, nos parece especialmente interesante y actual. Consciente por experiencia propia de lo que la vida familiar, honradamente vivida, puede colaborar en la elevación de las costumbres privadas y públicas, creó una congregación para los unidos en matrimonio, ordenada a la reforma de las familias.

Al echar una mirada retrospectiva sobre la vida de Antonio María, canonizado el 27 de mayo de 1890 por Su Santidad el papa León XIII, llama poderosamente la atención no sólo la abundancia de su obra, realizada en tan breve espacio de tiempo, sino también, y en mayor grado aún, la perspicacia y claridad de la visión que tuvo de los problemas, que le hizo buscar los remedios verdaderos y permanentes de todas las situaciones difíciles de la vida de la Iglesia: el estudio de la verdad, el amor

de la caridad, el sacrificio por el hermano. Por esto San Antonio María Zacarías nos parece aun hoy un santo moderno, actual, capaz de iluminarnos con el resplandor de su vida y de su espíritu.

JOSÉ MARÍA SETIÉN

Bibliografía

BOFFITO, G. M., *Biblioteca Barnabita illustrata,* IV (Florencia 1937) 209-264.
LEÓN XIII, «Allocutio habita in Consistorio die XIX aprilis anno MDCCCXCVII»: *Leonis XIII Acta* XVII (1897) 108-112.
TEPPA, A., *Vita di S. Antonio M. Zacaria* (Milán [6]1987).

SAN ATANASIO EL ATONITA

Hegúmeno y fundador († 1004)

Se llama Athos a la parte más oriental de las tres puntas o extremidades de la Península Calcídica que se extiende como un tridente en el Mar Egeo y forma como una especie de prolongación de Macedonia. Está unida al continente por un istmo de dos kilómetros de ancho. La anchura de Athos es de 20 kilómetros y su longitud de 80, aproximadamente. Poco a poco se va elevando en su parte dorsal desde casi el nivel del mar hasta alcanzar los 1.000 metros en su parte extrema, donde, de pronto, y casi en acantilado sobre el mar, se alza la pirámide rocosa del Monte Athos (2.033 metros). De este monte toma su nombre la península. Por su característica forma y situación cabe el mar, atrajo la atención de los navegantes desde tiempos remotos y en torno suyo nacieron extrañas leyendas. Una línea de fronteras en el istmo, respetada desde hace siglos, marca la barrera donde se cierra el «mundo» y comienza la Montaña Santa, venerada por la cristiandad ortodoxa como la más pura realización de la vocación evangélica hacia la santidad.

El aislamiento de este mundo monástico constituye una especie de pequeña república, gobernada desde dentro por sus propias leyes. En 1046 el emperador bizantino Constantino IX Monómaco concedió al territorio independencia administrativa del poder imperial. En el mismo documento estableció la prohibición de entrada a las mujeres en los monasterios y en la peninsu-

la. Con todo, el aislamiento no es absoluto, porque Athos es meta de peregrinaciones de los fieles ortodoxos. Pero el reglamento que prohíbe la entrada a las mujeres sigue siendo hoy severamente observado. Así, cuando en 1963 se celebró el milenario de la fundación y organización de Athos, con gran afluencia de personalidades, mientras el rey Pablo con su séquito participaba en las ceremonias oficiales y en los ritos sagrados, la reina Federica permaneció en la nave anclada, lejos de la costa.

Las primeras noticias de asentamientos de monjes datan de los siglos VIII-IX. Coinciden con la crisis religiosa del imperio bizantino provocada por la persecución de los emperadores iconoclastas de las imágenes sagradas contra los defensores del culto de las mismas, entre los que los monjes eran los elementos más influyentes y combativos. Esta lucha comenzó el año 726 por obra de León III Isáurico (717-741). Se detuvo bajo la regencia de la emperatriz Irene (780-790, después emperatriz en solitario del 797 al 802), que hizo posible la celebración del VII Concilio ecuménico de Nicea en 787, en el que se definió la licitud del culto de las imágenes sagradas. Recomenzó con virulencia con León V el Armenio (813-820). Y terminó con la muerte de Teófilo (829-842), por obra de la emperatriz Teodora, regente de Miguel III (842-867), todavía niño.

Monjes defensores de las imágenes, perseguidos y dispersados, se refugiaron en Italia. Otros, continuaron en lugares solitarios y perdidos. Esto era Athos en aquel entonces, deshabitada prácticamente. De esta forma, algunos monjes aislados se establecieron allí. De dos de ellos nos llegaron noticias: San Pedro Atonita y San Eutimio el Joven. La organización cenobítica en Athos se remonta a la fundación del monasterio de la Gran Laura por San Atanasio Atonita (año 963) y de otros cenobios a lo largo de su vida, a imitación de su obra. Él fue quien implantó la Regla de San Basilio y el cenobitismo.

Para conocer su vida y empresas existen tres categorías de fuentes: los escritos del propio San Atanasio, los más antiguos documentos de los archivos de Athos y las *vidas y elogios* consagrados a él en una época cercana a la que vivió.

Nació hacia el año 920 en Trebisonda (hoy Terabzon, en la costa turca del Mar Negro) en el seno de una familia acomoda-

da. Bautizado con el nombre de Abraamios, siendo todavía adolescente fallecieron sus padres y fue recogido por un familiar de su madre que le envió a Constantinopla para completar sus estudios. Aquí trabó amistad con Miguel Maleinos, igúmeno de la laura de Kyminas (en Bitinia), y con un sobrino de aquél, el futuro emperador Nicéforo II Focas. Durante algún tiempo ejerció la profesión de enseñante en Constantinopla. La abandonó para abrazar la vida monástica en Kyminas, donde adoptó el nombre de Atanasio.

Después de pasar cuatro años en Kyminas, cuyo ideal monástico, como en todas las lauras, se limitaba a formar solitarios, se consideró capaz de llevar vida anacorética en la cueva de un lugar llamado Kycleses. Un día recibió la visita de Miguel Maleinos y de León Focas. Aquél le hizo entender que le destinaba para sucesor suyo. Él, para evitar el cargo de igúmeno, que contradecía a su ideal de solitario, hacia el año 958, se retiró de incógnito al Monte Athos, bajo el nombre de Barnaba. Las colonias de ermitaños atonitas eran entonces pocas y pequeñas, con una organización muy elemental: vivir agrupados, aunque lejos los unos de los otros, y reunirse los domingos y las fiestas para orar en común.

En Athos, primero se instaló en la ermita de Zygos y más tarde en Karyés. «Vivía —al decir de sus biógrafos— en la presencia de Dios». Se entregaba al trabajo manual. Tuvo que hacer frente a las tentaciones y a la acedía. La lucha que mantuvo para vencerse le marcó profundamente. Así es como llegó a comprender los peligros a que están expuestos los solitarios.

Algún tiempo después, fue descubierto por Nicéforo Focas, quien en 960 le rogó le acompañara en una expedición contra los sarracenos que invadieron Creta y tomaron la isla como centro de sus correrías. Se negó a ello, pero los atonitas le pidieron que accediese, pues algunos de sus ermitaños se encontraban prisioneros. Nicéforo Focas consiguió someter a los sarracenos. Entonces, el futuro emperador le confió que acariciaba la idea de hacerse monje en Athos, bajo su dirección. San Atanasio le hizo ver que no existían lauras organizadas. Nicéforo se ofreció a financiar su construcción, amén de una iglesia, y dedicar ambas a la Madre de Dios.

La laura, conocida como la Gran Lavra (Gran Laura), la comenzó a construir en la primavera del año 961 en el borde mismo del monte Athos. Pero a medida que se iban levantando los edificios, San Atanasio evolucionaba ideológicamente. Llegó al convencimiento de que la vida cenobítica, llevada con seriedad, era tan perfecta o más que la eremítica. Concluyó la construcción del monasterio, pero lo que en realidad levantó no fue una laura sino un perfecto cenobio, orientado hacia la vida contemplativa.

Mas, no se contentó con eso. Como era la costumbre, también legisló, pues entre 970-971 redactó un *typikón,* es decir, un reglamento para ordenar la vida comunitaria de los cenobitas y disciplinar también la vida de los ermitaños en sus cabañas y cuevas, lejos del monasterio. Para componerle tomó como base la Regla de San Basilio y el *typikón* del monasterio de Studium, en Constantinopla, debido a la santidad y experiencia de San Teodoro de Studium († 826), reglamento que constaba de 24 artículos.

San Teodoro había padecido la cárcel y el exilio por defender el culto de las sagradas imágenes. Luego, en el monasterio de Sakkoudium, donde los monjes podían vivir en común y también como ermitaños, implantó la Regla de San Basilio. Orientaba a los monjes, no a la búsqueda de experiencias místicas extraordinarias, sino a la amistad con Dios en la práctica de la obediencia, la pobreza y la vida común perfecta. En 797 se trasladó a Studium, un monasterio urbano de Constantinopla, desde donde organizó una confederación de monasterios y redactó su *typikón.* Muy pronto la vida y organización de Studium se convirtió en el modelo para los demás monasterios bizantinos.

En su typikón, San Atanasio tomó 14 de los artículos del de San Teodoro. En su conjunto, resultó un reglamento más severo, más minucioso y completo, puesto que procuró perfeccionar la obra legislativa del que le sirvió de modelo. Veremos en seguida en qué sentido. Ahora bien, durante el período bizantino, fueron cuatro los documentos que se promulgaron del *typikón* de San Atanasio: el de 971-972, llamado del emperador Juan I Tzimisces; el de Constantino IX Monómaco (1045-

1046); y los dos de Manuel II Paleólogo, uno promulgado en el siglo XIV y el segundo en 1406. Los cuatro textos repiten las mismas cláusulas con pocas variantes.

Pero además del *typikón,* entre 976 y 1003, escribió la *diatypôsis* de la laura, que es la carta de fundación de su monasterio y, al propio tiempo, su testamento espiritual. Luego redactó la *hypotypôsis* o reglamento disciplinar y litúrgico que, igualmente, depende en lo esencial de la de San Teodoro de Studium, amén de dos cánones en honor de San Teodoro y San Juan.

La fundación y puesta en marcha de la Gran Lavra se considera como un acontecimiento de capital importancia en la historia del monacato oriental por ser el monasterio más importante de Athos y el que dio pie para levantar otros muchos cenobios y eremitorios en la Península Calcídica. Y como San Atanasio introdujo el cenobitismo en la Santa Montaña, provocó una especie de conversión a la espiritualidad de la vida comunitaria en un lugar donde sólo existían ermitaños.

Con todo, de las obras citadas y del conjunto de todas sus empresas, se desprende que si, efectivamente, logró dar un nuevo y fuerte impulso para restaurar el ideal monástico de San Basilio, interpretado por San Teodoro de Studium, su obra monástica no carece de deficiencias. Sabido es que San Basilio a sus monjes no quiso darles otras normas de vida que las del Evangelio y formarles como cristianos perfectos. San Teodoro procuró seguir su ejemplo, pero dictando algunas leyes que precisaran las formas concretas de su fidelidad a la Escritura. Como el fundador de Athos añadió normas todavía más rigurosas y meticulosas, ello dio pie para que, con el paso del tiempo, el ideal del monacato atonita perdiera de vista el del cenobitismo primitivo, que no es otro que el del Evangelio.

Todos los monasterios de Athos debían ser independientes, esto es, no estarían sometidos a los funcionarios estatales y eclesiásticos. Sólo el igúmeno tendría plena jurisdicción espiritual y temporal en su cenobio. Veremos luego quiénes intervenían en su elección. Fijó en 80 el número de los monjes de cada monasterio, mas después de las donaciones de Juan II Tzimisces, en 120. Ningún miembro de la familia real podía abrazar el mona-

cato en Athos. El tiempo de probación de los candidatos duraría tres años, por lo menos. Y al ser admitidos definitivamente, tenían que renunciar a todos sus bienes.

El *typikón* y la *diatypôsis* también se ocupan de la elección del igúmeno. Con todo, presentan diferencias que sorprenden. En el *typikón,* el igúmeno, antes de morir, debe nombrar a su sucesor, tras consultar a los monjes más señalados. En la *diatypôsis* San Atanasio encarga su nombramiento a su amigo Juan Ibero, después de la consulta a quince monjes experimentados. Al parecer, esta disposición sólo sirvió para nombrar al sucesor de San Atanasio, que fue Antonio de Athos, uno de sus biógrafos.

Con todo, las disposiciones más importantes de los documentos mencionados son las dictadas para los monjes y, sobre todo, para el igúmeno. A los monjes recomienda la obediencia. San Atanasio les dice textualmente:

> «Ante Dios y sus ángeles os aseguro que todos aquellos que perseveren por su amor en la obediencia hasta el fin, su mérito será mayor que el de los anacoretas y merecerán recibir la corona eterna del buen y justo Juez».

Pero predica, antes que nada, la unidad, el amor, el respeto y el servicio mutuo entre los monjes:

> «Todos los hermanos —dice— vivan juntos, persiguiendo el mismo fin; mantengan un mismo sentir y querer; así toda la fraternidad formará un cuerpo armonioso, aunque compuesto de miembros diferentes».

Todo debía ser común entre los monjes: la iglesia, el monasterio, el refectorio, los alimentos, los hábitos, los códices, etc.

Como quedó dicho, muchas de las normas que dicta para el igúmeno son de San Teodoro de Studium, aunque más estrictas y precisas. Debe observar la pobreza más estricta y, por ende, no puede disponer de nada propio, pues «al monje no le está permitido disponer libremente ni de su cuerpo ni tampoco de su alma». No podrá tener criados para su servicio personal. Ninguna dependencia podrá cerrarse con llave y sólo el ecónomo manejará dinero para proveer de todo lo necesario a los monjes, «con el fin de disipar las preocupaciones materiales de los que han abandonado el mundo». No viajará ni tampoco se ausentará del monasterio sin verdadera necesidad. No aspirará a

cargos eclesiales o políticos importantes. Su celda y las de sus hijos espirituales serán modestas y sin acceso a las mujeres. Recibirá con caridad a los huéspedes y les brindará modesto aunque digno hospedaje, mientras permanezcan en el monasterio.

Aún en vida de San Atanasio, la sede del gobierno general de Athos estuvo en el monasterio de Keryés. Un *prótos* —primado de un consejo compuesto de delegados de cada uno de los monasterios, sin el cual ninguna determinación podía ser válida— presidía la confederación de monasterios. Dicho consejo velaba por la buena observancia y la formación de los novicios y de las diferentes categorías de monjes, controlaba la administración temporal, etc. Pero los monasterios conservaban su autonomía en lo referente a su estilo propio de vida, su hábito, sus costumbres y usos particulares.

Por lo demás, la observancia y la comida (invariablemente mala) eran austerísimas y la abstinencia de carnes perpetua. El trabajo manual, al que San Atanasio concedía importancia singular, era obligatorio para todos. Los oficios litúrgicos, de los cuales nadie estaba dispensado, duraban muchas horas. Capital importancia concedía a la lectura, al silencio y a las catequesis impartidas por el igúmeno a los monjes.

El *typikón* y la *hypotypôsis* contienen, finalmente, normas concernientes a los ermitaños. Cada monasterio podía mantener a cinco solitarios, los cuales distribuían su tiempo entre la oración y el trabajo y siempre bajo la autoridad del igúmeno del monasterio al que pertenecían.

Así pues, a partir de la fundación de la Gran Lavra y la promulgación del *typikón,* la vida monástica de la confederación de Athos poseyó las peculiaridades propias que se han mantenido durante más de 1.000 años. El género de vida monacal en los monasterios es el cenobítico. Pero además de los cenobios, distinguibles hoy por su estructura de ciudadelas, protegidas por altos muros y una torre, existían otros centros monásticos donde se practicaba la ascesis individual o en grandes o pequeños grupos. Primero, las *skite;* a veces, su comunidad era tan numerosa como la de los mismos monasterios, aunque dependieran de ellos. Estaban luego los *kellíon,* que, aún hoy día, se reconocen por la presencia de una iglesia y un grupo de casas donde

viven dos o tres ermitaños en cada una de ellas, sometidos, asimismo, al igúmeno de un monasterio. Centro todavía menor era el *kalíbe* (cabaña), eremitorio habitado por un solo monje, con su oratorio para celebrar la litúrgica.

Ya en vida de San Atanasio el número de los monjes y de los centros monásticos aumentó notablemente. Sus biógrafos ponen de relieve su santidad, su encanto personal, la solidez y el influjo de su obra, no sólo entre los cenobitas y solitarios de Athos, sino también entre los obispos, otros igúmenos y monjes extraños a la confederación. Capítulo aparte merecen los cristianos de los más diversos países que se llegaban en peregrinación a la península. Algunos de aquellos monjes fundaron cenobios en la Santa Montaña. El *typikón* de 971-972 menciona ya 58 centros monásticos, y el de 1045, 150. Cierto que muchos de ellos contaban con pocos miembros. Pero en 1045, la Gran Lavra tenía ya la cifra de 750 monjes. Y en sus mejores tiempos, la Santa Montaña llegó a sobrepasar el número total de 50.000 monjes.

He aquí los monasterios más importantes, levantados por extranjeros en vida de San Atanasio: el de Vatopedi surgió en el año 972 y lo fundaron tres personajes importantes de Adrianópolis —Atanasio, Nicolás y Antonio—, atraídos por la fama de santidad de San Atanasio. En 976, Eutimio de Constantinopla fundó el de Dorhiaríu. El tercer cenobio en orden cronológico apareció hacia el año 979 y fue el de Íviron, es decir, «de los íberos», nombre que se daba a los georgianos.

Hacia el 990 se presentó en Athos el monje León de Amalfi, hermano de Pandolfo II, príncipe de Capua. En aquel entonces, algunas ciudades de Italia meridional (Capua, Benevento, Nápoles, Gaeta) estaban bajo el protectorado bizantino y las naves de los amalfitanos recorrían el Oriente. León y sus compañeros se alojaron en Íviron. Juan y Eutimio proporcionaron el terreno y ayudaron a los monjes italianos a construir un monasterio, donde fueron llegando otros candidatos de las colonias amalfitas de Oriente. El monasterio seguía el rito latino y la Regla de San Benito. Sus abades firmaron las actas de la comunidad de Athos en 1083, 1087 y 1169, después, por tanto, del cisma de 1054. Esto no debe extrañar, porque en principio la excomu-

nión recíproca del patriarca Miguel Cerulario y de los legados del Papa podía interpretarse sólo como una ruptura de relaciones diplomáticas que no interesaba al resto de la cristiandad. Hoy sólo existe una torre derruida y se la llama «morfinon», corrupción de «amalfinon» (de los amalfitanos).

Aún vivo San Atanasio, tres hermanos de Ocrida (Ohrid, en Yugoslavia) —Moisés, Aarón y Juan— fundaron el monasterio de Zografu, que dos siglos después pasó a los búlgaros. Y hacia fines del siglo X, por interés de los reyes georgianos, surgió el de Filotheu.

En 963 Nicéforo II Focas logró ser coronado emperador. San Atanasio temía que le confiara cargos de importancia y huyó a Chipre. Pero Nicéforo II le aseguró que no le molestaría y le pidió que volviera a Athos. Entonces regresó para tomar las riendas del gobierno. Recordemos que el emperador tenía la lejana esperanza de pasar los últimos años de su vida como monje, junto a San Atanasio, pero no le dio tiempo, porque fue asesinado por el hijo de una de sus hermanas, llamado Juan Tzimisces, a causa de las intrigas de su mujer, Teófano, una de las mujeres fatales de la historia bizantina. Juan I Tzimisces sucedió a su tío en el trono, tras dar muestras de su arrepentimiento. Por esto, en Athos están pintados entre los santos y benefactores el tío y el sobrino, asesinado y asesino, respectivamente, uno junto al otro.

Por todo lo dicho páginas atrás, se comprende la oposición de los antiguos solitarios de Athos. Reprochaban a San Atanasio que, en una región monástica consagrada sólo al eremitismo, hubiese introducido la vida en común.

Si existe relativa similitud entre un cenobio y una laura, la diferencia entre ambos estilos de monacato es radical. La laura es un cenobio sui géneris y transitorio, donde los monjes se preparan para el singular combate del yermo. Cabe el núcleo central de los edificios conventuales están, muy distantes las unas de las otras, las celdas donde los monjes viven solos y, al término de su formación espiritual, se dispersan para entregarse a la anacoresis. Por lo demás, en la primitiva laura no existía superior, cada monje vivía a su aire y se entregaba a la vida de oración y de ascesis según las luces que recibía de lo alto. La laura, pues,

podía ser aceptada sin dificultad por los monjes atonitas más antiguos. No así el cenobitismo pleno. Reprochaban a San Atanasio la novedad e innovación en la Santa Montaña. Por ello, hasta hubo conatos de asesinarle.

Tras haber reconocido como emperador a Juan I Tzimisces (969-978), los solitarios más antiguos de Athos le presentaron sus quejas. El emperador comprendió en seguida el fondo del problema e intervino en favor de San Atanasio: confirmó las donaciones y privilegios de su antecesor y añadió más legados que hicieron posible aumentaran los monjes. Pero antes que nada, envió como visitador imperial a Eutimio, del monasterio de Studium, al cual satisfizo el ordenamiento de San Atanasio, tan parecido al de su cenobio. Convocó a todos los igúmenos, ermitaños y solitarios de Athos y, tras una semana de discusiones, el emperador aprobó la obra de San Atanasio. Seguidamente promulgó el *typikón,* llamado precisamente de Juan I Tzimisces, en el que aparece por primera vez la prohibición de la entrada de las mujeres en los monasterios. En el decreto de aprobación también confirmó la autoridad del protós, que todos los ermitaños reconocieron, pero compensada por la necesidad de consenso por parte de los igúmenos y ermitaños. Además, se reservaba al emperador cualquier modificación del documento. Todo lo cual calmó a los atonitas, que recobraron su fe en San Atanasio y así pudo éste continuar su obra. Fue a partir de entonces cuando aumentaron espectacularmente los cenobios en Athos y la vida comunitaria predominó sobre la eremítica.

Nos falta decir que San Atanasio fue un gran taumaturgo. Sus biógrafos mencionan algunos de los milagros que Dios obró por su intercesión mientras peregrinó en el mundo. Asimismo, hacen mención de los testigos que quedaban de los mismos cuando escribieron sus biografías. Citemos nada más que un ejemplo como botón de muestra: la curación del monje Teodoro, enfermo de cáncer y que contaba un hermano suyo, llamado Xenofón, sacerdote de uno de los cenobios atonitas. Después de su muerte, los biógrafos relatan tres supuestos prodigios, uno de los cuales sucedió a los pocos días de su tránsito: se trata de la curación instantánea de un niño muy enfermo,

después de poner un paño empapado en la sangre del santo sobre el cuerpo doliente.

Por lo que se refiere a sus visiones, contamos nada más la que tuvo en la gruta a la cual gustaba retirarse, cueva que todavía se enseña, y donde brotó una fuente después de la aparición de la Virgen cuando, en un momento de desaliento, decidió irse en busca de un lugar más apropiado para construir la Gran Lavra.

San Atanasio vivió hasta el año 1004 y murió aplastado por una viga al término de la construcción de la iglesia de la Gran Lavra. Tardaron tres días en sepultarle y su cuerpo no daba muestras de corrupción. Uno de esos días, al tocar una de sus heridas, corrió la sangre y los monjes se apresuraron a empaparla en un lienzo. «Es —dice uno de sus biógrafos— remedio soberano contra todas las enfermedades».

El 5 de julio, día de su fiesta, su tumba es meta de peregrinaciones.

Después de la muerte de San Atanasio, la atención benéfica de la familia imperial en las empresas por él iniciadas continuó con mayor intensidad. Se trataba de tutelar una institución que ya aparecía como benemérita de la fe y de la cultura bizantina. Así surgieron otros cenobios en los siglos XI-XII, entre los que destaca el de Aghíu Panteleímonos, para monjes rusos. En 1054, como apuntamos ya páginas atrás, se produjo la separación de la Iglesia bizantina de la romana, que más tarde se llamará el cisma de Oriente, pero ello no afectó a los monjes de Athos. Más tarde, serán ellos los más denodados defensores de la separación de Roma. El siglo XIV fue de gran florecimiento para la Santa Montaña y los monjes atonitas aumentaron su influencia espiritual en todo el mundo ortodoxo y se levantaron más monasterios.

Podrían distinguirse hasta cuatro períodos en el desarrollo del Monte Athos. El primero va desde que se instalaron los primeros monjes en la Santa Montaña (siglos VIII-IX) hasta la llegada de San Atanasio. Y como quedó demostrado páginas atrás, queda caracterizado por una intensa vida anacorética.

El segundo principió con la llegada del santo a la península y la construcción de la Gran Lavra (año 963). Esta segunda etapa se extiende hasta el siglo XVI.

En un tercer período, que va del siglo XVI al XVIII, se nota una gran decadencia en aquellos monasterios bien asegurados en su bienestar material: relajación de la disciplina, discordias internas y notable disminución del número de monjes. Sólo a fines del XVIII el Patriarca de Constantinopla pudo introducir una reforma. Pero los años pasados bajo dominio turco trajeron otros inconvenientes. En la insurrección griega de 1821, los monjes intervinieron abiertamente en la política y se sumaron a la insurrección común. Entonces, las tropas turcas ocuparon los monasterios y les impusieron un pesado tributo. Sólo una intervención de las grandes potencias logró que Athos volviera a su antigua independencia. En 1912, tiempo de las guerras balcánicas, existían unos 10.000 monjes. Esta guerra recuperó para Grecia la Península Calcídica, garantizó en adelante su antigua constitución y los monjes volvieron a ser dueños del territorio.

Con esto se entra en el cuarto período. Según la Carta constitucional, el Estado griego reconoció a Athos como una provincia autónoma y nombró un representante del monarca con rango y privilegio de diplomático. En el orden eclesiástico, Athos constituye una exarquía patriarcal, sobre la que el Patriarca de Constantinopla ejerce toda la jurisdicción.

En la actualidad, el Monte Athos está constituido por 20 monasterios que pertenecen a las diversas Iglesias ortodoxas nacionales, aunque predominen los de procedencia griega. Están bajo la dirección de un igúmeno, cuando son de vida común; los demás lo están por un consejo de ancianos. Existen, además, los skite establecidos dentro del territorio de cada cenobio. Luego, las grutas de los eremitas, donde habitan dos o tres monjes en común. Hay eremitas, monjes viajeros y mendicantes. El gobierno queda asegurado por un consejo compuesto de 20 delegados de los 20 monasterios y divididos en cinco comités que dirigen por turno los asuntos ordinarios.

En la actualidad, la decadencia de Athos es muy sensible. Se debe a causas diversas, como el reclutamiento de candidatos de procedencia casi exclusivamente rural, el aislamiento intelectual, que ha venido considerándose como una virtud ascética, y la

falta de ayuda por parte de los diversos países, a excepción de Grecia, en cuyo territorio queda enclavado.

RAMÓN MOLINA PIÑEDO, OSB

Bibliografía

AA.VV., *Le millénaire du Mont Athos (963-1963). Études et mélanges* (Chevetogne 1963), 2 vols.

GÓMEZ REA, J. - RODOLFO GALBIATI, E., *Monte Athos. La república de la fe* (Madrid 1985).

JANIN, R., «Athanase l'Athonite (Saint)», en *Dictionnaire de spiritualité*, I (París 1937) 1052-1054.

MORAL, T., «Luz sobre Athos, centro de vida monástica. Ante el milenario de su fundación (963-1963)»: *Unitas* (1962) 304-305.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTA CIPRILA

Mártir († 303)

Era emperador Diocleciano y quería a todo trance acabar con el cristianismo, y corría por ello generosa la sangre de los mártires. En Cirene, Libia, una mujer cristiana, Ciprila, viuda, que había sido curada por el obispo Teodoro y estaba a su servicio, fue también acusada de cristianismo y llevada ante el gobernador. Éste le pidió que adorara a los dioses romanos, cuyas estatuas se hallaban presentes, y la cristiana se negó absolutamente, alegando que solamente adoraba al único Dios del cielo y de la tierra. El gobernador insistió, pero fue en vano. Ciprila decía tenazmente que no. Entonces le extendieron el brazo, le abrieron la mano y sobre ella colocaron carbones encendidos con incienso. Lo natural hubiera sido soltarlos por estarse quemando, pero entonces habrían dicho de ella que había ofrecido incienso a los ídolos. Y para no hacerlo sostuvo los carbones en la mano. Vista la inutilidad del intento, la mártir fue torturada de varias formas de tortura, sin que con éstas tampoco obtuvieran nada. Por fin pusieron fin a su vida. Era el 5 de julio, probablemente del año 303.

SAN ATANASIO DE JERUSALÉN

Diácono y mártir († 451)

Atanasio era diácono en la iglesia de la Santa Resurrección del Señor en Jerusalén. Allí servía al Señor con entrega y devoción y era firme su adhesión a la fe verdadera. Convocado el concilio de Calcedonia en 451 para resolver el tema de las dos naturalezas de Cristo, el obispo jerosolimitano, Juvenal, no acudió al concilio, y su ausencia fue aprovechada por el monje monofisita Teodosio para hacer propaganda de su doctrina y pedirle al pueblo que se adhiriera al partido eutiquiano y se negara a aceptar la definición del santo concilio.

Atanasio se puso en contra de tal proceder y de manera pública y ostentosa se manifestó en contra, exigiendo que todos se adhirieran al concilio de Calcedonia y a su definición y tuvieran una fe recta acerca de la doble naturaleza de Cristo.

Teodosio temió que las palabras de Atanasio hicieran mella en el pueblo y por ello decidió el asesinato del diácono, que se cumplió, dando éste su vida en defensa de la fe verdadera. Era el 5 de julio del año 451.

BEATOS MATEO LAMBERT, ROBERTO MEYLER, EDUARDO CHEEVERS Y PATRICIO CAVANAGH

Mártires († 1581)

Estos cuatro mártires irlandeses fueron sacrificados por su fe católica en julio de 1581 en su pueblo de Wexford, siendo escenario de su martirio el que lo había sido de su vida sinceramente cristiana.

Mateo Lambert era panadero, dueño en realidad de una modesta panadería, con la que se ganaba la vida. Los otros tres eran pescadores. Los cuatro fueron arrestados bajo la acusación de haber ayudado al vizconde Baltinglass y a su capellán jesuita el P. Robert Rochford en lo que fue un intento desafortunado de dejar el país por el puerto de Wexford cuando Baltinglass cayó en la cuenta de que no podía mantener su revuelta contra la Reina. El intento de ayuda fue desafortunado.

Los cuatro fueron a parar a la cárcel, probablemente al calabozo del castillo de Wexford. Parece que su juicio y el de otros acusados comenzó el 10 de junio de 1581 y estaba concluido ya a primeros de julio. Había interés por parte del diputado regio en dar algún castigo ejemplar. Mientras personas de mayor posición social tenían otra suerte, las víctimas vinieron a ser los más humildes.

Mateo Lambert fue interrogado y, según parece, torturado también. Se le preguntó por su lealtad al Papa y a la Reina. Él dijo que era católico, que creía en lo que la Iglesia cree, y que él no entraba en controversias religiosas. Esto lo dijo y lo repitió ante el tribunal. Pero desde la deposición de Isabel I por el papa Pío V en 1570 la lealtad al Papa era considerada deslealtad a la Reina, y en consecuencia él fue condenado a muerte como traidor. Los otros tres fueron igualmente torturados y, pese a la presión de sus familias, perseveraron en decir que eran católicos tanto en los interrogatorios como delante del tribunal. Y de ahí vino su condena a muerte como traidores.

Los cuatro fueron ahorcados, destripados y descuartizados en Wexford en el mes de julio, pero no se sabe con certeza la fecha, pareciendo la más probable la del 5 de julio, en que los conmemora el *Martirologio romano.* Fueron beatificados el 17 de septiembre de 1992.

BEATOS JORGE NICHOLS, RICARDO YAXLEY, TOMÁS BELSON Y HUNFREDO PRITCHARD

Mártires († 1589)

El día 5 de julio de 1589 en la ciudad de Oxford fueron martirizados a causa de su fe católica dos sacerdotes, condenados a muerte por serlo, y dos seglares, condenados por haber ayudado a los sacerdotes. Los cuatro habían sido localizados juntos en la misma casa, una fonda propiedad de una viuda católica. Fueron arrestados, llevados a la cárcel, encadenados, juzgados y condenados como traidores. Fueron ahorcados, destripados y descuartizados.

JORGE NICHOLS era natural de Oxford y se sabe que estudió en el Brasenose College y que en 1581, deseando ser sacerdote,

marchó a Reims en cuyo colegio inglés hizo los estudios y fue ordenado sacerdote por el cardenal Guisa, el 24 de septiembre de 1583. Un año más tarde volvía a Inglaterra y se le asignaba, como sitio de apostolado, su propia ciudad de Oxford y sus entornos. Pudo hacer, a lo largo de seis años, un sustancioso apostolado, logrando reconciliar muchas personas con la Iglesia. Era hombre de mucha virtud, agrado y cultura, cualidades que puso al servicio de la misión católica.

RICARDO YAXLEY o Jaxly pertenecía a una familia del Suffolk. Había nacido en Boston, Lincolnshire, probablemente el año 1560. Marchó a estudiar a Reims, donde se ordenó sacerdote el 21 de septiembre de 1585 y cuatro meses después volvía a Inglaterra con otros tres sacerdotes. Se unió a su antiguo compañero de estudios, Roberto Dibdale, y posteriormente se asoció al P. Nichols en su misión de Oxford, aunque no se ha determinado la fecha de esta conjunción misionera o quizás el motivo de estar con él en la misma posada era que había ido a verle porque era su director espiritual.

TOMÁS BELSON era natural de Brill, junto a Ayslebury. Había sido seminarista en Reims, cuyo colegio dejó el año 1584. Estaba en la posada de Oxford para ver al P. Nichols que era su confesor.

HUNFREDO PRITCHARD era galés y vivía en Oxford; era criado de Catalina Welsh, la viuda católica dueña de la fonda en donde los cuatro fueron arrestados. Era un alma simple y honesta que durante doce años había prestado los más eficaces servicios a los católicos perseguidos.

El arresto se produjo a media noche, sin duda porque alguien avisó a la autoridad de la presencia de varios sacerdotes. Los tres huéspedes y el criado fueron arrestados —también lo fue la dueña del hostal pero no fue sometida a juicio— y llevados ante el vicecanciller, ante quien reconocieron que eran católicos. Él preguntó si había algún sacerdote entre ellos. El P. Nichols se presentó como tal y tuvo lugar seguidamente una discusión religiosa con el vicecanciller hasta que éste, dialécticamente acorralado, prefirió concluir. Enviados los sacerdotes a una cárcel y los seglares a otra y encadenados en ellas, un grupo de teólogos protestantes vino a dialogar con ellos e intentar su

pase al protestantismo. La controversia, que se basó sobre la presencia real de Cristo en la Eucaristía, tuvo lugar en público, delante de mucha gente, y el P. Nichols mostró sus dotes como polemista, y pareció más adecuado concluirla. El vicecanciller los interrogó de nuevo y quiso sacar de ellos con quiénes habían tratado. Pero mantuvieron su confesión católica con firmeza y no delataron a nadie.

Fueron llevados a Londres y presentados a Walsingham, quien les dijo que no sólo eran traidores sino perturbadores del orden público en el país, a lo que ellos replicaron que difundir el evangelio no podía ser calificado de desorden ni sedición. Fueron torturados con la intención de averiguar los nombres de las otras personas católicas, pero ninguno de ellos dijo nada. Entonces, fueron reexpedidos a Oxford para ser juzgados y condenados. Les acompañó sir Francis Knolly, del Consejo Privado, para intimidar con su presencia al jurado. El juicio tuvo lugar en el castillo de Oxford. Los cuatro, al oír la sentencia de muerte, dieron gracias a Dios y se abrazaron entre sí. Un ministro protestante le dijo a Hunfredo que era un pobre ignorante y que no sabía qué era ser católico. Él dijo que sí lo sabía aunque no fuera capaz de explicarlo.

Para la ejecución pública concurrió mucha gente. Escarmentados de la capacidad del P. Nichols para explicar su fe católica, no se le dio permiso para hablar antes de ser ejecutado. Lo fue en primer lugar. Una vez ahorcado lo bajaron y el P. Yaxley se dirigió hacia el cadáver, lo abrazó y le dio gracias en público por haberlo guiado en el ministerio y haber sido para él un verdadero padre espiritual, y se encomendó a él en aquella hora tremenda. La conducta del joven sacerdote impresionó vivamente a la multitud. Seguidamente fue ahorcado, y al ser bajado, el siguiente mártir besó su cuerpo y se encomendó a él. Era Belson, que mostró en aquella hora una gran fortaleza y serenidad. Por último subió al patíbulo Pritchard con rostro sonriente y dijo a los presentes que los ponía como testigos de que no moría por otra cosa que por su fe católica. Las cabezas de los cuatro mártires fueron expuestas en el castillo de Oxford, mostrando serenidad y compostura en sus rostros, tanto que se mandó fueran expuestas en sitio menos público. Fueron beatificados el 22 de noviembre de 1987.

SANTAS TERESA CHEN JINXIE Y ROSA CHEN AIXIE

Vírgenes y mártires († 1900)

Estas dos mártires chinas pertenecían a la comunidad cristiana de Huangeryin (Tong-Kia-Tchoang), y cuando, surgida la persecución bóxer, ambas se enteraron de las atrocidades que los perseguidores cometían, junto con otros fieles decidieron marcharse a Tan-Kyu, la población que los misioneros habían fortificado en un intento de defender a los cristianos. Marcharon en un carro.

Pero llegaron los boxers, rodearon el carro y exigieron que las jóvenes bajaran del mismo. Protestó uno de los que iban en el carro y esa protesta le costó, en el acto, la vida. Entonces, las dos muchachas se bajaron, se pusieron de rodillas y empezaron a rezar en voz alta. Un bóxer mató de un golpe a Rosa y dio otro a Teresa que empezó a desangrarse en el suelo. Los boxers se marcharon tras haberlas matado. Los dos cuerpos fueron recogidos y el carro prosiguió su marcha, pero Teresa murió en el camino. Era el 5 de julio de 1900. Ambas fueron canonizadas el 1 de octubre de 2000.

6 de julio

A) MARTIROLOGIO

1. Santa María Goretti († 1902), virgen y mártir, que fue martirizada en Nettuno en defensa de su castidad **.
2. En Fiésole (Toscana), San Rómulo, al que se da culto como mártir y primer obispo de la ciudad (fecha desconocida).
3. En Egipto, San Sisoes († 429), llamado el Grande, ermitaño.
4. En Escocia, la conmemoración de San Paladio († 432), obispo *.
5. En el territorio de Armagh (Irlanda), Santa Monena († 517), abadesa de Killeevy.
6. Junto al Rin, San Goar († s. VI), presbítero *.
7. En Londres (Inglaterra), el martirio de Santo Tomás Moro, cuya memoria se celebra el 22 de junio con San Juan Fisher (cf. *Año cristiano. Junio,* p.537-546).

8. En Londres, Beato Tomás Alfield († 1585), presbítero y mártir bajo el reinado de Isabel I *.

9. En Rochefort, Beato Agustín José (Elías) Desgardin († 1794), religioso cisterciense y mártir *.

10. En Orange, Beata Susana Águeda (María Rosa) de Loye († 1794), religiosa benedictina y mártir *.

11. En Shuangzhong (China), San Pedro Wang Zuolong († 1900), mártir *.

12. En Roma, Beata María Teresa Ledochowska († 1922), virgen, fundadora del Sodalicio de San Pedro Claver **.

13. En Buenos Aires, Beata Nazaria Ignacia de Santa Teresa de Jesús March Mesa († 1943), virgen, fundadora de las Misioneras Cruzadas de la Iglesia **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTA MARÍA GORETTI

Virgen y mártir († 1902)

El día 9 de octubre de 1954 moría en Corinaldo una pobre mujer de pueblo. Los periódicos del mundo entero publicaron la noticia con gran relieve. ¿Quién era la señora Assunta, a quien la gente solía llamar «mamá Assunta», para que mereciese el interés de la prensa mundial? ¿Qué hazañas había realizado para que el Ayuntamiento de su pueblo decretase funerales públicos y la gente tapase con una pirámide de flores su ataúd?

Assunta Goretti era una viejecita de ochenta y ocho años, que no sabía leer ni escribir, pero que poseía esa sabiduría superior de los que conocen y viven el Evangelio. El año 1943, al correr al refugio porque las sirenas daban la alarma de aviación, se rompió una pierna y desde entonces quedó inválida. Estaba sentada en un carrito. A pesar de lo cual mereció que Su Santidad el Papa la recibiese en el Vaticano con los honores concedidos a los príncipes y jefes de Estado. Los periodistas de todas partes solicitaban sus manifestaciones y, aunque quería pasar inadvertida a todos, era una de las figuras más populares del pasado siglo.

¿Quién era esta mujer singular? La madre de una niña mártir, la única persona que ha tenido la dicha de presenciar la canonización de su propia hija.

Fue el 24 de junio de 1950. Como los peregrinos venidos de todos los confines no iban a caber en la basílica de San Pedro, el papa, Pío XII, canonizó a Santa María Goretti en la plaza delantera a la basílica. Se calcula que medio millón de personas presenció aquella tarde la ceremonia emocionante. No se recordaba nada igual en los anales de Roma.

La historia de Santa María Goretti es hoy sabida de todos. Incluso ha sido llevada a la pantalla, aunque con esa manía del cine de retocar y deformar los hechos.

Era una familia de pobres campesinos italianos. Un matrimonio compuesto por los esposos, Luis Goretti y Assunta Carlini, y cinco hijos. La segunda es María, nacida en Corinaldo el 16 de octubre de 1890.

Pero en Corinaldo no encuentran manera de ganarse la vida, a pesar de poseer allí unas tierrecillas. Y emigran. Primero a Colle Gianturco, y al cabo de dos años a Ferriere di Conca, a once kilómetros de Nettuno. Allí se instalan como colonos del conde Mazzoleni.

Aquel terreno era entonces en extremo malsano. Eran las regiones pantanosas del Agro Pontino. El mosquito que transmite la malaria acechaba insidiosamente a los pobres labriegos. Así, Luis Goretti murió al poco tiempo de aposentarse su familia en Ferriere. Y quedaron solos Assunta y sus cinco hijos, el mayor de los cuales apenas tenía trece años.

> «Ánimo, mamá —decía María, la mayor de las niñas—. ¿Por qué tienes miedo? ¡Ya vamos siendo grandes! Basta que el Señor nos dé salud. Saldremos adelante, saldremos».

Assunta trabajaba en el campo, como un hombre. Siempre había trabajado, porque quedó huérfana con pocos años. Trabajaba y educaba a sus pequeños. Desde que éstos aprendían a hablar les enseñaba a hacer la señal de la cruz y a rezar las primeras oraciones y los rudimentos de la doctrina cristiana.

Marietta atendía a todo, lavaba a sus hermanitos menores, iba por agua, preparaba la comida, cosía. Nunca tuvo amigas, pues las ocupaciones de la casa no le dejaban tiempo para jugar.

Pero es que sobre los deberes de la propia familia recaía también sobre ella la obligación de atender a otras dos personas que vivían en la misma casa y eran aparceros en las faenas agrí-

colas, Juan Serenelli y su hijo Alejandro, mocetón de unos veinte años. La casa tenía dos dependencias separadas, pero la escalera y la cocina eran comunes para ambas familias.

Alejandro no era mal muchacho; pero empezó a darse a lecturas deshonestas que emponzoñaron su alma. Y el que hasta entonces había mirado con indiferencia a la hija mayor de la señora Assunta, empezó a fijarse demasiado en la chiquilla.

No porque ésta diese motivo alguno. Todos están acordes en afirmar, y así lo ha declarado después repetidamente el mismo Alejandro, que María Goretti era muy modesta y miradísima en el vestir. Era una niña —todavía no llegaba a los doce años—, pero algo desarrollada, quizá más de lo que pudiera esperarse de su edad. Y en el corazón de Alejandro Serenelli se encendió una brutal pasión.

Dos veces la tentó. Al principio, la pequeña no comprendió el alcance de lo que Alejandro pretendía; pero vio que era algo malo. Y resistió fuertemente arrojando al tentador, a pesar de su edad y su vigor. Alejandro se sintió despreciado y vencido por Marietta.

Volvió al asalto por tercera vez. Era la tarde del 5 de julio de 1902. Alejandro ha pensado bien todas las cosas. Abajo su padre, la señora Assunta y todos los de la casa, se encuentran trillando habas en la era. Arriba, en el descanso de la escalera, María Goretti cose una camisa que Alejandro le había mandado urgentemente remendar con el secreto designio de que la muchacha quedase sola en alguno de los aposentos.

Marietta se intranquiliza cuando ve llegar a Alejandro. Está sobre ascuas; sabe lo que el joven brutal quiere y verse a solas con él la atemoriza. Cose apresuradamente. El mocetón la llama:

—María, ven acá.

—¿Para qué? ¿Qué quieres?

—Tú ven acá.

—No. Si no me dices qué quieres, no voy.

Alejandro la toma violentamente por un brazo, le tapa la boca con la mano y, venciendo la resistencia de la pobreta, da una patada a la puerta y la cierra. La débil fuerza de una niña

que no ha cumplido doce años vencerá las fuerzas del muchacho de veinte. Grita Marietta:

—¡No! ¡No!... ¡Es pecado! ¡No, no! ¿Qué haces, Alejandro?... ¡Vas al infierno!...

El mocetón, viendo que nada consigue, coge un hierro afilado que tenía a punto y se ensaña con su tierna víctima, que prefiere la muerte antes que pecar. Hasta catorce heridas que traspasan su vientre y el pecho pudieron apreciar los médicos que después la reconocieron. Al fin acuden los familiares. Loca de dolor, pregunta a su hija la señora Assunta:

—Marietta mía, ¿qué ha sucedido? ¿Quién ha sido? Dime, dime...

—Fue Alejandro.

—¿Por qué te hizo esto, hija mía?

—Porque me quería hacer las cosas malas y yo no quería.

Y exacto, quedó intacta la tierna virgencita, conforme a la confesión del mismo asesino y al testimonio de los médicos.

A las cinco horas una ambulancia lleva a la pobre hija al hospital de los hermanos de San Juan de Dios de Nettuno. Por la misma carretera dos carabinieri llevan esposado a Alejandro Serenelli. Distinto fruto de la educación que Assunta Goretti y Juan Serenelli dieron a sus hijos.

Poco pudieron hacer los médicos del hospital. Sin embargo, intentaron la laparotomía o apertura del vientre para poder operarla. Y sin darle anestésico; dos horas de atroz martirio. Marietta coge entre sus manos la medalla de la Milagrosa que siempre llevaba al cuello.

La preparan al viático, que recibe como un ángel. Le sugieren que perdone al asesino, y contesta al punto:

—Sí, le perdono por amor a Jesús, y quiero que venga también conmigo al cielo.

Algunas horas más tarde moría la niña entre delirios, en los que se la oía defenderse contra Serenelli e invocar a la Virgen Santísima.

La muerte de Marietta llenó de estupor a toda la comarca. Sin distinción de público acudieron todos a su entierro.

Treinta años después fue desenterrado su cadáver y llevado a una capilla en la basílica de Nuestra Señora de las Gracias, de

Nettuno. Miles de fieles rezan ante aquellos restos de una virgen cristiana, la Santa Inés del siglo XX, como la llamamos hoy.

El heroísmo de Santa María Goretti no fue improvisado. Los actos de hermosas virtudes de que dio prueba antes de su muerte —preferir la muerte al pecado, perdonar a su asesino, soportar con paciencia sobrehumana una operación sin cloroformo y la sed abrasadora que luego siguió—, todo esto era consecuencia de una vida santa, a la que venía preparándose con el ejercicio constante de las virtudes cristianas en un ambiente lleno de fe, de trabajo y de privaciones.

Assunta enseñaba a sus hijos el catecismo, les infundía el horror al pecado, les acostumbraba a la oración. Su hogar era pobre; tenían lo justo para vivir, la madre había de pasar la jornada fuera, en los trabajos del campo. Y Marietta lo hacía todo en casa con la formalidad de una persona mayor. Y todavía encontraba tiempo para rezar el rosario en sufragio de su padre muerto. Y reunía a sus hermanos y les enseñaba la doctrina y rezaba con ellos. Y hasta consolaba a su madre:

—No tenga cuidado, mamá: verá cómo salimos adelante.

Marietta estaba más crecida de lo que sus años podían exigir. Con su pelo castaño, sus ojos negros y su tez fresca y rosada, era una muchacha sana de cuerpo y espíritu. La modestia era su principal virtud, ha declarado siempre unánimemente su madre. Nunca fue presumida, pues, además, vestía las ropas usadas que le daba una vecina.

Así, con oración, modestia y trabajo, se preparó esta santita para llegar a ser canonizada en la Plaza de San Pedro un 24 de junio de 1950.

El desgraciado confesó de pleno su crimen. Y se arrepintió de aquel acto de locura una tarde de verano. Condenado a treinta años de cárcel, mereció que le rebajasen su condena en tres años por su buen comportamiento. Cuando salió empezó a servir como criado y hortelano en el convento de capuchinos de Ascoli.

La niña le había perdonado en el hospital. Pero, como el mismo Serenelli manifestó después, ya cuando Marietta se retorcía en el suelo apuñalada con el punzón de hierro, le dijo:

—No es nada, Alejandro... Yo te perdono.

Por eso la señora Assunta perdonó también al criminal. Fue una escena que sólo puede darse entre cristianos. Estaba de criada del señor cura de Corinaldo la madre de María Goretti cuando la noche de Navidad de 1938 llamaron a la puerta de la casa rectoral. Abrió la señora Assunta y un hombre le dijo:

—¿Me reconoce usted, señora Assunta? —al tiempo que bajaba los ojos.

—Sí, Alejandro; te recuerdo.

—¿Me perdona? —suplicó el infeliz, que llevaba en el rostro las trazas de veintisiete años de cárcel.

—Si Dios te ha perdonado, Alejandro, ¿cómo no te he de perdonar yo?

Aquella noche la pasó en la casa del párroco, y juntos, la madre y el asesino de su hija, se acercaron a comulgar en la Misa del Gallo.

Y siempre, cuando hablaban de Serenelli, la señora Goretti no consentía que le tratasen mal.

—¡Está tan arrepentido! Y habiéndole perdonado Marietta, ¿cómo no le voy a perdonar yo? Es cierto que ha cometido un pecado enorme; pero Dios ha sabido sacar bien de tanto mal.

María Goretti fue beatificada por Pío XII el 27 de abril de 1947.

CASIMIRO SÁNCHEZ ALISEDA

Bibliografía

AAS 37 (1945) 234-236, 299-300; 39 (1947) 352-358; 40 (1948) 26-32.

Art. en *Nouvelle Revue Théologique* 49 (1947) 1087-1088.

AURELIO DELLA PASSIONE, CP, *La Beata Maria Goretti, martire della purezza* (Roma 1945).

— Actualización:

A proposito di Maria Goretti, santità e canonizzazione. Atti della Commissione di studio istituita dalla Congregazione per le cause dei santi il 5 febbraio 1985 (Ciudad del Vaticano 1986).

ALBERTI, G., *Maria Goretti. Storia di un piccolo fiore di campo* (Roma [2]1990).

CIOMEI, F. - SCONOCCHIA, S., *S. Maria Goretti nelle paludi pontine. Storia completa della martire* (Nettuno [7]1993).

CONTESSA, F., *Santa Maria Goretti* (Cinisello Balsamo 2001).

DE CAROLIS, D., *Maria Goretti. Una santità nel cuotidiano* (Milán 2000).

FORNARA, F., *Santa Maria Goretti* (Roma [10]1978).

GUERRI, G. B., *Povera santa, povero assassino. La vera storia di Maria Goretti* (Milán 1985).

BEATA MARÍA TERESA LEDOCHOWSKA

Virgen y fundadora († 1922)

María Teresa Ledochowska (1863-1922), virgen y fundadora de las Hermanas de San Pedro Claver, también conocidas como Sodalicio de San Pedro Claver, nació en Loodsdorf, diócesis de San Hipólito, Austria inferior, el 29 de abril de 1863. Hija del conde polaco Antonio Ledochowska de Austria y de la condesa suiza Josefina Salis-Zizers, y, por ende, sobrina del cardenal Mieceslao Halka Ledochowski, fue la hermana mayor de Wlodzimierz (1866-1942), quien llegaría a ser prepósito general de la Compañía de Jesús, y de Julia (1865-1939), en religión madre Úrsula, fundadora de las Ursulinas del Sagrado Corazón de Jesús Agonizante, beatificada por Juan Pablo II en Poznan, el 20 de junio de 1983, y por él mismo canonizada el 18 de mayo de 2003. Formada en el colegio de las Damas Inglesas de San Hipólito, era simpática y despierta, brillante y a la vez entusiasta; el ambiente aristocrático que desde la infancia respiró no la retrajo en modo alguno del Evangelio ni del calor a los hermanos. Es más, se puede asegurar que su adolescencia discurrió dentro de un marco hogareño feliz y tranquilo y profundamente cristiano en el que fue creciendo fiel a la sencilla y robusta fe de los mayores, herencia de sus padres.

En 1882 se trasladó con la familia a Polonia, donde prosiguió la formación en la cracoviense Lipnica Murowana, y tres años más tarde, con veintidós juveniles años todavía, entró al servicio de la Gran Duquesa de Toscana, o sea, en la corte del duque Fernando IV, residente en Salzburgo, como dama de honor de la gran duquesa Alicia. Desde el primer momento María Teresa se encontró a gusto en el nuevo ambiente cortesano y tardó un suspiro en sobresalir por la piedad, el orden, la puntualidad y la fidelidad a su deber. Dos significativos encuentros mantenidos en el castillo cambiaron su vida: el uno, con las Hermanas Franciscanas Misioneras de María que venían de cuestación para las misiones africanas; y el otro, con el cardenal Lavigerie, gran apóstol del continente de la negritud. Ambos la conmovieron profundamente y terminaron por hacer de ella, joven reflexiva y alegre, un ser vocacionado para las misiones: el problema misionero, del que jamás había oído hablar, empeza-

ba a surgir por doquier con inusitado empuje, singular ímpetu espiritual, desusada fuerza evangelizadora y notoria capacidad persuasiva.

El suyo, de hecho, es un arco biográfico que se extiende desde el pontificado del Beato Pío IX (1846-1878) hasta el profundamente misionero de Benedicto XV (1914-1922), de cuyas encíclicas cabe destacar la *Maximum illud* (30-11-1919), pieza maestra de la moderna misionología. En ese mismo espacio cronológico acaece también la Conferencia Mundial de Misiones celebrada en Edimburgo el año 1910, cuna y fecha del ecumenismo moderno, algo que Juan Pablo II no dejará de señalar en la apertura de la Asamblea especial para África del Sínodo de los obispos el año 1994.

María Teresa Ledochowska, pues, empezó a sentir dentro de sí misma la irresistible fascinación de un Cristo al que deseaba consagrarse con el corazón limpio e indiviso. La historia del Nazareno que redimió a los hombres dándoles ejemplo de obediencia hasta la muerte, tiraba de ella sin cesar y era en su espíritu generoso como una permanente incitación a servir a esos mismos hombres por él redimidos en medio de las miserias y el dolor, especialmente en África.

Quiso ella, entonces, hacer también algo por las misiones, prodigarse en auxilios, contribuir, ayudar, influir, en cierto modo ser misionera desde el castillo, sin desatender las obligaciones ante la Gran Duquesa, pero pronto comprendió lo difícil de un proyecto así: se hacía imposible sacar adelante ambas cosas a la vez. Con aguda intuición, comprendió al vuelo el importante papel que el apostolado de la prensa iba a tener para la Iglesia en el futuro. De tal convicción nace en 1889 la revista misionera *Eco de África,* que preparaba y redactaba ella misma. Claro está que su deseo de escribir de las misiones africanas, por tantos motivos laudable actividad, empezó a robarle la mayor parte del tiempo, de modo que, a la vista del cuadro que su situación ofrecía, pidió ser liberada de las obligaciones de la Corte. Renuentes al principio, los duques acabaron por acceder a su petición.

Abandonada la vida palaciega en 1891, se abre ante sus ojos a partir de ese momento un camino de atrayentes iniciativas y,

sobre todo, el discernimiento y maduración de una idea que le viene rondando la cabeza. Alquila un pequeño piso en la ciudad, y se pone a trabajar con toda su alma por África: para ello traba contacto con los misioneros que allí trabajan a fin de conocer las necesidades del vasto continente. Es por entonces, también, cuando le llegan noticias de la cruel esclavitud que allí se está dando, lo que contribuye a redoblar más y más, si cabe, celo y trabajo y ansias de darse y desgastarse por la erradicación de semejante lacra. Durante varios años combina las múltiples actividades diarias con escritos en contra de la esclavitud.

En la visita que el año 2003 giró a Senegal —patria del gran poeta de la negritud, Léopold Sédar Senghor— el presidente norteamericano George W. Bush calificó la cacería de esclavos en África con destino a América como «ese inmenso crimen de la historia». Ingleses, holandeses, franceses, portugueses y españoles protagonizaron en los siglos XVII y XVIII la mayor cacería de la historia, la salvaje y cruel y tremenda caza del hombre, el comercio de esclavos, en fin.

Senghor escribe en *L'esprit de la civilisation:* «El renacimiento europeo fue construido sobre la ruina de la cultura negro africana. El poderío de América fue cebado con la sangre y el sudor de los negros». Es muy probable que María Teresa Ledochowska, inteligente y fina y siempre afanada en recabar información acerca de tan grotesca infamia, acabase sabiendo de ese gran pecado del mundo cristiano, por el que Juan Pablo II no vaciló en pedir perdón en nombre de la Iglesia en la inolvidable jornada del 12 de marzo del Año Santo 2000.

Sensible de cualquier modo a estas y otras miserias semejantes, María Teresa resuelve acoger junto a sí a jóvenes generosos, llenos de entusiasmo por el mismo ideal: liberar al África toda de la esclavitud y convertirla pronto a Cristo. Llegada a este punto, piensa en fundar una congregación con el propósito de que una obra de esta índole pueda continuar, después de morir ella, tan benemérito apostolado. Viaja por ello a Roma con el fin de pedir el necesario permiso canónico de la Santa Sede. La recibe en audiencia privada el clarividente León XIII, quien, por cierto, le hace muchas preguntas. María Teresa, según cuentan las crónicas del Instituto, habló de su obra, del Sodalicio de

San Pedro Claver, de aquellos años de trabajo intenso y duro y solitario, de esos años difíciles, en fin, que suelen atravesar los fundadores al principio hasta ver su proyecto fundacional consolidado, y pidió la bendición apostólica. El papa Pecci alzó los ojos y, sonriendo, le dijo: «Bien, ésta es una ocasión especial». Y bendijo la obra. Pero había que proseguir y reforzar la marcha de algo que estaba después de todo en ciernes.

María Teresa redacta en 1893 los estatutos de una asociación misionera llamada Sodalicio de San Pedro Claver, que León XIII aprueba. La congregación comprende miembros internos o misioneros pronunciando votos religiosos, y externos, celadores y participantes. Las constituciones serán definitivamente aprobadas por San Pío X el 10 de junio de 1904. Discurre el año 1894, y surge por fin el Instituto de San Pedro Claver: lo que acaba de nacer es una congregación misionera para ayudar a las misiones de África cuyo reconocimiento pontificio obtiene del papa Sarto en 1910. María Teresa va a regir dicho Instituto no sólo con gran prudencia, sino ante todo con gran afecto de amor que servirá de revulsivo para abrir y sentir entre los que la circunden la dulce y consoladora presencia de Dios. En el título va San Pedro Claver, apóstol de los esclavos negros o «apóstol de Cartagena», del que, por cierto, no se conoce retrato alguno auténtico, pero que indica bien a las claras por dónde quería la fundadora orientar la torrentera de sus aspiraciones misionales. Beatificado por el Beato Pío IX el 21 de septiembre de 1851 y canonizado en compañía de su maestro Alonso Rodríguez por León XIII, el 15 de enero de 1888, San Pedro Claver fue declarado el 7 de julio de 1896 patrono de las misiones africanas. La república de Colombia le honraría en 1955 como padre de la nación.

De vuelta a Salzburgo, María Teresa hace un alto en el camino y se detiene en Trento, donde encuentra a la señorita suiza Melania von Ernst, la que va a ser su primera colaboradora. María Teresa pide a Melania von Ernst, residente junto a los condes Wolkenstein, colaboración: que se una a ella en sacar adelante el todavía balbuciente Instituto. Melania, una vez que sabe de la aprobación del Santo Padre, se adhiere sin vacilación alguna, de modo que, después de arreglados sus asuntos, se une

a la fundadora. Juntas comienzan en Salzburgo la vida religiosa poniéndose bajo la dirección espiritual de los Jesuitas. En la residencia de María Serg monta María Teresa una tipografía que imprime periódicos misioneros en diversas lenguas. Al fin la obra está encarrilada. A su muerte, el 6 de julio de 1922, estará ya en plena expansión. Y todavía lo está. Culta e inteligentísima, Melania von Ernst fue su brazo derecho en cuantos trabajos emprendieron juntas y sobrevivió a María Teresa en muchos años, pues murió en 1961, a la edad de 102.

Religiosa desde 1895, María Teresa se multiplica en dedicación. Fueron innumerables sus conferencias en reuniones católicas y congresos eucarísticos. El año 1900, por ejemplo, organizó en Viena el Congreso antiesclavista. A las máquinas para la prensa indígena montadas en la mencionada casa junto a Salzburgo, une el montaje de más tipografías con igual fin en otros países. La obra mientras tanto, como el grano de mostaza, crece y se desarrolla prodigiosamente. María Teresa trabaja de manera incansable: da conferencias sobre las misiones en muchas ciudades europeas para despertar el interés misionero por África. Su palabra arrastra a las multitudes y consigue siempre para la causa nuevos amigos. Pronuncia dos en Trento, donde consigue hacerse en 1909 con una casa y abrir así un domicilio con dos celadoras laicas que trabajan para el Instituto hasta que, en el 1924, llegan definitivamente las hermanas.

En 1913 el *Eco de África* era editado ya en nueve lenguas con una tirada mensual de 44.000 ejemplares, impresos en las tipografías que la misma Ledochowska había hecho surgir aquí y allá, y de las cuales salieron bien pronto ediciones de la Biblia, catecismos y otras obras en múltiples lenguas y dialectos africanos. Nueve publicaciones periódicas en varias lenguas, como la *Pequeña Biblioteca de África,* la *Correspondencia Africana,* el *Almanaque Claveriano,* el *Calendario misionero para niños,* el *Joven Negro* y numerosos otros opúsculos, vienen a completar el ya impresionante cuadro bibliográfico. María Teresa comprende que sólo evangelizando el mundo se puede combatir el mal de las viejas y nuevas esclavitudes. De ahí su fundación. Una vocación la suya, por cierto, que se actúa mediante el apostolado asiduo, promoviendo el conocimiento y el amor por las misiones. El Instituto

contaba cuando su beatificación con cerca de 238 miembros y 33 casas: en diversas ciudades de Europa, del Norte y Sur de América, en India, en África y en Oceanía y, por lo que al personal concierne, con hermanas provenientes de 28 países. Fin primario: ayudar desde lejos a las misioneras con la propaganda, desde luego, pero también con ofertas y medios materiales. Alma noble, de gran sencillez y sinceridad, su entusiasmo juvenil y una singular fuerza de autocontrol le aseguraron extraordinario éxito, que ella atribuía sólo a Dios. Sus obras están activas en más de veinte naciones y cuatro continentes con fines asistenciales, centros de buena prensa, catequísticos y de apostolado universitario.

Entendía María Teresa que la falta de instrucción es ya, en sí misma, una forma de discriminación y un intolerable abuso por parte de quien detenta el poder. El turismo sexual y la explotación de los niños en Tailandia, Birmania, Brasil, etc. Los jóvenes de la calle, los «rag-pickers», o también los «meninos de rua», y tantos nombres para referirse a la triste realidad de la infancia abandonada en las metrópolis del tercer mundo; el trabajo de menores por una paga irrisoria de un sinfín de hijos de familias pobres y desesperadas; la dependencia económica de los pobres de América, explotados por los ricos propietarios, etc. María Teresa experimenta una verdadera conversión a la vista de tanta necesidad y tanto dolor, sobre todo en contraste con su anterior vida de corte. Ya en sus primeros años había dejado escrito en su diario: «Ofrecida la sagrada comunión para el nuevo modo de vida... muy feliz y serena... abandono el tabaco».

No es ella una publicista facilona y aprovechada, ni una gacetillera de fondo sentimentaloide y hermético, o de carácter simplemente piadoso y devocional: desde la fundación, el Sodalicio recoge de primera mano los datos referidos al continente africano, los verifica, los contrasta, los ordena, los pone al día constantemente. Se pide a los misioneros no sólo informaciones, sino también cartas geográficas precisas de aquellos inmensos territorios. Y así es como poco a poco, pasito paso que diría el poeta, consigue hacerse con grandes recopilaciones de fotografías y de objetos varios que después son expuestos en las principales ciudades europeas. A base de un continuo ir de un

centro a otro centro, a fuerza de organizar encuentros de propaganda, pronunciar conferencias, escribir artículos y ensayos, mantener abundantísima correspondencia, María Teresa Ledochowska logra emprender iniciativas de todo género, a menudo originales, y recoger y distribuir ingentes sumas de dinero para las misiones. La casa general de su Instituto se convierte en lugar de encuentros para quien quiera trabajar por la Iglesia en África, y todos, de una u otra forma, acaban recibiendo ayuda sin particularismos de índole nacionalista o de otro género. Pero los años pasan y el desgaste crece y la vida declina.

La salud de la fundadora, precaria ya, va deteriorándose de día en día. Ella, sin embargo, excepcional mujer dedicada por entero a Dios y a la Iglesia, con la pluma siempre en ristre lo mismo a favor de las misiones que librando la batalla antiesclavista, sigue tan contenta y feliz de ver que la obra crece próspera y saludable. Pasa los últimos años en Roma, en la casa madre de la Congregación, donde muere en olor de santidad el 6 de julio de 1922.

La etimología de María arroja, según la lengua egipcia, «amada por Dios»; y según el hebreo, «señora». Su emblema era el lirio. Algo, y puede que mucho, denotan tales nombres y tal signo. El apostolado de las Hermanas Misioneras de San Pedro Claver consiste hoy en formar e informar a los fieles sobre las necesidades de la Iglesia misionera. A ejemplo de su fundadora y fieles a su vocación, viven dedicadas a la misionología entre niños, jóvenes, adultos, y a suscitar colaboración en la obra evangelizadora de la Iglesia. Desean ser en el mundo actual, presa del estrés y del frenesí, esclavo de las pasiones y del bienestar, voz de los sin voz. Procuran fomentar las buenas costumbres y despertar las buenas voluntades latentes proponiendo modos y medios concretos para comprometerse en persona y construir un mundo cada vez más justo y fraterno. La esclavitud, ese oprobio y vergüenza de la humanidad que ya existía en los albores del género humano, todavía sigue vigente bajo diversas denominaciones y apelativos, como en el Norte de Sudán, donde aún se venden jóvenes africanos como esclavos, para vergüenza de una humanidad que se dice inteligente y civilizada, pero que ya se ve cuán roma y terca sigue en el aprendi-

zaje de la hermosa lección impartida por tantas ledochowskas que desde el Evangelio siguen reclamando libertad.

Fue María Teresa mujer dotada de cualidades geniales: una mente extraordinariamente analítica y ordenada; una segura y casi infalible intuición del valor de las personas; una capacidad singular de admirar y dejarse conmover por la belleza descubierta en las cosas pequeñas y grandes de este mundo; una extraordinaria sensibilidad para las artes, especialmente las figurativas y literarias; un corazón, el suyo, ardiente, capaz de amar y compartir las alegrías y los sufrimientos de los otros. Así se explica que, llena de fatigas, muera cuando todavía no tiene los sesenta. Pero eso mismo aclara de igual modo que su Instituto esté bien arraigado en muchos países y espiritualmente preparado para continuar el trabajo según su lema preferido: *Divinorum divinissimum cooperari in salutem animarum.* No le faltaron dificultades, claro que no, incluso de autorizados miembros de la Iglesia que no comprendieron su ideal. Siempre pasa lo mismo.

La tarea misionera de la madre María Teresa fue apreciada y muy querida y recordada no ya únicamente en África: toda la Iglesia, en realidad, se sintió y se sigue sintiendo interpelada por la acción apostólica de esta gran mujer, cuya fama de santidad empezó a difundirse prodigiosamente y sin cesar por todas partes a raíz de su muerte, de modo tal que las voces en demanda de una pronta beatificación no se hicieron esperar. Instruidos, pues, y completados pronto los procesos canónicos, la causa de beatificación y canonización se abrió el 21 de enero del año 1945. Pablo VI sancionó solemnemente el día 16 de marzo de 1970 el proceso acerca de la heroicidad de las virtudes teologales, es decir fe, esperanza y caridad, y cardinales, o sea prudencia, justicia, fortaleza y templanza.

La cuestión de los milagros a ella atribuidos siguió después su curso y fue objeto de examen y discusión en congresos habidos al efecto en la Sagrada Congregación para las Causas de los Santos, siendo aprobado por Pablo VI el decreto de dos milagros obrados por intercesión de la sierva de Dios el 9 de diciembre de 1974. El primero de ellos, a favor de Judit de Rivo, madre de familia de 42 años, víctima de un aparatoso accidente sufrido en Roma el 26 de septiembre de 1930, cuando camina-

ba por la Via Appia, cerca del lugar Tres Tabernas, vulgarmente conocido por Cisterna, del que se siguió una situación a juicio de los médicos irreversible de la que, no obstante, salió completamente restablecida el 26 de octubre. El segundo fue con la joven de 17 años Vicenta Mazzeotti, aquejada en junio de 1936 de un mal en el fémur izquierdo que los días 4 y 5 de julio de ese mismo año se agravó hasta presentar un cuadro clínico que los médicos juzgaron irrecuperable, pero del que entre los días 5 y 6 del mismo mes, implorada la intercesión de la Venerable Ledochowska, salió inesperadamente sana, sin volver a sentir molestia alguna. Atestiguada y declarada *ultra naturae leges sanationem* por los médicos, se tramitaron los dos casos en las curias eclesiásticas Albanense (1929-1934) y del vicariato de la Urbe (1947-1949) para el primero, y en Consentina (año 1948) sobre el segundo, y se instruyó el proceso canónico, del que salió el decreto de la Sede Apostólica el 1 de julio de 1951. En sesión del 20 de diciembre de 1972 fueron examinadas ambas curaciones en sesión celebrada por el Consejo de Médicos de la Sagrada Congregación. Sometido, en fin, todo el proceso al juicio de los teólogos y de la plenaria del mismo dicasterio respectivamente los días 29 de octubre y 19 de noviembre de 1974, el ponente de la misma, el cardenal Pericle Felici obtuvo la respuesta positiva de los cardenales. El 5 de diciembre Su Santidad Pablo VI ratificó ante el prefecto de dicha Sagrada Congregación, cardenal Luis Raimondi, el juicio cardenalicio favorable, del que se extendió el correspondiente decreto con fecha 9 de diciembre de 1974.

La beatificación llegó el domingo 19 de octubre de 1975 por el magisterio del papa Pablo VI. Aquel día era la Jornada Mundial de las Misiones de 1975, año santo de la reconciliación. Subió a los altares junto a tres nuevos beatos: Carlos José Eugenio de Mazenod, fundador de los Oblatos de María Inmaculada; Arnold Janssen, fundador de la Sociedad del Verbo Divino, y José Freinademetz, de la misma congregación, misionero en China. El papa Montini eligió la jornada dedicada a las misiones como el marco ideal para proponer a la cristiandad cuatro ejemplos de actividad evangelizadora. Desde el día en que llegó a sus manos el opúsculo que hablaba del cardenal Lavigerie y de su

cruzada por liberar a los esclavos de África, María Teresa no había bajado la guardia como publicista y escritora en la lucha contra la esclavitud.

Ningún juicio mejor para comprender la vocación misionera de la Beata María Teresa que las palabras del Concilio Vaticano II en el dintel del decreto *Ad gentes:*

> «La Iglesia peregrina es, por su naturaleza, misionera, puesto que toma su origen de la misión del Hijo y de la misión del Espíritu Santo, según el propósito de Dios Padre [cf. LG 2]. Este propósito dimana del "amor fontal" o caridad de Dios Padre, que, siendo Principio sin principio, del que es engendrado el Hijo y procede del Espíritu Santo por el Hijo, creándonos libremente por un acto de su excesiva y misericordiosa benignidad, y llamándonos, además, graciosamente a participar con Él en la vida y en la gloria, difundió con liberalidad, y no cesa de difundir, la bondad divina, de suerte que el que es creador de todas las cosas ha venido a hacerse todo en todas las cosas (1 Cor 15,28), procurando a la vez su gloria y nuestra felicidad. Y plugo a Dios llamar a los hombres a participar de su vida no sólo individualmente, sin mutua conexión alguna entre ellos, sino constituirlos en un pueblo en el que sus hijos, que estaban dispersos, se congreguen en unidad» (AG 2).

Las palabras con que Pablo VI abrió la homilía de beatificación denotan fina sensibilidad por la eclesiología misionera, que es, por lo demás, donde ha de ser entendida la espiritualidad de la Beata María Teresa Ledochowska:

> «Esta nueva, esplendorosa etapa del Año santo cae intencionalmente en la Jornada Misionera Mundial. Y esta circunstancia es subrayada aquí, hoy, de modo particular, por la presencia de numerosos obispos misioneros, que han gastado toda su vida al servicio de la Iglesia, y de 400 catequistas de los países de misión. A todos les saludamos con especialísimo afecto. Hoy la Iglesia está toda unida en oración y en fervor de generosidad por la causa misionera. Es la ocasión anual en que ella, Pueblo de Dios en camino, reflexiona sobre su fisonomía esencial y su misión constitutiva. Es la palabra de Jesús, que así la define y así la quiere: Como el Padre me envió, también yo os envío (Jn 20,21). Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes (Mt 28,19). El Concilio Vaticano II subrayó, en el Decreto sobre la actividad misionera, que la Iglesia peregrinante es, por su naturaleza, misionera [AG 2]; y prosiguió trazando una admirable y amplia síntesis teológica, que encuadra la misión en el plano salvífico del Padre: esa parte "del amor fontal" [ibid.], se realiza en el envío del Hijo Unigénito, con quien Dios dispuso entrar en la historia humana de modo nuevo y definitivo [AG 3], y se

prolonga en la efusión del Espíritu Santo en Pentecostés, el cual en todos los tiempos infunde en el corazón de los fieles el mismo espíritu de misión que impulsó a Cristo [AG 4]. Como enviada por Cristo, la Iglesia continúa en el tiempo y en el espacio este fundamental deber suyo, que ella no podría disminuir o alterar sin traicionar la propia constitutiva naturaleza, la propia originaria vocación».

Fue asimismo el papa Montini quien, a instancias del episcopado polaco en pleno con su cardenal primado Wyszynski al frente, declaró, el 20 de enero de 1976, a la recién beatificada María Teresa Ledochowska celeste patrona de todas las obras misionales de la Iglesia en Polonia.

El específico mensaje que la nueva beata propone a los hombres de esta época nuestra de estrés y posmodernidad, puede reducirse, en síntesis del propio Pablo VI, a la siguiente triple invitación:

«*a)* Sentir y ver en los hombres al hermano, que con nosotros y como nosotros vive, ama, espera, llora; a ayudarlo a elevarse, a conseguir la plenitud de su desarrollo humano, social, cultural, espiritual. Y todo ello no por motivos, digamos, naturales, sino primero y sobre todo por la luz de la Revelación, que nos indica misteriosamente presente y escondido en el rostro de los hermanos, especialmente si sufren, el rostro mismo de Cristo.

b) Acoger los signos de los tiempos para testimoniar y rendir siempre actual la presencia de la Iglesia en el mundo, en todos aquellos modos que nos vengan ofrecidos sea por las circunstancias del kairós *(redimentes tempus,* "aprovechando bien el tiempo" [Ef 5,16]), sea por las inclinaciones del genio propio de cada uno.

c) Tomar siempre mayor conciencia de que en el actual orden de cosas, del que están surgiendo nuevas condiciones para la humanidad, la Iglesia, sal de la tierra y luz del mundo (cf. Mt 5,13-14), se siente llamada con mayor urgencia a la obra de salvación y renovación de toda criatura, para que todas las cosas sean instauradas en Cristo y en él formen los hombres una sola familia y un único Pueblo de Dios (AG 1). El alimento insustituible de esta obra de suprema importancia es: la fe; el amor; la oración; en el corazón de valerosos misioneros. Una fe sin límites en Dios, que se traduce en un apasionado amor a Cristo. Fe y amor que se despliegan en un desbordante deseo de difundir entre los hombres el mensaje de salvación».

También, Juan Pablo II decía a los peregrinos polacos el 16 de mayo de 1979:

> «En este excepcional encuentro hodierno nosotros debemos augurarnos —con ayuda de la Gracia de Dios y por intercesión de María Madre de la Iglesia que es nuestra Señora de Jasna Gora, Reina de Polonia, con la intercesión de San Estanislao, de San Adalberto y de todos los Santos y Beatos polacos hasta el Beato Maximiliano Kolbe y la Beata María Teresa Ledochowska— que todos nosotros, allí donde estemos, consigamos dar testimonio de la madurez de Polonia, hacer más fuerte nuestro derecho de ciudadanos entre todas las Naciones de Europa y del mundo, y servir al noble fin de testimoniar el universalismo cristiano».

Con singular clarividencia y sabia lectura de los signos de los tiempos, anticipándose a esta época de la prensa escrita y audiovisual, la Beata María Teresa ejerció maravillosamente el apostolado de la pluma y de la palabra, hoy diríamos del ordenador y del micrófono. Fue un prodigio de actividad catequística en el uso de los medios de comunicación. De ahí que su persona toda y su quehacer apostólico encajen de lleno en las siguientes palabras del decreto *Inter mirifica,* del Concilio Vaticano II:

> «Esfuércense todos los hijos de la Iglesia para que los medios de comunicación social se utilicen eficazmente, sin la menor dilación y con el máximo empeño, en las múltiples obras de apostolado, según lo exigen las circunstancias de tiempo y situación, anticipándose a las iniciativas dañosas, especialmente en aquellas regiones en las que el progreso moral y religioso reclama mayor diligencia» (IM 13).

La espiritualidad de la Madre María Teresa y del Sodalicio por ella fundado se basa en las reglas de la Compañía de Jesús.

La Beata María Teresa Ledochowska, en fin, aquella mujer íntegra, integrada e integradora, indispensable bandera de generosidad y coraje en la incesante lucha contra la esclavitud, brilla hoy con singular refulgencia en el alto y espacioso firmamento de la Iglesia universal por su eficaz y prodigioso dominio de los medios en el apostolado de la prensa. Es asimismo un referente obligado en el continente de ébano, el que un día vio con dolor cómo sus hijos nacidos libres —hasta 100 millones según estimaciones de ciertos especialistas— eran desarraigados del suelo materno africano, de la naturaleza caliente, salvaje, subsahariana y austral para ser transportados como animales en barcos negreros al continente americano.

En la mañana del domingo 10 de abril de 1994, presidiendo la solemne concelebración eucarística en la apertura de la Asamblea especial para África del Sínodo de los Obispos, dijo Juan Pablo II: «África es también en un cierto sentido la segunda patria de Jesús», y con la mente puesta en San Cipriano, San Aurelio, San Agustín, ese genio incomparable del cristianismo, y en los mártires scilitanos, y en los de Mombasa, y en los de Kampala, y en tantos y tantos hijos ilustres de la Iglesia pertenecientes al continente africano, añadió: «El día de África en la Iglesia dura ya desde casi 2.000 años».

La Beata María Teresa Ledochowska gastó su vida toda para demostrar desde el Evangelio que si en la Europa de los siglos XVI, XVII y XVIII hubo gobiernos cristianos que toleraron o aceptaron o incluso fomentaron el comercio de esclavos, también florecieron hijos europeos de la Iglesia capaces de luchar y enfrentarse y plantar cara a semejante ignominia. Su vida fue un canto a la libertad, y su apostolado una entrega sin reservas a la plausible vocación de devolver a los modernos esclavos africanos, cuyos antepasados fueron conducidos engrilletados sin piedad a tierras de América, el preciado tesoro de la libertad que ellos no pudieron disfrutar por el pecado de los hombres. Y, en última instancia, a descubrir en todo el mundo las excelencias, muchas por cierto, de ese hermoso continente de la negritud que en los umbrales del siglo XXI despierta ya con la cólera de unas heridas todavía sin cicatrizar.

PEDRO LANGA, OSA

Bibliografía

Art. en *Bibliotheca sanctorum.* VII: *Giustiniani-Lhuilier* (Roma 1966) cols.1169-1171.

ANSÓN, L. M., «Ese inmenso crimen de la historia»: *La Razón* (10-7-2003) sección «Canela fina».

Bibliotheca missionum 18 (1953) 1160-1164; 20 (1954) 590-603.

BIELAK, V., *María Teresa Ledochowska* (Madrid 1934).

Enciclopedia cattolica, VII (Ciudad del Vaticano 1951) cols.1015-1016.

GUSTAVA, R., OFM (ed.), *Hagiografia Polska. Slownik bio-bibliograficzny* (Varsovia 1971) 1-17 (publicaciones sobre la Beata).

LANGA, P., «El ecumenismo y las misiones»: *Misiones Extranjeras* 179 (2000) 397-406.

MAJKOWSKI, J., «Ledochowska (Marie-Thérèse, Bienheureuse)», en *Dictionnaire de spiritualité, ascétique et mistique.* IX: *Labadie-Lyonnet* (París 1976) 510.

Martyrologium romanum, o.c., 353, n.12; 733.

MOLINARI, P., «Ledochowska, Maria Teresa, beata», en G. PELLICCIA - G. ROCCA (dirs.), *Dizionario degli Istituti di Perfezione*. V: *Iona-Monachesimo* (Roma 1978) cols.569-571.

PABLO VI, Allocutiones-VII. «In foro Petriano habita iis qui sollemni Beatificationi interfuerunt Servorum Dei: Caroli Iosephi Eugenii de Mazenod, Arnoldi Janssen, Iosephi Freinademetz et Mariae Theresiae Ledóchowska [Die 29 mensis octobris a. 1975]»: *AAS* 57 (1975) 591-596, esp. 594.

PABLO VI, Litterae apostolicae-IV. «Venerabili Dei Famulae Mariae Teresiae Ledóchowska, virgini, Fundatrici Sodalitii Sancti Petri Claver, honores Beatorum decernuntur [Datum Romae, die 19 octobris a. 1975: I. CARD. VILLOT, Secretarius Status]»: *AAS* 58 (1976) 250-253.

PABLO VI, Litterae apostolicae-IV. «Beata Maria Teresia Ledóchowska declaratur Patrona caelestis missionalium operum Polonorum [Datum Romae, die 20 ianuarii a. 1976: I. CARD. VILLOT, Secretarius Status]»: *AAS* 58 (1976) 173.

SACRA CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, «Decretum Beatificationis et canonizationis Ven. Servae Dei Mariae Teresiae Ledóchowska, fundatricis Sodalitii S. Petri Claver. Super dubio [9.12.1974: A. CARD. RAIMONDI, Praefectus]»: *AAS* 57 (1975) 214-216.

SACRA CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, *Beatificationis et canonizationis servae Dei Mariae Teresiae Ledóchowska, fundatricis Piae Sodalitatis S. Petri Claver Pro Missionibus Africanis. Positio super virtutibus* (Roma 1953); *Nova positio super virtutibus* (Roma 1966).

VALTIERRA, A., *El santo que libertó una raza, San Pedro Claver* (Bogotá 1954).

— *El esclavo de los esclavos* (Bogotá 1954).

WALZER, M. T., *Su nuove vie. Della vita e dell'attività della venerabile serva di Dio Maria Teresa Ledochowska* (Roma 1974).

BEATA NAZARIA IGNACIA DE SANTA TERESA DE JESÚS MARCH MESA

Virgen y fundadora († 1943)

Había nacido el 10 de enero del año de 1889 en Madrid y era la cuarta hija de los dieciocho hijos del matrimonio de José March Reus y Nazaria Mesa Ramos, de los cuales sólo once hermanos sobrevivieron. Recibió el bautismo en la parroquia de San José, en la calle Alcalá, el día 11 de abril del mismo año y la primera comunión a los nueve años de edad en el Colegio del Espíritu Santo, en Sevilla, dirigido por las religiosas agustinas, donde sintió la llamada del Señor que le decía: «Nazaria, sígueme». A lo que ella contestó: «Te seguiré, Señor, de cerca, como puede hacerlo una criatura humana». Aquel día se consagró al Señor.

En el colegio soñaba con convertirse en misionera jesuita y para ello formó con sus compañeras un grupo llamado «misio-

neras ocultas» que, con su oración y trabajo, trabajaban por las misiones.

Habiendo dejado el colegio, tuvo oportunidad de experimentar los atractivos del mundo. Ella misma dirá algunos años después: «A los siete años, cuando la razón comienza a dejarse sentir, te conocí y, desde entonces, te amé». El sacramento de la confirmación fue para ella el bálsamo que la haría superar la lucha y se consagró sin reserva alguna y para siempre a Jesucristo, confirmando su propósito de seguirlo lo más de cerca posible.

Su padre era marino de profesión y con su familia —debido a sus dificultades económicas— se trasladó a México el año 1906. Durante la travesía conoció a un grupo de Hermanitas de los Ancianos Desamparados que la impresionaron por su simplicidad, humildad y entrega a los pobres, y en esa congregación entraría, siendo muy joven. Volvió a España para hacer el noviciado y pronunciar los primeros votos religiosos, el día 15 de octubre de 1911. Poco después es destinada, junto con 9 compañeras, a Oruro (Bolivia) para fundar una nueva casa de acogida para los ancianos. Comienza para ella una etapa de su vida centrada en la atención a los ancianos desamparados y necesitados que la llevó a recorrer todos los lugares en donde pudiera adquirir medios para atenderlos. Fue con ocasión de esos recorridos cuando sintió que el clamor de los pobres —no sólo de los ancianos— «subía al cielo». Comienza a sentir que el Señor le pide algo más. Su amor por Bolivia era inmenso, llegando incluso a ofrecer su vida por la Iglesia boliviana.

Sería el año 1920 cuando conoció en Oruro el Beaterio de las Nazarenas, donde sintió que Jesús Nazareno le decía: «Nazaria, tú serás fundadora, y esta casa, tu primer convento». Mientras realizaba los Ejercicios Espirituales ignacianos experimentó el deseo de agrupar a diversas personas bajo el estandarte de la cruz, concibiendo una congregación religiosa que debería ser una cruzada de amor en torno a la Iglesia.

Tras cinco años de discernimiento espiritual, el 16 de junio de 1925, Nazaria Ignacia dejaba su comunidad de los Ancianos Desamparados para iniciar, en un destartalado edificio conocido como el «Beaterio de las Nazarenas», la fundación de una congregación religiosa con un capital de 40 centavos entrega-

dos por la antigua abadesa. Los motivos que la llevaron a ello los cuenta ella misma:

> «Las circunstancias históricas y ambientales del nacimiento de nuevas iglesias locales en Bolivia; la escasez de sacerdotes y de vocaciones religiosas nativas; la presencia de numerosas sectas enfrentadas con la Iglesia católica y la dura realidad económica, política y social del país».

Las primeras compañeras serían diez jóvenes bolivianas. El 12 de febrero de 1927 se erige canónicamente la congregación de «Hermanas Misioneras de la Cruzada Pontificia», que era «hija primeriza, tierna, legítima de la Iglesia boliviana» en palabras del obispo, monseñor Antezana.

La novedad de la nueva congregación le reportó innumerables contradicciones ya que las nuevas hermanas no encajaban en el molde tradicional de las demás religiosas. Pero ella vio el dedo de Dios y siguió adelante de acuerdo con el representante del Papa en el país y con la misma jerarquía que la apoyó. Intuyó, casi cuarenta años antes del Concilio Vaticano II, que estaba llegando la hora de los laicos.

En las constituciones dejó escrito que el Instituto tendría como prioridad la acción social de la mujer; como fin especial, la difusión del catecismo entre niños y adultos; y como signo distintivo el ser reconocido por su particular unión con el Santo Padre. Quería «establecer un reino de amor y de caridad» en todo el mundo.

En dos ocasiones estuvo cerca del martirio; la primera en 1932 en Bolivia, con ocasión de una violenta persecución.

Fue una mujer valerosa y tenaz y esto se refleja en su obra. Decía:

> «Éste es nuestro espíritu: guerrero, fiel, nada de cobardías, todo amor, amor sobre todo a Cristo y en Cristo a todos. Repartirse entre los pobres, animar a los tristes, dar la mano a los caídos, enseñar a las hijas del pueblo, partir su pan con él, en fin, dar toda su vida, su ser entero por Cristo, la Iglesia, las almas».

Oruro fue el centro de irradiación de la nueva congregación. Las religiosas atendían a niñas abandonadas, visitaban presos, catequizaban en las parroquias y en los cuarteles, preparaban las visitas pastorales en las minas y en los campos. Lo que

pretendían las llamadas «pontificias» era la promoción integral de la mujer a través de la profesionalización y la defensa de sus derechos, y con este objetivo fundaron el primer «sindicato de obreras» que se conoce.

Pero la obra se desbordó y no sólo localmente. Tras Oruro, las hermanas abrieron casas en Cochabamba, La Paz, Potosí y Santa Cruz. Pretendía un servicio amoroso a los más pobres y necesitados; buscaba sólo el bien del pueblo y el servicio incondicional a la Iglesia en sus pastores, sobre todo en los lugares más difíciles y conflictivos. Decía a sus hijas:

> «Tenemos que trabajar con todas nuestras fuerzas, como prometimos al hacer nuestros votos, a fin de difundir el reino social de Jesucristo, difundiendo su doctrina a través del catecismo y de profunda instrucción religiosa en todas las clases sociales, pero en particular entre los más humildes y necesitados, para llevarles a la Iglesia, al Papa, su cabeza visible, y a los obispos».

Hay dos palabras que pueden sintetizar su vida y su mensaje: iglesia y pueblo. No se comprende una sin la otra, según el mismo estilo de Jesucristo. Dos palabras que son dos grandes compromisos: la gloria de Dios y la salvación de las almas. Ardía en amor de Dios, como se ve en el lema que adoptó: *Charitas Christi urget nos!*

Su muerte tuvo lugar en Buenos Aires el nueve de junio del año de 1947 y sus últimas palabras fueron: «Por Cristo... la Iglesia... las almas». Su cuerpo reposa en la ciudad de Oruro desde el 1972. Las dos congregaciones que fundó, las Misioneras Cruzadas de la Iglesia y las Misioneras Seculares de la Iglesia, están presentes en tres continentes, haciendo realidad el carisma de madre Nazaria Ignacia y su proyecto de anunciar y edificar el Reino con la evangelización, a través de las obras pastorales y catequéticas que ayuden a todas las personas a encontrar su camino en la Iglesia.

El papa Juan Pablo II, el 27 de septiembre de 1992, día de su beatificación, hablaba del ansia apostólica de madre Nazaria Ignacia con estas palabras:

> «Movida por esta ansia apostólica, fundó en Bolivia las Misioneras Cruzadas de la Iglesia, con las cuales se propuso "bajar a la calle" para encontrar a los hombres, solidarizarse con ellos, ayudarles, sobre todo si esos hermanos estaban cubiertos por las lla-

gas de las necesidades materiales, como el pobre Lázaro del Evangelio (cf. Lc 16,21), pero principalmente para llevarlos a Dios».

JUAN JAVIER FLORES ARCAS, OSB

Bibliografía

AZUARA, M.ª V., *Bajando a la calle* (Madrid ³1992).
BAPTISTA, J., SI, *Ignacia, mujer de ayer y hoy* (Cochabamba ²1992).
Diario de madre Nazaria Ignacia March, fundadora de las Misioneras Cruzadas de la Iglesia (Madrid 1989), 4 vols.
GARCÍA-GUTIÉRREZ GÓMEZ, M., *Nazaria Ignacia March, mujer de Iglesia en el corazón del pueblo* (Madrid ²1992).
MACÍAS LÓPEZ, A.-M.ª, *La fuerza del sí. Semblanza de M. Nazaria-Ignacia, fundadora de las Misioneras Cruzadas de la Iglesia (Beatificada el día 27-IX-1992)* (Sevilla 1992).
«Madre Nazaria Ignacia March. Missionaria tra poveri ed emarginati»: *L'Osservatore Romano* (27-9-1992).
RUIZ-JURADO, M., SI, *Por Cristo, por la Iglesia, por las almas! La madre Nazaria Ignacia [March], fundadora de las Misioneras Cruzadas de la Iglesia* (Roma 1992).
SACRA CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, *Canonización de la sierva de Dios Nazaria Ignacia March, en religión: Nazaria Ignacia de Santa Teresa de Jesús... «Positio» sobre la vida, virtudes y fama de santidad* (Roma 1987), 2 vols.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN PALADIO

Obispo († 432)

No se sabe gran cosa de la juventud de Paladio. Parece haber estado en el círculo de San Germán de Auxerre y hay quien piensa que era diácono en Roma y que como tal aconsejó y pidió al papa San Celestino I que delegara en San Germán para que fuera a Bretaña a combatir la herejía pelagiana. Parece que Paladio acompañó al santo de Auxerre en su misión. En 429 fue consagrado obispo y enviado a Irlanda, donde llevó a cabo una misión limitada. Murió de vuelta a Roma el año 432.

SAN GOAR

Presbítero († s. VI)

No hay duda de que ya en el siglo VIII existía la celda de San Goar, a la orilla del Rin, en la diócesis de Tréveris, y que fue

dada en donación por Pipino el Breve al monasterio de Prüm. Sobre ella surgiría luego una basílica, a donde fue llevada la tumba del santo, que se convirtió en meta de numerosas peregrinaciones, circulando entre los peregrinos noticias de muchos milagros alcanzados por la intercesión del santo. Más tarde se formó una ciudad que tomó nombre del mismo, Sankt Goar.

En el mismo siglo VIII y por un monje de Prüm fue escrita la más antigua biografía del santo, según la cual era oriundo de Aquitania y había llegado a Tréveris en tiempos de Childeberto. Ordenado sacerdote, tuvo licencia para construirse una celda y una ermita junto a Oberwesel y una sala de hospedaje para peregrinos. Todos los días celebraba la misa, menos el viernes, recitaba el salterio y atendía a los peregrinos, dándoles sabios consejos de vida cristiana. Rechazó el episcopado y vino a morir un 6 de julio, siendo enterrado en su propia celda. Parece que hay que situar la vida del santo en el siglo VI.

BEATO TOMÁS ALFIELD

Presbítero y mártir († 1585)

Tomás Alfield (o Aufield o Hawfield) nace en Gloucester en 1552 en el seno de una familia protestante; era hijo de un maestro de Gloucester School. Se educó en Eton y en el King's College de Cambridge en el que fue «fellow» entre 1571 y 1575. En este año decidió su conversión al catolicismo y al año siguiente estuvo varios meses en el seminario de Douai. Cuatro años más tarde regresó al mismo seminario, concluyendo sus estudios en Reims y ordenándose sacerdote en 1581. Enseguida volvió a Inglaterra, usando el apellido Badger. Logró la conversión del futuro Beato Guillermo Dean y estuvo presente el 1 de diciembre de dicho año 1581 en la ejecución de San Edmundo Campion y sus compañeros en la plaza londinense de Tyburn, sobre lo que dejó escrita una memoria. Continuó su apostolado hasta que en la primavera de 1582 fue arrestado, parece que por denuncia de su propio padre. Llevado a la Torre y sometido a tortura, accedió a renunciar al catolicismo y volver al anglicanismo, siendo por ello dejado libre en septiembre de 1582.

Pero, muy poco después, su conciencia le impulsó a volver a Reims donde manifestó su arrepentimiento y su deseo de ser readmitido en la Iglesia católica. Pareció sincero su arrepentimiento y se le dio la reconciliación. Más aún, se le permitió continuar el ejercicio del ministerio y regresar como misionero a Inglaterra. En junio de 1585 fue nuevamente arrestado y, esta vez, encerrado en la cárcel de Newgate. El cargo era haber traído, incumpliendo la ley, libros contrarios a la prerrogativa real de cabeza de la Iglesia y, concretamente, haber introducido y distribuido ejemplares del libro de W. Allen, *A true, sincere and modest defence of english catholics,* en el que el fundador del seminario de Douai respondía al alegato de lord Burghley en su libro *The execution in justice,* según el cual los católicos ingleses ejecutados lo eran por traición y no por motivos religiosos. Tomás admitió haber difundido tal libro, al igual que lo admitió Tomás Webbley que sería condenado y ejecutado con él.

En el juicio se le ofreció a Tomás la libertad y la vida si admitía la supremacía religiosa de la Reina, a lo que se negó tenazmente. Fue declarado traidor y ejecutado en Tyburn el 6 de julio de 1585. Una orden de aplazamiento de la ejecución llegó tarde. Fue beatificado el 15 de diciembre de 1929 por Pío XI.

BEATO AGUSTÍN JOSÉ (ELÍAS) DESGARDIN

Religioso y mártir († 1794)

Agustín José Desgardin nació el 21 de diciembre de 1750 en Hénin-Liétard, diócesis de Arrás, hoy en el Pas de Calais. Educado cristianamente en su casa, y luego de practicar unos años el oficio de cuchillero, sintió la vocación religiosa y con veintisiete años no cumplidos optó por la vida monacal, tomando el hábito cisterciense el 8 de mayo de 1777 en la abadía de Sept-Fons, en el Allier. Hecho el noviciado, profesó con el nombre de hermano Elías el 20 de junio de 1778.

Como hermano converso, prestaba sus servicios con humildad y empeño en la comunidad, constando que en 1790 era el cirujano o enfermero de los monjes. Cuando llegó la Revolución y la abadía fue clausurada, él se marchó con su prior, el P. Pierre-Paul Charles, y otros religiosos, y vivía con ellos en

Montluçon el 6 de diciembre de 1791. Como todos sus compañeros se negó él también a prestar el juramento constitucional, lo que le valió la prisión junto con el prior. Ambos volvieron a encontrarse en la prisión de Sainte-Claire des Moulins. El directorio del departamento del Allier lo condenó a la deportación (31 de marzo de 1794), saliendo el día 3 de abril y constando que el 16 de mayo estaba ya en Rochefort. Fue llevado al barco Les Deux Associés, donde ya se hallaba su prior.

Se dedicó, como antiguo enfermero del convento, a asistir a todos los enfermos en cuanto obtuvo la licencia de su prior. Era consciente de que se trataba de algo peligroso pues podía contagiarse de cualquiera de las muchas enfermedades que había en el barco, pero decidió sacrificarse voluntariamente por aliviar a los enfermos. Religioso fervoroso, lleno de bondad y de virtudes, fue un ángel de consuelo en aquellas terribles circunstancias. Había podido llevar consigo algunos remedios que aplicaba como mejor sabía. Todavía en buena edad y bastante fuerte, se contagió atendiendo a los enfermos y murió mártir de la fe y la caridad el 6 de julio de 1794, siendo enterrado en la isla de Aix. Fue beatificado el 1 de octubre de 1995.

BEATA SUSANA ÁGUEDA (MARÍA ROSA) DE LOYE

Religiosa y mártir († 1794)

Susana Águeda de Loye nació en Sérignan, el 4 de febrero de 1741. Educada cristianamente, se sintió llamada a la vida del claustro e ingresó en el monasterio de la Asunción, de monjas de la Orden de San Benito, de Caderousse. Allí hizo el noviciado y profesó los votos religiosos tomando en religión el nombre de sor María Rosa.

Su camino al martirio comenzó cuando su monasterio fue suprimido por la Revolución y, llegada la época del Terror, ella y varias compañeras fueron detenidas y encarceladas, siendo llevadas a Orange, donde pasó varios meses en la cárcel. Impelida a que cumpliera la ley del 9 de nivoso que obligaba a las religiosas a prestar el juramento de libertad-igualdad, sor María Rosa se negó alegando motivos de conciencia. Y por ello fue la primera religiosa condenada a muerte. La acusación decía: «Ciuda-

danos jueces: Yo traigo ante vosotros y acuso a Antonio José Lousignan, sacerdote aquí presente, y a Susana Águeda Deloye, religiosa, de ser los dos culpables del mismo delito: muy enemigos de la libertad, que han intentado subvertir la República por el fanatismo y la superstición, y refractarios a la ley, ellos se niegan a prestar el juramento que se les exige». Como consecuencia de esta acusación, comprobada —decía la sentencia— en el curso del juicio, fue condenada a guillotina, y así ejecutada el 6 de julio de 1794 en Orange. Fue beatificada con las otras mártires de Orange el 10 de mayo de 1925 por Pío XI.

SAN PEDRO WANG ZUOLONG

Mártir († 1900)

Pedro Wang Zuolong (Wang Tsong Loung) había nacido en Shuangzhong (Choang-Tchung), China, en 1842, y en su juventud había sido seminarista, pero luego optó por la vida seglar y vivía en su pueblo llevando una vida religiosa y honesta.

Cuando llegó la persecución bóxer y corrió la noticia de que estos perseguidores del cristianismo perpetraban grandes atrocidades, decidió huir del pueblo, pero volvió pues no quería dejar solo a su hermano. Se mantuvo, prudentemente, en las afueras del pueblo hasta que una mujer lo reconoció y se lo señaló a los boxers como cristiano.

Fue apresado y lo colgaron por la coleta del palo de la bandera que estaba delante de la pagoda y lo mortificaron con golpes, quemaduras, etc., mientras que, poco a poco, se le iba desprendiendo el cuero cabelludo. Finalmente se le desprendió y cayó al suelo en medio de un gran concurso de gente que había acudido a verle y que no dejaba de mostrar compasión por él. Los boxers pidieron entonces una suma de dinero para dejarlo libre, y se consiguió, pero exigieron, además, que renegara del cristianismo, a lo que el mártir se negó. Entonces lo metieron en la pagoda y lo forzaron a que adorase a los dioses. Pedro se mantuvo firme en no adorar sino al Dios verdadero. Allí mismo fue rematado. Era el 6 de julio de 1900. Fue canonizado el 1 de octubre de 2000.

7 de julio

A) MARTIROLOGIO

1. La conmemoración de San Panteno de Alejandría († s. III), varón apostólico **.
2. En el monasterio de Faremoutiers-en-Brie (Aquitania), Santa Edilburga o Etelburga († 695), abadesa.
3. En Winchester (Inglaterra), San Hedas († 705), obispo, que trasladó a esta ciudad la sede episcopal desde Dorchester.
4. En Eichstätt, de la Franconia, San Wilibaldo († 787), obispo *.
5. En Tamlacht (Irlanda), San Mael Ruain († 789), obispo y abad.
6. En Urgel (Cataluña), San Odón († 1122), obispo **.
7. En Perugia (Umbría), Beato Benedicto XI († 1304), papa, de la Orden de Predicadores *.
8. En Fossano (Italia), Beato Odino Barotti († 1400), párroco **.
9. En Winchester (Inglaterra), beatos Rogerio Dickinson, presbítero, Rodolfo Milner, padre de familia, y Lorenzo Humphrey, joven († 1591), mártires bajo Isabel I *.
10. En Rochefort (Francia), Beato Juan José Juge de Saint-Martin († 1794), presbítero y mártir *.
11. En Orange (Francia), Beata Ifigenia de San Mateo (Francisca María Susana) de Gaillard de la Baldène († 1794), virgen, de la Orden de San Benito, Congregación de la Adoración Perpetua del Santísimo Sacramento, mártir *.
12. Junto a Heng-tchou-fu (China), santos Antonino Fantosati, obispo, y José María Gambaro, presbítero († 1900), mártires *.
13. En Kitcheou (China), San Marcos Ji Tianxiang († 1900), padre de familia y mártir *.
14. En Hujiacun (China), Santa María Guo Lizhi († 1900), madre de familia y mártir *.
15. En Rakunai (Melanesia), Beato Pedro To Rot († 1945), padre de familia, catequista y mártir **.
16. En León (Costa Rica), Beata María Romero Meneses († 1977), virgen, de la Congregación de Hijas de María Auxiliadora *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN PANTENO DE ALEJANDRÍA

Varón apostólico († s. III)

Panteno es el nombre más antiguo que se conoce dentro de la línea de los pensadores cristianos de Alejandría. Las noticias

que sobre él nos han llegado son escasas y poco seguras; la mayor parte proceden de la *Historia eclesiástica* de Eusebio de Cesarea, pero las mismas expresiones que el fidedigno autor emplea: «se cuenta», «se dice», no inspiran mucha confianza.

Según los datos presentados por Eusebio, Panteno era hombre de vasta cultura que había sido estoico, deducción que puede rastrearse por los indicios estoicos y más tarde platónicos en la antigua teología cristiana. Panteno habría predicado el Evangelio desde Oriente hasta la India (la de Santo Tomás):

> «Se dice —cuenta Eusebio— que antes de llegar él, le había precedido el Evangelio de Mateo que había llegado hasta aquellos pueblos; Bartolomé, uno de los apóstoles, les habría predicado a Cristo y les habría dejado el Evangelio de Mateo escrito en caracteres hebraicos; aquellas gentes lo habían conservado hasta entonces».

Históricos o no, esos datos no pueden proceder únicamente de una fuente oral. Sería de enorme valor si conociésemos su fuente real o si la hubiesen repetido Clemente, Orígenes o Julio Africano. El caso es que, si fuera cierto el que Panteno hubiese estado en la India, se apoyaría la hipótesis, sugerida por algunos, de una influencia del pensamiento hindú sobre ciertas corrientes de la filosofía griega y en la teología cristiana. Se puede pensar, a partir de esa suposición, que Panteno fue un «judeo-cristiano perteneciente al ambiente palestino». Panteno conoce el hebreo y con toda seguridad de él provienen los conocimientos que Clemente posee de las tradiciones judeo-cristianas relativas a Santiago y a la doctrina apocalíptica, como suponen algunos estudiosos.

Eusebio parece identificar a Panteno con un maestro que Clemente de Alejandría habría descubierto en «algún lugar remoto de Egipto». Si bien esta identificación ya ha sido desechada, sí hay que reconocerlo en aquella expresión de Clemente: «abeja de Sicilia». La expresión no alude tanto a un lugar de origen cuanto a expresar un contenido literario para aludir a cómo Panteno libaba en los prados de los profetas y en los del Evangelio para producir una rica miel con que alimentar el conocimiento *(gnosis)* en las almas de sus discípulos.

Panteno, según las pocas indicaciones de Clemente, habría dado su enseñanza exegética en Egipto, hacia 180, orientada ha-

cia el conocimiento espiritual. La «gnosis» que transmitía era muy diferente de aquella que enseñarían los herejes, aunque ciertamente en aquella época no estaban bien delimitados todos los campos entre ortodoxia y heterodoxia. Panteno sería, entre los llamados «presbíteros», el eslabón de una tradición secreta que se remontaba a los apóstoles y que Clemente de Alejandría se enorgullecía de haber recibido y de haber sido el primero en haberlas puesto por escrito en sus «strómatas», y sobre todo en sus «hypotepóses», hoy perdida.

Las tentativas por delimitar los datos proporcionados por Clemente sobre Panteno no han conducido a conclusiones decisivas. Clemente le es deudor de las tradiciones exegéticas; y le nombra a propósito de una pregunta de método en su *Eclogae propheticae* 56,2. Es probable que Clemente y Panteno tuviesen en común una opinión benevolente hacia la cultura y filosofía griega y, en lo esencial, una misma doctrina en lo referente a: distinción, pero no oposición entre fe y «gnosis», primado de la contemplación, divinización del hombre por la «apatheia» y la semejanza con Dios. La espiritualidad inherente a la teología alejandrina tendría, pues, su fuente en Panteno y podríamos añadir que el personaje del «gnóstico» que aparece en la última «stromata» de Clemente es un retrato de Panteno.

Eusebio le atribuye, además de su enseñanza oral, algunas obras escritas, pero no da el nombre de ninguna de ellas. Jerónimo también dice que escribió y lo mismo repiten otros padres y escritores. Algún autor ha sugerido, con reservas, que Panteno podría ser el autor de la obra *A Diogneto.* Pero todo ello va en contra de la afirmación de Clemente: «Los presbíteros no escribían nunca».

Hacia 233, Alejandro de Jerusalén y Orígenes le nombran en un intercambio de cartas; el primero une su nombre al de Clemente para llamarlos «padres bienaventurados que nos han precedido» y el otro lo tiene como uno de los maestros cristianos ejemplares formados en la filosofía. En los más antiguos martirologios aparece Panteno como santo el 7 de julio y en la Iglesia copta el 22 de junio. Como dato ilustrativo hay que reseñar que la revista del Patriarcado ortodoxo de Alejandría lleva el nombre de *Pantainos* desde 1908.

Sea como fuere, el nombre de Panteno ha estado siempre unido a Alejandría y a su escuela cristiana, por lo que parece de justicia traer aquí un resumen de la historia de esa antiquísima y principal Iglesia que tan ricos frutos ha dado a la Iglesia universal. He aquí algunos datos y referencias:

Alejandría es la ciudad del bajo Egipto, la antigua Recondah del tiempo de los faraones, llamada Rhacotis por los griegos; después de reconstruida por Alejandro el Grande, Alejandrinópolis, y Alejandría, por los romanos.

Cuando Alejandro conquistó el Egipto (322 a.C.), quedó admirado de la situación magnífica en que se hallaba enclavada la pequeña población de Rhacotis, y decidió levantar, en aquel lugar una ciudad que llevase su nombre, confiando la elaboración de su proyecto al arquitecto, el cual dio a su plano la forma de una clámide. Fueron levantados magníficos monumentos, que hicieron de Alejandría una ciudad magnífica; su admirable situación permitióle lograr un gran desarrollo comercial y un grado de superior prosperidad.

Por espacio de tres siglos (323 a 30 a.C.) fue la capital de los «Ptolomeos lagidas», sucesores de Alejandro en el reino de Egipto, los cuales hicieron de Alejandría la metrópoli comercial e intelectual del mundo de aquellos tiempos. Según Diodoro de Sicilia, su población de ciudadanos libres pasaba de los 300.000, lo cual hace suponer que el total de su población rebasaba del millón de habitantes. Gozó de fama su biblioteca, que llegó a reunir más de 790.000 volúmenes, y fue destruida por el fuego cuando Julio César destruyó la flota alejandrina (43 a.C.) y tiempo después, en época de Teodosio.

Conquistada la ciudad por Octavio Augusto, fue capital de provincia romana, hasta que Amr-ibn-Al-Asi la conquistó a su vez, después de un largo sitio (640 d.C.). Desde entonces, su importancia empezó a declinar por causa de la fundación del Cairo, que luego pasó a ser capital de Egipto. La decadencia de Alejandría llegó a ser tan grande, que, cuando Napoleón I la conquistó (1798), sólo contaba con 7.000 habitantes. Posteriormente, fue recuperándose, hasta ocupar de nuevo un lugar de gran importancia.

La fama de «ciudad de sabios» que siempre ha tenido Alejandría se puede resumir en las diversas «escuelas» o líneas doc-

trinales en las que se erigió como maestra para todo el mundo antiguo. Citemos:

Escuela filosófica.— A fines del siglo II, Amonio Saccas fundó la última de las grandes escuelas filosóficas de la antigüedad. A menudo se ha hecho notar que Alejandría estaba predestinada a ser la patria del eclecticismo y particularmente, también, el punto de unión entre Grecia y Oriente. El esfuerzo realizado por los Ptolomeos para implantar en ella la civilización griega, tenía que dar, como consecuencia de la manera de ser del espíritu griego, la amalgama de dialéctica y éxtasis que los maestros de esta escuela unen en sus métodos, y asimismo el que, poco a poco, a través del gusto por la precisión y el rigor, a un gran espíritu crítico sucediese una gran afición al simbolismo. Los maestros más sobresalientes de la Escuela de Alejandría fueron, aparte el mencionado Amonio, Plotino, Porfirio, Jámblico, Proclo y Damascio. El decreto de Justiniano prohibiendo la enseñanza de la filosofía pagana en el Imperio, marcó el fin de esta escuela, ya decadente (529).

Escuela judía.— La existencia de judíos en Egipto tiene antecedentes antiguos, pues, ya luego de su cautiverio de Babilonia, muchos de ellos se establecieron en tierra egipcia. Durante el reinado de Ptolomeo I Lagos, fueron conducidos a Alejandría gran número de prisioneros judíos que, puestos en libertad luego, y junto con los ya existentes y los judíos mercenarios que había además en sus tropas, pronto llegaron a formar una nutrida colonia que contribuyó a la prosperidad de la ciudad. Filón llega a considerar que la población de esta nacionalidad alcanzó, en esta comarca, la cifra del millón de almas. Es natural que tan gran contingente de población tuviera que dar algún fruto intelectual.

Tanto en Alejandría como en el resto de Egipto, los judíos adoptaron la lengua griega, lo cual les indujo a ser lectores de las obras filosóficas y literarias de los griegos y contribuyó a dar a sus producciones un carácter especial, puesto que su forma es esencialmente helénica.

Según algunos autores, allí se realizó una fusión del pensamiento griego y judío y es, a través de la obra de Platón, donde se efectúa la unión de las dos corrientes. En cambio, otros afir-

man que, en lugar de una fusión, hay que hablar de unos contactos forzados entre las ideas judías y las griegas, y de ahí tantas alegorías conciliantes y la metafísica disparatada destinada a hallar esta concordancia.

Emprenden la traducción al griego de la Biblia, versión que es denominada «de los Setenta», realizada por varias generaciones. En el canon alejandrino de la Biblia se ha conservado un buen número de escritos que no figuran en el hebreo, como son ciertas adiciones a los libros de Esdras, Ester, Daniel, y aun libros completamente nuevos, como el de la Sabiduría, Salomón; Baruch, y los de Judit y Tobías. La Iglesia católica los reconoce como inspirados, y se suelen llamar deutero-canónicos. Los salmos de Salomón no son inspirados.

De sus producciones sobresalen, entre las obras históricas, los libros de los Macabeos, de los cuales el tercero y el cuarto, éste de carácter filosófico, no se hallan en el canon; la historia de los reyes de Judea, escrita por Demetrio, y, con el mismo título, otra de Eupolemo; varias historias de los judíos, escritas por Aristeo, Artapán, Cleodemo; las antigüedades judías, de Josefo; Aristóbulo (150 a.C.) interpretó alegóricamente varias doctrinas de los libros sagrados, y ensaya demostrar que tanto Pitágoras y Sócrates como Platón y Homero, todos se habían inspirado en la Biblia. El filósofo más sobresaliente de esta escuela es Filón (siglo I a.C.), autor de muchas obras, en algunas de las cuales comenta el Pentateuco, en otras trata de filosofía, y en otras, de cuestiones históricas y apologéticas. En todas se manifiesta judío, a pesar de que en sus doctrinas emplea la alegoría y de que hace suya la filosofía griega.

La acción de los judíos alejandrinos no se encaminó a la polémica, sino más bien a la conversión de los espíritus al judaísmo, como se comprueba por el gran número de escritos y fragmentos interpolados en los textos auténticos, con miras, todo ello, a inspirar a los paganos una cierta veneración para con su religión.

La Didascalia, o Escuela «cristiana» de Alejandría.— La comunidad cristiana de Alejandría era objeto de constantes ataques por parte de los intelectuales gentiles y judíos. Al objeto de defenderse de ellos y, al mismo tiempo, acompañar con razonamien-

tos su doctrina, fundaron una escuela, que fue dirigida por doctores en posesión de una gran erudición, tanto con referencia a las Sagradas Escrituras como a las letras profanas. Esta escuela llegó a tal punto de esplendor, que su fama se extendió por el mundo de entonces.

Según un historiador del siglo V, el primer doctor con que contó esta escuela fue Atenágoras, pero la tradición fija como fundador de ella a San Panteno, que ya se ha mencionado. Según afirma Eusebio, Clemente hizo de él el siguiente elogio: «Esta verdadera abeja de Sicilia, libando las flores de los profetas y de los apóstoles, constituía en las almas de aquellos que le escuchaban una provisión muy pura de ciencia».

Su discípulo Clemente (150-215?), natural de Alejandría, parece que viajó por Grecia, Italia, Siria y Palestina. De retorno en su patria, fijó en ella, de manera definitiva, su residencia, atraído por las enseñanzas de Panteno, a quien sucedió en la cátedra, hacia 200. Hombre de vasta erudición, procuraba poner la ciencia al servicio de la fe. Introdujo en la escuela estudios profanos, entretejiendo su doctrina con la enseñanza del Catecismo. Cuando la persecución de Septimio Severo, tuvo que abandonar su cátedra, refugiándose a Capadocia. Se cree que murió hacia 215.

Su sucesor fue Orígenes, natural de Alejandría e hijo del mártir Leónidas. Sólidamente instruido por su padre y perfeccionados sus conocimientos por las enseñanzas de Clemente, ocupó, a la edad de dieciocho años, la dirección y la cátedra de su maestro, con tanto acierto —y sabiduría— que elevó a la mayor fama a la escuela catequética. Su infatigable aplicación le hizo merecer el sobrenombre de «Adamantino». Hacia 212, hizo un viaje a Roma; más tarde (215), a Cesarea de Palestina. Después de un nuevo viaje a Cesarea y a Atenas, a su regreso (231) Demetrio le hizo deponer, acusándole de irregularidad en su ordenación y de herejía en su doctrina. Había sido ordenado en Palestina. Se retiró a Cesarea de Capadocia. Encarcelado durante la persecución de Decio, murió en Tiro (235), a consecuencia de los malos tratos recibidos. En la escuela alejandrina le había sucedido su colaborador en la enseñanza, Heraclas, pero éste no tardó mucho tiempo en ser reemplazado por Dio-

nisio, discípulo también de Orígenes. Dionisio poseía una gran erudición y fue notable filósofo, sabiendo mantener la escuela a la altura que la había situado su maestro. Le sucedieron Teognoste, Pierio, Achillas, Serapión, Pedro el Mártir, Macario el Ciudadano, Dídimo, de gran renombre y virtud, admirado por San Antonio, Rufino, San Jerónimo, Paladio, Rodón; éste se trasladó a Side, donde continuó su enseñanza. También aparece en la lista de los catecúmenos Arrio, sacerdote de Alejandría encargado de interpretar las Escrituras, pero que luego cayó en la herejía.

No obstante lo dicho, para evitar confusiones, conviene tener en cuenta que la expresión «Escuela de Alejandría» se usa alguna vez para referirse a la escuela catequética de Alejandría, pero generalmente significa una manera de pensar y de hacer teología que es la de Clemente y, sobre todo, la de Orígenes, y que pervivirá luego en otros escritores, alejandrinos o no. Se suelen señalar como características de esta escuela de Alejandría: el marcado interés por la investigación filosófica del contenido de la fe; la preferencia por la filosofía de Platón; y, especialmente, la abundante utilización del método alegórico en la interpretación de las Sagradas Escrituras.

En el Antiguo Testamento, que hay que leer a la luz que el Nuevo arroja sobre él, se narran sucesos que, teniendo un gran valor en sí mismos, lo tienen aún mayor como prefiguración de algo venidero. Así, el cordero pascual, que con su sangre protege a los israelitas de la muerte y que luego se recibe como alimento para iniciar el viaje hacia la Tierra prometida, es una prefiguración de Jesucristo, «el cordero de Dios que quita el pecado del mundo», el cual nos libera de la muerte eterna con la efusión de su sangre y en la Eucaristía se nos da en alimento para fortalecernos en nuestro camino hacia la patria celestial; por eso se dice que el cordero pascual es una figura o un «tipo» (que en griego significa figura) de Cristo.

El Nuevo Testamento a menudo entiende así («interpreta») algunos de los hechos o de las expresiones del Antiguo; se trata por tanto de una manera de entenderlo profundamente adecuada y verdadera, ya que la hace el autor sagrado bajo la inspiración del Espíritu Santo.

Pero, en principio, no hay razón para suponer que ese sentido más profundo lo puedan tener sólo aquellos sucesos o expresiones que la misma Escritura interpreta así; y, de hecho, parece que se encuentra en otros.

Para referirnos a uno y otro sentido se puede usar la terminología siguiente. Aquello que significa primariamente un texto de la Escritura es su sentido literal. A su vez, éste puede ser propio si sigue el significado obvio de las palabras («Entonces les soltó a Barrabás, y a Jesús, después de haberle hecho azotar, se lo entregó para que lo crucificaran», Mt 27,20); o impropio y figurado («Yo soy la vid y vosotros los sarmientos», Jn 15,5). Aquellas otras significaciones más profundas que se pueden encontrar en las narraciones del texto sagrado son su sentido espiritual o místico.

Según se busque uno u otro sentido en un determinado pasaje de la Escritura se habla respectivamente de interpretación o exégesis literal o histórica, o bien de interpretación o exégesis alegórica.

Si los precedentes que se hallan en la misma Escritura justifican plenamente el método de interpretación alegórica, hay que decir que tampoco era ajeno a la mentalidad griega un modo de proceder semejante. Por una parte, es una característica propia del lenguaje la posibilidad de encerrar sentidos a varios niveles en unas mismas expresiones literarias; así, por ejemplo, la simple relación de una noticia puede al mismo tiempo constituir una crítica de otra situación a la que directamente no se alude. Pero, además, ante el contraste que existía entre las narraciones mitológicas paganas y cualquier esquema racional sobre la divinidad, desde tiempo atrás se habían impuesto y generalizado las interpretaciones alegóricas de los más venerados textos paganos sobre los dioses, los de Homero y Hesíodo, y esto había ocurrido precisamente en Alejandría.

La gran diferencia entre esta interpretación hecha por los paganos por un lado y por el judío Filón y los cristianos por otro, es la de la verdad del material sobre el que trabajan: textos creados por los hombres en un caso, textos escritos bajo la inspiración del Espíritu Santo en otro. Hay aún otra diferencia, y es que Dios puede hablar no sólo con palabras, sino también

con hechos que, mediante su providencia, hace que en parte ocurran para prefigurar algo futuro y más perfecto; o que incluso hace que sucedan únicamente para significar algo, como en el caso de la higuera que Jesús maldijo y enseguida se secó (cf. Mc 11,12s).

En algunos de los textos, Orígenes explica con claridad qué es este sentido místico. Pero lo más característico de este autor era que daba tanta importancia al sentido alegórico, que sostenía que lo tenían todos los pasajes y aun todas las frases y palabras de la Escritura, lo cual parece exagerado.

Para ilustrar lo que es esta exégesis alegórica llevada al extremo, podemos traer dos ejemplos tomados de San Agustín, quien sin embargo la usa sólo con fines de edificación; están tomados de sus tratados sobre el evangelio de San Juan. Los cinco maridos que había tenido la Samaritana significarían los cinco sentidos, y el que tiene ahora, y que no es su marido, sería la razón, que aún no ha tomado posesión de ella: por eso no reconoce a Jesús. Los treinta y ocho años que llevaba el paralítico junto a la piscina tienen también su significado, pues equivalen a cuarenta menos dos; cuarenta es un número que significa perfección, lo que a continuación explica Agustín con otras muchas alegorías; y los dos que faltan para la perfección significan aquellos dos mandamientos de la caridad en que Jesús resumía la Ley y los Profetas; por eso la situación de aquel hombre era imperfecta, porque le faltaba la caridad. Ya se ve que, utilizado en cuestiones dogmáticas, este método podía llevar a equivocaciones.

La búsqueda del sentido alegórico, importante para entender la Escritura en toda su profundidad, es, como reconoce Orígenes, difícil; requiere una especial sensibilidad intelectual y, sobre todo, sobrenatural; está muy expuesta al subjetivismo, cosa que no ocurre con la búsqueda del sentido meramente literal e histórico, que es en todo caso previa y necesaria.

De ahí la reacción de algunos, su resistencia a prodigar los tipos o figuras y su deseo de ceñirse a una exégesis literal, aunque no necesariamente poco profunda; o la actitud relativamente frecuente de los que, como San Agustín, utilizan la interpretación alegórica sólo para sacar consecuencias morales y ascéticas de los textos sagrados, con fines de edificación.

Para terminar el tema, se puede hacer notar que aunque la interpretación alegórica puede ser útil para resolver los problemas que pueden plantear algunos textos, especialmente difíciles de entender si sólo tuvieran un sentido literal, no es ésta su función principal, sino un resultado de ella. Su función principal es entender en toda su profundidad la palabra de Dios.

Además de lo dicho, y como complemento, creemos necesario añadir aquí un breve compendio de la historia de la Iglesia Alejandrina. De la tradición recogida por Eusebio y aceptada por San Epifanio y San Jerónimo, resulta que el fundador de la Iglesia de Alejandría fue el evangelista San Marcos. Sabemos que, desde los primeros tiempos de Alejandría, existía una numerosa colonia judía que, como es lógico, mantenía relaciones con su país de origen, Palestina; cosa que, sin duda, facilitó grandemente la expansión de las doctrinas cristianas.

Según el citado Eusebio, San Marcos se trasladó de Roma a Egipto, en el año 40 o 43, y evangelizó Egipto, Tebaida, Pentápolis y construyó muchas iglesias en Alejandría. Fue enterrado, después de su martirio y muerte (año 62 o 68), en la iglesia de Boucoles o Bukolia. Eusebio, en su crónica y en su historia eclesiástica, nos da a conocer los sucesores de San Marcos en la sede de Alejandría durante los dos primeros siglos: Aniano, Abilio, Cerdón, Primo, Justo, Eumenes, Marcos II, Celadion, Agripino, Juliano, Demetrio. Éste ocupó la sede episcopal de 189 a 232, dando a la iglesia de Alejandría tal esplendor, que superó a las de Antioquía y Éfeso. Le sucedieron, continuando su obra, Heraclas (de 232 a 247) y San Dionisio, discípulo de Orígenes, el cual gobernó la iglesia en un período agitado por las persecuciones, tuvo que intervenir en un gran número de cuestiones eclesiásticas, combatió enérgicamente la herejía de Sabelio y, no pudiendo asistir al primer concilio de Antioquía para combatir a Pablo de Samosata, compuso un escrito contra esta nueva herejía. Como sucesores de Dionisio, hay autores que mencionan a Atenodoro, Malquión y Máximo, sin que pueda asegurarse.

Durante los dos primeros siglos, la Iglesia de Alejandría no fue inquietada por los poderes públicos, hasta el año 195, en que las circunstancias hacen escribir a Clemente: «Cada día ve-

mos, por nuestros propios ojos, correr a torrentes la sangre de los mártires quemados vivos, crucificados y decapitados». En 202, el emperador Septimio Severo, estando en Palestina, publicó un edicto en que prohibía, bajo las penas más severas, que se hicieran judíos, y extendía esta prohibición a que se convirtieran al cristianismo. Luego pasó a Alejandría y allí hizo cumplir su edicto con gran rigor; entre el gran número de víctimas que este edicto produjo, se cuenta Leónidas, padre de Orígenes. Las lecciones de la Catequesis fueron suspendidas, y evitada toda provocación por parte de los cristianos, que sufrieron esta violenta persecución con gran fortaleza de ánimo. En 216, hubo nuevas persecuciones, pero no alcanzaron tanta intensidad. En 249, una algarada entre los paganos se convirtió en una persecución contra los cristianos, produciendo numerosas víctimas, entre las cuales destaca la virgen Apolonia; una virtuosa mujer, Quinta, etc. Bajo el reinado de Decio, la persecución se extendió de manera tal, que el número de víctimas llegó a cifras increíbles. Como se habían producido muchas defecciones, una vez llegada la calma y considerando cómo se acogería a los que habían apostatado, acordóse recibirlos de manera misericordiosa, como así lo hicieron los confesores.

Si en un principio el emperador Valeriano fue favorable a los cristianos, al final de su vida (257) publicó un edicto renovando las crueles persecuciones. Después de la persecución, sobrevino la peste. Los moribundos y los cadáveres eran abandonados por las calles y entonces, los cristianos, demostraron su gran caridad y misericordia y, olvidando todos los daños recibidos, se dedicaron a atender de manera abnegada a unos y dar sepultura a los otros. Esta actitud despertó la admiración hacia los cristianos, si bien en sus filas hubo nuevas víctimas debido al cumplimiento de estos piadosos deberes.

La persecución se reprodujo en 306 y 307, y luego en 310-312, Maximiano Daya, príncipe disipado y cruel, renovó las crueldades con los cristianos. Entonces San Antonio abandonó el desierto, seguido de algunos de sus compañeros y se presentó en Alejandría. El juez temió los resultados a que pudiera conducir el coraje del ilustre ermitaño; les prohibió, no solamente el mostrarse, sino residir en la ciudad, pero San Antonio no hizo caso de estas advertencias, y nadie se atrevió a molestarle.

Finalmente, Constantino, ya dueño de Occidente, publicó un edicto en favor de la Iglesia y obligó al cruel Maximino a poner fin a las persecuciones. En 313 publicó en Milán el famoso edicto en que reconocía a cada uno el derecho de elegir su religión y daba a los cristianos la seguridad de una completa libertad.

Después de San Pedro, que murió mártir en 311 o 312, ocupó la sede episcopal de Alejandría San Alejandro (313-328), el cual tuvo que luchar fuertemente contra el arrianismo, al que combatió tanto en Egipto como en el Concilio de Nicea. En 328, le sucede San Atanasio (328-375), que sostiene constantes y duras luchas con los poderes civiles, los cuales, unidos al arrianismo, facilitan la intrusión en la sede alejandrina a Pisto, Gregorio, Georges y Lucio. Luchas que, en realidad, son maniobras para dar a Bizancio la supremacía de la Iglesia oriental. Su sucesor, Pedro II (375-381), tuvo que continuar la palestra, y se vio obligado a refugiarse en Roma, aunque supo afirmar las prerrogativas alejandrinas en Constantinopla. Su sucesor fue su hermano Timoteo, sin que a la sazón la lucha hubiese acabado, antes al contrario, y además, el esplendor de la Iglesia cristiana de Egipto había entrado de pleno en su curva de declinación. De 395 a 412, ocupa la sede Teófilo; de 412 a 444, San Cirilo, quien, en 431, preside el Concilio ecuménico de Éfeso, donde se anatematizó a Nestorio. Dióscoro (444-451), por su parte, fue condenado por los Padres de Calcedonia (451), los cuales pusieron bajo la autoridad del obispo de Constantinopla a todos sus colegas orientales. El hecho de pasarse en masa los cristianos alejandrinos al monofisismo, en protesta de tal decisión, constituyó un golpe fatal para la que era la sede más importante de la Cristiandad después de Roma. Su vida desde entonces es precaria, se resiente de los vaivenes de la política imperial. Sus obispos, nombrados por los emperadores, son unas veces ortodoxos, y otras, monofisitas, según las tendencias de la corte, pero, a pesar de haber ocupado la sede hombres virtuosos y excelentes, nunca dejaron de ser odiados por los egipcios.

Cuando la invasión árabe (638), los monofisitas o coptos los acogieron como a sus verdaderos libertadores y les facilitaron la entrada en Alejandría. Esta actitud les permitió obtener el favor

de los vencedores, que casi lograron hacer desaparecer la iglesia melquita.

Después de Pedro, nadie ocupó la sede episcopal, que permaneció vacante casi durante un siglo; después, todos los obispos que tuvo fueron sometidos al metropolitano de Tiro y por éste consagrados; las iglesias pasaron a sus rivales o fueron convertidas en mezquitas.

El califa Hescham (724-743) autorizó la reorganización de la iglesia anti-monofisita, ocupando entonces la sede Cosmas, artesano que no sabía leer ni escribir, pero que tuvo la habilidad de que los templos fueran restituidos a la comunidad ortodoxa. Politiano, su sucesor, obtuvo nuevas concesiones, y luego sus sucesores no tuvieron más remedio que continuar con una política de intriga para poder salvarse de los monofisitas o del fanatismo musulmán, entre los múltiples cambios políticos y de poderes, hasta culminar en la sumisión de Egipto al imperio turco (1517), que, a su vez, trajo nuevas persecuciones, tanto contra los monofisitas como contra los ortodoxos. Éstos, ya por los Abasidas, habían sido obligados a usar vestidos que les distinguiesen de los musulmanes; entonces, además, desaparecieron sus escuelas, teniendo que adoptar la lengua del vencedor. A partir de su incorporación al imperio otomano (1517), la Iglesia greco-alejandrina no cuenta ya.

Como dato final se recuerda que el I Concilio ecuménico de Nicea (año 325, c.6) declaró que debía mantenerse la práctica existente por la cual el obispado de Alejandría ejercía una jurisdicción superior sobre el episcopado de todo el departamento o diócesis civil de Egipto (Diocleciano dividió el Imperio romano en doce diócesis).

El I Concilio ecuménico de Constantinopla (381) sancionó los mismos derechos respecto de Éfeso, para la diócesis civil de Asia; respecto de Cesarea, para el Ponto, y de Heraclea, para Tracia. Desde entonces, a Alejandría se le reservó el título de Arzobispado.

El Concilio ecuménico de Calcedonia (451), como hemos visto, separó de Alejandría las tres Palestinas, las cuales dio a Jerusalén, constituyendo así un Patriarcado separado, pero con cesión al Arzobispado de Constantinopla de la supremacía de

jurisdicción. Después del cisma, el Patriarcado de Alejandría se redujo a ser siempre un simple título casi hasta nuestros días.

Realizada nuevamente la unidad católica, varios patriarcas orientales conservaron el título y los privilegios, así como la jurisdicción sobre los fieles del rito respectivo.

LUIS M. PÉREZ SUÁREZ, OSB

Bibliografía

Art. en *Enciclopedia de la religión católica,* I (Barcelona 1950) cols.375-383.

BARRE, A. DE LA, Art. en A. VACANT - E. MANGENOT - E. AMANN, et al. (dirs.), *Dictionnaire de théologie catholique.* I: *Aaron-Angelus* (París 1908) cols.805-824.

BAUDOT, J. - CHAUSSIN, L., OSB, *Vie des saints et des bienheureux...* VII: *Juillet* (París 1948) 151-153.

MOLINÉ, E., *Los Padres de la Iglesia* (Madrid 1995) 184-189.

SAMPERS, A., Art. en *Dictionnaire de spiritualité, ascétique et mistique.* XII/1: *Pacaud-Photius* (París 1984) cols.159-161.

SAN ODÓN DE URGEL

Obispo († 1122)

En el propio de la diócesis de Urgel figuran tres santos obispos: San Justo († 546), San Armengol († 1035) y San Odón, que falleció el 7 de julio de 1122 rodeado de fama de santidad. Once años después, el 21 de julio de 1133, su sucesor el obispo don Pedro Berenguer junto con su Cabildo catedral establecía su culto anual. Desde entonces, la diócesis de Urgel comenzó a celebrarlo con oficio propio el mismo día 7 de julio, fecha de su muerte. El acta de esta canonización, firmada por el obispo Pedro y ocho dignatarios del Cabildo, es elocuente y curiosa: se decreta que San Odón sea celebrado con la misma solemnidad con que es honrado «nuestro tan gran pontífice y patrono San Armengol», y que a la celebración litúrgica en la catedral siga un banquete por cuenta de la mesa capitular, para disfrute de todo el personal catedralicio, incluidos los niños *(tam in maximis quam in pueris).* Por su parte el obispo se compromete a contribuir anualmente con una vaca *(unam vaccam de meo censu),* vinculando a perpetuidad a sus sucesores. El acta no deja cabo alguno por atar con respecto al banquete: «Cuando la fiesta del 7 de julio

coincida en viernes, los clérigos tendrán el banquete a base de buenos pescados *(magnis piscibus honorifice clerici refficiantur)*.

En la primera edición del *Martirologio romano* no se vio incluido San Odón. Pero Baronio lo incorporó definitivamente en la segunda edición de 1589, ateniéndose al *Flos sanctorum* publicado por Alonso de Villegas en 1583.

El pontificado urgelense de Odón se inscribe en un período de gran esplendor y reconstrucción espiritual y material del obispado: los siglos XI y XII. Hijo tercero de los condes de Pallars, emparentados con los condes de Barcelona y la más alta nobleza, nació en Sort entre los años 1063-1065. Desde el año 950 el condado de Pallars se había integrado definitivamente en el obispado de Urgel. Odón creció en los años en que la diócesis y el condado de Urgel continuaban progresando en la lucha contra los sarracenos. Diócesis y condado quedaron completamente liberados en 1105 con la toma de la ciudad de Balaguer. Destinado Odón al estado eclesiástico, recibió alta formación en la escuela catedralicia. Su prosapia pudo contribuir a que muy joven fuera elegido arcediano de la Seo, coincidiendo con los cuatro años de pontificado de Fulco (1092-1096), marcados por graves enfrentamientos y disturbios. Fulco residió en Cardona hasta su traslado a la sede barcelonesa. En estas difíciles circunstancias tuvo lugar la elección por parte del clero, la nobleza y el pueblo. Dice un antiguo manuscrito de la catedral de Urgel: «Deseaban acertar en la elección de un obispo que respondiera a la angustia del momento, a las necesidades de la iglesia y a la indigencia de los pobres». Examinados en todos sus pormenores las vidas de otros posibles candidatos, Odón fue elegido por unanimidad el año 1096. Tenía unos treinta años. Su pontificado se extiende hasta el año 1122. Apenas nos aportan dato alguno de su pontificado las lecturas del antiguo breviario de la Iglesia de Urgel. Cuanto dicen se nos ofrece muy bien resumido en los dísticos latinos de su epitafio, que traducimos:

> «Aquí yace el cuerpo de San Odón, que fue obispo de Urgel y gloria de la ciudad, de estirpe egregia, por él ennoblecida. La Iglesia lo proclama su protector intrépido, garante de sus derechos, de mente preclara e insigne por su virtud, padre de huérfanos, amparo de viudas, salud de los enfermos y alimento para los pobres».

En su *Martirologium hispanum* Juan Tamayo Vargas declara que en vida y después de muerto obró muchos milagros que no fueron debidamente reseñados. Él nos ofrece cinco. El más sobresaliente es el de un joven mudo de Paillard que había nacido sin lengua y la obtuvo junto con el habla por la intercesión del santo.

JOSÉ MARÍA DÍAZ FERNÁNDEZ

Bibliografía

ALBERT I CORP, E., *Sant Ot, bisbe d'Urgell, i la seva època* (Barcelona 1987).
BARAUT, C., et al., *Episcopologi de l'Església d'Urgell* (La Seu d'Urgell 2002).
RIBER, L., *Els sants de Catalunya. Cicle comtal V* (Barcelona 1922) 5-59.

BEATO ODINO BAROTTI

Presbítero († 1400)

El nuevo *Martirologio,* día 7 de julio, presenta al Beato Odino Barotti así:

> «En Fossano, en el Piamonte, beato Odino Barotti, presbítero, párroco pobre y de vida austera, que consumió su vida entregándose día y noche al cuidado de enfermos y moribundos durante una peste contagiosa».

Odino Barotti nació en 1334 en Fossano, en el Piamonte, diócesis entonces de Turín, en una familia de reconocida tradición cristiana. Su padre se llamaba Santiago y Catalina su madre.

Pronto se afianzó en el joven Odino la vocación al sacerdocio y, cuando tuvo la edad requerida, vista su profunda vida cristiana y su buena formación, fue admitido entre los clérigos. Hechos los estudios necesarios y recibidas las órdenes menores y el subdiaconado y diaconado, fue ordenado sacerdote, cuando aún no tenía más que 23 años, por el obispo de Turín.

Prueba de la confianza que su vida y su formación merecían a sus superiores es que, como primer campo en el que ejercer su sacerdocio, se le asignó la parroquia de San Juan Bautista, la principal entonces de Fossano.

Sobre la vida y la actividad pastoral del joven sacerdote escribe Juan Níger, canónigo penitenciario de la iglesia de Fossano y buen conocedor de las tradiciones populares y de los archivos de la ciudad:

> «Tan pronto como se hizo cargo de la parroquia se entregó a anunciar la Palabra de Dios, a administrar los sacramentos, a cumplir con todas sus obligaciones y a ejercer la caridad, de modo que, al poco tiempo de estar al frente de dicha iglesia, todos lo veneraban, porque veían claramente que los ministerios que ejercía estaban inflamados por la vida interior, pues se le veía entregado asiduamente a la oración, a las vigilias y al ayuno».

Muy en consonancia con las corrientes de espiritualidad de su tiempo, Odino practicó la pobreza en alto grado, y esto no sólo por ascesis personal, sino también para poder socorrer a los necesitados que entonces y en la región en la que ejercía el ministerio sacerdotal eran muchos. Era voz popular que con mucha frecuencia entregaba a los que le pedían limosna lo que se le había preparado para él, o que mandaba al clérigo que vivía con él que se lo llevase a algún necesitado. A este propósito recoge el mencionado Juan Níger de la tradición popular el siguiente caso. Le habían regalado en la fiesta de Navidad un capón. Se enteró de que una pobre mujer estaba enferma y sin nada para comer, y sin dudarlo le encargó al clérigo que vivía con él que tomase el capón y se lo llevase inmediatamente a dicha mujer. Como el clérigo le pidiese que le indicase el lugar exacto en que esa buena señora vivía, le dijo Odino simplemente: «Dios te lo indicará». Tomó, pues, el clérigo el capón en sus manos y se internó por la ciudad. Al pasar ante una puerta sintió que el capón se le iba de las manos hacia esa puerta. Entró en la casa y encontró a una pobre mujer. La consoló y le entregó el capón.

Hacia 1376 vistió el hábito de los terciarios franciscanos, signo externo de su vida penitente y mortificada. Y no mucho después, con las credenciales de sus superiores en regla, descalzo y con el burdo hábito de terciario franciscano, peregrinó a Jerusalén para venerar los Santos Lugares en los que el Señor vivió y murió. Es probable que latiese en él como en tantos otros de su tiempo el deseo del martirio que le configuraría en el más alto grado con el crucificado. De hecho estuvo a punto

de morir mártir, pues cayó en manos de los turcos, que le retuvieron prisionero unos cuantos días.

Su celo le movió a peregrinar repetidas veces con sus fieles a Roma y a Loreto, habiendo obtenido antes del Legado apostólico de Turín el poder utilizar durante la peregrinación un altar portátil.

Sobrio, austero y sobre todo hombre de intensa vida interior, Odino fue precisamente por ello celoso pastor de almas que gastó su vida generosamente sirviendo a las ovejas que se le habían encomendado o que acudían a él. Para mover a sus fieles a recibir el sacramento de la penitencia obtuvo del papa Urbano VI las facultades de penitenciario apostólico, y de su obispo, licencia para absolver en casos reservados.

Y su preocupación por «dar de comer al hambriento, de beber al sediento, por vestir al desnudo» le movió a buscar soluciones estables para tantos pobres y enfermos como entonces malvivían en la ciudad y en su entorno. Comenzó organizando una cofradía cuya misión era ocuparse de los enfermos y de los peregrinos. Mas la obra benéfica en la que nuestro Beato puso más interés, y que quedó como perenne monumento de su amor a pobres y enfermos, fue la transformación de un pequeño hospital en un gran centro en el que poder acoger y cuidar a los menesterosos. Invirtió en esta obra todos sus bienes y tendió su mano con tesón a todos los que podían aportar algo, entre ellos a Amadeo VII, primer duque de Saboya, y al obispo de Turín. Antes de morir, en 1400, pudo ver convertida en realidad su ilusión.

En 1389, muerto el prepósito del cabildo de la colegiata, fue elegido Odino por unanimidad prepósito de dicha colegiata con gran alegría del pueblo fiel. Durante su mandato se remodeló y amplió la colegiata y se construyó junto a la misma una torre.

Murió en julio de 1400 víctima de su celo pastoral y de su caridad sin límites, pues durante una epidemia que asoló la ciudad gastó todas sus ya no muchas reservas vitales entregándose día y noche a atender a los enfermos y moribundos. Contaba 66 años. Fue sepultado en el cementerio de los canónigos, pero pronto la fama de su santidad y la creciente veneración del pueblo que le invocaba como a un verdadero santo movió al obis-

po de Turín a decretar su traslado a la iglesia de la colegiata. Su cuerpo, que aparecía íntegro aún, fue colocado en uno de los muros laterales del coro en una hornacina en la que a través de la reja de una pequeña ventana es posible contemplar su cuerpo.

En 1808, previos los trámites necesarios, Pío VII confirmó su culto y le declaró beato.

AUGUSTO PASCUAL, OSB

Bibliografía

Act. SS. Boll., 21 de julio.
Vita del Beato Oddino Barotti, prevosto della Collegiata di Fossano (Fossano 1812).

BEATO PEDRO TO ROT

Catequista y mártir († 1945)

> «Como sabéis, el evento central de mi visita es la beatificación de Peter To Rot, catequista y mártir. Podéis estar realmente orgullosos de vuestro hermano melanesio, que constituye un gran honor para vuestro pueblo. Peter To Rot es un ejemplo admirable de hombre de familia, de líder eclesial y de persona dispuesta a entregar su vida por Dios y por el prójimo».

Juan Pablo II acababa de besar tierra de Papúa Nueva Guinea y, en el aeropuerto internacional «Jackson», de Port Moresby, se dirigía a las autoridades y a los fieles; a cuantos sumaban presencia y entusiasmo realzando la ceremonia de la bienvenida al pontífice. Era la tarde del lunes 16 de enero de 1995.

Al rato, a solas con una nutrida representación de sacerdotes, religiosos y laicos de la joven Iglesia de Oceanía, anunciaba:

> «Mañana el nombre de Peter To Rot, un hijo de Nueva Bretaña y del pueblo tolai, será inscrito en el martirologio, libro glorioso donde la Iglesia anota a los que han muerto por amor a Dios y a su pueblo».

Con la mente y el corazón en los seglares:

> «Queridos laicos: es muy significativo el hecho de que el primer beato de Papúa Nueva Guinea haya sido un seglar y un catequista. Espero que en la Iglesia Peter To Rot se convierta en fuente de

inspiración para todos los que trabajan en el apostolado seglar y, en particular, para los catequistas, "que representan la fuerza básica de las comunidades cristianas, especialmente en las Iglesias jóvenes" *(Redemptoris missio,* 73)».

Acentuando:

«¡Cuánta necesidad tienen las Iglesias jóvenes de esta parte del mundo de hombres y mujeres del calibre de Peter To Rot!...»

Port Moresby es la capital del país —nacido oficialmente en 1975— formado por la porción oriental de la isla de Nueva Guinea y otras de menor superficie: Nueva Bretaña, Nueva Irlanda y Manus, en el archipiélago Bismarck; Bougainville, Buka y Nissau, integrantes de las Islas Salomón; los conjuntos de las Luisíadas y de Entrecasteaux y los de Trobriand y Woodlark, al sureste del territorio nacional.

Son 462.840 metros cuadrados de montañas y valles, ríos y erupciones volcánicas y costas de preciosas playas, flotantes en la inmensidad oceánica que inunda una tercera parte del globo terráqueo y suma aproximadamente la mitad del agua del planeta. Con la mayor selva tropical del mundo, que ocupa, aproximadamente, el ochenta y cinco por ciento de la superficie del país. Esa apretada e inmensa espesura verde, hogar de la mayoría de indígenas, es víctima de una voraz deforestación en nombre del desarrollo económico nacional, que crea malestar y ya ha originado conflicto social.

«La selva —reivindicación nativa— es nuestro medio de vida. Es también la herencia que nuestros ancestros nos han dejado».

Y, además de las maderas duras robadas a los bosques, la explotación del cobre, del oro y del petróleo ha desfigurado el país, que modernamente ha conocido un cambio brutal, saltando, como se ha escrito, de la edad de piedra a la del plástico.

Son aproximadamente cuatro millones y medio de habitantes, mayoritariamente melanesios. Una auténtica babel de tribus y culturas. Con más de setecientos dialectos locales. Católico un tercio de la población.

La capital de Papúa Nueva Guinea, Port Moresby —que el capitán John Moresby apellida—, es vicariato apostólico desde

1889 y el 15 de noviembre de 1966 estrenó arzobispado. Estadísticamente: una veintena de presbíteros diocesanos y más de treinta regulares y un centenar largo de religiosos no sacerdotes y ciento treinta y tantas religiosas para los 99.000 bautizados de la joven circunscripción eclesiástica...

Port Moresby queda al sudeste del país, ciudad de 200.000 habitantes, abierta a una magnífica bahía natural, a casi medio millar de kilómetros de las costas septentrionales australianas. Mirándose en el inmenso océano moteado de miles y miles de islas; contabilizadas, unas 30.000.

Y en este contexto, la biografía del protagonista.

Peter To Rot vino al mundo en el seno de una joven comunidad católica, de una Iglesia de frontera, geográficamente muy extendida, que ha sabido y sabe dar muestras de sacrificio y de capacidad de diálogo con la cultura.

Nació en Rakunai, un puñado de rústicas viviendas aldeanas sobre las ondulaciones serranas que coronan Rabaul, capital de una de las veinte provincias del país. En la isla melanesia de Nueva Bretaña. Discurría el año 1912.

Peter, hijo del que sería gran jefe de la tribu durante cuarenta años, empalmaría con las creencias religiosas de sus padres, católicos de primera generación, bautizados en edad adulta por los misioneros de los Sagrados Corazones. El cabecilla indígena no sólo contagiará la fe a su descendencia, sino que al ser un entusiasta creyente y proselitista hasta la médula, será apóstol de Rakunai y se empleará a fondo en el desarrollo de la vida cristiana del poblado.

Sumando vivencias, familiares y locales, Peter llegará a la adolescencia adornado con una piedad exquisita, admirablemente dócil y obediente, virtudes que, a juicio del misionero, insinuaban vocación sacerdotal. Pero el padre era de otro parecer. No aceptaba que la madurez religiosa indígena diera para merecer tanto. Juzgaba aún prematura la opción.

Pues, si no sacerdote, sí catequista. Sí, al menos, rumbo apostólico en la vida de Peter. Con dieciocho años fue alumno en las aulas del colegio de San Pablo, de Taliligap. Tres años de escolarización le dieron el diploma. Oficialmente capacitado para la docencia, se inició en la catequización local.

Años de colaboración parroquial intensa instruyendo a la gente menuda, organizando encuentros de formación con adultos, dirigiendo actos de piedad... Siempre con la Biblia, que era su referencia constante, en las manos.

Y llegó el amor.

El 11 de noviembre de 1936 casó con Paula Ia Varpit, una joven católica de un pueblo cercano. Oraba con ella —apostillará Juan Pablo II— por la mañana y por la tarde. Dios les daría tres hijos: dos varones y una mujer, única superviviente. El pequeño sería fruto matrimonial póstumo, nacido tras el martirio paterno y muerto prematuramente. Hacia sus hijos —nueva referencia pontificia— sentía un profundo afecto y pasaba con ellos la mayor parte de su tiempo.

Pero también vino la guerra. El terrible segundo conflicto mundial del siglo XX que, en el Pacífico, enfrentó a estadounidenses y japoneses.

La lucha armada trajo más que inquietud e inseguridad a la vida de Peter To Rot. La alteró seriamente. De entrada, a la ocupación nipona del país en 1942 acompañó la inmediata reclusión de todo el personal misionero en campos de concentración, con el consiguiente desamparo del brillante catequista. Desamparo y, por añadidura, mayor responsabilidad.

En labios del pontífice:

> «Cuando la aldea de Rakunai fue ocupada [...] y después de que los heroicos sacerdotes misioneros fueron encarcelados, él asumió la responsabilidad de la vida espiritual de sus habitantes».

Toda la responsabilidad recayó sobre el joven catequista tolai, convertido en guía espiritual único para la comunidad católica del distrito de Rakunai, asegurando las reuniones de culto, la instrucción religiosa, la administración bautismal, la custodia y distribución de la eucaristía a los enfermos y moribundos, la asistencia en las uniones matrimoniales y a los pobres...

En un principio no hubo mayores problemas. Éstos vinieron cuando los cristianos fueron culpados de los reveses bélicos sufridos por los ocupantes; entonces, la región quedó bajo mando directo de la policía militar.

Las dificultades serias llegaron después: cuando la realidad bélica fue cercana; cuando Nueva Guinea fue sangriento esce-

nario de odios poderosamente armados; cuando el sitio de Rabaul, la mayor base aeronaval nipona de Nueva Bretaña; cuando la ferocidad de los bandos contendientes decantaba la victoria a favor de los americanos; cuando la rabia armada de los hijos del Sol Naciente, humillados militarmente, se tornó blasfema e hizo culpable de sus derrotas al dios de los cristianos.

Descaradamente, en 1945, estalló la persecución religiosa, siendo prohibido el culto y toda actividad confesional, tanto pública como privada, y fue reinstaurada la poligamia.

Valiente el catequista Peter. Dispuesto a jugarse el tipo. Se rebeló contra el ataque a la vida moral cristiana; a la indisolubilidad del vínculo matrimonial. Y lo hizo en repetidos enfrentamientos públicos tanto con un hermano suyo, como con un oficial de policía japonés y con otro agente del orden indígena que pretendía emparejar con una católica ya casada y, además, emparentada con el catequista.

Peter To adoctrinaba y actuaba, aunque ahora más discretamente. Una osadía que pagará cara porque el espíritu de venganza del aludido policía nativo —que le denunció en la presidencia de un rito matrimonial católico— pudo más que la prudencia de Peter. Fue condenado, sin proceso alguno, a dos meses de internamiento en el campo de concentración de Vunaiara, desde donde explicaba:

> «Estoy aquí a causa de los que han roto el juramento matrimonial y a causa de los que no quieren el crecimiento del reino de Dios». Y donde vivió seis semanas de auténtico calvario.

Sereno y alegre, se manifestó dispuesto a morir por la fe y por su pueblo. Es verdad que no consumió toda la pena impuesta, pero no porque fructificaran las distintas gestiones a favor de su liberación, no por la vía de la misericordia; sino porque, sencilla y lamentablemente, al final de una jornada veraniega —julio de 1945— uno de los médicos japoneses del campo «le inyectó el ahorro de los quince días restantes». Tuvo el consuelo de acabar su vida en compañía del crucifijo de catequista que, temiendo lo peor, había pedido a Paula y ésta le había traído horas antes.

Martirizado silenciosamente. Discretamente. Sin ejecución sangrienta. Pero ¡mártir!

Las autoridades militares simularon y anunciaron una muerte natural, pero gracias a la aportación testimonial de un prisionero de Vunaiara conocemos el histórico final del intrépido catequista.

Toda la aldea le lloró. Todo el distrito lamentó la pérdida. Todos se sentían huérfanos. Todos, haciendo caso omiso de la normativa gubernamental, se sumaron a la despedida. Una masiva ceremonia funeraria nunca vista en el lugar. Y fueron públicos los elogios cariñosos al mártir de Rakunai. Con el general convencimiento de que Peter To Rot, el cristiano comprometido tolai, había dado su vida por la fe.

El día de la beatificación todo Port Moresby era una fiesta. Una beatificación por todo lo alto en el estadio «Sir John Guise». Un marco sencillo y humilde pero, también, festivo; cargado de significado. Con danzas y cantos y desbordado entusiasmo popular. Con la emotiva presencia de Rufina —de cuarenta y nueve años, única superviviente de los hijos del protagonista de la ceremonia litúrgica—, de tres compañeros de prisión, de 1.300 catequistas de todas las diócesis de Papúa Nueva Guinea y de las Islas Salomón, de una delegación de Rabaul y de incontables fieles venidos de Australia, Nueva Zelanda y otras islas del Pacífico. Y todos, literalmente, aguantando el chaparrón. Bendita lluvia, verdadera agua de mayo tras medio año de sequía.

La liturgia se inició a las ocho de la mañana del 17 de enero de 1995. En la homilía, glosando el significado de la realidad litúrgica, dijo Juan Pablo II:

> «Para la Iglesia que está en Papúa Nueva Guinea la beatificación de Peter To Rot inaugura un nuevo período de madurez cristiana. En la historia de la Iglesia local, en cualquier país, el primer mártir indígena marca siempre un nuevo inicio. Por esta razón, como Pastor de la Iglesia universal, deseaba ardientemente compartir esta gran alegría con vosotros y asociarme a vuestra acción de gracias a Dios por el primer beato de Papúa Nueva Guinea».

También en labios papales:

> «Me alegra de manera especial el hecho de que haya aquí tantos catequistas de toda Papúa Nueva Guinea. Vosotros, queridos catequistas, sois "testigos directos, evangelizadores insustituibles, [...] la fuerza básica de las comunidades cristianas" *(Redemptoris missio,* 73)».

Y una recomendación a la juventud presente:

> «Un saludo especial a los numerosos jóvenes presentes. El beato Peter es un modelo también para vosotros. Os enseña a no preocuparos sólo por vosotros mismos, sino a poneros con generosidad al servicio de los demás. Como ciudadanos, debéis sentir la necesidad de trabajar para mejorar vuestro país y para garantizar que la sociedad se desarrolle con honradez y justicia, con armonía y solidaridad. Como seguidores de Cristo [...] no tengáis miedo de comprometeros en la tarea de dar a conocer y amar a Cristo, en especial entre vuestros coetáneos».

El modelo, en síntesis:

> «Fue un esposo devoto, un padre amoroso y un catequista comprometido, conocido por su cordialidad, su amabilidad y su compasión...».

Coronamos la crónica biográfica por donde empezamos: nuevamente en el aeropuerto «Jackson» de Port Moresby, el miércoles 18 de enero de 1995, momento antes de que Juan Pablo II emprendiera vuelo a Sydney. Al pie del avión se despedía:

> «La vida del Beato Peter To Rot es un tesoro precioso que será siempre vuestro. Es un faro que irradia una luz esplendorosa, una luz que os lleva a mantener en alto los nobles ideales que lo impulsaron a él: la fe en Dios, el amor a la familia, el servicio al prójimo y la gran valentía ante las pruebas y el sacrificio».

JACINTO PERAIRE FERRER

Bibliografía

AAS 87 (1995), octubre.
L'Osservatore Romano (27-1-1995).
SACRA CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, *Canonizationis servi Dei Petri To Rot...* (Roma 1990).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN WILIBALDO
Obispo († 787)

Wilibaldo era hijo del conocido como San Ricardo, sobrino, por parte de madre, de San Bonifacio, el apóstol de Alemania, y

hermano de los santos Winibaldo y Walburga. Nació en Wessex alrededor del año 700. Según la tradición, estuvo muy enfermo de pequeño y al conseguirse de Dios su curación, sus padres decidieron consagrarlo al Señor.

Fue educado en el monasterio de Waltham, Hampshire, que dejó el año 720 para ir de peregrinación con su padre y su hermano. Muerto su padre en Luca, Italia, ambos hermanos siguieron hasta Roma, y Wilibaldo prosiguió la peregrinación hasta Tierra Santa, lugar que visitó con gran fervor religioso. Parece haber sido el primer inglés que viajó hasta Palestina y Oriente, y su viaje quedó por escrito porque de labios de Wilibaldo lo tomará años más tarde una monja de Heidenheim. Su vuelta a Italia se produjo en el año 730.

Ingresó, entonces, en el recién reedificado monasterio de Montecasino, y sus noticias sobre la vida monacal en Oriente resultaron muy interesantes, hasta el propio papa Gregorio III se interesó por el relato de su viaje. En 740 fue enviado por el Papa a Alemania como colaborador de su tío San Bonifacio, metropolitano por entonces de Germania y legado papal. Wilibaldo fue ordenado presbítero por su tío y se dedicó con entrega a la causa de la evangelización de Franconia. Dos años más tarde era consagrado por su tío, obispo de Eichstätt. Seguro de que la vida monástica era contribución esencial a la obra evangelizadora, fundó en Heidenheim un doble monasterio, masculino y femenino, donde puso como abad y abadesa respectivamente a sus hermanos Winibaldo y Walburga.

Se mostró como un pastor activo y celoso, que visitaba con frecuencia y fervor todas las poblaciones de su diócesis, haciéndolas objeto de su más cercano cuidado pastoral, atento a todas las necesidades espirituales del pueblo. Se retiraba a veces a su amado monasterio para tomar fuerza interior pero volvía siempre animoso y entregado al tajo de la labor pastoral. Fue cuarenta y cuatro años obispo de esta afortunada diócesis, que floreció grandemente, bajo su mandato, en la vida cristiana. Murió el 7 de julio del año 787. Su tumba se conserva en la catedral de Eichstätt.

BEATO BENEDICTO XI
Papa († 1304)

Nicolás Boccasini nació hacia el año 1240 en Treviso, hijo de una humilde familia. Estaba en Venecia estudiando cuando sintió la llamada a la vida religiosa y profesó en la Orden de Predicadores el año 1257. Hecha la profesión y los estudios correspondientes, se ordenó sacerdote y en 1268 era lector de teología y predicador en su Orden, ejerciendo estos ministerios en los conventos de Venecia y luego de Bolonia. Se dedicó también a la escritura e hizo numerosos comentarios bíblicos así como un libro de sermones.

En 1286 fue elegido provincial de su Orden en Lombardía, cargo que llevó adelante con gran dedicación y acierto, acreditándose como un guía prudente de las comunidades religiosas de su Orden. Diez años más tarde, y validos los frailes de este su buen gobierno, lo eligieron maestro general de la Orden. Como tal, supo estar al lado del papa Bonifacio VIII que, luego de la experiencia del papado «angélico» de Celestino V, quería poner en la Iglesia orden y eficacia frente a las dificultades que creaban Francia, por un lado, y los espirituales, por otro, estando dividido y opuesto al papa un número significativo de miembros del propio colegio cardenalicio. Nicolás quiso ser instrumento de paz y el propio papa le confió mediar en la disputa entre Inglaterra y Francia (1297). En 1298 el papa lo creó cardenal y obispo de Ostia, recibiendo ese año la consagración episcopal. Estuvo junto al papa en el Año Santo de 1300 y al año siguiente el papa lo envió como legado suyo a Hungría, donde no tuvo su legación el éxito deseado.

Volvió a Italia a tiempo de poder ser uno de los dos cardenales que estuvieron al lado de Bonifacio VIII cuando su palacio de Anagni fue asaltado por los franceses y la propia vida del papa estuvo en peligro. Al poco tiempo el papa fue liberado por el pueblo y volvió a Roma, donde murió el 11 de octubre de 1303. Terminadas las novendiales, los cardenales se reunieron en cónclave y el día 22 de octubre elegían papa al cardenal Boccasini que tomaba el nombre de Benedicto XI.

Enseguida mostró ser un hombre de paz. Perdonó a los Colonna y los reintegró en sus bienes y dignidades exceptuando a

Sciarra Colonna, autor del sacrilegio de Anagni. Intentó en vano la paz en Florencia. Absolvió al rey Felipe IV de Francia igualmente en interés de la paz, pero se negó a absolver a Nogaret que con Sciarra había sido el autor del atentado de Anagni. Contra quince jefes de esta empresa publicó Benedicto XI, el 7 de junio, una bula de excomunión *(Flagitiosum scelus),* en la que recordaba que él mismo era testigo ocular de los crímenes que ahora castigaba. Felipe IV, viéndose perdonado, pasó en su soberbia a más: envió legados al papa para que se procediera a la condenación de Bonifacio VIII. El papa se negó a las pretensiones francesas y se negó a la convocatoria de un concilio con ese objeto.

Todo indicaba que Benedicto XI iba a tener un fructífero pontificado, cuando inesperadamente falleció en Perusa a los 64 años de edad el 7 de julio de 1304. Estaba hospedado en el convento de Santo Domingo y parece que la causa de su muerte fue una disentería provocada por unos higos que le regalaron y que estaban envenenados. Se cuenta que, elegido papa, recibió a su madre pero que cuando la vio tan elegantemente vestida se negó a reconocerla. La buena mujer tomó su humilde ropa y entonces el papa bajó de su sede y la abrazó con todo cariño. La fama de santidad y el culto popular que se le tributa encontró respaldo con la confirmación de su culto el 24 de abril de 1736.

BEATOS ROGERIO DICKINSON, RODOLFO MILNER Y LORENZO HUMPHREY

Mártires († 1591)

Los dos primeros mártires murieron juntos el 7 de julio de 1591. Del otro se sabe que también murió mártir ese año pero no hay seguridad sobre el día exacto. El *Martirologio* lo conmemora en ese mismo día.

ROGERIO DICKINSON (Dickenson) era natural del Lincolnshire donde nació hacia 1555 en una familia protestante, pero en su juventud conoció el catolicismo y se convirtió. Decidido por el sacerdocio, estudió en el seminario de Reims (1582) y se ordenó sacerdote en Laon en 1583. Vuelto a Inglaterra se le asignó el condado de Hamp como campo de apostolado y se

dedicó a trabajar por las almas con todo su empeño, pero, ya a finales de 1583, fue arrestado. Preso en la cárcel de Bridewall y luego en la de Gatehouse, padeció tortura y malos tratos y fue desterrado del país.

Vuelto secretamente a Inglaterra, ejerció su ministerio en el condado de Worcester, pero acordándose de los fieles de Hamp. Pese al peligro volvió allá y pudo trabajar cuatro intensos y fructuosos años. Lo delató un falso católico y fue de nuevo arrestado y encerrado en la cárcel de Marshalsea durante cinco meses, en los que padeció tremendos interrogatorios y fuertes torturas para que dijera quiénes le habían alojado y ayudado. Reenviado a Winchester, fue juzgado y condenado como traidor ya que admitió ser un sacerdote ordenado en el extranjero y vuelto a Inglaterra.

RODOLFO MILNER o Miller había nacido en Stacstead, Hants, h. 1521. Su familia había aceptado las novedades religiosas de Enrique VIII y él era ya un padre de familia de nueve o diez hijos, a los que alimentaba con su trabajo de agricultor, cuando empezó a tener dudas religiosas. Conoció a varios misioneros católicos y le impactó su género austero y sacrificado de vida. Se decidió y entró en la Iglesia católica, pero el mismo día en que había hecho su primera comunión, fue arrestado y metido en la cárcel donde se le mantuvo varios años sin ser sometido a juicio. En este tiempo se granjeó la confianza del carcelero que lo dejaba salir bajo palabra, le daba la llave de la prisión y le permitía atender y consolar a otros presos católicos. Él aprovechaba esta situación para introducir en la cárcel a sacerdotes que administrasen los sacramentos. Su colaboración era especialmente con el P. Stanney, jesuita, y luego con el P. Dickinson, que sería su compañero de martirio. Sorprendido en esta actividad, fue por fin juzgado con el P. Dickinson. Sus hijos le suplicaban que fuera a la iglesia protestante para poder así salvar la vida pero el mártir se mantuvo firme en su fe católica. Fue condenado a muerte en la horca y a ser descuartizado.

LORENZO HUMPHREY era un joven de 21 años que había nacido en el Hampshire y a quien su inquietud religiosa le llevó desde el protestantismo hasta la fe católica y de ahí al martirio en 1591. Llegó a la fe tras oír una fervorosa plática del P. Stanney sobre la presencia real de Cristo en la eucaristía y el valor de

la misa. La devoción eucarística sería el rasgo distintivo de su espiritualidad como católico. Se puso enfermo hasta el extremo de delirar durante la fiebre y un mal amigo lo acusó de haber llamado herética a la Reina durante el delirio. Arrestado, el joven declaró su respeto por la soberana y afirmó no ser responsable de lo dicho durante un delirio. Llevado a la cárcel, pidió los oficios más humildes y se le concedieron. Juzgado y condenado a muerte, cuando lo sacaban, uno de los que lo llevaban cantó coplillas alusivas a su fidelidad al Papa. El mártir se limitó a sonreírse y el otro le dio una bofetada. Lorenzo le preguntó que por qué. Fue ahorcado y descuartizado.

Los tres fueron beatificados el 15 de diciembre de 1829.

BEATO JUAN JOSÉ JUGE DE SAINT-MARTIN

Presbítero y mártir († 1794)

Nació en Limoges el 14 de junio de 1739 en el seno de una distinguida familia. Decidido por la vocación eclesiástica, entró en el seminario de Limoges el 31 de diciembre de 1761 y se adscribió a la Compañía de San Sulpicio. Entre 1765 y 1766 estuvo en la casa sulpiciana llamada La Solitude y fue luego director del seminario de Viviers (1770-1771), pasando luego a los seminarios de Toulouse y de Limoges (1785). El 13 de agosto de 1789 tomó posesión de una canonjía en la catedral de Limoges, por resignación en él de un tío suyo.

Llegada la Revolución y disuelto el cabildo, se quedó a vivir en Limoges y se creyó autorizado en conciencia a prestar el juramento de libertad-igualdad, recibiendo el certificado de civismo. Pero esto no le privó de ser arrestado y detenido en La Règle, donde prestó declaración el 28 de septiembre de 1793. Entonces se retractó del juramento hecho primero ante los sacerdotes y luego ante el comisario G. Imbert. Condenado a la deportación, fue parte del segundo envío, estando ya en Rochefort el 13 de abril de 1794 y siendo embarcado luego en Les Deux Associés. Era un sacerdote piadoso y virtuoso. Murió por falta de agua dulce el 7 de julio de 1794. Fue beatificado el 1 de octubre de 1795.

BEATA IFIGENIA DE SAN MATEO

Virgen y mártir († 1794)

Francisca María Susana de Gaillard nació en Bollène, Francia, el 23 de septiembre de 1761. En su juventud ingresó en la Congregación de la Adoración Perpetua del Santísimo Sacramento, en el monasterio de su propia ciudad natal, y allí hizo el noviciado y la profesión religiosa tomando el nombre de sor Ifigenia de San Mateo. Fue una religiosa observante, muy exacta en el cumplimiento de sus deberes como profesa y como miembro de la comunidad.

Expulsada como las demás monjas del monasterio, su familia le ofreció asilo en su casa natal pero ella prefirió quedarse con las demás hermanas, para procurar mantener el espíritu religioso y, en la medida de lo posible, la vida común, dando alto ejemplo de paciencia y profunda vida interior. El 22 de abril de 1794 fue arrestada con las demás hermanas y con ellas conducida a Orange y encerrada en la prisión de La Cure, y durante catorce días pudo con sus compañeras llevar vida de común piedad y observancia religiosa. Pero el día 6 de julio se produjo la primera condena a guillotina de una de las religiosas detenidas, una hermana benedictina, y al día siguiente sor Ifigenia era llamada a juicio, ella sola, separada de sus compañeras, seguramente con la esperanza de que viéndose sola flaquearía su fe.

La acusación contra ella fue ésta: «Yo os presento y delante de vosotros acuso a Susana Gabriela Gaillard, una exnoble, de unos 32 años, de la Congregación del Santísimo Sacramento de Bollène, donde tenía su residencia. Ella jamás ha servido a la Revolución, ella ha hecho, por el contrario, todo cuanto ha podido depender de ella para impedir su progreso por el fanatismo y la superstición que excita con su ejemplo, refractaria a la ley de su país, y ha rehusado constantemente prestar el juramento que se le exige».

La acusada confesó abiertamente su profesión religiosa y su fe, se negó a prestar el juramento que contrariaba su conciencia, y fue condenada a morir en la guillotina, lo que se llevó a cabo en la plaza de Orange aquel mismo día 7 de julio de 1794. Fue beatificada el 10 de mayo de 1925 por Pío XI.

SANTOS ANTONINO FANTOSATI Y JOSÉ MARÍA GAMBARO

Mártires († 1900)

ANTONINO FANTOSATI nació en Santa Maria in Valle, junto a Trevi, en Umbría, Italia, el 16 de octubre de 1842. Sintiendo la vocación religiosa, y a pesar de que era de constitución endeble, ingresó en la Orden de Menores, en la provincia franciscana de Asís. En octubre de 1867, ya sacerdote, dejó Roma para partir a China como misionero en un grupo de religiosos de su Orden. Ejerció su ministerio en el Alto Hupeh, a donde llegó el 15 de diciembre de 1867. Pasó los primeros siete años entre Schan-kin y He-tan-kou, aprendiendo la lengua china que llegó a saber en profundidad. Luego marchó a Lao-ho-kow, importante centro fluvial, donde durante dieciocho años ejercitó su ministerio con mucha prudencia y habilidad. A él se debe la bella catedral de Lao-ho-Kow y de Cha-yuen-Kou. Fue procurador, vicario general y administrador apostólico. Cuando la carestía y la peste hicieron presa en la población, levantó en la última de las ciudades citadas un orfanatorio para niños abandonados y distribuyó entre la pobre gente numerosas ayudas llegadas de Europa. En 1880 fue vicario general de mons. Banci. En 1888 volvió una temporada a Italia, pero regresó enseguida a su amada China.

En 1892 fue elegido vicario apostólico de Hunan Meridional y consagrado obispo titular de Adraa, realizando como tal una intensa labor misionera, continuadora de sus afanes como sacerdote. No dejó de darse cuenta de que las circunstancias se estaban volviendo difíciles. El estallido de la revolución bóxer le cogió fuera de su residencia ordinaria; entonces, decidió, con su compañero San José María Gambaro, regresar en barca a Heng-chou. Cerca ya pudo ver cómo el misionero P. Cesidio había sido quemado vivo y que la iglesia y el orfanatorio habían sido destruidos. Al desembarcar, el 7 de julio de 1900, muchos pescadores asaltaron la embarcación. El santo obispo, desde la orilla, quiso calmar a la multitud, pero un golpe de timón sobre la cabeza lo derribó a tierra, donde después de largas horas de agonía un pagano lo atravesó con una punta de hierro y expiró.

JOSÉ MARÍA GAMBARO nació en Galliate, Novara, Italia, el 7 de agosto de 1869 y fue bautizado con el nombre de Bernardo,

que cambiaría por el de José María al ingresar en el noviciado el 27 de septiembre de 1886. Hechos los votos en la Orden franciscana, prosiguió los estudios sacerdotales y recibió la ordenación de presbítero el 13 de marzo de 1892, pero ya antes había estado destinado al colegio seráfico de Ornavasso y dedicado a la formación de los futuros religiosos franciscanos. Ofrecido desde hacía tiempo para las misiones, fue destinado a China, donde llegó en marzo de 1896, concretamente a Hunan meridional. Encargado primero de la formación de los seminaristas chinos en el seminario de Chen-fan-tan, fue luego destinado a la misión de Yen-chou y realizó una magnífica labor. Compañero en el viaje del obispo Fantosati a partir de Pentecostés de 1900, fue con él martirizado a golpes y murió junto al prelado mientras éste le absolvía. Ambos se habían dirigido palabras de ánimo y confortación. Su martirio duró unos veinte minutos.

Ambos fueron canonizados con otros mártires de China el 1 de octubre de 2000 por Juan Pablo II.

SAN MARCOS JI TIANXIANG

Mártir († 1900)

Marcos Ji Tianxiang (Kitien Siang) nació en Yetcang-ten en 1839, en el seno de una familia de tradición cristiana. Era persona culta, de clase acomodada, que ejercía la medicina y tenía a su cargo la administración de los bienes de la comunidad cristiana de su pueblo. Pese a sus buenas cualidades los misioneros le habían retirado la licencia de comulgar porque no se corregía del vicio de tomar opio. Él comprendió la razón de los misioneros y no por ello se alejó de la religión.

Llegados los boxers, fue arrestado junto con su familia, y fue mucha la gente del pueblo que pedía a los boxers que lo indultaran porque era muy buena persona. El mandarín estuvo de acuerdo en indultarle si renegaba del cristianismo, pero Marcos se negó. Entonces, delante de sus ojos, sacrificaron a toda su familia y luego él fue decapitado. Era el 7 de julio de 1900. Fue canonizado por Juan Pablo II el 1 de octubre de 2000.

SANTA MARÍA GUO LIZHI

Mártir († 1900)

María Guo Lizhi (Kuo Li Cheu) era una cristiana casada, de 65 años de edad, con hijos y nietos. Los boxers, en odio por la fe que profesaba, mataron a su marido y quemaron la casa. Quedó en la más absoluta necesidad pero insistió ante los suyos en ser fieles a Dios y tener paciencia. Volvieron los boxers y dos hijos suyos lograron huir, pero María, sus tres hijas y cuatro nietos cayeron en manos de los perseguidores. Ella, cual otra madre de los Macabeos, dice el *Martirologio,* los animó a perseverar en la fe y asistió a su sacrificio, siendo la última en dar la vida por la fe en el poblado de Hujiacun, Shenxian, en la provincia de Hebei, China, el 7 de julio de 1900. Fue canonizada por Juan Pablo II el 1 de octubre de 2000.

BEATA MARÍA ROMERO MENESES

Virgen († 1977)

Nace en Granada (Nicaragua) el 13 de enero de 1902. Su familia, cristiana y caritativa, le da una buena educación y la orienta a los estudios artísticos ya que estaba muy bien dotada para la música y la pintura. Alumna del colegio de las Hijas de María Auxiliadora, sintonizó enseguida con el espíritu salesiano y comenzó a plantearse, en cuanto fue una adolescente, si sería su camino la vida religiosa. Se decidió e ingresó en 1923 en la Congregación de las Hijas de María Auxiliadora, en la que hizo el noviciado y los votos, y se entregó por completo a la gran misión de la educación y formación cristiana de las jóvenes.

En 1931 fue destinada a Costa Rica y aquí se acreditó por su intensa actividad apostólica. Acompañada de sus alumnas hizo una gran labor social y catequística por las aldeas de los alrededores de la capital, logrando, además, el apoyo de muchas personas bien situadas económicamente. Las visitas médicas gratuitas, la formación profesional de jóvenes y mujeres pobres, la asistencia farmacéutica a los necesitados, las obras de alfabetización, la acogida de enfermos pobres y aun de sus familias, la construcción de casitas para los sin techo («ciudadelas de María Auxiliadora») y la creación de otras muchas iniciativas jalonaron

su intenso trabajo social y apostólico. En medio de él resplandecían sus excelsas virtudes, singularmente su caridad universal. Murió en León, Costa Rica, el 7 de julio de 1977. Fue beatificada por Juan Pablo II el 14 de abril de 2002.

8 de julio

A) MARTIROLOGIO

1. La conmemoración de santos Áquila y Priscila († s. I), esposos, auxiliares del apóstol San Pablo *.
2. En Heraclea de Tracia, Santa Gliceria, mártir (fecha desconocida).
3. En Cesarea de Palestina, San Procopio († 303), mártir.
4. En Taormina (Sicilia), San Pancracio, obispo y mártir (fecha desconocida).
5. En Toul (Francia), San Auspicio († s. V), obispo.
6. En la Renania, San Disibodo († s. VII), ermitaño y fundador de un monasterio.
7. En el monasterio de Bilsen (Brabante), Santa Landrada († 690), abadesa.
8. En Würzburg (Turingia), San Kiliano († 689), obispo y mártir *.
9. En Constantinopla, santos monjes abrahamitas († s. IX), martirizados por el culto a las sagradas imágenes en el imperio de Teófilo.
10. En Vilzacara (Emilia), San Adriano III († 885), papa *.
11. En Tívoli (Lacio), Beato Eugenio III († 1153), papa, de la Orden Cisterciense **.
12. En la cárcel de Shimabara (Japón), Beato Mancio Araki († 1626), mártir *.
13. En Young-Nien (China), San Juan Bautista Wu Wenyin († 1900), padre de familia y mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

BEATO EUGENIO III

Papa († 1153)

Poco se sabe de la vida de Bernardo, monje cisterciense, antes del 15 de febrero de 1145, en que fue elegido Papa. La histo-

ria oficial de los pontífices de aquella época sólo nos dice que antes de su elección era abad del monasterio romano de los «Santos Anastasio y Vicente, Ad aquas salvias in Trium Fontium». No se conoce ni la fecha de su nacimiento ni las diversas etapas de su vida, que los biógrafos han intentado reconstruir recurriendo a menudo a especulaciones e hipótesis, no sólo poco convincentes, pero ni siquiera sostenibles.

Los documentos solamente permiten —y siempre que se pueda certificar que el Bernardo del que hablan los documentos sea la misma persona que más tarde fue elegido Papa con el nombre de Eugenio III— afirmar con certeza: 1.º) que en 1115 era monje y clérigo y que en 1128 era prior del monasterio camaldulense de San Zenón en Pisa; 2.º) que después, en tiempos del arzobispo Uberto (1132-1137) ocupó el cargo de «vicedóminus» en dicha ciudad; y 3.º) que hacia 1141, quizá en conexión con la estancia de San Bernardo en Italia, fue enviado como abad al monasterio de los Santos Anastasio y Vicente, en Roma, que había sido restaurado y confiado a los cistercienses por el papa Inocencio II.

Según el historiador pisano Raffaele Roncioni (s. XVI) Bernardo era de la noble familia de los Paganelli de Montemagno, pero esta afirmación contrasta con el testimonio del propio San Bernardo que define a Eugenio como *homo rusticanus,* calificación que hace pensar que era de origen campesino o por lo menos modesto. Su nacimiento en Montemagno di Camaiore está en contradicción con la inscripción sepulcral de San Pedro en donde se afirma que *Pisa virum genuit.* Algún otro sostiene que el nombre del futuro Papa fue el de Pedro como el de su padre, etc.; también hay algún autor que asegura que Bernardo antes de ser Papa había sido cardenal, pero esto no es más que una confusión de nombres y lugares.

La elección del cisterciense pisano como sucesor de Lucio II que había muerto con ocasión de un atentado, elección que no había sido del agrado de San Bernardo, estaba relacionada no sólo con consideraciones de reforma en el Colegio cardenalicio del que formaban parte en aquel momento tres cardenales pisanos, sino también de la difícil situación política en Roma. La elección tuvo lugar en el refectorio del monasterio de

San Cesario en el Palatino el mismo día de la muerte de Lucio y la entronización se hizo a las pocas horas en Letrán. Pero ya en la noche del 16 al 17 de febrero el nuevo Papa fue constreñido a abandonar la ciudad en revuelta. Fue consagrado obispo el domingo *exsurge* (antiguo domingo de Sexagésima), el 18 de febrero de 1145, en el monasterio de Farfa.

No se saben los motivos que impulsaron al abad Bernardo a tomar el nombre de Eugenio. En algunos compendios históricos medievales, Eugenio viene calificado como de *simplex*. Este calificativo no constituía de por sí un juicio negativo, sino que hace referencia, más bien, a la sencilla rectitud del monje y no indica necesariamente un modo especial de haber ejercitado sus funciones de gobierno en Pisa y en Roma antes de su elección.

Eugenio no estableció nunca buenas relaciones con los romanos. Durante su pontificado de ocho años, cuatro meses y tres semanas, sólo estuvo entre ellos, sumando sus diversas estancias, un año y medio escaso. En los primeros años su residencia favorita fue Viterbo; más tarde se aposentó en Túsculo, Ferentino y Segni. En Roma mandaba el Senado, restaurado en 1144 según el modelo antiguo, teniendo como cabeza al patricio Giordano Pierleoni, descendiente, curiosamente, de una familia de judíos convertidos y hermano del papa Anacleto II, fallecido en 1138. Eugenio excomulgó a Giordano al comenzar su pontificado, pero a finales de aquel mismo año cerró un acuerdo con los romanos, en el que, por un lado, se reconocía la existencia del Senado por parte del Papa y, por otro, los romanos aceptaban el cargo de «Prefecto de la urbe» nombrado por el pontífice. Gracias a este acuerdo Eugenio pudo volver a Roma; pero su estancia sólo duró hasta marzo de 1146.

Pronto, Arnaldo de Brescia, un tribuno que clamaba contra los vicios del clero, pero que en 1145 se había sometido al Papa en Viterbo, se constituyó de nuevo en guía espiritual de los romanos. Eugenio exhortó mediante una carta a los ciudadanos de Roma a no dejarse arrastrar por la influencia de Arnaldo. Pero como no le hicieron caso tuvo que excomulgarle en 1148.

En esto, en el otoño de 1149, el Senado invitó al alemán Conrado III a venir a Roma y recibir la corona imperial de manos del senado romano y establecer allí su residencia. Tal invita-

ción no obtuvo respuesta y Eugenio pudo volver a su ciudad durante un breve período, gracias a la ayuda militar de los normandos. La última vez que estuvo en Roma fue en diciembre de 1152, esta vez bajo la mano militar germana, después que los romanos hubiesen intentado varias veces sustituir la autoridad papal por un par de tentativas imperiales.

En 1147 y 1148, empujado por los acontecimientos del Oriente cristiano, hizo un largo viaje a Francia. La reconquista de Edessa por parte de los infieles (Navidad de 1144) tenía preocupado al Papa ya antes que en noviembre de 1146 el obispo Ugo de Gablah llegase a Viterbo con noticias más fidedignas y solicitando ayuda. El 1 de diciembre de 1145 en Vetrella, Eugenio había emanado la bula *Quantum praedecessores* con la que invitaba a la cruzada, bula que se renovó el 1 de marzo de 1146 en el Trastévere. El Papa esperaba sobre todo el concurso de los caballeros franceses, visto que el propio rey Luis VII había declarado su disponibilidad en la Navidad de 1145 durante una Dieta celebrada en Bourges. La participación de los germanos debió, a su vez, serle menos atractiva, pues quería contar con ellos para resolver las cosas de Roma. Todavía un año después, también muchos príncipes alemanes y el mismo rey Conrado III tomaron la cruz en Spira impulsados por la predicación de San Bernardo. En abril de 1147 Eugenio autorizó a los príncipes germanos del norte a organizar un ejército para combatir a los todavía paganos eslavos. En el mismo año dio el consentimiento a Alfonso VII de Castilla para hacer una expedición militar contra los musulmanes en el contexto de la reconquista de España. Y en el verano de 1146, se hicieron tentativas con el emperador Manuel I de Bizancio, para que participara en la Cruzada; el 5 de octubre de 1146, desde Viterbo el Papa ordenó finalmente al clero italiano predicar la santa Cruzada. No obstante, a pesar de sus muchos esfuerzos el Papa no logró conservar el control de tal empresa.

Eugenio inició su viaje a Francia partiendo en los primeros días de 1147 desde Viterbo. Llevaba un séquito de al menos diecisiete cardenales. En base a la bula emanada durante este viaje es posible reconstruir el itinerario de la corte pontificia. Pasaron por muchas ciudades: Marturi, Lucca, Pontrémoli, Vercelli,

Susa; y pasados los Alpes alcanzaron Lyón y poco después Cluny. El encuentro con el rey de Francia tuvo lugar en Dijon el 20 de marzo. A continuación el Papa y el rey continuaron juntos el viaje; llegaron a Claraval, el monasterio de San Bernardo, el 6 de abril y continuaron por Troyes, Provins y Meaux. Celebraron la Pascua el 20 de abril, en París, con gran solemnidad, que incluía la coronación y unción del propio rey, por parte del Papa, en la iglesia abacial de St-Denis. Se sabe que en una procesión celebrada en honor de Santa Genoveva, patrona de París, se levantaron violentos disturbios antipapales incitados presumiblemente por los partidarios de Abelardo y de Arnaldo de Brescia y que indujeron al Papa a establecer algunas reformas monásticas.

El ejército cruzado se puso en marcha a las órdenes del Rey francés el 2 de mayo de 1147 y le siguió el alemán conducido por Conrado III. El Papa permaneció en Francia pasando el verano y el comienzo del otoño, casi siempre en Auxerre. En noviembre pasó a territorio alemán viviendo hasta finales de febrero de 1148 entre Verdun y Tréveris. De allí salió finalmente para Reims, a donde llegó para celebrar la Pascua. De Reims inició viaje de retorno a Italia, viaje que se prolongó más de medio año, pues su llegada a Viterbo se constata por primera vez el 30 de diciembre de 1148.

Durante su viaje, de casi dos años, el Papa celebró dos concilios en Francia, uno en París y otro en Reims, y un tercero en Cremona, Italia. Se había programado celebrar otro concilio en Tréveris, territorio alemán, pero no se llevó a cabo. De los cánones emanados por esos concilios sólo se conservan los de Reims, aunque en diversos archivos se conservan documentos y noticias de los temas tratados en los otros concilios.

En el caso del concilio de París, celebrado en fechas no precisas, aunque probablemente poco después de la llegada del Papa a la ciudad (Pascua de 1147), se trató sobre todo de un largo consistorio en el que se discutió sobre el obispo de Poitiers, Gilberto Porretano, sospechoso de herejía en cuanto a su doctrina sobre la Trinidad. También se debatieron otros problemas de política eclesiástica, como el de la destitución del arzobispo de York, San Guillermo Fitzherbert, por dudarse de su elección canónica (cf. *Año cristiano. Junio,* p.182-189).

Un año más tarde, en marzo de 1148, se reunieron en Reims más de cuatrocientos obispos y abades (la mayoría franceses), convocados por el Papa para un concilio. Los cánones allí promulgados repetían disposiciones de hacía treinta años sobre el celibato y la disciplina del clero. En él se vuelven a declarar nulas todas las disposiciones del antipapa Anacleto II y se condenan algunas de las herejías que entonces se predicaban en la Gascuña y en la Provenza. Las sanciones hacen hincapié probablemente en el sacerdote Pedro Bruis y en el monje Enrique contra el que San Bernardo había emprendido una campaña doctrinal en 1145. Bernardo de Claraval participó personalmente en el concilio y su influencia en él fue grande.

Pero la decisión más importante de este concilio fue la de suspender a los arzobispos de Maguncia y de Colonia que no se habían presentado en Reims a pesar de los contactos amistosos que el propio Eugenio había tenido con ellos en Tréveris. Mas las motivaciones de esta decisión no están del todo claras y sólo dejan paso a suposiciones. En Francia las suspensiones alcanzaron a los obispos de Orleáns y Troyes. Por lo demás, el concilio tuvo que entrar en el conflicto de la sede primada, contestada por Lyón, Vienne y Bourges y ocuparse también de temas relacionados con las exenciones en las diócesis de Bourges, París, Sens, Autun y Rouen. Eugenio suspendió a casi todos los obispos ingleses, porque habían desertado del concilio a causa del veto que sobre ellos había extendido su rey. La única excepción fue la del arzobispo de Canterbury que no se había dejado intimidar, obteniendo como premio el reconocimiento de su «primado» contra los argumentos de York. El rey inglés Esteban fue citado ante el tribunal pontificio para justificar su veto pero prefirió no acudir. También se trató sobre el primado de Toledo que era contestado por diversas sedes de la península ibérica.

No sólo los viajes, sino las legaciones, confiadas por lo demás a cardenales, garantizaban la influencia del Papa fuera de los estados pontificios, aunque la avidez y el lujo de los emisarios eclesiásticos suscitaban a menudo ásperas críticas. Los legados debían resolver tanto cuestiones políticas como eclesiásticas, pero en la práctica prevalecían las acciones específicamente diplomáticas. Se enviaron legados a Alemania para comunicar la

anulación del primer matrimonio de Federico I con Adela de Vohburg, ya parientes entre sí. Más grave, y de consecuencias históricas importantes, fue el divorcio del rey francés Luis VII con Leonor de Aquitania acaecido un año antes, con el consentimiento del Papa, pero sin el envío de legado pontificio.

En la segunda cruzada, de 1147 a 1148, Eugenio III se hizo representar por el cardenal obispo de Porto, Dietwin, mientras el cardenal presbítero Guido de San Crisógono acompañó a los cruzados franceses. El obispo Anselmo de Havelburg hizo de legado pontificio en 1147 en la cruzada contra los serbios. En la primavera de 1147 el cardenal Dietwin, y, tras él, el cardenal Guido de San Cosme y San Damián, canciller de la Iglesia romana, trataron con Conrado III a propósito de su participación en la cruzada, aunque Eugenio hubiese preferido, como ya se ha apuntado, una renuncia para poder contar con él para defender los intereses del Papa en Roma.

La canonización de San Enrique II (1002-1024) ya se preparó desde el comienzo del pontificado de Eugenio para obtener los favores de la realeza germana. Se realizó en 1146. Por lo demás, los intercambios de embajadores entre la corte pontificia y Alemania fueron particularmente intensos a lo largo de todo el pontificado de Eugenio III. El arzobispo Adalberto era considerado como el legado permanente del Papa en Alemania. Pero había otros legados ocasionales, hasta cinco o seis cardenales curiales a los que se ve actuar en diversos puntos de la geografía germánica. Y, finalmente, el mismo año de su muerte, el cardenal Bernardo de San Clemente y Gregorio del Santo Ángel concluyen en nombre de Eugenio III un tratado con el nuevo rey Federico Barbarroja.

También tuvo que intervenir entre bohemios y polacos que estaban enemistados por los conflictos dinásticos. En 1148 un legado pontificio, Juan, que era sólo subdiácono, fue enviado a Polonia mientras que el cardenal diácono Guido de Cremona lo fue a Moravia. En Inglaterra el obispo Enrique de Winchester, hermano del rey Esteban y legado permanente del Papa, fue sustituido en su legación, hacia 1150, por el arzobispo de Canterbury, Teobaldo; siendo este cambio otra medida que se tuvo que tomar por los conflictos existentes entre el Papa y la corona inglesa.

En los años 1151 y 1152 el cardenal presbítero Juan Paparo de San Lorenzo in Damaso marchó a Escocia e Irlanda. Objeto de su misión fue la separación de la Iglesia escocesa, al norte de la Isla, de la metropolitana de York. En cambio, en Irlanda se trató de elevar al rango de *metropolitas* a cuatro obispos. Un cardenal inglés, Nicolás Breakspear (futuro Adriano IV), fue enviado a los países escandinavos, y a él se debe la erección del arzobispado de Nidaros (Trondheim) en Noruega, que fue separado de la sede metropolitana danesa-sueca de Lund mientras que al arzobispo de esta ciudad le fue entregado el palio de parte del Papa. En Suecia el legado presidió un sínodo en Linköping donde se decretaron normas disciplinares y se obtuvo del rey que pagara el óbolo de San Pedro.

Los ocho años de pontificado dieron mucho juego político y sería largo enumerar todos los movimientos político-eclesiásticos de aquel pontificado. Basta con recordar que el Papa quiso restaurar el antiquísimo orden de la autoridad bilateral del Papado y el Imperio mediante el tratado de Constanza en 1153. Además, de Eugenio III se conservan más de mil bulas que en general son confirmaciones de los derechos y bienes de entidades religiosas y eclesiásticas.

Entre los que recibieron más seguridades de protección papal se encuentran los privilegiados cistercienses, hermanos de orden. Se cuenta que Eugenio III siempre se consideró un monje y que debajo de los vestidos pontificios siempre llevaba el hábito cisterciense. Elevó al cardenalato a tres monjes de su orden, y en 1152 confirmó la *Charta Charitatis* introduciendo algunos detalles que tenían como fin resguardar la paz eclesiástica y las normativas de la exención de los entredichos.

Ningún signo exterior o interior revela que haya habido durante su gobierno cambios especiales, si bien se puede indicar anecdóticamente que por primera vez en una bula del 10 de abril de 1153 dirigida a los canónigos de San Pedro aparece el título de «vicarius Christi» aplicado al Papa; probablemente esta denominación se debe a la influencia de San Bernardo y reivindica para el Papa la función de máximo guía espiritual.

De San Bernardo se conservan cuarenta cartas dirigidas a Eugenio III y su tratado *De consideratione ad Eugenium Papam,* es-

crito entre 1148 y 1153. La obra de San Bernardo testimonia un grado máximo de unión espiritual entre el maestro y el alumno que ha llegado a sentarse en la sede de Pedro. En todos estos escritos se desarrolla un programa de reforma eclesiástica basado en el ideal de la pobreza apostólica que también debe practicar el papado. La posición de Bernardo era, en aquel momento, completamente opuesta a la de Gerhoch, el docto preboste del monasterio de los canónigos regulares de Reichesberg que en sus escritos se declaraba contrario a las novedades y reformas bernardinas. Gerhoch había dedicado sus obras a Eugenio poco después de que fuese elegido Papa, y éste le había alabado por ello.

Eugenio también había entrado en correspondencia con Santa Hildegarda de Bingen, con Pedro Lombardo y con Pedro el Venerable, que pudo decir a San Bernardo que se había sentido confundido al visitarlo en Roma ya que Eugenio le había dado tantas muestras de respeto y consideración que parecía que él era el Papa y Eugenio el discípulo e hijo. Su gran interés por la teología le impulsó, además, a invitar al obispo Anselmo de Havelberg a escribir *Los diálogos,* en los cuales Anselmo, embajador imperial en Constantinopla entre 1135-1136, da cuenta de las disputas mantenidas con los teólogos greco-ortodoxos a cuyo frente estaba el arzobispo Niketas de Nicomedia. Y también, a invitación del Papa, el jurista Burgundión de Pisa, que había acompañado a Anselmo a Constantinopla, tradujo del griego las obras de San Juan Damasceno y las publicó bajo el título de *De fide ortodoxa.* Algunos investigadores modernos han mencionado la posibilidad de que el Papa hubiese animado al monje camaldulense Graciano a emprender su famosa colección canónica.

La *Vita* de Eugenio III en el *Liber pontificalis,* revisado y continuado por Bosone, trata sólo de los inicios del pontificado y es un tanto escaso de datos. El hecho es tanto más sorprendente cuanto que Bosone, funcionario de la Curia, estaba bien informado de los acontecimientos y estaba muy interesado en la suerte del papado y del Estado de la Iglesia. Se le ha atribuido a Bosone un elenco, hoy perdido, de los bienes de la Iglesia y de sus ingresos en tiempos de Eugenio III, y que fue utilizado si-

glo y medio más tarde por Cencio Savelli, el futuro Honorio III, en su *Liber censuum*. De todo ello se deduce que durante el pontificado se agenciaron muchos bienes a favor de la corte pontificia y los gastos también fueron múltiples a causa de diversas construcciones emprendidas en los palacios apostólicos del Vaticano, etc. No puede decirse que en eso el Papa siguiera los ideales cistercienses, por lo que no es de extrañar que el propio San Bernardo manifestase en más de una ocasión su perplejidad y dudas de la capacidad del cohermano para guiar a la Iglesia a partir de sus ideales, que evidentemente no todos compartían.

La historiografía pontificia posterior fue más clemente con Eugenio III, que dejó un buen recuerdo sobre todo en su ciudad natal Pisa y entre los cistercienses. Ya entre los contemporáneos se le llamaba «beato», aunque en la época no era necesariamente un calificativo que tuviese un sentido canónico. A partir de la mitad del siglo XVI empieza a aparecer su fiesta en los libros litúrgicos cistercienses, como «Beato»; finalmente, a petición de los cistercienses, el ahora Beato Pío IX, el 3 de octubre de 1872 confirmó su culto, estableciendo su fiesta en el día de su muerte, el 8 de julio. En la historia de la Iglesia, tal como hoy se la considera, el pontificado del Eugenio III marca el fin de la época de la reforma gregoriana.

LUIS M. PÉREZ SUÁREZ, OSB

Bibliografía

BAUDOT, J. - CHAUSSIN, L., OSB, *Vie des saints et des bienheureux...* VII: *Juillet* (París 1948) 190-192.

VREGILLE, B. DE, Art. en A. VACANT - E. MANGENOT - E. AMANN, et al. (dirs.), *Dictionnaire de théologie catholique.* V/1: *Enchantement-Eucharistie* (París 1913) cols.1490-1682.

ZIMMERMANN, H., Art. en *Enciclopedia dei Papi,* II (Roma 2000) 279-284.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTOS ÁQUILA Y PRISCILA

Compañeros de San Pablo († s. I)

Áquila y Priscila o Prisca fueron discípulos y colaboradores del apóstol San Pablo y como tales aparecen en el Libro de los Hechos de los Apóstoles y en las Cartas paulinas. Áquila era de raza judía y su familia era originaria del Ponto. El matrimonio había tenido que dejar Roma cuando un decreto de Claudio expulsó a los judíos de la capital del Imperio. Pablo se unió a ellos y se alojó en su casa en Corinto porque Áquila tenía su misma profesión, la de tejedor de tiendas. Cuando Pablo dejó Corinto se fueron con él, pero se quedaron en Éfeso mientras él viajaba por Siria. En ausencia de Pablo instruyeron a Apolo, un judío bien versado en las Sagradas Escrituras pero que conocía el cristianismo de forma deficiente y no había recibido sino el bautismo de Juan. Cuando Pablo escribe a los romanos da recuerdos para ellos, lo que indica que a la muerte de Claudio habían vuelto a Roma, y los elogia diciendo que no dudaron en exponer su vida por Pablo. No se sabe a qué se refiere Pablo, y si lo hace, quizás, al alboroto de Éfeso. Los saludos que manda son también extensivos a la iglesia que se reúne en su casa. Cuando en el año 57 Pablo escribe su primera carta a los Corintios manda recuerdos del matrimonio Áquila y Priscila y de la iglesia que se reúne en su casa. Pablo en carta a Timoteo desde Roma les manda saludos. No se tienen de ellos posteriores noticias.

SAN KILIANO

Obispo y mártir († 689)

Kiliano era irlandés, nacido seguramente en Mullagh, diócesis de Kilmore. Cuando aparece en la historia lo hace liderando un grupo de once compañeros que se lanzaban a la evangelización del continente. Seguramente ya tenía Kiliano la dignidad episcopal. Llegaron a la desembocadura del Rin y anduvieron por su orilla hasta llegar al Main, donde embarcaron y se dirigie-

ron a la ciudad de Würzburg. Aquí empezó su labor evangelizadora que se llevó a cabo con éxito. Convertido el jefe Gozberto, Kiliano viajó a Roma donde sometió su labor al papa San Conón († 687) y, después de dos años, volvió a su labor misionera. Al llegar se encontró con que Gozberto se había casado con su cuñada y no dudó en reprocharle semejante matrimonio como contrario a la ley de la Iglesia, por lo que ella urdió el asesinato de Kiliano. Desde entonces es venerado como mártir y sus reliquias se llevaron más tarde a la catedral de Würzburg.

SAN ADRIANO III

Papa († 885)

No han faltado historiadores que se extrañen de que a este papa se le dé nombre y culto como a santo, insistiendo en que no todos sus actos fueron verdaderamente ejemplares, pero es un hecho que desde su muerte los fieles lo veneraron como santo en su tumba en San Silvestre de Nonantola.

Adriano era romano, hijo de Benedicto, y, como miembro del clero romano, había debido asistir al horroroso final del pontificado de Juan VIII, que fue asesinado. Hubo de ver, igualmente, que en el torbellino de las luchas romanas por el poder, el sucesor de Juan VIII, Marino I, ascendía a la sede romana siendo ya obispo, lo que iba contra la tradición, y que los continuos tumultos impedían la paz en Roma. Adriano, elegido el 17 de mayo del año 884, quería la paz. La quería entre Oriente y Occidente y la quería igualmente en Roma. Por ello, sin duda, pensó que algunos castigos ejemplares a intrigantes y alborotadores, como Jorge del Aventino y María, la mujer del *superista* Gregorio, contribuirían a aplacar los ánimos y poner paz por el camino de la justicia. Hoy pueden parecer castigos crueles, pero entonces parecieron sin duda justos y eficaces.

Igualmente podemos ver en la voluntad de Adriano III de acudir a la dieta de Worms para jurar un heredero al imperio, aunque fuera un heredero bastardo, el deseo del Papa de dejar zanjado, mediante el acuerdo y el consenso, un asunto que podría prestarse a ambiciones, discusiones y guerras. Habiéndose reunido en la persona de Carlos el Gordo toda la monarquía de Carlo-

magno, era sensato fijar el heredero en una dieta e impedir que la herencia se convirtiera en un motivo de disensión y violencia. Llevado por su amor a la paz, el papa Adriano III decidió aceptar la invitación del emperador y hacerse personalmente presente en la misma con el peso de su autoridad canónica y moral. Pero en el camino, cerca de Módena, se sintió enfermo y murió en la aldea de Spilamberto (otros dicen que fue en Vilzacara) el 8 de julio del año 885. Su cadáver fue llevado a enterrar al monasterio de San Silvestre de Nonantola. El culto que se le venía dando fue confirmado por el papa León XIII el 10 de junio de 1891.

BEATO MANCIO ARAKI

Mártir († 1626)

Mancio Firozayemon Araki era persona de clase acomodada, nacido en el seno de una familia ya cristiana, que lo educó en la fe, haciendo de él un hombre de sólidas convicciones católicas. Vivía en la misma casa con su hermano Matías y decidieron ambos hermanos dar acogida en ella a los misioneros cristianos.

Por un lado su casa, situada en el pueblo de Coxinorxu, reino de Arima, estaba suficientemente alejada y discreta como para que pudiera pasar inadvertida la presencia en ella de algún sacerdote. Por otra parte, en el reino de Arima no se estaban urgiendo los decretos persecutorios contra el cristianismo. Pero cuando en abril de 1625 el rey de Arima visitó la corte imperial y vio cómo eran perseguidos los cristianos cobró miedo de que su blandura se viera como desobediencia al emperador y decidió entonces urgir la persecución en su reino. Cuando esto se hizo público, los más de los cristianos se dispusieron al martirio, pero no faltaron apóstatas que querían a todo trance salvar la vida y se ofrecieron a delatar el paradero de los misioneros y de los que los ocultaban. Se hallaba en casa de Mancio y Matías el padre jesuita beato Francisco Pacheco, provincial de la Compañía en Japón. Un delegado del rey, sabiendo el paradero del P. Pacheco, se llegó al pueblo de Mancio y Matías, puso guardias en todas las salidas y se dirigió a la casa. El P. Pacheco, al conocer la presencia de los soldados, salió a la puerta de la casa, intentando evitar que Mancio y Matías fueran acusados de alojar-

le, pero ambos hermanos fueron obligados a salir y se les arrestó como al misionero.

Los tres, junto con otros detenidos, fueron llevados a la cárcel y tuvieron una severa prisión. Mancio, enfermo de tuberculosis, empeoró notablemente y pese a los ruegos de sus compañeros se le dejó morir en la cárcel, donde exhaló su alma el 8 de julio de 1626. Cuatro días más tarde su cadáver fue llevado a la colina de Nagasaki, donde sus compañeros fueron martirizados y el cadáver de Mancio quemado. Uno de los mártires, el Beato Juan Tanaka, le dio un abrazo al cadáver en señal de veneración por el cuerpo de un mártir. Fue beatificado por el papa Pío IX el 7 de julio de 1867.

SAN JUAN BAUTISTA WU WENYIN

Padre de familia y mártir († 1900)

Juan Bautista Wu Wenyin (Ou Wenn Yin) era un hombre casado y padre de familia, cristiano fervoroso y administrador de los bienes de la pequeña comunidad cristiana de su pueblo, Young-Nien.

Cuando empezó la revolución bóxer hubo una revuelta en su pueblo y como consecuencia de ella una muerte. Vino entonces el mandarín y arrestó a varias personas, entre ellas nuestro mártir. Pero en el curso del juicio quedó claro que él apenas había tomado parte en la revuelta y que era ajeno por completo a la muerte. No obstante, y visto que era cristiano, se le condenó a ser decapitado, y se vio que era su cristianismo la causa de su condena. Los cristianos lo tuvieron desde el principio por mártir. Fue canonizado por Juan Pablo II el 1 de octubre de 2000.

9 de julio

A) MARTIROLOGIO

1. Los santos Agustín Zhao Rong, presbítero, Pedro Sans, obispo, y compañeros mártires de China que padecieron por el evangelio en dife-

rentes tiempos y persecuciones (s. XVII-XX), y que son: Luis Versiglia, Antonino Fantosati, Francisco Fogolla, Gabriel Taurino Dufresse y Gregorio Grassi, obispos; Cesidio Giacomantonio, Elías Facchini, Juan de Triora (Francisco María), José María Gambaro, Teodorico Balar, de la Orden de Hermanos Menores; Francisco Serrano, Joaquín Royo, Francisco Díaz del Rincón, Juan Alcober, de la Orden de Predicadores; León Ignacio Mangín, Modesto Andlauer, Pablo Denn, Remigio Isoré, de la Compañía de Jesús; Alberico Crescitelli, del Pontificio Instituto para las Misiones Extranjeras; Augusto Chapdelaine y Juan Pedro Neel, de la Sociedad de Misiones Extranjeras de París; Calixto Caravario, de la Sociedad Salesiana; Francisco Regis Clet, de la Congregación de la Misión; Pablo Lieou Han Tso y Tadeo Liu Ruiting, todos ellos sacerdotes; María de la Paz (María Ana) Giuliani, María de Santa Natalia (Juana María) Kerguin, María de San Justo (Ana Francisca) Moreau, María Adolfina (Ana Catalina) Dierk, María Amandina (Paulina) Jeuris, María Clara (Clelia) Nanetti, María Ermelina de Jesús (Irma) Grivot, vírgenes, del Instituto de Franciscanas Misioneras de María; José Zhang Wenlan y Pablo Chen Changpin, alumnos del seminario; Juan Wang Rui, Juan Zhang Huan, Juan Zhang Jingguang, Patricio Dong Bodi, Felipe Zhang Zihe, Andrés Bauer, Francisco Zhang Rhong, Matías Feng De, Pedro Wu Anpeng, Pedro Zhang Banniu, Simón Chen Ximan, Tomás Shen Jihe, éstos religiosos; Jerónimo Lou-Tin-Mei, Joaquín He Kaizhi, Juan Chen Xianheng, Juan Zhang Tianshen, Juan Zhang Dapeng, Lorenzo Wang Bing, Lucía Yi, Martín Wu Xuesheng, Pedro Liu Wenyuan, Pedro Wu Guosheng, todos ellos catequistas; Agueda Lin, Inés Cao Kuiying, Andrés Wang Tianqing, Ana An Jiaozhi, Ana An Xinzhi, Ana Wang, Bárbara Cui Lianzhi, Isabel Qin Bianzhi, Santiago Yan Guodong, Santiago Zhao Quanzin, Juan Bautista Lou Tingyin, Juan Bautista Wu Mantang, Juan Wu Wenyin, Juan Bautista Zhao Mingxi, Juan Bautista Zhou Wurui, Juan Wang Guixin, Juan Wu Wenyin, José Ma Taishun, José Wang Guiji, José Wang Yumei, José Yuan Gengjyin, José Yuan Zaide, Lang Yangzhi, Lorenzo Bai Xiaoman, Lucía Wang Cheng, Lucía Wang Wangzhi, Magdalena Du Fengju, Marcos Ji Tianziang, María An Guozhi, María An Lihua, María Du Tianshi, María Du Zhaozhi, María Fan Kun, María Fu Guilín, María Guo Lizhi, María Qi Yu, María Wang Lizhi, María Zhao Guozhi, María Zhao, María Zheng Xu, María Zhou Wuzhi, Marta Wang Lizhi, Pablo Ke Tingzhu, Pablo Lang Fu, Pablo Liu Jinde, Pablo Wu Juan, Pablo Wu Wanshu, Pedro Li Quanhui, Pedro Liu Ziyu, Pedro Wang Erman, Pedro Wang Zuolong, Pedro Zhao Mingzhen, Pedro Zhou Rixin, Raimundo Li Quanzhen, Rosa Chen Aixie, Rosa Fan Hui, Rosa Zhao, Simón Qin Chunfu, Teresa Chen Jinxie, Teresa Zhang Hezhi, Xi Guizi y Zhang Huailu, seglares **.

2. En Regio (Emilia), Beata Juana Scopelli († 1491), virgen, de la Orden Carmelita *.

3. En Londres (Inglaterra), Beato Adrián Fortescue († 1539), padre de familia y mártir *.

4. En Brielle (Holanda), santos Nicolás Pieck y compañeros mártires [Santos mártires de Gorkum] († 1572): Jerónimo de Weert, Teodorico

van der Eem, Nicasio de Heeze, Wilealdo de Dinamarca, Godofredo Coart de Melveren, Antonio de Hoornaert, Antonio de Weert y Francisco de Roye, presbíteros de la Orden de Hermanos Menores, con Pedro van der Slagmolen d'Assche y Cornelio de Wijk-bij-Duurstede, religiosos legos de la misma Orden; Juan Lenaerts, canónigo regular de San Agustín, Juan de Colonia, presbítero de la Orden de Predicadores; Adriano de Hilvarenbeek y Santiago Lacops, presbíteros de la Orden Premonstratense; Leonardo Vechel, Nicolás Poppel, Godofredo van Duynen y Andrés Wouters, sacerdotes seculares **.

5. En Tiferno (Umbría), Santa Verónica Giuliani († 1727), virgen, de la Orden de Clarisas Capuchinas **.

6. En Orange (Francia), beatas María Ana Magdalena de Guilhermier y María Ana Margarita de Rocher († 1794), vírgenes, de la Orden de Santa Úrsula, mártires en la Revolución Francesa *.

7. En Kouy-Tcheu (China), San Joaquín He Kaizhi († 1839), catequista y mártir *.

8. En Tayuanfu (China), santos Gregorio Grassi y Francisco Fogolla († 1900), ambos religiosos franciscanos y obispos, y veinticuatro compañeros martirizados por los boxers en odio a la fe. Los nombres de estos veinticuatro compañeros son: Elías Facchini, Teodorico Balat, presbíteros, y Andrés Bauer, religiosos los tres de la Orden de Hermanos Menores; María Ermelina de Jesús (Irma) Grivot, María de la Paz (María Ana) Giuliani, María Clara (Clelia) Nanetti, María de Santa Natalia (Juana María) Kerguin, María de San Justo (Ana Francisca) Moreau, María Adolfina (Ana Catalina) Dierk, María Amandina (Paulina) Jeuris, religiosas de la Congregación de Franciscanas Misioneras de María; Juan Zhang Huan, Patricio Dong Bodi, Felipe Zhang Zihe, Juan Zhang Jingguang, Juan Wang Rui, Tomás Shen Jihe, Simón Chen Ximan, Pedro Wu Anpeng, Francisco Zhang Rong, Matías Feng De, Santiago Yan Guodong, Pedro Zhang Banniu, Santiago Zhao Quanzin y Pedro Wang Erman, seglares *.

9. En São Paulo (Brasil), Santa Paulina del Corazón Agonizante de Jesús (Amable Visintainer) († 1942), virgen, fundadora de la Congregación de Hermanitas de la Inmaculada Concepción **.

10. En el campo de concentración de Dachau (Baviera), Beato Fidel Chijnacki († 1942), religioso capuchino y mártir *.

11. En Roma, Beata María de Jesús Crucificado Petkovic († 1966), virgen, fundadora de la Congregación de Hijas de la Misericordia **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTOS MÁRTIRES DE CHINA

(† 1648-1930)

Su Santidad Juan Pablo II canonizó el 1 de octubre del Año Santo 2000, día de Santa Teresa del Niño Jesús —era la tercera

canonización del Jubileo—, a Agustín Zhao Rong († 1815) y 119 compañeros mártires, víctimas de varias persecuciones en China. El régimen de Pekín reaccionó indignado por considerarlos «criminales» y «traidores a la patria», y entendió su canonización como «insulto al pueblo chino». El Papa, sin embargo, aclaró en la homilía que sería la historia, con el sereno juicio que impone la distancia, la encargada de juzgar las complejas épocas vividas en China y que la Iglesia, canonizándolos, lo único que había pretendido era «reconocer que son un ejemplo de coraje y de coherencia para todos y que honran al pueblo chino».

Imponente ceremonia la de aquel día, concitadas en la plaza de San Pedro cien mil personas, entre ellas varios miles procedentes de los lugares de origen o apostolado de los nuevos santos —Hong Kong, Taiwán, Mozambique, Eritrea, Sudán, España, Francia, Polonia, Estados Unidos, Colombia, Brasil, etc.—, que desafiaron la lluviosa mañana de Roma. Juan Pablo II proclamó santos a 87 mártires chinos de los siglos XVII al XX —obispos, sacerdotes, seminaristas, hombres y mujeres laicos que ejercieron como catequistas, incluso niños— y a 33 misioneros extranjeros de España —seis nada menos—, Francia, Bélgica y Holanda, pero apóstoles en China esos siglos y ajusticiados igual que los nativos por difundir allí el evangelio. El Vaticano eligió como cabeza de grupo al sacerdote chino Agustín Zhao Rong. Y los católicos de Hong Kong, a pesar de las presiones comunistas, celebraron con misas especiales la canonización de los 120 mártires, comprendidos los mencionados 87 chinos, primeros del país comunista en ser declarados santos.

Fueron canonizadas, también, con los 120 mártires: sor María Josefa del Corazón de Jesús Sancho de Guerra, fundadora de las Siervas de Jesús de la Caridad, sor Katherine Drexel y sor Josefina Bakhita. Las lecturas, oraciones y cantos sonaron en diversas lenguas, mientras un grupo de chinos ataviados con sus trajes tradicionales participó en la procesión del Evangelio y otro de africanos danzó acompañando la procesión del ofertorio al mismo tiempo que se cantaba en árabe. Concelebraron con el Papa cuatro cardenales y medio centenar de arzobispos, obispos y superiores de institutos religiosos. San Agustín Zhao Rong y los 119 compañeros mártires fueron ejecutados entre 1648 y 1930.

El evangelio llega a China en el siglo V. Con los albores del siglo VII surge allí la primera iglesia. Florece la comunidad cristiana bajo la dinastía Tang (618-907) y, en el XIII, la comprensión del pueblo chino y sus culturas, que tuvieron notables misioneros como Juan de Montecorvino, que impulsó la primera misión católica en el «Reino del medio» con sede episcopal en Vejen. No extrañe, pues, que desde el siglo XVI, cuando las comunicaciones entre Oriente y Occidente empezaron a ser más frecuentes, la Iglesia católica venga practicando el deseo de llevar a este espacioso pueblo asiático la luz del Evangelio, de suerte que sus rayos puedan enriquecer más aún el inapreciable tesoro de tradiciones culturales y religiosas, tan ricas como profundas. De estos madrugadores orígenes y del floreciente desarrollo posterior, así como de la dolorosa decadencia de la Iglesia china, uno de los capítulos más tristes de la historia del pueblo de Dios en el continente asiático, se ocupó la Asamblea especial para Asia del Sínodo de los obispos, desarrollada del 18 de abril al 14 de mayo de 1998 en el Vaticano.

Desde los más remotos orígenes del pueblo chino, mitad del tercer milenio antes de Cristo, poco más o menos, el sentimiento religioso hacia el Ser Supremo y la piedad filial y devota hacia los antepasados difuntos conforman las características más relevantes de su cultura milenaria. Esta nota de neta religiosidad se halla, con mayor o menor presencia, según casos y lugares, en los chinos de todos los siglos, hasta en los del nuestro, cuando bajo el influjo del ateísmo occidental, algunos intelectuales, especialmente los educados en el exterior, han querido desprenderse, como algunos de sus maestros occidentales, de cualquier idea religiosa que pudieran tener. El secularismo y la ausencia de criterios morales son ingredientes muy comunes en los pueblos todos de esta sociedad globalizada y posmoderna.

A partir de las últimas décadas del XVI varios misioneros católicos pusieron rumbo a China: habían sido elegidas, con gran esmero, personas como Matteo Ricci y otros, teniendo en cuenta, además de su espíritu de fe y amor, sus capacidades culturales y sus cualidades en diversos campos del saber, en especial de la astronomía y de las matemáticas. De hecho, gracias a estos tales y al aprecio que los misioneros demostraron sentir por el

notable espíritu de investigación de los estudiosos chinos, pudieron establecerse pronto muy provechosas relaciones de colaboración científica que sirvieron luego, a su vez, para abatir murallas y abrir puertas sin fin, incluso las de la corte imperial, y entablar muy útiles contactos con personas de gran capacidad científica. La calidad de la vida religiosa de estos misioneros indujo a no pocas figuras de alto nivel social a conocer mejor el espíritu evangélico que éstos anunciaban. A finales del siglo XVI y principios del XVII, fueron numerosos los que, adquirida la debida preparación, pidieron el bautismo y llegaron a ser fervientes cristianos, manteniendo con justo orgullo, sin tregua y por doquier, la identidad china de su cultura. El cristianismo entonces fue visto, en cuanto a los valores del pueblo chino, como realidad conciliadora y enriquecedora, nunca opuesta o recelosa, y menos aún, claro es, destructiva. Era el Evangelio así como energía de nueva luz procedente de otra dimensión. Se dio, en suma, una especie de actitud similar a la de los apologistas de la primera patrística.

Gracias a las fluidas relaciones entre algunos misioneros y el mismo emperador K'ang Hsi, y, también, a los servicios de éstos para restablecer la paz entre el «zar» de Rusia y el «hijo del cielo» —o sea, el emperador— se consiguió que éste promulgara en 1692 el primer decreto de libertad religiosa disponiendo que todos los súbditos podían seguir la religión cristiana y los misioneros predicarla en sus vastos territorios. A resultas de lo cual, la acción misionera y la difusión del Evangelio se desarrollaron notablemente y no pocos chinos, atraídos por la luz de Cristo, pidieron el bautismo. Desdichadamente, la complicada cuestión de los «ritos chinos» irritó sobremanera al emperador K'ang Hsi, quien, a todas luces influenciado por la actitud del vecino Japón, desató la persecución que, de manera abierta o solapada, violenta o velada, se prolongó en sucesivas oleadas desde la primera década del siglo XVII hasta el XX, llevándose por delante a numerosos misioneros y fieles laicos y destruyendo muchísimas iglesias.

Fue el 15 de enero de 1648 cuando los Tártaros Manciù —hostiles a la religión cristiana—, luego de haber invadido la región del Fujian, dieron muerte al misionero español Francisco

Fernández de Capillas, sacerdote de la Orden de Predicadores. Una vez encarcelado y torturado, sufrió decapitación mientras rezaba, con otros, los misterios dolorosos del rosario. Reconocido por la Santa Sede como protomártir de China, fue beatificado junto a otros catorce mártires por San Pío X el 2 de mayo de 1909.

Hacia mediados del siglo XVIII, otros cinco misioneros españoles, también dominicos, que habían ejercido su apostolado entre 1715-1747, corrieron igual suerte a causa del nuevo envite persecutorio iniciado en 1729 y recrudecido en 1746 —época de los emperadores Yung-Cheng y su hijo K'ien-Lung—. Se trataba del obispo Pedro Sanz i Jordá, martirizado el 26 de mayo de 1747 en Fuzhou; y de los sacerdotes Francisco Serrano Frías, elegido obispo titular de Tipasa de Mauritania; Joaquín Royo Pérez, Juan Alcober Figuera y Francisco Díaz del Rincón, martirizados el 28 de octubre de 1748 en Fuzhou. Todos ellos fueron beatificados por León XIII el 14 de mayo de 1893.

Una nueva ola de persecuciones contra la religión cristiana registra el siglo XIX. Mientras emperadores anteriores habían autorizado el catolicismo, Kia-Kin (1796-1821), en cambio, publicó numerosos y severos decretos en contra: el primero en 1805; otros dos en 1811 contra los chinos que estudiaban para las órdenes sagradas y los sacerdotes propagandistas de la religión cristiana; y en 1813 otro decreto exonerando de castigo a los apóstatas voluntarios, pero amenazando a los demás. Sufrió martirio, entonces, el chino Pedro Wu Guosheng, laico catequista, nacido de familia pagana que, una vez bautizado, pasó el resto de su vida anunciando la religión cristiana. Los intentos por que apostatase fueron inútiles. Sentenciado a muerte, murió estrangulado el 7 de noviembre de 1814. Siguió sus pasos José Zhang Dapeng, laico catequista, comerciante, bautizado en 1800, alma de la misión en Kony-Yang. Encarcelado, acabó de igual manera el 12 de marzo de 1815.

Ese mismo año se promulgan otros dos decretos aprobando la conducta del Virrey del Sichuan, que había hecho decapitar al obispo Dufresse, de las Misiones Extranjeras de París, y a muchos cristianos chinos. La persecución fue terrible, y entre sus víctimas están el mencionado obispo mártir Juan Gabriel

Taurin Dufresse, arrestado el 18 de mayo de 1815, conducido a Chengdu, condenado y ajusticiado el 14 de septiembre de 1815, y el cabeza de grupo de los ahora canonizados Agustín Zhao Rong, sacerdote diocesano chino, antiguo soldado de la escolta cuando Dufresse fue conducido desde Chengdu hasta Beijin. Tan impresionado le dejó en aquella ocasión la paciencia del prelado que, admitido entre los neófitos y regenerado con las aguas bautismales, ingresó en el seminario y, tras su ordenación sacerdotal, sufrió arresto y crueles suplicios, muriendo mártir en 1815. Asimismo, Juan de Triora, OFM, sacerdote, prisionero con otros en el verano del 1815, condenado a muerte y estrangulado el 7 de febrero de 1816; José Yuan Gengjyin, sacerdote diocesano chino que, tras haber escuchado al obispo Dufresse hablar del cristianismo, quedó tan conmovido por la belleza de su fe que no tardó en ser un neófito ejemplar: ordenado más tarde sacerdote y entregado a la evangelización en diversos distritos, cayó prisionero en agosto de 1816 y acabó en el estrangulamiento el 24 de junio de 1817.

Cumple, asimismo, citar a Francisco Regis Clet, de la Congregación de la Misión, quien, obtenido permiso para ir a las misiones chinas, se había embarcado para el Oriente en 1791. Sacrificado misionero durante treinta años, tras evangelizar con incansable fervor tres inmensas provincias del Imperio —Jiangxiel, Hubei, Hunan— y ser víctima de la traición de un mal cristiano, sufrió arresto, prisión y atroces suplicios, acabando estrangulado el 17 de febrero de 1820.

El mismo dramático final tuvieron los chinos Tadeo Liu Ruiting, sacerdote diocesano que se negó a apostatar diciendo que era sacerdote y quería ser fiel a la religión que había predicado (murió el 30 de noviembre de 1823); Pedro Liu Ziyu, catequista laico, arrestado en 1814 y condenado al exilio en Tartaria, donde permaneció casi veinte años hasta que, vuelto a la patria, fue de nuevo apresado y se le aplicó el estrangulamiento el 17 de mayo de 1834; Joaquín He Kaizhi, catequista laico, bautizado a los casi 20 años, prisionero en la gran persecución del 1814 con muchos otros fieles y sometido a crueles torturas; desterrado en Tartaria 20 años, regresó a la patria, donde fue nuevamente apresado y rehusó apostatar, de modo que, confirmada

la sentencia de muerte por parte del emperador, acabó como los anteriores el 9 de julio de 1839.

El sacerdote de la diócesis de Coutances, Augusto Chapdelaine, seminarista de Misiones Extranjeras de París, se había embarcado directamente a China en 1852, recalando en Guangxi a finales del 1854. Arrestado en 1856, torturado, condenado a muerte y enjaulado, expiró en febrero de 1856. Lorenzo Bai Xiaoman, laico chino y modesto obrero, hecho prisionero con Chapdelaine y conducido al tribunal donde no consiguieron que apostatase, fue decapitado el 25 de febrero de 1856. Inés Cao Kuiying, viuda, de antigua familia cristiana; dedicada a la instrucción de las muchachas jóvenes convertidas por Chapdelaine, fue arrestada, condenada a morir enjaulada y ajusticiada el 1 de marzo de 1856.

El 28 de enero de 1858, por orden del mandarín de Mao Kou, en la provincia de Guizhou, fueron ajusticiados tres catequistas, conocidos como los «Mártires de Mao Kou»: Jerónimo Lou Tin-Mey, Lorenzo Wang Bing y Águeda Lin. Se pidió a los tres que renunciaran a la religión cristiana, a lo que se negaron y, por ello, fueron decapitados.

El 29 de febrero de 1861 sufrieron el martirio, simultáneamente, dos seminaristas y dos laicos, de los cuales uno era cultivador y la otra una viuda que prestaba servicios de cocinera en el seminario. Conocidos como los «Mártires de Qingyanzhen (Guizhou)», son: José Zhang Wenlan, seminarista; Pablo Chen Changpin, seminarista; Juan Bautista Lou Tingying, laico; y Marta Wang Louzhi, laica.

El 18 y 19 de febrero de 1862, dieron su vida por Cristo los conocidos como «Mártires de Guizhou», es decir, Juan Pedro Neel, sacerdote de las Misiones Extranjeras de París, y los catequistas laicos Martín Wu Xuesheng, Juan Zhang Tianshen, Juan Chen Xianheng y Lucía Yi.

Mientras tanto, habían ocurrido en lo político episodios con notables repercusiones para la vida de las misiones cristianas. En junio de 1840 el Comisario imperial de Guangdong, queriendo, con razón, suprimir el comercio del opio, en manos inglesas, había hecho arrojar más de veinte mil cajas de la droga al mar, pretexto de la inmediata guerra con victoria de los ingle-

ses: China debió firmar en 1842 el primer tratado internacional de los tiempos modernos, al que pronto siguieron otros con América y Francia. Aprovechando la ocasión, Francia sustituyó a Portugal como potencia protectora de las misiones y, como consecuencia, se promulgó un doble decreto: uno, de 1844, por el que se permitía a los chinos practicar la religión católica; otro, de 1846, suprimiendo las antiguas penas contra los católicos. Pudo entonces la Iglesia vivir abiertamente y ejercer su acción misionera, que desarrollaba, también, en el ámbito de la educación superior, universitaria y de la investigación científica. Al multiplicarse los diversos institutos culturales de alto nivel y gracias a su actividad, muy apreciada, se establecieron gradualmente lazos cada vez más profundos entre la Iglesia y China con sus ricas tradiciones culturales.

Esta colaboración favoreció la mutua estima y participación en aquellos valores llamados a regir siempre toda sociedad civil. Así transcurrió un siglo de expansión de las misiones cristianas, excepción hecha del período en que se abatió sobre ellas la desgracia de la insurrección de la «Asociación de la justicia y de la armonía» (conocida comúnmente como de los boxers). Ocurrió al principio del siglo XX y dio pie a un nuevo derramamiento de sangre de muchos cristianos. Es sabido que en esta revuelta confluyeron todas las sociedades secretas y el odio acumulado y reprimido contra los extranjeros de los últimos decenios del XIX a causa de las vicisitudes políticas y sociales que siguieron a la «guerra del opio» y a la imposición de los así llamados «Tratados desiguales» por parte de las potencias occidentales.

El móvil de la persecución a los misioneros europeos, fue, sin embargo, muy distinto. La causa de su eliminación fue puramente religiosa: mártires, pues, de igual modo que los fieles chinos que se habían hecho cristianos. Documentos históricos indiscutibles evidencian el odio anticristiano que impulsó a los boxers a asesinar a los misioneros y a los fieles locales adheridos a su doctrina. Respecto a ellos se hizo público un edicto el 1 de julio de 1900, en el cual se decía, en síntesis, que ya había pasado el tiempo de las buenas relaciones con los misioneros europeos y sus cristianos: que los primeros debían ser repatriados inmediatamente y los fieles obligados, bajo pena de muerte, a la

apostasía, por cuyo motivo sufrieron el martirio algunos de los primeros y muchos de los segundos, agrupados como sigue.

a) «Mártires de Shanxi», muertos el 9 de julio de 1900. Son Frailes Menores Franciscanos, a saber: Gregorio Grassi, obispo; Francisco Fogolla, obispo; Elías Facchini, sacerdote; Teodorico Balat, sacerdote; y Andrés Bauer, hermano religioso.

b) «Mártires del Hunan Meridional», asesinados el 7 de julio de 1900. También Frailes Menores Franciscanos: Antonino Fantosati, obispo; José María Gambaro, sacerdote; y Cesidio Giacomantonio, sacerdote (4 julio). A ellos hay que añadir las Franciscanas Misioneras de María, tres francesas, dos italianas, una belga y una holandesa: María Ermelina de Jesús (Irma) Grivot, María de la Paz (María Anna) Giuliani, María Clara (Clelia) Nanetti, María de Santa Natalia (Juana María) Kerguin, María de San Justo (Ana Francisca) Moreau, María Adolfina (Ana Catalina) Dierk y María Amandina (Paulina) Jeuris.

De los mártires chinos de la familia franciscana forman parte también once franciscanos seglares, todos chinos: Juan Zhang Huan, seminarista; Patricio Dong Bodi, seminarista; Juan Wang Rui, seminarista; Felipe Zhang Zhihe, seminarista; Juan Zhang Jingguang, seminarista; Tomás Shen Jihe, sirviente laico; Simón Qin Chunfu, catequista laico; Pedro Wu Anpeng, laico; Francisco Zhang Rong, laico agricultor; Matías Feng De, laico neófito; y Pedro Zhang Banniu, obrero laico. Cumple añadirles los fieles laicos chinos Santiago Yan Guodong, agricultor; Santiago Zhao Quanxin, sirviente; y Pedro Wang Erman, cocinero.

Cuando la rebelión de los boxers, iniciada en Shandong y extendida luego a Shanxi y Hunan, llegó también al sudeste de Tcheli —en aquel entonces vicariato apostólico de Xianxian, confiado a los jesuitas— los cristianos asesinados se contaron por millares. Entre ellos, cuatro misioneros jesuitas franceses y cincuenta y dos cristianos laicos chinos: hombres, mujeres y niños; el más anciano de ellos de 79 años, mientras que los dos más jóvenes sólo tenían 9 años. Todos sufrieron el martirio en julio de 1909; muchos, en la iglesia del pueblo de Tchou-Kiaho, donde se habían refugiado y estaban orando. Fueron beatificados el 17 de abril de 1955 por Pío XII.

Los cuatro sacerdotes jesuitas franceses eran: León Ignacio Mangín, Pablo Denn, Remigio Isoré y Modesto Andlauer. He aquí, también, el nombre y edad de los laicos chinos: María Zhou Wuzhi, de unos 50 años; Pedro Zhou Rixin, de 19; Juan Bautista Zhou Wurui, de 17; María Fu Guilin, 37; Bárbara Cui Lianzhi, 51; José Ma Taishun, 60; Lucía Wang Cheng, 18; María Fan Kun, 16; María Qi Yu, 15; María Zheng Xu, 11; María Du Zhaozhi, 51; Magdalena Du Fengju, 19; María Du Tianshi, 42; Pablo Wu Juan, 62; Juan Bautista Wu Mantang, 17; Pablo Wu Wanshu, 16; Raimundo Li Quanzhen, 59; Pedro Li Quanhui, 63; Pedro Zhao Mingzhen, 61; Juan Bautista Zhao Mingxi, 56; Teresa Chen Jinxie, 25; Rosa Chen Aixie, 22; Pedro Wang Zuolong, 58; María Guo Lizhi, 65; Juan Wu Wenyin, 50; Zhang Huailu, 57; Marcos Ji Tianziang, 66; Ana An Xinzhi, 72; María An Guozhi, 64; Ana An Jiaozhi, 26; María An Lihua, 29; Pablo Liu Jinde, 79; José Wang Guiji, 37; Juan Wang Guixin, 25; Teresa Zhang Hezhi, 36; Lang Yangzhi, 29; Pablo Lang Fu, 9; Isabel Qin Bianzhi, 54; Simón Qin Chunfu, 14; Pedro Liu Ziyu, 57; Ana Wang, 14; José Wang Yumei, 68; Lucía Wang Wangzhi, 31; Andrés Wang Tianqing, 9; María Wang Louzhi, 49; Xi Guizi, 18; María Zhao Guozhi, 60; Rosa Zhao, 22; María Zhao, 17; José Yuan Gengjyin, 47; Pablo Ke Tingzhu, 61; Rosa Fan Hui, 45.

Que tan considerable número de laicos chinos ofreciese la vida a Cristo juntamente con los misioneros que les habían anunciado el Evangelio y, por ellos, se habían prodigado, evidencia la profundidad de los vínculos de la fe en Cristo, capaz de reunir en una sola familia personas de razas y culturas diversas, estrechamente hermanados entre sí, no ya por motivos políticos, sino en virtud de una religión que predica la fraternidad y la justicia, el amor y la paz.

Además de los mártires de los boxers hasta ahora mencionados, debe hacerse memoria igualmente de Alberico Crescitelli, sacerdote del Instituto Pontificio de Misiones Extranjeras de Milán, que desarrolló su ministerio en el Shanxi Meridional y fue martirizado el 21 de julio de 1900. Años después, al nutrido ejército de los mártires arriba recordados iban a unirse algunos miembros de la Sociedad Salesiana de San Juan Bosco: el obis-

po Luis Versiglia y el sacerdote Calixto Caravario, asesinados juntos el 25 de febrero de 1930 en Li-Thau-Tseul.

Juan Pablo II dijo en la homilía de canonización (1 de octubre de 2000):

> «Dios Padre los consagró en su amor, acogiendo la súplica de su Hijo, quien, para adquirirle un pueblo santo, extendió los brazos en la cruz y, muriendo, destruyó la muerte y proclamó la resurrección (cf. *Plegaria eucarística* II, pref.)».
>
> «La Iglesia hoy —prosiguió— da gracias a su Señor, que la bendice y la inunda de luz con el resplandor de la santidad de estos hijos e hijas de China. El Año Santo es el momento más oportuno para hacer que resplandezca su heroico testimonio. La jovencita Ana Wang, de 14 años, resiste a las amenazas de su verdugo, que la invita a apostatar, y, disponiéndose a la decapitación, con el rostro radiante, declara: "La puerta del cielo está abierta a todos", y susurra tres veces "Jesús". El joven Xi Zhuze, de 18 años, grita impávido a quienes le acaban de cortar el brazo derecho y se preparan para desollarlo vivo: "Cada pedazo de mi carne y cada gota de mi sangre os repetirán que soy cristiano"».

Análoga convicción y común alegría testimoniaron los otros 85, hombres y mujeres de todas las edades y condiciones: sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos, que, con la entrega de su vida, sellaron su fidelidad indefectible a Cristo y a la Iglesia. Sucedió todo esto, ciertamente, en el arco de varios siglos y en épocas diversas, complejas y difíciles de la inmensa China, cuyo juicio corresponderá, como es lógico, a la historia, pero cuya valentía y coherencia toca igualmente ensalzar a la madre Iglesia. ¿Qué madre sería aquella que no defendiera y enalteciera a sus hijos que antes se han dejado la piel por defenderla y alabarla a ella? En esta multitud de mártires e intercesores brillan también 33 misioneros y misioneras, que dejaron su tierra y trataron de introducirse en la realidad china, asumiendo con amor sus características, con el deseo de anunciar a Cristo y servir a ese pueblo. Cabría decir que son los dolores de aquel parto de la evangelización y la inculturación en el inmenso continente asiático los que acabaron fructificando en este luminoso alumbramiento de la canonización.

«Sus tumbas —recordó al final el Papa— están allá, como un signo de su pertenencia definitiva a China, que ellos, aun con sus límites humanos, amaron sinceramente, gastando por ella

vida y energías». A la noche oscura que le sobrevino al cristianismo chino llegó el rayo de luz de estos misioneros y catequistas mártires. Los padres sinodales de la Asamblea especial para Asia del Sínodo de los obispos «se conmovieron por los relatos de testimonio heroico, perseverancia inquebrantable y crecimiento continuo de la Iglesia católica en China». Flores exóticas del inagotable y hermoso jardín de la Iglesia en China, estos mártires que Juan Pablo II elevó para siempre a los altares el 1 de octubre del Año Santo 2000, precisamente el día de la patrona de las misiones, representan la perenne juventud de la misionología, el pujante ardor de la catequesis, la inefable entrega del sacrificio martirial. Obreros trabajando a golpe de Evangelio y de sol a sol en las dilatadas tierras del sol naciente y con la incondicional entrega de sus vidas, constituyen hoy un canto armónico y tripartito al decreto *Ad gentes* sobre la actividad misionera de la Iglesia; a la declaración *Nostra aetate* sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas; y a la exhortación apostólica postsinodal *Ecclesia in Asia.* Con su canonización el fulgor de la santidad hecha martirio resplandece en China y en el mundo entero.

PEDRO LANGA, OSA

Bibliografía

AAS 92 (2000) 377.

CHARBONNIER, J., *Histoire des chrétiens de Chine* (París 1992).

JUAN PABLO II, «Homiliae: Romae, in beatificatione plurium servorum Dei [1-X-2000]»: *AAS* 92 (2000) 849-853.

Martyrologium romanum, o.c., 357s, n.1; 671.

POLI, G., «Mártires de China», en C. LEONARDI - A. RICCARDI - G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los Santos,* II (Madrid 2000) 1664-1665.

WANG, G., *Martirologio della Chiesa cattolica in Cina* (Ciudad del Vaticano 1968).

YUSHENG, L., *Zhonghua Xundao Xianliechuan* (Secretariado de la Conferencia Episcopal China, 1977).

SANTOS MÁRTIRES DE GORKUM

(Nicolás Pieck, Jerónimo de Weert, Teodorico van der Eem, Nicasio de Heeze, Wilealdo de Dinamarca, Godofredo Coart de Melveren, Antonio de Hoornaert, Antonio de Weert, Francisco de Roye, Pedro van der Slagmolen d'Assche, Cornelio de Wijk-bij-Duurstede, Juan Lenaerts, Juan de Colonia, Adriano de Hilvarenbeek, Santiago Lacops, Leonardo Vechel, Nicolás Poppel, Godofredo van Duynen y Andrés Wouters)
(† 1572)

La primera página de la historia de la nacionalidad holandesa está manchada de sangre. Hoy quisieran borrarla todos los holandeses, aun los protestantes más reaccionarios. Fueron jornadas inexplicables en un pueblo que pasa como prototipo de cordura y de sentido de tolerancia.

Para comprender lo que entonces sucedió precisa trasladarse al clima político y religioso, también social, de los Países Bajos de la segunda mitad del siglo XVI, ricos y superpoblados, invadidos por los predicantes calvinistas y alzados en guerra sin cuartel contra el dominio español.

El año 1566, con la aparición en escena del partido de los gueux o «mendigos», señala el comienzo de una serie de devastaciones iconoclastas en todo el Flandes español, no sin connivencia de la nobleza. Felipe II envía al duque de Alba. La sola presencia del gran estratega, alma recta y mano dura, impone el orden y el silencio. Silencio rencoroso, precursor de las grandes catástrofes. Guillermo de Nassau saca partido de la situación para levantar la bandera de la independencia. El de Alba le derrota en todos los frentes. Pero allí queda la pesadilla de los «mendigos del mar», guarecidos en las islas que ciñen la costa. Gente desgarrada, rebotada de todos los países, sin otro vínculo que el odio a los papistas y la sed de pillaje.

Desde 1571 los manda el conde de La Marck, que ha jurado no raparse la barba ni cortarse las uñas hasta el día en que haya vengado, en los sacerdotes y religiosos, la muerte de los condes de Egmont y de Hornes, ajusticiados por los españoles. Un golpe audaz le ha puesto en posesión de la importante plaza fuerte de Brielle, en la desembocadura del Mosa. Iglesias y conventos

son saqueados, quemadas las imágenes, asesinados con crueldad refinada los eclesiásticos que no logran ponerse a salvo.

El 25 de junio de 1572 una flotilla, mandada por el capitán Marino Brant, atacaba la pequeña ciudad de Gorkum. Las fuerzas fieles al rey hubieron de hacerse fuertes en la ciudadela, donde fueron a refugiarse todos los sacerdotes y religiosos. Pertenecían al clero secular el párroco Leonardo Vechel, su coadjutor Nicolás Jarissen y un anciano de setenta años, por nombre Godofredo van Duynen. Los dos primeros en la plenitud de sus fuerzas y de su celo pastoral, intrépidos defensores de su grey y llenos de caridad con los pobres. El anciano vivía retirado en su casa de Gorkum debido al trastorno de sus facultades mentales, que no le impedía ejercer las funciones sacerdotales y llevar una intensa vida interior.

El grupo más importante de los refugiados estaba formado por trece franciscanos de la Observancia, que componían, con algunos más, la comunidad existente en la ciudad. Gobernábala como guardián un religioso de dotes excepcionales, el padre Nicolás Pieck, joven de treinta y ocho años, en cuyo semblante se espejaban, a la par, la penetración de la mente y la limpidez serena del espíritu. Era su vicario el padre Jerónimo de Weert, de trato agradable y ejemplar en la guarda de sus obligaciones religiosas. Después estaban los padres Nicasio de Heeze, eximio director de almas; Teodorico van der Eem, anciano de setenta años que desempeñaba la capellanía del monasterio de religiosas de la Tercera Orden; Willehald de Dinamarca, venerable y austero nonagenario, expulsado de su patria por la persecución protestante; Antonio de Weert, Antonio de Hoornaert, el recién ordenado Francisco van Rooy, y un padre Guillermo, que constituía la nota discordante del cuadro, pues tenía contristada a la comunidad con su conducta poco regulada. Completaban la comunidad los hermanos legos fray Pedro de Assche, fray Cornelio de Wijk-bij-Duurstede y el novicio de dieciocho años fray Enrique.

Había también un religioso agustino, el padre Juan de Oosterwijk, capellán del segundo monasterio de religiosas de Gorkum. Las dos comunidades femeninas habían sido puestas a salvo con anterioridad.

Asimismo, habían dejado la ciudad a tiempo los canónigos del Cabildo a excepción del doctor Pontus van Huyter, administrador de los bienes capitulares, que se hallaba, con los demás, en el castillo.

En la noche del 27 de junio la guarnición tuvo que capitular. Brant juró respetar la vida y la libertad de todos los defensores y refugiados. Pero ¿podía confiarse en la palabra de aquella gente? Como primera precaución todos se confesaron y se aprestaron con el «pan de los fuertes» para la inmolación.

Las escenas que siguieron vinieron a confirmar plenamente los presentimientos. Primero el saqueo general. Después el despojo de los detenidos uno a uno. Los *gueux* querían dinero, y como los franciscanos, fieles cumplidores de su regla, no lo llevaban, fueron maltratados sin piedad. El hallazgo de los cálices y demás vasos sagrados, ocultados en la torre, dio pie para una orgía sacrílega. Durante ocho días tuvieron que soportar cuantas burlas y crueldades es capaz de inventar una soldadesca ebria: parodias litúrgicas, simulacros de ejecución, torturas inauditas. Al padre Pieck le suspendieron con su propio cordón; éste se rompió, y el guardián cayó al suelo sin sentido. Los verdugos, para comprobar si había muerto, aplicáronle una llama a los oídos, a la nariz y en el interior de la boca.

Para curarle fue preciso llamar a un cirujano, que resultó ser su propio cuñado, ardid de que se sirvieron los familiares para intentar libertarlo, como ya se había hecho con otros dos sacerdotes. El padre Pieck, en efecto, era natural de Gorkum, donde tenía parientes y amigos de influencia. Merced a ellos tuvo desde el primer momento la libertad en su mano. Su respuesta, sin embargo, lo mismo ante el cirujano que ante sus dos hermanos, ladeados ya hacia la herejía y empeñados hasta el trance final en doblegarle con ruegos, persuasiones y amenazas, fue invariablemente la del superior fiel a su puesto: «No aceptaré la libertad si no es juntamente con mis religiosos».

El 7 de julio eran conducidos a Brielle. Los reclamaba el conde de La Marck desde su cuartel general. Y el emisario de confianza fue el canónigo apóstata Juan de Omal, auténtica estampa de renegado. Las befas y malos tratos se multiplicaron durante el trayecto y a la llegada al puerto de Brielle. Medio des-

nudos y atados de dos en dos, fueron conducidos a la ciudad, entre los insultos soeces del populacho, y obligados a parodiar una procesión. El canto escogido por los confesores de la fe fue el *Te Deum*.

En la inmunda cárcel donde fueron hacinados hallaron a los párrocos Andrés Wouters y Andrés Bonders. Aquel mismo día se les unieron dos religiosos premonstratenses: Jacobo Lacops, que seis años antes había dado el escándalo de hacerse pastor protestante, pero lo había reparado con una vida ejemplar, y Adrián de Hilvarenbeek. Sumaban un total de veintitrés los prisioneros.

Era demasiado hermoso. El conde de La Marck y su satélite Juan de Omal buscaban la apostasía. Y se iniciaron taimados interrogatorios, proposiciones, disputas sobre puntos de fe. Fue conmovedora la respuesta en que se cerró el lego fray Cornelio, ante las capciosas argumentaciones: «Yo creo todo lo que cree mi superior».

Hubo defecciones dolorosas. Pontus van Huyter y Andrés Bonders lograron la libertad claudicando. El guardián hubo de sufrir el ataque supremo de los suyos: ¡qué le costaba lograr que sus religiosos, sin negar ningún artículo de la fe, retiraran la obediencia al Papa, al menos fingidamente!

A la una de la mañana del día 9 fue la ejecución. Pieck subió el primero a la horca, sin dejar de animar a los demás. Ante el patíbulo hubo aún otras dos deserciones: la del padre Guillermo, tibio hasta el final, y la del novicio imberbe fray Enrique. Los demás afrontaron la muerte con serenidad, resistiendo hasta el final las insidias de los ministros calvinistas.

Los diecinueve fueron canonizados por Pío IX el 29 de junio de 1867.

LÁZARO IRIARTE DE ASPURZ, OFM CAP.

Bibliografía

Acta sanctorum. Iulii, t.II p.798-801.
ESTIUS (Van Est), V. G., *Historia Martyrum Gorcomiensium* (Douai 1603).
MEUFFELS, H., CM, *Les martyrs de Gorcum* (Les Saints; París [2]1908).

SANTA VERÓNICA GIULIANI

Virgen († 1727)

Decididamente, la chiquilla era de la mismísima piel del diablo. No se le podía decir a Micer Francesco, que la idolatraba, pero lo chismorreaban todas las vecinas, más o menos indignadas según el tamaño y dimensión de la última travesura. A nosotros, en cambio, lo que nos subleva es el empeño tenaz de los escritores de la época por convencernos de que todo en la niña era privilegiado, milagroso y sobrenatural. Pero Úrsula Juliani, tan bonita con sus ojos dulces, sus trenzas apretadas y su nariz perfecta, era una niña sana, exuberante y dispuesta a pasarlo bien y, sobre todo, a imponerse a cuantos la rodeaban. Las circunstancias se lo habían allanado mucho. La menor de siete hermanas, muy pronto huérfana de madre, linda y pizpireta, se mostrará pronto dominante, caprichosa, pero con una espontaneidad deliciosa que hoy nos encantaría. Por supuesto, es muy piadosa, y sus hermanas, que acabarán monjas, la educan en clima muy devoto.

Afortunadamente, para conocerla bien nos ha dejado ocho tomos gordos y rollizos de su *Diario espiritual* y unas confesiones o declaraciones de su niñez, y de allí tomo yo lo que los biógrafos, con un remilgo trasnochado, no han querido decir.

Está haciendo examen tras una puerta, tomándose cuenta de su conducta de la semana. No ha sido de las peores: se emperró en que la llevasen a la lotería que han abierto para el carnaval, y claro está que la llevaron; luego, como sus hermanas no querían asistir a sus cultos (unas letanías cantadas ante una frágil Madonna de barro colorado), las empujó con genio...

¡Ah, sí! Bueno, eso ha sido lo peor, pero con fines muy elevados... Ya verán: porque uno de sus primos se iba a divertir demasiado en los festejos de esos días le invitó a un rato de esgrima y le hirió levemente en un muslo, lo que le ha hecho tener que meterse en la cama. Seguro que ése no va en todo el carnaval a la trattoria ni a las barracas. Desde luego los sistemas de la futura santa son de los definitivos, pero ¿no nos seduce esa viveza, esa naturalidad de niña vehemente y mimada? Úrsula, desde luego, no es santa. Lo será más tarde, y de una alzada ex-

traordinaria, pero es grato y atractivo saber que la historia empieza realmente así.

Un día en que sus hermanas no acuden al rosario porque estaban con sus mundillos haciendo encajes, Úrsula, rotunda y eficaz, les da una patada, y ruedan escaleras abajo blondas y carretes, bolillos y lanzaderas...

Por lo demás, tenía mucho corazón y una compasiva tendencia a comprender las penas de todos los que veía.

Su padre iba alcanzando puestos más lucrativos, logrando obtener un empleo distinguido como superintendente de la Real Hacienda en Plasencia, y, no queriendo estar solo, llamó allí a sus hijas, que se instalaron con bastante boato y comodidad. Eran frecuentes los convites, y a Úrsula siempre le parecían excesivas aquellas grandes bandejas de dulces para amigos que también los tenían en sus casas. No se andaba con chiquitas, y con un gran cartucho iba recogiendo antes de la fiesta cuanto le parecía oportuno para sus pobres. Luego eran los asombros de sus hermanas, su disgusto y mal rato, viendo muy disminuida su esplendidez y abundancia.

Estas exuberancias de un temperamento riquísimo se conjugaban muy bien con un gran fervor y deseo de oración, en la que seguía también su impulso de sencillez y autenticidad. Hablaba con la Virgen y con el Niño Jesús, que tenía en una imagen sumamente devota, pero, claro, no le respondían. Esto contrariaba a la niña, y se quejaba claramente a ellos con candoroso enfado. El Señor, que suele acomodarse al carácter de cada uno y que conocía la intención limpia y fragante de Úrsula, se avino a la oración de la chiquilla preguntona y un día, bello entre todos, Úrsula vio cómo la imagen se animaba y la Virgen viva, palpitante, ponía entre sus manos regordetas al amabilísimo Niño Jesús... Aun en ese momento de cielo sigue siendo ella y le pregunta: «¿Por qué no me contestabas ni hacías caso?». Y los dos se sonrieron porque tenían que proceder al gusto de Úrsula.

Monseñor Lucas Antonio Eustaqui, obispo de Città di Castello, ha decidido proceder enérgicamente. Irán tres médicos, el provisor y el jesuita padre Crivelli, expertísimo en estos asuntos, y se estudiará el caso con toda rigidez y exactitud. Y escribe el prelado los puntos severos que se impondrán a la monja capu-

china. Ésta se somete plenamente. Se hace obediente hasta el más exhaustivo aniquilamiento. Se entrega mansamente en rendimiento blando y absoluto. Todas las monjas se creen con derecho a comentar, decir, opinar, a imponerle pruebas y demostraciones de virtud. Ella no sólo se resigna, sino que gustosamente se deja estrujar destilando óleo de paz, bálsamo de humildad. Esta monja flexible y manejable se llama ahora sor Verónica, pero se llamaba antes Úrsula de Juliani.

Es la revancha de Dios. Es el éxito de su gracia. Paso a paso, renuncia tras renuncia, porque la santidad es bordado lento y despacioso, la hija impulsiva de Micer Francesco se ha ido adentrando en el amor de aquel que merece todo el sacrificio de nuestro «yo» y que, después de aniquilarlo en su germen vicioso, lo torna criatura nueva, recién nacida del agua, del Espíritu y de la sangre.

Verónica ingresó en las capuchinas a sus diecisiete años, buscando sólo un sitio adecuado para amar, pero Jesús ha encontrado en ella un alma a propósito para redimir.

Y la introduce por unos caminos muy penosos a su afán de verismo, a su sensibilidad a todo lo ridículo, a su franca concepción de la vida. Pero él ha firmado sus planes.

Verónica encontrará un día sus manos y pies rasgados por heridas profundas; mayor todavía es la de su costado. Tres obispos, gran número de médicos y sacerdotes, después de investigaciones, exámenes y análisis, tienen que declararse impotentes para explicarlo con humana demostración. Verónica sufre de este revuelo de la ciudad, de palabras mordaces y críticas penosas, pero lo supera todo retirándose a su celda, donde a solas vive una jornada incomprensible de expiación y rescate que se reproduce cada veinticuatro horas.

Lo de menos es que la juzguen los hombres, lo más recio es que ella se juzga en Dios, bajo esa luz contemplativa y clara, tenebrosa y fúlgida a la vez que le muestra con certero punzón todas sus faltas y tendencias. Tiene tres clases de visiones de sí misma, pero la más interesante para los estudiosos de la mística es la que ella llama «por vía de comunicación».

Tras una repetición abundante de lo que ella llama «ósculos de amor», que nos dejan admirados de ese mundo elevadísimo

de las efusiones divinas, Verónica se establece definitivamente en la unión transformante, y al exterior se revierte en el cargo de abadesa que le es confiado.

Nada más práctico y sensato que el gobierno de aquella que parecía vivir más allá de las nubes.

Verónica es graciosa y afable. Todavía quedan sus recetas para emplastos y cataplasmas a las enfermas, que eran sus predilectas. Ningún gasto ni detalle le parecía excesivo tratándose de ellas.

Corre la voz de sus milagros, y sus hermanas, que son clarisas, le piden algo suyo para conservarlo como reliquia. El buen humor de la santa unirá la condescendencia con su aire juguetón y les confecciona una muñeca vestida de capuchina, que unos años más tarde servirá para curar enfermos.

Así de divina y de humana, de natural y de endiosada, esta santa italiana del setecientos, poder y voluntad de imperio, certifica la frase arriesgada de Godoy, el comentarista de Milosz: «El deseo de dominio, enraizado en el alma humana, no es otra cosa que la sed, la búsqueda frenética del amor supremo y que aboca, por lógica, en la perfecta santidad».

MARÍA H. DE LA SANTA FAZ, OP

Bibliografía

CANTAGALLI, R., *Il Diario* (Siena 1956).

PIZZICARIA, P., SI, *Un tesoro oculto. Diario de Santa Verónica,* 7 vols. (Barcelona 1970).

SALVATORI, F. M.ª, *Vida de la Beata Verónica Juliani abadesa de las capuchinas en Santa Clara de... Castelo* (Madrid 1808).

• Actualización:

DA RIESE (PÍO X), F., *Santa Veronica Giuliani implacata inseguitrice di amore e di dolore* (Padua 1985).

— *Veronica Giuliani santa dell'amore e del dolore* (Padua 1988).

LEONARDI, G. M.ª, *Santa Veronica Giuliani clarissa capucina* (Mercatello sul Metauro, PS 1983).

LUCHETTI, D., *Ascesa spirituale e misticismo di Santa Veronica Giuliani dagli inizi all'unione trasformante* (Città di Castello 1983).

VERÓNICA GIULIANI, STA., *Experiencia y doctrina mística. Relatos autobiográficos.* Ed. preparada por L. IRIARTE (Madrid 1991).

SANTA PAULINA DEL CORAZÓN AGONIZANTE DE JESÚS

Virgen y fundadora († 1942)

Paulina del Corazón Agonizante de Jesús tiene el privilegio de ser la primera santa brasileña aunque no naciera en Brasil sino en Vígolo Vattaro, un pueblecito de la provincia italiana de Trento, al sur del Tirol, entonces bajo dominio austro-húngaro. Allí vio la luz el 16 de diciembre de 1865 la niña Amábile Lucía Visintainer Pianezer, pero cuando no había cumplido los diez años, sus padres Antonio Napoleone y Ana con los cinco hijos nacidos hasta entonces embarcaron rumbo a Brasil en busca de mejores condiciones de vida. Fue la segunda de catorce hermanos, la mayoría de ellos brasileños de nacimiento, y brasileña de vida y de entrega se hizo Amábile desde que pisó el continente americano y se instaló su familia, con otros muchos italianos de la misma región, en un lugar al que llamaron Vígolo, en el actual municipio de Nueva Trento, estado de Santa Catarina, como homenaje a la tierra natal y donde todavía hoy se puede rastrear un deje italianizante en el portugués que allí se habla.

Quiso Juan Pablo II que el primer peldaño canónico, la beatificación de aquella chica italiana de nombre Amábile, conocida después entre los brasileños como madre Paulina del Corazón Agonizante de Jesús, lo subiera en Florianópolis, en el estado sureño de Santa Catarina, el 18 de octubre de 1991, con motivo del segundo viaje apostólico del Papa a Brasil. Aquel día el Papa evocó su calidad de «enfermera», de ser para los demás: los pobres y los enfermos. Sólo once años después, el 18 de mayo de 2002, día de Pentecostés, al mismo tiempo que Alonso de Orozco, Ignacio de Santhiá, Humilde de Bisignano y Benedicta Cambiagio, alcanzó en la plaza de San Pedro de Roma el reconocimiento de la santidad y se convirtió en la primera santa brasileña.

La familia de Amábile Visintainer había cruzado el Atlántico en un momento de fuerte emigración con la aspiración de hacer —como entonces se decía— «las Américas». Este trasvase tan numeroso de italianos norteños al extranjero y el desamparo que experimentaban fuera de su país fueron los causantes de que poco después emprendiera Juan Bautista Scalabrini la fun-

dación de sus congregaciones de asistencia a los emigrantes. Precisamente con alguno de estos misioneros entraría en contacto la madre Paulina en su etapa de atención a los hijos de esclavos en São Paulo.

Cuando la familia Visintainer llegó a Brasil, en septiembre de 1875, ante las numerosas dificultades, las muchas bocas y las pocas manos, tuvo Amábile que echar una mano y trabajar siendo todavía niña para contribuir al sostenimiento de la casa paterna. La pequeña población de Vígolo se fue organizando poco a poco y estrechando a base de recuerdos los lazos entre los miembros de la comunidad. Por de pronto, el nombre del pueblo reproducía el del solar italiano, pero también la parroquia fue dedicada a San Jorge, que era el patrón de su pueblo natal. Esta iglesia parroquial fue para la adolescente Amábile una segunda casa, la frecuentó con asiduidad mientras se preparaba para la primera comunión, que recibió a los doce años, y entregó muchas horas de su vida al apostolado dando catequesis a los más pequeños y visitando a los enfermos. Ni siquiera cuando murió su madre y tuvo que cuidar de los hermanos pequeños olvidó su compromiso parroquial.

Era entonces Amábile una joven de 22 años muy hacendosa y preocupada por los enfermos. Tres años después, de acuerdo con su amiga Virginia Rosa Nicolodi, decidió trasladarse a una casucha cercana a la parroquia de San Jorge para vivir allí y cuidar a una enferma terminal de cáncer. Casi se podía decir que fue ésta la semilla, la primera piedra de su congregación, que nacería el 12 de julio de 1890 en Nueva Trento, bajo el asesoramiento del superior de la misión de los jesuitas, Luis María Rossi.

Aquello, sin embargo, no era más que el comienzo, porque la aprobación diocesana de las Hermanas de la Inmaculada Concepción, otorgada por el obispo de Curitiba, monseñor José de Camargo Barros, no llegó hasta el 25 de agosto de 1895. Meses después, en diciembre de este mismo año, hizo los votos religiosos junto con Virginia y Teresa Ana Maule. En calidad de fundadora, Amábile recibió el encargo de superiora general y quiso ser llamada en adelante sor Paulina del Corazón Agonizante de Jesús. La vida ejemplar de las hermanas y las tareas

apostólicas emprendidas hicieron de aquella comarca un vivero de vocaciones, y eso que la pobreza y las dificultades fueron la enseña diaria que adornaba su entrega.

Los días de Nueva Trento llegaban a su fin. El padre Rossi, su consejero, tuvo que irse a vivir a São Paulo para dirigir la residencia de jesuitas, al mismo tiempo que convencía a la madre Paulina para que continuara su obra en aquella ciudad. Y así lo hizo. En febrero de 1903 la madre Paulina era elegida superiora «de por vida» en un capítulo general de la congregación y dejaba Nueva Trento. Ya en São Paulo, fue habilitada una capilla del barrio de Iparanga, con el nombre de Sagrada Familia, para dar acogida a los hijos de antiguos esclavos, una vez abolida legalmente la esclavitud en 1888. Mientras cuidaba ancianos, huérfanos y chicos abandonados, coincidió en el mismo barrio con el padre Giuseppe Marchetti, un misionero escalabriniano ocupado también en mantener un orfanato para hijos de esclavos.

Pero sólo duró seis años el gobierno de la madre Paulina en su Congregación, de 1903 a 1909. Comenzaba la gran prueba de su vida. Por malos entendidos, cizañas alimentadas desde fuera y apoyadas por alguna religiosa y también por la autoridad eclesiástica, fue convocado un capítulo general, evidentemente manipulado, que acordó deponerla de su cargo de superiora en agosto de 1909. En el decreto firmado por el arzobispo de São Paulo, don Duarte Leopoldo e Silva, se le comunicaba que viviera y muriera en la congregación «como súbdita», aunque se le reconocía y mantenía el título de «Veneranda madre fundadora». Cuentan que cuando el arzobispo le anunció personalmente su destitución, «se arrodilló, se humilló, respondió que estaba totalmente dispuesta a entregar la congregación, se ofrecía espontáneamente para servir como súbdita».

Y como súbdita vive, desde 1909 hasta 1918, en el asilo de San Vicente de Paúl que ella había fundado en Bragança Paulista dedicada a cuidar enfermos y ancianos, experimentando una verdadera noche del espíritu y soportando humillaciones. Fueron años —según comentaba el padre Rossi— ofrecidos por la santificación de sus hijas como «víctima de amor y de reparación», marcados por el trabajo, el sufrimiento y la oración, aceptados como prueba por el bien de la Congregación y para que

«nuestro Señor fuera conocido, amado y adorado por todos en todo el mundo».

La superiora general que la sucedió, la madre Vicência Teodora, la llamó en 1918, con permiso del arzobispo don Duarte, para que residiera en la casa madre de Iparanga en São Paulo, donde la madre Paulina viviría hasta el fin de sus días, entregada de lleno a las hermanas enfermas. Junto a su caridad ejemplar, dispensada a los pobres y a los enfermos, pues «son el verdadero rostro de Dios», brilla de manera singular su obediencia y humildad en gestos y palabras. «Quiero ser vuestra para siempre, Señor —decía en sus momentos de oración—, la última de vuestras hijas que quiere ser siempre la última, para estar más cerca de Vos, mi querido Jesús». O esta frase de oro que resume treinta y tres años de aceptación, sin una mala palabra ni un lamento: «¡Voluntad de Dios, paraíso mío!». «Hágase la voluntad de Dios» era no sólo su habitual jaculatoria, sino lo último que se le oyó decir antes de morir el 9 de julio de 1942.

Conservó siempre la consideración de «Veneranda madre fundadora» y así lo reconocía un decreto de honor enviado por la Santa Sede a la Congregación en mayo de 1933. Más adelante, cuando la madre Paulina pasaba por las tribulaciones de su enfermedad, hizo su testamento espiritual, firmado el 12 de julio de 1940, por los días en que la Congregación de las Hermanitas celebraba los cincuenta años de su fundación, donde se puede leer este consejo:

> «Sed muy humildes. Confiad siempre y mucho en la Divina Providencia; nunca, jamás, os desaniméis, aunque vengan vientos contrarios. Nuevamente os digo: Confiad en Dios y en María Inmaculada; manteneos firmes y ¡adelante!».

Las hermanas que la trataron la describían como enérgica, decidida y comprensiva, laboriosa en todas sus tareas —campesinas, fabriles o de gobierno—, las más humildes y las de mayor responsabilidad, siempre de acuerdo con un lema que cumplía a rajatabla y contagiaba a las demás hermanas: «trabajar es rezar». Vivió con y por los pobres, se propuso «ser para los demás», fue mujer de oración y de espiritualidad eucarística y vivió los últimos años el viacrucis de una enfermedad que respondía al «agonizante» de su nombre religioso. A partir de 1938 empezó a

sufrir un deterioro sensible de su salud, múltiples dolores provocados por la diabetes que exigieron la amputación sucesiva de un dedo y de un brazo. Cuando murió, a los 77 años, estaba completamente ciega.

El día siguiente de su santificación, las Hermanitas de la Inmaculada Concepción —más de medio millar extendidas por once países— pudieron oír en la voz de Juan Pablo II este aprecio del carisma de su fundación y de su fundadora:

> «Hecho de disponibilidad para servir, en la Iglesia, a los más necesitados y a los que están en situación de mayor injusticia, con sencillez y vida interior. De ahí nace su ejemplo de fe, para buscar y aceptar siempre la voluntad de Dios en todo; y de caridad, hilo conductor que unió todas las etapas de la existencia de la madre Paulina, con la entrega total de sí misma a los hermanos, especialmente a los más necesitados».

JOSÉ ANTONIO CARRO CELADA

Bibliografía

AAS 95 (2003) 161-163.
CADORIN, C., *Essere per gli altri* (Roma 1988).
JUAN PABLO II, «Los santos, Pentecostés perenne de la Iglesia». Homilía en la canonización: *Ecclesia* (2002) n.3103, p.35-36.
L'Osservatore Romano (20-10-1991) 4.
L'Osservatore Romano. Supplemento Speciale (19-5-2002) 11-13.
L'Osservatore Romano (ed. en español) (17-5-2002) 10.

BEATA MARÍA DE JESÚS CRUCIFICADO PETKOVIC

Virgen y fundadora († 1966)

El papa Juan Pablo II realizó su centésimo viaje apostólico a Croacia. Duró del 5 al 9 de junio de 2003. Llevaba el viaje como lema «La familia, camino de la Iglesia y del pueblo». Se disponía el Santo Padre, pese a su ancianidad y estado de salud, a sacar fuerzas de flaqueza y animar a tantos hijos de la Iglesia católica como viven en el noble país croata a seguir a Cristo con mayor resolución y mayor fuerza. Luego de visitar el día 5 la diócesis de Rijeka, se dispuso el día 6 a visitar la de Dubrovnik y en el curso de esta visita beatificar a la religiosa María de Jesús Crucificado Petkovic, la primera mujer croata beatificada en los tiem-

pos modernos. En la misa de la beatificación se concentraron cuarenta mil personas que hicieron patente al Santo Padre el hondo sentido católico de la comunidad cristiana de Dubrovnik. Esta ciudad, notable por su historia, surgió el año 615 cuando los ávaros invadieron Dalmacia y los habitantes se refugiaron en una pequeña península. Experimentó la nueva población un desarrollo rápido y logró ciertas cotas de autonomía aun perteneciendo al Imperio bizantino. En 1205 pasó a la soberanía de la República de Venecia y en 1258 se incorpora al reino de Hungría. Pero en 1382 alcanza la independencia y se constituye en una pequeña y próspera república, que en los siglos XV y XVI llega a tener una flota de 500 naves y relaciones diplomáticas con toda Europa, floreciendo en ella también la cultura. Esta independencia le es arrebatada por las tropas de Napoleón en 1806. En el siglo XX estuvo en el reino de Yugoslavia y luego en la República del mismo nombre, dentro de Croacia, de la que sigue formando parte una vez alcanzada por este país su independencia. Desde el 990 hay una diócesis en Dubrovnik, acogida al patrocinio de San Blas, de quien los fieles son sumamente devotos. Tiene actualmente una población de 86.642 habitantes, de los cuales el 86 por 100 son católicos. Tiene 61 parroquias, 61 sacerdotes diocesanos, 35 sacerdotes religiosos y 226 religiosas. Cuenta con un centro escolar católico y cinco casas de beneficencia. No hay que decir que acogió jubilosamente el 6 de junio de 2003 la visita del Santo Padre.

La beatificación tuvo lugar en el centro de la ciudad, asistiendo las autoridades del Estado y representaciones civiles y habiendo venido croatas desde Brasil y Argentina, donde habitualmente viven, para estar en la beatificación. Tanto el hecho mismo de la visita papal como la figura de la M. María de Jesús Crucificado bien merecían el esfuerzo.

María Petkovic nació en Blato, de la isla de Korcula en la costa croata, diócesis de Ragusa, el 10 de diciembre de 1892. Nace en el seno de una familia cristiana y numerosa. Sus padres se llamaban Antonio Petkovic y María Marinovis, y gozaban de buena posición social. Ella se abre al tipo de educación religiosa, centrada en los grandes valores humanos y evangélicos, que daban sus padres a los ocho hijos que amorosamente formaban

en su hogar. La oración y la misericordia con los pobres eran dos características de su casa, a las que María se mostró muy pronto particularmente sensible. Se le enseñó, y ella lo aprendió, que los pobres eran «hermanos elegidos y amados por el Señor». En 1899 recibió el sacramento de la confirmación y, exquisitamente preparada por varios años de asidua catequesis, en 1905 se acercó por vez primera al convite eucarístico.

María era una jovencita piadosa y llena de buena voluntad, a la que el ejemplo de las religiosas Esclavas de la Caridad que frecuentaba, le hacía plantearse el tema de si estaba ella también llamada a la vida religiosa. Muy unida a sus padres, les dijo con franqueza que éste era el pensamiento que rondaba su corazón, pero los padres le insistieron en que la veían más bien capaz de ser una buena madre de familia.

El año 1906 el obispo de su diócesis visita su parroquia, y ella es una de las jóvenes que da el paso adelante en inscribirse en la Asociación de Hijas de María. Era el 8 de septiembre de aquel año y María se consagró de corazón a la Santísima Virgen, buscando con seriedad cuál era la voluntad de Dios para con ella. La respuesta la hallaría en otra fiesta de la Virgen, el día 21 de noviembre, fiesta de la «Presentación». Puesta en oración, abrió el evangelio por el pasaje de la conversación entre Jesús y el joven rico, a quien invitó a dejarlo todo y seguirlo. El joven rehusó, pero María se sintió llamada personalmente y decidió seguir por completo y con todas sus fuerzas a Jesús. En la homilía de la beatificación, comentó así el Santo Padre este momento crucial de la vida de María:

> «"Maestro bueno, ¿qué de hacer para tener en herencia la vida eterna?" (Mc 10,17). Es la pregunta que también sor María de Jesús Crucificado hizo a su Señor desde que, siendo joven, colaboraba en la parroquia de Blato, en la isla de Korcula, y se prodigaba al servicio del prójimo en las asociaciones del Buen Pastor y de las madres católicas así como en la cocina popular. La respuesta resonó nítida en su corazón: "Ven y sígueme". Así conquistada por el amor de Dios, eligió consagrarse para siempre a él...».

Decidida a consagrarse al Señor por el camino que el Señor mismo le mostrase, con permiso de su confesor emitió el voto privado de castidad. No tenía sino 14 años pero era, para entonces, muy madura de juicio y muy segura de sus íntimos de-

seos. La Asociación de las Hijas de María la eligió primero su secretaria y luego, viendo la capacidad de la joven, la elegiría su presidenta. Ella, por su parte, dio vida, primero, a la «Asociación del Buen Pastor» el año 1914 y en 1915 a la «Asociación de madres cristianas».

Dedicaba mucho tiempo a estas obras de apostolado, pero también se esmeraba en obras de caridad. Y así visitaba asiduamente a las personas mayores necesitadas de ayuda y a los enfermos; se ocupaba de la suerte de las familias pobres y procuraba encontrar casas de cobijo para los niños huérfanos o abandonados. Le quedaba tiempo para la misa diaria, la oración prolongada ante el Santísimo Sacramento y la contemplación amorosa de la Pasión del Señor, que llenaba su alma de espiritualidad y fe. Inscrita en la Orden Tercera de San Francisco, vivía con intensidad el espíritu franciscano.

La llamada de Dios definitiva le llegaría por un medio inesperado. El año 1919 las religiosas Esclavas de la Caridad se ven en la precisión de dejar su casa de Blato. Y, entonces, el obispo de Ragusa, monseñor Josip Marcelic, con quien ella se dirigía espiritualmente, la invitó a que, con un grupo de jóvenes de sus mismos sentimientos religiosos, se hiciera cargo de la casa. Así lo hizo María, viendo que lo apropiado sería proceder a la fundación de una nueva comunidad religiosa. Lo pensó mucho delante del Señor, y siguiendo la orientación de su obispo, se decidió a encabezar una congregación religiosa que tuviese como fin «difundir y propagar, mediante las obras espirituales y corporales de misericordia, el conocimiento del amor divino». El día de su entrada en la casa fue el 25 de marzo de 1919, fiesta de la Anunciación del Señor, y el día 4 de octubre del año siguiente, fiesta de San Francisco, tuvo lugar la primera vestición del hábito religioso. Las nuevas religiosas se llamarían Hijas de la Misericordia de la Tercera Orden Regular de San Francisco, cuya regla seguirían. Ella tomó el nombre de sor María de Jesús Crucificado. El día 14 de octubre, siguiente a la vestición, las hermanas la nombraron superiora general de la naciente congregación.

Sor María estaba destinada a regir la congregación durante más de cuarenta años, y a hacerlo con firmeza y prudencia, con

evidente sabiduría evangélica, por la que supo vencer las dificultades y expandir la congregación, agrandando su obra de servicio y amor a los necesitados. Las casas que fue fundando las dedicaba a la formación de la juventud femenina o a la acogida de niños pobres o de enfermos. Fundó asilos, casas de formación profesional, escuelas de servicio doméstico, etc. Una multitud de obras de servicio y caridad que jalonaron los años de su vida.

El año 1923 vio aprobadas sus constituciones por el obispo diocesano, que erigió formalmente la congregación, y en 1928 la nueva comunidad obtuvo el ser agregada a la orden franciscana. La aprobación pontificia le llegaría en 1956.

A sor María, por los emigrantes, le llegó la noticia de que en Argentina había un ancho campo en que era posible hacer el bien en nombre de Jesucristo fundando obras de la congregación. Y luego de haber fundado una primera casa en el país en 1936, decidió en 1940 establecerse ella personalmente en dicha República donde estaría durante doce años, promoviendo obras de educación y beneficencia en Argentina y en otros países de América. En carta escrita el 31 de agosto de 1952 a todas sus hijas les recomendaba:

> «Seguir a Cristo, escuchar a Cristo, humillarse en Cristo, sufrir silenciosamente en Cristo, arder en Cristo, perdonar en Cristo, amar en Cristo, sacrificarse en Cristo».

Éste había sido el ideal que la había movido hasta entonces y por el que había ido sembrando el bien, testigo creíble del amor cristiano, en todas partes. Era una mujer fuerte en la adversidad, tierna en sus afectos, profundamente enamorada de Cristo, cuya presencia sentía. Se entregaba a sus obras de misericordia con una alegría espiritual contagiosa. Decía que la vida de las religiosas se resumía en dos palabras: oración y apostolado. Y este lema lo vivía con intensidad radiante, siendo para todos un ejemplo viviente de todas las virtudes.

En 1952 la M. María de Jesús Crucificado decidió establecerse en Roma, donde puso la nueva casa general de la Congregación, a fin de estar cerca de la Sede de Pedro, por la que sentía una devoción inmensa. Quería en todo momento empaparse de las enseñanzas y las orientaciones del Papa para vivir como hija fidelísima en el corazón mismo de la Iglesia. La Providencia la

llamaba a dar nuevos ejemplos de virtud. El año 1954, a los dos años de vivir en Roma, le dio una hemorragia cerebral, que trajo consigo una parálisis parcial de su cuerpo. Abrazada a la cruz de su debilidad, siguió rigiendo animosamente la congregación, pero en 1960 se dio cuenta de que sería mejor para ésta tener una superiora general que gozara de plena salud, y sin que nadie la presionara, presentó la dimisión de su cargo, quedándose a vivir en la propia casa de Roma. Desde entonces oró y sufrió y ofrendó sus sufrimientos físicos al Señor como contribución a las obras de misericordia que su congregación llevaba adelante. Se preparó con sencillez franciscana para la muerte, que le llegó en Roma el 9 de julio de 1966.

En la actualidad, las Hijas de la Misericordia cuentan con 429 religiosas, que trabajan en doce países de Europa y América, dedicadas al apostolado parroquial, la educación de los niños y jóvenes, la asistencia a personas ancianas y enfermas y a cuantas obras de misericordia son necesarias en nuestra sociedad.

Digamos, por último, que el Santo Padre aprovechó la beatificación de sor María de Jesús Crucificado en Dubrovnik, para hacer un llamamiento a la mujer croata, la que vive en el mundo y la religiosa, proponiéndoles el ejemplo de esta gran mujer, verdadera seguidora de Jesucristo.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 95 (2003) 349-352.
L'Osservatore Romano (ed. en español) (13-6-2003) 318-319.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

BEATA JUANA SCOPELLI

Virgen († 1491)

Juana Scopelli nació en Reggio Emilia el año 1428 en el seno de una acomodada familia que le proporcionó una buena educación cristiana. Llegada a la juventud, ante una propuesta de matrimonio, dijo la joven que había hecho voto de castidad y

se había consagrado a Dios. Deseaba además hacerlo en la vida religiosa pero no había aún monjas carmelitas y ella, que frecuentaba la iglesia de los frailes carmelitas, quería vivir de la espiritualidad carmelitana. Pide poder llevar el hábito del Carmen y se le concede, y viste desde entonces el manto blanco, al estilo de las mantelatas.

La fundación del monasterio femenino de carmelitas tiene lugar en 1458 cuando conoce a una viuda con dos hijas que, igualmente, deseaban consagrarse a Dios y para ello ofrecen su propia casa. Dejando todo lo suyo, salvo un crucifijo que se lleva consigo, Juana deja su casa y se va a vivir con las tres mujeres que con ella van a constituir una incipiente comunidad religiosa. Todas adoptan el manto carmelitano. Empezaron una vida retirada y modesta, en la pobreza, la humildad y la oración, oración con la que se consiguió la conversión de un joven muy conocido que profesaba ideas heréticas. Con la positiva ayuda del obispo, la comunidad pudo ampliarse y tomar posesión de un antiguo convento cisterciense, Santa María del Popolo, a donde se trasladó Juana con sus compañeras, dando su obediencia al vicario general del Carmen y admitiéndolas la Orden en el capítulo general de 1487. Juana Scopelli fue elegida primera priora por unanimidad. Ella dio ejemplo de todas las virtudes por su altísima vida de oración, su devoción mariana y toda clase de buenas obras. La comunidad toda daba un ejemplo claro de vida religiosa siguiendo a la priora. Ésta gozaba ya en vida fama de santa, se le atribuía el don de profecía y se contaban de ella numerosos milagros. Murió santamente el 9 de julio de 1491. Clemente XIV confirmó el culto que se le dio a raíz de su muerte el 24 de agosto de 1771.

BEATO ADRIÁN FORTESCUE

Mártir († 1539)

Adrián Fortescue nació hacia 1476 en Punsbourne, Hertfordshire, en el seno de una noble familia. Por parte de madre era primo hermano de Ana Bolena. Se casó dos veces, primero con Ana Stonor y luego, doce años más tarde, con Ana Rede. Tuvo cinco hijos, dos hijas del primer matrimonio y tres varo-

nes del segundo matrimonio. Entre sus servicios al país se cuenta su participación en las campañas en Francia de 1513 y 1523. Fue parte del entorno de la reina Catalina pero cuando llegó la cuestión del nuevo matrimonio del rey, él asistió a la coronación de su prima Ana Bolena en 1533 y fue nombrado caballero del Baño. Separó la cuestión religiosa de la cuestión política y prestó juramento al Acta de Sucesión, y nunca abandonó su bien probada religiosidad. Era persona de asidua y regular oración, daba limosnas a los pobres, tenía vínculo de hermandad con la Orden de Predicadores y buscaba con sinceridad la perfección cristiana. Cumplía con exactitud sus deberes y se dice que se hizo caballero de devoción de la Orden de Malta, lo que recientemente ha sido negado. Se afirma, también, que su arresto y prisión en 1534 no tenía nada que ver con razones religiosas sino con su relación con los condes de Kildare que habían promovido una rebelión en Irlanda. Dejado libre en 1536, se le pidió acaudillara tropas contra la llamada «Peregrinación de la Gracia» en 1536, señal de que por entonces nadie ponía en duda su lealtad a la corona.

Pero en febrero de 1539 fue arrestado bajo la acusación genérica de traición y encerrado en la Torre. Y aunque en esa misma acta de acusación estaba incluido el cardenal Pole, no hay constancia alguna de que Fortescue ayudara al cardenal en sus actividades contra Enrique VIII, bien que fuera cierta la relación de Fortescue con la madre del cardenal, que también moriría mártir, la beata Margarita Pole.

Bajo esa genérica y nada circunstanciada acusación de traidor fue condenado a muerte y decapitado en la Torre el 9 de julio de 1539. ¿Había negado la supremacía religiosa del monarca? Parece lo probable, y esto habría sido la causa de su detención. Tenido por mártir, el papa León XIII lo incluyó en la lista de los que fueron declarados beatos en 1895.

BEATAS MARÍA ANA MAGDALENA DE GUILHERMIER Y MARÍA ANA MARGARITA DE ROCHER

Vírgenes y mártires († 1794)

MARÍA ANA MAGDALENA DE GUILHERMIER nació en Bollène, Francia, el 29 de junio de 1733 en el seno de una familia noble. Inclinada a la vida religiosa, ingresó en 1750 en el monasterio de las ursulinas de su ciudad natal y profesó con el nombre de sor Santa Melania. Vivió más de cuarenta años en el monasterio, llevando vida ejemplar como religiosa, hasta que el monasterio fue disuelto y ella con las demás fue obligada a ir a Orange donde padeció prisión y juicio. Se la acusó de negarse a prestar el juramento de libertad-igualdad y de poner obstáculos por su fanatismo a la marcha de la Revolución.

MARÍA ANA MARGARITA DE ROCHER nació en Bollène, Francia, el 20 de enero de 1755 en el seno de una noble familia. Ingresó en el monasterio de ursulinas de su ciudad natal, donde profesó con el nombre de sor María de los Ángeles y donde pudo pasar veinte años llevando vida ejemplar como religiosa. Llegada la Revolución y habiendo de dejar el monasterio, permaneció con sus hermanas religiosas y con ellas fue arrestada y llevada a la cárcel en Orange. Fue juzgada bajo la acusación de no someterse a las leyes de la República y de propagar el fanatismo.

Ambas fueron guillotinadas en Orange el 9 de julio de 1794 y beatificadas, por Pío XI, el 10 de mayo de 1925.

SAN JOAQUÍN HE KAIZHI

Catequista y mártir († 1839)

Joaquín He Kaizhi (Ho-Ka-Tche) nació en Tchao-Tso, provincia de Kouei-Tcheou, en 1774 y a los veinte años conoció el cristianismo, se abrió a la fe y recibió el bautismo. Fue desde entonces un cristiano fervoroso que, en la persecución de 1814, fue arrestado, llevado a Kouy-Yang y sometido a terribles torturas para que apostatara, pero permaneció firme e inconmovible. Entonces fue desterrado a Mongolia, donde vivió por espacio

de dieciocho años sin perder nada de su fervor religioso. Cumplida la pena, volvió a su casa y siguió siendo un cristiano ejemplar, al que se le encomendó la tarea de catequista, que él realizaba con gran dedicación y celo. Costeó la erección de un oratorio que sirviera de lugar de reunión de la comunidad cristiana, a la que exhortaba a perseverar en la fe y la instruía en ella.

Estas actividades provocaron un nuevo arresto en 1839, durante el cual fue otra vez torturado cruelmente sin que su fe se viniera abajo. La cárcel, donde fue recluido durante unos meses, la convirtió en lugar de apostolado, allí consolaba a los cristianos arrestados y admiraba, por su firmeza, a los propios paganos. Por fin, fue condenado a muerte por estrangulamiento. Confirmada la sentencia por el emperador, se le llevaba al lugar del suplicio cuando un amigo le ofreció un vaso de vino para confortarle. Pero él se acordó de que Jesús se había negado a beber el vino en la cruz y no quiso tampoco probarlo. Fue estrangulado el 9 de julio de 1839 y canonizado el 1 de octubre de 2000 por Juan Pablo II.

SAN GREGORIO GRASSI Y COMPAÑEROS

Mártires († 1900)

El 24 de noviembre de 1946 el papa Pío XII ponía en los altares a un grupo de mártires de China que habían sido martirizados, conjuntamente, el 9 de julio de 1900 en el curso de la persecución de los boxers y que son conocidos como los mártires del Shansi. Posteriormente han sido canonizados por Juan Pablo II junto con los demás mártires de China el 1 de octubre de 2000.

En la residencia misionera de Tai-yuen-fu estaban dos obispos franciscanos, siete misioneras franciscanas de María, tres religiosos franciscanos, dos de ellos sacerdotes, y catorce fieles seglares, a los que la providencia de Dios destinaba a la gloria del martirio. El día 4 de julio de 1900 no se les ocultaba ya a los obispos ni a los demás la suerte que les esperaba si las medidas persecutorias se tomaban con ellos, lo que era absolutamente probable. Ninguno quiso huir, sino que todos decidieron correr

juntos la suerte que Dios dispusiera y morir por la fe si ésa era la voluntad divina. A medianoche del día 4 se oyen llegar los carros y los caballos de los soldados, una veintena, que llegan y ordenan a todos subir a un carro. Son llevados a la casa de un mandarín, donde quedan en calidad de presos y metidos en una única habitación, húmeda y estrecha, en donde muy mal caben. Hay un jergón y acuestan en él a las huérfanas enfermitas que las religiosas han llevado consigo. Todos se dedican a la oración y en ella perseveran, con mala comida y asistencia, hasta que llega la fecha del 9 de julio. Pidieron a sus guardianes que les dejaran celebrar la misa y todos se robustecieron con la eucaristía. A las tres de la tarde llegaron rumores alarmantes a la prisión. El obispo Grassi les da la absolución sacramental a todos. Temiendo resistencia se acerca un pelotón de soldados, quienes al encontrar a todos arrodillados en torno al obispo, con golpes y malos tratos los mandan ir con ellos al tribunal del virrey Yu-Shien. Allí comienza un interrogatorio que se iba a extender a todos los detenidos, pero que sólo tuvo lugar con el obispo Grassi. Cuando le oye decir que ha venido a China a propagar el evangelio y traer la salvación de Cristo, la ira le lleva a clavar un puñal en el pecho del prelado y a gritar que los maten a todos. Se produce entonces en el patio una masacre de los mártires. Las religiosas cuando ven que comienza la carnicería se ponen de rodillas y entonan el Tedeum y es con este cántico en los labios como son degolladas y masacradas. Ellas mientras cantaban se abrazaron como hermanas y así recibieron el martirio, siendo luego sus restos mortales arrojados a una fosa. Un año más tarde las potencias europeas obligaron al gobierno chino a rendir homenaje a los mártires. Se les erigió un triple monumento (24 de marzo de 1903) y fue condenado a muerte el virrey que los mandó matar.

Damos ahora una breve noticia de cada mártir:

1. GREGORIO GRASSI, nacido en Castellazzo Bormida, Italia, el 13 de diciembre de 1833, vistió el hábito franciscano el 2 de noviembre de 1848 y un año más tarde emitió la profesión solemne. Hechos los estudios pertinentes, se ordenó sacerdote el 17 de agosto de 1856. Dos años más tarde se preparó en Roma para marchar a China, a donde llegó a finales de 1860.

Trabajó apostólicamente en diversos distritos del Shansi hasta que en 1876 fue nombrado obispo coadjutor del vicariato apostólico de Shansi, y accedió a la responsabilidad del mismo en 1891. Trabajó con gran celo por la propagación de la fe, la buena marcha del vicariato y la asistencia a los pobres y necesitados. Cuando se le propuso huir, alegó que desde pequeño anhelaba el martirio.

2. FRANCISCO FOGOLLA, nacido en Montereggio, Italia, el 4 de octubre de 1839, tomó el hábito franciscano en 1858 y al año siguiente hizo la profesión religiosa. Ordenado sacerdote el 19 de septiembre de 1863, tres años más tarde marchó a China, siendo destinado al vicariato del Shansi, donde realizó un intenso trabajo misional. Volvió a Europa en 1898 y estando en París le llegó su nombramiento de obispo coadjutor del vicariato, consagrándose en París el 24 de agosto de aquel año. Para buscar subsidios y ayudas recorrió varias naciones y volvió a China en 1899 llevando consigo un grupo de nuevos colaboradores, siete de ellos franciscanas misioneras de María.

3. ELÍAS FACCHINI, nacido en Reno Centese, Ferrara, Italia, el 2 de julio de 1839, ingresó en la Orden franciscana en 1858 y profesó el 1 de noviembre del año siguiente. Hizo los estudios y se ordenó sacerdote el 18 de diciembre de 1864, y pidió ser destinado a China. Llegó allá el año 1868 y se le encargó el seminario indígena de Tai-yuen-fu, pasando luego a superior del convento de Tun-el-Koun, pero volviendo pronto al seminario, donde le aguardaba la corona del martirio.

4. TEODORICO BALAT, nacido en St.-Martin-du-Taur, Albi, Francia, el 23 de octubre de 1858, vistió el hábito franciscano en Pau en 1880 luego de haber sido alumno del seminario diocesano de Albi. Obligada la comunidad a marchar a Inglaterra, se ordenó sacerdote en Clarendon en agosto de 1884, y al año siguiente lograba su ardiente anhelo de marchar como misionero a China. Luego de trabajar en varios distritos, fue maestro de novicios en 1896 y luego destinado a la misión de Tai-yuen-fu como procurador y capellán de la comunidad de franciscanas misioneras.

5. ANDRÉS BAUER, nacido en Guebwiller, Alsacia, el 24 de noviembre de 1866, vistió el 12 de agosto de 1886 el hábito

franciscano en calidad de hermano lego. Destinado a la misión de China, llegó a Tien-yuang-fu en 1899 y fue puesto al frente del personal seglar de la misión. Murió cantando, mientras era martirizado.

6. MARÍA ERMELINA DE JESÚS (en el siglo Irma Grivot) había nacido en Baune, Dijon, Francia, el 28 de abril de 1866. Con el título de maestra ingresó en la congregación de Franciscanas Misioneras de María y profesó en 1896. Pese a su juventud fue elegida superiora de la comunidad de Tai-yuen-fu por sus excelentes cualidades de prudencia y dotes de gobierno. Fue la primera en ser sacrificada.

7. MARÍA DE LA PAZ (en el siglo María Ana Giuliani) había nacido en Bolsena, Viterbo, Italia, el 23 de diciembre de 1875 e ingresó en la congregación en 1892. En la comunidad de Tai-yuen-fu era la asistente de la superiora. Ella fue la que a la vista de los verdugos entonó el *Te Deum.*

8. MARÍA CLARA (en el siglo Clelia Nanetti), nacida en S. María Maddalena, Adria-Rovigo, Italia, el año 1872, entró en 1890 en la congregación, siendo acogida en Roma por la propia fundadora, la beata María de la Pasión. Marchó con sus compañeras a China y se dedicó con entrega a su tarea. Su lema: «Las manos en el trabajo y el corazón en la altura». La primera cabeza en rodar fue la suya.

9. MARÍA DE SANTA NATALIA (en el siglo Juana María Kerguin), nacida en Belle-Isle-en-Terre, Francia, el 5 de mayo de 1864, se hizo franciscana misionera a los 24 años y se llamaba a sí misma «el asnillo de San Francisco». Mostró mucha alegría por estar en China trabajando por el evangelio. Muy humilde y muy sencilla, era la mayor del grupo de las hermanas.

10. MARÍA DE SAN JUSTO (en el siglo Ana Moreau) había nacido en Rouen, Francia, el 9 de abril de 1866 y, leyendo los Anales de la Propagación de la Fe, sintió la vocación misionera. Profesó en 1891 y puso lo mejor de sí misma en su trabajo en China.

11. MARÍA ADOLFINA (en el siglo Ana Dierk) había nacido en Ossendrecht, Holanda, el 8 de marzo de 1866, entró en la congregación en Amberes en 1892. Llegó a China con la ilusión del trabajo apostólico y del martirio.

12. MARÍA AMANDINA (en el siglo Paula Jeuris) nació en Schakebroeck, Bélgica, el 28 de diciembre de 1872. Decidió su vocación religiosa en 1895 e ingresó en Amberes en la congregación de las franciscanas misioneras. Enviada a China se le confió la dirección del ambulatorio, en que atendía a numerosos enfermos, siempre con su sonrisa y amabilidad. Los chinos la llamaban la monja que siempre ríe.

13. JUAN ZHANG HUAN había nacido en Tae-kuo, China, en 1877, y con 11 años había entrado en el seminario menor de Ko-lao-kou, pasando luego al de Tai-yuen-fu bajo el P. Facchini. Era terciario franciscano.

14. PATRICIO DONG BODI había nacido en Ku-chen-in, China, en 1882 y era seminarista en Tai-yuen-fu. El P. Fogolla lo llevó consigo en su viaje a Europa en 1898, dejando muy buena impresión en cuantos lo conocieron. Era terciario franciscano y aspiraba a la vida religiosa.

15. JUAN WANG RUI había nacido en Sin-li-tsun, China, en 1884, era seminarista y terciario franciscano y también había hecho el viaje a Europa.

16. FELIPE ZHANG ZIHE había nacido en 1880 en San-Kin-iu, China, y había sentido muy joven la llamada al sacerdocio e ingresado en el seminario. Era terciario franciscano.

17. JUAN ZHANG JINGGUANG había nacido en Nan-sce, China, en 1882. Por sus buenas cualidades fue admitido en la Orden Tercera de San Francisco.

18. TOMÁS SHEN JIHE había nacido en 1851 en Lu-ngan-fu, China, y era terciario franciscano. Servía a mons. Grassi desde hacía diez años y era modelo de lealtad y obediencia, con una gran sintonía espiritual.

19. SIMÓN CHEN XIMAN había nacido en 1854 en el seno de una antigua familia cristiana y había querido ser sacerdote pero su salud no se lo permitió. Terciario franciscano, llevaba treinta años sirviendo fielmente a mons. Fogolla y ayudando como catequista. Se había quedado soltero para consagrarse al Señor. Acompañó a mons. Fogolla en su viaje a Europa.

20. PEDRO WU ANPENG había nacido en Liu-lin-tsuen, China, en 1860 y también hubiera deseado ser sacerdote pero no pudo y entonces se consagró al Señor en el celibato. Arresta-

do a las puertas de la ciudad mientras llevaba encargos para los misioneros, lo tuvieron atado a un madero toda la tarde pero luego lo dejaron libre y volvió a unirse a los misioneros, con los que encontró el martirio.

21. FRANCISCO ZHANG RONG era agricultor y padre de familia y llevaba diez años como portero en el orfanatorio; era de antigua familia cristiana, muy piadoso y adicto a los misioneros y terciario franciscano.

22. MATÍAS FENG DE tenía 45 años y era neófito, pero en cuanto recibió el bautismo pidió el ingreso en la Orden Tercera de San Francisco. Trabajaba en la misión como criado.

23. PEDRO ZHANG BANNIU tenía 51 años y era un fervoroso cristiano; no era criado de la misión pero hacía algunos trabajos extraordinarios cuando eran precisos. Cuando vio que por temor se alejaban algunos trabajadores de la misión, él se ofreció voluntario a sustituirlos y así llegó al martirio.

24. SANTIAGO YAN GUODONG tenía 45 años y era de profesión agricultor; cuidaba de las verduras para la misión y en el último año colaboraba también en la cocina.

25. SANTIAGO ZHAO QUANZIN era un hombre casado, que prestaba algunos servicios en la misión, siendo un cristiano fervoroso. Cuando fue arrestado algunos soldados amigos suyos para salvarlo dijeron que no era cristiano pero él confesó la fe y ello le costó la vida.

26. PEDRO WANG ERMAN había nacido en 1870 y se había criado desde niño en el orfanato de la misión y luego de haber estado al servicio de un sacerdote chino pasó a la cocina del seminario de Tai-yuen-fu, siendo un fervoroso cristiano.

BEATO FIDEL CHIJNACKI

Religioso y mártir († 1942)

Jerónimo Chijnacki (Chojnacki) nació el 1 de noviembre de 1906 en Lódz, Polonia. Terminados los estudios primarios, trabajó primero en una compañía de seguros y luego en Correos en Varsovia. Era un joven de vida cristiana fervorosa y miembro de la Acción Católica. A los 27 años, en 1933, ingresó en la Orden Capuchina en Nowe Miasto, tomando el nombre de fray

Fidel al comenzar el noviciado. Hecha la profesión estudia filosofía en el convento de Zakroczym y teología en el de Lublín, haciendo en el curso del estudio los votos perpetuos (1937). Cuando estalla la II Guerra Mundial hubo de interrumpir los estudios, siendo arrestado el 25 de enero de 1940 y llevado al campo de concentración de Sachsenhausen y seis meses más tarde al de Dachau. Habiéndose contagiado de tuberculosis, las durísimas condiciones del campo lo llevaron a la muerte el 9 de julio de 1942. Fue beatificado por Juan Pablo II el 13 de junio de 1999.

10 de julio

A) Martirologio

1. En Roma, santos mártires Félix y Felipe, Vidal, Marcial y Alejandro, Silano y Jenaro, los cuales, enterrados en diferentes cementerios, son conmemorados conjuntamente por la Iglesia romana (fecha desconocida).
2. En la Via Cornelia, en el miliario segundo desde Roma, santas Rufina y Segunda, mártires (fecha desconocida).
3. En Sabina, santas Anatolia y Victoria, mártires (fecha desconocida).
4. En África, santos Jenaro y Marino, mártires (fecha desconocida).
5. En Iconio de Licaonia, San Apolonio de Sardes, mártir (fecha desconocida).
6. En Nicópolis (Armenia), santos Leoncio, Mauricio, Daniel, Antonio, Aniceto, Sisino, y otros († s. IV), mártires bajo el imperio de Licinio.
7. En Pisidia, santos Bianor y Silvano († s. IV), mártires.
8. En Nantes, San Pascario o Pasquier, obispo († 680).
9. En el monasterio de Münsterbilsen (Flandes), Santa Amalberga o Amelia o Amalia († 772), virgen *.
10. En Perugia (Umbría), San Pedro Vincioli († 1007), presbítero y abad que introdujo en su monasterio la observacia cluniacense *.
11. En Odense (Dinamarca), San Canuto IV († 1086), rey de aquel país y mártir **.
12. En Orange (Francia), beatas María Gertrudis de Santa Sofía de Ripert d'Alauzin e Inés de Jesús (Silvia) de Romillon († 1794), vírgenes, de la Orden de Santa Úrsula, mártires en la Revolución Francesa *.
13. En Dong Hoy (Annam), santos Antonio Nguyen Huu (Nam) Quynh y Pedro Nguyen Khac Tu († 1840), laicos y mártires *.

14. En Damasco, beatos Manuel Ruiz († 1860), presbítero, y siete compañeros de la Orden Franciscana, más tres fieles de la Iglesia maronita, mártires. Los compañeros son: Carmelo Volta, Pedro Soler, Nicolás Alberca, Engelberto Kolland y Ascanio Nicanor, presbíteros; Francisco Pinazo y Juan Santiago Fernández, hermanos legos; Francisco, Mooti y Rafael Massabki, hermanos de sangre **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN CANUTO

Rey y mártir († 1086)

Fue rey de Dinamarca, murió asesinado como consecuencia de su entrega al bien de los súbditos y por haber combatido los abusos de los nobles y señores feudales de su reino, que no le perdonaron su piedad y su caridad para con los explotados. Pero, ante todo, fue una persona digna, humilde, piadosa y caritativa, consciente de que debía hacer el bien en su entorno. El pueblo le recordó como bueno y le llamó el «santo» desde su muerte, aunque su reinado fue breve y agitado. Más tarde fue reconocida y proclamada su santidad por el papa Pascual II al declararle patrono de Dinamarca. Por eso es santo popular en el país y su nombre, menos sonoro en los países del sur de Europa, se usa con frecuencia en su tierra en todas las naciones que se asoman al Mar del Norte y al Báltico. Su mismo nombre en danés significa «amable o bondadoso».

Nació, probablemente, en el año 1040. Fue el tercer hijo de los trece naturales que tuvo Suenón II, rey de Dinamarca, hijo a su vez de Harold (1074-1080). Eran tiempos en que los agitados reinos y los agitadores reyes emprendían múltiples aventuras, alentados por una nobleza feudal ávida de posesiones, hábil en las intrigas, dueña de los destinos de la sociedad según los estilos feudales que hacían a los señores dueños de la vida de sus súbditos. Canuto gobernó poco tiempo, pero en medio de la injusticia fue rey justo y a pesar de las intrigas fue hombre noble, honrado y fiel a sus promesas.

Fue el cuarto rey de este nombre en el trono. Contrajo matrimonio con Eltha, hija de Roberto, conde de Flandes. Tuvo un hijo que recibió el nombre de Carlos el Bueno. Y llevó siem-

pre una vida de piedad y de oración, en medio de los avatares de una corte turbulenta. Recogió una herencia de continuas guerras y rebeliones, frecuentes desde que su antecesor Canuto II, que la historia nacional llamó el Grande y había muerto el 1036, había unificado bajo su cetro los reinos de Dinamarca, de Noruega y de Inglaterra. También recibió la herencia de su antecesor y abuelo, Canuto III, llamado «el Fuerte» o «el Bravo», quien había repartido su reino entre tres hijos al morir en 1042, dejando el trono de Dinamarca a Suenón II, su padre. Pero sus decisiones no se cumplieron y comenzó una etapa de rebeldías y guerras para hacerse con el poder y, por supuesto, con las riquezas y los tributos.

Hizo lo posible por acrecentar las rentas de las iglesias, adornándolas y enriqueciéndolas con ricos dones. Fundó hospitales y casi agotó su tesoro real en socorrer a los pobres del reino. Edificó diversos monasterios y templos y dedicó su vida a buscar la felicidad de sus súbditos. Al mismo tiempo limpió los mares de piratas; sobre todo, eliminó al más famoso de ellos, Eigilio de Bornholm, y salió vencedor ante las rebeliones de algunos nobles que sembraron de muerte varias provincias. Canuto tuvo que castigar cuando pudo y tolerar cuando no pudo hacer otra cosa. Personalmente era muy austero y dominaba su cuerpo con ayunos y ásperas penitencias. Se entregaba a la oración y no tomaba decisiones importantes sin antes haber pasado un tiempo orando y reclamando las plegarias de sus súbditos.

El llamado «primer imperio» danés se desintegró. Noruega se separó tras la rebelión de Magnus el Bueno, Inglaterra proclamó rey a Eduardo, el Confesor, a quien destronó Guillermo el Conquistador. Los consejeros de Canuto le movieron a una expedición a Inglaterra en favor de los sajones desposeídos por el nuevo monarca. Guillermo el Conquistador salió victorioso y los daneses tuvieron que retirarse después de fuerte derrota en York, dolorosa sobre todo por la traición de su hermano Olaf, que se pasó a Guillermo.

San Canuto, que no era rey guerrero ni podía emplear la violencia en forma excesiva, sufrió las consecuencias de aquella derrota. Los tributos que había tenido que reclamar para sufragar la expedición le costarían la vida, pues provocaron la subleva-

ción del sur del Reino, la región de Jutlandia, y desde entonces juraron sus enemigos terminar con su vida, sobre todo alentados por el traidor Olaf.

En los pocos años que Canuto IV ocupó el trono se mostró persona muy religiosa, como gobernante muy justo, como guerrero muy prudente y misericordioso, como cristiano muy celoso por la extensión del cristianismo en las zonas que se mantenían en un paganismo muy agresivo y militante. Dinamarca había sido cristianizada por el apóstol benedictino San Anscario, pero no todo el reino había entrado por los caminos del Evangelio.

Canuto se ocupó con el mayor celo en extender la fe cristiana hasta los confines de sus dominios. Animó a los monjes y predicadores para que llevaran el mensaje cristiano a las regiones más paganas y, pronto, las provincias de Curlandia, Livonia y Samogitia fueron mayoritariamente cristianas. Eso significaba en aquel tiempo que se aceptaba la ley, el orden, el respeto a las mujeres, el cumplimiento de los pactos y promesas, es decir, las formas culturales de Occidente, y se asumían costumbres más justas sobre los matrimonios, los duelos, los tributos a las iglesias y monasterios, los cultos y festividades. De esta manera, Canuto el Santo trabajó por la inserción de los pueblos escandinavos en la civilización cristiana occidental.

La economía se resintió con la guerra, y los recaudadores de tributos fueron a veces muy duros con las provincias, sobre todo después de la expedición fracasada a Inglaterra. La pobreza se extendió por el reino. Para aplacar el hambre quiso elevar los impuestos a la clase noble que gozaba de muchos privilegios y grandes exenciones. Ésta se puso de acuerdo para no aportar nada. Y no solamente no le pagaron a él, sino que la Iglesia corrió igual suerte. Aumentó la pobreza al no recibir los diezmos, con los cuales se mantenía el clero y las obras que llevaban para pobres y para huérfanos. Canuto se desprendió de casi todos sus bienes para suavizar la indigencia de su pueblo y hasta su corona se la legó a la catedral de Roskilde.

Hubo, con motivo de la guerra, algunas sublevaciones de señores locales. Con su hermano Benito puesto de su parte, intentó atraer a los nobles a su partido, aunque con pocos lo con-

siguieron. La conjura de su hermano Olaf con los grandes del reino fue tomando cuerpo y Canuto tuvo que huir en determinado momento a la isla de Odense. Rodeado de sus adversarios, fue consciente que iba a morir. En la iglesia de San Albano se entregó a la oración y ya no trató de defenderse. Hincó las rodillas delante del altar, y extendidos los brazos al cielo y rogando a Dios por sus enemigos, fue atravesado con una lanza. Así dio su alma a Dios el 10 de julio de 1086.

Esta muerte se interpretó como martirio por el pueblo y por los monasterios y las iglesias que él había ayudado tanto. Pronto se le atribuyeron milagros y favores a quienes se los pedían y la gente le fue tributando un culto inicial, que el año 1118 el papa Pascual II, papa desde 1099, sancionó con una declaración de canonización al estilo medieval. Desde entonces fue el santo nacional por excelencia. Sus sucesores, Olaf (1086-1096), Erik I (1096-1103), muerto como cruzado en Paphos, y Nicolás (1103-1134), continuaron en el trono, pero desde entonces las guerras intestinas y las disensiones se multiplicaron en el reino. Sin embargo, la fe se mantuvo en Dinamarca hasta las rebeliones protestantes del siglo XVI.

PEDRO CHICO GONZÁLEZ, FSC

Bibliografía

Act. SS. Boll., 12 de julio: *Vita,* por AELNOTH.
CHEVALIER, C. U. J., *Répertoire des sources historiques du moyen âge,* I (París 1905) col.771.
RYAN, P., «St. Canute IV», en *The Catholic Encyclopedia,* III (Londres).
SCHENK, J. E. - ALBERT MARTORELL, M.ª (coords.), *La palabra de Dios en mi vida.* V: *Santoral. Enero-Junio* (Valencia 2001).
SOCIÉTÉ DES BOLLANDISTES (ed.), *Bibliotheca hagiographica latina antiquae et mediae aetatis,* II (Bruselas 1900-1901) 232.

BEATOS MÁRTIRES DE DAMASCO

(Manuel Ruiz, Carmelo Volta, Pedro Soler, Nicolás Alberca, Engelberto Kolland, Ascanio Nicanor, Francisco Pinazo, Juan Santiago Fernández, Francisco, Mooti y Rafael Massabki)
(† 1860)

En la noche del 9 al 10 de julio de 1860, en la iglesia de los religiosos franciscanos de Damasco, fueron masacrados ocho

miembros de la Orden de Menores y tres católicos seglares que con ellos estaban. El motivo de su muerte fue el odio a la religión cristiana por parte de los drusos que invadieron el convento y la negativa de los religiosos y los seglares a abandonar el cristianismo para abrazar el islam.

Cuando a comienzos de julio de 1860 el fanatismo de algunos musulmanes empezó a dar cuenta de su presencia y se produjo la primera matanza de europeos, los religiosos se negaron a abandonar su residencia, sin duda pensando que, como ellos eran bien tratados por la población y tenían sólido prestigio ganado en la ciudad, se les respetaría. De todos modos no estaban dispuestos a desertar de su puesto. Se ha dicho que su bondad y su conciencia tranquila los engañó respecto a la suerte que les esperaba.

Por la mañana del día 9 se dieron cuenta de la exaltación de ánimo de los drusos y pudieron conocer que el tumulto se extendía por toda la ciudad. Llegada la tarde, todos ellos se concentran en la iglesia y se dedican a la oración poniendo sus vidas en las manos divinas y aceptando de antemano lo que fuera la voluntad divina hacia ellos. A las once cierran concienzudamente todas las puertas del convento y regresan a la iglesia para fortalecer sus ánimos en la oración. El P. Manuel Ruiz, rector de la casa, toma el Santísimo Sacramento y reparte entre todos las sagradas formas para que, robustecidos todos con el pan de los fuertes, pudieran hacer frente al combate que ya preveían muy cercano. Habían cerrado todas las puertas de la casa y, también, las ventanas, de modo que ésta aparecía como una buena fortaleza en la que iba a ser imposible la entrada. Estando en la iglesia comulgando y cuando ya la noche estaba avanzada, comenzaron los drusos a dar grandes golpes en las puertas del templo con ánimo evidente de echarlas abajo. No podían, pero sucedió lo inesperado: una persona que conocía la casa, porque era quien suministraba a los religiosos la carne y la verdura y que se une a la cadena de «Judas Iscariotes» que registra la historia, indicó a los asaltantes una puerta frágil que podrían fácilmente derribar para entrar. Así lo hicieron, y dando grandes alaridos recorrieron el convento hasta que llegaron al templo, donde hallaron a los mártires serenos y entregados a la oración.

Cuando los vio entrar, el P. Manuel se levantó y fue a su encuentro. No había podido pronunciar palabra cuando uno de los asaltantes le espetó: «Hazte musulmán». El religioso contestó con energía: «Antes prefiero mil veces la muerte». Se fue al altar y apoyó en él la cabeza a la espera del martirio. En efecto, fue decapitado de un golpe de cimitarra. Y entonces todos los demás fueron masacrados. No solamente fueron muertos, sino que, muertos ya, se cebaron en sus cuerpos, destrozándolos a golpe de cimitarra. Llevaron, luego, los cuerpos a una cisterna donde los arrojaron.

Éstos son los datos de los once mártires:

MANUEL RUIZ LÓPEZ, el rector de la comunidad, había nacido en San Martín de Ollos, provincia de Santander, el año 1803. Siendo muy joven tomó el hábito franciscano. Hechos los votos y los estudios eclesiásticos, se ordenó sacerdote, y se distinguió como religioso fervoroso y cumplidor. Se ofreció para marchar a Tierra Santa y su ofrecimiento fue aceptado en 1831. Llega a Palestina y lo primero que hace es aprender el árabe. Luego se entrega a su misión de presencia cristiana en los Santos Lugares. Finalmente, es enviado a Damasco como rector del colegio y casa que en dicha ciudad tenían los franciscanos. Era un sacerdote fervoroso y prudente, con claras dotes de mando para saber presidir una comunidad.

CARMELO VOLTA nace en el Real de Gandía, Valencia, el año 1802. Muy joven ingresa en la Orden franciscana, en la que profesa y hace los estudios eclesiásticos hasta su ordenación sacerdotal. Luego se ofrece para Tierra Santa, a donde es destinado en 1831, siendo más tarde elegido para formar parte de la comunidad de Damasco.

ENGELBERTO KOLLAND era natural del Tirol, en cuya población de Ramsau había nacido en 1827. Ingresa en la Orden franciscana, profesa en ella y hace los estudios hasta su ordenación sacerdotal. Persona de vasta cultura, hasta el extremo de hablar seis idiomas, vivía en Damasco perfectamente integrado en una comunidad de religiosos españoles, y en ella desarrollaba a la perfección su trabajo.

ASCANIO NICANOR era natural de Villarejo de Salvanés, Madrid, y había nacido el año 1810. Muy joven ingresa en la Orden

franciscana y apenas había recibido la ordenación sacerdotal cuando tiene lugar la exclaustración de 1835 que le obligó a volver a su casa. Es nombrado vicario de las concepcionistas de Aranjuez. Pero apenas instalado el colegio misional de Priego en 1853 él pide el ingreso en el mismo, siendo el primero de sus alumnos, y forma parte de la primera expedición que en 1859 parte para Tierra Santa. Destinado casi enseguida al colegio de Damasco, halla en él el martirio al año siguiente de su llegada.

NICOLÁS ALBERCA nace en Aguilar de la Frontera, Córdoba, el año 1830. Educado cristianamente, su vocación de joven es la vida religiosa pero no podía realizarla porque en España se habían cerrado todos los conventos. Pero en 1856 se entera de que se ha abierto el colegio misional de Priego y pide en él el ingreso ilusionado. Es admitido, hace la profesión y los estudios eclesiásticos y, apenas ordenado sacerdote en 1859, parte en la primera expedición misional a Tierra Santa, desde donde escribe cartas conmovedoras a su madre, contándole sus experiencias en su tarea. Pasó una breve estancia en Jerusalén, pero enseguida fue destinado con los demás compañeros de martirio al colegio de Damasco, donde su primera tarea era el aprendizaje del árabe.

PEDRO SOLER nace en Lorca, Murcia, el año 1827. Desde joven sentía el atractivo de la vida religiosa, pero no pudo abrazarla hasta que no se abrió el colegio de Priego. Profesó en 1857 y dos años más tarde es enviado a Tierra Santa y se le asigna el colegio de Damasco. No llegaría a ordenarse de sacerdote porque el martirio le llegó cuando aún se preparaba al sagrado ministerio.

FRANCISCO PINAZO nace en Alpuente, Valencia, el año 1812. Viste en 1830 el hábito franciscano y profesa en calidad de hermano lego. Expulsado del convento por la exclaustración, vive sus votos con gran espiritualidad en medio del mundo, y se ofrece para la custodia de Tierra Santa a fin de poder reintegrarse a la comunidad religiosa. Aceptado su ofrecimiento, es destinado al colegio de Damasco.

JUAN SANTIAGO FERNÁNDEZ nace en 1808 en Moire, de la parroquia de Santa María de Corballada, Orense. En 1831 ingresa en la Orden franciscana y, hecho el noviciado, emite la

profesión religiosa como hermano lego. Expulsado del convento por la exclaustración de 1835, pasa a su pueblo natal, donde vive ejemplarmente. Pero deseando reanudar la vida común, se ofrece para Tierra Santa, y una vez aceptado es destinado a la casa de Damasco.

FRANCISCO MASSABKI era seglar, casado y padre de familia, rico comerciante en sedas y persona de hondas y fervorosas convicciones religiosas, en cuya casa se observaban con gran rigor los preceptos evangélicos, perteneciendo al rito maronita. Asistía cada día a misa, y por la tarde, cerrada su tienda, acostumbraba a ir a la función religiosa que tenían los franciscanos, a los cuales se unió cuando supo el tumulto anticristiano suscitado por los drusos en la ciudad. Los asaltantes preguntaron expresamente por él y cuando lo reconocieron le dieron este recado:

—«El jefe religioso Abdallah Halabi dice que tú y tu familia seréis salvos con la sola condición de que os hagáis musulmanes».

El mártir respondió:

—«Decidle que puede quedarse con el dinero que me debe y que me puede quitar la vida pero que mi religión nadie podrá sacarla de mi corazón».

Entonces le dijeron:

—«Pues nuestra orden es la de matar a todos».

Y él respondió:

—«Nuestro Señor dice: No temáis a los que matan el cuerpo pero no pueden dañar el alma; temed más bien al que puede condenar alma y cuerpo al infierno».

Golpes de cimitarra y de mazas acabaron con la vida del confesor de la fe.

MOOTI o ABDELMUTI MASSABKI era hermano del anterior, y su nombre significa «Siervo del Generoso». Estaba, igualmente, casado y era padre de familia. Ayudaba en el negocio a su hermano, pero luego prefirió dejar el negocio y trabajar para los religiosos franciscanos en el colegio. Viendo venir las probabilidades del martirio, manifestó a sus alumnos que estaba dispuesto a él y que exhortaba a los jóvenes cristianos a mantener la religión aun a pesar de la persecución. Llevaba una vida muy pia-

dosa. Al localizarlo los que entraban le dirigieron multitud de insultos, y le dijeron claramente que la única forma que tenía de salvar la vida era hacerse musulmán. Él gritó con fuerza: «Soy cristiano. Mátenme». Y fue abatido y asesinado.

RAFAEL MASSABKI, hermano de los dos anteriores, era soltero y ayudaba a su hermano en el negocio, pero también prestaba su colaboración a los franciscanos, especialmente en la sacristía. Persona muy religiosa, se pasaba largas horas de oración ante el sagrario. Los asaltantes se dirigieron a él y le dijeron que su salvación estaba en hacerse musulmán. Rafael no respondió. Se puso de rodillas y se entregó a la oración. Entonces uno de los asaltantes le cortó la cabeza de un golpe de cimitarra y los demás se ensañaron con su cuerpo. Se dice que cuando preguntaron por ellos, los tres dijeron: «Tenemos una sola alma y jamás la perderemos con la apostasía. No tenemos miedo a los que matan el cuerpo».

La causa de beatificación de los ocho franciscanos estaba prácticamente concluida cuando el Patriarca maronita hizo ver que los tres seglares maronitas eran igualmente verdaderos mártires. El papa Pío XI reconoció la justicia de la demanda del Patriarca y dio instrucciones a la Sagrada Congregación para que por vía urgente se sustanciara la información. Fueron a Siria mons. C. Salotti, promotor de la fe, y el P. Santarelli, postulador de la Orden franciscana, los cuales pasaron luego a Beirut para recoger la información testifical y documental oportuna. Con rapidez se hizo el estudio acerca de ellos y fueron beatificados por el papa Pío XI con los religiosos el día 10 de octubre de 1926.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 18 (1926) 411-415.

GONZALO DE CÓRDOBA, Fray, *Del solar franciscano. Santoral de las tres Órdenes* (Madrid 1957).

LENORMANT, F., *Histoire des massacres de Syrie en 1860* (París 1861).

PAOLI, P., *I beati Emanuele Ruiz e i suoi sette compagni dell'Ordine dei Fratri Minori martiri a Damasco* (Roma 1926).

REPETTO BETES, J. L., *Mil años de santidad seglar* (Madrid 2002) 235.

SALOTTI, C., *L'eroismo di tre martiri maroniti, Francesco, Mooti e Raffaele Massabki* (Roma 1926).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTA AMELIA
Virgen († 772)

Amelia o Amalberga o Amalia era natural de las Ardenas y en su adolescencia ingresó como monja en el monasterio de Munsterbilzen. Le dio el velo de las vírgenes San Wilibrordo († 739), apóstol de la Frisia. Quiere la leyenda que ella hubo de vencer la resistencia de la corte para casarla con el futuro Carlomagno.

A esta Santa Amelia se la ha confundido con la homónima esposa del conde Witger que luego entró en el convento de Maubeuge y cuyas hijas también son veneradas como santas.

SAN PEDRO VINCIOLI
Presbítero y abad († 1007)

Nació en Montelagello o Agelione, cerca de Perugia, en fecha desconocida. Inclinado desde niño a la piedad, los padres no miraban con buenos ojos la vocación religiosa del muchacho. Pero el joven maduraba su vocación y se preparó al sacerdocio que recibió oportunamente, dando un gran ejemplo de virtud como sacerdote y sobresaliendo por su caridad con los pobres. No dudó en pedir a Otón II, a su paso por Perugia, que impidiera los latrocinios y abusos de sus tropas. El emperador le hizo caso.

Luego tuvo la iniciativa de fundar un monasterio benedictino en el sitio de la antigua catedral de Perugia y en donde estaban las reliquias de San Herculano. Obtenida la licencia del obispo, se construyó el monasterio y quedó Pedro como superior al frente del mismo, acudiendo numerosas vocaciones deseosas de vivir la vida religiosa en profundidad. El papa Juan XIII († 972) estuvo de acuerdo en la erección del monasterio, y otorgó la exención de la jurisdicción episcopal y consagró abad del mismo a Pedro. La iglesia fue dedicada a San Pedro el 22 de noviembre del año 969. Pedro rigió santamente el monasterio, dando personalmente un eximio testimonio de virtud y

vida cristiana por su austeridad, espiritualidad y grandes virtudes. Murió el 10 de julio de 1007.

BEATAS MARÍA GERTRUDIS DE SANTA SOFÍA DE RIPERT D'ALAUZIN E INÉS DE JESÚS (SILVIA) DE ROMILLON

Vírgenes y mártires († 1794)

El 10 de julio de 1794 fueron guillotinadas en Orange dos religiosas ursulinas, procedentes del convento de esta Orden en Bollène, habían sido detenidas y llevadas a Orange y, tras los días de reclusión, juzgadas y condenadas a muerte.

MARÍA GERTRUDIS DE RIPERT D'ALAUZIN (Alauzier) era de familia noble y había nacido en Bollène el 15 de noviembre de 1757 y al profesar en el monasterio ursulino de Bollène había tomado el nombre de sor Santa Sofía. Fue acusada de procurar el triunfo del fanatismo y la tiranía y haberse negado a prestar el juramento de libertad-igualdad que se le exigía. El día antes de su juicio y condena, previendo que iba a tocarle ya la muerte por Cristo, dijo: «Estoy en una especie de éxtasis y como fuera de mí misma, porque estoy convencida de que mañana moriré y veré a mi Dios».

SILVIA INÉS DE ROMILLON había nacido también en familia noble en la ciudad de Bollène el 15 de marzo de 1750 y había profesado en el monasterio ursulino de su ciudad con el nombre de sor Inés de Jesús. Acusada de lo mismo que su compañera, en el camino hacia el suplicio vio a su hermana que se dolía mucho de su muerte y la animó.

Fueron beatificadas el 10 de mayo de 1925 por Pío XI.

SANTOS ANTONIO NGUYEN HUU (NAM) QUYNH Y PEDRO NGUYEN KHAC TU

Mártires († 1840)

En la población vietnamita de Dong-Hoy fueron martirizados por estrangulamiento, el día 10 de julio de 1840, dos confe-

sores de la fe, uno anciano de 72 años, el otro un joven de apenas 30. Sus vidas habían discurrido por caminos diferentes, pero, unidos por la fe, vinieron también a unirse en la simultaneidad del martirio.

ANTONIO NGUYEN HUU (NAM) QUYNH había nacido en Mi Huong, provincia de Quang-Binh, en 1768, hijo de un cristiano catequista que lo educó esmeradamente en la fe cristiana. Al llegar a la juventud optó por la vida militar y participó en una guerra civil, dejando el ejército cuando ya tenía el grado de capitán. Entonces se dedicó al comercio y al mismo tiempo hacía los estudios de medicina. Terminados éstos ejercía como médico, pero solamente a favor de los pobres y de manera gratuita, viviendo de sus negocios. Tenía fama de persona bondadosa. Fue arrestado por haber enviado a un criado a buscar a un misionero y este criado, forzado, declaró el objeto de su viaje, siendo entonces detenido el médico. Se mantuvo firme en la fe, pese a que fue bárbaramente azotado. Detenido en la cárcel, dio testimonio de gran mansedumbre y paciencia. Por fin se ordenó la ejecución de su sentencia de muerte.

PEDRO NGUYEN KHAC TU se había criado en la misión dominicana y lo había elegido como su compañero y catequista San Pedro Dumolin Borie. Lo acompañó fielmente y siguió siendo su compañero cuando el misionero fue elegido obispo. Llegada la hora de la captura del obispo, no huyó sino que se dio a conocer como cristiano y catequista. No cedió a amenazas ni tormentos y se mantuvo fiel a Cristo. Martirizaron al misionero y a él lo dejaron en la cárcel para ver si las miserias de la prisión lo ablandaban. En vista de que esto no se lograba se procedió a estrangularlo en el mismo sitio en que había muerto meses antes el obispo misionero.

Ambos fueron canonizados el 19 de junio de 1988 por Juan Pablo II.

11 de julio

A) MARTIROLOGIO

1. La memoria de San Benito de Nursia († 547), abad, fundador del monasterio de Montecasino y autor de la Santa Regla, por la que ha merecido ser llamado patriarca de los monjes de Occidente. Patrono de Europa. Murió, según se cree, el 21 de marzo **.
2. En Roma, la conmemoración del papa San Pío I († 155), hermano de Hermas, el autor del célebre libro llamado *El Pastor* *.
3. En Iconio (Licaonia), San Marciano († s. III/IV), mártir.
4. En Cesarea de Mauritania, Santa Marciana, virgen y mártir († 303).
5. En Burdeos, San Leoncio († 570), obispo *.
6. En el estuario del Vara en Escocia, San Drostano († s. VI), abad y luego ermitaño.
7. En Disentís (Suiza), santos Plácido, mártir, y Sigisberto, abad († s. VII).
8. En Moyenmoutier, San Hidulfo († 707), obispo.
9. En Córdoba, San Abundio († 854), presbítero y mártir *.
10. En Kiev (Rusia), Santa Olga († 969), que abrió las puertas a la evangelización de su pueblo **.
11. En el monasterio de Grandselve, Beato Bertrán († 1149), abad, de la Orden Cisterciense *.
12. En Wiborg (Dinamarca), San Ketilo († 1150), presbítero, canónigo regular *.
13. En Lincoln (Inglaterra), beatos Tomás Benstead y Tomás Sprott († 1600), presbíteros y mártires bajo el reinado de Isabel I *.
14. En Orange (Francia), beatas Rosalía Clotilde de Santa Pelagia Bès, María Isabel de San Teoctisto Pélissier, María Clara de San Martín Blanc y María Margarita de Santa Sofía de Barbegie d'Albarède († 1794), vírgenes y mártires en la Revolución Francesa *.
15. En Lyugong-yin (China), santas Ana An Xinzhi, María An Guozhi, Ana An Jiaozhi y María An Lihua († 1900), vírgenes y mártires *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN BENITO
Abad († 547)

«Hubo un varón de vida venerable, bendito por gracia y por nombre». Y fue Benito, el de Nursia. Ha tenido por biógrafo al papa San Gregorio Magno. Pero Benito escribió la *Regla de los monasterios,* y en ella tenemos retratado su propio vivir cotidiano,

observando ya el mismo San Gregorio que Benito, consecuente con su doctrina, fue el primero en observar la norma de vida perfecta que él mismo dictó para monjes observantes, muy distintos de los sarabaítas y girovagos, plaga de aquellos tiempos.

Nace Benito por los años de 480 en la provincia de Nursia, en los montes Sabinos, no lejos de Roma. Nace en una familia acomodada y tiene, por lo menos, una hermana, por nombre Escolástica.

Ya adolescente, sus padres quieren hacer de él un letrado, un orador, para lo cual le colocan en Roma, asistido en la gran urbe decadente por el aya, que suple las veces de una madre solícita y cariñosa.

Quizá no tiene ya madre en la tierra.

Benito asiste a las aulas de algún rétor y se entrena en la retórica, saliendo discípulo aventajado, como lo demostrará el estilo pulido de su futura Regla, sometido al ritmo o *cursus* de la elegante prosa entonces en boga.

Pero el joven Benito es un austero montañés, mal avenido con la corrupción de la corte, con el pensar y el vivir de gran parte de la estudiantina, en su mayoría aún pagana. Medita dejar aquel ambiente fétido y malsano, y un buen día sale de la ciudad con dirección a su tierra natal, aunque seguido por su aya, entristecida y alarmada. Se detiene en Afide, parando allí unos meses, conquistándose la simpatía del vecindario, especialmente de su párroco, quien ve en Benito un clérigo ideal. Corre un día la voz de haber recompuesto por arte de milagro un harnero prestado de frágil arcilla.

El que antes desdeñó ser un día gramático o rétor y conseguir con ello un brillante porvenir mundano, huye ahora de la aureola de taumaturgo, buscando un escondido paraje en los cercanos montes, en la cuenca del Anio, hallándolo precisamente junto a unos viejos y desmoronados edificios que habían contemplado las crápulas de la corte neroniana.

Hay allí un embalse artificial, y por eso la rocosa cueva por él recogida para mansión se llama cueva de Subiaco (sub-lago).

Enterrado en vida, no habla el intrépido solitario de unos veinte años sino con las alimañas y las aves; de vez en cuando con algún pastor de ovejas y cabras que penetran en la espesura.

Un compasivo monje, Román, le viste el hábito monacal y, a hurtadillas de su abad, le propina el necesario alimento, quitándolo de su propia boca.

Ya empieza, contra el todavía imberbe, pero bravo mancebo solitario, la guerra del enemigo malo, rompiéndole a pedradas la esquila que le avisa cuando Román le descuelga por el peñasco la cestilla de pobres provisiones.

Y luego, una ruda tentación carnal, de la que Benito sale triunfador, lanzándose desnudo en el próximo zarzal. Escarmentada la carne, no volverá a rebelarse contra el espíritu.

Ahora le espera al asceta otro género de palestra. Ha visto los peligros de la completa soledad, y, cuando monjes del cenobio de Vicovaro le proponen salir de su retiro y ser su abad, Benito lo consiente, bien que temeroso de su edad y quizá también de un posible fracaso, pareciéndole difícil enderezar a hombres avezados a la indisciplina.

El que hasta entonces había vivido «solo consigo, a la vista del Supremo Inspector», vivirá en adelante con otros en la vida cenobítica o de comunidad, que él considera como la más fuerte y más segura.

Y funda en las cercanías doce conventos con doce monjes cada uno, por el patrón de los monasterios pacomianos del Egipto, en los que oración y trabajo manual están sabiamente organizados.

El abad Benito admite en su convento a gentes de toda edad y condición, a ricos y a pobres, a bárbaros y a romanos, a esclavos y a libres y libertos, con un admirable sentido de cristiana igualdad, porque —dice— «en Cristo todos somos uno y servimos en una misma milicia».

Admite incluso niños, esos *pueri oblati,* las luego célebres *Escuelas monacales,* seminario de sabios y de santos.

Entre esos niños ofrecidos por sus padres como ofrenda a Dios con una oblación ritual, están los hijos de dos patricios romanos, Plácido y Mauro, los benjamines de la familia monacal. Con ellos sale cierto día y hace manar copiosa fuente, muy necesaria, dentro del cerco de piedras colocadas por ellos, y entre Mauro y Benito, éste que manda, aquél que obedece, extraen del fondo del lago a Plácido, tragado por las aguas, caminando

Mauro a pie enjuto sobre el líquido cristal azulado hasta asirlo por el largo cabello.

Pasan días y años en la paz benedictina, entre el *ora et labora,* dos alas que sostienen al alma en su vuelo. Pero el enemigo, que nunca duerme, concita los ánimos de ciertos monjes revoltosos contra su joven abad, mal avenido con toda liviandad, y quizá demasiado recto para ellos. Murmuran, forcejean, y, al fin, intentan envenenarle con el vino. Mas, ¡oh prodigio!, al bendecirlo en el refectorio, quiébrase el vaso. Como el presbítero Florencio, hombre influyente y disoluto, atenta también contra su vida, Benito, siempre sereno, reunida la comunidad, se despide de ella y camina hacia el sur con algunos hermanos adictos a su persona y a la Regla. Entre éstos se cuenta el obediente Mauro, está también el cariñoso cuervo, que grazna y revolotea en torno de la comitiva, cual celoso can, fiel guardador de su amo.

Y llegan juntos a la lejana villa de Cassino, ascendiendo al castro romano que domina el fértil y sonriente valle. Destruidos los simulacros de las divinidades gentiles, los monjes peregrinos establecen allí la vida monástica, aprovechando los muros de antiguos templos y fortaleza. Montecassino será en adelante un místico castillo, una atalaya desde donde los monjes oteen al mundo y calen las nubes en la oración, aunque bajen a librar las batallas del Señor cuando el interés del prójimo así lo demanda.

El monasterio de Benito, «escuela práctica del divino servicio», estará desde ahora constituido por el patrón del cenobio basiliano. En él madura sus experiencias anteriores. Si desde su infancia demostró cierta madurez de anciano, *cor gerens senile,* podía adiestrarse más y más, y perder quizás algún resabio de aquella *nursina durities,* característica de su tierra natal. Nadie ya osa envenenar al «venerable varón de Dios, lleno del espíritu de todos los justos».

Quien no le deja en paz es su eterno émulo, Satán, contra cuya picaresca y furia tiene siempre el recurso de la oración y el signo de la santa cruz. A veces bástale el desprecio para fugarlo, cuando le molesta con ruidos, cuando le llama: *Maledicte!* al no contestarle si le dice: *Benedicte!*

Y es natural que el diablo le persiga cuando también Benito le persigue él mismo y sus monjes, quemando sus simulacros y derribando sus aras, levantando un bastión espiritual inexpugnable. En él se libran batallas y se adiestran los soldados de Cristo «verdadero Rey, empleando, ante todo, las preclaras y fortísimas armas de la santa obediencia, amando y sirviendo a ese magno Rey que ni muere ni es infiel a sus promesas».

El asedio diabólico llega a ser tan rabioso, que le mata un joven monje, de noble familia, derribando cierto día la pared en construcción. Pero Benito abad arrebata su presa a la muerte voraz. La guerra contra Benito no difiere mucho de las célebres tentaciones del abad Antonio, patriarca de monjes en Egipto. Menos importancia tuvo el imaginario incendio de la cocina monasterial. Menos también el caso de aquella piedra que, con no ser muy pesada, no pueden moverla entre todos los monjes canteros. Pero no la mueven con palanca, la levantan como una plumilla cuando Benito conjura al diablo en ella asentado. De ahí la medalla y la llamada cruz de San Benito, tan buscada por los fieles.

Otro día lo lanza del cuerpo de un monje, obseso por el maligno, quien le mueve a salirse enseguida de la oración común y aun del monasterio. Entonces el conjuro eficaz es un sonoro bofetón y el monje permanece con los demás en el coro.

Se precisa un instrumento eficaz para que la obra emprendida quede consolidada y perdure hasta el fin de los tiempos; una Regla que resuma la evangélica perfección y recoja el espíritu y la experiencia monástica de Oriente y Occidente.

De ahí la Regla benedictina, la *Regla maestra,* la *Santa Regla,* la más sabia y prudente de las Reglas (San Gregorio M.), el código que figurará sobre el altar, junto a la Biblia, en algunos concilios de la Iglesia.

El abad Benito, buen romano, que sabe dictar leyes, pero también cumplirlas, es el primero en el coro a las dos de la mañana, cuando comienza el canto de las divinas alabanzas. Él es el más asiduo en la «lección divina» diurna y nocturna, en el trabajo de manos, que ocupa al monje varias horas. No come carne de cuadrúpedos, como tampoco sus monjes, pero sí bebe una discreta hemina o módica ración del generoso vino de la soleada Campania, tan regustado por Horacio.

En el régimen abacial, como «padre que es del monasterio», procura a cada cual lo necesario, sin atender a las envidias, pero también sin demostrar injustas y odiosas preferencias, «amando más, únicamente, al que halla más aventajado en la obediencia», que todo lo resume.

Mira con especial solicitud de padre a los monjes enfermos, enfermos del cuerpo o del alma, viendo en ellos, muy especialmente, a Cristo, como también en los huéspedes.

Redacta un código penal, moderado cual ninguno en aquel tiempo, y antes de acudir al cuchillo de la separación con la oveja obstinada en perderse, discurre su caridad mil ingeniosos ardides, mil remedios de prudente médico y de avisado pedagogo. Aunque no transige en punto a los principios básicos, si alguno delinque descubre el delito con su admirable discreción de los espíritus y reprende en forma severa al par que paternal.

Todo el secreto de la evangélica perfección lo cifra en el complejo que llama humildad. Por los doce grados de ésta el alma llega infaliblemente a la celsitud de la perfección, a la unión de caridad más íntima con Dios, la cual fuga el imperfecto temor. Por eso reprende ásperamente a cierto monje joven y noble, alumbrándole él mismo en la comida, para con ello confundir su secreta y mal dominada soberbia.

Quiere con inflexible lógica que todo sea lo que se dice ser. Así el oratorio ha de servir para orar, no para charlar; el abad, que se llama padre, ha de serlo con todas sus consecuencias. Ha de hacer dulce la vida a sus monjes, como también éstos la del abad, y todo, principalmente, por honor y amor a Cristo.

El mayordomo, que comparte algo de la cura abacial, ha de participar asimismo del espíritu de paternidad con los monjes. No son súbditos de un señor y miembros de una sociedad religiosa, sino miembros de una familia; porque en el monasterio ha de haber cálidas relaciones familiares. Entre hermanos de toda edad, condición y temperamento, débense evitar roces dolorosos y hacer del cenobio una antesala del cielo.

El trato mutuo habrá de ser, no sólo correcto, sino delicado y exquisito. Ni el tuteo está permitido al monje, porque el amor fraterno no excluye el respeto. Benito guarda siempre un continente noble y señorial, propio de su distinguida cuna. Conside-

ra que el monje, quizá de villana extracción, elevado ya por su total entrega a Cristo, adquiere una dignidad que le prohíbe todo lo rústico y lo vulgar. Ha aprendido en San Ambrosio que «nobleza es virtud», todavía más que herencia de sangre, quizá viciada y corruptible si no corrompida por el vicio, tan general entre ricos y potentados.

Pero si el padre Benito es un asceta contemplativo y mira al cielo desde la *torretta* de Montecassino, no por eso desdeña la acción de caridad y de apostolado con aquellos que se debaten en lo bajo del valle contra el pecado y la adversidad.

Desciende con frecuencia, requerido por los grandes o por los humildes. Un día será un clérigo que pide aceite para un remedio urgente; otro día vendrá un pobre aldeano acosado por su brutal acreedor; otro día resucitará al niño de cierto labrador que se lo pide con sencilla fe; una vez recibe en audiencia al bárbaro rey Totila, despidiéndole corregido después de anunciarle que, tras conquistar Roma, pasará a Sicilia, y al nono año morirá.

Pero, si toda humana desgracia conmueve su corazón, aféctale muy especialmente la ceguera de los que no conocen a Dios ni viven como para gozarle para siempre. Y por eso, aun renunciando al propio gusto, pero sin perder por ello la presencia divina, deja con frecuencia su amada soledad claustral, atendiendo a la salud espiritual de los pueblos comarcanos e iniciando así la labor misionera que luego sus monjes habrán de proseguir y ampliar por todo el Occidente, mereciendo con esto el título de padre de Europa que dom Guéranger y finalmente el papa Pío XII le atribuyeron.

El diálogo con los hombres no impide su dialogar con Dios, pues al que «ve al Creador se le hace angosta toda criatura». De donde él saca mayor luz y fuerza es de su trato con la Divinidad en los divinos misterios, el *Opus Dei,* la obra de Dios por excelencia, a la que nada se debe anteponer, según él enseña, por ser ellos la fuente de toda santidad, ocupación y obra principal del monje, como de todo buen cristiano.

El abad oficia, sin duda, siquiera en los días solemnes del año litúrgico. Es el primer liturgo de la casa y bien se nota que Benito tiene de Roma la confianza e incluso los poderes sacer-

dotales, requeridos para ciertos actos, como son la excomunión de unas beatas insolentes con su buen capellán.

En el último decenio de su vivir terreno ve Benito extinguirse algunos luceros de la Iglesia, amigos suyos: el gran Cesáreo de Arlés, como él legislador monástico. Luego el sabio abad de Vivario, Casiodoro, mentor de reyes. Una estrellada noche ha contemplado subir a los cielos, en globo como de fuego, el alma santa de su buen amigo el obispo de Capua, Germán. Pero más aún le afecta el vuelo de paloma al seno del Esposo de su entrañable hermana, la virgen Escolástica, que ante Dios todavía ha podido más que él, consiguiendo una furiosa tempestad para alargar unas horas la postrera despedida.

Todo esto le va despegando más y más de todo lo transitorio y apegando a lo eterno, afligiéndole asimismo la precaria situación de la patria y de la Iglesia, mal dirigida por el papa Vigilio, a quien el clero romano tilda de perjuro al credo de Calcedonia. Presiente, además, nuevas invasiones y saqueos, el incendio y destrucción de su propio monasterio, salvas únicamente las vidas de sus monjes, y todo ello junto abate al anciano y facilita su vuelo a las altas esferas, donde se alaba a Dios y se le canta el *Aleluya* sin cansancio.

Quizá las nieblas invernales impresionan también su salud. Resiste la Cuaresma del 547, pero el Jueves Santo, 21 de marzo, asistiendo a los divinos misterios, siéntese morir y quiere hacerlo de pie, como lo deseaba Vespasiano.

Efectivamente; el bravo atleta de Cristo, de pie, envía su espíritu al Creador, nutrido del cuerpo y sangre de Cristo y oleado, sostenido por sus hijos, que celebran entre alegres y tristes el tránsito, la Pascua de su abad, que les había enseñado a «desear con toda concupiscencia espiritual la vida perdurable y con gozo la santa Pascua».

Unos monjes, más favorecidos, contemplan su alma voladora subiendo sobre alfombras y entre mágicas luminarias, hasta posarse en el trono prometido a cuantos lo dejaron todo por seguir a Cristo.

Y la luminosa estela que tras él queda en el mundo, no se acaba de borrar. Benito, *el Pater, Dux et Magister Benedictus,* como dice San Bernardo, apacienta todavía con su doctrina, su vida,

su intercesión, a cuantos se cobijan entre los pliegues de su amplia cogulla.

GERMÁN PRADO, OSB

Bibliografía

Acta SS. Boll., 21 de marzo.
ARROYO, G., *Sancti Benedicti Regula Monasteriorum cum concordantia eiusdem* (Silos 1947).
ARRUFAT, R., *Sant Benet. Vida y obra del gran Patriarca* (Montserrat 1929).
CHAPMAN, J., *St. Benedict and the Sixth Century* (Londres 1929).
COLOMBÁS, G. M., *San Benito: su vida y su regla* (Madrid [2]1968).
GREGORIO MAGNO, SAN, «Vita», en *Diálogos* 1.2: PL 66,125s (en griego y latín).
HERWEGEN, I., *Der heilige Benedikt* (Düsseldorf 1951).
MARÉCHAUX, B. M., *Saint Benoît, sa vie, sa Règle, sa doctrine spirituelle* (París 1911).
PRADO, G., *Regla de San Benito de Nursia* (Madrid 1943).
RENAUDIN, P., *Saint Benoît dans l'histoire* (París 1928).
SCHUSTER, A. I., *Storia de S. Benedetto e dei suoi tempi* (Milán 1946).
Varios poemas en la Edad Media, cf. *Monumenta Germaniae Historica. Antiquitates,* 1: *Poetae latini medii aevi,* 1 (Berolini 1880) 36s.
• Actualización:
AYMARD, P., *Vida de San Benito* (Madrid [4]2002).
COLOMBÁS, G. M. - ARANGUREN, I. (eds.), *La regla de San Benito* (Madrid [3]2000).
FERNÁNDEZ LAGO, J., *Vida y novena de San Benito* (Santiago de Compostela 2000).
GONZÁLEZ GARCÍA, M. A., *San Benito de Nursia. Padre de monjes y amigo de todos* (Burgos 2001).
LINAGE CONDE, A., *San Benito y los benedictinos,* 7 vols. (Braga 1992-1993).
MOLINA PIÑEDO, *San Benito. Fundador de Europa* (Madrid 1980).
PULIDO MATOS, N., *Vida y obra de San Benito* (Lebrija 1999).
VOGÜÉ, A. DE, OSB, *San Benedetto uomo di Dio* (Cinisello Balsamo 1999).

SANTA OLGA

Duquesa de Kiev († 969)

La historia de Santa Olga está estrechamente ligada a la cristianización de la nación rusa. Ocupa, por eso, un puesto destacado en el santoral de estos pueblos, unida siempre a la grandeza de su nieto San Vladimiro el Grande. Es en nuestro tiempo cuando se apuesta por un renacer en el conocimiento de este santoral eslavo, que a veces nos sorprende con vidas escalofriantes, acusando a Occidente de que apenas conozcamos porción tan querida de la Iglesia.

Es, pues, desde estas coordenadas desde donde hay que conocer la vida de Santa Olga, gran duquesa de Kiev.

Nació nuestra santa hacia el año 890, en el pueblo de Vybuti a unos 70 km. de Pskov sobre el río Velika. Mujer privilegiadamente hermosa, pertenecía al linaje de los varegos, una de las tribus vikingas, procedentes del norte europeo.

Los varegos, hacia el siglo IX, bajando por la ruta marcada por el río Volga, se encargaron de liberar al pueblo eslavo de la dominación de los jázaros, cuyo dominio aguantaban ya desde hacía varios siglos. Sorprendidos por la placidez de las tierras que tocaban y de las culturas con que entraban en contacto, prosiguieron en sus correrías hasta el Mar Negro y las montañas del Cáucaso. Gracias a ellas llegaron a conectar con los bizantinos, indudablemente mucho más avanzados en todos los órdenes.

Fue así como crearon permanentemente un camino que unía el norte con el sur de Europa, los varegos con los griegos. Ese camino se fiaba principalmente de los ríos, dada la superioridad del pueblo vikingo en las artes de navegar, y cruzaba, por otro lado, las llanuras de Kiev.

Posiblemente, por estas mismas circunstancias el príncipe Igor Rjurikovich conoció a la bellísima Olga, según se cree, hija de uno de los jefes varegos, al que se había confiado la vigilancia y custodia de algunos de los puntos estratégicos del más frecuentado camino varego que bajaba por el río Dniéper, ya que, entre otras cosas, era el más corto. Ya en este primer encuentro el príncipe Igor Rjurikovich al encontrarse con Olga o Helga, quedó tan prendado de su belleza que, a pesar de los pocos años, casi una niña, la convirtió en su esposa.

Duró tan feliz unión hasta el 945, cuando su marido, Igor, fue muerto por los dravlianos o dravljanos. Cuajada en años y curtida en responsabilidades, la desgracia y el dolor no fueron óbice para que la viuda reaccionara violentamente y mandara dar muerte a los principales jefes responsables. A los supervivientes los gravó con todo tipo de impuestos y gravámenes.

Demostró tal energía en esta situación que no dudó en asumir la regencia de Kiev. Un compromiso para el que tenía unas cualidades inusuales tan relevantes que su pueblo la amaba y veneraba masivamente. Sabía concordar los más bondadosos afectos hacia sus súbditos con la más aplomada justicia, sin to-

lerar a nadie ni por nada la menor injusticia. Debió ser por estos años de acendrada ecuanimidad y grandeza de servicio a su pueblo cuando conoció las doctrinas cristianas predicadas en aquellas tierras por los Santos Cirilo y Metodio, evangelizadores de los eslavos a partir de mediados del siglo IX, por los años de 861 y 862. La Providencia la regalaría la propia conversión.

En su vida privada se volcó en la educación de su hijo Svjatoslav, que había nacido en el 942. No tuvo la dicha de verlo cristiano, pero sería luego un nieto suyo, Vladimiro —uno de los hijos de Svjatoslav— quien la recompensase generosamente convirtiéndose espectacularmente, ya que después de una vida escandalosamente pagana, supo responder a una entrega tan generosa al Evangelio que le llevó hasta ser venerado en los altares. No en vano la abuela y el nieto son considerados por el pueblo como sus apóstoles eslavos. Fueron los contactos de este nieto suyo con los católicos bizantinos lo que abrió definitivamente el camino del cristianismo a los pueblos rusos.

Con anterioridad, Olga, como madre del gran duque de Kiev, Svjatoslav, pidió misioneros alemanes a Otón I, quien envió al monje Alberto I (Adalberto) de Tréveris que fue consagrado obispo para los rusos, pero cuando llegó a su destino, las relaciones y en consecuencia la influencia de los bizantinos habían triunfado definitivamente en la joven Rusia.

Índice significativo de esto fueron las jornadas del bautismo de Olga, muy celebradas. Se sabe que para ello, el año 957, Olga llegó a Constantinopla con un gran séquito, siendo recibida por Constantino VII Porfirogénito con grandes honores y fiestas. En la propia Bizancio recibió el bautismo administrado por el propio patriarca Polieucto, quien al despedirla lo hizo con estas laudatorias palabras: «Bendita entre las mujeres rusas, porque amaste la luz y echaste las tinieblas. Por eso te bendecirán los hijos rusos hasta la última generación».

Fue una auténtica profecía. Olga murió el 11 de julio del año 969. Su veneración fue inmediata. Ya en tiempos de su nieto Vladimiro era tan popular que él en persona, el año 996, trasladó el cuerpo de la abuela a la iglesia de Desiatinnaya, construida por él mismo.

La fiesta en la Iglesia Oriental se fijó el 11 de julio, el día de su muerte. Fecha que también aceptó la Iglesia Occidental católica. En 1574 un concilio ruso confirmó su veneración popular.

JOSÉ SENDÍN BLÁZQUEZ

Bibliografía

Arts. en diversas historias y diccionarios: *Enciclopedia Larousse; Gran Enciclopedia Rialp; Diccionario Espasa,* etc.

DEL COLLE, B., *Olga e Gorbaciov. 1000 anni di cristianesimo in Rusia* (Milán [2]1988).

ELISSALDE CASTREMONT, L., *Histoire de l'introduction du christianisme sur le continent russe et Vie de Sainte Olga* (París 1879).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN PÍO I

Papa († 155)

No es mucho lo que se sabe de este papa, que según el *Liber Pontificalis* era hijo de Rufino y procedente de Aquileya. Hermano de Hermas, el autor del famoso *Pastor,* habría que decir que su familia era de condición servil. En su tiempo hubo un sínodo en Roma que condenó el marcionismo. También en su época era profesor en Roma San Justino el Apologista. No hay constancia histórica de que San Pío I muriera mártir, aunque este título se le ha venido dando de mucho tiempo.

SAN LEONCIO DE BURDEOS

Obispo († 570)

Nació en el departamento de Aquitania, probablemente en Burdeos, hacia el año 515, en el seno de una familia noble galo-romana. Al llegar a la juventud se hizo militar y estuvo como tal en España, seguramente en la expedición del rey franco Childeberto (531). Contrajo matrimonio con Placidina, sobrina de San Sidonio Apolinar.

Pese a estar casado, fue elegido obispo de Burdeos a la muerte del obispo Leoncio, llamado Leoncio I, siendo Leoncio

de Burdeos conocido como Leoncio II; y esto sucede poco antes del 549. A raíz de su consagración episcopal trató a su esposa como una hermana. En calidad de obispo de Burdeos asiste al concilio de Orleáns en el año 549 y participa en los concilios de París del 552 y del 560. Tuvo problemas con los reyes Clotario I y Cariberto pues éstos eligieron obispo de Saintes sin contar con el metropolitano. Construyó la basílica de San Martín extramuros de la ciudad y, dentro de ella, la catedral que dedicó a la Virgen María. Además construyó otras iglesias en la diócesis. Murió hacia el año 570, y su episcopado fue cantado por Venancio Fortunato en sus poemas como un tiempo digno de recordarse por sus obras de caridad y la buena organización de su diócesis.

SAN ABUNDIO

Presbítero y mártir († 854)

Era natural de un pueblecito de la serranía cordobesa llamado Analelos. Habiendo optado por el sacerdocio, fue nombrado párroco de su propio pueblo natal. Él no fue uno de los mártires espontáneos que se dieron por entonces. Fue apresado —dice San Eulogio— por la calumnia y el engaño de algunos musulmanes. Cuando se vio camino de una posible muerte, convirtió la desgracia en martirio. Pues llevado ante el cadí confesó a Cristo como autor de la salvación y dijo que Mahoma es un falso profeta y argumentó con razones su posición religiosa.

Esta confesión cristiana irritó sumamente al juez, que mandó fuera ejecutado el sacerdote en el acto y que su cadáver quedara abandonado para que lo comieran los perros y las bestias. Era el 11 de julio del año 854.

BEATO BERTRÁN DE GRANDSELVE

Abad († 1149)

Bertrán aparece en la historia como abad del monasterio de Grandselve, fundado en 1117 y muy observante; era hombre de gran pureza y sencillez evangélica, manso y fuerte. Viendo la

situación religiosa de la Francia meridional se dedicó a predicar contra el error albigense. Los albigenses lo persiguieron y obligaron a dejar por un tiempo su abadía y vivir en Italia.

Bertrán recibió la estima de San Bernardo, al cual solicitaron Bertrán y sus monjes ser admitidos en la Orden Cisterciense, lo que en efecto tuvo lugar el 31 de marzo de 1145. Hombre de intensa oración, decía misa con gran devoción y el Señor le recreó con experiencias místicas. Murió el 11 de julio de 1149.

SAN KETILO

Presbítero († 1150)

Ketilo (Quetilo, Exuperio) nació a comienzos del s. XII en Venning, Jutlandia, en el seno de una familia acomodada. Inclinado desde joven a la piedad y a la cultura, por ello el obispo de Viborg, Eskil, lo llamó a su diócesis y lo ordenó sacerdote para su clero. Pero él poco después optaba por la vida religiosa e ingresaba en el convento de canónigos regulares agustinos de Viborg. Acreditado muy pronto dentro de la comunidad, se le confió el cargo de preboste y se le puso al frente de la escuela capitular, donde se educaban los futuros clérigos.

Ketilo Procuró la paz en medio de las disputas dinásticas y promovió la evangelización de los vendos. El que se le haya tenido por algunos como mártir, parece tener como origen el que murió asesinado el año 1150. Su muerte fue quizás el 27 de septiembre pero se le ha celebrado en Dinamarca el día 11 de julio, porque parece que ese día del año 1188 lo canonizó el papa Clemente III.

BEATOS TOMÁS BENSTEAD Y TOMÁS SPROTT

Presbíteros y mártires († 1600)

El 11 de julio de 1600 fueron ejecutados, como traidores, en Lincoln, Inglaterra, dos sacerdotes católicos, a los que no se les encontró otro motivo de traición que el haberse ordenado de sacerdotes en el extranjero y haber ido al reino inglés

a ejercer su ministerio. Fueron ahorcados, destripados y descuartizados.

TOMÁS BENSTEAD o TOMÁS HUNT, como le llama la causa de beatificación, había nacido en Norfolk, y decidido por el sacerdocio había estudiado en el colegio de San Albano, de Valladolid, y en el colegio de San Gregorio de Sevilla, ciudad en la que se ordenó sacerdote en 1599. Habiendo vuelto a Inglaterra para ejercer su ministerio fue enseguida arrestado en el hostal Saracens' Head. Logra escaparse, pero es de nuevo capturado y llevado a la cárcel y al juicio.

TOMÁS SPROTT nace en Skelsmergh, condado de Westmoreland, el año 1571 en el seno de una familia católica. Decidido a hacerse sacerdote marchó a Douai y se ordenó presbítero en 1596. Vuelve a Inglaterra y trabaja apostólicamente hasta que a comienzos de julio de 1600 es apresado en Lincoln junto con el beato Tomás Hunt o Benstead y con él juzgado y martirizado.

Ambos mártires fueron beatificados por el papa Juan Pablo II el 22 de noviembre de 1987.

BEATAS ROSALÍA CLOTILDE DE SANTA PELAGIA BÈS, MARÍA ISABEL DE SAN TEOCTISTO PÉLISSIER, MARÍA CLARA DE SAN MARTÍN BLANC Y MARÍA MARGARITA DE SANTA SOFÍA DE BARBEGIE D'ALBARÈDE

Vírgenes y mártires († 1794)

El 11 de julio de 1794 fueron guillotinadas en la plaza de Orange cuatro religiosas que habían perseverado firmes en su vocación religiosa y, unidas por firmes lazos de fraternidad cristiana, no se habían separado entre sí y habían compartido la confesión cristiana de fe que las había llevado a la muerte. Fueron condenadas por ser enemigas de los principios republicanos y propagandistas del fanatismo y por negarse a prestar el juramento de libertad-igualdad. Eran éstas:

ROSALÍA CLOTILDE BÈS había nacido el 30 de junio de 1753 en Baume-du-Transit, diócesis de Valence, y en su juventud ingresó en el monasterio de la Congregación de la Adoración Perpetua del Santísimo Sacramento en la localidad de Bollène

(4 de marzo de 1772), donde hizo la profesión religiosa con el nombre de sor Rosa de Santa Pelagia en 1774. Era una religiosa ejemplar y supo responder con firmeza en el interrogatorio al que la sometieron. Recibida la sentencia de muerte se volvió y les dijo a sus hermanas condenadas con ella: «Es hoy por fin cuando nuestro celestial Esposo va a admitirnos a las bodas por las que hasta ahora no hemos hecho más que pequeños sacrificios...». Abrazó a cada una de las hermanas y, sacando una caja de peladillas de su bolsillo, dijo: «Éstos son los dulces de mi boda...». Y cada hermana tomó una peladilla con gran gusto. Y mostrando el anillo de su profesión dijo: «He aquí la señal de la promesa que nos hizo el Señor y que va a cumplir muy pronto. Vamos, hermanas, vamos a un mismo altar; que nuestra sangre, lavando nuestras infidelidades y uniéndose a la de la víctima santa, nos abra las puertas del tabernáculo eterno».

MARÍA ISABEL PÉLISSIER nació en Bollène el 17 de enero de 1742 y entró en el convento sacramentino de su misma localidad, en el que profesó los votos religiosos tomando el nombre de sor Teoctista María o sor San Teoctisto. Llevó con gran habilidad la administración de la casa religiosa. Era muy estimada por sus virtudes. Al salir para el martirio ella entonó el *Magnificat,* dando gracias a Dios por el don del martirio.

MARÍA CLARA BLANC profesó en el monasterio sacramentino de Bollène en 1761 con el nombre de sor San Martín cuando ya tenía unos treinta años y fue religiosa durante treinta y tres años, hasta su martirio. Se mostró firme ante el tribunal y recibió con alegría la noticia de su condena a la guillotina, agradeciendo a Dios el don del martirio.

MARÍA MARGARITA DE BARBEGIE D'ALBARÈDE nació en St. Laurent-de-Carnols el 8 de octubre de 1740 y decidió su vocación religiosa ingresando en el monasterio ursulino de Pont-St-Esprit, donde se mostró una religiosa cumplidora y llena de vida interior. Tomó el nombre religioso de sor Santa Sofía. Expulsada de su monasterio, se unió a sus hermanas y con ellas fue apresada y llevada a Orange, donde con las tres anteriores religiosas sacramentinas compareció ante el tribunal, dio testimonio de Cristo y fue condenada a muerte.

Fueron beatificadas el 10 de mayo de 1925 por Pío XI.

SANTAS ANA AN XINZHI, MARÍA AN GUOZHI, ANA AN JIAOZHI Y MARÍA AN LIHUA

Vírgenes y mártires († 1900)

En el poblado chino de Tchai-Ben-Seu había una comunidad cristiana a la que pertenecían las cuatro mujeres cristianas cuyo martirio conmemora el *Martirologio* hoy. Eran María An Lihua, Ana An Xinzhi, María An Guozhi y Ana An Jiaozhi, de 64, 62, 26 y 29 años de edad. Ellas, al saber que los boxers recorrían los pueblos buscando cristianos, se marcharon a un pueblo de paganos, Liugong-yin, donde sus parientes las acogieron humanitariamente. Llevaban consigo dos niños pequeños. Pero los boxers supieron por alguien a qué pueblo habían ido las cuatro cristianas y entonces se hicieron presentes en él y exigieron a los parientes que las entregaran.

Las cuatro fueron invitadas a apostatar del cristianismo, pues de lo contrario serían degolladas. Las cuatro confesaron intrépidamente a Cristo y manifestaron que no pensaban renegar del evangelio. Entonces los boxers perdonaron a los niños y decapitaron a las cuatro. Era el 11 de julio de 1900. Fueron canonizadas el 1 de octubre de 2000 por Juan Pablo II.

12 de julio

A) MARTIROLOGIO

1. En Ancira (Galacia), santos Proclo e Hilarión († s. II), mártires.
2. En Aquileya, santos Fortunato y Hermágoras († s. III), mártires.
3. En Milán, santos Nabor y Félix († 303), mártires *.
4. En Fano (Piceno), San Paterniano († s. IV), obispo.
5. En Lyón (Galia), San Vivenciolo († 523), obispo *.
6. En Passignano (Toscana), San Juan Gualberto († 1073), fundador de la Orden de Valumbrosa **.
7. En el monasterio de La Cava (Campania), San León I de La Cava († 1079), abad *.
8. En Londres (Inglaterra), beato David Gunston († 1541), caballero de Malta y mártir bajo Enrique VIII *.

9. También en Londres, San Juan Jones († 1598), presbítero, de la Orden de Menores, mártir bajo el reinado de Isabel I *.

10. En Nagasaki (Japón), beatos Matías Araki y sus compañeros mártires: Pedro Arakiyori Chobioye y su esposa Susana; Juan Tanaka y su esposa Catalina; Juan Nagai Naisen y su esposa Mónica y su hijo el niño Luis († 1626) *.

11. En Orange (Francia), beatas Rosa de San Javier (Magdalena Teresa) Tallien, Marta del Ángel Bueno (María) Cluse, María de San Enrique (Margarita Leonor) de Justamond y Juana María de San Bernardo de Romillon († 1794), vírgenes y mártires en la Revolución Francesa *.

12. En Nam Dinh (Tonkín), San Clemente Ignacio Delgado Cebrián († 1838), obispo y mártir **.

13. En Ninh Binh (Tonkín), Santa Inés Le Thi Thanh De († 1841), madre de familia y mártir *.

14. En Nghê An (Annam), San Pedro Khanh († 1842), presbítero y mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN JUAN GUALBERTO

Fundador († 1073)

Juan nació en un castillo cerca de la ciudad de Florencia. Su familia era noble, rica, poderosa. Su padre, Gualberto, señor del castillo, era muy conocido en toda la comarca.

Juan creció, se hizo un apuesto joven; el porvenir se le presentaba lleno de las más halagadoras promesas, como una senda sembrada de flores. Pero un acontecimiento inesperado vino a torcer el rumbo de la vida del joven florentino. El lance es conocido. Un buen día cabalgaba Juan Gualberto rodeado de varios escuderos. Todos eran gente valerosa; todos iban armados de punta en blanco. De pronto, en una revuelta del camino, se presenta ante sus ojos un hombre. Juan le reconoce al instante: es el asesino de uno de sus parientes; tal vez —es éste un punto que la historia no ha logrado poner en claro— dio este hombre muerte al propio hermano de Juan. El desgraciado reconoce también al caballero que viene a su encuentro. Inútil intentar la fuga; no le es posible, solo como se halla, hacer frente a la pequeña y aguerrida tropa; no le queda más remedio que someterse al destino, a la ley inexorable de la venganza, que exige su sangre. Todo esto se le ocurre en un momento. Y en un súbito

arranque, inspirado por el sentimiento religioso, se deja caer del caballo y, con los brazos en cruz, espera el golpe mortal. Espera en vano. El golpe mortal no llega a descargarse.

En el espíritu de Juan Gualberto la actitud de su enemigo evoca la imagen de Cristo crucificado. Sí, es el Señor quien está ante él; el Señor, que murió por los que le injuriaban y calumniaban, por los que le herían y crucificaban; el Señor, que nos manda perdonar y amar a nuestros enemigos. La lucha entre la sed de venganza y la conciencia de su deber de cristiano, aunque duró breves instantes, debió de ser muy recia en el alma del joven caballero. Venció la gracia divina; la ley del amor triunfó. Juan perdonó, heroicamente, a su enemigo. Poco después, agotado, con el alma vibrante de emoción, penetraba en una iglesia, caía de hinojos ante el altar y sus ojos admirados veían que el crucifijo se animaba y Cristo le hacía una inclinación de cabeza, como agradeciéndole lo que acababa de hacer por su amor.

Desde aquel día Juan Gualberto no fue el mismo de antes. Sus pensamientos seguían otros derroteros; sus ilusiones, sus aspiraciones mundanas se amortiguaban, se desvanecían como el humo. Cristo había hecho algo más que darle a entender sensiblemente cuánto le agradecía la acción heroica de perdonar al asesino; Cristo premióle este rasgo llamándole al número de sus escogidos. La iglesia en la que entró Juan Gualberto después de la escena que acabamos de narrar era la de la abadía de San Miniato. No pasó mucho tiempo antes de que Juan llamara a la puerta de este monasterio y pidiera al abad el hábito benedictino. El abad no rechazó al postulante, sino que sometió a prueba la autenticidad de su vocación. Nada arredra al animoso joven. Pero entretanto su ausencia es notada en el castillo, y el noble señor sale en busca de su hijo.

No tarda en presentarse a la puerta de San Miniato. El padre abad está perplejo; no se atreve a resistir al noble castellano. Juan se niega a salir, temeroso de que su padre le arrastre de nuevo, a la fuerza, al torbellino de la vida mundana. Gualberto amenaza a los monjes con toda suerte de males si no le devuelven a su hijo. El abad no sabe cómo salir del atolladero. La solución la halla Juan. Ya que no se atreve el padre abad a darle el santo hábito, él mismo se lo viste, luego de haberse cortado el

cabello, y, tomando un libro, se sienta en el claustro para darse a la lectura espiritual. Entretanto el superior del monasterio va a decir a Gualberto que su hijo se niega a salir al locutorio, pero que él mismo, si gusta, puede pasar a hablarle en el interior de la clausura. Al hallarse con el nuevo monje el noble señor lloró, se quejó amargamente de su ingratitud, pero acabó por bendecirle y dejarle que siguiera en paz su vocación.

Bueno y edificante era el hermano Juan; su vida transcurría pacífica y dichosa en San Miniato. Pero un día murió el abad, y uno de los monjes compró la dignidad vacante al obispo de Florencia. Nos hallamos en la época de la simonía. Los cargos eclesiásticos se venden al mejor postor, y el redil de Jesucristo se ve invadido por falsos pastores. Juan Gualberto no se resigna a tener un abad simoníaco, y con otro religioso abandona el monasterio y su ciudad natal, no sin antes haber proclamado en plena plaza pública de Florencia que Huberto, abad de San Miniato, y Hatto, obispo de la diócesis, eran herejes simoníacos.

Juan y su compañero iban en busca de otro cenobio donde proseguir tranquilamente su vida monástica, que es vida de paz y oración. Recorren varias abadías, pero ninguna observancia llena sus aspiraciones. Sediento de perfección, Juan Gualberto se dirige a Camaldoli, entonces en la cumbre de su prestigio, en donde es probado en toda paciencia; pero, cuando el prior de Camaldoli se dispone a admitirle definitivamente, nuestro monje no se decide a abrazar la vida eremítica, que era la de los camaldulenses, pues no le parece conforme a la regla de San Benito que había profesado. Juan Gualberto quiere permanecer cenobita. Y de este modo le conduce Dios a la realización de la obra de su vida. Como ninguna observancia religiosa le satisface, el monje, inquieto, incapaz de afincar en parte alguna, fundaría un nuevo cenobio y una nueva congregación monástica bajo la regla benedictina.

Valumbrosa, en los Apeninos toscanos, era en aquel entonces un paraje solitario, cubierto de espesos bosques. Dos religiosos llevaban allí una vida anacorética; el lugar pertenecía a las monjas de Sant'Ellero. A Juan Gualberto le gustó la paz profunda que reinaba en Valumbrosa, y resolvió quedarse allí. Los dos solitarios le recibieron con los brazos abiertos, y pronto

nuevos reclutas de la milicia de Cristo se juntaron al pequeño grupo, pues la fama de santidad de Juan Gualberto era ya muy grande. Así empezó, humildemente, como suelen las obras de Dios, un movimiento espiritual que debía adquirir grandes proporciones. Durante mucho tiempo los monjes hubieron de contentarse con un oratorio de madera; sus alimentos eran escasos, y día hubo en que faltaron totalmente; sus hábitos no podían ser más pobres. Hubieron de padecer también persecuciones y calumnias de malvados y envidiosos. Los monjes, con todo, estaban contentos, pues en la escasez y en la tribulación se sentían verdaderos seguidores de Cristo. Y la obra prosperó. El número de religiosos iba creciendo. En 1036 la abadesa de Sant'Ellero, que desde el principio había ayudado a los monjes con libros y vituallas, les hizo donación del terreno, y Juan Gualberto fue nombrado primer abad de Valumbrosa, sin que le valiera la tenaz resistencia que opuso.

La aspiración suprema del nuevo abad era que en su monasterio se observara perfectamente la regla de San Benito; sin embargo, su culto a la letra del código benedictino no rebasaba los límites de la discreción, y así, por ejemplo, cuando faltaban otros alimentos, no vacilaba en dar carne a sus religiosos. Insistió particularmente en la clausura monástica y nunca quiso aceptar para sus hijos espirituales ministerio alguno fuera del cenobio, pues sabía muy bien que, so color de cura de almas, muchos monjes habrían tal vez perdido la suya propia. Otro punto capital de la observancia valumbrosana era el espíritu de pobreza, tan olvidado en aquellos tiempos: en el hábito, en la mesa, en los edificios, todo debía ser simple, modesto, sobrio, pobre, pues los monjes han renunciado, individual y colectivamente, a toda superfluidad y boato. No para evitar el trabajo, sino a fin de salvaguardar la clausura y evitar a sus monjes, en lo posible, cualquier contacto con el mundo, aceptó el abad Juan Gualberto la institución de los hermanos conversos, recientemente implantada entre los camaldulenses. Y gracias a sus cuidados, a sus continuas exhortaciones y a su ejemplo indeficiente, la vida monástica floreció esplendorosa en Valumbrosa.

Y no sólo en Valumbrosa. Pronto llovieron de todas partes ofertas de fundaciones o de restauraciones de monasterios anti-

guos y de Valumbrosa la nueva savia empezó a fluir hacia otros centros de vida religiosa. Entonces comenzó para Juan Gualberto la época de las correrías monásticas. Pues no se limitaba a mandar monjes a los lugares en donde eran requeridos, sino que retenía bajo su régimen todos los monasterios fundados o reformados por los valumbrosanos. Era él quien imponía los superiores, quien visitaba las casas, quien corregía y ordenaba todo. El fundador, además, sabía elegir certeramente los lugares desde donde podría ejercer seguro influjo. Así el monasterio de San Salvi, junto a Florencia; el de San Miguel, en Passignano, y el de San Salvador, de Fucecchio, formaban una red que tenían que atravesar casi todos los viandantes que de los países transalpinos se dirigían a Roma, o de Roma se encaminaban a los países de la otra parte de los Alpes. Estas abadías rivalizaban en importancia con la de Valumbrosa, pues el santo tuvo el acierto de mandar a ellas a sus discípulos más aventajados por la doctrina o por la santidad de vida. De esta guisa era muy grande la influencia ejercida por estos monasterios, donde se vivía la misma vida que en Valumbrosa y se pugnaba por los mismos ideales.

La Iglesia atravesaba tiempos difíciles. Su libertad se veía amenazada, coartada en todas partes; su pureza sufría rudos asaltos. La simonía y el nicolaísmo hacían estragos por doquier. La lucha estaba en el punto crítico. Sobre el trono del Imperio se sentaba Enrique IV; sobre la cátedra de Pedro, San Gregorio VII. ¿Cómo dejaría de acudir el alma ardiente del abad de Valumbrosa en auxilio de la Iglesia? Su celo devorador perseguía, más allá de las fronteras monásticas, dos objetivos principales: restaurar la santidad de la vida cristiana, particularmente entre los eclesiásticos, y restablecer la pureza de la fe. ¿No era ésta la esencia del ideal gregoriano?

La Toscana, su patria, y las regiones colindantes se beneficiaron preferentemente de sus esfuerzos titánicos, de sus carismas de taumaturgo; el clero, sumido en gran parte en el fango del concubinato, experimentó una renovación profunda, hasta el punto de que muchos eclesiásticos empezaron a vivir en comunidad, realizando el ideal que venía predicándose desde los tiempos de los Padres: los fieles abrazaban una vida cristiana más pura y más ferviente. El influjo del abad de Valumbrosa

llegó a obtener que en la comarca se restaurara la celebración de la vigilia pascual a su tiempo debido, es decir, durante la noche del Sábado Santo al Domingo de Resurrección.

Pero la gran lucha de Juan Gualberto se desarrolló contra la simonía, que el santo consideraba como «la primera y la peor de todas las herejías». Según él, debía tratársela con el mismo inflexible rigor que San Pedro usó con Simón Mago. Sus monjes serían huestes aguerridas contra los simoníacos. A los tales, por elevado que fuera el cargo que inicuamente ocuparan, tenían que desenmascararles en público, hacer lo posible para que fueran depuestos cual falsos pastores. La empresa estaba llena de las más espantables dificultades. La fuerza de los obispos simoníacos, respaldados por poderosos amigos y cómplices, era verdaderamente enorme, y muchas veces hacerles frente equivalía a poner en peligro la propia vida. Hubo casos sangrientos, como el ocurrido en el monasterio de San Salvi, cuando el santo y sus hijos empezaron a proclamar que Pedro Mediabarba, obispo de Florencia, había comprado su sede. Las cosas llegaron a tal punto que una noche el obispo mandó a unos sicarios que maltrataron e hirieron a los religiosos, destrozaron los altares y prendieron fuego al monasterio. Mas tanto Juan Gualberto como sus monjes no cejaron hasta ver depuesto al usurpador.

El abad de Valumbrosa era un santo: de ahí la eficacia de su acción; pero un santo recio, severo, batallador. Poseía el genio que convenía para la obra que Dios le encomendara. Sus biógrafos nos hablan de sus increíbles ayunos, de la extraordinaria pobreza de sus hábitos, de su espíritu de mortificación... y también de su genio extremadamente irascible.

> «Su austeridad era tanta —dice uno de ellos—, tanta la vehemencia de sus increpaciones, que aquel contra quien se enfadaba experimentaba la sensación de tener contra sí el cielo, la tierra y hasta al mismo Dios».

No faltan en sus gestas ejemplos que justifiquen esta frase. En cierta ocasión montó en cólera porque en uno de sus monasterios habían aceptado los bienes de un novicio, y el monasterio ardió. Otra vez, visitando el cenobio de San Pedro de Moscheto, vio que habían construido un edificio mayor y más

hermoso de lo que hubiera deseado. Hizo llamar al abad y le preguntó: «¿Eres tú quien se ha edificado esos palacios?». Y, sin aguardar respuesta, mandó a un riachuelo que por allí pasaba que destruyera aquel edificio, lo que, en efecto, y casi inmediatamente, hizo.

Tal se nos presenta el anverso del carácter del santo; el reverso es mucho más simpático. Si se enfadaba tan espantosamente contra los que faltaban en algo, luego, después de la reprimenda, les consolaba con entrañas maternales. Su amor a los pobres llegaba hasta el extremo de entregarles, en tiempos de hambre, el pan de sus monjes, y, cuando no tenía con qué socorrerles, vendía los ornamentos sagrados. San Juan Gualberto era, además, tan humilde y tal era la reverencia que tenía a todos los grados de la jerarquía eclesiástica, que, aun siendo abad y superior de una congregación monástica, jamás pudieron obligarle a que se dejara ordenar, ni siquiera de órdenes menores.

El santo abad de Valumbrosa murió el 12 de julio de 1073 en el monasterio de Passignano. Pocos días antes hizo escribir para todos sus numerosos hijos espirituales una carta en que les exhortaba a la caridad fraterna. También mandó que escribieran en un trozo de pergamino estas palabras: «Yo, Juan, creo y confieso la fe que los Santos Apóstoles predicaron y los Santos Padres, en los cuatro concilios ecuménicos, confirmaron». Con este pergamino en la mano murió y, conforme a su voluntad, fue sepultado. Por esta fe católica había combatido el buen combate.

GARCÍA MARÍA COLOMBÁS, OSB

Bibliografía

CASINI, S., *Storia di S. Giovanni Gualberto* (Alba-Roma 1927).

DAVIDSHON, R., *Forschungen zur älteren Geschichte von Florenz* (Berlín 1896) 50-54.

SALVINI, A., *San Giovanni Gualberto, fondatore di Vallombrossa* (Roma ²1950).

• Actualización:

DI RE, P., *Giovanni Gualberto nelle fonti dei secoli XI-XII. Studio critico-storico-agiografico* (Roma 1974).

LUCARELLI, V., *S. Giovanni Gualberto, mille anni di giovinezza* (Roma 1996).

SPINELLI, G. (ed.), *Alle origini di Vallombrossa. Giovanni Gualberto nella società del'XI secolo* (Novara ²1991).

STRUMIS, A. de, *San Giovanni Gualberto* (Siena 1974).

SAN CLEMENTE IGNACIO DELGADO CEBRIÁN

Obispo y mártir († 1838)

La figura martirial de este celoso y admirable misionero dominico sólo se puede entender en el contexto de la Iglesia del Vietnam y de los miles de héroes que mantuvieron su fe en una silenciosa y humilde resistencia ante las dificultades que la cultura y los privilegios de las castas más elevadas oponían al mensaje evangélico. Tantos ejemplos de heroísmo sólo tienen comparación con los tiempos primitivos del cristianismo, cuando «la sangre de los mártires fue semilla de nuevos cristianos» (Tertuliano).

El trabajo misionero en la península indochina se inició ya en el siglo XVI al amparo de las colonizaciones europeas en Oriente. Entonces surgieron los primeros vicariatos apostólicos del Norte (Dáng-Ngoái) y del Sur (Dáng-Trong), en el 1659.

Gracias a esos trabajos, es la región de Asia donde más católicos hay en todo el inmenso, poblado y misterioso continente amarillo, que acoge a la mitad de la población de la tierra. Las 25 diócesis que hay en Vietnam (10 en el norte, 6 en el centro y 9 en el sur) y los 6 millones de católicos (el 12 por 100 de la población) sólo se explican hoy por un fecundo riego de sangre martirial.

Se conocen 53 edictos de persecución a lo largo de los tiempos y son unos 130.000 cristianos de todo tipo los que fueron conducidos al sacrificio por su fe en el evangelio. Desde el inicio del siglo XX, fueron 117 los que la Iglesia católica elevó, no al honor de los altares, sino al servicio misionero desde el cielo. Porque son ellos, junto a la legión de héroes silenciosos de la tierra, los que interceden por sus hermanos caminantes y les animan a esperar en el cielo desde la tierra.

En el año 1900, el papa León XIII beatificó 64 mártires.

En 1906, Pío X beatificó a 8 personas y en 1909 otras 20.

En 1951, Pío XII beatificó a los «Mártires de Vietnam», 25 personas de las que 11 eran españoles y dominicos: 6 obispos y 5 sacerdotes.

En este último grupo estaba la figura de San Clemente Ignacio Delgado, con otros significativos mártires, como Cebrián Melus († 1838) y sus compañeros, luego canonizados por Juan

Pablo II el 19 de junio de 1988. Fueron 117 los «Mártires de Vietnam» que dieron su vida por la fe en la entonces llamada Cochinchina, con Annam y Tonkín como referencia. Los 117 fueron asesinados según las bárbaras formas que solían emplear para ejecutar los diversos jueces: 75 condenados a la decapitación, 22 estrangulados, 6 quemados vivos, 5 desgarrados los miembros del cuerpo y 9 en la cárcel por hambre o por diversos géneros de tortura.

El ritmo de los martirios reconocidos como tales por la Iglesia fue desigual: 2 cayeron bajo el reinado de Trinh-sam (1767-1782), 2 en el reinado de Canh-trinh (1782-1802), 58 bajo el de Minh-mano (1820-1840), 3 en el reinado de Thieu-tri (1840-1847), y 50 con el rey Tu-duc (1847-1883). Más de un siglo de goteo sangriento y de represión no fue suficiente para que los cristianos se sintieran desanimados. Lo normal fue que, al ver en cada ejecución el edicto con la sentencia que se colocaba en el lugar del suplicio, los cristianos se sintieran dolidos, pero animados a seguir luchando por vivir en el camino de la verdad. Al fin y al cabo, todos los edictos decían lo mismo al referirse al motivo de la sentencia: «No haber amado y adorado a los dioses propios y haber predicado dioses ajenos».

Uno más de esos emblemas de sinceridad y valentía fue el martirio de Clemente Ignacio, modelo de valor en la larga lista de los mártires vietnamitas. Había nacido el 22 de noviembre de 1762 en el pueblo aragonés de Villafeliche, en la comarca de Calatayud, a 85 kms. de la capital. Recibió el bautismo en la parroquia de San Miguel, en su pueblo natal, pueblo de gente sencilla, en la proximidad de la sierra de Alea y junto al río Jiloca. En ese ambiente forjó su carácter, sereno y pacífico, junto a otros tres hermanos. Sus padres, Francisco Delgado y Teresa Cebrián, completaron con la austeridad de su vida labradora y la piedad recia de sus tradiciones cristianas el corazón del futuro misionero.

Su entrada en la Orden de Predicadores tuvo lugar en el convento de San Pedro Mártir, de Calatayud. Allí profesó en 1781, al cumplir los 18 años. Luego fue enviado al Real Colegio de Orihuela, al centro de estudios de toda la provincia dominicana de Aragón. Se preparó con los dominicos para su ordena-

ción sacerdotal. Pero, antes de recibirla, a los 22 años, solicitó ser enviado a países de misiones, expresando su preferencia por el Extremo Oriente. El 19 de septiembre de 1785 zarpó con algunos compañeros del puerto de Cádiz camino de su destino, atravesando el Atlántico primero, cruzando México a lomos de caballería, para embarcarse luego y atravesar el inmenso Pacífico camino de las Islas Filipinas. El relato de uno de los expedicionarios, el prior del convento de Santa Catalina de Sena de Barcelona, fray Raimundo Callis, es prolífico en detalles de los meses que duraba entonces tan arriesgado viaje. Llegaron al fin al puerto de Cavite el 16 de julio de 1786. El viaje había durado 8 meses.

En Manila pasó un tiempo completando sus estudios en la célebre Universidad de Santo Tomás. Recibió allí la ordenación sacerdotal en el convento de Santo Domingo. Se quedó dos años actuando como procurador o administrador del convento. En este tiempo llegó al convento la petición de voluntarios para ir a la misión china de Tonkín, que atravesaba un período de persecución y grandes riesgos. Clemente Ignacio entendió que era su oportunidad misionera y se ofreció voluntario, con la fortaleza de su edad, de su buena salud y de su elevación de ideales.

De los quince voluntarios que se habían ofrecido, entre los jóvenes dominicos de la casa, fueron elegidos dos. Con él se encaminó a la arriesgada aventura evangelizadora fray Francisco Albarán. El 13 de noviembre de 1788 se embarcaban en Cavite, camino de Macao, donde llegaron el 11 de diciembre. Fray Francisco enfermó en la travesía y hubo de regresar a Manila desde Macao. Fray Ignacio se tuvo que unir a un grupo de paúles franceses que iban también a Tonkín.

A su llegada residió en el seminario de Trung-Ling y comenzó, con otros dominicos, a ejercer su ministerio entre los muchos cristianos que frecuentaban las iglesias. A su llegada reinaba un respiro en la persecución, interrumpida por los beneficios sanitarios y educativos que ofrecían a las gentes de cada lugar. Fue nombrado maestro y administrador de la misión por el Vicario apostólico. Tomó el nombre annamita de «Y» y los fieles pronto le conocieron como Duc-Thay-Y. Con gran facili-

dad aprendió el tonkinés. Y con gran generosidad se entregó a todas las tareas, ganándose el corazón de los feligreses a los que atendía.

En algunas de sus cartas relataba la libertad aparente que había para que cada uno tuviera y practicara la religión que quisiera. Pero, también, reflejaba cómo el panorama se iba oscureciendo, sobre todo en las provincias del Norte, donde un tirano gobernador comenzó pronto a molestar a los cristianos y de manera especial a los misioneros europeos que les atendían pastoralmente.

En febrero de 1795 recibió el nombramiento de «Vicario provincial» de los dominicos que trabajaban en algunos lugares del reino de Tonking. Pero ya no pudo poner en ejecución las decisiones del Capítulo provincial que los dominicos habían tenido en Manila y que le habían sido remitidas. Las medidas contra los cristianos promulgadas por la corte comenzaron a poner en peligro la vida de los misioneros extranjeros y muchos de ellos tuvieron que vivir prácticamente escondidos en espera de que se suavizaran las ordenanzas.

En una carta que escribía el 22 de marzo de 1795 hablaba de la libertad religiosa que había habido, de la fe firme que tenían los cristianos de la región y de los muchos peligros que se avecinaban. Poco antes, el vicario apostólico, el P. Feliciano Alonso, había sido designado obispo y había pedido al papa Pío VII que nombrara obispo coadjutor al P. Clemente Ignacio. Concedida la petición, fue consagrado obispo el 20 de septiembre de 1794 y tuvo que empezar a visitar todas las zonas a las que no podía llegar el obispo titular. Fueron unos años de muchos peligros y de continuos viajes.

Inesperadamente falleció el P. Feliciano el 2 de febrero de 1799, a sus 65 años y después de 33 en la misión. De forma inmediata, el P. Clemente Ignacio se tuvo que hacer responsable del vicariato y atender pastoralmente a toda la región de Tonkín oriental. Fueron pocos años, pero acuciantes, pues careció de ayudas, incluso de las prometidas. Ni de la corona de España, que había ayudado antes generosamente, ni de Propaganda Fide de Roma, que atravesaba por grandes dificultades, le llegaba aporte alguno. Sin embargo, no se desanimó y puso toda su confianza en la Providencia.

Fueron 43 largos años como obispo, por lo general, duros para su actividad pastoral, no sólo por esa carencia de recursos materiales, sino por los peligros vitales y las frecuentes detenciones y ejecuciones de cristianos y de misioneros. Valeroso y siempre confiado en Dios, siguió promoviendo la solidaridad entre los fieles y alentó a todos los desanimados. Las relaciones con las autoridades locales comenzaron pronto a ser difíciles por los obstáculos que ponían a las mejores iniciativas educativas y sanitarias.

Las tensiones aumentaron hasta la llegada al poder del nuevo rey Minh-mano en 1820. Entonces la persecución religiosa ya se hizo explícita y las condenas a muerte comenzaron a ser dictadas a diario con el fin de exterminar a los cristianos. Los misioneros tuvieron que actuar en secreto y siempre escondidos. El obispo Clemente, no menos que los demás, comenzó su etapa de catacumbas, pero siguió moviéndose como y cuando podía. Hubo momentos en que los sacerdotes quedaron reducidos a cinco en todo el vicariato y tenían que atender a unas 150.000 almas cristianas.

En Propaganda Fide de Roma se conservan los informes que llegaban del vicariato y que eran ordinariamente redactados por él: fueron unos 20 años de vida escondida y de persecución sangrienta. Si el cristianismo no fue barrido del todo, se debió precisamente a su valentía y a su prudencia. A cada momento, el peligro de ser aprisionado y ejecutado de la forma más dolorosa para escarmiento de los cristianos era una posibilidad. Sin embargo, él se movía con habilidad y logró visitar las cristiandades, ordenar algunos nuevos presbíteros, conceder autorizaciones y excepciones, gobernar como pudo una iglesia condenada por el cruel rey a la extinción.

Su lugar de residencia, escondido y conocido por pocos, era Ke-Bui-Chu. Pero también sabía trasladarse a otros lugares cuando era detectado o corría el peligro de serlo. Así vivió, en el filo de la espada, hasta el 29 de mayo de 1838, en que fue localizado y hecho prisionero. Tenía ya 76 años. El trato de los que le detuvieron fue cruel y despectivo, al considerarle ya condenado a muerte. Con todo, tardó un mes en celebrarse el aparente juicio y ser condenado a muerte por decapitación. Una vez sen-

tenciado, y mientras la sentencia era refrendada en la corte, fue encerrado en una jaula. Allí agonizó durante 45 días, privado de alimento y bebida casi por completo, asfixiado de calor, siendo objeto de las burlas de los perseguidores. La confirmación de la sentencia ya no llegó a tiempo para cortar su venerable cabeza porque murió el 12 de julio de ese año de 1838. Había estado como misionero medio siglo y había sido obispo casi todo el tiempo.

Después de su muerte, se cumplió con el cadáver el rito de la decapitación. Su cuerpo, recogido por sus fieles, fue enterrado casi en secreto en la iglesia de Tru-Lihn. Aquel mismo año de 1838 fueron martirizados otros dos obispos: el dominico Domingo Henares, el 25 de julio, y Pedro Rosa Úrsula, de las Misiones Extranjeras de París, el 24 de noviembre. También lo fueron 11 sacerdotes (9 vietnamitas y 2 europeos) y 12 laicos y catequistas.

Clemente Ignacio fue beatificado por León XIII en 1900, junto a otros misioneros muertos en Tonkín. El 19 de junio de 1988 Juan Pablo II, con un grupo de 117 mártires muertos en diversos lugares y años, procedió a su canonización. Su fiesta se celebra el 12 de julio y los muchos misioneros aragoneses que siempre miraron con ilusión a las tierras de Oriente le consideran su santo patrono, junto a Teresa de Lisieux o Francisco Javier.

PEDRO CHICO GONZÁLEZ, FSC

Bibliografía

MARTÍNEZ PUCHE, J. A. (dir.), *Nuevo año cristiano. Agosto* (Madrid 2000) 240-244.
SECRETARIADO PROVINCIAL DE MISIONES. PROVINCIA DOMINICANA DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO, *Testigos de la fe en Oriente. Mártires dominicos de Japón, China y Vietnam* (Hongkong 1987).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTOS NABOR Y FÉLIX DE MILÁN

Mártires († 303)

Nabor y Félix eran dos soldados romanos, procedentes del norte de África, que habían ido a Milán en servicio del empera-

dor Maximiano. Eran cristianos. Desencadenada la persecución anticristiana en Oriente, el emperador Maximiano se sintió también animado a practicarla en Occidente, sin duda por invitación de sus colegas los emperadores de Oriente. La persecución empezó por la purga del ejército. Entonces Nabor y Félix, para no tener que participar en los sacrificios idolátricos, dejaron el ejército, lo que trajo consigo su proceso. No queriendo abjurar de la fe, fueron sentenciados a muerte. Pero la sentencia no se ejecutó en Milán sino en Laus Pompeia (Lodi Vecchio), seguramente para aterrorizar a la comunidad cristiana local. Una vez en esta población fueron públicamente ejecutados por decapitación.

Los cristianos de Milán, siendo obispo San Materno, trasladaron triunfalmente sus cuerpos a la capital cuando por fin la Iglesia tuvo paz, y, depositados en la basílica que se llamará «naboriana», los fieles les dieron culto intenso. Cedida ésta a los franciscanos a mitad del siglo XIII, éstos la reedificaron y volvió a florecer el culto a los mártires, tanto que por varios siglos el 12 de julio fue día de precepto en Milán. En el siglo XV fueron llevados los cuerpos a un nuevo altar y entonces sus cráneos fueron colocados en sendos relicarios de plata. Al ser trasladados los cuerpos a la basílica de San Ambrosio en 1799 desaparecieron los cráneos. Éstos aparecieron en Namur en casa de un anticuario, que los devolvió a Milán siendo arzobispo el futuro Pablo VI (1960).

SAN VIVENCIOLO DE LYÓN

Obispo († 523)

Vivenciolo fue primero monje en el monasterio de Condat, en el Jura, bajo San Eugendo, pero muerto este abad fue elegido para la sede episcopal de Lyón. Lo fue al menos desde 515. Sobresale su memoria por la convocatoria de varios concilios, singularmente el de Epaone, al cual insistió él que asistieran el clero y el pueblo, de forma que todos tuvieran clara noticia de las normas que daban en él los Padres reunidos. Se conoce una carta de San Vivenciolo convocando el concilio y es, ciertamente, un documento digno de un prelado sabio y responsable. La fe-

cha de su muerte fue el 12 de julio, pero no es seguro el año. Parece que alrededor del año 523 o 524.

SAN LEÓN I DE LA CAVA

Abad († 1079)

León era natural de Luca y fue uno de los primeros discípulos de San Alferio cuando éste era todavía un ermitaño que vivía en una cueva. Pasó luego con él al monasterio de La Cava, fundado por Alferio, y tanto se distinguió por sus virtudes que Alferio lo designó su sucesor.

Al comienzo de su mandato como abad (1050), un señor feudal asaltó el monasterio y tomó prisionero al abad, pero poco después lo dejó libre. Su fortaleza trajo consigo que al monasterio se le dejara llevar su vida en paz. Él vivió siempre con gran pobreza y sencillez. Recogía leña en los montes e iba a venderla para dar su importe a los pobres. Aunque al entrar en el monasterio el obispo Pedro Pappacarbone le cedió a éste el mando del monasterio, muy pronto hubo de retomarlo ya que el gobierno de Pedro no se ajustaba a la tradición de La Cava. Logró que el papa San Gregorio VII confirmara el orden de su monasterio (21 de abril de 1073). Murió el 12 de julio de 1079. Su culto fue confirmado con el de San Alferio y otros abades el 23 de diciembre de 1893.

BEATO DAVID GUNSTON

Mártir († 1541)

El día 12 de julio de 1541 fue ajusticiado en St. Thomas Waterings el caballero de Malta David Gunston o Gonson, acusado de traición al rey, pero en realidad fue a causa de su fe católica.

Era hijo de William Gunston, vicealmirante de la flota inglesa y tesorero de la Marina. Había ingresado en la Orden de Malta y había estado en la isla de Malta hasta que por asuntos de la misma Orden decidió volver a Inglaterra. Enrique VIII había decidido suprimir la Orden en Inglaterra y apoderarse de todos

sus bienes. Para ello llevó una ley al Parlamento que se la aprobó el 10 de mayo de 1540. Para entonces David ya había vuelto a Inglaterra.

Todo hace suponer que David no ocultaba el juicio religioso que le merecía la conducta del rey, al arrogarse la supremacía en materia religiosa, negar el primado universal del papa y reformar la religión a su gusto. En Malta ciertamente David no había dudado en calificar al rey de hereje por negar el primado del papa.

Como negar la supremacía religiosa del rey era considerado delito de traición (ley 26, cap. 13), David fue formalmente acusado de traición el 8 de octubre de 1540 ante el Consejo Privado por sir John Stony, basándose en una declaración de un tal Philip Babbington. Como resultado David fue arrestado y encerrado en la Torre y el día de la Trinidad de 1541 fue procesado. A las acusaciones de haber hablado mal del rey y de negar su supremacía religiosa se añadió la de haber dicho que del Papa no se puede apelar a nadie en la tierra y desde luego no al rey. Ha habido discusiones sobre el tenor literal inglés de las palabras de David, pero lo que queda claro es que para él en materia religiosa las apelaciones eran al Papa, como cabeza de la Iglesia, y no al rey, a quien debían hacerse.

David fue sentenciado a muerte como traidor, entregado al mariscal y llevado a la cárcel de Marshalsea, de donde fue llevado al lugar de la ejecución. Fue beatificado el 15 de diciembre de 1929 por Pío XI.

SAN JUAN JONES

Presbítero y mártir († 1598)

Juan Jones, que tuvo como alias los de Groffiths Jones, Buckley, Harberd y Freer, nació en Clynog Fawren del Carnavonshire, Gales, en el seno de una familia católica. No se sabe con certeza la fecha de su nacimiento pero era ya un joven en el reinado de María I, la cual devolvió Inglaterra al catolicismo y autorizó la erección de conventos. Uno de ellos fue el convento franciscano de Greenwich en el que hizo su ingreso y comenzó su noviciado el joven Jones. Pero antes de que hubiera podido

emitir la profesión religiosa, el convento fue cerrado por orden de la nueva reina Isabel I que reimplantaba el protestantismo en el país. Este cierre fue en 1559. Entonces Jones marchó a Pontoise en Francia y se unió a la comunidad franciscana de esta ciudad. Aquí concluyó su noviciado y pudo emitir los votos religiosos tomando el nombre de Godofredo Mauricio.

De aquí marchó a Roma, al convento de Santa María de Araceli, y o bien venía ya sacerdote de Pontoise o se ordenó en Roma. Y estando en Roma pidió ser enviado a la misión inglesa. Esta petición le fue aceptada en 1592. Antes de partir Jones, el papa Clemente VIII le recibió en audiencia, le bendijo y le dijo: «Ve, hijo mío, porque tú eres un verdadero hijo de San Francisco. Reza por mí y por la Iglesia».

Vuelto a Inglaterra en 1592, pudo trabajar apostólicamente más de tres años hasta que fue arrestado por el terrible Topcliffe, el enemigo mortal del nombre católico. Su arresto y proceso estuvo ligado a la maquinación de Topcliffe para la ruina de Robert Branes y de Mrs. Wiseman. Se acusó al P. Jones de haber dicho misa en Gatehouse, donde los dichos estaban presos, y de haber recibido de ellos donativos, lo que no era cierto. Arrestado y encarcelado en Clink, aquí estuvo dos años, y durante este tiempo Topcliffe lo sometió a tortura en su propia casa, haciéndole sufrir inauditas barbaries con la intención de sacarle testimonio que pudiera apoyar sus acusaciones. Pero él aprovechó este tiempo de cárcel para hacer un provechoso apostolado con los católicos que acudieron a verle.

El 3 de julio de 1598 los tres fueron procesados en el King's Bench-Westminster. Los acusados negaron las acusaciones respecto a la misa y las limosnas. El P. Jones fue acusado por la ley 27 de Isabel que prohibía entrar en Inglaterra a los ordenados en el continente, considerando traición este hecho. Él reconoció que era sacerdote y que se había ordenado fuera de Inglaterra. Se le aplicó la ley y se le condenó a ser ahorcado y descuartizado, pese a que el propio juez reconoció que no había otra posible acusación contra él. Él alegó que no había cometido ninguna rebelión contra la Reina y que ordenarse sacerdote no podía ser un crimen y que sólo había venido a Inglaterra a conquistar almas para Cristo. El día 12 de julio siguiente fue llevado

a St. Thomas Waterings, donde lo esperaba Topcliffe y una gran multitud. Él se hincó de rodillas y se puso a rezar al pie de la horca y declaró ser inocente. Subido ya al carro, recordó el verdugo haber olvidado la soga. Fueron a buscarla y mientras tanto el mártir oraba, respondía a las incriminaciones de Topcliffe y hablaba al pueblo. Finalmente no hacía sino repetir: «Dulce Jesús, tened piedad de mi alma». La impresión causada en la multitud fue tan favorable que al llegar un hombre a caballo, muchos gritaron: «Es la dilación de la ejecución». Pero en realidad traía la soga. Se la echaron al cuello y él seguía hablando. Entonces fueron a arrear a los caballos para que tiraran del carro, pero un grupo de hombres sostuvo los caballos hasta que el mártir calló. Entonces arrearon los caballos y el P. Jones quedó colgado de la soga. Topcliffe al ver la actitud de la multitud dejó que colgara hasta que hubo muerto y sólo entonces se procedió a descuartizarlo. Su cabeza fue puesta a la puerta en Southwark y su cuerpo en los caminos a Newington, Lambeth...

Fue canonizado el 25 de octubre de 1970 por Pablo VI.

BEATOS MATÍAS ARAKI, PEDRO ARAKIYORI CHOBIOYE, SUSANA ARAKIYORI, JUAN TANAKA, CATALINA DE TANAKA, JUAN NAGAI NAISEN, MÓNICA NAGAI Y LUIS NAGAI

Mártires († 1626)

En la colina de los Mártires de Nagasaki, el 12 de julio de 1626, fueron martirizados por el nombre de Jesús ocho cristianos: cuatro hombres, tres mujeres y un niño. Las mujeres y el niño fueron degollados, los hombres fueron quemados a fuego lento. Todos ellos confesaron intrépidamente la fe de Jesucristo.

MATÍAS (CISAYEMÓN) ARAKI era miembro de una noble familia, ya cristiana al tiempo de su nacimiento. Él y su hermano Mancio, cuyo martirio ya fue relatado el día 8 de julio, vivían en Coxinotzu, reino de Arima. Decidieron ambos hospedar al Beato Francisco Pacheco, provincial de la Compañía de Jesús en el Japón, pensando que su casa, por estar en un sitio lejano y oculto, sería segura. Pero la delación de un traidor trajo consigo su

arresto, prisión en Ximabara y condena a muerte por negarse a apostatar del cristianismo.

JUAN NAGAI NAISEN era de noble familia de Ximabara y, cristiano desde su nacimiento, en la adolescencia hizo el propósito de vivir siempre cristiano y llegar al martirio si era menester con tal de mantener la fe. A los 24 años contrajo matrimonio con Mónica y tuvieron un hijo y dos hijas. El matrimonio decidió abrir su casa a los misioneros y correr los riesgos que ello llevaba. Distribuyó los bienes a los pobres y se quedó con lo necesario. Acogió a Juan Bautista Zola en otoño de 1622, y avisado de que levantaba sospecha preparó la huida del misionero la noche del día 22, pero al mediodía la casa fue asaltada por guardias y todos quedaron arrestados. Tras ser sometido a interrogatorio y juicio y haberse mantenido firme en la fe, desnudaron ante él a su mujer Mónica y amenazaron con violarla delante de él si no apostataba. Aterrorizado, Juan se avino a lo que se le pedía y él y su mujer quedaron libres. Arrepentido enseguida, hizo penitencia y decidió presentarse nuevamente al gobernador y confesar la fe. Así lo hizo, y otra vez con su mujer y sus hijos fue llevado a la cárcel de Omura donde padecería muchísimo y de donde salió para el martirio.

MÓNICA NAGAI era de familia noble y cristiana fervorosa. Casada con Juan Nagai, compartió la fe y las opciones religiosas de su esposo y cuando fue encarcelada e interrogada se negó a apostatar. Torturaron delante de ella a sus dos hijas pequeñas pero no renegó por ello, y salía ya para el martirio cuando sus hijas le fueron quitadas dejando con ella a su hijo Luis. Había soportado con increíble fortaleza el tormento del agua regurgitada. Al llegar a la colina del martirio vio a su esposo atado ya al poste en que iba a ser quemado; se puso de rodillas y se dedicó a orar. Luego fue decapitada.

LUIS NAGAI era un niño de siete años, hijo de Juan y Mónica, que estaba siendo educado en la fe por sus padres. A causa de las duras condiciones de la cárcel estaba tan débil que un soldado hubo de llevarlo en brazos al sitio del martirio. El soldado lo soltó y el niño corrió a buscar a su madre, que estaba orando. La madre no interrumpió la oración y entonces desde el poste el padre le dirigió palabras de aliento. Asistió espantado a la de-

capitación de su madre y estaba mirando su cabeza cortada cuando él mismo fue degollado.

PEDRO ARAKIYORI CHOBIOYE era un fervoroso cristiano que vivía en Coxinotzu y que daba albergue en su casa al hermano jesuita Gaspar Sadamatzu, motivo por el que fue arrestado, sometido a interrogatorios y torturas para que apostatara, pero se mantuvo firme en la fe. De la cárcel fue sacado para ser quemado vivo en la colina de Nagasaki.

SUSANA ARAKIYORI era la esposa de Pedro, con quien estuvo de acuerdo en hospedar en su casa al jesuita, que, cuando fue hallado, sirvió de motivo para su detención. Se la aisló para ver si su resistencia se venía a menos, y al no apostatar, fue paseada desnuda por las calles, colgada por los cabellos de la rama de un árbol y teniendo a su hijita pequeña desnuda y muerta de frío a sus pies; así estuvo ocho horas sin que la resistencia de la mártir se viniera abajo. Se le hizo entonces el tormento del agua regurgitada y luego se la ató a la pared con una argolla, debiendo estar así los meses siguientes hasta su martirio. A la salida para el mismo le quitaron la niña.

JUAN TANAKA había nacido en el seno de una familia ya cristiana y era un cristiano convencido y fervoroso desde su juventud. Preparado por los jesuitas pudo ser catequista y puso lo mejor de sí mismo en el desempeño de este encargo. Casado con Catalina, ofreció su casa para albergue de los misioneros, lo que sirvió de motivo para su detención y posterior martirio, puesto que hallaron en su casa al P. Baltasar Torres y al hermano Miguel Tozó, ambos jesuitas. Llegado al lugar del martirio, fue atado al poste y, prendido el fuego, las cuerdas se quemaron y se vio suelto. Entonces le dio un abrazo al cadáver del Beato Mancio Araki; luego besó las manos de los otros mártires que estaban siendo quemados y a la vista de todos volvió a su poste y allí consumó su martirio.

CATALINA TANAKA era la esposa de Juan. Participaba de sus mismos sentimientos religiosos y estuvo de acuerdo en acoger misioneros en su casa. Arrestada y encarcelada, se negó a apostatar y se mantuvo fiel a Cristo hasta que fue degollada.

Todos fueron beatificados por Pío IX el 7 de julio de 1867.

ROSA DE SAN JAVIER (MAGDALENA TERESA) TALLIEN, MARTA DEL ÁNGEL BUENO (MARÍA) CLUSE, MARÍA DE SAN ENRIQUE (MARGARITA LEONOR) DE JUSTAMOND Y JUANA MARÍA DE SAN BERNARDO DE ROMILLON

Vírgenes y mártires († 1794)

En la plaza de Orange donde estaba levantada la guillotina fueron sacrificadas el 12 de julio de 1794, por su fidelidad a Cristo y al evangelio, cuatro religiosas que firmemente, desde su prisión, habían manifestado su fidelidad a la Iglesia y a sus propios votos religiosos, rechazando cualquier compromiso contrario a su conciencia. Todas ellas subieron al patíbulo con fortaleza y serenidad. En la acusación contra ellas que sirvió de base a la condena a muerte se había dicho que las cuatro religiosas eran refractarias a la ley, habían rehusado constantemente y con obstinación prestar el juramento que se les había exigido y habían propagado el más peligroso fanatismo.

MAGDALENA TERESA TALLIEN había nacido en Bollène el 13 de septiembre de 1746. Sintiendo la vocación religiosa, ingresó en el monasterio de la congregación de la Adoración Perpetua del Santísimo Sacramento de su población natal el año 1770 e hizo la profesión religiosa con el nombre de sor Rosa de San Javier, y vivió ejemplarmente en el monasterio durante veinticuatro años, hasta que con las demás hermanas fue llevada a Orange, mostrando en todo tiempo su decisión de ser fiel hasta el final.

MARÍA CLUSE había nacido en Bouvante el 5 de diciembre de 1761 y había sido recibida en calidad de hermana conversa en el monasterio de la congregación de la Adoración Perpetua del Santísimo Sacramento de Bollène, donde había hecho la profesión religiosa con el nombre de sor Marta del Ángel Bueno. Siguió la suerte de las otras hermanas y con ellas fue llevada a Orange, donde perseveró en el buen espíritu y en la entrega generosa a la voluntad de Dios. Condenada a muerte y llevada al pie del patíbulo, iba a subir a él cuando se dirigió a ella uno de los verdugos y le propuso salvarla si le prometía ser su esposa. Indignada, la religiosa le dijo: «Verdugo, haz tu oficio, porque yo quiero hoy ir a cenar con los ángeles».

MARGARITA LEONOR DE JUSTAMOND había nacido en Bollène el 12 de enero de 1746 y había ingresado en el monasterio de Santa Catalina de Avignon, perteneciente a la Orden cisterciense, donde emitió la profesión solemne con el nombre de sor María de San Enrique. En 1790 fue suprimido su monasterio y marchó a Bollène donde se unió a las religiosas ursulinas y siguió su suerte hasta el martirio.

JUANA MARÍA DE ROMILLON había nacido en Bollène el 12 de julio de 1753 y había ingresado en el monasterio de religiosas de Santa Úrsula de Pont-St.-Esprit, de donde pasó al de su misma Orden en Bollène, siendo arrestada con sus hermanas y llevada a Orange, donde padecería el martirio.

Fueron beatificadas el 10 de mayo de 1925 por Pío XI.

SANTA INÉS LE THI THANH DE

Madre de familia y mártir († 1841)

Nació hacia el año 1800 en el pueblo de Bai Dem, Vietnam, pero en la adolescencia había fijado su residencia con su madre en Phunc-Nhat. Era muy joven cuando contrajo matrimonio con Nguyen-Van-Nhat, del que tuvo seis hijos. Era madre ejemplar y cristiana fervorosa, que abría su casa a los misioneros que frecuentaban la población para asistir pastoralmente a los cristianos.

Siguiendo su costumbre, en abril de 1841 albergó en su casa al misionero P. Galy. Pero un catequista apóstata delató su presencia y acudió con tropas la autoridad provincial, que mandó registrar la casa de Inés y halló escondido al sacerdote en una cisterna del huerto.

Inés es arrestada y llevada a Tran-Hoa; fue sometida a durísimos interrogatorios y bárbaras torturas para que apostatara, a lo que se negó firmemente. Su salud era delicada, no soportó las torturas y expiró en la cárcel el 12 de julio de 1841. Fue canonizada el 19 de junio de 1988 por Juan Pablo II.

SAN PEDRO KHANH

Presbítero y mártir († 1842)

Este invicto mártir vietnamita había nacido en Nguyen-Kiet el año 1780. Luego de haber ejercitado el oficio de catequista de forma ejemplar, fue admitido al sacerdocio y ordenado el año 1819. Ejerció su ministerio pastoral en diversas parroquias con celo y dedicación y siendo reconocida de todos su vida virtuosa.

Estaba de párroco en Ngansau cuando fue llamado por el P. Masson, uno de los provicarios del vicariato apostólico occidental, porque tenía que tratar con él algunos asuntos de la misión. Pero en una estación de aduana fue reconocido como sacerdote e inmediatamente arrestado. Era el 19 de enero de 1842. Invitado bajo amenazas y torturas a apostatar, se mostró firme y fiel a Cristo y fue dejado en la cárcel a lo largo de meses para ver si apostataba. Pero el mártir mantuvo la fe. Condenado a muerte, fue decapitado el 12 de julio de 1842. Se pudo rescatar su cuerpo y sepultarlo cristianamente. Fue canonizado por Juan Pablo II el 19 de junio de 1988.

13 de julio

A) Martirologio

1. En Bamberg, San Enrique († 1024), emperador **.
2. La conmemoración de San Esdras, sacerdote y escriba **.
3. La conmemoración de San Silas, compañero de los santos Pablo y Bernabé.
4. En Alejandría de Egipto, San Serapión († 212), mártir.
5. En la isla de Quíos, Santa Mirope († s. III/IV), mártir.
6. En Filomelio (Frigia), santos Alejandro y treinta soldados, mártires († s. IV).
7. En Albi (Aquitania), el tránsito de San Eugenio († 501), obispo de Cartago, desterrado de su sede por la persecución vandálica *.
8. En la Bretaña Menor, San Turiavo († s. VII/VIII), obispo y abad.
9. En Génova (Liguria), Beato Jacobo de Vorágine († 1298), obispo, de la Orden de Predicadores *.
10. En Norwich (Inglaterra), Beato Tomás Tunstal († 1616), presbítero, mártir bajo el reinado de Jacobo I *.

11. En Rochefort, beatos Luis Armando José Adam, franciscano conventual, y Bartolomé Jarrige de la Morélie de Biars († 1794), presbíteros y mártires en la Revolución Francesa *.

12. En Orange (Francia), beatas Magdalena de la Madre de Dios Isabel Verchière, Teresa Enriqueta de la Anunciación Faurie, Ana Andrea de San Alejo Minutte, María Ana de San Francisco Lambert, María Ana de Santa Francisca Depeyre y María Anastasia de San Gervasio Roquard († 1794), vírgenes y mártires en la Revolución Francesa *.

13. En Chau-Doc (Cochinchina), San Manuel Le Van Phung († 1859), mártir *.

14. En Budrio (Italia), Santa Clelia Barbieri († 1870), virgen, fundadora de la Congregación de Mínimas de la Virgen Dolorosa **.

15. En Galeazza Pepoli (Italia), Beato Fernando María Baccilieri († 1893), fundador de la Congregación de Siervas de María **.

16. En Langziqiao (China), San Pablo Liu Jinde († 1900), mártir *.

17. En Nangong (China), San José Wang Guiji († 1900), mártir *.

18. En San Juan de Puerto Rico, Beato Carlos Manuel Rodríguez Santiago († 1963), seglar **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN ENRIQUE
Emperador († 1024)

En la primavera del año 973 el ducado de Baviera celebraba con grandes festejos el nacimiento del príncipe heredero. Este niño, que llegaría a ser emperador y santo, era hijo de Enrique el Batallador, duque de Baviera, y de la princesa Gisela de Borgoña.

Podemos, fácilmente, imaginarnos los primeros años del niño príncipe: las fiestas, la caza, los trovadores, la guerra, en el marco poético del Medievo.

La vida de San Enrique parece que comienza como un bonito cuento de hadas, pero aquellos tiempos no eran de pura poesía; guerras y pestes se dejaban sentir y la Iglesia atravesaba lo que se ha llamado su «edad de hierro». La sociedad sufría violentos vaivenes y, en uno de ellos, nuestro pequeño santo tuvo que sufrir durante algunos años la persecución, mientras su padre, vencido en guerras familiares, era condenado al destierro.

Recobrada la calma y restablecido su padre en el trono de Baviera, el joven Enrique se dedicó al cultivo de las artes y las letras, bajo la custodia del santo obispo de Ratisbona, San Wolf-

gang, que había sido su padrino de bautismo y se cuidó de darle una esmerada educación cristiana.

A la muerte de su padre ocupó el trono nuestro santo, que contaba por entonces veintidós años. Era uno de los príncipes más instruidos de su tiempo; joven y fuerte, su fama corrió pronto por toda Alemania, ganándose la simpatía general. Para completar el cuadro, gozó también del amor, casándose con la princesa Cunegunda, con quien vivió tan santamente que hoy veneramos a ambos en los altares.

San Enrique fue un verdadero padre para sus súbditos; su ímpetu de mozo no le hizo olvidar la responsabilidad de ser rey.

Cuando algún señor feudal o alguna ciudad se sublevaban, cosa, por lo demás, harto frecuente en aquellos tiempos, sus jefes militares le aconsejaban destruir tales ciudades o fortalezas para castigo de su orgullo y escarmiento de los demás, pero el joven rey contestaba con calma: «Dios no me dio la corona para hacer mal, sino para corregir a los que lo hacen».

Así poco a poco su gobierno se consolidaba cada vez más y su buena fama corría de boca en boca.

Una noche se le apareció en sueños su padrino, San Wolfgang, y le hizo leer en la muralla: «Después de seis», desvaneciéndose inmediatamente la aparición.

San Enrique creyó que se trataba de un anuncio de su próxima muerte en el plazo de seis días y redobló sus acostumbradas penitencias, poniéndose en las manos de Dios. Pero el sentido exacto de la aparición lo comprendió sólo después de seis años, ya que exactamente a los seis años de la aparición, el 1 de enero del año 1002, fue proclamado emperador de Alemania. Acababa de morir el emperador Otón III y, como no dejaba descendencia directa, correspondía por derecho a San Enrique ocupar el trono del Imperio romano-germánico.

Reunidos los electores del Imperio declararon emperador a San Enrique, con gran gozo de todos sus súbditos. Sin embargo, para ocupar el trono al que tenía todos los derechos se vio obligado a hacer algunas guerras familiares contra otros pretendientes.

La situación del Imperio en aquellos momentos no era nada halagüeña. Numerosos señores feudales, marqueses y obispos,

se hacían la guerra mutuamente, asolando el país con sus *razzias*. A su vez, el rey de Polonia intentaba invadir Alemania y los bizantinos presionaban en las fronteras del sur del Imperio.

Para poner fin a todo esto, San Enrique organizó un formidable ejército y poco a poco logró imponer la paz en todos sus dominios, haciendo, además, tributarios a los reyes vecinos. San Enrique contaba entre sus dotes personales un gran genio militar.

Interesado en la reforma espiritual del clero, el año 1007 convocó en Francfort un concilio general para tratar este tema. De todos los puntos del Imperio acudieron numerosos prelados. Cuando San Enrique entró en la sala del concilio se postró en tierra ante todos los obispos en humilde y pleno reconocimiento de su potestad en todos los asuntos espirituales; tal gesto de humildad no lo había hecho ningún emperador germano. Bajo la protección imperial el concilio dictó severas normas disciplinares y San Enrique se encargó de hacerlas cumplir.

El emperador fundó espléndidamente numerosos monasterios y nuevas iglesias. Por todas partes florecían nuevos claustros, en que los monjes se entregaban a sus obras de piedad y de cultura, y desde todos los rincones del Imperio miles de campanas volteaban dando gracias al emperador. En Alemania todavía se conservan muchas de las grandes catedrales de entonces. Sobre las antiguas ciudades se destaca su imponente masa, como auténticas fortalezas, y su silueta marca siempre dos torres o dos ábsides iguales, simbolizadores de los dos poderes: la Iglesia y el Imperio.

Pero en Italia los Estados Pontificios no gozaban de la misma paz. Toda Italia era un hervidero de luchas fratricidas y en los Estados del Papa reinaba la más completa anarquía.

San Enrique pasó a Italia con un fuerte ejército para restablecer el orden, pero tuvo que salir de nuevo hacia Polonia para sofocar la sublevación de aquella parte del Imperio. Toda la vida del santo transcurre en un continuo zigzaguear de marchas militares y batallas para restablecer la paz y castigar a los malhechores.

San Enrique era amigo de la paz; tal vez por contraste con su azarosa vida amaba la delicia de un claustro silencioso y le

gustaba darse a la oración completamente solo. Podía parecer que le gustaba ser monje.

Cierta vez, estando en Estrasburgo, en el año 1012, maravillado de la piedad de los canónigos de la catedral quiso ser canónigo, y así se lo pidió al obispo que presidía el cabildo. El obispo vio las buenas disposiciones del emperador, pero prefirió tomar su petición en broma y, siguiendo el juego, le pidió una promesa de obediencia: «¿Estáis, señor, dispuesto a obedecerme en todo?».

Y a decir verdad que el rey estaba bien dispuesto a renunciar a todo para hacerse miembro de aquel santo cabildo. Entonces el obispo dijo: «Pues bien: yo os ordeno, en virtud de santa obediencia, que continuéis rigiendo el Imperio como hasta ahora, porque el Señor os ha destinado para rey y no para canónigo».

El rey obedeció, pero fundó una rica prebenda para que un canónigo se ocupara siempre de rezar por el rey, con el título de «rey del coro» y los honores consiguientes. Tal tradición se conservó en Estrasburgo hasta bien entrado el siglo XIII.

Entretanto murió en Roma el papa Sergio IV y fue elegido sucesor el papa Benedicto VIII, pero éste fue expulsado de Roma por el antipapa Gregorio y tuvo que refugiarse junto al emperador, el cual hizo una marcha sobre Roma para colocar al verdadero Papa en la Santa Sede. El Papa, en agradecimiento, le regaló un globo de oro adornado con piedras preciosas, representando su soberanía sobre el mundo, y desde entonces ése fue el símbolo de los emperadores. En tal ocasión San Enrique y su esposa fueron ungidos y coronados como emperadores de la cristiandad. Roma celebró con gran júbilo aquellas fiestas; parecía como si, bajo signo cristiano, hubiera resucitado otra vez el antiguo Imperio de Roma. Era el 14 de febrero del año 1014.

Seguramente, pocos reyes pudieron gozar como San Enrique del amor de sus súbditos, y sus vasallos recibieron como un don del cielo el tener tan buen rey.

A su muerte, el emperador hizo llamar a los padres de su esposa y a los grandes de la corte y, tomando dulcemente la mano a Santa Cunegunda, les dijo: «He aquí a la que vosotros me habéis dado por mujer ante Cristo, como me la disteis virgen, virgen la pongo otra vez en las manos de Dios y en las vuestras». Luego dictó su testamento y fue a reunirse con los santos.

En Grona las campanas tocaban a muerto el 13 de julio de 1024. Mientras tanto una gran procesión trasladaba los restos de San Enrique emperador a la catedral de Bamberg, donde todavía se conservan. Fue canonizado por el Beato Eugenio III en el año 1146.

LUIS PÉREZ ARRUGA, OP

Bibliografía

BUTLER, A., *The lives of the Fathers, martyrs and other principal saints* (Londres 1922).
DVORNIK, F., *The making of Central and Eastern Europe* (Londres 1949) 185-222.
GÜNTER, H., *Kaiser Heinrich II, der Heilige* (Munich 1904).

SAN ESDRAS
El Escriba

El *Martirologio romano,* en su edición típica de 2001, señala el 13 de julio la memoria elogiosa de Esdras, con estos datos:

> «Conmemoración de San Esdras, sacerdote y escriba que, en tiempo de Artajerjes, rey de los persas, al volver de Babilonia a Judea, congregó al pueblo disperso y puso todo su afán en comprender, practicar y enseñar la Ley del Señor en Israel».

Muchos de los israelitas deportados a Babilonia, al prolongarse el exilio, se acomodaron a la vida de los paganos, fascinados por su cultura. Otros, en cambio, sentían la nostalgia de su tierra y de su templo, y soñaban en la vuelta a Jerusalén augurada por los profetas: «Volveré a edificarte y serás reedificada, virgen de Israel; aún volverás a tener el adorno de tus adufes, y saldrás a bailar entre gentes festivas» (Jer 31,4).

Esdras, sacerdote y escriba, alimentaba estas esperanzas. Entre tanto, colgaban sus cítaras de los sauces, junto a los canales de Babilonia y se sentaban a llorar con nostalgia de Sión. «¿Cómo cantar los cánticos del Señor en tierra extranjera?» (cf. Sal 137 [136]).

Con el dominio de los persas, cambiaron las cosas. Deseaban estabilizar en la paz sus posesiones y se decidieron a organizar la administración del imperio con relaciones amistosas, teniendo muy en cuenta el respeto a las creencias que aglutinaban

a los pueblos sometidos. Todos los gobernadores de las provincias tenían a su lado secretarios reales, como testifica Herodoto (IV,128). Estaban encargados de la correspondencia diplomática. Funcionarios competentes se relacionaban con los distintos grupos religiosos.

A partir del decreto de Ciro (año 538 a.C.) fueron regresando los deportados a su patria en escalonadas caravanas. «Entonces los cabezas de familia de Judá y Benjamín, los sacerdotes y los levitas y todos aquellos cuyo ánimo había movido Dios, se pusieron en marcha para subir a edificar el templo de Yahvé en Jerusalén» (Éx 1,5). «El rey Ciro mandó sacar los utensilios del templo de Yahvé que Nabucodonosor se había llevado de Jerusalén y había depositado en el templo de su dios» (Éx 1,7).

Inmediatamente se pusieron los repatriados a reconstruir Jerusalén. Con Zorobabel, del linaje de David, alzaron el altar de los holocaustos e inauguraron la reconstrucción del templo. Impulsaron la ardua tarea, con su voz iluminada, los profetas Ageo y Zacarías. Los trabajos, amparados y subvencionados por la administración de los persas, se interrumpen cada poco por la insistente oposición de los vecinos samaritanos. Gráficamente lo expresa la Biblia cuando dice: «Con una mano cuidaba cada uno de su trabajo; con la otra, empuñaba el arma. Cada uno de los constructores tenía ceñida a la cintura la espada mientras trabajaba» (Neh 4,11-12). De hecho, no se pudo terminar el templo hasta el año 515, en el que fue dedicado (cf. Esd 6). En el medio siglo siguiente, los esfuerzos para alzar las murallas de Jerusalén siguen siendo obstaculizados por los mismos samaritanos.

Para situar correctamente la misión de Esdras en estos momentos oscuros del postexilio, la fuente indispensable son los libros que llevan su nombre y el libro de Nehemías, advirtiendo que la acción restauradora de este último, copero del Rey y gobernador laico, se desarrolló unos cincuenta años antes que la de Esdras.

Los dos libros de Esdras forman una unidad como prolongación del libro de las Crónicas, y no se pueden tomar como «históricos» en el sentido actual de este concepto porque están dominados por el contenido teológico para diseñar el judaísmo

bíblico en torno al templo y la Torá; con este fin, se altera la cronología.

Si resultaba difícil la restauración material de la ciudad con su templo y sus muros, mucho más arduo iba a ser reconstruir la vida espiritual de la comunidad. Ésta fue la misión prioritaria de Esdras y en ello puso todas sus fuerzas.

Pero ¿quién era Esdras? Su nombre dice ya algo de su tarea: «Dios es socorro». No está probado que fuera sacerdote, ni de la familia de Aarón. Se le llama siempre «escriba» *(sopher,* secretario). «Un escriba experto en la Ley de Moisés» (Esd 7,6). «Scriba velox», pronto, rápido y ágil, porque la facilidad es fruto de la experiencia.

Esdras fue un judío de Babilonia convertido en funcionario de la corte de Persia. Un comisario que no ejerció como gobernador provincial pero, en cambio, se le atribuyen funciones culturales y el estudio de la Ley. Se dedicó a investigarla a fondo hasta «tenerla en la mano» —como de pasada se dice en el documento de Artajerjes—, Esd 7,14-25. No sólo llegó a comprenderla teóricamente sino que la practicaba y la enseñaba, dándola a conocer a su pueblo disperso en Babilonia. Por eso era tan estimado entre los grupos de los judíos, donde había alcanzado gran prestigio y logrado notoria celebridad (cf. Esd 7,10).

Había aplicado su corazón a cuidar la ley de Yahvé y a enseñar su moral, sus preceptos y sus normas. Comprender, practicar y enseñar, es el triple deber de cuantos tienen la misión de formar a las personas y a los pueblos. Así se explica que el rey Artajerjes lo enviara a la cabeza de una nueva expedición de repatriados, en número de 1.800. Era el año séptimo de su reinado (465-425), es decir, el 459:

> «Artajerjes, rey de reyes, al sacerdote Esdras, secretario de la Ley del Dios del cielo, paz perfecta, etc. Éstas son mis órdenes: "Todo aquel que en mi reino pertenezca al pueblo de Israel, o a sus sacerdotes o sus levitas, y quiera volver a Jerusalén, puede partir contigo, ya que el rey y sus siete consejeros te envían para inspeccionar a Judá y a Jerusalén en lo referente a la Ley de tu Dios, que está en tus manos, y para llevar allá el oro y la plata [...] Y tú, Esdras, conforme a la sabiduría de tu Dios, que posees, nombra jueces y magistrados que administren la justicia a todo el pueblo de

Transeufratina, a todos los que conocen la Ley de tu Dios. A quienes la ignoran, habréis de enseñársela...''» (Esd 7,12-15.25).

El decreto está redactado en términos tan favorables, dentro de su género literario, que Esdras prorrumpe en esta expresión y ferviente acción de gracias:

«¡Bendito sea Yahvé, Dios de nuestros padres, que movió de esta manera el corazón del rey para glorificar el templo de Yahvé en Jerusalén y me granjeó el favor del rey, de sus consejeros y de los altos jefes del rey!» (Esd 7,27-28).

La caravana, compuesta por 1.800 judíos con sacerdotes y levitas, partió de Babilonia en abril confiando en el Señor para las dificultades del camino, después de unos días de oración y ayuno (cf. Esd 8,21.31). La llegada a Jerusalén, después de tan larga peregrinación, se interpreta como cumplimiento del designio divino. La mano bondadosa de Dios estaba con él (cf. Esd 7,28). En el eje de su tarea estaba la Ley dada a Moisés. (En la tradición se le atribuye, por parte de algunos, la última redacción del Pentateuco).

Sin duda, uno de los episodios más significativos de su vida y su obra es la solemne proclamación y lectura pública y comunitaria de la Palabra de Dios que orientó la vida de los antepasados y ha de convertirse en norma y lámpara que oriente los pasos de la naciente comunidad. El marco es la celebración litúrgica de la fiesta de los Tabernáculos o de las Tiendas, rememorando la alegría del encuentro con los orígenes. Todo un lenguaje celebrativo, lleno de simbolismo. Con la fiesta del mes séptimo (septiembre-octubre) se inauguraba, antes del destierro, el nuevo año. Tiene el sentido teológico de indicar un comienzo. Es el acta de nacimiento del judaísmo bíblico. El texto dice así:

«Llegado el mes séptimo, todo el pueblo se congregó como un solo hombre en la plaza que está delante de la puerta de las Aguas. Dijeron al escriba Esdras que trajera el libro de la Ley de Moisés que Yahvé había prescrito a Israel. Trajo el sacerdote Esdras la Ley ante la asamblea, integrada por hombres, mujeres y todos los que tenían uso de razón. Era el día uno del mes séptimo. Leyó una parte [...] desde el alba hasta el mediodía [...] y los oídos del pueblo estaban atentos al libro de la Ley.

El escriba Esdras estaba de pie sobre un estrado de madera levantado para esta ocasión [...] Esdras abrió el libro a los ojos de todo el pueblo —pues estaba más alto que todo el pueblo— y al abrirlo, el pueblo entero se puso en pie. Esdras bendijo a Yahvé, el Dios grande; y todo el pueblo, alzando las manos, respondió: "¡Amén! ¡Amén!"; e inclinándose se postraron ante Yahvé, rostro en tierra. Josué, Bani [...] que eran levitas, explicaban la Ley al pueblo que seguía en pie. Y Esdras leyó en el libro de la Ley de Dios aclarando e interpretando el sentido, para que comprendieran la lectura.

Entonces [...] Esdras, el sacerdote escriba (y los levitas que explicaban al pueblo), dijeron a todo el pueblo: "Este día está consagrado a Yahvé vuestro Dios; no estéis tristes ni lloréis". Pues todo el pueblo lloraba al oír las palabras de la Ley. Díjoles también: "Id y comed manjares grasos, bebed bebidas dulces y mandad su ración a quien no tiene nada preparado. Porque este día será consagrado a nuestro Señor. No estéis tristes: la alegría de Yahvé sea vuestra fortaleza". También los levitas tranquilizaban al pueblo diciéndole: "Callad: este día es santo. No estéis tristes".

Y el pueblo entero se fue a comer y beber, a repartir raciones y hacer gran festejo, porque habían comprendido las palabras que les habían enseñado. El segundo día, los cabezas de familia de todo el pueblo, los sacerdotes y los levitas se reunieron junto al escriba Esdras para comprender las palabras de la Ley. Y encontraron escrito en la Ley que Yahvé había mandado, por medio de Moisés, que los israelitas tenían que habitar en cabañas durante la fiesta del último mes. En cuanto lo oyeron hicieron pregonar en todas las ciudades y en Jerusalén: "Salid al monte y traed ramas de olivo, de pino, de mirto, de palmera y de otros árboles frondosos, para hacer cabañas conforme a lo escrito".

Salió el pueblo y trajeron ramas y se hicieron cabañas, cada uno en su terrado, en sus patios, en los atrios del templo de Dios, en la plaza de la puerta del agua y en la plaza de la puerta de Efraín. Toda la asamblea, los que habían vuelto del cautiverio, construyó cabañas y habitó en ellas —cosa que los israelitas no habían hecho desde los días de Josué, hijo de Nun, hasta aquel día— y hubo gran regocijo. Esdras leyó en el libro de la Ley de Dios diariamente desde el primer día hasta el último. Durante siete días se celebró fiesta; al octavo tuvo lugar, según la norma, una asamblea solemne» (Neh 8,1-18).

El pueblo conmovido respondía ¡Amén! Habían comprendido las palabras que les habían enseñado. Fue un acontecimiento histórico decisivo: la imposición por parte de Esdras de la Ley como contribución, a la vez religiosa y civil, aceptada por el pueblo, reconocida y sancionada por el soberano persa (cf.

Esd 7,26). Con ello, el judaísmo postexílico conquistaba su propia identidad y una relativa autonomía e independencia. Por eso, el acontecimiento tan relevante vuelve a reinterpretarse en la liturgia sinagogal que nacía entonces reforzando la imagen fundadora de Esdras al servicio de la palabra.

La comunidad de repatriados que se encontró Esdras en Jerusalén era muy heterogénea, con grave riesgo de infidelidad y sincretismo religioso por haberse mezclado en matrimonios mixtos con los paganos. Los jefes y los consejeros habían sido los primeros en dar mal ejemplo casándose con mujeres que adoraban a dioses extranjeros (cf. Esd 9,1s). Cuando Esdras propone vigorosamente la separación drástica, no es por una razón social, sino teológica. La separación cruel e inhumana, y la expulsión de las esposas con sus hijos, es una necesaria consecuencia de la elección. Sólo una raza santa, separada de todo elemento impío y mezclado (cf. Neh 13), puede pretender la posesión de la tierra santa y vivir su misión histórica que es proteger la Ley de Dios. Sólo a esta luz tradicional puede comprenderse el radicalismo de las medidas tomadas por Esdras y aceptadas por el pueblo, que fue gradualmente poniéndolas en práctica para salvar lo esencial: la identidad religiosa de la comunidad.

En estos momentos vivía Israel una problemática especial, una tensión dialéctica incesante entre el universalismo y la fidelidad a la Alianza. Por otro lado, esta corriente segregacionista del judaísmo postexílico en minoría de refundación no puede hacernos olvidar otras corrientes que brotan de su misma fuente. Así, el libro de Rut, escrito en tiempos de Esdras, mira con simpatía el matrimonio mixto de una moabita con Booz del que nacerá el abuelo de David. Es una actitud revolucionaria frente al conservadurismo de inspiración deuteronómica. La visión de los ninivitas convertidos frente a Jonás mosqueado, es impresionante. El Dios de Jonás no tiene más que una preocupación, la salvación de Nínive; e Israel tiene una sola misión: ser instrumento de salvación.

En 1 Crón 1-9 y en 2 Crón 8-11 se citan matrimonios mixtos sin juzgarlos negativamente. Los profetas Isaías y Jeremías atestiguan la vocación universalista de Israel. En la carta a los

deportados, de Jeremías 29,4-7, ofrece una imagen mucho más positiva de las relaciones de Israel con las naciones: «Trabajad por hacer próspera la ciudad a donde yo os haya desterrado y rogad por ella al Señor, porque su bien será vuestro bien». El tercer Isaías en sus oráculos (cf. n.56-66), bajo una forma más nacionalista pues la salvación llega por medio de Jerusalén, atestigua el más amplio universalismo: «A los extranjeros que decidan reunirse y servir al Señor [...] los traeré a mi monte santo y les alegraré en mi casa de oración [...] porque mi casa será llamada casa de oración para todos los pueblos» (Is 56,3-7).

La lectura de Esdras no debe hacernos olvidar esta otra tradición interna del judaísmo: la vocación universalista de Jerusalén en la que «todo hombre ha nacido» (Sal 87,5-6). La historia de José y el libro de Ester, nacidos en la diáspora de Egipto y de Persia (Susa), tienen otras actitudes distintas. El movimiento reformista de Esdras lo condujo a radicalizar algunas medidas tomadas por Nehemías que no se había enfrentado más que con dos casos escandalosos. Esdras convocó la asamblea de todos los repatriados (cf. Esd 10,7-16) y les dio órdenes de separarse de las gentes del país y de las mujeres extranjeras, por fidelidad a Dios. La unanimidad que se alcanzó tuvo excepciones en la oposición de algunos laicos y levitas. Para aplicar esta reforma en su radicalidad nombró una comisión de cabezas de familia.

La misión y tarea de Esdras fue de orden principalmente espiritual: la educación del corazón y del espíritu, difícil de analizar y valorar. Sus logros, innegables, son menos visibles que la reconstrucción material de Jerusalén, pero sus efectos, no menos importantes y duraderos. La adopción por la comunidad judeo-samaritana de la misma Ley es un éxito de su obra refundadora que se comprueba hasta nuestros días; pero la misión de unificar la comunidad de expatriados fue más complicada: menos de un siglo después el grupo samaritano se segregó del grupo judío, con lo que se ponía de manifiesto el fracaso de esa unidad.

La tradición de escribas y doctores que consideran a Esdras como su maestro y modelo ha engrandecido considerablemente su figura. Se le atribuye una parte importantísima en la formación del canon de las Escrituras Sagradas. Muchos lo ven como

un nuevo Moisés. La Ley se impone como código legal —reconocido por el rey pagano— para regir a una etnia particular, con el peligro de olvidar, al menos en su aplicación, al legislador divino y universal.

Esdras es el iniciador del culto sinagogal (cf. Neh 8). El iniciador, también, de una religiosidad centrada en el estudio atento de la Palabra de Dios y de su Ley. Inaugurando el tiempo de los escribas, Esdras anticipa el de los rabinos fariseos en las tradiciones del judaísmo. El apócrifo de su nombre (IV de Esdras) lo idealiza legendariamente afirmando que todos los escritos sagrados habían desaparecido con la ruina de Jerusalén y que Esdras, inspirado por Dios, había dictado de memoria durante cuarenta días a cinco secretarios, noventa y cuatro libros; de los cuales, veinticuatro, los de la Biblia hebrea, debían ser publicados; y los demás —los otros setenta— debían quedar reservados a los doctos. San Jerónimo advierte que los sueños de los apócrifos no deben confundirse con los libros verdaderamente inspirados. Con mayor sobriedad, el rabí Nathán (s. II) dice que Esdras le dio al Pentateuco su forma actual; pero, realmente, sólo se refirió a la promulgación de la Ley dada por Moisés. De Babilonia trajo un ejemplar de la Ley, copiado por su mano, en el arameo que ya estaba en uso.

No necesita Esdras halos de leyenda. Su obra basta para su gloria. Un grabado en cuero (s. XVI), obra de Nicolás de Bruyn, representa al Ángel del Señor que explica a Esdras el sentido de la visión apocalíptica y apócrifa más conocida: la del águila bicéfala que simboliza el Imperio Romano. Una de las cabezas devora a la otra, mientras un león salta rugiente hablando a Esdras con voz humana.

El Eclesiástico dedica un espléndido y vibrante elogio al escriba, con palabras técnicas (cf. Eclo 39,1-11), pero ignora por completo a Esdras, tal vez por haber unificado a los judíos con el «pueblo insensato que mora en Siquén» (Eclo 50,28).

> «El que se aplica de lleno a meditar la ley del Altísimo [...] y dedica su ocio a estudiar las profecías [...] Por la mañana dirige su corazón hacia el Señor, su Hacedor; mostrará la instrucción recibida y se gloriará en la ley de la alianza del Señor [...] Muchos elogiarán su inteligencia y jamás será olvidada. Las naciones hablarán de su

sabiduría y la asamblea proclamará su alabanza. Mientras viva, su nombre será famoso entre mil y cuando muera, eso le bastará...».

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

Act. SS. Boll., 14 de julio (Venecia 1747) 475s.
ABADIE, PH., *El libro de Esdras y de Nehemías* (Estella 1998).
ALONSO SCHÖKEL, L. A., *Crónicas, Esdras, Nehemías* (Madrid 1976).
ESPADA, F., «Esdras», en *Bibliotheca sanctorum*. V: *Erizzo-Galdino* (Roma 1964) cols.83-86.

SANTA CLELIA BARBIERI

Virgen y fundadora († 1870)

En la pequeña aldea de Las Budrie, en la comunidad rural de San Giovanni in Persiceto, próxima a Bolonia, nació el 13 de febrero de 1847 una niña, hija de José Barbieri y Jacinta Nanetti, dedicados al cultivo de plantaciones de cáñamo en el centro de la inmensa llanura atravesada por el Reno, y en la parte bañada por el Samoggia. En el transcurso de la epidemia colérica que recorrió las naciones europeas ocasionando millares de muertos, el 11 de julio de 1855 falleció su padre, a los 32 años de edad. Esta desgracia obligó a la viuda e hijos a avecindarse en un caserío próximo, cuyo maestro le enseñó las primeras letras, aunque no aprendió con perfección.

El 8 de junio de 1856 fue confirmada, preguntando a su madre: «Mamá, ¿cómo puedo hacerme santa?». Tenía señalado su camino hacia la santidad. A los 11 años recibió la primera comunión y al concluir la misa sintió, repentinamente, que su corazón se llenaba de amor a Dios. Manifestaba entre sus compañeras una singular madurez, empezando a sufrir desmayos que, en ocasiones, se prolongaban unos treinta minutos, sin que palideciera su rostro. Eran éxtasis, gracias espirituales con que Dios la regalaba preparándola para sí. En 1862 don Cayetano Guidi, párroco local, la inscribió como catequista en la parroquia, preocupándose en su formación espiritual, admitiéndola tiempo después como sirvienta suya. La vida en la casa abadía no fue fácil, pues una hermana del sacerdote no la soportaba, llegando incluso en alguna ocasión a golpearla.

Durante este tiempo su deseo era entrar como novicia en algún instituto religioso pero carecía de dote, como entonces se exigía a las jóvenes, rechazando algunas ofertas matrimoniales que se le brindaron. Los problemas políticos de este conflictivo período histórico, caracterizado por el paso del dominio pontificio a la reunificación del Estado italiano, le sirvieron para acentuar el sentido de responsabilidad, de la necesidad del amor de Dios, participando en los sufrimientos que padecía el pueblo de Dios.

Cuando en 1859 estalla la segunda guerra de independencia varias provincias de Italia pidieron la incorporación al reino del Piamonte. El Papa excomulgó a los usurpadores, pero las provincias del Estado pontificio quedaron anexionadas al nuevo reino. La cuestión romana se hizo candente. En 1860 las tropas de Garibaldi ocupan las Marcas y Umbría, y Víctor Manuel de Saboya es proclamado rey de Italia. El vicario capitular de Bolonia fue condenado a tres años de cárcel, también el párroco de Las Budrie, don Cayetano Guidi. El nuevo gobierno italiano apoyado por la izquierda anticlerical siguió hostil a la Iglesia durante largo tiempo y, entre los meses de junio y julio de 1866, unos 50 sacerdotes de la diócesis de Bolonia fueron arrestados. Además, el 7 de julio del mismo año el parlamento aprobó la supresión de las órdenes religiosas, provocando un grave problema social y religioso. Estos dramáticos acontecimientos incentivaron sus penitencias, agravando una tuberculosis pulmonar que padecía. Al comienzo de 1867 se encontró muy enferma, con agravamiento posterior que la puso en situación peligrosa.

Tenía veinte años y se le ordenó guardar cama, pues se encontraba a las puertas de la muerte. Cuando se recuperó consoló a su madre: «No llores, que no voy a morir ahora. El Señor espera todavía algo más de mí». Restablecida, pero sin poder continuar con el trabajo en la rectoral, se decidió por formar un «retiro», en donde vivir con otras tres compañeras. Un tío suyo, el doctor Ceferino Nanetti, la denunció a la prefectura al considerar que se trataba de una «concentración de monjas» que había prohibido la ley, pero no prosperó su petición al reconocer el carácter laical de su «retiro».

En su mente se aclaró un proyecto de vida común, sencillo y esencial: «Somos muy pobres, no podemos ser aceptadas nunca en ningún convento. Reunámonos, pues, para vivir una vida recogida y hacer el bien». La supresión de los institutos religiosos hizo más realista y válida esta notable intuición suya que al inicio parecía casi temeraria y desproporcionada. El 1 de mayo de 1868 se reunió con tres compañeras en la llamada «casa del maestro», donde, desde el primer momento, experimentaron la divina Providencia. Así nació en la pobreza y el abandono una nueva forma de vida activa y espíritu contemplativo, al servicio de la caridad a tiempo pleno, con extraordinaria sencillez y alegría.

Se prodigaron con benéficos resultados, atendiendo y educando a los niños, visitando a los enfermos y ayudando a los moribundos, aunque tuvieron que sufrir grandes privaciones pues los campesinos contaban con pocos bienes para mantenerlas, y el párroco colaboraba pagando el alquiler de la casa. Con el fin de recaudar ayudas se dedicaron al bordado y a espigar el trigo, una vez concluida la recolección de la cosecha. El 7 de enero de 1869 hubo una violenta manifestación en San Giovanni in Persiceto en protesta contra la ley de la molienda, apoyándolos con su oración en la iglesia, junto a las madres y esposas de los manifestantes. El domingo siguiente frente a las detenciones represoras logra mantener la calma de los vecinos. El 31 de enero, durante una misa, vive un momento de inefable ardor místico, que la lleva a «mortificar mi voluntad en todas las cosas para agradar cada vez más al Señor», invitando a todos: «¡Amad a Dios!». Su corazón respiraba paz, modestia, dulzura y sencillez. La admiraban todos y era querida por todos.

El 25 de marzo de 1869, Jueves Santo ese año, fiesta de la Anunciación, titular de la parroquia, tuvo otro momento carismático que le regaló el Espíritu divino, repitiendo el lavatorio de Cristo a los apóstoles en doce jóvenes, delante de sus compañeras.

A principios de 1870 enfermó de nuevo de la tuberculosis que arrastraba desde niña, visitándola su tío médico que salió de la habitación profundamente conmovido. El 13 de julio de ese año expiró, a los 23 años de edad. El cardenal arzobispo de Bolonia tituló aquel «retiro» como Mínimas de la Dolorosa.

La fama de santidad de su vida, fundada en el heroico ejercicio de la caridad y demás virtudes, motivó que el 15 de abril de 1920 se abriera el proceso diocesano de beatificación, concluyendo los trabajos en 1933. En 1940 se inicia el proceso apostólico, que terminó tres años más tarde. El 22 de febrero de 1955 Pío XII promulgó la heroicidad de las virtudes. Pablo VI la proclamó beata el 27 de octubre de 1968, y el 9 de abril de 1989 Juan Pablo II la canonizó, incluyéndola en el calendario de los santos. Ha sido proclamada patrona de los catequistas de la diócesis de Bolonia.

Como reconoció el Santo Padre en 1968, la primera impresión que ofrece su vida es la de su pequeñez y brevedad, pues vivió sólo 23 años:

> «En algunos casos la brevedad de la vida se culmina con extraordinarias virtudes personales y gracias espirituales que confían a esta joven vida la aureola más gloriosa y difícil de conseguir: la santidad».

Una riqueza admirable de los dones sobrenaturales que dejan más nítida la evidencia del amor de Dios. Nace en una familia donde la laboriosidad, la sobriedad, la modestia, el sentido del deber y del temor de Dios estaban a flor de piel. Una cándida simplicidad y sensibilidad moral, viviendo auténticamente el evangelio.

En el silencio de su vida, sin signos extraordinarios milagrosos, encontramos el trato íntimo con el Señor. Podemos vislumbrar en el testimonio de esta joven, en su pequeñez, una impresión de grandeza a través de la inocencia de esta singular criatura, con un interior alimentado continuamente por un coloquio espiritual con Dios, que ama y espera ser amado, más que investigado. Quien nada era se convierte en maestra, comunicando su propia interioridad, un tesoro escondido de amorosa virtud, con amorosa ansia de servir a la parroquia, educando en la fe a los otros, en un cenáculo donde la oración y el servicio a los pobres y enfermos la convierten en luz de esperanza para muchos. Amor traducido en obras de caridad para todos.

Ardor y oración son el mejor ejemplo de su vida: fascinada por Cristo y llena de su gracia, emprende el camino de la perfección, recorriéndolo con empeño juvenil y amoroso apostola-

do, practicando heroicamente la caridad. Virtudes de un pueblo fuerte y cristiano. Dios elige siempre lo más débil del mundo para confundir a lo fuerte. Donde la indigencia reclama que alguien la socorra y le sirva, allí está ella, con silencioso sacrificio de sí misma. Un don generoso y misterioso de vida consagrada e inmolada. Siguiendo al espíritu con el impulso gozoso de los carismas, para hacer posible y fácil el mandato de Cristo. En medio del tumultuoso vivir, la humilde virtud se abrió paso, expresando con nitidez la libertad del corazón consagrado al servicio de Dios y de los hermanos.

En tiempos no fáciles para la Iglesia y en un ambiente social invadido por fermentos hostiles al Evangelio, no dudó en hacerse obrera de la doctrina cristiana, catequista del mensaje evangélico, para llevar a todos el anuncio de Jesús, el Salvador, profesando su fe con valentía y perseverancia. Atraídas por la fuerza de su entusiasmo, otras jóvenes de la parroquia se le unieron también, compartiendo su mismo ideal de vida apostólica y contemplativa. Esta admirable joven ofrece a todos la plena y total confianza en Cristo y en la Iglesia, porque creyó en las palabras de Jesús, superando insidias y tentaciones, evitando atractivos y peligros mundanos.

Con una vida exteriormente sencilla y ordinaria hizo crecer dentro de sí misma una llama de amor tan intensa y ardiente hacia el Divino Esposo, que su misma naturaleza se resintió por ello. En un espacio de tiempo tan breve asombra el grado de santidad que alcanzó esta criatura humilde y frágil, pobre totalmente de bienes materiales y de cultura, pero rica en la sabiduría de los sencillos. Los más amados por Dios. La devoción a la eucaristía ocupa un papel fundamental en su vida, descubriendo día a día con un celo renovado la amorosa presencia de su Señor: «Abrid vuestro corazón y echad fuera abundantes llamas de amor y con estas llamas encended el mío. Haced que yo arda de amor». Nada tiene de extraño, por tanto, la opinión que sus paisanos tenían de ella:

> «Si Dios hubiese mandado sobre la tierra uno de los ángeles de su corte, aquel ángel no habría podido vivir una vida más bella, más santa, más fecunda de bien para sí y para los demás que la que vivió ella. Esta joven no es el fruto de una escuela particular de espiritualidad, sino el producto genuino de la Iglesia, de la labor de-

sarrollada en la parroquia de su pueblo. Es un fruto espléndido de la Iglesia local».

En ella todo es simple. Su riqueza interior procede del contacto personal con Dios, y llena de Dios, por quien renuncia a todo, lo irradia en su persona y en la fecunda actividad apostólica. La gracia del Espíritu Santo en ella se convierte en gracia para todos, colaborando con Cristo a salvar el mundo. En esta joven santa encontramos una vida vivida en plenitud, en la esperanza de poseerlo todo viviendo en el amor de Cristo.

El milagro de la canonización

En 1959 nació Liana Stefanutto, natural de Údine, pasando la infancia con buena salud. En 1973 empezó a notar dolores en la rodilla izquierda, siéndole diagnosticada una artroalgia reumatoide. En 1982 fue reconocida en el hospital de Santa Úrsula de Bolonia pero la terapia no mejora, al contrario, empeora. No responde al tratamiento y, finalmente, los médicos le pronostican infausta quoad vitam, por la gravedad que presentaba la enferma y por la ineficacia reconocida de la terapia. En la noche del 19-20 de junio de 1982, y después de colocar una reliquia e invocar a la Beata Clelia, la enferma se vio en la mañana siguiente libre de toda sintomatología dolorosa. El 15 de julio, completamente restablecida, abandonó el hospital y posteriormente contrajo matrimonio. Los peritos de la Congregación para las Causas de los Santos reconocieron que esta curación no puede explicarse según los conocimientos médicos, confirmando la consulta médica del 18 de noviembre de 1987, por unanimidad, el carácter sobrenatural de esta curación, sentencia confirmada por decreto de Juan Pablo II el 11 de febrero de 1989. En 1993 el cardenal G. Biffi, arzobispo de Bolonia, erigió en Santuario la iglesia parroquial de Santa María de Las Budrie en donde se veneran sus sagrados restos.

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

Beati e santi canonizzati da Paolo VI, II (Ciudad del Vaticano 1996).
BONORA, M.ª C., *Santa Clelia Barbieri* (Leumann, Turín 1996).

GIOVETTI, P., *Santa Clelia Barbieri. Una biografia* (Cinisello Balsamo 1994).
L'Osservatore Romano (28-X-1968) beatificación; (10-IV-1989) canonización.
RISSO, P., *Un canto d'amore. Profilo biografico di santa Clelia Barbieri* (Leumann, Turín 1989).

BEATO FERNANDO MARÍA BACCILIERI

Fundador († 1893)

Ferdinando María Baccilieri, nació en Campodoso, en la parroquia de Reno Finalese (diócesis de Módena), el 14 de mayo de 1821, en una familia acomodada, y fue bautizado el día siguiente. Sus padres, Domenico Baccilieri y Leonilde dalla Bona, que se distinguían por su religiosidad, educaron cristianamente al pequeño Fernando, y a sus cinco hermanas. Crece así en la mejor escuela: la de la fe y la caridad. Recibe una formación cultural muy cualificada, primero en su propia casa, después en el renombrado colegio de los barnabitas de Bolonia y por fin, con los jesuitas, en Ferrara.

Durante esta época, ya adolescente, atraído por el ejemplo de sus maestros, experimentando con fuerza el deseo de anunciar el Evangelio en tierras de misión y sintiendo vivamente en su corazón la vocación a la vida religiosa, decidió hacerse misionero en la Compañía de Jesús para poder predicar el Evangelio en el lejano Oriente. Comenzó el año de noviciado en Roma, en Sant'Andrea al Quirinale, pero hubo de interrumpirlo por la precaria situación de su salud. Eran otros los proyectos de Dios: su débil salud, razón por la que debe retornar al hogar familiar, hizo comprender poco a poco a don Baccilieri que en los planes de Dios la tierra de misión para él sería Galeazza Pepoli. Aquí entenderá que el camino del Evangelio sólo se puede recorrer a través del camino de la cruz y de la renuncia.

Realizados sus estudios filosóficos y teológicos en los seminarios de Finale Emilia, Módena y Ferrara, recibió la ordenación presbiteral en esta última ciudad el 2 de marzo de 1844 con apenas 22 años. El día de su ordenación prometió «celebrar siempre con las felices disposiciones de la primera vez: con alma limpia, abrasada de viva fe y ardiente amor».

De nuevo en Reno Finalese, como colaborador del párroco en aquellos sus primeros años, de 1844 a 1851, se entregó con

celo y asiduidad a las misiones populares, al confesonario y al ministerio de la predicación, invitado en otras parroquias y diócesis. Durante este período fue también profesor y director espiritual en el Seminario de Finale Emilia y obtuvo el Doctorado en Derecho Civil y Eclesiástico por la Pontificia Universidad de Bolonia. Contra todas sus previsiones y deseos, en 1851 fue destinado por el arzobispo como vicario parroquial a la parroquia de Santa María de Galeazza, en Galeazza Pepoli, perteneciente a la archidiócesis de Bolonia, de la que fue nombrado párroco en 1852. Su deseo juvenil de ser misionero tuvo cumplimiento, en modo imprevisto, al aceptar por pura obediencia, y con repugnancia no pequeña, esta llamada del cardenal Oppizoni.

En aquella pequeña comunidad, de 627 habitantes, que se encontraba en condiciones morales y religiosas no muy halagüeñas, don Fernando María desarrolló sin interrupción durante el resto de su vida —41 años— un incisivo y fructuoso apostolado, rehusando otros cargos eclesiásticos de mayor dignidad que le fueron propuestos. Educado por los hijos de S. Ignacio para buscar siempre y sólo la «mayor gloria de Dios», Fernando María, como el apóstol, no busca la gloria humana, permaneciendo fiel al acto de obediencia que fue el origen de su ministerio parroquial: así dará a sus fieles, junto con el Evangelio, su misma vida.

Hombre de grandes horizontes y anchuroso corazón, en todo momento y lugar trabajará haciendo el bien a todos, no reduciendo su actividad tan sólo a las ovejas de su rebaño. Realmente, don Fernando quiso vivir en plenitud su sacerdocio, gastando su vida al servicio de la humanidad pecadora y débil. Lleno del Espíritu del Señor, fue un apreciado e iluminado guía de espíritus, y un celosísimo director de conciencias para toda categoría de personas, a las que, sin cansarse, no ahorrando trabajos ni sacrificios por su bien, animaba y espoleaba incesantemente por las sendas de la caridad, guiándolas con amor y sabiduría a las cumbres de la unión con Dios.

Su jornada comenzaba a las 3.30 h. de la mañana. Su misma muerte lo confirma: expiró a las 3.40 h. del 13 de julio de 1893, con la cabeza inclinada en el libro de meditación abierto sobre

su mesita de estudio. De corazón manso y humilde, paciente, amante de la paz y de la concordia, sensible a los sufrimientos de su gente, le gustaba hablar con Dios en medio de la noche, cuando en torno, por la quietud y el silencio, se creaban las condiciones para sumergirse profundamente en la intimidad divina. El coloquio personal con el Señor concluía con la celebración de la Santa Misa, cuidadosamente preparada, a las cinco de la mañana.

Según los testimonios, unánimes, la de don Fernando Baccilieri era una celebración diversa de la de los otros sacerdotes. No por las palabras ni los gestos, sino por la convicción interior, por la interiorización del Misterio que se producía sobre el altar, por el exquisito cuidado de las rúbricas y disposiciones litúrgicas. Aquel penetrar en la verdad insondable de las palabras pronunciadas con los labios, le hacía identificarse él mismo con la pasión y muerte del Señor, reviviendo de forma incruenta el sacrificio del amor del Salvador divino. Los testigos hablan de una especie de luz que emanaba de su persona, aun admitiendo que no ocurría nada extraordinario. Era como si sobre el altar descendiese una luz de lo alto, transfigurando y sublimando al celebrante. Aquella riqueza de amor divino que vivificaba el corazón sacerdotal de don Fernando se difundía después en toda la actividad de la jornada.

Los primeros beneficiarios eran sus parroquianos. Después de cuatro décadas, algunos conocían a su párroco hacía mucho tiempo. Estaba aún viva en su memoria la transformación obrada por él en junio de 1851, apenas llegado, con treinta años, a Galeazza. Aunque convencido de que iba allí por pocos días, se empleó a fondo en predicar la realidad del pecado y de la misericordia divina. Sus palabras persuasivas, cargadas de verdad, penetraron profundamente en el ánimo de los feligreses, muchos de los cuales sentían la necesidad de desahogar en el corazón de aquel joven vicario el peso de sus culpas y remordimientos. La iglesia parroquial se repobló.

A la llegada de don Baccilieri, por el pavimento del templo, cubierto de hierbajos y suciedades, campaban a sus anchas las sabandijas. En sólo dos semanas se había producido como una transformación colectiva. Las almas, alejadas antes de Dios a

causa de la poca ejemplaridad del párroco precedente, desde hacía tiempo sentían la necesidad casi física de pacificarse con el Señor. El joven y santo sacerdote llegado providencialmente a ellos, parecía traerles una bendición llovida del cielo. La dulzura de su trato, su modo de orar, tan sincero, la seriedad y madurez de su vida, conquistaron aquellos corazones, que no tardaron en darse cuenta de que estaban ante un verdadero sacerdote, y no ante un simple funcionario.

Siempre pronto a acoger las confidencias de sus feligreses, disponible para permanecer habitualmente hasta diez horas al día en el confesonario, don Baccilieri buscaba a todos para darles una palabra de paz, serenidad y consuelo. Solía decir que la confesión es el encuentro con la misericordia y con el amor divino, y que el Señor no desea otra cosa que dar alivio a las almas. Acercándose a las personas, escuchándolas con ilimitada paciencia, el párroco era el desaguadero de mil aflicciones causadas por situaciones familiares, sociales, económicas.

Comprendió que su primera misión era conducir a estas almas a los pies de la cruz del Señor para que de ella bebieran la fuerza y el valor. También él había recorrido ese camino cuando, enfermo, tuvo que dejar el noviciado de los jesuitas, en Roma, para tornar a casa, con los suyos. En el rostro doliente de la Madre de Jesús había encontrado un dolor semejante al suyo, experimentando que ella podía comprenderle y ayudarle. La Santísima Virgen le ayudó maternalmente; Fernando llegó a ser sacerdote. Primero vicario y luego párroco de Galeazza, le tocaría conducir a la Madre del cielo las almas que le confiaba la Iglesia, para que, descubriendo en el sufrimiento de María un reflejo del padecer y la angustia de tantos días tristes, aprendiesen de su corazón inmaculado la esperanza y la fe para continuar el camino cotidiano. El amor a la Virgen Dolorosa se convertía, pues, en el punto de referencia espiritual para todos. Ella, que al pie de la cruz acoge en su regazo al Hijo muerto, conduce a sus hijos en el orden de la gracia al sacramento eucarístico para que acojan a Jesús Resucitado y se transformen en un solo cuerpo y un solo espíritu con él.

Así, la devoción a la Virgen y el amor a la Eucaristía hicieron del desierto espiritual de Galeazza una tierra rica en almas

generosas que, bajo la guía de su santo pastor, reencontraron la serenidad, la paz y la seguridad para afrontar con valentía las inevitables dificultades de la vida. Así entendía el beato las condiciones para una verdadera devoción a María: «La primera es huir de los pecados veniales cometidos con advertencia; la segunda, emplearse en obras santas; la tercera, honrarla con plegarias, visitarla en sus imágenes». Y a sus hijas, las Siervas de María, les decía: «María quiere de vosotras que la imitéis en sus virtudes, para haceros en todo semejantes a ella». El sufrimiento de la pobre gente rural del siglo XIX encontraba en los Dolores de María motivo de consolación y esperanza; el mismo don Fernando sabía por experiencia cuánto debía a la protección de la Dolorosa, la Madre que comparte el dolor del Hijo crucificado. No se puede mirar a la Madre, sin sentirse atraídos por Jesús desde la cruz. Él es la verdadera esperanza, la única salvación, a quien María conduce indefectiblemente. La santidad tan fuertemente mariana de don Fernando fue, así, cauce de santificación para todos.

Con verdadero espíritu misionero predicó el Evangelio a todos, sintiéndose siempre padre y pastor de hombres y mujeres, pequeños y grandes, justos y pecadores, sanos y enfermos. Con todos practicó celosamente la administración del sacramento de la penitencia y la dirección de las almas, distinguiéndose por su espíritu paterno, su prudencia y su don de consejo. Consciente de que los laicos están llamados a contribuir al crecimiento de la Iglesia y a su continua santificación (cf. LG 33), favoreció su colaboración a través de la institución de varias asociaciones, masculinas y femeninas, que fueron como levadura con la que fermentó toda la masa. Constituyó en la parroquia 14 asociaciones, con 3.000 miembros inscritos, provenientes también de las parroquias limítrofes. «Poco importa que los que vienen no sean todos de mi parroquia —decía—, son todas almas redimidas por la sangre de Jesucristo».

Al servicio de la predicación y de las diversas actividades pastorales ponía múltiples obras de caridad. Siempre tenía abiertos su corazón y su casa a las necesidades de los pobres; su voz estaba siempre pronta a defender a los débiles. No renunciaba jamás a hacer el bien, aun a costa de grandes sacrificios. De él se ha dicho:

«Hizo el bien con profunda conciencia de cumplir en todo y por todo la voluntad de Dios, esforzándose en hacerlo de la forma más perfecta, teniendo como modelo al Buen Jesús, que quiso amar a los suyos hasta el fin, y como ejemplo a la Virgen Dolorosa, que amó a Jesús, y por él a todos los redimidos, hasta el extremo del dolor de su Corazón Inmaculado».

Por su entrañable devoción a la Virgen, especialmente bajo la advocación de la Dolorosa, se hizo Terciario de los Siervos de María en 1855. Extendió esta su profunda devoción a toda la parroquia, fundando dos instituciones dedicadas a la Dolorosa: una Confraternidad Servita y una Fraternidad de la Tercera Orden de los Siervos de María, en la que se inscribieron no pocas muchachas del lugar, entre ellas las cuatro hermanas Busi. De éstas, Albina y María Luisa serán sus dos principales activistas y, guiadas por la santidad de su párroco, las primeras colaboradoras en la fundación de la Congregación de las Siervas de María de Galeazza, nacida para la instrucción del pueblo y la catequesis, y para la atención, cuidado y asistencia de los pobres y menesterosos. La fundación de la primera comunidad de «mantellate» Siervas de María de Galeazza, que comenzó a dar sus primeros pasos en 1855, inició la vida común el 23 de junio de 1862 y sería aprobada por el arzobispo de Bolonia en 1899. Plenamente insertas en la parroquia de Galeazza, las siervas testimoniarán, como su fundador, las tres características típicas del carisma servitano: «espiritualidad mariana, vida fraterna y servicio». Don Fernando y sus hijas, troquelados en el ejemplo y la caridad de los «Siete Santos del Senario», encendieron una hoguera de esperanza para la gente de Galeazza, para la iglesia de Bolonia y para la humanidad entera.

Hoy el carisma del Beato Baccilieri continúa en el tiempo por medio de sus hijas, las Siervas de María de Galeazza, cuyos orígenes están estrechamente ligados a su ministerio de párroco de Galeazza y a su profunda estima de las posibilidades humanas e intelectuales de la mujer. De ahí su contribución a la educación y promoción de la mujer, entonces excluida del ámbito de la instrucción y de las responsabilidades. Su relación filial con María parece ser el origen de este aspecto de la vivencia espiritual del Beato Fernando María: la preocupación por la promoción de la dignidad de la mujer. La congregación tendrá

como misión prioritaria y específica la educación de las jóvenes. Consciente don Fernando de que la ignorancia es lo que, a menudo, hace que una persona sea despojada de su dignidad, abre una escuela elemental para niñas pobres; es una primera semilla que irá creciendo.

Hombre de gran cultura y profunda inteligencia, mirando proféticamente al futuro, quiso que sus hijas diesen vida a escuelas de formación, como auténticas cátedras de cultura y educación, a fin de que tantas niñas y jóvenes pudieran encontrar lugares donde instruirse para el día de mañana. Animado de una ardiente caridad, estableció que instituyesen también casas donde poder acoger a los necesitados, los huérfanos, los desheredados y marginados, donde poder curar a los enfermos, para que en todas partes pudiesen hacer el bien. Hoy, después de casi siglo y medio, su familia religiosa se extiende por varias diócesis italianas, Alemania, regiones brasileñas de la Amazonia y de Bahía, Corea del Sur y la República Checa.

Éste fue su ideal: la santidad sacerdotal, que mantuvo constante y fiel hasta su muerte, acaecida de improviso el 13 de julio de 1893, en la casa parroquial, mientras hacía su meditación cotidiana sobre la Pasión del Señor. Los testimonios sobre su fama de santidad fueron inmediatos. Su amigo don Ettore Malavolti lo calificó: «Sacerdote según el Corazón de Dios, poderoso en obras y palabras, apóstol de paz y caridad»; el redentorista P. Ernesto Bresciani le hace eco al llamarle, con las palabras del Eclesiástico, «amado de Dios y de los hombres, cuya memoria es bendita». Sobre todos destaca la autorizada voz del cardenal Lucido María Parocchi que, a los pocos días de la muerte del siervo de Dios, declaraba:

> «He conocido a muchos y muy celosos sacerdotes en la diócesis de Bolonia, y todos me merecen una gran estima; pero un alma tan de Dios como el párroco de Galeazza, no la he conocido jamás. No era la suya una santidad ordinaria, sino especial, pero que, sin embargo, en él era común, a la vista de su espontaneidad. Era un alma grande y bella, un santo; la diócesis de Bolonia ha perdido en él un santo ejemplar. Yo he alimentado siempre por Don Fernando una estima verdaderamente singular. Era un Cura de Ars en compendio».

Fue la suya una santidad sellada por la normalidad, porque su vida no estuvo señalada con hechos prodigiosos. Practicó to-

das las virtudes cristianas «en modo eminente, pero sin ostentación, sin ruido, sin singularidades»; buscó siempre la simplicidad evangélica, y amó *nesciri et pro nihilo reputari,* permaneciendo toda su vida «un pobre cura rural [...], acostumbrado a tratar con personas a la buena de Dios». Cultivó la interioridad que encuentra su fuente y su culmen en la unión con Dios, a través de la oración y la vida sacramental. Su celo apostólico lo hizo pastor solícito no sólo del bien de las almas a él confiadas, sino de todas, redimidas por Cristo.

Incoado el proceso de beatificación en 1927 con la apertura del proceso diocesano, concluyó con el decreto del 3 de julio de 1998 sobre el milagro atribuido a la intercesión de don Fernando María. El Santo Padre Juan Pablo II lo declaró beato el 3 de octubre de 1999. Su cuerpo fue sepultado en la iglesia parroquial de Galeazza Pepoli, y hoy se conserva en la Casa Madre de las Siervas en Galeazza, donde continúa siendo para sus hijas y sus devotos un mensaje viviente de caridad, repitiendo con su memoria su testamento espiritual, y dejando oír en silencio los latidos de su corazón sacerdotal, vivificado por la santidad.

En la homilía de la misa de la beatificación, el Papa dijo de él:

> «Fernando María Baccilieri, presbítero, fue un celoso obrero en la viña del Señor mediante el ministerio parroquial, que desempeñó con una conducta de vida íntegra. En calidad de pobre "cura rural", como le gustaba definirse, educó a las almas con una vigorosa predicación, en la que expresaba su profunda convicción interior. Así se convirtió en imagen viva del Buen Pastor.
>
> Terciario de la orden de los Siervos de María, con una devoción intensa y filial a la Virgen, especialmente a la Virgen de los Dolores, quiso incluir el nombre de María también en el título de la familia religiosa que fundó, las religiosas Siervas de María de Galeazza.
>
> Ahora el beato Fernando María [...] canta en el cielo su "cántico de amor" a la viña del Señor (cf. Is 5,1)».

ALBERTO JOSÉ GONZÁLEZ CHAVES

Bibliografía

AAS 92 (2000) 776s.

LUCCHETTA, M.ª G., *Ferdinando Baccilieri, apostolo della vita cuotidiana* (Cinisello Balsamo ²1999).

L'Osservatore Romano (2, 3 y 4-10-1999).

RIZZO, E., *Ferdinando M. Baccilieri. Nuovo curato d'Ars* (Bolonia 1999).

SACRA CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, Canonizationis servi dei Ferdinandi Mariae Baccilieri. Positio super virtutibus (Roma 1989).

BEATO CARLOS MANUEL RODRÍGUEZ SANTIAGO

Seglar († 1963)

Fue morrocotudo el susto. La voracidad de las llamas les dejó sin techo. En plena calle. Baudilio y Herminia y sus cinco criaturas a merced del sol y de las lluvias torrenciales tropicales, de día y de noche. Naturalmente, como a la intemperie no podían quedar, se fueron a vivir con los abuelos maternos.

Una mudanza que traería secuelas psicológicas. Curiosamente, la más afectada fue la madre que, pese a su serena alegría, se sintió siempre desplazada, en casa ajena, sin libertad plena. No eran su cocina, su comedor, el marco de su intimidad, sus muebles, sus cosas... que añoraba. No fue por el trato, pues a la abuela —Alejandrina Estarás, con quien intimaría mucho el nietecito Charlie— todos la describen una «santa mujer».

Charlie también se resintió, pues de resultas de las repetidas recomendaciones de mamá insistiendo en el cuidadoso respeto al hogar ajeno, desarrollaría un carácter reservado y tímido.

Las llamas habían reducido a pavesas la vivienda y el modesto comercio familiares. A empezar, pues, sobre cenizas. Tarea muy difícil sumando nada menos que familia numerosa. Siete estómagos a llenar y siete cuerpos a vestir. Todo, allende el Atlántico; en Puerto Rico, la más pequeña de las islas de las Grandes Antillas y la de mayor crecimiento demográfico.

El lugar exacto era Caguas —distrito de Guayana—, treinta kilómetros al sur de la capital: San Juan. Caguas, una pequeña ciudad de gran comercio agrícola que, pese a su elevada densidad demográfica, no daba la impresión de aglomeración urbana.

En Caguas, Charlie había lloriqueado por primera vez, recién estrenada la vida, el 22 de noviembre de 1918. Fruto del amor cristiano de Manuel Baudilio Rodríguez y de Herminia Santiago, ambos originarios de familias fecundas, sencillas y de fe recia. Era el segundo de una descendencia numerosa: dos chicas, que casarían; otra, que sería religiosa carmelita; y un hermano que vestiría el hábito benedictino. Fue bautizado el 4 de mayo siguiente, en la histórica iglesia parroquial del Dulce Nombre de Jesús, con los nombres de Carlos-Manuel-Cecilio.

En Caguas y en 1924, cuando el niño ya sumaba media docena de tiernos años, menos la existencia, la familia lo perdió todo. Bueno; todo, todo, no: la fe de Baudilio, admirablemente resignado, era de fibra rocosa y el desastre no pudo con ella. Tesonero el hombre... manos al tajo. Hasta que Dios quiera. Hasta 1940 en que, tras una larga y penosa enfermedad cristianamente soportada, dejó viuda a Herminia y huérfanos a sus cinco hijos. Ella, una mujer también muy piadosa —de comunión diaria— y tesonera, capitaneando media docena de futuros enfrentados a la vida...

No perdamos de vista los seis años de Charlie. Marcan el inicio de su escolarización. Primeras letras en el colegio católico de Caguas bajo la tutela de las Hermanas de Notre-Dame que, a la par con los redentoristas, moldearán humanística, moral y religiosamente, la infancia y la adolescencia del alumno.

Una niñez marcada por la primera comunión y el servicio al altar. Un monaguillo, muy formal, al que resultan simpáticos las luces y las flores y los cantos y los cultos del templo. No entiende las ceremonias sacras pero las disfruta y saborea según las posibilidades de su paladar infantil. Y le son queridas; insinuando el amor apasionado que llegarán a merecerle, haciendo del apostolado litúrgico el norte de su breve pero densa vida.

Son años de nazaret. Años de formación en silencio, cultivando ilusiones, madurando ideales en el escenario del referido centro católico donde, en 1932, completará el octavo grado de primaria. El alumno más aventajado de la clase, distinguido con medalla en la asignatura de religión. Ocho cursos en contacto con las mentadas monjas, derivado en una gran amistad que duraría tanto como su existencia terrena.

Inicia la enseñanza media estrenando matrícula en la escuela pública Gautier Benítez, de Caguas. Allí, antes de coronar el primer período académico, nota molestias y dolores en el estómago y en el vientre. Diagnóstico: colitis ulcerosa. Pero sigue dos cursos más. En 1934 se desplaza a San Juan, donde recupera, en la Academia Perpetuo Socorro, la relación académica con las monjas de Notre-Dame y con los padres redentoristas. En la capital del país le darán guerra los trastornos gastrointestinales. Eso sí, finalizará el tercer curso, pero no iniciará otro.

La enfermedad le retiene en Caguas donde los solícitos cuidados médicos y maternos le permiten combinar actividad laboral y académica y, alumno nuevamente de la Gautier Benítez, finaliza los estudios.

En 1946 entra formalmente en el mundo del trabajo como empleado administrativo. Siete años removiendo, llenando, revisando papeles en un despacho. Pero el afán de saber le tentaba. Le inquietaba. Le acuciaba. Y se va a la universidad de Puerto Rico, en Río Piedras. No pasa del primer curso, pero coronado, eso sí, con excelentes calificaciones.

Forzada marcha atrás. Pero única y exclusivamente porque su resquebrajada salud podía más que la conjunción de la rica inteligencia y el exuberante amor al estudio con que Dios le había adornado. Al traste con la carrera universitaria. Definitivamente adiós de Charlie —como cariñosamente le apellidaban los condiscípulos y los amigos— a la vida académica. Aunque no adiós a los libros. Solía decir: «¡Libros buenos! [...] estrellas que alumbran el pensamiento, flores para perfumar el corazón». Será un lector voraz.

Le interesarán las artes, las ciencias, la filosofía, la religión, la música... y era un entusiasta de la zarzuela. Durante un año recibirá clases de piano. Era tal su voluntad que, por cuenta propia, continuará el aprendizaje; adquiriendo cierta elegancia en el manejo de las manos sobre las teclas y hasta un cierto dominio del órgano, armonizando los cultos parroquiales. ¡La música sacra! Su gran pasión que, en 1948, le hará cofundador del coro parroquial «Te Deum Laudamus».

Otros grandes amores del joven puertorriqueño fueron el campo y el mar. Amaba las excursiones, las caminatas, las zambullidas en el río o en el océano. Amaba las puestas de sol sobre los cafetales y los cañaverales dulces; sobre los chaparrales y los bosques en desaparición. Amaba las flores y las plantas y los pájaros. Realmente enamorado de la naturaleza y sus criaturas, que le acercaban a Dios. Tenía alma de poeta...

Y, tras el revés de la vida, vuelta a la actividad laboral, recuperando la dedicación administrativa. Nuevamente encerrado en un despacho. Oficinista en Caguas, en Gurabo y en Río Piedras. Trabaja de administrativo y traductor en la Estación Expe-

rimental Agrícola de Río Piedras, adscrita a la Universidad de Puerto Rico. Allí le dio un «fiebrón» apostólico de tinte litúrgico; una inquietud proselitista, un afán que se tornaría crónico e iría a más, al igual que las molestias intestinales arrastradas desde años atrás.

Y lee mucho. Libros y artículos de temática religiosa, preferentemente sobre liturgia. Lecturas que digiere, compendia, populariza y propaga a través de *Liturgia* y *Cultura cristiana* —que a partir de 1951 se unificarían en *Cultura cristiana y liturgia*—, dos publicaciones mimeografiadas que le suponen horas y horas de dedicación y en las que emplea gran parte del modesto salario. Todo sea por el amor a Cristo.

Y a Cristo por medio de la participación en el culto que, a diario, vive con gran intensidad y quiere que la vivencia prenda y se propague más en la parroquia. A tal efecto organiza un «Círculo de liturgia» que, con el tiempo, devendría en «Círculo de vida cristiana».

El futuro primer beato puertorriqueño justificaba: «Necesitamos católicos despiertos al momento actual [...] Católicos del presente, que sepan nutrirse del pasado, pero con los ojos puestos en el futuro». Cristianos cabales y conscientes.

En una comunicación epistolar el 29 de septiembre de 1959, a un tal Manolín, aclaraba conceptos de un artículo que firmaba en un semanario católico:

> «La vida católica no consiste en una mera imitación externa y laboriosa de los ejemplos de Cristo [...] El cristianismo es la inserción en nosotros de la vida de Dios [...] Ser cristiano es revestirse de Cristo. Quiere decir que Cristo vive verdaderamente en nosotros mediante la gracia [...] Sólo es cristiano el que ha sido injertado en Cristo por la gracia. Es preciso nacer de nuevo, ser una nueva criatura. Y esto en un sentido real, aunque misterioso; no metafórico, poético o psicológico...».

Un ejemplo para facilitar la comprensión:

> «No se es cristiano como se es budista, por ejemplo. El budista admira y reverencia a Buda, acepta su doctrina, trata de ajustar sus acciones a la enseñanza moral y a los ejemplos de Buda. Eso es todo. Buda es el maestro y él es el discípulo [...] No son las meras relaciones de un discípulo con su maestro. Son las relaciones vitales de los sarmientos con la vid...».

Aún sigue:

> «Desgraciadamente es éste un punto que muchos cristianos no tienen claro [...] De este modo el meollo del mensaje cristiano [...] queda opacado y no causa en los cristianos de hoy aquella admiración, gratitud, fervor y entusiasmo que debería causar. Convierten su religión en una serie de obligaciones y prácticas, en un legalismo al estilo del Antiguo Testamento, en un simple credo y un código moral».

Total que: «Toda la grandeza y dignidad del cristiano se fundamenta en el bautismo». El bautismo, que ¡nos hace hijos de Dios! Una realidad que es compromiso pero también motivo de alegría y de esperanza.

El espíritu litúrgico pascual impregnará la vida cristiana de Charlie. Insiste en la justificación: «Vivimos para esa noche». Refiriéndose, naturalmente, a la Vigilia de resurrección. Vivía... y se desvivía para que otros le siguieran.

> «Su fecundo y generoso apostolado —proclamará Juan Pablo II en la homilía de la misa de beatificación— consistió principalmente en esforzarse para que la Iglesia en Puerto Rico cobrara conciencia de este gran acontecimiento de nuestra salvación...».

Aún no habían nacido consignas romanas. Aún no soplaban aires conciliares —canalizados a través de la *Sacrosanctum concilium*— estimulando la acción pastoral brillante, lozana y vigorosa que no pocos soñaban y muchos reclamaban. Aún estaban por venir los tiempos nuevos...

Y Charlie, precursor y pionero, ya sumaba dedicación y empeño en la renovación litúrgica mediante el empleo del lenguaje vernáculo y a través de la participación activa de los fieles; particularmente de la vivencia del misterio pascual, su gran obsesión, centro y meta del culto católico y fuente inagotable de gracia. Gozosamente agradecido al papa Pío XII, autor de la restauración del esplendor litúrgico vespertino del Sábado Santo.

En Río Piedras, siendo funcionario administrativo, se desbordará apostólicamente empeñado en meter a Cristo en las aulas y en el ambiente universitario. Empeñado en contagiar a profesores —su hermano Pepe forma parte del claustro— y a alumnos la ilusión cristiana que le cosquillea y le impulsa. A

tal efecto fundará el «Círculo universitario católico», dará vida a sus célebres «Días de vida cristiana»; organizará coloquios, adoctrinará en la fe, participará en reuniones de estudio y debate, colaborará con organizaciones católicas. Atento a su responsabilidad social, informándose y formando a otros cara a la visión cristiana de las diferentes situaciones que les tocara vivir.

Recortamos un párrafo de los textos epistolares del militante puertorriqueño:

> «Varias veces te he invitado al "Centro universitario católico" —escribe a un tal Rafael Ángel, en fecha 25 de abril 1955—. Temes quizás que vamos a exigirte lo que no puedes dar; que vamos a imponerte algo que no puedes o no quieres aceptar por ahora. Quizás te imaginas que te van a obligar a rezar o a confesar o comulgar. Yo te aseguro que nada te exigirán ni te impondrán, a no ser que te dejes querer como a un verdadero hermano».

Líneas después:

> «Encontrarás en el Centro amigos y amigas como nunca antes los has tenido; todos dispuestos a servirte, a compartir contigo sus alegrías y a darte ayuda en la solución de tus dificultades. Son personas que ya tienen o que van en camino de tener una preparación intelectual como la tuya; con las mismas aspiraciones, los mismos sueños, las mismas dificultades, los mismos problemas que tú tienes».

Y a su disposición, si le interesa, un sacerdote, inteligente, bueno, comprensivo. Advirtiéndole:

> «Le puedes decir todas tus dificultades y todos tus problemas, de cualquier orden que sean; tus aspiraciones, tus sueños, tus ilusiones, tus deseos, tus temores, tus fracasos, tus caídas, tus victorias, seguro de que has de ser atendido y comprendido y de que se te dará la verdadera solución para todo».

Acaba:

> «Puedes estar seguro que, cuantas veces necesites de mi ayuda, de mi tiempo, de mis libros, estoy enteramente a tu disposición. Puedes tener la certeza de que no me molestas en lo más mínimo [...] y que me sentiría complacido en poder ayudarte y compartir contigo todo lo bueno que Dios nos da —su gracia, su verdad, su caridad— y el precioso grupo de los amigos del "Centro universitario católico", cosas que no cambiaría por nada del mundo».

Fue la descripción del «Centro universitario católico», que acabaría absorbiéndole; con dedicación exclusiva.

Frágil la figura pero recio el espíritu de Carlos Manuel. Diríase que apostólicamente un todoterreno juvenil. Con una disponibilidad de servicio, una entrega generosa al prójimo y un celo tan ardiente por Cristo que cautivaba y enardecía. La alegría trasluciéndole siempre en la mirada y en la sonrisa. Y la firme convicción de su fe venciéndole la natural timidez. Y un delicado sentido del humor y una vivacidad extraordinaria. Los testimonios «cantan»:

Manuel Doménech, sociólogo:

> «Él en mí hizo la diferencia entre un cristiano tradicional y uno maduro. Me hizo consciente de que, si me formaba como profesional e intelectualmente, también, con mayor razón, lo debía hacer en mi fe, dándole solidez».

La religiosa carmelita de clausura Rosa María Estremera:

> «Todo el que se acercaba a él se encontraba con Dios. Era una vivencia contagiosa de su fe [...] La vivencia personal de su fe demostraba el vasto conocimiento que tenía de los temas religiosos [...] que era un hombre convencido de su fe, la cual apreciaba como su mayor tesoro».

Y aún una referencia que evidencia el espíritu ecuménico que nuestro protagonista familiarmente mamó:

> «Ellos —manifiesta Abigaíl Díaz Alfaro— eran católicos conocidos y nosotros protestantes (bautistas) visibles. Ellos han resultado ser una de las familias más prominentes dentro del catolicismo en Puerto Rico y nosotros dentro del protestantismo. Era un entendimiento y una convivencia lo que se vivía entre las dos familias. Nos teníamos y nos tenemos un amor tan grande...».

Llevaba una década apostólicamente intensa. Aunque la enfermedad le minaba —insaciable gusano que, metido en las entrañas, le estaba royendo continuamente—, él aguantaba, en silencio, serenamente, heroicamente.

Pero un día sorprendió a su hermano monje: «Me voy a morir y no estoy preparado». Sí. Acababa de conocer que la enfermedad crónica, vivida en heroico silencio desde su juventud y que jamás doblegó su espíritu, había derivado en cancerosa. Y, como si el dolor en la carne no fuera suficiente, vive una terri-

ble oscuridad espiritual: invadido por una tremenda «noche oscura de la fe», perdiendo de vista a Dios, sintiéndose un hijo abandonado por su Padre. Era la purificación, de la que escapan pocas almas grandes.

La enfermedad ya está en fase terminal, por lo que la intervención quirúrgica del 12 de marzo del año siguiente no solucionó nada. El mal no tenía remedio. Ni freno. Pero había recuperado la alegría y el consuelo de saberse hijo y amado de Dios. Había superado triunfalmente la dura prueba.

«El 13 es buen día», había dicho Charlie. Nadie entendió a qué venían aquellas palabras. Quienes las habían oído o conocían no las descubrieron proféticas hasta unas fechas después, hasta el 13 de julio de 1963, cuando Carlos Manuel Rodríguez Santiago, sereno y con la sonrisa en los labios, asistido espiritual y humanamente por su hermano, recién ordenado sacerdote, entregaba sus 44 años, apostólicamente pletóricos, a Dios. Murió en olor de santidad.

Le encontraron una libreta especial en la que sumaba frases y anécdotas breves, de cosecha propia y ajena, cara a la reflexión personal y a la catequización. Anotaciones que le retratan. A modo de florilegio:

> «Cuando cierres los ojos a una tentación, asegúrate de que no es una guiñada».
>
> «La pasión no es buena ni mala; eso depende de ti. Los santos fueron casi siempre hombres con grandes pasiones, pero también los malvados. ¡Ten cuidado!».
>
> «El que sólo quiere hacer cosas grandes y no hace las pequeñas se expone a no hacer nada».
>
> «Si no posees libertad interior, ¿qué otra libertad esperas tener?».
>
> «El mejor apostolado es siempre el ejemplo de la vida».
>
> «La santidad no es una especialización. Es la vida cristiana, toda la vida, todas las vibraciones del alma, todos los instantes de una existencia dignificada por la gracia de Cristo».
>
> «La salvación del mundo depende del santo que yo llegue a ser».

Charlie vivió heroicamente las virtudes cristianas.

> «Carlos Manuel Rodríguez —proclamará solemnemente el Papa, en la homilía de la beatificación— puso de relieve la llamada universal a la santidad para todos los cristianos y la importan-

cia de que cada bautizado responda a ella de manera consciente y responsable...».

Es el primer puertorriqueño elevado a los altares. Fue glorificado canónicamente —previo meteórico proceso abierto en 1992— por Juan Pablo II en la plaza de San Pedro, el 29 de abril de 2001.

Fue merecedor de gratitud por una curación milagrosa. Principal deudor: un enfermo de cáncer, un paciente con linfoma maligno multisistemático —según diagnóstico— que, tras el piadoso recurso de la esposa al siervo de Dios, recuperó la salud. Una realidad histórica con fecha de 1981, reconocida oficialmente por la Iglesia el 20 de diciembre de 1990. Un caso inexplicable desde la perspectiva médica según conclusión de los iniciales estudios, en Boston, evidenciando la total desaparición de las masas cancerosas. La posterior y definitiva evaluación médica y científica, doce años después, a cargo de expertos hematólogos, reumatólogos y oncólogos, entre otros profesionales, dictaminó que no había explicación médica ordinaria para este curso de eventos y la curación que ha persistido por más de trece años. Fue la primicia milagrosa del primer beato antillano.

JACINTO PERAIRE FERRER

Bibliografía

AAS 93 (2001), 7 de julio.
GAFO, J., SJ, «Beato Carlos Manuel Rodríguez (Charli)», en A. MARTÍNEZ PUCHE (dir.), *Nuevo año cristiano. Julio* (Madrid 2001) 278-281.
L'Osservatore Romano (27-4-2001).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN EUGENIO DE CARTAGO

Obispo († 501)

La persecución anticatólica de los vándalos pasaba como un vendaval sobre las iglesias africanas de sus dominios. La ilustre sede cartaginesa llevaba veinticuatro años sin obispo cuando Genserico, el rey perseguidor, muere en 481, y su sucesor, Hunerico, permitió que se abrieran algunas iglesias católicas y se

cubrieran algunas sedes episcopales. A cuenta de esta limitada libertad pudo ser elegido obispo de Cartago el sacerdote Eugenio, probablemente procedente de Oriente. Hombre de vida santa, de palabra fácil y evangélica, amante de los pobres y los desheredados de la sociedad, se acreditó enseguida por sus buenas obras y era notoria la pobreza y austeridad con que vivía. Este prestigio suscitó la ira del rey, que le prohibió predicar en público y admitir vándalos en la Iglesia católica. Iba a empezar una nueva persecución.

El rey convocó una reunión de los obispos católicos con los arrianos en Cartago el año 484 con la secreta esperanza de que los arrianos convencerían a los católicos a abandonar su fe y aceptar el arrianismo. Los católicos se mantuvieron firmes en la fe ortodoxa, y como consecuencia los obispos fueron exiliados y a los católicos se les prohibió ejercer cargos públicos o gestionar negocios sin un certificado de adhesión al arrianismo. Eugenio fue desterrado a Túnez.

No se olvidaba de su pueblo el desterrado obispo y por medio de cartas se comunicaba con los fieles y los exhortaba a la perseverancia y la fidelidad. Muerto Hunerico, no por ello acabó la persecución y hubo de pasar aún un trienio para que se le autorizara a volver a su sede (487). Desde entonces la iglesia cartaginesa pudo gozar de cierta paz, aprovechada por el prelado para abrir iglesias y recomponer el tejido de la maltratada comunidad. Pero el año 500 sube al trono Trasimundo y la persecución empieza de nuevo. Eugenio es obligado a marchar otra vez al destierro, esta vez más allá de las costas, pues se fue al sur de Francia, donde murió en un monasterio de Albi el año 501. Su memoria la recoge el *Martirologio* el 13 de julio, aunque su muerte se ha fechado el 6 de septiembre.

BEATO JACOBO DE VORÁGINE

Obispo († 1298)

Nació en Voraggio (Varazze), junto a Génova, el año 1230. No tenía más que catorce años cuando se decide a ingresar en la Orden de Predicadores en la que, hecho el noviciado, profesa y tras los pertinentes estudios se ordena sacerdote. Se acredita

en su Orden como excelente profesor de teología y sagrada escritura en diferentes conventos y asimismo como un predicador de firmes convicciones y poderosa palabra.

En 1267 es elegido provincial de su Orden en Lombardía y llevó adelante su cargo con tanta energía, celo y acierto que fue reelegido sucesivamente otras veces hasta completar diecinueve años de provincial. En 1286 el cabildo catedral de Génova lo elige obispo, pero él se resiste firmemente a aceptar esta dignidad. La confianza mostrada con él por el papa Nicolás IV en el levantamiento de las censuras en que la ciudad había incurrido hizo que se volviera a nueva elección en 1292, no pudiendo ya esta vez negarse y siendo consagrado obispo en Roma.

Como tal arzobispo él quiso ser un hombre de paz y componer las tremendas diferencias entre güelfos y gibelinos, tarea en la que no tuvo mucho éxito pero que le acreditó como hombre evangélico. A ello además contribuyó su insigne caridad, mostrada en el apoyo prestado a los hospitales y casas de beneficencia, e hizo cuanto pudo por la reparación de iglesias y monasterios. Amable y comprensivo, no por ello era menos exigente con el clero en el cumplimiento de la disciplina eclesiástica. Su fama como escritor la debió a su libro cumbre, la *Leyenda de los santos,* llamada *Leyenda áurea,* tantas veces editada tras la aparición de la imprenta y que tanto ha marcado la espiritualidad de muchas generaciones a lo largo de los siglos. Esto no ha impedido que esta obra haya sido atacada por su falta de crítica histórica y su admisión de manifiestas leyendas sin valor histórico. Sus otras obras conservadas han tenido menor difusión.

Murió el 13 de julio de 1298 y su culto tradicional fue finalmente confirmado por la Santa Sede el 11 de mayo de 1816, beatificado por Pío VII.

BEATO TOMÁS TUNSTAL

Presbítero y mártir († 1616)

Tomás Tunstal nació en Whinfell, junto a Kendal, en 1580. Tenía veintiséis años cuando ingresó en el colegio inglés de Douai y se preparó al sacerdocio que recibió el año 1610. Con el alias de «Dyer» vuelve enseguida a Inglaterra, pero llevaba

muy poco tiempo en el reino inglés cuando fue localizado como tal sacerdote y arrestado.

Pasó cinco años largos en la prisión y a comienzos de 1616 logra huir de la cárcel, el castillo de Wishbech, pero se hiere en una mano y acude a una mujer que lo cure. Ésta comenta a su marido que ha atendido a un herido, y siendo el marido juez de paz se olió que el herido era el sacerdote huido y fue nuevamente arrestado. Esta vez lo llevaron al castillo de Norwich. Un testigo falso, llamado Symons, declaró que había reconciliado con la Iglesia católica a dos protestantes, y aunque los interesados lo negaron, se le pidió a Tomás que reconociera la supremacía religiosa del rey, a lo que éste se negó, y por ello lo condenaron a muerte como traidor. Apenas había el jurado pronunciado su veredicto Tomás se santiguó, se puso de rodillas y alzando al cielo los ojos y las manos dijo en voz alta y en latín: «Bendita sea la santa Trinidad e individua Unidad. La confesaremos porque ha tenido misericordia de nosotros». Y siguió rezando un tiempo. Entonces el juez Altam volvió a preguntarle si quería prestar el juramento de acatamiento a la supremacía religiosa del rey, y Tomás le dijo que era su conciencia la que no se lo permitía.

Llevado al patíbulo el 13 de julio de 1616, el juez de paz que lo arrestó la segunda vez le pidió perdón, que él le concedió. No se le permitió hablar pero se le dejó que orara durante un cuarto de hora. Luego quiso hablar al pueblo sobre el texto paulino: «Somos espectáculo para el mundo...» (1 Cor 4,9), pero se le mandó callar. Él preguntó qué hora era y le dijeron que las once. «Es casi la hora del almuerzo —dijo—, Dios me conceda sentarme hoy a su mesa en el reino de los cielos». Los ministros protestantes y el sheriff le preguntaron si creía que iba a salvarse por sus buenas obras, y él contestó que las buenas obras se hacían meritorias gracias a la sangre de Cristo, a cuyos méritos recurría y en cuyas llagas se metía. Pidió por el rey y por el falso acusador y ofreció su cuello a la soga que iba a ahorcarlo. Cuando lo rodeó el lazo de la soga, dijo: «Seas glorificado, Señor». Y le rogó al verdugo le avisase del momento en que iba a ser colgado para poder morir con el nombre de Jesús en los labios. Le propusieron que diera él mismo la señal, pero dijo que él no po-

día acelerar su propia muerte. Volvió a santiguarse y rogó a los católicos presentes que rogaran por él. Luego dijo en latín: «Buen Jesús, Verbo del Padre, esplendor de la eterna gloria»... Y añadió: «A tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu». El sheriff dijo: «Ahora», y el mártir exclamó: «Jesús, Jesús, ten misericordia de mí». Y siguió su ahorcamiento y descuartizamiento. Su cabeza fue expuesta en la Puerta de San Benito, como él había pedido. Fue beatificado el 15 de diciembre de 1929 por Pío XI.

N.B. El *Martirologio* dice que este sacerdote era monje benedictino. No hemos hallado tal dato en ninguna de las fuentes consultadas, empezando por la *Positio* de 1928.

BEATOS LUIS ARMANDO JOSÉ ADAM Y BARTOLOMÉ JARRIGE DE LA MORÉLIE DE BIARS

Presbíteros y mártires († 1794)

LUIS ARMANDO JOSÉ ADAM nació en Ruán el 19 de diciembre de 1741. Cuando sintió la vocación religiosa, ingresó en los franciscanos conventuales el 1 de septiembre de 1761, hizo la profesión religiosa tras el noviciado y se ordenó sacerdote concluidos los estudios teológicos. Llegada la Revolución, hubo de dejar su convento y quedarse a vivir en Ruán, en la calle Barbet, número 6, donde fue arrestado el 12 de abril de 1793. Interrogado, se negó a prestar los juramentos que se le pedían y manifestó la mayor adhesión a sus votos religiosos. Declaró que llevaba varios años sin poder decir misa y que no pensaba dejar, a menos que se lo quitaran por la fuerza, su hábito religioso. El 6 de marzo de 1794 fue enviado a la deportación, llegando a Rochefort el 12 de abril siguiente. Embarcado en Les Deux Associés, se dedicó a la oración, guardando un gran silencio y teniendo una admirable paciencia con todas las miserias que allí se padecían. Murió santamente el 13 de julio de 1794, siendo enterrado en la isla de Aix.

BARTOLOMÉ JARRIGE DE LA MORÉLIE DE BIARS nació el 18 de marzo de 1753 en Moutier, junto a Saint-Yrieix. Primero fue militar y luego ingresó en la abadía benedictina de Lezat, diócesis de Rieux, donde hizo la profesión religiosa y se ordenó

sacerdote. Luego pasó al clero secular, incardinándose en la diócesis de Limoges.

Llegada la Revolución, se quedó a vivir con su familia en Saint-Yrieix, de cuya iglesia colegial era canónigo un hermano suyo. Continuó ejerciendo con celo su ministerio en 1791 y 1792. En 1793 fue arrestado y condenado a la deportación por el tribunal del departamento de Haute-Vienne, siendo declarado refractario a la ley del 14 de agosto de 1792. El 25 de febrero de 1794 se le envió a Rochefort, a donde llega el 12 de abril, siendo embarcado en Les Deux Associés. Se constituyó en enfermero de sus hermanos presos, pero muy pronto cayó él enfermo, muriendo el 13 de julio de 1794 y siendo enterrado en la isla de Aix.

Fueron beatificados ambos el 1 de octubre de 1995 por Juan Pablo II.

BEATAS MAGDALENA DE LA MADRE DE DIOS ISABEL VERCHIÈRE, TERESA ENRIQUETA DE LA ANUNCIACIÓN FAURIE, ANA ANDREA DE SAN ALEJO MINUTTE, MARÍA ANA DE SAN FRANCISCO LAMBERT, MARÍA ANA DE SANTA FRANCISCA DEPEYRE Y MARÍA ANASTASIA DE SAN GERVASIO ROQUARD

Vírgenes y mártires († 1794)

El día 13 de julio de 1794 en la plaza de Orange, Francia, donde se hallaba levantada la guillotina, fueron sacrificadas a causa de su fidelidad a Cristo seis religiosas, tres de ellas sacramentinas y otras tres ursulinas, las cuales habían comparecido aquella mañana ante el tribunal acusadas de ser refractarias a la ley, de haber rehusado obstinadamente prestar el juramento de libertad-igualdad que se les exigía y de haber propagado el más peligroso fanatismo. Tras estas palabras de la acusación lo que se esconde es la fidelidad de las seis a Cristo, a la Iglesia y a sus votos religiosos, habiéndose comportado con gran dignidad, nobleza, fortaleza espiritual y mansedumbre todo el tiempo de su detención. Ciertamente se habían negado a prestar el

juramento revolucionario, que tenía para ellas connotaciones antirreligiosas y significaba estar de acuerdo con la línea anticatólica de la Revolución. Frente a la recién fundada Iglesia constitucional, ellas eran fieles a la religión católica, tildada por la Revolución como peligrosa superstición o fanatismo. Llegaron al patíbulo con serenidad y elevados sus corazones al Señor y murieron como verdaderas discípulas y esposas de Jesucristo. Éstos son sus datos personales:

ISABEL VERCHIÈRE nació en Bollène el 2 de enero de 1769 y muy joven ingresó en el monasterio de la congregación de la Adoración Perpetua del SS. Sacramento de su ciudad natal, donde emitió la profesión religiosa con el nombre de sor Magdalena de la Madre de Dios y donde vivió como religiosa ejemplar hasta su expulsión del monasterio y posterior detención. Llevada a Orange, permaneció con sus compañeras en la oración y la paciencia.

TERESA ENRIQUETA FAURIE nació en Serignan el 4 de febrero de 1740 e ingresó en el monasterio de la congregación de sacramentinas de Bollène donde profesó tomando el nombre de hermana de la Anunciación. Perseveró en el monasterio hasta su cierre y con sus hermanas fue detenida y llevada a Orange, mostrándose en todo momento como «religiosa perfecta» según se decía de ella, comentándose que no tenía otra ambición que la de servir al buen Dios con amor y fidelidad. Cuando se la invitó a prestar el juramento revolucionario exclamó: «Ya hice a Dios mi juramento; no haré ningún otro». Cuando las llevaban al tribunal, dijo a sus compañeras: «Valor, hermanas mías [...] llega el momento del triunfo. Las puertas del cielo se abren para recibirnos». Y al ser llevada al patíbulo entonó las letanías de la Virgen María.

ANA ANDREA MINUTTE nació en Serignan el 4 de febrero de 1740 e ingresó en la congregación de sacramentinas de Bollène, donde profesó los votos religiosos con el nombre de sor San Alejo. Permaneció en la vida religiosa hasta que fue expulsada con las demás hermanas de su monasterio y posteriormente detenida y llevada a Orange. Contestó a los jueces con gran firmeza.

MARÍA ANA LAMBERT nació en Pierrelatte el 17 de agosto de 1742 y en su juventud ingresó en el monasterio de ursulinas

de Bollène, donde profesó los votos religiosos y tomó el nombre de sor San Francisco. Perseveró en la vida religiosa y se unió a sus hermanas, siendo detenida con ellas y llevada a Orange, donde contestó con firmeza a los jueces y fue martirizada.

MARÍA ANA DEPEYRE nació en Tulette, diócesis de Valence, el 2 de octubre de 1756, e ingresó como hermana coadjutora en el monasterio de ursulinas de Carpentras, tomando el nombre de sor Santa Francisca. Uniéndose, cuando la supresión del monasterio, a sus hermanas de Bollène y con ellas detenida y llevada a Orange, aquí confesó a Cristo y fue martirizada.

MARÍA ANASTASIA DE ROQUARD nació en Bollène el 5 de octubre de 1749 y en su juventud ingresó en el monasterio de ursulinas de su ciudad natal y profesó con el nombre de sor San Gervasio. Aquí se acreditó como religiosa observante y prudente y mereció que sus hermanas la eligieran superiora, cargo que desempeñaba al tiempo de la disolución del monasterio y prisión de las religiosas el día 2 de mayo de 1794. Llevada luego a Orange, aquí se mostró digna de la vocación religiosa recibida y con sus hermanas se mantuvo firme en la fe y fue fiel hasta el martirio.

Fueron beatificadas el 10 de mayo de 1925 por Pío XI.

SAN MANUEL LE VAN PHUNG

Mártir († 1859)

Nació en la población vietnamita de Dua Nuoc el año 1800 aproximadamente. Era un fervoroso cristiano, casado y padre de familia, celoso de la gloria de Dios y del progreso del cristianismo. Él erigió a sus expensas una iglesia, un convento de religiosas y un colegio, y utilizó su dinero y su influencia para inutilizar ante el subprefecto de la provincia las denuncias que llegaban contra los cristianos. Pero dos despechados, puenteando al subprefecto, se fueron directamente al gobernador y denunciaron la presencia de un sacerdote en casa de Manuel. Registrada la casa se halló en ella un sacerdote nativo, por lo que Manuel fue arrestado.

Detenido en la cárcel de Chau-Doc, pudo ser visitado por sus hijos y él siguió dando ánimos a la comunidad cristiana para

que perseverara en la fe. Se le presionó para que apostatara pero no se logró de él otra cosa que una firme y sólida confesión de fe en Cristo. Fue condenado a muerte. En Cay-Met, junto a Chau-Doc, fue estrangulado, recibiendo un momento antes la absolución sacramental de manos de San Pedro Quy, sacerdote que fue martirizado con él. Su cuerpo, según su deseo, fue llevado a su pueblo, que era una isla, y enterrado en la iglesia. Fue canonizado el 19 de junio de 1988 por Juan Pablo II.

SAN PABLO LIU JINDE
Mártir († 1900)

Pablo Liu Jinde (Liou-Tsinn-Tei) tenía 79 años en el momento de su martirio, y fue su sentido de la responsabilidad el que le llevó al martirio. Se ganaba la vida como trabajador del campo y tenía a su cargo la iglesia del pueblo de Langziqiao (China) y la administración de los bienes de la comunidad cristiana, y vivía por ello en una casita adosada a la iglesia.

Cuando los cristianos supieron de la llegada de los boxers, huyeron del pueblo para salvar la vida, pero Pablo dijo que él no podía abandonar la iglesia. Distribuyó entre los pobres los fondos de la comunidad y decidió no irse, poniéndose en las manos de Dios. Llegados los boxers lo arrestaron y le exigieron con amenazas que apostatara del cristianismo, a lo que el anciano se negó firmemente. Entonces lo mataron a golpes de espada. Después de la persecución, los cristianos honraban su tumba como la tumba de un mártir. Fue canonizado por Juan Pablo II el 1 de octubre de 2000.

SAN JOSÉ WANG GUIJI
Mártir († 1900)

José Wang Guiji (Wang Koei-Tsu) era un cristiano de 37 años de edad, casado y con hijos; un creyente convencido y fervoroso, como lo era igualmente su hermano Juan. Cuando supieron la llegada de los boxers tomaron a sus familias y, en carros, las llevaron a la población de Chan-Kia-Tchoang donde

los cristianos se habían fortificado. Una vez que las dejaron allí, volvieron a sus casas y entraron en el pueblo de Nangong, donde los vecinos les preguntaron si eran cristianos y ellos dijeron que sí. Entonces los vecinos avisaron a los boxers.

Ambos huyeron, pero mientras Juan escapaba, José cayó enseguida en manos de los boxers que procedieron a darle muerte. Era el 13 de julio de 1900. Fueron canonizados por el papa Juan Pablo II el 1 de octubre de 2000.

14 de julio

A) Martirologio

1. En Roma, San Camilo de Lelis († 1614), presbítero, fundador de la Congregación de Clérigos Regulares Ministros de los Enfermos **.

2. En Brescia, San Optaciano (s. v), obispo.

3. En Soignies (Brabante), San Vicente o Maldegario († 677), fundador de dos monasterios.

4. En Oldenzeel, San Marquelmo o Marcelino († 762), presbítero y monje.

5. En Stáry Kynsperk (Bohemia), Beato Hroznata († 1217), religioso premonstratense y mártir *.

6. En Hautecombe (Saboya), la deposición del Beato Bonifacio († 1270), arzobispo de Canterbury, monje cartujo **.

7. En Verona (Italia), Santa Toscana († 1344), viuda *.

8. En Foligno, Beata Angelina de Marsciano († 1435), monja de la Tercera Orden de San Francisco *.

9. En Valencia, Beato Gaspar Bono († 1604), presbítero, de la Orden de los Mínimos **.

10. En Lima (Perú), San Francisco Solano († 1610), presbítero, de la Orden de Menores, insigne evangelizador **.

11. En Londres (Inglaterra), Beato Ricardo Langhorne († 1679), mártir bajo el reinado de Carlos II *.

12. En Cerecca-Ghebaba (Etiopía), Beato Ghebra Miguel († 1855), presbítero, de la Congregación de la Misión, mártir *.

13. En Nagong (China), San Juan Wang Guixin († 1900), mártir *.

14. En Angostura (Colombia), Beato Mariano de Jesús Euse Hoyos († 1926), presbítero **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN CAMILO DE LELIS

Presbítero y fundador († 1614)

No cabe un mentís más rotundo a la vieja costumbre de presentar a los santos como si ya poseyeran la santidad desde la misma cuna. Porque nadie hubiera osado decir no ya en la infancia, sino en su misma juventud, que Camilo de Lelis estaba llamado a ser un día fundador de una orden religiosa, y venerado en los altares. Contra toda conjetura humana, la Providencia divina actuó fuerte y suavemente, y Camilo, dócil a las inspiraciones de la gracia, sorprendió a sus mismos contemporáneos con el espectáculo maravilloso de una santidad lograda.

Notemos que tenía un carácter duro, resuelto, impetuoso. Toda su vida se hará admirar por la tenacidad con que sabe sostener sus propias ideas frente a todo y frente a todos. No otra cosa había aprendido en su propio hogar. Nada de blanduras. Su padre, don Juan de Lelis, era un militar que había corrido media Europa al servicio de las banderas y de las empresas de España. Comenzó su carrera militar a las órdenes del condestable de Borbón, en el sacco de Roma. Y pasó después a la defensa de Nápoles, al asedio de Florencia, a las batallas de Lombardía y del Piamonte. Después de combatir contra Francia, se retiró a Bucchianico, con el mando de las tropas que aseguraban la vigilancia y defensa de la costa adriática, tan amenazada entonces por los turcos. Por esos días tuvo la dicha de que su esposa le diera un hijo: Camilo. También la madre reunía cualidades de firmeza y carácter sobresalientes. Las largas ausencias del marido le habían hecho afrontar las responsabilidades del gobierno de la casa.

El nacimiento de Camilo fue un verdadero acontecimiento. Ya el día no pudo ser más señalado: era el domingo de Pentecostés y se celebraba la fiesta de San Urbano, la mayor solemnidad del pueblo. Año de 1550, proclamado año santo. La solemnidad religiosa fue particularmente notable, y cuando estaba terminando llegó la noticia del nacimiento de Camilo.

Todo el pueblo participa de la alegría que al matrimonio causa la llegada de aquel tardío hijo. Y así transcurren felices los

años de su infancia. Pero el niño había heredado la sangre batalladora del padre. Ya a los diecisiete años intenta enrolarse en el ejército de Venecia, sin conseguirlo. Y cuando San Pío V convoca para una cruzada contra los turcos, el padre, ya viudo, corre junto al hijo hacia Ancona, para participar en la empresa. Pero su edad era ya muy avanzada. Unas fiebres le obligan a retirarse y antes de llegar a su hogar muere, en Sant'Elpidio a Mare, entre los brazos de su hijo.

Así vino a quedar Camilo enteramente solo sobre la tierra. Solo... y enfermo. Por aquellos mismos días empieza a sentir el dolor de una llaga que ya no le dejará nunca a lo largo de la vida, y que será para él fuente de dolorosísimos sufrimientos. Llaga misteriosa, cuya naturaleza exacta no llegaban a diagnosticar los médicos, y que influirá de manera decisiva en su vida.

Alguien le sugiere que podría curarse en Roma, en el hospital de Santiago, y allí acude, sin pensar que el contacto con este hospital va a tener una influencia decisiva en su vida. A primeros de marzo de 1571 entra en la ciudad y el 7 ingresa en el hospital. Conocemos el asiento de las prendas que dejó en el guardarropa. Sólo una capa de paño negro, vieja, es la señal de una nobleza de cuna, ahora oscurecida por su angustiosa situación económica y su mala salud.

Vienen las alternativas. Primero, cuando parece curado, quedó como criado en el hospital. Parece que va a encajar allí, y así se apunta en la «Compañía de Santiago» dedicada al cuidado de los enfermos. Pero... aparece en él un terrible vicio que habría de costarle muchísimo quitar de sí: el juego. Y ese vicio le puso en la calle. Por cuatro años va a ser el típico soldado de alquiler del siglo XV: «Grande, membrudo, violento, se juega la vida para después jugarse el sueldo en las tabernas, sobre las mesas sucias, o en los campamentos, sobre los viejos tambores», nos dice uno de sus biógrafos. Está presente en varias acciones de armas. Pero la suerte de aquellos soldados de alquiler era dura. Al llegar el invierno, sus capitanes les licenciaban, porque no era tiempo de guerras. De Camilo nos consta que se jugó, en una estancia suya en Roma, hasta la misma camisa. Cerca de la iglesia española de Montserrat, en una calleja frecuentada entonces por la soldadesca y llena de hosterías y casas de mala fama, se

conservó durante años una hornacina con un arco, en la que un devoto había hecho pintar, de un lado, la escena del juego, y del otro, la imagen de San Camilo, con dos versos alrededor que decían:

Qui die' Camillo sua camicia al gioco.
Ed or si adora nel medesimo loco.
(Aquí dio Camilo su camisa al juego, y aquí ahora se le adora.)

Volvió, sin embargo, a las armas, pero por poco tiempo. Después de guerrear en Túnez, desembarcaba en Palermo, y volvía de nuevo a jugarse todo lo que tenía. De retorno a Nápoles hizo voto de vestir el hábito de San Francisco si salía del peligro de una gran tempestad. Era el 28 de octubre de 1574. Pero pronto olvidó todo aquello, volvió de nuevo al juego, y se encontró enteramente miserable, reducido a tener que pedir limosna. Jamás consintió, según él nos dirá más adelante, en robar. Dios le preservó también de caer en la impureza. Por lo demás, el juego continuaba siendo su pasión, y no tuvo otro remedio que ponerse a la puerta de las iglesias a pedir limosna. Allí estaba, en Manfredonia, cuando un hombre se interesó por él y dirigió sus pasos al convento de los capuchinos, donde se estaban haciendo unas obras.

Camilo trabajó duramente como peón de la construcción. Poco a poco fue haciéndose a una vida más ordenada. Los frailes le cogieron cariño. Un buen día le enviaron a otro convento para traer provisiones. Inesperadamente, el 2 de febrero de 1575, a los veinticinco años, una luz celestial llegó a su alma. Mientras caminaba, junto al borriquillo que llevaba las provisiones, sintió la llamada de Dios, y cayó llorando sobre el suelo.

Al llegar al convento pidió el hábito. Tras algunas vacilaciones se lo consiguieron, pero el roce del mismo hábito con la pierna volvió a abrir la antigua llaga. Hubo de suspender el noviciado, y volver al hospital de Santiago, esta vez para dar el buen ejemplo de una vida de humildad y oración. De nuevo, curado al parecer, vuelve a los capuchinos. Y de nuevo la llaga le obliga a dejar el noviciado, para volver al hospital de Santiago, por tercera vez en su vida. La primera había ido como un joven desgarrado, aficionado al juego. La segunda como un novicio capuchino, ansioso sólo de vivir apartado y dedicado a

la oración. Esta vez iba a ponerse por completo al servicio de los enfermos. Su vocación estaba allí.

Y a los enfermos se entregó ya de una manera definitiva, para todo el resto de su vida. Desde este mes de octubre de 1579 hasta su muerte toda su existencia transcurrirá en los hospitales, sin otro afán y otro deseo que ejercitar su ardiente caridad con los pobres enfermos.

Como es natural, no tuvo desde el primer momento idea alguna de llegar a ser fundador. Su entrega a los enfermos hizo que fuera nombrado «maestro de la casa», es decir, lo que en español diríamos mayordomo. Parece que entonces pensó en una especie de cofradía de hombres que sirvieran a los enfermos por amor de Dios. Se conservan aún los estatutos que él había diseñado, y que aparecieron hace unos años en los archivos. Incluso intentó reclutar a unos cuantos, entre el personal del hospital, que secundaran este designio suyo. Pero su intento chocó fuertemente. Hubo habladurías, reprensiones, disgustos..., y al final tuvo que salir del hospital. Es más —caso extraño—, San Felipe Neri miró con hostilidad el proyecto. San Camilo de Lelis, que siempre amó a San Felipe, no tuvo, sin embargo, el consuelo de que éste apoyara nunca sus proyectos.

Antes de salir del hospital de Santiago decidió hacerse sacerdote. Y después de haber estudiado en el célebre Colegio Romano, aunque de forma harto superficial, celebró su primera misa el 10 de junio de 1584. Tras un rápido viaje a su tierra natal, el primero de septiembre de aquel mismo año dejaba el oficio de maestro de la casa y se reunía poco después con un pequeño grupo de compañeros en la iglesia de la Virgencita de los Milagros. Le acompañaba en aquel traslado la hermosa imagen del crucifijo que un día, cuando más angustiado estaba por la incertidumbre de su porvenir, le había dicho rotundamente: «Es obra mía».

La pequeña comunidad vivía un género de vida realmente insostenible. Pronto enfermaron, pues además el sitio era insalubre a más no poder. Hubo que trasladarse primero a la calle de Botteghe Oscure, y después a una pequeña casa, junto a la iglesia de la Magdalena. Aquí es donde se inicia ya la vida de comunidad propiamente dicha. En medio de una pobreza impre-

sionante, Camilo y sus compañeros se dedican a atender a los enfermos, y consiguen, el 18 de marzo de 1586, el breve *Ex omnibus* de Sixto V con la aprobación de su género de vida, aunque no debiera mediar obligación de votos. Se trataría, por consiguiente, de una sociedad o congregación. Camilo fue elegido primer general y obtuvo poco después para él y para sus compañeros el poder llevar sobre el manteo y la sotana una cruz roja.

Desde la casita de la Magdalena los «ministros de los enfermos» iniciaron sus actividades al servicio de los enfermos.

En primer lugar, y ante todo, en los hospitales. Todos los días salían de casa en dirección al inmenso hospital del Espíritu Santo, próximo al Vaticano, donde con celo y caridad inextinguible atendían en todo a los enfermos. Hoy el hospital es para nosotros un lugar muy cuidado, donde la higiene se extrema, y donde, aun existiendo deficiencias, hay siempre un cierto cuidado en la limpieza. Aquéllos eran otros tiempos. Puestos en manos de criados, las más de las veces mal pagados, con un desconocimiento casi absoluto de las leyes de la higiene, bajo el influjo de falsas ideas que impedían una ventilación racional... los hospitales, y no era excepción el mismo del Espíritu Santo a pesar de tratarse de uno de los mejores del mundo, ofrecían por lo común un espectáculo no poco repugnante a la naturaleza humana. Los biógrafos de San Camilo recogen datos macabros del abandono en que se encontraban los enfermos, de la tristísima situación en que se hallaban los que ya habían sido desahuciados, de los malos tratos que recibían todos por parte de los criados. La empresa era, por consiguiente, en muchas ocasiones, verdaderamente heroica. Personas llenas de la mejor intención no podían resistir un rato el ambiente del hospital en el que Camilo y sus religiosos pasaban, sin embargo, el día entero.

A este ministerio fundamental de los hospitales añadieron Camilo y sus hijos otros dos ministerios: el de los encarcelados, y el de los moribundos.

Ésta era su vida ordinaria. Con su fundador a la cabeza, que a nadie cedía en entusiasmo y en entrega, que se reservaba para sí, como favor especialísimo, los cuidados más bajos y las tareas más penosas, aquel grupo de sacerdotes y hermanos le-

gos dio en Roma maravillosos ejemplos de caridad y entrega a los pobres.

Pero no olvidemos que estamos en el siglo XVI. Todavía la medicina no había conseguido triunfar sobre las epidemias. De vez en cuando un terrible azote, la peste, se hacía presente en las ciudades empavorecidas al ver aparecer aquel espectro. Llenas de terror, las muchedumbres procedían de manera desatentada, con las bárbaras maneras inmortalizadas por Manzoni en *Los novios.* Puede decirse que todos, autoridades, nobles y pueblo, perdían la cabeza ante el desastre. A Camilo y a sus hijos les tocó hacer frente muchas veces a la peste y las epidemias. Y lo hicieron con heroísmo verdadero. Sin vacilar un momento, viendo que la muerte diezmaba sus filas, se dedicaban en jornadas agotadoras a cuidar a los apestados. Las muchas dificultades y oposiciones que encontró la obra fueron vencidas precisamente por el impresionante heroísmo que los nuevos religiosos supieron emplear al servicio de los apestados.

Ni es esto solo. Cuando en 1596 marcha un ejército a combatir en los campos de Hungría, Camilo recibe del romano pontífice el encargo de organizar la asistencia sanitaria. Y allí van, con los soldados, los ministros de los enfermos llevando su cruz roja, como anticipo de la que siglos después habría de ondear en los campos de batalla. También allí los camilos hicieron prodigios de heroísmo y de caridad.

Éste era el panorama de la Orden naciente. Poco a poco había ido arraigándose y extendiéndose. Primero a Nápoles, después a Milán, más tarde a Génova..., poco a poco fue extendiéndose por toda la península italiana y por las islas. Fracasó, en cambio, con gran pena del fundador, su intento de salir de Italia hacia Francia y España.

Pero el crecimiento trajo también sus dificultades. Uno de los episodios más dolorosos de toda la vida del fundador. San Camilo, que amaba a los hospitales, que desde el primer momento había mantenido que allí estaba la auténtica casa religiosa de sus hijos, llegó a aceptar en alguna ocasión hacerse cargo por completo de todo el régimen de los mismos. Ya no se trataba de la asistencia espiritual a los enfermos, ni siquiera de salir de la propia casa para ir a atender con los cuidados materiales a los

mismos. Se trataba de instalarse en los hospitales y vivir única y exclusivamente para ellos, de tal manera que todo, desde la administración hasta el cuidado espiritual, desde las tareas más bajas hasta las más delicadas, estuvieran en manos de los que por eso se llamaban «ministros de los enfermos».

Y estalló el conflicto. No podemos contarlo aquí con detalle. Tuvo enfrente San Camilo no sólo a gentes de fuera, prelados incluso, sino también a religiosos que con él habían convivido desde los primeros tiempos y que venían gozando de toda su confianza.

San Camilo, que había recibido una instrucción muy elemental, que no era hombre de ideas abstractas y de grandes conceptos, tenía, sin embargo, unas cuantas ideas evangélicas, firmes y claras, enteramente asimiladas, y las defendió con todas sus fuerzas. Sin una vacilación, contra todo y contra todos, con una resolución y firmeza absolutas, mantuvo sus ideas y consiguió sacarlas a flote. No podía transigir con algo que había sido el ideal de toda su vida.

Durante la lucha dejó el generalato. Pero en manera alguna renunció a lo que era irrenunciable: su cualidad de fundador. Él había tenido la inspiración de Dios, y él habría de cuidar, mientras viviera, de que esa inspiración se realizase. Y así lo hizo. Con toda humildad, pero con firmeza, consiguió que las cosas se arreglaran y que la primitiva idea se reafirmase y llegara a consolidarse. Después, pudo ya morir contento.

Nada más sencillo y al mismo tiempo más encantador que la ascética camiliana. Ninguna complicación. Se establece un principio: en el Evangelio el Señor nos muestra al prójimo como imagen suya, y anuncia que en el juicio final premiará como hecho a él mismo lo que se haya hecho a los pobres. En consecuencia, hay que servir a los pobres sin poner límite alguno. El mismo sacerdocio no ha de ser obstáculo para que quien lo ha recibido cure las llagas, lave los pies, haga los servicios más humildes a quien se encuentra enfermo.

A esto se añade otro principio también elemental, pero riquísimo en consecuencias: la suerte eterna del hombre se decide en la hora de su muerte. Por consiguiente, cuanto se haga por acompañarle y atenderle espiritualmente en esa hora decisi-

va será poco. Otros ministerios podrán exceder a éste en determinados aspectos. Pero siempre el cuidado de los moribundos, de los agonizantes, tendrá esta característica de ser decisivo. Porque, como dice el viejo aforismo, tantas veces repetido por los Santos Padres: «Del lado que caiga el árbol, de aquél quedará para siempre».

Apoyándose en estos dos principios tan sencillos, la vida de San Camilo fue una entrega absoluta, sin límite, heroica, a los enfermos. No terminaríamos nunca si quisiéramos recoger las anécdotas maravillosas que de él nos conservaron los procesos de canonización. Baste decir que durante toda su vida sirvió de admiración a cuantos estuvieron en contacto con él. Enfermo, con la úlcera de la pierna siempre abierta, con una hernia, con dos furúnculos, que le causaban un verdadero suplicio, con un estómago debilísimo..., Camilo pasaba largas horas en el hospital cuidando a los enfermos, sin dormir apenas, con un régimen alimenticio que apenas bastaría para no morirse literalmente de hambre.

Había llegado la hora de volar al cielo, «su patria», como le gustaba llamarle. Después de recorrer las diversas casas del instituto regresó a Roma, a su queridísima casita de la Magdalena. Allí hubo de quedar en cama, con una nostalgia constante e intensísima de su querido hospital del Espíritu Santo. Cuando el tiempo mejoró y el médico le permitió salir un poco, para tomar el aire y el sol, se dio la paradoja de que el enfermo se dirigiera... precisamente al hospital, para respirar aquel aire viciado. Los religiosos que le acompañaban nos cuentan cómo se transformó su rostro cuando al pasar el puente sobre el Tíber divisó el hospital. Y el emocionante plebiscito de cariño y entusiasmo que suscitó entre los enfermos su presencia. Lloraban todos viéndole pasar entre las camas despidiéndose de aquellos enfermos a los que tanto había querido.

Lejos de sus queridos enfermos, pero en medio de ellos constantemente en espíritu, pasó los últimos días de su existencia. La noche del domingo 13 al lunes 14 de julio de 1614 fue una vigilia preagónica, lenta, dolorosa. Por fin, a las nueve y media de la noche de aquel lunes 16 de julio, en el momento en que el sacerdote recitaba la hermosa invocación *Mitis, atque festi-*

vus, Christi Iesu tibi aspectus appareat, «el humilde y alegre rostro de Jesucristo te aparezca», Camilo sonrió suavemente y exhaló su último suspiro. Contaba sesenta y cuatro años bien cumplidos.

Inmediatamente corrió por la Ciudad Eterna la noticia del fallecimiento. La multitud acudió presurosa, hasta el punto de hacer necesaria la intervención de la fuerza pública para organizar el desfile. Algún malintencionado dio una torcida versión de esto último al cardenal vicario. Éste ordenó a los padres que sepultaran el cuerpo de Camilo de noche «sin lápida ni inscripción». Así lo hicieron, y por el momento pareció que su figura iba a pasar al olvido. Pero no ocurrió esto. El pueblo continuó encomendándose a él. Y su fama de santidad fue extendiéndose cada vez más. Ante la insistencia de los fieles, Paulo V accedió a que se le enterrase normalmente, y no se impidiera a los fieles que se encomendaran a él.

El 13 de abril de 1617 el general de la Orden pedía que comenzaran el examen de los testigos sobre su fama de santidad. Fue beatificado el 2 de febrero de 1742 por Benedicto XIV y canonizado por el mismo Papa el 29 de junio de 1746. Un decreto de la Congregación de Ritos de 15 de diciembre de 1762 ofreció a la Iglesia universal su oficio con misa propia. León XIII le declaró en 1886 patrono en todo el universo, juntamente con San Juan de Dios, de los enfermos y de los hospitales. Y en 1930 Pío XI le proclamó patrono del personal de los hospitales, juntamente también con San Juan de Dios.

La Orden de los Ministros de los enfermos por él fundada llegó a ser suprimida en 1810. Pero resurgió con nueva fuerza y hoy cuenta con unos mil trescientos miembros extendidos por todo el mundo.

LAMBERTO DE ECHEVERRÍA

Bibliografía

CICATELLI, S., *Vida y virtudes del V.P. Camilo de Lelis, fundador de la religión de los Clérigos Regulares Ministros de los Enfermos.* Traducido del italiano por L. Muñoz (Madrid 1653).

— (Nueva ed.): SANNAZZARO, P. (ed.), *Vita del P. Camillo de Lellis fondatore della Religione dei Chierici Regolari Ministri degli Infermi* (Roma 1980).

MARTINDALE, C. CH., *S. Camillo de Lellis* (Milán 1947).

REGI, D., *Memorie historiche del venerabile P. Camillo de Lellis, e de' suoi Chierici Regolari Ministri degl'Infermi* (Nápoles 1676).

VANTI, M., *S. Camillo de Lellis e i suoi ministri degli infermi* (Roma 1958).
— *Lo spirito di S. Camillo de Lellis* (Roma [3]1959).
• Actualización:
BARTHOLOMÄUS, L., *Camillo de Lellis. Servo dei malati* (Roma 1992).
CHIULLI, L., *Camillo de Lellis. Dati biografici e testimonianze al processo di beatificazione* (Roma 1985).
D'ALESSIO, G., *Il valore cristiano del corpo in San Camillo de Lellis* (Roma 1997).
PRONZATO, A., *Todo corazón para los enfermos: Camilo de Lelis* (Salamanca [2]2000).
SOMMARUGA, G., *Camillo de Lellis un messaggio di misericordia* (Gorle 1988).

BEATO BONIFACIO DE SABOYA

Obispo († 1270)

La valoración de los méritos y virtudes de este arzobispo de Canterbury, a quien el papa Gregorio XVI reconoció el título de beato el 7 de septiembre de 1838, depende mucho de las fuentes a las que acudamos. Para los historiadores saboyanos él fue un verdadero santo que procuró, sobre todo, en su ministerio episcopal la necesaria reforma de la Iglesia. Pero si atendemos a los historiadores ingleses, los fallos y errores de este arzobispo en la sede cantuariense impidieron su culto en Inglaterra y que en general tuviera buena prensa en la historia civil y eclesiástica inglesa.

Bonifacio no llegó a ser monje cartujo. Fue novicio de la Gran Cartuja pero hubo de abandonar el monasterio antes de haber pronunciado la profesión religiosa. Y con mucha lealtad cuando en 1858 el capítulo general de la Cartuja decidió incluir su memoria litúrgica en el propio de la Orden lo señaló como «quondam novitii nostri Ordinis», es decir: un tiempo novicio de nuestra Orden. Nada menos y nada más.

También a veces se le presenta como obispo sucesivo de Belley, Valence y Canterbury, y esto dicho así no responde exactamente a la verdad histórica. Porque fue elegido procurador de la diócesis de Belley y luego de la de Valence, e incluso fue elegido obispo de Belley por el cabildo diocesano, pero no llegó a pasar del orden del subdiaconado, y no fue hasta su elección como arzobispo de Canterbury cuando se ordenó diácono, presbítero y obispo. Gobernó, pues, las tres sedes, pero las dos primeras a título de procurador, la primera además como obis-

po electo, y solamente en Canterbury ejerció la plenitud del ministerio sagrado.

Bonifacio nació hacia el año 1207 en el castillo de Sainte-Hélène-du-Lac, en la Saboya. Era hijo del conde Tomás I de Saboya y de su esposa Margarita de Ginebra. Era el undécimo de los hijos de los condes. Entre sus hermanos estaba Beatriz, cuya hija fue Leonor de Provenza, futura reina de Inglaterra, como esposa del rey Enrique III, y a la que se atribuye influencia decisiva en su nombramiento como arzobispo de Canterbury. Se dice que fue un adolescente de carácter fogoso y fuerte, pero que desde pequeño daba muestras de estar inclinado a la piedad, y que por ello se le dedicó a la Iglesia, ingresando él por su propia voluntad en la Gran Cartuja de Grenoble, donde inició el noviciado. Tendría unos veintidós años. Parece que la razón por la que deja el noviciado es que se le encomienda que vaya de prior al monasterio benedictino de Nantua, que estaba muy necesitado de reforma. Este cargo lo conservaría a lo largo de su vida, pero en cuanto los problemas que motivaron su ida a Nantua se solventaron, y ello fue en poco tiempo, Bonifacio manifestó su deseo de volver a la Cartuja a continuar su noviciado. Y en efecto reanudó el mismo en la Gran Cartuja. Pero enseguida, sin tiempo de profesar, la Santa Sede lo manda de procurador a la diócesis de Belley y hubo de dejar con lágrimas la Cartuja. Era el año 1232 y al año siguiente los canónigos del cabildo catedral lo eligieron para obispo de la sede. Pero, como queda dicho, él no accedió a las órdenes mayores. Siete años después de su elección para Belley, se le encomienda ser procurador de la diócesis de Valence, vacante por la muerte de su propio hermano Guillermo. En estos cargos Bonifacio se granjea la fama de ser un firme defensor de los derechos de la Iglesia pero no menos firme defensor de los derechos propios, mostrando la fortaleza de carácter que ya se le vio de jovencito.

El 16 de noviembre de 1241 y en el destierro, tras unas borrascosas relaciones con la corona, muere el arzobispo de Canterbury San Edmundo Rich. La reina Leonor supo mover los hilos de modo que fuera elegido para suceder al difunto su tío Bonifacio. Quizás en la elección de un saboyano para la sede primada inglesa no influyera solamente su parentesco con la so-

berana pero sin duda en la aceptación del nombramiento por la corte romana parece que sí influyó decisivamente la presión de los reyes ingleses. Se sucedieron varios pontificados antes de que el 17 de septiembre de 1243 Inocencio IV confirmara la elección. Bonifacio marchó entonces a Inglaterra y allí el obispo de Worchester lo ordenó de diácono y luego de presbítero. Llamado por Inocencio IV al I Concilio de Lyón, acudió Bonifacio y recibió la consagración episcopal de manos del romano pontífice el 15 de enero de 1245.

Pero si la corona inglesa se creía que por ser el nuevo arzobispo tío de la reina iban las relaciones con la sede cantuariense a ser más fáciles, estaba equivocada. Bonifacio comenzó reclamando. Por una parte se dice que el rey había metido mano en los bienes de la Iglesia, imponiendo tasas excesivas y causando gravísimos débitos a la sede primada. Y por otro lado se dice que la administración temporal del arzobispado por parte de San Edmundo había sido calamitosa y que había dejado a la diócesis fuertemente endeudada. Bonifacio no hizo más que llegar cuando se dio cuenta de la situación y pretendió afrontarla. Estando en Lyón para ser consagrado obispo y acudir al Concilio, presentó la situación al papa y le pidió percibir durante siete años las rentas de todos los beneficios vacantes de la provincia eclesiástica de Canterbury, y por tanto no solamente de su propia diócesis primada, y además poder imponer tasas para recoger fondos destinados a saldar las deudas de la sede metropolitana. El papa le concedió la gracia solicitada, gracia que no podía menos que enfrentarle con los sufragáneos, como así fue. Vuelto a Inglaterra, su solemne entronización como sucesor de San Agustín tuvo lugar el 1 de noviembre de 1249, y seguidamente se dispuso a hacer la visita general tanto de su diócesis como de las diócesis sufragáneas, dispuesto a cortar enérgicamente todo cuanto fuera abuso anticanónico y a ejercer la gracia obtenida de la Santa Sede.

Los problemas no se hicieron esperar. El deán y el clero de la iglesia de San Pablo de Londres se opusieron a su visita, alegando que su superior era el obispo de Londres. A Bonifacio no le temblaba la mano y los excomulgó sin más. Igualmente los religiosos del priorato de San Bartolomé, de Smithfield, se

opusieron a la visita del primado alegando que jamás habían sido visitados sino por el propio obispo. Se cuenta una penosa anécdota: se dice que en el curso de la discusión con el prior de San Bartolomé le dio Bonifacio un empujón al prior y lo tiró al suelo. Cuando la gente de Londres supo este acto de ira tan poco edificante la tomó con el arzobispo que se vio obligado a huir por el Támesis y refugiarse en Lambeth, desde donde excomulgó al clero de San Bartolomé y al propio obispo de Londres. Quiso seguidamente visitar San Albano pero se halló con que el clero de esta iglesia hacía apelación formal al papa. Bonifacio escribió igualmente a Roma, donde no halló el deseado apoyo para sus drásticas medidas, por lo que hubo de hacerse él mismo presente en la corte papal. Roma propuso un compromiso. Se le reconocía a la sede metropolitana el derecho a la visita pero se le restringía el uso. Cuando al año siguiente, 1253, visitó San Albano, dejó a todos encantados con sus nuevas maneras suaves y amables.

Tuvo, igualmente, problemas con la corona. No había hecho más que llegar a Inglaterra cuando se negó a dar el visto bueno a la elección que había hecho el rey para la sede episcopal de Chichester, proponiendo él otro candidato que logró instalar. Era su primera batalla para lograr lo que él llamaba la libertad de la Iglesia, y en realidad contaría para ello con el apoyo de los otros obispos. Como la Iglesia había apoyado económicamente la pretendida cruzada de Enrique III, los obispos querían que el rey les pagara reconociendo más derechos a la Iglesia. Parecía el rey estar de acuerdo, pero ello era ocasión para que los obispos presentaran nuevas quejas de agravio, y entonces Bonifacio convocó una reunión de obispos y abades en Merton donde se exigieron los derechos y libertades de la Iglesia, singularmente en la elección de obispo. El rey, al saberlo, prohibió a los obispos acudir, mas la reunión se celebró y se acordó lanzar anatemas y censuras contra quienes conculcaran los derechos de la Iglesia.

El rey Enrique III tuvo por entonces problemas con los lores y señores temporales, los cuales estaban hartos de sufragar las políticas reales. Bonifacio se puso de parte de ellos, y cuando en 1258 eligió el Parlamento en Oxford un nuevo Consejo Real,

se puso como cabeza del mismo a Bonifacio. Aprovechó éste la oportunidad para celebrar en Lambeth un concilio provincial en el que los obispos volvieron a presentar contra la corona su hoja de agravios, redactándose las famosas Constituciones de Lambeth. El rey acudió al papa alegando que se atacaban las prerrogativas reales, y Urbano IV por ello no confirmó los acuerdos de Lambeth. Cuando Bonifacio supo esta opción papal, se sintió desautorizado y voluntariamente se exilió a Francia, de donde volvió en 1266, sin que los problemas con el rey se solucionaran y sin que Bonifacio dejara de usar la excomunión contra quienes él estimaba que lesionaban los derechos de la Iglesia. Pero no se contó con él cuando se trató de derribar al rey del trono y darle un sustituto. Bonifacio siempre estuvo por la legitimidad del trono de Enrique. En 1262, iniciada la guerra civil, marchó, como queda dicho, a Saboya donde siguió apoyando a Enrique, tras cuyo triunfo volvió a Inglaterra.

En 1268 volvió a Saboya con licencia del rey a fin de acompañar en la cruzada al príncipe Eduardo. Pero habiéndose debilitado su salud, vino a morir el 14 de julio de 1270 en su castillo de Sainte-Hélène des Millières en Saboya, siendo sepultado en el monasterio cisterciense de Hautecombe.

Pese a esta agitada vida, no debe ponerse en duda su santidad personal: era un hombre de oración, casto, celoso de la gloria de Dios y del bien de la Iglesia, que vivía personalmente con austeridad y pobreza y no buscaba intereses personales, y era muy generoso con los pobres, a los que socorría largamente y para quienes fundó un hospital en Maidstone.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

FEDELINI, E., *Vie du bienheureux Boniface de Savoie* (Noutiers 1839).
MAYO ESCUDERO, J., *Santos y beatos de la Cartuja* (Salzburgo 2000).
STRICKLAND, G., *Ricerche storiche sopra il beato Bonifacio di Savoia, arcivescovo de Canterbury, 1207-1270* (Turín 1895).

BEATO GASPAR BONO

Presbítero († 1604)

Fueron sus padres modestos artesanos: Juan, francés, e Isabel, de la villa de Cervera, en el antiguo reino valenciano, en cuya capital se establecieron como tejedores de lino. El Señor bendijo este matrimonio ejemplar dándoles cuatro hijos: Isabel, Gaspar, Juan y Mateo. Gaspar vino al mundo el día 5 de enero de 1530 y recibió este nombre en veneración de uno de los santos reyes, por haber nacido en la víspera de su fiesta. Vivía el matrimonio con escasez. Y aun la escasez se trocó en pobreza angustiosa cuando la madre, todavía joven, quedó completamente ciega y no pudo ayudar al esposo en los telares. Tampoco Juan se bastaba por sí solo para atender al pesado oficio. Vendió, pues, aquellos instrumentos de su ocupación diaria, dejó la casa porque ya no la necesitaba tan grande, y se puso a ganar el pan afilando cuchillos y vendiendo juguetes de poco valor; le bastaban unas cañas y unos pedazos de papel para fabricar molinillos de viento. Contaba Gaspar entonces unos tres años.

En Valencia, como en todas las partes de la cristiandad europea, se mezclaban en extraña proporción la fe viva y la gloriosa piedad medieval con las pecaminosas corrientes derivadas del Humanismo y del Renacimiento.

La palpitación que despertó en todas partes San Vicente Ferrer en el paso del siglo XIV al XV quedó también de manera poderosa en su patria chica. Concretamente la adivinamos en los infantiles entretenimientos de Gaspar. No sólo se complacía en cantar la salve, vestir de flores arrayanes una cruz y dar otras muestras de su piedad, sino que en plena calle organizaba procesiones con sus amiguitos, para remedar las de los disciplinantes, al menos en el canto doloroso del estribillo vicentino: «¡Señor, verdadero Dios, misericordia!», llevando luces de candelillas y cantando las letanías. Pusiéronle sus padres a los diez años en casa de un rico mercader, pero a Gaspar no le llenaba aquel oficio, cuando empezó a sentir el anhelo de cosas más altas: quería ser sacerdote. Y no vio otro camino posible ni mejor que el claustro. Y hasta le pareció fácil, porque otro criado mayor de la misma casa, que andaba con idénticos proyectos y sa-

bía el latín, se ofreció a enseñarle esta lengua. Gaspar entraba de allí a poco en el convento de dominicos de la ciudad. Bien es verdad que, recapacitando la mucha pobreza de su casa, tuvo que desandar el noble camino y volver al antiguo empleo.

Llegó de esta manera hasta los veinte años, y, aunque su dueño le quería bien y le ayudaba a sustentar a sus ancianos padres, Gaspar, en busca de más propicia fortuna, se alistó en el ejército de Carlos V. Quizá le moviese a ello un sentimiento de inferioridad que le apartaba de buscar el anhelado sacerdocio, pues era balbuciente y tartamudo. En el ejercicio de las armas transcurrieron ocho o diez años, sin ascenso ni esperanzas de prosperidad. No tenemos noticias de encuentros, batallas, sitios, asalto y defensa de fortalezas en las que tomara parte señalada. ¿Fueron para él aquellos años completamente grises? Más adelante dirá que, hallándose en este género de vida (más apto para la distracción que para las virtudes), se complacía en repetir, a tiempo y a destiempo, la jaculatoria tan valenciana: «Jesús, María, José»; asimismo profesaba devoción a San Valero (titular de una de las parroquias de Valencia) porque fue tartamudo; rezaba diariamente el oficio, rosario y letanía de Nuestra Señora; frecuentaba templos y lugares píos, y «de mi pobreza —añade— no dejaba de dar limosna a los pobres, aunque faltase a mi sustento». Indudablemente, era también militar a lo divino y en estos campos de la vida interior debería desplegar sus dotes y recursos de combate y estrategia, buscando la santidad a toda costa, con brillante éxito y guiando a otros.

La ocasión para cambiar de banderas le llegó por el duro camino del fracaso material. Sucedió que él, con algunas unidades de su escuadrón de caballería, tuvo que hostigar al enemigo sólo con finalidad de descubierta: mas éste respondió con tan fiero empuje que Gaspar y los suyos retrocedieron en confuso desorden. El mismo Gaspar cayó en un pozo seco, quedando oprimido por su cabalgadura; los enemigos vinieron sobre él, y, después de abrirle la cabeza a golpes de pica o alabarda, le dejaron por muerto. En aquella terrible angustia invocó a sus santos patronos y a la Virgen de los Desamparados, prometiendo ingresar en la Orden de San Francisco de Paula si salía con vida. Pudo cumplir el voto. Experimentado ya en la pobreza y en los

trabajos de ella, no le resultaba áspero seguir las reglas del severo instituto: perpetua abstinencia de carnes, de huevos y lacticinios, coro a medianoche y otras penitencias.

En aquel santo retiro la virtud de Gaspar comenzó a ser notable. Su mismo apellido, Bono, se prestaba a inocentes juegos de palabras que ponían a prueba su humildad, y él se precavía contra la vanagloria diciendo: «Sólo de bueno tengo el nombre, porque de palabra, obra y pensamiento soy malo». Curiosa fue la manera que en cierta ocasión discurrió para escapar sin miramiento a una posible tufarada de soberbia. Se celebraban en el convento unas conclusiones públicas de filosofía, y uno de los novicios, para lucir su ingenio, usando del recurso fácil y de todos conocido, alabó al padre Gaspar, que presidía. Mas fue tal el dolor de éste, que, asomando a sus ojos las lágrimas, saludó a los concurrentes, abandonó la sala y se retiró a su celda lleno de confusión. Llegó la hora de la cena, y el inocente agresor tuvo que escuchar, entre otras admoniciones, esta salida propia de un santo: «Por que vuestra caridad no pague la lisonja en el purgatorio, reciba una disciplina por espacio de un miserere». Se cuenta de San Felipe Neri que tenía un sexto sentido: era capaz de olfatear la hediondez del pecado y conocer sus especies. Del Beato Gaspar Bono cabe asegurar que leía en las conciencias. Si llegaba al convento algún religioso con el alma no tan pura como cabía esperar de su estado y profesión, le recibía con sañudo y desapacible semblante, y le hablaba mostrando sequedad y rigor en las palabras. Si esta misma persona le pedía licencia para salir, le atajaba al punto con aspereza:

> «¡Ah Jesús, María, José! ¿Para qué quiere ahora ir fuera? Quédese en casa; que yo sé que le conviene así al servicio de Dios y al bien de su alma».

La Orden de los mínimos, fundada hacia 1460, es decir, en unos momentos en que la sociedad cristiana comenzaba a sentir deseos vivos de restauración y de apostolado reformatorio, no encarna aquel espíritu nuevo. Los seguidores de San Francisco de Paula se mantienen dentro del molde de las Órdenes mendicantes, según la estructura medieval. Forman un frente silencioso, aunque no menos heroico, donde la humildad puede tener menos quiebras. De aquí que la tendencia apostólica, la salva-

ción del prójimo, no encaje en la espiritualidad del Beato Gaspar Bono como fin primordial, si no es dentro de los muros del cenobio. Mandará al hermano limosnero que le cuente los pecados y públicos desórdenes de que haya tenido noticia por las calles, a fin de aplacar a la justicia divina con oraciones y penitencias, pero no irá a buscar a los pecadores.

Ésta es su espiritualidad genuina: imitar al *Poverello* de Asís con una tendencia más rigurosa que las ramas franciscanas. Gaspar Bono será luz y sal de la tierra, pero sin salir apenas al mundo, en el silencio del claustro. Su primer biógrafo y contemporáneo, el padre fray Vicente Guillermo Gual, atestigua que, hallándose el siervo de Dios en el convento de Valencia, fue visto por el sacristán menor —que por la incumbencia de su oficio había de ir a medianoche a tocar las campanas para los maitines— en medio del coro y envuelto en una claridad tan deslumbradora que no le permitía distinguir qué cosa era aquélla. Quedó inmóvil sin atreverse a pasar adelante ni poder volver atrás. Pero luego mitigáronse los resplandores y vio al siervo de Dios en oración, el cual se levantó y le dijo:

> «¿Qué tiene, hermano fray Pedro? Parece que está turbado y espantado. Ea, hijo mío, sosiéguese por lo que ha visto. Le suplico humildemente, y como superior le mando, que guarde secreto».

Emulando la increíble abstinencia de San Francisco de Paula, no perdonaba a su cuerpo ni cuando los graves accidentes de su enfermedad reclamaron la presencia del médico. Éste, viendo la mucha debilidad del santo religioso, le ordenaba comiese carne. Respondía el padre Gaspar: «Ya veo que tiene razón que regale mi cuerpo. Yo le prometo de regalarle como conviene». Sin duda que la respuesta encerraba doble sentido. Lo que se siguió fue que se estuvo encerrado por espacio de tres días y sólo una vez al día se alimentaba con hierbas, pan y agua. Instábale el hermano Roque a que tomase otras viandas. A lo cual solía decir:

> «No trate, hermano Roque, de esto, por caridad, porque para regalar a la señora del alma conviene maltratar al vil esclavo del cuerpo, que, en sintiendo el regalo, luego, como bestia fiera, se envanece para destruir el alma, cuánto más que a esta bestiaza la trato mejor que merece».

Había nacido el 10 de marzo de 1549 en la pequeña ciudad de Montilla, en la Andalucía, del matrimonio de Mateo Sánchez Solano y Ana Jiménez Hidalga. Sus padres eran acomodados y cuando el niño estuvo en edad de estudiar lo entregaron a los jesuitas, que tenían entonces un colegio en el lugar. Allí aprendió las letras humanas y allí también sintió despertarse su vocación. A los veinte años, en plena adolescencia, decide vestir el sayal franciscano y acude al convento de San Lorenzo, en las afueras, donde el guardián, fray Francisco de Angulo, le abre las puertas de aquel cenobio, en donde va a poner los fundamentos de su futura santidad. Dios, en efecto, le había escogido para santo. Por entonces los franciscanos habían sentido renovarse su fervor y anhelaban imitar más de cerca a Jesucristo, siguiendo las huellas del «pobrecito de Asís». Solano, desde los primeros días de su vida religiosa, sintió en su corazón arder esta llama, determinó abrazarse estrechamente con Cristo, siguiendo desnudo al desnudo Jesús. Hizo su profesión el 25 de abril de 1570 y renunció a todo para vivir unido a su modelo. Unos dos años más tarde dejaba Montilla y se trasladaba al convento de Nuestra Señora de Loreto, en las proximidades de Sevilla, donde alternó el estudio de las ciencias sagradas con la oración y la penitencia. Escogió para vivienda la celda más pequeña e incómoda del convento, bien próxima al coro, en donde pasaba buena parte de su tiempo.

Allí recibió la unción sacerdotal y un 4 de octubre cantó su primera misa en la capilla de la Virgen, hallándose presente su padre, que muy poco después dejaba este mundo. Como tenía buena voz y era muy aficionado a la música, arte que podemos decir cultivó toda su vida, le nombraron vicario de coro y predicador. La muerte de su progenitor y la ceguera de que adoleció su madre le obligaron a volver a Montilla, pero transformado en otro hombre. De su breve estancia en su ciudad natal quedó indeleble recuerdo. Aquel joven franciscano «no hermoso de rostro, moreno y enjuto», como nos lo describe uno de sus contemporáneos, se atrajo las miradas de todos por el espíritu con que hablaba y la santidad que emanaba de todo su ser. Aún se cuenta que hizo varias curaciones, pero el más evidente indicio de su ascendiente sobrenatural nos lo da el hecho de haber pe-

dido la marquesa de Priego, la señora del lugar, un hábito de fray Francisco para que le sirviese de mortaja.

Tan sólidas eran ya sus virtudes que los superiores de la Orden le enviaron a Arruzafa, en las cercanías de Córdoba, a fin de que en esa recolección ejerciese el cargo de maestro de novicios. Nadie mejor que él para servir de guía a quienes aspiraban a realizar íntegramente el ideal del fraile menor. Tres años vivió en este convento y el 1581 pasa a San Francisco del Monte, monasterio escondido entre los breñales de Sierra Morena. En aquella soledad su espíritu se expande y se une más estrechamente a Dios. No olvida, sin embargo, a sus hermanos, y, cuando la peste diezma a los vecinos de Montoro, acude solícito a ayudar a los enfermos a bien morir y a curar a los atacados del mal. Le acompaña un buen hermano lego, fray Buenaventura, que al fin sucumbe también a los rigores de la peste, y Solano continúa asistiendo a sus hermanos dolientes en la iglesia de San Sebastián, transformada en hospital, donde aún se conserva un cuadro que recuerda su caridad.

Se le nombra guardián del convento y a los tres años es enviado al convento de San Luis de la Zubia, en la vega de Granada. Aquí termina su labor en España, porque en 1588 solicita marchar a América en compañía del padre comisario, fray Baltasar Navarro, que ha venido en busca de misioneros. Ciérrase entonces la primera etapa de su vida; la segunda le verá en las apartadas regiones del Tucumán, convertido en misionero de indios, hasta el año 1602, en que se le ordena volver al Perú, donde entabla la estricta observancia de los recoletos y donde fallece en 1610. Estas tres etapas en que podemos dividir su vida son bien marcadas y cada una de ellas tiene su carácter peculiar. En España ha alternado el estudio de la perfección religiosa con el de las ciencias y los cargos de gobierno con el ministerio apostólico, pero esto último lo hace sólo a intervalos y no de una manera metódica y continua. Es la etapa de preparación y en la cual se macizan sus virtudes. Cuando tome la carabela que le ha de conducir a Tierra Firme ya Solano es un santo, es el varón de Dios, que lo pisotea todo para unirse a su Señor.

El 3 de marzo de 1589 pasaba la barra de Sanlúcar la flota que conducía al nuevo virrey del Perú, don García Hurtado de

Mendoza. En una de las naves, oculto a las miradas de todos, viajaba nuestro héroe, acompañado por un regular grupo de hermanos suyos que pasaban a América a conquistar, para Cristo, muchas almas. Con viento favorable llegaban a Cartagena el 7 de mayo y, tras unos días de espera en aquel puerto, pasaban a Portobelo y de aquí a Panamá, adonde debió llegar Solano a fines del mes de junio de 1589. La falta de embarcaciones le obligó a permanecer en aquel mortífero clima, donde perdieron la vida dos de los franciscanos que iban en su compañía. Después de cuatro meses lograron hallar una nave que los condujese al Perú, pero tan descuadernada que unos cuantos golpes de mar, como luego veremos, bastaron para dar al través con ella. Solano, en compañía del padre fray Diego de Pineda y de fray Francisco de Torres, tomó pasaje a su bordo, y la embarcación levó anclas en el puerto de Perico y se dio a la vela para el Callao.

La navegación desde Panamá hasta aquel puerto se hacía difícil, así por tener que vencer la corriente marina que baña aquellas costas como por la falta de viento, sobre todo en esta época del año. Así sucedió entonces, y en la vecindad de la isla de la Gorgona, frente a las costas de la actual Colombia, aquella frágil nave vino a zozobrar. En un batel lograron llegar a tierra algunos de los pasajeros y tripulantes, pero Solano permaneció sereno en los restos flotantes de la nave, alentando a los náufragos y auxiliándolos en aquel caso extremo. Cuando el batel volvió en su busca fue el último en acogerse a él, y lo hizo lanzándose al mar, después de arrollar el hábito a la cintura. Una vez en la playa, y cubierto tan sólo con la túnica, fue en busca del hábito que había perdido y lo halló en la arena. San Francisco, como él decía, le había dado aquel hábito y él también se lo había de devolver.

Por más de dos meses hubieron de permanecer los náufragos en la costa, desprovistos de todo auxilio. Uno de los compañeros de Solano había perecido en el naufragio, el otro, cansado de esperar, decidió salir en el batel con otros compañeros en busca de socorro. Tenían que alimentarse de peces, mariscos y hierbas silvestres, y no sin trabajo los encontraban. Solano, olvidado de sí, procuraba levantar el ánimo de sus compañeros, aliviaba sus males y les daba cuanto caía en sus manos y podía

servir para su sustento. Parece que en más de una ocasión su pesca tuvo todos los contornos de milagrosa. El Señor escuchaba a su siervo. Al fin arribó el socorro tan ansiado. A últimos de diciembre una nave recogió a los náufragos y los condujo al puerto de Paita, al norte del Perú. De aquí continuó Solano su camino por tierra hasta llegar a la ciudad de los reyes, Lima. Cruzó aquella costa desierta, interrumpida a veces por los valles que riegan los ríos que bajan de la cordillera, y en 1590 entraba en la capital del virreinato, donde ya le había precedido el virrey don García y en donde por aquel tiempo gobernaba aquella iglesia un esclarecido prelado, Santo Toribio de Mogrovejo.

Solano ardía en deseos de pasar a las misiones a que estaba destinado. Fray Baltasar, que le había traído consigo, atendió sus ruegos y con otros ocho religiosos emprendió el camino que conducía al Tucumán. La distancia era enorme. Basta fijar los ojos en un mapa de América para darse cuenta del inmenso espacio que había que recorrer. Pero a esta dificultad se añadía otra mayor: la de la aspereza y rigor de la tierra. Había que trasmontar los Andes y, luego de cruzarlos, llegar hasta el Cuzco, para tomar después el camino que conduce al Chaco, esto es, a la meseta frígida y desnuda casi de vegetación que domina la actual Bolivia y se prolonga casi hasta los confines del Norte argentino. Aquí comenzaba la bajada abrupta y sinuosa hasta Salta y más abajo a las llanuras del Tucumán. Solano hubo de arrostrar esta jornada caminando unas veces a pie, otras en pobres cabalgaduras, y sufriendo todas las consecuencias de la falta de abrigo de las rigideces del clima. Si por allí habían pasado los conquistadores y capitanes en busca del Dorado y del rico cerro de Potosí, ¿iban a mostrarse menos animosos los discípulos de Cristo, los conquistadores de las almas?

En noviembre de 1590, según la carta del comisario fray Baltasar Navarro a Su Majestad, llegaba la expedición al Tucumán (carta fechada en Santiago del Estero el 26 de enero de 1591). En todo aquel territorio no había por aquel tiempo sino dos obispados, el del Tucumán y el del Río de la Plata. El primero era tan pobre, decía su obispo, fray Fernando Trejo, en 1601, que su catedral carecía de ornamentos decentes y no tenía

cómo poder levantar el seminario. Los franciscanos, dominicos y mercedarios habían penetrado en la región años hacía, pero su número era muy escaso. Tras ellos vinieron los padres de la Compañía de Jesús, pocos también. En 1610 la Orden de Santo Domingo sólo tenía un convento en Córdoba; los franciscanos tenían seis: en Córdoba, Santiago del Estero, Tucumán, Rioja, Talavera y Salta, pero en el que más, había seis o siete frailes, y en el que menos dos o tres; los mercedarios tenían también seis casas, en las mismas ciudades, pero su número era menor; finalmente la Compañía sólo tenía domicilios en Córdoba y en Tucumán, aunque en el primero los religiosos pasaban de veinte. Si esto sucedía en 1610, ya podemos calcular lo que sería en 1591, o sea unos veinte años antes, en el momento en que Solano arriba a esas tierras.

Muy escasa es la documentación que poseemos sobre sus actividades apostólicas en el Norte argentino. Casi todos sus biógrafos, aun en la época moderna, no han hecho otra cosa sino inspirarse, no siempre con fidelidad, en las declaraciones de los procesos. Por fortuna, éstos se llevaron a cabo cuando aún vivían muchos que habían conocido y tratado al santo, y de allí que su testimonio sea de calidad. Fray Francisco permaneció en el Tucumán sólo once años, de 1591 a 1602, primero como misionero y doctrinero de Socotonio y la Magdalena, y a partir de 1595, como custodio o viceprovincial de todos los conventos del Tucumán y del Paraguay, dependientes de la provincia del Perú.

La labor del misionero era ardua. No sólo había que vencer la resistencia del indígena, receloso siempre de los españoles, de quienes había recibido y recibía muchas vejaciones, sino, además, romper con las dificultades de la lengua y las que oponía la misma naturaleza, en un país cruzado por montes y ríos y en su mayor parte deshabitado. La caridad y mansedumbre de Solano y la pobreza de su hábito le ganó el corazón de los indios; se aplicó al estudio de su lengua y Dios ayudó sus esfuerzos. Se dice que poseyó el don de lenguas, pero no está de más advertir que, por las declaraciones de quienes le trataron, el capitán Andrés García de Valdés le enseñó la tonocote y uno de sus compañeros confiesa que tardó cuatro meses en aprender otra

de las lenguas indígenas. Sin embargo, en su caso se renovó el milagro del día de Pentecostés, porque, hablando en una sola lengua, sus oyentes le entendían como si les hablara en la propia.

El santo se impuso a aquellas mentes casi infantiles y el secreto de sus éxitos estuvo en su perfecta unión con Dios. Hay un hecho que aparece referido por uno de los testigos de los procesos, el cura de la Nueva Rioja, don Manuel Núñez Maestro, pero sus biógrafos lo han desfigurado y hasta lo han hecho inverosímil. El Jueves Santo del año 1593 Solano se encuentra en la población, que apenas lleva dos años de fundada. Ha venido invitado por el cura. Cuarenta y cinco caciques con su respectivo séquito se dan cita en el mismo lugar y este número de indios alarma al teniente de gobernador, quien aconseja a los vecinos preparar las armas. En la noche, como era el uso de España y de muchas ciudades del Perú, va en la procesión un grupo de disciplinantes, desnudos medio cuerpo arriba, azotando sus espaldas. Los indios no salen de su asombro. Solano aprovecha la ocasión para hablarles del Redentor y de sus sufrimientos por nosotros; les cautiva y le piden que los instruya en los misterios de la fe. Algunos dieron en decir que los bautizó a poco a todos y que su número llegaría a 9.000. El cura Núñez no dice esto. Sus palabras textuales son: «Los retuvo a todos hasta que fueron bautizados».

Solano no podía desconocer lo que habían ordenado sobre el particular los concilios limenses de 1567 y 1584. En el Tucumán se conocían esas prescripciones y en 1597 las hacía suyas el sínodo celebrado en Santiago del Estero por el obispo Trejo. Tampoco nos parece verosímil que fueran 9.000 los bautizados. El cura Núñez dice solamente que el número de indios llegaría a 9.000, pero es más que probable que en ese número incluía los de la región o los que estaban sujetos a los caciques que hicieron su aparición en la Rioja. Aun reduciendo el hecho a sus debidas proporciones, la acción del apóstol campea y sobresale. Tampoco creemos, como algunos afirman, que su actividad se extendiera al Gran Chaco y a otras regiones alejadas del Tucumán. No hay fundamento para asegurarlo. Santiago del Estero, la desaparecida Esteco, la Rioja y Córdoba fueron el teatro de

sus hazañas. En todos estos lugares dejó las huellas de su paso y testimonios evidentes de su santidad. Cítanse las fuentes de Talavera o Esteco y la de la Nueva Rioja. En ambas brotó el agua al conjuro de la voz de Solano. De la primera apenas cabe dudar, pues cuando, en 1617, pasó por allí el visitador del Tucumán, don Francisco de Alfaro, todos le señalaron la fuente del Padre Solano que allí brotaba copiosamente.

En el año 1601 los superiores le llaman al Perú, querían servirse de él para la nueva recolección de Nuestra Señora de los Ángeles, que estaba a punto de fundarse en Lima. Obediente a la voz de Dios, emprende el largo camino que le separa de aquella ciudad. Su humildad no acepta el cargo de guardián y queda como vicario. No mucho después el comisario fray Juan Venido le envía a la ciudad de Trujillo, en calidad de guardián. Esta vez no puede rehuir el cargo. En 1604 vuelve nuevamente a la recoleta de Lima y en diciembre del siguiente año, abandonando su retiro, y con un crucifijo en la mano, sale por calles y plazas, exhortando a todos a hacer penitencia de sus pecados y amenazando a los reacios con los castigos de Dios. La vista de aquel fraile, espejo de la penitencia, el ardor de su mirada y el fuego de sus palabras conmueven a sus oyentes. Le siguen hasta la plaza Mayor y allí el gentío se hace cada vez más numeroso. Resuenan por los aires las voces de perdón y por toda la ciudad cunde la voz de un inminente castigo del cielo. Recientes están los ejemplos de Arica y Arequipa, asoladas por un terremoto, de modo que aquella noche hubo que dejar abiertas las iglesias, por el gran concurso de gente que pedía a gritos confesión.

La ciudad pasó la noche en alarma. Hasta Rosa, la virgen incomparable, azota su cuerpo sin piedad, pidiendo a Dios por los pecadores. El virrey, conde de Monterrey, manda al siguiente día hacer una averiguación del hecho. Ordena, de acuerdo con el padre comisario, que un tribunal examine e inquiera del predicador lo que ha dicho y las causas que le han movido a decirlo. Solano se presenta sereno y, como ha obrado por divino impulso, no hace sino exponer la verdad. Sin embargo, recibió una admonición, a fin de que en adelante no perturbara la tranquilidad de los habitantes.

En lo sucesivo su vida es más del cielo que de la tierra. Sus fuerzas van decayendo visiblemente y por esta causa se le trasla-

da al convento de Jesús, de Lima, donde, tras breve enfermedad, causada más por las privaciones y trabajos que por el desgaste natural del organismo, fallece el día de San Buenaventura, 14 de julio de 1610, cuando se elevaba la hostia en la misa mayor. Su entierro tuvo contornos apoteóticos. El virrey, marqués de Montesclaros, y el arzobispo Lobo Guerrero son los primeros en conducir el féretro a la iglesia, donde la guardia de alabarderos apenas puede contener a la multitud. Predica sus virtudes el provincial de la Compañía, Juan Sebastián de la Farra, y se le da sepultura en la cripta de la iglesia, donde más tarde se levantará una capilla. El mismo año de su muerte, a 21 de julio de 1610, se empezaron las informaciones sobre su vida y virtudes, las cuales dieron por resultado el que la santidad de Clemente X lo beatificase en el año 1675 y Benedicto XIII lo proclamase santo en 1726.

RAMÓN VARGAS UGARTE

Bibliografía

CAGGIANO, A., *La figura de San Francisco Solano y su actuación en el Tucumán según el proceso de beatificación y canonización* (Buenos Aires 1950).

CÓRDOBA Y SALINAS, D. DE, OFM, *Vida, virtudes y milagros del nuevo apóstol del Perú, el venerable P. Francisco Solano* (Lima 1630; 2.ª y 3.ª impresión en Madrid en 1643 y 1676, respectivamente).

IZAGUIRRE, B., OFM, *Historia de San Francisco Solano* (Tournai 1908).

SANTA CLARA CÓRDOBA, A., OFM, *San Francisco Solano* (Buenos Aires 1949).

• Actualización:

DÍAZ, A., *San Francisco Solano* (Córdoba 1991).

GARCÍA ORO, J., *San Francisco Solano. Un nombre para las Américas* (Madrid 1988).

HUSPAUR, L. A., *San Francisco Solano* (Sevilla 1989).

Proceso diocesano de San Francisco Solano. Estudio preliminar F. Iwasaki Cauti; versión paleográfica M.ª J. Acuña (Montilla 1999).

SOBRINO, J. A. DE, *San Francisco Solano. Un pionero de la evangelización de los pueblos de América* (Córdoba 1987).

BEATO MARIANO DE JESÚS EUSE HOYOS

Presbítero († 1926)

El sacerdote colombiano Mariano de Jesús Euse Hoyos, popularmente conocido con el cariñoso apelativo de «El padre Marianito», a quien Juan Pablo II beatificó el 9 de abril del Año Santo 2000, vio la luz el 14 de octubre de 1845 en Yarumal, en

la casa sita en el cruce de la calle 20 (Carrera de Valdivia) con calle 20 (San Mateo), al norte de la diócesis de Antioquia. Vástago de una familia profundamente católica y el mayor de siete hermanos, sus padres se llamaban Pedro José Euse Bustamante y Rosalía de Hoyos Gómez. La profunda fe de sus ascendientes fructificó en vocaciones sacerdotales: desde la suya hasta la de su primo segundo el obispo Valerio Antonio Jiménez de Hoyos, y la de su tío materno don Fermín de Hoyos, con él especialmente vinculados uno y otro, ya que, si del primero recibió la ordenación sacerdotal, del segundo fue coadjutor en San Pedro de los Milagros (Antioquia). Por línea paterna, en fin, está igualmente el Padre José María, otro tío suyo. El apellido Euse le llegaba de la Normandía francesa, de donde su bisabuelo había tenido que emigrar a Colombia.

Bautizado en Yarumal al día siguiente de nacer, recibió el sacramento de la confirmación con sólo dos años el 22 de septiembre de 1847 en el antioqueño Girardota, de manos de monseñor Juan de la Cruz Gómez Plata, segundo obispo de Antioquia. Sus cristianos padres, profundamente religiosos y desconfiando de la escuela pública, muy hostil entonces a la Iglesia, corrieron personalmente con su educación. De ellos aprendió no sólo las buenas costumbres sino también a leer y a escribir, en suma los rudimentos de la ciencia. El empeño familiar dio buen resultado, pues el muchacho comenzó pronto a enseñar a otros niños menos afortunados que él. Creció en un ambiente campesino del que recibió profundos e imborrables influjos que habrían de marcar luego la sencillez típica de su vida, la reciedumbre sólida de su espíritu y la absoluta radicalidad de su incondicional y generosa entrega al ministerio entre la humilde gente del campo.

Hasta los 15 años no empezó a estudiar formalmente en un colegio. La vocación sacerdotal se le manifestó a los 16. A partir de entonces fue confiado a la solicitud de su tío Fermín Hoyos, párroco de Girardota, sacerdote de reconocidas virtudes y de señalada ciencia y de notable sabiduría. Con ahínco y perseverancia, el joven emprendió su formación cultural y religiosa. Acompañó a su tío cuando a éste le llegó el traslado en calidad de párroco y vicario foráneo a San Pedro. Mariano pasaba su

vida sencilla, entregada y comprometida, entre la oración, el estudio y el trabajo. Bachiller el año 1860 en el Colegio Nacional de San José de Marinilla (Antioquia), donde estudió matemáticas, geografía, historia y lengua castellana, aprobadas con óptimos resultados, decide ingresar ya de 24 años para hacerse sacerdote en el recién abierto Seminario Conciliar de Medellín el 3 de febrero de 1869, donde se prepara con laudable empeño, señalado provecho y elevado espíritu a la recepción de las órdenes sagradas. A los 26, el 14 de julio (alguien data el 24) de 1872, recibe la ordenación sacerdotal por la imposición de manos del predicho primo suyo monseñor Valerio Antonio Jiménez de Hoyos.

Dijo la primera misa en el templo de San José, Medellín. Inició el ministerio en San Pedro de los Milagros, como coadjutor, hoy se dice vicario cooperador, del tío don Fermín, quien así lo había solicitado del señor obispo. Allí permaneció desde agosto de 1872 hasta abril de 1876, distinguiéndose por la absoluta dedicación a sus deberes sacerdotales, el transparente manejo de los recursos que la feligresía donaba para el culto y una firme y resuelta decisión de emprender grandes obras, como la basílica menor, hoy orgullo y referente religioso de aquella región. Fallecido don Fermín en enero de 1875, le llega el traslado, siempre como vicario cooperador, primero a Yarumal (1876) y luego a Angostura (1876-1878). El 15 de abril de 1876 suena la hora de coadjutor del padre Rudesindo Correa, párroco de Angostura, anciano ya y de precaria salud. El 30 de noviembre de 1878 la de cura en propiedad de Sabanalarga, en el occidente antioqueño (1879-1881), y el 21 de enero de 1882 pasa definitivamente, esta vez en su condición de párroco perpetuo, a su ya conocido y querido Angostura, donde habría de permanecer hasta la muerte el 12 de julio de 1926. Los examinadores diocesanos le reconocieron la ciencia y los conocimientos necesarios para desempeñar aquel oficio pastoral. Apenas toma posesión, se da cuenta de las muchas y no pequeñas dificultades que le aguardan: la primera, construir el templo de la parroquia. Otros lo habían empezado, pero las obras estaban paradas por falta de fondos, dificultades técnicas y amenazas de guerra civil en la región. Tras un paciente y largo año de espera, y luego de supera-

das las dificultades, le fue posible reanudar las obras y concluir pronto la construcción. Durante la guerra tuvo que esconderse varias veces en las montañas o en las cuevas.

En Angostura, valga repetirlo, permaneció hasta su muerte como solícito y celoso pastor del rebaño que se le había encomendado. Su fama de santo se difundió, ya en vida, por toda la comarca. Nada era capaz de frenar sus ilusiones o poner coto a su celo sacerdotal: ni las trabas que le ponía la autoridad civil, entonces muy contraria a la Iglesia, ni las dificultades provenientes del tiempo y del lugar, que no fueron pocas. Su intenso y constante apostolado produjo copiosos frutos, dejando entre la gente, a la hora de su muerte, profunda huella y reconocimiento. Y es que supo hacerse todo de todos en la vida del pueblo, participando y asumiendo como suyas las penas y alegrías de la entera parroquia y alrededores. Para todos en general y cada uno en particular supo siempre mostrarse padre diligente, maestro cercano, consejero de confianza y testigo fiel del amor de Cristo en aquella viña del Señor.

El ejercicio de su misión se hizo muy difícil a causa de las guerras civiles de la época, en las que ciertamente el Estado de Antioquia no llegó a estar muy comprometido, pero tampoco ello supuso en modo alguno quedar inmune del pernicioso influjo impuesto por los conflictos bélicos nacionales. Su trabajo pastoral discurrió especialmente entre los pobres y los humildes, siguiendo al pie de la letra el ejemplo y la enseñanza del divino Maestro, Jesucristo. Siempre demostró predilección por los grupos humanos más al margen de las posibilidades económicas y de los reconocimientos sociales. Desde entonces empieza a ser llamado, en reconocimiento a su constante solicitud por los más desposeídos, «padre Marianito». Sobresalió asimismo por su asistencia a los enfermos, muchos de los cuales recibieron el alivio gracias al don de curación con el que Dios le había agraciado.

Los pobres, a quienes él solía llamar «los nobles de Cristo», eran sus preferidos. No tenía reparo alguno en emplear sus propios bienes para remediar la indigencia de extraños y las penurias de los más débiles. Eran frecuentes sus visitas a los enfermos, y para asistirles estaba dispuesto a cualquier cosa y a

cualquier hora del día o de la noche. Con infinita mansedumbre y acabada sencillez de espíritu se ocupaba de los niños y de los jóvenes para servirles de guía por el camino de las buenas costumbres y de la prudencia. Gran amor el suyo hacia los campesinos, pues le recordaban con su sola presencia que él mismo había sido uno de ellos hasta los 16 años. Estaba muy atento a sus necesidades espirituales y sociales, e incluso a las económicas. Conociendo como conocía a su gente, sabía hablarles al alma, tocarles el corazón, llegarles hasta la fibra más íntima. Era su catequesis sencilla de veras, pero a la vez eficaz. Difundía la buena prensa y enseñaba la doctrina cristiana a todos, ricos y pobres, adultos y niños, hombres y mujeres.

Alentó mucho en su parroquia la práctica religiosa: asistencia a la misa dominical y festiva, rezo del rosario en familia, devoción al Corazón de Jesús, asociaciones católicas, oración por las vocaciones. Hizo además algunas obras materiales dignas de nota, como: la conclusión de la iglesia parroquial, su propia casa curato, el campanario, las ermitas de la Virgen del Carmen y de San Francisco y el cementerio, obras unas y otras que contribuyeron ni se sabe a despertar y sostener la vida cristiana de los fieles. Vivía una vida pobre, austera, mortificada, a lo Santo Cura de Ars, y sobresalía por la constancia en la oración, raíz de su apostolado y vida sacerdotal. Muy devoto de la Eucaristía, de la Santísima Virgen, de los Ángeles y de los Santos, amaba con increíble ardimiento y entrañable ternura a Dios Padre, por cuya gloria trabajó siempre. De aquí nacía su afán por salvar las almas de sus parroquianos y del mundo entero. Durante años y años disfrutó de buena salud, lo que también le permitió practicar la mortificación con penitencias y constantes ayunos hasta que, al fin, le sobrevino una grave infección de la vejiga y una fuerte inflamación de la próstata. A mediados de junio de 1926 no tuvo más remedio que guardar cama. El 12 de julio sufrió un ataque de enteritis que se lo llevó. Tan grande y radical era su pobreza que ni la ropa necesaria para cambiarse tenía. Los que le cuidaban tuvieron que acudir a la caridad de la gente para poder asistir al enfermo como convenía. Cercano el final, dijo él entonces: «Ya he vivido bastante. Ahora mi deseo más grande es unirme a mi Jesús».

La intensidad de su trabajo y su avanzada edad habían debilitado sensiblemente su salud. A los ochenta bien cumplidos, frisando ya casi con los ochenta y uno, y después de casi cuarenta y tres de dedicación pastoral a la parroquia de Angostura, fue llamado este siervo bueno y fiel a la casa del Padre. Las exequias concitaron el íntimo dolor de la feligresía, encargada de transmitir a las sucesivas generaciones el respeto por las virtudes y la obligación de la debida alabanza a Dios ante los innumerables favores concedidos por intercesión de aquel siervo suyo. El tránsito fue justo cuarenta y seis años después de su ordenación sacerdotal. El 13 de julio de 1926 se le dio cristiana sepultura en la capilla de la Virgen del Carmen, de Angostura, que él mismo había hecho construir. Su muerte fue muy sentida por el pueblo, que acudió en pleno a los funerales junto con varios sacerdotes y las autoridades. Diez años después, 11 de julio de 1936, sus restos fueron trasladados al templo parroquial. Cuando la exhumación, el cuerpo había aparecido momificado, lo que dio pie a incrementar, si cabe, más aún la fe que ya se venía propagando entre las gentes por Angostura y alrededores. Y empezaron a surgir los milagros. Se le había considerado santo ya en vida, pero con el reconocimiento de sus virtudes en grado heroico y la aprobación del milagro, requisitos previos a la beatificación, la Iglesia podía corroborar lo que el pueblo fiel había sentido y propagado desde su muerte.

El 10 de octubre de 1980, en efecto, la Congregación para la Causa de los Santos acoge el proceso de beatificación y el 3 de mayo de 1981 es proclamada la heroicidad de sus virtudes. Diez años después, el 3 de marzo de 1990, empieza a dársele el título de Venerable. El 26 de marzo de 1999, son leídos ante Juan Pablo II los decretos de aprobación de milagros donde está el correspondiente al «padre Marianito» y el 5 de junio del mismo 1999 el Santo Padre señala el domingo 9 de abril del año jubilar 2000 para la ceremonia de beatificación en la plaza de San Pedro. El Beato Mariano de Jesús Euse Hoyos se convierte así, para la Iglesia de Colombia, en permanente estímulo a una profunda renovación espiritual. Su gran mensaje proclama que la vocación del cristiano es la santidad. No se trata, pues, como suele suceder equivocadamente con los santos, de un hombre

más de esa exultante leyenda que desborda las fronteras de la imaginación, sino de un personaje de carne y hueso, de alegrías y dolores, de gozos y padecimientos, sencillo, alegre, accesible, que supo asumir con altura de miras y mortificante rigor el peso de su ministerio sacerdotal. El feliz acontecimiento de aquella beatificación sigue siendo para los colombianos un acicate a encontrar esa paz que nace de lo más hondo del alma cuya fúlgida corona es la santidad. Ser cristiano, pues, implica la obligación de ser santo.

El presbítero Rafael Gildardo Vélez Saldarriaga, de la diócesis de Santa Rosa de Osos, en Antioquia, fue el agraciado del milagro para la beatificación. La curación de un cáncer linfático permitió que los científicos de la comisión médica de la Congregación para la Causa de los Santos, dictaminaran que sólo un milagro podría haberlo salvado. En 1983 el padre Vélez fue operado de un tumor canceroso en la próstata. Cuatro años después quedó postrado en cama y le diagnosticaron cáncer linfático, incurable. Durante los meses siguientes visitó a cinco médicos y todos le dieron poco tiempo de vida. Su hermano en religión, el padre Hernán, le administró la santa unción de los enfermos. Él se encomendó al padre Marianito y empezó a rezarle la oración que figuraba en su fotografía.

La tradición oral de Angostura da cuenta y no para de prodigios y milagros obrados por nuestro beato. Dicen, por ejemplo, que en cierta ocasión el padre Marianito estaba en el atrio escuchando a uno de sus feligreses cuando vio a un ángel que caía, elevó sus manos al cielo y dio la bendición. En medio del tumulto ante la terrible escena de ver caerse de un balcón a Carmen Trujillo Cárdenas, la niña se levantó y corrió hacia su casa. Un prodigio similar al de otros santos, verbigracia San Juan de Sahagún. Cuentan asimismo que José Quintero pagó el entierro, agradecido porque el Padre le curó una grave herida con sólo hacerle la señal de la cruz con su dedo humedecido en saliva. Conversiones, solución a problemas familiares, curaciones, consecución de trabajo, exorcismos y hasta conjuros contra plagas de langostas, ratas y hormigas se le atribuyen sin cesar.

Diagnosticado un cáncer hepático al padre John Jairo Yepes Agudelo, de 41 años, párroco en Ebejico, Antioquia, el médico

internista que lo trató llamó de inmediato a la familia para informar de la dolorosa noticia. La familia no se conformó con el dictamen y solicitó una videoendoscopia. Y empezaron las oraciones a Dios para que por intercesión del Padre Marianito echase una manita al enfermo. A los dos días le remitieron a la clínica Las Américas y mientras esperaba a que le hicieran el examen vino a su encuentro el párroco de Angostura, Antonio Posada, con una medallita del beato. Entró a la videoendoscopia con la medallita bien apretada en la mano. El resultado fue un cálculo, del que al día siguiente, una vez operado, se recuperó completamente.

A preguntas de los periodistas, los familiares íntimos del padre Marianito se sentían abrumados de agasajos y declaraciones por los días de la beatificación:

> «El ejemplo que tenemos que dar al país es impresionante. Nuestra contribución a la gran labor de la diócesis ha sido patrocinar estampitas con su biografía en cuatro idiomas», dijo un sobrino nieto suyo, Gerardo Euse Hoyos.

El mayor de los Euse Hoyos —con los mismos apellidos porque los abuelos eran primos hermanos—, Mariano de Jesús, vive en Santa Rosa de Osos y allí le comentan a diario historias de milagros.

> «En los últimos tiempos —dice— me han llegado por lo menos veinte casos de matrimonios que no habían podido tener hijos años y años y hoy muestran orgullosos y reconocidos a sus primogénitos».

El más contemporáneo a la beatificación que Mariano tuvo fue cuando la camioneta en que viajaba fue retenida por el ELN, carretera de Doradal.

> «Antes de que nos hicieran bajar del carro y se lo llevaran con su conductor, apreté la estatuilla del padre, que estaba pegada al tablero y le recé, dice. A las dos horas regresaron con el hijo del dueño del vehículo».

A Bertha, su esposa, le curó la pierna con tromboflebitis, siendo así que la úlcera era tan severa que estaba a punto de gangrenarse.

El ambiente del pueblo en vísperas de la beatificación era, como es lógico, cordial y festivo. Al entrar en el casco urbano,

se veía por encima de las estrechas callejuelas, esbelta y airosa, la iglesia que durante cuarenta y tres años Mariano de Jesús Euse Hoyos, el padre Marianito, había dirigido. Se notaba una rara atmósfera de devoción. Nada parecía haberse alterado con el paso del tiempo desde 1936, cuando empezó a venerarse el cuerpo incorrupto de Marianito, que en 1990 la Iglesia dispuso guardar mientras se aprobaba la beatificación. En cada casa hay un altar; en cada billetera y en cada bolsillo, un llavero con su imagen. En el quiosco del centro del parque, donde aún se escucha música de Los Cuyos y se toma el tinto con aguardiente en la madrugada —para matar el gusanillo y hacer frente al frío que baja de las montañas—, sólo se habla de los favores, milagros, curaciones y hasta exorcismos que hizo y sigue haciendo el padre Marianito.

Juan Pablo II exteriorizó su alegría de elevar a la gloria de los altares a algunos nuevos beatos en el marco de las celebraciones del Año Santo 2000. Cinco confesores de la fe, precisó, que anunciaron a Cristo con su palabra y dieron testimonio de él con su incesante servicio a los hermanos: Mariano de Jesús Euse Hoyos, sacerdote diocesano y párroco; Francisco Javier Seelos, sacerdote profeso de la congregación del Santísimo Redentor; Ana Rosa Gattorno, viuda, fundadora del instituto de las Hijas de Santa Ana; María Isabel Hesselblad, fundadora de la orden de las religiosas del Santísimo Salvador; y María Teresa Chiramel Mankidiyan, fundadora de la congregación de la Sagrada Familia.

Seguir y servir según el lema de Jn 12,26 fueron las dos palabras clave del Evangelio de la ceremonia de beatificación. Seguir fielmente a Jesucristo en el ejercicio abnegado del ministerio fue la base sobre la que cimentó el padre colombiano Mariano de Jesús Euse Hoyos toda su piedad. Desde su íntima experiencia de encuentro con el Señor, vivió el renovado compromiso de evangelizar a niños y adultos, especialmente campesinos. No se ahorró sudores, ni sacrificios ni penalidades, entregado de cuerpo y alma durante casi cincuenta años, en la modesta parroquia de Angostura, a la gloria de Dios y al bien de las almas que le habían sido encomendadas.

El suyo fue luminoso testimonio de caridad, comprensión, desgaste, solidaridad y perdón, un servicio de veras impagable

para la querida nación colombiana y también un valioso estímulo a seguir trabajando sin concederse tregua ninguna por la paz y la reconciliación total en ese amado país.

> «Si el 9 de abril de hace cincuenta y dos años marcó el inicio de violencias y conflictos, que por desgracia todavía duran, que este día del año del gran jubileo —proseguía el Papa— señale el comienzo de una etapa en la que todos los colombianos construyan juntos la nueva Colombia, fundamentada en la paz, la justicia social, el respeto de todos los derechos humanos y el amor fraterno entre los hijos de una misma patria».

Aun perteneciendo a tierras y culturas diversas, formamos en Cristo un solo pueblo, una sola Iglesia, un mismo edificio espiritual, del que los santos son piedras brillantes y sólidas. El Papa quiso rendir así gracias a Dios por el espléndido testimonio de los nuevos beatos y animó a contemplarlos a la luz de la Pascua. Durante el rezo del Ángelus evocó la dimensión mariana del acto:

> «María, Reina de los confesores —afirmó—, nos ayude a seguir a su divino Hijo, como hicieron los nuevos beatos», de quienes impetró su intercesión para que, «participando íntimamente en la pasión redentora de Cristo, como ellos, la Iglesia entera se beneficie del poder intercesor de estos ilustres hijos suyos y viva la fecundidad de la semilla que muere y es acogida como cosecha en el reino de los cielos».

La homilía de la beatificación es significativa.

> «"Queremos ver a Jesús" (Jn 12,24). Ésta es la petición que hacen a Felipe algunos griegos que habían subido a Jerusalén con ocasión de la Pascua. Su deseo de encontrarse con Jesús y escuchar su palabra suscita una respuesta solemne de Cristo: Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del hombre (Jn 12,23). ¿Cuál es esta hora a la que Jesús alude? El contexto lo aclara: es la hora misteriosa y solemne de su muerte y su resurrección. Ver a Jesús. Como aquel grupo de griegos, innumerables hombres y mujeres, a lo largo de los siglos, han deseado conocer al Señor. Lo han visto con los ojos de la fe. Lo han reconocido como Mesías, crucificado y resucitado. Se han dejado conquistar por él y se han convertido en sus discípulos fieles. Son los santos y los beatos que la Iglesia señala como modelos para imitar y ejemplos para seguir».
>
> «Mientras prolongamos la alegría de la celebración de ayer —dijo en la audiencia del lunes 10 de abril de 2000 el Papa a los peregrinos llegados a Roma para la beatificación—, tenemos la oportunidad de dirigir nuestra mirada, con mayor veneración, a los

nuevos beatos, para profundizar algunos aspectos de su testimonio. Deseo saludar muy cordialmente a todos los peregrinos venidos para participar en la beatificación del sacerdote colombiano Mariano de Jesús Euse Hoyos. Saludo a los señores cardenales, a los obispos, sacerdotes y fieles colombianos, que dan gracias a Dios por las maravillas que ha obrado por medio del padre Marianito. Sacerdote profundamente dedicado a su misión, fue siempre guiado por una fe sólida, arraigada en la vida y comprometida en favor de los demás. Fue misericordioso y muy cercano con todos, especialmente con los pobres y necesitados. Su fama perdura entre vosotros y es un ejemplo a imitar especialmente en este momento crucial de la historia de vuestra querida patria».

«Quisiera que la figura radiante del beato Mariano Euse apareciera a los ojos de toda la sociedad colombiana como "un don de paz" en el marco de este Año jubilar. Colombia alcanzará la paz si respeta siempre y en todas partes el sagrado e inviolable derecho a la vida. La paz, don de Dios, es también tarea del hombre. Por eso, todos los colombianos, sin excepción alguna, han de colaborar en construirla, rechazando toda forma de violencia, luchando contra la pobreza, el hambre, el desempleo, los conflictos armados, los secuestros de personas, el narcotráfico y la degradación de la naturaleza».

Pidió que:

«El luminoso testimonio de caridad, comprensión, servicio, solidaridad y perdón [del padre Marianito] sea de ejemplo en Colombia y también una valiosa ayuda para seguir trabajando por la paz y la reconciliación total en ese amado país [...] Si el 9 de abril de hace cincuenta y dos años marcó el inicio de violencias y conflictos, que por desgracia duran aún, que este día del año del Gran Jubileo señale el comienzo de una etapa en la que todos los colombianos construyan juntos la nueva Colombia, fundamentada en la paz, la justicia social, el respeto de todos los derechos humanos y el amor fraterno entre los hijos de una misma patria» —comentó refiriéndose al dramático «Bogotazo».

Por decreto ley del 30 de julio de 2001 el Congreso de Colombia declaró monumento nacional y patrimonio histórico el Templo Parroquial Nuestra Señora de Chiquinquirá, ubicado en el municipio de Angostura, departamento de Antioquia, en la diócesis de Santa Rosa de Osos, otorgándole el nombre de «Beato Mariano de Jesús Euse Hoyos». Dispuso igualmente publicar a cargo del presupuesto de la honorable Cámara de Representantes, en cinco mil ejemplares, la recopilación que el comité de beatificación había hecho de la obra espiritual, realiza-

ciones materiales y acciones carismáticas del Beato Mariano de Jesús Euse Hoyos. Determinó, por último, colocar una placa de mármol con el texto de la presente ley, así como renovar todos los años la apropiación presupuestaria con el fin de dar permanente vitalidad y conservación a dicho monumento. Gloria de Colombia y preclaro hijo de la Iglesia, el Padre Marianito es ya, elevado a los altares, una clara prueba de hasta dónde puede llegar la grandeza de la sencillez.

PEDRO LANGA, OSA

Bibliografía

AAS 92 (2000) 845; 847.
Biblioteca electrónica cristiana: www.multimedios.org.
CONGRESO DE COLOMBIA, Ley 667 de 2001, en *Diario Oficial* N.º 44.503 (30-7-2001).
JARAMILLO, E., El *libro del admirable padre Marianito, cura de Angostura* (Río Negro 2000).
Martyrologium romanum, o.c., 369, n.14; 734.
PALACIO, A. E., *Marianito tal cual* (Santa Rosa de Osos 2001).
RAMÍREZ, M. A., «Padre Marianito»: *El Tiempo* (9-4-2000).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

BEATO HROZNATA

Religioso y mártir († 1217)

Hroznata, nacido en Teplá hacia el año 1160, fue un relevante caballero de la corte de Otocar I de Bohemia, brillante como militar y como político. Casado y con un hijo, aunque muy pronto su hijo y su esposa fallecieron, lo que llenó a Hroznata de un intenso dolor, que le hizo dejar la corte.

Vuelto a Teplá fundó un monasterio premonstratense y se cruzó para ir a la cruzada que se anunciaba y visitar los santos lugares, a lo que se obligó con voto. Como la cruzada no tuvo lugar, el papa le conmutó el voto por la construcción de una nueva casa religiosa. Entonces fundó un monasterio femenino de premonstratenses en Chotesov (1200).

Repensando su sitio en la vida, decidió ingresar él mismo en la vida religiosa y se hizo premonstratense en su pueblo en calidad de hermano lego. Se le encargó la administración de los

bienes temporales del monasterio. Estaba ocupado en la recuperación de algunas tierras a las que el monasterio pretendía tener derecho cuando fue cogido preso por los detentores de las tierras y retenido en Stáry Kynsperk, pidiendo sus captores un rescate para dejarlo libre. Pero, a consecuencia de los malos tratos y la inanición, murió antes de que el rescate llegara. Enterrado en la abadía de Teplá, el pueblo lo tuvo por santo y por mártir en defensa de las inmunidades de la Iglesia. Murió el 14 de julio de 1217. Su culto fue confirmado el 16 de septiembre de 1897 por León XIII.

SANTA TOSCANA

Viuda († 1344)

Nació a mediados del siglo XII en Zevio, junto a Verona. Contrajo matrimonio con Alberto Conoculi, que era veronés. Se dice que en su matrimonio guardó castidad por acuerdo de ambos cónyuges.

Muerto su marido, decidió vivir en pobreza para seguir más de cerca a Jesucristo y vendió todos sus bienes y los repartió a los pobres, lo que su familia llevó muy a mal.

El año 1314 se fue a vivir a Verona, residiendo en una cabaña en la colina llamada San Zenón al Monte. Aquí se dedicó a la asistencia de los pobres y abandonados, que visitaba asiduamente, y servía en sus propias casas. Igualmente era asidua al hospital de San Juan de Jerusalén, donde servía con gran caridad a los enfermos y los consolaba en su tribulación. Y dedicada a estas obras de misericordia pasó el resto de su vida hasta que murió el 14 de julio del año 1343 o 1344. El pueblo la ha venido venerando como santa.

BEATA ANGELINA DE MARSCIANO

Religiosa († 1435)

Hija de los condes de Marsciano, nace en Monte Giove, junto a Orvieto, el año 1377, y es educada esmeradamente por su buena madre, a la que tiene el dolor de perder cuando sólo tenía

12 años. Pensaba ella consagrar a Dios su virginidad cuando su padre le propone matrimonio con el conde de Civitella. Ella rehúsa de momento, pero ante la insistencia del padre, decide acceder. Celebrado el matrimonio, se dice que ella logra convencer a su esposo para guardar perpetua castidad. El matrimonio fue feliz pero duró sólo dos años porque el conde murió al cabo de este tiempo.

Angelina ingresa en la Orden Tercera de San Francisco y con sus amigas se dedica a una vida de oración y buenas obras, atendiendo a los necesitados y haciendo un intenso apostolado con las jóvenes descarriadas o a punto de descarriarse, labor que se extiende a todo su condado. Pero personas mal intencionadas la acusan ante el rey de Nápoles, Ladislao, y éste la manda comparecer. Pero Angelina sabe dar respuesta adecuada a todas las objeciones que a su apostolado se hacían. De momento no pasa nada pero a poco sus acusadores vuelven a la carga y logran que el rey la destierre de Civitella.

Entonces vende Angelina sus bienes personales, no reservándose sino lo necesario para su sustento y el de siete compañeras que van a compartir su destierro. Marcha a Asís, donde visita la tumba de San Francisco, y allí tiene la inspiración de fundar en Foligno un monasterio de monjas de la Tercera Orden de San Francisco que se dediquen a la instrucción y formación de las jóvenes. Así lo hace con licencia del obispo de Foligno y funda el monasterio de Santa Ana, que muy pronto se llena de otras almas que quieren compartir el ideal. Angelina extenderá su obra. Otros dieciséis monasterios serán fundados por ella, y en todos ellos florecerá el espíritu religioso y la obra apostólica emprendida. Ella edificó a cuantos la trataban por su pureza angelical, su caridad, su humildad, modestia y celo cristiano. Murió en Foligno el 14 de julio de 1435. El papa León XII confirmó su culto el 8 de marzo de 1825.

BEATO RICARDO LANGHORNE

Mártir († 1679)

Ricardo Langhorne era un acreditado abogado londinense del Inner Temple, y además de ser persona estudiosa y culta era

un convencido católico, que precisamente por ser conocido como tal y ser prominente dentro del catolicismo inglés, fue elegido por Titus Oates para acusarlo de sedición y complot contra el rey cuando lanzó sus falsas acusaciones sobre una supuesta conjura papista contra la vida del rey.

El 7 de octubre de 1678 Ricardo, acusado formalmente por Titus Oates, fue arrestado y encerrado en la cárcel de Newgate, donde estuvo muy estrechamente guardado hasta que el sábado 14 de junio de 1679 fue llevado a juicio en el Old Bailey. Aquí Oates y otros acusadores falsos le presentaron como el jefe de la conjura y que pensaba sacar partido personal de la rebelión si ésta hubiese conseguido sus objetivos. Uno de los acusadores, Bedloc, juró que lo había visto registrar cartas rebeldes concernientes a la conjura.

Ricardo se defendió haciendo ver la inconsistencia de las acusaciones y cómo se basaba en testimonios que se contradecían con otros alegados por él. Pero no le valió. Él y los cinco jesuitas acusados con él fueron condenados a muerte bajo la acusación de traidores. Difirieron un mes la ejecución de la sentencia en la esperanza de que él diera los nombres de otros implicados en la supuesta conjura. El mes pasó inútilmente porque Ricardo en la cárcel se dedicó a la oración y a prepararse para la muerte.

El 14 de julio de 1679 fue llevado a la plaza londinense de Tyburn. Subió al patíbulo y le dijo a la gente allí congregada que había recibido promesa de tierras y honores si abandonaba su catolicismo, pero que él había rehusado cambiar su religión. Proclamó que él era leal al rey y que no lo había traicionado nunca. Cuando el verdugo le colocó la soga alrededor del cuello, el mártir besó la soga y dijo: «Jesús bendito, en tus manos encomiendo mi alma y mi espíritu. Llévame ahora al paraíso. Yo deseo estar con mi Jesús». Seguidamente fue ahorcado, destripado y descuartizado. Fue beatificado el 15 de diciembre de 1929 por Pío XI.

BEATO GHEBRA MIGUEL

Presbítero y mártir († 1855)

Era natural de Dibo, Etiopía, donde nació en 1791. A los 25 años se hizo monje en su religión copta y se dedicó a la enseñanza. Maestro en la escuela de Gondar, fue en su tiempo el más distinguido teólogo. Por su amor a la verdad, estaba en crisis en él el monofisismo, pero no se había planteado nunca pasar al catolicismo romano.

Fue un viaje a Roma con motivo de haber ido anteriormente a El Cairo en la delegación que pedía al patriarca copto un nuevo obispo para Etiopía el que le puso en contacto con la religión católica. También visitó Jerusalén. Volvió decidido a pasar a la fe calcedonense y a hacerlo personalmente si no quería hacerlo el nuevo obispo designado.

San Justino de Jacobis lo recibió en el seno de la Iglesia y desde su conversión Ghebra Miguel decidió acompañarlo y ser su ayudante. Estudia teología y el santo obispo Jacobis lo ordena presbítero. Decide adherirse también a la misma Congregación de la Misión a la que el obispo pertenecía. Profesor en el seminario católico, publicista de libros en etíope, organizador de la apologética frente a los ataques coptos, hizo cuanto pudo por ser útil a la comunidad católica y contribuir a su expansión.

El obispo copto se quejó al emperador Teodoro del éxito que tenía el obispo católico y junto a él Ghebra Miguel. Esto trajo el arresto del sacerdote en 1854 y su detención en la cárcel a lo largo de trece meses. Juzgado, es condenado a muerte pero el cónsul inglés logra que se le conmute la pena por cadena perpetua. Se procuró entonces su apostasía y para ello fue atormentado terriblemente, sin que el sacerdote se echara atrás, y entonces fue obligado a seguir al rey en sus desplazamientos, yendo a pie y pasando muchas penalidades. Contrajo finalmente una disentería y, como consecuencia, falleció en Cerecca-Ghebaba el 14 de julio de 1855. Fue beatificado por el papa Pío XI el 3 de octubre de 1926.

SAN JUAN WANG GUIXIN
Mártir († 1900)

Juan Wang Guixin (Wang Koei-Tsu) era hermano del mártir José que se conmemora el 13 de julio. También casado y padre de familia, al saber los horrores que practicaban los boxers llevó su familia a la población de Chan-Kia-Tchoang, donde la dejó encomendada a la misericordia de Dios, y volvía a su pueblo junto con su hermano cuando en Nankong fue delatado a los boxers que allí mataron a su hermano. Él pudo huir y llegó a Ceu-ly-pu, pero fue localizado y llevado ante el mandarín local, que intentó salvarlo y le propuso para ello que disimulara su religión. Pero como se negaba a nada que pudiera significar renegar de ella, hubo de ser entregado a los boxers. Lo sacaron fuera de la población mientras el mártir rezaba en voz alta y fue decapitado. Era el 14 de julio de 1900. Fue canonizado el 1 de octubre de 2000 por Juan Pablo II.

15 de julio

A) MARTIROLOGIO

1. En Lyón, San Buenaventura († 1274), obispo y cardenal, de la Orden de Menores, doctor de la Iglesia **.
2. En Puerto Romano, santos Eutropio, Zósima y Bonosa (fecha desconocida), mártires.
3. En Cartago, en la basílica de Fausto, San Félix († 303), obispo de Thibiuca, mártir *.
4. En el mismo sitio, santos Catulino († 303), diácono y mártir, y demás mártires que descansan en la basílica de Fausto.
5. En Alejandría de Egipto, santos Felipe y diez niños († s. IV), mártires.
6. En la isla de Ténedos, en el Helesponto, San Abudemio († s. IV), mártir.
7. En Nísibe (Mesopotamia), San Santiago († 338), primer obispo de esta sede *.
8. En Roermond (Brabante), San Plequelmo († 713), obispo.
9. En la abadía de Senones, en los Vosgos, San Gumberto († 790), corepíscopo.

10. En Tesalia, el tránsito de San José († 832), obispo de Tesalónica *.
11. En Nápoles, San Atanasio († 872), obispo.
12. En Kiev (Rusia), San Vladimiro († 1015), príncipe, que al bautizarse tomó el nombre de Basilio **.
13. En Ratzeburgo (Dinamarca), San Ansuero († 1066), abad, y veintiocho compañeros, monjes y mártires *.
14. En Västeras (Suecia), San David († 1080), obispo *.
15. En Breslau (Silesia), Beato Ceslao († 1242), presbítero, de la Orden de Predicadores *.
16. En Moncalieri, San Bernardo († 1458), margrave de Baden *.
17. En aguas de Canarias y a bordo de la nave Santiago, beatos Ignacio Azevedo († 1570) y treinta y ocho compañeros de la Compañía de Jesús [Mártires de Brasil], martirizados por los piratas calvinistas. Los nombres de los compañeros son: Diego de Andrade, presbítero; Gonzalo Henriques, diácono; Antonio Soares, Benito de Castro, Juan Fernández (I), Manuel Álvarez, Francisco Álvarez, Juan de Mayorga, Esteban Zudaire, Alfonso de Baena, Domingo Fernández, otro Juan Fernández (II), Alejo Delgado, Luis Correia, Manuel Rodríguez, Simón López, Manuel Fernández, Álvaro Mendes, Pedro Núñez, Luis Rodríguez, Francisco de Magallanes, Nicolás Dinis, Gaspar Álvarez, Blas Ribeiro, Antonio Fernández, Manuel Pacheco, Pedro de Fontoura, Andrés Gonçalves, Amaro Vaz, Diego Pires, Marcos Caldeira, Antonio Correia, Fernando Sánchez, Gregorio Escribano, Francisco Pérez de Godoy, Juan de Zafra, Juan de San Martín, religiosos, y un Juan («Agregado») que iba con ellos **.
18. En Campi Salentina (Italia), San Pompilio María Pirrotti de San Nicolás († 1766), presbítero, de la Orden de los Clérigos de las Escuelas Pías **.
19. En Rochefort, en la nave en que estaba detenido, Beato Miguel Bernardo Marchand († 1794), presbítero y mártir *.
20. En Nam-Dinh (Tonkín), San Pedro Nguyen Ba Tuan († 1838), presbítero y mártir, a quien dejaron morir de hambre en la cárcel *.
21. En París (Francia), Beata Ana María Javouhey († 1851), virgen, fundadora de la Congregación de Hermanas de San José de Cluny **.
22. En My Tho (Cochinchina), San Andrés Nguyen Kim Thong (Nam Thuong) († 1855), mártir *.
23. En Bielsk Podlaski (Polonia), Beato Antonio Beszta-Borowski († 1943), presbítero y mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN BUENAVENTURA

Obispo y doctor († 1274)

San Buenaventura —Juan de Fidanza— nació en Bañorea (Bagnoreggio), pequeña ciudad italiana en las cercanías de Vi-

terbo. Un hecho milagroso ilumina su niñez como prenuncio de lo que sería su vida. Estando gravemente enfermo, su atribulada madre lo encomendó y consagró a San Francisco de Asís, por cuya intercesión y méritos recuperó la salud. Llegado a los umbrales de la juventud se afilió a la Orden fundada por su bienhechor, atraído, según el mismo santo confiesa, por el hermoso maridaje que entre la sencillez evangélica y la ciencia veía resplandecer en la Orden franciscana. En las aulas de la universidad de París, a la sazón lumbrera del saber, escuchó las lecciones de los mejores maestros de la época a la vez que atendía con ardoroso empeño a su formación espiritual en la escuela del «pobrecillo de Asís». Sus bellas cualidades de mente y corazón, perfeccionadas por la gracia, le atrajeron la simpatía y admiración de sus maestros y condiscípulos. Alejandro de Hales decía que parecía no haber pecado Adán en Buenaventura. Durante un decenio enseñó en París con aplauso unánime. Y, cuando apenas contaba treinta y seis años, la Orden, reunida en Roma en capítulo, le eligió por su ministro general el 2 de febrero de 1257.

A lo largo de dieciocho años viajará incansable a través de Francia e Italia, llegando a Alemania por el norte, y por el sur a España; celebrará capítulos generales y provinciales y proveerá con clarividencia a las necesidades de la Orden, para entonces extendida por todo el mundo antiguo conocido, en cuanto a la legislación y a los estudios, y sobre todo en cuanto a la observancia de la regla, para la que señaló el justo término medio, equidistante del rigorismo intransigente y de la relajación condenable. Sus normas de gobierno son en lo substancial válidas aún hoy, después de siete siglos. Con toda razón puede llamársele en cierto sentido el segundo fundador de la Orden de Francisco de Asís, del que escribió, a petición de los frailes, una biografía, modelo en el género por la serenidad crítica, amor filial y arte literario que la hermosean.

Predicaba con frecuencia impulsado de su celo por el bien de las almas. Papas y reyes, como San Luis, rey de Francia, universidades, corporaciones eclesiásticas y especialmente comunidades religiosas de ambos sexos eran sus auditorios. Los papas le distinguieron con su aprecio, consultándole en cuestiones

graves del gobierno de la Iglesia. Gregorio X, que por consejo del santo había sido elevado al sumo pontificado, nombróle cardenal, le consagró obispo él mismo y le retuvo a su lado para preparar el segundo concilio ecuménico de Lyón, en el que el Seráfico Doctor dirigió los debates y por su mano se realizó la unión de los griegos disidentes a la Iglesia de Roma. Fue el remate glorioso de una vida consagrada al bien de la Iglesia y de su Orden. Pocos días después, el 15 de julio de 1274, entregaba a Dios su bendita alma en medio de la consternación y tristeza del concilio, que se había dejado ganar por el irresistible encanto de su personalidad y por la santidad de su vida. El Papa mandó —caso único en la historia— que todos los sacerdotes del mundo dijeran una misa por su alma.

Si fue ingente la acción de San Buenaventura como hombre de gobierno, viendo los once gruesos volúmenes in folio de sus obras, hay que convenir que no fue inferior la que desarrolló en el aspecto científico. En los años de docencia en la universidad parisiense escribió comentarios a la Biblia y a las *Sentencias* de Pedro Lombardo. De la época de su gobierno nos quedan obras teológicas, apologías en que defiende la perfección evangélica y las órdenes mendicantes de los ataques de sus adversarios, muchos centenares de sermones y opúsculos místicos; algunos, como el *Itinerario del alma a Dios,* son joyas inapreciables de la mística de todos los tiempos. En sus obras hallamos la síntesis definitiva del agustinismo medieval y la idea de Cristo centro de la creación, y además la síntesis más completa de la mística cristiana. Todo ello presentado con claridad y precisión escolásticas, a la par que en un estilo armonioso y elegante, como de maestro, no sólo en las ideas, sino también en el decir. Sobre todas las otras cualidades de que están sus escritos adornados resalta una peculiar fuerza divina que el papa Sixto IV descubre en sus obras que arrastra y enfervoriza a las almas. Es la unción espiritual que rezuman todas sus páginas. Y no podía ser de otra manera, ya que la ciencia bonaventuriana no es frío ejercicio de la inteligencia, sino sabiduría, sabor de la ciencia sagrada vivida y practicada. Es, pues, muy comprensible el influjo inmenso del magisterio del santo doctor en la posteridad. Ideas y estímulos han bebido a caño libre en sus páginas maestros de

la espiritualidad y almas sedientas de perfección. También en nuestra patria han sido editados repetidamente sus opúsculos auténticos y aun los espurios, pero inspirados en su espíritu o compuestos con retazos de sus obras.

En medio de actividad tan desbordante el ministro general de la Orden seráfica fue ascendiendo por las vías de la santidad hasta su cumbre más cimera. No es solamente un teólogo que puede dar razón adecuada de los fenómenos místicos merced a los profundos conocimientos que de la ciencia sagrada posee. Es parejamente un varón experimentado, que ha vivido, por lo menos, algunos de los fenómenos que analiza. Se juntan, por tanto, en su persona ciencia y experiencia. Mas no vaya a creerse que, antes de pisar las alturas de la unión mística, no tuviera el Doctor Seráfico que mantener recias luchas consigo mismo y con sus torcidas inclinaciones. Nada más aleccionador que la Carta que contiene veinticinco memoriales de perfección, breve código ascético, de valor inestimable por lo que de autobiográfico encierra. Leyéndola se columbran los esfuerzos que hizo para desligar su corazón de todo afecto desordenado de las criaturas y lograr una extremada exquisitez de conciencia y se entrevén sus progresos en el ejercicio de las virtudes. Entre sus virtudes preferidas están la humildad y la pobreza, la oración, la mortificación y la paciencia. Una ingenua leyenda, no comprobada, nos lo muestra lavando la vajilla conventual en el preciso momento en que llegan con las insignias cardenalicias los enviados del Papa. Si el hecho no es real, simboliza exactamente la humildad del santo en medio de los mayores éxitos y honores. En el desempeño de su cargo brillaron su prudencia, su humilde llaneza y amor de padre en atender a sus súbditos de cualquier categoría que fuesen. La piedad bonaventuriana es marcadamente cristocéntrica y mariana. Puso todo su empeño en imitar a Cristo, camino del alma. La pasión sacratísima era el objeto preferido de sus meditaciones y amores seráficos. Todos los días dedicaba un obsequio especial a la Virgen Santísima y en honor suyo ordenó a sus religiosos que predicasen al pueblo la piadosa costumbre de saludarla con el rezo del Ángelus. Tenerle devoción equivalía para el santo a imitarla en su pureza y humildad.

El papa Sixto IV le canonizó el año 1482. En 1588 Sixto V le proclamó doctor de la Iglesia, asignándole el título de Doctor

Seráfico. El sapientísimo León XIII le declaró príncipe de la mística; y Pío XII exhortaba a los cultivadores de las ciencias eclesiásticas con palabras de San Buenaventura a unir el estudio con la práctica y la unción espiritual.

Grandiosa fue la actividad del Santo de Bañorea como sacerdote, como prelado y como sabio. Pero ni la ciencia ni la acción secaron su espíritu. Espoleado de abrasante amor a Dios y al prójimo, vivió una intensa vida interior, savia que empapaba toda su actividad de efluvios sobrenaturales. Secreto resorte de todo dinamismo sobrenaturalmente fecundo ha sido siempre una robusta vida interior. Es la lección perenne que el santo nos brinda con las enseñanzas de su magisterio y el ejemplo de su vida. Es el camino que con gesto amable y persuasivo señala a las almas que no quieran dejarse arrastrar por este mundo ahíto de técnica, de adelantos, de prisas y velocidades supersónicas, amenazado, en cambio, de un espantoso vacío interior.

JUAN MESEGUER, OFM

Bibliografía

GRATIEN DE PARÍS, OFM CAP, *Historia de la fundación y evolución de la Orden de Frailes Menores en el siglo XIII* (Buenos Aires 1947).

LONGPRÉ, E., «Bonaventure, Saint», en *Dictionnaire d'histoire et de géographie ecclésiastique.* IX: *Bishop-Bouilli* (París 1937) cols.742-788.

— «Bonaventure, Saint», en *Dictionnaire de spiritualité, ascétique et mystique.* I: *AA-Byzance* (París 1937) cols.1768-1843.

Obras de San Buenaventura. Ed. bilingüe, 6 vols. (Madrid 1945-1949).

LÓPEZ, A. - CASTRO, M., «San Buenaventura en la bibliografía española»: *Archivo Ibero-Americano* 16 (1921) 342-399; 2.ª época 11 (1951) 317-342.

• Actualización:

CARPENTER, CH., *San Buenaventura. La teología como camino de santidad* (Barcelona 2002).

CASTRO, M. DE - HUERGA, A. - ANDRÉS MARTÍN, M., *San Buenaventura* (Madrid 1976).

SAN VLADIMIRO EL GRANDE

Príncipe († 1015)

Vladimiro Sviatoslavich, San Vladimiro el Grande. Con este título se le conoce en todas las biografías. Príncipe ruso nacido hacia el año 960. Era nieto de Santa Olga, bautizada el año 955, e hijo del gran duque Sviatoslav de Kiev —de sangre norman-

da— y de una esclava de origen eslavo llamada Malfreda. En su ciudad natal fue educado en el paganismo de su padre, quien muy pronto le entregó el gobierno de la segunda ciudad más importante del principado, Novgorod, que administró bajo la tutela de un tío suyo.

A la muerte de su padre en el año 973, heredó el trono su hermano Jaropolk. Herencia que no fue aceptada por Vladimiro, quien marchó a Escandinavia donde logró reunir un grupo de hombres, regresando otra vez a su ciudad de Novgorod. Asentado allí con los fieles que lo acompañaban consiguió dar muerte a su hermano después de violentas luchas entre ambos. A partir del año 980 quedó dueño absoluto de Kiev y de toda Rusia.

Eran unos años de transición del cristianismo en aquellas tierras desde que la nueva religión había sido introducida entre los eslavos por los santos Cirilo y Metodio y donde secretamente había hecho ya grandes progresos.

Vladimiro, en los primeros años de su reinado, dejó que se continuasen las creencias paganas. Él ya conocía la existencia del cristianismo pues su abuela Olga había construido en la ciudad la iglesia de Santa Sofía, siguiendo el modelo de basílica —incluso con el mismo nombre— de Constantinopla.

Con ocasión de una campaña solicitada por los emperadores bizantinos Basilio II y Constantino VIII para reprimir al cabecilla rebelde Bardas Foca, que se había proclamado emperador hacia el año 987, comenzó a interesarse por las creencias cristianas. Parece ser que el emperador Basilio le había prometido como mujer a su hermana Ana. Por eso, al año siguiente, tras conquistar la ciudad de Cherson en Crimea, envió mensajeros al mismo emperador Basilio II de Constantinopla pidiéndole la mano de Ana, con la amenaza de que si se la negaba marcharía contra la misma Constantinopla.

Basilio contestó que a los cristianos no les era lícito contraer matrimonio con paganos. Que si de veras le agradaba el amor de aquella hermana suya y como aseguraba conocer el cristianismo, habiendo estudiado sus doctrinas, se inclinaba a ellas, debería recibir el bautismo.

Responsabilizado Basilio de la buena respuesta de Vladimiro envió a su hermana a Cherson, ciudad situada en la desem-

bocadura del Dniéper, rodeada de un brillante séquito para celebrar el pactado matrimonio. Vladimiro, de manos de sacerdotes bizantinos, recibió primero el bautismo, no sin antes repudiar a la serie de concubinas que lo rodeaban de acuerdo con las costumbres paganas de la época. El matrimonio se celebró el año 988.

Este hecho tuvo una importancia trascendental y una doble significación. Por una parte, Bizancio reconocía al joven estado ruso y establecía con él contactos económicos y culturales. Por otra parte, Rusia adoptaba así el cristianismo como religión oficial, lo que consolidó la política del joven estado y de su clase dirigente.

Vladimiro ya cristiano regresa a Kiev con el firme propósito de intentar que también sus súbditos abrazaran la nueva doctrina. Para certificar la verdad del novedoso credo comenzó por destruir los ídolos paganos convenciendo así a su pueblo de la impotencia e inutilidad de los que ellos llamaban dioses. El efecto fue positivo gracias al ejemplo de su soberano. Bastantes acudieron a recibir el bautismo que, por la falta de iglesias, lo celebraban en las orillas del río Dniéper. Pero tampoco faltó la oposición y resistencia como en Novgorod por parte de importantes núcleos paganos.

Para facilitar la cristianización de su pueblo mandó construir nuevas iglesias, no sólo en Kiev, sino también en otros lugares como Pereiaslav, Chernigov, Vladimir y otras más. Las iglesias de Kiev fueron dedicadas una a Santa María y otra a la Transfiguración del Señor.

Además de estos hechos, y pensando en el pueblo que le seguía, abandonó su política bélica y se dedicó a buscar el bienestar de sus súbditos creándoles escuelas y facilitándoles tribunales eclesiásticos para que presidiera la justicia como norma de vida común. Su bondad y el amor a los suyos eran tangibles y manifiestos.

También supo llevar con entereza cristiana las pruebas que le deparó el destino. En 1011 murió su esposa. Tuvo que sufrir la rebelión de uno de sus hijos, Yaroslav, que, ayudado por los varangos, se rebeló contra su padre. Cuando en el 1014 se preparaba para marchar contra la ciudad de Novgorod y arrebatár-

sela a su hijo, en el camino cayó enfermo y murió. Era el 15 de julio de 1015.

Sobre la organización de la iglesia rusa en tiempos de Vladimiro conocemos bastante poco. Durante su gobierno se creó ya algún obispado como el cercano Belgorod y quizás algunos más. Lo que resulta incuestionable es que a finales del siglo XI existían ya hasta once obispados, algunos tan famosos como Novgorod, Polok, Vladimir y otros. Posiblemente se hallaban bajo la jurisdicción búlgara. Desde luego, el arte, el culto y las formas estaban inspirados en las orientaciones y modos de la iglesia bizantina de Constantinopla. Sin embargo, la lengua utilizada fue siempre la eslava, lo que facilitó la comprensión por parte del pueblo, y además propició la independencia eclesial de los griegos. Desde los tiempos de San Cirilo, hacia el año 862, ya se había comprendido que resultaba indispensable hablar la lengua de los oyentes y ofrecerles los textos sagrados en su lengua, el eslavo.

Mantuvo también relaciones con la iglesia latina. Se conocen algunas legaciones papales y las relaciones con San Bruno Querfurt en su viaje misional al sur de Rusia y Prusia donde fue martirizado el año 1009.

La muerte de Vladimiro tuvo lugar en el palacio de la villa de Berestovoje, siendo enterrado en Kiev probablemente en la iglesia de Santa María, que él mismo había erigido.

San Vladimiro consolidó definitivamente el estado ruso. Fue el fundador de la dinastía y del estado de Kiev. Llevó a efecto la unión de todos los territorios eslavos orientales y los incorporó al imperio de Kiev. La extensión entonces del estado era muy notable. Cristianizó el imperio de Kiev hasta el punto de que la nueva religión se dejó sentir a todos los niveles. Dejaba, así, esbozadas las grandes líneas del régimen social ruso. Un estado fundamentalmente agrícola cuya economía se basaba en la propiedad feudal, algo común en aquellos momentos. Unos años después de su muerte, durante el reinado de Yaroslav Vladimirovich (1019-1054) se hace la primera recopilación de leyes —la *Russkaia Pravda*— donde se refleja la evolución de las relaciones feudales y la lucha de clases sociales en la antigua Rusia. Vladimiro supo estar a la altura de su conciencia cristiana, pero

el régimen ruso había comenzado una andadura social que no terminaría prácticamente hasta nuestros tiempos.

Muy pronto el pueblo por el que tanto había hecho, lo empezó a venerar como santo. Su canonización ya es definitiva a principios del siglo XIII. *La Crónica de Néstor,* una de las fuentes más importantes para su biografía, lo compara con Constantino pues no en vano siguió la misma conducta de su conversión personal y su bautismo junto a la poderosa influencia en los pueblos eslavos. La Iglesia católica también lo ha reconocido como santo celebrando su fiesta el 15 de julio, fecha de su muerte.

JOSÉ SENDÍN BLÁZQUEZ

Bibliografía

Arts. en diversas historias y diccionarios: *Enciclopedia Larousse; Gran Enciclopedia Rialp; Diccionario Espasa,* etc.
BAUMGARTEN, N. P. G. DE, *San Vladimiro e la conversione della Russia* (Roma 1930).
SPIDLÍK, T., SI, *Il millenio del battesimo di San Vladimiro* (Roma 1988).

BEATOS MÁRTIRES DE BRASIL

(Ignacio Azevedo, Diego de Andrade, Gonzalo Henriques, Antonio Soares, Benito de Castro, Juan Fernández (I), Manuel Álvarez, Francisco Álvarez, Juan de Mayorga, Esteban Zudaire, Alfonso de Baena, Domingo Fernández, otro Juan Fernández (II), Alejo Delgado, Luis Correia, Manuel Rodríguez, Simón López, Manuel Fernández, Álvaro Mendes, Pedro Núñez, Luis Rodríguez, Francisco de Magallanes, Nicolás Dinis, Gaspar Álvarez, Blas Ribeiro, Antonio Fernández, Manuel Pacheco, Pedro de Fontoura, Andrés Gonçalves, Amaro Vaz, Diego Pires, Marcos Caldeira, Antonio Correia, Fernando Sánchez, Gregorio Escribano, Francisco Pérez de Godoy, Juan de Zafra, Juan de San Martín, y un Juan, «Agregado»)
(† 1570)

Bien ganado tenía la madre Teresa de Jesús este conventual sosiego con que se regala en Ávila después de las andaduras y desventuras de aquel año 1570.

La fundación de Pastrana le puso el corazón en aprietos de sangre ante el dramático destino de sus pobres monjas, entrega-

das al turbio albedrío de la princesa de Éboli. Con su único ojo bello, inquietante y sutil, quiso doña Ana Mendoza de la Cerda envolver sus extravíos en el lirio celeste de la blanca capa del Carmelo. Y como todo eran embelecos de fantasía y antojos de viuda aún verde, muy pronto colgó penitencias, silencios y hábito. Pero ni aun así placían la devoción y el recogimiento en aquel Carmen, acosado desde fuera por las impertinencias priorales de la Éboli. Total, que la Santa procuró «por cuantas vías pudo, suplicando a perlados, que quitaran de allí el Monasterio», como se hizo. Y Teresa de Jesús, baldada de carretas y de muleros, dio con su amargura en la Encarnación de Ávila, peregrinando penosamente los caminos de Madrid, Toledo y Escalona.

Se entiende muy bien toda su vida a la luz de aquel ardoroso anhelo de San Pablo: «Suplir con el sacrificio de su carne lo que resta a la pasión de Jesucristo por su Cuerpo que es la Iglesia» y a tan altos arrobos le sube su corazón enamorado —su «muero, porque no muero»—, que muchas veces refresca los ardores de su angustia con la memoria de aquella ansia adolescente de martirio que la empujaba a irse para cristianizar las tierras de los moros. ¡El martirio!

Y ahora, en el silencio de su clausura apacible, cuando el verano implacable de Castilla pone los cielos transparentes como el purísimo cristal donde se mira la gloria de Dios. 15 de julio de 1570. Teresa canta los finos latines del salterio de vísperas en honra de su Madre del Carmen, que es también la Virgen capitana del mar. Y es su oración tan honda y tan quieta, que luego se sale, sí, extática y luminosa, a la contemplación de los divinos secretos inefables. Jesucristo le va a compensar sus fracasos de Pastrana. Y de pronto le muestra una falange de jesuitas, con sus estolas de sangre y sus palmas de martirio, que suben glorificados a la eterna beatitud del cielo. Queda la santa absorta, enajenada de gozo, embebida en la luz del cortejo, que viene desde la mar océana, desconocida y distante; y aún le parece que la espuma de las olas pone un escabel de pleitesía a los bienaventurados, que canta con ellos un tedéum de oro y de cristal hasta que se pierde en la gloria de Dios.

Cuando torna en sí, confiere a su confesor y consejero, padre Baltasar Álvarez, el regalo de aquella visión misteriosa que

tan altas consolaciones le diera: porque la sangre de los mártires —lo sabe ella muy bien— ha sembrado en el mundo el buen trigo de Dios para colmar los graneros de la Iglesia. Pero ni fraile ni monja atinan a esclarecer el mensaje de la visión. Pasaría aún mucho tiempo hasta que Lisboa y Madrid conocieran la aventura de un navío que por las mismas rutas del Descubrimiento dio testimonio de los destinos misionales de España, para vergüenza de muchos colonialismos que vendrían después. Y esta historia admirable os la voy a referir muy puntualmente para la mayor gloria de Jesucristo.

Todo el negocio anda entre santos. La primavera de 1569 recibe San Francisco de Borja, en su curia generalicia romana, al P. Ignacio de Azevedo, jesuita portugués, insigne por su piedad y sabiduría. Retorna desde el Brasil a traer informes sobre la encomienda de visitador que el tercer general de la Compañía le diera en 1566. Sus noticias son francamente alentadoras.

Durante los tres primeros meses de su residencia en la capital —Bahía de Todos los Santos— se había detenido el padre para reavivar el verdadero espíritu de Loyola entre sus hermanos jesuitas de la primitiva fundación, hecha diecisiete años antes.

> «En aquel tiempo —leemos en una crónica antigua—, la provincia misionera del Brasil recibió con Acevedo el alma de la Compañía, ya que hasta entonces se había regido según criterio de los distintos superiores, diferentes en talentos y espíritu y con diverso influjo sobre los súbditos».

Como es natural, le costó muchas penas y trabajo esta reforma interior hasta configurarles con la imagen de San Ignacio, que él guardaba fielmente en la norma de su corazón y de su vida. Y lo hizo, según las viejas memorias, «con suma prudencia, celo ancho y encendida caridad», virtudes poco comunes a su edad joven.

Tenía asegurada la base inconmovible de aquellas difíciles misiones: los obreros de la mies. Pero la mies era mucha: una selva virgen que escondía terribles misterios de sangre. Los fundadores se habían establecido cautamente a los principios por todas las orillas del mar, en la desembocadura de los grandes ríos, donde la presencia de los soldados portugueses les guarda-

ba de morir entre las bocas hambrientas y salvajes de los antropófagos. Algunos, sin embargo, cristianizaban la selva. Y a todos visitó Azevedo, superando las penalidades de tantos caminos arriesgados. Fundó escuelas de enseñanza y aquellas magníficas «reducciones», como primera conquista del orden social para alivio de pobrezas y estímulo del trabajo. Con licencias del Rey D. Sebastián erigió en Río de Janeiro el Colegio Real, de altos estudios, verdadero martillo de la herejía calvinista, que contaba allí con innumerables prosélitos.

Y ahora, en esta dulce primavera romana de 1569, entrega a Francisco de Borja el brillante informe de su visita al Brasil. Hay una petición justa, celosa, instante: que se le autorice una leva de misioneros portugueses y españoles como urgente estrategia para la conquista cristiana de las tierras recién descubiertas. Accede Borja, porque la Compañía sólo busca la mayor gloria de Dios. Y para que esta recluta de soldados de la Iglesia cuente con las máximas bendiciones del cielo le presenta al papa San Pío V, que emocionadamente acoge aquella empresa de la catolicidad española. Hay un detalle misterioso: el pontífice concede a Azevedo la licencia singularísima de sacar dos copias de aquella *Madona de San Lucas,* venerada en Santa María la Mayor, para que les acompañe. Y, mediante estas imágenes, la Señora, que es Reina de los apóstoles, va a jugar en la aventura marina del martirio el papel protagonista de «Columna de toda fortaleza».

Al retorno de Roma, encontramos a Azevedo en Zaragoza en plenas faenas de completar su expedición de sesenta y nueve voluntarios jesuitas. No viene perdido, sino atado a la fama de virtudes y enorme temple de un coadjutor humilde que le llegó hasta la Ciudad Eterna. Se trata de Juan de Mayorga, el navarro. Y diciendo «navarro», ya se comprende la reciedumbre de un carácter decidido a las más duras conquistas y batallas por la defensa de la fe. Mucho tiempo estuvo abierta una disputa histórica sobre su origen incierto. Pero las recientes investigaciones del insigne P. Pérez Goyena han devuelto a Mayorga su bautismo de navarro verdadero. La controversia tenía sus razones. Porque precisamente en el mismo año en el que nace —1530—, en San Juan de Pie de Puerto, nuestro césar Carlos

abandona el regimiento de aquella sexta merindad, atribuida siempre a la corona de Navarra. Bastante lógico que los historiadores franceses, con muy débiles argumentos, le hicieran francés. Pero ahora son abrumadoras sus credenciales de legitimidad navarra y española.

Sabemos de él que tenía «un sujeto sano y robusto», común entre la raza vasca; que era pintor y que fue admitido en la Compañía, a la edad de treinta y cinco años, el 22 de julio de 1566. Sería un artista modesto, piadoso desde siempre en su oficio, pues ignoramos los calibres de su maestría, aunque es fama que sus pinturas obraron prodigios y fueron muy solicitadas después de su martirio.

No estaba Mayorga huérfano de paisanaje en aquella fulgurante leva del P. Azevedo por España y Portugal. En el colegio de Plasencia se alistó entre los misioneros otro navarro —Esteban Zudaire—, puro, en sus diecinueve años, como un lirio de sus ricas montañas de la Améscoa. Entonces precisamente salía de unos fervorosos ejercicios espirituales, en los que le fue revelada su vocación al martirio. Era sastre de artesanía. Pero, en aquella empresa de cristianizar a los infieles, un artista podía traerlos a la fe y religión de Cristo con la hermosura y la gracia de sus colores, y el buen sastre cubrir castamente los pecados de la carne pagana y desnuda.

Para marzo de 1570, ya tenía Azevedo asentada en Lisboa la expedición de sesenta y nueve jesuitas en espera de hacerse a la mar. Como tanto le urgía su arribo inmediato al Brasil, contrata pasaje con el capitán de la carabela *Santiago,* bajo la promesa de aparejar en tres semanas todo lo necesario para tan larga y peligrosa travesía. Los futuros compañeros de viaje eran mercaderes —corazones avaros, sin religión ni justicia—, y se convino en acomodar media nave, a forma de clausura, para que los religiosos allí pudieran libremente cumplir sus rezos y su regla. Todo perfecto, admirable. Pero luego saltaron penosas trifulcas con el capitán, dilaciones y dilaciones, a lo largo de cuatro meses.

El 5 de junio la *Santiago* se hacía a las aguas desde Lisboa, agregada a una flota de ocho carabelas bien armadas para conducir al mismo destino al nuevo gobernador, D. Luis de Vasconcellos. Los misioneros fueron distribuidos de esta suerte:

veinte en la nao capitana; tres como ángeles custodios de una turba de niños, huérfanos por la peste de Lisboa, que iban a posesiones de ultramar; siete como capellanes del resto de la flota, y treinta y nueve, con el P. Azevedo, en la *Santiago.* Pero sobre este único y grande camino del mar, Dios traza otro misterio de caminos que se enfilan hacia su gloria. ¿Quién pensara entonces, cuando la primavera madura ponía en la cornisa de las playas lisboetas un triunfo de gaviotas, de rosas de sal y de canciones, que allí arriba, entre las brumas de La Rochelle, un hombre perjuro de su fe católica, cínico y pirata, reunía sus carabelas para cazar a los cristianos? Sólo Dios.

Santiago Soria se tituló «general de los mares» de aquella doña Juana de Navarra, reina sin reino, oprobio de mujeres y calvinista. Era rico por sus asaltos afortunados a naves venecianas y portuguesas. Pero ahora no le atraían las joyas ni los doblones de oro, sino aquel placer de la venganza. A todo viento de sus velas impacientes, planta su flota, como un diabólico atlante, en la misma ruta del gobernador Vasconcellos, y le veja con sus mensajes altaneros y desvergonzados. Es buen estratega, astuto y valiente.

El 13 de junio la expedición cristiana pone sus proas a la isla de Madeira, donde se toman un descanso. Los naturales del país avisan a Vasconcellos que el corsario Soria navega por las alturas de Gran Canaria, y entonces decide detenerse hasta que pasen los peligros de un asalto pirata. Para Azevedo el problema es duro, pavorosa la prueba. Los mercaderes de la *Santiago* urgen proseguir, porque la suerte de la propia vida pesa menos que los doblones de oro que han de amontonar con el tráfico de sus mercaderías. El bendito P. Ignacio se recoge a ayunos y a oración; celebra ante sus compañeros una misa del Santo Espíritu, declarándoles, en una encendida arenga, los términos reales del peligro que corren si se hacen a la mar de nuevo. Aceptan todos menos cuatro, que se reemplazan con otros cuatro valientes. Y el 9 de julio boga la *Santiago,* con buen temple de vientos, hasta la vista de La Palma. Pero entonces, a la luz borrosa del alba, un marinero grita desazonadamente: «¡Naos a la vista!». Es Soria, fanfarrón de sus cuatro carabelas, veloces y fuertes de artillería, que levanta su bandera intimando la rendi-

ción de la *Santiago.* La respuesta es una seca descarga de morteros y arcabuces, que pone un escalofrío de odio y de rabia en la carne morena del corsario. Después, una rápida maniobra de envolvimiento al navío cristiano... ¡Y al abordaje!, mientras él increpa desde el puente de la nao capitana:

> «Perros sarnosos, que abrís por el Brasil juicios de inquisición y de tortura para mis amigos luteranos. ¡A morir sin piedad, sin óleos, como los perros!».

Hay un confuso griterío de blasfemias, cruzarse de picas y de espadas, jadeos de sudor, oraciones, crujidos de huesos rotos, entrañas al desnudo, tufo de sangre caliente... ¡Horrible la tortura, las matanzas! ¿Y cómo el cielo permanece azul, apacible, confundido con las aguas quietas, que ya son de pura sangre?

Azevedo cayó en primer lugar. Quisieron arrancarle aquella *Madona de San Lucas,* pero sus manos, como garfios de acero, sostenían en alto la divina imagen. Y allí quedó sobre las olas para sostener el martirio de los compañeros. A Mayorga le partieron materialmente por la cintura, rotas ya las articulaciones para que su robustez de vasco no le salvase nadando a la desesperada. Y aún bendecía a sus verdugos con el crucifijo cuando la tumba piadosa del mar acogía sus despojos sangrientos. La muerte de Zudaire fue más rápida, pero más expresiva: le segaron casi la cabeza del cuerpo, y, cuando le arrojan a las aguas, aquellos labios limpios y jóvenes que perdonan cantan un *Te Deum* de triunfo, que luego repiten y agrandan las caracolas, los ángeles y los vientos para que todos los triunfadores, que oficiaron su propio sacrificio, entren en la gloria de Dios.

¿Por qué Teresa de Ávila contempla, este mismo atardecer, el gozo celeste de estos bienaventurados jesuitas? Acaso las voces de la sangre. Porque, al fin de la matanza, indultado el hermano cocinero con el designio de ponerle al servicio del pirata, un sobrinillo del capitán de la *Santiago* toma una sotana de los mártires y, revestido de jesuita, se ofrece —como una rosa encendida su carne de niño— para cerrar la corona triunfal de este martirio. Como en Sebaste de Armenia, misteriosamente.

Invita a pensar la historia. Estos esforzados atletas de Cristo —oscuros y humildes como Zudaire y Mayorga— entregaron,

en testimonio de su fe, la existencia por la esencia, sin miedo a los que pueden matar el cuerpo, pero no alcanzan a destruir los alcázares inmortales del alma.

Las doctrinas de Cristo en su Evangelio y su obra de redención, perennemente viva en el alma de su Iglesia, han de padecer hasta el fin. Porque él se nos ha revelado como el signo de contradicción y piedra de toque para el bien y para el mal.

En nuestro tiempo, junto a sutiles persecuciones y opresiones físicas que han levantado una muchedumbre de «testigos del Señor Jesús», con el tributo martirial de sangre y haciendas cunde otro más dramático combate: el del materialismo dialéctico y técnico, que convierte al hombre, descristianizado, en una helada máquina de rencor, de tedio y de angustia. Es llegada la hora de definir nuestra vida en un sentido sacro de testimonio, en defensa de las verdades de nuestra fe, de la moral católica y de los derechos y libertades de la Iglesia. Ser testigos de la verdad del Evangelio, dentro de la casa y en medio del mundo, como esta noble falange jesuita de mártires que en su lejanía de siglos nos enseñan a cuánto nos obliga nuestro bautismo de cristianos.

El culto de los «Mártires de Brasil», como se les conoce, fue confirmado el 11 de mayo de 1854 por Pío IX.

FERMÍN YZURDIAGA LORCA

Bibliografía

Breviarium Romanum pro Societate Iesu. Pars aestiva.

DUBARAT, V. P. - DARANATZ, J. B., *Recherches sur la Ville et sur l'Église de Bayonne,* III (Bayona 1929).

PÉREZ GOYENA, A., *La santidad en Navarra. Santos, beatos y personas insignes en santidad del pueblo navarro* (Pamplona 1947).

— «Sobre hagiografía navarroespañola»: *Estudios Eclesiásticos* 16 (1942).

TERESA DE JESÚS, STA., «Libro de las Fundaciones», en EFRÉN DE LA MADRE DE DIOS, OCD - O. STEGGINK, O.CARM (eds.), *Obras completas de Santa Teresa de Jesús* (Madrid ⁹2003) 671-815.

TESTORE, C., *Santos y beatos de la Compañía de Jesús. Biografías* (Madrid 1943).

VIZCAY, M., *Derechos de naturaleza de los naturales de San Juan del Pie del Puerto* (Zaragoza 1621).

• Actualización:

COMISIÓN LITÚRGICA DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS, *Semblanzas espirituales de los santos y beatos de la Compañía de Jesús* (Madrid 1974).

SAN POMPILIO MARÍA PIRROTTI DE SAN NICOLÁS

Presbítero († 1766)

En la tarde del 15 de julio de 1766, víspera de la Virgen del Carmen, rendía a Dios su alma de apóstol el santo escolapio Pompilio María. Nacido en 1710, sintió a los dieciséis años el llamamiento a la vida religiosa, y a raíz de la cuaresma predicada en su patria, Montecalvo Irpino, por el padre rector de las Escuelas Pías de la vecina capital de Benevento, localidades ambas de la Italia meridional, escapó de su casa al colegio de residencia del fervoroso predicador y le pidió la sotana calasancia. Las razones de su buen padre, que siguió tras él, y era notable abogado, fueron estériles ante la firme decisión del hijo. Y el noviciado y el neoprofesorio, con sus estudios, no hicieron sino continuar el tenor de vida inocente y penitente que ya en casa había llevado. Allá, en efecto, muchas noches, tras la disciplina y la oración mental, el sueño se apoderaba de él en el propio oratorio doméstico y le tendía en el pavimento, con la cabeza apoyada sobre la tarima del altar, hasta la mañana siguiente.

Terminada la carrera escolapia, ejerce el apostolado de la enseñanza durante catorce años, el primero de ellos con primeras letras en Turi y los trece restantes, con Humanidades y Retórica, en Francavilla, Brindis, Ortona, Chieti y Lanciano, más la prefectura de las Escuelas y la presidencia de la Archicofradía de la Buena Muerte. De su apostolado entre los alumnos se recuerdan rasgos de sobrenatural penetración. Uno de ellos es en Lanciano. Al comenzar su clase le advierten los chicos la ausencia de Juan Capretti. El padre Pompilio se reconcentra y a los pocos segundos exclama: «¡Pobre Capretti! No puede venir porque está moribundo... Pero no será nada. Vayan dos en seguida a preguntar por él». Y corren dos muchachos a su casa con la anhelante pregunta. Sus padres se extrañan, habiéndole oído levantarse y creyendo que estaba en la escuela con toda normalidad. Suben temerosos a la habitación y, efectivamente, lo encuentran en el suelo, de bruces, sin sentido, próximo a expirar. Sobresaltados le levantan, le acuestan, le llaman repetidas veces, y al fin el pobre accidentado empieza a volver en sí, balbuciendo entre sollozos: «¡Padre Pompilio, padre Pompilio!». No sabía sino que, al levantarse, había sido presa de dolores y escalofríos

que le hacían desfallecer sin dejarle gritar. Después sólo sabía que le había llamado su maestro y que ya se sentía vivir. Al volver al colegio los dos emisarios el padre tomó pie para encarecer la necesidad de estar a todas horas en gracia del Señor. Ni hay que añadir el prestigio de que aureolaban al humilde padre sucesos semejantes.

Pero en aquella misma etapa docente, de 1733 a 1747, a los dos años de ordenado de sacerdote, el Capítulo provincial de 1736 acuerda facultarle para la predicación de la divina palabra, sin eximirle, naturalmente, de sus tareas escolares; y por todos aquellos mencionados colegios de la Pulla y de los Abruzos, en que enseña a tantos niños y jóvenes, empieza a enfervorizar desde el púlpito a hombres y mujeres, destacándose como misionero de fuerza y eficacia sorprendentes. Pronto merece el dictado de apóstol de los Abruzos, tras intervenciones maravillosas que impresionan a poblaciones enteras. En el mismo Lanciano, último de los colegios de esta etapa, cercana ya la hora de medianoche, Pompilio sale una vez de su habitación, abre la puerta de la iglesia, sálese a las calles vecinas y empieza a clamar despertando a los despreocupados durmientes, para que se levanten todos y acudan al templo, pues él inmediatamente les va a predicar. Hasta hace lanzar a vuelo las campanas llamando a sermón. Ante tamaña novedad todo Lanciano se alborota y se arremolina en torno al púlpito del apóstol. Y el santo vidente les anuncia estremecido que un horrendo terremoto se va a dejar sentir en toda la comarca, pero que ellos no teman, pues su celestial Patrona la Virgen del Puente intercede de manera singular por la afortunada población. En efecto, aún está hablando cuando un ronco fragor subterráneo, que avanza desde la lejanía, hace temblar el suelo y vacilar los edificios, oprimiendo de espanto y crispando de nerviosismo a la totalidad del auditorio. Afortunadamente, el seísmo se desvía, y un respiro de alivio sucede al agobio. La alarma del santo no ha sido vana. La explosión de gratitud tras la oleada de terror es confesión colectiva, fruto de aquellas vigilias, henchidas de proféticas visiones, en que el santo predicador, cual otro Abraham, participa en la mediación y el secreto de los castigos y de las condescendencias divinas.

Segunda etapa en la vida escolapia de San Pompilio es su estancia en Nápoles por otros doce años, 1747-1759. Tanto en el colegio de Caravaggio como en el de la Duquesa, ambos en la capital del reino napolitano, hallará campo más vasto para su celo. Desde Lanciano había solicitado del Papa el título de misionero apostólico. Benedicto XIV no le contestó; pero intensificó las misiones en las Dos Sicilias, en tanto que los superiores de la Orden desligaban a Pompilio de la tarea de la enseñanza para dedicarle plenamente a capellán permanente, predicador cotidiano y a confesor continuo de chicos y grandes en la iglesia de los respectivos colegios. Y en tal ambiente, y como director de la Archicofradía de la Caridad de Dios, se entrega a una vida apostólica fervorosísima, que Dios sella con incontables y sorprendentes prodigios. Tal vez hace falta en Nápoles un revulsivo así, cuando el regalismo de Tanucci, ministro del rey Carlos, el que luego en España será Carlos III, amenaza a la Iglesia en el reino no menos que el jansenismo de los *capellonni.*

Una madre acude un día a la iglesia de Caravaggio con el inaplazable problema de que se le ha caído su hijito a un pozo. Pompilio se compadece, parte con ella hasta el brocal, hace la señal de la cruz, y en los procesos consta la maravilla de que el nivel de las aguas empieza a subir, como si el pozo las regurgitara, hasta que aflora el niño, ileso y sonriente, al alcance de la mano de su madre enloquecida.

Una penitente del taumaturgo sufre los malos tratos de su marido, hombre vicioso y de áspera condición. Se encomienda a las oraciones de su confesor y experimentan las cosas tal cambio que hasta el esposo invita a un paseo por el campo el próximo domingo a su antes odiada mujer. Corre ella a contárselo al confesor, pero éste, sin darle total crédito, la pone en recelo y la aconseja que le llame, si llega a verse en peligro. Realízase lo del paseo dominical, mas ya en pleno campo el pérfido consorte saca un cuchillo y trata de asesinarla; pero, al invocar ella al padre Pompilio, aparece su figura demacrada y austera, arrebata el arma al asesino y le increpa de tal forma que cae de hinojos compungido y con promesa de confesión. Va, efectivamente, a confesarse a la mañana siguiente con el propio San Pompilio, y éste le muestra el consabido cuchillo. Pero lo más notable es

que, a la hora precisa del frustrado atentado, el santo estaba en público, en el púlpito de su iglesia, e interrumpió unos momentos su sermón, como abstraído en otra cosa, y lo continuó después sin aludir a nada. No tardó en saberse todo y quedó depuesto en los testimonios procesales. La bilocación no es fenómeno desconocido en las vidas de los santos.

Más tierno y humano fue el incidente del sermón del 17 de noviembre de 1756. Lo interrumpió en el momento más inspirado de un párrafo vibrante; permaneció mudo unos minutos, que al expectante público parecieron eternos, y a continuación explicó: «Suplico un *requiem aeternam* por el alma bendita de mi madre, que en este instante acaba de fallecer». Y así innumerables hechos asombrosos.

Mas la santidad no se prueba en los prodigios, sino en la tribulación y el sufrimiento. ¿Fue política externa de regalismo? ¿Fue política interna de separación de provincias entre la Pulla y la Napolitana? ¿Fueron —y es lo más probable— maquinaciones de los *capellonni* jansenistas que chocaban con las misericordiosas benignidades del confesonario del padre Pompilio? Lo cierto es que tanto del palacio real como de la cancillería arzobispal salieron órdenes a principios de 1759 suspendiendo del ministerio y desterrando del reino al taumaturgo de Nápoles. Los caballos de la calesa que le llevó primero al colegio de Posilino no quisieron arrancar hasta que el padre rector dio por obediencia la orden al propio desterrado. Consumado el primer paso, llegó de Roma el destino a Luga, en la Emilia, y a Ancona, en las Marcas, regiones centrales de Italia con colegios que no eran de la Pulla ni de Nápoles.

De cuatro años fue esta que podemos llamar tercera etapa de la vida apostólica de San Pompilio, ni menos fervorosa ni menos fecunda que la de Nápoles o los Abruzos, y avalada además con la resignación y humildad con que abrazó toda obediencia. Pero el Señor dispuso su rehabilitación con la vuelta triunfal a Nápoles, el rectorado de Manfredonia, el apostolado en su ciudad natal de Montecalvo y el rectorado con el magisterio de novicios en Campi Salentino de la Pulla, donde brillaron sus últimos destellos y dejó con sus huesos la ejemplaridad de su santísima muerte. Por cierto, aquí revivió la figura del entero

escolapio con sus preocupaciones docentes y hasta haciéndose cargo provisional de la escuela de los pequeñines.

Pero no hay que omitir el doble carácter de externa austeridad y de dulzura interior que tiene las dos caras de la espiritualidad pompiliana. En pleno siglo XVIII, el de Voltaire y Rousseau, del enciclopedismo y del regalismo, del iluminismo y racionalismo, pródromos de la Revolución Francesa, San Pompilio predicó principalmente de los *novísimos* o *postrimerías* con los acentos de un San Vicente Ferrer, y plasmó la devoción a las almas del purgatorio en prodigios que pueden parecer ridículos al contarlos, pero que dejaron honda huella de pasmo y terror en los testigos presenciales al realizarse, como el rezar el rosario alternando con las calaveras de la cripta o carnerario de la iglesia de Caravaggio, o saludar y recibir contestación verbal de los esqueletos del cementerio de Montecalvo, y no en forma privada, sino ante multitudes. Por otra parte, su devoción a la Virgen obtuvo coloquios como el del Ave María contestado con un «Ave, Pompilio» de parte de la *Mamma bel-la,* como él llamó siempre a Nuestra Señora, y el *bel-lo amante* fue el Corazón de Jesús, cuya devoción propagó con tantos favores y prodigios como Santa Margarita María de Alacoque. Fue, pues, San Pompilio una llamarada de sobrenaturalismo en los momentos mismos en que empezaba el intento de descristianización de los siglos XVIII y XIX de la Edad Moderna.

CALASANZ BAU, SchP

Bibliografía

CLEMENTE, A., SchP, *Vida del Beato Pompilio* (Barcelona 1913).

SIGNORIELLO, P., *Cenno storico del venerabile Pompilio* (Nápoles 1865).

TASCA, G. - GRILLO, F., SchP, *Vita di San Pompilio* (Roma 1934); trad. española: *Vida de San Pompilio María Pirrotti de las Escuelas Pías* (Barcelona 1934).

- Actualización:

LÁZARO, F., *San Pompilio M.ª Pirrotti. Su persona, vocación, carácter y fisonomía* (Madrid 1976).

LÓPEZ RUIZ, S., *San Pompilio María Pirrotti, un escolapio místico y activo* (Madrid 1984).

RODRÍGUEZ ESPEJO, M., *La fuerza de Dios. San Pompilio M.ª Pirrotti, escolapio* (Granada 2000).

— *Dos escolapios de frontera: Calasanz y Pompilio María* (Granada 2003).

TOSTI, O., *San Pompilio M.ª Pirrotti delle Scuole Pie. Cronologia storico-critica della vita e lettere datate* (Roma 1982).

BEATA ANA MARÍA JAVOUHEY

Virgen y fundadora († 1851)

Vivió esta mujer borgoñona, fuerte, emprendedora, en pleno siglo XIX, en un momento de la historia erizado de dificultades para la Iglesia, para Francia y, en concreto, para la vida religiosa. Supo superar todas las contrariedades gracias al Espíritu de fortaleza y de celo apostólico con que Dios la había favorecido. Cuanto más difíciles fueron los tiempos y más débiles las fuerzas humanas, más se afianzó en la fe y más vigorosamente luchó, como escribió Pío XII en la bula de beatificación que sintetiza la grandeza de esta santa fundadora que, para el bien de sus hermanos y la difusión del Evangelio, desarrolló una actividad que causó tanta admiración entre sus contemporáneos.

Nació en el pequeño pueblo de Jallanges el 10 de noviembre de 1779 —justo diez años antes de la Revolución Francesa—, en la diócesis de Dijon, en la Borgoña. Era la quinta de los diez hijos del granjero Baltasar Javouhey y de Claudine Marizot. Al día siguiente, fiesta de San Martín, fue bautizada y recibió el nombre de Ana. Sus padres le proporcionaron una sólida educación religiosa. Con su familia, se trasladó en 1786 a vivir en Chamblanc, en el norte de Seurre (Côte-d'Or), donde en 1789 hizo su primera comunión. Desde entonces se consideró totalmente consagrada a Dios y a sus obras. Aquel mismo año vivió el estallido de la Revolución, que tanta perturbación causaría a la Iglesia y que condicionaría los primeros pasos de las vivencias religiosas de Ana.

La niña, muy consciente del momento que vivían la sociedad y las comunidades cristianas, empezó ya su apostolado y su servicio a la fe de los hermanos. Entre los sacerdotes que habían negado su juramento a la constitución, encontró al P. Ballanche, celoso misionero diocesano, que fue su guía espiritual en el camino de perfección emprendido y en el apostolado que iba a constituir la vocación a la que se entregaría plenamente. El P. Ballanche fue acogido en la casa del hermano de Ana, Esteban, donde clandestinamente, de noche, celebraba los sacramentos, en los que Ana participaba mientras recibía del sacerdote orientación y ánimo en la tarea apostólica que entonces ya inició.

El 11 de noviembre de 1798, la joven puso los cimientos de su obra al realizar en privado, y durante una misa celebrada en casa de su hermano, el voto de virginidad y de dedicarse a la educación de la juventud y al servicio de los pobres. Desde este día, con la ayuda de sus tres hermanas, y en su propio hogar o en la casa de Esteban, inició su apostolado de instruir a los niños, preparándoles para la primera comunión, y visitar y asistir a los enfermos pobres.

Pero aún no había dilucidado su vocación: ¿se dedicaría a obras de caridad, en la línea promovida por San Vicente de Paúl, o se encerraría en el claustro, optando por la vida monástica? En 1800 hizo una experiencia de ocho semanas en Besançon con las Hermanas de la Caridad, fundadas por Santa Juana-Antida Thouret. Fue entonces cuando tuvo un sueño premonitorio de lo que constituiría su misión: vio una multitud de negros y mulatos y le pareció oír la voz de Santa Teresa de Jesús: «Éstos son los hijos que Dios te da; seré la protectora de tu orden».

En 1803 se trasladó a Suiza para pasar una temporada en la Trapa de Valsainte, bajo la dirección de dom Agustín de Lastrange. Empezó su noviciado con las monjas trapenses, pero su director espiritual, el mismo día en que tenía que profesar, le exhortó a seguir otro camino, el de la fundación de su propia Congregación. De la Trapa de Valsainte, Ana conservó toda su vida la disposición a aceptar totalmente en su vida la voluntad de Dios.

De Suiza, se dirigió a Souvans, en el Jura, para abrir una escuela, luego pasó a Choisey donde recogió a varios huérfanos; en junio de 1804, su padre fue a recogerla y la llevó a Chamblanc, donde en su propia granja le construyó varias dependencias para que ella y sus hermanas pudieran dedicarse a su apostolado y a sus ejercicios de piedad. Pero el obispo de Dijon no dio el oportuno permiso para que tal forma de vida religiosa siguiera adelante.

En Pascua de 1805, el papa Pío VII, que regresaba de París donde, el anterior 2 de diciembre, había presidido la coronación imperial de Napoleón, pasó por Chalon-sur-Saône. Allí acudieron Ana y sus hermanas. Aquel domingo, 14 de abril, comulga-

ron de manos del pontífice, luego las recibió en audiencia y obtuvieron la bendición para su obra.

Animadas con tal bendición, Ana y sus hermanas, dejando el hogar paterno de Chamblanc, abrieron aquel mismo año escuelas para niñas y para niños en la misma ciudad de Chalon, con la anuencia del obispo de Autun. En las escuelas se seguía el método de San Juan Bautista de La Salle: enseñar a leer y escribir y contar en un ambiente de virtud y religión. Allí se empezó a conocer a las nuevas maestras como «Hijas de San José»; el nombre y el patrocinio del Santo Patriarca fueron inspirados por el recuerdo de la primera fundación de Santa Teresa de Jesús, a quien Ana consideró siempre como protectora de su Congregación. Las «Hijas de San José» se acogieron a la nueva ley de asociaciones religiosas, dictada por Napoleón en 1804. El 12 de diciembre de 1806 el emperador aprobó la Asociación religiosa de San José, formada en la diócesis de Autun.

El 12 de mayo de 1807, en la iglesia parroquial de San Pedro de Chalon, ante el obispo y una gran concurrencia de fieles alborozados, Ana con sus tres hermanas de sangre y otras cinco que lo serían por su profesión, reciben el hábito religioso de Hermanas de San José, pronuncian los votos religiosos y eligen a Ana como superiora. Ésta a su nombre de pila añade el de María. El hábito elegido es el modesto vestido azul de las trabajadoras que cultivan las viñas de la Borgoña. En junio, sor Ana-María dedica al Corazón de Jesús la nueva familia religiosa.

Del «ministro de cultos» obtuvo la cesión por tres años del antiguo edificio del seminario de Autun. Allí quiso instalar su casa madre y su noviciado, que acogió a unas veinte muchachas. Tuvo que realizar importantes obras de consolidación del edificio, para cuya financiación solicitó la generosidad de su padre. Desde entonces empezó a expandirse la nueva congregación, que Sor Ana-María dotó de sabias reglas. En el antiguo seminario, las hermanas acogieron y curaron a numerosos prisioneros de las campañas napoleónicas. Al fin tuvieron que desalojar el viejo seminario y trasladarse a un barrio pobre de la ciudad.

En enero de 1812, salió a la venta el antiguo convento de los Recoletos de la villa de Clichy, cercano a la celebérrima abadía benedictina. Ana-María convenció a su padre de que lo com-

prara, como de hecho lo hizo el 29 de mayo. El día de San Juan las Hermanas de San José llegaron a Cluny para establecerse en el convento, que será considerado la casa-madre, que dará nombre al Instituto.

En la primavera de la Restauración, la fundadora se dirige a París con tres hermanas y otra joven de Chamblanc para establecer una comunidad en un barrio pobre de la capital. Las estrecheces y carencias de la nueva casa, compartidas con los miserables de la ciudad, ponen a prueba la fortaleza de carácter de la beata. En la capital, adopta para sus escuelas el método inglés de enseñanza Lancaster, que enseña con rapidez a los niños a escribir y calcular, e introduce a los niños monitores que pueden secundar y hasta reemplazar al maestro. A pesar de las críticas, la enseñanza de las Hijas de San José obtuvo reconocimiento y carta de ciudadanía en París.

Aquí Sor Ana-María entró en contacto con el señor Desbussins de Richemont, intendente de la isla de Bourbon (o de la Reunión), colonia francesa en el extremo sur de África. De las conversaciones surge el proyecto de fundar una comunidad en la isla que se dedique a la educación de jóvenes y al cuidado de los hospitales. El 10 de enero de 1817 un primer grupo misionero de cuatro hermanas se embarca en La Rochelle rumbo a la isla, a cuyo puerto de Saint-Denis llega el 28 de junio. Abrieron el primer centro educativo en la ciudad de Saint Paul. Ésta es la primicia de la expansión misionera de las Hermanas de San José de Cluny; fue el grano de mostaza que creció en árbol frondoso (Mt 13). Debido a estas circunstancias, en 1818, al redactar unas nuevas constituciones, se añadió al fin principal de la congregación, la educación de la juventud, el del cuidado de los enfermos.

En la Reunión el éxito de las Hermanas de San José de Cluny fue la admiración de todos, por ello las autoridades francesas les confiaron el cuidado de las misiones en Senegal, en la porción que los ingleses acababan de devolver a Francia. A finales de enero de 1819, siete religiosas de San José embarcaron desde Rochefort hacia la costa occidental africana. En Senegal, al principio con una pobreza absoluta de medios, las misioneras dedicaron sus mayores desvelos a los enfermos y a la educación

de los niños. En febrero de 1822 también la fundadora se hizo a la mar con seis de sus hijas hacia África, sin licencia ni billete, pues ella quería tocar con sus manos las necesidades de la nueva misión. Durante su estancia en Senegal, concibió el proyecto de promover el clero indígena para África y de favorecer el desarrollo agrícola y económico de los países que eran evangelizados. Escribía entonces: «¡Cuánto amo a África! ¡Cuántas gracias doy a Dios de haberme traído aquí!». Veía entonces cumplido en realidad el sueño de su juventud: Dios le daba hijos en aquellos negros que tanto amaba ya. Desde Senegal, la madre Ana-María acude también a Gambia en diciembre de 1822 con algunas de sus hijas, llamada por el gobernador inglés de Santa María de Gambia y Sierra Leona. Ayudada sólo por una joven negra, en quien veía las primicias de África para Cristo, también llegó a la capital de Sierra Leona el 15 de marzo de 1823, donde enfermó gravemente.

El 24 de marzo de 1824, Sor Ana-María se encontraba nuevamente en París. En la capital, trabajó en la redacción de los Estatutos de la Asociación, que quedaron aprobados por la ley del 24 de marzo de 1825 y la orden del 17 de junio de 1827. El obispo de Autun, Roche-Étienne de Vichy (1819-1829), reconoció asimismo el nuevo estatuto legal.

Preocupada por la insuficiencia de clero que había constatado en África, decide abrir un colegio para niños y niñas negros en la casa que la Congregación tiene en Bailleul-sur-Térain. Los niños serán los futuros sacerdotes, las niñas religiosas o maestras seglares. En 1825 se inauguraba el primer seminario africano en Francia. De él saldrán tres sacerdotes senegaleses. Si la madre Javouhey no prosiguió esta labor de promoción del clero indígena en África, se debió a que dejó la iniciativa al venerable Francisco M. Libermann, que en 1841 había fundado los Misioneros del Corazón de María, que unió a la sociedad del Espíritu Santo en 1848, de la que fue superior general. Libermann puso sus misioneros totalmente al servicio de la raza negra y promovió decididamente la formación y la ordenación de sacerdotes africanos, desde que sus religiosos iniciaran su misión en la isla Mauricio, en la Reunión y en Senegal (1841-1843). La madre Ana encontró en el P. Libermann un firme apoyo y orientación

espiritual, en 1843, para solucionar sus diferencias con el obispo de Autún.

En 1828, Ana-María acepta el ofrecimiento del ministro de la Marina, Chabrol, de acudir a la Guayana francesa para retomar la antigua fundación de la *Nouvelle-Angoulême*. El 28 de junio de 1828, con un centenar de personas, Sor Ana-María se embarcó en Brest y desembarcó en Cayena el siguiente 10 de agosto. Allí pasó cinco años de enorme trabajo y duro sacrificio para reconstruir la villa de Mana, distante doscientos kilómetros de Cayena. En medio de dificultades sin cuento, entre las cuales cabe reseñar el estallido en la metrópoli de la revolución de 1830, Ana-María, con una planificación social, económica y misionera perfecta, supo devolver ilusión y esperanza a colonos y a indígenas. La obra que merece especial atención en este tiempo es su dedicación a la liberación de los negros esclavos.

A su regreso a Francia, el 15 de agosto de 1833, se encuentra con nuevos problemas y adversidades. Desde 1829 un nuevo obispo rige la diócesis de Autun, Trousset d'Héricourt (1829-1851). Siendo aún congregación diocesana, el Instituto de la beata Ana-María, con sede en Cluny, tiene como superior mayor al obispo de la diócesis en que radica la casa principal. La fundadora respeta su autoridad pero se esfuerza por mantener la regla canónica.

Superadas de momento estas desavenencias, sor Ana-María regresa a la Guayana el 26 de diciembre de 1835. El buque hace escala en San Luis de Senegal, donde la madre puede abrazar nuevamente a sus hijas misioneras y a los africanos que tanto amaba. En la Guayana vuelve a demostrar su habilidad en la solución de un problema que entonces los políticos discutían acaloradamente: la emancipación de los esclavos. La experiencia de la madre Javouhey había dado óptimos frutos en Mana. El gobierno francés otorga la confianza a la fundadora para que lleve a cabo esta liberación. Con unos quinientos esclavos liberados, la religiosa trabaja nuevamente en Mana, que ella convierte en centro de educación de los negros, para que encontraran nuevas vías de integración en el trabajo para usar dignamente de su libertad. Confiada sólo en Dios, a pesar de malas interpretaciones y contradicciones.

«Al fin —escribe Pío XII— Dios otorgó la victoria a su Esclava, que gozaba de tal autoridad entre los indígenas que era llamada por éstos "Ángel", "Apóstol", "Madre". Las autoridades francesas, y el rey mismo, que antes ya la habían ayudado, ratificaron la libertad que ella había concedido a los miserables esclavos».

El 18 de mayo de 1843, la madre Javouhey dejó a sus amados negros para regresar a la metrópoli, donde le esperaban nuevos problemas y angustias. El 4 de agosto desembarcó en Burdeos.

En París, se encontró nuevamente con las secuelas de los problemas suscitados a la congregación por el obispo de Autun. Tras dolorosos episodios, pudo firmarse la paz en París el 15 de enero de 1846. La fundadora reconoce al obispo una autoridad especial sobre la congregación. Se aviene a que haya un solo noviciado, en Cluny.

En los últimos años de su peregrinación terrena, consolidó la congregación con sus gestiones y con sus consejos; con humildad y con amor, supo atraer hacia su Instituto la benevolencia de los prelados reticentes. Sobre todo quiso dejar afianzado el carácter misionero de su Instituto. En 1847 el Instituto contaba con trescientas religiosas en las colonias y setecientas en Francia. Había sido pionera de la misión en África y dio la señal para la participación de las mujeres católicas en el apostolado en ultramar.

En 1848 vivió en París los días aciagos de una tercera revolución. Día 1 de noviembre de 1849 tuvo el gozo de poder inaugurar en París un segundo noviciado, con la autorización del obispo de la diócesis, en el Faubourg St. Jacques, en el n. 21 de la rue Méchain, que se convertiría en la casa general de la congregación.

Pensaba viajar a Roma en los primeros meses de 1851 para recabar la aprobación pontificia de su Instituto. Pero en el mes de marzo, su salud se resquebrajó. Contaba 72 años. Se fue despidiendo de sus hijas, mientras su pensamiento volaba hacia las tierras de África y América que ella había evangelizado y donde permanecían sus hijas siempre dispuestas a socorrer a los pobres, a hacer obra de liberación en favor de los oprimidos. Su pensamiento se centraba sobre todo en Mana, la ciudad que ha-

bía levantado sobre los cimientos de la libertad, del progreso, de la fraternidad cristiana y de la igualdad.

Con su corazón fijo sólo en Dios, cuya voluntad había querido seguir toda la vida, alimentada con los sacramentos de la fe, entregó su espíritu al Creador y Padre el martes 15 de julio de 1851, en París. Murió en gran fama de santidad que pronto se esparció entre las gentes y las tierras que se habían beneficiado de su amor a todos, especialmente a las gentes sencillas, a los esclavos, a los negros: todos en ella habían encontrado la mano abierta y providente de Dios.

Recibió sepultura en Senlís, donde la congregación poseía la capilla más grande. A partir de su beatificación, reliquias insignes de sus despojos fueron repartidas entre diversas casas de las Hijas de San José.

Al afianzarse la fama de santidad de Ana-María, su causa de canonización fue abierta en París en 1897. En 1908 el papa San Pío X firmó el decreto de introducción de la causa en Roma. Pío XI la declaró venerable en 1937 por el reconocimiento de sus virtudes heroicas. Pío XII aprobó los milagros para la beatificación, que fue celebrada en la Basílica de San Pedro del Vaticano el día 15 de octubre de 1950.

La obra de la madre Ana-María fue continuada por su hermana Sor Rosalía, la cual obtuvo de la Santa Sede en 1854 el decreto de alabanza para la congregación. En 1899 fueron aprobadas definitivamente sus Constituciones.

Las Hijas de San José de Cluny abrieron nuevas casas en Europa: en Italia, Irlanda, Escocia, Portugal. Las leyes francesas en contra de las congregaciones religiosas provocaron su expansión en otros países, como España, que contó con la primera casa en Vigo, en 1903. A finales del siglo XIX fue muy considerable su expansión en tierra de misiones: en África y en América. En pleno siglo XX, las hijas de una de las más grandes misioneras del siglo XIX extendieron su apostolado a Nueva Zelanda, Australia, USA y Canadá, Brasil, Papuasia, etc.

Actualmente la Congregación cuenta con unas cuatro mil religiosas.

PERE-JOAN LLABRÉS Y MARTORELL

Bibliografía

AAS 42 (1950) 801-806.
Art. en *Bibliotheca sanctorum.* VII: *Giustiniani-Lhuilier* (Roma 1966) cols.1015-1017.
AUBINEAU, L., *La révérende mère Javouhey, fondatrice de la Congrégation de Saint Joseph de Cluny* (París 1887).
BERNOVILLE, G., *Une gloire de la France missionnaire, Anne-Marie Javouhey* (París 1942).
CAILLARD, V., *La vénérable Anne-Marie Javouhey* (Les Saints; París 1909).
CHAUMONT, CL.-M., *La vénérable Anne-Marie Javouhey (1779-1851). Sa vie, ses travaux, ses épreuves* (París 1909).
DELAPLACE, F. J. B., *La R. M. Javouhey fondatrice de la Congrégation de Saint Joseph de Cluny. Histoire de sa vie, des oeuvres et mission de la Congrégation,* 2 vols. (París 1886; 12.ª ed. revisada, y ampliada por PH. KIEFFER en 1914).
FONTAINE, A., *Annales historiques de la Congrégation de Saint Joseph de Cluny* (Solesmes 1890).
— *Recueil des Lettres de la Vénérable Anne-Marie Javouhey (1779-1851),* 5 vols. (París 1909-1917).
GOYAU, G., *Un grande «homme»: Mère Javouhey apôtre des noirs* (París 1920).
MAUGENEST, M. A., «San Giuseppe di Cluny, Suore di», G. PELLICCIA - G. ROCCA (dirs.), *Dizionario degli Istituti di Perfezione.* VIII: *Saba-Spirituali* (Roma 1988) cols.504-507.
MERLAUD, A., *Anne-Marie Javouhey. Audace et génie* (París 1982); trad. española: *Ana María Javouhey. Audacia y genio* (Madrid 1991).
PLUS, R., *Une passionnée de la volonté de Dieu. La B. Anne-Marie Javouhey* (París 1951).
TRAMOND, R., *La merveilleuse épopée d'A.-M. Javouhey* (Namur 1964).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN FÉLIX DE THIBIUCA

Obispo y mártir († 303)

El primer decreto de persecución de Diocleciano, del 24 de febrero del año 303, no se dirigía contra las personas sino contra las cosas de la Iglesia: destruir los templos y mandar al fuego los libros sagrados. La persecución llegaba después de un período de paz en el que la vitalidad de muchas comunidades cristianas se había venido a menos. Promulgado este decreto o edicto, en África se procedió con más rigor a la destrucción de los libros que a la demolición de los templos. Hubo de todo, desde héroes a traidores. Uno de los héroes fue el obispo Félix de Thibiuca. Esta población, que hoy se llama Zoustina, estaba cerca de Cartago. En las nonas de junio del año 303 se publicó allí el decreto imperial y el administrador de la ciudad, Magniliano, mandó que, puesto que el obispo Félix había viajado a Cartago, se presentaran ante él los presbíteros de la comunidad.

Éstos fueron preguntados por los libros sagrados y respondieron ellos que los tenía el obispo en su casa. Dijeron no saber dónde estaba el obispo y quedaron bajo guardia oficial.

Al día siguiente volvió el obispo y fue llevado ante el administrador. Éste le pidió que le entregara los códices de la comunidad cristiana para quemarlos y el obispo dijo que no pensaba entregarlos: «Antes preferiría que me quemaran vivo, que no las Escrituras divinas. Vale más obedecer a Dios que a los hombres». El administrador le señaló que, ante todo, lo importante era cumplir la orden imperial, pero el obispo insistió en que primero había que obedecer a Dios. Entonces le dio al obispo tres días de plazo para que lo pensara.

Pasados los tres días, volvió Félix a comparecer y repitió su negativa. No le quedó otra opción al administrador que enviarlo a Cartago a cargo del decurión Vicencio Celsino. Félix salió para Cartago el 24 de junio. Cuando llegó fue puesto a disposición del legado, que mandó se le encerrara en la cárcel. Al día siguiente compareció Félix ante el legado, que le preguntó que por qué no entregaba unas escrituras inútiles. El obispo repitió su negativa. Y el legado dio orden de que se le arrojara a los más profundos calabozos de la cárcel.

Al cabo de dieciséis días Félix fue llevado a las diez de la noche ante el procónsul Anulino. El diálogo fue el mismo. Requisitoria de entregar las Escrituras y negativa del santo obispo a hacerlo. En consecuencia fue condenado a muerte y se fijó la fecha de los idus de julio para su ejecución. Llegada la hora, el obispo levantó los ojos al cielo y dijo en voz alta: «Dios mío, a ti sean dadas gracias. Cincuenta y seis años he vivido en este mundo. He guardado la virginidad. He observado el evangelio. He predicado la fe y la verdad. Señor de cielo y tierra, Jesucristo, por tu amor doblo mi cuello al verdugo, tú que permaneces para siempre». Terminada esta oración fue conducido al lugar del suplicio y cuando llegó allí fue degollado. Se le enterró en el camino de los Escilitanos, en el cementerio de Fausto.

Esta narración verídica está tomada de las *Actas* del mártir, sinceras y conformes con la historia, que se conservan para ejemplo de las generaciones cristianas siguientes.

SANTIAGO DE NÍSIBE

Obispo († 338)

Santiago era un monje sirio que fue designado primer obispo de la ciudad de Nísibe en Mesopotamia alrededor del año 308. Como tal obispo desempeñó una gran labor en la consolidación y extensión del cristianismo en su área. Él levantó la basílica o iglesia en que reunía a los fieles, él abrió la primera escuela teológica para el progreso de los estudios religiosos y él asistió el año 325 al Concilio de Nicea, donde combatió de forma firme y clara el arrianismo y defendió la verdadera divinidad de Jesucristo.

Murió el año 338 después del ataque de Sapor II de Persia a Nísibe, siendo él el alma de la defensa.

Se le han atribuido diferentes obras teológicas de verdadero mérito que otros piensan, sin embargo, que no son suyas. Su culto es muy antiguo en todo el Oriente cristiano.

SAN JOSÉ DE TESALÓNICA

Obispo († 832)

José nace en Constantinopla en una familia muy cristiana y en la que un tío materno, San Platón, abad, daba un ejemplo admirable de santidad. Movidos por este ejemplo los miembros de la familia profesaron la vida religiosa: su madre y su hermana se hicieron monjas en Constantinopla y él mismo con sus hermanos y su padre se retiró a sus tierras de Sacudion donde fundaron un monasterio.

La familia hubo de correr la suerte de Platón. Cuando éste se enfrentó al emperador Constantino VI a cuentas de su matrimonio adulterino, el monasterio de Sacudion fue cerrado y hubieron los monjes de dispersarse. Volvieron en 797 pero los ataques árabes lo volvieron tan inseguro que los monjes se trasladaron al monasterio de San Juan Bautista de Constantinopla, conocido como Estudio y a sus monjes como estuditas. Superior de este monasterio fue San Teodoro, hermano de nuestro santo.

El año 806 José fue designado obispo de Tesalónica y tres años más tarde tuvo problemas con el nuevo patriarca, San Nicéforo, cuya designación consideró ilegal por no estar ordenado el designado. Y como, además, su hermano y él se negaron a la comunión litúrgica con el sacerdote que había bendecido el citado matrimonio de Constantino VI, San Nicéforo convocó un concilio en el que fueron ellos, San Platón y otros monjes, primero, llevados a prisión y luego desterrados a las islas de los Príncipes en el mar de Mármara. Desposeído de su sede, se le nombró un sucesor. Dejado libre, volvió a estar desterrado entre el año 815 y el 821 a causa de su negativa a aceptar la doctrina iconoclasta a la que se opuso con toda firmeza. Relegado a Tesalia, vino a morir de hambre el 15 de julio del 832 y es tenido por mártir. Se conservan de él himnos y homilías.

SAN ANSUERO Y VEINTIOCHO COMPAÑEROS

Religiosos y mártires († 1066)

El 15 de julio del año 1066 fueron apedreados hasta morir veintiocho monjes de la comunidad benedictina de St. Georgenberg, junto a Ratzenburg, en Dinamarca, junto con su abad San Ansuero. Se trataba de la reacción pagana de una tribu de los vendos a los continuos trabajos de evangelización de los monjes.

Ansuero pertenecía a la nobleza de Schleswig y había sido primero monje y luego abad del citado monasterio. Les pidió a los verdugos que lo matasen a él al final para poder estar animando a sus compañeros a ser fuertes y recibir la muerte con mansedumbre. Puesto de rodillas, oraba, como un nuevo San Esteban, por los perseguidores y así recibió la muerte a pedradas. Su culto estuvo vigente en Dinamarca hasta la Reforma, cuando sus reliquias fueron dispersadas. Pero aún el 15 de julio es día de acción de gracias por la conversión al cristianismo.

SAN DAVID DE VÄSTERAS

Obispo († 1080)

Era un monje inglés que pasó una temporada de su vida en el monasterio de Cluny y, llevado de su fervor religioso y ansia del martirio, se ofreció a colaborar con la misión inglesa en Suecia, cuando los tres sobrinos de San Sigfrido fueron martirizados. Llegó a Växjo donde tenía su sede San Sigfrido y éste le encomendó la evangelización de Västmanlandia, parte centro-oriental de Suecia, encargo que cumplió. Elegido obispo de Västeras, levantó un monasterio (Munkathorp) que fue su cuartel general de la obra evangelizadora y se acreditó por su palabra, sus buenas obras y también por sus milagros. Murió en edad avanzada en 1080 y su tumba fue venerada en la catedral hasta que con la Reforma sus restos fueron sacados y llevados a un cementerio común.

BEATO CESLAO

Presbítero († 1242)

Se le tiene por hermano de San Jacinto y se le hace miembro de la familia de los condes de Odrowatz en Silesia. Nacido hacia 1180 y educado en Cracovia, París y Bolonia, optó por el sacerdocio y llegó a canónigo de Cracovia y preboste de Santa María en Sandomierz. Era un sacerdote piadoso y caritativo que daba muchas de sus rentas a los pobres.

En 1220 acompañó a su obispo y a San Jacinto a Roma, donde conocieron a Santo Domingo, que con su extraordinaria santidad les impactó fuertemente. San Jacinto y él decidieron hacerse dominicos y recibieron el santo hábito de las manos del propio Santo Domingo.

Éste mandó a Ceslao que volviera a Polonia con el encargo de abrir allí casas de la Orden y atender a la frecuente predicación que es el carisma de la misma. Fundó casas en Praga (cuando iba de camino) y Cracovia, donde se detuvo unos años. Luego pasó a Wroclaw y en 1232 fue elegido provincial de Polonia. Hizo un viaje a Bolonia y prosiguió luego en su patria la tarea emprendida. Fue un acreditado director espiritual, habien-

do llegado a los altares algunas almas dirigidas por él. La victoria cristiana sobre los tártaros de 1240 se atribuyó a sus plegarias. Murió en Breslau el 15 de julio de 1242. Su culto fue confirmado el 7 de agosto de 1712 por Clemente XI.

SAN BERNARDO DE BADEN

Seglar († 1458)

Podría decirse que Bernardo II, margrave de Baden, fue el último gran caballero cruzado, idealista y desprendido de humanos intereses, sin otro afán que el de salvar la cristiandad poniendo coto al avance del islam que acababa de conquistar Constantinopla y de poner fin al imperio bizantino.

Nació en Baden en 1428, hijo del margrave Jacobo y de su esposa Catalina de Lotaringia. Recibió una esmerada educación como caballero y como cristiano, acreditándose como militar valiente y lleno de pundonor. En 1453, al fallecer su padre, le sucede como margrave. Aunque estuvo prometido a la princesa Magdalena, hija de Carlos VII de Francia, el matrimonio no llegó a realizarse. Era conocida de todos su piedad, su devoción a la Virgen, su honestidad de vida y costumbres, su lealtad y buena intención en todo. El emperador Federico III lo tomó a su servicio.

Cuando Constantinopla cayó en poder de los turcos, en el año 1453, el emperador le encargó que visitara las cortes europeas pidiendo ayuda para una cruzada que impidiera la expansión turca y salvara a la cristiandad. Bernardo dejó a su hermano Carlos como regente de sus estados para dedicarse por completo a esta tarea de la organización de la cruzada, poniendo en ella toda su capacidad de idealismo y persuasión. Por su parte el papa Calixto III no deseaba otra cosa. Bernardo se dispuso a ir a Roma a visitar al papa y dejando Turín emprendió el camino de Roma, pero se contagió de una epidemia y murió en el convento franciscano de Moncalieri el 15 de julio de 1458, siendo enterrado en la iglesia de Santa María de la Escala. El pueblo empezó enseguida a venerarlo como santo y a decir que se obtenían milagros en su tumba, y todos se hacían lenguas de su piedad, su pureza y su espiritualidad. Hasta el 16 de septiem-

bre de 1769 no confirmó la Santa Sede el culto que se le daba, aunque ya en tiempos de Sixto IV se empezaron las investigaciones en orden a su canonización. Es el patrón de Baden.

BEATO MIGUEL BERNARDO MARCHAND

Presbítero y mártir († 1794)

Miguel Bernardo Marchand nació en El Havre el 28 de septiembre de 1749, hijo de Pedro y Catalina. Inclinado desde joven al sacerdocio, consta que se ordenó subdiácono en septiembre de 1773, diácono un año más tarde y presbítero en Pascua de 1775. Fue enviado como vicario a Vaurouy, en el distrito de Caudebec, en Seine-Inférieure.

Llegada la Revolución, se negó a prestar el juramento constitucional, por lo que fue privado de su cargo y más tarde acusado como refractario, siendo arrestado en Ruán en abril de 1793. Al año siguiente, el 12 de marzo salía hacia Rochefort como deportado, y al llegar allí fue destinado al barco Les Deux Associés. Se dedicó a atender a los compañeros enfermos, y cuando se vio a sí mismo enfermo de muerte no cesó en su actividad caritativa. Murió el 15 de julio de 1794 y le enterraron en la isla de Aix. Fue beatificado por Juan Pablo II el 1 de octubre de 1995.

SAN PEDRO NGUYEN BA TUAN

Presbítero y mártir († 1838)

Natural de Ngaoc-Duong, Tonkín, donde nació en 1763, fue convertido al cristianismo por los dominicos, y optó por el sacerdocio, al que se preparó adecuadamente, siendo ordenado presbítero por el obispo San Clemente Ignacio Delgado, entonces vicario del Tonkín oriental.

Ejerció su ministerio con gran dedicación durante treinta años en diferentes destinos a que le envió la obediencia y fue siempre un sacerdote fiel y cumplidor. Su último destino fue Lác-Món. Estando aquí supo que el misionero español San José Fernández, religioso dominico, había caído enfermo

en Ninh-Chuong y corrió allá para ayudarlo y estar a su lado. Pero vio que aquel lugar era peligroso y entonces decidieron cruzar el río, lo que necesitaba una operación arriesgada y bien organizada. Llegaron a Qui-Lau, ya en el vicariato occidental, donde los misioneros franceses les dieron acogida caritativa, hospedándose en la casa de un pagano. Pero éste cedió a la tentación de delatar su presencia esperando la recompensa.

Pedro fue arrestado el 18 de junio de 1838 y llevado a Nam-Dinh, donde se le exigió la apostasía. Se negó firmemente y fue condenado a muerte. A la espera de la confirmación real, fue bárbaramente torturado y cargado con la canga pese a ser persona anciana. Antes de que llegase la confirmación de su sentencia, murió en la cárcel el 15 de julio de 1838 a consecuencia de los malos tratos. Fue canonizado el 19 de junio de 1988 por el papa Juan Pablo II.

SAN ANDRÉS NGUYEN KIM THONG (NAM THUONG)

Mártir († 1855)

Andrés nació en Go-Ti, Tonkín, el año 1790 en el seno de una familia cristiana. Educado esmeradamente, el joven manifestó su voluntad de colaborar con la Iglesia y obtuvo su diploma de catequista, ejerciendo su cargo con mucha responsabilidad y siendo nombrado responsable de todos los catequistas del distrito misional de Binh-Dinh. Por otro lado su prestigio como persona honesta le valió el nombramiento de alcalde de su pueblo, puesto que aprovechó para parar cuantos golpes persecutorios pudo contra la comunidad cristiana.

Un sobrino suyo, a quien él había afeado una conducta desarreglada, lo denunció como cristiano. Fue arrestado y llevado a Binh-Dinh. Encarcelado, se le permitía, sin embargo, salir y visitar a los suyos y por temer represalias contra su familia no huyó. Llevado a juicio, confesó la fe, se negó a apartarse de ella y se le desterró a una lejana provincia, a la que iría en un viaje extenuante. Cargado con la canga y cadenas debió andar kilómetros y kilómetros sin descanso, hasta que quedó exhausto. Le quitaron, estando en Mitho, la canga y las cadenas pero Andrés

cayó al suelo, se entregó a la oración y no pudo ya levantarse hasta morir. Fue canonizado por Juan Pablo II el 19 de junio de 1988.

BEATO ANTONIO BESZTA-BOROWSKI
Presbítero y mártir († 1943)

Este sacerdote había nacido en Browskie Olki el 9 de septiembre de 1880 y había hecho sus estudios eclesiásticos en el seminario de Vilna, donde se ordenó sacerdote el 17 de julio de 1904. Fue destinado a Vilba, Surwiliski y Bielsk, sucesivamente, siendo premiados sus trabajos con el nombramiento de canónigo honorario de Pinsk.

Cuando estalló la guerra mundial fue nombrado vicario general para la zona de la diócesis de Pinsk, ocupada por soviéticos y nazis —sucesivamente—, sirviendo con gran celo a sacerdotes y seglares en tan difíciles circunstancias. Llevaba una vida ejemplar, muy austera y ascética y era muy notable la piedad con que celebraba la santa misa.

Su arresto tuvo lugar el 15 de julio de 1943 junto con dos sacerdotes y cuarenta y siete seglares. Detenidos e interrogados, unas horas más tarde se les ordenó subir a unos camiones y fueron llevados al cercano bosque de Piliki donde fueron fusilados por la Gestapo y enterrados en una fosa común. El papa Juan Pablo II lo beatificó el 13 de junio de 1999.

16 de julio

A) MARTIROLOGIO

1. Nuestra Señora del Carmen **.
2. En Anastasiópolis (Galacia), San Antíoco († s. III-IV), mártir, hermano de San Platón.
3. En Sebaste de Armenia, San Atenógenes († 305), corepíscopo y mártir.

4. En la isla de Jersey, en el mar de Bretaña, San Helerio o Helier († s. VI), ermitaño, martirizado por unos piratas.

5. En Maastricht (Países Bajos), santos Monulfo y Gondulfo († s. VI/VII), obispos.

6. En Saintes (Hainault), santos Reinelda, Grimoaldo y Gondulfo († 680), mártires.

7. En Córdoba, San Sisenando († 851), diácono y mártir *.

8. En Chiemsee (Baviera), Beata Irmengarda († 866), abadesa *.

9. El martirio del Beato Simón da Costa († 1570), último mártir de los de la nave «Santiago», conmemorados el 15 de julio *.

10. En Warwich (Inglaterra), beatos Juan Sugar, presbítero, y Roberto Grissold († 1604), mártires bajo el reinado de Jacobo I *.

11. En Cunhaú (Brasil), beatos Andrés de Soveral, presbítero, y Domingo Carvalho († 1645), mártires **.

12. En Rochefort (Francia), en el barco-prisión, los beatos Nicolás Savouret, franciscano conventual, y Claudio Béguinot, cartujo († 1794), presbíteros y mártires *.

13. En Orange (Francia), beatas Amada de Jesús (María Rosa) de Gordon y sus seis compañeras: María de Jesús (Margarita Teresa) Charansol, María Ana de San Joaquín Béguin-Royal, María Ana de San Miguel Doux, María Rosa de San Andrés Laye, Dorotea (Julia) del Corazón de María y Magdalena (Francisca) del Santísimo Sacramento de Justamont († 1794), vírgenes y mártires en la Revolución Francesa *.

14. En Saint-Sauveur-le-Vicomte (Normandía), Santa María Magdalena Postel († 1846), virgen, fundadora de la Congregación de las Hijas de la Misericordia **.

15. En Lujiapo (China), Santa Lang Yangzhi, catecúmena, y su hijo San Pablo Lang Fu († 1900), mártires *.

16. En Zhangiaji (China), Santa Teresa Zhang Hezhi († 1900), mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN

El Carmelo es el Monte de María. Parece que Dios sentía predilección por pregonar sus bandos desde la cúspide de las montañas: Sinaí, Tabor, Bienaventuranzas, Gólgota...

El monte Carmelo, con cuya extraordinaria belleza compara a su Esposa el Cantar de los Cantares, es de sabor netamente bíblico. Hay que ir hasta el Libro de los Reyes o más arriba para dar con su origen. Dos son los montes que en Palestina llevan este nombre. El de Judea —que no nos interesa— es árido y

seco, parece que pesa sobre él la maldición de Cristo contra el pueblo deicida. El de Galilea, por el contrario, es fértil y fecundo en toda clase de frutos. Está junto al mar Mediterráneo y fue el teatro donde se deslizó la vida del profeta de Dios, Elías Tesbita.

La fiesta litúrgica de este día, extendida a toda la Iglesia en 1726 por Su Santidad Benedicto XIII, recoge la narración bíblica que se entreteje entre Elías, el Carmelo y María.

El pueblo de Israel había vuelto a pecar. Dios envió a Elías para castigarle. Este profeta, en cuyo corazón y labios ardía el fuego del culto al verdadero Dios, cerró el cielo con el poder de su oración. Tres años y medio sin caer una gota de agua sobre la tierra. Arrepentidos, vuelve Elías a interceder por ellos y el Señor escucha su oración. Elías sube a la cumbre del Carmelo. Se postra en tierra y ora con fervor. Manda a su criado que mire hacia el mar. Sube y mira. No hay nada. Vuelve a subir hasta siete veces. A la séptima dice: «Divísase una nubecilla, pequeña como la palma de la mano de un hombre, la cual sube del mar [...] Y en brevísimo tiempo el cielo cubrióse de nubes con viento, y cayó una gran lluvia».

Algunos autores, sobre todo a partir del siglo XIV, vieron en esta nubecilla, en figura o tipos bíblicos, a la Virgen Inmaculada, mediadora universal. La Iglesia así lo ha aceptado en su liturgia.

El monte Carmelo es un abultado volumen de historia. Ha visto pasar a su vera los pueblos más diversos. Desde muy antiguo habitaron los carmelitas en él y en él comenzaron a dar culto a la Virgen Inmaculada.

A ella, a Santa María, tal cual la celebraban en la alta Edad Media, sobre todo a partir del concilio de Calcedonia, los ermitaños del monte Carmelo levantaron una célebre capilla, meta de peregrinaciones a fines del siglo XI, o principios del XII. Con ello no hacían más que ponerse bajo su *patronato,* o, como entonces se decía, bajo su *título.* Más adelante se unirá, formando una sola, la doble idea: María-Carmelo.

En el siglo pasado, por los años 60, se hicieron excavaciones para buscar restos arqueológicos de esta venerada capilla. En marzo de 1958 el conocido arqueólogo franciscano P. Belarmi-

no Bagatti comenzó las excavaciones junto a la llamada «Fuente de Elías» y unos meses después descubría los cimientos y parte de los muros de una capilla de 22,30 por 6,25 metros, y junto a ella una pared de 2,5 metros de ancha que parece ser los restos del primitivo monasterio de San Brocardo.

La simbólica interpretación de la nubecilla, que no es más que una hermosa figura para significar a la humilde y pura Virgen María como mediadora universal de todas las gracias por su divina maternidad corredentora, contribuyó a aumentar el profundo marianismo que impregnó, desde sus orígenes, la historia, liturgia y espiritualidad del Carmelo. El monte Carmelo ha ido pasando de unas manos a otras, aunque sus pacíficos y legítimos moradores son los hermanos de la Bienaventurada Virgen María del Monte Carmelo.

Poco después de la milagrosa aprobación de la regla carmelitana por Honorio III en 1226 vinieron los carmelitas a Occidente. El pueblo los recibió como llovidos del cielo. Decían que se llamaban: *Hermanos de la Bienaventurada Virgen María del Monte Carmelo.* Más adelante, el 26 de abril de 1379, el papa Urbano VI concedía tres años y tres cuarentenas de indulgencias a cuantos así los llamaran.

Para algunos príncipes y clero no fue así. Pronto comenzó una negra persecución contra ellos. El general de la Orden, San Simón Stock (1165-1265), acudía con lágrimas de dolor a la Santísima Virgen para que viniera en auxilio de su Orden. Hasta llegó a componerle algunas fervorosas plegarias que rezaba con seráfico fervor. He aquí la *redacción breve* de la aparición, entrega y promesa del santo escapulario. Es una de las más críticas y antiguas que se conocen:

> «El noveno fue San Simón de Inglaterra, sexto general de la Orden, el cual suplicaba todos los días a la gloriosísima Madre de Dios que diera alguna muestra de su protección a la Orden de los carmelitas, que gozaban del *singular título* de la Virgen, diciendo con todo el fervor de su alma estas palabras: "Flor del Carmelo, vid florida, esplendor del cielo, Virgen fecunda y singular, ¡oh Madre dulce, de varón no conocida!, a los carmelitas da privilegios, estrella del mar".
>
> Se le apareció la Bienaventurada Virgen acompañada de una multitud de ángeles, llevando en sus benditas manos el Escapulario de la Orden y diciendo estas palabras: "Éste será privilegio para ti

y todos los carmelitas, quien muriere con él no padecerá el fuego eterno, es decir, el que con él muriere se salvará"».

Desde este momento comienza María a obrar prodigios por medio del santo escapulario y a propagarse entre ricos y pobres, nobles y plebeyos, hombres y mujeres, hasta llegar a ser nota distintiva de los auténticos cristianos y verdaderos devotos de María el llevar sobre el pecho este escudo invulnerable contra los dardos del infierno.

Escritores poco críticos dudaron gratuitamente de la historicidad de la aparición y entrega del santo escapulario. A todos estos desaprensivos historiadores les ha contestado el P. Bartolomé María Xiberta, O. Carm., después de estudiar detenidamente estas cuestiones:

> «Creo que, después de la paciente búsqueda y examen de los documentos, las tesis formuladas contra la historicidad del Escapulario se han derrumbado una tras otra... Es más: me atrevo a afirmar que la visión de San Simón Stock, en la que se funda la devoción al Santo Escapulario, está autorizada y avalada por tales documentos históricos, que apenas se puede aspirar a más. Niegue quien quiera la historicidad de la visión de San Simón Stock; pero cuide de no despreciar nada con la vana confianza de que obra así movido por documentos históricos».

El Carmelo, por privilegio especial, tiene como rito propio aquel que se usaba en el Santo Sepulcro de Jerusalén durante la época de las Cruzadas.

Con todo, aunque se llegase a poder negar —que decimos no es posible— la historicidad de la visión y entrega, aun así tendría idéntico valor el escapulario y la devoción del Carmen porque se lo ha dado repetidas veces la Iglesia al aprobarlo, fomentarlo y recibirlo en su liturgia.

Como el Carmelo, por su origen, evolución, finalidad, espiritualidad y legislación, está consagrado a María, no tardó en llenar de profundo marianismo su liturgia: ayunos en las vigilias de sus fiestas, comunión en las mismas, oficio parvo, salve regina, muchas veces al día repetida, misas en su honor, festividades nuevas, iglesias y conventos a ella dedicados, etc.

Durante este tiempo —aún faltaban tres siglos para ser instituida la Sagrada Congregación de Ritos— había gran libertad para introducir y suprimir en la liturgia. El Carmelo desde un

principio celebró como fiesta patronal de la Orden una fiesta mariana. Según épocas y regiones, fueron sobre todo las fiestas de la Asunción y la Inmaculada Concepción las más celebradas.

Juan Bacontorp, «el Doctor Resoluto», cuenta que en el siglo XIV, cuando la curia romana residía en Aviñón, el Papa y la curia cardenalicia asistían el 8 de diciembre a la fiesta de la Inmaculada que se celebraba en la iglesia de los carmelitas, igual que lo hacían el día de San Francisco en la de los franciscanos y el de Santo Domingo en los padres dominicos.

En algunas partes, sobre todo en Inglaterra, quizá poco después de la entrega del santo escapulario, se introdujo una nueva festividad mariana: «La solemne conmemoración de la Bienaventurada Virgen María del Monte Carmelo».

Esta fiesta fue extendiéndose de día en día hasta que, al reunirse la Orden en Capítulo general el 1609 se propuso a todos los gremiales qué festividad debía tenerse como titular o patronal de la Orden, y todos unánimemente contestaron: «La solemne conmemoración de la Bienaventurada Virgen María del Monte Carmelo».

Comenzó como fiesta de familia, pero como por el don del Santo Escapulario —que se extendía tanto como la misma Iglesia— todos se sentían auténticos carmelitas, pronto llegaron a la Santa Sede peticiones e instancias solicitando poder celebrar dicha festividad.

España —como siempre cuando se trata de amores marianos— fue la primera en obtener del papa Clemente X, el 1674, el permiso para celebrar esta festividad en todos los dominios del Rey católico. A esta petición siguieron otras muchas, hasta que el 24 de septiembre de 1726 Su Santidad Benedicto XIII la extendía a toda la cristiandad con rito doble mayor y con la misma oración y lecciones para el segundo nocturno que desde el siglo anterior rezaban ya los religiosos carmelitas.

Hoy la fiesta del Carmen, en muchas partes del mundo católico, es considerada como fiesta casi de precepto. En las naciones latinas, sobre todo, se le profesa una tierna y profunda devoción, y es el santo escapulario del Carmen la enseña que con devoción y amor cubre el pecho de todos los auténticos católicos.

El significado o fisonomía de la fiesta del Carmen es diferente del de otras festividades marianas, aunque, como es natural, no son sino diferencias accidentales, ya que para que sea devoción mariana y genuinamente ortodoxa debe esencialmente reducirse a la devoción mariana en general.

Así, el *Martirologio* sintetiza y anuncia la fiesta: «Conmemoración solemne de la Bienaventurada Virgen María del Monte Carmelo, a la cual la familia carmelitana consagra este día por los innumerables beneficios recibidos de la misma Santísima Virgen en señal de servidumbre».

La fiesta del Carmen es como el tributo de amor que el Carmelo —todos los hijos de María que llevan su vestido— le ofrecen anualmente en señal de acatamiento y gratitud. El 16 de julio canta los inmensos favores que María ha derramado a través de los siglos sobre su Orden predilecta y sobre sus más fieles hijos, y a la vez la consagración y total entrega del Carmelo a María. Con este espíritu celebran los carmelitas su fiesta y con estos sentimientos la celebraron los santos y debemos celebrarla nosotros.

El contenido doctrinal de esta fiesta es muy rico y a la vez profundamente dogmático y espiritual, igual que el de las grandes fiestas marianas del ciclo litúrgico, con las cuales se compenetra íntimamente. La idea dominante de esta festividad no es otra que la acción maravillosa de María sobre el Carmelo, es decir, su realeza universal como mediadora de todas las gracias, igual que la Iglesia la celebra el día de la Asunción. La advocación del Carmelo es sumamente grata a María y al pueblo.

Gruesos volúmenes se hallan publicados ya desde sus remotos orígenes que recogen los prodigios obrados en mar, tierra y aire al ser invocada bajo la advocación de Nuestra Señora del Carmen.

No hay que olvidar tampoco las dos últimas apariciones de María. La decimoctava y última visita que hace María a Santa Bernardita en la gruta de Massabielle la reservaba para el día 16 de julio de 1858, a pesar de que desde la decimoséptima habían pasado días muy señalados. Y el 13 de octubre de 1917, a los tres pastorcitos de Fátima, se les aparece por sexta y última vez vestida con el hábito marrón y capa blanca carmelitanos.

Que sea devoción sumamente grata al pueblo también es una verdad demasiado clara. Hay devociones que necesitan quien las fomente y propague, languideciendo rápidamente cuando les faltan estos apóstoles. No es así la del Carmen o del Santo Escapulario. Ella, por sí sola, con sus prodigios y sus privilegios, se extiende y propaga.

Con todo, no hay que confundirlo. La devoción del escapulario no debe propagarse sólo por razón de los así llamados «privilegios», ya que ésta sería una devoción falsa o imperfecta. La razón de los privilegios no es sino para fomentar el amor de caridad a Jesús y a María. El valor principal de la devoción del Carmen no está en los prodigios a que hemos aludido ni en los privilegios que veremos, sino en su profundo valor espiritual o ascético en orden a nuestra santificación. Es decir, el escapulario debe ayudarnos a vivir nuestra total consagración a Jesús por María en su servicio y en su presencia, en su unión e imitación.

La devoción al escapulario ha decaído un tanto porque algunos, fijándose casi exclusivamente en sus privilegios, desconocen su importancia, significación y valor en la vida cristiana, de la que es su más elocuente manifestación. De hecho la Iglesia la ha hecho suya para consagrar oficialmente a todo hombre a María desde el principio de su vida. Aun así continúa siendo la devoción característica y propia de las familias cristianas. ¿Y por qué? Porque su poderoso valimiento llega a los momentos más difíciles de la vida, a la hora cumbre de la muerte, y, traspasando los umbrales de acá, no se da descanso hasta el mismo purgatorio, de donde saca a las almas que le fueron devotas y vistieron en vida el santo escapulario. Éstas son sus credenciales: «En la vida protejo, en la muerte ayudo y después de la muerte salvo».

Se halla tan extendida esta devoción entre el pueblo cristiano, que un ilustre historiador —B. Zimmerman— podía escribir a principios del siglo anterior: «La Cofradía del Escapulario es la más numerosa asociación del mundo después de la Iglesia católica».

Verdad histórica que coincide con lo que escribía en su obra póstuma, *María Santísima,* nuestro cardenal Gomá:

> «Nadie ignora lo extendida que está por todo el pueblo cristiano, en todas partes, y con qué profundo arraigo, la devoción a la

Santísima Virgen del Carmen, de tal forma que a esta devoción podemos llamarla por antonomasia "devoción cristiana", o mejor, "católica"».

Estas afirmaciones se refieren de un modo especial a España. A fines del siglo XVI, en 1595 exactamente, escribía el placentino José Falcone:

> «En nuestros días florece en España, donde no hay casa en que no se lleve el hábito del Carmelo, con el fin de disfrutar de las infinitas indulgencias carmelitanas [...] En verdad, toda España con Portugal parece un gran convento de carmelitas. Todos desean cubrirse con tales armas contra las enfermedades corporales y espirituales. En toda España hay conventos de carmelitas e innumerables Congregaciones carmelitanas».

Desde entonces, sobre todo, sienta sus reales la Virgen Santísima del Carmen en nuestra patria y en sus hijas de América: Chile, Argentina, Colombia, México..., y queda grabado su nombre en pueblos y montes, ríos y valles, puertos y gremios, talleres y fábricas, jardines e industrias... hasta convertirse en la advocación mariana preferida del pueblo cristiano. Así lo cantará la copla popular:

> «Es la Virgen del Carmelo
> la que más altares tiene;
> su sagrado escapulario
> no hay pecho que no lo lleve».

Y el himno oficial del VII centenario: «Tú tienes altares en todo confín».

Dejando aparte muchos otros patronazgos de la Santísima Virgen del Carmen es necesario destacar el que ejerce sobre la Marina.

El 19 de abril de 1901, por decreto de la reina regente, doña María Cristina, publicaba *La Gaceta* una extensa real orden por la cual declaraba a la Santísima Virgen del Monte Carmelo patrona y titular de la Marina de guerra, así como ya lo era de la Marina mercante. El 12 de julio de 1938, en plena guerra nacional, el general Franco renovaba solemnemente esta real orden.

El santo escapulario, vestido y sacramental de María, es el instrumento o imán que atrae a los hombres hacia esta devoción. Con ocasión del VII centenario de la entrega de esta dádiva mariana se ha estudiado con todo el aparato de la crítica

moderna la historia, liturgia, espiritualidad y otras cuestiones del santo escapulario del Carmen. A la luz de estos estudios se han corregido importantes libros de texto y prestigiosas enciclopedias.

Los más importantes y trascendentales privilegios del santo escapulario son: vivir la misma vida de María, vestir su mismo vestido, disfrutar de un amparo especial por estar a ella consagrados... Por esto la devoción del santo escapulario del Carmen, «la primera entre las devociones marianas» la llamaba Su Santidad Pío XII el 11 de febrero de 1950, además de ser muy grata a María es sumamente ventajosa al que la practica. Pocas devociones, de hecho, tienen prometidas tantas y tan señaladas gracias. He aquí las principales:

— Morir en gracia de Dios. Es la gran promesa que ya hemos visto hizo la Santísima Virgen al entregar el Santo Escapulario a Simón Stock en 1251.

— Salir del purgatorio a lo más tardar el sábado después de la muerte. Así lo dijo la Santísima Virgen al papa Juan XXII, en 1322. Es el llamado privilegio sabatino.

Para hacerse acreedor a estos privilegios son necesarias algunas condiciones: estar inscrito en la Cofradía, vestirlo noche y día, guardar castidad según su estado, rezar el oficio parvo y guardar abstinencia, aunque pueden ser conmutados por otras obras buenas, y sobre todo vestir el Escapulario cual conviene viviendo la vida cristiana en toda su integridad.

El 8 de julio de 1916 Su Santidad Benedicto XV, con deseos de que se siguiese usando el escapulario de tela, concedió quinientos días de indulgencias cuantas veces se besara. Quien viste el escapulario del Carmen se hace acreedor de todas las indulgencias, gracias y privilegios que los sumos pontífices a través de los siglos han otorgado a la Orden del Carmen. Participa, asimismo, de las oraciones y penitencias que se hacen en todo el Carmelo.

Ante programa tan halagador, ¿quién será capaz de no dar su nombre a milicia tan extraordinaria? Igual que en el Medievo los magnates y príncipes cubrían con sus púrpuras las personas y edificios que patrocinaban de un modo especial, así María Santísima cubre con su mismo vestido a aquellos a quienes ama

con amor de predilección. Nunca como hoy se ha hablado tanto de consagración a Jesús y a María. La consagración se suele hacer en determinadas circunstancias y con una fórmula de antemano preparada. Pero, ¿y después?

La imposición del santo escapulario constituye el acto más elocuente y real de nuestra consagración a la Santísima Virgen. Por el escapulario se vive íntima y continuamente consagrado a María tal cual nos exige nuestra condición de hijos y hermanos suyos. Por él pertenecemos a María, ya que vestimos su mismo ropaje. Por ello debemos vivir su misma vida.

Para que los efectos de consagración duren noche y día, hoy y mañana y hasta el fin de nuestra existencia sobre la tierra, ¿puede darse un medio más apropiado y eficaz que el santo escapulario del Carmen? Así lo decía Su Santidad Pío XII en el magnífico documento que sobre el santo escapulario regalaba al mundo el 11 de febrero de 1950:

> «Todos los carmelitas, por tanto, así los que militan en los claustros de la primera y segunda Orden como los afiliados a la Tercera Orden Regular o Secular y los asociados a las Cofradías que forman, por un especial vínculo de amor, una misma familia de la Santísima Madre, reconozcan en este memorial de la Virgen un espejo de humildad y castidad; vean en la forma sencilla de su hechura un compendio de modestia y candor; vean, sobre todo, en esta librea que visten día y noche, significada con simbolismo elocuente, la oración con la cual invocan el auxilio divino. Reconozcan, por fin, en ella su consagración al Corazón sacratísimo de la Virgen Inmaculada, por Nos recientemente recomendada».

J. Garreta Sabadell, en su *Catecismo de la Virgen María,* afirma que el santo escapulario fue, en los siglos XVI y XVII, el dique que contuvo las herejías e hizo que el mundo volviese otra vez a Jesús por María.

Lo que hizo entonces ¿no puede repetirlo ahora? Vivimos en la época del mundo mejor. Vemos con tristeza que nuestros hermanos, los hombres, se alejan cada día más de la casa del Padre. ¿Qué hacer para atraerlos? Volvamos a la fe y piedad de nuestros padres. Vivamos su misma vida, aun en medio del adelantado y vertiginoso siglo nuestro.

Devolvamos el valor —que no ha perdido— a esta sólida devoción que el mundo ha olvidado por alejarse tanto. Que los

lazos del escapulario del Carmen simbolicen nuestra vuelta a la casa del Padre, nuestra sumisión a sus mandatos, nuestra unión familiar, nacional e internacional. Que el vestido de María cubra las desnudeces desvergonzantes de la sangrante y llagada humanidad.

En diciembre de 1938 monseñor Lemmes, obispo de Roermond, en Holanda, exhortaba a sus diocesanos a consagrarse a la Santísima Virgen y decía que confiaba en un resurgir espiritual, esperanzador para toda la diócesis si vestían con verdadero fervor y practicaban con escrupulosidad las obligaciones que impone el santo escapulario del Carmen a quienes lo visten debidamente. Las esperanzas no se vieron defraudadas. Lo que hace tantos años sucedía en un país rodeado de enemigos de estas prácticas puede repetirse en todas las naciones. Que la Madre hermosa del Carmelo nos lo conceda.

RAFAEL MARÍA LÓPEZ MELÚS, O.CARM

Bibliografía

ESTEVE, E. M., O.Carm, *De valore spirituali devotionis S. Scapularis* (Roma 1953).
FORCADELL, A. M., O.Carm, *Commemoratio solemnis Beatae V. M. de Monte Carmelo* (Roma 1951).
LÓPEZ MELÚS, R. M.ª, O.Carm, *Enquiridion del santo escapulario* (Zaragoza 1951).
XIBERTA, B. M., O.Carm, *De visione S. Simonis Stock* (Roma 1950).
• Actualización:
BOSTIO, A., *Patronato y patrocinio de la Santísima Virgen María sobre la Orden del Carmen que le está consagrada* (Madrid 1981).
LÓPEZ MELÚS, R. M.ª, *El escapulario de la Virgen del Carmen* (Madrid 1990).
— *La Virgen del Carmen en la poesía y coplas populares* (Onda, Castellón 2002).
— *La Virgen del Carmen, la devoción popular* (Onda, Castellón 2001).

BEATO ANDRÉS DE SOVERAL Y BEATOS MÁRTIRES DE CUNHAÚ

Mártires († 1645)

La Iglesia del Brasil recuerda con emoción los primeros días de su establecimiento cuando determinados colonizadores querían establecerse en las tierras salvajes de la selva en busca de beneficios materiales y de mejor estilo de vida. Eran los días en los que desde Europa llegaban grupos de diversas creencias y actitudes religiosas. Con frecuencia coincidían en los mismos

destinos colonizadores sin escrúpulos, resentidos contra los católicos si eran protestantes, y contra los cristianos si eran de otras religiones. Aconteció en América del Norte y también en Brasil.

El 25 de diciembre de 1597, solemnidad de Navidad, llegaron por primera vez los miembros de una expedición colonizadora, acompañada por cuatro misioneros —dos jesuitas y dos franciscanos—, pioneros de la evangelización del Río Grande del Norte. Se establecieron en un lugar que llamaron Natal (Navidad) que hoy es próspera capital de la provincia de Río Grande del Norte. Poco a poco se dedicaron al trabajo; a la siembra del Evangelio en las tierras habitadas por los indios «potiguares».

Pronto surgió una cristiandad floreciente y los misioneros, además de predicar el mensaje cristiano, se dedicaron a proteger a los indígenas ante la voracidad de los colonizadores. Medio siglo después llegaron también colonos holandeses. Fue en diciembre de 1633 cuando la capitanía de Río Grande del Norte cayó en poder de los advenedizos y se produjo, por algún tiempo, la llamada «invasión holandesa de Brasil». Los recién venidos traían las consignas de su metrópoli de Europa, pues desde 1637 a 1644 Mauricio de Nassau había decretado la tolerancia religiosa, a pesar de las protestas del Sínodo de la reforma calvinista. Mas en las colonias tardaban en llegar y en cumplirse las órdenes de Europa y las decisiones emanadas de la autoridad se burlaban si otros intereses arrastraban a los aventureros de fortuna.

Por eso llegaron entre los «invasores» de Río Grande nutridos grupos de calvinistas, sobre todo reclutados como soldados sin entrañas, deseosos de enriquecerse y de combatir con cierto fanatismo contra los católicos portugueses ya establecidos en la región. Las tensiones entre portugueses y holandeses, entre los católicos y los calvinistas, estuvieron en la base de las matanzas que acontecieron en Río Grande.

El párroco Andrés de Soveral y el presbítero Ambrosio Francisco Ferro y sus grupos parroquiales de fieles, perdieron la vida por odio a la fe. Se conocen centenares de portugueses asesinados en diversas matanzas. Con el tiempo se recogieron

los nombres de 28 laicos, hombres, mujeres y niños, a quienes mataron sólo por ser católicos y que sirvieron de cimiento de aquella Iglesia del Brasil. Los hechos acontecieron en el año de 1645. Ellos fueron los protomártires del Brasil, miembros de parroquias pacíficas, establecidas en Cunhaú y luego en Uruaçu, en la ribera del río Potengi.

Primera matanza

El primer hecho martirial ocurrió en la localidad de Cunhaú, el 16 de julio de 1645. El día anterior llegó a la localidad, a 73 kilómetros de Natal donde se hallaba la capitanía del Río Grande, el enviado del gobierno holandés, el aventurero Jacob Rabbi. Venía acompañado de un regimiento de soldados y de un centenar de indios. Dijo ser portador de órdenes que debería comunicar al día siguiente, cuando los colonos de las haciendas cercanas se reunieran para la misa dominical. Se convocó a todos para que acudieran al sacrificio. Las órdenes se anunciaron como procedentes del Gran Consejo holandés de Recife, que había tomado aparentemente el mando en la región de la que dependía Natal y todo el territorio de Río Grande.

La mayor parte de los colonos se reunieron para la misa en la capilla de Nuestra Señora de las Candelas, bajo la presidencia del párroco el P. Andrés de Soveral. No todos cayeron en la trampa pues algunos colonos desconfiados se quedaron en sus haciendas para ver qué acontecía o para defenderlas si eran asaltadas. Ellos fueron quienes luego relataron los acontecimientos.

Estaban en la eucaristía y al momento de la consagración, cuando la sagrada forma se elevó en las manos del sacerdote, el traidor Rabbi dio orden de cerrar las puertas de la iglesia y comenzó con los soldados y los indios «tupaias» y «potiguares» acompañantes una sangrienta carnicería de las 69 personas reunidas: hombres desarmados, mujeres y niños. Los soldados dispararon con saña contra los indefensos católicos. Los indígenas se cebaron en ellos con sus machetes y espadas sobre los aterrorizados hombres que cubrían con sus cuerpos a los niños y a sus mujeres.

El P. Soveral al ver desde el altar lo que acontecía, exhortó al martirio a sus feligreses y a pedir perdón de sus pecados para ir al cielo. Como hablaba bien la lengua de los indígenas, les pidió no profanar los objetos que había sobre el altar amenazándolos con grandes desgracias si lo hacían. Los indígenas vacilaron unos momentos, temerosos de algún sortilegio. Los «potiguares», más salvajes que los «tupaias» y menos crédulos ante las amenazas, se lanzaron sobre el altar e hicieron pedazos todos los objetos que sobre él había con gran regocijo de los soldados que seguían disparando sus armas contra los supervivientes o los moribundos. Uno de los indígenas arrojó su arma y atravesó al sacerdote, que fue inmediatamente acribillado por los demás asaltantes.

Murieron en aquella matanza 69 de los presentes, según los datos. El cuerpo del sacerdote fue con el que más se ensañaron cuando ya estaba en la agonía. Los fieles asumieron la muerte con resignación y muchos de ellos recitaban plegarias de perdón para los asesinos y pedían perdón a Dios por sus pecados. No ofrecieron resistencia alguna, según los testimonios posteriores de algunos de los que contemplaron la sangrienta escena.

Entre los fieles de la parroquia no todos murieron en la matanza. De los que se habían quedado en sus haciendas desconfiando de los advenedizos hubo quien luchó con fiereza y otros se escondieron en lugares inaccesibles. Bastantes terminaron capturados y asesinados en una orgía de sangre. No eran aquellos tiempos ni aquellos ambientes propicios a muchos registros ni la dispersión de los colonos hacía posible demasiado control de las personas.

Muchos no fueron incluidos en el proceso de beatificación pues eran desconocidos y de hecho hubo quien logró escaparse. Sólo figuraron en ese proceso los que fueron conocidos por sus nombres y quedó claro que dieron su vida por ser católicos y por su fe religiosa odiada por los fanáticos calvinistas atacantes. Además del sacerdote, parece que con nombre propio sólo se identificó en esta primera matanza a un familiar suyo, llamado Domingo Carvalho, que era comerciante a juzgar por las monedas de oro encontradas luego entre sus ropas.

Segunda matanza

Los asesinos recorrieron otros lugares matando a gentes indefensas. Mientras tanto, la noticia de la matanza de Cunhaú se difundió entre los habitantes de Río Grande del Norte. Los moradores del entorno de Natal, atemorizados por la doble amenaza de los indios y de los holandeses, buscaron lugares más seguros: primero en Fortaleza de los Reyes Magos; luego emigraron hacia el río Uruaçu y a otros lugares. Unos grupos se refugiaron en las orillas del río Potengi.

El 3 de octubre tuvo lugar la segunda matanza, en Uruaçu, realizada explícitamente por odio a los católicos. Fueron asesinadas cerca de 80 personas, entre las que resalta un grupo de 12 más influyentes, reunidos en torno a otro párroco, el P. Ambrosio Francisco Ferro. Desde la matanza de Cunhaú en julio había un grupo escondido en Uruaçu, lugar cercano a São Gonçalo do Amarante, a 18 kms. de Natal. Escondidos en lugares de difícil acceso, aunque no para los indios acostumbrados a moverse por las selvas y los ríos. Habían construido empalizadas y defensas improvisadas.

Allí irrumpieron unos 60 soldados holandeses, apoyados por unos 200 indígenas que estaban dirigidos por un fanático cacique convertido al calvinismo. Se llamaba Antonio Paraôpeba. Les alentaba una compañía de soldados también llenos de odio hacia los portugueses católicos. Asaltaron el lugar y destruyeron las defensas. Llegaron a pactar la rendición bajo la promesa de respetar las vidas y fueron vilmente traicionados. Los soldados dejaron a los indígenas la macabra tarea de asesinar a los vencidos, conforme a los ritos y costumbres feroces de muchos de ellos, que habían sido guerreros e incluso antropófagos.

La crueldad fue la tónica de esta matanza: a algunos les cortaron los brazos y las piernas, a otros les sacaron los ojos, les arrancaron la lengua, les cercenaron las narices y las orejas; a varios niños les cortaron la cabeza. A un niño lo estrellaron contra el tronco de un árbol y a otro le partieron por la mitad con una espada. A los muertos los despedazaron luego en pequeños trozos. El más significativo fue Mateus Moreira: después de cortarle las piernas y los brazos, le seguían pidiendo que blasfe-

mara de la Eucaristía. Le intentaron sacar el corazón por entre las costillas. Y murió exclamando: «Alabado sea el Santísimo Sacramento». Todo esto ocurría con la complacencia del grupo de soldados que les dirigían y con la feroz alegría de saber que estaban limpiando la zona de enemigos europeos.

La brutalidad de las escenas quedó en las páginas de los cronistas y se divulgó por todas las comarcas del Brasil. El documento más antiguo que recogió hechos tan crueles y lejanos fue un escrito de Lupo Curado Garro, capitán y gobernador militar de Paraíba, que fue redactado sólo 20 días después de los hechos. Gracias a él, conocemos algunos datos. Por ejemplo, sabemos que el español se llamaba Antonio Vilela Cid, que era hidalgo nacido en Castilla, y que había llegado a Río Grande en 1613 cumpliendo órdenes del Rey Felipe II y con el cargo de capitán. No había cumplido con lo que se le había mandado desde la Corte, pero ejerció desde 1620 la tarea de juez ordinario en Natal. Estaba casado con Doña Inés Duarte, hermana del P. Ambrosio Francisco Ferro. Murió junto con su hijo y cerca del sacerdote, a quien intentó defender en el ataque.

Ambas matanzas quedaron para siempre asociadas al fanático Jacob Rabbi, que era holandés procedente del condado de Waldeck. Había llegado de Holanda, contratado por la Compañía de las Indias Occidentales, junto con el conde João Mauricio de Nassau-Siegen. El 23 de enero de 1637 había desembarcado en Recife para poner bajo el mando holandés una parte del territorio brasileño, entonces de la corona portuguesa, que estaba ceñida en ese momento por Felipe II. Su compenetración con los indígenas había sido total durante años. Se había casado, o amancebado, con una nativa «janduí» llamada Dominga. Era culto y llegó a hacer algunos estudios antropológicos de los indios. Pero profesaba un calvinismo fanático, que fue lo que llevó a provocar las matanzas de los católicos.

En la muerte de los colonos buscaba su enriquecimiento personal adquiriendo propiedades y tratando de asegurar su porvenir afianzando la colonia bajo mando holandés en toda la capitanía de Río Grande, Paraíba y Pernambuco. La última etapa de su vida se dedicó a expediciones de saqueo y a las matanzas con los indígenas, que le seguían ciegamente y cuya lengua y

costumbres dominaba. Después de la segunda matanza y de otras menos numerosas, terminó él mismo asesinado en una emboscada en la noche del 4 de abril de 1646.

Andrés de Soveral

Los emblemas martiriales de aquellos acontecimientos fueron los dos sacerdotes que animaron los dos grupos de mártires. El primero fue el párroco Andrés de Soveral, que quedó en el recuerdo histórico de todos como modelo de misionero celoso y valiente. Había nacido hacia 1572 en San Vicente, ciudad situada en la isla de San Vicente, cerca de São Paulo. Recibió el bautismo en la parroquia de su lugar de nacimiento dedicada a San Vicente mártir.

No se conocen muchos datos de su infancia, pero es casi seguro que estudió en un colegio local denominado del Niño Jesús, fundado por los jesuitas en 1533. Allí debió sentir su vocación y entró en la Compañía. El 6 de agosto de 1593, a los 21 años, hizo su noviciado en Bahía. Estudió teología y mostró gran interés por las lenguas indígenas. Fue luego enviado al colegio de Olinda, en Pernambuco, centro de irradiación para la evangelización de los indígenas. Se inició en la actividad misionera en un viaje que hizo con el P. Diego Nunes por el territorio de los indios «potiguares». En una de las aldeas conoció a la indígena Antonia Potiguar, que era jefa de la tribu y se había hecho cristiana. Bendijo su matrimonio y bautizó a otros indígenas de la aldea.

No se sabe por qué, pero al poco tiempo, desde 1607, había dejado la Compañía de Jesús, pues no figura en sus registros y listas desde ese año. Probablemente se puso bajo la dependencia del obispo diocesano de Bahía, a la que pertenecía Río Grande del Norte, para contar con más libertad en sus empresas misioneras. De hecho, en 1614 figuraba ya como párroco de Cunhaú. Se entregó con celo a la animación religiosa de sus feligreses, tanto blancos como indios. Era austero y visitaba los poblados y las haciendas de los colonos.

Con ayuda de las familias había construido en el poblado una pequeña iglesia y la gente le respetaba y estimaba. Los indí-

genas, con los que se comunicaba en su idioma, le contaban como protector y nunca le hubieran hecho daño. Tuvieron que venir otras gentes de lejos para terminar con su inmunidad sacerdotal. Tenía 73 años cuando acontecieron los hechos que le llevaron a la muerte.

Ambrosio Francisco Ferro

El animador del otro grupo de mártires fue el sacerdote Ambrosio Francisco Ferro, de la diócesis de Natal. Era portugués y había nacido en las Azores. Luego emigró a Brasil y se ordenó sacerdote en la diócesis de Bahía. Había sido nombrado vicario de Río Grande en 1636. Era generoso, muy piadoso y desinteresado. Cuando conoció las matanzas que se perpetraban por parte de los calvinistas holandeses y que no tenían otro propósito que ahuyentar a los portugueses de la región, temió lo peor para sus feligreses y trató de salvar sus vidas. Les alentó a refugiarse en la Fortaleza de los Reyes Magos, llamada luego Castelo de Keulen, que estaba en la aldea cercana al Uruaçu.

Ayudó a construir defensas y empalizadas por si llegaban los perseguidores que habían perpetrado la matanza de Cunhaú y de los que se sabía que seguían haciendo estragos por la región. No quedan datos del martirio. Parece que fue de los primeros en ser atravesado por una espada, precisamente por ser el sacerdote del grupo y ser conocido por los asesinos.

En el lugar de las matanzas se levantó pronto una iglesia y un monumento a los mártires que comenzó pronto a convocar peregrinos de toda la región. En ambos grupos, que el tiempo uniría en una misma causa de beatificación, había un sacerdote; y también familias enteras, con varios niños y niñas que fueron asesinados. No perdonaron a nadie. Fueron en total veintisiete brasileiros, un portugués (el sacerdote Ambrosio), un español (Antonio Vilela Cid) y un francés de Navarra, entonces francesa (Lostau Navarro).

Las víctimas se presentaron desde antiguo como mártires de la fe. No murieron por sus posesiones, sino por ser católicos, requisito teológico para ser considerados verdaderos mártires. Quedó siempre el recuerdo de su fe y de la resignación con que

recibieron la muerte a manos de fanáticos adversarios, los holandeses calvinistas, aunque los asesinaron por medio de indios salvajes. Hubo de llegar el siglo XX para que se introdujera en Roma la causa de beatificación y canonización de aquellos venerados mártires cuyo ejemplo pervivía en la conciencia colectiva de los cristianos de Río Grande. Así lo confirmó el papa Juan Pablo II, aprobando el decreto de martirio el 21 de diciembre de 1998.

La beatificación de estos 30 héroes tuvo lugar el 5 de marzo de 2000. Según Francisco de Asís Pereira, postulador de la causa de beatificación, pudo tener lugar con estos dos grupos de mártires, pues durante siglos fue la memoria colectiva del pueblo cristiano la que les tributó admiración y reclamó que el Papa les propusiera como beatos a su consideración. La veneración que se les tributó en la capilla de los mártires, construida al poco tiempo y perpetuada con el paso de los siglos, era testimonio suficiente de su dignidad martirial.

PEDRO CHICO GONZÁLEZ, FSC

Bibliografía

LIMA, A. A., *Terras de mártires* (1999).
MONTEIRO, E. L'E., *Mártires de Cunhaú e Uruaçu.*
PEREIRA, F. DE A., *Protomártires do Brasil* (Recife 1990).
RUBERT, A., *A Igreja no Brasil.* II: *Expansão missionária e hierárquica (século XVII)* (Santa María 1983) 121-125.

SANTA MARÍA MAGDALENA POSTEL

Religiosa y fundadora († 1846)

Estuvo a punto de morir al nacer, aquel 28 de noviembre de 1756. Una vecina la bautizó *in extremis* y el bautismo solemne se cumplimentó aquella misma tarde. Así vino al mundo Julia María Francisca Postel en Barfleur, un pueblo de Normandía. Sus padres, Juan Postel y Teresa Levallois, eran modestos campesinos pero profundamente cristianos. Tuvieron cinco hijos más, de los cuales uno fue sacerdote que murió en 1790.

Se cuenta que, ya a los cinco años, encontrándose con una chiquilla vestida de andrajos le dio su manto y que otro día se

desprendió de sus zapatos para dárselos a un mendigo. Su madre juzgaba de mal gusto semejantes liberalidades y reprendía severamente a Julia. En la escuela no parece que avanzase mucho, ni presagiase en nada sus muchos talentos posteriores, pues a los once años, firma con una sola cruz en la partida de bautismo de uno de sus hermanos.

Con frecuencia la gente se burla de aquellos santos que desde muy pequeños empiezan a dar muestras de virtud y caridad. La verdad es que se quiere hacer pasar por el mismo rasero todo tipo de personalidad, como si Dios tuviera que atarse a unos parámetros que a nosotros nos resultasen admisibles. Sin descontar que en algunas hagiografías se pueden encontrar repeticiones de los mismos módulos y ejemplos, no del todo exactos o comprobados, en ocasiones la caridad divina, que no tiene por qué atarse a ningún esquema, da muestras de su impulso y gracia desde los primeros años de la niñez responsable y consciente. Julia, a pesar de la opinión materna, dio siempre muestras de entrega hacia los pobres, especialmente en los pequeños detalles de la vida cotidiana. Pedía para los pobres, llevaba leña y agua a la casa de los enfermos, limpiaba sus casas y les encendía el fuego. De naturaleza exuberante, se obligó a vivir en disciplina con ella misma, en la que, sin excluir la cortesía, se prohibía a sí misma la precipitación y las bromas.

Su madurez humana fue precoz, a los nueve años hizo voto de castidad y de dedicarse a la salvación del prójimo; el párroco, a pesar de las prescripciones de la época la admitió, a esa misma edad, a la comunión eucarística, motivando su decisión diciendo que el caso de Julia no creaba, por su excepción, ningún precedente y añadía: «Ninguno de nosotros conocerá en su vida a otra Julia Postel».

Su vida ascética fue creciendo y desarrollándose: los viernes, a escondidas, sólo tomaba pan y agua. Habiendo oído en un sermón que en los días de ayuno había que medir lo que se comía, se ingenió en hacerse una rústica balanza para poder pesar las rodajas de pan; y cuando, enterados de régimen tan severo, le fue prohibido cambió la almohada de la cama por una piedra.

Un día al salir de clase se encontró con que en un prado dos soldados se estaban disponiendo para un duelo, entonces ella se

acercó y poniéndose de rodillas les presentó un crucifijo; los hombres se quedaron estupefactos y, sin duda movidos por la gracia, se reconciliaron y se abrazaron allí mismo.

En Barfleur la escuela se hizo insuficiente para las cualidades de Julia, pero gracias a la generosidad de una bienhechora pudo ingresar en la escuela de la abadía de Valognes que solía recibir jóvenes de familias pudientes. Y pronto las benedictinas, ante los rápidos progresos de Julia y sobre todo debido a su virtud y piedad, trataron, en lo posible, de ganársela para el monasterio. Julia, sin embargo, retornaba a su familia durante las vacaciones y no soltaba prenda en cuanto a dar a conocer su determinación.

En 1774, cuando contaba con 18 años de edad, concluyó sus estudios y de vuelta a Barfleur abrió un pensionado. En ella enseña a sus alumnas las cosas prácticas de la vida doméstica, como administrar bien una familia y una casa. Para no cansarlas, después de un tiempo dedicado a aprender a escribir o hacer las cuentas, les enseña a tejer y a coser. Su ascendencia moral era ya grande; su piedad, ardiente; asiste todos los días a misa y comulga en ella siempre, cosa extraordinaria para la época. Poco después organiza un taller de bordado y durante el trabajo se mezclan la charla, las anécdotas, y los cantos. Julia reacciona contra la moda excesivamente escotada y viste de oscuro con cuellos altos.

Continuó Julia asistiendo a los pobres. Solía tomar una sola comida al día, no entrando en su dieta ni la carne ni el pescado, sólo las legumbres, pan de días y agua; y así hasta el día de su muerte.

Al desencadenarse la Revolución Francesa, se desentiende de los sacerdotes juramentados excomulgados por Roma. Escondió todos los objetos de culto en su casa y recibía en su minúscula capilla, bajo una escalera, a los sacerdotes fieles que venían a celebrar los sacramentos, con peligro de su vida. En esa escondida capilla guardaba la Eucaristía y pasaba noches enteras en oración y leyendo a los maestros de la vida espiritual y a los santos Padres. Se le autorizó a darse ella misma la comunión (aunque tomando la forma con unas pequeñas pinzas de plata) y a llevar el viático a los moribundos.

En 1798 fue admitida como terciaria franciscana. Y cuando todo volvió a la calma, Julia volvió a su labor de catequesis, ágil, cordial, alentadora y siempre dispuesta, sin ofender a nadie, en medio de las rivalidades eclesiásticas y civiles fruto de los años de terror durante la Revolución. En 1804 una de sus alumnas, María Dadure, al morir con sólo ocho años, le profetizó que un día iba a ser fundadora.

En el entretanto, el ayuntamiento de Cherburgo dictó un bando solicitando voluntarias que quisieran ocupar el puesto de maestras para niñas pobres. Julia partió, disponiendo sólo de «la Providencia, el trabajo y la pobreza». Se despidió moviendo los dedos y bromeando al decir: «Éstas son mis rentas». El capellán del hospicio de Cherburgo le alquiló una casa y Julia, a sus cuarenta y nueve años, comenzó a ser llamada la «señorita santa». Se unieron a ella tres antiguas alumnas de Barfleur. El vicario general apoyó y animó la naciente comunidad y el 8 de septiembre de 1807 cuatro de ellas pronunciaron sus votos religiosos en la congregación que iba a llamarse: «Hijas pobres de la Misericordia». En aquel momento, a sus cincuenta y un años, Julia cambió su nombre por el de María Magdalena, con el que se la conocerá en la posteridad.

Madre María Magdalena no tardó en solicitar de la ciudad y de la diócesis una capilla y un capellán que, además del culto, tuviese la obligación de enseñar el catecismo a los niños pobres y de visitar a los enfermos. Por su parte, las religiosas se dieron una regla en la que se escribía: «Silencio, obediencia pronta, absoluta, gozosa». Y siguen una dieta austerísima: como alimento sólo tienen a menudo pan y agua; como cama, un poco de paja; pasan la vigilia del jueves al viernes en oración y lectura. Y la madre prolonga todos los días las horas, trabajando por los más necesitados y dedicándose largos ratos a la oración antes de descansar.

Tienen en sus aulas más de doscientas alumnas a las que hay que enseñar a coser, bordar y tejer. Y la madre organiza un obrador para las jóvenes doncellas.

Mientras tanto, van llegando algunas postulantes y, al mismo tiempo, con la restauración de la nación, empiezan a regresar las congregaciones religiosas. Una de ellas es la de las Hermanas de

la Providencia que se dedicaban a menesteres parecidos a las de las Hijas pobres de la Misericordia. María Magdalena, deseosa de evitar rivalidades, se retira de Cherburgo. Marcharon primero a Octeville y luego a Tamerville, donde son acogidas muy bien en una propiedad del Duque de Plaisence, Lebrun, gran dignatario del recién estrenado Imperio napoleónico. Pero las cosas estaban yendo demasiado bien y en poco tiempo Dios la prueba: mueren cinco religiosas; a esto se fueron añadiendo otros problemas: las intrigas de las maestras seglares del lugar y las de la gente de bien, así como diversas dificultades con el párroco. La madre Postel no ve más solución que partir de nuevo para Valognes. Pero también allí surgen contrariedades pues en dicha población ya hay benedictinas e Hijas de la caridad y no hay novicias para todas. Así las cosas, la comunidad de la madre Postel se ve reducida a seis miembros. La madre decide volver a Tamerville donde viven tan pobremente que sólo tienen patatas para comer. Gracias a Dios, poco después, pudieron abrir una escuela.

En 1817 el hambre hace estragos en la población y las religiosas organizan dar una sopa caliente a los más necesitados. Al año siguiente el Prefecto de la región decreta que es obligatorio tener el título de maestra para poder enseñar y madre Postel a sus 62 años se prepara y pasa con éxito el examen. Pero las hermanas se han reducido a cuatro. Entonces, cuando se estaba apurando toda esperanza, comienzan a afluir las vocaciones y hasta la madre lucha contra la muerte curando instantáneamente a una de sus hijas de un cáncer.

Tiene 76 años, en 1832, cuando tienen que emigrar de nuevo. Salen de Tamerville y se dirigen a Saint-Sauveur-le-Vicomte donde se ha adquirido una antigua abadía benedictina en ruinas; y tienen tan poco dinero que no pueden ni pagar al notario que les ha de redactar las escrituras. Allí empezaron a recibir huérfanas e indigentes. Las religiosas, para poder sobrevivir, trabajan en el campo y en la huerta. Se levantan a las tres de la madrugada (hora solar) y recitan el rosario mientras limpian y preparan las legumbres. El obispo las visita y la madre María Magdalena le presenta a la religiosa más joven, que sólo tiene veinte años. Nadie sospechaba que esta joven iba a ser su sucesora al frente de la congregación.

En 1837 la comunidad, contando a las novicias, se componía de 24 miembros, teniendo la fundadora 81 años. Fue entonces cuando el vicario de religiosas de la diócesis les hizo que aceptasen las normas y fines de las constituciones de los Hermanos de La Salle: instrucción gratuita a los pobres; y las hermanas, que son a la vez maestras y enfermeras, son puestas bajo la dependencia de la Santa Sede como congregación de derecho pontificio.

La Madre Postel es ya una anciana venerable y pide dejar el cargo de superiora y pasar a ocupar el de sacristana. A pesar de ello, continúa llevando una vida de gran austeridad: duerme sobre dos tablas en forma de cruz, lleva cilicio y corselete metálico y ayuna rigurosamente toda la cuaresma.

El 21 de septiembre de 1837 las 14 religiosas y 10 novicias hacen su profesión religiosa conforme a sus nuevas constituciones. El 12 de octubre del año siguiente el gobierno de la nación reconoce legalmente al nuevo Instituto de las Hermanas de la Misericordia. El noviciado es numeroso. Y todas reconocen en la fundadora una gran lucidez y discreción espiritual a la hora de aceptar las nuevas vocaciones.

Madre María Magdalena Postel tuvo la alegría de ver su congregación, antes de morir, repartida en 37 casas. El espíritu que animaba su obra se fundaba en el cumplimiento de la Regla, en las virtudes religiosas y en la meditación cotidiana de la Sagrada Escritura. En cuanto al trabajo, la Madre lo consideró siempre una necesidad vital y ella lo cumplió siempre hasta la extenuación.

Tuvo hasta el final de su vida un espíritu joven y enérgico, una memoria prodigiosa y un juicio seguro sobre las cosas y personas; siempre de carácter equilibrado y con una caridad hacia las hermanas en las que no aparecía sombra alguna. Solía decir:

> «Hay que sacrificarlo todo para que el prójimo se encuentre bien y contento; hay que hacer el mayor bien posible a todos y sin que nadie lo advierta [...] Una humildad que se pregona es sospechosa [...] Yo no quiero sino lo estrictamente necesario y hasta eso es necesario alcanzarlo con el trabajo de nuestras manos... Obedecer es ir al cielo llevado sobre las espaldas de otro».

Hasta su última hora fue la primera en el trabajo y la última en salir de la capilla. El descorazonamiento le parecía que era

un desfallecimiento en la fe. Rezaba el rosario mientras iba de una parte a otra en sus quehaceres y, además, rezaba el oficio divino desde su juventud. Nunca se encendió fuego en su habitación y tomaba su única refección a las cuatro de la tarde. Durante sus crisis de asma decía a los que se inquietaban al verla: «Estoy bien, porque estoy como quiere Jesús que esté».

Ya en vida no fueron pocas las gracias que Dios distribuyó por sus manos, curando enfermos, y multiplicando los alimentos. Disfrutó de todos sus sentidos, vista, oído y movimiento teniendo incluso noventa años. Al fin de su vida su congregación tenía alrededor de 150 profesas y 20 novicias. Recibió la unción de los enfermos el 14 de julio de 1846, muriendo al día siguiente pronunciando las palabras de su amado Jesús: «Dios mío, a tus manos encomiendo mi espíritu».

Tras su muerte los milagros y gracias se multiplicaron entre los fieles. Fue beatificada en 1908 por San Pío X y canonizada por Pío XI en 1925.

LUIS M. PÉREZ SUÁREZ, OSB

Bibliografía

BAUDOT, J. - CHAUSSIN, L., OSB, *Vie des saints et des bienheureux*... VII: *Juillet* (París 1948) 369-373.

GARRIGUES, M.ª-O., Art. en *Bibliotheca sanctorum*. VIII: *Liadan-Marzi* (Roma 1967) 1131-1135.

LOVISON, F., Art. en C. LEONARDI - A. RICCARDI - G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los Santos*, II (Madrid 2000) 1625-1626.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN SISENANDO

Diácono y mártir († 851)

Nos cuenta su martirio San Eulogio de Córdoba, quien nos dice que el mártir Sisenando era lusitano, había ido a Córdoba a estudiar, siendo recibido en la basílica de San Acisclo, donde recibió instrucción religiosa y se le ordenó de diácono.

Habiendo sucedido el día 7 de junio el martirio de los santos Pedro y Walabonso, Sisenando creyó verlos en una visión y

que los mártires le animaban a presentarse también él a confesar a Cristo como habían hecho ellos. Sisenando, animado por esta visión, se presentó al cadí y confesó su fe, denostando como falsa la religión del islam.

Inmediatamente fue encarcelado. Estando en la cárcel escribiendo una carta, tuvo la revelación de que venían ya por él y entregó la carta sin terminar al chico que la esperaba, y en ese instante entraron gritando los guardias y entre denuestos y bofetadas lo llevaron al cadí nuevamente, ante el que repitió su confesión de fe. Fue entonces degollado a la puerta del palacio, y su cadáver arrojado al río. Dos días más tarde fue hallado el cuerpo por dos mujeres cristianas que lo llevaron a la basílica de San Acisclo, donde fue enterrado honoríficamente. Sisenando era todavía joven cuando tuvo lugar su martirio el 16 de julio de 851.

BEATA IRMENGARDA

Abadesa († 866)

Irmengarda o Ermengarda nació hacia el año 832, hija del rey Luis el Germánico y de su esposa Emma. Era, por tanto, nieta de Carlomagno. Educada cristianamente, en su juventud siente la vocación religiosa y su padre está de acuerdo en que la siga, nombrándola para ello abadesa del monasterio de Buchau y luego de la abadía real de Chiemsee en Baviera.

Ella se acreditó enseguida por su piedad, austeridad y espíritu de penitencia. Mostró una gran responsabilidad en el régimen de su abadía, procurando el mayor bien de sus religiosas y animándolas con su ejemplo personal a una entrega plena y absoluta a Cristo y al camino de la santidad, viviendo con perfección y totalidad la regla de San Benito.

Murió en su monasterio de Chiemsee (Frauenwörth) el 16 de julio de 866, y fue enterrada en la iglesia del mismo, siendo constante el culto que el pueblo cristiano le ha dado desde su muerte. Este culto fue confirmado por el papa Pío XI el 19 de diciembre de 1928.

BEATO SIMÓN DA COSTA

Religioso y mártir († 1570)

Simón da Costa o Acosta nació en Oporto, Portugal, el año 1542. Educado cristianamente, se sintió atraído por la vida religiosa e ingresó en la Compañía de Jesús, en la que profesó con la cualidad de hermano coadjutor. Era un joven de agradable presencia, por eso, cuando el asalto, en aguas de Canarias, de la nave Santiago en la que iba el Beato Ignacio de Azevedo y sus compañeros —como puede verse en la biografía correspondiente al día de ayer—, pensando que sería persona principal no lo mataron en el acto sino que lo llevaron al galeón del capitán Soria y aquí le tuvieron. Preguntado si era o no jesuita, el joven podía haber salvado la vida negándolo, pero afirmó abiertamente ser religioso y esto le costó la vida el 16 de julio de 1570. El culto de los «Mártires de Brasil», como se les conoce, fue confirmado por Pío IX el 11 de mayo de 1854.

BEATOS JUAN SUGAR Y ROBERTO GRISSOLD

Mártires († 1604)

En Warwick, Inglaterra, el 16 de julio de 1604 fueron ahorcados y descuartizados dos confesores de la fe que prefirieron dar la vida antes que renegar de la Iglesia de Jesucristo. El uno, Juan Sugar, era sacerdote, el otro, Roberto Grissold, era seglar. Al primero se le condenó a muerte como traidor por haberse ordenado sacerdote en el continente y haber vuelto a Inglaterra a ejercer su ministerio, y al otro por haber prestado ayuda al sacerdote, lo que era considerado igualmente delito de felonía.

JUAN SUGAR había nacido en Wambourne, no lejos de Volverhampton en el condado de Stafford, en el seno de una familia acomodada, de religión protestante, y fue educado en Oxford, en el Merton College, donde no obtuvo el doctorado porque tenía escrúpulos en prestar el juramento de acatamiento a la primacía religiosa de la reina. Era persona muy religiosa y su celo por la gloria de Dios le llevó a hacerse ministro protestante, ejercitando su ministerio en Cannock, en el mismo condado de Stafford.

No se conoce por qué pasos y por medio de qué personas llegó a la religión católica, pero es un hecho que abandonó su

ministerio protestante y su religión, se hizo católico y marchó a Douai a estudiar, donde fue ordenado sacerdote y enviado en 1601 a la misión inglesa. Trabajó por los condados de Warwick, Stafford, Wigorne, etc. Todos cuantos le trataron apreciaron en él enseguida singulares virtudes: de gran pureza e inocencia, manso y humilde, afanoso en socorrer a los pobres y mostrar con todos una gran caridad, muy austero y parco en su comida, alma de oración asidua y fervorosa.

Fue arrestado el domingo 8 de julio de 1603 junto con Roberto Grissold cuando iban de camino a Rowington, en el condado de Warwick, y fue llevado a esta ciudad y metido en la cárcel. Compareció ante el tribunal los días 13 y 14 de julio de 1604, presidiendo el juez Kingsmill que lo condenó a muerte por ser sacerdote procedente de un seminario del continente y haber entrado en el reino inglés contra la ley que lo prohibía. Se fijó la ejecución para el día 16 de julio.

En la mañana de la ejecución vinieron a verle unos amigos y les dijo: «Estad alegres, porque no tenemos motivo para entristecernos sino de alegrarnos, porque si me toca hoy un amargo almuerzo, me espera una dulcísima cena». Pidió a Dios que perdonase al juez y a todos los que lo habían perseguido y arrestado.

Cuando era llevado sobre un zarzo al lugar de la ejecución dio dinero a cincuenta pobres al tiempo que rezaba con gran piedad. Un ministro protestante le dijo al pie del patíbulo que tuviera fe y él le contestó: «Yo creo aquello que enseña mi madre la Iglesia católica». Y le preguntó al ministro le dijera quién había convertido aquel país, y le dijo el ministro que respondiera él. Y dijo el mártir que había sido el papa San Eleuterio que había enviado dos misioneros al rey Lucio de Bretaña y lo habían convertido a él y a su pueblo. Y añadió: «En cambio esta nueva religión la ha inventado Enrique VIII».

Fue despojado de toda su ropa, menos de su camisa. Al empezar a subir los peldaños de la escalera dijo: «Gracias a Dios hoy puedo subir bastante bien». Bendijo la soga con la señal de la cruz y dijo: «Con la señal de la cruz vine al mundo y con la señal de la cruz salgo de él». El vice-sheriff le dijo que pidiera por el rey. El mártir constestó: «Dios bendiga al rey, a la reina y

al pequeño príncipe y a todo el consejo. Dios perdone al magistrado, al señor juez Burgoyne y a todos aquellos que me capturaron y también a vos, y que Dios a mí también me perdone». Entonces, el verdugo se dirigió a él y le dijo: «Perdóneme también a mí, buen padre». Y el mártir respondió: «Hijo, te perdono de todo corazón». Y dirigiéndose al pueblo añadió: «Buena gente, muero con gusto porque iré a un sitio de gloria y suplico a Jesús que reciba mi alma, y pido a todos los ángeles, mártires y santos que acompañen mi alma a aquel bendito lugar. Deseo ser desatado para estar con Cristo y pido a Dios que todos los aquí presentes puedan participar de aquella felicidad a la que yo ahora voy. Jesús, Jesús, recibe mi alma». Y todo el pueblo respondió: «Amén, amén». Le dijeron que él no moría por su conciencia sino por traición, y respondió: «Estáis equivocados. Nadie puede inculparme de traición sino sólo de seguir mi conciencia». Entonces le dijeron: «¿Estás preparado para morir?». Y él respondió: «Estoy preparado en Jesús». Seguidamente fue ahorcado, pero aún no había muerto cuando fue bajado y en vivo se le empezó a descuartizar.

ROBERTO GRISSOLD o Greswold nació en Rowington, junto a Knowle, en el condado de Warwick, hacia el año 1575. Era un católico fervoroso que no tenía reparo en ayudar a los sacerdotes católicos. Fue sorprendido y arrestado cuando acompañaba al padre Juan Sugar. Pudo haber salvado la vida tres veces. Primero, cuando lo arrestaron, porque uno de los que lo arrestaron era su primo Clement Grissold, quien le dijo que si quería siguiera su camino, que no lo arrestaban, pero él dijo que no se iba sin el sacerdote. Pudo también fugarse de la prisión, para lo cual le dejaron «a posta» la puerta abierta, pero él no quiso irse sin el sacerdote y, además, tenía deseos del martirio, y así se quedó con el sacerdote un año entero en la cárcel. Y su tercera oportunidad fue en el curso del proceso, cuando el juez Kingsmill le preguntó si estaba dispuesto a ir a una iglesia protestante y él respondió que no. Le dijo el juez que entonces iba a ser ahorcado. Se produjo este diálogo entre el juez y el mártir:

— Mártir: «Le ruego, milord, que haga que yo obtenga justicia y que el país sepa por qué razón muero».

—Juez: «Te garantizo que se te hará justicia; el país sabrá que mueres culpable de felonía».

—Mártir: «¿En qué cosa he cometido felonía?».

—Juez: «Tú has cometido una felonía por estar en compañía, por asistir y por ayudar a un sacerdote de un seminario, es decir a un traidor».

Se le volvió a ofrecer la vida si iba a la iglesia protestante y el mártir dijo que no. Entonces el juez, muy nervioso, lo condenó a muerte.

Llegada la mañana de la ejecución, mandó el juez de nuevo a ofrecerle la libertad y la vida si iba a la iglesia protestante. El mártir, deseoso del martirio, rehusó.

Una mujer lloraba por él y el mártir le dijo: «Buena mujer, ¿por qué llora? No hay motivo para llorar sino para alegrarse porque hay que entrar en la cámara del Esposo no con lágrimas sino con alegría». Le dijo ella que esperaba le hubieran perdonado la vida, y él dijo que entonces se habría perdido la ocasión de morir por Dios, que se hiciera su voluntad. Y volviéndose a los católicos que habían acudido les pidió perseverancia.

Iba andando a pie detrás del zarzo en el que llevaban al P. Sugar y uno le dijo que no cogiera por donde había fango. El mártir le dijo: «No he seguido al P. Sugar hasta aquí para dejarlo ahora por un poco de fango».

Llegado al lugar del suplicio, se arrodilló y empezó a orar, y aunque él había sido persona miedosa y hasta se había desvanecido una vez que se hirió, asistió con gran fortaleza moral al descuartizamiento del cuerpo del P. Sugar. Una mujer católica se puso delante de él para que no viera cómo descuartizaban al misionero, y él le dijo que podía quitarse pues por la gracia de Dios no estaba aterrorizado.

Negó ser él el culpable de su muerte y, cuando lo acercaron al lazo de soga con que iba a ser ahorcado, tiñó la soga con la sangre del P. Sugar, y desde el patíbulo dijo a la gente: «Buena gente: sed testigos de que muero no por robo o por felonía sino por mi fe». Perdonó a sus perseguidores, también al verdugo, y recitó el *Confiteor*. Lo ahorcaron mientras invocaba el nombre de Jesús.

Ambos fueron beatificados por Juan Pablo II el 22 de noviembre de 1987.

BEATOS NICOLÁS SAVOURET Y CLAUDIO BÉGUINOT

Presbíteros y mártires († 1794)

NICOLÁS SAVOURET había nacido el 27 de febrero de 1733 en Jouvelle, Haute-Saône. En su juventud ingresó en los franciscanos conventuales, hizo el noviciado y la profesión religiosa y se ordenó oportunamente de sacerdote, pero desconocemos en qué conventos estuvo destinado y qué oficios o cargos tuvo dentro de la Orden, salvo que se sabe que era doctor en teología y que al tiempo de la Revolución Francesa ejercía como director de las clarisas de Moulins, diócesis entonces de Autun.

Cuando se planteó el tema de la prohibición de los votos religiosos, él no dudó en declararle al procurador síndico de su departamento que él no abandonaba voluntariamente su orden ni su hábito. Cuando llegó la cuestión del juramento constitucional hay constancia de que junto con el obispo y otros muchos sacerdotes el P. Savouret se negó a prestarlo. Se conocen ciertas reclamaciones de tipo económico que el P. Savouret presentó por aquellos años.

Como en 1793 cumplió sesenta años, él debió estar dispensado de la deportación, pero su nueva negativa a prestar el juramento de libertad-igualdad lo llevó a ser arrestado el 18 de mayo en la commune de Moulins y a ser enviado a Rochefort, donde estaba ya el 13 de abril de 1794, embarcado en el Borée. Pasó luego a Les Deux Associés, donde murió el 16 de julio de aquel año. Murió a causa de haber sido abandonado en su enfermedad, cuyo remedio él sabía y pidió en vano. Persona culta y piadosa, pidió se le administraran los sacramentos el día 14 de julio, fiesta de San Buenaventura, pero su gravedad hizo que se le adelantaran. Tuvo ante la muerte una gran serenidad y presencia de espíritu.

CLAUDIO BÉGUINOT nació en Langres, Haute-Marne, el 19 de septiembre de 1736. Sintiendo la vocación religiosa, ingresó en la Orden Cartujana e hizo la profesión el 15 de agosto de 1760, y se ordenó posteriormente de sacerdote. En 1770 él era sacristán de la cartuja de Val-Saint-Georges. En 1772 está como huésped en Ruán. En 1777 estaba en la cartuja de Bourg Fon-

taine, Aisne, y en 1782 otra vez está como huésped en Ruán. Fue religioso profeso de la cartuja de Saint-Julien, en Saint-Pierre-de-Quevilly.

Cuando los conventos son suprimidos, se quedó en Ruán dos años, y allí estaba cuando fue arrestado en abril de 1793, alojado en casa de Caban Vergetier. Él no había prestado ninguno de los dos juramentos que se exigían. Fue detenido en la prisión de Saint-Vivien. El 6 de marzo de 1794 fue enviado como deportado a Rochefort, donde estaba el 12 de abril. Embarcado en Les Deux Associés, murió el 16 de julio de 1794. Persona de gran espiritualidad y santidad de vida que había pasado su vida dedicado a la contemplación de las cosas divinas, era buscado en el barco por todos como el mejor confesor, y su pureza y humildad le hacían recomendable a todos. Llevó su enfermedad con gran fortaleza y mansedumbre. Llevaba consigo un crucifijo que fue roto por los guardianes y asimismo instrumentos de penitencia que sirvieron de burla.

Fueron beatificados el 1 de octubre de 1995 por Juan Pablo II.

BEATAS AMADA DE JESÚS (MARÍA ROSA) DE GORDON, MARÍA DE JESÚS (MARGARITA TERESA) CHARANSOL, MARÍA ANA DE SAN JOAQUÍN BÉGUIN-ROYAL, MARÍA ANA DE SAN MIGUEL DOUX, MARÍA ROSA DE SAN ANDRÉS LAYE, DOROTEA (JULIA) DEL CORAZÓN DE MARÍA Y MAGDALENA (FRANCISCA) DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO DE JUSTAMONT

Vírgenes y mártires († 1794)

El día 16 de julio de 1794 en la plaza de Orange, Francia, fueron guillotinadas siete religiosas, que aquella misma mañana habían sido juzgadas y condenadas a muerte. Los jueces estimaron que las acusaciones contra ellas habían quedado probadas. Las acusaciones por las que la República francesa consideraba que aquellas religiosas no debían seguir viviendo sino que de-

bían ser ejecutadas eran éstas: «Todas ellas han propagado sin cesar el más peligroso fanatismo, han predicado la intolerancia y la superstición más horrible, y, refractarias a la ley, han rehusado prestar el juramento que la ley les exige...». En señal de tolerancia, aquellas «intolerantes» fueron enviadas a la guillotina. Las religiosas eran:

MARÍA ROSA DE GORDON, nacida en Mondragón el 29 de septiembre de 1733, ingresó en el monasterio de las sacramentinas de Bollène y al profesar tomó el nombre de sor Amada de Jesús. Tenía en el monasterio el cargo de asistente hasta su salida del monasterio. Y cuando éste fue suprimido vivía con las hermanas en comunidad en una casa alquilada y en ella continuó con su cargo, sirviendo a las hermanas como una madre, sobre todo desde que se vieron privadas de la presencia de la M. De la Fare. Ellas las animaba y consolaba, intentando ser útil en todas las cosas. Había ingresado en el monasterio en 1751 y había llevado una vida verdaderamente ejemplar.

MARGARITA TERESA CHARANSOL nació en Richerenches el 28 de febrero de 1758, y al profesar en el monasterio de las sacramentinas de Bollène tomó el nombre de sor María de Jesús. Al llegar la persecución se quedó con las hermanas y con ellas fue arrestada, y llevada a Orange.

MARÍA ANA BÉGUIN-ROYAL nació en Vals-Sainte-Marie el año 1736, y había ingresado en el monasterio de sacramentinas de Bollène en calidad de hermana coadjutora y tomó el nombre de sor San Joaquín. Perseveró junto a las hermanas y con ellas fue arrestada y llevada a Orange.

MARÍA ANA DOUX había nacido en Bollène el 8 de abril de 1739 y había profesado en el monasterio de las ursulinas de su ciudad natal con el nombre de sor San Miguel en calidad de hermana conversa. Al cerrarse el monasterio se quedó con sus hermanas y corrió su misma suerte.

MARÍA ROSA LAYE nació en Bollène el 26 de septiembre de 1928 e ingresó en el monasterio de ursulinas de su ciudad en calidad de hermana conversa y tomó el nombre de sor San Andrés. Esta hermana durante su detención no dejó de suspirar por la gracia del martirio, aunque en su humildad se tenía por indigna de ella.

DOROTEA JULIA había nacido en Bollène el 27 de mayo de 1743, e ingresó en el monasterio ursulino de Pernes donde profesó con el nombre de sor Corazón de María, y en el que fue superiora. Unida a sus hermanas fue arrestada y detenida con ellas. Tenía fama de santa.

MAGDALENA FRANCISCA DE JUSTAMONT había nacido en Bollène el 26 de julio de 1754 y era hermana de la religiosa sor María de San Enrique martirizada el 12 de julio. Había profesado los votos religiosos en el monasterio cisterciense de Santa Catalina de Avignon con el nombre de sor Magdalena del Santísimo Sacramento. Expulsada de su monasterio se fue a Bollène y allí se unió a las hermanas ursulinas, de donde primero fue expulsada y luego arrestada y llevada a Orange.

Fueron beatificadas el 10 de mayo de 1925 por Pío XI.

SANTA LANG YANGZHI Y SAN PABLO LANG FU

Mártires († 1900)

El 16 de julio de 1900 en el pueblo chino de Lujiapo los boxers martirizaron a una mujer y a su hijo de siete años, Lang Yangzhi y Pablo Lang Fu, respectivamente. Ella había nacido en la religión pagana y se había casado con un cristiano, cuya fe le atrajo, y al cabo de varios años de matrimonio se inscribió como catecúmena para prepararse a la gracia del bautismo. Su hijo había nacido en 1893, había recibido en el bautismo el nombre de Pablo y estaba siendo educado cristianamente. Ella estaba muy feliz de ser catecúmena y ajustaba su conducta a los preceptos del evangelio.

Cuando aquel día los boxers llegaron al pueblo, el marido pudo esconderse y ponerse a salvo, pero, indicada su casa como casa de un cristiano, los boxers la arrestaron y exigieron que dijera que no era cristiana. Pero la joven dijo que lo era y entonces la ataron en un árbol de la calle frente a su propia casa. Los vecinos intercedieron por ella en vano. Llegó su hijo Pablo y lo ataron al mismo árbol que la madre. Ella lo animó a sufrir por Cristo y le recordó el premio de gloria que esperaba a los que perseveran. Los boxers incendiaron la casa y, cuando el fuego

estaba en su apogeo, mataron a los dos con sus lanzas y arrojaron los cuerpos en el fuego.

Pasada la persecución, el marido halló los cuerpos de ambos entre las cenizas de la casa y les dio sepultura. Fueron canonizados por el papa Juan Pablo II el 1 de octubre de 2000.

SANTA TERESA ZHANG HEZHI
Mártir († 1900)

Teresa Zhang Hezhi (Tchang Hene Cheu) era una mujer cristiana que había estado casada y quedó viuda con varios hijos, a cuyo sostenimiento y buena educación se dedicó.

Al conocer la llegada de los boxers se escondió, pero fue localizada y detenida. Se le conminó a apostatar pero se negó y, llevada a la pagoda, rehusó adorar a los dioses falsos. Entonces fue sacrificada junto con un hijo y una hija. Era el 16 de julio de 1900 en el pueblo de Zhangiaji. Fue canonizada por el papa Juan Pablo II el 1 de octubre de 2000.

17 de julio

A) MARTIROLOGIO

1. En Cartago, santos Mártires Escilitanos: Esperato, Nartzal, Citino, Veturio, Félix, Aquilino, Letancio, Jenara, Generosa, Vestia, Donata y Segunda († 180) **.
2. En Amastraide (Paflagonia), San Jacinto († s. III), mártir.
3. En Sevilla, santas Justa y Rufina († s. IV), vírgenes y mártires **.
4. En Milán (Liguria), Santa Marcelina († 400), virgen, hermana de San Ambrosio *.
5. En Roma, en la iglesia del Monte Aventino, la memoria de un hombre santo llamado Alejo († s. IV), que dejando su casa rica, se hizo pobre voluntario y mendigo *.
6. En Auxerre (Galia Lugdunense), San Teodosio († s. VI), obispo.
7. En Pavía (Liguria), San Enodio († 521), obispo *.
8. En Kerkelodor, junto a Amberes, en Brabante, San Fredegando († 740), monje y misionero.

9. En Wichcombe (Mercia), San Kenelmo († 821), príncipe y mártir *.

10. En Roma, San León IV († 855), papa *.

11. En Stockerau (Austria), San Colmán († 1012), peregrino *.

12. En Nitra, junto al río Waag, cerca de los Montes Cárpatos, santos Andrés (antes Zoerardo) y Benito († 1010), ermitaños *.

13. En Cracovia (Polonia), Santa Eduvigis († 1399), reina de Polonia, que por su matrimonio con Ladislao Jagellón, introdujo el cristianismo en Lituania **.

14. En París (Francia), beatas Teresa de San Agustín (María Magdalena Claudina) Lidoine y quince compañeras del Carmelo de Compiègne († 1794), vírgenes y mártires en la Revolución Francesa: María Ana Francisca de San Luis Brideau, María Ana de Jesús Crucificado Piedcourt, Carlota de la Resurrección (Ana María Magdalena) Thouret, Eufrasia de la Inmaculada Concepción (María Claudia Cipriana) Brard, Enriqueta de Jesús (María Gabriela) de Croissy, Teresa del Corazón de María (María Ana) Hanisset, Teresa de San Ignacio (María Gabriela) Trézel, Julia Luisa de Jesús (Rosa Cristina) de Neufville, María Enriqueta de la Providencia (Ana) Pelras, Constanza (María Genoveva) Meunier, María del Espíritu Santo (Angélica) Roussel, María de Santa Marta Dufour, Isabel Julieta de San Francisco Javier Verolot, Catalina y Teresa Soiron **.

15. En Zhujiaxiezhuang (China), San Pedro Liu Ziyu († 1900), mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTOS MÁRTIRES ESCILITANOS

(Esperato, Nartzal, Citino, Veturio, Félix, Aquilino, Letancio, Jenara, Generosa, Vestia, Donata y Segunda)

(† 180)

El día 17 de julio del año 180, al comienzo del reinado de Cómodo, el desdichado hijo y sucesor de Marco Aurelio, fueron ejecutados en Cartago un grupo de mártires procedentes de Scili, pequeña población de Numidia, en el África proconsular romana.

Eran gente humilde, doce en total, de los cuales cinco eran mujeres. Serían, probablemente, artesanos o trabajadores del campo, sin que tengamos de ellos más noticias que las escuetas que nos han transmitido las actas de su martirio. Todo hace su-

poner que fueran parientes entre sí, o tal vez matrimonios, pero no tenemos referencia exacta de tales extremos.

El documento de su martirio es de los más emocionantes de la antigüedad cristiana y nos recuerda en su misma sencillez a los Evangelios. Resulta milagroso que haya podido conservarse, pues durante la persecución de Diocleciano fueron sistemáticamente destruidos los archivos cristianos y perecieron muchísimas de las actas auténticas de martirio. Estas a que nos referimos contienen el proceso proconsular estenográfico tomado verbalmente por los notarios imperiales. Se trata de un texto irrecusable, que todo él rebosa verdad.

Procesos semejantes debieron de hacerse muchísimos. Las persecuciones sufrieron grandes alternativas, desde Nerón a Diocleciano. Unas veces arreciaban, otras aflojaban, permitiendo épocas de respiro en que podía organizarse la vida religiosa con cierta seguridad.

La legislación romana era un tanto ambigua en lo referente al cristianismo, y por este tiempo se regulaba por el rescripto de Trajano, que prohibía buscar a los cristianos —*conquirendi non sunt*—, pero obligaba a las autoridades a formarles proceso cuando se presentaba contra ellos una denuncia suscrita en regla, dado que las delaciones anónimas no habían de ser tomadas en consideración. Ya se comprende que en una situación tan precaria, sujeta además a los rumores y calumnias que corrían entre el populacho sobre supuestos crímenes y costumbres nefandas de los cristianos, la vida de éstos estaba pendiente de un hilo, que con suma facilidad se quebraba cuando el procónsul o gobernador de provincias se dejaba exceder en su celo o compartía la inquina del vulgo contra ellos.

Porque lo extraño del caso es que, reconociendo en principio la legislación la honradez de los cristianos al prohibir que se les buscase —«a los criminales se les busca y persigue», argüía con lógica Tertuliano—, en cambio, si eran delatados por tales, se les condenaba a pena de muerte, aunque obtendrían sentencia absolutoria si apostataban de su fe.

De esta forma los procesos contra los cristianos revestían unas características peculiarísimas, que no tenían parangón con otros delitos que fueran llevados a los tribunales. La sola confe-

sión del reo, sin más necesidad de testigos, era motivo suficiente de condenación, salvo que se retractase de su «crimen». Esto daba lugar a un forcejeo entre el presidente del tribunal y el cristiano, no carente de emoción, que en el caso que nos ocupa es destacadísimo, pues hasta se llega a conceder a los cristianos un plazo para que piensen y recapaciten, lo cual se hace constar asimismo en la sentencia.

La terquedad del cristiano de mantenerse firme en su fe, que no cedía ante la tortura ni ante la muerte, debía ser incomprensible para el juez pagano. A algunos de éstos se les ve naturalmente honrados, y que proceden con disgusto en tan enojosos procesos, en los que, finalmente, eran ellos los vencidos y los mártires los campeones. Por lo general, se quedaron en lo exterior sin comprender toda la grandeza de los mártires, como el mismo Marco Aurelio que, siendo un alma noble, de ética tan elevada que su pluma puede parecernos cristiana, persiguió duramente a los fieles tomando a fanatismo su desprecio de la vida.

Pero también hubo almas mejor dispuestas que llegaron a la verdad del cristianismo a través de la entereza de los propios mártires, superando los prejuicios y leyendas que corrían acerca de su baja moralidad. La comparación era bien patente: «así no morían los criminales», que, además, tenían ganada la libertad con un sencillo gesto de echar unos granos de incienso ante la estatua del emperador o formular por escrito o verbalmente una retractación.

Tales procesos, siendo públicos, se prestaban también a una «propaganda» de la nueva religión. El mártir era, etimológicamente, «el que daba fe», el que confesaba en público su doctrina y el que a menudo la rubricaba con su sangre, con lo que el testimonio resultaba del todo excepcional.

Los fieles no desaprovechaban la ocasión. Así hacían, junto con la confesión de su fe, una exposición de la misma, justificando sus creencias y la imposibilidad de retractarse de ellas. A las llamadas a la cordura de los jueces paganos contestan siempre que no pueden obedecer. Ellos acatan las leyes del Imperio, pagan los tributos, son ciudadanos respetuosos con las autoridades constituidas; pero no pueden acatar la religión oficial, que

comportaba el culto al emperador y a la diosa Roma, o sea, la divinización del Estado. Esto constituía su «crimen», que lo era de lesa majestad y estaba castigado con pena de muerte.

Sin embargo, como los cristianos en su vida ordinaria no eran peligrosos se les dejaba en paz, siempre que no mediase delación formal o que los tumultos del populacho, tantas veces provocados por los judíos, no aconsejasen una táctica de rigor. En general, la política del Imperio para con el cristianismo fue contemporizadora, recordándonos en algunos aspectos la de ciertos Gobiernos anticomunistas de nuestros días.

Al evocar el martirio de los doce cristianos de Scili quisiéramos rendir un homenaje a otros muchísimos mártires anónimos de entonces. El cristianismo había penetrado ya profundamente en todas las capas sociales, había alcanzado no sólo las ciudades mejor comunicadas, adonde llegarían primero los predicadores evangélicos, sino también los municipios, y los «pagos» o aldeas. En África el centro de irradiación debió ser Cartago, puerto comercial de primer orden. Este grupo compacto de cristianos de Scili, bien instruidos en su fe, bien seguros de su religión, no serían improvisados; constituirían una comunidad cristiana con culto normal, con adoctrinamiento metódico, donde se leían entre los fieles las epístolas de Pablo, «varón justo».

Como estos núcleos los había ya a finales del siglo II por todo el Imperio y eventualmente habían de pagar su tributo de sangre. Los de Scili son un caso en que han llegado a nosotros noticias ciertas del martirio de un grupo importante. ¿Cuántos otros fueron también víctimas de la persecución? Dios lo sabe, en cuya presencia no hay héroes anónimos; pero, así como las naciones levantan monumentos a los «soldados desconocidos», al traer aquí las actas del martirio de los fieles escilitanos honramos a todos aquellos cuyos nombres ignoramos y a los que en conjunto invocamos en las letanías diciendo: «Todos los santos mártires, rogad por nosotros».

Dicen así, copiadas literalmente, las tales actas:

> «En Cartago, siendo cónsules Claudiano por primera vez y Presente por segunda, el día 16 de las calendas de agosto comparecieron en la sala del tribunal Esperato, Nartzalo, Cittino, Donata, Secunda, Vestia.

El procónsul Saturnino dijo: "Aún estáis a tiempo de lograr el perdón de nuestro señor el emperador si es que entráis en cordura".

Esperato dijo: "Nunca hemos hecho ningún mal ni hemos perpetrado delito; jamás hemos maldecido y aun hemos dado gracias del mal recibido. Ya ves, pues, que honramos a nuestro emperador".

El procónsul Saturnino dijo: "También nosotros somos religiosos, y nuestra religión es bien sencilla, y juramos por el genio de nuestro señor el emperador, y rogamos por su salud, lo cual también vosotros deberíais hacer".

Esperato dijo: "Si tranquilamente prestas oídos te expondré el misterio de la sencillez".

Saturnino dijo: "Dado lo mal que empiezas a despotricar contra nuestros dioses, no esperes te preste oídos, lo que debéis hacer es jurar por el genio de nuestro señor el emperador".

Esperato dijo: "Yo no conozco como máximo el imperio de este siglo, sino que más bien sirvo a aquel Señor a quien no ha visto ni puede ver con sus ojos hombre ninguno. No he cometido hurto; si algo compro, también pago los impuestos, y eso porque reconozco a mi Señor y al Emperador de los reyes y de todas las naciones".

El procónsul Saturnino dijo dirigiéndose a los demás: "Dejad de tener las creencias de éste".

Esperato dijo: "Las creencias son malas cuando incitan al falso testimonio o a cometer homicidios".

Saturnino, el procónsul, dijo: "Mirad, dejad este género de locura".

Cittino dijo: "No tenemos miedo si no es a Nuestro Señor que está en los cielos".

Donata dijo: "El honor a César como a César, pero el temor sólo a Dios".

Vestia dijo: "Soy cristiana".

Secunda dijo: "Yo también lo soy y quiero seguir siéndolo".

El procónsul Saturnino dijo a Esperato: "Y ¿tú continúas en ser cristiano?".

Esperato dijo: "Soy cristiano".

Y todos reafirmaron lo que él.

Saturnino dijo: "¿Queréis un plazo para reflexionar?".

Esperato dijo: "En asunto tan justo no ha lugar a deliberación".

El procónsul Saturnino dijo: "¿Qué traéis en ese estuche?".

Esperato dijo: "Unos libros y las cartas de Pablo, varón justo".

El procónsul Saturnino dijo: "Os doy un plazo de treinta días para que reflexionéis".

Esperato respondió de nuevo: "Soy cristiano".

Y lo mismo respondieron los demás.

Entonces el procónsul Saturnino leyó el decreto en la tablilla: "Esperato, Nartzalo, Cittino, Donata, Vestia y Secunda, y los demás que han confesado haber vivido como cristianos, a causa de que, habiendo sido invitados a seguir el uso de Roma, lo han rehusado obstinadamente, se determina que sufran la pena de espada".

Esperato dijo: "Demos gracias a Dios".

Y Nartzalo: "Hoy ya mártires estaremos en el cielo. Gracias a Dios".

El procónsul Saturnino mandó anunciar por pregón: "Esperato, Nartzalo, Cittino, Veturio, Félix, Aquilino, Letancio, Genara, Generosa, Vestia, Donata, Secunda sean conducidos al suplicio".

Todos dijeron: "Gracias a Dios"».

Así terminan las actas del martirio, con ese «Deo gratias» unánime de los doce mártires, como si la lectura de la sentencia provocara en ellos parte un suspiro de alivio, parte un grito de triunfo.

Una mano cristiana añadió a los protocolos oficiales esta coletilla: «Así todos juntos fueron coronados del martirio y reinan con el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos».

Realmente, no necesita apostillas tan bello documento. El procónsul Saturnino, el primero que desencadenó en África la gran persecución, según Tertuliano, pudo aprender laconismo y entereza de aquellos humildes cristianos que tuvo en su tribunal. Hablan con mesura, sin fanfarronería, pero con dignidad. Conservan todas las viejas virtudes romanas, que eran orgullo de este gran pueblo, pero sublimadas con la nueva religión. ¡Qué noble la frase de Secunda!: «¡Lo que soy, eso quiero ser!». Hay en la breve y rotunda afirmación de esta mujer una firmeza inconmovible. Por eso les sobraron a todos los treinta días de plazo: «En causa tan justa no había lugar a deliberación».

Al responder con tal aplomo y seguridad aquellos sencillos aldeanos, sin sentirse cortados ante la pompa de la sala del tribunal del procónsul, nos parece percibir la profecía de Cristo: «Cuando os lleven a juicio no andéis pensando las palabras que debáis decir; mi Padre os pondrá en los labios las palabras que no podrán replicar vuestros adversarios».

Sí, es el procónsul el derrotado a pesar de dictar sentencia condenatoria. Sólo ante el triunfo pronunciamos frases de agra-

decimiento, y los mártires de Scili dijeron todos a una: «Gracias a Dios».

Las reliquias de estos mártires fueron conservadas en una espléndida basílica que posteriormente se levantó en su honor, en Cartago, y donde algunas veces predicó San Agustín. Después fueron transportadas a Lyón y en el siglo IX a Arlés, donde se supone que reposan actualmente.

CASIMIRO SÁNCHEZ ALISEDA

Bibliografía

Acta sanctorum. Iulii, t.IV, p.204-216.
BERTRAND, L., *Les martyrs africains* (París 1931).
DANIEL-ROPS, *L'Église des apôtres et des martyrs* (París 1948) 217-219.
FRANCHI DE CAVALIERI, P., «Le reliquia dei martiri scilitani»: *Römische Quartalschrift* 17 (1903) 209-221.
MOREAU, J., *La persécution du christianisme dans l'Empire Romain* (París 1956).
VANNUTELLI, P. (ed.), *Atti dei martiri*. I: *Martiri scilitani; Perpetua e Felicita; Cipriano vescovo* (Ciudad del Vaticano 1962).
• Actualización:
RUGGIERO, F. (ed.), *Atti dei martiri scilitani. Introduzione, testo, traduzione, testimonianze e commento* (Roma 1991).
RUIZ BUENO, D., *Actas de los mártires* (Madrid ^{5}2003) 349-355.

SANTAS JUSTA Y RUFINA

Vírgenes y mártires († s. IV)

Dos santas mártires de comienzos del siglo IV, jóvenes, bellas y laboriosas, tocadas de la gracia popular que da Sevilla. Así las vieron algunos de nuestros pintores más famosos, como Zurbarán, Murillo, Goya...

A mediados del siglo VII su culto se había extendido por toda la Bética y la parte meridional de la Cartaginense. Diversas localidades, además de Sevilla, las tienen por patronas o cuentan con iglesias dedicadas a ellas: Orihuela, Huete, Badajoz, Lisboa...

Los datos relativos a su martirio se encuentran en el *Martirologio hispano del siglo X*. Entre las diversas *passiones* que nos aporta esta obra, la de las santas Justa y Rufina sorprende por su verismo, ofreciéndonos garantías de atenerse objetivamente a la verdad histórica. Así, por ejemplo, Sabino, el obispo que

según las actas les dio cristiana sepultura, es el mismo Sabino que a principios del siglo IV representó a Sevilla en el Concilio de Elvira; y la exacta descripción de los ritos sirios en honor de Adonis y Salambó (la Venus fenicia) y otras precisiones históricas nos llevan a un autor que, si no fue testigo ocular, supo recoger tradiciones orales o escritas no afectadas de deformación.

Justa y Rufina se dedicaban a la venta de objetos de cerámica, lo que no implica que ellas mismas los fabricasen, por más que popularmente se las crea alfareras. Al acercarse las fiestas de Adonis que se celebraban en Sevilla del 17 al 19 de julio, sus devotos iban de casa en casa con su imagen y la de Salambó, pidiendo dinero o cosas de algún valor para celebrar su fiesta. Al llegar al puesto de venta de Justa y Rufina, les pidieron algunos vasos o floreros con que formar lo que llamaban «los jardines de Adonis». Ellas se negaron rotundamente a contribuir al culto idolátrico, produciéndose fuerte algarada: los idólatras les destrozaron sus existencias de alfarería y ellas, a su vez, hicieron añicos la estatua de Salambó. Aquello era mucho más que un disturbio callejero. El gobernador romano Diogeniano las culpó de sacrilegio por haber destrozado el ídolo, y ordenó encarcelarlas y darles tormento. Llegado el triduo sagrado, tuvo lugar la procesión solemne presidida por el mismo Diogeniano. Hizo salir de la cárcel a ambas mujeres y seguirle encadenadas y descalzas, recorriendo la campiña hasta los montes marianos.

Devueltas a la cárcel, Justa murió allí y Diogeniano mandó precipitar su cuerpo en un pozo profundo. Sabino logró después extraerlo y sepultarlo honrosamente en el cementerio cristiano de Sevilla.

El relato de la muerte de Rufina está algo más circunstanciado. Diogeniano la hizo estrangular y quemar su cuerpo en el anfiteatro. No quedó reducido a cenizas. Los huesos calcinados fueron sepultados «pari honorificentia», con los mismos honores que su hermana Justa. «De este modo —concluyen las actas— las santas mártires de Dios, con igual pasión y distinto final, consiguieron gozar de la misma gloria y ya merecen ser ahora veneradas». Como se ve, el final del acta casi supone un imperativo de culto: «merecen ya ser veneradas».

Los verídicos datos del martirio abren el deseo de conocer algo de la vida de estas jóvenes intrépidas. Su *passio* se abre con una breve introducción ajustada a las consabidas fórmulas de la antigua hagiografía:

> «Justa y Rufina, frágiles por razón de su sexo, pobres de condición digna, pacientes, castas, eran mujeres de su casa, nada teniendo y poseyéndolo todo. Se dedicaban a la venta de objetos de cerámica, y sus ganancias eran remedio de indigentes, reservándose para sí mismas sólo lo suficiente para comer y vestir, dedicadas diariamente a la oración, sabiendo muy bien que sus obras no eran vanas ante Dios».

A base de ampliaciones ingenuas de estos datos tan elementales y elocuentes se han escrito diversas biografías populares, rebosantes de encanto. Murillo intuyó a Justa y Rufina rodeadas de sus cacharros, con las palmas martiriales y sosteniendo con sus manos la Giralda, vivo símbolo de la Sevilla que las tiene por patronas.

JOSÉ MARÍA DÍAZ FERNÁNDEZ

Bibliografía

FÁBREGA GRAU, A., *Pasionario hispánico (siglos VII-XI),* I (Madrid 1953) 131-136; II (Madrid 1955) 269-299.

FLÓREZ, E., *España sagrada.* X: *De las iglesias sufragáneas antiguas de Sevilla* (Madrid 1753).

GARCÍA VILLADA, Z., *Historia eclesiástica de España,* I (Madrid 1929) 268-271.

REPETTO BETES, J. L., *Andalucía, tierra de santos. Santos, beatos, venerables y siervos de Dios nacidos o fallecidos en Andalucía* (Jerez de la Frontera 1982).

SANTA EDUVIGIS

Reina de Polonia y Lituania († 1399)

En primer lugar, hay que distinguir a esta santa de otra que también se llama Eduvigis.

Una es viuda y monja cisterciense; nació en Baviera en 1174 y murió a los 65; tenía por padres a Bertoldo e Inés; su marido se llamaba Enrique, duque de Polonia; y de ella hablan todos los libros antiguos.

La otra (ésta) es reina de Polonia y Lituania; nació en Hungría en 1374, y murió con 25 años. Sus padres eran Luis, rey de

Polonia y Hungría, e Isabel de Bosnia. Se casó con Ladislao, rey de Lituania.

Todos aprecian en Polonia a su reina y todos la querían santa; por esa razón, el Papa polaco no tuvo el menor reparo en impulsar su proceso de canonización. Así, Juan Pablo II concedió su fiesta y su misa el 31 de mayo de 1979; en 1984 fue declarada beata y el día 8 de junio de 1997 fue canonizada en Cracovia.

La vida de Eduvigis, reina, es un tanto peculiar. Si todos los datos de su vida no estuviesen consignados en las *Actas* de la Santa Sede de 1998 (p.825-827), casi no se podrían creer.

Cuando sólo contaba con 4 años la prepararon para el matrimonio. Su padre hizo un pacto con Leopoldo de Austria para que Eduvigis se casara con su hijo Guillermo, que tenía 8 años.

Pero no es que se prometieran. Es que se celebró una ceremonia de enlace, presidida por el cardenal Demetrio, el día 18 de junio de 1378, en Haimburg. ¿Qué clase de ceremonia fue aquélla? Sin duda, no pudo ser un matrimonio de veras. Quizá quisieron que, como compromiso, el acto tuviera cierta solemnidad, pero nada más.

Pero no sólo eso. A los dos niños les dejaron vivir juntos unos cuantos días. Cuando Eduvigis comprendió que su futuro marido era un imberbe y un infantil, se fue a Hungría con sus padres. No pretendía con ello romper el compromiso; ni podía ni sabía hacerlo, sólo quería esperar a que ambos fueran mayores. Así pues, prefirieron esperar.

En esto, Luis, el padre de Eduvigis, muere. Y es reconocida como reina de Hungría la hija mayor del difunto rey, que se llamaba María. Pero los polacos habían puesto sus ojos en la chiquilla «casada» y pidieron con todas sus fuerzas que la reina de Polonia fuera Eduvigis. La madre accedió a la petición, y de esta manera Eduvigis fue coronada reina de Polonia, en Cracovia, el 15 de octubre de 1384. Estaba presente el arzobispo primado de Gnienzo. La nueva reina contaba entonces con diez años; era una reina llena de sabiduría y rodeada de muñecas de trapo.

Aconteció entonces el problema de su matrimonio. Los polacos no querían a Guillermo, el antiguo novio, como rey de Polonia. Por otra parte, se había presentado una propuesta matri-

monial de un tal Ladislao Jagellón, rey de Lituania. Ésta era realmente tentadora y consistía en que, si Eduvigis le escogía por esposo, se convertiría al catolicismo él y todo su pueblo entero.

Eduvigis se acordó del antiguo novio, aquel precioso niño con el que había convivido varios días jugando en el jardín a la soga. Pero le pareció que aquello no había sido serio y que ahora tenía que pensar las cosas mejor. Por otra parte, ella, que era una buena creyente, sentía como un gran ideal aquello de convertir al catolicismo a todo un marido con sus súbditos, perros y caballos.

Guillermo se presentó en Cracovia haciendo valer sus derechos pero los nobles del lugar le impidieron sus propósitos. Se marchó al comprobar que ni su novia ni el pueblo de su novia lo aceptaban. Desapareció para siempre del panorama polaco.

El 18 de febrero de 1386 se celebró en Cracovia la boda con el rey de Lituania. Para ello fue necesario que el novio se bautizara.

La familia del primer novio no estaba resignada, y denunciaron el caso a Roma. Alegaron razones de todo tipo: que ya estaba casada desde pequeña con Guillermo..., que había tenido relaciones con su primer marido... Para la resolución del litigio tuvo que intervenir Urbano VI. Un papa cuyo pontificado fue bastante complejo, estando en la base del origen del cisma de Occidente, tras el nombramiento del antipapa Clemente VII. Esta situación desorientó mucho a toda la Iglesia, incluso algunos santos se decantaron por el papa rebelde.

En esta tensa situación, el Papa tuvo que decidir sobre la validez del primer «matrimonio» de Eduvigis; sobre si aquellas primeras relaciones habían significado algo o absolutamente nada. El asunto se resolvió a favor de Eduvigis, en una bula de 18 de abril de 1388. Al año siguiente, Urbano VI falleció. Su sucesor, Bonifacio IX, se ofreció a ser padrino del primer hijo que naciera de este feliz matrimonio.

Eduvigis, reina de Polonia por parte de padre y de Lituania por parte de su esposo, empezó a ejercer su reinado con verdadera sabiduría. Estuvo atenta a todos los problemas del país. Cuidó especialmente de los campesinos y de todos los que se

encontraban en mala situación económica. Logró ganarse el corazón de todos sus súbditos.

Quedaba pendiente la conversión de Lituania. Era una de las promesas de su esposo en su noviazgo. Pero ella no quiso valerse de situaciones ventajosas, y mucho menos de las armas, para lograr que todos se convirtieran al catolicismo. Lo hizo con tal cuidado y amor, que la nación se hizo católica por el maravilloso ejemplo de su reina. A ella se le atribuye el honor de haber convertido Lituania.

Otro grave problema supo resolver esta valerosa mujer. Se trata de la cuestión de los rutenos, los católicos de rito griego. Parecía que, siendo de rito griego, deberían estar separados de Roma. Eduvigis logró del papa Bonifacio IX que los cristianos polacos de rito griego pudieran ser católicos sin dejar sus costumbres ni su lengua ni sus ritos. Lo logró con sentido común y sabiduría.

Sus obras de caridad fueron innumerables. Fundó numerosos hospitales en Cracovia y en otras partes; a veces asistía ella misma, con sus propias manos, a los enfermos de los hospitales.

Era una mujer con carisma. Todos la querían. Era de una gran religiosidad y vida interior. Siempre es difícil llamar la atención por ser un buen cristiano. Pero si este cristiano es un rey, y si esta cristiana es una reina, mucho más difícil. A los de arriba se les critica muchas veces con harta razón; otras, sin razón alguna. Pero conseguir que siendo reina la quiera todo el mundo es una empresa de gran dificultad. Sólo saben hacerlo los santos de verdad. Los que entregan toda su vida al cumplimiento fiel de su deber.

Eduvigis murió en Cracovia el 17 de diciembre de 1399. Sólo tenía 25 años. El pueblo entero la lloró. No es extraño que un paisano suyo, Juan Pablo II, la llevara a los altares siete siglos después.

FÉLIX NÚÑEZ URIBE

Bibliografía

AAS 90 (1998) 825-827.
REPETTO BETES, J. L., *Mil años de santidad seglar* (Madrid 2002) 83s.

BEATAS CARMELITAS DE COMPIÈGNE

[Teresa de San Agustín (María Magdalena Claudina) Lidoine, María Ana Francisca de San Luis Brideau, María Ana de Jesús Crucificado Piedcourt, Carlota de la Resurrección (Ana María Magdalena) Thouret, Eufrasia de la Inmaculada Concepción (María Claudia Cipriana) Brard, Enriqueta de Jesús (María Gabriela) de Croissy, Teresa del Corazón de María (María Ana) Hanisset, Teresa de San Ignacio (María Gabriela) Trézel, Julia Luisa de Jesús (Rosa Cristina) de Neufville, María Enriqueta de la Providencia (Ana) Pelras, Constanza (María Genoveva) Meunier, María del Espíritu Santo (Angélica) Roussel, María de Santa Marta Dufour, Isabel Julieta de San Francisco Javier Verolot, Catalina y Teresa Soiron]

Mártires († 1794)

Una hermana carmelita, sor Isabel Bautista, monja en el monasterio de Compiègne (Francia), tuvo una vez un sueño en el que, según dijo, se le habían aparecido todas las religiosas de su convento, en el cielo, cubiertas de resplandeciente manto blanco y sosteniendo en las manos una palma, símbolo o señal con que tradicionalmente la Iglesia indica la gloria del martirio.

Un siglo más tarde, aquella visión iba a concretarse en realidad. Y, posteriormente, un decreto de la Iglesia de Roma declaraba mártires con todos los honores de veneración a dieciséis carmelitas del monasterio de Compiègne que habían dado la vida por su fe.

El sueño de sor Isabel Bautista se había cumplido. Pero para que se cumpliese hubo necesidad de que el mundo pasara por una situación gravísima. Al siglo XVIII le faltaba una decena de años para terminarse. Francia comenzaba a padecer los primeros síntomas de la Revolución, y las ondas de aquel movimiento ideológico y social, provocado, al principio, por un déficit económico, dieron, al igual que contra otros muchos, contra los muros del convento de Compiègne, donde, desde la fundación en 1641, generaciones sucesivas de religiosas conservaban en santa y piadosa reclusión el espíritu de su regla.

La Asamblea Nacional Constituyente había hecho público un decreto por el que se exigía que los religiosos fueran consi-

derados como funcionarios del Estado. Deberían prestar juramento a la Constitución y sus bienes serían confiscados. Era el año 1790. Miembros del Directorio del distrito de Compiègne, cumpliendo órdenes, se presentaron el 4 de agosto de aquel año en el monasterio a hacer inventario de las posesiones de la comunidad. Las monjas tuvieron que dejar sus hábitos y abandonar su casa. Cinco días después, obedeciendo los consejos de las autoridades, firmaron el juramento de libertad-igualdad. Los religiosos que se negaban a firmarlo eran deportados.

Después fueron separadas. Hicieron cuatro grupos y vivían en distintos domicilios, pero continuaron practicando la oración y entregándose a la penitencia como antes.

Era ya 1792. A menudo les venía a la memoria el sueño de sor Isabel. Un día la madre priora, entendiendo el deseo que cada día se hacía más patente en el corazón de sus monjas, les propuso hacer «un acto de consagración por el cual la comunidad se ofreciera en holocausto para aplacar la cólera de Dios y por que la divina paz que su querido Hijo había venido a traer al mundo volviera a la Iglesia y al Estado».

Las dos más ancianas rehusaron en el primer momento, horrorizadas por la idea de la muerte en la guillotina, más por el espantoso medio que por el sacrificio en sí. Pocas horas después, sin embargo, acudieron llorando a solicitar el favor de unirse en el ofrecimiento a sus hermanas en religión. La fe y la esperanza las habían ayudado a superar el humano miedo.

A partir de entonces, diariamente, renovaron este acto de consagración.

La regularidad y el orden de su vida, que reproducía todo lo posible en tales circunstancias la vida y horario conventuales, fueron notados por los jacobinos de la ciudad. En ello encontraron motivo suficiente para denunciarlas al Comité de Salud Pública, cosa que hicieron sin pérdida de tiempo.

El régimen del terror estaba oficialmente establecido en Francia y había llegado en aquellos momentos al más alto nivel imaginable. El rey había sido ejecutado y el Tribunal Revolucionario trabajaba sin descanso enviando cientos de ciudadanos sospechosos a la muerte.

La denuncia de las carmelitas decía que, pese a la prohibición, seguían viviendo en comunidad, que celebraban reuniones

sospechosas y mantenían correspondencia criminal con fanáticos de París.

Convenía presentar pruebas, y con ese objeto se efectuó un minucioso registro en los domicilios de los cuatro grupos. El Comité encontró diversos objetos que fueron considerados de gran interés y altamente comprometedores. A saber: cartas de sacerdotes en las que se trataba bien de novenas, de escapularios, bien de dirección espiritual. También se halló un retrato de Luis XVI e imágenes del Sagrado Corazón. Todo ello era suficiente para demostrar la culpabilidad de las monjas. El Comité, pues, redactó un informe en el que explicaba cómo, «considerando que las ciudadanas religiosas, burlando las leyes, vivían en comunidad» y que su correspondencia era testimonio de que tramaban en secreto el restablecimiento de la Monarquía y la desaparición de la República, las mandaba detener y encerrar en prisión.

El 22 de junio de 1794 eran recluidas en el monasterio de la Visitación, que se había convertido en cárcel. Allí esperaron la decisión final que sobre su suerte tomaría el Comité de Salud Pública asesorado por el Comité local. Entonces acordaron retractarse del juramento prestado antes, «prefiriendo mil veces la muerte mejor que ser culpables de un juramento así». Esta resolución las llenó de serenidad. Cada día aumentaba el peligro, pero ellas se sentían más fuertes. Continuaban dedicadas a orar y, gracias a estar en prisión, podían hacerlo juntas, como cuando estaban en su convento. Ya no se veían obligadas a ocultarse y ello les procuraba un gran alivio.

Transcurridos unos días, justamente el 12 de julio, el Comité de Salud Pública dio órdenes para que fueran trasladadas a París. El cumplimiento de tales órdenes fue exigido en términos que no admitían demora. No hubo tiempo para que las hermanas tomaran su ligera colación ni cambiaran su ropa, que estaba mojada porque habían estado lavando. Las hicieron montar en dos carretas de paja y les ataron las manos a la espalda. Escoltadas por un grupo de soldados salieron para la capital. Su destino era la famosa prisión de la Conserjería, antesala de la guillotina. Nadie ayudó a las monjas a descender de los carros al final del viaje. A pesar de sus ligaduras y de la fatiga causada por el

incómodo transporte, fueron bajando solas. Una de las hermanas, sin embargo, enferma y octogenaria, Carlota de la Resurrección, impedida por las ataduras y la edad, no sabía cómo llegar al suelo. Los conductores de las carretas, impacientados, la cogieron y la arrojaron violentamente sobre el pavimento. Era una de las religiosas que dos años antes había sentido miedo ante el pensamiento de una muerte en el patíbulo y había dudado antes de ofrecerse en sacrificio. Pero en este momento era ya valiente y, levantándose maltrecha, como pudo, dijo a los que la habían maltratado:

> «Créanme, no les guardo ningún rencor. Al contrario, les agradezco que no me hayan matado porque, si hubiera muerto, habría perdido la oportunidad de pasar la gloria y la dicha del martirio».

Como si nada hubiese ocurrido, en la Conserjería prosiguieron su vida de oración prescrita por la regla. No se dejaban perturbar por los acontecimientos. Testigos dignos de crédito declararon que se las podía oír todos los días, a las dos de la mañana, recitar sus oficios.

Su última fiesta fue la del 16 de julio, Nuestra Señora del Monte Carmelo. La celebraron con el mayor entusiasmo, sin que por un instante su comportamiento denotase la menor preocupación. Por la tarde recibieron un aviso para que compareciesen al día siguiente ante el Tribunal revolucionario. La noticia no les impidió cantar, sobre la música de La Marsellesa, unos versos improvisados en los que expresaban al mismo tiempo fe en su victoria, temor y confianza, y que se conservan en el convento de Compiègne.

Ante el Tribunal escucharon cómo el acusador público, Fouquier-Tinville, las atacaba durísimamente: «Aunque separadas en diferentes casas, formaban conciliábulos contrarrevolucionarios en los que intervenían ellas y otras personas. Vivían bajo la obediencia de una superiora y, en cuanto a sus principios y sus votos, sus cartas y sus escritos son suficiente testimonio».

Fueron sometidas a un interrogatorio muy breve y, sin que se llamara a declarar a un solo testigo, el Tribunal condenó a muerte a las dieciséis carmelitas, culpables de organizar reuniones y conciliábulos contrarrevolucionarios, de sostener correspondencia con fanáticos y de guardar escritos que atentaban

contra la libertad. Una de las monjas, sor Enriqueta de la Providencia, preguntó al presidente qué entendía por la palabra «fanático» que figuraba en el texto del juicio, y la respuesta fue: «Entiendo por esa palabra su apego a esas creencias pueriles, sus tontas prácticas de religión».

Era, sin la menor duda, su amor a Dios, su fidelidad a sus votos y a su religión lo que les había hecho merecer el castigo. Habían ganado heroicamente en la constancia el honroso título de mártires.

Una hora después subían en las carretas que las conducirían a la plaza del Trono. En el trayecto la gente las miraba pasar demostrando diversidad de sentimientos, unos las injuriaban, otros las admiraban. Ellas iban tranquilas; todo lo que se movía a su alrededor les era indiferente. Cantaron el *Miserere* y luego la *Salve Regina.* Al pie de la guillotina entonaron el *Te Deum,* canto de acción de gracias, y, terminado éste, el *Veni Creator.* Por último, hicieron renovación de sus promesas del bautismo y de sus votos de religión.

Una joven novicia, sor Constanza, se arrodilló delante de la priora, con la naturalidad con que lo hubiera hecho en el convento y le pidió su bendición y que le concediera permiso para morir. Luego, cantando el salmo *Laudate Dominum omnes gentes,* subió decidida los escalones de la guillotina. Una tras otra, todas las carmelitas repitieron la escena. Una a una recibieron la bendición de la madre Teresa de San Agustín antes de recibir el golpe de gracia. Al final, después de haber visto caer a todas sus hijas, la madre priora entregó, con igual generosidad que ellas, su vida al Señor, poniendo su cabeza en las manos del verdugo. Era el día 17 de julio por la tarde.

Sus restos fueron enterrados, con los de otros veinticuatro condenados, en lo que se llamó más tarde cementerio de Picpus. Una placa de mármol con el nombre de las mártires y la fecha de su muerte figura sobre la fosa y en ella hay grabada una frase latina que dice: *Beati qui in Domino moriuntur* (Felices los que mueren en el Señor).

La Iglesia declaró que el sacrificio de aquellas nobles mujeres no había sido en vano, puesto que «apenas habían transcurrido diez días de su suplicio cuando cesaba la tormenta que

durante dos años había cubierto el suelo de Francia con la sangre de sus hijos» (Decreto de declaración de martirio, 24 de junio de 1905).

El cardenal Richard, arzobispo de París, inició el proceso de su beatificación el 23 de febrero de 1896. El 16 de diciembre de 1902 el papa León XIII declaraba venerables a las dieciséis carmelitas. Se sucedieron los milagros, como una garantía de su santidad, y en 1905 San Pío X declaraba beatas a aquellas «que, después de su expulsión, continuaron viviendo como religiosas y honrando devotamente al Sagrado Corazón».

MARY G. SANTA EULALIA

Bibliografía

AAS 35 (1902) 382-384; 38 (1905-1906) 162-196; 40 (1907) 161-164, 457-465.
CHEROT, H., «Les seize carmélites de Compiègne»: *Études* 46 (1904); 47 (1905).
GRANDMAISON, C. DE, *Les bienheureuses carmélites de Compiègne* (París 1906).
PIERRE, V., *Les seize carmélites de Compiègne* (París 1905).
SOREL, A., «Les carmélites de Compiègne devant le Tribunal révolutionnaire»: *Bulletin de la Société Historique de Compiègne* 4 (1878) 133-239.
• Actualización:
ANTOLÍN, F., «Las mártires de Compiègne, testigos de los sufrimientos de Cristo»: *Teresa de Jesús* 74 (1995).
BUSH, W., *To quell the terror. The true story of the carmelite martyrs of Compiègne* (Washington 1999).
HUGELÉ, PH., *No las dejaron ser libres. El martirio de las carmelitas de Compiègne* (Burgos 1998).
MACCA, V., «Compiègne, Las dieciséis carmelitas de», en L. SAGGI (ed.), *Santos del Carmelo* (Madrid 1982) 278-282.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTA MARCELINA
Virgen († 400)

Marcelina nació hacia el año 330 en Tréveris, hija del prefecto y hermana de San Ambrosio de Milán. Se fue a vivir a Roma con su familia y al llegar a la juventud recibió el velo de las vírgenes, era el año 353, de manos del papa Liberio en la basílica de San Pedro en la fiesta de Epifanía.

Su hermano le dedicaría el tratado sobre la excelencia de la virginidad. Vivía con gran austeridad, dedicada a obras de reli-

gión, y en estrecho contacto con su hermano al que, cuando ya era obispo de Milán, visitaba y no tenía empacho en darle los consejos que creía oportunos. No vivía en comunidad sino en una casa en Roma con una sola compañera. Su hermano la apreciaba mucho y elogiaba su vida de entrega plena al Señor. Murió pocos años después que su hermano, hacia el año 400. La beata Ana María Sala († 1891) fundó una congregación que dedicó a nuestra santa y cuyas religiosas son conocidas como «las marcelinas».

SAN ALEJO

(† s. IV)

El nuevo *Martirologio* conmemora este santo diciendo que en Roma, en la iglesia del Aventino que lleva su nombre, se venera a este hombre de Dios que, a tenor de la tradición, dejó su casa que era rica para hacerse pobre y vivir de limosnas sin darse a conocer. Y lo sitúa en el siglo IV.

La memoria de este santo surge en Edesa, Siria, se difunde por Oriente y a partir del siglo X también por Occidente. Y tiene variantes, situando en Roma la versión griega a este santo, haciéndolo hijo de padres ricos y que en el día de su boda conviene con su esposa en guardar castidad, deja Roma sin dejar traza y vuelve al cabo de diecisiete años como un mendigo y sin darse a conocer, viviendo como pobre acogido en casa de sus padres y ni siendo reconocido sino hasta su muerte. A partir del siglo X tiene una gran difusión esta leyenda en Roma y se le dedica la iglesia del Aventino.

SAN ENODIO DE PAVÍA

Obispo († 521)

Aunque nacido en Arlés hacia el año 475, Magno Félix Enodio se cría en Pavía, donde en su juventud contrae matrimonio, pero luego ambos esposos deciden consagrarse a Dios, ella como monja y él como diácono. Enseñó retórica en Milán hasta

que fue elegido obispo de Pavía el año 514. Fue un pastor celoso del bien de su rebaño y solícito de la atención a los pobres.

Como obispo mostró su firme comunión con la iglesia romana, defendiendo primero al papa San Símaco contra el antipapa Lorenzo y negándose a que las decisiones papales pudieran ser sometidas a revisión por nadie. El papa San Hormisdas le encomendó mediar con la sede bizantina para restablecer buenas relaciones pero no tuvo éxito. Dejó algunos escritos. Murió en el año 521.

SAN KENELMO

Mártir († 821)

Se le tiene por príncipe de Mercia que a los 7 años de edad sucedió en el trono real a su padre el rey Coenwulf. Según la leyenda, fue mandado asesinar por su hermana Cynefrith y, por ello, se le tuvo como mártir, habiendo aprobado su culto San Dunstano († 988). No hay duda de que desde el siglo X tiene culto como mártir y se le encuentra en los calendarios y libros litúrgicos.

Para la crítica histórica, se trata de un personaje histórico, efectivamente hijo del rey de Mercia, al que no es seguro que sobreviviera y puede que en plena juventud, es decir, más o menos con veinte años, muriera en una batalla. Fue enterrado en Winchcombe, donde también fue enterrado el rey, su padre.

SAN LEÓN IV

Papa († 855)

León nació en Roma en el seno de una familia de origen lombardo, y se crió en el monasterio benedictino de San Martín, junto al Vaticano, en el que luego entró y profesó como monje. Bajo el papa Gregorio IV († 844) entró en la curia papal como subdiácono, y posteriormente el papa Sergio II († 847) lo hizo cardenal presbítero del título de los Cuatro Santos Coronados. Tras la muerte de dicho papa, el 27 de enero del 847 fue León elegido papa por unanimidad. Seguramente fue la amena-

za sarracena sobre Roma la que impidió pedir confirmación al emperador. Los sarracenos el año 846 habían caído sobre la basílica de San Pedro devastando la tumba del apóstol.

León consideró imprescindible dotar de seguridad a Roma y por eso hizo amurallar los distritos de la ciudad del lado derecho del Tíber, fundando así la llamada ciudad leonina. El papa organizó las defensas de modo que cuando de nuevo aparecieron los sarracenos, el año 849, las tropas alentadas por el papa pudieron vencerles en Ostia. Reforzó seguidamente las defensas de Civitavecchia y Porto.

León fue un papa enérgico, muy consciente de su autoridad, y no dudó en enfrentarse con Hincmaro de Reims, Juan de Rávena y el cardenal Anastasio. Coronó a Luis II, hijo de Lotario, en Roma y defendió frente a todos los poderes públicos la libertad de la Iglesia. Igualmente sostuvo su autoridad frente a interferencias del patriarca bizantino en Sicilia. Benefició notablemente las iglesias de Roma, siendo muchas las páginas que a esto dedica el *Liber pontificalis.* Celebró en 853 un sínodo en Roma que trató de puntos importantes de la disciplina eclesiástica. Su vida personal era ejemplar y todos debieron reconocer sus muchas virtudes. Logró prestigiar, y mucho, la sede apostólica. En su tiempo tuvo lugar el incendio del Borgo que inmortalizó Rafael en las estancias vaticanas. En su tiempo también llegó a Roma el príncipe Alfredo, futuro rey de Inglaterra, y fue ungido por el papa.

León IV murió el 17 de julio de 855 y fue enterrado en San Pedro.

SAN COLMÁN DE STOCKERAU

Mártir († 1012)

Se trataba de un irlandés que iba en peregrinación a Tierra Santa en traje de tal, pero a su paso por Stockerau, Austria, fue tomado por un espía, condenado a muerte y ahorcado en un árbol. No llegó a la Jerusalén terrena pero sí a la Jerusalén celestial.

No todos estuvieron de acuerdo con aquella expeditiva actuación que había calificado de espía al manso personaje que

era obviamente Colmán y, nada más ajusticiado, los fieles se encomendaron a él como un santo y el Señor confirmó esta invocación con los muchos milagros que se hicieron en su tumba. La idea de que era un verdadero santo se extendió por Austria, Hungría y el Tirol, y comenzaron a dedicársele iglesias y a ser venerado como protector. Es un caso muy concreto y notable de lo falible que es la justicia humana.

SANTOS ANDRÉS Y BENITO DE HUNGRÍA

Ermitaños († 1010)

Zoerardo era un polaco que, tras haber hecho vida eremítica, ingresó en la abadía de Zobor, Hungría, junto a Nitra, y tomó el nombre de Andrés. Se retiró luego a llevar otra vez vida de ermitaño junto al río Waag al pie de los Cárpatos. Su austeridad era increíble y su penitencia continua, llevando a raíz de la piel un riguroso cilicio.

Benito fue un discípulo suyo, que tras la muerte de Zoerardo, continuó viviendo en el mismo sitio hasta que unos ladrones lo asaltaron, asesinaron y echaron al río, de donde luego se pudo rescatar su cuerpo y fue llevado a la catedral de Nitra.

SAN PEDRO LIU ZIYU

Mártir († 1900)

Era el encargado de la iglesia del pueblo Zhujiaxiezhuang, China, al tiempo que un cristiano convencido y fervoroso. Cuando se anunció la llegada de los boxers los demás cristianos huyeron pero él no quería dejar abandonada la iglesia y se quedó.

Llegó un mandarín partidario de los boxers y como no se encontraba a Pedro mandó arrestar a un sobrino suyo que no conocía su paradero y, además, era pagano. Pedro, enterado del asunto y temiendo siguieran las represalias contra el sobrino, decidió presentarse espontáneamente al mandarín. Éste le mandó enseguida que abandonara el cristianismo y le ofreció perdonarle la vida. Pero Pedro confesó la fe con firmeza y se negó

a apostatar de Jesucristo, por lo que el mandarín lo mandó decapitar.

Fue canonizado el 1 de octubre de 2000 por Juan Pablo II junto con los demás mártires de China.

18 de julio

A) Martirologio

1. En la Vía Tiburtina, en el noveno miliario de Roma, santos Sinforosa y sus siete compañeros: Crescente, Julián, Nemesio, Primitivo, Justino, Estácteo, y Eugenio († s. III/IV), mártires y, a causa de su martirio, hermanados en Cristo.
2. En Milán (Liguria), San Materno († s. IV), obispo.
3. En Doróstoro (Mesia), San Emiliano († 362), mártir bajo el imperio de Juliano el Apóstata.
4. En Brescia (Véneto), San Filastrio († ca.397), obispo.
5. En Forlimpopoli (Emilia), San Rufilo († s. V), tenido por su primer obispo.
6. En Metz (Austrasia), San Arnulfo († 641), obispo y luego ermitaño *.
7. En Constantinopla, Santa Teodosia († s. VIII), monja, martirizada por defender el culto a las sagradas imágenes *.
8. En Utrecht (Holanda), San Federico († 838), obispo, evangelizador de Frisia *.
9. En Segni (Lacio), San Bruno († 1123), obispo, abad un tiempo de Montecasino **.
10. En Cracovia (Polonia), Beato Simeón de Lipnica († 1482), presbítero, de la Orden de Menores **.
11. En Rochefort (Francia), Beato Juan Bautista de Bruxelles († 1794), presbítero y mártir *.
12. En Nam Dinh (Tonkín), Santo Domingo Nicolás Dinh Dat († 1839), mártir *.
13. En Krystonopil (Ucrania), Beata Tarcisia (Olga) Mackiv († 1944), virgen, de la Congregación de Hermanas Esclavas de María Inmaculada, mártir *.

B) Biografías extensas

SAN BRUNO DE SEGNI

Obispo de Segni y abad de Montecasino († 1123)

Estamos ante una de las personalidades italianas más destacadas del entorno de los papas reformadores de fines del siglo XI y principios del XII. Para conocer su vida y empresas existen dos fuentes principales: el *Chronicón Casinense,* donde Pedro Diácono narra los hechos más salientes del santo, y una *Vita,* obra de un autor anónimo, contemporáneo suyo. Hay que tener también muy en cuenta su abundante obra literaria y todo un acervo de documentos pontificios o sinodales que mencionan algunas de sus actividades y empresas o en los que aparece su firma.

Nació en 1049 en Solera, cerca de Asti (Lombardía), en el seno de una noble y acomodada familia. Después de haber sido educado en el monasterio benedictino de San Perpetuo y estudiar en Bolonia y en Sena, llegó a ser canónigo de la catedral de aquella ciudad, donde adquirió gran fama como teólogo, exegeta, canonista, liturgista, hagiógrafo y polemista eminente. Con el paso del tiempo lo demostrará su ingente e importante obra literaria.

Cuando contaba treinta años, aproximadamente, colaboró activamente en la lucha literaria en la que participaron diversos teólogos contra la doctrina de Berengario de Tours, que negaba la presencia real de Cristo en la Eucaristía. ¿Fue con ocasión de aquella controversia cuando escribió sus tres tratados de liturgia, titulados *De ornamentis Ecclesiae, De sacrificio azimi* y *De sacramentis Ecclesiae?* Aborda en ellos los temas de los ornamentos pontificales, algunos de los sacramentos y la consagración de las iglesias. En sus *Instituciones litúrgicas,* dice dom Próspero Guéranger de dichas obras que «muestra en las mismas que fue un enamorado de la liturgia romana, amén de ser uno de los liturgistas más eminentes del siglo XI».

Berengario comenzó a defender hacia 1046 las doctrinas de Juan de Escoto y de Rathramno contra Pascasio Ratberto, que se reducían a esto: «En la Eucaristía no estaba el verdadero cuerpo y sangre de Cristo, sino sólo una figura e imagen».

Como era activo y hábil, atrajo a muchos a sus ideas, provocando al mismo tiempo a los teólogos a enconadas discusiones. Condenado en varios sínodos, el papa Gregorio VII le concedió que compareciera ante el sínodo romano celebrado en 1079. Pero permaneció aferrado a su herejía.

San Bruno defendió en el dicho sínodo de Roma la doctrina de la Iglesia sobre la Eucaristía y atacó duramente a Berengario. Con todo, su defensa no consta en las actas del mismo ni tampoco en ninguno de los documentos pontificios oficiales llegados hasta nosotros. Lo que sí parece cierto, es que para premiar sus aportaciones a la solución del peliagudo problema, Gregorio VII, sobre el año 1080, le nombró obispo de Segni.

Segni es una ciudad que se encuentra en la provincia de Roma, a unos veinte kilómetros de Valleti y a muy pocos kilómetros de la ribera derecha del Tolere o Sacco, afluente del Liri o Alto Garellano. En la ciudad de Segni, durante la Edad Media, y en momentos de graves apuros, los papas buscaron asilo más de una vez.

A partir de su elevación a la sede de dicha diócesis, es cuando San Bruno comienza a figurar entre el equipo de los prelados más estimados y eminentes del entorno de Gregorio VII, el Papa gracias al cual llegó a su cima el movimiento de reforma eclesial que desplegaron algunos de los Papas que le antecedieron, porque estaba el terreno preparado para el gran apogeo del pontificado. Proclamado por el pueblo en 1073 al morir Alejandro II, inmediatamente puso en juego su energía indomable, su habilidad diplomática y su gran talento para llevar adelante la reforma que la Iglesia necesitaba. Se debatía la independencia del poder eclesiástico, pero en unión con los poderes civiles para hacer cumplir la ley a todos y realizar el ideal de la superioridad del poder espiritual del pontificado sobre el poder temporal de los príncipes en consonancia con los sentimientos de su tiempo, que estaba en la conciencia de todos. Por esto, a nadie podía sorprender, ni significa arrogancia ni tampoco ambición de poder o aspiración al dominio universal, el que Gregorio VII procurara poner en práctica los principios de esta superioridad: los llamados *Dictatus Papae,* que no eran propia invención suya, sino que trataban de realizar el ideal propuesto ya

por San Agustín y defendido un poco más tarde por San Gregorio Magno. En realidad deshacían el sistema de los emperadores, que se habían considerado hasta entonces tutores del romano pontífice.

Pero antes que nada, enderezó sus mejores esfuerzos a la reforma del clero como base de todo lo demás, aunque gran número de obispos, abades y sacerdotes se declararon en rebeldía. El origen del mal —el concubinato y la simonía de muchos— estaba en que existían prelados que no eran dignos y celosos, y esto procedía de la investidura laica, es decir, que su elección se debía a miras políticas. Por esto, prohibió en el sínodo romano de 1075, bajo pena de excomunión, la investidura laica.

El emperador de Alemania, Enrique IV, que al principiar el pontificado de Gregorio VII le prometió todo su apoyo, cambió su proceder frente al Papa, pues continuó nombrando prelados por su cuenta y obrando simoníacamente. Hasta que en una asamblea del episcopado alemán, tenida en Worms en 1076, depuso a Gregorio VII. Éste reaccionó excomulgando al emperador y a los obispos que tomaron parte en la dicha asamblea. Era la primera vez que un Papa deponía a un monarca. Entonces sus partidarios le abandonaron. Cuando Enrique IV constató que sus apoyos cambiaban de signo, ante la gravedad de la situación, fue hasta el castillo de la condesa de Tuscia, donde estaba refugiado el pontífice, y éste le absolvió.

Mas poco duraron las buenas relaciones entre ambos, porque Enrique IV siguió amparando la investidura laica y a los obispos simoníacos. Gregorio VII le excomulgó nuevamente en 1080. Además, el Papa reconoció como emperador de Alemania a Rodolfo de Suavia. Enrique IV nombró entonces un antipapa (Clemente II) y en 1083 tomó Roma, que fue reconquistada por las tropas normandas, con Roberto Guiscardo al frente. Pero los romanos no perdonaron a Gregorio VII el saqueo de la ciudad por los normandos. Se tuvo que retirar a Salerno, donde murió el 5 de mayo de 1085.

San Bruno de Segni se mostró, desde el principio de su episcopado, continuo y ardiente partidario y defensor en la cuestión de la lucha contra la investidura de los laicos y en la extirpación de la simonía. Para ello, y sin concederse descanso, enderezó

toda su actividad apostólica y también su pluma, escribiendo varias obras siguiendo, en todo, las ideas, las disposiciones y la política de Gregorio VII. Por entonces, sobresalió como canonista y nos dejó dos libros magistrales. Es uno de ellos su tratado *Sermo venerabilis Brunonis episcopis de symoniacis,* donde se muestra como defensor acérrimo de los derechos y prerrogativas de la Iglesia. El otro libro es también un tratado completo, pero de eclesiología, en la línea de la reforma coetánea, cuyo título reza así: *Libri sententiarum.*

El antipapa Clemente se mantuvo en el poder, por lo que se retrasó once meses la elección del sucesor del papa Gregorio VII. Al final, fue elegido Víctor III, que era abad de Montecasino y un hombre indeciso, pero murió al año siguiente (1087). Le sucedió Urbano II, antiguo monje de Cluny (1088-1099), decidido partidario de la Reforma Gregoriana. Al fallecer, los cardenales eligieron a Pascual II (1099-1118).

Durante los dos lustros que Urbano II se mantuvo en el pontificado, San Bruno de Segni también gozó de la confianza y de la estima del nuevo Papa. La documentación existente le muestra acompañándole, con altas personalidades eclesiásticas, en sus viajes por Italia y Francia. Le vemos en el concilio de Clermont (1095), que constituyó el mayor triunfo de Urbano II, pues en él, además de iniciarse la primera cruzada, se reglamentaron los importantes asuntos de orden eclesiástico que habían motivado su presencia en Francia. Encontramos también a San Bruno en la primera dedicación de la iglesia del monasterio de Cluny (1095), donde consagró tres de sus altares. Finalmente, le vemos estampando su firma en el concilio de Tours (1096), en el cual se volvió a tratar de la primera cruzada y de la expedición al Oriente.

Al poco tiempo de regresar a Italia, el conde Ainulfo, señor de Segni, partidario decidido y defensor acérrimo de las ideas y la política del emperador Enrique IV, comenzó a perseguir a San Bruno hasta el punto de llegar a retenerle tres meses en muy estrecha reclusión. Fue a partir de entonces cuando decidió alejarse definitivamente de Segni, renunciar al obispado y retirarse como monje a la abadía de Montecasino, donde tomó el hábito benedictino en 1103.

Pero San Bruno optó por esta solución drástica a sus problemas con el señor de Segni, creyendo que no precisaba una autorización expresa del Papa —lo era desde 1099 Pascual II—. Éste, a pesar del gran disgusto con que recibió la nueva, le siguió confiando misiones delicadas. El 25 de junio de 1106 le encontramos como legado pontificio, presidiendo un concilio muy concurrido en Poitiers (Francia), donde se condenó a Norgaldo, obispo de Autún, acusado de simonía por los canónigos de su iglesia catedral.

En 1107 falleció Otón, el abad de Montecasino. Los monjes de la abadía escogieron a San Bruno como sucesor del prelado difunto. Y por un privilegio especial de Pascual II, principió a administrar a un tiempo el monasterio de Montecasino y la diócesis de Segni. Parece del todo cierto que sus *Sermones de diversis,* recogidos en seis gruesos volúmenes, que contienen alrededor de ciento cincuenta homilías, fueron dictados a su comunidad de monjes.

Montecasino, monasterio fundado por San Benito de Nursia hacia el año 529, fue el lugar donde el Patriarca de los monjes de Occidente llevó íntegramente a la práctica su ideal de vida monástica, expresado en su *Regula monachorum.* Se localiza en la Campania, a mitad de distancia entre Nápoles y Roma, sobre una montaña escarpada de más de quinientos metros de altura, que se yergue majestuosa en medio de un gran anfiteatro, formado por las estribaciones de los Apeninos. Coronándola, está la gran mole de la abadía. En los siglos XI y XII fueron grandiosos su auge y desarrollo. Desde el punto de vista de la cultura llegó a ser Montecasino uno de los centros más vivos y era muy estrecha la colaboración entre los monjes casinenses y el papado en orden a la reforma eclesial, sobre todo moral. De Montecasino proceden muchos obispos y cardenales de la época y tres papas: Esteban IX (1057-1058), Víctor III (1086-1087) y Gelasio II (1118-1119), en poco más de 50 años.

Desde Montecasino y su diócesis de Segni, San Bruno continuó interesándose y combatiendo los debatidos problemas eclesiales de la investidura laica y de la simonía, manteniendo siempre los principios y las orientaciones de reforma que inició Gregorio VII.

El papa Pascual II personificaba también la reforma eclesial por sus libertades, pacientemente perseguida desde hacía medio siglo, pero en su conducta fue poco enérgico y consecuente. En 1106 había fallecido, excomulgado, Enrique IV. Su hijo Enrique V no cambió la táctica de su antecesor y se declaró abiertamente contra la reforma gregoriana. El Papa se opuso y en 1106 y 1110 repitió la prohibición más absoluta de la investidura laica. Pero Enrique V intentó un golpe de audacia. Se reunió en 1111 en Sutri con Pascual II y ambos llegaron a un acuerdo que no agradó a los obispos alemanes. Entonces el emperador, por la fuerza, le hizo prisionero, juntamente con algunos cardenales, para que le concediera el derecho de la investidura de los laicos con todos los corolarios que de ella se derivaban. Dos meses pasó Pascual II en prisión y, ante las amenazas de un cisma, juró que concedería a Enrique V lo que pedía, añadiendo, además, la promesa de coronarlo como emperador de Alemania y de no lanzar en adelante excomunión contra él.

Cuando la noticia de la capitulación papal se extendió por todo el Occidente, levantóse una protesta unánime contra Pascual II. En Francia e Italia se escribieron muchos libros y se celebraron varios sínodos contra él. Hasta se hablaba de su deposición, mientras el Papa mismo llegó a pensar en su renuncia. En Italia comenzó el movimiento de protestas en febrero de 1111. Según el *Chronicón Casinense* de Pedro Diácono, San Bruno escribió una carta muy larga a Pascual II en la cual le aconsejaba que rompiera el tratado con Enrique V. Ganó a su manera y parecer a los cardenales León de Ostia y Juan de Túsculo. Por lo demás, suscitó en junio de 1111 una reunión de descontentos en Roma que se quejó al Pontífice de haber cedido a las presiones del emperador.

Tal vez Pedro Diácono exagere un poco las cosas, pues se ha conservado la carta de San Bruno a Pascual II, cuyo tono es muy diferente. Se levanta en ella contra las mentiras que sus enemigos hubieran podido propalar contra él y afirma que amaba al Papa «como a un padre y señor» y que, «estando vivo, no hay por qué tener otro Papa». Si desaprobaba la convención intervenida con Enrique V, que le fue arrancada por una violenta traición, sabía que Pascual II compartía los sentimientos de los

descontentos y que se sentía libre para manifestar en su verdad el problema de la investidura laica con todos los corolarios que de ella se derivaban.

> «Todos los apóstoles —continúa diciendo San Bruno a Pascual II— condenan y separan de la comunión de los fieles a los que obtienen una iglesia por mediación de un poder secular. Los laicos, por muy religiosos que sean, no tienen la facultad de disponer de una iglesia. Igualmente nuestra constitución, emanada de la fuente apostólica, condena y separa de la comunión de los fieles a todos aquellos clérigos que reciban la investidura de la mano de un laico y a aquellos que les imponen las manos. Esta constitución de los Apóstoles y la vuestra son santas y católicas. Quien quiera que las desoiga, no es católico».

San Bruno concluye pidiendo a Pascual II que confirme su constitución anterior y que condene de nuevo lo que siempre consideró como herejía, puesto que «poco caso se hace de un juramento arrancado por la fuerza y que, como tal, puede ser violado sin escrúpulos».

Un año más tarde, en el sínodo de Letrán de 1112, Urbano II declaró suspenso el privilegio concedido a Enrique V, como obtenido por la violencia, y proclamó de nuevo los principios de la reforma de Gregorio VII.

Pascual II, debió comprender las razones y la actitud de San Bruno y de tantos otros prelados influyentes de su entorno, pero para mantener el principio de autoridad y la legitimidad de su decisión, le depuso como abad de Montecasino y le recluyó en su diócesis de Segni. San Bruno aceptó con dignidad la penitencia impuesta y renunció a su abadiato el 13 de octubre de 1111. Los monjes casinenses eligieron para sucederle al abad Gerardo, que fue solemnemente bendecido en Roma por Pascual II a 4 de febrero de 1112.

A partir de estos acontecimientos, San Bruno desaparece de la escena pública, vive oculto en Segni y, muy posiblemente, totalmente entregado a la refundición de algunas de sus obras más importantes, principalmente de las de exégesis bíblica y de teología espiritual. Gracias a ellas conocemos la impronta fuerte, segura y profunda que ejerció con su doctrina. Están sus *Comentarios* al Pentateuco, al libro de Job, al Salterio, al Cantar de los Cantares, a los cuatro Evangelios y al Apocalipsis. Le atribu-

yen comentarios a los libros de Josué y de Judit, pero han desaparecido. También es suyo un prólogo al libro del profeta Isaías. En todas estas obras el comentario teológico y espiritual es de tipo alegórico y místico, al estilo de San Gregorio Magno. Merecen capítulo aparte varias *Vitas* de santos: la del papa San León IX, la de San Pedro de Anagni y una crónica del traslado de las reliquias de San Esteban a Roma. Y, por fin, están las cuatro o cinco largas cartas que llegaron hasta nosotros, una de las cuales es la que escribió al papa Pascual II, y que fue extractada páginas atrás.

Todas las obras de San Bruno —algunas de las que hemos citado fueron atribuidas erróneamente a Santo Tomás de Aquino o a San Bruno, arzobispo de Colonia— las editó en el siglo XIX el P. Migne en los tomos CLXIV y CLXV de su *Patrología latina;* ahora bien, reprodujo una edición preparada por Bruno Bruni entre 1789-1791. Ediciones críticas de algunas de las mismas hicieron Gogolski y A. Amelli. F. Caraffa dice que «como escritor, revela gran formación teológica y bíblica, doctrina segura y profunda y un poderoso ingenio».

San Bruno falleció en la ciudad de Segni el 18 de julio de 1123, a los 74 años de su edad. Le dieron cristiana sepultura en su iglesia catedral. Lucio III le canonizó en 1183. Honorio III le dedicó un altar en la catedral de Segni en 1223. El *Martirologio romano* señala la celebración de su fiesta para el día 18 de julio.

RAMÓN MOLINA PIÑEDO, OSB

Bibliografía

CIPOLLINI, F., *Bruno di Segni († 1123) e la Chiesa del suo tempo* (Venecia 2001).

FLICHE, A. - MARTIN, V. (dirs.), *Historia de la Iglesia.* VIII: *Reforma gregoriana y Reconquista* (Valencia 1985).

MAZIS, A. DE, «Bruno de Segni (Saint) (1049-1123)», *Dictionnaire d'histoire et de géographie ecclésiastique.* X: *Bouillon-Bzovius* (París 1938) col.294.

PENCO, G., *Storia del monachesimo in Italia delle origini alla fine del Medio Evo* (Roma 1961).

BEATO SIMEÓN DE LIPNICA

Presbítero († 1482)

Nació en torno al año 1435-1440 en Lipnica Murowana, en las proximidades de Bochnia (Polonia), hijo de Gregorio, desconociéndose el nombre de su madre. Sus primeros hagiógrafos destacan que de niño era precozmente maduro, visitando a menudo el templo parroquial donde rezaba fervorosamente a la Virgen María, por la cual sentía una especial devoción. Concluidos los estudios primarios en la escuela parroquial pasó en 1454 a la academia de Cracovia del primer convento seráfico que había fundado el año anterior San Juan de Capistrano, en donde asimismo fue maestro de novicios, guardián y provincial. La frase preferida de quien fue maestro y modelo de santos fue: Rezar, trabajar y esperar. Tuvo de compañeros a dos futuros beatos, Juan de Dukla y Ladislao de Gielnow, muestra evidente del benéfico magisterio espiritual que impartió el fundador del convento franciscano de Cracovia, predicador insigne y destacado misionero apostólico, defensor de la pobreza y con fama de santidad en su tiempo, según opinión general.

Dotado de espíritu de gran contemplación, oración y grandes penitencias, pronto se señaló entre los alumnos de esta famosa academia por su elocuencia y sus méritos. Buscaba el candor de la poesía para ensalzar las glorias de María, dedicándole hermosas composiciones. Su vida era realmente una obra íntegra de la gracia divina, recurriendo sus compañeros a su consejo en numerosas ocasiones. El testimonio en la enseñanza y en el ejemplo de vida movió su espíritu a solicitar el ingreso en la Orden de Frailes Menores, y obtenido el bachillerato el año 1457 fue admitido como novicio en el mismo convento en donde realizó sus estudios teológicos, recibiendo el presbiterado en 1465. Poco tiempo después fue elegido guardián en Tarnow. Dos años más tarde (1467) se hallaba de predicador en el convento de Stradom, donde adquirió fama de insigne orador, explicando con gran agudeza los más difíciles textos de la Sagrada Escritura. Su palabra llena de ardor y sabiduría era límpida y penetrante, conmoviendo profundamente a sus oyentes, a quienes les contagiaba su profunda fe en la Palabra divina.

Los pecadores más penitentes afligidos por su mala vida se convertían con verdadero propósito de enmendarse, y algunos se consagraban al amor de Dios según su extraordinario ejemplo de caridad. En 1463 fue el primer franciscano en sustituir a los Dominicos en el privilegiado ministerio de predicar en la catedral de Wawel, donde su elocuente magisterio reunía a multitud de fieles ansiosos de escuchar sus sermones, llenos de unción espiritual y ciencia divina. En mayo de 1472, junto con un grupo de frailes polacos, estuvo en L'Aquila para el solemne traslado del cuerpo de San Bernardino de Siena, desde la iglesia de S. Francisco al nuevo templo erigido en honor del admirado santo franciscano, predicador insigne del Santísimo Nombre de Jesús.

El año 1478 fue elegido definidor de Cracovia, tomando parte también en el Capítulo General de Pavía. Estuvo después en Roma y en los Santos Lugares de Tierra Santa. Una peregrinación penitencial realizada con decidido anhelo del martirio siguiendo el ejemplo de Jesucristo, nuestro Salvador. Antes de iniciar este peregrinaje aprendió de memoria la Regla de la Orden Seráfica: para tenerla siempre presente con los ojos de la mente, en el caso de que fuera capturado por los infieles.

En julio de 1482 tuvo lugar una funesta invasión pestífera que duró hasta el mes de enero del año siguiente, causando numerosas víctimas, muriendo a diario más de cien personas. Los franciscanos en esta ocasión dieron ejemplo altísimo de caridad atendiendo a los apestados, multiplicándose en llevarles los sacramentos y la cercanía fraterna en esa dolorosa circunstancia. Se distinguió notablemente el padre Simeón, ofreciendo su vida al Señor para que concluyera esta cruel epidemia. Y fue escuchado. Se contagió el 12 de julio de 1482, soportando con extraordinaria paciencia los dolores y sufrimientos, muriendo el 18 de dicho mes a los 47 años de edad.

Lleno de fe, su lengua cantaba las glorias divinas y su fama se extendió con sus sermones, piadosos y eruditos, siendo muy pronto conocido como el taumaturgo de Polonia, pues los fieles experimentaban de cotidiano qué admirables prodigios se realizaban por su mediación y poderosa intercesión. Sus sermo-

nes adoctrinaban a sus oyentes en la modestia y el temor de Dios, rehuyendo los honores mundanos, recurriendo a él como padre amantísimo en sus necesidades, convirtiendo a muchos por su ardiente caridad. Frente a los poderosos se mantuvo siempre con gran fortaleza de espíritu, convirtiendo a algunos luteranos al catolicismo. Vivió fielmente su vocación, en extraordinaria simplicidad, reconciliando a los enemigos, edificando a todos con el ejemplo de su vida, siempre humilde y obediente, vigilantísimo y celoso de sus obligaciones.

El celo por las almas le embargaba, viendo en cada criatura el rostro de Dios, a quienes invitaba a sanas costumbres con óptimos resultados, logrando que todos le entendieran y se convirtieran. Su palabra intrépida traspasaba el corazón, aun de los más recalcitrantes. Buen pastor de sus ovejas, propagó la devoción al Nombre de Jesús, según San Bernardino de Siena, defendiendo la fe contra los sarracenos con impetuoso coraje.

A su muerte los frailes le enterraron en el coro de la iglesia conventual de Cracovia, ante el altar mayor, donde comenzaron al poco tiempo a producirse los primeros milagros. Años más tarde, y con permiso de Inocencio VIII, el 12 de julio de 1487 sus restos fueron trasladados a un lugar más distinguido, donde se erigió un mausoleo y a donde los fieles acudían con especial devoción. Allí se produjo el admirable milagro de una niña que había sido muerta por su padre, y resucitó cuando fue llevada al sepulcro de quien era llamado por las multitudes verdadero santo, como demostraban los numerosos exvotos y tablas votivas que rodeaban aquel altar, sobre todo en tiempos de calamidades públicas, pidiéndole ayuda a su especial protector. El año 1617 se publicaron sus numerosísimos milagros. El 5 de julio de 1609 Segismundo III, rey de Polonia, suplicó a Pablo V que fuera inscrito en el calendario de los santos este religioso franciscano, insigne por sus virtudes y por su altísima caridad, gloria de nuestro Pueblo. Su hijo Ladislao IV insistió ante la Santa Sede en 1636, remitiendo el voluminoso informe redactado en 1617 con los numerosísimos milagros que la devoción le atribuía, pero no fue hasta 1680 cuando la causa de beatificación se pudo reiniciar. El 22 de mayo de 1683 la Sagrada Congregación de Ritos emitió el decreto que fue aceptado por el Santo Padre.

Finalmente, en 1689 se confirmó el culto que recibía desde tiempo inmemorial.

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

Acta sanctorum. Iulii, t.IV.
Art. en *Bibliotheca sanctorum.* XI: *Ragenfreda-Stefano* (Roma 1968) cols.1181-1182.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN ARNULFO DE METZ

Obispo († 641)

Nace en las cercanías de Nancy hacia el año 582, en una familia noble. Entra muy joven al servicio del duque Gondolfo, quien lo introduce en la corte de Teodeberto II, rey de Austrasia. Contrajo matrimonio con Doda, una joven noble, y tuvo dos hijos, siendo por el mayor antepasado de la dinastía carolingia. Contribuyó a la reunión de los reinos de Austrasia y Neustria (613) y al año siguiente, pese a su carácter de seglar y a que ya aspiraba a la vida monástica, fue elegido por el clero y el pueblo y consagrado obispo de Metz. Continuó siendo consejero del rey Clotario II y tutor de su hijo Dagoberto. Gobernó bien su diócesis y asistió a los concilios de Clichy y de Reims. Pero no se sentía llamado al ministerio episcopal y por ello en 629 dejó su sede y se marchó al monasterio de Habend, llamado luego Remiremont, fundado por su amigo San Romarico. Allí vivió santamente hasta su muerte el 18 de julio de 641.

SANTA TEODOSIA

Virgen y mártir († s. VIII)

Teodosia nace en Constantinopla en el último tercio del siglo VII en el seno de una familia muy religiosa. Huérfana de padre a los siete años, su madre, que ingresa en un monasterio, la lleva consigo y allí se cría. Al morir su madre, vende todos los bienes que ella le ha dejado y los reparte entre los pobres.

Llegada la persecución iconoclasta, Teodosia toma parte activa en la oposición a esta herejía y participa en las manifestaciones callejeras que se oponían a la misma. León III Isáurico mandó derribar la estatua de Cristo que estaba en la Puerta Calce del palacio real. Teodosia estaba al frente del grupo de mujeres que se opusieron a esta medida, derribaron la escalera y tiraron al suelo al funcionario encargado de la operación. Era el 27 de enero del 729. También, ella fue una de las manifestantes que tiraron piedras contra el patriarca Anastasio que había sido nombrado en vez del depuesto San Germán y que apoyaba la herejía. Esta valiente conducta trajo consigo el que Teodosia fuera asesinada. Su cuerpo fue llevado piadosamente a enterrar en el monasterio de Dexiocrates.

SAN FEDERICO DE UTRECHT

Obispo († 838)

Según algunos, Federico era paisano y sobrino de San Bonifacio, y por tanto de Crediton en Devon; otros lo consideran inglés, pero de Wessex, y otros creen que no tenía tal origen inglés sino que era frisio. Lo cierto es que era sacerdote en el clero de Utrecht y que estaba a su cargo la instrucción de los conversos al cristianismo y que hacia el 825 fue elegido y consagrado obispo de Utrecht.

Como obispo se sintió responsable, no sólo de conducir la marcha de su comunidad cristiana por la senda del evangelio, sino también de ampliar la tarea evangelizadora, y así envió misioneros que predicasen el evangelio por todo el norte de los actuales Países Bajos. Participó en el concilio de Maguncia el año 829.

Federico murió de forma violenta el 18 de julio del año 838 y fue enterrado en la cripta de la iglesia de El Salvador, de Utrecht, donde el pueblo cristiano empezó a venerarlo como mártir en la seguridad de que había sido asesinado por haber cumplido sus deberes como obispo. Para algunos, Judit urdió el asesinato, era la segunda esposa de Ludovico Pío, a quien el santo reprochó su nuevo matrimonio en vida de la primera es-

posa. Para otros, el asesino fue un noble de Wacheren, cuya conducta había reprendido el santo.

BEATO JUAN BAUTISTA DE BRUXELLES

Presbítero y mártir († 1794)

Nace en Saint-Leonard (Haute Vienne) el 12 de septiembre de 1734 en el seno de una familia religiosa, tres de cuyos hijos serían sacerdotes. Habiendo optado por el sacerdocio, que recibió en 1758, fue vicario de las parroquias de Grandbourg, Montbrun y Saint-Leonard, de cuya iglesia colegial llega a ser canónigo, cargo que simultanea con el de vicario de Saint-Fiacre en la iglesia de Saint-Etienne de la misma población.

Llegada la Revolución, rehusa prestar los juramentos que se le exigían y sigue viviendo en Saint-Leonard donde es arrestado con uno de sus hermanos a fines de 1792 y, llevado a Limoges, es encerrado en el exconvento de La Règle. No fue oída su petición de ser llevado a otro edificio de detención ya que La Règle estaba resultando muy dañina para su salud. Sus compañeros de prisión lo eligieron superior, es decir, el encargado de denunciar las faltas de limpieza o adecuación al reglamento vigente, y al no hacerlo se le impuso el castigo de un mes en la casa de arresto (del 14 de septiembre al 15 de octubre de 1793), siendo otra vez llevado luego a La Règle.

Aunque en febrero de 1794, por sus enfermedades y achaques, se le dispensó de la deportación, un mes más tarde se le obligaba a marchar con el segundo convoy para Rochefort. Allí estaba el 13 de abril cuando se le hizo un registro a bordo de Le Borée y le llevaron luego a Les Deux Associés. Él y su hermano se dedicaron a transcribir, según recordaban, los oficios litúrgicos. El documento aún se conserva. Persona culta y sacerdote celoso, que había cumplido con notable entrega sus deberes sacerdotales, murió de escorbuto el 18 de julio de 1794, siendo enterrado en la isla de Aix. Fue beatificado por Juan Pablo II el 1 de octubre de 1995.

SANTO DOMINGO NICOLÁS DINH DAT

Mártir († 1839)

Había nacido en Phu-Nai, en el Tonkín occidental, y había optado en su juventud por enrolarse en el ejército del gobernador. Éste primero toleró a los cristianos pero luego se avino a las leyes persecutorias y mandó a Domingo y demás soldados cristianos que apostatasen. Domingo y dos más, Agustín y Nicolás, se negaron. Los demás apostataron. Torturados, resistieron firmes en la fe, pero drogados posteriormente, estando en esa situación, pisotearon la cruz, fueron declarados apóstatas y dejados libres y se les entregó un dinero para que volviesen a sus pueblos. Los tres jóvenes, sin embargo, cuando se les pasó el efecto de la droga, volvieron a afirmar su fe ante el gobernador, que con nuevas torturas no logró su apostasía. En vista de ello los envió a sus respectivos pueblos, insistiendo ante las autoridades locales en que los tuvieran por apóstatas. Decidieron entonces ir a Hué a entregar personalmente al emperador el testimonio de su fe. Pero los padres de Domingo lo retuvieron y no pudo ir a Hué. Aquí sus compañeros fueron martirizados.

Domingo insistía en proclamar su fe, y ello le valió nuevo arresto. Llevado a Nam-Dinh, se le sentenció a muerte, y cuando llegó la confirmación de la sentencia fue decapitado el 18 de julio de 1839. Fue canonizado el 19 de julio de 1988 por Juan Pablo II.

BEATA TARCISIA (OLGA) MACKIV

Virgen y mártir († 1944)

Olga Mackiv nació en la población ucraniana de Hodorib (Lvov) el 23 de marzo de 1919. Educada cristianamente en su familia, al llegar a la juventud optó por la vida religiosa e ingresó en la Congregación de Esclavas de María Inmaculada, en la que emitió la profesión religiosa el 5 de noviembre de 1940, tomando el nombre de hermana Tarcisia.

Destinada a la casa de su congregación en Krystonopol, Polonia, el 17 de julio de 1944 con sus hermanas del convento corrió a refugiarse en los sótanos a causa del intenso bombardeo

de las fuerzas soviéticas. Al día siguiente un soldado soviético llamó a la puerta. Acudió a abrir la hermana Tarcisia creyendo que sería el capellán a quien esperaban. En cuanto abrió y el soldado la vio, la disparó a bocajarro y le provocó la muerte. Al día siguiente el militar volvió al convento y confesó sin rubor que había disparado contra la hermana Tarcisia por ser una monja católica. Fue beatificada el 26 de junio de 2001 por Juan Pablo II.

19 de julio

A) Martirologio

1. La Conmemoración de San Epafras († s. I), que fue compañero del apóstol San Pablo *.
2. En Mero, Frigia, santos Macedonio, Teódulo y Taciano († ca.362), mártires bajo Juliano el Apóstata.
3. En el Monasterio Annesino, junto al río Iris en el Ponto, Santa Macrina († 379), virgen, hermana de San Basilio Magno *.
4. En Constantinopla, San Dío el Taumaturgo († s. V), presbítero, archimandrita de un monasterio de acemetas.
5. En Roma, San Símaco († 514), papa *.
6. En Córdoba, Santa Áurea († 856), virgen y mártir **.
7. En Utrecht (Lotaringia), San Bernoldo o Bernulfo († 1054), obispo *.
8. En Aberbeng (Franconia), Beata Estila († 1141), virgen.
9. En Foligno (Umbría), Beato Pedro Crisci († 1323), que vivió penitente en el campanario de la Iglesia Catedral al servicio de la misma *.
10. En Chichester (Inglaterra), San Juan Plessington († 1679), presbítero y mártir **.
11. En Lujiazhuang (China), San Juan Bautista Zhou Wurui († 1900), mártir *.
12. En Liucun (China), santos Isabel Qin Bianzhi y su hijo Simón Qin Chunfu, de catorce años de edad († 1900), mártires *.
13. En Borowikowszczyna (Polonia), beatos Aquiles Puchala y Hermán Stepien († 1943), presbíteros, franciscanos conventuales, mártires *.

B) Biografías extensas

SANTA ÁUREA

Virgen y mártir († 856)

Durante la dominación árabe, Córdoba fue una de las ciudades que se ennoblecieron no sólo con la magnificencia mora sino también con la cristiana, aunque por caminos muy opuestos. Para los árabes se trataba de bonanza material, para los cristianos de soterrada grandeza espiritual.

Fueron una serie de santos que, nacidos en los linderos disputados por familias cristianas y musulmanas, por la suerte o mejor la respuesta esforzada de los creyentes en Cristo supieron dar heroicos ejemplos, escritos muchas veces con el heroísmo del martirio. Heroísmo tanto más admirable porque se consumó en personas delicadas, frágiles ante los ojos del mundo. Es éste el caso de Santa Áurea.

Aunque se disputan el lugar de su nacimiento Córdoba y Sevilla, el escenario de su virtud, sin lugar a dudas, fue Córdoba. Los progenitores de Áurea eran naturales de Sevilla, descendiente su padre de la más alta nobleza andaluza, dueño entonces de preciados terrenos, del que, sin embargo, no conocemos su nombre. Su madre Artemia, por el contrario, distinguidísima matrona, era cristiana. Entre sus hermanos hay que contar además a Adolfo y a Juan, insignes mártires cristianos y también santos.

Artemia, al morir su marido, se retiró al monasterio de Cuteclara, uno de los muchos que florecían en territorio cordobés. Llevaba consigo a su hija Áurea. Allí la ilustre dama, por su virtud y no por su alta alcurnia, llegó a encargarse de la dirección y gobierno de la comunidad.

Creció la niña al lado de su madre hasta más de los veinte años, dando muestras excepcionales de virtud y perfección dentro de las pautas marcadas por las exigencias evangélicas. Posiblemente ella misma profesara en el monasterio. Unos hechos que trascendían y eran conocidos hasta por los mismos árabes, incluido el propio juez de la ciudad. Pero nadie se atrevió a denunciarla como renegada de la religión paterna, dado que era conocida y respetada su nobleza.

No sucedió lo mismo con los familiares de su padre, todos fervientes seguidores de Mahoma: conociendo las creencias de la joven, intentaron persuadirla para que siguiera la religión de su padre como era obligatorio para ella, ya que la ley coránica manda que los hijos profesen la ley de su padre. Fracasados en sus intenciones la denunciaron a las autoridades.

Llevada desde Córdoba ante el juez, Áurea, seducida por las promesas que se le hacían o quizás por el temor a morir martirizada como sus dos hermanos, aceptó, o, al menos, aparentó aceptar las creencias mahometanas. Pudo así volver libre a su tierra, aunque se sintió indigna de ingresar en su amado monasterio, angustiada por la cobardía de su conducta. Eligió entonces una casa privada, propiedad posiblemente de alguna familia cristiana. Y fue en esa soledad donde Dios, del que no se había apartado, volvió a llamar a su conciencia. Cayendo muy pronto en la cuenta de la responsabilidad y también de la culpa de su acción, lloró amargamente su pecado y volvió a hacer públicos sus convencimientos.

No tardaron en llegar al juez las noticias de la nueva situación de la arrepentida virgen, y personalmente dio la orden de que la llevaran a su presencia, para comprobar directamente la verdad de la nueva situación. Volvieron otra vez los halagos, luego las recriminaciones y al final las amenazas. Ahora, todo inútil. Incluso buscó la ocasión de contrarrestar su mal ejemplo anterior declarando públicamente su fe en Cristo. El P. Croisset, pone en su boca una espectacular confesión:

> «Yo jamás me separé de mi Señor Jesucristo, ni por sólo un instante creí en vuestras falsedades; si a tu presencia se deslizó un poco mi lengua, ella fue sola la que erró; pero mi corazón estuvo firme en lo que a mi Dios debía. Luego que de ti me separé lloré mi culpa con arroyos de lágrimas; siempre he conservado la fe y la verdadera Religión Cristiana que profesé desde mi infancia, en la que he ejercitado toda mi vida, manteniéndola con firme propósito de no dejarla, aunque sea a costa de mi sangre. El Señor a quien me consagré desde mis tiernos años, condolido de mi flaqueza me ha fortalecido con su poderosa mano, él es quien me restituyó por su infinita bondad a su primera gracia; por tanto tú como juez elige lo que te parezca, o bien quítame la vida según disponen tus leyes, o bien déjame libre para que satisfaga las obligaciones de mi religión y de mi estado».

Confuso el juez de tan maravillosa y patente confesión, mandó ponerla en una dura prisión mientras daba parte al rey Mohamed para que aprobara la condena. Al día siguiente fue decapitada, dejándola colgada de un palo para escarmiento público. Y no contento con su cruel acción dio luego órdenes para que la arrojasen al Guadalquivir con la perversa intención de que los cristianos no pudieran tributarle los honores que como virgen y mártir merecía.

Su glorioso triunfo tuvo lugar el 19 de julio del año 856 de la era cristiana. Es ése el día de su fiesta. San Eulogio, también mártir de Córdoba, nos dejó las principales noticias de la santa en el libro III, capítulo 14 de su *Memoriale sanctorum.*

JOSÉ SENDÍN BLÁZQUEZ

Bibliografía

CROISSET, J., SJ, *Año cristiano, o ejercicios devotos para todos los días del año,* III (Madrid 1853) 125-126.

REPETTO BETES, J. L., *Andalucía, tierra de santos. Santos, beatos, venerables y siervos de Dios nacidos o fallecidos en Andalucía* (Jerez de la Frontera 1982).

Vida y novena de Santa Áurea Virgen (Burgos 1972).

SAN JUAN PLESSINGTON

Presbítero y mártir († 1679)

Parece que su nombre originario era Guillermo, pero luego se lo cambió por el de Juan, con el que ha subido a la gloria de la canonización. Su apellido también ha fluctuado: Plessington, Pleasington y Scarisbrick. Es bien sabido que los sacerdotes de la misión inglesa usaban *alias* para pasar mejor inadvertidos. Su nacimiento se sitúa en Dimples Hall, junto a Garstang, condado de Lancaster, y se supone el año 1637 el de su nacimiento. Se ha hablado de que su familia podía ser protestante, pero más se diría católica toda vez que aun niño fue enviado a una escuela que privadamente llevaban los jesuitas en Scarisbrick Hall junto a Ormskirk. De ahí pasó al colegio de St. Omer en Flandes y posteriormente al Colegio Inglés de Valladolid, donde se ordena sacerdote en 1662. Al año siguiente vuelve a Inglaterra y comienza su tarea misionera: velar por la permanencia en la fe de

los católicos y reconciliar con la Iglesia a cuantos vivían fuera de ella.

Inicialmente vivió en Holywell en el norte de Gales, que fue el campo de su acción apostólica. Su candor, bondad y sencillez le hicieron ser apreciado y querido por todos. Luego, en 1670, pasó a vivir con Mr. William Massey en Puddington, condado de Chester, tomando a su cargo la preceptoría de los hijos de esta familia. Como la década 1660-1670 fue un tiempo de paz relativa para los católicos, Plessington pudo realizar sin problemas su ministerio de forma casi abierta. Pero la década de los 70 ya no sería igual.

En efecto, en 1673 se aprobó la *Test Act* para tratar de ayudar a diferenciar entre anglicanos y católicos. Los funcionarios quedaron obligados a prestar un juramento *(Oath of Allegiance)* en el que se reconocía al monarca como cabeza de la Iglesia de Inglaterra y a aceptar la comunión bajo el rito protestante. La intención de esta *Test Act* era excluir a los católicos de los cargos públicos. El duque de York, y futuro rey Jacobo II, hermano y presunto heredero del monarca Carlos II, que carecía de hijos, hubo de dejar su cargo de almirante porque, siendo católico, se negaba a prestar el citado juramento.

En 1678 tuvo lugar la denuncia por parte de Titus Oates del llamado complot papista, una conjura dirigida —decía su delator— a matar al rey e imponer el catolicismo como religión del Estado. Titus Oates, nacido el 15 de septiembre de 1649 y muerto el 12 de julio de 1705, había nacido en Oakham en el seno de una familia baptista. Su padre era pastor. Educado en el Caius College, se hizo clérigo anglicano y llegó a vicario de la parroquia de Bobbing, pero fue expulsado bajo la acusación de alcoholismo y homosexualidad. Pasó como capellán al barco Adventurer pero hubo de hacer frente a nuevas acusaciones. Entonces abandonó el protestantismo y se presentó a los jesuitas en Valladolid y St. Omer diciendo que quería abrazar la vida de la Compañía, que finalmente hubo de abandonar. Despechado vuelve a Inglaterra e intima con el furioso anticatólico Israel Tonge, clérigo anglicano. Y fue entonces cuando ideó acusar a los católicos de una conjura para asesinar al rey y poner en su lugar un gobierno católico. En agosto de 1678 se le hizo saber

esta noticia al rey Carlos II, y como no hubo la esperada reacción real, Tonge insistió ante el monarca, afirmando que estaba implicada Francia en el complot así como los jesuitas y los católicos ingleses. El rey no se lo tomó muy en serio pero se lo contó al conde de Danby, muy enemigo de los católicos, y éste se puso en contacto con Oates. Éste insistió ante otras personalidades, como el magistrado sir Edmund Berry Godfrey, en que el complot se dirigía a poner en el trono al duque de York y a sustituir a todos los líderes protestantes que serían asesinados. El consejo real interrogó a Oates, que el día 23 de septiembre hizo 43 alegaciones contra varios miembros de las órdenes religiosas (541 jesuitas) y nobles católicos. Empezaron los primeros arrestos, siendo el guía el propio Oates. El Lord Chief Justice, sir William Scroggs, dio comienzo al proceso contra el *Popist Plot* (complot papista). Y sucedió entonces que el 12 de octubre desapareció sir Edmund Berry Godfrey y apareció estrangulado cinco días más tarde. Oates explotó el suceso para una pública campaña de difamación contra los católicos, acusando a los jesuitas del asesinato. El rey Carlos II decidió convocar al Parlamento. Aunque el monarca no creía en el complot, el Parlamento le obligó a ordenar una investigación. Cundió la histeria. La gente hablaba de la necesidad de defenderse y la Cámara de los Comunes fue registrada por si había una nueva conspiración de la pólvora. Cinco lores católicos fueron arrestados y llevados a la Torre y se llegó a pedir públicamente que el duque de York fuera excluido de la sucesión.

En este clima tuvo lugar el arresto de Plessington y de otros sacerdotes. Tres católicos renegados acusaron a Plessington, que fue arrestado y llevado a juicio y se le aplicó el vigente estatuto 27 de Isabel I, según el cual todo sacerdote ordenado en el extranjero era reo de alta traición. Nueve sacerdotes, uno de ellos Plessington, fueron condenados a muerte. De estos sacerdotes cuatro fueron mandados a Londres para que fueran interrogados y a ser posible hacerles confesar el complot denunciado por Oates. Amenazas, promesas, recompensas fueron inútiles. El Parlamento entonces pidió al rey que fueran ejecutados todos los sacerdotes condenados. El rey se resistió, pero como el Parlamento insistió, el 10 de julio de 1679 ya no tuvo

más remedio que consentir. El 11 de julio el Consejo Real, al que el monarca no asistió, dio un mandato de que los jueces de los respectivos juzgados dieran las oportunas instrucciones para hacer ajusticiar a los sacerdotes condenados. El primero en ser ajusticiado fue el P. Plessington, que el 19 de julio fue llevado del castillo de Chester a Gallows Hill, en Chester.

El mártir llegó sereno al lugar de la ejecución, y como le dejaron hablar, dijo estas palabras:

«Queridos conciudadanos: Estoy aquí para ser ejecutado no por hurto u homicidio ni por alguna otra cosa contra la ley divina o por haber hablado contra la Monarquía y el Gobierno civil. Supongo que alguno de los presentes estuvieron en mi proceso en los últimos juicios y pueden atestiguar que no se me pudo hacer cargo de otra cosa que la de ser sacerdote. Estoy seguro que pensáis que el sacerdocio no va de suyo contra la monarquía ni contra el gobierno del país. Si queréis consultar el Antiguo o el Nuevo Testamento, que son la base de la Religión, (veréis) que si no hay sacerdotes no hay religión. Lo dice San Pablo en el capítulo VII, 12 de la carta a los Hebreos. Si el sacerdocio se cambia, se cambia también la Ley, y por ello al quedar el sacerdocio abolido, la Ley y la Religión vienen absolutamente a menos.

Que el Papa tenga poder para deponer a los reyes o para dar licencia de matar no es punto de nuestra fe. Yo protesto en presencia de Dios y de la Corte celestial que soy absolutamente inocente de la conjura de la que tanto se habla y que aborrezco propósitos tan sanguinarios y dañosos, y si bien han pasado nueve semanas desde que fui condenado a muerte no he sido acusado de semejante cosa, así que puedo confortarme con las palabras de San Pedro IV, 15-16: "Que ninguno de vosotros sufra como homicida o ladrón o malhechor, o como avaro de las cosas materiales, pero si alguno sufre por ser cristiano que no se avergüence o lo lamente". Yo he merecido una muerte peor, porque aunque he sido un leal y fiel súbdito de mi rey, pero he pecado muchas veces contra Dios. Quizás ladrones y bandidos que asaltan por los caminos tienen mayor perfección que yo en su servicio a Dios, toda vez que yo he recibido tan grandes favores de Él. Pero como no ha habido pecador del que él no se haya compadecido si acude a la misericordia de Jesús, así yo espero, por los méritos de su pasión, que él tendrá misericordia de mí que estoy arrepentido de corazón de haberlo ofendido. Sed testigos los que me escucháis de que yo profeso sin dudar y firmemente todos los artículos de la fe católica romana y que por la verdad de cada uno de ellos, con la ayuda de Dios, yo estoy dispuesto a morir, y que prefiero morir antes que poner en duda algún punto de la fe enseñada por nuestra Santa Madre la Iglesia Católica Romana...

En qué condiciones Margarita Plat, uno de los principales testigos contra mí, estaba antes o después que estaba conmigo, díganlo los más próximos parientes de ella.

George Massey, otro testigo, juró en falso cuando juró que yo le di el sacramento y celebré la misa en el lugar y tiempo recordado por él, y yo verdaderamente creo que ni él me habló jamás ni yo le hablé ni nos vimos sino en la semana del juicio. El tercer testigo, Robert Wood, murió repentinamente. Pero ¿por qué debo hablar de muertos? Estos fueron todos los testigos, al menos los que depusieron. Yo de corazón y libremente perdono a todos los que han sido o son en alguna manera causa de mi muerte y de todo corazón les deseo que los que viven se puedan arrepentir cordialmente. Que Dios bendiga al Rey y a la familia real y le dé un próspero reinado aquí y una corona de gloria en la otra vida. Que Dios les dé paz a sus súbditos y que ellos vivan y mueran en la verdadera fe, esperanza y caridad. No queda sino que yo me encomiende a mí mismo a la misericordia de Jesús, por cuyos méritos yo espero alcanzar misericordia. Oh Jesús, sé para mí Jesús».

El mártir terminó su discurso. Subió serenamente la escalera, dejó mansamente que le pusieran la soga al cuello. Se recogió en oración. Quitaron la escalera y colgó por un tiempo en el aire. Luego cortaron la soga, cayó al suelo y los verdugos le abrieron el pecho, le sacaron el corazón y las entrañas y descuartizaron su cuerpo. Pudo más tarde su familia enterrar sus restos. Fue canonizado con otros mártires ingleses el 25 de octubre de 1970 por el papa Pablo VI.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

SACRA CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, *Westmonasterien. Beatificationis seu Declarationis Martyrii venerabilium servorum Dei Georgii Haydock... et Sociorum in odium fidei, ut fertur, in Anglia interfectorum* (Roma 1928).

TIGAR, C., *Forty martyrs of England and Wales* (Londres 1970).

WAUGH, M., *Blessed John Plessington* (Londres 1961).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN EPAFRAS

Discípulo de San Pablo († s. I)

Lo conocemos por las cartas a los Colosenses y a Filemón. En esta última el apóstol San Pablo lo llama «compañero de cautiverio por Cristo». Enviado por San Pablo, Epafras llevó el cristianismo a Colosas, ciudad situada al sur de la antigua Frigia, cerca de Laodicea, a unos 180 kilómetros de Éfeso. Luego de haber sido una ciudad populosa y rica en los siglos V-IV a.C., en el tiempo de Epafras era ya solamente una pequeña población. Se cree que Epafras fuera de Éfeso, donde San Pablo lo convirtió al cristianismo, y se cree que evangelizó igualmente en Laodicea y Hierápolis.

Terminada su labor evangelizadora volvió junto a Pablo, a cuyo lado estaba cuando se escribe la carta a los Colosenses. Epafras ha llevado a Pablo noticias acerca de falsos doctores que predicaban doctrinas muy peligrosas, atribuyendo a los ángeles una mediación superior a la de Cristo y exigiendo un ascetismo más inspirado en las religiones mistéricas que en el cristianismo.

Pablo lo llama «querido compañero y fiel ministro de Cristo en representación de Pablo». Epafras llevó a Pablo la estima de la comunidad de Colosas. Posteriormente sabemos por la carta a Filemón que Epafras sufrió cárcel junto con Pablo.

SANTA MACRINA LA JOVEN

Virgen († 379)

Era la hija mayor de los esposos Basilio y Emelia, los padres de los santos Basilio, Pedro de Sebaste y Gregorio Niseno, una verdadera familia de santos. Nacida hacia el año 330 en Cesarea de Capadocia, a los doce años fue prometida en matrimonio pero el novio murió antes de la boda, y entonces ella hizo voto de permanecer célibe, quedándose en casa para ayudar en la educación de sus hermanos, que eran nueve.

Muerto su padre, San Basilio estableció a su madre y hermana en una finca, donde con otras mujeres llevaron vida comunitaria, dedicadas a la divina contemplación. Muerta su madre en 373, Macrina decidió abrazar la extrema pobreza: se desprendió de todas sus posesiones y vivió en adelante del trabajo de sus manos. En esta pobreza evangélica radical murió. Macrina sucedió a su madre a la cabeza de la citada comunidad monástica que estaba a orillas del río Iris en el Ponto.

Su muerte tuvo lugar el año 379. Su hermano San Gregorio de Nisa habla de ella en su tratado *Sobre el alma y la resurrección,* introduciéndola como interlocutora en el diálogo que es el libro. Se habla en él de varios milagros obrados por Macrina. Se la llama «la Joven» para distinguirla de su abuela paterna.

SAN SÍMACO

Papa († 514)

Símaco era natural de Cerdeña y, luego de convertirse del paganismo, fue agregado al clero de Roma donde había obtenido el orden del diaconado. Cuando murió el papa Anastasio II en noviembre del 498, se pasó a una doble elección de sucesor: la mayoría eligió a Símaco, pero una minoría, bastante filobizantina, eligió al presbítero Lorenzo. Ambos bandos acudieron al rey de los godos, Teodorico el Grande, pese a su condición de arriano, y éste fue el que se declaró por Símaco y logró que se afianzara en la sede de Pedro, intervención ésta de un monarca arriano que no dejó de escandalizar a muchos.

Símaco intentó en un sínodo romano legislar sobre la elección de papa, pero abría el camino a una designación de sucesor por el propio papa, orillando a la comunidad cristiana, lo que no logró imponerse.

Sus adversarios no se dieron por vencidos y acusaron a Símaco ante Teodorico de grandes crímenes, hasta el punto de convocar el rey un sínodo en 502 que aclarase la situación. El sínodo negó que pudiera alguien someter al papa a juicio, y por ello Símaco quedó ileso frente a todas las acusaciones.

Afianzado en la sede romana, Símaco demostró tener notables cualidades y ser capaz de regir con vigor su Iglesia: expulsó

a los maniqueos, envió socorros a los católicos perseguidos en África, se ocupó de rescatar cautivos de Italia, restauró numerosas iglesias romanas y dio acogida a los peregrinos que visitaban las tumbas apostólicas. Muy celoso de la independencia de la Iglesia frente a los poderes temporales, algunos han interpretado mal su vigor y fortaleza. Murió en Roma el 19 de julio del año 514.

SAN BERNOLDO DE UTRECHT

Obispo († 1054)

Bernoldo o Bernulfo, como también se le llama, era un clérigo cortesano del emperador Conrado II, y fue el propio monarca el que lo designó para obispo de Utrecht en el verano de 1027. Quiere la leyenda que este nombramiento se debiera a que fue Bernoldo quien llevó al emperador la noticia del nacimiento de su hijo.

Conservó una buena amistad con Conrado II y asimismo con su sucesor Enrique III, del que era amigo personal ya antes de su ascensión al trono imperial en 1046, y aprovechó esta amistad con ambos emperadores para dilatar las tierras de su obispado. Enrique había hecho una expedición contra los húngaros en 1042, a la cual lo acompañó Bernoldo. Cuando Enrique III logró vencer la liga que se había formado contra él, convocó una asamblea de obispos y eclesiásticos en Aix-la-Chapelle (1049), presidida por el papa León IX y a la que asistió Bernoldo y en la que obtuvo confirmación de la ampliación de las tierras de su diócesis.

Bernoldo fue un obispo reformador que apoyó el movimiento cluniacense y la autonomía de los monasterios, y era claramente opuesto a la intromisión de los laicos en el gobierno de la Iglesia. No consta sin embargo su asistencia a los varios concilios reformadores que en su tiempo y en el pontificado de León IX se tuvieron en Reims y en Maguncia. Por iniciativa suya se construyeron numerosas iglesias en su diócesis. Llevó personalmente una vida digna y ejemplar. Murió el 19 de julio de 1054.

BEATO PEDRO CRISCI

Penitente († 1323)

Pedro Crisci era un ciudadano de Foligno que, nacido probablemente en 1243, a los treinta años de edad decidió vender todos sus bienes y repartir el importe entre los pobres para vivir en adelante en la mayor pobreza y humildad. Dedicado al servicio de la catedral, vivía en un hueco del campanario, vestido de una basta túnica y practicando la más rigurosa penitencia.

Peregrinó varias veces con espíritu de eximia piedad a Roma y a Asís, y murió con fama de santo el 19 de julio de 1323. La ciudad, que reconoció enseguida sus muchas virtudes, ha celebrado durante siglos su fiesta que aún se observa en la catedral, y aunque no canonizado formalmente, se logró una bula del papa Bonifacio IX el año 1400 en la que concede indulgencias a los que celebran su fiesta visitando la catedral de Foligno. Aunque en esta bula se le llama santo, la voz popular siempre lo ha tenido por beato y como tal figura en el *Martirologio.*

SAN JUAN BAUTISTA ZHOU WURUI

Mártir († 1900)

Juan Bautista Zhou Wurui (Tchou Ou Yoei) era un joven cristiano chino de 17 años a quien los misioneros habían pedido que fuera a observar los movimientos de los boxers en orden a las medidas de protección que frente a su agresión se pudieran tomar.

El joven cumplía su encargo junto con otros compañeros cuando se topó con un grupo de boxers, los cuales vieron que el joven llevaba un escapulario y por ahí dedujeron su identidad cristiana. Entonces lo arrestaron y le exigieron la apostasía, y como el joven se negaba empezaron a maltratarlo a fin de hacerle desistir de la fe. Se mantuvo firme el muchacho y para reducir su resistencia decidieron cortarle las manos y luego los pies. El invicto mártir no apostató. Siguió confesando a Jesucristo hasta que fue finalmente decapitado. Era el 19 de julio de 1900 en el pueblo de Tchou-Kai-Ho (Lujiazhuang). Fue cano-

nizado por Juan Pablo II el 1 de octubre de 2000 junto con los demás mártires de China.

SANTOS ISABEL QIN BLANZHI Y SIMÓN QIN CHUNFU

Mártires († 1900)

Isabel Qin o Tsinn era una mujer cristiana viuda y madre de cinco hijos que, tras la muerte de su marido, se había ido a vivir a la casa de sus padres. Su hijo Simón era un adolescente fuerte y bien parecido que tenía 14 años.

Cuando supo Isabel que los boxers iban por los pueblos matando a los cristianos, mandó a sus padres a otro pueblo y ella y sus hijos eligieron el que creyeron buen escondite, del que pasaron a otro y luego a otro. En este cambio de escondites una familia pagana ofreció a Simón la mano de una de sus hijas, pero el joven rehusó por no abandonar a su madre y por no meterse en una familia pagana en la que se ponía en peligro su fe. Por fin Isabel y sus hijos fueron descubiertos por los boxers que pasaron a masacrar a toda la familia. Primero fueron decapitados los hijos y la última la madre. Aunque todos murieron por ser cristianos, solamente Isabel y Simón fueron incluidos en la causa de beatificación y luego canonizados, con los demás mártires de China, el 1 de octubre de 2000 por Juan Pablo II.

BEATOS AQUILES PUCHALA Y HERMÁN STEPIEN

Presbíteros y mártires († 1943)

Estos dos sacerdotes pertenecían a la Orden de Franciscanos Conventuales y atendían pastoralmente la parroquia de Pierszaje, Polonia, cuyo párroco se había visto obligado a huir a consecuencia de la guerra mundial. En el mes de julio de 1943 la Gestapo, en venganza por acciones militares de la resistencia, arrestó numerosas personas de la zona. Ambos sacerdotes tuvieron la posibilidad de esconderse pero prefirieron quedarse con los arrestados para prestarles su asistencia pastoral y su ayuda moral, no dejando de ver lo peligrosa que era su actitud.

El día 19 de aquel mes la policía nazi llevó a todas las personas arrestadas al pueblo de Borowikowsczyna. Aquí los sacerdotes fueron separados de sus fieles y llevados a las afueras del pueblo donde les fusilaron en el henil de los Rudowicz. Luego prendieron fuego al henil. Los habitantes de su pueblo, en cambio, salvaron la vida pero fueron deportados para trabajos forzados en Alemania. Posteriormente las cenizas y los restos de los huesos de ambos sacerdotes fueron enterrados junto a la iglesia parroquial de Pierszaje.

JOSÉ PUCHALA había nacido el 18 de marzo de 1911 en el pueblo de Kosina, junto a Lancut, en la diócesis de Przemyls. Apenas acabada la escuela elemental, sintió la vocación religiosa e ingresó en el seminario menor de los PP. Franciscanos Conventuales de Lvov el año 1924. Tres años más tarde ingresaba formalmente en la Orden Franciscana, tomando al iniciar el noviciado el nombre de Aquiles y emitiendo los primeros votos religiosos el 29 de septiembre de 1928. Hizo seguidamente los estudios filosófico-teológicos, en el curso de los cuales emitió la profesión solemne (22 de mayo de 1932) y al término de los mismos se ordenó de sacerdote el 5 de julio de 1936. Destinado primero al convento de Grodno y luego al de Iwieniec, en la diócesis de Pinks, aquí estaba cuando empezó la guerra mundial. Y, como queda dicho, al quedar sin sacerdote la parroquia de Pierszaje él se ofreció para atenderla pastoralmente. Sacerdote celoso y religioso observante, el Señor premió su generosa entrega a las almas con el don del martirio.

CARLOS STEPIEN nació el 21 de septiembre de 1910 en Lodz, hijo de una familia obrera. Ingresó niño en el seminario menor de los PP. Franciscanos Conventuales, de donde pasó al noviciado de la Orden el año 1929 tomando el nombre religioso de Hermán. Profesó los primeros votos en el noviciado de Lagiewniki el 3 de septiembre de 1930. De allí pasó al seminario mayor de su Orden en Cracovia, donde emitió la profesión solemne el 27 de junio de 1934 y fue enviado seguidamente a Roma para continuar los estudios, que concluyeron en 1938, pero ya antes se ordenó de sacerdote el 25 de julio de 1937. Vuelto a Polonia fue destinado al convento de Radomsko. En 1939 se licenció en teología en la Universidad de Lvov. Pasó

luego al convento de Vilna, y, declarada ya la guerra, al de Iwieniec. Como queda dicho, al quedar sin sacerdote la parroquia de Pierszaje, se ofreció a atenderla junto con el P. Aquiles, y ello sería la ocasión de su martirio. Era un religioso empeñado en superar sus defectos y hacerse cada día digno de la vocación recibida del Señor. Gozaba de la confianza de sus superiores y supo poner su ministerio sacerdotal por encima de su seguridad personal.

Ambos fueron beatificados con los mártires de Polonia el 13 de junio de 1999 por Juan Pablo II.

20 de julio

A) Martirologio

1. San Apolinar († s. II), obispo y mártir, en Classe, junto a Rávena **.
2. La conmemoración de San Elías Tesbita († s. IX a.C.), profeta del Señor **.
3. La conmemoración de San José Barsabas, llamado el Justo († s. I), que fue uno de los propuestos para sustituir a Judas Iscariote *.
4. En Antioquía de Pisidia, Santa Marina o Margarita (fecha desconocida), virgen y mártir *.
5. En Etiopía, San Frumencio († s. IV), obispo ordenado por San Atanasio y evangelizador de aquel país *.
6. En Cartago, San Aurelio († 430), obispo *.
7. En Boulogne (Francia), San Vulmaro († 689), presbítero y abad *.
8. En Córdoba, San Pablo († 851), diácono y mártir.
9. En Hildesheim (Sajonia), Beato Nernardo, obispo.
10. En Seúl (Corea), santos Magdalena Yi Yong-hui, Teresa Yi Mae-im, Marta Kim Song-im, Lucía Kim, Rosa Kim, Ana Kim Chang-gum y María Won Kwi-im, virgen, y Juan Bautista Yi Kwang-nyol († 1839), mártires *.
11. En Nam Dinh (Tonkín), San José María Díaz Sanjurjo († 1857), obispo, de la Orden de Predicadores, mártir *.
12. En Zhoujiahe (China), santos León Ignacio Mangin y Pablo Denn, presbíteros, de la Compañía de Jesús, y María Zhou Wuzhi († 1900), mártires *.
13. En Lujiazhuang (China), San Pedro Zhou Rixin († 1900), mártir *.

14. En Daliucum (China), Santa María Fu Guilin († 1900), mártir *.
15. En Wuqiao Zhaojia (China), santas María Zhao Guozhi y sus hijas Rosa y María Zhao († 1900), mártires *.
16. En Dechao (China), San Xi Guizi († 1900), catecúmeno y mártir *.
17. En Madrid, beatas Rita de la Dolorosa Pujalte Sánchez y Francisca del Corazón de Jesús Aldea y Araujo († 1936), vírgenes, de la Congregación de Hermanas de la Caridad del Corazón de Jesús y mártires **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN APOLINAR

Obispo y mártir († s. II)

Los antiguos martirologios transmiten la noticia de que San Apolinar fue el primer obispo de Rávena, en el norte de Italia, y que murió mártir, según parece, a fines del siglo II. Pero estas mismas noticias y otras que sobre él se nos transmiten están envueltas en el misterio y rodeadas de multitud de leyendas.

Lo más seguro respecto de este santo, tan celebrado por otra parte en la antigüedad, es lo siguiente:

San Pedro Crisólogo, obispo de Rávena en la segunda mitad del siglo V (432-452), nos dice en el *Sermón* 128 que Apolinar fue el primer obispo de Rávena y el único mártir de la ciudad. Ahora bien, especificando algo más el concepto de martirio de este santo, nos comunica a través de ponderaciones oratorias que, de hecho, no murió por efecto de los tormentos y con la efusión de su sangre, por lo cual no podía ser considerado con rigor como mártir. Sin embargo, añade que los trabajos que tuvo que sufrir en el gobierno de su iglesia y la paciencia que mostró en todos ellos, que a veces llegó a la efusión de sangre, permiten considerarle en nada inferior a los mártires. En efecto, según dice, él estuvo siempre dispuesto al supremo sacrificio y a punto de ser sacrificado cuando se dejó convencer por las oraciones de su grey, y quedó todavía algún tiempo en este mundo, difiriendo el cumplimiento de sus deseos.

Tales son las noticias que, en substancia, nos comunica San Pedro Crisólogo sobre San Apolinar. Por otra parte, según una fórmula de juramento usada en Rávena desde fines del siglo VI, transcrita por San Gregorio, aparece claramente que entonces

se daba comúnmente a San Apolinar el título de mártir. Por lo demás, los martirologios posteriores, a partir de este tiempo, transmiten constantemente la noticia de que San Apolinar de Rávena murió mártir.

Asimismo, se admite generalmente que San Apolinar es el obispo más antiguo y Rávena la primera diócesis de la alta Italia. Así lo atestiguan F. Savio en sus investigaciones sobre los obispados de la Lombardía y Harnack en su célebre estudio sobre la extensión del cristianismo en el siglo III. Ambos suponen que San Apolinar gobernó la diócesis de Rávena en la segunda mitad del siglo II. Por otra parte, tanto de las expresiones de San Pedro Crisólogo y de San Gregorio Magno como de otras de Fortunato en su *Vida de San Martín,* se deduce que el cuerpo de San Apolinar era venerado en Rávena.

Y con esto entramos en terreno plenamente histórico, del que poseemos abundantes noticias. A partir del siglo VI San Apolinar se constituye en un santo sumamente venerado en la Edad Media, a medida que la ciudad de Rávena iba ganando en significación, estableciendo una verdadera competencia con Roma. Consta, en efecto, que ya desde el año 500 San Apolinar goza de gran veneración en toda la llanura del Po, por lo cual su nombre es incluido en el canon del rito ambrosiano. Durante el gobierno del obispo de Rávena, Ursicino (534-538), se construye en honor de San Apolinar una iglesia en Classe, en las afueras de la ciudad. Un rico banquero llamado Julián contribuye a su extraordinaria magnificencia, y su consagración, verificada con gran pompa en 549 por el obispo Maximiano, marca el principio de una nueva era para Rávena; pues, realizada por Justiniano I (527-565) la conquista del sur y centro de Italia y constituida Rávena en capital de este territorio bizantino, se inicia el período de grandeza de esta ciudad. Desde entonces una de sus tendencias es ofuscar en lo posible la grandeza de Roma, a lo cual contribuyen eficazmente los emperadores bizantinos desde el Oriente, con su constante oposición a los romanos pontífices.

Ahora bien, una de las bases sobre la cual se funda la exaltación de Rávena en competencia con Roma es su primer obispo San Apolinar y la gran basílica levantada en su honor en Classe.

Por eso, como Roma posee en la basílica constantiniana el venerado sepulcro de su primer obispo, San Pedro, también se comienza a honrar con gran veneración el sepulcro de San Apolinar, llevado con gran pompa por el obispo Maximiano a la nueva basílica, trasladándolo a ella juntamente con el sarcófago o arca primitiva. Así lo atestigua una inscripción, conservada todavía en nuestros días en la nave lateral. Por ella se puede comprobar este doble hecho: por una parte, la presencia del cuerpo de San Apolinar en la nave lateral de la basílica, y, por otra, la traslación del mismo verificada por el obispo Maximiano.

Sobre esta base, pues, se continuó trabajando por la grandeza de Rávena y de su primer obispo, San Apolinar. Como los emperadores bizantinos dominaban en Roma, erigieron dos capillas en la misma basílica de San Pedro en honor de San Apolinar: la primera, ya a principios del siglo VI; la segunda, entre los años 625 y 638. Se trataba, pues, de introducir en Roma misma el culto de San Apolinar. Entretanto continuaba el esfuerzo que hacía Rávena por enaltecer la veneración del santo. Así, su obispo Mauro (642-671) verificó un nuevo traslado de su sarcófago, colocándolo en el centro de la iglesia y esculpiendo sobre láminas de plata la historia del mártir, y, como complemento de toda esta campaña de exaltación de San Apolinar, surgió en este tiempo la leyenda en torno suyo, la *Pasión de San Apolinar.*

Es interesante, para conocer el espíritu del tiempo, considerar la facilidad con que se introdujeron en el ambiente popular los rasgos del patrono de Rávena, claramente legendarios.

En efecto, según esta *Pasión,* Apolinar era uno de los discípulos de San Pedro y con él vino de Antioquía a Roma en tiempo del emperador Claudio (41-54). Enviado, pues, por el «Príncipe de los Apóstoles» para predicar el Evangelio en Rávena, se dirigió a esta ciudad, donde obró estupendos milagros, con los cuales se convencieron sus habitantes de la misión divina que les traía. De este modo recibieron el bautismo muchos de ellos, en particular un tribuno muy influyente y un patricio llamado Bonifacio. Tan notables y numerosas conversiones exasperaron a los sacerdotes de los ídolos y a muchos fanáticos paganos, los cuales atormentaron inhumanamente al apóstol, por lo cual se vio forzado a ocultarse, después de doce años de fecunda labor en la ciudad.

Pasado algún tiempo emprendió una nueva campaña de apostolado, obrando grandes milagros, por lo cual un delegado del nuevo emperador, Nerón (56-68), empleó contra él toda clase de medios para inducirle a que abandonara el culto de Cristo y ofreciera incienso a Júpiter; de aquí pasó a las amenazas; mas, viendo que ni los halagos ni las amenazas lograban doblegar su férrea constancia, le hizo azotar bárbaramente y aplicar otros tormentos, y, como no consiguiera rendirlo, le cargó de cadenas, y arrojó a un horrible calabozo, de donde partió poco después desterrado a Grecia.

Embarcado juntamente con otros tres clérigos, tuvo que sufrir una horrorosa tempestad; mas, llegado a Corinto, evangelizó la región de Misia, donde curó de la lepra a uno de sus reyezuelos, pero no pudo realizar muchas conversiones; siguió luego por las riberas del Danubio y entró en Tracia, donde obtuvo fruto más abundante; pero, enfurecidos contra él los adoradores de Serapis, le azotaron cruelmente y arrojaron en un bajel fuera de su territorio.

Vuelto a Rávena, después de tres años de ausencia, fue recibido con gran entusiasmo por los cristianos, e inició con gran fervor una nueva etapa de predicación y conversiones, acompañadas de multitud de milagros. Pero, inesperadamente, fue arrebatado por un pelotón de paganos, los cuales le hicieron objeto de las mayores violencias, y, conduciéndole al templo de Apolo, le obligaron a adorarlo. Entonces el santo, lejos de obedecerles, se puso en oración, y rápidamente el ídolo cayó al suelo hecho pedazos, con lo cual, enfurecidos los paganos, le condujeron al juez Taurus, exigiéndole que le condenara a muerte. Éste quiso entonces poner en ridículo ante todo el mundo a aquel hombre, de quien tantas maravillas se contaban y tanto influjo ejercía en las masas. Así, pues, puso delante de él y de gran multitud del pueblo y de la nobleza, reunidos, a un hijo suyo, ciego de nacimiento, y le intimó con toda solemnidad que, si le curaba, todos creerían en él; de lo contrario, recibiría el castigo de sus imposturas.

Puesto, pues, Apolinar ante esta alternativa, hizo primeramente oración, y luego, invocando el nombre de Dios, devolvió la vista al niño. Ante tan estupendo milagro abrazó la fe cristia-

na gran multitud de espectadores y el mismo juez condujo al santo a lugar seguro, donde pudo entregarse durante cuatro años a su obra de apostolado. Pero descubierto por fin por los fanáticos paganos y denunciado a Vespasiano (69-79), fue conducido a la cárcel y entregado a la custodia de un centurión; mas, como éste era cristiano, pudo evadirse; pero, apresado entonces por los paganos, fue azotado y maltratado cruelmente, y, recogido por los cristianos, murió siete días después, el 23 de julio del año 81.

Tal es, en conjunto, la *Pasión de San Apolinar,* que en el siglo VII encuentra ya su expresión definitiva y constituirá en adelante la base de la grandeza y veneración tributada al santo. La grandeza y significación de Rávena frente a Roma van en aumento durante los siglos VI y VII. Al mismo ritmo crece la grandeza y veneración de San Apolinar, el apóstol y fundador de Rávena. La basílica de San Apolinar in Classe se convierte en el centro más concurrido de piedad y veneración. A las riquezas con que la embelleció desde un principio Justiniano I se añaden multitud de preciosos mosaicos y otras obras de arte, que la convierten en uno de los más preciosos monumentos de arte bizantino. En el siglo IX ocurre otra novedad. A la suntuosa iglesia que con el título de Jesucristo Salvador había erigido en Rávena el rey ostrogodo Teodorico el Grande, en torno al año 500, se le dio en este siglo nombre de San Apolinar el Nuevo y se la convierte en basílica más suntuosa y exuberante, y como el prototipo de la abigarrada ornamentación bizantina. Los preciosos mosaicos que cubren casi todas las paredes constituyen los mejores modelos de este estilo.

Ahora bien, ¿qué ha ocurrido con la basílica de San Apolinar in Classe? La explicación es muy sencilla. Era el tiempo de las terribles incursiones de los sarracenos, y como Classe era el puerto de Rávena, su basílica estaba expuesta a la profanación y a la ruina. Por esto se fingió un traslado de la basílica de San Apolinar in Classe al interior de la población y se convirtió a la basílica de San Apolinar el Nuevo en el nuevo santuario de San Apolinar. De hecho, así quedaron las cosas desde entonces. Mas cuando, pasado el peligro, se quiso restaurar el culto y la significación de la primera basílica, se inició una verdadera rivalidad entre las dos basílicas de San Apolinar.

Para confirmar definitivamente sus derechos de preferencia, la basílica de San Apolinar in Classe hizo realizar un reconocimiento solemne de las reliquias del santo en 1173 durante el pontificado de Alejandro III (1159-1181). De nuevo, en 1511, en tiempo de Julio II (1503-1513) se efectuó otro reconocimiento oficial al mismo tiempo que se renovaba el sepulcro del altar mayor.

Mas como los monjes de San Apolinar in Classe el siglo XVI se trasladaran al monasterio de San Romualdo, de Rávena, lleváronse secretamente consigo las reliquias de San Apolinar. Entonces, pues, presentó una reclamación la catedral de Rávena, alegando que ella tenía más derecho a aquellas reliquias que los monjes de San Romualdo. Con esta ocasión la Sagrada Congregación de Ritos dispuso en el año 1654 que se restituyeran aquellas reliquias a la antigua basílica de San Apolinar in Classe.

Por otra parte, aun fuera de Rávena y las llanuras del Po es admirable la expansión que alcanzó durante la Edad Media el culto de San Apolinar. Así aparece en un estudio reciente, no sólo en lo que se refiere a Italia, sino también a otros territorios. Así, para no citar más que unos pocos ejemplos: la importante sede metropolitana de Reims; el Apolinarisberg, en Alemania, entre Coblenza y Bonn, cerca de Remagen; la abadía de Burtscheind, dedicada al santo, cerca de Aquisgrán; la iglesia monástica de Michel-bach-le-Haut, en el alto Rhin.

Indudablemente, su culto alcanzó un gran esplendor entre los siglos VI y IX, y es una de sus manifestaciones la rivalidad entre Rávena y Roma. Pero, después de alcanzar su punto culminante, experimentó también su crepúsculo, si bien conservó siempre una relativa significación.

BERNARDINO LLORCA, SI

Bibliografía

AGNELLUS DE RAVENNA, *Liber Pontificalis, sive, vitae Pontificum Ravennatum,* en *Monumenta Germaniae Historica.* 1: *Scriptores.* 3: *Scriptores rerum Longobardicarum et Italicarum* (Hanover 1878) 280, 322, 329. Nueva ed.: *Liber pontificalis ecclesiae Ravennatis,* 2 vols. (Friburgo 1996).

«Apollinaire», en *Dictionnaire d'histoire et de géographie ecclésiastique.* III: *Anforaria-Arfons* (París 1924).

FARABULINI, D., *Storia della vita e del culto di S. Apollinare primo vescovo di Ravenna e apostolo dell'Emilia pubblicata per la solennità del suo XVIII centenario e dedicata alla Santità*

di N.S. Pio Papa IX, 2 vols. (Roma 1874). PEDRO CRISÓLOGO (SAN), *Sermones 128:* PL 52,552s.
GREGORIO MAGNO (SAN), *Epist. ad Castor.:* PL 77,845.
LUCCHESI, G., *Note agiografiche sui primi vescovi di Ravenna* (Faenza 1941) 34s.
«Ravenne», en F. CABROL - H. LECLERCQ (dirs.), *Dictionnaire d'archéologie chrétienne et de liturgie.* XIV/2: *Portier-Rome* (París).
WILL, E., *S. Apollinaire de Ravenne* (París 1936).
ZATTONI, G., *La data della «Passio S. Apollinaris» di Ravenna* (Turín 1904).
— «Il valore storico della "Passio S. Apollinaris"»: *Rivista Storico-Critica delle Scienze Teologiche* (1905-1906).

SAN ELÍAS TESBITA

Profeta (s. IX a.C.)

Nació el profeta en la Transjordania, hacia el año 900 a.C. Es decir, ya consumada la división del pueblo escogido en dos reinos: al norte, el reino de Israel, con capital en Samaria; al sur, el reino de Judá, con capital en Jerusalén. Mientras el profeta crece ignorado, la situación política y religiosa del reino del Norte se va perfilando. El heredero del trono, Ajab, se ha casado con la hija del rey fenicio Itobaal. El matrimonio ha conseguido paz y buenas relaciones comerciales con los navegantes fenicios; pero ha traído una reina extranjera, devota servidora de los dioses fenicios, Jezabel.

Mujer dominadora y sin escrúpulos, sabe empujar al marido o actuar por cuenta propia. Cuando el rey fracasa en su intento de comprar la viña de Nabot, Jezabel levanta una calumnia contra Nabot, le hace asesinar con apariencia legal y entrega triunfante la viña a su marido. Y lo mismo que elimina a un rico provinciano persigue a muerte a los profetas de Yahvé. Sólo se salva un centenar, porque el mayordomo del rey, Abdías, los esconde en cavernas y los alimenta durante la época de máximo peligro. Entre los profetas de Yahvé uno lleva un nombre significativo: «Eliyahu», o sea: «Yahvé es mi Dios». Elías se salva en un retiro de su región natal y en una ciudad fenicia llamada Sarepta.

Hasta que le llegó el momento de actuar. Elías había predicho unos años de sequía como castigo por las idolatrías; el hambre arreciaba en Samaria cuando reapareció Elías, profeta del castigo y mediador de la conversión.

El rey se encontró con Elías y le dijo: «¿Eres tú, ruina de Israel?». «No arruino yo a Israel, sino tú y tu familia, porque habéis abandonado la ley de Yahvé y servís a los baales. Pero ahora congrégame todo Israel en el monte Carmelo, y también a los 450 profetas de Baal que comen a la mesa de Jezabel».

Convocó Ajab a los hijos de Israel y congregó a los profetas en el monte Carmelo. Acercóse Elías al pueblo y le dijo: «¿Hasta cuándo estaréis cojeando a dos muletas? Si Yahvé es el Dios, seguidle; si es Baal, seguidle a él». El pueblo no respondió palabra. Dijo Elías: «Soy el único profeta de Yahvé que queda, mientras los profetas de Baal son 450. Que nos traigan dos novillos: que escojan ellos uno, lo despedacen, lo coloquen sobre la leña sin aplicar fuego; yo prepararé el otro sobre la leña sin aplicar fuego. Invocad después el nombre de vuestro dios, yo invocaré el nombre de Yahvé. Y el dios que conteste con fuego, ése es Dios». El pueblo respondió: «Está bien».

Tomaron los profetas el novillo, lo prepararon e invocaron el nombre de Baal, de la mañana al mediodía, diciendo: «¡Oh Baal, respóndenos!»; y no había voz ni había respuesta; y danzaban en torno al altar que habían hecho. Al mediodía se burlaba de ellos Elías diciendo: «Gritad con voz fuerte; dios es, pero está ocupado o atareado, o está de viaje, o duerme y se despertará». Y gritaban en voz alta, y se sajaban con espadas y lanzas, según su costumbre, hasta derramar sangre. Pasado el mediodía vaticinaban; pero no había voz, ni había respuesta, ni había atención.

Entonces Elías dijo al pueblo: «Acercaos». Y se acercaron. Restauró el altar de Yahvé e hizo una zanja de dos satos de capacidad en torno al altar. Amontonó la leña, despedazó el novillo, le colocó sobre la leña. Y dijo: «Llenad cuatro cántaros de agua y derramadla sobre la víctima y la leña». «Otra vez», y lo repitieron. «Otra vez», y lo hicieron tercera vez. El agua corría en torno al altar y llenaba la zanja. A la hora de la ofrenda vespertina Elías oró: «Yahvé, Dios de Abraham, Isaac e Israel; sépase hoy que tú eres el Dios de Israel, y yo tu siervo, que por tu orden he hecho esto. Respóndeme, Yahvé; respóndeme; sepa este pueblo que tú eres Yahvé, el Dios, que conviertes los corazones a ti». Y cayó el fuego de Yahvé, devoró la víctima y la

leña, las piedras y el polvo, y lamió las aguas de la zanja. Violo el pueblo, y cayó rostro a tierra diciendo: «Yahvé es Dios, Yahvé es Dios». Y dijo Elías: «Prended a los profetas de Baal, que no se salve ni uno»; y los prendieron. Elías los bajó al torrente Cisón y los mató allí.

El reino de Israel vive a caballo a ambos lados del Carmelo: al norte limita con Fenicia; al sur, con Judá. El pueblo claudicaba entre el dios de Fenicia y el Dios de Judá. El monte Carmelo ha sido arista de decisiones, plataforma del profeta Elías y escenario de la gloria de Yahvé. El pueblo se ha convertido, ya puede venir la lluvia. Y el Carmelo, monte que se adentra en el mar, atalaya las nubes en el horizonte.

Elías se encorvó a tierra, la cabeza entre las rodillas, y dijo a su criado: «Sube, observa en dirección al mar». Subió, observó y dijo: «No hay nada». «Vuelve siete veces». A la séptima retornó diciendo: «Una nube pequeña como la palma de la mano se levanta del mar». Díjole Elías: «Avisa a Ajab y dile: "Unce y baja, no te impida la lluvia"». Y en esto se obscureció el cielo de nubes y viento, y cayó un aguacero.

Ante la victoria espectacular sobre el Carmelo y la matanza de los profetas de Baal, la reina no se rinde, sino declara guerra formal al profeta. Jezabel envió un mensajero a Elías: «Que los dioses me castiguen una y otra vez si mañana a estas horas no hago de tu vida lo que hiciste a uno de ellos». Temió él por su vida, se levantó, marchó, llegó a Beerseba y dejó a su criado allí.

El profeta, después de la gran victoria se siente derrotado, sin fuerzas para seguir luchando. Una fuerza ajena le impulsa hacia el desierto: lugar sacro de la revelación de Dios, de la alianza, noviciado del pueblo escogido. Elías apenas lo entiende, abatido de angustia mortal. «Caminó un día por el desierto, y se sentó bajo una retama, y deseó morir: "Basta, Yahvé; toma mi alma, que no soy mejor que mis padres". Se acostó y se durmió; mas he aquí que un ángel le tocó y le dijo: "Álzate, come". Miró bajo su cabecera y vio una torta y una vasija de agua. Comió, bebió y volvió a dormir. Tornó el ángel de Yahvé y le dijo: "Álzate, come, que es más fuerte que tú el camino". Se alzó, comió y bebió, y con la fuerza de tal comida caminó cuarenta días y cuarenta noches, hasta el monte de Dios, Oreb».

Allí entró en una cueva, donde pasó la noche. Y he aquí la voz de Yahvé que le decía: «Sal y ponte en la montaña ante Yahvé» —he aquí que Yahvé pasaba—. Vino un viento potente, impetuoso, que rompía montes y quebraba peñascos, y no estaba Yahvé en el viento. Tras el viento un terremoto, y no estaba Yahvé en el terremoto. Tras el terremoto un fuego, y no estaba Yahvé en el fuego. Tras el fuego, la voz callada de la brisa. Al oírla Elías se cubrió el rostro con el manto, salió y se puso a la entrada de la gruta. La voz le dijo: «¿Qué haces aquí, Elías?». «Sentí celo ardiente por Yahvé Sabaot, porque los hijos de Israel te han abandonado, han derribado tus altares y han pasado a cuchillo a tus profetas; he quedado yo solo, y buscan mi vida para quitármela». Díjole Yahvé: «Vete, torna por tu camino; ungirás a Hazael por rey de Siria, a Yehu por rey de Israel, a Eliseo como profeta y sucesor tuyo. El que escape de la espada de Hazael lo matará Yehu; el que escape de la mano de Yehu lo matará Eliseo; y perdonaré en Israel a siete mil: las rodillas que no se doblaron ante Baal, las bocas que no le adoraron».

La tarea que resta a Elías es traspasar poderes a su sucesor y desaparecer. Está maduro para el rapto final.

Se ha corrido una voz entre los gremios de profetas, se susurra a media voz. Se lo dicen al discípulo predilecto y sucesor. «Eliseo, ¿sabes que hoy se llevará Yahvé a tu señor?». «Silencio, que ya lo sé». Elías intenta despachar a su discípulo, y éste no lo consiente: «Por Yahvé y por tu vida, que no te abandonaré».

Un grupo de cincuenta profetas los vieron acercarse al Jordán, golpear las aguas con el manto enrollado y pasar a pie enjuto. Quedaron solos, al otro lado, prontos para las últimas confidencias. «Eliseo, ¿qué quieres que haga por ti, antes de ser arrebatado?». «Dame los dos tercios de tu espíritu (hazme tu heredero)». «Difícil petición; si me vieres en el rapto, lo obtendrás; si no me vieres, no se hará».

Mientras iban caminando y hablando, un carro de fuego con caballos de fuego los separó, y Elías subió en un torbellino al cielo.

Al llegar el Mesías el espíritu de Elías baja para precederle: no dos tercios, sino el espíritu entero pasa a Juan el Bautista. Y Juan precede al Mesías con el espíritu y el poder de Elías. Los

judíos preguntan a Juan: «¿Eres tú el Cristo?»; él responde: «No lo soy». «¿Eres tú Elías?»; responde: «No lo soy». «¿Pues quién eres?». «Soy el que prepara los caminos del Señor». No es Elías en carne, sino en espíritu. También fue arrebatado Juan, víctima del rey perverso.

Un día escogió Jesús a tres apóstoles para manifestarles su gloria. «Se transfiguró ante ellos: su rostro brilló como el sol, sus vestidos eran blancos como la luz. Y aparecieron Moisés y Elías, que hablaban con él».

Los dos grandes profetas peregrinos del Sinaí se han dado cita en el Tabor para saludar al Mesías ya llegado. Y así han quedado los dos, en el ábside de la basílica del Tabor; inmóviles en piedra de mosaico sobre el tabernáculo, siempre presentes en espíritu ante su Señor.

LUIS ALONSO SCHÖKEL, SI

Bibliografía

Élie le prophète. I: *Selon les écritures et les traditions chrétiennes.* II: *Au Carmel dans le judaïsme et l'islam* (París 1956).

• Actualización:

ÁLVAREZ BARREDO, M., *Las narraciones sobre Elías y Eliseo en los libros de los Reyes. Formación y teología* (Murcia 1996).

CARMÉLITES DU MONASTÈRE SAINT ÉLIE SAINT-RÉMY-LES-MONTBARD, *Le saint prophète Élie d'après les Pères de l'Église* (Abbaye de Bellefontaine 1992).

KETTERER, E. - POIROT, E., «Les figures d'Élie le prophète»: *Suppléments aux Cahiers Évangile* (1997), número monográfico.

LÓPEZ-MELÚS, R. M.ª, *El profeta San Elías. Padre espiritual del carmelo* (Onda, Castellón [2]1995).

MARTINI, C. M.ª, *El Dios viviente. Reflexiones sobre el profeta Elías* (Valencia 1995).

BEATAS RITA DE LA DOLOROSA PUJALTE SÁNCHEZ Y FRANCISCA DEL CORAZÓN DE JESÚS ALDEA Y ARAUJO

Vírgenes y mártires († 1936)

La guerra civil de España, que estalló el 18 de julio de 1936 tras el fracaso de la II República, constituye el marco del martirio de las religiosas Rita Pujalte y Francisca Aldea. Ellas fueron las dos primeras mujeres consagradas a Dios que sufrieron el

martirio en el alba misma de dicha contienda, cuando apenas registraba Madrid los primeros chispazos del incendio.

La II República se proclamó el 14 de abril de 1931, día en que Alfonso XIII se embarcó en un buque de la armada, rumbo a Marsella. España pareció aquel día repleta de esperanzada felicidad. Eran los más quienes creían que los grandes problemas que arrastraba la nación encontrarían remedio adecuado en aquella solución. En la historia de España comenzaba una nueva página.

Los obispos mantuvieron una prudente actitud de espera y se abstuvieron de manifestaciones o juicios hostiles, limitándose a recomendar sensatez a los sacerdotes, prohibiéndoles intervenir en política, pero sin ocultar su nerviosismo por el paso de la Monarquía a la República. La Santa Sede, por su parte, recomendó respeto y obediencia a los poderes constituidos para el mantenimiento del orden y el bien común.

Pero apenas iniciada la nueva etapa política se sintieron como en casa propia demagogos y ateos extremistas. El 11 de mayo de 1931 acaeció la primera quema de conventos —incendios esporádicos no faltaron en el quinquenio republicano—, en el que casi un centenar, entre templos y conventos, fueron pasto de las llamas en tres días de barbarie popular. La ola destructora se extendió a varias regiones: Madrid, Valencia y provincia, Murcia, Alicante, Málaga, Sevilla, Cádiz, Jerez, Algeciras y Sanlúcar de Barrameda, sin que las autoridades republicanas hicieran nada para impedirlo. Mientras tanto, el Gobierno y las Cortes provisionales tomaron medidas sectarias, como la proclamación de la enseñanza laica y el destierro de varios obispos.

La votación de la Constitución republicana tuvo lugar el 9 de diciembre de 1931. Los textos constitucionales alusivos a la Iglesia mostraron evidente parcialismo enemistoso para con ella. Ya los primeros decretos del Gobierno provisional adolecieron de idéntico sectarismo, línea que se mantuvo en la legislación posterior al 9 de diciembre de 1931, al aplicar por decretos menores las normas genéricas del articulado constitucional. Aquí encontraron un quehacer sabroso muchos políticos de diversa graduación, coincidentes en su anticlericalismo. Fue éste un camino políticamente descabellado que, tras haber desposeí-

do a la República de toda seriedad democrática, fue concitando contra la situación los ánimos de la gente de orden.

El primer semestre de 1932 fue, en este aspecto, el más activo del quinquenio. El 24 de enero de 1932 fue disuelta la Compañía de Jesús. El 2 de febrero se dio la ley del divorcio. El 6 apareció el decreto de secularización de los cementerios. Por estas fechas, los maestros nacionales recibieron orden de retirar el crucifijo de las aulas. Pero la ley que más polvareda levantó fue la «Ley de Confesiones y Asociaciones Religiosas» (2 de junio de 1933), en que quedaba limitado el ejercicio del culto católico y sometido, en muchas ocasiones, al consentimiento de la autoridad civil. Se llevaban hasta extremas consecuencias las normas secularizadoras sobre bienes eclesiásticos, previsto ya por la Constitución (artículo 26). Se sancionaba la potestad del Estado de anular los nombramientos eclesiásticos. Y las órdenes religiosas habían de ser sometidas a un régimen de inspección en su gobierno interior, sus actividades y su administración, pues se las consideraba como un peligro para la seguridad del Estado.

Al rebasar con mucho los propios límites de un régimen de separación, la ley de Confesiones y Asociaciones levantó viva protesta en la España católica. El episcopado publicó una carta colectiva (25 de mayo), Pío XI dio a conocer la encíclica *Dilectissima nobis* (3 de junio) y el arzobispo primado, Gomá, publicó su pastoral *Horas graves* (12 de junio). Las ideas de los tres documentos son sustancialmente idénticas: ponen de relieve la gravedad del momento que vivía España, denuncian la política sectaria de la República y condenan las medidas discriminatorias, injustas y violentas contra la Iglesia. Todo ello, explica la formación de varias agrupaciones locales que llegaron a cuajar en un partido político de derechas —Acción Popular— que respondía a las exigencias de los católicos de aquellos tiempos.

Pocas novedades se registraron en el orden legislativo a partir de junio del 33. Por una parte, parecían explotadas las posibilidades sectarias de la Constitución y, por otra, el triunfo electoral centro-derechista en las elecciones de noviembre supuso un freno, ya que no una marcha atrás, en tales medidas extremas.

En efecto, hubo elecciones para Cortes constituyentes en junio de 1931 y elecciones generales el 19 de noviembre de

1933 en las cuales ganaron los conservadores. El 16 de febrero de 1936 hubo nuevas elecciones generales, que fueron difíciles y duras. Por una parte, los partidos de derecha estaban minados por mutuos recelos. En cambio, entre los de izquierda reinaba gran optimismo, pues consiguieron llegar a la deseada coalición del Frente Popular. Con todo, los resultados electorales mostraron una cierta paridad de tendencias políticas: el Frente Popular obtuvo el 34,3 por 100 de los votos, las derechas el 32 por 100, mientras que el centro no consiguió más que un 5,4 por 100.

Pronto se produjo el hundimiento total de la convivencia pacífica entre los españoles. Aquella República, que se instauró sin disparar un solo tiro, que llegó en medio de un clima general de esperanza, que ilusionó a tantos españoles y a la que se le abrió, nada más llegar, un crédito ilimitado en orden a reconstruir España, fracasaba ahora, carcomida por la intolerancia de los unos y de los otros.

Elaboró una Constitución de carácter avanzado y laico, que causó, como vimos, inquietud en la derecha, sin satisfacer a la izquierda. Gobernando los socialistas con Azaña, se produjo un movimiento militar de carácter monárquico, dirigido por Sanjurjo (10 de agosto de 1932). Más tarde se desarrollaron sangrientos sucesos de carácter social en Castilblanco y Casas Viejas. Al triunfar los conservadores en las elecciones del 19 de noviembre de 1933, ocupó el poder Lerroux, el cual gobernó con la ayuda del partido derechista de Gil Robles y ello provocó la revolución del 6 de octubre de 1934 en Asturias y en Cataluña.

Lo de Asturias fue muy grave. Prescindiendo de otras consideraciones y limitándonos a nuestro tema, hay que decir sin tapujos que fue un auténtico ataque organizado contra la Iglesia. Fueron destruidos 58 templos y 34 eclesiásticos sufrieron el martirio. Cataluña no derramó tanta sangre eclesiástica como su adelantada Asturias. El estallido se sofocó con rapidez y estaba presidido por preocupaciones autonomistas. Con todo, hubo dos religiosos heridos y el martirio del párroco de Navás (Lérida).

Como la colaboración entre Lerroux y Gil Robles en el gobierno se acentuaba, al mismo tiempo que la unión de los partidos de izquierdas para derribarlos, logróse disolver las Cortes y convocar elecciones generales. Celebradas a 16 de febrero de

1936 —hay que repetirlo—, dieron el triunfo al Frente Popular. Destituido Alcalá Zamora, Azaña ocupó la presidencia de la República, al mismo tiempo que se producían continuas revueltas de carácter social, huelgas, atentados, incendios de iglesias y conventos. Diecisiete sacerdotes eran asesinados en diversos lugares y circunstancias. La situación llegó a ser insostenible, cuando el 13 de julio asesinaron a Calvo Sotelo, jefe de la oposición. Cinco días después se inició el Alzamiento Nacional.

El 17 de julio por la tarde se levantó la guarnición de Melilla. Inmediatamente le siguieron las otras guarniciones africanas. Los días 18 y 19 de julio lo hicieron las demás de la península. El golpe no fue unánime ni tuvo éxito en todas partes, pero desde el primer momento se le unieron varios elementos de la población civil: requetés y carlistas en Navarra, falangistas en Castilla la Vieja, voluntarios pertenecientes a grupos políticos de la derecha, como las juventudes de Acción Popular, Renovación Española, grupos políticos de derechas que pertenecían a las clases media y alta, pero también elementos del campesinado y artesanado, ante todo de la Meseta Superior, Alto Ebro y Norte. En su conjunto, la gran masa católica de la nación.

Después de unos días de confusión, se constató que el Alzamiento no triunfó en toda España, pero que el Gobierno tampoco dominaba la situación. Formaban la España nacional las regiones donde predominaban la pequeña y media propiedad agraria y la industrial artesana. Formaron el bando republicano las zonas de industria media y pesada o de propiedades latifundistas. Estas condiciones favorecían al bando republicano, que controlaba las ciudades importantes, la casi totalidad de la industria de interés estratégico, la minería y los recursos del Estado, desde el Banco de España hasta los elementos mecanizados y la mayor parte de la escuadra y la aviación. La confusión de los primeros meses estuvo marcada por una serie de abusos que revelan el desmadre que reinó. Una de las primeras tragedias vividas fue la persecución religiosa.

Esta persecución afectó a la zona de dominio republicano y estaba planificada, alentada, y fue consumada por españoles, bajo la tolerancia, la impotencia y, frecuentemente, la consigna explícita de autoridades que detentaban el poder en un país de

tradición católica, hecho que evidencia una apostasía previa en amplios sectores del pueblo español.

Sus antecedentes se encuentran en la ideología determinante de la República, pero son fruto de una constante antirreligiosa y anticlerical, incubada en la España de las Cortes de Cádiz (1812). El liberalismo decimonónico originó en la política española una crisis en las relaciones Iglesia-Estado. El problema religioso había sufrido, así, más de un siglo de politización, fenómeno en el que la masonería puso siempre especial empeño. Todas las revueltas políticas del siglo XIX repercutieron, cruenta o incruentamente, en las relaciones Iglesia-Estado y, a su vez, las reacciones políticas tuvieron siempre una perspectiva, más o menos acentuada, de carácter religioso o antirreligioso. Como ensayos socio-religiosos de la proscripción política de la Iglesia, cabe citar: el pronunciamiento de Riego (1820), el «pecado de sangre» (1834), la matanza de frailes, la desamortización y exclaustración (1836), el gobierno de Espartero (1840-1843 y 1854-1856), la Primera República (1868-1870), la sesión de las Cortes llamada de «las blasfemias» (26 de abril de 1869). Y ya en el siglo XX, la semana trágica de Barcelona (1909) y «la ley del candado» (1910). En esta línea política de dirigismo anticlerical y de irreligiosidad, asumida por varios movimientos políticos y explotada por ciertas propagandas redencionistas de las lacras sociales del pueblo, es preciso situar la intención y el proyecto abiertamente persecutorio del régimen instaurado el 14 de abril de 1931.

Laicismo como ideología política y quema de conventos e iglesias como consigna iconoclasta, hicieron acto de presencia desde los mismos orígenes de la II República. La Constitución de la misma y toda la legislación subsiguiente mantuvo la tónica de hostilidad contra la Iglesia y los valores cristianos de la sociedad. Hicimos breve mención de todo ello páginas atrás. Así, el Frente Popular se encontró con unas masas impregnadas por el odio anticlerical y decididas a consumar su obra, ocasionando —al decir de V. Cárcel Ortí— «la más cruel persecución sufrida por la Iglesia española desde los tiempos del Imperio romano».

> «Nadie que tenga a la vez buena fe y buena información —escribe Madariaga— puede negar los horrores de esta persecución. Que el número de sacerdotes asesinados haya sido de 16.000 o

1.600, el tiempo lo dirá. Pero que, durante meses y aun años, bastase el mero hecho de ser sacerdote o religioso para merecer la pena de muerte, ya de los tribunales más o menos irregulares que, como hongos, salían del suelo popular, ya de revolucionarios que se erigían a sí mismos en verdugos espontáneos, ya de otras formas de venganza o ejecución popular, es un hecho confirmado. Como lo es también el que no hubiera culto católico de un modo general hasta terminada la guerra y que, aun en casos excepcionales, sólo hubiese alguno que otro. Como lo es, asimismo, que las iglesias sirvieran de almacenes, mercados, salones de espectáculos y de bailes y hasta en algunos casos de vías públicas, incluso para vehículos de tracción animal».

Esta persecución religiosa fue de tan rápida acción y tan exterminador su empuje que, pasado medio mes desde el Alzamiento, podía escribir Andrés Rieu, jefe del Partido Obrero Unificado, en *La Vanguardia* de Barcelona: «La clase obrera ha resuelto el problema de la Iglesia, sencillamente no dejando una en pie».

«Esta destrucción material de templos y de objetos de culto —dice Montero— descubre el costado más espiritual de la persecución, por dos motivos: porque las cosas y objetos son siempre más inocentes que las personas y porque, cuando esos objetos son de algún modo sagrados, su aniquilamiento descubre una saña contra el mundo religioso mucho más significativa que si los aniquilados fueran de carne y hueso».

Quien destroza una imagen, quema un retablo, profana cálices o pisotea corporales, difícilmente puede excusarse en reivindicar motivos clasistas e imperativos de guerra. No cabe duda que eso que venimos llamando persecución religiosa se nos muestra más plásticamente en millares de templos destruidos, saqueados y desvalijados, Cristos e imágenes de la Virgen y de los Santos mutilados y parodias sacrílegas que en las ráfagas del paredón nocturno, donde podían mezclarse con los justos algunos o muchos pecadores.

«Aquella barbarie marxista fue, a su vez, típicamente ibérica —continúa Montero—, pues no conocemos en los atropellos posteriores del comunismo un ensañamiento con los objetos sagrados de tan rabioso encono ni de dimensiones tan abrumadoras».

Los testimonios están a flor de tierra para espectáculo de propios y extraños.

> «Cuando se habla de templos destruidos —añade Montero— es ocioso indagar la veracidad de quien lo cuenta; basta visitar los escombros. Por desgracia, este contacto directo con las destrucciones no exige a ningún español desplazamiento alguno, puesto que a dos pasos de cada vivienda está la huella o el recuerdo viviente de la inmensa devastación sacrílega. De las ciudades y pueblos que estuvieron durante el trienio bélico dentro del mapa de la persecución religiosa, raro es el que no cuenta con algún mal de esta índole».

Imposible intentar tan siquiera un esbozo de alcance genérico sobre las cantidades de iglesias, ermitas, altares, vasos sagrados, ornamentos litúrgicos, imágenes, casas religiosas y cosas pertenecientes a la Iglesia que se vieron afectados por el huracán sacrílego. Desde luego, la persecución de las cosas fue más abundante que la de las personas. Para dar una idea, diremos que en la pastoral colectiva del episcopado español (1 de julio de 1937), decían los obispos: «Aunque son prematuras las cifras, de balance del conjunto, contamos con unos 20.000 templos destruidos o totalmente saqueados».

Y junto a la supresión del culto y la destrucción de templos y demás objetos sagrados, la matanza general de sacerdotes, religiosos y religiosas que alcanzó cifras impresionantes. Los datos que dan los historiadores son los siguientes: 12 obispos, 4.184 sacerdotes del clero secular y seminaristas, 2.365 religiosos y 283 religiosas. Total, 6.844 víctimas. Estas cifras se hallan necesitadas de precisiones. En primer lugar, que éstas son las personas cuyos nombres y apellidos constan de manera fehaciente. Añádase también que aquí sólo nos referimos a muertes violentas, sin tener en cuenta las torturas y las violencias que igualmente se infligieron. Y resulta del mismo modo importante destacar que sólo se contabilizan víctimas de sacerdotes o personas en estado de religión, y no los millares de laicos que murieron únicamente por el hecho de su afección incondicional a la Iglesia.

El que existiera represión violenta en las dos zonas en las que España quedó dividida, no quita nada a la consideración de que la persecución por motivos religiosos únicamente se dio en la zona republicana y que dicha persecución revistió caracteres de crueldad inaudita. Lo triste de algunas afirmaciones de la debatida pastoral colectiva del episcopado español (1 de julio de

1937), es que responden a la verdad más estricta. No exageraron los obispos al afirmar:

> «Se les cazó como a perros y se les persiguió a través de los montes; fueron buscados con afán en los escondrijos. Se les mató sin juicio, las más de las veces sobre la marcha, y sin más razón que su oficio social de sacerdotes. Las formas de asesinato revistieron caracteres de barbarie horrenda. A muchos les amputaron los miembros o les mutilaron espantosamente antes de matarlos; les vaciaron los ojos, les cortaron la lengua, les abrieron en canal, les quemaron o enterraron vivos, les mataron a hachazos. La crueldad máxima se ha ejercitado con los ministros del Señor. No se ha respetado el pudor de la mujer, ni aun a la consagrada a Dios por los votos religiosos».

Se quiere explicar la posibilidad de tamaños desmanes a causa de la actitud conservadora de la Iglesia y por su alianza con los poderosos. Hecho que, hoy día, desde un punto de rigor histórico, no resiste la más simple crítica y es más bien una excusa de carácter tópico, teniendo en cuenta, sobre todo, que centenares de los sacerdotes muertos no tenían el menor contacto ni el menor contubernio con esos círculos. Y lo mismo puede decirse de la mayoría de los seglares que fueron asesinados porque practicaban la religión católica. Murieron por ser sacerdotes; por motivos, primero, religiosos; luego, políticos; en ciertos casos, por motivos sociales. Murieron, eso sí, a manos de otros católicos, porque sus asesinos estaban, en su inmensa mayoría, bautizados. La causa de su muerte es, pues, el odio de una España por la otra; de una España por la Iglesia. La inmensa mayoría de los sacerdotes asesinados eran de condición tan humilde, tan pobres y tan pueblo, como sus mismos asesinos. Y es de advertir que, en líneas generales, aquellos sacerdotes y religiosos murieron con una serenidad, una paz y un ánimo que todavía resulta hoy día asombroso. Ésta es la realidad que consta a través de la documentación que actualmente poseemos. El Gobierno de Madrid, por su parte, volvió a caer en el mismo error en que cayó en mayo de 1931, al aceptar, en ocasiones, hasta públicamente, que la persecución religiosa era un desquite necesario que el pueblo tenía derecho a tomarse.

De las 6.844 víctimas, fueron cayendo: 17 del 1 de enero al 18 de julio de 1936 en diversos lugares y circunstancias. 861 du-

rante los últimos días de julio; solamente el 25 de julio, festividad del patrono de España, fueron torturados y asesinados 95 sacerdotes y religiosos. A principios de agosto, los obispos Olaechea (de Pamplona) y Múgica (de Vitoria) publicaron un documento conjunto denunciando la muerte de más de 1.100 clérigos. Durante el mes de agosto, fueron asesinados otros 2.077, casi 70 al día. A mediados de septiembre de 1936, las víctimas se aproximaban a 3.400. Fue por entonces cuando Pío XI, en la audiencia concedida a un grupo de peregrinos españoles, cantó las glorias de los mártires españoles. Cuando no había transcurrido un año de la contienda, los asesinatos de clérigos eran ya de 6.500. «La Iglesia de España —dice V. Cárcel Ortí— no había conocido cosa semejante desde los tiempos primitivos». La cifra de muertos era impresionante. Fue entonces cuando los obispos se decidieron a publicar la pastoral colectiva del 1.° de julio de 1937, varias veces mencionada en estas páginas, que tanta polvareda levantó. La discusión que sobre ella ha seguido hasta nuestros mismos días revela la importancia que tuvo y el interés objetivo que encierra.

Pero aquella situación, fruto de la coacción imperante, no debe hacernos pensar que se había extinguido el espíritu religioso con la persecución, si por espíritu religioso entendemos el fervor cristiano y el desarrollo pujante de las virtudes evangélicas. Se rezaba en la clandestinidad y el fervor de las prácticas piadosas hechas por las familias y los individuos alcanzó cotas jamás logradas, así como también el espíritu de caridad y de sacrificio, pues en la zona nacional, lo mismo que en toda la zona republicana, a pesar de haber desaparecido en ella toda manifestación externa de la vida religiosa, la fe seguía en pie y a más presión inclusive. Como asegura Montero:

> «En la España republicana la vida religiosa en aquellas circunstancias empezó a discurrir por cauces clandestinos como ocurre con un río tragado por la arena que reaparece más caudaloso kilómetros después. Fueron primero brotes espontáneos, desconectados, en la soledad recién conquistada de los escondrijos, para extenderse después en movimientos pujantes y organizados por cárceles y campos de concentración, por trincheras, por domicilios, hospitales y embajadas y por las madrigueras en la montaña».

Tal es, en suma, el contexto histórico en que sucedieron los martirios de las beatas Rita Dolores Pujalte Sánchez y Francisca Aldea Araujo del Corazón de Jesús.

Madre Rita nació el 19 de febrero de 1853 en Aspe (Alicante). En 1888 ingresó en la congregación de las Hermanas de la Caridad del Sagrado Corazón. Gozó de la confianza y el aprecio de la fundadora del instituto, madre Isabel Larrañaga. Por ende, desempeñó cargos de mucha responsabilidad: superiora local, maestra de novicias, superiora general y vicaria. Diabética y casi ciega, se encontraba retirada en el colegio de Santa Susana para pasar los últimos días de su vida. Allí la sorprendieron los trágicos acontecimientos que hemos contado.

Madre Francisca nació el 17 de diciembre de 1881 en Somolinos (Guadalajara). Huérfana de padre y de madre a los nueve años, la recogieron las Hermanas de la Caridad del Sagrado Corazón del colegio de Santa Susana. A los 18 años decidió abrazar la vida consagrada de sus educadoras. Parte de su existencia la dedicó a la enseñanza y en la congregación desempeñó los cargos de superiora local, secretaria y ecónoma general.

El colegio de Santa Susana se ubicaba en el barrio de Las Ventas, una de las zonas suburbanas del Madrid de entonces. Era uno de los primeros colegios abiertos por la madre Isabel Larrañaga. Funcionaba como curia general, pero en él se daba acogida a niñas pobres y huérfanas. Y la labor educativa de las monjas también se extendía por las escuelas del barrio para promocionar a niñas de familias económicamente débiles.

Cuando en julio de 1936 la situación comenzó a ser tan peligrosa, toda la comunidad optó por permanecer en el colegio para seguir atendiendo a las niñas recogidas en él. El día 20 fue asaltado y tiroteado por los republicanos. Las madres Rita y Francisca en cuanto tuvieron noticias de que la llegada de los asaltantes era inminente, se dirigieron a la iglesia para prepararse al martirio. Intuyeron su propia suerte, semejante a la de Jesús. Les pasó por el corazón lo sucedido en el Calvario y resonaron en sus oídos las palabras: «Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen». Prodigaron el perdón anticipado a los que atentaban contra sus vidas y se dispusieron a la muerte, que presentían segura, poniéndose en las manos providentes del Pa-

dre: «Pongámonos en sus brazos, y que sea su santísima voluntad», dijo madre Rita.

En la portería, momentos antes de salir, recitaron el Credo en presencia de los republicanos. Algunos de los mismos, fingiendo ayudarlas —su intención era darles muerte—, las acompañaron hasta el piso de una familia conocida, la de doña Amparo Salazar. Allí rezaron el rosario como preparación próxima a su martirio y para dar gracias a Dios por la posibilidad que les brindaba de dar testimonio de Jesús.

No habían pasado un par de horas, cuando cinco hombres y dos mujeres llegaron al piso de doña Amparo a buscarlas. Las condujeron a una furgoneta. Ellas no opusieron resistencia alguna y esperaron sin miedo la muerte, porque el amor que las sostenía, móvil de toda su vida, era fiel. Hacia las tres de la tarde de aquel 20 de julio de 1936 las fusilaron en la carretera de Barajas, cerca de Canillejas. Madre Rita contaba con ochenta y tres años y madre Francisca con cincuenta y cuatro. Testigos presenciales se maravillaron de la serenidad de sus rostros. La fama de su martirio se divulgó muy pronto.

Fueron beatificadas el 8 de mayo de 1998, juntamente con otras ocho religiosas salesas y otra monja carmelita, también martirizadas al inicio de la guerra civil de España, con la madre Maravillas de Jesús (carmelita española) y con un monje maronita libanés.

En la homilía de su beatificación dijo Juan Pablo II:

> «Decidieron permanecer en su puesto, a pesar de la persecución religiosa desatada en aquel tiempo, para no abandonar a las huérfanas que atendían. Este acto heroico de amor y de entrega desinteresada por los hermanos les costó la vida, que, aun siendo enfermas y ancianas, fueron apresadas y abatidas a tiros.
>
> El gran mandamiento de Jesús había arraigado profundamente en ellas durante los años de su vida religiosa, vividos en fidelidad al carisma de la congregación. Creciendo en el amor por los necesitados, que no se arredra ante los peligros ni rehúye el derramamiento de la propia sangre si fuera preciso, alcanzaron el martirio. Su ejemplo es una llamada a los cristianos a amar como Cristo nos ama, aun ante las más grandes dificultades».

RAMÓN MOLINA PIÑEDO, OSB

Bibliografía

CÁRCEL ORTÍ, V., «La Iglesia durante la II República y la Guerra Civil (1931-1939)», en R. GARCÍA VILLOSLADA (dir.), *Historia de la Iglesia en España*. V: *La Iglesia en la España contemporánea* (Madrid 1979) 331-394.

«Dos religiosas asesinadas al inicio de la guerra civil española»: *L'Osservatore Romano* (15-5-1998) 275.

JUAN PABLO II, «Homilía durante la misa de beatificación de doce siervos de Dios en la Plaza de San Pedro (10 de mayo de 1998)»: *L'Osservatore Romano* (15-5-1998) 281.

MONTERO MORENO, A., *Historia de la persecución religiosa en España (1936-1939)* (Madrid ²2004).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN JOSÉ BARSABAS

(† s. I)

José Barsabas, es decir hijo de Sabas, aparece una vez en el Nuevo Testamento. Es en el libro de los Hechos de los Apóstoles (1,15-26) con ocasión de la elección de un sustituto de Judas Iscariote. Nos dice el libro santo que los apóstoles, luego de la ascensión del Señor y siguiendo su mandato, no se marcharon de Jerusalén sino que se quedaron en la Ciudad Santa para aguardar la Promesa que había hecho el Padre por medio de Jesús y que se cumpliría el día de Pentecostés. Fueron días de convivencia fraterna y de oración, estando reunidos los Doce con la Madre de Jesús y con las santas mujeres y los hermanos de Jesús. Y uno de aquellos días, estando reunidas unas ciento veinte personas, Pedro, el corifeo del colegio apostólico, propuso que se llenara el hueco dejado por Judas, el cual había sido traidor a Jesús entregándolo y luego se había ahorcado. Pedro propuso que se cumpliera lo escrito en el libro de los Salmos: «Que otro ocupe su cargo» (Sal 109,8).

Pedro señaló las condiciones imprescindibles para que alguien pudiera ser candidato a ocupar el puesto dejado vacante por Judas en el grupo de los Doce: «Uno de los que nos han acompañado todo el tiempo que Jesús el Señor estuvo con nosotros, desde el bautismo de Juan hasta el día en que subió al cielo» (Hch 1,22). Con estas condiciones se propusieron dos candidatos, Matías y José Barsabas, al que llamaban de sobre-

nombre el Justo. Esto significa que los dos llenaban las condiciones requeridas para ser declarado cualquiera de ellos testigo oficial de la resurrección de Jesús y ser agregado al colegio apostólico, redondeando el número de Doce. La elección estuvo precedida por una oración comunitaria en la que se imploraba la manifestación de la voluntad divina. Y el sistema elegido para conocer esta voluntad fue echarlo a suerte, y, como es sabido, la suerte cayó sobre Matías, quedando por tanto José Barsabas fuera del grupo de los Doce.

El Nuevo Testamento nada nos dice en adelante de este candidato no elegido, ni al mencionar en Hch 15,22 a Judas Barsabas señala relación alguna con José. Se podría pensar si José fue uno de los setenta y dos discípulos a quienes Jesús confió, según Lc 10,1-20, la misión de ir por delante de él anunciando su llegada y la del reino de Dios, y que regresaron luego tan satisfechos del éxito evangelizador de su tarea. No es ello improbable siendo un discípulo de Jesús de la primera hora («desde el bautismo de Juan») y que lo había acompañado fielmente («hasta que subió al cielo»). Así lo pensó Eusebio, que lo presenta predicando en varios países y haciendo milagros en nombre de Jesús. Eusebio atribuye esta tradición sobre José Barsabas a Papías. Un apócrifo, los *Hechos de Pablo,* dice que fue preso por orden de Nerón pero que salió libre cuando a su vez fue liberado San Pablo tras su primera llegada a Roma.

SANTA MARINA O MARGARITA

Virgen y mártir (fecha desconocida)

El *Nuevo Martirologio* señala la memoria de esta santa diciendo: «En Antioquía de Pisidia, Santa Marina o Margarita, que según tradición consagró su cuerpo a Cristo por la virginidad y el martirio». Y en el *Martirologio romano* anterior decía Baronio: «En Antioquía la pasión de Santa Margarita, virgen y mártir». Y en nota a esta memoria señala: «A ésta la llaman de otro modo, Marina, Beda y Usuardo el catorce de las calendas de julio. Pero los griegos, que la llaman Marina, tratan de ella en los *Menologios* el dieciséis de las calendas de agosto; pero en el antiguo martirologio romano, al que se refieren antiguos manuscritos y re-

cientes martirologios, se celebra este día. Se comprueba que yerran los que sitúan su martirio en Alejandría, pues consta que fue en Antioquía de Pisidia y así lo señalan los griegos. Antiguo fue también en la Iglesia Occidental el culto de esta santa mártir; pues en las antiguas Letanías de la Iglesia romana, que se encuentran situadas en el orden romano se la reseña a ella entre las santas vírgenes y mártires; sobre su célebre día de fiesta se tiene mención en el concilio de Oxford». Seguidamente aborda Baronio en dicha nota el tema de sus *Actas*.

Los datos seguros son éstos: existen unas actas griegas de Santa Marina, que se dicen redactadas por un tal Teótimo, testigo ocular del martirio. Estas Actas en un tiempo muy antiguo fueron ya traducidas al latín y difundidas en Occidente pero con la particularidad de que si en el original griego la santa se llamaba Marina, en la traducción latina se la llama Margarita. Su culto estuvo tan difundido que la santa llegó a ser uno de los catorce santos auxiliadores. La tradición dependiente de las *Actas* luego se diversificó y dio lugar a diferentes versiones, todas ellas en la línea de lo más sorprendente, maravilloso e increíble.

Se la presenta a la santa como una cristiana natural de Antioquía de Pisidia e hija de un sacerdote pagano, Edésimo. Ella había llegado al cristianismo porque, huérfana de madre, fue confiada a una nodriza cristiana y criada en el campo, y la nodriza infundió en la niña el amor a Cristo, la instruyó en la fe de Cristo y la hizo bautizar. Llegada a los quince años y conocedora de la persecución de Diocleciano contra el cristianismo, ardía en deseos de ser ella mártir también. La oportunidad se le presentó cuando mientras llevaba a apacentar las ovejas de su nodriza pasó por allí Olibrio, el gobernador de la provincia. Quedó prendado de la belleza de la joven y quiso hacerla su esposa o concubina, si es que era esclava. Obligada a comparecer ante el gobernador, rechazó las pretensiones amorosas de Olibrio y fue denunciada como cristiana. Marina confesó de momento su fe e, invitada a apostatar, no valieron promesas ni amenazas. Entonces fue cruelmente torturada, pero permaneció firme. Echada a un oscuro calabozo, se le aparece el demonio en forma de dragón amenazando con devorarla, pero ella lo ahuyentó con la señal de la cruz. Vuelve el demonio a tentarla

bajo otras apariencias, siempre en vano. Vuelven a llevarla a juicio, vuelve ella a manifestarse firme en la fe, vuelven a darle terribles tormentos, y ella, inmersa en la oración, persevera firmísima. Por fin, es llevada fuera de la ciudad y decapitada.

¿Existió realmente Santa Marina o Margarita? Para muchos hagiógrafos y tratadistas modernos se trata de un personaje fabuloso, que nunca tuvo existencia histórica. Pero podría pensarse que lo fabuloso son las Actas pero que por debajo puede haber la memoria de una santa de este nombre griego, de la que la leyenda suplió los datos que no dio la historia. Esto parece más conforme con la pervivencia de su memoria en el nuevo *Martirologio romano.* Se ha conservado la memoria el día 20 de julio, como siempre se hizo en Occidente, mientras los griegos la señalan el 17. No debe omitirse la devoción que sentía por ella Santa Juana de Arco, a la que se le aparecía esta santa.

SAN FRUMENCIO

Obispo († s. IV)

La Iglesia de Etiopía celebra a este su padre en la fe con el título de *abba Salama,* es decir, «el revelador de la Luz», y celebra su fiesta el 20 de julio. Baronio lo situó en el anterior *Martirologio romano* el día 27 de octubre, fecha sin fundamento, y a su vez la Iglesia bizantina lo conmemora el 30 de noviembre.

Rufino, en su *Historia eclesiástica,* cuenta que en el imperio de Constantino un filósofo de Tiro, acompañado de dos alumnos suyos, uno de ellos Frumencio, de vuelta de la India, desembarcó en la costa de Etiopía con sus demás compañeros de viaje. Tanto el filósofo como todos los demás fueron masacrados por los etíopes, salvo dos jóvenes, Frumencio y Edesio, que fueron llevados a la corte de Axum como esclavos, sin duda por su juventud. Ambos jóvenes prosperaron en la corte, llegando Frumencio a ser secretario real. Muerto el rey, le sucede Ezana, menor de edad, estando la regencia a cargo de su madre. Y en este tiempo Frumencio aprovecha su buena situación en la corte para hacer propaganda del cristianismo, con acogida que auguraba buen éxito. Llegado el rey a la mayor edad, Frumencio y su compañero piden licencia para volver a su país. Edesio vuelve a

Tiro y cuenta su historia a Rufino, que luego la señalaría en su obra, y a su vez Frumencio se dirige a Alejandría y visita a San Atanasio, al que dio noticia de la puerta abierta al evangelio en Etiopía.

El Patriarca alejandrino no se lo pensó dos veces: ordenó obispo a Frumencio y lo mandó de vuelta a Axum con la misión de evangelizar el país. Lo hizo Frumencio y logró con su labor implantar el cristianismo en aquel país, que en tan gran parte sigue hoy siendo cristiano. Tradicionalmente el obispo etíope ha venido acudiendo a Alejandría para su ordenación. En Etiopía se formó una Iglesia con caracteres y tradiciones propias.

SAN AURELIO DE CARTAGO

Obispo († 430)

Se sabe muy poco de su vida anterior al episcopado. Apenas otra cosa sino que pertenecía al clero cartaginés en calidad de diácono. El año 388 San Agustín se encuentra con él en Cartago y se hacen amigos, dejando Aurelio muy edificado a Agustín por su caridad con los pobres y la solemnidad y belleza con que se celebraban los divinos oficios en Cartago bajo el cuidado de Aurelio. Parece que a mediados de la década de los 90 del siglo IV Aurelio es elegido obispo de Cartago al tiempo que San Agustín lo es de Hipona.

Lo mismo que el Santo Doctor, se verá San Aurelio en la precisión de oponerse al donatismo y al pelagianismo, convocando para ello numerosos sínodos, e igualmente hizo frente con decisión a otros muchos puntos de disciplina eclesiástica, de la que era verdaderamente celoso. Fue un pastor enérgico, un verdadero hombre de acción. Agustín estuvo en frecuente correspondencia con él, le dedicó algunas de sus obras y es claro que ambos santos sintonizaban en convicciones y en obras. Tuvo la estima de San Inocencio I y de San Juan Crisóstomo y vino a morir el año 430 cuando se producía la invasión vándala del norte de África.

SAN VULMARO

Abad († 689)

Vulmaro era natural de la región de Boulogne, en el norte de Francia, y llegado a la juventud contrajo matrimonio y llevó una vida normal y honesta. Pero resultó que su esposa, Osterhildam, estaba ya casada y el primer marido reclamó que aquella mujer era suya. Este fracaso hizo a Vulmaro repensar el sentido de la vida y optó entonces por pedir ser admitido en el monasterio de Hautmont en el Hainaut.

Vulmaro entró en el monasterio primero como criado, y fue empleado en cortar leña para los monjes y cuidar del ganado. Pero su humildad, buena actitud y buenas cualidades se ganaron el ánimo del abad, el cual le vistió el hábito monacal y lo preparó luego al sacerdocio, que oportunamente recibió. Con la debida licencia pasó una temporada como ermitaño en el monte Cassel. Y aquí tuvo la idea de fundar un nuevo monasterio, como en efecto hizo erigiendo la abadía de Samer, de donde sería abad. Tuvo en vida gran crédito como hombre santo y se le atribuyeron milagros. Una vez muerto, su tumba fue objeto de gran veneración por parte de los fieles.

SANTOS MAGDALENA YI YONG-HUI, TERESA YI MAE-IM, MARTA KIM SONG-IM, LUCÍA KIM, ROSA KIM, ANA KIM CHANG-GUM, MARÍA WON KWI-IM, JUAN BAUTISTA YI KWANG-NYOL

Mártires († 1839)

En el lugar de Seúl llamado Pequeña Puerta del Oeste fueron decapitados el 20 de julio de 1839 ocho cristianos, siete mujeres y un varón, que prefirieron perder la vida antes que abandonar la fe de Cristo, que profesaban de corazón y que confesaron con sus labios sin miedo a las represalias.

Éstos son sus datos personales:

MAGDALENA YI YONG-HUI había nacido en Pongchon, Seúl, el año 1809. Era hija de la también mártir y santa Magdalena Kye-im. Educada cristianamente, ella y su hermana mayor decidieron guardar virginidad para servir con mayor libertad al

Señor. Pero cuando su padre quería a todo trance casarla, decidió irse a Haktari, en Hanyang, la capital. El día antes de cumplir los diecisiete años le reveló a una criada su propósito de marcharse. Tomó un hatillo de ropas y, acompañada por la criada, salieron al día siguiente para la capital siguiendo a su padre que ese día iba allí. Llegó a casa de su tía Teresa, le contó su historia y la tía le permitió quedarse y vivir tranquilamente allí. Como ella dejó en la cercanía de la casa ropa ensangrentada pensaron que algún animal la había atacado y el padre al saberlo volvió urgentemente a casa. Supo el padre que Magdalena rehusaba casarse con el novio que él la había buscado y pensó que él era el responsable de la muerte de su hija. Tres meses más tarde la tía mandó a la madre de Magdalena un recado secreto tranquilizándola respecto a su hija y diciéndole que se encontraba a salvo en su casa. La madre, hasta entonces hundida por la pena, respiró, y el padre al ver la mutación de su esposa empezó a sospechar. La madre le contó la verdad y él fue a la capital a asegurar a su hija que podía seguir su propio camino. Luego de estar un tiempo con su tía, Magdalena pasó por otras casas y finalmente, por intervención de un sacerdote, pudo poner su propia casa. Cuando su hermana Bárbara quedó viuda, se fue a vivir con ella y compartieron ambas la vida durante años, y recibían la visita de su madre en Navidad y Pascua. Llegada la persecución de abril de 1839, Magdalena fue una de las cristianas que se decidieron a ofrecerse espontáneamente a las autoridades y así se presentaron como cristianas a los soldados que buscaban a Agustín Yi Kwang-hon. No las tomaron en serio y las mujeres persistieron, y como prueba les enseñaron sus rosarios. Entonces los soldados las llevaron a la cárcel. Al día siguiente fueron interrogadas e invitadas a renunciar al cristianismo. Ellas contestaron que no traicionarían al Señor aunque les costase la vida. Las autoridades estaban perplejas y las interrogaron un día tras otro comprobando la convicción con que se confesaban cristianas. Los guardias las golpearon en las rodillas pero las mártires se mantuvieron firmes. Les pegaron aún más fuerte pero sin resultado. La sangre caía desde las heridas al suelo.

Había otros muchos presos cristianos en la cárcel y se declaró una epidemia de tifus. Faltaba agua y alimentos y la situación

se hizo muy dura. Empezaron las apostasías. San Pedro Maubant, el misionero francés que había ido a Corea luego de tanto tiempo de ser solicitados misioneros, animaba a los presos diciéndoles que si morían de miseria en la cárcel, ello no era menor martirio que morir a espada. Por fin las espontáneas confesoras de la fe fueron llevadas ante el Ministro de Justicia, ante el que repitieron su confesión de fe y su negativa a apostatar. Como consecuencia, en el día señalado Magdalena junto con sus compañeras fue decapitada.

TERESA YI MAE-IM había nacido en 1788 en Pongcheon, Seúl. Era tía de la mártir anterior. Se había casado con un hombre no católico pero se quedó viuda con sólo 20 años. Volvió a la casa paterna y entonces tuvo lugar su encuentro con una persona católica que la llevó a la Iglesia. Una vez bautizada, hacía propaganda cristiana entre sus familiares y amigos. Cuando Magdalena, su sobrina, como queda dicho, huyó de su casa, ella la recibió en la suya. Fue una de las que se presentaron espontáneamente a los soldados, padeciendo interrogatorios, tortura, cárcel y finalmente decapitación.

MARTA KIM SONG-IM nació en Pupyong, provincia de Kyonggi, el año 1787, y antes de ser cristiana estuvo casada dos veces. La primera vez con un hombre con el que no era posible llevarse bien por el carácter irascible del mismo, tanto que ella optó por separarse. Simplemente se marchó de casa y se fue a vivir a Hanyang. Aquí se unió a un ciego que se ganaba la vida echando las cartas y con él contrajo matrimonio y vivió muchos años. Tendría unos cincuenta años cuando, mediante un vecino católico, conoció el cristianismo. Murió el marido ciego, con quien la vida tampoco había sido fácil, y entonces comenzó a ganarse la vida trabajando como criada doméstica y lo hizo en varias casas católicas. Pudo así conocer el cristianismo más de cerca y comenzó a admitir en su corazón la fe y a valorar desde ella los sucesos de su vida pasada. Conoció por entonces a Teresa Yi Mae-im, la mártir anterior. Llegada a la fe y bautizada, residía con Teresa y fue una de las que espontáneamente confesaron su cristianismo, siendo apresada, torturada y condenada a decapitación.

LUCÍA KIM había nacido en Kangchon, Seúl, el año 1818 en el seno de una familia aristocrática. La familia ya se había muda-

do a Kongdok cuando murió su padre, que dejaba quince hijos, siendo Lucía la más pequeña. Su madre estaba todavía muy impactada por la muerte del esposo cuando un vecino católico se acercó a ella a brindarle el consuelo de la religión cristiana. Con motivo de esta influencia toda la familia se hizo cristiana. Lucía se aprendió el catecismo de memoria con sus solos nueve años, y fue bautizada por un sacerdote recién llegado a Corea. A los 14 años Lucía decidió guardar su virginidad y consagrarla al Señor. Al morir su madre se encontró en la mayor pobreza, y aunque la ayudaban personas caritativas, conoció bien lo que es el hambre. Una vez que llevaba varios días sin alimentos la visitó su hermana mayor y se extrañó que no hubiera vendido cosas de la casa para poder comer. Ella respondió que dejaba la venta de las cosas para cuando hubiera de comprar zapatos porque la policía venía por ella. Significó con ello que estaba a la espera del martirio. Una cuñada suya la visitó y ella le regaló una cuchara diciendo que ya le quedaba poco tiempo para poder usarla y le aconsejó que si la arrestaban a ella no perdiera la oportunidad del martirio. Estaba en la casa de Teresa Yi Mae-im hablando sobre la persecución religiosa cuando decidió con las otras compañeras presentarse espontáneamente a los soldados. Siguió su arresto, prisión, torturas, juicio y muerte por decapitación.

ROSA KIM era natural de Seúl, donde había nacido el año 1784 en el seno de una familia pagana. En su juventud contrajo matrimonio pero posteriormente se separó su marido de ella. Entonces se fue a vivir con una pariente suya que era católica y por ahí vino a conocer el cristianismo. A pesar de ser ya mayor se dedicó con gran esfuerzo a aprenderse la doctrina cristiana. Inteligente y comunicativa, no sólo ella se hizo cristiana sino que era feliz comunicando su fe a otros. Vivía cristianamente y cuando tenía oportunidad recibía los sacramentos. Los demás católicos la consideraban una cristiana modelo. Arrestada el 16 de enero de 1838, pasó por varias cárceles y mostró siempre gran firmeza y serenidad. Al comparecer ante el juez, vio que estaban allí preparados los instrumentos de tortura. Se los señaló el juez pero ella señaló que nunca se separaría de Dios y que le tenía ofrecida su vida. Torturada y luego sentenciada a muerte, la ejecución se retrasó hasta el citado 20 de julio de 1839.

ANA KIM CHANG-GUM había nacido en Seúl en una familia católica el año 1789. Educada cristianamente, desde joven se adhirió de todo corazón a los principios del cristianismo. Tenía espléndidas dotes naturales de inteligencia y habilidad. Llegada a la edad nupcial contrajo matrimonio, pero su esposo murió al poco tiempo. Se dedicó entonces al cuidado de su madre, y tuvo el consuelo de que llegara un sacerdote y le administrara a la anciana el sacramento de los enfermos. Tuvo como vecino a San Juan Bautista Yi Kwang-nyol que estaba destinado por Dios a compartir el martirio con su cristiana vecina. Ambos se conocieron y se animaron a vivir cristianamente, y juntos pusieron un pequeño negocio del que sacaban su sustento. Ambos fueron arrestados el 8 de abril de 1839 con María Kwi-im. Interrogada Ana confesó abiertamente su fe y se negó a apostatar como enseguida se le exigió bajo amenazas. Posteriormente sería torturada, sometida a juicio y condenada a muerte. Detenida en la cárcel, pasó hambre, sed, enfermedad y malos tratos hasta que llegó el día de su ejecución.

MARÍA WON KWI-IM había nacido en Yongmo Ri, Koyang Kun, provincia de Kyonggi, el año 1818. Muy niña perdió a su madre y estuvo algún tiempo con su padre, pero se la llevó su tía Lucía Won, que era cristiana y preparó a la niña para el bautismo, que recibió a los quince años de edad tomando el nombre de María. Se le ofreció un matrimonio pero ella decidió permanecer virgen y ofrecerse al Señor, por lo que vestía como las mujeres casadas. Cuando en la noche del 8 de abril de 1839 la policía rodeó la casa de su tía Lucía, intentó María huir pero se topó con un conocido que la entregó a la policía. Muy impactada por el arresto, se serenó luego y aceptó la voluntad de Dios, confesó la fe en el interrogatorio y se negó a apostatar. No lo consiguieron tampoco las torturas. Se mantuvo firme en el juicio y en los malos tratos de la cárcel hasta que fue decapitada en la fecha señalada.

JUAN BAUTISTA YI KWANG-NYOL nació el año 1795 en Kwangju, provincia de Kyonggi, y era hermano del también mártir San Agustín Yi Kwang-hon. Pertenecía a una familia aristocrática. Había oído ya hablar del cristianismo cuando su hermano Agustín, tras su conversión, le invitó expresamente a

hacerse católico y él estuvo de acuerdo, pese a ser ya entonces una religión prohibida en el reino. Comenzó a vivir con intensidad su nueva fe. Se hizo cargo de su madre y vivió con ella cerca de la casa de Agustín. Su pobreza le impidió casarse. Los cristianos lo incluyeron varias veces en el grupo que fue a Pekín para pedir misioneros a Corea, y fue en uno de estos viajes cuando recibió el bautismo y tomó el nombre de Juan Bautista. Decidió entonces no contraer matrimonio nunca para estar libre al servicio de la Iglesia. Vivía con gran espíritu ascético. La Iglesia utilizó sus servicios como catequista. Se incrementó la persecución y el 8 de abril de 1839 fue arrestado junto con su anciana madre. Presenció el interrogatorio y maltrato infligido a su hermano Agustín, arrestado también ese día, e invitado a apostatar se negó firmemente. Llevado a juicio y torturado, permaneció firme. Condenado a muerte, no se le ejecutó junto con su hermano porque una ley prohibía ejecutar a dos hermanos al mismo tiempo. Por ello fue dejado para otra fecha, que fue finalmente el 20 de julio de 1839.

Todos estos santos fueron canonizados el 6 de mayo de 1984 por el papa Juan Pablo II en Seúl.

SAN JOSÉ MARÍA DÍAZ SANJURJO

Obispo y mártir († 1857)

Nace en Santa Eulalia de Suegos, Lugo, y decidida su vocación eclesiástica, estudió en el seminario de Lugo, de donde pasó luego a la Universidad de Compostela. Optó por la vida religiosa e ingresó el 25 de septiembre de 1842 en el colegio misionero de Ocaña, de la Orden de Predicadores, donde hizo el noviciado y la profesión religiosa, ordenándose de sacerdote el 23 de marzo de 1844.

Destinado a las misiones de Tonkín, marchó a Manila con otros cinco compañeros, y aquí, a la espera de su destino misional, dio clases en la universidad. En 1845, por el tiempo de Pascua, llegó a Tonkín. Fue destinado al seminario para nativos de Luc-Thuy. Aquí realizó una buena labor a la que puso fin un motín popular que en 1847 saqueó la casa, dispersó a los alumnos y obligó al P. José María a marcharse. Luego de varias peripecias se pudo refugiar en Cao-Xa. Surge por entonces el de-

creto persecutorio contra el cristianismo del emperador Tu-Duc, que invitaba a apresar a los misioneros extranjeros, a los que calificaba con los peores epítetos, y se ofrecían trescientas onzas de plata a quien descubriese un misionero europeo. Sorteando los peligros el P. José María permaneció en el país, dispuesto siempre a ejercer su ministerio sacerdotal con el celo entusiasta que le distinguía.

El año 1849 se crea el nuevo vicariato del Tonkín Oriental, al frente del cual se puso a monseñor Martí, y se toma la costumbre de darle al vicario un coadjutor con rango de obispo para garantizar la continuidad del ministerio episcopal en la zona. La Orden de Predicadores propone al Papa que el primer obispo coadjutor con derecho a sucesión en el nuevo Vicariato sea nuestro futuro mártir y es consagrado ese mismo año en Doung-Xuyen. Muy pronto, sin embargo, en 1852 sucede al vicario como titular del vicariato y fija su residencia en Bui-Chu. No se llevó adelante la persecución con el mismo énfasis y por ello hubo unos años en que fue posible un trabajo apostólico relativamente tranquilo, aunque siempre había que usar de mucha prudencia. Dando pruebas de una gran entrega apostólica, hizo cuanto pudo por proseguir la tarea evangelizadora y robustecer la comunidad cristiana que le estaba confiada.

Pero en 1857 un nuevo decreto hizo revivir las medidas más drásticas contra los misioneros europeos y el cristianismo, amenazando de muerte a los jefes de poblados que no denunciaran la presencia de europeos en su población. El nuevo mandarín de Bui-Chu rodeó el poblado para impedir cualquier huida y se lanzó a capturar al obispo José María. Fue arrestado y se le arrebató la cruz y el anillo que fueron destruidos. Luego se le sometió a prisión, se le invitó a apostatar o sería condenado a muerte. El siervo de Dios se mantuvo firme y sereno. El mandarín lo condenó a muerte, siendo ejecutada la sentencia por decapitación en Nam-Dinh el 20 de julio de 1857. Su cabeza fue expuesta en un palo para general escarmiento y luego junto con el cuerpo arrojada al río.

Fue canonizado el 19 de junio de 1988 por el papa Juan Pablo II junto con los 117 mártires de Vietnam, muertos por la fe entre los años 1745-1862, que habían sido beatificados a lo largo del siglo XX.

SANTOS LEÓN IGNACIO MANGIN, PABLO DENN, MARÍA ZHOU WUZHI, PEDRO ZHOU RIXIN, MARÍA FU GUILIN, MARÍA ZHAO GUOZHI, ROSA ZHAO, MARÍA ZHAO Y XI GUIZI

Mártires († 1900)

León Mangin, Pablo Denn, sacerdotes jesuitas ambos, y María Zhou Wuzhi, fueron masacrados por los boxers en el asalto a la misión de Zhoujiahe, en la provincia china de Hebei, el día 20 de julio de 1900.

LEÓN IGNACIO MANGIN había nacido en Verny, junto a Metz, Francia, el 30 de julio de 1857. Hizo los estudios secundarios y al término de los mismos se decidió por la vida religiosa, ingresando en la Compañía de Jesús el 5 de noviembre de 1875. Hecho el noviciado y la profesión religiosa, fue enviado a Lovaina, donde hizo los estudios de filosofía. Luego fue destinado a un colegio de su Orden en Lieja y se dedicó a la enseñanza. Habiéndose ofrecido para las misiones extranjeras, fue enviado a China en 1882. Al llegar hizo los estudios teológicos al tiempo que aprendía la lengua china. El 31 de julio de 1886 fue ordenado sacerdote junto con el futuro mártir y santo Isidoro Isoré. Seguidamente fue enviado a la misión de Zhoujiahe (Tchou-kia-ho). Era una población de cuatrocientas personas. Aquí trabajó con entrega y dedicación a lo largo de los años, creciendo la comunidad cristiana. En 1898 comenzaron las bandas de boxers sus actividades, y el P. Mangin pensó que era preciso fortificar la misión. Así lo hizo, refugiándose en ella muchas otras personas hasta un número de tres mil. Los boxers intentaron un primer asalto el 15 de julio pero los resistentes pudieron repelerlos. El día 18 lograron saltar las primeras barricadas y por fin el 20 pudieron llegar hasta la iglesia donde se encontraban los dos sacerdotes, revestidos con los ornamentos sagrados y dirigiendo la plegaria común. Había allí numerosos fieles, sobre todo mujeres y niños, que estaban arrodillados y no opusieron resistencia alguna. Los dos sacerdotes estaban junto al altar y muy cerca de ellos los catequistas. Los boxers ofrecieron la salvación a cuantos apostataran. Un grupo muy pequeño aceptó la oferta. Los que no la aceptaron fueron masacrados. El

P. Mangin dio la absolución sacramental. Los sacerdotes murieron de los primeros. Luego la iglesia fue incendiada.

PABLO DENN nació en Lille, Francia, el 1 de abril de 1847. Hechos los estudios primarios, se colocó al llegar la adolescencia en un banco a fin de ayudar económicamente a su madre que se había quedado viuda. Sentía la vocación misionera pero veía que por entonces no podía seguirla. La compensó haciendo un intenso apostolado entre sus compañeros y ayudando a los pobres en las Conferencias de San Vicente de Paúl. Por fin el 6 de julio de 1872 pudo cumplir su ideal religioso ingresando en la Compañía de Jesús. Ofrecido para misionero, fue enviado a la China y ya estando en este país hizo el noviciado, la profesión religiosa y los estudios pertinentes y recibió la ordenación sacerdotal el 19 de diciembre de 1880. Tuvo diferentes encargos que cumplió con gran entrega: en el centro misional de Fang-Kai-chiai (1880-1884), en el colegio de Tchan-Kia-Tchoan (1884-1898), siendo profesor, prefecto de disciplina y finalmente rector, y por último fue enviado al distrito de Ku-tcheng. Cuando llegó la revolución de los boxers y una de sus cristiandades había sido ya echada al fuego por ellos, el P. Denn recibió la llamada del P. Mangin para que se fuera con él. Y así lo hizo, muriendo con él cuando los boxers asaltaron la iglesia.

MARÍA ZHOU WUZHI (o Tchou Ou Cheu) era una de los muchos cristianos que en aquella ocasión fueron masacrados con los dos sacerdotes. Era la esposa del administrador de la comunidad cristiana, Esteban, y había sido una magnífica esposa y una gran creyente, colaboradora activa de la misión. Cuando al llegar los boxers vio que éstos se disponían a disparar contra el P. Mangin, ella se puso delante queriendo salvarle la vida y recibió las descargas que acabaron con la suya. Tenía unos cuarenta años de edad.

En este mismo día 20 el *Martirologio romano* conmemora a otros mártires de la misma persecución bóxer, martirizados no con los mártires anteriormente señalados sino en otros lugares. Éstos son:

PEDRO ZHOU RIXIN, joven de 19 años, natural de Lujiazhuang, en la provincia de Hebei, y que con tantos otros cristianos se había refugiado junto al P. Mangin. Cuando llegaron los boxers y asaltaron la iglesia pudo saltar por una ventana y esca-

par. Escondido, estuvo mucho tiempo sin comer, y cuando lo hallaron los soldados, lloraba de hambre y de miedo. El capitán lo trató bien y le prometió la vida si apostataba. Se negó firmemente el muchachó y entonces fue decapitado. Esto sucedió varios días después del 20 de julio, no se sabe exactamente cuál, y el *Martirologio* ha preferido conmemorarlo hoy. El martirio tuvo lugar en su pueblo natal.

MARÍA FU GUILIN era una maestra y catequista fervorosa, nacida en 1863, y que, dedicada al Señor y a la obra apostólica, dio un alto ejemplo de vida cristiana. Llegada la persecución bóxer, ella aconsejaba a todos huir pero no lo hizo ella misma hasta que, siendo inminente la venida de los perseguidores, se refugió en una casa abandonada. Los boxers lo supieron porque una mujer pagana la delató. Sacada con violencia a las afueras del pueblo Daliucun donde vivía la invitaron a apostatar, y al no hacerlo la hirieron primero y la decapitaron después. Era el 10 de julio de 1900.

MARÍA ZHAO GUOZHI y sus hijas ROSA y MARÍA fueron sacrificadas por los boxers en odio al cristianismo en el poblado de Wuqiao Zhaojia. María era viuda y atendía con mucho cuidado a la educación de estas dos hijas. Se escondieron las tres en un pozo, no sin gran peligro, pero las sacaron unos vecinos y enseguida cayeron en manos de los boxers. Éstos procedieron en el acto a decapitar a la madre, y entonces propusieron a las aterrorizadas muchachas que renegaran del cristianismo para salvar sus vidas. Las ataron a sendos árboles y les hicieron la propuesta una y otra vez. Las dos jóvenes se negaban con firmeza, lo que irritó sobremanera a uno de los boxers que, sacando su espada, acabó con la vida de las dos mártires.

XI GUIZI (o K'itchou Tseu) era un joven catecúmeno de 18 años que aún no tenía nombre cristiano. Estaba adherido a Cristo de todo corazón y estudiaba el catecismo con el mayor interés. Era obrero manual y tenía poca cultura. Su familia se oponía a que se convirtiera al cristianismo. Cuando supo la llegada de los boxers huyó, pero su padre lo mandó volver a casa y él obedeció. Apresado por los boxers, fue llevado a la pagoda para que adorara a los dioses. El joven se negó alegando su fe cristiana. Entonces fue maniatado y llevado camino de la ejecución. Pasó por delante de su casa, cuyos miembros mostraron

hacia él una total indiferencia, no moviendo un dedo para salvarlo. Al pasar por delante de la capilla cristiana, pidió permiso para arrodillarse y adorar a Jesucristo. Llegado al lugar de la ejecución, le soltaron las manos, hizo sobre sí la señal de la cruz y dejó mansamente que lo descuartizaran vivo. Era en el pueblo de Dechao, provincia de Hebei.

Todos estos mártires fueron canonizados por Juan Pablo II el 1 de octubre de 2000, junto con los demás mártires de China.

21 de julio

A) Martirologio

1. En Lisboa, San Lorenzo de Brindis († 1619), presbítero, religioso capuchino y doctor de la Iglesia, cuyo natalicio fue tal día como mañana **.
2. En Marsella (Galia), San Víctor († ca.292), mártir.
3. En Emesa (Siria), San Simeón Salo, ermitaño, y San Juan († s. VI), ermitaño, compañero suyo **.
4. En Roma, la conmemoración de Santa Práxedes († s. II), bajo cuyo nombre hay dedicada una iglesia en el Esquilino *.
5. En Estrasburgo (Alsacia), San Arbogasto († s. VI), obispo.
6. En Rochefort (Francia), Beato Gabriel Pergaud († 1794), presbítero, canónigo regular y mártir *.
7. En Yanzibian (China), San Alberico Crescitelli († 1900), presbítero, del Pontificio Instituto de Misiones Extranjeras, mártir *.
8. Cerca de Daining (China), San José Wang Yumei († 1900), mártir *.

B) Biografías extensas

SAN LORENZO DE BRINDIS

Presbítero y Doctor de la Iglesia († 1619)

El santo nació en Brindis, cerca del lugar en que la bota italiana llevaría la espuela contra el Balcán turco. Era en julio de 1559. Tres semanas después, el viejo papa Paulo IV, duro campeón de la reforma católica, moría en Roma. El populacho mostraba su alegría por verse libre de su firme puño, y echó abajo la estatua del Pontífice. El recién nacido heredaría en cierto modo el celo del reformador difunto, pero sabría ser más caritativo y más flexible.

Había nacido de noble familia. Recibió en el bautismo el nombre de Julio César. Se cuenta que a los seis años predicó en la catedral y que el auditorio quedó transportado de admiración. Reduzcamos las cosas a sus justos límites, no es imposible que participara en alguna fiesta infantil, al estilo de las que tan frecuentemente vemos organizarse en las catequesis. Y nada tendría de raro que el despierto muchacho, puesto en una ocasión tal, encantara a su auditorio por el despejo y la soltura con que trataba de las verdades religiosas.

Muerto su padre, César entra en los franciscanos conventuales, y queda allí hasta la edad de catorce años. Pero ya hemos dicho cuál es el emplazamiento de Brindis. Los turcos amenazaban con su poder creciente la pequeña ciudad y César, con su madre, se refugia en Venecia, donde un tío suyo cuidará tiernamente de su formación. El adolescente no había olvidado el ideal franciscano. Y el 17 de febrero de 1575 entra en la Orden capuchina tomando el nombre de Lorenzo. Su ingreso tuvo lugar en el convento de Verona. Novicio modesto y grave, penitente hasta el extremo, cayó enfermo y hubo que retrasar su profesión. Por fin, el 24 de marzo, víspera de la Anunciación, pudo hacerla.

El futuro doctor de la Iglesia recibió en la Orden capuchina una formación verdaderamente excepcional. Enviado a estudiar a Padua, conoció a fondo la Sagrada Escritura, y así, durante su vida, hemos de verle muchas veces discutir directamente sobre el texto hebreo con los herejes y los judíos. Tuvo un conocimiento de idiomas poco corriente, pues hablaba el francés, el alemán, el griego, el siríaco y el hebreo. Su formación teológica era tal que, no siendo aún sacerdote, predicó dos cuaresmas en Venecia, ciudad nada fácil para un predicador bisoño. Alguna de sus conquistas apostólicas tuvo enorme resonancia en la ciudad, así, por ejemplo, la de aquella cortesana que, venida al sermón con ánimo de hacer alguna mala conquista, fue conquistada por Cristo.

Una vez sacerdote, sus trabajos continuaron a un ritmo todavía más vivo. Durante tres años, por encargo de Clemente VIII, predica a los judíos de Roma, obteniendo buenos resultados gracias a sus conocimientos de hebreo. Pero las dos

grandes empresas de su vida habían de ser la lucha antiprotestante y la cruzada contra los turcos.

El historiador, aun profano, que recorra sumariamente los acontecimientos religiosos de la edad postridentina, y estudie la contraofensiva de la restauración católica, tropezará necesariamente con la figura de este capuchino italiano que, aun perteneciendo a la provincia de Venecia, fue enviado en 1599 a Austria, al frente de un grupo de doce hermanos suyos, con los que se estableció en Viena, Graz y Praga. Llegaba allí Lorenzo precedido de la fama de religioso austero, de hombre cultísimo, de predicador iluminado, de polemista eficaz. A sus cuarenta años de edad había recorrido ya con éxito asombroso toda Italia. Y, en efecto, en Praga sus predicaciones conmueven la opinión pública y provocan la reacción de los protestantes que solicitan del emperador Rodolfo II su expulsión.

Un doble paréntesis se abre en su acción antiprotestante, para atender a la guerra contra los turcos, y al cargo de ministro general de su propia Orden (1602-1605). Pero apenas libre de los cuidados de este cargo, vuelve de nuevo a la lucha, primero en Praga (1606-1610), y después en Múnich (1610-1613), junto a su amigo íntimo el duque Maximiliano, de Baviera. Se esforzó en la constitución de una liga de príncipes católicos de Alemania que pudiera oponerse a la unión de los protestantes, y con una misión oficial en Madrid conquistó que se adhiriera y ayudara financieramente a dicha liga el rey Felipe III de España. Cuando parecía seguro que iba a tener que marchar de Alemania, una intervención del cardenal Dietrichstein ante el papa Paulo V lo impidió. Así él pudo continuar su trabajo. Obtuvo después el restablecimiento de la paz entre las autoridades españolas y el duque de Saboya, Carlos Manuel el Grande, en 1618, y desarrolló una feliz legación en Madrid y Lisboa (1618-1619), en defensa de la ciudad de Nápoles contra la tiranía del virrey Osuna.

Es difícil sintetizar en pocas líneas la colosal labor de este predicador. «Dios me ha llamado —repetía— a ser franciscano para la conversión de los pecadores y de los herejes». Y, en efecto, predicó, de manera incesante, en Italia, Hungría, Bohemia, Bélgica, Suiza, Alemania, Francia, España y Portugal. Apoyado

por los jesuitas, desarrolló una admirable labor en la Europa central, y sembró de conventos franciscanos gran parte de estas naciones en las que había predicado.

Hacía falta también un animador espiritual en la lucha contra los turcos, que golpeaban las puertas del Imperio. El papa Clemente VIII envió a San Lorenzo de Brindis al emperador Rodolfo II «seguro de que él solo valdría lo que un ejército». Y, en efecto, San Lorenzo fue el brazo derecho del príncipe Felipe Manuel de Lorena, que consiguió el año 1601 una victoria resonante sobre el islam en Stuhiweissenburg (Alba Real) contra la masa de cerca de 80.000 turcos, capitaneados por Mohamed III, que se aprestaba a invadir la Stiria y amenazaba conquistar Austria, invadiendo desde allí Italia y Europa entera. San Lorenzo nos escribió una preciosa crónica de la campaña y, aunque ocultase en parte sus rasgos de valor, capitanes y soldados le aclamaron como el principal autor de la batalla. No cabe la menor duda de que también San Lorenzo pudo ejercitar, en aquel cosmopolita ejército, su conocimiento de idiomas. Lo que es cierto es que resultó un admirable capellán militar, que a la hora de la victoria únicamente se lamentaba de no haber podido lograr con aquella ocasión el mérito del martirio.

En marzo de 1959, Su Santidad el papa Juan XXIII elevó a San Lorenzo de Brindis a la dignidad de Doctor de la Iglesia universal, después de haber escuchado el parecer de la Sagrada Congregación de Ritos. Es el tercero de los franciscanos que recibe este honor, después del doctor seráfico, San Buenaventura, y del doctor evangélico, San Antonio de Padua. A San Lorenzo de Brindis le podría cuadrar bien el título de doctor apostólico.

Independientemente de su admirable predicación por toda Europa, nos dejó San Lorenzo una multitud de obras, editadas desde 1926 a 1956 en una espléndida colección de quince volúmenes, que nada deja que desear ni en cuanto al aparato científico ni en cuanto a la magnífica presentación tipográfica. Allí encontramos más de ochocientos sermones que ocupan once de los quince volúmenes: Marial, Quadragesimales, Adviento, domingos del año, santoral, etc. Se ha señalado que estos once volúmenes constituyen un admirable ejemplo de lo que modernamente se ha llamado teología kerigmática, y que esta manera

de exponer las verdades eternas le sitúa en la línea de clásica actividad pastoral de los Santos Padres y de los grandes Doctores obispos. En especial, destaca su admirable mariología, de una claridad de conceptos verdaderamente extraordinaria.

Encontramos también en su obra literaria reflejada la actividad que desarrolló en pro de la conversión de los judíos. Estas tareas y la enseñanza de la Sagrada Escritura a los religiosos de su Orden, juntamente con su conocimiento profundo del hebreo y suficiente del arameo y el caldeo, le permiten mostrarse como espléndido exegeta en su *Explanación del Génesis.* Uniendo una sana filosofía con profundos conocimientos teológicos, trata de manera magistral todas las cuestiones referentes a Dios Creador, a sus atributos, a los ángeles, a la naturaleza y composición del hombre, a la institución matrimonial, etc.

También se refleja en su obra literaria el admirable apostolado antiprotestante que desarrolló. Tuvo en Praga una disputa con el luterano Policarpo Leiser, teólogo escritor y predicador de la corte del príncipe elector de Sajonia. Reflejo de aquella disputa son los tres volúmenes de la *Lutheranismi hypotyposis,* manual práctico de apología de la fe católica y confutación de la interpretación protestante. El vigor de la dialéctica teológica está sostenido por la exactitud del estudioso, que se informa sobre la génesis histórica y doctrinal del protestantismo directamente en la literatura y en los símbolos protestantes, en una cuarentena de autores reformados, sin excluir los manuscritos y los libelos, además de las obras de Lutero. En esta empresa, defensiva y confirmativa al mismo tiempo, característica de una época en que la controversia adquirió tanta importancia, San Lorenzo emula, con acentuación polémica, la acción de San Pedro Canisio y simplifica, para el uso ministerial, el método escolástico de las *Disputationes* de San Roberto Belarmino.

La proclamación de San Lorenzo como Doctor de la Iglesia universal contribuirá al conocimiento de su biografía y, consiguientemente, de su influencia en la historia del pensamiento y en la misma marcha política de Europa. Porque aún ocultan muchísimos documentos interesantes los archivos europeos, que podrán dar luz sobre aspectos desconocidos de su increíble actividad.

En medio de tareas tan extraordinarias, acogido en todas partes como un santo, habiendo obtenido ciertos éxitos extraordinarios en su acción diplomática, se mantuvo siempre, aunque rodeado de ovaciones, sencillo y afable, revestido de una humildad típicamente franciscana. Rechazaba los honores con la mayor naturalidad. Permaneció siempre fiel a su costumbre de dormir sobre tablas, de levantarse durante la noche para salmodiar, de ayunar con frecuencia a pan y verdura, de disciplinarse cruelmente y, sobre todo, de meditar con asiduidad los sufrimientos de Cristo.

Se encontraba en Lisboa, tratando con Felipe III la causa de los napolitanos vejados y oprimidos por el virrey, cuando le llegó la muerte. Era el 22 de julio de 1619. Su cuerpo fue llevado al convento de monjas franciscanas de Villafranca del Bierzo, en León. Fue beatificado por Pío VI en 1783 y canonizado por León XIII en 1881. Según hemos dicho, Su Santidad el papa Juan XXIII, el 19 de marzo de 1959, le otorga el título de Doctor de la Iglesia por el breve *Celsitudo ex humilitate:* «Con esta proclamación la Iglesia adscribe oficialmente al senado luminoso de sus maestros, que unen la santidad con una ciencia sagrada auténtica y excelente, su trigésimo miembro».

LAMBERTO DE ECHEVERRÍA

Bibliografía

Compendium vitae sancti Laurentii a Brundusio ex tabulario S. R. Congregationis (Roma 1881).

HIERONYMUS A FELETTE, *De S. Laurentii a Brundusio... activitate apostolica et operibus* (Venecia 1937).

Leonis XIII Acta, t.2 (1882) 428-450.

LORENZO DE BRINDIS, *Opera omnia,* 15 vols. (Quaracchi 1926-1956).

MILANO, I. DA, «San Lorenzo da Brindisi. Dottore della Chiesa»: *L'Osservatore Romano* (12-5-1959) 3-4.

NÚÑEZ, L. M., «Los procesos de 1630 y 1677 para la beatificación de San Lorenzo de Brindis»: *Archivo Iberoamericano* 12 (1953) 312-389.

POSTULAZIONE GENERALE FF. MM. CAPPUCCINI, Collectione *Miscellanea laurentiana* (Padua 1951-1963).

— 1. *S. Lorenzo da Brindisi: studi. Conferenze commemorative dell'edizione «Opera omnia».*

— 2. *La mariologia di S. Lorenzo da Brindisi.*

— 3. *L'apologetica di S. Lorenzo da Brindisi: originalità. Studio storico-critico.*

— 4-7. *San Lorenzo da Brindisi dottore della Chiesa universale (1559-1619).*

— 8. *Teologia e misione in San Lorenzo da Brindisi.*

• Actualización:
ARMELLADA, B. DE, «La spiritualità di S. Lorenzo da Brindisi, dottore apostolico della Chiesa»: *Laurentianum* 41 (2000) 111-149.
GUZMÁN SANCHO, A., *San Lorenzo de Brindis (Doctor apostólico)* (Madrid 1994).
MCGINN, B., *The doctors of the church. Thirty-three men and women who shaped christianity* (Nueva York 1999).

SAN ALBERICO CRESCITELLI

Presbítero († 1900)

Desde los más remotos orígenes del pueblo chino (hacia la mitad del tercer milenio antes de Cristo) el sentimiento religioso hacia el Ser Supremo y la piedad filial y devota hacia los antepasados difuntos han sido características relevantes de su cultura milenaria.

Esta nota de neta religiosidad se encuentra, más o menos, en los chinos de todos los siglos, hasta el nuestro, cuando bajo el influjo del ateísmo occidental, algunos intelectuales, especialmente los educados en el exterior, han querido desprenderse, como algunos de sus maestros occidentales, de cualquier idea religiosa.

El Evangelio se anunció en China en el siglo V y, a comienzos del VII, se erigió allí la primera iglesia. Durante la dinastía T'ang (618-907) la comunidad de los cristianos estuvo floreciente durante dos siglos. En el XIII la comprensión del pueblo chino y de su cultura, que supo tener un misionero como Juan de Montecorvino, logró que se pudiera dar impulso a la primera misión católica en el «Reino del medio» con sede episcopal en Beijin.

No es de extrañar que, especialmente en la época moderna (es decir, desde el siglo XVI, cuando las comunicaciones entre Oriente y Occidente comenzaron a ser en cierto modo más frecuentes), haya existido por parte de la Iglesia católica el deseo de llevar a este pueblo la luz del Evangelio, a fin de que ésta enriqueciese aún más el tesoro de tradiciones culturales y religiosas tan ricas y profundas.

Así pues, a partir de las últimas décadas del siglo XVI, varios misioneros católicos fueron invitados a China: se habían elegido con gran esmero personas como Matteo Ricci y otros, teniendo en cuenta, además de su espíritu de fe y de amor, sus ca-

pacidades culturales y sus cualidades en diversos campos de la ciencia, en especial de la astronomía y de la matemática. De hecho, gracias a éstos y al aprecio que demostraron los misioneros por el notable espíritu de investigación presente en los estudiosos chinos, pudieron establecerse relaciones de colaboración científica muy provechosas, que sirvieron a su vez para abrir muchas puertas, incluso las de la corte imperial, y para así entablar relaciones muy útiles con varias personas de grandes capacidades.

La calidad de la vida religiosa de estos misioneros fue lo que indujo a no pocas personas de alto nivel a sentir la necesidad de conocer mejor el espíritu evangélico que los animaba y, luego, de instruirse en los postulados de la religión cristiana, lo cual se hizo de manera conveniente a sus características culturales y a su modo de pensar. A finales del siglo XVI y primeros del XVII, fueron numerosos los que, una vez adquirida la debida preparación, pidieron el bautismo y llegaron a ser cristianos fervientes, manteniendo siempre con justo orgullo su identidad de chinos y su cultura. El cristianismo se vio en aquel período como una realidad que no se oponía a los más altos valores de las tradiciones del pueblo chino, ni se superponía a ellos, sino que los enriquecía con una nueva luz y dimensión.

Gracias a las óptimas relaciones existentes entre algunos misioneros y el mismo emperador K'ang Hsi; gracias a sus servicios prestados por restablecer la paz entre el «zar» de Rusia y el «hijo del cielo», o sea el emperador, éste promulgó en 1692 el primer decreto de libertad religiosa, en virtud del cual todos sus súbditos podían seguir la religión cristiana y todos los misioneros podían predicarla en sus vastos dominios. Como consecuencia, la acción misionera y la difusión del mensaje evangélico se desarrollaron notablemente y fueron muchos los chinos que, atraídos por la luz de Cristo, pidieron recibir el bautismo.

Pero, desgraciadamente, la cuestión espinosa de los «ritos chinos» irritó sobremanera al emperador K'ang Hsi y preparó la persecución (fuertemente influenciada por la del vecino Japón), que en unos sitios más, en otros menos, abierta o solapada, violenta o velada, se extendió prácticamente con sucesivas oleadas desde la primera década del siglo XVIII hasta la mitad del si-

glo XIX, matando a misioneros y a fieles laicos y destruyendo no pocas iglesias.

Fue exactamente el 15 de enero de 1648 cuando los tártaros manciú, habiendo invadido la región del Fujian y mostrándose hostiles a la religión cristiana, dieron muerte a San Francisco Fernández de Capillas, sacerdote dominico. Después de haberlo encarcelado y torturado, lo decapitaron mientras rezaba con otros los misterios dolorosos del Rosario. Es considerado el protomártir de China.

Hacia la mitad del siglo siguiente, el XVIII, otros cinco misioneros dominicos españoles, que habían ejercido su actividad entre los años 1715-1747, fueron también asesinados como resultado de una nueva ola de persecución iniciada en 1729 y con secuaces más encarnizados en 1746. Era la época de los emperadores Yung-Cheng y de su hijo K'ien-Lung.

Una nueva fase de régimen de persecución de los cristianos se desató posteriormente en el siglo XIX. Mientras algunos emperadores de los siglos precedentes habían autorizado el catolicismo, el emperador Kia-Kin (1796-1821) publicó numerosos y severos decretos en contra. El primero se remonta a 1805; dos edictos del 1811 iban dirigidos contra aquellos chinos que estudiaban para recibir las órdenes sagradas y contra los sacerdotes que propagaban la religión cristiana. Un decreto del 1813 exoneraba de cualquier castigo a los apóstatas voluntarios, es decir, a los cristianos que declaraban espontáneamente que abandonaban la fe, pero amenazaba a todos los demás. En 1815 se promulgaron otros dos decretos en los que se aprobaba la conducta del Virrey del Sicuani, persistiendo una persecución aún más exacerbada en la que sufrieron martirio: Pedro Wu Guosheng y José Zhang Dapeng, laicos catequistas; Gabriel Taurino Dufresse, obispo; Agustín Zhao Rong, sacerdote diocesano chino; Juan de Triora, OFM, sacerdote; José Yuan Zaide, sacerdote diocesano chino; Francisco Regis Clet, CM; Tadeo Liu Ruiting, sacerdote diocesano chino; Pedro Liu Wenyuan, catequista laico chino; Joaquín He Kaizhi, catequista laico chino; Augusto Chapdelaine, sacerdote de las Misiones Extranjeras de París; Lorenzo Bai Xiaoman, laico chino; Inés Cao Kuiying, Jerónimo Lou-Tin-Mey, Lorenzo Wang Bing y Águeda Lin, catequistas,

conocidos como «Mártires de Mao Kou»; los seminaristas José Zhang Wenlan y Pablo Chen Changpin y los laicos Juan Bautista Lou Tingyin y Marta Wang Louzhi, conocidos como «Mártires de Qingyanzhen» (Guizhou); y los llamados «Mártires de Guizhou», a saber: Juan Pedro Neel, sacerdote de las Misiones Extranjeras de París; Martín Wu Xuesheng, Juan Zhang Tianshen, Juan Chen Xianheng y Lucía Yi, catequistas laicos.

En junio de 1840 el Comisario imperial de Guangdong, queriendo con razón suprimir el comercio del opio, que estaba en manos de los ingleses, había hecho arrojar al mar más de veinte mil cajas de esta droga. Éste había sido el pretexto de la guerra inmediata, con victoria de los ingleses.

Terminada la guerra, China debió firmar en 1842 el primer tratado internacional de los tiempos modernos, al que siguieron muy pronto otros con América y Francia. Aprovechando la ocasión, Francia sustituyó a Portugal como potencia protectora de las misiones y como consecuencia se promulgó un doble decreto: uno de 1844, por el cual se permitía a los chinos seguir la religión católica, y otro de 1846, mediante el cual se suprimían las antiguas penas contra los católicos.

La Iglesia pudo entonces vivir abiertamente y ejercer su acción misionera, desarrollándola también en el ámbito de la educación superior, universitaria y de la investigación científica. Al multiplicarse los diversos institutos culturales de alto nivel y gracias a su actividad muy apreciada, se establecieron gradualmente lazos cada vez más profundos entre la Iglesia y China con sus ricas tradiciones culturales. Esta colaboración con las autoridades chinas favoreció de un modo creciente la mutua estima y participación en aquellos valores que deben regir siempre toda sociedad civil.

Transcurrió así un siglo de expansión de las misiones cristianas, excepción hecha del período en que se abatió sobre ellas la desgracia de la insurrección de la «Asociación de la justicia y de la armonía» (conocida comúnmente como de los «boxers»), que, a principios del siglo XX, causó el derramamiento de sangre de muchos cristianos.

En esta revuelta confluyeron todas las sociedades secretas y el odio acumulado y reprimido contra los extranjeros de finales

del siglo XIX a causa de las vicisitudes políticas y sociales que siguieron a la «guerra del opio» y a la imposición de los así llamados «Tratados desiguales» por parte de las potencias occidentales.

Sin embargo, fue muy distinto el móvil de la persecución a los misioneros, aunque fueran de nacionalidad europea. Su matanza fue determinada por una causa puramente religiosa: fueron muertos por el mismo motivo que los fieles chinos que se habían hecho cristianos. Documentos históricos indiscutibles ponen en evidencia el odio anticristiano que impulsó a los boxers a asesinar a los misioneros y a los fieles locales que se habían adherido a su doctrina. Respecto a ellos se emitió un edicto el 1 de julio de 1900, en el cual se decía que ya había pasado el tiempo de las buenas relaciones con los misioneros europeos y sus cristianos; los primeros debían ser repatriados inmediatamente y los fieles, obligados a la apostasía, bajo pena de muerte. El resultado fue el martirio de algunos misioneros y de muchos chinos de los siguientes grupos:

Los «Mártires de Shanxi», muertos el 9 de julio de 1900, son los Frailes Menores Franciscanos: Gregorio Grassi y Francisco Fogolla, obispos; Elías Facchini y Teodorico Balar, sacerdotes; Andrés Bauer, hermano religioso;

Los «Mártires del Hunan Meridional», muertos el 7 de julio de 1900. Eran también Frailes Menores Franciscanos: Antonino Fantosati, obispo; José María Gambaro y Cesidio Giacomantonio, sacerdote. A estos mártires franciscanos se añaden siete Franciscanas Misioneras de María: tres francesas, dos italianas, una belga y una holandesa. Son las beatas María Ermellina de Jesús, María de la Paz, María Clara, María de Santa Natalia, María de San Justo, María Adolfina y María Amandina.

De los mártires chinos de la familia franciscana forman parte también once franciscanos seglares, todos chinos. Son los santos Juan Zhang Huan, Patricio Dong Bodi, Juan Wang Rui, Felipe Zhang Zhihe, Juan Zhang Jingguang, seminaristas; Tomás Shen Jihe, Simón Qin Chunfu, Pedro Wu Anpeng, Francisco Zhang Rhong, Matías Feng De y Pedro Zhang Banniu, laicos.

A ellos se añaden los santos fieles laicos chinos: Santiago Yan Guodong, Santiago Zhao Quanxin y Pedro Wang Erman.

Cuando la rebelión de los boxers, iniciada en Shandong, difundida luego en Shanxi y en Hunan, llegó también al sudeste de Tcheli, en aquel entonces vicariato apostólico de Xianxian, confiado a los jesuitas, los cristianos asesinados se cuentan por millares. Entre éstos se encuentran cuatro misioneros jesuitas franceses y cincuenta y dos cristianos laicos chinos: hombres, mujeres y niños; el más anciano, de 79 años, y los dos más jóvenes, de sólo 9. Todos sufrieron el martirio en el mes de julio de 1909; muchos fueron muertos en la iglesia del pueblo de Tchou-Kia-ho, donde se habían refugiado y estaban en oración junto con los misioneros jesuitas León Mangin, Pablo Denn, Remigio Isoré y Modesto Andlauer.

He aquí los nombres y edades de los santos laicos: María Zhou Wuzhi, de unos 50 años; Pedro Zhou Rixin, de 19; Juan Bautista Zhou Wurui, de 17; María Fu Guilin, 37; Bárbara Cui Lianzhi, 51; José Ma Taishun, 60; Lucía Wang Cheng, 18; María Fan Kun, 16; María Qi Yu, 15; María Zheng Xu, 11; María Du Zhaozhi, 51; Magdalena Du Fengju, 19; María Du Tianshi, 42; Pablo Wu Juan, 62; Juan Bautista Wu Mantang, 17; Pablo Wu Wanshu, 16; Raimundo Li Quanzhen, 59; Pedro Li Quanhui, 63; Pedro Zhao Mingzhen, 61; Juan Bautista Zhao Mingxi, 56; Teresa Chen Jinxie, 25; Rosa Chen Aixie, 22; Pedro Wang Zuolong, 58; María Guo Lizhi, 65; Juan Wu Wenyin, 50; Zhang Huailu, 57; Marcos Ji Tianziang, 66; Ana An Xinzhi, 72; María An Guozhi, 64; Ana An Jiaozhi, 26; María An Lihua, 29; Pablo Liu Jinde, 79; José Wang Guiji, 37; Juan Wang Guixin, 25; Teresa Zhang Hezhi, 36; Lang Yangzhi, 29; Pablo Lang Fu, 9; Isabel Qin Bianzhi, 54; Simón Qin Chunfu, 14; Pedro Liu Ziyu, 57; Ana Wang, 14; José Wang Yumei, 68; Lucía Wang Wangzhi, 31; Andrés Wang Tianqing, 9; María Wang Louzhi, 49; Xi Guizi, 18; María Zhao Guozhi, 60; Rosa Zhao, 22; María Zhao, 17; José Yuan Gengjyin, 47; Pablo Ke Tingzhu, 61; Rosa Fan Hui, 45.

El hecho de que este considerable número de fieles laicos chinos haya ofrecido la vida a Cristo juntamente con los misioneros que les habían anunciado el Evangelio pone en evidencia la profundidad de los vínculos que la fe en Cristo establece, reuniendo en una sola familia personas de razas y culturas diversas,

estrechamente hermanadas entre sí, no ya por motivos políticos, sino en virtud de una religión que predica el amor, la fraternidad, la paz y la justicia.

Además de todos los mártires de los boxers hasta ahora mencionados, debe recordarse también a San Alberico Crescitelli.

ALBERICO CRESCITELLI nació el 30 de junio de 1863 en Altavilla Irpina —provincia de Avellino, diócesis de Benevento—, hijo de Benjamín —farmacéutico del pueblo— y Degna Bruno, distinguido matrimonio, profundamente cristiano. Fue el más robusto de los diez hermanos, lo bautizaron en la iglesia parroquial de Santa María Asunta con el nombre de Alberico Pietro Pelegrino. Inclinado por naturaleza a la piedad, desde la infancia demostró una viva inteligencia y una gran fuerza de voluntad para aprender, así como un afanoso interés por las labores agrícolas. Su padre le mandaba vigilar las tierras familiares, lo que le será muy útil años después, en su ministerio apostólico.

Le encantaba leer. Después de algún tiempo trabajando en el campo, a sus quince años decide reemprender los estudios y hace de la biblioteca del canónigo Rafael Crescitelli, en Altavilla, su sala de lectura: lee ávidamente libros de liturgia, historia de la espiritualidad y ascesis. Las lecturas y las largas visitas a la iglesia, donde copia himnos a la Virgen para distribuirlos a los fieles, le hacen descubrir su vocación al sacerdocio.

Tras los primeros estudios en su ciudad natal, el 8 de noviembre de 1880 ingresó en Roma en el Pontificio Seminario de San Pedro y San Pablo para las Misiones Extranjeras, fundado por Monseñor Avanzini. (Es el actual Pontificio Instituto de Misiones Extranjeras desde su unión, en 1926, con el Seminario para las Misiones Extranjeras de Milán.) Durante siete años estudió Filosofía en el Archigimnasio Gregoriano, y Teología en la Pontificia Universidad Lateranense, en la antigua sede de San Apolinar, y en la Gregoriana, consiguiendo con buenas notas los grados académicos. El 4 de junio de 1887 fue ordenado sacerdote; en otoño debía partir para las misiones, pero los planes del Señor, de momento, eran otros.

Alberico, que cuatro años antes había perdido a su padre y a su hermana Rossina cuando, estando los dos en Casamicciola, en la cercana isla de Ischia, murieron a causa de un tremendo

terremoto que provocó 1.784 víctimas, ahora se encontrará de nuevo, y muy de cerca, con la muerte. Cuando, antes de embarcarse para las misiones, pasa unos días en Altavilla para despedirse de su pobre madre y el resto de su familia, se desata en toda la Campania una terrible epidemia de cólera. En 37 días se contagian 275 personas y mueren 103. Con la anuencia de sus superiores, Alberico se queda allí cuatro meses para asistir a los enfermos y moribundos, y lo hace con tal abnegación y caridad que sus paisanos le conceden una medalla de bronce.

Por fin, el 6 de abril de 1888, desde el puerto de Génova, pudo partir para China, destinado al vicariato apostólico de Xiaozhay, la actual diócesis de Hanchung, en la provincia de Attivo, adonde llegó, tras cuatro meses de viaje, el 18 de agosto. Inició enseguida el estudio de la lengua, y monseñor Gregorio Antonucci, vicario apostólico, le confió un distrito con poco más de un millar de cristianos. Pronto comenzó un intenso apostolado, entre dificultades y peligros de todo género, visitando las comunidades cristianas diseminadas a lo largo de las orillas del río Han, por el Oeste hasta Mienhsien, y por el Este hasta Hanyang-pin, donde construyó una iglesia. Para reunir a aquellos cristianos tan dispersos proyectaba con éxito la formación de colonias agrícolas. En enero de 1900 le fueron asignados, en la zona más montañosa de las misiones, los distritos de Mienhsien, Lioyang y Ningkiang. En este último, el más lejano e incómodo, trabajó particularmente, sin perdonar fatigas y sacrificios, atravesando los inmensos territorios por ríos tempestuosos, a caballo, a pie, en el rigor de los meses invernales o con el calor sofocante del verano. El continuo viajar le obligaba a vivir en precarias y molestas cabañas, improvisadas y miserables, pero él escribía: «Mi corazón me dice que estoy donde Dios me quería, y estoy contento». Nunca antes había vivido un sacerdote en aquellos territorios, donde la sequía era pertinaz, y el hambre se dejaba sentir. Esta hambruna crónica era el mayor obstáculo para la predicación del misionero, que sabría conquistarse la confianza de la gente mejorando sus condiciones materiales. De nuevo, como en su niñez, Alberico se siente campesino, enseñando a sus cristianos a mejorar sus cultivos. Por eso, Pío XII pudo decir en la homilía de su beatificación:

> «No parece extraño que un misionero se ocupe de la agricultura, ni podrá decirse que sea contrario al apostólico ministerio conocer la índole del pueblo al que se debe anunciar la buena nueva. Tratar de interesarse por aquello que más le interesa a la gente es uno de los modos de hacerse todo a todos».

La situación no era muy prometedora, sin embargo, el P. Alberico es imbatible. Compra terrenos para proporcionar una fuente de ingresos a los pobres y vagabundos; asiste, ayuda, defiende a los débiles, catequiza a grandes y chicos... Reclama para sus campesinos cristianos, excluidos de toda ayuda, el derecho a recibir en tiempo de carestía una asistencia como la de los otros. Satisfecho por haber conseguido algunos subsidios para los cristianos, escribe al vicario apostólico el 10 de julio de 1900: «En Yentzepien reina una paz jamás vista; los litigios han acabado como por encanto». Esto atraerá sobre él la envidia y enemistad de algunos jefes locales. Pero a él no le importa.

Su actividad apostólica, paciente e incansable, provoca un fuerte movimiento de conversiones. En su última carta, del 10 de julio de 1900, escribirá a su obispo, monseñor Pío Giuseppe Paserini, que ha conseguido hacer más de 560 catecúmenos y que, entre familiares y amigos de éstos, pronto acabarán bautizándose unos 740. Alarmados los aduaneros de la zona, empezaron a perseguir a los cristianos hasta privarles de los subsidios que el emperador concedía a todos para que pudieran hacer frente a la grave carestía que entonces devastaba toda la provincia y, particularmente, aquella zona. En general, en toda China, los sentimientos xenófobos y anticristianos se hacían cada vez más violentos, dando lugar a agresiones e incluso matanzas. El poder político, débil y corrupto, decía una cosa y hacía otra; parecía deplorar las matanzas cuando en realidad las veía con buenos ojos, llegando incluso, en algunos casos, a impulsarlas. En Ningkiang había muchos simpatizantes de las sociedades secretas, entre ellas el «Grupo de la justicia y la concordia», cuyos miembros eran llamados «boxers», por practicar las artes marciales (boxe), como entrenamiento físico y moral.

En aquella situación, Alberico escribía a su madre el 11 de marzo de 1900:

> «Tened buen ánimo y no os preocupéis por mí. Yo estoy en las manos de Dios, estoy contento; sólo espero hacer su voluntad, no

deseo nada más. Y me parece que el Señor me da más fuerza cuando la necesito más».

Crescitelli trabajó mucho a favor de los cristianos y obtuvo para ellos en muchos casos la justicia de las autoridades. Pero cuando todo parecía transcurrir en paz, un edicto imperial del 5 de julio de 1900, que proscribía el cristianismo, decretó dar muerte al misionero y a los que aparecieran como fieles a él. Sus catecúmenos de Yentzepien, donde se encontraba, ofrecieron al P. Alberico ponerlo a salvo en la provincia cercana de Sechwan, pero él no quería abandonar a sus fieles en el momento del peligro. Al fin, por la insistencia de éstos, se decidió sólo a dejar el pequeño poblado de Yentzepien, para pasar al pueblo vecino de Yang-pin-kwan. Cuando se disponía a hacerlo se lo impidió Jao, el jefe del poblado, que lo retuvo en su despacho hasta la madrugada con la excusa de que las calles eran muy poco seguras, y, por fin, lo entregó en manos de sus perseguidores.

En el silencio de la noche resonaron tres golpes de muerte: era la señal convenida. Un grupo numeroso de desalmados se abalanzó para coger al «diablo europeo», mientras el P. Alberico les decía mansamente: «¿Por qué hacéis esto? ¿Qué mal os he hecho?». Por toda respuesta, casi le cortan de un tajo de cuchilla el brazo izquierdo. Al esquivar el golpe, fue herido en la nariz y los labios. Ensangrentado y aturdido por los bastonazos, fue torturado toda la noche y, en medio del mercado de Yentzepien, expuesto al ludibrio y los maltratos de una muchedumbre enfurecida y llena de odio que lo sometía a desprecios innumerables.

Al rayar el día, atado de pies y manos, es arrastrado con una soga a la orilla del río, cercana al mercado. Allí quisieron decapitarlo con un cuchillo empleado para segar el forraje de las bestias y, como no pudieran cortarle la cabeza de un solo tajo, usaron la hoz a modo de sierra, hasta que la cabeza del mártir cayó sobre la arena. A continuación, descuartizaron el cadáver, arrojando al río los miembros de aquel cuerpo, inmolado como el de Jesús... Era el alba del 21 de julio de 1900. Algunos testigos narraron que cuando degollaron al santo misionero, el cielo, antes nublado, se aclaró repentinamente, dejando caer limpísimos rayos de sol sobre el cadáver. El papa Pío XII, al beatificarlo, recordaba así su muerte:

> «El suyo fue, humanamente hablando, un martirio horrible, tal vez de los más atroces que la Historia registra. Nada faltó en él, ni la crueldad de los tormentos, ni su duración, ni las humillaciones más bárbaras, ni los sufrimientos del corazón, ni las hipocresías de los falsos amigos, ni los clamores hostiles y amenazadores de los sicarios, ni la oscuridad del abandono».

Había muerto mártir un joven sacerdote, normal, pacífico, valiente, enamorado de Jesucristo crucificado. Como él, fue eliminado por un complejo y oscuro engranaje de intrigas políticas y de poderes, al que era completamente extraño. Murió solo y humillado a la orilla de un río, en una región de China que no había conocido antes, a la que fue destinado como misionero. Alberico recibió como un regalo el martirio que lo purificó y lo hizo precioso a los ojos de Dios. Su historia, a más de un siglo de distancia, parece una crónica de hoy. Una crónica de Indonesia, de Ruanda, de África Central, de Sierra Leona, de Filipinas. La crónica de tantos misioneros, granos de trigo enterrados para hacer florecer el desierto de la historia, chispas del corazón de un Dios que ama con pasión a su pueblo y no lo abandona nunca. Desde aquella tarde en que el divino mártir entregó su vida en el Calvario, nadie muere solo, lejos o inútilmente, porque con Cristo nadie está solo, o lejos, nadie es inútil.

Su proceso de canonización se inició el 21 de diciembre de 1927. Pío XII beatificó a Alberico Crescitelli el 18 de febrero de 1951, fijando su fiesta el día de su martirio, 21 de julio. Juan Pablo II lo canonizó el 1 de octubre del Año Jubilar 2000 en San Pedro del Vaticano, junto a los beatos Agustín Zhao Rong y 118 compañeros mártires de China. Ante las acusaciones del gobierno chino sobre los mártires canonizados, el Papa señaló que eran el resultado de una deficiente lectura de la historia.

El Papa, al encontrarse con los peregrinos que celebraban a los nuevos santos, dijo:

> «Una lectura parcial y no objetiva de la historia ha llevado a algunos a ver solamente las limitaciones y los errores en la labor y la vida de los misioneros en China [...] Si cometieron errores —¿acaso el ser humano está libre de todo error?— pedimos perdón». Los mártires vivieron y murieron durante «situaciones de gran turbulencia social». Con la canonización «la Iglesia no quiere hacer juicios sobre esa etapa, y menos aún quiere legitimar los comporta-

mientos de los gobiernos de aquella época, sino arrojar luz sobre la heroica fidelidad de estos dignos hijos de China que no se dejaron intimidar por la amenaza de una feroz persecución».

Los canonizados, mártires entre los años 1648-1930, con edades entre 7 y 87 años, incluían a 87 chinos: hombres y mujeres laicos y cuatro sacerdotes. También a los misioneros de Francia, España, Italia, Bélgica y los Países Bajos: siete obispos, dieciocho sacerdotes, un religioso y siete monjas.

A este nutrido ejército de mártires deben unirse dos miembros de la Sociedad Salesiana de San Juan Bosco: San Luis Versiglia, obispo, y San Calixto Caravario, presbítero, asesinados juntos el 25 de febrero de 1930 en Li-Thau-Tseul.

ALBERTO JOSÉ GONZÁLEZ CHAVES

Bibliografía

Atti e Processi per la Beatificazione e sul martirio dei martiri francescani uccisi nel 1900 (Roma 1932).
BALCONI, L., *33 anni in Cina* (Milán 1946).
— *Alberigo Crescitelli* (Milán 1950).
BUBANI, P. A., *Epistolario A. Crescitelli* (Milán 1990).
CRESCITELLI, L., *Vita dil Servo di Dio P. Alberigo Crescitelli (scritta dal fratello Luigi)* (Avellino 1914).
LAZZAROTTO, A., *La Chiesa cattolica in Cina* (Milán 1981).
MENCAGLIA, G., *Il Beato Alberigo Crescitelli* (Milán 1950).
L'Osservatore Romano (1/3-10-2000).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTOS SIMEÓN SALO Y JUAN DE SIRIA

Ermitaños († s. VI)

Originarios uno y otro de Siria, en el tiempo del emperador Justiniano, se conocieron y se hicieron amigos durante una peregrinación a los Santos Lugares. Iban los dos de vuelta a casa, a la que Simeón deseaba llegar para reencontrar a su anciana madre, visitaron las lauras de monjes de Palestina y se sintieron ambos llamados a dejar el mundo y vivir solamente para Dios. Recibieron el hábito monástico y practicaron un tiempo la vida cenobítica antes de pasar a vivir como ermitaños. Pero pasado un tiempo y sabedor de la muerte de su madre, Simeón decidió

volver a Siria y trabajar por la salvación de las almas. Vuelto a Emesa, quiso pasar por idiota (Salo), pese a lo cual se acreditó por sus milagros y obtuvo la conversión de muchas personas. Predijo su muerte y se cuenta que en su entierro el cuerpo del santo desapareció milagrosamente.

Por su parte Juan, una vez recibido el hábito monástico, quedó preocupado por la suerte de su esposa y pidió para ella que el Señor le diese también vocación monástica o la llevase al cielo. Sucedió esto segundo. Cuando, luego de veinte años de vida eremítica en común, Simeón volvió a Siria, se deja de tener datos de Juan, sabiendo solamente que perseveró en su vida de ermitaño. Los sinaxarios bizantinos conmemoran a los dos juntos el 21 de julio, día en que los recoge el *Martirologio romano.*

SANTA PRÁXEDES

Virgen (s. II)

Es seguro que al menos en el siglo VII ya se daba culto en Roma a las reliquias de Santa Práxedes en la iglesia de San Silvestre en la Via Salaria y así consta de varios documentos, poniendo su memoria el *Calendario vaticano* (s. XII) el 21 de julio, como igualmente se halla su nombre en varios códices del *Martirologio jeronimiano.* No se encuentra su nombre, sin embargo, ni en la *Depositio martyrum* (s. IV) ni en los sacramentarios antiguos (Leoniano, Gelasiano, Gregoriano). En Roma, como recuerda el *Martirologio,* tenía de antiguo un título a ella dedicado, iglesia de la que había sido titular Pascual I († 824) y que la reconstruyó cuando llegó al pontificado y parece que fue entonces cuando se trasladaron las reliquias de la santa a su título. Es bien sabido cómo este papa, para salvarlas, repartió por las iglesias de Roma muchas reliquias de los mártires. En esta iglesia siguen estando dichas reliquias. Las *Actas* de esta santa y de Santa Potenciana o Pudenciana no tienen verdadero fundamento histórico.

BEATO GABRIEL PERGAUD

Presbítero y mártir († 1794)

Gabriel Pergaud nació y fue bautizado el 29 de octubre de 1752 en Saint-Priest-la-Plaine, Francia, en una familia acomodada. En su juventud siente la vocación religiosa y profesa como canónigo regular de San Agustín, de la congregación francesa reformada, llamada de Santa Genoveva, en la abadía de Beaulieu. Fue luego procurador de la abadía de Paimpont y en 13 de marzo de 1779 se le nombró prior simple de Sainte-Brigitte de Merdignac. Se le quiso hacer prior de Mégrit, pero prefirió quedarse en su abadía de Beaulieu, de la que ya era prior.

Llegada la Revolución, el 14 de julio de 1791 se le constituye guardián de los sellos puestos en el mobiliario de su monasterio. El día 21 de enero de 1792 hubo un pillaje en la abadía y se conserva una narración de lo ocurrido firmada por él usando el título de prior. Él continuó en la abadía de Beaulieu todo el año 1792, sin prestar el juramento a la constitución civil del clero ni el de libertad-igualdad, y no consta que en este tiempo ejerciera el ministerio.

Pero el 19 de enero de 1793 fue presentado al Directorio del departamento y encerrado en la casa común de Saint-Brieuc esperando poder pasar a Jersey. El 14 de abril, en efecto, el Directorio intentó hacer pasar un grupo de eclesiásticos a las islas inglesas del Canal en plan de deportación. Se le dio su pasaporte que él firmó. Mas la partida no tuvo lugar y él fue trasladado a los carmelitas de Guincamp, siendo objeto de orden de deportación el 8 de marzo de 1794 y saliendo para Rochefort el día 16. Embarcado desde el 10 de junio en Les Deux Associés, dio testimonio claro de valor y fe, una gran presencia de ánimo y una neta firmeza. Murió el 21 de julio de 1794 luego de una larga agonía. Fue enterrado en la isla de Aix. El 1 de octubre de 1995 lo beatificó Juan Pablo II como mártir.

SAN JOSÉ WANG YUMEI
Mártir († 1900)

José era un fervoroso cristiano de 68 años de edad que había nacido en el pueblo de Wei-Hsien y vivía en el de Majiazhuang, en la provincia china de Hebei, donde era el administrador de los bienes de la comunidad cristiana. Viendo venir la perspectiva del martirio, se llenó de alegría pues amaba al Señor con todo su corazón. Llegados los boxers lo arrestaron y lo metieron en un carro en el que iban arrestadas varias mujeres cristianas. Al llegar al pueblo de Daining, los boxers quisieron hacer con él un escarmiento que lograra aterrorizar a las mujeres y, así, lo bajaron del carro y le acometieron con puñetazos, patadas, golpes, etc., hasta que un soldado con la lanza le atravesó la garganta y otro le cortó la cabeza. Era el 21 de julio de 1900. Fue canonizado por Juan Pablo II, junto con los demás mártires de China, el 1 de octubre de 2000.

22 de julio

A) MARTIROLOGIO

1. La memoria de Santa María Magdalena († s. I), discípula del Señor, que se le apareció resucitado y le encomendó anunciar su resurrección a los discípulos **.

2. En Ancira (Galacia), San Platón († s. III/IV), mártir.

3. En África, santos mártires masilitanos († s. III/IV), en cuyo natalicio San Agustín predicó al pueblo.

4. En Antioquía de Siria, San Cirilo († ca.306), obispo y mártir.

5. En Esquemaris (Cáucaso), San Anastasio († 662), monje, discípulo de San Máximo el Confesor, que padeció mucho por la fe verdadera y murió en el destierro.

6. En el monasterio de Fontenelle (Neustria), San Wandregisilo († 668), abad *.

7. En Ménat (Galia), San Meneleo († ca.700), abad.

8. En Pavía (Lombardía), San Jerónimo († s. VIII), obispo.

9. En Lodi (Lombardía), San Gualterio o Walter († 1224), fundador del Hospital de la Misericordia *.

10. En Venecia, Beato Agustín Fangi de Biella († 1493), presbítero, de la Orden de Predicadores *.

11. En Lisboa (Portugal), San Lorenzo de Brindis († 1619), cuya memoria se celebró ayer.

12. En Cardiff (Gales), santos Felipe Evans, de la Compañía de Jesús, y Juan Lloyd († 1679), presbíteros y mártires bajo el reinado de Carlos II **.

13. En Rochefort (Francia), Beato Santiago Lombardie († 1794), presbítero y mártir *.

14. En Majiazhuang (China), santos Ana Wang, virgen, Lucía Wang Wangzhi y su hijo Andrés Wang Tianqing († 1900), mártires *.

15. En Daining (China), Santa María Wang Lizhi († 1900), mártir.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTA MARÍA MAGDALENA

Discípula del Señor († s. I)

María Magdalena irrumpe en el Evangelio y en la historia cuando entra, temblorosa pero resuelta, en casa del fariseo Simón.

La escena relatada por San Lucas (7,36-50) parte en dos vertientes la vida de esta mujer: antes y después de su encuentro con Jesús.

De este episodio, que la liturgia nos propone en el Evangelio de su fiesta, hemos de arrancar para conocerla. Delicadamente, el evangelista silencia en este lugar su nombre, pero en el capítulo siguiente nos habla de María Magdalena, de quien Jesús había arrojado siete demonios (Lc 8,2).

La semejanza íntima entre la María Magdalena nombrada por los cuatro evangelistas con la pecadora innominada que se arroja a los pies de Jesús en casa del fariseo justifica plenamente la identificación que la tradición cristiana y la liturgia hacen de estas dos figuras evangélicas.

Recogiendo los datos necesarios para reconstruir «su pasado» hallamos que *era una mujer pecadora que había en la ciudad* (Lc 7,37), que esta ciudad era Magdala, y que le fueron perdonados sus pecados *porque había amado mucho* (Lc 7,47); luego antes de la escena en casa de Simón había conocido a Jesús, había sido transformada por él.

Era Magdala una ciudad próspera. Recostada en la ribera del mar de Galilea, se había enriquecido con la industria de salazón de pescado. A esto había que añadir la riqueza de su suelo cruzado de corrientes, que le permitían el lujo de ceñirse de árboles.

María, ávida y hermosa, pasearía por aquellas calles su belleza aderezada de lino finísimo, de brazaletes y de collares. La admiración de los hombres y el tintineo de sus tobillos anillados, que suscitaban miradas de envidia y de deseo, le distraían la tristeza. Pero las horas de placer se le escapaban de las manos sin remedio, como las cuentas de un collar roto, dejándole insatisfecho el corazón.

Jesús iniciaba su vida pública eligiendo como centro de su predicación y sus milagros a la pequeña Galilea.

Un día cualquiera llegó hasta Magdala el rumor. Iba creciendo como la brisa vespertina que riza apenas la superficie del lago para estallar al fin en ola sobre la orilla.

—¡Ha aparecido un Profeta! Se rodea de discípulos. ¡Anuncia el reino de Dios y dice que está dentro de nosotros! Viene hacia Magdala [...] ¡Ya llega! [...] Está aquí. ¡El Profeta!

Se dejó arrastrar por un grupo que corría. Fue sólo un instante. Divisó su estatura destacada. Más cerca pudo distinguir sus rasgos. Le agradaron. Eran regulares y firmes, pero... ¿y sus ojos? No podía verlos. Fue sólo un instante. Él, al pasar, la miró. Hubiera querido retenerle, pero él seguía ya su camino.

No podía María olvidar los ojos del Profeta. ¿Qué había en aquellos ojos? ¿Reproche? Sí, reproche; pero también compasión, una compasión inmensa. La vida se le hizo insoportable. Cada pecado grababa más hondo en su recuerdo aquella mirada. Le dijeron que Cafarnaúm era su residencia más frecuente.

La tarde estaba ahíta de polvo y la ciudad parecía desierta; pronto descubrió un apiñado enjambre frente a una casa del barrio de los pescadores. Magdalena tardó horas en ir ganando puestos pacientemente hasta llegar al umbral en que Jesús inagotablemente se inclinaba sobre las necesidades de todos. Le golpeaba apresuradamente el corazón. Se había cubierto con un velo tupido que ocultaba por entero su vestido rico, sus cabellos. ¿Qué le pediría ella al Profeta? Nada. Realmente. No tenía nada que pedirle. Ni sabía ahora por qué había venido.

De pronto se produjo un gran revuelo. Alguien por la parte posterior de la casa había logrado levantar la techumbre y en este momento, ante un murmullo expectante, descolgaban una camilla con un hombre totalmente rígido e inmóvil (Mc 2,1-2; Mt 9,1-18; Lc 5,17-26).

Los escribas y personas importantes que rodeaban a Jesús se apartaron, y quedó el hombre tendido en el centro de la habitación delante de él. El enfermo, intensamente pálido, imploraba con los ojos. Jesús le miró largamente —se hizo un silencio total—; después, posando una mano sobre su frente, dijo en tono solemne:

—*Hijo, ten confianza; perdonados te son tus pecados.*

Magdalena, en la misma puerta, tembló: ¡sus pecados!

Hubo un instante de sorpresa y desencanto. Miradas de reprobación de los escribas. Pareció que uno de ellos iba a hablar, pero Jesús le tomó la palabra.

—¿Por qué os escandalizáis de que yo perdone los pecados? Pensáis, sin duda, que sólo Dios puede hacerlo... *Pues, para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene potestad de perdonar los pecados, a ti lo digo: levántate, toma tu camilla y vete a tu casa.*

María comprendió entonces la profundidad de la mirada compasiva de Jesús. Creyó que él, con su poder divino, había taladrado su conciencia y que la había visto a ella, manchada de lujuria, de envidia, de codicia. De repente, aquellas palabras de Jesús anteponiendo el perdón de los pecados a la salud del cuerpo, la habían colocado frente a sí misma. Todo su orgullo de mujer hambrienta de halagos se rebelaba. No podía soportar el pensamiento de su propio espectáculo. Sentía asco de su vida y juntamente una rebeldía indomable que le impedía reconocerse indigna, despreciable, merecedora de la infinita compasión de Jesús.

El remordimiento es amargo cuando el amor no lo ha transformado aún en contrición. Es como una losa que nos oprime, amenazando aplastarnos para siempre; como una serpiente que se revuelve en el alma.

Lentamente, por debajo del orgullo encabritado, y a medida que éste se amansaba, la gracia iba abriéndose paso. A la rebeldía sucedía la esperanza que habían dejado prendida en su alma

aquellas palabras dirigidas al paralítico: *Hijo, ten confianza; tus pecados te son perdonados.* Ella también podía ser perdonada.

Sus pecados le pesaban ahora como una cadena insoportable. Pero las cadenas atan a la tierra. Ella, para liberarse, tenía que romperlas, y se sentía sin fuerzas, impotente. En esta agonía que le deshace el alma, porque ya no quiere pecar y peca, busca de nuevo a Jesús.

Ahora Él enseña en el Monte. Entre Caná y Cafarnaúm, en la ladera del Poniente, que conserva fresca la hierba hasta el centro del verano. La muchedumbre que le rodea es compacta. No logra acercarse al Maestro, pero le escucha:

—*Bienaventurados los limpios de corazón, porque verán a Dios.*

—Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos también alcanzarán misericordia.

—Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia, porque serán saciados.

Y estas palabras abren su alma a un deseo acuciante de bondad y de bien.

Como el aliento del amanecer despertando a las palmeras del desierto, como el primer vuelo de un pájaro recién nacido, aletea en su corazón un amor nuevo, un amor puro que le empuja sin violencias hacia aquella verdad, hacia aquel bien vislumbrado que se personifica en Jesús.

Sólo él podía saciar los verdaderos deseos de su corazón.

Como la esposa del Cantar ella quiere buscar al amado por calles y por plazas e increpar a los centinelas de la ciudad: «¿No habéis visto al amado de mi alma?».

Supo que estaba en casa de Simón. Entró muy de prisa, apretando fuertemente su frasco de perfume. Hubiera querido pasar inadvertida, pero no fue posible. Casi la echaron para atrás las miradas de escándalo y de desprecio. No importaba. Se lo merecía. Su orgullo se había fundido porque había triunfado el amor.

Le vio y se arrojó a sus pies. Quiso decirle su arrepentimiento, suplicar su perdón. Pero no pudo. Se le ahogaron en lágrimas las palabras. Sólo supo besarlos y llorar, no sabía si de amor o de dolor. Él comprendía.

Derramó sobre sus pies el perfume. Quería darle esta muestra de gratitud; pero... ¡qué poco era aquello! Se soltó en gesto rápido las trenzas. Eran algo muy suyo, algo que ella había cuidado con esmero como a su gala preferida, justo era emplearlas ahora en enjugarle a él los pies.

Ahí seguía, ajena a la irritación circundante cuando habló Jesús:

—*Simón, quiero decirte una cosa.*

—Dila, Maestro.

—Un acreedor tenía dos deudores...

Aludida por él, María se estremeció desde sus plantas escuchando aturdida la defensa que ¡de ella! hacía el Maestro.

Lentamente irguió la cabeza y se atrevió, al fin, a mirarle.

—*Mujer, perdonados te son tus pecados...*

Movió ella los labios sin lograr emitir ningún sonido.

—*Tu fe te ha salvado, vete en paz* (Lc 7,36-50).

Las palabras del Señor fueron eficaces en su alma, que quedó inundada de paz.

> «¡Oh hijas de Jerusalén!, conjúroos por las cabras y por los ciervos de los campos que no despertéis ni desveléis a mi amada» (Cant 3,5).

María, renovada y libre, se une al grupo de mujeres que asisten a Jesús. En adelante su vida aparece íntimamente trenzada con los principales acontecimientos de la vida de Cristo: vicisitudes de su ministerio mesiánico, pasión y muerte, resurrección.

> «Y aconteció luego que recorrió él una tras otra las ciudades y aldeas predicando y anunciando la buena nueva del Reino de Dios. Con él iban los doce y algunas mujeres [...] María, la llamada Magdalena, de la cual habían salido siete demonios, y Juana, la mujer de Cuza [...], y otras muchas que le servían con sus haberes» (Lc 8,1-3).

Seguir a Jesús, servirle, pudo parecer a Magdalena una felicidad indecible. Pronto comprobó que estaba sembrado de sacrificios. Pero amaba. Amaba con sinceridad, tenía una deuda que pagar y siguió adelante.

La vida pública del Señor cosechó algo más que éxitos.

A los pocos días de iniciar el peregrinaje en su seguimiento estuvieron a punto de lapidarle en Nazaret (Mc 6,16; Mt

13,53-58). El entusiasmo que produjo la multiplicación de los panes se trocó en desvío cuando Jesús prometió a su auditorio que él les daría a comer su carne y a beber su sangre. María no entendía nada, pero no podía dejar de creer en él. ¿No estaban todos ellos a cada paso comprobando su poder divino? ¿Cómo podían dudar? ¿No palpaban en sí mismos una transformación inexplicable a su solo contacto? ¡Ah! Ella no tenía derecho a dudar. ¡Había experimentado tan ciertamente que era él y sólo él quien la había curado atrayéndola tan suave pero tan fuertemente hasta arrancarla del pecado!

Menos mal que aquel día Simón, en un arranque, había sabido interpretar lo que ella misma sentía.

—No, Señor, nosotros no te dejaremos. *¿Adónde iríamos? ¡Sólo Tú tienes palabras de vida eterna!* (Jn 6,60-70).

Galilea, Fenicia, Decápolis, Judea. En Judea el ambiente era hostil, preñado de peligros. Pero ella no tenía miedo. Tampoco comprendió entonces por qué algunos discípulos tenían miedo.

Hasta que... Parecía imposible. Imposible. Habían vuelto a Jerusalén para la Pascua. Se precipitaron los acontecimientos. Ella no lo había creído, a pesar de los rumores, a pesar de las amenazas, y el golpe la anonadó.

¡Habían prendido al Maestro! (Mt 26; Mc 14; Lc 22; Jn 18).

Habían prendido al Maestro de noche, mientras ella dormía. ¿Cómo era posible que durmiera? Y ahora —estaba amaneciendo— le acababan de llevar a Pilato después que el sanhedrín hubo decretado su muerte (Mt 27; Mc 15; Lc 23).

Alzaron la cruz.

María se quedó helada de horror. No podía ser él. No podía serlo. Sus ojos —aquellos ojos— estaban turbios de sangre. Su cuerpo, como un gusano retorcido y lívido.

—*¡Si eres el Hijo de Dios baja de la cruz!* (Mt 27,40).

¿Bajaría? ¿Por qué no se desclavaba? Podía hacerlo. Estaba segura. ¿Por qué no lo hacía? ¿Por qué?

—*Padre mío, perdónalos porque no saben lo que hacen* (Lc 23,34).

Sí, era Jesús. Éste era Jesús. Perdonando, siempre perdonando. ¿Cómo era posible que él, tan bueno... acabase así? Él no lo merecía, ella sí. Lo hubiese merecido, pero él...

—*Señor, acuérdate de mí cuando estés en tu reino.*

Miró a lo alto. Esta voz parecía venir de uno de los malhechores crucificados junto al Maestro. Ahora Jesús le miraba y parecía querer hablarle:

—*Yo te lo digo, hoy mismo estarás conmigo en el paraíso* (Lc 23,42-43).

¡Con qué facilidad perdonaba Jesús! ¡Con qué facilidad la había perdonado a ella! ¡Con qué facilidad perdonaba ahora a este malhechor! ¿No sería que Jesús sufría para tener derecho a perdonar?

Le daba vértigo el misterio que se abría a su entendimiento como una sima.

La justicia de Dios —ella lo había sabido siempre— era inexorable. Necesariamente inexorable. Y Jesús perdonaba tan fácilmente.

Miró a Jesús. Tuvo valor para mirar de nuevo a Jesús.

¡Ése era el precio del pecado! Ese jirón blanco y retorcido surcado de sangre. ¡De nuestros fáciles pecados!

Su angustia, su desesperación primera había cedido a un dolor hondo, anonadado, que no podía contener.

Una mano amiga se posó sobre su brazo. Era la Madre de Jesús... Se miraron. Tuvo vergüenza de haber exteriorizado con tanta vehemencia su dolor, pues... ¿podría haber dolor comparable al suyo?

La Madre también lloraba, pero sosegadamente, como la lluvia mansa que fecunda la tierra.

Jesús tenía que morir. Moriría. ¡Qué amor el suyo! Iba a morir por sus pecados.

Cuando el corazón sufre nos parece que el tiempo se detiene para oprimirnos. Es una ilusión. Nos oprime la pena, pero el tiempo pasa. Y pasaron aquellas horas para los amigos de Jesús desde que Él quedó encerrado en el sepulcro dejándoles sumidos en una inercia llena de estupor.

La sensibilidad de Magdalena, deshecha por el horror del suplicio, reproducía a cada instante la imagen de las llagas, los clavos, las espinas, la sangre de Cristo.

Se revolvía sin poder ni querer escapar del atroz recuerdo ni de la certeza de que Jesús había muerto por sus pecados. Le parecía sentir la sangre de Cristo chorreando sobre su alma para

dejarla blanca, sin mancha. ¿No había dicho el profeta: «Aunque vuestros pecados os hayan teñido como la grana, quedarán vuestras almas blancas como la nieve, y aunque fuesen teñidas de encarnado como el bermellón se volverán del color de la lana más blanca»? (Is 1,18).

Su único consuelo era prometerse a sí misma que moriría con él.

Esto haría: En cuanto terminase el descanso sabático correría al sepulcro y permanecería allí hasta morir. Junto al cuerpo de Jesús, sin separarse de él.

Los dedos del alba hilaban tenuemente el amanecer más hermoso que ella hubiera presenciado jamás. Toda la fragancia de la primavera parecía emerger de la tierra saliendo al encuentro del pequeño grupo de mujeres. Sus siluetas se confundían con la luz difusa del camino que conducía al sepulcro. Una brisa fresquísima oreaba sus mantos.

María no podía reprimir sus apresurados latidos cuando divisaron el sepulcro a lo lejos. Mas... ¿qué era aquello? La piedra estaba corrida.

¡Había sido violada la sepultura! (Mc 16,4; Jn 20,1).

Despavorida, desanda Magdalena el camino, corriendo hasta quedar sin aliento para avisar a los discípulos. ¡Han robado el cuerpo del Maestro!

Pedro y Juan corren también (Jn 20,2-4). Ella, muy rezagada esta vez, alocada y exhausta, llega de nuevo y encuentra el lugar solitario.

Se postra llorando junto al sepulcro vacío.

No puede resignarse a perder el cuerpo de Jesús. No le queda otra señal tangible de su existencia. Necesita palpar de nuevo esta prueba inequívoca de que los últimos meses de su vida no han sido un sueño.

¿Un sueño? ¿Estará soñando ahora?

Tocada por una intuición se asoma toda por la oquedad negra transpirada de frescor de la cueva. En el interior divisa dos sombras blancas.

—*Mujer, ¿por qué lloras?*

—*Porque se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto.*

Se siente dispuesta a buscarlo, a rescatarlo como sea. No puede discurrir. Sólo sabe que quiere el cuerpo de Jesús, que necesita el cuerpo de Jesús para morir a su lado como un perro fiel.

Se vuelve y tropieza su vista con una figura erguida. Le hiere el sol en contraste con la obscuridad del sepulcro. Deslumbrada, sólo sabe echarse a llorar de nuevo.

—*Mujer, ¿por qué lloras, a quién buscas?*

—*Señor, si tú lo has llevado de aquí dime en dónde lo has puesto, que yo me lo llevaré.*

—*¡María!*

Y cae a sus plantas, vencida por esta sola palabra que estalla en su conciencia como una cascada de luz. La realidad de Jesús resucitado se revela a su alma más aún que a sus ojos atónitos.

Nunca sabrá traducir esta revelación inefable de Jesús. Su divinidad, su amor sin límites. ¿Fue un siglo o fue un instante? Como un eco lejano suena en su recuerdo: «Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios». Él la había limpiado con su sangre y por eso ve... Sólo al quebrarse el hilo de aquel íntimo encuentro pudo ella balbucir, a la par que alargaba sus brazos para abrazar los pies del Señor:

—*¡Raboní!*

Pero Jesús la detiene suavemente:

—*No me toques...*

Había dejado besar y ungir sus pies por la pecadora arrepentida que se llegaba a él por primera vez. Pero ahora se ha dado a conocer a aquella alma en su espíritu, y esta gracia exige una respuesta de fe sin aledaños sensibles.

—*Ve a mis hermanos y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios...* (Jn 20,11-18; Mc 16,9-11).

No quería Jesús que Magdalena muriese doliente y abatida... Lo que exigía de su amor era una postura de fe y de obediencia.

«Y fue María Magdalena...»

La brisa del amanecer se ha detenido ante el triunfo del sol que corre como un gigante su camino.

Los evangelistas no vuelven a nombrarla, pero nos es fácil descubrir su silueta entre las fieles mujeres que presenciaron el último adiós del Maestro ascendiendo entre nubes.

¿Después? Una abundante tradición la lleva al desierto y hasta la hace arribar con la diáspora judía en las playas de Marsella.

Nosotros que la hemos visto palpitar en las páginas del Evangelio preferimos dejar que se oculte con Él a nuestros ojos. No nos hace falta más.

María Magdalena será siempre en el santoral romano el prototipo de la mujer que, habiendo pecado, se convierte en un rendimiento total al amor divino.

La gracia de la conversión es con frecuencia así: un toque discreto, una invitación, una mirada. De nuestra respuesta depende un escalonamiento sucesivo de gracias que nos lleven hasta la santidad.

A través del texto evangélico hemos seguido este proceso en María, la pecadora. Ella fue fiel en cada etapa.

A la gracia de la conversión que se operó en ella, sin duda alguna, por la predicación y los milagros de Jesús, María responde con la confesión humillante de su culpa en casa de Simón.

Después del perdón se consagra totalmente al servicio del Maestro y le sigue hasta la cruz como no fueron capaces de seguirle los discípulos.

Muerto, no le abandona. Quiere rescatar su cuerpo... ni siquiera ve su impotencia para hacerlo, ni los peligros que entraña su deseo. Jesús recompensa su fidelidad con la gracia inmensa de su primera aparición.

A partir de este momento se inicia en aquella alma una fase de madurez que hemos creído ver en la frase de Jesús: «No me toques».

La fe en la soledad y la constancia del servicio en una vida olvidada de reparación, como de quien ha visto morir a Jesús por ella, la conducen a los altares.

La Iglesia la propone en el día de hoy para ejemplo nuestro.

MARÍA LUISA LUCA DE TENA Y DE BRUNET

Bibliografía

DANIEL-ROPS, *Jesús en su tiempo* (Barcelona 1954).
FILLION, L. C., *Vida de Nuestro Señor Jesucristo* (Madrid [7]1960).
GOMÁ Y TOMÁS, I., *Los santos Evangelios* (Barcelona [4]1941).
LACORDAIRE, H. D., OP, *Santa Maria Maddalena* (Turín 1927).

RICCIOTTI, G., *Vida de Jesucristo* (Barcelona [7]1960; nueva ed. Madrid 2000).
ZELLER, R., *Le silence de l'amour* (París 1953).
• Actualización:
BERNABÉ UBIETA, C., *Las tradiciones de María Magdalena en el cristianismo primitivo* (Estella 1994).
HASKINS, S., *María Magdalena, mito y metáfora* (Barcelona 1993).

SANTOS FELIPE EVANS Y JUAN LLOYD

Presbíteros y mártires († 1679)

Estos dos mártires ingleses, jesuita el primero, sacerdote secular el segundo, perecieron en el curso de la persecución anticatólica desatada en Inglaterra bajo el reinado de Carlos II cuando un tal Titus Oates denunció una pretendida conspiración contra la persona del monarca y de la que se presentaba como protagonistas a los jesuitas y a los católicos en general.

Titus Oates llevó tan lejos su conversión al catolicismo como para pedir y obtener el ingreso en el colegio inglés de Valladolid en orden a convertirse en misionero. Fue admitido el 1 de junio de 1677, pero en octubre era despedido. Su despecho le llevó a inventar al año siguiente una conspiración contra el rey que debía restablecer por la fuerza el catolicismo en los dominios del monarca. Alegó que él había sido enviado desde Valladolid a Madrid para solicitar ayuda al rey español a fin de llevar adelante la dicha conspiración. Oates confirmó con juramento su declaración ante el Consejo Privado y ante el magistrado de Londres, sir Edmundbury Geoffrey, cuyo cadáver era encontrado poco después en una zanja en Primrose Hill. Ello brindó la oportunidad para reavivar la legalmente vigente persecución contra los católicos en el reino. En el curso de esa persecución morirían nuestros dos mártires, acusados ambos no de participar en la conspiración sino simplemente de ser sacerdotes ordenados en el extranjero y vueltos a Inglaterra, lo que estaba severamente prohibido y penado en el llamado «Estatuto 27» de Isabel.

Era el 22 de julio de 1679. Estaban los dos mártires en la misma celda de la cárcel de Cardiff. De allí fueron mandados salir, llevando ambos las manos encadenadas a la espalda. Lo hicieron ambos con rostro sereno y subieron al carromato que

los llevó a Gallows Field, al norte de lo que es ahora la carretera de Richmond. Cuando ambos divisaron el patíbulo, dijeron lo que la tradición cuenta de San Andrés apóstol: «¡Salve, oh Cruz buena, tanto tiempo anhelada!». Se acercaron ambos al patíbulo, se pusieron de rodillas y lo besaron. Se pusieron de pie y preguntaron al sheriff cuál de los dos iba a ser sacrificado primero. El juez replicó que Evans. Se abrazaron ambos mártires y Lloyd quedó en el encargo de dar la absolución sacramental a Evans en el momento en que empezara a ser destripado. Felipe Evans obtuvo permiso para hablar y se dirigió a los presentes para decir que no había otra causa para su muerte sino ser sacerdote católico. Dijo:

> «Éste es el mejor púlpito que un hombre puede tener para predicar; por ello no puedo dudar en deciros nuevamente que yo muero por Dios y por la causa de la religión; y pienso para mí que estoy tan feliz que si tuviera muchas vidas, gustosamente las daría por tan buena causa. Si me dejaran vivir, ya viviría poco tiempo, porque no soy joven. Me alegra mucho saber que tan poco tormento me reporta la felicidad eterna. Yo agradezco a todos los que han intervenido, y a usted también, señor Sheriff. Adieu!, señor Lloyd, aunque por poco tiempo, ya que volveremos a encontrarnos en breve. Pedid todos por mí y yo devolveré la oración cuando, con el beneplácito divino, yo disfrute de la visión beatífica. Me consideraré bien pagado si alguno de vosotros, al verme morir así, de tan buena gana, por la religión, tiene un buen pensamiento sobre ello».

Dicho esto, guardó silencio, y tras una pausa, dijo con voz clara y fuerte: «En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu».

Los verdugos hicieron su labor: ahorcaron al mártir, lo bajaron poco después, lo abrieron y destriparon y lo descuartizaron luego. Durante la carnicería de su compañero conservó Juan Lloyd la serenidad y en el momento oportuno, cumpliendo su promesa, dio la absolución sacramental al mártir.

Fue ahora el turno de Juan Lloyd. Él también se dirigió a los presentes y les dijo:

> «Mi compañero de sufrimientos ya ha declarado la causa de nuestra muerte. No necesito repetirla. Además nunca he sido buen orador. Diré por tanto solamente que yo muero en la verdadera fe católica y apostólica, según las palabras del Credo: Creo en la Santa Iglesia católica; y muero con las tres virtudes: fe, esperanza y caridad. Yo perdono a todos los que me han ofendido: si he ofendido

a alguien me arrepiento y le pido perdón. Pido a todos vosotros recéis por mí, en particular a los católicos aquí presentes, deseándoles que lleven sus cruces con paciencia y que recuerden aquel pasaje de la Sagrada Escritura: Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos».

Entonces se colocó debajo de la horca y dio gracias a todos aquellos que habían sido amables con él y pidió al sr. Carné que rezara por él. Se arrodilló tres veces y dijo en latín: «Señor, ten misericordia de mí, pecador», y también: «En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu». Hizo luego una señal y comenzó su martirio, igual que el de su compañero.

Digamos algo de la vida de ambos atletas de Cristo, que consumaron con tan gloriosa confesión de fe su carrera terrena.

FELIPE EVANS nació en Monmouth, Gales, el año 1645, hijo de Guillermo Evans y de Winifreda Morgan. Pasó a educarse en Saint-Omer, y sintiendo la vocación religiosa ingresó en la Compañía de Jesús el año 1665. Hizo su noviciado en Watten y los estudios superiores en Lieja con gran satisfacción de sus superiores. Ordenado sacerdote, fue enviado a la misión inglesa el año 1675, siéndole asignado como campo de su trabajo el Gales meridional. Como misionero demostró un gran celo, y no rehuyó ningún trabajo por duro o peligroso que fuera, siendo evidente que desde el principio estaba dispuesto a dar su vida por la fe. El Señor le concedió la gracia de atraer muchas almas a la fe católica.

Conocida la presencia en la región del P. Felipe Evans, ofreció John Arnold, un feroz perseguidor de los católicos, que vivía cerca de Abergavenny, doscientas libras por su captura. Los amigos avisaron al P. Evans del peligro que corría pero él se negó a abandonar el puesto de apostolado que le había sido asignado por la obediencia. Por fin el P. Evans fue arrestado el 4 de diciembre de 1678 en Sker, Glamorgan, donde se hallaba con sus amigos católicos en casa de Cristóbal Tuberville. Fue llevado a casa de un magistrado, Humphrey Wymdham, que vivía en Dunraven Castle, donde llegó también el magistrado Richard Longher. Ambos enviaron a Evans a la cárcel de Cardiff como sospechoso de ser jesuita o sacerdote papista. Yendo de camino, pasaron la noche en Llantwit Major, y allí sir Edward

Stradling y otro magistrado le ofrecieron la libertad y la vida si suscribía el juramento de aceptación de la supremacía religiosa del rey. El P. Evans no dejó de apreciar la buena voluntad con que le ofrecían ese camino de libertad pero les respondió que estaba dispuesto a ir a la cárcel y aun a la muerte antes que prestar un juramento contrario a su conciencia. Fue llevado entonces a la cárcel del condado y luego al castillo de Cardiff y encerrado en la llamada Black Tower. El sr. Tuberville obtuvo para él del gobernador del castillo que se le pusiera en una celda con el P. Lloyd, preso igualmente.

Pasaron seis meses durante los cuales las autoridades se esforzaron por encontrar quienes pudieran testificar contra el P. Evans. Hubo un incidente con un católico al que le ofrecieron declarar como testigo y al que pegaron por negarse, partiéndole un labio, de resultas de lo cual murió al poco. Por fin encontraron a dos pobres mujeres, madre e hija, y a un enano llamado Mayne Trott, los cuales habían sido católicos. El juicio se fijó para comenzar el día 3 de mayo, fiesta entonces de la Invención de la Santa Cruz. Las mujeres depusieron que ellas habían estado presentes en una misa del P. Evans y habían recibido de sus manos la comunión. Como era verdad, el P. Evans no respondió nada, se limitó a guardar silencio ante este testimonio. El juez, persona amable, le pidió que rebatiera el testimonio pero el mártir siguió callado. Entonces el juez advirtió al jurado que si el testimonio oído les resultaba suficiente tenían que declarar culpable al P. Evans. El jurado, el día 9 de mayo, emitió su sentencia de culpabilidad, y el juez condenó al P. Evans a la muerte por ahorcamiento, destripamiento y descuartización.

JUAN LLOYD era natural del Brecknockshire, Gales, y pertenecía a una antigua familia galesa. No se sabe exactamente la fecha de su nacimiento y apenas hay datos de su juventud. Ingresó en 1649 en el colegio inglés de Valladolid, con el seudónimo de Floyd, y se ordenó sacerdote el 7 de junio de 1653. Al año siguiente fue enviado a su Gales natal como misionero y, sorteando los peligros, pudo ejercer su ministerio a lo largo de casi veinticinco años, quedando igualmente pocas noticias de este continuado apostolado. Se sabe que tenía un gran amigo, el se-

ñor Owel Carné, de Nash, el cual estuvo presente en su martirio y a quien el mártir mandó un saludo cuando lo divisó entre los presentes. Fue arrestado en Penlyn, Gamorgan, el 20 de noviembre de 1678. Bajo la acusación de sospechoso de ser sacerdote papista fue enviado a los calabozos del castillo de Cardiff por Ricardo Basset. Aquí en la cárcel fue encerrado por fin en una celda junto con el P. Felipe Evans, cuya suerte compartió desde entonces.

Su juicio fue el mismo que el del P. Evans. A él se le acusó de ser sacerdote de alguno de los seminarios del Continente y de haberse ordenado sacerdote bajo la pretendida autoridad de la Sede Romana y haber entrado en el reino y ejercido el ministerio en Penlyn. El jurado consideró probados estos extremos y lo condenó a la muerte reservada a los traidores.

Ambos mártires fueron incluidos en el grupo de cuarenta confesores de la fe de Inglaterra y Gales que el papa Pablo VI canonizó solemnemente en Roma el 25 de octubre de 1970.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

SACRA CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, *Westmonasterien. Beatificationis seu Declarationis Martyrii venerabilium servorum Dei Georgii Haydock... et Sociorum in odium fidei, ut fertur, in Anglia interfectorum* (Roma 1928).

TESTORE, C., *Il primato spirituale di Pietro difeso dal sangue dei martiri inglesi* (Isola del Liri 1929).

TIGAR, C., *Forty English and Welsh Martyrs* (Londres 1970).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN WANDREGISILO

Abad († 668)

Wandregisilo nace en Verdún hacia el año 600. Era un hombre casado y oficial de la corte del rey Dagoberto cuando hacia el año 630 él y su esposa deciden abandonar el mundo para dedicarse a Dios por completo. Ingresó en el monasterio de St. Baudry en Montfaucon e hizo la profesión monacal. Pero deseaba vivir en completa soledad y obtuvo licencia para irse a

Saint-Ursanne en las montañas del Jura, donde llevó, efectivamente, vida eremítica, entregado a la divina contemplación y a la más extrema austeridad. Adquirió un gran prestigio y varios monasterios se honraron de que pasara temporadas en ellos. Estando en la abadía de Romain-Moutier, en la que pasó un largo tiempo, el arzobispo de Ruán, San Audoeno, lo ordenó sacerdote. Posteriormente fundó la abadía de Fontenelle en Normandía, de la que quedó al frente como abad. Impuso en el monasterio la Regla de San Columbano y realizó una importante obra evangelizadora en la zona, al tiempo que fundaba una cadena de monasterios filiales. Murió en su abadía, parece que el año 668.

SAN GUALTERIO

Fundador († 1224)

Gualterio nace en Lodi hacia el 1184, hijo de unos padres muy piadosos que habían prometido dedicar a Dios su hijo si el Señor se lo concedía. Cumpliendo el voto fueron a Roma y en la basílica de San Pedro consagraron el hijo a Dios y vueltos a Lodi lo educaron para la vida religiosa, tomando a los quince años el hábito de hermano hospitalario. Muerto su padre, Gualterio colocó a su madre en un convento y tras vender todos sus bienes y darlos a los pobres, marchó a Piacenza donde ejerció el servicio hospitalario en el Hospital de San Raimundo in Palmerio. Unos años más tarde vuelve a Lodi y sirve como hospitalario en el Hospital de San Bartolomé. Por fin, viendo la necesidad de un hospital y hospicio para peregrinos y viandantes, sobre todo enfermos, en la entrada del pueblo, pide y alcanza del municipio un terreno a las afueras de la población, que se le concede el 30 de abril de 1206. Aquí, apoyado por el sacerdote Everardo, levanta la deseada casa de acogida para peregrinos y enfermos, juntándosele luego otras personas para compartir el servicio a los acogidos, así hombres como mujeres. Llevaba una vida de gran austeridad: andaba descalzo, vestía una túnica basta, ayunaba con frecuencia, pasaba largas horas en oración y daba abundantes limosnas a los necesitados. Amplió luego su obra abriendo otras instituciones similares a la suya por la dió-

cesis de Lodi y que funcionaron como filiales de su hospital original. Rodeado de fama de gran santidad murió el 22 de julio de 1224 y su tumba fue enseguida objeto de culto popular. La diócesis de Lodi celebra su memoria litúrgica.

BEATO AGUSTÍN FANGI DE BIELLA

Presbítero († 1493)

Agustín Fangi nace en Biella, Piamonte, en el seno de una aristocrática familia, hacia el año 1430. Llegada la juventud, opta por la vida religiosa e ingresa en la Orden de Predicadores, donde hace la profesión religiosa y, tras los pertinentes estudios, se ordena sacerdote. Pasa por una dura prueba: contrae una grave y dolorosa enfermedad, a la que se quiso poner remedio con intervenciones quirúrgicas que no surtieron el deseado efecto. Pero enfermo y todo, observaba las constituciones de su Orden con gran estrechez y daba señales de una gran devoción y vida interior. Acreditado como predicador y director espiritual de muchas almas, varios conventos lo eligieron sucesivamente su prior a fin de que instaurara en ellos una reforma consistente en la rígida observancia de la Regla y constituciones de la Orden. Él deseaba retirarse a un sitio pacífico para vivir dedicado a la oración y el ordinario ministerio sacerdotal, lo que consiguió viviendo los últimos diez años de su vida en el convento de Venecia, donde falleció santamente el 22 de julio de 1493. A su muerte comenzó en torno a su tumba un culto popular que fue confirmado por la Santa Sede el 5 de septiembre de 1872.

BEATO SANTIAGO LOMBARDIE

Presbítero y mártir († 1794)

Nació en Limoges el 1 de diciembre de 1737 y fue bautizado aquel mismo día en la parroquia de San Pedro. Llegada la juventud, opta por el sacerdocio y tras los estudios pertinentes se ordena de sacerdote. En 1763 es nombrado párroco de Saint-Hilaire-de-Foissac, hoy en el cantón de Lapleau. Llegada la Revolución, se niega a prestar el juramento de acatamiento a la

constitución civil del clero y es arrojado de su parroquia, yéndose entonces con su familia a Limoges. Aquí es arrestado y encerrado en la prisión de La Règle. No teniendo con qué subsistir, hubo de ponerlo así en conocimiento de las autoridades (2 de mayo de 1793). Ni entonces ni en posteriores peticiones para sí y para su familia obtuvo nada. El 2 de abril de 1794 el médico lo declara sano para la deportación. Parte para Rochefort, donde ya estaba el 5 de mayo, cuando fue objeto de un registro. Embarcado en Les Deux Associés, murió el 22 de julio de 1794 y fue enterrado en la isla de Aix. Cuando enfermó, se le negó cualquier auxilio y así hubo de arrastrar muchos días su enfermedad, padeciendo muchísimo, y llegando al extremo de no quedarle sino la piel sobre los huesos. Aun así, sonreía a todos y llevaba su enfermedad y terrible situación con gran mansedumbre y paciencia. Todos admiraron su bondad y fortaleza espiritual. Fue beatificado como mártir el 1 de octubre de 1995 por Juan Pablo II.

SANTOS ANA WANG, LUCÍA WANG WANGZHI Y ANDRÉS WANG TIANQING

Mártires († 1900)

ANA WANG era natural de Majiazhuang, en la provincia china de Hebei, donde nace el año 1886. Su familia era católica pero no muy fervorosa y, sin embargo, ella desde pequeña mostró mucha inclinación a la piedad. Llegada a la adolescencia, quería mantener su virginidad y consagrarse al Señor pero su familia, a sus espaldas, concertó su matrimonio y, para ello, fue llevada a otro pueblo. Antes de que el matrimonio se consumara, ella se escapó y volvió a su pueblo. Al poco tiempo se supo que llegaban los boxers y Ana con otros muchos se refugiaron en la escuela, donde ella los animó al martirio. Llegaron los boxers y exigieron enseguida la apostasía. Apostataron algunas mujeres, entre ellas su madrastra, lo que Ana sintió muchísimo. Apresada con otros, fue llevada al camino de Daining con los demás y decapitada. Tenía 14 años.

LUCÍA WANG WANGZHI, 31 años, tenía un hijo de 7 años llamado ANDRÉS. Eran de Wei-Hsien. Con otros muchos acu-

den a refugiarse en la escuela de Majiazhuang, donde los capturan los boxers. Viendo venir que su final era el martirio pasó la noche en oración. Llegada la hora del sacrificio, junto a la boca de la fosa, un soldado se compadeció del niño y propuso al capitán le diera permiso para adoptarlo, pero la madre, viendo el peligro de que en ese caso el niño se educara fuera de la fe cristiana, atrajo al niño a sí. Éste comprendió, se puso de rodillas y comenzó a rezar en voz alta. Entonces madre e hijo fueron decapitados. Era el 22 de julio de 1900.

Estos mártires eran canonizados por Juan Pablo II el 1 de octubre de 2000, junto con los demás mártires de China.

23 de julio

A) Martirologio

1. En Roma, Santa Brígida († 1373), viuda, fundadora de la Orden del Santísimo Salvador **.

2. La conmemoración de San Ezequiel, profeta **.

3. En Classe, junto a Rávena, San Apolinar, obispo († s. II), cuya memoria se celebra el 20 de julio.

4. En Bizia (Tracia), San Severo († 304), mártir.

5. En Marsella (Galia), San Juan Casiano († 435), presbítero **.

6. En Cimiez (Galia), San Valeriano († 460), obispo *.

7. En Orvieto (Toscana), Beata Juana († 1306), virgen, terciaria dominica *.

8. En Manzanares (Ciudad Real), beatos Nicéforo de Jesús y María (Vicente) Díez Tejerina († 1936), presbítero, y cinco compañeros mártires: José de los Sagrados Corazones Estalayo García, Epifanio de San Miguel Sierra Conde, Abilio de la Cruz Ramos Ramos, Zacarías del Santísimo Sacramento Fernández Crespo, Fulgencio del Sagrado Corazón de María Calvo Sánchez, religiosos de la Congregación de la Pasión **.

9. En Carabanchel Bajo (Madrid), beatos Germán de Jesús y María (Manuel) Pérez Giménez († 1936), presbítero, y ocho compañeros mártires: Felipe del Sagrado Corazón de María Valcobado Granado, presbítero; Maurilio del Niño Jesús Macho Rodríguez, José de Jesús y María Osés Sainz, Julio del Sagrado Corazón Mediavilla Concejero, José María de Jesús Agonizante Ruiz Martínez, Laurino de Jesús Crucificado Proaño Cuesta, Anacario de la Inmaculada Benito Nozal, Felipe de San Miguel Ruiz Fraile, religiosos de la Congregación de la Pasión **.

10. En Toledo, beatos Pedro Ruiz de los Paños y José Sala Picó († 1936), presbíteros y mártires, de la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos del Sagrado Corazón de Jesús **.

11. En Dachau (Baviera), Beato Cristino Gondek († 1942), presbítero, religioso franciscano, mártir *.

12. En Presov (Eslovaquia), Beato Basilio Hopko († 1976), obispo y mártir *.

B) Biografías extensas

SANTA BRÍGIDA DE SUECIA

Viuda y fundadora († 1373)

Suecia es en la actualidad un país típicamente protestante: sus habitantes, en su inmensa mayoría, son luteranos, y la vida y la cultura de la nación están impregnadas del espíritu del protestantismo. La Reforma, que allí tuvo lugar en la primera mitad del siglo XVI, favorecida por los nobles y por el poder real, acabó por completo con el catolicismo, seis veces secular: hoy día hay de nuevo católicos en Suecia, pero son muy poco numerosos. Sin embargo, durante la Edad Media la cultura católica y la vida espiritual florecieron también en los países escandinavos, que llegaron a constituir un verdadero plantel de santos. Están, en primer lugar, los tres santos reyes mártires, patronos de los tres reinos escandinavos: San Canuto de Dinamarca, San Olao de Noruega y San Eric de Suecia, y después otros muchos más (sobre todo monjes y monjas, presbíteros y obispos); pero entre todos los santos de Escandinavia, la más célebre es Santa Brígida de Suecia.

Santa Brígida nació, probablemente, en 1303 en Finsta, en la región de Upland, núcleo originario del reino de Suecia. De su infancia no sabemos mucho; cuenta una piadosa leyenda que, al nacer, su madre se salvó milagrosamente del peligro de muerte en que se encontraba, y que, niña ya, si se intentaba castigarla, las varas se quebraban al ir a pegarle. Fueron sus padres Birger Petersson e Ingeborg Bengtsdotter, ricos terratenientes; su padre era senador del reino y gobernador de Upland y, lo mismo que su madre, era de una profunda y piadosa religiosidad: ambos se confesaban todos los viernes, se mortificaban con rigu-

rosos ayunos, practicaban la limosna, apacentaban su espíritu con lecturas piadosas y hacían largas peregrinaciones. En realidad, toda la familia de Santa Brígida era muy devota y cristiana: tía suya era Ingrid de Skänninge, fundadora del primer convento de dominicas en Suecia, y un hermano de Santa Brígida, cuyo nombre era Israel, se llamaba y consideraba caballerescamente «el novio de la Virgen». Santa Brígida quedó muy pronto huérfana de madre y, sin salir del medio social de su cuna, se educó con una tía, esposa del gobernador de Östergötland, en un ambiente religioso y caballeresco.

A los catorce años (conforme a los usos de la época) fue casada con el noble caballero Ulf Gudmarsson, senador y gobernador de la región de Närke; fijaron su residencia en Ulvasa, en Östergötland, y en casi treinta años de matrimonio tuvieron ocho hijos (Marta, Carlos, Birger, Catalina, Benito, Gudmar, Ingeborg y Cecilia) de muy diverso carácter, pues mientras Carlos fue un príncipe ligero y mundano, Catalina (elevada también a los altares) sería la fiel continuadora de la obra de su madre, a quien profesó en vida una ejemplar devoción filial y de quien fue su mejor colaboradora.

Santa Brígida ayudaba a su marido en el gobierno de sus extensos dominios señoriales y le animaba a la lectura y al estudio, con el fin, sobre todo, de que conociera bien las leyes para juzgar con rectitud; mas no por ello desatendía la educación de sus hijos: asistía ella misma a las lecciones del clérigo encargado de la instrucción de los niños y juntamente con ellos empezó a aprender latín, velando al mismo tiempo por que se les infundiera el santo temor de Dios y se fortalecieran en la fe cristiana.

Después, Santa Brígida fue llamada a la corte, como dama de honor de la reina Blanca, esposa del rey Magnus Eriksson; hizo todo cuanto estuvo en su mano para que en la corte hubiera un ambiente menos mundano y los reyes llevaran una vida más profundamente religiosa, si bien sus desvelos no se vieron coronados por el éxito.

En 1341, siguiendo una tradición familiar, Santa Brígida y su marido hicieron la peregrinación a Santiago de Compostela, viaje que duró dos años y que les permitió ver de cerca las dos más grandes calamidades del siglo: la Guerra de los Cien Años

(entre Inglaterra y Francia) y el destierro de los Papas en Aviñón (Francia). De vuelta del largo viaje a la remota España, Ulf Gudmarsson se encierra en el monasterio cisterciense de Alvastra, donde enferma y muere el 12 de febrero de 1344.

La muerte de su marido señala el comienzo de una mayor actividad por parte de Santa Brígida. La divina llamada de que entonces fue objeto se nos cuenta de esta manera en las *Revelaciones extravagantes:*

> «Pasados algunos días después de la muerte de su marido, encontrándose Santa Brígida muy preocupada acerca de su estado, viose envuelta e inflamada por el espíritu del Señor; y arrebatada en espíritu vio una nube resplandeciente y oyó una voz que desde la nube le decía: "Yo soy tu Dios, que quiero hablar contigo". Asustada, no sea que fuese engaño del enemigo, oyó por segunda vez: "No temas, pues Yo soy el Creador, no el engañador. Y has de saber que no hablo por ti sola, sino por la salvación de todos los cristianos. Escucha, pues, lo que digo. Tú serás mi esposa y mi instrumento; oirás y verás cosas ocultas espirituales y celestes, y mi espíritu permanecerá contigo hasta la muerte. Cree, pues, firmemente que soy Yo mismo, que nací de la Virgen pura, que sufrí y padecí muerte de cruz por la salvación de todas las almas; que resucité de entre los muertos y subí a los cielos; que ahora, además, por mi Espíritu, hablo contigo"».

Poco después, en 1345, iniciaba Santa Brígida la construcción de un monasterio doble, para monjas y monjes, en Vadstena; a orillas del Vättern, siendo ayudada con dinero por el mismo rey, pero solamente al principio, porque después el monarca se opuso al proyecto y hasta ordenó la demolición de las obras comenzadas. Pero estas dificultades iniciales, lo mismo que otras mayores, que después le saldrían al paso, no arredraron a Santa Brígida. En este tiempo escribe también Santa Brígida la Regla para su proyectado monasterio, y recibe otra serie de revelaciones divinas con el encargo de dar a conocer su contenido, como así lo hace, una vez obtenida la oportuna licencia de los obispos suecos a quienes consultó. De conformidad con lo que se le había revelado, se dirigió amonestando a los monarcas, a los nobles y al mismo clero, para que llevaran una vida más de acuerdo con la moral cristiana; a los reyes de Inglaterra y de Francia, para que hicieran la paz; al Papa, para que abandonara la ciudad francesa de Aviñón y regresara a Roma, verdadera cabeza de la cristiandad.

Y a Roma y no a Aviñón se dirigió Santa Brígida en 1349 con el doble propósito de conseguir del Papa la aprobación de la Regla, y de ganar el jubileo del Año Santo de 1350. Nuestra santa tuvo en la Ciudad Eterna la revelación de esperar allí hasta que hubiera venido el Papa, y así lo hizo, reuniendo a su alrededor mientras esperaba, un grupo de personas, «los amigos de Dios», entre los cuales sobresalían su hija Catalina y los prelados suecos Pedro de Alvastra y Pedro de Skänninge; años después se unió a ellos el eremita Alfonso de Vadaterra, obispo de Jaén, buen teólogo y bien relacionado con la Curia y la nobleza de Roma, que protegería eficazmente a los ascetas escandinavos y que después sería el recopilador de la obra escrita de Santa Brígida. Después de casi veinte años de espera vino por fin a Roma el papa Urbano V, dando su aprobación a la Orden brigidina, si bien con tantas restricciones que desfiguraban substancialmente la imagen que de la misma había bosquejado la santa. Por otra parte, el Papa se volvió a Francia, a pesar de las súplicas insistentes de Santa Brígida para que no lo hiciera. Santa Brígida hubo de continuar su estancia en Roma y no volvería ya a ver más su tierra.

Santa Brígida y el grupo reunido en torno a ella llevaban en Roma una vida de inusitada dureza en aquel mundano siglo XIV, siguiendo, hasta donde les era posible, las normas de la Regla que para su Orden había escrito. El grupo monacal estaba sometido a una estrecha pobreza voluntaria, ganándose todo el sustento con el trabajo manual y en muchos casos pidiendo, lo que no les impedía ejercer la caridad, bien mediante la limosna material, bien enseñando la doctrina cristiana a los pobres y extranjeros; las visitas a las iglesias y a las sepulturas de los mártires y las peregrinaciones a los más apartados santuarios de toda Italia eran otras de las actividades favoritas de nuestra santa. Mientras tanto, se disciplinaba con largos ayunos y rudas penitencias: por ejemplo, dormía siempre sobre el santo suelo. Santa Brígida, exigente consigo misma, también lo era con los demás; uno de los rasgos de su personalidad que más la dieron a conocer entre las gentes romanas era su actividad amonestadora, hasta el punto de haberle dado el remoquete de «bruja escandinava» todas aquellas personas a quienes molestaban sus cons-

tantes llamadas al orden y a la rectitud de vida, algo que brillaba por su ausencia en el ambiente agitado y anárquico de la Roma de aquellos tiempos.

Acompañada de su hija Catalina, de los dos Pedros y de Alfonso de Jaén, embarcándose en Nápoles y haciendo escala en Chipre, hizo también Santa Brígida la peregrinación a Tierra Santa, viviendo medio año en la «tierra del Evangelio», donde Dios se sirvió dispensarle abundantes revelaciones relativas a la vida humana del Señor, en particular sobre su nacimiento y su pasión, revelaciones cuya notoria influencia en los artistas que después han representado tales misterios señalan con complacencia los biógrafos modernos de Santa Brígida. Poco después de haber regresado de esta larga peregrinación, moría nuestra santa el 23 de julio de 1373 en Roma, en la que había sido su residencia romana, la que después se llamaría «Casa de Santa Brígida», que en los tiempos finales de la Edad Media y luego en los del Renacimiento iba a constituir algo así como el hogar escandinavo de la ciudad de los Papas.

Santa Brígida fue enterrada en la iglesia romana de San Lorenzo in Panisperma; pero sólo provisionalmente, pues poco después su hija Catalina, junto con su hermano Birger Ulfsson y los dos Pedros, trasladaron a Suecia los restos mortales de la santa. El largo camino de Roma a Danzig lo hicieron pasando por Viena y por el celebérrimo santuario mariano de Czestochowa, en Polonia; en Danzig se embarcaron hasta la isla báltica de Öland, que atravesaron por tierra, para embarcarse de nuevo y, bordeando la costa, tocar tierra sueca en Sóderköping; desde aquí, hasta su definitivo reposo en su amado monasterio de Vadstena, los restos mortales de la santa pasaron todavía por las populosas y para ella familiares ciudades de Skänninge y Linköping. A su paso por los diversos países de Europa, el fúnebre cortejo iba cumpliendo una verdadera actividad misionera: Santa Catalina dirigía a los pecadores saludables instrucciones, procuraba con sus hechos y palabras inspirar por doquier el santo temor de Dios, y al mismo tiempo daba a conocer las predicciones y revelaciones de Santa Brígida. Ya en Suecia, el recorrido con los restos mortales de Santa Brígida adquirió caracteres de una auténtica procesión triunfal; los milagros florecían a su

paso y de todas partes acudían a saber las revelaciones brigidinas, a rogar y rezar ante sus despojos, y a oír los sermones de Pedro de Alvastra. Después de haber recorrido durante más de medio mes las tierras patrias que había dejado un cuarto de siglo antes y a las que en vida no había podido regresar, Santa Brígida fue enterrada en el monasterio de Vadstena el 4 de julio de 1374, viéndose honrado el sepelio con la asistencia de lo más florido de la nobleza y del clero de Suecia, así como de un pueblo abundante y devoto.

Los milagros ante su tumba fueron numerosos y poco tiempo después, en 1375, su santa hija Catalina emprendía el largo viaje a Roma para conseguir la canonización de su amada madre y la aprobación definitiva de la «Orden brigidina»; Santa Catalina vio logrado el segundo objetivo, pero Santa Brígida no fue elevada a los altares sino por el papa Bonifacio IX en 1401 (cuando ya había fallecido Santa Catalina). La canonización fue confirmada en 1415 en el concilio de Constanza por el antipapa Juan XXIII, pero los reyes de Suecia querían una canonización absolutamente legítima para su santa y pidieron, y obtuvieron, en 1419 la confirmación de la misma por el papa Martín V, Sumo Pontífice de toda la cristiandad. Su fiesta se celebraba el 7 de octubre, que sigue siendo el día de Santa Brígida en el calendario nacional sueco, hasta el siglo XVIII, en que el papa Urbano VIII la trasladó al 8 de octubre para que no coincidiese con la fiesta del Rosario; con posterioridad ha sido trasladada al 23 de julio, tal como figura en el nuevo *Martirologio romano.*

Además del ejemplo de su vida de santidad, de la extraordinaria y sorprendente actividad de Santa Brígida han llegado hasta nosotros dos frutos visibles y perdurables: sus obras literarias y la Orden del Santísimo Salvador.

La Orden brigidina *(Ordo Sanctissimi Salvatoris)* es contemplativa y su finalidad primordial es alabar al Señor y a la Santísima Virgen y ofrecer reparación por las continuas ofensas que se cometen contra la divina Majestad; sus miembros han de llevar una vida perfecta para el honor de Dios y la salvación de las almas y tomar como base de su oración la meditación en la pasión del Señor. Su hábito y su manto es gris, y tanto en el hábito como en el número de sus miembros dejó su impronta el arrai-

gado simbolismo medieval. Cada monasterio debía tener 60 monjas, 13 presbíteros, dos diáconos, dos subdiáconos y ocho hermanos legos, con lo cual el número total de 85 personas igualaría al de los 72 discípulos más los 13 apóstoles, incluyendo entre éstos a San Pablo. El carácter de Orden mixta fue una de las mayores dificultades que encontró nuestra santa para su aprobación, aparte de la decisión, aún vigente en su época, del concilio de Letrán de 1215 de que no se crearan órdenes nuevas. Realmente fue la hija de Santa Brígida, Santa Catalina, la que consiguió la aprobación definitiva de la Orden brigidina y quien organizó conforme a la Regla de la misma el monasterio de Vadstena.

La Orden del Santísimo Salvador, por su celo apostólico, por su eficaz labor en la instrucción del pueblo y por su actividad cultural, significó un fuerte lazo de unión de los tres reinos escandinavos. Su actividad en el campo de la cultura fue muy grande a finales de la Edad Media: muchos brigidinos escandinavos fueron obispos y profesores de universidad; ellos tradujeron la Biblia a los idiomas escandinavos, y fueron los monjes de Vadstena los que tuvieron la primera imprenta de Suecia. La Orden del Santísimo Salvador se extendió por toda Europa, llegando a tener unos 80 florecientes monasterios; con la Reforma protestante, primero, y con la Revolución Francesa, después, la Orden brigidina sufrió mucho, si bien consiguió sobrevivir en Europa en el monasterio bávaro de Altomünster.

En el siglo XVI, una dama española, la venerable Marina de Escobar, dio un gran impulso a la rama española de la Orden que ha perdurado en México y en España. La Orden del Santísimo Salvador fue restaurada el siglo pasado en la década de los cincuenta, siguiendo muy de cerca las huellas y el espíritu de Santa Brígida, merced al infatigable tesón de la madre Isabel Hesselblad, otra tenaz mujer sueca (falleció en 1957); y fue construido un nuevo monasterio en Vadstena, al lado mismo de la famosa «Iglesia Azul» *(Blakyrka),* la primera de la Orden brigidina.

Los escritos de nuestra santa constituyen la obra capital de la literatura sueca medieval. El conjunto más importante lo forman las *Revelaciones,* en ocho libros, recogidas y ordenadas (aunque no muy sistemáticamente) por Alfonso de Vadaterra; y las

llamadas *Revelaciones extravagantes,* no incluidas en la recensión hecha por el obispo de Jaén y recopiladas más tarde por Pedro de Alvastra; hay que añadir además la *Regla del Santísimo Salvador* y el *Sermón angélico sobre la excelencia de la Virgen.* Santa Brígida sabía y hablaba latín, pero su obra era dictada en sueco a sus secretarios (los dos Pedros), que la iban poniendo en latín; no en un latín con pretensiones clásicas, sino en el latín que era la lengua de la conversación de los hombres cultos de su siglo, es decir, la verdadera lengua europea de la época. Estar escritas en latín fue, sin duda, un factor que contribuyó decisivamente a favorecer la difusión de los escritos brigidinos, sobre todo de las *Revelaciones,* que conocieron nada menos que nueve ediciones en menos de doscientos años. Las *Revelaciones* de Santa Brígida fueron, sin embargo, discutidas desde muy pronto, siendo eficazmente defendidas en el concilio de Basilea (1436) por el dominico y, más tarde, cardenal, Juan de Torquemada, quien al mismo tiempo hizo un detenido estudio de las mismas y las clasificó en tres tipos: corporales, espirituales e intelectuales. Estas revelaciones fueron un mensaje que Santa Brígida debía llevar al mundo; el Señor le había dicho: «No hablo por ti sola, sino por la salvación de todos los cristianos». Pero fueron también las revelaciones que iba recibiendo las que determinaban la actuación de Santa Brígida a lo largo de su vida.

Ya a los siete años se le apareció la Virgen María ofreciéndole una corona de espinas:

—«Ven y acércate, Brígida», le dijo.

—«¿Quieres esta corona?».

—«Sí», contestó nuestra Santa.

Una corona blanca sobre la toca sería después el distintivo más característico del hábito brigidino. A los diez años se le apareció Cristo en la cruz, diciéndole:

—«Mira cómo estoy herido».

—«¿Quién te ha hecho eso, Señor?».

—«Los que me desprecian y se olvidan de mi amor me han hecho esto», le dijo el Señor.

Pocos años más tarde se le apareció un diablo pestilente, que le dijo:

—«Nada puedo sin permiso del Crucificado».

Todo ello determinaría la profunda devoción de Santa Brígida a Cristo crucificado. Obedeciendo a revelaciones recibidas hizo el viaje a Roma y allí permaneció esperando durante cerca de veinticinco años el definitivo regreso del Papa; y por el mismo motivo tuvo siempre fe en el triunfo de su obra, es decir, en la definitiva aprobación de la Orden del Santísimo Salvador, cuya Regla había escrito nuestra santa también por inspiración divina.

Santa Brígida tuvo también revelaciones sobre diversos acontecimientos: por una revelación divina supo, estando en Roma, la muerte de su yerno —al mismo tiempo que ésta se producía en Suecia—; y predijo también, para tan pronto como hubiese regresado a Aviñón, la muerte del papa Urbano V, quien, a pesar de las insistentes súplicas de la santa para que no lo hiciera, no quiso quedarse en Roma cuando vino allí en 1367.

> «Por la gracia del Espíritu Santo —podemos leer en las *Revelaciones extravagantes*— tuvo este gran don la esposa de Cristo: que cuantas veces se le acercaban personas llenas de espíritu inmundo y soberbio, en seguida sentía un hedor tan grande y tenía en su boca un sabor tan amargo que apenas podía soportarlo».

Otros muchos hechos milagrosos se cuentan de nuestra santa, gran número de los cuales están recogidos en el *Libro de los milagros de Santa Brígida de Suecia,* pero ¿qué mayor milagro que el de la fundación y pervivencia de la Orden del Santísimo Salvador, fundada en medio de dificultades humanamente invencibles y perenne a pesar de las persecuciones de que ha sido objeto en Europa?

Los escritos de Santa Brígida, y en particular sus *Revelaciones,* nos permiten conocer muy bien su mundo de ideas y pensamientos, sus ideales, su carácter y hasta el desenvolvimiento de su propia espiritualidad. En ellos queda reflejado: su gozo ante la obediencia («La virginidad merece la corona —dice—, la viudedad acerca a Dios, el matrimonio no excluye del cielo; pero lo que lleva a la gloria es la obediencia»); su devoción a la humanidad de Cristo —a la pasión sobre todo—; a la Eucaristía —los domingos y días de fiesta, lo que entonces se consideraba comunión muy frecuente—; al Corazón de Jesús («Cosa digna es —dice la santa— que tu invicto Corazón, ¡oh Jesús!, sea siem-

pre magnificado en el cielo y en la tierra e incesantemente alabado»); y a la Santísima Virgen (en los escritos brigidinos se puede espigar una serie de afirmaciones que constituyen todo un tratado de mariología).

También nos es dado seguir en ellos la lucha que, para conseguir una mayor perfección y llegar a la verdadera humildad, hubo de sostener contra diversas clases de tentaciones: tentaciones de orgullo y sensualidad; tentaciones contra la fe; sentimiento de verse abandonada por el Padre celestial y de considerarse, a veces, incapaz de orar. Pero también podemos ver allí su voluntad inquebrantable, su gusto siempre creciente por la austeridad, su deseo ferviente de apostolado, su afán de reformar las costumbres. Realmente es sombrío el cuadro que Santa Brígida traza en sus escritos al describir el estado de la cristiandad de su época; a laicos, órdenes religiosas, presbíteros, obispos y papas: a todos llama a penitencia. Si no siempre tuvo éxito, consiguió muchas veces lo que se proponía. A su esposo, lo atrajo a una vida más piadosa; a su hija Catalina, la hizo entrar en el círculo de su actividad de fundación y santificación, y lo mismo sucedió con otras personas que con ella entraban en contacto.

Por su carácter práctico y activo, por sus rasgos de simplificación espiritual, por su constante tendencia a la austeridad, se la ha considerado —sobre todo en su país— como una precursora de la Reforma; pero ésos son más bien rasgos de una auténtica reformadora hondamente católica, como lo prueba además su devoción a la Eucaristía y a la Santísima Virgen. Mujer de carácter complejo y gran coraje, fue una infatigable luchadora y, como ella misma nos dice, «la mensajera de un gran Señor».

Santa Brígida mereció, por todo esto, que su muy amado Crucificado le dijera poco antes de morir: «Yo he hecho contigo como suele hacer el esposo, que se esconde de su esposa para ser de ella más ardientemente deseado. Así Yo no te he visitado con consuelos en este tiempo pasado porque era el tiempo de tu prueba. Pero ahora, una vez ya probada, ven a mí».

VIRGILIO BEJARANO

Bibliografía

Acta sanctorum, 4 de octubre.
ADALSTEN, K., *Licht aus dem Norden. Die heilige Birgitta van Schweden* (Friburgo 1951).
ALVASTRA, P. DE - SKANNINGE, P. DE, *Vida,* en E. M. Fant (ed.), *Scriptores rerum svecicarum medii aevi ex schedis praecipue Nordinianis collectos dispositos ac amendatos,* III (Upsala 1876) 188-206.
COLLIJN, J. (ed.), *Acta et processus canonizationis Sanctae Birgittae* (Estocolmo 1924-1931).
FLAVIGNY, C. M., *Sainte Brigitte de Suède. Sa vie, ses révélations et son oeuvre* (París [3]1910).
HÖJER, TH., *Studier i Brigittenordens historia* (Estocolmo 1905).
HOLLMAN, L. (ed.), *Revelaciones extravagantes* (Upsala 1956).
RUSSO, F., *Santa Brigida nella leggenda e nella storia* (Nápoles 1913).
SCHMID, T., *Birgitta och hennes uppenbarelser* (Lund 1940).
VADATERRA, A. DE (rec.), *Revelaciones* (Lübeck 1492).
• Actualización:
ALMAZÁN, V., *Santa Brígida de Suecia. Peregrina, política, mística, escritora* (Santiago de Compostela 2001).
ANDERSSON, A. (ed.), *Il libro di Brigida, santa e profeta* (Roma 1979).
BUTKOVICH, A. (ed.), *Revelations. Saint Birgitta of Sweden* (Los Ángeles, CA [2]1973).
DOHENY, W. J., *The life of Saint Birgitta of Sweden* (Westmonasterii 1980).
ECHEBERRÍA, J. A., *Santa Brígida de Suecia. Su vida. Fundaciones de su orden en nuestro país* (Zarautz 1990).
HARRIS, M. T., *Birgitta of Sweden. Life and selected revelations* (Nueva York 1990).
VILLA, N. D., *Santa Brígida de Suecia. Su orden, sus escritos, el Río de la Plata* (Madrid 1997).

SAN EZEQUIEL

Profeta (Antiguo Testamento)

El último tercio del siglo VII a.C. es decisivo para la suerte del minúsculo reino de Judá. Asiria ha sido suplantada por el imperio naciente caldeo. Nínive cae en el 612 a.C., y con la gran ciudad se cierra para siempre el ciclo histórico del colosal imperio asirio. El nuevo orden de cosas se estructura bajo la mano férrea del conquistador Nabucodonosor. Primeramente, como generalísimo de los ejércitos caldeos, atraviesa Palestina en persecución del faraón Necao II. Después, el 605, sube al trono y trata de consolidar las conquistas de su padre Nabopolasar. Una de las regiones recalcitrantes es Palestina, que con Siria y Transjordania busca el medio de sacudir el pesado yugo babilonio. Egipto excita los sentimientos nacionalistas de estos pueblos, sometidos antes a su órbita política. En Jerusalén, después de la muerte trágica del piadoso rey Josías en la batalla de Megiddo (609 a.C.), reina un hijo de éste, por nombre Joaquim, el cual, al

principio, procura halagar al coloso babilonio, pero termina por unirse en una coalición de pequeñas potencias contra Nabucodonosor. El profeta Jeremías había dado la voz de alerta, predicando la sumisión a Babilonia, pero en vano. En el 598 los babilonios ponen cerco a Jerusalén, la capital de Judá, que termina por capitular. El precio del desastre es la deportación de una gran parte de la población judía, entre ellos el propio rey Jeconías, hijo de Joaquim, muerto durante el asedio, y un joven llamado Ezequiel, que iba a ser el profeta del exilio. La vida de los desterrados no era dura, pues se les reconocían ciertas libertades, pero la nostalgia de la patria y del templo de Jerusalén nublaba sus ilusiones. No podían creer que Dios les hubiera abandonado definitivamente. Formaban parte del pueblo de las promesas, y Yahvé no permitiría que la catástrofe total de su pueblo se consumase. Siglo y medio antes había permitido la desaparición del reino israelítico del Norte, cuya capital era Samaria, pero Jerusalén significaba demasiado en la historia del pueblo elegido para que sufriera la misma suerte. Yahvé habitaba en Jerusalén y, por tanto, no podía permitir que los enemigos de Judá destruyeran el lugar de su morada. Justamente un siglo antes las tropas de Senaquerib tuvieron que abandonar el asedio de la ciudad santa por una intervención milagrosa del ángel de Yahvé. Ahora habría de repetirse el mismo prodigio, tal era el modo de pensar de los exiliados. Ezequiel, como enviado de Yahvé para consolar a los desterrados, no participa de las ideas de sus compatriotas. Jerusalén será tomada por los caldeos y totalmente destruida con su santo templo. Tal es la triste realidad que deben aceptar los exiliados, y de ahí la ingrata misión del profeta ante sus connacionales. Para éstos será un pesimista, un derrotista, que no comprende los altos designios del pueblo hebreo. Ezequiel, pues, tendrá que continuar la labor del sufrido e incomprendido Jeremías. Ha llegado la hora del castigo divino para el pueblo israelita pecador, y no cabe sino aceptar con espíritu de compunción y humildad los designios punitivos de Yahvé. Después vendrá el desquite, la resurrección nacional, la repatriación de los exiliados y la inauguración de la comunidad teocrática de los tiempos mesiánicos.

La Misión profética de Ezequiel tenemos que dividirla, pues, en dos etapas históricas: antes y después de la destrucción

de Jerusalén por los caldeos (598 a.C.). De un lado tiene que hacer frente al falso optimismo —hijo de la presunción— de los exiliados, que no creen en la destrucción de la ciudad santa, y por otro, cuando ya la catástrofe se ha consumado, debe levantar los ánimos deprimidos, dando esperanzas luminosas sobre un porvenir mejor. Sus compatriotas desterrados creían que Yahvé se había excedido en el castigo, al menos les había hecho cargar con los pecados de sus antepasados. «¡Nuestros padres comieron las agraces y nosotros sufrimos la dentera!». Éste es el grito unánime de protesta de los exiliados ante Ezequiel, el centinela de Yahvé. El profeta tiene que demostrar que Dios ha sido justo en el castigo, y que éste no tenía otra finalidad sino purificar a su pueblo moralmente para prepararle a una nueva etapa gloriosa nacional. Yahvé no había abandonado a su pueblo, sino que estaba con los exiliados para protegerlos. La visión inaugural, en la que aparece Yahvé lleno de majestad en su carro triunfal escoltado por los querubines, simboliza la especial providencia que tiene sobre el pueblo exiliado, pues se ha trasladado a Mesopotamia para ayudarles y alentarles en el exilio.

Ezequiel era de la clase sacerdotal y desde el punto de vista profético inaugura una nueva etapa en Israel. Sus oráculos difieren también desde el punto de vista literario de los tradicionales preexílicos, tal como aparecen en Amós, Oseas, Isaías y Jeremías. Les falta el frescor y sencillez de éstos, y, por otra parte, se dan la mano con la literatura apocalíptica que va a pulular en la época tardía del judaísmo. Se le ha llamado «profeta de gabinete» en el sentido de que sus escritos resultan demasiado artificiales en comparación con los de sus predecesores. Sin embargo, no se debe exagerar la nota de artificialidad. Ezequiel se halla en una encrucijada histórica, y su personalidad está cabalgando sobre dos épocas: la correspondiente a los últimos años de la monarquía judía y la exílica, con sus implicaciones de cambio de ambiente geográfico y ruptura de tradiciones seculares. Su misión fue la de salvar la crisis de conciencia nacional que siguió a la caída de la monarquía, orientándola hacia una nueva era teocrática de esplendor y triunfo definitivo. Por otra parte, para entender sus escritos debemos tener en cuenta que Ezequiel tenía un temperamento de visionario. Sus enseñanzas, en

parte, están expresadas en un lenguaje simbólico, a veces difícil de entender. Tal es la oscuridad de sus visiones que los rabinos no permitían se leyera su libro antes de haber cumplido los treinta años. En el Talmud se dice que el rabino Hanaías gastó trescientos recipientes de aceite estudiando y dilucidando las páginas misteriosas de Ezequiel para que la Sinagoga no lo declarara libro apócrifo.

Una característica de la predicación de Ezequiel es su predilección por las acciones simbólicas o parábolas en acción. Antes de él varios profetas como Oseas y Jeremías habían representado plásticamente sus oráculos en acciones simbólicas para causar mayor impresión en un auditorio de temperamento oriental imaginativo. Al igual que Isaías, Ezequiel se considera personalmente como un «sino para la casa de Israel», viendo en sus propias experiencias personales un sentido profético para su pueblo. Así, para significar los años de la cautividad de Israel y de Judá, se somete a una inmovilidad, acostándose ciento noventa días del lado izquierdo y cuarenta del derecho (4,4-7). Para significar el hambre que los ciudadanos de Jerusalén han de sufrir durante el asedio, el profeta debe alimentarse de una mezcla racionada de trigo, cebada, habas, lentejas, mijo y avena, lo que resultaba abominable para un judío que quería vivir según la Ley mosaica (4,9-10). Con ocasión de la muerte de su esposa debe abstenerse totalmente de manifestaciones de duelo para simbolizar la actitud de conformidad que deben adoptar los exiliados al tener noticias de la destrucción de Jerusalén (24,15-24). Un día recibe una orden extraña de parte de Yahvé:

> «Tú, hijo de hombre, dispón tus trebejos de emigración y sal de día a la vista de los exiliados [...] Saca tus trebejos, como trebejos de camino, de día, a sus ojos, y parte por la tarde a presencia suya, como parten los desterrados. A sus ojos horada la pared y sal por ella, llevando a sus ojos tus trebejos, y te los echas al hombro, y sales al oscurecer, cubierto el rostro y sin mirar a la tierra, pues quiero que seas pronóstico para la casa de Israel» (12,3-5).

Su huida por la brecha de la pared horadada de su casa debía simbolizar la huida del rey Jeconías, que se escapará por las brechas de las murallas de Jerusalén para huir de los asaltantes caldeos.

Su existencia personal, pues, se confundía con su misión profética ante sus compatriotas desterrados. Por orden divina tiene que encerrarse a temporadas en un mutismo absoluto (3,26.24.27). Todos los detalles de su vida tienen proyección profética en orden a la comunidad de exiliados.

Otra característica de sus escritos es el elemento visionario. Ya en su primera presentación como profeta a la comunidad exiliada Ezequiel describe una grandiosa visión que iba a ser clave en su teología:

> «El año quinto de nuestra cautividad (593 a.C.), estando yo entre los cautivos en la orilla del río Quobar, se abrieron los cielos... y fue sobre mí la mano de Yahvé. Miré y vi venir de la parte del septentrión un nublado impetuoso, una nube densa, en torno de la cual resplandecía un remolino de fuego, que en medio brillaba como bronce en ignición. En el centro de ella había semejanza de cuatro animales vivientes, cuyo aspecto era éste: tenían semblante de hombre, pero cada uno tenía cuatro aspectos y cada uno cuatro alas. Sus pies eran derechos y la planta de sus pies era como la planta del toro. Brillaban como bronce en ignición. Por debajo de las alas, a los cuatro lados, salían brazos de hombre, todos cuatro tenían el mismo semblante y las mismas alas, que se tocaban las unas con las del otro. Al moverse no se volvían para atrás, sino que cada uno iba cara adelante. Su aspecto era éste: de hombre por delante los cuatro, de león a la derecha los cuatro, de toro a la izquierda los cuatro, y de águila por detrás los cuatro. Sus alas estaban desplegadas hacia lo alto, dos se tocaban la del uno con la del otro, y dos de cada uno cubrían su cuerpo [...] Había entre los vivientes fuego como de brasas, encendidas cual antorchas, que discurrían por entre ellos, centelleaban y salían rayos... Sobre las cabezas de los vivientes había una semejanza de firmamento, como de cristal [...] y por debajo del firmamento estaban tendidas sus alas, que se tocaban dos a dos... Sobre el firmamento que estaba sobre sus cabezas había una apariencia de piedra de zafiro a modo de trono, y encima una figura semejante a hombre que se erguía, y lo que de él aparecía, de cintura arriba, era como el fulgor de un metal resplandeciente, y de cintura abajo, como el resplandor del fuego, y todo en derredor suyo resplandecía [...] como el arco que aparece en las nubes en día de lluvia» (c.1).

La majestad de Yahvé aparecía sobre un carro triunfal tirado por seres que eran los reyes del mundo de los vivientes: el hombre, el león, el toro y el águila. Sintetizaban toda la creación que servía de trono al Creador, que iba a visitar a los exiliados a Mesopotamia. La comunidad de los exiliados no habría de estar

desamparada de su Dios. El pueblo judío resucitaría un día para organizarse como pueblo. Su actual estado de postración nacional era pasajero, y un castigo purificador a sus infidelidades. Es la lección de otra visión apocalíptica:

> «Fue sobre mí la mano de Yahvé, y llevóme Yahvé fuera, en medio de un campo que estaba lleno de huesos. Hízome pasar por cerca de ellos, y vi que eran sobremanera numerosos sobre la haz del campo, y enteramente secos. Y me dijo: Hijo de hombre, ¿revivirán estos huesos? Y yo respondí: Señor Yahvé, Tú lo sabes. Y Él me dijo: Hijo de hombre, profetiza a estos huesos y diles: Huesos secos, oíd la palabra de Yahvé. Así dice Yahvé: Voy a hacer entrar en vosotros el espíritu y viviréis, y pondré sobre vosotros nervios, y os cubriré de carne, y extenderé sobre vosotros piel, y os infundiré espíritu, y viviréis... Entonces profeticé yo como se me mandaba, y a mi profetizar se oyó un ruido, y hubo un agitarse y un acercarse huesos a huesos. Miré y vi que vinieron nervios sobre ellos, y creció la carne, y los cubrió la piel, pero no había en ellos espíritu. Profeticé, y entró en ellos el espíritu, y revivieron y se pusieron de pie, un ejército grande en extremo. Dijo Yahvé: Esos huesos son la entera casa de Israel».

Nada más plástico para anunciar a sus compatriotas exiliados la esperanza de una resurrección nacional cierta en los designios divinos. Lejos de dejarse llevar por la desesperación deben orientar sus pensamientos hacia una era venturosa de resurrección nacional; es la hora de la teocracia mesiánica. Los exiliados volverán a la patria, y ésta será equitativamente dividida entre las tribus. En el centro geográfico estará el templo y a su lado los sacerdotes y levitas juntamente con el príncipe. Toda la nueva tierra de promisión será feracísima porque saldrá del templo un torrente que regará hasta la zona desértica del mar Muerto, las aguas de éste se verán pobladas de peces, y una frondosidad edénica de árboles que darán doce frutos al año bordeará sus riberas:

> «Y vi que desde el umbral del templo brotaban aguas, que descendían del mediodía del altar... y vi que las aguas salían del lado derecho [...] y me hizo atravesar las aguas; llegaban hasta los tobillos; midió mil codos, y llegaban hasta las rodillas; midió otros mil codos, llegaban hasta la cintura. Midió otros mil, y era ya un río que me era imposible atravesar, porque las aguas habían crecido de manera que no se podía pasar a nado [...] Y vi que de una y otra orilla había muchos árboles... Las aguas van a la región oriental y desembocarán en el mar, en aquellas aguas pútridas, y éstas se sa-

nearán, y todos los vivientes que nadan en las aguas vivirán, y el pescado allí será abundantísimo... En las orillas del río se alzarán árboles frutales de toda especie, cuyas hojas no caerán y cuyo fruto no faltará. Todos los meses madurarán sus frutos, por salir sus aguas del santuario, y serán comestibles, y sus hojas medicinales...» (c.47).

Al lado de esta visión sobre el futuro de Israel como colectividad nacional, Ezequiel destaca el sentido de responsabilidad individual. Se le ha saludado como el campeón del individualismo en el Antiguo Testamento. En adelante, y en el nuevo orden de cosas, ya no correrá el proverbio: «Nuestros padres comieron las agraces y nosotros sufrimos la dentera»; sino que cada uno será castigado sólo por sus pecados. Antes del exilio al individuo se le consideraba sobre todo como miembro de la comunidad israelita, responsable de los méritos y deméritos de ésta. Después del castigo purificador de la cautividad se organizará una nueva sociedad en la que las responsabilidades individuales serán más aquilatadas y la justicia será la norma de la nueva vida social e individual.

Ezequiel ha sido el instrumento de Dios para salvar la crisis de conciencia surgida al derrumbarse la monarquía israelita. Durante veinte años (593-573) desplegó una amplia actividad para salvar las esperanzas mesiánicas de sus compañeros de infortunio. No sabemos nada sobre su muerte, pero su personalidad profética y literaria dejó una profunda huella en la historia de los judíos, como modelador de un nuevo tipo religioso, surgido en horas de desgracia y desesperanza general. En el panegírico dedicado por el autor del Eclesiástico a los antepasados gloriosos de Israel se dice de nuestro profeta: «Ezequiel vio en visión la gloria que el Señor le mostró sobre el carro de los querubes, e hizo mención de Job, el profeta, que perseveró fiel en los caminos de la justicia». La tradición rabínica posterior le reservó un lugar preferente en el aprecio de los grandes personajes del Antiguo Testamento.

MAXIMILIANO GARCÍA CORDERO, OP

Bibliografía

Act. SS. Boll., 10 de abril.
AUGÉ, R., «Ezequiel» en *La Biblia de Montserrat* (Montserrat 1956).

CALMET, A., *Dissertations, qui peuvent servir de prolégomènes de l'écriture sainte,* II (París 1720) 363s.
DENNEFELD, L., *Ezequiel* (La sainte Bible; París 1947).
PELT, J.-B., *Histoire de l'Ancien Testament,* II (París 1925) 320s.
POWER, E., «Ezequiel», en B. ORCHARD et al., *Verbum Dei. Comentario a la sagrada escritura,* II (Barcelona 1956) 558s.
SPADAFORA, F., *Ezequiele* (La Sacra Biblia; Turín 1948).
STEINMANN, J., *Le prophète Ézéchiel et les débuts de l'exil* (París 1953).
• Actualización:
ASURMENDI, J. M., *Ezequiel* (Estella [4]1987).
GARCÍA DE LA FUENTE, O., *Ezequiel, Daniel, Oseas y otros profetas de Israel* (Málaga 2001).
JIMÉNEZ HERNÁNDEZ, E., *Ezequiel* (Basauri 2004).
MONLOUBOU, L., *Un sacerdote se vuelve profeta: Ezequiel* (Madrid 1973).
SAVOCA, G., *El libro de Ezequiel* (Barcelona 1992).

SAN JUAN CASIANO
Abad († 435)

Juan Casiano es uno de los grandes clásicos de la espiritualidad y vida monástica. Sus obras *Las Instituciones* y sus *Conferencias* se leen actualmente no sólo en los noviciados de los monasterios sino en otros ambientes que quieren entroncarse en la espiritualidad más genuina de la antigüedad cristiana. La misma Regla de San Benito (primera mitad del siglo VI) utiliza abundantemente su doctrina. Incluso podríamos añadir que sus libros han ayudado a muchos religiosos en su formación espiritual, la misma obra: *Ejercicios de perfección y Vida cristiana* del, hasta hace pocos años, conocidísimo jesuita P. Rodríguez le es deudora de gran parte de su doctrina y ejemplos.

Casiano era un nombre (quizá mejor un apodo) corriente pero muy extendido durante el alto imperio y en el martirologio de esa época encontramos varios mártires con ese mismo nombre. La vida de nuestro Casiano nos es muy poco conocida. Se ha escrito mucho sobre el lugar de su nacimiento: Provenza, Palestina, Siria, Constantinopla, Kurdistán. Ya Genadio en el siglo V lo declaró originario de Scithya (Escitia) y Marrou investigó que en la desembocadura del Danubio *(Scithya minor)* hay numerosas inscripciones rupestres con el nombre de «Cassiani», especialmente en Dobrudja del Norte. Este lugar, sito en lo que hoy es Rumania, pertenecía a la cultura latina tras su conquista por Trajano en el siglo II.

Casiano nacería probablemente entre los años 355 y 360 puesto que él mismo se dice «joven» cuando partió de Belén hacia el año 385, fecha de la llegada de San Jerónimo al lugar del nacimiento de Jesús. En efecto, Casiano no menciona a Jerónimo entre sus interlocutores monásticos. La razón de la piadosa peregrinación de Casiano a Tierra Santa también la podemos comprender pues por estas fechas su país está infectado de guerras y saqueos.

De Belén, Casiano partió para Egipto con un compañero llamado Germán. Ambos querían estudiar y conocer en su propio ambiente la espiritualidad de uno de los más conocidos monacatos de la antigüedad. Y permanecieron en Egipto nada menos que entre doce o quince años. Allí se pusieron en contacto con los padres más representativos del monacato «antoniano». No llegaron a introducirse entre los grupos cenobíticos pacomianos, sino que, después de retornar por un breve tiempo a Palestina en el 392, para renovar sus permisos en su monasterio de origen, volvieron a Egipto, al sur de Alejandría, al célebre desierto de Escete, donde permanecieron unos cinco años.

Hacia el año 400, o un poco antes, nuestros dos inseparables amigos viajaron a Constantinopla donde entablaron amistad con San Juan Crisóstomo. El Patriarca ordenó a Germán de presbítero y a Casiano de diácono. En 405, San Juan Crisóstomo, de nuevo perseguido y exiliado, salió de Constantinopla. Los dos amigos, con una carta de recomendación del clero constantinopolitano solicitando ayuda para su Patriarca, partieron hacia Roma. De allí retornaron de nuevo a las orillas del Bósforo, pero los partidarios del Patriarca estaban en horas bajas y tuvieron que alejarse de la zona.

Se desconoce hacia dónde partieron Germán y Casiano; se han hecho muchas conjeturas para cubrir los diez años entre 405 y 415. Unos opinan que marcharon a Palestina y otros a Roma. Los primeros piensan que Casiano se encontró en Tierra Santa con un tal Lázaro, obispo de Aix depuesto en 412 y refugiado en Palestina. Lázaro sería el que habría puesto a Casiano en contacto con aquellos lejanos territorios de la Galia.

Sea como fuere, sólo sabemos que entre 415 y 416 encontramos de nuevo a Casiano en el sur de las Galias, en Provenza.

Y en 419 Próculo, obispo de Marsella, lo ordena sacerdote. Poco después tiene lugar la fundación de dos monasterios en la ciudad, uno para hombres, el de San Pedro y San Víctor junto a la orilla del Lacydon, en el Viejo Puerto, y otro para mujeres, el de San Salvador.

Se ignora cómo utilizó Casiano su rica experiencia monástica para organizar sus monasterios. Castor, obispo de Apt y fundador de varias comunidades, pidió al ilustre viajero establecido en sus cercanías que les describiera el modo de vida de las comunidades monásticas de Egipto y Palestina. Casiano escribió entonces los doce libros sobre Las instituciones cenobíticas y los remedios contra los ocho vicios capitales. En ellos describió: 1.°, el hábito de los monjes; 2.°, reglas sobre la oración y la salmodia nocturna; 3.°, reglas de la oración y la salmodia durante el día; 4.°, sobre los que abrazan una vida de renuncia; 5.°-12.°, sobre los pecados capitales, a los que él une el de la tristeza (9). Distingue entre tristeza y acedía o desidia (10), vanagloria (11) y orgullo (12) y no trata ex profeso de la envidia. Casiano redacta los mismos puntos de vista que Evagrio Póntico (sabio filósofo griego que se hizo monje en el desierto de Escitia) en referencia a los ocho vicios capitales y en otras materias que tienen su base en las teorías neoplatónicas de la época. Esta obra tuvo que ser concluida probablemente antes del 418, año en el que los papas Zósimo e Inocencio condenan algunas de las sentencias pelagianas que Casiano profesa ingenuamente.

Las *Conferencias (Collationes)* son una colección de discursos espirituales que conoció en la antigüedad lo que hoy llamaríamos un éxito editorial. En cada una de ellas se describe de forma simpática y agradable las visitas hechas por aquellos dos piadosos viajeros a los más importantes padres del desierto en el Bajo Egipto y en las que se presenta, resumidas, las enseñanzas que se dignaron impartir a sus huéspedes. Es muy probable que Casiano se tomase en esta redacción más de una libertad al poner por escrito sus recuerdos. Sus digresiones tienen el encanto de las antiguas leyendas. De las veinticuatro conferencias, las diez primeras están dedicadas al obispo Leoncio de Frejus; la segunda parte (siete conferencias) la dedica a San Honorato, abad de Lerins y que más tarde sería elegido obispo de Arles en

el año 426. Y la tercera parte (siete conferencias) apareció después del 426.

La primera parte trata de la perfección cristiana (I), de la discreción necesaria para acceder a ella (I y II), de la renuncia que hay que hacer para seguir la vocación (III), de la concupiscencia (IV), de los vicios (V), del pecado (VI), de la resistencia de la voluntad contra los ataques del demonio (VII), de los ángeles y de los demonios (VIII), de la oración y de la vida contemplativa (IX y X).

A continuación Casiano precisa y completa ciertos temas: la caridad (XI), la apatheia o castidad (XII), la gracia y la libertad (XIII, conferencia marcada por el semipelagianismo), la ciencia espiritual (XIV), el carisma y los milagros (XV), la amistad entre los perfectos (XVI), lo esencial y lo accesorio en la vida espiritual, a propósito de los votos y promesas (XVII).

En las últimas conferencias trata: (XVIII) sobre los tres géneros de monjes (cenobitas, anacoretas y sarabaítas, sin contar a los monjes aislados y «originales»); (XIX) del objetivo de los dos caminos, el de los cenobitas y el de los anacoretas; (XX) de la vía purgativa; (XXI) sobre la libertad de los hijos de Dios bajo la nueva alianza; (XXII) de las tentaciones «carnales» (terrenales) que pueden encontrarse incluso entre los más santos; (XXIII) de la impecabilidad, que nadie posee en esta tierra; (XXIV) de las dificultades y consuelos de la vida anacorética.

El total de los capítulos o pequeños tratados nos recuerdan a los veinticuatro ancianos del Apocalipsis, consagrados totalmente a honrar al Cordero inmaculado. Todos estos textos de Juan Casiano han sido leídos y meditados por miles de almas religiosas que van desde monjes y ermitaños hasta piadosos laicos que beben en ellos la espiritualidad de la Sagrada Escritura de la que las conferencias están transidas. He aquí un ejemplo: el abad Isaac (Conf X, 10) nos muestra la actualidad siempre perenne del versículo: «Dios mío, ven en mi auxilio; Señor, date prisa en socorrerme» (Sal 69,2). Tiene, pues, su motivo el que dicho versículo haya sido escogido entre todos los de la Escritura. En él se encuentran todos los sentimientos que pueden conmover el corazón humano; puede adaptarse de maravilla y como a la medida de toda situación, estado y crisis espiritual. En él se

muestra el remedio contra toda tentación, sea en la invocación a Dios, sea en la confesión humilde y piadosa, así como la vigilancia con que hay que alertarse ante el temor que nos causa la inquietud, el miedo, la misma consideración de nuestra propia fragilidad, la esperanza de ser escuchado, la confianza en un auxilio siempre presente y presto, porque quien siempre invoca a su protector está seguro de tenerlo siempre junto a sí. En ese verso se contiene tanto el fervor de la caridad como la percepción de las emboscadas del enemigo y el pavor que ellas pueden causar, porque a todo lo largo del día y de la noche no hay momento en que dejemos de estar libres de peligros y caídas, a no ser que nos ayude el socorro de Dios, nuestro abogado.

Este verso, para todos los perseguidos por las asechanzas de los demonios, se convierte en un muro inexpugnable, una coraza impenetrable, un escudo fortísimo. En el descorazonamiento, la ansiedad, la tristeza, sean cuales fueren los pensamientos que nos deprimen, no permite que desesperemos de nuestra salvación, porque en él se nos manifiesta que aquel a quien invocamos es el que nos está observando de continuo en nuestras luchas y nunca se aleja de los que le suplican.

Este mismo verso recuerda a los que gozan de buena salud espiritual en consuelos y alegrías que no deben enorgullecerse ni vanagloriarse de su situación. Podemos estar ciertos que sin la protección divina no podemos estar tranquilos puesto que mediante dicha invocación se implora continuamente y hasta con presteza el auxilio divino. Sí, ciertamente la invocación sálmica es de necesidad y máxima utilidad para todos y en todas las circunstancias. Porque quien reclama ayuda, siempre y en todo lugar, muestra claramente que tiene necesidad del auxilio divino tanto en los aprietos y reveses de la vida como en la prosperidad y en las alegrías. Es Dios quien nos saca de la adversidad y quien nos hace permanecer en el bien; en ambos casos la humana fragilidad no puede subsistir sin la asistencia divina. Pero he aquí la cita; es larga, pero vale la pena leerla detenidamente, pues en ella se pone de manifiesto, en primera persona, todo lo que acabamos de resumir:

> «La pasión de la gula me invade; busco alimentos que el desierto no produce, y en la soledad más alejada estoy oliendo los aromas de los mejores festines y no puedo menos de sentirme atraído

por tales aromas. Entonces no tengo más remedio que defenderme de la pasión diciendo: "Dios mío, ven en mi auxilio; Señor, date prisa en socorrerme".

Siento el impulso de anticipar la comida a la hora establecida; lucho con denuedo para guardar una justa y normal sobriedad, entonces no me queda más remedio que gritar: "Dios mío, ven en mi auxilio; Señor, date prisa en socorrerme".

Los severos ayunos me serían útiles para sostener los combates carnales, pero me asusta el temor a sufrir el vacío de mi estómago y los ruidos de mis entrañas; y para que mis deseos se realicen o para que el fuego de la concupiscencia carnal se extinga debo orar así: "Dios mío, ven en mi auxilio; Señor, date prisa en socorrerme".

Me acerco a la mesa, cuando llega su hora, pero el alimento me da asco y siento el rechazo de la comida contra el deseo natural, entonces debo rogar: "Dios mío, ven en mi auxilio; Señor, date prisa en socorrerme".

Quiero aplicarme a la lectura para encauzar mis pensamientos, pero un dolor de cabeza me echa para atrás. Desde la hora de tercia el sueño atenaza mis párpados y mi cabeza cae sobre el libro de la Escritura y estoy tentado de adelantar o alargar la hora del sueño. Cuando tengo que salmodiar, un sueño plúmbeo cierra mis ojos y me fuerza a interrumpir la hora o su integridad: debo igualmente pedir: "Dios mío, ven en mi auxilio; Señor, date prisa en socorrerme".

Después de varias noches de insomnio y fatiga noto que el sueño no viene a mis ojos necesitados de descanso y reposo, debo suspirar a Dios, entonces, diciendo: "Dios mío, ven en mi auxilio; Señor, date prisa en socorrerme".

Tengo que enfrentarme con mis pasiones; a menudo me siento molestado por el aguijón de la carne que se esfuerza en arrancarme el consentimiento mediante sus engaños y seducciones; y para que el fuego del enemigo no lo arrase todo y desaparezca el perfume de la castidad, me es necesario clamar: "Dios mío, ven en mi auxilio; Señor, date prisa en socorrerme".

Noto cómo las antorchas de los deseos se apagan y cómo la llama de la concupiscencia se enfría; y para que esta situación perdure o, mejor, para que la gracia de Dios sea eficaz en mí en este punto, ahora y siempre, debo, desde el fondo de mi corazón, solicitar: "Dios mío, ven en mi auxilio; Señor, date prisa en socorrerme".

La cólera, el amor al dinero, la tristeza me agobian sin reposo; me fuerzan a rechazar las dulzuras que había entrevisto y que quería alcanzar, y para que la tormenta del furor no produzca frutos amargos, tengo que gritar en mi profundo abatimiento: "Dios mío, ven en mi auxilio; Señor, date prisa en socorrerme".

El desaliento, la vanagloria, la soberbia me invaden con fuerza. La negligencia, el tedio me ahogan de un modo sutil y placentero, y por miedo de que esta perniciosa situación proyectada por el

enemigo me invada completamente, tengo que suplicar con corazón contrito: "Dios mío, ven en mi auxilio; Señor, date prisa en socorrerme".

He adquirido la gracia de la humildad y de la sencillez deponiendo la hinchazón de la soberbia a través de una constante compunción, mas para que otra vez no suceda que el pie del soberbio me pisotee y que me eche fuera la mano del malvado, o el orgullo de mi superación me produzca males mayores, debo gritar con todas mis fuerzas: "Dios mío, ven en mi auxilio; Señor, date prisa en socorrerme".

Innumerables distracciones y fantasías sacuden mi espíritu; no puedo sujetar la dispersión de mis pensamientos. Me es imposible ponerme en oración sin que me distraigan continuamente vanas imágenes y conversaciones ociosas; me siento seco, árido, estéril e incapaz de tener sentimientos espirituales. Pues para liberarme de tal marasmo, gemidos y suspiros no son suficientes, sino que tendré que invocar a Dios diciendo: "Dios mío, ven en mi auxilio; Señor, date prisa en socorrerme".

Percibo que mi interior se restablece, que mis pensamientos se estabilizan; recobro el gozo espiritual, una alegría indescriptible me invade tras la visita de las inspiraciones divinas. Con exuberancia de trasportes espirituales acojo las abundantísimas inspiraciones de lo alto para conocer los misterios más sagrados e inescrutables, gracias a las luces que el Señor me hace; pues para que eso se arraigue y perdure en mí, el mayor tiempo posible, debo poner la máxima atención y decir constantemente: "Dios mío, ven en mi auxilio; Señor, date prisa en socorrerme".

La noche, los demonios terribles me asedian y asaltan. Los malos espíritus con sus susurros me turban. La misma esperanza de obtener la salvación y de vivir desaparecen angustiosamente de mi espíritu; entonces acudo corriendo a la invocación que me salva; con todas mis fuerzas exclamaré: "Dios mío, ven en mi auxilio; Señor, date prisa en socorrerme".

De nuevo la gracia del Señor me ha curado. Su socorro me anima; me siento rodeado de innumerables miríadas de ángeles y me siento tan fuerte que quisiera retar a aquello que hasta ahora yo temía más que la muerte y cuya sola presencia era suficiente para provocar en mí terror y espanto físico o espiritual. Pues para conservar esa fuerza y valentía del alma sostenida por la gracia de Dios es necesario que yo lo invoque una y otra vez: "Dios mío, ven en mi auxilio; Señor, date prisa en socorrerme"».

Así pues, la invocación y oración de este verso sálmico debe ser incesante y perpetua: en las adversidades para ser liberados, en la prosperidad para que se mantenga y nos aleje de todo orgullo. Sí, que la invocación de este verso no caiga nunca de tus

labios. Cualquiera que sea tu trabajo, en la celda, en los viajes, no ceses de repetirla. Al dormir, al comer y hasta en las menores urgencias de la vida natural, medítala. Rumiar esta fórmula salvífica te guardará al abrigo de los ataques de los malos espíritus, te purificará de los vicios de aquí abajo, te conducirá hasta la contemplación de lo invisible y lo divino y te transportará hasta los ardores inefables de la oración que pocos alcanzan. Que el sueño te encuentre meditando este verso, hasta el punto de que, a fuerza de repetirlo, lo digas incluso entre sueños. Que al levantarte sea tu primera oración, el primero de tus pensamientos; que te haga ponerte de rodillas a los pies de tu lecho y que después te acompañe en todas tus acciones sin apartarlo de tu mente jamás. Lo meditarás según las normas del legislador del Deuteronomio: «Tanto si estás en tu casa como si vas de viaje, así acostado como levantado, la atarás a tu mano como una señal, y será como una insignia entre tus ojos; la escribirás en las jambas de tu casa y en tus puertas, así lo inscribirás en lo profundo de tu corazón, de modo que suba a tus labios cuando te inclines para la oración, tras lo cual, te dedicarás a todas las ocupaciones de la vida; que esta oración te sea espontánea y constante en tu vida» (Dt 6,7-8).

Después de sus conferencias, Casiano escribió a petición del archidiácono de Roma, el futuro papa San León, un documento sobre la Encarnación contra Nestorio. Es una obra de poca enjundia, escrita desde puntos de vista poco sólidos teológicamente y que fácilmente hubiera sido contraargumentada por el propio Nestorio. Sin embargo, este escrito sirvió al papa Celestino para condenar a Nestorio en el Concilio de Roma de agosto de 430 en espera de que fuera finalmente condenado por el Concilio de Éfeso al año siguiente.

Los puntos de vista semipelagianos de Juan Casiano fueron vigorosamente combatidos por San Próspero de Aquitania que escribió precisamente un libro (hacia 432) contra «el conferenciante», en referencia clara al autor de las «conferencias».

Juan Casiano murió hacia 435. Se le festeja en Marsella el 23 de julio. La iglesia oriental lo conmemora el 28 o el 29 de febrero. Los orientales tradujeron sus obras al griego y comparte este privilegio con el papa San Gregorio Magno, del que también

tradujeron los *Diálogos*. Ya en 1120 el *Martirologio* de Arles-Toulon lo incluye como santo.

LUIS M. PÉREZ SUÁREZ, OSB

Bibliografía

BAUDOT, J. - CHAUSSIN, L., OSB, *Vie des saints et des bienheureux*... VII: *Juillet* (París 1948) 569-577.

GODET, P., Art. en A. VACANT - E. MANGENOT - E. AMANN, et al. (dirs.), *Dictionnaire de théologie catholique*. II/2: *Cabados-Cisterciens* (París 1905; [3]1932) cols.1823-1829.

OLPHE-GALIARD, M., Art. en *Dictionnaire de spiritualité*. II: *Cabasillas-Cyrille* (París 1953) cols.214-276.

BEATOS MÁRTIRES PASIONISTAS DE DAIMIEL (MANZANARES Y CARABANCHEL)

GRUPO DE MANZANARES: Nicéforo de Jesús y María (Vicente) Díez Tejerina, José de los Sagrados Corazones Estalayo García, Epifanio de San Miguel Sierra Conde, Abilio de la Cruz Ramos Ramos, Zacarías del Santísimo Sacramento Fernández Crespo, Fulgencio del Sagrado Corazón de María Calvo Sánchez.

GRUPO DE CARABANCHEL: Germán de Jesús y María (Manuel) Pérez Jiménez, Felipe del Sagrado Corazón de María Valcobado Granado, Maurilio del Niño Jesús Macho Rodríguez, José de Jesús y María Osés Sainz, Julio del Sagrado Corazón Mediavilla Concejero, José María de Jesús Agonizante Ruiz Martínez, Laurino de Jesús Crucificado Proaño Cuesta, Anacario de la Inmaculada Benito Nozal, Felipe de San Miguel Ruiz Fraile.

Religiosos y mártires († 1936)

En julio de 1936 España entera se vio invadida por una ola de odio que provocó numerosas muertes. La represión adquirió caracteres de persecución religiosa: sacerdotes, religiosos y monjas fueron expulsados de sus casas, encarcelados y asesinados por la única razón de su pertenencia a la Iglesia católica.

En este día la Iglesia recuerda a un grupo de 15 religiosos pasionistas del grupo de 26 que formaban parte de la comunidad pasionista de Daimiel (Ciudad Real) que fueron martirizados el 23 de julio de 1936 en dos lugares diversos: Manzanares y Carabanchel Bajo.

Se trataba de una comunidad de estudiantes pasionistas formada por 30 religiosos, entre padres, hermanos coadjutores y estudiantes a los que aquellos días acompañaba el P. Provincial, P. Nicéforo de Jesús y María, el cual se disponía a efectuar la visita canónica a la provincia de la Sagrada Familia, comenzando precisamente por la casa de Daimiel. Le tocó la misma suerte que a gran parte de la comunidad.

La vida ordinaria de la comunidad se desarrolla sin mayores sobresaltos hasta el mes de julio de 1936. Ya en mayo de 1931 hubo algún intento de represión que, no obstante, no provocó incidentes como los que ocurrieron a partir del mes de marzo de 1936 con un registro de unos 300 hombres en busca de armas. Siguieron días de gran tensión y zozobra y en el mes de julio, en concreto el día 19, volverían los milicianos a la casa de los pasionistas con el fin de buscar nuevamente armas. Todo el pueblo estaba en alarma y todas las iglesias, salvo la suya, cerradas y controladas. Continuaba, no obstante, la vida regular de la comunidad. El 20 de julio pretendió ser una jornada normal; los estudiantes debían estudiar porque se acercaba el tiempo de los exámenes. Precisamente fue ésa la noche escogida por los milicianos para rodear el convento y al amanecer, justo después de los maitines, se llevó a cabo un nuevo registro de los milicianos. El día transcurrió con la inminencia de que iban a ocurrir registros; los religiosos hicieron sus oraciones y actos de piedad y se retiraron a sus celdas con la angustia interior de verse rodeados de peligro. Hacia las 11,30 de la noche entre el 21 y el 22 de julio, un nuevo grupo de milicianos llamaron a la portería dando la orden de abandonar el convento en media hora. El P. Provincial ordenó que todos se vistieran de paisano y tras reunirlos en la iglesia, a pesar de que estaban golpeando las puertas de la misma los que querían entrar, les dijo: «Hermanos, si ha llegado nuestra hora, ¡ánimo! El Señor estará con nosotros. Recibamos su ayuda».

Tras dar la absolución a todos y recibirla él mismo del superior, el P. Nicéforo tomó el Santísimo y dijo:

> «Ciudadanos del calvario [...] es la hora de nuestro Getsemaní [...] La naturaleza, en su parte débil, desfallece y se acobarda. Pero Jesucristo está con nosotros... Os voy a dar el que es la fortaleza de los débiles. Si a Jesús lo confortó un ángel, a nosotros es el mismo

Estalayo, estudiante; Epifanio Sierra, estudiante; Abilio Ramos, estudiante; Zacarías Fernández, estudiante; Fulgencio Calvo, estudiante.

Los 26 mártires pasionistas de Daimiel fueron todos beatificados por el papa Juan Pablo II el día 1 de octubre de 1989, aunque su muerte ocurrió en fechas diversas: 23 y 25 de julio, 25 de septiembre y 23 de octubre.

JUAN JAVIER FLORES ARCAS, OSB

Bibliografía

AAS 81 (1989) 121-131.

CARCEL ORTÍ, V., «Los 26 religiosos pasionistas de la comunidad de Daimiel (Ciudad Real)», en ID., *Mártires españoles del siglo XX* (Madrid 1995) 135-216.

GARCÍA-GREGOR LENZEN, P., *Mártires pasionistas de Daimiel. Rosas del Calvario* (Zaragoza 1993).

MERINO, L., *La pasión de Jesucristo y la de los mártires pasionistas de Daimiel, Nicéforo y 25 compañeros* (Zaragoza 1989).

PIÉLAGOS, F., *Vida y testimonio. Homenaje a los 26 Mártires Pasionistas de Daimiel (1936) en su beatificación por Juan Pablo II el 1 de octubre de 1989* (Zaragoza 1989).

UFFICIO DELLE CELEBRAZIONI LITURGICHE DEL SOMMO PONTEFICE (ed.), «Capella Papale presieduta dal Santo Padre Giovanni Paolo II per la Beatificazione dei Servi di Dio Nicéforo Díez Tejerina e 25 Compagni, C. P. Martiri, Lorenzo Maria Salvi, C. P. Presbitero, Geltrude Caterina Comensoli, Vergine, Francesca Anna Cirer Carbonell, Vergine. Piazza S. Pietro, 1.° ottobre 1989» (Ciudad del Vaticano 1990) 3-8.

BEATOS PEDRO RUIZ DE LOS PAÑOS, JOSÉ SALA PICÓ Y BEATOS MÁRTIRES DE LA HERMANDAD DE SACERDOTES OPERARIOS DIOCESANOS DEL CORAZÓN DE JESÚS

Guillermo Plaza Hernández, Recaredo Centelles Abad, Martín Martínez Pascual, Antonio Perulles Estívill, José Pascual Carda Saporta, Isidoro Bover Oliver y José María Peris Polo

Religiosos y mártires († 1936)

PEDRO DOLORES DE MARÍA RUIZ DE LOS PAÑOS Y ÁNGEL nació en Mora (Toledo) el 18 de septiembre de 1881, de Francisco Ruiz de los Paños Ayllón y de Braulia Ángel Navarro. Nació casualmente en el domicilio de sus abuelos maternos, pues sus padres vivían por aquel tiempo en Orgaz, y, como nada más nacer hubo que hacerle una operación quirúrgica, una tía de su

madre, María Ángel, al verlo en peligro de muerte lo llevó inmediatamente a la parroquia para que fuese bautizado. Como ese día aquel año estaba dedicado a los «Dolores gloriosos de María», le añadieron en su nombre también este recuerdo.

Cuando fue consciente, celebraría siempre, en el día de su cumpleaños, todavía más el día de su bautismo:

> «He dado muchas gracias a Dios por haberme dado la vida en este día. Me acuerdo mucho de una tía carnal de mi madre, persona muy resuelta, que, como me vio, al nacer, en gran peligro de muerte, me cogió sin más averiguaciones y me llevó a la iglesia en el mismo momento, y así Dios se valió de ella para hacerme cristiano enseguida».

Su padre era secretario de ayuntamiento y ejerció en diversos municipios; por ellos también pasó Pedro siendo niño: en Orgaz desde 1881 a 1884; en Villaminaya, donde recibió la confirmación, desde 1884 a 1888; y en La Calzada de Oropesa desde 1888 a 1893, aquí hizo su primera comunión en 1890. Desde 1893 la familia volvió a establecerse en Orgaz y, como aquí también se abrió a la vida en la adolescencia, desde entonces consideraría a este pueblo como propio.

Después de la primera comunión comenzaron a prepararlo para ingresar en el Seminario, puesto que, además de frecuentar la escuela, iba a clases particulares de latín que le daban, primero, don Martín Bermejo, párroco de La Calzada de Oropesa, y, luego, don Benito López de las Hazas, cura de Orgaz (quien, el 1 de septiembre de 1936, a sus ochenta y un años, y totalmente ciego, sería también fusilado).

Se fundió, pues, su modo de ser con el deseo de su familia en claros indicios de vocación sacerdotal, pues, como él mismo comentaba:

> «No recuerdo tampoco cuándo recibí los primeros llamamientos de Dios. Dijéronme, aún muy niño, que había de ser sacerdote y en esa creencia viví siempre, sin haber pensado una sola vez en lo contrario. Tú, oh buen Jesús, que ibas preparando toda mi vida, te encargaste también de preparar mi voluntad con muchos años de anticipación para que recibiera en su día tu divino llamamiento».

El 28 de septiembre de 1894 se examinó de ingreso, primero y segundo de Humanidades en el Seminario de Toledo, y el 30 ingresó en él matriculándose en el tercer curso.

En esos años no había buen ambiente en aquel seminario y Pedro tuvo que pasarlo mal, puesto que muchos chicos no pensaban en el sacerdocio; por eso aún llama más la atención que él viviera, desde el principio, con toda dedicación a su vida espiritual y a su formación académica.

Un compañero atestiguaba:

> «De seminarista era muy virtuoso, muy devoto de la Santísima Virgen y, sobre todo, del Santísimo Sacramento. Y, a pesar de estar enfermo, nunca quería trato de distinción. Veíamos en él al seminarista que se imponía por su virtud, a pesar de ser serio».

En primero de Teología, teniendo ya conocimiento de lo que era el sacerdocio y lo que significaba dedicar su vida a la formación de sacerdotes, pidió entrar en la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos del Corazón de Jesús, dedicada —por inspiración y fundación del Beato Manuel Domingo y Sol— a la renovación en la formación sacerdotal. Precisamente el rector del Seminario de Toledo informaba al mismo fundador de la Hermandad sobre Pedro:

> «Para mi gusto es todo un hombre: ha de tener cualidades de gobierno excepcionales, aparte que su talento y piedad le colocan entre los primeros del Seminario. Yo le juzgo el alumno más completo y, desde luego, el que más me satisface».

Pero cayó gravemente enfermo.

> «Al cumplir los veinte, tomé la resolución de lo que había de ser, y parece que el Señor la esperaba. Me puso a morir. Ésa fue la aceptación. Pero me arreglé contra toda esperanza y en bien poco tiempo. Y a los veintidós años estaba ya dando guerra. Trabajé atrozmente y caí de nuevo, tres o cuatro años después. Aquello me duró más; tuvo menos fuerza, pero fue muy pesado».

Pidieron a don Manuel Domingo y Sol que le concediera pasar un año en el colegio de Orihuela, por el clima levantino más benigno que el de Toledo, pero regresó pronto.

Hizo su ingreso en la Hermandad, con su consagración de probando, el 12 de agosto de 1904, y emitió sus primeros compromisos el mismo día del año siguiente.

En 1904 los operarios se habían hecho cargo del Seminario de Málaga. Allí fue destinado como prefecto de disciplina. Fue ordenado subdiácono el 21 de diciembre de ese año. El 8 de

abril de 1905 recibió el diaconado y al día siguiente, 9 de abril, el presbiterado.

> «Por una gracia especial me han conferido las órdenes de diácono y presbítero en dos días seguidos».

Estuvo en el mismo seminario hasta el final de curso en 1910. Era un sacerdote impregnado de amor a Dios y muy caritativo con los pobres. Incluso de joven había enseñado a sus hermanos a compartir los bienes y para los pobres guardaba las monedas de plata. Durante toda su vida sacerdotal mostraría su capacidad de oración, en la intimidad con Cristo, a quien quería referir la vida de todos los que trataba. Tenía ansias de santidad, siempre más.

Pedro había escrito entonces a su Director General que deseaba entrar en la Compañía de Jesús y, ante el temor de perderlo, éste encomendó a don Andrés Serrano que lo siguiera. Pero en noviembre dejaba el noviciado de la Compañía, que estaba en Granada, y se dirigió al Seminario de Jaén, el más cercano llevado por operarios. Sólo estuvo en Jaén hasta el 3 de enero de 1911, pues lo que quedaba de curso lo pasó con su madre, en Orgaz, quien murió en abril, y después en el Colegio de San José de Tortosa, donde escribió el *Libro del seminarista.* No había escrito ningún libro así, dirigido a los seminaristas; pero aquellas mil cuartillas nunca llegaron a publicarse.

Comenzó el curso 1911-1912 en el Seminario de Badajoz, como prefecto de disciplina, y todo ese curso lo pasó con achaques. Escribía, por eso, exponiendo su situación:

> «Creo que me sería de alivio si, en lugar de llevar el trabajo y movimientos de la comunidad, me pusieran de mayordomo o director espiritual, desligándome, en parte, de ese otro trabajo de vigilancia para el cual me faltan las fuerzas físicas...».

Y añadía:

> «Yo me conformo con lo que usted disponga de mí para el año que viene...».

En agosto de 1912 el director general le comunicó que irá destinado como mayordomo al Seminario de Sevilla, que la Hermandad de Operarios asumía en ese año. Allí puso en orden muchas cosas, compartiendo su trabajo con charlas a los

teólogos que recogió en un libro titulado: *El estado sacerdotal. Sus excelencias y ventajas,* pero tampoco llegó a ser publicado. Desde el curso 1913-1914 estableció en Sevilla la «Obra del fomento de las vocaciones», que empezaba a sostener a cuarenta seminaristas y, en tres años, había sufragado la pensión completa a 104 seminaristas. Esta vez sí que publicó un folleto vocacional para niños, *Camino de gloria,* y otro en 1915 sobre *Las vacaciones del Seminarista.* Quiso comenzar la edición de una hoja periódica vocacional, pero no se lo permitieron, aunque él, resignado, escribía:

> «La propaganda se va abriendo camino y más se abriría con la hojita que le proponía, si les hubiera parecido bien».

Como se ve, era un sacerdote lleno de iniciativas en la pastoral de las vocaciones.

En 1917 fue nombrado rector del Seminario de Plasencia, al hacerse cargo los operarios de este seminario, teniendo que dejar Sevilla con mucho sentimiento por parte de su Cardenal. Allí empezó preocupándose de la formación interior de los seminaristas, pues no tenían exhortaciones espirituales. Hizo un plan de charlas con los seminaristas, para cada uno de los días de la semana y, durante los diez años que estuvo allí de Rector, los nuevos sacerdotes salían con una espléndida formación humana y espiritual, intelectual y pastoral.

Trabajó, como en Sevilla, en la «Obra de las vocaciones sacerdotales» y ya pudo publicar aquella proyectada *Hoja vocacional,* mensualmente. Fundó también una hoja infantil vocacional titulada *El sembrador.* Siendo él rector en Plasencia fundó y se celebró por vez primera «El día del Seminario». Publicó también dos folletos, uno en 1922 sobre *El fomento de vocaciones eclesiásticas,* con una tirada de medio millón de ejemplares, y otro en 1923 sobre *La perseverancia del seminarista.*

Con la ayuda de otros operarios transcribió a máquina todos los escritos del Beato Manuel Domingo y Sol, en 45 volúmenes y, al contacto con ese trabajo, todavía se convenció más de que el trabajo por el fomento de las vocaciones sacerdotales y por la formación de los futuros sacerdotes era el apostolado más trascendental de la Iglesia.

Era incansable en el trabajo, a pesar de su escasa salud.

En agosto de 1927 fue elegido miembro del Consejo general de la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos y, más tarde, rector del Pontificio Colegio Español de San José de Roma. Escribía sobre este nombramiento:

> «Mi gusto sería quedarme aquí en Plasencia, tan oscuramente como he vivido; no me asusta Roma, pero tampoco me mueve. Sin embargo, mi gusto no pienso que sea mi voluntad; ésta deseo que sea la de Dios [...] Yo no aspiro a nada más que a servir a Dios por el camino que él disponga».

Fue rector del colegio durante seis cursos, hasta 1933. Hablaba personalmente con todos los colegiales y logró que fueran alumnos aventajados en la Universidad Gregoriana. Allí también escribió un folleto sobre la Hermandad: *Regale sacerdotium,* publicó numerosas colaboraciones sobre el sacerdocio y, al despedirse, dejó escrito el libro: *Los primeros cuarenta años del Pontificio Colegio Español de San José de Roma.*

Dejó de ser rector porque el 31 de julio de 1933 fue elegido director general de la Hermandad. Desde el principio comenzó a renovar la espiritualidad sacerdotal de sus miembros, en la reparación al Corazón de Jesús y en el deseo de ofrecerse como víctimas. Y fundó un «Aspirantazgo» para formar, desde los primeros años de estudio, a futuros miembros de la Hermandad. Como director general publicó distintas *Cartas circulares* a los operarios.

Impulsaba la promoción de vocaciones precisamente en aquellos años tan difíciles de la segunda República en España y propuso la celebración de una «Semana Pro Seminario» que se celebró en Toledo en 1935. Con esta ocasión propuso también que se creara un Secretariado Nacional de Seminarios, realidad que sólo se pondría en marcha en España mucho más adelante, en 1959. Concibió también que ese Secretariado tuviera una revista y hasta pensó su título: *Vocaciones,* y comenzó a editarla en febrero de 1936, pero sólo se publicarían unos números antes del comienzo de la guerra civil. Posteriormente la revista de ese Secretariado tendría el mismo título. Promovió, además, la idea de que en Toledo radicara la Facultad de Teología de una proyectada universidad católica en Madrid.

Quien había obedecido fielmente en todo, bien podía ejercer el servicio de la autoridad.

Don Pedro fue fundador de un instituto femenino religioso, fundador póstumo, si cabe, porque el instituto se constituiría canónicamente pocos años después, pero las «Discípulas de Jesús» lo tienen por verdadero padre fundador, ya que fundador es quien recibe la inspiración y quien pone las acciones primeras e imprescindibles para la fundación.

La inspiración para ese instituto religioso femenino le sobrevino cuando era rector del Seminario de Plasencia. Lo escribió él mismo:

> «En Plasencia, el día 18 de agosto de 1931, a las tres de la tarde, rezando maitines, en el Colegio de Vocaciones, se me ofreció la idea de las Discípulas de Jesús, en pocos momentos».

Las Discípulas no sólo pueden recordar el día, sino también la hora. Concibió este instituto como una pequeña constelación:

> «Discípulas son las religiosas [...] las cuales dirigen toda la organización, y son como el Estado Mayor. Delegadas son otras personas piadosas que, viviendo con sus familias, diseminadas por la diócesis respectiva, ejercitan los ministerios de la Congregación y, aunque de modo privado, son religiosas por los votos, pruebas y prácticas que ejercitan [...] Por último, auxiliares son todas las personas buenas que, por propia voluntad y sin compromiso alguno, ayudan unas a otras para la consecución del fin del Instituto».

Con tres grados de compromiso: uno, religioso; otro, lo que ahora sería instituto secular; y otro, como movimiento apostólico vocacional. Pensaba que las mujeres podrían colaborar en la promoción de las vocaciones sacerdotales con una dedicación y un fruto apostólico insospechado. Imaginaba, pues, en cada diócesis un puñado de religiosas, unas cuantas gavillas de delegadas y una multitud de espigas, como auxiliares, que fructificaran en muchedumbre de vocaciones.

Empezó con el primer puñado, incluso tenía casa preparada para las primeras Discípulas, escritas las Constituciones y distintas anotaciones sobre el carisma y la misión, en las que había plasmado este don nuevo para la Iglesia. Hasta viajó de Tortosa a Toledo para dar comienzo a la obra con el núcleo inicial, a quienes tenía citadas para el 20 de julio de 1936. Pero, como es obvio, ya no pudieron reunirse y don Pedro sellaría este ofre-

cimiento a la Iglesia con el ofrecimiento de su vida. Parece que él habría presentido que no podría ver levantarse la obra, aunque hubiera puesto los cimientos.

Porque en su interior se estaba preparando para el martirio. Ya de seminarista pedía este don al Señor y hasta escribía:

> «Algunas veces, excitado por tu divina caridad, he deseado darte mi sangre y he sentido envidia de los que sufrieron el martirio».

En unos versos escritos en Málaga en 1907, los concluía:

> «¡Dichoso el sacerdote que, perseguido,
> rinde el último aliento martirizado!».

Ya de sacerdote, habló muchas veces sobre sus deseos de martirio y expresó que, si le llegara, lo aceptaría gustosamente. A una carmelita le manifestó que, todos los días, pedía al Señor la gracia del martirio.

Del 26 de junio al 5 de julio de 1936 tres miembros de la Hermandad, que serían mártires, dirigieron una tanda de ejercicios espirituales para operarios: don Isidoro Bover, don José Pascual Carda y don Pedro Ruiz de los Paños. Uno de los ejercitantes anotó que, en una de las pláticas, don Pedro les dijo:

> «En la Hermandad se ora y se trabaja mucho. Estoy contento de los Operarios. Solamente nos falta sangre de martirio. Hacen falta Operarios Mártires. El día que los tengamos, la labor de la Hermandad será fecunda y magnífica».

Don Pedro llegó a Toledo el 16 de julio de 1936, por la tarde, acompañado por don Jaime Flores, su secretario, quien luego sería obispo de Barbastro. Traía la intención de reunir a las primeras Discípulas de Jesús.

En aquellos días, ya de vacaciones, junto con don Pedro, residían en el seminario don Miguel Amaro Rodríguez, don José Sala Picó (rector del seminario menor), don Guillermo Plaza Hernández (prefecto de teólogos), don Tomás Torrente (mayordomo), don Jaime Flores y dos seminaristas, Antonio Ancos y Ángel Ródenas. Don Jaime, quien podría escapar, pudo testificar sobre el ambiente que vivieron en aquellos días y los deseos de martirio que mostraron ante la posibilidad que se les estaba cerniendo. De todo esto hablaron en los días 19 al 22 de

julio, incluso cuando se oía el bombardeo sobre el Alcázar y su entorno. Hacían turnos de vela ante el Santísimo. Don Pedro bajó a la cocina para animar a las religiosas que atendían al Seminario y para darles ánimo en aquellos momentos tan difíciles. En sus palabras unía el testimonio del martirio a la confianza en Dios. La Hermana cocinera le preguntó cómo tendría que comportarse, si tuviera que preparar la comida a los que los perseguían, y le contestó:

> «Preparándola lo mejor que pueda y con la misma o mayor caridad que lo hace con nosotros».

En alguno de aquellos momentos, cuando el estruendo de los bombardeos hacía temblar los cristales del seminario, don Pedro sugirió a sus compañeros aplaudir a Dios, estando en verdadero peligro de muerte, y los invitaba a aceptar la muerte por Dios y por el bien de España. No dejaban de visitar, una y otra vez, al Santísimo.

En el atardecer del día 22 de julio, cuando llegó la noticia —por empleadas de teléfonos— de que ya habían matado a algunos sacerdotes, acordaron abandonar el seminario, por el peligro que allí había, intentando refugiarse en casas de personas de confianza. Don Pedro dispuso que los sacerdotes se vistieran de paisano, y, como no tenían otra cosa, se pusieron un blusón de dril. Don Pedro se confesó con don Tomás Torrente. Antes de salir del seminario comulgaron.

Don Pedro también dio la comunión a las religiosas, en la puerta de la cocina, y repartieron así todo el Santísimo para que no quedara reserva. Al despedirse de ellas les dijo:

> «Adiós, hijas mías, hasta el cielo, si no nos volvemos a ver; ya están aquí los rojos y creo que han matado a algún sacerdote. Tened confianza en Dios. A vosotras no os pasará nada; a nosotros, los sacerdotes, sí, pues nos matarán».

Se fueron del seminario distribuyéndose los seis, de dos en dos: don Pedro y don José Sala, don Jaime y don Tomás; don Guillermo con los dos seminaristas, y don Miguel, solo.

Don Pedro y don José aceptaron, en principio, la invitación que les había hecho el párroco de la parroquia vecina de San Andrés para que se refugiaran en su casa, pero, después de pensarlo entre ellos, decidieron dirigirse a una casa antigua donde

vivía el maestro Salvador López Martín, pero, como en un piso de la casa vivía un socialista que se opuso rotundamente, a eso de las nueve de la noche se fueron a refugiar a casa de otro sacerdote, don Álvaro Cepeda, en la calle de Santa Isabel, 22.

Les ofrecieron, como cena, un poco de chocolate. Don Pedro invitó a todos a rezar el rosario. Al terminar, con palabras suaves habló de la gloria del sacerdote que sufre el martirio:

> «Mañana, a primera hora, vendrán por nosotros y nos matarán —dijo a sus compañeros—, que nos encuentren bien preparados para presentarnos ante nuestro Padre...».

Don Pedro, en la habitación donde pasó la última noche, dejó esta carta escrita a lápiz y dirigida a sus hermanos:

> «Toledo, 22 de julio de 1936.
>
> Queridos hermanos: Son las cinco y media de la tarde. Llevamos casi tres días de asedio militar. Bombas y tiros a millares. Una pena grandísima. Hoy ha caído junto al Seminario quizá la última que han lanzado. Por el eco de estos valles y, sobre todo, de esta casa tan grande, creen las pobres gentes de estos contornos que han salido tiros. Pidiendo al Señor en la capilla hemos estado los días últimos a fin de que a todos los aplacase. No hemos podido hacer más. Pero ahora, con la calumnia propalada, será difícil salir del Seminario y no sé lo que sucederá. Es posible que seamos sometidos a cualquier requisa; es posible cualquier cosa en circunstancias tan anormales. Si me sucediera algo, os doy el adiós hasta el cielo, donde espero que Jesús me lleve con Él. Yo no tengo más deseo ni más esperanza que Jesús, de manera que allí os espero. De todos me acuerdo mucho, mucho; y como no puedo escribir a todos, valga esta carta para la Hermandad, para las carmelitas de ambas casas y de otras, para las discípulas, etc. A todos en Jesús haré sentir su divina misericordia. Que todos rueguen por mí. No sé si a vosotros os ha pasado algo. En el cielo lo veré. Adiós. Os abraza y quiere mucho vuestro hermano, Pedro».

Hacia las siete y media de la mañana, la hermana de don Álvaro les preparó el desayuno y, apenas terminado, se presentaron unos milicianos a quienes éste les ofreció tabaco y hablaron con él, con respeto y buenas formas, pero, de repente, irrumpieron otros milicianos diciendo que habían salido tiros de la casa. Era la forma de allanar la morada, porque don Álvaro aseguraba todo lo contrario.

Ustedes son maristas, les dijeron y, como no se conformaban con la negativa dada una y otra vez por don Pedro, les afirmó que eran superiores del seminario. Su rostro de sacerdotes, con su compostura y su mirada, no lo podían ocultar. Detuvieron a los tres y, aunque hablaron de atarlos uno a otro, se los llevaron sueltos sin oponer resistencia alguna.

Un testigo contó cómo se los llevaban, con los brazos en alto, con los puños cerrados porque el jefe de la patrulla decía que las manos en alto sin cerrarlos era «fascio». Por el camino los vieron muchas personas. Los querían matar en aquella calle pero uno de los suyos, que estaba comprando en una tienda, salió a la puerta y, después de proferir unas blasfemias, espetó a los milicianos que se los llevasen a otro sitio, que, si no, los iban a tener allí todo el día, y que no había derecho a hacer eso en una calle de tanto tránsito. Los mataron, después, en el Paseo del Tránsito.

Don Leandro de la Flor Pérez, declaró todo lo que pudo ver sobre el fusilamiento de los tres sacerdotes:

> «Yo vivía en la Casa de Maternidad de la ciudad de Toledo, sita en la calle de San Juan de Dios, junto a la Sinagoga llamada del Tránsito. En dicha Casa de Maternidad desempeñaba yo mi profesión de practicante.
>
> Eran aproximadamente las nueve de la mañana del día 23 de julio de 1936, y me encontraba lavándome, teniendo la persiana de mi habitación bajada. Entonces oí un ruido considerable de muchas personas que en aquel momento pasaban por la calle de Reyes Católicos, precisamente debajo de la ventana de mi habitación, en el piso bajo de la Casa de Maternidad. Yo me asomé a la ventana un poco oculto detrás de la persiana, y vi, a unos metros solamente de distancia, a unos veinte o treinta milicianos armados y algunas mujeres.
>
> En el momento de asomarme a la ventana oí que un miliciano dijo: "¡Pararsus!", y, parados, observé con todo detalle las personas de don Pedro Ruiz de los Paños, don José Sala y don Álvaro Cepeda, que estaban uno detrás de otro por el orden que les acabo de mencionar.
>
> Don Pedro llevaba un blusón de dril; las manos cerca del pecho, con un semblante sereno, y miraba repetidamente al cielo. Don José Sala iba vestido con un blusón de dril y con aspecto sereno. Don Álvaro Cepeda, de paisano y con nerviosismo.
>
> Inmediatamente el miliciano dijo: "Pà adelante", y don Pedro y don José anduvieron para adelante, así como don Álvaro, que recibió unos empujones de los milicianos. Entraron andando los tres

sacerdotes, delante de los milicianos, en el Paseo del Tránsito, y yo les seguía viendo perfectamente con la cara pegada a la reja de mi ventana, desde la cual iba observando cuanto iba aconteciendo.

Estando a pocos metros después de dejar la calle de Reyes Católicos, y muy próximos a un bando del Paseo del Tránsito los tres sacerdotes dichos, oí una descarga que hicieron los milicianos que los conducían, con los fusiles y otras armas de fuego que llevaban.

Yo vi cómo don Pedro cayó inmediatamente boca abajo con las manos extendidas hacia delante, quedando en esta postura tendido en el suelo. Don José Sala se torció un poquito y también cayó al suelo. Don Álvaro Cepeda también se retorció y cayó boca arriba.

Así quedaron muertos, y los milicianos inmediatamente se retiraron, volviéndose por donde habían ido y volvieron a pasar delante de mi ventana. Yo les oí decir: "¡Ya cayeron otros tres; a ver si terminamos con todos!". Desaparecieron riéndose a carcajadas y celebrándolo ellos y las mujerucas que les acompañaban.

Los cadáveres permanecieron en el mismo sitio, sin que nadie los tocara, hasta el mediodía, alrededor de la una. Yo mandé varias veces a sirvientas de la Maternidad que se acercaran para ver si los habían llevado, comprobando también por mí mismo este extremo; pero no presencié el acto de retirarlos, suponiendo que, como acostumbraban hacer, los subirían a una camioneta de las destinadas a la recogida de basuras y los llevarían a enterrar».

Bien pudo morir como mártir quien su vida diaria —como se dijo de él— podría resumirse así: «Todo para Dios, nada para sí mismo».

En la homilía de su beatificación, el Papa destacó, además, su carisma de fundador:

> «Pedro Ruiz de los Paños enriqueció además a la Iglesia con la fundación de las Discípulas de Jesús, dedicadas al apostolado vocacional».

Desde entonces la Hermandad de Operarios, a quien le faltaba el testimonio de mártires propios, como había dicho el mismo don Pedro, contaba ya con él, don José Sala y, después, con otros compañeros.

JOSÉ SALA PICÓ había nacido el 24 de junio de 1888 en Pons, diócesis de Urgel y provincia de Lérida, el mayor de doce hijos del matrimonio cristiano compuesto por Jacinto y Josefa. Tres de sus hermanas serían religiosas.

Ya desde niño destacaba por su seriedad y gravedad. Había oído contar a su padre el martirio de los primeros cristianos, así

como el de los Macabeos, y le contaba que le gustaría ver a alguno de sus hijos morir mártir y comprobar si, como ellos, alentaba a los demás al martirio. Esto se le quedó muy grabado a José.

A los nueve años, con su hermano Ramón, fueron a vivir con su tío que era párroco en Ordino (Andorra); él mismo les impartía clases de Latín y Humanidades. Más tarde el tío le pagaría el curso de filosofía y teología como alumno interno en el Seminario de la Seo de Urgel. Tenía gran capacidad para el dibujo y la pintura.

José recibió la tonsura clerical y las órdenes menores en 1909; el subdiaconado en 1910 y, a finales de ese año, el diaconado. Fue ordenado presbítero el 15 de abril de 1911 y ejerció su ministerio en varias parroquias de la diócesis: la primera en Guissona como vicario, después capellán de la granja de Liñola, fue coadjutor también en Pallás, Balaguer y Bergamuy, hasta que en 1914 ingresó en la Hermandad con permiso de su obispo Juan Benlloch, quien escribió al director de la Hermandad de Operarios:

> «Esta tarde se me ha presentado don José Sala, joven vicario en un anejo de esta parroquia de Aren, participándome sus deseos de ingresar en esa mi amada Congregación de Operarios Diocesanos. Es un santito y no me desprendería de él fácilmente; pero, para dárselo a usted, hago gustoso el sacrificio».

Emitió sus primeros votos el 12 de agosto de 1915 y en 1924 los definitivos. Fue destinado al Seminario de Segovia, y obedeció dócilmente venciéndose en la repugnancia que le daba llevar la administración y tener que tratar con dineros.

En 1918 fue trasladado al colegio de San José de Toledo: primero fue prefecto de los alumnos, y desde 1924 —en que el colegio se convirtió en seminario menor— fue nombrado primer rector. Todos los días daba una charla para la meditación de los seminaristas y les comentaba la lectura espiritual. Se mostraba con firmeza y exigencia y, a la vez, con suavidad y dulzura en la educación de los chicos. Tenía una especial sensibilidad para la liturgia y ayudaba a los seminaristas con el fin de que pudieran tener un misal y seguir la celebración diaria. Rezaba en el coro el oficio divino y se confesaba semanalmente en la misma iglesia del seminario, delante de los seminaristas.

Su padre murió en 1926, sin que pudiera acudir a su muerte, funeral y entierro.

La característica más notable de su vida fue su humilde bondad. Era muy sencillo, un poco seco o despegado, pero de gran corazón. Se alegraba mucho de todo lo bueno que acontecía a los demás. Era muy práctico y mostraba un gran sentido común.

En los primeros meses de 1936 tenía miedo de que hubiera desbandada en el seminario ya que los padres se querían llevar a casa a sus hijos, por miedo. Ante los peligros que se cernían escribía: «Esperamos que nos dejarán terminar el curso en paz. La perspectiva gris es para lo futuro. ¡Dios sobre todo!».

El alzamiento militar le sorprendió allí, en su seminario menor de Toledo y, en aquellos días, pasó a vivir al vecino seminario mayor con don Pedro Ruiz de los Paños y otros sacerdotes. Estaba convencido de que iba a morir mártir, pues creía llegado el momento deseado por su padre. No quería ocultarse ni vestirse de paisano, pero lo hizo por obediencia.

El día 20 de julio visitó a dos de sus hermanas, que eran religiosas jerónimas en el convento de San Pablo de Toledo, para felicitar a la que se llamaba Magdalena porque decía que el 22 ya no podría ir. Las animó a estar preparadas para el martirio y que se ofrecieran al Señor: «Era una gloria muy grande ser mártires y una dicha muy grande que no a todos concede el Señor».

Murió junto a don Pedro Ruiz de los Paños y don Álvaro Cepeda en el Paseo del Tránsito de Toledo. Un testigo presencial de los hechos, el médico don José Rivera Lerma, lo relató así:

> «La manera de conducirse los tres sacerdotes detenidos con los milicianos que los traían era la siguiente, que yo aprecié de cerca con toda claridad: venían los tres en fila, uno detrás de otro, el primero don Pedro, con las manos en alto, en la actitud que se ponen en el ofertorio de la misa, con las palmas hacia el cielo, con una cara sonriente y dulce, juzgando que esa sonrisa provenía del interior ofrecimiento que iba haciendo al Señor de su vida. A continuación don José Sala, el cual iba con la misma humildad con que yo le había conocido siempre, que levantó dos veces la vista para mirarme, que indudablemente me reconoció; pero estaba, como el anterior, en semejante actitud, entregado interiormente a Dios. Llevaba también las manos en alto, apareciendo, en la actitud

de las mismas, estado de cansancio. Por último iba don Álvaro Cepeda».

Don Jaime Flores, obispo que fue de Barbastro —que en aquellos días estuvo con los mártires hasta que salieron en la noche del 23 de julio— pudiendo escapar hacia Madrid en un coche, testificó: «Don José Sala me había dicho con alegría que era el momento de cumplir Dios el deseo de su padre de tener un hijo mártir».

El papa Juan Pablo II, el día 1 de octubre de 1995, en la plaza de San Pedro de Roma, beatificó a Pedro Ruiz de los Paños y José Sala Picó y a los otros ocho compañeros miembros de la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos del Corazón de Jesús: Guillermo Plaza Hernández, Recaredo Centelles Abad, Martín Martínez Pascual, Antonio Perulles Estívill, José Pascual Carda Saporta, Isidoro Bover Oliver y José María Peris Polo, que sufrieron muerte en testimonio de la fe y por ser sacerdotes.

HERMANDAD DE SACERDOTES OPERARIOS DIOCESANOS DEL CORAZÓN DE JESÚS

Para comprender el martirio de los miembros de la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos del Corazón de Jesús, como de los demás santos o beatos martirizados durante la persecución religiosa en España, es necesario remontarse a la proclamación de la II República, el 14 de abril de 1931, cuando la Iglesia comenzó a sufrir un hostigamiento legislativo declarado y, a la par, una violencia física infligida por distintos grupos políticos y sindicales (marxistas, socialistas, anarquistas y republicanos, con influencia de la masonería) sobre las personas y los bienes de la Iglesia. En sólo tres días de mayo de 1931 fueron incendiados un centenar de iglesias y conventos religiosos, y muchos cientos más en los años sucesivos, pues la persecución duró desde 1931 a 1939.

En mayo de 1933 la Conferencia de Metropolitanos emitió una *Declaración* sobre la ley de Confesiones y Congregaciones religiosas, pues violaba los derechos fundamentales de las personas y de las instituciones. La disolución gubernamental de la

Compañía de Jesús era una muestra o prólogo. Y en julio del mismo año, la carta encíclica del papa Pío XI, *Dilectissima nobis,* denunciaba la persecución religiosa a la Iglesia en España.

Las primeras víctimas son del 5 de octubre de 1934, en la llamada «revolución de Asturias», donde fueron asesinados 37 sacerdotes, religiosos y seminaristas y fueron incendiadas 58 iglesias.

El inicio del alzamiento militar sorprendió a la jerarquía de la Iglesia que vio cómo, en el origen del movimiento nacional, entre otras causas de orden civil, social, cultural y económico, y en el modo coactivo de haber celebrado unas elecciones en febrero de 1936 con el fin de obtener y mantener el poder a toda costa por el llamado «frente popular», entraba también como causa la política antirreligiosa del gobierno republicano. Entre las causas de la guerra no estaban, pues, solamente las del desorden social, cultural y político.

Una vez iniciada la guerra civil en julio de 1936, el asesinato de sacerdotes, religiosos, religiosas y seminaristas y la destrucción de iglesias y seminarios o casas religiosas fueron diarios en la zona republicana, de tal forma que en 1937 el episcopado español dirigió una carta colectiva (firmada por 43 obispos y cinco vicarios capitulares) al episcopado mundial denunciando esta persecución encarnizada. La jerarquía de la Iglesia, en esa misma carta, deseaba y propiciaba la paz, pues lamentaba la guerra como un mal gravísimo que no había querido, pero tampoco podía callar ante tanta violencia ni permanecer indiferente ante los derechos y valores, religiosos y de la nación, que habían sido y estaban siendo conculcados.

Durante ese tiempo fueron martirizados trece obispos, más de cuatro mil sacerdotes, tres mil religiosos y trescientas religiosas. Son incontables los seglares. La mayoría de todos ellos en los primeros seis meses de la guerra civil. Murieron perdonando a sus enemigos. Llama la atención la fidelidad de tantas personas, en una de las persecuciones más violentas y con mayor número de mártires en la historia de la Iglesia.

Los horrores cometidos por el ateísmo militante son indescriptibles y manifestaban un odio a la fe, con deseos de que desapareciera la Iglesia del mapa español, pasando así a la obra lo

que los ideólogos proclamaban con las palabras, que el estado español debía ser laicista en el más pleno sentido y, para conseguir ese fin, todos los medios —incluso los más violentos— podían ser lícitos en la práctica.

Dos líderes, uno nacional y otro internacional, habían pronunciado clara su intención:

> «Había muchos problemas en España [...] El problema de la Iglesia [...] Nosotros lo hemos resuelto totalmente, yendo a la raíz: hemos suprimido los sacerdotes, las iglesias y el culto».
>
> «En las provincias que dominamos la Iglesia no existe. España ha sobrepasado en mucho la obra de los soviets, porque la Iglesia, en España, está hoy aniquilada».

Se unía, pues, el objetivo de eliminar a la Iglesia católica con los brotes más incontrolables de anticlericalismo.

La Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos del Corazón de Jesús fue fundada por el Beato Manuel Domingo y Sol (1836-1909), siendo sacerdote de la diócesis de Tortosa, el 29 de enero de 1883. Después de la celebración de la misa recibió la inspiración de fundar una hermandad de sacerdotes que, con un fuerte espíritu de reparación al Corazón de Jesús, se dedicaran a la formación de futuros sacerdotes. Recibió su primera aprobación del obispo diocesano de Tortosa el 17 de mayo de 1883. Anteriormente, don Manuel, al encontrarse con un seminarista pobre, y con otros más, había fundado un «Colegio de San José», para que nadie que tuviera vocación sacerdotal tuviera impedimento alguno para llegar a ser sacerdote. Después de ése, fundó otros muchos colegios por distintas diócesis españolas y de Lisboa (Portugal). También, gracias a él, se fundó el «Pontificio Colegio Español de San José en Roma», donde se han formado miles de sacerdotes, muchos de ellos llamados al episcopado. Desde 1897 distintos obispos pidieron a los miembros de la Hermandad que dirigieran su respectivo seminario diocesano, tanto en España como en México.

> «Todos los Operarios Diocesanos estaban entregados al ministerio en los seminarios cuando en 1936 España se vio sacudida por un violento ambiente antirreligioso. En los seminarios y con los seminaristas vivían habituados a un clima de persecución, y la posibilidad del martirio era tema frecuente de sus conversaciones», se recoge en el decreto sobre el martirio de estos sacerdotes.

De los treinta operarios que fueron asesinados durante la persecución religiosa en España, sólo fue introducida la causa de canonización de nueve de ellos porque había testigos presenciales de los últimos momentos de su martirio en 1936, éstos pudieron declarar más tarde sobre la fidelidad de todos ellos (los treinta) hasta el final. Junto con Pedro Ruiz de los Paños y José Sala Picó muertos el 23 de julio en Toledo, están: Guillermo Plaza Hernández, el 9 de agosto en Argés (Toledo); Recaredo Centelles Abad, el 25 de octubre en Nules (Castellón); Martín Martínez Pascual, el 18 de agosto en Valdealgorfa (Teruel); Antonio Perulles Estívill, el 12 de agosto en Marsá (Tarragona); José Pascual Carda Saporta, el 4 de septiembre en Oropesa (Castellón de la Plana); Isidoro Bover Oliver, el 2 de octubre en Castellón de la Plana, y José María Peris Polo, el 15 de agosto en Almazora (Castellón). (Puede verse la biografía de cada uno de ellos en el volumen del mes correspondiente al día de su martirio en este *Año cristiano).*

La persecución religiosa en Toledo, donde fueron mártires don Pedro, don José y don Guillermo, fue dura y progresiva, como un horno que se calienta poco a poco hasta ponerse incandescente. En España, durante los seis primeros meses de 1936, fueron cometidos unos tres mil atentados graves de carácter político o social; destruidas, incendiadas o profanadas multitud de iglesias; asesinados numerosos sacerdotes, religiosos, seminaristas y religiosas.

En Tarragona, el rector del seminario escribía a don Pedro, el director general de la Hermandad de Operarios: «Únicamente el Señor sabe lo que nos espera en el transcurso del año que hoy comenzamos», que justamente era centenario del nacimiento del Beato Manuel Domingo y Sol.

Y en Valencia, escribía otro rector en febrero:

> «Han intentado quemar varias iglesias y casas religiosas, entre ellas el colegio de Santo Tomás de Villanueva [...] ha habido momentos de verdadero peligro de una hecatombe [...] En los pueblos ha habido muchos desmanes; en muchos de ellos han quemado imágenes, iglesias, casas abadías...».

El Beato Antonio Perulles, que fue martirizado en Marsá, escribía en el mismo mes:

«En Alicante han saqueado todas las parroquias, menos una [...] Con todos los objetos de culto hicieron grandes hogueras en la calle, no habiendo dejado más que las paredes [...]».

Y el Beato Isidoro Bover, en el mes de marzo:

«Por algunos días ha sido el tema de actualidad el orden público, y lo sigue siendo en las conversaciones particulares, a medida que se van sabiendo las atrocidades espeluznantes que se han cometido desde el 16 de febrero [...] Nos consta que el día de San José no se dijo misa en la tercera parte de las parroquias de la diócesis de Murcia, que parece ha sido la comarca más castigada».

En Valdealgorfa, en la provincia de Teruel y archidiócesis de Zaragoza, el Beato Martín Martínez, que fue martirizado en su propio pueblo, con anterioridad había escrito:

«Vi pasar un camión de milicianos forasteros. En la plaza oí que preguntaron a los del pueblo, lo primero, si habían matado al cura, y después les dijeron que habían de derribar una cruz que había a la entrada del pueblo, y que si no la derribaban, los matarían a ellos».

Hasta ocho pregones municipales había dado, entre el 26 de julio y el 18 de agosto, para conminar a los vecinos a que descubrieran a los sacerdotes ocultos en aquel lugar. El bando último dictaba pena de muerte contra los que fueran sorprendidos en la ocultación de un clérigo. Los de ese pueblo testificaron después que habían matado a Martín sólo porque era sacerdote, cuando sólo llevaba poco más de un año de sacerdocio.

La diócesis de Tortosa fue una de las que más persecución sufrió, pues más de trescientos sacerdotes fueron martirizados. En Nules, don Recaredo Centelles y en Villarreal, don José Pascual Carda. Muchos pueblos de Castellón pertenecían entonces a esa diócesis, y por la Vall de Uxó iba y venía la llamada «Columna de hierro» que asesinaba en la retaguardia del frente.

El papa Juan Pablo II dijo de estos nueve beatos en la homilía de beatificación, en la plaza de San Pedro el 1 de octubre de 1995:

«Los nueve miembros de la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos del Corazón de Jesús, que con Pedro Ruiz de los Paños y Ángel a la cabeza, son beatificados hoy, fueron martirizados tras haber trabajado, conforme al propio carisma, en la formación de futuros sacerdotes en diversos seminarios de España y de

México. Entregados desde una honda espiritualidad sacerdotal al fomento de las vocaciones, como continuadores del celo apostólico del Beato Manuel Domingo y Sol, su vida, coronada con la palma del martirio, nos recuerda la urgencia de este apostolado».

En esa misma celebración el Papa determinó para la memoria litúrgica de estos nueve mártires el día 23 de julio, fecha del martirio de los beatos Pedro Ruiz de los Paños y José Sala Picó.

JOAQUÍN MARTÍN ABAD

Bibliografía

AAS 86 (1994) 286-291.

ANDRÉS HERNANSANZ, J. DE, *Testigos de su sacerdocio* (Madrid-Salamanca 1990).

— *Las redes del pescador. Pedro Ruiz de los Paños, apóstol de las vocaciones* (Madrid 1985).

BOIX QUEROL, R., *M. Iltre. Don José María Peris Polo «Rector del Seminario»* (Tortosa 1983).

CANDANEDO, G., *Mártires de la Hermandad* (Madrid 1995).

CÁRCEL ORTÍ, V., «Los nueve sacerdotes operarios diocesanos», en ID., *Mártires españoles del siglo XX* (Madrid 1995) 453-488.

MONTERO MORENO, A., *Historia de la persecución religiosa en España (1936-1939)* (Madrid ²2004).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN VALERIANO DE CIMIEZ

Obispo († 460)

Nacido en una familia galorromana de la Galia Narbonense, al llegar a la juventud contrajo matrimonio, pero posteriormente, se entiende que con acuerdo de la esposa, abrazó la vida eremítica y pasó al monasterio de Lerins. Acreditado por su ciencia y santidad, fue elegido obispo de Cimiez y es el primero de esta sede que se conoce. Lo era ya en 449. Fue un buen prelado, celoso del bien de los fieles a él confiados, y trajo a su diócesis un grupo de monjes de Lerins para que se establecieran en ella. Fue conocido por sus escritos ascéticos y morales. Tomó parte en los sínodos de Riez y Vaison, y en 457 presidió el de Arlés. Apoyó al papa San León en la diatriba antimonofisita. Murió el año 460.

BEATA JUANA DE ORVIETO

Virgen († 1306)

Juana o Vanna, como se la llamaba sincopando su nombre de Giovanna, nació en Carnaiola en el seno de una familia de labriegos hacia 1264. Muertos sus padres, se la llevaron consigo unos parientes de Orvieto con quienes se crió. Llegada a la juventud, sus parientes le buscaron un matrimonio, pero ella rehusó y desde entonces dejó la casa de su familia y vivió por sí misma ganándose el pan con su trabajo manual. Llena de espíritu de piedad, se puso bajo la dirección del beato Santiago de Bevagna y se hizo terciaria dominica. Se la definió como paciente, obediente y tranquila y llena de buenas obras. Hizo grandes progresos en la vida espiritual y el Señor la favoreció con éxtasis. Era muy amante de los pobres, a los que atendía cuanto podía. Murió el 23 de julio de 1306, y recibió culto popular que el papa Benedicto XIV confirmó el 11 de septiembre de 1734.

BEATO CRISTINO GONDEK

Presbítero y mártir († 1942)

Adalberto Gondek nació el 6 de abril de 1909 en Slona, Polonia, en el seno de una modesta familia de campesinos. Recibe de sus padres el espíritu religioso que le distinguió siempre. Fue seminarista del Colegio Seráfico de Lvov los años 1925-1928. Decidida su vocación religiosa, entró en la provincia de Santa María de los Ángeles, de la Orden franciscana, y tras hacer el noviciado hizo la profesión religiosa el 26 de agosto de 1929 con el nombre de fray Cristino. Hizo los estudios de filosofía en el Instituto Humanístico Filosófico, de los PP. Capuchinos, en Cracovia, y pasó luego a hacer los estudios teológicos en el Instituto Teológico del seminario de Przemysl. El 18 de abril de 1933 pronunció la profesión de votos solemnes.

Ordenado sacerdote el 21 de junio de 1936, su salud le impidió seguir los estudios de Historia de la Iglesia que su Orden quería que cursara, y fue enviado a Chelm Lubelski, de donde el 26 de noviembre de 1936 pasó al convento de Wloclawek como confesor y predicador y un poco después se le dio el cargo de

vicario del convento. Llegada la guerra fue arrestado por la Gestapo el 26 de agosto de 1940, llevado a la prisión de Szczeglin, luego al campo de concentración de Sachsenhausen y finalmente el 14 de diciembre del mismo año 1940 al campo de concentración de Dachau. No soportó las terribles condiciones del campo y murió el 23 de julio de 1942. Fue beatificado el 13 de junio de 1999 por Juan Pablo II.

BEATO BASILIO HOPKO

Obispo y mártir († 1976)

Nació el 21 de abril de 1904 en Hrabské, Eslovaquia, en el seno de una modesta familia de campesinos. Como su madre, viuda en 1905, emigró a Estados Unidos en busca de mejores condiciones de vida, se encargó mientras tanto del muchacho su abuelo y luego un tío suyo materno que era sacerdote greco-católico.

Decidido por la vocación sacerdotal, hizo sus estudios a partir de 1923 en la Academia Teológica greco-católica como alumno del seminario de Presov. Antes de ser ordenado, su madre le envió dinero para que se fuera a Estados Unidos y se ordenara allí como sacerdote de la eparquía greco-católica de Pittsburg, pero enfermó y para pagar a los médicos la operación necesaria hubo que emplear el dinero del viaje. Recibió la ordenación sacerdotal el 3 de febrero de 1929. Enviado a la parroquia de Pakostov trabajó con gran dedicación y de forma especial en el campo de la juventud. Pasa luego a una parroquia de su rito en Praga y se le une su madre que vuelve de los Estados Unidos. Entre 1936 y 1941 fue director espiritual del seminario de Presov. En abril de 1940 obtuvo el doctorado en teología y desde septiembre de 1941 fue secretario del obispo. En 1943 fue nombrado profesor de teología pastoral y teología moral en la Facultad de Presov, donde hizo una gran labor, escribió artículos y libros y fundó una revista, coadyuvando a la publicación de libros de espiritualidad.

Sus muchos méritos fueron reconocidos con el nombramiento de obispo auxiliar de Presov, siendo consagrado el 11 de mayo de 1947, cuando ya las circunstancias políticas de su país

se estaban volviendo muy difíciles para los creyentes en general y para los greco-católicos muy en particular. En efecto, el Estado comunista preparaba la eliminación de la Iglesia greco-católica y terminó por declararla ilegal en abril de 1950. Por este motivo monseñor Hopko fue arrestado el 18 de octubre de ese mismo año y sometido a terribles interrogatorios y presiones para que firmara una declaración de haber cometido acciones ilegales. Ni los interrogatorios ni las medidas tomadas contra él, como caminar continuamente, no dejarle dormir, no darle de comer, etc., minaron su firme resistencia. El 24 de octubre de 1951 fue sentenciado a quince años de cárcel, una multa de veinte mil coronas checoslovacas, la pérdida de los derechos civiles durante diez años y la confiscación de todos sus bienes. Fue pasando por las duras cárceles de Bratislava, Ilava, Leopoldov, Praga, Mirov y Valdice, todo un viacrucis. Estaba en esta última cárcel cuando, el 12 de mayo de 1964, a causa de su estado de debilidad, lo dejaron en libertad condicional y lo obligaron a vivir en Osek, en una casa para sacerdotes retirados, a fin de que no estuviera en la Eslovaquia oriental. Y estuvo continuamente vigilado. Su estado de salud tanto física como mental era muy lamentable. Padecía depresiones causadas por las torturas y malos tratos. Rehabilitada la Iglesia greco-católica el 13 de junio de 1968, recibió la licencia para reanudar su actividad pastoral, lo que hizo con gran voluntad pese a su mala salud. Vino a morir en Presov el 23 de julio de 1976, y al hacérsele la autopsia se demostró que había sido envenenado progresivamente al serle suministradas durante años pequeñas cantidades de arsénico.

Declarado mártir el 7 de julio del 2003, ha sido beatificado por el papa Juan Pablo II el 14 de septiembre del mismo año en su viaje a Eslovaquia.

24 de julio

A) Martirologio

1. En el monasterio de Annaya (Líbano), San Sarbelio Makhlouf († 1898), presbítero, de la Orden Libanesa Maronita **.
2. En Bolsena (Toscana), Santa Cristina, virgen y mártir (fecha desconocida).
3. En Amiterno (Sabina), San Victorino, mártir († s. IV).
4. En Tauriana (Calabria), San Fantino el Mayor, llamado el Taumaturgo († s. IV).
5. En la Tebaida, Santa Eufrasia, virgen y ermitaña († s. V).
6. En Ardmore (Irlanda), San Declano, obispo († s. V).
7. En Albí (Aquitania), Santa Sigolena, religiosa († s. VI).
8. En Rusia, santos Boris y Gleb († 1015), mártires, hijos de San Vladimiro *.
9. En Rieti (Sabina), San Balduino († 1140), abad *.
10. En Trond (Brabante), Santa Cristina la Admirable († 1224), virgen.
11. En Sandez (Polonia), Santa Cunegunda o Kinga († 1292), religiosa clarisa **.
12. En Ferrara (Emilia), Beato Juan Tavelli de Tosignano († 1446), obispo, de la Orden de los Jesuatos *.
13. En Colonia (Alemania), la traslación de los tres Magos de Oriente que visitaron al Niño Jesús en Belén.
14. En Áquila (Nápoles), Beato Antonio Torriani († 1494), presbítero, de la Orden de Ermitaños de San Agustín *.
15. En Orbe (Saboya), Beata Luisa de Saboya († 1503), princesa de Chalon, religiosa clarisa *.
16. En Derby (Inglaterra), beatos Nicolás Garlick, Roberto Ludlam y Ricardo Simpson († 1588), presbíteros y mártires bajo el reinado de Isabel I *.
17. En Newcastle (Inglaterra), Beato José Lambton († 1592), presbítero y mártir bajo el reinado de Isabel I *.
18. En Durham (Inglaterra), San Juan Boste († 1594), presbítero y mártir bajo el reinado de Isabel I *.
19. En Man Dinh (Tonkín), San José Fernández († 1838), presbítero, de la Orden de Predicadores, mártir *.
20. En Nápoles (Campania), Beato Modestino de Jesús y María (Domingo) Mazzarello († 1854), presbítero, de la Orden de Menores *.
21. En Guadalajara, beatas María Pilar de San Francisco de Borja (Jacoba) Martínez García, Teresa del Niño Jesús y de San Juan de la Cruz (Eusebia) García y García, y María Ángeles de San José (Marciana) Valtierra Tordesillas († 1936), vírgenes, carmelitas descalzas, mártires **.
22. En Barcelona, Beata María de las Mercedes Prat Prat († 1936), virgen, de la Compañía de Santa Teresa, mártir **.

23. Igualmente en Barcelona, Beato Javier Bordás Piferer († 1936), religioso salesiano y mártir **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN SARBELIO MAKHLOUF

Presbítero y ermitaño († 1898)

Es justamente a los pies de los cedros del Líbano donde nace en el año de 1828 Youssef Makhlouf, en una aldea del monte Líbano, siendo el menor de cinco hermanos. Huérfano de padre a los tres años y habiéndose vuelto a casar su madre, el joven Youssef fue confiado a un tío suyo. Su juventud no presenta nada relevante; durante el día lleva a pacer la vaca heredada de su padre, y, cuando puede, lee y reza, hasta el punto que su piedad no deja de ser notada por quienes viven cerca de él, que le llaman «el santo» de sobrenombre.

El niño sentía una atracción especial por la soledad, presagio de lo que sería más tarde su opción monástica, lo que no le impedía ser considerado juicioso e inteligente por quienes le rodeaban, que se admiraban incluso por su buen humor. Siendo aún adolescente tuvo ocasión de conocer a dos tíos maternos que eran ermitaños, cuyas vidas le impresionaron y le dejaron una profunda huella.

Alrededor del año 1851, uno de sus tíos, el P. Daniel Chidiac, conduce al joven sobrino al monasterio de Nuestra Señora de Maïfouq, perteneciente a una de las tres órdenes monásticas de la iglesia maronita, en concreto a los baladitas, que se consideraban como el resto del monacato, herederos espirituales del gran San Antonio.

En el monasterio muy pronto destaca por su piedad y religiosidad. Trasladado al monasterio de San Marón de Annaya acabó el tiempo de su probación y allí se establece. Y allí vendría su madre a tratar de persuadirlo de volver a la casa materna, pero viéndolo seguro le dijo estas significativas palabras: «Una de dos, o persevera y sé un fiel monje, o bien ahora mismo vuelve conmigo a tu casa». El 1 de noviembre de 1853 hacía su profesión monástica y recibía el nuevo nombre de «Charbel».

Por cuestiones de estudios fue trasladado al monasterio de San Cipriano de Kfifane. Tras su ordenación presbiteral volvió al monasterio de Annaya donde, durante quince años, no tuvo ningún cargo especial, pero será la edificación de todos los que entraban en contacto con él.

En alguna ocasión se le ofreció la posibilidad de ir a visitar a su familia, ante lo cual respondió: «El monje que va a ver a su familia debe volver a comenzar su noviciado». Se veía un profundo amor a su vida contemplativa y una particular exigencia ascética que la sostenía.

Los monjes que le conocen dan numerosos testimonios de su piedad y vida de oración, de sus veladas nocturnas, de la profundidad con que celebraba cada día la Eucaristía, hasta considerarlo como modelo de todas las virtudes cristianas y monásticas. Cuando no tenía otra obligación, permanecía en oración en la iglesia del monasterio.

Su pobreza no era menos admirable que su obediencia, la cual no tenía nada de servil ni de infantil, sino que había madurado en los largos años de cenobitismo.

El año de 1875 marca un hito en la vida del monje maronita. Tras reiterados intentos consigue el permiso para hacerse ermitaño y retirarse a la ermita de San Pedro y San Pablo, a unos cientos de metros del monasterio. Ya desde el año 1869 había sido encargado de llevar la comida a otro ermitaño del monasterio, el P. Eliseo, que vivió en ella desde 1830 a 1875 y probablemente se dejó impresionar y contagiar por él.

Como ermitaño, el P. Charbel sigue perteneciendo a su comunidad y dependiendo de su abad; vuelve al monasterio, para la Eucaristía, en los días especiales de Navidad, Pascua y para la fiesta de San Antonio el Grande. Compartía la capilla de la ermita con otro ermitaño, el P. Macario, ayudándose mutuamente a misa y recitando juntos el oficio divino. Como diría el papa Pablo VI el día de su canonización: «Dio ejemplo de una vida toda ella centrada en la Eucaristía, en la oración silenciosa ante el Santísimo Sacramento y en las prácticas heroicas de la obediencia, la pobreza y la castidad».

El ermitaño se dedica casi exclusivamente a la vida litúrgica y espiritual. Su vida ascética responde a su gran ideal: cinco ho-

ras de sueño al máximo, ayuno y abstinencia casi continua, un cilicio que rodea su cuerpo, una única comida a las tres de la tarde, algunas horas de trabajo manual en la viña y el huerto, y alguna que otra visita a la villa vecina para orar sobre los enfermos... A esto se reduce la vida del ermitaño Charbel.

Los últimos años de su vida le ven padecer diversas enfermedades que no le llevaron a perder su habitual dulzura. Lo que llamaba particularmente la atención era su silencio: «Era todo silencio», decían sus hermanos.

De noviembre de 1896 a 1898 le visitaba un joven profeso que escribía:

> «Jamás lo vi de mal humor. Desde que se levantaba, se dirigía directamente a la capilla y pasaba en ella alrededor de cinco horas. Luego me llamaba para rezar juntos el rosario y para una visita al Santísimo Sacramento. Una vez que salía de la capilla, no volvía a hablar más».

Mientras celebraba la Eucaristía, el viernes dieciséis de diciembre de 1898, precisamente en el momento de la elevación, una crisis de apoplejía lo inmovilizó. Su compañero, el P. Macario, con grandes esfuerzos, logró sacar de entre sus manos el cáliz que contenía la sangre de Cristo y la patena con el cuerpo de Cristo. Su última enfermedad duró una semana; murió el sábado 24 de diciembre de 1898. Su cuerpo, trasladado al monasterio, fue velado el día de Navidad, uno de los pocos días que todos los ermitaños se reúnen para la celebración eucarística. Por la tarde tuvo lugar el oficio fúnebre. Al momento de la inhumación, algunos hermanos aconsejaron enterrarlo dentro de un féretro pensando en su posible santidad. El superior, no queriendo transgredir los usos del monasterio, añadió: «Si es santo, sabrá conservarse él mismo». Comenzaba la prodigiosa historia de su conservación. Había vivido 23 años como ermitaño.

Desde 1926 a 1928 se hicieron los trámites necesarios para su beatificación; después, el proceso se detuvo hasta el 25 de febrero de 1950, fecha en que se percibe visiblemente un líquido que brota de su cuerpo y que se derrama por las paredes de la sepultura, lo que obligó a una exhumación con la apertura de la tumba; se siguen multiplicando las gracias y los milagros entre los devotos que vienen a rezar ante sus restos

mortales. De todas las regiones del Líbano, peregrinos de todas las confesiones vienen a implorar gracias al que ya consideraban santo. Muchos milagros se le atribuyen y no sólo entre los cristianos sino también entre los musulmanes, lo que testificaba una frase escrita a finales de 1898 en el obituario del monasterio de Annaya por el superior del mismo: «Lo que él realizará después de su muerte dispensa de todo comentario sobre la santidad de su vida».

Su vida quiso ser parecida a la de los santos ermitaños Pablo y Antonio.

En 1954, el papa Pío XII decide proseguir el proceso de beatificación, y el 5 de diciembre de 1965, el papa Pablo VI presidía la ceremonia de su beatificación, mientras que la canonización tuvo lugar el 9 de octubre de 1977.

Pablo VI lo consideró hijo predilecto del Líbano, primer confesor oriental que llega a los altares, símbolo de unión entre Oriente y Occidente y signo de fraternidad eclesial entre los cristianos del mundo entero, miembro eminente de la santidad monástica que con su ejemplo e intercesión enriquece a todo el pueblo de Dios.

El patriarca maronita en el discurso de agradecimiento al papa Pablo VI por su canonización dijo de él:

> «Charbel Makhlouf pasaba las horas de sus noches y de sus días y sus jornadas enteras en el silencio de adoración y de súplica, así como en el trabajo, viviendo de este modo de las más puras tradiciones del monacato oriental, dando al mundo de hoy el siguiente mensaje: Que sólo en la penitencia, en la oración de adoración, en el trabajo se encuentra la fuente de la verdadera alegría y donde se percibe precisamente lo único necesario, sin lo cual nuestro universo absurdo no tendría sentido, ni el hombre moderno dignidad».

JUAN JAVIER FLORES ARCAS, OSB

Bibliografía

DAHER, P., *Vie, survie et prodiges de l'ermite Charbel Makhlouf* (París 1953).
HAYEK, M., *Le chemin du désert... Charbel Makhlouf* (Lyón 1962).
WEHBE, L., «Le témoignage monastique de l'Église maronite»: *Collectanea Cisterciensia* 28 (1966) 88-115.

SANTA CUNEGUNDA
Religiosa († 1292)

El 16 de junio de 1999 el papa Juan Pablo II canonizaba a la Beata Cunegunda, reina de Polonia, en la ciudad polaca de Sacz donde falleció como monja clarisa el 24 de julio de 1292, en el monasterio por ella fundado. En su homilía Juan Pablo II evocaba la gran concentración católica que, bajo la presidencia del primado de Polonia, cardenal Wyszynski, y con numerosos representantes de los episcopados húngaro y polaco había tenido lugar en esta misma ciudad hacía treinta años, con motivo de las celebraciones del milenario. Allí se había levantado entonces un fervoroso clamor impetrando la canonización de Cunegunda, y ahora Juan Pablo II ponía de relieve el dato providencial de poder él mismo responder como papa a este clamor, declarando santa a Cunegunda.

Su proceso de beatificación, precedido del culto popular ya iniciado a raíz de su muerte, se incoó en 1628. En 1690, Alejandro VIII confirmaba el antiguo culto, lo que equivalió a su beatificación.

Vida enteramente singular la de esta santa que reúne los títulos de reina, virgen y religiosa de la Segunda Orden Franciscana. Bien puede decirse de ella que floreció, maduró y se extinguió en un excepcional contexto de santidad. Nació en la ciudad húngara de Esztergom el 5 de marzo de 1234, hija del rey Bela IV y de Teodora Laskarysa. Del ambiente cristiano de la casa real dice bastante el hecho de figurar también en el catálogo de los santos sus hermanas Santa Margarita y la Beata Yolanda. De su estirpe paterna son, además, San Esteban, patrón principal de Hungría, Santa Ladislaa, Santa Isabel de Turingia, Santa Eduvigis de Silesia y Santa Inés de Praga.

Al llegar a Polonia desde muy niña para ser educada en la corte de su futuro esposo el príncipe de Cracovia Boleslao, siguió gozando de un clima similar de santidad. La madre de Boleslao y su hija la Beata Salomé llevaban vida ascética, dedicando tiempo a la oración y a la lectura de la Sagrada Escritura y de las vidas de los santos. Así contribuyeron eficazmente a suscitar en Cunegunda la aspiración a la santidad. Sus biógrafos apuntan que tomó por especial protectora a Santa Eduvigis, tras-

plantada como ella de Hungría a Polonia. También anotan que en su espiritualidad influyeron San Jacinto y el Beato Sadok, que avivaban el ambiente cristiano de Cracovia en los mismos días en que allí moraba Cunegunda. La espiritualidad franciscana la atrajo fuertemente y se inscribió en la Tercera Orden, llegando a consagrarse enteramente a Dios con voto de virginidad. Hay situaciones que el mundo es incapaz de comprender; y nosotros podemos preguntarnos acerca de la iluminación mística que la hizo capaz de persuadir a Boleslao, ya convertido en su esposo, a llevar una vida virginal para gloria de Dios. Después de una prueba de dos años, ambos esposos hicieron voto de castidad perpetua en manos del obispo. Se sintieron así especialmente fortalecidos y libres para dedicarse enteramente a servir a su pueblo.

Los años de 1241 a 1247 supusieron para Cunegunda y su esposo un durísimo paréntesis. Los tártaros invadieron Polonia y Hungría obligándoles a arrostrar las durezas de los prófugos. La gran prueba los unió más y los fortaleció, regresando dispuestos a afrontar graves turbulencias y divisiones y a levantar al país de una situación de ruina. Fue un largo período de 32 años, hasta la muerte de Boleslao el 7 de diciembre de 1279. En los primeros años de este período se inscribe la canonización de San Estanislao, obispo de Cracovia, asesinado el año 1079. Los virtuosos monarcas fueron los promotores de esta canonización, buscando la protección del santo sobre un pueblo en estado de reconstrucción.

Su dedicación floreció en el campo de la política, de la beneficencia y la cultura. A Cunegunda, según los datos recogidos ya por los primeros biógrafos, el pueblo la veneraba, denominándola consoladora, médico, nutricia, y santa madre, denominaciones que suponen el reconocimiento de la fecundidad de su maternidad virginal. De su huella material hay un bello exponente, resaltado por Juan Pablo II en la homilía de su canonización: «A su nombre están vinculadas las minas de sal gema de Wieliczka y de Bochnia, cerca de Cracovia».

Al fallecer su esposo, dejó Cracovia trasladándose a Sacz, y allí se dedicó durante once años a reorganizar la región: fundó nuevas aldeas y ciudades y construyó iglesias. Su devoción al Se-

rafín de Asís floreció en la fundación de un convento de franciscanos y otro de clarisas. A éste destinó toda su herencia, de acuerdo con el obispo. Ella misma terminó ingresando en este convento de clarisas en 1288. Tras un año de noviciado emitió la profesión religiosa el 24 de abril de 1289. En términos enteramente hagiográficos sus biógrafos ponderan su dulzura y afabilidad con sus hermanas, obedeciendo como si fuera la última de ellas y escogiendo los trabajos más humildes, como lavar la vajilla, asear la casa y asistir a las enfermas. Hay un dato perfectamente documentado que demuestra su preocupación por elevar el nivel de participación litúrgica de las monjas: hizo traducir los salmos al polaco, lo que reviste especial interés cultural, resaltado por Juan Pablo II en su canonización: «A su persona y al convento por ella fundado está vinculado el nacimiento de verdaderos monumentos de la literatura, como el primer libro escrito en lengua polaca: Zoltarz Dawidów (Salterio de David)».

No faltan para Santa Cunegunda amplios relatos de numerosos milagros obrados en vida y a raíz de su muerte. En su convento de Sacz sigue manando la fuente brotada por sus súplicas, cuando no había medios para traer el agua desde muy lejos.

La vida de Cunegunda como monja clarisa fue muy corta. Transcurridos dos años de su profesión, cayó enferma en septiembre de 1291 y permaneció encamada hasta su muerte el 24 de julio de 1292. Tenía 58 años. Se halla sepultada en la capilla de la Santísima Virgen María del monasterio por ella fundado. Su canonización ha contribuido grandemente a incrementar las peregrinaciones a este lugar privilegiado de la Polonia católica. Su fiesta se celebra el 24 de julio.

JOSÉ MARÍA DÍAZ FERNÁNDEZ

Bibliografía

Compendium vitae, virtutis ac miraculorum necnon actorum in causa canonizationis beatae Cunegundis seu Kingae, monialis professa ex ordine S. Clarae olim ducissae Cracoviensis et Sandomiriensis: 1234-1292 (Roma 1999).

KOWALSKI, L., *Santa Cunegonda o Kinga, dell'Ordine de S. Chiara gia duchessa de Cracovia e Sandomierz: 1234-1292* (Roma 1999).

BEATAS MÁRTIRES CARMELITAS DESCALZAS DE GUADALAJARA

María Pilar de San Francisco de Borja (Jacoba) Martínez García, Teresa del Niño Jesús y de San Juan de la Cruz (Eusebia) García y García y María Ángeles de San José (Marciana) Valtierra Tordesillas

Religiosas y mártires († 1936)

Se trata de las tres carmelitas descalzas del monasterio de San José de Guadalajara, las primeras beatificadas, el 29 de marzo de 1987, de entre tantas víctimas de la persecución religiosa de 1936-1939 en España.

Las tres fueron juntas al martirio y las tres han subido juntas a los altares, después de haber vivido juntas en el convento.

Sus nombres son: María Pilar de San Francisco de Borja (Jacoba Martínez García); Teresa del Niño Jesús y de San Juan de la Cruz (Eusebia García García); y María Ángeles de San José (Marciana Valtierra Tordesillas).

La primera, PILAR DE SAN FRANCISCO DE BORJA, nació en Tarazona (Zaragoza) el 30 de diciembre de 1877. Bautizada el mismo día de su nacimiento en la catedral mudéjar de la ciudad. Era la última de once hermanos. Siete de ellos habían ido muriendo uno tras otro: a los dos, a los tres, a los cuatro años. Más tarde moriría otra hermana, a los 20 años. Su madre, Luisa, llegó a exclamar: «De los once hijos que Dios me dio, ya tengo en el cielo ocho. Todos me los ha llevado el Señor ya muy criaditos, pero muy niños; y la que murió de 20 años era tal, que de su gloria estoy tan segura como de la de los pequeños». Los tres supervivientes eran: Severiana y Jacoba (Pilar), que serán carmelitas descalzas en el mismo convento de San José de Guadalajara, y su hermano Julián.

Jacoba recibió el sacramento de la confirmación el 1 de agosto de 1879. Su hermano Julián fue ordenado sacerdote en las témporas de Cuaresma de 1883. Su primer destino sacerdotal lo tuvo en San Martín de Moncayo. De aquí pasó a Torrellas en enero de 1887; y allí se fueron a vivir con él sus padres, Gabino y Luisa, y las dos hermanas. En Torrellas recibió la pequeña la primera comunión, el día de la Ascensión de 1889, 11 de mayo.

En septiembre de 1891 es nombrado don Julián párroco de Nuestra Señora del Rosario de Corella (Navarra). Allá se traslada la familia en pleno, padres y hermanas, siguiendo al hijo sacerdote a su nuevo destino. Jacoba llega a Corella a sus trece años. Parece que ya se va formalizando algo, pues antes ha sido muy traviesa. Una testigo de aquellos años en Corella dice de ella que era «una chica buena y piadosa». Cuando Jacoba tenía 15 años, Severiana, su hermana, entró en el monasterio de carmelitas descalzas de San José de Guadalajara en 1893. A la ida de su hermana al convento, no faltaba quien preguntase a Jacoba:

—«¿Vas a ser monja tú también? ¿No te gustaría serlo?».

—Ella contestaba sin pestañear: «Nada de eso, nada de eso».

—Su madre le reconvenía: «Hija, contesta: "lo que Dios quiera"».

—Y ella, decidida: «Madre, ¿cómo voy a decir: lo que Dios quiera, si yo no quiero ser monja?».

—Y ¿si Dios quiere que lo seas?, insistía doña Luisa.

—Y Jacoba cada vez más enardecida: «Si yo no quiero ser, ¿cómo lo va a querer Dios? Vaya, madre, que yo no quiero ser monja».

Pero el día de la profesión de su hermana el 13 de junio de 1894, ésta pidió la vocación para aquella muchacha tan reacia, tan enemiga de ser monja, como lo había sido la propia Santa Teresa en su adolescencia.

Y el llamamiento del Señor llegó a madurar rápidamente. Como quiere entrar en el mismo convento de su hermana, le toca esperar porque no hay plaza libre, está completo el número máximo de 21 señalado en las Constituciones. Su padre don Gabino murió el 1 de marzo de 1896, sabiendo ya de la vocación de su pequeña. Poco después, Jacoba se entera de que había muerto la más anciana de la comunidad y, contenta como unas castañuelas, dice a su madre:

—«¡Madre, ya se ha muerto la monja ancianita. Ya puedo entrar en el convento!

—Hija —le dice su madre—, ten al menos un poco de pena por la muerte de la madre Paz, que tanto te quería.

—Jacoba responde: "Yo no puedo estar triste por su muerte, porque si ella u otra monja no se muriese, yo no podía entrar. Ahora arreglen todo para que me vaya pronto!"».

Y allá se fue, entrando en el convento el 12 de octubre de 1898, día del Pilar. Ese mismo día ya vistió el hábito de carmeli-

ta descalza. En la toma de hábito predicó su hermano Julián. Allí estaba también su madre. Ambas, madre e hija, vivieron con gran fortaleza el tener que separarse una de otra. Cambiando el nombre al estilo bíblico y según la costumbre de la Orden, Jacoba Martínez García quedó convertida en Jacoba Pilar de San Francisco de Borja. Éste era el nombre religioso completo, aunque se la conocerá corrientemente por hermana Pilar.

Terminado el año de noviciado, emitió la profesión definitiva —la única que entonces se hacía— el 15 de octubre de 1899, fiesta de Santa Teresa. Predicó su hermano Julián, recordándole que «se había desposado con un gran Señor que lleva escrito: "Rey de los Reyes, y Señor de los Señores" (Ap 19,16)». Allí estaba también su madre radiante de gozo, que moriría en Corella el 7 de octubre de 1914. Y don Julián cinco años más tarde, en 1919, en Guadalajara, adonde, delicado de salud, se había retirado en 1918, siendo capellán del convento donde vivían sus dos hermanas.

Los años de vida religiosa de Pilar se caracterizan por su laboriosidad. Bordaba primorosamente. Nos quedan piezas bordadas por ella que son de admirar. Llamaba la atención por su amor al recogimiento, muy aficionada a estar en los dos santuarios de la carmelita: el coro y la celda. Su espíritu de obediencia era muy grande. Solía decir con desparpajo: «Aunque la madre priora fuera una escoba, habría que obedecerla». Cuando su hermana Severiana (en religión, Araceli) ejercía como priora —y lo hizo varias veces—, Pilar no tenía ninguna bula, sino que le tocaba obedecer todavía con más prontitud y más espíritu de fe.

Tenía en alto grado la virtud, tan teresiana, de no disculparse. En tema de castidad era delicadísima, tentada frecuentemente a lo largo de toda su vida. Unos días antes de abandonar el convento, camino del martirio, confiaba a otra religiosa «que temía a aquellos hombres por miedo a perder la virginidad». Su fe era muy viva y llena de confianza en el Señor. Cuando hablaba de Jesús sacramentado le gustaba llamarlo «El vivo»; ante él en el coro se le iban todas las penas. Su devoción mariana y josefina eran muy finas; su espíritu litúrgico muy notable. Todas estas actitudes y la corona de virtudes: amor a Dios, caridad fraterna,

alegría teresiana en muy alto grado, espíritu de oración, etc., que configuraban su persona recibirán el sello definitivo con la gracia del martirio, con el que, al coronar los méritos de esta su criatura, coronará el Señor su propia obra.

La segunda de las mártires es la hermana TERESA DEL NIÑO JESÚS (Eusebia, en el siglo). Nació en la villa de Mochales (Guadalajara) el 5 de marzo de 1909. Era la segunda de ocho hermanos. De familia profundamente cristiana: oración en común, rosario, bendición de la mesa, mes de las flores, mes del Sagrado Corazón, mes del rosario y otras prácticas alimentaban la piedad sincera.

De este hogar salió la vocación de Eusebia al Carmelo, la de su hermano Julián, sacerdote en la diócesis de Sigüenza-Guadalajara, y la de Jerónimo, jesuita primero y después sacerdote diocesano en la misma diócesis.

Eusebia (Teresa) fue llevada a Sigüenza antes de cumplir los siete años a vivir con su tía Francisca y con su tío materno, el famoso sacerdote don Florentino, profesor, canónigo, canciller de la Catedral, que sufrirá también martirio.

El 20 de junio de 1916 recibió la confirmación; y a los 8 años, el 7 de junio de 1917, la primera comunión. En noviembre de 1918 ingresó como interna en el colegio de las ursulinas de Sigüenza. Allí prosiguió sus estudios hasta mayo de 1923, cuando, con catorce años, salió definitivamente del colegio-internado.

La música que estudió los cuatro años le servirá más adelante en el convento. Entre los 10 y 11 años, con permiso de su confesor y de su tío Florentino, hizo voto de castidad, que permitió ir renovándolo cada año. Hizo también voto de esclavitud mariana, consagración filial a la Virgen: «En María, con María, por María y para María».

A raíz de la lectura de la *Historia de un alma* de Teresa de Lisieux, fue brotando en Eusebia la vocación religiosa, que se afianzó en ella al oír los sermones del triduo solemne sobre Teresa de Jesús en el III centenario de su canonización, predicados en las ursulinas por el famoso padre Gabriel de Jesús (Román Izquierdo).

Don Francisco Toro, su confesor, y su tío don Florentino estaban al corriente de la vocación carmelitana de la joven. Su

tío, con el que seguía viviendo en Sigüenza, comenzó a probarla y a prepararla para la vida del convento: régimen de comidas, mortificaciones, perfeccionamiento en la música, etc.

Fue don Florentino quien comunicó a los padres la vocación de su hija. Accedieron a ello, «aunque con gran sacrificio». En conversación franca con su madre, quien le decía que siendo tan joven podía esperar un poco, Eusebia le contestaba: «No quiero dilatar mi entrada, pues podría morirme entre tanto».

El 17 de octubre de 1924 salió definitivamente de su casa de Mochales y volvió a Sigüenza. Fue con su tío a Guadalajara para conocer a las carmelitas descalzas del monasterio de San José donde quería entrar. El 5 de marzo de 1925 cumplía 16 años; el 2 de mayo siguiente entró en el convento —como Teresa de Lisieux, en quien había estado pensando, que había entrado en el Carmelo a los 15—. Tomó el hábito el 4 de noviembre, llamándose desde entonces Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz, como su santa predilecta de Lisieux. La fiesta fue muy grande: presentes sus padres, hermanos y otros familiares y el párroco de Mochales, junto con don Florentino. Éste viendo a la sobrina tan hermosa de carmelita le dijo: «Te pareces tanto a Santa Teresita que no te falta más que la aureola; pero ésa tienes que ganártela».

Y de verdad se la fue ganando a través de la vida de cada día que nunca es fácil en un convento, pero que siempre puede y debe ser santificadora.

La primera profesión de la hermana Teresa tuvo lugar el 7 de noviembre de 1927. Allí estaba don Florentino, sus padres y sus hermanos. A medida que iban pasando los tres años de profesión simple, y cercano ya el tiempo de la solemne, escribía: «Estoy muy contenta y ya contando los días que faltan». Se preparó muy bien para un acontecimiento tan trascendental y, a imitación de Teresa de Lisieux, extendió una invitación escrita a los ángeles y demás ciudadanos del cielo para que asistieran a sus «bodas»: a su profesión solemne y definitiva en el Carmelo. Hizo ocho días de Ejercicios Espirituales y en ellos formuló un plan de vida sustanciado en tres palabras clave: amor, fidelidad, abandono. El destinatario de esas tres actitudes es el mismo: Jesús. A raíz de esta profesión cambió su segundo apellido reli-

gioso: de la Santa Faz, por el de San Juan de la Cruz. Bien dispuesta con toda esta preparación, el 5 de marzo cumplía los 21 años y al día siguiente emitía su profesión solemne. Ofició en la ceremonia su tío don Florentino. Allí también sus padres y otros familiares y, más contento que nadie, su hermano pequeño Gaudencio, que no había hecho más que contar y contar los días que faltaban para la profesión de su hermana.

Para componer su semblanza espiritual hay que tener en cuenta en esta criatura, temperamentalmente tan activa, que a través de los oficios y trabajos comunitarios se iba configurando con Cristo el Señor. Desempeñó el oficio de enfermera que ejercitaba con toda caridad, «desviviéndose por todas las enfermas»; oficio éste para el que había nacido y para el que estaba muy bien dotada. Como organista contribuía magníficamente al esplendor del culto divino y a la dulce alegría de ver que las hermanas se enfervorizaban con aquellas melodías que iba desgranando. Como era también la encargada del canto y de los ensayos, no le faltaron algunos percances con hermanas de poco y mal oído. ¡Gajes del oficio!

Su laboriosidad era proverbial y, a veces, se la oyó decir: «¡Qué gusto siento en verme cansada!». No sólo su espíritu de mortificación era muy grande sino que hizo mortificaciones corporales muy fuertes por la conversión de los pecadores y por el bien de la Iglesia. Sobre esto tenía conciencia muy clara.

La primera y principal batalla de su vida fue consigo misma, con su temperamento fuerte. Como recordatorio de esta necesidad y voluntad de autolucha llevaba escrita esta sentencia: «Cuanto más te mortificas, tanto más te santificas». Otra característica de su espiritualidad era la devoción singular que tenía a la Eucaristía, gustándole «especialmente estar delante del Santísimo», tomando lo que llamaba baños de sol, de día y de noche, a todas horas, no tratándose del sol material que se pone sino del sol que no conoce ocaso, que es Cristo el Señor.

En su espiritualidad cien por cien teresiana entraba también el interés por la santificación de los sacerdotes. Sus grandes ideas y convencimientos los ha dejado muy bien expresados en las cartas a su hermano sacerdote don Julián. Su espíritu misionero era muy notable, a imitación de Santa Teresita, la santa de

sus amores. La hermana Teresa «manifestó su amor a las misiones con el deseo de haber ido a fundar al Japón». Su hermano Jerónimo, jesuita, declaró que le escribía manifestándole «sus deseos de fundar en el Japón para tener ocasión de sufrir el martirio». Su vida de oración personal era muy rica, lo mismo que su oración litúrgica. Y en algo tan teresiano como el espíritu festivo en las recreaciones, sobresalía también: «Entre amables sonrisas y frases juguetonas, practicaba la caridad y divertía a sus hermanas, dejando a todas alegres y edificadas».

El vector principal de su vida era la caridad fraterna, adoptando aquel estribillo: «Ante todo la caridad». En los últimos Ejercicios Espirituales de su vida, comenzados el 26 de noviembre de 1935, el segundo de sus propósitos era: «Caridad (esto para toda la vida)», y en otro pequeño escrito volcaba su corazón:

> «Cantaré eternamente las misericordias del Señor. Mis resoluciones, Señor mío, son, ya lo sabes: 1) Amarte con locura no teniendo otro deseo que consumirme en las llamas de tu amor. 2) Para probarte este amor, trabajar por ser ángel de la caridad en mi comunidad. Cuento con tu gracia, Jesús mío».

La tercera mártir es la hermana MARÍA ÁNGELES DE SAN JOSÉ. Nació en Getafe (Madrid), el 6 de marzo de 1905. Fue bautizada el 12 del mismo mes y año en la parroquia de Santa María Magdalena. Última de 10 hermanos: cuatro niños y seis niñas. Dos de las niñas y los cuatro niños murieron de pequeños. La familia era, como se dice, «devítica»: su padre, don Manuel Valtierra, tenía tres primas carnales, tres hermanas y dos sobrinas segundas religiosas; y tres de sus cuatro hijas se consagrarán también al Señor: escolapia, una; concepcionista franciscana, otra; y nuestra María Ángeles, carmelita descalza.

El 30 de septiembre, cuando M.ª Ángeles Marciana contaba tres años y medio, murió su madre, doña Lorenza. La pobre niña, al darse cuenta de lo ocurrido, decía a su padre: «¡Papá, qué solitos estamos!». Al asistir la pequeña vestida de luto a la profesión de su hermana Marcelina, le dijo: «Macela (así decía con su lengua de trapo), se ha muerto mamá. Yo no he llorado, he rezado por ella». Marcianita comenzó a ir al colegio de la Sagrada Familia de Getafe. Recibió la confirmación el 3 de mayo

de 1910 y la primera comunión el 1 de mayo de 1913, jueves de la Ascensión, a los ocho años. Y desde entonces repetía que quería ser monjita, aunque ya antes, desde muy pequeña, decía con su lengua infantil: «¡Quiero ser monca!», cuando todavía no acertaba a decir monja, porque se le resistía la jota. Le gustaba mucho pintar: paisajes, Jesús orando en Getsemaní y diciendo: *Fiat voluntas tua!*

Dejó de ir al colegio a los 14-15 años. En estos años ya se significaba por su hermosura de cuerpo y alma. Cuando alguna amiga le decía que era muy buena, replicaba: «Hay que aprender, hay que aprender a ser buenas. Ama mucho a la Virgen». Su comportamiento era bien conocido como ejemplar en el ámbito de sus amistades: caridad exquisita en las palabras, nada de murmuración, siempre alegre, sonriente. Destacaba también por su amor al silencio y a la soledad y, al mismo tiempo, por su apostolado múltiple: misiones, catequesis, Conferencias de San Vicente de Paúl. Se interesó especialmente por las misiones de los carmelitas descalzos y fue entrando plenamente en el organigrama misionero preparado y alentado por el hoy venerable P. Juan Vicente de Jesús María OCD (1862-1943), con el punto de referencia a *La Obra Máxima.* Fue representante de esta revista misionera, celadora de los «Coros marianos», creados también por el mismo Juan Vicente. Era Marciana extraordinaria recogiendo limosnas para las misiones y sellos usados que enviaba al viejo misionero. Con razón, en las oficinas de *La Obra Máxima* está presente María Ángeles en un gran cuadro, como protectora.

Fue también María de los Sagrarios: en la parroquia de la Magdalena, hoy iglesia catedral de Getafe, era «el brazo derecho del párroco, ocupándose preferentemente en las cosas de las misiones, además de la catequesis, enfermos y demás obras de apostolado». Aunque estaba muy metida en el apostolado seglar, no por eso desatendía la voz interior que la llamaba a la vida religiosa. A su hermana Petra —que se haría escolapia— la manifestó ya a los trece años su decisión de entrar como religiosa carmelita. Había leído *Historia de un alma* y deseaba seguir los pasos de Teresita, a los 15 años.

Pero le tocó una prueba de bien larga espera, pues tuvo que atender a su padre y a una tía enferma, por lo que no entrará en

el convento hasta los 24 años ya cumplidos. Su hermana escolapia ya se había ido; como también antes su hermana concepcionista, y la tercera, Pilar, se había casado en 1924. Marciana quiso entrar en el convento de «La Imagen» de Alcalá de Henares. Después de mucho trato y visitas, desistió al enterarse de que era un convento fundado, no por Santa Teresa, sino por la granadina María de Jesús (Yepes).

¿Adónde se dirigirá? Al Cerro de los Ángeles. Se entrevistó con la hoy ya canonizada madre Maravillas de Jesús y le manifestó sus deseos de entrar en el convento. Ésta le dijo que no había plaza disponible. A pesar de la negativa, Marciana dirá siempre: «¡Ay, qué madre aquélla, era una verdadera santa! ¡Qué consejos me ha dado tan buenos! La recordaré mientras viva».

Su hermana Pilar, ya casada, fue a vivir por un tiempo a Madrid, con lo que ya quedaba bien atendido su padre don Manuel. ¿Ya podrá irse Marciana al convento? Pero, ¿por qué no lo hace? Por atender a su tía materna Concepción Tordesillas. Muerta su tía, a la que ha cuidado como una hija, manifiesta a su padre su voluntad de entrar ya en el Carmelo. El padre, de 71 años, accede a la petición de su benjamina, con no poco sufrimiento. Y así siguió dando pasos a ver dónde la admitirían. Hechas algunas gestiones a través de una amiga, le llega la noticia de que puede ser admitida en San José de Guadalajara. Inmediatamente va a ver a las religiosas y a enterarse de todos los pormenores y requisitos para el ingreso. Llena de alegría manifestó su deseo de entrar en breve, como lo hizo. No se quiso esperar ni siquiera a la profesión perpetua de su hermana Petra en las Escolapias, el 12 de septiembre.

Marciana entró en Guadalajara el 14 de julio de 1929. Dejar a su padre le ha costado mucho y en una de sus primeras cartas a su hermana Marcela, dirá: «De quien me acuerdo mucho es de padre, ¡pobrecillo!, me echará de menos. Pero Dios nuestro Señor le compensará el sacrificio de las tres, y le dará mucha resignación en sus sufrimientos». Marciana se acomodó bien y pronto a la vida del convento. Llevaba pocos días dentro cuando su padre se puso gravemente enfermo. No faltó quien creyera que la enfermedad era efecto de la ausencia de Marciana. Don Manuel se repuso felizmente, aunque siguió con su bronquitis crónica y otros achaques de su edad.

Marciana tomó el hábito el 19 de enero de 1930. Su padre, más quebrantado de salud, no pudo asistir. No se volvieron a ver más desde que la hija salió de Getafe el 7 de julio del año anterior. Asistió su hermana Pilar, su esposo e hijos. Marciana Valtierra Tordesillas será desde ahora María de los Ángeles de San José.

Su profesión religiosa hace el número 174 de las efectuadas en el monasterio. Tuvo lugar el 21 de enero de 1931. A los tres años de esta primera profesión hará la solemne el 21 de enero de 1934. Le impuso el velo y predicó el P. Prudencio Pérez, superior de los escolapios de Madrid. En la estampa-recordatorio puso un texto del rezo de Santa Inés que se celebraba ese día: «Me desposé con aquel a quien adoran los ángeles». Al final del recordatorio aparecen las «fechas de inolvidable recuerdo para ella: entrada en religión: 14 de julio de 1929; toma de hábito: 19 de enero de 1930; profesión simple: 21 de enero de 1931; profesión solemne: 21 de enero de 1934». Así quería ella perpetuar en su memoria esas fechas que no se borraban de su corazón.

El holocausto de su profesión definitiva se agrandó con la muerte de su padre a los dos meses y cinco días de aquel día. María Ángeles se sintió muy afectada. Escribiendo a su hermana escolapia le manifestaba su dolor profundo y, hablando de la brevedad de cualquiera vida, elevaba su pensamiento a la vida de arriba, que es la verdadera. Y añadía: «¡Cuánto suspiro por esa vida y por el momento en que me ha de unir para siempre a Dios! ¡Cuánto tarda ese día tan deseado!».

Su semblanza espiritual ya de monja tiene mucho de simple extensión y profundización de los rasgos que ya la caracterizaban antes de entrar en el convento. Una de sus compañeras de comunidad declara: «La hermana Ángeles creo que ya vino santa al convento». En cuanto a la caridad en palabras y obras, era la exquisitez en persona, como declaran sus compañeras, con detalles muy finos y que cuentan mucho en la vida de comunidad. ¡Gran clase la de la caridad de esta dulce María Ángeles! Obediente en casa, en la familia, coronaba esta obediencia con el voto religioso en el Carmelo. Supo vivir pobre como los pobres de Yahvé.

De Marciana jovencita declaraba su hermana Pilar: «La virtud que más brilló en ella fue la castidad». Ya en el convento ad-

vertían sus compañeras que su castidad consagrada tenía una connotación mariana particular: «Somos, decía, hijas de la Virgen». Madre Virgen, hijas vírgenes.

El espíritu misionero que tenía antes de ser monja lo conservó y aumentó dentro de la clausura. Así lo declaran varias de las religiosas. No podía hacer todo lo que hacía en su casa de Getafe; pero conservó, sin embargo, el empeño de recoger sellos para enviarlos a *La Obra Máxima*. En ella se verificaba lo que escribía el padre Juan Vicente:

> «La monja descalza con su oración y sacrificios no es una simple misionera, sino sostén y providencia especial de misioneros: ella con su oración irresistible logra más que nadie del dueño de la mies que haya misioneros, que éstos sean perfectos, que la gracia fecunde sus sudores y que su celo sea coronado de copioso fruto de almas».

Como devociones especiales cultivaba la devoción al Santísimo, a la Santísima Virgen, a San José y a Teresita del Niño Jesús. De las personas de Teresa y de Juan de la Cruz estaba enamorada, como buena hija. Y de sus libros decía: «Lo mismo los de la santa que los del santo padre yo creo que me parecen nuevos cada vez que los leo».

Las semblanzas de las tres las podría rubricar con lo que escribí hace años en unas páginas sueltas que llevaban por título *Trazos de una vida*. Allí llamaba a Pilar, sor Retiro; a Teresa, sor Intrepidez; a María Ángeles, sor Fidelidad.

Cuando escribí el libro *Nuevos diálogos de carmelitas* en Guadalajara decía lo que ahora me gusta repetir:

> «He ido llevando la biografía de las tres mártires y sus respectivas semblanzas espirituales hasta el límite cronológico en que se acercaban los días de su prueba suprema.
>
> Han quedado en mi imaginación, las tres:
>
> como tres palomas mensajeras esperando la señal de la partida y del lanzamiento.
>
> Como tres ciervas sedientas suspirando por la fuente,
> como tres espigas con vocación de harina,
> como tres flechas en la mano del arquero,
> como tres racimos llorando por el lagar,
> como tres gusanos de seda a punto de crisálida,
> como tres melodías inconclusas,
> como tres águilas planeando en el aire del deseo y avizorando el momento de apresar, y, sobre todo, de ser apresadas y arrebatadas

por Aquel que la santa de Lisieux, tan querida por las tres, llama "el águila adorada que yo amo, la que me atrae", "águila eterna";

como tres vírgenes prudentes con las lámparas encendidas, en vela y en espera del Esposo Cristo,

como tres enamoradas clamando: Marana tha! Ven, Señor Jesús! (Ap 22,20)».

Las tres alimentaban deseos de martirio. El 22 de julio de 1936 Pilar se presenta a su hermana Araceli, que era la priora de la comunidad, para decirle: «Madre, he dicho al Señor que si quiere alguna víctima en esta comunidad que me escoja a mí y se salven las demás».

Teresa tenía verdadero anhelo por el martirio y manifestó muchas veces esos sus deseos ardientes. María Ángeles manifestaba en todas su cartas sus deseos de sufrimiento y de martirio. En una oración de su puño y letra extiende esta plegaria: «¡Dios mío, recibid mi vida entre los dolores del martirio y en testimonio de mi amor a Vos, como recibisteis la de tantas almas como os amaron y por vuestro amor murieron!».

De estos deseos se pasará a los hechos. No hace falta relatar aquí lo dura que fue la persecución religiosa en España, especialmente en la segunda mitad de julio de 1936. Apenas las tropas marxistas toman la ciudad de Guadalajara a las 7 de la tarde del día 22 de julio, queman la iglesia de San Ginés, el humilladero de Nuestra Señora de la Soledad, el colegio de Huérfanos de la Guerra... Y comienza lo que ha tenido que llamarse «caza» a sacerdotes, religiosos y religiosas. El capellán de las descalzas, don Eulogio Cascajero, arrostrando mil peligros, se llega al convento para confortar a la comunidad con su presencia y darles la comunión: «Comulguen por viático», les dice. Sobre las 8 de la noche comienzan a salir del convento las 18 monjas. Dos de las mártires, Pilar y María Ángeles, pasaron la noche en el hotel Iberia (hoy hotel España) junto a la iglesia de Santiago. La hermana Teresa pernoctó en Casa «La Ciega», una pensión en la misma calle del hotel. En el hotel Iberia, además de cinco carmelitas, había un buen número de bernardas en el sótano y varios sacerdotes y religiosos escondidos en el último piso. Y dentro, también, unos cuantos milicianos con toda su euforia.

La prudencia aconsejaba buscar otro refugio más seguro. Por eso algunas hermanas se van a Casa «La Ciega», entre ellas,

Pilar y María Ángeles. Así, ya están juntas las tres que serán mártires. Teresa, intrépida, sale a la calle la mañana del 23 y anda buscando a ver dónde podrá oír misa el próximo día de Santiago. Hechas las averiguaciones pertinentes, se vuelve a la pensión. Ahora en la pensión hay ya 14 de las 18 monjas carmelitas. También ha entrado algún miliciano. El día 24 la dueña de la pensión les advierte que no va a poder albergar más que a tres, pues el peligro de estar tantas monjas juntas es gravísimo, ya que las andan buscando. Las demás tendrán que salir a otro refugio. Teresa conoce a una señora en la calle Francisco Cuesta, n. 5 que podrá acoger a dos. Pilar y María Ángeles se ofrecen para ir a dicha casa. Teresa las acompaña para indicarles el sitio. Salen las tres juntas de la pensión hacia las cuatro de la tarde. Cuando doblan hacia la calle Francisco Cuesta y entran en el portal n. 5, una de las milicianas que está con otros camaradas merendando en lo alto de un camión grita a sus compañeros: «¡Ésas son monjas! ¡Ésas son monjas! Tiradlas, ¡que son monjas!». «Dejadlas que se vayan», dice uno de los milicianos. Y la otra: «Si vosotros no lo hacéis, lo haré yo». El miliciano herido en su hombría replica: «A hacer una tortilla nadie me gana». Se tiran del camión y van a por ellas. Cuando llegan ya las monjas han entrado en el portal. Suben a la casa. Tocan el timbre. La puerta no se abre. Llaman en un piso más abajo. Nada.

Los milicianos están ya a la puerta. Alguien que baja por la escalera, en atención a la familia que allí vivía, en el piso de abajo, temiendo ocurriese algo desagradable, las obliga a salir a la calle.

La primera en salir fue María Ángeles y la primera en recibir varios tiros. Cae al suelo mortalmente herida. Queda en silencio. Las palabras sobran. La segunda, Pilar, herida también da unos pasos y se desploma. Y recogiendo todas sus fuerzas exclama: «¡Viva Cristo Rey, Dios mío, perdonadlos!».

Viendo que no está muerta, disparan de nuevo sobre ella y le infieren una gran herida con arma blanca. Las estaciones de su calvario hasta que entregue su vida son de un dramatismo espeluznante. Un guardia de asalto consigue llevarla a una farmacia cercana para que la auxilien. Mientras, los asesinos gritan: «¡A rematar a esa monja, a rematar a esa monja!».

El médico que la reconoce en la farmacia, dispone que sea trasladada a la Cruz Roja. Gente por la calle y en la plaza de Santo Domingo donde estaba el dispensario, al enterarse que se trata de una monja gritan lo mismo: «¡Hay que rematarla, hay que rematarla!».

Finalmente logran introducirla en la Cruz Roja y la depositan en la mesa de operaciones. Una de las doctoras que la ve ha dejado una descripción detallada de la malherida:

> «La oí decir: "¡Dios mío!, ¿qué les he hecho yo para que así me traten?", e inmediatamente: "Perdonadles, que no saben lo que hacen", y repitió muchas veces estas palabras, hasta tal punto que aquel espectáculo me impresionó de tal forma, que estaba profundamente acongojada y llorando y en el mismo estado de ánimo estaban casi todos los presentes, médicos practicantes e incluso los guardias de asalto».

Una vez que la atendieron en la Cruz Roja ordenaron el traslado al hospital. Calmadas un poco las turbas, se la pudo trasladar. El director del centro sanitario, viendo que estaba gravísima, la envió a la sala de mujeres al frente de la cual estaba sor Dolores Casanova, Hija de la Caridad. Esta testigo de excepción del momento supremo certifica: «Yo, que bajo el vestido de seglar llevaba el rosario, se lo presenté y ella besó el crucifijo y dijo: "¡Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen!". Y murió en seguida».

Así llega hasta nosotros la noticia de la oblación de aquel su cuerpo tan herido y nos emociona saber de los sentimientos de su noble espíritu, transido de amor y de perdón. Así muere esta mártir.

María Ángeles, la primera que habían herido, fue llevada también a la Cruz Roja en estado preagónico y allí murió en silencio.

Y ¿qué se ha hecho entre tanto de la hermana Teresa? Cuando las dispararon al salir del portón de la casa donde iban a refugiarse, las balas no la alcanzaron y pudo ponerse a salvo por el momento. Trató de entrar en el hotel Palace, pero un miliciano apostado en la entrada se lo impidió. En ese momento llegaba otro que se acercó a ella e intentó tomarla del brazo con intenciones no muy claras y halagándola con sus palabras. Teresa lo rechazó con energía. ¡Buena era ella! Se junta algún miliciano

más y van como empujándola y llevándosela hacia no se sabe dónde: la calle San Juan de Dios, la calle de la Normal, la plaza Dávalos. Alguien que les pregunta adónde la llevan tiene por toda respuesta: «Es una monja y le vamos a "dar el paseo", es decir, la llevamos a la muerte». Siguen su camino, la calle Manuel de Medrano y, superando la altura de lo que hoy es la Avenida del Ejército, comienzan a avistarse los cipreses del cementerio. Arrecian las insinuaciones de los milicianos y se empeñan en hacerla gritar: «¡Viva el comunismo!», con lo que ese grito significaba en aquellas circunstancias. Teresa, valiente y firme en sus propósitos de consagración a Dios, se sobrepone a todo y a todos y grita: «¡Viva Cristo Rey! ¡Viva Cristo Rey!». Era el grito que había soñado y hasta profetizado. Cansados ya los milicianos y despechados ante tanta fortaleza no saben qué hacer. Teresa, extendiendo sus brazos como Cristo en la cruz, echa a correr y grita una vez más: «¡Viva Cristo Rey!». Ellos la disparan por la espalda y cae a tierra desplomándose sobre el lado derecho.

Hasta los mismos verdugos dieron testimonio de la valentía de Teresa, esta hija invicta de Mochales. Alguien que los oyó cuando volvían hacia el centro de la ciudad certifica que venían diciendo que les había dado lástima tener que matar a una joven tan valiente y tan guapa.

Los rumores de la muerte de las tres fueron llegando a los refugios donde se encontraban sus hermanas de comunidad. A los rumores de aquella tarde y noche, pasada en una gran angustia, sucede al día siguiente la noticia segura y confirmada de que las tres han sido asesinadas. Los cuerpos de las tres fueron echados en una fosa común en el patio tercero del cementerio de la ciudad la misma tarde de su muerte, ya anocheciendo.

Allí estuvieron hasta el 15 de marzo de 1941, cuando se procedió al reconocimiento de los restos. Debidamente identificadas, en una procesión multitudinaria, volvieron al monasterio de donde habían sido arrancadas, fue un triunfo. Las tres cajas, con sus cruces y coronas de rosas blancas sobre la tapa, se colocaron en el crucero de la iglesia del monasterio. Se comenzó el oficio de sepultura en la iglesia. A continuación, mientras se va cantando la antífona gregoriana *In paradisum* («al paraíso te lleven los ángeles...»), sale el cortejo hacia la portería del convento.

Sigue la procesión hasta la cripta, y allí quedan los ataúdes. Las velan orantes y emocionadas sus compañeras de comunidad viendo, respetuosas, los despojos mortales de las tres mártires, y pensando en la gloria de que ya disfrutan.

Al día siguiente, el 18 de abril, se cierran las cajas en los nichos preparados en la bóveda del cementerio conventual, en la pared frontal de la cripta. El día 21 de abril se celebra un gran funeral. Preside don Julián, hermano de la hermana Teresa. Está profundamente emocionado. ¡No es para menos!

Ya antes del traslado, es decir, a raíz de su muerte, se había ido difundiendo la fama del martirio de estas tres carmelitas descalzas no sólo por España sino también por Francia, Portugal, Italia, América... El caso de Francia merece recordarse especialmente pues la propagadora de la devoción a las tres mártires fue la madre Inés, hermana de Teresa de Lisieux. Un artículo largo que se publicó en la revista *Almanach des Annales de Sainte Thérèse de Lisieux* se lo enviaron a don Juan García, padre de la hermana Teresa, y él, debajo de la fotografía de la hija, escribió con mano temblorosa: «Nació el 5-3-1909. Tomó el hábito el 4-11-1925. Profesó el 6-3-1930. Fue martirizada bárbaramente en Guadalajara por los marxistas el 24-7-1936».

A darlas a conocer y a extender su devoción contribuyó mucho el libro *Tres azucenas carmelitas,* publicado en 1944 y escrito por María Teresa del Sagrado Corazón (Emilia Mendes Valente), natural de Lisboa y carmelita descalza en el mismo convento de San José de Guadalajara, donde lo fueron las tres mártires. Se comenzó a hablar también de curaciones, gracias y favores múltiples alcanzados por la intercesión de las tres azucenas carmelitas.

Ya en 1946 el Consejo General de la Orden daba su autorización para que se comenzase a trabajar en el proceso de beatificación de las tres mártires. Así se fueron dando los pasos sucesivos que culminarían felizmente en la declaración de martirio cuando el papa Juan Pablo II, el 22 de marzo de 1986, declaró oficialmente:

> «Consta del martirio y de la causa del martirio de las siervas de Dios María del Pilar de San Francisco de Borja y de sus dos compañeras, monjas profesas de la Orden de las Carmelitas Descalzas,

de modo que, concedida la dispensa de las señales o milagros, se puede seguir adelante, en el caso y a los efectos de que se trata».

Posteriormente, el Papa dispuso que la fecha de la beatificación tuviese lugar el 29 de marzo de 1987, domingo *Laetare*. Y ese domingo, en la basílica de San Pedro, fueron beatificadas Pilar, Teresa y María Ángeles, junto con el cardenal Marcelo Spínola y el sacerdote mosén Domingo y Sol.

El papa Juan Pablo II, en la homilía de la misa, puntualizaba:

> «En el martirio de las tres carmelitas descalzas resaltan hoy, ante la Iglesia, unos testimonios que debemos aprovechar: el gran valor que tiene el ambiente cristiano de la familia, para la formación de la fe de sus miembros; el tesoro que supone para la Iglesia la vida religiosa contemplativa, que se desarrolla en el seguimiento total del Cristo orante y es un signo preclaro del anuncio de la Iglesia celestial; la herencia que deja a la Iglesia cualquiera de sus hijos que muere por su fe, llevando en sus labios una palabra de perdón y de amor a los que no los comprenden y por eso los persiguen; el mensaje de paz y reconciliación de todo martirio cristiano, como semilla de entendimiento mutuo, nunca como siembra de odios ni de rencores; y una llamada a la heroicidad constante en la vida cristiana, como testimonio valiente de una fe, sin contemporizaciones pusilánimes, ni relativismos equívocos».

Estas tres hijas de Santa Teresa son las primeras elevadas al honor de los altares de entre los que entregaron su vida martirialmente en la persecución religiosa en la España de 1936 a 1939.

Algunas voces de desacuerdo con esta beatificación se fueron apagando. En la revista *Ecclesia* (21-3-1987) se decía exactamente:

> «Ellas, las tres mártires, permaneciendo ajenas a militancias políticas, y sin optar por ninguna bandería, recibieron la muerte por ser monjas y haber elegido a Jesús, de quien aprendieron a saber perdonar. Las nuevas beatas nos han legado la ejemplar y cristiana consigna del perdón y de la reconciliación».

Los restos de las tres mártires descansan en la iglesia conventual en un altar-retablo precioso, en el nicho del presbiterio frente al coro bajo del monasterio. Autor, el artista Antonio Mesquida. Interrogado por mí sobre la idea germinal que llevaba en su obra, me contestó: «Mi idea es la siguiente: dentro de

los santos de la Iglesia, los y las mártires son verdaderas joyas. Había, pues, que preparar un joyero. Esto he querido que sea el altar».

JOSÉ VICENTE RODRÍGUEZ, OCD

Bibliografía

Decreto sobre el martirio: *AAS* 78 (1986) 936-940.
CÁRCEL ORTÍ, V., *Mártires españoles del siglo XX* (Madrid 1995) 111-134.
CARMELITAS DESCALZAS DE SAN JOSÉ DE GUADALAJARA, *Deseos realizados* (Guadalajara 2003).
CRISTINA DE LA CRUZ DE ARTEAGA FALGUERA, *El Carmelo de San José de Guadalajara y sus tres azucenas* (Madrid 1985).
DÍEZ, M. A., OCD, «Primeras actas de pasión y gloria en Guadalajara 1936-1939»: *Monte Carmelo* 95 (1987) 105-131. Interesa por los documentos que publica: una larga relación de la madre Araceli, priora, al P. Silverio (p.110-126); dos cartas de María Teresa del Sagrado Corazón al P. Silverio (p.126-131).
GIACOMELLI, J. G., *Martirio a Guadalajara* (Roma 1960).
MARÍA TERESA DEL SAGRADO CORAZÓN, OCD, *Tres azucenas carmelitas. Datos biográficos de las tres mártires* (Madrid [3]1954).
Positio super martirio (Roma 1983).
RODRÍGUEZ, J. V., OCD, *Nuevos diálogos de carmelitas en Guadalajara* (Madrid [2]1987).
SILVERIO DE SANTA TERESA, *Historia del Carmen Descalzo,* XV (Burgos 1952) 291-310.
VAQUERIZO MORENO, F., *Las tres mártires carmelitas de Guadalajara* (Guadalajara 1987).

BEATA MARÍA DE LAS MERCEDES PRAT PRAT

Religiosa y mártir († 1936)

Mercedes Prat Prat, hija de Juan Prat Serra y de Teresa Prat Bordoy, estrenó una fecundidad matrimonial cristiana que daría seis hijos; dos prematuramente fallecidos. Fruto auténticamente primaveral, madurado por el sol mediterráneo el 6 de marzo de 1880, en pleno corazón urbano barcelonés; en el histórico y artístico barrio que pone marco a la maravilla arquitectónica de Santa María del Mar, bautizada precisamente como «catedral de la Ribera».

Padres e hijos vivían del comercio mayorista de comestibles que absorbía al cabeza de familia. Demasiado trabajo para una sola persona —y no precisamente sobrada de salud—, pues Juan Prat no podía contar con la ayuda de su esposa. Teresa tenía bastante con las atenciones maritales, el cuidado de los hijos y la atención a las tareas domésticas. El hombre ya no aguanta-

ba y hubo de desprenderse del almacén. Vendió el negocio y se contentó con un colmado. Es verdad que económicamente recortaba ganancias. Pero también es cierto que no necesitaba más para sacar adelante a los suyos.

Todos integrados en un hogar profundamente cristiano; donde primaban la honradez, la laboriosidad, el amor a las virtudes y a los valores morales y religiosos. Un templo doméstico donde la piedad estallaba en el diario rosario familiar y en la celebración mariana del «mes de mayo»; donde la devoción al Sagrado Corazón de Jesús florecía en junio; donde el pesebre centraba la ilusión navideña de los niños...

Carambolas de la vida: la admiración de un bellísimo y meritorio bordado, presentado por las Hermanas de la Compañía de Santa Teresa de Jesús en la *Exposición Universal* de 1888, muy elogiado incluso por algún medio periodístico de la época, decidió la formación escolar de Mercedes. Resulta que Teresa Prat se interesó por las religiosas firmantes de la tela. Y la curiosidad derivó en interés y éste en el encargo de la instrucción primaria y la educación de su primogénita a la fundación del tortosino Enrique de Ossó, futuro santo; una joven institución destacada en el cultivo de las labores de artesanía, de singular importancia en la cultura femenina de la época.

Con las teresianas, Mercedes seguirá los estudios primarios completos y cultivará su natural temperamento artístico. Ellas, por supuesto, la moldearán también moral y religiosamente; y le inculcarán el entusiasmo por el ideal de la actividad religiosa y educativa al servicio de la niñez y de la juventud.

> «Para la gloria de Dios y para el bien de la religión —razonó— no hay nada mejor que los Institutos dedicados al apostolado de la enseñanza. Son sumamente necesarios».

Su vocación cristiana ya tenía cauce.

La insinuada andadura religiosa de Mercedes Prat comenzó en el noviciado de Tortosa, en el extrarradio, entre frutales y huertos. Era el verano de 1904, más concretamente el 27 de agosto, día en que había llamado a sus puertas.

El primero de marzo siguiente vistió el hábito de las teresianas y el 10 del mismo mes, en 1906, consagraría temporalmente

a Dios sus veintiséis años en flor, rabiosamente ilusionados. Ya profesa, estrena destino en Barcelona.

En 1909 la obediencia la aparta de su ciudad natal y la lleva a Madrid, al acreditado y prestigioso colegio de la Purísima Concepción, subvencionado, que instruía y formaba a las huérfanas de la flor y nata de la capital de España.

Al poco tiempo vuelve a Cataluña, ahora con destino en Sant Celoni, una pintoresca población del Vallés Oriental. Sin apenas tiempo para ambientarse, ya la encontramos nuevamente en la Ciudad Condal, en un colegio de las Ramblas de Cataluña, esquina a Diagonal, como educadora de párvulos y sacristana.

Es verdad que la dedicación infantil no era de su agrado. No rimaba con su temperamento ni con sus aptitudes y aficiones artísticas. Pero, obediente en extremo, orilló preferencias; aceptando, sin rechistar, y desbordando entrega e ilusión en la labor encomendada. En cambio, el encargo de la sacristía sí que la satisfizo. Resultaría toda una artista adornando el presbiterio, cuidando el altar y mimando el sagrario. Eran mimos de flores y especialmente de perfumes exquisitos que le abastecía la tienda familiar.

Es en esta segunda etapa barcelonesa cuando, el 10 de marzo de 1913, liga con votos perpetuos su compromiso de dedicación exclusiva a Dios. Y, de la experiencia parvularia, pasa a la Consejería provincial. Es nombrada en 1915 y se traslada a la ciudad del Ebro, donde, oficialmente apartada de las aulas, se tornará catequista y, sobre todo, desbordará su gran afición pictórica, decorando con artísticos murales al óleo las paredes de la casa.

A partir de 1920 se afinca nuevamente en la capital catalana. Reinstalación definitiva. Pero ignorándose protagonista del final de la andadura religiosa.

Tenía 40 años cuando inaugura residencia en el joven y singular edificio gaudiniano de la calle Ganduxer, sede materna de la institución teresiana. Allí sumará complejas y variadas experiencias en su hoja de servicios: colaboradora de la revista escolar *Jesús Maestro* y directora del suplemento mensual *Sus labores;* vicesuperiora de la comunidad; encargada del ocio de las junioras; secretaria de la madre general. Todo esto con las corres-

pondientes largas y silenciosas horas de trabajo burocrático, con los pertinentes ensayos teatrales, con la preparación de las fiestas litúrgicas. Pero siempre afable, humilde, sencilla y caritativamente servicial. Algunos testimonios:

> «Recuerdo que todas la apreciábamos por su afabilidad y virtud».
>
> «Una hermana muy apreciada por su trato afable».
>
> «Era de pocas palabras, pero siempre tenía a punto las necesarias, las adecuadas al momento».
>
> «Amable, reservada e imperturbablemente serena».
>
> «No se impacientaba por nada del mundo; no perdía la paz».
>
> «No se alteraba ni impacientaba nunca, sino que normalmente mostraba una gran serenidad».
>
> «[...] Sobre todo una gran prudencia. Era secretaria particular de la madre general y nunca respiró nada de cuanto, de resultas del cargo, conocía».
>
> «Nunca la oí criticar. Si algo no le parecía bien u observaba alguna irregularidad [...], callaba».
>
> «Nunca la oí hablar mal de nadie. Recuerdo que decía: "Cada uno es cada uno y tiene sus cosas. Que nadie se ponga con nadie porque nadie sabe quién es nadie..."».
>
> «Una teresiana —expresión de una conviviente— según el Corazón de Dios».

En Sant Gervasio será también donde vivirá la inquietud de los primeros años treinta y la tremenda convulsión política y social, a nivel nacional, mediada ya la década. Más que previsible, flotando en el ambiente la persecución religiosa, comentó en comunidad las posibilidades de dar la vida por la fe. Confiada y animosa ella:

> «No pasará nada más que lo que Dios quiera. Si somos mártires, mejor; así ganaremos más pronto el cielo».
>
> «El Sagrado Corazón nos salvará. Nada hemos de temer estando en manos de Dios».

Un optimismo paralelo con su mayor frecuencia del sagrario y precisamente más largas las visitas. Se veía venir y vino el estallido persecutorio.

El 2 de agosto de 1936, Andrés Nin, jefe del Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM), se ufanaba en *La Vanguardia:* «La clase obrera ha resuelto el problema de la Iglesia sencillamente, no dejando en pie ni una siquiera [...] Lo hemos resuelto

yendo a la raíz. Hemos suprimido sus sacerdotes, las iglesias y el culto».

Y *Solidaridad Obrera,* el 15 del mismo mes, abría a toda página: «¡Abajo la Iglesia!». Subtitulando, entre otras proclamas: «El cura, el fraile y el jesuita mandaban en España»; «Hay que extirpar a esta gente»; «La Iglesia ha de ser arrancada de cuajo de nuestro suelo». Y editorializando: «Las órdenes religiosas han de ser disueltas. Los obispos y cardenales han de ser fusilados. Y los bienes eclesiásticos han de ser expropiados». Por su parte *La Batalla,* órgano oficial del POUM, cuatro días más tarde explicitaba: «No se trata de incendiar iglesias y de ejecutar a los eclesiásticos, sino de destruir a la Iglesia como institución social».

Persecución descarada...

Madrugona la alarma. A las cuatro y treinta minutos del domingo día 19 de julio de 1936 alertan, vía telefónica, desde el colegio de la Rambla de Cataluña: «¿Oís el tiroteo? Barcelona es un campo de batalla. La situación aconseja que estéis preparadas para lo que pueda ocurrir». Y, a la mañana, las barricadas callejeras, el bombardeo de cuarteles y edificios, las descargas estratégicas, los francotiradores disparando desde balcones y terrazas retuvieron al capellán en casa. Avisó que no acudiría. Y la comunidad, en pequeños grupos, para no llamar la atención, se desplazó al cercano convento de las josefinas compartiendo con ellas la celebración eucarística dominical.

Aisladas e incomunicadas —el teléfono había quedado fuera de servicio—, sobre el mediodía el vigilante nocturno del barrio les sumó inquietud y zozobra comentándoles los primeros asaltos a iglesias y conventos y la persecución de unas religiosas. Aún más: en llamas el templo de Nuestra Señora de la Bonanova. Un bondadoso ciudadano les hizo ver que era un disparate seguir enclaustradas... La superiora decide que todas vayan a la portería vestidas de seglar. Y, congregadas, justificaría:

> «Se trata de salvar la vida. La iglesia de la Bonanova está ardiendo, ya han asesinado a algunos Hermanos de la Doctrina Cristiana y nos han avisado que corremos igual peligro».

Por los suelos la planificación veraniega, recién estrenada. Y, sobre los cascotes de la programación, el pánico. Un pánico que

hizo mella en la sensibilidad femenina colectiva; pero destaca la serenidad de la madre Mercedes, nuevamente animosa: «Tengamos confianza. El Corazón de Jesús del Tibidabo salvará Barcelona».

> «Inmediatamente corrimos —testimonio escrito— a buscar nuestras maletas, bolsas, paquetes y demás objetos personales».

Pero la búsqueda de seguridad para tantas mujeres, para una comunidad numerosa, se había tornado problemática. Las previsiones fallaban; la distribución, programada con calma, minuciosamente, entre familias del centro urbano era absolutamente imposible. No quedaba más remedio que la improvisación. Así que:

> «Sin alejarnos del entorno del colegio —otra aportación de primera mano—, fuimos a donde nos guió el Señor y donde las personas caritativas a última hora nos habían ofrecido refugio».

Hubo sus dificultades pero todas las monjas recibieron alojamiento. Inicialmente, la madre Prat y otras treinta religiosas ocuparon una cercana torre particular, toda ella convertida en dormitorio, compartiendo, apretadas como sardinas en lata, dependencias, somieres, colchones y mantas en el suelo. Un par de días. No más.

Corrían serios riesgos. En el posible y temible registro resultaría problemático justificar su condición personal. Difícil disimulo. Aunque tenían ensayada la comedia de una pretendida medio residencia, medio academia estudiantil, donde unas cumplirían el papel de profesoras, otras serían alumnas y otras cuidarían de los servicios. Pero no habría ocasión para la hipotética representación teatral porque, cuando el humo y las llamas delataron el incendio de la cercana residencia jesuítica, la treintena de religiosas se dispersaron en pequeños grupos.

Ahora —la tarde del miércoles 22 de julio—, las religiosas iban de casa en casa mendigando refugio. Normalmente eran correspondidas con el rechazo o, sencillamente, con mil disculpas comprensibles por comprometedoras. Pero la madre Prat encontró brazos caritativos en un piso de la zona, aunque por pocas horas, pues continuarían errantes en dirección a Horta, un barrio apartado del núcleo urbano, en el otro extremo de Barcelona.

La madre Prat está convencida de que va a la muerte pues comentó a la hermana Joaquina Miguel, de origen portugués, con quien había de compartir mudanza: «Nos matarán». No obstante, decidida: «Pero vayamos adonde la obediencia nos envía». Mediada la mañana siguiente se pusieron en ruta.

> «Por una calle estrecha —testimoniará la acompañante— salimos al descampado [...] Desconocía el terreno. Sé que anduvimos cerca de dos horas y, al llegar a una plazoleta, nos preguntaron si éramos religiosas».

Dos horas de caminata y cercanas a la vivienda que les recibiría con los brazos abiertos y donde huirían de los riesgos de Sarriá. La indumentaria y la maleta las hacían sospechosas. Y, en el caso de la Prat, sumaba sospechas la gran mata de pelo —contra toda previsión, rechazó el corte— recogida en un moño. Habían sido interrogadas por unos individuos armados. Heroicamente sincera ella: «Somos religiosas de enseñanza». En correspondencia a la confesión: «¿Sabéis que es motivo suficiente para fusilaros?».

Dicho y hecho. Comienza el calvario. En una cercana masía de doble planta, sede del comité revolucionario, donde milicianos y milicianas armados las sumaron a las cuatro monjas reclusas que custodiaban. Y, a no tardar, a la media docena de mujeres aún añadirían un fraile. Terrible simulacro.

> «Colocadas en el patio —sigue el relato de la hermana Joaquina—, nos mandaron poner en fila y nos amenazaban con matarnos al tiempo que nos apuntaban con sus fusiles. Así varias veces. Al religioso lo maltrataban más que a nosotras e incluso amenazaron con arrojarlo al cercano barranco».

Y en boca de un individuo del comité: «Las desnudaron, hicieron que se tendieran en el suelo y, para atormentarlas, amontonaron sobre ellas sacos de arroz». Posiblemente fueran violadas. Pero no hay constancia. Aunque sí sabemos que en las restantes horas matinales, durante la noche que siguió y todo el otro día, protagonizaron interrogatorios, escarnios, vejaciones, amenazas y angustia.

En cada momento temiendo lo peor. Pero siempre orantes, con el acto de contrición en los labios. Sobre todo Mercedes Prat, impresionantemente serena. Hasta el extremo que los

guardianes, desconcertados, enfurecidos, amenazaron: «Como volváis a rezar os clavaremos la bayoneta por la boca. Ya lo sabéis».

Y con las avemarías del rosario en los labios las sorprendió la llegada del camión de la muerte. Ya cuando se insinuaba la oscuridad nocturna. Intercesión y lamento de una buena mujer: «¿Por qué os las lleváis si no han hecho ningún mal?». «Porque son monjas».

El vehículo, cargando las víctimas para el sacrificio, salió disparado. Rumbo desconocido con paradas alternativas acompañadas de sospechosas conversaciones de quienes resultarían ser sus verdugos, sólo para tenerlas en vilo, para mayor sufrimiento de los condenados a morir.

Hasta llegar al descampado. Entonces... Volvemos al testimonio personal de la religiosa Joaquina Miguel:

> «Nos hicieron bajar del camión [...] Fue cuando la madre Mercedes, con toda serenidad, me dijo: "Ahora sí que nos matan"».

Les ordenaron ponerse de espaldas junto a la cuneta pegada a la montaña, las dos teresianas y una franciscana. En el lado contrario de la carretera, la otra religiosa, una viuda que habían recogido en ruta y el fraile. Y, en el centro vial, entre unos y otros, el piquete. Cinco hombres que dispararon por dos veces la ametralladora.

> «Nos desplomamos todas, heridas —empalmamos el relato de la superviviente— y los milicianos se fueron, creyéndonos muertas o, al menos, agonizantes. Yo [...] logré incorporarme y acercarme para asistir a la madre Mercedes que sufría y gemía mucho y fuerte y rezaba el padrenuestro [...] Estaba materialmente acribillada. Sin duda le perforaron los pulmones por varias partes [...] La vi tan mal que le cogí la cabeza para recostarla; pero, al preguntarme ella qué tal me encontraba y responderle yo que muy mal, dijo que no quería incomodarme y dejó caerla nuevamente sobre el suelo. Entonces le pregunté angustiada: "Madre Mercedes, ¿y a dónde iré yo?". Pues me di cuenta que no estaba herida de muerte. "Vaya donde le parezca mejor [...] Yo ya no me levantaré de aquí [...]".
>
> Noté que se acercaba un coche y le dije que callara, a fin de evitar que nos remataran. A lo que ella serenamente respondió que no le importaba. Llegó el coche [...] Yo, que simulé estar muerta, vi cómo el hombre que lo ocupaba sacaba la mano y disparaba contra la madre Mercedes, que seguía gimiendo. Seguidamente se alejó y yo me acerqué nuevamente a la madre, asistiéndola cuanto pude.

Ayudándola en la plegaria, especialmente el padrenuestro y jaculatorias. No quise separarme de ella mientras tuviera vida. Mientras, los labios agonizantes, intermitentemente y cada vez con mayor fatiga, incrustaban en la oscuridad silenciosa de la noche veraniega: "Jesús, José y María...". Y: "Perdona nuestras culpas así como nosotros perdonamos a los que nos ofenden..."».

Mientras, el agujereado cuerpo de esta protomártir teresiana se deshilachaba en sangre empapando un recodo de la carretera de La Rabasada, en el Tibidabo, la montaña que empuja Barcelona al mar. Lenta agonía pero con plena lucidez mental. Eran las primeras horas del 24 de julio cuando el corazón se paró y las venas quedaron secas. Muertos cincuenta años, treinta y uno de consagración a Dios.

Entonces la fiel y heroica compañera en la detención y en el suplicio, también herida, huyó. Sangrando en la mano, en la muñeca, en el brazo, en el hombro, iniciaba la andadura de una odisea con final feliz en el consulado portugués de Barcelona donde, abrazada a otras hermanas, ingenua y sencilla, celebraría textualmente:

«Eu sou muito tonta, pero en aquellos momentos Dios me dio muito, muito talento para decir cosinhas boas a la madre Mercedes y ayudarla a ben morrer».

Los restos mortales de la madre Mercedes Prat descansan en la capilla gaudiniana de la casa madre. El papa Juan Pablo II la elevó al honor de los honores el 29 de abril de 1990, elogiando:

«Las acciones heroicas no se improvisan. Han de ir precedidas por toda una vida de renuncia y abnegación. Éste es el testimonio que, de modo particular, nos da la beata María Mercedes Prat».

JACINTO PERAIRE FERRER

Bibliografía

AAS 82 (1990) abril y noviembre.

MARTÍNEZ PUCHE, J. A. (dir.), *Nuevo año cristiano. Julio* (Madrid 2001).

MOLINS, M.ª V., STJ, *Fins a donar la vida. Vida i martir de Mercé Prat de la Companyia de Santa Teresa de Jesús* (Barcelona [3]1990).

MONTERO MORENO, A., *Historia de la persecución religiosa en España (1936-1939)* (Madrid [2]2004).

www.stjteresianas.pcn.net

BEATO JAVIER BORDÁS PIFERER

Religioso y mártir († 1936)

El 11 de noviembre de 1875, San Juan Bosco conseguía poner en marcha la primera expedición misionera de sus hijos. Sólo la componían diez religiosos. Pero durante el siglo XIX, ni en Europa ni en las tierras llamadas *de misión,* se presentó ocasión para coronar el heroísmo diario de miles de salesianos con la prueba suprema del martirio. Hubieran estado, no obstante, preparados para ella. Porque Don Bosco, proyectando, casi *soñando* —recordemos que es el santo de *los sueños*— con los suyos el método a seguir en la apertura de las obras propiamente misionales en tierras remotas —entre los «salvajes» y las «tribus»—, no había vacilado en pedir a sus compañeros, sabiendo de qué pasta estaban hechos, la máxima generosidad: «Si el Señor dispusiera en su Providencia que alguno de nosotros sufriera el martirio, ¿tendríamos que amedrentarnos por eso?».

Para el siglo XX, martirial para la Iglesia entera, estaba reservado marcar a la familia de Don Bosco con el sello, trágico y glorioso, del martirio cristiano. Las primeras víctimas, los «protomártires salesianos», fueron inmolados en China. El obispo salesiano Luis Versiglia, vicario apostólico en la misión de Shiu-Chow, al norte de Cantón, junto con el joven sacerdote salesiano Calixto Caravario, se había opuesto enérgicamente a que unos bandidos violaran a tres muchachas catequistas que viajaban con ellos en barca durante una visita a la misión. En respuesta, fueron detenidos y asesinados por los piratas. Era el 25 de febrero de 1930. El papa Juan Pablo II los beatificó en Roma el 15 de mayo de 1983. En aquella ocasión, el Sumo Pontífice afirmó que, aunque indirectamente, se trataba de «mártires de la castidad»:

> «Los dos mártires salesianos dieron su vida por la salvación e integridad moral del prójimo. Se pusieron como escudo y defensa de la persona de tres jóvenes alumnas de la misión, a las que acompañaban a casa de sus familiares o al campo del apostolado catequístico. Defendieron al precio de su sangre la elección responsable que de la castidad habían hecho aquellas jóvenes. Y lo hicieron cuando éstas estaban a punto de caer en manos de quienes no las iban a respetar. Es, pues, un testimonio heroico a favor de la castidad».

Los beatos Versiglia y Caravario fueron canonizados, con un grupo de 120 mártires, el 1 de octubre del Año Jubilar 2000. Ese mismo día el rector mayor de los salesianos anunciaba que los mártires de la antigua Inspectoría Salesiana Tarraconense serían también beatificados a los cinco meses, el 11 de marzo de 2001. Llegaba, por fin, la hora que había predicho aquel benemérito arzobispo salesiano de Valencia (1946-1966), don Marcelino Olaechea y Loizaga cuando, en 1957, cuatro años después de abrir la causa de beatificación o declaración de martirio, había afirmado: «El Vicario de Jesucristo en la tierra pondrá sello de infalibilidad a la persuasión que los salesianos tenemos, declarando el martirio de nuestros hermanos».

La historia de España, zamarreada por el liberalismo, venía siendo convulsa a todo lo largo del siglo XIX. El XX, como era de prever, comenzó bajo el signo de la sangre y la violencia. El anticlericalismo anarquista, rampante en la católica España desde 1835, iba a desarrollar una persecución religiosa tan obsesiva como encarnizada.

La «Semana Trágica de Barcelona», en julio de 1909, supuso una gran serie de profanaciones —robos, destrucción, incendios— de lugares de significación religiosa, como iglesias, conventos, casas religiosas o centros educativos cristianos. El *incendiarismo,* como espectáculo triunfal, se convirtió en el exponente más claro y vergonzoso de las anomalías que sufría la vida de la Ciudad Condal. Como tantas iglesias y conventos, el instituto San José de los Salesianos de Barcelona-Rocafort ardió durante toda la noche del miércoles 28 al jueves 29 de julio, y el colegio de las Hijas de María Auxiliadora de Barcelona-Sepúlveda, durante todo el jueves 29. El martes 27, tras las protestas y reivindicaciones huelguistas, había explotado la revuelta callejera, con barricadas y disparos, muertos y heridos.

Poco más de veinte años tardaría en repetirse la historia, ahora ya no sólo circunscrita a Barcelona, sino en varias ciudades de España. A menos de un mes de proclamarse la malhadada Segunda República el 14 de abril de 1931, los días 11 y 12 de mayo la llamada «quema de conventos», si no orquestada sí al menos permitida por el Gobierno, deterioraba para siempre las relaciones entre la Iglesia y un régimen recién estrenado, contra

el cual aquélla no había alimentado animadversión alguna. Las obras salesianas de Alicante y El Campello quedaron entonces destruidas por el fuego. El anticlericalismo popular, furibundo, crecía por días ante la tácita aquiescencia de las autoridades republicanas, que se complacían en afirmar, a pesar de la libertad de cultos proclamada en la Constitución de 1931: «España ha dejado de ser católica».

Las elecciones de 1933 habían dado una victoria sorprendente, aunque relativa, a la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA), encabezada por Gil Robles. La entrada de tres ministros católicos en el Gobierno desencadenó una revolución por parte de la izquierda. Los socialistas, con el apoyo de anarquistas y comunistas, fueron los máximos responsables de una política de violencia. Una propaganda absurda contra el supuesto «fascismo» de Gil Robles acabó de caldear los ánimos de los obreros (había un millón en paro), que se lanzaron a la calle. Esta revolución tuvo tres escenarios. En los de Madrid y Barcelona fracasó pronto; pero en el de Asturias, plantó cara a las fuerzas gubernamentales durante los días 5 al 19 de octubre de 1934. Se intentó una verdadera revolución social —la «Revolución de Asturias»— semejante a la de la Europa Occidental a raíz de la revolución rusa de 1917. Dolores Ibárruri, llamada *la Pasionaria,* incitaba a las mujeres al «amor libre», y a los proletarios a una violencia bestial. La Unión General de Trabajadores (UGT) y la Confederación Nacional de Trabajadores (CNT) aunaron sus fuerzas para derribar el predominio burgués. Por fin, el ejército, con el joven general Franco a la cabeza, acabó sofocando la rebelión minera, que había dejado, cómo no, un reguero de mártires. Entre ellos los primeros santos de la persecución religiosa española: ocho Hermanos de la Doctrina Cristiana y un padre pasionista; son «los mártires de Turón», que murieron perdonando a sus injustos agresores.

Las elecciones de febrero de 1936 fueron favorables al Frente Popular (alianza electoral de socialistas, anarquistas, anarcosindicalistas y comunistas), que obtuvieron la victoria por medio de violencias y falsificaciones. Ante la situación insostenible de la República, el ejército se sublevaba en Marruecos el 17 de julio de 1936. El general Francisco Franco se puso

al frente del llamado «Alzamiento» que, a partir del sábado 18, se extendía a toda la Península, con resultado diverso. Mientras triunfó en Navarra, Castilla la Vieja, Galicia, Zaragoza, Sevilla y la baja Andalucía, fracasó en Málaga, Alicante, Valencia, Bilbao, Cataluña y... Madrid y otras plazas centrales. Las dos Españas enfrentadas entraron en un proceso de revolución interna: política, económica y social. Había estallado una guerra civil que, en contra de las previsiones de los militares protagonistas del levantamiento, duraría casi tres años. Y, junto con la revolución y la guerra, se había originado una verdadera persecución religiosa, que dio lugar a que muchas personas —más de 7.000 religiosos; probablemente más de 10.000 sumando los seglares— murieran como mártires de Cristo. No se trata sólo de víctimas de la represión política o caídos en acciones de guerra, sino de auténticos *testigos* sacrificados por odio a la fe cristiana. El ya citado arzobispo Olaechea dejó escritas de los salesianos mártires estas palabras: «Ninguna mente sana pondrá jamás en duda que fueron muertos por el odio que tenían sus verdugos a Cristo».

El periodista Manuel Ibáñez Escofet escribió con realismo y veracidad en *La Vanguardia* (31-3-1987), ante las protestas que se levantaban en España por la beatificación de las tres carmelitas de Guadalajara, asesinadas el 24 de julio de 1936:

> «Cuando ya no existen problemas de conciencia para los católicos, que cada día son menos y muchos de ellos se han hecho socialistas, creo que hay algo que no se puede discutir: en España hubo, en aquella época, persecución religiosa. No se trataba de atacar y exterminar al canónigo rico y al político ultramontano, sino a la pobre monja. A todo el que vistiera hábito».

Se trató, realmente, de una persecución religiosa con un odio tan apasionado, con tanto sadismo y ensañamiento, que no tiene parangón en ningún momento de la historia de Europa, y quizá, del mundo.

La contienda dividió la geografía de las casas salesianas de la antigua Provincia Tarraconense: unas —como Pamplona y Huesca— quedaron en la *zona nacional;* otras —como Valencia, Alicante, Alcoy, Villena, Ciudadela (Menorca), Barcelona, Mataró, Gerona y San Vicente dels Horts— en la *zona roja.* Sobre estas casas, sobre sus hombres y actividades, descargó, y de qué manera, el peso de la revolución antirreligiosa.

En la noche del 20 al 21 de julio los milicianos asaltaron la iglesia y el colegio de los salesianos de Valencia, donde 37 religiosos hacían Ejercicios Espirituales, acusándoles de disparar contra el pueblo... La verdad la explicaba así el superior provincial, José Calasanz, al rector mayor:

> «Desde la una de la madrugada comenzaron a sonar disparos alrededor de toda la casa, y se iban repitiendo constantemente, llegando a romper los cristales de nuestras ventanas los proyectiles que disparaban contra la casa... Sobre las cinco de la mañana y convencidos, seguramente, de que no nos defendíamos porque no teníamos armas, asaltaron nuestra casa».

Horrible fue el asalto del colegio externado, horrible el saqueo de la iglesia, destruyendo y quemando cuanto se les antojaba, incluida una joya artística: la bellísima imagen de María Auxiliadora, que desde su camarín había enjugado tantas lágrimas... Era el placer bestial de hacer daño, de destrozar unas escuelas modelo, alegres, higiénicas, levantadas a fuerza de sacrificios, en donde centenares de niños pobres, hijos tal vez de aquellos que las destruían, recibían educación e instrucción gratuitas.

Hacia las diez de la mañana del día 21 fueron sacados los religiosos de su casa «con el himno de la Internacional» y trasladados a la Cárcel Modelo de Mislata. Inesperadamente, el día 29 por la mañana eran puestos en libertad. Y así, cada uno comenzó, como pudo, su propia aventura. Algunos salvaron la vida; otros, no. Recordaremos primero a los salesianos sacrificados junto con el Provincial, después a los que sufrieron la muerte en Barcelona y por último a otros dispersos en otras diócesis.

El primer grupo de salesianos martirizados está formado por nueve religiosos de la COMUNIDAD SALESIANA DE VALENCIA, detenidos todos ellos en julio de 1936 y ejecutados en lugares distintos:

—*José Calasanz Marqués.* Sacerdote, inspector de la Provincia Tarraconense (* Azanuy, Huesca, 23-XI-1872; † Valencia, 29-VII-1936).

—*Jaime Buch Canals.* Coadjutor (* Bescanó, Girona, 9-IV-1889; † El Saler de Valencia, 31-VII-1936).

—*Juan Martorell Soria.* Sacerdote (* Picassent, Valencia, 1-IX-1889; † Valencia, 10-VIII-1936).

— *Pedro Mesonero Rodríguez.* Clérigo (* Aldearrodrigo, Salamanca, 29-V-1912; † El Vedat de Torrent, ?-VIII-1936).

Los cinco que siguen, después de haber pasado algunos meses en San Miguel de los Reyes y en la Cárcel Modelo de Valencia, fueron fusilados en el Picadero de Paterna el 9 de diciembre de 1936.

— *Antonio Martín Hernández.* Sacerdote (* Calzada de Béjar, Salamanca, 18-VII-1885).

— *Recaredo de los Ríos Fabregat.* Sacerdote (* Bétera, Valencia, 11-I-1893).

— *Julián Rodríguez Sánchez.* Sacerdote (* Salamanca, 16-X-1896).

— *José Giménez López.* Sacerdote (* Cartagena, Murcia, 31-X-1904).

— *Agustín García Calvo.* Coadjutor (* Santander, 3-II-1905).

A la COMUNIDAD SALESIANA DE ALCOY (Alicante) pertenecían:

— *José Otín Aquilé.* Sacerdote (* Huesca, 22-XII-1901; † Valencia, 1-XI-1936).

— *Álvaro Sanjuán Canet.* Sacerdote (* Alcocer de Planes, Alicante, 26-IV-1908; † Villena, 2-X-1936).

También en Barcelona la gran masa se revelaba violentamente antirreligiosa y anticlerical. Explicaba, a pesar de ser masón, el político gallego Manuel Portela Valladares, que peor que la CNT o la FAI (Federación Anarquista Ibérica) era esa «multitud advenediza que, por codicia, por tomar puesto de ventaja, o por la novedad, o por hacer méritos, o por miedo, se pasó a la revolución. Llamábanse "grupos o patrullas de control"; penetraban en las casas para hacerse dueños de lo ajeno y, como justificación del robo, empleaban el asesinato».

Sin duda, el mejor recuerdo de la estancia de San Juan Bosco en Barcelona en 1886 es el Templo Nacional Expiatorio en la cumbre del Tibidabo, erigido gracias a la generosidad de la venerable doña Dorotea de Chopitea, donde los salesianos, y miles de adoradores, constantemente, mantienen viva la llama de la oración ante Jesús sacramentado. Con su gigantesca estatua del Corazón de Jesús en actitud de abrazar a Barcelona y a España, el Tibidabo constituía una provocación para la furia

persecutoria de los rojos, que se presentaron allí el 22 de julio y, no pudiendo desfogarse con las personas —los religiosos y los niños se habían puesto a salvo—, se ensañaron con cuanto hallaron al paso, comenzando un saqueo vandálico, prendiendo fuego a todo y parodiando con horribles obscenidades y blasfemias el culto divino. Objeto primario de su odio era la majestuosa imagen del Sagrado Corazón que desde la azotea de la cripta extendía sobre la ciudad enloquecida sus brazos protectores. Fueron inútiles sus esfuerzos por derribar aquellas doce toneladas de bronce, aunque emplearon para ello gruesos cables de acero tirados por poderosos tractores. Intentaron volarla con dinamita. Por fin, el día 25, la desmontaron por piezas, que fundirían para cañones. Más tarde el Gobierno destinó el edificio a almacén y depósito de municiones, convirtiéndolo en un verdadero fortín. Pero el Corazón Divino no permitió fuera bombardeado aquel lugar de su trono, que sería recuperado por los hijos de Don Bosco, acabada la contienda.

De la COMUNIDAD SALESIANA DEL TIBIDABO, de Barcelona, dieron su vida por amor al Corazón de Cristo Rey:

—*José Caselles Moncho.* Sacerdote (* Benidoleig, Alicante, 8-VIII-1907; † Barcelona, 27-VII-1936).

—*José Castell Camps.* Sacerdote (* Ciudadela, Menorca, 12-X-1902; † Barcelona, 28-VII-1936).

De la COMUNIDAD SALESIANA DE SAN VICENTE DELS HORTS (Barcelona) fueron mártires:

—*Alejandro Planas Saurí.* Fiel laico, célibe (* Mataró, Barcelona, 31-X-1878; † Garraf, 19-XI-1936). Conocido como «El sord», por lo que no pudo profesar salesiano, aunque lo fue por voluntad y dedicación.

—*Eliseo García García.* Coadjutor (* El Manzano, Salamanca, 25-VIII-1907; † Garraf, 19-XI-1936).

De la COMUNIDAD SALESIANA DE GERONA:

—*Julio Junyer Padern.* Sacerdote (* Vilamaniscle, Gerona, 30-X-1892; † Monjuic, 26-IV-1938). Condenado a muerte por el «Tribunal de espionaje y alta traición», que manifestó su odio al sacerdote.

De nuevo en 1936, como en 1909, la iglesia de los salesianos de Barcelona-Rocafort fue saqueada y entregada a las llamas,

como una antorcha más en medio de la noche del 19 al 20 de julio, envuelta en ingentes hogueras y columnas enormes de humo. Pasto del pillaje y las llamas fueron también las Escuelas de San José, donde los salesianos daban educación gratuita a más de 500 niños de la barcelonesa barriada de Rocafort.

Los mártires de la COMUNIDAD SALESIANA DE LA CALLE DE ROCAFORT (Barcelona) son:

—*José Bonet Nadal.* Sacerdote (* Santa María de Montmagastrell, Lleida, 26-XII-1875; † Barcelona, 13-VIII-1936).

—*Jaime Bonet Nadal.* Sacerdote (* Santa María de Montmagastrell, Lleida, 4-VIII-1884; † Tárrega, 18-VIII-1936). Primo hermano del anterior.

Los milicianos se presentaron el día 20 en la casa salesiana de Barcelona-Sarriá, comunidad que contaba con 61 profesos, a los que se añadían en verano algunos que estudiaban en Roma, Madrid y Turín. El 21, los de Esquerra Republicana de Sarriá declaraban que, en nombre de la Generalitat de Cataluña, toda la Institución —con sus escuelas profesionales, colegio del Santo Ángel, iglesia, editorial-librería y demás dependencias— quedaba incautada, y ordenaban que los salesianos la abandonaran inmediatamente, a pesar de que daba cobijo a casi 500 alumnos, todos ellos internos y repartidos, mitad y mitad, entre artesanos y estudiantes, que fueron dispersados. Era el original método de las autoridades de la Generalidad, en su afán por la cultura del pueblo, a la que habían contribuido tan eficazmente incendiando centenares de escuelas gratuitas. También aquí, cada cual hubo de comenzar su odisea hacia lo desconocido, posiblemente hacia la muerte...

Pertenecían a la COMUNIDAD SALESIANA DE SARRIÁ (Barcelona):

—*Francisco Bandrés Sánchez.* Sacerdote (* Hecho, Huesca, 24-IV-1896; † Barcelona, 3-VIII-1936).

—*Sergio Cid Pazo.* Sacerdote (* Allariz, Orense, 24-IV-1884; † Barcelona, 30-VII-1936).

—*José Batalla Parramón.* Sacerdote (* Abella, Lleida, 15-I-1873; † Barcelona, 4-VIII-1936).

—*José Rabasa Bentanachs.* Sacerdote (* Noves, Lleida, 26-VII-1862; † Barcelona, 8-VIII-1936).

— *Gil Rodicio Rodicio.* Coadjutor (* Requejo, Orense, 20-III-1888; † Barcelona, 4-VIII-1936).

— *Ángel Ramos Velázquez.* Coadjutor (* Sevilla, 9-III-1876; † Barcelona, 11-X-1936).

— *Felipe Hernández Martínez.* Estudiante de teología (* Villena, Alicante, 14-III-1913; † Barcelona, 27-VII-1936).

— *Zacarías Abadía Buesa.* Clérigo (* Almuniente, Huesca, 5-XI-1913; † Barcelona, 27-VII-1936).

— *Jaime Ortiz Alzueta.* Coadjutor (* Pamplona, 24-V-1913; † Barcelona, 27-VII-1936).

— *Javier Bordás Piferer.* Clérigo (* San Pol de Mar, Barcelona, 24-IX-1914; † Barcelona, 23-VII-1936).

— *Félix Vivet Trabal.* Clérigo (* San Félix de Torelló, Barcelona, 23-I-1911; † Esplugues, Barcelona, 25-VIII-1936).

— *Miguel Domingo Cendra.* Clérigo (* Caseres, Tarragona, 1-III-1909; † Prat de Compte, Tarragona, 12-VIII-1936).

Hablemos ahora más extensamente del BEATO JAVIER BORDÁS PIFERER, cuyo *dies natalis* celebramos hoy.

Nació en el pueblecito costero de Sant Pol de Mar, provincia de Barcelona y diócesis de Gerona, el 24 de septiembre de 1914, en el seno de una familia profundamente cristiana. Su infancia transcurrió en un ambiente muy salesiano. Alumno interno en el colegio salesiano de Mataró, profesó como hijo de Don Bosco en 1932. El año siguiente inició en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma los estudios de Licenciatura en Filosofía, que concluyó al inicio del verano de 1936. Junto con Don Félix Vivet, volvió a España para las vacaciones el día 17 de julio, permaneciendo en la casa de Sarriá en espera de que el Inspector le señalara el lugar de su residencia durante el verano. Al ser expulsado el martes 21, se refugió en casa de don Pedro Campón —muy amigo de la familia Bordás— en la calle del Oro, 46, en Barcelona.

Aquel mismo día 21 volvió a Sarriá para retirar algunos objetos que, con las prisas de su salida, se había dejado allí al ser expulsados los salesianos. El día siguiente, junto con el Sr. Campón, fue a telégrafos, desde donde se apresuró a cursar un telegrama a sus padres, residentes en San Pol, anunciándoles que había llegado y que se hallaba en casa sin novedad. Cuando el

cable fuese leído por sus progenitores, Javier estaría volando al cielo, acribillado por las balas homicidas... El 23 por la mañana no se movió de casa; por la tarde, a pesar de la advertencia de la Sra. Campón, quiso llegarse hasta el barrio de Horta, a la llamada, en catalán, «Casa de fusta», una pequeña finca que sus padres poseían entre las carreteras de Valle Hebrón y de la Rabasada, junto al antiguo orfelinato Ribas. Según su hermano Mariano, quería ver si en ella «podrían refugiarse algunos salesianos», creyendo que en aquel lugar apartado estarían seguros. Pero Javier quedó allí para siempre.

A las diez de la noche, como no hubiera regresado, salió en su busca don Pedro, quien, al decir a unos milicianos que iba a la carretera de la Rabasada, fue alertado: era muy peligroso aquel paraje para los que por allí transitaban. Desde aquel mismo día, la estrecha y apartada carretera de Valle Hebrón se había convertido en un lugar fatídico donde, para los condenados, finalizaba el «paseo». El Sr. Campón se volvió atrás.

Pero al día siguiente, a las seis de la mañana, se encaminó de nuevo allí y, una vez llegado a la «Casa de la Madera» —nombre de la finca—, preguntó al colono si había visto a Javier. Le dijo que no. Más tarde se supo que no sólo le vio, sino que incluso le había rechazado, impidiéndole la entrada en la casa, y que sus hijos habían visto su cadáver en la cuneta de la carretera. Allí había sido fusilado el hermano Javier Bordás. Probablemente, lo denunció alguno de los colonos, o fue reconocido como religioso al descubrirse su pasaporte expedido en Italia en el cual constaba su condición de religioso salesiano.

Don Pedro Campón, durante varios días, se dedicó a recorrer los depósitos de cadáveres de los distintos hospitales y cementerios, pero sin hallarlo en ninguna parte, hasta que, por fin, el día 29 apareció expuesta la fotografía del cadáver de Javier en el Hospital Clínico de Barcelona. Su ficha estaba redactada en los siguientes términos: «3912. Ingresa el 24, a las doce. Un hombre de unos veinticinco años, pantalón oscuro, americana clara. Lleva lentes. Presenta heridas de arma de fuego en el tórax y cabeza. Diagnóstico: hemorragia interna traumática».

Así de escueta y asépticamente se consignaba uno más de la lista de infames asesinatos que durante muchos meses llenaron

de terror y consternación al mundo entero; asesinatos perpetrados a sangre fría, sin proceso alguno, sin más móvil que el odio a la religión del amor.

Impresiona ver la fotografía del cadáver. Los veintiún años bien plantados y nimbados de vigorosa pureza de aquel mocetón, convertidos en una flor tronchada, en un despojo humano ante el cual se oculta el rostro. Hay una fotografía de pocos meses antes. En ella, Javier, serenos los ojos y trasminando su rostro llenumbre de corazón, mira de perfil al infinito a través de las gafas redondas, que confieren a su porte impecablemente ensotanado una gravedad superior a sus años. En esta otra foto, la de su cadáver, es un guiñapo: alborotado el cabello, cubiertos de sangre la boca y el pecho, sin acabar de cerrar los ojos, como entreviendo ya el cielo... Los milicianos no habían asesinado a aquel joven limpio, inocente y noble, sin ensañarse antes con él. Así entendían ellos, como tantas veces se han entendido en la historia, las llamadas «libertades»... Seguramente, por aquella masacre, el cuerpo de Javier no pudo ser identificado. Pero Jesús, el rey de los mártires, sí reconoció a su amigo cuando, al verlo llegar a su Reino, lo abrazó, diciéndole: «Ea, siervo bueno y fiel, ¡entra en el gozo de tu Señor!».

Junto con sus 29 hermanos salesianos mártires, fue elevado al supremo honor de los altares por el papa Juan Pablo II el 11 de marzo de 2001, en la beatificación más numerosa de la historia de la Iglesia. Aquel día eran elevados al honor de los altares 233 mártires, valencianos en su mayoría, que dieron la vida por su fe durante la terrible persecución religiosa de la guerra civil española de 1936 a 1939. En aquella ocasión, el Papa dijo en su homilía, en la abarrotada Plaza de San Pedro del Vaticano, ante una multitud de peregrinos españoles, entre los cuales había algunos familiares de los nuevos beatos:

> «Eran hombres y mujeres de todas las edades y condiciones: sacerdotes diocesanos, religiosos, religiosas, padres y madres de familia, jóvenes laicos. Fueron asesinados por ser cristianos, por su fe en Cristo, por ser miembros activos de la Iglesia. Todos ellos, según consta en los procesos canónicos para su declaración como mártires, antes de morir perdonaron de corazón a sus verdugos...
>
> Los testimonios que nos han llegado hablan de personas honestas y ejemplares, cuyo martirio selló unas vidas entretejidas por el trabajo, la oración y el compromiso religioso en sus familias, pa-

rroquias y congregaciones religiosas. Muchos de ellos gozaban ya en vida de fama de santidad entre sus paisanos. Se puede decir que su conducta ejemplar fue como una preparación para esa confesión suprema de la fe que es el martirio...

¡Cuántos ejemplos de serenidad y esperanza cristiana! Todos estos nuevos beatos y muchos otros mártires anónimos pagaron con su sangre el odio a la fe y a la Iglesia desatado con la persecución religiosa y el estallido de la guerra civil, esa gran tragedia vivida en España durante el siglo XX. En aquellos años terribles muchos sacerdotes, religiosos y laicos fueron asesinados sencillamente por ser miembros activos de la Iglesia. Los nuevos beatos que hoy suben a los altares no estuvieron implicados en luchas políticas o ideológicas, ni quisieron entrar en ellas... Ellos murieron únicamente por motivos religiosos. Ahora, con esta solemne proclamación de martirio, la Iglesia quiere reconocer en aquellos hombres y mujeres un ejemplo de valentía y constancia en la fe, auxiliados por la gracia de Dios. Son para nosotros modelo de coherencia con la verdad profesada, a la vez que honran al noble pueblo español y a la Iglesia».

Pero no se piense que son sólo estos 30 los hijos de Don Bosco que dieron su vida en la persecución religiosa española como supremo testimonio de fe. Nos atrevemos a esperar nuevos reconocimientos solemnes de su heroísmo por parte de la Iglesia, pues los salesianos martirizados en la España republicana fueron 88, a los que se añaden dos salesianas y cinco seglares cooperadores. La mayoría fueron asesinados por separado o en grupos reducidos en lugares, situaciones y fechas muy diferentes, a causa de la dispersión obligada en diversos domicilios, muchas veces en grandes ciudades. La mayor parte murieron sin ningún juicio previo, pocos con uno de mero trámite, y sólo nos consta un juicio formal en el «Tribunal de espionaje y alta traición» de Barcelona: en él fue condenado a muerte el sacerdote don Julio Junyer Padern el 23 de marzo de 1938, sentencia que se cumplió al ser fusilado en los fosos de Montjuit el 26 de abril de 1938.

Terminemos haciendo nuestro y encomendando a la intercesión de los mártires el deseo que Juan Pablo II expresara al beatificarlos: «¡Que su recuerdo bendito aleje para siempre del suelo español cualquier forma de violencia, odio y resentimiento!».

ALBERTO JOSÉ GONZÁLEZ CHAVES

Bibliografía

Actas del Consejo Superior de la Sociedad Salesiana de Don Bosco (1983) n.309, p.56-59.
ALBERDI, R., *Los mártires salesianos* (Madrid 2001).
BURDEUS, A., *Lauros y palmas. Crónica de la Inspectoría Salesiana Tarraconense durante la revolución roja* (Barcelona 1958).
CÁRCEL ORTÍ, V. - FITA REVERT, R., *Mártires valencianos del siglo XX* (Valencia 1998).
CERIA, E. (rec.), *Memorias biográficas del Beato Juan Bosco,* XII (Madrid 1991-1998) 21.
L'Osservatore Romano (11-3-2001; 12 y 13-3-2001).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTOS BORIS Y GLEB

Mártires († 1015)

Ambos eran hijos de San Vladimiro, gran duque de Kiev, que hizo del cristianismo la religión oficial de su estado. En el bautismo habían recibido los nombres de Román y David respectivamente. A la muerte repentina de su padre, resultó que éste dividía sus dominios entre sus doce hijos o, como quieren otros, no dejó claramente establecido cuál de sus hijos debía heredarlo. Pero uno de ellos, Svjatopolk, quiso quedarse con toda la herencia paterna y para ello pagó sicarios que asesinasen a sus hermanos. Los asesinados fueron estos dos: el primero, el 24 de julio, y el segundo, el 5 de septiembre.

Boris, que tenía unos veinte años por entonces, volvía de una expedición militar y fue avisado de las intenciones de su hermano pero se negó a oponer violencia a la violencia, alegando que no guerreaba contra su hermano, y por tanto se ofreció mansamente a los asesinos. Gleb, por su parte, atendiendo la llamada de su hermano asesino volvía a Kiev cuando lo encontraron los sicarios junto al río Dniéper, y él trató en vano de convencerles de que no debían realizar aquella acción criminal. Como no consigue convencerles, se dejó matar por ellos con gran mansedumbre y humildad. El mayor de los hermanos, Jaroslavo, logró vencer al hermano rebelde y asesino, y trasladó los cuerpos de los mártires a la iglesia de San Basilio en Vigorod, procediéndose en el siglo XII a su formal canonización por parte del metropolitano de Kiev. Su muerte fue el año 1015. Se les han dedicado numerosas iglesias.

SAN BALDUINO
Abad († 1140)

Era hijo de Bernardo X, conde de los Marsos; y era hermano del cardenal Rinaldo, nombrado como tal por Inocencio II. Nació a finales del siglo XI. Sintiendo la vocación religiosa, entró en el monasterio de Claraval, regido entonces por San Bernardo. En 1130 el santo Doctor lo envió a fundar y ser abad del monasterio de San Mateo junto a Rieti. No fue sencillo su gobierno pues encontró numerosas dificultades que venció con gran ánimo y paciencia. San Bernardo no dejó de ayudarle con sus consejos y exhortaciones. Balduino vivió santamente y a su muerte, el 24 de julio de 1140, su hermano Dodón, que era obispo de Rieti, llevó su cuerpo a descansar en la catedral. Enseguida los fieles comenzaron a venerarlo en su tumba y a invocarlo como santo. En 1701 la Sagrada Congregación de Ritos aprobó su oficio y misa, celebrándolo la diócesis de Rieti y la Orden Cisterciense.

BEATO JUAN TAVELLI DE TOSIGNANO
Obispo († 1446)

Nace en Tosignano, Bolonia, el año 1386. Luego de pasar la adolescencia con sus dos hermanos, fue enviado a Bolonia para que obtuviera los grados académicos en derecho; para ello el padre vendió una finca que luego Juan, ya obispo, pudo volver a comprar y devolverla a la familia. Fue un joven piadoso y mortificado que superó con espíritu religioso fuertes tentaciones. Cuando decidió darle rumbo a su vida, eligió la vida eclesiástica y recibió la clerical tonsura y las órdenes menores. Pero luego repensó mejor su dedicación a Dios y decidió que debía ser en la vida religiosa y no en el clero diocesano e ingresó en 1408 en la nueva Congregación de los Jesuatos, que había fundado hacía unos diez años San Juan Colombini. Esto no complació a su padre, que intentó por todos los medios disuadirlo pero no lo consiguió. Juan marchó finalmente a Venecia a hacer el noviciado.

Aunque su congregación era laical, como él ya era clérigo perseveró en esta vocación clerical, y se preparó teológicamente

dedicándose al estudio de la Escritura y los Santos Padres, sobresaliendo como copista y traductor de libros y autor de varias obras muy alabadas en su tiempo. En el capítulo general de su Congregación del año 1426 fue elegido como rector de la comunidad de Ferrara y construyó para ella la iglesia de San Jerónimo.

En 1431, vacante el obispado de Ferrara por renuncia de su obispo, fue elegido para sucederle, consagrándose obispo el 27 de diciembre de 1431, y entrando a los pocos días en su diócesis.

Fue desde el principio muy buen pastor, y practicó con gran celo la visita pastoral a las iglesias de su diócesis. Luego de asistir al concilio ecuménico en Basilea, recibió al concilio en Ferrara, y lo siguió a Florencia cuando la peste obligó a este traslado. Tras la peste fundó el hospital de Santa Ana. Ayudó al mundo de la cultura y procuró la buena instrucción del clero. Tras larga enfermedad murió el 24 de julio de 1446. Tenido por santo por los fieles, el papa Clemente VIII autorizó oralmente a su paso por Ferrara que se dijera misa y oficio del beato.

BEATO ANTONIO TORRIANI

Presbítero († 1494)

Nace en Milán en 1424 en la noble familia de los Torriani, llamados también de la Torre. Llegada la juventud fue a la Universidad de Pavía, donde estudió medicina. Terminados los estudios, volvió a Milán, donde ejerció honestamente su profesión médica. Era persona religiosa y de profunda vida interior, y meditando en el sentido de su vida, decidió dejar el mundo y hacerse fraile agustino. Entró en la Orden de los Ermitaños de San Agustín, en el convento de San Marcos, de Milán, y allí hizo el noviciado y la profesión religiosa. Hizo seguidamente los estudios de teología y se ordenó sacerdote. Comenzó enseguida a tener gran crédito entre los habitantes de Milán, tanto que el beato pensó que la estima de tanta gente ponía en peligro su vida religiosa y obtuvo de la superioridad el traslado al convento de San Nicolás en la ciudad de Foligno. Pero aquí también le rodearía la fama como predicador y taumaturgo, e hizo varias peregrinaciones: Loreto, Roma y Compostela. Posteriormente fue enviado a Áquila, donde tuvo como primer objetivo componer las discordias de la ciu-

dad y donde dio un gran testimonio de caridad durante la epidemia de peste. Dirigió muchos años el convento local de las agustinas y fundó una casa para mantelatas de la misma Orden. Alma de intensa oración, le concedió el Señor numerosos éxtasis y también el don de profecía. Murió en Áquila el 24 de julio de 1494. Su culto fue confirmado el 1 de julio de 1759.

BEATA LUISA DE SABOYA

Princesa y religiosa († 1503)

Luisa era hija del Beato Amadeo IX, duque de Saboya, y de su esposa Yolanda, hija a su vez del rey de Francia, Carlos VII. Nació en Ginebra el año 1461. Desde niña manifestó ser un alma piadosa y buena, inclinada a todas las buenas obras. Muerto su padre, quedó confiada a la custodia de su tío el rey Luis XI, que le buscó un ventajoso matrimonio con Hugo de Chalon, conde de Nozeroy. Aquí fijan su corte y se dedican los dos esposos, unidos en igualdad de sentimientos cristianos, a una vida matrimonial ejemplar y al cuidado de sus súbditos, cuyo bien buscan. De la corte estuvieron ausentes los bailes menos honestos, las frivolidades y cualquier cosa que desdijera de la religión. Luisa se vuelca especialmente en los pobres y enfermos, no a través de terceros sino por sí misma. Su esposo la aprobaba y acompañaba no pocas veces en estas santas acciones. En 1490 muere su esposo y pasa ella por una pena inmensa.

Desde ese momento decide consagrar su vida en adelante sólo a Dios y para ello forma y realiza el proyecto de ingresar como clarisa en el monasterio de estas religiosas de Orbe. Tarda dos años en dejar arreglados los asuntos de Estado y tiene que hacer frente a la negativa de sus parientes y amigos para que ingrese en el monasterio. Por fin, puede realizar su ideal, repartiendo antes sus bienes entre instituciones benéficas y religiosas. Ya dentro del convento procura ser una más de las religiosas, sobrepasando a muchas en humildad, obediencia y sencillez, llevando la vida común con gran empeño y cumpliendo con esmero la regla clarisa. Murió el 24 de julio de 1503 y enseguida el pueblo la aclamó por santa y le atribuyó milagros. Gregorio XVI confirmó su culto el 12 de agosto de 1839.

BEATOS NICOLÁS GARLICK, ROBERTO LUDLAM Y RICARDO SIMPSON

Presbíteros y mártires († 1588)

El 24 de julio de 1588, en un carromato, fueron sacados de la cárcel de Derby y llevados al lugar de la ejecución donde estaba dispuesta la horca tres sacerdotes seculares que en el juicio contra ellos no habían podido ser acusados de otro crimen que el de haberse ordenado sacerdotes en el extranjero y haber vuelto a Inglaterra —contra el Estatuto 27 de Isabel I— a ejercer su ministerio y propagar la doctrina católica.

NICOLÁS GARLICK había nacido el año 1554 más o menos, en Glossop, en Derbyshire. Era hijo del jefe de guardas de los bosques de Peak. Luego de estudiar un tiempo en el Gloucester College, de Oxford, trabajó como maestro de escuela en Tideswell entre 1574 y 1581. En este año decide su vocación sacerdotal y marcha al colegio inglés de Reims, donde se ordena sacerdote el 18 de marzo de 1582. En enero de 1583 vuelve a Inglaterra y comienza su trabajo apostólico. Denunciado en 1585 estando en Londres, es arrestado, juzgado y desterrado. Vuelve a Reims, pero a los dos días de llegar decide volver a Inglaterra y trabaja en Hampshire y en Dorsetshire, siendo denunciado por su trabajo pero sin que se le pudiera arrestar hasta enero de 1587, cuando ya estaba en Padley, en casa del católico Mr. Fitzherbert. Allí también estaba el Beato Roberto Ludlam que será su compañero de martirio. Nicolás, antes de ser arrestado, había pedido a Dios que su padre quedara impedido para que no acudiera a la iglesia protestante, condición que tenía que cumplir para que sus bienes no fuesen confiscados, prefiriendo así la pobreza a la apostasía paterna. Cuando llegaron a la casa los buscadores de sacerdotes, ambos se escondieron en un refugio, pero un hijo del Sr. Fitzherbert, llevado por el miedo, dijo dónde estaba el escondite y así ambos sacerdotes, junto con su hospedador, fueron arrestados.

Llevados a la cárcel encontraron en ella al Beato Ricardo Simpson, al que infundieron ánimos. El 23 de julio de 1588 tuvo lugar el juicio en Derby. Nicolás respondía por sus compañeros. Se le acusó de haber llegado a Inglaterra para seducir a las personas, y él negó que su trabajo fuera seducción sino lla-

mamiento a volver a la fe verdadera de la Iglesia. Cuando lo llevaban a ejecutar, lo saludó un antiguo amigo con el que había ido de cacería, y él le dijo que aquello sí que era un verdadero tiro. Subido al cadalso arrojó sobre la multitud folletos que había escrito en la cárcel y en los que defendía el catolicismo, y se dice que aquellos folletos hicieron que se convirtiera mucha gente. Fue ahorcado, y estaba todavía consciente cuando empezó la carnicería: fue destripado y descuartizado en vivo mientras hablaba con sus verdugos.

ROBERTO LUDLAM había nacido en Radbourne, en el Derbyshire, sobre el año 1551. Estudió dos años en Oxford, en el St. John's College, y luego, sin haberse graduado, se dedicó a la enseñanza. En 1580 decidió su vocación sacerdotal y marchó a Reims, donde entró en el colegio inglés el año 1580. Ordenado sacerdote en 1581, en abril de 1582 se le envió a la misión inglesa, y trabajó con afán y celo durante seis años en su condado natal. Arrestado y juzgado con Garlick, mostró gran ánimo y seguridad en la prisión, en el juicio y frente al patíbulo. Ejecutado Garlick, Roberto Ludlam se levantó y con gran energía habló de los puntos básicos de la fe católica y de las señales de la verdadera Iglesia, afirmando a sus oyentes que Inglaterra se había apartado del camino recto y haciendo un llamamiento a todos sus oyentes para que volvieran al seno de la verdad. Pidió por los presentes, por todos sus enemigos y por Inglaterra y recitó el *Venite, benedicti Dei* mientras subía al cadalso. Fue ahorcado, destripado y descuartizado.

RICARDO SIMPSON o Sympson había nacido en Wells, junto a Ripon, y se había educado en el Gloucester Hall, en Oxford, y parece que nació de familia protestante. Convertido al catolicismo, fue denunciado y pasó por una larga prisión en York antes de ser dejado libre. Cuando lo fue marchó a Douai, en cuyo colegio inglés entró el 19 de mayo de 1577. Ordenado sacerdote no mucho después, volvió a Inglaterra y ejerció provechosamente su ministerio. Pero nuevamente fue apresado y después de un tiempo de cárcel enviado al destierro. Volvió enseguida a Inglaterra para ser apresado en 1587 por tercera vez y detenido en la cárcel de Derby. Juzgado y encontrado sacerdote ordenado en el extranjero, fue condenado a muerte. Parece que estaba

aterrorizado por la perspectiva de la horrible muerte que le esperaba y que no acudió al martirio con la alegre confianza con que lo hicieron sus compañeros, pero no se echó atrás, no apostató, mantuvo su fe hasta el final y por ella dio la vida junto con los otros dos mártires.

Los tres fueron beatificados el 22 de noviembre de 1987 por Juan Pablo II.

BEATO JOSÉ LAMBTON

Presbítero y mártir († 1592)

Nace en Malton, en Yorkshire, el 1568. Tenía solamente dieciséis años cuando siguió la vocación sacerdotal y se fue a Reims a estudiar en el Colegio Inglés. De ahí pasó a Roma en 1589 y con solos veintidós años, en 1590, se ordena sacerdote. Ese mismo año deja Italia para volver a Inglaterra y comienza su trabajo apostólico en Westmoreland, pero su apostolado duró muy poco tiempo porque fue arrestado en Newcastle upon Tyne muy poco después de su llegada. Creyeron que era extranjero y lo arrestaron bajo la sospecha de ser sacerdote. También fue arrestado el Beato Eduardo Waterson, que había sido su compañero de viaje desde Roma, y ambos se encontraron en la cárcel. Los dos debieron comparecer en juicio y se les condenó por ser sacerdotes ordenados en el extranjero y llegados al reino inglés. Pero no fueron ejecutados juntamente. José fue llevado al suplicio en el mismo lugar de su arresto y allí le fue aplicado el tormento con gran crueldad, tardando mucho el mártir en morir. Tenía sólo 24 años. Fue beatificado el 22 de noviembre de 1987 por Juan Pablo II.

SAN JUAN BOSTE

Presbítero y mártir († 1594)

Juan Boste nació hacia el año 1543 en Dufton, Westmoreland, en el seno de una familia protestante. Estudió en el Queen's College, de Oxford, y queriendo consagrar su vida al apostolado se hizo pastor protestante. Pero hubo una crisis en

su alma y se convirtió a la fe católica, decidiendo entonces ser sacerdote. Marchó al colegio inglés de Reims en 1580 y al año siguiente era ordenado sacerdote en Chalons en el mes de marzo. Vuelve enseguida a Inglaterra donde durante doce años haría su apostolado por el norte del país, pasando también algunas veces a Escocia, y desarrollando una amplia labor.

Era muy buscado pero solamente fue capturado cuando intervino un Judas Iscariote. El renegado Francis Ecclesfeld le pidió la confesión y la comunión que recibió sacrílegamente, y seguidamente lo denunció al presidente del Consejo del Norte, conde de Huntingdon. Éste envió los *cazasacerdotes* a Waterhouse, la residencia de William Claxton, a varias millas de Durham, y no sin trabajo lograron hallarlo en su escondite. Llevado ante el presidente tuvo un brillante discurso, al final del cual dijo que habían buscado a Boste pero ya tenían su Boast (orgullo). Fue enviado a Londres e interrogado por Topcliffe, el terrible enemigo del catolicismo, y luego llevado a la Torre, donde fue torturado muchas veces hasta quedar lisiado. No consiguiendo nada de él, fue reenviado a Durham para que fuera juzgado y ejecutado. Era el verano de 1594. En el juicio se le condenó a muerte por ser un sacerdote ordenado en el extranjero y vuelto al país.

El día 24 de julio fue sacado en un carromato y llevado al sitio de la ejecución, junto a tres árboles. Cuando le mandaron subir al cadalso lo hizo rezando el *Ángelus*. Llegado arriba, le pusieron el lazo de la horca. Él quiso hablar pero no le dejaron, y entonces dijo que su muerte hablaría por él. Le dijeron que pidiera perdón a la Reina y él dijo no haberla ofendido nunca. El verdugo lo ahorcó por espacio de un padrenuestro y luego lo dejó caer. Mientras lo destripaban recobró la conciencia y le dijo al verdugo: «Jesús te perdone». Estaba presente el Beato Cristóbal Robinson, que luego contó el martirio. Fue canonizado el 25 de octubre de 1970 por el papa Pablo VI.

SAN JOSÉ FERNÁNDEZ

Presbítero y mártir († 1838)

Nació en Ventosa de la Cueva, Ávila, el 3 de septiembre de 1775, y se educó cristianamente. A los 21 años ingresó en la

Orden de Predicadores, el 12 de agosto de 1796, en el convento de Valladolid. Hizo el noviciado, la profesión religiosa y los estudios pertinentes y se ordenó sacerdote el año 1805. Se ofreció para las misiones y fue enviado a la misión del Tonkín, país al que llegó luego de un penoso viaje, en junio de 1806. Le quedaban por delante 32 años de fecundo apostolado, que transcurrieron en el poblado de Kien-Lao. Tomó el nombre indígena de Dand-Trium-Hien para mejor encarnarse en el pueblo al que servía. Tuvo un gran éxito como propagandista de la religión de Cristo y se conquistó un gran crédito así como el amor de todos los cristianos.

Llegada la persecución de 1838 cuando era ya anciano y achacoso, debió huir por parajes inhóspitos, y estaba intentando refugiarse en una barca cuando fue arrestado. Se le encontraron muchos objetos religiosos, lo que sirvió para ver que se trataba de un misionero. Era el 18 de junio de 1838. Encerrado en una jaula de bambú, fue enviado a Nam-Dinh unos días más tarde. Intentaron con promesas y amenazas atraerlo a la apostasía pero él se mantuvo firme en la fe que había ido a predicar a aquel país. Condenado a muerte, se esperó la confirmación real, que llegó el 23 de julio de aquel año. Al día siguiente, el mandarín volvió a ofrecerle la libertad si pisaba la cruz, a lo que el mártir se negó. Llevado en la jaula a un campo, fue puesto sobre una estera y le fue cortada la cabeza.

Fue canonizado el 19 de junio de 1988 por el papa Juan Pablo II junto con los 117 mártires de Vietnam, muertos por la fe entre los años 1745-1862, que habían sido beatificados a lo largo del siglo XX.

BEATO MODESTINO DE JESÚS Y MARÍA (DOMINGO) MAZZARELLO

Presbítero († 1854)

Domingo Mazzarello nace en Frattamaggiore, Nápoles, el 5 de septiembre de 1802 en el seno de una cristiana familia de artesanos. Sirve en la parroquia como monaguillo y tiene una gran devoción a la Virgen del Buen Consejo. A los 16 años el obispo de Aversa, mons. Agostino Tommasi, lo admite en el seminario diocesano, pero, muerto el obispo, se ve obligado a vol-

ver a casa. Atraído por la vida austera y piadosa de los franciscanos de Grumo Nevano, ingresa el 3 de noviembre de 1822 en el convento franciscano de Piedimonte Matese. Fue enviado al convento de Santa Lucía al Monte, de Nápoles, para hacer el noviciado y emite la profesión religiosa el 27 de noviembre de 1824 con el nombre de fray Modestino de Jesús y María. Hace luego los pertinentes estudios y se ordena sacerdote el 22 de diciembre de 1827 en la catedral de Aversa.

Los superiores lo dedican a la predicación y al confesonario, ministerio en el que cosechó abundantes frutos y, acreditado por sus cualidades y santa vida, fue elegido guardián de los conventos de Mirabella Eclano y de Pignataro Maggiore. En 1839 es enviado al convento de Santa María della Sanità, en un barrio popular de Nápoles, y aquí estaría hasta su muerte, ejerciendo su ministerio. Se dedicó especialmente a los pobres y enfermos. Difundió cuanto pudo la devoción a la Virgen del Buen Consejo y fue dejando una estela de virtud y amor cristiano que lo hizo ser querido de todos. Llegada la epidemia de cólera de 1854, se dedicó con toda su alma a la atención de los afectados hasta que él mismo contrajo el terrible mal y murió de él el 24 de julio de dicho año. Fue beatificado por Juan Pablo II el 29 de enero de 1995.

25 de julio

A) Martirologio

1. El apóstol Santiago, hijo del Zebedeo, hermano de San Juan Evangelista, primer apóstol en sufrir martirio por la fe **.
2. En Licia, San Cristóbal, mártir († s. III) **.
3. En Barcelona, San Cucufate († s. IV) mártir **.
4. En Cesarea de Palestina, santos Valentina, Tea y Pablo († 308), mártires.
5. En Nicomedia (Bitinia), el tránsito de Santa Olimpiades († 409), viuda, que apoyó fielmente a San Juan Crisóstomo *.
6. En Tréveris (Renania), San Magnerico († 596), obispo.
7. En el mismo sitio, santos Beato y Banto († s. VI-VII), presbíteros y ermitaños.

8. En Metz, de la Galia Bélgica, Santa Glodesinda († s. VI), abadesa.
9. En Córdoba, San Teodomiro de Carmona († 851), monje y mártir *.
10. En Angers (Francia), Beato Juan Soreth († 1471), presbítero, de la Orden Carmelita *.
11. En Camerino, del Piceno (Italia), Beato Pedro Corradini de Molliano († 1490), presbítero, de la Orden de Menores.
12. En Salsette (India), beatos Rodolfo Aquaviva, Alonso Pacheco, Pedro Berno, Antonio Francisco, presbíteros, y Francisco Aranha († 1583), religiosos, todos de la Compañía de Jesús, mártires *.
13. En Bobino (Apulia), Beato Antonio Lucci († 1752), obispo, de la Orden de Hermanos Menores Conventuales *.
14. En Rochefort (Francia), Beato Miguel Luis Brulard († 1794), presbítero, carmelita descalzo, mártir *.
15. En Madrid, Beata María del Carmen Sallés y Barangueras († 1911), virgen, fundadora de la Congregación de Hermanas de la Inmaculada Concepción **.
16. En Urda (Toledo), beatos Pedro del Corazón de Jesús Largo Redondo, presbítero, Félix de las Cinco Llagas Ugalde Irurzun y Benito de la Virgen del Villar Solana Ruiz († 1936), religiosos de la Congregación de la Pasión, mártires *.
17. En Talavera de la Reina (Toledo), beatos Federico Carlos Rubio Álvarez, presbítero, Primo Martínez de San Vicente Castillo, Jerónimo Ochoa Urdangarín y Juan de la Cruz Eloy Delgado Pastor († 1936), religiosos de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios, mártires **.
18. En Monzón (Huesca), Beato Dionisio Pamplona Polo († 1936), presbítero, de la Orden de Clérigos Regulares Pobres de la Madre de Dios de las Escuelas Pías, mártir **.
19. En Motril (Granada), beatos Deogracias de San Agustín Palacios, León de la Virgen del Rosario Inchausti, José de la Virgen de los Dolores Rada, Julián Benigno de San Nicolás de Tolentino Moreno, José Ricardo del Sagrado Corazón de Jesús Díez († 1936), religiosos todos ellos de la Orden Agustina Recoleta, mártires **.
20. En el campo de concentración de Dzialdowo (Polonia), Beata María Teresa Kowalska († 1941), virgen, religiosa capuchina, mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

APÓSTOL SANTIAGO EL MAYOR

(† s. I)

Cuando inició Jesucristo su vida pública, existía en el pequeño mar de Galilea una empresa de pesca formada por cinco socios, que iban a conquistar bien pronto la mayor y más duradera celebridad del mundo.

Los empresarios principales eran el Zebedeo y sus dos hijos, Santiago y Juan. Estaban asociados a ellos los dos hermanos pescadores de Betsaida, Simón y Andrés.

El Zebedeo y sus hijos, como escribió el sabio Orígenes en su *Libro I contra Celso,* no eran simples pescadores, como Simón y Andrés, sino también verdaderos «nautas», con un navío de cabotaje, en el cual, como dice San Marcos (1,20), tenían a su servicio «mercenarios», es decir, marineros a sueldo.

El negocio pesquero era importante en los puertos principales de aquel mar, como Cafarnaún, Betsaida, Magdala, Tiberíades y Tariquea. Sólo en este último puerto, que no era el mayor, había según Josefo —historiador judío casi contemporáneo— no menos de 230 naves de pesca.

El Zebedeo, según otro historiador antiguo —Nicéforo de Constantinopla—, poseía también una buena casa en lo mejor de Jerusalén, dentro de la llamada «ciudad de David», en la colina de Sión, donde estaban el cenáculo y el palacio del sumo pontífice, pues dice aquel historiador que Juan, el hijo menor del Zebedeo, había vendido al pontífice Caifás una parte de su casa para ampliar el mencionado palacio. Precisamente en aquella colina de Sión, y junto al lugar en que estaba el palacio del pontífice, se levanta magnífica la llamada «basílica de la Dormición», donde es tradición que vivió y murió la Virgen María, con lo cual se confirma que estaba allí la casa del Zebedeo, donde luego Juan cumpliría la manda testamentaria que le hizo Jesucristo en la cruz con respecto a su Madre santísima, *desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa.*

La vecindad de la casa del Zebedeo con el palacio del pontífice y la compra de parte de aquélla verificada por éste explican cómo Juan, según dice en su evangelio, *era conocido del pontífice,* y no sólo entró libremente en su palacio durante el proceso de Cristo, sino que *habló a la portera e introdujo a Pedro* (Jn 18,15-16).

San Jerónimo añade que el hijo del Zebedeo *era conocido del pontífice por la nobleza de su linaje y no temía las asechanzas de los judíos, hasta el punto de introducir a Pedro en su atrio y ser el único de los apóstoles que estuvo junto a la cruz.*

Le acompañó en el Calvario Salomé, a la que llama San Mateo *la madre de los hijos del Zebedeo* (27,56). Era una de las distin-

guidas señoras que, juntamente con María Magdalena y Juana, mujer del administrador de Herodes, y otras varias, seguían a Jesús en sus viajes y *le servían de sus haciendas,* como apunta San Lucas (8,3). Entre el grupo de mujeres que contemplaban a Jesucristo en la cruz menciona San Marcos especialmente a *María Magdalena, María, la madre de Santiago el Menor y de José, y Salomé; las cuales, cuando estaba en Galilea, le seguían y servían* (15,40). Y eran también precisamente *María Magdalena y María de Santiago y Salomé* las tres animosas mujeres que en la madrugada del domingo de Resurrección *compraron aromas para ir a ungir a Jesús* (16,1), lo cual supone que disponían de bastante hacienda, a juzgar por el precio del ungüento, que en reciente ocasión había indignado a Judas (Jn 12,5).

¿Era Salomé aquella mujer a la que alude, sin nombrarla, San Juan cuando dice que *estaban junto a la cruz de Jesús su Madre, la hermana de su Madre, María de Cleofás y María Magdalena?* (Jn 19,25). Fernández Truyols dice que eso es lo más probable aunque no la nombra San Juan, que tiene la modesta costumbre de no consignar nunca su nombre ni el de ninguna otra persona de su familia. Además, consta por San Marcos que estaban en el Calvario, en compañía de San Juan, Salomé y las otras dos Marías, con las cuales fue ella a comprar aromas en la mañana del domingo de Resurrección.

Según esto, siendo Salomé *hermana* de la Madre de Jesús, Santiago era primo de Jesucristo y pertenecía a la descendencia del rey David, con lo cual se explica lo que dice San Jerónimo sobre *la nobleza de su linaje,* que era nada menos que el del modesto carpintero de Nazaret, mencionado honoríficamente por el ángel, y resulta menos extraño que su padre poseyese una casa propia en la ciudad de David, donde su hermano Juan recibió y cuidó a la Madre de Jesús.

La educación que Santiago y Juan recibieron de sus nobles padres debió de ser muy piadosa y muy austera a juzgar por lo que nos dice San Epifanio acerca de los dos, afirmando que guardaron perpetua virginidad y observaron las prácticas religiosas características de los llamados nazareos.

Esas prácticas las describió Moisés en el libro de los Números, capítulo 6, donde ordenó que los que se consagrasen a Dios

con el voto de nazareato debían abstenerse de vino y de todo licor embriagante, no comer nada de cuanto produce la vid, no cortarse el cabello y observar otras normas de gran austeridad.

Éste fue el ambiente familiar, social y religioso en que ejercían su profesión Santiago y Juan en el momento histórico en que pasó Jesucristo por las orillas del mar de Galilea y llamó definitivamente a sus cuatro primeros discípulos.

Jesucristo encontró primeramente a dos pescadores de Betsaida, los hermanos Simón y Andrés, que estaban echando al mar su red, y les dijo: *Seguidme, y haré que seáis pescadores de hombres. Y al momento dejaron las redes y le siguieron.* Un poco más adelante vio a los dos hermanos Santiago y Juan, que estaban con su padre, el Zebedeo, y con sus mercenarios arreglando las redes, no en una simple barca, sino en el navío *(en to ploio),* y los llamó también, pero sin hacerles ninguna promesa, como se la hizo antes a Simón y Andrés. Los animosos jóvenes no sólo dejaron, como aquéllos, sus redes, sino también a su padre, a sus mercenarios y su navío, y le siguieron inmediatamente, sin pedir explicaciones, con la más absoluta entrega (Mt 4,18-22).

Pero observa San Jerónimo que también a estos dos los hizo pescadores de hombres, y de hombres bien lejanos, cuando, *viéndolos en la orilla, junto al mar de Genesaret, arreglando sus redes* (no «echando la red», como a los otros), *los llamó y los envió al mar grande* («in magnum mare»), *para que, convertidos de pescadores de peces en pescadores de hombres, saliesen de Jerusalén y predicasen el Evangelio hasta el Ilírico y las Españas.*

No fueron enviados por Jesucristo a las Españas los dos hermanos, sino solamente Santiago, como luego veremos. Pero antes hubo que prepararle para esta misión, no sólo aprendiendo durante tres años la doctrina evangélica en la escuela de su divino Maestro y adquiriendo la sólida formación que exige el apostolado, sino también corrigiendo los defectos morales y temperamentales de su carácter personal.

Santiago el Mayor había reflejado, desde el principio mismo de su llamamiento, varias de las cualidades características que había de encontrar en el pueblo cuya evangelización le confiaría más tarde su Maestro, pero también participaba de sus defectos característicos.

Tenía, por una parte, un carácter muy resuelto, muy desprendido y muy sacrificado para llegar a emprender una profesión andariega desconocida, abandonando inmediatamente a su padre, su navío y sus mercenarios, sin fijarse en los sacrificios y trabajos que le podía deparar tan atrevida corazonada. Pero tenía también dos defectos muy característicos del pueblo hispano que luego había de evangelizar: el extremismo y el individualismo. Los hubo de corregir primero paternalmente Jesucristo y curarlos después radicalmente el Espíritu Santo con el fuego del día de Pentecostés.

Refiere San Lucas (9,54-56) que Jesucristo, yendo hacia Jerusalén, pasó por Samaría, y sus discípulos entraron en una aldea para prepararle albergue; pero aquellos samaritanos eran enemigos de los judíos, *y no fueron recibidos, porque iban a Jerusalén. Viéndolo sus discípulos Santiago y Juan, dijeron: Señor, ¿quieres que mandemos que baje fuego del cielo y los consuma?* Jesucristo les dio una lección de cristiana moderación y mansedumbre, reprendiéndoles con estas palabras: *No sabéis de qué espíritu sois, porque el Hijo del hombre no ha venido a perder las almas de los hombres, sino a salvarlas. Y se fueron a otra aldea.*

En otra ocasión, habiendo anunciado Jesucristo que estaba próxima su dolorosa muerte y su resurrección, creyó Salomé que era inminente la restauración del reino de David, y temió que Pedro ocupase en él un puesto superior al de sus hijos. Dejándose vencer de un individualismo ambicioso disfrazado de amor materno, tomó aparte a sus dos hijos, se presentó con ellos ante Jesucristo y le dijo: *Dispón que estos dos hijos míos se sienten en tu reino el uno a tu derecha y el otro a tu izquierda.* Viendo Jesús que también los dos jóvenes estaban de acuerdo con su madre en esta actitud indisciplinada, les dijo a ellos, refiriéndose al cáliz de la pasión que antes les había anunciado: *No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber el cáliz que yo tengo que beber?* Ellos contestaron intrépidamente: *Podemos.* Esta generosa respuesta agradó, sin duda, mucho a Jesucristo, y les dijo: *Mi cáliz, sí, lo beberéis; pero el sentaros a mi derecha o a mi izquierda no me toca a mí otorgároslo a vosotros, sino a quienes está dispuesto por mi Padre* (Mt 20,20-23).

Esta lección de disciplina no impidió las muestras especiales de aprecio con que distinguió siempre Jesucristo a los tres contendientes: Simón, Santiago y Juan. Los tres solos fueron

elegidos para ser testigos de su gloria en el Tabor; los tres solos para presenciar la resurrección de la hija de Jairo; los tres solos para ver de cerca su agonía en Getsemaní; los tres solos para llevar un apellido nuevo impuesto por él cuando a Simón le puso el sobrenombre de *Pedro,* y a Santiago y Juan los llamó *Boanerges,* es decir, *Hijos del Trueno.*

Santiago, por su parte, justificó plenamente su sobrenombre, haciendo resonar de viva voz el pregón evangélico hasta la extremidad occidental del Mundo Antiguo, como Juan entregó al mundo, con su pluma, el último y más sublime de los cuatro evangelios y la historia final de la humanidad en su incomparable Apocalipsis.

Para dos misiones principales estaba destinado Santiago el Mayor. Cumplió las dos con admirable rapidez en el breve espacio de los catorce años que mediaron entre el año 30 de la era cristiana, fecha del bautismo de fuego de Pentecostés, según la mayoría de los cronólogos modernos, y el año 44 de la misma era, fecha de su glorioso martirio.

Fue su primera misión, como nos dijo antes San Jerónimo, llevar el Evangelio hasta *las Españas,* es decir, hasta las *tres Hispanias,* la Tarraconense, la Bética y la Lusitana, en que estaba dividida nuestra Península, con tres gobiernos distintos, en los tiempos de Santiago, y en donde florecen hoy las dos naciones hispánicas y católicas de España y Portugal.

Aquí había de tener también, como añade el mismo San Jerónimo, el sepulcro en que descansase después de su muerte; porque dice que los apóstoles, al dispersarse por las diversas provincias, lo hicieron con el designio de que *uno fuese a la India, otro a las Españas, otro al Ilírico, otro a Grecia, y cada uno descansase en la provincia evangelizada y enseñada por él.*

Como San Jerónimo fue por bastante tiempo secretario del insigne papa español San Dámaso y era también amigo del historiador español Paulo Orosio, pudo saber muy bien hasta el lugar de la sepultura de Santiago en *las Españas* por él evangelizadas. El intrépido *Hijo del Trueno* salió de Jerusalén lo más pronto que pudo para trasladarse por mar a *las Españas.* Como la Virgen María estaba al cuidado de su hermano Juan en la casa de su padre el Zebedeo y con frecuencia le haría también compa-

ñía su madre Salomé, es natural que hablase con ellos de su viaje hasta el antiguo «Fin de la Tierra» y que se despidiese de ellos antes de embarcarse para *las Españas*. Quizá entonces le anunció la Virgen aquella maravillosa visita que, según la inmemorial y honrosísima tradición de España, recibió el apóstol en Zaragoza, en aquel sagrado lugar en que se levanta el pilar marmóreo que simboliza y garantiza la firmeza, rectitud e inflexibilidad de la fe católica en *las Españas* del Viejo Mundo y en la gran familia de naciones hispánicas y católicas del Nuevo Mundo, prolongación espiritual de la herencia apostólica de Santiago.

Apenas terminó Santiago la parte esencial de su primera misión al dejar asentados, bajo la protección de María Santísima, los cimientos de la Iglesia hispánica, se trasladó rápidamente a Jerusalén con algunos de los nuevos cristianos occidentales para cumplir allí su segunda misión de ser el primero de los apóstoles que sellase con su sangre el Evangelio.

La presencia de Santiago con discípulos procedentes de la gentilidad debió de causar en Jerusalén mayor asombro y revuelo que el que había producido poco antes la noticia de que San Pedro había bautizado en Cesarea de Palestina al centurión gentil Cornelio. *Oyeron* —dice San Lucas— *los apóstoles y los hermanos que estaban por la Judea que también los gentiles habían recibido la palabra de Dios. Y, cuando subió Pedro a Jerusalén, discutían con él los de la circuncisión, diciendo que había entrado en casa de hombres incircuncisos y había comido con ellos* (Hch 11,1-3). San Pedro tuvo que pronunciar el discurso que allí copia San Lucas para defenderse a sí mismo y aquietarlos a ellos. Pero debió de ser todavía mayor el alboroto que produjo entre los judíos Santiago con sus cristianos de España, y Herodes Agripa, que por entonces reinaba en la Judea por nombramiento del cruel emperador Calígula, aprovechó aquella buena ocasión para congraciarse con los judíos, y, como escribe San Lucas, *quitó la vida con la espada a Santiago, hermano de Juan. Y, viendo que esto había agradado a los judíos, procedió a prender también a Pedro* (Hch 12,2-3).

Dios concedió una fecundidad maravillosa a la sangre ardiente del protomártir de los apóstoles y a su voz de trueno, que retumbó hasta la extremidad occidental del mundo conocido para que sus hijos espirituales la extendiesen luego a través

del inmenso mundo desconocido que ellos habían de descubrir y evangelizar.

Gracias a esta singular fecundidad, la herencia apostólica de Santiago el Mayor y de sus hijos espirituales abarca hoy a los cinco continentes.

En efecto, según la última estadística aparecida recientemente en Roma [1], los católicos de las diecinueve repúblicas hispánicas de América suman 160 millones; los católicos de Filipinas son por lo menos 19 millones y medio; los de España, 29 millones; los de Portugal con sus territorios de Asia y África, 10 millones y medio. Por consiguiente, los católicos de las veintidós naciones hispánicas y jacobeas suman 219 millones.

Ahora bien, el número total de los católicos de todo el mundo se calcula en 425 millones. La mitad serían 212.500.000. Pero como los de las veintidós naciones hispánicas son 219 millones, resulta que suman la mitad más 6.500.000.

¡Qué fuerza tan enorme podrían desplegar ahora, en el orden religioso, esos millones de hijos espirituales de Santiago el Mayor, derramados profusamente, no sólo por la península hispánica, sino también desde el Extremo Occidente hasta el Extremo Oriente, para continuar su misión apostólica, truncada en flor por la espada del tercer Herodes!

Que él alcance de Dios para todos sus hijos de ambos mundos un gran espíritu de fraternal unión y colaboración, una nueva y espléndida floración de vocaciones sacerdotales y misioneras y una gran anchura de corazón para transformar esta gran familia de naciones en oasis de paz y prosperidad y en crisol católico de auténtica y recia cristiandad para todos sus connacionales y para todos los hijos de otros pueblos que afluyen a ellas con ritmo creciente.

ZACARÍAS DE VIZCARRA Y ARANA

[1] Los datos que figuran a continuación corresponden a los manejados por el autor en la primera edición del *Año cristiano.* Según la última estadística aparecida en el *Anuario Pontificio 2002,* el 17 por 100 de la población mundial es católica (unos 1.050 millones de personas). De éstos, el 49,4 por 100 están en América; el 26,7 por 100 en Europa; el 12,4 por 100 en África; el 10,7 por 100 en Asia; y el 0,8 por 100 en Oceanía.

Bibliografía

AYUSO, T., *Santiago en la historia, la literatura y el arte,* I: *Standum est pro traditione* (Madrid 1954) 84-126.
CANTERA ORIVE, J., *La batalla de Clavijo* (Vitoria 1943).
FERNÁNDEZ TRUYOLS, A., *Vida de nuestro Señor Jesucristo* (Madrid 1954).
LÓPEZ FERREIRO, A., *Historia de la Santa A. M. Iglesia de Santiago de Compostela,* I (Santiago 1898).
PORTELA PAZOS, S., «Orígenes del culto al apóstol Santiago en Compostela»: *Compostellanum* (1956) abril-junio, p.161-199.
VELASCO, C., *Santiago y España* (León 1948).
• Actualización:
CASTIELLA FERRER, M., *Historia del apóstol de Jesús Christo Santiago Zebedeo, Patrón y capitán general de «las Españas»* (Santiago de Compostela 2001).
CEBRIÁN FRANCO, J. J., *El apóstol Santiago* (Madrid 2003).
PRECEDO LAFUENTE, M. J., *Santiago el Mayor, patrón de España. Vida y culto* (Santiago de Compostela 1985).
— *Santiago el Mayor y Compostela. Un apóstol, una ciudad, unos caminos* (Madrid 1999).

SAN CRISTÓBAL

Mártir († s. III)

Aguerrido y asaz petulante es el mozo. Sueña con aventuras y se ha propuesto no cejar en el empeño. Sabe que tiene buen porte y anda muy pagado de su figura gentil. Tan airosa es su facha que, andando los siglos, se leerá en el himno antiguo del *Breviario toledano:* «Elegans statura, mente elegantior —visu fulgens, corde vibrans—, et capillis rutilans» (Lindo talle, de mejor entendimiento —ojos alegres, corazón ardiente—, y de cabellos rubios rutilantes). Pero el mozo no conoce aún la luz verdadera y sólo para mientes en sus ansias de gloria.

Se le conoce por varios nombres: Offero, Réprobo, Relicto y Adócimo. Por todos ellos responde el joven, muy pagado de su alcurnia y su linaje. Porque es el unigénito, y primogénito de un rey cananeo, cuya esposa veía transcurrir su vida sin descendencia. Su nacimiento le ha costado muchas lágrimas y muchos rezos.

Relicto —el nombre más usual en sus biografías— ha visto la luz primera en tierra cananea. Acaso en Tiro, acaso en Sidón. Ambas se disputan la supremacía de la Tierra de Promisión, dada por Dios hace muchos años a los hijos de Israel, en premio a los inmensos trabajos que padecieron por espacio de cuatro centurias uncidos a la tiranía de los faraones.

Ambas ciudades envuelven su cuna en leyendas mitológicas, y de ellas habla la Biblia en sus primeros libros. Gén 10,19 designa a Sidón ya con este nombre, y en Jos 11,8 Tiro pasa por ser una plaza fuerte.

Ambas, asimismo, rivalizaron en importancia y lucharon con denuedo para irrogarse la supremacía del mar, detentada a la postre por Tiro, madre de ciudades, como Hipona y Cartago, en África del Norte.

Las dos aportaron la madera incorruptible de los famosos cedros para el Templo que Salomón levantara a Yahvé, el Dios único. Hiram, rey de Tiro, había recibido del más sabio de los hijos de los hombres apremiante mensaje:

> «Quiero edificar a Yahvé, mi Dios, una casa como se lo manifestó Yahvé a mi padre David, diciendo: "Tu hijo al que pondré yo en tu lugar sobre tu trono, edificará una casa a mi nombre". "Manda, pues, cortar para mí cedros en el Líbano; mis siervos se unirán a los tuyos, y yo te daré lo que tú me pidas, pues bien sabes que no hay entre nosotros quien sepa labrar la madera como los sidonios"».

Hiram contestó:

> «He oído lo que has mandado a decir. Haré lo que me pides en cuanto a la madera de cedros y cipreses. Mis siervos los bajarán del Líbano al mar y yo los haré llegar en balsas, hasta el lugar que tú me digas. Allí se desatarán y tú los tomarás, y cumplirás mi deseo proveyendo de víveres mi casa» (3 Re 5).

Por «el país de Tiro y de Sidón» pasó Jesús derramando mercedes. «Señor, hijo de David, ten lástima de mí: mi hija es cruelmente atormentada del demonio» (Mt 15,22), oyó el Maestro en estas tierras, cuyos habitantes supieron de la majestad omnipotente del Hijo de Dios y merecieron sus palabras de consuelo y esperanza: «¡Ay de ti, Corozaín!, ¡ay de ti, Betsaida!, que si en Tiro y en Sidón se hubiesen hecho los milagros que se han obrado en vosotras, tiempo ha que habrían hecho penitencia, cubiertas de ceniza y de cilicio. Por tanto, os digo que Tiro y Sidón serán menos rigurosamente tratadas en el día del juicio que vosotras».

Mas la historia no cuenta para Relicto, quien sólo piensa en aventuras y en oropeles. ¿Le empujan acaso los soberbios bajeles que el mozo contempla en el puerto de Tiro o en el de Si-

dón, y con los cuales ambas ciudades siguen manteniendo su hegemonía marítima, heredada de siglos, por el Mediterráneo? ¿O quizá su noble alcurnia, pues se sabe hijo de un rey o virrey, con poder y con súbditos? Tal vez su noble facha y gigantesca robustez. «Era además —escribe uno de sus biógrafos— de enorme robustez, hercúlea fuerza y de tan apuesta y agradable figura, noble aspecto y disposición en su persona, que atraía a sí los ojos de cuantos le miraban».

Para su sed de glorias, espoleada por su noble porte, Relicto pone su espada al servicio del rey. Pero un rey poderoso, no el que rige aquellos territorios. El apuesto mozo toma a deshonra servir a un monarca corto de talla y de glorias. ¿Cómo Relicto, de estatura gentil, de ojos ardientes y de cabellos rubios, valeroso y aguerrido, gigante membrudo, puede rendir su espada invicta ante un insignificante reyezuelo?

> «Púsose a considerar su elegante estatura, sus extraordinarias fuerzas, su corazón animoso, su valor tan celebrado, y, hallándose sirviendo a un rey cananeo, que, a la cuenta, o no era de mucha fama, o tenía cortas prendas para la corona, se desdeñó de servir como vasallo humilde a quien sólo le excedía en la fortuna del cetro. Pues muchas veces concedió la fortuna (en fin, como ciega y loca) las reales insignias a muchos que aun para ser mandados eran indignos. Y si abandonamos el fabuloso nombre de la fortuna, pues los cristianos no reconocemos fortuna fabulosa, sino decretos y permisiones de la divina Providencia, tal vez concedió Su Majestad el cetro a quien era indigno del trono porque no merecían los pueblos otra cosa que sus culpas, y no es éste el menor testigo de la ira, pues siente mucho el súbdito el golpe del azote cuando viene por mano del que debe ser en la república, no tirano, sino padre».

No quería el mozo mandar, sino ser mandado. Ansiaba sólo servir, pero buscaba rey que fuese digno de ser servido. «Soy discreto —pensaba—, robusto, galán, entendido, valeroso, y ¿he de sujetarme a quien considero indigno de mandar?».

Así, pues, deja Relicto aquellos lugares donde transcurriera su niñez y se pone en camino a la busca del rey mayor de la tierra. Tropiézase con Gordiano, emperador de Roma, empeñado a la sazón en lucha tenaz contra los persas.

Admiróse el monarca de la prócer estatura del nuevo soldado, enamoróse de su bizarría y se aficionó al valor que demostraba.

Llegado hasta el rey, Relicto habló sin miedo y sin tacha:

> «Yo, oh rey soberano, busco al mayor rey de la tierra, al rey de la mayor fama; no por interés villano de riquezas y hacienda, sino sólo por la noble codicia de honra y fama, que mis prendas, mi valor, mi gigantesca estatura, no son para servir a reyes pequeños, sino para emplearse en servicio del mayor rey del mundo. Yo allá, en Caná, servía a mi rey; mas me pareció que a un rey pigmeo no debía servir un soldado gigante. Sediento de triunfos, busqué al mayor rey de la tierra, y oí decir que a esta hora tú eras en la tierra el rey más famoso. Por eso dejé aquel rey y vengo a servirte a ti; porque ya que mi estrella me conduce a servir como vasallo, sólo he de servir al que es el mayor rey del mundo.
>
> Pagóse el rey de la libertad de la respuesta, o acaso por la lisonja de oírle decir que era celebrado en la tierra por el rey mayor; que este pestilente aire de la lisonja suena mejor que en otros en los reales oídos. Facilísimamente pasa al pecho, que es un cebo muy dulce, y gana tanto la voluntad que pocas veces se le cierran las puertas del corazón».

Entra Relicto a formar parte de las tropas del rey, y tanto es su valor y tanta su destreza en el combate, que el monarca lo tiene junto a sí en los momentos de peligro. Y, cuando vuelven las banderas victoriosas, el monarca abre sus salones a la alegría del triunfo. Relicto asiste a la fiesta, y contempla con asombro que el rey palidece cuando uno de los juglares exalta el poder de Satán.

> «Luego Satán es más poderoso que mi rey —piensa Relicto—. He de ponerme a su servicio».
>
> «Relicto no era el primero ni el último hombre que entre los de su estirpe creyeran en Satán, el antagonista del hombre, el príncipe de este mundo; le concebía como encarnado y real, y como a tal le seguía».

Sale Relicto al encuentro de Satán, «el rey más poderoso de la tierra». Únese a su cortejo, presto a desenvainar la espada tan pronto el enemigo haga acto de presencia. Gran algarabía reina en los ejércitos de Satán. Mas Relicto observa que todos palidecen cuando divisan una cruz en el camino. Satán ordena un largo rodeo. El soldado se extraña.

—¿No viste una cruz que estaba en el camino real? —responde malhumorado Satán a las preguntas del gigante.

—La divisé, como todos los demás.

—Pues sabe que sólo por no pasar junto a ella me aparté del camino, aunque conocía la grave molestia que se le seguía a mis gentes.

—Pues, ¿qué mal te hace aquella cruz? ¿Es más que un palo? ¿Es más que un madero? Yo paso junto a ella sin susto —respondió, desdeñoso, Relicto.

—Esa cruz que has visto es insignia de un capital enemigo mío, que se llama Cristo. Un hombre que, por malhechor, ha muerto crucificado en esa cruz.

—¿Qué Señor es ése que tanta virtud da desde esa señal que ella sola llena tu pecho de pavor?

Satán permanecía callado. No quería confesar su derrota. Relicto insistía.

—¿No dices que ya murió en esa cruz? Pues, ¿qué te asusta, si ya perdió la vida?

Ante el mutismo de Satán, Relicto toma una decisión tajante.

—«Yo voy a buscar a este Cristo, que es, sin duda, más poderoso que Satán».

> «¡Con qué suavidad, oh Cristóbal —exclama fray Tomás Monzón—, te va llevando hacia sí la gracia! Ya da luz a tus pasos para que sigas la dicha. Y más acelerados fueran si este enemigo te hubiera dicho también que Cristo había muerto en esa cruz por ti, por sacarte de su tiranía y redimirte de la esclavitud de la culpa; pero ya lo vas conociendo, y veremos cómo diste pasos tan gigantes que desquitaste todo el tiempo perdido, sacando ventaja en la carrera a muchos que lo conocieron con más tiempo».

Ya tenemos a Cristóbal soldado de Cristo:

> «El joven licencioso, pagano, que recorre el mundo en busca de la felicidad, pero está preocupado de hallar la verdad y acallar su conciencia, que le reprende sus extravíos, ha encontrado el verdadero camino, la auténtica dicha».

La leyenda esmaltó con bellas narraciones la vida del gigantesco soldado de Cristo. Resulta complicado y harto difícil discernir la fantasía de la verdad. La gran popularidad de San Cristóbal, perpetuada en copiosa iconografía, desparramada por todo el mundo, contribuyó poderosamente a la exaltación de tales gestas, basadas en hechos reales, pero salpicadas con fuertes dosis de imaginación.

No puede negarse la existencia del mártir:

«Fue —afirma el padre Cascón— más que suficientemente probada por el jesuita Nicolás Serario en su tratado sobre las letanías *(Litaneutici)* (Colonia 1609), y por *Molanus* en su "Historia de las pinturas e imágenes sagradas" *(De picturis et imaginibus sacris)* (Lovaina 1570)».

La corroboran

«los testimonios de los Bolandos, críticos eclesiásticos cuya misión es examinar los documentos relacionados con los santos, especialmente de los primeros tiempos, para depurarlos de lo que en ellos haya podido mezclarse de legendario, reduciendo la tradición a los límites lógicos que, como fuente de la historia, pueden admitirse».

La patentizan los martirologios y misales antiguos, y el breviario mozárabe, en los que se alude a la existencia de Cristóbal, «mártir de Cristo bajo el reinado de Decio, emperador», y «en Licia, San Cristóbal, mártir, el cual en el imperio de Decio, deshecho con varillas de hierro y librado, por virtud de Cristo, de la voracidad de las llamas, finalmente acribillado a saetas y cortada la cabeza, consumó el martirio».

El *Martirologio* da el 25 de julio como fecha de la muerte de Cristóbal, en cuyo día la Iglesia proclama el triunfo del santo. Por coincidir la efemérides con la festividad de Santiago, Patrón de España, se traslada la conmemoración del martirio de San Cristóbal al 10 del mismo mes, en memoria de un singular prodigio acaecido en Valencia.

Dan fe, por último, las numerosas reliquias del mártir, desperdigadas por España. Se asegura que en el año 258, poco después de su martirio, fueron traídas a nuestra Patria las reliquias del mártir. Un brazo se conserva en Santiago de Compostela, una mandíbula en Astorga, y Toledo y Valencia poseen asimismo otras reliquias venerandas del insigne soldado de Cristo.

¡Cristóbal, soldado de Cristo! Ya sirve a un Señor que a nadie teme y de todos es temido. Ha muerto en la cruz, ante la que tiembla Satán y ante la que se arrodilla humilde un viejo ermitaño.

—Decidme, hermano, ¿dónde he de encontrar a ese Cristo, Rey más poderoso que todos los pasados? —pregunta, sumiso, el arrogante soldado al eremita.

—¿Para qué queréis hallarlo?

—Con ánimo resuelto de servirle.

«Regocijóse en extremo el siervo de Dios con la ocasión tan buena que se le venía a las manos, conociendo que el Señor se la enviaba para que ilustrase aquel ciego entendimiento con las luces de la fe, transformando aquel corazón bruto en un diamante peregrino que pudiese servir de anillo en la divina mano».

Déjase Relicto instruir por el ermitaño, quien va descubriéndole los misterios de la fe verdadera.

—¿Cómo he de servir a mi nuevo Señor? —ínstale Relicto.

—Con la oración y el ayuno.

—No sé rezar.

—Ayuna entonces.

—¿No ves mi corpulenta estatura? He de comer más que los otros para mantenerme.

—Sírvele entonces con tu estatura y tu fuerza. Ayuda a vadear el torrente a los caminantes que lo precisen.

Relicto obedece al ermitaño. Su cuerpo gigantesco transporta a nado sobre sus hombros a los que no se atreven a vadear el peligroso río.

De esta guisa comenzó el nuevo soldado de Cristo a servir a su Señor. Hasta que un día divisó un niño bien pequeño en la misma ribera del río. Preguntóle qué deseaba y el pequeño le respondió que le pasase a la otra orilla. Tomóle Relicto y se lo puso al hombro, teniendo por cosa de juguete el peso.

Dejemos a uno de los biógrafos narrarnos el milagroso hecho, cuya autenticidad no parece probada, pero que, sin embargo, inspiró la iconografía del santo más difundida desde el Medievo.

«Cristóbal entró animoso al río con su báculo, como jugueteando con las ondas; pero a pocos lances conoció que aquel alto bajel se iba a pique, arrebatado de la furia de la corriente. Crecían las aguas, entumecíanle las olas; procuraba cortarlas valiente, haciendo en la arena pie firme; pero nada le valía, porque el pequeño niño que llevaba en sus hombros tanto le abrumaba con el peso que si él mismo no le diera (aunque él no lo conocía) la mano, como a San Pedro, para librarle del naufragio, en ellas hubiera hallado Cristóbal su sepultura. Rendido, como sudando y gimiendo, salió a la orilla y puso (bien que admirado) al niño en la arena, y le dijo al que imaginaba niño estas palabras: "¿Quién eres, niño? En grande peligro me has puesto. Jamás me vi en riesgo de perder la vida, sino hoy, que te llevé sobre mi espalda. Las coléricas aguas aumentaban su enojo, y tú ibas multiplicando el peso. No pesabas tanto al

principio. ¿Quién eres, niño, que tan en la mano tienes hacerte ligero o pesado? Creo que más pesas tú que el mundo, pues éste no me acobardara con el peso, aunque me lo echara al hombro"».

Entonces Cristóbal oyó la respuesta que le abriría de par en par las puertas de la gracia y le señalaría el nombre que habría de adoptar en el bautismo.

«Te llamarás Cristóforo, porque has llevado a Cristo sobre tus hombros. No te admires, Cristóbal, de que yo te pese más que el mundo, aunque me ves tan niño; porque peso yo más que el mundo entero. Yo soy de este mundo que dices, el único Criador; y así no sólo al mundo, sino al Criador del mundo, has tenido sobre tus hombros. Bien puedes gloriarte con el peso: Yo soy Cristo. Yo soy ese Señor que buscas. Ya hallaste lo que deseas, y a quien has servido tanto en estas obras piadosas, y, aunque sobra mi palabra para crédito de mi verdad, pues sólo porque yo lo digo tiene su firmeza la fe, ejecutaré un prodigio para que conozcas la grandeza de este Niño pequeño. Vuélvete a tu casa, no tienes ya que temer las olas. Fija en la tierra ese árido tronco que te sirve de báculo, que mañana le verás no sólo florido, sino coronado de frutos».

Y el prodigio fue. A la mañana siguiente la estaca seca plantada en el suelo se había trocado en esbelta palmera cuajada de frutos.

¡Cristóbal, portador de Cristo! De cuatro maneras —observa monseñor Tihamer Toth— llevó el gigantesco soldado a su nuevo Señor. Sobre sus hombros, cuando el paso del río; en los labios, por la confesión y predicación de su nombre; en el corazón, por el amor, y en todo el cuerpo, por el martirio.

Ya está preparado Cristóbal para recibir el bautismo. Se lo administra el santo patriarca Babilas en la basílica de Antioquía. Relicto cambia de nombre al profesar su fe en el Redentor. De aquí en adelante se llamará Cristóbal, es decir, portador de Cristo.

Mas quien ha llevado una vez a Cristo sobre sus hombros ha de llevarlo siempre con su ejecutoria. De nuevo la tradición aporta una leyenda ejemplar y bellísima.

«Allá en el siglo III de la Iglesia, a un valerosísimo cristiano, de real estirpe, le abofetea en la plaza pública un hombre de vilísima condición.

El soldado le coge con sus puños de hierro. Le derriba en el suelo. Desenvaina la espada y la alza para darle el golpe de muerte.

—¡Mátale, mátale! —grita el gentío que le rodea, indignado por la cobarde y desvergonzada acometida del injuriador...

El soldado, como volviendo en sí, levanta los ojos al cielo, suelta a su ofensor, envaina la espada y dice:

—Le mataría si no fuera cristiano.

—¡Mátale! ¡Mátale! —le grita de nuevo el gentío.

—¿Matarle? Le mataría si no fuera cristiano...».

Aquel valerosísimo cristiano, de real estirpe, había recibido en el bautismo el nombre de Cristóbal.

Mas los días de Cristóbal están ya contados. Su ardoroso celo en la predicación evangélica espolea sus ansias. Licia primero, Samos después, oyen su inflamado verbo y presencian la conversión de muchos gentiles.

Y otra vez fue el prodigio.

«En medio de la plaza de Samos se hallaba Cristóbal, a vista de todo el pueblo, arrastrados del prodigio de ver aquel monstruo (por tal le tenían) tan singular. Hablaba y predicaba; pero ni por señas le entendían. Lleváronle a la puerta donde residían los jueces; mas éstos tampoco alcanzaban los intentos de este hombre, porque ni él los entendía ni le entendían ellos, y así eran inútiles todos sus trabajos. No desconfió Cristóbal en medio de su aflicción; y si San Pablo dijo que todo lo podía en el Señor que le confortaba, lo mismo le sucedió a Cristóbal, pues, sabiendo que su Dueño era todopoderoso, y que dio lenguas a sus discípulos en el Cenáculo para que fuesen entendidos de diecisiete naciones distintas, hablando a cada uno en su particular idioma, conoció que aquí podía repetir el mismo prodigio, pues el mismo era su fin, que era predicarles la verdadera fe. Y así, en presencia de los mismos jueces, comenzó a clamar a Dios en oración tan fervorosa y humilde que, al verle todos con las rodillas en el suelo, clavados en el cielo los ojos, puestas las manos en el pecho, y que daba aquellas voces que nadie las entendía, los mismos jueces le volvieron como a loco las espaldas, dejándole como a tal por risa y escarnio del pueblo, que todo lo cercaba, o para ver el fin de aquel prodigio, o para entretenerse con el loco.

Aquí fue donde en medio de la plaza plantó su báculo, y, haciendo breve oración a Dios, se vio convertido en palma por segunda vez, ejecutando Dios aquel milagro por que no tuviesen por loco al que les predicaba a Jesucristo. Mas presto conocieron el fruto de la oración, que ellos, como bárbaros, imaginaron locura. Porque no bien había concluido su oración, cuando la divina gracia le concedió el don de lenguas, y con el nuevo favor comenzó a predicar de Dios las maravillas».

Llegó a oídos del rey Dagón el portentoso suceso, del que fuera protagonista uno de los cristianos, a quienes tenía ordenado por el emperador Decio su persecución y encarcelamiento. Mandó entonces el soberano soldados para que le prendieran, pero no se atrevieron y regresaron a palacio sin Cristóbal. Enojóse sobremanera el monarca y redobló la guardia con la orden terminante de que condujesen a prisión al alborotador.

Dejóse conducir Cristóbal maniatado, como vulgar facineroso, ante la presencia del reyezuelo, quien, colérico y enojado, preguntóle:

—¿De dónde eres? ¿Cómo te llamas?

—Soy cananeo. Mi nombre no es ahora el mismo que antes tenía. Antes me llamaba Réprobo, y bien decía mi nombre quién yo era, pues tales eran mis obras mientras ciego vivía, como vosotros, en las tinieblas de la gentilidad, que no sólo el nombre, sino todo yo era Réprobo, hijo del demonio, hijo de la perdición. Mas ahora me llamo Cristóbal, porque mi Señor es Cristo, Hijo de Dios verdadero.

—¿Qué nombre es ése? —replicó el tirano, disimulando su enojo—. ¿Es posible que, siendo tú bizarro y generoso cananeo, te sujetes a la vil servidumbre de este Cristo? Ese Cristo no es más que un hombre, que, por ser engañoso y malhechor, le quitaron la vida en una cruz. ¿A quién podrá salvar ese hombre si no pudo salvarse a sí mismo? Deja, cananeo, ese nombre de cristiano, y no seas encantador, como ellos. Mira que mis palabras no son sólo amenazas: te aseguro que serán obras, que apuraré los martirios y te daré mil muertes si no sacrificas luego a nuestros dioses.

—Yo soy cristiano y adoro a Jesucristo —respondió con valentía Cristóbal—. A Jesucristo, a quien llevo en mi nombre, llamándome Cristóbal, gloriándome de él como el apóstol San Pablo, pues le llevo en el nombre, en la boca y en el pecho. Pero tú te llamas Dagón, que quiere decir muerte, porque realmente eres muerte del mundo, compañero del demonio; demonios son esos ídolos que adoras, hechuras de manos de hombres.

Montó en cólera el tirano y escupióle indignado.

—Bien se conoce que eres bárbaro cananeo. Bruto eres en el semblante, y de bruto son tus costumbres. Mamaste leche de

fieras, y así de fieras son tus obras. No quiero gastar contigo mis palabras. Te mando que sacrifiques a nuestros dioses. Si lo haces te haré singulares honras, estarás a mi lado y serás de los principales de mi reino. Pero si no quieres sacrificar, sabe que infaliblemente has de morir y con los más rigurosos martirios.

Vano empeño del tirano, quien vio sorprendido que ya algunos soldados de su escolta proclamaban en su presencia que eran cristianos. Indignado el reyezuelo, los mandó degollar y recluir a Cristóbal en el calabozo.

De nuevo volvió a su intento Dagón. No se le ocultaba la extraordinaria importancia de que Cristóbal abjurase de sus creencias y sacrificase a los dioses. Preparó hábil estratagema. Niceta y Aquilina, dos cortesanas de vida licenciosa, visitarán a Cristóbal en la prisión y con halagos y seducciones le harán abjurar de su fe.

> «Mas, al verlas, levantóse con brío en pie Cristóbal, con un aspecto tan feroz que, al ver la severidad y enojo de su semblante, cayeron en tierra desmayadas las mujeres, creyendo que no tenía más término su vida que hablar Cristóbal la primera palabra, pues rayos son los que arrojan los santos, que quitan la vida a sus enemigos».

Cayeron ambas en tierra, heridas por la gracia, y confesando sus muchas faltas y proclamando su arrepentimiento, imploraron de Cristóbal el perdón.

Dioles ánimos el mártir para que públicamente confesasen a Cristo e increpasen al tirano por su maldad. Llegadas a presencia del rey, echáronle en cara su impiedad y perfidia y burláronse de los falsos dioses, cuyas estatuas arrojaron al suelo ante el asombro de la corte.

Furioso el soberano, ordenó matar a las dos cortesanas, quienes, invocando el auxilio de Cristóbal y renovando su profesión de fe, entregaron sus almas al Creador en medio de crueles tormentos.

> «Así fueron las dos coronadas en el mismo día, glorificando a Jesucristo con los mismos cuerpos con que antes le ofendieron».

Todo ello no sirvió más que para exasperar al rey, quien, fuera de sí, recapacitaba la forma de deshacerse de Cristóbal, a quien no podía vencer con halagos y vanas promesas.

Estaban ya contados los días del invicto soldado de Cristo. Ansiaba Cristóbal seguir presto la suerte de las dos convertidas por su virtud y santidad, y ansiaba también el tirano desquitarse de la afrenta infligiendo al santo nuevos y crueles martirios.

Intentó de nuevo apartarle de la fe con el señuelo de honores y de glorias. Empeño vano. «Lo mismo era persuadirle que adorase sus dioses falsos y que mudase de propósitos, que enternecer una peña o ablandar un bronce», por lo que decidió darle muerte.

Mandó que lo azotasen con varillas de hierro, pero Cristóbal no cesaba de entonar himnos a Dios. Ordenó luego el tirano que le colocasen en la cabeza un casco de hierro al rojo vivo, cuyo tormento soportó el mártir con entereza, saliendo indemne de la dura prueba.

Desesperado el rey, dispuso que tendiesen a Cristóbal sobre una gigantesca parrilla, a fin de que fuese quemado a fuego lento. Mas las llamas respetaron el cuerpo del santo y derritieron, en cambio, la parrilla.

Tanto prodigio exaspera al tirano, quien ve que la entereza de Cristóbal gana adeptos para la religión cristiana. Ordenó entonces que atasen al reo a un árbol y que cuatrocientos soldados disparasen sin cesar flechas con sus arcos hasta que el cuerpo de Cristóbal se rindiese. Mas Dios tenía dispuesto nuevo prodigio. Porque un día entero pasáronse los soldados arrojando flechas sin que ninguna diese en el blanco. Por el contrario, una de ellas clavóse en el ojo del monarca, quien quedó ciego.

La voz de Cristóbal resonó vibrante.

> «Mi fin se aproxima. El Señor prepara ya mi corona; pero no la recibiré hasta mañana por la mañana. Hasta entonces no sanarás. Cuando la espada separe mi cabeza de mi cuerpo, unge tu ojo con mi sangre, mezclada con el polvo, y al punto quedarás sano. Entonces reconocerás quién te creó y quién te ha curado».

A la mañana siguiente, la espada del verdugo separa la cabeza del cuerpo de Cristóbal y el rey hace lo que el mártir le advirtiera. Al punto recobra la visión y, volviendo sus ojos a la verdadera fe, ordena a todos sus súbditos que adoren a Cristo y proscriban los dioses falsos.

Y Gualterio de Espira termina el relato del martirio afirmando que toda la nación siria se apresuró a cumplir el manda-

to del rey, más por los milagros de Cristóbal que por la orden del monarca.

Es San Cristóbal uno de los catorce santos auxiliadores de la humanidad por su acendrado amor a los hombres y a quienes los cristianos invocan con especial devoción en todas sus necesidades espirituales y materiales. Por haber llevado a Cristo sobre sus hombros, defendiendo al tierno Infante de ser arrastrado por las aguas, la cristiandad comenzó desde el Medievo a colocar su efigie en el interior de las catedrales para que su gigantesca figura ahuyentase a los perseguidores de la Iglesia y defendiese al propio tiempo los tesoros religiosos y artísticos guardados en el templo.

Los himnos litúrgicos proclaman desde muy antiguo la excelsa protección del soldado de Cristo a los caminantes, que no dudan en acogerse a tan excelso patronazgo, y pródiga es nuestra literatura —desde Gualterio de Espira hasta nuestros más modernos poetas, García Lorca y Antonio Machado, pasando por Cervantes— en inspirados cánticos al Patrono de los caminantes. No menos se hizo popular su efigie —siempre colosal y gigantesca, tomando por tema la tierna leyenda del transporte del Niño a través del torrente— que decora muchísimas catedrales y vigila los pasos de los automovilistas. Porque los que van sobre ruedas escogieron por Patrono a San Cristóbal, y cada día cobra mayor auge y esplendor la fiesta litúrgica y son cada vez más numerosos los que acuden con sus coches a recibir la bendición del Santo, prenda segura de buenos augurios.

Como muestra de la tierna devoción de los caminantes a San Cristóbal recogemos la oración del automovilista, que a diario rezan muchos de los que han de sostener el volante entre sus manos:

> «Dame, Dios mío, mano firme y mirada vigilante, para que a mi paso no cause daño a nadie. A Ti, Señor, que das la vida y la conservas, suplico humildemente guardes hoy la mía en todo instante. Libra, Señor, a quienes me acompañan de todo mal: choque, enfermedad, incendio o accidente. Enséñame a hacer uso también de mi coche para remedio de las necesidades ajenas. Haz, en fin, Señor, que no me arrastre el vértigo de la velocidad, y que, admirando la hermosura de este mundo, logre seguir y terminar mi camino con toda felicidad. Te lo pido, Señor, por los méritos e intercesión de San Cristóbal, nuestro Patrono. Amén».

La efigie del coloso soldado de Cristo, colocada en el automóvil o en el camión, habrá salvado más de una vez de peligro cierto a quienes le invocan con devoción y fe.

ANTONIO ORTIZ MUÑOZ

Bibliografía

CASCÓN, M., SI, *San Cristóbal* (Santander 1952).
MONZÓN, T., *Vida y prodigioso martirio del gigante en naturaleza y gracia, el glorioso San Cristóbal abogado contra la peste, nubes, rayos y granizo* (Madrid 1725).
PÉREZ DE URBEL, J., *Año cristiano,* V (Madrid [4]1951).
Vida del glorioso mártir San Cristóbal, recopilada por un devoto del Santo (Madrid 1955).
• Actualización:
BRUGADA CLOTAS, M., *San Cristóbal, el portador de Cristo* (Barcelona 2003).
SENDÍN BLÁZQUEZ, J., *Santos de leyenda, leyendas de santos* (Madrid 2000) 162-168.

SAN CUCUFATE

Mártir († s. IV)

Al presentar Prudencio, en el canto IV del *Peristephanon,* dedicado a los mártires de Zaragoza, las más sublimes glorias que las diversas ciudades presentarán ante el Señor, refiriéndose a Barcelona nos dice: «Y tú, Barcelona, te levantarás confiada en el eximio San Cucufate».

Por otra parte, en el *Martirologio jeronimiano,* y posteriormente en todos los calendarios y martirologios, se consigna en este día y en Barcelona el nacimiento al cielo de San Cucufate.

Evidentemente, la vida de San Cucufate, tal como se nos refiere en la «leyenda de oro» de la Edad Media, presenta muchos rasgos característicos de las leyendas, tan frecuentes en todas las naciones cristianas. Sin embargo, la circunstancia de que ya Prudencio en su tiempo nos comunique con tanta precisión el hecho del martirio de San Cucufate en Barcelona, indica con suficiente claridad que, al menos, los hechos fundamentales de su martirio responden a la realidad. Téngase presente que Prudencio debió escribir dicha obra hacia el año 380 y que el martirio de San Cucufate debió ocurrir el año 305 o 306. Por consiguiente, se trataba de hechos relativamente recientes y que, por referirse a los mártires cristianos, tan venerados por todos los fieles, permanecían en la memoria de todos.

Hay más. El testimonio de Prudencio sobre la verdad del martirio de San Cucufate adquiere un valor muy especial si se le considera juntamente con los demás que presenta el poeta en el mismo himno. Pues bien, así como debemos decir que todos esos mártires a que alude Prudencio son realmente históricos, aunque tal vez en las Actas o Pasiones correspondientes se hayan mezclado rasgos legendarios, lo mismo debemos decir de San Cucufate.

Esto supuesto, es difícil, y aun prácticamente imposible, señalar no sólo con precisión, pero ni aun aproximadamente, cuáles son en el martirio de San Cucufate los datos históricos y cuáles los legendarios. En general podemos afirmar que los hechos fundamentales de su valor y constancia, de su ardiente fe y de su heroísmo en derramar su sangre por defenderla, son históricos y responden a la realidad. En cambio, entran, sin duda, en el campo de la leyenda multitud de rasgos accidentales o circunstanciales del martirio, particularmente la multitud de tormentos a que es sometido, los milagros estupendos y repetidos y las muertes de los perseguidores de San Cucufate. En todo caso, persiste la ejemplaridad del martirio como modelo para todo cristiano de nuestros días.

He aquí, pues, lo que se nos ha transmitido sobre el martirio de San Cucufate:

Era de origen africano, y nació de padres nobles y cristianos en la población de Scila. Enviado, con su hermano Félix, a Cesarea de la Mauritania para aprender las letras humanas, hizo allí grandes progresos, no sólo en el estudio, sino más aún en el espíritu. Mas, como ambos se sintieran animados de un intenso deseo del martirio, teniendo noticias de que había estallado una sangrienta persecución contra los cristianos, partieron para España y desembarcaron en Barcelona.

Al entender, pues, que el prefecto Daciano, atravesando las Galias, se dirigía a España, mientras Félix se dirigió a Gerona, Cucufate decidió esperarlo en Barcelona, mientras se preparaba con especiales oraciones para el martirio. Al mismo tiempo se dedicó al oficio de mercader, procurando ejercitar la caridad con los hermanos cristianos. Llegado, pues, Daciano a Barcelona, como entretanto se había dado a conocer Cucufate por su

eximia caridad con los pobres y necesitados y por sus obras de celo, fue bien pronto delatado.

Preso, pues, por orden del juez, fue encerrado en un calabozo, donde se trató primero por todos los medios posibles de inducirle a que sacrificara a los ídolos. Mas, como persistiera con la mayor firmeza en la confesión de la fe, fue entregado en manos del prefecto Galerio para ser torturado. Éste, en efecto, presa de una fiera rabia contra los cristianos, lo entregó a doce robustos soldados, con la orden de que por turno le azotaran y con las uñas de hierro y con los escorpiones lo despedazaran hasta que le quitaran la vida. Aplicáronle al punto tan inhumano tormento, y ya estaba el cuerpo del mártir completamente dilacerado cuando, por justo castigo de Dios, los verdugos se sienten heridos de ceguera y el prefecto cae herido de muerte, mientras Cucufate es milagrosamente sanado de sus heridas.

Ante tan estupendos milagros gran multitud del pueblo abandona la superstición pagana y abraza la fe de Cristo; pero, entretanto, el nuevo prefecto Maximiano, sucesor de Galerio, ordena a los verdugos asar cruelmente al mártir en las parrillas y, para aumentar la tortura, untar el cuerpo asado con vinagre y pimienta. El mártir, por su parte, puesto en medio del tormento, entona salmos al Señor, y con un nuevo milagro es sanado repentinamente, mientras los verdugos perecen en el fuego. Ciego de rabia el prefecto, y atribuyendo todas estas maravillas a arte diabólica, manda inmediatamente que se encienda un gran fuego y en él se queme al mártir; mas, puesto Cucufate en medio de la ingente llama, sumido en oración al Señor, permanece enteramente ileso, mientras la llama se extingue por completo.

Desconcertado y confuso el prefecto Maximiano, ordena volver al mártir a la cárcel, para decidir él durante la noche lo que se deberá hacer. Mas, durante aquella noche, es recreado el mártir con un resplandor celeste en su prisión, con el cual, ilustrados los carceleros, penetraron en la verdadera luz interior y creyeron en Cristo. Al tener, pues, noticia de todo esto, ciego de ira Maximiano, manda flagelar al mártir con azotes de hierro hasta quitarle la vida; pero, mientras se le aplicaba tan inhumano tormento, por efecto de la oración del mártir arde en llamas

la carroza del prefecto Maximiano, y, mientras se dirigía al templo para sacrificar a los ídolos, muere presa de las llamas, al mismo tiempo que los ídolos caen al suelo hechos pedazos.

Finalmente, el nuevo prefecto Rufo, escarmentado en sus predecesores, no se atrevió a aplicar ningún tormento al mártir, sino que, pronunciando la sentencia contra Cucufate, ordena que lo pasen por la espada. Así, pues, habiendo superado la crueldad del fuego, del hierro y de todos los tormentos, herido por la espada obtuvo la palma del martirio el 25 de julio. El martirio tuvo lugar en las afueras de la ciudad, en el campamento militar denominado «Castrum Octavianum», que es la actual población de San Cugat del Vallés, junto a Barcelona.

La memoria de San Cucufate se mantuvo fresca en Barcelona y en toda la Península, según se manifiesta claramente en las palabras de Prudencio, citadas al principio, y en los breves elogios de los martirologios. Desde el siglo VIII existió en el «Castrum Octavianum» un monasterio dedicado a San Cucufate (o San Cugat), de quien se suponía que se conservaban las reliquias. Sin embargo, conforme a una tradición, la cabeza había sido llevada a Francia. Este monasterio de San Cugat recibió su forma definitiva en los siglos XII y XIII y se conservó hasta la supresión general de 1835. El edificio se puede admirar todavía en nuestros días.

Son curiosas, por otra parte, las noticias que sabemos sobre los recuerdos de San Cucufate en Francia. En efecto, consta que Fulrado, abad del monasterio de San Dionisio, se procuró algunas reliquias de San Cucufate y las depositó en un monasterio fundado por él en Alsacia. Su nombre antiguo era La Celle-de-Fulrad; pero se cambió entonces por el de San Cucufate. Pero el año 835 el abad Hildnin hizo llevar estas reliquias a San Dionisio, de París. De hecho, consta que desde el siglo IX la devoción a San Cucufate se extendió por los alrededores de París. En las proximidades de Rucil, en medio del bosque, hay un pequeño lago que ostenta el nombre de Saint Cucufat. Según algunos investigadores, hubo allí en otros tiempos una capilla dedicada al santo, de la que todavía en el siglo XVIII se conservaba la memoria, acudiendo el pueblo para ciertas peregrinaciones. Se la designaba con el nombre transformado de Saint Quiquen-

fat. Otros nombres vecinos de Guinelat, Conat y Coplian son interpretados como recuerdos de San Cugat.

BERNARDINO LLORCA, SI

Bibliografía

Act. SS. Boll., 25 de julio.
DELEHAYE, H., *Commentarius perpetuus in martyrologium hieronymianum* (Bruselas 1940) 98s; 100s.
— *Les origines du culte des martyrs* (Bruselas ²1933) 367s.
FÉLIBIEN, M., *Histoire de l'abbaye de Saint-Denis en France* (París 1706).
LE BLANT, E., *Les Actes des martyrs. Supplément aux «Acta sincera» de Dom Ruinart* (París 1882).
RUINART, T., *Acta primorum martyrum sincera et selecta* (Ámsterdam 1713).
SOCIÉTÉ DES BOLLANDISTES (ed.), *Bibliotheca hagiographica latina antiquae et mediae aetatis*, I (Bruselas 1900) 1997-1998.

BEATA MARÍA DEL CARMEN SALLÉS Y BARANGUERAS

Virgen y fundadora († 1911)

Dios no fabrica las personas en serie. Le da una misión y un carisma concomitante a cada una. Por ello surgieron en la Iglesia del siglo XIX tantas congregaciones religiosas destinadas a la enseñanza, que sin embargo no son todas iguales, porque cada una nace del corazón de una persona singular que proyecta en su obra el carisma recibido de Dios. Y aunque no faltaron obispos y sacerdotes fundadores de congregaciones femeninas dedicadas a la enseñanza, otras muchas nacen de un corazón de mujer que imprime en ellas su fuerte personalidad, una personalidad lograda a base de hacer crecer en el Espíritu los dones que Dios mismo había sembrado en su alma. Éste es el caso de la M. María del Carmen Sallés y Barangueras, fundadora de las Religiosas Concepcionistas de la Enseñanza.

Carmen era catalana. Había nacido en la ciudad episcopal de Vich, provincia de Barcelona, el 9 de abril de 1848. Dios le dio como primera gracia el nacer en una excelente familia. Sus padres, José Sallés y Vall y Francisca Barangueras y de Plannel, presidían un hogar numeroso, en el que los valores cristianos tenían la primacía. Practicaban de modo muy concreto la pie-

dad y la caridad. El alma de la casa era la oración, que se practicaba en familia y se nutría de los sacramentos de la Iglesia, recibidos con mayor frecuencia de lo que era usual en el siglo XIX. La familia como tal practicaba la caridad. Se atendía a los pobres que llegaban a la puerta con generosidad evangélica y se iba a visitar a los enfermos del hospital para que se sintieran queridos y acompañados. Carmen se mostró muy receptiva a este clima cristiano de su casa y se llenó por entero de espíritu verdaderamente religioso.

Carmen conocería el estado religioso porque las monjas se harían presentes en su vida. En efecto, tenía sólo 8 años cuando sus padres se trasladaron a vivir a Manresa. Y aquí había un excelente colegio religioso, el llamado de la Enseñanza, regentado por las monjas de la Compañía de María. En él fue inscrita como alumna Carmen y se aprovechó desde primera hora de la formación magnífica que las monjas proporcionaban. La piedad profundizó en su corazón, y se abrió aún más a la devoción mariana, aprendida en el hogar, y tan viva en el colegio. De manera muy particular Carmen se aficionó afectivamente al misterio mariano de la Inmaculada Concepción, definida como dogma de fe a los dos años de su ida a Manresa, por el papa Pío IX el 8 de diciembre de 1854. Y comenzó a florecer en su corazón el deseo de ser religiosa. Este deseo se hizo más vivo conforme creció y así al llegar a los 16 años se encontró con que sus padres le imponían un noviazgo que llevaba camino de conducir a un matrimonio ventajoso. Se llegó a formalizar el compromiso matrimonial, pero en su corazón Carmen nunca dio la aprobación a esta iniciativa que ni era suya ni ella la asumía con gusto y convicción. En septiembre de 1868 se produjo la llamada Gloriosa, una revolución que destronó a Isabel II y abrió en España un período de gran inestabilidad política, sucediéndose en pocos años varios regímenes políticos. También a Carmen y su familia afectaron las circunstancias de esta revolución. Ella insistió con firmeza en que no quería contraer matrimonio y por el contrario deseaba licencia para ser religiosa. Su tenacidad llevaría a sus padres a darle el ansiado permiso.

Acudió al P. Goberna, de la Compañía de Jesús, y le consultó su atractivo por una vida religiosa que estuviera dedicada a la

adoración del Santísimo y a las obras de caridad. Ésta era la Congregación de las Adoratrices, a la que se ofreció por medio del dicho sacerdote, y obtuvo que la Congregación la aceptara, iniciando el postulantado el año 1869. Pero una vez dentro, vio que aquélla no era su casa espiritual ni aquél su llamamiento divino, y así dejó la comunidad. Pero esta salida no significaba voluntad alguna de ser seglar sino que continuaba buscando una congregación en que pudiera realizarse como religiosa. Se puso bajo la dirección espiritual de D. Sebastián Aliberch, y entonces basculó hacia la espiritualidad dominicana, y se unió a las terciarias dominicas, llamadas de la Anunciación, iniciando un largo período de maduración espiritual al ingresar en 1871. Entonces fue fijando los motivos nucleares de su espiritualidad: la devoción a María en el misterio de la Inmaculada Concepción; la educación como «obra de redención» y precisamente de redención preservativa, como la de María en su concepción, brindando a las jóvenes una cultura que las inserte en la nueva sociedad que entonces se alumbraba y en la que el papel de la mujer iba a ser mucho más activo. Terminado el noviciado, emitió la profesión religiosa, y recibió sucesivamente diferentes cargos en la congregación: profesora, directora de un colegio y por fin superiora de la casa de Barcelona. Halló sin embargo dificultades para su realización personal y no sin dolor llegó a la conclusión de que no era por ese camino por donde Dios la llamaba, y por ello decidió dejar y dejó en efecto la congregación.

Comienza entonces a perfilar la idea de que lo suyo es fundar una nueva congregación. Marcha a Madrid, perfila su carisma y comienza a rodearse de otras jóvenes que comparten su ideal. En la catedral de Madrid, ante el altar de la Virgen del Buen Consejo, toma su determinación y encuentra en el arzobispo de Burgos, don Manuel Gómez Salazar, el prelado que la entiende y la anima y está dispuesto a darle la aprobación diocesana. Se traslada a Burgos y con siete compañeras el 7 de diciembre de 1892 comienza su congregación, cuyo nombre se perfilaría finalmente como el de Concepcionistas Misioneras de la Enseñanza.

Empezaban para ella diecinueve años de etapa fundacional. Constituida superiora general de la nueva congregación, lo será

hasta su muerte. Y ella se dedicará a formar a las religiosas según el carisma recibido. En primer lugar procuró la formación cultural y espiritual de las religiosas alegando que tenían que ser como las fuentes que se llenan de agua: así ellas tienen que llenarse de piedad y ciencia por la oración y el estudio. Y ello en orden a su misión educadora. Pues decía: «La instrucción por sí sola no es suficiente; es necesario entrar en el ámbito de la piedad y meterse en el alma de las jóvenes para unirlas a Cristo». Estaba convencida de que nada redime tanto como la buena educación, hecha de instrucción y formación, y que brindarla es una forma excelente de colaborar en la obra de Cristo. Por ello no quiso dirigirse sólo a las niñas sino también a las jóvenes, y procuró abrir no solamente colegios de niñas sino escuelas de adultas, muy preocupada por la promoción social de la mujer y de su formación profesional. Tuvo el consuelo de que en 1908 el santo papa Pío X aprobara su congregación.

Fue su deseo de llevar su obra a las zonas más necesitadas de promoción femenina el que la llevó a querer fundar en la zona sur de España, y en efecto logró abrir siete colegios de Madrid hacia abajo. De manera que su fundación tuvo una etapa de consolidación con fundaciones en Burgos, Madrid y Segovia, de expansión en La Mancha y Andalucía, y pensando que era un rico venero de vocaciones abrió casa en Navarra. Llegó a abrir trece casas, pudo admitir a 166 religiosas y tener un alumnado de 4.000 niñas y jóvenes. Carmen miró entonces a América y comenzó los preparativos para la fundación de una casa en Brasil, pero moriría antes de poder verla abierta.

Fue un alma de profunda vida interior. Dedicaba largas horas a la oración y crecía de forma admirable en la unión con el Señor, dejando atrás todos los cuidados temporales para vivir sólo para Dios y desde esta plena dejación en Dios hacer con tanta perfección todas sus cosas. Su amor a María la llevaba a vivir toda entregada al Señor, pues su devoción mariana era de imitación del espíritu y el corazón de María, en quien ella tenía su modelo de vida para un seguimiento perfecto de Cristo.

Toda su vida fue de salud débil, que no fue obstáculo para su continua actividad y su entrega esforzada al cumplimiento de sus obligaciones como superiora de la congregación. En 1907

se puso muy enferma, tanto que los médicos pensaron había llegado su hora. Pero ella estuvo segura de que el Señor le iba a conceder en vida sus tres grandes anhelos: el de tener casa la congregación en Madrid, el de poner en ella el noviciado y el de levantar un hermoso templo a la Inmaculada Concepción. No murió en 1907 y el Señor le concedió sus deseos con la casa de la calle madrileña de la Princesa. Cuando enfermó en 1911 los médicos no acertaron con la gravedad pero ella predijo que moriría el día de Santiago Apóstol y, en efecto, el 25 de julio de 1911 moría con la muerte de los justos en la capital de España.

Treinta y cinco años más tarde se iniciaba en la diócesis de Madrid-Alcalá su causa de beatificación, y completado el proceso ordinario fue llevada a Roma. Pero se pidió suplementar las informaciones y ello llevó a una cierta dilación en el progreso de la causa. Por fin el 17 de diciembre de 1991 el papa Juan Pablo II declaró heroicas sus virtudes. El milagro requerido para su beatificación fue aprobado el 18 de diciembre de 1997 y el Santo Padre Juan Pablo II procedió a su beatificación el 15 de marzo de 1998.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 90 (1998) 946-948.
FERNÁNDEZ, C., CMF, *Madre Carmen Sallés, fundadora de las Religiosas Concepcionistas de la Enseñanza* (Madrid 1943).
VALLS, M.ª A., *Carmen Sallés, mujer de ayer y hoy* (Madrid 1986).

BEATOS MÁRTIRES HOSPITALARIOS DE TALAVERA DE LA REINA

Federico (Carlos) Rubio Álvarez, Primo Martínez de San Vicente Castillo, Jerónimo Ochoa Urdangarín, Juan de la Cruz (Eloy Francisco Felipe) Delgado Pastor

Religiosos y mártires († 1936)

En Talavera de la Reina, Toledo, en 1935 decidió la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios abrir una escolanía misionero-hospitalaria con finalidad vocacional. Fueron destinados a ella cuatro hermanos y tenían treinta alumnos. Llegó el mes de

julio de 1936 y los hermanos, oídas las noticias, decidieron mandar a todos los niños a sus casas salvo a los ocho mayores. Los cuatro hermanos permanecieron en la fundación entregados a la voluntad de Dios. El día 23 de julio, a las cuatro de la tarde más o menos, un nutrido grupo de milicianos armados de fusiles y escopetas llegó a la casa. Encañonaron al hermano Jerónimo y le hicieron objeto de burlas y malos tratos. Los milicianos invadieron la casa haciendo un minucioso registro en busca de armas, según aquella teoría de que los religiosos guardaban armas en sus conventos para atacar al pueblo. No encontraron nada y se marcharon no sin proferir insultos y amenazas.

Los religiosos vieron que el horizonte se podía poner muy oscuro y que lo único posible era orar con fervor al Señor para que les diera fuerza y ánimo frente a cualquier contingencia que pudiera sobrevenir, pero llegaron a pensar que las cosas de momento no pasarían a más. El día 24 no pasó nada. Pero el día 25 por la mañana volvieron los milicianos y procedieron a nuevos y más exigentes registros, igualmente acompañados de malos tratos hacia los hermanos, a los cuales seguidamente les dicen que quedan arrestados y les obligan a que se vistan de paisanos. Eran el anciano sacerdote P. Federico Rubio Álvarez, el hermano Primo Martínez de San Vicente Castillo, superior de la casa, el hermano Jerónimo Ochoa Urdangarín y el hermano Juan de la Cruz Delgado Pastor. Parece que la suerte futura de los religiosos ya había sido decidida en el comité. Les notifican que han de comparecer ante un tribunal popular. Los sacan a la calle, donde se ha juntado una multitud de personas que los increpa e insulta. Cachean a los hermanos y les quitan sus objetos religiosos. Entre empellones y teniendo los hermanos los brazos en alto los llevaron al Teatro Victoria, donde han instalado una sala de juicio, y luego de un breve interrogatorio en el que quedó de manifiesto que no había para su muerte otra causa que su condición de religiosos, a las tres de la tarde fueron llevados en coche a las afueras y junto al Santuario de la Virgen del Prado fueron fusilados. Pero dos de ellos no murieron en el acto. Uno fue llevado al hospital, donde falleció, y el otro murió camino del mismo luego de haberse arrastrado hasta un puente desde el que pidió auxilio. Eran las cuatro primeras víctimas de la perse-

cución que se cernía sobre toda la Orden Hospitalaria que quedó en la zona republicana.

No le sirvió a la Orden la elogiosa mención que hizo de ella el ministro de Justicia, Fernando de los Ríos, en el Parlamento cuando el 18 de octubre de 1931 afirmó que ante los hermanos de San Juan de Dios desaparece toda discrepancia dogmática para no ver sino un testimonio de la abnegación de que es capaz un alma enfervorizada. No le sirvió tampoco la seguridad que les dio a los hermanos Manuel Azaña en enero de 1935 cuando delante de otros notables políticos recibió en su casa y dio una limosna al hermano limosnero que solía ir a recoger su óbolo. No le sirvió. El odio antirreligioso se cebó en numerosos hermanos hospitalarios que mantuvieron en alto la bandera de la fidelidad y cayeron como testigos de la misericordia hasta la muerte.

En Cataluña fueron martirizados cuatro hermanos del Hospital Infantil de San Juan de Dios, de Barcelona; dos religiosos del Sanatorio de San Juan de Dios de Manresa; un religioso del Sanatorio de Nuestra Señora de Montserrat, de San Baudilio de Llobregat; y dieciséis hermanos del Sanatorio de San Juan de Dios, de Calafell (Tarragona).

En el centro de España fueron martirizados treinta y cinco religiosos de la comunidad del Sanatorio Psiquiátrico de San José, de Ciempozuelos, Madrid, luego de que veintidós de ellos pasasen varios meses de prisión en el ocupado colegio escolapio de San Antón. Estos hermanos perecieron en Paracuellos de Jarama. Del Hospital Infantil de San Rafael, de Madrid, murieron martirizados cinco religiosos de la comunidad. Del Instituto Asilo de San José, de Carabanchel Alto, fueron sacrificados doce de los catorce miembros de la comunidad. Y, como queda dicho, fueron fusilados los cuatro miembros de la comunidad de Talavera de la Reina.

En Andalucía perdieron la vida ocho de los once religiosos que formaban la comunidad del Sanatorio de San José, de la capital malagueña.

Y en Valencia fueron muertos los once miembros de la comunidad del Hospital de San Juan de Dios, primero dos de ellos y luego la totalidad de la comunidad, tras haber padecido incautación y cárcel en el propio hospital.

De estos mártires se formaron varias causas de beatificación, habiéndose logrado ya la beatificación de setenta y uno de ellos el 25 de octubre de 1992, tras su declaración como verdaderos mártires el 14 de mayo de 1991. Ahora se prosigue la causa de los demás testigos de la fe. En estos procesos previos a la beatificación quedó claro que estos hermanos habían recibido la muerte con ánimo generoso y paciente y que se la habían infligido por odio a la religión cristiana. Ellos, al ponerse difíciles las cosas en la situación política española, no habían desertado de su puesto de atención a los enfermos. Habían escuchado la voz de su propio Prior General, el P. Narciso Durschein, el cual en carta circular fechada en Roma el 4 de abril de 1936, producida ya la llegada al poder del Frente Popular, había escrito:

> «Vista y examinada atentamente la gravísima situación política de España [...] nuestros religiosos no abandonarán la asistencia de los enfermos sino cuando las autoridades se hagan cargo de ellos [...] Estén a la cabecera de los enfermos hasta que fuerza mayor imponga abandonarlos [...] Esto será heroico en algunos casos, dado el estado de anarquía reinante, pero así nos lo impone un sagrado deber».

Por tanto los hermanos que permanecieron dentro de la Orden sabían a ciencia cierta el peligro que corrían y asumieron con valor religioso los riesgos de su profesión de hermanos hospitalarios. No pusieron a salvo sus vidas. Se arriesgaron a ser objeto de malos tratos y se hablaba claramente del peligro de la muerte, ya que en 1934 en Asturias había quedado claro el odio a los religiosos y sacerdotes de los que componían los partidos integrados ahora en el Frente Popular. Pero todos ellos se sentían llamados por Dios a ser testigos de la misericordia evangélica en el mundo atendiendo a los niños enfermos pobres y necesitados de auxilio y a tantos adultos enfermos, de manera singular a enfermos de la mente, para quienes los hermanos hacían de afectuosos hermanos y padres volcados en su sostenimiento y alivio.

Por parte de los perseguidores no podía haber y no había otra causa que su propósito de acabar con la religión, cuyos templos incendiaban, cuyas casas igualmente daban al pillaje y al fuego, cerrando no solamente las instituciones formalmente religiosas, como las parroquias, sino también las obras de bene-

ficencia social, como las escuelas y colegios y los asilos, hospitales, orfanatos, etc. La Orden de San Juan de Dios, dedicada por entero a la beneficencia, no entraba ni poco ni mucho en la política. Los hermanos no manifestaban partidismo político alguno. En sus casas no había propaganda de ninguna opción política ni eran centro de actividades contrarias al Frente Popular. Obviamente no eran marxistas ni alentaban la revolución antiburguesa pero tampoco hay prueba alguna de que ellos reclamaran a los elementos derechistas o militares una sublevación contra el gobierno republicano, por muy desafecto que éste fuera a la causa de la religión. Su único crimen era ser religiosos: ésa y no otra fue la razón por la que fueron perseguidos. No faltó quien llegara a pensar que su continua asistencia a los pobres y enfermos les podría hacer perdonar su condición de religiosos. Pero no fue así. Aquello fue tomado como un delito y, como se les dijo expresamente por ejemplo al grupo de fusilados en Calafell, con la muerte iban a pagar todo lo que habían hecho. ¿Qué habían hecho? Allí concretamente, en Calafell, atender a niños tuberculosos y escrofulosos. Un verdadero crimen, por lo visto.

Los 71 hermanos beatificados en 1992 pertenecían a todos los estados o etapas por donde un religioso puede pasar dentro de la Orden: postulantes, oblatos, novicios, profesos simples, profesos solemnes, hermanos sacerdotes, hermanos laicos, hermanos superiores, hermanos de comunidad sin cargos de mayor responsabilidad. Sus edades igualmente son muy variadas: cinco tenían menos de veinte años, veinticinco tenían entre veinte y treinta años, diez de treinta a cuarenta, veintitrés entre cuarenta y sesenta, y ocho tenían más de sesenta años.

Algunos fueron fusilados por sorpresa el mismo día de su arresto, como los de Talavera de la Reina o Calafell, otros luego de meses de cárcel, como los fusilados en Paracuellos del Jarama; unos murieron en grupo, otros murieron en solitario. Algunos murieron en el acto, otros luego de horas de estar heridos y desangrándose. A algunos quisieron quitarles su propia dignidad personal invitándolos a que blasfemasen, negándose ellos con toda energía. A uno lo ahorcaron en un puente y mientras pendía le dispararon. Muchos gritaron vivas a Cristo Rey mien-

tras sonaban las descargas. Algunos se arrodillaron para morir en actitud de oración. Algunos manifestaron expresamente su perdón a los asesinos. Algunos eran personas de notable cultura, otros eran personas de menor formación cultural. Algunos se habían hecho notar en la comunidad por cualidades relevantes, otros eran —por decirlo de algún modo— hermanos de fila, no conocidos más allá del área de la propia casa y Orden en que vivían.

Ninguno apostató. Ninguno se vino atrás de su vocación misericordiosa ante el peligro. Ninguno manifestó estar arrepentido de la profesión religiosa por la que había optado. Ninguno adoptó pose de héroe. Murieron todos con mucha mansedumbre y humildad, pero al mismo tiempo con firmeza y fuerza espiritual, plenamente conformes con la voluntad de Dios.

La persecución sufrida por los Hermanos de San Juan de Dios la ha historiado fray Octavio Marcos, OH y nos ha dejado una completa descripción de lo sufrido por la Orden bajo la revolución marxista desatada en el campo republicano tras el 18 de julio de 1936. En los primeros días de anarquía —cuenta el hermano Marcos— en nada fue molestada la vida de las casas de la Orden. Las comunidades siguen normalmente sus ejercicios religiosos y hospitalarios y en muchas siguen vistiendo el hábito. Fue al quinto día cuando en las comunidades más infortunadas comienzan las visitas de grupos milicianos que establecen vigilancia. Se pasa luego a la incautación, pero aun así los hermanos siguen en las casas prestando sus habituales servicios bajo la tutela de los jefes designados por los comités revolucionarios. Entonces es cuando se les impide el hábito religioso, se les prohíbe los ejercicios religiosos, se retiran los objetos piadosos, etc. Los hermanos continúan incluso bajo ese régimen haciendo lo que se les permite por los enfermos y realizando en clandestinidad sus ejercicios piadosos, haciendo los jefes revolucionarios la vista gorda. Se les garantiza a los hermanos la vida, al menos en algunos casos de forma hipócrita, toda vez que en las reuniones de los comités ya se trama contra ella. Se aceptan las sabidas denuncias contra los hermanos de guardar armas, de connivencia con el fascismo, de espionaje, y ello trae

consigo los registros, interrogatorios, amenazas, etc. Pasados unos días, todas las comunidades son detenidas y mientras unas son conducidas a la Dirección General de Seguridad, en otros casos se pasa directamente al fusilamiento, viniendo luego la profanación de las capillas y objetos sagrados de las casas, de las cuales, salvo dos, todas quedan ya sin los hermanos. La Sagrada Eucaristía pudo ser salvada de profanación en todos los casos por haberla consumido a tiempo, excepto en Talavera de la Reina donde fue objeto de vil sacrilegio. En las casas que permanecieron abiertas se les privó a los enfermos de toda asistencia religiosa.

Digamos ahora algo de cada uno de los cuatro mártires de Talavera de la Reina, cuyo martirio fue hoy, día 25 de julio, fiesta del apóstol Santiago el Mayor, patrono de España.

FEDERICO (CARLOS) RUBIO ÁLVAREZ había nacido en Benavides, León, el 3 de diciembre de 1862 en el seno de una familia campesina de hondos sentimientos religiosos. El 18 de mayo de 1882 ingresó en la Orden Hospitalaria, en la que también ingresaría su hermano Simón. Hizo la primera profesión el 7 de febrero de 1886 y la solemne el 25 de julio de 1890, habiendo cumplido por tanto las bodas de oro como religioso cuando fue martirizado. Humilde y dócil, cuando profesó fue destinado a limosnero de la casa de Ciempozuelos. San Benito Menni decidió en 1892 que fuera sacerdote y seguidamente lo mandó de prior a la casa de Gibraltar, de la que salió en 1896 para cursar estudios superiores en la Universidad Gregoriana de Roma, ordenándose sacerdote el 12 de febrero de 1899. Seguidamente fue designado maestro de novicios. En 1905 fue prior del Asilo madrileño de San Rafael y consejero provincial (1905-1911). Él fue el alma de la construcción de un nuevo edificio para su institución. Entre 1911 y 1919 fue provincial de su Orden en Castilla. En 1919 pasó de prior a Gibraltar. En 1922 director espiritual en la Escolanía de Ciempozuelos. En 1925 fue otra vez maestro de novicios. Pasó otra vez a Gibraltar en 1931 y en 1935, ya mermadas sus facultades físicas por la edad, pasó a Talavera. Ante el tribunal que le juzgaba dijo que él era sacerdote y que había traído unas formas sin consagrar por si en su detención podía celebrar misa, lo que le hizo objeto de

burla y desprecio. Su nombre ha encabezado la causa de beatificación con el P. Braulio María Corres.

PRIMO MARTÍNEZ DE SAN VICENTE CASTILLO nació en San Román de Campeza, Álava, el 9 de junio de 1869 en el seno de una cristiana familia que dio tres hijos religiosos a la Iglesia. Ingresó en la Orden Hospitalaria el 13 de mayo de 1885, haciendo su primera profesión el 11 de octubre de 1887 y la solemne el 24 de agosto de 1902, ambas en las manos de San Benito Menni. Enviado a distintas casas, sirvió con amor a los enfermos mentales y a los niños enfermos, y pasó una temporada (1909-1915) en la casa de Guadalajara (Méjico). No murió cuando lo fusilaron sino que quedó gravemente herido y fue llevado al hospital, donde perdonó expresamente a los que le habían herido de muerte. Murió besando su escapulario carmelitano e invocando a la Virgen María. Era el superior de la casa de Talavera.

JERÓNIMO OCHOA URDANGARÍN era natural de Goñi, Navarra, donde nació el 28 de febrero de 1904 en el seno de una familia de pastores muy cristiana. Su otro hermano se hizo también religioso. Ingresó en la Orden Hospitalaria el 1 de octubre de 1915, profesó el 3 de junio de 1923 y emitió los votos solemnes el 6 de marzo de 1928. Piadoso, trabajador, observante, tenía habilidades para la cocina y ejerció este oficio en las diferentes casas por donde pasó: Ciempozuelos, Carabanchel, Santurce, Valencia, Jerez de la Frontera y Talavera de la Reina. Cuando los llevaban al Teatro Victoria para el llamado juicio, al pasar por la plaza le propusieron diera vivas al comunismo, pero él respondió dando vivas a Cristo Rey y a España.

JUAN DE LA CRUZ (ELOY FRANCISCO FELIPE) DELGADO PASTOR nació en Puebla de Alcocer, Badajoz, el 10 de diciembre de 1914 de padres labradores modestos. Tuvo otro hermano también religioso. Ingresó en la Orden Hospitalaria el 3 de junio de 1929, profesó los votos el 8 de diciembre de 1932 y recibió el martirio antes de haber pronunciado los votos solemnes. Joven de buenas cualidades y notables prendas, pese a su juventud, fue destinado a la casa de Talavera para la formación de los escolares. Cuando en la noche del 24 de julio se sintieron tiros por la ciudad, el hermano Juan de la Cruz comentó que

había que estar dispuesto a dar la vida, si Dios la pide. Malherido tras ser fusilado, se arrastró hasta un puente para pedir auxilio, y fue conducido al hospital, pero falleció en el camino.

Los restos mortales de los cuatro mártires fueron exhumados el 11 de noviembre de 1936.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 85 (1993) 475-478.

CÁRCEL ORTÍ, V., «Los 71 hermanos Hospitalarios de San Juan de Dios», en ID., *Mártires españoles del siglo XX* (Madrid 1995) 286-290.

LIZASO BERRUETE, F., OH, *Beatos Braulio María Corres, Federico Rubio y compañeros mártires. 71 Hermanos de San Juan de Dios testigos de la misericordia hasta el martirio* (Madrid 1992).

MARCOS, O., *Testimonio martirial de los Hermanos de San Juan de Dios en los días de la persecución religiosa española* (Madrid 1980).

BEATOS DEOGRACIAS DE SAN AGUSTÍN PALACIOS, LEÓN DE LA VIRGEN DEL ROSARIO INCHAUSTI, JOSÉ DE LA VIRGEN DE LOS DOLORES RADA, JULIÁN BENIGNO DE SAN NICOLÁS DE TOLENTINO MORENO, JOSÉ RICARDO DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS DÍEZ

Religiosos y mártires († 1936)

Entre el 25 de julio y el 15 de agosto de 1936 fueron sacrificados en Motril, diócesis y provincia de Granada, siete agustinos recoletos y un sacerdote diocesano conocidos hoy como los «Beatos mártires de Motril». Todos ejercían el apostolado silencioso y caritativo sin acepción de personas, pero con subido recogimiento altruista y particular entrega a la gente humilde.

Son ellos: Deogracias de San Agustín Palacios, León de la Virgen del Rosario Inchausti, José de la Virgen de los Dolores Rada, Julián Benigno de San Nicolás de Tolentino Moreno, José Ricardo del Sagrado Corazón de Jesús Díez (25 de julio); el hermano Vicente de San Luis Gonzaga Pinilla, y el sacerdote diocesano y párroco de la Divina Pastora don Manuel Martín

Sierra (26 de julio); Vicente de San Luis Gonzaga Soler (15 de agosto).

Motril rondaba en 1936 los 16.385 habitantes, católicos practicantes la mayoría, muchos de ellos agricultores, y no pocos desdichadamente, visto lo que luego pasó, influenciados por diferencias económicas que los últimos meses habían cristalizado en revolución y anticlericalismo. Los agustinos recoletos llevaban allí desde el 5 de mayo de 1899. Además del culto en la iglesia de la Victoria, tenían a su cargo alguna capellanía y ayudaban en las parroquias. Casi todos eran conocidos de los vecinos de Motril, ya que su iglesia era muy frecuentada, y numerosos pobres acudían diariamente a la residencia en busca de ayuda. Funcionaba en el convento, además, una escuela nocturna para obreros.

El sórdido asesinato de que fueron víctimas estos hombres de Dios quedaría probado muy pronto por documentos fidedignos y gran número de testigos, presenciales algunos, conocedores otros de la tragedia a raíz de los sucesos. Fueron inmolados por el solo hecho de su consagración a Dios y al servicio de los pobres. Los hechos se desarrollaron en tres momentos sucesivos: el 25 de julio de 1936, a las 6 de la mañana, una chusma de indeseables incendió el convento y acribilló a tiros en la vía pública, en medio de la milicianada hostil y armada, toda ella enloquecida de odio a la religión, a los PP. Deogracias Palacios, José Rada, León Inchausti, Julián Moreno y al hermano José Díez. Al día siguiente, entre las 10 y las 11 de la mañana, la turba frentepopulista sacó a empellones de la iglesia parroquial de la Divina Pastora, donde se habían refugiado, al P. Vicente Pinilla y al párroco, don Manuel Martín Sierra. Al primero lo ametrallaron casi en el mismo atrio de la iglesia, y unos metros adelante al segundo. El 29 de julio de 1936 arrestaron al P. Vicente Soler, refugiado en casa de unas señoritas conocidas por su acendrada religiosidad y, al amanecer del 15 de agosto, lo fusilaron juntamente con otros 18 prisioneros delante de las tapias del cementerio a la luz de los faros de la camioneta con que los habían transportado.

Todos los testigos, sin excepción, consideran a estos ocho siervos de Dios verdaderos mártires, que dieron su vida en de-

fensa de la fe. De ahí que el día de la exhumación de los cadáveres, octubre de 1939, se diera una verdadera manifestación de piedad. Ninguno fue perseguido por motivos personales o pertenencia a partido político alguno; sólo porque representaban los ideales de la fe. Ella y la confianza en Dios brillaron en el corazón de aquellos mártires; el odio a Dios y a la religión, en sus verdugos. Pudieron huir, pero prefirieron permanecer en sus puestos para no abandonar las almas a ellos confiadas. Durante las horas de cárcel, el P. Vicente Soler fue acabado ejemplo de fortaleza de ánimo y de celo apostólico, y el consuelo de sus compañeros de prisión. El último acto suyo fue impartir la absolución a los condenados a muerte. Afrontaron todos el supremo instante serenos, sin oponer resistencia alguna a los perseguidores. Consta en las actas del proceso, por ejemplo, que el P. Pinilla murió besando el crucifijo; don Manuel, gritando ¡Viva Cristo Rey!, y el P. Soler absolviendo al que iban a matar después de él.

Divino don es el martirio, del que no hay modo de salir invicto como no sea orando por los perseguidores, que, según San Agustín, no son propiamente los hombres, sino su maldad (cf. *Sermón 90,9*). En la madrugada del 25 de julio de 1936, fiesta del apóstol Santiago, patrono de España, cañonazos y disparos sueltos herían de continuo y por doquier el aire de Motril. Aquel hatajo de milicianos descerebrados sin orden ni control, aquella fanática turbamulta de zoquetes incendiarios y agitadores marxistas armados hasta los dientes, capaces ellos solos de cubrir de vergüenza a una católica nación como España, se precipitaron con algarabía amenazante ante las puertas conventual y eclesial de los agustinos recoletos, primero incendiándolo todo y, a continuación, llevándose hacia la explanada, lugar de la primera ejecución, entre injurias y escarnio y blasfemias a una comunidad inerme cuyo único delito era haber hecho siempre el bien, empezando por sus verdugos. Serían las 6,15 de la mañana: la hora de su viernes santo. También la del príncipe del mal. Así se adveraba una vez más la palabra de Jesús al inicio de la Pasión: «Ésta es vuestra hora y el poder de las tinieblas» (Lc 22,53).

La sucinta semblanza de cada uno rebosa sencillez y transparencia de puro simplicísima. Veamos.

DEOGRACIAS DE SAN AGUSTÍN PALACIOS Y DEL RÍO. Penúltimo de siete hermanos, nacido el 22 de mayo de 1901 en Baños de Valdearados, provincia de Burgos y diócesis de Osma (hoy de Burgos), bautizado el 24 de mayo por el párroco de la iglesia de la Asunción de Nuestra Señora, don Tomás Esteban Illana, recibió la confirmación en su pueblo el 13 de septiembre de 1901 por monseñor José María García Escudero Ubayo, obispo de Osma. Dispuesto para la vida religiosa, así que acabó la escuela a los doce años se preparó hasta los quince con el párroco don Leandro Almajano. Ésos tenía cuando se fue a los agustinos recoletos de Ágreda, Soria, en cuyo convento estudió humanidades entre 1915-1917, marchando luego a Berlanga de Duero, en la misma provincia. El 22 de septiembre de 1918 profesó de votos simples en manos del P. León Ochoa del Carmen. Cursó con aplicación las disciplinas filosóficas en Berlanga de Duero (1918-1919), Villaviciosa de Odón (Madrid: 1919) y Monachil (Granada: 1919-1920). En septiembre de 1923, todavía inacabada la carrera se embarcó para Brasil, prosiguiendo la teología en Ribeirão Preto. Se ordenó allí de sacerdote el 28 de marzo de 1925 y ejerció de coadjutor en la parroquia de Santa Adelia, diócesis y estado de São Paulo. El 13 de junio de 1925 fue nombrado párroco de Cajoby hasta el 6 de octubre de 1930. En diciembre volvió a Monachil para maestro de espíritu, hasta el 22 de mayo de 1931. En junio del 31 la obediencia dispone su destino a Buenos Aires hasta el 14 de mayo de 1932. Desde el 15 de mayo hasta el 12 de julio de 1933, ejerció en Santa Fe (Argentina). Vuelto a Monachil como prior, 1933-1936, a mediados del 36 lo será de Motril hasta su martirio.

LEÓN DE LA VIRGEN DEL ROSARIO INCHAUSTI Y MINTEGUÍA. Segundo de cinco hermanos, vio la luz en el caserío de «Mendieta Beaskoa», Ajánguiz, Vizcaya, diócesis de Vitoria (hoy de Bilbao), el 27 de junio de 1859. Bautizado al día siguiente en Ajánguiz, recibió el 6 de junio de 1864 la confirmación de manos de monseñor Diego Mariano Alguacil y Rodríguez, obispo de Vitoria. Sus padres, Benito Inchausti y Juana Minteguía, profundamente católicos, fueron sus educadores. En aquel piadoso ambiente maduró su vocación religiosa. A los 19 años viste el hábito de agustino recoleto en Monteagudo, donde profesa el

11 de noviembre de 1879 en manos del P. Patricio Adell de San Macario. Cursa filosofía y ciencias allí mismo (1879-1881); dogmática en San Millán, Logroño (1881-1883); y moral, derecho canónico e historia eclesiástica en Marcilla, Navarra (1883-1884). Enviado a Filipinas el 1 de junio de 1884, se ordena de sacerdote el 22 de diciembre en Cebú y ejerce de coadjutor en Loay, provincia de Bohol. Recorre como párroco Dimiao, Bantón, Sierra Bullones, Ubay y el 20 de marzo de 1890 Azagra, como misionero en la isla de Romblón. El 13 de junio de 1892 párroco de Bantón (Romblón), hasta octubre del 97, en que vuelve a Marcilla hasta enero de 1903, pero en septiembre se embarca rumbo a Coromandel, Brasil, estado de Minas Gerais, hasta diciembre de 1904; parroquia Abadia dos Dourados hasta mayo de 1905; y Monte Carmelo hasta febrero de 1920. Asiste en España al capítulo provincial de 1921, como benemérito de misiones y reside un año en Granada y Motril. Destinado en 1927 a Bilbao, vuelve en 1928 a Motril, donde será martirizado.

JOSÉ DE LA VIRGEN DE LOS DOLORES RADA Y ROYO. Nació en Tarazona, Zaragoza, el 17 de noviembre de 1861, hijo de Alejandro Rada y Timotea Magallón. Bautizado al día siguiente en Santa María Magdalena de Tarazona, ingresa quinceañero en Monteagudo y allí, acabado el noviciado, profesa de simples el 4 de septiembre de 1878 y cursa filosofía y ciencias (1878-1880); dogmática en San Millán (1880-1882); y moral, derecho canónico e historia eclesiástica en Marcilla (1882-1884). El 1 de junio de 1884 zarpa rumbo a Manila. Destinado a Liloan, Cebú, es ordenado sacerdote en noviembre de 1884. El 7 de mayo de 1885 lo envían a Bilar, isla de Bohol, y el 17 de marzo de 1886 a Dimiao, en la misma isla. El 6 de abril de 1886 es nombrado párroco de Sierra Bullones, hasta agosto de 1896, y de Candijay hasta marzo de 1898, en que pasa a Manila. Una insurrección le obliga a quedarse en la isla Negros: luego de tres meses de prisión, llega el 7 de febrero de 1899 a Manila. Poco después deja la Orden por asuntos de administración de una propiedad del convento de Cebú y regresa a Tarazona, España. Pide revisión del proceso y, reconocida su inocencia, reingresa el año 1912, incorporado a la Provincia de Santo Tomás de Villanueva. Residente en Berlanga de Duero, se le destina a Brasil:

Ribeirão Preto (São Paulo). Ejerce el ministerio en Belém do Pará, junio-diciembre de 1913; y como coadjutor en Estrella do Sul, diócesis de Uberaba, Estado de Minas Gerais, hasta febrero de 1916. De 1916 a 1922 en Fazenda do Centro (Espíritu Santo), pero extiende su ministerio hasta la parroquia de Cochoeiro de Itapemirim y la ciudad de Vitoria. De nuevo en España, agosto de 1922, pasa a Motril. El 10 de mayo de 1927, como capellán, a Lucena (Córdoba). Desde el 15 de abril de 1929 reside en Monachil, y en enero de 1930 regresa a Motril, donde sufrirá el martirio.

JULIÁN BENIGNO DE SAN NICOLÁS DE TOLENTINO MORENO Y MORENO. Nació en Alfaro, La Rioja, diócesis de Tarazona (ahora Calahorra-Logroño), el 16 de marzo de 1871 y allí fue bautizado al día siguiente en la iglesia parroquial de San Miguel Arcángel. La confirmación data de noviembre del 75. Sus padres, Ignacio Moreno y Valentina Moreno, le dieron educación cristiana. Influyó en su vocación su tío Ezequiel Moreno, hoy santo, que había vuelto en 1885 a España como rector de Monteagudo, donde Julián tomó el hábito y en cuyas manos profesó el 17 de marzo de 1887, cumplidos 16 años. Cursadas allí filosofía y ciencias (1887-1889); dogmática en San Millán (1889-1891), y moral, derecho canónico e historia eclesiástica en Marcilla (1891-1893), se ordena de sacerdote el 18 de mayo de 1894. Profesor de latín en San Millán y Monteagudo, en 1894 viaja a Filipinas hasta su regreso a Monteagudo en 1898. En 1902 toca Venezuela. De 1904 a 1906, Pasto (Colombia) junto a su tío San Ezequiel Moreno, obispo de aquella diócesis. A mediados de 1906 a Chepo, Panamá, por seis meses. A principios de 1907, Venezuela de nuevo. Espíritu inquieto, en 1920 regresa a San Millán hasta 1924. En 1928 vuelve a los curatos venezolanos de Macuto y La Guaira hasta 1929. Pide volver a España, y solicita traslado de la Provincia de San Nicolás a la de Santo Tomás de Villanueva. El 27 de octubre de 1928 el definitorio de esta última accede a su petición y es afiliado a ella por el Padre general. En San Sebastián 1929-1930, y en Monachil 1930-1931, viaja ese año a Brasil como residente del colegio de Franca hasta abril del 33. De vuelta en España, fija residencia en Monachil hasta finales de septiembre. Motril será su último destino hasta el martirio.

JOSÉ RICARDO DEL SAGRADO CORAZÓN DÍEZ. Nació en Camposalinas, León, diócesis de Oviedo (hoy de León) el 16 de febrero de 1909 y al día siguiente recibió el bautismo. Su madre, María Díez Rodríguez, deficiente mental profunda, y el padre —como reza el acta de bautismo— «incógnito», por cuyo motivo llevaba los apellidos maternos. Era, no obstante, un niño muy bien dotado para el estudio. Tuvo que alternar entre la escuela y pastorear ovejas y, sin embargo, sobresalía en clase. En 1923 se fue con otros dos compañeros a los agustinos recoletos de Ágreda (Soria). Novicio el año 1925 en Villaviciosa de Odón, profesó para clérigo el 1 de octubre de 1926. Iniciada la filosofía, la interrumpe poco después, dispensado de votos el 20 de enero de 1927 para darse en su pueblo a la labranza. Se incorpora en 1930 a la mili en Jaca, donde vive la conjura antimonárquica de los capitanes Galán y García. Una vez licenciado en 1931, le vuelve el deseo de reingresar en la Orden. Todo en secreto, preparadas sigilosamente sus escasas pertenencias, muy de madrugada, sin decir adiós a nadie, dejó una carta de despedida a su tía Severina y se alejó para no regresar más. Reingresó en la madrileña Villaviciosa de Odón el 22 de junio de 1932 sabiendo que lo hacía para hermano de obediencia, pero con la secreta esperanza del sacerdocio. Comenzado el noviciado el 29 de enero de 1933, profesa el 30 de enero de 1934 ante el P. Juan Ruiz del Carmen, prior de la comunidad. El 26 de febrero de 1935 recibe destino a Monachil, en cuya comunidad desempeña el oficio de sastre. Y el 6 de marzo de 1936, a Motril. El 25 de julio de 1936 ayudó a la misa que a las seis de la mañana celebró el P. Vicente Soler. Momentos después era hecho prisionero y fusilado en la vía pública.

La memoria de los tres beatos siguientes se celebra el día de su martirio (26 de julio y 15 de agosto), pero adelantamos una breve reseña de su vida.

VICENTE DE SAN LUIS GONZAGA PINILLA E IBÁÑEZ. Nacido el 5 de junio de 1870 en Calatayud, Zaragoza, y bautizado al día siguiente por mosén María Bernardo Pérez, coadjutor de la parroquial Mayor del Santo Sepulcro. Ingresó el año 1885 en el noviciado de Monteagudo, donde profesó en manos de San Ezequiel Moreno el 7 de noviembre de 1886. Cursadas allí filo-

sofía y ciencias (1886-1888); dogmática en San Millán (1888-1890), y moral, derecho canónico e historia eclesiástica en Marcilla (1890-1892). El 19 de agosto de 1892 salió rumbo a Filipinas. Sacerdote el 23 de septiembre de 1893, se le destina el 3 de marzo de 1894 a Santa Cruz de Manila y el 14 de junio a la Ermita. Pasó, el 26 de abril de 1895, a Calapán y en diciembre como misionero de Bongabong donde, en 1898, cayó prisionero de los insurrectos filipinos hasta mediados de 1900. El 22 de octubre de 1900 salió de Manila para España. Residió en Marcilla hasta el 27 de septiembre de 1901 y en Monteagudo hasta febrero de 1902, mes en que se embarcó en Valencia rumbo a Brasil. Residió sucesivamente en Ribeirão Preto, Uberaba, estado de Minas Gerais, São Paulo hasta 1919, y en Tayuva, estado de São Paulo, como párroco, hasta 1920; en Bahía (Lapinha), en calidad de prior, hasta 1924; y lo mismo en Belém do Pará durante el trienio 1924-1927. El 25 de enero de 1927 se traslada a España y es elegido definidor provincial para el trienio 1927-1930, con residencia en Motril. En el capítulo provincial de 1930 es nombrado prior de Motril, donde, acabado el mandato en 1933, permanece hasta el día de su martirio. Era el P. Vicente Pinilla de carácter festivo, por lo que se ganaba la voluntad de los fieles, sobre todo de los más necesitados. Su vida era en todo ejemplar, siendo muy humilde, piadoso y caritativo.

MANUEL MARTÍN Y SIERRA. Párroco de la Divina Pastora de Motril, nació el 2 de octubre de 1892 en Churriana de la Vega, provincia y diócesis de Granada. Al día siguiente recibió el bautismo en la parroquia de la Visitación de Nuestra Señora, y el 28 de junio de 1906 la confirmación. Sus padres, honestos agricultores, educaron cristianamente a sus once hijos, entre los que, además de Manuel, sacerdote diocesano, hubo dos religiosas. Sencillo y bondadoso desde niño, siente pronto la vocación. Bachiller en los escolapios, ingresa en el Seminario de San Cecilio de Granada y allí recibe la ordenación el 24 de octubre de 1915. Tras doctorarse en teología cubre los cargos de capellán del Convento de la Encarnación y del Convento de Santa Catalina de Siena, Granada; profesor del Seminario de San Cecilio, vicesecretario de estudios de la Universidad Pontificia de Granada, cura ecónomo de Gabia Grande, cura sólo semanas de Marace-

na; y ecónomo de la Divina Pastora de Motril, parroquia que en 1930 obtiene en propiedad. Oposita después y gana la de la Concepción de Motril, pero, pese a ser doctor en teología, renuncia al cargo por considerar que el otro candidato reunía más virtudes. Desde pequeño procuró trabajar con quienes no habían hecho la primera comunión por falta de ropa, descuido o poca instrucción. Humilde, generoso, amante de los pobres, de la pureza, del cumplimiento del deber, de la salvación de las almas, del sacrificio y del trabajo, vivía y vestía pobremente, pues las ganancias iban a los pobres, a la iglesia y a suscripciones de periódicos y revistas católicos, ya que, decía, los católicos están obligados a dar culto a la prensa católica. Sus ansias de martirio se vieron cumplidas el 26 de julio de 1936.

VICENTE DE SAN LUIS GONZAGA SOLER Y MUNÁRRIZ. Nacido el 4 de junio de 1867 en Malón, provincia de Zaragoza y obispado de Tarazona, al día siguiente recibió el bautismo en la Parroquia de San Vicente. Sus padres, Luis Soler y Dominica Munárriz, honrados vecinos de Malón, le dieron educación cristiana y amor a los pobres. A los 15 años viste de agustino recoleto en Monteagudo, y el 15 de mayo de 1883 profesa. Allí cursa filosofía y en 1885 pasa a San Millán para dogmática. Moral, derecho canónico e historia eclesiástica, en Marcilla. Sacerdote el 31 de mayo de 1890 en Filipinas, nueve meses le bastaron para imponerse en tagalo y asumir la misión de Mamburao, de la que guardará vivo recuerdo. Tras 19 largos meses de vejaciones de los insurrectos —llegó a estar ante el pelotón de ejecución—, aprendió a sufrir en silencio y a confiar en Dios, experiencia muy útil luego en el Motril de 1936. Nombrado en 1902 secretario del vicario provincial y trasladado a Manila, vuelve tras 17 fecundos años primero a Marcilla, y luego a Puente la Reina (Navarra), y Granada, donde sobresale por el apostolado de la pluma. Afiliado a la nueva Provincia de Santo Tomás de Villanueva, en el capítulo de 1912 sale elegido definidor provincial, y en 1915 provincial hasta 1918. Retirado como superior de Motril (1919-1924), vuelve al provincialato, y en el capítulo general de 1926 en Monachil es elegido general. Sus dos preocupaciones fueron: hacer vivir la caridad y la unidad según San Agustín, y consagrar la Orden a la Virgen. Creyéndose inepto y sin salud,

presenta la renuncia, que el 18 de diciembre de 1926 le acepta el definitorio general en Madrid. Desde entonces vive en Motril, donde alcanzará la palma del martirio.

Desde mayo de 1936 la residencia y alrededores de los agustinos recoletos de Motril venían siendo blanco de amenazas. En Motril cundía la hostilidad contra la Iglesia, el orden, y las personas de bien. Los religiosos decidieron permanecer en el convento, primero porque nada malo habían hecho, al contrario, muchísimo bien, sobre todo a sus mismos perseguidores, y luego, porque su presencia allí, compartiendo las tribulaciones de la ciudad, habría de fortalecer a no pocos, consolar a los más y edificar a todos. El gesto del P. Soler pidiendo ocupar el puesto del que iban a matar el primero, un padre de siete niños pequeños y otro en camino, iba a tener pronto justa imitación en San Maximiliano Kolbe. A medianoche del 14 al 15, domingo y fiesta de la Asunción, sacaron de la cárcel 19 presos, entre ellos al P. Vicente Soler, que en la lista tenía el número 10, y el siguiente, el 11, era un joven de Acción Católica y de la Hermandad de San José, llamado Francisco Burgos Ramírez. Fueron conducidos todos en una camioneta hasta las tapias del cementerio de Motril bajo la feroz custodia de groseros milicianos con fusiles diciendo que los llevaban al puerto. Una vez allí, los mandaron bajar de uno en uno, quitándoles cuanto tenían de valor. Y puestos en fila mirando hacia la puerta del cementerio, los fueron sacando luego de la fila uno por uno de cara al campo: en ese trance les llegaba una descarga de fusil por la espalda, un miliciano para cada uno, menos al P. Soler que lo pusieron frente a un pelotón, que lo abatió con una descarga cerrada para mayor seguridad de su muerte. En el supremo instante, cada uno pedía perdón y perdonaba, también a los asesinos. Y el P. Vicente Soler los absolvía. Por eso no lo fusilaron el último ni el primero, sino el décimo, pues algunos de los verdugos, hartos ya de verlo bendecir tantas veces, se dijeron: «Vamos a matar al tío ése para que no nos eche ya más bendiciones». Y después de pedir perdón y perdonar y bendecir a todos, lo mataron, no sin antes haber dicho éste al siguiente, el undécimo, el joven Francisco Burgos Ramírez: «Encomiéndate al Corazón de Jesús y a la Virgen Santísima, y te doy la absolución». Fueron sus últimas palabras.

En todos resplandece, de una u otra manera si se quiere desde el punto de vista externo y episódico, pero idéntica en lo interno y fundamental, el martirio. De modo memorable y para siempre lo dejó escrito San Agustín replicando al gramático donatista Cresconio: «Al mártir de Cristo no lo hace la pena, sino la causa» *(Christi martyrem no facit poena, sed causa:* C. Cr. 3, 47, 51). Fue la suya disponibilidad interior y deliberada aceptación de las consecuencias bautismales, traducidas en suprema oración ante el holocausto: murieron perdonando, conscientes de hacerlo por Cristo y su justicia, no por otra causa. Perseverantes hasta el fin, confesaron su fe de muchas formas y a través de múltiples expresiones hasta el sacrificial derramamiento de su sangre a manos de unos perseguidores que, so pretexto de la política, la ideología, el trabajo, la violencia, etc., en realidad lo eran más bien de la religión. Manejaba sus terribles armas de fuego el odio a la fe, cenagoso manantial de la insaciable sed de venganza, según corroboran aquellas procacidades y reiteradas incitaciones a la blasfemia, a renegar de Cristo, a profanar los símbolos religiosos, o su diabólico instinto en la quema de la iglesia y del convento. Frases suyas como la que sigue lo dicen todo: «Ése (o eso), el Crucifijo, es lo que primero nos estorba». Las víctimas aceptaron el martirio y lo consumaron con un valor apologético en grado heroico contra el miedo, la indiferencia o la temeridad, sin fanatismo y sin rencor, es cierto, pero con fortaleza de espíritu y presencia de ánimo. Mejor aún: con amor.

Pasada la tormenta, se procedió a exhumar y reconocer los cuerpos, identificados sin dificultad por las ropas marcadas con sus iniciales y otras señales. Como estaban en la parte inferior de la fosa no les había llegado la acción de la cal. Desde entonces, colocados en arquetas, descansan en el mausoleo construido para ellos en el cementerio. Los restos de don Manuel Martín Sierra, reconocidos por sus familiares, fueron trasladados al cementerio de Churriana de la Vega, hasta que poco después el señor arzobispo de Granada autorizó su inhumación en la iglesia parroquial, donde actualmente se veneran.

A las 10,30 horas del jueves 29 de abril de 1937, fue celebrado en la iglesia de las Agustinas Recoletas Nazarenas de Motril,

días después de liberada la ciudad, un solemne funeral, de cuya preparación y desarrollo dio cuenta el periódico local *El Faro.* Lo mismo se hizo en Churriana de la Vega, y en todas las casas de la Orden de Agustinos Recoletos, encomendándose a ellos como a hermanos e intercesores ante el Padre y ante su Hijo Jesucristo. Dice el Vaticano II en la constitución dogmática *Lumen gentium:*

> «El martirio, en el que el discípulo se asemeja al Maestro, que aceptó libremente la muerte por la salvación del mundo, y se conforma a Él en la efusión de su sangre, es estimado por la Iglesia como un don eximio y la suprema prueba de amor. Y, si es don concedido a pocos, sin embargo, todos deben estar prestos a confesar a Cristo delante de los hombres, y a seguirle, por el camino de la cruz, en medio de las persecuciones que nunca faltan a la Iglesia» (LG 42).

Los mártires, por tanto, afirma conclusivo San Agustín, con su inmolación por Dios y su justicia, al defender su fe y perdonar a sus perseguidores, murieron heroicamente, y ya viven gloriosamente felices con Cristo, Rey de los Mártires, convirtiendo en hermosas las mismas feas acciones del odio y de la impiedad de los perseguidores (cf. *Sermón 277A,*1).

La muerte de estos ocho Siervos de Dios fue inmediatamente considerada verdadero martirio. Ya en 1937 sus hermanos en religión iniciaron las primeras diligencias del proceso sobre el martirio, cuya apertura tuvo lugar el 2 de febrero de 1952 ante el arzobispo de Granada, monseñor Balbino Santos y Olivera. Paralelamente hicieron lo mismo con el proceso *Super non cultu.* Dificultades burocráticas anejas a la legislación de entonces, sin embargo, retrasaron su curso. La primera fase duró hasta 1957. La postulación presentó el 28 de noviembre de 1971 nueva lista de testigos y aportó nuevos documentos, de modo que al día siguiente comenzó la segunda. La clausura llegó el 2 de junio de 1972 y la Congregación de las Causas de los Santos emitió el decreto de validez el 2 de mayo de 1986. Preparada la *Positio,* el congreso especial de teólogos consultores dio su veredicto favorable el 28 de mayo de 1996 y el 21 de enero de 1997, en sesión ordinaria de Cardenales y Obispos para la Causa de los Santos, el de la veracidad de su martirio. El Papa, en fin, ratificó el 25 de marzo de 1997 la declaración anterior y mandó re-

dactar, según las normas, el correspondiente decreto por él firmado el 8 de abril de 1997 y hecho público y anotado en las actas del mencionado Dicasterio.

Auténticos hombres de Iglesia e hijos de San Agustín de Hipona, su sangre debe ser recordada como fecunda semilla para este siglo nuestro de posmodernidad. Al Señor Jesús, despreciado y el último de los hombres, varón de dolores y sabedor de dolencias (cf. Is 53,3), han seguido e imitado una inmensa multitud de hombres y mujeres que, sostenidos por la fuerza del Espíritu, vinieron de una gran tribulación y lavaron sus vestidos y los blanquearon en la sangre del Cordero (Ap 7,14). De esta preclara muchedumbre de todas las naciones, pueblos y lenguas (Ap 7,9) ciertamente forman parte los que sacrificaron su vida por la fe en la guerra civil española (1936-1939), cuando la Iglesia y sus hijos fueron asediados, que no vencidos, por el poder de las tinieblas. Brilló su luz más bien con mayor claridad en las mismas tinieblas (cf. Jn 1,4), y Cristo fue glorificado por sus tribulaciones y el derramamiento de su sangre.

Fueron beatificados por Juan Pablo II el 7 de marzo de 1999.

Hay un cuadro de los mártires de Motril, del pintor granadino Antonio Molina de Torres, el «Velázquez del siglo XX», que refleja a la perfección cuanto aquí llevo dicho. Los personajes del mismo respiran paz interior y alegría a lo divino a la vez que invitan a lo sobrenatural.

> «No murieron por una ideología —puntualizó Juan Pablo II en la homilía de beatificación el domingo 7 de marzo de 1999—, sino que entregaron libremente su vida por Alguien que ya había muerto antes por ellos. Así devolvieron a Cristo el don que de él habían recibido. Por la fe, estos sencillos hombres de paz, alejados del debate político, trabajaron durante años en territorios de misión, sufrieron multitud de penalidades en Filipinas, regaron con su sudor los campos de Brasil, Argentina y Venezuela, fundaron obras sociales y educativas en Motril y en otras partes de España. Por la fe, llegado el momento supremo del martirio, afrontaron la muerte con ánimo sereno, confortando a los demás condenados y perdonando a sus verdugos. ¿Cómo es posible esto? —nos preguntamos—, y San Agustín nos responde: "Porque el que reina en el cielo regía la mente y la lengua de sus mártires, y por medio de ellos en la tierra vencía" *(Sermón 329*,1-2). ¡Dichosos vosotros, mártires de Cristo! Que todos se alegren por el honor tributado a estos testigos de la fe. Dios los ayudó en sus tribulaciones y les dio

la corona de la victoria. ¡Ojalá que ellos ayuden a quienes hoy trabajan en España y en el mundo en favor de la reconciliación y de la paz! [...] Ellos, a pesar de las pruebas de la vida, no endurecieron su corazón, sino que escucharon la voz del Señor, y el Espíritu Santo los colmó del amor de Dios. Así, pudieron experimentar que la esperanza no defrauda (Rom 5,5). Fueron como árboles plantados junto a corrientes de agua, que a su tiempo dieron abundantes frutos (cf. Sal 1,3)».

PEDRO LANGA, OSA

Bibliografía

AAS 91 (1999) 1110.

CALVO MADRID, T., *Beato Deogracias Palacios, agustino recoleto. Prudente, fiel y mártir (1901-1936)* (Monachil, Granada 1999).

CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, Granaten. «Beatificationis seu declarationis martyrio Servorum Dei Vicentii a Sancto Aloisio Gonzaga (in saec.: Vincetii Soler Munárriz) et VI sociorum ex Ordine Augustinianorum Recollectorum et Emmanuelis Martín Sierra, Presbyteri († 1936). Decretum super martyrio [8.4.1997: A. BOVONE, Pro-Praefectus]»: *AAS* 89 (1997) 835-839.

JUAN PABLO II, Homilia «Apud S. Petrum habita in beatificatione decem Servorum Dei [7-3-1999]»: *AAS* 91 (1999) 858-861.

LANGA, P., Nota compl. 18: «San Agustín y su concepto del martirio frente a los donatistas», en *Obras completas de San Agustín.* XXXII: *Escritos antidonatistas (1.º)* (Madrid 1988) 871-873.

MARTÍNEZ CUESTA, A. - BERDONCÉS, J., *Una comunidad mártir. El Beato Vicente Soler y los otros mártires de Motril* (Madrid 1999).

Los mártires de Motril. La Comunidad mártir. Siete agustinos recoletos y un sacerdote diocesano, Orden de Agustinos Recoletos (OAR) (Madrid 1998).

Martyrologium romanum, o.c., 393, n.16; 771.

MONTERO MORENO, A., *Historia de la persecución religiosa en España 1936-1939* (Madrid 1961) esp. 182, 278.

Positio super martyrio. Abundante documentación original que obra en los archivos de la Curia provincial de la Provincia Santo Tomás de Villanueva, OAR (Madrid 1998).

RODRÍGUEZ, D., *Beato José Ricardo Díez. Un joven que trasciende lo ordinario* (Monachil, Granada 1999).

BEATO DIONISIO PAMPLONA POLO

Presbítero y mártir († 1936)

La figura de cualquier mártir de la guerra civil española, que ensangrentó los pueblos y las ciudades desde 1936 a 1939, hay que entenderla en el contexto de la locura del momento. Fueron años de odios y de venganzas, en los que el solo color de los uniformes era motivo de sentencias de muerte. Para la gente

despiadada el hecho de ser sacerdote, religioso o miembro de un grupo cristiano equivalía a la sentencia final por parte de los desalmados enloquecidos por años de siembra venenosa de utopías y de engaños.

El número de las víctimas asesinadas por motivos religiosos nunca se conocerá del todo, porque todavía hoy resulta difícil deslindar las fronteras entre lo político y lo moral, entre la avaricia y la venganza, entre la enfermedad mental y el veneno de teorías totalitarias. Lo único que quedó claro es que muchos fueron limpia y fríamente masacrados por ser miembros fieles de la Iglesia y que las órdenes de ejecución las daban individuos sin entrañas, que actuaban como marionetas de consignas recibidas de lejos. Pero la Iglesia de España siempre tuvo la conciencia de que habían sido muchos millares y en sus recuentos dio en ocasiones la cifra de unas 25.000 ejecuciones por motivaciones religiosas, entre ellas: 4.184 miembros del clero —incluidos 13 obispos y muchos seminaristas—, 2.365 religiosos y 283 religiosas, en total 6.832. Con estas cifras, prácticamente todas las diócesis de España y todos los institutos de la Iglesia, incluso si no estaban en zona republicana durante la contienda, tuvieron su aporte martirial y presencia dolorosa en los acontecimientos.

En ese contexto hay que entender cada una de las muertes, que todavía hoy sobrecogen de sorpresa y de contenida veneración a quienes reciben o aportan datos, referencias y recuerdos. Así acontece con la figura del escolapio Dionisio Pamplona Polo, hombre fiel y bueno, culto y valiente, auténtico espíritu sacerdotal que fue consciente de su responsabilidad hasta los últimos momentos de su vida.

Había nacido en Calamocha (Teruel) el 11 de octubre de 1868. Su familia era sencilla y muy piadosa y, en el contexto del pueblo en el que pasó su infancia, era tradicional, virtuoso y brillante en las virtudes cristianas y en la austeridad. Desde niño quiso ser religioso y en una de las «redadas vocacionales» de los reclutadores de entonces ingresó en la casa de estudios de los escolapios de Peralta de la Sal (Huesca), el pueblo donde un 11 de septiembre de 1556 había nacido el fundador de las Escuelas Pías, San José de Calasanz.

Su vida religiosa comenzó, pues, el año 1882; y, con el cumplimiento de sus proyectos vocacionales, inició también un itinerario académico de estudiante, de profesor, de rector, de párroco, de mártir. Vistió el hábito escolapio el 16 de noviembre de 1882 y tomó el nombre de Dionisio Pamplona de Santa Bárbara. Emitió su primera profesión, al terminar el noviciado, el 2 de agosto de 1885. Después fue enviado a la casa de estudios de Irache, a fin de realizar sus estudios de filosofía, y más tarde a San Pedro de Cardeña para seguir los de teología. Como cualquier otro estudiante del grupo vivió años de piedad y disciplina, sin sobresalir en otra cosa que en la bondad de carácter, en la seriedad y en la fidelidad a sus deberes. Parece que, por testimonios de sus compañeros, era mentalmente despejado, de fácil comprensión, algo soñador al hablar del futuro, consciente de que su destino de buen seguidor de Calasanz era el mundo de los jóvenes y de la educación.

Emitió su profesión solemne y perpetua el 17 de noviembre de 1889. Su vocación religiosa iba acompañada de gran ilusión por su apostolado, normal en cualquier joven de su edad y entorno. Por eso, después de recibir la ordenación sacerdotal, el 7 de septiembre de 1893, fue enviado al colegio de Zaragoza, donde realizó la primera actividad educadora. En 1895 fue enviado al colegio de Alcañiz, en donde permaneció seis cursos académicos impartiendo diversas asignaturas. Luego fue destinado al colegio de Jaca para trabajar otros tres años.

Tenía 28 años cuando fue trasladado a la Casa de estudios de Peralta de la Sal. Allí tenían los escolapios un centro muy cuidado, pues era el lugar de formación de las futuras generaciones para el Instituto. Estuvo como formador, como prefecto de estudios y como rector a lo largo de trece años, desde 1906 a 1919. Fue modelo de vida, de piedad y de ciencia para los estudiantes que se formaban en el centro. Compartió la docencia con diversas actividades religiosas en el pueblo y en otras regiones cercanas que cuidaban con generosidad los escolapios.

Austero como persona, abnegado como compañero, amable con los feligreses y sobre todo con los alumnos, la figura de este religioso íntegro y sencillo siempre resultó admirable, según el testimonio fiel de los que con él convivieron. En todos

los centros en los que le tocó actuar, su preferencia espiritual estaba en la Eucaristía. Estableció grupos para promover la comunión frecuente y animaba turnos de oración para educar la fe y el corazón de los niños y jóvenes. Los últimos años de su estancia en Peralta ocupó el cargo de maestro de novicios y trabajó con afecto para que los nuevos escolapios fueran conscientes del significado de la vida religiosa y advirtieran la originalidad de la vocación calasancia y el sentido del trabajo escolar.

En 1919 fue invitado a marchar a Argentina. Durante tres años actuó como párroco de la iglesia de San José de Calasanz, de Buenos Aires. Tenía bajo su responsabilidad unos 40.000 feligreses, muchos de ellos emigrantes, en aquel Buenos Aires de comienzo de siglo, invadido por italianos, gallegos y personas de toda procedencia, que buscaban en la gran urbe del Plata una mejor vida. Fue al mismo tiempo rector del colegio anejo a la parroquia. Parece que fue en el centro escolar donde encontró alguna dificultad como responsable, al no lograr la eficacia que pretendía y al querer aplicar las exigencias a las que estaba acostumbrado en sus actuaciones de España. Pero en la parroquia, por su dedicación y su inquebrantable fidelidad a todos los servicios que tan abundante número de fieles le reclamaba, dejó un gratísimo recuerdo de su paso y de su entrega sin medida. Fue en ella donde todos lloraron a su despedida, cuando en 1922 recibió de los superiores la orden de regresar a la península.

La cumplió sin especiales dificultades y de nuevo se vio envuelto en las tareas docentes en el colegio de Pamplona, a donde fue destinado. Reanudó su afición a promover los grupos eucarísticos para alentar la piedad. En 1928 fue enviado al colegio de Barbastro por otros seis cursos escolares y allí se entregó con la misma dedicación a la que estaba habituado.

Cierta secreta preferencia por las tareas parroquiales y la atención espiritual propia de estos entornos le llevaron en los últimos años de su vida apostólica a otra parroquia como animador religioso de los fieles. Fue la de Peralta de la Sal, en donde actuó de párroco entre 1934 a 1936, estancia que fue truncada por los acontecimientos y por su martirio inesperado y violento. Dado el amor que se había granjeado entre los parroquianos y el prestigio de hombre celoso que tenía en la locali-

dad, no podía sin más dejar el símbolo de su responsabilidad a los energúmenos que se lo pedían. Y ello fue el desencadenante del desenlace final.

Al estallar la guerra civil de 1936, la angustia se apoderó de los residentes en el centro de estudios que desde siempre había existido en la localidad en que había nacido San José de Calasanz, el fundador. Padres, hermanos y estudiantes se quedaron a la espera de los acontecimientos. La población era pequeña y el afecto secular de los habitantes hacia los escolapios no hacía prever ninguna situación anómala. Sin embargo, las noticias que iban llegando fueron cada vez más alarmantes. Los dirigentes de los partidos y sindicatos de izquierda se iban adueñando de la situación y no eran los pacíficos habitantes de los pueblos los que tomaban las decisiones, sino personajes incontrolados y sedientos de rapiña y de sangre, que habrían de venir del exterior.

El P. Dionisio fue consciente de la tensión y peligro del momento. Días antes del alzamiento militar del 18 de julio, el día 10, escribía a unos familiares:

> «Pasamos unos tiempos muy difíciles, y no hay más remedio que obrar con toda prudencia para que nadie pueda decirnos que estamos fuera de nuestro lugar. Siempre ha sido preciso el cumplimiento de nuestro propio deber, pero hoy es de extrema necesidad».

Como párroco del pueblo, oficio que desde hacía mucho habían desempeñado los escolapios, tenía deberes singulares que no podía dejar de cumplir. No sólo le movía a ello su dignidad de sacerdote responsable, sino también la seriedad de su carácter y la delicadeza de su conciencia. El mismo día 21, cuando los rumores del alzamiento contra la República se iban extendiendo por horas, él cumplió con su deber de decir la santa misa en la iglesia parroquial. Asistió una sola persona. En el momento del ofertorio, entró un comisario en la iglesia y le obligó a suspender el sacrificio, indicando que las cosas habían cambiado y que no tardaría en recibir órdenes de quien pudiera darlas. Se le obligó a cerrar la iglesia y marcharse, lo cual hizo, no sin protestas.

El día 23 de septiembre, él y los demás hermanos de la comunidad fueron encarcelados en una casa particular convertida

en cárcel. No fueron los habitantes del pueblo, sino un grupo de milicianos advenedizos los que impusieron su ley. Un compañero suyo, el P. Faustino Oteiza, en una carta enviada al P. Provincial, describía así lo que pasó aquel día:

> «A las 4,30 de la tarde vino una cuadrilla de 40 o 50 extremistas de Binéfar. Traían bombas para destruir y quemar el Colegio. Nosotros, al saberlo, nos reunimos en el oratorio, recibimos la absolución y esperamos tranquilamente la muerte. Los del pueblo pudieron evitar la quema de la iglesia y del colegio, pero con la condición de sacarnos a nosotros de la casa y quemar todo lo que significara religión. Después vino el Comité comunista a intimarnos el abandono del colegio. El P. Rector hizo lo posible, pero tuvimos que ceder a la fuerza».

En previsión de lo que pudiera acontecer, el Santísimo Sacramento fue trasladado de la iglesia al oratorio, por ser lugar más seguro. Los padres pensaban que, cuando se marcharan los de Binéfar, se podría volver a la casa. Pero no fue así. Un grupo de gente armada rodeó a los padres, hermanos, estudiantes y novicios, y todos fueron llevados a la casa de familia de Llari, habilitada como cárcel. Personas amigas llevaron algunos colchones y algo de cenar para el grupo. El P. Dionisio recibió la orden del Comité de quedarse en vigilancia, sin acostarse, sin que le explicaran ningún motivo.

Al día siguiente, 24, muy de mañana, temiendo que el Santísimo pudiera ser profanado en la parroquia, se escapó de la cárcel, mientras los dos guardianes impuestos por el Comité se habían quedado dormidos. Preguntó antes a los novicios si alguno se animaba a acompañarle y uno de ellos, José Yáñiz, se ofreció voluntario. Alguien que los vio por la calle avisó a los del Comité. Mientras varios enviados les buscaban por las casas, el P. Dionisio entró en la iglesia que cerró por dentro, celebró la Eucaristía rápidamente y consumió las sagradas formas. Apenas terminada esta acción, observó que la iglesia estaba rodeada de hombres armados. Uno le divisó por la ventana y le dijo: «Baja, que ya no podrás escapar».

Con gran serenidad, salió con su acompañante, cerró y guardó en el bolso la llave. El compañero huyó de nuevo a la casa de Llari. A él le llevaron a la Plaza Mayor. Le pidieron la llave de la iglesia, a lo que respondió: «He recibido las llaves de mi

obispo, solamente a él se las entregaré». Lo insultaron, lo amenazaron de muerte, poniéndole un fusil en la nuca. Pero no cedió a su petición. Un observador que era amigo suyo le gritó: «Por Dios, P. Rector, déles las llaves, que le van a matar». Como no cediera, con violencia e insultos le arrancaron las llaves y no le permitieron volver a reunirse con sus hermanos.

Al intentar marchar, varios forajidos le retuvieron y le registraron, sacándole de los bolsillos todo lo que llevaba: rosario, medallas, el breviario, que tiraron por el suelo. Le quitaron también el dinero del colegio que guardaba en el bolso. Fue luego conducido al Ayuntamiento. Y media hora más tarde fue sacado de allí y, con las manos esposadas, le llevaron a la cárcel de Monzón en una camioneta.

Tras una noche de incertidumbre en la celda número 1, fría, lóbrega y sucia, y después de haber pasado una jornada allí encerrado sin ninguna atención o relación con nadie, le sacaron al día siguiente, día 26 de julio, a las 22,30 horas. Durante el intervalo había llegado a Monzón una columna de matones, que se decían miembros del POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista), los cuales decidieron ajusticiar a los prisioneros.

Al salir de la celda, pidió con toda serenidad al carcelero un cepillo para limpiarse la sotana del polvo y de las telarañas que había cogido en la destartalada estancia carcelaria, hecho lo cual se lo devolvió con un gesto amistoso y, dándole un golpe afectuoso en la espalda, le dijo: «Adiós, hasta la eternidad». Con el grupo de condenados fue llevado a la Plaza Mayor, que estaba llena de gente y muy iluminada. El P. Dionisio, el único sacerdote entre los detenidos, fue colocado en primera fila para ser el blanco preferido. Se le vio mover los labios en fervorosa plegaria y suavemente animó a los demás a ofrecer la vida a Dios. Al darse la orden de fuego, hizo la señal de la cruz y gritó: «Viva Cristo Rey», mientras juntaba las manos sobre el pecho. Junto a él fueron acribillados los otros 23 compañeros de suplicio. Eran las 11 de la noche cuando su cuerpo cayó al suelo.

Media hora más tarde, un camión recogió todos los cadáveres y, llevados al cementerio, fueron arrojados a una fosa común. La gente que presenció la ejecución, inerme ante las armas de los asesinos, se alejó pronto del lugar, rechazando aque-

lla carnicería. Más tarde todos estarían conformes con llamar a aquella plaza «De los mártires».

Juan Pablo II beatificó el 1 de octubre de 1995 al P. Dionisio con un grupo de 12 escolapios martirizados en diversos días y en varios lugares. Al beatificarlos, Juan Pablo II dijo en la homilía:

> «Dionisio Pamplona y sus compañeros mártires no son héroes de una guerra humana, sino educadores de la juventud que, por su condición de religiosos y maestros, afrontaron su trágico destino como auténtico testimonio de fe, dándonos con su martirio la última lección de su vida».

PEDRO CHICO FERNÁNDEZ, FSC

Bibliografía

VILÁ PALÁ, C., *Escolapios víctimas de la persecución religiosa en España (1936-1939).* III: *Aragón* (Salamanca 1966).
CARISIO, M., *Testigos de la fe: escolapios mártires* (Madrid 1990).
CÁRCEL ORTÍ, V., *Mártires españoles del siglo XX* (Madrid 1995) 491-496.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTA OLIMPIADES
Viuda († 409)

Olimpiades u Olimpias nace en Constantinopla en la década de los 360 en el seno de una familia acomodada. Queda huérfana muy pronto y se hace cargo de ella su tío Procopio, que era prefecto de la ciudad. La educación realmente corrió a cargo de Teodosia, la hermana de San Anfiloquio, una mujer piadosa e ilustrada que se volcó en transmitir a su pupila una educación esmerada, fomentando en ella los sentimientos y las prácticas de la más ortodoxa piedad y dándole una adecuada cultura.

El año 384 Procopio le buscó un matrimonio adecuado a su clase. El marido fue Nebridio, antiguo prefecto de la ciudad, y para el que Olimpiades fue una esposa excelente, dedicada a sus deberes y llena de amor y de ternura hacia él, al tiempo que seguía siendo la persona devota y religiosa que era de soltera. Pero Nebridio no tenía buena salud y murió prontamente. Su tío en-

seguida le propuso un nuevo matrimonio, y hasta el emperador Teodosio buscó para ella otro partido excelente. Pero Olimpiades dijo con toda claridad que en adelante ya no quería casarse. Prefería vivir en la castidad de la viudedad, entregada a la piedad y las buenas obras. El emperador puso su dinero en manos de su tío y lo mandó ser su guardián hasta que ella cumpliera los treinta años. Ella le dio las gracias al emperador por relevarla de los asuntos temporales y le sugirió que de sus rentas se diera a los pobres y a la Iglesia.

Llegada a los 30 años de edad, volvió a entrar en posesión de sus bienes, y entonces ella habló con San Nectario, obispo de Constantinopla, al que ofreció su colaboración. El prelado tenía de ella una alta opinión por sus obras de caridad y su piedad insigne, y aunque no se concedía el grado de diaconisa sino a viudas entradas en años, hizo una excepción y se lo concedió a Olimpiades. Ésta, yendo más lejos en su dedicación a Dios, se va a vivir en una casa junto a la basílica de Santa Sofía con otras mujeres solteras y viudas que deseaban vivir consagradas al Señor, y cuyo número no hizo más que crecer. Olimpiades y sus compañeras vivían una vida recogida, austera y devota, de gran edificación para la comunidad cristiana. Cuando el año 398 San Juan Crisóstomo fue elegido obispo de Constantinopla, él que ya estimaba y dirigía a la comunidad, la tomó bajo su especial protección. Ella, ampliando su obra religiosa, fundó un orfanatorio y un hospital para pobres y los sostuvo con sus bienes.

Llegó la tormenta en torno a la figura de San Juan Crisóstomo, depuesto y enviado al destierro. Olimpiades y sus monjas sostuvieron firmemente al santo obispo y tuvieron que padecer la persecución iniciada contra todos los amigos del obispo. Se la acusó de ser la causante del incendio del palacio episcopal pero ella se defendió con firmeza y eficacia. Hubo de dejar la ciudad y ver su convento dispersado por el ilegítimo sucesor de San Juan Crisóstomo y cerrados sus establecimientos benéficos. Su enfermedad no impidió que se diera contra ella decreto de exilio en Nicomedia. No tuvo otro consuelo que las cartas que le escribió San Juan Crisóstomo desde su destierro antes de morir. No mucho después, en torno al 409, murió ella, siendo enterrada en Nicomedia.

SAN TEODOMIRO DE CARMONA

Monje y mártir († 851)

Cuenta su martirio de forma muy breve San Eulogio de Córdoba en el cap. VI de la parte II de su *Memorial de los santos*. Con este martirio concluye la primera etapa de la persecución iniciada el día 3 de junio del 851 con la muerte del monje San Isaac, siendo así dos monjes los que inician y cierran este período de la persecución. Hasta noviembre de aquel año no habría un nuevo martirio, el de las santas Flora y María.

Teodomiro o Teodemiro, como dice realmente San Eulogio, era natural de Carmona, la bella ciudad cercana a Sevilla, y había profesado la vida monástica no sabemos si en la propia Carmona o en Córdoba, donde de todos modos estaba al tiempo de su martirio, y no dice San Eulogio de qué monasterio era monje. Lo que sí nos dice es que era una persona joven. Se presentó al martirio y lo alcanzó el día 25 de julio de 851, siendo su cuerpo arrojado a las afueras del palacio, donde permaneció insepulto hasta que los cristianos lo retiraron cautelosamente y lo enterraron junto con el del diácono y mártir Pablo, martirizado el día 20 del mismo mes y año, en la basílica de San Zoilo. San Teodomiro es el patrono de su patria, Carmona, en cuya iglesia principal, Santa María, tiene dedicado un hermoso retablo barroco, teniendo otro también con preciosa imagen de vestir del siglo XVIII en la parroquia de San Pedro. La diócesis de Sevilla celebra su memoria el día 27 de julio, al estar ocupado el día de su martirio por la fiesta del apóstol Santiago.

BEATO JUAN SORETH

Presbítero († 1471)

Juan Soreth nació en Caen, Normandía, el año 1394, estando entonces Normandía bajo dominio de los reyes de Inglaterra. No se sabe a ciencia cierta en qué año entró en la Orden del Carmen pero sí se conoce que su ordenación sacerdotal, siendo ya religioso carmelita, fue el año 1417. Hace posteriormente estudios de teología en la Universidad de París, donde el año 1438 alcanza el doctorado, siendo nombrado después regente de es-

tudios de su provincia carmelitana. En 1440 es elegido provincial de su Orden y continúa en esta labor por espacio de cerca de once años, acreditándose por su cultura, piedad y vida interior, espíritu verdaderamente religioso y creatividad para abordar nuevas situaciones y saber darles respuesta. Por ello, reunido el capítulo general de la Orden, lo eligió su prior general el 1 de noviembre de 1451, como sucesor de Juan Faci, que dejó el cargo al ser nombrado obispo de Rietz.

Juan Soreth se da cuenta de que la Orden necesita una seria reestructuración para acomodarse a los nuevos tiempos y ser verdaderamente útil al servicio de Dios y de la Iglesia. Por ello se hace presente en todas las provincias de la Orden impulsando la reforma religiosa y el buen espíritu, la cultura religiosa y la vida interior, la vida de comunidad, una manera simple y humilde de vivir el espíritu del Carmelo, y atendiendo al bien de las almas con la predicación y la dirección de conciencias. Exigente pero flexible y comprensivo, propugnaba que todos se atuvieran a la mitigación de la Regla obtenida en 1435, y procuró mantener diálogo y buenas relaciones con la llamada Congregación Mantuana, un sector reformista de la Orden con cierta tendencia separatista y que se había llevado mal con el anterior general. El P. Soreth le mostró a esta congregación afecto y apoyo y valoró debidamente su espíritu de austeridad y reforma. Intentó legalizar los afanes reformadores de religiosos y conventos con los decretos del capítulo general de París de 1456, y logró que el papa Calixto III confirmara estos decretos. Intentó así que convivieran en el interior de la única Orden las dos tendencias reformistas, la llamada calixtina y la mantuana. Con los abusos no fue flexible, y así exigió a quienes tenían beneficios que optaran entre ellos y la Orden e insistía en la observancia regular y la vida de comunidad, y logró que Pío II le diera poderes especiales para poder cortar los abusos y que todos los conventos tuvieran su debida regularidad. Y con el fin de impulsar la perfección de la vida regular, publicó su *Exposición a la Regla,* que, nacida de la experiencia como provincial y general, hizo mucho bien. Completó su obra con la codificación de las leyes de la Orden en los capítulos de Bruselas (1462) y Aurillac (1469) y que se imprimieron en Venecia en 1499. Insistió en la

importancia de la formación, en la necesidad de que todos los religiosos, clérigos o legos, tuvieran un trabajo preciso, y que todo estuviera bien ordenado y vigilado. Insistió en la necesidad de la visita canónica y él dio ejemplo visitando sin cansancio las provincias de la Orden.

Pero sobre todo Juan Soreth pasa a la historia como el fundador de las monjas carmelitas, ya que él como prior general aplicó la bula *Cum nulla* de Nicolás V (1452) y acogió en la Orden a las mujeres y formalizó la existencia jurídica de carmelos femeninos. Dechado de virtudes y lleno de méritos, murió en Angers el 25 de julio de 1471. El papa Pío IX confirmó su culto inmemorial el 3 de mayo de 1866.

BEATOS RODOLFO AQUAVIVA, ALONSO PACHECO, PEDRO BERNO, ANTONIO FRANCISCO Y FRANCISCO ARANHA

Religiosos y mártires († 1583)

El 25 de julio de 1583 fueron masacrados en la península de Salsette, junto a Goa, en la India, cinco religiosos jesuitas, cuya presencia en disposición de erigir iglesias cristianas les acarreó el odio feroz de quienes se oponían a la introducción del cristianismo en su tierra. Salsette tenía unos 90.000 habitantes, agrupados en 66 aldeas, siendo doce de ellas las principales y teniendo una especie de gobierno autónomo, pero en definitiva bajo dominio portugués. Había unos 200 templos de los dioses y un número importante de sacerdotes de los mismos, con gran influencia en lo social y político del país. Se resistieron fuertemente a la entrada del cristianismo, pero, amparados por el virrey portugués, en 1560 habían penetrado los misioneros jesuitas y en diez años de trabajo ímprobo habían creado una cristiandad de unos dos mil fieles, logrando edificar cinco iglesias. Pero la oposición de los sacerdotes era muy eficaz y habían llegado a maltratar a los conversos al cristianismo e incluso a retener como presos algunas veces a los misioneros. El virrey Antonio de Noronha recurrió entonces a la fuerza y con sus tropas derribó templos paganos y permitió que el P. Pedro Berno, uno de los futuros mártires, con sus manos destrozara nu-

merosos ídolos. Esta prueba de fuerza animó a los cristianos que, sintiéndose amparados por el virrey, salieron de su desaliento y en unos años la comunidad cristiana creció hasta los doce mil fieles. Pero los paganos pedían con insistencia licencia para restaurar sus destruidas pagodas y apelaron al Consejo Real de la corte lisboeta, donde la licencia por fin se les concedió. Pero el P. Alonso Pacheco, jesuita, estaba en Lisboa de vuelta de Roma y se entrevistó con Felipe II, ya para entonces rey de Portugal, y consiguió que el monarca anulase la licencia del consejo lisboeta. Atemorizados entonces los salsetanos, buscaron negociaciones de paz, sirviéndose del propio P. Pacheco, de vuelta en la India, y las negociaciones prosperaron. Entonces se pensó que se podían abrir cinco nuevas residencias de los misioneros en Salsette y se mandó a los cinco religiosos que morirían mártires y al secretario de un capitán portugués y a unos cincuenta cristianos nativos. Llegados a la aldea de Coculino, comenzaron a disponer las cosas para la edificación de la primera residencia, cuando animados por un sacerdote pagano llamado Pondú se hicieron presentes los habitantes de la aldea enfurecidos y gritando que había que matarles. Quiso defenderlos el secretario del capitán, pero el P. Pacheco, viendo la situación, le dijo que era la hora del martirio y había que ser pacientes y mansos. Los cinco religiosos fueron atacados con cuchillos y lanzas y una vez muertos fueron arrojados sus cuerpos a un pozo, de donde posteriormente fueron recogidos y llevados en solemne procesión a una iglesia.

Éstos son los datos de los mártires:

ALONSO PACHECO había nacido en Minaya, Albacete, el año 1551 en el seno de una familia de la aristocracia. Educado en el colegio jesuita de Belmonte, a los 16 años decide ingresar él mismo en la Compañía de Jesús, que lo recibe el 8 de septiembre de 1567. Hecho el noviciado en Villarejo de Fuentes, pasó al estudiantado de Alcalá de Henares. Estaba estudiando teología cuando pasó por España el P. Valiñano con licencia del general de la Orden para llevarse misioneros a la India y Oriente, y se ofreció Alonso, pero de momento no fue aceptado. Sin embargo al fallar por enfermedad uno de los elegidos se le reclamó desde Lisboa y embarcó para la India. Llegado a Goa, completó

sus estudios y se ordenó sacerdote. Se ofreció para ir al Japón pero los superiores lo destinaron al colegio de San Pablo, de Goa. Luego fue secretario del provincial y como tal recorrió los diversos puestos misionales y casas de la región. En 1578 fue enviado a Europa para informar a la corte, a la Santa Sede y al P. General de la situación de la religión en la India. Dos años estuvo en esta misión y a su vuelta es cuando supo que los de Salsette habían logrado licencia para reedificar sus templos y logró que Felipe II la anulase. Llegado a Goa, fue nombrado superior del colegio destinado a la educación de los naturales de Salsette. Cuando llegó la hora del martirio, mostró gran fortaleza. Murió atravesado por dos golpes de lanza. Cuando en su pueblo se supo la noticia de su martirio, sus padres, los señores de Minaya, organizaron festejos dando gracias por tener un mártir en la familia.

RODOLFO AQUAVIVA, hijo del duque de Atri, Juan Jerónimo Aquaviva, y de Margarita Pía de Saboya, nace en Atri, reino de Nápoles, el año 1550. Dos hermanos suyos serán cardenales. Educado cristianamente, cuando su tío Claudio Aquaviva, futuro general de la Compañía de Jesús, ingresó en esta Orden, el joven Rodolfo quiso también seguirle, pero no obtuvo permiso paterno y sin él San Francisco de Borja, general de la Orden entonces, se negó a recibirle. Informado el papa San Pío V, dijo que no debía entrar sin licencia del padre. Como el joven insistía, San Francisco de Borja le habló a San Pío V y éste llamó al duque a decirle que no debía oponerse más tiempo a la vocación religiosa de su hijo. De esta forma el propio padre llevó al joven a San Francisco de Borja y se lo entregó para que fuera jesuita (2 de abril de 1568).

Hizo el noviciado en San Andrés del Quirinal junto con San Estanislao de Kostka y ya entonces sintió la vocación misionera, pero como tenía poca salud los superiores no consideraron oportuno acceder. Mas en 1576 llegaba a Roma el procurador de la India, P. Martín Silva, y Rodolfo interpuso los buenos oficios de este padre con el general, del cual consiguió lo que quería. Rodolfo en 1577 obtiene la licencia y marcha a Lisboa. Aquí es ordenado sacerdote en marzo de 1578. Enviado seguidamente a Goa, aquí es empleado como profesor de filosofía y no

como misionero directo. Pero al año siguiente se le envía al imperio del Gran Mogol, cuyo emperador quería conocer el cristianismo. Recibidos él y sus compañeros cortésmente, la misión finalmente no pudo establecerse y a los tres años, en 1583, volvieron a Goa. Entonces recibe del P. Provincial la tarea de estar al frente de las residencias de Salsette, a donde marchó con sus compañeros, para hallar enseguida el martirio. Recibió una cuchillada en las piernas, otra en el cuello y otra en la espalda, y finalmente le quitaron la vida atravesándole el pecho con una estocada.

PEDRO BERNO nació en Ascona, Ticino, seguramente en 1553, hijo de un modesto artesano que, finalmente, buscando mejor fortuna, se trasladó a Roma. Aquí Pedro empezó los estudios eclesiásticos, alumno del Colegio Germánico, y pasó al noviciado de la Compañía de Jesús en 2 de julio de 1577. Cuatro meses más tarde es destinado a las misiones de la India y se le envía a Lisboa para que acabe su noviciado, y, hecha la profesión religiosa, embarcó el 4 de abril de 1579. Llegado a Goa en octubre de ese año, al año siguiente se ordena sacerdote. Acompañó al virrey en su expedición de castigo y quebró con sus propias manos numerosos ídolos. Destinado en los distritos de Margan y Coulan, obtuvo la palma del martirio cuando acompañando a sus compañeros iba a empezar la fundación de un puesto misional. Al P. Pedro le dieron una cuchillada en la cabeza y otra en el cuerpo y le metieron una lanza por el ojo, y, ya muerto, y como venganza por haber quebrado sus ídolos, hicieron mil afrentas a su cuerpo.

ANTONIO FRANCISCO nació en Coimbra el año 1553. Comenzó los estudios en su célebre Universidad pero a los 17 años decidió ingresar en la Compañía de Jesús, donde hizo la profesión. Destinado a las misiones de la India, se ordenó en Goa de sacerdote el año 1583, el mismo de su glorioso martirio. Pedía a Dios en la misa la gracia del martirio. Le partieron la cabeza y le llenaron de heridas hasta que expiró.

FRANCISCO ARANHA era también portugués y había ido a la India acompañando a su tío, el primer arzobispo de Goa. A los 20 años ingresó en la Compañía y se hizo coadjutor temporal. Tenía conocimientos de arquitectura y sirvió por ello como

proyectista y director de la construcción de varios edificios e iglesias para la misión. Y con esta misma finalidad se le dio sitio en el grupo que iba a Salsette al establecimiento de cinco puestos misionales. Herido mortalmente de una cuchillada en el cuello y una lanzada en el costado, seguía vivo cuando ya sus compañeros habían muerto y entonces lo arrastraron dándole vueltas alrededor de un ídolo indicándole que lo adorara, pero él se negaba diciendo que sólo adoraba al Dios verdadero. Entonces lo ataron de pies y manos, lo pusieron en alto y se cebaron en él a flechazos hasta que murió.

Fueron beatificados por León XIII el 30 de abril de 1893.

BEATO ANTONIO LUCCI

Obispo († 1752)

Antonio Lucci nació el 2 de agosto de 1682 en Agnone, diócesis de Trivento, Italia, y se le puso en el bautismo el nombre de Ángel Nicolás. Recibió en su casa una sólida educación cristiana. Perdió a su padre a los doce años y se encargaron de su formación un sacerdote y un religioso celestino. Luego entró como alumno en la escuela que tenían los franciscanos conventuales y de aquí le vino su vocación religiosa, siendo admitido al noviciado de dicha Orden el 6 de febrero de 1697 y recibiendo el nombre de fray Antonio en el convento de Isernia. En agosto de 1698 hizo la profesión religiosa, y seguidamente cursó los estudios en varios conventos hasta que, estando en el de Asís, recibió la ordenación sacerdotal el 19 de septiembre de 1705. Allí hizo el primer curso del trienio de perfeccionamiento pasando luego a Agnone, donde simultaneó los estudios con el encargo de regente del colegio local y por fin se doctoró en teología en 1709. Enviado al convento de San Lorenzo de Nápoles como profesor de teología en el estudio general, también ejercía como predicador y se ocupaba con mucha caridad de los pobres. Se granjeó un gran crédito en su Orden por su preparación cultural y sus muchas virtudes, y ello le valió que el 8 de febrero de 1718 le eligieran provincial de la provincia de Sant Angelo. Al año siguiente es llamado a Roma como regente del Colegio de San Buenaventura, deponiendo por ello su oficio de

provincial. Prestigiado en Roma, el papa Benedicto XIII lo nombró teólogo consultor del Sínodo Romano (1725) y del Santo Oficio.

Pero el Papa pensó que fray Antonio podía dar mayores servicios a la Iglesia y por su sola voluntad lo nombró en 1729 obispo de Bovino, presidiendo personalmente su consagración episcopal el 7 de marzo de 1729 y colmando de elogios al nuevo prelado. Se encontró una diócesis pequeña y escasa de recursos y él intentó darle nuevos alientos y nueva vitalidad. Se ocupó mucho de la formación del clero, para el que no tenía seminario, pero formó un Estudio teológico que garantizase al menos una buena formación teológica para los aspirantes al sacerdocio. Abrió la primera escuela pública para combatir el analfabetismo y buscó fórmulas de ayuda a los más pobres, ya que su diócesis padecía la plaga del pauperismo. Y sobre todo emprendió la visita pastoral que desde mucho tiempo atrás no se hacía, visitando cada parroquia e incentivando las obras de piedad, celo y caridad. Amado de sus sacerdotes y sus diocesanos, también las autoridades civiles, empezando por los mismos reyes, le mostraron su afecto, y otros obispos, como San Alfonso María de Ligorio, le mostraron su aprecio y solidaridad. Predicaba con frecuencia y gran entusiasmo religioso y llevaba una vida de gran austeridad y ejemplaridad. No desmayó ante las dificultades que le atrajeron algunas de sus obras caritativas. Murió el 25 de julio de 1752. Fue beatificado el 18 de junio de 1989 por el papa Juan Pablo II.

BEATO MIGUEL LUIS BRULARD

Presbítero y mártir († 1794)

Miguel Luis Brulard fue bautizado en la parroquia de San Bartolomé, de Chartres, el día 11 de junio de 1758, y ése parece ser el día mismo de su nacimiento en una familia de clase media. Se decidió primero por la vocación eclesiástica y estudió teología en la Universidad de París, pero luego optó por la vida conventual e ingresó en 1772 en el convento de los carmelitas descalzos de Charenton. No se saben otros detalles de su vida en el Carmelo, salvo el que era sacerdote, antes de la Revolu-

ción Francesa. Llegada ésta y suprimidos los conventos, volvió a su casa paterna, donde procuró llevar una vida de religioso todo cuanto le era posible, viviendo con gran recogimiento, austeridad y piedad. Se negó a seguir las directrices religiosas de la Revolución y a prestar el juramento de Libertad-Igualdad. Fue arrestado en 1793 y destinado a la deportación, partiendo de Chartres para Rochefort con otros nueve eclesiásticos en fecha anterior al 5 de mayo de 1794, en que ya estaba en Rochefort y fue sometido a registro. Embarcado en Les Deux Associés, dio un alto ejemplo de espíritu de sacrificio, de espiritualidad y de paciencia, procurando en sus conversaciones no hablar sino del destino eterno que aguarda a los fieles del Señor, mereciendo que sus compañeros de padecimientos lo tuvieran por un verdadero ángel. El hambre y los padecimientos redujeron su cuerpo a la mayor delgadez, sin que él exhalase una queja, y murió de una pulmonía en la noche del 25 de julio de 1794, siendo enterrado en la isla de Aix. Fue beatificado por Juan Pablo II el 1 de octubre de 1995.

BEATOS MÁRTIRES PASIONISTAS DE DAIMIEL (URDA)

GRUPO DE URDA: Pedro del Corazón de Jesús Largo Redondo, Félix de las Cinco Llagas Ugalde Irurzun, Benito de la Virgen del Villar Solano Ruiz

Religiosos y mártires († 1936)

El convento de religiosos pasionistas de Daimiel, Ciudad Real, luego de haber sido registrado en diferentes ocasiones fue mandado evacuar por los religiosos en la noche del 21 al 22 de julio de 1936. Se les aseguró a los religiosos que su vida iba a ser respetada, y luego de recibir la absolución y la sagrada comunión, todos los religiosos tuvieron que abandonar el convento y se dividieron en grupos. Uno de ellos fue el compuesto por los tres mártires que se conmemoran hoy. Se despidieron de los demás compañeros en la bifurcación de la carretera que va a El Campillo. Siguieron carretera adelante y cuando llegaron a Torralva se echaron al descampado, aguantando el sol de julio por los campos de La Mancha. Esquivaron el santuario de Las Cru-

ces, y acuciados por la sed se acercaron a pedir agua a una casa de campo. Dijeron a los dueños que iban a Malagón a coger el tren a Madrid, y les recomendaron que no cogieran por la carretera, pero ellos dijeron que ya no podían más y que tomarían la carretera para llegar a Malagón cuanto antes. Pero en el Puente Navarro del río Guadiana fueron reconocidos y arrestados siendo llevados al Ayuntamiento de Malagón, donde los entregaron a las cinco de la tarde. A las cinco de la mañana, luego de doce horas de estar en la cárcel municipal, los llevaron a la estación para que cogieran el tren correo a Madrid. Pero los esperaban en Urda, Toledo, los revolucionarios avisados. Los obligaron a bajar y se hicieron cargo de ellos en medio de grandes griteríos. Los llevaron al oeste de la estación cerca del depósito de agua y allí los fusilaron. Ellos cuando eran conducidos llevaban la cabeza baja e iban en silencio. Les conminaron a que levantaran el puño al estilo comunista y se negaron. Aunque muertos al amanecer, los cuerpos permanecieron en la estación hasta la una del mediodía en que un camión los llevó al cementerio de Los Yébenes donde fueron inhumados.

Éstos son sus datos personales:

PEDRO LARGO REDONDO había nacido en Alba de los Cardaños, Palencia, el 19 de marzo de 1907 en el seno de una familia campesina. En su infancia guardó ganado. En su casa recibió una buena educación cristiana. Los inviernos iba al colegio. Con catorce años decidió su vocación religiosa e ingresó el 29 de septiembre de 1921 en el convento pasionista de Corella. El 17 de octubre de 1922 tomó el santo hábito y recibió el nombre de Pedro del Corazón de Jesús, emitiendo su profesión religiosa el 18 de octubre de 1923. Luego de tener que salir del convento de Zaragoza unos meses tras la proclamación de la República en abril de 1931, pudo por fin hacer los votos perpetuos el 6 de noviembre de aquel año en la ciudad del Pilar. El 19 de junio de 1932 lo ordenaba sacerdote el arzobispo Doménech. Hubo de irse al servicio militar en Melilla como ayudante del capellán militar de Sanidad entre el 9 de noviembre de 1934 y el mismo día del año siguiente. Seguidamente fue destinado a Daimiel.

FÉLIX UGALDE IRURZUN había nacido en Mendigorría, Navarra, el 6 de noviembre de 1915, en una familia numerosa y

piadosa. Tenía un tío pasionista y de ahí seguramente le vino su vocación. Recibida la bendición de su casa, ingresó en la congregación en Zaragoza el 28 de septiembre de 1928 con sólo trece años. Ingresó en el noviciado el 22 de octubre de 1932, recibiendo el nombre de Félix de las Cinco Llagas, e hizo la profesión religiosa el 29 de octubre de 1933. En septiembre de 1934 se le mandaba a Daimiel. Cuando supo el martirio de algunos pasionistas en la revolución de Asturias, escribió a sus padres que «dichosos ellos» y que «el martirio es una muy grande gracia de Dios». Era un religioso sencillo, alegre y respetuoso, y aunque no era muy listo, era aplicado y estudioso.

BENITO SOLANO RUIZ había nacido en Cintruénigo, Navarra, el 4 de enero de 1898, último de cuatro hermanos e hijo del carpintero del pueblo. Educado cristianamente, fue un chico bueno y piadoso, que ingresó en el colegio pasionista de Corella en marzo de 1912, sin que sus padres aprobasen su vocación religiosa, que no terminaban de ver clara. Él mismo solicitó ser admitido en la Congregación de la Pasión en calidad de hermano coadjutor. Por fin tomó el hábito el 11 de mayo de 1913 y tomó el nombre de Benito de la Virgen del Villar. Le retrasaron la profesión de los votos, cosa que él llevó con paciencia y humildad, y pudo emitir la profesión religiosa el 29 de junio de 1914. Fue primero destinado a Daimiel como cocinero y sastre, luego fue enviado a Santa Clara (Cuba) en 1919 y de ahí pasó a Méjico en 1922 hasta julio de 1926 en que, a causa de la persecución religiosa, los superiores lo devolvieron a Cuba, desde donde volvió a España y fue otra vez destinado a Daimiel. El 7 de abril de 1929 era enviado a la casa de Zaragoza como enfermero y sastre. En 1935 es enviado a Valencia como hermano limosnero, desarrollando un trabajo difícil y comprometido dadas las circunstancias políticas, pero tras las elecciones de febrero de 1936 fue nuevamente destinado a Daimiel, a donde llegó a comienzos de julio.

Fueron beatificados el 1 de octubre de 1989 por Juan Pablo II, junto con los otros mártires de Daimiel.

BEATA MARÍA TERESA KOWALSKA

Virgen y mártir († 1941)

Miecislava Kowalska nació en Varsovia en 1902. No se conocen los nombres de sus padres, pero sí se sabe que el padre era simpatizante socialista que en 1920 se marchó a la Unión Soviética con una parte de la familia. Las ideas políticas de su padre no habían impedido que Miecislava hiciera la primera comunión (21 de abril de 1915) y recibiera la confirmación (21 de mayo de 1920). Miecislava quedó en Polonia y al llegar a los 21 años decidió su vocación religiosa e ingresó en el monasterio de Monjas Capuchinas de Przasnysz el 23 de enero de 1923. Ella quería reparar la defección de su familia, que se había dejado imbuir del espíritu ateo. Comenzó su noviciado el 15 de agosto de 1923 y tomó el nombre de sor María Teresa del Niño Jesús. Hizo la profesión simple el 15 de agosto de 1924 y la profesión solemne el 26 de julio de 1928. En el convento ejerció sucesivamente estos oficios: portera, sacristana, bibliotecaria, maestra de novicias y consejera.

Llegada la II Guerra Mundial y ocupada Polonia por los alemanes, éstos arrestaron, el 2 de abril de 1941, a todas las monjas del monasterio y las llevaron al campo de concentración de Dzialdowo. Para entonces sor María Teresa estaba ya enferma de tuberculosis. Las 36 monjas capuchinas fueron recluidas en un único local y sometidas a condiciones horribles de vida. La tuberculosis de sor Teresa avanzó de forma rápida e inexorable, sobreviniéndole numerosas hemorragias pulmonares, hasta que murió piadosamente el 25 de julio de 1941, siendo su cuerpo retirado de la sala, sin que se sepa qué se hizo con él. Las hermanas fueron liberadas dos semanas más tarde pero no pudieron volver al monasterio hasta el final de la guerra.

Fue beatificada el 13 de junio de 1999 por el papa Juan Pablo II.

26 de julio

A) Martirologio

1. La memoria de San Joaquín y Santa Ana, padres de la Santísima Virgen María **.

2. La conmemoración de San Erasto, que en la ciudad de Corinto ayudó al apóstol San Pablo.

3. En Padolirone (Mantua), San Simeón († 1016), monje y ermitaño.

4. En Auch (Aquitania), San Austindo († 1068), obispo.

5. En Verona (Italia), beatos Evangelista y Peregrino, presbíteros († s. XII/XIII).

6. En Sassoferrato (Italia), Beato Hugo de Actis († 1250), de la congregación de los Silvestrinos de la Orden de San Benito.

7. En San Severino Marche, Beata Camila Gentili († 1486), mártir.

8. En Gateshead, junto a New Castle (Inglaterra), Beato Juan Ingram († 1594), presbítero, mártir bajo el reinado de Isabel I *.

9. En Darlington (Inglaterra), Beato Jorge Swallowell († 1594), mártir bajo el reinado de Isabel I *.

10. En Lancaster (Inglaterra), beatos Eduardo Thwing y Roberto Nutter, éste de la Orden de Predicadores († 1600), presbíteros y mártires bajo el reinado de Isabel I *.

11. En Londres (Inglaterra), Beato Guillermo Webster († 1641), presbítero y mártir bajo el reinado de Carlos I *.

12. En Phú Yén (Annam), Beato Andrés († 1644), catequista y mártir **.

13. En Rochefort (Francia), beatos Marcelo Labigne de Reignefort, de la Sociedad de Misiones, y Pedro José Le Groing de la Romagère († 1794), presbíteros y mártires *.

14. En Orange (Francia), beatas María Margarita de San Agustín Bonnet y sus cuatro compañeras: Catalina de Jesús (María Magdalena) de Justamont, Ana de San Basilio Cartier, Clara de Santa Rosalía (María Clara) du Bac e Isabel Teresa del Corazón de Jesús Consolin († 1794), vírgenes, de la Orden de Santa Úrsula, mártires en la Revolución Francesa *.

15. En Lóvere (Italia), Santa Bartolomea Capitanio († 1833), virgen, fundadora del Instituto de Hermanas de la Caridad de la Virgen Niña junto con Santa Vicenta Gerosa (cuya memoria se celebra el 28 de junio) **.

16. En Motril (Granada), beatos Vicente de San Luis Gonzaga Pinilla, religioso agustino recoleto, y el sacerdote diocesano y párroco de la Divina Pastora don Manuel Martín Sierra († 1936), presbíteros y mártires *.

17. En el campo de concentración de Dachau (Baviera), Beato Tito Brandsma († 1942), presbítero, de la Orden Carmelita, mártir **.

18. En La Valetta (Isla de Malta), Beato Jorge Preca († 1962), presbítero, fundador de la Sociedad de la Doctrina Cristiana **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTA ANA
Madre de la Virgen María

Empecemos por afirmar que nada sabemos sobre la santa madre de la Virgen María, Nuestra Señora. Nada rigurosamente histórico. Los cuatro evangelios canónicos, con su sobriedad característica, guardan absoluto silencio sobre los padres de María. Ni siquiera sus nombres nos han transmitido.

Si algo queremos saber acerca de ellos tendremos que acudir a los evangelios apócrifos, ingenuos relatos urdidos por la imaginación fervorosa de los primeros cristianos para completar con ellos los silencios de los evangelios canónicos. En estos escritos —no reconocidos por la Iglesia como revelados— resulta difícil entresacar la verdad del error, aunque bien pudiera ser que gracias a ellos haya llegado hasta nosotros algún dato auténtico silenciado por los cuatro evangelistas. Así, pues, con ingenua sencillez de niños, escuchemos lo que los apócrifos nos han transmitido acerca de la santa mujer que mereció ser la madre de Nuestra Señora y la abuela de Nuestro Señor.

Vivía en aquellos tiempos en tierras de Israel un hombre rico y temeroso de Dios llamado Joaquín, perteneciente a la tribu de Judá. A los veinte años había tomado por esposa a Ana, de su misma tribu, la cual, al cabo de veinte años de matrimonio, no le había dado descendencia alguna.

Joaquín era muy generoso en sus ofrendas al Templo. Un día, al adelantarse para ofrecer su sacrificio, un escriba llamado Rubén le cortó el paso diciéndole: «No eres digno de presentar tus ofrendas por cuanto no has suscitado vástago alguno en Israel».

Afligido y humillado, Joaquín se retiró al desierto a orar para que Dios le concediera un hijo. Mientras tanto Ana se vestía de saco y cilicio para pedir a Dios la misma gracia. No obstante, los sábados se ponía un vestido precioso por no estar bien, en el día del Señor, vestir de penitencia. Estando así en oración en su jardín, suplicaba a Dios con estas palabras: «¡Oh Dios de nuestros padres! Óyeme y bendíceme a mí a la manera que bendijiste el seno de Sara, dándole como hijo a Isaac».

Al decir estas palabras dirigió su mirada al árbol que tenía delante y, viendo en él un pájaro que estaba incubando sus polluelos, exclamó amargamente y con repetidos suspiros: «¡Ay de mí! ¿A quién me asemejo yo? No a las aves del cielo, puesto que ellas son fecundas en tu presencia, Señor».

La humilde súplica de Ana obtuvo una respuesta inmediata de lo alto. Un ángel del Señor se le apareció anunciándole que iba a concebir y a dar a luz, y que de su prole se hablaría en todo el mundo. Nada más oír esto prometió Ana ofrecerlo a Dios al instante. Al mismo tiempo Joaquín recibió idéntico mensaje en el desierto, por lo cual, lleno de alegría, volvió al punto a reunirse con su esposa.

Y se le cumplió a Ana su tiempo y al mes noveno alumbró. Cuando supo que había dado a luz una niña, exclamó: «Mi alma ha sido hoy enaltecida». Y puso a su hija por nombre Mariam.

Al cumplir su primer año, Joaquín dio un gran banquete presentando su hija a los sacerdotes para que la bendijeran. Mientras tanto Ana, dando el pecho a la niña en su habitación, componía un himno al Señor Dios diciendo:

> «Entonaré un cántico al Señor mi Dios porque me ha visitado, ha apartado de mí el oprobio de mis enemigos, y me ha dado un fruto santo. ¿Quién dará a los hijos de Rubén la noticia de que Ana está amamantando? Oíd, oíd, las doce tribus de Israel: "Ana está amamantando". Y, dejando la niña en su cuna, salió y se puso a servir a los comensales».

Joaquín quiso llevar a la niña al Templo del Señor para cumplir su promesa cuando la pequeña cumplió dos años. Pero Ana respondió: «Esperemos todavía hasta que cumpla los tres años, no sea que vaya a tener añoranza de nosotros». Y Joaquín respondió: «Esperemos».

Por fin a los tres años fue llevada la pequeña María al Templo, donde el sacerdote la recibió con estas palabras: «El Señor ha engrandecido tu nombre por todas las generaciones, pues al fin de los tiempos manifestará en ti su redención a los hijos de Israel». Y la hizo sentar sobre la tercera grada del altar.

Y sus padres regresaron, llenos de admiración, alabando al Señor Dios porque la niña no se había vuelto atrás.

Con este heroico rasgo de desprendimiento los apócrifos cierran el capítulo dedicado a los padres de la Virgen María.

Después de dejar a su hija en el Templo, Ana se aleja silenciosamente y se esfuma para siempre. Su misión había terminado.

Sin duda, nosotros habríamos deseado saber algo más. Pero, aunque esbozada apenas, es una encantadora y admirable figura de mujer la que se adivina en esos breves trazos.

Una mujer paciente y humilde. Durante veinte años Ana sufre sin queja la tremenda humillación de la esterilidad. Cuando, por fin, su amargura se derrama en presencia del Señor, sus quejas son tan suaves y humildes que inclinan al Señor a escucharla. Su larga prueba no ha endurecido su corazón, no le ha agriado. Es todavía capaz de reconocer que todas las criaturas de Dios siguen siendo buenas y la obra del Señor, perfecta; es ella únicamente la que parece desentonar en este armonioso conjunto. Y —nótese ese detalle de una exquisita femineidad— en honor del Señor, en su día, se viste de gala aunque su corazón esté triste. Toda mujer sabrá apreciar lo que esto supone de delicado olvido de sí.

Una mujer generosa. Pide para tener, a su vez, el gozo de dar. En cuanto tiene la seguridad de haber sido escuchada, su primer pensamiento es devolver algo por la gracia recibida: hará donación a Dios de este mismo hijo cuyo nacimiento se le anuncia.

Una mujer agradecida. En su felicidad no se olvida de dar gracias al Señor. ¡Y con qué júbilo exultante y candoroso! «Oíd, oíd, las doce tribus de Israel: Ana está amamantando!». Ella misma ignora cuán fausta es la nueva que está anunciando a Israel y al mundo entero: «¡Ana está amamantando!».

Una mujer abnegada, dispuesta a desprenderse de su hija para siempre; a privarse de ella cuando sea preciso para darse a los demás. Así, dejando a la niña en su cuna, se dedica a atender a sus invitados.

Abnegada, pero no fría ni insensible. «Esperemos —le dice a su esposo—, esperemos a que la pequeña cumpla tres años [...] No sea que vaya a tener añoranza de nosotros...». Y en su voz temblorosa se adivina la añoranza que está ya atenazando su propio corazón. La vena soterrada de la ternura asoma en estas tímidas palabras de Ana. Y ésta es la pincelada definitiva, la que nos revela su alma entera y nos la hace sentir muy cercana a nuestro corazón.

La crítica moderna está de acuerdo en negar todo fundamento histórico al episodio de la presentación de María al Templo. La costumbre, afirmada por los apócrifos, según la cual los primogénitos, varones y hembras, pertenecían a Dios y debían ser educados en el Templo hasta su pubertad, no existió, en realidad, en Israel. Los primogénitos eran, en efecto, consagrados al Señor, pero rescatados en el acto mediante una ofrenda. Los padres los tomaban de nuevo consigo y eran educados en el seno del hogar. Claramente nos cuenta San Lucas cómo se hizo con el Niño Jesús.

Así, pues, Dios no pidió este sacrificio a la bendita madre de la Virgen María. Pudo Ana guardar a su hija junto a sí, verla crecer sobre sus rodillas, tener el gozo de educarla, disfrutar de su presencia hasta su muerte. Breve sería, sin embargo, su felicidad: de los Evangelios se desprende que María era ya huérfana en el momento de sus esponsales con José, hacia sus quince años.

Dios no pidió a Ana el sacrificio de la separación. Pero le impuso otro sin duda mayor: la dejó en una total ignorancia de su gloriosa misión. Si consideramos la estricta sobriedad de las revelaciones hechas a la propia Madre del Salvador, tendremos que dar por descontado que nunca supo Ana que su hija era una criatura única, excepcional; nunca supo qué nieto iba a tener de ella. No bajó un ángel para revelarle el prodigio que se había realizado en su seno: la concepción sin mancha del único ser humano exento del pecado de Adán (aparte Jesucristo, hombre-Dios).

La separación física de su hija, unas leguas más o menos de distancia entre las dos, habría significado muy poco para Ana si, al dejarla en el Templo, la hubiera sabido inmaculada, llena de gracia, futura Madre de Dios. Fue el desconocimiento de estas grandezas lo que abrió lejanías insondables entre madre e hija. Estar tan cerca del misterio, rozar ya los días tan suspirados de la redención, ser ella misma una pieza tan importante en la precisión del engranaje divino —¡abuela de Dios!— y no tener de ello conocimiento, ¿no es acaso una privación mucho más dura que la impuesta a Moisés, al que se permitió, por lo menos, entrever la Tierra Prometida en la que no iba a poder entrar?

Ana se convierte así en una figura singularmente atractiva, amable y consoladora para cuantos, al trasponer el umbral de la vejez, se sienten de pronto invadidos por la penosa impresión de haber vivido una vida inútil, carente de sentido. Es entonces cuando puede ser alentador el recuerdo de Ana, de su vida oscura, sin trascendencia aparente, en contraste con la altísima misión que estaba cumpliendo sin saberlo.

> «¿Quién sabe a lo que uno está destinado? —dice el padre Faber—. Nuestra misión es quizá lo contrario de cuanto hemos pensado; porque las misiones son cosas divinas, ocultas por lo regular, y se cumplen sin que tengamos conciencia de ellas».

Así fue en el caso de Ana.

Hay almas tan completamente entregadas a Dios, tan fieles y tan sencillas, que la Providencia sabe muy bien que puede disponer de ellas sin contar con su consentimiento previo. Almas en estado de disponibilidad total: Dios no tiene por qué molestarse en darles explicaciones. De las tales, Ana es una buena muestra.

Bueno es vivir ignorado de los demás, pero es mucho más seguro todavía ignorarse a sí mismo. Que la santa abuela de Jesús nos haga comprender la segura belleza de su oscuro camino.

DOLORES GÜELL

Bibliografía

Los únicos datos que poseemos proceden de un evangelio apócrifo: *Protoevangelio de Santiago,* cuyas ediciones y versiones críticas enumeramos a continuación:
AMIOT, F., *Évangiles apocryphes* (París 1952).
BONACCORSI, G., *Vangelii apocrifi,* I (Florencia 1948).
HENNECKE, E., *Neutestamentliche Apokryphen* (Tubinga [2]1924).
JAMES, M. R., *The apocryphal New Testament* (Londres [2]1953).
SANTOS OTERO, A. DE, *Los evangelios apócrifos* (Madrid 1956; reimp. 2003) 120-129.
TISCHENDORF, C., *Evangelia apocrypha* (Lipsiae [2]1876).
• Actualización:
FUNDACIÓN SAN JUSTINO, *El protoevangelio de Santiago* (Madrid 1997).
LLIGADAS, J., *Santa Ana y San Joaquín* (Barcelona [2]2001).

SAN JOAQUÍN
Padre de la Virgen María

Es inútil buscar en la Sagrada Escritura una huella, siquiera fugaz, del abuelo materno de Jesús. Las genealogías que San Mateo (1,1) y San Lucas (3,23) incluyen en sus Evangelios dibujan a grandes rasgos el árbol genealógico de Jesús, tomando por puntos de referencia los cabezas de familia, desde San José, su padre legal, hasta Adán, pasando por David y Judá. La línea materna, en cambio, queda silenciada. Ante este problema, y en la necesidad de dilucidar la cuestión de la ascendencia de María, Padres de la Iglesia oriental tan venerables como San Epifanio y San Juan Damasceno no tuvieron reparo en echar mano de una añeja tradición en la que se contienen diversas noticias acerca de los abuelos maternos de Jesús. Por otra parte, el hecho de que tantas veces encontremos representaciones pictóricas y escultóricas alusivas a los primeros años de María, quien aparece reclinada en los brazos de su madre, Santa Ana, y a escenas de la vida pastoril de San Joaquín, a quien se presenta como padre de María, lo mismo en mosaicos bizantinos del Monte Athos que en tablas de la escuela valenciana o castellana, atestigua la raigambre y el favor de que ha gozado en la cristiandad la piadosa tradición que hace a San Joaquín y Santa Ana padres de María y abuelos de Jesús.

Dicha tradición fue recopilada en la Edad Media por Jacobo de Vorágine y Vicente de Beauvais, quienes se encargaron de difundirla por el Occidente, pero ya en el siglo VI había sido aceptada oficialmente por la Iglesia oriental, refrendada como estaba por escritos venerables, cuya antigüedad llega a remontar el siglo II. En todos los datos que dicha tradición recoge acerca de la vida de San Joaquín descansa un fondo de verosimilitud que no puede ser turbado por el carácter apócrifo de los documentos escritos en que están contenidos. Pero ellos no constituyen, naturalmente, un cimiento inconmovible, sobre el que se pueda edificar históricamente la vida del augusto abuelo de Jesús: junto al nombre comúnmente aceptado de Joaquín (que significa el hombre a quien Yahvé levanta), se encuentran otros más raros como Cleofás, Jonachir y Sadoch, que no son sino variantes sin importancia de los documentos escritos. Una curiosa tradición

retransmitida por los cruzados hace nacer a San Joaquín en Séforis, pequeña ciudad de Galilea. Otros dicen que fue Nazaret su ciudad natal. San Juan Damasceno dice que su padre se llamaba Barpanther. Según el *Protoevangelio de Santiago,* apócrifo, que se remonta a las últimas décadas del siglo II en su núcleo primitivo, contrajo matrimonio con Santa Ana a la edad de veinte años. Pronto se trasladaron a Jerusalén, viviendo, al parecer, en una casa situada cerca de la famosa piscina Probática. Gozaban ambos esposos de una vida conyugal dichosa y de un desahogo económico que les permitía dar rienda suelta a su generosidad para con Dios y a su liberalidad para con los prójimos. Algunos documentos llegan incluso a decir que eran los más ricos del pueblo y dan incluso una minuciosa relación de la distribución que hacía San Joaquín de sus ganancias.

Sólo una sombra eclipsaba su felicidad, y ésta era la falta de descendencia después de largos años de matrimonio. Esta pena subió de punto al verse Joaquín vejado públicamente una vez por un judío llamado Rubén al ir a ofrecer sus dones al Templo. El motivo de tal vejación fue la nota de esterilidad, que todos por entonces consideraban como señal de un castigo de Dios. Tal impacto causó este incidente en el alma de San Joaquín, que inmediatamente se retiró de su casa y se fue al desierto, en compañía de sus pastores y rebaños, para ayunar y rogar a Dios que le concediera un vástago en su familia. Mientras tanto Ana, su mujer, había quedado en casa, toda desconsolada y llorosa porque a su condición de estéril se había añadido la desgracia de quedar viuda por la súbita desaparición de su marido. Después de cuarenta días de ayuno Joaquín recibió una visita de un ángel del Señor, trayéndole la buena nueva de que su oración había sido oída y de que su mujer había concebido ya una niña, cuya dignidad con el tiempo sobrepujaría a la de todas las mujeres y quien ya desde pequeñita habría de vivir en el templo del Señor. Poco antes le había sido notificado a Ana este mismo mensaje, diciéndosele, además, que su marido Joaquín estaba ya de vuelta. Efectivamente, Joaquín, no bien repuesto de la emoción, corrió presurosamente a su casa y vino a encontrar a su mujer junto a la puerta Dorada de la ciudad, donde ella había salido a esperarle.

Llegó el fausto acontecimiento de la natividad de María, y Joaquín, para festejarlo, dio un banquete a todos los principales de la ciudad. Durante él presentó su hija a los sacerdotes, quienes la colmaron de bendiciones y de felices augurios. Joaquín no echó en olvido las palabras del ángel relativas a la permanencia de María en el Templo desde su más tierna edad, e hizo que, al llegar ésta a los tres años, fuera presentada solemnemente en la casa de Dios. Y para que la niña no sintiera tanto la separación de sus padres procuró Joaquín que fuera acompañada por algunas doncellas, quienes la seguían con candelas encendidas.

Éstos son los detalles que la tradición cristiana nos ha transmitido acerca de la vida de San Joaquín. Todos ligados, naturalmente, al nacimiento y primeros pasos de María sobre la tierra. Si es verdad que buena parte de los referidos episodios deben su inspiración a analogías con figuras del Antiguo Testamento y al deseo de satisfacer nuestra curiosidad sobre la ascendencia humana de Jesús, no lo es menos que todos, en conjunto, ofrecen una estampa amable y altamente ejemplar del padre de la Virgen, que ha sido forjada por muchos años de tradición y que goza del refrendo autorizado de la Iglesia.

AURELIO DE SANTOS OTERO

Bibliografía

Los únicos datos que poseemos proceden de un evangelio apócrifo: *Protoevangelio de Santiago,* cuyas ediciones y versiones críticas enumeramos a continuación:
AMIOT, F., *Évangiles apocryphes* (París 1952).
BONACCORSI, G., *Vangelii apocrifi,* I (Florencia 1948).
HENNECKE, E., *Neutestamentliche Apokryphen* (Tubinga ²1924).
JAMES, M. R., *The apocryphal New Testament* (Londres ²1953).
SANTOS OTERO, A. DE, *Los evangelios apócrifos* (Madrid 1956; reimp. 2003) 120-129.
TISCHENDORF, C., *Evangelia apocrypha* (Lipsiae ²1876).
• Actualización:
FUNDACIÓN SAN JUSTINO, *El protoevangelio de Santiago* (Madrid 1997).
LLIGADAS, J., *Santa Ana y San Joaquín* (Barcelona ²2001).

BEATO ANDRÉS DE PHÚ YÉN

Catequista y mártir († 1644)

El 5 de marzo de 2000 fue beatificado en la Plaza de San Pedro por Juan Pablo II. Andrés nació en la provincia Ran Ran

(Phú Yén) de Cochinchina, actualmente Vietnam. Había nacido en 1625 o 1626. Nos es desconocido el nombre de su familia. Sabemos sólo que el nombre cristiano de su madre era Juana. La madre viuda cuidó y educó con todo esmero a Andrés, de salud bastante precaria, pero despierto de mente y temperamentalmente muy bondadoso. Junto con su madre recibió el bautismo en 1641 de manos del misionero jesuita Alejandro de Rhodes. Un año después del bautismo el mismo misionero lo recibió entre sus más estrechos colaboradores, es decir, entre sus catequistas. Era éste un pequeño grupo de cristianos ejemplares, en parte muy jóvenes, que llegaron después a constituir, de hecho, el primer núcleo del clero autóctono en Vietnam. Estos catequistas recibieron una formación muy esmerada en la llamada «casa de Dios», creada por el padre Rhodes. Sus miembros se comprometían con una promesa formal y pública a estar por toda la vida al servicio de la Iglesia, ayudando a los sacerdotes a difundir el Evangelio. Entregados al apostolado y acompañando en sus viajes apostólicos al padre Rhodes, en 1643, el 31 de julio, fiesta de San Ignacio de Loyola, Andrés y alguno de sus compañeros emitieron también el voto de castidad, para estar más libres y dispuestos en su ayuda a los misioneros.

Bien pronto, después de un año de grande y fructífero apostolado fue sometido a la prueba suprema del martirio. La cosa fue así:

Azuzado por Tong-Thi-Toaim, concubina del rey y enemiga acérrima del catolicismo, el gobernador de la provincia de Auang-nam mandó, el 25 de julio de 1644, soldados para que detuviesen al jefe de los catequistas, llamado Ignacio, que había sido antes un alto magistrado del país. Los soldados encontraron sólo a Andrés que, sin preocuparse del peligro que corría, había obtenido del padre Rhodes el permiso para quedarse en la casa para cuidar de algunos enfermos. Los soldados no queriendo volver ante el gobernador con las manos vacías, detuvieron a Andrés, lo apalearon y después de haberlo atado, lo llevaron a una barca para conducirlo al palacio del gobernador, llamado Ông Nghè Bô.

El mismo día 25 de julio, ya anochecido, llevaron a Andrés ante el mandarín. Los soldados le contaron lo sucedido; al no

Andrés había sido muerto por odio a la fe y que había entregado libremente su vida por Cristo.

Comunicándose al Papa todos estos resultados, el Sumo Pontífice ordenó que se confeccionase el Decreto sobre el martirio del siervo de Dios Andrés. Hecho esto, el día 27 de enero de 2000, convocados el Prefecto de la Sagrada Congregación de los Santos, el cardenal ponente de la Causa y todos los demás que suelen asistir, el Sumo Pontífice, presente en la reunión, declaró que consta del martirio y de la causa del mismo del siervo de Dios Andrés, catequista laico, en el caso y a los efectos de que se trata.

Finalmente el siervo de Dios Andrés fue beatificado por Su Santidad Juan Pablo II el 5 de marzo de 2000.

En la homilía de la beatificación de un gran número de siervos de Dios, al referirse al beatificado Andrés, el Papa, hablando en francés, hizo este gran elogio:

> «"Aquel que se declare por mí ante los hombres, yo también me declararé por él ante mi Padre que está en los cielos" (Mt 10,32). Estas palabras del Señor, Andrés, de Phu Yên, en Vietnam, las hizo suyas con una intensidad heroica. Desde el día en que recibió el bautismo, a la edad de 16 años, se dio a desarrollar una profunda vida espiritual. En medio de las dificultades a las que se exponían los que se adherían a la fe cristiana, vivió como testigo fiel de Cristo resucitado y, sin descanso, anunció el Evangelio a sus hermanos en el seno de la asociación de catequistas "casa de Dios". Por amor al Señor, consagró todas su fuerzas al servicio de la Iglesia, ayudando a los sacerdotes en su misión. Perseveró hasta derramar su sangre, permaneciendo fiel al amor de aquel a quien se había entregado totalmente. Las palabras que repetía encaminándose al martirio son la expresión de lo que animó toda su existencia. "Devolvamos amor por amor a nuestro Dios, devolvámosle vida por vida"».

A continuación le presentó como modelo, diciendo:

> «El beato Andrés, protomártir del Vietnam, se da hoy como modelo a la Iglesia de su país. Puedan todos los discípulos de Cristo encontrar en él fuerza y sostén en la prueba, y tener la solicitud de afirmar su intimidad con el Señor, su conocimiento del misterio cristiano, su fidelidad a la Iglesia y su sentido de la misión».

En verdad que este catequista es ejemplo de fidelidad y de fortaleza y estímulo para quienes tienen que vivir su fe entre di-

ficultades y peligros y más ejemplar acaso para quienes pueden vivirla con libertad y sin persecución alguna, y son remisos en su vida cristiana.

JOSÉ VICENTE RODRÍGUEZ, OCD

Bibliografía

Homilía en la beatificación: *AAS* 92 (2000) 424-426.
Decreto del martirio: *AAS* 92 (2000) 583-584.
MOLINARI, P., «Andrea, catequista», en *Bibliotheca sanctorum. Prima appendice* (Roma 1987) 66-67.
RHODES, A. DE, *Relatione della morte di Andrea catequista...* (Roma 1652; París 1653).
UFFICIO DELLE CELEBRAZIONI LITURGICHE DEL SOMMO PONTEFICE (ed.), «Capella Papale presieduta dal Santo Padre Giovanni Paolo II per la Beatificazione dei Servi di Dio André de Soveral e Ambrosio Francisco Ferro [...], Nicolas Bunkerd Kitbamrung, Maria Stella Adela Mardosewicz, Pedro Calungsod, Andrea di Phú Yên, 5 de marzo de 2000» (Ciudad del Vaticano 2000) 95-98.

SANTAS VICENTA GEROSA Y BARTOLOMEA CAPITANIO

Vírgenes y fundadoras († 1847, 1833)

He aquí dos almas gemelas en santidad, en el lugar de cuna y muerte, en la fundación de un mismo Instituto religioso y hasta en su misma canonización, proclamada a la par en la fiesta de la Ascensión del Año Santo 1950 por Su Santidad Pío XII.

Ambas santas son hijas de un mismo pueblo: Lóvere. Pocos paisajes hay más singularmente envidiables en el norte de Italia que el que corona el marco luminoso de esa villa recostada a lo largo de la orilla del Sebino, que desciende de los majestuosos Alpes del Bergamasco, al norte de la Lombardía. Es el 13 de enero de 1807 cuando viene al mundo Bartolomea Capitanio, en el seno de un hogar de mediana condición, elegida por Dios para resplandecer sobre las ruinas morales y sociales acumuladas al principio del 800 por el nefasto influjo de la Revolución Francesa y el jansenismo, como faro de caridad.

Mas tanto Bartolomea como Vicenta Gerosa —anterior en nacimiento (29 de octubre de 1784)— serán desde sus primeros años como flores entre espinas. En sus hogares no reina la paz ni la armonía doméstica. El padre de Bartolomea, comerciante

de comestibles, era demasiado aficionado a la bebida, lo que provocaba en casa turbaciones, disgustos, gritos y lágrimas de la paciente esposa y buena madre cristiana; la cual decidió, para alejar a la inocente criatura de tales escenas, recluir a la muchacha en el pensionado de monjas clarisas de Lóvere, una vez reinstalado su monasterio tras el huracán napoleónico.

En cuanto al hogar de Vicenta Gerosa, su padre, Juan Antonio, era poco inteligente y práctico para los negocios de pieles, y su madre, Jaimina Macario, bastante inepta para las tareas domésticas, todo lo cual originaba continuos roces y mutuas incomprensiones de carácter. A los diecisiete años murió su padre, y entonces su madre, rechazada por sus parientes y tíos, que estaban en buena posición, tuvo que huir de casa e ir a mendigar, con gran pena de la hija, a la que sus tíos no quisieron soltar de su lado. En 1814, cuando Vicenta iba ya por los treinta años, moría su madre.

Volvamos ahora los ojos a Bartolomea, acogida a los once años al monasterio de clarisas de Lóvere. Cuando la maestra, sor Francisca Parpani, le abría sus puertas, poco pensaba que adquiría una joya preciosa, la que luego ella misma había de llamar orgullosamente la *ragazza d'oro* (joven de oro). Era, sí, la edificación de todos. Soportaba las molestias, castigos y aun golpes de sus compañeras en silencio. La maestra la probó con humillaciones, que sabía sobrellevar sin molestarse. «La humildad, la abnegación y la oración me han de santificar», decía ella misma.

Ya aquí, en el pensionado de las clarisas, aparece como confesor y director espiritual D. Angelo Bosio, que fue puesto por la divina Providencia al lado de Bartolomea como su guía, consejero y ángel tutelar de su gran empresa apostólica. Preclaro en virtud y de certera intuición, quedará indeleblemente grabada su figura en los anales del Instituto de las Hermanas de la Caridad, de la que fue inspirador, animador y definitivo sostén. Él intuyó con sagacidad de santo el fondo inmenso de aquella joven, y la ayudó en el camino de la perfección hasta llegar a la meta propuesta.

Mas, entretanto, su madre añoraba a la hija querida. Dos veces llamó a las puertas del pensionado para reclamarla. A la se-

gunda vez, en 1823, Bartolomea, con los encantos de sus dieciséis años, pero más aún con los de su formación espiritual cabe aquellos santos muros, tuvo que regresar al hogar con cierta pena. Conocía la diferencia del remanso de paz del monasterio y la agitación de su casa paterna, a causa del mal ejemplo del padre; pero también aquí vio una gran oportunidad de conducir a su progenitor al buen camino. En efecto, para apartarle del vicio iba ella en su busca por tabernas y mesones, y con sus zalamerías y buenas mañas le convencía a seguirla para casa. Poco a poco el lobo se trocó en cordero, y en siete años la santidad de Bartolomea logró su cometido. El padre moría en 1831 en la paz del Señor, después de haber vivido días tranquilos en la armonía familiar.

Entretanto Bartolomea no se ceñía al apostolado doméstico. Con ser mucho, no habría sido nada para su espíritu dinámico y emprendedor. El párroco de Lóvere le había propuesto sacar el título de maestra para consagrarse a la enseñanza. Parecióle acertada la idea, y así cursó los estudios necesarios para ello hasta obtener el diploma en Bérgamo; pero la enseñanza a los pobres era sólo una parte de su vasto programa. Día tras día confió sus planes a su confesor Dom Bosio. Ella quería abarcar toda clase de obras de misericordia corporal y espiritual.

Su corazón compasivo se estremecía ante tantas necesidades de alma y cuerpo, pero su director quería ver una mayor madurez en su dirigida, y así aguardó hasta seis años —que le parecieron eternos—, al cabo de los cuales la autorizó, con la venia del prelado, monseñor Nava, para echar los primeros cimientos del Instituto religioso con la creación de un hospital a base de sus propias rentas, y del que ella fue su directora. Con el hospital nació también la idea del Instituto de las Hermanas de la Caridad, inspirándose en las reglas del Instituto que había fundado San Vicente de Paúl. Pero ella sola no podía dar un paso. Mas, ¿quién se pondría a su lado en tamaña empresa?

Fue entonces cuando D. Bosio, que conocía a Catalina Gerosa —la que luego cambiaría su nombre en religión por el de *Vicenta*—, puso en contacto con Bartolomea a aquella mujer de cuarenta años, alma sencilla y humilde, desprovista de cultura, pero instruida con las luces del Señor en las cosas de Dios, y

muy conocida en Lóvere también por sus generosas obras de misericordia, dada su mayor holgura económica como heredera del pingüe patrimonio de sus ricos tíos.

Después de algunas dificultades por causas familiares, las dos almas entraron en contacto mutuo, y, compenetradas con el plan de un Instituto religioso de caridad, con el dinero de sus respectivos patrimonios compraron la casa *De Gaya,* el 12 de marzo de 1832. El 21 de noviembre del mismo año emitían sus votos religiosos de pobreza, castidad, obediencia y caridad, obligándose a ofrecerse a sí mismas y sus bienes en servicio de los pobres. Así quedaba fundada la obra en aquel pequeño nido, al que todos llamarían «conventito» para distinguirlo del convento de las clarisas. Bartolomea organizó el orfanato, la escuela y las congregaciones, dedicando algunas horas del día al hospital, y Vicenta, aunque designada superiora a pesar suyo, asumió las tareas más penosas de la casa, del huerto, de la cocina y asistencia a las huerfanitas y a los enfermos. Careciendo aún de capilla, de buena mañanita corrían a la iglesia de San Gregorio a practicar allí sus devociones y rezos.

La obra estaba en marcha. Cada día eran más las escolares y huerfanitas acogidas. Todo iba muy bien; pero he aquí que el Señor quería para sí a Bartolomea, flor lozana de virtud, a los veintiséis años tan sólo, tras unas fiebres malignas que habían de llevarla al sepulcro en cuatro meses. Resignada, se dispuso a bien morir, consolando a su compañera y prometiendo ayudarla en el Instituto desde el cielo, más que si estuviera en la tierra, y que el Instituto duraría por los siglos de los siglos. Todo lo contrario, empero, parecía humanamente; muerta ella, diríase que desaparecía la obra. Así, al menos, lo creían las gentes de Lóvere, que lloraron unánimemente su muerte; mas los caminos de Dios son muy distintos.

Hasta Vicenta pensó en volver al retiro de su hogar; pero Dom Bosio, aquel director espiritual de ambas almas, logró convencerla haciéndole ver claramente la voluntad divina. Ella debía continuar y perpetuar su empresa. Obedeció dócilmente. Al poco tiempo centenares de fervorosas doncellas llamaban a las puertas del «conventito» para enrolarse en sus filas. Elegida superiora general, presidió durante su vida la toma de hábito de

243 religiosas y fundó 24 comunidades por toda Italia. Se palpaba la promesa de Bartolomea en su lecho de muerte. Cuando Vicenta Gerosa dormía en la paz del Señor el 29 de julio de 1847, a los sesenta y tres años de edad, rica en méritos y en virtudes, el Instituto de las Hermanas de la Caridad quedaba consolidado y agrandado.

Si miramos el cuadro estadístico del Instituto hoy en día —1966—, es realmente impresionante. Sólo en Italia hay 566 comunidades. En misiones de infieles (Bengala, China, etc.) hay setenta. En total, las religiosas son 8.665. No hay obra de misericordia que no caiga dentro del campo apostólico y caritativo del Instituto: desde los asilos, hospitales, enfermerías, orfanatos, leproserías y casas para viudas hasta los reformatorios y cárceles de mujeres, escuelas, colegios, cocinas económicas, comedores de obreras...

LUIS SANZ BURATA

Bibliografía

Santa Bartolomea Capitanio e Santa Vincenza Gerosa, fondatrice delle Suore di Carità di Lovere (Milán 1950).

PIO XI, «Litterae apostolicae quibus Ven. Dei Famula Bartholomaea Capitanio Beata renunciatur»: *AAS* 18 (1926) 267-271.

— «Litterae apostolicae quibus Ven. Dei Famula Vincenta Gerosa Beata renunciatur»: *AAS* 25 (1933) 300-303.

PIO XII, «Acta Pii PP. XII: In sollemni canonizatione Beatarum virginum Bartholomaeae Mariae Capitanio et Catharinae Vincentiae Gerosa Homilia»: *AAS* 32 (1950) 4-17.

• Actualización:

CARRARO, M. - MASCOTTI, A., *L'Istituto delle Sante Bartolomea Capitanio e Vincenza Gerosa* (Milán 1987-1996).

LUBICH, G. - LAZZARIN, P., *Vincenza Gerosa la «sciura» della carità* (Roma 1982).

PREVEDELLO, M. A., *Santa Bartolomea Capitanio, fundadora de las Hermanas de la Caridad* (Buenos Aires 1958).

SUORE DI CARITÀ DELLE S. BARTOLOMEA CAPITANIO E VINCENZA GEROSA, *Un istituto tutto fondato sulla carità. Regola di vita delle Suore di Carità delle sante B. Capitanio e V. Gerosa* (Milán 1975).

BEATO TITO BRANDSMA

Presbítero y mártir († 1942)

Se llamaba Anno Sjoerd Brandsma, aunque se le conozca como Tito, el nombre de su padre, adoptado cuando se hizo

carmelita. Nació en la mañana del 23 de febrero de 1881 en una casa de campo a las afueras de Bolsward, en Frisia, la provincia más norteña de Holanda, y fue bautizado aquel mismo día por la tarde en la parroquia de San Martín, regentada por los franciscanos. Fue Anno el quinto hijo de los seis que formaron el hogar de Tito Brandsma y de Tjistje Postma, de sólida tradición católica, cuyo mejor termómetro para medir la sensibilidad religiosa de aquella familia campesina fue que cinco hijos abrazaron la vida sacerdotal y religiosa.

El chaval tenía frágil salud y ánimo dispuesto. Desde luego era avispado, inteligente y tesonero. Sus excelentes cualidades intelectuales orientaron su vida hacia el estudio y la vida religiosa; de hecho, al año de su primera comunión, recibida a los once años, dejó su Frisia natal y por consejo de su párroco, que lo tenía por «muchacho inteligente y juicioso, amante del estudio y generoso amigo de Nuestro Señor», se fue en septiembre de 1892 a un colegio franciscano de Meghen, ciudad en cuyo convento de clarisas había tomado el hábito su hermana mayor. Pero un primo de su madre, sacerdote carmelita, le llevó a conocer la Orden del Carmen. Más tarde, en 1898, confesaría que «la espiritualidad del Carmelo, que es vida de oración y de tierna devoción a María, me llevaron a la feliz decisión de abrazar esta vida».

Entró en el convento de Boxmeer, donde vivían en comunidad cuarenta religiosos, entre sacerdotes, estudiantes y hermanos, tomó el hábito de carmelita y el 3 de octubre de 1899 hacía su profesión solemne. Después estudió filosofía, pero durante esta etapa de su vida comenzó a sentir problemas estomacales que le mantuvieron en reposo durante largas temporadas. Al comienzo de curso de 1902 se tuvo que trasladar al convento de Zendere para estudiar teología, unos estudios que completó en Oss. Por entonces, descubiertas sus inquietudes periodísticas, fundó una revistilla manuscrita con el nombre de *Bautista Mantuano,* que pronto acabó impresa y cambiada de título: *Van Nederlands Carmel.* Escribió en ella numerosos artículos, sin descuidar sus estudios, y la pilotó como jefe de redacción, convencido cada vez más de que la pluma era un extraordinario instrumento de apostolado. Muchos de sus escritos fueron reproducidos

por periódicos de más altos vuelos —*Katholieke Gids* o *Katholiek Sociaal Weekblad*—, pero nadie sospechaba que bajo esa pluma se escondía un joven estudiante.

A los 24 años, recién acabado el tercer año de teología, Tito Brandsma recibe la ordenación sacerdotal en la catedral de Hertogenbosch. La primera contrariedad le llegó cuando, al finalizar sus estudios en Oss, no le concedieron el título de lector, aunque era a juicio de sus compañeros el más idóneo para la enseñanza universitaria, y todo porque un profesor inflexible lo tachaba de «peligroso». El contratiempo lo comentaría años después con paladina humildad refiriéndose a los «provechosos consejos» del maestro con quien mantuvo las disputas: «No creía que fuera algo malo, dado que se trataba de temas libres». Fue, sin duda, una prueba, pues en seguida se enderezó el camino para que fray Tito fuese a estudiar a Roma. Se curaba en salud ante el Provincial recordándole que algunos pensaban lo peligroso de su modo de opinar en cuestiones teológicas. «Razón de más para que vayas a Roma», le contestó.

Y a Roma se fue, al Colegio internacional de San Alberto, a estudiar filosofía en la Universidad Gregoriana y seguir al mismo tiempo cursos de sociología. Pese a sus dolencias, que distraía con algún reposo en conventos italianos, aún hacía gala del humor que nunca le abandonó. Podía escribir con sorna en una carta, a propósito de la abundancia del menú: «Con la comida del colegio no me cuesta poner en práctica la máxima que alaba el levantarse de la mesa con algo de apetito». Un mal día, después de obtener la licenciatura en filosofía, cayó desvanecido y tuvo que interrumpir su curso de doctorado. Guardó cama durante tres meses en Holanda, pero al fin superó tanto la prueba física como la académica. Era el mes de octubre de 1909.

Volvió Tito a su Holanda natal dispuesto a emprender su vida de apostolado. Le nombraron profesor de filosofía en el seminario carmelita de So, primer escalón hacia las aulas universitarias. Se dedicó a la educación católica y fundó la «Unión de las Escuelas Católicas». Pero sobresalió, ante todo, como publicista. Editó la revista *Carmelrozen,* que llegó a tirar 13.000 ejemplares, y aparecía su firma en periódicos holandeses e internacionales como *De Tijd, De Gelderlander* o *Ons Noorden.* Cogió el

timón de *De Stad Oss,* que estaba a punto de desaparecer, y le dio un nuevo impulso —desde 1918 hasta 1923— de carácter formal y de contenidos. Por esta época se ocupó de una tarea eminentemente carmelitana: preparar la traducción y comentario de las obras de Santa Teresa.

En 1923 iba a nacer la universidad católica de Nimega. Desde el primer momento contó con Tito Brandsma como profesor de filosofía e historia de la mística, una tarea que le mantendría alejado durante toda la semana de la vida conventual. Fue un profesor ameno y convincente que fuera de horario se comportaba como un amigo con los alumnos. Al año de abrir la universidad ya se comprometió con el proyecto de editar textos y estudios de Nimega y de reunir una biblioteca espiritual que llegó a contar con 17.000 manuscritos. No tardó en nacer en Nimega un Carmelo cuya iglesia sirvió de capilla universitaria. A todo esto, Tito, en su empeño por acopiar documentación sobre literatura mística, quiso conocer de cerca a los maestros españoles del Carmelo, y muy en especial a Santa Teresa de Jesús, razón por la que viajó a España en 1929 y visitó Barcelona, Burgos, Madrid, Toledo, Sevilla y Ávila. Años más tarde, en 1935, visitaría Estados Unidos para dar conferencias sobre espiritualidad carmelitana.

No es difícil imaginar a Tito Brandsma en su época de infatigable periodista, asiduo firmante de artículos en periódicos y revistas, amigo y consejero de los periodistas católicos, embarcado en el ejercicio pastoral de la prensa. No es difícil porque hay fotografías que lo muestran sonriente, con hábito, gafas de aro, peinado hacia atrás, ante su mesa de trabajo y escribiendo en una máquina de escribir portátil; o empuñando su pipa retacada de oloroso tabaco holandés en el patio conventual de Nimega. Había desempeñado ya por entonces, durante el curso 1932-1933, el cargo de rector magnífico de la Universidad y había movido todos los palillos para que los alumnos más pobres disfrutasen becas de estudio. Cargado de trabajo, estaba siempre dispuesto a salir del convento y ayudar a otras personas, «dejaba a Dios por Dios». Más de una vez le echaron en cara sus superiores que se ocupase de tantas cosas, una actividad frenética que debilitó su salud y le mantuvo en crisis, con altibajos, desde 1937 hasta 1940.

Desde luego profesor, pero ante todo y siempre carmelita. Para él la vida en comunidad era como un recordatorio de la comunión de los santos y la misa «el mejor bocado del día». Cuando fue prior en Nimega conciliaba la observancia con la cordialidad entre los frailes del convento, decía que «la oración es una vida, no un oasis» y que «nuestro deber es, a ejemplo de María, concebir en nosotros a Jesús». Además, había elegido como lema de vida el «nada te turbe / nada te espante...» de Santa Teresa.

Su nombramiento como asistente eclesiástico de la Unión de Periodistas Católicos fue recibido con entusiasmo. Pronto se distinguió el padre Tito como consejero, conciliador, fundador de una cátedra de periodismo en la Universidad de Nimega, colaborador infatigable en los medios, aunque su labor más comprometida y enérgica en sus actividades periodísticas se produjo a raíz de la invasión de Holanda por los ejércitos alemanes, en mayo de 1940. En una de sus cartas familiares, escribía: «Lo que más me preocupa es la prensa, dadas las limitaciones que nos imponen y los embustes que propalan».

Los judíos, la enseñanza y la prensa católica eran las tres obsesiones de los nazis durante la ocupación. El padre Brandsma, secundando la pastoral conjunta del episcopado holandés contra el nazismo, publicada en enero de 1941, libró una batalla admirable en defensa de la enseñanza católica como presidente de la Unión de Escuelas Católicas, y por supuesto en defensa de la prensa católica. Los alemanes enviaban a los periódicos propaganda nazi con la obligación de insertarla; los periodistas, por su parte, celebraron un congreso para unificar criterios y ofrecer resistencia a los ocupantes.

Se lamentaba Brandsma de las muchas dificultades para el entendimiento, y eso que «la prensa —escribía— después de los templos, es el primer púlpito para enseñar la verdad. Es la fuerza de la palabra contra la violencia de las armas». La decisión episcopal de negar los sacramentos a quienes se alistasen en las organizaciones nazis, hizo que Tito Brandsma pusiera toda su carne en el asador para actuar con valentía. En el periódico *De Gelderlander,* donde ejercía de censor, seguían llegando consignas nazis para su publicación, pero acababan en la papelera, lo

cual motivó un comunicado de la «Corporación de educadores» que recibió también el mismo destino. El director fue llamado al orden y amenazado con la destitución.

La cosa se agravaba. El padre Brandsma, de acuerdo con el arzobispo de Utrecht, adoptó «una firme voluntad de resistencia» a las pretensiones nazis. Con fecha 31 de diciembre de 1941 escribió una carta dirigida a los periodistas católicos exponiendo sus directrices. Decía, entre otras cosas, que «el episcopado holandés se ve obligado a oponerse a un movimiento político que ataca a los dogmas y propaga principios que son contrarios a los de la Iglesia», que algunos directores «se encuentran frente a un deber especialmente difícil por lo arriesgado que resulta el distinguir entre lo que debe o no debe tolerarse» y elogiaba en nombre del episcopado el esfuerzo de muchos «en mantener el carácter católico para su periódico». A propósito de la orden que obligaba a la publicación de los comunicados del nacionalsocialismo, añadía:

> «Los periódicos católicos no pueden acoger tales órdenes, si no quieren actuar contra las disposiciones de sus obispos, que prohíben apoyar ese Movimiento [...] No hay otra alternativa. Se ha rebasado ya con creces el límite. Estoy seguro de que, ante esta difícil coyuntura, los periodistas católicos sabrán ser coherentes con su fe y seguir unidos en la línea de conducta que la jerarquía les ha trazado. Cuanto más unidos nos sintamos, más fuertes seremos».

Y acababa la carta con estas palabras:

> «Comprendo perfectamente que estas disposiciones son duras... pero deben comprender que actuando en contra se harían cómplices de todo el mal que llevan a cabo aquellos que quieren violentar las conciencias [...] Dios tiene la última palabra y él sabrá recompensar a sus fieles servidores».

La carta fue entregada personalmente por Tito Brandsma a los obispos y a los directores de periódicos en los primeros días de 1942. El obispo de Huibers le advirtió del «serio peligro de muerte» que corría por haberla escrito. Y así fue: el día 7 de enero, el jefe de prensa del Reich le enviaba a su comisario en La Haya esta orden contra Tito Brandsma: «Para evitar que este movimiento de oposición se haga más fuerte debe ser arrestado inmediatamente y enviado a un campo de concentración».

Un amigo acudió a Nimega para avisar al prior que había una orden de arresto contra Tito por sabotaje, y al mismo tiempo le pedía que lo ocultara en algún convento. No hubo consejo que valiera. El padre Brandsma no estaba dispuesto a esconderse. El 14 de enero se recibió en el convento una llamada telefónica de un supuesto estudiante que preguntaba por el profesor. Como le dijeron que estaba de viaje —se hallaba en Amsterdam— quiso saber cuándo volvería. El 19 por la tarde regresó a Nimega, y a los pocos minutos de entrar en el convento, aparecieron en la portería dos jóvenes que querían hablar con él. Uno de ellos se presentó como Steffen, agente de la Gestapo, y le dijo en alemán que quedaba detenido. Registraron su habitación y se incautaron de numerosos papeles que juzgaron útiles para su acusación. Le hicieron cambiar el hábito por un traje negro y tomaron el tren de las 7,35 con destino a Arnhem. Al salir, saludó al prior y a los demás frailes mientras les pedía que rezaran por él.

Aquella noche quedó recluido en la cárcel de Arnhem, pero a la mañana siguiente lo trasladaron a la prisión de Scheveningen, cerca de La Haya, donde le asignaron la celda 577. El 21 de enero fue llevado ante el sargento mayor Hardegen para ser interrogado. Le preguntó por el conflicto entre la prensa católica y las autoridades nazis, por la finalidad de sus visitas a los periódicos y por el supuesto sabotaje de la Iglesia en esta intervención. El padre Tito afirmó que la Iglesia católica de Holanda obedecía las órdenes de los ocupantes mientras no contradijeran sus sagrados principios.

> «Cuando se da esta contradicción —dijo— la Iglesia rechaza toda colaboración y acepta las consecuencias que de ello puedan derivarse [...] la Iglesia combate el nacionalsocialismo no por ideas políticas sino por razones doctrinales y religiosas».

Días después se cursaba a Berlín un oficio acusando a Brandsma de «desacreditar al gobierno alemán y al nacionalsocialismo». La conclusión era contundente: «Es un hombre peligroso, no tenemos intención alguna de dejarlo libre hasta el fin de la guerra. La cárcel es el lugar apropiado para él».

En su celda 577 escribió Tito Brandsma un diario, además de varias cartas, unos versos y varios capítulos de la vida de

Santa Teresa. Describe la disposición de la celda y cuenta con detalle cómo empleaba su tiempo. Recién levantado, con su pijama de rayas, después de santiguarse y saludar a la Virgen del Carmen que tiene sobre una rinconera, confiesa:

> «Me arrodillo en las mantas sobre la estera y celebro la "misa", hago la comunión, espiritual se entiende, y la acción de gracias. ¡La celebración es más breve y muy diferente de la del convento! Pero es un buen principio del día».

Recita el breviario a sus horas y cumple el horario que le imponen en la cárcel, lee, puede fumar hasta que el día 29 de enero le retiran la pipa y el tabaco. En medio de aquella angustiosa vida, Brandsma era capaz de sonreír a sus compañeros de prisión. «Cuando alguien en esas condiciones se comporta así —escribió el coronel Fogtelo— es, sin duda, un hombre espiritualmente fuera de lo común».

Tras 53 días de reclusión en Scheveningen, fue enviado al campo de Amersfoort con un centenar de prisioneros. Llegaron el 12 de marzo a las nueve de la mañana bajo una intensa nevada. Les hicieron vestir un uniforme militar y en la guerrera tuvieron que coser un número y un distintivo de preso político. A Tito le tocó el 58. El campo era —según Fogtelo— «un infierno en la tierra, dirigido por una manada de bestias», donde imperaba la violencia. En aquel campo de concentración Tito trabajó primero de leñador y después pelando patatas, pero ante todo fue animador espiritual de un grupo de prisioneros cristianos a los que despedía cada noche trazando sobre su mano una cruz. Un día cayó enfermo de disentería y fue llevado junto a otros enfermos al barracón 4 donde, olvidando su estado, se ganó la consideración de «hombre más amable del campo». Morían allí a montones. Cuando fue dado de alta, por semana santa, disfrutó unos días de convalecencia y celebró reuniones clandestinas con sus compañeros en las que leían los textos de la misa y hacían una comunión espiritual. El día de Viernes Santo Tito les dijo:

> «Hoy es para nosotros una gran fortuna poder conmemorar la Pasión de Cristo [...] en este día debe reinar entre todos una atmósfera de gozoso agradecimiento, porque podemos contemplar la Pasión del Señor unida a nuestro dolor».

El 28 de abril de 1942 fue conducido a la cárcel de Scheveningen y encerrado en la celda 632, para someterse a un nuevo interrogatorio. La primera pregunta consistía en comprobar si las penalidades sufridas le habían hecho cambiar de opinión. Todo lo contrario, se reafirmaba en sus posiciones. Respondió sobre sus clases de nacional-socialismo y algunas cuestiones relacionadas con la enseñanza y sus alumnos judíos. Aquel mismo día, 6 de mayo, el juez nazi le comunicó que sería enviado al campo de concentración de Dachau, cerca de Munich, en Alemania. Inmediatamente pudo telefonear a su prior de Nimega y escribir una carta a sus familiares en la que les pedía «a todos, también a los niños, que recéis por mí».

Cruzaron la frontera alemana en la ciudad fronteriza de Kleve, en cuya prisión compartió celda con un pastor protestante del que se hizo amigo. Tenía capilla la cárcel y un capellán que celebraba la misa los domingos y a la que el padre Tito pudo asistir en aquella temporada. Este capellán escribiría años después: «Tuve la impresión de haber encontrado en el padre Tito a un santo, a un mártir de la fe». El mismo capellán creyó en la posibilidad de que pudiera cumplir el arresto domiciliario en un convento alemán, y se hicieron gestiones al respecto. Incluso le aconsejaron que presentara un recurso al servicio de seguridad de La Haya exponiendo su estado de salud. Al día siguiente de firmarlo salía una expedición de cuarenta presos, entre ellos el padre Brandsma, para el campo de Dachau.

Era el 13 de junio. Iban al tren, de dos en dos, encadenados. En Gladbach se les unieron prisioneros belgas, muchos de ellos sacerdotes, llegaron a Francfort el día 15 y pernoctaron en la cárcel. Tres días en Nuremberg y a las cinco de la tarde del 19 de junio de 1942 llegaban a la estación de Dachau, donde les esperaban oficiales de las SS que, entre voces y culatazos, les hicieron subir a unos camiones. Una vez en el campo, otros oficiales, látigo en mano y armados, les hicieron formar a la entrada para su identificación y apertura de expediente. Fotografías de frente y de perfil, huellas dactilares, afeitado total, ducha y entrega de ropa, entre la diversión y la burla de los guardianes, que no se privaban ni de la humillación ni de la tortura. A Tito Brandsma le pusieron el número 30.492 y un distintivo triangu-

lar rojo de «político». Lo mandaron al barracón 28, «un pequeño convento» —decía él— porque allí se encontró a cuatro sacerdotes más y a un hermano carmelita. En aquel infierno del campo, con miles de presos convertidos en números, había más de doscientos mil hombres que acabarían muchos de ellos asesinados o en cámaras de gas.

Tenía 61 años el padre Brandsma cuando ingresó en el campo de Dachau, un lugar donde no se respetaban los derechos humanos. Dormían en literas de a tres y estaban sometidos a un horario insoportable que consistía en trabajar de sol a sol bajo una estricta vigilancia. Brandsma trabajó en una finca de 83 hectáreas arrancando hierbas, transportando aperos o arrastrando carretas, pero este tipo de actividad, en persona dedicada a trabajos intelectuales y de frágil salud, le traía no pocas dificultades, agravadas por golpes e insultos de los guardianes. Se admiraban sus compañeros de cómo soportaba este trato «con calma y tranquilidad». La desnutrición y el trabajo inhumano acrecentaba sus enfermedades, y sobre todo el trato brutal que recibía.

Le propinaron una paliza porque un día se olvidó de las gafas y otra por una inspección de pies, pero en esta ocasión llevaba consigo en el estuche de las gafas una hostia consagrada, de tal manera que cuando un compañero se le acercó a preguntarle si le habían hecho daño, respondió: «Oh, hermano, yo sabía a quién llevaba conmigo». Y es que en el barracón 26 del campo había una capilla a la que podían acudir sólo los sacerdotes alemanes, sin embargo éstos buscaban el modo de que, clandestinamente, tanto los demás sacerdotes como los seglares católicos pudieran recibir la comunión, y para ello escondían las formas consagradas en papelitos o en paquetes de tabaco con el fin de distribuirlas.

La última carta que escribió Brandsma se la dirigió a sus familiares, y les decía para tranquilizarlos que se encontraba bien, que «puede uno resistir, con la gracia de Dios». Un día le golpeó un guardia en la espalda y le tuvo de rodillas a la intemperie durante cuatro horas mientras llovía. Cuando le preguntó un compañero por aquellos torturadores, no obtuvo más respuesta que ésta: «Me inspiran tanta compasión que no puedo desearles mal

alguno». Y decía que rezaba por ellos: «¡Quién sabe! Quizá aún quede en ellos algún sentimiento».

Aquellas cuatro horas bajo la lluvia acabaron con las pocas fuerzas que le quedaban y sintió que no podía más. Tosía y respiraba con dificultad. Se agravaba de tal modo su salud que sus compañeros holandeses acudieron al jefe de sección por si había alguna posibilidad de internarlo en la enfermería. Era el 18 de julio de 1942. Y el padre Brandsma se resistía a ingresar en la enfermería porque se sabía que los enfermos eran sometidos como cobayas a experimentos bioquímicos.

Permaneció una semana en la enfermería deshaciéndose en delicadezas con los enfermos y moribundos. «Estaba corporalmente acabado —cuenta el pastor Overduim—, delgado y con las piernas hinchadas por el edema, pero espiritualmente fuerte, amable y alegre en el Señor». El doctor Fritz Kuhr, católico, que tenía amigos en el barracón de sacerdotes alemanes, ante la gravedad del padre Tito, hizo de tarsicio y le llevó varias veces el viático.

Una enfermera de las SS que testificó en 1956 en el Proceso de beatificación de Tito Brandsma contó los últimos momentos de aquel prisionero en el hospital de Dachau. Después de reconocer que gracias a su intercesión encontró el camino recto, dio testimonio de su bondad, de su buen humor y de cómo al comunicarle que debía someterse a un experimento médico, respondió: «Hágase, Señor, tu voluntad».

El relato explica, entre otras cosas:

> «Ordinariamente, los enfermos se ocupaban sólo de sí mismos, pero el padre Tito estaba siempre de buen humor y era el apoyo de todos, en particular de mí. Era, indudablemente, un santo, de otro modo no hubiera sido capaz de ser así. Estoy convencida de que en él había algo sobrenatural [...] Los dos últimos días de su vida los pasó en coma. El primero de ellos deliraba. El médico me dijo que le pusiera la inyección de gracia (ácido fénico). Cuando me lo ordenó era la una y media de la tarde. El mismo médico (el doctor Wolter) preparó la inyección, cosa que hacía siempre personalmente. Después la puse yo misma en la vena del padre Tito [...] Le puse la inyección hacia las dos menos diez. Todo esto tuvo lugar el día 26 de julio de 1942. [...] Murió a las dos de la tarde. Yo misma estaba presente en su muerte, así como el médico con el fonendoscopio para cubrir las apariencias. Apenas dejó de latir su corazón, me dijo el médico: "Ya ha muerto este cerdo maldito"».

Introdujeron su cuerpo en una carreta y lo llevaron a un horno crematorio para incinerarlo tres días después. Son muchos los compañeros de prisión que han atestiguado por escrito que era un santo, que pagaba los agravios como Jesús: «Perdónales, Señor, porque no saben lo que hacen». En la homilía de la beatificación, celebrada en la basílica de San Pedro de Roma el 3 de noviembre de 1985, decía Juan Pablo II: «En medio de este castigo, en medio del campo de concentración, que sigue siendo la afrenta vergonzosa del siglo XX, Dios ha encontrado a Tito Brandsma digno de sí».

JOSÉ ANTONIO CARRO CELADA

Bibliografía

ALZIN, J., *Ese frailecito peligroso: Padre Tito Brandsma, carmelita* (Madrid 1956).
ARRIBAS, M., *El precio de la verdad: Tito Brandsma, carmelita* (Roma 1998).
AUKES, H. W. F., *Het leven van Titus Brandsma* (Utrecht 1961).
Ecclesia (1985) n.2246, p.8-11.
Homilía en la beatificación (3-11-1985): *Ecclesia* (1985) n.2246, p.8-9.
VALLAINE, F., *Un giornalista martire: Padre Tito Brandsma* (Milán-Roma 1961).

BEATO JORGE PRECA

Presbítero († 1962)

La semblanza del Beato Jorge Preca (1880-1962), un santo de nuestros días, es prueba palmaria de cómo el Espíritu Santo despierta en la Iglesia, cada momento de su peregrinación histórica, los carismas que le son más necesarios y oportunos.

Pionero en los frentes más modernos del apostolado y en los más actuales areópagos, es modelo ejemplar en su prioritaria dedicación a fundamentar la vida cristiana en los sólidos cimientos de una catequesis plenaria e integral, en la línea de la mejor tradición de la Iglesia.

Maestro y testigo, aseguró la pervivencia de su apostolado con la «Sociedad de la Doctrina Cristiana», por él fundada. Nació en La Valetta (Malta), el 12 de febrero de 1880. La república actual de Malta, independiente desde 1964, estaba entonces bajo el poder colonial del Reino Unido. El archipiélago, formado por las islas de Malta, Gozo y Comino, con los islotes inha-

bitados Cominotto y Filpola, se alza sobre el azul del Mediterráneo a 80 kms. de Sicilia y a menos de 300 kms. de las costas africanas. Tiene un encanto sutil a pesar de su áspera aridez y el sol implacable. Sin embargo, a través de los siglos, Malta ha sido extraordinariamente generosa y fértil en los campos del espíritu. Por su estratégica posición, ha sido codiciada e invadida mil veces a lo largo de su historia milenaria. Después de una civilización megalítica, con huellas prehistóricas notables, se convirtió en estación de los fenicios, y experimentó la influencia griega, cartaginesa y romana.

Conquistada más tarde por los bárbaros y los árabes, el normando Roger de Sicilia se adueñó de ella en 1090. El año 1530, Carlos V la cedió a los Caballeros Hospitalarios que, desde entonces, cambiaron el nombre por el de Caballeros de Malta. En 1798 se apoderó de ella Napoleón Bonaparte y, en 1800, la conquistaron los ingleses.

Encrucijada de civilizaciones y culturas, jamás se ha borrado la huella de San Pablo que naufragó junto a sus costas y fue su primer evangelizador. La fe inquebrantable del pueblo maltés ha permitido a esta roca, alzada sobre el mar, ser la buena tierra de la que habla el Evangelio. El 93 por 100 de sus casi 400.000 habitantes actuales, son católicos.

Jorge Preca era el séptimo de los nueve hijos de Vicente y Natalia Ceravolo, padres cristianos muy piadosos, pertenecientes a la clase media. Vicente era comerciante de telas, y llegó a ser inspector de sanidad; la madre estaba dedicada a la enseñanza.

Con este ambiente tan propicio a una educación esmerada, tras una infancia feliz y una adolescencia tranquila, muy pronto sintió Jorge la llamada al ministerio sacerdotal. Pasó con toda naturalidad de los centros de enseñanza media estatales al seminario diocesano. Allí destacó principalmente en el conocimiento y dominio de la lengua latina y en unas cualidades pedagógicas notables.

Desde muy joven ejercía benéfico influjo en los muchachos que se le acercaban atraídos por su simpatía acogedora. Demostró su temple apostólico instruyéndoles en el catecismo e infundiendo en sus corazones la piedad cristiana y el amor a la cruz

de Cristo. Eran las primicias primaverales de su gran obra futura. Ya de seminarista escuchó las proféticas palabras de uno de sus formadores: «Jorge, cuando seas mayor, muchos de los que temen al Señor se estrecharán a tu alrededor. Tú serás una bendición para ellos y ellos la serán para ti».

Fue ordenado sacerdote en las vísperas de la Navidad, el 22 de diciembre de 1906. Era especialmente devoto del misterio de la Encarnación y más concretamente de las palabras acuñadas por el evangelista San Juan en el prólogo de su evangelio, *Et Verbum caro factum est* («Y el Verbo se hizo carne») (Jn 1,14). Repetía y glosaba: *Verbum Dei caro factum est* («La Palabra de Dios se encarnó»). Era el fundamento de su vocación y de su apostolado. En cierto sentido el Verbo divino se encarna continuamente en el cuerpo místico, la Iglesia. La semilla de la Palabra de Dios se siembra en el corazón de las personas para que Cristo viva en ellas.

Dondequiera que iba, don Jorge era seguido por una muchedumbre de personas fascinadas por sus palabras. ¿Por qué? Porque reconocían en la predicación de don Jorge la voz del mismo Jesús. Escuchaban al Señor mismo. Eran atraídos por el encanto irresistible de Cristo. Sabían que era el único en condiciones de satisfacer los deseos más hondos de su corazón. La belleza de la santidad que se encuentra en sumo grado en Jesús, se refleja en los santos, transparentes para esa luz. D. Jorge mostraba el rostro de Jesús resucitado. Por eso convencía y conquistaba las almas de modo sorprendente. Y éste es el secreto y el sello que imprimió en la «Sociedad de la Doctrina Cristiana».

Ésta fue aprobada el año 1931 por el obispo Mauro Caruana, a los 25 años de su fundación. Los estatutos, redactados por D. Jorge, obtuvieron la aprobación el 12 de abril de 1932. En ellos refleja su espíritu contemplativo para la eficacia de la acción apostólica. En la profundidad de la contemplación se descubre la gloria de Dios que está reflejada en el rostro de Cristo (cf. 2 Cor 4,6). Por este motivo la regla de vida exige intensa oración y frecuente comunicación con los guías espirituales en el camino de la fidelidad.

Contemplar el rostro de Cristo es colmarse de energía para la misión. Desde la contemplación surge la llamada a ser misio-

neros. No sólo como maestros sino también como testigos que pueden hablar con la misma fuerza de los primeros discípulos: «Hemos visto al Señor» (Jn 20,25).

El Beato Jorge fue maestro y testigo, por eso le escuchan con gusto los hombres de nuestro tiempo, que no se fían de las solas palabras. San Pablo, en su carta a los Gál 1,16, escribe: «Dios tuvo a bien revelar a su Hijo en mí y hacerme su mensajero entre los paganos». No habla de Cristo revelado a mí, sino en mí. Está tan lleno de Cristo que llega a decir: «Ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí» (Gál 2,20). Toda su vida, lo que hace, dice y piensa, su corazón y su palabra, se convierten en revelación de Jesús al mundo. Éste es el misterio de la vocación sublime de Pablo, del Beato Jorge y de sus compañeros y aun de todos los cristianos.

La misión de la «Sociedad de la Doctrina Cristiana» *(Societas Doctrinae Christianae),* fundada por el Beato Jorge, es propagar la Buena Nueva de Cristo en el pueblo, a través de la enseñanza asidua y profunda del catecismo vivido. Se dirigía a todos, pero con preferencia a los niños, adolescentes y jóvenes.

Esta fundación era y es conocida como *MUSEUM,* que es el emblema de su ideal. La sigla de seis letras significa: *Magister: Utinam Sequatur Evangelium Universus Mundus* («Maestro, ojalá el mundo todo siga el Evangelio»).

Es un deseo vehemente y una plegaria que refleja exactamente el mandato misional del Señor: «Id y haced discípulos [...] enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado» (Mt 28,19-20).

Se distinguió también el beato en el campo del apostolado de la prensa. Escribió muchos libros de espiritualidad popular que siguen leyéndose y estudiándose hoy, con numerosas ediciones.

Lleno de años y de méritos, murió con gran fama de santidad el 29 de julio de 1962. El 13 de marzo de 1975, la Sagrada Congregación para las Causas de los Santos firmaba el *Nihil obstat* para que se abriera el proceso de beatificación. El decreto declarando sus virtudes heroicas se publicó el año 2000.

Juan Pablo II concluyó en Malta su peregrinación jubilar ilusionada, en seguimiento evocador de la historia de la salva-

ción. Desde la tierra de Abrahán al Sinaí, donde Dios entregó los diez mandamientos, por Tierra Santa donde tuvieron lugar los grandes acontecimientos de nuestra redención, hasta recorrer las huellas de San Pablo en sus rutas apostólicas.

Después de 11 años de su primera visita pastoral, por segunda vez llegaba el Santo Padre a la isla que tantos y tan vivos recuerdos guarda del «apóstol de las gentes», su padre en la fe. Allí arribó Pablo después de un terrible y dramático naufragio, cuando era llevado prisionero, camino de Roma, lugar de su martirio. El libro de los Hechos (27,39-44) nos da detalles de la azarosa travesía y del desamparo de la tripulación y los pasajeros, cuando el barco quedó encallado y comenzó a hacerse pedazos. Aquí en Malta, Pablo y sus compañeros náufragos fueron tratados con «toda clase de atenciones» (Hch 28,2). Aquí dio testimonio de Cristo y curó al padre de Publio y otros enfermos de la isla (Hch 28,8).

Como otrora Pablo, el sucesor de Pedro visitó a los malteses para confirmarlos en la fe y alentarles en la esperanza y el amor cristiano. Y para animarles a dar los frutos abundantes de los santos, decidió celebrar solemnemente, no en Roma sino en la capital de su patria, a Jorge Preca e Ignacio Falzón, junto con la hija adoptiva de Malta, María Adeodata Pisani.

Jamás en su larga historia se había concentrado en Malta una muchedumbre tan grande y fervorosa como la que participó en la Plaza de los Graneros de Floriana, La Valetta, el 9 de mayo de 2001.

La Valetta está situada sobre una península, entre dos golfos muy ramificados, alrededor de los cuales Sliema y Hamrun forman una aglomeración urbana casi continua, mirando al mar.

En torno a Juan Pablo II y el altar de la concelebración, se apiñó la muchedumbre. Fue una jornada inolvidable la exaltación a los altares de los beatos malteses en el ambiente mismo donde ejercieron su apostolado.

Ante todo el Papa recordó el testimonio evangélico de los malteses a lo largo de dos milenios. Fieles al apóstol Pablo, se han distinguido en la Iglesia por su piedad y su celo misionero. La secular herencia cristiana es un don que entraña una gran responsabilidad.

Los nuevos beatos tomaron a pecho las palabras de la segunda carta a Timoteo (2 Tim 2,8.12): «Haz memoria de Jesucristo el Señor, resucitado de entre los muertos [...] Si perseveramos reinaremos con él». Los tres beatos desde el cielo invitan a escalar las cumbres de la santidad que ellos alcanzaron por la gracia de Dios correspondida.

Después de esta introducción general, se fue deteniendo en cada uno de los tres beatificados. Al primero de ellos le dedicó esta semblanza sintética y certera:

> «Desde su muerte en 1962 —poco antes de que se inaugurara el Concilio Vaticano II—, el Beato Jorge Preca ha gozado de fama de santidad tanto en Malta como en todo lugar en que se hayan establecido malteses. "Dun Gorg" fue pionero en el campo catequético y en la promoción de la misión de los laicos en el apostolado, aspecto éste que el Concilio acentuaría de especial manera.
>
> De este modo se transformó, por así decirlo, en el segundo padre de la fe de Malta. Abrazando la mansedumbre y la humildad y empleando plenamente los talentos de mente y corazón recibidos de Dios, Dun Gorg hizo suyas las palabras de Pablo a Timoteo: "Lo que me oíste a mí, garantizado por muchos testigos, confíalo a hombres fieles, capaces, a su vez, de enseñar a otros" (2 Tim 2,2).
>
> La Sociedad de la Doctrina Cristiana por él fundada continúa su labor de testimonio y evangelización en estas islas y en otros lugares [...] Hoy la Iglesia que está en Malta llama a Jorge Preca Beato, pues sabe que es para ella fuente local de luz y fuerza.
>
> En sus escritos sobre la mansedumbre Dun Gorg exhorta a los hermanos cristianos a seguir el ejemplo de Cristo crucificado perdonando toda ofensa (cf. Lc 23,34). ¿No resulta tal vez este mensaje de respeto y perdón mutuos harto necesario en la actualidad tanto en Malta como en el mundo entero?
>
> Así es: la mansedumbre de las Bienaventuranzas tiene el poder de transformar la familia, el ambiente de trabajo y la escuela, ciudades y pueblos, política y cultura. ¡Puede cambiar el mundo! "Dichosos los sufridos porque ellos heredarán la tierra" (Mt 5,5).
>
> Durante el año del gran jubileo, la Iglesia entera ha vuelto a experimentar la eterna lozanía de la amorosa misericordia del Padre que envió a su Hijo para nuestra salvación. ¿Y no fue tal vez la capacidad de Dun Gorg de comunicar la lozanía del mensaje cristiano lo que hizo de él tan gran apóstol? ¿Tal vez Malta no necesita hoy sacerdotes, religiosos, catequistas, maestros que proclamen con pasión la Buena Nueva de lo que el Padre ha realizado por nosotros en Cristo?
>
> En los albores de un nuevo milenio, la Iglesia te contempla, Malta, para que vivas con fervor aún mayor tu vocación apostólica

y misionera. ¡Toda la Iglesia te contempla!» (Homilía en la beatificación).

El testimonio y la intercesión del Beato Jorge, a quien el Papa no dudó en llamar segundo padre en la fe de los malteses, serán garantía y ejemplo de unidad y corresponsabilidad comprometida entre el clero, los religiosos y los laicos.

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

Breve de beatificación: *AAS* 94 (2002) 608s.
Decreto sobre las virtudes heroicas: *AAS* 92 (2000) 207-210.
JUAN PABLO II, «Discurso en el encuentro con los miembros de la "Societas Doctrinae Christianae", Hamrun, 9-5-2001»: *Ecclesia* (2001) n.3054, p.950-951.
— «Homilía en la beatificación de los siervos de Dios Don Jorge Preca, Ignacio Falzon y María Adeodata Pisani, 9-5-2001»: *Ecclesia* (2001) n.3054, p.948-949.
SAID, M., «Preca, Giorgio», en *Bibliotheca sanctorum. Prima appendice* (Roma 1987) 1087.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

BEATO JUAN INGRAM

Presbítero y mártir († 1594)

Nace en Stoke Edith, Herefordshire, en 1565 en el seno de una familia protestante. Se dice que estudiaba en Oxford, en el New College, cuando se hizo católico y que por ello fue expulsado del mismo. Entonces marcha a Douai con intención de ser sacerdote. De ahí en 1582 pasó a Reims y en el camino fue capturado por unos soldados calvinistas pero pudo escapar. En octubre de 1584 pasó al Colegio Inglés de Roma, donde se ordena sacerdote el año 1589, y en 1591 partió para Escocia donde ejerció su apostolado, siendo durante meses capellán de sir Walter Lindsay en Forfar. Pasó luego a Inglaterra y, arrestado el 25 de noviembre de 1593, pasó por las cárceles de Berwick y York, de donde al cabo de unos meses pasó a la Torre de Londres. Aquí padeció horribles torturas porque Topcliffe quería a todo trance que delatara a las personas convertidas por él o puestas en contacto con él. Pese a las espantosas torturas, no delató a nadie. Para el juicio se le envió sucesivamente a York, Newcas-

tle y Durham, donde por fin se le juzgó los días 22 al 24 de julio de 1594, siendo condenado como traidor. Para su ejecución, el día 26 del mismo mes y año, se le llevó a Gateshead junto a Newcastle, donde se le ahorcó, destripó y descuartizó. Fue beatificado el 15 de diciembre de 1929 por Pío XI.

BEATO JORGE SWALLOWELL

Mártir († 1594)

Nacido en el condado de Durham, se cría en el seno de una familia protestante, mostrándose desde pequeño muy inclinado a las cosas de la religión. Por ello opta por el ejercicio del ministerio ordenado en Houghton-le-Spring. Pero visitó en la cárcel a un católico detenido por su fe, y entabló con él conversación acerca de la religión, quedando convencido por las razones alegadas por el católico. Entonces se decidió a pedir el ingreso en la Iglesia católica, y esto lo anunció a su feligresía desde el púlpito diciendo que había vivido en un error, que se había convencido de que aquélla no era la verdadera Iglesia y que no seguiría por tanto en el oficio de ministro protestante. Como no podía ser de otro modo, fue enseguida arrestado y detenido en la cárcel de Durham, donde estuvo un año hasta que fue llevado a juicio junto con San Juan Boste y el Beato Juan Ingram. Los tres fueron condenados a muerte. Esto aterrorizó a Jorge, el cual manifestó que prestaría el juramento de acatar la supremacía religiosa de la Reina. San Juan Boste le hizo ver que cambiaba la vida eterna por la vida temporal. Jorge se vino atrás de su declaración y se hizo firme su condena a muerte. Fue llevado a ejecutar a Darlington y allí se le dio muerte el 26 de julio de 1594. Fue beatificado el 15 de diciembre de 1929 por Pío XI.

BEATOS EDUARDO THWING Y ROBERTO NUTTER

Presbíteros y mártires († 1600)

El 26 de julio de 1600 en Lancaster tuvo lugar la ejecución de dos sacerdotes, Eduardo Thwing y Roberto Nutter, secular el primero y dominico el segundo. Esta ejecución fue presencia-

da por muchos católicos, los cuales, dando prueba de una gran valentía, comenzaron a apoderarse de las ropas, los cabellos y aun los dedos de los mártires antes de que los verdugos concluyesen su trágica tarea. Hubo un cierto revuelo, y mientras los soldados atendían a controlarlo, unas pocas mujeres se hicieron con los corazones de los mártires arrojados al fuego. Posteriormente los católicos se hicieron con sus cabezas y otros miembros.

EDUARDO THWING nació en Heworth, junto a York, en 1565. Con diecisiete años se decidió por el sacerdocio y marchó al colegio inglés de Reims, de donde cinco años más tarde pasó a Roma. Motivos de salud le obligaron a volver a Reims, y se ordenó de sacerdote en Laon en 1590. Los cuatro años siguientes los empleó como profesor del colegio y luego se le autorizó a volver a Inglaterra como misionero. Se sabe que los años siguientes hasta su detención en 1600 ejercitó su ministerio pero se desconocen los detalles de este tiempo, aunque sí consta que por prudencia usó diferentes alias. Arrestado a comienzos de 1600, fue detenido en el castillo de Lancaster y llevado a juicio en julio de aquel año junto con Roberto Nutter. No ocultó que a sus ojos la ley que castigaba a los jesuitas y sacerdotes de los seminarios era injusta. Fue condenado por haber sido ordenado sacerdote en el extranjero y vuelto al país.

ROBERTO NUTTER había nacido en Clitheroe, en el Lancashire en 1556 y se educó con un maestro católico. Fue al colegio inglés de Reims en 1579 y dos años más tarde era ordenado de sacerdote en Soissons. Volvió a Inglaterra y, protegido por un alias, trabajó apostólicamente por los alrededores de Londres y los condados de Londres y Hampshire. Arrestado en Oxford en 1584, estuvo en la Torre y fue torturado y coincidió su prisión con la ejecución de su hermano, el beato Juan Nutter (12 de febrero de 1584). Su detención terminó en destierro en 1585 y volvió de esta forma a Reims. Unos meses más tarde él y otros sacerdotes se embarcan con destino a Inglaterra, pero su barco es interceptado y ellos terminan en la cárcel de Marshalsea. Quiso defenderse de la acusación de haber quebrantado la pena de destierro diciendo que iba realmente a Escocia, y quizás por ello no se le condenó por entonces a muerte. En 1588 fue tras-

ladado a la prisión de Wisbech, donde pasaría los últimos doce años de su vida. Estando en ella solicitó y obtuvo licencia para profesar en la Orden de Predicadores, lo que hizo en presencia de otros sacerdotes. Cuando en marzo de 1600 se escapó con otros cinco y fue prontamente apresado de nuevo, firmó su sentencia de muerte. Fue llevado a juicio, como queda dicho, y condenado.

Ambos fueron beatificados el 22 de noviembre de 1987 por el papa Juan Pablo II.

BEATO GUILLERMO WEBSTER

Presbítero y mártir († 1641)

El *Martirologio romano* ha preferido llamarle de apellido Webster, nombre que ciertamente usó, pero usó también el de Ward, y no está del todo claro cuál de los dos era su verdadero apellido. Se le ha presentado como natural de Thornby, en Westmoreland, pero la población con este nombre no está en ese condado y se ha pensado entonces si su lugar de nacimiento será Thrimby que sí está en Westmoreland. Otra fuente lo presenta como hijo de Robert Ward, de Cumberland. De todos modos es seguro que entró en el colegio de Douai en 1604 teniendo ya cuarenta años, lo que nos hace pensar que nació hacia 1565.

Se ordenó de sacerdote en 1608 y en octubre de ese mismo año desembarca en Escocia, donde fue arrestado enseguida y pasó tres años en la cárcel. Liberado, se dirigió a Inglaterra y aquí otra vez fue arrestado y llevado a la cárcel de Newgate, de la que sale con el castigo de destierro en 1613. Pero vuelve a Inglaterra y es detenido otras varias veces, pareciendo que en total pasó veinte años en la cárcel. Pero sus arrestos no le arredraban de volver al trabajo apostólico en cuanto salía de la prisión. Su tenor de vida era admirable: vestía pobremente, comía con gran austeridad, ayunaba frecuentemente y era persona de honda vida de oración. Pese a ser de débil constitución, trabajaba como un hombre robusto y se había abrazado con gran voluntad a la pobreza evangélica.

En 1641 el presidente de la Cámara de los Comunes dio orden de intensificar la persecución de los católicos, y ello trajo un nuevo arresto de Guillermo el 15 de julio de dicho año. Unos días antes le habían advertido de la oportunidad de dejar Londres, pero él dijo que debía permanecer en su puesto. Estaba cuando lo arrestaron en casa de su sobrino en Pyer Corner, Smithfield. El día 23 de julio fue procesado en Old Bailey acusado de ser sacerdote. Frente a la declaración de varios testigos, él dijo que su sacerdocio debía ser probado y él no lo declaró. Deseoso del martirio, pidió que no intercediesen por él. En la mañana de su ejecución dijo la misa en la cárcel y dio su dinero a un compañero sacerdote para que le diese algo al carcelero y lo demás a los pobres. Un amigo le llevó ropa nueva y él, tan pobre siempre en su vestido, la aceptó diciendo que para ir al gran banquete del reino de Dios era bueno ir con vestidos de fiesta. Cuando lo sacaron en carromato para llevarlo a Tyburn a ser ajusticiado, vio a un amigo que lloraba por él y le dijo que no llorara, que él podía conservar la vida si quisiera pero que la daba a gusto por la religión. Llegado al lugar del suplicio, manifestó que moría por ser sacerdote, negó que hubiera seducido a nadie sino convertido a algunos, se recogió un tiempo en oración y antes de ser ahorcado pidió por el Rey y la familia real, y mientras se encomendaba a Jesús fue ahorcado, luego destripado y descuartizado. Fue beatificado el 15 de diciembre de 1929 por Pío XI.

BEATOS MARCELO LABIGNE DE REIGNEFORT Y PEDRO JOSÉ LE GROING DE LA ROMAGÈRE

Presbíteros y mártires († 1794)

En el puerto de Rochefort, Francia, donde estaban detenidos en las peores condiciones de vida que es posible imaginar, consumaron el martirio muriendo de miseria y abandono estos dos sacerdotes de Jesucristo, beatificados con sus compañeros de prisión y martirio el 1 de octubre de 1995 por el papa Juan Pablo II.

MARCELO LABIGNE DE REIGNEFORT había nacido en Limoges el 3 de noviembre de 1751. Luego de optar por la carrera sacerdotal, se hizo miembro de la Compañía de Misioneros de Limoges. Al no ocupar ninguno de los cargos eclesiásticos que se consideraron en la Revolución cargos de funcionarios públicos, él no tenía obligación alguna de prestar el juramento de la constitución civil del clero. Y sin embargo fue arrestado y llevado a la prisión de La Règle con los sacerdotes refractarios. Luego de muchos meses de encarcelamiento fue condenado, juntamente con su hermano Pedro-Gregorio, a la deportación como refractario a la ley del 14 de agosto de 1792 y debió dejar Limoges el 25 de febrero de 1794 en el primer convoy de sacerdotes limusinos. Estaba en Rochefort el 12 de abril siguiente en que era registrado. Embarcado en Les Deux Associés, enfermó a comienzos de julio y fue llevado a una goleta que servía de hospital, donde murió el 25 de julio, siendo enterrado en la isla de Aix, y ocultándose su muerte a su hermano durante unos días, por entonces también gravemente enfermo. Este hermano sería el que luego contase todos los padecimientos sufridos por los que esperaron en Rochefort, recibiendo tantos de ellos la muerte a causa de las insanas condiciones de vida. Consta que Marcelo era una sacerdote lleno de piedad y virtud, notable por la dulzura de su carácter, y que llevó con suma paciencia las penalidades de una detención tan arbitraria como la suya.

PEDRO JOSÉ LE GROING DE LA ROMAGÈRE nació el 28 de junio de 1752 en Saint-Sauvier, Allier, Francia, en una familia aristocrática. Hizo estudios en París, donde obtuvo en 1780 la licenciatura en teología, siendo ya para entonces sacerdote de la Sociedad de Navarra. Dos meses más tarde, el obispo de Bourges, mons. Phelypeaux, lo nombraba su vicario general. Dos años más tarde fue nombrado canónigo de la Santa Capilla, y cuando el cabildo protestó por la supresión de los cabildos, él se sumó a la protesta, que no sirvió de nada pues la Revolución mantuvo por la fuerza su decisión. Se queda un tiempo en Bourges pero luego se va a Saint-Sauvier, donde él, su hermano sacerdote Matías y otros sacerdotes refractarios celebraban misa en una capilla dispuesta por el padre de Pedro José. Pero el cura juramentado de Saint-Sauvier se propuso ponerles dificul-

tades y así la municipalidad cerró el 7 de mayo de 1792 la capilla y se les abre expediente. En el verano siguiente pidió que se les dejara de hacer objeto de vejaciones. Por fin, en marzo de 1793, es arrestado y conducido a Moulins y encerrado en la prisión de Santa Clara. Consta su nombre en la lista de condenados a la deportación en noviembre de 1793, y se sabe que ya estaba en Rochefort el 13 de abril de 1794 en el barco Borée, de donde pasa a Les Deux Associés y allí muere el 26 de julio de 1794, un día antes del 9 Termidor en que tuvo lugar la caída de Robespierre. Se le enterró en la isla de Aix. Carácter firme y persona de gran vida interior, mostró una gran serenidad y conformidad en medio de la tragedia. Su hermano estuvo a su lado en los días finales, dándole todo el ánimo que pudo y admirando su fe y resignación cristianas. Su hermano Matías sobrevivió a la detención en Rochefort y fue obispo de Saint-Brieuc entre 1819 y 1841.

BEATAS MARÍA MARGARITA DE SAN AGUSTÍN BONNET, CATALINA DE JESÚS (MARÍA MAGDALENA) DE JUSTAMONT, ANA DE SAN BASILIO CARTIER, CLARA DE SANTA ROSALÍA (MARÍA CLARA) DU BAC E ISABEL TERESA DEL CORAZÓN DE JESÚS CONSOLIN

Vírgenes y mártires († 1794)

Entre las religiosas martirizadas en Orange en el período del Terror de 1794 se cuentan las cinco esposas del Señor cuyo martirio conmemora hoy el *Martirologio romano,* ya que tuvo lugar este día del dicho año. Sus datos sucintos son:

MARGARITA BONNET, nacida en Sérignan, el 18 de junio de 1719, y que en su juventud optó por la vida religiosa e ingresó en el monasterio de las sacramentinas de Bollène, tomando el nombre de sor San Agustín, y perseverando en la vida monacal hasta que la Revolución interrumpió esta vida y la obligó a dejar su monasterio, siendo llevada a Orange.

MARÍA MAGDALENA DE JUSTAMONT, nacida en Bollène en septiembre de 1714, cuando en su juventud sintió la llamada a la vida religiosa, ingresó en el monasterio de las Ursulinas de

Pont-St-Esprit, donde profesó con el nombre de sor Catalina de Jesús y donde perseveró hasta que fue arrestada por la Revolución.

ANA CARTIER, nacida en Livron, Valence, el 19 de noviembre de 1733, se había decidido en su juventud por la vida religiosa y había obtenido ingreso en el monasterio de las Ursulinas de Pont-St-Esprit, donde hizo la profesión religiosa con el nombre de sor San Basilio, profesión que guardó fielmente hasta que la Revolución la arrancó de su monasterio.

MARÍA CLARA DU BAC, nacida en Laudun, Nimes, el 9 de enero de 1727. Siguió la llamada de Dios a la vida religiosa e ingresó siendo muy joven en el monasterio de las Ursulinas de Bollène, donde hizo la profesión religiosa con el nombre de sor Clara de Santa Rosalía. También perseveró en la vida religiosa hasta que fue arrancada violentamente de su claustro.

ISABEL TERESA CONSOLIN, nacida en Courthezon el 6 de junio de 1736, al optar por la vida religiosa eligió el monasterio de las Ursulinas de Sisteron, y años después de profesar como sor Corazón de Jesús fue elegida superiora del convento de Bollène. El día 25 de marzo de 1794 se negó a prestar el juramento que se le proponía, lo que le valió pasar cuatro meses en la cárcel de Orange. Delante de los jueces afirmó con plena entereza su adhesión a la Iglesia y su firme fe católica.

Llevadas a la plaza de Orange para ser guillotinadas, cantaron el *Te Deum* y dieron su vida por la fe. Fueron beatificadas el 10 de mayo de 1925 por Pío XI.

BEATOS VICENTE DE SAN LUIS GONZAGA PINILLA Y MANUEL MARTÍN SIERRA

Presbíteros y mártires († 1936)

En Motril, Granada, el 26 de julio de 1936 fueron martirizados el P. Vicente Pinilla, agustino recoleto, y el párroco de la Divina Pastora, don Manuel Martín. Ellos se añadieron a los que el día anterior ya habían regado aquel suelo con su sangre. Forman parte del llamado grupo de «Beatos mártires de Motril». Éstos son sus datos:

VICENTE PINILLA IBÁÑEZ había nacido en Calatayud, diócesis de Tarazona, el 9 de abril de 1872. Sintiendo la vocación religiosa ingresó en la Orden de los Agustinos Recoletos e hizo la profesión de los votos el año 1886 con el nombre de Vicente de San Luis Gonzaga. Prosiguió luego los estudios eclesiásticos y se ordenó sacerdote el año 1893. Destinado a las Islas Filipinas, desarrolló allí con gran celo su apostolado hasta que cayó en 1898 en manos de los insurgentes y permaneció preso hasta 1900, volviendo entonces a España. Luego fue destinado a Brasil, donde igualmente trabajó con gran dedicación y donde residió y trabajó desde 1902 a 1927. Enviado finalmente a España, fue definidor provincial y durante unos años superior del convento de Motril, cargo en el que cesó en 1933 quedando luego como miembro de la comunidad.

MANUEL MARTÍN SIERRA nació en Churriana de la Vega, Granada, el 2 de octubre de 1892, e ingresó adolescente en el Seminario Pontificio de Granada, ordenándose sacerdote en 1915 y prosiguiendo los estudios hasta alcanzar el grado de doctor en teología. Fue profesor del seminario, capellán de religiosas y luego pasó al ministerio parroquial en varios pueblos sucesivos de la provincia de Granada hasta que fue destinado a Motril como párroco de la Divina Pastora. Empezada la persecución, tuvo oportunidad de marcharse con su familia el día 24 de julio pero quiso quedarse entre sus fieles. Refugiado con las religiosas y los agustinos en la parroquia, allí fue buscado y encontrado en la mañana del día 26 y obligado a salir al atrio de la iglesia, donde le quisieron obligar a blasfemar. Al no querer hacerlo fue fusilado ante los muros del templo con el P. Vicente Pinilla.

Fueron beatificados por Juan Pablo II el 7 de marzo de 1999 junto con los demás agustinos recoletos.

27 de julio

A) Martirologio

1. La conmemoración de los Siete Santos Durmientes de Éfeso (fecha desconocida).
2. En Nicomedia de Bitinia, San Pantaleón o Pantalimón († 303), mártir **.
3. En Mataró (Barcelona), santas Juliana y Semproniana, vírgenes y mártires (fecha desconocida) *.
4. En Lons-le-Saunier (Francia), San Desiderio, tenido por obispo de Besançon († s. V).
5. En Roma, San Celestino I († 432), papa **.
6. Junto a Antioquía de Siria, San Simeón Estilita († 459), monje **.
7. En Loches (Francia), santos Urso y Leobacio († s. V/VI), abades.
8. En Rávena (Flaminia), San Eclesio († 532), obispo.
9. En el Bearn (Pirineos franceses), San Galactorio († s. VI), obispo de Lescar y mártir.
10. En Mantineion, Claudiópolis, en la Honoríade, Santa Antusa († s. VIII), virgen y monja, que soportó destierro por defender el culto a las sagradas imágenes *.
11. En Córdoba (Andalucía), santos Jorge, diácono y monje, Aurelio y Sabigoto, cónyuges, y Félix y Liliosa, asimismo cónyuges († 852), mártires *.
12. En Ocrida, en el Ilírico, San Clemente, obispo de Velica. Con él se conmemoran los santos obispos Gorazdo, Nahum, Sabas y Angelario, que prosiguieron en Bulgaria la obra de los SS. Cirilo y Metodio († s. IX/X) *.
13. En Garsten (Estiria), San Bertoldo de Rachez († 1142), abad.
14. En Piacenza (Emilia), Beato Raimundo Palmero († 1200), padre de familia y fundador de un hospital *.
15. En Fayenza (Emilia), Beato Nevolone († 1280), peregrino y ermitaño *.
16. En Ameria (Umbría), Beata Lucía Bufalari († 1350), virgen, oblata de la Orden de San Agustín *.
17. En Stafford (Inglaterra), Beato Roberto Sutton († 1588), presbítero y mártir bajo Isabel I *.
18. En Beaumaris (Gran Bretaña), Beato Guillermo Davis († 1593), presbítero y mártir bajo Isabel I *.
19. En Brescia (Lombardía), Beata María Magdalena Martinengo († 1737), abadesa de la Orden de las Clarisas Capuchinas *.
20. En Ollería (Valencia), Beato Joaquín Vilanova Camallonga († 1936), presbítero y mártir **.
21. En Llisá (Barcelona), Beato Modesto Vegas Vegas († 1936), presbítero, franciscano conventual, mártir **.
22. En Barcelona, beatos Felipe Hernández Martínez, Zacarías Abadía Buesa y Jaime Ortiz Alzueta († 1936), religiosos salesianos y mártires *.

23. En el campo de concentración de Auschwitz (Polonia), Beata María Clemencia de Jesús Crucificado Staszewska († 1943), virgen, de la Orden de Santa Úrsula, mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN PANTALEÓN
Mártir († 303)

En la vida de San Pantaleón, tal como hasta nosotros ha llegado su relato, a través de las *Actas,* a través de la tradición, se nos manifiestan dos aspectos particularmente destacados, sobre todo si llegamos a él con alguna preocupación crítica. Sobre la vida histórica del santo, dirá alguno, se monta una exuberancia de milagros verdaderamente sospechosa. La razón de ser del santo, se podrá también decir, fue precisamente ésa: dar testimonio del poder de Cristo y de su verdad insoslayable, haciendo de su vida un continuo milagro, llevando sobre sus hombros el peso enorme del milagro, porque a los planes de Dios así convenía providencialmente.

Ambas posiciones pueden ser parcialmente ciertas, y ambas, por tanto, pueden conjugarse. Conviene desde ahora, antes de entrar en la intimidad del santo, tomar posición y acercarnos sin prejuicios. No abreviemos la mano de Dios. Conviene no rechazar lo excepcional porque sí. Ahora particularmente es importante señalar esa circunstancia. Vamos a ver al santo tal como *Actas* y tradición nos lo han transmitido, sin posibilidad de quitar ni poner, prudentemente. La verdad entera, Dios la sabe.

Pantaleón nace en Nicomedia, corriendo el siglo III de nuestra era. Tiempos recios iban a ser los suyos. El Imperio romano está ensayando fórmulas varias para impedir el hundimiento que se avecina, y como una de ellas se va a pensar, naturalmente, en la implantación de la religión oficial como obligación universal. El Imperio de Roma no es ya el poder seguro de sí mismo que avasallaba al mundo. Ahora ha sido necesario poner un emperador, un César, en Oriente para sostener aquellas regiones tan distantes de la metrópoli. Y Nicomedia es la residencia de los emperadores de Oriente. Estamos en una ciudad del Asia Menor, en la mitad segunda del siglo III de Jesucristo.

La figura del futuro mártir se nos muestra en los relatos sumamente atractiva. Pantaleón es un joven de nobles inclinaciones, de sano corazón. Es hijo de un gentil, Eustorgio, senador y rico. Su madre era cristiana, pero murió joven: el niño era pequeño y apenas si pudo enseñarle más que unos rudimentos que no llegaron a darle idea completa del cristianismo.

La formación del joven se desarrolló con felicidad, sobre la base de una inteligencia muy despierta y con muy buenos profesores. Al concluir el aprendizaje de las letras Eustorgio hizo que Pantaleón estudiara la medicina bajo la dirección de Eufrosino, médico del mismo Diocleciano. Pantaleón se va haciendo un joven distinguido y respetado: llama la atención entre sus compañeros, y su buen corazón le hace ejercer su ministerio con una abnegación ejemplar, cuya honestidad pasa a ser verdaderamente excepcional en el medio pagano en que vivía.

El encuentro definitivo con la gracia le vino a Pantaleón a través de un sacerdote cristiano. Hermolao vivía oculto por el rigor de la persecución. Un día se encontró con Pantaleón y fue el mismo sacerdote quien, admirado por las condiciones del joven, se lanzó a hablar abiertamente de la doctrina de Jesucristo. Pantaleón quedó impresionado. Los recuerdos, desdibujados ya, de las enseñanzas de la madre cristiana subieron agolpadamente a su conciencia. Pantaleón prometió que continuarían en contacto. El golpe final de la llamada vino ya milagrosamente. Poco después hubo de encontrarse el médico Pantaleón ante un caso desesperado. Un niño yacía muerto, mientras, cercana, reptaba la víbora fatal. El médico, impotente, recuerda entonces unas palabras del sacerdote Hermolao. El nombre de Cristo bastaba para resucitar a los muertos. Pantaleón no vacila, y la increpación llena de fe opera el milagro. El niño vuelve a la vida y la serpiente muere en el acto. Pantaleón es ya cristiano. Unos días de convivencia con el sacerdote oculto le proporcionan la instrucción necesaria para recibir después el bautismo de Jesús.

A partir de este momento la vida de Pantaleón es ya un tejido de milagros, encadenándose unos y otros de manera abrumadora, inverosímil casi. La conversión de su padre también se obra a golpe de prodigio. En casa de Pantaleón se presenta un ciego incurable, y esta ocasión va a ser eficazmente aprovecha-

da. El joven médico llama a su padre para que esté presente a lo que va a tener lugar, y, después de invocar el nombre de Cristo sobre el ciego irremediable, pone sus manos sobre los ojos sin luz: instantáneamente una explosión jubilosa y sobrecogida acompaña al milagro. Eustorgio y el ciego caen de rodillas: Cristo, Cristo es el Dios verdadero. El senador pagano hace añicos los ídolos que adornan la casa: él ahora sólo quiere ser instruido en el cristianismo para recibir el bautismo inmediatamente, como sucede en realidad, con júbilo ilimitado de Pantaleón. Poco después Eustorgio muere. Es éste otro momento culminante en la vida de nuestro santo.

Efectivamente, aquí tiene lugar la segunda conversión del entusiasta neocristiano. Pantaleón, que se ve desligado de toda traba, responsable único de sus actos, por sí y ante sí, se arroja a una vida de absoluto fervor: entrega a los pobres sus cuantiosas riquezas, quedándose con lo indispensable; pone en libertad a todos sus esclavos, se entrega a las obras de caridad en la práctica de su propia profesión de médico. Naturalmente, esta conducta no pudo pasar inadvertida; además, los restantes médicos de Nicomedia ardieron en celo al ver que la gran mayoría de los enfermos querían ser curados por Pantaleón, con lo que las pérdidas materiales iban a ser cuantiosas de seguir en auge el médico sospechoso. Naturalmente, había que deshacerse de él, y fue acusado ante el emperador como cristiano.

Diocleciano fue un emperador de excepcionales vuelos. Quiso llegar a una solución que evitase el camino de catástrofe por el que se avanzaba. Sus decisiones fueron múltiples. Para la crisis económica arbitró el edicto del *Máximum,* de 301, el más grande intento de tasación estatal que se recuerde de tiempos antiguos. En el gobierno montó una máquina que creyó eficaz: el mismo año en que la muerte de Carino le dejó el Imperio se buscó un colega, Maximiano. Seis años después, ante lo eficaz del resultado, añade dos nuevos emperadores (292), y, además, fue afortunado en la elección de las personas: Galerio y Constancio Cloro. Soldado excepcional aquél, pero rudo y de primitivos sentimientos. Constancio Cloro, en cambio, general destacado, era de más fina formación. Galerio movió a Diocleciano a firmar el decreto de exterminio general de los cristianos. Fue el

23 de febrero del 303. No era tolerable que ante los proyectos de religión oficial un grupo irreductible se mantuviera en el seno del Imperio rompiendo la unidad de creencia. Se inauguró la décima gran persecución. Ríos de sangre cristiana corrieron por todo el ámbito del Imperio.

La presencia de Pantaleón ante el tirano es el triunfo manifiesto de la fe de Cristo sobre todos los intentos opresores. Incluso sobre la fuerza física, sobre las leyes naturales, sobre el instinto de las fieras hambrientas. Pantaleón pasa a ser un grito de triunfo, el emblema de la fe invencible por obra del poder de Jesús. El interrogatorio ya se abre con un milagro. El ciego curado por Pantaleón ha declarado ser cristiano y se le ha quitado la vida. Pantaleón recogió su cuerpo y lo sepultó junto a su padre. Entonces es también él llamado a juicio: se le intenta seducir, pero todo es en vano. Declara su fe y afirma en ella su poder excepcional.

Después Pantaleón es atado al potro. Aquí se hacen presentes los garfios de hierro con que se le desgarran las carnes, las teas encendidas que se le aplican a las llagas. Pero una fuerza misteriosa hace reanimarse al mártir, y los brazos de los verdugos caen, dominados por una fuerza prodigiosa. La ira del tribunal no tiene límite. Se prepara una caldera de plomo fundido, en la que va a ser sepultado Pantaleón. Pero, en el momento en que el cuerpo del mártir toca la ardiente superficie, ésta queda como helada, y Pantaleón puede apoyarse sobre el plomo endurecido. Ahora el mudo estupor se junta con la inmediata reacción ciega de la soberbia enfebrecida. Pantaleón va a ser arrojado al mar, atada al cuello la gran piedra que impida su vuelta a la superficie. Se quiere ahora impedir también el que los demás cristianos recojan su cuerpo y lo veneren. Pero Pantaleón vuelve andando a la playa sobre la superficie de las aguas.

Lo evidente del caso no logra hacer que el tribunal abra los ojos. Se ensaya el tormento de las fieras. La ciudad sabe ahora que el invencible va a probar el terrible tormento, y una multitud inmensa llena el anfiteatro. A la señal estremecedora, y en medio de un silencio impresionante, se abren las jaulas. Varias fieras avanzan a saltos, rugientes, hacia el mártir, que está solo, en medio de la arena. Mas, apenas se le llegan, se aquietan,

sumisas, a sus plantas. Pantaleón las bendice y ellas se retiran. El vocerío loco de la multitud reclama la libertad para el inocente, y tiembla en el ambiente la sensación de que el Dios verdadero es el que le sostiene.

Bajo la opresión del griterío los jueces, abrasados de rencor, humillados, deciden seguir con la intentona de los tormentos. Es en vano que el pueblo grite a su favor. Pantaleón es sometido al suplicio de la rueda. Sale ileso. Entonces se le arroja en un calabozo. Son detenidos Hermolao y otros dos cristianos: la pretensión es que seduzcan al mártir a que apostate. Hermolao se niega, y con Hermipo y Hermócrates, los dos cristianos, padece el martirio.

Pantaleón es azotado. Se preludia el final. La condena es que se le decapite y luego se queme su cuerpo. Pantaleón, gozoso, va al suplicio. Es atado a un olivo. El verdugo alza la espada para cortarle la cabeza, pero en el momento de dar el golpe el hierro se ablanda y el mártir ni siquiera percibe el metal sobre su cuello. Ante el nuevo prodigio el lictor cae de rodillas pidiendo perdón; pero Pantaleón se siente ya impaciente. Ahora es él quien pide, entre súplicas y forcejeos, que se cumpla la sentencia. Los verdugos, que inicialmente se resisten, acceden por fin, y, después de abrazarse con el mártir, hacen caer la cuchilla definitiva. Salta la sangre e instantáneamente florece el olivo y se llena de frutos. El cuerpo no es quemado. Los soldados no se atreven. Los cristianos se lo llevan y recibe sepultura en medio de intensa veneración.

San Pantaleón ha pasado a ser uno de los principales patronos de los médicos. Su culto ha sido extendidísimo y popular. Su nombre en la hora ciega de las persecuciones tuvo el valor de un símbolo. Los cristianos confesaron a Dios, y él estuvo con ellos, prestándoles un poder incalculablemente más grande que todas las insidias de sus enemigos.

CÉSAR AGUILERA, SCHP

Bibliografía

Acta sanctorum. Iulii, t.VI p.397s.
Art. en *Analecta Bollandiana* 12 (1893) 299; 17 (1898) 179-190.
Art. en *Acta Sanctae Sedis* 6 (1870) 397-426.
AIGRAIN, R., *L'hagiographie* (París 1953) 59.

• Actualización:
AYAPE MORIONES, E., *La sangre de San Pantaleón en Madrid* (Madrid ²1987).
CALVO GARRIDO, F., *San Pantaleón, médico y mártir* (Madrid ²1975).
Vida de San Pantaleón (Burujón, Toledo 1988).

SAN CELESTINO I

Papa († 432)

En los tiempos en que la Iglesia de Cristo iba precisando y consolidando su fe católica, Dios suscitó en la sede romana un pastor firme y vigilante que, reafirmando su sucesión apostólica y el primado de San Pedro, sancionó las definiciones del tercer Concilio ecuménico, purificó el pueblo de Dios de los errores novacianos y pelagianos y alentó a los pastores de diversas Iglesias a mantenerse firmes en el cuidado de la grey que les había sido confiada.

Celestino había nacido seguramente, o tenía sus orígenes, en Campania. Su formación fue enteramente latina, aunque desconozcamos pormenores de la misma. Tal vez pasó algún tiempo con San Ambrosio en Milán; en su juventud entró a formar parte del clero romano. Es probablemente el diácono, apreciado como un hijo por Inocencio I, que este papa menciona en una carta de 416 dirigida al obispo Decencio de Gubbio. Parece que es también el diácono a quien San Agustín dirigió una carta muy cordial hacia el año 416.

En 422 fue elegido sin oposición para suceder en la silla de Pedro a San Bonifacio I. A lo largo de sus diez años de pontificado, desplegó una actividad muy intensa y extendida a la Iglesia una y católica, entonces indivisa. Afianzó con intervenciones y decisiones doctrinales la sede romana en su primado de salvaguarda de la fe, mantuvo y promovió la disciplina eclesiástica y cimentó la organización de la Iglesia sobre firmes bases jurídicas.

El pontificado de Celestino I estuvo marcado, desde los inicios, por su preocupación por preservar en su pureza la fe católica. Se enfrentó a los residuos del cisma del rigorista Novaciano que se había levantado contra el papa Cornelio en 251; expulsó a los novacianos de las iglesias que aún retenían en Roma y les obligó a reunirse en casas particulares. Asimismo restauró la ba-

sílica Julia, actualmente llamada Santa María in Trastevere, muy dañada durante el saqueo de Alarico de 410. Construyó, asimismo, la basílica de Santa Sabina en la colina del Aventino.

Otros problemas le llegaron de África por recursos que algunos interpusieron ante la Sede Apostólica contra las sanciones de que habían sido objeto. El papa San Bonifacio había acogido favorablemente las quejas del obispo Antonio de Fussala y le había restablecido en su sede después de que hubiera sido depuesto de la misma. San Agustín escribió a Celestino, poco después de su elevación al supremo pontificado, una carta muy enérgica (*Epístola* 209) en que reivindicaba la razón de tal deposición y le previno sobre la necesidad de no sentar precedentes para el futuro. Acogió luego la reclamación de otro personaje africano, igualmente poco fiable, Apiario, presbítero de Sicca Veneria, que por dos veces había sido excomulgado. Celestino le dio audiencia en Roma y luego lo envió de nuevo a África con una carta para los obispos de su país y lo hizo acompañar por el legado Faustino, que no tenía buenos antecedentes en África. El asunto no prosperó por la firme determinación de los obispos africanos; ante éstos Apiario confesó sus delitos y el legado tuvo que regresar a Roma con una carta de los prelados en la que exhortaban al Papa a no admitir tan fácilmente reclamaciones procedentes de sus obispados.

Mejores resultados consiguió el papa Celestino en sus intervenciones en el Ilírico, en la Italia meridional y en la Galia Narbonense y Vienesa.

Alrededor del año 424 escribió a los obispos del Ilírico una carta en defensa del obispo de Apolonia, Félix, y sostuvo los derechos del vicariato apostólico de Tesalónica.

El 25 de julio de 428 dirigió una carta a los obispos de la Narbonense y de la región narbonense. Empezaba por reivindicar el puesto que Dios le había otorgado para observar y vigilar cortando diligentemente lo que debía estar prohibido y sancionando aquello que debía ser observado. Recriminaba que algunos negaran la penitencia a los moribundos; proscribía las ordenaciones episcopales conferidas a quienes no habían pasado por los diversos órdenes inferiores; llamaba a comparecer ante su tribunal a un cierto Daniel que, tras haber protagoniza-

do escándalos en Oriente, había conseguido ser ordenado obispo en una diócesis de las Galias. Prescribía, en fin, que cada provincia tuviera su metropolitano y que ningún metropolitano se inmiscuyera en los asuntos de otras provincias. A pesar de esta reprensión a obispos galos, Celestino no dudará en elegir, el 429, a un obispo de las Galias, San Germán de Auxerre, para que acuda a Inglaterra a refutar y confundir a los partidarios de la herejía pelagiana. El éxito de esta misión fue rotundo ya que apartó de las islas, también de Irlanda, a quienes las infestaban con sus falsas doctrinas, e Irlanda recibió del Papa su primer obispo, Paladio.

El 21 de julio de 429 exhortó a los obispos de Apulia y de Calabria para que no cedieran a las pretensiones de algunas comunidades de elegir laicos para el oficio episcopal.

También en las Galias, Celestino tuvo que afrontar el problema que luego recibió el nombre de «semipelagianismo». Todo empezó con una denuncia de los monjes Próspero de Aquitania y de Hilario de Marsella, que conocían profundamente la doctrina de San Agustín sobre la gracia y la predestinación; con las enseñanzas del doctor hiponense habían combatido las conferencias del monje Casiano de Lérins, pero éste no se había retractado sino que persistía en recortar la fuerza de la gracia divina desde la primera decisión de aceptar la fe y la salvación de Cristo. Hilario y Próspero acudieron personalmente a Roma para entrevistarse con el papa Celestino. Éste les dio una carta, en mayo de 431, dirigida a Venerius, obispo de Marsella, y a otros prelados de la zona, en la que alababa su celo por la verdad y les exhortaba a vigilar la predicación de sus presbíteros y a permanecer fieles a la doctrina de San Agustín, muerto el año anterior, y que Roma siempre había mantenido en su comunión. Un *syllabus* que exponía la recta enseñanza sobre la gracia, probablemente redactado por el mismo Próspero, iba anejo a la carta. Así empezó la lucha contra la falsa doctrina que, a partir del siglo XVI, sería conocida con el nombre de semipelagianismo.

En la proscripción de estas doctrinas, Celestino había sido coherente con la postura que siempre había mantenido. En el comienzo de su pontificado, Celestio —uno de los jefes pela-

gianos— había intentado reiniciar sus intrigas, aunque una decisión del emperador lo había desterrado de Italia. Nestorio había intervenido en su favor; pero después de ser elegido patriarca de Constantinopla, se dirigió por carta a Celestino para pedirle que instruyera personalmente la causa de Juan de Eclano y de otros tres obispos italianos pelagianos expulsados de sus sedes y refugiados en Bizancio. Nestorio afirmaba, en la epístola encabezada por la palabra Fraternas, querer evitar toda discrepancia o malentendidos con Roma. Pero el Papa no contestó enseguida esta carta. Nestorio volvió a insistir reclamando la respuesta. Celestino le contestó con una carta de 11 de agosto de 430, en la que recordaba que tal herejía ya había sido condenada por Roma y por otras sedes, como la constantinopolitana misma, por obra del predecesor de Nestorio, Sisinio.

En la citada carta Fraternas, de 429, Nestorio introducía un tema mayor de controversia, que ocuparía los últimos años del pontificado de San Celestino I. El nuevo patriarca de Constantinopla informaba al papa sobre las discusiones en torno del título de «Madre de Dios», dado a la Virgen María; Nestorio expresaba su opinión al respecto. En la carta posterior insistió sobre el mismo tema. Celestino había ya recibido información de otras fuentes sobre esta cuestión, en concreto del obispo de Alejandría, San Cirilo. Éste había advertido a Nestorio que sus sermones habían causado mala impresión al papa y a los obispos italianos. Después de la Pascua de 430, Cirilo denunció al Papa: «Todas las Iglesias de Oriente gimen a causa de los errores de Nestorio». En efecto, el pueblo fiel de Constantinopla había sentido gran malestar ante las nuevas propuestas del patriarca sobre todo en la negación a María del título de *Theotokos.*

El nuevo patriarca de Constantinopla, discípulo de la escuela teológica antioquena, acentuaba en su predicación la distinción y hasta división de lo humano y lo divino en Jesucristo, de tal forma que llegaba a admitir no sólo dos naturalezas, sino dos personas en el Hijo de Dios encarnado, unidas moralmente. María era sólo «madre de Cristo» hombre, no «madre de Dios».

El concilio romano de 430, bajo la presidencia de Celestino, condenó estos errores de Nestorio y le conminó a abjurarlos dentro de los diez días siguientes a la recepción de la intimación

de tal pronunciamiento. El encargado de presentar a Nestorio el documento de condena fue San Cirilo, quien redactó una profesión de fe a suscribir por el patriarca. Celestino envió cartas, informando de la condena, a San Cirilo, a Juan de Antioquía, Juvenal de Jerusalén, Rufo de Tesalónica, Flaviano de Filipos, a Nestorio y a los presbíteros, diáconos, clérigos y servidores de Dios y pueblo católico de Constantinopla.

Pero el emperador Teodosio II quiso que la controversia se dirimiese en un concilio, que él convocó en Éfeso para celebrar después de Pentecostés de 431. Celestino I aceptó tal convocatoria pero se mantuvo en su condena a las enseñanzas de Nestorio. El 8 de mayo de 431 nombró a sus delegados, los obispos Proyecto y Arcadio y el presbítero Felipe, quienes tenían que velar por los derechos de la Sede Apostólica y, por lo demás, debían atenerse a las decisiones de Cirilo, el cual había sido invitado, por una carta papal del día anterior, a la moderación en el caso de que Nestorio persistiera en sus posiciones.

Las sesiones del Concilio fueron harto accidentadas. Prevaleció en todo momento la vehemente iniciativa de su presidente, el patriarca Cirilo de Alejandría. Del 22 de junio al 31 de julio estuvo reunido el Concilio de Éfeso. La primera sesión definió que las dos naturalezas, humana y divina, se habían unido en conjunción inefable en una sola persona, la de Jesucristo, Hijo de Dios. Por tanto, «los santos Padres no dudaron en llamar a la Virgen *Theotokos,* Madre de Dios». Condenaron a Nestorio y consecuentemente le depusieron de la sede patriarcal de Constantinopla, y le nombraron sucesor en la persona de Maximiano.

No habían llegado aún a esta sesión del 22 de junio los legados pontificios. Llegaron el 11 de julio y ratificaron la definición conciliar en nombre de «nuestro santo y bienaventurado obispo, el papa Celestino, sucesor y vicario legítimo de Pedro», reafirmando asimismo que la decisión del precedente concilio romano era ya definitiva porque «Pedro está a la cabeza de la fe común y de todos los apóstoles».

Diversas cartas fueron dirigidas por el papa el 15 de marzo de 432 a los obispos que habían elegido al patriarca Maximiano, al emperador y al nuevo patriarca. En ellas Celestino expresaba

su preocupación por el peligro que Nestorio había hecho correr a la fe católica, mostraba su inquietud porque el heresiarca no había sido suficientemente alejado como para no ser impotente para causar nuevos daños, recordaba finalmente el buen juicio tradicional de la sede romana y la autoridad que posee el Papa para juzgar las causas de esta importancia.

El siguiente 27 de julio moría el pontífice en Roma, coronado del triunfo en el noble combate de la fe, sobre todo contra los errores de Pelagio y de Nestorio. Su carisma había afianzado la fe de los creyentes en Cristo sobre la gracia necesaria para acceder a la salvación, y sobre la unidad de la persona de Jesucristo, Hijo de Dios, nacido de Santa María Virgen, invocada por los Padres y por el pueblo fiel como *Theotokos,* «Madre de Dios». Desgraciadamente la herejía de Nestorio y el cisma persistieron en Oriente y se ahondó más la hendidura entre las Iglesias orientales y la occidental. El servicio pontifical de Celestino I obtuvo un balance muy positivo para la Iglesia de Dios, a la que confirmó en la fe y en la unidad.

Fue sepultado en la basílica de San Silvestre junto al hipogeo de Priscila, donde, mientras vivía, hizo realizar unos frescos, acompañados de una inscripción que conmemora los dogmas efesinos de la encarnación y de la resurrección de la carne. Pascual I hizo trasladar sus restos mortales a la basílica de Santa Práxedes.

PERE-JOAN LLABRÉS Y MARTORELL

Bibliografía

Acta sanctorum. Aprilis, 540-544.
Art. en *Bibliotheca sanctorum.* III: *Bern-Ciro* (Roma 1963) cols.1096-1100.
ALBERIGO, G. (ed.), *Les conciles oecuméniques,* I (París 1994) 71-84.
AMMAN, E., «L'affaire Nestorius vue de Rome»: *Revue de Sciences religieuses* 23 (1949) 5-37; 207-244.
BARDY, G., «Célestin I», en *Dictionnaire d'histoire et de géographie ecclésiastique.* XII: *Catulinus-Clinchamp* (París 1953) cols.56-58.
CAMELOT, P. T., «Éphèse et Chalcédoine», en *Histoire des conciles oecuméniques,* II (París 1962) 1-75.
CONSTANT, P., *Epistolae Romanorum Pontificum,* I (París 1721) cols.1051-1228: PL 50,417-558.
FLICHE, A. - MARTIN, V. (dirs.), *Historia de la Iglesia.* IV: *Los reinos germánicos* (Valencia 1975) 165-190.
GRISAR, H., *Roma alla fine del mondo antico secondo le fonti scritte e i monumenti* (Roma 1943).

LONGO, U., «Celestino I», en C. LEONARDI - A. RICCARDI - G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los Santos,* I (Madrid 2000) 488-489.
MANSI, t.IV, p.567-689.
PAREDES, J. (dir.), *Diccionario de los Papas y Concilios* (Barcelona 1998) 45-49.
PASCHINO, P. - MONACHINO, V. (dirs.), *I papi nella storia,* I (Roma 1961) 88-100.
SCHWARZ, E. (ed.), «Concilium Universale Ephesinum», en *Acta Conciliorum Oecumenicorum,* I (Berlín-Leipzig 1924-1930) 1-18.

SAN SIMEÓN ESTILITA

Monje († 459)

Se le llama San Simeón Estilita el Viejo por haber sido el primero de los que pasaron sobre una columna *(stilos)* su vida y de ahí viene su nombre. Es también el mejor conocido de los santos estilitas, pudiendo nombrarse San Daniel (11 de diciembre) y San Simeón Estilita el Joven (24 de mayo).

Simeón era hijo de un pastor y nació en la región de Nicópolis, en los confines entre Cilicia y Siria, en un pueblo cuya localización no se conoce exactamente y que se llamaba Sisan o Sis. Debió nacer a finales del siglo IV pero no hay plena seguridad de la fecha. Sus padres eran cristianos e hicieron bautizar al niño a poco de nacer. Tuvo muchos hermanos. Cuando llegó a los ocho o nueve años le encomendaron que cuidara de las ovejas de la familia. Ya cuando era un joven, a cuenta de una nevada, no sacó el ganado al campo, y fue a la iglesia a misa, donde escuchó la lectura del evangelio de las bienaventuranzas, que lo dejó fuertemente impactado. Preguntó cómo era posible alcanzar esas bienaventuranzas y se le dijo que el camino más seguro era la vida monástica, y se quedó pensando en ello. Estando en oración tuvo en sueños una visión y como resultado de la misma se fue a un monasterio y ofreció allí sus servicios como criado o colaborador. Aquí estuvo dos años, al cabo de los cuales, y luego de haberse acreditado por su austeridad y sus milagros, decidió dividir la herencia paterna, dejando la mitad a su hermano Sansón y repartiendo la otra mitad entre los pobres y los monasterios.

Decide seguidamente integrarse en la vida monástica como verdadero monje y marcha al monasterio de Teleda, regido entonces por Heliodoro. Él debía conocer este monasterio por la presencia en él de un primo suyo. Contaba el monasterio un

centenar de monjes. Vino poco después a visitar el monasterio el obispo Mara de Gabala que bendijo amorosamente al nuevo religioso. Poco después su hermano Sansón vino a integrarse también a la comunidad monástica. En este monasterio pasó unos nueve años, hasta que su régimen de vida excesivamente austero obligó al superior a pedirle que se fuera ante el miedo de que los otros monjes quisieran imitarle. Se retira entonces a la soledad en una vecina montaña y se aloja en una cisterna seca, de donde los propios monjes vienen a sacarle pidiéndole que vuelva con ellos. Pasó tres años más en el monasterio y luego se decidió a marchar al actual Der Siman, a 75 kilómetros de Antioquía, y aquí se fue al monasterio de Mari, donde pidió se le emparedara durante toda la cuaresma, lo que no se le concedió sino a condición de tener sólo pan y agua. Al término de la cuaresma se le halló sin fuerzas porque no había probado bocado. Los monjes le dieron un trozo de terreno donde construirse una choza. Aquí vivió en la contemplación tres años, al cabo de los cuales decidió dirigirse a un monte vecino y aquí quedarse encadenado para no poder tener libertad de movimientos, de lo que no se libró hasta que un obispo se lo aconsejó.

Aquí empezaron a acudir muchas personas, atraídas por la fama de santidad del estricto penitente, las cuales entendían recibir de Dios beneficios por esta visita, y fue entonces cuando decidió vivir en lo alto de una columna. Aquí no dejó de ser objeto de la devoción de los fieles, y hasta llegó a construirse un monasterio en la cercanía. La última columna de las varias en que vivió el santo estaba formada por tres trozos de columna adosados, y se dice que era muy alta. Encima de ella vivía Simeón al sereno, no defendiéndose de las inclemencias del tiempo sino con una capucha. Los días festivos oraba con las manos alzadas y hacía innumerables inclinaciones hasta tocar —se dice— los pies con la frente. A causa de estar de pie y de no andar se le formaron llagas, de las que sin embargo curó. Dormía muy poco, comía una sola vez por semana, no comía durante la cuaresma, y la mayor parte del día y de la noche la pasaba en oración, unas veces postrado, otras en pie. Nunca se le vio echado ni sentado. En las grandes festividades pasaba toda la noche en oración con las manos levantadas. Dos veces al día

predicaba a los fieles arremolinados en la cercanía de la columna y luego se dejaba consultar por toda clase de personas sobre problemas de vida espiritual o de justicia social. Y acudían a él enfermos a que pidiera al Señor por su salud. Se le atribuyeron muchas gracias y milagros. Atendía a todos con modestia, humildad y dulzura, con una caridad y benignidad que resultaba absolutamente edificante y atrayente, difundiendo de sí el aroma del evangelio.

No faltaron quienes tacharon de extravagante su vida, y se cuenta que algunos monjes de Egipto le enviaron a decir que lo consideraban fuera de su comunión religiosa, pero luego, mejor informados de la verdadera santidad y virtudes del estilita, lo reintegraron a su comunión. Los archimandritas antioquenos aprobaron expresamente en 430 su modo de vida luego de haberlo visitado y hablado con él. Gentes de todas las clases sociales, de dentro y de fuera del Imperio Romano, acudieron a verlo y a admirar su género de vida, quedando verdaderamente edificados de su apacible conducta. Muchos de los que acudieron a él eran paganos, como los venidos de Arabia o Persia, y se convirtieron en gran número al cristianismo. Tuvo también discípulos que convivían junto a él.

Simeón se interesó vivamente por la paz de la Iglesia turbada por la controversia nestoriana e intervino para lograr la reconciliación del patriarca Juan de Antioquía con el patriarca San Cirilo de Alejandría, y no dejó de dirigirse al patriarca Juan para pedirle que condenara sin ambages a Nestorio, y cuando se produjo la reconciliación, insistió en que los otros obispos también condenaran el nestorianismo. A la clase principal la exhortaba a defender a la Iglesia y a los pastores de la Iglesia les recordaba su gran responsabilidad como guardianes y guías del rebaño de Cristo. Años más tarde no dejó de significar claramente tanto al emperador como a todos los que lo oían su adhesión al concilio de Calcedonia.

Simeón permaneció en su género de vida hasta su muerte, ocurrida el año 459, según parece. Se le conmemoraba el 5 de enero, mas ahora el nuevo *Martirologio* sitúa su memoria el 27 de julio, pero parece que su muerte fue el último día de agosto. Su funeral fue un gran triunfo de los valores que él representaba.

Los que lo habían tenido como maestro en vida dieron noticia a las autoridades civiles y eclesiásticas, que acudieron y ordenaron traer un ataúd de plomo. Llevado de Telnesin a Antioquía, su cuerpo, acogido triunfalmente en la capital, fue enterrado en la llamada iglesia grande, la que hoy llamaríamos catedral, tras unas exequias multitudinarias presididas por el patriarca, y se empezó enseguida a decir que Dios obraba muchos milagros en su tumba. Posteriormente, al menos una gran parte de sus reliquias serían llevadas a Constantinopla.

De su culto podemos decir que fue muy popular y que se celebraban en su honor varias festividades al año, la principal de ellas el 27 de julio, motivo por el cual ha venido sin duda a fijarse en ese día su memoria en el nuevo *Martirologio.* Su vida la escribió Teodoreto de Ciro, que lo conoció personalmente y lo visitó cuando estaba en la columna.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

Acta sanctorum. Ianuarii, t.I p.261-264.
Art. en *Bibliotheca sanctorum.* XI: *Ragenfreda-Stefano* (Roma 1968) cols.1116-1138.
DELAHAYE, H., *Les saints stylites* (Bruselas 1923).
TEODORETO DE CIRO, *Historia filotea:* PG 72,1464-1484.

BEATO JOAQUÍN VILANOVA Y MÁRTIRES DE VALENCIA EN 1936

Presbíteros, religiosos y seglares († 1936)

Primero tuvo lugar el martirio de las cosas. El patrimonio histórico artístico de la Iglesia en la Comunidad Valenciana sufrió entre los años 1936-1939 el mayor desastre ocurrido nunca, en los últimos veinte siglos de historia de la humanidad. El odio de los que atropelladamente penetraban al asalto en aquellos tristes días en ermitas, parroquias, catedrales, conventos y monasterios valencianos quedó saciado al reducir a cenizas en un instante la historia multisecular de arte y cultura custodiada en las iglesias católicas. Además, aduciendo razones urbanísticas en algún caso, incluso antes de comenzar la contienda fratricida, se llegó a arrasar el templo parroquial (en alguna población fue-

ron tres los templos asolados), quedando un anodino solar como última señal de lo que fue. En Alicante se demolieron los templos de San Juan Bautista de Benalúa y San Francisco, y en la provincia éstos: Alcoy: Santa María, San Mauro y San Francisco y San Agustín; Elda: Santa Ana; Elche: El Salvador y San Juan Bautista; Novelda: Sagrado Corazón de los Redentoristas; Orihuela: convento de Santa Lucía; Lorcha: Santa María Magdalena; Polop: ermita de San Roque; Villajoyosa: iglesia conventual de San Pedro y San Pablo; y en Jávea: convento de Agustinas Descalzas. En Castellón fueron destruidas, en la capital: Santa María, monumento nacional declarado el 3 de junio de 1931; Villarreal: convento de Nuestra Señora del Rosario y Real Capilla de San Pascual Bailón; Burriana: El Salvador (arruinada por el estallido de las 32 cajas de dinamita colocadas estratégicamente en la torre parroquial, el 5 de julio de 1938); y en Nules: San Bartolomé (el 7 de julio de 1938 se hizo estallar la carga de dinamita colocada en el refugio que comunicaba por debajo del campanario la plaza Mayor con la de la Soledad, que produjo el derrumbe de la fábrica parroquial y su torre). En Valencia se demolió el palacio arzobispal, pero en la provincia el resultado final es estremecedor: Algemesí: capilla de la Virgen de la Salud y San Vicente Ferrer; Alzira: San Agustín y San Juan Bautista; Barxeta: Santos Desposorios; Bellreguard: San Miguel Arcángel; Benifaió: capilla del Sagrario; Benimuslem: Purísima Concepción; Carlet: Asunción de Nuestra Señora; Corbera: Santos Vicentes; Gandía: San José y el ábside, capilla del Sagrario, sacristía, archivo y sala capitular de la Insigne Colegiata de Santa María (declarada monumento nacional el 3 de junio de 1931); Llíria: ermita de Santa Bárbara; Miramar: San Andrés Apóstol; Oliva: capilla de San Nicolás; Rafelguaraf: Nacimiento del Señor; Torrent: convento de Monte Sión de Terciarios Capuchinos y ermita de San Gregorio; y en Játiva: claustro del convento de Santa Clara.

Lo sucedido en el templo de Santa María de Castellón fue realmente una bravuconada, teniendo en cuenta que este templo era Monumento Histórico Artístico Nacional desde el 3 de junio de 1931, pues dicho reconocimiento otorgado por la Segunda República no impidió que las autoridades locales acorda-

ran y llevaran a cabo su total destrucción. Cuando el 11 de mayo de 1937 llegó al Ayuntamiento de la capital de la Plana la orden de la Dirección General de Bellas Artes, disponiendo el cese inmediato del derribo de la iglesia arciprestal de Santa María, el templo ya había sido demolido. Lo propio aconteció con la Insigne Colegiata de Santa María de Gandía, donde la piqueta demoledora sólo dejó en pie la nave central y el campanario de este Monumento Histórico Artístico Nacional desde 1931 de la ciudad de San Francisco de Borja.

Por lo que respecta a Burriana y Nules, ambas poblaciones sirven de testimonio de la falta de escrúpulos en quienes ordenaron la voladura de los templos parroquiales de El Salvador y San Bartolomé, respectivamente, produciéndose unas descomunales explosiones que causaron la destrucción de dichas iglesias y, al mismo tiempo, produjeron gravísimos y cuantiosos daños materiales en los edificios próximos. En las poblaciones de Aigües y Banyeres (Alicante), Albalat dels Sorells, Massanassa y La Pobla de Farnals (Valencia) la autoridad local ordenó la demolición del campanario parroquial hasta el cuerpo de las campanas, instalándose incluso en alguno de ellos una batería de ametralladoras para la defensa antiaérea, como ocurrió en Albalat dels Sorells. En Villarreal (Castellón) se instaló una potente ametralladora en el campanario de la arciprestal de San Jaime, por lo cual esta esbelta y hermosa torre fue objeto de los ataques de las baterías republicanas, que ocasionaron graves desperfectos, sobre todo en el tercer cuerpo de la misma, derribando tres de los grandes ventanales de las campanas el 16 de junio de 1938. El 19 de julio del mismo año, y durante el avance de las tropas del general Franco, se produjo el bombardeo de la estación del ferrocarril de Segorbe, cayendo fortuitamente una bomba sobre el tejado del templo parroquial de Castellnovo, localidad muy próxima a la ciudad ducal, que ocasionó graves desperfectos en la bóveda de dicha iglesia.

Recuperar la memoria de un patrimonio destruido alevosamente nos sitúa ante la triste realidad de la probada incultura de los vociferantes, que violentaron las iglesias parroquiales de los pueblos valencianos, dando cumplimiento a una consigna que pretendía borrar de la memoria colectiva de las buenas gentes

de estas tierras las huellas de una religión que en el transcurso de los siglos había creado un inmenso patrimonio artístico que, además, pertenecía a todos. La ancestral incultura ejecutó, en primer lugar, el alevoso y premeditado proyecto trazado para aniquilar cualquier signo religioso cristiano, pasando, seguidamente, a perseguir y asesinar a hombres y mujeres que se identificaban con el evangelio.

La cronología de los hechos, parcialmente conocida aún, demuestra con declarada evidencia que cuanto ocurrió en los numerosos templos de la Comunidad Valenciana estaba organizado desde el inicio de la Segunda República. El 15 de enero de 1936 es destruido el retablo mayor de la iglesia conventual de las Agustinas de Denia (Alicante), en donde recibía culto la bellísima imagen de la Santísima Sangre que, providencialmente, había sido ocultada. En el transcurso de la noche del 19-20 de febrero es asaltado el templo parroquial de Relleu (Alicante) y el 20 sufren idéntico trato en Elche (Alicante) la iglesia de Santa María, donde se representa el célebre *Misterio de Elche* (declarado por la Segunda República en 1931 monumento nacional), El Salvador y San Juan Bautista, y la parroquia de La Nucia (Alicante). Al día siguiente, 21 de febrero, es asaltado el convento de Nuestra Señora de Orito en Monforte del Cid (Alicante). El 3 de marzo, el templo parroquial de Torrevieja (Alicante); el 14 de marzo todos los templos de Villena (Alicante); el 16, la iglesia de Silla (Valencia); el 21 de marzo, el templo de Almussafes (Valencia); el 24 de marzo, los templos de Sax (Alicante); el 1 de abril, las iglesias de Alcoy (Alicante); el 12 de abril, la parroquia de La Font de la Figuera (Valencia); el 20 de abril, la iglesia parroquial de Catral (Alicante); el 1 de mayo, el templo parroquial de Cullera (Valencia); el 11 de mayo, Torremanzanas (Alicante) y todos los templos de Alzira (Valencia); el 12 de mayo, Elda (Alicante); entre los días 12 y 14 de mayo, los templos de Biar, Benissa, Onil, Villajoyosa y Jávea (Alicante); el 13 de mayo, el santuario de la Virgen del Castillo de Cullera (Valencia); entre el 13-14 de mayo, todos los templos de Carcajente y Cogullada (Valencia); en la noche del 14-15 de mayo, el templo parroquial de Rafelguaraf (Valencia); el 16, el de Barxeta (Valencia); el 24 de mayo, la iglesia de Castell de Guadalest (Alicante); el 26 de

mayo, el templo parroquial de Orxeta (Alicante), y el 16 de julio de 1936, el templo parroquial de Daimús (Valencia).

Y la guerra civil aún no se había iniciado. Valga como lamentable ejemplo del inmenso patrimonio artístico destruido por la barbarie y la incultura el 20 de julio (parroquia) y 5 de agosto (Real Iglesia de la Patrona, capillas y ermitas locales), las 102 imágenes y 97 lienzos de los templos de la ciudad de Sueca (Valencia).

Destruido el patrimonio artístico comenzó la persecución religiosa de sacerdotes, religiosos de ambos sexos y seglares comprometidos con la acción pastoral de la Iglesia. Dos lugares destacan en la geografía valenciana en donde se produjeron numerosos sacrificios martiriales: El Saler y el llamado «Picadero» de Paterna, resultando bastante difícil conocer el conjunto de personas que recibieron el martirio, aunque consta que fueron asesinados 372 hombres y jóvenes de Acción Católica y 93 mujeres de idéntica afiliación. En muchos pueblos pereció casi todo el clero parroquial, siendo asesinados en Alcoy 14 sacerdotes; 9 en Gandía y Onteniente; en Sueca y Torrent, 8; en Játiva y Carcajente, 7; en Algemesí, Alzira y Llíria, 6; en Benifayó y Oliva, 5, y en Manises, 4. Las ejecuciones en masa afectaron a sacerdotes y seglares en numerosas ocasiones, siendo de señalada memoria la del 22 de septiembre en Alzira y la del 29 de diciembre en el «Picadero» de Paterna. En la diócesis de Valencia fueron asesinados 327 sacerdotes; en la de Orihuela, 54 sacerdotes y en la de Segorbe, 61, aunque a éstos deben añadirse los párrocos de las poblaciones del Maestrazgo que pertenecen al obispado de Tortosa. También fue asesinado el obispo de Segorbe, don Miguel Serra, y el administrador apostólico de la diócesis de Orihuela, don Juan de Dios Ponce.

El primero en el tiempo de los sacerdotes valencianos martirizados en 1936 y beatificados por el papa Juan Pablo II el 11 de marzo de 2001, es el Beato JOAQUÍN VILANOVA CAMALLONGA (Onteniente 1881), quien el 19 de septiembre de 1920 celebra su primera misa y recibe su primer encargo pastoral como regente de Quatrefondeta (Alicante), donde está poco tiempo, pues en el mismo año pasa como coadjutor a la parroquia de Ibi (Alicante). Ambas poblaciones pertenecían en aquel tiempo

a la diócesis valenciana. Durante los quince años que transcurre su vida en Ibi despliega una infatigable atención a los niños, organiza la Congregación de los Luises, un grupo de jóvenes de Acción Católica, pero se entrega sobre todo al Patronato, al que destina su tiempo y su dinero, objeto de sus desvelos y sacrificios. Sacerdote humilde, pobre y modesto —«era un alma de Dios»—, lamenta el incendio provocado por las turbas en su amado Patronato el 19 de marzo de 1936, y persevera en su reconstrucción. A pesar de su corta inteligencia entendía admirablemente la ciencia de dirigir las almas hacia la perfección, dedicando largas horas a oír confesiones. El 27 de julio de 1936 sufre el martirio: «Hoy será mi primera misa en la gloria por todos vosotros», dice al despedirse de los suyos. Fue encontrado con los brazos en cruz y una mano agujereada por un clavo en el término de L'Ollería (Valencia). El año 1952 sus restos se inhumaron en el templo parroquial de la Transfiguración del Señor, de Ibi.

Además de premeditada, esta persecución se desarrolló de forma cruel, pues estuvo precedida de torturas, golpes, insultos y mutilaciones «con un odio, una barbarie y una ferocidad que no se hubiera creído posible en nuestros días». En realidad la persecución religiosa durante la Segunda República «es el tema más humillante de la guerra civil española». Violencias y humillaciones que afectaron también a familiares y parientes próximos a las víctimas, que quisieron acompañar a los suyos y obtuvieron el mismo final que aquéllos. La muerte.

Al vicesecretario del arzobispado de Valencia, José Fenollosa, le destrozaron el rostro. Uno de los beneficiados de San Martín de la capital del Turia, Enrique Gimeno Archer, fue encontrado con la cabeza totalmente deshecha y las manos atadas. Al capellán de las Hermanitas de Ancianos Desamparados de Valencia le sacaron un ojo, le cortaron una oreja y la lengua, degollándole seguidamente. El beneficiado de San Agustín, Vicente Peretó, fue llevado a la plaza de toros, en donde sufrió horribles mutilaciones, incluso la del sexo. El coadjutor de Algemesí, Juan Bautista Arbona, fue decapitado. El anciano coadjutor de Jesús Pobre (Alicante), Vicente Borrell, fue desnudado totalmente y martirizado sádicamente y, vivo aún, le

mutilaron, metiéndole a viva fuerza en la boca las partes viriles, antes de rematarlo. Al párroco de Benaguasil (Valencia), Fermín Gil, le hicieron saltar la masa encefálica a garrotazos. Al coadjutor de Les Ventes de la Pobla de Vallbona, Francisco Ferrando, le maltrataron tan horrorosamente, de palabra y de obra, que cuando le asesinaron estaba casi moribundo. El director espiritual del reformatorio de Godella, Pascual Tatay Sanjulián, después de haber sido torturado en una mazmorra, fue atado de pies y manos y arrojado a un horno de cal, que estaba ardiendo. El cura de Albalat de la Ribera, Carlos Giner Martínez, fue torturado en el mismo pueblo con agujas saqueras y, cortada la lengua, fue colgado de un árbol, entre insultos soeces y burlas obscenas.

Ignominiosa fue la muerte del párroco de Cheste, José González Huguet, a quien pasearon por las calles de la población entre insultos y gritos de la gente, mientras su cuerpo era pinchado a navajazos y toreándole como si fuera un toro. Le cortaron las orejas en la plaza Mayor del pueblo, y casi moribundo, fue asesinado en la madrugada del 12 de octubre.

Las congregaciones religiosas también presentan un crecido número de mártires. Las Carmelitas de la Caridad vieron cómo el 19 de agosto eran asesinadas en El Saler la superiora y ocho religiosas de la comunidad del colegio de Cullera (Valencia), mientras que el 24 de noviembre perecían doce religiosas de la comunidad de Valencia en el «Picadero» de Picassent. La superiora general y 16 Hermanas de la Doctrina Cristiana, con la casa madre en Mislata (Valencia), fueron asesinadas el 29 de noviembre en el «Picadero» de Paterna. Una religiosa tenía 86 años, otra 84 y la mayoría más de 60. La misma suerte corrieron en otros lugares diocesanos cuatro capuchinas de clausura del convento de Agullent, cinco escolapias de Valencia, dos Hermanitas de los Ancianos Desamparados de Requena y dos agustinas descalzas de la misma población. El 9 de diciembre fueron martirizadas en el «Picadero» de Paterna cinco Hijas de la Caridad de Bétera, junto con una sirvienta de la casa.

Las ejecuciones en masa tienen en los Hermanos de San Juan de Dios del Asilo de la Malvarrosa de Valencia un ejemplo desgarrador, pues fueron asesinados los 14 religiosos que com-

ponían la comunidad, más otros seglares, empleados en dicho centro benéfico. Aunque nada que se iguale con lo ocurrido en Rafelbunyol (Valencia), donde tuvo lugar el más estremecedor de los abominables hechos ocurridos en la persecución religiosa en tierras valencianas. El 28 de septiembre sufrieron martirio nueve hermanos, hijos todos ellos de Onofre Mestre Castellar y Mercedes Iborra Sancho, ejemplarísimo matrimonio que les había educado en la fe cristiana con profunda formación. No se encuentra otro caso como éste, en que se diera muerte a la vez a nueve hermanos. Otro ejemplar sacrificio es el de los hermanos Medes Ferrís de Algemesí (Valencia), uno de ellos seglar, casado, dos religiosos carmelitas y la cuarta, una monja cisterciense. Los cuatro fueron martirizados en el transcurso de la noche del 10 al 11 de noviembre.

Entre los casos de mujeres martirizadas el más llamativo es el de Teresa Ferragud Roig de Algemesí (Valencia), detenida junto con sus cuatro hijas religiosas que se habían refugiado en su casa al inicio de la contienda civil. El 25 de octubre, fiesta de Cristo Rey, fueron inmoladas todas ellas en el paraje conocido como la Creu Coberta d'Alzira, animando a sus hijas con ejemplar valentía. Del grupo numerosísimo de mujeres de Acción Católica podemos recordar a Luisa María Frías Cañizares, profesora de la Universidad de Valencia, a quien en la noche del 5 al 6 de diciembre torturaron salvajemente antes de morir, sacándole los ojos y cortándole la lengua. A Sofía Ximénez los milicianos la obligaron a levantar de la cama a su hijo Luis, minusválido, introduciéndolo en la camioneta que los trasladó al «Picadero» de Paterna, y a quien dieron muerte antes que a su madre. El extraordinario testimonio de entrega personal a la Iglesia llevó a Carmen Viel Ferrando de Sueca (Valencia) a ocultarse en un domicilio de la capital del Turia, de donde fue llevada a la checa de la calle del Grabador Esteve y dos días más tarde era asesinada cruelmente en El Saler, afirmándose que fue violada.

El ensañamiento con las mujeres fue bastante general entre los milicianos, pues no se contentaron con la muerte física de la víctima, sino que previamente, en muchos casos, sometieron su cuerpo a torturas y escarnios, profanando sus restos y

rociándolos con gasolina y en algunos casos mutilándoles salvajemente.

Entre los hombres de Acción Católica también se dieron casos siniestros, como el de Rafael Alonso Gutiérrez de Onteniente (Valencia), a quien junto con otros dos detenidos llevaron a la localidad de Aielo de Malferit (Valencia) sometiéndoles a diversas torturas, entre ellas la de intentar enterrarlos vivos, colocándoles en una fosa y echándoles tierra hasta cubrirles la cabeza. Concluido este martirio los sacaron de allí, les dieron una gran paliza, y después de pasar unas treinta horas sin comer ni beber fueron asesinados. A José María Corbín Ferrer de Valencia, Licenciado brillantemente en Ciencias Químicas con premio extraordinario a los veintiún años, se le pensionó para la Universidad de verano de Santander en las vacaciones del tristemente famoso 1936. La fama de este apóstol incansable llegó también a la capital cántabra, y el 28 de agosto fue detenido y encarcelado posteriormente en el buque-prisión «Alfonso Pérez». Murió en la horrorosa matanza del 27 de diciembre.

Señaladas por un profundo sentido social sobresalen algunas mujeres valencianas de Acción Católica, como la anteriormente mencionada Carmen Viel Ferrando, preocupadas por la formación profesional y educación cristiana de las obreras, animando en sus poblaciones la organización del Sindicato de la Aguja. Éste es el caso de la ya mencionada, y también el de Francisca Cuallado Baixauli de Massanassa (Valencia), a quien quitaron la vida el 18 de septiembre. Digna de esta santa memoria es la anciana Társila Córdoba Belda de Sollana (Valencia), de 75 años, viuda y madre de tres hijos fallecidos, también mártir.

A pesar del dramatismo de su heroica muerte y del bárbaro sadismo de sus verdugos, el caso de los hermanos Ribera Puchol de Sueca (Valencia) no ha sido registrado por ninguno de los historiadores que han tratado las muertes ocurridas durante los tres primeros meses de la guerra civil. El Padre Antonio Ribera Puchol había profesado en la Orden Seráfica, después de meditada decisión y tras 21 años de ministerio sacerdotal en diversas poblaciones diocesanas. El hermano menor, Julián, también profesó en la Orden Franciscana, pero pidió la secularización durante la Segunda República, regresando

al hogar familiar, y ayudando a su hermano Romualdo en las labores agrícolas. En la noche del 25 de septiembre y después de haber asaltado la casa en donde se encontraban reunidos todos los familiares, los milicianos detuvieron a los tres hermanos y los trasladaron al término municipal de Llaurí (Valencia), donde a Romualdo, que se resistió a bajar del automóvil, le pegaron un fuerte golpe con la culata de la escopeta, fracturándole el cráneo, mientras que según vox populi al Padre Antonio Ribera Puchol le cortaron los brazos, para que no pudiera absolver a sus hermanos. Increíble crueldad e inexplicable barbarie.

Las numerosas checas establecidas en la capital del Turia, símbolo de la represión republicana, fueron lugar de terribles atrocidades y torturas para seglares católicos, sacerdotes y religiosos. Una de las checas valencianas de más triste memoria se instaló en el convento de Santa Úrsula, junto a las Torres de Quart, y en ella estuvo detenido el abogado, periodista, escritor y político Luis Lucía Lucía, fundador de la «Derecha Regional Valenciana», partido demócrata cristiano inspirado en la doctrina social de la Iglesia. Por la checa de la calle de Sorní número 7 pasó, entre otros, el entonces estudiante Jesús Sancho-Tello Mercadal, siendo torturado por ser miembro de las Juventudes Católicas. En la checa de la calle del Grabador Esteve, junto al viejo cauce del río, estuvo detenida entre el 2 y 4 de noviembre Carmen Viel Ferrando, que fue asesinada en la noche del 4-5 del mes mencionado. En la checa de la calle de Carniceros, instalada en el colegio de los Escolapios, estuvo el padre escolapio José Antonio Puche, el padre franciscano Buenaventura Yagüe y el empresario Fernando García Berlanga, hermano del que más tarde sería cineasta Luis García Berlanga.

También en la ciudad ducal de Gandía se organizó una checa en el colegio de los Escolapios, antigua Universidad creada por los jesuitas en el siglo XVI. Entre los que fueron bárbaramente maltratados se halla el padre Tomás Sitchas, rector de la comunidad de jesuitas gandiense, el padre Constantino Carbonell y los hermanos jesuitas Grimaltos y Gelabert.

El 14 de mayo de 1957 y por iniciativa de don Marcelino Olaechea Loizaga, arzobispo de Valencia, tuvo lugar el inicio del proceso ordinario para la declaración de martirio de 37

cerraron en España sus conventos con diversos breves del papa Pío V. En los tres siglos y medio de ausencia siempre renacía en esta familia franciscana la nostalgia de la vuelta. Finalmente, se pudo restaurar en 1904. En esa fecha el P. Miguel Salvador, venido a España desde Italia, se establece en el Santuario de la Virgen de la Vega, en Alcalá de la Selva (Teruel). La fundación no era nada definitivo, de modo que, abandonado este primer sitio, se inaugura el convento de Granollers (Barcelona) en noviembre de 1905. En 1907 la comunidad está formada por una media docena de religiosos. La ampliación de la casa donde van a vivir se termina en 1909, aunque la capilla que se dedica a Nuestra Señora del Montserrat y a San Antonio de Padua comienza a funcionar en 1908. El padre guardián, Ángel Salvador, todo contento, escribía al ministro general, hablándole del convento: «Tiene todas las dependencias que piden nuestras Constituciones: todo es pobre pero decente. Pueden habitar quince o dieciséis personas, aunque sólo hay camas, sábanas, etc., para diez personas». En junio de aquel mismo año durante la «Semana Trágica de Barcelona», en una revuelta callejera, la turba amenaza con que va a quemar la iglesia de los frailes. Y no se queda en palabras: «Iglesia y convento ardieron durante tres días, alimentando el fuego con leña traída de fuera. Rociaron el techo de la iglesia con petróleo, pero no ardió». El convento quedó destruido. Pasada aquella furia, se reconstruye la casa y vuelven a habitarla en septiembre de 1910. La reconstrucción de la iglesia se terminó sólo en 1927. En 1921 la fraternidad de Granollers contaba con nueve religiosos. Allí se estableció la sede del postulantado y noviciado. Una vez profesos pasaban a Italia, donde seguían los estudios eclesiásticos.

En este punto conviene dar la secuencia de algunos hechos de la política nacional en la que más o menos directamente se verán implicados, mejor, afectados los hermanos de Granollers.

El 14 de abril de 1931 se proclamaba la II República en España, a raíz de las elecciones municipales del día 12.

El nuevo régimen «se instauró sin disparar un solo tiro; llegó en medio de un clima general de esperanza de un futuro mejor [...]; por fin, habría llegado la hora de una convivencia civilizada en el seno de la cual pudiera vivirse en justicia y libertad».

Pero, como los sueños, sueños son, no había pasado un mes cuando se desató con virulencia increíble una manía incendiaria y destructiva. Fueron asaltados e incendiados un centenar de edificios religiosos: iglesias, conventos, colegios. Los desmanes comenzaron en Madrid el 11 de mayo. El movimiento destructor se fue extendiendo a otras poblaciones: Valencia, Alicante, Murcia, Málaga, Sevilla, Córdoba, Cádiz... Intelectuales del momento afectos a la República (Marañón, Pérez de Ayala, Ortega y Gasset) condenaron sin paliativos lo ocurrido, proclamando que «quemar conventos e iglesias no demuestra ni verdadero celo republicano, espíritu de avanzada, sino más bien un fetichismo primitivo y criminal, que lleva lo mismo a adorar las cosas materiales que a destruirlas». «Jornada bochornosa», «hecho repugnante», el producido en Madrid el 11 de mayo. Los mismos calificativos merecen los acontecimientos de igual índole producidos en otras capitales. Desde el Vaticano, Pío XI calificaría aquellos incendios destructores de «sacrilegios contra Dios y la santa religión». El 28 de junio hubo elecciones para las Cortes Constituyentes, ganando por mayoría abultada los partidos de izquierdas.

Incendios y destrucciones siguieron dándose en 1932 y 1933. Lo mismo en enero-febrero de 1934. En la llamada «Revolución de Asturias» en octubre de 1934 se destruyeron más de 50 iglesias y fueron asesinados más de 30 sacerdotes y religiosos. En 1936, en las elecciones políticas del 16 de febrero, triunfó el Frente Popular. A los tres días, no más, «comienzan los incendios, asaltos, saqueos y destrucciones de iglesias y conventos y los asesinatos a personas diversas en toda España». En marzo, abril, mayo, junio, más ataques a edificios y sacerdotes. El 18 de julio, la sublevación militar; ha comenzado la guerra civil.

Los acontecimientos, apenas señalados, que venían sucediéndose desde 1931 desembocan, dentro de la zona republicana, como los ríos en la mar, en la mayor persecución religiosa nunca vista en España. No es cierto, como algunos ingenuos o mal documentados han pensado, que el inicio de la guerra suponga el comienzo de la animadversión más cruel contra todo lo religioso; fue un suma y sigue de una crueldad inaudita. Los

intelectuales mencionados llamaron en 1931 a aquellas atrocidades contra todo lo sacro «fetichismo primitivo»; esa desviación idolátrica se ha ido transformando en persecución religiosa e iconoclasta y contra los creyentes, ministros y personas consagrados al Señor, sobre todo en los primeros meses de la contienda bélica.

Las últimas raíces de tan gran exacerbación habría que examinarlas a la luz de la psiquiatría. Se trataba de una sociedad caracterizada en aquellas décadas del siglo XX «por la incultura del pueblo, la malograda evangelización de la sociedad, el anticlericalismo y la antirreligiosidad».

Con este caldo de cultivo, las masas populares de las que se abusa impunemente, ya soliviantadas e incontroladas, se lanzan a acabar con todo y con los que resultan incómodos, con los que «sólo verlos da grima», como en secuencia bien lograda se dice en el libro de la Sabiduría (2,12-21).

Desde estas actitudes, tantas veces alimentadas por la ignorancia, se va llegando, en definitiva, como se dice en muchos de los procesos de los mártires, a lo que con nombre propio se llama *odium fidei* («odio de la fe»).

¿Cómo vivieron estos años y estos acontecimientos los Hermanos Menores Conventuales de Granollers? Éste era el único convento que tenían en España.

En 1931, proclamada la República, fueron pasando mal que bien con las debidas precauciones y con alguna salida del convento a casas amigas. Dejaron de recibir postulantes hasta 1935, y entonces tenían hasta 17 de estos prenovicios. Los días de la revolución de Asturias en octubre de 1934 «todos los frailes abandonaron el convento durante algunas horas, aunque no durmieron fuera de casa». El 6 de noviembre moría el padre Ángel Salvador, considerado como el restaurador de la Orden en España.

Cuando estalla la guerra, la comunidad franciscana está compuesta por 9 sacerdotes, 4 hermanos no sacerdotes, 1 novicio, 1 oblato y 12 postulantes. En este grupo se encuentran los 6 que padecerán martirio.

La comunidad, además de su vida religiosa de oración y sacrificio, atiende apostólicamente al bien espiritual del pueblo,

lleva las que llaman Escuelas Antonianas de primera enseñanza, cultiva las propias vocaciones franciscanas de novicios y postulantes o «seráficos», como los llamaban entonces.

El 19 de julio de 1936 es ya un día de grandes sobresaltos en la fraternidad conventual. En el decreto sobre el martirio se dice que un grupo de desalmados irrumpió en el convento, «en búsqueda de armas y, como no las encontraron, echaron fuera entre rabiosas amenazas a los frailes, que tuvieron que ir a refugiarse en casa de vecinos y amigos. Pero su ocultación duró poco más de una semana». Se dispersan, pues, los religiosos fuera del convento, quedando sólo en casa el hermano Buenaventura Remón aquella noche del día 19. Este hermano Buenaventura bien se merece una mención honorífica, aunque no se encuentre entre el grupo de los que han sido beatificados como mártires. También a él lo fusilaron junto con el padre Alfonso López y fray Miguel Remón Salvador; logró sobrevivir y, llevando en su cuerpo las cicatrices de los balazos, murió el 15 de marzo de 1963, habiendo sido un testigo de toda excepción en el proceso de sus compañeros y habiendo perdonado heroicamente a quien los había asesinado.

El 20 de julio, por la tarde, va llegando un gran número de milicianos a Granollers. Entran en la iglesia del convento, sacan las imágenes de los santos a la calle y las prenden fuego. Vuelven al interior del templo y «amontonan bancos, sillas y cuanto encuentran a su paso, lo rocían de gasolina y le encienden fuego. Suben a las bóvedas de la iglesia y derraman unos cuantos barriles de petróleo que encienden. Las consecuencias fueron que se hundió parte del techo de la iglesia y dos o tres bóvedas; mientras que todo el interior quedó ahumado con las llamas de los bancos y la quema de las puertas». Incendian también el convento, después de haberlo dado al pillaje.

Martirizada así la iglesia y el convento, faltaban las verdaderas víctimas: los religiosos. Los nombres de estos héroes son los siguientes: Alfonso López López, Miguel Remón Salvador, Modesto Vegas Vegas, Dionisio Vicente Ramos, Francisco Remón Játiva y Pedro Rivera Rivera.

La *positio* sobre el martirio se titula «Positio de la beatificación o declaración de martirio de los siervos de Dios Alfonso

López y sus cinco compañeros». El 27 de julio aparece en el *Martirologio* el primero de ellos: Modesto Vegas Vegas. Por este motivo nos extendemos más aquí en esta fecha de su martirio.

MODESTO VEGAS VEGAS nació el 24 de febrero de 1912 en un pueblecito llamado La Serna (provincia de Palencia y diócesis de León, entonces). Bautizado a los cuatro días de nacer en la iglesia de la Asunción. La confirmación la recibió en León el día 9 de septiembre de 1922.

Realizó los estudios primarios en la escuela del pueblo. En una declaración de su maestro de escuela, éste declara emocionado:

> «El P. Modesto Vegas "desde niño se significó siempre por su carácter bondadoso, pudiendo afirmar que durante los años de escolaridad demostró su bondad en todo momento, siendo un niño obediente y cariñoso con sus compañeros de clase, practicando la virtud de la caridad en sus manifestaciones pueriles, demostró, en fin, ser uno de los elegidos, que Dios tendrá en el cielo"».

La elección de Dios le llegó al chiquillo cuando apareció por el pueblo un colector de vocaciones, o promotor vocacional, Pedro Melero. Con él se fue al seminario de los Conventuales en Granollers en 1924. Allí hizo su bachillerato. Entre sus profesores estaban dos de los que serán mártires con él: Alfonso López y Dionisio Vicente. Pasando al noviciado allí mismo en Granollers, tuvo como maestro de novicios al padre Alfonso López. Su primera profesión tuvo lugar el 27 de octubre de 1927. En octubre de 1930 pasa a Osimo (Italia) en la provincia de Las Marcas, para seguir los estudios eclesiásticos superiores. Un condiscípulo suyo, italiano, da este testimonio acerca de Modesto en estos años: «Era educado, piadoso, preciso [...], muy delicado con todos los compañeros».

Hecha su profesión solemne en enero de 1934, recibió la ordenación sacerdotal el 29 de junio del mismo año. El 20 de julio pasó de Osimo a Asís, donde permaneció por unos meses. Vuelto a España en octubre de 1934 y en Granollers, ejerció el ministerio sacerdotal en el convento y en parroquias del Vallés oriental.

Delicado de salud, después de haber terminado sus estudios se le manifestó la tuberculosis que le condujo a la pérdida de un pulmón después de una operación en una clínica de Barcelona.

Ya la noche del 18 de julio o el 19 se refugió en la casa de doña Dolores Artigas Font, terciaria franciscana, casada con don José Anglada. En esta casa prestaba sus servicios como empleada de hogar la hermana de Modesto, Carmen, que será testigo principal de los últimos días de su hermano. En la misma casa estaba refugiado también otro de los frailes de la misma comunidad, Agustín Cisneros, que cuenta que Modesto «repetía muchas veces que, dado su estado de enfermo en que se encontraba, prefería ser mártir de Jesucristo que vivir dando preocupaciones y molestias a los que le rodeaban».

El 27 de julio, viendo que había sido descubierto, optó por dirigirse al hospital-asilo de la ciudad, donde pensaba que iba a estar más seguro. Allí estaba acogido el anciano y ya ciego padre Dionisio Vicente.

Le acompañaba su hermana Carmen. De camino para el hospital unos niños le reconocen y comienzan a llamarle: «¡Padre Modesto! ¡Padre Modesto!». Este grito inocente y espontáneo hace que un grupo de milicianos que lo oyen corran a detenerlo.

Lo condujeron al Comité revolucionario para interrogarle. La declaración de su hermana Carmen, que acompaña a un hermano y a un futuro mártir, es insustituible.

> «Al pedirle la documentación, él contesta: "Aquí no la tengo; si queréis, voy a buscarla a casa de mi hermana inmediatamente". Ellos responden: "No, no. ¡Tú no eres uno cualquiera! ¡Dinos la verdad!"».

Le preguntan si es religioso. Modesto ni lo afirma ni lo niega en ese primer interrogatorio. Es su hermana la que lo niega para poder salvarlo de una muerte segura. Le invitan a que se siente un momento. En ese entretiempo «mi hermano me rogó que no ocultase su condición de religioso, y yo me oponía a ello».

Reanudado el interrogatorio, sigue contando su hermana:

> «Aun siendo consciente del peligro mortal que implicaba semejante confesión, mi hermano afirmó ser religioso: "¡Soy un religioso y sacerdote franciscano!". A la confesión de mi hermano, los rojos prorrumpieron en horrendas blasfemias, y en acusaciones contra los curas y los frailes. Ellos dijeron: "¡Ya lo sabíamos! ¡Sois una mala raza! ¡El opio del pueblo! ¡Las sanguijuelas de la humani-

dad! ¡No servís para nada más que para hacer mal al pueblo soberano! ¡El pueblo ahora en tu persona, castiga a todos los curas y frailes!". Ante estas babas de lugares comunes que les han metido en la mollera, Modesto con calma y serenidad replicó: "¡No es cierto! ¡Los curas y los frailes no hacemos mal a nadie! ¡Por el contrario, hacemos todo cuanto está a nuestro alcance en beneficio de los demás!".

Había por allí un ex-seminarista que, lleno de ira y de rabia, contestó: "¡No seas embustero! ¡Yo he estudiado con curas y frailes y os conozco bien! ¡Todos debéis ser quemados vivos!"».

Dejaron libre a la hermana, y al padre Modesto le subieron a un camión diciéndole que le llevaban a la cárcel. «No supe más de mi hermano». La señora a cuyo servicio estaba Carmen le contó después que uno de los asesinos le había dicho que, a la pregunta de Modesto: «¿Me lleváis a la muerte?», había respondido: «¡No!».

Y sigue contando su hermana lo oído a su ama:

«Pero el padre Modesto, que estaba seguro que pretendían su muerte, les dijo: "¿No tenéis compasión con un pobre enfermo?". Le respondieron: "¡Si realmente estás enfermo, ya no tienes nada que hacer en esta vida! ¡Nosotros te vamos a llevar a un lugar donde, según tus creencias, estarás mucho mejor!"».

En el punto 11 de su declaración jurada y firmada el 30 de enero de 1984 en Granollers dice:

«Mi hermano fue conducido al bosque de Can Moncada, a 4 kilómetros de Granollers, y allí fue fusilado hacia las 5 de la tarde, permaneciendo tres días insepulto».

En el último número dice:

«Tres días más tarde, el 30 de julio de 1936, fue inhumado en el cementerio municipal de Llisá de Munt, en una fosa común».

El decreto de martirio de los seis hermanos conventuales fue dado en Roma a 26 de marzo de 1999, donde, hechos todos los trámites del caso, en la sesión última y definitiva el Papa declaró que: «En el caso y para la finalidad de que se trata consta del martirio y su causa de los siervos de Dios Alfonso López López y sus cinco compañeros de la Orden de los Hermanos Menores Conventuales, martirizados en el año 1936».

La beatificación de estos seis Frailes Menores Franciscanos Conventuales tuvo lugar en San Pedro de Roma el 11 de marzo

de 2001. Fueron beatificados ese día 233 mártires de la persecución religiosa de los años 1936-1939 en tierra española. De estos seis testigos como de todos los demás dijo el Papa en su homilía:

> «Fueron asesinados por ser cristianos, por su fe en Cristo, por ser miembros activos de la Iglesia. Todos ellos, según consta en los procesos canónicos para su declaración como mártires, antes de morir perdonaron de corazón a sus verdugos... Son para nosotros modelo de coherencia con la verdad profesada. Su testimonio no debe ser olvidado. ¡Cuántos ejemplos de serenidad y esperanza cristiana!».

Y refiriéndose al día siguiente a esta beatificación, la más numerosa de su pontificado, en su discurso en la audiencia a los peregrinos que habían acudido a la glorificación de los 233 mártires, puntualizaba:

> «Un número tan notable no hace olvidar las características individuales. En efecto, en todos hay una historia personal, un nombre y un apellido propio, unas circunstancias que hacen de cada uno de ellos un modelo de vida, que es más elocuente aún con la muerte libremente asumida como prueba suprema de su adhesión a Cristo y a su Iglesia».

JOSÉ VICENTE RODRÍGUEZ, OCD

Bibliografía

CÁRCEL ORTÍ, V., *Mártires españoles del siglo XX* (Madrid 1995).
— *La persecución religiosa en España durante la segunda república (1931-1939)* (Madrid 1990).
Decreto sobre el martirio: *AAS* 91 (1999) 978-982.
Homilía en la beatificación: *AAS* 93 (2001) 589-593; *Ecclesia* (2001) n.3041, p.24-27.
MONTERO MORENO, A., *Historia de la persecución religiosa en España 1936-1939* (Madrid [2]2004).
Positio super martirio (Roma 1991).
REDONDO FUENTES, V., OFM CONV., *Entregaron su vida. Alfonso López y compañeros mártires beatos franciscanos conventuales* (Madrid 2001).
— *Testigos de paz y bien, mártires franciscanos conventuales* (Folletos «Con Él», 204; Madrid 2001).

C) Biografías breves

SANTAS JULIANA Y SEMPRONIANA DE MATARÓ

Vírgenes y mártires (fecha desconocida)

En Mataró, la antigua Iluro, son veneradas desde muy antiguo estas dos mártires, tenidas por naturales de esta población. Según la tradición eran dos cristianas, convertidas por San Cucufate, y a quienes su familia presionó para que abandonaran el cristianismo, pero sin lograrlo. Ellas estuvieron presentes en el martirio y recogieron los sagrados despojos del mártir y confesaron con ello su fe, lo que les valió ser arrestadas y sufrir toda clase de vejaciones a fin de que renunciaran a Cristo, lo que no se consiguió porque ambas perseveraron firmes en la santa fe. Por ello fueron degolladas. Se las suele situar en la persecución de Diocleciano a comienzos del siglo IV, sin que este dato sea seguro. El papa Pío IX confirmó su culto el 13 de septiembre de 1850.

SANTA ANTUSA

Virgen (s. VIII)

Antusa nace a comienzos del siglo VIII, hija de Estrategio y Febronia, y desde muy joven decide consagrar su virginidad a Dios y se retira a la vida eremítica, donde persevera en la austeridad y la oración muchos años. Luego fundó en Honoríade dos monasterios, uno para hombres en Mantineion, junto a Claudiópolis, y otro para mujeres en una isla cercana. Aquí levantó también una iglesia que dedicó a la Virgen María. Antusa era el alma de ambos monasterios, escuchando también los monjes a la santa virgen por su sabiduría espiritual. Llegada la persecución iconoclasta bajo el reinado de Constantino Coprónimo, Antusa fue acusada de no acatar las leyes que prohibían dar culto a las sagradas imágenes. Fue arrestada y llevada a la presencia del emperador, ante el que ella manifestó claramente su fe ortodoxa y su veneración por los sagrados iconos. Fue torturada y enviada al exilio. Pero le predijo a la emperatriz que daría felizmente a luz a dos gemelos, un hijo y una hija, como en efecto

sucedió. Y entonces, Irene, la emperatriz, decidió ponerle a la hija el nombre de Antusa, que igualmente es venerada como santa, y logró se le levantara el destierro a la santa religiosa. Ella volvió, parece, a su monasterio, y allí es donde después de una vida santa sitúa su muerte el nuevo *Martirologio,* y no en Constantinopla como hacía el anterior. No hay seguridad en las fechas del nacimiento y la muerte; sólo es segura su existencia en pleno siglo VIII. Su memoria se celebra el 27 de julio.

SANTOS JORGE, AURELIO, SABIGOTO, FÉLIX Y LILIOSA

Mártires de Córdoba († 852)

El 27 de julio del año 852 fueron decapitados en Córdoba cinco cristianos, el diácono y monje Jorge, y dos matrimonios, formados por Félix y Liliosa y Aurelio y Sabigoto o Natalia. Conocemos este martirio por San Eulogio, que conoció y trató personalmente a los mártires. Sus datos son éstos:

JORGE era natural de Belén de Judá, el pueblo donde nació Jesús, y había ingresado en su juventud en la famosa laura de San Sabas, donde por entonces vivían quinientos monjes bajo la dirección del abad David. Ya en el monasterio había sido ordenado de diácono. Por obediencia había emprendido un viaje a África en busca de limosnas para su monasterio y de África pasó a España, para visitar a los cristianos españoles, cuya difícil situación conocía, y para también recaudar algunas limosnas, si podía. Llegó hasta Córdoba y se dirigió al monasterio de Tábanos, cuando ya dudaba si iba siendo hora de volver a su monasterio. En Tábanos pidió oraciones, y allí conoció a Natalia, la cual le dijo haber tenido la visión de que en el martirio se le uniría un monje de Oriente y reconoció a Jorge en el monje de su visión. Ante esto decidió unirse a los futuros mártires.

AURELIO y SABIGOTO habían nacido ambos en el seno de familias musulmanas y ricas. Aurelio perdió muy pronto a sus padres y quedó al cuidado de una tía suya que era cristiana, y de ahí le vino su conversión. Estudiante entre musulmanes, disimuló pero no perdió su fe cristiana. Natalia por su parte conoció el cristianismo cuando, tras morir su padre, su madre con-

trajo matrimonio con un cristiano oculto, que convirtió madre e hija al cristianismo, tomando ésta en el bautismo el nombre de Sabigoto. Se conocieron y vinieron a darse cuenta de que eran cristianos y entonces decidieron casarse, en público por el rito musulmán y secretamente con la bendición de un sacerdote. El deseo del martirio les llegó cuando visitaron en la cárcel a San Juan el Confesor, y a las futuras mártires santas Flora y María. Decidieron entonces presentarse ambos al martirio.

FÉLIX y LILIOSA eran, hasta entonces, un matrimonio cristiano que en público simulaba ser musulmán. Félix, pariente de Aurelio, era musulmán de nacimiento, llegó no se sabe por qué medio a la fe cristiana, y cuando fue amenazado por ello renegó del cristianismo y regresó al Islam, pero se arrepintió, volvió al cristianismo, y siguió pareciendo musulmán en público. Liliosa era de familia cristiana, y no se sabe por qué en público aparecía como musulmana. Unidos en gran amistad con Aurelio y Natalia, se contagiaron del fervor religioso de ambos esposos, y ellos también tomaron la resolución de presentarse al martirio. Se desprendieron de sus bienes en favor de las iglesias y los pobres, y llevaron el mismo género de vida que sus amigos, entregados a la oración y las buenas obras.

El medio elegido por los cuatro para hacer ver su cristianismo fue salir a la calle llevando ellas la cara descubierta y dirigiéndose a la iglesia. A la vuelta del templo les preguntó un oficial que por qué iban a la iglesia y contestaron los cuatro que eran cristianos. Estaban seguros con esto de que pronto serían arrestados. Pasaron la noche en oración y Aurelio visitó a su mentor San Eulogio, que para entonces había salido de la cárcel. Eulogio lo animó. Acordonada la casa por la policía, los mártires se entregaron sin resistencia y Jorge, a fin de que también lo arrestaran, dijo allí mismo que Mahoma era falso profeta, lo que le valió ser golpeado allí mismo y pisoteado. Llevados los cinco ante el cadí, los dos matrimonios insistieron en su profesión de fe y Jorge en su negativa a la cualidad profética de Mahoma. Los cuatro primeros fueron condenados a muerte por el delito de apostasía y Jorge por insultar al Islam. Fueron decapitados. Los cuerpos fueron tomados por los cristianos, siendo enterrados los de Jorge y Aurelio en el monasterio de

Peñamelaria, el de Félix en el monasterio de San Cristóbal al otro lado del Guadalquivir, el de Sabigoto en la basílica de los santos Fausto, Jenaro y Marcial, y el de Liliosa en la basílica de San Ginés. Los cuerpos de los santos Jorge y Aurelio y las cabezas de ambas santas serían más tarde trasladados a París, donde se les dispensó festiva acogida.

SANTOS CLEMENTE DE OCRIDA, GORAZDO, NAHUM, SABAS Y ANGELARIO

Obispos (s. IX/X)

Conmemora hoy el *Martirologio* a cinco obispos misioneros que, asociándolos a los santos Cirilo y Metodio, los han llamado los «Siete apóstoles de Bulgaria». Estos compañeros, junto con Clemente, son: Gorazdo, Nahum, Sabas y Angelario, que según la tradición fueron ordenados sacerdotes en Roma cuando acudieron a la Ciudad Eterna acompañando a los grandes apóstoles de los eslavos por orden del papa Adriano II.

CLEMENTE nació hacia el año 840, seguramente de raza eslava, y desde muy joven siguió a San Metodio. Acompañó a los dos santos misioneros en la etapa de la evangelización de Panonia y Moravia con el cargo de maestro o catequista de las masas eslavas que se convertían al cristianismo. Era sacerdote a la muerte de San Cirilo en Roma (869) y participó en la lucha por mantener la liturgia en lengua eslava, combatida por los misioneros germanos, pero apoyada por los papas. Marchó luego a Bulgaria, donde fue muy bien recibido por el rey Boris I. Enviado a la provincia suroccidental, se dedicó sobre todo a la enseñanza, logrando infundir espíritu y cultura cristiana en miles de jóvenes, algunos de ellos especialmente formados y capaces para la labor de dirigir una nación cristianizada, pero también cuidó el camino de tantos nuevos cristianos aún con reminiscencias paganas. Nombrado obispo de Velica, continuó su actividad procurando la formación y consolidación de una Iglesia búlgara verdaderamente metida en la cultura y el alma de la nación, y para ello formó un clero capaz de dirigirla, siendo infatigable en su obra pastoral. Al cabo de veinte años, quiso dejar el cargo episcopal pero no le fue permitido. Se estableció en el

monasterio de Ocrida y desde allí dirigió la diócesis hasta su muerte el 27 de julio del año 916.

De GORAZDO sabemos que fue discípulo y colaborador de la obra de los santos Cirilo y Metodio, y que llamado a Bulgaria continuó la labor misionera con cualidad de obispo.

NAHUM era eslavo e igualmente discípulo y colaborador de los santos Cirilo y Metodio. Cuando pasaron los cinco misioneros a Bulgaria, Nahum evangelizó en la capital. Luego fundó un monasterio junto al lago de Ocrida, en el que se estableció tras siete años de trabajo apostólico. Se fija su muerte el 23 de diciembre de 910. Se le suele llamar «el taumaturgo».

SABAS fue uno de estos apóstoles o evangelizadores, probablemente llamado también Laurenzio, y cuya actividad parece haber sido breve tras su entrada en Bulgaria, seguramente por haber muerto al poco tiempo.

ANGELARIO, el último de estos apóstoles, también parece haber podido trabajar a causa de su pronta muerte poco tiempo en la evangelización de Bulgaria.

BEATO RAIMUNDO PALMERO

Padre de familia († 1200)

Raimundo Zanfogni nace en Piacenza, Italia, el año 1140 en una familia artesana, y a los doce años se colocó como aprendiz. Pero, muerto su padre, decidió su madre hacer la peregrinación a Tierra Santa, acompañándola Raimundo cuando tenía 15 años. A la vuelta de Jerusalén murió la madre y él solo volvió a Piacenza trayendo una palma como peregrino, y de ahí le vino su sobrenombre de «palmero». Se coloca como zapatero remendón, se casa y tiene cinco hijos, pero demostrando siempre su gran espíritu religioso y dando catequesis a los artesanos y aprendices. Muertos sus cinco hijos, le propuso a su mujer guardar castidad pero ella no accedió y entonces nació su hijo Gerardo, que será el guardián de la memoria y la tumba de su padre. Muerta su esposa, dejó a su hijo en manos de los abuelos, e hizo peregrinación a Santiago de Compostela, y a su vuelta, hacia el año 1178, por inspiración divina, se dedica a obras de caridad.

Los canónigos de los Doce Apóstoles le dan una casa donde empieza a recoger enfermos y pobres, para los que pide por las calles y logra atender a una multitud. Otras personas se le unen en el cuidado de los enfermos. Recogía también niños abandonados, peregrinos y viajeros sin recursos. Se presentaba en los tribunales a acompañar a los pobres que pedían justicia. Fundó también una casa para mujeres sin recursos y prostitutas arrepentidas, a las que buscaba trabajo o matrimonio. Procuró la moralidad pública, la paz entre las ciudades y la buena convivencia de los grupos o partidos, no siempre con éxito. Murió entre los pobres de su hospicio el 27 de julio del año 1200. Aunque se procuró su canonización, ésta no se obtuvo, pero sí indulgencias papales a su invocación y culto litúrgico desde 1602.

BEATO NEVOLONE

Oblato camaldulense († 1280)

Nevolone o Novelone, natural de Faenza, fue zapatero. Contrajo matrimonio y su vida fue primero poco piadosa, pero a los 24 años se convirtió al Señor. Entonces se inscribe en la Orden Tercera de San Francisco y practica con verdad su condición de hermano de penitencia. Expía sus faltas con verdadero espíritu de reparación y da de sus modestos ingresos cuanto puede a los pobres. Peregrinó en varias ocasiones a Santiago de Compostela y edificó a todos con su conducta ejemplar. Muerta su esposa, parece que entra como oblato en un monasterio camaldulense, donde muere el 27 de julio de 1280. Pío VII aprobó su culto el 4 de junio de 1818.

BEATA LUCÍA BUFALARI

Virgen († 1350)

Nació hacia el año 1310 en Porchiaro, Italia, junto a Amelia, en la Umbría. Fue hermana del Beato Juan de Rieti. Era muy joven cuando decidió su vocación religiosa ingresando en el monasterio de terciarias agustinas de su ciudad. Pasados varios

años y acreditada como religiosa observante, la comunidad la eligió como superiora. Las monjas y el pueblo apreciaron mucho las notables virtudes de Lucía, a la que todos tuvieron por santa. Muerta el 27 de julio de 1350, su culto fue confirmado el 9 de abril de 1832.

BEATO ROBERTO SUTTON

Presbítero y mártir († 1588)

Nació en Burton-on-Trent, Staffordshire, en 1544. Su padre era carpintero y otros dos hermanos suyos llegarán a ser también sacerdotes. Pero inicialmente no era católico, y fue alumno del Christ College de Oxford. Se le dio el beneficio eclesiástico de Lutterworth, en el Leicestershire, en 1571 y se ordenó diácono dentro de la iglesia anglicana. Pero en 1576 renunció a su beneficio, al hacerse católico, y marchó al continente, ingresando en el colegio inglés de Douai en marzo de 1577. Un año más tarde recibió la ordenación sacerdotal y regresó a Inglaterra. Aquí pudo trabajar durante siete años pasando inadvertido, pero en 1584 se pudo probar que había dicho misa y, por ello, en 1585 recibió la pena del destierro, debiendo volver al continente. Fue por poco tiempo, pues enseguida regresó a Inglaterra y se fue a su condado natal, donde pudo trabajar apostólicamente durante tres años. Al cabo de ellos fue arrestado en casa de un católico en Stafford. Era el mes de julio de 1588. Llevado a Londres para los interrogatorios, el juicio tuvo lugar en Stafford, a donde fue devuelto. Aquí se le condenó por traición al ser sacerdote ordenado en el extranjero y vuelto al país. Su ejecución por ahorcamiento, destripamiento y descuartizamiento tuvo lugar en el propio Stafford el 27 de julio de 1588. Fue beatificado el 22 de noviembre de 1987 por el papa Juan Pablo II.

BEATO GUILLERMO DAVIS

Presbítero y mártir († 1593)

Era galés, natural de Croes-yn-Eirias, y parece que nació el año 1558. Entre 1582 y 1585 fue alumno del colegio inglés de

Douai, ordenándose en abril del último de esos años como sacerdote. En junio siguiente marcha a Inglaterra, donde es arrestado nada más desembarcar y es detenido en la Torre de Londres desde julio de 1585 hasta septiembre de 1588, cuando, sin que se sepan bien las causas, se le deja en libertad. Entonces se marcha a su tierra natal y trabaja con mucho celo y éxito hasta que en 1592 es nuevamente arrestado en Holyhead cuando se disponía a marchar a España trayendo cuatro estudiantes para el colegio inglés de Valladolid. Los cinco fueron sometidos a juicio y condenados a muerte, pero se tuvo lástima de la poca edad de los jóvenes y pudieron eludir la pena capital. Pero a Guillermo se le insistió para que abjurara del catolicismo, asistiera al culto protestante y de esta forma salvara la vida. El mártir se mantuvo firme en su fe. Su cautiverio tuvo lugar en Beaumaris, y aunque tuvo ocasión de huir no quiso, y allí tuvo lugar su ejecución. En el patíbulo dijo que no había otra causa para su muerte que el ministerio sacerdotal. Dijo que su sangre inocente no pediría venganza sino misericordia para que el Señor le devolviera a su patria la verdadera fe. Ahorcado, destripado y descuartizado, consumó gloriosamente su carrera terrena con el martirio el 27 de julio de 1593. Fue beatificado por el papa Juan Pablo II el 22 de noviembre de 1987.

BEATA MARÍA MAGDALENA MARTINENGO

Abadesa († 1737)

Margarita Martinengo nace en Brescia el 5 de octubre de 1687 en una familia aristocrática, la de los condes de Barca. Era hija única. Recibe de una religiosa ursulina una sólida educación cristiana en su familia, a la que ella se muestra muy receptiva, siendo notable desde la niñez por su espíritu de oración. A los diez años entra como educanda en la casa de las ursulinas, hace la primera comunión y se enciende su corazón ese día del amor de Dios. Pero cree que dos tías suyas, religiosas en su colegio, la miman demasiado y le pide a su padre la traslade a otro internado, y es llevada entonces al internado del Monasterio del Espíritu Santo.

Al llegar a los 16 años su padre deseaba ya que dejara el internado para que se integrara en la sociedad, a tono con su rango social. Margarita manifiesta a su padre su decisión de ser religiosa y él lucha cuanto puede por apartarla de una vocación en cuya autenticidad no creía. Pero cuando ella insiste humilde y firmemente, el padre le da su licencia y Margarita ingresa en el monasterio de monjas capuchinas de Santa María de las Nieves, en Brescia, y al tomar el hábito cambia de nombre y se pone María Magdalena. Era el 8 de septiembre de 1705. Ella busca adentrarse en la vida interior, en la más austera penitencia, y hace el voto de buscar en todo la voluntad de Dios. El Señor permite que sus hermanas de hábito no la comprendan y tiene que sufrir numerosas humillaciones, mientras interiormente pasa por numerosas pruebas y tentaciones. Se goza ella en la humillación y la tribulación para seguir a Cristo crucificado, y es su humildad la que gana poco a poco el corazón de las monjas, que cambian su parecer sobre ella y la van estimando cada día más.

Por fin es elegida para cargos importantes: primero debe ser unos años maestra de novicias, confiándosele el alma de las aspirantes, y luego es elegida abadesa del monasterio, cargos en los que da un ejemplo admirable de virtud. Se reserva para sí el cargo de enfermera y admira a todos con la caridad y entrega que pone en el servicio a las enfermas. Los tres últimos años de vida los pasó muy enferma, llevando con gran paciencia su enfermedad, y viendo todas que su fortaleza la sacaba de la Eucaristía que se le llevaba a su celda. Murió santamente el 27 de julio de 1737, y fue beatificada por León XIII el 3 de junio de 1900.

BEATOS FELIPE HERNÁNDEZ MARTÍNEZ, ZACARÍAS ABADÍA BUESA Y JAIME ORTIZ ALZUETA

Religiosos y mártires († 1936)

El día 27 de julio de 1936 un grupo de milicianos se presentaba en la pensión de doña Aurelia Viñas, en la calle Diputación 71, piso 2.º, de Barcelona, para arrestar a dos salesianos. En

efecto, en aquella casa se hallaban Jaime Ortiz y Felipe Hernández. Y justo a aquella hora, entre las cinco y las seis de la tarde, llegaba a la pensión, a ver a sus compañeros religiosos, el salesiano Zacarías Abadía acompañado del alumno Mariano Laborda. Los milicianos preguntaron si ellos eran salesianos, y los tres dijeron sin ningún tipo de titubeo que en efecto ellos tres eran religiosos de la Congregación Salesiana. Intercedieron para que el alumno, que no era salesiano, quedara libre, lo que se lograría luego. Bajo la acusación de ser religiosos se llevaron presos a los tres. Fueron torturados y fusilados y, al día siguiente, llevaron sus cadáveres al Hospital Clínico.

Los tres religiosos pertenecían a la Comunidad Salesiana de Sarriá (Barcelona). Éstos son sus datos:

FELIPE HERNÁNDEZ MARTÍNEZ había nacido en Villena, provincia de Alicante, el 14 de marzo de 1913. Alumno del colegio salesiano de su pueblo, de ahí le vino la vocación religiosa, ingresando en la congregación en 1930. Hecho el noviciado y la profesión religiosa, hizo los estudios de filosofía y para hacer los de teología marchó al estudiantado de Carabanchel Alto, Madrid, donde estuvo hasta el mes de julio de 1936, en que la obediencia lo llevó a Sarriá. Arrojado de esta casa por la revolución el día 21 de julio, pasó a la señalada pensión de la calle Diputación.

JAIME ORTIZ ALZUETA había nacido en Pamplona el 24 de mayo de 1913. Estudió en el colegio salesiano de su ciudad natal y concluidos los estudios pasó a trabajar en un taller. Aquí oía conversaciones que le hacían pensar que el mundo se ocupa de todo menos de lo más importante: la salvación eterna, y decidió buscar su propia salvación y ayudar a otros a lograrla ingresando en la vida religiosa. Tomó una conducta plenamente consciente y responsable y se decidió por ingresar en la congregación salesiana el año 1932. Hecha la profesión religiosa, fue enviado a Italia donde cursó los estudios y prácticas de maestro mecánico, volviendo a España en 1935 y siendo destinado a las Escuelas profesionales salesianas de Sarriá, Barcelona. Al tiempo que daba clases seguía estudiando, pues deseaba obtener el título de perito industrial. Tras la llegada al poder del Frente Popular, manifestó en carta a su familia que estaban dispuestos los

salesianos a aceptar las pruebas que el Señor les mandara y a seguir contribuyendo a la gloria de Cristo Rey. Cuando cerraron las Escuelas se fue con Felipe a la nombrada pensión.

ZACARÍAS ABADÍA BUESA había nacido en Almuniente, Huesca, el 5 de noviembre de 1913. Tras entrar en la congregación salesiana su hermano Federico, se decidió también él y lo hizo en 1929, profesando al año siguiente. Destinado al colegio del Santo Ángel, de Sarriá, fue un buen maestro y un buen coordinador del deporte escolar. Iba a comenzar los estudios de teología en orden a ser sacerdote y poder marchar a las misiones cuando le llegó el martirio. Echado del colegio tras el 18 de julio, pasó por diversas peripecias hasta que encontró acogida en la casa de un antiguo alumno. A los pocos días y sabiendo que dos compañeros estaban en la citada pensión, decidió ir a visitarlos junto con el alumno, y fue la ocasión de su martirio.

Los tres mártires fueron glorificados el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en el acto de beatificación de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATA MARÍA CLEMENCIA DE JESÚS CRUCIFICADO

Virgen y mártir († 1943)

Elena Staszewska nació el 30 de julio de 1890 en Zloczew en el seno de una familia numerosa, en la que recibió una magnífica educación cristiana. Terminado el bachillerato en Piotrków, decidió hacerse maestra para ayudar a su numerosa familia, lo que se hizo más necesario cuando murieron al poco su padre y su madre y hubo que hacer frente al cuidado de los hermanos pequeños. Esto le hizo retrasar su ingreso deseado en una congregación religiosa, lo que no pudo hacer hasta el año 1921 en que ingresa en las monjas ursulinas de Cracovia; tenía 31 años. En esa congregación ya habían entrado dos hermanas suyas mayores. El 28 de agosto de ese año tomó el hábito religioso y recibió el nombre de sor María Clemencia, y al hacer sus votos al año siguiente añadió a su nombre «de Jesús Crucificado». Tres años más tarde emitió los votos perpetuos. Durante

su vida religiosa, llevada adelante con gran espíritu y entrega, ejerció diversos cargos, sobre todo el de vicaria en los conventos de Siercz, Zakopane, Gdynia, Czestochowa y Stanislawowo, hasta que en agosto de 1939 fue elegida superiora del convento de Rokiciny Podhallanskie. Aquí estaba cuando la arrestó la Gestapo, siendo llevada seis semanas más tarde al campo de concentración de Auschwitz-Birkenau. Maltratada y enferma, murió el 27 de julio de 1943. Ella había dicho que deseaba unir su sacrificio a las intenciones por las que Cristo se sacrificó y que lo que deseaba era amar y unirse a la cruz de Cristo. Fue beatificada por Juan Pablo II el 13 de junio de 1999.

28 de julio

A) Martirologio

1. La conmemoración de santos Prócoro, Nicanor, Timón, Pármenas y Nicolás († s. I), que fueron de los siete varones elegidos por los apóstoles para el servicio de los pobres *.

2. En Roma, San Víctor I († 198), papa *.

3. La conmemoración de muchos santos mártires que padecieron por Cristo en la Tebaida (Egipto), bajo Decio y Valeriano († 250-258) *.

4. En Mileto (Caria), San Acacio († 308), mártir.

5. En Milán (Liguria), santos Nazario y Celso (fecha desconocida), mártires, cuyos cuerpos halló San Ambrosio en 395 *.

6. En Troyes (Galia), San Cameliano († s. VI), obispo.

7. En Dol (Bretaña Menor), San Sansón († 565), abad y obispo.

8. En Suecia, San Botvido († 1100), mártir *.

9. En Nam Dihn (Tonkín), San Melchor García Sampedro († 1858), obispo, de la Orden de Predicadores, mártir **.

10. En Madrid, San Pedro Poveda Castroverde († 1936), presbítero y mártir, fundador de la Institución Teresiana **.

11. En Gabasa (Zaragoza), beatos Manuel Segura López, presbítero, y David Carlos Marañón, religioso escolapio († 1936), mártires *.

12. En Barcelona, los beatos José Caselles Moncho y José María Castell Camps († 1936), presbíteros, de la Sociedad Salesiana, mártires *.

13. En Bharananganam (India), Beata Alfonsa de la Inmaculada Concepción (Ana) Muttathupadathu († 1946), virgen, de las Clarisas del Malabar **.

14. En varias diócesis españolas se celebra hoy la memoria de Santa Catalina Tomás († 1574), virgen, religiosa canonesa de San Agustín **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN MELCHOR GARCÍA SAMPEDRO

Obispo y mártir († 1858)

«No hemos tenido un día de paz ni quietud, ni una hora en que nuestra vida no peligrase. El infierno entero se ha conjurado contra nosotros, y estos mandarines, como otros Nerones, se han propuesto concluir con la obra del Señor [...] Persecución cruel, hambre extremada y guerra civil son los tres azotes con que los neófitos del Tonkín central purgan sus pecados y labran una corona más brillante que el sol, que ceñirán por toda una eternidad. En un día cortaron la cabeza al sacerdote Huang y a cinco cristianos; al día siguiente a diez, y poco después a otros diez; luego a tres sacerdotes, y antes de todos éstos habían hecho pedazos en un solo día a trece cristianos. Ayúdenme con sus oraciones a lavar mis culpas con mi sangre y que consiga la palma del martirio».

Así escribía a su padres asturianos Melchor García Sampedro, religioso dominico, obispo misionero y mártir del Tonkín. Cuando estas líneas llegaban, cruzando mares y saltando montañas, hasta el concejo de Quirós, en Cortes —pleno corazón de Asturias—, unos ancianos padres se estremecían de emoción y zozobra preocupados por la futura suerte del hijo lejano. Y no iban descaminados. Poco tiempo habría de transcurrir entre esta carta y otra, no escrita ya de su puño y letra, en la que les describían su horroroso martirio. En la casa del mártir, congregada toda la familia, se leía la relación escalofriante de tanta firmeza y de tan heroica muerte; el silencio reinaba en la reducida estancia mientras crepitaban unos ramojos de chámara, hacinados sobre el fogaril. El padre bajaba la cabeza añosa, nevada por las canas, para ocultar las furtivas lágrimas, en tanto que la madre del heroico mártir —parecida en fortaleza a la de los santos Macabeos— le decía: «Juan, Juan, demos gracias a Dios, que nos ha dado un hijo tan santo».

Nada menos que unos treinta mil mártires subieron al cielo, de 1856 a 1862, en Tonkín, bajo el mandato del feroz y sanguinario reyezuelo Tu-Duc, que en su cólera satánica planeaba exterminar la religión cristiana en sus dominios. Una espléndida floración de heroicos confesores de la fe festonearía aquellos fecundos campos con sus amapolas de martirio en los dilatados

arrozales del Río Grande, regados con el sudor de tantos misioneros dominicos a través de los años desde 1676, fecha en que plantaron allí por vez primera la cruz de Cristo los hijos del Santo de Caleruega. Cuando en 1917 se inició el proceso ordinario de la causa de beatificación, englobaba nada menos que a 1.315 compañeros de los 30.000 que fueron martirizados bajo la sañuda égida de Tu-Duc; pero, dado el ingente número de mártires, a fin de acelerar el curso de la causa, se eligió solamente a 25 para que la Sagrada Congregación de Ritos determinara su martirio oficialmente. Así el 29 de abril de 1951 eran proclamados solemnemente beatos, por Pío XII, los obispos mártires José Díaz Sanxurjo y Melchor García Sampedro con otros 23 indígenas, entre ellos cuatro religiosos dominicos y los restantes seglares, de los cuales siete eran padres de familia. ¡Qué fulgente corona en las sienes de la Iglesia!

El 28 de abril de 1821, en una de las «quintanas» del concejo asturiano de Quirós, metido entre las montañas que suben hacia León, dando vista a la llanura castellana, nacía en Cortes el mayor de siete hijos, Melchor García Sampedro, el cual, para aprender los primeros latines, caminaría mañana y tarde tres kilómetros hasta Bárzana de Arrojo, pobremente abrigado, con un «fardel» a la espalda, donde llevaba los libros y una frugal comida. Tras un examen brillantísimo de cultura general pudo matricularse en la Universidad de Oviedo y llegar a ser preceptor del Colegio de San José, de la misma ciudad.

La vida del Beato Melchor discurre bastante paralela a la del Beato José María Díaz Sanjurjo (cf. 20 de julio), desde el mismo parecido de su cuna en humildes hogares de labrantío, que si escasean en fortuna sobreabundan, en cambio, en fe y piedad, hasta su glorioso martirio como misioneros y obispos del mismo vicariato apostólico, sucesivamente. En efecto, terminados sus estudios de filosofía, despreciando los halagos y oropeles mundanos, sintiendo entrambos la vocación religiosa al claustro dominicano, corren hacia el convento de Ocaña, el uno en 1842 y el otro en 1845.

Luego de vestir el santo hábito, emitir sus votos solemnes y completar sus estudios eclesiásticos reciben la ordenación sacerdotal. Los inefables consuelos de su primera misa son ya el

anticipo del caudal de energía sobrenatural que almacenarán sus almas generosas, prestas a sacrificar sus vidas en lejanas tierras de infieles. Ocaña era entonces el mejor plantel de la Orden de Predicadores para la exportación de misioneros al Lejano Oriente.

El 7 de marzo de 1848 el padre Melchor García Sampedro embarca en Cádiz, rumbo a Manila. Corta es su permanencia en Filipinas. Quieren utilizarle para profesor en Manila, pero a poco consigue llegar a Doun-Xu-yen, en el Tonkín. Ya está en su centro y de lleno en su ambiente: infieles, neófitos, cristianos viejos, valientes, esforzados y a dos pasos siempre del martirio.

Contaba entonces la misión de aquel vicariato con 150.000 cristianos, rodeados por todas partes de infieles. Cuando llegaron nuestros dos misioneros el vicario apostólico del Tonkín, monseñor Martí, previendo el desastre de la Iglesia anamita, obtuvo de la Santa Sede bula para consagrar a fray Díaz Sanxurjo como obispo coadjutor suyo, y así se hizo el 8 de abril de 1849, cuando éste apenas contaba treinta años de edad, resistiéndose a tan alta dignidad con muchas lágrimas. Muerto monseñor Martí, el nuevo prelado obtuvo, a su vez, bula de la Santa Sede para consagrar obispo coadjutor suyo a su compañero fray García Sampedro (en septiembre de 1855), que frisaba en los treinta y cuatro abriles.

El 20 de julio de 1857 fue martirizado fray Díaz Sanjurjo. Presintiendo también un fin parecido el nuevo vicario apostólico, fray García Sampedro, consagró obispo coadjutor suyo al Beato Valentín Berrio-Ochoa, vasco, también dominico, a los treinta años. Apresado fray García Sampedro el 8 de julio de 1858, el tirano quería ensañarse con su víctima. El 28 fue sacado para el lugar de ejecución entre gran algarabía y aparato de tropa, elefantes y caballos. Tras ellos, con su «canga» o cepo al cuello, se arrastraba extenuado el mártir. «Cortadle primero las piernas, después las manos, luego la cabeza y por fin abridle las entrañas», gritó el mandarín.

Después de atarle a unas estacas, distorsionando todo el cuerpo, le desnudaron y estiraron por pies y cabeza con gran fiereza y griterío. Luego, como quien hace leña, con hachas romas, sin corte, para que durara más el tormento, empezaron

por las piernas, cortándolas por las rodillas con doce golpes. Después hicieron lo mismo con los brazos con siete golpes. Con otros quince golpes le machacaron la cabeza, y, en fin, con un cuchillo le abrieron el vientre y con un gancho le sacaron el hígado y la hiel. Luego cogieron la cabeza y la suspendieron junto a la puerta del Mediodía, y el hígado y la hiel a la de Oriente. Al día siguiente, 29 de julio, hecha pedazos la cabeza, la arrojaron por la noche al mar.

San Melchor de Quirós —como llaman los asturianos a su hijo ilustre Melchor García Sampedro— fue canonizado el 19 de junio de 1988 por el papa Juan Pablo II junto con los 117 mártires de Vietnam, muertos por la fe entre los años 1745-1862, que habían sido beatificados a lo largo del siglo XX.

LUIS SANZ BURATA

Bibliografía

GARCÍA FIGAR, F., OP, *El Beato Melchor García Sampedro, OP, obispo y mártir de Tonkín. Vida popular del protomártir de Asturias* (Madrid 1951).

PIO XII, «Litterae apostolicae quipus Ven. Dei Fam. Iosephus M. Díaz Sanjurjo, Melchior García Sampedro et XXIII socii Tunquinenses martyres, beati renuntiatur»: *AAS* 43 (1951) 7.

SARRI, J., *El venerable Fr. Melchor García Sampedro, protomártir asturiano* (Oviedo 1888; reimp. 1951; reprod. facsímil 1988).

• Actualización:

CERRA SUÁREZ, S., *San Melchor de Quirós, un santo para Asturias* (Oviedo 1988).

CUESTA, T., *El protomártir asturiano Fr. Melchor García Sampedro* (Oviedo 1988; reprod. facsímil de la ed. de Oviedo 1895).

SAN PEDRO POVEDA CASTROVERDE

Presbítero, fundador y mártir († 1936)

San Pedro Poveda fue un hombre sencillo, profundamente humilde, dialogante y audaz, con una marcada coherencia entre su sentir, su pensar y su hacer, mantenida con serena fortaleza entre la pluralidad y la contradicción. No se parecía a los que destacaron por su protagonismo, en una época en que todos deseaban tener un papel importante en el complejo escenario de la vida nacional; era de los que discretamente se tomaban en serio lo que había que hacer, cediendo los honores, los primeros puestos y las alabanzas a los demás. Pero todos le conocían. Sabían

dónde estaba el P. Poveda, el sacerdote santo dispuesto siempre a arriesgarse por la causa del Evangelio, a escuchar y a animar.

Cada época tiene sus posibilidades y sus retos, y la suya fue el momento en que Europa disfrutaba y padecía los logros y las carencias de la modernidad. Tenía 26 años cuando comenzó un siglo nuevo, el XX, nacido con el ansia de renovación propia de todo cambio de centuria. Animoso y decidido, a la vez que con probada virtud y perseverante, se entusiasmó a fondo con su ideal apostólico y se lanzó de lleno no a lamentar lo mucho que estaba por hacer, sino a comprometerse con lo que tenía a su alcance. Así lo hizo siempre, llegando a ser un gran santo. Un santo decidido y prudente, que ofreció un carisma nuevo de fe-ciencia y santidad en la asociación laical «Institución Teresiana» fundada por él, presente hoy en más de treinta países de cuatro continentes. Y un santo amable y paciente, de los que enseñan cómo se vive y cómo se entrega la vida en martirio por amor a Jesucristo.

Pedro Poveda Castroverde nació en Linares (Jaén) el 3 de diciembre del 1874 y fue bautizado en la Parroquia de Santa María una semana después. Era el hijo mayor de don José Poveda Montes y de doña María Linarejos Castroverde, un matrimonio profundamente cristiano y que participaba activamente en el complejo ambiente local.

Linares era un núcleo urbano importante, porque estaban en plena explotación las minas de plomo que atraían a numerosos emigrantes, aunque tuvieran que vivir en condiciones muy duras mientras algunos empresarios acumulaban grandes fortunas. Llena de contrastes, esta ciudad era un muestrario de credos religiosos, de escalonados estamentos sociales y de los distintos partidos políticos y las diversas tendencias culturales que se estaban dibujando o debatiendo en España. En este contexto, la familia Poveda pertenecía a una clase media de escaso poder económico, pero sensible a los valores humanos y culturales y a los problemas de la sociedad. De sólida raigambre religiosa, tenían amigos entre los pobres y entre los ricos. Don José era químico de una Sociedad minera, pero tuvo que dejar pronto el trabajo a causa de una enfermedad reumática. La madre se ocupaba de la numerosa familia, con cinco hijos varones.

Pedro, que vivió su infancia en el amplio ambiente familiar, donde estaban bien integrados los abuelos, tíos y primos, manifestó pronto destacada atracción por el sacerdocio. Él mismo cuenta su afición por las «misas» de niño, y se pueden ver hoy las casullas y otros ornamentos y objetos para celebrarlas, que cariñosamente le preparaban sus tías. Sin embargo, el padre no accedió inmediatamente a su deseo, porque prefería que consolidara bien la vocación. Al fin, tras prolongada insistencia, le autorizó a que ingresara en el Seminario de Jaén cuando contaba quince años de edad, con la condición de que continuara a la vez los ya comenzados estudios de Bachillerato. Así lo hizo, y obtuvo este título en 1893, al terminar 3.º de Filosofía. Según escribía después, el permiso para prepararse a ser sacerdote «fue la mayor alegría que pudieron darme. Yo soñaba con el seminario y me pasaba la vida haciendo planes». En estos años se esmeró en cumplir sus obligaciones de estudiante y en la caridad con los pobres.

Las dificultades económicas de la familia por la prolongada enfermedad del padre, le obligaron a solicitar una beca, que le fue concedida por el nuevo obispo de la diócesis en el seminario de Guadix (Granada), donde se trasladó en 1894. Terminó sus estudios eclesiásticos a la vez que cumplía algunos servicios, y el 17 de abril de 1897, Sábado Santo, recibió la ordenación de presbítero en la capilla del obispado. Allí celebró también su primera misa solemne el día 21. Siempre fueron éstas las fechas personales más recordadas y agradecidas por él. En los aniversarios hacía súplicas como éstas: «¡Señor! Que yo sea sacerdote siempre: en pensamientos, palabras y obras». «Señor, que cada día celebre mejor el Santo Sacrificio».

Permaneció en la diócesis de Guadix como vicesecretario del obispo y secretario del gobierno eclesiástico, profesor y director espiritual del seminario, presidente de las Conferencias de San Vicente de Paúl y de la Obra de la propagación de la fe. También dedicó tiempo al estudio y en 1900 obtuvo en Sevilla el título de Licenciado en teología.

Durante estos intensos años en cuanto a su formación y experiencia sacerdotal, fue conociendo mejor el contexto en que vivía. Con motivo de la misión predicada por él en la cuaresma

de 1902 en el barrio de las cuevas que rodean la ciudad de Guadix, desde esa fecha incorporó a sus actividades habituales la de promover humana y cristianamente a los habitantes de esa extensa zona, que padecían paro, hambre, analfabetismo, pobreza y abandono, y comenzó a establecer relaciones entre la periferia y la ciudad. «Lo primero que hicimos fue instalar el Santísimo Sacramento en nuestra ermita», escribía en 1904, porque «el fundamento de todo progreso moral y material es Jesucristo». Ponía así bien de manifiesto desde el principio lo que había de caracterizarle hasta el final: la centralidad de la Eucaristía en su pensamiento y acción.

Con ayudas de entidades públicas y de particulares, en pocos meses pudo construir las «Escuelas del Sagrado Corazón de Jesús», pagar a los maestros, dar de comer a algunos niños y niñas y crear clases nocturnas y talleres para adultos, realizando así una importante obra de ayuda humanitaria, educativa y de formación cristiana y profesional en este amplio sector de la población, marginado y carente de recursos. Además, interesó a las autoridades locales y a los centros de cultura de Guadix, acercando a los habitantes de la ciudad y a los de las cuevas, secularmente distanciados entre sí. Las autoridades supieron reconocerle esta importante tarea y en 1904 el Ayuntamiento lo nombró «Hijo adoptivo predilecto» y puso su nombre a una calle de la ciudad. Le dedicaron también un bonito álbum de más de 700 firmas —la primera la del obispo don Maximiano Fernández del Rincón— «costeado por el elemento joven de la localidad», según está escrito en la portada.

En ese momento, se habían trasladado ya a vivir con don Pedro sus padres y Carlos, el hermano menor. Decididos a permanecer en Guadix, habían llevado con ellos incluso un gran cuadro de la Inmaculada que tenía desde antiguo la familia, ante el cual, según él mismo escribía después, una tía abuela lo había ofrecido a la Virgen al nacer «para que me bendijera y para pedirle que si no había de ser buen cristiano me quitara la vida antes de ver la luz». Siempre le tuvo un cariño especial. También se grabó de modo muy singular en su alma otro cuadro de la Virgen, el de nuestra Señora de Gracia, en la ermita de las cuevas. En 1934, dos años antes de su muerte, lo recordaba de esta manera:

> «Confieso ingenuamente que al subir yo a las cuevas de Guadix con un grupo de mis seminaristas, no pensé en otra cosa sino en una catequesis; que de nuestras visitas a la ermita de la Virgen de Gracia, titular de aquel sagrado recinto, medio cueva, medio capilla, surgió el plan de las escuelas y que la vocación a este género de apostolado tuvo su origen allí y las cambiantes posteriores, hasta llegar a la realización de su última etapa, la Institución Teresiana, ante otra imagen de nuestra Señora, en la santa cueva de Covadonga».

Después de unos años de intensísimo trabajo, ante las serias dificultades que se le presentaron, provocadas, sobre todo, por recelos y envidias, en 1905 se trasladó a Madrid con el deseo de fundar un asilo para niños de la calle, que no pudo realizar. Fue un momento de duro sufrimiento y amarga angustia, en el que decidió regresar a su diócesis de origen, Jaén, donde fue muy bien acogido. Poco después, en 1906, recibió el nombramiento de canónigo de la Basílica de nuestra Señora de Covadonga (Asturias), donde permaneció hasta 1913.

El cambio de circunstancia y de ambiente respecto a su Andalucía natal no modificó su actitud. Atento al nuevo entorno en que vivía por exigencia de su fe, se preocupó en primer lugar de los numerosos peregrinos que acudían al santuario, para los que publicó libros y opúsculos destinados a su formación cristiana, como *Plan de vida, En provecho del alma,* y *Para los niños.* En *Visita a la Santina* les ofrecía sugerencias para el tiempo que permanecieran allí, y con los cinco folletos titulados *La voz del amado,* pretendía facilitarles la práctica de la oración con base en textos de la Sagrada Escritura. En ellos les exhortaba a la conversión, a aprovechar bien el tiempo y a la comunión frecuente, debidamente preparada y agradecida, según las orientaciones pastorales que el papa Pío X estaba dando en ese momento en la Iglesia.

Durante los siete intensos años que duró su estancia en Covadonga, fue profundizando en la comprensión de lo que ya había comenzado a percibir en Guadix: la importancia de la función social de la educación y, por tanto, la necesidad de que los maestros estuvieran bien preparados profesionalmente, vivieran su fe de modo coherente y responsable, fueran solidarios y supieran cooperar. Sus frecuentes estancias en Madrid, paso obligado en sus viajes a Linares, y la proximidad de Oviedo, con

una prestigiosa Universidad, y de Gijón, con un importante puerto abierto a Europa y América, le ampliaron su horizonte y sus conocimientos, de modo que llegó a captar con gran profundidad los problemas concretos de la relación entre la fe y la ciencia, que estaban incidiendo de modo decisivo en la escuela. Además, era el momento en que, a partir de experiencias aisladas, comenzaba a sistematizarse la pedagogía científica y cuando el Estado intentaba responsabilizarse de la escuela, antes principalmente en manos de la Iglesia. La etapa de Covadonga fue, pues, decisiva para su biografía: en ella maduró su ideal apostólico y educativo, orientándose de lleno hacia la formación de los educadores.

En sus amplios espacios de silencio y oración, «mirando a la Santina» profundizó en la Encarnación del Verbo y en la implicación de los creyentes en el misterio de la redención. Así, de su propia identificación con Cristo crucificado y de la reflexión sobre la realidad que progresivamente iba descubriendo, surgieron nuevos proyectos de acción. Para llevarlos a la práctica escribió y publicó artículos, como los recopilados en *Alrededor de un proyecto,* y opúsculos programáticos, como *Ensayo de proyectos pedagógicos,* el *Simulacro pedagógico* y *Diario de una fundación,* en los que tuvo la clarividencia y la audacia de proponer a los obispos y educadores un amplio plan de formación y coordinación del profesorado, iniciativa que poco después dio lugar a la Federación Nacional de Maestros Católicos. Por su parte, dispuesto siempre a «comenzar haciendo», con el fin de ofrecer medios para la mejor formación del profesorado, a partir de 1911 fundó academias para estudiantes de magisterio, centros pedagógicos y revistas, que dieron inicio a la Institución Teresiana. Para las academias teresianas escribió los *Avisos espirituales de Santa Teresa de Jesús,* selección de sus obras en veinte breves capítulos, y unos originales *Consejos a las profesoras y alumnas,* futuras maestras, donde se esbozan las líneas pedagógicas que habría de desarrollar después.

Para mejor impulsar esta Obra, que agrupaba a personas dedicadas a evangelizar en el mundo de la educación y la cultura, en 1913 regresó a Jaén, donde fue canónigo de la catedral, obtuvo el título de maestro, trabajó como profesor del seminario y

de las Escuelas Normales y participó activamente en la vida de la ciudad, prestando siempre notable atención a los sectores más necesitados y a las nuevas corrientes educativas y culturales del ambiente local. Pronto fue reclamada su presencia en diversas iniciativas ciudadanas, como la Asociación de la Prensa, la Academia de Estudios Superiores y la Real Sociedad de Amigos del País. Fue también director espiritual del Centro Obrero, miembro de la Junta de Reclusos y Libertos y vocal de la Junta Provincial de Beneficencia. Además, desde 1912 pertenecía a la Unión Apostólica de Sacerdotes Seculares, de carácter internacional. Y en Jaén publicó el folleto *El estudio de la pedagogía en los seminarios,* convencido de que quienes tenían por misión educar en la fe, deberían procurarse la preparación pedagógica adecuada.

Apenas llegado a esta ciudad, propuso a María Josefa Segovia, a punto de concluir sus estudios en la Escuela Superior del Magisterio de Madrid, la dirección de una nueva academia-internado para alumnas de la Escuela Normal que ese mismo año —1913— pretendía fundar. Así lo hizo, y ella llegó a ser su principal colaboradora. Después de dos cursos dedicada a la academia, pasó a ser profesora de la Escuela Normal y luego inspectora de enseñanza primaria creando la Inspección femenina en la provincia de Jaén. Don Pedro Poveda continuó activamente dedicado a proyectar nuevas fundaciones y a orientar la vida de las academias de Santa Teresa y los centros de formación pedagógica existentes que, siendo al mismo tiempo hogares de profunda vida de fe y viveros de renovación pedagógica, presentaban una fisonomía cada vez más propia y definida. Tenían como referencia el estilo de los primeros cristianos.

La Institución Teresiana se extendió con mucha rapidez y vio crecer notablemente sus actividades y sus colaboradores. En 1914 don Pedro Poveda abrió en Madrid la primera Residencia Universitaria femenina de España y su Obra llegó a ser tal vez el grupo más cualificado y comprometido en la formación humana y cristiana de la mujer estudiosa. Personas como Carmen Cuesta, primera mujer doctora en Derecho, o Julia Ochoa y Magdalena Martín Ayuso, destacadas pedagogas, se formaron en este ambiente. También entró pronto en contacto

con él María de Echarri, pionera en promover la acción social de los católicos.

En 1917 la Institución Teresiana, articulada en diversos grupos y activamente presente en los diversos sectores de la cultura y de la sociedad, obtuvo reconocimiento civil en Jaén según la «Ley de Asociaciones», y aprobación eclesiástica diocesana como asociación de fieles —«Pía Unión»— según el recién promulgado Código de Derecho Canónico. Quedó constituida desde el principio como una Institución laical compleja, con un único espíritu y misión y diversos modos de ser miembro de ella. Se acogía a la titularidad de Santa Teresa de Jesús, mujer de amplia cultura y de sólida vida de oración, adoptaba como estilo de vida el de los primeros cristianos e identificaba la educación y la cultura como ámbito propio de su misión.

En estos años de Jaén, el P. Poveda publicó *Consideraciones* y, sobre todo, el folleto y el libro titulados *Jesús, Maestro de oración,* ampliamente difundidos. También vieron nuevas ediciones sus escritos de la etapa de Covadonga y añadió una importante serie a sus consejos.

No fueron años fáciles los pasados por Poveda en Jaén, que vinieron a coincidir con la I Guerra Mundial y la notable crisis ideológica, social y económica provocada en España como consecuencia de este conflicto, aunque no participara militarmente en él. Y, lo que fue más importante: aunque no admitía comparación posible la recién fundada Institución Teresiana con la prestigiosa Institución Libre de Enseñanza, presente durante más de cuarenta años en los debates ideológicos del país, se hizo inevitable la confrontación, porque la naciente Obra de las academias ponía bien de manifiesto que fe y progreso, adhesión a la Iglesia y modernidad no resultaban tan incompatibles en la práctica como postulaban los profesores institucionistas, lanzados ya de lleno a hacer prosperar sus ideas desde los ministerios o los escaños del parlamento. Pero la Institución Teresiana, que, además, era una humilde pero eficiente prueba a favor de las posibilidades de la mujer, no sólo no sucumbió, sino que providencialmente salió fortalecida de una verdadera persecución.

En 1921 San Pedro Poveda tuvo que fijar su residencia en Madrid, por haber sido nombrado uno de los seis capellanes

reales. Activo como siempre, en esta ciudad desempeñó diversos encargos, entre ellos el de formar parte, en 1922, de la Comisión central contra el analfabetismo. Ese mismo año fue nombrado Arcipreste de Vic, por permuta de su cargo en la catedral de Jaén, y enseguida de El Burgo de Osma, con dispensa de residencia para poder atender a los servicios que tenía encomendados en Madrid.

Buena parte de su actividad consistió en consolidar la Institución Teresiana, que continuaba creciendo tanto en personas como en actividades. En 1919 María Josefa Segovia fue nombrada primera directora general, y en esos años la Obra quedó definitivamente configurada en sus fines y en su compleja organización que articulaba, en una sola Institución, un núcleo de mujeres plenamente comprometidas con la misión en entrega total a Jesucristo y diversas asociaciones cooperadoras. La finalidad educativa y cultural contaba con el sólido apoyo de una cuidada formación cristiana, humana y profesional en todos los miembros, y también su característica principal: la presencia en puestos que permiten la relación con todos los grupos sociales, como son los de carácter público.

Alcanzado un considerable desarrollo geográfico y organizativo, bien precisado el espíritu que había de animarla y los modos y formas de realizar la misión, a instancias del nuncio en España, el fundador decidió presentar la Asociación de fieles «Institución Teresiana» en Roma, a través de algunos de sus miembros, en solicitud de aprobación pontificia. La obtuvo a perpetuidad mediante el breve *Inter frugiferas,* del papa Pío XI, el 11 de enero de 1924, siendo la primera asociación católica de estas características.

Al aumentar el número de estudiantes universitarios en la tercera década del siglo XX, don Pedro Poveda se interesó vivamente por dicho sector. Abrió nuevas residencias y creó asociaciones, como la Liga Femenina de Orientación y Cultura; prestó continua atención al movimiento cultural y participó, como uno de los principales promotores, en el proyecto de creación de una universidad católica en España, al estilo de las que se estaban iniciando en otros países europeos. De este modo se dirigía a las universitarias en 1930, expresándoles lo más genuino del carisma de la Institución Teresiana:

> «En nuestro programa, después de la fe, mejor dicho, con la fe, ponemos la ciencia. Somos hijos del Dios de las Ciencias, de quien dice la Sagrada Escritura, *Deus Scientiarum, Dominus est.* El autor de la fe y de la ciencia es uno mismo, Dios, y el sujeto de la fe y de la ciencia la criatura humana. Así como os decía el otro día que seáis mujeres de mucha fe, de fe viva, de fe sentida, y que nunca digáis: no más fe, así os digo hoy: desead la ciencia, trabajad por conseguirla y no os canséis nunca, ni digáis jamás: no más ciencia. La mucha ciencia lleva a Dios, la poca nos separa de él».

Con un claro proyecto de fe y de ciencia, acostumbrado a orar y solidario con los más necesitados, estaba convencido de que los cristianos debían aportar su esfuerzo para la construcción de un mundo más solidario y fraterno, por lo que promovió la presencia de hombres y mujeres de fe en los distintos ámbitos culturales y de la sociedad. Así, colaboró en la fundación de la Obra del Divino Maestro, que reunía a educadores; trabajó activamente en la Acción Católica como consiliario nacional de los padres de familia y, por especial encargo del cardenal primado, organizando las juventudes y las estudiantes universitarias. Fue también uno de los socios fundadores de la FAE (Federación de Amigos de la Enseñanza) y animador de la SADEL (Sociedad Anónima de Enseñanza Libre), en momentos tan difíciles para la escuela. Perteneció al consejo de redacción de la revista *Atenas,* fomentó la celebración de semanas y encuentros pedagógicos, promovió planes para la creación de escuelas en las zonas rurales más desatendidas, y facilitó la colaboración de maestras de la Institución Teresiana en las misiones populares para los emigrantes en el sur de Francia promovidas por el episcopado español. Además, desde 1930 pertenecía a la Hermandad del Refugio y Piedad, para atender a pobres, vagabundos y enfermos.

Reconocido como hombre prudente y de concordia; de probada discreción y de consejo; de heroica caridad, sencillo, dialogante y profundamente humilde, don Pedro Poveda supo acoger y ofrecer su madura experiencia a jóvenes sacerdotes, religiosos y seglares, algunos de ellos iniciadores de obras que se han ido consolidando después, que acudían a él en búsqueda de orientaciones, sugerencias y apoyos. «Todos hemos de cooperar»; «hay en el campo lugar para todos, puesto para cada uno y esfera de acción donde moverse», había escrito en fecha tem-

prana, sabiendo llevar siempre a la práctica el contenido de este convencimiento.

Aun sin formar parte de los organismos directivos de la Institución Teresiana, en los últimos años de su vida se dedicó intensamente, como fundador, a abrir nuevos campos a los diferentes aspectos de su misión, a impulsar decididamente esta Obra que estaba ofreciendo un carisma muy nuevo y eficaz en la Iglesia, y a tomar las adecuadas previsiones para impedir que el paso del tiempo, o diferentes circunstancias, la pudieran desidentificar.

> «Prototipo: los primeros cristianos —escribía—. La Obra ha de ser ahora y siempre como se pensó en un principio. Santidad más que nunca: virtudes sólidas a costa de la vida; pero nada que obstaculice la marcha de la Obra, la vida de la Institución».

Y se reafirmaba en lo expresado poco después de la aprobación pontificia de la Institución Teresiana:

> «Pía Unión Primaria. Una mínima asociación en el orden canónico, pero ¡cuán grande es su misión! ¡Cuánta santidad se les pide!».

Todo ello partiendo de esta rotunda afirmación, formulada desde el comienzo:

> «Nadie, por más autoridad que tenga, por más ilustrado que sea, por más virtud de que esté adornado, nadie puede ni podrá jamás poner otro cimiento que el puesto desde el principio, que es Cristo. Ésta es nuestra Obra, ésta es la doctrina que hemos profesado, y bajo ningún pretexto debemos admitir elementos humanos en lo que en Cristo, por Cristo y para Cristo se fundó».

Con clara conciencia de la universalidad de este carisma, alentó también la expansión geográfica de la Institución Teresiana, intensificando las relaciones con organizaciones internacionales, e iniciando la presencia fuera de España: en Chile en 1928 y en Italia en 1934.

La más genuina formulación del carisma, del don de Dios para la Iglesia y para el mundo recibido por quien desde muy pronto se definió a sí mismo como «instrumento» en manos del Señor, está condensada en este breve texto, tempranamente redactado por San Pedro Poveda:

> «La Encarnación bien entendida, la persona de Cristo, su naturaleza y su vida dan, para quien lo entiende, la norma segura para llegar a ser santo con la santidad más verdadera, siendo al propio tiempo humano, con el humanismo de verdad».

Corresponde a la parte final, conclusiva, de un breve escrito de 1915, hecho público en el *Boletín de las Academias Teresianas* de octubre de 1916, que, refiriéndose a Santa Teresa de Jesús, pretendía explicar, refiriéndola a los miembros de la Institución Teresiana, el «carácter eminentemente humano» de «aquella vida toda de Dios». Esta firme y contundente llamada a la santidad, ofrecida a todos como fruto de haber entendido bien el misterio de la Encarnación del Verbo, constituye el núcleo de la espiritualidad del sacerdote Pedro Poveda y del carisma de la asociación de fieles laicos fundada por él.

Lo demás, es desarrollo de este pensamiento primero, fundamental, básico, que presenta, también desde el principio, un subrayado esencial. «Fe y ciencia» o «espíritu y ciencia», «oración y estudio», «profesorado virtuoso y sabio», «piedad y cultura», son algunas de las variantes del repetido binomio povedano, cuyos términos se reclaman entre sí, definido por él como «forma sustancial», «dogma» o voluntad fundacional de la Institución Teresiana. Expresado de otro modo, con palabras escritas en 1932: «Hay que demostrar con los hechos que la ciencia hermana bien con la santidad de vida».

También de estas fechas, y para el mismo destinatario, es esta otra afirmación muy suya, que repite y subraya en el folleto *Hablemos de las alumnas,* publicado en 1933:

> «Juzgo como un error el afán desmedido de rodear a la joven estudiante de todo género de comodidades y de aislarla de todo contacto con la humanidad pobre y necesitada para evitarle sufrimientos y disgustos. ¿Para qué servirá después una joven así educada? ¿Qué papel hará en la sociedad, qué remediará con su ciencia?».

Porque estaba convencido de la responsabilidad social de un título académico y de que los cristianos podían y debían aportar a la sociedad pluralista contemporánea orientaciones, valores y compromisos para la construcción de un mundo más justo, más humano y fraterno. Si proporcionó a los habitantes de las cuevas de Guadix los mejores métodos pedagógicos del momento,

era porque en su modo primero y permanente de entender la conjunción fe-ciencia subyacía un sentido de comunión, de solidaridad y de justicia capaz de encauzar los esfuerzos comunes hacia un futuro mejor, más concorde con la verdadera voluntad del Señor.

Y otro subrayado esencial: «Yo os pido un sistema nuevo; un nuevo método; unos procedimientos tan nuevos como antiguos inspirados en el amor». O, dicho de este modo: «Con dulzura se educa, con dulzura se enseña, con dulzura se consigue la enmienda, con dulzura se evitan muchos pecados, con dulzura se gobierna bien, con dulzura se hace todo lo bueno». Por eso, el estilo de esta espiritualidad se caracteriza por la sencillez, la alegría, la mansedumbre, la bondad, la responsabilidad en el trabajo, la capacidad de colaborar y la constante exigencia en el estudio. Y tiene como meta la más auténtica santidad.

Los numerosos escritos dedicados a la Institución Teresiana por su fundador trazan, por tanto, un itinerario que parte de la radicalidad de la vida cristiana y presenta algunos trazos esenciales como la centralidad de Jesucristo, la necesidad de vivir en el Espíritu, la sólida devoción a María y el profundo sentido de Iglesia, y hace de la educación y la cultura en favor, especialmente, de los más necesitados, un verdadero signo del Reino de Dios.

En lo que respecta a su propia persona, su espiritualidad como sacerdote se centra en una profunda vida eucarística, de la cual brotaba su intensa actividad apostólica y su continua adhesión a la voluntad de Dios. La identificación con Cristo crucificado, la heroica caridad con todos, la profundísima humildad y la auténtica mansedumbre son los rasgos que más caracterizan a este inconfundible hombre de Dios. Éstas son algunas de sus palabras:

> «Señor, que yo piense lo que tú quieres que piense; que yo quiera lo que tú quieres que quiera; que yo hable lo que tú quieres que hable; que yo obre como tú quieres que obre. Ésta es mi única aspiración».
>
> «Hay que hacerse todo para todos, a fin de ganarlos a todos para Cristo. Si hay que velar, se vela; si hay que sufrir, se sufre; si hay que humillarse, se humilla; si hay que pedir limosna, se pide; si hay que enfermar, se enferma; si hay que morir, se muere».

Y, como síntesis, la importancia del buen obrar, del testimonio elocuente de los hechos. De 1935 son estas afirmaciones, expresadas desde el principio de modos muy diversos:

> «La verdad está en los hechos, no en las palabras, como decía San Juan con esta frase: Hijitos míos, no amemos solamente con la lengua y con las palabras, sino con las obras, porque éste es el verdadero amor. Las obras, sí; ellas son las que dan testimonio de nosotros y las que dicen con elocuencia incomparable lo que somos».

El deseo de vivir su fe hasta la donación de la propia vida si fuera necesario, manifestado en algunas ocasiones, había ido generando en San Pedro Poveda una auténtica espiritualidad martirial. «Humillaciones, abatimientos, contrariedades, persecuciones, sufrimientos, martirio, todo ello viene como consecuencia legítima» de ser coherente con la fe, había escrito en 1920. La circunstancia concreta, la dura persecución religiosa que tuvo lugar en España en 1936, fue la ocasión que hizo evidente lo que ya se había ido consolidando en su interior.

En esos años difíciles, de tanto extremismo y dolor, insistió continuamente en la no violencia. Decía: «No hay que hacerse ilusiones; la mansedumbre, la afabilidad, la dulzura son las virtudes que conquistan al mundo». Y también:

> «Ahora es tiempo de redoblar la oración, de sufrir mejor, de derrochar caridad, de hablar menos, de vivir muy unidos a nuestro Señor, de ser muy prudentes, de consolar al prójimo, de alentar a los pusilánimes, de prodigar misericordia, de vivir pendientes de la Providencia, de tener y dar paz».

El 27 de julio de 1936, a los pocos días del golpe de Estado que desencadenó luego una dura guerra civil, fue detenido en su casa de la calle de La Alameda de Madrid cuando acababa de celebrar la santa misa. No ocultó su identidad ante la pregunta de quienes trataban de identificarlo: «Soy sacerdote de Jesucristo», confesó con valentía y firmeza. Unas horas después dijo a su hermano, que le había acompañado, cuando le separaron de él: «Adiós, Carlos. El Señor, que me ha querido fundador, quizá también me quiera mártir».

A la mañana siguiente, una profesora y una joven doctora de la Institución Teresiana encontraron su cadáver junto a la capilla del cementerio de Nuestra Señora de la Almudena, con

signos recientes de haber recibido disparos de bala. Sobre su pecho aparecía, atravesado, el escapulario de la Virgen del Carmen. Tenía sesenta y un años de edad. Recogieron y llevaron su cadáver a la sacramental de San Lorenzo, donde recibió sepultura el día 29. Estas reliquias fueron trasladadas años después a la Casa de Espiritualidad «Santa María», de la Institución Teresiana, en Los Negrales (Madrid).

La gran fama de santidad gozada por don Pedro Poveda ya en vida y después de la muerte, que se consideró desde el principio verdadero martirio a causa de la fe, indujo a la Institución Teresiana a solicitar la instrucción de su causa de canonización. El proceso ordinario comenzó en 1955 en Madrid *per viam martyrii.* Introducida la causa, el proceso apostólico tuvo lugar *per viam heroicitatis virtutibus.* Concluidas las fases sucesivas, Pedro Poveda fue beatificado en Roma en 1993 por sus virtudes y su martirio. Su solemne canonización ha tenido lugar en Madrid, durante la visita apostólica de Juan Pablo II a la Iglesia de España, el domingo 4 de mayo de 2003. Dijo el Papa en su homilía:

> «San Pedro Poveda, captando la importancia de la función social de la educación, realizó una importante tarea humanitaria y educativa entre los marginados y carentes de recursos. Fue maestro de oración, pedagogo de la vida cristiana y de las relaciones entre la fe y la ciencia, convencido de que los cristianos debían aportar valores y compromisos sustanciales para la construcción de un mundo más justo y solidario. Culminó su existencia con la corona del martirio».

MARÍA ENCARNACIÓN GONZÁLEZ RODRÍGUEZ

Bibliografía

GALINO, M. A., *Pedro Poveda. Itinerario pedagógico* (Madrid 1962; [2]1965).

GONZÁLEZ, M. E., *Pedro Poveda. Jesús, Maestro de oración* (Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1997 y 2001).

MONDRONE, D., *Un prete scomodo. Don Pietro Poveda Castroverde, fondatore della Istituzione Teresiana* (Roma 1961; Milán 1969).

Pedro Poveda. Volumen-homenaje cincuentenario, 1936-1986 (Madrid 1988).

SILVERIO DE SANTA TERESA, *Vida de D. Pedro Poveda Castroverde, fundador de la Institución Teresiana* (Madrid 1942; [2]1952).

VELÁZQUEZ, F. P., *Cuadernos biográficos,* 8 vols. (Madrid 1986s).

BEATA ALFONSA DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN (ANA MUTTATHUPADATHU)

Virgen († 1946)

«Primera flor de santidad nacida en la India». Es la alborozada expresión del papa Juan Pablo II en la bula de beatificación de Alfonsa de la Inmaculada Concepción, esta joven y humilde religiosa, que «desde la infancia no anheló otra cosa que permanecer escondida en el corazón de Cristo, unirse a sus dolores y plegarse en todo a la voluntad divina, llevando cada día con gozo su cruz». Flor de la India, en Kerala, exhaló el buen olor de Cristo en una tierra de multisecular tradición de fidelidad al Señor crucificado y resucitado, que ahonda sus raíces en el apostolado de Santo Tomás, el testigo del Evangelio que, después de sus dudas tras la resurrección del Maestro, llevó la fe salvadora del que es «el camino, la verdad y la vida» y el amor de su «Señor» y de su «Dios» (Jn 20,28) a las tierras más lejanas del Oriente. La Beata Alfonsa nació y fue bautizada en la comunidad católica, formada por los llamados «cristianos de Santo Tomás».

Éstos constituyen la Iglesia siro-malabar, la más antigua de la India que, según la tradición, fue plantada por la predicación del apóstol, que aquí llegó, al país de Kerala, hacia el año 52 de la era cristiana. En Malaipur, cerca de Madrás, sufrió martirio y allí su sepulcro atrae aún a numerosos fieles.

La inculturación del cristianismo en el pueblo malabar, que ha conservado sus raíces sirias y caldeas, ha dado el fruto de una liturgia muy caracterizada por una expresión teológica propia, reveladora de una rica espiritualidad y muy unida a la estructura de la Iglesia local. Sobre todo la profunda vivencia espiritual y la tensión hacia la mística del espíritu hindú dan un tono peculiar a la celebración de los divinos misterios que alimentan, como fuente primera, la vida en Cristo de los fieles discípulos de Santo Tomás. Intentos de latinización desde la dominación portuguesa en el siglo XVI, rupturas y escisiones de la unidad católica, no han podido desintegrar el cristianismo malabar, que en el variopinto panorama religioso de la India sigue manteniendo en Oriente la Luz que no conoce ocaso. Desde los tiempos de León XIII y de Pío XI, la jerarquía siro-malabar

indígena se ha ido consolidando y la comunidad malabar católica está formada por unos tres millones de fieles, algunos residentes fuera del estado de Kerala. Las vocaciones sacerdotales y religiosas abundan, han ido surgiendo congregaciones autóctonas; laicos, sacerdotes, religiosos, están comprometidos en la misión evangelizadora. La Iglesia oriental siro-malabar, iluminada ahora con la santidad de sus mejores hijos, se encuentra en un momento de expansión, reconfortada por la bondad paternal cercana de Juan Pablo II que en 1986 peregrinó a la India cristiana y allí beatificó en la «madre India» («Baratha Matha»), en la capital de Kerala, a dos religiosos, auténticos discípulos de Jesucristo, que brillan ante la Iglesia una y católica por el testimonio vivo de su predicación evangélica y por su seguimiento, ardiente y hasta el final, de la cruz redentora.

El Beato Kuriakose Elías Chavara (1805-1871), fundador de una comunidad carmelita siro-malabar, y la Beata Alfonsa de la Inmaculada representan la santidad floreciente en la comunidad católica de la India en los dos últimos siglos.

Ana Muttathupadathu nació en Kudamaloor, en el estado indio de Kerala, en la región de Arkupara, el 19 de agosto de 1910, en el seno de una familia católica malabar. Recibió las aguas bautismales en la parroquia de su pueblo el siguiente día 26. Quedó a los pocos meses huérfana de madre, que murió a consecuencia de una picadura de serpiente. Fue educada por su abuela y por una tía rígida y severa que cifraba su ilusión en el matrimonio de su ahijada.

La pequeña Ana (Annakutti) sobresalió por su diligencia en los estudios y en las labores que se le encomendaban. A los trece años ya la prometieron en matrimonio, según la costumbre del país. De tal compromiso se liberó Ana decididamente, pues desde la infancia se sentía inclinada a la consagración virginal y religiosa. Afirma Juan Pablo II en la bula de beatificación que hasta llegó a quemar parte de su cuerpo para desfigurarlo y así poder eludir el compromiso matrimonial.

Curada de sus quemaduras, resolvió ingresar en las clarisas terciarias de San Francisco, una congregación malabar de vida activa, dedicada preferentemente a la enseñanza. En Pentecostés de 1927 fue admitida como postulante. Después de dos

años, empezó el noviciado recibiendo el nombre de sor Alfonsa de la Inmaculada Concepción. Tras dos semanas de noviciado, enfermó gravemente; en varias partes de su cuerpo, padecía hemorragias y úlceras. A pesar de su estado enfermizo, fue admitida a los votos temporales en 1931 y el 12 de agosto de 1936 emitió los perpetuos. Resolvió toda duda sobre su profesión el obispo de Changanacherry, quien aconsejó a los superiores que la admitieran teniendo en cuenta sus admirables virtudes; él mismo la llamaba ya «la pequeña santa». Tras la profesión perpetua, fue destinada a la comunidad de la ciudad de Bharananganam. Su enfermedad no le permitió continuar la labor de enseñanza que había iniciado.

Diez años permaneció oculta en la vida de comunidad, insistiendo en la oración, difundiendo la bondad de su corazón, ofreciendo toda su vida como un sacrificio, unido al de Cristo, una oblación de sus lacerantes sufrimientos físicos y morales. Fueron diez años de cruz, de compartir sus dolores con su Esposo crucificado; diez años que labraron la insigne santidad de esta joven malabar, toda consagrada al amor de Dios y al amor al prójimo.

Repetía una y otra vez a su obispo que su ideal era ofrecerse y sufrir, como lo había realizado Santa Teresa de Lisieux, por los pecados de la humanidad. Cargó cada día con la cruz de Cristo, lo siguió con una consagración total. Como su seráfico padre San Francisco, amaba sufrir por amor de Aquel «que se dignó morir por nuestro amor». Afirmaba que intuía que el Señor la había constituido oblación y sacrificio de dolor. «El día que no sufro, para mí es un día perdido», palabras que recuerda el Papa en su bula de beatificación. El Santo Padre ve en la bienaventurada Alfonsa un ejemplo preclaro de lo que él mismo había enseñado en su carta apostólica *Salvifici doloris,* sobre la gran verdad de la fuerza redentora que reside en el sufrimiento.

Murió Sor Alfonsa en su convento de Bharananganam el 28 de julio de 1946. Al día siguiente fueron celebrados sus funerales. En la homilía el carmelita P. Rómolo, confesor extraordinario de la religiosa, pronunció estas palabras proféticas:

> «Habiendo conocido íntimamente a sor Alfonsa, puedo afirmar con profunda convicción que estamos reunidos junto al cadáver de una persona que ha sido santa en la presencia de Dios [...]

quiero decir que esta joven religiosa no ha sido menos santa que Teresa de Lisieux».

El sepulcro de sor Alfonsa se convirtió enseguida en meta de peregrinación: crecía la impresión de que se obtenía cuanto se pedía a Dios por su intercesión. No eran sólo los cristianos quienes obtenían favores extraordinarios de la sierva de Dios. Muchos hindúes acuden en busca de gracias a su tumba; éstos y aun los musulmanes se sienten atraídos por su vida pura y por su poder taumatúrgico.

En el Congreso mariano de la India de 1954, 72 arzobispos y obispos firmaron una petición para la beatificación de sor Alfonsa. También los diputados católicos del parlamento hindú se adhirieron a tal propuesta porque —afirmaban— «ningún acontecimiento reciente de la historia de la Iglesia en la India podría contribuir tanto a la difusión de la verdad cristiana».

En 1955 se incoaron los procesos diocesanos sobre la fama de santidad de la humilde religiosa. El día uno de junio de 1979 su causa de canonización fue aceptada en Roma. Sus virtudes heroicas fueron proclamadas el 9 de noviembre de 1984 y el milagro para la beatificación fue aprobado por Juan Pablo II el 6 de julio del año siguiente. El mismo Papa tuvo la inmensa alegría de celebrar la beatificación de la primera cristiana de la India el 8 de febrero de 1986, en Kottayan. Fue el acto más emocionante y festivo de su peregrinación a aquel inmenso país, en la que el obispo de Roma se encontró con esta antigua Iglesia católica y con jerarcas y fieles de las Iglesias ortodoxas malankares, la jacobita y la siro-ortodoxa. Para la beatificación, el Papa celebró la Eucaristía en rito siro-malabar.

En su homilía, Juan Pablo II ensalzó la vocación religiosa de los nuevos beatos, el P. Kuriakose y sor Alfonsa.

> «A lo largo de su breve vida, de sólo 36 años, —la nueva beata— dio continuamente gracias a Dios por el gozo y el privilegio de la propia vocación religiosa, por la gracia de los votos de castidad, pobreza y obediencia [...] Sor Alfonsa sabía que, por medio de sus sufrimientos, participaba en el apostolado de la Iglesia [...] Dios la había dotado de un carácter afectuoso y alegre, con gran capacidad de gozar de las cosas comunes y simples. Ni el peso del sufrimiento humano ni la incomprensión ni los celos de otros podían apagar el gozo del Señor que le colmaba el corazón».

A los religiosos presentes, les exhortó a renovar «el celo de vuestra preciosa vocación. En vuestro amor por Cristo, inspiraos en su fervor (de los nuevos beatos). Que podáis como ellos mantener la simplicidad de los "pequeños" del Evangelio. Sed puros de corazón y rebosantes de compasión. Estad siempre deseosos de agradar al Señor. Pues es a los pequeños a los que son revelados los misterios de Dios (Mt 11,25)».

Hacia el final de su homilía expresó su inmenso gozo:

> «Es en verdad extraordinario este día en la historia de la Iglesia y de la cristiandad india. Es también importante en la historia del ministerio pastoral del obispo de Roma, sucesor de San Pedro. Es la primera vez que él ha tenido el gozo de elevar a la gloria de los altares a un hijo y a una hija de la Iglesia de la India, en su tierra natal».

PERE-JOAN LLABRÉS Y MARTORELL

Bibliografía

AAS 83 (1991) 457-459.
L'Osservatore Romano (8 y 9-2-1986).
Art. en *Bibliotheca sanctorum. Prima appendice* (Roma 1987) cols.949-950.
SACRA CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, *Canonizationis ven. servae Dei Alfonsae ab Immaculata Conceptione, in saec.: Anna Muttathupadathu... Positio super causae introductione* (Roma 1977).
— *Positio super miraculo* (Roma 1985).
— *Positio super scriptis* (Roma 1969).
— *Positio super virtutibus* (Roma 1983).

SANTA CATALINA TOMÁS

Religiosa y virgen († 1574)

Hay vidas de santos realmente espectaculares. Santos que producían o calmaban tempestades. Santos que desencadenaban plagas tremendas. Santos que obraban prodigios con las multitudes. Como la santidad es más un camino que un esquema, resulta que los santos marchan por ese camino con muy distinta andadura. Y junto a ese santo taumaturgo de los fantásticos prodigios, están los santos como esta muchachita mallorquina, Catalina Tomás. Su santidad es sencilla, pequeña, escondida. La inteligencia humana, que anda siempre comparando la gloria de Dios con las hermosuras de acá abajo, falta de un co-

nocimiento que dé punto de comparación, quiere suponer —al menos la mía— a Catalina Tomás en un paisaje sencillo como ella misma. Un pequeño valle con torrentes en una isla llena de sol y de flor de rocalla. Una ventana con cortina y una maceta. Y ella misma, una muchacha sonriente y humilde que quiso serlo todo para Dios como Dios fue todo para ella.

Cuando se va a Mallorca es obligado visitar Valldemosa. El turismo se basa en lo espectacular, y así, les enseñarán la Cartuja, con sus celdas, y aquellas donde vivieron Federico Chopin y la escritora George Sand una pobre aventura humana. O en La Foradada, verán la mancha de humo de aquella hoguera que encendió Rubén Darío, cuando quiso hacer una paella junto al mar. Salvo que ustedes pregunten, nadie o casi nadie les hablará de Catalina Tomás, aquella «santita mucama», como la llamó un escritor viajero español.

Pues allí, en Valldemosa, nació la chiquilla. En 1531, según unos historiadores. O en 1533, según otros. Hija de Jaime Tomás y Marquesina Gallard. Desde su niñez, la leyenda dorada que acompaña piadosamente a los santos con milagros candorosos y prodigios extraños, se hizo presente en ella.

Las biografías de Catalina Tomás recogen un sinfín de datos que muestran que la santa tuvo, ya en vida, una admiración popular fervorosa: mientras recoge espigas, Catalina recibe la visión de Jesús crucificado. Otra vez, huyendo de una fiesta popular que no le gustaba, es Nuestra Señora misma quien baja a decirla que ha sido escogida por su Hijo. Hasta prodigios candorosos: una vez, llorando arrepentida por haber deseado unos vestidos como los de su hermana, dice la tradición que Santa Práxedes y Santa Catalina mártir —que será siempre fiel protectora suya— bajaron del cielo para consolarla.

Pocos prodigios tan poéticos, tan bellos, como el de aquella noche en que, al despertarse, vio Catalina la habitación inundada de una luz hermosa y clara. Era la luz blanca azulada del plenilunio. Catalina piensa que está amaneciendo y se levanta a por agua a una cercana fuente. Estando allí, dieron las doce de la noche en la Cartuja y luego la campana que llamaba a coro a los frailes del convento. Catalina se asusta entonces, al encontrarse perdida en aquella noche de luz tan misteriosa. Como es una

chiquilla, empieza a llorar. Y San Antonio Abad, dicen, bajó del cielo y la tomó de la mano para llevarla a casa.

Hay en Catalina una portentosa amistad con los santos. Dialogará con ellos como si estuviesen en la misma habitación. Ellos la ayudarán en momentos difíciles de su existencia. Y todo esto tendrá un aire de profunda y encantadora naturalidad. Otro día, acompañando a su abuelo, muy achacoso, va a misa en la Cartuja, y ayudándole a subir una pendiente, el anciano se conmovió por el amor y la ternura de la niña al ayudarle. Y deseoso de complacerla, le dijo su esperanza: «Quiera Dios que te cases pronto y bien acomodada». Y entonces es San Bruno quien se aparece a Catalina para sonreírla: «No, tu abuelo te verá acomodada, mas no del modo que él piensa, porque serás esposa de Cristo».

Y, naturalmente, la castidad. La tradición cuenta a este propósito muy diversas anécdotas y sucesos. Santa Catalina y el mismo Jesús acudían muy prestamente a apoyar su gran firmeza en la virtud.

Catalina va a conocer una gran amargura muy joven. A los tres años murió su padre. Ella se puso a rogar por su alma y un ángel vino a decirle que estuviese contenta, porque su padre estaba en la gloria de Dios. Cuatro años más tarde, tenía siete, se le aparece su madre:

«Hija mía, acabo de expirar en este mismo momento. Estoy esperando tus oraciones para entrar en la gloria». Y tres horas más tarde, Catalina recibía el consuelo de que su madre estaba en el cielo. Huérfana, Catalina fue recogida por unos tíos que la llevaron al predio «Son Gallart». Durante once años Catalina vivió en aquella finca, a seis o siete kilómetros de Valldemosa. Es éste un momento duro para Catalina, pues la ausencia de Valldemosa significa dificultad para ir al templo, para oír misa y para las prácticas religiosas en la casa de Dios. Los domingos, al fin, podía asistir a misa en el oratorio de la Trinidad. Es aquella zona donde los eremitas buscaban la paz de Dios frente a la paz de aquel mar inolvidable; frente a esos crepúsculos de Mallorca en los que el sol parece incendiar finalmente las aguas, teñirlas de rojo o, cuando está en lo alto, revelar desde la cornisa valldemosina el fondo limpísimo del mar.

Pero Catalina no tenía mucho tiempo para la contemplación poética. Una finca como «Son Gallart» exige mucho trabajo. Hay en ella muchos peones, y ganado, y faenas de labranza que realizar. Catalina es una muchacha activa. Va a donde trabajan los peones a llevarles la comida de mediodía, trabaja en la casa: fregando, cosiendo, barriendo; guarda algún rebaño cuando lo manda tío Bartolomé. Y tiene siempre buen semblante, sonrisa a punto, corazón abierto. A pesar de esa misteriosa lejanía que la tiene todo el día y toda la noche como ausente de este mundo. Porque allá en el campo, mientras las ovejas o las cabras mordisquean la hierba, Catalina se pone de rodillas y asiste milagrosamente a la misa de los cartujos de Valldemosa. Otra vez se pierde al regreso de un recado, en el campo, y Santa Catalina mártir acude a ella, seca sus lágrimas y la lleva de la mano hasta cerca de «Son Gallart».

Aparece entonces en la vida de Catalina un personaje importante y muy decisivo. Uno de aquellos ermitaños, el venerable padre Castañeda. Es un hombre que ha abandonado el mundo buscando la total entrega de su alma al Señor. Vive en las colinas y de limosna. Un día pasa por el predio a pedir y Catalina le conoce. Surge entre ambos una corriente de simpatía y de afecto. Recomendada más tarde por Ana Mas, Catalina va a visitar al padre Castañeda al oratorio de la Trinidad. Catalina se le confía: ella quiere ser religiosa. A la segunda entrevista, el padre Castañeda está convencido. La dirección espiritual del religioso hará todavía un gran bien a la muchacha. Pero entonces empieza un largo episodio: el de las dificultades.

Los tíos, al saber la vocación de su sobrina, se oponen decididamente. Por aquellas fechas, una muchacha valldemosina, que había ingresado en un convento de Palma, se sale, reconociéndose sin verdadera vocación. Es, pues, mal momento político para que nadie ayude a Catalina. Por otra parte, Catalina era una muchacha guapa y muy atractiva. Es natural que muchos jóvenes de los alrededores se fijaran en ella con el deseo de entablar relaciones y casarse. Catalina espera pacientemente. Y otra dificultad llega. El padre Castañeda decide marcharse de Mallorca.

Catalina se despide de él con una sonrisa misteriosa. No, el padre se irá, pero volverá, porque Dios quiere que él sea su apo-

yo para entrar en el convento. Efectivamente, el barco que llevaba al religioso sale de Sóller con una fuerte tormenta que le impide llegar a Barcelona. Y regresa de nuevo a Valldemosa. El religioso ve que la profecía de la muchacha se ha cumplido y decide ayudarla plenamente. Va a hablar con los tíos y los convence. Catalina se marcha a Palma, para ir realizando las gestiones previas a su ingreso en un convento. Y, en tanto, se coloca como sirvienta en la casa de don Mateo Zaforteza Tagamanent y, en concreto, al servicio de una hija de este señor llamada Isabel. Las dos muchachas se cobran un fuerte cariño. Isabel la enseña a leer, escribir, bordar y otros trabajos. Catalina da más; Catalina habla de Dios, permanentemente, a Isabel. Y lleva una vida tan heroica, tan mortificada, que cae enferma. Los señores y sus hijos se turnan celosamente junto al lecho de la criada. Como si la criada fuese ahora la señora y ellos los honrados en servirla.

Y llega el momento de intentar, ya en serio, el ingreso en alguno de los conventos de Palma. El padre Castañeda los recorre, uno tras otro. Hay un grave inconveniente: Catalina carece de dote. Es totalmente pobre. Pero estos conventos son también necesitados. No pueden acoger a una aspirante que no traiga alguna ayuda... Convento de Santa Magdalena, de San Jerónimo, de Santa Margarita... Las noticias que el padre va llevando a Catalina son descorazonadoras. Catalina se refugia en la oración. Y reza tan intensamente que, cuando ya todo parece perdido, los tres conventos a la vez, interesados por la descripción que de la joven les ha hecho el religioso, deciden pasar por alto el requisito de la dote. Y los tres conventos están dispuestos a admitir a Catalina Tomás.

Una tradición representa a Santa Catalina, sentada en una piedra del mercado, llorando tristemente su soledad. Y en aquella piedra, según la misma tradición, recibe Catalina la noticia de que ha sido admitida. Aún se conserva esta piedra, adosada al muro exterior de la sacristía, en la parroquia de San Nicolás, con una lápida —colocada en 1826— que lo acredita. Catalina, entonces, decide ingresar en el primero de los tres conventos visitados, el de Santa Magdalena.

A los dos meses y doce días de su ingreso, Catalina toma el velo blanco. Media ciudad de Palma, con su nobleza al frente,

acude al acto, pues tanta es ya la fama de la muchacha. Enero de 1553.

Los años que vive Catalina en el convento palmesano serán casi ocultos. Pero como es tan difícil que la santidad pueda estar bajo el celemín, toda la ciudad acude a verla, a consultarle sus problemas, a encomendarse a sus oraciones, a pedirle consejo... Ella se resiste a salir al locutorio, se negaba a recibir regalos y cuando tenía que recibirlos, los daba a las demás monjas. Practicaba la pobreza, la obediencia, la castidad, siempre en grado heroico. La prelada decidió un día someterla a una prueba bien dura. En pleno verano, la ordenó que se saliese al patio y estuviera bajo el sol hasta nueva orden. Catalina no dice una sola palabra: va al lugar indicado y permanece allí varias horas, hasta que la superiora, admirada de su fortaleza, la manda llamar.

Catalina crece en amor y sabiduría. Sus éxtasis son cada vez más frecuentes e intensos. Algunos duran hasta días. En su celda se conserva aún la piedra sobre la que se arrodillaba y que muestra las hendiduras practicadas por tantísimas horas de oración en hinojos. Aunque ella procuraba ocultar, por humildad, estos regalos de Dios, era natural que sus hermanas se enterasen. Y la fama crecía.

Un día, Catalina recibe el aviso de Dios. Diez años antes de su muerte, supo cuándo sería llamada por el Señor. Y estuvo esperando ansiosamente este momento. La Domínica de Pasión de 1574, el 28 de marzo, Catalina entró en el locutorio donde estaba una hermana suya con una visita. Iba a despedirse —dijo—, pues se marchaba al cielo. Y efectivamente, al día siguiente, después de comulgar en éxtasis, mandó llamar al sacerdote porque se sentía morir. Los médicos dijeron que no la encontraban grave, pero el sacerdote acudió y apenas recibidos los sacramentos, mientras la superiora rezaba con ella las oraciones, tras haber pedido perdón a la madre y a las hermanas, cayó en un éxtasis al final del cual entregó su alma a Dios.

Lo demás, vendría por sus pies contados: el proceso de beatificación, la beatificación, el proceso siguiente y por fin la gloria de los altares. Con una particularidad. El fervor popular por Santa Catalina Tomás iría creciendo y manteniéndose de tal modo que, aunque ella murió en 1574, la beatificación

se dicta —por Pío VI— en 1792 y la canonización —por Pío XI— en 1930. El cuerpo de Catalina Tomás se ha conservado incorrupto.

La vida de esta muchacha mallorquina es un camino distinto de la santidad. Una santidad vivida con impresionante sencillez, con rotunda eficacia. Una santidad hecha de la elevación de la virtud al grado heroico. Y, al mismo tiempo, una santidad popular. En el alma de Mallorca sigue bien recio el amor por su santita criada, su santita pastora, su santita monja. Aunque el turismo no muestre su itinerario, ella está en el corazón de los mallorquines.

JOSÉ MARÍA PÉREZ LOZANO

Bibliografía

MASSANET ZAFORTEZA, M.ª L., *Vida de Santa Catalina Tomás, virgen mallorquina* (Palma de Mallorca 1967).

THOMÁS, A., MSSC, *Vida y milagros de Santa Catalina Tomás* (Palma de Mallorca 1935).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTOS PRÓCORO, NICANOR, TIMÓN, PÁRMENAS Y NICOLÁS

Ministros del Señor (s. I)

El libro de los Hechos de los Apóstoles, entre las noticias que proporciona de la naciente Iglesia, nos narra en el cap. 6 cómo la Iglesia de Jerusalén crecía al multiplicarse cada día el número de los fieles. Jesucristo era predicado con todo valor y gente de variadas condiciones aceptaban el evangelio y se adherían a la fe de la Iglesia. Entre esta gente agregada a la Iglesia había griegos, es decir personas de lengua helénica. Funcionaba en el interior de la comunidad un servicio de caridad por el que a las personas necesitadas se les suministraba socorros oportunos por parte de la bolsa común. Cada día se daba la comida a todos los que tenían necesidad de ella. Y ahí surgió el problema: los griegos comenzaron a decir que sus viudas eran descuidadas en el suministro cotidiano.

Los apóstoles encararon el problema y quisieron darle una solución justa y comunitaria, es decir a partir de los mismos fieles. Por ello, reunida la comunidad, expresaron los apóstoles que no era propio que ellos se hicieran cargo personalmente de la distribución de los alimentos, pues la tarea que a ellos les correspondía era el culto y la predicación, y a ello se debían dedicar. Convenía, por tanto, que se eligiera a personas responsables, a siete hermanos, poniendo como condición que tuvieran buena reputación y que estuvieran llenos del Espíritu Santo y de sabiduría, y a ellos se les encomendara el servicio. Esta propuesta apostólica fue bien acogida por toda la asamblea y entonces eligieron a siete varones, cuyos nombres son Esteban, Felipe, Prócoro, Nicanor, Timón, Pármenas y Nicolás. Como puede verse, los nombres son de origen helénico, y uno de ellos no era de raza judía sino un prosélito de Antioquía, Nicolás, y se diría que con ello ya gozaban de la confianza del sector helénico de la comunidad jerosolimitana. Presentados los elegidos a los apóstoles, éstos oraron y les impusieron las manos, signo sagrado con el que quedó expresada la misión que se les encomendaba en la Iglesia. La tradición posterior les ha llamado diáconos, palabra que no emplea el libro de los Hechos, y ha visto en esta acción apostólica la institución del diaconado. De suyo la elección era para el servicio de las mesas, pero veremos más tarde a algunos de estos siete elegidos como ministros intrépidos de la Palabra divina.

El *Martirologio* tiene fechas especiales para conmemorar a Esteban y a Felipe, cuyas obras de evangelización narra el libro de los Hechos, más el martirio del primero. A los otros cinco los conmemora en el día de hoy.

SAN VÍCTOR I

Papa († 198)

Víctor era un clérigo africano al que en 189 la comunidad cristiana de Roma eligió como su obispo, siendo el primero de cultura latina que se sentó en la sede romana. Persona de firmes convicciones, procuró que todas las otras iglesias cristianas siguieran el método romano de calcular la fecha de la Pascua, lo

que trajo consigo la convocatoria de numerosos sínodos regionales que trataron el tema. La mayoría aceptó la decisión del obispo de Roma, pero no así los de Asia Menor, cuyas iglesias estaban seguras de seguir una tradición que era distinta pero era apostólica, y Víctor no tuvo escrúpulos en recurrir a la excomunión con quienes disentían. Esta actitud pareció intolerante a algunos, como por ejemplo San Ireneo de Lyón, el cual no dejó de hacer ver que los predecesores de Víctor habían tolerado el uso discrepante y no habían recurrido a la ruptura de la comunión. Como de hecho las iglesias de Asia Menor siguieron en comunión con Roma, parece que Víctor no se mantuvo en su decisión excluyente. Víctor luchó contra varias herejías, como el adopcionismo de Teodoro de Bizancio o el gnosticismo de Florino, siempre con su habitual fortaleza y radicalidad. Es claro que Víctor tenía conciencia segura de su autoridad más allá de la comunidad local de Roma. Aprovechó que una de las concubinas del emperador Cómodo, Marcia, era cristiana, para obtener la vuelta de muchos cristianos condenados a las minas de Cerdeña. Murió el año 198.

SANTOS MÁRTIRES DE LA TEBAIDA
(† 250-258)

En las persecuciones de Decio y Valeriano que se sucedieron con tan pocos años de diferencia a mitad del siglo III, la región de la Tebaida en Egipto conoció el martirio de numerosos fieles. Su número fue muy crecido, y por esta multitudinaria confesión de fe, los perseguidores no pudieron menos que sentirse despechados. Por ello acudieron al sistema de procurar su apostasía a base de maltratarlos con refinados tormentos, no limitándose a poner fin a su vida mediante el rápido degüello. Estos tormentos repetidos y refinados buscaban que los confesores de la fe renegaran de la misma para evitar la crueldad de que eran objeto.

Se cuenta de uno de ellos que, después de vencer el tormento del potro, las planchas de hierro y las sartenes candentes, untado con miel y atadas las manos, fue expuesto a un sol abrasador para que le punzasen las moscas, abejas y avispas. Otro,

atado a un lecho de flores y solicitado por una mujer pública, la repelió arrojándole un trozo de su propia lengua. Los cristianos de la Tebaida demostraron ser personas de fe heroica e invencible en una época de persecuciones en la que hubo en otros sitios lamentables deserciones.

SANTOS NAZARIO Y CELSO

Mártires (fecha desconocida)

A poco de la muerte del emperador Teodosio en 395 San Ambrosio encontró en un huerto los sepulcros de los santos Nazario y Celso, hecho del que tenemos noticia por Paulino, el biógrafo de San Ambrosio, y que estaba presente cuando las cosas sucedieron. Según Paulino, una vez abierto el sepulcro del mártir Nazario, se encontró íntegro y fresco el cuerpo del mártir, como si hubiera sido martirizado recientemente, y la cabeza, separada del cuerpo, igualmente incorrupta. San Ambrosio decidió llevar el cuerpo santo a la basílica de los apóstoles, cuya dedicación hizo el propio santo prelado en 386, y que a partir de entonces se la conoció como la basílica de San Nazario. Descubierto el cuerpo de San Nazario, los guardianes del huerto le hablaron de que había allí enterrado otro mártir y entonces se atendió al sepulcro donde estaba San Celso, cuyo cuerpo, no entonces sino años más tarde, fue trasladado por el obispo Landolfo. Sobre ambos santos no había noticia alguna acerca de su identidad y fecha de su martirio. Carece de todo fundamento la *passio* que se les inventó en el siglo V. Desde Milán y aún en vida de San Ambrosio empezó a difundirse el culto a ambos santos.

SAN BOTVIDO

Mártir († 1100)

Botvido de Hammarby nació en una rica familia pagana. Decidido a ejercer el comercio, viajó a Inglaterra y vino a alojarse en casa de un sacerdote que llevaba una vida piadosa y ejemplar. Al joven le apeteció conocer la religión del sacerdote y éste lo instruyó en nuestra fe y oportunamente lo bautizó. Botvido

volvió a Suecia, y se hizo apóstol de su gente, ganándola con su buen ejemplo de bondad y caridad y transmitiéndoles de palabra el mensaje del evangelio. El Señor bendijo su apostolado y numerosas personas se hicieron cristianas.

Su muerte se debió a su bondad. Tenía un esclavo vendo, al que él convirtió al cristianismo, y una vez bautizado le dio la libertad. Entonces decidió que el neoconverso volviera a su tierra para ver de convertir a los suyos y decidió acompañarlo durante un tiempo por el camino. Al llegar a Ragö, en el archipiélago de Södermanland, Botvido se dio al descanso, y el exesclavo aprovechó la oportunidad para asesinarlo y tomando la nave darse a la huida. Su hermano Björn, al ver que no volvía, salió en su busca y lo halló. La leyenda cuenta que un pájaro extraño se posó en su nave y lo guió hasta el sitio donde yacía abandonado el cadáver de su hermano. Llevado su cuerpo y enterrado en la iglesia del rico Hermund, se sucedieron los prodigios en su tumba y el pueblo empezó a tenerlo por santo y por mártir. Su hermano levantó una iglesia en su honor, llamada la Botkyrka, a la que fue llevado solemnemente el cuerpo del mártir. Santa Brígida de Suecia era devota del santo. La fecha de su muerte fue el año 1100/1120 y su memoria se celebra el 28 de julio.

BEATOS MANUEL SEGURA LÓPEZ Y DAVID CARLOS MARAÑÓN

Religiosos y mártires († 1936)

El primero de estos religiosos era presbítero, el otro hermano lego. Ambos fueron arrestados con el resto de la comunidad del santuario calasancio de Peralta de la Sal, la población natal de San José de Calasanz, el fundador de la Orden de las Escuelas Pías. El día 23 de julio fueron encerrados en la casa Llari con su comunidad, y el día 28 de octubre fueron requeridos y llevados a Gabasa, donde les fusilaron.

MANUEL SEGURA LÓPEZ había nacido en Almonacid de la Sierra, en la diócesis de Zaragoza, en el seno de una cristiana familia, el día 22 de enero de 1881. Habiendo sentido la vocación religiosa, ingresó en 1899 en la Orden de las Escuelas Pías y, he-

cho el noviciado, profesó los votos simples en 1901, haciendo la solemne en 1906. El año 1907, concluidos los estudios oportunos, fue ordenado sacerdote. Pasó por los colegios de Barbastro, Tamarite, Pamplona y Tafalla, dedicado por entero a la enseñanza de los niños y jóvenes, hasta que por sus magníficas cualidades religiosas y morales le fue confiado el delicado cargo de maestro de novicios en Peralta de la Sal, donde dirigía a los aspirantes a la vida religiosa con el mayor esmero, lo que procuró hacer también cuando la comunidad se vio arrestada y detenida. Al llegar los milicianos armados, los novicios estaban jugando al fútbol en el patio. El padre maestro les dijo que pasaran del deporte al martirio. Ellos se libraron y lo recordaron siempre como un maestro de novicios lleno de virtudes. Cuando estando detenido lo llamaron, se dio cuenta de que iba a la muerte y se confesó con uno de sus compañeros detenidos y se despidió de ellos. Murió gritando vivas a Cristo Rey.

DAVID CARLOS MARAÑÓN nació el 29 de diciembre de 1907 en Asarta, diócesis de Pamplona. Con 23 años ingresa en la Orden de las Escuelas Pías, y, hecho el noviciado, profesa como hermano lego en 1932 y tres años más tarde es admitido a la profesión solemne. Religioso observante y ejemplar, humilde, trabajador y obediente, fue cocinero y hortelano. Estaba destinado en el colegio de Peralta de la Sal cuando fue llamado al martirio. Se le dijo que se le perdonaría la vida si renegaba de su hábito religioso, pero él se mantuvo firme en su vocación y fue fusilado.

Fueron beatificados por Juan Pablo II el 1 de octubre de 1995 en el grupo de trece escolapios martirizados en diversos días.

BEATOS JOSÉ CASELLES MONCHO Y JOSÉ MARÍA CASTELL CAMPS

Presbíteros y mártires († 1936)

El martirio de estos dos religiosos salesianos se inscribe en la coyuntura por la que pasó la casa salesiana del Tibidabo, fundada el año 1912, con el objetivo de estar al servicio del culto y proseguir las obras del templo, a lo que se unió en 1927 la aten-

ción de la escolanía, compuesta por 50 niños internos. El domingo 19 de julio se podían ver desde la altura del Tibidabo las columnas de humo de las iglesias barcelonesas entregadas al fuego. El martes 21 decidieron los salesianos enviar a los niños a sus propias familias y buscar refugio los miembros de la comunidad en casas y fincas vecinas.

Los mártires de la comunidad fueron dos:

JOSÉ CASELLES MONCHO había nacido en Benidoleig, Alicante, el 8 de agosto de 1907. Fue alumno del colegio salesiano de Valencia y de ahí le vino su vocación religiosa. Hecho el noviciado, profesó en 1927 y prosiguió sus estudios sacerdotales, ordenándose el 21 de mayo de 1936. Estaba destinado en la comunidad del Tibidabo. Decidido a arreglar el envío de los niños a sus pueblos, tenía el día 27 de julio dispuestos los papeles de los que aún quedaban y bajó con tres de ellos a Barcelona para acompañarlos a tomar el tren para Tarragona. A las siete de la tarde dejó a los chicos en la puerta de la casa de una familiar de compañeros salesianos y subió para saludarla. En ese momento pasó un grupo de milicianos y detuvieron a los muchachos. Cuando él lo supo, decidió bajar y seguirlos, pese a que le advirtieron que ello era muy peligroso. Bajó en efecto y siguió a los muchachos, siendo detenido por los milicianos. A las doce de la noche ingresaba su cadáver en el Hospital Clínico.

JOSÉ MARÍA CASTELL CAMPS, nacido en Ciudadela, Menorca, el 12 de octubre de 1901, estudia en el colegio salesiano de su población, de donde le vino la vocación religiosa. Ingresó en la congregación salesiana en 1918 y prosiguió sus estudios hasta su ordenación sacerdotal en 1927. Destinado a la casa del Tibidabo, salió de ella el 22 de julio de 1936 y encontró refugio en la Gran Vía barcelonesa, yendo a comer a casa de una familia de salesianos, donde hallaba a otros salesianos de paso, y se confortaban mutuamente. No se sabe cómo, pero consta que al anochecer del día 28 de julio estaba ya detenido y en un coche. De allí lo hicieron subir al domicilio de la señora Obiols para que reconociera a un sobrino de ella a quien querían detener, y que era el sacerdote don Pablo Baraut. Él no lo delató como tal sacerdote pero mientras los milicianos estaban discutiendo le pidió a don Pablo la absolución. Se lo llevaron y aquella misma noche fue fusilado.

Fueron glorificados el 11 de marzo de 2001 por Juan Pablo II en el acto de beatificación de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

29 de julio

A) Martirologio

1. La memoria de Santa Marta († s. I), que en Betania hospedó al Señor **.
2. La conmemoración de santos Lázaro ** y María de Betania (s. I), hermanos de Santa Marta.
3. En Gangris (Paflagonia), San Calínico († s. II/III), mártir.
4. En Roma, en la Via Portuense, San Félix (s. III/IV), mártir.
5. En Roma, en el cementerio de Generosa, santos Simplicio, Faustino, Viatriz y Rufo (s. III/IV), mártires.
6. En Troyes (Galia), San Lupo († 479), obispo *.
7. En Orleáns, San Próspero (s. V), obispo.
8. En Nidaros (Noruega), San Olav († 1030), rey y mártir **.
9. En Roma, Beato Urbano II († 1099), papa **.
10. En Saint-Brieuc (Bretaña Menor), San Guillermo Pinchón († 1234), obispo *.
11. En Amura (Japón), beatos Luis Beltrán, presbítero, Mancio de Santa Cruz y Pedro de Santa María, religiosos dominicos († 1627), mártires *.
12. En Rochefort (Francia), Beato Carlos Nicolás Antonio Ancel († 1794), presbítero, de la Sociedad de Jesús y María, mártir *.
13. En Qingyan (China), santos José Zhang Wenlan, Pablo Chen Changpin, seminaristas, Juan Bautista Lou Tingyin, administrador del seminario, y Marta Wang Louzhi, viuda († 1861), mártires *.
14. En Esplugues (Barcelona), Beato Juan Bautista Egozcuezábal Aldaz († 1936), religioso de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios, mártir *.
15. En Calanda (Teruel), beatos Lucio Martínez Mancebo, presbítero, de la Orden de Predicadores, y compañeros: Antonio López Couceiro, Felicísimo Díez González, Saturio Rey Robles, Tirso Manrique Melero, presbíteros, Gumersindo Soto Barros y Lamberto de Navascués y de Juan, todos ellos religiosos de la misma Orden de Predicadores, y el sacerdote secular Manuel Albert Ginés († 1936), mártires **.
16. En Valencia, Beato José Calasanz Marqués († 1936), presbítero, de la Sociedad Salesiana, mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTA MARTA

Hermana de Lázaro († s. I)

En la pendiente oriental del monte Olivete, y a una distancia aproximadamente de un kilómetro de su cúspide, yace una aldea típicamente árabe llamada El-Azariyeh, que acaso tenga relación con el Lazarion, nombre que se daba a la población cristiana bizantina construida a unos 200 o 300 metros del emplazamiento del villorrio de Betania de que habla el Evangelio. Dice San Juan que el poblado «estaba cerca de Jerusalén, como unos quince estadios» (11,18), o sea, a unos tres kilómetros (exactamente: 2.775 m.), en el supuesto de seguir el camino recto que conduce a Betania a través de Getsemaní, la cima del monte Olivete y Betfagé. Más largo es el trayecto por la carretera de Jerusalén a Jericó y Transjordania, que roza el poblado de Betania.

Por su proximidad muchos judíos de Jerusalén iban frecuentemente a Betania, y el mismo Jesucristo se retiraba allí al atardecer, una vez terminado su magisterio diurno en el Templo, buscando en el hogar de una familia amiga el calor que un corazón humano comprensivo podía proporcionar al peregrino divino que no disponía de una piedra donde reclinar su cabeza. Componían la familia los tres hermanos: Marta, María y Lázaro. No parece que vivieran sus padres, ni que alguno de los mencionados hermanos estuviera ligado en matrimonio o lo hubiera contraído en un tiempo. Era Marta la mayor de la hermandad y hacía ella las veces de ama de casa. Esto último significa su nombre en lengua hebraica, *martah,* que no aparece en el Antiguo Testamento, pero se halla en la literatura talmúdica bajo la forma femenina con el significado de «ama», «dueña». En uno de los muchos sepulcros judío-cristianos del siglo I descubiertos en el paraje llamado Dominus Flevit, en la vertiente occidental del Olivete, han aparecido juntos los nombres de «Marta y María» *(martah wemariah).*

Una santa amistad unía la familia con el divino Redentor. Marta, como ama de casa, era la encargada de recibir y atender a los huéspedes. El santo Evangelio señala algunos de sus en-

cuentros con Jesús. La primera vez que Marta salta al terreno de la historia fue con ocasión de hospedar a Jesús en su viaje a Jerusalén siguiendo el camino de Jericó. Al llegar a Betania decidió detenerse en casa de sus amigos. La noticia de la llegada del Maestro puso en revuelo a la piadosa familia, que le acogía con sincero y devoto afecto. Como ama de casa salió Marta a su encuentro e introdujo a Jesús en ella.

Como de costumbre, al poco de entrar empezó Jesús a hablar, quedando todos los presentes, incluso los apóstoles que le acompañaban, pendientes de sus labios. Marta pudo gozar unos momentos de beatífico reposo escuchando al Maestro, pero su condición de «ama de casa» la forzaba a tener que abandonar la compañía del Maestro divino para dedicarse a los trabajos conducentes a asegurarle un hospedaje digno. Trataba Marta de armonizar su actividad con sus ansias de escuchar al Maestro, pero, dado el volumen de trabajo, comprendió que se le escapaba la oportunidad de poder oír las palabras de Jesús. Con envidia contemplaba a su hermana María, abstraída totalmente de toda preocupación material, atenta a las palabras de Cristo. En su ir y venir echó Marta sus cálculos de que, si María la ayudara en sus quehaceres, más pronto quedaría libre para escuchar tranquilamente a Jesús. Dada la íntima confianza con que la familia trataba a Jesús, se atrevió Marta a proponerle lo que había premeditado en su interior, diciéndole: «Señor, ¿no te da enfado que mi hermana me deje a mí sola en el servicio? Dile, pues, que me ayude» (Lc 10,40). No eran sus palabras un reproche para su hermana, sino una angustiosa llamada al bondadoso Jesús para que sugiriera a María la idea de que, con el trabajo aunado de las dos, tendría Marta más tiempo libre para dedicarlo también a la contemplación.

Comprendió Jesús que las palabras de Marta estaban dictadas por el ardiente anhelo que tenía de escucharle. Por eso le contestó con otras que tenían más de lección para los presentes y para las generaciones venideras que de reprensión para la hacendosa hermana: «Marta, Marta, tú te acongojas y conturbas por muchas cosas, cuando de pocas hay necesidad; en rigor, de una sola. María ha escogido la mejor parte, que no le será arrebatada». En efecto, dado el inestimable privilegio dispensado a

la familia de tener a Jesús como huésped, lo principal era escucharle, pasando a segundo término las preocupaciones por el alimento material.

Cuando Jesús se dignó entrar en casa de Marta no pretendía que se le dispensara a él y a sus discípulos una recepción fastuosa o que se les preparase un exquisito banquete. El divino Maestro tenía un manjar que los hombres no conocían (Jn 4,32), y quería que todos pospusieran el alimento material a la comida espiritual. Cristo había dicho: «No os preocupéis diciendo: ¿Qué comeremos, qué beberemos, o qué vestiremos? Los gentiles se afanan por todo esto [...] Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo eso se os dará por añadidura» (Mt 6,31-33). Jesús entró en casa de sus amigos de Betania con el fin de saciar el hambre espiritual que sentían sus moradores, por lo cual no convenía que desviaran su atención a otras cosas secundarias, aunque tuvieran como finalidad exclusiva el servicio de Cristo y su móvil fuera el amor hacia él.

Puestos a enjuiciar la actitud de las dos hermanas conforme a la jerarquía de los valores espirituales, cabe decir que la ocupación de María es en sí más perfecta que la de Marta. De suyo es más noble vagar en la contemplación de las cosas divinas que andar entre ollas y pucheros. ¿De lo dicho se deduce que debemos ser todos unos contemplativos, abismándonos en el estudio de las cosas de Dios, olvidados del mundo que nos rodea? No; Jesús, dice San Agustín, no reprende a Marta; sólo señala diferencia de ministerios. Hay vocaciones a un estado superior de contemplación. Que no digan los activos que los que contemplan no trabajan: trabajan mejor que ellos si contemplan mejor. De aquí la importancia suma que a la vida contemplativa dio siempre la Iglesia. Pero, cuando debe prevalecer la acción, entonces la misma Iglesia es la que orienta la actividad de sus hijos en este sentido. Este criterio ha hecho que surgieran en el campo de la Iglesia, en días de lucha con el enemigo, esta pléyade de hombres, de instituciones, que tienen por lema unir la acción a la contemplación.

Otro encuentro más sensacional tuvo Marta con Cristo en su misma casa de Betania. Se hallaba Jesús al otro lado del Jordán cuando una cruel enfermedad se apoderó de Lázaro. Desde el

primer momento sus dos hermanas, Marta y María, pensaron que el mejor médico era su amigo Jesús, dueño de las enfermedades y de la muerte. De ahí que le mandaran un recado con las palabras: «Señor, el que amas está enfermo». Bien conocía Cristo la gravedad del mal que aquejaba a Lázaro y su desenlace, pero tardó en ir para dar lugar a un ruidoso milagro. Cuando fue «se encontró con que Lázaro llevaba ya cuatro días en el sepulcro». Al enterarse Marta de que Jesús llegaba, le salió al encuentro, en tanto que María se quedó sentada en casa. Transida de dolor y abrigando al mismo tiempo gran confianza en su corazón, se atrevió Marta a decirle: «Señor, si hubieras estado aquí no habría muerto mi hermano; pero sé que cuanto pidas a Dios, Dios te lo otorgará». Díjole Jesús: «Resucitará tu hermano». Marta le contestó: «Sé que resucitará en la resurrección en el último día». Viendo Jesús el dolor que embargaba a Marta, quiso disipar cualquier sombra de duda que pudiera atormentar el corazón de aquella laboriosa ama de casa diciéndole: «Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque muera vivirá; y todo el que vive y cree en mí no morirá para siempre. ¿Crees tú esto?». Respondió Marta: «Sí, Señor; yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios que ha venido a este mundo» (Jn 11,20-27).

Apenas oyó Marta las palabras esperanzadoras de Jesús, le dejó y corrió a casa para anunciar en secreto a su hermana María que el Maestro estaba allí y la llamaba. De repente se levantó María y corrió también al encuentro de Jesús. Así que María llegó donde Jesús estaba, viéndole, se echó a sus pies, diciendo: «Señor, si hubieras estado aquí no habría muerto mi hermano». Las lágrimas de las dos hermanas y sus gritos de dolor contagiaron a la muchedumbre allí presente, que lloraba con ellas la desaparición del hermano querido.

El mismo Jesús, ante aquel espectáculo, «se conmovió hondamente, se turbó y dijo: "¿Dónde le habéis puesto?". Mientras se dirigían todos presurosos al sepulcro de Lázaro, las lágrimas asomaron en los ojos de Jesús, resbalando silenciosamente sobre sus divinas mejillas, lo que hizo exclamar a muchos de los judíos presentes: "¡Cómo le amaba!". Rodeado de las hermanas y demás comitiva Jesús llegó al monumento, que era una cueva tapada con una piedra. Dijo Jesús: "Quitad la piedra", a lo que

contestó Marta, acaso para evitar que un cuadro espeluznante se ofreciera a su vista: "Señor, ya hiede, pues lleva cuatro días". Jesús atajó toda duda diciendo: "¿No te he dicho que, si creyeres, verás la gloria de Dios?". Pocos momentos después, Lázaro salía del sepulcro, ligados con faja pies y manos y el rostro envuelto en un sudario» (Jn 11,32-44). Jesús había premiado con un extraordinario milagro la fe de una familia amiga que le amaba entrañablemente.

En este episodio evangélico aparece Jesús como el sincero amigo, el huésped agradecido, el compasivo consolador, el sencillo bienhechor, el delicado compañero. ¡Oh, dichosos una y mil veces los que, como Lázaro, Marta y María, le tienen y tratan como amigo! Dichosos los que oyen y entienden las palabras: «Todo el que vive y cree en mí no morirá jamás, aun cuando muera, vivirá». A Marta debemos el que Cristo pronunciara estas palabras tan consoladoras para nosotros, mortales que caminamos hacia la eternidad con la esperanza de vivir para siempre en compañía del que es la resurrección y la vida.

Todavía el Evangelio nos ha conservado otro recuerdo de la solícita hermana de Lázaro. «Seis días antes de la Pascua vino Jesús a Betania, donde estaba Lázaro, a quien Jesús había resucitado de entre los muertos. Le dispusieron allí una cena; y Marta servía, y Lázaro era de los que estaban en la mesa con él» (Jn 12,1-2). Como siempre, también el Evangelio nos presenta en este pasaje a Marta sirviendo a Jesús, ejerciendo amorosamente con él los deberes que le imponía su condición de «ama de casa». También en este pasaje evangélico María demuestra su amor por Cristo con el modo que le es peculiar. Mientras Marta servía la cena, su hermana «ungió los pies de Jesús y los enjugó con sus cabellos» (Jn 12,3). De nuevo las dos hermanas son el prototipo de las dos vidas, activa y contemplativa.

A partir de este hecho desaparece Marta del marco de la historia para entrar en el campo de la leyenda. Ningún documento antiguo nos informa sobre su comportamiento durante los días de la pasión de Cristo y del tiempo que siguió a su resurrección hasta la ascensión a los cielos; pero todo induce a creer que la hacendosa «ama de casa» a quien amaba Cristo, sintiera vivísimamente su pasión y muerte, aunque lo manifestara de manera

menos espectacular que su hermana María. Cabe también suponer que vio al divino Maestro resucitado. Llena de méritos y madura para el cielo, murió a una edad que desconocemos, yendo a ocupar un sitio de honor en las mansiones de la casa del Padre celestial en premio de su total devoción y entrega al servicio de Cristo. Muy probablemente murió y fue sepultada en Betania, donde se enseñaba su sepulcro en el siglo IV. Una leyenda, con muy poco fundamento histórico, asegura que en el año 1187 se descubrió su sepulcro en Tarascón (Francia), dando pie con ello a otra leyenda del traslado de toda la familia a Francia y de su afincamiento en Tarascón, con la consiguiente actividad apostólica corroborada con portentosos milagros.

A causa de su familiaridad con Cristo, y por decir el Evangelio que «Jesús amaba a Marta» (Jn 11,5), su culto penetró muy pronto en la liturgia, variando extraordinariamente el día de su conmemoración. En Roma se le dedicó una iglesia por sugerencia de San Ignacio de Loyola.

En 1528 los familiares pontificios formaron una hermandad, y, con el permiso del papa Paulo III, edificaron una iglesia en honor de Santa Marta, junto al Vaticano. En el curso de los años fueron muchos los institutos religiosos femeninos que escogieron a Marta como protectora. Es considerada la santa como patrona del ramo de hostelería por razón de haberse mostrado ella diligentísima en el servicio del huésped divino, Jesucristo. Siempre ha gozado Marta de muchas simpatías a causa de ser ella diligente, cariñosa y condescendiente hasta tolerar el exceso de fatiga que le ocasionaba el carácter diferente de su hermana María. En el desenvolvimiento de sus quehaceres ella mira siempre las cosas por el lado práctico. El Salvador la amaba extraordinariamente porque, si María se muestra insaciable en recibir de él el alimento espiritual, Marta, en cambio, se comporta como una tierna madre, tanto para él como para los discípulos, los cuales eran considerados en Betania como personas de casa. Tienen los hosteleros en Marta un modelo que imitar. A todos nos enseña la santa que debemos tratar a nuestros hermanos con la misma solicitud con que ella atendía a Cristo y a sus apóstoles.

LUIS ARNALDICH, OFM

Bibliografía

Actes du Congrès archéologique d'Avignon, I (1909) 262-273 (Sobre la iglesia de Tarascón).

LESETRE, H., «Marthe», en F. VIGOUROUX (ed.), *Dictionnaire de la Bible,* IV (París 1908) cols.825-826.

MOMBRITIUS, B., *Sanctuarium, seu, vitae sanctorum,* 2 vols. (París 1910) (Sobre la vida legendaria de Santa Marta).

SCHUSTER, A. I., *Liber sacramentorum. Estudio histórico-litúrgico sobre el misal romano,* VIII (Barcelona 1948).

VACANDARD, E., «La venue de Lazare et de Marie-Madeleine en Provence»: *Revue de Questions Historiques* 100 (1924) 257-305 (Sobre las leyendas provenzales).

• Actualización:

HERVELIN-MICHAUT, M., *Être Marthe et Marie* (París 1988).

MOURLON BEERNAERT, P., *Marthe, Marie et les autres. Les visages féminins de l'Évangile* (Bruselas 1992).

SAN LÁZARO DE BETANIA

Hermano de Santa Marta († s. I)

De dos fuentes de información disponemos para trazar la semblanza de San Lázaro: el santo Evangelio y algunas actas de carácter legendario. De entre los evangelistas es San Juan el que más se ha ocupado de nuestro santo y, si bien no es pródigo en describirnos demasiadas facetas del mismo, nos proporciona algunos trazos que por sí solos enmarcan los hechos más salientes de su vida.

Era Lázaro un judío de buena posición social, perteneciente a una familia muy conocida en toda Palestina y muy relacionado con familias distinguidas de Jerusalén. Vivía en Betania, pequeña aldea situada a quince estadios de Jerusalén, junto al camino que unía la capital teocrática con el valle del Jordán. La familia componíase de tres miembros: Lázaro y sus dos hermanas, Marta y María. Nunca se habla de sus padres ni de otros familiares, señal de que aquéllos habían pasado a mejor vida y de que los tres hermanos vivían solos en la casa. De vez en cuando se aumentaba la familia con la llegada de Cristo y de sus apóstoles, que encontraban en casa de Lázaro amplio y cariñoso acogimiento. En sus viajes de Jericó a Jerusalén pasaba Jesús junto a Betania y no dejaba nunca de entrar a saludar a su familia amiga. Otras veces, cansado de luchar en Jerusalén contra los escribas y fariseos, tomaba al anochecer el camino de Betania y

descansaba allí de sus fatigas apostólicas. No era Lázaro el jefe de familia, o, al menos, no era el encargado de obsequiar a los visitantes y de llevar el peso de la casa. Estas funciones de amo y dueño de casa las ejercía su hermana Marta, acaso porque Lázaro fuera mucho más joven que ella o porque la enfermedad le impedía ejercerlas por sí mismo. Entre la familia de Lázaro y Jesús existía una amistad sincera y profunda. No especifican los evangelistas en qué radicaba esta confraternidad, pero una piadosa tradición afirma que ello se debía a que Lázaro llevaba una vida profundamente religiosa, ajustando su conducta a las prescripciones de la ley mosaica, de manera que podían aplicársele las palabras que pronunció Cristo a propósito de Natanael: «He aquí un verdadero israelita, en quien no hay dolo» (Jn 1,47). Apenas hubo oído hablar del Salvador y le hubo visto, se prendó del mismo, convirtiéndose en su verdadero discípulo. Tanto Lázaro como sus hermanas formaban parte, muy probablemente, de un grupo de piadosos israelitas que esperaban la redención de Israel. Eran muchos los que anhelaban oír la voz del Mesías, tantas veces preanunciado por los profetas, para deshacerse de la antigua ley, desfigurada por los fariseos, y abrazar la ley de gracia. Es también posible que la familia de Lázaro formara parte del movimiento religioso capitaneado por un grupo monástico residente en la región de Qumrán, al noroeste del Mar Muerto, que se obligaba, entre otras cosas, a ejercer la hospitalidad.

El mejor elogio que puede hacerse de Lázaro lo hallamos en una frase que nos ha legado el evangelista San Juan al relatar las incidencias de la enfermedad de Lázaro. Afirma el evangelista que, habiendo enfermado Lázaro, sus hermanas enviaron un recado a Jesús, diciéndole: «Señor, el que amas está enfermo» (Jn 11,3).

La mencionada frase entraña un profundo contenido. El amor que sentía Jesús hacia Lázaro está patente en las pocas palabras que pronuncia. No es posible que el divino Maestro tuviese predilección por él si no hubiese atesorado Lázaro en su corazón el fascinante talismán de la santidad. Entre Jesús y las almas podría establecerse este paralelismo: Jesús ama a las almas en la medida que éstas atesoran más grados de perfec-

ción, de tal manera que a mayor santidad, más predilección por parte de Cristo.

El amor que Jesús profesaba a Lázaro aparece visiblemente en el diálogo mantenido entre él y las hermanas del santo. Informado el Maestro de la enfermedad que aquejaba a Lázaro por los mensajeros que le mandaron Marta y María, no partió inmediatamente a la cabecera del enfermo, sino que, como afirma San Juan, «permaneció en el lugar en que se hallaba dos días más; pasados los cuales dijo a los discípulos: Vamos otra vez a Judea» (Jn 11,7). Enterada Marta de que Jesús estaba para llegar, voló a su encuentro, se arrodilló a sus pies y, anegada en lágrimas, le dijo:

—Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto. Pero yo sé que cuanto pidieres a Dios te lo concederá.

Respondióle Jesús:

—Tu hermano resucitará.

—Sé —dícele Marta— que resucitará en la resurrección en el último día.

Jesús dijo entonces:

—Yo soy la resurrección y la vida. Quien cree en mí, aun cuando hubiera muerto, vivirá, y quien vive y cree en mí no morirá jamás. ¿Crees esto?

—Sí, Señor —dijo Marta—, yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo, el que viene al mundo.

Y dicho esto se fue a llamar a su hermana, diciéndole secretamente:

—Está aquí el Maestro y te llama.

Apenas María oyó estas palabras, se levantó apresuradamente, abandonando a los asistentes, y, rápida como el entusiasmo de su corazón, salió al encuentro del Maestro. Los judíos que estaban con ella, viendo que María se levantaba y salía de prisa, la siguieron creyendo que iba a la tumba para llorar allí. Cuando María llegó a donde estaba Jesús, viéndole, postróse a sus pies, diciendo:

—Señor, si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano.

Jesús, al ver llorar a María y a los judíos, se estremeció en su espíritu y se conturbó.

—¿Dónde lo habéis puesto?, dijo.

Contestáronle:

—Señor, ven y velo.

Y Jesús lloró. Y, al presenciar los judíos cómo gruesas lágrimas brotaban de sus ojos, exclamaron:

—¡Cómo le amaba!

Jesús, frente a la tumba de Lázaro, se estremece y llora. Las lágrimas son palabras del corazón. Manda Jesús que se quite la losa del sepulcro y con voz fuerte exclama: «Lázaro, sal fuera». Salió el muerto atado de pies y manos y el rostro envuelto en un sudario. El Dominador de la muerte, ante la estupefacción de los presentes, añadió: «Soltadle y dejadle ir» (Jn 11,17-44). Las delicadas manos de sus dos hermanas apresuráronse a cumplir el mandato de Cristo, soltando las trabas que oprimían el cuerpo redivivo del que hacía cuatro días que había muerto.

El milagro tuvo gran resonancia; el nombre de Lázaro corría de boca en boca y su persona habíase convertido en signo de contradicción.

> «De la misma manera que el sol brilla sobre el barro y lo endurece, y brilla sobre la cera y la ablanda, así este gran milagro de nuestro Señor endureció algunos corazones para la incredulidad y ablandó a otros para la fe» (FULTON-SHEEN).

El pueblo sencillo acudía a Betania llevado por la curiosidad de ver a un ser redivivo, saludar a la familia y congratularse con ella del gran milagro que en su favor había obrado Cristo. «Muchos de los judíos que habían venido a María y vieron lo que había hecho (Jesús) creyeron en él» (Jn 11,45). Debió de convertirse Betania en meta de peregrinaciones, porque, según el Evangelio, «una gran muchedumbre de judíos supo que Jesús estaba allí, y vinieron no sólo por Jesús, sino por ver a Lázaro, a quien había resucitado de entre los muertos» (Jn 12,9). Para los que le habían visto muerto y encerrado durante cuatro días en el sepulcro, era Lázaro una prueba irrefutable del poder taumatúrgico de Cristo.

Lo comprendieron así los príncipes de los sacerdotes, los cuales, alarmados por el número creciente de conversiones, resolvieron matar a Lázaro. Pero aún más: viendo que Jesús multiplicaba sus milagros y temiendo que todos creyeran en él, reuniéronse en consejo y determinaron hacerle morir. Como no

había llegado todavía su hora, Jesús ya no andaba en público entre los judíos, antes se retiró a una región próxima al desierto de Judá, donde moró con sus discípulos. En Jerusalén se le buscaba afanosamente, preguntando si subiría a la fiesta de la Pascua. Muchos temían que Jesús no asistiría a la misma, «pues los príncipes de los sacerdotes y los fariseos habían dado órdenes para que, si alguno supiese dónde estaba, lo indicase, a fin de echarle mano» (Jn 11,37). Buscaban los hombres la manera de dar muerte al que es *la resurrección y la vida,* creyendo que de ellos dependía el momento y el día de su ejecución. Sin embargo, al prenderle (Mt 26,53-56), hízoles saber Cristo que se entregaba voluntariamente en sus manos y que ofrecía su vida para la redención del mundo, porque era ésta la voluntad del Padre celestial. La resurrección de Lázaro fue lo que selló su muerte. Puesto que una piedra acababa de ser quitada de su sepulcro y Lázaro era llamado para que volviera a la vida. Caifás, en representación de las autoridades, «profetizó que Jesús había de morir por el pueblo, y no sólo por el pueblo, sino para reunir en uno todos los hijos de Dios» (Jn 11,51-52).

La resurrección de Lázaro puso en ridículo a las autoridades judías. Todas sus acusaciones contra Jesús se derrumbaban estrepitosamente. Los hechos eran patentes: un hombre había muerto y Jesús lo resucitó al cabo de cuatro días. ¿Habéis oído cosa semejante? No se atrevieron las autoridades a negar la veracidad del hecho; no podían, porque muchos hombres de Jerusalén y Betania habían sido testigos oculares de los acontecimientos: siguieron el curso de la enfermedad de Lázaro, le vieron morir, asistieron a la conducción de su cadáver y divisaron el movimiento de la piedra, que, girando sobre sí misma, cerró la boca del sepulcro. Al cuarto día, cuando el cadáver presentaba señales evidentes de putrefacción —«Ya hiede», decía su hermana Marta—, la voz imperiosa de Cristo le grita: «Lázaro, sal fuera». Lo que no hicieron entonces los enemigos de Jesús, lo han intentado sus sucesores, los racionalistas modernos. Para Paulus, Lázaro sufrió un síncope; creyéndole muerto, lo llevaron al sepulcro. Al llegar Cristo y mandar abrirlo, una ráfaga de aire fresco penetró en la caverna, reanimando al que equivocadamente habían dado por muerto. Renán propone otra ex-

plicación no menos grotesca: cuando Jesús llegó a Betania, Lázaro estaba curado; pero sus dos hermanas, ruborizadas por haber molestado a Jesús al haberle obligado a venir, quisieron reparar la falta proporcionándole la ocasión de obrar un milagro. Prestóse Lázaro a dejarse vendar brazos y piernas, envolver su cabeza con un sudario y tenderse como un muerto en el sepulcro de familia. No tuvo Cristo gran trabajo en reanimar al que estaba realmente vivo. Otros racionalistas eliminan el milagro recurriendo a la tesis de la alegoría: descartada la realidad histórica del milagro, dicen, la resurrección de Lázaro no es otra cosa que una composición literaria, o sea, un símbolo que pretende desarrollar el conocido tema, tan del agrado de Cristo, y que enuncia el evangelio de San Juan con las palabras: «Yo soy la resurrección y la vida» (Jn 11,25). Para ellos, la tesis crea el hecho.

Después de su resurrección llevó Lázaro una vida normal. Seis días antes de la Pascua fue Jesús a Betania, «donde estaba Lázaro, a quien Jesús había resucitado de entre los muertos» (Jn 12,1). La familia amiga le dispuso una cena, en la cual Marta servía, «y Lázaro era de los que estaban a la mesa con él». Los judíos se enteraron de que Cristo estaba en Betania y fueron allí. Al día siguiente continuaba en Jerusalén el entusiasmo por Jesús. Le rendía testimonio la muchedumbre que estaba con Él cuando llamó a Lázaro del sepulcro y le resucitó de entre los muertos. «Por esto le salió al encuentro la multitud, porque habían oído que había hecho este milagro. Entretanto los fariseos se decían: Ya veis que no adelantamos nada, ya veis que todo el mundo se va en pos de él» (Jn 12,17-19). Esto último cabe decir de las hipótesis que los racionalistas han forjado para eliminar el milagro de la resurrección de Lázaro. Una hipótesis sucede a otra, sin que el pueblo se entere de su existencia. El alma popular, limpia del orgullo intelectual, sigue creyendo en la realidad del milagro y abriga la persuasión de que todo lo puede Aquel que es la resurrección y la vida. Sabe que Cristo vino al mundo para que todos «tengan vida, y la tengan abundante» (Jn 10,10). A Lázaro, junto con la vida del alma, devolvió Cristo la vida del cuerpo.

La historia deja a Lázaro en el convite con que obsequió a su celestial bienhechor y amigo Jesús y no vuelve a ocuparse jamás de él. La leyenda nos dice que, con ocasión de un levantamiento

contra los cristianos, Lázaro y sus dos hermanas marcharon a la ciudad de Jaffa. Allí fueron apresados, y, con el fin de que pereciesen ahogados en las aguas del mar, los enemigos les obligaron a entrar en un navío viejo y averiado, creyendo en su inminente naufragio. Pero quiso Dios que, tras una venturosa travesía, llegaran a las costas del sur de Francia y desembarcaran felizmente en Marsella. Lázaro púsose inmediatamente a predicar las doctrinas de Jesús con tanta viveza y persuasión, que sus palabras calaban en lo íntimo de las almas, siendo muchos los que abrazaban la doctrina de Cristo. La fama de su predicación y el número de conversiones alarmaron a las autoridades, que desencadenaron contra el santo y sus seguidores una violenta persecución. Marsella era considerada en aquel entonces como el emporio del saber humano, debido, sin duda, a la célebre Academia allí establecida, y que era frecuentada por lo más selecto de la ciudad, de los alrededores y hasta de la misma Roma.

Las autoridades apresaron al santo y le invitaron con palabras halagadoras a que ofreciese incienso a los ídolos. Respondióles con entereza que profesaba las doctrinas de Jesucristo, con el que había convivido y con el que le había ligado íntima amistad. «Si no adoras a nuestros dioses —díjole el prefecto—, perderás la vida en medio de horribles tormentos». Contestóle el santo: «Bien sabes tú que tan sólo puedo ofrecer sacrificios al Dios verdadero y que tus dioses no merecen tales ofrendas. Y, en cuanto a tus amenazas, dígote que no puede acontecerme cosa más placentera, dulce y gloriosa que dar la vida por Aquel que me la devolvió después de haberla perdido y que se dignó morir por mí para que yo pueda sobrevivir eternamente». Indignado y lleno de rabia ante tan heroica respuesta, dio la orden de que le despedazasen con látigos, lo que se cumplió con tan inhumana crueldad que su cuerpo manaba sangre por todas partes. Después de esta dolorosa tortura, sigue diciendo una de las actas del glorioso mártir, se le arrastró cruelmente por toda la ciudad y se le encerró posteriormente en una prisión muy oscura, esperando a que se repusiese de sus heridas para someterle a nuevos suplicios. El Señor le visitó en su lúgubre calabozo, le fortificó para la hora del último combate, prometiéndole hacerle partícipe en el cielo de las delicias de que gozan los apóstoles.

El prefecto invitóle de nuevo a abjurar de su fe; pero inútilmente. Viendo que nada ni nadie era capaz de doblegar el ánimo de Lázaro, mandó el prefecto que fuera atado a un poste y atravesado por una lluvia de flechas. Como el santo vivía, le aplicaron a las heridas planchas de hierro candente. En medio de este pavoroso suplicio sonreía el mártir, gozoso de sufrir por amor de su amigo Jesús. El juez puso término a su vida cortándole la cabeza.

La tradición señala dos sepulcros del santo: uno en Betania y otro en Marsella. Del sepulcro de Betania habla Orígenes (185-254). Consta de un vestíbulo de tres metros de ancho, desde donde se baja, por una escalera estrecha, a un rellano con una anchura de dos metros. Era éste el lugar donde reposó cuatro días el cuerpo difunto de Lázaro. El vestíbulo en el cual se colocó Cristo y desde donde imperó a Lázaro que saliera, fue convertido en capilla, como atestiguan los pequeños ábsides y altares que han aparecido después de unas excavaciones arqueológicas. Según antiguos peregrinos, la misma cámara sepulcral fue revestida de mármol y convertida en capilla. Con la invasión de los árabes, el lugar fue profanado. A fines del siglo XVI transformaron las ruinas de la iglesia antigua en mezquita y prohibieron a los católicos acercarse al sepulcro de Lázaro. Más tarde los franciscanos, custodios de Tierra Santa, consiguieron, mediante una gruesa cantidad de dinero, abrir otro acceso al sepulcro. Desde entonces el peregrino que desea visitar tan augusto lugar se ve en la precisión de bajar veinticuatro gradas de una estrecha y desgastada escalera para llegar al mencionado vestíbulo. Modernamente, la Custodia de Tierra Santa ha levantado sobre el lugar una devota iglesia, que evoca maravillosamente la escena de Cristo, vencedor de la muerte, llamando a su amigo Lázaro y deshaciéndole las ataduras con que le habían aprisionado al morir. ¡Qué bien suenan allí aquellas consoladoras palabras del relato evangélico!: «Señor, el que amas está enfermo»; «Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque muera, vivirá, y todo el que vive y cree en mí no morirá para siempre»; «¡Cómo le amaba!». Que este amor nos tenga Cristo al bajar nosotros al sepulcro, ello sería prenda de vida eterna.

LADISLAO GUIM CASTRO, OFM

Bibliografía

Art. en F. CABROL - H. LECLERCQ (dirs.), *Dictionnaire d'archéologie chrétienne et de liturgie.* VIII/2: *Latran-Lexique* (París) cols.2009-2086.
GRANDMAISON, L. DE, SI, *Jésus Christ. Sa personne, son message, ses preuves,* I (París [6]1931) 171-188.
NOEL, A., OP, «Dissertatio de beatae Mariae Magdalenae, Lazari et Marthae in Gallias», en *Historia ecclesiastica veteris novique testamenti, ab orbe condito ad annum post Christum natum millesimum sexcentesimum,* III (París 1778) 182-196.
RENARD, P., «Lazare», en F. Vigouroux (ed.), *Dictionnaire de la Bible,* IV (París 1908) col.144.
VACANDARD, E., «De la venue de Lazare et de Marie-Madeleine en Provence»: *Revue de Questions Historiques* 100 (1924) 257-305.
• Actualización:
MARCHADOUR, A., *Lazare. Histoire d'un récit, récits d'une histoire* (París 1988).

SAN OLAV

Rey y mártir († 1030)

Con el protestantismo cesaron en Noruega las peregrinaciones a la tumba de San Olav y ya ni siquiera suena su nombre en las celebraciones del culto luterano. Pero palpita su recuerdo en las sagas nórdicas que dedican heroicas estrofas a sus gestas batalladoras y a su vida y milagros. En el Canto a Olav compuesto en la segunda mitad del siglo XII (71 estrofas) se narra su nacimiento, vida, muerte y glorificación, los milagros obrados en su tumba, la felicidad de que goza en el cielo y su celebridad en el mundo. He aquí una de las estrofas introductorias:

«A ti, bravo pueblo, ofrezco
este cantar que declamo
sobre el noble rey Olav;
¡que el canto sea digno!
Nunca supe de ningún hombre
tan excelso en su morada
que brillara por encima de éste
que hace oscurecer a todos los héroes».

Es una estrofa patriótica a la que sigue respondiendo el entusiasmo de los noruegos: Olav es para ellos el héroe nacional, el «Rey perpetuo de Noruega».

Según el *Diccionario biográfico noruego,* nació en 995, hijo del rey Harald Cabello hermoso. Era de talla más bien media, fuerte y de cabello rojizo y cara ancha, bellos ojos pero terribles

cuando se encolerizaba. Buen atleta, manejaba el arco, lanzaba la jabalina y nadaba muy bien.

No bien cumplidos los doce años ya quiso embarcarse por primera vez; y pronto comenzó a tomar parte en las expediciones vikingas, tan temidas en todas las costas europeas de Occidente. Ganó batallas en Dinamarca, en Frisia, en Inglaterra, en Normandía... Las incursiones de Olav afectaron a las costas de Galicia, y llegó a Cádiz, sembrando desolación. Fue aquí donde tuvo un misterioso sueño, en el que se le mandaba regresar: «Regresa a tu país de origen, porque serás rey de Noruega para siempre». Regresó con sus embarcaciones a las costas francesas de Poitou, dispuesto a nuevas luchas. Entre sus fechorías de este momento, se cuenta el incendio y toma de la ciudad de Guerrande.

Su permanencia en Normandía duró dos veranos y un invierno. Aquí conoció de cerca el cristianismo y se produjo su conversión: Olav recibió el bautismo en Rouen, en el invierno de 1014.

Siendo heredero del trono de Noruega, sucedió que durante su larga ausencia el reino, que había caído en manos del usurpador Eric-jarl, pasó a las de su hijo Haakon. Olav retornó dispuesto a hacer valer sus derechos: prendió y desterró a Haakon y sometió gran parte del país. Seguidamente venció también en batalla naval a Svein-jarl, hermano de Haakon, quedando dueño de todo el reino. Fue el 25 de marzo de 1016.

La tradición lo describe como destructor del paganismo en Noruega. De hecho organizó el país al estilo de los reinos cristianos, construyó iglesias e hizo venir de Inglaterra a varios sacerdotes católicos. Con él comenzó a aplicarse en Noruega el derecho eclesiástico anglosajón, pero todos sus días transcurrieron entre el fragor de las batallas: luchas dentro del país para sofocar las frecuentes rebeliones; contiendas con el rey Canuto de Dinamarca; nuevas ausencias motivadas por audaces expediciones fuera de Noruega.

Sus contrarios dentro del reino aprovecharon una de estas ausencias para proclamar rey a Canuto. Olav retornó en el verano del 1030 para recuperar su trono. La batalla de Stiklestad, lugar próximo a Nidaros (hoy Trondheim), marcó su fin: Olav fue herido de muerte.

Sus señales de fe y piedad cristiana tuvieron que ser muy grandes en los años de su reinado y, sobre todo, en el momento de su muerte, porque inmediatamente se levantó una capilla de madera para acoger su tumba, sustituida en 1075 por otra de piedra. Más tarde, construida la catedral de Nidaros, se trasladaron a ella sus reliquias, depositadas en rica urna de plata, siendo objeto de continua veneración hasta mediados del siglo XVI, en que se impuso, con la reforma protestante, la abolición del culto a los santos.

La literatura medieval en torno a la figura de San Olav baraja todos los recursos épicos y hagiográficos, respondiendo plenamente al sistema cultural monárquico-cristiano. Así, en el análisis de los numerosos milagros que se le atribuyen no siempre es fácil discernir lo que se debe a la intercesión del santo y lo que es obrado por los especiales poderes espirituales atribuidos al rey.

Lo que sí está rigurosamente documentado es la devoción al santo, sobre todo desde el 3 de agosto de 1031, en que el obispo Grimkel decretó que fuese celebrado como mártir. Durante toda la Edad Media la catedral de Nidaros fue centro de peregrinaciones para toda Noruega y otros países europeos. Su huella en el arte es poderosa; tiene numerosas iglesias dedicadas en Noruega y, además, en la isla de Gotland, Dinamarca, Finlandia, Islandia, Islas Feroe, Alemania, Escocia, Irlanda... Recientemente la colonia noruega de Gran Canaria inauguró una capilla dedicada a él en Agüimes.

JOSÉ MARÍA DÍAZ FERNÁNDEZ

Bibliografía

ALMAZÁN, V., *San Olav Rey perpetuo de Noruega* (Santiago de Compostela 2002).
HENRIKSEN, V., *St. Olav of Norway. King, saint, and enigma* (Oslo 1985).
MÜLLER, O., *Saint Olav: king of Norway* (Oslo 1993).

BEATO URBANO II

Papa († 1099)

El Beato Urbano II (1040-1099) es, indudablemente, uno de los papas más insignes de la Edad Media, cuyo mérito principal consiste, aparte de la santidad de su vida, en haber hecho progresar notablemente y llevado adelante la reforma eclesiástica, ampliamente emprendida por San Gregorio VII (1073-1085). El re-

sultado brillante de sus esfuerzos aparece bien de manifiesto en los grandes sínodos de Piacenza y de Clermont, de 1095, y en la primera Cruzada, iniciada en este último concilio (1095-1099).

Nacido de una familia noble en la diócesis de Soissons, en 1040, llamábase Eudes u Otón; tuvo por maestro en Reims al fundador de los cartujos, San Bruno: fue allí mismo canónigo, y el año 1073 entró en el monasterio de Cluny, donde se apropió plenamente el espíritu de la reforma cluniacense, entonces en su apogeo. De esta manera se modeló su carácter suave y humilde, pero al mismo tiempo entusiasta y emprendedor. Por esto llegó fácilmente a la convicción de que el espíritu de la reforma cluniacense, que iba penetrando en todos los sectores de la Iglesia, era el destinado por Dios para realizar la transformación a que aspiraban los hombres de más elevado criterio eclesiástico. Por esto, ya desde el principio de la gran campaña reformadora emprendida por Gregorio VII, Otón fue uno de sus más decididos partidarios.

Estaba entonces al frente de la abadía de Cluny el gran reformador San Hugón, a cuya propuesta Gregorio VII elevó en 1078 al monje Otón al obispado de Ostia. Bien pronto pudo éste dar claras pruebas de sus extraordinarias cualidades de gobierno, pues, enviado por el Papa como legado a Alemania, supo allí defender victoriosamente los derechos de la Iglesia frente a las arbitrariedades del emperador Enrique IV. Al volver de esta legación acababa de morir Gregorio VII.

La situación de la Iglesia era en extremo delicada. Al desaparecer el gran Papa, personificación de la reforma eclesiástica, dejaba tras sí un ejército de hombres eminentes, discípulos o admiradores de sus ideas. Frente a ellos estaban sus adversarios, entre los cuales se hallaban el violento Enrique IV y el antipapa puesto por él, Clemente III. En estas circunstancias fue elegido el papa Víctor III (1086-1087), antiguo abad de Montecasino, gran amigo de las letras, pero indeciso, reconciliador y poco partidario de las medidas violentas. Pero muerto inesperadamente al año de su pontificado, fue elegido entonces nuestro Otón de Ostia, quien tomó el nombre de Urbano II.

Era, indudablemente, el hombre más a propósito, el hombre providencial en aquellas circunstancias. Dotado de las más exi-

mias virtudes cristianas, era un amante y entusiasta decidido de la reforma eclesiástica, de que ya había dado muestras suficientes. Precisamente por esto su elección fue considerada por todos como el mayor triunfo de las ideas gregorianas, y rápidamente recobraron todo su influjo los elementos partidarios de la reforma eclesiástica. Así lo entendieron también Enrique IV, el antipapa Clemente III y todos los adversarios de la reforma, los cuales se aprestaron a la lucha más encarnizada.

Ya desde el principio quiso el nuevo Papa dar muestras inequívocas de su verdadera posición. En diferentes cartas, dirigidas a los obispos alemanes y franceses, escritas en los primeros meses de su pontificado, expresó claramente su decisión de renovar en todos los frentes la campaña de reforma gregoriana. Así lo manifestó en el concilio Romano de la cuaresma de 1089, y, sobre todo, así lo proclamó en el concilio de Melfi, de septiembre del mismo año, en el que se renovaron las disposiciones contra la simonía, contra el concubinato y contra la investidura laica, y que constituye el programa que Urbano II se proponía realizar en su gobierno.

Mas, por otra parte, con su carácter más flexible y diplomático, con su espíritu de longanimidad y mansedumbre, siguió un camino diverso del que se había seguido anteriormente, y con él obtuvo mejores resultados. Inflexible en los principios y genuino representante de la reforma gregoriana, sabía acomodarse a las circunstancias, procurando sacar de ellas el mayor partido posible. Símbolo de su modo de proceder son Felipe I de Francia, vicioso y afeminado, pero hombre en el fondo de buena voluntad, y Enrique IV de Alemania, bien conocido por sus veleidades y mala fe. Del primero procuró sacar lo que pudo con concesiones y paternales amonestaciones. Con el segundo ni siquiera lo intentó, manteniendo frente a él los principios de reforma y alentando siempre a los partidarios de la misma.

Con clara visión sobre la necesidad de intensificar el ambiente general de reforma fomentó e impulsó los trabajos de los apologistas. Movidos por este impulso pontificio, muchos y acreditados escritores lanzaron al público importantes obras, que contribuyeron eficazmente a que ganaran terreno y se afianzaran las ideas de reforma. Así Gebhardo de Salzburgo compuso

una carta, dirigida a Hermann de Metz, típico representante de la oposición a la reforma, en la que defiende con valiente argumentación la justicia del Papa. Bernardo de Constanza dirigió a Enrique IV un tratado en el que establece como base la expresión de Mt 18,17: «El que rehúsa escuchar a la Iglesia sea para ti como un pagano y un publicano»; y poco después publicó una verdadera apologética de la reforma. Otro escritor insigne, Anselmo de Lucca, redactó una obra contra Guiberto, es decir, el antipapa Clemente III. Indudablemente este movimiento literario, impulsado por Urbano II, fue un arma poderosa y eficaz para la realización de la reforma.

Así, pues, mientras con prudentes concesiones y convenios ventajosos para la Iglesia Urbano II logró robustecer su influjo en Francia, España, Inglaterra y otros territorios, en Alemania siguió la lucha abierta y decidida con Enrique IV. En Francia mantuvo con energía la santidad del matrimonio cristiano frente al divorcio realizado por el rey al separarse de la reina Berta, llegando en 1094 a excomulgarlo; mas, por otra parte, en la cuestión de la investidura laica, por la que los príncipes defendían su derecho de nombramiento de los obispos, llegó a un acuerdo, que fue luego la base de la solución final y definitiva: el rey renunciaba a la investidura con anillo y báculo, dejando a los eclesiásticos la elección canónica; pero se reservaba la aprobación de la elección, que iba acompañada de la investidura de las insignias temporales. También en Inglaterra tuvo que mantenerse enérgico Urbano II frente al rey Guillermo, quien, a la muerte de Lanfranco, no quería reconocer ni a Urbano II ni al antipapa Clemente III; pero al fin se llegó a una especie de reconciliación.

El resultado fue un robustecimiento extraordinario del prestigio pontificio y de la reforma eclesiástica por él defendida. El espíritu religioso aumentaba en todas partes. Los cluniacenses se hallaban en el apogeo de su influjo y por su medio la reforma penetraba en todos los medios sociales. El estado eclesiástico iba ganando extraordinariamente, por lo cual se formaban en muchas ciudades grupos de canónigos regulares, de los cuales el mejor exponente fueron los premonstratenses, fundados poco después.

Es cierto que, durante casi todo su pontificado, Urbano II se vio obligado a vivir fuera de Roma, pues Enrique IV mantenía allí al antipapa Clemente III. Pero, esto no obstante, desplegó

una actividad extraordinaria y fue constantemente ganando terreno. En una serie de sínodos, celebrados en el sur de Italia, renovó las prescripciones reformadoras, proclamadas al principio de su gobierno. Pero donde apareció más claramente el éxito y la significación del pontificado de Urbano II fue en los dos grandes concilios de Piacenza y de Clermont, celebrados en 1095.

En el gran concilio de Piacenza, celebrado en el mes de marzo ante más de cuatro mil clérigos y treinta mil laicos reunidos, proclamó de nuevo los principios fundamentales de reforma. Pero en este concilio presentáronse los embajadores del emperador bizantino, en demanda de socorro frente a la opresión de los cristianos en Oriente. Así, pues, Urbano II trató de mover al mundo occidental a enviar al Oriente el auxilio necesario para defender los Santos Lugares. Fue el principio de las Cruzadas; mas, como se trataba de un asunto de tanta trascendencia, se determinó dar la respuesta definitiva en otro concilio, que se celebraría en Clermont.

Efectivamente, dedicáronse inmediatamente gran número de predicadores del temple de Pedro de Amiens, llamado también Pedro el Ermitaño, a predicar la Cruzada en todo el centro de Europa. Urbano II, con su elocuencia extraordinaria y el fervor que le comunicaba su espíritu ardiente y entusiasta, contribuyó eficazmente a mover a gran número de príncipes y caballeros de la más elevada nobleza. El resultado fue el gran concilio de Clermont, de noviembre de 1095, en el que, en presencia de catorce arzobispos, doscientos cincuenta obispos, cuatrocientos abades y un número extraordinario de eclesiásticos, de príncipes y caballeros cristianos, se proclamaron de nuevo los principios de reforma y la «Tregua de Dios». Después de esto, a las ardientes palabras que dirigió Urbano II, en las que describió con los más vivos colores la necesidad de prestar auxilio a los cristianos de Oriente y rescatar los Santos Lugares, respondieron todos con el grito de Dios lo quiere, que fue en adelante el santo y seña de los cruzados. De este modo se organizó inmediatamente la primera Cruzada, cuyo principal impulsor fue, indudablemente, el papa Urbano II.

Después de tan gloriosos acontecimientos, mientras Godofredo de Bouillon, Balduino y los demás héroes de la primera

Cruzada realizaban tan gloriosa empresa, Urbano II continuaba su intensa actividad reformadora. En las Navidades de 1096 pudo, finalmente, entrar en Roma, donde celebró una gran asamblea o sínodo en Letrán. En enero de 1097 celebró otro importante concilio en Roma; otro de gran trascendencia en Bari, en octubre de 1098; pero el de más significación de estos últimos años fue el de la Pascua, celebrado en Roma en 1099, donde, en presencia de ciento cincuenta obispos, proclamó de nuevo los principios de reforma y la prohibición de la investidura laica.

Poco después, en julio del mismo año 1099, moría el santo papa Urbano II, sin conocer todavía la noticia del gran triunfo final de la primera Cruzada, con la toma de Jerusalén, ocurrida quince días antes.

En realidad, el Beato Urbano II fue digno sucesor en la sede pontificia de San Gregorio VII y digno representante de los intereses de la Iglesia en la campaña iniciada de la más completa renovación eclesiástica. En ella tuvo más éxito que su predecesor, logrando transformar en franco triunfo y en resultados positivos la labor iniciada por sus predecesores. Esta impresión de avance y de triunfo aparece plenamente confirmada y enaltecida con el principio de una de las más sublimes epopeyas de la Iglesia y de la Edad Media cristiana, que son las Cruzadas, y con el éxito final de la primera, que es la conquista de Tierra Santa y la formación del reino de Jerusalén con que termina este glorioso pontificado. Por eso la memoria de Urbano II va inseparablemente unida a la primera Cruzada, la única plenamente victoriosa.

BERNARDINO LLORCA, SI

Bibliografía

DUCHESNE, L. (ed.), *Liber pontificalis,* II (París 1892).

FLICHE, A., *Histoire de l'Église.* VIII: *La Réforme grégorienne et la reconquête chrétienne (1057-1125)* (París 1944).

PAULOT, L., *Un pape français, Urbain II* (París 1903).

RUNCIMAN, S., *A history of the Crusades.* I: *The first crusade and the foundation of the Kingdom of Jerusalem* (Cambridge 1951); ed. italiana: *Storia delle Cruciate* (Turín [5]1980).

«Urbain II», en A. VACANT - E. MANGENOT - E. AMANN, et al. (dirs.), *Dictionnaire de théologie catholique.* XV/2: *Trinité-Zwinglianisme* (París 1950).

«Vie d'Urbain II», en V. THUILLIER, OSB (ed.), *Ouvrages posthumes de D. Jean Mabillon et de D. Thierri Ruinart,* III (París 1967, reimp. anastática de la ed. de 1724).

• Actualización:

BIFFI, I., *Protagonisti del Medioevo. Anselmo e Lanfranco, Urbano II, Sugero, Pietro il Venerabile, Tommaso Becket* (Milán 1996).
FLICHE, A. - MARTIN, V. (dirs.), *Historia de la Iglesia.* VIII: *Reforma gregoriana y reconquista* (Valencia ²1985).

BEATOS LUCIO MARTÍNEZ MANCEBO Y MÁRTIRES DOMINICOS DE CALANDA

Antonio López Couceiro, Felicísimo Díez González, Saturio Rey Robles, Tirso Manrique Melero, Gumersindo Soto Barros, Lamberto de Navascués y de Juan, Manuel Albert Ginés
Religiosos y mártires († 1936)

En primer lugar hay que aclarar la lista de los mártires dominicos de la persecución española, por ello tenemos que hacer tres grupos:

1. Mártires de Calanda

Eran siete dominicos y un sacerdote, muertos en Calanda el día 29 de julio de 1936. Sus nombres: P. Antonio López Couceiro, P. Felicísimo Díez González, H. Gumersindo Soto Barros, H. Lamberto de Navascués y de Juan, P. Lucio Martínez Mancebo, P. Saturio Rey Robles, P. Tirso Manrique Melero.

A éstos hay que añadir un sacerdote secular, Manuel Albert, que murió con ellos.

No debemos olvidar, sin embargo, otros mártires dominicos de esta misma comunidad; que, aunque no han sido beatificados, fueron mártires como los demás. Y no entraron en la lista de los beatificados porque sus cuerpos desaparecieron. Pero en esta historia de los dominicos mártires, ellos no pueden faltar. No ocurra que, después de que otros hicieran desaparecer sus cuerpos, nosotros hagamos desaparecer también sus nombres. Son los siguientes: H. Ángel Rodríguez Alonso, estudiante de filosofía; H. Antonio Abad Gómez, novicio cooperador; H. Enrique Ortells Carda, novicio cooperador; H. Eutimio Robles Ferreras, estudiante de filosofía; H. Fausto Barrera Villar, novicio clérigo.

Quienes se quejan de que el Papa beatifica a los mártires de nuestra persecución, no saben que existen muchos más márti-

res que los que beatifica el Papa, producto macabro de la persecución religiosa en España de los años 1931-1939.

2. Mártires de Valencia

Son otros siete dominicos y un sacerdote asesinados en distintos días y en diversos lugares. Sus nombres: P. Constantino Fernández Álvarez, P. Francisco Calvo Burillo, P. Jacinto Ignacio Serrano Lopes, P. José María Vidal Seguí, P. Luis Urbano Lanaspa, H. Rafael Pardo Molina, P. Felipe Santiago Meseguer Burillo. A estos siete dominicos hay que añadir otro sacerdote muerto en las mismas condiciones que ellos, se llamaba Zósimo Izquierdo Gil.

En esta lista deberían entrar más mártires dominicos que no están porque sus cuerpos no aparecieron. La Iglesia pone esa condición: que los cuerpos aparezcan. Y si no aparecen, no los beatifica. Pero es consciente de que éstos son tan mártires como los anteriores. Son los siguientes: H. Antonio Sandín Rebeque, H. Domingo-Cayo Mediavilla Mena, P. Francisco Monzón Romeo, P. Francisco Terrado Julve, H. Joaquín Prats Baltueña, P. José María Muro Sanmiguel, H. Juan Ramis Grimalt, P. Pedro Guillén Oliver, P. Ramón Peiró Victori.

Y los ponemos aquí porque en esta historia al menos deben constar sus nombres. Fueron testigos de Jesús con el sello de su martirio. Lo menos que podemos hacer ahora es no descartarlos de la lista de sus compañeros mártires.

3. Otros mártires

Hay un grupo de mártires que no entran en estas listas por diversas razones. Tampoco están beatificados, pero fueron mártires como los anteriores. Y son los siguientes: Antero Mateo Gracia, seglar dominico, padre de familia; Miguel Peiró Victori, hermano de Ramón, de la lista anterior, seglar dominico; sor Josefina Sauleda Paulis, del monasterio de Montesino; sor María del Carmen Zaragoza Zaragoza, del beaterio de Santa Catalina; sor María Rosa Adriver Martí, como la anterior; Hna. Ramona Fossas Románs, de la Anunciata; Hna. Adolfa Soro Bo, de la

Anunciata; Hna. Teresa Prats Martí, de la Anunciata; Hna. Otilia Alonso González, de la Anunciata; Hna. Ramona Parramón Vila, de la Anunciata; Hna. Reginalda Picas Planas, de Manresa; Hna. Rosa Jutglar Gallart, de Manresa.

Todos estos mártires dominicos entregaron sus vidas a Jesús en verdadero martirio. Murieron gritando «Viva Cristo Rey» y rezando el rosario. Murieron perdonando a sus verdugos. Los mataron porque eran religiosos y sólo por eso.

Murieron gritando ¡Viva Cristo Rey! Es una cosa que llama la atención. Casi todos los mártires de la persecución española terminaban sus trágicos últimos momentos con este grito: ¡Viva Cristo Rey! ¿Por qué sucedía esto así?

Hacía poco tiempo que el papa Pío XI había instituido la fiesta de Cristo Rey. Lo había hecho con estas palabras: Instituimos la fiesta de Nuestro Señor Jesucristo Rey y decretamos que se celebre en todas las partes el último domingo de octubre. Ordenamos que en ese mismo día se renueve todos los años la consagración del género humano al Sacratísimo Corazón de Jesús.

En la misma declaración del Papa (11 de diciembre de 1925) se hace ver que esta fiesta de Cristo Rey tiene mucha relación con la devoción al Sagrado Corazón. En realidad, se trata de dar culto a Nuestro Señor con una modalidad nueva: el reinado de Cristo.

Por aquellas fechas la Iglesia estaba pasando una etapa de aniquilación por parte de los gobiernos de distintas naciones. Ése fue el motivo de proclamar a Cristo como Rey. Si otras instancias proclaman su soberanía, hacemos constar que Cristo está por encima de todos los reyes de la tierra.

Sólo habían pasado diez años. El fervor por la devoción a Cristo Rey estaba en su mejor momento. Y entonces ocurre la persecución en España. Para aclamar su fe, los mártires no encuentran mejor frase que ésta: «¡Viva Cristo Rey!». Podrían haber empleado otras. Pero en los tiempos de nuestra persecución, los mártires decían precisamente ésta.

Hay muchísimos ejemplos de dominicos que murieron así:

Al P. Jacinto Serrano López lo mataron en Puebla de Híjar (Teruel). Tenía 36 años. Sus verdugos comentaron el hecho: «Hemos matado a un fraile y ha tenido la valentía de gritar "¡Viva Cristo Rey!". En realidad añadió que quería morir como

soldado de Cristo y cuando le mandaron que se pusiera mirando a la pared, se negó diciendo que quería morir de frente profesando su fe».

El P. Luis Urbano Lanaspa, de 54 años, se había dedicado a obras sociales. Era profesor, escritor y misionero en América. Lo mataron el 21 de agosto de 1936. Durante la detención se pasaba el día rezando el rosario y murió con él atado al cuello. Un testigo dijo: «Yo me encontraba a unos quince metros de distancia. Lo vi bajar del camión y caminar tranquilamente sin ofrecer ninguna resistencia».

El P. Constantino Fernández Álvarez murió en la cárcel Modelo de Valencia. Tenía 29 años. Cuentan de él: «El día en que pude conseguirle una hostia consagrada, encontró una gran satisfacción. Aquella misma noche lo mataron». Se pasó sus últimas horas rezando el rosario.

Fray Rafael Pardo Molina fue asesinado el 26 de septiembre de 1936, en la carretera de Valencia a Nazaret. Tenía 37 años. Una hermana suya, llamada Josefina, cuenta que Rafael le decía muchas veces que estaba dispuesto a dar la vida por Cristo si ésa era la voluntad de Dios. Hacía grandes elogios del martirio y decía que ése era un atajo para ir al cielo. «Todo se reduce a un paseíllo y... ¡al cielo!».

El P. Ramón Peiró Victori fue asesinado en un barrio de Barcelona el 21 de agosto de 1936. Tenía 45 años. Estuvo refugiado en la casa de unos amigos durante doce días. Recitaba el breviario y dedicaba gran parte del día a la oración. Rezaba con la familia el rosario. Por fin fue detenido y estuvo cuatro días en la cárcel. Su hermana iba a visitarle y él le encargó que le dijera a la madre que estaba contento. Hablamos de los mártires, pero nos olvidamos muchas veces de las innumerables familias que los acogieron en sus casas exponiendo sus vidas. Fueron héroes de verdad.

El P. Santiago Meseguer Burillo era maestro de teología y fue asesinado a finales de noviembre de 1936 en Barcelona, a los 51 años de edad. En la habitación que le sirvió de cárcel rezaba el rosario con los otros prisioneros. Estaba muy resignado a cumplir la voluntad de Dios.

El P. Francisco Calvo Burillo tenía 55 años cuando lo mataron. Se arrodilló, teniendo el rosario en la boca, extendió

los brazos en forma de cruz y dijo: «Ahora podéis disparar». Y dispararon.

Al P. Joaquín Prats, antes de matarlo, los asesinos le invitaron a gritar «Viva el comunismo», con la promesa de perdonarle la vida si lo decía. Pero él respondió por tres veces a voz en grito: «¡Viva Cristo Rey!».

Otros muchos testimonios se podrían traer aquí sobre el final de estos mártires dominicos.

Morían perdonando. Perdonar cuando te están matando es el supremo signo del perdón. Es hacerlo como Jesús, en el mismo momento del martirio. Durante la persecución religiosa en España hubo muchos testimonios de perdón hacia los asesinos. Parecía como si todos los mártires tuvieran las mismas consignas y el mismo maestro. Todos terminaban perdonando a los que les estaban asesinando. Unos tuvieron la oportunidad de expresarlo con toda claridad. Otros, lo llevaban en el fondo de su corazón. Pero todos murieron igual. Perdonando.

El P. Francisco Calvo Burillo quiso morir de frente. Le preguntaron por qué, y dijo que era para ver a sus verdugos, para ver quiénes le mataban, para perdonarles y pedir por ellos.

Cuando a don Zósimo y otros dos compañeros les iban a matar, se pusieron de rodillas. Uno de los milicianos les preguntó qué hacían en aquella postura. Y don Zósimo contestó: Estamos rezando para encomendaros a Dios y para pedirle que os perdone. Y estando de rodillas, recibieron las balas que los mataron.

El P. Antonio López Couceiro se distinguió entre todos por su empeño en que había que perdonar. Era el que con más insistencia les decía a todos: «Es necesario perdonar, es necesario perdonar». Era como si este hombre de 66 años tuviera clara la intuición de que, para terminar bien la faena, era preciso perdonar. Para morir como Jesús, era necesario perdonar. Fue uno de los mártires de Calanda. De ellos hablaremos más adelante.

Los mataron porque eran religiosos. Cuando a uno le preguntan ahora por qué mataban a los religiosos en 1936, no cabe más que esta explicación: «Porque eran religiosos».

El año 1917 había triunfado en Rusia la revolución bolchevique. Y en aquella revuelta mundial había un lema muy claro: la religión es el opio del pueblo. Por tanto, lo primero que hay

que hacer es matar a todos los religiosos porque ésos son los que infectan al pueblo con el opio de la religión. Y del año 1917 a 1934 no van más que 17 años. Y la nación que caía bajo su influjo seguía siempre el mismo lema. Y así cayeron bajo el dominio soviético muchos países. España fue uno de ellos. Y había que matar a los curas. Cuando llegó el año 1936, el Frente Popular estaba convencido de que los conventos estaban abarrotados de armas. Y se metían en los lugares sagrados para buscar fusiles y para sacar a los curas a la calle. Y los mataban en cualquier zanja de cualquier camino, con la sola acusación de que eran religiosos. Parece mentira que pudieran ocurrir estas barbaridades, pero ocurrieron.

Al P. Constantino Fernández Álvarez lo andaban buscando, pero lograba zafarse. Un miliciano lo reconoció y dijo: «Es un fraile. Lo conozco muy bien». Y sin más se lo llevaron a la cárcel Modelo de Valencia. El 29 de agosto lo sacaron a las once de la noche. Salieron varios coches con presos religiosos y personas católicas. Los llevaron a Cuart de Poblet, les quitaron las ropas externas y los dejaron acribillados a balazos en el cementerio del pueblo.

Fray Rafael Pardo Molina había salido del convento el día 19 de julio y se refugió en el piso de unos amigos. Iba acompañado de una persona recién entrada en el convento como postulante para hermano. Luego se comprobó que era un espía del partido comunista. Éste fue quien denunció a Fray Rafael.

El P. Ramón Peiró Victori se metió en una pensión de Barcelona para esconderse de la matanza. Pero, apenas entró allí, fue detenido. Le preguntaron si era fraile y él contestó que sí, que era religioso dominico. Le contestaron: «Pues te has metido en la boca del lobo». Todos sospecharon que le había denunciado una extranjera que estaba hospedada en la misma pensión.

El P. Santiago Meseguer Burillo fue detenido el 13 de noviembre. Lo primero que le preguntaron fue si era cura. Dijo que sí. Luego le preguntaban sus amigos que por qué había dicho que sí a la primera. Él contestó que no quería negar su ideal. Si era voluntad de Dios, aceptaba la muerte gustoso.

El P. José María Vidal Segú se encontraba en una casa de labranza haciendo las labores de la vendimia. Era el día 19 de julio. Llegaron unos milicianos preguntando por un cura. Le co-

gieron a José María y le registraron los bolsillos. Le encontraron una carta que le había escrito una hermana religiosa con motivo de su primera misa y se lo llevaron como a un cordero camino del matadero. Pero él iba sereno.

El P. Francisco Calvo Burillo había nacido en Híjar (Teruel). Allí estaba refugiado en su casa cuando entraron los milicianos en el pueblo el día 28 de julio. Lo primero que éstos hicieron fue quemar las iglesias y destruir los objetos de culto. Luego organizaron una procesión en la que una miliciana vestida con la túnica morada del Nazareno, escoltada por camaradas fusileros, paseaba por el pueblo como anunciando la condena de la religión. Tres días más tarde empezaron las matanzas. A los pocos días fusilaban al Padre Francisco.

El P. Lucio Martínez Mancebo era el superior del convento de Calanda y estaba refugiado en casa de unos amigos. Y llegó el anuncio de que estaba condenada a muerte toda persona que escondiera a religiosos o curas. Es que querían coger especialmente a los frailes del convento de dominicos. Razón: que eran frailes.

Fray Joaquín Prats Baltueña, novicio, se encontraba en la cárcel con otros compañeros. Los milicianos lo sacaron juntamente con don Zósimo, el párroco, y otro dominico. Los fusilaron. Volvieron los milicianos diciendo: «Aquellos desgraciados cuervos ya están en su sitio. Ahora venimos a por otros».

Don Zósimo presenció una disputa entre sus verdugos porque todos querían matarlo. Cuando volvieron después de asesinarlo, uno de ellos, del mismo pueblo, se vanagloriaba de haber sido él quien lo había liquidado. Y señalaba que le había matado de un tiro en las gafas.

Podríamos traer mil testimonios más sobre el motivo de la muerte de nuestros mártires. Pero, ya que estamos en el día 29 de julio, nos centraremos en los ocho mártires de este día. Son siete dominicos y un sacerdote. Murieron juntos y hoy se celebra el recuerdo de su santo martirio.

Martirio en Calanda (29 de julio de 1936)

Los dominicos de Valencia se habían trasladado a Calanda en 1931, cuando vieron que las cosas se estaban poniendo turbias para la Iglesia en España. Calanda es un pueblo que en 1936 te-

nía unos 3.000 habitantes. Se encuentra a media distancia entre Zaragoza y Teruel. Era un punto escondido en la geografía española. Por tanto, se vivía allí con cierta tranquilidad, lejos de las ciudades y de las aglomeraciones. El 25 de julio los frailes celebraron la misa con cierta serenidad. Pero dos días más tarde corrió la voz de que los milicianos catalanes iban a copar el pueblo. Por tanto, el P. superior mandó desalojar el convento.

Efectivamente, el 27 los milicianos ocuparon el pueblo y empezaron a detener gente. Ese mismo día cayeron presos fray Gumersindo y los PP. Antonio, Felicísimo y Saturio; son cuatro. Al día siguiente echaron mano al P. Lucio, a fray Lamberto y al sacerdote Manuel Albert. El 29 al amanecer cayó el octavo, el P. Tirso. Siete dominicos y un sacerdote secular. Los tuvieron presos en los bajos del ayuntamiento, mezclados con otros muchos seglares de signo religioso. Estaban metidos en un local indecente, sin luz, sin servicios higiénicos y sin ventilación. Peor que una cuadra.

Se hizo un juicio de faltas. Alguien exigía que se hicieran las cosas con justicia. Pero aquella justicia resultaba ser de la siguiente manera: unos exigían matar a todos, y otros solamente a los religiosos. Prevaleció la tendencia más benigna. Había que matar a estos ocho sacerdotes.

Y así se ejecutó sin más. Hay que decir que esta clase de juicios y de decisiones se hacían siempre entre insultos, blasfemias y alguna que otra bofetada. El grupo nuestro se daba perfecta cuenta de su situación y todos se prepararon para la muerte. Se confesaron unos a otros. Y fue aquí donde Antonio López Couceiro se mostró más animoso que los demás para decirles que era éste el momento de perdonar. «Hay que perdonar. Es necesario perdonar». También animaban a los seglares presos para que fueran fieles hasta la muerte.

Cerca de las once de la noche un miliciano se acercó a la puerta y mandó que salieran los ocho amigos nuestros. Salieron de entre los demás presos. El P. Saturio se puso más nervioso que los demás y empezó a invocar a su patrono, Santo Domingo, para que le ayudara. Los demás le animaban para que recobrara la serenidad.

Los sacaron a la calle. Una muchedumbre les esperaba entre insultos y gritos. Se les mandó que subieran a un camión.

Los jóvenes subían sin dificultad. A los viejos los arrojaban como fardos. Y antes de ponerse en marcha el camión, uno de esos religiosos le regaló su pluma estilográfica a uno de los milicianos.

Ya estaban en el camión. La suerte estaba echada. Entonces empezaron a gritar: «¡Viva Cristo Rey! ¡Viva Cristo Rey!». El P. Lucio tomó el rosario y empezó a rezar. Ante este espectáculo, los milicianos se enfurecían cada vez más; blasfemaban y les obligaban a tirar el rosario al suelo. Los otros gritaban cada vez con más fuerza: «¡Viva Cristo Rey!».

Los presos rezaban a gritos hasta aplastar las blasfemias de los asesinos. Así llegaron a cinco kilómetros de Calanda. Les mandaron bajar del camión. Uno a uno dijeron a los asesinos que les perdonaban el crimen que iban a cometer. Los otros les llamaban estúpidos e imbéciles y les mandaron andar unos treinta metros. Luego los pusieron en fila. El camión dio media vuelta para colocar los focos de cara a los mártires, de forma que los asesinos tuvieran luz para disparar con tino. Mientras tanto, las víctimas seguían gritando cada vez con más fuerza: «¡Viva Cristo Rey! ¡Viva Cristo Rey!». Uno de esos gritos coincidió con la orden de disparar.

Los fusileros recibieron orden de disparar a las piernas para que sufrieran más. Les retaban a que Cristo viniera a salvarlos. A todo esto, el P. Antonio, el que se distinguió con más entereza que nadie, caído en tierra, gritaba: «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen». Y los otros: «¡Viva Cristo Rey!». Y allí, tendidos en tierra, los remataron a todos.

Al día siguiente los rociaron con gasolina y pretendieron quemarlos. Pero no sabían que los cuerpos humanos no arden de ninguna manera. Como quedaron sin arder, al día siguiente intentaron la operación de nuevo. Gasolina y cerillas. Nada. Por fin, después de estar insepultos varios días, los enterraron con cal viva, a poca profundidad. En 1938 desenterraron sus cuerpos y los llevaron al claustro del convento de Calanda.

Fueron glorificados el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en el acto de beatificación de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

FÉLIX NÚÑEZ URIBE

Bibliografía

FORCADA COMINS, V., *Testigos fieles. 18 mártires dominicos en España, 1936 y 2 sacerdotes aragoneses* (Valencia 1997).
www.dominicos.org/aragon/histo/martires.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN LUPO DE TROYES

Obispo († 479)

Lupo nace en Toul, Galia, en la última década del siglo IV. Llegado a la juventud contrajo matrimonio con una hermana de San Hilario de Arlés, pero siete años más tarde, en 426, ambos esposos deciden ingresar en la vida religiosa. Mientras ella se hacía monja, Lupo se retiraba al monasterio de Lerins. Pero pudo disfrutar poco tiempo de la vida contemplativa en el monasterio pues solamente unos meses más tarde fue elegido obispo de Troyes, oficio pastoral que serviría durante medio siglo. Adoptó la vida austera de un monje y dedicaba muchas horas a la oración. Su crédito fue creciendo por días y, conforme fue subiendo en edad, fue tenido por el padre de los obispos y el guía moral de los pastores de la Galia, encomendándose todos a las oraciones del santo prelado. El año 429 acompañó —así parece— a San Germán de Auxerre a Gran Bretaña poniendo en guardia a las iglesias de la isla contra el pelagianismo. Y cuenta una tradición que a él se debió que los hunos no asaltaran Troyes cuando en 451 pusieron cerco a la ciudad. Pero que cuando volvió del campamento huno a la ciudad lo acusaron de colaboracionista con los hunos y hubo de estar varios años en el destierro. Esta tradición no está comprobada históricamente. Lleno de méritos y virtudes murió en Troyes el año 479.

SAN GUILLERMO PINCHÓN

Obispo († 1234)

Guillermo Pinchón nació en el seno de una familia campesina en Saint-Alban, diócesis de St. Brieuc, en 1184. En su juventud se decide por la vocación sacerdotal, luego de haber sido uno

de los jóvenes que se crían en la casa del obispo Gocelino y reciben de él directamente la formación y también la ordenación sacerdotal. Durante unos años forma parte del clero diocesano de St. Brieuc y colabora con Gocelino y con sus sucesores hasta que obtiene una canonjía en la catedral de Tours, de donde fue llamado en 1220 porque había sido elegido obispo de su propia diócesis natal. Enérgico en la defensa de los derechos de la Iglesia, se opone con otros obispos a Pedro de Mauclerc, duque de Bretaña. Éste los destierra y ha de pasar dos años de exilio en Poitiers, donde ayudó al obispo local que estaba enfermo. Fue un pastor excelente. Hombre de oración, preocupado y volcado en los pobres y en sus derechos, vivía con gran austeridad y ejemplaridad. Murió en 1234, cuatro años después de volver a su diócesis, lo que fue posible cuando el duque se sometió a Gregorio X en 1230. Tenido por santo, se emprendió su causa de canonización, lograda el 15 de abril de 1274.

BEATOS LUIS BELTRÁN, MANCIO DE SANTA CRUZ Y PEDRO DE SANTA MARÍA

Religiosos y mártires († 1627)

LUIS (EXARC) BELTRÁN nació en Barcelona, pariente por parte de madre de San Luis Beltrán, y por ello dejó su apellido paterno y se apellidaba solamente Beltrán. Parece que nació el año 1593 pero el dato no es seguro. Con unos quince años entra en la Orden de Predicadores en el convento de Santa Catalina de su ciudad natal y hace la profesión religiosa. Pese a su delicada salud, era un religioso muy austero y penitente y tenía el aprecio de sus superiores que lo enviaron al estudio dominico de Orihuela.

Ya ordenado sacerdote es invitado, en 1618, por el obispo Diego Aduarte a ofrecerse para las misiones de Filipinas, y así lo hace, siendo aceptada su oferta. Viaja a pie hasta Sevilla, en cuyo convento de San Pablo se hospeda, y en su puerto se embarca para Filipinas. Aquí se le manda aprender tagalo para hacer apostolado entre los nativos, y visto su buen trabajo se le pide que aprenda chino para el trabajo evangelizador con los muchos chinos que había en Filipinas, y así lo hace. En 1623 se plantea la necesidad de enviar misioneros a Japón a sustituir a los que habían

muerto por martirio o fatigas. Se ofrece Luis y con otros tres compañeros, vestido como caballero español, viaja a Japón y desembarca sin ningún problema. Se dedica primero a aprender el idioma, y es recibido como un ángel por los perseguidos cristianos que enseguida le toman un singular aprecio. Trabajó mucho y bien, sostuvo a los cristianos en la fe y logró atraer a otros muchos a ella. Para su propia salvaguarda, vivía en una cabaña entre las cabañas de los leprosos. Iba de un pueblo a otro con gran energía espiritual, pero con sumo sacrificio y trabajo, dispuesto siempre a desgastarse por las almas. Llegó a visitar a cristianos que hacía veinte años no habían recibido los sacramentos.

Por fin se produjo su detención el 28 de julio de 1626, fue en una casa de leprosos y a causa de la delación de un apóstata. Fue llevado a la horrible cárcel de Omura. Estuvo en esta cárcel todo un año con los que le habían hospedado, padeciendo privaciones y crueldades, pero teniendo el consuelo de poder celebrar la eucaristía y dar el hábito religioso a sus compañeros de cárcel.

MANCIO DE LA CRUZ era un cristiano japonés, fervoroso catequista, que había adoptado el apelativo «de la Cruz» cuando encontró en el tronco de un madero dos cruces admirablemente grabadas, y que a él le pareció que le anunciaban el martirio. Estaba con el P. Luis Beltrán cuando fue cogido preso y al llegar con él a la cárcel le pidió el santo hábito, haciendo el noviciado en la prisión y profesando como hermano lego.

PEDRO DE SANTA MARÍA era cristiano desde pequeño y había demostrado desde su infancia una gran inclinación a la piedad. Era catequista y ejercía su oficio con gran celo, acompañando y guiando con gran prudencia a los misioneros en los viajes. El P. Luis Beltrán lo apreciaba sobremanera y lo tenía por un ángel. Tenía dieciséis años cuando lo cogieron preso junto con el P. Luis. En la cárcel de Omura hizo el noviciado y con los 17 años ya cumplidos hizo la profesión en la prisión.

El día 29 de julio de 1627 fueron llevados al lugar del suplicio, donde les ataron a sendos postes, rodeados de leña a la que prendieron fuego. El P. Luis animó a sus compañeros de martirio, los cuales se sumaron a él en alabar y bendecir a Dios hasta que se quemaron sus cuerpos y sus almas volaron al cielo. Fueron beatificados el 7 de julio de 1867 por Pío IX.

BEATO CARLOS NICOLÁS ANTONIO ANCEL

Presbítero y mártir († 1794)

Carlos Nicolás Antonio Ancel nació el 11 de octubre de 1763 en Ruán, siendo bautizado al día siguiente. Llegado a la adolescencia, opta por la vida clerical y, hechos los estudios pertinentes, recibe el sacerdocio en Lisieux el 22 de marzo de 1788. Estaba adscrito a la congregación eudista. Poco tiempo después de su ordenación, el 18 de mayo de 1788 se le vuelve a encontrar en el colegio de Lisieux, donde se inscribe como miembro de la congregación de la Inmaculada. Parece que prestó servicios sacerdotales intermitentes en Pin. Rehusó el juramento de 1791 y no se marchó de Francia, alegando que las leyes que lo establecían no iban con él pues no era funcionario público, es decir, sacerdote con cargo. Arrestado e interrogado el 23 de abril de 1793, volvió a negarse a prestar el juramento o dejar voluntariamente Francia. Detenido en la prisión de Saint-Vivien, parte para Rochefort el 9 de marzo de 1794, y consta que en abril ya estaba allí. Embarcado en Les Deux Associés, murió de enfermedad y miseria el 29 de julio de 1794. Sacerdote piadoso y lleno de virtudes, sus compañeros apreciaron en él sus magníficas cualidades. Beatificado por Juan Pablo II el 1 de octubre de 1995.

SANTOS JOSÉ ZHANG WENLAN, PABLO CHEN CHANGPIN, JUAN BAUTISTA LOU TINGYIN Y MARTA WANG LOUZHI

Mártires († 1861)

El 12 de junio de 1861 eran arrestados José Zhang Wenlan y Pablo Chen Changpin, seminaristas, junto con Juan Bautista Lou Tingyin, administrador seglar del seminario de Qingyan, en la provincia china de Guizhou. Los soldados llegaron al seminario e interrogaban a Juan cuando llegaron José y Pablo. Los tres fueron llevados a una húmeda cueva donde los tuvieron detenidos hasta el día de su martirio, padeciendo muchas privaciones y malos tratos, y siendo su único consuelo humano Marta Ouang o Wang Louzhi, que les procuraba alimentos y ropa. Se

les quiso amedrentar diciéndoles que el obispo y los misioneros habían muerto y que la misión estaba disuelta, pero ellos perseveraron firmes en la fe, y no se volvieron atrás cuando les dijeron que si no apostataban estaban condenados a muerte.

Llegada la fecha del 29 de julio de 1861 los sacaron para conducirlos al lugar del suplicio, y al pasar vieron a Marta que estaba lavando la ropa de los mártires. Reconocida por los soldados, la hicieron presa y la llevaron también. Los cuatro confesores de la fe fueron degollados.

JOSÉ ZHANG WENLAN había nacido en 1832 de padres cristianos. Hizo primero los estudios del seminario menor, y luego pasó un tiempo como maestro junto al P. Goutelle. Seguidamente estudió la filosofía e hizo prácticas como catequista. Finalmente fue admitido en el seminario mayor y comenzó los estudios de teología con la intención de ser sacerdote.

PABLO CHEN CHANGPIN había nacido en 1838 en una familia pagana. Fue criado en la Obra de la Santa Infancia, bautizado e instruido en la fe. Admitido en el seminario menor en 1853, siete años más tarde entraba en el seminario mayor, donde se preparaba al sacerdocio.

JUAN BAUTISTA LOU TINGYIN había nacido en Yong-mey-tchay en 1825 en el seno de una familia pagana. Empezó pero no completó los estudios de derecho. Contrajo matrimonio y, por influencia de un amigo, él y su esposa se convirtieron al cristianismo a la edad de 30 años. Colocado en la administración del seminario de Qingyan, muy pronto se ganó la confianza del superior del mismo, P. Payan.

MARTA WANG LOUZHI había nacido hacia 1812 en Hin-y. Muy joven había contraído matrimonio, pero al poco tiempo quedó viuda sin hijos. En Tang-chau conoció el cristianismo y se convirtió. Una vez bautizada, se puso al servicio de la misión, últimamente como cocinera del seminario mayor de Qingyan. Cuando vio que el administrador y los dos seminaristas eran arrestados, ella procuró aliviarlos proporcionándoles comida y ropa, lo que hizo que los carceleros la conocieran y por ese motivo fue arrestada y llevada a la muerte.

Fueron canonizados el 1 de octubre de 2000, junto a los demás mártires de China.

BEATO JUAN BAUTISTA EGOZCUEZÁBAL ALDAZ

Religioso y mártir († 1936)

Nacido en Nuin, Navarra, el 13 de marzo de 1882, ingresó a los veintinueve años en la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios, y hechos los votos religiosos sirvió a los enfermos en las comunidades de Ciempozuelos, Zaragoza (manicomio), Pamplona (manicomio) y San Baudilio de Llobregat antes de ser destinado al asilo-hospital de Barcelona. Ésta era la casa madre de la restauración de la Orden en España y la residencia del superior provincial. Llegada la revolución el 18 de julio de 1936 hubo de vivir con los otros hermanos los registros, amenazas, profanación de la iglesia, etc. Al dispersarse la comunidad el día 26 de julio, el Hno. Juan Bautista se fue con el Hno. Nilo Martí en busca de alojamiento, que no hallaron. Por lo cual decidieron separarse y buscarlo por separado. Se dirigió a Esplugas de Llobregat donde fue reconocido y detenido. Se le mandó que se pusiera de rodillas y abriera los brazos y pronunciara blasfemias contra Dios y la Hostia consagrada, y que si lo hacía le respetarían la vida, si no, le dispararían. Guardó silencio ante tal propuesta y se puso a rezar. Entonces le dispararon y lo dejaron tirado en el suelo. Encontrado más tarde en estado agónico, fue llevado al hospital, donde murió al cuarto de hora de ingresar, siendo enterrado en el cementerio de Esplugas el 29 de julio. Era un religioso observante, humilde y piadoso. Fue beatificado por Juan Pablo II el 25 de octubre de 1992.

BEATO JOSÉ CALASANZ MARQUÉS

Presbítero y mártir († 1936)

Nacido en Azanuy, provincia de Huesca, el 23 de noviembre de 1872, a los once años había perdido ya a sus padres y entonces una hermana lo llevó consigo a Barcelona y los señores de los que era criada costearon al muchacho la estancia en el colegio salesiano de Barcelona-Sarriá. Allí estaba cuando en

abril-mayo de 1886 visitó la casa el propio San Juan Bosco, a quien el joven pudo así conocer personalmente.

Estimado por los profesores del colegio, acogieron muy bien su deseo de ser salesiano. Hizo la profesión religiosa y los estudios eclesiásticos y se ordenó en diciembre de 1895 con 23 años. Pudo en la casa de Sarriá tener trato con otro santo: el Beato Felipe Rinaldi, que la dirigía desde 1889. Encargado de la sección de bachillerato de La Esmeralda, en las Corts de Sarriá, trasladó la misma a Mataró, de cuyo colegio fue él así el fundador y lo dirigió entre 1905 y 1916. Los siguientes nueve años los pasó en tierras americanas —Cuba, Perú y Bolivia— dejando algunas fundaciones y volviendo a Barcelona en 1925, donde le dan el cargo de inspector o superior provincial de la provincia salesiana de Nuestra Señora de la Merced, llamada también tarraconense, y con sede en Barcelona. De su etapa al frente de la provincia hay que decir que sirvió para que quedaran claras sus grandes cualidades como religioso, sacerdote y dirigente. Trabajador, serio, enérgico, eficaz, humilde, servicial y amigo de todos.

Presidía la tanda de ejercicios espirituales en la casa salesiana de Valencia-Sagunto, comenzada el día 16 de julio, cuando se dio cuenta el día 18 de que había una nueva y peligrosa situación, y dispuso que no se interrumpiera la tanda de ejercicios para no alarmar a la comunidad, pero se encontró con que el día 21 todos los salesianos residentes en la casa eran llevados a la Cárcel Modelo de Mislata, desde donde escribió al rector mayor, don Ricaldone, expresando su ignorancia sobre el futuro que les aguardaba. El día 29 de julio les dieron inesperadamente a todos la libertad. Pero él y otro religioso fueron al poco tiempo detenidos de nuevo en la propia Mislata. Registrados, hallaron en su maleta una sotana. Confesó que él era sacerdote y su compañero también. Entonces le dijeron que iban a matarlo. Llegaron detenidos otros dos sacerdotes y a los cuatro los metieron en un camión camino de Valencia. Entraban en Valencia cuando sonó un tiro y se oyó a don José Calasanz exclamar: ¡Dios mío!, cayendo seguidamente sin vida. Le habían dado un tiro en el parietal derecho. Uno de los religiosos que iban en el camión le dio la absolución. El cadáver lo depositaron en la casa de socorro de Valencia.

Fue glorificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en el acto de beatificación de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

30 de julio

A) Martirologio

1. La memoria de San Pedro Crisólogo († 450), obispo de Rávena, doctor de la Iglesia, cuyo tránsito fue tal día como mañana **.

2. En Roma, en el cementerio de Ponciano en la Vía Portuense, santos Abdón y Senén, mártires († s. III) **.

3. En Cesarea de Capadocia, Santa Julita († 303), mártir.

4. En Tebourba (África), santas Máxima, Domitila y Segunda († 304), vírgenes y mártires.

5. En Auxerre (Galia), San Urso, obispo († s. VI).

6. En Ghistelles (Flandes), Santa Godeleva († 1070), mártir *.

7. En Londres (Inglaterra), beatos Eduardo Powel, Ricardo Fetherstone y Tomás Abel († 1540), presbíteros y mártires bajo Enrique VIII *.

8. En Daying (China), San José Yuan Gengying († 1900), mártir.

9. En Calafell (Tarragona), beatos Braulio María (Pablo) Corres Díaz de Cerio, presbítero, y catorce compañeros de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios: Julián (Miguel) Carrasquer Fos **, Eusebio (Antonio) Forcades Ferrate, Constancio (Saturnino) Roca Huguet, Benito (Arsenio) José Labre Mañoso González, Vicente de Paul Canelles Vives, todos ellos profesos; Tomás Urdánoz Aldaz, Rafael Flamarique Salinas, Antonio Llauradó Parisi, Manuel López Orbara, Ignacio Tejero Molina, Enrique Beltrán Llorca, Domingo Pitarch Gurrea, Antonio Sanchis Silvestre y Manuel Jiménez Salado († 1936), novicios, todos ellos mártires *.

10. En Castelserás (Teruel), beatos José María Muro Sanmiguel, presbítero, Joaquín Prats Baltueña, religiosos ambos de la Orden de Predicadores, y el sacerdote secular Zósimo Izquierdo Gil († 1936), todos ellos mártires *.

11. En Barcelona, Beato Sergio Cid Pazo († 1936), presbítero, de la Sociedad Salesiana, mártir *.

12. En Padua (Italia), San Leopoldo (Bogdan Juan) Mandić († 1942), presbítero de la Orden de Menores Capuchinos **.

13. En Guadalajara (México), Beata María Vicenta de Santa Dorotea Chávez Orozco († 1949), virgen, fundadora del Instituto de Siervas de la SS. Trinidad y de los Pobres **.

14. En Guadalajara (México), Santa María de Jesús Sacramentado Venegas de la Torre († 1959), virgen, fundadora de la Congregación de Hijas del Sagrado Corazón de Jesús **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN PEDRO CRISÓLOGO

Doctor de la Iglesia († 450)

«Confieso que un mismo sentimiento de veneración y de devoción me liga por igual con todas las iglesias; mas me siento obligado de un modo particular con la iglesia de Ímola (Corneliensi ecclesiae), a causa de su nombre mismo. Pues Cornelio, de muy santa memoria [...], fue mi padre, fue él quien me engendró por el Evangelio; piadoso como era, piadosamente me crió; él, santo, me dedicó a los oficios santos; siendo obispo me ofreció y consagró al servicio de los sagrados altares [...]».

Estas palabras que San Pedro Crisólogo pronunció siendo metropolitano de Rávena al consagrar a su sufragáneo Proyecto como obispo de Ímola *(Forum Cornelii)* (Sermón 165), hacen suponer que esta localidad fuese la patria de nuestro santo, si bien no lo afirman expresamente. Pedro debió de nacer hacia el año 380. Parece que le satisfizo que se le llamara con un nombre apostólico; con este nombre juega al exclamar durante la consagración de otro sufragáneo suyo, Marcelino de Voghenza, antiguo pescador: «Que nadie se admire si Pedro se ha escogido como colega a un pescador» (Sermón 175). Cornelio de Ímola, como hemos visto, le educó y le inició en el orden sagrado: le ordenó de diácono, dice Andrés Agnelo en el *Liber pontificalis* de Rávena, no sabemos con qué fundamento histórico.

Es curioso que un forastero, un imolense como Pedro, forastero por lo menos como clérigo, fuese elegido para gobernar la iglesia de Rávena. Quizá para justificar tal anormalidad se tejió una leyenda que reproduce Andrés Agnelo. A la muerte del prelado ravenés, una representación de la ciudad y de su clero habría ido a presentar al Papa el nuevo candidato para la sede vacante de Rávena; entre los de la delegación de dicha sede se habría encontrado el obispo de Ímola, acompañado de su diácono Pedro que ejercía entonces funciones de vicario general. Repetidas apariciones del apóstol San Pedro y de San Apolinar, el fundador de la iglesia de Rávena, habrían indicado al Papa (que Agnelo dice ser, sin duda erróneamente, Sixto III) el verdadero escogido por Dios para regir la diócesis huérfana: por lo cual el Sumo Pontífice, rechazado el candidato ravenés y venci-

das las resistencias momentáneas de los ciudadanos disgustados, habría designado a Pedro Crisólogo como pastor querido por Dios para ocupar la cátedra episcopal vacante.

La elevación de Pedro a la dignidad de obispo de Rávena tuvo lugar probablemente entre los años 424-429. Desde el año 404 Rávena era residencia imperial de Occidente. Se explica que, a instancias del emperador romano, el Papa confiriera a esta sede la dignidad de metropolitana. Pedro fue el primer arzobispo, «antistes», como se decía entonces. Como a tal, ya en 431 Teodoreto de Ciro, y más tarde, a principios del 449, Eutiques, le escriben para pedir su protección en la polémica suscitada por las cuestiones cristológicas, tan debatidas en Oriente. Se ha conservado la respuesta de Pedro a Eutiques, la cual es un preclaro testimonio en favor de la sumisión debida al sumo jerarca de la Iglesia, el Papa, máxime en cuestiones de fe.

> «En todo te exhortamos, honorable hermano —escribe—, a que acates con obediencia todas las decisiones escritas por el santísimo Papa de la ciudad de Roma, ya que San Pedro, que continúa viviendo y presidiendo en su propia sede, brinda a los que la buscan la verdadera fe. Nosotros, en cambio, para el bien de la paz y de la fe, no podemos asumir las funciones de juez sin el consentimiento del obispo de Roma».

Como prelado, Pedro se distinguió por su actividad como constructor de edificios sagrados y como consejero de la emperatriz regente, Gala Placidia. Ambos se estimularon en la devoción hacia la memoria de los santos. En 445 expiró en brazos de Pedro el obispo de Auxerre, San Germán, a quien, de paso por Rávena, llamó Dios a la gloria.

Pero sobre todo sobresalió Pedro como predicador. Su celebridad, el título de «Doctor de la Iglesia» que el papa Benedicto XIII le otorgó en 1729, proviene de sus sermones, que han llegado hasta nosotros. Su sermonario clásico consta de 176 piezas, de las cuales hay que rechazar ocho como no auténticas (números 53, 107, 119, 129, 135, 138, 149 y 159); en cambio, a la colección de los sermones genuinos hay que añadir otros catorce, editados en lugares muy distintos. La mayor parte de estos discursos sagrados son homilías sobre determinadas perícopes evangélicas. Seis sermones comentan otros tantos salmos (son los únicos textos del Antiguo Testamento a los que nuestro predicador ha de-

dicado expresamente unos comentarios). Doce explican varios pasajes de las epístolas de San Pablo. Siete son explanaciones del símbolo de la fe y seis de la oración dominical; están dirigidos, por consiguiente, a los catecúmenos. Hay, además, algunas series de sermones heortásticos, parte homiléticos, parte no, mezclados con exhortaciones al ayuno, panegíricos de santos y otros discursos circunstanciales, principalmente los pronunciados con motivo de consagraciones episcopales.

El estilo de Pedro es retórico, académico. Sus discursos acusan una preparación esmerada; Pedro no decía nada que antes no hubiese escrito, estudiado, aprendido. Le falta la espontaneidad, la naturalidad de un Agustín, por ejemplo. A pesar de todo, en sus frases, llenas de figuras retóricas y de sentencias, de juegos de palabras, de redundancias y pleonasmos, terminadas siempre con cláusulas rítmicas, se refleja el talento del orador. El retoricismo, sin duda decadente, de Pedro, que en la primera mitad de la Edad Media le mereció el sobrenombre de «Crisólogo» (palabra de oro o también el que dice oro), no es suficiente para ahogar el calor humano y el fervor divino que desprenden las palabras de nuestro santo predicador.

San Pedro Crisólogo predicó entre los concilios de Éfeso y de Calcedonia. Por eso, es natural que sus discursos estén saturados de las preocupaciones cristológicas de la época. Creemos que este aspecto es el más interesante de los sermones. Pero no hay que olvidar que Crisólogo no es teólogo propiamente dicho. En las exhortaciones se refleja, ante todo, la preocupación pastoral del obispo de Rávena. En este sentido sus palabras son realmente el espejo de su santidad. Si algún epíteto hubiese que darle a este orador, el más apropiado sería el de «Doctor del amor paternal de Dios». Es característica, por ejemplo, la afición que manifiesta por la idea, que continuamente está repitiendo, de que Dios prefiere ser amado que temido. Su mariología está impregnada de un verdadero lirismo; lo que él dice de la Santísima Virgen, con unas exuberancias de conceptos que parecen preanunciar las bizantinas, no tiene parangón en la literatura patrística.

Pedro murió el 3 de diciembre del año 450. Según la tradición, fue a morir a su patria, junto al sepulcro del mártir San

Casiano. De hecho, actualmente su sepulcro se venera en la cripta llamada de San Casiano, de la catedral de Ímola.

ALEJANDRO OLIVAR, OSB

Bibliografía

BALDISSERRI, L., *San Pier Crisologo, arcivescovo di Ravenna* (Ímola 1920).
BÖHMER, G., *Petrus Chrysologus, Erzbischof von Ravena, als Prediger* (Paderborn 1919).
DAPPER, H., *Der hl. Petrus Chrysologus* (Colonia 1867).
MCGLYNN, R. H., *The incarnation in the Sermons of S. Peter Chrysologus* (Mundelein 1956).
OLIVAR, A., «Els principis exegètics de Sant Pere Crisolog»: *Miscellanea biblica B. Ubach* (1953) 413-437.
— «Clavis S. Petri Chrysologi»: *Sacris Erudiri* 6 (1954) 327-342 (donde se indican los lugares en que se hallan editados los sermones no comprendidos en la colección tradicional y se enumeran las obras falsamente atribuidas al Crisólogo).
PETERS, F. J., *Petrus Chrysologus als Homilet* (Colonia 1918).
SCHILTZ, E., «Un trésor oublié: Saint Pierre Chrysologue comme théologien»: *Nouvelle Revue Théologique* 55 (1928) 265-276.
SESSA, G., *La dottrina cristologica di S. Pier Crisologo* (Pozzuoli 1946).
STABLEWSKI, F. VON, *Der hl. Kirchenvater Petrus van Ravenna* (Posen 1871).
TARLAZZI, A., *S. Pietro Crisologo* (Rávena 1887).
La colección de los sermones, más de 50 veces impresa desde 1534, se lee en MIGNE: PL 52. Trad. en catalán: *Sermons* (Barcelona 1985-2001), 6 vols.

SANTOS ABDÓN Y SENÉN

Mártires († s. III)

De los santos Abdón y Senén se recitaba esta «lección» en el oficio de maitines del *Breviario* antes de la simplificación de rúbricas llevada a cabo el año 1956 por la Sagrada Congregación de Ritos, en que su antiguo oficio de rito simple quedó reducido a «memoria» o conmemoración:

> «Bajo el imperio de Decio, Abdón y Senén, de nacionalidad persa, fueron acusados de enterrar en sus propiedades los cuerpos de los cristianos que eran dejados insepultos. Habiendo sido detenidos por orden del emperador, intentóse obligarles a sacrificar a los dioses; mas ellos se negaron a hacerlo, proclamando con toda energía la divinidad de Jesucristo, por lo cual, después de haber sido sometidos a un riguroso encarcelamiento, al volver Decio a Roma obligóles a entrar en ella cargados de cadenas, caminando delante de su carroza triunfal. Conducidos a través de las calles de la ciudad a la presencia de las estatuas de los ídolos, escupieron sobre ellas en señal de execración, lo que les valió ser expuestos a los

osos y a los leones, los cuales no se atrevieron a tocarles. Por último, después de haberlos degollado, arrastraron sus cuerpos, atados por los pies, delante del simulacro del Sol, pero fueron retirados secretamente de aquel lugar, para darles sepultura en la casa del diácono Quirino».

La «lección» transcrita recoge la leyenda que nos ha transmitido la «pasión de San Policronio», pieza que parece remontarse a finales del siglo V o principios del VI. Esta pasión representa a nuestros santos como *subreguli* o jefes militares de Persia, donde habrían sido hechos prisioneros por Decio, circunstancia evidentemente falsa, puesto que Decio no hizo guerra alguna contra aquella nación. Añade el documento que padecieron martirio en Roma bajo Decio, siendo prefecto Valeriano, detalle igualmente inexacto, puesto que Valeriano no fue prefecto durante el reinado de Decio. Sin embargo, la mención de estos dos emperadores nos permite fijar la fecha del martirio de Abdón y Senén, ya bajo Decio, en 250, ya bajo Valeriano, en 258.

Lo que sí podemos retener como seguro es el origen oriental de ambos santos, suficientemente atestiguado por sus nombres. Muy bien puede creerse que fueran de origen ilustre, príncipes o sátrapas, ya refugiados en Roma a consecuencia de alguna revolución en su país o por haber caído en desgracia de sus soberanos, ya traídos de Persia como prisioneros o como rehenes, no por Decio, que no estuvo allí, sino por su inmediato predecesor, el emperador Felipe el Árabe. Si vivieron en la corte de Decio pudieron haber muerto víctimas no solamente de su fe cristiana, sino también del odio que los escritores cristianos atribuyen a Decio contra todo lo que guardaba relación con su predecesor.

Alguien ha propuesto otra hipótesis. Teniendo en cuenta que el cementerio de Ponciano, donde fueron sepultados estos mártires, se halla enclavado en un barrio pobre, próximo a los almacenes del puerto de Roma, cabría preguntarse si Abdón y Senén no fueron simplemente dos obreros orientales. Se habla en la pasión de un cierto Galba, cuyo nombre podría haber sido sugerido por la proximidad de los *horrea Galbae,* los *docks* para el vino, el aceite y otras mercancías de importación.

Sea lo que fuere de tales conjeturas, hay un dato cierto e indudable en la vida de nuestros santos, y es la constancia de su

martirio, atestiguada por su sepultura en el referido cementerio o catacumba de Ponciano y la nota que trae el cronógrafo de Filócalo, del año 354, que dice así en su lista de enterramiento de mártires: «El 3 de las calendas de agosto (es decir, el 30 de julio), Abdón y Senén en el cementerio de Ponciano, que se encuentra junto al "Oso encapuchado"». Igual referencia y para igual fecha aporta el calendario jeronimiano, repitiéndola los diversos itinerarios compuestos para uso de los peregrinos del siglo VII, e incluyéndola los martirologios de redacción posterior, como el de Beda, Adón y Usuardo.

El cementerio de Ponciano se encuentra en la Via Portuense, y una de sus criptas, la situada junto a la escalera, poseyó la tumba de estos mártires. Fue decorada posteriormente, en la época bizantina, hacia el siglo VI según Marucchi y monseñor Wilper. Esta cripta fue siempre objeto de particular veneración. En un hueco cavado en la roca se edificó un baptisterio, decorándolo con una cruz gemada que parece salir de las aguas, mientras de los brazos de la cruz penden las letras alfa y omega. Debajo del nicho se encuentra una pintura con el bautismo del Señor.

La tumba de Abdón y Senén ocupaba la pared de la derecha y hallábase coronada con un fresco representando a Cristo que sale entre nubes y pone dos coronas sobre las frentes de los mártires, estando escrito debajo de uno SCS ABDO, y del otro SCS SENNE. Su indumentaria es asiática, y ambos están tocados con un capuchón enroscado, en forma de gorro frigio. El resto de sus vestidos se compone de un manto que prolonga el capuchón, dejando ver una túnica de piel, que va recogida por delante, quedando las piernas al aire.

Tales detalles en el vestido denotan que, al tiempo en que fue decorada la cripta, la tradición oriental de Abdón y Senén no ofrecía duda alguna, pero no concuerdan del todo con el origen ilustre que la pasión les atribuye, pues la túnica recogida, dejando ver las piernas, parece indumentaria de gente humilde. Sin embargo, ha aparecido una lámpara de terracotta, que se data como del siglo V, la cual representa a San Abdón portando el manto persa de pieles, aunque adornado con esferillas y piedras preciosas, lo que está acorde con la pasión al decir que los mártires se presentaron ante Decio con su espléndida vestimenta oriental, como sátrapas o príncipes. Esta lámpara pudo inspi-

rarse en alguna pintura del mismo cementerio de Ponciano, hoy desaparecida.

Los cuerpos de San Abdón y San Senén no estuvieron mucho tiempo en el sarcófago de ladrillo que aún se conserva en la cripta. Después de la paz de la Iglesia se les transportó a la rica basílica que fue levantada encima de la catacumba. El itinerario de Salzburgo lo indica claramente cuando invita al peregrino a que, después de visitar el subterráneo o espelunca, suba arriba y entre en la gran iglesia, «donde descansan los santos mártires Abdón y Senén».

Esta basílica fue restaurada a fines del siglo VIII por el papa Adriano I, pero de ella hoy no queda rastro. Años después, en 826, el papa Gregorio IV transfirió los cuerpos de los dos mártires a la iglesia de San Marcos, dentro del actual palacio de Venecia.

En Roma llegaron a tener dedicada otra iglesia cerca del Coliseo, la cual se construiría en relación con la noticia de la pasión de que sus cadáveres fueron arrojados ante el «simulacro del Sol», que era la grandiosa estatua de Nerón que daba nombre de Coliseo al anfiteatro Flavio. Esta iglesia está registrada en un catálogo mandado confeccionar por San Pío V y debe señalar el sitio en que fueron ajusticiados ambos santos.

Parte de las reliquias de San Abdón y San Senén fueron transportadas al monasterio de Nuestra Señora de Arles-sur-Tech, en el actual departamento francés de los Pirineos Orientales. Están guardadas en dos bustos relicarios, ricos y artísticos. Por esta región se conservan poblaciones, como Dondesennec, que evocan el nombre del primero de los mártires.

Aquí terminaríamos esta semblanza si no creyéramos defraudar al lector.

No debe tomarse a menoscabo para los gloriosos mártires el tener que movernos entre conjeturas; es una prueba de la antigüedad de su martirio, si bien la carencia de documentación abundante nos impide noticias ciertas, que el relato fantástico de la pasión procuró suplir tres siglos después. Lo principal, que es su martirio, está atestiguado por el calendario filocaliano y por el culto constante junto a su tumba y después en su basílica. También está comprobado su origen oriental, como lo demuestran sus nombres, la propia leyenda y la iconografía.

Fueron mártires de una de las más tristes y gloriosas persecuciones, la de Decio.

Este emperador reinó tres años, del 249 al 251. Era hombre de grandes cualidades; pero, cegado por el esplendor del trono, quiso volverlo a su antigua grandeza y pretendió que la religión del Estado alcanzara la significación que tuvo en los tiempos de gloria del Imperio.

Como el cristianismo había echado hondas raíces en la sociedad romana, se propuso exterminarlo, pues Decio lo consideraba como el principal estorbo a sus proyectos. Anteriormente las persecuciones habían sido esporádicas, en virtud de una legislación ambigua, que por un lado prohibía buscar a los cristianos, y por otro los juzgaba y condenaba cuando se presentaban denuncias contra ellos en los tribunales.

El edicto que ahora se publicó era general y sentaría las bases jurídicas de la persecución, nuevas en relación con la antigua jurisprudencia. Los procónsules o gobernadores de provincias habían de exigir de todos los súbditos del Imperio una prueba explícita del reconocimiento de la religión del Estado, ya ofreciendo alguna libación o sacrificio, ya quemando unos granos de incienso ante el altar de los dioses. Los que cumplieran este requisito recibirían un certificado o *libellum,* y su nombre sería incluido en las listas oficiales.

La persecución se extendió a todo el Imperio, desde España a Egipto, desde Italia a África. Los efectos fueron terribles, porque hubo muchos mártires, pero los magistrados preferían hacer apóstatas, recurriendo para ello a todas las estratagemas.

Entre los que resistieron heroicamente la prueba, tenemos a nuestros santos Abdón y Senén. Ya fuesen de origen noble, ya de condición plebeya, demostraron gran entereza de alma.

¿Serían apresados porque, como afirma la pasión, enterraban en sus propiedades los cuerpos de los mártires?

No es inverosímil. En momentos de terror hasta los mismos familiares abandonan a sus parientes para no comprometerse. Por esta o por otra causa, o porque hubieran sido convocados simplemente a sacrificar, como otros muchos ciudadanos, lo cierto es que no retrocedieron ante el peligro y confesaron con valentía su fe. Tenemos también constancia de

otros muchos mártires, sobre todo obispos y personas de relieve, que sufrieron la muerte en esta persecución, como el papa San Fabián, el obispo de Alejandría, San Dionisio; el de Cartago, San Cipriano; la virgen Santa Águeda, de Sicilia, San Félix, de Zaragoza. Los perseguidores buscaban las cabezas para desorganizar mejor la Iglesia.

Hubo también innumerables «confesores» que soportaron cárceles, cadenas y torturas por Cristo, aunque obtuvieran posteriormente la libertad, pudiendo mostrar las señales de sus padecimientos en sus heridas y cicatrices. Eran como mártires vivientes, que habían conservado la vida para ejemplo y estímulo de los demás. Uno de los más célebres confesores de este período fue el ilustre escritor alejandrino Orígenes.

En fin, de esta época y de este ambiente son San Abdón y San Senén. Si podemos tomar por novelescos muchos detalles de la pasión, siempre será cierto el hecho fundamental: que derramaron generosamente su sangre por Cristo en la confesión de su fe, y así los ha venerado por mártires, a través de una larga tradición de siglos, la Iglesia católica.

CASIMIRO SÁNCHEZ ALISEDA

Bibliografía

Acta sanctorum. Iulii, t.VIII p.130-141.
Art. «Abdon», en *Dictionnaire d'histoire et de géographie ecclésiastique.* IX: *Aach-Albus* (París 1912).
Arts. «Abdon», «Baptistère», «Pontien», en F. CABROL - H. LECLERCQ (dirs.), *Dictionnaire d'archéologie chrétienne et de liturgie* (París).
DUFOURCQ, A., *Étude sur les gesta martyrum romains* (París 1900) 236; 240.
DE ROSSI, J. B., *La Roma sotterranea christiana,* I (Roma 1864) 181-183.

SAN LEOPOLDO (BOGDAN JUAN) MANDIĆ

Presbítero († 1942)

Bogdan Juan Mandić nació en Herzeg-Novi (Castelnovo), diócesis dálmata de Kotor (Croacia), el 12 de mayo de 1866. Fue bautizado, el 13 de junio siguiente, con el nombre de Bogdan (Adeodato) Juan. Era el undécimo hijo de los doce que tuvieron Pedro Antonio Mandić y Carlota Zarević, matrimonio cristiano que, para sacar adelante a sus hijos, trabajaba en el co-

mercio marítimo. Su padre provenía de la antigua nobleza bosnia, hijo de un «patrón de nave» que faenaba en el Adriático. Su madre era hija de Leonor, condesa de Bujovi, pero por las condiciones políticas habían perdido sus riquezas y no les quedaba más que su fe y el trabajo.

Su madre, especialmente, lo inició en la oración y en el amor de Dios y en la bondad para con los demás. Él lo recordaba en su vejez:

> «Mi madre era de una piedad extraordinaria. A ella le debo de modo particular cuanto soy».

Bogdan acompañaba diariamente a su padre para participar en la santa misa. Ya desde niño mostró una devoción singular a la Virgen María.

Frecuentó la escuela pública con gran provecho en sus estudios y, por la tarde, se acercaba al convento de los frailes menores para jugar.

Con los consejos de su párroco fue descubriendo la vocación a la vida consagrada y, más tarde, un jesuita le aconsejó que se hiciera capuchino. Con este fin, a los dieciséis años, el 16 de noviembre de 1882 ingresó en el noviciado que los padres franciscanos capuchinos del Véneto tenían en la vecina ciudad de Udine.

Después de dos años de vida ejemplar, como atestiguaron sus compañeros, tanto en su vida espiritual como en su formación intelectual, el 2 de mayo de 1884 tomó el hábito de la orden con el nombre de Leopoldo, en el convento de Bassano del Grappa (Vicenza), y el 4 de mayo del año siguiente, allí mismo, hizo su primera profesión. Seguidamente fue trasladado al convento de Padua, donde realizó los estudios filosóficos y emitió su profesión solemne el 28 de octubre de 1888. De allí fue trasladado a Venecia, al convento de Giudecca, para cursar estudios teológicos, y allí recibió las órdenes menores y mayores, y, el 20 de septiembre de 1890, a sus veinticuatro años, el presbiterado.

Al ser ordenado sacerdote, pidió ser destinado a misiones, concretamente a Oriente. Porque ya desde sus veintiún años, en 1887, había sentido claramente una llamada para dedicarse a la unidad de los cristianos, de los ortodoxos con la Iglesia católica.

Lo recordaba con toda nitidez al cumplirse cincuenta años de aquella llamada:

> «En este año se cumple el cincuenta aniversario en el que, por primera vez, experimenté la vocación de Dios que me llamaba a la oración y a promover la vuelta de los disidentes orientales a la unidad católica...».

Esta misma llamada la escucharía más veces, como escribía el 7 de octubre de 1912:

> «Hoy al comulgar en la santa misa claramente entendí por la naturaleza de las cosas y con la evidencia de la verdad estar llamado a la obra de la redención de mi pueblo. Es decir, el Señor Jesús y la Virgen María quieren que apaciente las ovejas errantes; entre otros llamados a esta obra quieren que yo también esté. Serán la razón de toda mi vida aquellas palabras divinas: "Habrá un solo pastor y un solo redil"».

Pero nunca le fue concedido debido a su débil constitución física, pues era menudo —medía 1,35 m. de estatura—, delgado y encorvado; y a causa, también, de un defecto en el habla que le hacía difícil la predicación. Aceptó, pues, los encargos ministeriales que le fueron encomendando hasta que, progresivamente, fue dedicándose por completo al ministerio del sacramento de la reconciliación.

Primero estuvo en Venecia siete años, perfeccionándose en su formación sacerdotal a la vez que atendía a los ministerios que el superior local le encomendaba. Después fue superior, durante tres años (1897-1900), del convento de Zara, donde dejó un rastro de testimonio religioso y de virtudes sacerdotales. A continuación fue trasladado al convento noviciado de Bassano del Grappa, donde permaneció cinco años (1900-1905). Más tarde fue vicario en el convento de Capodistria por un año (1905-1906) y después por tres años —con uno de interrupción en Padua— en Thiene (Vicenza), donde comenzó a dedicarse plenamente al confesionario del santuario de la Virgen del Olmo (1906-1909).

Pero será en el convento de Padua donde ejercerá su misión de manera continuada —desde el 25 de abril del 1909 hasta su muerte en 1942—, interrumpida sólo en dos ocasiones.

La primera, durante la primera guerra mundial, desde julio de 1917 hasta mayo de 1918, cuando permaneció desterrado voluntario, confinado político por no tener nacionalidad italiana

y no querer renunciar a su origen croata, en el sur de la península, al principio en Acri, después en Tora, y luego en Arienzo, en conventos de distintas provincias religiosas capuchinas. No quería renunciar a su nacionalidad para volver después de la guerra a los suyos, croata entre los croatas, para guiarlos en el retorno a la Iglesia una y católica.

La segunda, más breve, desde el 16 de octubre al 11 de noviembre de 1923, cuando fue trasladado provisionalmente a Fiume d'Istria.

Hay que notar que, en ambas ocasiones, hubo reacción popular para que volviera pronto a Padua. En la primera ausencia no sólo por parte de la gente, sino que hasta el periódico defendía la presencia en Padua, por su buen hacer, del padre Leopoldo. En la segunda, más breve, el mismo obispo de Padua, el siervo de Dios Elías dalla Costa, escribía al Superior provincial de la provincia religiosa: «El destino a Fiume del buenísimo padre Leopoldo ha despertado en toda la ciudad de Padua un sentimiento de gran amargura y de verdadero disgusto. Muy distinguidas personalidades del clero y de los seglares piden a Vuestra Paternidad Reverendísima que permanezca aquí».

Precisamente, ese mismo año de 1923, el mismo Superior provincial escribía sobre el padre Mandić:

> «Su constitución física muy débil no le permite dedicarse a otros ministerios. En la confesión, no obstante, ejerce una fascinación extraordinaria por su gran cultura, por su aguda intuición y, especialmente, por la santidad de su vida. A él afluyen no solamente gente del pueblo sino particularmente intelectuales y aristócratas, así como profesores y estudiantes universitarios y el clero secular y regular».

Acudían a confesarse con él multitud de sacerdotes. Con motivo de sus bodas de oro sacerdotales, en 1940, acudieron a su fiesta más de quinientos. Algunos decían que era un «confesor de manga ancha» pero él se definía a sí mismo: *confesor de la misericordia de Dios,* pues mostraba a Cristo en la cruz, de donde venía el perdón. No obstante, era fidelísimo al magisterio de la Iglesia en la moderación de los espíritus:

> «Cuando confieso y doy consejos, siento todo el peso de mi ministerio y no puedo traicionar a mi conciencia. Primeramente y ante todo, la verdad».

Defendía la vida antes de nacer, la fidelidad matrimonial, el afecto doméstico —para que nunca hubiera violencia—, pero a la vez era exigente ante los que violaban los derechos de los pobres, de los obreros o de cualquier persona explotada.

En el ministerio de la reconciliación permaneció, pues, en la basílica de San Antonio de Padua, junto a las reliquias de este santo, ya ininterrumpidamente desde 1918 a 1942, oculto en el confesionario a razón de diez o doce horas diarias pero, al mismo tiempo, resplandeciendo también allí en santidad.

Ponía poca penitencia. Solía repetir: «Pongo poca penitencia a los que se confiesan porque lo demás lo hago yo».

Cuando lo encontraron en una noche que permanecía en oración, explicó: «Tengo que hacer penitencia por mis penitentes».

A la vez no dejaba de vivir el ideal de la unión de la Iglesia. Cuando era director de los estudiantes de filosofía en Padua, de 1910 a 1914, con fecha de 21 de agosto de 1914 escribía:

> «El objetivo de mi vida debe ser el retorno de los disidentes orientales a la unidad católica; esto es [...] tengo que encauzar todas mis energías, en cuanto me lo permita mi pequeñez, a llevar lo que sea a obra tan grande, con el mérito del sacrificio de mi vida. Por esto, mientras por obediencia de mis superiores siga ejerciendo el cargo de director de nuestros jóvenes, procuraré por todos los medios que las circunstancias pongan a mi alcance preparar a los apóstoles que a su debido tiempo se encargarán de obra tan importante».

Como nunca vio cumplido su impulso interior de ir a desarrollar personalmente este trabajo ecuménico en el Oriente, en cada momento renovaba su voto, explicándose a sí mismo que tenía que hacerlo a su modo: *pro modulo meo.*

> «Toda la razón de mi vida tiene que ser este diseño divino, o sea, que también yo, a mi modo (pro modulo meo), aporte algo, a fin de que un día [...] los disidentes orientales regresen a la unidad católica».

Era obedientísimo a sus superiores, y así entendió que era la voluntad de Dios el ministerio de la reconciliación más que la misión entre los orientales y escribió: «Toda alma que pida mi ministerio, será mi Oriente».

Bajaba al templo a las cuatro de la mañana para prepararse a la celebración de la misa, que celebraba a las cinco derramando —muchas veces— lágrimas sobre el mantel. Solía celebrar en el altar de la Inmaculada. Después de la acción de gracias, enseguida entraba en el confesionario y allí permanecía hasta la hora de comer. Después de un breve recreo con los hermanos, se recogía en su habitación hasta la hora de vísperas, y cuando se terminaban, otra vez entraba en el confesionario hasta la hora de cenar. En su tiempo de soledad en la celda, leía o escribía cartas de dirección espiritual. Se conservan más de doscientas.

Y esto todos los días, hiciera mucho frío o mucho calor. Tenía tal fila de penitentes que sus superiores le dispensaban de algunos actos de comunidad. En los momentos en que no había penitentes, se ponía de rodillas para orar. O rezaba el oficio parvo, además de la Liturgia de las Horas. Y no paraba de rezar rosarios.

Después de cenar, y del breve recreo con la comunidad, volvía a la oración y permanecía de rodillas hasta la media noche. Decía que oraba por los pecadores que había absuelto y que por eso tenía que hacer penitencia. Le quedaban, pues, para el sueño cuatro horas o todo lo más cinco.

No salía del convento a no ser para escuchar confesiones en otro instituto religioso o en la visita a los enfermos. Nunca tuvo vacaciones.

Era, y así lo veía todo el mundo, un verdadero hombre de Dios y un sacerdote cabal, lleno del Espíritu del Señor. Trataba en la oración al Señor con toda familiaridad y así lo comunicaba a toda clase de penitentes, ricos y pobres, tuvieran o no preparación intelectual. Mantenía sereno el ánimo y se comportaba con toda humanidad con los pecadores sufriendo cualquier molestia. No dejaba su ministerio ni por su mal de ojos o de estómago ni por su artritis, que le producía no pocos dolores. Escuchando confesiones y moderando los espíritus, se comprobaba que estaba totalmente en Dios.

En sus dificultades y aflicciones, enfermedades o molestias no perdía la alegría y soportaba con una increíble paciencia el peso y la fatiga de su labor pastoral de cada día. Se mostraba amable con todos, especialmente con los enfermos de la Orden o con los que iba a atender en el sacramento de la Penitencia.

Era cumplidor de la regla de su Orden y minucioso en el hablar siempre con modestia y pureza de corazón. A la vez humildísimo, se tenía por el último de sus hermanos gozándose de los dones y de todo lo bueno de los demás. Cuando tenía que referirse a él mismo, decía: «Este pobre de mí».

Por eso y de esa forma contagiaba a todos con su amor a Dios y su limpieza de alma.

Lo más llamativo es que todo esto aparecía por fuera pero dentro tenía un temperamento y un carácter fuertes, como del lugar del que provenía, que lograba dominar y controlar —como se ve— sin mostrar exteriormente lo que pasaba en su interior. También él, como su paisano San Jerónimo, oraba con una fórmula heredada de él: *Parce mihi, Domine, quia dalmata sum* (Perdóname, Señor, que soy de Dalmacia).

Todavía un año antes de morir, el 14 de febrero de 1941 escribía: «Yo tengo siempre el Oriente ante mis ojos».

Su deseo de permanecer fiel a su sangre y a su tierra no provenía de una conciencia nacionalista sino de su ardiente vocación apostólica que había descubierto donde había nacido, en el límite entre Oriente y Occidente.

Había escrito en muchas hojas sueltas o estampas, en latín, la renovación de sus votos y propósitos de su vocación y acción misionera ecuménica. En 1912 había escrito en una de esas estampas: «He aquí que me ofrezco como víctima por los hermanos».

En otra de 1913:

> «Me obligo con voto, corroborado con juramento, a cumplir lo que falta a la Pasión en relación con los disidentes orientales».

También mantenía la misma insistencia en un librillo desde 1931 a 1938 y en una agenda de 1939. El 19 de octubre de 1935:

> «Me obligo con voto: cuantas veces celebre la Misa, si no me lo impide la justicia o la caridad, todo el fruto del santo sacrificio será por el retorno de los disidentes orientales a la unidad católica».

Y el 16 de agosto de 1936:

> «Yo, Fray Leopoldo, hoy, antes de la hora de sexta, he comprendido la economía de la divina gracia: que yo he sido llamado para la salvación de mi gente, del pueblo eslavo, y al mismo tiempo para la salvación de las almas, especialmente en la adminis-

> tración del sacramento de la penitencia. En resumen, con este plan tan claro, pondré todos mis esfuerzos en buscar por todas partes, ayudado siempre por la gracia de Dios, el cumplir esta mi doble misión: ante todo la salvación de mi pueblo y también el cuidado espiritual de los fieles por medio del sacramento de la penitencia».

Éstas fueron, pues, las dos claves de su ministerio y vida en el camino de la santidad: el ecumenismo y el ministerio del perdón. En el mismo mes de su muerte había renovado su voto:

> «Por la redención de mi pueblo»; «Por mis hermanos»; «Por la salvación de mi gente».

Había pedido al Señor cumplir con su ministerio en el sacramento de la penitencia hasta la muerte:

> «Que el Señor me lleve estando en la brecha».

Y así le fue concedido. Aunque al final tuvo un tumor de esófago que le impedía comer, a no ser la Eucaristía, no desistió ni un solo día en su atención ministerial en la penitencia. El día anterior a su muerte, el 29 de julio, atendió a cincuenta personas en la confesión y celebró su última misa.

A los 76 años, el 30 de julio de 1942 cuando se preparaba para la celebración de la misa, vestido ya con el alba, le sobrevino un ictus cerebral y se desplomó en la sacristía. Recibió la unción de enfermos y la recomendación del alma, mientras recitaba con sus hermanos la Salve.

En el momento de concluir: *O clemens, o pia, o dulcis Virgo Maria,* tendiendo las manos al cielo, expiró plácidamente, a las 6,30 horas.

Su muerte congregó a muchos fieles en Padua, a pesar del peligro continuo de bombardeos de la segunda guerra mundial, y el funeral tuvo que hacerse en la amplísima iglesia de los Siervos de María, ante la presencia de numerosísimo pueblo con autoridades civiles y eclesiásticas.

El 1 de agosto fue sepultado en el cementerio de Padua, el féretro fue llevado por sacerdotes y quisieron que su confesor estuviera en la capilla, hasta que en 1963 fue trasladado al convento, donde había vivido tantos años, y cerca de su confesionario, donde había pasado tantas horas atendiendo a miles de penitentes.

Desde entonces, y especialmente ahora después de su canonización, cuando se peregrina a Padua, en la misma basílica se encuentra uno con dos santos, con San Antonio y con San Leopoldo. Junto a la tumba de San Leopoldo está expuesta, en un relicario, la mano derecha del santo, con la que absolvía en el confesionario.

En 1946 se inició en Padua el proceso ordinario para su canonización. Juan XXIII introdujo la causa en 1962 para ser trasladado a Roma. El proceso apostólico sobre las virtudes y los milagros se realizó en Padua y Venecia entre 1963 y 1966. En el reconocimiento de los restos que se hizo en 1966 su cuerpo fue encontrado incorrupto. En 1974 se dio el decreto sobre la heroicidad de las virtudes y en 1976 sobre la constancia de dos milagros: uno, sobre Elsa Raimondi de una peritonitis tuberculosa fibrinosa, y otro, sobre Pablo Castello de una gravísima trombosis arterial mesentérica superior con infarto extenso del intestino delgado.

Pablo VI lo beatificó el 2 de mayo de 1976 en la Plaza de San Pedro y en su homilía dijo:

> «Se santificó principalmente en el ejercicio del sacramento de la reconciliación. Por fortuna, se han escrito y divulgado copiosos y espléndidos testimonios sobre este aspecto de la santidad del nuevo beato. A nosotros no nos corresponde sino admirar y dar las gracias al Señor, que ofrece hoy a la Iglesia una figura tan singular de ministro de la gracia sacramental de la penitencia; que invita, por una parte, a los sacerdotes al ministerio de tan capital importancia, de pedagogía tan actual, de tan incomparable espiritualidad; y que recuerda a los fieles, ya sean fervorosos, o tibios, o indiferentes, qué providencial servicio es todavía hoy, mejor dicho, hoy más que nunca, para ellos la confesión individual y auricular, fuente de gracia y de paz, escuela de vida cristiana, consuelo incomparable en la peregrinación terrena hacia la eterna felicidad».

Añadió:

> «El padre Leopoldo fue "ecuménico" ante litteram, esto es, soñó, presagió, promovió, incluso sin actuar clamorosamente, la recomposición de la perfecta unidad de la Iglesia».

Enseguida se produjo otro milagro por su intercesión: la curación de Isabel Ponzolotto de una isquemia postembólica del ventrículo izquierdo por causa de una patología de la válvula mitral.

Juan Pablo II, en el consistorio del 27 de septiembre de 1983 estableció la canonización del Beato Leopoldo Mandić de Castelnovo para el 16 de noviembre de 1983. En ese día y en ese año santo de la reconciliación, durante la VI Asamblea Ordinaria del Sínodo de los obispos dedicada a «La reconciliación y la penitencia en la misión de la Iglesia», en la misma Plaza de San Pedro, el Papa lo inscribió en el catálogo de los santos.

El Papa, en la homilía de la eucaristía de canonización, dijo:

> «San Leopoldo no dejó obras teológicas o literarias, no deslumbró por su cultura ni fundó obras sociales. Para cuantos lo conocieron, fue únicamente un pobre fraile, pequeño y enfermizo. Su grandeza consistió en otra cosa, en inmolarse y entregarse día a día a lo largo de su vida sacerdotal, es decir, 52 años, en el silencio, intimidad y humildad de una celdilla-confesionario: "El buen pastor da la vida por las ovejas". Fray Leopoldo estaba siempre allí a disposición, sonriente, prudente y modesto, confidente discreto y padre fiel de las almas, maestro respetuoso y consejero espiritual, comprensivo y paciente. Si lo queremos definir con una palabra, como solían hacerlo en vida sus penitentes y hermanos, entonces es "el confesor"; sólo sabía "confesar". Y justamente en esto reside su grandeza. En saber desaparecer para ceder el puesto al verdadero Pastor de las almas. Solía definir su misión así: "Ocultemos todo, aun lo que puede parecer don de Dios; no sea que se manipule. ¡Sólo a Dios honor y gloria! Si posible fuera, deberíamos pasar por la tierra como sombra que no deja rastro de sí"».

Pues no fue posible, porque él, que pasó como sombra, dejó tras de sí este rastro de santidad, a favor del ecumenismo y de la conversión en el ministerio de la reconciliación y del perdón de los pecados.

JOAQUÍN MARTÍN ABAD

Bibliografía

JUAN PABLO II, «Litterae decretales, Beato Leopoldo Mandić, Sanctorum caelitum honores decernuntur»: *AAS* 76 (1984) 937-944.

RIESE (PÍO X), F. DE, «San Leopoldo Mandić, bisagra entre los hombres y Dios», en AA.VV., *«El Señor me dio hermanos». Biografías de santos, beatos y venerables capuchinos,* II (Sevilla 1997) 297-319.

BEATA MARÍA VICENTA DE SANTA DOROTEA CHÁVEZ OROZCO

Virgen y fundadora († 1949)

«Vicentita», «madre Vicentita», le llamaban cariñosamente las hermanas de su congregación y todos los «pobrecitos enfermos» que en sus hospitales recibieron sus cuidados. Dorotea era su nombre de pila, que después cambió, al hacerse religiosa, por el de María Vicenta de Santa Dorotea Chávez Orozco y acabó siendo llanamente, sin remilgos, «Vicentita», una mujer con un «corazón de amabilísima dulzura», rasgo maternal superlativo para un retrato con el que están de acuerdo cuantos la conocieron.

Dorotea, la hija más pequeña del matrimonio formado por Luis Chávez y Benigna de Jesús Orozco, nació el 6 de febrero de 1867 en Cotija, un plácido lugar rodeado de colinas en el estado mexicano de Michoacán, en cuya parroquia fue bautizada y recibió la primera comunión. Transcurrió su primera infancia con total sencillez, disfrutando de la paz del campo, una experiencia vivida intensamente durante los días en que hizo de pastora cuidando el pequeño rebaño de ovejas de su casa. Los modestos recursos económicos de la familia obligaban a la colaboración de todos para salir a flote; pero en cambio eran muy ricas y fecundas las enseñanzas cristianas que los cuatro hermanos recibieron con ejemplaridad. Su casa, sus padres, fueron la primera escuela de amor a Dios para aquella niña, que, aunque nunca fue a la escuela primaria con otros niños, tuvo sin embargo un profesor particular de excepción en su hermano Eligio, maestro de profesión que le fue enseñando a su ritmo, comenzando por las primeras letras.

Cuando Dorotea había cumplido ya los ocho años, la familia dejó la tierra natal de Cotija y se trasladó a vivir un poco más al norte, a Cocula, una localidad no muy distante de Guadalajara, pero sería al fin la capital del estado de Jalisco el lugar definitivo de residencia de la familia, en una zona pobre del barrio de Mexicalzingo habitado por gente humilde. Y allí pasó los años de su adolescencia y juventud muy vinculada a la parroquia del barrio, donde mantenía una gran actividad caritativa y asistencial,

centrada en el pequeño hospital de la Santísima Trinidad atendido por las damas de la Conferencia de San Vicente de Paúl.

Una enfermedad pulmonar, que se le declaró a la joven Dorotea en febrero de 1892, con 25 años recién cumplidos, vino a cambiar para siempre el rumbo de su vida. Fueron las damas de la Conferencia de San Vicente de Paúl las que la convencieron para que aceptara tratamiento y quedase internada en el hospital durante algunos meses al cuidado de aquellas caritativas enfermeras. El afecto recibido, el trato observado con los enfermos, fue para Dorotea como una llamada al ejercicio de la caridad. Había descubierto en aquella entrega afectuosa, solícita y compasiva de las damas con ella durante su enfermedad, que esa misma iba a ser también su tarea en el futuro, que consagraría su vida a Dios y a los «pobres enfermos».

Superada la crisis pulmonar, abandonó el hospital para pasar un tiempo de convalecencia en su propia casa. Y una vez restablecidas sus fuerzas físicas, retornó al hospital de la Santísima Trinidad, para responder con generosidad a la vocación que había sentido en su interior durante la enfermedad. El 19 de julio de 1892 entró en el hospital para quedarse, decidida a servir. En realidad, según confesión suya, ya lo tenía pensado desde meses antes:

> «Por señalado favor de Dios, el mismo día que ingresé al hospital, concebí la idea y tomé la resolución de consagrarme al servicio de Dios Nuestro Señor en la persona de los pobrecitos enfermos».

Esa voluntad de servicio fue cuajando y llenándose de fechas significativas hasta el nacimiento de una nueva congregación religiosa. Los primeros pasos los dio el día de Navidad de 1897 haciendo sus votos privados, en compañía de Catalina Velasco y de Juana Martín, en la iglesia de Jesús María de Guadalajara. La reacción de algunas enfermeras del hospital que en 1898 la abandonaron, no fue obstáculo para seguir adelante, sino, muy al contrario, acicate para que abriera nuevos centros hospitalarios en el estado de Jalisco.

En 1905, en Guadalajara, en el asilo de Ancianos de la Santísima Trinidad del barrio de Mexicalzingo, fundó la madre Vicentita de Santa Dorotea, con el consejo espiritual de Miguel Cano Gutiérrez, un sacerdote que sirvió de guía en el naciente

instituto y veló por él con espíritu fundador, en tiempos difíciles de persecución religiosa, hasta su muerte ocurrida en 1924. La Congregación de Siervas de la Santísima Trinidad y de los Pobres consiguió la aprobación diocesana, el 12 de mayo de 1905, de manos del arzobispo de Guadalajara José Jesús Ortiz. La confirmación de Roma tardaría todavía seis años en llegar, pero en ese medio tiempo se sucedieron hitos importantes para la institución y para la madre Vicenta: en febrero de 1908 tomó el hábito, dos años después fue maestra de novicias. En la fiesta de la Asunción de María de 1910 hizo sus primeros votos simples y cambió su nombre por el de María Vicenta de Santa Dorotea, un homenaje a San Vicente de Paúl sin olvidar a su santa onomástica. En octubre del mismo año abría y dirigía en Zapotlán el Grande el Hospital de San Vicente, primera filial del instituto. Por aquellas fechas, en esta misma localidad, llamada hoy Ciudad Guzmán, la madre Vicenta y su congregación atendieron a los afectados por un violento terremoto.

Pese al estallido de la Revolución Mexicana y sus repercusiones para la Iglesia, la madre Vicenta hace sus primeros votos canónicos el 3 de diciembre de 1912 y tres años más tarde, el mismo día del mes, pronunció sus votos perpetuos. Para entonces, con las tropas revolucionarias de Venusiano Carranza ocupando Guadalajara, la congregación supo lo que era vivir momentos de zozobra, sobre todo porque su director espiritual, el padre Miguel Cano, había sido encarcelado varias veces en aquellos tiempos de persecución religiosa. Años después, cuando en 1926 el hospital de San Vicente de Paúl de Zapotlán el Grande se llenó de heridos de guerra, las hermanas hicieron gala de aquel amor paulino que «no toma en cuenta las ofensas», y eso que aquellos militares alardeaban de perseguir a la Iglesia y se manifestaban sus declarados enemigos. La madre Vicentita lo supo bien, ya que el 30 de julio de 1926 se vio obligada a cerrar la capilla de la Casa Generalicia de la congregación como consecuencia de la suspensión de cultos.

Durante treinta años estuvo al frente de las Siervas de la Santísima Trinidad y de los Pobres como superiora general. Fue abriendo nuevos lugares donde cumplir con el lema de San Pablo —«la caridad nos anima»— que orientó y alentó su vida de

servicio a los pobres y enfermos. En Puebla, en Torreón, en Culiacán, hasta 22 fundaciones administró la madre Vicentita a lo ancho y largo de todo México, entre hospitales, clínicas, asilos y hospicios. Vivió con abnegación, paciencia, humildad y caridad volcada en los que sufren. Fue un modelo de religiosa enfermera, capaz de contagiar confianza y ánimo a los que la rodeaban, las hermanas y los enfermos. A las religiosas les explicaba que «dos pobres deben ser servidos con espíritu de fe, con dulzura y caridad, con sentido de la humildad y alegría en el corazón, soportándolos pacientemente, consolándolos y dando gracias a Dios al ejercitar el significado y el fin de este nombre de Siervas de la Santísima Trinidad y de los Pobres». Al fin y al cabo, su carisma era el de amar y servir a los hermanos como templos vivos donde habita la Santísima Trinidad. A los enfermos los trataba con dulzura, les pedía que siguieran «con ánimo generoso la senda de la cruz», «recíbanlo todo —decía— como venido de la Divina Voluntad».

El 9 de noviembre de 1997, en la ceremonia de beatificación, compartida con Vilmos Apor y Juan Bautista Scalabrini, celebrada en la Plaza de San Pedro de Roma, el papa Juan Pablo II resumió las virtudes y la ejemplaridad de la beata mexicana. La describió como

> «Virgen sensata y prudente, que edificó su obra sobre el cimiento de Cristo doliente, curando con el bálsamo de la caridad y la medicina del consuelo los cuerpos heridos y las almas afligidas de los predilectos de Cristo: los indigentes, menesterosos y necesitados».

Y añadió:

> «Su ejemplo luminoso, entretejido de oración, servicio al prójimo y apostolado, se prolonga hoy en el testimonio de sus hijas y de tantas personas de buen corazón que trabajan con denuedo para llevar a los hospitales y a las clínicas la buena nueva del Evangelio».

En su hospital de la Santísima Trinidad de Guadalajara, el 30 de julio de 1949, murió la madre Vicentita mientras ante su lecho se celebraba la santa misa, en el preciso momento de la elevación. Así lo cuentan los testigos interpretando el hecho como un signo providencial relacionado con la devoción eucarística de la beata. El día 29 había sufrido un ataque cardíaco

que alarmó a toda la comunidad. La hospitalizaron, y como se agravaba su estado de salud, las religiosas avisaron al arzobispo de Guadalajara José Garibi Rivera para que le administrara los sacramentos y celebrase la eucaristía. Fue la última misa de la madre María Vicenta de Santa Dorotea Chávez Orozco. No la pudo terminar.

Fue la suya un alma fuerte y humilde, un carácter enérgico que la brega de la vida fue cincelando, «pues Dios la quería sencilla, dulce y obediente». Supo leer con sensibilidad materna las necesidades de los más pobres, de los enfermos. Y trató de contagiarla con el ejemplo a los que vivían a su alrededor. En esa página evangélica también han aprendido a leer el rostro de Cristo las Siervas de la Santísima Trinidad y de los Pobres fundadas por Vicentita.

JOSÉ ANTONIO CARRO CELADA

Bibliografía

AAS 91 (1999) 156-158.
CHANAL, F., *Historia de un corazón de amabilísima dulzura* (Guadalajara, México 1950).
L'Osservatore Romano (9-11-1997) 8.
L'Osservatore Romano (ed. en español) (14-11-1997) 7-8.
RAMÍREZ, J. R., *Alma consagrada para el servicio de los enfermos y de los pobres. Biografía de la Beata María Vicenta de Santa Dorotea (Chávez Orozco), fundadora de la Congregación de la Santísima Trinidad y de los Pobres* (Guadalajara, México 1997).

SANTA MARÍA DE JESÚS SACRAMENTADO VENEGAS DE LA TORRE

Virgen y fundadora († 1959)

María Natividad Venegas de la Torre nació en la granja de «La Tapona», Zapotlanejo, estado de Jalisco, en la república mexicana el 8 de septiembre de 1868. Fue bautizada el 13 de septiembre en la parroquia de Zapotlanejo. Era hija de Doroteo Venegas Nuño y de María Nieves de la Torre Jiménez que tuvieron doce hijos, la última de las cuales es precisamente la que sería primera santa mexicana.

Recibiría el sacramento de la confirmación con cuatro años, en 1872, en la catedral de Guadalajara, y con nueve, la sagrada comunión en la localidad de San Pedro Lagunillas.

Desde pequeña manifestó un profundo espíritu religioso y buscó ayuda en su director espiritual, el párroco de Lagunillas. A los quince años entra a formar parte de las Hijas de María, asociación laica. Muertos en temprana edad sus padres, fue acogida por su tía Crispina Venegas en Zapotlanejo. Con algunas jóvenes deseosas de entregarse a Dios se pone bajo la dirección espiritual de don Antonio González que les propuso ir a la casa de ejercicios de San Sebastián Analco en Guadalajara para hacer ejercicios espirituales: era el mes de noviembre de 1905. María Natividad tenía entonces 37 años. Una vez que hubieron acabado los ejercicios espirituales sintió verdaderamente que era el momento de consagrarse a Dios.

Había que escoger la congregación religiosa. Entre las muchas posibilidades que se le brindaban, estaban las carmelitas descalzas, las salesas o las siervas de los pobres, pero prefirió unirse a una comunidad de mujeres pías que desde 1886 regían un pequeño hospital para pobres. Eran una pequeña congregación fundada por don Atenágoras Silva, futuro obispo de Colima, y se habían dado a sí mismas el título de «Hijas del Sagrado Corazón». María Natividad entró allí un 8 de diciembre de 1905; en 1910 emitió, en forma privada, sus votos religiosos y en 1912 fue elegida vicaria, oficio que conservó hasta que en 1912 fue elegida superiora. En ese mismo año el obispo de San Luis Potosí, monseñor Miguel de la Mora, la convenció a escribir las constituciones para poder mandarlas a la congregación romana y fuesen aprobadas. Fue un lento trabajo que la madre hizo con la ayuda de algunos sacerdotes.

Mientras tanto con algunas limosnas y donaciones, en el año de 1922 fue construyendo la casa de la comunidad que continuamente aumentaba con nuevas vocaciones. Eran años de persecución hacia la Iglesia, pero la madre logró salvar la obra que había puesto entre las manos de Dios. En 1924 la curia diocesana de Guadalajara restituía el ejemplar de las constituciones para hacer algunos retoques; la aprobación diocesana no llegó hasta 1930 de mano y firma del arzobispo Francisco Orozco y Jiménez. De las cinco antiguas fundadoras, sólo quedaba la madre. Fue superiora general del 1921 al 1954. Los últimos años de su vida los transcurrió en profunda oración y comunión con

Cristo, en total sumisión a la nueva superiora general. En 1956 perdió la movilidad en sus piernas, lo que redujo notablemente su actividad, muriendo con fama de santidad el 30 de julio de 1959.

Durante su vida, la santa realizó quince fundaciones y cada vez que abría una nueva casa decía: «Otro Sagrario más donde sea amado y glorificado el Corazón de mi Jesús».

La congregación está presente hoy en diversos países y desde 1999 ha abierto una nueva casa en África, en Guinea Conakry.

La espiritualidad de la madre María de Jesús fue fundamentalmente eucarística, por lo que su piedad estaba toda ella centrada en el misterio de la Eucaristía. Para ella, Jesús eucarístico lo era todo. Su vida interior se alimentaba de la llama de la caridad con un cuidado especial hacia todos los necesitados; unía la contemplación de los misterios del Señor con una piedad filial hacia el Sagrado Corazón de Jesús, la Eucaristía y María Santísima. De la Virgen solía decir: «Si tenemos a la Virgen por modelo nos será fácil conseguir la santidad», y también: «Si quieres perseverar en tu vocación, encomiéndate sin tardar a María».

El proceso de beatificación se inició en 1981. El milagro requerido fue la curación milagrosa del sacerdote Ricardo Leonel Monzón. El día 22 de noviembre de 1992, María de Jesús Sacramentado Venegas fue solemnemente proclamada beata junto con 25 mártires mexicanos y el domingo 21 de mayo de 2000 canonizada por el mismo Juan Pablo II. En aquella ocasión el Papa dijo de ella:

> «Santa María de Jesús Sacramentado Venegas, primera mexicana canonizada, supo permanecer unida a Cristo en su larga existencia terrena y por eso dio frutos abundantes de vida eterna. Su espiritualidad se caracterizó por una singular piedad eucarística, pues es claro que un camino excelente para la unión con el Señor es buscarlo, adorarlo, amarlo en el santísimo misterio de su presencia real en el Sacramento del Altar. Quiso prolongar su obra con la fundación de las Hijas del Sagrado Corazón de Jesús, que siguen hoy en la Iglesia su carisma de la caridad con los pobres y enfermos. En efecto, el amor de Dios es universal, quiere llegar a todos los hombres, y por eso la nueva Santa comprendió que su deber era difundirlo, prodigándose en atenciones con todos hasta el final de sus días, incluso cuando la energía física declinaba y las duras pruebas que pasó a lo largo de su existencia habían mermado sus

fuerzas. Fidelísima en la observancia de las constituciones, respetuosa con los obispos y sacerdotes, solícita con los seminaristas, Santa María de Jesús Sacramentado es un elocuente testimonio de consagración absoluta al servicio de Dios y de la humanidad doliente».

JUAN JAVIER FLORES ARCAS, OSB

Bibliografía

CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, *Canonizationis servae Dei Mariae a Iesu Sacramentato (in saec.: Mariae Venegas de La Torre) fundatricis Congregationis Sororum Filiarum a Corde Iesu (1868-1959)* (Roma 1987-1991), 3 vols.
L'Osservatore Romano (21-5-2000); (22 y 23-5-2000).

BEATO JULIÁN (MIGUEL) CARRASQUER FOS

Religioso y mártir († 1936)

El día 11 de mayo de 1881 nació en la entonces Villa de Sueca Miguel Carrasquer Fos, fruto del matrimonio formado por Enrique Carrasquer Burguera y Vicenta M.ª Fos Ferrando; el padre, propietario de un pingüe patrimonio de hanegadas de tierras de arroz, que le permitían llevar una holgada vida familiar; la madre, una mujer de señaladas virtudes cristianas que transmitió a sus ocho hijos. Siguiendo la costumbre de la época, Miguel fue cristianado en el templo parroquial de San Pedro Apóstol al día siguiente, recibiendo en 1891 la primera comunión. En el colegio regentado por don Agustín Guillén recibió una buena formación cultural y humana, dando muestras de aplicación y formalidad en el trato con sus compañeros.

Su adolescencia transcurrió ayudando en los trabajos del cultivo del arroz, junto con sus hermanos, y el numeroso grupo de jornaleros que trabajaban a las órdenes de su padre. Entabló una entrañable amistad con uno de ellos, llamado Julián, que entró a trabajar en su juventud y permaneció al servicio de esta familia toda su vida.

Muy a menudo tomaba la comida de los jornaleros y les daba la que le habían preparado en su casa para él, poniendo empeño en que no trasluciese lo que practicaba por razón de su humildad. Daba pruebas de mucha paciencia en las adversidades, que soportaba admirablemente, sin tolerar que otros se molestasen por él, sacrificándose por todos con prontitud. Era

frecuente verle retirado, después de la labor cotidiana, dedicado a la oración en un aposento retirado de la casa familiar.

El sábado y domingo solía visitar algunos enfermos, a quienes repartía el dinero que sus padres le daban semanalmente. Eran bien evidentes las grandes cualidades que adornaban su magnánimo corazón, siendo la mayor, sin duda alguna, su ardiente caridad. El año 1901 tuvo que hacerse cargo de una herencia familiar, desplazándose a Valencia en diversas ocasiones, y en uno de sus viajes entabló relación con los Hermanos Hospitalarios de San Juan de Dios, que habían llegado a la capital del Turia en 1886 y regentaban el asilo construido en la playa de la Malvarrosa, frente al Mediterráneo, donde atendían a niños enfermos. Sus frecuentes visitas a este centro hospitalario inclinaron su corazón a compartir esta excelente obra de caridad, ayudando en diversas tareas a los hermanos, a quienes, además, favorecía con limosnas y alimentos para los asilados. Fue uno de los bienhechores que ayudó en la construcción del magnífico Asilo de San Juan de Dios y, naturalmente, participó activamente en la conclusión de la monumental iglesia erigida en estilo neogótico, que se bendijo solemnemente el año 1913. El 1 de febrero del año siguiente falleció su madre, Vicenta María, y dieciséis días después su padre, Enrique. Estos tristes acontecimientos le acercaron con singular afecto a la Orden Hospitalaria, frecuentando más asiduamente el asilo valenciano. Sin comunicarlo a ningún familiar y después de meditarlo profundamente se decidió a entrar en la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios, marchando a Ciempozuelos en marzo de 1917, donde recibió el hábito el 18 de julio del mismo año. Tomó el nombre de Julián por ser el nombre del más pobre entre los pobres de los jornaleros de su casa. Por humildad permaneció tres años como simple hermano oblato, ingresando en el noviciado en 1920, donde admiró a todos por su docilidad y observancia de los deberes religiosos; era bondadoso y caritativo de corazón. Contaba con treinta y nueve años de edad. El 19 de enero de 1924 emitió la profesión solemne, encargando a sus hermanos con inmensa alegría diversas obras de caridad:

> «Quisiera que para mi profesión dieras 200 pesetas al Asilo de San Juan de Dios, para los niños y para la comunidad, para que dicho día tomen algo de extraordinario. Al Asilo de la Encarnación

también alguna cosa, que lo tomen todos, comunidad y huérfanas. No es menester que digas el porqué de la cosa; y a los pobres que haya vergonzantes también, en sufragio de aquellos seres que nos dieron el ser. ¡Qué satisfechos estarían!».

Permaneció unos tres años en Ciempozuelos encargado del ropero, lavadero y la despensa, desempeñando seguidamente el cargo de maestro de aspirantes por su mucha virtud, carácter afable y sumamente bondadoso. Sus superiores admiraban la solicitud demostrada para con los niños, con quienes era muy cuidadoso, y su gran devoción a la Virgen María, llevando el rosario en sus manos en los momentos de sosiego comunitario. Según testimonio de sus compañeros, para mejor practicar la virtud santa era frecuente que mortificara su cuerpo con diversas disciplinas y ayunos extraordinarios, sufriendo con grandeza de ánimo las injurias que alguna vez le dirigía cualquier enfermo. Su devoción a la Eucaristía era bien manifiesta, pasando muchos ratos en oración ante el Sagrario, ofreciendo actos de reparación por las ofensas inferidas a Dios.

En el verano de 1925 estuvo en la Casa de salud de Mondragón (Guipúzcoa), de donde pasó el 20 de agosto a Lourdes, venerando a la Santísima Virgen en la gruta milagrosa. El año 1927 sus hermanos solicitaron que fuera trasladado a Valencia, pues durante los primeros meses se encontraba en un estado de ánimo que no lograba superar. Era de suponer que en la capital del Turia, con un clima más benigno y apropiado para su salud, mejoraría muy pronto. Pasado un tiempo prudencial y viendo que no mejoraba, el padre provincial determinó: «Pase a Valencia, a nuestro asilo de la Malvarrosa una temporada, en donde suponemos se restablecerá por completo». A mediados del caluroso mes de julio de 1927 el nuevo superior del asilo de San Juan de Dios llegó a la capital valenciana, con la inmensa alegría de sus familiares. Volvía a la casa donde había recibido la semilla de la vocación hospitalaria.

Durante su estancia al frente de la comunidad valenciana renovó profundamente la vida interna, aboliendo la cuestación individual practicada hasta el momento, asistiendo a partir de entonces, sin distinción, todos los Hermanos a solicitar la caridad de los valencianos para mantener el asilo de la Malvarrosa. En el mes de mayo del año siguiente la comunidad de Herma-

nos de San Juan de Dios de Valencia pasó una jornada en la casa estival de sus hermanos en El Perelló, a donde llegaron en barca desde El Palmar. Efectivamente, el clima de esta tierra alegró su espíritu y la proximidad de sus hermanos produjo el necesario remedio que su salud demandaba. Al instaurarse en 1931 la Segunda República, el superior del asilo de la Malvarrosa se encontraba preocupado y temeroso de los males que amenazaban a la Iglesia, y nos encargaba mucho que rogásemos para que esto no ocurriera. Completamente restablecido y admirando sus cualidades, en mayo de este mismo año fue nombrado superior del hogar-clínica de San Rafael de Santafé de Bogotá (Colombia). El 28 de mayo se hallaba en Jerez de la Frontera donde veneró los restos del entonces Beato Juan Grande, a quien profesaba una ferviente devoción y a quien, sin duda alguna, encomendó el fruto de su nuevo cargo en tierras colombianas. Unos años después, también ante las reliquias de San Juan Grande, despertó la vocación hospitalaria de un joven jerezano, Manuel Jiménez Salado, que ingresó en la orden de San Juan de Dios el año 1935, siendo destinado al Sanatorio Marítimo de Calafell (Tarragona), como hermano oblato, donde conocería al hermano Julián Carrasquer.

El 31 de mayo llegó a las Islas Canarias. Durante la travesía por el océano el vapor Juan Sebastián Elcano pasó a unos 80 metros de nosotros. No he visto una escena más emocionante entre unos y otros. El 16 de junio atravesaba el Canal de Panamá y el 25 de junio llegaba, por fin, a Santafé de Bogotá, su nuevo destino. La capital colombiana le produjo una agradable impresión:

> «Es bonita, (y sus habitantes) cariñosos y cultos, como ellos solos. Finos en extremo [...] Da gusto trabajar con este personal tan bueno. Son muy madrugadores [...] A las diez de la noche todo el mundo está retirado, aun en las calles más céntricas. Esto he tenido ocasión de comprobarlo varias noches, por tener que asistir a enfermos en su casa».

A partir del mes de octubre tuvo que multiplicarse para ayudar en una nueva fundación, a unos 80 km. de la capital, demostrando sus cualidades organizativas y su espíritu práctico. En una ocasión, observando que los hermanos eran alimentados con tortas de maíz, mientras las gallinas permanecían en el corral, exclamó: «¡Que se coman las gallinas el maíz, y nosotros

nos comemos las gallinas!». Según sus superiores, desempeñó este encargo colombiano con verdadera ejemplaridad.

El 25 de enero de 1934 embarcó con destino a España, llegando al puerto de Barcelona el 9 de marzo. Marchó a Carabanchel Alto (Madrid), donde estuvo hasta el mes de mayo de 1936. Durante este tiempo fue elegido primer vocal del Capítulo general de la Orden, habiendo sido nombrado viceprior de la casa de Carabanchel Alto en 1935, donde, sin detrimento de la dignidad de sus cargos, practicaba cosas humildes, propias de los novicios.

En el mes de junio de 1936 los superiores le nombran superior del Sanatorio Marítimo de Calafell (Tarragona), a unos 60 km. de Barcelona, en donde los niños con enfermedades óseas o procesos tuberculosos pasaban algunas temporadas, e incluso se bañaban en el mar. En principio esta casa no tenía superior, pues dependía del asilo de Barcelona, aunque, finalmente, se independizó de aquél. Además, en Calafell, convivieron dos comunidades de la orden de San Juan de Dios, cada una con su propio superior. Estaba el sanatorio, con su comunidad, dedicada a la atención a los niños enfermos, y de la que en 1936 era superior el hermano Julián Carrasquer Fos, y la comunidad de novicios, bajo la dirección del P. Braulio M.ª Corres. Los enfermos, en grupos de cincuenta, como complemento de la terapia impartida en Barcelona alternaban su estancia en Calafell en los meses estivales, con la natural alegría de los niños y adolescentes.

El 22 de julio de 1936 la comunidad hospitalaria pudo observar desde las ventanas del refectorio el incendio del templo parroquial de Calafell, con el consiguiente sobresalto. Siguiendo las instrucciones recibidas en abril de ese año según indicó el superior general de la Orden,

> «Nuestros religiosos no abandonarán la asistencia de los enfermos sino cuando las autoridades se hagan cargo de ellos [...] estén a la cabecera de los enfermos hasta que fuerza mayor imponga abandonarlos [...] Esto será heroico en algunos casos, dado el estado de anarquía reinante, pero así nos lo impone un sagrado deber».

En la tarde del día 23 de julio se presentó un camión con milicianos y el presidente del Comité Revolucionario de Calafell-Playa ordenó colocar en el Sanatorio Marítimo la bandera de la Cruz Roja, con intención de proteger a los hermanos,

pero al día siguiente llegó otro grupo de milicianos armados y milicianas que invadieron la casa y apresaron a los religiosos, encañonándoles con pistolas y fusiles. Durante horas estuvieron registrando todos los departamentos buscando armas que, naturalmente, no aparecieron. Mientras, la comunidad permanecía vigilada y custodiada en la portería, soportando resignadamente los improperios que les dirigían: «¡Parásitos de la sociedad que vivís sin trabajar. Ya os llegó la hora!», acompañando las palabras agresivas con soeces blasfemias, dirigidas especialmente contra el superior, que soportó con una mansedumbre inagotable y una caridad sin límites todos los insultos. Además, ordenó que se les diera de comer a los milicianos de todo lo que había en la despensa. Y lo decía con tal contento y caridad que parecía se trataba de obsequiar a unos buenos amigos, a los cuales debía grandes favores.

Al marcharse, por fin, los milicianos advirtieron a la comunidad que volverían al día siguiente con enfermeros laicos para atender a los niños, amenazándolos de muerte, dejando alrededor del sanatorio guardias armados para vigilarlos. A partir de este momento se prepararon con redoblados actos de piedad, confesiones y comuniones, conducidos por el P. maestro y el P. superior que eran dos verdaderas hogueras de piedad. En la tarde del 25 de julio llegaron los nuevos dirigentes del sanatorio, como les habían anunciado, pertenecientes todos ellos a la FAI y CNT y afiliados al Sindicato de Productos Químicos de Barcelona, bajo el mando de Francisco Miguel Serrano. Los religiosos estaban prisioneros en su propia casa; con todo, soportaron con gran caridad este cautiverio, prestando su labor a los niños enfermos. Celebraban a diario una misa con gran sigilo en la capilla del noviciado, comulgando con ferviente ánimo.

En los días 28 y 29 de julio llegaron al sanatorio unas cuantas mujeres que procedieron a retirar los crucifijos y objetos religiosos de la casa, al grito de: «¡Con este Cristo tenemos que terminar!». El superior del sanatorio pidió al jefe de los milicianos que dejara marchar a los novicios, pero éste se negó. La prisión era para todos. El día 30 de julio, de madrugada, el P. Corres celebró misa, y dirigió una emotiva y fervorosa plática que templó los ánimos de todos, preparándolos para la gloria. A las nueve de la

mañana el mencionado Francisco M. Serrano, rodeado de mujeres, reunió a la comunidad en la portería, diciéndoles:

> «Los que quieran marcharse pueden hacerlo, pero no podemos darles salvoconducto, ni documento alguno. Los que quieran quedarse pueden hacerlo, serán nuestros compañeros, gozarán de libertad y vida alegre y feliz».

La decisión fue unánime: marchar todos a Barcelona, con intención de llegar posteriormente a Francia. Subieron a la capilla del noviciado, cantaron el «Acordaos» y el P. Corres les dio a besar el crucifijo del altar. A la una de la tarde, después que los jefes hubieran elegido a cuatro hermanos profesos y cuatro novicios ocultamente, para que se quedasen con los niños, el resto de religiosos en número de veinticinco salieron en pequeños grupos en dirección a las estaciones ferroviarias de Calafell y Sant Vicenç. El P. Braulio se dirigió a Calafell y el hermano Julián Carrasquer a Sant Vicenç, pero antes de abandonar el sanatorio entonó el «Magnificat». Apenas salieron, el citado Francisco M. Serrano avisó por teléfono al Comité de Vilanova i la Geltrú, que desplazó grupos de milicianos que salieron a los cruces de los caminos con intención de agrupar a todos los religiosos. El primer mártir fue el hermano Constancio Roca, a quien tenían cierto resentimiento por su celo en corregir los vicios o errores de los niños. El grupo presidido por el hermano Julián Carrasquer fue detenido apenas llegó a la estación de Sant Vicenç, conduciéndolos a la plaza mayor de Vendrell, donde se les unió el grupo del P. Braulio. Después de un simulacro de fusilamiento requisaron un camión, al que ordenaron subir a veinte religiosos. A todos ellos absolvió el P. Corres: «¡Hijos míos, ahora nos van a matar, haced un acto de contrición que os voy a dar la absolución!».

Una vez pasado Calafell, a un kilómetro y medio de la población, los milicianos detuvieron el camión y ordenaron que bajasen los religiosos. El primero en hacerlo fue el hermano Julián Carrasquer, quien fue ayudando a bajar a todos, animándoles para que no tuviesen miedo. Una vez en tierra, los milicianos apartaron del grupo a cuatro novicios, a quienes perdonaron la vida por su joven edad. Los quince religiosos restantes (el hermano Roca ya había sido asesinado) fueron colocados en fila, junto

a la cuneta, y comenzaron las descargas mientras los Hospitalarios de San Juan de Dios de Calafell gritaban: «¡Viva Cristo Rey!» y «¡Viva Jesús sacramentado!». El P. Braulio y los hermanos Julián Carrasquer y Antonio Llauradó murieron de rodillas, con las manos juntas ante el pecho, dejándonos el testimonio más fidedigno de amor y perdón a los enemigos, como Cristo en la cruz. El martirio tuvo lugar entre las cinco y las seis de la tarde del día 30 de julio de 1936. Los vecinos de Calafell recogieron aquella misma tarde, al anochecer, los cuerpos de los mártires, y los depositaron en el cementerio local, dándoles sepultura al día siguiente en tres fosas abiertas en el centro del camposanto.

El día 1 de junio de 1940 se procedió a exhumar los restos de estos mártires, que fueron depositados en la iglesia del Sanatorio Marítimo de Calafell el 23 de junio del mismo año, en una impresionante ceremonia. El 21 de enero de 1942 se bendijo una Cruz en el lugar del martirio, con la relación de sus nombres. Este mismo año el director cinematográfico José Sáenz de Heredia incorporó en la película *Raza* el asalto a un convento y posterior asesinato de los religiosos, inspirándose en la tragedia de los Hermanos Hospitalarios de Calafell. Según los Estudios Ballesteros, se trataba de plasmar una escena edificante, fundada en un hecho real.

El 18 de noviembre de 1948 tuvo lugar en Barcelona la apertura del proceso informativo sobre la declaración de martirio de veintidós Hermanos de San Juan de Dios de Calafell, Barcelona y Manresa. Al tener que abandonar la Orden Hospitalaria el Sanatorio Marítimo de Calafell, los superiores eligieron la iglesia del Sanatorio de Sant Boi de Llobregat (Barcelona) como santuario de las venerables reliquias de los mártires, a donde fueron llevadas el 25 de septiembre de 1972.

Después de un intervalo recomendado por Pablo VI para dejar en suspenso las causas de martirio, el año 1983 Juan Pablo II autorizó la reanudación de las causas de beatificación y canonización de los obispos, sacerdotes, religiosos de ambos sexos y seglares que testimoniaron en 1936 en España su fe con el martirio. El 14 de mayo de 1991, en la biblioteca privada del Papa tuvo lugar la lectura del decreto de martirio de 71 religiosos hospitalarios, muertos en 1936, dentro de la conmemoración del III cen-

tenario de la canonización de San Juan de Dios. El 25 de octubre de 1992 Juan Pablo II beatificó a los 71 mártires de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios:

> «Todos estos hermanos, perseverando en su consagración a Dios en el abnegado sacrificio a los enfermos y en fidelidad a los valores del carisma y misión hospitalaria que practicaban, dieron su vida por la fe, y como prueba suprema de amor. Su martirio sigue los pasos de Cristo, misericordioso y buen samaritano, tan cercano al hombre que sufre al entregar la vida por la salvación del género humano [...] Todos estos mártires nos han dejado, de palabra o por escrito, un mensaje particular: el perdón de los enemigos [...] La fuerza de la fe, de la esperanza y del amor se ha demostrado más fuerte que la violencia. Ha sido vencida la crueldad de los pelotones de ejecución y el entero sistema del odio organizado».

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

CÁRCEL ORTÍ, V., «Los 71 hermanos Hospitalarios de San Juan de Dios», en ID., *Mártires españoles del siglo XX* (Madrid 1995) 295-307.

MARCOS, O., *Los mártires del Sanatorio Marítimo de Calafell (Tarragona)* (Palencia 1937).

MARCOS., O., *Testimonio martirial de los Hermanos de San Juan de Dios en los días de la persecución religiosa española* (Madrid 1980).

REPETTO BETES, J. L., *Vida y martirio del Beato Manuel Jiménez Salado, OH de San Juan de Dios* (Jerez de la Frontera 1997).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTA GODELEVA

Mártir († 1070)

Esta joven esposa, natural de Boulogne, estaba casada con Bernulfo de Ghistelles, de quien recibía un pésimo trato, agravado por la crueldad que su suegra tenía también con ella. La joven soportaba con paciencia y humildad este trato. El marido se separó de ella pero la curia episcopal no halló motivo real para esta separación y obligó al marido a volver a la convivencia conyugal, lo que él llevó muy a mal e hizo entonces que dos criados acabaran con la vida de la infeliz esposa el 30 de julio de 1070.

La opinión pública reaccionó ante el crimen teniendo por mártir a la muchacha, cuya paciencia y sacrificio había admirado. Años más tarde el obispo de Tournai hizo el levantamiento de las reliquias y autorizó el culto popular que ya se le daba.

BEATOS EDUARDO POWEL, RICARDO FETHERSTONE Y TOMÁS ABEL

Presbíteros y mártires († 1540)

Frente a la actitud sumisa al rey de tantos eclesiásticos ingleses, estos tres mártires pusieron por delante su adhesión a la fe de la Iglesia y se dejaron la vida en la defensa de la fe católica, negando la supremacía religiosa de la corona que, como base de sus innovaciones religiosas, había establecido Enrique VIII. Eduardo Powel, Ricardo Fetherstone y Tomás Abel salieron el día 30 de julio de 1540 de la Torre de Londres, donde llevaban años de prisión, y fueron conducidos por las calles de Londres al lado de tres luteranos condenados igualmente a muerte hasta Smithfield, donde los tres luteranos fueron quemados vivos como herejes, y los tres sacerdotes católicos ahorcados y descuartizados bajo la acusación de reos de alta traición.

EDUARDO POWEL nació en Gales en 1478. Estudió en el Oriel College de Oxford, logrando en 1506 el doctorado en teología, siendo ya sacerdote y desde 1501 rector de Bleadon, Somersetshire, y luego consiguió dos beneficios canonicales, uno en Lincoln y otro en Salisbury. Cuando conoció la reforma religiosa propugnada por Lutero, no dudó en oponerse a la misma con su obra *Propugnaculum sacerdotii evangelici ac septem sacramentorum* (Londres 1523), libro por el que el rey Enrique VIII le felicitó calurosamente. Llegada la ocasión de discutir la validez del matrimonio del monarca con Catalina de Aragón, fue elegido como uno de los cuatro teólogos encargados de defenderlo y lo hizo con gran ardor (1529) y publicó su juicio teológico. En 1534 fue arrestado y encarcelado en Dorchester, de donde luego se le llevó a la Torre de Londres. Ese mismo año se le condenó como traidor al negarse a prestar el juramento de supremacía religiosa del rey. Los siguientes seis años los pasó en dicha Torre hasta que se le sacó para ser ajusticiado.

RICARDO FETHERSTONE había estudiado en Cambridge, donde consiguió el doctorado en teología. Desde 1523 era arcediano de Brecon, en el sur de Gales. Se le llamó para que fuera profesor de latín de la princesa María y lo fue hasta 1533. En la llamada Convocación de 1529 él habló a favor de la validez del matrimonio de Catalina con el rey. En 1534 se negó a

reconocer el nuevo matrimonio del rey y jurar el acta de supremacía, por lo que fue arrestado, juzgado y condenado y retenido en la Torre.

TOMÁS ABEL había estudiado en Oxford, donde consiguió el grado de «master of arts». Nombrado capellán de Catalina de Aragón, le dio clases también de música y lengua. Vino a España como parte de la comisión que quería conseguir el apoyo de Carlos V al matrimonio de Catalina con Enrique. Catalina logró para él un beneficio en Bradwell, en Essex. Leal a la reina y a su conciencia, cuando vio que las universidades se pronunciaban a favor de la nulidad del matrimonio real, escribió varias obras a favor de la validez del mismo, obras que le atrajeron la ira del monarca. Preso desde 1532, al año siguiente fue dejado libre pero nuevamente apresado posteriormente bajo la acusación de que había apoyado a la famosa vidente, la «Hija de Kent», que había hablado contra el rey. Llevaba seis años preso cuando el carcelero lo puso en libertad por su cuenta, pero enseguida fue nuevamente arrestado y esta vez juzgado y condenado a muerte como traidor, el 24 de julio de 1540, siendo ejecutado seis días más tarde.

Fueron beatificados el 30 de julio de 1886 por el papa León XIII.

BEATOS BRAULIO MARÍA (PABLO) CORRES DÍAZ DE CERIO Y MÁRTIRES HOSPITALARIOS DE CALAFELL (TARRAGONA)

Julián (Miguel) Carrasquer Fox, Eusebio (Antonio) Forcades Ferrate, Constancio (Saturnino) Roca Huguet, Benito (Arsenio) José Labre Mañoso González, Vicente de Paul Canelles Vives, Tomás Urdánoz Aldaz, Rafael Flamarique Salinas, Antonio Llauradó Parisi, Manuel López Orbara, Ignacio Tejero Molina, Enrique Beltrán Llorca, Domingo Pitarch Gurrea, Antonio Sanchis Silvestre, Manuel Jiménez Salado

Religiosos y mártires († 1936)

El día 30 de julio de 1936 fueron sacrificados en odio a la fe cristiana y a la profesión religiosa quince religiosos de la Orden

Hospitalaria de San Juan de Dios, pertenecientes a la comunidad del Sanatorio de San Juan de Dios de Calafell, Tarragona.

Entre el día 18 de julio de 1936 y el día 22 no hubo novedad en la dicha casa religiosa, pero ese día se pudo saber que había sido profanada la parroquia del pueblo y se habían quemado las imágenes sagradas. El día 23 fue de alarma y visitas de inspección al sanatorio. El día 24 la casa fue tomada por los milicianos. Registraron la casa en busca de armas que no hallaron. Mandaron a los religiosos quitarse los hábitos y se marcharon. Los hermanos comprendieron el peligro y se pasaron la noche en adoración, confesiones y preparación espiritual para lo que el Señor dispusiera. A las cuatro de la mañana se celebraron las misas y todos comulgaron. Se pasó el día 25 en relativa tranquilidad hasta las 6 de la tarde en que volvieron los milicianos, exigieron las llaves al superior y se hicieron cargo de todo. Les dijeron a los hermanos que iban a ser sustituidos en el sanatorio y que mientras tanto siguieran llevando la casa bajo sus órdenes. No se celebró misa ese día y se hicieron las oraciones en voz baja. Se les prohibió hacer rezar a los niños del sanatorio. El día 27 a las 3 de la madrugada se celebró la misa en el noviciado y todos comulgaron. Ese día algunas mujeres se instalan en el sanatorio. El día 28 vuelven a celebrar la misa muy de madrugada, y ese día los hermanos pudieron ver cómo eran retirados del sanatorio todos los crucifijos e insignias religiosas. Los hermanos prepararon sus cosas para poder irse cuando se lo indicaran y se les dio la documentación necesaria para poder ir a Francia. El día 29 también celebraron la misa muy de madrugada y pasaron el día en la esperanza de poder salir, pero no fue así. El día 30 igualmente celebraron la misa muy temprano y el P. Braulio, maestro de novicios, les animó al martirio si ello era necesario. A las 9 de la mañana los reunieron y les dijeron que aquel día saldrían, pero sin salvoconducto ni documentación, y no respondían de sus vidas una vez salieran del sanatorio. Algunos decidieron quedarse pero la mayoría decidieron marchar. Se despidieron de la imagen de la Virgen del noviciado, se dieron un abrazo fraterno y a la una de la tarde salieron. Divididos en grupos, se dirigieron a diversos sitios, y un grupo se dirigió a la estación. En el camino el Hno. Constancio Roca, que caminaba solo, fue ametrallado junto a la vía del tren. Los demás llegaron

a la estación y mientras esperaban el tren se hallaron con que venía un camión y los mandaban subir a él. Llevados primero a la plaza de Vendrell, por fin los subieron de nuevo en la camioneta y en el término de Calafell fueron parados por otros milicianos. Los hicieron bajar. Los pusieron en fila. Separaron a cuatro por ser muy jóvenes y fusilaron allí a los demás. Los más gritaron vivas a Cristo Rey mientras los fusilaban. Eran las cinco de la tarde. Éstos son sus datos personales:

JULIÁN (MIGUEL) CARRASQUER FOX era el superior de la comunidad. Había nacido en Sueca, Valencia, en 1881 e ingresó en la Orden Hospitalaria el año 1917. Luego de varios años de ejercicio de la hospitalidad, acreditado como un competente religioso, fue prior en la casa de Valencia, y de ahí pasó a Colombia, igualmente como superior. En junio de 1936 era destinado como superior al sanatorio de Calafell. Intentó ante todo salvar la vida de los novicios y conseguir su libertad pero no logró su objetivo más que en parte. Cuando pararon la camioneta, invitó a los hermanos a bajar de ella, diciéndoles: «Vamos, vamos». Se puso de rodillas y en oración y así fue acribillado a balazos.

BRAULIO MARÍA (PABLO) CORRES DÍAZ DE CERIO era maestro de novicios en la casa de Calafell, que además de sanatorio de niños era noviciado de la provincia aragonesa de la Orden. Nació en Torralba del Río, Navarra, el año 1897. A los 13 años ingresó en la escuela apostólica de la Orden Hospitalaria, profesó en 1916 y se ordenó sacerdote en 1922. Maestro de novicios en 1931, cuando en 1934 se hicieron tres las provincias hospitalarias, recibió el mismo cargo en la aragonesa y por ello se le mandó a Calafell. Intentó mantener el buen ánimo y la paciencia en los religiosos los días del confinamiento y los animó al martirio. Cuando vio que los llevaban en el camión, les dijo a los hermanos que los llevaban a la muerte y que les daba la absolución. Al ser colocado en fila, rezó, como Jesús: «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen».

EUSEBIO (ANTONIO) FORCADES FERRATE nació en Reus, Tarragona, el 28 de septiembre de 1875. Ingresó en la Orden Hospitalaria en 1899 y pasó doce años como hermano hospitalario en México. Destinado al sanatorio de Calafell, estaba encargado de la ropería, y como tal preparó ropa para cada

hermano cuando se decidió la salida. Fusilado, tardó en morir y por ello le dieron el tiro de gracia.

CONSTANCIO (SATURNINO) ROCA HUGUET había nacido en San Sadurní de Noya, Barcelona, el 12 de agosto de 1895 e ingresó en la Orden Hospitalaria en 1910, profesando el año 1914. Pasó sucesivamente por las comunidades de Barcelona, Valencia, Madrid, San Baudilio y luego fue enviado a Chile, donde estuvo en tres casas de su Orden. Estaba destinado a su vuelta a España en el asilo-hospital de Barcelona, y había ido en el mes de julio a Calafell con un grupo de chicos enfermos. Era muy partidario de la disciplina y muy recto, y por ello algunos chicos en los días previos al 30 de julio se habían quejado de él a los milicianos. Al salir ese día del sanatorio, varios milicianos lo llamaron y le hicieron ir delante de ellos. Él comprendió que lo iban a matar, y en efecto recibió una descarga que lo hizo caer de bruces en el suelo, donde empezó a desangrarse. Los asesinos le dieron por muerto y se marcharon pero él horas más tarde se quejaba pidiendo agua. Le dieron la vuelta algunos niños y una mujer se acercó a darle agua. Supieron los asesinos que no estaba muerto y entonces fueron y lo remataron. Otro hermano suyo, Cristino, también fue mártir en la misma persecución.

BENITO (ARSENIO) JOSÉ LABRE MAÑOSO GONZÁLEZ nació en Lomoviejo, Valladolid, el 19 de julio de 1879. Ingresó en la Orden en 1913 y una vez hecha la profesión pasó por las comunidades de Madrid, Barcelona, Granada, Valencia, Santa Águeda, San Baudilio y Calafell. Era muy dado a la oración. Cuando tras ser arrestados en la estación, fueron los hermanos llevados a la plaza de Vendrell, al ver la iglesia saqueada, gritó un viva a Jesús Sacramentado, que le reportó improperios y golpes. En la primera descarga no cayó, pero reconocieron que era el que había dado «el viva» a Jesús Sacramentado y entonces le dispararon.

VICENTE DE PAUL CANELLES VIVES había nacido en Onda, Castellón de la Plana, el 25 de junio de 1894. Por tener que ayudar en su casa no entró en la Orden hasta 1926. Pasó por las comunidades de Madrid, Valencia, Manresa y Barcelona, a la que pertenecía. Estaba pasando unos días en Calafell. Era un religioso muy piadoso y observante.

MANUEL JIMÉNEZ SALADO había nacido en Jerez de la Frontera el 29 de octubre de 1907. Trabajaba como mayordomo de una casa acomodada cuando conoció a los hermanos hospitalarios e ingresó en la Orden, pero hubo de salir por serle difícil el trato con los dementes. Admitido de nuevo en septiembre de 1935, estuvo en el Hospital de Barcelona y se le dio el hábito como donado el 7 de diciembre de aquel año. Luego de unos meses como limosnero fue enviado a Calafell y estaba admitido al noviciado pero aún no lo había empezado cuando le llegó el martirio. Uno de los días del confinamiento intentó escaparse por la playa pero fue devuelto al sanatorio. Ahora sus reliquias han sido llevadas a su ciudad natal.

TOMÁS URDÁNOZ ALDAZ era nacido en Echarri, Navarra, el 7 de marzo de 1903. Al hacer el servicio militar, perdió no poco de su religiosidad y al volver a casa tuvo problemas con su madre. Se marchó de casa y anduvo por España y Francia. Pero por fin dio un vuelco espiritual y se decidió a ingresar el año 1935 en la Orden Hospitalaria, siendo martirizado durante su noviciado. Frente a las escopetas lanzó un fuerte «¡viva!» a Cristo Rey.

RAFAEL FLAMARIQUE SALINAS había nacido en Mendívil, Navarra, el 24 de octubre de 1903. Tras rechazar propuesta de matrimonio, se decidió en 1935 por la vocación hospitalaria, ingresando en el noviciado, durante el cual fue martirizado. También gritó: «¡Viva Cristo Rey!», ante sus asesinos.

ANTONIO LLAURADÓ PARISI nació en Reus, Tarragona, el 13 de junio de 1910. Tras hacer ejercicios espirituales en 1932 se decidió por la vida religiosa e ingresó en la Orden Hospitalaria en 1935, llamándolo el Señor al martirio durante su noviciado. Ante sus asesinos se arrodilló, juntó las manos y pronunció palabras de perdón.

MANUEL LÓPEZ ORBARA nació en Puente la Reina, Navarra, el 5 de febrero de 1913. Aunque probó en otra congregación religiosa, se decidió por fin por la Orden Hospitalaria e ingresó el 6 de marzo de 1936 en el noviciado. Cuando separaron a cuatro novicios jóvenes para no fusilarlos, él alegó que también era joven, pero fue fusilado.

IGNACIO TEJERO MOLINA nació en Monzalbarba, Zaragoza, el 31 de julio de 1916. Ingresó en la Orden Hospitalaria en

1935 y superó fuertes tentaciones durante el noviciado. Manifestó que él era joven cuando excluyeron de fusilar a los cuatro jóvenes, pero fue fusilado.

ENRIQUE BELTRÁN LLORCA nació en Villarreal, Castellón de la Plana, el 14 de noviembre de 1899. Luego de una juventud piadosa y pura se decidió por la Orden Hospitalaria y entró en 1935 en el noviciado. Cuando comenzaron a disparar contra los religiosos salió huyendo pero fue alcanzado y asesinado.

DOMINGO PITARCH GURREA nació en Villarreal, Castellón de la Plana, el 12 de febrero de 1909. Trabajaba en una farmacia y llevaba una vida muy piadosa cuando se decidió por la Orden Hospitalaria e ingresó en ella en 1935. Al empezar los disparos, huyó, pero fue alcanzado y cayó regando con su sangre su rosario. Pidió a los milicianos que se lo llevaran a su madre, y éstos lo remataron.

ANTONIO SANCHIS SILVESTRE había nacido en Villamarchante, Valencia, el 6 de diciembre de 1910. Se decidió por la Orden Hospitalaria luego de haber intentado la vida religiosa en los dominicos y franciscanos y haber sido alumno del seminario diocesano. Ingresó en la Orden en 1936 y hacía el noviciado cuando fue martirizado.

Fueron beatificados el 25 de octubre de 1992 por el papa Juan Pablo II.

BEATOS JOSÉ MARÍA MURO SANMIGUEL, JOAQUÍN PRATS BALTUEÑA, ZÓSIMO IZQUIERDO GIL

Mártires († 1936)

El día 30 de julio de 1936 fueron martirizados por su condición de sacerdotes o religiosos tres siervos de Dios, que habían consagrado su vida con el sacerdocio o los votos religiosos. Era medianoche y fueron fusilados.

JOSÉ MARÍA MURO SANMIGUEL había nacido en Tarazona, Zaragoza, el 26 de octubre de 1905. Se decide en su niñez por la vocación sacerdotal e ingresa en el seminario diocesano de San Gaudioso, donde hace los estudios de humanidades, filosofía y teología, ordenándose sacerdote el año 1928. Como sacerdote diocesano pasó los cargos de coadjutor de Villalengua, re-

gente de Purojosa y coadjutor en Novallas. Sacerdote piadoso y celoso, repensó su vocación y se decidió en 1934 por la Orden de Predicadores, donde hizo el noviciado y profesó los votos religiosos, siendo destinado a la comunidad de Calanda. Cuando las milicias entraron en Calanda, huyó y se dirigió a Torres Mazas, camino de Alcañiz. El día 29 de julio se acerca a una masía de Castelserás para preguntar por el camino más directo para ir a Alcañiz, pero le encaminan a otra masía donde había significados elementos del comité. Y allí empezó su calvario hasta su fusilamiento.

JOAQUÍN PRATS BALTUEÑA nació en Zaragoza en 1915. Recibió su primera instrucción en el colegio de los Padres Escolapios. Estudió latín en la preceptoría de la misma Orden. Al llegar la República interrumpe los estudios eclesiásticos y emprende los del bachillerato universitario. Pero en septiembre de 1935 se dirige a Calanda y solicita ser admitido en la Orden de Predicadores, y da comienzo a su noviciado. La tarde del 27 de julio con otros religiosos quería ir a Zaragoza, pero no sintiéndose capaz de andar tanto, se dirigió a Mas de las Matas, cerca de Calanda, residencia de su abuelo paterno. Llegado a Torres Mazas se encuentra con el P. José María Muro y ya no se separó de él hasta la muerte.

ZÓSIMO IZQUIERDO GIL nació en Villahermosa, Teruel, en 1895, y pasó luego a vivir con su familia a Zaragoza. Aquí ingresa en el seminario conciliar, siendo ordenado sacerdote en 1920. Es destinado sucesivamente como coadjutor en Ariño, párroco de Corbalán, de Huesa del Común y de Castelserás en 1935. Llegada la revolución, fue detenido en la puerta de su casa y ante el mal trato que le dieron mientras lo llevaban al Ayuntamiento para ser juzgado, respondió serenamente que lo fusilaran a él pero que dejaran libres a los demás presos. Una vez en la cárcel, confesó a los presos, los exhortó pastoralmente y rezó con ellos el rosario. Llevado a fusilar, se puso de rodillas para recibir la descarga.

Los tres mártires fueron glorificados el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en el acto de beatificación de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO SERGIO CID PAZO

Religioso y mártir († 1936)

Había nacido en Allariz, Orense, el 24 de abril de 1886. Decidido por la vocación religiosa, ingresó en el aspirantado de Barcelona-Sarriá. Hecho el noviciado, profesó los votos religiosos el año 1906 y tras acabar sus estudios eclesiásticos se ordenó sacerdote el año 1912. Su destino como salesiano fue todo el tiempo en Sarriá como catequista o animador religioso de los estudiantes. Era un sacerdote celoso y muy estimado, cuyas virtudes todos apreciaban. Al día siguiente a los sucesos del 18 de julio, que era domingo, en el sermón de la misa habló con entusiasmo del martirio por la causa de Jesucristo.

Cuando hubo de salir de la casa religiosa, parece que no halló ningún refugio sino que anduvo como un pordiosero por la ciudad hasta que fue arrestado yendo en un tranvía. Preguntado si era sacerdote salesiano, dijo que sí, y entonces fue obligado a subir a un coche y lo llevaron por la carretera de Sarriá hasta las proximidades de la estación del funicular de Vallvidriera, donde lo fusilaron. Su cadáver fue llevado al Hospital Clínico de Barcelona. Era el 30 de julio de 1936.

Fue glorificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en el acto de beatificación de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

31 de julio

A) MARTIROLOGIO

1. En Roma, San Ignacio de Loyola († 1556), presbítero, fundador de la Compañía de Jesús **.
2. En Milán, San Calimero († s. II), obispo.
3. En Sínada (Frigia), santos Demócrito, Segundo y Dionisio († s. III), mártires.
4. En Cesarea (Mauritania), San Fabio († 303/304), mártir.
5. En Roma, en la Via Latina, San Tertulino († s. IV), mártir.
6. En Rávena (Flaminia), el tránsito de San Germán († 448), obispo de Auxerre **.

7. En Ímola, San Pedro Crisólogo († 450), obispo de Rávena y doctor de la Iglesia, cuya memoria se celebró ayer.

8. En Sköfde (Suecia), Santa Elena († 1160), viuda y mártir.

9. En Acquapendente (Toscana), el tránsito del Beato Juan Colombini († 1367), fundador de la Orden de los Jesuatos **.

10. En Londres (Inglaterra), Beato Everardo Hanse († 1581), presbítero y mártir bajo Isabel I *.

11. En Rochefort (Francia), Beato Juan Francisco Jarrige de la Morélie du Breuil († 1794), presbítero y mártir *.

12. En Cay Met (Cochinchina), santos Pedro Doan Long Quy, presbítero, y Manuel Le Van Phung († 1859), mártires *.

13. En Alighede (Etiopía), San Justino de Jacobis († 1860), obispo, de la Congregación de la Misión **.

14. En Granollers (Barcelona), beatos Dionisio Vicente Ramos, presbítero, y Francisco Remón Játiva († 1936), religiosos franciscanos conventuales, mártires *.

15. En Valencia, Beato Jaime Buch Canals († 1936), religioso salesiano, mártir *.

16. En el campo de concentración de Dachau (Baviera), Beato Miguel Ozieblowski († 1942), presbítero y mártir *.

17. En Kalisz (Polonia), Beato Francisco Stryas († 1944), mártir *.

18. En Trnava (Eslovaquia), Beata Zdenka Schelingová († 1955), virgen y mártir, de las Religiosas de la Caridad de la Santa Cruz *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN IGNACIO DE LOYOLA

Presbítero y fundador († 1556)

El fundador de la Compañía de Jesús fue un español que nació en la casa-torre de Loyola (Azpeitia) el año 1491. Su niñez pertenece al siglo XV, siglo de otoño medieval con restos feudales y luces nuevas de humanismo, descubrimientos, aventuras; su juventud y madurez, al siglo XVI, a la época de Lutero, de Carlos V y del Concilio de Trento. Algo medieval latirá siempre en el corazón de Loyola, aunque su espíritu será siempre moderno, hasta el punto de ser tenido por uno de los principales forjadores de la moderna catolicidad, organizada, práctica y apostólica.

En el verde valle que baña el río Urola, entre Azcoitia y Azpeitia, corrieron los primeros pasos de aquel niño de cara redonda y sonrosada, último vástago —el decimotercero— de

una familia rica y poderosa en el país. Diéronle por nombre de bautismo Íñigo, que él cambiará en París por el de Ignacio.

Pronto murió su madre. Quizá ya estaba muy débil cuando Íñigo nació, pues, no pudiéndolo criar ella, lo puso en brazos de una nodriza campesina, cuyo marido trabajaba en las herrerías de los señores de Loyola. Allí se familiarizaría Íñigo con la misteriosa lengua vasca, de la que, siendo mayor, no pudo hacer mucho uso; allí aprendería las costumbres tradicionales del país, fiestas populares, cantos y danzas, como el zorcico y el aurresku, etc. Sabemos que siempre fue aficionado a la música, y una vez, siendo de cuarenta años, no tuvo reparo en bailar un aire de su tierra para consolar a un melancólico discípulo espiritual que se lo pedía. La educación que el niño recibió en su casa fue profundamente religiosa, si bien alguna vez llegarían a su conocimiento ciertos extravíos morales de sus parientes. Parece que su padre quería enderezarlo hacia la carrera eclesiástica, pero al niño le fascinaba mucho más la vida caballeresca y aventurera de sus hermanos mayores. Dos de ellos habían seguido las banderas del Gran Capitán en Nápoles. Un tercero se embarcó después para América, siendo comendador de Calatrava. Otro se estableció en un pueblo de Toledo, después de participar, como capitán de compañía, en la lucha contra los moriscos de Granada. Y otro, finalmente, acaudilló tropas guipuzcoanas al servicio del duque de Alba contra los franceses.

Poco antes de morir su padre, pidióle el caballero don Juan Velázquez de Cuéllar que le enviase al más joven de sus hijos, para educarlo en palacio y abrirle las puertas de la corte. Don Juan, pariente de los Loyola por parte de su mujer, María de Velasco, era contador mayor, algo así como ministro de Hacienda, del Rey Católico, y recibió a Íñigo entre sus hijos, dándole una educación exquisitamente cortesana y caballeresca, que admirarán después en el fundador de la Compañía cuantos se le acerquen: distinción en el porte, en la conversación, en el trato, hasta en el comer. En Arévalo, provincia de Ávila —su residencia ordinaria—, y también en Medina del Campo, Valladolid, Tordesillas, Segovia, Madrid, en dondequiera que se hallase la corte, estaría frecuentemente don Juan Velázquez, y con él su paje Íñigo de Loyola. Toda la inmensa llanura de la vieja Castilla la pasearía éste

a caballo, acostumbrando sus ojos a la redonda lejanía de los horizontes. Ejercitábase en la caza, en los torneos, en tañer la viola, en correr toros, en servir y participar en los opíparos banquetes que su señora doña María de Velasco preparaba a la reina doña Germana de Foix, segunda esposa de don Fernando. Devoraba ávidamente las novelas de caballerías, como el *Amadís,* y las poesías amatorias de los cancioneros. «Aunque era aficionado a la fe —nos dirá más tarde su secretario—, no vivió nada conforme a ella ni se guardaba de pecados, antes era especialmente travieso en juegos y cosas de mujeres y en revueltas y cosas de armas»; mas todos reconocían en él eximias cualidades naturales: valor, magnanimidad, desinterés, fina destreza en gobernar a los hombres. Se ha dado excesiva importancia a un proceso criminal que en 1515 se entabló en Azpeitia «contra don Pero López de Loyola, capellán, e Íñigo de Loyola, su hermano, sobre cierto exceso, por ellos diz que el día de carnestuliendas últimamente pasado cometido e perpetrado». Ignoramos en qué consistió aquel exceso, que acaso se redujo a una nocturna asechanza frustrada contra alguna persona eclesiástica.

Caballerescamente se enamoró de una alta dama que «no era de vulgar nobleza; no condesa ni duquesa, mas era su estado más alto» (¿quizá la reina doña Germana o la infanta doña Catalina?). Muerto don Juan Velázquez en 1517, Íñigo, que había pasado en Arévalo más de doce años, se acogió a otro alto pariente suyo, don Antonio Manrique, duque de Nájera y virrey de Navarra. Sirviendo al duque participó en sosegar los tumultos durante la revolución de los comuneros —espada en mano en la toma de Nájera, diplomáticamente en Guipúzcoa—, y peleó animosamente defendiendo el castillo de Pamplona contra los franceses, hasta caer herido en las piernas por una bala de cañón (20 de mayo de 1521). Impropiamente se le llama «capitán», era un caballero cortesano, o, mejor, un gentilhombre de la casa del duque.

Mientras le curaban en Loyola se hizo aserrar un hueso, encabalgado sobre otro, sólo porque le afeaba un poco, impidiéndole llevar una media elegante, y estirar con instrumentos torturadores la pierna, a fin de no perder la gallardía en el mundo de la corte; todo lo cual sufrió con estoica imperturbabilidad. En la convalecencia, no hallando las novelas de caballerías que él de-

seaba, se puso a leer las *Vidas de los santos* y la *Vida de Cristo,* lo cual le encendió en deseos de imitar las hazañas de aquellos héroes y de militar al servicio no de un «rey temporal», sino del «Rey eterno y universal, que es Cristo Nuestro Señor». Reflexionando sobre las desolaciones y consolaciones que experimentaba, aprendió a discernir el buen espíritu del malo con fina psicología sobrenatural. Su conversión y entrega a Dios fue perfecta.

A principios de 1522 sale de Loyola en peregrinación a Jerusalén. Detiénese unos días en el santuario de Montserrat, donde cambia sus ropas lujosas por las de un pobre; conságrase a la Santísima Virgen, hace confesión general y recibe de un monje benedictino las primeras instrucciones espirituales. Pasa un año en Manresa, llevando al principio vida de continua oración y penitencia; luego, de apostolado y asistencia a los hospitales. En una cueva de los contornos escribe, iluminado por Dios, sus primeras experiencias en las vías del espíritu, normas y meditaciones que, redondeadas más adelante, formarán el inmortal librito de los *Ejercicios Espirituales,* «el código más sabio y universal de la dirección espiritual de las almas», como dijo Pío XI. Ya en Manresa el Espíritu Santo le transformó en uno de los místicos más auténticos que recuerda la historia. La ilustración más alta que entonces tuvo, y que le iluminó aun los problemas de orden natural, fue junto al río Cardoner. Prosiguiendo su peregrinación se embarca en Barcelona para Italia. De Roma sube a Venecia, siempre mendigando; el mismo dux veneciano le procura pasaje en una nave que va a Chipre, de donde el santo sigue hasta Palestina. Visita con íntima devoción los santos lugares de Jerusalén, Belén, el Jordán, el Monte Calvario, el Olivete. A su vuelta, persuadido de que para la vida apostólica son necesarios los estudios, comienza a los treinta y tres años a aprender la gramática latina en Barcelona, pasa luego a las universidades de Alcalá y Salamanca, juntando los estudios con un ardiente proselitismo religioso. Falsamente le tienen por «alumbrado». No la Inquisición, como a veces se ha dicho, sino los vicarios generales de esas dos ciudades le forman proceso y le declaran inocente.

En febrero de 1528 se presenta en la célebre universidad de París, adonde confluyen estudiantes y maestros de toda Europa. Obtiene el grado de maestro en artes o doctor en filosofía (abril de

1534) y reúne en torno de sí algunos universitarios, que serán los pilares de la Compañía de Jesús: Fabro, Javier, Laínez, Salmerón, Rodrigues, Bobadilla, con quienes hace voto de apostolado, en pobreza y castidad, a ser posible en Palestina, y, si no, donde el Vicario de Cristo les ordenare (Montmartre, 15 de agosto de 1534).

De hecho el viaje a Tierra Santa resulta irrealizable, e Ignacio de Loyola va con sus compañeros a Roma, a ofrecerse enteramente al Sumo Pontífice. Una honda experiencia mística, recibida en el camino (La Storta, noviembre de 1537), le confirma en la idea de fundar una Compañía o grupo de apóstoles, que llevará el nombre de Jesús. Paulo III, el mismo que abrirá el Concilio de Trento, aprueba el instituto de la Compañía de Jesús, innovador en la historia del monaquismo (27 de septiembre de 1540). Mientras los compañeros de Ignacio y sus primeros discípulos salen con misiones pontificias a diversas tierras de Italia, de Alemania y Austria, de Irlanda, de la India, de Etiopía, el fundador permanece fijo en Roma, como en su cuartel general, recibiendo órdenes inmediatas del Papa y comunicándolas a sus hijos en innumerables cartas, de las que hoy conservamos 6.795. No por eso deja de predicar, dar ejercicios, enseñar el catecismo en las plazas de Roma, remediar las plagas sociales, fundando instituciones y patronatos para atender a los pobres, a los enfermos, a las muchachas en peligro, a las ya caídas que querían redimirse, etc. Con razón ha sido llamado «el apóstol de Roma». Y no se contenta con regenerar moralmente la Ciudad Eterna. Quiere que la capital del catolicismo sea un centro de ciencia eclesiástica, con un plantel de doctores, de los que pueda disponer cuando quiera el Sumo Pontífice. Y con este fin crea el Colegio Romano (1551), que después se llamará, como en nuestros días, Universidad Gregoriana, madre fecunda de alumnos ilustres y de maestros que enseñarán en todas las naciones. A su lado surge desde 1552 el Colegio Germánico, primer seminario de la Edad Moderna, prototipo de los tridentinos, cuya finalidad era educar romanamente a los jóvenes sacerdotes alemanes que habían de reconquistar a su patria para la Iglesia. Sus estatutos fueron redactados por el mismo San Ignacio.

A sus hijos esparcidos por todo el mundo los exhortaba a dar los ejercicios espirituales, método eficaz de reforma individual; a

enseñar el catecismo a los ignorantes, a visitar los hospitales. Los últimos años de su vida despliega increíble actividad, fundando colegios, orientados principalmente a la formación del clero, para lo cual se enseñará en ellos desde la gramática latina hasta la teología y los casos de conciencia. Dicta sabias normas de táctica misional para los que evangelizan tierras de infieles, para Javier en la India y Japón, Andrés de Oviedo en Abisinia, etc., y no menos prudentes reglas propone a Pedro Canisio para la restauración católica en Alemania, y a Carlos V y Felipe II para el aniquilamiento de la media luna en el Mediterráneo.

Pocas figuras de la Contrarreforma son comparables a la de Ignacio de Loyola. Su devoción al Vicario de Cristo y a «nuestra Santa Madre la Iglesia jerárquica» brota naturalmente de su apasionado amor al Redentor, «nuestro común Señor Jesús», «nuestro Sumo Pontífice», «Cabeza y Esposo de la Iglesia». Sus Reglas para sentir con la Iglesia serán siempre la piedra de toque del buen católico.

El fundador de la Compañía de Jesús murió en Roma el 31 de julio de 1556. Su magnitud histórica impone admiración a todos los historiadores, a los protestantes tanto o más que a los católicos. Quizá su misma excelsitud haya impedido que su culto popular cundiese tanto como el de otros santos, al parecer, más amables. Preciso es reaccionar contra ciertos retratos literarios que nos lo presentan tétrico y sombrío. Sus coetáneos nos lo pintan risueño y sereno siempre, tierno y afectuoso, con extraordinaria propensión a las lágrimas. «El padre Ignacio —decía Gaspar Loarte— es una fuente de óleo». Sabía hacerse amar, aunque es verdad que todos sus afectos, aun los que parecían más espontáneos, iban gobernados por la reflexión. El «reflectir» (verbo de prudencia) le brota a cada paso de la pluma; pero no menos frecuente en sus labios era el «señalarse» (verbo de audacia), es decir, el distinguirse y descollar por el heroísmo y por las aspiraciones hacia lo más alto y perfecto: *Ad maiorem Dei gloriam.* Nunca fue un gran especulativo, pero sí un genio práctico y organizador, grande entre los grandes. Reduciendo a esquemas simplistas sus consejos espirituales, muchos interpretaron falsamente su doctrina como un ascetismo voluntarista y árido. No era ésa su alma. Basta leer su *Diario espiritual,* donde

con palabras entrecortadas y realistas, no destinadas al público, descubre las intimidades de su alma y las altas experiencias místicas de cada día, para persuadirnos de que estamos ante una de las almas más privilegiadas con dones y carismas del Señor.

RICARDO GARCÍA-VILLOSLADA, SI

Bibliografía

La bibliografía sobre San Ignacio de Loyola es inmensa. Debe consultarse, ante todo, la *Autobiografía* dictada por el mismo San Ignacio a su confidente, el portugués GONZÁLEZ DE CÁMARA, y la clásica biografía que escribió en el siglo XVI, con amor filial y penetración psicológica, su discípulo PEDRO DE RIVADENEIRA, ambas publicadas en la BAC.

ASTRAIN, A., *Historia de la Compañía de Jesús en la asistencia de España.* I: *San Ignacio de Loyola, 1540-1556* (Madrid 1905).

LETURIA, P. DE, *El gentilhombre Iñigo de Loyola* (Buenos Aires 1940).

GARCÍA-VILLOSLADA, R., *San Ignacio de Loyola* (San Sebastián 1955).

• Actualización:

GARCÍA-VILLOSLADA, R., *San Ignacio de Loyola. Nueva biografía* (Madrid 1986).

LONGCHAMP, A., *Vida de San Ignacio de Loyola* (Madrid [4]2001).

TELLECHEA IDÍGORAS, J. I., *Ignacio de Loyola, solo y a pie* (Salamanca [8]2002).

SAN GERMÁN DE AUXERRE

Obispo († 448)

Los tiempos de San Germán, entre los siglos IV y V, marcaban una nueva etapa en la historia de la Iglesia: de la época de los mártires, de la comunidad cristiana frecuentemente perseguida y en régimen de clandestinidad, se había pasado desde Constantino a disfrutar primero de la libertad religiosa y luego al reconocimiento de religión del Imperio romano. Cuando éste se desintegraba militar, económica y política y culturalmente, los pastores de la Iglesia tuvieron que ejercer su misión de vigías de la fe y de evangelizadores de masas de los aún no bautizados, de maestros y vigilantes frente a gérmenes de descomposición social y moral en una sociedad en continuo sobresalto por la presión y el acoso de las hordas bárbaras. Germán, en concreto, fue protagonista y testigo de la fe en Cristo encarnada en las Galias en el ocaso del Imperio romano.

Es difícil, casi imposible, trazar una biografía crítica, con hechos históricamente constatables, de Germán de Auxerre. De él tenemos noticias a través de algunos testimonios de su contem-

poráneo Próspero de Aquitania; del santo obispo nos han llegado dos «vidas» que podemos llamar clásicas en la hagiografía cristiana. La primera fue redactada por Constancio de Lyón unos treinta años después de la muerte del santo: es una biografía que imita la de Ambrosio de Milán, escrita por Paulino, y la *Vita Martini* de Sulpicio Severo. Por esta dependencia, y por el estilo de que por entonces empiezan a revestirse las vidas de los santos, la narración de Constancio adorna a Germán con virtudes sin cuento y lo enaltece con fabulosos milagros. La segunda «vida» fue escrita a principios del siglo IX. Pretende completar la «vida» primera a base de las tradiciones que mantenía de su santo pastor la Iglesia de Auxerre. Sobre todo a partir de la «vida» primera podemos construir una biografía aproximada del santo, que nos presenta el perfil de Germán como hombre espiritual y pastor solícito de la Iglesia de su tiempo dedicado a la promoción de su clero, al bienestar y a la guía solícita de su grey, atento asimismo a la misión hacia los que aún no habían abrazado el cristianismo.

Nació de nobles padres, Rústico y Germanilla, grandes terratenientes, en Auxerre, en la Galia central, hacia el año 380. Fue instruido en las artes liberales y estudió derecho en Roma. Ejerció la profesión de abogado brillantemente. También desempeñó altos cargos civiles o militares; probablemente fue gobernador de la provincia lionense cuarta. Contrajo matrimonio con una mujer muy virtuosa y acaudalada.

Como sucedía entonces frecuentemente, clero y pueblo eligieron obispo de su ciudad natal a un hombre de tanta cultura y elevada posición social. Fue a la muerte de San Amador, en 418. El nuevo obispo renunció entonces a sus honores, a las riquezas y a su vida conyugal. Germán eligió el camino del ascetismo para dar soporte espiritual a su ministerio pastoral. Dirigió sus esfuerzos a elevar el nivel moral del clero y a eliminar en el pueblo restos de paganismo. Confiaba enormemente en la fuerza del monacato. Él mismo vivía como un ermitaño en el mundo. Parece que influía en él el gran ejemplo del cenobio de Lérins, a través de dos personajes de este monasterio, Hilario de Arles y Lupo de Troyes, con los que mantenía una gran amistad y compartía los ideales de pureza de la fe y de búsqueda constante de

la perfección cristiana. Su amor a la vida ascética le llevó a fundar un monasterio enfrente de su ciudad episcopal, en la orilla izquierda del río Yonne, que tituló de San Cosme y San Damián. Le guiaron en esta fundación sus deseos de atraer las masas a la fe católica y de ofrecer un medio de instrucción y formación al clero. Desde este monasterio, Germán ofreció generosamente hospitalidad a los peregrinos, otra virtud característica de los buenos pastores del pueblo de Dios.

Con toda probabilidad, el santo obispo de Auxerre tuvo relación con el gran evangelizador de Irlanda, San Patricio. Parece que este misionero vivió largo tiempo en Auxerre, donde fue ordenado diácono y presbítero por el predecesor de Germán, San Amador, y obispo por el mismo Germán en 432, tras la muerte de Paladio, el primer obispo de Irlanda que había recibido su misión del papa Celestino I pero que murió antes de llegar a la isla.

No sólo en Auxerre desempeñó Germán su función episcopal de maestro y propagador de la fe. El año 429, con San Lupo de Troyes, se dirigió a Britania para combatir el pelagianismo que se había adueñado de la mente de muchos cristianos. Según Próspero de Aquitania, fue el papa San Celestino I (422-432) quien le confió esta misión. En Britania, San Germán y San Lupo sostuvieron un encendido debate para refutar los errores pelagianos frente a un gentío; de la gran disputa, celebrada en Verulamium, los pelagianos marcharon confundidos y llorando, según la narración de San Beda. Los dos obispos galos peregrinaron al santuario del primer mártir de la isla, San Albán. Por aquellas fechas, los habitantes de Britania fueron atacados por los sajones y los pictos. Germán, conjuntamente con San Lupo, se erigió en defensor del pueblo britano y jefe militar para organizar el contraataque y parar el avance de los invasores. Inspeccionó las montañas y valles por donde tenían que pasar los sajones y dispuso la defensa de los nativos para repeler la agresión. Era la Pascua del año 430. En el momento del ataque de pictos y sajones, los dos obispos hicieron gritar por tres veces y con vehemencia Aleluya a los britanos ante la proximidad del enemigo; pictos y sajones creyeron estar enfrente de un numerosísimo ejército y huyeron despavoridos. Los obispos ganaron pacíficamente la batalla y condujeron al triunfo a los britanos sin causar derramamiento alguno de sangre.

Algunos años más tarde, entre 435 y 437, Germán viajó hasta Arles para recabar de la autoridad imperial el aligeramiento de los impuestos que ahogaban a sus diocesanos. El prefecto de las Galias accedió a su legítima exposición.

Constancio alude también a un segundo viaje de Germán a Britania, que no goza de mucha fiabilidad histórica.

También San Germán aparece, según la primera «vida», frente al caudillo de los alanos Goar, en la actitud que varios pastores de la Iglesia en este tiempo protagonizan, como sucederá con el papa San León Magno. Armórica (la Bretaña actual), que no había sido invadida por los bárbaros, se rebeló contra las autoridades del decrépito Imperio. El vicario imperial de las Galias, Aecio, encargó al rey alano Goar que reprimiera la rebelión de los armóricos e invadiera su país. El caudillo bárbaro iba a cumplir tal encomienda. Germán se presenta ante las tropas alanas, solo ante los jinetes armados, por medio de un intérprete interpela a Goar, después agarra la brida de su caballo y lo detiene. Están frente a frente la fuerza de las armas y la fuerza moral y espiritual de un pastor pacífico del pueblo cristiano. El rey alano se retira, pero pide que la gracia del perdón a los revoltosos sea impetrada ante el gobernador Aecio o ante el emperador.

«De seguida —escribe Constancio— Germán se dirige a Italia para entrevistarse, en Rávena, con Gala Placidia que gobierna el imperio con su joven hijo Valentiniano». El santo obispo es acogido con grandes muestras de cordialidad, por la fama de sus virtudes y sus poderes taumatúrgicos. El santo obispo de Rávena, Pedro Crisólogo, admira y venera al obispo galo. Pero los armóricos, con otra insurrección, dieron al traste con las gestiones pacificadoras del santo obispo.

Germán cae enfermo. Ruega que, tras su muerte, sus restos sean devueltos a la patria. Muere a los siete días, el 31 de julio de 448, con toda probabilidad. El 22 de septiembre llegan sus despojos a Auxerre y el día uno de octubre reciben sepultura, en el oratorio de San Mauricio, que Germán hiciera construir al norte de la ciudad episcopal. Junto a su sepulcro, el culto de San Germán arraigó y creció entre los fieles que él había conducido como buen pastor y se difundió por las Galias y por Britania. Fue el primer santo local de Auxerre.

La santa reina Clotilde, esposa del rey de los francos Clodoveo, acudió en peregrinación a su sepulcro en San Mauricio y parece que pidió su intercesión para la conversión de su marido a la fe cristiana. Agradecida al santo obispo, mandó edificar, entre 493 y 545, una gran basílica sobre el sepulcro del santo obispo, que atrajo a muchos peregrinos. Posteriormente le fue agregado un monasterio, ampliado en el siglo IX y reconstruido entre los siglos XIII-XIV. En 1567 los hugonotes destruyeron la basílica, pero pudieron salvarse las reliquias. 109 municipios en Francia llevan el nombre de Saint-Germain, si bien cabe pensar que algunos puedan evocar a santos homónimos.

PERE-JOAN LLABRÉS Y MARTORELL

Bibliografía

Art. en *Bibliotheca sanctorum.* VI: *Galena-Giustiniani* (Roma 1965) cols.232-236.
DUBOIS, J., «Germain (Saint), évêque d'Auxerre», en *Dictionnaire d'histoire et géographie ecclésiastique.* XX: *Gatianensis-Giry* (París 1984) cols.901-904.
EVANS, S. J., «Germanus in Britain»: *Archaeologia Cantinana* 80 (1965) 175-185.
GRIFFE, E., *La Gaule chrétienne à l'époque romaine,* II (París 1966).
GROSJEAN, P., Art. en *Analecta Bollandiana* 75 (1957) 158-185.
GUALANDRI, I., «Germán de Auxerre», en C. LEONARDI - A. RICCARDI - G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los Santos,* I (Madrid 2000) 938-940.
LEVISON, W., *Bischof Germanus von Auxerre und die Quellen zu seiner Geschichte* (Hannover 1903).
MATHISEN, R. W., «The last year of Germanus of Auxerre»: *Analecta Bollandiana* 99 (1981) 151-159.
THOMPSON, E. A., «A chronological note on St. Germanus of Auxerre»: *Analecta Bollandiana* 75 (1957) 135-138.
— *Saint Germain of Auxerre and the end of Roman Britain* (Woodbridge 1984).
Saint Germain d'Auxerre et son temps. Communications présentées à l'occasion du 19. Congrès de l'Association Bourguignonne des Sociétés Savantes réuni à Auxerre (29 juillet - 2 août 1948) (Auxerre 1950).
Vita prima, publicada por R. BORIUS en CONSTANCE DE LYON, *Vie de Saint Germain d'Auxerre* (Sources chrétiennes, 112; París 1965).
Vita secunda, que se encuentra en *Acta sanctorum.* Iulii, VII, 201-221, y en L. M. DURU, *Bibliothèque historique de l'Yonne,* I (Auxerre 1850) 46-89.

BEATO JUAN COLOMBINI

Fundador († 1367)

La vida de Juan Colombini es una ráfaga de luz en la mitad del siglo XIV, uno de los períodos más oscuros y difíciles de la historia de la Iglesia, hasta el punto de ser designado como un

siglo de hierro. Hechos muy graves dañan la convivencia europea. La población disminuye notablemente. La tierra produce menos, la carestía es asfixiante. Pero lo más terrible y dramático es la peste que golpea todos los países. Sólo en Aviñón, en cuatro meses, murieron la mitad de los habitantes.

Las guerras fueron incesantes. Los ejércitos devastaban regiones enteras con saqueos e incendios de las cosechas. Los campos quedan abandonados y son frecuentes las revoluciones de los campesinos. Lo señores y sus cortes intentan olvidar esta situación angustiosa con una vida desordenada de lujos y placeres.

En esta situación de crisis el pueblo se centra en el pensamiento obsesivo de la muerte que, con su paso inevitable, iguala a todos los hombres. De esta época son esos grandes cuadros escénicos, las macabras danzas en las que la muerte es el personaje central que siega mitras y tiaras, cetros y coronas. Los enormes contrastes de riqueza y pobreza tenían, por lo demás, una publicidad llamativa y cruel. Cada clase y profesión era reconocida por su vestido. Los pobres y harapientos se lamentaban en las puertas de las iglesias y palacios mostrando sus deformidades. Los leprosos hacían sonar sus campanillas y se movían en procesiones. En los edificios religiosos, que dominaban la ciudad con sus imponentes dimensiones y la altura de sus torres, el pueblo, los plebeyos, buscaban seguridad y refugio.

En medio de tanta decadencia, se advierte en la Iglesia el deseo de una vida cristiana más auténtica en conformidad con el Evangelio. Varios grupos de cristianos laicos intentan convertirse en fermento para revitalizar las experiencias de la fe. No pocos incurren en desviaciones heréticas por no inspirarse en la verdadera tradición de la Iglesia y enfrentarse con la jerarquía. Otros, en cambio, permanecen en el seno de la Iglesia buscando desde dentro la verdadera y auténtica renovación y reforma. No resulta fácil, a menudo, distinguirlos. Se multiplican los predicadores de la penitencia que deambulaban de país en país, vestidos como los mendigos, pregonando la urgencia de la conversión y de tomar en serio el cristianismo. El pueblo los escuchaba y se conmovía. Lloraba sus pecados.

Siguiendo el camino abierto por San Francisco y Santo Domingo en el siglo anterior, los franciscanos y dominicos lleva-

ron la Palabra de Dios a Tierra Santa, Grecia, Turquía, Damasco, Armenia, Persia, difundiendo el cristianismo, más que con la fuerza de las armas cruzadas, con la predicación y la caridad, construyendo hospitales y ayudando a la gente. A la muerte de Bonifacio VIII (11 de octubre de 1303), después del ignominioso atentado de Anagni instigado por el rey francés Felipe IV el Hermoso, quedó la Iglesia desorientada. El sucesor, Benedicto XI, gobernó sólo un año. Clemente V, elegido en Perusa y coronado en Lyón, lejos de Roma, peregrinó por el sur de Francia esquivando los territorios del rey y estableció su residencia en Aviñón (1309) porque esta ciudad pertenecía a los Anjou de Nápoles, vasallos del Papa. No era su intención permanecer en ella; pero así comenzó el destierro de Aviñón, que ha sido comparado al de Babilonia. La ciudad se desarrolló de modo sorprendente con la presencia de la corte pontificia y de las legaciones, obispos, diplomáticos, juristas, mercaderes, artistas. A pesar de los deseos de Clemente V y de sus sucesores, Juan XXII (1316-1334), Benedicto XII (1334-1342), Clemente VI (1342-1352), Inocencio VI (1352-1362), Urbano V (1362-1370), y de todo el pueblo cristiano, no pudieron volver a Roma, que permanecía en desorden, peleas y banderías.

El vivo deseo de toda la cristiandad tuvo en la extraordinaria personalidad de Santa Catalina de Siena su mejor portavoz. Movido principalmente por sus insistentes cartas e intervenciones, el 13 de septiembre de 1376, Gregorio XI (1370-1378) abandonó por fin la ciudad francesa de Aviñón y, tras un viaje de cinco meses, llegó a Roma donde fue acogido triunfalmente, después de 70 años de ausencia de los papas.

En este período tan asendereado de dificultades, pero en el que, por cierto, no faltaron grandes santos, se desarrolló la vida de Juan Colombini, apellidado también Juan de Siena, donde nació en 1304 de una familia acomodada de mercaderes. El apellido «Colombini» no era el originario de la familia, apellidada en el siglo XIII «Strozzavacche» (cuidadores de vacas o vaqueros). Lo habían cambiado, para «ennoblecerse», por el «de las palomas». Afortunado y rico mercader de telas, como sus padres, en 1320 Juan se especializó en el sector de la lana y logró extender el área de su negocio en amplias redes comerciales. Su privilegiada posición económica se tradujo también en prestigio

social dentro de la rica burguesía de Siena y fue llamado a participar en la «Magistratura de los 9» que detentaba el poder político y el gobierno oligárquico de la ciudad. A los 39 años contrajo matrimonio con la noble Biagia, de los ilustres apellidos Messer Giovanni di Niccolò dei Corretani. Con ella tuvo dos hijos, Pedro y Angelina. Cuando todo le sonreía en la plenitud de su vida y sus negocios, se produjo un giro copernicano, al parecer repentino y ciertamente decisivo, el de su conversión. Los biógrafos, unánimes en afirmar la súbita mudanza, ofrecen varias explicaciones que pudieron ser el contexto de su drástica decisión. Famoso como era por su talento para los negocios y por la alta posición económica, también lo era por algunos rasgos destacados de su mal carácter. Un día llegó malhumorado a casa, irritado tal vez por el sesgo ruinoso que iban tomando los asuntos económicos y políticos de Siena —ciertamente hubo grandes crisis a partir de 1355—; mientras él esperaba impaciente le sirvieran la comida, su esposa le puso en las manos un libro con vidas de santos donde estaba incluida la de Santa María Egipciaca. Sabemos por el testimonio de Biagia que, a través del atractivo espiritual de la vida impresionante de esta santa penitente, quedó tan tocado por la gracia que comenzó a revisar su vida a la luz del duro ascetismo de los padres del desierto, desprendidos de todos los bienes materiales, y de los cargos y de los honores. En la revisión a fondo de su conducta comenzó por renunciar a los bienes que provenían de ganancias ilícitas, sin olvidar aquellas formas de usura agraria tan frecuentes en la comarca toscana. Quería de este modo corregir sus yerros y devolver con creces, como Zaqueo, lo que había robado. Pasaba largas horas de oración en las iglesias y repartía abundantes limosnas a los pobres. Pero, seguramente, fue la muerte prematura de su hijo queridísimo Pedro y el providencial encuentro con el cartujo Pedro de Petroni, el santo varón de quien más tarde el propio Juan escribiría la vida, lo que determinó definitivamente su cambio radical de vida e ideales. El que había sido esclavo de sus pasiones, emprendió un rápido ascenso a la perfección. Hizo voto de castidad de acuerdo con su esposa Biagia, a quien entregó una renta vitalicia, confió su hija Angelina, de 13 años, a las monjas del monasterio de Santa Bonda, con las que tenía particular amistad, principalmente con su abadesa Paola Foresi.

Por cierto que la niña falleció al año de su ingreso en la abadía. Juan repartió todos sus restantes bienes entre este convento, el Hospital de Scala de Siena y la Compañía de María Virgen. Abandonó su casa y, en compañía de Francisco Vincenti, otro convertido como él, se dedicó por completo a la oración, a la penitencia y a la pobreza más absoluta. Emulando los toscos procederes de la primitiva experiencia de los mendicantes, hacían manifestaciones penitenciales humillantes en los mismos escenarios donde habían sido honrados. Asumían voluntariamente la condición de criados y servidores en el Palacio Comunal que albergaba al «Gobierno de los 9». Sus pobres atuendos de mendigos mostraban de modo casi hiriente su cambio total de valores. En 1360, con el citado Francisco Vincenti, su primer compañero, y otros que se les fueron asociando, fundó la «Sociedad de San Jerónimo», llamada por el pueblo «de los jesuatos», cuyos miembros, laicos, se dedicaron preferentemente al cuidado de los enfermos. En torno a Juan se congregaron muchos jóvenes, atraídos por su estilo y trato, por sus ejemplos y por sus milagros. El nombre popular de «jesuatos» obedece a la constante invocación que hacían del santísimo nombre de Jesús en sus oraciones y en su predicación.

Algunos rasgos chocantes de su vida hicieron a Juan y a sus compañeros sospechosos de herejía, hasta el punto de que fueron denunciados a la Inquisición. Las autoridades civiles de Siena, considerándolos vecinos al menos molestos, llegaron a expulsarlos de la ciudad. Este injusto destierro amplió el horizonte de su acción apostólica, pues, con este motivo, muchos poblados del entorno pudieron escuchar la palabra ardiente de Colombini. Todos admiraban la pobreza y la penitencia de los jesuatos: Arezzo, Città di Castello, Luca, Montalcino, Pisa, Florencia, Pistoya, acogieron a Colombini como a un santo. Se había convertido de bandido en el pregonero del nombre de Cristo por toda Toscana y Umbría. Sin polemizar con la Iglesia, más bien al contrario, en obediencia humilde, sin caer en los extremos rebeldes de los pauperistas *fraticelli,* se apoyaban en los ambientes laicales de la devoción organizada (hermandades de disciplinantes) tanto como en las autoridades diocesanas para renovar la Iglesia, que no necesita de reformadores sino de santos, los verdaderos transformadores de sí mismos y de los de-

más. Muchos obispos los comprendieron y ayudaron queriendo dar cauce canónico y protección de la curia romana a tan benéfico movimiento renovador.

No obstante, este fervor reformista suscitó también reacciones hostiles en parte del clero secular y de algunos franciscanos en aquel ambiente agitado en el que se preparaba el tan deseado regreso del Papa de Aviñón a Roma. En el interior de la sociedad, con el crecimiento, surgieron también disensiones entre los que preferían el camino de la pura contemplación y los que no querían ahogar su vitalidad apostólica en las celdas monásticas sino volcar toda su potencialidad en la misión evangelizadora.

El movimiento, ya muy extenso, estaba expuesto a desviaciones que preocupaban a Juan. Quería obtener la aprobación y el reconocimiento eclesial de su obra para protegerla de toda sospecha de connivencia con los heréticos *fraticelli.* Buscó el apoyo de los prelados más cercanos, los obispos de Siena, Arezzo, Città di Castello. Ellos le aconsejaron que recabara la aprobación papal de Urbano V, que regresaba de Aviñón. El Papa se acercó a Viterbo y desembarcó en el pequeño puerto de Corneto el 4 de junio de 1367. Colombini, enfermo, temiendo no llegar a tiempo, envió por delante a Francisco Vincenti que presentó al Papa el proyecto de los jesuatos y sus ideales. Fue el primer encuentro con la curia pontificia y con su proverbial prudencia y lentitud. Se suscitaron suspicacias y ataques contra Juan, que al fin pudo entrevistarse con el Papa.

La comisión cardenalicia que se creó, debido a sus minuciosas investigaciones, produjo desánimo en algunos que terminaron por abandonar el grupo. No obstante, concluyó positiva y favorablemente. En el fondo estaba la urgente necesidad de discernir entre el integrismo pauperístico y rebelde de los *fraticelli* y la pura y noble intención religiosa y obediente de los jesuatos. Colombini y sus compañeros se habían apresurado a acoger al Papa y rendirle homenaje. Urbano V les recibió en audiencia y aprobó y bendijo su género de vida. Incluso, a sus expensas, les hizo revestirse de túnica blanca y manto oscuro y les dio como protector al cardenal de Aviñón, hermano suyo. Pero Juan no quedó satisfecho con el informe favorable, quería resolver el problema de la legitimación más a fondo. Decidió no volver in-

mediatamente a Siena. Se quedó en Viterbo con algunos de los hijos más fieles para redactar con el cardenal Angélico de Grimoard una «forma vital» o regla para el grupo encuadrándola en los esquemas previstos por la tradición canónica.

Esta redacción modificaba parte de los elementos originales, pero servía para que los jesuatos fueran confirmados y reorganizados por Juan a la luz de las nuevas directrices concretas. En este clima de refundación, Colombini y sus compañeros emprendieron el regreso a Siena, pero el santo fundador, agotado por los trabajos, fue sorprendido por una fiebre maligna en Bolsena y su salud se fue agravando de modo alarmante. Trasladado a la abadía del Santísimo Salvador, junto a Acquapendente, falleció el 31 de julio de 1367. Dejaba a sus hijos en una situación fundacional no muy bien definida, pero su espíritu renovador y el legado valiosísimo de las *cartas,* con las que había mantenido vivas sus relaciones con los miembros dispersos de su grupo, son un tesoro y una prenda memorial que contiene el desarrollo de su experiencia religiosa original.

A estas cartas y al magnífico trabajo hagiográfico de F. Belcari debemos la memoria fiel de la ardiente y extraordinaria epopeya del espíritu que llevó a cabo Colombini. Su cuerpo fue llevado después al monasterio de Santa Bonda, donde toda la ciudad de Siena le rindió honores fúnebres. Juan Colombini no tuvo una beatificación oficial pero el papa Gregorio XIII lo incluyó en el *Martirologio romano;* y Paulo V le concedió misa y oficio en la diócesis de Siena y en las casas de los jesuatos. Estos, después de notable florecimiento en Italia y en España, fueron suprimidos por Clemente IX en 1668. Aunque su «forma vital» había sido reconocida en 1367, al año siguiente, 1368, fue revocada la aprobación oficial. Colombini había fundado también la rama femenina llamada «Pobres Jesuatas de la Visitación de Nuestra Señora», con la colaboración de una prima suya, Catalina Colombini, hija de un noble caballero de Siena, venerada también como beata. Las jesuatas estaban dedicadas a la oración y a la asistencia de los enfermos. Vivían de su trabajo y de las limosnas. Favorecida por el Señor con éxtasis y apariciones, Catalina rigió la comunidad más con su ejemplo que con el rigor de la disciplina; después de 22 años de vida religiosa murió el 20 de octubre de 1387. Las jesuatas se extinguieron en 1872.

Colombini nos ha legado 114 cartas. Se le atribuyen muchas composiciones himnicas de dudosa autoría. Ciertamente es suya la que comienza: «Diletto Giesucristo, chi ben t'ama...».

Uno de los más ilustres y famosos jesuatos fue el obispo de Ferrara, el Beato Juan Tavelli de Tossignano (1386-1446), que se hizo miembro de la congregación laical de los jesuatos diez años después de su fundación. Fue traductor de la Biblia y de los sermones de San Bernardo. A pesar de su resistencia le consagraron obispo en 1431. Como San Bernardino de Siena, fue gran propagandista de Dulcísimo Nombre de Jesús, que permanece estampado en las fachadas de las casas. Fue sepultado en la iglesia de los jesuatos con gran veneración.

El *Martirologio romano* actualmente en uso hace memoria de nuestro biografiado con este elogio: «En Acquapendente (Toscana), el tránsito del bienaventurado Juan Colombini, que, siendo rico mercader de telas, se convirtió a la pobreza y agrupó a sus discípulos en la orden de los jesuatos para que fueran pobres de Cristo y esposos de la dama pobreza». Se le representa con hábito blanco, capa marrón, cinturón de cuero, sandalias y nimbo o aureola con el nombre de Jesús.

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

Acta sanctorum. Iulii, t.VII p.333-408.

BALBONI, D., «Tavelli, Giovanni, vescovo di Ferrara (1386-1446)», *Bibliotheca sanctorum.* XII: *Stefano-Zuraire* (Roma 1969) col.151.

BELCARI, F., *Vita del Beato Giovanni Colombini da Siena* (Parma 1839).

BENVENUTI, A., «Juan Colombini», en C. LEONARDI - A. RICCARDI - G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los Santos,* I (Madrid 2000) 1292-1295.

FANTOEZI, D. (ed.), *Lettere del Beato Giovanni Colombini da Siena* (Lanciano 1925).

PROJA, G. B., «Colombini, Giovanni», en *Bibliotheca sanctorum.* IV: *Ciro-Erifrido* (Roma 1963) cols.121-122.

SAN JUSTINO DE JACOBIS

Obispo († 1860)

La vida de Justino de Jacobis es una apología de la vida interior. Su vida mística tiene auténticas raíces en la abnegación de sí mismo por la humildad y la mortificación y se vierte ente-

ra en obras de caridad y apostolado. Hasta los treinta y nueve años es el misionero más popular del reino de Nápoles, con fama de santo y taumaturgo. Después es el apóstol de la unidad en Etiopía, donde llega a incorporar a la Iglesia romana a doce mil cismáticos, según los cálculos sobrios del *Breviario romano.* Su muerte en el campo, como la de San Francisco Javier, corona gloriosamente su vida.

Con su vida se confunde, en parte, la de Ghebra Miguel (cf. biografía el día 14 de julio, p.402), monje y sacerdote, mártir de la unidad en su patria de Abisinia.

Jacobis había nacido en San Fele, del reino de Nápoles, el 9 de octubre de 1800. Su madre, Josefina Muccia, pone especial interés en su formación religiosa. Un día su padre comprueba: «Nuestro Justino es un ángel». A los dieciocho años ingresa en la Congregación de la Misión, en la famosa casa *Dei Vergini,* centro de la espiritualidad napolitana en el momento. Allí se enseña aún la tribuna donde más tarde es fama que pasó una noche entera en éxtasis.

A los treinta y nueve años, la Santa Sede le nombra «vicario apostólico de Etiopía y países limítrofes». Abisinia es un país de altas mesetas —entre dos y tres mil metros de altura—, separadas por valles profundos y montañas altísimas. Gracias a su geografía conservó su cristianismo en medio de la pleamar musulmana. Cerrada al catolicismo desde 1640, vive ahora un momento medieval en su organización política y social.

Sobre el terreno, los tres misioneros hacen el plan y se dividen el país como los apóstoles. El P. Sapeto ocupa el reino de Choa; el P. Montuori, el de Amhara, y el vicario apostólico se queda en el Tigré para mantener el contacto con Europa.

El ras Ubié, rey del Tigré, le autoriza para residir en Adua, y el misionero prepara la toma de contacto, desnudándose de europeo y vistiéndose de abisinio. Tal fue su acomodación, que a mons. Massaia le costó trabajo distinguirle de los abisinios. Su apostolado en aquel momento es el único posible, el apostolado del testimonio. Reza, estudia, planea, visita a los enfermos, saluda cordialmente a las gentes y reparte la medalla de la Milagrosa, recientemente acuñada, ocupando con ella el terreno común entre cismáticos y católicos.

Justino de Jacobis se da cuenta de que el cisma en Etiopía persiste principalmente por el aislamiento. Un día dice a un grupo de sacerdotes y de monjes: «Yo quisiera llevaros a todos a Roma para que la vierais». Y he aquí que el príncipe Ubié, ganado por el trato evangélico del misionero, le pone al frente de una embajada que se dirige a El Cairo en busca de un obispo para toda Etiopía. Jacobis insinuó la conveniencia de pedir el obispo al papa, pero el príncipe no se decidió. En cambio, le daba permiso para llevar hasta Roma a los embajadores con una carta suya de cortesía para el papa.

Este viaje es decisivo en el apostolado de Jacobis. A su vuelta de Roma, estos abisinios —nobles, sacerdotes y monjes—, sin convertir aún, harán, a lo largo y a lo ancho del imperio, la mejor apología de la Iglesia católica y la propaganda de la santidad de Justino de Jacobis.

En este momento se cruza en su vida Ghebra Miguel, que, andando el tiempo, será su mejor colaborador.

Ghebra Miguel es el doctor más famoso de todo el imperio y representa en la embajada a los monjes de Gondar. Culmina su vida en la madurez de los cincuenta y tres años. Nacido en Kidane Meherett en 1788, a orillas del Nilo Azul, había estudiado con los monjes mientras éstos tuvieron algo que enseñarle. A los veinticinco años profesa la vida monacal. Después peregrina con sus discípulos de convento en convento con el único afán de consultar sus libros. Hecho maestro en Gondar, la escuela más famosa del país, descubre la inconsistencia de la teología copta, y por primera vez sospecha que su iglesia no está en posesión de la verdad. Incluido en la embajada, sólo piensa en la oportunidad de aclarar sus ideas en El Cairo y en Jerusalén.

Su encuentro con Jacobis no fue simpático. Jacobis era europeo y católico. La obligación era tolerarle, no más. Pero Ghebra era sincero, objetivo y justo, y la conducta de Jacobis, de pleno Evangelio, le conmovió.

Su ascensión hacia la luz va jalonada de fracasos en sus mejores planes de reforma religiosa. En la sede patriarcal de El Cairo no encuentra más que ignorancia y mala fe, que él mismo palpa por su propia mano. La visita a Roma y la familiaridad con Jacobis alumbran otra ruta en su alma.

Con todo, a su vuelta de Roma y Jerusalén arranca al viejo patriarca un decreto favorable a las dos naturalezas de Cristo, y, soñando aún con la unidad doctrinal de todo el país, llega a Gondar, pero el abuna se apodera del documento y se niega a publicarlo. Fue el golpe definitivo.

Poco después llama a las puertas de la misión católica de Adua, donde mons. Jacobis le recibe con alegría inmensa. Más tarde será ordenado sacerdote y meses antes de su martirio pide la entrada en la Congregación de la Misión.

Desde este momento, Ghebra Miguel toma parte en todas las obras de la misión. Enseña en el seminario y colabora en la composición de los libros necesarios para los seminaristas y en las obras de apologética destinadas a los cismáticos.

Mientras tanto, el espíritu de Dios soplaba sobre las almas en Abisinia, y no había día en que no llamasen a sus puertas nuevos convertidos. Justino de Jacobis se multiplicaba en todas las direcciones, pero al mismo tiempo planeaba con sabiduría. Pensaba en la persistencia de su obra por medio del clero nativo y en su propio rito copto. Por eso el seminario era su obra más querida. Con un método paternal de contacto inmediato con los seminaristas, llegó a ordenar a unos treinta sacerdotes. Casi todos hicieron una labor hermosa en la misión y muchos confesaron a Cristo en el tormento.

Jacobis no tomaba parte permanente en las tareas escolares, pero era el alma del seminario. Más bien se reservaba para la expansión misionera. Viajaba sin cesar en todas las direcciones. Precedido de la fama de su santidad, abríansele todas las puertas. Los jefes de tribu poníanse a su disposición y los monasterios le recibían con alegría y admiración. Entre los monjes charla familiarmente con ellos, plantea con naturalidad el problema religioso y resuelve las dificultades y en todas partes incorpora nuevos adeptos a la Iglesia católica. En estos viajes, Ghebra Miguel era a su lado la mejor apología del catolicismo. El gran maestro conocía por sí mismo los enredos de las dificultades, y en sus manos se sueltan solas. Con frecuencia, Jacobis se hace acompañar de un grupo de alumnos al estilo de los doctores del país, y hace una figura conmovedora aprovechando los descansos obligados para las lecciones y los actos de piedad.

Un momento llegaron a soñar en una conversión masiva de Etiopía; pero el enemigo no descansaba. Los protestantes sembraban la confusión y no siempre jugaron limpio. El abuna Salama —único obispo en todo el imperio— no le perdonaba que Jacobis fuese también el abuna Yakob, y no perdía ocasión de perseguirle en su persona, en las casas de la misión o en las personas de los convertidos. Hubo momentos de persecución general. A esto se añadió en algunos momentos la calumnia y la desconfianza de los superiores.

En la persecución del emperador Teodoro es encarcelado con un grupo de cristianos; pero esta vez sólo Ghebra Miguel es seleccionado para el holocausto. Trece meses duró su cautiverio, sin que pudieran doblegar su espíritu ni promesas, ni amenazas, ni el terrible *ghenz* —cepo abisinio— que agarrotó sus piernas durante la mayor parte de este tiempo. Golpeado por orden del tirano en el único ojo sano que tenía, apareció más luminoso que nunca después del tormento, cuando todos pensaban verle ciego. Murió en el campamento del tirano, donde unos soldados semibárbaros ya le veneraban como santo.

Al maestro le sorprendió la muerte cinco años después también en el campo, en el camino de Hallay, en medio de sus discípulos. Tres horas antes comprendió que se moría. Se confesó y luego fue dando el último consejo y la última bendición. A los monjes les recordó cómo había pensado agruparles en comunidad y cómo no había tenido tiempo de realizar la empresa. A los seminaristas les dijo: «Caminad siempre y con diligencia por el camino del bien».

Por fin, recibida la extremaunción, a la sombra de una mimosa, con una piedra por almohada, rindió su alma al Señor.

EMILIO CID, CM

Bibliografía

PANE, S., CM, *Il Beato Giustino de Jacobis* (Nápoles 1949). (Tiene una nota bibliográfica completa).

HERRERA, J., CM, *Abuna Yakob* (Madrid 1951). (Tomo II de *Hacia las tierras del Negus).*

— *Hacia las tierras del Negus* o *El Beato Justino de Jacobis de la Congregación de la Misión de San Vicente de Paúl* (Madrid 1946).

— *Vida del bienaventurado Abba Ghebra Miguel* (Madrid 1927).

C) Biografías breves

BEATO EVERARDO HANSE

Presbítero y mártir († 1581)

Nace en Northampton en 1545 en el seno de una familia protestante. Parece que estudia en Cambridge y que se hace ministro anglicano y que le fue otorgado un beneficio. Pero a raíz de una grave enfermedad examina los fundamentos de su profesión religiosa y temiendo morir de aquella enfermedad sin estar dentro de la verdadera Iglesia, llama a un hermano suyo que se había hecho sacerdote católico y le pide que lo admita en el seno del catolicismo, renunciando seguidamente a su beneficio anglicano.

Se decide por el sacerdocio y en 1580 marcha a Reims, siendo ordenado sacerdote el 25 de marzo de 1581. Seguidamente vuelve a Inglaterra. Estaba visitando a unos presos católicos cuando levanta sospechas y es preguntado si era sacerdote católico, a lo que contesta afirmativamente, siendo detenido el 26 de junio de 1581 en la cárcel de Newgate. En el interrogatorio se intentó confundirlo pero sorteó todas las insidias y mostró su fidelidad a la Reina en los asuntos temporales. Fue condenado a muerte como traidor (28 de julio de 1581). Desde la prisión escribe una carta conmovedora a su hermano sacerdote, manifestándose dispuesto a llevar hasta el final la cruz de Cristo. Cuando lo sacaron para la ejecución repetía: «¡Oh día feliz!». Ahorcado por breve espacio, cayó vivo al suelo y así fue descuartizado. Su corazón saltó de la hoguera cuando lo echaron a ella. Era el 31 de julio de 1581. Fue beatificado el 30 de julio de 1886 por el papa León XIII.

BEATO JUAN FRANCISCO JARRIGE DE LA MORÉLIE DU BREUIL

Presbítero y mártir († 1794)

Nace en Saint-Yrieux el 11 de enero de 1752 en una familia muy religiosa. Estudia en Angers y Poitiers y en octubre de 1776 entra en el seminario de ordenandos en Limoges para pre-

pararse al sacerdocio, que recibe al poco. Consigue una canonjía en el cabildo de su pueblo natal, del que era decano su tío. Con los demás canónigos en 1790 él protesta cuando los cabildos son suprimidos. Se niega a prestar el juramento a la constitución civil del clero pero a causa de su mala salud no emigra. Para evitar la deportación, presta el juramento de libertad-igualdad, pero se retracta al poco, lo que le vale el arresto y la ida a Limoges, donde es detenido en La Règle. Es condenado a la deportación como sacerdote refractario y parte para Rochefort el 29 de marzo de 1794. Embarcado en Les Deux Associés, muere el 31 de julio de 1794 a causa de las miserias padecidas, y es enterrado en la isla de Aix. Murió tuberculoso, luego de cuatro meses de languidecer en el barco-hospital entre muertos y moribundos. Soportó con gran paciencia y entereza de alma su enfermedad y dolores, muy arrepentido de haber prestado el citado juramento, pero confiando en la misericordia de Dios. Fue beatificado por Juan Pablo II el 1 de octubre de 1995.

SANTOS PEDRO DOAN LONG QUY Y MANUEL LE VAN PHUNG

Mártires († 1859)

El 31 de julio de 1859 fueron sacados, fuertemente escoltados, de la cárcel donde habían estado los últimos meses dos cristianos tonquineses: uno de ellos era sacerdote, el otro seglar y padre de familia. Llegados a Cay Met, junto a Chau Doc, el sacerdote entregó su sombrero como pequeño obsequio a un joven que en la prisión le había atendido con gran afecto. El seglar se arrodilló ante el sacerdote y le pidió la absolución, que éste le dio emocionado. Entonces se arrodilló a su vez el sacerdote y ofreció su cuello al verdugo, que le cortó la cabeza. Seguidamente el seglar fue estrangulado. Éstos son sus datos personales.

El sacerdote se llamaba PEDRO DOAN LONG QUY o Pedro Qui, como también se le llama. Había nacido en Bung, provincia de Gia-Dinh, en 1826. Siguiendo la vocación sacerdotal, ingresó en el seminario de Penang y terminados los estudios se ordenó sacerdote, siendo enviado como vicepárroco a Cai-

Mong. Aquí demostró un gran celo apostólico y una gran valentía en la difusión del evangelio. Luego fue enviado a Dau Nuoc, en la isla de Cu-Lao-Gieng, donde prosiguió con gran entrega su labor, viéndose que no tenía miedo alguno a la muerte. Aquí tenía como catequista al que sería su compañero de martirio. Estaba en su casa cuando fue descubierto. Llamado, salió fuera y se encontró con trescientos soldados que habían venido a asegurar su captura. No tuvo reparo en confesar claramente su condición de cristiano y sacerdote. Fue arrestado y con él el catequista y otros treinta y dos cristianos. Llevado a la cárcel de Chau Doc, resultaron vanos los intentos de hacerlo apostatar, por lo que fue condenado a muerte y quedó en la prisión a la espera de la confirmación real de la sentencia. Para ir al martirio se puso sus mejores vestidos.

MANUEL LE VAN PHUNG o Manuel Phung, como también se le llama, había nacido en Dua Nuoc hacia el año 1800. Cristiano fervoroso, casado y padre de familia, era muy celoso de la gloria de Dios y del progreso del evangelio, erigiendo él a sus propias expensas una iglesia, un convento de religiosas y un colegio. Su dinero además lo utilizó para ganarse al subprefecto de la provincia, de forma que todas las denuncias contra él como cristiano venían a terminar en nada. Dos despechados, sin embargo, dándose cuenta de que eran inútiles las denuncias ante el subprefecto, se fueron directamente al gobernador, diciéndole que en casa de Manuel había un sacerdote. El gobernador mandó los trescientos soldados mencionados. Manuel, catequista y colaborador asiduo de la misión cristiana, fue arrestado junto con el P. Pedro Qui, y con él llevado a la prisión de Chau Doc. En la cárcel siguió haciendo un intenso apostolado. Pudieron visitarlo sus hijos, a quienes les rogó que llevasen su cuerpo, tras el martirio, a su pueblo y lo enterrasen en la iglesia. Juzgado como cristiano, confesó la fe, se negó a apostatar y fue condenado a muerte por estrangulamiento.

Fue canonizado el 19 de junio de 1988 por el papa Juan Pablo II junto con los 117 mártires de Vietnam, muertos por la fe entre los años 1745-1862, que habían sido beatificados a lo largo del siglo XX.

BEATOS DIONISIO VICENTE RAMOS Y FRANCISCO REMÓN JÁTIVA

Religiosos y mártires († 1936)

El 31 de julio de 1936 eran fusilados en Granollers, Barcelona, dos religiosos franciscanos conventuales por su sola condición de creyentes en Jesucristo. Eran el sacerdote Dionisio Vicente Ramos y el hermano Francisco Remón Játiva. El primero había nacido en Caudé, provincia de Teruel, el 9 de octubre de 1871. Decidido a seguir la vocación religiosa, pidió ingreso en la rama de los conventuales de la Orden de Menores, ingresando en el noviciado de Montalto, Italia, el año 1886. Hecha la profesión religiosa, pasó a estudiar filosofía en el convento de Bagnoregio y luego fue enviado a Roma para el estudio de la teología, ordenándose sacerdote en 1894. Sirvió a su Orden como docente en Roma, luego pasó como vicario cooperador a Civitavecchia y Anzio, y luego confesor a Loreto y después los superiores decidieron su vuelta a España. Estuvo en Granollers como rector y guardián y lo reclamaron de Italia para que en los años 1930-1932 fuera maestro de novicios en Brescia. Regresado a España y destinado a Granollers, padecía una grave enfermedad de la vista, y por ello se dedicó principalmente al confesonario. Era un hombre de gran fe, caridad y celo apostólico.

Por su parte el hermano Francisco Remón Játiva había nacido en el mismo pueblo de Caudé, Teruel, el 3 de septiembre de 1890. Decidido por la vocación religiosa, ingresó en el convento de Granollers de los franciscanos conventuales en 1906, pasando a Asís para hacer el noviciado, y emitiendo por fin la profesión solemne el año 1916. Quedó en Asís durante los años 1914-1935 como sacristán y como belenista, especialidad ésta en la que cosechó grandes éxitos. Destinado a Granollers en 1935, allí le llegó la hora del martirio. Se ocultó primeramente en casa de un amigo, pero cuando buscaba otro fue reconocido y arrestado. Recibió una paliza que le provocó una hemorragia interna y fue llevado al hospital. De aquí salió para ser martirizado.

Fueron glorificados el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en el acto de beatificación de los 233 mártires de la persecución religiosa de Valencia de los años 1936-1939.

BEATO JAIME BUCH CANALS

Religioso y mártir († 1936)

Jaume Buch Canals nació en Bescanó, provincia de Gerona, el 6 de abril de 1889. Al cumplir los 14 años se colocó en la Granja Escuela de San Isidro, de Gerona-Pont Major. En 1909 decidió su vocación salesiana y entró en la congregación. Hecho el noviciado y la profesión religiosa, en 1914 se le envió a Alicante como parte del grupo fundacional del colegio de esta ciudad. Aquí estuvo hasta que, proclamada la República en abril de 1931, al mes siguiente la casa salesiana era entregada al fuego por los enemigos de la Iglesia. En 1934 fue enviado a Valencia y aquí estaba cuando se declaró la guerra el 18 de julio de 1936. Fue encarcelado junto con los demás religiosos y puesto en libertad el día 29 de aquel mes. No halló una familia que lo acogiera, y por fin se acogió con otro compañero en la clínica de un exalumno. A la mañana siguiente salió a buscar comida, llevando la documentación del compañero, en la que figuraba la condición de sacerdote. Sólo se sabe que su cadáver fue llevado al cementerio de Valencia con la identidad del compañero.

Fue glorificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en el acto de beatificación de los 233 mártires de la persecución religiosa de Valencia de los años 1936-1939.

BEATO MIGUEL OZIEBLOWSKI

Presbítero y mártir († 1942)

Nació en el seno de una familia obrera y numerosa en Izdebno, Polonia, el 28 de septiembre de 1900. Ingresó en el seminario a los 22 años, pero contrajo la tuberculosis y estuvo a punto de tener que desistir de su vocación sacerdotal. Por fin pudo volver al seminario en 1934 y ordenarse sacerdote en Varsovia el 11 de junio de 1938. Enviado a la parroquia de San Lorenzo de Kutno como coadjutor, llevó adelante con gran celo su misión. Ocupada Polonia por las tropas alemanas, fue arrestado el 6 de octubre de 1941 y llevado al campo de concentración de Lad. Al poco fue trasladado al campo de Dachau, donde no soportó los malos tratos, el hambre y los traba-

jos forzados, falleciendo de agotamiento el 31 de julio de 1942. Hombre piadoso y manso, dejó una estela de bondad en cuantos le conocieron. Fue beatificado por Juan Pablo II el 13 de junio de 1999.

BEATO FRANCISCO STRYAS

Mártir († 1944)

Nace en Popowo, Polonia, el 26 de enero de 1882 en el seno de una familia de granjeros. Va unos años a la escuela y luego se integra en el trabajo de la granja. Llegado a la juventud contrae matrimonio con Josefa Kobylka, con la que tiene siete hijos. Se muere su esposa siendo los hijos muy pequeños y se casa de nuevo con Josefa Leiman, viuda, con la que no tuvo hijos. Residió más tarde en Chelmce y luego en Takomysle. Persona grandemente religiosa y lleno de celo por la transmisión del evangelio a las nuevas generaciones, cuando comenzaron a escasear sacerdotes por estar presos o huidos, decidió él ocuparse de que los niños hicieran la primera comunión y para ello montó varios centros de catequesis, que él recorría a pie o en bicicleta, no importándole las incomodidades ni el peligro. El 20 de julio de 1944 fue arrestado, sometido a torturas y malos tratos, quedando tan maltrecho por ello que fallecía en la prisión de Kalisz el 31 de julio de dicho año. Fue beatificado por Juan Pablo II el 13 de junio de 1999.

BEATA ZDENKA SCHELINGOVÁ

Virgen y mártir († 1955)

Zdenka Schelingová nace en Krivá, Orava, Eslovaquia, el 24 de diciembre de 1916, en el seno de una numerosa y cristiana familia, que vivía del trabajo en el campo. Hizo los estudios primarios entre 1922 y 1930; conoció el año 1929 a las Hermanas de la Caridad de la Santa Cruz, y su ejemplo la atrajo, decidiéndose por la vida religiosa. Hizo primero los estudios de enfermería en Podunajské Biskupice y se especializó en radiología. Concluidos éstos, ingresó en 1936 en dicha congregación y tras

hacer el noviciado profesó los votos religiosos el 30 de enero de 1937, eligiendo como nombre religioso el de hermana Zdenka. Primeramente fue destinada a trabajar como enfermera en Humenné, al oriente de Eslovaquia; en 1942 recibió una invitación del Estado para trabajar en el hospital público de Bratislava como ayudante de radiología.

Se dedicó siempre a su trabajo con entrega ejemplar, siendo una religiosa de profunda vida interior y gran caridad con todos, y teniéndola todos por modelo de enfermera y de religiosa. En 1948 los comunistas se hacen con el poder en Checoslovaquia y comenzó la persecución contra la Iglesia. Sor Zdenka perseveró firme en sus convicciones religiosas y en el cumplimiento de sus deberes. En febrero de 1952 ayudó a huir a un sacerdote detenido que se encontraba en el hospital para ser curado de las heridas causadas por las torturas de los interrogatorios, y le pidió al Señor lo salvara a cambio de su propia vida. Fue detenida el 29 de febrero de 1952 y debió pasar por interrogatorios, torturas y humillaciones; llevada a juicio el 17 de junio de 1952, fue condenada por el delito de traición al Estado a doce años de cárcel y diez de pérdida de sus derechos civiles. Hubo de pasar por varias cárceles, todas ellas muy duras, y de resultas de las torturas se le formó un tumor en un pecho y, además, se vio afectada por la tuberculosis.

Paciente, humilde y sacrificada, en medio de las torturas no tenía sino palabras de perdón para sus verdugos. El 7 de abril de 1955, para que no muriera en la cárcel, la amnistiaron y quedó en libertad nueve días después. Pero sólo duró hasta el 31 de julio de ese año en que, confortada con los santos sacramentos, moría en Trnava. Declarada verdadera mártir el 7 de julio de 2003, el papa Juan Pablo II la ha beatificado en Bratislava el 14 de septiembre del mismo año en el curso de su viaje apostólico a Eslovaquia.

APÉNDICE

1 de julio

LA PRECIOSÍSIMA SANGRE DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

¡Canta, lengua, el misterio del Cuerpo glorioso y de la Sangre preciosa de Cristo; de esa Sangre, fruto de un seno generoso, que el Rey de las gentes derramó para rescate del mundo: «in mundi praetium»!

Pero, antes de que la lengua cante gozosa y el corazón se explaye en afectos de gratitud y amor, es necesario que medite la inteligencia las sublimidades del misterio de sangre que palpita en el centro mismo de la vida cristiana.

Hay tres hechos que se dan, de modo constante y universal, a través de la historia del hombre: la religión, el sacrificio y la efusión de sangre.

Los más eminentes antropólogos han considerado la religiosidad como uno de los atributos del género humano. La función céntrica de toda forma religioso-social ha sido siempre el sacrificio. Éste se presenta como la ofrenda a Dios de alguna cosa útil al hombre, que la destruye en reconocimiento del supremo dominio del Señor sobre todas las cosas y con carácter expiatorio. Por lo que se refiere a la efusión de sangre, observamos que el sacrificio —al menos en su forma más eficaz y solemne— importa la idea de inmolación o mactación de una víctima, y, por lo mismo, el derramamiento de sangre, de modo que no hay religión que, en su sacrificio expiatorio, no lleve consigo efusión de sangre de las víctimas inmoladas a la divinidad.

La sangre es algo que repugna y aparta, sobre todo si se trata de sangre humana. Sin embargo, en los altares de todos los

pueblos, en el acto cumbre en que el hombre se pone en relación con Dios, aparece siempre sangre derramada.

Así lo hace Abel, a la salida del paraíso (Gén 4,4), y Noé, al abandonar el arca (Gén 8,20-21). El mismo acto repite Abrahán (Gén 15,10). Y sangre emplea Moisés para salvar a los hijos de Israel en Egipto (Éx 12,13), para adorar a Dios en el desierto (Éx 14,6) y para purificar a los israelitas (Heb 9,22). Una hecatombe de víctimas inmoladas solemnizó la dedicación del templo de Salomón.

Y no es sólo el pueblo escogido el que hace de la sangre el centro de sus funciones religiosas más solemnes, sino que son también los pueblos gentiles; en ellos encontramos igualmente víctimas y altares de sacrificio cubiertos de sangre, como lo cuentan Homero y Herodoto en la narración de sus viajes.

Adulterado el primitivo sentido de la efusión de sangre, en el colmo de la aberración, llegaron los pueblos idólatras a ofrecer a los dioses falsos la sangre caliente de víctimas humanas. Niños, doncellas y hombres fueron inmolados, no sólo en los pueblos salvajes, sino también en las cultas ciudades. Y todavía, cuando los conquistadores españoles llegaron a México, quedaron horripilados a la vista de los sacrificios humanos. Los sacerdotes idólatras sacrificaban anualmente miles de hombres, a los que, después de abrirles vivos el pecho, sacaban el corazón palpitante para exprimirlo en los labios del ídolo.

El hecho histórico, constante y universal, del derramamiento de sangre como función religiosa principal de los pueblos encierra en sí un gran misterio, cuya clave para descifrarlo se halla entre dos hechos también históricos, uno de partida y otro de llegada, de los que uno plantea el tremendo problema y el otro lo resuelve, para alcanzar su punto culminante en el «himno nuevo», que eternamente cantan los ancianos ante el Cordero sacrificado (Ap 7,14), al que rodean los que, viniendo de la gran tribulación, lavaron y blanquearon sus túnicas en la Sangre del Cordero (ibid.), y vencieron definitivamente, por la virtud de la Sangre, al dragón infernal (cf. Ap 12,11).

El pecado original creó un estado de discordia y enemistad entre Dios y el hombre. Consecuencia del pecado fue la siguiente: Dios, en el cielo, ofendido; el hombre, en la tierra, ene-

migo de Dios, y Satanás, «príncipe de este mundo» (Jn 12,31), al que reduce a esclavitud.

En la conciencia del hombre desgraciado quedó el recuerdo de su felicidad primera, la amargura de su deslealtad para con el Creador, el instinto de recobrar el derecho a sus destinos gloriosos y el ansia de reconciliarse con Dios.

¡Y surge el fenómeno misterioso de la sangre! El hombre siente en lo más íntimo de su naturaleza que su vida es de Dios y que ha manchado esta vida por el pecado original y por sus crímenes personales. La voz de la naturaleza, escondida en lo íntimo de su conciencia, le exige que rinda al supremo Hacedor el homenaje de adoración que le es debido, y, después de la caída desastrosa, le reclama una condigna expiación. Adivina el hombre la fuerza y el valor de la sangre para su reconciliación con Dios, pues en la sangre está la vida de la carne, ya que la sangre es la que nutre y restaura, purifica y renueva la vida del hombre; sin ella, en las formas orgánicas superiores, es imposible la vida: al derramarse la sangre sobreviene la muerte.

Por otra parte, si en la sangre está la vida —vida que manchó el pecado—, extirpar la vida será borrar el pecado. De ahí que el hombre, llevado por su instinto natural, se decide a «hacer sangre», eligiendo para este oficio a «hombres de sangre», como han llamado algunas razas a sus sacerdotes, para que, con los sacrificios cruentos, rindan, en nombre de todos, homenaje y expiación a la divinidad. Dios mostró su agrado por estos sacrificios (Gén 4,4; 8,21) y consagró con sus mandatos esta creencia al ordenar el culto del pueblo hebreo (Lev 1,6; 17,22).

La sangre, por representar la vida, fue entonces elegida como el instrumento más adecuado para reconocer el supremo dominio de Dios sobre la vida y sobre todas las cosas y para expiar el pecado. Por eso Virgilio, al contemplar la efusión de sangre de la víctima inmolada, dirá poéticamente que es el alma vestida de púrpura la que sale del cuerpo sacrificado *(Eneida,* 9,349).

Pero como el hombre no podía derramar su propia sangre ni la de sus hermanos, buscó un sustituto de su vida en la vida de los animales, especialmente en la de aquellos que le prestaban mayor utilidad, y los colocó sobre los altares, sacrificándo-

los en adoración y en acción de gracias, para impetrar los dones celestes y para que le fueran perdonados sus pecados. He aquí descifrado el misterio del derramamiento de sangre. Su universalidad hace pensar si sería Dios mismo el que enseñara a nuestros primeros padres esta forma principal del culto religioso.

Los sacrificios gentílicos, aun en medio de sus aberraciones, no eran otra cosa que el anhelo por la verdadera expiación. Por eso se ofrecían animales inmaculados o niños inocentes, buscando una ofrenda enteramente pura. Pero vana era la esperanza de reconciliación con Dios por medio de los animales: no hay paridad entre la vida de un animal y el pecado de un hombre (cf. Heb 10,4). Era inútil para ello la efusión de sangre humana, de niños y doncellas, que eran sacrificados a millares: no se lava un crimen con otro crimen, ni se paga a Dios con la sangre de los hombres.

Quedaban los sacrificios del pueblo judío, ordenados y queridos por Dios, pero en ellos no había más que una expiación pasajera e insuficiente.

Los sacrificios judaicos, especialmente el sacrificio del cordero pascual y el de la expiación, tenían por fin principal anunciar y representar el futuro sacrificio expiatorio del Redentor (Heb 10,1-9). Estos sacrificios no tenían más valor que su relación típica con un sacrificio ideal futuro, con una sangre inocente y divina que había de derramarse para nivelar la justicia de Dios y poner paz entre él y los hombres (cf. Cor 2,17). Todo el Antiguo Testamento estaba lleno de sangre, figura de la Sangre de Cristo, que había de purificarnos a todos y de la que aquélla recibía su eficacia. Los sacrificios del Antiguo Testamento eran, en efecto, de un valor limitado, pues su eficacia se reducía a recordar a los hombres sus pecados y a despertar en ellos afectos de penitencia, significando una limpieza puramente exterior, por medio de una santidad legal, que se aviniera con las intenciones del culto, pero que no podía obrar su santificación interior.

Por lo demás, Dios sentía ya hastío por los sacrificios de animales, ofrecidos por un pueblo que le honraba con los labios, pero cuyo corazón estaba lejos de él (cf. Mt 15,8). «¡Si todo es mío! ¿Por qué me ofrecéis inútilmente la sangre de animales, si

me pertenecen todos los de las selvas? No ofrezcáis más sacrificios en vano» (Is 1,11-13; 40,16; Sal 49,10).

Para reconciliar al mundo con Dios se necesitaba sangre *limpia,* incontaminada; sangre *humana,* porque era el hombre el que había ofendido a Dios; pero sangre de un valor tal que pudiera aceptarla Dios como *precio* de la redención y de la paz; sangre *representativa* y *sustitutiva* de la de todos los hombres, porque todos estaban enemistados con Dios. ¡Ninguna sangre bastaba, pues, sino la de Cristo, Hijo de Dios!

Esta sola es incontaminada, como de Cordero inmaculado (1 Pe 1,19); de valor infinito, porque es sangre divina; representativa de toda la sangre humana manchada por el pecado, porque Dios cargará a este su divino Hijo todas las iniquidades de todos los hombres (Is 53,6).

Si los hombres tuvieron facilidad para venderse, observa San Agustín, ahora no la tenían para rescatarse; pero aún más, no tenían siquiera posibilidad de ello. Y el Verbo de Dios, movido por un ímpetu inefablemente generoso de amor, al entrar en el mundo le dijo al Padre: «Sacrificio y ofrenda no quisiste, pero me diste un cuerpo a propósito; holocaustos y sacrificios por el pecado no te agradaron; entonces dije: "Heme aquí presente"» (Heb 10,5-7). Y ofreciendo su sacrificio, con una sola oblación, la del Calvario, perfeccionó para siempre a los santificados (Heb 10,12-14). Y el hombre, deudor de Dios, pagó su deuda con precio infinito; alejado de Él, pudo acercarse con confianza (Heb 10,19-22); degradado por la hecatombe de origen, fue rehabilitado y restituido a su primitiva dignidad. Se había acabado todo lo viejo; la reconciliación estaba hecha por medio de Jesucristo; Dios y el hombre habían sido puestos cerca por la Sangre de Cristo Jesús. Todo había sido reconciliado en el cielo y en la tierra por la Sangre de la Cruz (2 Cor 5,18-19; Ef 2,16; Col 1,20).

La sangre real de Cristo (Lc 1,32; Ap 22,16), divina y humana, sangre preciosa, precio del mundo, había realizado el milagro. El rescate fabuloso estaba pagado. «Nada es capaz de ponérsele junto para compararla, porque realmente su valor es tan grande que ha podido comprarse con ella el mundo entero y todos los pueblos» (San Agustín).

Pudo Jesucristo redimir al mundo sin derramar su sangre; pero no quiso, sino que vivió siempre con la voluntad de derramarla por entero. Habría bastado una sola gota para salvar a la humanidad; pero Jesús quiso derramarla toda, en un insólito y maravilloso heroísmo de caridad, fundamento de nuestra esperanza.

«¡Oh generoso amigo, que das la vida por tus amigos! ¡Oh Buen Pastor, que te entregaste a la muerte por tus ovejas!» (Jn 15,13; 10,15). ¡Y nosotros no éramos amigos, sino pecadores! Jesucristo se nos presenta como el Esposo de los Cantares, cándido y rubicundo; por su santidad inmaculada, más blanco que la nieve; pero con una blancura como la de las cumbres nevadas a la hora del crepúsculo, siempre rosada por el anhelo, por la voluntad, por el hecho inaudito de la total efusión de su sangre redentora.

«¡Sangre y fuego, inestimable amor!», exclamaba Santa Catalina de Siena. «La flor preciosa del cielo, al llegar la plenitud de los tiempos, se abrió del todo y en todo el cuerpo, bañada por rayos de un amor ardentísimo. La llamarada roja del amor refulgió en el rojo vivo de la sangre» (San Buenaventura).

Las tres formas legítimas de religión con las que Dios ha querido ser honrado a lo largo de los siglos (patriarcal, mosaica y cristiana) están basadas en un pacto que regula las relaciones entre Dios y el hombre; pacto sellado con sangre (Gén 17, 9-10.13; Éx 24,3-8; Mt 26,8; Mc 14,24; Lc 22,20; 1 Cor 11,25). La sangre purísima de Jesucristo es la sangre del pacto nuevo, del Nuevo Testamento, que debe regular las relaciones de la humanidad con Dios hasta el fin del mundo.

Cada uno de estos pactos es un mojón de la misericordia de Dios, que orienta la ruta de la humanidad en su camino de aproximación a la divinidad: caída del hombre, vocación de Abrahán, constitución de Israel, fundación de la Iglesia.

Todo pacto tiene su texto. El texto del Nuevo Testamento es el Evangelio en su expresión más comprensiva, que significa el cúmulo de cosas que trajo el Hijo de Dios al mundo y que se encierran bajo el nombre de la «Buena Nueva». Buena Nueva que comprende al mismo *Jesucristo,* alfa y omega de todo el sistema maravilloso de nuestra religión; la *Iglesia,* su cuerpo místico,

con su ley, su culto y su jerarquía; los *sacramentos,* que canalizan la gracia, participación de la vida de Dios, y el texto precioso de los sagrados Evangelios y de los escritos apostólicos, llamados por antonomasia el Nuevo Testamento, luz del mundo y monumento de sabiduría del cielo y de la tierra.

Además, el pacto lleva consigo *compromisos* y *obligaciones* que Cristo ha cumplido y sigue cumpliendo, y debe cumplir también el cristiano. Antes de ingresar en el cristianismo y de ser revestidos con la vestidura de la gracia hicimos la formalización del pacto de sangre, con sus renuncias y con la aceptación de sus creencias. «¿Renuncias?... ¿Crees?...», nos preguntó el ministro de Cristo. «¡Renuncio! ¡Creo!». «¿Quieres ser bautizado?». «¡Quiero!». Y fuimos bautizados en el nombre de la Trinidad Santísima y en la muerte de Cristo, para que entendiéramos que entrábamos en la Iglesia marcados con la sangre del Hijo de Dios. Quedó cerrado el pacto, por cuyo cumplimiento hemos de ser salvados. «La sangre del Señor, si quieres, ha sido dada para ti; si no quieres, no ha sido dada para ti. La sangre de Cristo es salvación para el que quiere, suplicio para el que la rehúsa» *(Serm.* 31, lec.9, Brev. in fest. Pret. Sanguinis).

El pacto de paz y reconciliación tendrá su confirmación total en la vida eterna. «Entró Cristo en el cielo —dice Santo Tomás— y preparó el camino para que también nosotros entráramos por la virtud de su sangre, que derramó en la tierra» (3 q.22 a.5).

«No os pertenecéis a vosotros mismos. Habéis sido comprados a alto precio. Glorificad, pues, y llevad a Dios en vuestro cuerpo», advierte San Pablo (1 Cor 6,19-20). Glorificar a Dios en el propio cuerpo significa mantener limpia y radiante —por una vida intachable y una conducta auténticamente cristiana— la imagen soberana de Dios, impresa en nosotros por la creación, y la amable fisonomía de Cristo, grabada en nuestra alma por medio de los sacramentos. Si nos sentimos débiles, vayamos a la misa, sacrificio del Nuevo Testamento, y acerquémonos a la comunión para beber la sangre que nos dará la vida (Jn 6,54).

En esta hora de sangre para la humanidad sólo los rubíes de la sangre de Cristo pueden salvarnos. Con Catalina de Siena, «os

suplico, por el amor de Cristo crucificado, que recibáis el tesoro de la Sangre, que se os ha encomendado por la Esposa de Cristo», pues es sangre dulcísima y pacificadora, en la que «se apagan todos los odios y la guerra, y toda la soberbia del hombre se relaja».

Si para el mundo es ésta una hora de sangre, para el cristiano ha sonado la hora de la santidad. Lo exige la sangre de Cristo. «Sed santos —amonestaba San Pedro a la primera generación cristiana—, sed santos en toda vuestra conducta, a semejanza del Santo que os ha llamado a la santidad [...] Conducíos con temor durante el tiempo de vuestra peregrinación en la tierra, sabiendo que no habéis sido rescatados con el valor de cosas perecederas, el oro o la plata, sino con la preciosa sangre de Cristo, que es como de Cordero incontaminado e inmaculado» (1 Pe 1,15-18).

Roguemos al Dios omnipotente y eterno que, en este día, nos conceda la gracia de venerar, con sentida piedad, la Sangre de Cristo, precio de nuestra salvación, y que, por su virtud, seamos preservados en la tierra de los males de la vida presente, para que gocemos en el cielo del fruto sempiterno *(Colecta de la festividad).*

¡Acuérdate, Señor, de estos tus siervos, a los que con tu preciosa sangre redimiste!

JUAN HERVÁS BENET

Bibliografía

Art. en *Lexikon für Theologie und Kirche.* II: *Baronius bis Cölestiner* (Friburgo ²1958) cols.401-402.

GOMÁ, I., *Jesucristo redentor* (Barcelona 1943).

HOLWECK, F. G., *Calendarium liturgicum festorum Dei et Dei Matris Mariae* (Filadelfia 1925) 235.

PIAZZA, A., *La sangre preciosa de Cristo* (Madrid 1953).

7 de julio

SAN FERMÍN

Obispo de Pamplona († 553)

Pamplona era entonces Pompelon, una pequeña aglomeración urbana fundada por los romanos, presidiendo en el centro de la tierra navarra, sobre una pequeña meseta a las orillas del Arga, una llanura rodeada de montañas. Los vascos habitantes de esta llanura conocían esa población romana con el nombre de Iruña, es decir, la ciudad. Según Estrabón: «Sobre la Jaccetania, hacia el Norte, habitan los vascones, en cuyo territorio se halla Pompelon».

Pompelon, producto humano lógico, tenía para los romanos un valor estratégico, pero asimismo realizaba otra importante misión: reunía las ásperas montañas pirenaicas, tras las cuales se extendían los ubérrimos campos de Aquitania, con la comarca de las riberas colindantes con el Ebro. Pompelon era un punto de confluencia en el trazado de las vías romanas que atravesaban Navarra.

Aún no había cristianos en el país. Los más antiguos cuentos del folklore vasco, unos cuentos de contextura esquemática que resuenan todavía desde un fondo de siglos, establecen la separación de dos mundos radicalmente distintos: el mundo cristiano y el mundo anterior a la evangelización del país. Hay en algunos de esos seculares cuentos, procedentes casi todos de una edad pastoril, alusiones claras a las primeras iglesuelas cristianas y al conjunto de prevenciones y de resistencias que su emplazamiento exaltaba entre los gentiles. El vasco introdujo en su milenario idioma el adjetivo «gentil» *(jentillak,* los gentiles), expresando así el mundo idolátrico de sus antepasados, desconocedores del cristianismo o refractarios a su introducción.

Todos los habitantes de la tierra vasca eran entonces gentiles, lo mismo que fuesen pastores en el campo que los avecindados en las aglomeraciones urbanas. Pompelon y sus habitantes pertenecían al mundo del paganismo. Entre esos habitantes se contaban Firmo, alto funcionario de la administración romana en la ciudad, y su esposa Eugenia, matrona de ilustre ascen-

dencia. Todo hace imaginar, sin embargo, que Firmo y Eugenia, aunque paganos, eran creyentes, que sus almas sentían aspiraciones mucho más allá de sus efigies tutelares predilectas. Firmo y Eugenia ofrendaban, sacrificaban en los altares de su culto con la sencilla fe del pueblo que creía en sus dioses con una pasión que durante casi medio milenio hizo frente al cristianismo, que avanzaba con fuerza arrolladora. En la fe pagana del pueblo había ardor y había vitalidad. Esto explica los mártires.

En la vida de Fermín, el hijo de Firmo y Eugenia, nos movemos en un mundo de conjeturas, pero la mención del nombre de la madre evoca la gran receptibilidad de las mujeres paganas a la nueva doctrina destinada a toda la humanidad, sin excluir de la esperanza a los más humildes y despreciados, y que traía un positivo consuelo a los desesperados y a los vacilantes.

Las viejas hagiografías describen a Firmo y Eugenia dirigiéndose al templo de Júpiter para ofrecer sacrificios, y detenidos en el camino a la vista de un extranjero que con dulce y grave palabra explicaba al pueblo la figura y la doctrina de Cristo. Al llegar aquí hay que imaginarse el amoroso ardor de aquellos humildes y eficaces apóstoles, mucho más cercanos que nosotros en el tiempo a la figura de Jesús.

Firmo y Eugenia invitaron a su hogar al extranjero, hondamente impresionados por el discurso de éste. Honesto, que así se llamaba el apóstol, explicó a aquéllos los fundamentos de la religión cristiana, y cómo venía de Tolosa de Francia, de donde le había enviado el santo obispo Saturnino, discípulo de los apóstoles, con la concreta misión de difundir en Pompelon la fe de Jesucristo. Las convincentes palabras de Honesto en la intimidad del hogar de Firmo conmovieron todavía más a éste, que no solamente dio a aquél esperanzas de convertirse al cristianismo, sino que, además, manifestó deseos de conocer a Saturnino.

El santo obispo de Tolosa no tardó mucho en acceder a los deseos de Firmo. Una cosa es la gran devoción de Pamplona y Navarra a San Saturnino, pero tiene sobre todo importancia ese recio resumen de su obra apostólica que acostumbran añadir los navarros a la mención del mártir y que vale por la mejor biografía: «San Saturnino, el que nos trajo la fe».

Cuentan que Saturnino evangelizó en Navarra más de cuarenta mil paganos, entre ellos a Firmo, Fausto y Fortunato, los tres primeros magistrados de Pompelon, y que, a impulsos de aquella ardorosa predicación, se construyó rápidamente la primera iglesia cristiana, que pronto resultó insuficiente.

Todos estos preliminares, un poco largos, resultan necesarios para explicar la figura de Fermín, el hijo de Firmo y Eugenia, niño de diez años de edad, que Honorato se encargó de modelar en el espíritu al quedar a la cabeza de la grey de Pompelon, vuelto ya Saturnino a Tolosa. La historia de Fermín, a esa grande e imprecisa distancia histórica, resulta demasiado lineal, pero no por eso menos reveladora del ardor de aquellos heroicos confesores de Jesucristo, íntimamente comprometidos a confesarlo dondequiera y en cualquier situación que fuese. Honesto, dedicando con afán sus esfuerzos al alma que él adivinó excepcional del niño Fermín, obtuvo que éste, ya para los dieciocho años, hablara en público con admiración de todos los oyentes. Firmo y Eugenia enviaron entonces a Fermín a Tolosa, poniéndole bajo la dirección de Honorato, obispo y sucesor de Saturnino. Éste, no menos admirado del talento y de la prudencia de Fermín, venciendo su modestia, le ordenó presbítero, consagrándolo después obispo de Pamplona, su ciudad natal.

El celo evangelista de Fermín en su tierra navarra emparejaba con el de su antecesor Saturnino. Al conjuro de la palabra entusiasta de Fermín los templos paganos se arruinaban sin objeto y los ídolos hacíanse pedazos: en poco tiempo el territorio fue llenándose de fervorosos cristianos.

Las devociones fundamentales de San Fermín eran precisamente las devociones fundamentales, dicho sea sin ánimo de paradoja: la Santísima Trinidad y la Santísima Virgen María. Invocando a la Santísima Trinidad, la devoción de las devociones, operaba milagros tan prodigiosos que los gentiles en Navarra y en las Galias llegaron a mirarle como un dios. Vamos a dejar a un lado la leyenda. Digamos en lenguaje actual que el amor de Dios inflamaba el alma de Fermín en una caridad milagrosa.

Fermín, después de ordenar suficiente número de presbíteros en su tierra, pasó a las Galias, cuyas regiones reclamaban el entusiasmo del joven obispo, pues a la sazón ardía en ellas fu-

riosa la persecución. La indiferencia ante la persecución constituía en Fermín otra manera de predicar y no precisamente la menos eficaz. Los paganos de Agen, de la Auvernia, de Angers, de Anjou, en el corazón de las Galias, y también en Normandía, quedaban admirados de aquella presencia que daba sereno testimonio de Cristo, indiferente a todos los peligros. El ansia tranquila del martirio movía a Fermín.

Esta ansia dirigió a Fermín hacia Beauvais, donde el presidente Valerio sostenía una crudelísima persecución contra todo lo que tuviera nombre de cristiano. Fermín, encerrado muy a poco de llegar, habría muerto en la prisión, víctima de durísimas privaciones y sufrimientos, de no haber acaecido la muerte de Valerio, circunstancia que el pueblo creyente aprovechó para ponerlo en libertad. La fama de su entereza moral y su gesto de comenzar a predicar públicamente a Jesucristo tan pronto como salió de la cárcel movieron en aquella ocasión eficazmente el corazón de muchos paganos, que juntamente con los viejos cristianos, contagiados todos ellos del entusiasmo de Fermín, edificaron iglesias por todo el territorio.

A Fermín, infatigable, se le señala en la Picardía y más tarde, de regreso de una correría por los Países Bajos, otra vez en la ciudad de Amiens, capital de aquella región, en donde había de encontrar gloriosa muerte. La cercanía intuida del martirio acrecentó más todavía su santa indiferencia y el entusiasmo de Fermín, ya incontenible en su empeño de predicar a Jesucristo. Por otra parte, la fe de Fermín seguía operando prodigios asombrosos, comparables a los de los primeros apóstoles.

El pretor de Amiens, alarmado de aquel ascendiente, llamó a su presencia a Fermín; pero, prendado de su persona y de la sinceridad de sus palabras, mandó ponerle en libertad. Pero, como Fermín insistiera en predicar al pueblo la fe en Cristo, el pretor, volviendo de su acuerdo, ordenó encerrarlo en la prisión. La agitación del pueblo creyente, mal resignado con esta medida, determinó un miedoso y cruel impulso del pretor: mandó cortar la cabeza a San Fermín en la misma cárcel. En medio de la consternación de los cristianos, un tal Faustiniano, convertido por San Fermín, tuvo el valor de atreverse a rescatar el cuerpo decapitado para enterrarlo provisionalmente en una

de sus heredades, y más tarde, con todo sigilo, trasladó los restos de aquel gran devoto de María a una iglesia que el mismo San Fermín había dedicado a la Santísima Virgen.

JOSÉ DE ARTECHE

Bibliografía

AROCENA, F., *El País Vasco visto desde fuera* (San Sebastián 1949).
CARO BAROJA, J., *Historia de la cultura española: España primitiva y romana* (Barcelona 1957).
— *Los vascos. Etnología* (San Sebastián 1949; Madrid [8]1986).
IRIBARREN, M., *Navarra. Ensayo de biografía* (Madrid 1956).
MAÑÉ y FLAQUER, J., *El oasis. Viaje al país de los Fueros,* 3 vols. (Barcelona 1878-1880).
URABAYEN, L., *La vida de una ciudad reflejada en su solar y en sus piedras* (Pamplona 1952).
• Actualización:
ARRAIZA FRAUCA, J., *San Fermín patrono* (Pamplona 1989).
— *San Fermín, el santo, la devoción, la fiesta* (Pamplona 2002).
MARCO REAL, J., *Historia de San Fermín,* 2 vols. (Pamplona 2000).

20 de julio

SANTA LIBRADA

Virgen y mártir († s. IV)

A veces las leyendas sirven para exaltar a un personaje que en la vida real no tuvo tanto relieve; a veces para subrayar fuertemente algún aspecto verdadero del personaje, aspecto que se exalta cuando se lo aísla. Pero a veces las leyendas pueden gastar una mala pasada cuando, con sus inverosimilitudes y fantasías, de tal modo tapan al personaje real que lo vuelven irreconocible e incluso hacen dudar de su existencia. Éste es el caso de Santa Librada, virgen y mártir, otrora patrona de la Diócesis de Sigüenza y cuya memoria se celebraba con máximo rango litúrgico, y ahora rebajada esa celebración hasta no ser ya patrona de la diócesis, sitio ocupado por la Asunción de la Virgen María, y no celebrada sino con la mínima categoría de memoria libre.

La culpa es de la leyenda, una leyenda que se enroscó en la memoria de la santa y que llevó a pensar que se estaba frente a un personaje fabuloso, que ni siquiera merecía ser recordado en el culto católico, condenando su devoción a una extinción plena. La sabiduría de algunos hijos de Sigüenza, que no pudieron impedir se la borrara del patronato, ha conseguido que al menos se la celebre cada año por parte de quienes quieran celebrarla, y aunque el nuevo *Martirologio romano* no se ha dignado conmemorarla, pero su memoria ha quedado reivindicada, máxime cuando un italiano —Attilio Bislenghi (cf. bibliografía)— ha contado con serenidad y claridad histórica los mil años de amor y devoción a Santa Librada por parte de la eximia diócesis de Sigüenza.

Dos puntos tenemos que tratar en esta semblanza biográfica: uno, qué sabemos sobre la persona de Santa Librada, y dos, cuál ha sido la génesis y el íter de su devoción en la Iglesia seguntina.

Lo que con seguridad sabemos sobre Santa Librada es bien poco, pero diríamos que suficiente, pues de otros muchos mártires que están en los santorales apenas sabemos más. Pues podemos decir con plena seguridad histórica que hubo una virgen y mártir de Cristo llamada Librada, que padeció en Aquitania donde fue venerado su sepulcro, y que este martirio se remite con la mayor probabilidad a la época final de las persecuciones romanas, aunque no se descarta del todo que pudiera ser quizás en la época de la monarquía visigoda arriana.

Aquitania es una región francesa, comprendida entre los Montes Pirineos y los cursos bajos de los ríos Dordogne, Garona y Lot. Allí se conserva la memoria de Santa Librada en el nombre de algunos lugares, pero singularmente en el de Sainte-Livrade-sur-Lot, donde es objeto de veneración especial y que tiene la pretensión honrosa de ser el lugar de su cuna terrena y de su partida al cielo. Ser el lugar del martirio de un santo no es menos honroso que ser el lugar de su nacimiento terreno, porque el martirio, tremendo en su vertiente humana, es un triunfo en su definitiva dimensión religiosa y moral. Otros datos personales que pudieran contarse de la santa carecen de apoyatura histórica, pero su martirio no fue por crucifixión,

como quiso la leyenda, sino por decapitación. Al no haber una constancia de que sea una mártir del siglo II, como se ha pretendido, ni tener mayor apoyatura la hipótesis de que su martirio sea durante el reino visigodo de Tolosa, lo más probable es que pertenezca a la persecución de Diocleciano, y por ello con mayor verosimilitud entre los años 304 y 306, en que fueron sacrificados tantos y tantos mártires.

Desde que el catolicismo tuvo paz en lo que hoy llamamos Francia y la aparición de los primeros documentos que prueban que Santa Librada tenía veneración en Aquitania pasan varios siglos. Hay firme constancia de que a comienzos del siglo XII existe ya una iglesia de Sainte Livrade, con considerables dependencias, a cuyo servicio estaba un cuerpo o cabildo de clérigos seculares con derechos sobre una docena de iglesias menores. Consta documentalmente que en 1117 la iglesia de Sainte Livrade con todas sus dependencias fue convertida en priorato benedictino y otorgada al Monasterio de Chaise-Dieu, donación reconocida a poco por el papa Calixto II (1120) y por el duque de Aquitania, Guillermo el Joven (1122). A finales de siglo el papa Lucio III pondrá el nuevo priorato bajo su protección (1184). Hay que decir que los canónigos y capellanes de Sainte-Livrade estuvieron de acuerdo con la antedicha donación. Será de este priorato del que vendrá a Sigüenza una parte, la mitad, del cuerpo allí venerado de Santa Librada. ¿Dónde está la otra mitad? No en Sainte Livrade, y lo que puede decirse es que en el siglo XIV (1342) estaba en la parroquia de San Juan, de Mazères-sur-l'Adour, diócesis de Tarbes, a donde se trasladó con toda solemnidad, pero la urna marmórea que se conserva y donde está la inscripción que asegura y data su traslación está hoy vacía.

¿Cómo llegaron las reliquias de Santa Librada a Sigüenza? La tradición apunta a que las trajera Bernardo de Agen († 1152), primer obispo de Sigüenza tras la reconquista, pues tuvo la oportunidad, ya que era de Aquitania, y aunque era benedictino cluniacense y no de Chaise-Dieu, pero reclamaba las reliquias para una buena causa: instalarlas en la nueva catedral que había que construir en la ciudad recién conquistada al Islam. De todos modos pudo ser el siguiente obispo, su sobrino Pedro de

Leucate (1152-1156) o su sucesor Cerebruno de Poitiers. Seguramente las sagradas reliquias fueron primero depositadas en Santa María la Antigua, para estar ya en la nueva catedral en 1181. En el siglo XIII las reliquias —y tienen que ser insignes, es decir, al menos medio cuerpo— ya estaban en Sigüenza, como consta de la bula de Inocencio IV (25 de febrero de 1250) en la que se dice que en la catedral de Sigüenza —según le han dicho al Papa— reposan los cuerpos de los santos Sacerdote y Librada. Consta desde entonces de forma ininterrumpida la presencia y el culto de Santa Librada en la catedral, y en honor de ella y para colocar la urna con sus reliquias, se construyó, a partir de 1512 y por orden del obispo don Fadrique de Portugal, un suntuoso altar de estilo plateresco concluido en 1537. El 15 de julio de ese año tuvo lugar el solemne traslado, antecedido el día previo por un resonante milagro de la santa, y antecedido también por un reconocimiento de las reliquias. A causa de este traslado la fiesta de la santa pasó del 18 de enero (en pleno invierno) al 15 de julio (en pleno verano), fecha obviamente más oportuna desde el punto de vista social. En 1936, pese a lo mucho que padeció la catedral en la guerra civil, el arca de la santa se conservó milagrosamente intacta, y el 14 de octubre de 1946 se hizo un nuevo reconocimiento de las venerables reliquias.

Cuando San Pío V dispuso la reforma del *Breviario* (1568) mandó que todos los breviarios particulares en la veneración de los santos propios se acogieran al común a menos que sus lecciones tuvieran más de doscientos años de antigüedad. La tenían las lecciones de Santa Librada en Sigüenza, que databan del siglo XII, pero en vez de alegarla se tomó la decisión de sustituirlas por las del común de vírgenes y mártires. Se intentó arreglar el despropósito, pero se retrasaron las actuaciones y cuando vino a aprobarse el nuevo oficio divino de la santa, por influencia del recién aparecido y falso Flavio Dextro, a Santa Librada se la hizo llamar Wilgefortis o Librada y se dio entrada a la espesa leyenda (7 de junio de 1625). Las *Acta sanctorum* de los bolandistas dieron entrada igualmente a la confusión y la leyenda, no sin advertir que se estaba frente a un laberinto del que difícilmente se podía salir. Se empezó a decir que el cuerpo de la santa había llegado desde Italia y se desfiguraron por completo

los datos auténticos de la historia. Salió al paso de estas falsedades el deán Diego Eugenio González Chantos (1806), movido a ello porque el jerezano don Juan Díaz de la Guerra († 1801), obispo de Sigüenza y hombre ilustrado, viendo tantas leyendas en torno a la santa no veía con buenos ojos su culto. Posteriormente el obispo fray Toribio Minguella (1910) y el alcalde Juan A. Martínez Gómez-Gordo y el canónigo Felipe Peces Rata reivindicarían la verdad histórica (bien que fray Toribio aún llame a la santa portuguesa), y a esa verdad histórica dedicaría su ponderada y bien documentada monografía el citado Bislenghi.

Pero sucedió algo muy trascendente. El 14 de febrero de 1961 una Instrucción de la Sagrada Congregación de Ritos disponía que se revisaran los calendarios particulares de las diócesis y que se justificaran las celebraciones que se quisieran conservar. El obispo de entonces, mons. Bereciartúa, nombró una comisión que estudiase el tema de Santa Librada. No recibidas aún las conclusiones, el obispo preguntó al cabildo catedral qué opinaba de sustituir por la Asunción de la Virgen María el antiguo patronato de Santa Librada sobre la diócesis. El cabildo optó por mantener el patronato de Santa Librada. La comisión dictaminó también mantener a Santa Librada pero sugería que el obispo dejara el asunto en manos de la Congregación de Ritos. El obispo hizo a Roma una exposición en la que narraba la maraña de leyendas en torno a la santa, no negando la antigüedad de su culto en Sigüenza, pero preguntando si no sería conveniente sustituir el patronato de la santa por el de la Asunción de María. Roma contestaba el 26 de febrero de 1962: que se suprima poco a poco el culto a Santa Librada y que en adelante la patrona de la diócesis de Sigüenza-Guadalajara sea la Asunción de la Virgen María. A no pocos seguntinos dolió esta medida radical, y se consiguió que el obispo siguiente, mons. Castán Lacoma, agenciara en Roma que se restableciera el culto de la santa en la diócesis con categoría de tercera clase y el 20 de julio (8 de julio de 1967). En la nueva catalogación de las memorias diocesanas tras la promulgación del misal de Pablo VI la celebración ha quedado en memoria libre. Sin duda, en el cielo, Santa Librada no se ha enfadado ni por las leyendas ni por las

equivocaciones, y sigue protegiendo a Sigüenza, cuya diócesis tantos siglos se ha acogido a su patrocinio.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

BISLENGHI, A., *Luces y sombras. Mil años de amor y devoción a Santa Librada* (Sigüenza 2003).
CROISSET, J., SJ, *Año cristiano, o ejercicios devotos para todos los días del año.* VII: *Julio* (Madrid 1854) 379-384.
GONZÁLEZ CHANTOS Y ULLAURID, D. E., *Santa Librada, virgen y mártir, patrona de la santa Iglesia, ciudad y obispado de Sigüenza, vindicada* (Madrid 1806).
MARTÍNEZ GÓMEZ-GORDO, J. A., «Las reliquias itinerantes de Santa Librada, virgen y mártir»: *Abside* II (1988) n.5 p.17-21.
MINGUELLA Y ARNEDO, T., *Historia de la diócesis de Sigüenza y de sus obispos,* 3 vols. (Madrid 1910-1913).
— «Santa Librada», en L. CALPENA Y ÁVILA, *La luz de la fe en el siglo XX. El libro de la familia cristiana,* VII (Madrid 1912s) 325-351.
PECES RATA, F. G., «El culto a Santa Librada»: *El Eco* (Sigüenza, 27-7-1986).

21 de julio

SAN DANIEL

Profeta (Antiguo Testamento)

Daniel es un profeta del Antiguo Testamento. Su nombre es raro en la Escritura. En 1 Crón 3,1, figura un Daniel entre los hijos que le nacieron a David en Hebrón y del cual nada se dice en la historia sucesiva. En 1 Esd 8,2, aparece otro Daniel entre los repatriados que subieron con Esdras de Babilonia a Jerusalén. Ninguno de éstos tiene nada que ver con nuestro profeta. Pero en Ez 14,14.20, se hace mención de un personaje conspicuo en la forma siguiente: «Hijo de hombre: cuando, por haberse rebelado pérfidamente contra mí la tierra, tienda yo mi brazo contra ella y la quebrante el sustento del pan, y mande sobre ella el hambre, y extermine en ella hombres y animales, aunque hubieran estado en ella estos tres varones, Noé, Daniel y Job, ellos por su justicia hubieran salvado su vida, dice el Señor, Yahvé». Lo mismo viene a repetir en 14,20, donde declara mejor que no salvarían a «un hijo ni una hija;

por su propia justicia escaparían ellos y salvarían la propia vida». Aquí se pondera la justicia de Daniel, junto con la de Noé y Job, la cual, sin embargo, no sería suficiente para obtener gracia en favor del pueblo rebelde y condenado ya en el tribunal de la justicia divina a la pena del cautiverio. No podemos rehuir aquí la impresión de que este Daniel es un personaje antiguo, famoso por su justicia, como Noé y Job. Más adelante el mismo Ezequiel vuelve a mencionar a Daniel en un discurso al príncipe de Tiro, el cual, en su soberbia, se había atrevido a decir: «Yo soy un dios, habito en la morada de Dios, en el corazón de los mares». «Y siendo tú un hombre, no un dios, igualaste tu corazón al corazón de Dios, creyéndote más sabio que Daniel, a quien ningún secreto se le ocultaba» (28,2s). Aquí se nos vuelve a hablar de Daniel como conocedor de los secretos divinos y, por tanto, un gran amigo de Dios; pero también un personaje antiguo y famoso.

Los documentos hallados no hace mucho tiempo en Fenicia nos dan a conocer a un cierto Daniel o Danel, y se discute sobre su identificación con el de Ezequiel. No es éste el lugar propio para discutir el problema, sobre el cual no están concordes los doctos.

Y con esto pasamos al libro bíblico de Daniel, donde largamente se habla de Daniel, como un personaje a quien se revelan los secretos de Dios, como el de Ezequiel (28,2s). Esto nos lleva a recordar cómo en la literatura seudoepigráfica del Antiguo Testamento, igual que en los apócrifos del mismo, los verdaderos autores de los libros recurren a los personajes antiguos, tales como Enoc, Moisés, Salomón, Esdras, Baruc, etc., a quienes hacen hablar o los consideran como los verdaderos autores de las obras. Es éste un artificio literario de todos conocido y que por esto a nadie engañaba ni engaña.

El libro de Daniel es una obra llena de misterios, no precisamente misterios divinos, sino literarios e históricos, que ofrece a los doctos materia de largos estudios, de múltiples hipótesis, sin que hasta el presente se haya llegado a soluciones claras. Entre los mismos expositores católicos se da como probable que el libro de Daniel es una obra apocalíptica y que el autor que aquí figura no sería el Daniel antiguo, cuyo nombre tomaría un escri-

tor posterior, que habla al pueblo para instruirle en la doctrina de la Ley y para alentarle, con la próxima llegada del Mesías, a sufrir la persecución suscitada por Antíoco IV Epífanes, rey de Siria y primer perseguidor de la religión mosaica. Hay, pues, en el libro dos partes, una histórica y la otra profética; la primera parenética, que nos ofrece en Daniel y sus compañeros otros tantos modelos de la fidelidad a la Ley, y la segunda profética, que en diversas visiones de Daniel nos anuncia la próxima venida del Mesías. En las dos se contiene todo cuanto podemos saber de la vida de Daniel.

Por el libro de los Reyes conocemos dos deportaciones de Judá a Babilonia: la una al principio del reinado de Jeconías, el año 598, y la otra al fin del reinado de Sedecías, en 587, que fue la definitiva. Pero en el mismo libro de los Reyes se cuenta que el rey Joaquim había estado sujeto a Nabucodonosor durante tres años; pero que luego se rebeló contra él. «Entonces mandó Yahvé contra Joaquim tropas caldeas, sirias, moabitas y amonitas, y las envió contra Judá para destruirle, según la palabra que Yahvé había pronunciado por sus siervos los profetas» (2 Re 24,2s). Aquí no se habla de deportación, pero nada tendría de extraño que a la invasión acompañara también la deportación de algunas partes de la población y con ella la de Daniel y sus compañeros.

La introducción histórica del libro de Daniel nos presenta a los cuatro jóvenes celosos de la observancia de la Ley. El rey quiere aumentar el personal de su corte con algunos jóvenes de los deportados de Judá. Y el jefe del personal de palacio recibe orden de tratarlos de modo que resulten unos buenos mozos. Además, deben ser instruidos en la sabiduría caldea, de suerte que nada les falte para que hagan en la corte un papel lucido. Pero los jóvenes, llevados de su amor a la Ley, temen quebrantar los preceptos divinos comiendo cosas prohibidas, y así ruegan y obtienen que los dejen pasar con legumbres y agua. Y, en efecto, con este tratamiento, que Dios bendice, los jóvenes hombres aparecen los más lucidos de todos los de su clase. Con esto vino a corresponder el progreso en las letras y ciencias en que se los instruía. Llegado el tiempo de su presentación al rey, éste los encontró muy de su agrado, por encima de todos los de

su clase. Indudablemente que Dios había premiado el amor de aquellos jóvenes por la Ley divina.

Pronto llega el momento de la prueba. El rey tiene una visión, pero se le olvida su contenido. Sólo una cosa retiene, el hecho de la visión y que ésta debe ser muy importante. El monarca hace venir a todos los sabios de la corte, a los sacerdotes, cuya ciencia consistía en conocer el sentido de los sueños. Pero en el caso presente, como en el del Faraón, la ciencia caldea, tan famosa en el mundo antiguo, se declara impotente para resolver el problema que se le presenta. El rey insiste y hasta amenaza, pero nada saca con ello. Al fin se presenta Daniel, uno de los cuatro jóvenes hebreos, el cual empieza por excusar la ignorancia de sus compañeros y confesar que la ciencia de la profecía es un don de Dios. Luego trae a la memoria de Nabucodonosor el sueño olvidado y a la vez le declara su sentido. Es el sueño de la estatua, que concuerda con las visiones que luego vendrán. En todas aparece la sucesión de los imperios que aparecerán en Oriente: el caldeo, representado por el mismo Nabucodonosor; el persa, el macedonio y el seléucida o sirio, fuerte, porque será el perseguidor del pueblo escogido, pero débil por las divisiones y guerras civiles, que acabarán con él. Finalmente vendrá el reino que no será destruido jamás y que no pasará a otro pueblo, mas permanecerá para siempre. El relato se cierra con dos cosas: la glorificación de Dios por Nabucodonosor y la exaltación de Daniel y sus compañeros, que reciben así el premio de su amor por la Ley.

Un segundo episodio nos lo ofrece la loca pretensión del rey, que quiere ser adorado en una estatua colosal. El autor sagrado nos ofrece aquí una imagen de la soberbia del rey, que acaba por rendirse a la gloria del Dios de Israel. En medio del inmenso campo de Dura se levanta la estatua: todos los vasallos de Nabucodonosor se postran ante ella; sólo se niegan a rendirle adoración los tres compañeros de Daniel, a quienes, a ruegos de Daniel, había el rey constituido sobre la provincia de Babilonia (2,49). La negativa vendrá a constituir un crimen de lesa majestad, que sólo se expía con la muerte. Pero entonces aparece el milagro. En medio del fuego un ángel protege a los tres jóvenes y se hace patente el poder del Dios verdadero. Resultado fi-

nal: que Nabucodonosor, que antes quería ser adorado como dios, ahora se rinde con toda su corte a reconocer al Dios de Israel, y más todavía: que todo hombre que hable mal del Dios de aquellos jóvenes será descuartizado y su casa convertida en un muladar. Resultado del episodio: la glorificación de Dios por el rey y la de sus fieles siervos, entre los cuales no aparece Daniel, pero que, sin duda, está oculto en la escena.

Un nuevo episodio, en el que aparece de nuevo Daniel como profeta, en el cual está el espíritu del Dios santo. Es la visión del árbol frondoso, que es derribado, pero que renace de nuevo, y es el castigo de aquel rey, que antes quiso igualarse con Dios y a quien Dios abatió hasta que reconoció su bajeza y la soberanía de Dios.

El largo reinado de Nabucodonosor terminó, y va a terminar también el reino de Babilonia bajo el cetro de un príncipe llamado Baltasar. La crónica babilónica nos cuenta cómo fue ocupada la gran ciudad, sin derramar una gota de sangre, por el ejército de los persas mandado por un general caldeo. La crónica no se mete en más detalles. Pero el profeta nos cuenta el banquete suntuoso y hasta sacrílego de Baltasar y de su corte, y las tres palabras misteriosas que aparecieron escritas en la pared. Como en casos anteriores, acude la ciencia caldea a descifrar aquellas palabras misteriosas, pero tiene que confesar su impotencia. Entonces se presenta Daniel, a quien se revelan los secretos de Dios, y éste de plano declara el misterio, que aquella misma noche se cumplirá; aunque todavía queda lugar para la glorificación de Daniel y en Daniel la del Dios verdadero, que le revela sus secretos.

El imperio pasa de los caldeos a los persas o, según la afirmación del profeta, a Darío, rey de los medos, lo que constituye uno de los problemas más difíciles que presenta el libro de Daniel. Éste, que en el imperio de Nabucodonosor había ocupado un alto puesto en la corte caldea, vino a ser en el nuevo imperio uno de los personajes más altos de la jerarquía imperial. Que esto despertara envidias nada tiene de particular, teniendo en cuenta, sobre todo, que Daniel era extraño a la raza imperante. El modo empleado para perderle es de lo más singular. Los enemigos de Daniel proponen al rey Darío la publicación de un

decreto en que se prohíba hacer petición alguna a hombre o dios, fuera del rey Darío. Y sólo Daniel no respeta tal decreto, pues, según su costumbre, continúa haciendo su oración a Dios tres veces al día. El rey se ve forzado a condenar a Daniel al foso de los leones, los cuales le respetan, dando lugar a que el rey glorifique a Daniel como a siervo de Dios y por un decreto ordene que todos en su reino teman al Dios de Daniel. Los acusadores de Daniel fueron arrojados al foso de los leones y devorados por éstos.

A estos episodios proféticos de la vida de Daniel siguen las cuatro visiones proféticas, en que se reproduce el plan de la visión de la estatua. Con diferentes detalles las visiones nos ofrecen la serie de los imperios orientales desde el caldeo al seléucida, perseguidor, con Antíoco IV, del pueblo de Dios. A este cuarto imperio sucederá el mesiánico, no inmediatamente, sino a la distancia que Dios conoce.

Tal es el resumen de la parte semítica del libro de Daniel, al cual se añade un apéndice en lengua griega, en que se cuenta la intervención del joven Daniel en el episodio de Susana, que salva a los inocentes y condena a los culpables. Es de notar aquí el cuadro que se nos ofrece de la casa de Joaquim, y de la vida del pueblo, que goza de autonomía hasta para aplicar la pena de muerte. Con esto «Daniel se hizo famoso en el pueblo».

Otros dos episodios de distinto carácter vienen a ser una sátira contra la idolatría caldea, como tantas que leemos en los profetas: la de los manjares presentados al dios Bel, que Daniel demuestra eran consumidos por los sacerdotes y sus familiares; la muerte dada al dragón, que los caldeos veneraban como a una divinidad, y que Daniel prueba que no hay tal divinidad. Este atrevimiento de Daniel le trae, como en otro caso, ser condenado a los leones, de los que la mano de Dios le libra, dando esto lugar a una nueva glorificación del Dios de Daniel, a quien un decreto del rey ordena a todos sus vasallos que le teman como verdadero salvador y obrador de maravillas en la tierra.

El autor sagrado, más que la vida de Daniel, lo que se propone es la glorificación de Dios por los reyes de Caldea y de Persia. Y esta glorificación, más que de la realidad histórica de las cosas que se cuentan, recibe su fuerza de la autoridad del

profeta que nos lo cuenta, el cual sería un profeta apocalíptico, a juicio de muchos. Del juicio que sobre este problema se forme dependerá la historia del profeta Daniel. La exégesis futura logrará poner más en claro lo que al presente se halla para nosotros bastante obscuro.

ALBERTO COLUNGA, OP

Bibliografía

AGUSTÍN (SAN), *Enarrationes in Psalmos:* PL 37,1731 (presenta a San Daniel como modelo de monjes contemplativos).
DENNEFELD, L., *Les grands prophètes* (París 1946).
LINDER, J., *Commentarius in librum Daniel* (París 1939).
LECLERCQ, H., Arts. «Daniel» y «Hébreux», en F. CABROL - H. LECLERCQ (dirs.), *Dictionnaire d'archéologie chrétienne et de liturgie* (París).

CALENDARIO ESPAÑOL

MEMORIAS QUE CELEBRAN LAS DIÓCESIS ESPAÑOLAS

Día 1	En Valencia, la Preciosísima Sangre de Nuestro Señor Jesucristo.
Día 4	En Zaragoza, Santa Isabel de Portugal.
	En Bilbao y San Sebastián, San Valentín de Berriochoa, obispo y mártir.
	En Sevilla, San Laureano, obispo y mártir.
Día 5	En Vich y Valladolid, San Miguel de los Santos, presbítero.
Día 7	En Pamplona, Tudela, Bilbao y San Sebastián, San Fermín, *obispo y mártir.*
	En Urgel y Solsona, San Odón, obispo.
Día 9	En Burgos, Santa Juliana, virgen y mártir.
Día 10	En Orense, los beatos Juan Jacobo Fernández y compañeros, mártires.
	En Cartagena, Beato Pedro Soler, presbítero y mártir.
	En Alcalá, beatos Nicanor Ascanio y Nicolás Alberca, presbíteros y mártires.
	En Burgos, Beato Manuel Ruiz López, presbítero y mártir.
	En Valencia, Beato Carmelo Bolta, presbítero, y Francisco Pinazo, religioso, mártires.
Día 12	En Zaragoza, San Ignacio Clemente Delgado Cebrián, obispo y mártir.
	En Córdoba, San Abundio, presbítero y mártir.
Día 14	En Córdoba, San Francisco Solano, presbítero.
	En Mallorca y Valencia, Beato Gaspar Bono, presbítero.
	En Toledo, Beato Francisco Pérez Godoy, mártir.
Día 15	En Canarias y Tenerife, beatos Ignacio de Acevedo y compañeros, mártires.
Día 17	En Sevilla y Orihuela, santas Justa y Rufina, vírgenes y mártires.
	En Calahorra y La Calzada, Beato Gregorio Escribano, mártir.
Día 19	En Córdoba, santos Pablo y Sisenando, mártires.
	En Sevilla, Santa Áurea, virgen y mártir.
Día 20	En Lugo, San José María Díaz Sanjurjo, obispo y mártir.
	En Sigüenza, Santa Librada, virgen y mártir.
Día 21	En Astorga, San Lorenzo de Brindis, presbítero.

Día 23 En Alzira, San Bernardo, religioso, María y Gracia, mártires.
En Tarazona y Zaragoza, beatos Tomás y José María Cuartero y compañeros, mártires.
En Zaragoza, Beato Martín Martínez Pascual, presbítero, y compañeros, mártires.
En Orihuela, Beato Antonio Perulles, presbítero y mártir.
En Toledo, beatos Pedro Ruiz de los Paños, presbítero, y compañeros, mártires.

Día 24 En Mérida, San Sisenando, mártir.
En Sigüenza, Tarazona, Madrid, Getafe y Zaragoza, Beatas Carmelitas de Guadalajara, vírgenes y mártires.
En Burgos, Beato Felipe del Corazón de María, mártir.
En Urgel, Beato José Sala, presbítero y mártir.
En Calahorra, La Calzada y Logroño, Beato Germán de Jesús y María Pérez Giménez, presbítero y mártir.
En Valladolid, Beato Pedro Ruiz de los Paños, presbítero y mártir.
En San Sebastián, beatos Juan Pedro Bengoa y Nicéforo de Jesús y María, presbíteros y mártires.
En Ciudad Real, beatos Nicéforo de Jesús y María y compañeros, mártires.

Día 27 En Barcelona, San Cucufate, mártir.
En Córdoba, santos Aurelio y compañeros, mártires.
En Sevilla, San Teodomiro de Carmona, monje y mártir.

Día 28 En Mallorca, Santa Catalina Tomás, virgen.
En Oviedo, San Melchor García Sampedro, obispo y mártir.
En Madrid, Orihuela, Jaén y Málaga, San Pedro Poveda, presbítero y mártir.

Día 29 En Astorga, beatos Federico Rubio y compañeros, mártires.

Día 30 En Jerez, beatos Manuel Jiménez Salado y compañeros, mártires.
En Almería, Beato Cecilio López, mártir.
En Ciudad Real, beatos Pedro Bernalte, Diego García y compañeros, mártires.
En Zaragoza, beatos Acisclo Pina, Ignacio Tejero y compañeros, mártires.
En Gerona, beatos Cosme Brun y compañeros, mártires.
En Barcelona, beatos Cristino Roca y compañeros, mártires.
En Burgos, beatos Doroteo Rubio y Juan Alcalde, mártires.
En Tarragona, beatos Eusebio Forcades y compañeros, mártires.

En Tortosa, beatos Tobías Borrás y compañeros, mártires.
En Urgel, beatos Protasio Cunells y compañeros, mártires.
En Vich, beatos Francisco Javier Ponsa y compañeros, mártires.
En Cartagena, beatos Proceso Ruiz Cascales y Canuto Gómez Franco, mártires.
En Málaga, beatos Martiniano Meléndez y compañeros, mártires.
En Osma-Soria, beatos Juan Jesús Adradas, presbítero, Pedro María Alcalde y Gonzalo Gonzalo, religiosos y mártires.
En Teruel-Albarracín, Beato Faustino Villanueva, mártir.
En Valladolid, Beato Benito José Labre Mañoso, religioso y mártir.

Día 31 En Bilbao, San Sebastián, Pamplona y Tudela, San Ignacio de Loyola, presbítero.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

1. Santos y beatos

Aarón, San, día 1, 4-11.

Abdón, San († s. III), día 30, 954-959.

Abilio de la Cruz Ramos Ramos, Bto. († 1936), día 23, 632-636.

Abundio, San († 854), día 11, 288.

Adrián Fortescue, Bto. († 1539), día 9, 254-255.

Adriano de Hilvarenbeek, San († 1572), día 9, 236-239.

Adriano III (papa), San († 885), día 8, 220-221.

Águeda Lin, Sta. († 1858), día 9 (memoria), 224-235.

Agustín Fangi de Biella, Bto. († 1493), día 22, 604.

Agustín José (Elías) Desgardin, Bto. († 1794), día 6, 171-172.

Agustín Zhao Rong, San († 1815), día 9 (memoria), 224-235.

Alberico Crescitelli, San († 1900), día 21 (memoria: día 9), 573-584.

Alejo Delgado, Bto. († 1570), día 15, 412-419.

Alejo, San († s. IV), día 17, 495.

Alfonsa de la Inmaculada Concepción (Ana Muttathupadathu), Bta. († 1946), día 28, 894-898.

Alfonso de Baena, Bto. († 1570), día 15, 412-419.

Alonso Pacheco, Bto. († 1583), día 25, 776-780.

Álvaro Mendes, Bto. († 1570), día 15, 412-419.

Amada de Jesús (María Rosa) de Gordon, Bta. († 1794), día 16, 473-475.

Amalberga, Sta., cf. Amelia, Sta.

Amalia, Sta., cf. Amelia, Sta.

Amaro Vaz, Bto. († 1570), día 15, 412-419.

Amelia, Sta. († 772), día 10, 273.

Ana (madre de la Virgen María), Sta., día 26, 787-791.

Ana An Jiaozhi, Sta. († 1900), día 11 (memoria: día 9), 292.

Ana An Xinzhi, Sta. († 1900), día 11 (memoria: día 9), 292.

Ana Andrea de San Alejo Minutte, día 13, 355-357.

Ana de San Basilio Cartier, Bta. († 1794), día 26, 826-827.

Ana Kim Chang-gum, Sta. († 1839), día 20, 557-562.

Ana María Javouhey, Bta. († 1851), día 15, 425-433.

Ana Wang, Sta. († 1900), día 22 (memoria: día 9), 605-606.

Anacario de la Inmaculada Benito Nozal, Bto. († 1936), día 23, 632-636.

Anatolio de Constantinopla, San († 458), día 3, 83.

Andrés (Zoerardo) de Hungría, San († 1010), día 17, 498.

Andrés Bauer, San († 1900), día 9, 259.

Andrés de Creta, San († 740), día 4, 92-96.

Andrés de Phú Yén, Bto. († 1644), día 26, 794-799.

Andrés de Soveral, Bto. († 1645), día 16, 452-460.
Andrés Gonçalves, Bto. († 1570), día 15, 412-419.
Andrés Nguyen Kim Thong (Nam Thuong), San († 1855), día 15, 440.
Andrés Wang Tianqing, San († 1900), día 22 (memoria: día 9), 605-606.
Andrés Wouters, San († 1572), día 9, 236-239.
Angelario (apóstol de Bulgaria), San († s. IX/X), día 27, 867-868.
Angelina de Marsciano, Bta. († 1435), día 14, 399-400.
Ansuero, San († 1066), día 15, 436.
Antonino Fantosati, San († 1900), día 7 (memoria: día 9), 206-207.
Antonio Beszta-Borowski, Bto. († 1943), día 15, 441.
Antonio Correia, Bto. († 1570), día 15, 412-419.
Antonio Daniel, San († 1648), día 4, 121-122.
Antonio de Hoornaert, San († 1572), día 9, 236-239.
Antonio de Weert, San († 1572), día 9, 236-239.
Antonio Fernández, Bto. († 1570), día 15, 412-419.
Antonio Francisco, Bto. († 1583), día 25, 776-780.
Antonio López Couceiro, Bto. († 1936), día 29, 934-943.
Antonio Lucci, Bto. († 1752), día 25, 780-781.
Antonio Llauradó Parisi, Bto. († 1936), día 30, 986-991.
Antonio María Zacarías, San († 1539), día 5, 124-128.
Antonio Nguyen Huu (Nam) Quynh, San († 1840), día 10, 274-275.
Antonio Perulles Estívill, Bto. († 1936), día 23 (memoria), 650-655.
Antonio Sanchis Silvestre, Bto. († 1936), día 30, 986-991.
Antonio Soares, Bto. († 1570), día 15, 412-419.
Antonio Torriani, Bto. († 1494), día 24, 707.
Antusa, Sta. († s. VIII), día 27, 864-865.
Apolinar, San († s. II), día 20, 530-536.
Áquila, San († s. I), día 8, 219.
Aquiles Puchala, Bto. († 1943), día 19, 527-529.
Aquilino (mártir escilitano), San († 180), día 17, 477-483.
Arnulfo de Metz, San († 641), día 18, 511.
Ascanio Nicanor, Bto. († 1860), día 10, 267-272.
Atanasio de Jerusalén, San († 451), día 5, 141.
Atanasio el Atonita, San († 1004), día 5, 128-140.
Atilano Cruz, San († 1928), día 1, 31-32.
Augusto Chapdelaine, San († 1856), día 9 (memoria), 224-235.
Áurea, Sta. († 856), día 19, 516-518.
Aurelio de Cartago, San († 430), día 20, 556.
Aurelio de Córdoba, San († 852), día 27, 865-867.

Balduino de Rieti, San († 1140), día 24, 706.
Bárbara Cui Lianzhi, Sta. († 1900), día 9 (memoria), 224-235.
Bartolomé Jarrige de la Morélie de Biars, Bto. († 1794), día 13, 354-355.
Bartolomea Capitanio, Sta. († 1833), día 26, 799-803.
Basilio Hopko, Bto. († 1976), día 23, 657-658.

Benedicto XI (papa), Bto. († 1304), día 7, 201-202.
Benito (Arsenio) José Labre Mañoso González, Bto. († 1936), día 30, 986-991.
Benito de Castro, Bto. († 1570), día 15, 412-419.
Benito de Hungría, San († 1010), día 17, 498.
Benito de la Virgen del Villar Solano Ruiz, Bto. († 1936), día 25, 782-784.
Benito de Nursia, San († 547), día 11, 276-284.
Bernardino Realino, San († 1616), día 2, 38-45.
Bernardo de Baden, San († 1458), día 15, 438.
Bernoldo de Utrecht, San († 1054), día 19, 525.
Berta, Sta. († 725), día 4, 117-118.
Bertrán de Grandselve, Bto. († 1149), día 11, 288-289.
Blas Ribeiro, Bto. († 1570), día 15, 412-419.
Bonifacio de Cartago, San († 484), día 2, 58.
Bonifacio de Saboya, Bto. († 1270), día 14, 369-373.
Boris, San († 1015), día 24, 705.
Botvido, San († 1100), día 28, 907-908.
Braulio María (Pablo) Corres Díaz de Cerio, Bto. († 1936), día 30, 986-991.
Brígida, Sta. († 1373), día 23, 607-617.
Bruno de Segni, San († 1123), día 18, 500-507.
Buenaventura, San († 1274), día 15, 404-408.

Calixto Caravario, San († 1930), día 9 (memoria), 224-235.
Camilo de Lelis, San († 1614), día 14, 360-369.
Canuto IV, San († 1086), día 10, 264-267.
Carlos Manuel Rodríguez Santiago, Bto. († 1963), día 13, 342-350.
Carlos Nicolás Antonio Ancel, Bto. († 1794), día 29, 946.
Carlota de la Resurrección (Ana María Magdalena) Thouret, Bta. († 1794), día 17, 489-494.
Carmelitas de Compiègne, Btas. († 1794), día 17, 489-494.
Carmelo Volta, Bto. († 1860), día 10, 267-272.
Catalina de Jesús (María Magdalena) de Justamont, Bta. († 1794), día 26, 826-827.
Catalina de Tanaka, Bta. († 1626), día 12, 310-312.
Catalina Jarrige, Bta. († 1836), día 4, 96-107.
Catalina Soiron, Bta. († 1794), día 17, 489-494.
Catalina Tomás, Sta. († 1574), día 28, 898-904.
Celestino I (papa), San († 432), día 27, 835-841.
Celso, San (fecha desconocida), día 28, 907.
Cesidio Giacomantonio, San († 1900), día 4 (memoria: día 9), 122.
Ceslao, Bto. († 1242), día 15, 437.
Ciprila, Sta. († 303), día 5, 140.
Citino (mártir escilitano), San († 180), día 17, 477-483.
Clara de Santa Rosalía (María Clara) du Bac, Bta. († 1794), día 26, 826-827.
Claudio Béguinot, Bto. († 1794), día 16, 472-473.
Clelia Barbieri, Sta. († 1870), día 13, 328-334.

Clemente de Ocrida (apóstol de Bulgaria), San († s. IX/X), día 27, 867-868.
Clemente Ignacio Delgado Cebrián, San († 1838), día 12, 300-305.
Colmán de Stockerau, San († 1012), día 17, 497-498.
Constancio (Saturnino) Roca Huguet, Bto. († 1936), día 30, 986- 991.
Constanza (María Genoveva) Meunier, Bta. († 1794), día 17, 489-494.
Cornelio de Wijk-bij-Duurstede, San († 1572), día 9, 236-239.
Cristino Gondek, Bto. († 1942), día 23, 656-657.
Cristóbal, San († s. III), día 25, 723-736.
Cucufate, San († s. IV), día 25, 736-740.
Cunegunda, Sta. († 1292), día 24, 664-666.

Daniel (profeta), San, día 21, 1040-1046.
David Carlos Marañón, Bto. († 1936), día 28, 908-909.
David de Västeras, San († 1080), día 15, 437.
David Gunston, Bto. († 1541), día 12, 307-308.
Deogracias de San Agustín Palacios, Bto. († 1936), día 25, 752-765.
Diego de Andrade, Bto. († 1570), día 15, 412-419.
Diego Pires, Bto. († 1570), día 15, 412-419.
Dionisio Pamplona Polo, Bto. († 1936), día 25, 765-772.
Dionisio Vicente Ramos, Bto. († 1936), día 31, 1019.
Domiciano, San († 440), día 1, 26.
Domingo Carvalho, Bto. († 1645), día 16, 452-460.
Domingo Fernández, Bto. († 1570), día 15, 412-419.
Domingo Nicolás Dinh Dat, Sto. († 1839), día 18, 514.
Domingo Pitarch Gurrea, Bto. († 1936), día 30, 986-991.
Donata (mártir escilitano), Sta. († 180), día 17, 477-483.
Dorotea (Julia) del Corazón de María, Bta. († 1794), día 16, 473-475.

Eduardo Cheevers, Bto. († 1581), día 5, 141-142.
Eduardo Fulthrop, Bto. († 1597), día 4, 120-121.
Eduardo Powel, Bto. († 1540), día 30, 985-986.
Eduardo Thwing, Bto. († 1600), día 26, 821-823.
Eduvigis, Sta. († 1399), día 17, 485-488.
Elías Facchini, San († 1900), día 9, 259.
Elías Tesbita (profeta), San († s. IX a.C.), día 20, 536-540.
Engelberto Kolland, Bto. († 1860), día 10, 267-272.
Enodio de Pavía, San († 521), día 17, 495-496.
Enrique Abbot, Bto. († 1597), día 4, 120-121.
Enrique Beltrán Llorca, Bto. († 1936), día 30, 986-991.
Enrique, San († 1024), día 13, 316-320.
Enriqueta de Jesús (María Gabriela) de Croissy, Bta. († 1794), día 17, 489-494.
Epafras, San († s. I), día 19, 523.
Epifanio de San Miguel Sierra Conde, Bto. († 1936), día 23, 632-636.
Esdras, San, día 13, 320-328.
Esperato (mártir escilitano), San († 180), día 17, 477-483.

Esteban Zudaire, Bto. († 1570), día 15, 412-419.
Eufrasia de la Inmaculada Concepción (María Claudia Cipriana) Brard, Bta. († 1794), día 17, 489-494.
Eugenia Joubert, Bta. († 1904), día 2, 45-58.
Eugenio de Cartago, San († 501), día 13, 350-351.
Eugenio III (papa), Bto. († 1153), día 8, 209-218.
Eusebio (Antonio) Forcades Ferrate, Bto. († 1936), día 30, 986-991.
Everardo Hanse, Bto. († 1581), día 31, 1016.
Ezequiel (profeta), San, día 23, 617-624.

Federico (Carlos) Rubio Álvarez, Bto. († 1936), día 25, 744-752.
Federico de Utrecht, San († 838), día 18, 512.
Felicísimo Díez González, Bto. († 1936), día 29, 934-943.
Felipe de San Miguel Ruiz Fraile, Bto. († 1936), día 23, 632-636.
Felipe del Sagrado Corazón de María Valcobado Granado, Bto. († 1936), día 23, 632-636.
Felipe Evans, San († 1679), día 22, 598-602.
Felipe Hernández Martínez, Bto. († 1936), día 27, 872-874.
Felipe Phan Van Minh, San († 1853), día 3, 85-86.
Felipe Zhang Zihe, San († 1900), día 9, 261.
Félix (mártir escilitano), San († 180), día 17, 477-483.
Félix de Córdoba, San († 852), día 27, 865-867.
Félix de las Cinco Llagas Ugalde Irurzun, Bto. († 1936), día 25, 782-784.
Félix de Milán, San († 303), día 12, 305-306.
Félix de Thibiuca, San († 303), día 15, 433-434.
Fermín, San († 553), día 7, 1031-1035.
Fernando María Baccilieri, Bto. († 1893), día 13, 334-341.
Fernando Sánchez, Bto. († 1570), día 15, 412-419.
Fidel Chijnacki, Bto. († 1942), día 9, 262-263.
Francisca del Corazón de Jesús Aldea y Araujo, Bta. († 1936), día 20, 540-552.
Francisco Álvarez, Bto. († 1570), día 15, 412-419.
Francisco Aranha, Bto. († 1583), día 25, 776-780.
Francisco de Magallanes, Bto. († 1570), día 15, 412-419.
Francisco de Roye, San († 1572), día 9, 236-239.
Francisco Díaz del Rincón, San († 1748), día 9 (memoria), 224-235.
Francisco Fogolla, San († 1900), día 9, 259.
Francisco Massabki, Bto. († 1860), día 10, 267-272.
Francisco Pérez de Godoy, Bto. († 1570), día 15, 412-419.
Francisco Pinazo, Bto. († 1860), día 10, 267-272.
Francisco Regis Clet, San († 1820), día 9 (memoria), 224-235.
Francisco Remón Játiva, Bto. († 1936), día 31, 1019.
Francisco Serrano, San († 1748), día 9 (memoria), 224-235.
Francisco Solano, San († 1610), día 14, 379-387.
Francisco Stryas, Bto. († 1944), día 31, 1021.
Francisco Zhang Rong, San († 1900), día 9, 262.

Fulgencio del Sagrado Corazón de María Calvo Sánchez, Bto. († 1936), día 23, 632-636.

Gabriel Pergaud, Bto. († 1794), día 21, 586.
Gabriel Taurino Dufresse, San († 1815), día 9 (memoria), 224-235.
Gaspar Álvarez, Bto. († 1570), día 15, 412-419.
Gaspar Bono, Bto. († 1604), día 14, 374-379.
Generosa (mártir escilitano), Sta. († 180), día 17, 477-483.
Germán de Auxerre, San († 448), día 31, 1000-1004.
Germán de Jesús y María (Manuel) Pérez Jiménez, Bto. († 1936), día 23, 632-636.
Ghebra Miguel, Bto. († 1855), día 14, 402.
Gleb, San († 1015), día 24, 705.
Goar, San († s. VI), día 6, 169-170.
Godeleva, Sta. († 1070), día 30, 984.
Godofredo Coart de Melveren, San († 1572), día 9, 236-239.
Godofredo van Duynen, San († 1572), día 9, 236-239.
Gonzalo Henriques, Bto. († 1570), día 15, 412-419.
Gorazdo (apóstol de Bulgaria), San († s. IX/X), día 27, 867-868.
Gregorio Escribano, Bto. († 1570), día 15, 412-419.
Gregorio Grassi, San († 1900), día 9, 257-262.
Gualterio, San († 1224), día 22, 603.
Guillermo Andleby, Bto. († 1597), día 4, 120-121.
Guillermo Davis, Bto. († 1593), día 27, 870-871.
Guillermo Pinchón, San († 1234), día 29, 943-944.
Guillermo Plaza Hernández, Bto. († 1936), día 23 (memoria), 650-655.
Guillermo Webster, Bto. († 1641), día 26, 823-824.
Gumersindo Soto Barros, Bto. († 1936), día 29, 934-943.

Hermán Stepien, Bto. († 1943), día 19, 527-529.
Hroznata, Bto. († 1217), día 14, 398-399.
Hunfredo Pritchard, Bto. († 1589), día 5, 142-144.

Ifigenia de San Mateo, Bta. († 1794), día 7, 205.
Ignacio Azevedo, Bto. († 1570), día 15, 412-419.
Ignacio de Loyola, San († 1556), día 31, 994-1000.
Ignacio Falzón, Bto. († 1865), día 1, 20-26.
Ignacio Tejero Molina, Bto. († 1936), día 30, 986-991.
Inés Cao Kuiying, Sta. († 1856), día 9 (memoria), 224-235.
Inés de Jesús (Silvia) de Romillon, Bta. († 1794), día 10, 274.
Inés Le Thi Thanh De, Sta. († 1841), día 12, 314.
Irmengarda, Bta. († 866), día 16, 467.
Isabel (reina), Sta. († 1336), día 4, 87-92.
Isabel Julieta de San Francisco Javier Verolot, Bta. († 1794), día 17, 489-494.
Isabel Qin Bianzhi, Sta. († 1900), día 19 (memoria: día 9), 527.
Isabel Teresa del Corazón de Jesús Consolin, Bta. († 1794), día 26, 826-827.
Isidoro Bover Oliver, Bto. († 1936), día 23 (memoria), 650-655.

Jacobo de Vorágine, Bto. († 1298), día 13, 351-352.

Jaime Buch Canals, Bto. († 1936), día 31, 1020.
Jaime Ortiz Alzueta, Bto. († 1936), día 27, 872-874.
Javier Bordás Piferer, Bto. († 1936), día 24, 693-705.
Jenara (mártir escilitano), Sta. († 180), día 17, 477-483.
Jerónimo de Weert, San († 1572), día 9, 236-239.
Jerónimo Lou Tin-Mey, San († 1858), día 9 (memoria), 224-235.
Jerónimo Ochoa Urdangarín, Bto. († 1936), día 25, 744-752.
Joaquín (padre de la Virgen María), San, día 26, 792-794.
Joaquín He Kaizhi, San († 1839), día 9, 256-257.
Joaquín Prats Baltueña, Bto. († 1936), día 30, 991-992.
Joaquín Royo, San († 1748), día 9 (memoria), 224-235.
Joaquín Vilanova Camallonga, Bto. († 1936), día 27, 844-855.
Jorge Beesley, Bto. († 1591), día 1, 27-28.
Jorge de Córdoba, San († 852), día 27, 865-867.
Jorge Nichols, Bto. († 1589), día 5, 142-144.
Jorge Preca, Bto. († 1962), día 26, 814-820.
Jorge Swallowell, Bto. († 1594), día 26, 821.
José Barsabas, San († s. I), día 20, 552-553.
José Calasanz Marqués, Bto. († 1936), día 29, 948-949.
José Caselles Moncho, Bto. († 1936), día 28, 909-911.
José de Jesús y María Osés Sainz, Bto. († 1936), día 23, 632-636.
José de la Virgen de los Dolores Rada, Bto. († 1936), día 25, 752-765.
José de los Sagrados Corazones Estalayo García, Bto. († 1936), día 23, 632-636.
José de Tesalónica, San († 832), día 15, 435-436.
José Fernández, San († 1838), día 24, 712-713.
José Kowalski, Bto. († 1942), día 4, 123.
José Lambton, Bto. († 1592), día 24, 711.
José Ma Taishun, San († 1900), día 9 (memoria), 224-235.
José María Castell Camps, Bto. († 1936), día 28, 909-911.
José María de Jesús Agonizante Ruiz Martínez, Bto. († 1936), día 23, 632-636.
José María Díaz Sanjurjo, San († 1857), día 20, 562-563.
José María Gambaro, San († 1900), día 7 (memoria: día 9), 206-207.
José María Muro Sanmiguel, Bto. († 1936), día 30, 991-992.
José María Peris Polo, Bto. († 1936), día 23 (memoria), 650-655.
José Nguyen Dinh Upen, San († 1838), día 3, 84-85.
José Pascual Carda Saporta, Bto. († 1936), día 23 (memoria), 650-655.
José Ricardo del Sagrado Corazón de Jesús Díez, Bto. († 1936), día 25, 752-765.
José Sala Picó, Bto. († 1936), día 23, 636-650.
José Wang Guiji, San († 1900), día 13 (memoria: día 9), 358-359.
José Wang Yumei, San († 1900), día 21 (memoria: día 9), 587.
José Yuan Gengjyin, San († 1900), día 30 (memoria: día 9), 224-235.
José Yuan Zaide, San († 1817), día 9 (memoria), 224-235.
José Zhang Dapeng, San († 1815), día 9 (memoria), 224-235.

José Zhang Wenlan, San († 1861), día 29 (memoria: día 9), 946-947.
Juan («Agregado»), Bto. († 1570), día 15, 412-419.
Juan Alcober, San († 1748), día 9 (memoria), 224-235.
Juan Bautista Duverneuily, Bto. († 1794), día 1, 29-30.
Juan Bautista de Bruxelles, Bto. († 1794), día 18, 513.
Juan Bautista Egozcuezábal Aldaz, Bto. († 1936), día 29, 948.
Juan Bautista Lou Tingyin, San († 1861), día 29 (memoria: día 9), 946-947.
Juan Bautista Wu Mantang, San († 1900), día 9 (memoria), 224-235.
Juan Bautista Wu Wenyin, San († 1900), día 8, 222.
Juan Bautista Yi Kwang-nyol, San († 1839), día 20, 557-562.
Juan Bautista Zhao Mingxi, San († 1900), día 3 (memoria: día 9), 86.
Juan Bautista Zhou Wurui, San († 1900), día 19 (memoria: día 9), 526.
Juan Becchetti de Fabriano, Bto. († 1420), día 2, 59.
Juan Boste, San († 1594), día 24, 711-712.
Juan Carey, Bto. († 1594), día 4, 119-120.
Juan Casiano, San († 435), día 23, 624-632.
Juan Colombini, Bto. († 1367), día 31, 1004-1011.
Juan Cornelius, Bto. († 1594), día 4, 119-120.
Juan Chen Xianheng, San († 1862), día 9 (memoria), 224-235.
Juan de Colonia, San († 1572), día 9, 236-239.
Juan de la Cruz (Eloy Francisco Felipe) Delgado Pastor, Bto. († 1936), día 25, 744-752.
Juan de Mayorga, Bto. († 1570), día 15, 412-419.
Juan de San Martín, Bto. († 1570), día 15, 412-419.
Juan de Siria, San († s. VI), día 21, 584-585.
Juan de Triora, San († 1816), día 9 (memoria), 224-235.
Juan de Zafra, Bto. († 1570), día 15, 412-419.
Juan Fernández (I), Bto. († 1570), día 15, 412-419.
Juan Fernández (II), Bto. († 1570), día 15, 412-419.
Juan Francisco Jarrige de la Morélie du Breuil, Bto. († 1794), día 31, 1016-1017.
Juan Gualberto, San († 1073), día 12, 293-299.
Juan Ingram, Bto. († 1594), día 26, 820.
Juan Jones, San († 1598), día 12, 308-310.
Juan José Juge de Saint-Martin, Bto. († 1794), día 7, 204.
Juan Lenaerts, San († 1572), día 9, 236-239.
Juan Lloyd, San († 1679), día 22, 598-602.
Juan Nagai Naisen, Bto. († 1626), día 12, 310-312.
Juan Nepomuceno Chrzan, Bto. († 1942), día 1, 32-33.
Juan Pedro Neel, San († 1862), día 9 (memoria), 224-235.
Juan Plessington, San († 1679), día 19, 518-522.
Juan Santiago Fernández, Bto. († 1860), día 10, 267-272.
Juan Soreth, Bto. († 1471), día 25, 774-776.

Juan Sugar, Bto. († 1604), día 16, 468-471.
Juan Tanaka, Bto. († 1626), día 12, 310-312.
Juan Tavelli de Tosignano, Bto. († 1446), día 24, 706-707.
Juan Wang Guixin, San († 1900), día 14 (memoria: día 9), 403.
Juan Wang Rui, San († 1900), día 9, 261.
Juan Zhang Huan, San († 1900), día 9, 261.
Juan Zhang Jingguang, San († 1900), día 9, 261.
Juan Zhang Tianshen, San († 1862), día 9 (memoria), 224-235.
Juana de Orvieto, Bta. († 1306), día 23, 656.
Juana María de San Bernardo de Romillon, Bta. († 1794), día 12, 313-314.
Juana Scopelli, Bta. († 1491), día 9, 253-254.
Julia Luisa de Jesús (Rosa Cristina) de Neufville, Bta. († 1794), día 17, 489-494.
Julián (Miguel) Carrasquer Fos, Bto. († 1936), día 30, 976-984, 986-991.
Julián Benigno de San Nicolás de Tolentino Moreno, Bto. († 1936), día 25, 752-765.
Juliana de Mataró, Sta. (fecha desconocida), día 27, 864.
Julio del Sagrado Corazón Mediavilla Concejero, Bto. († 1936), día 23, 632-636.
Justa, Sta. († s. IV), día 17, 483-485.
Justino de Jacobis, San († 1860), día 31, 1011-1015.
Justino Orona, San († 1928), día 1, 31-32.

Kenelmo, San († 821), día 17, 496.
Ketilo, San († 1150), día 11, 289.
Kiliano, San († 689), día 8, 219-220.

Lamberto de Navascués y de Juan, Bto. († 1936), día 29, 934-943.
Lang Yangzhi, Sta. († 1900), día 16 (memoria: día 9), 475-476.
Laurino de Jesús Crucificado Proaño Cuesta, Bto. († 1936), día 23, 632-636.
Lázaro de Betania, San († s. I), día 29, 918-926.
León de la Virgen del Rosario Inchausti, Bto. († 1936), día 25, 752-765.
León I, San († 1079), día 12, 307.
León Ignacio Mangin, San († 1900), día 20 (memoria: día 9), 564-567.
León II (papa), San († 683), día 3, 84.
León IV (papa), San († 855), día 17, 496-497.
Leonardo Vechel, San († 1572), día 9, 236-239.
Leoncio de Burdeos, San († 570), día 11, 287-288.
Leopoldo (Bogdan Juan) Mandić, San († 1942), día 30, 959-968.
Letancio (mártir escilitano), San († 180), día 17, 477-483.
Liberato de Cartago, San († 484), día 2, 58.
Librada, Sta. († s. IV), día 20, 1035-1040.
Liliosa de Córdoba, Sta. († 852), día 27, 865-867.
Lorenzo Bai Xiaoman, San († 1856), día 9 (memoria), 224-235.
Lorenzo de Brindis, San († 1619), día 21, 567-573.
Lorenzo Humphrey, Bto. († 1591), día 7, 202-204.
Lorenzo Wang Bing, San († 1858), día 9 (memoria), 224-235.
Lucía Bufalari, Bta. († 1350), día 27, 869-870.
Lucía Kim, Sta. († 1839), día 20, 557-562.

Lucía Wang Cheng, Sta. († 1900), día 9 (memoria), 224-235.
Lucía Wang Wangzhi, Sta. († 1900), día 22 (memoria: día 9), 605-606.
Lucía Yi, Sta. († 1862), día 9 (memoria), 224-235.
Lucio Martínez Mancebo, Bto. († 1936), día 29, 934-943.
Luis Armando José Adam, Bto. († 1794), día 13, 354-355.
Luis Beltrán, Bto. († 1627), día 29, 944-945.
Luis Correia, Bto. († 1570), día 15, 412-419.
Luis Nagai, Bto. († 1626), día 12, 310-312.
Luis Rodríguez, Bto. († 1570), día 15, 412-419.
Luis Versiglia, San († 1930), día 9 (memoria), 224-235.
Luisa de Saboya, Bta. († 1503), día 24, 708.
Lupo de Troyes, San († 479), día 29, 943.

Macrina la Joven, Sta. († 379), día 19, 523-524.
Magdalena de la Madre de Dios (Isabel) Verchière, Bta. († 1794), día 13, 355-357.
Magdalena Du Fengju, Sta. († 1900), día 9 (memoria), 224-235.
Magdalena (Francisca) del Santísimo Sacramento de Justamont, Bta. († 1794), día 16, 473-475.
Magdalena Yi Yong-hui, Sta. († 1839), día 20, 557-562.
Mancio Araki, Bto. († 1626), día 8, 221-222.
Mancio de Santa Cruz, Bto. († 1627), día 29, 944-945.
Manuel Albert Ginés, Bto. († 1936), día 29, 934-943.
Manuel Álvarez, Bto. († 1570), día 15, 412-419.
Manuel Fernández, Bto. († 1570), día 15, 412-419.
Manuel Jiménez Salado, Bto. († 1936), día 30, 986-991.
Manuel Le Van Phung, San († 1859), día 13, 357-358.
Manuel Le Van Phung, San († 1859), día 31, 1017-1018.
Manuel López Orbara, Bto. († 1936), día 30, 986-991.
Manuel Martín Sierra, Bto. († 1936), día 26, 759-760 y 827-828.
Manuel Pacheco, Bto. († 1570), día 15, 412-419.
Manuel Rodríguez, Bto. († 1570), día 15, 412-419.
Manuel Ruiz López, Bto. († 1860), día 10, 267-272.
Manuel Segura López, Bto. († 1936), día 28, 908-909.
Marcelina, Sta. († 400), día 17, 494-495.
Marcelo Labigne de Reignefort, Bto. († 1794), día 26, 824-826.
Marcos Caldeira, Bto. († 1570), día 15, 412-419.
Marcos Ji Tianxiang, San († 1900), día 7 (memoria: día 9), 207.
María Adolfina (Ana Catalina) Dierk, Sta. († 1900), día 9, 260.
María Amandina (Paulina) Jeuris, Sta. († 1900), día 9, 261.
María An Guozhi, Sta. († 1900), día 11 (memoria: día 9), 292.
María An Lihua, Sta. († 1900), día 11 (memoria: día 9), 292.
María Ana de Jesús Crucificado Piedcourt, Bta. († 1794), día 17, 489-494.
María Ana de San Francisco Lambert, Bta. († 1794), día 13, 355-357.
María Ana de San Joaquín Béguin-Royal, Bta. († 1794), día 16, 473-475.

María Ana de San Miguel Doux, Bta. († 1794), día 16, 473-475.
María Ana de Santa Francisca Depeyre, Bta. († 1794), día 13, 355-357.
María Ana Francisca de San Luis Brideau, Bta. († 1794), día 17, 489-494.
María Ana Magdalena de Guilhermier, Bta. († 1794), día 9, 256.
María Ana Margarita de Rocher, Bta. († 1794), día 9, 256.
María Ana Mogas Fontcuberta, Bta. († 1886), día 3, 73-83.
María Anastasia de San Gervasio Roquard, Bta. († 1794), día 13, 355-357.
María Ángeles de San José (Marciana) Valtierra Tordesillas, Bta. († 1936), día 24, 667-684.
María Clara (Clelía) Nanetti, Sta. († 1900), día 9, 260.
María Clara de San Martín Blanc, Bta. († 1794), día 11, 290-291.
María Clemencia de Jesús Crucificado Staszewska, Bta. († 1943), día 27, 874-875.
María de Jesús (Margarita Teresa) Charansol, Bta. († 1794), día 16, 473-475.
María de Jesús Crucificado Petkovic, Bta. († 1966), día 9, 248-253.
María de Jesús Sacramentado Venegas de la Torre, Sta. († 1959), día 30, 973-976.
María de la Paz (María Ana) Giuliani, Sta. († 1900), día 9, 260.
María de las Mercedes Prat Prat, Bta. († 1936), día 24, 684-692.
María de San Enrique (Margarita Leonor) de Justamond, Bta. († 1794), día 12, 313-314.
María de San Justo (Ana Francisca) Moreau, Sta. († 1900), día 9, 260.
María de Santa Marta Dufour, Bta. († 1794), día 17, 489-494.
María de Santa Natalia (Juana María) Kerguin, Sta. († 1900), día 9, 260.
María del Carmen Sallés y Barangueras, Bta. († 1911), día 25, 740-744.
María del Espíritu Santo (Angélica) Roussel, Bta. († 1794), día 17, 489-494.
María Du Tianshi, Sta. († 1900), día 9 (memoria), 224-235.
María Du Zhaozhi, Sta. († 1900), día 9 (memoria), 224-235.
María Enriqueta de la Providencia (Ana) Pelras, Bta. († 1794), día 17, 489-494.
María Ermelina de Jesús (Irma) Grivot, Sta. († 1900), día 9, 260.
María Fan Kun, Sta. († 1900), día 9 (memoria), 224-235.
María Fu Guilin, Sta. († 1900), día 20 (memoria: día 9), 564-567.
María Gertrudis de Santa Sofía de Ripert d'Alauzin, Bta. († 1794), día 10, 274.
María Goretti, Sta. († 1902), día 6, 146-151.
María Guo Lizhi, Sta. († 1900), día 7 (memoria: día 9), 208.
María Isabel de San Teoctisto Pélissier, Bta. († 1794), día 11, 290-291.
María Magdalena Martinengo, Bta. († 1737), día 27, 871-872.
María Magdalena Postel, Sta. († 1846), día 16, 460-466.
María Magdalena, Sta. († s. I), día 22, 588-598.
María Margarita de San Agustín Bonnet, Bta. († 1794), día 26, 826-827.
María Margarita de Santa Sofía de Barbegie d'Albarède, Bta. († 1794), día 11, 290-291.
María Pilar de San Francisco de Borja (Jacoba) Martínez García, Bta. († 1936), día 24, 667-684.

María Qi Yu, Sta. († 1900), día 9 (memoria), 224-235.
María Romero Meneses, Bta. († 1977), día 7, 208-209.
María Rosa de San Andrés Laye, Bta. († 1794), día 16, 473-475.
María Teresa Kowalska, Bta. († 1941), día 25, 785.
María Teresa Ledochowska, Bta. († 1922), día 6, 152-165.
María Vicenta de Santa Dorotea Chávez Orozco, Bta. († 1949), día 30, 969-973.
María Won Kwi-im, Sta. († 1839), día 20, 557-562.
María Zhao Guozhi, Sta. († 1900), día 20 (memoria: día 9), 564-567.
María Zhao, Sta. († 1900), día 20 (memoria: día 9), 564-567.
María Zheng Xu, Sta. († 1900), día 9 (memoria), 224-235.
María Zhou Wuzhi, Sta. († 1900), día 20 (memoria: día 9), 564-567.
Mariano de Jesús Euse Hoyos, Bto. († 1926), día 14, 387-398.
Marina o Margarita, Sta. (fecha desconocida), día 20, 553-555.
Marta de Betania, Sta. († s. I), día 29, 912-918.
Marta del Ángel Bueno (María) Cluse, Bta. († 1794), día 12, 313-314.
Marta Kim Song-im, Sta. († 1839), día 20, 557-562.
Marta Wang Louzhi, Sta. († 1861), día 29 (memoria: día 9), 946-947.
Martín Martínez Pascual, Bto. († 1936), día 23 (memoria), 650-655.
Martín Wu Xuesheng, San († 1862), día 9 (memoria), 224-235.
Mártires Carmelitas Descalzas de Guadalajara, Btas. († 1936), día 24, 667-684.
Mártires de Brasil, Btos. († 1570), día 15, 412-419.
Mártires de Cunhaú, Btos. († 1645), día 16, 452-460.
Mártires de China, Stos. († 1648-1930), día 9 (memoria), 224-235.
Mártires de Damasco, Btos. († 1860), día 10, 267-272.
Mártires de Gorkum, Stos. († 1572), día 9, 236-239.
Mártires de la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos del Corazón de Jesús, Btos. († 1936), día 23, 650-655.
Mártires de la Tebaida, Stos. († 250-258), día 28, 906-907.
Mártires de Motril, Btos. († 1936), día 25, 752-765.
Mártires de Valencia en 1936, Btos. († 1936), día 27, 844-855.
Mártires Dominicos de Calanda, Btos. († 1936), día 29, 934-942.
Mártires Escilitanos, Stos. († 180), día 17, 477-483.
Mártires Hospitalarios de Calafell (Tarragona), Btos. († 1936), día 30, 986-991.
Mártires Hospitalarios de Talavera de la Reina (Toledo), Btos. († 1936), día 25, 744-752.
Mártires Pasionistas de Daimiel (Grupo de Urda), Btos. († 1936), día 25, 782-784.
Mártires Pasionistas de Daimiel (Grupos de Manzanares y Carabanchel), Btos. († 1936), día 23, 632-636.
Mateo Lambert, Bto. († 1581), día 5, 141-142.
Matías Araki, Bto. († 1626), día 12, 310-312.
Matías Feng De, San († 1900), día 9, 262.
Maurilio del Niño Jesús Macho Rodríguez, Bto. († 1936), día 23, 632-636.
Máximo de Cartago, San († 484), día 2, 58.

Melchor García Sampedro, San († 1858), día 28, 876-879.
Miguel Bernardo Marchand, Bto. († 1794), día 15, 439.
Miguel Luis Brulard, Bto. († 1794), día 25, 781-782.
Miguel Ozieblowski, Bto. († 1942), día 31, 1020.
Modestino de Jesús y María (Domingo) Mazzarello, Bto. († 1854), día 24, 713-714.
Modesto Andlauer, San († 1900), día 9 (memoria), 224-235.
Modesto Vegas Vegas, Bto. († 1936), día 27, 855-863.
Montfordo Scott, Bto. († 1591), día 1, 27-28.
Mónica Nagai, Bta. († 1626), día 12, 310-312.
Mooti Massabki, Bto. († 1860), día 10, 267-272.

Nabor de Milán, San († 303), día 12, 305-306.
Nahum (apóstol de Bulgaria), San († s. IX/X), día 27, 867-868.
Nartzal (mártir escilitano), San († 180), día 17, 477-483.
Nazaria Ignacia de Santa Teresa de Jesús March Mesa, Bta. († 1943), día 6, 165-169.
Nazario, San (fecha desconocida), día 28, 907.
Nevolone, Bto. († 1280), día 27, 869.
Nicanor, San († s. I), día 28, 904-905.
Nicasio de Heeze, San († 1572), día 9, 236-239.
Nicéforo de Jesús y María (Vicente) Díez Tejerina, Bto. († 1936), día 23, 632-636.
Nicolás Alberca, Bto. († 1860), día 10, 267-272.
Nicolás Dinis, Bto. († 1570), día 15, 412-419.
Nicolás Garlick, Bto. († 1588), día 24, 709-711.
Nicolás Pieck, San († 1572), día 9, 236-239.
Nicolás Poppel, San († 1572), día 9, 236-239.
Nicolás Savouret, Bto. († 1794), día 16, 472-473.
Nicolás, San († s. I), día 28, 904-905.
Nuestra Señora del Carmen, día 16, 442-452.

Odino Barotti, Bto. († 1400), día 7, 190-193.
Odón de Urgel, San († 1122), día 7, 188-190.
Olav, San († 1030), día 29, 926-928.
Olga, Sta. († 969), día 11, 284-287.
Olimpiades, Sta. († 409), día 25, 772-773.
Oliverio Plunket, San († 1681), día 1, 12-19.

Pablo Chen Changpin, San († 1861), día 29 (memoria: día 9), 946-947.
Pablo Denn, San († 1900), día 20 (memoria: día 9), 564-567.
Pablo Ke Tingzhu, San († 1900), día 9 (memoria), 224-235.
Pablo Lang Fu, San († 1900), día 16 (memoria: día 9), 475-476.
Pablo Lieou Han Tso, San († 1818), día 9 (memoria), 224-235.
Pablo Liu Jinde, San († 1900), día 13 (memoria: día 9), 358.
Pablo Wu Juan, San († 1900), día 9 (memoria), 224-235.
Pablo Wu Wanshu, San († 1900), día 9 (memoria), 224-235.
Paladio, San († 432), día 6, 169.
Pantaleón, San († 303), día 27, 830-835.
Panteno de Alejandría, San († s. III), día 7, 174-188.

Pármenas, San († s. I), día 28, 904-905.
Patricio Cavanagh, Bto. († 1581), día 5, 141-142.
Patricio Dong Bodi, San († 1900), día 9, 261.
Patricio Salmon, Bto. († 1594), día 4, 119-120.
Paulina del Corazón Agonizante de Jesús, Sta. († 1942), día 9, 244-248.
Pedro Arakiyori Chobioye, Bto. († 1626), día 12, 310-312.
Pedro Aredio Labrouhe de Laborderie, Bto. († 1794), día 1, 29-30.
Pedro Becchetti de Fabriano, Bto. († 1421), día 2, 59.
Pedro Berno, Bto. († 1583), día 25, 776-780.
Pedro Crisci, Bto. († 1323), día 19, 526.
Pedro Crisólogo, San († 450), día 30 (memoria), 951-954.
Pedro de Fontoura, Bto. († 1570), día 15, 412-419.
Pedro de Luxemburgo, Bto. († 1387), día 2, 34-38.
Pedro de Santa María, Bto. († 1627), día 29, 944-945.
Pedro del Corazón de Jesús Largo Redondo, Bto. († 1936), día 25, 782-784.
Pedro Doan Long Quy, San († 1859), día 31, 1017-1018.
Pedro Jorge Frassati, Bto. († 1925), día 4, 107-117.
Pedro José Le Groing de la Romagère, Bto. († 1794), día 26, 824-826.
Pedro Khanh, San († 1842), día 12, 315.
Pedro Li Quan-hui, San († 1900), día 9 (memoria), 224-235.
Pedro Liu Wenyuan, San († 1834), día 9 (memoria), 224-235.
Pedro Liu Ziyu, San († 1900), día 17 (memoria: día 9), 498.
Pedro Nguyen Ba Tuan, San († 1838), día 15, 439-440.
Pedro Nguyen Khac Tu, San († 1840), día 10, 274-275.
Pedro Núñez, Bto. († 1570), día 15, 412-419.
Pedro Poveda Castroverde, San († 1936), día 28, 879-893.
Pedro Ruiz de los Paños, Bto. († 1936), día 23, 636-650.
Pedro Sans y Jordá, San († 1747), día 9 (memoria), 224-235.
Pedro Soler, Bto. († 1860), día 10, 267-272.
Pedro To Rot, Bto. († 1945), día 7, 193-199.
Pedro van der Slagmolen d'Assche, San († 1572), día 9, 236-239.
Pedro Vincioli, San († 1007), día 10, 273.
Pedro Wang Erman, San († 1900), día 9, 262.
Pedro Wang Zuolong, San († 1900), día 6 (memoria: día 9), 173.
Pedro Wu Anpeng, San († 1900), día 9, 261.
Pedro Wu Guosheng, San († 1814), día 9 (memoria), 224-235.
Pedro Zhang Banniu, San († 1900), día 9, 262.
Pedro Zhao Mingzhen, San († 1900), día 3 (memoria: día 9), 86.
Pedro Zhou Rixin, San († 1900), día 20 (memoria: día 9), 564-567.
Pío I (papa), San († 155), día 11, 287.
Pompilio María Pirrotti de San Nicolás, San († 1766), día 15, 420-424.
Práxedes, Sta. († s. II), día 21, 585.
Preciosísima Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, día 1, 1023-1030.
Primo Martínez de San Vicente Castillo, Bto. († 1936), día 25, 744-752.
Priscila, Sta. († s. I), día 8, 219.
Prócoro, San († s. I), día 28, 904-905.

Rafael Flamarique Salinas, Bto. († 1936), día 30, 986-991.
Rafael Massabki, Bto. († 1860), día 10, 267-272.
Raimundo Gayrard, San († 1118), día 3, 70-73.
Raimundo Li Quanzhen, San († 1900), día 9 (memoria), 224-235.
Raimundo Palmero, Bto. († 1200), día 27, 868-869.
Recaredo Centelles Abad, Bto. († 1936), día 23 (memoria), 650-655.
Remigio Isoré, San († 1900), día 9 (memoria), 224-235.
Ricardo Fetherstone, Bto. († 1540), día 30, 985-986.
Ricardo Langhorne, Bto. († 1679), día 14, 400-401.
Ricardo Simpson, Bto. († 1588), día 24, 709-711.
Ricardo Yaxley, Bto. († 1589), día 5, 142-144.
Rita de la Dolorosa Pujalte Sánchez, Bta. († 1936), día 20, 540-552.
Roberto Grissold, Bto. († 1604), día 16, 468-471.
Roberto Ludlam, Bto. († 1588), día 24, 709-711.
Roberto Meyler, Bto. († 1581), día 5, 141-142.
Roberto Nutter, Bto. († 1600), día 26, 821-823.
Roberto Sutton, Bto. († 1588), día 27, 870.
Rodolfo Aquaviva, Bto. († 1583), día 25, 776-780.
Rodolfo Milner, Bto. († 1591), día 7, 202-204.
Rogato de Cartago, San († 484), día 2, 58.
Rogerio Dickinson, Bto. († 1591), día 7, 202-204.
Rosa Chen Aixie, Sta. († 1900), día 5 (memoria: día 9), 145.
Rosa de San Javier (Magdalena Teresa) Tallien, Bta. († 1794), día 12, 313-314.
Rosa Fan Hui, Sta. († 1900), día 9 (memoria), 224-235.
Rosa Kim, Sta. († 1836), día 20, 557-562.
Rosa Zhao, Sta. († 1900), día 20 (memoria: día 9), 564-567.
Rosalía Clotilde de Santa Pelagia Bès, Bta. († 1794), día 11, 290-291.
Rufina, Sta. († s. IV), día 17, 483-485.
Rústico de Cartago, San († 484), día 2, 58.

Sabas (apóstol de Bulgaria), San († s. IX/X), día 27, 867-868.
Sabigoto de Córdoba, Sta. († 852), día 27, 865-867.
Santiago de Nísibe († 338), día 15, 435.
Santiago el Mayor (apóstol) († s. I), día 25, 715-723.
Santiago Lacops, San († 1572), día 9, 236-239.
Santiago Lombardie, Bto. († 1794), día 22, 604-605.
Santiago Yan Guodong, San († 1900), día 9, 262.
Santiago Zhao Quanzin, San († 1900), día 9, 262.
Sarbelio Makhlouf, San († 1898), día 24, 660-663.
Saturio Rey Robles, Bto. († 1936), día 29, 934-943.
Segunda (mártir escilitano), Sta. († 180), día 17, 477-483.
Semproniana de Mataró, Sta. (fecha desconocida), día 27, 864.
Senén, San († s. III), día 30, 954-959.
Septimio de Cartago, San († 484), día 2, 58.
Sergio Cid Pazo, Bto. († 1936), día 30, 993.

Servo de Cartago, San († 484), día 2, 58.
Símaco (papa), San († 514), día 19, 524-525.
Simeón de Lipnica, Bto. († 1482), día 18, 508-511.
Simeón Salo, San († s. VI), día 21, 584-585.
Simeón Estilita, San († 459), día 27, 841-844.
Simón Chen Ximan, San († 1900), día 9, 261.
Simón da Costa, Bto. († 1570), día 16, 468.
Simón López, Bto. († 1570), día 15, 412-419.
Simón Qin Chunfu, San († 1900), día 19 (memoria: día 9), 527.
Sisenando, San († 851), día 16, 466-467.
Susana Águeda (María Rosa) de Loye, Bta. († 1794), día 6, 172-173.
Susana Arakiyori, Bta. († 1626), día 12, 310-312.

Tadeo Liu Ruiting, San († 1823), día 9 (memoria), 224-235.
Tarcisia (Olga) Mackiv, Bta. († 1944), día 18, 514-515.
Teodomiro de Carmona, San († 851), día 25, 774.
Teodorico Balat, San († 1900), día 9, 259.
Teodorico van der Eem, San († 1572), día 9, 236-239.
Teodosia, Sta. († s. VIII), día 18, 511-512.
Teresa Chen Jinxie, Sta. († 1900), día 5 (memoria: día 9), 145.
Teresa de San Agustín (María Magdalena Claudina) Lidoine, Bta. († 1794), día 17, 489-494.
Teresa de San Ignacio (María Gabriela) Trézel, Bta. († 1794), día 17, 489-494.
Teresa del Corazón de María (María Ana) Hanisset, Bta. († 1794), día 17, 489-494.
Teresa del Niño Jesús y de San Juan de la Cruz (Eusebia) García y García, Bta. († 1936), día 24, 667-684.
Teresa Enriqueta de la Anunciación Faurie, Bta. († 1794), día 13, 355-357.
Teresa Soiron, Bta. († 1794), día 17, 489-494.
Teresa Yi Mae-im, Sta. († 1839), día 20, 557-562.
Teresa Zhang Hezhi, Sta. († 1900), día 16 (memoria: día 9), 476.
Timón, San († s. I), día 28, 904-905.
Tirso Manrique Melero, Bto. († 1936), día 29, 934-943.
Tito Brandsma, Bto. († 1942), día 26, 803-814.
Tomás (apóstol), Sto. (s. I), día 3, 60-70.
Tomás Abel, Bto. († 1540), día 30, 985-986.
Tomás Alfield, Bto. († 1585), día 6, 170-171.
Tomás Belson, Bto. († 1589), día 5, 142-144.
Tomás Benstead, Bto. († 1600), día 11, 289-290.
Tomás Bosgrave, Bto. († 1594), día 4, 119-120.
Tomás Hunt, Bto., cf. Tomás Benstead.
Tomás Maxfield, Bto. († 1616), día 1, 28-29.
Tomás Shen Jihe, San († 1900), día 9, 261.
Tomás Sprott, Bto. († 1600), día 11, 289-290.
Tomás Tunstal, Bto. († 1616), día 13, 352-354.
Tomás Urdánoz Aldaz, Bto. († 1936), día 30, 986-991.

Tomás Warcop, Bto. († 1597), día 4, 120-121.
Toscana, Sta. († 1344), día 14, 399.

Ulrico de Augsburgo, San († 973), día 4, 118.
Urbano II (papa), Bto. († 1099), día 29, 928-934.

Valeriano de Cimiez, San († 460), día 23, 655.
Verónica Giuliani, Sta. († 1727), día 9, 240-243.
Vestia (mártir escilitano), Sta. († 180), día 17, 477-483.
Veturio (mártir escilitano), San († 180), día 17, 477-483.
Vicenta Gerosa, Sta. († 1847), día 26, 799-803.
Vicente de Paul Canelles Vives, Bto. († 1936), día 30, 986-991.
Vicente de San Luis Gonzaga Pinilla, Bto. († 1936), día 26, 758-759 y 827-828.
Víctor I (papa), San († 198), día 28, 905-906.
Vivenciolo de Lyón, San († 523), día 12, 306.
Vladimiro el Grande, San († 1015), día 15, 408-412.
Vulmaro, San († 689), día 20, 557.

Wandregisilo, San († 668), día 22, 602-603.
Wilealdo de Dinamarca, San († 1572), día 9, 236-239.
Wilibaldo, San († 787), día 7, 199-200.

Xi Guizi, San († 1900), día 20 (memoria: día 9), 564-567.

Zacarías Abadía Buesa, Bto. († 1936), día 27, 872-874.
Zacarías del Santísimo Sacramento Fernández Crespo, Bto. († 1936), día 23, 632-636.
Zdenka Schelingová, Bta. († 1955), día 31, 1021-1022.
Zhang Huaileu, San († 1900), día 1 (memoria: día 9), 30-31.
Zósimo Izquierdo Gil, Bto. († 1936), día 30, 991-992.

2. **Colaboradores**

Aguilera, C. 830-834.
Alonso Schökel, L. 536-540.
Arnaldich, L. 60-69 912-917.
Arteche, J. de 1031-1035.

Barranquero Orrego, J. M.ª 12-19.
Bau, C. 420-424.
Bejarano, V. 607-616.

Carro Celada, J. A. 244-248 803-814 969-973.
Cid, E. 1011-1015.
Colombás, G. M.ª 293-299.
Colunga, A. 1040-1046.
Chico González, P 264-267 300-305 452-460 765-772.

Díaz Fernández, J. M.ª 188-190 483-485 664-666 926-928.

Echeverría, L. de 70-72 360-368 567-572 844-855.

Ferri Chulio, A. de S. 34-38 328-333 508-511 976-984.
Flores Arcas, J. J. 165-169 632-636 660-663 973-976.

García Cordero, M. 617-623.
García-Villoslada, R. 994-1000.
González Chaves, A. J. 45-57 334-341 573-584 693-704.

González Rodríguez, M.ª E. 96-107 879-893.
Güell, D. 787-791.
Guim Castro, L. 918-925.

Hervás Benet, J. 1023-1030.

Iriarte de Aspurz, L. 236-239.

Langa, P. 152-164 224-235 387-398 752-765.
López Melús, R. M.ª 442-452.
Luca de Tena y de Brunet, M.ª L. 588-597.
Llabrés y Martorell, P.-J. 425-432 835-840 893-898 1000-1004.
Llorca, B. 530-535 736-740 928-933.

María H. de la Santa Faz 240-243.
Martín Abad, J. 636-655 959-968.
Martins, M. 87-92.
Mary G. Santa Eulalia 489-494.
Meseguer, J. 404-408.
Molina Piñedo, R. 128-140 500-507 540-551.

Núñez Uribe, F. 20-26 485-488 934-942.

Olivar, A. 951-954.
Ortiz Muñoz, A. 723-736.

Pascual, A. 190-193.
Peraire Ferrer, J. 107-117 193-199 342-350 684-692.
Pérez Arruga, L. 316-320.
Pérez Lozano, J. M.ª 898-904.
Pérez Suárez, L. M. 174-188 209-218 460-466 624-632.
Prado, G. 276-284.

Repetto Betes, J. L. 26-33 58-59 83-86 117-123 140-145 169-173 199-209 219-222 248-253 253-263 267-272 273-275 287-292 305-315 350-359 369-373 398-403 433-441 466-476 494-499 511-515 518-522 523-529 552-567 584-587 598-602 602-606 655-658 705-714 740-744 744-752 772-785 820-828 841-844 864-875 904-911 943-950 984-993 1016-1022 1035-1040.
Robres Lluch, R. 374-379.
Rodríguez, J. V. 73-82 667-684 794-799 855-863.

Sánchez Aliseda, C. 146-151 477-483 954-959.
Santos Otero, A. de 792-794.
Sanz Burata, L. 799-803 876-879.
Sendín Blázquez, J. 92-96 284-287 408-412 516-518.
Setién, J. M.ª 124-128.

Vargas Ugarte, R. 379-387.
Velado Graña, B. 4-11 320-328 814-820 1004-1011.
Vizcarra y Arana, Z. de 715-722.

Yzurdiaga Lorca, F. 412-419.

Zurbano, F. 38-45.

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR ESTE VOLUMEN DE «AÑO CRISTIANO. JULIO», DE LA BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS, EL DÍA 22 DE FEBRERO DEL AÑO 2005, FESTIVIDAD DE LA CÁTEDRA DEL APÓSTOL SAN PEDRO, EN LOS TALLERES DE SOCIEDAD ANÓNIMA DE FOTOCOMPOSICIÓN, TALISIO, 9. MADRID

LAUS DEO VIRGINIQUE MATRI

AÑO CRISTIANO

VIII

Agosto

COORDINADORES
Lamberto de Echeverría (†)
Bernardino Llorca (†)
José Luis Repetto Betes

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS
MADRID • 2005

Ilustración de portada: *Juicio final* (detalle), Fra Angelico.

Guardas: *El juicio universal* (detalle), Giovanni di Paolo.

Diseño: BAC

© Biblioteca de Autores Cristianos
Don Ramón de la Cruz, 57, Madrid 2005
Depósito legal: M. 51.998-2002
ISBN: 84-7914-629-X (Obra completa)
ISBN: 84-7914-777-6 (Tomo VIII)
Impreso en España. Printed in Spain.

ÍNDICE GENERAL

	Págs.
COLABORADORES	IX
PRESENTACIÓN	XI
NOTA INTRODUCTORIA	XV
Santoral de agosto (martirologio, biografías extensas y biografías breves)	3
APÉNDICE	1179
DEL SANTORAL DE LAS DIÓCESIS ESPAÑOLAS	1209
CALENDARIO ESPAÑOL: MEMORIAS QUE CELEBRAN LAS DIÓCESIS ESPAÑOLAS	1211
ÍNDICE ONOMÁSTICO	1213

COLABORADORES

A) Biografías extensas

Ábalos, Juan Manuel
Álvarez, Félix M., msps
Ángel Luis, cssr
Baigorri, Luis, sss
Bau, Calasanz, schp
Calvo Hernando, Manuel
Carro Celada, José Antonio
Colombás, García M.ª, osb
Chico González, Pedro, fsc
Dalmases, Cándido de, si
Díaz Fernández, José María
Díaz Pardo, Filiberto
Domingo de Santa Teresa, cd
Echeverría, Lamberto de
Estal, Gabriel del, osa
Ferri Chulio, Andrés de Sales
García Alonso, Ireneo
García Casado, Pedro
García Martínez, Félix
Gomis, Lorenzo
González Chaves, Alberto José
González Menéndez-Reigada, Albino, op
González Rodríguez, M.ª Encarnación
González Villanueva, Joaquín
González, Agripino, tc
Hermano Julián, fsc
Herrero García, Miguel
Ibáñez, María Engracia, odn
Krynen, Jean
Langa, Pedro, osa
Llabrés y Martorell, Pere-Joan
Llorca, Bernardino, si
López, Alfredo
Mansilla Reoyo, Demetrio
Mañaricúa, Andrés Eliseo de
Mañas, Ramón Luis M.ª, osb (Leyre)
Martín Abad, Joaquín
Martín Hernández, Francisco

MARTÍNEZ DE VADILLO, Marcos
MESEGUER FERNÁNDEZ, Juan, OFM
MOLINA PIÑEDO, Ramón, OSB (Leyre)
MONTAÑA PELÁEZ, Servando
NÚÑEZ URIBE, Félix
PERAIRE FERRER, Jacinto
PÉREZ ARRUGA, Luis, OP
PÉREZ ORMAZÁBAL, Juan José
PÉREZ SUÁREZ, Luis M., OSB (Leyre)
PLACER, Gumersindo, O. de M.
REPETTO BETES, José Luis
RIBER, Lorenzo
RODRÍGUEZ VILLAR, Ildefonso
RODRÍGUEZ, José Vicente, OCD
SÁNCHEZ ALISEDA, Casimiro
SANTIDRIÁN, Pedro R., CSSR
SENDÍN BLÁZQUEZ, José
SERRANO, Vicente
VÁZQUEZ SACO, Francisco
VELADO GRAÑA, Bernardo
VIÚ, Antonio de, SI
YZURDIAGA LORCA, Fermín

B) BIOGRAFÍAS BREVES

REPETTO BETES, José Luis

PRESENTACIÓN

Tras largos años de total *agotamiento editorial* vuelve ahora felizmente al catálogo de la BAC una obra que ocupaba en él un puesto relevante y que fue, durante décadas, alimento espiritual seguro y sabroso para infinidad de lectores: el AÑO CRISTIANO.

Quede, ante todo, constancia de la satisfacción con que la BAC devuelve al público lector —y en cierto modo a toda la Iglesia de habla española— esta obra preciada que tanto se echaba de menos y que nos era requerida con insistencia por muchos lectores y amigos. Larga ha sido la espera. Pero la BAC se complace ahora en relanzar un AÑO CRISTIANO compuesto y acicalado como lo piden las circunstancias eclesiales y articulado en doce volúmenes que irán apareciendo sucesivamente y que ofrecerán al lector la variedad y la riqueza del entero santoral de la Iglesia católica.

Las razones del dilatado eclipse que ha sufrido el AÑO CRISTIANO a pesar de su notorio éxito editorial de antaño son pocas y escuetas. Y muy fáciles tanto de explicar cuanto de entender.

El proceso de aceleración en canonizaciones y beatificaciones que ha experimentado la Iglesia después del Vaticano II —y muy singularmente en el pontificado del Papa Wojtyla— obligaba obviamente a complementar, corregir y ajustar el venturoso descalabro que el tiempo iba originando en los bosques y jardines de la hagiografía cristiana del pasado. Se imponían una poda y una plantación de renuevos cuya envergadura queda ahora patente en el estirón —de cuatro a doce— que ha experimentado este AÑO CRISTIANO.

Semejante tarea de revisión y actualización la hubiera emprendido la BAC. Era su obligación y su deseo. Pero su efecto habría sido precario. El pontificado de Juan Pablo II estaba ya demostrando con creciente evidencia que la santidad cristiana es una realidad de cada día y de cada latitud; que, por consiguiente, el martirologio o santoral, lejos de ser memoria fosili-

zada, es un caudal fresco y abundante que riega generosamente el hoy de la Iglesia. ¿Cómo intentar la actualización de algo que cambia y crece sin cesar?

Por otra parte, es sabido que el Concilio Vaticano II, en su constitución *Sacrosanctum Concilium,* ordenó la revisión y adaptación de todos los libros litúrgicos. El mandato alcanzaba también al Martirologio o Santoral, libro litúrgico de pleno derecho y de peculiar significación y complejidad dadas sus implicaciones históricas que requerían estudios críticos minuciosos y especializados. La tarea de su revisión podía resultar dilatada. ¿Cómo arriesgarse como editorial responsable a componer un AÑO CRISTIANO sin contar con la referencia obligada del Martirologio romano ya autorizadamente puesto al día? ¿No había que sacrificar las prisas editoriales o comerciales a la firmeza histórica y a la seguridad doctrinal que ofreciera la edición posconciliar? ¿No era ésa la mejor forma de servir a los intereses de los lectores?

El proceso de reforma y adaptación del martirologio romano ha durado desde 1966 hasta 2001, año en que apareció finalmente la llamada «edición típica». Una espera que ha otorgado al Martirologio romano una mayor credibilidad histórica, un orden hagiográfico más acorde con la doctrina y las reformas derivadas del Vaticano II y, en consecuencia, mayor fiabilidad para la vida litúrgica y la piedad cristiana.

Contando ya con la pauta insoslayable del martirologio reformado y renovado, se imponía ponerlo cuanto antes al servicio de los lectores y usuarios de habla castellana, tanto en España como en Hispanoamérica. Es un reto que la BAC ha asumido con responsabilidad editorial y que trata ya de cumplir con prontitud y rigor.

Estoy seguro de que nuestros lectores compartirán con la BAC la impresión de que la larga y obligada espera que ha tenido que observar nuestro AÑO CRISTIANO no le priva de sentido ni de oportunidad. Todo lo contrario. El momento presente, con sus grandezas y miserias, con sus luces y sombras en la parcela de lo religioso, hace especialmente atinada la publicación de un santoral serio y documentado de la Iglesia católica.

Son tiempos, los nuestros, de secularización que quiere decir, lisa y llanamente, de descristianización. A su sombra, las verdades de la fe y los juicios de la moral cristiana pierden vigencia y hasta significado. Algo que ocurre también en el terreno de la hagiografía. No es que haya desaparecido el culto a los santos, pero sí se ha nublado en buena parte su relevancia para la vida cristiana. Con la ignorancia ha sobrevenido la confusión. La cantera del santoral para dar nombres de pila a las personas está en declive. El conocimiento de las vidas de los santos se ha reducido hasta confundirlos con héroes o dioses de los martirologios paganos. Se ha acentuado, aun entre los que se profesan devotos de advocaciones concretas, la brumosidad de los contornos y de los conceptos.

En paralelo con el desconocimiento correcto de las hagiografías, han proliferado las supersticiones y las desviaciones de lo que debería ser una auténtica veneración de los santos. Se observa una notoria reducción de la piedad al utilitarismo. A los santos se los mete cada vez más en la zambra de los videntes, los adivinos, las cartas, la superchería y las voces de ultratumba. Ahora hay santorales para agnósticos y santorales de puro humor a costa de los santos que pueden alcanzar cotas notables de acidez o de impiedad. ¿No es el caso, nada infrecuente, de anuncios y montajes publicitarios a cargo del santoral y al servicio de cualquier producto en el mercado?

El servicio que la BAC pretende prestar con este renovado AÑO CRISTIANO a sus lectores y a la Iglesia tiene perfiles muy precisos.

Principalmente, la mejora de los recursos didácticos para una sabia y atinada catequesis. Los santos, sus vidas y ejemplos, son fuente inagotable para la educación cristiana. No es su utilidad terapéutica o milagrera lo que de ellos nos interesa, sino la enseñanza cristiana que se deriva de sus virtudes y conductas como testigos de Jesucristo, como reflejos de su vida y como *caminos* que nos llevan al *Camino* por excelencia, que es Él.

Este AÑO CRISTIANO no pretende, por tanto, fomentar la *santería* en detrimento de la *cristería,* dicho en términos populares. Muy al contrario, es una contribución a la *Cristología* a través de la *hagiografía.*

Algunos pastores y pastoralistas han alertado sobre el peligro de que el culto a tantos santos y beatos, la proliferación de tantas devociones particulares, pudiera difuminar, como *efecto colateral,* el aprecio central e irremplazable de Jesucristo. Sería aquello de que los árboles no dejaran ver el bosque.

Ni el peligro ni la advertencia son sólo de hoy. Léanse si no las constituciones conciliares *Lumen gentium* y *Sacrosanctum Concilium.* También la introducción que figura en la edición típica del Martirologio romano.

En cualquier caso, la BAC pone ahora en circulación esta nueva edición de su AÑO CRISTIANO como homenaje a Jesucristo cumbre de la santidad y modelo de todos los santos y beatos que la Iglesia ha reconocido a lo largo de los siglos como seguidores e imitadores del Maestro. «Por la hagiografía al Cristocentrismo» podría ser el lema de ese propósito editorial.

Perfiladas las circunstancias y las intenciones de esta obra, nada he de decir sobre su articulación, ni sobre los criterios metodológicos o redaccionales que se han seguido en su elaboración. Tanto estos como otros particulares técnicos que ayudarán en su utilización figuran en la *nota introductoria* preparada por el coordinador de la edición.

Con laudes o elevaciones solían cerrar sus páginas los santorales antiguos. La BAC se suma al amén, así sea, que venía después. Y se permitirá a la vez (no podía ser de otra manera) confiar el buen fruto de esta obra a la intercesión de todos los santos y beatos que —sin distinción de grado, sexo o condición— poblarán las páginas de este AÑO CRISTIANO renacido en los umbrales todavía del tercer milenio.

JOAQUÍN L. ORTEGA
Director de la BAC

NOTA INTRODUCTORIA

Definido el propósito de reeditar el AÑO CRISTIANO, empezamos por fijar criterios que sirvieran de guía para la nueva edición, y que ahora exponemos para información del lector y facilidad de su uso.

En primer lugar se fijó el criterio de que, con muy escasas excepciones, se reeditaría todo el conjunto de artículos que componía la segunda edición, la de 1966. Su texto no ha sufrido revisión ni variación. Va tal cual lo escribieron en su tiempo los diferentes y acreditados autores que lo firman. En el fondo no han tenido más añadidura que la referencia a la canonización de aquellos santos que entonces eran solamente beatos. Y esas excepciones son sobre todo las debidas a las variaciones introducidas por el nuevo Misal de Pablo VI, de 1969, que tiene algunos cambios en la denominación de fiestas, como la del 1 de enero, o en el santoral.

Pero no se quería simplemente reeditar, sino que se quería también completar y poner al día. Para completar, hemos añadido santos o beatos importantes anteriores a las últimas canonizaciones y beatificaciones y que en su día no se biografiaron en las primeras ediciones. Para poner al día, hemos añadido los nombres de muchos santos y beatos que en estos últimos tiempos han sido declarados tales por la Iglesia, y cuyo número, como es bien sabido, es grande.

Nos pareció que saldría una obra demasiado abultada si a cada uno de todos estos santos o beatos les señalábamos una nota biográfica de la misma extensión que las de las ediciones anteriores. Y para evitar ese tamaño demasiado crecido pero para no pasarlos tampoco en silencio hemos dividido las biografías en *extensas* y en *breves*. El criterio seguido para asignar a un santo o beato una biografía extensa o breve ha sido el de su importancia en el santoral: por ser más o menos conocido, por ser significativo de un tiempo o una situación, o por ser intere-

sante al público de habla hispana, o por ser fundador o fundadora de una comunidad religiosa, a todos los cuales fundadores o fundadoras hemos tomado el criterio de dedicar una biografía extensa. Y naturalmente hemos tenido en cuenta el cada día mayor santoral de las iglesias iberoamericanas.

Hemos añadido también artículos referentes a los tiempos litúrgicos, p. ej. *Cuaresma,* ya que son parte importante y vital de lo que se llama el año cristiano.

Y hemos añadido a cada día su martirologio o lista de los santos y beatos que para esa fecha señala el Martirologio romano. De esta forma, cada día puede saber el lector cuáles son los santos que la Iglesia conmemora, y de la mayoría de ellos tiene una nota biográfica, extensa o breve.

Esta obra sigue el nuevo *Martirologio romano* que, como edición típica, ha sido publicado el año 2001. Este seguimiento ha hecho que no demos entrada en el *Año cristiano* sino a los santos y beatos que en dicho Martirologio se recogen, enviando al Apéndice las notas biográficas de otros que no están incluidos en él pero que pueden resultar interesantes, por ejemplo, por celebrarlos, en su propio de los santos, alguna diócesis española. De todos modos son muy pocos. Igualmente ha obligado el seguimiento del nuevo Martirologio romano a resituar no pocas biografías que en las ediciones anteriores se encontraban en otras fechas y que han sido pasadas al día que ahora se les asigna.

Nos parece que este criterio de seguir el nuevo Martirologio no necesita defensa. Pues aunque se le hayan encontrado al texto del mismo algunos fallos de detalle, sustancialmente es un texto definitivo. No olvidemos que el Martirologio es un libro litúrgico, editado por la Congregación del Culto Divino y de la Disciplina de los Sacramentos, promulgado por la autoridad del Romano Pontífice, cumpliendo una determinación del Concilio Vaticano II. Se trata del registro oficial de santos y beatos que hace para su uso la Iglesia Romana y que tiene vigencia en todo el ámbito, tan mayoritario dentro de la Iglesia, del rito romano. Hay que decir que en su actual edición se ha hecho una grande e inmensa labor, verdaderamente meritoria, y que con ella se ha cumplido el objetivo conciliar de máxima historicidad, y el de

poner al día esta lista oficial con la añadidura no solamente de los nuevos santos sino también de los beatos, ya que, aunque en distintos niveles, unos y otros reciben legítimamente culto público en la Iglesia.

Con respecto a la bibliografía digamos que hemos seguido el criterio que se usó en las ediciones anteriores. Se ofrece en el primer volumen una bibliografía general actualizada. En ella se indican las obras que se refieren a todo el calendario o a una parte de él, por ejemplo, el santoral de una nación, el de una congregación u orden religiosa, el de los mártires de una persecución, etc. La bibliografía específica de cada santo o beato de las biografías extensas va al final de cada una de ellas.

Hemos pensado que con estos criterios volvemos a darle al lector el ya clásico AÑO CRISTIANO de la BAC pero con ampliaciones y mejoras que esperamos merezcan su atención.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES
Coordinador

AÑO CRISTIANO

VIII

Agosto

1 de agosto

A) MARTIROLOGIO [1]

1. La memoria de San Alfonso María de Ligorio († 1787), obispo y doctor de la Iglesia, fundador de la Congregación del Santísimo Redentor **.

2. La conmemoración de los siete hermanos que con su madre murieron en defensa de la Ley de Dios en Antioquía y cuyo martirio narra el Libro II de los Macabeos **.

3. En la Vía Prenestina, en el trigésimo miliario de Roma, San Secundino, mártir (fecha desconocida).

4. En Gerona, San Félix († s. IV), mártir *.

5. En Vercelli (Liguria), San Eusebio († 371), obispo, cuya memoria se celebra mañana.

6. En Bayeux (Galia Lugdunense), San Exuperio († s. IV), obispo.

7. En Aquitania, San Severo († 500), presbítero.

8. En Vindomitte, junto a Nantes, santos Friardo y Secundelo († s. VI), diáconos, ermitaños.

9. En Marchiennes (Bélgica), San Jonato († 690), abad.

10. En Winchester, San Etelvoldo († 984), obispo *.

11. En Aosta, Beato Emerico de Quart († 1318), obispo.

12. En Rieti (Sabina), Beato Juan Bufalari († 1336), religioso de la Orden de Ermitaños de San Agustín *.

13. En Roma, Beato Pedro Fabro († 1546), presbítero, primer jesuita **.

14. En York (Inglaterra), Beato Tomás Welbourne († 1605), mártir bajo Jacobo I *.

15. En Nam-Dinh (Tonkín), santos Domingo Nguyen Van Hanh (Dieu), de la Orden de Predicadores, y Bernardo Vu Van Due († 1838), presbíteros y mártires *.

16. En La Mure (Francia), San Pedro Julián Eymard († 1868), cuya memoria se celebra mañana.

17. En Madrid, Beato Bienvenido José de Miguel Arahal († 1936), presbítero, de la Congregación de Terciarios Capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores, mártir **.

18. En el campo de concentración de Dachau (Baviera), Beato Alejo Sobaszek († 1942), presbítero y mártir *.

[1] Los asteriscos que aparecen en el martirologio hacen referencia a las biografías que siguen a continuación, que serán extensas (**) o breves (*).

19. Junto a Nowogródek (Polonia), beatas María Estrella del Santísimo Sacramento (Adelaida) Mardosewicz y diez compañeras de la Congregación de Hermanas de la Sagrada Familia de Nazaret: María Imelda de Jesús Hostia (Eduvigis Carolina) Zak, María Raimunda de Jesús María (Ana) Kukolowicz, María Daniela de Jesús y María Inmaculada (Leonor Aniela) Jozwik, María Canuta de Jesús en el Huerto de Getsemaní (Josefa) Chrobot, María Sergia de la Virgen Dolorosa (Julia) Rapiej, María Guida de la Divina Misericordia (Elena) Cierpka, María Felicidad (Paulina) Borowik, María Helidora (Leocadia) Matuszewska, María Canisia (Eugenia) Mackiewicz y María Borromea (Verónica) Narmontowicz († 1943), vírgenes y mártires **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO

Doctor de la Iglesia y fundador († 1787)

Nace en Marianella de Nápoles en 1696. Primer vástago de don José de Ligorio y doña Ana Cavalieri, de vieja sangre napolitana. Desde su misma cuna lleva el signo y la misión de su vida. «Este niño llegará a viejo, será obispo y realizará grandes obras por Jesucristo», profetizó de él un santo misionero.

La instrucción y formación de Alfonso es la del noble de su siglo. A los siete años estudia humanidades clásicas. A los doce se matricula en la universidad. A los dieciséis es revestido con la toga de doctor en ambos Derechos. Completan su formación el estudio de las lenguas modernas, la esgrima y las artes, particularmente la música y pintura, que más tarde pondrá al servicio del apostolado. Alfonso encarna el joven noble del siglo, educado para vivir, disfrutar y triunfar en el mundo. Hay en sus obras y vida pasajes que recuerdan este aspecto mundano de su formación. El Santo nos dirá «que en todo esto no hacía más que obedecer a su padre».

La formación religiosa y moral de la niñez y adolescencia la comparten su padre, que le da la seguridad y tenacidad de ideas, la fuerza de la voluntad; su madre, de la cual hereda su exquisita sensibilidad, y el Oratorio de los nobles de San Felipe Neri. Aquí ingresa a los nueve años, haciendo la comunión al año siguiente. Aquí encuentra el ambiente propicio y un director para sus años de adolescente en la persona del padre Pagano. «Cuan-

do un seglar me pregunta cómo se ha de santificar en el mundo, le respondo: Hazte congregante y cumple con la Congregación», escribirá siendo misionero y recordando los años pasados en la Congregación de nobles y de doctores.

Los años que corren entre los dieciséis y veintiséis (1713-1723) marcan su decenio más interesante y crucial. Alfonso entra de lleno en el mundo. Después de tres años de ampliación de estudios empieza su vida de abogado y va conquistando distinguida clientela. Frecuenta el teatro y los salones. Su padre ha creído llegada la hora de casarlo con la hija de los príncipes de Presicio. Es un partido ventajoso que propone a Alfonso mientras éste se mantiene entre indiferente y «lunático». Sigue una vida de sociedad intensa, querida y mantenida por su padre. Todavía vuelve éste a la carga, presentándole ahora la hija de los duques de Presenzzano. Ha decidido encumbrar a su hijo Alfonso con la gloria de la sangre y de la nobleza. No lo conseguirá. Alfonso había vencido por primera vez.

Todo este mundo napolitano, paraíso de diablos, como le llamó un turista de la época, no hizo cambiar en nada la vida de piedad de Alfonso. Nos dice él que, gracias a la visita al Santísimo, pudo dejar el mundo. Jesús sacramentado le enseñó la vanidad de las cosas.

> «Créeme, todo es locura: festines, comedias, conversaciones [...], tales son los bienes del mundo. Cree a quien de ello tiene experiencia y llora su desengaño».

Todos los años practica los ejercicios espirituales en completo retiro. Recordará siempre los ejercicios del año 1722, en que el padre Cútica presenta ante los ejercitantes un cuadro impresionante de Cristo crucificado en el que aparecen impresas las manos de un condenado. Frecuenta asiduamente la Congregación de doctores, en la que trabaja enseñando el catecismo y visitando enfermos. Por esta época su sola presencia convierte a un criado de su casa, musulmán. «La fe del señor tiene que ser la verdadera, pues su conducta es la mejor prueba», fue la razón que dio.

A esta edad de veintiséis años ha llegado Alfonso a unas cuantas ideas fijas que le preocupan: el pecado, la conciencia, el mundo, la salvación del alma. Es un introspectivo terrible. Estas

ideas ya no le dejarán en toda la vida. Abundan los testimonios de este primer contacto con el mundo que nos lo presentan insatisfecho. «Amigo —dice un día a un compañero de profesión—, corremos el riesgo de condenarnos». Esta insatisfacción y desasosiego culminará en aquel desahogo o comprobación de lo que ya estaba convencido: «¡Oh mundo, ahora te conozco bien!».

En efecto, este mismo año comprueba definitivamente lo que es el mundo. Pierde el célebre pleito entre el duque de Orsini y el gran duque de Toscana. Es un fracaso ruidoso que todo Nápoles vive y comenta. El suceso local de 1723, que diríamos hoy. Alfonso lo siente en lo más vivo. Llora encerrado durante tres días, sin querer probar bocado. Pero de esta encerrona no sale el resentido del mundo, sale el convencido y resuelto a dejar los tribunales y a dar una orientación más alta a su vida. Pasan unos meses de tremenda lucha interior, meses de espera de algo definitivo, porque «así no se puede vivir».

Dios estaba esperándole detrás de todo esto. Un día, cuando visitaba a los enfermos en el hospital de los incurables, oyó una voz, dirigida a él. Le llamaba por su nombre: «Alfonso, deja el mundo y vive sólo para mí». Salió corriendo del hospital. En la puerta vuelve a oír las mismas palabras: «Alfonso, deja...». Rendido a la evidencia exclama: «Señor: ya he resistido bastante a vuestra gracia. Heme aquí. Haced de mí lo que queráis».

En su camino encuentra la iglesia de la Merced. Entra, se arrodilla y hace voto de dejar el mundo. Se dirige luego al altar de Nuestra Señora y en prenda de su promesa deja allí su espada de caballero. Tenía ahora que ganar su segunda batalla con su padre. No sería fácil.

En este momento decisivo se dirige a su director, padre Pagano, quien aprueba su voto de dejar el mundo. ¿Y su padre? Cuando Alfonso, tembloroso, le comunica su resolución, su padre esgrime el mejor argumento: las lágrimas. No lo había usado nunca. Se le echa al cuello y, abrazándole, le dice: «Hijo, hijo mío, ¿me vas a abandonar?». Tres horas duró esta lucha de la sangre y el espíritu. Termina con la victoria del hijo. Alfonso viste el hábito eclesiástico en 1723, a la edad de veintisiete años. Tres años más tarde sube al altar. Estos tres años de estudio ha

estado en contacto con excelentes profesores de teología y moral que siempre recordará con afecto, ha trabajado en parroquias y, sobre todo, ha vivido en un ambiente, en la Congregación de la Propaganda, en que se cultivan las virtudes clericales.

Ahora con la ordenación se abre la puerta a la actividad apostólica. Siguen dos años de experiencias y gozos sacerdotales en los suburbios de Nápoles y en los pueblos y aldeas del reino. Su experiencia mejor en este período son las *capelle serotine* o reuniones al aire libre con gente de los barrios bajos para enseñarles el catecismo. Como miembro de las Misiones apostólicas se lanza en seguida al campo de las misiones y predicación, orientando en esta dirección definitivamente su vida.

Este mismo ambiente misionero precipita su vocación de fundador. En 1732 se encuentra con unos compañeros en las montañas de Amalfi. Aquí capta por sí mismo el estado de abandono religioso de cabreros y campesinos. Y aquí hace suyo el lema evangélico: «He sido enviado a evangelizar a estos pobres».

La intervención sobrenatural se deja sentir otra vez. Dios le quería fundador y maestro de misioneros. Así lo había manifestado a una santa religiosa, la venerable sor Celeste Crostarosa, que vivía en Scala, centro de irradiación de los misioneros. Asesorado por su director y seguido de algunos compañeros, funda el 9 de noviembre de 1732 la Congregación del Santísimo Redentor. Su fin será «seguir a Jesucristo por pueblos y aldeas, predicando el Evangelio por medio de misiones y catecismos». Una tarea exclusivamente apostólica. Excluye desde el primer momento toda otra obra que le impida seguir a Cristo predicador del Evangelio en caseríos y aldeas.

Se abre ahora la época más fecunda y plena de Alfonso. Durante más de treinta años recorre las provincias del reino con sus equipos de misioneros, que distribuye por todos los pueblos. Toma por asalto pueblos y ciudades y no sale de allí hasta después de doce, quince días y un mes. Mantiene con sacerdotes, párrocos, obispos y misioneros una correspondencia numerosa que nos lo hace presente en todas las misiones. No faltan en ella detalles de organización, de enfoque, de preparación de la misión. Le preocupa dotar a su Congregación de un cuerpo de doctrina orgánico y definido de misionar. Lo va perfilando

en sus circulares, en el «Reglamento para las santas misiones», los «Ejercicios de la santa misión» y en sus célebres «Constituciones» del año 1764, que encauzan la actividad y espíritu misionero alfonsino. Tannoia nos ha dejado en sus *Memorias* la actividad misionera de San Alfonso año tras año. Resulta sencillamente sorprendente.

Descubrimos también en esta época al escritor. La pluma es su segunda arma, más poderosa y permanente que la palabra. Está convencido de que el pueblo necesita mucha instrucción religiosa, necesita, sobre todo, aprender a rezar y meditar. Para el pueblo van saliendo las *Visitas al Santísimo* y *Las Glorias de María,* libros clásicos en el pueblo cristiano. Siguen la *Preparación para la muerte,* el *Gran medio de la oración, Práctica del amor a Jesucristo* e infinidad de opúsculos que va regalando en sus misiones. Con la *Teología moral,* la *Práctica del confesor,* el *Homo apostolicus* y otros estudios de apologética se descubre San Alfonso como el moralista y el gran maestro de la pastoral de su tiempo. Sólo con un voto de no perder un minuto de tiempo y una gran capacidad de trabajo pudo escribir en estos cuarenta años de su plenitud más de ciento veinte obras.

En 1762 es nombrado obispo de Santa Águeda de los Godos. Su pontificado dura hasta 1775. Durante este tiempo lleva por dos veces la Santa Misión a todos los pueblos de la diócesis. Él mismo predica el sermón grande de la misión, o el de la Virgen. Todos los sábados predica en la catedral en honor de Nuestra Señora. Reforma el seminario y el clero. Para los pobres que le asedian vende su coche y anillo. Prosigue su actividad literaria, dirigida ahora a deshacer los ataques de la nueva filosofía contra la fe, la Iglesia y el Papa. Sus pastorales son modelo de preocupación pastoral por los problemas del clero y de los fieles. Su defensa de la Iglesia es constante y eficaz: habla y actúa en favor de la Compañía de Jesús, asiste por un prodigio extraordinario de bilocación a la muerte de Clemente XIII, atormentado en esta hora. Mientras todas las cortes de Europa presionan y persiguen a la Iglesia, no cesará de pedir oraciones a los suyos y repetir: «¡Pobre Papa, pobre Jesucristo!».

Tras repetidas instancias el papa Pío VI le alivia de su cargo pastoral en 1775. Vuelve a los suyos pobre, como pobre había

salido, según reza el Breviario. Se recluye en su casa de Pagani para esperar la muerte. La estará esperando todavía doce años entre achaques que van desmoronando su cuerpo. Este período significa el eclipse de una vida entre resplandores de ternura, devoción, ingenuidad inefables. En esta postración obligada siente la sequedad, el abandono de Dios que había sentido de joven. Experimenta también el gozo y la exaltación de las realidades sobrenaturales. Las anécdotas abundan:

> «Hermano, yo quiero ver a Jesús; bájeme a la iglesia, se lo suplico.
> Monseñor —dice el hermano—, allí hace mucho calor.
> Sí, hermano, pero Jesús no busca el fresco».

Otro día:

> «Hermano, ¿hemos rezado el rosario?
> Sí, padre.
> No me engañe, que del rosario pende mi salvación».

La prueba más dura viene con la persecución y división de su Congregación. Él será separado y excluido temporalmente de ella. Mientras se hace la verdad espera repitiendo: «Voluntad del Papa, voluntad de Dios».

Muere en Pagani el miércoles 1 de agosto de 1787, al toque del *Angelus*. Tenía noventa años, diez meses y cinco días. Tannoia, su secretario, hace de él este retrato:

> «Era Alfonso de mediana estatura, cabeza ligeramente abultada, tez bermeja. La frente espaciosa, los ojos vivos y azules, la nariz aquilina, la boca pequeña, graciosa y sonriente. El cabello negro y la barba bien poblada, que él mismo arregla con la tijera. Enemigo de la larga cabellera, pues desdecía del ministro del altar. Era miope, quitándose los lentes siempre que predicaba o trataba con mujeres. Tenía voz clara y sonora, de forma que, aunque fuese espaciosa la iglesia y prolongado el curso de las misiones, nunca le faltó, aun en su edad decrépita. Su aire era majestuoso, su porte imponente y serio, mezclado de jovialidad. En su trato, amable y complaciente con niños y grandes.
>
> Estuvo admirablemente dotado. Inteligencia aguda y penetrante, memoria pronta y tenaz, espíritu claro y ordenado, voluntad eficaz y poderosa. He aquí las dotes con que pudo llevar a cabo su obra literaria y hacer tanto bien en la Iglesia de Cristo» *(Vita,* IV c.37).
>
> «En su larga carrera no hubo minuto que no fuera para Dios y para trabajar en su divina gloria. Juzgaba perdido todo lo que no fuera directamente a Dios y a la salvación de las almas» (ibid.).

Este testimonio explica la clave de la vida de Alfonso: la gloria de Dios por la salvación de las almas. Es un hombre que busca en todo lo esencial. Todo lo que no va a Dios y a las almas le estorba. Esto explica sus votos de hacer lo más perfecto y de no perder un minuto de tiempo. Parece que tiene prisa y le falta tiempo para estas dos grandes ideas: Dios y las almas.

Sus cuadernos espirituales, notas y cartas nos lo muestran preocupado de su perfección. Controla sus movimientos hasta el exceso. Consulta siempre con sus directores las cosas de su alma. Desde su niñez hasta su muerte seguirá fiel al director.

La austeridad y medida exacta de sus movimientos no han secado su corazón y su sensibilidad. Se acerca a Dios con la mente y el corazón. Jesucristo, imagen del Padre, le ofrece la manera de acercarse totalmente a Dios. Recorre todas las etapas de la vida del Señor, lleno de amorosa ternura en las Meditaciones de la Infancia y de la Pasión del Señor. Insiste en la parte que tiene el corazón y los afectos en la vida espiritual, porque el corazón manda. «Amemos a Jesús. ¡Qué vergüenza si en el día del juicio una pobre vieja ha amado a Jesús más que nosotros!». Esta ternura afectiva no tiene otro fin que adentrarnos en Jesús para conocerlo e imitarlo. El amor es en San Alfonso principio de conocimiento e imitación en cuanto el amor nos acucia y estimula a asemejarnos al amado.

Este mismo lenguaje de ternura y confianza emplea con María. Para María compone poesías y canciones de honda inspiración. Nunca, sin embargo, sacrifica la verdad al corazón. Su célebre libro de *Las Glorias de María* asienta las grandes verdades de la fe sobre María: Madre de Dios, intercesora, medianera, inmaculada, que dan lugar a este lenguaje del corazón. Hace resaltar el aspecto práctico de la devoción a María en la vida de los cristianos. Formula este gran principio: «El verdadero devoto de la Virgen se salva». En sus misiones no deja nunca el sermón de la Señora, «porque la experiencia ha probado ser necesario para inspirar confianza al pecador». Sin duda el mayor secreto de su doctrina y de su pervivencia es el haberla vivido él antes intensamente.

No concibe su vida sino para Dios y las almas. Esta segunda faceta la ha realizado minuto a minuto más de sesenta años. Re-

pite muchas veces como su mayor timbre de gloria haber predicado misiones durante más de cuarenta años. No ha perdonado nada para acercarse a las almas. Le preocupan sobre todo el pueblo abandonado —«en las capitales tienen muchos medios de salvarse»—, los sacerdotes y las almas consagradas.

Habla al pueblo con sencillez. Su oratoria no reviste la ampulosidad de la época. Es digna, clara, ordenada, eminentemente práctica. Enseña el catecismo. Habla de las ocasiones de pecado, las verdades eternas, los sacramentos, los medios de perseverancia. Insiste en que la oración es fácil y que todos pueden rezar. Hay que hacérselo creer así al pueblo. La oración es, además, el medio universal de todas las gracias. Todos tienen la gracia suficiente para rezar y rezando alcanzarán las gracias eficaces para salir del pecado y para perseverar. De ahí su gran principio: «El que reza se salva, el que no reza se condena».

Le preocupan especialmente los sacerdotes y directores de almas. Vive una época de rigor moral que le tortura. Tampoco le convence la demasiada libertad. El viejo problema de coordinar la libertad y la ley —los derechos de Dios y del hombre— no ha encontrado aún solución. Su espíritu ordenador, sintético y práctico encuentra una fórmula: se pueden coordinar la libertad y la ley. El equiprobabilismo es una defensa tanto de la ley como de la libertad. Su honradez y seriedad científica le obligan a perfeccionar su sistema, a compulsar más de ochenta mil citas. Desde 1753, en que aparece su *Teología moral,* hasta su muerte no cesa de corregir su obra. Todos los problemas de moral encuentran en él una solución concreta. Su moral es una unión admirable del teólogo y moralista con el confesor y misionero. Ahora, y después de dos siglos, se nos hace imprescindible. «Ahí tienes a tu Ligorio», dirá el Papa a un moralista que le presenta un caso difícil.

Ésta es la vida de Alfonso de Ligorio. Ésta es su obra en la Iglesia de Dios. «Abrió su boca en medio de la Iglesia y le llenó el Señor del espíritu de sabiduría e inteligencia». A pesar del tiempo, San Alfonso sigue hablando un lenguaje de confianza en Jesús y María para el pueblo fiel, un lenguaje seguro y definitivo para los conductores de almas en los problemas de conciencia. Y, sobre todo, el lenguaje de las obras. La Iglesia ha

consagrado su vida y su obra elevándole a los altares en 1838, nombrándole doctor apostólico y celoso en 1870 y, finalmente, patrono de confesores y moralistas en 1952. «El que hiciere y enseñare, ése será grande en el reino de los cielos».

PEDRO R. SANTIDRIÁN, CSSR

Bibliografía

CAMPOS CASTRO, J., *Vida breve de una larga vida. Rasgos biográficos de San Alfonso M.ª de Ligorio* (Madrid 1953).

NAVARRO VILLOSLADA, F., *Vida popular de San Alfonso M. de Ligorio* (Madrid 1915).

TANNOIA, P., *Vita ed instituto di S. Alfonso M. de Liguori dottore di S. Chiesa, vescovo di Sant'Agata de' Goti e fondatore della Congregazione del SS. Redentore* (Nápoles 1798); nueva ed.: *Della vita ed instituto del venerabile servo di Dio, Alfonso M.ª de Liguori* (Materdomini 1982).

TELLERÍA, R., *San Alfonso María de Ligorio, fundador, obispo y doctor,* 2 vols. (Madrid 1950).

- Actualización:

LÓPEZ MELÚS, R. M.ª, *Vida de San Alfonso María de Ligorio* (Madrid 1980).

REY-MERMET, TH., *El santo del Siglo de las Luces: Alfonso de Liguori (1696-1787)* (Madrid 1985).

RUIZ GOÑI, D., *San Alfonso María de Ligorio. Un grande al servicio de los pequeños, 1696-1787* (Madrid 1987).

VIDAL, M., *Frente al rigorismo moral, benignidad pastoral: Alfonso de Liguori (1696-1787)* (Madrid 1986).

SANTOS MÁRTIRES MACABEOS

(Antiguo Testamento)

Al fin. Ya todo se acabó. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis..., los siete. Con el martirio de cada uno de ellos le iban arrancando a ella, la madre, un trozo de su ser. Por eso ya no le quedaba nada. Vivía, pero su vida se había ido agotando con la muerte de cada uno de sus hijos. Ni dolor posible había para ella. Era como un vaso lleno donde ya no cabe más.

Los había visto morir, uno a uno, casi cacho a cacho, en medio de una espantosa carnicería. La lengua, las manos, los pies... Y luego, así manando sangre, despojos humanos, a la caldera del aceite hirviendo. Pero, eso sí, valientes, erguidos, animosos. Proclamando su fe, cuando podían hablar, con palabras arrebatadas. Cuando ya no, con su mirada, con sus ojos brillantes de dolor o de esperanza, fijos en el cielo o en ella. Y luego, el mis-

mo retorcimiento de sus miembros, el crepitar de sus carnes, el vaho espeso y atosigante de sus grasas, era como un incienso nuevo que traspasaba los techos del palacio y del mundo en un puro grito de amor.

Y ella, allí. Cada tormento de sus hijos era un golpe de dolor y de asfixia que se le iba represando en la garganta. Venía el dolor a oleadas, amenazando romper el dique de su corazón. Pero no. El quiebro de su fortaleza se notaba apenas en aquel sordo sollozo interior, en aquella leve crispación súbita de sus miembros, en aquella acentuada presión de sus manos al estrechar contra su pecho el apiñado racimo humano que iba reduciéndose, reduciéndose...

Hasta que no pudo abrazar más que el vacío. Había entregado su último hijo, el pequeño, el que estaba más cerca aún de su carne. Y fue entonces cuando hubo de hablar, a instancias del verdugo. Las primeras palabras habían sido dulces, quejumbrosas, como un llamamiento al consuelo, a la vida, a la alegría. Se habría esperado de ellas una súplica al niño para que volviese atrás, negase su fe, pero quedase en la vida como gozo único de su madre, según prometía el tirano. Mas luego se habían convertido, por esa misma carga de dulzura y de queja, en el agudo llamear de una espada que invitaba a la victoria de una muerte en martirio:

> «Hijo, ten compasión de mí, que por nueve meses te llevé en mi seno, que por tres años te amamanté, que te crié, te eduqué y te alimenté hasta ahora. Ruégote, hijo, que mires al cielo y a la tierra, y veas cuanto hay en ellos, y entiendas que de la nada lo hizo todo Dios, y todo el humano linaje ha venido de igual modo. No temas a este verdugo, antes muéstrate digno de tus hermanos y recibe la muerte para que en el día de la misericordia me seas devuelto con ellos».

¿Hacía falta echar leña al fuego? Porque aquel adolescente, carne de su carne, era ya una llama viva, pura hoguera de encendidas palpitaciones. Voluntad indomable y arrogante, pero también aguda lucidez. Sabía adónde iba, y sabía también el porqué y el para qué:

> «Yo, como mis hermanos, entrego mi cuerpo y mi vida por las leyes patrias, pidiendo a Dios que pronto se muestre propicio a su pueblo, y que tú, a fuerza de torturas y azotes, confieses que sólo

Él es Dios. En mí y en mis hermanos se aplacará la cólera del Omnipotente, que con encendida justicia vino a caer sobre toda nuestra raza».

Las palabras, aceradas palabras, llenas de tremenda clarividencia de responsabilidad, pero también de inmensa fe, de inmenso amor, de total sentido de sacrificio, no se las había dirigido a ella, sino al tirano.

Estas palabras habían sido la expresión más absoluta del puro holocausto, y a ella la habían confortado en todos aquellos momentos últimos, tan terribles, cuando no veía más que desolación, miembros sanguinolentos, máscaras chamuscadas y retorcidas de los cuerpos de sus hijos, y vacío, sobre todo vacío.

Al fin todo se había acabado. Quedaba ella. Pero ¿qué era ella? El último resplandor, la vacilante llamita final de un incendio ya pasado. Recibió la muerte como si recibiera el soplo de una brisa. No tenía más que hacer: apagarse.

Debió de posarse entonces en el recinto, por un instante, la pesada ala del silencio. Y en medio de él debió de sentirse como el eco de un jubiloso cántico de gloria, que estremecía los cuerpos del tirano y los verdugos, calándoles hasta los huesos del alma con un escalofrío de pavor y con la más absoluta sensación de inutilidad.

Pero no había que extrañarse demasiado. Toda la monolítica grandeza de aquellos mártires no era más que la espiga en granazón de una simiente. La que había plantado con su propio martirio el viejo doctor Eleazar, a quien la leyenda, por ese juego de influjos ocultos, asocia a los siete jóvenes en calidad de maestro.

También a él querían forzarle a que renegase de las leyes religiosas de su pueblo, comiendo, como símbolo de la traición total, carnes prohibidas. Voces insidiosamente amigas le incitaron a que simulase comerlas para librarse de la muerte. Pero él se había negado a esta infamia, por fe, por respeto a Dios, por dignidad, y para sembrar ejemplo, no fuera que pudiesen luego «decir los jóvenes que Eleazar, a sus noventa años, se había paganizado con los extranjeros»:

«Por lo cual animosamente entregaré la vida y me mostraré digno de mi ancianidad, dejando a los jóvenes un ejemplo noble para

> morir valiente y generosamente por nuestras venerables y santas leyes».

Y así, animosamente, al hilo de sus palabras, enfebrecido de entusiasmo juvenil, entregó su noble carne anciana al desgarramiento de los azotes, que «el alma sufre gozosa por el temor de Dios». Y no había sido inútil su tesonero ejemplo, pues prendió como avasalladora llama precisamente en el pecho de los jóvenes, según su último deseo. Ahí estaban, para testimonio, esas siete antorchas, los siete hermanos unidos en el abrazo octavo de la madre, consumiéndose en el mismo fuego de fe, amor y holocausto.

Éstos son los mártires Macabeos. Unidos en la veneración, como lo estuvieron, por esa misteriosa ligazón del ejemplo, en el martirio.

¿Mártires de Cristo antes de Cristo? Hay que buscar el nudo a la paradoja en esa corriente subterránea de vida y de fe que, nacida de las promesas divinas en la misma fuente de los tiempos, empapa todas las raíces de la historia, hasta desembocar, como chorro de luz abundosa, en la venida humana de Dios. Los Macabeos mueren por no traicionar sus leyes patrias. Y estas leyes suyas están ancladas en Dios y en las promesas de Dios a su pueblo. Sus raíces se hunden en la savia de esa corriente que, en definitiva, desemboca en Cristo y no tiene sentido sin Cristo, el Mesías esperado.

San Gregorio Nacianceno, en su homilía sobre los Macabeos, apoya también esta afirmación:

> «Una razón inexplicable e íntima, en la que abundan conmigo los que aman a Dios, me hace creer que ninguno de los que padecieron el martirio antes de la venida del Redentor pudo obtener esa gloria sin la fe en Jesucristo».

Mártires, por tanto, de Cristo. Mártires en esperanza. Han brotado en el huerto que, regado por esa dulcísima agua invisible de la fe en las promesas mesiánicas, «ya muestra en esperanza el fruto cierto».

¡Y con qué fuerza irrumpen en las celebraciones cristianas, ya desde los albores! Es tal la evidencia y celebridad de su culto que apenas se encuentran mayores en otros santos.

En un calendario del siglo IV, en el que, al lado de las fiestas del Señor, se citan solamente los nombres de los santos Pedro, Pablo, Vicente, Lorenzo, Hipólito y Esteban, se conmemora la fiesta de los Macabeos, ya con la fecha del 1 de agosto, que ha conservado siempre, aun con precedencia sobre San Pedro ad Vincula hasta el siglo IX.

El esplendor de su culto alcanza a la Iglesia griega lo mismo que a la latina. Y sus reliquias se veneran en Antioquía primero, luego en Constantinopla, desde el siglo VI en Roma, en San Pedro ad Vincula...

Los grandes Padres de la Iglesia predican en su honor las más bellas homilías: San Gregorio, San Agustín, San Cipriano... El Crisóstomo, en una de las tres que les dedicó en Antioquía, exclama:

> «¡Qué espléndida y gozosa se nos ofrece hoy la ciudad! ¡Qué maravilloso este día, sobre todos los del año! No porque el sol derrame sobre la tierra fulgores más brillantes que nunca, sino por el resplandor de los Santos Mártires, que alumbran la ciudad más que el relámpago... Por su causa la tierra se muestra hoy más hermosa que el mismo cielo».

¿Qué es lo que ha visto la Iglesia en estos mártires para saltar así de gozo? ¿Para celebrarlos, únicos entre los del Antiguo Testamento, con esta gloria y devoción?

Sin duda adivina en ellos el ejemplo más acusado de esa mística radicación en Cristo de toda la fe, toda la gracia, todo el amor heroico de todos los tiempos. El borbotón de gracia y fuerza que brota en el Calvario, no sólo impregna de frescura y enciende en fuego de sangre a todo lo que viene después de él, sino también a lo anterior, porque su vitalidad es eterna.

Por otra parte, el martirio de los Macabeos es una lección magistral para todos los cristianos perseguidos, una incitación a la heroicidad en los tiempos difíciles, como lo destaca San Gregorio:

> «Si sufrieron el martirio antes de la pasión de Jesucristo, ¿qué hubieran hecho si hubiesen sido perseguidos después de Él, mirando el ejemplo de su muerte redentora?».

Y también —¿por qué no?— la Iglesia tiene que sentirse conmovida en lo más íntimo de sus entrañas por el testimo-

nio soberano de estos mártires: ese noble anciano que marcha abierta y directamente a la muerte con ánimo juvenil, desechando subterfugios e hipocresías; esos siete hermanos, en plenitud de vida, que antes de morir lanzan al tirano su reto con aire de victoria; esa madre que, a golpes de corazón y de angustia, va entregando uno a uno sus hijos, en un segundo alumbramiento más doloroso, porque los envía a la vida, pero a través del negro puente de la muerte.

Finalmente, en las palabras de los Macabeos se encuentra uno de los testimonios más claros acerca de la fe en la resurrección de la carne antes del cristianismo.

Todo ello parece constituir una magnífica obertura en sangre a la grandiosa sinfonía de martirio que nace en el Calvario. Y nos enseña, desde su humilde fondo precristiano, la única manera de defender los inalienables derechos de Dios sobre el hombre, ante todas las tiranías y ante todas las defecciones de los buenos: con el holocausto propio.

> «En mí y en mis hermanos se aplacará la cólera del Omnipotente, que con encendida justicia vino a caer sobre toda nuestra raza».

Son, en definitiva, estas palabras del hermano pequeño las que nos dan la dimensión profunda y verdadera de este admirable martirio de los Macabeos.

SERVANDO MONTAÑA PELÁEZ

Bibliografía

2 Mac 6-7.
AGUSTÍN, SAN, *In sollemnitate martyrum Machabaeorum sermones 2:* PL 39,1376-1385.
DE ROSSI, G. B., «Scoperta di un sarcofago con le reliquie dei Maccabei nella basilica di S. Pietro in Vincoli»: *Bulletin di archeologia cristiana* 3.ª serie, I (1876) 73-75.
FERRUA, A., «Della festa dei ss. Maccabei e di un antico sermone in loro onore»: *La Civiltà Cattolica* (1938) 234-247; 318-327.
GREGORIO NAZIANCENO, SAN, *Oratio 15 in Machabaeorum laudem:* PG 35,912-933.
JUAN CRISÓSTOMO, SAN, *In SS. Machabaeos et in matrem eorum hom. 3:* PG 50,617-628.
Martyrologium hieronymianum, o.c., 409.
Martyrologium romanum, o.c., 317-318.
RAMPOLLA, M., *Del luogo del martirio e del sepulcro dei Maccabei* (Roma 1898).
• Actualización:
IGLESIAS GONZÁLEZ, M. - ALONSO SCHÖKEL, L., *Macabeos* (Madrid 1976).
MARTÍN NIETO, E., *Los libros de los Macabeos* (Salamanca 1992).
RAINER, A., *Historia de la religión de Israel en tiempos del Antiguo Testamento.* II. *Desde el exilio hasta la época de los Macabeos* (Madrid 1999).

BEATO PEDRO FABRO

Presbítero († 1546)

Refiere el padre Diego Laínez que cuando, en 1535, San Ignacio salió de París para atender en España a su salud quebrantada, dejó «al buen maestro Pedro Fabro como hermano mayor de todos» los compañeros de un mismo ideal, consagrado meses antes con voto en la colina de Montmartre. Éste era el Beato Fabro: el primer sacerdote de la Compañía, ordenado tres semanas antes de aquel voto, y el primer miembro de aquel grupo estable de hombres excepcionales que, con San Ignacio a la cabeza, habían de fundar una nueva Orden.

Oriundo del pueblecito de Villaret, parroquia de San Juan de Sixt, situado en las faldas del Gran Bornand en el ducado de Saboya, donde había visto la luz primera durante las alegrías pascuales de 1506, aquel sencillo y humilde pastorcito ya a los diez años había sentido una atracción irresistible hacia el estudio. Sus padres, movidos por las lágrimas del niño, se vieron obligados a modificar los planes que sobre él tenían y ponerle a estudiar, primero en el vecino pueblo de Thones y a los dos años en La Roche, bajo la dirección del piadoso sacerdote Pedro Velliard, que le educó no menos en la doctrina que en el temor de Dios.

Siete años permaneció en aquella escuela, hasta que a los diecinueve de edad, en 1525, se dirigió a París para empezar el curso de artes o filosofía en el colegio de Santa Bárbara. La Providencia guiaba sus pasos para que, sin él preverlo ni pretenderlo, se fuese encontrando con sus futuros compañeros. En aquel colegio tuvo como maestro al español Juan de la Peña, el cual, a su vez, cuando encontraba alguna dificultad en la lectura de Aristóteles, se la consultaba a Pedro Fabro, porque «era buen griego». Maestro y discípulo compartían una misma habitación, en la que también por aquel mismo tiempo encontró alojamiento un condiscípulo de Fabro y de su misma edad, nacido solamente seis días antes que él: el navarro Francisco Javier. Más adelante, en octubre de 1529, se les juntó un tercer compañero, quince años mayor que ellos, destinado por Dios a ejercer un influjo decisivo en su vida: era Ignacio de Loyola. Esta convivencia y comunidad de estudios no podía menos de acercar a

estos tres nobles espíritus; pero mientras Javier tardó todavía varios años en dejar sus planes de mundo, el dulce saboyano se rindió más fácilmente al ascendiente que sobre él ejercía Ignacio. Dios se valió de un difícil período de escrúpulos y luchas interiores para que Fabro se pusiese bajo la dirección de Ignacio, ya por entonces hábil maestro de espíritus. Cuatro años duró esta íntima comunicación, pero dos bastaron para que Fabro se decidiese a seguir a su compañero en una vida de pobreza y apostolado. Decisiva influencia ejercieron los ejercicios espirituales, que Fabro hizo con tanto rigor que estuvo seis días sin comer ni beber nada, y sin encender el fuego en el crudo invierno de París. Más adelante, según el testimonio del mismo San Ignacio, había de tener el primer lugar entre los que mejor daban los ejercicios.

Mientras se iba desarrollando esta transformación en el interior de Fabro avanzaban también sus estudios teológicos, hasta que el 22 de julio, fiesta de Santa María Magdalena, celebró su primera misa. El 15 de agosto siguiente, en la fiesta de la Asunción de María al cielo, pudo celebrarla cuando, junto con Ignacio, Francisco Javier, Nicolás de Bobadilla, Diego Laínez, Alonso Salmerón, Simón Rodrigues, hizo el voto de vivir en pobreza y de peregrinar a Jerusalén, y, en caso de resultar esto imposible en el espacio de un año, ponerse en Roma a la disposición del Papa; voto renovado en los dos años sucesivos, cuando, si bien estuvo ausente San Ignacio, se asociaron a los anteriores en 1535 el compatriota de Fabro Claudio Jayo y en 1536 los franceses Juan Coduri y Pascasio Broet.

Desde el voto de Montmartre las vidas de Ignacio y de sus compañeros se funden en una sola, aun cuando el curso de los acontecimientos iba a conducir a unos y a otros por caminos del todo distintos. En noviembre de 1536 Fabro y los demás se encaminaban a Venecia con intención de poner en práctica su voto jerosolimitano. Allí se reúnen con Ignacio, que les espera, según lo convenido. Mientras aguardan el tiempo en que debía hacerse a la vela la nave peregrina, se reparten por los hospitales de la ciudad y se ejercitan en las obras de caridad y de celo. Obtenido el necesario permiso de Roma, asisten con los demás peregrinos a la procesión del Corpus el 31 de mayo. En el mes

de junio de aquel año 1537 reciben todos los que no eran sacerdotes las sagradas órdenes. Todo estaba preparado para la partida cuando un hecho inesperado se la impidió. Ante el peligro inminente de una guerra entre Venecia y el Turco no salió ninguna nave para Tierra Santa, hecho éste que no había ocurrido desde hacía años y tardó mucho tiempo en volver a repetirse. Los primitivos historiadores hacen constar esta circunstancia, haciendo ver en ella la mano de la Providencia, que tenía otros designios sobre aquel puñado de hombres dispuestos a las más grandes empresas.

Mientras los demás se repartieron por diversas ciudades en espera de nuevos acontecimientos, Ignacio, Fabro y Laínez en el otoño se encaminan a Roma. En el camino, poco antes de entrar en la Ciudad Eterna, Ignacio recibió la célebre visión, que, por el lugar donde ocurrió, suele ser llamada de La Storta. En ella Dios le prometió para él y los suyos una especial protección en Roma. Bien pronto el papa Paulo III se sirvió de aquellos hombres que se habían puesto a su servicio directo. A Fabro le confió la enseñanza de la Sagrada Escritura en la Universidad de La Sapienza (noviembre de 1537 a mayo de 1539). A partir de esta fecha comienza para Fabro la serie ininterrumpida de sus misiones apostólicas, que le obligaron a recorrer en un sentido u otro casi toda Europa, de Roma a Colonia, de Ratisbona a Lisboa.

En la trama complicada de sus viajes continuos hay dos hilos orientadores que señalan una doble dirección. Ignacio quería que Fabro diese impulso a la Compañía, sobre todo en Portugal y España. El Papa y el mismo San Ignacio querían valerse de su poder de atracción para salvar a las ovejas perdidas en las regiones protestantes. Un breve recorrido sobre los hechos externos de su vida nos presenta el siguiente cuadro de actividades: en octubre de 1540 parte hacia Alemania como teólogo del doctor Ortiz, consejero del emperador, acompañándole en los coloquios de Worms y de Espira y en la Dieta de Ratisbona. Allí le llega la orden de San Ignacio de encaminarse a España. Parte el 21 de julio de 1541, y, atravesando Baviera, el Tirol, su tierra saboyana, en la que se detiene diez días de intenso trabajo apostólico, por Francia entra en España. Cuatro meses han sido ne-

cesarios para este viaje de Ratisbona a Madrid. Apenas han pasado cinco meses, y le llega la orden de regresar nuevamente en compañía del cardenal Morone a Alemania. Seis meses se detiene en Espira. El cardenal Alberto de Brandeburgo le invita a Maguncia y allí conquista para la Compañía a Pedro Canisio, joven entonces de veintidós años y futuro apóstol de Alemania. En agosto y septiembre de 1543 le encontramos en Colonia. Pero no podía permanecer mucho tiempo en un mismo sitio. Esta vez le llega la orden de partir para Portugal; pero, cuando se dispone a emprender el viaje, pierde la ocasión de embarcarse en Amberes. En Lovaina cae enfermo. El nuncio en Renania, Juan Poggi, recibe la autorización para retenerle en Colonia, y en esta ciudad permanece seis meses, parte trabajando para desarraigar la herejía, parte dedicando su apostolado a los católicos y en íntimo trato con los cartujos colonienses. Por todo ello se aficiona a la ciudad del Rhin más que a ninguna otra. Pero Portugal sigue reclamándole, y en agosto de 1544 llega por mar a Lisboa, de donde pasa a Évora y a Coimbra. En mayo de 1545 se traslada por segunda vez a España, visitando Salamanca, Valladolid, Madrid, Toledo y otras ciudades de Castilla. Por entonces su salud empieza a debilitarse y se ve forzado a guardar cama en Madrid. Una nueva llamada parte desde Roma el 17 de febrero de 1546, la última de todas. Es menester que se ponga en camino para ir a Trento y juntarse con los padres Laínez y Salmerón, que trabajan en el concilio. Esta vez hace el viaje pasando por el reino de Valencia, llegando hasta Gandía, donde puso la primera piedra del colegio de la Compañía fundado por el duque Francisco de Borja. En Barcelona vuelve a sentirse enfermo y se ve forzado a detenerse tres semanas. Pero era necesario obedecer a la orden del Papa. Se embarca y llega a Roma cuando los calores son más intensos. A los pocos días sus fuerzas sucumben, y el 1.° de agosto de 1546, fiesta de las cadenas de San Pedro, ve romperse las que a él le tenían atado a la tierra. Contaba entonces cuarenta años y cuatro meses de edad, y expiraba exactamente diez años antes que San Ignacio.

Pero en el Beato Fabro, más que la sucesión de los hechos externos, cautiva el encanto que emana de toda su persona. Los testigos del proceso de 1596 nos lo presentan como de mediana

estatura, rubio de cabello, de aspecto franco y devoto, dulce y maravillosamente gracioso. Ejercía sobre todos los que le trataban un extraordinario poder de captación. A esto se añadía un talento, que era una especie de carisma, en el arte de conversar. Más que en los púlpitos le vemos actuar en el trato penetrante y espiritual con las más variadas personas, desde los grandes de la tierra y los dignatarios eclesiásticos hasta la gente sencilla, que le recordaba su origen montañés. Por su hablar y su obrar parece un precursor de su compatriota San Francisco de Sales, que tanto le estimó, y que dejó de él un hermoso elogio en su *Introducción a la vida devota.* Por su mansedumbre y caridad ha sido también comparado con San Bernardo. «¿Es un hombre, o no es más bien un ángel del cielo?», dirá de él San Pedro Canisio.

No todo en él era efecto de un natural excepcionalmente dotado. Por encima de sus cualidades descuella una virtud aparentemente sencilla, pero en la que es fácil encontrar rasgos de verdadero heroísmo. Su alma de niño no excluyó durante la infancia y juventud las luchas de la pasión. De ahí más adelante la angustia en que le sumergieron los escrúpulos. Su misma atracción hacia los ideales más elevados no excluye que sintiese la inclinación hacia una carrera seglar en el mundo. Pero él resistió a todo. Ya a los doce años consagró a Dios, con voto, su castidad. Más adelante hizo aquel otro tan revelador de su fina sensibilidad: el de no acercar jamás su rostro al de ningún niño; que eso pudiese ocurrirle con personas mayores, ni pensarlo siquiera. No es de maravillar que un alma tan pura sintiese como nadie el atractivo de la oración.

Su *Memorial,* o diario espiritual, en el que durante los últimos cuatro años de su vida dejó un reflejo de su alma, nos descubre con una ingenuidad espontánea su intensa vida de oración. Todo le sirve para elevarse a Dios. En todas las partes por donde pasa encuentra objetos de culto. Venera con singular devoción las reliquias de los santos y —esto es en él característico— venera con singular devoción a los ángeles de los poblados por donde pasa y de las personas con quien trata. A todos encomienda a Dios en sus oraciones, y la oración, junto con su trato exquisito, se convierte en su principal arma de apostolado. Oraba especialmente por ocho personas, y esta oración es significa-

tiva porque nos revela hacia dónde convergían los anhelos de su alma apostólica: el Sumo Pontífice, el emperador, el rey de Francia, el rey de Inglaterra, Lutero, el sultán de Turquía, Bucero y Melanchton. A estos dos últimos herejes había tenido ocasión de combatirlos en Colonia. Como, entre todas, le atraían especialmente las almas más necesitadas, de ahí sus ansias por la salvación de Alemania, su voto de ofrecer todas sus energías por aquel país: punto éste que le acerca a su hijo espiritual San Pedro Canisio.

En un alma tan privilegiada no podía faltar la característica del sufrimiento. En el Beato Fabro la ocasión de su dolor radicaba en su temperamento, extremadamente sensible. Era una lira que vibraba al menor roce, y las impresiones le llegaban hasta lo más hondo del alma. En un sujeto así pueden imaginarse las luchas interiores que tuvo que sostener. En su juventud fueron las intranquilidades de conciencia y los estímulos de la pasión. Más adelante fue la oscilación constante entre los planes que soñaba y el abatimiento al ver que no podía realizarlos. Versátil, de humor desigual, creyendo a veces haberlo conseguido todo, otras teniéndolo todo por irremisiblemente perdido. Tremendamente irresoluto, sufrió el tormento de la indecisión. Reconocía en sí mismo el defecto de querer abrazar demasiado, no sabiendo aferrar las cosas y las situaciones conforme aconsejaba la razón. De ahí un complejo de pusilanimidad, matizado de melancolía. Pero el Beato no se dejó arrastrar por sus tendencias temperamentales. Procuró combatir la desconfianza con el recurso constante a Dios. San Pedro Canisio nos dirá que luchó contra el espíritu de temor y desconfianza que le atormentaba. Meta suprema para él, la estabilidad del corazón, estorbada tanto por la tristeza infundada como por la vana alegría. La sensación de insuficiencia quedó en él transformada por la gracia en una maravillosa humildad, y esta virtud, a su vez, animó los demás aspectos de su espiritualidad: su caridad, su celo de las almas, pero, sobre todo, su oración. Además del recurso a Dios, su salvación fue la obediencia a sus superiores. La carta ignaciana de la obediencia se hizo letra viva en el Beato Fabro.

Obediencia la suya que llegó al heroísmo. Cuentan que, al salir de Barcelona con el cuerpo enfermo, a quien le disuadía de

emprender semejante viaje le respondió: «No es necesario que yo viva, pero es necesario que obedezca». Y por obediencia murió, a semejanza de Jesucristo.

Años después San Francisco de Sales se mostró maravillado de que su compatriota no hubiese sido honrado como otros. Pero tampoco al Beato Fabro le faltó este tributo de la veneración y aun del culto; culto que, aunque muy tarde, reconoció finalmente la suprema autoridad del papa Pío IX el 5 de septiembre de 1872.

CÁNDIDO DE DALMASES, SI

Bibliografía

Fabri monumenta beati Petri Fabri, primi sacerdotis e Societate Jesu epistolae, memoriale et processus, ex autographis aut archetypis potissimum deprompta (Monumenta Historica Societatis Iesu; Madrid 1914).

GUITTON, G., *L'âme du bienheureux Pierre Favre, dit «Lefevre» premier prêtre de la Compagnie de Jésus* (París 1934).

MARCH, J. M.ª, *Memorial espiritual del Beato Pedro Fabro, de la Compañía de Jesús* (Barcelona 1920).

PLAZA, C. G., *Contemplando en todo a Dios. Estudio ascético-psicológico sobre el «Memorial» del Beato Pedro Fabro, S.J., primer compañero de San Ignacio de Loyola* (Madrid 1944).

POCHAT-BARON, F., *Le Bienheureux Père Le Fèvre ou Pierre Favre, premier prêtre de la Compagnie de Jésus (1506-1546)* (París 1931).

• Actualización:

ALBURQUERQUE, A. (ed.), *En el corazón de la reforma. «Recuerdos espirituales» del Beato Pedro Fabro* (Bilbao-Santander 2000).

RANDLE, G., *Geografía espiritual de dos compañeros de Ignacio de Loyola: Francisco Javier (1506-1552), Pedro Fabro (1506-1546): primeros compañeros de Ignacio de Loyola (1491-1556) en el Colegio Santa Bárbara de la Universidad de París* (Bilbao 2001).

The Spiritual Writings of Pierre Favre (San Luis, MO 1996).

BEATO BIENVENIDO DE DOS HERMANAS (JOSÉ DE MIGUEL ARAHAL)

Religioso y mártir († 1936)

El presente grupo: Bienvenido de Dos Hermanas, Valentín de Torrente, Laureano de Burriana, Gabriel de Benifayó, Florentín Pérez, Urbano Gil, Bernardino de Andújar, Ambrosio de Torrente, Recaredo de Torrente, Modesto de Torrente, Francisco de Torrente, Benito de Burriana, José Llosá, Domingo de Alborada, León de Alacuás, Francisco Tomás Serer, Crescencio García Pobo, Timoteo Valero, constituye el mayor grupo de

mártires de la Congregación de Religiosos Terciarios Capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores. Congregación fundada en 1889 por el venerable Luis Amigó en Masamagrell, Valencia, para la enseñanza y moralización de los jóvenes acogidos en las escuelas de reforma y correccionales.

En 1936 la congregación, y a pesar de estar ya entonces extendida por toda España, Colombia, Italia y Argentina, todavía pagó el tributo de sangre del 18 por 100 de sus miembros, dieciocho de los cuales constituyen el presente grupo martirial. No hacemos mención del martirio de Carmen García Moyon ni de Vicente Cabanes Badenas, ya que gozan de una biografía extensa en esta misma colección (cf. 30 de enero y 30 de agosto, respectivamente).

En los años de la persecución religiosa el presente grupo martirial formaba parte de cuatro fraternidades amigonianas, dos de ellas en las inmediaciones de la ciudad de Valencia y las otras dos de Madrid capital. Pasamos a relatar la persecución, pasión y muerte de cada uno de los grupos martiriales, para concluir con una breve biografía del más ilustre de todos ellos, el beato Bienvenido María de Dos Hermanas.

El primer grupo de mártires lo integran seis religiosos de la casa-noviciado de San José de Godella, Valencia. A cinco escasos kilómetros de la Ciudad del Turia, en los días de la persecución religiosa la casa cobijaba seminaristas, novicios, juniores, jóvenes religiosos y una numerosa fraternidad. Las actas martiriales recogen el siguiente relato realizado por un novicio, miembro entonces de la comunidad:

> «La casa-noviciado de San José fue invadida el 22 de julio de 1936. Dio la orden de asalto, el que mandaba, a primeras horas de la mañana del día 22. A la salida de la misa de comunidad nos reunieron a todos los religiosos. Desde el principio quisieron fusilar a los religiosos sin miramiento alguno. En consecuencia, pronto nos pusieron de cara a la pared. Esperábamos la orden de disparo contra nosotros. Teníamos la vista nublada ante la inminente muerte. El que mandaba decía que no dejaran enfriar los cadáveres y los enterrasen todavía calientes.
>
> El padre Francisco de Ayelo, que era el maestro de novicios, nos dijo:
>
> —Hagan el acto de contrición.
>
> Y nos dio la absolución.

Un día, el tercero, nos encerraron en el coro de la iglesia y bajo él iban almacenando colchones. Corrió la voz de que iban a quemar la iglesia. El padre Florentín, que lo supo, no pudo dominarse y, excitado tremendamente, gritaba:

—¡Nos van a quemar vivos!

Hubo que calmarlo como se pudo. Después se supo que los colchones almacenados eran para dormir los milicianos.

Los padres Francisco María de Ayelo de Malferit, Antonio María de Masamagrell y Florentín Pérez, con algún novicio, fueron llevados y bajados al patio central para simular su fusilamiento. Formado el pelotón de milicianos, y con las armas dispuestas a disparar, aparecieron los padres, quienes mutuamente se dieron la absolución y prepararon para el martirio.

También en alguna ocasión dispararon varias cargas cerradas con el fin de intimidar a los que habían quedado recluidos en celdas, después de haber bajado al patio a varios religiosos».

Luego de varios días de zozobra los religiosos, finalmente, pudieron abandonar la casa-noviciado y refugiarse en casas de sus familiares y amigos en Godella y pueblos circunvecinos. En los lugares de refugio fueron posteriormente apresados por los milicianos y conducidos a la muerte. Seis miembros de la casa-noviciado sufrieron el martirio. Son los beatos Valentín de Torrente, Laureano de Burriana, Gabriel de Benifayó, Florentín Pérez, Urbano Gil y Bernardino de Andújar.

Torrente es un pueblo de la huerta sur de Valencia, de cuya capital dista siete kilómetros, y de cuya fraternidad amigoniana de Nuestra Señora de Monte-Sión tres hermanos sufrirían el martirio. Constituyen el segundo grupo de mártires.

A primeras horas del domingo, día 20 de julio, los milicianos ocupan los patios interiores del convento de Nuestra Señora de Monte-Sión, de Torrente (Valencia). Poco después toda la fraternidad es conducida a las dependencias del Ayuntamiento del pueblo. Luego de tomar la filiación a cada uno de los religiosos se les deja libres. Los religiosos del pueblo se refugian en sus casas paternas, y los demás en casas de amigos y conocidos, no sin antes declarar su lugar de refugio. A continuación los milicianos incendian el convento de Monte-Sión, que destruyen hasta casi sus cimientos.

En días sucesivos el comité, con el pretexto de interrogar a los religiosos, les va deteniendo en sus refugios y les confina en la prisión llamada La Torre, es decir, en la única cárcel del pue-

blo. Disponía ésta de diversas celdas, una de las cuales fue ocupada exclusivamente por religiosos y sacerdotes. En la cárcel los religiosos amigonianos llevan prácticamente vida de comunidad. Un testigo ocular de los hechos asegura que

> «Los religiosos, durante el tiempo que estuvieron presos, se comportaron como cuando estaban en el convento, realizando los actos de piedad. El día 15 de septiembre, festividad de los Dolores de la Santísima Virgen, cantaron los Dolores; y el 17, las Llagas de San Francisco».

Esa misma noche se desencadenó una tormenta impresionante, por lo que se comentaba en el pueblo que con un tiempo tan infernal no les conducirían al martirio. Pero no fue así. Les sacaron de la cárcel y les condujeron camino de Montserrat, la vía sacra de tantos otros mártires. Durante el trayecto el padre Ambrosio continuaba animando a los religiosos al martirio. Iban atados. Llegados al lugar del sacrificio, la Font de la Mantellina, el padre Ambrosio pide que lo desaten.

> —«¿Para qué?, le pregunta uno de los verdugos».
> —«Para bendeciros y perdonaros, contesta el padre». Y con las manos atadas imparte la bendición y perdona a los asesinos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Actitud tanto más de admirar, dice un testigo, por el carácter tímido que tenía el padre Ambrosio.

En el mismo momento fueron martirizados ocho sacerdotes y religiosos, tres de los cuales pertenecían a la fraternidad amigoniana del convento de Nuestra Señora de Monte-Sión, de Torrente. Son ellos los beatos Ambrosio, Recaredo y Modesto, los tres de Torrente.

El tercer grupo lo forman los religiosos de la fraternidad del colegio-fundación Caldeiro, en el Madrid moderno. El domingo siguiente al alzamiento militar, 19 de julio de 1936, aún se atiende al cumplimiento dominical de los fieles en la capilla semipública del colegio. Celébranse las misas de siete y nueve de la mañana.

El lunes, día 20 de julio, todavía se guarda en el colegio la ordinaria distribución de clases hasta las once y media de la mañana en que un sacerdote de la fraternidad, que venía de la calle, avisa que estaban ardiendo varios templos y casas religiosas de

los alrededores del colegio-fundación Caldeiro. Poco después, unos cincuenta milicianos armados rodean el colegio y disparan a las ventanas abiertas. Como pueden, religiosos, profesores y alumnos abandonan el centro.

El martes 21, a las cuatro treinta de la tarde el colegio-fundación queda ocupado por elementos del Círculo Socialista del Sur, que luego se convertiría en la cheka de las Milicias Socialistas del Este.

Fray Francisco María de Torrente, fray Benito María de Burriana y fray José Llosá Balaguer hallan piadosa acogida en casas de los bienhechores del colegio hasta que, finalmente los tres, luego de incontables peripecias, consiguen trasladarse a Valencia, su patria natal. Los dos primeros hallan refugio en Torrente. Fray Francisco, en su casa natal y Fray Benito, en casa de unos bienhechores, donde se prepara al martirio. Ambos comparten prisión hasta el atardecer del 15 de septiembre en que fray Benito es sacado para el martirio; y dos días después, también fray Francisco con el grupo de Torrente a que más arriba hemos hecho referencia.

Fray José Llosá, apresado en Valencia, es trasladado primeramente al Comité de Salud Pública y, luego, internado en la cárcel modelo de la ciudad. Con el capuchino Luis de Orihuela, también preso, un día tiene el siguiente diálogo:

> —«¡Ay, don Luis! [...] ¡Me van a fusilar mañana!
> —No sucederá así, ya lo verá.
> —Sé cierto, certísimo, que mañana me fusilarán.
> —Pero, hombre, ¿es que has tenido una revelación? ¿Qué ha pasado? ¿Cómo se ha enterado de que lo van a fusilar mañana?
> —Mire, don Luis, el comité de mi pueblo persigue a muerte a todos los sacerdotes y religiosos del mismo. No sé cómo se han enterado de que yo me hallaba aquí preso. Han venido a cerciorarse de si era verdad y, al verme aquí, han quedado en ir a comunicarlo al comité y volver mañana por mí...
> No perdamos tiempo, don Luis, y confiéseme otra vez...».

El capuchino le confiesa nuevamente. Y fray José Llosá acepta el martirio, perdona a todos y promete acudir al auxilio de la Santísima Virgen en sus últimos momentos de vida.

Efectivamente, al día siguiente fray José Llosá es llevado a su pueblo natal donde es martirizado. En su ejecución los mili-

cianos intentan copiar el modelo de muerte del mártir del Calvario. Los tres religiosos —fray Francisco de Torrente, fray Benito de Burriana y fray José Llosá— eran originarios de la Comunidad Valenciana, y en ella sufrieron el martirio.

El último grupo de mártires amigonianos proviene de la Escuela de reforma de Santa Rita, Madrid, que, una vez desalojada de la fraternidad religiosa, fue convertida en cheka del Comité del Frente Popular. Un religioso de la fraternidad, que en la persecución religiosa consigue salvar la vida, relata los hechos. Así lo recogen las actas martiriales:

> «El día 20 de julio, a las 8'15 de la mañana, fuimos sorprendidos por un feroz tiroteo contra el colegio [...] Los milicianos, fusil al rostro, nos fueron buscando por toda la casa y, siempre apuntándonos, nos obligaron a todos a reunirnos en la dirección [...] Vale la pena notar aquí que aún llevábamos todos los hábitos puestos y ostentábamos nuestras venerables barbas [...] Y, cuando estuvimos todos (la comunidad se entiende) nos encerraron y dejaron un nutrido piquete de vigilancia a la puerta por la parte de fuera...
>
> —¿Sabéis lo que vamos a hacer con éstos?, sugirió sesudamente uno de ellos. Como aquí abajo hay un recibidor le prendemos fuego y, como este piso es de madera en menos de ná los achicharramos a tos. Cuidau que no se tiren por las ventanas. ¡Ale!
>
> —¡Eso, eso! [...] y salieron.
>
> Teníamos razones de sobra para estar seguros de que lo harían. Entonces se nos ocurrió algo que hasta entonces, quizás por la agitación, el barullo, la presteza con que ocurrió todo, no habíamos pensado. Cierto que tampoco habíamos llegado a un trance como éste. Hicimos un acto de contrición colectivo y nos dimos mutuamente la absolución. Siguió un silencio profundo. Y quiero subrayar lo siguiente: Estábamos todos serenos y tranquilos. Ni un solo gemido o suspiro. Ni un solo gesto de intentar huir. Pasaba el tiempo. No está en los designios del Señor que le hiciéramos este cruento holocausto».

Los beatos Bienvenido de Dos Hermanas, Domingo de Alboraya, León de Alacuás, Francisco Tomás Serer, Crescencio García Pobo y Timoteo Valero fueron recogidos por Madrid e inmediatamente martirizados, algunos con inauditos tormentos, tan sólo por ser religiosos.

Tal vez la vida más bella sea la del nazareno padre BIENVENIDO MARÍA DE DOS HERMANAS (JOSÉ DE MIGUEL ARAHAL), al que muy bien se le puede considerar como abanderado o titular de este grupo.

En Dos Hermanas, Sevilla, nace José de Miguel Arahal el 17 de junio de 1887. A los doce años se va con los terciarios capuchinos que rigen la Escuela de reforma de San Hermenegildo, en su pueblo natal. Al ser presentado al padre Luis Amigó en el convento de Nuestra Señora de Monte-Sión de Torrente para su ingreso en religión, éste le dice: «¡Bienvenido seas, hijo mío!». Y *Bienvenido de Dos Hermanas* será su nombre de religión en lo sucesivo.

En la congregación de terciarios capuchinos desempeña los cargos de superior, maestro de novicios, consejero, vicario general y, finalmente, general de la congregación de 1927 a 1932. Durante su generalato impulsa la promoción vocacional, apoya la capacitación científica de los religiosos y propicia la apertura de la obra a Hispanoamérica. Es el San Buenaventura de los terciarios capuchinos.

Religioso de una sola pieza y de gran capacidad intelectual, inculca las devociones que personalmente practica, especialmente a Jesús Sacramentado, a la Virgen de los Dolores, al Sagrado Corazón y al seráfico padre San Francisco.

Cuando el 20 de julio de 1936 es asaltada la Escuela de reforma de Santa Rita, el padre Bienvenido sigue con su hábito y es el último en abandonarla. El 31 de julio, y acompañado a la fuerza por dos milicianos, es conducido al Banco de Vizcaya primero, y al de España después, a sacar los fondos de la Escuela. Acto seguido, es entregado al Comité de Juventudes Libertarias del Puente de Toledo, quienes le conducen violentamente a la Pradera de San Isidro, donde es bárbaramente asesinado.

La semblanza del padre Bienvenido nos le presenta como un religioso de espíritu recto y fuerte, exigente consigo mismo y con los demás; adornado de grandes dotes de gobierno, sumamente tenaz en sus propósitos apostólicos, muy amante de la congregación y de su obra apostólica de reeducación de menores, y de una profunda espiritualidad.

Éste es el grupo de los 18 terciarios capuchinos mártires, dedicados exclusivamente a la reforma de la juventud extraviada, a que les destinara su buen padre fundador y en cuyo desempeño pacífico de su ministerio apostólico sufren la persecución religiosa y el martirio. Son sacrificados únicamente por ser

religiosos, pues sus perseguidores, entre las tesis de su programa, tenían muy clara la demolición de la Iglesia.

Todos fueron beatificados el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

AGRIPINO GONZÁLEZ, TC

Bibliografía

Bibliotheca sanctorum. Appendice seconda (Roma 2000) 217-221.
GONZÁLEZ, A., *Martirologio amigoniano* (Valencia 2001).
— *Meditación del cuadro* (Valencia 2002).
Martyrologium romanum, o.c.
VIVES AGUILELLA, J. A., *Hombres recios y entrañables* (Valencia 2000).

BEATAS MARÍA ESTRELLA DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO (ADELAIDA) MARDOSEWICZ Y COMPAÑERAS DE LA SAGRADA FAMILIA DE NAZARET

María Imelda de Jesús Hostia (Eduvigis Carolina) Zak, María Raimunda de Jesús y María (Ana) Kukolowicz, María Daniela de Jesús y María Inmaculada (Leonor Aniela) Jozwik, María Canuta de Jesús en el Huerto de Getsemaní (Josefa) Chrobot, María Sergia de la Virgen Dolorosa (Julia) Rapiej, María Guida de la Divina Misericordia (Elena) Cierpka, María Felicidad (Paulina) Borowik, María Helidora (Leocadia) Matuszewska, María Canisia (Eugenia) Mackiewicz, María Borromea (Verónica) Narmontowicz

Vírgenes y mártires († 1943)

La Congregación de Hermanas de la Sagrada Familia de Nazaret, llamadas las *nazaretanas,* ofreció al Señor once mártires gloriosas el día 1 de agosto de 1943, las cuales murieron dando un insigne testimonio de amor a Dios y amor al prójimo. La congregación había sido fundada por la Beata María del Buen Pastor, llamada en el siglo Francisca Siedliska, nacida el 12 de noviembre de 1842 y muerta el 21 de noviembre de 1902, a la que el papa Juan Pablo II puso en los altares el 23 de abril de 1989. El mismo Papa beatificó a estas once heroínas de Cristo

el 5 de marzo del Año Santo 2000, diciendo entonces estas palabras a los fieles:

> «Dios fue verdadero "protector y ayuda" también para las mártires de Nowogródek, para la beata María Estrella Mardosewicz y las diez hermanas, religiosas profesas de la Congregación de la Sagrada Familia de Nazaret, nazaretanas. Fue para ellas una ayuda durante toda la vida, y después, en el momento de la terrible prueba, cuando esperaron durante una noche entera la muerte, lo fue, sobre todo, a lo largo del camino hacia el lugar de la ejecución, y por último en el momento del fusilamiento.
>
> ¿De dónde sacaron la fuerza para entregarse a sí mismas a cambio de la salvación de los condenados de la cárcel de Nowogródek? ¿De dónde sacaron la audacia para aceptar con valentía la condena a muerte, tan cruel e injusta? Dios las había preparado lentamente para ese momento de una prueba tan grande. La semilla de la gracia sembrada en su corazón en el momento del santo bautismo y cultivada después con gran esmero y responsabilidad, arraigó profundamente y dio el fruto más hermoso, que es la entrega de la vida. "Nadie tiene amor más grande que el que da su vida por sus amigos" (Jn 15,13). Sí, no existe un amor más grande que éste: estar dispuestos a dar la vida por los hermanos».

La casa de la congregación en Nowogródek se había fundado el año 1929, y llegaron allí las hermanas invitadas por el obispo Segismundo Lozinski († 1932), obispo de Minsk y Pinsk, que murió en olor de santidad y cuya causa de beatificación se introdujo el 4 de diciembre de 1980. El obispo las invitó a hacerse cargo de la iglesia de la Transfiguración del Señor, llamada la «iglesia blanca», y a abrir una institución dedicada a la enseñanza de niños y jóvenes. La casa estaba bajo la denominación de Cristo Rey. Las hermanas que formaban la comunidad durante la segunda guerra mundial y la ocupación enemiga habían llegado a la misma en diversos momentos. Al igual que la población de las regiones en el confín oriental de la República de Polonia de entonces, la comunidad estaba formada por un mosaico variopinto de temperamentos y de personalidades al servicio de un único fin, el de difundir el reino del amor divino, que era el fin de la propia congregación, su carisma específico.

El estallido de la segunda guerra mundial, que tuvo lugar el 1 de septiembre de 1939, y la consiguiente invasión de aquellas regiones, primero por los soviéticos (1939-1941) y luego por los alemanes (1941-1945), turbaron el orden y la armonía que hasta

entonces había estado vigente en la sociedad de Nowogródek. Se ha subrayado que la situación de las confesiones religiosas en los territorios ocupados por el III Reich después de 1939 era variada. Los ocupantes no tenían criterios homogéneos respecto a la religión. En las tierras polacas ocupadas la política de los ocupantes para con la Iglesia católica se insertó en el programa de exterminio de lo polaco. En todo el territorio sometido al Protectorado General la hostilidad hacia el clero y los religiosos fue evidente, porque se les tenía por agentes del nacionalismo polaco. Pero en medio de la diversidad había elementos comunes: la supresión de todas las referencias polacas de las iglesias y de las funciones religiosas, supresión de las revistas y demás publicaciones, cierre de los seminarios y de las escuelas religiosas, restricción de los cultos públicos y no menos la de los fondos necesarios para la subsistencia, etc. Esta política estuvo vigente en el antiguo voivodato de Nowogródek, que durante la ocupación era parte del Comisariato General de Bielorrusia. Tras la experiencia adquirida en Polonia y en Vilna, los alemanes tomaron la decisión de acabar con la clase dirigente polaca, y el clero y los religiosos eran parte muy principal de la misma, y se pusieron los achaques de que estar en contacto con los familiares de arrestados, o ayudar a prisioneros de guerra rusos, o a los judíos, etc., eran verdaderas provocaciones.

La iglesia de la Transfiguración del Señor se convirtió en una luz en medio de la tiniebla de la guerra, llena siempre de fieles recogidos en oración. Los invasores no podían quedar indiferentes respecto a un templo palpitante de vida religiosa, al que se llamaba «cuna de esperanza, nido de espíritu polaco y bastión del catolicismo». Pero, cuando fuerzas especiales de la Gestapo llegaron a la vecina Baranowicze aumentó la represión ejercida sobre la población civil, tanto en la ciudad como en los contornos. En julio de 1942, tuvo lugar la primera ejecución masiva, durante la cual fueron fusiladas sesenta personas. El 18 de julio de 1943 se realizó una nueva oleada de arrestos entre la población polaca, siendo encarceladas ciento veinte personas. En Nowogródek eran pocas las casas en las que no se lloraba el arresto de algún ser querido. La gente acudió a las hermanas nazaretanas en busca de consuelo espiritual, ya que corrían voces

de que todos los detenidos iban a ser fusilados por los nazis. Entonces las hermanas tomaron la decisión —todas juntas— de ofrecer la propia vida a cambio de la vida de los arrestados. La tarde de aquel terrible día, sor María Estrella, que hacía las veces de superiora, en presencia del sacerdote Alejandro Zienkiewicz, capellán de las monjas y párroco de la citada «iglesia blanca», pronunció estas palabras: «Dios mío, si es necesario el sacrificio de la vida, es mejor que nos fusilen a nosotros que no a los que tienen familia. Pedimos que Dios acepte nuestro ofrecimiento». En respuesta a la oración de las hermanas, se verificó un suceso totalmente imprevisto: todos los presos fueron deportados a Alemania a campos de trabajo, menos algunos que fueron dejados libres, pero ninguno fue fusilado. Todos sobrevivieron a la guerra. Pero la vida del citado padre Alejandro, el único sacerdote de aquella zona por entonces, corría evidente peligro. Las hermanas repitieron su ofrecimiento: «Dios mío, Dios mío, si es necesario un nuevo sacrificio, puesto que usted, Padre, es más necesario que nosotras, pedimos que el Señor nos lleve a nosotras mejor que a usted».

En estas disposiciones estaban las hermanas y esta ofrenda habían hecho al Señor cuando el día 31 de julio de 1943, es decir, unos días más tarde de su ofrecimiento, un miembro de la Gestapo llegó al convento y comunicó a las hermanas la orden de presentarse aquella tarde a las 7'30 en el Gebietskomisariat. Las once hermanas obedecieron la orden y a la hora indicada se presentaron en el comisariato. Su suerte ya estaba echada. No se les preguntó nada. Sencillamente se decidió fusilarlas. La orden era hacerlo esa misma noche. Fueron conducidas fuera de la ciudad, pero al llegar al campo encontraron que por la carretera pasaban muchos coches y que pasaba por allí mucha población campesina con sus animales. Entonces, los oficiales decidieron volverse y las monjas pasaron toda aquella noche en la cantina, no en la prisión, dándose cuenta de que su destino era la muerte, pero firmes en la plegaria y con la esperanza puesta en la voluntad de Dios. Al amanecer del día siguiente, domingo 1 de agosto, fueron llevadas a cinco kilómetros del pueblo, a un bosque, y allí fueron las once fusiladas. El párroco salvó la vida porque el Señor había aceptado el ofrecimiento de las hermanas.

Damos ahora los datos personales de las once hermanas:

ADELAIDA MARDOSEWICZ había nacido el 14 de diciembre de 1888 en el pueblo de Ciasnowa, distrito de Nieswiez, en la actual Bielorrusia. Hizo los estudios de maestra y luego ingresó en la Congregación de la Sagrada Familia de Nazaret el 14 de septiembre de 1910 y, hecho el noviciado, pronunció los votos religiosos con el nombre de sor María Estrella del Santísimo Sacramento. Dedicada a la enseñanza, trabajaba también como responsable del convictorio, ecónoma y sacristana. Había llegado a Nowogródek en 1936 y al sobrevenir la guerra había tenido que quedarse haciendo las veces de superiora. Era de una gran bondad y grandeza de alma, y sobresalía por su exquisita caridad.

EDUVIGIS CAROLINA ZAK había nacido en Oswiecim, diócesis de Bielsko-Zywiec, el 29 de diciembre de 1892. Ingresó en la congregación el 13 de mayo de 1911 y, hecho el noviciado, pronunció los votos religiosos con el nombre de sor María Imelda de Jesús Hostia. Había estado dedicada a la enseñanza pero durante la guerra se hizo cargo de la sacristía de la iglesia de la Transfiguración. Era una persona de gran vida interior, a la que más tarde recordarían siempre los antiguos monaguillos de la iglesia como persona afable y sonriente que les enseñaba con mucho interés las normas litúrgicas.

ANA KUKOLOWICZ había nacido en Barwaniszki, región de Vilna, hoy Lituania. Ingresó en la congregación nazaretana el 1 de septiembre de 1918, y terminado el noviciado profesó los votos religiosos con el nombre de sor María Raimunda de Jesús y María. Llegó a la casa de Nowogródek en 1934. Era una hermana de escasa formación cultural y poca salud, pues padecía artritis. Ayudaba en las faenas de la casa y todo el tiempo que podía lo pasaba en la capilla en oración.

LEONOR ANIELA JOZWIK había nacido en Poizdów, diócesis de Siedlce, el 25 de enero de 1895. Entró en la congregación el 21 de enero de 1920 y tras el noviciado profesó con el nombre de sor María Daniela de Jesús y de María Inmaculada. Estaba destinada en la casa de Nowogródek desde 1932 y era muy hábil en las tareas domésticas, siendo muy caritativa con todos, especialmente con los niños pobres.

JOSEFA CHROBOT había nacido el 22 de mayo de 1896 en Raczyn, diócesis de Czestochowa. Llegada a la juventud, no pensaba en la vida religiosa sino que iba a casarse con el joven que le habían buscado sus padres, llamado Estanislao. Pero en sueños oyó una voz que le decía: «No te cases con Estanislao; tu verdadero Esposo te espera en Grodnoi y como regalo de bodas te dará un vestido rojo». Se decidió entonces por hacerse religiosa y entró en la congregación el 21 de mayo de 1921 tomando el nombre religioso de sor María Canuta de Jesús en el Huerto de Getsemaní. Destinada a la casa de Nowogródek en 1931, estaba delicada de salud pero ello no le impedía trabajar con gran empeño en las labores de la comunidad. Persona de gran vida interior, decía a sus compañeras que esperaba el traje rojo prometido en el sueño. Se daría cuenta de él cuando vio que la llevaban al martirio.

JULIA RAPIEJ había nacido el 18 de agosto de 1900 en Rogozyn, distrito de Augustów y diócesis de Elk. Entró en la congregación el 25 de diciembre de 1922 e hizo su noviciado en Grodno, tomando al profesar el nombre de sor María Sergia de la Virgen Dolorosa. En 1923 fue enviada a los Estados Unidos, estando destinada en la casa de la congregación en Filadelfía, y cuando hizo los votos perpetuos, la enviaron de nuevo a Polonia, no sin que las hermanas de América la advirtieran del peligro de una guerra en Europa. Ella dijo que no le temía a nada y que aceptaba el martirio si fuera necesario. Llegó a la casa de Nowogródek en 1933 y estaba dedicada a las labores de la casa. Se distinguía por una gran devoción a la Virgen María.

ELENA CIERPKA había nacido en Granowiek, distrito de Odolanów, diócesis de Kalisz, el 11 de abril de 1900. Entró en la congregación el 17 de enero de 1927 y en el noviciado tomó el nombre de sor María Guida de la Divina Misericordia. Destinada primero a otras casas, tras hacer la profesión perpetua en 1936, fue destinada a la de Nowogródek y trabajó en la hacienda agrícola de la casa. Persona de buen carácter y temperamento alegre, era muy tenaz en el trabajo y muy dada a la oración.

Todas las hermanas anteriores llegaron a hacer la profesión perpetua, mientras que las cuatro restantes sólo tuvieron tiempo de hacer la temporal, llegándoles el martirio cuando eran profesas de votos temporales.

PAULINA BOROWIK había nacido el 30 de agosto de 1905 en Rudno, en la región de Lublín, diócesis de Siedlce. Ingresó en la congregación el 4 de marzo de 1932 e hizo el noviciado en Grodno, pronunciando los primeros votos en 1935 con el nombre de sor María Felicidad. Fue enviada a la casa de Nowogródek, era muy humilde y modesta, y todos la querían. Era muy callada y trabajadora.

LEOCADIA MATUSZEWSKA había nacido el 8 de febrero de 1906 en Stara Huta, distrito de Swieck, diócesis de Pelplin. Ingresó en la congregación el 8 de enero de 1933. Hizo el noviciado en Grodno y la profesión temporal la pronunció en 1935 con el nombre de sor María Heliodora, y fue destinada a Nowogródek. Había frecuentado cuatro clases de la escuela elemental en lengua alemana. Estaba toda ella dedicada a servir al prójimo. Era de condición serena, alegre, sincera y amable.

EUGENIA MACKIEWICZ había nacido el 27 de septiembre de 1903 en Suwalki, diócesis de Lomza. Entró en la congregación el 27 de agosto de 1933. En la vida seglar era maestra y tenía un trabajo fijo cuando decidió hacerse religiosa. Fue enviada a Albano, Italia, a hacer el noviciado, y allí pronunció los primeros votos en 1936 con el nombre de sor María Canisia. Primero estuvo destinada en la casa de Kalisz y en 1938 fue enviada a la de Nowogródek. De carácter impulsivo pero muy bondadosa, era dada a la oración y al sacrificio y era una magnífica pedagoga.

VERÓNICA NARMONTOWICZ había nacido el 18 de diciembre de 1916 en la región de Grodno. Entró en la congregación el 24 de diciembre de 1936 e hizo el noviciado en Grodno, al cabo del cual pronunció la profesión temporal con el nombre de sor María Borromea. El 5 de agosto de 1939 fue enviada a su casa para que resolviera sus dudas vocacionales. Era reservada, sensible y delicada, y seguía sintiendo la inclinación hacia la vida religiosa. Decidió por fin volver a la congregación religiosa y le esperaba el martirio.

Superadas las duras circunstancias por las que han atravesado Polonia y otras naciones del contorno, las hermanas de la Congregación de la Sagrada Familia de Nazaret que ofrendaron su vida al Señor y que el pueblo de Dios tenía por mártires han

podido ser beatificadas con gran alegría de quienes sabían de su sacrificio y su martirio.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 93 (2001) 509s.
Bibliotheca sanctorum. Appendice seconda (Roma 2000) 865-875.
L'Osservatore Romano (ed. en español) (3-3-2000) 12; (10-3-2000) 6-7.
STARZYBSKA, M., *Gli undici inginocchiatoi* (Roma 1992; [2]1999).
Ufficio per le ceremonie pontificie. «Cappella Papale presieduta del Santo Padre Giovanni Paolo II per la beatificazione dei servi di Dio [...] Maria Stella Adela Mardosewicz e 10 consorelle, della Congregazione delle Suore della Sacra Famiglia di Nazareth, religiose e martiri». Piazza San Pietro, 5 de marzo de 2000.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN FÉLIX DE GERONA

Mártir († s. IV)

Gerona celebra desde la antigüedad la memoria del mártir Félix, que, según dice el nuevo *Martirologio romano,* padeció en dicha ciudad por su fe en Cristo en tiempos del emperador Diocleciano y por tanto en los primeros años del siglo IV. En el *Breviario mozárabe* se nos dice que padeció cadenas, azotes y garfios y que a través de estos tormentos voló al reino de los cielos. Y ya antes Prudencio señala que su sepulcro se veneraba en Gerona.

La tradición lo ha hecho hermano de San Cucufate, y es objeto de discusión el grado de historicidad que deba darse a los detalles que sobre su naturaleza, actividad y martirio cuentan sus actas.

SAN ETELVOLDO

Obispo († 984)

Natural de Winchester, de joven fue cortesano del rey Atelstano; luego sintió la vocación sacerdotal y fue ordenado presbítero por el obispo de Winchester, San Alfego. Más tarde se hizo

monje en la abadía de Glastonbury, donde estaba de abad su amigo San Dunstano que había introducido en la abadía una estricta observancia de la regla benedictina. Siguiéndola con gran rigor, Etelvoldo desempeñó varios útiles oficios manuales en el monasterio y al mismo tiempo no dejaba de estudiar. El año 954 el rey Edredo lo nombró abad del monasterio de Abingdon, una abadía por entonces en estado de decrepitud. Se llevó consigo monjes de Glastonbury, reedificó numerosas partes del monasterio y pidió información al monasterio de Fleury sobre sus costumbres y modos de cumplir la regla. Tras la incursión danesa, él fue uno de los empeñados en devolverle al monasticismo inglés su antiguo estado floreciente.

En el año 963 fue elegido y consagrado obispo de Winchester. Logró la aprobación del rey Edgar para sustituir con monjes a los canónigos de la catedral e imponer la profesión religiosa o la expulsión a los que no la quisieran, e hizo frente, con determinación, a los renuentes. Más tarde restauró numerosos monasterios y fomentó en ellos la vida monacal reformada, así como las ciencias sagradas, el más cuidado ejercicio de la liturgia, de la música sagrada (el órgano, la polifonía, etc.), y en el 970 convoca una reunión de monjes en la que se acepta la *Regularis Concordia,* atribuida a San Dunstano, y que pasó a estar vigente en cuarenta monasterios reformados. En el 980 consagró la catedral de Winchester. Murió el 1 de agosto de 984, siendo enterrado en la catedral. Enseguida florecieron los milagros en su tumba, y por ello recibió muy pronto culto como santo.

BEATO JUAN DE RIETI

Religioso († 1336)

Juan Bufalari nació en Castel Porchiano, Umbría, más o menos en el año 1318, en el seno de una cristiana familia que dará otro santo más a la Iglesia, la Beata Lucía Bufalari († 1350), terciaria, igualmente perteneciente a la Orden agustina, y que fue hermana de Juan. Muy joven se decide Juan por la vida religiosa e ingresa en la Orden de Ermitaños de San Agustín, en la que profesa en calidad de hermano, como aparece en el *Martirologio,* bien que en el Índice de la Congregación de las Causas de los

Santos aparezca como sacerdote cuando reseña la confirmación de su culto el 9 de abril de 1832. Todo indica que realmente era hermano, el hermano Giovannino.

Juan llevó una vida sin grandes acontecimientos ni sucesos en ella, pero llena de tal forma de las virtudes evangélicas que todos hubieron de sentir el buen olor de Cristo que exhalaba en el convento de Rieti donde residió toda su vida. Era de una sencillez extraordinaria y cautivadora, de una humildad exquisita, de caridad amable y afectuosa con todos, de una alegría y sociabilidad contagiosa y de un cumplimiento tan exacto como modesto de sus deberes como religioso, que a todos les resultaba ejemplo y estímulo: de la vida religiosa para sus hermanos de hábito y de vida cristiana para los fieles que frecuentaban el convento. Atendía con dedicación admirable a los hermanos enfermos, servía el altar y la sacristía con pulcritud devotísima, y se desvivía por que los huéspedes del convento estuviesen a gusto y bien servidos. Llevaba una profunda vida interior y dedicaba horas y horas a la contemplación de las cosas divinas, no sólo en la iglesia del convento sino también en la huerta y en el jardín del mismo, donde decía que las plantas y las flores le hablaban de Dios. Embebido en la presencia de Dios, lo veía en todas partes y en todas partes lo amaba y lo servía. Su pena estaba en ver que toda la naturaleza obedece a Dios, menos el hombre que tantas veces le ofende. Llevó la vida común hasta el día antes de su muerte, que le llegó luego de que devotamente hubiera recibido los santos sacramentos el 1 de agosto de 1336, según parece. Tenido como santo desde su muerte, la Iglesia ha confirmado su culto en la fecha mencionada.

BEATO TOMÁS WELBOURNE

Mártir († 1605)

Tomás Welbourne fue uno de los primeros mártires bajo Jacobo I. La llegada de la dinastía escocesa al trono inglés no significó cambio alguno en la persecución de que eran objeto los católicos. Este mártir había nacido en Hutton Bushel, Yorkshire, sin que las fuentes señalen el año. Era maestro de escuela y estaba al servicio de Tomás Darcy, caballero de Hornby, cuyos

sentimientos católicos eran bien conocidos. Acusado de atraer a otras personas al catolicismo, fue arrestado y juzgado en York. En el juicio se negó a responder sobre lo que haría si el Papa hiciese la guerra o excomulgase al rey. Condenado como reo de alta traición, fue ajusticiado en York el 1 de agosto de 1605. Beatificado el 15 de diciembre de 1929 por el papa Pío XI.

SANTOS DOMINGO NGUYEN VAN HANH (DIEU) Y BERNARDO VU VAN DUE

Presbíteros y mártires († 1838)

Estos dos venerables sacerdotes, dominico el uno y diocesano el otro, fueron ejecutados en Nam-Dinh el 1 de agosto de 1838. El martirio se produjo por decapitación. Ambos se habían negado firmemente a apostatar y ambos habían dedicado su vida al servicio del Señor.

DOMINGO NGUYEN VAN HANH, llamado también Dieu o Dien, había nacido en Nghe-Anh y había sido acogido por el santo obispo Clemente Ignacio Delgado siendo muy joven para que sirviera a la misión. Sus buenas cualidades y actitudes le hacían apto para el sacerdocio y el joven fue aceptado para prepararse al mismo, pero sintió la vocación religiosa y pidió ser admitido en la Orden de Predicadores, en la que hizo el noviciado y pronunció los votos religiosos el 22 de agosto de 1826. Posteriormente completó sus estudios y fue ordenado sacerdote, ejerciendo con gran celo desde entonces su ministerio. Llegada la persecución se escondió, pero fue traicionado por dos personas falsas amigas y fue capturado el 8 de junio de 1838. Encerrado en la cárcel de Nam-Dinh, se le intimó en numerosas ocasiones para que apostatara y se le aplicó varias veces el tormento de los azotes, derramando abundante sangre, pero sin que nunca titubeara o mostrara la menor debilidad en la profesión de la fe. Por fin fue juzgado y condenado a muerte el 28 de junio de aquel mismo año y quedó en la cárcel a la espera de la confirmación real de la condena de muerte, siendo ejecutado cuando ésta llegó.

BERNARDO VU VAN DUE había nacido en Quan-Anh hacia 1755 en el seno de una familia cristiana. De niño ya sintió la vo-

cación sacerdotal. Hechos los estudios fue ordenado por San Clemente Ignacio Delgado. Trabajó seguidamente muchos años como buen ministro del Señor y era ya muy anciano y estaba sordo y casi ciego cuando estalló la persecución. Vivía retirado en la población de Trung-Lé. Llegados allí los soldados, destruyeron la misión y buscaron a los misioneros. Los cristianos intentaron salvarlo escondiéndolo en sus casas, pero cuando el anciano supo que el vicario apostólico había sido detenido, comenzó a dar voces diciendo que él era cristiano. Para no delatarlo ni tenerlo en casa, pues sus gritos eran un peligro para sus hospedadores, lo llevaron a la choza de un leproso, donde por fin fue localizado y arrestado. Llevado a la cárcel de Nam-Dinh se mantuvo firme en la confesión de la fe, y pese a que querían salvarlo por ser tan anciano, no hubo modo de que apostatara. El día 28 de junio de 1838 fue condenado a muerte, lo que era ilegal pues estaba vedado por la ley ejecutar a los ancianos. Pero las autoridades locales insistieron en que había que dar con él un escarmiento y el rey confirmó la sentencia.

Ambos fueron canonizados por el papa Juan Pablo II el 19 de junio de 1988.

BEATO ALEJO SOBASZEK

Presbítero y mártir († 1942)

Este sacerdote polaco, que moriría en Dachau mártir de Cristo, había nacido en Przygodzice Wielkie el 17 de julio de 1895, hijo de un empleado de correos. Hizo los estudios eclesiásticos sucesivamente en Gniezno, Münster y Munich, y se ordenó sacerdote el año 1919. Destinado al ministerio parroquial lo ejerció en Wagrowiec, Slupy, Gniezno y Rogozno, actuando también como prefecto de las escuelas. Enviado luego como párroco a Siedlemin, simultaneaba el ministerio con los estudios de filosofía y pedagogía en la Universidad de Poznan. Cuando en septiembre de 1939 entraron las tropas alemanas, sintió terror y huyó, pero a las tres semanas volvió y pidió perdón en público a la feligresía por haber huido. Continuó ejerciendo su ministerio hasta su detención el 6 de octubre de 1941. Detenido en Poznan unos días, fue enviado luego al campo de

concentración de Dachau. No resistió el durísimo régimen del campo. Su salud se resintió y no pudo soportar más de diez meses en el campo, pues moría de agotamiento el 1 de agosto de 1942 habiendo dado un insigne testimonio de mansedumbre y de paciencia, totalmente entregado a la providencia de Dios. Fue beatificado por el papa Juan Pablo II el 13 de junio de 1999.

2 de agosto

A) MARTIROLOGIO

1. San Eusebio († 371), obispo de Vercelli, cuyo natalicio fue ayer **.
2. San Pedro Julián Eymard († 1868), presbítero, fundador de la Congregación de Presbíteros del Santísimo Sacramento y de la Congregación de Siervas del Santísimo Sacramento **.
3. En África, San Rutilio († a. 212), mártir.
4. En Roma, San Esteban I († 257), papa *.
5. En Burgos, Santa Centola, mártir (fecha desconocida) *.
6. En Padua (Italia), San Máximo, obispo († s. III-IV).
7. En Marsella (Francia), San Sereno († p. 801), obispo.
8. En Cahors (Neustria), San Betario († 623), obispo.
9. En Palencia, San Pedro († 1109), obispo de Osma **.
10. En Caleruega (Burgos), la conmemoración de la Beata Juana de Aza, madre de Santo Domingo de Guzmán († s. XIII) **.
11. En Barbastro (Huesca), beatos Felipe de Jesús Munárriz Azcona, Juan Díaz Nosti y Leoncio Pérez Ramos († 1936), presbíteros, de la Congregación de Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María, mártires **.
12. En Barbastro (Huesca), Beato Ceferino Giménez Malla († 1936), mártir **.
13. En Híjar (Teruel), Beato Francisco Calvo Burillo († 1936), presbítero, de la Orden de Predicadores, mártir *.
14. En Madrid, Beato Francisco Tomás Serer († 1936), presbítero, de la Congregación de Terciarios Capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores, mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN EUSEBIO DE VERCELLI
Obispo († 371)

«Empezamos, con la ayuda del Señor, a servir de nuevo a los necesitados. Pero su crueldad no pudo sufrir esto y convirtieron nuestro amor en odio suyo. Apenas lo toleraron veinticinco días, y, enfurecidos nuevamente, con un numeroso grupo de sicarios armados de palos invadieron nuestro refugio y, rompiendo paredes, llegaron hasta nosotros. De allí me llevaron para encerrarme en una prisión más estrecha, donde sólo pudo acompañarme nuestro presbítero Tegrino. A los demás hermanos, o sea a los presbíteros y diáconos, los cogieron y encerraron durante tres días, para después enviarlos diseminados al destierro. A los restantes hermanos que venían a visitarme los encerraron durante muchos días en la cárcel pública. Hecho esto, retornaron a nuestro anterior refugio y destruyeron cuanto habíamos comprado para nuestro alimento y para los pobres» (PL 12,951).

Esto escribía en una larga carta Eusebio de Vercelli, allá por el año 356, desde su prisión de Escitópolis, en Frigia.

Eusebio era obispo de Vercelli, en su bella tierra piamontesa, desde el año 340. Fue un día de mediados de diciembre. La persecución volvía a sacudir violentamente a la Iglesia. Constancio quería imponer a ésta su voluntad absoluta, como se la había impuesto ya al Imperio. Para ello no tenía escrúpulos en escoger el camino. Fue así como el arrianismo, que parecía definitivamente vencido, empezó a cobrar nuevo auge, como un ascua que, dormida bajo la modorra de la ceniza, fuera avivada por el soplo del viento.

Eran tiempos difíciles de luchas y de intrigas, de crímenes y de ambiciones. Lo que nunca habían conseguido los césares de la Roma pagana, con sus miles de mártires, durante tres siglos de persecución, estaba a punto de alcanzarlo, en unos pocos años, un emperador que se llamaba cristiano. Sólo hacía veintinueve que Constantino y Licinio, de común acuerdo, habían proclamado solemnemente la libertad de la Iglesia con el célebre edicto de Milán (313).

En estos tiempos de general incertidumbre aceptó sobre sí la carga del obispado de Vercelli. Se impuso una misión: luchar contra el arrianismo, y tuvo un destino: la sangre. A quien había

conocido ya otros años de riesgo no le importaba el exilio o la muerte por la verdad. Por ella sufrió la violencia. Por ella no conoció ya jamás la paz.

Todo su tiempo y sus energías se quemaron en esta lucha, unas veces sorda, otras abierta, siempre dura. Él hubiera preferido otra cosa: su diócesis, su clero, a los que habría dedicado todos sus momentos, su misma vida. O, si no, la soledad. Pero las circunstancias, o mejor, Dios, le habían colocado en medio de la arena y en ella le encontró su llamada suprema. Eran los primeros días de agosto del año 371. Eusebio de Vercelli contaba entonces ochenta y ocho años.

Su coyuntura histórica le hizo ser batallador. No se doblegó ni a la presión, ni al miedo, ni al halago. Tampoco quiso vender su fe por una situación de privilegio o a la tentación de la riqueza. Quizá el ambiente le hizo ser duro. Mas esto sólo fue la corteza; en el fondo le dominaba el corazón. Sus cartas del destierro están llenas de ternura y de solicitud por su Iglesia. Su misma acción pastoral estuvo dominada por el amor, siendo partidario de la moderación para con los desviacionistas. Al paso que Lucifer de Cagliari se endurecía en la intransigencia, Eusebio comprendía cada vez mejor a los hombres. Él no pretendió ser un hombre de partido, sólo quiso ser un hombre de Dios. Más que su sufrimiento, fue esto lo que le granjeó su fama de santidad. Pocos años después de su muerte, San Ambrosio de Milán cantaba la glorificación de Eusebio, obispo de Vercelli.

El arrianismo fue la primera gran herejía que conoció la Iglesia. Hasta entonces ésta había tenido que emplear sus fuerzas en hacer frente a la persecución, combatiendo a los que la difamaban, animando a los que dudaban, dando testimonio de la fe por la sangre. Mas ahora había encontrado la paz. Sobre los corazones se cernían, sin embargo, muchas incertidumbres, y los espíritus comenzaron a bucear en el fondo de los misterios. Había verdades, como la unicidad de Dios y la divinidad de Cristo, que no se habían conjugado todavía, y se iba nerviosamente, en movimiento pendular, de uno a otro extremo. Es cierto que se había reflexionado mucho y que las desviaciones surgidas habían sido en parte corregidas, pero no se había cala-

do lo suficiente para llegar a la raíz del problema. Después de una vida constantemente amenazada tenía que venir la tranquilidad, para que, junto con la esperanza, renacieran los problemas, no olvidados, aunque sí arrumbados por la persecución. Y los problemas se plantearon de nuevo con mayor crudeza.

La trinidad de personas en Dios no es sino facetas distintas o enfoques diversos de la misma realidad, había dicho Pablo de Samosata (260-268). Existe una distinción real, que incluye una diversidad substancial entre el Padre y el Hijo, afirmó la escuela teológica de Antioquía, consagrando de este modo la tendencia subordinacionista. En uno y otro caso se sacrificaba la divinidad del Verbo a la unicidad de Dios, bien por absorción en la unidad personal de Dios, bien por distinción de existencia y naturaleza. De esta segunda tendencia nació el arrianismo, que hizo de las afirmaciones más peligrosas del mártir Luciano de Antioquía († 312) su punto de partida.

Para el libio Arrio, *Dios* es una unidad absoluta, eterna, incomunicable e inefable. Todo cuanto existe fuera de él existe sólo por su voluntad. Esta voluntad es la que ha hecho saltar a la existencia a todos los seres, y el *mismo* Logos o Hijo es una simple creación de *Dios.* No procede, por tanto, de él, sino de la nada. Es su obra primera, la más inmediata: instrumento por el que han sido creados todas las demás cosas. Pero, al fin, creatura, distinta totalmente de *Dios,* aunque por sus excelencias esté sobre las otras creaturas, en las proximidades de Dios.

Con estas ideas parecía que el arrianismo había solucionado fácilmente la aparente antinomia entre la trinidad de personas en Dios y la unidad de sustancia. Pero en realidad había destruido todo el misterio. Aunque la consecuencia más fatal de esta doctrina fue la subversión de toda la economía de la Redención. La obra de Cristo quedaba reducida a la obra de cualquier otra creatura, y la humanidad a una masa decepcionada y sin esperanza.

A pesar de su enorme difusión, el arrianismo no habría sido otra cosa que una manifestación de la pujanza vital de la Iglesia, que empezaba a andar entonces el camino de su libertad, si no hubieran intervenido factores extraños. Pero la intromisión del Imperio enfrentó a ésta con una crisis profunda y peligrosa.

En unos pocos años se había operado un cambio radical en la postura del Estado y del Imperio ante el cristianismo. El edicto de Milán (313) consagra esta postura de tolerancia, abriendo un período nuevo y desconocido para la Iglesia. Este período hace posibles los grandes concilios ecuménicos, la construcción de bellas basílicas, la expansión vital de la Iglesia. Pero al mismo tiempo hizo también posible la constante intervención del Estado en los asuntos puramente religiosos. A veces pudo resultar bien este paternalismo, pero en la mayor parte tuvo consecuencias fatales para la Iglesia por el apoyo que ciertos emperadores prestaron a la herejía.

En este momento nos encontramos, cuando hace su entrada en la historia Eusebio de Vercelli. Hacía treinta años que el arrianismo había sido condenado en Nicea (325), definiendo la consubstancialidad del Padre y del Hijo en ese bello símbolo que recitamos en la misa. Pero mientras tanto, Constantino había muerto, y su hijo Constancio, que había llegado al Imperio por caminos de sangre, sin las cualidades de su padre, apoyó al arrianismo, haciendo que éste sobreviviera, llegando a amenazar la integridad de la fe.

El concilio de Milán de 355 señala el momento crucial de la vida del obispo de Vercelli. Después del sínodo de Arlés (353), donde triunfaron las insidias de los obispos arrianos Ursacio de Singidom y Valente de Mursa, respaldados por la violencia del emperador Constancio, el papa Liberio quiso arreglar pacíficamente los problemas pendientes, y aun las mismas cuestiones personales, por medio de otro nuevo sínodo que reuniera las garantías necesarias de libertad e independencia. Con este motivo se cruzaron dos cartas entre el Papa y el obispo de Vercelli, quien, con Lucifer de Cagliari, formó la misión que se trasladó a Arlés.

Eran los comienzos del año 354. Las conversaciones no fueron fáciles, dada la postura adoptada por Constancio. Mas accediendo, por fin, al deseo del Papa, el concilio quedó convocado para principios del año siguiente en la ciudad de Milán.

Más de trescientos obispos occidentales asistieron a esta solemne asamblea, que señala un nuevo triunfo de la violencia de Constancio. El enfoque de dos puntos claves —reconocimien-

to de la fe de Nicea, como paso previo a cualquier otra decisión, y defensa de Atanasio de Alejandría— señalaría el rumbo del sínodo. Pero el rumbo estaba ya marcado de antemano conociendo las veleidades del emperador y la mayoría arriana que, sabiamente orquestada por Ursacio y Valente, imperaba en la asamblea. Aquí fue donde Constancio pronunció su célebre frase, expresión de un brutal cesaropapismo: «El canon es *mi* voluntad».

Sólo tres obispos resistieron a la imposición de esta mayoría arriana y al miedo al emperador: Osio de Córdoba, Eusebio de Vercelli y Lucifer de Cagliari, tres campeones de la fe católica y de la libertad de la Iglesia. Es fácil adivinar el resultado de esta postura: los tres tuvieron que marchar hacia el destierro. Atrás quedó su tierra piamontesa, destrozada por la división religiosa; atrás, sus sueños tantas veces acariciados. Enfrente, lo desconocido.

Este hecho motivó una nueva carta del papa Liberio (355), donde se mezcla la alegría por la confesión de la fe, que les ha merecido el destierro, y el dolor por verse separado de los hombres en quienes plenamente confiaba.

La adversidad no acobardaba al obispo de Vercelli; por el contrario, parecía crecerle. Por eso recibió impasible la noticia de su confinamiento y, sacudiendo el polvo de sus pies, marchó hacia el destierro con la misma alegría con que retornaría a su amada diócesis.

El destierro es otra etapa importante de su vida. Él mismo nos ha relatado gráfica y patéticamente, en la carta que desde Escitópolis dirigió a sus fieles, todas las injurias, violencias, malos tratos que contra él cometieron. Cualquier muestra de compasión por parte del pueblo recrudecía el trato inhumano de sus guardianes. Le quitaron sus colaboradores, y si alguien pretendía visitarle era encerrado también durante varios días. No podían traerle comida o cualquier otra cosa. Así su situación se fue haciendo cada vez más crítica.

Esto motivó una dolorosa carta de Eusebio al obispo arriano Patrófilo, pero nada consiguió. En medio de su sufrimiento y de su martirio, la fe y la perseverancia de sus hijos de Vercelli abrían su corazón a la esperanza. Las buenas noticias que hasta

él llegaban le hacían soñar que no estaba tan lejos en el destierro, sino entre ellos, como otros días felices ya pasados, pero presentes aún en la nostalgia.

Su éxodo no había terminado, sin embargo. Desde Escitópolis a la Capadocia, desde la Capadocia a la Tebaida superior, en Egipto.

Un día, inesperadamente, cambiaron los aires de la política. Constancio ha muerto, y le sucede en el trono imperial el pagano Juliano el Apóstata. Con él recobra la Iglesia su libertad, y los desterrados pueden volver del exilio. También Eusebio de Vercelli. Aunque antes tuvo que cumplir una delicada misión en Oriente.

El arrianismo había pasado como un huracán sobre la cristiandad y ahora había que reconstruir sobre las ruinas. Fue la primera tarea que se impuso San Atanasio al ocupar de nuevo su sede de Alejandría. Un concilio regional (362) revisaría la situación, tratando de enmendar los yerros, al mismo tiempo que afirmaba una vez más la fe de Nicea.

En este concilio estuvo presente Eusebio de Vercelli, quien, comisionado por él, marchó para cumplir la difícil misión de ordenar y reponer el clero ortodoxo en las devastadas diócesis de Siria y Palestina. Así recorrió de nuevo el cercano Oriente, promulgando las suaves y benignas disposiciones del sínodo de Alejandría.

La misión estaba ya cumplida. Ahora podía volver. Su tierra le esperaba; su tierra y sus hombres. Aquellos hombres, aquellos valles, aquellas montañas en cuyos picachos se quedan prendidas las nubes que pasan... Todo aquello en lo que tantas veces había pensado en las cálidas noches del desierto, de cara a las estrellas. Era el año 363.

Volvía anciano, aunque saltando su corazón de gozo. Pero su vía dolorosa aún no había terminado, ni se había consumado el sacrificio. Las intrigas de Auxencio de Milán oscurecieron el júbilo del retorno. Otra vez, como en su juventud, Eusebio tiene que defender y atacar. Y otra vez también tiene que gustar la amargura del destierro.

En el vendaval de la contradicción se apaga la lámpara de su vida.

Otra faceta que completa la auténtica dimensión de este hombre ascético es su amor al monacato. El monacato fue introducido en Occidente por San Atanasio y sus monjes durante su destierro. Ellos deshicieron los prejuicios que contra la vida eremítica existían, al mismo tiempo que despertaban el gusto por esta forma austera de vida. Así fue como surgieron varios cenobios en Italia. Pero quien le dio verdadero impulso fue Eusebio de Vercelli, conocedor como nadie de la vida monacal por haberla vivido durante su estancia en Oriente y sobre todo en la Tebaida. Fue el primer obispo de Occidente que conjugó la vida de clérigo diocesano con la práctica del monacato, viviendo él mismo, bajo el mismo techo, con la comunidad de sus sacerdotes. A la luz de este ejemplo, el cenobio de Vercelli pudo florecer en hombres eminentes como San Dionisio, San Limenio, San Honorato, San Gaudencio...

Todavía, en medio de esta vida azarosa, encontró tiempo para escribir, aunque muchas de sus obras se han perdido. El tesoro de la catedral de Vercelli conserva un manuscrito de los evangelios (siglo IV), obra, al parecer, del mismo San Eusebio (cf. bibliografía). Éste fue Eusebio de Vercelli, obispo y mártir, cuya fiesta celebra la Iglesia hoy, 2 de agosto.

Su recuerdo aún no se ha extinguido. A 1.180 metros de altura, en la localidad situada en la parte superior del valle de Oropa, rodeado de praderas y bosques, dominado por los montes de Tovo y Mucrone, existe un santuario, el más célebre del Piamonte y uno de los más importantes de Italia: Nuestra Señora de Oropa. Allí una Virgen negra nos habla de un obispo errante y perseguido, a quien los cálidos días de Oriente no borraron la nostalgia de sus tierras alpinas y la trajo a ella desde las llanuras abrasadas para levantarle un santuario en el corazón del Piamonte.

VICENTE SERRANO

Bibliografía

Acta sanctorum. Augusti, t.I p.3.

DELEHAYE, H., *Commentarius perpetuus in martyrologium Hieronymianum* (Bruselas 1940) 411.

DUCHESNE, L., *Histoire ancienne de l'Église,* II (París ^{3}1908) 341-350.

GASQUET, F. N. A., *Codex Vercellensis* (Roma 1914), 2 vols.

GODET, Art. «Eusèbe de Vercelli», en A. VACANT - E. MANGENOT - E. AMANN, y otros (dirs.), *Dictionnaire de théologie catholique.* V/2: *Eucharistie-Fiume* (París 1939) 1553s.
MIGNE, J.-P., *Patrologiae cursus completus. Series latina* (París) 10,713; 12,947-954.
SAVIO, F., *Gli antichi vescovi d'Italia dalle origini al 1300 descritti per regioni.* I: *Il Piamonte* (Turín 1898) 412-420; 514-544.
• Actualización:
BOSCO, T., *Eusebio di Vercelli nel suo tempo pagano e cristiano* (Leumann 1995).
DAL COVOLO, E. - UGLIONE, R. - VIAN, G. M.ª, *Eusebio di Vercelli e il suo tempo* (Roma 1997).
CROVELLA, E., *S. Eusebio protovescovo e patrono di Vercelli e del Piemonte* (Vercelli 1971).

SAN PEDRO JULIÁN EYMARD

Presbítero y fundador († 1868)

El mes de julio de 1799 había pasado por La Mure d'Isère el papa Pío VI, prisionero del *Directorio.* Durmió en la pequeña ciudad y a la mañana siguiente dio su bendición al pueblo apiñado en la plaza.

Y la bendición del anciano Pontífice germinó en santidad.

Cinco años más tarde llegaba allí un rico labrador arruinado en los días de la Revolución y ahora afilador ambulante. Era un buen cristiano y buen trabajador. Las cosas le fueron bien y pensó rehacer su hogar casándose en segundas nupcias. En aquel hogar nació Pedro Julián Eymard, nuestro santo, el 4 de febrero de 1811. Encontró dos hermanastros, Antonio, que desapareció muy pronto enrolado en los ejércitos de Napoleón, yendo a jalonar con su tumba anónima los caminos de Rusia, y Mariana.

Cuando el niño tenía cuatro años pasó por La Mure Napoleón, evadido de la isla de Elba. El aire se llenó de cantos guerreros y la presencia del emperador electrizó a la chiquillería, que en adelante jugó a las guerras y a los soldados. También Julián se divertía marcando el paso y llevando flamantes penachos de cartón.

Era inteligente y de carácter resuelto. Su madre, una santa mujer, le llevaba todos los días a la iglesia para recibir la bendición del Santísimo. La presencia de Cristo en el sagrario llegó a ser familiar al pequeño. Un día desapareció de casa. Le buscaron; todo inútil. Su hermana llegó angustiada a la iglesia. ¿Dónde estará? ¿Qué habrá sido de él? Y allí estaba el niño, subido en

una escalera junto al sagrario. «Pero, niño, ¿qué haces ahí?». «Pues, nada, hablar con Jesús».

Y nació la vocación religiosa.

El modesto afilador había hecho una pequeña fortuna y comprado un trujal. Vivía por allí una niña heredera y el hombre había hecho sus cálculos para más adelante. Por eso, cuando el niño le dijo que quería ser religioso, el señor Eymard frunció el ceño y dijo: «No». Y cuando el señor Eymard decía «no» era difícil hacerle volver de su decisión. Esto lo sabía Pedro Julián, y mientras arreaba al borrico que movía el trujal, a escondidas de su padre, estudiaba latín. En el verano los seminaristas le corregían los cuadernos.

Y llegó a los dieciséis; entonces afrontó la dificultad de frente, revelando a su padre el doble trabajo de trujal y estudio clandestino. Pidió que le dejara libre para ir al colegio. «Esto es demasiado caro para nosotros», contestó el padre, desabrido. El muchacho buscó una beca y la consiguió, pero el director lo llevó muy a mal y en adelante humilló al chico todo lo que pudo. Nada de premios, ni siquiera de *accesits*. Durante los recreos debía encender el fuego, barrer la clase y hacer otros menesteres. El joven resistió la humillación: todo lo daba por bien empleado para ser un día sacerdote, pero el padre retiró al muchacho.

En la primavera de 1828 una oferta tentadora: un sacerdote de Grenoble, a cuenta de algunos trabajos de jardinería, de casa y de sacristía, se comprometía a enseñarle latín. Nuevo fracaso. Volvió a La Mure.

Así estaban las cosas cuando pasó por allí el padre Guibert, oblato de María Inmaculada, joven sacerdote de veintiséis años y más tarde cardenal arzobispo de París. El joven sacerdote rompió la dura resistencia del señor Eymard y Julián pudo ingresar en el noviciado de los oblatos de Marsella el 7 de junio de 1829.

En Marsella quiso alcanzar a los demás, trabajó demasiado y cayó enfermo, y vuelta a La Mure para morir. Pero él quería ser sacerdote, celebrar siquiera una misa. Una tarde la campana de la iglesia tañó quejumbrosa anunciando la agonía del muchacho. La gente se reunió en la iglesia y pidió por el agonizante. Dios escuchó la oración y Julián sanó.

No fue readmitido en los oblatos pero el mismo monseñor Mazenod, su fundador, le presentó al rector del seminario de Grenoble. Por fin el 20 de julio de 1834 recibía la unción sacerdotal, alcanzando una meta tan ardientemente deseada.

Cinco años duró su vida parroquial. Primero fue coadjutor en Chatte y luego párroco en Monteynard. Ahora su meta era la santidad; santificarse a sí mismo para obtener la salvación de *sus ovejas*. Era el mismo método que por aquellos días usaba otro santo párroco, el Cura de Ars. Los dos se conocían y fueron buenos amigos.

Pero un día el cura desapareció del pueblo. Cuando supieron los feligreses que estaba en el noviciado de los padres maristas de Lyón se presentaron amenazantes al obispo reclamando a su pastor. Era ya tarde; el padre Eymard comenzaba su vida religiosa. Ahora le atraía la Virgen. Sentirse miembro de la Sociedad de María, ser misionero tal vez allá, en la lejana Oceanía, bajo el pabellón de su Reina, era la ilusión que teñía de rosa los duros sacrificios del noviciado.

Pero el Señor no le quería en las misiones, sino en Francia: primero como director espiritual del colegio de Belley, después como superior provincial y más tarde como director de la Tercera Orden de María. El padre Eymard se consideraba el caballero de María y trabajaba con denuedo en aquel Lyón revuelto y encrespado de pasiones de mediados del siglo. Trabajaba con los obreros y en las cárceles, sin olvidar las almas selectas. En los días difíciles estuvo, con todo su prestigio, al lado de la señorita Jaricot, fundadora de la «Obra pontificia de la propagación de la fe».

Un día frío de invierno había llegado el padre Eymard a Fourvière, a poner a los pies de su dama, la Virgen, el fruto de sus trabajos, y allí le esperaba María para dar un rumbo nuevo a su vida. Durante toda su vida el padre había sido un ferviente enamorado de la santísima Eucaristía. Pero hacía algún tiempo, sobre todo, que el Santísimo le arrastraba como un imán irresistible. Un día, llevando la custodia en procesión, en un arranque de fervor había prometido predicar sólo de Jesucristo sacramentado. Era la mano cariñosa de María que le venía guiando. Ahora, en esta fría tarde de invierno en Fourvière, lo compren-

dió todo. La Virgen le significó su deseo: era preciso fundar una congregación con el objeto exclusivo de dar culto al Santísimo.

Consultó a los superiores, consultó a Pío IX, y, cuando vio con claridad que era la voluntad de la Señora, se lanzó al trabajo. Ahora había que cubrir una nueva etapa: la fundación de la Congregación del Santísimo Sacramento. Las obras de Dios se cimientan en el sacrificio. Esto lo sabía el padre Eymard, pero estaba dispuesto a pasar por todo, hasta comer piedras y morir en un hospital, si fuera preciso.

Salió de la congregación marista y solo, sin más bagaje que su indómita voluntad y la bendición de la Virgen, llegó a París para fundar. El señor De Cuers, un viejo marino nacido en las playas sonrientes de Cádiz, fue su primer compañero.

El nuevo instituto fundado por el padre Eymard tenía como única finalidad dar culto solemne al Santísimo Sacramento. El Señor quedaba expuesto día y noche y los religiosos debían sucederse por turnos en una guardia solemne y continua. La obra comenzó a marchar, pero muy despacio. Llegaban adoradores, pero se cansaban pronto ante la dificultad de la adoración nocturna. El padre Eymard no varió un punto su plan y continuó impertérrito, puesta siempre la confianza en el Maestro. Mientras se desarrollaba el largo y doloroso período de gestación del nuevo instituto el fundador no perdió el tiempo en lamentaciones. Ahora su vida convergía toda hacia un ideal, ideal grande, sublime: el servicio de la real persona de Jesucristo presente en la Eucaristía. Y el ideal polarizaba toda su actividad interna y externa. También hubiera podido decir, como San Pablo: «Mi vivir es Cristo», pero hubiera debido añadir: «Sacramentado».

Para ser mejor adorador, mejor servidor de Cristo sacramentado, se santificaba. Había dicho a su cuerpo: «Te domaré a fuerza de golpes». Y lo cumplía a rajatabla. Las más insignificantes faltas tenían minuciosamente señalado el número de azotes. Pero muchas noches, al hacer el examen de conciencia y calcular los golpes, y ver allí la disciplina, era tal el horror que le inspiraba que salía huyendo como impelido por una fuerza misteriosa. Pero volvía con decisión y entonces los azotes eran más fuertes. Se privó del tabaco y reguló sus amistades, guardando celosamente para Cristo sacramentado todo su corazón.

Pero más que el dolor físico de penitencias y enfermedades purificó su alma el dolor moral. El viejo marino gaditano, convertido en el padre De Cuers, con su intransigencia y celos le dio más de una pesadilla. Dos veces fue ásperamente reprendido por dos cardenales de París, la calumnia mordió su fama y las deserciones de los cobardes amargaron su corazón. Sin embargo, decía: «Tengo miedo que cesen las pruebas», y su alma, como la de San Pablo, pasaba alegre por todo con tal de que Cristo sacramentado fuera más conocido y mejor amado.

Como a San Pablo, el amor de Cristo le empujaba a predicar. Sentía ansias incontenibles de pegar fuego a todo el mundo con el tizón ardiente de la Eucaristía. Sus viajes y el contacto con las gentes de Lyón le habían dado una visión exacta de la sociedad; las masas obreras se alejaban de Dios y de Cristo. Pero los hombres se iban de la iglesia porque no conocían a Cristo. Era preciso sacar a Cristo del sagrario, exhibirlo, mostrarlo, no como una momia o como un recuerdo, sino como Alguien vivo capaz de solucionar todos los problemas individuales y sociales. Le martilleaba el alma aquella sentencia de San Pedro: «Fuera de él no hay que buscar la salvación en ningún otro; pues no se ha dado a los hombres otro nombre debajo del cielo por el cual debamos salvarnos» (Hch 4,12).

Y fue diciendo su mensaje por todos los púlpitos de Francia: sólo en la vuelta a Cristo sacramentado está la salvación. Pensó que lo más efectivo para esta restauración cristiana por la Eucaristía sería ganar a los sacerdotes. Él había sido siempre devotísimo del sacerdocio por su íntima conexión con la Eucaristía, y ahora se entrega a ellos en cuerpo y alma. Más tarde sus trabajos se concretaron en una obra magnífica: los sacerdotes adoradores. La finalidad de esta obra, hoy extendida por todo el mundo, es promover el culto de la Eucaristía.

Para los fieles fundó una especie de Tercera Orden de su Congregación, que llamó Agregación del Santísimo Sacramento. Los socios de esta obra se comprometen a procurar al Señor un culto más decente mediante la limosna y la prestación personal de la Adoración mensual, semanal o diaria.

En su afán de dar culto a la santísima Eucaristía fundó también una congregación de religiosas, las Siervas del Santísimo

Sacramento, dedicadas exclusivamente a la adoración solemne del Santísimo.

En sus andanzas por los caminos de Francia, como peregrino de la Eucaristía, encontró el padre Eymard a la señorita Tamisier. Tamisier fue durante cuatro años sor Emiliana en la Congregación de Siervas del Santísimo Sacramento. El padre Eymard modeló su alma con el máximo cuidado, sembrando en ella inquietudes eucarísticas. Con la bendición del padre salió del convento para ser en el mundo la viajera del Santísimo Sacramento primero y luego la organizadora de los congresos eucarísticos. Así vio el padre Eymard desde el cielo cómo germinaban sus ideas en aquel primer Congreso Eucarístico de Lila de 1881, promovido por su hija espiritual y dirigido por sus religiosos.

Se acerca el ocaso. Su vida se apaga. La Virgen ha conducido sus pasos a través de su peregrinación. Esta tarde de mayo de 1868, después de haber predicado acerca de las relaciones de María con la Eucaristía, termina así su sermón: «Pues bien, ¡honremos a María con el título de Nuestra Señora del Santísimo Sacramento!». Y desde ese día María es invocada en la Iglesia con un nuevo título, viejo en su contenido y nuevo en la expresión. Tres meses más tarde entregaba su alma al Señor. Había sido el hombre empujado siempre por el ideal.

Pedro Julián Eymard fue beatificado por Pío XI el 12 de julio de 1925 y, concluido el proceso de su causa tras la aprobación de dos milagros reconocidos —la curación del padre Carlos Verdier en 1948 y de la señora María Dora Bartells en 1949—, fue canonizado por el papa Juan XXIII el 9 de diciembre de 1962, al terminar la primera sesión del Concilio Vaticano II.

LUIS BAIGORRI, SSS

Bibliografía

AAS 17 (1925) 370-374; 55 (1963) 369-376.

Le bienheureux Pierre-Julien Eymard, 2 vols. (París 1928).

FOURREY, R., *Le curé d'Ars, authentique* (París 1964) 496-498. Para sus relaciones con el santo Cura de Ars.

SACRA RITUUM CONGREGATIONE, *«Gratianopolitana seu Parisien». Beatificationis et canonizationis ven. servi Dei Petri Juliani Eymard, sacerdotis fundatoris Congregationis Presbyterorum a SS^mo^ Sacramento,* 13 vols. (Roma 1917-1962).

TROCHU, F., *Pedro Julián Eymard, fundador de las Congregaciones de los Sacerdotes y de las Siervas del Santísimo Sacramento (1811-1868): según sus escritos, su proceso de beatificación y... documentos inéditos* (Madrid 1948).
El sacerdote de la Eucaristía o el Beato Pedro Julián Eymard (Buenos Aires 1925).
Vida del Beato Pedro Julián Eymard (Buenos Aires 1941).
• Actualización:
BARBIERO, M., *Vita eucaristica e vita religiosa in S. Pierre-Julien Eymard (1811-1868)* (Verona 1991).
GUITTON, A., *Pedro Julián Eymard, 1811-1868: apóstol de la Eucaristía* (Madrid 1998).
Pedro Julián Eymard: cuando la Eucaristía se hace vida (París 1982).

SAN PEDRO DE OSMA

Obispo († 1109)

Nacido en Bourges, Francia, hacia el año 1040, Pedro recibió de sus piadosos padres una sólida educación cristiana, y habiéndose formado convenientemente en las letras, según la costumbre del tiempo, se dedicó a la carrera de las armas, en las que dio buenas pruebas de su carácter intrépido y decidido, y no menos de la elevación de su espíritu. Consciente, pues, de los gravísimos peligros a que en esta vida se exponía, e ilustrado por Dios sobre las vanidades del mundo, determinó entregarse a su servicio en la vida religiosa.

Entró, pues, en el monasterio de Cluny, que constituía el centro de la reforma cluniacense de la Orden benedictina, entonces en su máximo apogeo, y allí vivió varios años, entregado a la práctica de las virtudes religiosas. Parecía que iba a continuar una vida tranquila en su monasterio; pero Dios tenía otros planes sobre él.

En efecto, el rey Alfonso VI de León y Castilla, en su afán por el adelantamiento del cristianismo en España, no sólo dio un empuje extraordinario a la Reconquista, sino que trabajó con el mayor empeño en la reforma y renovación eclesiástica de todos sus territorios. Conociendo, pues, la prosperidad en que se hallaba la reforma cluniacense en Francia, suplicó encarecidamente al abad de Cluny que enviara a España algunos monjes escogidos de su monasterio, y, en efecto, le fueron enviados algunos, al frente de los cuales se hallaba Bernardo de Sauvetat, con los cuales se reorganizó el monasterio de Sahagún, que bien pronto se convirtió en el Cluny de la España cristiana. No mu-

cho después, el año 1085, al realizar Alfonso VI la reconquista de Toledo, que tanta resonancia alcanzó en toda la cristiandad, designó como su primer arzobispo al abad Bernardo de Sahagún, que desde entonces, con el nombre de *don Bernardo,* fue el alma de la renovación religiosa de España.

Pues bien: según refiere don Rodrigo Jiménez de Rada y Yepes en su *Crónica general benedictina,* don Bernardo, ya arzobispo de Toledo, conociendo bien a los monjes de Cluny, y deseando utilizarlos para la gran obra de reforma de España, obtuvo que se le enviaran algunos, escogidos, entre los cuales se distinguía el monje Pedro de Bourges. Llegó, pues, Pedro a Sahagún juntamente con los demás, y durante el corto tiempo que allí se detuvo contribuyó a afianzar definitivamente la reforma cluniacense, no sólo en aquel monasterio, sino en otros muchos en los que ésta se fue introduciendo.

Entretanto don Bernardo de Toledo, que conocía a fondo su eximia virtud y sus grandes cualidades naturales, obtenida la aprobación del rey Alfonso VI, lo llamó a Toledo y, asignándole el cargo de arcediano de la catedral, lo constituyó en una especie de secretario suyo en el inmenso trabajo de la organización de la diócesis y de las iglesias que se iban conquistando a los musulmanes.

Como en todas partes, distinguióse Pedro en su nuevo cargo por su religiosidad, espíritu de trabajo y amor a los pobres.

En estas circunstancias, cuando Pedro se hallaba más centrado en su trabajo, tuvo lugar la conquista de Osma, para cuya reorganización eclesiástica, como había hecho anteriormente con Toledo, quiso Alfonso VI destinar a uno de los hombres de mayor confianza. Entonces, pues, él y el arzobispo de Toledo destinaron para la iglesia de Osma a Pedro, y, efectivamente, vencida la repugnancia que éste sentía para abrazarse con aquella dignidad, y obtenido el nombramiento de parte del Papa, se dirigió a Osma, para tomar la dirección de aquella iglesia.

Y con esto comienza la parte más característica, más grandiosa y más meritoria de San Pedro de Osma, quien puede ser presentado como monje modelo, perteneciente a la reforma cluniacense; mas por encima de todo aparece en la historia como un dechado de eminentes y santos prelados.

Como obispo de una iglesia pobre, que acababa de ser reconquistada de los moros, tuvo que cargar sobre sus espaldas el ímprobo trabajo de reconstrucción moral y aun material de la diócesis. La iglesia catedral, destruida hasta los cimientos, tuvo que ser levantada de nuevo. Con el celo de la gloria de Dios que le abrasaba emprendió decididamente este trabajo, y, sea dedicando a ello sus propias rentas, sea reuniendo con gran esfuerzo abundantes limosnas, llevó tan adelante la obra que pudo iniciar el culto en la nueva catedral, si bien no quedó ésta completamente acabada.

A la par que en el templo material trabajó desde el principio con toda su alma en el espiritual de sus ovejas, procurando fomentar en ellas por todos los medios posibles la vida religiosa, eliminando toda clase de abusos, extendiendo en todas partes los principios fundamentales de la reforma cluniacense, que él representaba. De este modo se puede afirmar que, a los pocos años de su gobierno de la diócesis de Osma, ésta quedó material y espiritualmente renovada.

En este trabajo de reforma y renovación espiritual se vio obligado algunas veces a desarrollar una energía extraordinaria en defensa de los derechos de la Iglesia y de los bienes que a ella pertenecían. Como en toda su actuación no tenía miras humanas, no había consideración ninguna que pudiera doblegarlo o apartarle del cumplimiento de su deber. Con su entereza y constancia logró que algunos hombres, pertenecientes a la más alta nobleza, restituyeran a la Iglesia los bienes que le habían robado.

Estos y semejantes hechos, más o menos maravillosos, abundan en los relatos que se nos han conservado de su extraordinaria actividad como gran prelado, renovador y reformador de la iglesia de Osma. El año 1109, cuando terminaba una visita de una buena parte de su diócesis, dirigióse a Toledo, donde se hallaba Alfonso VI gravemente enfermo. Asistióle con la mayor devoción y agradecimiento juntamente con el arzobispo don Bernardo, y después de la muerte del gran rey acompañó sus restos al monasterio de Sahagún, donde el monarca había dispuesto que fuesen enterrados. Una vez realizada esta piadosa ceremonia, mientras el santo obispo Pedro de Osma, rendido

de fatiga, volvía a su iglesia de Osma, se sintió acometido de una enfermedad, y, llegado a Palencia, el 2 de agosto entregó allí su alma a Dios.

Conforme a su deseo expresamente manifestado antes de morir, sus restos fueron conducidos a Osma y depositados en su catedral. Así se cumplía su voluntad de que su cuerpo reposara junto a su iglesia, a la que él consideraba como su esposa. Así vivió y así murió este santo monje y obispo, verdadero modelo tanto para los religiosos como para todos los eclesiásticos, particularmente para los prelados.

BERNARDINO LLORCA, SI

Bibliografía

Act. SS. Boll., 2 de agosto.
AGUIRRE, L., «Sepulcro de San Pedro de Osma en la iglesia catedral de El Burgo»: *Boletín de la Real Academia de Historia* 2 (1882) 31s.
MARTÍNEZ, *La vida del bienaventurado San Pedro de Osma...* (1549).
«Vita»: *Analecta Bollandiana* 4 (1885) 10s.

BEATA JUANA DE AZA

Madre de Santo Domingo de Guzmán († s. XIII)

De Juana de Aza —a la que unos llaman beata y otros santa— la verdad es que no se saben muchas cosas. Y las que se saben pueden reducirse prácticamente a dos: primera, que fue la madre de Santo Domingo de Guzmán, y segunda, que fue una mujer compasiva que en cierta ocasión, estando fuera su marido, repartió entre los pobres una cuba de vino generoso.

Esto no quiere decir que no se tengan de ella otros datos. Como saberse, se sabe el nombre de su padre, que fue don García Garcés, señor del condado de Aza, mayordomo mayor, ayo, tutor y curador del rey don Alfonso IX, y el de su madre, doña Sancha Bermúdez de Trastámara. Juana de Aza nació, pues, en el seno de una familia noble, enlazada varias veces con la casa real de Castilla.

Tampoco se ignora el nombre de su marido. Hacia los veinte años Juana de Aza se casó con don Félix Ruiz de Guzmán, señor de la villa de Caleruega. En esa villa vivieron ellos y allí nacieron sus tres hijos. El mayor, don Antonio, fue sacerdote y

consagró su vida a los peregrinos y enfermos que acudían al sepulcro de Santo Domingo de Silos, cerca de Caleruega. El segundo, don Manes, o Mamerto, siguió a su hermano menor y se hizo dominico. Santo Domingo fue el tercero de los hermanos, y parece que se llamó Domingo por un sueño que tuvo su madre en los meses que precedieron al nacimiento. Soñó Juana que llevaba en el vientre un cachorrillo (algunos dicen: un cachorrillo blanco y negro) que tenía en la boca una antorcha y que salía y encendía el mundo. Juana se asustó y se fue a rezar a Santo Domingo de Silos, que había muerto cien años atrás. Le hizo una novena y parece que prometió que el hijo que iba a nacer llevaría el mismo nombre que el santo. Lo que no podía prever es que, en el santoral, el hijo que Juana llevaba en las entrañas había de eclipsar al buen Santo Domingo de Silos, bajo cuya protección nacía. Pero claro es que los santos, en el cielo, no se preocupan por estas cosas, y Domingo de Silos veló por el nacimiento de Domingo de Guzmán y consoló a la buena Juana de Aza, que estaba allá, junto al sepulcro de Silos, rezando ardientemente.

El nacimiento del futuro santo ocurrió el 24 de junio, día de San Juan Bautista, el precursor, el que clamaba en el desierto y preparaba los caminos del Señor. También Domingo había de ser una voz que enderezara caminos: para eso fundaría con el tiempo su Orden de Hermanos Predicadores. Del nacimiento y sus circunstancias cuentan las leyendas varios prodigios. El más gracioso es la equivocación que por tres veces sufrió el celebrante que decía la misa de acción de gracias. Al volverse para decir *Dominus vobiscum,* le salía en vez de esto un extraño anuncio: *Ecce reformator Ecclesiae.* En vez de anunciarles a los fieles que el Señor estaba con ellos, les decía que allí estaba el reformador de la Iglesia. El reformador de la Iglesia era el tercer hijo de Juana de Aza, aquel niño al que habían puesto por nombre Domingo. El cachorrillo, en efecto, prendería fuego al mundo, pero su fuego no vendría a destruir, sino a purificar: sería calor y luz que encendería los espíritus, calor de amorosa pobreza, luz de traspasada verdad.

Domingo no viviría muchos años con sus padres. A los siete, su madre le confió a un hermano que tenía ella, párroco de

Gumiel de Izán. Él se encargaría de la primera instrucción del pequeño Domingo y de su primera educación. No había entonces escuela en los pueblos, claro está, y el pequeño Domingo tenía que empezar pronto a aprender todo lo que luego le había de hacer buena falta, pues tendría que habérselas con los herejes y convencerles con la pacífica arma de la palabra. Pero si pronto dejó la casa de sus padres no dejó sus costumbres, que eran buenas. De su madre aprendería, sin duda, en los tiernos años, la suprema virtud de la compasión, que es lo que nos hace hombres o mujeres, es decir, seres humanos. Domingo, estudiante de catorce años, vio un día a la gente agobiada por una pertinaz sequía. Domingo vio que la gente pasaba esto tan sencillo y terrible que llamamos hambre. Y vendió todos sus libros, todos sus pergaminos. Y dijo: «No quiero pieles muertas cuando veo perecer las vivas».

Por eso imagino yo que la grandeza de Juana de Aza, como madre de Santo Domingo, radica menos en haberle dado a luz que en haberle dado luz: ella, sus cosas, sus gestos, fue la luz que alumbró la infancia de Domingo de Guzmán. En ella aprendió a vivir y a ser bueno: infantil, puerilmente bueno, bueno como niño, que es lo que era. ¿Y hay manera mejor de ser bueno que la de serlo como niño? La beata o santa —qué importa— Juana de Aza, madre de familia, era una gran maestra en esa suprema asignatura sobre la que precisamente se nos pasará el examen final, el de fin de curso, el del fin del mundo. ¿No se nos ha dicho que seríamos juzgados sobre el amor? ¿No está previsto el Juicio Final como un repaso a nuestra conducta con los que tienen hambre, y sed, y frío, o están enfermos, o encarcelados, o sin techo? En aquel día sabremos de Juana de Aza muchas cosas que hoy no sabemos, muchas cosas que, sin duda, completarán la única anécdota, la única acción que de ella traen los historiadores del siglo XIII, en cuyos primeros años moría Juana. Pero ¿por qué tengo la convicción de que este único episodio que conocemos basta para darnos lo esencial de su persona y de su estilo?

He aquí lo que pasó.

Don Félix, su marido, estaba lejos. Juana había quedado al frente de la casa. Digo Juana y no doña Juana, y digo don Félix

y no Félix, porque el don aleja, y todos los personajes de esta historia, todos los miembros de esta familia los vemos hoy lejanos y borrosos; todos, menos Domingo; todos, menos Juana. A éstos los sentimos cercanos. ¡Curiosa cosa que la santidad acerque! Curiosa, pero no extraña. Pedimos a los santos las cosas que nos hacen falta, nos acercamos a ellos en busca de ayuda y les contamos todo lo que nos pasa. Y esto no sucede sólo después de que han muerto. No, no; ahí tenéis a Juana de Aza. Mirad con qué confianza se acercan a ella los pobres, los débiles, los enfermos. Es verdad que saben, por experiencia y porque lo sabe todo el mundo, que aquella mujer domina el difícil arte de dar. Lo domina porque da, y lo domina porque da con gracia, con sencillez, sin duda con esa sonrisa que, según monsieur Vincent —otro santo, Vicente de Paúl—, es lo único que hace perdonar al que da con ese privilegio que tiene de poder dar. Por tu sonrisa te perdonarán tu limosna: ¡qué honda intuición! No basta dar, en efecto, sino que hay que dar con humildad, con sencillez, sabiendo que es siempre Jesucristo el que nos ve desde el pobre. Y también con alegría, claro que sí, porque está escrito que Dios ama al que da con alegría, y porque la alegría se contagia y acaso sea ese contagio de alegría el mayor que podemos comunicar con el pretexto y el vehículo de cualquier otro don palpable. Don palpable, y sobre todo gustoso, que hablando de alegría puede ser, por ejemplo, el vino.

Sí, el vino. Don Félix tenía una cuba de vino generoso que por lo visto —por lo que luego veremos— apreciaba especialmente. El vino alegra el corazón del hombre (¿no está en la Escritura esto?) y el corazón valeroso de don Félix, señor de la villa de Caleruega, sin duda sentía de vez en cuando, acaso en los ratos de descanso y de fatiga, la necesidad de ser confortado con un vaso de aquel buen vino.

Allá estaba el vino, en la bodega, y lejos don Félix, y Juana, como de costumbre, pensando qué podría hacer con los pobres.

Ignoramos, la verdad, cómo vino la cosa. No sabemos si aquel día Juana no tenía otra cosa que dar, o bien si no tenía otra cosa mejor, puesto que para los pobres, o para Cristo que vive en ellos, es lo mejor justamente lo que hay que dar. Los relatos indican más bien que, además de las limosnas, repartió el

vino: además de los socorros, la alegría. Nos agrada pensar que fuera así. Lo que sabemos, en todo caso, es que la cuba de vino generoso fue repartida entre los pobres y enfermos. Y la repartió Juana, la señora de Caleruega, mientras su marido estaba lejos. Juana aquel día dio con alegría, y dio alegría. El vino que consolaba el animoso corazón de don Félix pasó a consolar los agobiados corazones de los que no tenían vino, como en Caná. Y como en Caná fue una mujer —allá, María; acá, Juana— la que se dio cuenta del problema y quiso ponerle remedio.

Y llegó don Félix, el marido, con su comitiva. Y algo debió de oír por ahí acerca del reparto de vino generoso, pues en presencia de todos pidió a su esposa que le diera un poco de aquel vino que tenían abajo, en la bodega. Ya sabía ella de qué vino hablaba. Y la pobre Juana que baja a la bodega. En qué estado de ánimo es cosa que no sabemos. Claro que quien da con alegría no se arrepiente nunca de haber dado; claro que quien da con gracia sabe también sonreír cuando le toca pagar las consecuencias de su generosidad. Juana baja a la bodega en busca del vino de la cuba que había vaciado para alegrar un poco la vida de los pobres y los enfermos; y arriba, don Félix, con su comitiva. ¿Sería don Félix un bromista? Para que la broma tuviera gracia nos sobra la comitiva. Sin testigos la broma sería inocente; con testigos resultaba cruel. ¿Sería don Félix, que ha dejado fama de hombre virtuoso, un marido severo, un hombre de celo austero, desabrido y exigente? No nos gusta pensarlo. No habría sido buen marido, pensamos, para una mujer generosa, compasiva, alegre. ¿Cómo habría podido él compartir estas virtudes? En fin, que lo único que sabemos es que Juana bajó a la bodega y, en su apuro, pidió ayuda al Señor. ¿Sería el Señor menos generoso que Juana? ¿Se quedaría atrás en lo de «pedid y recibiréis» que Juana practicaba tan bien? De ninguna manera. En la cuba se encontró vino, y don Félix pudo alegrar su corazón con el buen vino. Las crónicas dicen que todo el mundo hubo de reconocer la santidad de Juana de Aza y dar gracias por todo ello. Habían pedido los pobres, y les dio. Y pidió el marido, y también le pudo dar. ¿No lo haría, además, con alegría? Nos gusta imaginar en Juana una esposa amorosa y pensar que luego los dos se reirían juntos. Si lo cortés no quita lo valiente, lo no-

ble no tiene por qué quitar lo humano. Y si los tiempos eran otros, y otras las costumbres, el amor siempre es amor y la alegría, alegría.

No importa enlazar esta palabra con la última palabra de una vida. La muerte de Juana tuvo que ser otra manera de dar. La que tan bien conocía el arte de dar, y de dar con alegría, ¿no había de encontrar su propio estilo a la hora de dar lo mejor que le quedaba: la vida? Juana murió, dicen que en Peñafiel, pero ni siquiera después de haber muerto dejó de recibir peticiones. Cuando faltaba la lluvia la gente se acordaba de Juana. Cuando la langosta aparecía, la gente acudía a Juana. Y Juana seguía arreglándoselas para dar. Y es que una madre de familia sabe mucho de eso: de dar... y de sonreír. Juana de Aza, pide para nosotros este don: la generosa alegría.

El título de santa que se le venía atribuyendo corresponde al papa León XII.

LORENZO GOMIS

Bibliografía

ÁLVAREZ, P., *Santos, bienaventurados, venerables de la Orden de Predicadores.* I: *Santos* (Vergara 1920).

CASTAÑO, R., *Monografía de Santa Juana de Aza, madre de Santo Domingo de Guzmán* (Vergara 1900).

PELÁEZ, A., *Cuna y abolengo de Santo Domingo de Guzmán* (Madrid 1917).

BEATOS FELIPE DE JESÚS MUNÁRRIZ, JUAN DÍAZ NOSTI Y LEONCIO PÉREZ RAMOS

Presbíteros y mártires († 1936)

Vamos a contar la vida y muerte de los misioneros claretianos que murieron asesinados en Barbastro el día 2 de agosto de 1936. Eran tres: Felipe de Jesús Munárriz, Juan Díaz Nosti y Leoncio Pérez Ramos. Junto a ellos murieron «cantando ante las balas» otros compañeros hasta hacer el número de 51, todos formaban parte de la comunidad claretiana de Barbastro que fue en grupos al martirio en distintos días durante el mes de agosto de 1936. Y, además de estos 51, los claretianos

sufrieron el martirio en otras partes de España, hasta el número de 271.

Barbastro era una población con 8.000 habitantes. Lo peor que le pudo ocurrir al pueblo fue tener un «coronel cobarde», el Sr. Villaba. Éste había prometido que en Barbastro no iba a ocurrir nada: «Sacamos unos pelotones a la calle y no pasa nada». Pero el 19 de julio de 1936 las masas asaltaban las armerías de la ciudad. El 20 de julio de 1936 entraron al convento de los claretianos cincuenta milicianos armados. Iban buscando armas. Estaban empeñados en que los religiosos las escondían. Registraron toda la casa pero no encontraron nada, a pesar del intento de una mujer por acusar a los religiosos al esconder entre los ornamentos sagrados de la sacristía una gran navaja; sin embargo, un miliciano se dio cuenta del truco y la amenazó con matarla allí mismo. Como el registro fue infructuoso, arrestaron a todos los miembros de la comunidad. Unos (Felipe, Juan y Leoncio) fueron llevados a la cárcel del pueblo; los enfermos al hospital; y el resto de los misioneros al convento de los escolapios (cf. una semblanza de los mismos los días 12, 13, 15 y 18 de agosto).

En medio de la confusión, mientras estaban buscando las armas, el P. Luis Masferrer pudo ir a la capilla para sacar el Santísimo y ponerlo a salvo dentro de una maleta. Durante los días de prisión aquella Eucaristía sirvió de alimento espiritual a los futuros mártires. Siempre ocurrió lo mismo en todas las prisiones mientras la persecución religiosa en España. La Eucaristía fue el pan de los fuertes. Eso y la devoción a María.

El día 25 de julio de 1936 llegó al pueblo la invasión de gentes armadas y dispuestas a llevarse por delante todo lo que oliera a incienso. Entre todos ellos, y a la cabeza, estaba un tal Ángel Samblancat, antiguo postulante claretiano del seminario de Barbastro. Y empezaron a matar a todos los presos que sumaban ya muchos centenares. En una ciudad de 8.000 habitantes cayeron segadas 837 vidas.

El motivo de la muerte era muy claro. El alcalde lo declaró así: «Como personas merecen todo respeto; pero como sacerdotes y misioneros deben morir». La sotana sublevaba a los milicianos. Por la ventana les decían a los seminaristas: «Os mata-

remos a todos con la sotana puesta, para que ese trapo sea enterrado con los que lo lleváis»; «No odiamos a vuestras personas. Lo que odiamos es vuestra profesión, ese hábito negro, la sotana. Ese trapo repugnante»; «Quitaos ese trapo y seréis como nosotros. Y os libraremos».

Los primeros misioneros claretianos muertos son: el superior, P. Felipe de Jesús Munárriz; el formador de seminaristas, P. Juan Díaz; y el administrador, P. Leoncio Pérez, cuyas vidas reseñamos a continuación:

FELIPE DE JESÚS MUNÁRRIZ. Nació en Allo (Navarra) el 4 de febrero de 1875. Era el superior de la comunidad. Durante toda su vida había dado muestras de entrega total a la vida religiosa, con gran sentido de la responsabilidad para organizar la vida de los jóvenes estudiantes y de talento práctico para solucionar los problemas de una familia de 51 personas.

Con 11 años solicitó la entrada en el postulantado de Barbastro, donde luego murió. Con Felipe Munárriz profesaron otros 60 novicios más el año 1891. Fue ordenado sacerdote en 1898, en Santo Domingo de la Calzada. En la ordenación sacerdotal tomaron parte 95 ordenandos.

Desempeñó su apostolado ocupando cargos de responsabilidad: coadjutor de novicios en Cervera (1898-1900), prefecto de postulantes en Barbastro (1900-1905), prefecto de seminaristas de filosofía (1905-1910) y prefecto de seminaristas de teología (1910-1915) en Cervera, y prefecto de seminaristas de moral en Alagón (1915-1919). En 1919 es destinado a Italia, pero al final se queda en la casa generalicia de Barcelona como consultor primero. Más tarde será superior en las siguientes casas: Gracia, en Barcelona (1922-1925), Cartagena (1925-1931), Zaragoza (1931-1934) y Barbastro (1934-1936).

El día 20 de julio de 1936, cuando los milicianos se empeñaban en encontrar armas en el convento, el P. Munárriz se enfrentó a ellos vigorosamente: «¡En esta casa no hay armas, lo crean ustedes o no lo crean! ¡Registren lo que quieran, que no las encontrarán! ¡Nosotros no mentimos!».

En la noche del 1 al 2 de agosto, a la entrada del cementerio, fue fusilado este santo varón, lleno de méritos y de trabajos. Tenía 61 años de edad. Con él cayeron Juan Díaz y Leoncio Pérez, con otras 18 personas más.

JUAN DÍAZ NOSTI. Había nacido en la «Quinta de los Catalanes», en el Principado de Asturias, el 18 de febrero de 1880. Ingresó en el postulantado de Barbastro en el año 1893. Fue ordenado sacerdote en 1906, en Zaragoza. Luego fue nombrado profesor de ética (Cervera, 1907), de moral (Colegio de Alagón, 1910); superior de Calatayud (1913) y profesor de moral en Aranda de Duero de 1916 a 1934. En 1934 fue a Barbastro como prefecto de seminaristas y profesor de moral. Gran predicador, excelente superior de diversas casas. Un santo.

En la noche del 1 al 2 de agosto unos individuos conocidos en Barbastro por su ferocidad, pidiendo presos para matar. Y el comité les dio un vale para sacar a 20 hombres y matarlos. Entre ellos estaban nuestros tres primeros claretianos mártires. Juan, al morir, tenía 56 años.

También murió allí mismo un hombre singular, Ceferino Giménez Malla, primer gitano beatificado de la historia, que fue fusilado junto al padre superior de los claretianos por el delito de haber querido defender a un sacerdote que estaba siendo acosado en plena calle.

LEONCIO PÉREZ RAMOS. Era riojano, de Muro de Aguas. Nació el 12 de septiembre de 1875. Su familia era pobre de solemnidad; se dedicaban a los trabajos del campo y eran los más pobres del pueblo. Profesó en Cervera en 1893; fue ordenado sacerdote en Miranda de Ebro el año 1901.

Su primer destino fue Barbastro, como auxiliar del padre prefecto. Luego pasó a Lérida y en 1907 fue destinado a la casa-sanatorio de Olesa de Montserrat, hasta 1913. Desde 1913 fue administrador de diversas casas durante 23 años: Gracia, en Barcelona (1913-1916), Tarragona (1916-1919), Lérida (1919-1922), Játiva (1922-1925), Alagón (1925-1928), Barbastro (1928-1936).

Era un religioso ejemplar, piadoso, paciente y trabajador. Lo llevaron a la cárcel, junto a Felipe y Juan. El pañuelo hallado en su bolsillo estaba todo él manchado de sangre. No se sabe si fueron simples hemorragias o efectos de malos tratos. El P. Leoncio formaba terna con el beneficiado de la catedral don Tomás Ardanuy que estaba aterrado; Leoncio le animó durante todo el viaje hasta la muerte. Unos disparos y a la fosa. Tenía 61 años. Sus restos fueron recuperados en 1940.

Gloriosos mártires claretianos, «seminario mártir» lo llamó Juan Pablo II cuando, el 25 de octubre de 1992, beatificó en Roma a los 51 misioneros claretianos mártires de Barbastro.

FÉLIX NÚÑEZ URIBE

Bibliografía

CAMPO VILLEGAS, G., *Ésta es nuestra sangre. 51 Claretianos mártires. Barbastro, agosto 1936* (Madrid [2]1992).

CÁRCEL ORTÍ, V., «Los 51 claretianos de Barbastro», en ID., *Mártires españoles del siglo XX* (Madrid 1995) 341-359.

CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, Barbastren. *Beatificationis et declarationis martyrii servi Dei Philippi a Jesu Munárriz, sacerdotis professi e Congregatione Filiorum Immaculati Cordis B.M.V. et qinquaginta Sociorum eiusdem Congregationis. Positio super martirio* (Roma 1991).

LALUEZA GIL, S., *Martirio de la Iglesia de Barbastro (1936-1939)* (Barbastro 1989).

RUIZ, G., «Barbastro, martiri», en *Bibliotheca sanctorum. Appendice prima* (Roma 1987) 125-126.

BEATO CEFERINO GIMÉNEZ MALLA, «EL PELÉ»

Mártir († 1936)

En su magnífica obra sobre la persecución religiosa española de 1936 a 1939, el Dr. Montero llama a Barbastro «capital trágica de Aragón». Realmente, el sacrificio de todo un Seminario mártir, con sus 51 jovencísimos claretianos ansiosos de «dar la sangre por su Rey y su Reina», la inmolación de sacerdotes en proporción mayor que las otras diócesis españolas, el testimonio heroico de docenas de espléndidos católicos seglares, y el martirio estremecedor de su santo obispo Florentino Asensio Barroso, en que se concitaron la saña animalesca de los verdugos y la mansedumbre conmovedora de la víctima, hacen de Barbastro, sí, la capital de la tragedia y, no menos, la capital de una epopeya: la de la entrega heroica a Jesucristo, el Rey de los mártires.

Hijo de padres gitanos españoles, Ceferino Giménez Malla, conocido familiarmente como «el Pelé», es una de las figuras significativas del pueblo gitano, que coronó una vida cristiana auténtica con el martirio. Nació en Fraga (Huesca), en una familia de gitanos nómadas, probablemente el 26 de agosto de 1861, fiesta de San Ceferino papa, de quien tomó el nombre, siendo bautizado ese mismo día. Experimentó en su infancia las

carencias de la pobreza, que llega a ser miseria cuando su padre abandona la familia para irse con otra mujer.

Como su familia, Ceferino también fue un gitano que vivió siempre como tal, profesando la ley gitana tanto en su formación como en el desarrollo de su vida.

Ceferino no fue a la escuela, ayudaba en casa como podía. De niño recorrió los caminos montañosos de la región, dedicado a la venta ambulante de los cestos que fabricaba con sus manos. A los veinte años se estableció en Barbastro, y se casó, al estilo gitano, con Teresa Giménez Castro, una gitana de Lérida de fuerte personalidad. En 1912 regularizó la unión con «su Teresa» celebrando el matrimonio según el rito católico. Comenzó desde entonces a frecuentar la iglesia hasta convertirse en un cristiano modelo. No tuvo hijos, pero adoptó de hecho a una sobrina de su esposa, llamada Pepita.

El Pelé dedicó los mejores años de su vida a la profesión de tratante experto en la compraventa de caballerías por las ferias de la región. Fue muy estimado por su sinceridad y hombría de bien, lo que no era frecuente en su oficio. Pudo establecerse y trabajar por cuenta propia, merced a un gesto de caridad que admiró a todo Barbastro. Un potentado del lugar, enfermo de tuberculosis, pasando un día por la calle, comenzó a tener vómitos de sangre, ante lo cual todos escapaban, asustados, también los que parecían ser sus amigos. Sin embargo, Ceferino, sin ningún temor, corre hacia él, le ayuda y lo lleva sobre sus espaldas a casa. Conmovida y agradecida, la rica familia del enfermo lo recompensa con una suma de dinero, y el Pelé puede así montar un próspero comercio. Llegó, por eso, a tener una buena posición social y económica, que puso siempre a disposición de los más necesitados.

Practicó sin respetos humanos la fe, que adquirió siendo ya adulto. Rezaba mientras caminaba por la calle, con el rosario en la mano. Iba, en lo más crudo del invierno, a socorrer a los gitanos más pobres, y también a los payos necesitados. Todos eran «prójimos» para él, que edificaba día a día, con el mandamiento nuevo, su vida de creyente, refrendada con las obras. Aunque analfabeto, supo «leer» y entender la carta de la caridad del apóstol Pablo a los Corintios, viviendo de aquel amor que «todo

lo disculpa, todo lo cree, todo lo soporta». Soportó incluso las calumnias, suscitadas por la envidia... Acusado injustamente de robo («¡es un gitano...!»), y encarcelado, fue enseguida declarado inocente. El abogado que lo defendía dijo: «El Pelé no es un ladrón, es San Ceferino, patrón de los gitanos».

Sumamente honrado, jamás en los tratos engañó a nadie. Por su reconocida prudencia y sabiduría, lo solicitaban payos y gitanos para solucionar los conflictos que a veces surgían entre ellos. Piadoso y caritativo, socorría a todos con sus limosnas. Todos querían a este gitano sencillo, devoto y simpático, que comunicaba esperanza y contagiaba alegría. Ya en vida, muchos lo llamaban «santo». Fue un ejemplo de religiosidad: asistía a misa todos los días en la iglesia de los misioneros claretianos —que serían todos mártires, como él: los famosos «mártires de Barbastro»—, comulgaba con frecuencia, en su hogar se rezaba cotidianamente el santo rosario, en agradecimiento, decía él, por un «milagro en su vida».

Su muerte por la fe fue la culminación de toda una vida de fe. No obstante su vida de gitano, dedicado al comercio, Pelé «iba a misa todos los días y rezaba el rosario [...] Muchas veces he oído decir en mi casa que iba diariamente a la misa y comulgaba», declaró un testigo en el proceso canónico. Y otros repitieron las mismas cosas: «En Barbastro, era el primero en las procesiones [...] Lo he visto a menudo con un gran cirio...».

Aunque no supo nunca leer ni escribir, era amigo de personas cultas y fue admitido como miembro en diversas asociaciones religiosas. Le gustaban, como buen gitano, las manifestaciones de religiosidad popular, como las procesiones y las peregrinaciones; pero su espiritualidad se alimentaba en las fuentes de las instituciones que había entonces para los laicos: los Jueves eucarísticos, la Adoración nocturna, las Conferencias de San Vicente de Paúl. En 1926, cuando los capuchinos resolvieron fundar la Tercera Orden Franciscana en Barbastro, organizaron un triduo de preparación en la ciudad. El día de la erección de la TOF se hicieron terciarios el obispo de la diócesis, 11 sacerdotes, 33 seminaristas y 114 laicos, entre ellos el Pelé, que fue elegido como uno de los 10 consejeros de la fraternidad, lo que no deja de ser significativo si se piensa que era gitano y analfabeto.

Es de resaltar un dato significativo de la vida de Ceferino: su amistad con don Florentino Asensio Barroso, obispo de Barbastro. Pocos días antes de su muerte, ambos se vieron en la Adoración nocturna organizada clandestinamente en casa de don Florentino. La comunión en la fe les impulsó a los dos a forjar una amistad nada corriente entre un obispo y un gitano. Por dar testimonio de esta fe mueren casi el mismo día en circunstancias similares. La Providencia quiso que ambos fueran reconocidos y beatificados juntos.

Su fe se manifestó no sólo en su vida de piedad, sino en su amor al prójimo, en la rectitud y honradez en el comercio, y en la atención a los niños, sobre todo gitanos, que en esa época no eran objeto de una especial atención pastoral. Le gustaba dedicarse a catequizarlos. Reunía con frecuencia a los gitanillos y los sacaba al campo, aparentemente para recoger «ceñoso» («hinojo»: planta aromática, usada para condimentar), pero, en realidad, para contarles pasajes de la Biblia, instruirles con cantos religiosos y enseñarles las oraciones y el respeto a la naturaleza. Algunos testimonios:

> «Reunía a muchos niños, gitanos o payos, y nos enseñaba a rezar, nos contaba historietas y nos daba la merienda».
>
> «Algunas veces nos reunía a su alrededor y nos llevaba fuera del pueblo; nos daba consejos y nosotros lo escuchábamos con mucha atención».
>
> «Exhortaba a los chicos a que respetaran los pajarillos y las hormigas [...], relataba historias de la Biblia [...] Hacía cantar canciones de la Iglesia».

La fe de Ceferino tenía, naturalmente, las características de la cultura gitana, pero también la profundidad de una espiritualidad con raíces sólidas:

> «Aunque el Pelé careciera de toda instrucción literaria por ser analfabeto, tenía, sin embargo, una gran formación espiritual: la vida espiritual le salía del interior».

Una muestra de su profunda espiritualidad era su resignación cristiana y el hecho de que veía la mano de Dios en todas las cosas:

> «En los reveses de fortuna o en las desgracias, el siervo de Dios decía siempre: Dios lo ha querido, Él lo sabe. Alabado sea el Señor».

Al inicio de la guerra civil española, en los últimos días de julio de 1936, fue detenido por salir en defensa de un sacerdote joven que un grupo de anarquistas arrastraba por las calles de Barbastro para llevarlo a la cárcel. El sacerdote forcejeaba con los milicianos. Ceferino, honrado a carta cabal como era, no pudo contenerse y exclamó indignado: «¡Válgame la Virgen! ¡Tantos hombres contra uno, y además, inocente!».

Varios milicianos se abalanzaron sobre él, lo cachearon y le encontraron una navajita cortaplumas y un modesto rosario en el bolsillo. Bastó para conducirlo, maniatado, con el sacerdote, a la cárcel popular. Allí Ceferino convivió con los que habían de ser sacrificados: sacerdotes, religiosos y seglares católicos. La cárcel improvisada era el convento de las capuchinas, donde ya había 350 detenidos. La situación era delicada y estaba dominada por la violencia y el odio a lo sagrado por parte de los milicianos. Era preciso tener «prudencia», no irritar a los revolucionarios. La hija adoptiva de Ceferino, Pepita, de 12 años, le llevaba de comer a la cárcel todos los días. Papá Pelé la hacía permanecer un poco con él y juntos rezaban el rosario. En la cárcel, todos «rezaban el rosario y oraban» *(Summ.,* p.23), pero el Pelé era incansable en la oración: «el rosario significaba la fe en Cristo». Los carceleros estaban muy enojados con eso y muchos de los presos aconsejaban al gitano que fuera más discreto y «prudente».

El Pelé no tenía ninguna importancia política y, en una situación como la que había en España, recién estallada la revolución, se pensaba que una figura como la suya no tenía nada que pudiera perjudicar a los revolucionarios. Por esto alguien pidió ayuda a un anárquico de Barbastro, Eugenio Sopena, uno de los miembros más influyentes del comité revolucionario, que estimaba a nuestro gitano y vivía en un apartamento situado en el mismo edificio donde vivía el Pelé. Sopena hizo presión, pero le respondieron que el gitano ejercía influencia en los presos desde un punto de vista religioso. Por tanto, debía comenzar por eliminar el rosario y dejar de rezar. Sopena le pidió varias veces que le entregara el rosario: «¡Te matarán!», le decía, pero era inútil. Le recomendó que disimulara, en la cárcel al menos, sus devociones, que no enseñara más el rosario y «que se dejara de fanatismo». Pero Ceferino había apostado ya, definitivamente,

por Jesucristo crucificado. Agradeció el interés de Sopena y le confesó íntegramente su fe y su voluntad de permanecer cristiano hasta el fin.

También la pequeña Pepita insistía: «Dame el rosario, bótalo, que podría pasarte algo». Un testigo declaró en el proceso de beatificación:

> «Quizás se hubiera salvado de la muerte [...] Tal como estaban las cosas en ese momento, el siervo de Dios sabía que lo fusilarían si no renegaba de la propia fe».

Este detalle revela toda la serenidad y decisión del Pelé. A sus 75 años, prefirió seguir en la prisión y afrontar el martirio.

Hacia las tres de la madrugada del día 2 de agosto de 1936, al lado de 19 presos, entre ellos tres sacerdotes claretianos, lo fusilaron junto a las tapias del cementerio de Barbastro. Murió enarbolando el rosario en la mano, como una bandera victoriosa, mientras gritaba su fe: «¡Viva Cristo Rey!».

Un puñado de gitanos, al enterarse de la ejecución, marchó al cementerio y rescató el rosario que el Pelé llevaba entrelazado en los dedos en el momento de morir. Esa misma mañana se obligó a otros gitanos a excavar una fosa común para todos los fusilados, entre los que estaba el Pelé. Después, sobre los cuerpos de los asesinados se echó cal viva. Por eso no se pudo encontrar su tumba.

Juan Pablo II beatificó a Ceferino Jiménez Malla, junto con su obispo, el también mártir Florentino Asensio, el 4 de mayo de 1997, y estableció que su fiesta se celebre el día 2 de agosto, aniversario de su martirio y nacimiento al cielo. En aquella ocasión, el Papa dijo del Pelé:

> «"A vosotros os llamo amigos" (Jn 15,15). También en Barbastro el gitano Ceferino Giménez Malla, conocido como "el Pelé", murió por la fe en la que había vivido. Su vida muestra cómo Cristo está presente en los diversos pueblos y razas y que todos están llamados a la santidad, la cual se alcanza guardando sus mandamientos y permaneciendo en su amor (cf. Jn 15,11). El Pelé fue generoso y acogedor con los pobres, aun siendo él mismo pobre; honesto en su actividad; fiel a su pueblo y a su raza calé; dotado de una inteligencia natural extraordinaria y del don de consejo. Fue, sobre todo, un hombre de profundas creencias religiosas.
>
> La frecuente participación en la santa misa, la devoción a la Virgen María con el rezo del rosario, la pertenencia a diversas aso-

ciaciones católicas le ayudaron a amar a Dios y al prójimo con entereza. Así, aun a riesgo de la propia vida, no dudó en defender a un sacerdote que iba a ser arrestado, por lo que le llevaron a la cárcel, donde no abandonó nunca la oración, siendo después fusilado mientras estrechaba el rosario en sus manos. El beato Ceferino Giménez Malla supo sembrar concordia y solidaridad entre los suyos, mediando también en los conflictos que a veces empañan las relaciones entre payos y gitanos, demostrando que la caridad de Cristo no conoce límites de razas ni culturas. Hoy "el Pelé" intercede por todos ante el Padre común, y la Iglesia lo propone como modelo a seguir y muestra significativa de la universal vocación a la santidad, especialmente para los gitanos, que tienen con él estrechos vínculos culturales y étnicos».

En el discurso del lunes siguiente a los peregrinos, sobre todo gitanos, llegados a Roma para la beatificación, y al final de la plegaria mariana del sábado anterior a la ceremonia, fueron éstas las palabras del Romano Pontífice:

«El beato Ceferino Giménez Malla alcanzó la palma del martirio con la misma sencillez que había vivido. Su vida cristiana nos recuerda a todos que el mensaje de salvación no conoce fronteras de raza o cultura, porque Jesucristo es el redentor de los hombres de toda tribu, estirpe, pueblo y nación (cf. Ap 5,9).

"El Pelé" fue un hombre profundamente piadoso: particularmente devoto de la Eucaristía y de la Virgen María, participaba asiduamente en la santa misa y rezaba el rosario con fervor, oraba con frecuencia y pertenecía a diversas asociaciones religiosas. Su vida fue coherente con su fe, practicando la caridad con todos, siendo honrado en sus actividades, poniendo paz en las contiendas y aconsejando sabiamente sobre las situaciones que se presentaban. Por esto gozó de la estima de quienes lo conocieron.

Queridos hijos del pueblo gitano, el Beato Ceferino es para vosotros una luz en vuestro sendero, un poderoso intercesor, un guía para vuestros pasos. "El Pelé", en su camino hacia la santidad, tiene que ser para vosotros un ejemplo y un estímulo para la plena inserción de vuestra particular cultura en el ámbito social en que os encontráis. Al mismo tiempo, es necesario que se superen antiguos prejuicios que os llevan a padecer formas de discriminación y rechazo que a veces conducen a una no deseada marginación del pueblo gitano».

* * *

«Doy la bienvenida a los peregrinos gitanos que han venido para la beatificación de Ceferino Giménez Malla, mártir. Gracias por vuestra presencia y por vuestro canto. En verdad, la oración

del santo rosario era la mejor manera de honrar a "el Pelé", que afrontó el extremo sacrificio con el rosario en la mano.

Saludo ahora cordialmente a las personas de lengua española que se han unido a esta entrañable práctica de piedad mariana [el rezo del santo rosario], al comienzo del mes de mayo, tradicionalmente dedicado a la Virgen María. Saludo en particular al numeroso grupo de gitanos que han venido a Roma para participar mañana en la beatificación del venerable Ceferino Giménez, "el Pelé". Este ilustre hijo de vuestra raza fue mártir de la fe y murió con el rosario en la mano. Vosotros, que habéis sabido mantener vuestra identidad étnica y cultural más allá de las fronteras, haciendo con frecuencia del camino vuestra patria, seguid su ejemplo de piedad cristiana y de especial devoción a María, que vosotros invocáis como "Amari Develeskeridaj", "Nuestra Madre de Dios", para que ella sea la estrella que guíe y alegre vuestros pasos».

Ceferino Giménez Malla, con su vida de fe y su muerte por la fe, ha demostrado que Cristo está presente en todos los pueblos y en todas las razas, y que la santidad puede nacer en todas partes. La Iglesia reconoce en él a un hijo auténtico y fiel, un testigo de Cristo, un evangelizador de su propia gente (cf. *Positio,* p.3). Es el primer gitano que alcanza la meta gloriosa de la beatificación. Fue un verdadero gitano, cumplidor y maestro de los valores de su cultura. Su testimonio subraya, una vez más, que a todo hombre se le ofrece, dentro de su cultura, un camino de fe y de gracia, por el que puede transitar hasta las más altas cimas de la perfección. El ejemplo de Ceferino, siendo válido para todos, encarna los valores de su cultura: el respeto y atención a los mayores y la familia, el amor a la libertad, el orgullo de las propias tradiciones, la vivencia de lo religioso y la búsqueda de la paz.

ALBERTO JOSÉ GONZÁLEZ CHAVES

Bibliografía

L'Osservatore Romano (ed. en español) (9-5-1997).

CAMPO VILLEGAS, G., *Ésta es nuestra sangre. 51 Claretianos mártires. Barbastro, agosto 1936* (Madrid ²1992).

GIL DE MURO, E. T., *Ay, gitano. (Isna, calorro). Biografía de Ceferino Giménez Malla, mártir* (Madrid 1997).

REPETTO BETES, J. L., *Mil años de santidad seglar. Santos y beatos del segundo milenio* (Madrid 2002) 339-340.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN ESTEBAN I

Papa († 257)

Esteban era romano y pertenecía al clero de esta ciudad cuando fue elegido papa como sucesor de Lucio I, el 12 de mayo del año 254. Era una persona enérgica y segura de su autoridad, y ello le llevó a tener diferentes choques con San Cipriano de Cartago, de idéntico perfil moral, y con otros prelados. Una primera cuestión surgió cuando dos obispos españoles, Basílides de Mérida y Marcial de León, se procuraron certificados falsos de haber adorado a los ídolos para salvar sus vidas. Por ello fueron sustituidos por Sabino y Félix. Pero entonces Basílides acudió a Roma y presentó su caso de forma que Esteban lo confirmó en su cargo episcopal. Los fieles de ambas iglesias, indignados con este proceder del papa, acudieron a San Cipriano de Cartago, el cual reunió un sínodo que declaró a Basílides y Marcial indignos del episcopado, corrigiendo así el dictamen papal. No se sabe cómo terminó este asunto.

Igualmente tuvo Esteban problemas a cuenta del obispo Marciano de Arlés, el cual era de tendencia novaciana y, sin embargo, el papa tenía moderación con él y los de su tendencia. Denunciado Marciano ante San Cipriano, éste escribe a Esteban exigiéndole que fuera más enérgico con los herejes. Tampoco se sabe cómo terminó la cuestión. Por último estuvo la cuestión de volver o no a bautizar a los herejes. La praxis romana era que a los herejes se les daba por bien bautizados y solamente se les imponía la mano en señal de penitencia cuando venían a la Iglesia católica. Pero en África y en algunos sitios de Asia había la costumbre de rebautizar a los herejes alegando que fuera de la Iglesia no se daba la gracia y la salvación. Los obispos africanos estaban por esta última praxis y tras el sínodo del 256 San Cipriano intentó que Esteban le diera la razón. Pero Esteban se mantuvo firme en que no se innovara nada sino que se siguiera la praxis habitual de la Iglesia romana. Esteban murió el 2 de agosto del 257, más de un año antes del martirio de San Cipriano, y no parece que muriera mártir, aunque se le haya dado tal título.

SANTA CENTOLA

Mártir (fecha desconocida)

El arzobispado de Burgos celebra el día 13 de agosto la memoria de Santa Centola, mártir. El actual *Martirologio* la celebra el día 2 de agosto. Y el *Martirologio* anterior, que celebraba su memoria el dicho día 13, la conmemoraba junto con Santa Elena, que ahora ha desaparecido así del *Martirologio romano* como del propio de los santos de Burgos. El motivo de esta desaparición es que hasta el siglo XIV no hay noticia alguna de Santa Elena, y por tanto se ha considerado sin fundamento histórico su existencia. Centola tuvo culto en una ermita de Sierro, en dicho arzobispado, y en algún momento se tejió en torno a ella la tradición de que era una mártir toledana de nacimiento, hija de padre pagano, que no estaba dispuesto a permitir que su hija fuera cristiana, lo que obligó a huir a ésta. Pero ese hecho no impidió que fuera martirizada en la persecución de Diocleciano, a comienzos del siglo IV. En 1317 el obispo Gonzalo trasladó las reliquias a la capital burgalesa.

BEATO FRANCISCO CALVO BURILLO

Presbítero y mártir († 1936)

Era natural de Híjar, provincia de Teruel, donde nació el 21 de noviembre de 1881. Educado cristianamente, a los 15 años decide seguir la vocación religiosa e ingresa en el convento de San José de la localidad de Padrón, en la provincia de La Coruña. Hecho el noviciado, pronunció los votos religiosos en la Orden de Predicadores y seguidamente estudió filosofía en el convento de Padrón y teología en el de Corias, en Asturias. En diciembre de 1905 se ordena sacerdote en Salamanca, a donde ha ido para estudiar la carrera de Filosofía y Letras, de la que más tarde conseguiría la licenciatura en Barcelona.

Destinado en 1912 a la enseñanza en el colegio de Oviedo, unos años más tarde se ofrece para la restauración de la provincia dominicana de Aragón, de cuyos principios fue uno de los soportes más fuertes tanto en la enseñanza como en el gobierno y asimismo en el ministerio sacerdotal de predicación, con-

fesonario, dirección espiritual, etc. Ya antes del 18 de julio de 1936, dadas las circunstancias difíciles y su quebrantada salud, se había ido a casa de su madre a fin de restablecerse. Pero fue detenido y en la noche del 1 de agosto escribió una carta a su madre en la que le decía: «Mamá mía amantísima: adiós y ruega por mí. Todo lo que tengo, la máquina y cualquier otra cosa es de la Orden. Reparte el dinero a los pobres. Un abrazo de tu hijo en agonía: Fray Quico». Fue fusilado en su pueblo natal el 2 de agosto de 1936. Sus restos mortales descansan desde 1962 en el colegio «Cardenal Xavierre», de Zaragoza.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO FRANCISCO TOMÁS Y SERER

Presbítero y mártir († 1936)

Era natural de Alcalalí, provincia de Alicante, donde nació el 11 de octubre de 1911, hijo de una familia muy cristiana. Cursa las primeras letras en la escuela pública de su pueblo y destaca por su inteligencia y buenas dotes. Desde su primera comunión (26 de mayo de 1921) muestra sus deseos de ser sacerdote, ingresando a los 12 años en la escuela seráfica de los PP. Terciarios Capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores, en Godella, Valencia. De allí pasa al noviciado y hace los votos religiosos el 15 de septiembre de 1928. Cursa luego la filosofía y, para la teología, pasa a las casas de Teruel y Amurrio, ordenándose sacerdote en Vitoria el 24 de mayo de 1934. Estuvo primero destinado en la casa-reformatorio de Amurrio, y en octubre de 1935 es trasladado a la casa de Carabanchel Bajo, en Madrid, a la casita llamada «La Patilla» y dependiente de la Escuela de reforma de Santa Rita, situada en la misma finca. La intención era que estudiara la carrera de medicina en la Universidad Central madrileña. En el verano de 1935 hace un viaje por Francia y Bélgica en orden a comparar los métodos pedagógicos de su congregación con los habituales en Europa.

El 20 de julio de 1936 no quedaba ningún muchacho en la casita de «La Patilla» cuando a las ocho de la mañana los milicia-

nos invaden la «Casa de reforma». Francisco acude al alcalde, el cual logra que los religiosos queden libres de marcharse donde quieran. El día 31 de julio, Francisco con su hermano Pedro llegan a calle Alcalá 66 para esperar allí al Beato Bienvenido de Dos Hermanas. Cuando pasaron dos días sin que el padre llegara, llamó al alcalde de Carabanchel por teléfono, quien le dijo que no sabía nada y que no volviese a Carabanchel. Pero Francisco quería ir; entonces se acercó a una comisaría donde al saber que era sacerdote le aconsejaron que se escondiera. Volvió a la casa de la calle Alcalá pero al día siguiente fue a la alcaldía de Carabanchel y no volvió. Su hermano Pedro fue a buscarlo y tampoco volvió. Al amanecer del día 3 hallaron el cadáver del P. Francisco junto a las tapias del reformatorio del Príncipe de Asturias acribillado a balazos. Fue enterrado en una fosa común en el cementerio de Carabanchel Alto.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

3 de agosto

A) Martirologio

1. En Nápoles, Campania, San Asprenates, obispo (s. II-III).
2. En Autún (Galia), San Eufronio († p. 475), obispo.
3. En el Monte Massico (Campania), San Martín († 580), solitario.
4. En Anagni (Lacio), San Pedro († 1105), obispo.
5. En Lucera (Apulia), Beato Agustín Kazotic († 1323), obispo **.
6. En la carretera de Verger (Valencia), Beato Salvador Ferrandis Seguí († 1936), presbítero y mártir **.
7. En Samalús (Barcelona), Beato Alfonso López López, presbítero, y Miguel Remón Salvador († 1936), religiosos ambos de la Orden de Hermanos Menores Conventuales, mártires *.
8. En Barcelona, Beato Francisco Bandrés Sánchez († 1936), presbítero, de la Sociedad Salesiana, mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

BEATO AGUSTÍN KAZOTIC

Obispo († 1323)

Las Órdenes mendicantes fueron fermento de renovación evangélica y de santidad en la Iglesia medieval, desde su fundación en el siglo XIII. Multitud de apóstoles de la Palabra de Dios, de hombres eximios que edificaban al pueblo cristiano con sus virtudes y su predicación, obispos y santos, llenan las crónicas de las milicias nacientes de Domingo de Guzmán y de Francisco de Asís. Ellos hicieron florecer en Europa una nueva primavera de vida apostólica.

En el seno de la Orden de Predicadores brilló en Traú (Dalmacia), entre los siglos XIII y XIV, un croata, nacido hacia 1260, de noble familia. Recibió en su bautismo el nombre de Agustín. Su madre se llamaba Radoslava.

En 1265 la Orden de Santo Domingo había abierto convento en Traú. A los quince años, Agustín ingresó en esta orden en el convento de Split y en 1286 fue enviado a estudiar en la Universidad de París, siendo el primer croata que cursó filosofía y teología en el más prestigioso centro de estudios de aquel tiempo. En París puso los cimientos de sus vastos conocimientos, no sólo en las ciencias sagradas sino también en las naturales, tan promovidas en la Orden por su gran doctor Alberto Magno, que había dejado huella en el estudio parisiense donde había enseñado entre los años 1242 y 1248 teniendo por discípulo a Tomás de Aquino. Los nombres de estos dos santos doctores de la Orden dominicana, junto con el de Agustín Kazotic, quedarán inscritos en la lápida conmemorativa del célebre convento antiguo de los dominicos en la rue Saint Jacques de París. Por la posteridad, Agustín será recordado como una gloria intelectual de la nación croata.

El joven doctor regresó, tras los estudios, a su patria. Se dedicó a la predicación en Bosnia para difundir la fe católica y disipar toda contaminación de herejía. Acompañó al ex-maestro general de su Orden, Nicolás Boccasini, legado pontificio en Hungría, por estas tierras y por Croacia. En 1303 Boccasini fue elegido papa a la muerte del conflictivo Bonifacio VIII. Tomó

el nombre de Benedicto XI (1303-1304). El mismo año de su elección, designó a Agustín obispo de Zagreb y le confirió personalmente la ordenación episcopal. En la bula del nombramiento, el nuevo papa alababa la ciencia, sabiduría y ejemplar conducta del obispo electo y su diligencia en los asuntos espirituales sin olvidar los materiales.

Agustín no defraudó las expectativas del Beato Benedicto XI. Desempeñó su ministerio episcopal con suma diligencia: multiplicó las visitas pastorales en su diócesis, preocupándose por la salud espiritual y por el bienestar temporal de sus fieles, restauró la catedral de Zagreb, fundó en ella una escuela para enseñar gramática y artes a los hijos de los nobles y de los plebeyos; a éstos les otorgaba gratuidad en sus estudios; promovió la música litúrgica en la catedral, él mismo con frecuencia componía las melodías; se comportó siempre como padre y defensor de los pobres; convocó tres sínodos diocesanos. Gran parte de la noche la pasaba en oración, era proverbial su austeridad y frugalidad en las comidas. Tiene aire de graciosa leyenda popular el prodigio que la tradición nos ha transmitido y que figura en la iconografía del bienaventurado obispo dominico. Un día, el prior del convento se alarmó ante la fragilidad de la salud de fray Agustín. Entonces le hizo servir en la mesa un plato de aves, cuidadosamente asadas. El beato había hecho promesa de abstinencia y por nada del mundo quería ni infringirla ni faltar a la debida obediencia a su prior. Entonces bendijo las viandas y las aves al punto revivieron y, volando, se alejaron de la mesa.

Asistió en Viena al Concilio ecuménico del Delfinado, entre 1311 y 1312, convocado por Clemente V.

En París había trabado amistad con el médico Arnold de Bamberg, quien dedicó al obispo de Zagreb su *Tratado sobre el régimen de la salud,* pues éste, aficionado y conocedor de las ciencias naturales y exactas, le había pedido su redacción. El bienaventurado obispo, siempre atento a la prosperidad de sus fieles, promovió el abastecimiento de agua a Zagreb y el cultivo de las tierras en todo el obispado; quiso atajar así las supersticiones y vanas creencias de sus conciudadanos.

En 1318, cuando los papas ya residían en Aviñón, los obispos de Hungría y Croacia le encomendaron una misión diplo-

mática ante Juan XXII, pues tenían plena confianza en la gran cultura y elocuencia del prelado de Zagreb. El motivo de la legación era exponer al pontífice las quejas por los abusos y pretensiones de los nobles de la corte del joven rey Carlos Roberto de Anjou, monarca de manifiestas tendencias absolutistas y despóticas, que especialmente pesaban sobre los pobres, tan queridos siempre y protegidos por el santo obispo. El rey, disgustado por la legación de Agustín ante el papa, le impidió el regreso a su sede de Zagreb; tuvo que quedarse en Aviñón.

En esta ciudad actuó como asesor del papa Juan XXII. En 1320 éste reunió un consejo de teólogos entre los cuales destacaba el obispo de Zagreb. En el tema de la confrontación con los herejes, Agustín opinaba que, a los rebeldes, había que convencerlos con argumentos y no con armas. Escribió asimismo sobre las supersticiones y predicciones del futuro, especulaciones tan metidas en la mente de los medievales. Trató también sobre la pobreza, de la cual enseñó que, en sí misma, no es perfección según la Biblia, tesis que agradó a Juan XXII, que sobre este punto mantenía una dura confrontación con los franciscanos espirituales.

En 1322, ante la imposibilidad de regresar a Zagreb, Agustín fue trasladado por el papa a la antiquísima diócesis de Lucera, en el reino de Nápoles. A esta ciudad de Apulia, el extravagante emperador Federico II (1194-1250) había trasladado a 20.000 sarracenos desde Sicilia. En 1269 el rey de Nápoles, Carlos de Anjou, los expulsó, pero algunos permanecieron en ella. El rey Roberto II (1309-1343) dio la ciudad a los duques de Calabria. El nuevo pastor Agustín, en sólo un año, logró poner paz entre los islamitas supervivientes y los ciudadanos cristianos. Celebrado como uno de los mejores obispos de Lucera, aquí entregó Agustín su espíritu al Padre el 3 de agosto de 1323.

Su cuerpo fue inhumado primero en la iglesia de los dominicos, luego en la catedral de Lucera, donde se veneran sus reliquias en una preciosa urna de plata, cincelada en 1937.

El pueblo fiel empezó a venerarlo muy pronto, atraído por los milagros que por su intercesión se obtenían junto a su sepulcro, entre otros la curación de mudos y energúmenos. De boca en boca de los devotos corría la tradición con la fama de

taumaturgo del bienaventurado obispo. Contaban que uno de los papas, con quien se entrevistó, quedó curado de un dolor agudo que lo atormentaba hacía largo tiempo sólo con el contacto del beato Agustín que le besaba la mano.

El duque de Calabria, Carlos I de Anjou, pidió a Juan XXII la canonización del venerado obispo.

Los croatas han reclamado sus reliquias en varias ocasiones, pero sin alcanzarlas, debido a la gran devoción popular de que gozan en Lucera.

Su culto inmemorial fue confirmado por el papa Inocencio XII el 17 de julio de 1700. En el siglo XX se ha intentado promover nuevamente su canonización, en orden a destacar la santidad y la personalidad eminente en el orden cultural de esta gloria insigne del pueblo croata.

PERE-JOAN LLABRÉS Y MARTORELL

Bibliografía

Acta sanctorum. Augusti, I (Venezia 1750) 282-310.
Bibliotheca sanctorum. I: *A-Ans* (Roma 1961) col.428.
BUROTAC, B., *Augustini Kazotic, «Jeronimsko Svietlo»* (Zagreb 1942).
NEZIC, D., «Laudemus viros gloriosos», en K. DRAGANOVIC (ed.), *Croazia sacra. Un popolo lotta per i suoi ideali sul confine tra l'Oriente e l'Occidente* (Roma 1943) 57-59.

BEATO SALVADOR FERRANDIS SEGUÍ

Presbítero y mártir († 1936)

Nace en L'Orxa (Alicante) el día 25 de mayo de 1880, y al día siguiente es cristianado. Sus padres, José Ferrandis Bonet y Ángela Seguí Alemany, gozaban de buena posición social y profundas raíces cristianas. Siguiendo su vocación ingresa en el Seminario Conciliar, y en 1898 obtiene por oposición una beca en el Real Colegio-Seminario de Corpus Christi, fundado por San Juan de Ribera. En 1904 recibe el orden sacerdotal y su primer encargo como Regente de Villalonga, donde se encontraba desde el 12 de abril de 1902 como párroco su tío, Salvador Ferrandis Bonet, quien parece ser que estaba a la espera de la ordenación de su sobrino para encargarle de esta parroquia, retirándose a Onteniente, donde falleció en 1915.

Modesto, de una bondad extraordinaria, la característica de su vida fue una caridad desbordante. Ministro de gran oración y hondamente piadoso, se dedica totalmente a los enfermos, ancianos y niños, repartiendo limosnas entre los necesitados. Su intensa piedad eucarística se manifiesta en el esmero y cuidado de la santa misa.

En Villalonga permanece ocho años ganándose el favor de la población, siempre fervorosa, y el respeto de la clase trabajadora, por sus continuas muestras de apoyo y favores. No pudo ver cumplido uno de sus mayores deseos, pero quedó todo bien preparado para conmemorarlo con la mayor solemnidad. El año 1912 la autoridad diocesana le nombra párroco de L'Alqueria de la Comtessa, y ese mismo año en Villalonga se conmemoraba el segundo centenario del milagro de la fuente, que brotó copiosamente el 17 de agosto de 1712 por intercesión de la *Mare de Déu de la Font* —así invocada por este singular beneficio— que dio por finalizada una pertinaz sequía y salvó las cosechas de ese año. Las celebraciones centenarias las presidió su sucesor al frente de este curato.

En la parroquia de L'Alqueria de la Comtessa permanece doce años (1912-1924), y desarrolla un auténtico testimonio de hombre de Dios, amigo de los pobres y necesitados, viviendo en la sencillez evangélica el mandato de la caridad. Además, su preocupación por la fábrica parroquial se refleja en las importantes mejoras que se realizaron: se decora la nave central del templo y se construyen los dos grandes altares del crucero. Amor a los hombres, los hijos de Dios que se le han encomendado, y amor a la Casa de Dios, el templo donde se reúnen los hijos de Dios para la oración y la acción de gracias. En 1924 recibe el nombramiento de párroco de Pedreguer (Alicante), diócesis valentina.

La parroquia de la Santa Cruz de Pedreguer contaba con un cura, dos vicarios y un beneficiado, y se tenía por uno de los pueblos más piadosos de la comarca de la Marina Alta. Al contar entre 1931 y 1936 con un gobierno municipal de derechas, durante el tiempo de la Segunda República no se producen más cambios que los procedentes de aplicar la legislación vigente. El 3 de mayo, fiesta de la Santa Cruz, titular parroquial, se bende-

cía el término municipal desde la Glorieta, en donde se hallaba el edificio escolar, y de donde partían los niños y niñas para recibir la primera comunión ese mismo día. De su propio patrimonio restaura y embellece la magnífica iglesia parroquial de esta población, granjeándose el respeto de sus feligreses.

El año 1933 no se pudo celebrar la procesión de la Virgen de los Desamparados el día 14 de mayo, como estaba previsto y anunciado, pues los partidos de izquierda hacen prevalecer su opinión, según manifiesta un redactor local, pues *no era más que un acto de protesta contra la República y particularmente contra el Gobierno.* Confortado por la gracia supo conformarse ante los acontecimientos adversos, ofreciéndose en renovada ofrenda a la voluntad divina.

Considerado como una buena persona que ayuda mucho a los necesitados, se entrega por completo a la alabanza divina en los actos de culto. Los domingos, de seis a once, se celebran cuatro misas, viéndose lleno el templo en cada una de ellas. En el mes de mayo, las jóvenes se encargan del culto diario a María. En octubre, las mujeres casadas. Se convierte en un infatigable apóstol de Cristo siguiendo los pasos del Buen Pastor, haciendo de su vida una ofrenda por sus feligreses. Al declararse la persecución religiosa en 1936 tiene que aceptar la ingratitud de quienes habían sido objeto de sus limosnas y generosidades, que fueron, finalmente, sus perseguidores. Al creer que su vida no corre peligro sigue en la casa abadía, sin ocultarse ni tener vigilancia: continuando con su actividad pastoral, bautiza aún el 21 de julio y celebra un entierro el 1 de agosto, sin ser molestado. Aunque ese mismo celo pastoral exacerba a sus enemigos que, el mismo día 1, asaltan y destruyen el hermoso templo de Pedreguer, mientras las imágenes se llevan y queman en la partida del Pantano.

Aconsejado por una familia amiga se refugió en una casa de campo, cercana al pueblo, en la partida de «Els Rosers». Resignado a la voluntad divina animaba a todos que estuvieran firmes en aquella prueba. Aquí permanece hasta el 3 de agosto. Este día se presenta en dicho lugar un grupo de milicianos que le obligan a subir en un coche, que toma dirección hacia El Verger (Alicante). Pasan a recoger a don José B. Martí Salvá, coad-

jutor parroquial, quien al descender les dice: «A don Salvador no lo matéis, porque con él fusiláis al padre de los pobres y enfermos». Sin atender a su súplica le disparan, causándole la muerte. Entonces el celoso párroco les interroga: «¿Quién de vosotros me tiene que matar? Pues yo os perdono. Muero por Dios y por mis feligreses. ¡Viva Cristo Rey!». Allí mismo es martirizado, recibiendo sepultura ambos en el cementerio de El Verger. Sobre estas dos muertes se contaba que un vecino vino con una «Pepa» de Valencia, coches con hombres armados, reclamados desde el propio municipio, a quienes se facilitaba información para localizar y dar muerte a las víctimas.

En su pueblo natal y en Pedreguer se le dedicó una de las calles principales.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, Valentina. *Beatificationis seu declarationis martyrii servorum Dei Rvdi. D. Josephi Aparicio Sanz et LXXIII sociorum in martyrio, sacerdotum de clero valentino dioecesanorum, laicarum et laicorum ex Actione Catholica in odium fidei, uti fertur, interfectorum († 1936). Positio super martyrio* (Roma 1999).

ZAHONERO VIVÓ, J., *Sacerdotes mártires. Archidiócesis valentina (1936-1939)* (Alcoy 1951) 305-306.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

BEATOS ALFONSO LÓPEZ LÓPEZ Y MIGUEL REMÓN SALVADOR

Religiosos y mártires († 1936)

El 3 de agosto de 1936 fueron fusilados en Samalús, provincia de Barcelona, tres religiosos franciscanos conventuales, de los cuales uno sobrevivió, siendo los otros dos declarados mártires y beatificados por el papa Juan Pablo II. Los datos de los dos beatificados son éstos:

ALFONSO LÓPEZ LÓPEZ nació en Secorún, provincia de Huesca, el 16 de noviembre de 1878. Educado cristianamente,

era un joven piadoso cuando decidió su vocación religiosa ingresando en Granollers, en 1906, en la Orden de los franciscanos conventuales, donde hizo el noviciado y pronunció los votos religiosos. Para los estudios eclesiásticos fue enviado a Osimo, Italia, donde efectivamente los hizo, siendo ordenado sacerdote el año 1911. Se le envió entonces al Santuario de la Santa Casa de Loreto para ejercer fundamentalmente la labor de confesor, donde hizo la profesión solemne y aquí estuvo hasta 1915 en que volvió a Granollers como docente y director espiritual. Se distinguió siempre por su virtud, particularmente por su amor a Dios y al prójimo y asimismo por su tierna devoción a la Virgen María. Fue un óptimo formador de los aspirantes a la vida religiosa, a los que animaba sobre todo con su ejemplo.

MIGUEL REMÓN SALVADOR nació en Caudé, provincia de Teruel, el 17 de septiembre de 1907 en el seno de una familia cristiana. Educado piadosamente, en 1925 se decidió por la vida religiosa e ingresó en el convento de los franciscanos conventuales de Granollers. Hecho el noviciado, profesó los votos religiosos en calidad de hermano laico. Enviado a Italia, al Santuario de la Santa Casa de Loreto, emitió allí, en 1933, sus votos solemnes y permaneció varios años prestando diferentes servicios en la basílica. Regresó a Granollers en 1934 para ejercer los oficios que se le encomendaron, en los que siempre se mostró laborioso, afable y pacífico.

Ambos fueron beatificados el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO FRANCISCO BANDRÉS SÁNCHEZ

Presbítero y mártir († 1936)

Era natural de Hecho, diócesis de Jaca y provincia de Huesca, donde nació el 24 de abril de 1896. Cuando tenía nueve años su familia se trasladó a Huesca e inscribió al niño en el colegio salesiano. En contacto con los religiosos sintió la vocación a la vida salesiana y fue acogido en la congregación el año 1914. Hizo el noviciado y los votos religiosos y seguidamente los es-

tudios eclesiásticos, ordenándose sacerdote el año 1922. Tras prestar diferentes servicios se le encomendó, en 1927, la dirección del colegio de Mataró, donde realizó una magnífica labor hasta 1934 en que fue enviado a dirigir la casa de Barcelona-Sarriá. Era un verdadero hombre de acción y de gobierno. Cuando estalla la revolución del 18 de julio de 1936, procuró mantener la serenidad y confiaba en que la presencia de tantos internos en el colegio serviría de parapeto para que la casa fuera respetada. Pero el día 21 a las cinco de la tarde los religiosos fueron expulsados del colegio. El director le dio a cada uno cien pesetas y les dijo que cada uno buscara refugio donde mejor pudiera. No cabía hacer otra cosa. Él se fue junto con otro religioso a la casa de su hermana Pilar, que los acogió. Cuando supo la muerte de algunos religiosos quiso tomar el tren para dirigirse al extranjero, pero al carecer de pasaporte no le fue posible. En la noche del 3 de agosto varios milicianos se presentaron en casa de su hermana preguntando por don Ramón Cambó, que era el administrador del colegio. D. Francisco Bandrés dijo que no estaba pero que él era el director. Entonces fue arrestado sin que sirvieran sus alegatos de que su colegio hacía un gran bien social. Llevado al Hotel Colón, que era la sede del POUM (Partido Obrero Unificado Marxista), le fue quitada la vida en los calabozos.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

4 de agosto

A) Martirologio

1. La memoria de San Juan María Vianney († 1859), presbítero, conocido como el Cura de Ars, patrono de los párrocos **.
2. La conmemoración de San Aristarco de Tesalónica, compañero y discípulo del apóstol San Pablo *.
3. En Roma, en la Via Tiburtina, los santos Justino y Crescención († 258), mártires.

4. En Tarsia (Bitinia), San Eleuterio, mártir († s. IV).
5. En Persia, Santa Ía († 362), mártir.
6. En Tours (Neustria), San Eufronio († 573), obispo *.
7. En la selva, junto a Chao (Calabria), San Onofre († 995), ermitaño.
8. En Espálato (Dalmacia), San Rainiero († 1180), obispo y mártir *.
9. En Bolonia (Emilia), Beata Cecilia Cesarini († 1290), virgen, que recibió el hábito monástico de Santo Domingo **.
10. En Londres (Inglaterra), Beato Guillermo Horne († 1540), monje cartujo y mártir, bajo Enrique VIII *.
11. En Montreal (Canadá), Beato Federico Jansoone († 1916), presbítero, de la Orden de Menores **.
12. En Madrid, Beato Gonzalo Gonzalo Gonzalo († 1936), religioso de la Orden de San Juan de Dios, mártir *.
13. En Barcelona, beatos José Batalla Parramón, José Rabasa Bentanachs y Gil Rodicio Rodicio († 1936), religiosos todos ellos de la Congregación Salesiana, mártires *.
14. En el campo de concentración de Dachau (Baviera), Beato Enrique Krysztofik († 1942), presbítero, de la Orden de Hermanos Menores Capuchinos, y mártir *.

B) Biografías extensas

SAN JUAN BAUTISTA MARÍA VIANNEY, «CURA DE ARS»

Presbítero († 1859)

Oficialmente, en los libros litúrgicos, aparece su verdadero nombre: San Juan Bautista María Vianney. Pero en todo el universo es conocido con el título de Cura de Ars. Poco importa la opinión de algún canonista exigente que dirá, a nuestro juicio con razón, que el Santo no llegó a ser jurídicamente verdadero párroco de Ars, ni aun en la última fase de su vida, cuando Ars ganó en consideración canónica. Poco importa que el uso francés hubiera debido exigir que se le llamara el canónigo Vianney, ya que tenía este título concedido por el obispo de Belley. Pasando por encima de estas consideraciones, el hecho real es que consagró prácticamente toda su vida sacerdotal a la santificación de las almas del minúsculo pueblo de Ars y que de esta manera unió, ya para siempre, su nombre y la fama de su santidad al del pueblecillo.

Ars tiene hoy —año 1966— 370 habitantes (en la actualidad cuenta con poco más de 900), poco más o menos los que tenía en tiempos del Santo Cura. Al correr por sus calles parece que no han pasado los años. Únicamente la basílica, que el santo soñó como consagrada a Santa Filomena, pero en la que hoy reposan sus restos en preciosa urna, dice al visitante que por el pueblo pasó un cura verdaderamente extraordinario.

Apresurémonos a decir que el marco externo de su vida no pudo ser más sencillo. Nacido en Dardilly, en las cercanías de Lyón, el 8 de mayo de 1786, tras una infancia normal y corriente en un pueblecillo, únicamente alterada por las consecuencias de los avatares políticos de aquel entonces, inicia sus estudios sacerdotales, que se vio obligado a interrumpir por el único episodio humanamente novelesco que encontramos en su vida: su deserción del servicio militar. Terminado este período, vuelve al seminario, logra tras muchas dificultades ordenarse sacerdote y, después de un breve período de coadjutor en Ecully, es nombrado, por fin, para atender al pueblecillo de Ars. Allí, durante los cuarenta y dos años que van de 1818 a 1859, se entrega ardorosamente al cuidado de las almas. Puede decirse que ya no se mueve para nada del pueblecillo hasta la hora de la muerte.

Y sin moverse de allí logró adquirir una resonante celebridad. Con motivo del centenario de su muerte, se publicó una obra en la que se recogían testimonios curiosísimos de esta impresionante celebridad: pliego de cordel, con su imagen y la explicación de sus actividades; muestras de las estampas que se editaron en vida del santo en cantidad asombrosa; folletos explicando la manera de hacer el viaje a Ars, etc. El contraste entre lo uno y lo otro, la sencillez externa de la vida y la prodigiosa fama del protagonista, nos muestran la inmensa profundidad que esa sencilla vida encierra.

Nace el santo en tiempos revueltos: el 8 de mayo de 1786, en Dardilly, no lejos de Lyón. Estamos por consiguiente en uno de los más vivos hogares de la actividad religiosa de Francia. Desde algunos puntos del pueblo se alcanza a ver la altura en que está la basílica de Fourvière, en Lyón, uno de los más poderosos centros de irradiación y renovación cristiana de Francia entera. Juan María compartirá el seminario con San Marcelino

Champagnat, fundador de los maristas; con Juan Claudio Colin, fundador de la Compañía de María, y con Fernando Donnet, el futuro cardenal arzobispo de Burdeos. Y hemos de verle en contacto con las más relevantes personalidades de la renovación religiosa que se opera en Francia después de la Revolución Francesa. La enumeración es larga e impresionante. Destaquemos, sin embargo, entre los muchos nombres, dos particularmente significativos: Lacordaire y Paulina Jaricot.

Tierra, por consiguiente, de profunda significación cristiana. No en vano Lyón era la diócesis primacial de las Galias. Pero antes de que, en un período de relativa paz religiosa, puedan desplegarse libremente las fuerzas latentes, han de pasar tiempos bien difíciles. En efecto, es aún niño Juan María cuando estalla la Revolución Francesa. Al frente de la parroquia ponen a un cura constitucional, y la familia Vianney deja de asistir a los cultos. Muchas veces el pequeño Juan María oirá misa en cualquier rincón de la casa, celebrada por alguno de aquellos heroicos sacerdotes, fieles al Papa, que son perseguidos con tanta rabia por los revolucionarios. Su primera comunión la ha de hacer en otro pueblo, distinto del suyo, Ecully, en un salón con las ventanas cuidadosamente cerradas, para que nada se trasluzca al exterior.

A los diecisiete años la situación se hace menos tensa. Juan María concibe el gran deseo de llegar a ser sacerdote. Su padre, aunque buen cristiano, pone algunos obstáculos, que por fin son vencidos. El joven inicia sus estudios, dejando las tareas del campo a las que hasta entonces se había dedicado. Un santo sacerdote, el padre Balley, se presta a ayudarle. Pero... el latín se hace muy difícil para aquel mozo campesino. Llega un momento en que toda su tenacidad no basta, en que empieza a sentir desalientos. Entonces se decide a hacer una peregrinación, pidiendo limosna, a pie, a la tumba de San Francisco de Regis, en Louvesc. El santo no escucha, aparentemente, la oración del heroico peregrino, pues las dificultades para aprender subsisten. Pero le da lo substancial: Juan María llegará a ser sacerdote.

Antes ha de pasar por un episodio novelesco. Por un error no le alcanza la liberación del servicio militar que el cardenal Fesch había conseguido de su sobrino el emperador para los se-

minaristas de Lyón. Juan María es llamado al servicio militar. Cae enfermo, ingresa en el hospital militar de Lyón, pasa luego al hospital de Ruán, y por fin, sin atender a su debilidad, pues está aún convaleciente, es destinado a combatir en España. No puede seguir a sus compañeros, que marchan a Bayona para incorporarse. Solo, enfermo, desalentado, le sale al encuentro un joven que le invita a seguirle. De esta manera, sin habérselo propuesto, Juan María será desertor. Oculto en las montañas de Noès, pasará desde 1809 a 1811 una vida de continuo peligro, por las frecuentes incursiones de los gendarmes, pero de altísima ejemplaridad, pues también en este pueblecillo dejó huella imperecedera por su virtud y su caridad.

Una amnistía le permite volver a su pueblo. Como si sólo estuviera esperando el regreso, su anciana madre muere poco después. Juan María continúa sus estudios sacerdotales en Verrières primero, y después en el seminario mayor de Lyón. Todos sus superiores reconocen la admirable conducta del seminarista, pero... falto de los necesarios conocimientos del latín, no saca ningún provecho de los estudios y, por fin, es despedido del seminario. Intenta entrar en los Hermanos de las Escuelas Cristianas, sin lograrlo. La cosa parecía ya no tener solución ninguna cuando, de nuevo, se cruza en su camino un cura excepcional: el padre Balley, que había dirigido sus primeros estudios. Él se presta a continuar preparándole, y consigue del vicario general, después de un par de años de estudios, su admisión a las órdenes. Por fin, el 13 de agosto de 1815, el obispo de Grenoble, monseñor Simón, le ordenaba sacerdote, a los 29 años. Había acudido a Grenoble solo, y nadie le acompañó tampoco en su primera misa, que celebró al día siguiente. Sin embargo, el Santo Cura se sentía feliz al lograr lo que durante tantos años anheló, y a peso de tantas privaciones, esfuerzos y humillaciones, había tenido que conseguir: el sacerdocio.

Aún no habían terminado sus estudios. Durante tres años, de 1815 a 1818, continuará repasando la teología junto al padre Balley, en Ecully, con la consideración de coadjutor suyo. Muerto el padre Balley, y terminados sus estudios, el arzobispado de Lyón le encarga de un minúsculo pueblecillo, a treinta y cinco kilómetros al norte de la capital, llamado Ars. Todavía no tenía

ni siquiera la consideración de parroquia, sino que era simplemente una dependencia de la parroquia de Mizérieux, que distaba tres kilómetros. Normalmente no hubiera tenido sacerdote, pero la señorita de Garets, que habitaba en el castillo y pertenecía a una familia muy influyente, había conseguido que se hiciera el nombramiento.

Ya tenemos, desde el 9 de febrero de 1818, a San Juan María en el pueblecillo del que prácticamente no volverá a salir jamás. Habrá algunas tentativas de alejarlo de Ars, y por dos veces la administración diocesana le enviará el nombramiento para otra parroquia. Otras veces el mismo Cura será quien intente marcharse para irse a un rincón «a llorar su pobre vida», como con frase enormemente gráfica repetirá. Pero siempre se interpondrá, de manera manifiesta, la divina Providencia, que quería que San Juan María llegara a resplandecer, como patrono de todos los curas del mundo, precisamente en el marco humilde de una parroquia de pueblo.

Podemos distinguir en la actividad parroquial de San Juan María dos aspectos fundamentales, que en cierta manera corresponden también a dos fases de su vida.

Mientras no se inició la gran peregrinación a Ars, el cura pudo vivir enteramente consagrado a sus feligreses. Y así le vemos visitándoles casa por casa; atendiendo paternalmente a los niños y a los enfermos; empleando gran cantidad de dinero en la ampliación y hermoseamiento de la iglesia; ayudando fraternalmente a sus compañeros de los pueblos vecinos. Es cierto que todo esto va acompañado de una vida de asombrosas penitencias, de intensísima oración, de caridad, en algunas ocasiones llevada hasta un santo despilfarro para con los pobres. Pero San Juan María no excede en esta primera parte de su vida del marco corriente en las actividades de un cura rural.

No le faltaron, sin embargo, calumnias y persecuciones. Se empleó a fondo en una labor de moralización del pueblo: la guerra a las tabernas, la lucha contra el trabajo de los domingos, la sostenida actividad para conseguir desterrar la ignorancia religiosa y, sobre todo, su dramática oposición al baile, le ocasionaron sinsabores y disgustos. No faltaron acusaciones ante sus propios superiores religiosos. Sin embargo, su virtud consiguió

triunfar, y años después podía decirse con toda verdad que «Ars ya no es Ars». Los peregrinos que iban a empezar a llegar, venidos de todas partes, recogerían con edificación el ejemplo de aquel pueblecillo donde florecían las vocaciones religiosas, se practicaba la caridad, se habían desterrado los vicios, se hacía oración en las casas y se santificaba el trabajo.

La lucha tuvo en algunas ocasiones un carácter más dramático aún. Conocemos episodios de la vida del santo en que su lucha con el demonio llega a adquirir tales caracteres que no podemos atribuirlos a ilusión o a coincidencias. El anecdotario es copioso y en algunas ocasiones sobrecogedor.

Ya hemos dicho que el santo solía ayudar, con fraternal caridad, a sus compañeros en las misiones parroquiales que se organizaban en los pueblos de los alrededores. En todos ellos dejaba el santo un gran renombre por su oración, su penitencia y su ejemplaridad. Era lógico que aquellos buenos campesinos recurrieran luego a él, al presentarse dificultades, o simplemente para confesarse y volver a recibir los buenos consejos que de sus labios habían escuchado. Éste fue el comienzo de la célebre peregrinación a Ars. Lo que al principio sólo era un fenómeno local, circunscrito casi a las diócesis de Lyón y Belley, luego fue tomando un vuelo cada vez mayor, de tal manera que llegó a hacerse célebre el cura de Ars en toda Francia y aun en Europa entera. De todas partes empezaron a afluir peregrinos, se editaron libros para servir de guía, y es conocido el hecho de que en la estación de Lyón se llegó a establecer una taquilla especial para despachar billetes de ida y vuelta a Ars. Aquel pobre sacerdote, que trabajosamente había hecho sus estudios, y a quien la autoridad diocesana había relegado en uno de los peores pueblos de la diócesis, iba a convertirse en consejero buscadísimo por millares y millares de almas. Y entre ellas se contarían gentes de toda condición, desde prelados insignes e intelectuales famosos, hasta humildísimos enfermos y pobres gentes atribuladas que irían a buscar en él algún consuelo.

Aquella afluencia de gentes iba a alterar por completo su vida. Día llegará en que el Santo Cura desconocerá su propio pueblo, encerrado como se pasará el día entre las míseras tablas de su confesonario. Entonces se producirá el milagro más im-

presionante de toda su vida: el simple hecho de que pudiera subsistir con aquel género de vida.

Porque aquel hombre, por el que van pasando ya los años, sostendrá como habitual la siguiente distribución del tiempo: levantarse a la una de la madrugada e ir a la iglesia a hacer oración. Antes de la aurora, se inician las confesiones de las mujeres. A las seis de la madrugada en verano y a las siete en invierno, celebración de la misa y acción de gracias. Después queda un rato a disposición de los peregrinos. A eso de las diez, reza una parte de su breviario y vuelve al confesonario. Sale de él a las once para hacer la célebre explicación del catecismo, predicación sencillísima, pero llena de una unción tan penetrante que produce abundantes conversiones. Al mediodía, toma su frugalísima comida, con frecuencia de pie, y sin dejar de atender a las personas que solicitan algo de él. Al ir y al venir a la casa parroquial, pasa por entre la multitud, y ocasiones hay en que aquellos metros tardan media hora en ser recorridos. Dichas las vísperas y completas, vuelve al confesonario hasta la noche. Rezadas las oraciones de la tarde, se retira para terminar el breviario. Y después toma unas breves horas de descanso sobre el duro lecho. Sólo un prodigio sobrenatural podía permitir al santo subsistir físicamente, mal alimentado, escaso de sueño, privado del aire y del sol, sometido a una tarea tan agotadora como es la del confesonario.

Por si fuera poco, sus penitencias eran extraordinarias, y así podían verlo con admiración y en ocasiones con espanto quienes le cuidaban. Aun cuando los años y las enfermedades le impedían dormir con un poco de tranquilidad las escasas horas a ello destinadas, su primer cuidado al levantarse era darse una sangrienta disciplina.

Dios bendecía manifiestamente su actividad. El que a duras penas había hecho sus estudios, se desenvolvía con maravillosa firmeza en el púlpito, sin tiempo para prepararse, y resolvía delicadísimos problemas de conciencia en el confesonario. Es más: cuando muera, habrá testimonios, abundantes hasta lo increíble, de su don de discernimiento de conciencias. A éste le recordó un pecado olvidado, a aquél le manifestó claramente su vocación, a la otra le abrió los ojos sobre los peligros en que se

encontraba, a otras personas que traían entre manos obras de mucha importancia para la Iglesia de Dios les descorrió el velo del porvenir... Con sencillez, casi como si se tratara de corazonadas o de ocurrencias, el santo mostraba estar en íntimo contacto con Dios Nuestro Señor y ser iluminado con frecuencia por él.

No imaginemos, sin embargo, al santo como un ser completamente desligado de toda humanidad. Antes al contrario. Conservamos el testimonio de personas, pertenecientes a las más elevadas esferas de aquella puntillosa sociedad francesa del siglo XIX, que marcharon de Ars admiradas de su cortesía y gentileza. Ni es esto sólo. Mil anécdotas nos conservan el recuerdo de su agudo sentido del humor. Sabía resolver con gracia las situaciones en que le colocaban a veces sus entusiastas. Así, cuando el señor obispo le nombró canónigo, su coadjutor le insistía un día en que, según la costumbre francesa, usara su muceta. «¡Ah, amigo mío! —respondió sonriente—, soy más listo de lo que se imaginaban. Esperaban burlarse de mí, al verla sobre mis hombros, y yo les he cazado». «Sin embargo, ya ve, hasta ahora es usted el único a quien el señor obispo ha dado ese nombramiento». «Natural. Ha tenido tan poca fortuna la primera vez, que no ha querido volver a tentar suerte».

Servel y Perrin han exhumado hace poco una anécdota conmovedora: Un día, el santo recibió en Ars la visita de una hija de la tía Fayot, la buena señora que le había acogido en su casa mientras estuvo oculto como prófugo. Y el Santo Cura, en agradecimiento a lo que su madre había hecho con él, le compró un paraguas de seda. ¿Verdad que es hermoso imaginarnos al cura y la jovencita entrando en la modestísima tienda del pueblo y eligiendo aquel paraguas de seda, el único acaso que habría allí? ¿Verdad que muchas veces se nos caricaturiza a los santos ocultándonos anécdotas tan significativas?

Pero donde más brilló su profundo sentido humano fue en la fundación de «La Providencia», aquella casita que, sin plan determinado alguno, en brazos exclusivamente de la caridad, fundó el señor cura para acoger a las pobres huerfanitas de los contornos. Entre los documentos humanos más conmovedores, por su propia sencillez y cariño, se contarán siempre las

Memorias que Catalina Lassagne escribió sobre el Santo Cura. A ella la puso al frente de la obra y allí estuvo hasta que, quien tenía autoridad para ello, determinó que las cosas se hicieran de otra manera. Pero la misma reacción del santo mostró entonces hasta qué punto convivían en él, junto a un profundo sentido de obediencia rendida, un no menor sentido de humanísima ternura. Por lo demás, si alguna vez en el mundo se ha contado un milagro con sencillez, fue cuando Catalina narró para siempre jamás lo que un día en que faltaba harina le ocurrió a ella. Consultó al señor cura e hizo que su compañera se pusiera a amasar, con la más candorosa simplicidad, lo poquito que quedaba y que ciertamente no alcanzaría para cuatro panes. «Mientras ella amasaba, la pasta se iba espesando. Ella añadía agua. Por fin estuvo llena la amasadera y ella hizo una hornada de diez grandes panes de 20 a 22 libras». Lo bueno es que, cuando acuden emocionadas las dos mujeres al señor cura, éste se limita a exclamar: «El buen Dios es muy bueno. Cuida de sus pobres».

El viernes 29 de julio de 1859 se sintió indispuesto. Pero bajó, como siempre, a la iglesia a la una de la madrugada. Sin embargo, no pudo resistir toda la mañana en el confesonario y hubo de salir a tomar un poquito de aire. Antes del catecismo de las once pidió un poco de vino, sorbió unas gotas derramadas en la palma de su mano y subió al púlpito. No se le entendía, pero era igual. Sus ojos bañados de lágrimas, volviéndose hacia el sagrario, lo decían todo. Continuó confesando, pero ya a la noche se vio que estaba herido de muerte. Descansó mal y pidió ayuda. «El médico nada podrá hacer. Llamad al señor cura de Jassans».

Ahora ya se dejaba cuidar como un niño. No rechistó cuando pusieron un colchón a su dura cama. Obedeció al médico. Y se produjo un hecho conmovedor. Éste había dicho que había alguna esperanza si disminuyera un poco el calor. Y en aquel tórrido día de agosto, los vecinos de Ars, no sabiendo qué hacer por conservar a su cura queridísimo, subieron al tejado y tendieron sábanas que durante todo el día mantuvieron húmedas. No era para menos. El pueblo entero veía, bañado en lágrimas, que su cura se les marchaba ya. El mismo obispo de la diócesis vino

a compartir su dolor. Tras una emocionante despedida de su buen padre y pastor, el Santo Cura ya no pensó más que en morir. Y en efecto, con paz celestial, el jueves 4 de agosto, a las dos de la madrugada, mientras su joven coadjutor rezaba las hermosas palabras «que los santos ángeles de Dios te salgan al encuentro y te introduzcan en la celestial Jerusalén», suavemente, sin agonía, «como obrero que ha terminado bien su jornada», el Cura de Ars entregó su alma a Dios.

Así se ha realizado lo que él decía en una memorable catequesis matinal:

> «¡Dios mío, cómo me pesa el tiempo con los pecadores! ¿Cuándo estaré con los santos? Entonces diremos al buen Dios: Dios mío, te veo y te tengo, ya no te escaparás de mí jamás, jamás».

El 8 de enero de 1905 fue beatificado por Pío X y veinte años más tarde, el 31 de mayo de 1925, lo canonizó Pío XI.

LAMBERTO DE ECHEVERRÍA

Bibliografía

AAS 1 (1909) 477s; 17 (1925) 482s.
FOURREY, R., *El cura de Ars* (Barcelona 1959).
— *Le curé d'Ars authentique* (París 1964).
JUAN XXIII, Encíclica *Nostri Sacerdotii primitias* (31 de julio de 1959). El mejor y más autorizado comentario a la vida del santo Cura de Ars.
MONNIN, A., *Le curé d'Ars. Vie de M. Jean-Baptiste-Marie Vianney* (París 1889).
Revista «Annales d'Ars».
TROCHU, F., *Vida del cura de Ars* (Barcelona [3]1942).
VIANNEY, J., *Le bx. Curé d'Ars* (París 1911).
• Actualización:
FOURREY, R., *El auténtico cura de Ars* (Barcelona 1999).
FRÁBREGUES, J. DE, *El santo cura de Ars* (Madrid [r]1998).
IRIBARREN, J., *San Juan María Vianney, cura de Ars* (Madrid 1986).
MARC, J., *Vida de San Juan María Vianney, el cura de Ars* (Madrid [r]2004).
SOULIÉ, R., *Le curé d'Ars* (París 2003).
TROCHU, F., *El cura de Ars. El atractivo de un alma pura* (Madrid 2003).

BEATA CECILIA CESARINI

Virgen († 1290)

Cecilia fue discípula y amada hija espiritual de Santo Domingo de Guzmán y pasó a la historia de la Orden de Predicadores y de la Iglesia no solamente por sus virtudes acreditadas a

lo largo de una vida dilatada sino también por haber dictado sus recuerdos personales del gran santo español y haber conservado para la posteridad datos preciosos de tan ilustre hombre de Dios.

Todo indica que era natural de la ciudad de Roma, donde nace hacia el 1201, y que pertenecía a la familia de los Cesarini, y debió ser muy precoz su vocación religiosa cuando consta que con 16 o 17 años era ya religiosa profesa en el convento de monjas de Santa María in Tempulo del Transtíber. Y es entonces cuando entra en la historia porque toma contacto con Santo Domingo de Guzmán, presente en la Ciudad Eterna. En efecto, en 1217 el santo había vuelto a Roma, donde ya se había acreditado anteriormente por su predicación y sus buenas obras y donde había recibido diferentes pruebas de la confianza de la Santa Sede. Ahora iba a ser encargado de poner orden y método en la vida de las monjas. Pues no pocas monjas vivían en Roma sin guardar clausura y con poca regularidad, dispersas en pequeños monasterios e incluso algunas conviviendo con sus padres y familiares. Tal situación no le había gustado, por supuesto, al papa Inocencio III, tan amante de la disciplina de la Iglesia, pero cuando intentó ponerle remedio se le alegó con mucha fuerza que había ya una larga tradición que aprobaba tal modo de vida y que debía de ser respetado. No bastó su autoridad y prestigio para solucionar el asunto. Había empezado por orden suya la construcción de un monasterio junto a la basílica de San Sixto, y confió el llevar a él a todas las monjas romanas a la Orden de Sempringham, pero murió el papa sin que el edificio se completase y la citada Orden declinó además el encargo. El sucesor de Inocencio, Honorio III, lo volvió a abordar pero en vez de urgir el arreglo desde su simple autoridad, encomendó a Santo Domingo que por métodos persuasivos procurase regularizar aquel estado de cosas, procediendo en conformidad con una comisión cardenalicia, formada por Hugolino, entonces decano del sacro colegio y futuro papa, Nicolás, obispo tusculano, y Esteban de Fossa Nova, cardenal presbítero del título de los Doce Apóstoles. Santo Domingo tomó el camino de la persuasión, visitando a las monjas y hablando con ellas sobre lo conveniente a su estado religioso, su dedicación a la divina contemplación y la necesidad de apartarse del mundo. El citado de

Santa María en donde vivía Cecilia era uno de los monasterios principales, si no el principal de Roma, y su abadesa y muchas de sus monjas resultaron ser las más obstinadas en negarse a las pretensiones de Santo Domingo. Se dice que Cecilia fue la que convenció a su abadesa para que se aviniera a la propuesta de Santo Domingo, y tras acceder la abadesa todas las demás monjas del convento estuvieron de acuerdo, con una sola excepción. Pero, entonces, surgió la dificultad por otro sitio: sus padres, parientes y amistades contradijeron por completo la resolución y presionaron firmemente a las monjas para que defendieran como legítimo su anterior método de vida y permanecieran en su monasterio. La comunidad dio marcha atrás en su resolución y así se le comunicó a Santo Domingo. Éste habló enseguida con el papa y le rogó que se abstuviera de medidas autoritarias, las cuales —le alegó— difícilmente ganan el corazón. Les dejó a las monjas unos días de reflexión y él los dedicó a orar al Señor para que moviera los corazones de las religiosas. Finalmente se presentó de nuevo en el Transtíber y abrió un franco coloquio con ellas. Les dijo que reflexionaran sobre qué era más adecuado para dar gloria a Dios y vivir una vida enteramente religiosa. La dulzura y convicción con que el gran santo les habló movió los ánimos de las monjas a tomar el camino que venía indicándoles por su medio el propio Santo Padre Honorio, y la abadesa y todas las monjas le dieron palabra de acomodarse a sus propuestas, con la sola condición de que Santo Domingo admitiese ser su director y su guía y les proporcionara su propia regla y sus constituciones, adhiriéndose así a la naciente Orden de Predicadores. El Miércoles de Ceniza de 1221 la abadesa con algunas de sus monjas fue a San Sixto para tomar posesión del monasterio, y allí se hallaban hablando con Santo Domingo y los tres cardenales sobre los asuntos del monasterio cuando llegó la noticia de que un joven sobrino del cardenal Esteban, llamado Napoleón, había caído del caballo y a consecuencia de esta caída había muerto. Y, como es bien sabido, tuvo entonces lugar el prodigio de que Santo Domingo invocase al Señor y devolviese al joven a la vida. Comenzó así con este signo de la misericordia divina la estancia de las monjas en San Sixto, las cuales definitivamente se pasaron al nuevo convento en los días siguientes, de modo que estaban ya allí al llegar el I Domingo

de Cuaresma. Santo Domingo personalmente les dio el hábito dominicano a las monjas, entre ellas a nuestra Beata Cecilia.

Como ella misma contaría muchas veces a las monjas de Bolonia, de las que ahora hablaremos, y dejó por escrito reseñado, en las tardes o a prima noche, cuando ya Santo Domingo había concluido su tarea diaria de predicar el evangelio e instruir a sus frailes en el camino religioso, iba en compañía de algunos religiosos a San Sixto y allí se reunía con las monjas para predicarles y enseñarles la perfección de la vida religiosa, siendo él personalmente el que todo el tiempo de su estancia en Roma desempeñó el ministerio de instruirlas en los deberes de su condición de esposas del Señor, dedicadas a él en el claustro. Cecilia se empapaba de las enseñanzas de Santo Domingo y las grababa en su alma con tal fuerza que muchos años más tarde las recordaba con toda viveza y estaba segura de poder reflejarlas por escrito. Miraba al santo con afecto de hija y pudo por ello recordar que el santo era

> «de regular estatura, delgado de cuerpo, hermoso de cara, las mejillas encendidas, el cabello y la barba bastante rubios, los ojos bellos [...] Siempre estaba alegre, a menos que le afligiese algún mal del prójimo. Sus manos eran largas y finas, su voz clara y sonora. Nunca estuvo calvo; conservaba el cerquillo entero, sembrado de algunas canas».

Eran ciento cuatro las monjas recogidas en San Sixto, procedentes de Santa María y de otros monasterios romanos, pero también ocho de ellas eran del primer convento dominico femenino, el de Prouille, llamadas por Santo Domingo para plasmar y fundir con el ejemplo de sus vidas la escasamente homogénea comunidad. Santo Domingo hizo frente a las necesidades económicas del nuevo monasterio, y el cardenal Esteban, agradecido al milagro obrado en su sobrino, ayudó generosamente a la nueva institución. Santo Domingo hubo de dejar Roma por Bolonia, donde celebró el segundo capítulo general de su Orden y a donde volvió para morir en medio de sus hermanos el 6 de agosto de aquel año 1221.

Muerto ya el santo, se logró, sin duda por su intercesión, que pudiera hacerse la fundación de un convento de sus monjas en Bolonia, fundación hasta entonces imposibilitada por la tenaz resistencia de los Andaló a que su hija Diana, que era la lla-

mada a encabezar la fundación, la llevara efectivamente a cabo. Sabedor el Beato Jordán de Sajonia de que Diana de Andaló tenía voluntad de fundar un convento de dominicas y que Santo Domingo había apoyado el intento, compró un amplio terreno en una colina en las afueras de la ciudad, donde había una capilla dedicada a Santa Inés, y allí empezó a edificar el convento. Y sucedió que Andaló, hasta entonces tan negado a dar licencia a su hija, se prestó de pronto generosamente a poner cuanto estuviera de su parte para que el deseo de su hija se cumpliera. Y en cuanto estuvieron dispuestas unas cuantas celdas y antes de que las obras concluyeran del todo, Diana con cuatro compañeras se recogió en él en la octava de la Ascensión de 1222, imponiéndole el Beato Jordán de Sajonia a ella y también a sus compañeras el hábito dominicano el 29 de junio siguiente. Pero muy pronto comprendió que lo mejor para su convento sería que vinieran de Roma algunas de las religiosas de San Sixto para que bajo su dirección el nuevo monasterio marchara rectamente por la senda de la observancia regular. El Beato Jordán transmitió la petición al papa Honorio III, quien respondió negativamente porque no quería desprenderse de ninguna de las monjas de San Sixto, a las que apreciaba en extremo. Acudió entonces Jordán a Prouille en demanda de religiosas, pero antes de que vinieran en la Navidad de 1224, el cardenal Hugolino ablandó la voluntad del pontífice y éste comunicó al provincial de Toscana, fray Claro, que podía disponer que cuatro de las más notables religiosas fuesen elegidas para marchar a Bolonia. Éstas fueron Cecilia, Amada, Constanza y Teodora, discípulas las cuatro de Santo Domingo y con una experiencia de varios años ya de la vida dominicana. Y fue así como Cecilia, por disposición de Dios, abandonó su ciudad de Roma y su convento y con sus compañeras hizo el camino hasta Bolonia, donde fueron recibidas con gran alegría por la Beata Diana. Ésta, aunque fundadora del monasterio, no quiso guardar para sí la cualidad de priora sino que dispuso que fuera Cecilia, pese a su evidente juventud. Cecilia, con humildad y disponibilidad, aceptó el cargo de priora y desde entonces guió por el camino de la vida religiosa a toda la comunidad, siendo la primera en dar ejemplo de verdadera hija de Santo Domingo. Hizo cuanto estuvo de su parte por conseguir, como en efecto consiguió, que su monasterio si-

guiera bajo la dirección de los religiosos dominicos, a lo que algunos religiosos se empezaban a oponer, y tras haberle dado en vida todos los honores correspondientes a la fundadora, le cerró los ojos el 10 de junio de 1236 y la hizo enterrar en la iglesia del convento. Continuó Cecilia rigiendo su comunidad con gran celo, y en 1253 dispuso el traslado del monasterio a un edificio situado en el interior de la muralla de la ciudad. Por una carta del Beato Jordán de Sajonia consta que Cecilia era muy penitente y que castigaba su frágil cuerpo con rigurosas mortificaciones.

Pasados los años consideró Cecilia oportuno dictarle a sor Angélica, una religiosa de su comunidad, los recuerdos tan vivos que ella tenía de Santo Domingo, al que tuvo la satisfacción de ver en la gloria de los altares. Ella termina su relato afirmando que cuanto escribe es verdad y manifestándose pronta a confirmarlo con juramento. A lo cual añade sor Angélica que no es necesario tal juramento porque su santidad y religión le daban crédito como para ser creída por todos. Contribuyó además en los últimos años de su vida, como testigo de vista, a la biografía de Santo Domingo que escribió Teodorico de Apoldia.

Cecilia vivió llena de virtudes hasta casi los noventa años, rindiendo su espíritu al Señor en la entonces fiesta de Santo Domingo, el 4 de agosto de 1290, en Bolonia. El culto que le dio secularmente su Orden fue confirmado por el papa León XIII el 24 de diciembre de 1891.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

ÁLVAREZ, P., *Santos, bienaventurados y venerables de la Orden de Predicadores,* II (Vergara 1921).

Butler's lives of Saints. New full edition, VIII rev. por T. RODRIGUES (Minnesota 1996) 221-223.

CORMIER, J. M., *Vita delle beate Diana d'Andaló, Cecilia ed Amata* (Roma 1892).

GANAY, M. C. DE, *Les bienheureuses dominicaines* (París 1913).

BEATO FEDERICO JANSOONE

Presbítero († 1916)

La voz no venía de una zarza ardiendo. Ni sonó en sueños nocturnos. Tampoco fue una llamada súbita, estallada en un momento de fervor. O retoño de un buen ejemplo concreto, de un determinado consejo, de cierta recomendación.

La invitación iba insinuándose. En silencio. Paulatinamente. Por etapas, a medida que el niño crecía en edad y conocimiento, a medida que entraba en contacto con la vida y adquiría conciencia cristiana. En un ambiente propicio...

En su momento maduró. Ya era llamada clara, nítida, serena. Llamada que le llevaría lejos, lejos de los suyos. A Tierra Santa. Y, aún más allá, al Canadá francés.

Me estoy refiriendo a Federico Jansoone, una personalidad extraordinaria, radicalmente comprometida con la fidelidad al Evangelio, parangonable, según algunos, con Francisco de Asís.

Federico Cornelio Jansoone vino al mundo el 19 de noviembre de 1838 en Ghuvelde, una humilde referencia geográfica sobre la lisa superficie húmeda y verde del norte francés, lindante con las provincias flamencas belgas, en la demarcación diocesana de Lille —minúsculo núcleo humano desarrollado, a partir del siglo XI, sobre una isla del río Deuse— que en el siglo XV fue residencia de la corte borgoñesa y, actualmente, corazón de una amplia y moderna zona urbana e industrial.

Hijo de Pedro Jansoone y de María Isabel Bollenger, un matrimonio campesino de costumbres sencillas que vivía del terruño y al que los huertos, los cultivos, los cerdos, las palomas y las gallinas daban para sacar adelante, holgadamente, la nutrida descendencia filial que consideraban una bendición del cielo. Una pareja cristiana de pura cepa que encarnaba la fe y se desvivía por educar en la piedad y en el santo temor de Dios a los seres más queridos de este mundo.

Imaginable, por consiguiente, una realidad doméstica donde se rezaba, se santificaban las fiestas, se frecuentaban la iglesia y los sacramentos y se practicaba la caridad, que es la reina de todas las virtudes.

Y todos felices hasta el arribo del primer desgarro familiar, sentimental y físico, ocurrido cuando el pequeño Federico dis-

frutaba de la vida con la ilusión y la conciencia de un chaval de diez años. Dolorosa, llorada e insustituible la ausencia paterna.

Descabezado el hogar, la viuda no tuvo más remedio que hacerse cargo, sola, de los huérfanos, los huertos, los cultivos y la casa. Ella puso voluntad y Dios la ayudó.

Cuatro años más tarde, previa una larga preparación, Federico —que ya sumaba catorce— recibió la primera comunión. Terminados brillantemente los estudios elementales en el colegio de Hazebrouck y en el Instituto de Nuestra Señora de las Dunas, en Dunquerque, responderá generoso a la llamada. Ingresará en el seminario.

Toda la ilusión del joven por los suelos cuando inesperadamente la economía familiar sufre un sobresalto que deriva en preocupante. Llevaba poco tiempo de seminarista pero comprende que no debe seguir los estudios; el abandono se impone, pues los suyos necesitan de la ayuda de sus brazos y es deber de caridad y de justicia ofrecérsela. Vuelve al hogar para tornarse, inicialmente, vendedor ambulante. De norte a sur y de este a oeste, pateándose la geografía llana, húmeda y verde del norte galo. De pueblo en pueblo sumando cansancios, pregonando y vendiendo telas; apuntalando las necesidades domésticas. Pero le esperaba el segundo gran bofetón de la vida: tiene veintitrés años cuando muere la madre. En 1861.

Pero Dios sigue llamando. Insistente. Pero ahora desviándole la atención, marcando otra ruta, también hacia el altar mas ya no hacia el sacerdocio diocesano; ahora apremiándole con la radicalidad evangélica de la pobreza franciscana. Federico, de corazón generoso, corresponde noblemente a la insistencia.

Así, en el convento de Amiens, la bella capital de Picardía, a orillas del Somme, orgullosa de su catedral, que es la mayor de estilo gótico de Francia, hará el noviciado y, el 16 de julio de 1865, la profesión simple. En Limoges y en Bruges seguirá los cursos teológicos. El 26 de diciembre de 1868 se compromete canónica y solemnemente a servir a Dios en dedicación exclusiva. Dos años después, el 17 de agosto de 1870, recibe el presbiterado.

Por poco se estrena ministerialmente en las trincheras porque en pleno «rodaje sacerdotal» es llamado a filas para asistir

espiritualmente a los soldados de la guerra franco-prusiana. Y, tras el paréntesis del obligado servicio a la patria, el capellán militar recupera la paz claustral. De momento será la tranquilidad de Branday; más tarde pasará a Burdeos donde cumplirá con la misión de promover la andadura de un nuevo convento, que fundará y dirigirá; y donde protagonizará un intenso y fecundo apostolado.

Después será trasladado a París. Allí escenificará su ideal franciscano despertando inquietud, interés y simpatías; promoviendo y sumando ayudas para la conservación de los Santos Lugares y la atención a las necesidades pastorales y apostólicas en los mismos. Y encerrado en la biblioteca cuidando archivos, removiendo pergaminos, manoseando volúmenes, empolvándose la ropa y las manos.

La capital de Francia será meta y trampolín. Final de etapa de su actividad ministerial y apostólica en el país nativo. Plataforma desde la que dará el salto a Tierra Santa. La geografía que recorrió, salpicó de cansancios, sembró de bondades y amó Jesús de Nazaret enmarcará una larga década de la vida del franciscano galo. Los Santos Lugares, que llevaba en el corazón, serán su gran razón mientras aquél palpite. Federico Jansoone realmente vivió para Tierra Santa.

No es de fecha reciente la presencia franciscana en la patria de Jesucristo. Ni es de nuestros días el amor de los frailes menores al mundo que ofreció escenario al nacimiento, vida y muerte del Hijo de Dios. Al suelo regado con la sangre redentora. Gráficamente alguien ha escrito que Palestina constituye un quinto Evangelio que nos transmite los recuerdos de Jesús, hace memoria de la Virgen y evoca los primeros pasos de la Iglesia. Francisco de Asís murió sin hacerse presente en Belén, en Nazaret, en Jerusalén... pero llegarían sus hijos espirituales. En 1217, en vida del *Poverello,* al estructurar pastoral y administrativamente la orden, nacida ocho años antes, crearon la que bautizaron «provincia de Tierra Santa» —conocida como «la perla de todas las provincias»—, que integraba la patria natal de Jesús y los lugares que enmarcaron el misterio de nuestra Redención.

Consta que en 1333 los frailes se habían establecido en el Cenáculo, junto al que habían fundado un convento, y que cele-

braban liturgias en la basílica del Santo Sepulcro. Todo gracias a la generosidad de los reyes de Nápoles, Roberto de Anjou y Sancha de Mallorca, que, respectivamente, compraron el local y pagaban alquiler. Pero la aventura misional franciscana en oriente adquiriría oficialidad en 1342 con la bula *Gratias agimus* de Clemente VI, que encargaba a los seguidores de Francisco de Asís la «custodia de los Santos Lugares», asegurando así la presencia católica en los mismos. Con este reconocimiento y superando vicisitudes vendrían más frailes y se harían presentes en Belén, Nazaret, Caná de Galilea, Jerusalén, Ain Karim, en el Monte Tabor, Betania, Genesaret, Emaús, etc. Aunque la enumeración es incompleta, habla del entusiasmo, de la permanente y generosa dedicación religiosa al cumplimiento del encargo pontificio. Y del incansable empeño de posibilitar el culto católico en todos los lugares de tradición evangélica; levantando o reconstruyendo, según los casos, los correspondientes santuarios, siempre con los criterios artísticos de la época y, recientemente, previos rigurosos estudios de arqueología e historia.

Hoy día la «custodia» alcanza a setenta y cuatro santuarios de Palestina-Israel, Jordania, Siria, Líbano, Egipto, Chipre y la isla de Rodas, en Grecia, gracias a los brazos de trescientos veinte frailes pertenecientes a treinta y seis países y a cincuenta y nueve provincias franciscanas que se emplean en el servicio litúrgico, acogida a los peregrinos, convivencia ecuménica y labor académica y de investigación, bíblica y arqueológica; como ejemplo está la prestigiosa Escuela Bíblica de Jerusalén, con tres cuartos de siglo gloriosos en su haber. Llevan a cabo, además, tareas de restauración y mantenimiento del patrimonio arquitectónico. Su tarea también es asistencial, con obras sociales —escuelas, hospitales, dispensarios, casas de ancianos, entre otras realidades— otrora viviendo gracias a la caridad de las naciones católicas europeas y, actualmente, pendientes de la anual colecta del Viernes Santo establecida por León XIII en 1887.

Nuestro biografiado llega en 1876 a esta tierra históricamente conflictiva. Frescos aún los cuarenta años se había hecho merecedor del cargo de vicario custodio de Tierra Santa, ostentando la máxima responsabilidad en la misión específica de la

familia franciscana: atendiendo a las actividades tradicionales de culto, hospedaje, acogida y asistencia; dedicándose a la creación de comunidades de fieles en torno a los santuarios y a la pastoral parroquial. En síntesis: restauración de edificios y construcciones materiales, testimonio cristiano, pan y catecismo.

Pan para todos: cristianos y musulmanes. Indistintamente. Que el hambre no entiende de credos. Pan que hay que ir a buscar ¡al Canadá!, que acabará siendo la segunda patria del celoso misionero galo. Y, así, da el salto de la ribera mediterránea a la geografía entre océanos, a Montreal, en las tierras bañadas por el gran San Lorenzo.

Y va de mendigo. A postular a favor de los Santos Lugares, a interesar a los católicos en los proyectos en marcha, en el apostolado y en la labor social y humana de los frailes menores en Tierra Santa. Así a lo largo de todo un año.

Tras el período de mendicidad, regreso a Palestina donde habría ocasión para el protagonismo de la diplomacia hábil y digna, llena de tacto y rectitud del Beato Jansoone en asuntos de no poca complejidad, como, por ejemplo, la reglamentación sobre el Santo Sepulcro; o sobre los Lugares de Belén, donde, adjunta al convento, y sobre la gruta del Nacimiento, aprovechando estructuras de una iglesia anterior, levantó la basílica de Santa Catalina que es parroquia de la comunidad católica local. Además, continúa con las tradicionales dedicaciones apostólicas, particularmente la pastoral y la asistencia benéfico-social con los necesitados.

En 1888 se despide de la geografía que tanto amaba y recupera, en Montreal, los contactos, las relaciones personales, las amistades canadienses a las que participa afanes. Proyectos y entusiasmo no le faltan. A no tardar, cuando vivía en Trois-Rivières, en la confluencia de los ríos San Mauricio y San Lorenzo, a mitad de camino entre Montreal y Québec, prestará brazos a la restauración de las actividades misioneras franciscanas iniciadas en 1615. Una etapa de promoción del culto, de la piedad y de las peregrinaciones al santuario de la Virgen Du-Cap, un desconocido centro religioso parroquial que se haría famoso merced a su relación con no pocos y extraordinarios favores e incluso curaciones de gran resonancia.

En 1902 el Beato Federico se torna nuevamente mendigo. Son famosas sus cuestaciones, ahora implorando ayuda para el santuario de la Virgen del Rosario de Cap La Madeleine, convertido en templo de la adoración perpetua de Québec; para el monasterio de las clarisas de Valleyfield; para los monumentales vía crucis, etc.

Construye, promueve e impulsa proyectos materiales. Predica, catequiza, funda, organiza, dirige, escribe... Un dinamismo apostólico, una vitalidad pastoral impresionantes que no merma la asiduidad en la oración y el amor del franciscano al sacrificio. Sumados a la austeridad de vida, a la radical pobreza personal, a la marcada predilección por los pobres, a la serena, plena y permanente conformidad con la voluntad divina.

Fray Federico Jansoone, haciendo de Marta y María, en un perfecto combinado masculino de los papeles evangélicos que el Papa proclamaría al mundo en la homilía de la liturgia de la beatificación: «El "buen padre Federico" nos enseña que el espíritu de contemplación no frena el celo apostólico sino que lo vivifica».

Pero el afán evangélico gasta, consume, agota. Perdidas las energías, físicamente acabado, con setenta y siete años a las espaldas, casi una treintena en Canadá, el 4 de agosto de 1916 acaba sus días sobre la tierra. Murió en Montreal, recibiendo cristiana sepultura en Trois-Rivières.

Juan Pablo II le honró con la beatificación el 25 de septiembre de 1988 inscribiéndole entre los cristianos admirables e imitables.

JACINTO PERAIRE FERRER

Bibliografía

AAS 80 (1988), agosto; 81 (1989), febrero.
BACHECA, M., *I martiri francescani d'Inghilterra* (Roma 1930).
CÓRDOBA, G. DE, *Del solar franciscano. Santoral de las tres Órdenes* (Madrid 1957).
FERRINI, G. - RAMÍREZ, J. G., *Santos franciscanos para cada día* (Asís 2000).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN ARISTARCO
Discípulo de San Pablo

Aristarco era un macedonio de Tesalónica, compañero de viaje del apóstol San Pablo, cuya suerte compartió durante los problemas que hubo en Éfeso a cuenta del motín antipaulino (Hch 19,29). Lo acompañó también en el viaje de regreso, y en el de Jerusalén a Roma, yendo Pablo preso (Hch 27,2). También compartió la prisión de San Pablo, como se dice en las cartas a los Colosenses (4,10) y a Filemón (24). Fue, pues, un cristiano convencido y activo, que prestó todo su apoyo al apóstol San Pablo y supo estar con él en los momentos más difíciles y tuvo por ello el afecto y la gratitud del gran apóstol.

SAN EUFRONIO DE TOURS
Obispo († 573)

Eufronio nace en Tours en los primeros años del siglo VI en el seno de una familia senatorial que ya había proporcionado diferentes prelados a la Iglesia. Entra en la historia cuando en el año 555 muere el obispo Guntario y es elegido por la corte para sucederle en la sede turonense. Su labor, que se prolongaría durante diecisiete años, fue excelente. Estuvo presente en varios concilios, siempre buscando el bien de la Iglesia, y presidió en 567 el de Tours. Fundó las iglesias parroquiales de Thuré, Ceré y Orbigny. Reconstruyó en Tours varias iglesias, entre ellas la propia basílica de San Martín, y fomentó la devoción a la Santa Cruz. Murió el 4 de agosto del año 573.

SAN RAINIERO DE ESPÁLATO
Obispo († 1180)

Nacido hacia el año 1100 en la Romaña, en su juventud se hizo monje en el monasterio de Fonte Avellana, seguramente siendo prior Rainiero el diácono. Siendo monje conoció al obis-

po de Gubbio, San Ubaldo, con el que tuvo una sincera amistad. Prestigiado por sus virtudes, es elegido obispo de Cagli en 1156 y en esta diócesis pasó veinte años, ejerciendo con gran celo y ejemplaridad sus deberes pastorales. Fomentó la vida religiosa de los fieles y asimismo el monacato de su diócesis, siendo bajo su mandato cuando alcanzó su esplendor el monasterio de San Geroncio, al que el papa Alejandro III enriqueció con privilegios. Tuvo un conflicto con su cabildo catedral acerca de la colación de beneficios, y la cuestión llegó hasta la Curia Romana. No había ésta dado su sentencia cuando la archidiócesis de Espálato, en Dalmacia, pidió a Roma le señalase un nuevo arzobispo, y entonces fue designado Rainiero. Era el año 1175. Tras entrar en su diócesis, acompañó al papa Alejandro III hasta Zara en su viaje a Venecia para encontrarse con Federico Barbarroja. Entre 1177 y 1178 tuvo lugar en Espálato un concilio nacional, que presidió el cardenal Raimundo de Capella. Ese mismo año Rainiero viajó a Constantinopla, para solicitar ser recibido por el emperador Manuel Comneno, con quien tenía que tratar asuntos de su diócesis, que estaba dentro del imperio bizantino. El año 1179 marchó a Roma y asistió con sus sufragáneos al Concilio Lateranense III. A comienzos de 1180 se presentó el problema de la usurpación de algunas tierras de su diócesis por parte de algunos croatas. El arzobispo intentó arreglar el asunto por vías pacíficas y jurídicas, pero sin éxito. Entonces decidió acudir personalmente al sitio controvertido, junto al Monte Graso. Los usurpadores lo recibieron primero con quejas y luego pasaron a los hechos y lo asesinaron a pedradas el 4 de agosto de 1180. Su cuerpo fue llevado a la iglesia de San Benito de su sede episcopal, donde comenzó el culto al mártir y la fama de sus milagros. Alejandro VIII en 1690 concedió a su diócesis la fiesta del santo con octava.

BEATO GUILLERMO HORNE

Monje y mártir († 1540)

Guillermo Horne era monje en la Cartuja de Londres. Fue parte del último grupo de monjes resistentes a la voluntad real que fue apresado el 20 de mayo de 1537, siendo seis de ellos

hermanos y cuatro padres. Encarcelados en Newgate, murieron al poco tiempo todos menos Guillermo a causa de la inmundicia y el hedor de la cárcel. Pese a ello, el monje Guillermo, que era hermano converso, permaneció tres años en la cárcel con buena salud, hasta que en la plaza de Tyburn consumó su martirio el 4 de agosto de 1540. Fue beatificado el 6 de diciembre de 1887 por el papa León XIII.

BEATO GONZALO GONZALO GONZALO

Religioso y mártir († 1936)

Nació en Conquezuela, provincia de Soria, el 24 de febrero de 1909. Hijo de primos hermanos de idéntico apellido, le pusieron también como nombre el del apellido, y de ahí la singularidad de llamarse tres veces Gonzalo. Era pariente del Beato Juan Jesús Adradas. A los 21 años ingresó en la Orden Hospitalaria, y en 1933 fue destinado a la comunidad del asilo-hospital de San Rafael de Madrid, de la que era limosnero a comienzos de 1936. Llegado el 18 de julio, la comunidad, compuesta por 35 hermanos, vivía preocupada y suspendió por un tiempo la petición de limosnas, pero hubo de reanudarla porque era su único medio de vida. El día 4 de agosto fray Gonzalo salió a pedir y en una casa reconoció que lo habían apedreado. En una casa de la calle María de Molina fue denunciado a los milicianos que le arrestaron y procedieron a asesinarlo junto a la checa, en la confluencia de la calle Velázquez con María de Molina. Su cadáver estuvo un tiempo abandonado en el suelo. El 25 de octubre de 1992 Juan Pablo II le beatificó junto a los 71 mártires de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios.

BEATOS JOSÉ BATALLA PARRAMÓN, JOSÉ RABASA BENTANACHS Y GIL RODICIO RODICIO

Religiosos y mártires († 1936)

En lugares distintos de Barcelona fueron martirizados el día 4 de agosto de 1936 tres religiosos salesianos, uno de ellos

sacerdote y dos coadjutores laicos, los tres formaban parte de la comunidad salesiana de Sarriá.

El sacerdote era don JOSÉ BATALLA PARRAMÓN, nacido en Abella de la Conca, provincia de Lérida, el 15 de enero de 1873 en el seno de una familia modesta. Decidido por la vocación religiosa, ingresó en la congregación salesiana y a los veinte años profesó en Sarriá. Hizo los estudios pertinentes y se ordenó sacerdote en 1900. Estuvo en varios destinos hasta que en 1909 es enviado a la casa de Barcelona-Sarriá como confesor y enfermero. Allí estaría 27 años, haciendo una labor magnífica en la enfermería, hasta el punto de ser llamado un San Juan de Dios.

El coadjutor laico era don JOSÉ RABASA BENTANACHS, nacido en Noves de Segres, provincia de Lérida, el 26 de junio de 1862 en el seno de una familia pobre. Al quedar huérfano siendo niño, una señora se hizo cargo de él y en 1890 lo colocó como ayudante de cocina en el colegio salesiano de Barcelona-Sarriá. Decidido por la vocación religiosa, fue aceptado en el noviciado y profesó en 1892. Destinado a diversas casas como cocinero, volvió a Sarriá en 1923, siendo muy piadoso y ejemplar. Al cumplir los 70 años ya no tuvo fuerzas para llevar la cocina y fue exonerado del cargo, dedicando mucho tiempo a la oración. Cuando el día 21 de julio de 1936 la comunidad de religiosos fue expulsada de la casa, ambos religiosos consiguieron que Esquerra Republicana de Cataluña les concediera seguir en ella atendiendo a los heridos de guerra, ya que la casa se había habilitado como hospital de sangre. Pero el día 31 ambos fueron expulsados a la calle. Se refugiaron en casa de doña Emilia Munill, donde llevaron vida de mucha piedad y recogimiento. Tenían ya preparados los pasaportes para marchar a Italia pero en lugar de ir a recogerlos directamente se acercaron a la casa de Sarriá a recoger alguna ropa, en el tranvía fueron reconocidos y entonces los arrestaron y asesinaron.

El otro religioso salesiano muerto ese mismo día fue don GIL RODICIO RODICIO, coadjutor laico. Había nacido en Requejo, Orense, el 23 de marzo de 1888. Su vocación salesiana le vino de haber sido alumno de la casa de Barcelona-Sarriá. Profesó en la congregación en 1908. Desde 1921 estaba destinado en la casa de Sarriá como panadero. Hacía su trabajo con gran

espíritu religioso. Cuando fue echado de la casa el 21 de julio de 1936, lo hospedó don Alberto Llor, en cuya casa se dedicó a la oración y a sobrellevar su situación con paciencia. Denunciado —seguramente por algún antiguo alumno—, fue arrestado y llevado al comité que funcionaba en el Museo Naval. Él pidió que a la familia que lo albergaba no la hicieran daño. Seguidamente fue asesinado.

Los tres mártires fueron beatificados el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO ENRIQUE KRYSZTOFIK

Presbítero y mártir († 1942)

José Krysztofik nació en Zachorzew, parroquia de Slawno, en la diócesis de Sandomir, el 22 de marzo de 1908, hijo de José y Francisca. En la adolescencia sintió la vocación religiosa e ingresó en la Orden Capuchina. Empezó el noviciado en el convento de Nowe Miasto el 14 de agosto de 1927 y tomó el nombre de fray Enrique. El día de la Asunción del año siguiente hizo la profesión religiosa. Fue enviado a Francia a hacer los estudios filosóficos y luego a Roma para los teológicos, y aquí el 15 de agosto de 1931 hizo la profesión perpetua. Se ordenó sacerdote el 30 de junio de 1933. Prosiguió los estudios teológicos y se licenció en teología en 1935. Vuelve entonces a Polonia y es destinado al convento de Lublín, del que es elegido vicario, y enseñó teología en el Seminario Capuchino de la misma localidad. Al estallar la guerra mundial, el guardián del convento, que era holandés, se vio obligado a renunciar a su cargo y salir de Polonia, y entonces fray Enrique es nombrado guardián. El arresto de los 23 capuchinos del convento de Lublín se produjo el 25 de enero de 1940, siendo llevados todos al castillo de la ciudad. Pasados cinco meses, el P. Enrique fue trasladado al campo de concentración de Sachsenhausen, y luego, en diciembre de 1940 es llevado al de Dachau. Aquí el duro trabajo y las inhumanas condiciones del campo minaron su salud y falleció de agotamiento el 4 de agosto de 1942. Estimado de todos por

sus magníficas cualidades y claras virtudes, era ejemplar en la manera de celebrar la santa misa y de predicar la palabra de Dios con celo y entusiasmo por el bien de las almas. Fue beatificado el 13 de junio de 1999.

5 de agosto

A) MARTIROLOGIO

1. La Dedicación de la Basílica de Santa María [la Mayor], en el Monte Esquilino, de Roma **.
2. En Chalons-sur-Marne, San Memmio o Meinge († s. III-IV), obispo.
3. En Teano, Campania, San Paris († s. IV), obispo.
4. En Autun, Galia, San Casiano († s. IV), obispo.
5. En Nacianzo (Capadocia), Santa Nona († 374), esposa y madre de santos **.
6. En Áscoli del Piceno (Italia), San Emigdio († s. IV), obispo.
7. En Viviers (Galia), San Venancio († p. 535), obispo.
8. En Tremblevif (Galia), San Viator († s. VI), solitario.
9. En Maserfield (Inglaterra), San Oswaldo († 642), rey y mártir **.
10. En Montegranaro del Piceno (Italia), Beato Francisco Zanfredini († 1350), conocido como Cecco de Pésaro, terciario franciscano y ermitaño *.
11. En San Severino Marche del Piceno (Italia), Santa Margarita († 1395), viuda *.
12. En Rochefort (Francia), Beato Pedro Miguel Noël († 1794), presbítero y mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

NUESTRA SEÑORA DE LAS NIEVES

Esta fiesta de la Santísima Virgen tiene su origen en la leyenda romana que las lecciones del *Breviario* de hoy nos recuerdan.

En tiempo del papa Liberio, segunda mitad del siglo IV, existía en Roma un matrimonio sin hijos. Lo mismo Juan que su esposa pertenecían a la más alta nobleza. Eran excelentes cristianos y contaban con una gran fortuna que las numerosas li-

mosnas a los pobres eran incapaces de agotar. Se hacían ancianos los nobles esposos y, pensando en el mejor modo de emplear su herencia, pedían insistentemente a la Madre de Dios que les iluminase.

He aquí que la Virgen les declara de forma maravillosa sus deseos. A Juan Patricio y a su esposa se les aparece en sueños, y por separado, la Señora para indicarles su voluntad de que se levante en su honor un templo en el lugar que aparezca cubierto de nieve en el monte Esquilino. Esto ocurría la noche del 4 al 5 de agosto, en los días más calurosos de la canícula romana.

Van los dos esposos a contar su visión al papa Liberio. Éste había tenido la misma revelación que ellos. El Sumo Pontífice organiza una procesión hacia el lugar que había señalado la Madre de Dios. Todos se maravillaron al ver un trozo de campo acotado por la nieve fresca y blanca. La Virgen acababa de manifestar de este modo admirable su deseo de que allí se levantase en su honor un templo. Este templo es hoy día la basílica de Santa María la Mayor.

¿Qué valor tiene esta leyenda?

Parece que no tiene ninguna garantía de veracidad. El cardenal Capalti aseguraba a De Rossi que, cuando los canónigos de esta basílica terminaban en coro las lecciones de la fiesta de Nuestra Señora de las Nieves y se disponían a entrar en la sacristía para dejar sus trajes corales, había uno bastante gracioso que solía decir que en toda la leyenda únicamente encontraba verdaderas estas palabras: «En Roma, a 5 de agosto, cuando los calores son más intensos».

La leyenda no aparece hasta muy tarde. Seguramente en el siglo XI. El caso es que cuajó fácilmente en la devoción popular y un discípulo del Giotto la inmortalizó en unos lienzos que pintó para la misma basílica. En un cuadro aparece el papa Liberio dormido, con la mitra al lado; encima, ángeles y llamas, y, delante, la Virgen que le dirige la palabra. En otro cuadro aparece Juan Patricio, a quien se le aparece también la Virgen. Otra pintura nos presenta a María haciendo descender la nieve sobre el monte Esquilino.

Nuestro Murillo inmortalizó también esta leyenda en uno de sus cuadros. En él aparece el noble y piadoso matrimonio

contando la visión al Papa, y en el fondo se contempla la procesión y el campo nevado.

Otros artistas reprodujeron en sus cuadros este milagro y los poetas lo cantaron en sus versos.

La devoción a la Virgen de las Nieves arraigó fuertemente en el pueblo romano y llegó a extenderse por toda la cristiandad. En su honor se levantan hoy templos por todo el mundo, y son muchas las mujeres cristianas que llevan este bendito nombre de la Santísima Virgen.

Nuestra Señora de las Nieves es lo mismo que *Santa María la Mayor,* título que lleva una de las cuatro basílicas mayores de Roma. Las otras tres son: San Pedro del Vaticano, San Pablo Extramuros y San Juan de Letrán. La basílica de Santa María la Mayor parece ser que fue la primera iglesia que se levantó en Roma en honor de María y podemos decir, lo mismo que se afirma de San Juan de Letrán en un sentido más general, que es la iglesia madre de todas cuantas en el mundo están dedicadas a la excelsa Madre de Dios. Por esto, y por ser una de las iglesias más suntuosas de Roma, mereció el título de la Mayor. Así se la distinguía de las otras sesenta iglesias que tenía la Ciudad Eterna dedicadas a Nuestra Señora.

Esta basílica ha pasado por bastantes vicisitudes a través de los tiempos. Ocupa el Esquilino, una de las siete colinas de Roma. En tiempo de la República era necrópolis, y bajo el Imperio de Augusto, paseo público. Allí tenía el opulento Mecenas unos jardines. Allí estaba la torre desde la cual contempló Nerón el incendio de Roma y allí había un templo dedicado a la diosa Juno, al cual acudían las parejas de novios para implorar sus auspicios.

Aquí quiso la Reina del Cielo poner su morada. En el corazón de la urbe penetra su planta virginal y los hijos del más glorioso de los antiguos imperios abrirán sus pechos al amor de tan tierna Madre.

La primitiva iglesia no estaba consagrada a María. Se llamaba la basílica Sociniana. En su recinto lucharon los partidarios del papa Dámaso con los secuaces del antipapa Ursino. Esto sucedió a finales del siglo IV. En este tiempo se llamó también basílica Liberiana por su fundador, el papa Liberio.

En el siglo V es reconstruida por Sixto III (432-440). Este mismo Papa es el que consagra el templo a la Virgen. Desde este momento el nombre de María se va a hacer inseparable de este templo.

El concilio de Éfeso había tenido lugar el año 431. Los padres del tercer concilio ecuménico acababan de proclamar la maternidad divina de María contra el hereje Nestorio. Era el primer gran triunfo de María en la Iglesia y una crecida ola de amor mariano recorre toda la cristiandad de oriente a occidente. La maternidad divina de María es el más grande de los privilegios de María y la raíz de todas sus grandezas.

Roma no podía faltar en esta hora de gloria mariana. Este templo que renueva Sixto III en honor de la *Theotocos* es el eco romano de la definición de los padres de Éfeso. La ciudad entera se apresta a levantar y hermosear esta basílica. Los pintores ponen sus pinceles bajo la dirección del Sumo Pontífice y las damas se desprenden de sus más vistosas joyas. Ahora es cuando la antigua basílica Sociniana se adorna con pinturas y mosaicos que celebran el misterio de la maternidad divina de María. Se levanta un arco de triunfo y sobre la puerta de entrada se lee una inscripción que empieza con estas palabras: «A ti, oh Virgen María, Sixto te dedicó este nuevo templo»...

Las pinturas son de tema mariano y, generalmente, relacionadas con la maternidad divina de María. Representan la Anunciación, la Visitación, María con el Niño, la adoración de los Magos, la huida a Egipto y otras escenas de la vida de la Virgen.

Las tres amplias naves de la basílica se enriquecieron con los dones de los fieles y los ábsides se adornaron de lámparas y mosaicos. Algunos de éstos son especialmente valiosos.

En el siglo VII una nueva advocación le nace a esta iglesia: *Santa María ad praesepe,* «Santa María del Pesebre». La maternidad de María acaba por llevar la devoción de los fieles al portal de Belén, a Jesús. Como siempre, por María a Jesús.

Al lado de la basílica surge una gruta estrecha, oscura y recogida como la de Belén. Allí irán los papas a celebrar la misa del gallo todas las Nochebuenas, y para que la piedad se hiciese más viva se enseñaban los maderos del pesebre en el cual había

nacido el Hijo de Dios y trozos de adobes y piedras que los peregrinos habían traído de Tierra Santa.

Esta gruta llega a ser uno de los lugares más venerados de la Ciudad Eterna. Los romanos pontífices la distinguen con sus privilegios. Gregorio III (731-741) puso allí una imagen de oro y gemas que representaba a la Madre de Dios abrazando a su Hijo. Adriano I (762-795) cubrió el altar con láminas de oro, y León III (795-816) adornó las paredes con velos blancos y tablas de plata acendrada que pesaban ciento veintiocho libras.

Son muchas las gracias que la Santísima Virgen ha concedido a sus devotos en este santo templo. Aquí organizó San Gregorio Magno unas solemnes rogativas con motivo de una terrible peste que asolaba la ciudad.

El año 653 ocurrió en esta iglesia un hecho milagroso. Celebraba misa el papa San Martín cuando, al querer matarle o prenderle por orden del emperador Constante, el enarca de Rávena, Olimpo, quedó repentinamente ciego e imposibilitado.

Basten estos hechos para demostrar el gran aprecio que los Sumos Pontífices han tenido para con este templo a través de la historia.

Hoy mismo sigue siendo Santa María la Mayor una de las cuatro basílicas patriarcales de Roma cuya visita es necesaria para ganar el jubileo del año santo. De esta forma la Virgen de las Nieves sigue recibiendo el tributo de amor de innumerables peregrinos de todo el orbe católico.

Actualmente es una de las iglesias más ricas y bellas de la ciudad de Roma. Conserva muy bien su carácter de basílica antigua. Tiene por base la forma rectangular, dividida por columnas que forman tres naves, techo artesonado, atrio y ábside.

El interior de la basílica es solemne y armonioso. Las tres naves aparecen divididas por columnas jónicas. Contiene notables monumentos y tumbas de los papas.

Tiene dos fachadas: la que mira al Esquilino, que es la posterior, y la que mira a la plaza que lleva el nombre de Santa María la Mayor. Ésta, que es la principal, data del siglo VIII, y la posterior del XVII. El campanario, románico, es el más alto de Roma. Fue construido el año 1377.

Sobre el altar mayor hay una imagen de María del siglo XIII, atribuida a Lucas el Santo, y en la nave se halla el monumento a la Reina de la Paz, erigido por Benedicto XV al terminar la primera guerra mundial. Su cielo raso está dorado con el primer oro que Colón trajo de América. En la plaza de Santa María la Mayor se yergue una columna estriada de más de catorce metros de altura. En la plaza del Esquilino se alza un obelisco procedente del mausoleo de Augusto.

Santa María de las Nieves. He aquí una de las advocaciones más bellas de la Santísima Virgen. Ella, que es la Madre de Dios, Inmaculada, Asunta al cielo, Virgen de la Salud y del Rocío, es también Nuestra Señora de las Nieves.

La nieve es blancura y frescor. Pureza y alma recién estrenada, intacta. Espíritu sin gravedad. ¡Cuán hermosamente tenemos representada aquí la pureza sin mancha de María!

Nieve recién caída en el estío romano. La pureza al lado del calor sofocante de la pasión. Sólo Ella, como aquel trozo milagrosamente marcado por la nieve en la leyenda de Juan Patricio, es preservada del calor fuerte del agosto que es el pecado. Sólo Ella es sin pecado entre todos los hombres. Ella es blancura y candor. Ella refresca nuestros agostos llenos del fuego del pecado y la concupiscencia.

Ni el copo de nieve, ni el ala de cisne, ni la sonrisa de la inocencia, ni la espuma de la ola es más limpia y hermosa que María.

Verdaderamente es ésta una fiesta de leyenda y poesía. María es algo de leyenda y poesía. Es la obra de Dios.

MARCOS MARTÍNEZ DE VADILLO

Bibliografía

BENEDICTO XIV, *De festis Domini Nostri Iesu Christi et Beatae Mariae Virginis* II y VII.
DUCHESNE, L. (ed.), *Liber pontificalis*, I (Roma 1958) 232 y 235.
MAURICE-DENIS, N. - BOULET, R., *Romée* (París 1948).
ROSSI, G. B. DE, *Inscriptiones christianae urbis Romae septimo saeculo antiquiores*. II: *Musaici antichi delle chiese di Roma (S. Maria Maggiore)* (Roma 1888) 71.

SANTA NONA

Esposa y madre de santos († 374)

Es curioso encontrar en el siglo IV un caso admirable de santidad que pueda servir de ejemplo actualísimo para las madres de familia de hoy. Lo conocemos por medio del testimonio de su propio hijo, que en varias ocasiones habló con elocuencia de las virtudes de su propia madre. Se trata nada menos que de San Gregorio Nacianceno, quien en los elogios fúnebres de su hermano Cesáreo, de su hermana Gorgonia y de su padre Gregorio tejió, con encendidas palabras, la corona de santidad en torno a la figura de su madre, Santa Nona.

La situación de Santa Nona al casarse dista mucho de poder llamarse cómoda. Educada cristianamente por su padre, Philtatios, contrajo matrimonio con un magistrado de Nacianzo llamado Gregorio. Pero su esposo estaba muy lejos de profesar el cristianismo, pues pertenecía a una oscura secta nacida al margen del judaísmo y del cristianismo, y cuyos miembros llevaban el nombre de hypsistarienos, o adoradores del único Altísimo. No extrañe a nadie esto, puesto que, contra lo que hoy nos parece lógico y natural, los impedimentos de mixta religión y disparidad de cultos tardaron mucho en abrirse paso en la mentalidad y en la legislación de la Iglesia católica. Recordemos el caso similar de Santa Mónica.

Y he aquí que este matrimonio entre una mujer cristiana y un sectario va a darnos uno de los ejemplos más resplandecientes de familia santificada que se conoce en la historia eclesiástica, todo por medio del fervor y el entusiasmo apostólico de Santa Nona.

En efecto, su influencia sobre el propio marido llegó no sólo a lograr su conversión, que ya fuera mucho, sino a enfervorizarle de tal manera que recibió las órdenes sagradas y fue consagrado obispo, alcanzando la santidad. Murió ya centenario, después de cuarenta años de episcopado, hacia el 373. Hoy se le venera con el nombre de San Gregorio Nacianceno el Viejo.

Porque de aquel hogar no iban a ser venerados sólo el padre y la madre. Los tres hijos alcanzarían también el honor de los altares: el mayor, San Gregorio Nacianceno, el gran doctor de la Iglesia; Santa Gorgonia, muerta hacia el año 370, que se santifi-

có en la vida matrimonial, teniendo tres hijos, y, por fin, San Cesáreo, muerto hacia el año 369, que se santificó en el ejercicio de la medicina.

Nos encontramos, por consiguiente, con una figura excepcional de mujer seglar que en medio del mundo realizó un apostolado de fecundidad poco corriente. Su hijo San Gregorio Nacianceno nos explicará el fundamento de todo esto:

> «Ésta se hace notable en sus tareas domésticas, la otra por sus beneficios o su castidad, aquella otra por sus obras de piedad o por las mortificaciones que inflige a su carne, por sus lágrimas, por sus oraciones, por los cuidados que sus manos prodigan a los pobres; pero Nona debe ser celebrada por todas esas virtudes al mismo tiempo».

San Gregorio no se cansa de explicarnos cuán sólida y profunda era la piedad de su madre:

> «Lo que en todas tus palabras y en todas tus acciones tenía el primer lugar era el día del Señor. Dando a la penitencia todo el tiempo que le correspondía, ¡oh madre mía!, tú no la interrumpías sino únicamente para las fiestas. La iglesia era testigo de tu alegría y de tu aflicción. Cada lugar en ella, ¡oh madre!, estaba marcado por tus lágrimas. Sólo por la cruz se detenían esas mismas lágrimas».

De esta piedad y de esta mortificación nacía una vida ejemplarísima. Un respeto profundo al altar, al que nunca osó volver la espalda. Un cuidado exquisito en evitar las palabras profanas, la risa poco conveniente para una cristiana. Sus hijos descubrían a veces, con estupor y emoción, las penitencias secretas que ella hacía. Amante de la pureza de la fe, jamás quiso dar su mano a los paganos, ni consintió en besarles, ni se quiso sentar nunca a su mesa. Lo mismo hacía con los comediantes y cuantas personas parecían poco recomendables en sus costumbres. Su única preocupación era, como nos dice su hijo, hacer honor a la imagen divina que había sido impresa en su alma por el bautismo.

Nos pondera también San Gregorio su extraordinaria caridad. Tan grande era que solía decir a sus hijos que habría querido venderse como esclava y venderles a ellos a trueque de poder dar el precio a los pobres.

Amante del culto litúrgico, aficionada al canto de los salmos, ejemplar siempre en el templo, Dios le deparó una muerte ver-

daderamente singular: en pleno sacrificio de la misa, próxima al altar, tocando ya la madera consagrada, quedó muerta. Nos dice que aun así conservaba su actitud de oración y que una de sus manos extendidas parecía significar: «Séme propicio, ¡oh Cristo Señor!». Había ofrecido así su casta vida y su alma misma como preciosa hostia de oración.

Gregorio, en uno de los epigramas que dedicó a la dulce memoria de su madre, hace alusión a esta muerte con hermosas palabras:

> «Nona, dotada de un corazón viril, se abrió camino por la vida, llevando a Cristo, fiel servidora de la cruz, despreciadora del mundo. Se elevó hasta la cúpula celestial, como ella deseaba, despojándose de su propio cuerpo en la Iglesia».

La habían precedido a la hora de la muerte su hijo San Cesáreo, muerto cinco años antes, y su esposo, San Gregorio, muerto el año anterior.

La enterraron junto a la puerta de la iglesia, cerca de los cuerpos de los santos mártires, porque desde el primer momento la rodeó la veneración de los fieles.

En un mundo que pasa por un rudo trance de descristianización, resulta hermoso y oportuno evocar el ejemplo de una mujer que, pasando por encima del obstáculo que suponía la diferente religión de su marido, logró hacer de su hogar un auténtico semillero de santos y verse acompañada en los altares por su marido y todos sus hijos. Con razón los benedictinos de París la señalan como una auténtica «mujer de acción católica» ya en el siglo IV.

LAMBERTO DE ECHEVERRÍ

Bibliografía

Acta sanctorum. Augusti, II, p.78-81.
HERMANN, B., *Verborgene Heilige des griechischen Ostens* (Kevelaer 1931) 5-33.
PUECH, A., *Histoire de la littérature grecque chrétienne,* 3 (París 1930) 320-328.
La principal fuente son las oraciones fúnebres y los epigramas de San Gregorio Nacianceno: PG 35; 38,44-62; 37,1033; epigramas 24-84.

SAN OSWALDO
Rey y mártir († 642)

Si hay un nombre querido para la Iglesia y el pueblo de Northumbria, región al norte de Inglaterra, es el del rey Oswaldo. No obstante, para los pueblos que desconocen la historia de la formación de la nación inglesa, entrar en el conocimiento de las diversas etnias y tribus que lucharon entre sí por las acostumbradas rivalidades de poder y supervivencia en el siglo VII, no deja de ser un ejercicio dificultoso en el que entran en juego nombres de figuras de leyenda y lugares hoy prácticamente desconocidos en los mapas.

Sin embargo, no hay por qué dudar de la realidad de aquellos personajes heroicos que dieron paso con su esfuerzo, con su fe, e incluso con su muerte al nacimiento de una nación cristiana. Beda el Venerable es el que en su historia de Inglaterra nos ha dejado memoria de muchos de ellos, recogiendo la memoria popular.

Oswaldo es el típico héroe de atrayente simpatía para el pueblo: valiente, favorecedor de los necesitados, creyente y piadoso. Nació hacia el año 605; fue el segundo hijo del rey Etelfrido y por lo mismo jefe destinado a gobernar Bernicie. Su madre fue Acca, hija de Ella, y hermana de Edwin, descendía de la familia real de Deira. Oswaldo tuvo un hermano menor llamado Oswy. Todos eran paganos. Etelfrido el Devastador, su padre, fue un rey incendiario y sanguinario. Sus violencias le valieron a él la muerte y al hijo el destierro. Niño todavía, Oswaldo buscó un refugio entre los escotos del norte. Los escotos eran ya cristianos. El soplo ardiente de Columba, el gran misionero irlandés, había pasado por su país, unos lustros antes, quemando encinas sagradas y abrasando los corazones en el amor de Cristo. Cuando, hacia el 615, Oswaldo llegó a aquella tierra, las gentes no hablaban más que de Columba y de su Evangelio. Y a fuerza de oír hablar a los monjes y a los aldeanos, llenóse también él de amor con aquella naturaleza arrebatada propia de su raza, y empezó a pensar que el heroísmo no estaba reñido con el Evangelio. Se hizo catecúmeno de los misioneros celtas, escuchó maravillado la revelación de los dogmas evangélicos, y habiendo

recibido las aguas del Bautismo, se convirtió en un propagador entusiasta de su nueva religión.

En 633, Edwin encontró la muerte en un combate contra Cadwallon, rey cristiano de Gwyned, en el país de Gales, y aliado de Penda, rey sajón pagano de Mercie. Un primo de Edwin, Osric, reunificó a los sajones de Deira, y Eanfrido, el hermano mayor de Oswaldo, se hizo cargo del reino de Bernicie; pero tanto Osric como Eanfrido murieron pronto en batalla. Fue a la sazón cuando llegó la hora de Oswaldo.

Oswaldo tenía entonces unos treinta años y encarnaba una dinastía y a un pueblo. La Northumbria se unió a su alrededor cuando se dispuso a marchar, en 634, contra el celta Cadwallon, al que derrotó en una determinante victoria en Hefenfelth. Los dos ejércitos se encontraron junto a la gran muralla que el emperador Severo había levantado de un mar a otro mar contra los pictos. Defendida la espalda por el muro romano, el príncipe anglosajón ocupaba una eminencia, en que su pequeña tropa podía hacer frente a los batallones enemigos. El nombre de aquella altura le pareció un buen augurio: Beda lo traduce como «Campo del Cielo». El día antes de lanzarse al combate, hizo una cruz con dos ramas de encina, la plantó en el suelo, y se postró delante de ella; Beda pone en labios una oración del rey transmitida por la tradición y que recuerda alguna de las oraciones de la liturgia del Viernes Santo, incluso con las cadencias propias del canto llano:

> «Dijo a sus compañeros de armas: "Caigamos de rodillas e imploremos la misericordia de Dios. Él sabe que nuestra causa es justa; pues defendemos nuestra salud y nuestra libertad contra los que han jurado el exterminio de nuestra raza"».

Pocas horas después, mientras dormía en su tienda, confiado ante el momento que iba a decidir su destino, le pareció que un monje de estatura gigante, de clara mirada, y de aspecto entre belicoso y paternal se acercaba sonriente a su lecho. Así le habían representado siempre a San Columba, el dulce e impetuoso fundador de Iona. Y no dudó que era él, al ver que extendía la cogulla sobre su cabeza, diciéndole: «Ten valor y obra varonilmente; he obtenido de Dios tu victoria y la muerte de los tiranos. Vencerás y reinarás». Cadwallon murió a orillas del río Deniseburn,

afluente del Rowley. Más tarde, después de la muerte de Oswaldo, los monjes de Hexham empezaron a organizar anualmente una peregrinación a Hefenfelth para rogar por las intenciones del difunto soberano en aquel lugar testigo de su triunfo. Después se levantó una capilla colocándose en ella la cruz levantada por el rey, y que desde entonces fue objeto de gran veneración.

Esta victoria puso fin a la expansión bretona hacia el norte de la actual Inglaterra. Permitió a Oswaldo la conquista de las dos terceras partes de la Northumbria y de Deira y Bernicie; añadió al país el norte de Lindsey y su preponderancia bien pronto se dejó sentir en Estanglie y Wessex. En resumen, cuenta Beda, Oswaldo reinó sobre más tierras que todos sus antepasados, «gracias al Señor que hizo el cielo y la tierra». Gobernó sobre las naciones y provincias de Britannia divididas por cuatro lenguas: bretona, picta, escocés e inglés. Con el sobrenombre de Lamn-Gwin, el de la espada que relumbra, Oswaldo se sentó en el trono de sus antepasados, y todos los reyes de la Heptarquía reconocieron su autoridad suprema. Sólo a él competía presidir el círculo dorado de los jefes, dar la señal del combate y llevar el penacho de plumas, que era el emblema del Bretwalda, caudillo universal de los anglosajones.

Pero la dulzura evangélica había moderado los ímpetus de su sangre heroica. Su ideal no estaba en la guerra, sino en la paz y en la justicia. Oswaldo, aguerrido soldado, se propuso extender la religión y la civilización cristiana y para ello llamó a los monjes de Iona. El primer misionero venido de Iona fracasó completamente. Lleno de desaliento, abandonó la misión y se retiró a su monasterio, declarando que los anglos eran una raza indomable, de espíritu rudo y bárbaro, con la cual no había convivencia posible. Este informe sembró la consternación entre los hermanos de Iona; uno de ellos, por fin, dirigiéndose al recién venido y pusilánime predicador, le dijo:

> «Hermano, has sido demasiado duro con esa pobre gente. No has empezado por ofrecerles, según la doctrina apostólica, la leche de una dulce doctrina, a fin de atraerlos poco a poco a la inteligencia y a la práctica de las cosas más perfectas».

El que así hablaba era un monje prestigioso, llamado Aidán, que enseguida fue enviado al rey Oswaldo. Oswaldo le constru-

yó un monasterio, para que fuese como el centro de sus correrías apostólicas. Como Iona, la nueva fundación estaba en una isla; una isla que flotaba mirando al continente, no lejos del golfo de Edimburgo, frente a las verdes colinas de Northumbria y la playa arenosa de Bertwiek. Era una isla llana, rocosa, sombría. Ni un pliegue en el terreno, y, salvo una colina medrosa, ni una línea que animase el horizonte y quitase la impresión de monotonía. Eso era Lindisfarne, la isla sagrada, el primer santuario que se levantó en aquella región, y el centro de la vida religiosa en aquellos primeros días de la conquista cristiana. Pero Aidán estaba encantado; su isla le parecía el paraíso, porque se parecía a Iona y le recordaba a su Padre, el desterrado de Irlanda, y le hacía pensar en el paisaje austero, rudo y salvaje que había fortalecido sus años juveniles.

Oswaldo había encontrado a su apóstol, al sacerdote de corazón de padre para los humildes y de corazón de león para los soberbios. Los pueblos abandonaban sus supersticiones, los nobles renunciaban a sus instintos de venganza, y las princesas consagraban a Cristo su virginidad. Oswaldo era el discípulo más ferviente del misionero.

Pero, no contento de secundarle como rey y obedecerle como hijo, se entregaba, a ejemplo suyo, al ejercicio de todas las virtudes cristianas, pasando noches enteras en oración, ocupándose más aún del reino de los Cielos que de la patria terrestre que había sabido conquistar y por la cual sabría pronto morir, derramando sus riquezas entre los pobres y los enfermos a quienes el obispo distribuía el alimento de la palabra evangélica. No se desdeñaba tampoco de hacerse intérprete suyo para con el pueblo. Era un espectáculo encantador, dice el venerable Beda, ver a este rey, que durante su destierro había aprendido la lengua de los celtas, traducir a los grandes jefes, a los oficiales del palacio y a las gentes humildes los sermones del obispo, que aún no había llegado a dominar la lengua de los anglosajones. Esta tierna amistad, esta fraternidad apostólica, contribuyó a popularizar la memoria de los dos santos y a consagrarlos en los anales del pueblo inglés.

El santo rey invitaba algunas veces a su mesa a Aidán. Y se cuenta que en una ocasión, estando todos sentados el día de

Pascua y habiéndose servido en fuentes de plata un manjar exquisito, el encargado de las limosnas se le presentó para advertir al rey que varios mendigos estaban a la puerta. El rey tomó la fuente y, entregándosela al encargado, dio orden para que se suministrase la vianda a los pobres y después que se partiese la fuente de plata en pedazos y así fuese repartida entre los necesitados como limosna. El obispo Aidán, emocionado por tal caridad y desprendimiento, tomó la mano derecha del rey con la que había levantado el plato y dijo: «Que jamás envejezca ni se corrompa mano tan generosa».

Oswaldo completó las piadosas construcciones que Edwin había comenzado a levantar en York. Él vivía en la actual Bamborough, en Bernicie, cerca de Lindisfarne. El cristianismo se propagó por Northumbria y en Wessex. Oswaldo casó con la hija del príncipe Cynegils, que después fue llamada la reina Reginalda o Cyneburga y sólo tuvo un hijo, al que pusieron por nombre Ethelbaldo, que llegaría a reinar en Deira. Al matrimonio precedió el bautismo del suegro, del que el mismo Oswaldo fue padrino.

Fue corto el reinado de Oswaldo. Porque lo bello y lo bueno dura poco en la tierra. La gloria de Oswaldo turbaba el sueño de otro de los jefes de la Heptarquía, el terrible Penda, rey de los mercios. Bajo la mano de hierro de este guerrero terrible, el reino de Mercia seguía siendo el foco del paganismo anglosajón. A sus treinta y ocho años, el 5 de agosto de 642, moría durante una batalla contra Penda que tenía sus partidarios en Northumbria. El encuentro tuvo lugar en Maserfelth. Oswaldo y Penda eran dos personalidades muy contrarias y el conflicto fue inevitable. Todos cuentan que Oswaldo murió como un héroe y un santo, con la oración en los labios. San Beda escribe a este propósito: «De aquel acontecimiento se ha hecho tradición decir la oración del rey mientras caía herido en el suelo: Señor, ten piedad de las almas». Penda mandó decapitar el cadáver del rey vencido y, junto con sus armas, exponerlo todo en público según las antiguas y bárbaras costumbres. Pero estas reliquias pudieron ser recogidas posteriormente y devueltas a Northumbria.

La fama de santidad de Oswaldo se extendió rápidamente y su veneración llegó a implantarse en las tierras de Wilibrordo de

Frisia. Beda ha contado algunos de los milagros que se le atribuían. Un sitial de Oswaldo fue regalado por su nieta Osthryd al monasterio de Bardney; pero siendo los monjes de allá excesivamente nacionalistas, rehusaron aceptarlo, hasta que una visión de luces celestes les hizo cambiar de opinión. En cuanto a lo dicho por Aidán en el banquete de Pascua, se cumplió milagrosamente. Sus manos, conservadas intactas, fueron recogidas como reliquias en San Pedro de Bamborough y posteriormente en la catedral de York hasta el día de hoy. La cabeza del rey se conservó en poder del obispo San Aidán y pasó al monasterio de Lindisfarne hasta que fueron a parar al relicario de San Cuthberto. El cetro y una aceitera de Oswaldo pasaron a manos de los monjes de Durham, y así otras partes de su venerado cuerpo pasaron a ser veneradas en diversos lugares, tanto en la isla como en el continente.

Oswaldo fue inscrito en el Martirologio de Usuardo, pero no así en el de San Beda. Su nombre y su figura han sido siempre venerados en todos los reinos de Europa. Sólo en Inglaterra le fueron dedicadas sesenta y dos iglesias o capillas. En el continente hay iglesias en Bamberg, Praga y Ratisbona. Ecos de su culto se rastrean no sólo por Escocia e Irlanda, sino por Bohemia, Suiza e incluso Portugal.

LUIS M. PÉREZ SUÁREZ, OSB

Bibliografía

BAUDOT, J. - CHAUSSIN, L., OSB, *Vie des saints et des bienheureux*... VIII: *Août* (París 1949) 94-97.

FARMES, H., en *Bibliotheca sanctorum*. IX: *Masabki-Ozanam* (Roma 1967) cols.1290-1296.

PÉREZ DE URBEL, J., *Año cristiano*. III: *Julio-septiembre* (Madrid ²1940) 261-266.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

BEATO FRANCISCO ZANFREDINI

Ermitaño († 1350)

Francisco Zanfredini fue llamado familiarmente Cecco y nació en Pésaro el año 1270, de padres nobles y piadosos que

murieron cuando él aún era adolescente. Muy pronto, decidido a vivir consagrado al Señor, vende sus bienes y distribuye su importe entre los pobres a fin de abrazar la pobreza, y se hace terciario franciscano, vistiendo el hábito de la Orden Tercera. Luego decide hacer vida eremítica para dedicarse por completo a la divina contemplación. Edifica varias ermitas y a una de ellas adosa un albergue para caminantes y peregrinos pobres. Pasa por una dura prueba interior de fuertes tentaciones que vence con la gracia de Dios y se acredita a los ojos del pueblo cristiano de tal forma que se le acercan algunos compañeros a compartir su vida. Pide limosna por las aldeas y granjas cercanas para esos compañeros, y de las que recibe hace también partícipes a los pobres. Vivió hasta los ochenta años lleno de virtudes y méritos y descansó en el Señor el 5 de agosto de 1350. El papa Pío IX aprobó su culto el 31 de marzo de 1859.

SANTA MARGARITA DEL PICENO

Viuda († 1395)

Nace en Cesolo, Italia, hija de una familia campesina, cuyo ganado guarda en su adolescencia y juventud, hasta que es dada en matrimonio y se traslada a San Severino Marche. Tiene una hija, de cuya educación se encarga con amor; queda viuda al cabo de veintiún años de matrimonio. Entonces se dedica a las obras de piedad y penitencia y se consagra al servicio de los pobres. Edificó a la comunidad cristiana con su insigne piedad, especialmente con su ardiente fe y amor a Jesús sacramentado, pasándose las noches ante el sagrario para hacerle compañía. Pasó por una larga enfermedad que sobrellevó con admirable paciencia y murió con fama de santa el 5 de agosto de 1395. Los fieles comenzaron a venerarla en su tumba y el papa Bonifacio IX aprobó el culto que se le daba al enriquecer con indulgencias la oración ante su tumba.

BEATO PEDRO MIGUEL NOËL
Presbítero y mártir († 1794)

Nació el 23 de febrero de 1754 en Pavilly (Seine-Maritime), hijo de Miguel y Margarita Vallot. Decidido por la vocación eclesiástica, se tonsuró a los 17 años y recibió, posteriormente, las órdenes menores y mayores hasta el sacerdocio que se le dio en septiembre de 1779. Se quedó a vivir en su pueblo natal, en cuya parroquia celebraba la santa misa todos los días. Era un sacerdote muy estimado en todo su departamento por sus magníficas cualidades morales y por su carácter dulce y bondadoso. Llegada la hora de prestar el juramento civil del clero, se negó. Siguió viviendo en su pueblo hasta que en abril de 1793 fue arrestado y conducido a la cárcel municipal. Llevado a Ruán, de ahí fue enviado a Rochefort en el convoy que salió el 21 de marzo de 1794. El 12 de abril era registrado en Rochefort. Embarcado en Les Deux Associés, no soportó mucho tiempo las terribles condiciones del confinamiento en que estaban los sacerdotes detenidos y minada su salud por el escorbuto, sobrellevó su decadencia física con gran entereza moral y vino a morir el 5 de agosto de 1794, siendo enterrado en la isla de Aix. Fue beatificado el 1 de octubre de 1995 por el papa Juan Pablo II.

6 de agosto

A) MARTIROLOGIO

1. La Transfiguración del Señor **.
2. En Roma, en la Via Apia, San Sixto II († 258) y sus compañeros, cuya memoria se celebra mañana.
3. En Alcalá de Henares (España), los santos hermanos Justo y Pastor († 304), mártires **.
4. En Roma, San Hormisdas († 523), papa *.
5. En Savona (Liguria), Beato Octaviano († 1132), monje, hermano del papa Calixto II *.
6. En Luxemburgo, Beato Esquecelino († 1138), ermitaño.
7. En Bolonia (Emilia), tránsito de Santo Domingo († 1221), presbítero, cuya memoria se celebra el día 8.

8. En Montevideo (Uruguay), Beata María Francisca de Jesús (Ana María) Rubatto († 1904), virgen, fundadora del Instituto de Hermanas Terciarias Capuchinas de Loano **.

9. En Gandía (Valencia), Beato Carlos López Vidal († 1936), mártir *.

10. En el campo de concentración de Dachau (Baviera), Beato Tadeo Dulny († 1942), mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

TRANSFIGURACIÓN DEL SEÑOR

Los griegos comenzaron a celebrar la «Methamorphósis» de Cristo el 6 de agosto. Quizá era una fecha que conmemoraba la dedicación de la iglesia construida en el monte Tabor. Hacia el siglo V se celebra también en la comunidad nestoriana sasánida y en el siglo VIII ya es conocida por los sirios occidentales bajo el nombre de «fiesta del Monte Tabor». Durante la Edad Media la celebración de la Transfiguración se extiende por España, Francia e Italia, hasta que el 6 de agosto de 1457 el papa Calixto III extiende su celebración a toda la Iglesia latina para conmemorar la victoria sobre los turcos a las puertas de Belgrado. Desde Pablo VI esta fiesta, que ya era la titular de la catedral de Roma (San Salvador y San Juan de Letrán) dedicada especialmente al Salvador, es la fiesta de todas las iglesias dedicadas a «San Salvador» (muchísimas, entre las levantadas entre los siglos VIII-XII, como por ejemplo la antiquísima iglesia abacial del monasterio de «San Salvador de Leyre»).

En los evangelios sinópticos el relato de la Transfiguración tiene un lugar central desde todos los puntos de vista, pero su esencia teológica, particularmente importante en la escena relatada, es difícil de definir con segura precisión. En ella encontramos el supremo cumplimiento de las profecías, teofanía más o menos apologética, relato de aparición anticipada de la resurrección, anuncio y prueba de la parusía al final de los tiempos. Los temas se entrecruzan con múltiples ideas y sugerencias.

La entronización mesiánica y la glorificación han sido dadas por el Padre a Jesús al resucitarle y haciéndole sentar en el cielo a su derecha. Puede preguntarse el porqué de este pasaje «glo-

riosamente» anticipativo en medio de la vida del Jesús terrestre. En general la mayoría responden a esta pregunta que el relato quiere atenuar el «escándalo de la cruz». Era importante, sobre todo para las primeras generaciones cristianas, subrayarles que Jesús entra en su pasión conociendo perfectamente la misión que le había encomendado el Padre como Mesías y como el Profeta definitivo. Pero no es el momento de hacer un análisis ni siquiera superficial de los tres sinópticos al relatar parecidamente la Transfiguración, aunque quizá sea conveniente hacer un breve repaso por las especulaciones espirituales que tal visión proporcionó desde el primer momento a los maestros del espíritu en los primeros albores de la reflexión teológica.

Como en los otros «misterios de Cristo», hay una relación y estrecha interdependencia entre todas sus acciones y actos salvíficos y su «reactualización» en la liturgia, en el discurso oral y escrito y las mismas representaciones artísticas. Ya se ha dicho cómo la celebración litúrgica se extendió poco a poco en la Iglesia a partir del Oriente. En el campo artístico se tienen las primeras representaciones desde el siglo VI en el monasterio de Santa Catalina del Monte Sinaí; siendo desde entonces el prototipo de posteriores representaciones, como la coetánea (549) de San Apolinar in Classe en la que, simbólicamente, la figura de Cristo es sustituida por una preciosa Cruz Imperial.

En cuanto a la reflexión escrita, teniendo por referencia la Transfiguración, la encontramos pronto, especialmente en la literatura «de los espirituales "gnósticos"». El autor de la *Carta a Rheginum,* en la segunda mitad del siglo II, escribe:

> «¿Qué es la resurrección? Es la revelación en todo momento de aquellos que han resucitado, porque si lo piensas, al leer el Evangelio ves cómo Elías se aparece junto con Moisés, por lo que no puedes creer que la resurrección es una "fantasía". No es una ilusión sino una Verdad. Antes bien y por el contrario, lo que es ilusorio es el "cosmos" y no la resurrección realizada por nuestro Señor, nuestro Salvador Jesucristo».

Para los *gnósticos* (no confundir con «agnósticos») la Transfiguración manifiesta que la salvación se realiza fuera de la historia, *secundum spiritum.* Pero ya Ireneo les contesta que la salvación debe realizarse en la historia precisamente, para que se cumpla la profecía *secundum carnem:* «Puesto que es imposible

que el hombre vea a Dios, por sapientísima disposición divina, al final de los tiempos, el hombre verá a Dios sobre una alta roca... Y por eso fue visto hablando cara a cara con Elías...» (Éx 33,20-21).

Tertuliano hace muchas veces alusión a la escena de la Transfiguración tratando temas diversos. Son alusiones breves que van desde la cristología a la ascética, pero presuponen que el lector está familiarizado con las interpretaciones que de ella daba la Iglesia.

Los comentarios a los Evangelios y las homilías son las dos formas más importantes que nos ha transmitido la tradición sobre este episodio de la vida de Cristo. Orígenes es el primer comentarista que habla detalladamente al explicar a San Mateo. Otro comentarista muy antiguo es San Efrén († 373). En cuanto a las homilías la tradición oriental es mucho más rica y prolífica que la occidental. Hacia 390 ya San Juan Crisóstomo predicó sobre la Transfiguración en su *Homilía 56 sobre San Mateo* y tras él encontramos una exhaustiva lista de Padres y personajes eclesiásticos que repiten y se explayan sobre el tema.

Aparte de las homilías, otros autores griegos como Eusebio de Cesarea y Cirilo de Jerusalén hacen alusiones a la Transfiguración; el primero ve en ella una representación de la aparición de Cristo al final de los tiempos y San Cirilo ve en Moisés y Elías a testigos de la Encarnación.

En Occidente, aunque en menor grado que los griegos, los Padres latinos también se interesaron por la Transfiguración, especialmente en sus homilías. Entre ellos destacan San Jerónimo y San Agustín, que hace diversas alusiones a ella siguiendo a San Ambrosio y probablemente a Orígenes. Es sin embargo San León el que recoge mejor la tradición latina en su *Tratado 51*.

Finalmente, después de atravesar la Edad Media, en la que los teólogos y predicadores casi siempre encuadran la Transfiguración dentro de los «misterios» de la vida de Jesús, llegamos a tiempos más recientes en los que, si bien observamos que Oriente nunca pierde de vista la Transfiguración, en la Iglesia latina, después de un período de opacidad, parece que también en los últimos tiempos crece el interés teológico, espiritual y

mistérico por todo lo que se refiere a la Transfiguración, no sólo a nivel de comentaristas individuales (el capuchino predicador pontificio Raniero Cantalamessa predicó unos ejercicios al Papa con el tema de la Transfiguración, conferencias editadas posteriormente y que apuntamos en la bibliografía) sino a los más altos niveles del magisterio, como se puede encontrar en la exhortación apostólica *Vita consecrata.*

Como tema espiritual, ya los antiguos explotaron casi todos sus filones y los autores posteriores no hacen sino repetir lo de los anteriores sin apenas aportar cosa de interés. A continuación se exponen las aportaciones más originales de diversos autores —una por autor—, sin pretender abordar otros que esos mismos creadores comentan sobre la página evangélica que nos ocupa.

Orígenes al tratar la Transfiguración afronta una idea original sobre la multiplicidad de las formas del «Logos». El Logos encarnado se revela a los discípulos según la forma que ellos son capaces de captar en su avance espiritual. Cristo se les va mostrando de forma progresiva y diferente a medida que se cumple el itinerario, hasta llegar a la «cima de un monte». Orígenes se fundamenta especialmente en Mateo y Marcos, para recordar que los evangelios no dicen simplemente «que se transfiguró», sino que «se transfiguró *delante de ellos*». En esta visión «polimórfica» a Orígenes le siguieron los «gnósticos»; uno de ellos escribe así:

> «Ciertamente, Jesús no se aparece como él es en realidad, sino como puede ser visto por los que le miran. Los pequeños lo ven como pequeño y los grandes como grande. Los ángeles lo ven como ángel y los hombres como hombre. Y cuando se revela a sus discípulos, en gloria, sobre la montaña, se revela, no como pequeño sino como Grande. Pero él tuvo que "agrandar" a sus discípulos para que ellos fuesen capaces de verlo como "Grande"» (Evangelio de Felipe).

San Juan Crisóstomo parte de la literalidad del relato. Su descripción de Moisés y de Elías como modelos de virtud para los apóstoles es digna de destacarse. Ellos debían encontrar la valentía para reconducir su vida, del mismo modo que los profetas, para cumplir la voluntad de Dios y trabajar por la salvación del pueblo según la misión que se les iba a confiar.

«Se puede afirmar de cada uno de los dos profetas que "habían perdido su vida para recobrarla". Los dos se habían presentado valientemente ante los tiranos del pueblo, uno ante el Faraón y el otro ante Acab. Los dos, después de haber expuesto su vida ante los príncipes de la tierra, habían tenido que tenérselas con el mismo pueblo que habían liberado, que se les mostraba rebelde y desobediente [...] Y lo más destacable es que los dos, Moisés y Elías, eran amigos de la austeridad, aun en el Antiguo Testamento. Y (Jesús) quiso que sus propios apóstoles imitasen a uno por su gran amor al pueblo y al otro por el valor inflexible ante el poder terreno, y llegasen a alcanzar, al mismo tiempo, la mansedumbre de Moisés y el celo "apostólico" de Elías».

En Agustín prima el amor. En su primer sermón sobre la Transfiguración se interesa principalmente por Pedro. Y sobre él descarga su propia identificación como obispo. Desde un punto de vista humano, Agustín comprende que el apóstol quiera permanecer en contemplación allá arriba en la montaña; Pedro había probado la carga de estar entre la multitud y se encontraba bien en la soledad; Cristo era como el pan de su mente y corazón, ¿por qué descender otra vez al valle de lágrimas, cuando sólo suspiraba por encontrarse amorosamente con su Dios?... Pero el amor no le permite quedarse allá arriba, pues debe atender a su prójimo, y debe predicarle aquello que ha contemplado:

«Desciende Pedro. Quisieras descansar en la montaña; pero desciende, predica la palabra, insiste a tiempo y a destiempo, refuta, exhorta, amenaza, con paciencia perseverante y en sana doctrina. Pena, agóbiate, sufre tormentos; lo que viste en los resplandecientes vestidos del Señor tú sólo lo alcanzarás mediante la blanca hermosura de tus obras hechas por amor. Sobre el monte de la Transfiguración no había todavía percibido el primado del amor, sobre la misma contemplación, porque no lo había avistado como un misterio de amor. La Vida había descendido para ser entregada a la muerte; el Pan había bajado para tener hambre; el Camino se trazaba sobre la tierra para fatigarse; la Fuente manaba en una tierra que sólo le proporcionaba sed. Para Pedro, este misterio no tenía más que un significado; desciende, pues, para penar sobre la tierra, servir sobre la tierra, ser menospreciado, crucificado... No busques lo que sea de tu interés. Quédate con la caridad, predica la verdad, entonces alcanzarás la eternidad y encontrarás tu seguridad».

San León Magno al comentar la Transfiguración se pone ante el misterio del Dios hecho hombre: «Cristo es, a la vez,

Hijo único de Dios e Hijo del hombre. Porque lo uno sin lo otro no servía para salvar a los hombres». Pero a León le interesa sobre todo la humanidad de Cristo, y ésta bajo dos aspectos: el de la transfiguración y el del anuncio de la gloria futura para sus fieles discípulos:

> «El Señor descubre su gloria en presencia de testigos escogidos e irradia tal esplendor en su forma corporal, común a tantos hombres, que su rostro se parece al resplandor del sol, a la vez que sus ropajes son más blancos que la nieve. Sin duda, la Transfiguración tenía como objeto preparar el corazón de los discípulos para el próximo escándalo de la cruz... Mas por una misma Providencia, Cristo dio una fundamental esperanza a la santa Iglesia para que el cuerpo total de Cristo alcanzase a conocer con qué transformación sería gratificado y que sus miembros comprendiesen que, en su día, llegarían a alcanzar el mismo honor que su Cabeza».

Anastasio el Sinaíta habla de la transfiguración del cosmos. Va más allá que León:

> «Al realizar tal transformación en su cuerpo mortal, toda la creación se alegró, el monte exultó, las campiñas bailaron de gozo, los poblados cantaron su gloria, las naciones se congregaron, los pueblos se enorgullecieron, los mares entonaron himnos, los ríos aclamaron, Nazaret saltó de júbilo, Babilonia entonó cánticos, Neftalí se puso de fiesta, las colinas saltaron, los desiertos florecieron, los senderos se hicieron transitables y todas las cosas se reencontraron y se dieron al contento [...] ¡Alégrate, Creador de todas las cosas! ¡Cristo Rey, Hijo divino que resplandeces de luz, has transformado a tu imagen toda la creación y la has recreado mejorándola! ¡Alégrate, María, monte que se alza por encima de toda santidad! [...] ¡Alegraos, fieles de Cristo! ¡Alégrate, oh Iglesia gloriosa, madre de todos los pueblos!».

San Juan Damasceno dice que el Señor es Maestro de oración:

> «¿Cómo ora el Maestro? Evidentemente lo hace desde nuestra naturaleza humana, guiándonos, abriéndonos paso por el camino de ascensión a Dios mediante la plegaria, y enseñándonos que en la oración se nos manifiesta la gloria divina...».

La oración conduce a la transfiguración bajo dos condiciones: el amor y la «hesychía», es decir llevando una vida de espaldas al mundo y vuelta hacia Dios:

> «El amor, como cima de virtudes —proclama el Damasceno en una homilía—, está simbolizado en la montaña sobre la cual

Jesús condujo a sus apóstoles; porque quien llega a la cumbre de la caridad, saliendo de alguna forma de sí mismo, puede comprender al Invisible. Sobrevolando la oscuridad de la sombra corporal, que dificulta la luz del día, se adentra en la serenidad del alma y puede observar al sol con más penetración [...] La *hesychía* —sugerida por Lc 9,28— es la madre de la oración, y la oración es la manifestación de la gloria de Dios; porque cuando cerremos las puertas de nuestros sentidos y tratemos de encontrarnos a nosotros mismos y a Dios, libres de las cosas que pasan en el mundo exterior, veremos dentro, en nuestro corazón, y con toda claridad, el Reino de Dios. Porque el Reino de los cielos [...] está en nuestro interior, como lo ha dicho el mismo Señor».

Tomás de Aquino, en una de sus cuestiones en las que trata de la Transfiguración, escribe sobre la conveniencia y otras circunstancias conexas con este misterio, y dice a propósito de la promesa de la futura transformación:

«La claridad de que Cristo se reviste en la Transfiguración es la luz de la gloria en cuanto a su esencia, pero no en cuanto al modo de ser [...] Porque si desde el principio de la encarnación de Cristo, la gloria de su alma no se manifestaba en su cuerpo, es porque no estaba así previsto en el plan divino, a fin de que pudiera realizar el plan de salvación en un cuerpo mortal [...] Pero esto no impedía a Cristo mostrar en su cuerpo su divina gloria. Y esto es lo que hizo en el momento de su transfiguración, pero de forma distinta a la que tendría en su cuerpo glorificado. La distinción está en que, en el monte Tabor, la gloria se manifestó de "forma transitoria" como en un milagro, en cambio tras la resurrección la gloria y resplandor de su cuerpo es permanente y "sin milagros"».

El gran obispo oriental Gregorio Palamas al comentar sobre el resplandor de Jesús en su Transfiguración dice que ésa no es una luz natural sino una luz increada:

«Esta luz es la de la divinidad y es increada. En efecto, el que brilla de tal manera, antes había mostrado que era increada pues procedía del Reino de Dios. Y el reino de Dios no está ni dominado ni creado. El reino de Dios es independiente, invencible y está más allá del tiempo y de la eternidad».

Los apóstoles, dice Gregorio, vieron esa luz increada, no con sus ojos terrenos, sino con ojos transformados por el Espíritu Santo, aunque no vieron la esencia divina:

«El rostro del Señor brillaba más que el sol, y sus vestiduras eran tan blancas como la nieve; se vio a Moisés y a Elías en la mis-

> ma gloria, pero ninguno de los dos resplandecía como el sol; los discípulos vieron esa luz pero no pudieron fijar sus ojos en ella. Así pues, esta luz se mide y se reparte pero sin ser fraccionada; admite lo más y lo menos [...] En cuanto a la esencia de Dios, es absolutamente indivisible e inasible y ninguna esencia admite lo más o lo menos».

En tiempo cercano a nosotros, aunque anterior al Vaticano II, en la visión espiritual del discutido pero siempre admirado jesuita Teilhard de Chardin, se encuentran manifestaciones especiales de su simpatía y devoción por la fiesta de la Transfiguración, aunque sea a nivel muy personal en sus relaciones epistolares. Siendo todavía estudiante, en 1919, ya escribe a un familiar:

> «La Transfiguración ha acabado por ser la fiesta de mi predilección porque en ella se expresa exactamente lo que espero más ardientemente en Cristo: que la bienaventurada "metamorphosis" de todo se realice en todos y ante nuestros ojos».

Y a un amigo le escribía en 1946:

> «La Transfiguración, es el más hermoso misterio, quizá, de la fe cristiana, cuando se trata de comprenderlo hasta el fondo, pues lo Divino transparenta el futuro devenir de todas las cosas».

Y más tarde, en 1954, apunta:

> «Pasado mañana es la Transfiguración; con la Ascensión es, para mi gusto, una de las más importantes fiestas del año. El Universo es transfigurado (cristificado) por efecto de la "pleromización"; yo no vivo sino de esta visión y de este gozo».

Lo que ya había confirmado en otra frase de 1952: «Este hermoso día de la Transfiguración es el símbolo de todo lo que yo creo y de todo lo que yo amo».

Hay además otro aspecto que el jesuita subraya en sus notas espirituales de Ejercicios, acerca del pasaje evangélico; Teilhard medita incansablemente sobre el *«Jesum solum»*. Ese Jesús que se presenta «solo» a sus discípulos después del episodio de la Transfiguración. Ese Jesús es «el suficiente», el «sólo Dios basta» de Santa Teresa. A Jesús se le ha dado todo. El universo alcanza todo su sentido en Cristo Señor. La Transfiguración nos invita a «convertir» nuestra visión de las cosas. Sólo entonces podremos descubrir su verdadero sentido: la historia de un

universo «metamorphoseado» por Cristo. He ahí el más hermoso de los misterios.

LUIS M. PÉREZ SUÁREZ, OSB

Bibliografía

BAUDOT, J. - CHAUSSIN, L., OSB, *Vie des saints et des bienheureux*... VIII: *Août* (París 1949) 103-105.
CANTALAMESSA, R., *El misterio de la Transfiguración* (Burgos 1999).
SIEBEN, H. J., Art. en A. VACANT - E. MANGENOT - E. AMANN, y otros (dirs.), *Dictionnaire de théologie catholique*. XV/1: *Tabaraud-Trincarella* (París ²1951) cols.1148-1160.
JUAN PABLO II, *Exhortación apostólica «Vita consecrata»* (Madrid 1996) c.I.
LECLERCQ, H., Art. en H. MARROU (dir.), *Dictionnaire d'archéologie chrétienne et de liturgie*. XV/2: *Smyrne-Zraïa* (París 1956) cols.2693-2695.

SANTOS JUSTO Y PASTOR

Mártires († 304)

Los santos niños Justo y Pastor murieron en la llamada «Gran persecución», la del emperador Diocleciano, en la que fueron inmoladas víctimas en mayor número que en todas las anteriores y en la que, además, se empleó la tortura con más refinamiento y crueldad que nunca.

Hasta tal punto fue sangrienta esta persecución, la última de todas, que la más antigua manera cristiana de computar el tiempo partía del año primero del reinado de Diocleciano, y este cómputo se llamaba «Era de los mártires».

Fue Diocleciano un gran estadista. La historia más moderna nos lo presenta, además, como un espíritu prócer, lleno de veneración por la majestad de Roma. No era ambicioso ni cruel. Y, como por entonces ya los bárbaros amenazaban las fronteras del Imperio, comprendió que él solo no podía acudir a todos los puntos donde sus enemigos, exteriores e interiores, le presentaran batalla. Resolvió, pues, compartir el gobierno de su inmenso Imperio con hombres de su confianza. Quedaba así fundada la «tetrarquía».

Lo más seguro es que, de haber seguido Diocleciano solo al frente del Imperio, nunca hubiera perseguido al cristianismo. Él era tolerante y demasiado inteligente para comprender que los perseguidores que le habían precedido habían fracasado en su

empeño y que el mayor bien para su Imperio, desde todos los puntos de vista, incluido el político, era la paz y la unión de los espíritus. Pero tuvo a su lado un mal consejero que le indujo a la persecución: su yerno Galerio, que odiaba cordialmente al cristianismo. Al dejarse influir por éste, Diocleciano echó sobre sí la más negra mancha, de la que jamás la historia podrá exculparle.

Hacía cuarenta años que la Iglesia no era perseguida. El número de cristianos había crecido en medio de la paz, y con el favor de los emperadores se habían construido templos en las principales ciudades. Mas con la bonanza languidecía también el espíritu de los fieles; en la religión del amor empezaron las discordias, las envidias, la murmuración, y la mentira penetró en los seguidores de la Verdad. Entonces sobrevino el castigo. Galerio empezó a perseguir a los cristianos que militaban en su ejército. Maximiano Hércules imitó la conducta de aquél. Corría el año 301 de la era cristiana.

Dos años más tarde, Galerio arrancó al fin a Diocleciano el edicto primero de persecución general. Todavía no era sangriento. Se mandaba destruir las iglesias cristianas y arrojar al fuego los libros sagrados. Los nobles que no apostataran de su fe serían notados de infamia; los plebeyos, privados de su libertad. Dos edictos posteriores iban dirigidos contra los jerarcas de la Iglesia, en términos conminatorios, ya sangrientos.

La persecución fue encarnizada desde el año 304, en que Diocleciano promulgó su último edicto. Los que se negaran a sacrificar serían gravísimamente torturados. Así lo afirma Eusebio de Cesarea, contemporáneo de los hechos e historiador de los mismos. Y añade: «Apenas ya puede contarse el número de los que en las distintas provincias del Imperio padecieron el martirio».

Las descripciones que de las torturas nos hace Eusebio horripilan, ciertamente; pero, por desgracia, son conformes con la realidad de los hechos.

En España representaba a Maximiano Hércules como procónsul o gobernador Daciano, que ha pasado a la historia como un tirano de los más siniestros y crueles; tal como lo describió nuestro gran poeta cristiano Aurelio Prudencio, en su poema

Peristephanon, en que le hace responsable de todos aquellos horrores.

Dentro de este marco histórico, pues, sucedió el martirio de los dos pequeños héroes madrileños, santos Justo y Pastor.

No es posible dudar de su historicidad. Prudencio les dedica una estrofa de su poema, que nosotros así traducimos:

> «Siempre será una gloria para Alcalá el llevar en su regazo la sangre de Justo con la de Pastor, dos sepulcros iguales donde se contiene el don de ambos: sus preciosos miembros».

Los nombres de los mártires que figuran en el poema de Prudencio pertenecen todos a la historia. En los calendarios primitivos de la España cristiana, que son los mozárabes, aparecen también Justo y Pastor. Y el testimonio de los calendarios es irrecusable, pues en ellos se registraban las fiestas y conmemoraciones litúrgicas que tradicionalmente venían celebrándose. Lo que no hubiera sido posible de no existir el hecho de un sepulcro de mártir, que no puede falsificarse.

¿Desde cuándo se celebraría esta fiesta? Ya vemos que Prudencio habla de los sepulcros de Justo y Pastor. Por tanto, ya existían cuando él escribió. Prudencio murió hacia el año 405 de nuestra era. Aparte de esto, existe el testimonio de San Paulino, que afirma haber enterrado el año 392 a un hijito suyo, muerto de ocho días, junto a los mártires de Alcalá.

De modo que, desde fines del siglo IV, unos ochenta años después del martirio, empezaría oficialmente en la Iglesia española el culto en honor de estos heroicos niños.

Ello no puede extrañarnos. Hubo millares y millares de mártires en los tres primeros siglos del cristianismo. Pero no todos, ni mucho menos, quedaron registrados en los calendarios de la Iglesia. Sólo conocemos los nombres de una exigua minoría. Y la razón es muy sencilla. Hubo mártires insignes por las circunstancias de su martirio, o por la edad en que dieron su vida, demasiado avanzada o demasiado tierna, o por el ascendiente que gozaban entre los cristianos antes de su muerte. Estos mártires dejaron una huella más honda en aquella generación, y sus nombres se perpetuaron en la liturgia de la Iglesia.

Algo de esto debió ocurrir en el caso de estos santos niños. Dieron su vida espontáneamente y la dieron en edad muy tier-

na. Eran unos párvulos, y por ello causaron honda impresión en los hombres de su tiempo. El fenómeno, pues, tiene fácil explicación.

Sin embargo, las actas de su martirio no son auténticas, es decir, fueron escritas en época muy posterior y por un escritor muy lejano de los hechos. Éste, pues, recogería las pocas noticias transmitidas por la tradición oral y las elaboraría a su talante, aunque con indiscutible acierto desde el punto de vista estético y religioso. Fácilmente obtendría la finalidad que él se proponía de edificar y deleitar a sus lectores que, en época visigoda en que fueron escritas las actas, serían muchos y muy ávidos de una tal literatura. Nosotros hoy sólo podemos admitir como histórico de estas actas un pequeño núcleo, lo substancial de ellas: Justo y Pastor, tiernos escolares, enardecidos por el ejemplo de tantos hermanos que confesaron su fe con la muerte, un día, al salir de la escuela, arrojaron sus cartillas y se presentaron ante Daciano a confesarse discípulos de Jesucristo, y el procónsul los mandó degollar.

Todo lo demás es literatura edificante del hagiógrafo, y no puede concederse mayor autoridad a estas actas. Es verdad que tampoco es necesario. De suyo, los breves datos que admitimos como históricos son tan sublimes que bastan para nuestra edificación.

Un himno de la liturgia dice: «Justo apenas contaba siete años; Pastor había cumplido los nueve». Es muy probable que así fuera.

Por lo demás, el diálogo que de los dos hermanos nos transmiten las actas, reproducido luego por San Ildefonso de Toledo (muerto en el año 667) en su apéndice a la obra *Varones ilustres,* de San Isidoro, es tan bello que no nos resistimos a transcribirlo.

> «Mientras eran conducidos al lugar del suplicio mutuamente se estimulaban los dos corderitos. Porque Justo, el más pequeño, temeroso de que su hermano desfalleciera, le hablaba así: "No tengas miedo, hermanito, de la muerte del cuerpo y de los tormentos; recibe tranquilo el golpe de la espada. Que aquel Dios que se ha dignado llamarnos a una gracia tan grande nos dará fuerzas proporcionadas a los dolores que nos esperan". Y Pastor le contestaba: "Dices bien, hermano mío. Con gusto te haré compañía en el martirio para alcanzar contigo la gloria de este combate"».

La tradición de Alcalá ha transmitido la noticia de que los mártires fueron ejecutados fuera de la ciudad, cosa muy verosímil, pues lo natural es que el tirano tuviera miedo de las iras del pueblo y procurara que su crimen pasara inadvertido.

En la santa iglesia magistral de Alcalá de Henares se conserva y se expone a la veneración una piedra que en uno de sus lados tiene una cavidad que la piedad popular quiere que sea la señal de la rodilla de los santos niños. Al arrodillarse sobre la piedra para ser decapitados se habría impreso sobre ella la forma de la choquezuela o rodilla de los pequeños mártires. El hecho es que esta piedra existe desde tiempo inmemorial. La veneración que los fieles la tributan redunda, en todo caso, a gloria de los dos bienaventurados.

El hallazgo de los cuerpos lo atribuye San Ildefonso al obispo Asturio de Toledo, quien, iluminado por Dios, habría dado con el lugar de su sepultura.

Es interesante también la noticia que da San Ildefonso de que Asturio edificó la primera basílica en honor de los mártires, y que de tal modo se le entrañó a este obispo toledano el culto de los santos niños, que desde entonces no volvió más a su diócesis de Toledo, sino que permaneció en Alcalá, junto al sepulcro, y allí quiso morir y ser enterrado. Con ello consiguió que el antiguo *Complutum* —actual Alcalá de Henares— se erigiera en diócesis, de la que Asturio habría sido primer obispo.

A este obispo, venerado por santo, se le atribuye la misa y el oficio de los dos niños mártires. A dicho oficio y misa pertenece esta bellísima oración:

> «Verdaderamente santo, verdaderamente bendito Nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que robusteció la infancia de sus pequeños Justo y Pastor para que, a pesar de su tierna edad, pudiesen soportar los tormentos del perseguidor, y que en ellos se dignó hablar por el don de la gracia, cuando ambos se estimulaban mutuamente para el martirio, quienes habían de alcanzarlo, no por la fortaleza de su cuerpo, sino de su espíritu [...] Te pedimos que merezcamos vivir con la inocencia de aquellos cuya fiesta solemne celebramos hoy. Por Cristo, Señor y Redentor eterno».

JUAN MANUEL ÁBALOS

Bibliografía

EUSEBIO DE CESAREA, *Historia eclesiástica* 8,1,1-9, en K. KIRCH - L. UEDING, *Enchiridion fontium historiae ecclesiasticae antiquae* (Barcelona 1960) n.444-450; cf. *Historia eclesiástica.* Ed. bilingüe preparada por A. VELASCO-DELGADO (Madrid ²2002) 508-511.

AURELIO PRUDENCIO, *Peristephanon* 968,41-44: PL 60,364.

FLÓREZ, E., *España sagrada,* IV, ap.1.°, cit. por V. LAFUENTE en *Historia eclesiástica de España,* I (Madrid 1873) 137.

Missale Mixtum secundum Regulam B. Isidori, dictum Mozarabicum: PL 85,809.

BEATA MARÍA FRANCISCA DE JESÚS (ANA MARÍA) RUBATTO

Virgen y fundadora († 1904)

Una más de las fundadoras italianas que florecieron en el siglo XIX y obtuvieron ya en vida poderosa irradiación. La Beata María Francisca Rubatto finalizó su vida en Uruguay, donde implantó su obra dedicada de lleno a los pobres y a los enfermos. Ella misma terminó sumándose a la humanidad doliente, soportando un cáncer terrible que marcó en Montevideo la etapa final de su vida. En esta ciudad murió en 1904 y en ella permanece su cuerpo, por eso Juan Pablo II, al beatificarla el 10 de octubre de 1993, no vaciló en asignarla al Uruguay como la primera figura de esta nación que sube a los altares.

Nació el 14 de febrero de 1844 en la localidad de Carmagnola, no lejos de Turín, y fue bautizada el mismo día con los nombres de Ana María. Sus primeros pasos son coincidentes con los de tantas otras niñas predestinadas, bajo la acción y el ejemplo inmediato de una madre llena de fe y entereza. Falleció pronto el padre y fue esta valerosa mujer la que sacó la familia adelante. Ana María asimiló de ella un gran sentido de la compasión, siempre con los ojos muy abiertos para percibir en su entorno carencias y sufrimientos. Acababa de cumplir los 19 años cuando falleció también su madre, y halló cobijo en Turín como sirvienta de la acaudalada y noble señora María Scoffone. En realidad fue su dama de compañía y ayudante eficaz en la administración de su ingente patrimonio durante nada menos que dieciocho años (1864-1882) consumidos día a día en clima de intensa piedad y ejercicio de las obras de misericordia. En el Turín de finales del XIX se produce el prodigio de puntos de re-

ferencia verdaderamente extraordinarios. Son los años en que desde allí se extiende portentosamente la gran obra de San Juan Bosco; allí florecen San Leonardo Murialdo y San José de Cottolengo con su «Casa de la Divina Providencia». A esta obra vive especialmente atenta la señora Scoffone; a ella deja en testamento toda su fortuna.

Para Ana Rubatto esta casa representó el inicio de su camino hacia la santidad: Dios iba infundiendo en ella el sentido de la entrega a los más pobres. En su proceso de beatificación se aportan otros datos de esta etapa de su vida: asiste a numerosas parroquias para enseñar el catecismo a los niños y pide limosna de puerta en puerta para socorrer a los más abandonados de los suburbios de Turín. Durante su etapa contó con óptimos directores espirituales como el P. Félix Carpignano y el canónigo Bartolomé Giuganino. Ambos coincidieron en confirmar su llamamiento al servicio de los más pobres. La ocasión se presentó inesperadamente y donde menos podía preverse.

Muerta la señora Scoffone, se fue a vivir a Loano —localidad de la costa ligur—, en el verano de 1883, con su hermana Magdalena. Allí acudía asiduamente a la iglesia de los padres capuchinos, en cuyas proximidades se estaba levantando un edificio destinado a albergar una naciente comunidad femenina promovida por la señorita María Elice bajo la dirección del capuchino P. Angélico. Sucedió casualmente, en una mañana de agosto, que, al salir de misa, vio a un albañil adolescente chorreando sangre, herido por una piedra desprendida de los andamios de la casa en construcción. María lo socorrió al instante: le lavó y curó la herida, le proporcionó la cantidad equivalente a dos días de salario y lo mandó a reponerse a su casa. Conmovió mucho el dato a los padres capuchinos, y les fue fácil convencer a María para que se integrase en aquel pequeño núcleo de jóvenes que estaban iniciando una vida comunitaria inspirada en el ideal de San Francisco.

El 23 de enero de 1885 tomaba el hábito con el grupo de compañeras, dando así comienzo la Congregación de Terciarias Capuchinas de Loano, consagradas al cuidado de los enfermos, principalmente a domicilio, y a la educación cristiana de la juventud. Desde ahora se llamará María Francisca de Jesús. Había

cumplido ya los cuarenta años. Su madurez humana y espiritual, junto con su talento natural y larga experiencia, determinó que fuera elegida primera directora del naciente instituto, cargo en el que se la retuvo hasta su muerte.

Su dirección siguió desde el comienzo muy claras pautas de pobreza y fortaleza. Todos tenían la impresión de que con María Francisca revivía la pobreza heroica de Santa Clara y sus primeras discípulas, siguiendo las huellas del *Poverello.* La orientación y apoyo de los frailes capuchinos fructificaban visiblemente en «sus terciarias».

Loano pertenece a la pequeña diócesis de Albenga, en la provincia eclesiástica de Génova. Contaba entonces con un obispo muy virtuoso, mons. Allegro, que muy pronto se interesó por la naciente congregación. El obispo tuvo, además, la intuición profética de los servicios que había de proporcionar a la Iglesia.

A los tres años de la fundación, la congregación comenzó a dilatarse con el establecimiento de varias casas en la misma Liguria. La presencia misionera de numerosos capuchinos italianos en América propició la orientación de las Terciarias Capuchinas hacia el Nuevo Mundo. No tardó la madre María Francisca en cruzar el Atlántico para estar cerca de sus hijas, y fundar también en Argentina y en Brasil. En 1889 fundó en Alto Alegre. Fue ésta una fundación heroica: 18 religiosas fueron asesinadas con los misioneros capuchinos y muchos fieles. Significativamente, el año 1892, cuarto centenario del descubrimiento de América, se abría la casa de Montevideo. En total se abrieron 20 casas durante sus veinte años de gobierno, marcado por una constante itinerancia. Italia y América Latina fueron los escenarios de sus fatigas y de su celo por la extensión del Reino de Dios. Al fin, agravada por el cáncer, vino a parar a la casa de Montevideo. Allí murió el 6 de agosto de 1904, rodeada de sus pobres y sus enfermos.

También las canonizaciones pueden verse favorecidas o perjudicadas por circunstancias personales que hacen al caso. El proceso de beatificación de la Beata María Francisca fue iniciado en Montevideo, siendo arzobispo de esta sede el cardenal Barbieri, de la Orden de los Franciscanos Capuchinos.

JOSÉ MARÍA DÍAZ FERNÁNDEZ

Bibliografía

IRIARTE, L., *Un'anima francescana: M. Francesca Rubatto* (Génova 1990).
TOSO, R., *Una donna forte: M. Francesca Rubatto* (Fassicomo, Génova ²1992).
VIGNA, A., *Anna Maria ha detto si. Biografia di madre Francesca Rubatto, fondatrice delle suore Cappucine* (Fassicomo, Génova 1990).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN HORMISDAS

Papa († 523)

Según el *Liber pontificalis* era natural de Frosinone de Campania y su padre se llamaba Justo. Pertenecía al clero romano y fue elegido papa el 20 de julio del 514 para suceder al papa Símaco, fallecido el día anterior. Su nombramiento fue unánime, sin que las discordias causadas en el pontificado anterior por el cisma de Lorenzo lo alteraran. Poco después de su elección, tuvo lugar la rebelión acaudillada por el general Vitaliano contra el emperador Anastasio, el cual llegó a un compromiso con el rebelde, que exigió el respeto a la fe católica y la celebración de un concilio en Heraclea con participación del papa romano. Anastasio invitó a Hormisdas y éste envió sus legados. Éstos, llegados a Constantinopla, se dieron cuenta de que el emperador no procedía lealmente sino que sólo quería ganar tiempo. Y por ello se volvieron a Roma. Nuevamente en 516 envió legados al emperador, que intentó corromperlos con oro, y al no conseguirlo los expulsó de la capital y, además, se dio por ofendido.

Muerto el emperador (1 de julio de 518), le sucedió Justino I, el cual mandó llamar del destierro a los obispos católicos y les devolvió sus sedes, confirmó con un edicto el concilio calcedonense y mandó reponer en los dípticos los nombres de San León Magno y de otros obispos católicos, y escribió al papa rogándole se personase en Constantinopla. Hormisdas envió sus legados, los cuales lograron que se borrase de los dípticos los nombres de Acacio y otros herejes. Llevaban consigo una fórmula, llamada de Hormisdas, que al ser aceptada el jueves 19 de marzo de 519 por el patriarca Juan de Constantinopla, significó la plena comunión de ambas Iglesias, y de esta forma se acabó del todo el cisma de Acacio que había durado 35 años. El em-

perador, el senado y todos los presentes aplaudieron lo hecho por el patriarca Juan. La norma de fe enunciada llegaría a ser firmada por 2.500 obispos.

Hormisdas nombró vicario suyo en las Galias a San Avito, obispo de Vienne, y vicario suyo en España a Juan, obispo de Tarragona, y también al obispo Salustio de Sevilla. Concedió la exención de la autoridad del obispo a un cenobio femenino de Arlés. En su carta a Juan de Tarragona da instrucciones destinadas a todos los obispos de España sobre la elección y consagración de los obispos, la celebración de los sínodos y el peligro de la simonía.

El papa hubo de hacer frente a la llegada de los monjes escitas que proclamaban que uno de la Trinidad ha sido crucificado. Luego de muchas vueltas al asunto el papa propuso se dijera que uno de la Trinidad padeció en la carne. Y logró que por fin los monjes se fueran. Hormisdas persiguió también a los maniqueos que aún quedaban en Roma. Murió el 6 de agosto de 523 y fue enterrado en San Pedro.

BEATO OCTAVIANO DE SAVONA

Obispo († 1132)

Era hijo del conde Guillermo Testardita, de la casa de Borgoña, y hermano del papa Calixto II. Nació en Quingey, junto a Besançon, el año 1060. Aún adolescente marchó a Bolonia para estudiar y cuando supo que su padre estaba muy grave se puso en camino para volver a casa, pero en el trayecto se enteró de que su padre había muerto, y entonces le pidió al obispo de Pavía que lo alojara y éste lo envió al monasterio benedictino de Ciel d'Oro. Aquí quedó prendado de la religiosidad y ejemplaridad de los monjes y pidió la admisión. Tras profesar siguió su preparación al sacerdocio. Estaba ya ordenado cuando el obispo de Pavía, Guido Pipario, lo envió como legado suyo al concilio de Gustalla, que presidía el papa Pascual II, el año 1106, con la cuestión gravísima de las investiduras de por medio. No se sabe qué año fue elegido obispo de Savona, seguramente en 1123. Resultó ser un obispo reformista, alineado en la corriente que quería a todo trance una profunda reforma de la Iglesia, lla-

mando al clero y a los fieles a una más neta adhesión a los principios del evangelio y defendiendo la libertad de la Iglesia. Se encontró Savona dividida en varios bandos y trabajó cuanto pudo por el logro de la paz civil. También influyó para que la ordenación legal de la ciudad se ajustase a la justicia y a la razón, mirando por el bien de todos. Murió el 6 de agosto de 1132, sobreviviendo varios años a su hermano el papa, que había dado un fuerte impulso a la reforma con el concilio lateranense de 1123. Pío VI concedió a Savona (6 de agosto de 1783) oficio y misa del beato.

BEATO CARLOS LÓPEZ VIDAL

Mártir († 1936)

Este glorioso mártir de Jesucristo había nacido en Gandía, Valencia, el 1 de noviembre de 1894 en el seno de una familia cristiana y numerosa. Ya en su adolescencia se inscribió como congregante mariano en la iglesia de los PP. Jesuitas y tomó parte en sus actividades. Llegado a la juventud se coloca como sacristán en la colegiata y entra también al servicio de un canónigo de la misma. Persona muy piadosa, recibía diariamente la sagrada comunión y tenía una gran devoción a la Virgen María. En octubre de 1923 contrajo matrimonio con María Rosa Tarazona Ribarrocha, de cuyo matrimonio no hubo hijos. Cuando el panorama político de España se llenó de nubarrones, al término de unos ejercicios espirituales, se ofreció al Corazón de Jesús como víctima por la salvación de España. Era persona muy caritativa y de sus haberes daba cuantas limosnas podía. Cuando las religiosas hubieron de dejar sus conventos, alojó en su casa a algunas de ellas. Su dolor fue enorme cuando vio que la colegiata era pasto de las llamas por obra de los revolucionarios. Se acogió en la casa de su madre, donde ésta lo vio dedicado a la oración y con gran entereza. Tras varios registros inútiles, por fin, al hacerse un cuarto registro en casa de su madre, se presentó él mismo ante los milicianos y lo arrestaron el 6 de agosto de 1936. Llevado en un coche hasta un lugar llamado La Pedrera, lo maltrataron y luego le dispararon hasta matarlo. Él dijo: «Viva Cristo Rey». Su cadáver estuvo tres días insepulto. Avisa-

do el comité, se le echaron diecinueve litros de gasolina y se le prendió fuego pero no se quemó del todo. Sus restos reposan en el «panteón de los mártires», de Gandía.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO TADEO DULNY
Mártir († 1942)

Nace en Kszczonowice, Polonia, el 8 de agosto de 1914 en el seno de una cristiana y numerosa familia. A los 21 años ingresa en el seminario diocesano de Wloclawek. Y era seminarista cuando llegaron las tropas alemanas a Polonia en 1939. Fue arrestado el 7 de octubre de ese año con los profesores y otros alumnos del seminario, y les internaron, de momento, en el colegio salesiano de Lad, convertido en cárcel. Aquí reanudó los estudios de forma clandestina y los superiores le aprueban el curso quinto. Pero en julio de 1940 es llevado al campo de concentración de Dachau. Soportó su detención con paciencia, confiando en el Señor. Las duras condiciones del campo minaron su salud y a causa de su debilidad murió el 6 de agosto de 1942. Fue beatificado el 13 de junio de 1999 por el papa Juan Pablo II.

7 de agosto

A) MARTIROLOGIO

1. En Roma, San Sixto II, papa, y cuatro diáconos suyos († 258), que fueron sepultados en el cementerio de Calixto. Y ese mismo día fueron martirizados los diáconos Agapito y Felicísimo, que fueron sepultados en el cementerio de Pretextato **.
2. En Nápoles (Campania), San Cayetano de Thiene († 1547), fundador de los Clérigos Regulares Teatinos **.
3. En Augsburgo (Retia), Santa Afra († 304), mártir *.
4. En Arezzo (Toscana), San Donato († s. IV), obispo.

5. En Chalons-sur-Marne (Galia), San Donaciano († s. IV), obispo.
6. En Ruán (Galia), San Victricio († 410), obispo *.
7. En Besançon (Borgoña), San Donato († 660), obispo.
8. En Venecia, Beato Jordán Forzaté († 1248), abad *.
9. En Mesina (Sicilia), San Alberto degli Abbati († 1307), presbítero, de la Orden del Carmen **.
10. En Sassoferrato del Piceno (Italia), Beato Alberto († 1350), monje camaldulense.
11. En Áquila, Beato Vicente († 1504), religioso de la Orden de Hermanos Menores *.
12. En Gondar (Etiopía), beatos Agatángelo de Vendôme (Francisco) Nourry y Casiano de Nantes (Gonzalo) Vaz López-Netto († 1638), presbíteros, de la Orden de Hermanos Menores Capuchinos, mártires *.
13. En Lancaster (Inglaterra), beatos Martín de San Félix (Juan) Woodcock, religioso franciscano, Eduardo Bamber y Tomás Whitaker († 1646), presbíteros y mártires bajo el reinado de Carlos I *.
14. En York (Inglaterra), Beato Nicolás Postgate († 1679), presbítero y mártir bajo Carlos II *.
15. En Gorka Duchowna (Polonia), Beato Edmundo Bojanowski († 1871), fundador de la Congregación de Esclavas de la Inmaculada Concepción de la Madre de Dios **.
16. En Colima (México), San Miguel de la Mora († 1927), presbítero y mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN SIXTO II Y COMPAÑEROS MÁRTIRES

Mártires († 258)

No es extraño que este pobre Papa durara tan sólo un año en el pontificado (257). Nos solemos quejar de que nuestros tiempos no son buenos. Pero, fijándonos en este pobre hombre, vemos que vivimos en «la isla de Jauja».

El Papa anterior, San Esteban I (254-257), había durado al menos tres años, aunque el emperador Valeriano se había encargado de que le durara poco tiempo «la cabeza sobre los hombros». Sixto II, además, había heredado un conflicto importante entre las iglesias de Cartago y Roma. Había nacido en Atenas, ciudad de renombre y de grandes sabios; era inteligente y santo. San Cipriano decía de él que era un «hombre amador de la paz y excelente en toda clase de virtudes».

Al acceder al pontificado se encontró con un lío doctrinal muy serio. Era la cuestión de los rebautizantes, algo muy sencillo de explicar pero muy difícil de vivir:

Durante la persecución de Decio (249-257) habían caído miles de cristianos víctimas de la intransigencia del emperador, quien estaba obsesionado con volver a la religión del Estado, antigua gloria del Imperio, en contra del sincretismo oriental que había triunfado durante el dominio de los Severos. Había que volver a los tiempos antiguos en que el emperador era el dios único para todo el mundo. Para ello la secta de los cristianos constituía un serio problema, era el enemigo número uno del Imperio. Por tanto, había que exterminar el cristianismo en todo el dominio romano. Y así, se llegó a una persecución terrible, igual que en los tiempos de Nerón.

Decio publicó un «edicto general contra los cristianos» que daba base jurídica para exterminar a todos. No se ha conservado el texto de tal edicto, pero lo conocemos de sobra por las consecuencias que tuvo. Los gobernadores provinciales podían exigir el reconocimiento de la religión del Estado, bien ofreciendo alguna oblación a los dioses del Imperio, bien participando en algunos banquetes sagrados, aunque sólo fuera quemando unos granos de incienso. Lo único que interesaba es que hubiera un reconocimiento externo de que acataban la religión oficial. Los que cumplían con este requisito recibían un billete de confirmación, como si hubieran cumplido con Pascua, y su nombre era incluido en las listas oficiales de ciudadanos romanos.

Estas normas comenzaron a cumplirse en todo el Imperio y de ello nos hablan los historiadores. Indudablemente, la persecución iba dirigida contra los obispos y sacerdotes, que eran quienes mantenían el fervor religioso de los cristianos. Y así, algunos se ocultaron, no tanto por cobardía sino para, desde allí, animar a todos los cristianos a mantenerse firmes en la fe. Uno de ellos fue Cipriano, obispo de Cartago.

La persecución se llevó por delante a miles de creyentes en Jesús. Los ciudadanos rebeldes que no manifestaban externamente su fe en la religión del Estado iban al tormento y al martirio. Pero también sucedió que muchos no tuvieron valor para

ir derechos a la muerte y, por un poco de incienso, cedían, para no ser descubiertos, y ofrecían el sacrificio. De esta manera, la comunidad cristiana se dividió en cinco grupos distintos:

1. Los *mártires.* Que dieron su vida por confesarse cristianos. Fueron muchísimos. Una de las mártires más ilustres y conocidas fue Santa Águeda.

2. Los *confesores.* Fueron aquellos cristianos que sufrieron cárcel, torturas, vejaciones, pero salieron de sus tormentos con su cuerpo lleno de heridas, pero con vida. Mostraban sus cicatrices como Cervantes su mano herida. Eran la gloria de la Iglesia; podían hablar de su fe probada, masacrada, ensangrentada. Uno famoso fue Orígenes.

3. El tercer grupo lo formaban los *sacrificados.* Eran quienes habían ofrecido sacrificios a los dioses imperiales. Suponían una vergüenza para la Iglesia y para ellos mismos.

4. Estaban también los *incensados.* Éstos no habían ofrecido sacrificios, pero sí habían cedido en sus principios ofreciendo un poco de incienso a los dioses.

5. Y, por último, estaban los *libeláticos.* Éstos no habían sacrificado nada a los dioses; ni siquiera les habían ofrecido incienso, por lo cual estaban libres de toda culpa. Pero habían comprado un billete, un *libellus,* para pasar como paganos sin dejar de ser cristianos.

Esta situación provocó unos enormes conflictos en la jerarquía de la Iglesia al terminar la persecución, pues se planteó qué hacer con los que se encontraban en los tres últimos grupos.

En África se fue introduciendo la costumbre de que los confesores, con el prestigio que tenían, dieran a los miembros de los tres últimos grupos unos billetes de paz *(libelli pacis)* y con ellos eran dispensados de la penitencia pública que, de otra forma, tenían que hacer para incorporarse de nuevo a la comunidad cristiana. A la cabeza de esta opinión estaban Novaciano y Felicísimo frente a San Cipriano de Cartago. Como esta tendencia laxa de conducta iba creciendo, el obispo de Cartago, Cipriano, reunió un sínodo el año 251. Asistieron 60 obispos y numerosos sacerdotes y diáconos. Se tomaron las medidas siguientes:

a) Los sacrificados e incensados tendrían penitencia perpetua; solamente se les levantaría la pena a la hora de la muerte.

b) A los libeláticos se les imponía una penitencia temporal y se les limitaba la concesión de los billetes de paz. A pesar de todo, sucedió que, ante la amenaza de una nueva persecución, se les concedió a todos el perdón general.

Pero las opiniones siempre han sido muy dispares y hubo a quienes tampoco les gustó esta solución. De esta forma, Novaciano y Felicísimo, libeláticos ellos, que se negaban a imponer penitencia a los pecadores, se enfrentaron a Cipriano y originaron un cisma local en Cartago que, por desgracia, duró bastante tiempo.

Mientras ocurría esto en Cartago, ¿qué pasaba en Roma? El papa Cornelio era de la opinión de Cipriano: la Iglesia debía mantenerse siempre pura y, por tanto, no podía dejar entrar de ninguna manera a los sacrificados, incensados y libeláticos. Sus pecados eran gravísimos y no se podían perdonar de ninguna manera. Se les debía expulsar de la Iglesia para siempre. El presbítero Novaciano se opuso al Papa y promovió otro cisma.

Pero no era solamente el problema de la penitencia de los caídos; era también saber si a éstos había que volver a bautizarlos. En este punto, las opiniones eran más distantes todavía.

Sabemos que en el tiempo en que estuvo escondido Cipriano, obispo de Cartago, había escrito unas declaraciones emocionantes. En ellas se describía la necesidad de unión en la iglesia de Cristo y la importancia del obispo de Roma en esta cuestión. Llegaba a decir:

> «El Primado fue concedido a Pedro. Quien abandona la cátedra de Pedro, sobre la cual está fundada la Iglesia, ¿cómo confía estar en la Iglesia? No puede tener a Dios por Padre quien no tiene a la Iglesia como madre».

A pesar de estos rotundos juicios, en la práctica le surgió una discrepancia muy fuerte con el papa Esteban I, anterior a Sixto II. Cipriano aceptaba la entrada de los caídos durante la persecución si hacían penitencia. Pero, para entrar de nuevo, se tenían que volver a bautizar. Cipriano había reunido un sínodo en Cartago el año 254 y se había tomado la determinación de volver a bautizar a los herejes. Y fue tan sincero el obispo Cipriano que, aun sospechando que el papa no lo aprobaría, mandó las conclusiones del sínodo a Esteban I. Éste le mandó una

carta diciéndole rotundamente que estaba prohibida la repetición del bautismo. A Cipriano le costó aceptar la decisión del Papa; de hecho, se siguieron repitiendo los bautismos a herejes. Así, se interrumpió la relación de Cartago con Roma.

¿Cómo se solucionó el conflicto? Con la persecución de Valeriano y la muerte del papa Esteban. Llegó Sixto II al pontificado (257) y con amabilidad y paciencia fue arreglando el conflicto de las dos iglesias. La costumbre de rebautizar no desapareció hasta los tiempos de San Agustín (400), pero Sixto II logró poner el principio de paz en la Iglesia de Dios.

Hemos dicho que la persecución de Valeriano dio al traste con la vida del papa Esteban. Era de suponer que también ocurriese lo mismo con el papa siguiente, Sixto II.

Valeriano fue un emperador que al comienzo de su mandato quiso ser condescendiente con todas las religiones que vivían en el Imperio, pero las cosas se le complicaron cuando los pueblos que estaban bajo el dominio del emperador se empezaron a sublevar. Al mismo tiempo, uno de sus más duros asesores, Macriano, convenció a Valeriano de que el mayor peligro para la integridad del imperio eran los cristianos porque su forma de entender la vida era la que iba a derrumbar el imperio romano. De alguna forma, no le faltaba razón, porque los cristianos predicaban que todos los hombres son iguales en dignidad, puesto que son hijos de Dios; que no había distinción entre judíos y romanos, hombres y mujeres, esclavos y señores.

El caso es que, ante un peligro tan serio, Valeriano, en agosto de 257, inició una persecución contra obispos, sacerdotes y diáconos mandando sacrificarles a los dioses. Como el mandato estaba puesto especialmente para los jefes de las comunidades, el papa Sixto fue muerto mientras estaba en las catacumbas celebrando los oficios con los cristianos. Cayeron él y cuatro diáconos: Jenaro, Magno, Vicente y Esteban. Los sacaron a los cinco y los llevaron al martirio. Y aquí hay diversidad de opiniones. Unos dicen que al papa Sixto II le crucificaron; otros, que fue decapitado; otros, que murió en el suplicio de la rueda. De todas las formas, murió mártir entre torturas y atrocidades.

Se dice que, camino del martirio, se cruzó con su arcediano Lorenzo, quien se lanzó a sus brazos gritando: «¿Y qué haremos

nosotros sin ti, padre santo?». Sixto le animó porque también él iba a sufrir por Cristo. Efectivamente sufrió.

Lorenzo tenía en su poder los dineros de la Iglesia para socorrer a los pobres. Parece que la segunda razón para perseguir a los cristianos fue el rumor de que los cristianos tenían mucho dinero. Cuando detuvieron a Lorenzo, lo primero que le preguntaron fue dónde estaban los dineros de la Iglesia. Lorenzo les pidió que le concedieran tres días para reunir los tesoros y aprovechó ese tiempo para distribuir el dinero entre los pobres. Llegado el día convenido para volver al tribunal, fue con sus pobres y mostrándolos a todos, les dijo a los jueces: «Éstos son mis tesoros». Claro. Lo quemaron vivo. Y se inmortalizó la parrilla de San Lorenzo. Y aquello de que: «Ya estoy tostado por un lado. Podéis ponerme por el otro».

En aquella persecución cayó también el niño Tarsicio. Había sido encargado de llevar la Eucaristía a un enfermo que no había podido acudir a los oficios de las catacumbas. En el camino lo «pescaron» unos chiquillos que notaron que llevaba algo escondido. Él no se quería detener pero lo cogieron y allí mismo lo forzaron a entregar su misterioso tesoro. Lo maltrataron hasta dejarle medio muerto. Por fin, un tribuno cristiano lo encontró, lo cogió en brazos y lo llevó a las catacumbas con la Eucaristía que nadie había podido arrebatar de sus brazos. Y allí murió.

Sixto II, papa sabio y prudente, mártir de Cristo el día 6 de agosto del año 258, fue enterrado en la cripta de los papas del cementerio de San Calixto.

FÉLIX NÚÑEZ URIBE

Bibliografía

Acta sanctorum, Augusti, II, 124-142.

DE ROSSI, J. B., *Roma sotteranea,* II (Roma 1877) 87-97.

DUCHESNE, L. (ed.), *Liber pontificalis,* I (París 1886) 155-156.

HEALY, P. J., *The Valerian Persecution. A study of the relations between Church and State in the third century* (Boston-Nueva York 1905) 176-179.

LODI, E., *Los santos del calendario romano* (Madrid 1992).

LLORCA, B., SI - GARCÍA VILLOSLADA, R., SI - LABOA, J. M.ª, *Historia de la Iglesia católica.* I: *Edad Antigua: la Iglesia en el mundo grecorromano* (Madrid ⁸2001) 295-308.

SAN CAYETANO DE THIENE

Fundador († 1547)

Cayetano nace en Vicenza (República de Venecia) en 1480, en el clima gozoso del Renacimiento italiano. Sus padres, conde de Thiene y María de Porto, ambos de la nobleza vicentina. Muerto el conde en 1482 defendiendo a Venecia, es María de Porto, terciaria de Santo Domingo, quien dirige los pasos primeros del santo, inspirándole una piedad sólida y un hondo sentido de la vanidad de la vida. En 1500 encontramos a Cayetano en la universidad de Padua. Alto y de porte distinguido, descuella por su índole afable y modestos modales. Cuatro años más tarde vuelve a Vicenza graduado en jurisprudencia, entrando a formar parte del Colegio de jurisconsultos de la ciudad. Pero Dios le llama a una vocación más allá. En 1504 recibe la tonsura clerical y se retira a la soledad de Rampazzo, donde hace construir una capilla.

La Providencia le había destinado para influir en la reforma de la Iglesia, y es ella quien guía sus pasos cuando, en 1506, viene a Roma. Familiar del obispo, luego cardenal Pallavicini, Cayetano penetra en la misma Curia romana como protonotario apostólico. Son los años triunfales del Renacimiento. Julio II, el dinámico papa, ha trazado ya su programa político, cultural y reformador de la Iglesia. Cayetano vislumbra pronto las consecuencias amargas de un plan político que, aun siendo justo, enfrentará al Pontífice con parte de su grey cristiana. Con gran dolor del alma ve cómo Venecia mide sus fuerzas con las de la Santa Sede. «Me siento sano de cuerpo —escribe a un amigo—, pero muy enfermo en el alma al pensar lo que puede ocurrir en Vicenza». No se deja fascinar por el programa humanístico que quiere convertir a Roma en centro de las letras y las artes. Mientras sobre la tumba de San Pedro va levantándose, piedra a piedra, la nueva basílica —desafío de los siglos—, el pincel de Miguel Ángel descorre el velo de la historia de la humanidad en la Capilla Sixtina y Rafael ilumina con la *Disputa del sacramento* los muros de la sala de la Signatura, donde el joven protonotario vicentino escucha reverente el rasguear de la pluma de Julio II.

Todo ese esplendor renacentista no resuelve el problema de la Iglesia y de las almas. Los hombres fascinados por el arte, la

política o el placer no son para Cayetano, escribirá más tarde a su sobrina, más que «viajeros que, al llegar a la posada, se embriagan y pierden el camino de la patria». Por eso nadie se alegra tanto como él cuando Julio II convoca en 1512 el concilio de Letrán, buscando la tan ansiada reforma de la vida cristiana. Es Egidio Romano quien en su discurso de apertura señala el verdadero camino de la reforma católica: «Son los hombres los que han de ser transformados por la religión, no la religión por los hombres». Ésa será la divisa de Cayetano. Lutero, en 1517, emprenderá el camino opuesto tratando de reformar la religión.

Antes de que se cierre el concilio, Cayetano traza con rasgos rectilíneos el ideal de su vida: reformarse antes de reformar a los demás. Renuncia a su cargo de protonotario y decide hacerse sacerdote. En septiembre de 1516 ve sus manos ungidas con el crisma santo. Es ya sacerdote del Señor, pero todavía pasará tres meses de preparación, entre efluvios de amor y fervores divinos, antes de subir las gradas del altar en la capilla del Santo Pesebre de Santa María la Mayor. Un profundo sentimiento de humildad inunda su alma siempre que se acerca al altar del Sacrificio. «Yo, polvo y gusanillo —son sus palabras—, me atrevo a presentarme ante la Santísima Trinidad y tocar con mis manos al Creador del Universo». Con todo, llevado de la atracción hacia la Hostia Santa, celebra diariamente su misa —costumbre no común en aquellos días—. Roma le conoce como al neosacerdote «literato, con suficientes bienes de fortuna, varón todo de iglesia y que por devoción ofrece diariamente el santo sacrificio». Más tarde no permitirá que los sacerdotes bajo su dirección omitan la celebración cotidiana de la misa ni por escrúpulos ni por ocupaciones. Un día, ya viejo y maltrecho, correrá sigilosamente de Nápoles a Roma para reprender cariñosamente a su compañero y cardenal Carafa, que, abrumado de ocupaciones, deja a veces la santa misa. «El sacrificio de la misa —le dice— es la ocupación más excelente de la tierra, el negocio más urgente, preferible a cualquier otro, por ser la vida y savia de toda obra».

Una vez sacerdote, Cayetano no se aísla de los problemas de su tiempo encerrándose en una vida oculta y quieta, por la que siente natural atracción. La Iglesia necesita de reforma «en la ca-

beza y en los miembros». Muchos hablan de reforma, pero pocos tratan de reformarse a sí mismos. No basta, como hace Erasmo, lamentarse de los abusos existentes, sin preocuparse de corregir los yerros propios. Cayetano piensa que, en la oscuridad, vale más encender una bujía que maldecir con elocuencia las tinieblas, y trata de ser lámpara evangélica que ilumine los pasos indecisos de quienes viven a su alrededor. Con ello, ha dicho Ranke, el luterano, ayudaría a reformar el mundo sin que éste se diera cuenta de su paso.

En el cuerpo de la Iglesia quedaban muchas células con vitalidad divina, que silenciosamente iban regenerando la sociedad cristiana. Grupos de personas en Italia, organizadas en forma de hermandad bajo el patronato de San Jerónimo, comenzaban a renovar la vida cristiana. Eran los llamados «Oratorios del amor divino». No siguen caminos nuevos. Beben con renovado fervor de las mismas fuentes que antaño vivificaban la vida cristiana: oración, lectura en común, recepción frecuente de sacramentos. Visitan hospitales y prisiones, erigen casas para desvalidos y arrepentidas, tratando de llevar a todos sus hermanos a Cristo. Ya en los primeros días de su sacerdocio encontramos a Cayetano en el «Oratorio del amor divino», de Roma. Es uno de sus miembros más activos y quizá haya sido uno de sus fundadores. Las reuniones en la iglesia de San Silvestre y Dorotea no tienen miembro más recogido. Ni los hospitales y prisiones quien trate al hermano enfermo y descarriado con mayor dulzura y caridad. El espíritu del Oratorio encaja perfectamente en el temperamento e ideal de santidad del vicentino. El mismo título congeniaba con las aspiraciones de su alma, que decía sentirse «desnuda del amor divino», y con su afán apostólico de predicar la «reforma del amor» y no la del odio, que estaba convirtiendo Alemania en un campo de rencor y de batalla.

Por unos años (1518-1523) vemos a Cayetano por las ciudades del norte de Italia, llevando por doquier el fuego apostólico del «Oratorio romano». Luego de asistir a la muerte de su madre reaviva las hermandades de Vicenza y Verona, formadas de clérigos, trabajadores y artesanos, y organiza el «oratorio» de Venecia, al que acuden nobles y patricios. Es el apóstol de la comunión frecuente: «No me sentiré satisfecho —exclama— has-

ta ver a todos los cristianos acudir al altar con hambre del Pan de Vida». Es el apóstol de la caridad con los enfermos: «En la iglesia adoramos a Cristo, en el hospital le servimos en sus miembros doloridos», dice, mientras ayuda a erigir el hospital de los incurables de Venecia. Fomenta la perfección entre los seglares y se entristece al ver la atmósfera mundana que se respira a su alrededor.

> «¡Qué hermosa ciudad —escribe de Venecia—, pero qué ganas siento de llorar sobre ella! No hay nadie que busque a Cristo crucificado, ningún noble que desprecie los honores del mundo. Las personas de buena voluntad están paralizadas por "temor a los judíos", avergonzándose de aparecer confesando y comulgando».

En 1523 Cayetano vuelve a Roma. Ha llegado la hora de su obra definitiva: la reformación del clero. La hermandad del Amor Divino no es suficientemente eficaz. Cayetano no se siente satisfecho de sí mismo; su sacerdocio le exige más. Ante la vista de Cristo exclama: «Veo a Cristo pobre y a mí rico, a Cristo despreciado y a mí honrado. Deseo aproximarme a él un paso más». Ese «paso más» era vivir su sacerdocio según el modelo de los apóstoles, dejados todos los bienes temporales. Cayetano concibe la idea de una asociación de sacerdotes con el espíritu del Oratorio, pero unidos con los votos religiosos y practicando una pobreza absoluta. Expone su idea a algunos compañeros y éstos la aceptan con ilusión. Halla acogida sobre todo en Juan Pedro Carafa, obispo de Chieti (Teate), hijo de una familia noble de Nápoles, varón recto, apasionado e inflexible, a veces duro, pero amigo de toda medida de reforma. El ideal reformador unirá de por vida a estos dos hombres de índole tan diversa.

La influencia de Carafa en la Curia romana y su autoridad de obispo ayudan para que Clemente VII apruebe algo que era una novedad en la Iglesia: una asociación de clérigos, ni monjes ni frailes, sin otro vestido talar que el modesto de los sacerdotes del país, viviendo «según los sagrados cánones bajo los tres votos». El 24 de junio de 1524 la asociación es aprobada y el 14 de septiembre, renunciados sus bienes y prebendas, Cayetano, Carafa y dos compañeros más, Pablo Consiglieri y Bonifacio de Colli, hacen la profesión en el nuevo instituto llamado de «cléri-

gos regulares». Muy en consonancia con la humildad de Cayetano, Carafa es elegido superior general, y del nombre de su diócesis vendrán a ser llamados chietinos y, finalmente, teatinos. Ese día la Iglesia daba una prueba más de su vitalidad perenne, ofreciendo al mundo una nueva forma de vida religiosa: junto a los monjes de Benito, y a los frailes de Francisco, los clérigos regulares de Cayetano. Quedaba abierto el camino para los barnabitas, los somascos, etc., y hallada la solución canónica para la Compañía de Jesús en que soñaba Ignacio, peregrino aquel año de Venecia a Alcalá.

El nuevo Instituto quiere ser otro colegio apostólico, salido de un nuevo Pentecostés. Sus miembros profesan una pobreza absoluta. Vivirán de las limosnas que lleguen a sus manos, sin mendigar ni admitir rentas ni bienes. Los santos Evangelios son su pan cotidiano, ordenando Cayetano que ellos sean leídos todas las semanas totalmente y en común. ¿Qué mejor respuesta a las ansias de renovación evangélica por la que tantos suspiraban? Su apostolado se concentra en la renovación de las costumbres por medio de la vida litúrgica, la administración de sacramentos y una predicación sencilla y evangélica.

Roma, donde tantos eclesiásticos corren tras los honores y riquezas, se siente pronto imantada por la vida, que es un sermón viviente, de aquel grupito de clérigos regulares que, con sotana negra, medias blancas y bonete clerical, se olvidaban de sí mismos predicando a Jesús crucificado. Asombra a todos el heroísmo de aquellos nobles que habían abandonado todo por Cristo; muchos empiezan a consultarlos y venerarlos. «Cristo es ahora más temido y venerado en Roma que antes. Los soberbios se humillan, los humildes alaban a Dios», escribe un contemporáneo. No faltan, sin embargo, quienes se mofen de ellos, teniéndoles por locos. Algunos hasta quieren hacerles desistir de su vida tan austera y especialmente de aquella su pobreza absoluta. Cayetano se mantiene intransigente. Su continua respuesta son las palabras de Cristo: «No queráis preocuparos de comida o de vestido». Más tarde, en Nápoles, un noble dona su casa al nuevo Instituto. Cayetano acepta. Pero cuando el noble insiste en que debe aceptar renta, porque en Nápoles no se puede vivir sin más garantías que la Providencia divina, Cayetano

abandona la casa y se aloja en el hospital de los incurables. «El Dios de Nápoles es el mismo de Venecia», dice Cayetano, el «santo de la Providencia» como le llaman las gentes al pasar. Vida de tal pobreza y renuncia frenaba, sin duda, la expansión del Instituto, pero era un desafío necesario al espíritu del tiempo y, en los planes de Dios, clarín que despertaba y evangelizaba las conciencias.

Durante el saqueo de Roma por las tropas de Borbón, Cayetano huye al norte de Italia. Es la ocasión providencial para que otras ciudades contemplen lo que puede ser la labor de un clero reformado. Invitado por su amigo y reformador Giberti, da una misión en Verona. Abre una casa en Venecia, junto a San Nicolás de Tolentino —muy pronto centro de irradiación eucarística y de reforma—, y trata de fundar una imprenta para contrarrestar la propaganda luterana que invade el norte de Italia.

Nápoles ve los últimos años del vicentino. Entregado a la vida de oración y dirección de las almas, encuentra tiempo para colaborar en la fundación del Monte de Piedad, favorecer la reforma de las clarisas y convertir la iglesia de San Pablo en el centro litúrgico más recogido y digno de la ciudad. Desde su celda recoleta siente la efervescencia religiosa del mediodía de Italia. Hasta ella llegan los ecos de los sermones de Bernardino de Ochino, en los que Cayetano ha podido sorprender los primeros síntomas de su herejía. Quizá ve con inquietud el clima espiritual que va formándose en círculos espirituales alrededor de Juan de Valdés y de Flaminio, que un día quiso entrar en su Instituto. Sin bagaje teológico, y algo al margen de la jerarquía, hablan de la miseria humana y de la confianza en el «beneficio de la pasión de Cristo». Cayetano, de alma mística, humilde y pudorosa, confía sólo en la «gracia de Jesús»; pero, como Ignacio, ha encontrado el justo equilibrio, que pronto formulará Trento, entre la fe y las obras, la gracia y la libertad, el amor y el temor.

Creado Carafa cardenal (luego será Papa con el nombre de Paulo IV), Cayetano vigila con prudencia el lento crecer de su Instituto, futuro plantel de obispos y reformadores. Antes de morir puede ver cómo la Iglesia —«santa y amorosa, aunque manchada en algunos de sus miembros»— entra por la vía de la

reformación definitiva con el concilio de Trento (1545). Su vida había transcurrido entre dos concilios, el de Letrán, de las grandes esperanzas, y el de Trento, de las grandes realizaciones. El primero falló por falta de personas dispuestas a secundar sus planes de reforma: Cayetano, con su obra, preparó el triunfo del Tridentino. Con la paz de la tarea cumplida, el 7 de agosto de 1547 expiraba en el Señor. Era el día por el que tanto tiempo había suspirado: «¡Oh, cuándo llegará el día sin noche en el que nos veremos en la luz bella y sin engaño del Cordero Inmaculado!». Saludado ya en vida como el «gran siervo de Dios», la Iglesia le elevó al honor de los beatos el 18 de octubre de 1629 y a la gloria de los santos el 12 de abril de 1671.

DOMINGO DE SANTA TERESA, CD

Bibliografía

CARACCIOLO, A., *De Vita Quarti P. M. Collectanea historica* (Colonia 1612).
CHIMINELLI, P., *S. Gaetano de Thiene, cuore della Riforma cattolica* (Venecia 1948).
MAGENNIS, G., *Nuova e copiosa storia... di S. Gaetano* (Tommasini 1726).
PASCHINI, P., *S. Gaetano de Thiene, Gian Pietro Carafa e le origini dei Chierici Regolari Teatini* (Roma 1926).
PREMOLI, O., *S. Gaetano de Thiene* (Crema 1910).
• Actualización:
ARTEAGA SÁNCHEZ-GUIJALDO, V., *Regreso al corazón del Evangelio. Vida interior de Cayetano de Thiene* (Madrid 2000).
CASTALDO, J. B., *Vida ilustrada de San Cayetano* (Palma de Mallorca 1985).
GIAMPIETRO, M., *San Gaetano Thiene* (Ciudad del Vaticano 1980).
LLOMPART, G., *Cayetano de Thiene (1480-1547). Estudios sobre un reformador religioso* (Roma ²1998).
MOTTERLE, T. - REATO, E., *S. Gaetano Thiene e Vicenza nel V centenario della nascita, 1480-1980* (Venecia 1981).

SAN ALBERTO DE SICILIA

Presbítero († 1307)

Los datos rigurosamente históricos acerca de este santo carmelita no son tan abundantes como pudiera desearse.

Nació en Trápani, Sicilia, hacia 1240. Sus padres, Benito degli Abbati y Juana Palizi, llevaban casados un cuarto de siglo y no tenían descendencia. Prometieron al Señor que, si les daba un hijo, lo consagrarían a su santo servicio. Su padre, más adelante, olvidándose del voto hecho, trató de que el hijo contraje-

ra matrimonio. Un matrimonio, por cierto, bien acomodado y ventajoso. La madre se opuso e hizo que se cumpliera la promesa hecha al Señor. Alberto entró en la Orden de los carmelitas, en el convento de su ciudad natal. Terminados los años de su formación fue ordenado sacerdote. Al poco tiempo fue enviado a Mesina. Pronto se hizo famoso por el ardor de su predicación y por el celo de las almas. Y, como apóstol celoso, comenzó a prodigarse por toda Sicilia.

Ya en vida se le atribuían no pocos milagros. Entre ellos la liberación de Mesina del hambre a consecuencia del asedio de la ciudad, a la que había puesto cerco el rey de Nápoles, Roberto. Las autoridades de Mesina enviaron mensajeros a Alberto y le suplicaron que rogase al Señor y a la Virgen Santa María que se pudiese salvar la ciudad de aquella catástrofe, pues estaba a punto de perecer. Inmediatamente se puso en oración pidiendo al Altísimo «fuese servido de remediar y amparar aquella ciudad para gloria suya» y confusión del enemigo. Poco después entraban milagrosamente en el puerto tres galeras cargadas de víveres con que el pueblo se remedió.

Se cuenta también el caso de tres judíos náufragos que, en trance de ahogarse, fueron auxiliados y convertidos por Alberto que se llegó a ellos caminando sobre las aguas.

Curó a no pocos enfermos, liberó a endemoniados y operó otros prodigios, siendo, para todos, ejemplo de vida de penitencia, de caridad y oración.

Pergaminos antiguos y fidedignos atestiguan la presencia de Alberto en Trápani en 1280 y en 1289. También es seguro que desempeñó el oficio de superior provincial los últimos años del siglo XIII.

Murió en olor de santidad en Mesina el 7 de agosto de 1307. Ya en los llamados antiguamente *Catálogos de los santos de la Orden de los Carmelitas,* especie de santoral del Carmelo, se habla de la disputa entre el clero y el pueblo acerca de las exequias a celebrar por Alberto. En la biografía del santo que mandó imprimir Santa Teresa (cf. bibliografía) el último año de su vida se cuenta así el incidente:

> «Levantóse una cuestión grande en la iglesia sobre la Misa que se había de decir, porque los clérigos decían que había de ser Misa de difuntos; los seglares, no, sino de un santo. El Arzobispo man-

dó que todos se pusiesen en oración suplicando al Señor fuese servido de darles a entender con qué Misa quería fuese su santo Alberto aquel día honrado. Y perseverando ellos en su oración, aparecieron en el aire dos preciosísimos niños, los cuales venían ricamente vestidos de ropas blancas y muy sembradas de oro. Y levantando las voces en alto dijeron que la Misa se cantase de un santo confesor, la que comienza: "Os iusti meditabitur sapientiam, etc.". Y luego desaparecieron. Celebróse la Misa de un santo confesor con grandísima solemnidad y devoción, visto este milagro. Y así le enterraron con muchas lágrimas y particular devoción».

Las noticias biográficas en esos *Catálogos* y en las *Vidas* que se empiezan a divulgar, extienden su fama y narran sus muchos milagros en vida y después de muerto. La devoción de las gentes fue muy grande en el pasado. Fue uno de los primeros santos venerados en su familia religiosa, «de la cual más tarde fue considerado como patrón y protector». En varios Capítulos generales de la Orden, a partir del de 1375, se comenzó a pedir su canonización. El papa Calixto III, de viva voz, permitió que se le diese culto y más tarde Sixto IV lo confirmó con bula del 31 de mayo de 1476.

Ostenta el patronato de varias ciudades de Italia, entre ellas Revere (Mantua), Palermo, Trápani, etc.

Reliquias suyas andan por todo el mundo, especialmente en los conventos del Carmelo, en los que en el día de su fiesta se bendecía y se sigue bendiciendo aún, en algunas partes, el agua llamada de San Alberto, en acto de comunidad con un ritual especial: antífona, oremus de bendición del agua, introducción de la reliquia en el agua en forma de cruz y las palabras correspondientes, antífona del santo y la siguiente oración: «Concédenos, Dios omnipotente y misericordioso, que por la intercesión de San Alberto, confesor, todos los fieles que con piedad y devoción beban esta agua, puedan recibir la salud de alma y cuerpo y permanecer en tu santo servicio». Esta devoción se propagó, invocando al santo siciliano contra las fiebres.

Un gran poeta latino de la Orden, el Beato Bautista Mantuano, que fue General de la Orden, compuso los himnos de la liturgia de San Alberto en hermosos versos sáficos, o sea, en estrofas compuestas de tres versos sáficos y uno adónico. En los himnos logra una pequeña biografía del santo.

San Alberto es uno de esos santos con una iconografía muy notable. Se le representaba, naturalmente, con el hábito de carmelita, con una azucena en la mano, «símbolo de la victoria que en los comienzos de su vida religiosa obtuvo sobre sus sentidos». Se le representa también con un libro en la mano; igualmente con un crucifijo entre dos ramos de azucenas, tal como aparece en la escultura policromada de Alonso Cano en el convento de los carmelitas de Sevilla (siglo XVII). Otras veces se le ha representado con el Niño Jesús en los brazos. Y el gran pintor carmelita Filippo Lippi lo representó junto con San Ángelo, mártir, a los lados de la Virgen, Santa Ana y el Niño Jesús, con figuras de ángeles.

Santa María Magdalena de Pazzi tenía especial devoción a San Alberto y, más que nadie, Santa Teresa de Jesús. Habla la santa de San Alberto en una de sus cartas a don Teutonio de Braganza, obispo de Évora. Le ha escrito la semana anterior enviándole el *Camino de perfección* para que se imprima. Junto con su obra le enviaba el original de la *Vida de San Alberto.* Ahora le escribe de nuevo para decirle algo que se le olvidó decirle explícitamente: que la idea es que junto al *Camino de perfección* se imprima esa vida del santo carmelita. Quiere que se publique «porque será gran consuelo para todas nosotras, porque no la hay sino en latín, de donde la sacó un padre de la Orden de Santo Domingo por amor de mí, de los buenos letrados que por acá hay». Finalmente confiesa que, obedeciendo a lo que la santa le manda, lo ha hecho «para el servicio de su Majestad y para el consuelo de las hermanas que desean leer esta vida».

Así con el empeño que mostraba en que se tradujera esta vida y se imprimiese manifestaba la santa su devoción tan carmelitana a San Alberto, que se le había aparecido el 7 de agosto de 1574 —fiesta del santo— en Segovia, hablándole de las cosas de la Orden. En la lista de santos que la Madre traía consigo en el breviario de aquellos a los que tenía más particular devoción figura, como primero: «Nuestro padre San Alberto». Lo nombra en las Constituciones de sus monjas (n.5) y al señalar los días en que han de comulgar aparece «día de nuestro padre San Alberto». Datando alguna de sus cartas le basta poner: «Es hoy día de San Alberto» y en otra: «Es hoy día de nuestro padre

San Alberto (7 de agosto de 1581), ha predicado un dominico y dicho harto de él».

Alberto de Sicilia es uno de los grandes santos del Carmelo. Dejando a un lado la insistencia de los antiguos hagiógrafos en el tema de los milagros y hechos extraordinarios, queda en pie su gran ejemplaridad como modelo de identificación con Cristo y de celo por la propagación de la fe. Pienso que esto último era lo que veía y admiraba en él Santa Teresa, que fue propagadora de su devoción dentro y fuera de la Orden del Carmen.

JOSÉ VICENTE RODRÍGUEZ, OCD

Bibliografía

Acta SS. Boll., Aug., II (Amberes 1735) 215-226.

ÁLVAREZ, T., «Alberto de Sicilia», en ID. (dir.), *Diccionario de Santa Teresa* (Burgos 2002) 29-30.

— «Una empresa editorial de Santa Teresa: la vida y milagros de San Alberto»: *Monte Carmelo* 101 (1993) 219-269.

Art. en *Analecta Bollandiana* 17 (1898) 314-336.

SAGGI, L., *Alberto de Sicilia o de Trápani,* en ID. (ed.), *Santos del Carmelo* (Madrid 1982) 219-221; p.222: *Iconografía,* por R. RUOCCO.

SPANÒ, S., «Alberto de Trápani», en C. LEONARDI - A. RICCARDI - G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los Santos,* I (Madrid 2000) 103-104.

XIBERTA, B. M., *De Visione S. Simonis Stock* (Roma 1950): en p.283, 292-293, 302-305, se publican las diversas recensiones del *Catálogo de los Santos del Carmelo* y allí viene la historia de San Alberto.

YANGUAS, D. DE, OP, *La vida y milagros de el glorioso padre san Alberto, de la sagrada religión de nuestra Señora del Carmen. Va esta obra dirigida a la muy religiosa señora y madre nuestra Teresa de Iesus: fundadora de las descalças Carmelitas: a cuya instancia se escribe: y se ponen muchas cosas fuera de la historia para más gloria de este glorioso sancto* (Évora 1582).

BEATO EDMUNDO BOJANOWSKI

Fundador († 1871)

Fue un piadoso, culto y generoso seglar, que nació y vivió en una tierra castigada por las apetencias de dominio de las naciones del entorno. La patria Polonia, a la que amó como tierra mariana y a la que dedicó su literatura y su corazón, le permitió crecer en un ambiente de creyentes firmes, serenos, resistentes. Fue un hombre honesto, inteligente, pacífico, que amó a su patria sin mitificar su amor; que quiso ser sacerdote, pero que aceptó con alegría los designios contrarios de Dios; que tuvo un

corazón compasivo, y por eso inició una hermosa y polivalente familia de religiosas dedicadas a la caridad, a la que quiso mantener unida, pero que el entorno cultural disgregó en cuatro grupos, aunque unidos por su espíritu del triple amor: a los huérfanos, a los pobres, a los enfermos.

Resulta admirable que un hombre débil de salud fuera tan fuerte como para construir docenas de asilos para necesitados; que siendo poeta y literato, tuviera los pies en la tierra para buscar el pan de cada día para los hambrientos; que viviendo cómodamente en sus posesiones heredadas, se entregara con tanto amor a los huérfanos y les ofreciera tan inteligentemente como hizo el pan de la cultura y el alimento del cuerpo.

Nació el 14 de noviembre de 1814 en Grabonog, cerca de Gostyn, en las cercanías de la Rosa Mística de «Wiêta Góra». Su pueblo pertenecía entonces a la provincia de Poznan. La vida entera de este hombre bueno estuvo muy condicionada por la situación social y política de Polonia en el siglo XIX. Napoleón la había conquistado en 1808 y convertido en reino dependiente. Pero el Congreso de Viena, que se reunió en 1815 al caer el Imperio del «tirano de Europa», cometió la injusticia histórica de volver a repartir Polonia entre los poderosos vecinos: Rusia, Austria y Prusia, como ya lo habían hecho esas potencias en 1772.

La región en la que estaba situada la localidad de Grabonog era la occidental, la llamada Gran Polonia, que fue entregada a Prusia. En ella estaba el Gran Ducado de Poznan, cuya población de unos 650.000 habitantes, de los que mucho más de la mitad eran católicos, se vieron sometidos a proceso cruel de germanización en el idioma y en las costumbres. En esa región había tres grupos de difícil convivencia: los polacos eran las dos terceras partes; el otro tercio se repartía entre germanos que hablaban alemán, hebreos, que eran el 6 por 100, y algunas minorías étnicas poco arraigadas y que no contaban ante los dirigentes.

La más cruenta de las persecuciones, o represiones, se desencadenó en 1824: se cerraron las escuelas polacas, se prohibieron rótulos y gestos en el idioma polaco y se obligó a todos los habitantes a hablar alemán fuera de las casas. Tenía entonces

Edmundo 10 años: observó, escuchó, pensó como niño, recibió lamentos y desahogos de los mayores. La religiosidad popular compensó en parte la opresión social y cultural. Fue la Iglesia el gran baluarte de la identidad nacional que, a pesar de todo, no llegó a perderse.

Cada familia polaca que permaneció bajo dominio, lengua y cultura alemana, rusa o eslava se esforzó por cultivar en sus miembros el espíritu y el amor al hogar nacional. Y así se forjó un pueblo luchador y paciente, noble y recio, social e inquieto. Pero al mismo tiempo se formó una raza creyente, en donde cada familia fue un templo para rezar y cada aldea un lugar para amar al prójimo y para cultivar la solidaridad por la mucha gente que padecía necesidad y por los muchos niños que, por la guerra y los levantamientos, por las enfermedades o las pestes, o simplemente por la pobreza, quedaban abandonados a su suerte.

La infancia de este hombre bueno, piadoso y pacífico, estuvo muy atada a estas circunstancias sociales y culturales que le tocaron vivir. La familia Bojanowski era de vieja raigambre católica. Algunos de sus ascendientes habían sobresalido ya en el siglo XVI como personajes influyentes, aunque modestos. En los padres de Edmundo, en ambos, latía la inquebrantable fe cristiana y el amor patrio incombustible. El padre se llamaba Valentín. Era culto y ejercía de agricultor en las tierras que había heredado. Sin ser rico, vivía con cierto desahogo de su trabajo en la localidad. Gustaba la lectura y tenía una buena biblioteca en el hogar. Estuvo entre los rebeldes que se levantaron contra los ocupantes en 1830, mereciendo la distinción de la Cruz al valor militar. Logró escapar a la represión que siguió. Murió en 1836, a los 40 años, viendo que su rebelión no había servido de nada y Prusia mantenía su férrea tenaza contra el pueblo.

La madre se llamaba Teresa Uminski. Era hermana del general Uminski, héroe de las guerras napoleónicas. Culta, pacífica, enérgica, delicada y muy devota de la Virgen María. Murió en 1834, un poco antes que su esposo. Había quedado viuda muy joven y había contraído segundas nupcias con Valentín. Del primer matrimonio le había quedado un hijo, Teófilo, que

fue muy querido por Edmundo cuando quedó, con pocos meses de diferencia, huérfano de padre y madre. Teresa era culta y amaba a sus hijos con pasión.

Edmundo resultó enfermizo desde niño. A los cinco años tuvo una enfermedad seria, una infección pulmonar que le llevó a las puertas de la muerte. Y su casi milagroso restablecimiento fue atribuido a la ayuda especial de la Virgen de Gostyn, en cuyo santuario, atendido por los Padres Oratorianos, se conservó mucho tiempo una placa de agradecimiento ofrecida por sus piadosos padres con motivo de su curación. La devoción a María, que su madre tenía en el alma, se la transmitió al niño desde este acontecimiento.

Al no poder ir a la escuela de la localidad, porque apenas si la había y el niño no podía ir lejos por su fragilidad, fue la madre la que le transmitió su cultura, que era elevada, al mismo tiempo que su piedad. Además le pusieron en casa dos preceptores generosos y amigos del hogar: Don Casimiro Lerski y Don Juan Santiago Siwicki, a quienes el muchacho recordaría toda la vida. Ellos le enseñaron las letras humanas, pero sobre todo las virtudes cristianas. El recuerdo de estos insignes docentes lo mostró Edmundo con las frecuentes cartas que a lo largo de la vida les dirigió.

Le enseñaron también la prudencia y la habilidad. La prudencia era necesaria para entender los efectos de la historia patria que tanto irritaba a los jóvenes intelectuales, sobre todo si eran románticos como a él le acontecía. Sin la prudencia, las aventuras militares eran una estéril tentación. Luego tuvo que aplicar esa virtud a los jóvenes con los que trató en su vida y a quienes enseñó que patria se hace cultivando cultura y no derramando sangre, amando lo propio y no odiando al extranjero. Y le enseñaron también habilidad para buscar soluciones a los problemas de la vida y no quedarse en meros lamentos ineficaces.

Con todo, algo se le quedó en el recuerdo cuando, en la revolución de 1830, su padre y su hermano tomaron parte activa en las idas y venidas de aquellos días aciagos y él se quedó en casa sin poder salir, escuchando a sus 16 años voces de armas, gritos de guerra, cantos de libertad, de una libertad que tardaría todavía un siglo en conseguirse.

Pasada la llamarada bélica, las cosas volvieron a ser como antes. En el hogar de Edmundo se volvió al trabajo sosegado y duro de cada día. La serenidad y la sensibilidad de aquella infancia y primera adolescencia tan hogareña marcó su camino en la vida, él que estaba destinado a ser un modelo de «apóstol laico» para los polacos y ejemplo de caridad heroica y apostólica para todo el mundo.

En 1832 sus padres le orientaron a que, a sus 18 años y como solían hacer los jóvenes de ambientes desahogados, iniciara los estudios universitarios de filosofía y humanidades. Y fueron los conocimientos literarios y humanísticos los que comenzó en la Universidad de Breslavia. La situación estudiantil en aquel ambiente de jóvenes intelectuales no era fácil. Acontecía lo mismo en Cracovia, en Varsovia y en las demás universidades polacas. Después de la sangrienta revolución de 1830, la vigilancia policíaca se había estrechado. Por el hecho de ser joven y polaco, siempre había la desconfianza y el riesgo de la detención. Con todo, Edmundo prefirió dedicarse al trabajo y alejarse de los grupos intelectuales de diversos colores políticos que frenaban la dedicación académica. En Breslavia, la universidad había sido iniciada por los jesuitas en 1811. Encontró una buena formación filosófica. Vivió en la ciudad en una casa familiar y en compañía de su madre y de su hermano.

La primera etapa universitaria, con todo, no terminó por desórdenes sociales, sino por el latigazo que en su corazón sensible resonó al ver a su madre enfermar y tener que regresar al hogar, en donde ella entregó su alma a Dios. La muerte de su madre le perturbó, pero no deprimió del todo. Era demasiado frecuente la desgracia en aquellos años para dejarse acobardar por ella. Permaneció en el hogar y, a los pocos meses, tuvo también el dolor de perder a su padre por otra visita de la enfermedad. Para un corazón sensible como el suyo, ello le hizo interrumpir un año el trabajo universitario y arreglar con su hermano los asuntos de familia para mantener las posesiones familiares de manera conveniente.

En 1836 prefirió continuar sus estudios en la Universidad de Berlín en donde pasó otros dos años. Su formación se orientó ahora hacia las Bellas Artes. En la universidad eran frecuen-

tes entre los abundantes estudiantes polacos de la zona germanizada las reuniones medio políticas, medio nostálgicas. Con frecuencia se reunía con sus compañeros polacos en la biblioteca polaca de Berlín, inaugurada en 1830. Le agradaba cultivar y traducir al polaco los cánticos populares servios y germanos. También tradujo «Manfred», de Byron. Participó con frecuencia en la revista «Amava», que se publicaba en la universidad. Incluso hizo algunos viajes a Lipsia, Eilenburg, Wittenberg y Dresde, que le permitieron un mayor contacto con la cultura local. Pero la salud no le acompañaba como hubiera sido de desear y sus pulmones no respondían a los esfuerzos. Incluso hubo de pasar algún tiempo en unas curas de aguas termales de Baz Reinerz, junto al mar, que algo le aliviaron pero no le restablecieron.

Ante su fragilidad regresó a Grabonog, donde hubo de llevar vida de reposo y realizar trabajos suaves en su posesión familiar. Siguió, con todo, inquieto por la cultura y el arte, cultivando la lectura y manteniendo estrechas relaciones con la gente culta del lugar. Gozaba de general estima como poeta y como hombre docto entre los que le conocían. El ambiente romántico que se respiraba en aquel tiempo le embargaba plenamente, no sólo en lo literario y en el arte, sino en su sensibilidad y espiritualidad. Uno de sus maestros de años anteriores, Don Siwicki, le había recomendado ser buen polaco y buen católico, y él lo cumplía con fidelidad admirable.

Comenzó por esos años un diario que seguiría con fidelidad toda la vida. En él recogía los hechos de su vida y las impresiones. Por alguna de sus páginas sabemos que también tuvo un tiempo admiración por la señorita María Pohl, hija de uno de sus profesores universitarios, pero que ella orientó su vida por caminos de consagración a Dios y él interpretó que «era el fuego del Espíritu Santo que en ella ardía lo que verdaderamente la había atraído hacia su persona».

Durante varios años siguió ocupando el tiempo en lecturas e inquietudes culturales, fomentando la vena romántica que le dominaba y sin otra atadura que la bondad natural que siempre había tenido. Pero Dios le esperaba en aquella aparente inactividad. Y se sirvió de los pobres abundantes que había en su entorno social para dar sentido a su existencia. Quedó en casa de

su hermanastro Teófilo, que también había regresado al terminar su estancia en Berlín. Consta la intensa vida de piedad que llevó en esos años. Todos los días recorría los tres kilómetros que separaban su casa de la iglesia parroquial de Gostyn, donde comulgaba y pasaba largos ratos de oración. Pero no era lo suyo la vida contemplativa, aunque tanto le agradara la reflexión, la lectura y la conversación con amigos cultos. Siempre pensaba en lo que podría hacer en favor de los demás, sobre todo de los abandonados.

Al subir al trono Federico Guillermo IV en 1840, se inició en la zona polaca una política más liberal y cautivadora para el pueblo oprimido y reprimido. En Gostyn el 70 por 100 eran agricultores. Latía la nostalgia de la liberación nacional. Se respiraba nacionalismo y se organizaba en forma moderada para no irritar a las fuerzas de ocupación. En la casa de Edmundo se vivía cierto aire literario, pero se cultivaban recuerdos patrióticos, el arte musical nacional y sobre todo el estudio de interrogantes sociales que precisaban solución; él llevaba la voz cantante cuando de solidaridad con los necesitados se trataba.

Se pusieron entonces de moda las bibliotecas rurales, que eran salas de lectura en los hogares en donde se compraban libros, se leía y se comentaban temas de interés. Incluso se prestaban libros para leer en el hogar. Sus gastos en libros aumentaron con la buena intención de servir a la gente interesada. Él prefería libros educativos y religiosos. Así logró que el hogar de los Bojanowski se transformara en un centro de promoción cultural y de animación de personas. Y aprovechó el servicio como hermosa oportunidad para hablar de Dios, sobre todo a los niños que acudían a leer y a comentar con los mayores temas de interés.

Fueron aquellos muchachos lectores, muchos de ellos huérfanos, los que fueron dando sentido a su vida. Los había que llamaban su atención y comenzó a realizar con ellos labores, servicios, trabajos docentes, dando rienda suelta a su deseo de ser beneficioso para aquellos desheredados. Esa inquietud se incrementó con la epidemia de cólera que se desató en 1839. Fue extendida por los soldados ocupantes, que se mantenían en la región después de la represión de 1830. Murieron muchos ancianos y personas débiles; muchos niños quedaron abandona-

dos, resultando un drama la situación de mendigos y personas sin asistencia y sin recursos.

Una noche, estando a la cabecera de un enfermo grave al que había ido a ayudar, se quedó un tiempo dormido y tuvo un sueño. Soñó que atravesaba una tierra árida y de una casa medio abandonada salían unos niños llorando. Creyó ver a su antiguo y venerado maestro Siwicki que se le presentaba y le decía: «Tómalos, son tuyos». Él respondió desconcertado: «¿Y por qué míos?». El enfermo se quejó y él despertó con la pregunta clavada en su corazón. «Ellos tienen necesidad de mí», se repitió muchas veces en los días siguientes.

Su corazón compasivo comenzó a buscar soluciones eficaces para tantos niños abandonados que encontraba en su entorno. Surgió entonces su primer hospicio en Gostyn. Alquiló una casa. Buscó limosnas y apoyos de quienes podían hacer algo por los abandonados y por los enfermos y desgraciados que morían sin asistencia espiritual y por los niños que lloraban de hambre y soledad. El hospicio comenzó a funcionar con una docena y a las pocas semanas eran muchos más, pues además de la comida se les daba cariño y atención personal.

No contento con el asilo y la preocupación de darles de comer, intentó ofrecerles una enseñanza escolar adecuada y hacerles ocupar el tiempo de forma provechosa. Pensó en un segundo paso. Formó, junto al hospicio, una especie de Instituto, que se llamó «Casa de la caridad». Había personas que le ayudaban, pero nadie como él estaba en todas partes, no medía el tiempo, se olvidaba de sus propias dolencias y debilidades y se entregó sin medida a la tarea de ayudar a los sufrientes. Fue entonces cuando alquiló una granja agrícola en la que recogió huérfanos y él mismo se hizo padre y enfermero de los niños, sobre todo de los más necesitados. Les cuidaba, les ayudaba en el trabajo. La educación religiosa de estos acogidos era su preferencia. Era la imagen del buen samaritano.

Los asilos en el territorio polaco ocupado por Austria no eran novedad. Se habían divulgado en años anteriores ante las grandes necesidades de la población y el gran número de abandonados. En Poznan, como en otros en Varsovia, en Leopoli, etc., habían surgido algunas iniciativas. En 1840 se había puesto

en funcionamiento el asilo local a iniciativa del Dr. Gasiorowiski. Bojanowski lo conocía y lo había estudiado. Pero se dio cuenta de que no bastaba recoger huérfanos. Había que educarlos y ayudarlos a crecer en lo espiritual, como se hacía en lo corporal.

Fue en 1849 cuando en forma precaria Edmundo se animó a abrir su primer asilo en Gostyn, acogiendo de día a los primeros huérfanos con ayuda de algunas personas piadosas. Pero pronto entendió que era necesaria en estos lugares la mano femenina y trató de reclutar muchachas de medios rurales para atender y entender a los niños acogidos. Pensó en unas animadoras, medio maestras, medio enfermeras, y atrajo a algunas campesinas jóvenes para convivir con los acogidos.

El 3 de mayo de 1850 se inició la experiencia de manera más estable y llegaron al asilo tres muchachas que venían con la idea de quedarse de manera definitiva. Edmundo preparó unos locales cedidos por la generosa señora Francisca Przewozna, para que se juntaran niños abandonados. Las tres primeras eran sencillas campesinas. No sabían leer ni escribir. Pero sabían a lo que venían: a formarse ellas primero y luego a trabajar en el asilo por los niños acogidos. Dos iban a trabajar en el campo y otra se quedaba en casa cuidando a los niños. Dos traían la comida con el sudor de su frente y la otra preparaba el hogar. Y latente la semilla de ser religiosas y comprometerse de forma estable en una comunidad. Ese día, en el que se celebraba en la Iglesia la fiesta del «hallazgo de la Santa Cruz» y que en Polonia se conmemora la Constitución de 1791, nació un Instituto polaco de singular importancia.

Fue maravilloso ver a aquellas primeras chicas que apenas habían cumplido los 14 años y que él invitaba a colaborar en la empresa de cuidar a los abandonados y formarse ellas mismas con su ayuda y continuo apoyo. Con ellas nació en 1850 la hermosa obra de las «Hermanas Siervas de la Inmaculada Madre de Dios». Un simple laico, no un sacerdote, sin casi darse cuenta y sólo con el ardor de su caridad y celo, era el fundador de una Familia religiosa que llenaba de admiración a la región.

No es que no hubiera religiosas. Había ya algunas congregaciones venidas de fuera: en Poznan estaban las Hijas de la Cari-

dad, de San Vicente de Paúl, y actuaba la Congregación del Oratorio de San Felipe de Neri. Conocía alguna escuela de las Ursulinas y había un Centro del Instituto del Sagrado Corazón. Pero estas obras solían estar en las ciudades o en las poblaciones grandes. La necesidad eclesial se localizaba en ese momento en los huérfanos de la campiña y de las aldeas. Hacía falta, mucha falta, que alguien abriera casas de acogida para ellos. Éste fue el vacío que vino Edmundo Bojanowski a llenar y lo que llenó de sorpresa a sus conciudadanos y a los sacerdotes de la región.

La idea que latía en aquel germen de comunidad que Edmundo inició fue la atención a los ambientes rurales, ya que en las ciudades había otras posibilidades. El lema que se propuso fue muy sencillo: trabajo para vivir, afecto para tratar a todos y espíritu de fe para servir en los pobres a Cristo. Edmundo se propuso primero educarlas y prepararlas para la tarea que se avecinaba. Su primer objetivo quedó claro desde el principio. Sin embargo fue poco a poco como se fue perfilando la obra. Escribió un reglamento. La inspiración divina y la buena voluntad hizo lo demás.

Se vio que era preciso hacer todo lo que pidiera el amor al prójimo, pero hacerlo en el campo, en los lugares pobres a donde pocas veces llegaba el médico, el maestro o el predicador. Así surgió el triple ideal de las hermanas: atender a los enfermos, educar a los niños, cuidar a los pobres. Las tres primeras hermanas se vieron pronto complementadas por otras. El párroco, Estanislao Gieburrowski, pudo escribir por aquellos días a su obispo:

> «El rincón de Pozdezecze es la parte mejor de mi parroquia de Strzelce; y esto porque, tras su fachada, hay un asilo lleno de amor: en la portada se ve la imagen de la Virgen y dentro están las buenas Siervas de María».

Poco a poco, gracias a la dedicación del fundador y la sencillez de las jóvenes llegadas, fueron consolidando sus formas de vida. Al pedir pronto de otros lugares personas bien preparadas y generosas, se fueron llamando entre sí «hermanas» y asumieron el reglamento preparado como estilo de vida. También es cierto que Edmundo dejó otras actividades y permanecía al tanto de lo que pasaba: les hablaba e instruía; las animaba en las di-

ficultades; buscaba medios de vida y traía cada día pan y mucho amor. Era el motor silencioso con su ayuda material y, sobre todo, con el secreto fuego que irradiaba su amor.

En 1854 ya precisó el reglamento escrito para la vida de las hermanas y de este año es su primera publicación, aunque sólo después de hacer su propio noviciado autorizado por el obispo diocesano pudo respirar tranquilo y dejar claro que las Hermanas de la Inmaculada nacían para las zonas rurales y para atender y educar a los huérfanos en primer lugar.

Las primeras hermanas se formaron en el noviciado de las Hermanas de la Misericordia de Gostyn, pero no faltaron las dificultades para que todos entendieran, superioras y directores espirituales, que la obra de los asilos era una cosa muy definida y original. Intervinieron varios sacerdotes que desconfiaban del fundador por el hecho de no ser él sacerdote. No se daban cuenta de que lo que el fundador no quería de momento eran «religiosas que dirigían asilos», sino hermanas que convivieran con los niños asilados para sembrar en ellos el amor del que carecían.

Por eso Edmundo tuvo que pensar muy pronto en hacer, con ayuda de su amigo Jan Kozmian, su propio noviciado en Jaszkowo, en una finca de unas 60 hectáreas, para imprimir su estilo y no perderse en polémicas inútiles con quienes no entendían su obra. En esa casa, que se terminó y se inauguró el 26 de agosto de 1856, la vida de las hermanas cobró nueva orientación. Se terminó con la incertidumbre que algunos clérigos habían sembrado sobre las primeras candidatas. Y se comenzó una vida más ordenada, más formativa, y más apostólica, ya que de forma inmediata se inició también un asilo junto a los locales propios del noviciado.

Con todo, él no era sacerdote y no quiso que ello fuera problema. Buscó al oratoriano padre Martín Hüber para que guiara espiritualmente a las jóvenes reunidas. Pronto la fragancia de tanta virtud y el aroma de tanta generosidad con los niños y con los enfermos comenzó a llenar de admiración a los campesinos, a las gentes con recursos, que ofrecieron limosnas y ayudas, a los sacerdotes de las parroquias vecinas y también a las autoridades de la diócesis que reconocieron la bondad o rectitud de la

obra. Tuvo que agradecer a los jesuitas de Srem que miraran con simpatía al obra y enviaran muchas candidatas a la recién iniciada casa de formación.

Porque la idea de los asilos había calado en el entorno. Y por eso no tardaron en pedirle que hiciera lo mismo en otros lugares. Así comenzó la cadena de los asilos rurales que él fue abriendo; en 1854 se inició otro en Kopaszewo y en 1855 otro en Turwia. Luego otros: Rogaczewo, Jaszkowo junto al Noviciado, Nieslabin, y otros más. Al comenzar 1860 eran ya 18 los lugares en que había asilo y hermanas. Todo un récord que indicaba lo que la gente apreciaba estas obras y lo bien que funcionaban. Para entonces las nuevas vocaciones que ingresaban tenían las cosas claras y sabían muchas cosas de su oficio, como enfermeras y como maestras, pero sobre todo como religiosas que hablan de Dios a los enfermos y a los niños.

Los primeros años de las hermanas fueron heroicos: pocas comodidades, mucho trabajo, todo lo que tenían a disposición de los necesitados: telas, comida, techo, sobre todo tiempo. Sólo se reservaban un poco de tiempo para rezar y el derecho de tomar para sí, cuando estaban con los niños, los trabajos más fatigosos. El conde Pininske, le escribía en 1862 a Edmundo:

> «Nada hay más hermoso para la formación de nuestras gentes y de nuestro país que este hermoso Instituto para la formación de nuestro pueblo campesino y de los niños de nuestras pequeñas aldeas».

La pedagogía de los asilos tal vez fue la mejor aportación que hizo Edmundo, como verdadero promotor de una magnífica pedagogía cristiana del huérfano. No era novedosa en lo humano, pero sí original en lo divino. En lo humano habían existido en el entorno cultural algunas experiencias en los tiempos anteriores. Él conocía las ideas pedagógicas de Fröebel, el pedagogo alemán fundador de los jardines de niños. Y tenía conocimientos amplios de las realizaciones, como «Chowanna», de Augusto Cieszkowski o los escritos de Evaristo Estkowski, que eran los pedagogos polacos que pedían cambios educativos para el mejor trato de los niños. Pero la aportación magnífica de Edmundo fue el descubrir y promover el sentido cristiano y amoroso de los asilos.

Él fue quien creó una pedagogía del acompañamiento: los niños no aprendían por lecciones sino con el ejemplo. Cantaban, rezaban, estaban ocupados en trabajos, hacían juegos y actividades corporales. Adquirían cultura como hombres en crecimiento. Pero sobre todo veían a Dios en el campo y le alababan, hacían trabajos sencillos y sacaban provecho de las cosas para dar a los demás de lo poco que ellos tenían. Las hermanas estaban para actuar como modelos, no para actuar como maestras o como predicadoras. Estos asilos fueron verdaderas escuelas de vida cristiana en donde, desde la alegría y la naturalidad, se aprendía a ser hombre, cristianos y ciudadanos nobles y virtuosos.

La obra de Bojanowski venía a llenar una laguna tremenda en aquellos años. Baste recordar que en aquellos años, en torno al 1860, las casas de acogida de huérfanos eran escasas en Polonia y por eso las demandas a Edmundo llovieron sin cesar. Cuarenta se conocen que no pudieron ser atendidas. Y baste decir que para toda la región polaca, ocupada y repartida entre tres naciones poderosas y con recursos grandes, sólo se habían podido establecer unas 55 obras de asilados: 35 en el Gran Ducado de Poznan, 14 en Galitzia, 2 en el Reino de Polonia y 4 en Silesia. Las obras de las Hermanas de la Inmaculada llegaron a 40 en vida del fundador. Eran tan hermosas que su noticia saltó las fronteras y llegaron a Lituania, Ucrania, Bohemia, Checoslovaquia, Inglaterra y Alemania.

La vida de Edmundo no se detuvo sólo en los Asilos. Era un espíritu abierto, y por eso también se entregó a otros compromisos en los pocos tiempos libres que le quedaban dada su dedicación a los huérfanos y a las Hermanas. Así, en 1857 fue invitado a formar parte de la Sociedad de Amigos de la Ciencia de la región. También era miembro del Comité literario de Gostyn, en el que demandaba ayudas para las Bibliotecas que quería establecer en cada escuela y en las salas de lectura que intentaba promover para que los campesinos tuvieran también acceso a la cultura. Estuvo en relación con el etnólogo José Lompa, que trabajaba en recolectar cánticos folclóricos de Silesia, vieja afición de Edmundo cuando era joven estudiante en Berlín. Durante mucho tiempo fue colaborador asiduo del pe-

riódico Przyjaciel Ludu («Amigo del Pueblo») y sus artículos, de fino gusto literario, eran muy apreciados por los lectores.

Es decir, estaba ocupado en todo trabajo que fomentara la cultura entre la clase sencilla, para que esa riqueza fuera un elemento de paz para todos y no un privilegio de los más ricos. Y esto lo hacía un siglo antes de que el Concilio Vaticano II insistiera en que ése debería ser el camino de la Iglesia. Y lo hacía con la paz y la bondad de quien reclama defender las ideas con la paz y cultivar los valores con la bondad en medio de intelectuales propensos a estallar en una revolución ante los poderes extranjeros ocupantes.

Junto a su trabajo cultural, estuvo su acción social, que no se limitó a la tarea de los Asilos y de las Hermanas. En 1863 fue designado presidente de las Conferencias de San Vicente de Paúl en Gostyn, cargo que de hecho ya ocupaba por su actividad desinteresada en las mismas. Fue una oportunidad muy interesante para que invitara a muchos a colaborar desde las Conferencias a la obra de los enfermos y abandonados. Así halló también apoyo, amistades y algunos recursos para las obras de misericordia que impulsaba.

Porque hacían falta medios y, además de trabajar intensamente por las Hermanas y con ellas, pensaba en buscar recursos para sostener las obras. Por eso pedía limosnas, solicitaba ayudas y sugería iniciativas que sólo un hombre culto y hábil como él podía hacer. Por ejemplo, entre 1852, 1856, 1862 publicó un *Anuario* por cuenta del Instituto que había fundado. Lo tituló *Spigolatu* (Cosecha de espigas) y sirvió para recoger dones y ayudas en beneficio de los huérfanos. Tenía sentido y contenido literario. El último número, el sexto, salió en 1862. Al obtener algunos beneficios en favor de los huérfanos, Edmundo pensó en publicar otras obras inéditas. También editó un alto número de «medallas» de Ntra. Sra. de Gostyn, precisamente la Virgen bondadosa que a él le había curado de niño.

En 1866 las necesidades aumentaron. De nuevo una oleada de cólera se hizo presente en la región. No habían pasado más que unos meses y, en 1868, una epidemia de tifus puso a prueba la obra. Bojanowski aprovechó sus dotes de escritor para reclamar fondos y para producir algunos escritos que resultaran ren-

tables, pues los medios que se tenían y las limosnas no eran suficientes en tiempos de carestía y pobreza. Los asilos rurales para abandonados se fueron multiplicando. Dios bendijo a las Hermanas y nuevas jóvenes generosas se iban añadiendo a los grupos iniciales. Era la belleza moral de la obra y el espíritu ardiente de Edmundo lo que hacía el milagro de atraer nuevas vocaciones.

Las primeras hermanas que salieron del Gran Ducado de Poznan se instalaron en la Galitzia, donde el jesuita P. Teófilo Baczynski, expulsado por los prusianos, demandó a su amigo Bojanowski algunas Hermanas para un asilo. Fue en 1861. Así comenzó la expansión enorme que las hermanas tuvieron. Acompañadas de la superiora Matilde Jasinska, las tres comenzaron una labor apostólica distante y pronto aumentaron en número.

Con todo, una pena le vino y se consolidó, como efecto de las circunstancias. La división impuesta por las potencias ocupantes de Polonia fue la causa de que, ya desde los primeros años, el Instituto de las Hermanas hubo de organizarse en formas independientes, como distintos Institutos, para poder instalarse en otras regiones. En 1846 la revolución de Cracovia contra los rusos había dado ocasión a Rusia para anexionarse la República, declarada provincia suya. Las otras potencias, Prusia y Austria, hicieron lo mismo en la revolución de 1863. En ambas zonas de influencia trabajaban ya algunas hermanas. Sus casas quedaron desgajadas e independientes para poder sobrevivir, por imposición de las autoridades. Era cuestión de acomodarse o desaparecer. Las hermanas que abrían un asilo o una obra en una zona tenían obligación de declarar su independencia con respecto al lugar de donde procedieran.

Edmundo entendió que era un mal; pero su celo le decía que lo primero era hacer el bien a tantos indigentes como necesitaban la ayuda de las hermanas. Lo otro era secundario y tal vez con el tiempo se arreglara. Cuatro fueron los grupos independientes, con sus Superioras autónomas y con su red de casas organizadas. Es decir, se formaron cuatro Institutos y un único corazón, que era el fundador mientras vivió y su recuerdo y espiritualidad cuando le llegó la hora de la partida. Con todo, una

secreta intuición le dijo que algún día llegaría en que su obra volvería a unificarse, tal vez cuando la hora de la patria unida fuera un sueño hecho realidad, o cuando Dios, que nunca tiene prisa, determinara. Esa hora llegó siglo y medio más tarde, pues fue en 1991 cuando se formalizó la Federación de las 3.500 Siervas de la Inmaculada Madre de Dios, extendidas por 15 países del mundo. Seguramente Edmundo, que pronto sería beatificado en la tierra (lo fue en 1999), se sonrió desde el cielo.

Las dificultades con algunos sacerdotes, animadores de diversos asilos, y la situación de desconfianza que a veces le manifestaban por ser él un laico que inspiraba una obra tan grandiosa, le movieron a revivir su pensamiento de ordenarse como sacerdote del Señor para consumar la obra. Él había vivido entregado a las obras de misericordia y nunca había pensado en formar una familia, pues quería estar libre para entregarse a los más pobres. Tuvo que vencer su humildad, pero consejos amigos le dijeron que Dios tiene sus momentos y tal vez el de su ordenación se acercaba como apoyo y ayuda a su Instituto creciente. Fue así como Edmundo Bojanowski creyó llegado el momento de dar un paso más en su vida. Por eso se decidió a ingresar en el seminario y consagrar a sus Hermanas, que empezaban a extenderse mucho, los últimos años de su vida.

En su *Diario,* ya entre 1856 a 1858, apuntaba ideas sobre la belleza del sacerdocio y sobre la posibilidad de caminar en esa dirección. En 1866 confiaba a un amigo:

> «Desde la juventud he sentido siempre la vocación al sacerdocio, pero nunca como ahora siento tanto la inspiración de hacerla realidad, pues la Congregación de las Hermanas es cada vez más grande. He intentado desde hace poco llegar a esta meta, mas no he logrado acertar, seguramente porque ya me hallo entrado en años» (A. Brzezinski, *Recuerdos de Edmundo Bojanowski).*

Tenía, cuando esto decía, ya 52 años, demasiados para su salud, que siempre había sido tan precaria, y para las muchas tareas que se había impuesto trabajando por los pobres.

En marzo de 1868 cayó enfermo y se temió por su vida. El obispo lo podría haber ordenado, pues conocía su vocación, su cultura enorme y la trayectoria de su vida. Pero tenía el inconveniente, para aquel entonces insuperable, de que no sabía el suficiente latín como se exigía. Y además tenía 54 años. Con todo,

sanó, o mejoró, y, al sentirse más fuerte, decidió avanzar hacia la meta de la ordenación sacerdotal. Ingresó en el Seminario de Gniezno. En el tiempo en que permaneció en él, acudía a las lecciones con toda sencillez, él que tenía que decir mucho a los demás. Vistió el hábito talar y durante meses todo parecía caminar conforme a sus deseos.

Pero Dios tiene siempre caminos misteriosos. De nuevo enfermó, y esta vez con una fuerte pulmonía, que por entonces era mortal. Tuvo de nuevo que salir del Seminario el 2 de mayo de 1870 por algún tiempo. Era el corte a un sueño que le había cautivado. Se dirigió a Gorka Duchowna, acogido por su amigo el párroco Estanislao Gieburowski, con quien continuó el estudio del latín y de la teología sacramental. Pero algo en su interior le dijo que ya su barco avanzaba en la última singladura hacia el puerto definitivo, y éste no era el altar sino el sepulcro. El año que pasó con su amigo y protector le sirvió para ayudar en la parroquia todo lo que pudo. Llevó una vida intensa de estudio, pero también de obras de caridad, de ardiente oración y frecuencia sacramental. Su salud no mejoraba, pues las ráfagas de mejoría eran ocasionales. Se consolaba con la oración, a la sombra del Santuario de Nuestra Señora de la Consolación que era precisamente el lugar junto al que se hallaba la parroquia.

Unos días antes de morir confesó a Don Gieburowski: «Piensa que el Señor ha querido que muera en el estado laical». Las últimas semanas tuvo que guardar cama con frecuencia. En su *Diario* registró sólo unas diez veces el poder acercarse a la iglesia parroquial. A la Hermana que le estaba asistiendo, pues su Instituto nunca le dejó solo, le decía en sus últimos días: «Querida Hermana: amad, amad, el Espíritu Santo hará el resto».

El 7 de agosto de 1871, a las 9,30 de la noche, Edmundo Bojanowski terminó su vida terrena allí, en Gorka Duchowna (Poznan). Su último suspiro llegó después de unos días de empeoramiento de sus pulmones deteriorados. Su última mirada fue para el santuario de la Virgen, su última plegaria la dirigió por sus huérfanos y enfermos. Y su mejor recuerdo para las Hermanas de la Inmaculada, por cuya obra había dado lo mejor de su vida.

Dejaba un Instituto extendido por las tres naciones que se repartían su patria polaca: Austria, Prusia y Rusia. Pero era una

obra sana y fuerte que seguía creciendo y era cada vez más admirada y apreciada. Dejaba dos noviciados en marcha, 197 hermanas y 40 centros. Con el tiempo la obra siguió creciendo y el siglo XXI amaneció con unas 3.500 hermanas en cuatro Institutos federados, desde 1991, en una unidad de acción y espíritu.

Su cuerpo fue enterrado en Zabikowo, cerca de Poznan. Su recuerdo fue especialmente venerado entre sus Hermanas de la Inmaculada. Su contemporáneo, el padre Antonio Brzezinski, escribió a su muerte:

> «Desde la admiración por las buenas obras que hizo en el secreto de su corazón, bien se puede decir que es el San Vicente de Paúl de estos tiempos. Su misericordia para con los pobres y las muchas limosnas que daba le hacían admirable. Sólo Dios sabe de dónde sacaba todo lo que lograba recoger para los necesitados».

El 13 de junio de 1999 el papa Juan Pablo II, su compatriota, le declaraba Beato en la misma Varsovia en su séptimo viaje a la nación. En la homilía con la que ensalzó su figura, ante más de medio millón de asistentes, dijo de él:

> «El apostolado de la misericordia llenó su vida. Este terrateniente de Wielkopolski, dotado por Dios con talentos espirituales singulares, supo hallar en la profundidad espiritual su santificación, a pesar de su salud delicada, con energía y constancia, con prudencia y generosidad... Siendo laico, fundó una Congregación de Siervas de la Inmaculada Virgen María. Quedará siempre en la Historia como el modelo de hombre cordialmente bueno, que por amor de Dios y de los hombres supo unir con eficacia en su entorno los medios para hacer el bien. Su acción fue un precedente de mucho de lo que el Concilio Vaticano II formuló sobre el apostolado de los seglares. Su excepcional ejemplo de trabajo generoso y sabio en favor del hombre, de la Patria, de la Iglesia, nunca será olvidado».

PEDRO CHICO GONZÁLEZ, FSC

Bibliografía

BASO, M., *Il Buon Samaritano che nelle strade del mondo dà la mano all'uomo d'oggi* (Roma 1955).

BOVE, C., OFM, *In punta di piedi. A servizio dei poveri* (Roma 2000).

NIEDŹWIECKA, Z., *Edmund Bojanowski Prekursor Soboru Watykanskiego II (Edmundo Bojanowsky, precursor del Concilio Vaticano II)* (Wroclaw 1985).

SZELEGIEWICZ, A., *Edmund Bojanowski i jego dzielo (Edmundo Bojanowski y su obra)* (Warsazwa-Lublín 1966).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTA AFRA
Mártir († 304)

No hay dudas de que hubo una mártir llamada Afra, que en la persecución de Diocleciano sufrió martirio en Augsburgo, donde es venerada. Recoge su memoria el Martirologio Jeronimiano, y su sepulcro lo visitó Venancio Fortunato el año 565. A esta noticia escueta y en el fondo suficiente se vinieron luego a agregar leyendas, que no parecen anteriores al siglo VIII y en las que es difícil discernir qué datos pueden pertenecer a la historia. El nuevo *Martirologio romano* acepta que Afra fue, en primer lugar, una pecadora y que convertida a Cristo, aún no bautizada, confesó la fe y fue martirizada siendo quemada viva. No todos los hagiógrafos aceptan estos datos de la conversión desde una vida disoluta y el martirio por el fuego. En los calendarios de Augsburgo de los siglos XI-XII se la presentaba como virgen, es decir, se ignoraba su pretendida condición de mujer pública antes de su conversión. Igualmente parece legendaria la memoria, unida a la de Afra, de su madre Hilaria y de sus criadas Digna, Eumenia y Euprepia, martirizadas con Afra, que el anterior *Martirologio* celebraba y que del actual ha desaparecido, así como el detalle de que su conversión se debió a la predicación de San Narciso.

SAN VICTRICIO DE RUÁN
Obispo († 410)

Debió nacer hacia el 330 en el país de los Morinos, entre Alemania y Bélgica. De joven se hizo militar y llevaba unos veinte años en el ejército cuando, siendo césar Juliano el Apóstata, depuso las armas de forma pública, rogando se le levantara el juramento militar. Pero fue puesto bajo tortura y luego condenado a muerte, aunque la condena no se cumplió. Tras su abandono del ejército parece que se dedicó a ampliar su cultura cristiana, y no parece que se hiciera monje, como algunos han querido. Sobre el año 385 fue elegido obispo de Ruán, una ciu-

dad que sintió profundamente la influencia benéfica de su pastor. Todos los miembros del pueblo de Dios intensificaron bajo él su vida cristiana. El clero, las vírgenes consagradas, los monjes y un número muy grande de fieles daban señales de intensa espiritualidad. Logró reunir un número importante de reliquias de santos que sirvieron de acicate a la devoción popular. Consta una entrevista de Victricio con su coetáneo San Martín de Tours.

Notable fue la labor evangelizadora de Victricio. Su campo fue la región de los Morinos y de los Nervos. Logró convertir a muchas personas, erigió iglesias y monasterios y formó sólidas comunidades cristianas. Los obispos de Gran Bretaña lo llamaron para conocer su parecer sobre determinados asuntos. Se ha dicho que conoció en este viaje al entonces adolescente San Patricio.

Acusado de apolinarismo, para defenderse fue personalmente a Roma, en febrero del año 404, siendo papa Inocencio I. San Paulino se lamentó de que no hubiera querido llegarse hasta Nola. Inocencio lo acogió, creyó en la pureza de su fe, y le envió una carta con normas sobre diferentes asuntos eclesiásticos. Como el año 409 ya no se le menciona en la carta de San Paulino de Nola que habla de los prelados insignes de las Galias, se ha supuesto con fundamento que estaba muerto para esa fecha. Su nombre no se contó entre los santos del Martirologio hasta que lo introdujo Baronio, pero no sin base, pues es seguro que en el siglo IX ya tenía culto cuando sus reliquias fueron trasladadas a Soissons.

BEATO JORDÁN FORZATÉ

Abad († 1248)

En el seno de la noble familia Forzaté Transelgardi nace Jordán en Padua el año 1158. Su ida al monasterio de San Benito en las afueras de la ciudad no fue movida por la vocación religiosa sino porque huyendo del pavoroso incendio que destruyó más de media ciudad se refugió en él. Pero una vez allí el joven de 15 años que era Jordán encontró sumamente atractiva la vida religiosa. Profesó en el monasterio y en él siguió de monje mu-

chos años, hasta que sus buenas cualidades le trajeron el ser nombrado prior del mismo y como tal reconstruyó el monasterio haciendo un doble edificio, uno para los monjes y otro para las monjas, convenientemente divididos entre sí por un alto muro. Otros monasterios similares se harían por toda la diócesis paduana. No tuvo inconveniente en participar en la vida ciudadana como incansable fomentador de la paz, y por ello aceptó el ser consejero del municipio paduano, alcanzando un gran prestigio y respeto social. Procuró evitar la caída de Padua en manos de Ezzelino Romano, y cuando el 25 de febrero de 1237 la ciudad fue efectivamente ocupada por el tirano, Jordán dejó la ciudad y se retiró al castillo paterno de Montemerlo. Su prestigio dentro de la Iglesia fue también grande y los papas Inocencio III y Gregorio IX le confiaron delicadas misiones. Tras la muerte en Padua de San Antonio, Jordán intervino activamente en su proceso de canonización. Apresado y conducido ante Ezzelino, éste lo acusó de procurar su caída y lo mandó a prisión al castillo de San Zenón, sin que la intervención del obispo y del clero de Padua fuera suficiente a liberarlo. Dos años más tarde, el emperador Federico II quiso verlo y fue encomendado al patriarca de Aquileya, de cuyas manos huyó al monasterio cisterciense La Celestia, de Venecia, donde moriría el 7 de agosto de 1248, sin haber podido volver a Padua. Sus virtudes religiosas y sus insignes dotes están atestiguadas por todos sus contemporáneos. Llevado su cuerpo a Venecia, fue enterrado en la iglesia de San Benito y tenido enseguida por santo.

BEATO VICENTE DE ÁQUILA

Religioso († 1504)

Vicente nace en Áquila, Italia, el año 1430 o poco después, en el seno de una familia sinceramente cristiana que le proporcionó una religiosa educación. En ese clima surge su temprana vocación al estado religioso e ingresa en el convento de San Julián, de su propia ciudad, en la rama de los franciscanos observantes, de cuyo espíritu de fiel seguimiento de la Regla franciscana se empapa enseguida, y profesa los votos religiosos en

calidad de hermano lego. Su vida estuvo dedicada a los quehaceres propios de su condición de hermano, haciéndolo todo con tal entrega y perfección que muy pronto fue tenido por un ángel en la tierra. Dio pruebas de admirables virtudes, como la paciencia ante quienes lo trataron con desprecio, y muy pronto circuló el rumor de que tenía el don de profecía y el de milagros. Sorprendía también por los éxtasis con que el Señor le regalaba en la oración. Perseveró hasta los setenta y tantos años que tenía al tiempo de su muerte en la más perfecta observancia de la Regla y la espiritualidad franciscanas, dejando a todos el buen olor de Cristo. Murió en el convento de San Julián de Áquila el 7 de agosto de 1504. Su culto fue confirmado por el papa Pío VI el 19 de septiembre de 1788.

BEATOS AGATÁNGELO DE VENDÔME (FRANCISCO) NOURRY Y CASIANO DE NANTES (GONZALO) VAZ LÓPEZ-NETTO

Presbíteros y mártires († 1638)

Al rey Basílides de Etiopía, que finalmente condenó a muerte a estos dos misioneros, se le ha comparado con Poncio Pilato. Estaba convencido de que los dos religiosos no merecían la muerte, trató de salvarlos, pero, amenazado de que podría ser depuesto si no los condenaba, se avino cobardemente a dictar sentencia capital contra ellos. Los mártires fueron llevados al pie de un árbol para ser ahorcados, y, no habiendo cuerda a disposición de los verdugos, los propios misioneros ofrecieron su cordón franciscano y con él fueron colgados. Mientras les colgaban, el metropolitano copto les tiró una piedra en señal de desprecio y entonces toda la turba asistente también apedreó a los mártires, que, consumado su sacrificio, fueron al encuentro de Cristo. Era en Gondar, Etiopía, el 7 de agosto de 1638. Demos ahora sus datos personales y luego digamos cuál fue su obra, la que les llevó al martirio.

AGATÁNGELO DE VENDÔME era el nombre que había adoptado en religión Francisco Nourry, nacido en Vendôme, Francia, el 31 de julio de 1598. Educado cristianamente, a los 16 años ingresa en la Orden capuchina, en la que profesa, y hechos

los estudios en Rennes, se ordena sacerdote. Destinado a Palestina, tiene como residencia el convento capuchino de Alepo, donde, ante todo, debe dedicarse al estudio de la lengua árabe mientras hace apostolado entre los franceses, los italianos y otros cristianos que se hallaban en la ciudad. Cultiva la amistad con los turcos, a los que expone el cristianismo, buscando que el conocimiento mutuo llevara a la paz y la tolerancia. También trabajó buscando la adhesión al catolicismo de los hermanos separados. Se acredita como excelente misionero. En 1631 es enviado a Menfis, Egipto, donde prosigue su labor misionera, tratando también de atraer al catolicismo a los coptos. Y en 1633 es enviado a El Cairo para hacerse cargo de una misión que hasta entonces no ha tenido éxito. Se le unen tres misioneros franceses, uno de ellos el P. Casiano de Nantes. Su propósito será procurar la unión de la Iglesia copta con Roma por medio del diálogo y la conciliación. Logran que el patriarca Mateo les abra sus propias iglesias para que en ellas el P. Agatángelo pueda celebrar la misa y predicar. Algunos coptos se pasan a la Iglesia católica. En 1636 el P. Agatángelo y otro misionero hacen un largo viaje al monasterio de Dair Antonios, en la Baja Tebaida, a fin de ganar influencia entre los monjes coptos, pues de entre ellos se elige a los obispos. Fueron bien recibidos y en su diálogo dos miembros de la comunidad se hicieron católicos; Agatángelo los dejó allí por si podían atraer a otros compañeros a su misma decisión. Por este mismo tiempo los católicos fueron autorizados a oír la misa en las iglesias coptas y los sacerdotes a celebrar la misa en ellas, lo que no fue bien visto por Roma pero sí por el clero y los fieles de Palestina y Egipto. El sínodo copto de 1637 abordó el tema de la unión con Roma, pero la vida escandalosa de algunos católicos fue un obstáculo insalvable, y el P. Agatángelo no pudo negar la existencia de dichos escándalos. Y fue entonces cuando decidió salir para Etiopía con el P. Casiano.

CASIANO DE NANTES era el nombre religioso de Gonzalo Vaz López-Netto, nacido el 15 de enero de 1607 en la ciudad francesa de Nantes en el seno de una familia portuguesa. Intentó entrar en la Orden capuchina cuando aún no tenía quince años, pero hubo de aguardar a tenerlos para empezar su novi-

ciado, profesando el año 1623. Hechos los estudios teológicos y ordenado sacerdote, se distinguió por su celo y caridad en la epidemia padecida por la ciudad de Rennes en 1631, y al poco es destinado a la Misión de Egipto, llegando al convento de Menfis. Aquí es agregado a la Misión de Etiopía, ya que dominaba varias lenguas orientales.

Ambos misioneros, con cartas del patriarca para el rey Basílides, se ponen en marcha hacia la frontera etíope, y se disfrazan de monjes coptos, pero el guía que los acompaña los traiciona y son detenidos y arrestados en Dibarua. Al registrar su equipaje se encuentran las cartas y los ornamentos católicos. Llevados a la cárcel, la hermana del gobernador de la prisión siente compasión de ellos y les envía comida cada día pero ellos habían decidido ayunar como preparación al martirio, y sólo aceptan el pan, y ayunan de este modo a pan y agua. Llevados a Gondar, comparecen ante el rey, que quiere salvarlos, y le dicen que han venido a proponer la unión de la Iglesia etíope con la Iglesia romana, pero el obispo copto Marcos —que en El Cairo fue amistoso con los misioneros y aquí se les puso en contra— y la corte instan a la plebe a que exija el castigo de los misioneros e incluso suene la amenaza de que el rey será depuesto si no lo hace. Propone el rey que sean azotados y expulsados los misioneros, pero esto no calma las protestas. Llama de nuevo a su presencia a ambos religiosos y les propone la apostasía del catolicismo como forma de salvar la vida, a lo que fray Casiano, que entiende la lengua, responde en nombre de los dos que ellos están dispuestos a morir fieles a la fe católica. El rey se ve obligado a condenarlos a muerte. Los dos confesores de la fe fueron solemnemente beatificados por el papa San Pío X el 1 de enero de 1905.

BEATOS MARTÍN DE SAN FÉLIX (JUAN) WOODCOCK, EDUARDO BAMBER Y TOMÁS WHITAKER

Presbíteros y mártires († 1646)

El 7 de agosto de 1646 fueron ahorcados, destripados y descuartizados en Lancaster, Inglaterra, los mártires Juan Wood-

cock, religioso franciscano con el nombre de fray Martín de San Félix, y Eduardo Bamber y Tomás Whitaker, sacerdotes seculares. Los tres sacerdotes habían sido declarados traidores por el crimen de su fe y su sacerdocio.

JUAN WOODCOCK, llamado también John Farringdon o Thompson, había nacido en Clayton-le-Woods, junto a Preston, en Lancashire, el año 1603, en un hogar religiosamente mixto, pues su padre era protestante y su madre era católica. Decidido por el sacerdocio, y luego de haber estudiado en St. Omer y en Roma, entró en la Orden franciscana en Douai en 1631, profesando los votos religiosos y ordenándose sacerdote. Vivió un tiempo en Arrás como capellán de Mr. Sheldon. Pasó luego a Inglaterra, donde trabajó con celo y eficacia, pero su precaria salud le obligó a volver al continente, nuevamente al convento de Douai. Pero cuando supo del martirio del P. Enrique Heat y oyó a un capuchino celebrar la gloria del martirio, se inflamó en el deseo de padecer por Cristo y pidió ser devuelto a la misión inglesa, a la que volvió en 1644. A la noche siguiente a su llegada fue arrestado y pasó dos años en un calabozo del castillo de Lancaster. Llevado a juicio en agosto de 1646, fue acusado y condenado como traidor. No se le permitió hablar antes de ser ejecutado. Estaba vivo cuando se empezó en él la horrible carnicería.

EDUARDO BAMBER, llamado también Reding, había nacido en The Moor, Lancashire, en el seno de una familia acomodada el año 1600. Estudió en el Colegio Inglés de Valladolid y luego pasó al de Douai donde se ordenó sacerdote. Vuelto a Inglaterra, fue enseguida arrestado y desterrado, pero habiendo regresado trabajó con admirable celo y constancia sobrehumana en la misión encomendada. Dos veces había sido ya arrestado y había logrado escaparse, cuando finalmente se le capturó y llevó al calabozo del castillo de Lancaster donde pasaría tres años. Llevado a juicio, dos antiguos católicos atestiguaron que lo habían visto ejercer las funciones sacerdotales. Camino del suplicio convirtió y absolvió a un delincuente llamado Croft. Al subir al patíbulo tiró unas monedas a la multitud, diciendo que Dios ama al que da con alegría. Cuando lo bajaron para destriparlo aún estaba vivo.

TOMÁS WHITAKER nació en Burnley, Lancashire, hijo de un maestro de escuela, en 1613. Estudió filosofía y teología en Valladolid, donde se ordenó sacerdote, y pasó a la misión inglesa en 1638. Arrestado, logró escaparse medio desnudo y huía por sitios desconocidos y de noche cuando un católico lo acogió. Reemprendió con gran ardor su tarea apostólica, en la que pudo perseverar hasta que de nuevo fue capturado en 1643 y llevado a la cárcel, donde padeció muchísimo con gran paciencia y serenidad. Juzgado y condenado como traidor, le impactó muchísimo la vista del cadalso, lo que fue aprovechado para invitarle insistentemente a la apostasía. Pero ayudado por la gracia de Dios, mantuvo incólume su fe y dijo que él moría como sacerdote en defensa de su fe. Su compañero de martirio, Bamber, le dio ánimo.

Los tres fueron beatificados el 22 de noviembre de 1987.

BEATO NICOLÁS POSTGATE

Presbítero y mártir († 1679)

Nació en 1597 en Egton Bridge, Yorkshire, en el seno de una antigua familia católica. Educado con mucho esmero, optó por el sacerdocio e ingresó en el seminario de Douai el 11 de julio de 1621, y terminados los estudios se ordenó sacerdote el 20 de marzo de 1628. Salió para la misión inglesa el 29 de junio de 1630 y pudo trabajar con entrega y éxito apostólico en su condado natal, siendo su ordinario sitio de estancia las cercanías de Whitby. También vivió con los Hungates en Saxton y actuó como capellán de lady Dunbar y atendió también religiosamente a otras familias, y se dice de él que logró convertir a unas mil personas.

Tras cuarenta años de ejercicio fructuoso del ministerio, vino a ser delatado por dinero y cogido preso en casa de Matthew Lythis, y fue interrogado por sir William Carey. Reconoció haber vivido sucesivamente en las casas de lady Hungate y de lady Dunbar y luego aquí y allá con algunos amigos. Reconoció ser suyos algunos objetos religiosos que se le encontraron pero dijo que quienes se los habían dado ya estaban muertos. Y al preguntársele por qué había usado algunos alias dijo que eran

los apellidos de sus bisabuelos. Cuando le preguntaron si era sacerdote católico respondió que eso tendrían que probarlo. En el juicio se le acusó y condenó por ser sacerdote católico y fue ejecutado en York el 7 de agosto de 1679, siendo beatificado por el papa Juan Pablo II el 22 de noviembre de 1987.

SAN MIGUEL DE LA MORA

Presbítero y mártir († 1927)

Miguel de la Mora nació en Rincón del Tigre, Jalisco, México, el 19 de junio de 1874 en un rancho, en el que creció y en el que al llegar a la adolescencia colaboró en las faenas del campo, pero sintiendo la vocación sacerdotal, ingresó en el seminario de Colima y, completados los estudios, se ordenó sacerdote el año 1906. Destinado unos años al ministerio parroquial en varias parroquias, en 1912 cuando se constituye el cabildo catedral es nombrado como uno de sus capellanes. Dos años más tarde es enviado a la pastoral directa en Zapotitlán, donde está hasta 1918, siendo ejemplar su conducta y fructuoso su apostolado. Regresa de nuevo a la catedral, y cumple con mucha exactitud sus deberes, especialmente la atención al confesonario, y era llamado a la cabecera de muchos enfermos. Se le hace director espiritual del colegio femenino «La Paz» y director diocesano de las Obras Misionales Pontificias.

Llegada la persecución, se ocultó prudentemente en su casa, pero enfrente vivía un general que, al comprobar que su vecino sacerdote estaba en su casa, mandó prenderlo. Salió libre bajo fianza pero con la condición de que se presentara diariamente en jefatura, y se le presionó para que abriera al culto la catedral pese a la prohibición episcopal, a lo que él se negó. Le dio miedo sentirse débil ante las presiones y decidió huir del pueblo. Fue reconocido en Cardona y arrestado, siendo devuelto a Colima. Mandó el general que lo fusilaran de inmediato, como así hicieron, siendo enterrado en una fosa del cementerio local desde la que, años más tarde, fue llevado su cuerpo a la catedral. Fue canonizado el 21 de mayo de 2000 por el papa Juan Pablo II.

8 de agosto

A) Martirologio

1. La memoria de Santo Domingo († 1221), presbítero, fundador de la Orden de Predicadores, cuyo tránsito fue en Bolonia el día 6 de este mes **.

2. En Albano, en la Vía Apia, santos Segundo, Carpóforo, Victorino y Severiano, mártires († s. III-IV).

3. En Roma, en la Vía Ostiense, santos Ciriaco, Largo, Esmeraldo, Crescenciano, Memmia y Juliana, mártires († s. IV).

4. En Tarso de Cilicia, San Marino de Anazarbo († 303), mártir.

5. En Milán (Liguria), San Eusebio († 462), obispo.

6. En Vienne (Galia), San Severo, presbítero († s. V).

7. En Burdeos (Aquitania), San Múmmolo († 678), abad de Fleury.

8. En Cícico (Helesponto), San Emiliano († s. IX), obispo, defensor de las sagradas imágenes *.

9. En Göttweig (Austria), San Altmán († 1091), obispo de Passau *.

10. En Gallese, junto a Viterbo (Toscana), San Famián († 1150), monje cisterciense *.

11. En Londres (Inglaterra), Beato Juan Felton († 1570), mártir bajo el reinado de Isabel I **.

12. En York (Inglaterra), Beato Juan Fingley († 1586), presbítero y mártir bajo Isabel I. Con él se conmemora al Beato Roberto Bickendike, mártir bajo el mismo reinado *.

13. En Xixiaodun (China), San Pablo Ke Tingzhu († 1900), mártir *.

14. En Zamora, Beata Bonifacia Rodríguez Castro († 1905), virgen, fundadora de la Congregación de Siervas de San José **.

15. En Sydney (Australia), Beata María de la Cruz (María Elena) McKillop († 1909), virgen, fundadora de la Congregación de Hermanas de San José y del Corazón de Jesús **.

16. En Poggio Caiano (Italia), Beata María Margarita (María Ana Rosa) Caiani († 1921), virgen, fundadora de las Terciarias Franciscanas Mínimas del Corazón de Jesús **.

17. En El Saler (Valencia), Beato Antonio Silvestre Moya († 1936), presbítero y mártir *.

18. En Valencia, beatas María del Niño Jesús Baldillou Bullit, y sus compañeras Presentación de la Sagrada Familia (Pascuala) Gallén Martí, María Luisa de Jesús Girón Romera, Carmen de San Felipe Neri (Nazaria) Gómez Lezaun y Clemencia de San Juan Bautista (Antonia) Riba Mestres († 1936), vírgenes, del Instituto de Hijas de María de las Escuelas Pías, mártires **.

19. En Gusen (Alemania), Beato Vladimiro Laskowski († 1940), presbítero y mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTO DOMINGO DE GUZMÁN

Presbítero y fundador († 1221)

Nació en Caleruega (Burgos), a fines de 1171. Su padre se llamaba Félix de Guzmán, «venerable y ricohombre entre todos los de su pueblo». Y era de los nobles que acompañaban al rey en todas sus guerras contra los moros. Y muy emparentado con la nobleza de entonces. Su madre, la Beata Juana de Aza, era la verdadera señora de Caleruega, cuyo territorio pertenecía a los Aza por derecho de behetría. Mujer verdaderamente extraordinaria, era querida y respetada por todos, muy caritativa, sinceramente piadosa y siempre dispuesta a sacrificarse por la Iglesia y por los pobres. De ella recibió Domingo su educación primera.

Hacia los seis años fue entregado a un tío suyo, arcipreste, para su educación literaria. Y hacia los catorce fue enviado al Estudio General de Palencia, el primero y más famoso de toda esa parte de España, y en el que se estudiaban *artes liberales,* es decir, todas las ciencias humanas, y sagrada teología. A esta última se dedicó Domingo con tanto ardor que aun las noches las pasaba en la oración y el estudio sobre todo de las Sagradas Escrituras y de los Santos Padres. Sobre estos textos sagrados iba él organizando en sus cuadernos una síntesis ordenada de toda la doctrina teológica.

Vivía solo, con su pequeño mobiliario y sus libros. Y así podía distribuir mejor su tiempo en el día y en la noche. Para mayor mortificación suprimió el vino, que en su casa tomaba. Suprimir el sueño para estudiar no era para él mortificación, sino gozo, pues la doctrina sagrada le embelesaba. Por eso su estudio tenía tanto de oración y de meditación como de estudio propiamente dicho. Tenía fama de vivir tan recogido, que más bien parecía un viejo que un joven de dieciocho o veinte. Su vida anterior le había preparado para ello, tanto en su propia casa como en la de su tío el arcipreste.

Por aquellos tiempos de guerras casi continuas con los moros y entre los mismos príncipes cristianos, con arrasamientos de campos, de pueblos y ciudades, con dificultades enormes para traer de fuera lo que en un pueblo o en una región faltaba,

eran, como no podía por menos de suceder, frecuentes las hambres, y en ciertos momentos espantosas. Por toda la región de Palencia se extendió una de esas hambres terribles que llevaban a la muerte muchas gentes. Domingo convirtió su cuarto en una *Limosna,* como entonces se decía, o sea en un lugar donde se daba todo lo que había y todo lo que se podía alcanzar. Y, claro está, en esa su habitación no quedaron bien pronto más que las paredes. ¡Ah! Y los libros en que Santo Domingo estudiaba, su más preciado tesoro. Tan preciado, que de ellos podía depender su porvenir. No había entonces librerías para comprarlos; había que copiarlos o hacerlos copiar; y de estas dos clases eran los libros de Domingo. Pero, además, esos libros suyos estaban llenos de anotaciones y resúmenes dictados por él mismo. Labor, como se ve, de dinero y de trabajo, nada fácil de realizar. ¡Y cómo duele desprenderse de un manuscrito propio —al que se tiene más cariño que a un hijo— para nunca más volverlo a ver!...

Pues cuando a estos libros de Domingo les llegó su vez, ahí está ese tesoro suyo del alma para venderse también. ¿Que el corazón se le desgarra al venderlos? «Pero, ¿cómo podré yo seguir estudiando en pieles muertas (pergaminos), cuando hermanos míos en carne viva se mueren de hambre?». Ésta fue la exclamación de Domingo a los que le reprochaban aquella venta. Y bien vale la exclamación por toda una epopeya. Pero hay todavía más: Domingo vendió cuanto tenía. Pero, ¿y las palabras del Señor: «Amaos como yo os he amado»? ¿Y no quiso el mismo Cristo ser *vendido* por nosotros y para nuestro bien? A la *Limosna,* que Domingo había establecido en su propia habitación, llega un día una mujer llorando amargamente y diciendo: «Mi hermano ha caído prisionero de los moros». A Domingo no le queda ya nada que dar sino a sí mismo. Pues bien: ahí está él; irá a venderse como esclavo para rescatar al desgraciado por el cual se le rogaba.

Estos actos de Domingo conmovieron a Palencia; y entre estudiantes y profesores se produjo tal movimiento de piedad y caridad que se hizo innecesario vender libros ni vender personas, sino que de las arcas, en que se hallaba escondido, salió en seguida dinero suficiente para todo. Y hasta salieron de aquí al-

gunos que luego, al fundar Domingo su Orden, le siguieron, consagrándose a Dios hasta la muerte. Y no sólo por Palencia corrió la voz de estos hechos, sino por todo el reino de Castilla, dando lugar a que el obispo de Osma, don Martín Bazán, que andaba buscando hombres notables para su Cabildo, viniese a Domingo, rogándole que aceptase en su catedral una canonjía.

La aceptación de esta canonjía suponía para Domingo un paso decisivo hacia el ideal de vida apostólica con que soñaba. Estos cabildos regulares bajo la regla de San Agustín, fundados durante el último siglo con espíritu religioso y ansias de perfección, con vida común y pobreza personal voluntaria, eran verdaderas comunidades religiosas, aunque en los últimos tiempos habían decaído mucho. El obispo de Osma, en cosa de seis años, tuvo que sustituir a nueve de sus doce canónigos por inobservantes. Por eso buscaba santos, como el joven Domingo, para sustituirlos. Y fue tan honda la reforma de este Cabildo, que perseveró en su vida de perfección hasta fines del siglo XV, en que todos los cabildos de España se habían ya secularizado. Tenía Domingo unos veinticuatro años cuando aceptó esa canonjía. Y poco después, al cumplir la edad canónica de veinticinco, fue ordenado sacerdote.

Desde el primer momento el canónigo Domingo comenzó a brillar por su santidad y ser modelo de todas las virtudes; el último siempre en reclamar honores, que aborrecía, y el primero para cuanto significaba humillaciones y trabajos. Su virtud atraía. Y, como de él se dijo en su vida de apostolado, nadie se acercaba a él que no se sintiese dulce y suavemente atraído hacia la virtud. Era entonces prior del Cabildo don Diego de Acevedo, elemento importante de esta reforma y sucesor del obispo don Martín a su muerte en 1201. A Domingo debieron elegirle subprior sus compañeros apenas le hicieron canónigo, pues como tal subprior aparece bastante antes de la muerte del obispo Bazán. En 1199 aparece también como sacristán del Cabildo, es decir, director del culto de la catedral. Estos dos cargos obligaron a Domingo a darse más de lleno al apostolado y ser modelo de perfección en todo.

A diferencia de los antiguos monjes, que alternaban la oración con el trabajo manual, los canónigos regulares debían de-

dicarse más de lleno que a la vida contemplativa, al culto divino y a los sagrados ministerios; a éstos, sobre todo, los que para ellos eran especialmente dedicados. Domingo, pues, como subprior del Cabildo y como sacristán, tendría a su cargo la enseñanza de la religión, que en la catedral se daba; la predicación no sólo en la catedral, sino también en otras iglesias que del Cabildo dependían, bautizar, confesar, dar la comunión, dirigir el culto, etc., todo ello junto con una vida de apartamiento del mundo y de pobreza voluntaria, teniéndolo todo en común a imitación de los apóstoles.

El rey Alfonso VIII había encargado al obispo de Osma, don Diego de Acevedo, en 1203, la misión de dirigirse a Dinamarca a pedir para su hijo Fernando, de trece años, la mano de una dama noble. El obispo aceptó. Y por compañero espiritual de viaje escogió a Domingo, subprior suyo, dirigiéndose con él por Zaragoza a Tolosa de Francia. Pero allí observaron que toda esta región, y aun, al parecer, toda Francia, Flandes, Renania, y hasta Inglaterra y Lombardía, estaban grandemente infectadas de perniciosas herejías. Los cátaros, los valdenses o pobres de Lyón, y otras herejías procedentes del maniqueísmo oriental, lo llenaban todo. Tenían hasta obispos propios. Y hasta llegaron a celebrar un concilio, presidido por un tal Nicetas, que se decía papa, venido de Constantinopla. Los poderes civiles, en general, de manera más o menos solapada, les favorecían. Su aspecto exterior era de lo más austero: vestían de negro, practicaban la continencia absoluta y se abstenían de carnes y lacticinios. Negaban todos los dogmas católicos, la unicidad de Dios, la redención por la cruz de Cristo, los sacramentos, etc., etc. Con la afirmación de dos dioses, uno bueno y otro malo, su religión venía a ser solamente una actitud pesimista frente a la vida, de la cual había que librarse por esa austeridad y mortificaciones con las que deslumbraban a las muchedumbres.

Desde San Bernardo, sobre todo, se venía luchando contra ellos sin conseguir apenas resultado alguno. En esta zona de Francia se les llamaba albigenses, por tener en la ciudad de Albi uno de sus centros principales. Providencialmente la misma primera noche de su estancia en Tolosa tuvo Domingo ocasión de encontrarse cara a cara con uno de ellos, su propio huésped,

quedando horrorizado. Le pidió razón de sus errores, y el hereje se defendió como pudo. Y así la noche entera. Hasta que, al fin, el hereje, profundamente impresionado por el amor y la ternura con que le hablaba Domingo, reconoció sus propios errores y abandonó la herejía. A la mañana siguiente Acevedo y Domingo continuaron su viaje a Dinamarca, donde cumplieron bien su misión, aunque el matrimonio, concertado así por poder o por procurador, no llegó jamás a consumarse, a pesar de un segundo viaje hecho en 1205 por los mismos dos embajadores. Los cuales habían descubierto al norte de Europa un mundo no ya de herejes, sino de paganos, con mucho mayores dificultades para su evangelización, mundo que ya no se borrará jamás de su alma.

Vueltos Acevedo y Domingo a Provenza, y conociendo más y más los estragos de la herejía, que todo lo iba dominando, pues se servía de toda clase de armas, la calumnia, el incendio, el asesinato..., decidieron quedarse allí. La lucha entre herejes y católicos era sumamente desigual. Pues, además de que los herejes no reparaban en medios, tenían bandas de predicadores que iban por todas partes propagando su doctrina. Por parte de los católicos, en cambio, sólo podían predicar los obispos o algunos delegados suyos; y algunos, muchos menos, delegados del Papa, pero siempre, y en todo caso, con misiones muy concretas de tiempos y lugares. Además, los herejes apenas tenían otros dogmas que negaciones. Pero, en cambio, alardeaban de practicar a la perfección la moral evangélica y acusaban a la Iglesia de no practicar nada de lo que enseñaba. Para esto se fijaban, sobre todo, en la forma como venían a predicarles los legados pontificios, que solían venir con grande pompa y boato, por creer que lo contrario hacía desmerecer su autoridad.

En el seno de la Iglesia hacía un siglo que se venían haciendo reformas en cabildos catedrales, como hemos visto, y en órdenes religiosas, como la de Cluny, la del Císter y otras. Pero estas reformas no siempre lograban mantenerse en el primer fervor y con frecuencia fracasaban por completo, a poco de haberse iniciado.

Además, estas comunidades, por mucha perfección que practicasen, vivían separadas del pueblo, mientras que los he-

rejes vivían con él mezcladísimos. Por otra parte, al pueblo suelen preocuparle menos los dogmas que la moral, y cree siempre más en las obras que en las palabras. Cuando el obispo de Osma y el subprior llegaron a darse cuenta por completo de la situación, comenzaron a advertir al Papa que no era nada a propósito para combatir a los herejes presentarse como sus legados se presentaban. Entre aquella inmensa corrupción, que lo inundaba todo, comenzaban a sentirse por doquier ansias de verdadera vida evangélica, y se hacía cada vez más claro que para conquistar al mundo, tan extraviado y corrompido, había que volver al modo de predicar y de vivir que los mismos apóstoles practicaron.

En la primavera de 1207 hubo un encuentro en Montpellier entre algunos legados cistercienses del Papa, por una parte, y el obispo de Osma y Domingo, por otra, sobre el sistema a seguir en la lucha contra los herejes. El de Osma renunció a todo su boato episcopal para abrazar con Domingo la vida estrictamente apostólica, viviendo de limosnas, que diariamente mendigaban, renunciando a toda comodidad, caminando, a pie y descalzos, sin casa ni habitación propia en la que retirarse a descansar, sin más ropa que la puesta, etc., etc. Domingo por ese tiempo ya no quería que le llamasen subprior ni canónigo, sino tan sólo *fray Domingo,* y su obispo se había adaptado también perfectamente a esta pobreza de vida.

Con estas cosas el aspecto de la lucha contra los herejes fue cambiando más y más a favor de los católicos. Los misioneros papales aumentaron notablemente en cantidad y calidad, llevando una vida enteramente apostólica y repartiéndose por toda la región en torno a ciertos centros escogidos. Domingo se quedó en un lugarcito llamado Prulla, cerca de Fangeaux, junto a una ermita de la Virgen y algunas pocas viviendas, pero con buenas comunicaciones. *Era ya predicador pontificio y delegado del Papa* para dar certificados de reconciliación con el sello de toda la empresa misional. Este sello contenía solamente la palabra *predicación.* Al jefe de la misión, en este caso a Domingo, se le llamaba *magister praedicationis.* Se fundaron no pocos de estos centros; pero como el personal de la misión, en general, era temporero, a los pocos meses comenzaron a cansarse y se fueron a sus abadías,

quedando en pie solamente el centro de Prulla, que dirigía y sostenía Domingo. Por este mismo tiempo comenzó Domingo a reunir en Prulla un grupo de damas convertidas de la herejía, a las que él fue dando poco a poco algunas normas y reglas de vida, que más tarde se convirtieron en verdaderas constituciones religiosas, calcadas sobre las mismas de los dominicos. Y habiéndose ido a sus abadías los abades cistercienses que formaban el grupo principal de la misión; habiéndose ido, por otra parte, a Osma don Diego de Acevedo para arreglar sus asuntos y volver a Francia, cosa que no pudo realizar por sorprenderle la muerte; habiendo sido asesinado el principal legado del Papa y director de aquella gran misión, las cosas cambiaron súbitamente, y Domingo, cuando más ayudas necesitaba, se quedó solo. El asesinato de Pedro de Castelnau se atribuyó al conde de Tolosa, por lo cual éste fue excomulgado, el Papa exoneró a sus súbditos de la obediencia debida y promovió contra él una cruzada, capitaneada por Simón de Montfort, que marca uno de los períodos más sangrientos y difíciles de toda esta época.

Domingo no era partidario de estos procedimientos; para defender la religión no aceptaba otras armas que los buenos ejemplos, la predicación y la doctrina; por lo cual, cuando toda aquella región era el escenario de una guerra de las más sangrientas, él se recluyó en Prulla, para sostener allí, cuando menos, un grupito de compañeros, que ya tenía, y otro grupo mayor de mujeres convertidas, base del convento de monjas que allí se estaba formando. En 1212 quisieron hacerle obispo de Cominges; pero él rehusó humildemente, alegando que no podía abandonar la formación de esta doble comunidad, en edad tan tierna todavía.

En 1213, calmada un poco la guerra, aparece Domingo predicando la Cuaresma en Carcasona. En esta ciudad, emporio de la herejía, peligraba hasta la vida de los predicadores; se les escupía, se les tiraba piedras y barro, se les dirigía toda clase de insultos y calumnias; y precisamente por eso Domingo tenía a esta ciudad un especial cariño. El obispo le nombró vicario suyo *in spiritualibus,* es decir, en cuanto a la predicación, al confesonario, a la reconciliación de herejes, etc., pero no en causas judiciales o administrativas. Al año siguiente le nombró *capellán suyo,* es decir párroco en Fangeaux (25 de mayo de 1214). En

1215 el arzobispo Auch, con el voto unánime de sus canónigos, quiso hacerle obispo de Conserans, diócesis sufragánea suya. Domingo vuelve a resistirse con invencible tenacidad.

Estando en Fangeaux una noche en oración, parece haber tenido una revelación especial, de la cual, como es natural, no queda documento fehaciente; queda solamente un monumentito de tiempo posterior llamado Seignadou. Y allí parece haber tenido el santo *cierta visión* que le impresionó grandemente. ¿La revelación del rosario? Los santos nunca suelen sacar al público estos secretos. Entrar con más detalles en esto de la fundación del rosario no es cosa nuestra. La tradición, unánime hasta tiempos muy recientes, avalada por gran multitud de documentos pontificios y con multitud de argumentos de toda clase, a Santo Domingo atribuye la fundación del rosario.

Desde 1214 vuelve Domingo a sus continuas andanzas de predicación y apostolado, y en plan verdaderamente apostólico. Los testigos del proceso de su canonización nos ofrecen datos abundantísimos. Nunca iba solo, sino con un compañero por lo menos, pues Jesucristo enviaba a sus discípulos a predicar de dos en dos. Solía llevar consigo un bastón con un palito atravesado en lo alto, como empuñadura. Uno de estos bastones se conserva todavía en Bolonia. Ninguna clase de equipaje ni bolsillos ni alforjas, sino tan sólo, en la única túnica remendada y pobrísima con que se cubría, una especie de repliegue sobre el cinturón, en el que llevaba el Evangelio de San Mateo, las Epístolas de San Pablo y una navajita sin punta, sin duda para cortar el pan duro que pidiendo de puerta en puerta le daban. Iba ceñido con una correa, a estilo de los canónigos de San Agustín a que pertenecía.

Caminaba siempre descalzo. Lo cual dio lugar a que un hereje se le ofreciese en cierta ocasión como guía para conducirle a un lugar desconocido, en que tenía que predicar. Lo llevó por los sitios más malos, llenos de piedras y espinos, de modo que al poco rato Domingo y su compañero llevaban los pies deshechos y ensangrentados. Domingo entonces comenzó a dar gracias a Dios y al guía, porque con aquel sacrificio, decía, era bien seguro que su predicación produciría gran fruto. Y así fue, porque hasta el mismo guía se convirtió.

En los caminos iba siempre hablando de Dios y predicando a los compañeros de viaje. Y cuando esto no era posible se

separaba del grupo y comenzaba a cantar himnos y cánticos religiosos. Cuando el concilio de Montpellier, para diferenciarles de los herejes, prohibió a los predicadores católicos ir descalzos, Santo Domingo llevaba sus zapatos al hombro y sólo se los ponía al entrar en pueblos y ciudades. Ninguna defensa llevaba en sus viajes contra el sol, aun en lo más ardiente del verano, ni contra la lluvia o la nieve. Y cuando llegaba a un pueblo con su túnica de lana empapadísima y le invitaban a que, como todos los demás, se acercase al fuego para secarse, él se disculpaba amablemente yéndose a rezar a la iglesia. A consecuencia de lo cual solía estar lleno de dolores, en los que se gozaba. Sus mortificaciones eran continuas e inexorables. Su camisa estaba tejida con ásperas crines de cola de buey o de caballo, como declaran en su proceso las señoras que se la preparaban. Por debajo de ella tenía otros cilicios de hierro y, fuertemente ceñida a la cintura, una cadena del mismo metal, que no se quitó hasta su muerte. Con cadenillas de hierro también se disciplinaba todas las noches varias veces. No tuvo lecho jamás, y, cuando en sus viajes se lo ponían, lo dejaba siempre intacto, durmiendo en el suelo y sin utilizar siquiera una manta para cubrirse, aun en tiempos de mucho frío. En los conventos, ni celda siquiera tenía, pasando la noche en la iglesia en oración en diversas formas, de rodillas, en pie, con los brazos en cruz o tendido en venia a todo lo largo. Para morir tuvieron que llevarle a una celda prestada. Parcísimo en el comer, ayunaba siempre en las cuaresmas a sólo pan y agua.

Jamás tuvo miedo a las amenazas que los herejes continuamente le dirigían. El camino que desciende a Prulla desde Fangeaux era muy a propósito para emboscadas y asaltos. Y, sin embargo, casi a diario lo recorría Domingo bien entrada la noche. Un día unos sicarios, comprados por los herejes, le esperaban para matarle. Mas providencialmente aquel día no pasó por allí el siervo de Dios. Y, habiéndole encontrado tiempo más tarde, le dijeron que qué habría hecho de haber caído en sus manos, a lo cual Domingo les respondió:

> «Os habría rogado que no me mataseis de un solo golpe, sino poco a poco, para que fuese más largo mi martirio; que fuerais cortando en pedacitos mi cuerpo y que luego me dejaseis morir así lentamente, hasta desangrarme del todo».

¡Qué grandeza! ¡Qué amor a la cruz y al que en ella quiso por nosotros morir!

Dejemos a Domingo seguir en sus ininterrumpidas predicaciones. Por el mes de abril dos importantes caballeros de Tolosa se le ofrecieron a Domingo para seguirle, no como los demás discípulos que le acompañaban, sino incorporándose plenamente con él, con un juramento o voto de fidelidad y de obediencia. Uno de ellos, Pedro Seila, iba a heredar de su padre tres casas en la ciudad de Tolosa, y de aquí salió la primera fundación de dominicos, pues antes del año estaban las tres llenas de gente. El obispo, al aprobarles la fundación, había declarado a Domingo y a sus compañeros vicarios suyos en orden a la predicación, y esto en forma permanente y sin especial nombramiento, cosa hasta entonces completamente desconocida en la historia de la Iglesia. Como no podemos seguir paso a paso esta historia, baste recordar que, cuando, en vez del obispo, sea el Papa el que tome una determinación parecida en orden a Domingo y sus compañeros, la Orden de Predicadores quedará fundada. Los compañeros de Domingo eran todos clérigos y vestían, como él, túnica blanca, como los canónigos de San Agustín. Y Domingo se preocupó inmediatamente de buscarles un doctor en teología que les pusiera clase diaria, a fin de prepararles para la predicación. Primero *doctores* y luego *predicadores.*

Por el mes de noviembre de 1215 celebróse en Roma el IV Concilio de Letrán, el más importante acaso de la Edad Media. En este concilio, canon 13, se prohibió la fundación de nuevas órdenes religiosas. ¿Qué sería de la recién nacida, aunque aún no confirmada por Roma, Orden de Predicadores? El Papa, sin embargo, declaró, como ampliación de ese canon prohibitivo, que admitiría fundaciones con tal de que se acogiesen a una de las antiguas reglas, completada en los detalles por especiales constituciones, para mejor adaptarlas a los tiempos. Esto lo dijo el mismo Inocencio III a Domingo, asegurándole que cuantas constituciones adicionales le propusiese él se las confirmaría. Pero, unos meses después, muere el Papa y es elegido Honorio III. Domingo había reunido a sus hijos el día de Pentecostés de 1216 para redactar esas nuevas constituciones, que son aún hoy la base de las constituciones de la Orden dominicana; pero,

cuando quiso ir a Roma, para que el Papa cumpliese su palabra de confirmárselas, el Papa era nuevo y se resistía a prescindir de un canon del concilio para aprobar una Orden que con tantas novedades se presentaba. Sobre todo lo de la *predicación,* como privilegio concedido a los dominicos sólo por serlo, levantaba por todas partes una grande oposición. Había también en esta nueva Orden otras novedades, por ejemplo, las constituciones hechas por Domingo, a diferencia de las de todas las Órdenes religiosas existentes, eran leyes meramente penales, pues no obligaban a culpa, sino a pena. Además, la doctrina de las dispensas se cambiaba por completo. No sólo se dispensaba una ley por no poder cumplirla, sino también cuando, aun pudiendo, estorbaba a otra ley o precepto de orden superior y más directamente conducente al fin último de la Orden, etc., etc.

El Papa, sin embargo, quería y veneraba mucho a Domingo, y cuanto más le iba tratando, más le veneraba y le quería. Y, al fin, después de algunas vacilaciones y muchas consultas, dio su bula de 21 de enero de 1217, concediéndole a Domingo la confirmación deseada. Y tan amigo de Domingo y protector de su Orden llegó a ser que desde esa fecha hasta 1221, por agosto, en que Domingo expiró, le fueron dirigidos por el Papa sesenta documentos entre bulas, breves, epístolas, etc., llegando a eximirle de pagar los gastos que todos estos documentos debían pagar en la curia pontificia.

Por este tiempo, estando Domingo en Roma, se le aparecieron una noche en oración los apóstoles San Pedro y San Pablo y, entregándole un báculo y un libro, le dijeron ambos a la vez: «Ve y predica». Esto lo refirió el mismo Domingo más tarde a alguno de sus hijos, que lo transmitió a la historia.

Confirmada la Orden, volvió Domingo a Francia, y el 15 de agosto de 1217 reunió a sus dieciséis discípulos en Tolosa, para dispersarles por el mundo contra la opinión de casi todos, incluso algunos obispos amigos. De estos dieciséis dominicos envió siete a París, dándoles por superior al único doctor con que hasta entonces contaba, fray Mateo de Francia, y poniendo, además, entre ellos, dos con fama de contemplativos, uno de éstos su propio hermano. A España envió cuatro. Tres los dejó en Tolosa, y los otros dos se quedaron en Prulla, donde, además de

las monjas, habían comenzado a congregarse hacía algunos años un grupito de discípulos. Poco tiempo más tarde envió también religiosos a Bolonia, al lado de la otra universidad de fama mundial que entonces brillaba.

En 1219 visitó Domingo su comunidad de París, que tenía ya más de treinta dominicos, varios de ellos ingresados en la Orden con el título de doctor. De este modo, no sólo tenían derecho a enseñar, sino que podían hacerlo en su propia casa, que ya entonces estaba establecida en lo que fue después, y vuelve a ser hoy, famosísimo convento de Saint Jacques. En Bolonia le sucedió una cosa parecida, pues en 1220, por la acción del Beato Reginaldo, doctor también de París, y otros varios, que por él habían ingresado en la Orden, la universidad se encontraba en las más íntimas relaciones con los dominicos. Podemos decir que tanto el convento de París como el de Bolonia comenzaron a ser desde el principio una especie de colegio mayor, o, aún más, una sección de la misma universidad, incorporada a ella totalmente.

En 1220 las herejías de cátaros, albigenses, etc., se habían extendido muchísimo por Italia, especialmente por la región del norte. El papa Honorio III, para detener los progresos de la herejía, determinó organizar una gran misión. Pero, en vez de poner al frente de ella algún cardenal como legado suyo, o algunos abades cistercienses, encomendó la dirección a Domingo, no sólo con facultad para declarar misioneros a cuantos quisiese de sus propios hijos, sino también para reclutar misioneros entre los mismos cistercienses, benedictinos, agustinos, etc. Esto era una novedad que, aunque presentida, llamó mucho la atención. Seguir las peripecias de esta gran misión nos es absolutamente imposible. Domingo acabó en ella de agotar sus fuerzas por completo. Venía padeciendo mucho de varias enfermedades, sin querer cuidarse lo más mínimo ni dejar de predicar un solo día muchas veces y a todas horas.

El día 28 de julio por la noche llegó a su convento de Bolonia verdaderamente deshecho y casi moribundo. Pero no quiso celda ni lecho, sino que, como de costumbre, después de predicar a los novicios, se fue a la iglesia a pasar la noche en oración. El 1 de agosto no pudo levantarse del suelo ni tenerse en pie, y

por primera vez en su vida aceptó que le pusieran un colchón de lana en el extremo del dormitorio, y poco después en una celda, que le dejaron prestada, pues en la Orden no hubo nunca dormitorios corridos, sino celditas, en las que cabía un colchón de paja —de lana para los enfermos— y un pupitre para estudiar y escribir. La intensidad de la fiebre le transpone a ratos. Otras veces toma aspecto como de estar en contemplación y otras mueve los labios rezando, otras pide que le lean algunos libros; jamás se queja; cuando tiene alientos para ello habla de Dios, y la expresión de su rostro demacrado sigue siempre dulce y sonriente.

El 6 de agosto habla a toda la comunidad del amor de las almas, de la humildad, de la pureza, condición necesaria para producir grande fruto. Después hace confesión general con los doce padres más graves de la comunidad, que más tarde declararon no haber encontrado en él ningún pecado, sino muy leves faltas.

Después, ante la sospecha, que le sugirieron, de que quisieran llevar a otra parte su cuerpo, dijo: «Quiero ser enterrado bajo los pies de mis hermanos». Y viéndoles a todos llorar, añadía: «No lloréis, yo os seré más útil y os alcanzaré mayores gracias después de mi muerte». Y ante una súplica del prior levantó las manos al cielo, diciendo: «Padre Santo, bien sabes que con todo mi corazón he procurado siempre hacer tu voluntad. He guardado y conservado a los que me diste. A ti te los encomiendo: Consérvalos, guárdalos». Y volviéndose a la comunidad, preparada para rezar las preces por los agonizantes, les dijo: «Comenzad». Y, al oír: «Venid en su ayuda, santos de Dios», levantó las manos al cielo y expiró. Era el 6 de agosto de 1221, cuando no había cumplido aún cincuenta años. Ofició en sus funerales el cardenal Hugolino, legado del Papa, al que había de suceder bien pronto, y que le había de canonizar.

Una de las monjas admitidas por él en el convento de San Sixto, de Roma, hace de Domingo la siguiente descripción, confirmada por el dictamen técnico que sobre su esqueleto se dio en 1945, al abrir su sepultura, por temor de que fuese Bolonia bombardeada:

> «De estatura media, cuerpo delgado, rostro hermoso y ligeramente sonrosado, cabellos y barba tirando a rubios, ojos bellos. De su frente y cejas irradiaba una especie de claridad que atraía el

respeto y la simpatía de todos. Se le veía siempre sonriente y alegre, a no ser cuando alguna aflicción del prójimo le impresionaba. Tenía las manos largas y bellas. Y una voz grave, bella y sonora. No estuvo nunca calvo, sino que tenía su corona de pelo bien completa, entreverada con algunos hilos blancos».

Fue canonizado por Gregorio IX en 1234. Y sus restos descansan en la magnífica basílica del convento de Predicadores de Bolonia, en una hermosísima y artística capilla.

ALBINO GONZÁLEZ MENÉNDEZ-REIGADA, OP

Bibliografía

Acta sanctorum, Augusti, I, 638-658.

BALME, F. - LELAIDIER, P. - COLLOMB, A. I. (eds.), *Cartulaire, ou histoire diplomatique de Saint Dominique,* 3 vols. (París 1893-1901).

GELABERT, M. - MILAGRO, J. M., *Santo Domingo de Guzmán. Su vida, su orden, sus escritos* (Madrid 1947).

MANDONNET, P., *Saint Dominique, l'idée, l'homme et l'oeuvre* (París 1937).

ORTROY, F. VAN, «Pierre Ferrand et les premiers biographes de Saint Dominique»: *Analecta Bollandiana* 30 (1911) 27-28.

PELÁEZ, A., *Cuna y abolengo de Santo Domingo de Guzmán* (Madrid 1917).

SOCIÉTÉ DES BOLLANDISTES (ed.), *Bibliotheca hagiographica latina antiquae et mediae aetatis,* I (Bruselas 1898-1899) n.2208-2236; supl.96 y 95.

• Actualización:

BOUCHET, J.-R., OP, *Saint Dominique* (París 1988).

BUSTOS CASTRO, T. DE, *Santo Domingo de Guzmán, predicador del Evangelio* (Salamanca 2000).

CASTILLO, H. DEL, OP, *Historia general de Santo Domingo y de su orden de predicadores,* 3 vols. Reprod. facsímil (Valladolid 2002).

DIEGO CARRO, V., *Domingo de Guzmán. Historia documentada* (Madrid 1973).

VICAIRE, M.-H., OP, *Historia de Santo Domingo.* Nueva ed. española por A. VELASCO DELGADO (Madrid 2003).

BEATO JUAN FELTON

Mártir († 1570)

El santoral encierra sus sorpresas. Muchas veces tenemos la idea de que es sólo un monótono e interminable desfile de religiosos y religiosas que se santificaron entre las cuatro paredes de su convento. Pero de vez en cuando nos encontramos con que figuran en los altares, expuestos a la veneración de los fieles, quienes, mientras estuvieron en la tierra, participaron de nuestro mismo género de vida y como nosotros contrajeron un

día matrimonio y vieron alegrado su hogar con la sonrisa de un nuevo ser.

Así, por ejemplo, nos ocurre en este día 8 de agosto. El Beato Juan Felton es un ejemplar de santidad seglar, de hombre que en medio del mundo, sin apartarse de él, cultiva las virtudes domésticas, crea un hogar cristiano y sabe luchar con viril entereza por la fe católica que profesa.

Juan Felton pertenecía a la nobleza inglesa, era gentilhombre de una vieja familia de Norfolk, en la costa sudeste de Inglaterra, pero vivía en Southwark, cerca del monasterio cluniacense de Bermondsey. Cuando llegó la hora de formar un nuevo hogar, Juan puso sus miradas en una mujer también noble, unida con personal amistad a la reina Isabel de Inglaterra. Lejos estaban los dos novios, cuando contrajeron matrimonio, de pensar que poco tiempo después Juan habría de ser cruelmente inmolado a causa de aquella reina que tanta simpatía demostraba por la joven esposa.

La vida del matrimonio se desarrollaba plácida. Ambos, íntimamente compenetrados, vivían la paz de su hogar, cultivando las virtudes cristianas. Dios les bendijo enviándoles un niño, a quien pusieron el nombre de Tomás, y que un día habría de imitar, soportando también el martirio, a los veinte años de edad, el precioso ejemplo que le había dado su padre.

Pero... llega el año 1570, y la angustia que con algunas alternativas habían venido sintiendo los católicos ingleses desde la triste separación que Enrique VIII impuso a Inglaterra respecto a la Iglesia, llegó a su colmo. Contra los consejos de moderación que, pese a la leyenda, consta históricamente que Felipe II dio insistentemente, el enérgico papa San Pío V se decidió a dar el paso definitivo: por la bula *Regnans in excelsis,* promulgada el 25 de febrero de 1570, lanzaba la excomunión «contra Isabel, pretendida reina de Inglaterra, y contra sus partidarios». El problema de la fidelidad a su reina y de la fidelidad, al mismo tiempo, a la Iglesia quedaba en rojo vivo para todos los católicos ingleses.

La historia nos da a conocer el furor de la reina al saber esta decisión del Papa. Preludiando lo que tantas veces habría de intentarse, en las más diversas épocas y en los más diferentes paí-

ses, la reina intenta por todos los medios impedir que la bula sea conocida.

Se produce entonces un gesto de audacia. El 25 de mayo de aquel año alguien, antes de que amanezca, se atreve a clavar la bula en la puerta del obispo de Londres. El audaz católico que tal gesto de valentía tuvo se llamaba Juan Felton.

No estaba solo. Le había ayudado en su empresa un tal Lorenzo Webb, doctor en ambos Derechos. Pero Webb supo desaparecer a tiempo. En cambio, a Felton le esperaba el tremendo castigo por su atrevimiento.

En efecto, los policías dirigieron sus pasos hacia la casa de un hombre de leyes, bien conocido como católico, que habitaba en Lincoln's Inn, un barrio del Londres de entonces. Un registro a fondo les permitió encontrar una copia de la bula. Puesto en interrogatorio el dueño de la casa, consiguen arrancarle el nombre de quien se la proporcionó: Juan Felton. Rápidamente vuelan a su casa de Bermondsey y le detienen.

Desde el primer momento se intentó dar al asunto un giro político. Querían a toda costa que Juan confesara que había actuado bajo la influencia política de España, pues bien sabido es que el protestantismo inglés tuvo en su nacimiento una verdadera obsesión antiespañola. Por tres veces fue interrogado, y por tres veces contestó Juan con heroica firmeza que en manera alguna había actuado por otro móvil que no fuera el estrictamente religioso.

Por fin, el 8 de agosto fue entregado al verdugo. Mientras caminaba hacia el lugar de la ejecución, iba recitando los salmos penitenciales. Pronto dieron vista al patíbulo, que había sido levantado precisamente en la misma puerta en la que él había puesto la bula el 25 de mayo. El mártir no pudo contener un estremecimiento al contemplar el patíbulo, pero inmediatamente se rehizo y declaró rotundamente:

> «Sí, he sido yo quien puso ahí la carta del Papa contra la pretendida reina. Y ahora estoy dispuesto a morir por la fe católica».

Tuvo un gesto verdaderamente magnífico. Frente al empeño que tenían sus verdugos de hacer de aquel asunto algo puramente político, él quiso separar rotundamente los dos aspectos: moría por la fe católica, y nada tenía contra la reina, fuera de su

actitud religiosa. Por eso, con gesto elegante, de auténtico noble, se quitó de su dedo un anillo y rogó que se lo llevaran a la reina como un regalo suyo personal.

Hecho esto, se arrodilló y rezó el *Miserere,* encomendando su alma a Dios. Después quedó a disposición del verdugo.

Conocida es la inaudita crueldad que Inglaterra usó con los católicos. A Juan Felton le correspondió el ser descuartizado. Entonces se produjo algo que hemos oído muchas veces en labios de los santos como si fuera una amplificación poética, pero que en este caso tuvo una realidad, testificada por quienes presenciaron el tormento. A medida que le iban descuartizando, Juan continuaba su oración. Y en el momento en que le arrancaban el corazón se le oyó invocar el nombre de Jesús.

Había muerto Juan cual corresponde a un modelo y espejo de hombre católico; ejercitando de una parte la virtud de la fortaleza, no sólo en su valentía al atreverse a dar publicidad de aquella manera a la bula de San Pío V, sino también en la serenidad y valor sobrehumano demostrado en su atroz martirio. Y ejercitando también otra virtud auténticamente viril: la grandeza de ánimo, con la que fue capaz de enviar un obsequio, desde el patíbulo, a la misma reina que le condenaba.

Quedaban en la tierra su viuda y su hijo. Como hemos dicho, Tomás, que al morir su padre contaba dos años, murió dieciocho años después también mártir por su fidelidad a la Santa Sede.

El Beato Juan Felton fue objeto de culto y, por fin, beatificado «equivalentemente», es decir, confirmado su antiguo culto por el papa León XIII en 1886.

PEDRO GARCÍA CASADO

Bibliografía

Butler's lives of the Saints, rev. y refun. por H. THURSTON y D. ATTWATER, I (Londres 1956) 284-285.
CAMM, B., *Lives of the English martyrs,* II (Londres 1905) 1-13.
POLLEN, J. H., «Bd. John Felton»: *The Month* (1902) febrero.

BEATA BONIFACIA RODRÍGUEZ CASTRO

Virgen y fundadora († 1905)

De San José, el padre nutricio de Jesús y el esposo castísimo de María, se dirá con razón que fue el santo del silencio, un silencio acompañado de las mejores obras. No hay una sola palabra suya en los evangelios, solamente sus obras de colaboración pronta y fiel a la obra de Dios. Devotísima de José y seguidora de sus huellas, Bonifacia Rodríguez Castro se santificará en el silencio, entregando a Dios su obra y entregándose a sí misma por completo a la voluntad de Dios. Como ha dicho María Josefa Somoza Lázare, actual superiora general de las Siervas de San José, que ella funda con el P. Francisco Javier Butiñá, SI († 1899), Bonifacia sigue viva en la congregación y en un número creciente de laicas y laicos, que orientan su vida cristiana desde la espiritualidad de Nazaret. Pero no siempre ha sido así. Por muchos años su vida fue silenciada y su presencia ignorada en la congregación. Como el grano de trigo, ha pasado largos años «enterrada», olvidada y sin ser reconocida como fundadora. Ella murió en la comunidad de Zamora el 8 de agosto de 1905, y esa comunidad no estaba incluida en la aprobación pontificia de la congregación, debido a la marginación de que era objeto por parte de las hermanas de la casa matriz de Salamanca. Dos años más tarde de su muerte la casa se incorpora a la congregación. No es hasta 1936 cuando se descubre una caja-archivo enterrada por una hermana, Socorro Hernández, que convivió muchos años con ella en la comunidad de Zamora. Por medio de una biografía manuscrita y otros documentos apareció claro que la fundadora era Bonifacia, y se supo de su silencio y humildad ante las contradicciones y humillaciones. En 1941 se la reconoce oficialmente como fundadora y en 1954 empieza su causa de beatificación, lograda el 9 de noviembre de 2003.

Su nacimiento tuvo lugar en Salamanca el 6 de junio de 1837; hija de Juan y María Natalia, es la mayor de seis hermanos. Era la suya una familia profundamente cristiana. Su padre era dueño de un taller de sastrería. Tiene una infancia normal en un hogar que se va llenando de hijos, y a los quince años tiene la pena de la muerte de su padre. Su madre se ve en la necesidad de hacer frente sola a una familia numerosa, pero de la

que solamente dos hijas llegarán a la edad adulta. Bonifacia tiene que ayudar en la casa y aprende el oficio de cordonera, experimentando en sí misma las duras condiciones de las chicas obreras, con horario agotador y exiguo jornal. Crece en la fe y se hace una chica devota y de gran vida interior.

Logró ahorrar para poder poner su propio taller de cordonería, pasamanería y labores similares. Ella intenta vivir su trabajo con recogimiento, aspirando a vivir la vida de la Sagrada Familia de Nazaret. Se acentúa en ella la devoción a la Virgen Inmaculada y a San José. Cuando en 1865 se casa su hermana, se queda sola con su madre, y ambas deciden incrementar su vida de piedad acudiendo diariamente a la iglesia de la Clerecía, regentada por la Compañía de Jesús. Un grupo de chicas jóvenes se le unieron en la creación de una Asociación de la Inmaculada y San José, llamada posteriormente «Asociación Josefina», en beneficio espiritual y social de las jóvenes obreras. Mientras tanto, Bonifacia maduraba la idea de hacerse religiosa de clausura en el monasterio dominico de las Dueñas.

Pero en octubre de 1870 llega a Salamanca el jesuita ya citado, P. Butiñá. Traía consigo una gran inquietud apostólica hacia el mundo de los trabajadores manuales. Bonifacia se puso bajo su dirección espiritual y sintonizó enseguida con el ideal apostólico del jesuita. El sacerdote se puso en contacto con las chicas del entorno de Bonifacia y todas ellas sintieron su influjo bienhechor. Cuando Bonifacia le manifiesta al P. Butiñá que siente la vocación religiosa, él le sugiere que colabore con él en la fundación de una nueva congregación religiosa que planeaba: las Siervas de San José, orientada a la prevención de la mujer trabajadora. La semilla cae en buena tierra. Bonifacia acepta con docilidad la propuesta y con seis chicas de su asociación da comienzo en su propio taller la vida de comunidad el 10 de enero de 1874. Tres días antes el obispo de la ciudad, Fr. Joaquín Lluch y Garriga, había firmado el decreto de erección del instituto.

No tardaron las dificultades en llegar porque era aquél un novedoso proyecto de vida religiosa femenina, inserta en el mundo del trabajo, a imitación de la Sagrada Familia de Nazaret. Abriendo un taller en cada casa de la congregación, se ofrecería trabajo a las mujeres pobres, evitando los peligros que en-

tonces suponía para ellas el salir a trabajar fuera de casa. El clero salmantino no terminaba de ver claro este nuevo estilo de vida. El P. Butiñá tres meses más tarde salía desterrado de España con sus hermanos jesuitas. En enero de 1875 el obispo Lluch era, por su parte, trasladado a la diócesis de Barcelona. Bonifacia se encontró sola y embarcada en su obra. Y vino un tiempo de turbación. Los nuevos sacerdotes directores sembraron la división entre las hermanas y quisieron variar el carisma definido por el P. Butiñá en las constituciones. Éste había vuelto del destierro y, destinado a Cataluña, había podido fundar otras casas de Siervas de San José. Había que proceder a la unión de estas casas con la de Salamanca. Con este motivo Bonifacia viajó en 1882 a Gerona. La ausencia de Salamanca fue aprovechada para destituirla como superiora; a su vuelta se encontró con humillaciones, rechazo, desprecios y calumnias. Bonifacia guardó silencio ante las acusaciones y llevó todo con la mayor paciencia, y comprendiendo que su presencia en Salamanca era ya inviable pidió licencia al obispo salmantino, don Narciso Martínez Izquierdo, para intentar una fundación en Zamora, para lo cual dio su licencia el obispo de esta ciudad, don Tomás Balestá. Acompañada de su madre, Bonifacia partió para Zamora el 25 de julio de 1883. La casa madre de Salamanca no quiso saber nada de esta casa de Zamora y se vio libre para introducir los cambios apetecidos en las constituciones del P. Butiñá.

Bonifacia procuró inspirar en las religiosas de la casa de Zamora el verdadero carisma fundacional, pero conservando siempre el deseo de la mayor unión y fraternidad con la casa matriz de Salamanca. Cuando el 1 de julio de 1901 el papa León XIII concedió la aprobación del instituto, quedó excluida de esta aprobación la casa de Zamora. Bonifacia escribió sobre este grave asunto al obispo de Salamanca, pero éste no creyó oportuno darle contestación. Y entonces Bonifacia decidió abordar el tema directamente presentándose en la casa de Salamanca, dispuesta al diálogo y al entendimiento. Pero al llegar, recibió la respuesta de que tenían órdenes de no recibirla. Llena de dolor volvió a Zamora, y devoró en silencio la humillación profunda que aquello significaba. Continuó viviendo la vida re-

ligiosa con entrega plena y total, siempre practicando la caridad, siempre anhelando la unidad, siempre recomendando el amor fraterno. Nunca abandonó la esperanza. Dejó todo en manos del Señor, asida a una confianza completa en la providencia divina. Y así perseveró hasta su muerte, que recibió rodeada del amor y la piedad de sus hijas.

En la misa de la beatificación, el Santo Padre Juan Pablo II dijo en referencia a la figura de madre Bonifacia:

> «Las palabras de Jesús en el Evangelio proclamado hoy: "No hagáis de la Casa de mi Padre una casa de mercado" (Jn 2,16), interpelan a la sociedad actual, tentada a veces de convertir todo en mercancía y ganancia, dejando de lado los valores y la dignidad que no tienen precio. Siendo la persona imagen y morada de Dios, hace falta una purificación que la defienda, sea cual fuere su condición social o su actividad laboral.
>
> A esto se consagró enteramente la Beata Bonifacia Rodríguez, que, siendo ella misma trabajadora, percibió los riesgos de esta condición social en su época. En la vida sencilla y oculta de la Sagrada Familia de Nazaret encontró un modelo de espiritualidad del trabajo, que dignifica la persona y hace de toda actividad, por humilde que parezca, un ofrecimiento a Dios y un medio de santificación.
>
> Éste es el espíritu que quiso infundir en las mujeres trabajadoras, primero con la Asociación Josefina y después con la fundación de las Siervas de San José, que continúan su obra en el mundo con sencillez, alegría y abnegación».

Bonifacia brilla en el cielo de la Iglesia con la luz de la humildad, la paciencia, la perseverancia, el amor activo y la entrega generosa. A ella encomendamos el amplio mundo del trabajo, en el que deseamos se difunda el espíritu de Cristo.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 93 (2001) 256-259.

L'Osservatore Romano (ed. en español) (7-11-2003) 8; (14-11-2003) 9; art. de María Josefa Somoza Lázare, p.13-14.

CÁCERES SEVILLA, A. DE, *Encina y piedra. M. Bonifacia Rodríguez de Castro, Fundadora de la Congregación de Siervas de San José* (Salamanca 1981).

BEATA MARÍA DE LA CRUZ (MARÍA ELENA) MACKILLOP

Virgen y fundadora († 1909)

Para contar la vida de esta hermosa mujer, lo mejor será seguir el hilo del discurso que el papa Juan Pablo II pronunció el 19 de enero de 1995 (cf. bibliografía), día en que la llevó a los altares, en Australia.

Como siempre, las gentes se habían arremolinado en torno a la figura del Papa, cuando éste, revestido de su autoridad pontificia, dijo solemnemente que María de la Cruz, fundadora de las Hermanas de San José, era beatificada para gloria de Dios y alegría de la Iglesia católica. Y en aquella ocasión, empezó su discurso de esta manera:

> «Estamos celebrando un acontecimiento extraordinario en la vida de la Iglesia en esta tierra: la beatificación de la Madre Mary MacKillop, la primera australiana declarada formalmente beata en el cielo. Me alegro con todos vosotros, con mis hermanos en el Episcopado, con los sacerdotes, los religiosos, con todos vosotros, hombres y mujeres, jóvenes y niños, que ofrecéis una señal radiante y auténtica de la vitalidad de la Iglesia. Doy gracias a Dios porque me ha permitido celebrar esta beatificación, justamente aquí en tierra australiana. En verdad Australia misma representa una especie de fondo para las reflexiones que querría compartir con vosotros.
>
> Isaías escribe: "Abrid camino al Señor en el desierto, enderezad en la estepa una calzada a vuestro Dios" (40,3). El profeta habla de los contrastes de los valles y de las montañas, de terreno accidentado y de llanura. En todo ello naturalmente se refiere a la geografía de la Tierra Santa. Pero estas mismas imágenes, ¿no evocan también en la mente la geografía de Australia? En el centro de Australia ¿no existe un enorme desierto, del que únicamente los límites exteriores son ricos y fértiles? ¿Acaso no existen ásperas llanuras y profundos valles? Junto a terrenos accidentados ¿no encontramos acaso paisajes apacibles y hospitalarios?».

Con estas frases, el Papa nos está contando cómo es la patria de María Elena. Nació el año 1842. Su tierra estaba lejos de la civilización. Parecía que los santos sólo podían nacer en Ávila o en Florencia, pero he aquí que nace en Australia una joven con vocación de santa. Australia, tierra de austeridad y pobreza; tierra de seriedad, sacrificio y dureza.

«Los contrastes van más allá de la simple geografía y se hacen también evidentes en los orígenes étnicos de la gente. Por su historia de hospitalidad hacia los inmigrantes, Australia se ha convertido en una tierra de encuentros entre culturas y civilizaciones muy diversas. Incluso antes de que los europeos llegasen allí, hace más de dos siglos, los aborígenes habían estado ya presentes durante decenas de millares de años. En efecto, los etnólogos nos refieren que los habitantes originarios de Australia se encuentran entre los más antiguos pueblos de la tierra. Estos contrastes entre las gentes y las culturas convierten a vuestra nación en una maravillosa mezcla de viejo y de nuevo, de suerte que Australia hoy es una tierra de diversidad y de unidad, enriquecida con las aportaciones que estos diversos individuos y grupos prestan a la formación de la sociedad».

El Papa hace alusión a la infancia de María Elena. Sus padres eran inmigrantes de procedencia escocesa. Su padre, Alejandro, había estudiado para sacerdote en Roma, en el colegio de los escoceses, pero dejó la carrera sacerdotal y se casó con Flora, hermosa mujer que le robó el corazón. Fueron felices, pero tuvieron muchas dificultades por los continuos viajes que el esposo tenía que hacer a Europa.

«La exhortación del profeta Isaías adquiere una importancia particular para aquellos que se han reunido aquí, y para todo el pueblo católico de Australia. Es aquí, en vuestra misma tierra, donde el camino del Señor debe ser preparado, a fin de que Australia sea un lugar donde "va a mostrarse la gloria del Señor, y a una la verá toda carne" (Is 40,5). En efecto, esta gloria se ha revelado ya abundantemente en Mary MacKillop, y la Iglesia, al declararla "beata", dice que la santidad invocada por el Evangelio es australiana de la misma manera que ella era australiana.

Es éste el mensaje que deseo dirigir, en particular, a las hijas espirituales de Madre MacKillop, es decir, a los miembros de la Congregación por ella fundada. Tened la certeza, queridas Hermanas, de que la Iglesia tiene necesidad de vuestro testimonio y de vuestra fidelidad. También Australia estima vuestra presencia y vuestro devoto apostolado».

Cuando tenía 20 años, María Elena fundó una escuela para chicas en su misma casa. Era el año 1862 y ya se veía en ella un afán de dedicarse a la educación de las chicas de su pueblo. También trabajaba sin descanso en las labores apostólicas de la parroquia. O sea, una seglar con iniciativa y tesón, enamorada del Reino de Dios, predicadora fiel de la figura de Jesús.

Y, como no podía ser menos, todo su trabajo desembocó en una congregación dedicada a la instrucción de la juventud. Esta fundación se llamó de las «Hermanas de San José». La fundó en 1866, a sus 24 años. Al año siguiente ya tenía escritas las Reglas para el buen funcionamiento de la obra. Un año después, en 1868, recibe la aprobación del obispo. Tenía 26 años. Y profesa los votos cuando tenía 27 años, en 1869. Como se ve, una carrera meteórica hacia la entrega en bien de los demás.

> «Es significativo que la madre Mary MacKillop haya dado a su Congregación el nombre de San José, una persona que ha confiado su ser y su vida a la providencia amorosa de Dios. José de Nazaret era un hombre de confianza ilimitada. Solamente así ha podido vivir la vocación única que había recibido de Dios, de convertirse en el esposo de la Virgen María y en el custodio del Hijo de Dios. En la historia de la Iglesia San José ha sido siempre un especial modelo de santidad. Sin duda, al dar el nombre de San José a su Congregación, la Beata Mary MacKillop expresaba una cualidad de su vida espiritual, una cualidad que posteriormente se convirtió en un carisma para sus seguidores y para aquellos de nosotros que hoy aprendemos de su ejemplo».

María Elena, ya María de la Cruz, pasó muchas cruces y desiertos en su vida. Cuando comenzaba con los trabajos de la fundación, los obispos de Australia estaban en Roma celebrando el Concilio Vaticano I (1869-1870). Ellos estaban a lo suyo, que harto trabajo tenían, y al llegar de nuevo a su casa se encuentran con que algunas monjas acusan a su fundadora de visionaria y exigente de una excesiva pobreza.

Por precaución, el obispo le quita la dirección de las chicas, que eran 100 repartidas en 34 escuelas. En 1871 el obispo de Adelaida despacha a María Elena de su propia fundación y dispensa a 47 monjas de sus votos religiosos. Sin embargo, al año siguiente, en 1872, este mismo obispo se arrepiente de lo que había hecho y recibe a la fundadora en la congregación pidiendo disculpas. Se había enterado de que María de la Cruz era una excelente persona y una monja con todas las de la ley.

El obispo comprendió muchas de las actitudes de María Elena cuando ésta daba ciertas orientaciones a sus monjas. Por ejemplo, tenían que ir de un pueblo a otro para dar las clases a las chicas y ella les dijo que fueran en caballo. Pero en aquellos tiempos, que una monja fuera a caballo era una provocación, un

desatino y una barbaridad. Y los obispos se metían con ella por asuntos tan tontos como ése. Ella decía: «Los tiempos cambian y para estar a la altura de ellos debemos modificar nuestros métodos».

De ahí también que haya personas que hoy proclaman a María Elena como una promotora del feminismo. Desde luego, arremetió contra todas las normas que había entonces para las mujeres y adoptó novedades para que el trabajo femenino fuera eficaz y cómodo. Y si critican, que critiquen.

A propósito de estos hechos, los libros que hablan de María Elena cuentan el siguiente chascarrillo digno de mención: «Dicen que había una vez una familia que siempre quitaba el extremo de la pieza de asado antes de meterla al horno. Un día, una de las chicas preguntó a su madre por qué hacía eso. Y la madre le contestó que así lo hacía la abuela. La chica fue adonde la abuela y le hizo la misma pregunta; y obtuvo la misma respuesta. Y fue hasta la bisabuela a preguntarle a ver por qué le quitaba el extremo de la carne al asado. Y ésta le contestó: "Porque, de lo contrario, no cabría en la bandeja"».

María Elena se rebelaba contra las costumbres sin sentido, contra las normas sin explicación, contra la gente que obra porque sí.

> «Ante la amplitud del continente australiano, la Beata Mary MacKillop no se ha dejado desanimar por el gran desierto, por las inmensas extensiones del interior, ni por la desolación espiritual que afectaba a tantos compañeros suyos en la ciudad. Más bien, preparó audazmente el camino del Señor en medio de las situaciones más difíciles. Con gentileza, coraje y compasión ella fue el mensajero de la Buena Nueva en medio de los marginados que luchan por la vida y de los chabolistas de la ciudad. Madre María de la Cruz sabía que detrás de la ignorancia, la miseria y el sufrimiento que había encontrado existían las personas, existían hombres y mujeres, jóvenes y viejos que suspiraban por Dios y por su justicia. Ella lo sabía porque era una verdadera hija de su tiempo y de su lugar: la hija de los inmigrados que se vieron obligados a luchar siempre para construir una vida para ellos en su nuevo territorio. Su historia nos recuerda la necesidad de acoger a la gente, de acercarse a aquellos que están solos, que sufren privaciones, a los desfavorecidos. Luchar por el Reino de Dios y por su justicia significa luchar por ver a Cristo en el hombre extranjero, encontrarlo en ellos y ayudarles a encontrarlo en cada uno de nosotros».

En 1873, cuando tenía 31 años, María Elena va a Europa. ¡Qué ilusión le hizo volver a aquellas tierras donde habían nacido sus padres, visitar Roma donde estaba el Papa que la había defendido siempre! El Papa apoyó siempre a María Elena, recomendó que haya una superiora que efectúe los cambios que hagan falta dentro de cada diócesis y puso al día los estatutos sobre la pobreza. Después María Elena fue a Inglaterra, Irlanda y Escocia. Fue sembrando vocaciones y recogiendo fondos para las obras de sus escuelas. La hicieron superiora general en 1875, con 33 años.

«Al igual que en tiempos de Madre MacKillop, también hoy la comunidad cristiana se encuentra ante muchos "desiertos": las tierras estériles, de la indiferencia y de la intolerancia, la desolación del racismo y el desprecio hacia otros seres humanos, la aridez del egoísmo y de la infidelidad: el pecado en todas sus formas y sus expresiones y el escándalo del pecado magnificado por los medios de comunicación social.

[...] En esta solemne liturgia la Iglesia expresa su gratitud a madre María de la Cruz, a la comunidad religiosa fundada por ella y a todas las comunidades religiosas. El reciente Sínodo de los Obispos dedicado a la vida y a la misión de la vida consagrada ha reconocido plenamente la valiosa contribución prestada por las comunidades religiosas a la Iglesia, a la cultura y a la civilización en todo el mundo. Respondiendo a la invitación de San Pablo de ser "agradecidos" (Col 13,15), nosotros, con motivo de esta beatificación, expresamos nuestra gratitud a Cristo Señor por el gran servicio que los hombres y las mujeres consagradas prestan a Australia en el campo de la instrucción y de la sanidad, y así en tantas otras actividades en nombre del bien común. Pidamos, pues, una nueva floración de vocaciones religiosas, a fin de que estas comunidades continúen siendo un signo vital de la presencia de Jesucristo en medio de vosotros».

De nuevo tiene grandes disgustos. Los obispos no la comprenden y le ponen dificultades por todas partes. En 1885 nombran superiora a otra, como si María Elena no valiera para nada. Así, durante 10 años (1888-1898) estuvo en fuera de juego, tiempo durante el que se fue a Nueva Zelanda a trabajar en bien de la congregación. Al morir la superiora nueva, volvieron a nombrarla a María de la Cruz y así estuvo hasta que murió el 25 de mayo de 1909, a los 67 años.

La Congregación fue creciendo mucho, aun en medio de las dificultades que tiene una comunidad grande. En 1981 tenía 1.800 miembros.

«Sí, ¡Jesús está presente en Sydney y en toda Australia! Por medio de él, toda la creación, y en particular toda la humanidad, puede dar las gracias al Padre por los dones de la creación y de la redención y por las buenas cosas que proceden de las manos del hombre. Cristo confiere a toda la vida un "significado eucarístico". Los hombres y las mujeres de hoy, frecuentemente, olvidan esto y piensan que son los creadores de estos bienes y fácilmente pierden de vista a Dios. De ello se desprende que no consiguen comprometerse por el Reino de Dios y, con demasiada frecuencia, no se preocupan de su justicia.

Los santos, al contrario, nos enseñan a ver a Cristo presente en Australia, en Sydney, y nos enseñan a ver a Cristo como centro y cumbre del don generoso de Dios a la humanidad. Por esta razón, la Iglesia los honra, los eleva a los altares y los propone como modelos a imitar. Ellos son heraldos del verdadero significado de la vida. ¡Bendito sea Dios en sus santos!».

Las fotos de María Elena nos dicen que era una mujer hermosa. En su cara se reflejan dos grandes virtudes: una paciencia constante en la adversidad y una autoridad respetada siempre por todos. Era toda una señora. Se conservan hoy unas 1.000 cartas de esta activa mujer, que, como Santa Teresa, iba escribiendo a medida que recorría su patria explicando el evangelio de Jesús. Activa también en eso: en dejar por escrito el ideal de su congregación.

Las religiosas de María de la Cruz están en Nueva Zelanda y en Perú; y en Australia son las mayores educadoras de la juventud. Católicos y protestantes alabaron siempre el trabajo constante y resignado de las Hermanas de San José. Y de ella decían que era ejemplar en vivir la pobreza, en atender a los más pobres y en estar al lado de los aborígenes, emigrantes y desgraciados de su tierra.

«La beatificación de madre Mary MacKillop quiere ser una especie de "consagración" del pueblo de Dios en Australia. A través de su testimonio, la verdad del amor de Dios y los valores de su Reino se han hecho visibles en este continente, valores que constituyen la verdadera base de la sociedad australiana.

¡Ojalá que vuestra nación pueda permanecer fiel a su herencia cristiana! ¡Ojalá que la Iglesia peregrina en Australia pueda continuar llevando hacia adelante su misión, proclamando el reino de Dios y su justicia!».

FÉLIX NÚÑEZ URIBE

Bibliografía

«Homilía de Juan Pablo II en la misa de beatificación de la madre Mary MacKillop, fundadora de la Congregación de las Hermanas de San José (Sidney, 19-1-95)»: *Ecclesia* (1995) n.2722, p.312-332.

SACRA CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, *Beatificationis et canonizationis servae Dei Mariae a Cruce McKillop... Positio super causae introductione* (Roma 1972).

O'NEIL, G., SI, *Life of mother Mary of the Cross (McKillop)* (Sidney 1931).

The Spirit of Mary McKillop (Melbourne 1962).

THORPE, O., *Mary McKillop. The life of mother Mary of the Cross, foundress of the Sisters of St. Joseph of the Sacred Heart* (Londres 1957).

BEATA MARÍA MARGARITA (MARÍA ANA ROSA) CALANI

Virgen y fundadora († 1921)

«Los últimos». Ésta fue la opción de vida de María Margarita Caiani, y así lo recoge un párrafo de la homilía pronunciada en la ceremonia de beatificación que se celebró en Roma el 23 de abril de 1989. El texto de Juan Pablo II dice expresamente que esta beata «aprendió a servir a los hermanos entre la gente humilde de su tierra toscana, y quiso ocuparse de los más necesitados, de los últimos: los niños marginados, los muchachos del campo, los ancianos, los soldados víctimas de la guerra, internados en los hospitales militares».

María Ana Rosa, que ése era su nombre de pila, nació en Poggio Caiano, en la demarcación diocesana de Pistoya, el 2 de noviembre de 1863, en el seno de una familia obrera, y fue bautizada al día siguiente. Su padre Jacopo Caiani trabajaba de herrero y fontanero en la Villa de los Médicis de aquella localidad. Cuando contaba cinco años, Ana recibió el sacramento de la confirmación, y a los diez hizo la primera comunión. Participó asiduamente en la vida parroquial, a pesar de que la iglesia quedaba lejos de su casa, y le dio clases particulares un maestro, con el que se inició en los saberes más elementales. Pronto se vio obligada a echar una mano en la economía familiar trabajando de vendedora de cigarros, un oficio humilde y popular que marcaría para siempre su relación con el pueblo sencillo, del que ella misma era un buen exponente.

Muy expansiva de carácter y expresiva en su forma de hablar, como buena «vendedora», se sintió inclinada desde su ju-

ventud al ejercicio de la caridad con los enfermos y de manera muy especial con los moribundos. Conocía por su experiencia de cigarrera lo que se cocía en la vida del pueblo y las necesidades de la gente, sobre todo de los niños y de las familias que vivían la prueba del abandono y la enfermedad. Hasta parece providencial y motivo de justificación que María Ana, nacida un día de los fieles difuntos, sintiera de manera tan determinante la preocupación caritativa por ayudar a bien morir. No tardaría ella misma en experimentar el trance de la enfermedad y de la muerte dentro de su propia familia, pues con pocos años de diferencia fallecían su hermano Gustavo (1879) con sólo once años, su padre (1884) y su madre (1890). Estas experiencias tan seguidas, lejos de tambalear su ánimo, dieron alas a su esperanza cristiana y templaron su fe.

Tres años después de la muerte de su madre, Luisa Fontini, respondió generosamente María Ana Caiani a la llamada de una vocación religiosa que venía madurando desde hacía tiempo. Y así es como, en compañía de una amiga, entra en el monasterio de las benedictinas de Pistoya, aunque sólo permaneció allí por espacio de un mes, pues llegó a sus oídos que un enfermo grave de aquella ciudad iba a morir rechazando los sacramentos, y esta noticia la desazonó sobremanera. Quiso entonces, y se lo propuso a la abadesa, que se le permitiera salir del monasterio para acudir a la cabecera de aquel enfermo y ayudarle a bien morir. No fue posible tal permiso, que iba en contra de las normas monásticas, pero a cambio recibió de la madre Teresa de la Cruz el consejo de que regresara a su tierra natal, ya que la ansiedad caritativa del corazón de María Ana se podía saciar mucho mejor fuera del monasterio, con la gente con la que había convivido en sus tiempos de vendedora de cigarros.

Este abandono de la vida religiosa fue en realidad sólo un paréntesis, pues allí en su pueblo natal, Poggio Caiano, se fue ahormando su vocación específica de atención e instrucción a los niños. Con una de sus amigas, María Fiaschi, puso en marcha una escuela que abrió sus puertas en septiembre de 1894, al tiempo de comenzar el curso, y en la cual los chicos además de recibir la enseñanza cristiana se adiestraban también en los primeros saberes. Una iniciativa muy oportuna, por no existir en aquella población ninguna escuela pública.

Todo empezó sin pretensiones y de manera un tanto elemental, pero no tardó en contar con el animoso apoyo de varios sacerdotes que no sólo vieron aquella escuela con buenos ojos, sino que hicieron todo lo posible para que creciera y fuera un centro de prestigio, para que cuajara esta forma de hacer el bien mediante la enseñanza. Uno de aquellos sacerdotes, don Luti, les dio el espaldarazo a las jóvenes educadoras con estas palabras: «Haced la escuela. El Señor os bendecirá. Este apostolado será como el grano de mostaza del Evangelio y dará con toda seguridad sus frutos». También el entonces obispo de Pistoya le confesó un día personalmente: «Estoy contento de tu labor, continúa sin estancarte, te bendigo a ti y a tus compañeras». Al tiempo que se afianzaba esta obra educadora, María Ana atendía con espíritu franciscano a los enfermos.

El 6 de noviembre de 1896, María Ana Caiani y las jóvenes María Fiaschi y Redenta Frati dejaron sus respectivas casas para vivir juntas en comunidad en una vivienda alquilada, plantando de este modo la semilla de lo que se convertiría en una nueva familia religiosa. Por el momento, tenían claro su proyecto de vida, consistente en procurar la propia santificación, impartir catequesis, dedicarse al apostolado, a la educación en la escuela y a la asistencia de los enfermos y moribundos. En dos palabras: contemplación y acción. Pero una acción que comprendía dos opciones caritativas: los jóvenes y los enfermos.

Unos años más tarde, en marzo de 1900, aquella casa de alquiler en la que estaban alojadas pudieron adquirirla en propiedad gracias a las gestiones y ayudas del párroco don Marino Boschi. Esta nueva situación contribuye a normalizar aún más la vida comunitaria y es entonces cuando María Ana se propone redactar un reglamento para uso interno; muy pronto, llegarán las primeras constituciones, aprobadas por monseñor Marcelo Mazzanti, obispo de la diócesis de Pistoya, la víspera de la Inmaculada de 1901. Durante el adviento del año siguiente, el 15 de diciembre de 1902, las jóvenes vestían un hábito diseñado al estilo del que usaba Santa Margarita María de Alacoque, la difusora de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, de la que María Ana Rosa era fervorosa imitadora. Imitación manifiestamente demostrada no sólo por este detalle indumentario, sino

porque, a la hora de tomar el hábito, María Ana cambia su nombre de pila por el de sor María Margarita del Sagrado Corazón.

Las seis primeras jóvenes de la familia que empezó a llamarse Hermanas Mínimas del Sagrado Corazón hicieron su profesión religiosa el 12 de octubre de 1905. Para entonces ya se habían unido al grupo unas cuantas jóvenes más, atraídas por el espléndido testimonio de su entrega caritativa. Llegaban nuevos tiempos para la institución. Era preciso ampliar la casa madre y abrir una nueva filial que fue inaugurada en enero de 1910 en Lastra Signa. Se trataba de un primer paso hacia la expansión dentro de Italia, pues las siguientes zancadas se darían saltando los límites de Toscana hacia Lombardía y hacia otras regiones. Había nacido el Instituto bajo la tutela parroquial de Poggio Caiano, pero a medida que se abrían nuevos centros se contagiaba su carisma de cercanía y cuidado de «los últimos», que podían ser lo mismo huérfanos que enfermos.

Si sor Margarita había sido la fundadora, animadora y guía en los primeros años de vida del nuevo instituto, en 1915 sería elegida madre general, responsabilidad que recayó en ella de por vida. Sus virtudes en primer lugar, y sus dotes de gobierno después, fueron dejando huella en la espiritualidad de las Mínimas del Sagrado Corazón e impulsando un compromiso de apostolado que las hizo estar en primera línea en el ejercicio de la caridad. Incluso llegaron a escribir páginas inolvidables de abnegación y de servicio en muchos hospitales militares italianos atendiendo a los heridos de la primera guerra mundial.

Entre las sabrosas páginas que dejó escritas la madre Caiani se pueden encontrar verdaderas joyas. Ella era una mujer sencilla y sin demasiadas letras; en cambio poseía el don de contar con gracia, escribía como hablaba, con abundancia de diminutivos y vivos colores, valiéndose de un lenguaje simbólico. Todos estos recursos populares los utilizó en sus *Cartas circulares,* con las que orientaba la espiritualidad de sus religiosas. «Consolaréis al dulce Jesús y repararéis tantas injurias como recibe su amabilísimo Corazón», les decía a propósito de la «pasión y misterio del Corazón de Cristo traspasado». Y también esta perla evangélica que vale para definir su estilo de vida, el valor del último lugar y su compromiso con los más pobres:

«Nosotras que somos las más pequeñas en esta tierra, vivamos de tal modo que seamos muy grandes en el paraíso. Y lo obtendremos si amamos mucho y hacemos conocer y amar el amoroso Corazón de Jesús procurando imitarlo con humildad y mansedumbre. ¡Oh Amor mío Crucificado, ten piedad de tus Mínimas!».

Ya en 1920, después de entrar en vigor el *Código de Derecho Canónico,* las constituciones del Instituto fueron actualizadas conforme a la nueva normativa, y al año siguiente, el 25 de abril de 1921, las Mínimas del Sagrado Corazón quedaron agregadas a perpetuidad a la Orden franciscana, por deseo de la madre Margarita y con la ayuda del padre capuchino Rafael Salvi. Esta pertenencia supuso para ellas una nueva etapa, un enriquecimiento de su espiritualidad y hasta un nuevo nombre oficial: Terciarias Franciscanas Mínimas del Sagrado Corazón. En aquella fecha, no faltaba ya mucho para que se cumpliera el final de sus días. Enferma y cansada de tantas fatigas, murió la madre María Margarita Caiani en Montughi, cerca de Florencia, el 8 de agosto de 1921, cuando contaba 58 años de edad.

JOSÉ ANTONIO CARRO CELADA

Bibliografía

L'Osservatore Romano (ed. en español) (30-4-1989).

«Una educatrice profetica: Margherita Caiani, fondatrice delle Minime del Sacro Cuore»: *L'Osservatore Romano* (23-4-1989) 6.

RIGON, M. C., *Marianna Caiani. La madre M. Margherita Marianna Caiani* (Gorle, Bérgamo 2002).

BEATAS MARÍA DEL NIÑO JESÚS BALDILLOU BULLIT, PRESENTACIÓN DE LA SAGRADA FAMILIA (PASCUALA) GALLÉN MARTÍ, MARÍA LUISA DE JESÚS GIRÓN ROMERA, CARMEN DE SAN FELIPE NERI (NAZARIA) GÓMEZ LEZAUN, CLEMENCIA DE SAN JUAN BAUTISTA (ANTONIA) RIBA MESTRES

Vírgenes y mártires († 1936)

El día 8 de agosto de 1936 vino al mundo el que escribe esta semblanza biográfica, y fue el día del martirio de cinco religiosas escolapias que en Valencia dieron testimonio de Cristo con

su sangre. Por otro lado, y como antiguo alumno del parvulario de las religiosas calasancias, me siento profundamente ligado a la familia espiritual de la Escuela Pía.

El Instituto de Hijas de María de las Escuelas Pías, fundado por Santa Paula Montal de San José de Calasanz, dio al Señor en la persecución religiosa de 1936 seis religiosas mártires, a las que hay que sumar dos seglares profundamente unidas a la congregación y que han sido beatificadas el 11 de marzo de 2001 junto con las seis religiosas.

Los martirios de estas testigos de la fe fueron dos: uno, en Valencia, el 8 de agosto de 1936, y otro en Madrid el 19 de septiembre del mismo año. En ambos martirios fue un mismo espíritu el que animó a las mártires: su amor a Cristo y a la Iglesia y su fidelidad al carisma escolapio. Las mártires procedían de diversas regiones españolas: dos eran catalanas, una era valenciana, otra navarra y otras dos andaluzas, y las dos seglares habían nacido en Uruguay. Las escolapias llevaron vidas sencillas y ejemplares, empapadas, como con tanta razón se ha dicho de ellas, de bienaventuranzas y sonrisas, sembradas por ellas a manos llenas entre las niñas y las jóvenes. Las dos seglares fueron una prueba magnífica de la eficacia de la formación humana y religiosa recibida en la Escuela Pía. Sus vidas tienen que leerse para poder acertar con su secreto en clave de servicio y entrega, de fidelidad a la llamada del Señor. Las religiosas no buscaban en su vida otra cosa que hacer el bien. Servían a Dios y a los hermanos en colegios donde todo era amor y generosidad con la niñez y la juventud para acercarlas a Cristo y para inculcarles una vida pacífica y honesta. Todo cuanto hacían era digno de vida, no digno de muerte. No menos las seglares eran personas de acreditada honestidad y de vida sinceramente cristiana que correspondía a su condición de creyentes sinceras en Jesucristo.

Al derramar su sangre por Cristo, las mártires escolapias dieron testimonio de fe en la vida eterna y del valor del evangelio de Cristo, al que es gozoso servir incluso hasta el supremo sacrificio de la vida. Apoyadas en la Cruz de Cristo que se les ofreció a ellas para configurarse con Cristo crucificado, supieron abrazarse a los más altos ideales espirituales, de cuya vivencia profunda por parte de todos o la mayoría se seguiría la im-

plantación de la civilización del amor, en la que no estaría el odio, la revancha y la reivindicación vengativa como los motores del cambio que se le ha querido dar al mundo, pero que por ese camino no puede ser —y la historia lo demuestra— sino una forma de caer en los peores totalitarismos.

A estas mártires escolapias dedica nuestro *Año cristiano* dos biografías extensas: ésta del 8 de agosto y la del 19 de septiembre, causada esta última por la presencia en el martirologio español de 1936 de dos mártires uruguayas, las primeras de aquella nación hermana, y de la misma manera que dedicamos una biografía extensa a los siete colombianos de la Orden de San Juan de Dios.

Nos ocupamos aquí, por tanto, de las mártires de Valencia del 8 de agosto de 1936. Y damos noticia de su martirio y de la personalidad de cada una.

Las escolapias de Valencia, cuyo colegio se había fundado en 1886, y había tenido dos sedes antes de establecerse por fin en calle San Vicente 190, con unas 500 alumnas y unas treinta religiosas de comunidad, pasaron por las mismas dificultades por las que pasaron tantas comunidades religiosas a raíz de la proclamación de la II República el 14 de abril de 1931. No siempre pareció seguro el colegio, y las religiosas se refugiaron en casas particulares. Pero podría decirse que se habían adaptado a la situación y seguían su labor educativa con denuedo. En 1933 y ante las dificultades que se ponían a la enseñanza de los colegios católicos se formó en Valencia la Asociación civil «Sadel Montal» bajo la dirección de Lorenzo Colomer Peris, hermano de dos escolapias. Y en marzo de 1936 la asociación amplió su cobertura a la enseñanza primaria, pues hasta entonces se limitaba a la segunda enseñanza. Se padecieron algunos sobresaltos que obligaron a que algunas personas adeptas se quedaran de noche vigilando, pero sin que ello supusiera cierre del colegio o suspensión alguna de las clases, celebrándose con normalidad las actividades ordinarias del colegio hasta finales de junio. Era superiora de la casa la M. Loreto Turull. Llegado julio las religiosas permanecieron en el colegio.

Pero la guerra española estalló ese verano, el 18 de julio de 1936. Ese mismo día ardieron diferentes iglesias en Valencia y

fueron asaltados conventos y colegios de la Iglesia. Por ello el día 19 por la mañana las religiosas escolapias, avisadas por los padres escolapios de que corrían gran peligro, pues habían oído amenazas contra ellas, hubieron de optar por dejar el colegio y marcharse a las casas de alumnas o exalumnas o familiares que las acogieron. La M. María Baldillou y siete religiosas más se marcharon a un piso al final de la calle San Vicente, que habían alquilado en previsión de necesitar un refugio. El dueño del piso era el chófer del colegio. Algunas familias que las hubieran alojado se hallaban ausentes por vacaciones.

En este refugio no se podía vivir sino con mucha inquietud y muchas precauciones y no salían para no llamar la atención, algunas exalumnas les llevaban los alimentos y atendían cualquier otra necesidad perentoria. La mayoría del tiempo lo dedicaban a la oración, y no podían hacer otra cosa que encomendarse continuamente al Señor pues las noticias que de fuera les llegaban eran de total alarma por lo que en la ciudad estaba sucediendo. El peligro era sabido: una denuncia podría significar el arresto y posterior asesinato de las monjas. Pero ellas no tenían un sitio mejor a donde ir, y se abrazaron a la voluntad de Dios. Se leía en el piso la biografía del hoy Beato Miguel Pro, jesuita mártir en México, y se animaban las religiosas a ser fuertes en espíritu y afrontar lo que la Providencia dispusiera. Escribieron a sus familiares y estaban disponiendo el irse con ellos cuando tuvo lugar el martirio de cinco de ellas.

El día 8 de agosto, a las cinco y media de la mañana, las religiosas dormían en su piso cuando su sueño fue interrumpido por las apremiantes llamadas a la puerta que hacía un grupo de personas que no disimulaba su presencia. Abrieron las hermanas y se encontraron con un grupo de milicianos que las conminaban a ir con ellos al Gobierno Civil donde tendrían que declarar. No cabían en el coche más que cinco. Se decidió que irían la M. María Baldillou, la M. Clemencia Riba, la M. Presentación Gallén, la M. María Luisa Girón y la M. Carmen Gómez. Las otras quedaron custodiadas por dos milicianos. Con muy malos modos e improperios las cinco fueron apremiadas a subir al coche, y éste no enfiló el camino hacia el Gobierno Civil sino hacia las playas del Saler. Aquí se las hizo bajar y se dispuso su

fusilamiento. Ellas fueron conscientes y se entregaron al martirio con dignidad y fortaleza, dando vivas a Cristo Rey. Poco más de una hora después, el chófer del colegio supo que las habían fusilado y dio la noticia. Sus cadáveres fueron llevados al cementerio municipal donde fueron reconocidos y sepultados por familiares y amigos.

Éstos son sus datos:

MARÍA BALDILLOU BULLIT nació en Balaguer el 6 de febrero de 1905, primera hija de Juan y María del Carmen. Quedó huérfana de madre a los tres meses de edad, y al poco tiempo su padre casó nuevamente con Carmen Bonet, la cual trató y quiso siempre a María como su propia hija. Dos nuevos hijos alegraron aquel hogar. Era la suya una familia cristiana y trabajadora. Su padre explotaba en régimen familiar una pequeña tejería. María con muy pocos años comenzó a colaborar en el trabajo. Sus primeras letras las aprendió en la escuela dominical vespertina de las Carmelitas de la Caridad, y en cuanto fue una adolescente se colocó como chica de servicio doméstico en la casa de los señores Subías. Como estaba cerca la iglesia de los PP. Escolapios, empezó a frecuentarla acompañando a su señora y tomó como director espiritual al P. Juan Viñolas, que también sería fusilado en el curso de la guerra española. Era una joven piadosa, sencilla, humilde y obediente. Se sintió llamada a la vida religiosa y lo consultó con su padre espiritual, éste la puso en contacto con las religiosas escolapias. Pidió y obtuvo permiso de sus padres e ingresó en la casa-noviciado de Masnou a comienzos de septiembre de 1924. Entró en calidad de religiosa operaria. Hecho el postulantado, vistió el hábito escolapio el 23 de marzo de 1925 y tomó el nombre de *María del Niño Jesús*. Hechos los dos años de noviciado con mucho aprovechamiento espiritual y progresando mucho en las virtudes de la vida religiosa, el 18 de abril de 1927 hizo la profesión temporal. Seguidamente fue enviada al colegio de su congregación en Valencia, que será su único destino. Fue encargada del dormitorio y comedor de las alumnas internas, ayudando también en la enfermería de las mismas. Igualmente cuidaba el comedor de las mediopensionistas, siendo unas 120 niñas las que recibían sus cuidados. Estaba pendiente de todas las alumnas y las trataba

con sumo cariño y bondad, siendo muy querida de todas, que quedaban encantadas de su trato dulce y amable. Llevaba una intensa vida interior, orando con gran asiduidad y profundidad y profesaba una intensa devoción a la Virgen María. La superiora reconocía en ella grandes virtudes, sobresaliendo la obediencia, la humildad, la sencillez y la inocencia. Cuando se vio en el piso refugio a partir del 19 de julio de 1936 decidió escribir a sus padres y hermanos contándoles su situación. Entonces su hermano Juan decidió ir a Valencia a recogerla. Pero llegó en la mañana del 8 de agosto, cuando hacía unas horas que había sido sacada del piso y fusilada. Los milicianos, cautivados de su belleza y juventud, le ofrecieron la libertad pero ella prefirió compartir la suerte de sus hermanas.

PASCUALA PRESENTACIÓN GALLÉN MARTÍ nació en Morella, Castellón, el 20 de noviembre de 1872, hija de Francisco y Josefa, y cuarta hija de este matrimonio. Sus padres eran de familia acomodada, dueños de una acreditada platería. Era una familia muy cristiana, que diariamente rezaba el rosario estando todos juntos y vivían en un ambiente de mucha piedad. Su escuela fue la de las Religiosas de la Consolación, abierta en Morella en 1877 y a la que fueron las cuatro hermanas Gallén. Pascuala y sus hermanas pertenecían a la asociación de las Hijas de María y frecuentaban la iglesia de los PP. Escolapios. En su adolescencia hubo de pasar por dos grandes penas, la muerte de su madre en 1885 y la de su padre en 1888. Su tío Pascual se hizo tutor de las cuatro huérfanas. Éstas aceptaron la voluntad de Dios y fueron una tras otra optando por la vida religiosa: tres serían escolapias y una hija de la Caridad. En poco más de un año todas las hermanas ingresaron en la vida religiosa. Pascuala sólo tenía 17 años pero se decidió a hacerse religiosa, obtuvo la licencia del tutor y fue admitida en la congregación de las religiosas escolapias. Su ingreso fue el 20 de junio de 1890 junto con su hermana Josefa. El ingreso fue en el noviciado de San Martín de Provensals. Allí estaba ya de novicia su hermana Joaquina. El 7 de julio empezó el postulantado y el 30 de agosto de 1890 fue la toma de hábito. Su nombre religioso sería *Presentación de la Sagrada Familia.* Hizo los dos años de noviciado con mucho aprovechamiento y el 30 de agosto de 1892 fue admitida

a la profesión de los votos religiosos, que hizo con su hermana Josefa. Seguidamente fue enviada a la casa de Olesa de Montserrat, en donde estaría siete años. Era un colegio pequeño, de unas 160 alumnas y con diez religiosas en la comunidad. Comenzó ayudando en las clases de estudio. Su conducta fue excelente y se granjeó el amor de todas las personas que trataron con ella. En septiembre de 1899 fue destinada a la casa de Valencia, donde permanecería hasta su martirio. Estuvo encargada de las clases de primaria y de las llamadas calasancias, es decir las clases destinadas a las chicas de menor capacidad económica. Ponía todo su empeño en estas clases a fin de preparar bien a sus alumnas. Cuando ya dejaban el colegio, ella a través de familiares y exalumnas les buscaba colocación en oficinas u otros establecimientos, y las jóvenes le estaban muy reconocidas. Se le confió durante unos años la administración del colegio y de la comunidad, y llevó adelante este encargo con mucha competencia y dedicación. Se dice de ella que conjugó la justicia con la caridad y que supo escuchar y atender las situaciones de las familias, especialmente las que tenían dificultades económicas. Llegó un momento en que por la edad hubo de dejar las clases, y entonces ayudaba en la enfermería, suplía ausencias, cuidaba estudios y era solícita en acudir donde fuera necesaria o útil. Fue también vicesuperiora y como tal ayudó a la superiora en cuantas cosas fue requerida. Fue siempre una religiosa de profunda piedad, caritativa, obediente, laboriosa, sencilla y humilde y con un gran sentido de la pobreza evangélica, a imitación de San José de Calasanz. Cuando llegaron los milicianos el 8 de agosto de 1936 la M. Presentación no fue de las primeras en estar arreglada pero a la madre superiora le pareció que debía ir en aquel primer grupo porque, dados los muchos años que llevaba en el colegio de Valencia, estaba preparada para contestar al interrogatorio que decían iban a hacerlas. Bastó una indicación de la superiora para que M. Presentación se mostrase dispuesta a ir. Quienes recogieron su cadáver dijeron haber encontrado en su rostro reflejadas la placidez y la bondad.

MARÍA LUISA GIRÓN ROMERA nació en Bujalance, Córdoba, el 25 de agosto de 1887, hija de Andrés y Sofía, primera de los cinco hijos del matrimonio. Su padre era procurador. La

suya era una familia piadosa. En 1891 entra como alumna en el colegio de Santa Ana, de las religiosas escolapias. A los nueve años hizo la primera comunión, siendo una colegiala ejemplar y aventajada en los estudios. Perteneció a la Asociación de Hijas de María. Al terminar los estudios del colegio, comenzó a ayudar a su madre en el hogar, teniendo cuidado de sus hermanos menores y colaborando a que la casa fuera un sitio acogedor y alegre. Sus padres tenían mucha confianza en ella y todo se lo consultaban. Era una joven alegre y simpática, y pasaba temporadas en el cortijo con sus parientes maternos. Un joven, Francisco Toro, le pidió noviazgo y ella accedió, y cuando el joven se colocó en telégrafos en Córdoba, pareció que María Luisa se decidía definitivamente por el matrimonio. Pero parece que el joven, cuando supo que en realidad la situación económica de su novia no era tan boyante como creía, rompió el compromiso. María Luisa sintió un gran dolor, pero, ayudada por su familia, lo sobrellevó con fortaleza. Y es entonces cuando piensa que quizás lo ha permitido el Señor para que ella se oriente a la vida religiosa. Lo piensa con gran detenimiento, y las religiosas de Bujalance la aconsejan que pase una temporada en el colegio Santa Victoria, de Córdoba, para que con serenidad reflexionara. Tras esta temporada de reflexión se decide y por fin ingresa en la casa-noviciado de Carabanchel (Madrid) el 21 de noviembre de 1915. Hecho el postulantado, el 19 de marzo de 1917 tomó el santo hábito de escolapia con el nombre de *María Luisa de Jesús.* Hizo el noviciado con fervor y alegría y el 31 de marzo, Pascua de Resurrección, de 1918 hizo la profesión de los votos religiosos. Seguidamente fue destinada a Carabanchel, donde estuvo año y medio, y luego a Valencia, donde estuvo hasta junio de 1920, en que fue enviada a Cuba. Llegó a La Habana el 27 de agosto y quedó destinada en el colegio de Nuestra Señora del Buen Consejo. Aquí trabajó con las otras hermanas, unas diez, en la educación de 100 alumnas, poniendo ella en la tarea mucho celo y entusiasmo. Aceptó las molestias de unas aulas pobres y mal acomodadas. Daba clases a las alumnas mayores, y procuró transmitirles con eficacia los valores cristianos y una buena instrucción. En 1929 fue destinada al colegio de Guanajay, el primero que habían abierto las escolapias en Cuba. El colegio tenía unas 200 niñas y dio clases M. María Luisa en los úl-

timos cursos de primaria y en bachillerato. Tuvo muy buen crédito entre las alumnas y sus familias, cuyo afecto supo ganarse. No sin sorpresa, pero con la alegría de poder volver a abrazar a sus familiares, recibió en 1934 la orden de retornar a España. El 22 de agosto se embarcó en La Habana y vino hasta Barcelona, donde supo que se la enviaba al colegio de Valencia. Del 5 al 10 de diciembre estuvo en el colegio de Córdoba y allí pudo ir su familia a encontrarse de nuevo con ella. En el colegio de Valencia desempeñó el magisterio de las clases de primera y segunda enseñanza de Letras, materia que era la suya desde el principio. Al ser nombrada superiora la M. Loreto Turull, asumió sus clases la M. María Luisa. Con alumnas mayores y exalumnas organizó un catecismo en un barrio periférico de Valencia. Llegada la necesidad de salir del colegio y refugiarse en un piso el 19 de julio de 1936, ella conservó la calma y se mostró dispuesta a todos los sacrificios. Consta que ya derribada por las balas, levantó la cabeza, perdonó a sus asesinos y gritó vivas a Cristo Rey.

NAZARIA GÓMEZ LEZAUN nació en Eulz, Navarra, el 27 de julio de 1869. Era la segunda hija de Juan y María. Su padre era agricultor y poseía algunas tierras, en parte heredadas y en parte adquiridas por él, que supo mejorar su patrimonio. El clima de su hogar era un clima de honradez y piedad, con un nivel económico holgado. Pasadas las circunstancias de la guerra carlista, durante la cual era muy niña, Nazaria se crió en la normalidad. Asistió a la escuela mixta y recibió catequesis en la parroquia. Se inscribió en la Asociación de Hijas de María y consta que hizo repetidas veces la peregrinación al santuario de la Virgen del Puy, de Estella. Parece que cuando sintió la vocación religiosa, fueron los PP. Escolapios de Estella, a los que conocía, los que la orientaron a la congregación escolapia femenina. Obtenida la licencia de sus padres, viajó hasta Carabanchel y a comienzos de marzo de 1893 comenzó el postulantado. El 8 de septiembre de aquel mismo año le fue impuesto el santo hábito y dio comienzo al noviciado, tomando ella el nombre de *Carmen de San Felipe Neri.* Aprovechó muy bien este tiempo de formación y discernimiento y dos años más tarde, el 8 de septiembre de 1895, era admitida a la profesión de los votos religiosos. Destinada al colegio de Valencia, llegó a él el 3 de noviembre de 1895, encarga-

da como ayudante de los trabajos domésticos. Al año siguiente se le encargó el cuidado de la portería, y en este oficio perseveraría hasta que hubo de dejar el colegio días antes de su martirio. Fueron los suyos en Valencia 41 años de entrega incondicional al Señor en una gran disponibilidad y servicialidad con todos. Era laboriosa, paciente, equilibrada, afable, desgastando su vida en la obra que el Señor la había asignado y en la que imitó a otros santos que fueron también porteros en sus casas religiosas. Recibía a todos con amor y ponía caridad y mansedumbre en la atención de todas las personas. Alma de intensa oración y de caridad exquisita, dio un ejemplo válido de verdadera religiosa. Llegadas las difíciles circunstancias de julio de 1936, no perdió la serenidad ni la paciencia, y con gran fortaleza abordó la muerte martirial con que el Señor premió sus muchos años de humilde y eficaz servicio.

ANTONIA RIBA MESTRES, llamada familiarmente Antonieta, nació en Igualada, Barcelona, el 8 de octubre de 1893, hija de Juan y Ángela, de cuyo matrimonio hacía el quinto hijo. Era la suya una familia trabajadora y cristiana, en cuyo seno recibió la educación en los valores evangélicos. Era Antonieta una niña sensible y piadosa que desde que se abrió a la luz de la razón se puso bajo la dirección espiritual del sacerdote don Amadeo Amenós. No menos contribuyó a su buena formación religiosa el estar de alumna desde los cuatro años en el colegio de las religiosas escolapias, donde tenía una tía religiosa de la comunidad. Hizo los estudios de la enseñanza primaria no sin algunas dificultades, pero su tesón y aplicación las superaron. Fruto de su contacto con las escolapias fue el sentir a los 15 años la vocación religiosa, y luego de haberse asegurado de que era su verdadera vocación, pidió permiso a sus padres para solicitar ingreso en el noviciado. El padre objetó que era demasiado joven y que la decisión tenía que diferirse para más adelante. Antonieta hubo de someterse a la voluntad paterna y continuó sus estudios, colaborando además en la Asociación de Hijas de María y en la escuela dominical, y ayudando en la parroquia como catequista. De 1910 a 1917 colaboró activamente en la escuela nocturna para obreras, conocida como la Seráfica porque la dirigían los padres capuchinos. Cumplidos los 17 años salió del colegio

y se integró en su hogar, repartiendo su tiempo entre la colaboración con su casa y las obras de apostolado. Sus padres pensaban que para ella era lo mejor el matrimonio, pero ella rechazó varias propuestas matrimoniales que se le hicieron. Ella seguía firme en su vocación religiosa, intentando encontrar una oportunidad para seguirla. Ésta le llegó cuando su hermana Lola fue pedida en matrimonio por un joven llamado Manuel. Antonieta le dijo a su padre que por qué daba a Lola con tanto gozo a Manuel y no quería darla a ella al propio Señor Jesús. El padre entonces cedió y le dio la licencia de entrada en la vida religiosa. El 31 de marzo de 1917 ingresó en la casa-noviciado de San Martín de Provensals. Hecho el noviciado, profesó los votos religiosos el 31 de mayo de 1919 con el nombre de sor *Clemencia de San Juan Bautista.* Seguidamente fue enviada a Zaragoza para hacer el juniorado. El 2 de octubre de 1919 era destinada a la casa de Valencia para dedicarse a la educación de la niñez y la juventud. Lo hizo con plena entrega, siendo una religiosa caritativa, humilde, obediente y muy fervorosa. El 31 de mayo de 1922 hizo los votos perpetuos. De la casa de Valencia no la moverían en los últimos 17 años de su vida, y en todos ellos sor Clemencia estuvo dedicada a su misión escolapia con todo el corazón. Vivió con intensidad la vida religiosa, y pasó con sus hermanas las dificultades que vinieron a raíz de abril de 1931. Cuando el 19 de julio de 1936 hubo de dejar con sus hermanas religiosas el colegio y acogerse al refugio del piso, M. Clemencia pensó que lo prudente iba a ser irse con su familia. Y con la debida licencia, el 6 de agosto les escribió a sus padres y hermanas para felicitar a su hermana Angelina y ese mismo día a su hermana Lola, que residía en Barcelona, para anunciarle un posible viaje. Al día siguiente vuelve a escribirla y le dice que el sábado 8 de agosto saldría de Valencia para Barcelona. Tenía billete para el tren de las 10 de la noche y le pide a su hermana que la espere en la Estación del Norte. Pero a las 5,30 de la mañana se produjo su arresto y posterior martirio, y por ello su hermana fue a la estación a esperarla en vano.

Ésta es la historia de un martirio glorioso, que consumaron las cinco religiosas escolapias en las playas del Saler, de Valencia, de donde volaron sus almas al cielo. La Iglesia ha reconoci-

do el carácter de verdaderas mártires de estas religiosas el 28 de junio de 1999 y les ha concedido la gloria eclesial de la beatificación el 11 de marzo de 2001 en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 93 (2001) 834s.
Bibliotheca sanctorum. Appendice prima (Roma 1987) cols.114-115.
LABARTA, M.ª L., *Educadoras y mártires escolapias, 1936* (Zaragoza 2001).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN EMILIANO DE CÍCICO

Obispo († s. IX)

San Emiliano fue uno de los obispos valientes que hicieron frente a la persecución desatada contra los obispos, monjes y fieles ortodoxos por el emperador León el Armenio que a todo trance quería impedir el culto de las sagradas imágenes. Emiliano era obispo de Cícico, en cuya sede sucede al obispo Nicolás, y donde brillaba por su bondad y su actitud misericordiosa con todos. Convocado por el emperador, acudió, junto con tantos otros obispos, el año 815 al palacio imperial a fin de examinar el asunto del culto a las sagradas imágenes. Y Emiliano no tuvo temor alguno para oponerse a que el asunto se tratara allí, diciendo: «Si esto es un asunto religioso, trátese en la iglesia, no en el palacio». Su valiente actitud le valió ser desterrado por el emperador y murió en el destierro, sin que se sepa a ciencia cierta la fecha. No han faltado quienes lo han tenido por mártir. Su memoria se celebra el 8 de agosto.

SAN ALTMÁN DE PASSAU

Obispo († 1091)

Era natural de Paderborn, Alemania, donde nació a comienzos del siglo XI en el seno de una noble familia. Habiéndose decidido por la vocación sacerdotal, marchó a París donde hizo los estudios, y una vez ordenado consiguió la canonjía de maestrescuela de la catedral de Paderborn, de donde pasó a preboste de la catedral de Aquisgrán en 1051, siendo luego nombrado capellán del emperador Enrique III y confesor de la emperatriz Inés de Poitou. Al morir tempranamente el emperador (1056), fue consejero de la emperatriz y su capellán. Acompañado de un muy numeroso grupo de peregrinos viajó hasta Tierra Santa con la intención de venerar los santos lugares, pero fue atacado por los sarracenos y hubieran sido todos masacrados si no fuera por un emir que tuvo lástima de ellos, y los dejó visitar Jerusalén y volver luego a Europa. Estando en Palestina murió el obispo de Passau y la emperatriz influyó para que fuese elegido su capellán y consejero, de lo que él se enteró en Hungría, estando de regreso a Alemania. Aceptó viendo en ello una oportunidad de poner en práctica su ideal reformista del clero y la comunidad cristiana, y una vez consagrado, se dedicó a ello con energía, teniendo como norte el programa acordado en el sínodo lateranense del año 1059. Impulsó la vida común del clero y la extensión de las comunidades de canónigos regulares. Su diócesis era muy extensa y ocupaba una parte importante de la propia Austria. En 1074 promulgó con decisión los decretos de Gregorio VII prohibiendo la simonía y el matrimonio de los clérigos, lo que ya le acarreó no pocas antipatías. Desatada la lucha entre Gregorio VII y Enrique IV, Altmán tomó claramente partido por el papa e hizo publicar en su catedral la bula de excomunión contra el emperador. Esto le valió el exilio y el que se le pusiera un intruso en su sede. Gregorio VII lo sostuvo con sus letras, le quitó sus escrúpulos de haber sido elegido de forma simoníaca, lo confirmó en su sede desde la plenitud de la potestad apostólica y Altmán acudió personalmente al sínodo de Letrán de 1080. Amparado por el landgrave Leopoldo de Austria pudo establecerse en la parte austríaca de su diócesis, muriendo, sin haber podido volver a la capital de su obispado,

el 8 de agosto de 1091 en Zeiselmauer, siendo enterrado en Göttweig. El nuevo *Martirologio romano* lo ha incluido en este día.

SAN FAMIÁN

Ermitaño († 1150)

El nuevo *Martirologio romano* lo llama ermitaño, no monje ni presbítero, aunque se le han atribuido ambas calidades. Se sabe que era natural de Colonia, Alemania, y que su nombre original era Cuardo o Gerardo. En su juventud decidió distribuir a los pobres sus bienes y vivir pobremente como peregrino. Peregrinó a los santuarios de Italia y luego vino a Santiago de Compostela, y se dice que luego de estar en el monasterio de los Santos Cosme y Damián, junto al Miño, profesó como monje en el cenobio cisterciense de Oseira. Luego marchó en nueva peregrinación a Tierra Santa y a su vuelta se estableció como ermitaño en Gallese, Viterbo, usando el hábito cisterciense. Aquí murió con fama de santidad el 8 de agosto de 1150. Julio II concedió en 1511 indulgencia plenaria a los fieles en su fiesta.

BEATOS JUAN FINGLEY Y ROBERTO BICKENDIKE

Mártires († 1586)

JUAN FINGLEY era natural de Barneby en el Yorkshire, donde nace hacia el año 1555, y estudia en el Caius College de Cambridge, ganándose la vida como mayordomo. Tenía hechos ya muchos estudios cuando se decide por el sacerdocio y va al colegio inglés de Reims, donde se ordena sacerdote el 25 de marzo de 1581. Al mes de su ordenación marcha a Inglaterra y aquí trabaja con gran celo hasta que es arrestado y acusado de traición por ser sacerdote católico. Fue encerrado en el castillo de York. Juzgado bajo la dicha acusación, en la sentencia se afirmó que se le consideraba traidor no solamente por haberse ordenado sacerdote en el extranjero sino también por haber reconciliado con la Iglesia católica a algunos súbditos de la Reina. Subió al patíbulo con gran serenidad y alegría en York el 8 de agosto de 1586.

ROBERTO BICKENDIKE nació en Knaresborough, Yorkshire, en el seno de una acomodada familia. Se crió en la ciudad de York. Conoció el catolicismo y se reconcilió con la Iglesia, negándose en adelante a acudir a los templos protestantes. Iba acompañando por la calle a un sacerdote católico cuando fue arrestado y acusado de ser católico y de tener una mente traidora. Se le preguntó en el juicio que si el rey de España, agente del Papa, invadía Inglaterra, de parte de quién se pondría él, y contestó que cuando se diera el caso lo pensaría. El jurado lo declaró inocente, pero el juez no estuvo de acuerdo con el veredicto y lo hizo juzgar por otro jurado que sí lo condenó a muerte. Fue ahorcado y descuartizado el año 1586, pero no se sabe el día. El *Martirologio romano* celebra su memoria hoy.

SAN PABLO KE TINGZHU

Mártir († 1900)

Pablo Keue Ting Tchou (o Ke Tingzhu) era un cristiano fervoroso y comprometido al que los misioneros habían hecho responsable del grupo de cristianos de su pueblo, Xixiaodun, en la provincia china de Hebei. Él se ganaba la vida como obrero del campo. Y estaba pacíficamente en su trabajo cuando los boxers, tras irrumpir en el pueblo, lo buscaron pues les habían indicado que se trataba de un cristiano. Los demás trabajadores que estaban con él rogaron a los boxers que no lo mataran diciéndoles que en adelante ya no lo sería, pero él dijo con todo valor que no estaba dispuesto a renegar de su fe. Entonces lo ataron a un árbol y le fueron cortando uno a uno sus miembros hasta que murió y voló su hermosa alma al cielo. Fue canonizado el 1 de octubre del año 2000 por el papa Juan Pablo II.

BEATO ANTONIO SILVESTRE MOYA

Presbítero y mártir († 1936)

Este sacerdote valenciano nació en La Ollería el 26 de octubre de 1892, hijo de un cabo de la Guardia Civil. De niño entró en el seminario conciliar de Valencia, donde hizo todos los es-

tudios hasta su ordenación sacerdotal en 1915. Fue primero sucesivamente coadjutor de Calp y de Quatretonda, pasando luego como cura propio a Otos y luego a La Font de la Figuera (1930). Cuatro años más tarde fue cura ecónomo de Santa Tecla, de Játiva, donde estaba cuando tuvo lugar su martirio. En todos estos sitios manifestó un espíritu de gran religiosidad y celo apostólico, procurando incrementar por todos los medios la vida cristiana de los fieles, cuidando de manera muy particular el catecismo de los niños. Llegada la guerra española (julio de 1936), su templo fue incendiado en los primeros días de agosto, y el párroco hubo de pasar a la clandestinidad, pero no por eso dejó de visitar y administrar los sacramentos a los enfermos, celebrando la misa en su casa. El 7 de agosto bajó el sagrario a una dependencia de la planta baja e hizo ante él la consagración al Corazón de Jesús ofreciendo su vida. Al anochecer, llegaron unos milicianos y, pese a la resistencia de la familia, se llevaron al sacerdote. Llevado aquella madrugada al puerto de Cárcer, allí le dispararon varios tiros. Arrastrándose, llegó a Llosa de Ranes, donde lo curaron, pero a la mañana siguiente volvieron los milicianos. Al meterlo en el coche, él hizo la señal de la cruz y dijo que perdonaba a todos. Luego lo llevaron a El Saler y allí lo mataron. Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO VLADIMIRO LASKOWSKI

Presbítero y mártir († 1940)

Hijo de un profesor de instituto, nace en Rogozno, Polonia, el 30 de enero de 1886. Siente en su adolescencia la vocación sacerdotal y tras hacer los pertinentes estudios se ordena el 1 de marzo de 1914. Ejerce como vicario sucesivamente en las parroquias de Modrze, Ostrow, Wielkoposki y San Martín de Poznan. En 1917 es designado secretario general de Cáritas y en 1923 ecónomo del seminario diocesano y colaborador de la curia episcopal. En 1927 es nombrado comendatario de Lwówek y en 1930 arcipreste de dicho partido. Ahí continuó hasta la entrada del ejército alemán. El 15 de marzo de 1940 es arrestado,

pasa unas semanas detenido en Poznan, y luego es llevado al campo de concentración de Dachau, del que pasa en julio al de Gusen. Aquí a resultas de las torturas muere el 8 de agosto de 1940. Aceptó con ánimo los sufrimientos, y prefirió marchar al campo de Gusen con tal de estar con sus hermanos sacerdotes. Fue beatificado por el papa Juan Pablo II el 13 de junio de 1999.

9 de agosto

A) Martirologio

1. Santa Teresa Benedicta de la Cruz (Edith Stein) († 1942), virgen, de la Orden de Carmelitas Descalzas, mártir en la cámara de gas del campo de concentración de Auschwitz, Polonia **.

2. En Roma, en el cementerio de San Lorenzo de la Vía Tiburtina, San Román († 258), mártir.

3. En el monasterio de Achonry (Irlanda), San Nateo († 610), obispo y abad.

4. En Kilmore (Irlanda), San Fedlimino, obispo († s. VI).

5. En Constantinopla, la conmemoración de los santos mártires que murieron por defender la sagrada imagen del Salvador colocada sobre la Puerta de Bronce († 729) *.

6. En Palena (Calabria), Beato Falco, ermitaño († s. XII).

7. En Florencia (Toscana), Beato Juan de Salerno († 1242), presbítero, de la Orden de Predicadores *.

8. En el Monte Alvernio (Toscana), Beato Juan de Fermo († 1322), presbítero, de la Orden de Menores *.

9. En Londres (Inglaterra), Beato Ricardo Bere († 1537), presbítero, monje cartujo y mártir bajo Enrique VIII *.

10. En Rochefort (Francia), Beato Claudio Richard († 1794), presbítero, monje benedictino y mártir *.

11. En Salamanca, Beata Cándida María de Jesús (Juana Josefa) Cipitria († 1912), virgen, fundadora de la Congregación de las Hijas de Jesús **.

12. En Barbastro (Huesca), Beato Florentino Asensio Barroso († 1936), obispo y mártir **.

13. En Barcelona, beatos Rubén de Jesús López Aguilar y seis compañeros: Arturo (Luis) Ayala Niño, Juan Bautista (José) Velázquez Peláez, Eugenio (Alfonso Antonio) Ramírez Salazar, Esteban (Gabriel) Maya Gutiérrez, Melquíades (Ramón) Ramírez Zuloaga y Gaspar (Luis Modesto)

Páez Perdomo († 1936), religiosos de la Orden de San Juan de Dios, todos ellos colombianos, mártires **.

14. En Azanúy (Huesca), beatos Faustino Oteiza Segura, presbítero, y Florentino Felipe Naya († 1936), religiosos ambos de la Orden de las Escuelas Pías, mártires *.

15. En Argés (Toledo), Beato Guillermo Plaza Hernández († 1936), presbítero, de la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos del Sagrado Corazón de Jesús, mártir *.

16. En Carcagente (Valencia), Beato Germán (José María) Garrigues Hernández († 1936), presbítero, de la Orden de Menores Capuchinos, mártir **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTA TERESA BENEDICTA DE LA CRUZ (EDITH STEIN)

Virgen y mártir († 1942)

Estamos ante una de las más grandes figuras de la humanidad por su calidad humana, por su capacidad mental asombrosa y por su misión en la Iglesia de Dios con la conciencia clara de tener que asumir la cruz de su pueblo judío y llevarla hasta el calvario del martirio en Auschwitz.

En el *curriculum vitae* que ella misma puso al final del extracto de su tesis doctoral publicada en 1917 podemos leer:

> «El 12 de octubre de 1891 nací yo, Edith Stein, en Breslau, hija del fallecido comerciante Siegfried Stein y de su mujer Auguste (de nacimiento Courant). Soy ciudadana prusiana y judía. Desde octubre de 1897 a Pascua de 1906 frecuenté la escuela Viktoria (instituto estatal) de Breslau, y desde Pascua de 1908 a Pascua de 1911, el instituto (sin griego), que le estaba agregado y en el que realicé después el examen de bachiller. En octubre de 1915 logré, después de superar un examen complementario de griego en el instituto San Juan de Breslau, el título de bachiller de un instituto en humanidades. Desde Pascua de 1911 hasta Pascua de 1913 frecuenté la universidad de Breslau. Durante los cuatro semestres siguientes estudié filosofía, psicología, historia y germanística en la universidad de Gotinga. En enero de 1915 aprobé el examen de estado *pro facultate docendi* en propedéutica filosófica, en historia y en alemán, también en Gotinga. A finales de ese semestre interrumpí mis estudios y estuve ocupada durante algún tiempo en el servicio de la Cruz Roja. Desde febrero hasta octubre de 1916 sustituí en el instituto arriba citado de Breslau a un profesor enfermo. A continua-

> ción me trasladé a Friburgo para trabajar como asistente del profesor Husserl».

A través de esta página autobiográfica ya intuimos la categoría de esta persona hasta ese año de la defensa de su tesis. Categoría que irá subiendo desde esa fecha hasta su martirio y se verá reconocida en su canonización y nombramiento eclesial de compatrona de Europa.

Los datos acumulados por ella en esa ficha de 1917 los iremos desgranando y complementando a continuación.

Edith Stein, la menor de once hermanos, de nacionalidad alemana, nació en Breslau el 12 de octubre de 1891 de familia judía. Día del Kippur, festivo para los hebreos. No ha cumplido los dos años cuando muere su padre.

> «Mi padre murió, así lo cuenta ella, en un viaje de negocios de una insolación. Tuvo que ver un bosque en un día caluroso de julio y andar a pie un gran trecho».

Cayó al suelo desvanecido y lo encontraron muerto. La madre, como la mujer fuerte de la Biblia, se decidió valientemente a seguir con el negocio del marido y sacar adelante la familia con siete hijos:

> «Quería desenvolverse por sí misma y no aceptar ninguna ayuda de nadie, y además quería mantener el negocio y hacerlo prosperar. Claro que no entendía todavía demasiado del negocio de la madera».

Pero se hizo pronto con los conocimientos relativos al negocio maderero y logró prosperar. Edith era una niña precoz, una niña prodigio. Se daba cuenta de todo, recordaba cosas de sus dos/tres años, todo lo que oía de relatos, poesías, etc., se le grababa en la memoria para siempre. Cuando la quisieron llevar a la guardería, armó una zapatiesta memorable:

> «Esto, dirá, lo consideré muy inferior a mi dignidad. El llevarme cada mañana era una verdadera batalla. No era nada amable con mis compañeros y difícil conseguir que jugase con ellos».

Cuando se acercaba su sexto cumpleaños decidió

> «terminar con el odiado jardín de infancia. Dije que a partir de ese día quería ir sin más discusiones a la "escuela grande"; éste era el único regalo de cumpleaños que yo deseaba. Si no se me concedía esto, no quería ningún otro regalo».

Al fin, se le concedió lo que pedía la chiquilla y el 12 de octubre de 1897 comenzó a ir a la escuela, aunque el curso se había ya iniciado en Pascua.

Enseguida se la vio distinguirse por su aplicación y aprovechamiento, llamando la atención por sus genialidades.

> «En los primeros años de mi vida, dice, era como un azogue, viva, siempre en movimiento, de genio chispeante, ocurrente, atrevida y entrometida. Además indomable, voluntariosa y colérica cuando algo me contrariaba».

Cuando tenía unos siete años sufrió un cambio muy notable. Comenzó a prevalecer en ella la razón, en lugar del capricho, y «mi anterior obstinación pareció desaparecer y, en los años siguientes, fui una niña fácilmente manejable». Si desobedecía, pedía enseguida perdón. Y se sentía feliz cuando se había restablecido la paz. Las explosiones de cólera fueron ya muy raras, «alcanzando pronto un autodominio de tal modo que casi sin lucha podía mantener una paz armónica».

En la escuela Viktoria comienza en 1898 los estudios primarios y allí mismo estudia el bachillerato. En 1906 le sobreviene una gran crisis interior. Con el mismo ardor con que tomará otras decisiones importantes en su vida, esta vez decide abandonar la escuela.

> «Mi madre no opuso la menor resistencia a mi decidida voluntad: "no te forzaré —decía—, te dejé entrar en la escuela cuando tú quisiste, puedes dejarla ahora si tú lo quieres"».

Además de la escuela, y a ciencia y conciencia, abandona también la religión, no encontrando ningún sentido en ella. Interrumpidos sus estudios, pasó diez meses en Hamburgo con su hermana Else ayudándola en las tareas de la casa y en la atención a sus niños. «Mi madre no me exigió regresar, si bien, a buen seguro, echaba de menos a su pequeña». Vuelta a casa, un día mientras su madre la peinaba le preguntó si no tenía ninguna ilusión por nada. Edith contestó que «sentía el no haber ido al instituto». La madre le buscó profesores de matemáticas y latín que la preparasen para el ingreso en el séptimo curso. Tuvo también que repasar el francés, el inglés y la historia. Llegado el día del examen, fue la única aprobada. Había comenzado de nuevo su vida de estudiante. Terminados los cursos de bachille-

rato, el 3 de marzo de 1911 tuvo que hacer el examen extraordinario para el acceso a la universidad.

Ella misma habla de sus años en la universidad de Breslau, las asignaturas que siguió, los profesores y compañeros de estudio que tuvo; todo ello con unos juicios de valor que admiran y con una cantidad enorme de detalles. Su pluma parece una cámara fotográfica. Estudió durante cuatro semestres en aquella universidad.

> «Me encontraba muy a gusto con el día completamente ocupado y me sentía como un pez en el agua clara y al calor del sol».

Se encontraba tan a gusto en aquella *alma mater* que le parecía imposible separarse de ella por su propia voluntad.

> «Pero en esto, como más tarde tantas veces en la vida, pude romper los lazos tan aparentemente fuertes con un simple movimiento, y volar libre como un pájaro que rompe su atadura».

Se sentía impulsada a marchar y así lo hizo. En una de sus confesiones autobiográficas dejó dicho:

> «No podía actuar mientras no tuviera un impulso interior. Pero, una vez que algo subía a la clara luz de la conciencia y tomaba firme forma racional, nada podía detenerme».

En abril de 1913, bajo ese impulso interior, pasa a la universidad de Gotinga, atraída por la fama de Husserl, creador y padre de la fenomenología como cuerpo de doctrina filosófica. Tenía Edith veintiún años «y toda yo era expectación ante lo que debía producirse». La ciudad contaba entonces con unos 30.000 habitantes. «La universidad y los estudiantes eran el centro de la vida; era en verdad una ciudad "universitaria"». Y Edith se movía en ese ambiente con toda soltura y facilidad.

Además de Husserl, influyó no poco en este tiempo en ella Max Scheler, católico y saturado de ideas católicas. Confiesa que su contacto con este mundo para ella hasta entonces desconocido

> «No me condujo todavía a la fe, pero me abrió una esfera de "fenómenos" ante los cuales ya nunca más podía pasar ciega. No en vano nos habían inculcado que debíamos tener todas las cosas ante los ojos sin prejuicios y despojarnos de toda "anteojera". Las limitaciones de los prejuicios racionalistas en los que me había

> educado, sin saberlo, cayeron y el mundo de la fe apareció súbitamente ante mí».

Por el momento, andaba tan metida en sus estudios que no prestó demasiada atención a las cuestiones de la fe. «Me conformé, dice, con recoger sin resistencia los estímulos de mi entorno y fui trasformándome, casi sin notarlo».

El profesor Husserl acepta dirigirle la tesis doctoral que versará sobre *La empatía,* y Edith se entrega a la investigación de una manera tan absorbente que termina literalmente agotada. No obstante, en 1914 prepara su examen de licenciatura y a mediados de enero siguiente se presenta al Examen de Estado, obteniendo la calificación más alta. Ilusiones y proyectos estudiantiles se vieron sacudidos por el comienzo de la guerra, que Alemania declaró a Rusia y después a Francia en agosto de 1914. Edith se sintió patrióticamente concernida y al llegar a su casa en Breslau se dijo:

> «Ahora yo no tengo una vida propia. Todas mis energías están al servicio del gran acontecimiento. Cuando termine la guerra, si es que vivo todavía, podré pensar de nuevo en mis asuntos personales».

Inmediatamente siguió un curso preparatorio de enfermeras para estudiantes universitarias. Aprobado el cursillo, de abril a septiembre de 1915 se alista como asistenta de enfermera de la Cruz Roja, dedicándose a atender a los enfermos contagiosos en el hospital austríaco en Mährisch-Weisskirchen.

De su experiencia y quehacer en el hospital da mil detalles:

> «En nuestro hospital estaban representadas todas las naciones de la monarquía austro-húngara: alemanes, checos, eslovacos, eslovenos, polacos, rutenos, húngaros, rumanos, italianos. No faltaban tampoco gitanos. Además alguna vez llegaba un ruso o un turco».

Le tocó atender durante tres meses a enfermos de tifus. Pasó después a ayudar en el quirófano y a prestar toda clase de atenciones (lavarlos, hacerles las camas...) a los heridos que iban llegando de los campos de batalla, siendo el vendaje una de sus ocupaciones preferidas.

Terminada su etapa de enfermera, regresó a su mundo universitario y, después de haber hecho un examen de griego, para poder acceder al título de doctor, ya, sin pérdida de tiempo, se

dedicó a la preparación de su tesis por entero. En esta época de su vida

> «en la que tanto incidieron sobre mí cuestiones humanas y me afectaron en mi interior, hice, sin embargo, acopio de todas mis fuerzas para sacar adelante mi trabajo, que me pesaba tremendamente desde hacía más de dos años».

Fue llenando páginas y páginas y durante tres meses se la vio escribiendo de un tirón, sin parar. Después de casi un año de ausencia se acerca a Gotinga. Se entrevista con Reinach, su antiguo profesor, que ha vuelto del frente por su cumpleaños y para pasar las Navidades con los suyos. Reinach la había animado mucho en la preparación de la tesis y se alegra de que la lleve ya tan adelantada.

A partir de febrero de 1916, en sustitución de un profesor enfermo, da clases de latín, alemán, historia y geografía en la escuela Viktoria de Breslau.

Las vacaciones de Pascua las ocupa en ir dictando el texto de su tesis a dos de sus primas.

> «Era un gran trabajo, pues la tesis había crecido desmesuradamente [...]; el manuscrito, pasado a máquina en un papel de actas fuerte y blanco, era tan voluminoso que no pude encuadernarlo en un tomo. Me hicieron tres cuadernos con tapas flexibles azules y una cubierta rígida en la que cabían los tres cuadernos».

Envió la obra por correo a Friburgo, en cuya universidad se encontraba ahora como profesor titular su director, Edmundo Husserl.

También se trasladó Edith a Friburgo y, después de varias conversaciones, «se fijó el examen de doctorado *(examen rigorosum)* para el 3 de agosto a las seis de la tarde». Ese día y a esa hora hacía un calor horroroso. Antes de pasar al lugar del examen, que fue la sala de reuniones de la Facultad de Ciencias Políticas, Edith pasó por la cafetería, pidió café helado y se comió una gran torta, como si no pasara nada.

El examen resultó muy bien. Al terminar a las ocho, después de dos horas, los profesores se quedaron solos para deliberar sobre la nota que le iban a dar. La calificación fue la máxima de *summa cum laude.* La esperaban con sus amigas en la casa del profesor. Su mujer había trenzado una corona de hiedra y

margaritas y se la pusieron a Edith, que parecía una reina. «Husserl estaba radiante de alegría [...]; ya era pasada media noche cuando nos despedimos», puntualiza Edith. El 4 por la mañana salió ya de Friburgo, se detuvo cosa de un día en Gotinga y el 5 por la tarde estaba ya de vuelta en Breslau, para recomenzar el día 6 la escuela, sustituyendo al profesor enfermo. El título completo de la tesis es: *Sobre el problema de la empatía en su desarrollo histórico y bajo el punto de vista fenomenológico.* La parte publicada en Halle 1917, llevaba el título: *Sobre el problema de la empatía.*

> «Se imprimieron solamente (en 1917) la segunda, la tercera y la cuarta parte de su exposición doctoral. Tratan de la esencia de los actos de empatía, de la constitución del individuo psico-físico, y de la empatía en cuanto comprensión de personas racionales».

En un viaje a Heidelberg, en cuya universidad había deseado estudiar, más que las obras de arte o los monumentos históricos de la ciudad le llamaron la atención dos cosas de tipo religioso. La primera: había entrado con sus acompañantes unos minutos en la catedral, y,

> «mientras estábamos allí en respetuoso silencio, entró una señora con su cesto del mercado y se arrodilló en un banco, para hacer una breve oración. Esto fue para mí algo totalmente nuevo. En las sinagogas y en las iglesias protestantes, a las que había ido, se iba solamente para los oficios religiosos. Pero allí llegaba cualquiera en medio de los trabajos diarios a la iglesia vacía como para un diálogo confidencial. Esto no lo he podido olvidar».

Segunda cosa:

> «Otra vez lo que más me impresionó fue algo distinto de esta maravilla del mundo [el castillo, el Neckar y los manuscritos del Caballero Cantor en la universidad]: una iglesia compartida, que partida en la mitad por una pared, se utilizaba una parte para el oficio protestante y la otra para el católico».

Cuando había estado en Friburgo para la defensa de su tesis, sabiendo que Husserl estaba necesitando de un asistente, Edith se atrevió a decirle: «La señorita Gothe me dijo que usted necesita un asistente. ¿Cree usted que yo podría ayudarle?». El maestro, todo contento, aceptó la oferta. Para comenzar ese trabajo se trasladó a Friburgo en octubre. Lo primero de todo había que ocuparse del manuscrito de las *Ideas* de Husserl. Tuvo

además Edith que aprender rápidamente taquigrafía, ya que el maestro se servía mucho de ella para sus anotaciones. El esfuerzo que le suponía a Edith revisar todo el material de las *Ideas* del maestro era enorme. Y comenzó a resultarle aburrido. Las dificultades eran mayores de lo que en un principio se había imaginado. A lo inmenso de aquella labor de revisión y de organización, «trabajar con el querido maestro es "complicadísimo: lo grave del caso es que de ninguna manera quiere *trabajar en común"*», sigue su trabajo, ya con más libertad, pues el maestro anda ocupado en otros estudios y ella, partiendo de los materiales de que dispone trata de establecer en una elaboración homogénea el hilo conductor del pensamiento, segura de que el propio Husserl no sería capaz «de desenvolverse a través de los materiales y siempre quedaría atascado en los detalles». Su trabajo de asistente la absorbe completamente. Y llega a llamar al trabajo sobre las *Ideas* del maestro: «Mi otro hijo de dolores». Enjuiciando su tarea dirá en marzo de 1918:

> «Por lo que se refiere a mi trabajo como asistente, le diré que he pedido a Husserl quedar libre para la próxima temporada. El ordenar manuscritos, a lo que hace meses se limita mi tarea, poco a poco ha llegado a resultarme algo insoportable».

El maestro accedió a la petición, aun sintiéndolo mucho. Pero unos meses después, en julio, hace saber Edith a su amigo Ingarden: «Últimamente Husserl me ha interpelado varias veces y de forma acuciante para ver si deseaba retomar el puesto de asistente». No quiso tomar de ninguna manera esa obligación, contentándose con ofrecerle alguna ayuda puntual en temas que ella conociera. Husserl en una carta de recomendación a Edith encomia noblemente toda esta labor, manifestando:

> «Trabajó para mí durante año y medio como profesora adjunta, y me prestó excelentes servicios no sólo poniendo en orden mis manuscritos para extensas publicaciones científicas, sino también —y no menos— ayudándome en mi labor de docencia académica».

Estando de asistente en Friburgo le llega la noticia de la muerte de Adolf Reinach, caído en el frente el 16 de noviembre de 1917. Se trataba de un gran profesor, que había captado perfectamente la realidad y el método fenomenológico. Edith se

sintió afectadísima por aquella desgracia. Y en una de sus cartas dirá: «Lo que ahora busco es tranquilidad y el restablecimiento de mi autoconciencia, completamente deshecha». Le duele especialmente la pena que tendrá la joven esposa de Reinach. En estos pensamientos está, cuando recibe carta de ésta que la invita a hacerse cargo de los trabajos filosóficos de su marido. Edith acepta encantada y allá va a Gotinga, pensando qué podrá decir a la viuda para consolarla en aquella pérdida. Pero ¡cuál es su sorpresa cuando ve cómo la señora Reinach ha encajado el golpe, desde su fe en Cristo Jesús! Aquella cercanía a su gran amiga, tan conforme con la voluntad del Señor, le abrió los ojos. Años más tarde dará el siguiente testimonio:

> «Fue éste mi primer contacto con la Cruz y con la virtud divina que comunica a los que la llevan. Por primera vez vi palpablemente ante mí a la Iglesia nacida de la pasión redentora de Cristo en su victoria sobre el aguijón de la muerte. Fue el momento en que se quebró mi incredulidad, palideció el judaísmo y apareció Cristo: Cristo en el misterio de la Cruz».

El profesor J. Hirschmann, SJ, declaró:

> «El motivo decisivo de su conversión al cristianismo fue, como ella misma me contó, el ver cómo la señora Reinach fue capaz de asumir, por medio de la fuerza del misterio de la cruz, la muerte de su marido, caído en el frente durante la primera guerra mundial».

Ha llamado la atención a sus biógrafos el dato de que Edith Stein no entrase en la iglesia evangélica a la que pertenecía la señora Reinach y otros de sus amigos y conocidos. En el camino de la conversión plena de esta gran buscadora de la verdad la esperaba otra sorpresa.

Entre Edith y su amiga Hedwig Conrad-Martius y el esposo de ésta había una gran amistad y confianza. Con frecuencia iba Edith a Bergzabern donde el matrimonio tenía una granja. Una de las veces que estaban allí, los dueños se tuvieron que ausentar y quedó Edith sola. La dueña de la casa le dijo: «Aquí tienes todos estos libros; sírvete de ellos como quieras». En un momento dado

> «agarré a la buena de Dios y saqué un voluminoso libro. Llevaba por título: *Leben der Heiligen Theresia von Avila* («Vida de Santa Teresa de Ávila»), escrita por ella misma. Comencé a leer, y quedé al

punto tan prendida que no lo dejé hasta el final. Al cerrar el libro dije para mí: "¡Esto es la verdad!". Así reconstruye la escena su biógrafa. Directamente anunciado por Edith es más sobrio el relato: "En el verano de 1921 cayó en mis manos la Vida de nuestra santa Madre Teresa de Jesús, que puso fin a mi larga búsqueda de la verdadera fe"».

Del libro de Santa Teresa pasa a otros dos libros: el catecismo y el misal, que compró enseguida y se los aprendió. Ya con estos conocimientos de una catecúmena, allí mismo, en Bergzabern, entra en la iglesia.

«Está diciendo la misa un venerable anciano con gran recogimiento. Esperé a que terminara la acción de gracias para abordarle. Después de una breve conversación, le pedí el bautismo. Me miró muy sorprendido, respondiéndome que para entrar en la Iglesia se requería una cierta preparación. "¿Cuánto tiempo lleva Vd. instruyéndose en la fe católica —me dijo— y por quién?". Por toda respuesta, no supe más que balbucear: "Por favor, reverendo padre, examíneme". Tras el examen con resultado bien positivo, se acordó la fecha del bautismo para el uno de enero de 1922».

Había que buscar una madrina de bautismo. Edith quiso que la madrina fuese su amiga H. Conrad-Martius. El obispo accedió a que hiciera de madrina ésta, también filósofa, de otra confesión cristiana. Edith iba ataviada con el vestido de novia de su madrina. Había pasado toda la noche anterior, la noche vieja, en vigilia de oración. En el libro de bautizados se asentó esta partida:

«El primero de enero del año del Señor 1922, Edith Stein, de treinta años de edad, doctor en filosofía, ha sido bautizada. Nació en Breslau, el 12 de octubre de 1891, de: Siegfried Stein y Augusta Courant. Vino (a la Iglesia) del judaísmo, después de instrucción y preparación convenientes. Recibió los nombres de Teresa, Hedwige. Su madrina fue Hedwige Conrad, de soltera Martius, domiciliada en Bergzabern. Firmado: Eugenio Breitlig, sacerdote».

La madrina dirá: «Lo más bello de todo era su alegría radiante, una alegría infantil». Nada más bautizarse recibió la primera comunión, que frecuentará ya todos los días de aquí en adelante. El 2 de febrero, monseñor Sebastián, obispo de Espira, la confirmó en su capilla particular.

Años más tarde escribirá:

«Cuando el 1 de enero de 1922 recibí el santo bautismo, pensé que aquello era sólo una preparación para la entrada en la Orden.

> Pero, unos meses más tarde, después de mi bautismo al encontrarme por vez primera frente a mi madre, advertí claramente que ella no podría encajar por el momento el segundo golpe. No es que se fuera a morir por ello, pero la llenaría de una amargura de la que yo no quería ser responsable. Debía esperar con paciencia».

El primer golpe, el anuncio de su conversión, se revistió de patetismo. Vuelta a casa anduvo buscando el momento propicio para decírselo a su madre. Se arrodilló ante ella y, mirándola fijamente, le dijo con mansedumbre y firmeza: «¡Madre, soy católica!». Y aquella mujer que con heroísmo bíblico había arrostrado su destino y con sus siete hijos había llegado a las cumbres de la vida, sintió desfallecer sus fuerzas: comenzó a llorar. Esto no se lo esperaba Edith, que jamás había visto llorar a su madre. Lo mejor, lo único era llorar con ella. Edith se queda en casa cosa de medio año y, con extrañeza de su madre, la acompaña a la sinagoga y reza con ella los salmos. Será la madre la que tendrá que reconocer: «Jamás he visto rezar a nadie como a Edith».

Pero, ¿cómo llena Edith todos los años que corren desde su entrada en la Iglesia hasta que pueda entrar en el Carmelo: 1922-1933?

Su deseo de retirarse al convento se ve obstaculizado por su director espiritual, el vicario general de Espira, Joseph Schwind: «Rechaza él rotundamente todos los planes prematuros de vida claustral, también en atención a su madre, y le impone un largo período de espera en el mundo». Nada menos que diez años. Pero el mismo J. Schwind, atendiendo a los deseos de soledad y recogimiento que manifestaba su dirigida, «le permite dejar provisionalmente la filosofía y él mismo se encarga de proporcionarle un puesto de trabajo en el que pueda actuar como maestra en un marco de recogimiento». Desde abril de 1923 comenzó su actividad como maestra de literatura, alemán, historia en el instituto y escuela de magisterio de las Dominicas de Santa Magdalena de Espira. En una de sus cartas a Ingarden (5-2-24) hace una descripción y un gran elogio de este centro al que estaban vinculados una gran cantidad de centros docentes.

> «En su mayoría las alumnas están en internado, y allí vivo yo también. Mi habitación es muy pequeña, pero en ningún sitio me he sentido tan a gusto».

Su obra pedagógica, su influjo espiritual en las alumnas y en las mismas religiosas dominicas fue extraordinario. «Para mí la cuestión principal, naturalmente, es la base religiosa de la vida entera», declarará sin falta.

Durante estos años, además de su actividad docente tan intensa, se prodiga impartiendo un buen número de conferencias en varias localidades: Espira, Kaiserslautern, Nuremberg, Salzburgo (Austria), Bendorf, Heidelberg, Ludwigshafen, Múnich...; participa en congresos científicos, publica varios trabajos; traduce textos del cardenal Newman, de Santo Tomás, etc.

En 1927 muere Joseph Schwind, su padre espiritual y consejero. Desde 1928 Edith acude a la abadía benedictina de Beuron, pasando allí la Semana Santa y la Pascua y «haciendo allí en silencio ejercicios espirituales». Pero en 1933 la llevó a la abadía un motivo especial. En enero ha conquistado el poder Hitler; y en abril se publica la ley que prohíbe a los judíos estar en cargos públicos. Edith, camino de Beuron, asiste a la Hora Santa en el Carmelo de Colonia-Lindental. Más que atender a la plática del vicario catedralicio, que se expresa muy bien y de forma impactante, anda ocupada en su interior muy seriamente:

> «Yo hablaba con el Salvador y le decía que sabía que era su cruz la que ahora había sido puesta sobre el pueblo judío. La mayoría no lo comprenderían, pero aquellos que lo supieran, deberían cargarla libremente sobre sí en nombre de todos. Yo quería hacer esto. Él únicamente debía demostrarme cómo. Al terminar la celebración tuve la certeza interior de que había sido escuchada. Pero en qué consistía el llevar la cruz, eso aún no lo sabía».

Continuando viaje a la mañana siguiente, llegó a Beuron. El motivo especial al que ya ha aludido lo explicita más ampliamente. Llevaba semanas pensando «si no podría hacer algo en la cuestión de los judíos». Y piensa en Roma. Planea «viajar a Roma y tener con el Santo Padre (Pío XI) una audiencia privada para pedirle una encíclica». Pero no quería dar ese paso sin consultar con dom Rafael Walzer, el archiabad —«mi abad»— que acababa de llegar del Japón. Hechas las pertinentes averiguaciones en Roma, se vio que no había posibilidades de obtener una audiencia privada:

> «Por lo que desistí de mi viaje y me decidí por escribir. Sé que mi carta fue entregada sellada al Santo Padre. Algún tiempo des-

pués recibí su bendición para mí y para mis familiares. Ninguna otra cosa se consiguió. Más adelante he pensado muchas veces si no le habría pasado por la cabeza el contenido de mi carta, pues en los años sucesivos se ha ido cumpliendo punto por punto lo que yo allí anunciaba para el futuro del catolicismo en Alemania».

¿Qué anuncio profético contenía la carta de Edith a Pío XI? La carta no se ha podido divulgar hasta mediados de febrero de 2003, cuando en el Archivo Vaticano se ha abierto al público el material relativo al pontificado de Pío XI. La carta hay que leerla de rodillas y con la respiración entrecortada. Dice así:

«¡Santo Padre!

Como hija del pueblo judío, que, por la gracia de Dios, desde hace once años es también hija de la Iglesia católica, me atrevo a exponer ante el Padre de la Cristiandad lo que oprime a millones de alemanes.

Desde hace semanas vemos sucederse acontecimientos en Alemania que suenan a burla de toda justicia y humanidad, por no hablar del amor al prójimo. Durante años los jefes nacional-socialistas han predicado el odio a los judíos. Después de haber tomado el poder gubernamental en sus manos y armado a sus aliados —entre ellos a señalados elementos criminales—, ya han aparecido los resultados de esa siembra de odio. Hace poco el mismo gobierno ha admitido el hecho de que ha habido excesos, pero no nos podemos hacer una idea de la amplitud de estos hechos, porque la opinión pública está amordazada. Pero a juzgar por lo que he venido a saber por informaciones personales, de ningún modo se trata de casos aislados. Bajo presión de voces del extranjero, el régimen ha pasado a métodos "más suaves". Ha dado la consigna de que no se debe "tocar ni un pelo a ningún judío". Pero con su declaración de boicot lleva a muchos a la desesperación, porque con ese boicot roba a los hombres su mera subsistencia económica, su honor de ciudadanos y su patria. Por noticias privadas he conocido en la última semana cinco casos de suicidio a causa de estas persecuciones. Estoy convencida de que se trata sólo de una muestra que traerá muchos más sacrificios. Se pretende justificar con el lamento de que los infelices no tienen suficiente fuerza para soportar su destino. Pero la responsabilidad cae en gran medida sobre los que lo llevaron tan lejos. Y también cae sobre aquellos que guardan silencio acerca de esto.

Todo lo que ha acontecido y todavía sucede a diario viene de un régimen que se llama "cristiano". Desde hace semanas, no solamente los judíos, sino miles de auténticos católicos en Alemania, y creo que en el mundo entero, esperan y confían en que la Iglesia de Cristo levante la voz para poner término a este abuso del nombre de Cristo. ¿Esa idolatría de la raza y del poder del Estado, con la

que día a día se machaca por radio a las masas, acaso no es una patente herejía? ¿No es la guerra de exterminio contra la sangre judía un insulto a la Sacratísima Humanidad de Nuestro Redentor, a la Santísima Virgen y a los apóstoles? ¿No está todo esto en absoluta contradicción con el comportamiento de Nuestro Señor y Salvador, quien aún en la Cruz rogó por sus perseguidores? ¿Y no es eso una negra mancha en la crónica de este Año Santo que debería ser un año de paz y de reconciliación?

Todos los que somos fieles hijos de la Iglesia y que consideramos con ojos despiertos la situación en Alemania nos tememos lo peor para la imagen de la Iglesia si se mantiene el silencio por más tiempo. Somos también de la convicción de que a la larga ese silencio de ninguna manera podrá obtener la paz con el actual régimen alemán. La lucha contra el catolicismo se llevará por un tiempo en silencio, y por ahora con formas menos brutales que contra el judaísmo, pero no será menos sistemática. No falta mucho para que pronto, en Alemania, ningún católico pueda tener cargo alguno si antes no se entrega incondicionalmente al nuevo rumbo.

A los pies de Su Santidad pide la Bendición Apostólica,

Dra. Edith Stein,
Profesora en el Instituto Alemán de Pedagogía Científica.
Münster / W.
Collegium Marianum».

En la carta, como se ve, se presenta la autora como profesora de pedagogía en Münster. De hecho, había ido a Münster el 29 de febrero, bisiesto, de 1932. En ese mismo año pasó por las carmelitas descalzas de Würzburg y pidió «con mucho apremio permiso para entrar en la Orden. Me fue negado con miras a mi madre y a la actividad que desempeñaba desde hacía varios años en la vida católica». Ahora a su vuelta de Beuron el 20 de marzo de 1933, en fuerza de las leyes antijudías tuvo que renunciar a su docencia en el mencionado Instituto. Por estos caminos torcidos se iba escribiendo su futuro, como ella va señalando finamente en su correspondencia: «El Señor sabe qué es lo que me tiene preparado».

Unos diez días después de su vuelta de Beuron le vino el pensamiento: «¿No será ya tiempo, por fin, de ir al Carmelo? Desde hacía casi doce años era el Carmelo mi meta».

El 30 de abril, domingo del Buen Pastor, se dirige a la iglesia de San Ludgerio, donde se celebraba la fiesta de aquel santo.

«A última hora de la tarde me dirigí allí y me dije: "No me iré de aquí hasta que no vea claramente si puedo ir ya al Carmelo". Cuando se impartió la bendición tenía yo el sí del Buen Pastor».

Aquella misma noche escribió a su padre abad solicitando su beneplácito para emprender el nuevo camino. A mediados de mayo le llegó el permiso para dar los primeros pasos. La situación había cambiado, las circunstancias eran otras. El archiabad, sopesando todo el bien que Edith estaba haciendo en el mundo y la situación especial de su anciana madre, le había siempre negado el permiso para retirarse al convento. Esta vez vio tan claro como ella que ésa era la voluntad del Señor. Alguien se ha preguntado con toda clarividencia: «¿No son los mismos enemigos de la cruz los que le abren a ella la puerta del Carmelo? ¿Qué podría todavía objetar su padre espiritual de Beuron contra su proyectada entrada? ¿Acaso no ha sido barrida, de la noche a la mañana, su prometedora vida científica?».

A mediodía del 27 de mayo se dirigió a Colonia. La acompañaba una amiga suya y amiga de las monjas descalzas. Llegadas al monasterio, pasó primero al locutorio la señorita acompañante mientras Edith esperaba en la iglesia. Arrodillada junto al altar de Santa Teresita, «me sobrecogió —dice— la paz del hombre que ha llegado a su fin». Acabado el tiempo de las visitas, tendría que volver Edith por la tarde, para entrevistarse con las monjas después de vísperas. Pero, «mucho antes de vísperas ya estaba yo nuevamente en la capilla y recé las vísperas con ellas». Iban a ser las tres y media cuando la llamaron al locutorio. La recibieron la madre priora, Josefa, y Teresa Renata (Posselt), entonces superiora y maestra de novicias y que será más tarde priora y la primera biógrafa de Edith. En la entrevista la candidata explicó su caso y cómo el pensamiento del Carmelo no la había abandonado nunca desde 1921; nunca había pensado en hacerse dominica o benedictina a pesar de haber tratado con estas dos familias religiosas, y añadió: «Siempre fue como si el Señor me reservase en el Carmelo lo que sólo ahí podía encontrar». Les conmovió.

Tendrá que volver cuando el P. provincial esté allí; le esperan pronto. Pero la visita anunciada del reverendo se hace esperar. Edith «movida por el Espíritu Santo» —dice ella— escribe a la priora pidiéndole una respuesta rápida, pues, dada su situa-

ción, necesita saber pronto a qué atenerse. La superiora la llama a Colonia; antes de ir a hablar con el delegado diocesano de monjas, vuelve a entrevistarse con las mismas madre Josefa y Renata y con Marianne Praschma. Esta última irá a Breslau para la fundación allí planeada y visitará a la familia Stein, tratando amistosamente con doña Augusta. Terminada la visita de Edith al Delegado episcopal con buenas esperanzas de ser admitida, volvió al convento. Después de Vísperas, la recibieron todas las capitulares en el locutorio; le hicieron preguntas y más preguntas, hasta la hicieron cantar y tuvo que cantar una cancioncilla, cosa que se le hizo más difícil que hablar ante miles de personas en alguna de sus conferencias. La priora le comunicó que la votación para ser admitida la harían al día siguiente. «Tuve que partir aquella noche sin saber nada».

Al día siguiente recibió en Münster el telegrama prometido: «Alegre aprobación. Saludos. Carmelo». Lo leyó y se fue a la capilla a dar gracias a Dios.

Hasta mediados de julio tenía tiempo para recoger sus cosas en Münster y despedirse del Marianum. De acuerdo con las descalzas de Colonia iría allá a pasar la fiesta del Carmen, 16 de julio, con ellas. Y se quedaría un mes como huésped en las habitaciones de la portería. Éste era el plan preestablecido y se cumplió. A su casa, preparando el terreno, había escrito diciendo que había encontrado acogida entre las monjas de Colonia y que en octubre se trasladaría allí definitivamente. Creyeron que se trataba de un nuevo puesto de trabajo y la felicitaron.

El mes pasado en la hospedería fue pare Edith «un tiempo felicísimo. Seguía todo el horario, trabajaba en las horas libres y podía ir con frecuencia al locutorio». Así se iba enterando más y mejor del espíritu del Carmelo, de sus exigencias, obligaciones, ideales.

El 14 de agosto partió para Breslau, deteniéndose a celebrar la solemnidad de la Asunción en la abadía benedictina de Maria Laach, entre Bonn y Coblenza. Su madre revivió cuando Edith llegó a casa. No sabía lo que la esperaba. Y el primer domingo de septiembre:

> «Estaba sola con mi madre en casa. Ella estaba sentada haciendo punto junto a la ventana. Yo muy cerca de ella. Por fin me soltó la pregunta por largo tiempo esperada: "¿Qué es lo que vas a hacer

en las monjas de Colonia?". "Vivir con ellas". Desde aquel momento se perdió la paz. Un peso oprimió toda la casa. De vez en cuando mi madre me dirigía un nuevo ataque al que seguía una nueva desesperación en silencio».

La especie de pulso espiritual entre madre e hija no se decantaba por ningún lado:

> «Debía dar el paso sumergida completamente en la oscuridad de la fe. Muchas veces durante aquellas semanas pensaba: ¿Quién se quebrantará de las dos, mi madre o yo? Pero ambas perseveramos hasta el fin».

El último día que pasó en casa fue el de su cumpleaños: 12 de octubre. Se celebraba también ese día el cierre de la fiesta judía de los tabernáculos. Edith acompañó a su madre a la sinagoga. Iban juntas en el tranvía; Edith le dice: «La primera temporada es sólo de prueba». Doña Augusta replica: «Cuando te propones tú una prueba, bien sé yo que la superas». Aquella noche fue de lo más doloroso para ambas. No pudieron dormir ninguna de las dos.

El día 13 fue Edith, como todos los días, a la misa de cinco y media en la iglesia de San Miguel. Para la hora del desayuno ya estaba en casa con toda la familia.

> «Mi madre trató de tomar algo pero en seguida retiró la taza y comenzó a llorar como la noche anterior. Nuevamente me acerqué a ella y la tuve abrazada hasta el momento de partir».

Una de sus sobrinas exclamó al despedirla: «¡El Eterno te asista!». En verdad que necesitaba toda la ayuda del cielo para dar ese paso. «Mi madre me abrazó y besó con el mayor cariño». Un minuto después «mi madre sollozaba en alto. Salí rápidamente». Dos de sus hermanas, Rosa y Else, la acompañaron a la estación.

Edith apostilla:

> «Era realidad lo que hacía poco apenas me atrevía a soñar. Ninguna explosión de alegría al exterior, pues era terrible lo que quedaba tras de mí. Pero estaba profundamente tranquila, en el puerto de la voluntad divina».

Llegó a Colonia al anochecer. Pasó la noche en casa de una ahijada suya, Hedwig Siegel, «mi catecúmena», como la llamaba Edith, porque la había preparado ella para el bautismo que ha-

bía recibido el 1 de agosto de 1933 en la sala capitular de la catedral de Colonia, y había sido su madrina. Muy temprano avisó por teléfono de su llegada al convento y pasó a saludar. La entrada en clausura sería después de Vísperas. Atendió al canto solemne de esta hora litúrgica con su ahijada en la iglesia. Eran las primeras Vísperas de la solemnidad de Santa Teresa. Después del rezo tomaron juntas un café.

Y acompañada por su ahijada y amiga y por una hermana de la Madre Teresa Renata se encaminó «hasta la puerta de clausura. Finalmente se abrió. Y yo atravesé con profunda paz el umbral de la casa del Señor». La recién entrada tiene ya 42 años. Su vocación es un poema con ese gran protagonista que es el Dios de Abrahán, de Isaac, de Jacob, de patriarcas y profetas y el Dios de Jesucristo.

Antes de la llegada de Edith a Colonia han ido llegando seis grandes baúles de libros. Ninguna otra carmelita había llevado consigo un ajuar como ése. Comenta ella en tono humorístico:

> «La hermana se preocupó de su custodia y se dio buena maña para dejar separados, al desempaquetar, los de teología, filosofía, filología, etc. (así estaban clasificados los baúles). Pero al final todos se mezclaron».

Sus primeros pasos en la vida claustral saben a infancia espiritual: doctora, profesora, conferenciante, escritora famosa, a sus 42 años aprendiendo las minucias de la vida conventual: lavar platos, barrer, coser, etc., todo ello era nuevo para ella y en esta escuela de humildad le tocaba ahora ejercitarse día a día. En el noviciado estaban con ella dos jovencitas que ya habían hecho la primera profesión y una postulante para lega. Edith sacaba unos veinte años a sus compañeras. «Casi parecía como si Edith misma hubiera olvidado su pasado, su ciencia y sus talentos y sólo estuviera dominada por el deseo de ser niña entre niñas». La pobreza de la celda conventual la encantaba y era para ella «un símbolo del despojamiento interior, que deja al alma sin nada propio y que la fuerza a anonadarse totalmente en Dios».

Ya desde postulante comienza a llamarse *Teresa Benedicta de la Cruz*, como ella misma había solicitado. Fue pasando el medio año del postulantado con toda felicidad, alegría y buen humor. El 15 de febrero de 1934, puesta de rodillas ante la comunidad,

pidió la gracia de vestir el hábito de las descalzas. La fecha de la toma de hábito fue el 15 de abril. Enterada la familia, su hermana Rosa le preguntó si quería algo para esa fecha. Edith le pidió «el vestido de gala y Rosa le envió una gruesa tela de seda blanca que más tarde sirvió para ornamentos de altar, que aún se guardan en el Carmelo». Con esta misma tela se confeccionó la casulla que estrenó el papa Juan Pablo II cuando beatificó a Edith en Colonia el 1 de mayo de 1987.

Dada la calidad de la candidata al hábito, el acontecimiento fue de un esplendor singular. Allí tantos conocidos y amigos del mundo universitario, en el que no podía faltar su amiga la doctora Conrad-Martius. Según la costumbre entonces vigente en Alemania y en otros países, la que iba a vestir el hábito salía a la iglesia ataviada como una novia e iba saludando a los concurrentes. Así se hizo en el caso y para todos tuvo Edith «una palabra amable, respirando cuando los alegres repiques de todas las campanas anunciaban el comienzo de la ceremonia». Desde la sacristía salió el abad de Beuron, acompañado del clero presente, para recibirla y la llevó hasta el altar. Después de la misa solemne dom Rafael dirigió una gran alocución, poniendo a prueba la humildad de Edith. A continuación el P. provincial de los descalzos, P. Teodoro, dirigió a la pretendienta las preguntas de rigor acerca de sus deseos, peticiones y propósitos, y recibida la bendición, la novia entra en la clausura; arrodillándose besa el crucifijo que se le ofrece y rápidamente se despoja del traje de fiesta y se le viste el hábito marrón de la monja carmelita descalza.

Pasados unos días de la toma de hábito, el P. provincial hizo la visita canónica al monasterio de Colonia y después de hablar con Teresa Benedicta —bien informado de sus estudios y trabajos filosóficos— dio orden de que dejasen libre a Edith de otras ocupaciones para que pudiese culminar lo que hasta su entrada tenía en el taller. Medida excepcional ésta, y muy acertada.

Terminado el noviciado, después de diez días de ejercicios espirituales, hizo su profesión el 21 de abril de 1935, domingo de Pascua. La ceremonia tuvo lugar en la intimidad del convento sin el aura festiva de la toma de hábito. Una catedrática amiga que la visitó pocos días después, certifica: «Inolvidable me que-

dó la expresión radiante y su aspecto totalmente virginal en la semana de la profesión. Parecía 20 años más joven, sintiéndome totalmente contagiada de su felicidad. Debía haber recibido grandes gracias de Dios, como los santos».

El 14 de septiembre de 1936 hacía Edith la renovación de sus votos, conforme a lo establecido para todas en aquel día de la exaltación de la Santa Cruz. Al terminar dijo a una de sus connovicias con la que tenía mucha confianza: «Al estar en la fila para renovar los votos, mi madre estuvo junto a mí. He sentido claramente su presencia». Ese mismo día un telegrama, desde Breslau, le traía la noticia del fallecimiento de doña Augusta. Había muerto mientras su hija renovaba sus votos religiosos.

Tres meses justos después Edith se cae por la escalera y se rompe el brazo y el pie izquierdo. Hay que hospitalizarla. Mientras se encuentra en el hospital llega su hermana Rosa a Colonia. De esta manera puede Edith asistir, el 24 de diciembre, al bautismo de su hermana en la capilla del hospital de Santa Isabel. Terminada la ceremonia, vuelve al convento y en la misa de Navidad Rosa recibe la primera comunión en la iglesia del Carmelo.

Pasados los tres años de la primera profesión, Edith hizo su profesión perpetua el 21 de abril de 1938, en la intimidad conventual. Aquellos días muere su gran profesor y admirador Edmundo Husserl. El día 1 de mayo tuvo lugar la imposición del velo negro por parte del obispo auxiliar, Dr. Stockums. A esta ceremonia ya asistía no poca gente de fuera.

A la par que estos acontecimientos de tono alegre y pacífico se iban desarrollando otros que no podían menos de preocupar a quien reflexionaba sobre ellos. Ha quedado ya como un estigma en la historia la llamada «noche de los cristales rotos». Ya venía de atrás, pero esa noche del 9 al 10 de noviembre de 1938 se manifestó de un modo violento el odio antijudío. Tras la quema de la sinagoga y otros atropellos injustificados contra los judíos, se pensó ya en firme y se decidió la conveniencia de un traslado de Edith a otro Carmelo fuera de Alemania. Así, hechos los preparativos indispensables, un médico amigo de la comunidad se ofrece a «pasar la frontera con la fugitiva en la noche y en las

tinieblas». Y así lo hace el 31 de diciembre de 1938. A las 8 de la mañana del día siguiente llegaban al monasterio de Echt, en Holanda. Arrancarse de Colonia y de hermanas tan queridas le resultó muy doloroso, pero había que hacerlo para evitar males mayores a la comunidad. Las descalzas de Echt, convento que había sido fundado por las descalzas expulsadas de Colonia en 1875, acogieron a Teresa Benedicta con los brazos abiertos. De las 17 monjas que componen la comunidad, 13 son alemanas. La integración en el nuevo grupo no le supuso ningún esfuerzo especial. Las monjas de Echt puntualizan con un cierto humor que Edith, aunque se lo proponía muy en serio, «no logró nunca hacerse a los trabajos prácticos. Aun cuando cogía la escoba, se la veía cuán poco práctica era para este menester doméstico tan sencillo. Lo mismo pasaba con las labores de mano. Nunca pasó del estadio de los principiantes». Más o menos, como antes en Colonia. Pero, como siempre, sus actividades intracomunitarias más propias eran de suma utilidad para las compañeras. Aquí, por ejemplo, se ocupó en dar clases de latín y explicar el Breviario a las novicias, ser la maestra de las hermanas legas, etcétera. Sus actividades de escritora no cesan tampoco. Al acercarse el IV centenario del nacimiento de San Juan de la Cruz (1942) escribió la obra conocida como *La ciencia de la cruz. Estudio sobre San Juan de la Cruz*. Trabajo poderoso que sólo vio la luz en 1950.

El 1 de septiembre de 1939 Alemania invade Polonia. Comienza la Segunda Guerra Mundial, la peor de lo peor. Al año siguiente, el 10 de mayo Holanda es también ocupada por las tropas de Hitler. Ante esta situación se trata de conseguir el traslado de Edith al monasterio de Le Pâquier en Suiza. La comunidad suiza aprueba el traslado por unanimidad. A pesar de los esfuerzos realizados no pudo salir de Holanda. De igual manera, como ella misma dice en una de sus cartas (9-4-1942): «Recibí también de un Carmelo español la invitación de ir allí, lo que ahora tampoco sería posible». No se sabe a punto fijo de qué Carmelo se trataba: ¿La Encarnación de Ávila, el convento de Segovia?

De todos modos el traslado a Suiza, a España, a Estados Unidos, a donde fuera, era imprescindible. Tampoco se logró.

Multiplicándose en Holanda las vejaciones, secuestros, atropellos de todas clases contra los judíos, la jerarquía eclesiástica holandesa levantó la voz profética en una pastoral valiente en la que se denunciaba tanta injusticia. La pastoral dada en Utrecht el 20 de julio de 1942, fue leída el domingo siguiente, día 26, en todas las iglesias y capillas en todas las santas misas y en la forma acostumbrada.

Los atropellos siguieron y se aumentaron: «El 2 de agosto fueron detenidos y secuestrados en todas las casas religiosas de Holanda los moradores no arios. En Echt no se sabía nada de esto», pero a las 5 de la tarde, mientras estaban las monjas comenzando la oración y Teresa Benedicta estaba leyendo el punto de meditación, llamaron a la superiora a la portería. La madre, creyendo que se trataba de la entrega del permiso para ir a Suiza, dijo a Edith que bajara al locutorio, en cuya parte de fuera estaba ya su hermana Rosa.

Los visitantes eran miembros de la Gestapo (SS, Schutzstaffeln). Le piden que en menos de cinco minutos abandone el convento, que llame a la superiora. Mientras ésta entra en el locutorio, sor Benedicta va al coro, se arrodilla ante el Santísimo y sale diciendo a las monjas: «Rueguen, hermanas». Una le pregunta: «¿A dónde va, sor Benedicta?». «En menos de diez minutos debo dejar el convento; pero ¿hacia dónde?...».

El tiempo concedido había sido rebasado con mucho, cerca de media hora. El alma se arrancaba con esta despedida. Edith y Rosa montaron en el coche que llevaba a otros deportados y desaparecieron. El comisario general declaró abiertamente que «como los eclesiásticos católicos no transigen con ninguna negociación, nos vemos obligados por nuestro lado a considerar a los judíos católicos como nuestros mayores y peores enemigos, y, por este motivo, a cuidar tan rápidamente como sea posible de su traslado al Oriente». La represalia contra la pastoral de julio era patente.

Las estaciones del vía crucis de Edith y de su hermana Rosa, después de la del prendimiento en Echt, fueron escalonándose: el mismo día 2 fueron llevadas al campo de concentración de Amersfoort (Holanda); dos días después, el 4, traslado al campo de Westerbork, todavía en Holanda. El Consejo Judío envía un

telegrama al monasterio de Echt urgiendo envío de ropa de abrigo, mantas, medicamentos, al campo de Westerbork. Las descalzas preparan para las hermanas Stein un buen cargamento: mantas, pequeños paquetes, «libros, candelas, comestibles y no sé lo que salió», refiere una de las monjas. Un par de recaderos de confianza cargaron con maletas, cajas y paquetes y pudieron entregarlo todo a las destinatarias. La carta de la priora y de las hermanas del Carmelo la recibió Edith cerrada, por conducto de la policía holandesa. Entre las cartas iba una nota autógrafa de Edith, encontrada en su celda. En el reverso de una estampa había escrito el ofrecimiento de su vida por la conversión de los judíos. La estampita perecería con ella.

Los emisarios de Echt hablaron con ellas y años más tarde hicieron un relato conmovedor de aquel encuentro. Sor Benedicta, alegre y agradecida por los saludos, envíos y muestras de cariño de las hermanas de Echt, contó cuál había sido su camino desde la salida del convento: Roermond, a la comisaría del lugar; en coche a Amersfoort, llegando a las tres. Tratadas con delicadeza por los soldados alemanes, ya en el campo de concentración fueron tratadas brutalmente por los de la SS. A la mañana siguiente traslado al campo de Westerbork junto a Hooghalen. Impresionaba la dignidad de su persona, «dichosa de poder ayudar a todos con palabras de consuelo y con oraciones. En sus ojos brillaba el fulgor misterioso de una santa carmelita».

En otro relato de un judío llamado Julio Marcan, de Colonia, que sobrevivió a la deportación, se habla de Edith de esta manera:

> «Entre los presos que entraron en el campo el 5 de agosto llamaba la atención sor Benedicta por su gran paz y resignación. La desolación en el campo y la excitación entre los recién detenidos eran indescriptibles. Sor Benedicta daba vueltas por los corros de señoras, consolando, ayudando y tranquilizando como un ángel. Muchas madres, casi en delirio, no se preocupaban en todo el día de sus criaturas y estaban sumergidas en la más confusa zozobra. Sor Benedicta tomaba a los pobres niños, los lavaba y peinaba, y cuidaba de su alimentación y aseo. Todos los días que permaneció en el campo desarrolló, entre lavar y limpiar, una activa caridad hasta el punto de admirar a todos».

El día 7 llegan al campo de exterminio de Auschwitz-Birkenau. No tenemos noticias particulares de lo sucedido en estos dos días. A la última estación se llega el 9 de agosto en Auschwitz. Según parece, el mismo día de su llegada al campo son asesinadas en la cámara de gas. Nuevo modo diabólico de hacer mártires. Verificando las noticias que han ido llegando, al fin, en las listas oficiales de defunciones, lista 34, hecha el jueves 16 de febrero de 1950, se puede leer: «Núm. 44074. Edith Teresia Hedwig Stein, nacida el 12 de octubre de 1891, en Breslau, de Echt, fallecida el 9 de agosto de 1942». El mismo día con el número siguiente aparece Rosa Stein. Edith tenía 51 años.

Ante los horrores del campo de concentración y la maldad increíble del nazismo y de otras aberraciones monstruosas se ha podido lanzar la pregunta:

> «¿Cómo hablar de Dios después de Auschwitz, símbolo de situaciones en las que el mal llega al límite? Se puede seguir hablando de Dios desde la experiencia de su presencia en la ausencia, desde el sufrimiento de Dios, y desde otras vertientes de purificación y de cruz redentora. Edith Stein recorrió el camino de la búsqueda del misterio de Dios y, una vez que lo encontró, hizo la experiencia de Auschwitz, testimoniando que en medio del absurdo y de la malicia humana, Dios está presente y cercano, sufre con nosotros, nos ayuda a llevar el peso de la cruz en la noche de la fe y nos capacita para hablar de él y para dar testimonio de su presencia en el corazón de las personas y del mundo» (C. Maccise).

Así es, pero el misterio sigue.

¡Auschwitz, estación final del calvario de Edith! Pero enseguida comienzan los misterios gloriosos. Aunque la fama de su martirio se difunde enseguida, sólo a primeros de enero de 1962 el cardenal de Colonia Josef Frings abría el proceso de canonización de Teresa Benedicta de la Cruz. Se prolongó por dos años. Las actas del proceso diocesano completo que se cerró el 9 de agosto, a los 30 años de la muerte de Edith, se mandaron a Roma en 1972. Se hicieron también lo que se llama «pesquisas rogatoriales» en otras 22 curias eclesiásticas, y el total de testigos en los procesos de sor Benedicta fueron 109. En 1983 se dio permiso para incoar el debate acerca de las virtudes heroicas. En 1987 se propuso en la reunión correspondiente de la Congregación una doble duda: si constaba de las virtudes he-

roicas de Edith y de su martirio y la causa del mismo. Recibidos por el Papa los pareceres requeridos de cardenales y teólogos, que fueron afirmativos, se mandó que se preparase el decreto sobre las virtudes heroicas y sobre el martirio. Y Su Santidad declaró el 26 de enero de 1987 que

> «Consta acerca de las virtudes teologales de la fe, esperanza y caridad hacia Dios y hacia el prójimo, y de las virtudes cardinales: prudencia, justicia, templanza y fortaleza y de sus anejas, practicadas en grado heroico; consta igualmente del martirio y su causa de la Sierva de Dios Teresa Benedicta de la Cruz (en el siglo: Edith Stein), monja profesa de la Orden de los Carmelitas Descalzos, en el caso y a los efectos de que se trata».

El decreto es bastante novedoso si pensamos que cuando se trata de mártires no se plantea el caso de sus virtudes heroicas, que han llegado a esa culminación con el martirio. Aquí se habla de martirio y de heroicidad de virtudes.

La beatificación tuvo lugar el 1 de mayo de 1987 en el estadio de fútbol de Colonia, con una gran homilía de Juan Pablo II. Le alegraba la presencia de no pocos hermanos y hermanas judíos, sobre todo familiares de Edith Stein. Once años después, seguido todo el trámite jurídico y aprobado el milagro de la curación completa de una niña llamada Teresa Benedicta McCarthy, de la diócesis de Boston, fue canonizada en Roma en la Plaza de San Pedro el 11 de octubre de 1998. También en esta ocasión el Papa, particularmente contento, saludó de un modo especial a los miembros de la familia Stein presentes, y trazó el perfil espiritual de la nueva santa.

> «Una joven, en busca de la verdad, gracias a la callada labor de la gracia divina, se transformó en santa y en mártir [...]; hija eminente de Israel e hija fiel de la Iglesia.
>
> [...] Descubrió que la verdad tenía nombre, Jesucristo, y desde aquel momento el Verbo encarnado lo fue todo para ella. Contemplando ya como carmelita ese período de su vida, escribía a una benedictina: "Quien busca la verdad, consciente o inconscientemente busca a Dios".
>
> Mediante la experiencia de la cruz, Edith Stein pudo abrirse el paso hacia un nuevo encuentro con el Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob. Fe y cruz se le revelaron inseparables. Comprendió la enorme importancia que para ella tenía "ser hija del pueblo elegido y pertenecer a Cristo no sólo espiritualmente, sino también por un vínculo de sangre"».

Con un *motu proprio* el 1 de octubre de 1999 el Papa nombraba compatronas de todo el continente europeo a Santa Brígida de Suecia, a Santa Catalina de Siena y a Santa Teresa Benedicta de la Cruz. En el documento papal se habla de cada una de ellas por separado. De Edith Stein se dice:

> «A través de su vida y del drama de su muerte se presenta como una declaración viviente de la peregrinación humana, cultural y religiosa, que incorpora en sí lo más íntimo de la tragedia y de la esperanza de todo el continente europeo».

Y más adelante se proclama:

> «Declarar hoy a Edith Stein compatrona de Europa es lo mismo que colocar sobre los confines de este viejo continente la bandera de la reverencia, de la tolerancia, de la benevolencia, exhortando a hombres y mujeres a que se entiendan y acojan mutuamente, dejando a un lado cualquier diversidad étnica, cultural y religiosa, para que se constituya una sociedad verdaderamente fraterna».

Edith Stein es una santa peculiar, no sólo santa por sus virtudes y por la gloria del martirio, sino que ostenta una riqueza doctrinal de la más alta calidad.

No es éste el lugar para hablar largamente de sus muchos libros y escritos. Bastará apuntar algo de la presentación que hacen de su producción literaria los editores de sus *Obras completas* en español (en curso de publicación). La distribución es muy sencilla y por los simples títulos se adivina la riqueza múltiple.

1. Etapa fenomenológica (1916-1922). *Sobre el problema de la empatía. Causalidad psíquica. Individuo y comunidad. Una investigación sobre el Estado. ¿Qué es la fenomenología? Introducción a la filosofía. Sobre la esencia del movimiento.*

2. Acercamiento a la filosofía cristiana (1925-1931). *La fenomenología de Husserl y la filosofía de Santo Tomás. Hacia una confrontación. Potencia y acto. Significado «ideológico» de la fenomenología. Conocimiento, verdad, ser, y Ser actual e ideal. Especies-arquetipo y modelo. Libertad y gracia. Ser finito y ser eterno: ensayo de una ascensión al sentido del Ser. La filosofía existencial de M. Heidegger. La fenomenología.*

3. Sus conferencias (1928-1931). *Verdad y claridad en la enseñanza y en la educación. La dignidad de la mujer y su importancia para la vida del pueblo. Los tipos de psicología y su significado para la pedagogía.*

Aportes de los Institutos monásticos en la formación religiosa de la juventud. Fundamentos teóricos del aspecto social de la educación. Educación eucarística. El «ethos» de la profesión femenina. Sobre la idea de la formación. Principios fundamentales de la formación de la mujer. El misterio de Navidad. Determinación vocacional de la mujer. Isabel de Hungría. Desarrollo de la vida según el espíritu de Santa Isabel de Hungría. Vocación del hombre y de la mujer según el orden de la naturaleza y de la gracia. El intelecto y los intelectuales. Formación de la juventud a la luz de la fe católica. Vida cristiana de la mujer. El arte de la educación materna. Tiempos difíciles y enseñanza. Natural y sobrenatural en el «Fausto» de Goethe. La mujer como miembro del Cuerpo místico de Cristo. Profesora de formación universitaria y profesora de formación de magisterio. Mensaje de las académicas católicas. Fundamento teórico de la formación de la mujer.

4. Etapa antropológico-teológica (1932-1933). *Problemas de la formación de la mujer. La formación de la persona humana. Antropología teológica.*

5. Etapa espiritual y mística (1933-1942). a) De carácter autobiográfico: *Autobiografía: Vida de una familia judía. Cómo llegué al Carmelo de Colonia. Testamento. Voto de hacer lo más perfecto.* b) Meditaciones: *Dichosos los pobres de espíritu. Amor por la Cruz. Sancta discretio. Exaltación de la Cruz. Vida escondida y Epifanía. En ocasión de la profesión de la hermana Miriam. Las bodas del Cordero. En la fiesta de la Epifanía de 1941. Elevación de la Cruz. Los Tres Reyes Magos.* c) Escritos histórico-doctrinales: *Sobre la historia y el espíritu del Carmelo. Santa Teresa Margarita del Corazón de Jesús. Amor con amor: Vida y obra de santa Teresa de Jesús. Madre Francisca de los infinitos méritos de Jesús (1804-1866). Un reformador conventual: P. Andrés de San Romualdo (1819-1883). María-Amada de Jesús (1839-1874). 300 años del Carmelo de Colonia.* d) Escritos de espiritualidad y de mística: *Una maestra en la educación y en la formación. La oración de la Iglesia. Castillo Interior. Los caminos del conocimiento de Dios. Ciencia de la Cruz. Estudio sobre san Juan de la Cruz.* e) Escritos menores. Piezas teatrales para el ámbito conventual. Poesías.

6. Epistolario. De valor extraordinario. Unas 679 cartas. En esta semblanza hemos publicado la que escribió a Pío XI.

7. Recensiones de libros de importancia.

8. Escritos necrológicos.

9. Cuadernos de notas y apuntes de sus años de estudios, etc.

10. Traducciones. Entre ellas, dos obras de Santo Tomás, una de San Buenaventura, etc.

Ante tanta riqueza mental y espiritual, alguien, lleno de entusiasmo, ha pensado que la podrían declarar doctora de la Iglesia por tantas respuestas luminosas como ha dado a grandes problemas de nuestros tiempos. La idea no está mal; pero habría que armar una revolución en la praxis de la Iglesia, ya que no hay ningún mártir que sea doctor de la Iglesia, habiendo sido considerado siempre superior el martirio a la doctrina. Si se abre esta puerta, entraría por ella enseguida: Ignacio de Antioquía, Cipriano, Ireneo, etc., etc. Siendo un título eclesiástico, nada impediría que una mártir como Edith ostentara las tres aureolas de que habla su padre San Juan de la Cruz *(Cántico B,* 30,7): la aureola de virginidad, la aureola de los santos doctores, la aureola de los mártires.

JOSÉ VICENTE RODRÍGUEZ, OCD

Bibliografía

AAS 80 (1988) 297-305 [homilía de la beatificación en Colonia]; más textos sobre ella: 289-297, 307, 321, 334-335.

AAS 89 (1997) 808-809 [milagro para la canonización].

AAS 91 (1999) 593-596 [decreto de canonización].

AAS 92 (2000) 220-229 [*Motu proprio:* nombramiento de compatrona de Europa].

Cuadernos de Pensamiento (1999) n.3. Especial dedicado a Edith Stein.

«Homilía de Juan Pablo II en la misa de beatificación»: *Ecclesia* (1987) n.2327, p.25-27.

EDITH STEIN, *Obras completas.* I: *Escritos autobiográficos y Cartas* (Burgos 2002), bibliografía, p.102-117; escritos en español, p.100-102. El proyecto comprende cinco volúmenes, de los que sólo se han publicado el I y el IV.

GARCÍA FERNÁNDEZ, C., *Edith Stein o la búsqueda de la verdad* (Burgos 1998).

— *Edith Stein. Una espiritualidad de frontera* (Burgos 1998).

GARCÍA ROJO, E., *Una mujer ante la verdad* (Aproximación a la filosofía de Edith Stein) (Madrid 2002).

GARCÍA ROJO, J., «Itinerario espiritual de Edith Stein a través de sus cartas»: *Revista de Espiritualidad* 505 (1996) 513-539.

HERBSTRITH, W., *El verdadero rostro de Edith Stein* (Madrid 1990).

MIRIBEL, E., *Edith Stein hija de Israel y mártir de Cristo, 1891-1942* (Madrid 1956).

POSSELT, T. R., *Edith Stein. Una gran mujer de nuestro siglo.* Nueva ed. corregida y anotada por F. J. Sancho Fermín (Burgos 1998).

SANCHO FERMÍN, F. J., *Edith Stein, modelo y maestra de espiritualidad* (Burgos [3]1998).

SIMEÓN DE LA SAGRADA FAMILIA - CASTRO, G., «Carta sellada de Edith Stein (A Su Santidad Pío XI sobre la persecución de los judíos en Alemania: 12 de abril de 1933)»: *Monte Carmelo* 111 (2003) 1-32.

THERESIA A MATER DEI, *Edith Stein. En busca de Dios* (Estella, Navarra 1969; [3]1980).

BEATA CÁNDIDA MARÍA DE JESÚS (JUANA JOSEFA) CIPITRIA

Virgen y fundadora († 1912)

Merecería ser estudiado un curioso fenómeno que se registra en la España del siglo XIX: varios religiosos exclaustrados, tras la supresión de órdenes religiosas y otros penosos avatares, ponen en marcha distintas congregaciones femeninas que hoy siguen pujantes y se expanden con proyección misionera. Así, la Congregación de Hijas de Jesús, conocidas generalmente como «jesuitinas». Aquí el personaje clave es el P. Miguel de los Santos San José Herranz, jesuita exclaustrado a raíz de la revolución de 1868. Al año siguiente se encuentra en Valladolid con una sirvienta vasca de 24 años, Juana Josefa Cipitria y Barriola. Desde hace varios años es dirigida espiritual de otros jesuitas que han sabido orientarla muy bien en la oración, la piedad eucarística, el espíritu de sacrificio y el amor a los pobres. El P. Miguel de los Santos sabe aplicar muy bien las reglas ignacianas del «discernimiento de espíritus» cuando Juana Josefa le abre su alma: el 2 de abril de 1869, estando en oración, le vino la idea de fundar una congregación denominada Hijas de Jesús, dedicada a la educación cristiana de las clases humildes. Conforme a los cánones de la pobre prudencia humana cualquier consejero «prudente» rechazaría el proyecto con rotundidad: Juana Josefa carecía de la indispensable preparación para tal cometido. Pero el P. Miguel comprendió con claridad ser ésta la voluntad de Dios y él mismo se apresuró a impartir a Juana Josefa la indispensable preparación intelectual.

Los precedentes de la futura fundadora no pudieron ser más humildes. Nació el 31 de mayo de 1845 en el caserío de Berrospe, perteneciente a la villa guipuzcoana de Andoain, entre Tolosa y San Sebastián, a pocos kilómetros de Loyola, de una modestísima familia de tejedores. Como todos los hogares del entorno, el de los Cipitria y Barriola era profundamente religioso. Allí se hablaba y se rezaba en vascuence. El «Aita gurea» (Padrenuestro) y «Agur María» (Avemaría) sonaban con la misma naturalidad que el ir y venir de las lanzaderas del telar del «aita».

Nueve años después (1854), la familia se encuentra en Tolosa, y allí prende en Juana Josefa la devoción a su gran paisano

San Ignacio. Un excelente sacerdote dirige sus pasos. Lleva su mismo apellido materno: Martín Barriola Ardazun. Con sólo 18 años (1862), manteniendo la inocencia, marcha a Burgos para buscarse la vida como sirvienta en un distinguido hogar, el del magistrado don José Sabater Moguerdes. La esposa, Hermitas Becerra, se percata muy pronto de la extraordinaria calidad cristiana de la joven. La compenetración espiritual entre la señora, de excepcionales virtudes, y su sirvienta se produce desde el primer momento. Por su parte, Juana sabe muy bien dónde hallar la dirección espiritual que necesita. Los padres Ramón Sureda y Rafael San Juan, jesuitas, marcan su camino ascético de oración y sacrificio: Juana Josefa se convierte en un alma de oración casi continua.

Seis años después (1868) se traslada a Valladolid con la familia Sabater Becerra. Cuando el P. Miguel de los Santos asume su dirección espiritual, Juana Josefa es ya un instrumento en las manos de Dios para realizar sus designios:

> «La educación católica de los pueblos, mediante la enseñanza del catecismo a los párvulos de uno y otro sexo y con la educación cristiana de las niñas, enseñándoles todas las artes y labores propias de la mujer cristiana».

¿Dónde comenzar? Todo lo anterior debe quedar atrás, dando paso a un nuevo comenzar, libre de cualquier condicionamiento. Salamanca tiene siempre especial atractivo, con su gloriosa tradición religiosa y cultural, generadora de almas nuevas: «Oh Salamanca hermosa / oh nutriz generosa de almas nuevas...». Ya en la ciudad del Tormes (1871), Juana Josefa cuenta con sus primeras compañeras. Junto a ellas está el P. Miguel de los Santos, que intensifica su formación. La congregación de las Hijas de Jesús es aprobada el 3 de septiembre de 1872 por el obispo de Salamanca fray Joaquín Lluc y Garriga, carmelita, más tarde cardenal-arzobispo de Sevilla.

Todo está a punto el 8 de diciembre de 1873. En la Iglesia jesuítica de la Clerecía, el P. Miguel celebra la misa de la Inmaculada Concepción y emiten sus primeros votos la fundadora y sus compañeras. Ella ha tomado el nombre de *Cándida María de Jesús,* bien significativo del candor de un alma del todo entregada a Jesucristo. Antes de un mes (6 de enero de 1874)

abre en la misma Salamanca el primer colegio. Madre Cándida no se olvida de su anterior condición de sirvienta: junto al colegio se establece una escuela dominical para sirvientas o empleadas de hogar, como hoy se dice.

El decenio siguiente es decisivo: las vocaciones afluyen, las demandas crecen, nuevos colegios se abren... Es necesario reelaborar y completar las constituciones de la nueva congregación. El padre Miguel de los Santos escribe de su puño y letra el sumario de las Constituciones ignacianas y lo pone en manos de la fundadora. El espíritu de San Ignacio late en las «nuevas» constituciones de las Hijas de Jesús:

> «Nuestra vocación es para discurrir y vivir en cualquier parte del mundo donde se expresa mayor servicio de Dios y ayuda a las almas».
>
> «[...] Que son para enseñar internas y externas, ricas y pobres, aquí y allí, donde la mayor gloria de Dios...».
>
> «Usen el método más alegre todas las maestras constantemente».

El 22 de enero de 1892 aprueba las Constituciones el obispo de Salamanca: lo es en este momento fray Tomás Cámara y Castro, de la Orden de San Agustín, famosísimo en toda España.

La tutela cautelosa de la Compañía de Jesús sigue mostrándose eficaz. Con gran visión de la situación española, y bien aleccionada por anteriores experiencias, la congregación obtiene el 18 de julio de 1899 el reconocimiento a efectos civiles, para poder realizar en España sus fines educativos.

La madre Cándida viaja a Roma a comienzos del siglo XX. Tras la obtención del *decretum laudis* (6 de agosto de 1901) presenta sus constituciones en la entonces Sagrada Congregación de obispos y regulares. Ella misma las expone y las defiende. La aprobación definitiva se produce el 27 de octubre de 1902. Indudablemente, en este acercamiento de la fundadora a la Sede de Pedro hay un seguimiento fiel de las huellas de San Ignacio de Loyola.

Pero la aprobación definitiva de Roma no respondió solamente al contenido literal de unas constituciones, sino a los frutos ya cosechados en la aplicación fiel de las mismas. Una cascada de fundaciones se estaba produciendo por obra de una

mujer del todo carente de recursos materiales... Ella iba adelante con una fe inquebrantable en la Providencia: colegios en Salamanca, Arévalo, Tolosa, Segovia, Medina del Campo, Brasil...

¿Detalles de la vida de la santa fundadora? Sobran todos ante las palabras que ella pronuncia el 9 de agosto de 1912, a punto de morir: «Cuarenta y un años de vida religiosa y no recuerdo ni un solo momento que no haya sido para mi Dios».

El P. Miguel lo había profetizado en la misa fundacional del día de la Inmaculada: «Llegaréis a ser una congregación de unión, de amor, de verdadero y fructífero apostolado, llevando siempre por estrella de vuestros caminos a María Inmaculada».

En el acto de su beatificación por Juan Pablo II, el 2 de mayo de 1996, se evidenció la extensión de las Hijas de Jesús por todo el mundo: Japón, Filipinas, China, Estados Unidos, Cuba, República Dominicana, Venezuela, Colombia, Brasil, Argentina, Bolivia, Italia, España...

JOSÉ MARÍA DÍAZ FERNÁNDEZ

Bibliografía

CÁNDIDA MARÍA DE JESÚS, *Cartas* (Madrid 1983).

CRUZ, M.ª C., *Teresa de Jesús - Cándida María de Jesús. Estudio comparativo* (Salamanca 2002).

FEBRERO LORENZO, M.ª A., *Doble vertiente. Guión biográfico de la madre Cándida María de Jesús* (Salamanca 1964).

FRÍAS TOMERO, M.ª C., *Biografía de la sierva de Dios, madre Cándida María de Jesús (Juana Josefa Cipitria y Barriola), fundadora de la Congregación de las Hijas de Jesús* (Roma 1983).

GARCÍA ALCAIDE, S., *La R. M. Cándida María de Jesús. Su instituto y sus fundaciones* (Valladolid 1923).

PÉREZ, N., *Vida de la R. M. Cándida María de Jesús (Juana Josefa Cipitria), fundadora de las Hijas de Jesús* (Valladolid 1931).

BEATO FLORENTINO ASENSIO BARROSO

Obispo y mártir († 1936)

El obispo administrador apostólico de Barbastro, don Florentino Asensio Barroso, no tenía aparato de radio en su residencia episcopal, pero se pudo enterar del alzamiento del 18 de julio de 1936 por medio de un amigo que le transmitió, además, la preocupación por los acontecimientos que se avecinaban. Al

día siguiente, domingo, el obispo predicó en la misa de doce de la catedral, como venía haciendo desde que el 26 de abril tomó la determinación de explicar personalmente al pueblo el catecismo. A esa misma hora era arrestado en Barbastro el primer sacerdote, un beneficiado de la catedral.

Al enterarse el obispo de que los sacerdotes estaban siendo detenidos, elevó una protesta al Ayuntamiento, pero no obtuvo más respuesta que su propia detención. El día 20 por la mañana una patrulla se dirigió al palacio episcopal, por orden del comité local, para «buscar armas», una burda disculpa que justificaba un minucioso registro. Serían las diez cuando unos integrantes de la patrulla se apostaron a ambos lados de la puerta de la residencia episcopal, mientras que otros entraban al claustro buscando a don Florentino. En realidad la detención del obispo había sido acordada por grupos anarquistas y confirmada por el comité local que comunicó la orden, pero ya lo sabía toda la ciudad.

Tras permanecer en arresto domiciliario e incomunicado con el exterior durante dos días, el obispo fue llevado al colegio de los escolapios el 22 de julio, donde estaban ya retenidos varios misioneros claretianos. Don Florentino, aunque fue encerrado en una habitación individual, pudo darse perfecta cuenta de la peligrosa situación en que se encontraban aquellos religiosos. Veía desde su ventana cómo hileras de sacerdotes y religiosos eran conducidos a la cárcel o a la muerte. Tres días más tarde, fiesta de Santiago, pudo celebrar misa en el oratorio del colegio, pero enterados los vigilantes, de inmediato quedaron prohibidos los actos de culto, aunque se las arreglaron para mantener el reservado y comulgar e incluso hacer la novena al Sagrado Corazón.

Cualquier pretexto valía para deshacerse del obispo, al que acusaban de haber mantenido contactos políticos con algunos diputados a Cortes, mientras él pasaba aquellos días entregado a la oración y confiando en que Dios estaba a su lado y no le abandonaría hasta el final. En la tarde del 8 de agosto, después de una arenga de Durruti desde el balcón municipal, llegaron miembros del comité de Barbastro, esposaron a don Florentino en el colegio y con la disculpa de someterlo a un nuevo interro-

gatorio lo trasladaron al ayuntamiento. De allí lo condujeron a la cárcel, donde se encontró con más sacerdotes detenidos, y donde sin duda fue insultado, torturado y mutilado.

En la madrugada del 9 de agosto de 1936 fue sacado de la cárcel, cargado en la caja de una camioneta y llevado, con otros doce condenados, según opinión popular, a las tapias del cementerio para fusilarlos. Durante el trayecto, dicen que don Florentino no cesaba de repetir esta frase: «¡Qué hermosa noche para mí!». Los del pelotón de fusilamiento, extrañados de tal expresión, le preguntaron si se imaginaba a dónde lo llevaban; a lo que contestó sin titubear y con una vehemente esperanza: «Me lleváis a la casa de mi Dios y Señor, me lleváis al cielo». Se cree que serían las dos de la mañana cuando lo fusilaron. Una vez abatido, le dispararon tres tiros de gracia. Murió rezando y perdonando a sus ejecutores.

Se difundió por Barbastro la creencia de que el obispo había sido bárbaramente mutilado. Muchos años después, al exhumar sus restos y comprobar que su cuerpo estaba momificado, se le encargó un examen legal a un equipo de médicos que certificó, en abril de 1993, cómo al cadáver le faltaban los testículos y la bolsa del escroto, pero no el resto de los órganos genitales externos. Esta constatación forense ha venido a testificar que las últimas horas de don Florentino debieron transcurrir entre grandes dolores, aunque soportados con dignidad y heroicamente.

Cuando el obispo de Barbastro fue fusilado por los milicianos en la madrugada del 9 de agosto dando el más alto testimonio de Cristo con la entrega de su vida, habían pasado muy pocos meses de su consagración en la catedral de Valladolid y sólo 147 días de pastor en su pequeña diócesis aragonesa, en la que hizo su entrada casi de tapadillo, pues las autoridades locales se opusieron a cualquier manifestación popular y festiva de bienvenida.

Don Florentino Asensio Barroso era originario de Villasexmir, un pueblo de la provincia de Valladolid, entonces perteneciente a la diócesis de Palencia. Allí nació el 16 de octubre de 1877, y en su parroquia dedicada a la Asunción, hoy ya integrada en el arzobispado vallisoletano, fue bautizado ocho días después. Entre esta localidad y Villavieja del Cerro, de donde eran

sus padres Jacinto Asensio y Gabina Barroso, pasó Florentino los años felices de su infancia en un ambiente familiar modesto, sin que ello fuera obstáculo para recibir una educación solvente y cristiana, en la que fueron determinantes no sólo sus padres, sino también el párroco y el maestro de Villasexmir. En esta parroquia natal recibió en 1878 el sacramento de la confirmación de manos del obispo de Palencia y el 1 de mayo de 1887 la primera comunión.

Tenía Florentino un hermano mayor en el noviciado de los agustinos de Calella (Barcelona) que acababa de emitir sus primeros votos. Influido por esta experiencia, siente Florentino ganas de continuar los pasos de su hermano y responder, ingresando en los agustinos, a la llamada de su vocación sacerdotal, pero le hicieron desistir los superiores de esta Orden, que no lo admitieron por ser muy joven, aunque sí le aconsejaron que estudiase humanidades en su diócesis. Así fue como realizó sus estudios en el seminario metropolitano de Valladolid, donde recibiría las órdenes menores en 1899, así como el subdiaconado y diaconado en 1900. El obispo auxiliar de Valladolid, monseñor Mariano Cidad, lo ordena sacerdote el 1 de junio de 1901, con tan sólo 23 años de edad. El nuevo misacantano quiso celebrar su primera misa en el pueblo de sus padres, en la iglesia de Villavieja del Cerro, el día del Sagrado Corazón.

Se estrenó pastoralmente como coadjutor de Villaverde de Medina y antes de terminar el año le encomendaron otras dos pequeñas parroquias cercanas. En la primavera de 1903 lo llama el obispo a Valladolid, a su lado, para responsabilizarle del archivo episcopal y al mismo tiempo ocuparse de la capellanía de las Hermanitas de los Pobres, pero no por mucho tiempo, pues dos años después ya era capellán de las Siervas de Jesús. Desempeñó sucesivamente los oficios de secretario particular y mayordomo del arzobispo José M. Cos y Macho. Ante las dudas que le asaltaban a la hora de aceptar estos cargos curiales, porque le distanciaban de su vocación pastoral, su hermano Cipriano, el agustino, le aconsejó que los aceptase por obediencia «pues también en los pasillos de la curia está Dios». Pero, en compensación, buscó tiempo para llevar pan y catecismo a los acogidos en los asilos de las Hermanitas de los Pobres.

Sin abandonar estas funciones de servicio al obispo vio cumplidas sus aspiraciones de ampliar estudios eclesiásticos, y empezó a frecuentar las aulas de la Universidad Pontificia de Valladolid donde obtuvo el doctorado en Teología al terminar el curso 1905-1906. La brillantez con que culminó los estudios le hacía idóneo para explicar metafísica, asignatura que explicó en el seminario hasta 1910. En este mismo año toma posesión de una canonjía en la catedral y posteriormente queda vinculado al claustro de la Universidad. Todos estos cargos le distraían de su más querida dedicación, que era el apostolado de la confesión y de la predicación, pero acomodó su horario para entregarle lo mejor de su rendimiento pastoral. Fue confesor de las Oblatas, del monasterio de las Huelgas, y como consiliario del Sindicato Femenino desde 1923 a 1935, dio muestras de gran ponderación y habilidad para afrontar los problemas en aquellos tiempos de tan grave tensión laboral.

Desde la parroquia de la catedral metropolitana, de la que fue nombrado párroco en 1925, don Florentino Asensio hizo de la predicación del catecismo a los adultos no sólo un reclamo para toda la ciudad de Valladolid —por su claridad y bien decir— sino también un púlpito de excelente doctrina preparada con minuciosidad. Era un gran predicador, más que «de campanillas» de sólidos contenidos y admirable exposición. Durante 10 años, de 1926 a 1935, recibió esta encomienda del arzobispo Gandásegui. Pero además de este apostolado de la palabra, don Florentino se entregó apasionadamente a fomentar la devoción al Corazón de Jesús, hacía visitas frecuentes al santuario de la Gran Promesa y se ocupó de dirigir el Apostolado de la Oración durante los años en que los jesuitas se vieron obligados a marchar de España.

Estaba cantado que don Florentino era candidato a obispo en la boca de todos, pero no sólo circulaba como rumor, pues a mediados de 1935 aparecen los primeros indicios de figurar entre los elegidos. Estaba vacante por aquellas fechas la sede de Barbastro, entonces administración apostólica, después del traslado de su pastor, monseñor Mutiloa Irurita, a la diócesis de Tarazona. Ésta fue la propuesta que el nuncio Tedeschini le hizo a don Florentino el 5 de junio, y de una manera más perentoria se

la repitió el día de la Virgen del Pilar. En esta segunda entrevista el candidato expuso sus dificultades para aceptar, pero más que su incompatibilidad lo que dejó meridianamente clara fue su humildad, aunque también su disposición a obedecer. De hecho, la Santa Sede lo nombró obispo titular de Eurea de Epiro el 11 de noviembre de 1935 y doce días después administrador apostólico de Barbastro.

En el medio tiempo entre su nombramiento y su consagración episcopal, que tuvo lugar en la catedral de Valladolid el 26 de enero de 1936, don Florentino se dispone para el gran acontecimiento con temor y temblor, pero consciente de que ésa era la voluntad de Dios. Elige como lema episcopal estas palabras de Jesús: *Ut omnes unum sint.* El día de la ordenación hubo presencia aragonesa en Valladolid y representantes de su diócesis, entre ellos un canónigo de la catedral y el rector del seminario.

El nuevo obispo salió de viaje para su toma de posesión el 13 de marzo, pero antes se detuvo en Zaragoza con el fin de visitar a su metropolitano, el arzobispo Rigoberto Domenech. Se enteró en la capital aragonesa de que grupos revolucionarios trataban de boicotear su entrada en Barbastro fomentando desórdenes. Ésta fue la razón por la que don Florentino no sólo demoró su llegada hasta el 16 de marzo, un día después de lo previsto, sino que renunció a las manifestaciones populares con que suele acogerse a un nuevo obispo. Una pequeña caravana de coches con un mínimo séquito se paró a las 11,15 ante el pórtico de la catedral, donde le esperaban numerosos diocesanos. «Aquí estamos», dijo don Florentino cuando echó pie a tierra y pisó suelo barbastrense. A continuación, ya en el interior del templo, la ceremonia discurrió con toda solemnidad, entre saludos, agradecimientos y una magistral explicación sobre el alcance de su lema episcopal.

Sólo habían pasado dos días desde su entrada y ya supo que no había gustado a las autoridades, que adoptaron una decisión nada complaciente con la Iglesia, enviada por escrito al obispo y a los párrocos el 21 de marzo: prohibido tocar las campanas de todas las iglesias de la ciudad. De poco valió la protesta que presentó el 7 de abril. Con todo, pese a las zancadillas municipales frecuentes, el obispo nunca se descompuso en sus actuaciones,

antes bien procuró suavizar las tensiones. Incluso contribuyó con dinero propio a los planes municipales contra el paro y mandó restaurar unos lienzos de muralla del palacio episcopal ofreciendo trabajo y secundando así los deseos de la oficina de colocación.

Crecía en Barbastro una impetuosa oleada de anticlericalismo, una vez que el Frente Popular se hizo con el poder municipal. Se llegó a tomar la decisión de controlar las actividades de las asociaciones religiosas y aun de espiar cuanto dijera el prelado en sus predicaciones, de tal manera que un par de vigilantes se apostaban con disimulo tras las columnas de la catedral y no perdían puntada de cuanto allí se decía. También fue estrechamente observada la actitud de algunos miembros de la Adoración Nocturna. Precisamente uno de estos fervorosos adoradores fue el gitano Ceferino Malla, apodado «El Pelé», mártir también como don Florentino y ambos beatificados el 4 de mayo de 1997. Se conocían, se habían visto en una reunión de la Adoración Nocturna celebrada pocos días antes de su muerte en la residencia episcopal. La Conferencia Episcopal Española en un mensaje sobre esta beatificación decía:

> «La comunión en la fe les impulsó a los dos a forjar una amistad nada corriente entre un obispo y un gitano. Por dar testimonio de esta fe mueren casi el mismo día en circunstancias similares [...] La Providencia los ha unido en una misma ceremonia de glorificación, tal vez como signo último de una amistad que puede ser un mensaje claro para el entendimiento entre payos y gitanos».

Con otros asuntos, preocupantes para su diócesis, tuvo que pelear el obispo Asensio. No se podían tocar las campanas, fue profanado el cementerio y vio cómo se destruía el edificio del seminario, cuya propiedad había sido devuelta a la diócesis en 1934 por una sentencia del Tribunal de Huesca, pero una posterior decisión, inesperada, del Ministerio de Finanzas vino a conceder el 21 de mayo de 1936 la propiedad al Ayuntamiento.

Con todo, pese a la brevedad de su pontificado, don Florentino desempeñó una activa labor pastoral. Escribió en los pocos meses que estuvo al frente de la diócesis varias cartas pastorales. En la primera, del mes de abril, desarrolló la doctrina del cuerpo místico de Cristo, anticipándose algunos años a la encíclica que sobre el mismo tema escribiría Pío XII; la segunda, publica-

da en mayo, la dedicó a la catequesis, su apostolado predilecto, siguiendo las directrices de la *Acerbo nimis* de San Pío X; y por último, en vísperas del mes de junio, escribió una exhortación sobre el Sagrado Corazón de Jesús, que era su devoción preferida. Además, dio buena muestra de su interés por la cuestión social, en aquellos momentos de turbulencia, sentando las bases para la creación de un sindicato de inspiración cristiana, integrado en la Acción Católica e inspirado en la doctrina de la *Rerum novarum* de León XIII, tarea a la que ya se había entregado en sus tiempos de Valladolid.

Fue un buen pastor. Esta cualidad la resaltó Juan Pablo II en la homilía de su beatificación en Roma. Dijo el Papa:

> «Ante los peligros que se veían venir, no abandonó su grey, sino que, al estilo del Buen Pastor, ofreció su vida por ella [...] llevó hasta sus últimas consecuencias su responsabilidad de pastor al morir por la fe que vivía y predicaba».

Tres años más tarde, en el jubileo de los obispos, lo mencionó entre los «testigos», junto a Diego Ventaja, Manuel Medina y Anselmo Polanco asesinados durante la guerra civil española, que «han dado a Cristo el supremo testimonio del martirio, siguiendo el ejemplo de los apóstoles y fecundando la Iglesia con el derramamiento de su sangre». Los restos mortales del Beato Florentino Asensio Barroso se hallan incorruptos en la capilla de San Carlos de la catedral de Barbastro.

JOSÉ ANTONIO CARRO CELADA

Bibliografía

ARRANZ, A. M., *Obispo y mártir. El Dr. D. Florentino Asensio y Barroso, fusilado por los marxistas en odio a la fe en el mes de agosto de 1936* (Zaragoza 1947).

ECHEBARRÍA, A., «Don Florentino Asensio, obispo y mártir»: *Ecclesia* (1997) n.2839, p.21-22.

GIL LALUEZA, S., *Martirio de la Iglesia de Barbastro, 1936-1938* (Barbastro 1989).

IGLESIAS COSTA, M., *Un testigo del amor más grande. Florentino Asensio Barroso, obispo administrador apostólico de Barbastro* (Barbastro 1993).

MONTERO MORENO, A., *Historia de la persecución religiosa en España 1936-1939* (Madrid [2]2004).

L'Osservatore Romano (4-5-1997) 6; (5/6-5-1997) 4-6.

REPETTO BETES, J. L., *Santoral del clero secular. Del siglo XIII al siglo XX* (Madrid 2000).

BEATOS RUBÉN DE JESÚS LÓPEZ AGUILAR Y COMPAÑEROS HOSPITALARIOS DE COLOMBIA

Arturo (Luis) Ayala Niño, Juan Bautista (José) Velázquez Peláez, Eugenio (Alfonso Antonio) Ramírez Salazar, Esteban (Gabriel) Maya Gutiérrez, Melquíades (Ramón) Ramírez Zuloaga, Gaspar (Luis Modesto) Páez Perdomo
Religiosos y mártires († 1936)

De entre los 71 hermanos de la Orden de San Juan de Dios martirizados el año 1936 en España y beatificados el 25 de octubre de 1992 se singularizaron por una causa muy concreta los mártires conmemorados hoy: no eran españoles. Estaban en España de huéspedes en orden a su formación como religiosos, y no teniéndose en cuenta esta circunstancia de ser extranjeros, ni la de haberse acogido expresamente a esta condición de extranjeros, fueron asesinados por ser religiosos. El odio a la fe quedó en su martirio reflejado de forma terriblemente evidente.

La provincia española de San Juan de Dios se hizo presente en Colombia el año 1920. Y esta presencia para hacer las obras de misericordia propias de la Orden fue tan bien recibida por el pueblo colombiano que muy pronto la estima a los hermanos se hizo general, y empezaron a surgir las vocaciones a la Orden entre los jóvenes de aquella entrañable nación. Los superiores consideraron oportuno que algunos de los hermanos colombianos pasasen temporadas en España donde podían ver la vida y la pujanza de la Orden que no cesaba de incrementarse y extender sus ramas como frondoso árbol en la causa de la hospitalidad. Consideraron la estancia en España positiva para la ulterior formación de los hermanos colombianos.

Siete de estos hermanos se hallaban en el sanatorio psiquiátrico de San José, de Ciempozuelos, cuando tuvo lugar la revolución del 18 de julio de 1936 y empezó la declarada persecución a la Iglesia. Este centro benéfico venía padeciendo numerosas dificultades desde el triunfo en febrero del Frente Popular. Los hermanos habían sentido tantas amenazas que se dirigieron a las autoridades y pidieron un piquete militar de protección, teniendo en cuenta el gran número de enfermos que se encontraban en la institución. Tras el 18 de julio los milicianos

rodearon el sanatorio con la declarada intención de que no escapase ningún fraile. Pudieron sin embargo los hermanos mantenerse al frente del sanatorio hasta que el día 31 de julio se les notificó que el sanatorio quedaba incautado por el Gobierno, poniendo el Ayuntamiento de Ciempozuelos un gerente y un jefe de personal. Obedecieron los superiores religiosos la orden de incautación y entregaron el mando del sanatorio y entonces les fue intimada la segunda orden tremenda: quedaba en adelante prohibido el culto religioso y había que proceder a la desaparición de todos los símbolos religiosos. Los hermanos recibieron de sus superiores la licencia para poder salir del sanatorio y buscar sitio donde refugiarse, pero la comunidad tomó la determinación de permanecer unida, y ningún hermano se fue, ofreciéndose a atender a los enfermos mientras les fuera posible.

Muy sigilosamente, y muy de mañana, la comunidad se reunía en la capilla del noviciado para asistir a la santa misa y recibir la comunión, y el superior provincial, Padre Guillermo Llop, les dijo con toda claridad a los religiosos que se estaba en una generalizada persecución religiosa, y que deberían estar preparados para lo que viniese perseverando en la oración los unos por los otros. El día 7 de agosto hubo un cacheo por la tarde y todos los hermanos quedaron en el recibidor en calidad de detenidos, y se les amenazó con toda claridad con la muerte.

Pero en los días previos los superiores se habían preocupado de alegar la calidad de extranjeros de los siete hermanos colombianos, y pidieron que se les permitiera la repatriación. Acudieron al Sr. Ministro de Colombia en España, el cual comprendió la razón con que se le pedían los documentos diplomáticos necesarios y procedió a extenderlos, de modo que quedaba claro que los siete eran colombianos y que los siete deseaban dejar España para volver a su país. Por otra parte el comité revolucionario de Ciempozuelos, advertido de la calidad de extranjeros de estos hermanos, dijo que no tenía inconveniente en dejarlos partir. El día 7 de agosto, sobre las dos de la tarde, salieron del sanatorio en una furgoneta dispuesta por el citado comité y custodiada por milicianos, pero antes de subir a ella los cachearon y les quitaron las cruces, medallas y toda clase de

símbolos religiosos. Y para garantía les pusieron un brazalete con los colores de la bandera colombiana. El P. provincial les dio dinero para pagar el pasaje a Colombia pero en el camino les fue quitado. Llegados a Madrid, el Ministro de Colombia, don Carlos Uribe Echeverri, se hizo cargo amablemente de ellos y ultimó todos los detalles de su salida de España, consiguiendo garantía diplomática del Gobierno español. El sacerdote don Abdón Perdices, a quien los superiores de la Orden, previendo la incautación de sus fondos, habían dado sumas de dinero para lo que pudiera ser necesario, les proveyó nuevamente de fondos. Y en la noche de ese mismo día 7 de agosto salieron en tren hacia Barcelona, acompañándolos un dependiente de la Legación Colombiana, Carlos Ruiz Alvarado, y estando convenido que en Barcelona los esperaría el cónsul de Colombia en la Ciudad Condal, D. Ignacio Ortiz Lozano, a quien el Ministro llamó por teléfono. Éste se ocuparía de adquirir los pasajes y de acompañarlos hasta el barco. Los siete hermanos, vestidos de paisano naturalmente, llevaban el brazalete con los colores colombianos y el sello de la Legación de Colombia en Madrid.

Según declaró posteriormente el cónsul de Colombia en Barcelona, los hermanos no lo sabían pero en el viaje llevaban vigilantes. El cónsul había ido repetidamente a la estación pero no coincidió con la llegada de los hermanos, y entonces se decidió a esperarlos en el consulado. Pasó toda la mañana del día 8 de agosto y no habían llegado. Y entonces un miliciano le avisó de que los hermanos colombianos estaban detenidos en la calle Balmes. Se dirigió allí el cónsul y le aseguraron que efectivamente estaban allí los hermanos pero que no le permitían verlos. Y es que desde Madrid se había avisado de la llegada de los hermanos. Los esperaron en la estación unos milicianos y a la bajada del tren los arrestaron. Le alegaron al cónsul que los pasaportes eran falsos y que no se podía poner en libertad a los hermanos. Insistió el cónsul y entonces le enseñaron uno de los pasaportes pudiendo comprobar su veracidad y legalidad. Así lo alegó el cónsul pero se le dijo que hacía falta permiso de la FAI. Se presentó el cónsul en la sede de la FAI donde le informaron no saber nada del asunto. Volvió a la calle Balmes y volvió a re-

clamar pero le dijeron que sólo al día siguiente podría ver a los hermanos.

Al día siguiente, 9 de agosto, muy temprano, el cónsul volvió a la calle Balmes y reclamó ver a los hermanos pero le dijeron que estaban en el Hospital Clínico. El cónsul lo comprendió en el acto: aquella noche habían asesinado a los siete hermanos. Y en efecto, como declararía luego el portero del Comité Popular de la calle Balmes, los hermanos colombianos habían pasado el tiempo de su detención con calma admirable, habían confortado a los otros detenidos que encontraron allí y habían dedicado su tiempo a la oración, poniéndose en las manos de Dios con entera confianza. Y en la madrugada fueron sacados y fusilados, llevando sus cadáveres al Hospital Clínico.

El cónsul llegó al hospital y exigió se le condujera a donde estaban los cadáveres. Lo llevaron al sótano y allí encontró más de cien cadáveres, unos sobre otros, algunos completamente desnudos. Pese a la fetidez, y con ayuda de uno de los empleados, el cónsul por los documentos logró reconocer los siete cadáveres de los hermanos más el del empleado de la Legación que igualmente había sido asesinado. El cónsul posteriormente redactó protesta oficial al consejero de Gobernación de la Generalitat de Cataluña. Los restos mortales fueron luego enterrados en fosa común con otros muchos, habiendo sido halladas fotografías de los mártires ya asesinados.

Estos mártires son las primicias del santoral colombiano. Con ellos se ha abierto el *Martirologio* de una tan querida y católica nación. La tierra de España recibió su sangre y sus cuerpos, mientras que Cristo Redentor en el cielo recibía sus almas. Ellos hacen un nuevo y magnífico lazo de unión entre Colombia y España.

Éstos son sus datos personales:

RUBÉN DE JESÚS LÓPEZ AGUILAR había nacido en Concepción, departamento de Antioquia, el 12 de abril de 1908. Educado cristianamente, el 2 de diciembre de 1930 ingresó en la Orden Hospitalaria, y profesó en ella el 27 de marzo de 1932. Durante la guerra del Chaco trabajó como hospitalario en Pasto, en el hospital de la Orden convertido en hospital militar, y

dio un gran ejemplo de entrega y servicialidad cristianas. Vino a España en abril de 1934, y cuando las cosas en España empeoraron escribió en una carta que pedía al Señor la gracia del martirio.

ARTURO (LUIS) AYALA NIÑO había nacido en Paipa, departamento de Boyacá, en Colombia, el 7 de abril de 1909 y fue bautizado con el nombre de Luis, que cambiaría por el de Arturo al ingresar en el noviciado. Recibió una educación religiosa esmerada que inspiró en él sentimientos de adhesión a Cristo y decidió a los 19 años dedicar su vida a la hospitalidad en la Orden de San Juan de Dios, en la que ingresó el 11 de mayo de 1928, haciendo la profesión de los cuatro votos de la Orden el día 8 de diciembre de 1929. Al año siguiente fue destinado a España, prestando sus servicios hospitalarios en los sanatorios de Ciempozuelos y Málaga. Vistas sus buenas cualidades, los superiores le propusieron se preparase para el sacerdocio, y así lo aceptó él, y durante los años 1934-1936 siguió los estudios sacerdotales.

JUAN BAUTISTA (JOSÉ) VELÁZQUEZ PELÁEZ había nacido en Jardín, departamento de Antioquia, en Colombia, el 9 de julio de 1909 y en el bautismo recibió el nombre de José, que cambió por el de Juan Bautista al ingresar en el noviciado. De sus cristianos padres recibió una buena educación y al llegar a la juventud hizo los estudios de magisterio. Terminada su carrera comenzó a ejercer su profesión, pero se sintió llamado a la vida religiosa y el 29 de febrero de 1932 ingresaba en la Orden Hospitalaria, en la que pronunciaría los votos religiosos el 24 de septiembre de 1933. Destinado a España en abril de 1934, estuvo en las casas de Córdoba, Granada y Ciempozuelos.

EUGENIO (ALFONSO ANTONIO) RAMÍREZ SALAZAR había nacido el 2 de septiembre de 1913 en La Ceja, departamento de Antioquia, en Colombia, y recibió en el bautismo los nombres de Alfonso Antonio que cambiaría por el de Eugenio en el noviciado. También tuvo la suerte de nacer en un hogar cristiano que fomentó en él los sentimientos religiosos, los cuales maduraron hasta su vocación a la Orden Hospitalaria, en la que ingresa el 6 de junio de 1932, profesando el 24 de septiembre de 1933. Trasladado a España en septiembre de 1934, estaba destinado en la casa de Ciempozuelos.

ESTEBAN (GABRIEL) MAYA GUTIÉRREZ había nacido en Pácora, departamento de Caldas, en Colombia, el 19 de marzo de 1907 y recibió en el bautismo el nombre de Gabriel que luego cambiaría en el noviciado. Recibió una buena educación religiosa y cultural. Ingresa en la Orden Hospitalaria el 15 de julio de 1932, y fue destinado a España en abril de 1935, estando de familiar en el sanatorio de Ciempozuelos.

MELQUÍADES (RAMÓN) RAMÍREZ ZULOAGA había nacido en Sonsón, departamento de Antioquia, en Colombia, el 13 de febrero de 1909 y fue bautizado con el nombre de Ramón. Decide su vocación religiosa a los 24 años e ingresa en la Orden Hospitalaria el 18 de junio de 1933 tomando en el noviciado el nombre de Melquíades y profesando el 25 de diciembre de 1934. Para completar su formación hospitalaria vino a España en abril de 1935, residiendo en el sanatorio de Ciempozuelos.

GASPAR (LUIS MODESTO) PÁEZ PERDOMO había nacido en La Unión, departamento de Huila, en Colombia, el 15 de junio de 1913 y fue bautizado con el nombre de Luis Modesto. Con 19 años, el 22 de abril de 1933, ingresa en la Orden Hospitalaria y toma el nombre de hermano Gaspar. Hace la profesión religiosa el 6 de enero de 1935. Unos meses más tarde es enviado a España y estaba residiendo en el sanatorio de Ciempozuelos.

Todas las noticias que hay sobre ellos respecto a su conducta como hospitalarios elogian sus buenas cualidades y magníficas actitudes. Todos ellos eran muy buenos religiosos, sencillos, humildes, entregados a sus obras de misericordia, obedientes y amables. No tenían nada que ver con la política española, en la que nunca entraron, y no le hicieron ningún mal a nadie. Su muerte se debió a una alevosa traición y pisoteó no solamente el derecho natural de toda persona a la vida y el derecho igualmente natural a la libertad religiosa, sino también las normas más elementales de las relaciones diplomáticas entre dos países civilizados, e indica el grado de arbitrariedad y anarquía en que vivía España en el verano de 1936. Para ellos sin embargo aquella muerte tan injusta fue el trampolín hacia la gloria de Dios. Rodeados del fulgor de su generosa entrega a la causa de Cristo

y de los enfermos, ellos brillan en el firmamento de la Iglesia como las siete primeras estrellas colombianas.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

MARCOS, O., *Testimonio martirial de los Hermanos de San Juan de Dios en los días de la persecución religiosa española* (Madrid 1980).

LIZASO BERRUETE, F., OH, *Beatos Braulio María Corres, Federico Rubio y compañeros mártires. 71 Hermanos de San Juan de Dios testigos de la misericordia hasta el martirio* (Madrid 1992).

MONTERO MORENO, A., *Historia de la persecución religiosa en España 1936-1939* (Madrid [2]2004) 227-228.

BEATO GERMÁN (JOSÉ MARÍA) GARRIGUES HERNÁNDEZ

Presbítero y mártir († 1936)

No un número más.

Un acto singular en el apretado programa de celebraciones jubilares a lo largo del año 2000. Me refiero a la histórica «conmemoración ecuménica de los testigos de la fe del siglo XX» que dio cita en Roma, en la tarde del tercer domingo de Pascua —7 de mayo— a católicos, ortodoxos, anglicanos y protestantes.

Habló Juan Pablo II:

> «La experiencia de los mártires y de los testigos de la fe no es característica sólo de la Iglesia de los primeros tiempos, sino que también marca todas las épocas de la historia. En el siglo XX, tal vez más que en el primer período del cristianismo, son muchos los que dieron testimonio de la fe con sufrimientos a menudo heroicos. Muchos países de antigua tradición cristiana volvieron a ser tierras donde la fidelidad al Evangelio se pagó con un precio muy alto».

Una recuperación martirial con la singularidad de su extensión a casi todas las Iglesias y comunidades eclesiales del siglo XX, justificación de la solemne celebración jubilar. También en labios del Papa:

> «En nuestro siglo "el testimonio ofrecido a Cristo hasta el derramamiento de la sangre se ha hecho patrimonio común de cató-

licos, ortodoxos, anglicanos y protestantes"» (*Tertio millennio adveniente,* 37).

Insistente la alusión pontificia:

> «El ejemplo de los heroicos testigos de la fe es verdaderamente hermoso para todos los cristianos [...] El ejemplo luminoso de cuantos, desde inicios del siglo XX hasta su fin, experimentaron la persecución, la violencia y la muerte a causa de su fe y de su conducta inspirada en la verdad de Cristo. ¡Y son tantos! [...] Son como un gran cuadro de la humanidad cristiana del siglo XX. Un mural del Evangelio de las Bienaventuranzas, vivido hasta el derramamiento de sangre».

Para ellos pide Juan Pablo II gratitud y veneración.

Por alusión cobró actualidad la realidad martirial española de los años treinta del siglo XX. Una cruenta andadura, estirada casi tanto como la década, inaugurada con la proclamación de la II República el 14 de abril de 1931, descaradamente anticlerical; saludada oficialmente, desde Roma y a nivel nacional, con respeto y con espíritu de colaboración sincera. Pero madrugaron las llamas, provocadas, cebándose sacrílega y gravemente en algunos templos de Madrid, Valencia y Málaga, por citar sólo unas ciudades. Fue el ensayo. Cuando el estallido revolucionario de Asturias —octubre de 1934— la anarquía iría a peor. El afán persecutorio se mancharía de sangre. Pagarían con su vida no pocos sacerdotes y religiosos —ya canonizados nueve hermanos de La Salle y un sacerdote pasionista, conocidos como «los mártires de Turón».

Una radicalidad que subiría de tono en febrero de 1936 de resultas del triunfo frentepopulista. Entonces serían nuevos incendios de templos, derribos de cruces, expulsiones de eclesiásticos, restricción de cultos, prohibición de ceremonias religiosas públicas, amenazas. Pero el vendaval de sangre y fuego llegaría en el mes de julio de 1936.

Elocuente el testimonio del ministro Manuel de Irujo. Quien, en una reunión gubernamental en Valencia —a la sazón capital de la República— a principios de 1937, retrataba ante sus compañeros de gabinete la realidad nacional:

> La situación de hecho de la Iglesia, a partir de julio pasado, en todo el territorio nacional, excepto el vasco, es la siguiente:

a) Todos los altares, imágenes y objetos de culto, salvo muy contadas excepciones, han sido destruidos, los más con vilipendio.

b) Todas las iglesias se han cerrado al culto, el cual ha quedado total y absolutamente suspendido.

c) Una gran parte de los templos, en Cataluña con carácter de normalidad, se incendiaron.

d) Los parques y organismos oficiales recibieron campanas, cálices, custodias, candelabros y otros objetos de culto, los han fundido y aún han aprovechado para la guerra o para fines industriales sus materiales.

e) En las iglesias han sido instalados depósitos de todas clases, mercados, garajes, cuadras, cuarteles, refugios y otros modos de ocupación diversos.

f) Todos los conventos han sido desalojados y suspendida la vida religiosa en los mismos. Sus edificios, objetos de culto y bienes de todas clases fueron incendiados, saqueados, ocupados y derruidos.

g) Sacerdotes y religiosos han sido detenidos, sometidos a prisión y fusilados, sin formación de causa por miles, hechos que, si bien amenguados, continúan aún, no tan sólo en la población rural, donde se les ha dado caza y muerte de modo salvaje, sino en las poblaciones. Madrid y Barcelona y las restantes grandes ciudades suman por cientos los presos en sus cárceles sin otra causa conocida que su carácter de sacerdote o religioso.

h) Se ha llegado a la prohibición absoluta de retención privada de imágenes y objetos de culto. La policía que practica registros domiciliarios, buceando en el interior de las habitaciones, de vida íntima personal o familiar, destruye con escarnio y violencia imágenes, estampas, libros religiosos y todo cuanto con el culto se relaciona o lo recuerde.

Y el nada sospechoso Salvador de Madariaga, desde Buenos Aires, en 1955, confirmaría la realidad de la cruenta persecución religiosa en España:

> «Nadie que tenga a la vez buena fe y buena información puede negar los horrores de esta persecución. Que el número de sacerdotes asesinados haya sido dieciséis mil o mil seiscientos, el tiempo lo dirá. Pero que durante estos meses y aun años bastase el mero hecho de ser sacerdote para merecer pena de muerte, ya de los muchos tribunales más o menos irregulares que como hongos salían del pueblo popular, ya de revolucionarios que se erigían a sí mismos en verdugos espontáneos, ya de otras formas de venganza o ejecución popular, es un hecho plenamente confirmado».

Fue una auténtica tormenta de verano. Un diluvio de sangre. Un puñado de miles de mártires: obispos, sacerdotes, semi-

naristas, religiosos, religiosas, padres y madres de familia, jóvenes laicos: «Su testimonio no debe ser olvidado».

Palabras de Juan Pablo II también en ocasión solemne, en la Plaza de San Pedro, en la mañana del 11 de marzo del 2001, en la homilía de la liturgia de proclamación de la gran hornada levantina de beatos víctimas de la aludida persecución. Las primeras glorificaciones canónicas del tercer milenio. Numéricamente doscientos treinta y tres cristianos de distinto sexo, edad y condición religiosa, presentados por la archidiócesis de Valencia; según reconocimiento papal: «Ejemplo de valentía y constancia en la fe [...], modelo de coherencia con la verdad profesada [...], honra del noble pueblo español y de la Iglesia».

Entre ellos, una docena de franciscanos capuchinos; sacerdotes y hermanos, entre los veintitrés y ochenta años, procedentes de las distintas comunidades de la provincia religiosa de Valencia. Un puñado de mártires que, sumado al total de víctimas a lo largo y a lo ancho de la geografía patria, da un total de noventa y cuatro vidas inmoladas. Un tributo que clasifica décimos a los capuchinos entre las cuarenta y tantas familias religiosas masculinas afectadas por la persecución religiosa española de 1936.

Destacado fue el protagonismo de JOSÉ MARÍA GARRIGUES HERNÁNDEZ, en religión: fray Germán de Carcagente.

Cuando el estallido revolucionario sumaba diez años de domiciliación en el convento de Alcira (Valencia); con más de veinte años de vida religiosa compartidos residencialmente con Totana, en la provincia de Murcia, y Masamagrell y Ollería, poblaciones valencianas.

Hijo de Juan Bautista y María Ana, que, generosos con Dios, le ofrecieron tres de sus ocho frutos matrimoniales, todos franciscanos capuchinos.

Germán, nacido y bautizado en Carcagente (Valencia) el 12 de febrero de 1895, ingresó en el seminario seráfico de Masamagrell siguiendo las huellas de su hermano Domingo. Vistió el hábito el 13 de agosto de 1911 y se comprometió con votos simples en fecha 15 del mismo mes, del año siguiente, y solemnemente el 18 de diciembre de 1917. Recibió el presbiterado el 9 de febrero de 1919.

De entrada, fue dedicado por sus superiores a la enseñanza; inicialmente en tierras murcianas, en calidad de educador y profesor en el colegio San Buenaventura de Totana; más tarde realizaría estas mismas actividades académicas en Masamagrell, pero en este caso en el seminario seráfico. En Ollería estrenaría nuevamente cargo y responsabilidad: vicemaestro de novicios. En Alcira, la población más beneficiada de su vida ministerial, fray Germán tuvo a su cargo la escuela primaria gratuita que instruía y formaba a los niños que compartían barrio con la comunidad capuchina. Y, además, fomentaba el culto, organizó una *schola cantorum,* atendía el confesionario y visitaba a los enfermos; procurando socorrerles en sus necesidades materiales.

De carácter bondadoso y afable en el trato. Alegre, simpático. Siempre con la sonrisa en los labios. Se decía de él que era un ángel.

La radicalización política española, en febrero de 1936, aconsejó la disolución de la comunidad religiosa de Alcira. Fray Germán fue incorporado al convento de Valencia. Tiempos difíciles, de inseguridad y zozobra, insinuándose persecutorios, en los que el capuchino de Carcagente comentó en la intimidad: «Si Dios me quiere mártir me dará fuerzas para sufrir el martirio».

La explosión revolucionaria de julio le llevó a la casa paterna, contrastando su serenidad y su entereza con las mayúsculas inquietudes de su madre y de una hermana: «¿Qué cosa mejor que morir por Dios?».

Al anochecer del 9 de agosto los revolucionarios invadieron el domicilio de los Garrigues. Germán, a quien no conocían, les guió en la requisa. Y, ya en la calle, los perseguidores fueron advertidos de la identidad del acompañante. Pasos atrás, pues, y la consiguiente detención. Fue llevado al cuartel de la Guardia Civil, ahora improvisada cárcel, y al filo de la medianoche del 9 de agosto de 1936 vino la inmolación. El altar fue el puente ferroviario sobre el Júcar. Previamente la víctima había besado las manos de los verdugos, perdonándoles: «Os perdono, porque sé que vais a matarme»; y añadió: «Yo no he hecho mal a nadie. Que sea lo que Dios quiera». E hincó las rodillas en el suelo, ofreciéndose para el sacrificio.

Malherido rodó por el terraplén hasta el río. Los fusileros bajaron y lo remataron. Al día siguiente, tras el levantamiento judicial, el cadáver fue conducido al hospital municipal, donde las religiosas enfermeras, que le habían reconocido, le limpiaron. Aparecía con su típica sonrisa, helada sobre el rostro. Los restos mortales recibieron sepultura en el cementerio de Carcagente. Actualmente esperan la resurrección de los muertos en la iglesia del convento de Masamagrell.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

JACINTO PERAIRE FERRER

Bibliografía

Boletín Informativo Capuchino Internacional (BICI) (2001) n.154, enero-febrero.
CÁRCEL ORTÍ, V., *La gran persecución. España, 1931-1939* (Barcelona ²2000).
— *Persecuciones religiosas y mártires del siglo XX* (Madrid 2001).
CÁRCEL ORTÍ, V. - FITA REVERT, R., *Mártires valencianos del siglo XX* (Valencia 1998).
MONTERO MORENO, A., *Historia de la persecución religiosa en España 1936-1939* (Madrid ²2004).
L'Osservatore Romano (9-3-2001).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTOS MÁRTIRES DE CONSTANTINOPLA

Mártires († 729)

El nuevo *Martirologio romano* sigue dando este día 9 de agosto la memoria de los mártires que en Constantinopla dieron su vida en defensa de la veneración de la sagrada imagen del Salvador que iba a ser derribada y que estaba en la Puerta de Bronce del palacio. Pero, mientras el antiguo *Martirologio* daba algunos nombres, el nuevo prefiere dejarlos en el anonimato y solamente recordar que hubo un número indeterminado de fieles que dieron su vida en defensa del culto de las sagradas imágenes. El martirio tuvo lugar en la capital del Imperio siendo emperador León III Isáurico que en 725 dio el decreto prohibiendo las sagradas imágenes, decreto con el que no estuvo de acuerdo el patriarca San Germán que hubo de presentar su dimisión y

marchar al destierro. Cuando fue a ser retirada la imagen del Salvador que estaba en la Puerta de Bronce del palacio, se desencadenó un tumulto popular que trajo consigo la muerte de quien estaba en la escalera para derribar la sagrada imagen, y como consecuencia de ello hubo una represalia imperial que causó la muerte de varios defensores de la ortodoxia. Sus reliquias fueron encontradas el año 869 y se reavivó así la memoria y la veneración de los santos mártires. Se escribió una *passio* en la que se dan los nombres de los mártires pero su historicidad no está comprobada. Su memoria se celebra el 9 de agosto.

BEATO JUAN DE SALERNO

Presbítero († 1242)

Nacido en 1190 en Salerno en el seno de una noble familia normanda, a los quince años marcha a Bolonia para estudiar. Estando allí conoció al Beato Reginaldo de Orleáns, que determinó su entrada en los dominicos en 1219. Con otros religiosos es enviado ese mismo año a Florencia para la fundación del convento dominicano local. En mayo de 1221 participa en el capítulo general de la Orden en Bolonia, presidido por el propio santo Domingo, para cuya muerte el 6 de agosto del mismo año vuelve a Bolonia. El cardenal Hugolino, que será papa con el nombre de Gregorio IX, le concede la iglesia de Santa María Novella, de la que toma posesión el 20 de noviembre de aquel año. Su predicación asidua contra la herejía patarina le vale que Gregorio IX, quien le dio varias señales de su confianza, lo nombre inquisidor; ejerce el cargo con tanta suavidad y eficacia que logra muchas conversiones sin dictar una sola sentencia de condena. Cientos de personas acudían a él a pedirle sus consejos, a escuchar su predicación y a confiarle sus limosnas para los pobres. En 1230 funda el primer convento de dominicas en Florencia. No hay seguridad de la fecha exacta de su muerte, ciertamente posterior a 1231 y situada generalmente hacia el 1242. Su memoria se celebra el 9 de agosto. Fue confirmado su culto por el papa Pío VI el 2 de abril de 1783.

BEATO JUAN DE FERMO

Presbítero y ermitaño († 1322)

Juan nació en Fermo en una familia acomodada el año 1259. Confiada su educación a los canónigos regulares de San Agustín, no tiene sino unos catorce años cuando elige de forma personal ingresar en los franciscanos, cuya santa regla profesa. Parece que las divisiones ocasionadas entre los franciscanos por el tema de la pobreza, llevó a Juan a sentirse mal en medio de la polémica, y entonces San Buenaventura, general de la Orden, lo destina a la comunidad del Monte Alvernia, donde San Francisco tuvo la experiencia mística de la impresión de las llagas. Debidamente autorizado y ya sacerdote, construye una celdilla en las faldas del monte donde se va a vivir en soledad y absoluta austeridad, dedicado a la contemplación, y donde el Señor le recrea con éxtasis y visiones celestiales. Frecuentaba las oraciones comunes del cenobio pero vivía el resto del tiempo en su amada soledad. Llevado de su celo apostólico, salía algunas veces de su retiro para predicar la palabra de Dios, y una vez lo hizo ante el papa y la corte pontificia, que apreciaron mucho su fervor religioso y sabiduría espiritual. Murió el 9 de agosto de 1322 y, enterrado en su convento de Alvernia, se le atribuyeron enseguida muchos milagros. Se le ha llamado también JUAN DE ALVERNIA (della Verna). Su culto inmemorial fue confirmado el 24 de junio de 1880 por el papa León XIII.

BEATO RICARDO BERE

Presbítero y mártir († 1537)

Ricardo Bere (o Beer) era monje cartujo del monasterio de esta Orden en Londres. Luego de que el prior San Juan Houghton fuera martirizado con otros dos priores en mayo, se puso un nuevo prior que, ayudado de otros monjes, quería que todos los miembros de la comunidad acatasen la voluntad del rey Enrique VIII. El 18 de mayo de 1537 toda la comunidad prestó el juramento pedido, pero diez religiosos se negaron, entre ellos el padre Ricardo Bere, sacerdote. Pocos días después fue llevado con sus compañeros a la cárcel y sometido a la tortura de es-

tar encadenados y con una argolla en el cuello y se les comenzó a dejar morir de hambre. Durante un mes se les pudo introducir algunos alimentos pero luego se cortó toda fuente de suministros, y así fueron muriendo por hambre los intrépidos confesores de la fe. El padre Ricardo Bere falleció el 9 de agosto de aquel año. El papa León XIII lo beatificó por decreto, junto con otros mártires, el 9 de diciembre de 1886.

BEATO CLAUDIO RICHARD

Presbítero y mártir († 1794)

Claudio Richard nació el 19 de mayo de 1741 en Lérouville, La Meuse, Francia. Educado cristianamente, al llegar a la juventud opta por la vida monástica e ingresa en la abadía de San Hidulfo, de Moyen-Moutier, donde el 12 de mayo de 1760 hace la profesión religiosa y, oportunamente, se ordena sacerdote. Ejerció diversos cargos en varios monasterios de su congregación monástica. Fue vicario en Ban-de-Sept (1783), subprior en Saint Mont (1784) y director de las Damas del SS. Sacramento como miembro de la abadía de San Leopoldo, de Nancy (1787). Al llegar la revolución y la supresión de las órdenes monásticas, él opta por la vida común el 6 de enero de 1791, negándose a prestar el juramento constitucional, y quedándose en Nancy para la atención espiritual de las almas que se dirigían con él. Por ser no-juramentado fue arrestado el 26 de noviembre de 1793 y encerrado en el exconvento llamado des Tiercelins. Por el mismo motivo fue deportado a Rochefort, donde consta que ya estaba el 5 de mayo de 1794. Se ofreció para atender a los sacerdotes enfermos hasta que él mismo se contagió y murió el 9 de agosto de 1794, dejando a todos el suave olor de su dulzura, bondad, caridad y demás virtudes. Tuvo una larga y dolorosa agonía, que sobrellevó con gran paciencia. Fue beatificado por el papa Juan Pablo II el 1 de octubre de 1995.

BEATOS FAUSTINO OTEIZA SEGURA Y FLORENTINO FELIPE NAYA

Religiosos y mártires († 1936)

El 9 de agosto de 1936 se presentaron dos hombres en la llamada Casa Zaydin, donde estaban dos religiosos escolapios de la comunidad de Peralta de la Sal, y dijeron que ambos debían acompañarles a Fonz donde tenían que deponer en una causa. Uno de ellos, el sacerdote P. Faustino Oteiza, se dio cuenta de que se trataba realmente de la hora del martirio y dirigiéndose al hermano Florentino Felipe le dijo que había llegado la hora de ir al cielo. Pidió un poco de tiempo que le fue concedido, confesó a las personas de la casa, se vistió de paisano para impedir que fuera profanado el hábito religioso y dio su bendición a todos los presentes. Los dos religiosos renovaron su profesión religiosa con todo fervor. A las cuatro de la tarde los recogió un coche. La calle estaba llena de gente, que acudió a despedirlos en el más respetuoso silencio. El coche partió camino de Azanúy y, ya en términos de esta población, paró el coche, los religiosos fueron obligados a bajar y allí los fusilaron. Rociados sus cadáveres con gasolina, fueron quemados pero no del todo, y por ello les enterraron en el mismo lugar de su martirio; al término de la guerra sus restos fueron trasladados a la iglesia escolapia de Peralta de la Sal.

Éstos son sus datos personales.

FAUSTINO OTEIZA SEGURA nació en Ayegui, Navarra, el 14 de febrero de 1890. Decidida su vocación religiosa, ingresó en la Orden Escolapia en Peralta de la Sal y pronunció la profesión religiosa el 15 de agosto de 1907. Hechos los estudios sacerdotales, primero hizo la profesión solemne el 15 de julio de 1912 y se ordenó sacerdote en Tarrasa, el 14 de septiembre de 1913. Destinado primero a la escuela infantil de Peralta, en 1919 fue nombrado ayudante del maestro de novicios y en 1926 maestro de novicios. Cumplió con total entrega esta labor formadora de los futuros escolapios y supo infundir en ellos el espíritu evangélico de San José de Calasanz. Desde 1920 padecía parkinson, lo que llevó con gran paciencia y entereza, procurando cumplir sus deberes con toda puntualidad. Cuando el 8 de noviembre de 1933 hubo un intento de incendiar el colegio escolapio, sólo

el P. Faustino y otro hermano quedaron dentro del mismo. Tras el 18 de julio de 1936 las cosas se pusieron muy difíciles para los religiosos. El día 23 fueron obligados a dejar el colegio e irse a la llamada Casa Clari, donde se prepararon al martirio y de donde fueron sacados todos menos los mártires de hoy, que el 29 de julio fueron llevados a la Casa Zaydin, y de aquí, como queda dicho, fueron sacados el día 9 de agosto.

FLORENTINO FELIPE NAYA era natural de Alquézar, Huesca, donde nació el 10 de octubre de 1856 y fue bautizado con el nombre de Francisco. Tuvo una familia muy cristiana en la que abundaban las vocaciones religiosas. Llegado a la adolescencia se dedicó a las labores del campo y entró al servicio de un rico propietario. Por su medio conoció a los padres escolapios e ingresó en la Orden Escolapia como hermano lego, profesando el 7 de marzo de 1880 los votos temporales y el 29 de abril de 1883 los votos solemnes. Trabajó siempre en la cocina y el comedor, pasando por varios colegios de la Orden y llegando al de Peralta de la Sal en 1929. Los últimos años ya podía trabajar poco porque tenía problemas de vista y oído a causa de su avanzada edad. En la expulsión de los religiosos y la hora del martirio demostró gran serenidad y firmeza. Murió con el rosario en las manos.

Juan Pablo II los beatificó el 1 de octubre de 1995 en el grupo de 13 escolapios martirizados en diversos días y en varios lugares en 1936.

BEATO GUILLERMO PLAZA HERNÁNDEZ

Presbítero y mártir († 1936)

Nació en Yuncos, Toledo, el 25 de junio de 1908, en el seno de una familia pobre pero con hondos sentimientos religiosos. En 1920 ingresó en el seminario de Toledo donde hizo los estudios hasta primero de teología, siendo un seminarista ejemplar. Entonces decide su adscripción a la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos del Sagrado Corazón de Jesús. Prosigue sus estudios en Tortosa y Zaragoza, y se ordena sacerdote el 26 de junio de 1932 en Toledo. Luego de estar varios años en el seminario de Zaragoza, para el curso 1935-1936 fue destinado al

seminario mayor de Toledo, donde, igual que en Zaragoza, se hizo querer de los seminaristas por su agrado y bondad. Una vez estallada la guerra, el 22 de julio salió con dos seminaristas para ir a casa de Antonio Ancas, donde permaneció dieciocho días entregado a la oración. La madre de Antonio Ancas pensó que le daría mejor protección si lo enviaba con su hijo a Cobisa. Un miliciano, ignorante de que Guillermo era sacerdote, llevó a ambos hasta el pueblo; al bajar en la plaza, una joven lo reconoció y sin malicia dijo que era sacerdote. El miliciano denunció al comité haber traído un sacerdote. El presidente del comité llegó a la casa y conminó a Guillermo a no moverse de ella pues iban a venir a recogerlo. Guillermo se entregó a la oración. Cuando lo recogieron lo maltrataron dándole bofetadas y golpes de fusil. En el término de Argés lo llevaron junto a un árbol para matarlo. Guillermo preguntó quién iba a matarlo para besarle la mano. Mientras bendecía a sus verdugos fue acribillado a balazos, era el 9 de agosto de 1936. Aquel mismo día murió su madre, a quien él había pedido le dejasen visitarla antes de morir, pero los verdugos le negaron este consuelo.

Fue beatificado por Juan Pablo II el 1 de octubre de 1995 en el grupo de 9 sacerdotes operarios diocesanos martirizados en diversos días del año 1936.

10 de agosto

A) MARTIROLOGIO

1. La fiesta de San Lorenzo († 258), diácono y mártir en Roma **.
2. La conmemoración de los santos mártires que padecieron en Alejandría de Egipto bajo el imperio de Valeriano siendo prefecto Emiliano († 257).
3. En Dunblane (Escocia), San Blano († s. VI), obispo.
4. En Alcamo (Sicilia), Beato Arcángelo Piacentini de Calatafimi († 1460), presbítero, de la Orden de Hermanos Menores **.
5. En Iki (Japón), Beato Agustín Ota († 1622), jesuita y mártir *.
6. En Rochefort (Francia), beatos Claudio José Jouffret de Bonnefont, de la Sociedad de San Sulpicio, Francisco François, religioso capuchino, y Lázaro Tiersot, monje cartujo († 1794), presbíteros y mártires *.

7. En El Saler (Valencia), Beato José Toledo Pellicer († 1936), presbítero y mártir *.

8. En Valencia, Beato Juan Martorell Soria († 1936), presbítero, de la Congregación Salesiana, mártir. E igualmente se conmemora este día al religioso de la misma congregación Pedro Mesonero Rodríguez, martirizado en fecha indeterminada en Vedat de Torrent, dentro de la misma persecución religiosa *.

9. En el campo de concentración de Dachau (Baviera), beatos Francisco Drzewiecki, de la Congregación de la Pequeña Obra de la Providencia, y Eduardo Gryzmala († 1942), presbíteros y mártires *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN LORENZO

Diácono y mártir († 258)

Conocemos a San Lorenzo y su martirio por el testimonio verídico, por la majestad romana y por el vuelo pindárico del himno en loor suyo del poeta probablemente cesaraugustano Aurelio Prudencio, que quizá había nacido en Zaragoza y debió de morir allá por el año 410, cuando, empujado por la enorme vitalidad de su pueblo, al frente de sus hordas de visigodos (o sea los godos de allende el Danubio), Alarico, poderoso e inexorable como una inundación, anegó la ciudad de Roma y amagó anegar la civilización latina.

La extrema pasión del diácono Lorenzo había dejado en la antigüedad cristiana un recuerdo indeleble: pero no quedó tras ella ningún auténtico documento escrito. El primero que la consigna como tradición volátil, en inaprehensible estado de fluidez, es San Ambrosio. El segundo que la asume y la transforma en materia poética es el autor del *Peristephanon,* el más grande poeta cristiano hasta que, a los novecientos años de distancia, se irguió, más alto que las Pirámides, más perenne que el bronce, el florentino Dante Alighieri.

Prudencio canta la efusión de sangre cristiana con orgiástica embriaguez. Prudencio es *hemólatra,* es decir, idólatra de la pasión y de la sangre derramada por amor de Cristo. Prudencio, que es celtibérico, podría parecer bético, verbigracia de Córdoba y del linaje del Séneca de las tragedias y de Lucano, cantor de guerras más que civiles; de Córdoba, dije, patria de hombres en-

jutos bellos y fuertes que luchan a hierro con bestias generosas y pugnaces, en un circo sonante, lleno de pueblo, ávido de emoción.

Lorenzo es el más célebre de los mártires de la persecución de Valeriano. Murió a los diez días del mes *sextil* (agosto) del año 258, cuando, según la usada expresión de Dámaso, que ilustró la ceguera de las catacumbas, desde los días en que el hierro del tirano, *secuit pia viscera Matris,* rajaba las entrañas de la piadosa Madre, la Iglesia. ¿Cómo pudo silenciar el españolísimo Prudencio su común origen celtibérico y español con el diácono del papa Sixto; Prudencio, digo, que en su libro de *Las Coronas* consagra a los mártires, inequívocamente de España, sus más audaces ditirambos y proclama como verdad axiomática*: Hispanos Deus aspicit benignus:* que Dios mira con ternura especial a los hispanos porque ofrecen a Cristo tantas y tan preciosas víctimas como Tarragona, y Calahorra, y Zaragoza, y Mérida envían al cielo? Silencio inexplicable.

Lorenzo, el año 258, era el primero de los siete diáconos de la Iglesia de Roma, la más recia y pura de sus columnas blancas. La persecución de Valeriano, que arrebatado se lo llevó, iba enderezada contra los miembros de la jerarquía eclesiástica: obispos, presbíteros, diáconos. Este carácter de la persecución señalábale al golpe de los perseguidores. Él era el principal de los siete diáconos encargados de socorrer a los pobres y de administrar las temporalidades eclesiásticas, en aquella coyuntura y sazón no contentibles. La Iglesia era propietaria de vastos cementerios y poseía una bien nutrida Caja donde se custodiaban las cotizaciones de sus miembros. De ella era el encargado Lorenzo; se le llamaba «diácono del Papa», y no era desusado que sucediera al Pontífice que le promovió a esta categoría eminente. No ignoraban los paganos que, a favor de las leyes sobre las asociaciones funerarias *(Deorum Manium iura sancta sunto),* la Iglesia gozaba de la propiedad de considerables latifundios debidos a la munificencia de los fieles y sabían que en cada ciudad funcionaba la «caja eclesiástica», alimentada con voluntarias aportaciones periódicas, al estilo de una moderna sociedad de socorros mutuos. El Estado codiciaba estos fondos, quizá exagerándolos. Allende de esto, sordamente cundía en los medios

populares un siniestro rumor de orgías nocturnas. Roma entonces, como siempre, había sido *Civitas omnium gnara et nihil reticens,* que creía saberlo todo y todo lo parlaba. Frecuentaban estas orgías los adeptos de la fe nueva, según se creía, y que los presbíteros, en primorosos vasos de oro labrados a cincel, bebían sangre humana, en cenas como la mitológica de Tiestes; y que las salas de estos festines nefandos iluminábanse con antorchas de cera oliente a miel y a flora rupestre, fijas en áureos candelabros. ¿No aparece en esto bien visible la deformación de una sinaxis eucarística?

El mismo día o el siguiente de la pasión de Sixto, que fue decapitado, el prefecto de Roma llama a Lorenzo. Prudencio pone en boca del magistrado un curioso capítulo de cargos, desprovisto de toda realidad histórica, invención del poeta todo él, que demuestra, empero, un gran conocimiento de los prejuicios dominantes en la época en que el poeta sitúa la escena. Nada áspero responde Lorenzo; nada turbio; responde, sí, con socarronería que llamaríamos aragonesa, si aragonés fuera San Lorenzo:

> «Es rica, sí, la Iglesia, no lo niego. Nadie en el mundo es más rico que ella. El propio emperador no tiene tanta plata acuñada como la Iglesia tiene. No rehúso entregarle los numismas con su efigie y la inscripción que traen; déseme un plazo siquiera breve para reunir e inventariar caudal tan copioso y precioso como Cristo atesora».

Lorenzo habla como un meticuloso contador. El prefecto le concede un lapso de tres días. Lorenzo recorre la opulenta urbe, *dives opum,* como Virgilio la denominó; epítome del orbe, como la llamó un cosmógrafo, epítome de todas sus grandezas y de todas sus miserias. Macabra fue la exposición de las riquezas de la Iglesia que Lorenzo inventarió. Sábese por una carta del papa San Cornelio que a mediados del siglo III la Iglesia de Roma socorría a unos mil quinientos pobres y viudas menesterosas. Allí mostraba el ciego, sumido en tinieblas interiores, los blancos ojos, huérfanos de mirada, que con un báculo previo guiaba el paso vacilante; allí el cojo, con un cayado, regía el paso desigual; allí el ulceroso destilando podre; allí el lisiado con la mano encanijada. «Ven y verás —el diácono dice al prefecto— todo un atrio espacioso, lleno de vasos áureos». Aquella hueste

de desarrapados, aquella parada horrible de ver, ante los ojos atónitos del funcionario romano, elevó un horrísono alarido. Mezcladas con esa muchedumbre aullante estaban las suaves vírgenes consagradas, las viudas castas que, tras el daño del primer himeneo, quisieron ignorar el calor de la añeja llama. Esta era la mejor porción de la Iglesia, el joyel de más precio con que se ataviaba. Con esta dote la Iglesia place a Cristo; éste es su más lindo tocado; éste es su tesoro; ésta es la rica cuenta de sus pobres.

En el himno que Prudencio puso en la boca afluente de Lorenzo corren desatados el énfasis bético de Anneo Séneca y el mordedor sarcasmo del bilbilitano Valerio Marcial. El prefecto, burlado y mofado, ataja esas *tantas strophas* del diácono con una irónica y escalofriante amenaza:

> «Yo tengo entendido que la muerte para el mártir es apetitosa; la tendrás. Podrás saborearla con morosa delectación. Te mulliré un blando tálamo de ascuas. Ya me traerás nuevas de Vulcano».

Lorenzo sube al lecho de carbones encendidos, que para él fue blando como de ramas y de flores. La lumbre purpúrea de juventud que irradió la frente del protodiácono Esteban entre el granizo de la lapidación circundó cual si fuera un rostro de ángel la serena faz de Lorenzo y la bañó de tiernos rosicleres. Antes de que su pensamiento naufragara en el sopor de la muerte Lorenzo lo reposó en Roma, en aquella Roma tan obcecada y tan amada, a la que el áspero Tertuliano, con inefable ternura, llamó con homéricas reminiscencias *vergel de Alcínoo, frutecido de pomas de oro; jardín de Midas, plantado de rosales.*

> «¡Oh romano! —Lorenzo exclama por boca de Prudencio—. ¿Quieres que te revele cuál fue la causa de tus laboriosos triunfos? Ha sido Dios, que quiere la fraternidad de todos los pueblos; que todos encorven su frente bajo una ley única; que todos se tornen romanos. Roma y la paz son una misma cosa: *Pax et Roma tenent.* El fundador de Roma no es Rómulo. Es Cristo el fundador de estas murallas. He aquí que todo el humano linaje mora en el dominio de Remo. Concede, oh Cristo, a tus romanos que sea cristiana esa ciudad por la cual tú sembraste en todas las otras una misma creencia. Que no sea impía la cabeza cuando los miembros abandonan la superstición; que Rómulo se torne fiel y el mismo Numa sea creyente. Todavía el error de Troya ofusca la Curia de los Catones. Purifícala, oh Cristo, de esa mancilla; envía un nuevo mensaje

por tu ángel Gabriel para que la ceguera de Julo reconozca al Dios verdadero. Aquí los cristianos tenemos ya prendas firmísimas, en los dos Príncipes de los Apóstoles, evangelizador el uno de las gentes, el otro que ocupa la cátedra suprema y empuña las llaves del reino de los cielos. ¡Oxe, afuera ya, Júpiter adúltero; deja ya libre a Roma. Pablo te echa de aquí y Pedro de aquí te destrona!».

Y en este punto, la mente del mártir moribundo, en vuelo acérrimo, se hunde en una consoladora lontananza:

«Veo a un Príncipe futuro que vendrá a su tiempo justo y cerrará los templos desiertos; obstruirá las puertas de marfil; condenará los nefastos umbrales y sus goznes de bronce ya no chirriarán; limpios de sangre sucia se erguirán, no adorados ya ni suplicados los bellos mármoles que ahora reciben culto idolátrico».

Éste fue el fin del canto y el fin de la vida. El espíritu siguió la voz del vidente. La muerte de Lorenzo fue la muerte de la idolatría.

Alejado de Roma, sin duda, escribía Prudencio su espléndido himno, puesto que proclama bienaventurados tres veces a los moradores de la ciudad que podían venerar a Lorenzo en la sede misma de sus huesos, coser su pecho con la tierra sagrada y regar con lágrimas el lugar santo. Al cuitado Prudencio, el Ebro, que le dividía de los vascones, los Pirineos nevados, los Alpes altos y profundos, manteníanlo alejado de la ciudad de Roma, riquísima de huesos heroicos y de sepulcros santos. Tenía que contentarse con levantar el corazón y los ojos al cielo tan alto y tan lejano hacia la Ciudad de Dios. De esta ciudad inenarrable es Lorenzo munícipe adscrito; por esto lleva en la corte celestial la corona cívica y es cónsul perpetuo de la Roma celestial.

Illic inenarrabili
adiectus Urbi municeps
quem Roma coelestis sibi
legit perennem Consulem.

Prudencio se reconoce indigno de que Cristo incline sus oídos hacia sí; pero, por el patrocinio de los mártires que cantó, puede conseguir audiencia y alivio; y se atreve a poner su nombre como reo de Cristo.

No de otra manera el piadoso y generoso donante, en las *tablas* devotas del Renacimiento, en Flandes o en Italia, aparece postrado a los pies de la santa imagen agigantada.

Así a los pies de San Lorenzo se nos muestra Prudencio, poeta suyo y nuestro, con las manos juntas, con las rodillas en el suelo, humilde, suplicante, pequeñito:

Audi benignus supplicem
Christi reum Prudentium.
(Oye benigno a este reo de Cristo, Prudencio,
que acude suplicante).

LORENZO RIBER

Bibliografía

FRANCHI DE CAVALIERI, P., *Note agiografiche: fascicolo 5.º* (Roma 1915) 65-82.
— Art. en *Römische Quartalschrift* 14 (1900) 159-176.
DELEHAYE, H., Art. en *Analecta Bollandiana* 19 (1900) 452-453.
LECLERCQ, H., «Gril», en F. CABROL - H. LECLERCQ (dirs.), *Dictionnaire d'archéologie chrétienne et de liturgie.* VI/2: *Gothicum-Hypsistariens* (París); y «Laurent», en ibid., vol. VIII/2: *Latran-Lexique.*
HUELSEN, C., *Le chiese di Roma nel Medio Evo* (Florencia 1927) 280-297; reimp. anastática: Roma 2000.
• Actualización:
PEÑART Y PEÑART, D., *San Lorenzo, santo español y oscense* (Huesca 1987).

BEATO ARCÁNGEL DE CALATAFIMI

Presbítero († 1460)

Arcángel de Calatafimi, conocido también por Arcángel Placentino, presbítero italiano de la Orden de Frailes Menores, nació a finales del siglo XIV, año de 1390 sobre poco más o menos, en Calatafimi, diócesis de Trapani, región de Sicilia, en el seno de una cristiana familia placentina, o de los *Piacentini.* El hecho de portar *de Calatafimi* como apellido preposicional y más común, al fin y a la postre un topónimo, deriva precisamente del lugar de nacimiento, una pequeña ciudad que se alza casi al extremo del oeste siciliano. Calatafimi es, en efecto, localidad siciliana que los mapas colocan no lejos de Alcamo y más bien cerca de las ruinas de Segeste. Dista 150 km. de Agrigento; 211 de Caltaniseta; 318 de Catania; 328 de Messina; 69 de Palermo;

286 de Ragusa; 367 de Siracusa, y 38 de Trapani, a cuya provincia pertenece. Tiene un castillo morisco y en su fértil comarca verdean hermosos viñedos y olivares como inequívoca señal de la buena dieta mediterránea.

Siglos después de nuestro beato pasó por allí Garibaldi con sus tropas. Luego de haber desembarcado en Marsala el 11 de mayo de 1860 con 1.000 voluntarios a los que se habían unido algunos insurrectos, se encontró de manos a boca por el monte de Pianto Romano, cerca de Calatafimi, con las fuerzas reales, a las que hostigó y obligó al desalojo de sus posiciones y a encontrar refugio en Calatafimi, posición que al día siguiente abandonaron para batirse en retirada sobre Palermo. El combate de Calatafimi influyó mucho en el resultado de la expedición de Garibaldi y en la suerte de Sicilia. Calatafimi muestra hoy con orgullo al forastero, entre sus glorias religiosas, el monte Giubino, sobre cuya cúspide se venera la imagen de la Madre de las Misericordias, y en donde también es posible admirar la gruta santificada siglos hace por las penitencias del beato ermitaño Arcángel.

Dicen los conocedores del lugar que quien pruebe a coronar aquellas cumbres conseguirá recrear los ojos percibiendo el indescriptible encanto de un paraje pródigo en quietud y cielos azules, se alegrará con el disfrute de la naturaleza contemplando el sugestivo panorama que desde allí se divisa. Desde tan magnífico belvedere la vista puede hacer un barrido por las maravillas del entorno y, con suavidad y deleite, recorrer desde la pequeña iglesia a los cercanos bosques, también los hondos valles que a los pies del monte se extienden, y las cercanas montañas recortando apabullantes y caprichosas el horizonte. No es extraño, por tanto, insisten los biógrafos y reporteros del lugar, que el beato Arcángel, sensible a la hermosura de la naturaleza, pudiera recrear la vista y el corazón contemplando el cosmos, y elevarse desde las cosas creadas hasta el mismo Creador. En aquel monte, además, a causa de lo que digo, se respira mariología por los cuatro puntos cardinales, y el beato Arcángel, que allí vivió y allí se santificó al socaire de una tierna devoción a la Virgen Madre, devino pronto, era de esperar, el ministro de las misericordias de María. Ella seguramente se encargó de ir dila-

tando el corazón generoso de su siervo poniéndolo en estrechísima relación con el de su divino Hijo.

Arcángel pertenecía, se ha dicho, a la célebre saga de los Placentinos. Inclinado desde la niñez a una piedad firme y bien orientada, sólida, y lleno de aversión al mundo, de cuyos peligros recelaba siempre con cautela, a veces incluso con miedo cuando no con temor y legítimo comedimiento, se retiró muy joven aún a la vida solitaria en una gruta de esta región montañosa, no lejos de su ciudad. Alejado del mundanal ruido, que diría Fray Luis, y siguiendo la escondida senda de tantos anacoretas antiguos, cuyas durísimas penitencias siguen orlando desde miniaturas y leyenda las páginas del santoral, decidió esconder su vida al siglo en aquella caverna, donde pasaba noches y días como un Elías redivivo aplicado a la oración y a la meditación de las cosas santas. Su tierna devoción mariana, por lo demás, le mereció a partir de entonces frecuentes apariciones de la Señora.

El hecho es que, como en tales casos suele ocurrir, la fama de su vida penitente rebasó pronto los discretos límites del anacorético retiro y alcanzó luego a difundirse incontenible por la comarca, de modo que el piadoso porte y los atinados consejos del hombre de Dios que ya era nuestro benemérito eremita llegaron sin esfuerzo a los más apartados rincones del lugar y consiguieron atraerse con facilidad al gentío comunal y provinciano, pendiente de sus diarias oraciones cuando no menesteroso de su eficaz ayuda y valimiento. Resonantes milagros confirmaron sin tardanza este bien ganado crédito de santidad. Pero tanta y tan frecuente afluencia de paisanos y forasteros terminó por convertir aquello, claro es, en meta de peregrinación y en lugar de encuentro, y el bueno de Arcángel, como es natural, comprendió que el rumbo de aquellas cosas no podía llevarle a buen puerto.

Se afligió mucho, ¡y de qué manera!, al comprobar tanta miseria humana y tanta necesidad como aquel río de gente le traía con su aluvión de historias, miserias, chismes, problemas y diario trajín. Sensible y tierno como era, le llegaban al alma las necesidades muchas veces insolubles de tanta pobreza y de tanto dolor. Por otro lado, las preguntas de unos y otros, con el cua-

dro crítico que a menudo entrañaban, ponían en grave aprieto la humildad de su espíritu. Razón por la cual, celoso ya de su propia salud espiritual y temiendo las seducciones siempre insidiosas de la vanidad, a fin de no ser distraído por el pueblo, acabó por dejar aquel sitio y trasladarse a un retiro eremítico más seguro cerca de Alcamo, donde abrigaba la esperanza de esconderse con mayor facilidad a las indiscretas miradas del mundo. Pero se equivocó.

También aquí su virtud se dejó notar pronto —el bien, a la postre, acaba emergiendo con esplendor— y no fue difícil descubrirle como el hombre de Dios admirado y querido, como el testigo profético buscado y requerido. Esta segunda vez, no obstante, ante las instancias de los habitantes de Alcamo, no pudo sustraerse a la dirección de un viejo y abandonado hospicio de pobres y viandantes, que en breve tiempo se encargó de volver nuevo y funcional. Así y todo, cumplido tan laudable encargo de restauración, y puesto que la vida eremítica le seguía seduciendo más y más cada día, resolvió, una vez concluida la obra, abandonar de nuevo el bullicio de la gente para volver a la soledad de una cueva, donde disfrutar del dulce reposo en la oración y la penitencia, a Dios consagrados los momentos todos de su austera vida.

Así rodaban las cosas, con nuestro Arcángel entregado de cuerpo y alma a su amada soledad y con ella, y por ella, al pleno gozo del pacífico y saludable retiro cuando el papa Martín V decretó en 1426 suprimir a todos los eremitas que poblaban la Sicilia, muy numerosos allí. Arcángel entonces, ante la forzosa renuncia al refugio por el que tanto había suspirado y que tanta serenidad le procuraba, y en modo alguno deseoso de volver a la vida del mundo, decidió abrazar la vida religiosa entrando en los Frailes Menores Observantes de Palermo. Allí tomó el hábito de manos del Beato Mateo de Agrigento, reformador de las costumbres de aquella población y vicario provincial de la Observancia en Sicilia, el cual, además, llegaría a ser, andando el tiempo, obispo de la Primera Orden (1380-1451), cuyo culto aprobó Clemente XIII el 22 de febrero de 1767.

Nacido en Agrigento el año 1380, de padres oriundos de España, Mateo se había hecho franciscano en España cuando

frisaba en los 18 de edad y había trabajado luego con San Bernardino de Siena por volver al primitivo ideal la Orden franciscana. Edificó muchos conventos, centros de espiritualidad franciscana y casas donde vivir el seráfico espíritu del *Poverello.* Elegido en 1443 Provincial de Sicilia —contaba entonces ésta con 50 conventos, de los que 38 llevaban el nombre de Santa María de Jesús—, había recorrido la isla llevando el Santo Nombre de Jesús por doquier, había predicado el Evangelio, recordado a los sacerdotes su dignidad, reavivado la fe del pueblo, convertido pecadores, refrendado el mensaje de su predicación por numerosos milagros. Fue maestro y forjador de santos, a quienes quiso como colaboradores suyos, entre ellos nuestro benemérito Arcángel de Calatafimi.

Una vez emitida la profesión, Arcángel recibió la orden de trasladarse a Alcamo con la encomienda de transformar en convento el hospital ya antes dirigido por él y ahora bajo el título de Santa María de Jesús. Lo que había sido en su vida eremítica, volvió a serlo en este nuevo lugar, por supuesto que adaptado a la nueva situación, pero con igual fervor y análogo perfume de sus heroicas virtudes. Se aplicó también ahora con ahínco a las delicias de la oración, a la mansedumbre de la humildad, a la prontitud de la obediencia y a la maceración de los más rigurosos sacrificios.

Indudablemente que su pertenencia a la Primera Orden Franciscana le abrió vías nuevas, tal vez antes desconocidas, para agradar a Dios. Había sabido leer la divina voluntad en los quehaceres más dispares de su precedente biografía, poniendo siempre en ello alma y corazón, y no era el caso de que todo aquello se viniese abajo de pronto. Así que, luego de su profesión religiosa, y en vista de la intensa vida de fervor lo mismo ahora entre los frailes de San Francisco que antes en la soledad del eremitismo, fue nombrado Provincial de los Observantes de Sicilia. Austero consigo mismo y muy observante de la Regla, procuró por todos los medios mantener entre los hermanos la primitiva pureza del célebre documento franciscano, y se puede asegurar que, en cuanto superior mayor, supo cumplir para provecho de todos sus religiosos los deberes propios de un celoso y caritativo pastor.

Aun cuando más que gobernar prefiriese predicar y cuidar de las almas y, en suma, la gloria de Dios, los compromisos pastorales le hicieron dejar a menudo su retiro conventual para volcarse de lleno en los trabajos apostólicos, consiguiendo convertir a empedernidos pecadores. Dios volvía eficaz su palabra, corroborada, insisto, por numerosos milagros. Con paterno ánimo y firme pulso rigió por un trienio la Provincia franciscana de Sicilia. Concluido éste, volvió humilde y solícito a la práctica de la obediencia conventual y con renovado entusiasmo juvenil se entregó a interminables horas de meditación y, cuando hizo falta, al duro ejercicio del apostolado por ciudades y pueblos de Sicilia. Finalmente, y tras largos años entre penitencias y salud de las almas, un sábado de la Virgen, las alas de la hermana muerte lo llevaron, anciano ya, hasta las invisibles y eternas cumbres de Dios: era el 28 de julio de 1460 (según Castagna). Otros sostienen que murió en Alcamo el 10 de agosto. La más reciente obra biográfica de Ferrini-Ramírez dice: «Murió en Alcamo el 10 de abril de 1460 en el convento de Santa María de Jesús, por él fundado. Tenía 70 años» (p.242). Sepultado en la mencionada iglesia de Santa María de Jesús, inmediatamente empezó a rendírsele culto público.

El papa Gregorio XVI confirmó ese culto inmemorial el 9 de septiembre de 1836. Antes de las últimas reformas del calendario su fiesta se celebraba el 5 de julio. Entre los Frailes Menores Observantes se da también la del 26 de julio. En la última edición del *Martirologio romano,* año 2001, figura el 10 de agosto. Insigne por su austeridad de vida y su afición a la soledad, varón lleno de piedad y sana doctrina, esclarecido antes y después de su muerte con milagros, su cuerpo reposa dentro de una elegante urna de mármol debajo del altar de Santa Rosalía, en la mencionada iglesia, adonde fue trasladado desde la sepultura común de los frailes cuarenta años después de su partida a la casa del Padre. La traslación se hizo a instancias de los mismos habitantes de Alcamo. En la tapa sepulcral figura su efigie, de óptima factura por cierto, la más parecida que de él se conserva según los expertos, justo porque fue esculpida poco después de haber fallecido, cuando aún perduraba su figura en la retina de muchos que le habían conocido.

Con motivo del V centenario de su muerte (1460-1960), y entre los actos organizados para la solemne celebración del evento en la última semana de abril de 1960, tiempo pascual, se procedió al reconocimiento canónico de los restos y a su colocación en nueva y artística urna. La Orden de Frailes Menores escribió con tal motivo una carta circular exhortando desde San Agustín a la imitación de sus santos, y en concreto del Beato Arcángel.

> «Ellos, afirma ciertamente San Agustín a propósito de los mártires, y el juicio es válido para santos y beatos, no tienen necesidad de nuestras festividades, porque gozan en los cielos en compañía de los ángeles; pero gozan con nosotros no si los honramos, sino si los imitamos. El mismo hecho de honrarlos a ellos es de provecho para nosotros, no para ellos. Pero honrarlos y no imitarlos no es otra cosa que adularlos mentirosamente» *(Sermón* 325,1).

PEDRO LANGA, OSA

Bibliografía

CASTAGNA, G. A., «Il V centenario del B. Arcangelo da Calatafimi»: *L'Osservatore Romano* (14-6-1961).

CLARY, L. DE, *L'auréole séraphique, ou vies des saints et bienheureux des trois Ordres de Saint-François,* II (París 1882) 55.

D'ALENÇON, E., «Archange de Calatafimi», en *Dictionnaire d'histoire et de géographie ecclésiastique.* III: *Anforaria-Arfons* (París 1924) col.1533.

FERRINI, G. - RAMÍREZ, J. G., OFM, *Santos franciscanos para cada día* (Asís 2000) 241-242.

GIOIA, A., *Il beato Arcangelo Placenta da Calatafimi* (Palermo 1926).

LEBAT, R., Art. en *Analecta Bollandiana* 45 (1927) 441-442.

Martyrologium romanum, o.c., 421, n.4; 669.

MORABITO, G., «Arcangelo da Calatafimi», en *Bibliotheca sanctorum,* II (Roma 1962) col.373.

TERRANOVA, L., *Lettera circolare in occasione del V centenario della morte del B. Arcangelo da Calatafimi 1460-1960.* Curia Provinciale, Convento La Gancia (Palermo 1961).

WADDING, L. DE, *Annales Ordinis Minorum,* XV (Roma) 354-355.

C) Biografías breves

BEATO AGUSTÍN OTA

Religioso y mártir († 1622)

Ota había nacido en Ogica, pequeña población del reino japonés de Firando, hacia el año 1572 en el seno de una familia pagana. Pero siendo un muchacho entró en contacto con los jesuitas y, abandonando los ídolos, se convirtió al Dios vivo y verdadero y recibió el santo bautismo adoptando el nombre cristiano de Agustín. Durante varios años ejerció el cargo de sacristán en la misión jesuita, pero el Beato Camilo Constanzo lo eligió como su catequista y compañero de correrías apostólicas, y desde entonces compartió los trabajos del intrépido misionero y quería también compartir su condición de religioso jesuita. Llevaba tres meses en la isla Ikitsuki con el citado misionero cuando habiendo éste decidido ir a la isla de Noxima, el catequista que lo hospedaba, futuro mártir, el Beato Gaspar Cotenda, decidió acompañar al misionero y a su ayudante, y así los tres se embarcaron en una barca de remos. Pero apenas se había alejado de tierra cuando una cristiana que poco antes se había confesado con el P. Constanzo y que deseaba a todo trance convertir a su marido, habló con éste de la presencia del misionero y de la oportunidad para convertirse y que en caso de que él se decidiera, ella podría conseguir que el misionero volviera. El marido fingió estar interesado, pero se fue a las autoridades y denunció la presencia del P. Constanzo señalando que se dirigía a Noxima. Entonces mandaron tres lanchas con hombres armados. No lo hallaron ya en Noxima sino en la pequeña isla de Ucu, a media legua de distancia, y allí sorprendieron a los tres el 24 de abril de 1622. La isla no pertenecía al reino de Firando y por tanto allí la detención sería ilegal, pero el administrador de la misma se los entregó, y volvieron con ellos al reino de Firando. Tras el interrogatorio, los llevaron a la isla de Ikinixima donde quedaron encarcelados. Se dio cuenta a la capital y se esperó la respuesta. Desde la cárcel Agustín escribió al P. provincial de la Compañía de Jesús solicitando su admisión en la Orden, pero la carta no le llegó al padre hasta el día antes de la muerte del catequista. Lo admitió como novicio, y al día siguiente Agustín

fue decapitado, sellando con su sangre su fe cristiana. Fue beatificado el 7 de julio de 1867 por el papa Pío IX.

BEATOS CLAUDIO JOSÉ JOUFFRET DE BONNEFONT, FRANCISCO FRANÇOIS Y LÁZARO TIERSOT

Presbíteros y mártires († 1794)

El 10 de agosto de 1794 perecieron en los pontones de Rochefort tres sacerdotes allí detenidos y que sucumbieron por su fidelidad a Cristo y a su Iglesia: Claudio José Jouffret de Bonnefont, perteneciente a la Sociedad de San Sulpicio, Francisco François, franciscano capuchino, y Lázaro Tiersot, monje cartujo. Éstos son sus datos personales:

CLAUDIO JOSÉ JOUFFRET DE BONNEFONT nació en Gannat, Allier, Francia, el 23 de diciembre de 1752. Con veintitrés años entra en el seminario diocesano de Clermont, del que pasa muy pronto a la Sociedad de San Sulpicio, en la que se ordenará sacerdote. Fue superior de filósofos en el seminario de Orleáns, hizo su tiempo de soledad en la casa sulpiciana de Issy, luego pasa a Tulle y luego a Clermont, y por fin el 23 de febrero de 1790 fue nombrado superior del seminario menor de Autun. Al llegar el obispo constitucional en 1791, los superiores y alumnos de su seminario lo reciben muy mal y terminan por irse, yéndose Claudio José el 10 de mayo. Seguidamente abandona Autun y se instala en Moulins. En carta suya del 16 de septiembre de 1792 él explica al ministro de Justicia por qué no se le puede exigir el juramento de fidelidad a la constitución civil del clero. Jouffret estaba bajo sospecha, se interceptaba su correspondencia y, al descubrirse que se carteaba con un deportado, fue arrestado y llevado a la cárcel de Moulins. Para impedir que lo envíen a Rochefort, él alega su mala salud y pide se le haga un examen médico. El médico que lo examina determina que tiene una doble hernia y que no debe ser deportado, pero pese a ello se determina su deportación y sale para Rochefort en el convoy que deja Moulins el 25 de noviembre de 1793, pasa un tiempo en Saintes, y está en abril en Rochefort. Llevado al barco Les Deux Associés, vio claro que se le venía encima la muerte y se preparó para ella con total entrega a la voluntad de Dios

y gran paciencia. Persona afable y de dulce carácter, prudente y pacífico, dejó una honda impresión por sus virtudes en sus compañeros. Murió el 10 de agosto de 1794. Fue enterrado en la isla de Aix.

FRANCISCO FRANÇOIS nació en Nancy el 17 de enero de 1749, y en su adolescencia decidió su vocación en la Orden capuchina. Hecho el noviciado, profesó solemnemente el 24 de enero de 1769 con el nombre de fray Sebastián en el convento capuchino de Saint-Mihiel en Lorena. Como escolástico estuvo en Pont-à-Mousson, pasando luego por los conventos de Nancy y Commercy, y recibiendo oportunamente el sacerdocio. Su último destino fue Nancy. Se presentó espontáneamente al Comité de vigilancia de Nancy, que el 9 de noviembre de 1793 lo arrestó y envió a la cárcel. El 26 de enero de 1794 era declarado sano y capaz por tanto de ir a la deportación, al haberse negado a prestar el juramento constitucional. En mayo de ese año ya estaba en Rochefort. Religioso lleno de piedad y que había cumplido con mucha escrupulosidad sus deberes conventuales, dio gran ejemplo de piedad, vida de oración y paciencia. Llevado al llamado pequeño hospital, se le halló muerto, de rodillas y con las manos juntas, el 10 de agosto de 1794. Fue enterrado en la isla de Aix.

LÁZARO TIERSOT nació el 29 de marzo de 1739 en Semur-en-Auxois, Côte-d'Or, Francia, hijo de un comerciante. Tras sentir la vocación monástica, ingresó en la cartuja de Nuestra Señora de Fontenay, en la que profesó el 18 de diciembre de 1769. Recibió oportunamente la ordenación sacerdotal, y vivía la vida profunda y escondida de los monjes cartujos cuando la Revolución Francesa suprimió los monasterios y se vio obligado a dejar su cartuja. En su convento tenía el cargo de vicario. Se retiró a la ciudad de Avallon. Habiéndose negado a prestar el juramento constitucional, fue arrestado el 19 de abril de 1793. Pero los administradores del distrito, comprobando que los sacerdotes detenidos no habían perturbado el orden público, aconsejaron enviarlos a los consejeros generales para confirmar la medida. Llevado a Auxerre, se le juzgó apto para la deportación y con otros catorce compañeros sacerdotes fue enviado en abril de 1794 a los pontones de Rochefort, siendo embarcado

en el Washington. Se cree que su enfermedad se debió a que no se acostaba de noche para no quitar sitio a sus compañeros vecinos que lamentaban que apenas se podían estirar cuando se acostaban. Se le propuso ir al hospital pero él respondía que quería morir entre sus hermanos. Obligado a ir, pareció mejorar pero él anunció su muerte. Mostró gran paciencia, dulzura y espiritualidad. Murió el 10 de agosto de 1794.

Los tres fueron beatificados el 1 de octubre de 1995 por Juan Pablo II.

BEATO JOSÉ TOLEDO PELLICER

Presbítero y mártir († 1936)

Este sacerdote valenciano nace en Llaurí el 14 de junio de 1909, en el seno de una familia muy cristiana. Luego de ser monaguillo en su parroquia, pasó al colegio de los PP. escolapios en Alzira. Dijo en su casa que quería ser sacerdote pero le pidieron que primero hiciera el bachillerato; por fin lo dejaron ingresar en el colegio de San José de Valencia, donde hizo las humanidades. Pasó luego al seminario conciliar de Valencia. La llegada de la República y la quema de iglesias que la acompañó no mermó su decisión de ser sacerdote, manifestando que estaba dispuesto a llegar incluso al martirio. En 1934 se ordenó sacerdote. Simultaneó el servicio militar con el cargo de capellán del colegio de Jesús-María. Luego fue enviado como coadjutor a Bañeres, donde realizó una amplia labor sacerdotal en los círculos de estudio, la catequesis, la dirección espiritual, la asistencia a la Acción Católica, etc. Era músico y organista y puso su habilidad al servicio del apostolado, organizando dos coros y cuidando mucho las celebraciones litúrgicas. Como desde febrero se rumoreaba que iban a quemar la iglesia, los coadjutores se llevaban el Santísimo a sus casas y así, cuando el 22 de julio de 1936 le exigieron las llaves de la iglesia, no fue profanado el sacramento. Seguidamente los sacerdotes y algunos fieles consumieron las hostias consagradas. El Beato José se marchó con otro sacerdote a Bocairente pero allí fueron arrestados y devueltos a Bañeres, ingresando en la cárcel. El día 27 fue la quema de las imágenes de la iglesia y los sacerdotes esperaron el

martirio; por ello se confesaron el uno al otro. Al otro sacerdote lo pusieron en libertad, y a él lo dejaron salir el 5 de agosto pero a condición de irse a su pueblo de Llaurí. A los dos días de estar allí salió un bando obligando a todos los sacerdotes a presentarse y fueron obligados a ir a trabajar al campo. A José le asignaron cortar aliagas y malezas en el monte. Debió presenciar la quema de objetos sagrados y del archivo de la parroquia. El 10 de agosto por la mañana fue obligado a subir a un camión. Él vio claro que era su fin y dejó sus enseres a un amigo para que se los diera a su madre. Aquel mismo día fue fusilado en El Saler de Valencia.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

En la reseña biográfica de Vicente Cárcel Ortí y Ramón Fita Revert aparece su martirio fechado el 10 de septiembre de 1936.

BEATOS JUAN MARTORELL SORIA Y PEDRO MESONERO RODRÍGUEZ

Religiosos y mártires († 1936)

El *Martirologio romano* conmemora hoy la gloriosa memoria de estos dos religiosos salesianos, el uno sacerdote y el otro estudiante, que dieron la vida por la fe en agosto de 1936. El sacerdote, don Juan Martorell Soria, fue inmolado con toda seguridad el día 10 de agosto, pero el estudiante, Pedro Mesonero Rodríguez, parece que fue el día 21, no obstante lo cual el *Martirologio* lo conmemora hoy, alegando que se ignora la fecha. Éstos son sus datos personales:

JUAN MARTORELL SORIA nació en Picasent, Valencia, el 1 de septiembre de 1889. Estudió en el colegio salesiano de Valencia y de ahí le vino su vocación. Profesó como religioso salesiano en 1914 y al acabar sus estudios fue ordenado sacerdote el año 1923. Pasó los cinco años siguientes en diversos colegios salesianos hasta que en 1928 lo enviaron al colegio de Valencia, como párroco de la iglesia aneja de San Antonio Abad. Fue un párroco excelente, entregado con gran celo al bien de sus feli-

greses, especialmente de los más pobres. Organizaba con mucho interés el catecismo de los niños, visitaba a los enfermos y atendía a todos sus deberes con plena dedicación. Cuando en julio de 1936 los religiosos fueron llevados a la Cárcel Modelo, él estuvo con ellos, y una vez liberado buscó un sitio donde refugiarse, pero no lo halló y fue nuevamente detenido. Volvió a su colegio, esta vez convertido en checa, y allí lo pudieron ver ensangrentado y acurrucado en un rincón. Fue sacado la noche del 10 de agosto y eliminado, sin que se haya podido saber el paradero de su cadáver.

PEDRO MESONERO RODRÍGUEZ nació en Aldearrodrigo, Salamanca, el 29 de mayo de 1912. Cuando decidió su vocación religiosa, ingresó en la Congregación Salesiana, profesando en Gerona en 1931. Tres años más tarde era destinado a Valencia como joven maestro y allí estaba cuando los sucesos de julio de 1936. Llevado con los demás a la Cárcel Modelo y liberado el 29 de julio, se fue con don Fidel Martín a buscar refugio. Estuvieron en Meliana y luego en Torrente; luego él solo se fue a Almácera. Allí acudió al comité local en busca de un salvoconducto pero comprendió que había sido un error y procuró huir. Un grupo de milicianos de Meliana lo reconoció, lo apresó y lo mató de un disparo.

Ambos fueron beatificados el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATOS FRANCISCO DRZEWIECKI Y EDUARDO GRYZMALA

Presbíteros y mártires († 1942)

El día 10 de agosto de 1942 fueron transportados a la cámara de gas los sacerdotes Francisco Drzewiecki y Eduardo Gryzmala, internados ambos en el campo de concentración de Dachau, y declarados «inválidos» para el trabajo, motivo por el que fueron eliminados. Ambos consumaron así sus padecimientos por Cristo y alcanzaron el reino de los cielos.

FRANCISCO DRZEWIECKI había nacido el 26 de febrero de 1908 en Zduny, junto a Lowicz, Polonia. A los 16 años decide

su vocación religiosa e ingresa en la congregación de la Pequeña Obra de la Providencia, fundada por el Beato Luis Orione, en Zdunska Wola. Aquí estuvo hasta 1931 como estudiante y ayudando en el colegio. Ese año parte para Italia, concretamente a Tortona, donde prosigue los estudios, hace el noviciado y es admitido a la profesión religiosa. Se ordena sacerdote el 6 de junio de 1936. Es nombrado director del «Pequeño Cottolengo» de Castagna-Génova y superior de los clérigos y candidatos a la vida religiosa. Vuelve a Polonia en diciembre de 1937 como prefecto del seminario menor de Zdunska Wola. En 1939 es enviado a Wloclawek como ayudante del personal religioso en la pastoral parroquial y en la dirección del «Pequeño Cottolengo». Y aquí estaba cuando las tropas alemanas invadieron Polonia. Fue arrestado el 7 de noviembre de 1939 por la Gestapo. Pasa dos meses encarcelado en Wloclawek y luego es enviado al campo de internamiento de Lad. En agosto de 1941 pasa por los campos de Szczyglin y Sachsenhausen, para ser finalmente destinado al de Dachau. Los trabajos y malos tratos minaron su salud hasta que fue declarado inválido y llevado a la cámara de gas.

EDUARDO GRYZMALA había nacido en Kolodziaz el 29 de septiembre de 1906. Era una persona de notables cualidades de inteligencia y carácter que ya desde joven destacó. Vive en Wloclawek y allí conoce el movimiento scout cuyo espíritu sintoniza con el suyo. A los veinte años ingresa en el seminario y el 14 de junio de 1936 se ordena sacerdote. Marcha a Roma y se doctora en derecho canónico por la Universidad Gregoriana. Vuelve a Polonia y es catequista en Konin, vicario en Kalisz y en 1938 prefecto del Instituto de Mecánica, al tiempo que defensor del vínculo y secretario de la curia episcopal. Al llegar la guerra, se instala en Aleksandrów Kujawski. El obispo, desde el destierro, lo nombra vicario general de la región septentrional de la diócesis. La Gestapo lo arresta el 26 de agosto de 1940. Es internado en el campo de Sachsenhausen, y en diciembre de ese mismo año es trasladado al de Dachau. Las duras condiciones del campo derrumbaron su salud, y por ello fue declarado inválido y gaseado.

Fueron beatificados por el papa Juan Pablo II el 13 de junio de 1999.

11 de agosto

A) Martirologio

1. La memoria de Santa Clara de Asís († 1253), virgen, primera de las Damas Pobres de la Orden de Menores, discípula de San Francisco **.

2. En Comana del Ponto, San Alejandro el Carbonero († s. III), obispo *.

3. En Roma, en el cementerio *ad duos lauros* de la Via Labicana, San Tiburcio († s. III-IV), mártir.

4. Allí mismo la conmemoración de Santa Susana, celebrada entre los mártires (fecha desconocida).

5. En Asís (Umbría), San Rufino († s. IV), obispo y mártir.

6. En Benevento (Campania), San Casiano († s. IV), obispo.

7. En Evreux (Galia), San Taurino († s. V), obispo.

8. En Irlanda, Santa Atracta († s. V), abadesa.

9. En la provincia de Valeria (Italia), San Equicio († a. 571), abad.

10. En Cambrai (Austrasia), San Gaugerico († 625), obispo *.

11. En Arlés (Provenza), Santa Rustícola († 632), abadesa.

12. En Gloucester (Inglaterra), Beatos Juan Sandys y Esteban Rowsham, presbíteros, y Guillermo Lampley († 1587), mártires bajo el reinado de Isabel I *.

13. En Rochefort (Francia), Beato Juan Jorge (Santiago) Rhem († 1794), presbítero, de la Orden de Predicadores, mártir *.

14. En Agullent (Valencia), Beato Rafael Alonso Gutiérrez († 1936), mártir **. Con él se conmemora al Beato Carlos Díaz Gandía, martirizado hoy en el mismo sitio *.

15. En Prat de Compte (Tarragona), Beato Miguel Domingo Cendra († 1936), religioso de la Sociedad Salesiana, mártir *.

16. En los confines del Tíbet, Beato Mauricio Tornay († 1949), canónigo regular de la Congregación de los Santos Nicolás y Bernardo, mártir **.

B) Biografías extensas

SANTA CLARA DE ASÍS

Virgen († 1253)

«Preciosa es en la presencia del Señor la muerte de sus santos» (Sal 115,15). Musitando estas palabras subía Santa Clara de Asís, «verdaderamente clara, sin mancilla ni obscuridad de peca-

do, a la claridad de la eterna luz», en la augusta hora del atardecer del día 11 de agosto de 1253.

Cabe el pobre camastro permanecían llorosas sus hijas, transidas de dolor por la pérdida de la amantísima madre y guía experimentada. Allí estaban los compañeros de San Francisco. Fray León, la ovejuela de Dios, ya anciano; fray Ángel, espejo de cortesía; fray Junípero, maestro en hacer extravagancias de raíz divina y decir inflamadas palabras de amor de Dios. Allá arriba, los asisienses seguían conmovidos los últimos instantes de su insigne compatriota. Prelados y cardenales y hasta el mismo Papa la habían visitado en su última enfermedad. Y todos tenían muy honda la persuasión —Inocencio IV quiso en un primer momento celebrar el oficio de las santas vírgenes, que no el de difuntos— de que una santa había abandonado el destierro por la patria. Solamente ella lo había ignorado. Su humildad no la había dejado sospechar siquiera cuán propiamente se cumplían en su muerte aquellas palabras del salmo de la gratitud y de la esperanza, que sus labios moribundos recitaban. Muerte envidiable, corona de una vida más envidiable todavía, por haber ido toda ella marcada con el sello de la más absoluta entrega al Esposo de las almas vírgenes.

Porque Clara Favarone, de noble familia asisiense, oyó desde su primera juventud la voz de Dios que la llamaba por medio de la palabra desbordante de amor y celo de las almas de su joven conciudadano San Francisco de Asís. Con intuición femenina, afinada por la gracia y la fragante inocencia de su alma, adivinó los quilates del espíritu de aquel predicador, incomprendido si es que no despreciado por sus paisanos, que había abandonado los senderos de la gloria humana y buscaba la divina con todos los bríos de su corazón generoso. Y se puso bajo su dirección. Los coloquios con el maestro florecieron en una decisión que pasma por la seguridad y firmeza con que la llevó a la realidad. Renunciando a los ventajosos partidos matrimoniales que le salían al paso y al brillante porvenir que el mundo le brindaba, huyó de la casa paterna en la noche del Domingo de Ramos de 1211. Ante el altar de la iglesia de Santa María de los Ángeles, cuna de la Orden franciscana, Clara ofrendó a Dios la belleza de sus dieciocho años, rodeada de San Francisco y sus primeros compañeros.

Se vistió de ruda túnica, se abrazó a dama Pobreza, de la que a imitación de su padre y maestro haría su amiga inseparable, y se dedicó a la penitencia y al sacrificio.

No tardó en llegarle la ocasión de probar que su empeño no era capricho de niña mimada o fantasía de jovencita soñadora, sino resolución de carácter equilibrado y alma movida de inspiración divina. Apercibidos sus parientes de la fuga de la joven, salieron en su busca. Y descubierto su retiro, trataron de quebrantar su propósito por todos los medios, alternando las muestras de cariño y suavidad con la violencia más insolente. Viéndose en peligro, Clara se acogió como a seguro a la iglesia e hincándose de hinojos junto al altar, con una mano se asió de la mesa sagrada, mientras con la otra se destocaba la cabeza, mostrándosela desguarnecida de su deslumbradora cabellera. La decisión que había tomado, era irrevocable. Sus familiares vencidos la dejaron en paz.

> «Superada felizmente esta primera batalla, para poderse dedicar a la contemplación de las cosas celestiales se refugia entre los muros de San Damián, y allí "escondida con Cristo en Dios" (Col 3,3) por espacio de cuarenta y dos años, nada encontró más suave, nada se propuso con más ahínco que ejercitarse con toda perfección en la regla de Francisco y atraer a ella, en la medida de sus fuerzas, a otros» (Pío XII).

Se adivina más fácilmente que se describe el empeño que la santa puso en el ejercicio de todas las virtudes y sus progresos en la perfección. Es sabido que la mujer está dotada de un sentido innato de la belleza —cosa estupenda y buena— y que defiende y aprovecha ese don con habilidad e ingenio, tarea en la que muchas veces excede por loca vanidad las fronteras de la licitud y de la prudencia. Santa Clara lo sabía, pero nunca pensó matar tendencia semejante, sino que en seguimiento de su maestro y padre, que de todas las criaturas hacía escala para subir a Dios, la puso al servicio de lo único necesario, de la salvación y santificación del alma, sobrenaturalizándola. Con psicología y elegancia muy femenina ofrece al alma un espejo y la estimula con palabras inflamadas a que se mire y remire cada día para engalanarse, no con las vanidades y riquezas caducas, sino con las bellísimas flores de las virtudes, ya que el espejo no es otro que Cristo Jesús, cuya imitación constituye el nervio de

toda auténtica santidad. Allí verá el alma la pobreza bienaventurada, la santa humildad y la caridad inefable, el sacrificio hasta el anonadamiento por amor nuestro. La vida y pasión de Jesús debe ser el objeto preferido de su meditación. Jesús-Eucaristía. Jesús-Niño en el pesebre. Y junto a Jesús, su bendita Madre, a la que profesará una devoción sin límites.

Las enseñanzas que la santa ha consignado en sus cartas no son retórica sonora. «Son, por el contrario, la afirmación tajante y absoluta de una realidad vivida con plenitud de convicción» (Casolini). La *Leyenda de su vida,* escrita por Tomás de Celano, biógrafo del padre y de la hija, y su *Proceso de canonización* en que sus compañeras e hijas declararon, con la emoción de lo vivido, lo que habían observado en su santa madre, nos hablan con la voz de la verdad de sus penitencias increíbles: de su amor a Jesús, de su meditación de los dolores de Cristo, de su inalterable paciencia y alegría en medio de sus crónicas enfermedades y continuas mortificaciones, de su intenso amor a Jesús-Eucaristía, que a sus ruegos salvó de la profanación a las religiosas y a la ciudad del pillaje, de su corazón de madre y maestra; en fin, de las gracias extraordinarias con que Dios la regaló en el destierro.

> «Es sorprendente cómo esta mujer que se había despojado de toda preocupación humana, estaba llena de los más abundantes y copiosos dones de celestial sabiduría. A ella, en efecto, acudía no sólo una multitud ansiosa de oírla, sino que se servían de su consejo obispos, cardenales y alguna vez los romanos pontífices. El mismo Seráfico Padre, en los casos más difíciles del gobierno de su Orden, quiso escuchar el parecer de Clara; lo que de modo especial sucedió cuando, preocupado y dudoso, no sabía si dedicar a sus primeros compañeros tan sólo a la contemplación o prescribirles también trabajos de apostolado. En tal circunstancia acudió a Clara para mejor conocer los designios divinos y con su respuesta quedó totalmente tranquilo. Estando así dotada de tan grandes virtudes, se hizo digna de que Francisco la amara más que a las demás y encontrara en ella un poderoso auxiliar para afirmar la disciplina de su vida religiosa y fortalecer su Instituto; confianza que los acontecimientos vinieron a confirmar felizmente más de una vez» (Pío XII).

Con acierto insuperable, pues, se llama la misma santa en su testamento «plantita del bienaventurado Francisco». Y lo fue por haberla él transplantado del mundo al jardín del Esposo, por la entrañable amistad que los unió de por vida y por ser ella genuina heredera y copia fiel del espíritu del maestro. Conserva-

ba muy vivo el recuerdo del ejemplo del *pobrecillo de Cristo* y de sus palabras; que vivieran siempre en la santísima pobreza y no se apartaran de ella por consejo o enseñanza de nadie. Tan entrañablemente amó la santa abadesa la pobreza total y absoluta en seguimiento de Cristo pobre, que rechazó una y otra vez con sumisión y reverencia, pero con viril energía, las posesiones que los Papas le ofrecieron repetidamente y las mitigaciones que en la práctica de esta virtud le proponían. Su tesón santo llegó a triunfar de los escrúpulos de la curia y del Papa, que finalmente confirmó, dos días antes de que la santa muriera, la regla para su Orden, en que se profesa la altísima pobreza que ella había aprendido del padre San Francisco.

El bello gesto de Clara a los dieciocho años repicó en el pecho de la juventud femenina de Asís con sones de alborada invitadora a seguir las huellas de Jesucristo pobre. Primero su hermana Santa Inés, cuya entrada en religión a los pocos días de la de Clara provocó en la familia Favarone una tempestad más fiera aún, calmada milagrosamente, luego una multitud de doncellas de la nobleza y del pueblo; más adelante Beatriz, su hermana mayor, e incluso su propia madre, la noble matrona Ortalona, buscaron raudales de pureza, de luz y sacrificio en el conventito de San Damián bajo la obediencia y maternal dirección de Clara, que aceptó el cargo de abadesa obedeciendo el mandato de San Francisco. No fue el monasterio, como podría pensarse con mentalidad errada, sepulcro de juventudes tronchadas en flor, que trataran de ocultar tras los muros conventuales su blandenguería o cansancio de la vida. Fue, por el contrario, activísimo taller perfeccionador de almas, que con la potencia irradiadora de su intensa vida espiritual reportó a la sociedad incalculables beneficios, aun materiales. Aquella entrañable hermandad sobrenatural en el amor y la pobreza entre personas salidas de distintas capas sociales, destruyó con la fuerza arrolladora del ejemplo muchas impurezas de prejuicios sociales, odios banderizos e ídolos de oro y corrupción.

Pronto brincó las fronteras de Umbría y de Italia la fama de la virtud de Santa Clara y sus «Damas Pobres», sembrando Europa, antes de 1253, de monasterios que la juventud femenina de los países cristianos pobló rápidamente, atraída por el ideal

de pureza y sacrificio vivido por las *damianitas* de Asís. La vida y obras de las clarisas, a ejemplo y por mandato de su santa fundadora, como aguas vivas que regaran el campo de la Iglesia, fluyeron en el decurso de siete siglos en beneficio espiritual del pueblo de Dios. Y aún hoy el mensaje de Clara Favarone de Asís no ha perdido su sugestiva atracción ni ha agotado su eficacia renovadora. No es estéril recuerdo histórico, sino vida palpitante en la multitud de monasterios, más de seiscientos, y de religiosas, más de doce mil, que pese a casi dos siglos de revoluciones y despojos, y pese al desinterés e incomprensión de los mismos hijos de la Iglesia, nos es dado encontrar en todos los ángulos de la tierra. Son más de doscientos los monasterios que hay en España, donde desde el año 1228, en que se abrió el primero, ha alcanzado tal florecimiento la obra de Clara de Asís, que supera a la misma Italia.

Santa Clara fue canonizada el 15 de agosto de 1255 por su amigo y protector el papa Alejandro IV. En la bula de canonización hace un bellísimo panegírico de la virgen asisiense, que servirá de colofón a esta semblanza de la *Plantita* del padre San Francisco.

> «Fue alto candelabro de santidad —dice Alejandro IV—, rutilante de luz esplendorosa ante el tabernáculo del Señor; a su ingente luz acudieron y acuden muchas vírgenes para encender sus lámparas. Ella cultivó la viña de la pobreza de la que se recogen abundantes y ricos frutos de salud [...] Ella fue la abanderada de los pobres, caudillo de los humildes, maestra de continencia y abadesa de penitentes».

JUAN MESEGUER FERNÁNDEZ, OFM

Bibliografía

Cartas de la Santa en latín publicadas en la revista *Archivum Franciscanum Historicum* 17 (1924) 513-519.

LAZZERI, Z., OFM, «Il processo di canonizazioni di S. Chiara d'Assisi»: *Archivum Franciscanum Historicum* 13 (1920) 403-507.

CAPELA, J., OFM, *Santa Clara de Assis* (Braga 1949).

CASOLINI, F., *Santa Clara de Asís* (Buenos Aires 1953).

SALVANESCHI, N., *Hermana Clara. Santa Clara* (Madrid ²1956).

FORT, F., OFM, *Sor Clara* (Barcelona 1958).

• Actualización:

AIZPURÚA, F., *El camino de Clara de Asís. Vida, escritos y espiritualidad de Clara* (Ávila, ²1993).

BARTOLI, M., *Clara de Asís* (Oñate, Guipúzcoa 1992).

BRUNELLI, D., *Clara de Asís. Camino y espejo* (Madrid 2002).
ELCID, D., *Clara de Asís. La hermana ideal de San Francisco* (Madrid 1994).
Escritos de Santa Clara y documentos complementarios. Ed. bilingüe preparada por I. OMAECHEVARRÍA (Madrid [5]2004).
GRÉAL, J., *Vida de Santa Clara* (Madrid 2002).
TRIVIÑO, M.ª V., *Clara de Asís ante el espejo. Historia y espiritualidad* (Madrid 1991).
— *La vía de la belleza. Temas espirituales de Clara de Asís* (Madrid 2003).
URIBE, F., OFM, *Introducción a las hagiografías de San Francisco y Santa Clara de Asís (s. XIII y XIV)* (Murcia 1999).

BEATO RAFAEL ALONSO GUTIÉRREZ

Mártir († 1936)

Nace el 14 de junio de 1890 en Onteniente (Valencia). A los veintiséis años contrae matrimonio con Adelaida Ruiz Cañada (24 de septiembre de 1916), tienen seis hijos. Hombre profundamente religioso, vivió auténticamente su vocación seglar dedicándose al apostolado en la parroquia de Santa María. Ejerció su trabajo cotidiano como administrador de correos en Albaida, facilitando la circulación y difusión de la prensa católica, y años después, en Onteniente, su ciudad natal.

Perteneció a varias asociaciones piadosas: Sagrado Corazón de Jesús y Escuela de Cristo, fue terciario franciscano, miembro de la Adoración Nocturna, secretario de la Legión Católica, presidente de los Hombres de Acción Católica y de la junta parroquial de Santa María, colaborando, además, en la catequesis. Hombre culto como era, participó en diferentes círculos de estudio, dando conferencias de propaganda y buenas lecturas cristianas, debiendo soportar denuncias y molestias en distintas ocasiones.

Fue un luchador abnegado, dispuesto a aceptar el martirio que presentía desde el primer momento, mostrándose en toda ocasión con igualdad de ánimo y optimista, conservando su alegría de espíritu, exhortando siempre a ponerse en manos de la divina providencia. Sus paisanos le tenían gran aprecio, destacando su temperamento serio, fuerte y vivo. Una personalidad moral de cualidades extraordinarias, en donde la gracia bautismal había producido espléndidos frutos. Un fiel laico auténtico, coherente, que cumplía escrupulosamente sus deberes profe-

sionales y formó un hogar cristiano, enseñando a sus hijos el temor de Dios.

Su intensa actividad apostólica le hizo blanco de los enemigos de la religión, considerándolo el principal católico de esta ciudad. Al iniciarse, el 18 de julio de 1936, la guerra civil y la persecución contra la Iglesia católica, era consciente de lo que le podía ocurrir, pero su estado de ánimo no vaciló. El 24 de julio, durante la vigilia de la Adoración Nocturna, junto con Carlos Díaz, ofreció su vida por la salvación de España, y aunque se sentía perseguido no se escondió, llevando una vida normal. No se acobardó. En la noche del 3 al 4 de agosto, después de cenar y rezar el rosario, como era costumbre, se presentaron unos milicianos en su domicilio mientras escuchaba por la radio los comentarios sarcásticos de los que narraban la destrucción del patrimonio artístico del templo de los Santos Juanes de Valencia. Abrió la puerta él mismo, y acompañó a los milicianos sin protesta alguna que, según dijeron, le llevaban a declarar. Se despidió de su esposa y cuatro hijas con un abrazo, encomendando a su mujer la educación cristiana de las niñas, confiando siempre en Dios.

Lo encarcelaron en el templo de San Francisco, convertido en prisión, donde había un centenar de detenidos entre quienes se hallaba el cura arcipreste de Onteniente, don Juan Belda, su gran amigo, también martirizado días después. No le permitieron hablar con nadie, y le tenían vigilado y separado de todos. Los milicianos sometían a los prisioneros a burlas y malos tratos, que éstos soportaron con gran entereza y ánimo cristiano. El día 6 de agosto, a última hora de la tarde, llegaron unos milicianos del comité de Ayelo de Malferit, reclamando la entrega de tres presos: Rafael Alonso, Carlos Díaz y Eduardo Latonda —que era uno de los detenidos más jóvenes— con el pretexto de llevarlos a declarar.

En un autobús de «La Concepción», continuamente vigilados, les condujeron al palacio de los marqueses de Malferit, de la localidad mencionada, donde se había congregado un gran número de curiosos y vecinos, recibiéndoles con insultos y escarnios. Acto seguido les llevaron al calabozo local, donde al cabo de unas horas les dieron un botijo de agua y dos sillas; des-

pués de una frugal colación, los tres detenidos rezaron el rosario. En torno a las tres de la madrugada hicieron acto de presencia los milicianos preguntando por el más joven, Eduardo Latonda, y sacándole de la cárcel le llevaron brazos en alto al cementerio local. En la capilla del camposanto es interrogado, recibiendo una paliza con palas de raíz de olivo, devolviéndole al pueblo. Desde su nueva posición pudo ver cómo una hora más tarde pasaba su compañero Carlos Díaz, brazos en alto, apuntado por los milicianos. Al regresar éste sacaron a Rafael Alonso, que, al cabo de mucho tiempo, regresaba, totalmente abatido, gimiendo de dolor.

A bordo de otro autobús fueron devueltos a Onteniente en la mañana del día 7 de agosto, encarcelándolos en la iglesia de San Carlos. No pudo cargar Rafael Alonso con su equipaje debido al lastimoso estado en que se encontraba. Tendido de bruces sobre una colchoneta, no quiso que nadie le viese la espalda hasta que llegó el médico, don Rafael Rovira, quien pudo constatar que estaba desollado desde los hombros hasta las nalgas, con heridas de puntapiés en las piernas. Los milicianos de Ayelo de Malferit le habían juzgado en la Casa del Pueblo, conduciéndole después al cementerio local, obligándole a cavar una fosa donde decían que le iban a enterrar. Efectivamente, le enterraron, dejándole sólo la cabeza fuera, intimándole a que renegara de su fe. Luego vino la tortura y el apaleamiento.

> «Al interrogarle para que nos dijese quiénes le habían martirizado tan cruelmente, manifestó: "Eso no interesa. Queda en manos de Dios, y no les guardo rencor", con una calma y tranquilidad admirables».

Mientras estuvo en la cárcel mantuvo la entereza cristiana que era típica en él, rezando con gran intensidad y confianza en la providencia divina. El día 10 de agosto su mujer fue a llevarle comida: «Me dijo que le dolía todo, que no podía dormir, pero que aquello no tenía importancia, y me despidió diciéndome que tuviera confianza en Dios, que nada me faltaría». Esa misma noche los milicianos sacaron de la prisión a Rafael Alonso, a Carlos Díaz y al doctor José M.ª García Marcos. En un taxi los llevaron hasta el término de Agullent, donde, según habían acordado, debían asesinarles. En primer lugar a Carlos Díaz. Al

llegar a la entrada de dicho pueblo, en la curva en donde se inicia una bajada en dirección a Albaida, les obligaron a bajar y a bocajarro les dispararon, pero Carlos Díaz se adelantó a los milicianos, cubriendo con su cuerpo el de Rafael Alonso. Los tres cayeron en tierra. Serían las dos de la madrugada, pero Rafael Alonso no había muerto. Recobró el conocimiento, y pidió auxilio a una persona que pasaba por allí en aquel momento, quien, a su vez, dio noticia al comité de Onteniente de sus voces. En el intervalo, hacia las cuatro de la madrugada, el alcalde de Agullent informado por un guarda rural, partió junto con el secretario del ayuntamiento hacia aquel lugar, encontrando los dos cadáveres, y a Rafael Alonso, que pedía auxilio. Recogieron al herido, lo llevaron al convento de las capuchinas, y le prodigaron algunos auxilios. No quiso delatar los nombres de sus verdugos y exhortó a sus familiares a perdonar a sus enemigos. Como manifestó que quería confesarse se dio aviso a uno de los sacerdotes ocultos en el pueblo. Alrededor de las once de la mañana el alcalde de Agullent fue a Onteniente por un médico, don Rafael Rovira, quien al reconocerle dijo que no había solución, tenía el vientre acribillado a balazos. A todos llamó la atención su gran entereza: «Tenía una gran serenidad que nos dejó maravillados». No pronunció ninguna palabra de protesta, ni queja alguna sobre su situación, y aún añadió: «Muero muy a gusto si es para bien de mi patria». Rodeado de su esposa e hijas entregó su alma al Creador a las tres de la tarde, recibiendo sepultura en el cementerio de Agullent.

El año 1959 el Consejo Diocesano de los Hombres y Jóvenes de Acción Católica de Valencia inició el proceso informativo sobre la fama de martirio y su causa de los pertenecientes a dicha asociación y que fueron asesinados en 1936 por su destacado catolicismo. Uno de los nombres elegidos fue el de Rafael Alonso. Concluido el proceso informativo se organizó una peregrinación a Roma (11 al 18 de abril de 1966), donde se hizo entrega del proceso de beatificación de 18 hombres y jóvenes de Acción Católica de Valencia martirizados en 1936, que fue unido al iniciado unos años antes por las Mujeres de Acción Católica de Valencia. La Congregación de las Causas de los Santos emitió un decreto el 2 de junio de 1998 reconociendo la va-

lidez del proceso, y el 18 de diciembre de 2000 Juan Pablo II promulga el decreto de martirio.

El 11 de marzo de 2001 Rafael Alonso y 232 mártires más de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939 fueron beatificados por el papa Juan Pablo II.

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM. P.N. 1267. Valentina. *Beatificationis seu Declarationis Martyrii Servorum Dei Joseph Aparicio Sanz et LXXIII sociorum Sacerdotu Dioecesanorum Laicarum et Laicorum ex Actione Catholica in odium fidei, uti fertur, interfectorum († 1936). Positio super martyrio* (Roma 1999).

GIRONÉS PLA, G., *Historia de un español. Un testigo de los mártires* (Memorias del autor) (Onteniente 1997) 104-109.

Posiciones y artículos para el proceso informativo sobre la fama del martirio y su causa de los Hombres y Jóvenes de la Acción Católica de la Diócesis de Valencia (1959).

BEATO MAURICIO TORNAY

Canónigo y mártir († 1949)

Mauricio Tornay nació en La Rosière, pueblecito del ayuntamiento de Orsières, en la diócesis de Sión, Suiza, el 31 de agosto de 1910, hijo de Juan José Tornay y Faustina Rossier, un matrimonio de campesinos pero de honda fe cristiana.

Desde 1925 a 1931 fue alumno en la escuela de la Abadía de San Mauricio. Acogiendo la llamada de Dios, y renunciando a sus deseos de ser abogado para ayudar económicamente a su familia, ingresó el 25 de enero de 1931 en el noviciado del convento del «Gran San Bernardo» —de los Canónigos regulares de San Agustín, de la Congregación de San Nicolás y Bernardo del Monte Júpiter—, en el que emitió el 8 de septiembre de 1932 sus primeros votos y, tres años después, la profesión perpetua.

Esta congregación religiosa tuvo su origen en Bernardo de Menthon, nacido en la región de Annecy (Francia) hacia el año 1020. Siguiendo la llamada de Dios se puso al servicio del obispo de Aosta (Italia), y fue archidiácono de su catedral, dedicándose al servicio de los pobres. Para atender y cuidar a los caminantes que circulaban del norte al sur de Europa, y viceversa,

cansados o heridos, estableció una casa de acogida en el paso del monte Júpiter (de 2.473 metros de altura) con este lema: «Aquí, Cristo es adorado y alimentado». En torno a él se reunieron otros hermanos para vivir en comunidad religiosa con el carisma de evangelizar socorriendo a los caminantes. Puso esta obra bajo la protección de San Nicolás de Mira con el nombre «Congregación de San Nicolás y Bernardo de Monte Júpiter», adoptando la regla de San Agustín y llamándose, en consecuencia, Canónigos (es decir, que viven según la regla) de San Agustín, con ese carisma de acogida y ministerio pastoral. Bernardo de Menthon murió en 1081 en Novara.

Con esta misma espiritualidad y misión, Mauricio Tornay realizó sus estudios filosófico-teológicos, desde 1932 a 1936, en ese convento del Gran San Bernardo. Pero no los iba a concluir ahí, sino que viajó a China, en la frontera con el Tíbet —que precisamente en años anteriores había conocido guerras y distintas dominaciones—, pues deseaba ser misionero e incluso terminar los estudios en aquel mismo lugar de la misión «ad gentes», pues, si iba a ser misionero allí, en ese mismo lugar de tierras de misión, de minoría católica insignificativa estadísticamente y de mayoría budista, quería ser ordenado sacerdote.

Terminó sus estudios en Weisí, adonde había llegado ya como misionero en 1936, mostrando un gran amor a Dios, una gran renuncia para no acomodarse a la vida más confortable que podría haber llevado en Europa, y renunciando también a su familia y hasta a ser ordenado sacerdote junto a ella, como tanto le habría gustado.

Entre el 20 y el 24 de abril de 1938 recibió las órdenes mayores del subdiaconado, diaconado y presbiterado, en Hanoi (Vietnam) de manos de mons. Chaize. De vuelta, desde 1938 hasta 1945 fue rector del Seminario Menor en Houa-lo-pa. A la vez estudiaba chino y tibetano.

Destacaba a la vista de todos por su fidelidad a la Regla, por su espíritu de mortificación y por su frugalidad en la alimentación. Como educador, se comportaba con sus alumnos a la vez con ternura y firmeza.

En 1945 había muerto el párroco de la pequeña parroquia de Yercalo, en el Tíbet —entonces independiente—, y pidió ser

enviado a ella, a pesar de la persecución anticristiana y de las dificultades y peligros a los que bien sabía que se exponía. Efectivamente, los lamas del lugar no tardaron en tomarlo a él, así como a los fieles de su reducida comunidad cristiana, como diana de vejaciones de todo género, intimándole a que abandonara el país porque los lamas no querían cristianos en «el país de los espíritus». Él replicó que no saldría del país si no era por orden de su obispo. Entonces lo amenazaron de muerte, porque no obtenían lo que deseaban ni lo consiguieron. Tuvieron que recurrir a la fuerza y el 26 de mayo de 1946 le enviaron unos guardias que lo condujeron a la frontera del Tíbet con China. Por consejo de algunos cristianos intentó volver a Yercalo, pero los lamas hicieron que lo interceptaran y que lo devolvieran otra vez a la frontera.

Entonces buscó apoyo diplomático y se fue hasta Nanking para explicar al nuncio, y a otros embajadores de naciones occidentales, la situación de los cristianos de su parroquia, quienes entretanto habían recibido la orden de apostatar.

Pero como el párroco Tornay no obtuvo la ayuda requerida, el 10 de julio de 1949 partió para Lhasa con el fin de apelar ante el Dalai-Lama y lograr, como él esperaba, un edicto de protección para ejercer el ministerio en su parroquia. Pero los lamas locales, que lo habían hecho expulsar del Tíbet ya dos veces, lo hicieron capturar y llevarlo hasta la frontera china. Un poco más allá, cuatro de ellos le tendieron una emboscada y, en el monte Choula, lo mataron junto con su sirviente Doci, el 11 de agosto de 1949.

Sus cuerpos fueron llevados a Atenze y sepultados en el jardín de la misión. Inmediatamente los fieles reaccionaron considerando al padre Mauricio como mártir por el odio de los lamas contra él porque era cristiano y, al mismo tiempo, un mártir por su fidelidad heroica en el cumplimiento del deber como pastor del pueblo a él confiado, que nunca lo quiso abandonar. Sus reliquias reposan actualmente en la misión de Yercalo, que fue su parroquia.

El proceso informativo no pudo iniciarse y desarrollarse en China —y menos en el Tíbet, recién ocupado y anexionado—, donde todos los misioneros católicos eran encarcelados en esos

años o expulsados por el régimen comunista. Por eso se inició y desarrolló en Sión en 1953, por el obispo Nestor Adam, a instancias de un compañero de misión de Mauricio Tornay, Ángel Lovey. Concluida la fase diocesana, la documentación fue enviada a Roma en 1963. El decreto sobre sus escritos fue emitido el 5 de enero de 1965.

En julio de 1992 se tuvo la reunión de teólogos y después la sesión ordinaria de cardenales y obispos en la Congregación para las Causas de los Santos. En ese mismo año el papa Juan Pablo II, después de dar el decreto sobre el martirio del padre Tornay, estableció como fecha de beatificación el 16 de mayo de 1993. Ese día fue beatificado junto a otras tres beatas, una monja, Lucrecia Cevoli, y dos fundadoras, Juana Columba y María Luisa Trichet.

JOAQUÍN MARTÍN ABAD

Bibliografía

AAS 86 (1994) 311-313.

Courir pour Dieu. Le bienheureux Maurice Tornay, 1910-1949, martyr au Tibet (Martigny 1999).

LOUP, R., *Mártir en el Tíbet* (Friburgo 1953).

LOVEY, A., «Maurizio Tornay, martire, servo di Dio», en *Bibliotheca sanctorum. Appendice prima* (Roma 1987) 1379-1380.

MARQUIS-OGGIER, C. - DARBELLAY, J., *Le bienheureux Maurice Tornay. Un homme séduit par Dieu* (Martigny 1993).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN ALEJANDRO EL CARBONERO

Obispo y mártir († s. III)

Los habitantes de Comana del Ponto, a mediados del siglo III, invitaron a San Gregorio el Taumaturgo a dotar de un obispo a la ciudad. San Gregorio se llegó a la ciudad y no encontró ningún candidato de los que fueron proponiéndole como capaz de ser elegido obispo. Entonces alguien habló de Alejandro «el carbonero», y San Gregorio lo mandó llamar. Tiznado de carbón, compareció Alejandro, y cuando se pusieron a la luz los detalles de su vida, resultó que era un hombre culto e

instruido en la filosofía, pero que por humildad y ascesis había dejado su profesión y se había hecho carbonero a fin de vivir en pobreza y humildad siguiendo a Cristo pobre y humilde. San Gregorio lo eligió y consagró obispo, y resultó ser un obispo muy capaz que cumplió su cargo con toda dignidad. Llegada la persecución de Aureliano, Alejandro confesó a Cristo y por ello fue condenado a muerte y quemado vivo. Su historia la narra San Gregorio Niseno. Se celebra su memoria el 11 de agosto.

SAN GAUGERICO

Obispo († 625)

Gaugerico era natural de Carigan, en las Ardenas, y fue educado cristianamente, lo que fomentó en él sus buenas cualidades. El obispo Magnerico de Tréveris lo ordenó diácono, cargo en el que se acreditó. Por ello el rey Childeberto II lo nombró obispo de Cambrai y lo consagró obispo el metropolitano Gil de Reims en 587. Se sabe de él que asistió al concilio de París del 614 y que era conocido por su interés hacia la suerte de los presos y la de los esclavos, a los que miraba con mucha bondad y misericordia, sobresaliendo también por su piedad y fervor religioso. Fue obispo treinta y nueve años, y a su muerte fue enterrado en la basílica que él mismo había construido y dedicado a San Medardo. Muy pronto tuvo fama y culto de santo. La tradición popular le atribuye la fundación de la ciudad de Bruselas al haber construido una capilla en torno a la cual surgió la ciudad. Su memoria se celebra el 11 de agosto.

BEATOS JUAN SANDYS, ESTEBAN ROWSHAM Y GUILLERMO LAMPLEY

Mártires († 1587)

El *Martirologio romano* conmemora hoy, 11 de agosto, el martirio de dos sacerdotes y un seglar que padecieron la muerte por su fidelidad a la Iglesia bajo el reinado de Isabel I, siendo discutidas las fechas exactas del martirio de cada uno, tanto en lo referente al año como al día. Damos sus datos.

JUAN SANDYS o Sandes era, seguramente, del condado de Lancaster y de una modesta familia. Estudió como pudo en el Oriel College de Oxford y luego trabajó como tutor de los hijos de sir William Winter en el condado de Gloucester. Decidido por el sacerdocio católico entró a mediados de 1583 en el seminario de Reims y el 31 de marzo de 1584 era ordenado sacerdote, marchando en octubre siguiente a Inglaterra. Se presentó a sus antiguos amigos como seglar y se hospedaba en casa del deán de Lydney. Pero fue reconocido y denunciado. El deán dijo que desconocía el carácter de sacerdote católico de su hospedado. Juzgados ambos, el deán fue absuelto y Sandys condenado a muerte. Sus acusadores le visitaron en la cárcel y le dijeron que a quien de verdad odiaban era al deán. Mientras que unos ponen la fecha de su martirio en Gloucester el 11 de agosto de 1586, otros dicen que murió junto con Esteban Rowsham el 12 de febrero de 1587. Se dice que su destripamiento y descuartizamiento comenzó cuando el mártir estaba vivo y consciente.

ESTEBAN ROWSHAM era natural del condado de Oxford, en cuya universidad estudió y, sintiéndose llamado al ministerio pastoral, se ordenó en el seno de la Iglesia anglicana y obtuvo en ella un beneficio. Pero, al estudiar el catolicismo, se persuadió de su verdad, renunció a su beneficio y se hizo católico, marchando en 1581 al seminario de Reims, donde se ordenó sacerdote a finales del siguiente mes de septiembre y volvió a Inglaterra en 1583. Pudo ejercer su ministerio aunque por poco tiempo, pues fue pronto arrestado y encerrado en la Torre de Londres, donde estuvo hasta el 12 de febrero de 1584 en que pasó a la prisión de Marshalsea. Se dice que el Señor le consoló en la cárcel con visiones celestiales. Perseveró firme en la fe ante el tribunal, al que dijo que si tuviera más vidas, todas las daría con gusto por la misma causa. Fue condenado a muerte, ante lo que él mostró una gran alegría, y ejecutado, sin que esté clara la fecha de su muerte, como hemos dicho.

GUILLERMO LAMPLEY era natural de Gloucester. Era un humilde trabajador, guantero de oficio, y profesaba con gran convicción la fe católica, y persuadió a algunos de su familia a profesarla también, lo que sirvió para que fuera acusado de católico

por una sola persona, que, aunque no merecía mucho crédito, pero el juez sí se lo dio y por ello condenó a Guillermo a muerte. El juez, de nombre Manwood, creía que como Guillermo era un hombre rudo y sin letras, se avendría fácilmente a ir a la iglesia protestante y, con esto solo, hubiera salvado la vida. Pero por mucho que el juez se empeñó, Guillermo perseveró firme en su confesión católica. Cuando lo sacaron para la ejecución, el juez mandó tocar la campana de las ejecuciones a ver si se aterrorizaba pero no lo logró. Al llegar al sitio de la ejecución volvieron a hacerle la propuesta de obtener la vida y la libertad si iba a la iglesia protestante. El mártir se atuvo a su conciencia y dejó mansamente que lo mataran. Fue ahorcado, destripado y descuartizado en Gloucester, al parecer el año 1588, y se le asigna el mes de diciembre.

Los tres fueron beatificados por el papa Juan Pablo II el 22 de noviembre de 1987.

BEATO JUAN JORGE (SANTIAGO) RHEM

Presbítero y mártir († 1794)

Juan Jorge Rhem, llamado en algún documento Juan Santiago, nació en Katzenthal, en el Alto Rhin, el 21 de abril de 1752. A los veinte años tomó el hábito dominicano en el convento del Faubourg Saint-Germain, de París, exactamente el 25 de junio de 1772. Hizo la profesión religiosa el 28 de junio de 1773 con el nombre de fray Tomás, y fue enseguida destinado al convento de Schlestadt en Alsacia. Llegada la Revolución, se negó a prestar el juramento constitucional y al cierre de los conventos se fue a vivir al departamento de La Meurthe. Se dedicó a un vasto apostolado clandestino que irritó a las autoridades, las cuales procedieron a arrestarlo. El 14 de junio de 1793 el comité revolucionario lo mandó preso al exconvento carmelita de Nancy, y fue enviado a Rochefort a causa de su negativa a jurar la constitución civil del clero, padeciendo mucho en el camino. Llegado a Rochefort, fue registrado el 5 de mayo de 1794 y embarcado en Les Deux Associés, muriendo el 11 de agosto de aquel año y siendo enterrado en la isla de Aix. Celoso apóstol mientras pudo, se dedicó a la oración cuando se vio preso y

destinado a la muerte. Fue beatificado el 1 de octubre de 1995 por el papa Juan Pablo II.

BEATO CARLOS DÍAZ GANDÍA

Mártir († 1936)

Nace en Onteniente, el 25 de diciembre de 1907. Educado cristianamente, ingresó muy joven en la juventud de Acción Católica y contribuyó a la creación de varios centros catequísticos, donde él daba con gran celo catecismo todos los domingos del año. En 1934 contrajo matrimonio con Luisa Torro Perseguer, de cuya unión nació una hija. Llegada la revolución procuró la salvación de los templos e intentó salvar la vida de su párroco. Arrestado en la madrugada del 4 de agosto de 1936, fue atormentado de muchas maneras, hasta que en la madrugada del día 11 lo fusilaron en la carretera de Agullent.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO MIGUEL DOMINGO CENDRA

Religioso y mártir († 1936)

Nació el 10 de marzo de 1909 en Caseres, Tarragona, en el seno de una religiosa familia. Su madre, queriendo para él la mejor educación, lo llevó al colegio salesiano de Campello, Alicante, de donde le vino la vocación religiosa. Tras hacer el noviciado en la congregación salesiana, profesó en la misma en 1928 y fue destinado a hacer los estudios de filosofía, empezando a colaborar en la enseñanza. En 1934 inició los estudios de teología en Madrid-Carabanchel Alto, y al acabar el segundo curso pasó al colegio de Barcelona-Sarriá para las actividades propias del verano. Sorprendido por la revolución de julio de 1936, buscaba una casa donde refugiarse y se dirigía a casa de los señores Rubiola cuando encontró a otro salesiano completamente desorientado y lo llevó consigo. Al cabo de una semana buscó otro refugio y, camino de su pueblo, se paró en Arenys

de Lledó para ver a unos tíos suyos. Allí fue reconocido y detenido y llevado a su pueblo natal, a casa de sus padres. Su madre lo recibió muy asustada, y con toda razón, porque ese mismo día, 11 de agosto de 1936, lo llevaron a Prat de Compte y allí lo mataron.

El 11 de marzo de 2001 Miguel Domingo y 232 mártires más de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939 fueron beatificados por el papa Juan Pablo II.

12 de agosto

A) Martirologio

1. Santa Juana Francisca (Frémiot) de Chantal († 1641), religiosa fundadora con San Francisco de Sales de la Orden de la Visitación de Nuestra Señora. Su tránsito fue en Moulins el 13 de diciembre **.
2. En Catania (Sicilia), San Euplo († 304), mártir.
3. En Nicomedia, santos Aniceto y Focio († s. IV), mártires.
4. En Killala (Irlanda), San Muredach († s. V), obispo.
5. También en Irlanda, Santa Lelia († s. V), virgen.
6. En Brescia (Lombardía), San Herculano († s. VI), obispo.
7. En la isla de Lerins (Provenza), santos Porcario, abad, y muchos monjes († s. VIII), martirizados por los sarracenos.
8. En Ruthin (Gales), Beato Carlos Meehan o Mahoney († 1679), presbítero, de la Orden Franciscana, mártir bajo el reinado de Carlos II *.
9. En Roma, Beato Inocencio XI († 1689), papa **.
10. En Rochefort (Francia), Beato Pedro Jarrige de la Morélie de Pueyredon († 1794), presbítero y mártir *.
11. En Nam-Dinh (Tonkín), santos Santiago Do Mai Nam, presbítero, Antonio Pedro Nguyen Dich y Miguel Nguyen Huy My († 1838), mártires *.
12. En Hornachuelos (Córdoba), Beata Victoria Díez y Bustos de Molina († 1936), virgen y mártir **.
13. En Valdemoro (Madrid), Beato Flavio (Atilano Dionisio) Argüeso González († 1936), religioso de la Orden de San Juan de Dios, mártir *.
14. En Barbastro (Huesca), beatos Sebastián Calvo Martínez, presbítero, y cinco compañeros: Pedro Cunill Padrós, José Pavón Bueno, Nicasio Sierra Ucar, presbíteros; Wenceslao Clarís Vilaregut, subdiácono; y Gregorio Chirivás Lacambra († 1936), todos ellos religiosos de la Congregación de Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María *.

15. En Tarragona, Beato Antonio Perulles Estívill († 1936), presbítero, de la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos del Sagrado Corazón de Jesús, mártir *.

16. En el campo de concentración de Dachau (Baviera), beatos Florián Stepniak, religioso capuchino, y José Straszewski († 1942), presbíteros y mártires *.

17. En Planegg, junto a Múnich (Baviera), Beato Carlos Leisner († 1945), presbítero y mártir **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTA JUANA FRANCISCA (FRÉMIOT) DE CHANTAL

Religiosa y fundadora († 1641)

Los dones naturales y los sobrenaturales son independientes. Pero cuando ambas cosas se unen, el resultado es verdaderamente deslumbrador. Naturaleza y gracia, íntimamente unidas, actuando aquélla de base y ésta de perfección, producen un resultado ante el cual se siente impresionado quien lo contempla.

Uno de estos casos es el de Santa Juana Francisca. Naturalmente era una superdotada. Sin establecer una comparación que en todo resultaría odiosa, pero mucho más en el caso presente, nos atrevemos a decir que no iba en zaga a San Francisco de Sales en cualidades naturales, y téngase en cuenta que San Francisco pasa por una de las personalidades más excepcionales que ha conocido la historia. La santa parece tenerlo todo: inteligencia clarísima, extraordinario don de gentes, presencia agradable, hermosura corporal, corazón amplio... y sobre esta base descendieron en abundancia las gracias sobrenaturales que, correspondidas con una generosidad sin límites, produjeron una santidad extraordinaria. Añádase a esto que la santa trabajó en su propia santificación bajo la égida del prototipo del humanismo cristiano, San Francisco de Sales, y no nos podrá extrañar que el resultado sea, según hemos dicho, verdaderamente deslumbrador.

Como todas las grandes personalidades, Juana Francisca se formó en la adversidad, entre dificultades. No es imposible,

pero sí muy difícil, que una personalidad recia nazca en un ambiente de mimos y de vida fácil. Juana Francisca pierde en los primeros meses de su vida a su madre, y queda bajo la influencia de un padre rectísimo, hombre hecho de una pieza, que ha de atravesar durante la niñez de la santa circunstancias bien difíciles.

Nos encontramos en Dijon, en plena época de guerras civiles. El señor Frémiot, padre de la santa, era presidente del Parlamento, lo que llamaríamos en España la Audiencia Territorial. Permanece fiel a la dinastía, y no menos fiel a su fe católica. Esto le crea una situación dificilísima. Tiene que abandonar su propia casa, que es saqueada; recibe un mensaje amenazándole con la muerte de su hijo, que ha quedado prisionero, si no cede, y en efecto no cede, aunque la amenaza no llega a realizarse; atraviesa dificultades económicas y de tipo político, rodeado por la incomprensión de unos y de otros. Así, contemplando aquellos ejemplos de integridad y de hombría de bien, se desarrolla la muchacha hasta llegar a los veinte años.

A esta edad contrae matrimonio con el barón de Chantal, que tenía siete años más que ella. Todos los biógrafos se hacen lenguas de la magnífica pareja que formaban los dos jóvenes. Tenía Juana Francisca un tipo majestuoso, una innegable gracia natural, y parece que su esposo no se dejaba superar ni en esto, ni en las cualidades de alma, por su mujer. Lo cierto es que durante ocho años el matrimonio vivió una felicidad que parecía no tener límites. Es cierto que a veces el joven esposo tenía que dejar el hogar para ir a la guerra, o a cumplir sus deberes en la corte. Pero esto hacía cada vez más gratas las horas que se pasaban cada vez que regresaba. El mismo rey distinguía al barón de Chantal con su afecto, y nada parecía faltar a la felicidad de aquel hogar que Dios había bendecido con la sonrisa de cuatro niños.

De pronto, todo aquello se viene abajo. Un estúpido accidente de caza, producido de manera casual, vino a arrebatar la vida del joven barón. Sus últimas horas, de ejemplar cristiano, fueron para perdonar a quien había sido el involuntario causante de su muerte.

Como ocurre siempre, cuanto mayor había sido la unión del matrimonio y más íntimos los lazos establecidos entre los dos

esposos, más trágica resultaba la muerte de uno de ellos. Juana Francisca sintió un dolor sin límites y se consagró por completo a la educación de sus hijos. Con un impulso en parte religioso y en parte proveniente del amor a su difunto marido, hizo voto de castidad. Desde entonces su vida se repartiría entre las prácticas de religión y caridad y la educación de los niños.

Hay una fase de la vida de Santa Juana en la que cuesta llegar a comprender el heroísmo que en sí encerraba. Viuda, se le ofrecían atrayentes posibilidades. Podía continuar viviendo en la misma casa en que tan feliz había sido con su marido. Podía ir a vivir con su padre, que la idolatraba. Pero he aquí que escoge refugiarse en el sombrío castillo de su suegro.

Todo era allí repelente. El carácter de este hombre, duro, áspero, más hecho a tratar con soldados que con mujeres. El edificio mismo, sombrío y triste, y falto de muchas comodidades a las que Juana Francisca estaba acostumbrada. Y la presencia de una persona, a la que eufemísticamente llaman «criada» los biógrafos de la santa, que se había apoderado por completo de la voluntad del dueño de la casa y que se aprovechaba de esta situación para proceder despóticamente frente a Juana Francisca y a sus niños.

La joven viuda acepta, sin embargo, todo aquello. Muy probablemente la guiaba el deseo de trabajar por la eterna salvación de su suegro. Pero no excluimos también, antes parece casi seguro, que la atrajeran tantos y tan íntimos sufrimientos como allí la esperaban.

Lo cierto es que allí, y siempre a lo largo de su vida, Juana Francisca se portó de manera ejemplarísima en sus relaciones familiares. La casa, pésimamente gobernada, tenía que dolerle a una mujer de las extraordinarias cualidades de Juana Francisca. Jamás hizo una observación. Su tiempo estaba distribuido entre sus hijos y los pobres.

Conservamos rasgos maravillosos de lo que fue su caridad por aquel tiempo. Sencillamente heroica. El pobre leproso, al que ella acoge, el enfermo repugnante, el trigo que se agota y Dios multiplica... todas esas cosas que encontramos en los grandes héroes de la santidad, las hallamos también en esta época de la vida de Juana Francisca.

Por si era poco, vino a caer en manos de un áspero director, extraordinariamente exigente. Son célebres en la historia de la espiritualidad los votos que hubo de hacer: el de obedecerle, el de no abrirse a nadie más, el de no admitir pensamiento que fuera en contra de esto. Atada con estos votos, y metida en un oscuro rincón de Francia, parecía imposible que pudiera llegar a tener contacto alguno con un obispo extranjero, el de Ginebra, que vivía por entonces, expulsado de la capital de su diócesis, en la relativamente lejana ciudad de Annecy. Pero los planes de Dios eran otros.

Iba un día ella a caballo cuando, cerca de un bosquecillo, vio a un sacerdote de aspecto venerable, alto, rubio, que rezaba apaciblemente su breviario. Un impulso interior le dijo que aquél sería el instrumento de que Dios se serviría para orientar definitivamente su vida.

En la capilla de su castillo de Sales, aquel sacerdote tuvo también una visión: se le apareció una mujer viuda, joven, vestida modestamente. Y un impulso interior le dijo que ella habría de ser el instrumento para una obra, muy de Dios, que entonces empezaba a dibujarse en su espíritu.

Habían de pasar años antes de que se encontraran. Un buen día Juana Francisca recibe una carta de su padre. Va a venir a Dijon, a predicar la Cuaresma, un predicador extraordinario: el obispo de Ginebra; ¿por qué no salir de su retiro y venir a pasar la Cuaresma a Dijon? A Juana Francisca le agrada el plan y se pone en camino con sus hijos. Para no perder palabra del sermón, Juana Francisca ha elegido para sí el mejor sitio de la iglesia: enfrente, enfrente del púlpito. Al subir el predicador, le da una vuelta el corazón: era el que había visto hacía años. Tampoco al predicador escapó su presencia. Poco después preguntaba quién era ella. Y cosa curiosa, hacía la pregunta al arzobispo de Bourges, hermano de la santa. Poco costó concertar un encuentro.

Sin embargo, San Francisco de Sales, con maravillosa prudencia, no quiso precipitar las cosas. Procedió con lentitud, y sólo ya el último día de su estancia en Dijon, dio alguna esperanza a Juana Francisca de encargarse de la dirección de su alma. Pero era todavía algo muy vago.

Habrían de continuar las relaciones. No las conocemos detalladamente. Cuando murió el santo, Juana Francisca se hizo cargo de todos sus papeles y al ordenarlos descubrió sus propias cartas, anotadas por el santo con admiraciones y encarecimientos. Muerta de vergüenza las tiró al fuego. Pérdida irreparable para la historia de la espiritualidad y aun de la misma Iglesia.

Por fin, la vigilia de Pentecostés de 1607, San Francisco de Sales abrió su pensamiento a Juana Francisca. Después de probarla un poco, proponiéndole diversos planes, le descubrió el proyecto que desde hacía mucho tiempo estaba madurando. La santa se sintió internamente movida a cooperar con todas sus fuerzas a aquellos hermosos designios. Pero parecía imposible que se pudieran realizar: era madre de cuatro hijos a los que tenía que atender antes de poder pensar en abrazar la vida religiosa.

Dios solucionó las cosas mucho antes de lo que pudieran pensar los dos santos. La hija mayor de Santa Juana se casó con el hermano menor de San Francisco de Sales. Otra de las hijas de Santa Juana murió inesperadamente. Quedaba la pequeñita, que podía acompañar a su madre al convento. Del hijo se haría cargo su abuelo. Faltaba el consentimiento de éste, que San Francisco obtuvo en una memorable entrevista. Y por fin, en 1610, se pudo pensar en iniciar la nueva fundación.

Los orígenes de la Orden de la Visitación constituyen una de las páginas más encantadoras de toda la historia de la Iglesia. Tienen la frescura, el aire sobrenatural y maravilloso de las florecillas de San Francisco o de la narración de los primeros votos de los jesuitas en Montmartre.

Habían encontrado, a las afueras de Annecy, una casita que, por tener un paso cubierto al jardín vecino, se llamaba «de la Galería». A esta casita de la galería, fueron el 6 de junio, fiesta de la Santísima Trinidad y de San Claudio, las tres primeras madres de la Visitación. Allí les esperaba, como tornera, una joven que había estado ligada a uno de los episodios más novelescos de la vida de San Francisco de Sales: estaba sirviendo en «El Escudo de Francia», una hostería de Ginebra, cuando Francisco, joven sacerdote aún, hizo algunos viajes a aquella ciudad para tratar de convertir a Teodoro de Beza. Paró en la hostería y

ella quedó prendada de aquel santo sacerdote. Ahora, al poner en marcha la fundación, se ofreció inmediatamente a entrar en ella.

Pero hay otra figura más encantadora aún si cabe: la de sor Simplicia, una ingenua campesina, entrada allí por su astuto tío, que dio lugar al anecdotario más gracioso, y al mismo tiempo más ejemplar, que se haya podido registrar en la vida religiosa del mundo entero. La buenísima hermana tomaba al pie de la letra cuanto oía y daba origen así a conmovedores episodios.

Aquel grupito de mujeres suponía, sin embargo, una verdadera revolución. Hoy nos cuesta darnos cuenta de lo que «la Visitación» supuso, porque admitimos como la cosa más natural lo que entonces suponía romper con mil prejuicios. Se trataba de una vida religiosa apoyada por completo en la sencillez y en la caridad; que buscaba más la muerte de la voluntad y del amor propio, que el quebrantamiento del cuerpo por las penitencias; que se había concebido sobre la base nueva de que las religiosas entraran voluntariamente, sin admitir en modo alguno que pudieran ir a parar al convento por compromisos familiares...

Hubo burlas, chacotas, calumnias graves, persecuciones abiertas, resistencias solapadas. Pero hay que decir también que hubo un colosal movimiento de entusiasmo. Y ambas cosas, el entusiasmo y las persecuciones, acompañarían a «la Visitación» en su marcha triunfal por todas partes.

La vida de los primeros tiempos de la Orden la conocemos no sólo por fuentes fidedignas, sino, además, de una hermosura literaria sin par. No sólo las obras de San Francisco de Sales, su admirable correspondencia, las cartas y los escritos de Santa Juana de Chantal, escrito todo en el espléndido y robusto francés del siglo XVII. Tenemos además las obras escritas por la madre Francisca Magdalena de Chaugy. Son auténticos primores literarios, en los que la lengua francesa, la unción de estilo, el buen sentido y el conocimiento directo de lo que se trata, brillan de tal manera que el lector se siente conmovido. Así podemos hoy ponernos en contacto con aquellos maravillosos tiempos del comienzo de «la Visitación».

Pronto inició la nueva Orden su expansión. La fama de San Francisco de Sales, que ya era grande, se acrecentó de manera

extraordinaria con la publicación de *La introducción a la vida devota.* Edición tras edición, el público devoraba aquel libro, y al enterarse de que su autor había fundado unas religiosas, se apresuraban a llamarlas. En 1615 se fundaba la casa de Lyón. Poco después, las de Moulins, Grenoble y Bourges.

Pero mayor importancia iba a tener la fundación de París. San Francisco de Sales hubo de trasladarse allí en 1619, y llamó junto a sí a Santa Juana. Tras algunas dificultades se fundó el primer monasterio de París, llamado a tener enorme influencia. No se olvide que en el París del siglo XVII se estaba forjando una reforma pastoral y una orientación de la espiritualidad que en gran parte perseveran aun hoy, y que desde luego tuvieron ya entonces extraordinaria repercusión en la historia de la Iglesia.

La santa pasa entonces unos años de intensa actividad, atendiendo a los monasterios que se van fundando, sin poder entrevistarse con San Francisco de Sales. Por fin, en diciembre de 1622 se encuentran en Lyón. Es conocida la maravillosa escena. La santa llevaba preparadas unas notas sobre sus cosas íntimas. San Francisco de Sales, con sobrenatural firmeza, impuso otro tema de conversación: los asuntos de la Orden. La cuenta de conciencia se la daría más tarde, en Annecy. La santa obedeció heroicamente a aquella indicación, que tan tremendo sacrificio suponía para ella.

Poco tiempo después, el día de los Inocentes de aquel año, moría el santo. Llevaron su cadáver a Annecy. Por la noche, cuando la comunidad se quedó sola, la santa avanzó hacia el cadáver. Tomó reverente su mano derecha y la puso sobre su cabeza, permaneciendo ella de rodillas largo rato. Cumplía así el encargo: estaba dando cuenta de conciencia a su director. Entonces vieron las hermanas maravilladas el milagro que se produjo: la mano del santo se animó, cobró vida, y empezó a acariciar la cabeza de Santa Juana. Así un buen rato, hasta que terminó por volver a caer yerta. «Las Salesas» conservan aún el velo que Santa Juana llevaba en aquella circunstancia inolvidable.

Muerto San Francisco, Santa Juana iba a tener ocasión de dar la auténtica medida de su grandeza de ánimo. Ahora era ella la que tenía la plenitud de las responsabilidades. Las aceptó, y

llevó a cabo, con sobrenatural entereza de ánimo, la dificilísima misión que eso suponía.

Había que hacer frente a la expansión de la Orden. A su muerte dejaría ochenta y tres monasterios. En cierta ocasión que Santa Juana había pensado, aún seglar, en entrar carmelita, una de las religiosas le dijo: «Santa Teresa no os quiere para hija, sino para compañera». Ahora se veía lo cierto de esa profecía. Porque la vida de Santa Juana se asemeja por completo en esta fase a la de Santa Teresa: continuos viajes, interminable correspondencia, disgustos y dificultades, ejercicio continuo de la prudencia y de la discreción.

Pero la expansión de la Orden era lo de menos. Importaba salvar por encima de todo su verdadera fisonomía. De un lado y otro brotaban chispazos: se quería conseguir que la santa hiciera algunas excepciones. Ahora querían dispensa, en favor de esta superiora excepcional, de la ley de que no pudiera serlo más de seis años. Después querían que la Orden tuviera una superiora general. Aquí se edificaba un monasterio suntuoso, contrario al espíritu de sencillez. Más allá se trataba de permitir que los obispos pudieran dispensar de algunas reglas. Con entereza, pero con humildad, con firmeza empapada de dulzura, Santa Juana defendió, como una leona a sus cachorros, la idea que había recibido de San Francisco de Sales. Y consiguió sacarla por completo adelante.

Su misión sobre la tierra parecía haber terminado. El deseo de atender y dar el velo personalmente a la duquesa de Montmorency, que había ingresado en la Orden, la movió a emprender un último viaje. En él llegó hasta París, resolviendo importantes asuntos, y despidiéndose al mismo tiempo de todos los monasterios que iba encontrando a su paso. Cuando no fue posible que ella llegara a todos, se reunieron las superioras de los alrededores para cambiar las últimas impresiones y fijar todos los detalles.

Por fin, el 13 de diciembre de 1641 le llegó la muerte. Lejos de su amadísimo Annecy, en Moulins. Dios Nuestro Señor, que la había probado extraordinariamente en largas épocas de su vida con aridez en la oración, la colmó de consuelos en sus últimos días. Y dulcemente, rodeada de sus hijas, voló al cielo. Sa-

bido es que San Vicente de Paúl, con quien tanto había tratado en París, y a quien habían sido confiadas las religiosas de «la Visitación» de aquella ciudad, vio subir su alma en forma de globo luminoso al cielo. Y vio también otro globo, en el que se representaba a San Francisco de Sales salir al encuentro y fundirse entrambos con un tercero, más luminoso y más bello, que representaba la esencia divina.

Dejaba, según hemos dicho, a su marcha de este mundo, ochenta y tres monasterios fundados. De esta manera, como Santa Teresa, continuará viviendo en sus hijas y en sus libros. Porque todos aquellos monasterios se constituyeron en focos de irradiación de la más preciosa espiritualidad. «Sólo en el cielo sabremos —ha escrito Henry Bremond— el bien que los monasterios de "la Visitación" hicieron en Francia».

Y lo continuaron haciendo. Reunidas después de la tormenta de la Revolución Francesa las religiosas de la Orden, más conocidas con el nombre de «Salesas», volvieron de nuevo a continuar sin la más mínima modificación el género de vida que de sus santos fundadores habían recibido.

Cuando en 1950 la Iglesia, por medio de la constitución apostólica *Sponsa Christi* mostró el deseo de dar una nueva estructura a las órdenes religiosas de mujeres, fue «la Visitación» la primera en secundar tal deseo, y desde entonces la superiora de Annecy, sucesora de Santa Juana de Chantal, ha pasado a tener, en lugar de un simple primado de honor, el gobierno como general del Instituto entero.

Un error muy extendido entre los canonistas impidió que el proceso de beatificación de Santa Juana fuera con la rapidez que cabía esperar de su gran fama de santidad. Sólo el 21 de noviembre de 1751 fue beatificada por el papa Benedicto XIV, y en 1767 Clemente XIII la canonizaba.

LAMBERTO DE ECHEVERRÍA

Bibliografía

BOUGAUD, E., *Historia de Santa Juana Francisca Freniot* [sic] *Baronesa de Chantal fundadora de la orden de la visitacion de Santa Maria llamada vulgarmente de Religiosas salesas y del origen de este Santo Instituto,* 2 vols. (Madrid [4]1897).

CHAUGY, F. M., *Santa Juana Francisca Frémiot de Chantal* (Madrid 1928).

COUANNIER, M. H., *San Francisco de Sales, su vida y sus amistades* (Madrid 1959).

EVERAT, E., *Vie de Jeanne-Charlotte de Bréchard* (Clermont-Ferrand 1938).
LECOUTURIER, E., *Françoise-Madeleine de Chaugy et la tradition salésienne au XVIIe siècle* (París 1933).
MARDUEL, M., *L'âme ardente de Sainte Chantal* (París 1955).
RELIGIOSAS DE LA VISITACIÓN DE SANTA MARÍA, *La Visitación. Santuario del Sagrado Corazón de Jesús* (Madrid 1904).
• Actualización:
MÉZARD, G., *Dottrina spirituale di S. Giovanna Francesca di Chantal, fondatrice della Visitazione* (Palermo 1984).
MONASTERIO DE LA VISITACIÓN DE SANTA MARÍA, *Semblanza espiritual de los fundadores de la Visitación: San Francisco de Sales y Santa Juana Francisca Frémiot de Chantal* (Oviedo 1988).
RAVIER, A., *Giovanna di Chantal. Una vita in breve* (Cinisello Balsamo 1993).

BEATO INOCENCIO XI

Papa († 1689)

Benedetto Odescalchi, quinto hijo del matrimonio compuesto por Livio Odescalchi y Paola Castelli di Gandino Bergamasco, nació en Como el 19 de mayo de 1611 y fue bautizado con el nombre de Benedicto. Instruido durante sus primeros años en su propia casa por un sacerdote, enseguida comenzó sus estudios en el colegio de los jesuitas. Muy pronto, como uno de sus mejores alumnos, ingresó en la congregación mariana.

Su padre murió cuando él tenía sólo once años. Cuatro años más tarde, cuando había terminado los estudios humanísticos, se fue a Génova con su tío Papirio, quien dirigía la «Sociedad Odescalchi», con el fin de introducirse en la práctica administrativa de negocios. Ya durante su juventud, en sus palabras y en sus costumbres, llevaba una vida espiritual intensa como reflejo de que estaba poseído enteramente por el amor de Dios, que le impulsaba a entregarse generosamente al prójimo, de modo particular a los más necesitados, viendo en ellos a Cristo.

Durante la peste de 1630 fue enviado a Mendrisio (Suiza). Su madre, que permaneció en Parè (Como), murió contagiada, quedando Benedicto sin padres a los diecinueve años. Después de la peste volvió a Como, luego a Génova —otra vez con su tío— y a Milán. A sus veinticuatro años, de nuevo en Como, fue nombrado, por el virrey español, gobernador del estado de Milán, con el título honorífico de comandante de la milicia urbana de Como. Partió de nuevo para Génova y, desde allí, se dirigió a

Roma para estudiar, aunque no había decidido todavía qué carrera iba a comenzar.

Por consejo del cardenal español De la Cueva, se inscribió en los cursos de derecho civil y canónico en la Universidad de la Sapienza, que frecuentó durante el bienio 1636-1638, continuándolos después en Nápoles, donde obtuvo la licenciatura *in utroque iure* el 21 de noviembre de 1639. Mientras tanto había madurado su decisión de consagrarse al Señor en una vida célibe, separada del mundo y dirigida hacia las obras de beneficencia. Por eso, allí mismo recibió la tonsura clerical el 18 de febrero de 1640, aunque eso no implicaba en él, y en aquel entonces, aspirar a la ordenación sacerdotal, pero manifestaba su deseo de consagrarse a Dios y era una consecuencia de su honestidad y austeridad de vida. Vuelto a Roma, ya con hábito talar, aceptó la insistencia de su hermano Carlos que deseaba que siguiera los cursos eclesiásticos, consiguiéndole el nombramiento de protonotario apostólico que ejerció desde 1640 a 1644.

Nombrado por el papa Urbano VIII presidente de la Cámara apostólica, destacaba por su modestia y sobriedad. Seguía haciendo beneficencia oculta en una vida retirada en medio del mundo. Fue designado Comisario extraordinario en Ancona para recaudar los impuestos de las Marcas en aquellos tiempos de mucha pobreza tanto social como institucional. Desarrolló ese enojoso oficio con prudencia y fortaleza, a satisfacción de la Santa Sede, mostrando tal caridad con los pobres hasta el punto de que —sin que nadie lo supiera— él mismo pagaba por ellos, en algunos casos, la contribución cuando les resultaba imposible. En 1644 fue elegido administrador de Macerata y gobernador de Picena.

Ya en el pontificado de Inocencio X, al comienzo de 1645, este papa lo nombró clérigo de Cámara y, en tan sólo cuarenta días, el 6 de marzo, lo designó cardenal diácono, del título de San Cosme y San Damián. Más adelante pasaría a ser cardenal presbítero del título de San Onofre.

Desde 1645 a 1648 permaneció en Roma como cardenal de curia, asignado a las congregaciones de obispos y religiosos, de la consulta, y del gobierno. En 1648 el mismo Papa lo nombró su cardenal legado en Ferrara, donde pudo conseguir trigo para

cubrir las necesidades más elementales de una población hambrienta. Realizó una gestión inteligente, primero censando el trigo de la región; segundo, oponiéndose al contrabando; tercero, fijando un precio honesto y, cuarto, disponiendo que a los pobres se les repartiera gratis el pan y además se les compensara con dinero. Por eso, hasta aparecieron en la ciudad «pintadas» o «grafitti» anónimos en los que se leía: *«"Benedictus"* qui venit in nomine Domini», o «Viva il cardinale *Odescalchi,* padre dei poveri».

En medio de tantas ocupaciones y preocupaciones que se echaban sobre sus hombros, encontraba tiempo para dedicarse a la oración, recitar el oficio divino, rezar con prácticas piadosas populares como «el ejercicio para una buena muerte», así como enseñar el catecismo a los niños.

A pesar de su humilde resistencia, en 1650 el Papa lo nombró obispo de Novara. Se preparó concienzudamente para recibir primero la ordenación sacerdotal, que le fue conferida el 20 de noviembre de ese año y, seguidamente, para la ordenación episcopal, que recibiría el 30 de enero de 1651; las dos en Ferrara.

Como obispo diocesano se ocupó de la instrucción cristiana del pueblo, de la defensa de las buenas costumbres y de la defensa en el respeto a los derechos de la Iglesia. Al mismo tiempo, de la renovación de los sacerdotes y consagrados. En todo trató de imitar a San Carlos Borromeo, cuyas disposiciones sinodales seguía fielmente en su diócesis de Novara. Se gastó todo su dinero personal en atender a los pobres y enfermos. En 1654, durante la visita *ad limina,* Inocencio X lo retuvo en Roma durante bastante tiempo como consejero suyo. Lo mismo hizo también, en el pontificado siguiente, Alejandro VII. Por esa razón, al tener que residir tanto tiempo fuera de su diócesis, Benedicto, obispo y cardenal Odescalchi, insistió una y otra vez al Papa para que aceptase su renuncia, como así finalmente lo hizo. Durante la peste de 1656 estuvo en Capranica, y no deseaba otra cosa sino que su vida, escondida con Cristo en Dios, se gastara y desgastara al servicio de la Iglesia.

En 1669, a la muerte de Clemente IX de sólo dos años de pontificado, ya era un buen candidato para muchos cardenales,

pero sufrió el veto del gobierno francés. En cambio, a la muerte de Clemente X, a pesar de la oposición del rey Luis XIV de Francia, cuando éste supo la actitud de la mayoría de cardenales y al comprobar el público deseo y la buena acogida del pueblo de Odescalchi como papa, tuvo que rendirse y permitir que sus cardenales aceptaran esa candidatura.

Ante tales circunstancias, Benedicto Odescalchi, en el conclave de 1676, no pudo renunciar a ser elegido unánimemente Papa el 21 de septiembre, asumiendo, en recuerdo del papa Pamphili, el nombre de *Inocencio XI*. Todavía en la noche de aquel día, a las dos, los cardenales habían ido a rendirle afecto antes de la elección que iban a realizar por la mañana; Benedicto los acogió con ternura y emoción, rogándoles que eligieran a otro más hábil que él para sobrellevar el peso de la misión pastoral del sucesor de Pedro. Después de que se retiraran, al comprobar la clara intención del colegio cardenalicio, durante aquella madrugada preparó un programa de reforma eclesial con el fin de presentarlo a los cardenales antes de ser elegido y solicitar de ellos la aceptación de aquel proyecto, sin coacción alguna por su parte sino como una manifestación de las directrices que seguiría en el pontificado, de manera que los cardenales pudieran ser conscientes de lo que iban a realizar a la hora de la votación. Lo primero y principal de aquel memorial, como una especie de «capitulación electoral» —que fue firmada después de la elección espontáneamente por los mismos cardenales—, proponía el objetivo de que el primer deber del Papa en aquel momento era la propagación y defensa de la fe católica. Es de notar que en aquel conclave participó como elector el cardenal San Gregorio Barbarigo, quien también destacaba por su virtud como posible candidato. Comenzó públicamente su ministerio de pastor universal el 4 de octubre siguiente.

Durante su pontificado, que duró casi trece años, desde el 21 de septiembre de 1676 hasta el 12 de agosto de 1689, le tocó superar las dificultades de su tiempo en medio de muchas pruebas morales y de grandes dolores físicos. El memorial o programa redactado en la noche antes de su elección lo llevó a la práctica durante su ministerio pontifical con tanta decisión como humildad.

Continuó aplicando en esos años las determinaciones del Concilio de Trento con ánimo intrépido y sin vacilaciones. En primer lugar restableciendo en la curia romana y en el episcopado la dignidad para el propio ministerio y misión, escogiendo a las personas dispuestas a colaborar con él y evitando los distintos abusos; desterrando el nepotismo de eclesiásticos —es decir, el enriquecimiento de los parientes de los eclesiásticos—, y empezó por él mismo, ya que no quiso hacer a su sobrino cardenal-nepote o secretario de estado, como antes venía siendo costumbre, y por sus propios cardenales, para buscar en todo la voluntad de Dios y lo mejor para la Iglesia. Inocencio XI eligió como secretario de estado al anciano cardenal Cibo, mientras que a su sobrino sólo le permitía acudir con él algunas tardes para rezar el rosario. Fue el primer Papa que terminó con esa práctica que se prolongaba desde siglos anteriores en muchos eclesiásticos con la bula *Romanum decet Pontificem* en la que determinaba que en lo sucesivo un papa no pudiera enriquecer a su familia con los bienes de la Iglesia o nombrar a sus parientes para dignidades eclesiásticas. A la vez limitaba el número de los beneficios eclesiásticos para un solo clérigo y, como él mismo había hecho, velaba para que los pastores ordenados cumplieran con la obligación de su residencia en el lugar de su beneficio y simultáneamente del ejercicio de su ministerio pastoral.

Se ocupó de la reforma: en la renovación espiritual de Roma y de los Estados pontificios; en la vida de eclesiásticos, religiosos y laicos; en la promoción de la catequesis y la enseñanza cristiana y en la moralidad de los espectáculos. Promovió también la liturgia y, a la vez, las misiones «ad gentes». Cuidó de la administración de los bienes, de tal modo que con el ahorro en los gastos y la moderación en los impuestos sanó el déficit que se venía arrastrando de pontificados anteriores, moderando también el alza de los precios y rebajando las contribuciones. Tuvo tal arte que, con esas medidas, incluso el déficit lo convirtió en superávit. Procuró la conversión a la Iglesia católica de los cristianos de la reforma luterana. Erigió nuevas diócesis en Brasil, una universidad en Guatemala y la universidad de los dominicos en Manila; trabajó para la abolición de la esclavitud en África; favoreció las misiones de los carmelitas en Asia, concre-

tamente en Irán, e impulsó las acciones apostólicas *De Propaganda Fide,* informándose directamente de la situación de las misiones por los propios misioneros. Repetía que, así como a occidente nos había venido la fe desde oriente, ahora tocaba llevarla desde occidente a oriente.

Manteniéndose fuera de las discusiones de escuela, pero con claridad de pensamiento y con solícito cuidado pastoral, se inclinaba por el probabiliorismo antes que el probabilismo y procuró que el español Tirso González, que defendía esta teoría, fuera elegido general de la Compañía de Jesús. En las nacientes escuelas morales del siglo XVII, y en la discusión en torno a la obligatoriedad de la conciencia ante la duda, el tutiorismo afirmaba que había que optar siempre por lo seguro para evitar el pecado; pero, como esto no solucionaba el problema de la duda, y además constreñía las conciencias, el probabilismo sostenía que era lícito acogerse a la opinión contraria a la obligación si esa opinión contaba con probabilidades de ser cierta; en cambio el probabiliorismo, al comprobar que el probabilismo conducía a un debilitamiento de la conciencia ante la obligación, sostuvo que, para consentir al parecer contrario a la obligatoriedad no bastaba cualquier clase de probabilidad, sino que se requería que ese parecer fuera más probable que su contrario. Inocencio XI captó enseguida que ésta no era una cuestión puramente académica entre escuelas sino existencial con consecuencias prácticas de enorme importancia para la vida cristiana. Poniéndose a favor del probabiliorismo, por un lado evitaba el tutiorismo o rigorismo moral que sostenían los jansenistas y, por otro, el laxismo moral al que inclinaba el probabilismo. En 1679 tuvo que condenar, pues, sesenta y cinco proposiciones de laxismo moral de entre las cien que le había enviado la universidad de Lovaina sobre el probabilismo, manifestando a la vez que los teólogos en sus distintas escuelas y los predicadores en su ministerio se abstuviesen de censurar las proposiciones no condenadas y dejando en libertad las cuestiones que podían discutirse en el diálogo teológico. Así pues, no condenó el probabilismo como tal, conforme le instaba la Universidad de Lovaina, sino aquellas proposiciones de esa teoría que no estaban de acuerdo con la moral católica.

Aunque parece que tardó en ver las consecuencias a las que podría llevar el quietismo de Miguel de Molinos —y del obispo y cardenal Pier Matteo Petrucci—, no dudó en que fueran condenadas, por heréticas o sospechosas de herejía, sesenta y ocho proposiciones erróneas en 1687, cuando ya no podía mostrarse más comprensivo, pues el quietismo afirmaba que el alma, al progresar en la oración, puede llegar a un estado en que se aquietan los deseos y aspiraciones incluso sobre la propia salvación de tal forma que, además, el alma llega a una unión con Dios identificándose con él hasta desaparecer toda actividad personal. Para ello la persona debía abstenerse de toda acción, tanto para configurarse por propia iniciativa con él como para resistir las tentaciones del tipo que fueran.

Defendió la libertad de la Iglesia y del Papa en su propia misión en todas las naciones, de modo singular en Francia, donde el regalismo de Luis XIV la coartaba, y eso que le alababa personalmente la grandeza de ánimo y los dones que Dios le había dado. Con el rey se mostró, pues, como un padre —en los tres *Breves* que le escribió—, pero simultáneamente como un Papa firme. Este rey había hecho cuestión de estado las llamadas «regalías», los privilegios que anteriormente se habían concedido a los reyes de Francia sobre algunas diócesis, territorios y cargos eclesiásticos. Luis XIV las había extendido además por su cuenta a otras regiones de Francia. Inocencio XI vio en ello, y en la actitud galicana de eclesiásticos y seglares, una violación de los derechos de la Iglesia y causa de graves peligros no sólo para Francia sino para la Iglesia entera, en la teoría y en la práctica. Su voz y su determinación fueron inflexibles, evitando así que se produjera un cisma de la Iglesia en Francia aunque el galicanismo difuso durara casi dos siglos más. En sus cartas al nuncio en París bien se reflejaba, ante la intransigencia del rey, la confianza del papa Inocencio en Dios, y así se mantuvo sensato y entero hasta su muerte aunque resultaran inútiles sus esfuerzos.

En 1682, Luis XIV convocó en asamblea a algunos clérigos franceses, en la que fueron aprobados cuatro famosos artículos conocidos como *Déclaration du clergé français,* al parecer redactados por el famoso obispo de Meaux, Bossuet, que sostenía que los reyes no estaban sometidos a potestad eclesiástica alguna en

las cosas temporales y el papa sólo tenía potestad en las cosas espirituales, autoridad que debía ejercitarse según las costumbres de cada reino. Inocencio XI, para evitar un cisma ante estas doctrinas del llamado «galicanismo», no condenó formalmente esos cuatro artículos pero tampoco los admitió ni aceptó los candidatos episcopales que habían participado en la asamblea, antes bien, afirmó positivamente que era necesaria la aprobación canónica por parte del Papa a los candidatos al episcopado presentados por el rey. El galicanismo llegaba a someter la autoridad del Papa al concilio, que, así, estaría por encima de él. Los obispos españoles y las universidades españolas se declararon a favor de Inocencio XI y en contra de los cuatro artículos. Poco después Luis XIV, para congraciarse con el Papa, empezó a hacerse pasar por defensor del catolicismo; en 1685 revocó el famoso Edicto de Nantes y comenzó a perseguir a los luteranos. Inocencio XI, con mucha valentía, por un lado expresó su disgusto ante esa actitud persecutoria y, por otro, mantuvo su derecho sobre los candidatos episcopales como había hecho hasta entonces. Luis XIV protestó cuando el Papa abolió el «derecho de asilo» a las embajadas en Roma por un decreto de mayo de 1685, puesto que aludiendo a ese derecho los embajadores extranjeros ante Roma habían podido alojar en sus palacios a criminales perseguidos en los Estados Pontificios. Pero este Papa se mantuvo firme empleando su autoridad para mantener el orden conforme a derecho.

Inocencio XI tuvo que ocuparse de la defensa de la cristiandad, en la Europa central, ante la amenaza de la invasión turca y consecuentemente la dominación islámica. Instruía personalmente a sus nuncios, desde Portugal y España hasta Irán (entonces Persia), para que llevasen adelante los tratados de paz entre las naciones. Él, que no era un político, tuvo que mostrarse como un hábil gestor ante las cuestiones tan imbricadas de la Europa de su tiempo, por encima de unas alianzas y otras, también entre príncipes cristianos, para aunar a todos ante el peligro común. Fue el único que podía hacerlo. Logró una buena alianza entre Viena y Varsovia, el emperador Leopoldo I y el rey de Polonia, Juan Sobieski, y los príncipes aliados, que obtuvieron la victoria en Kahlenberg, cerca de Viena, y consiguieron la

retirada otomana de Europa. Poco después, la alianza, la «santa liga» entre el emperador, la república de Venecia y Rusia, reconquistó Buda, capital de Hungría, el 2 de septiembre de 1686. El Papa, en agradecimiento, instituyó la fiesta del Nombre de María. Inocencio XI lo atribuía todo a la gracia y lo tributaba todo a la gloria de Dios.

En su unión con Dios encontraba la madurez para conocer y juzgar a los hombres, mantenerse con ánimo sereno y con aguante pastoral en momentos de lucha, y para ver con claridad los males que afligían a la sociedad y para vigilarse y corregirse para ser cada vez más y mejor un instrumento dócil en las manos del Señor. Algunas veces empleaba hasta tres horas en la celebración de la santa misa.

Alto y delgado, con barba y bigote, como lo retrató Gian Battista Gaulli (el Baciccia), era enormemente sincero y escueto, exigente para él mismo y benévolo para con los demás, sin doblez de corazón. Inamovible en las decisiones justas que había tomado, sobrio y pobre en su vida, exigente en la administración de los bienes, era generoso en la entrega de sus propios bienes a los pobres. Amante de la simplicidad en su vida, sin acepción de personas y entregado con denuedo a su trabajo pastoral y a su gobernación como jefe de los Estados pontificios.

Durante los últimos meses de su enfermedad, recitaba: «Señor, auméntame el dolor pero auméntame también la paciencia». Murió el 12 de agosto de 1689, ya aclamado santo por el pueblo pues era sumamente admirado, por su persona y su obra.

El proceso ordinario sobre la fama de santidad se abrió el 11 de abril de 1691 y se cerró en 1698. La discusión sobre la introducción de la causa se tuvo en 1714, todavía en vida de Luis XIV. Los procesos apostólicos en Roma y Como se prolongaron hasta 1733. Clemente XII en 1736 declaró la validez del proceso pero una campaña en contra, otra vez francesa, logró que Benedicto XIV tuviera que suspender la causa en 1744.

Fue Pío XI quien se decidió a retomar la causa en 1933 y Pío XII, en 1955, declaró la heroicidad de las virtudes. Por fin pudo ser beatificado el 7 de octubre de 1956. Sus reliquias repo-

san en la Basílica de San Pedro de Roma, en una tumba sobre la que su familia costeó un gran monumento muy admirado por los que visitan la basílica vaticana.

JOAQUÍN MARTÍN ABAD

Bibliografía

GINI, P., «Inocencio XI, Papa, beato», en *Bibliotheca sanctorum*. V: *Erizzo-Galdino* (Roma 1964) 848-850.
PIAZZA, A. I., «La figura del novello beato, la sua santità»: *AAS* 48 (1956) 764-804.
PIO XII, «Venerabilis Dei famulus Innocentius PP. XI, confesor, beatus renuntiatur»: *AAS* 49 (1957) 754-759.
SACRA CONGREGATIO RITUUM, «Beatificationis seu canonizationis venerabilis servi Dei Innocentii Papa XI»: *AAS* 48 (1956) 804-806.

BEATA VICTORIA DÍEZ Y BUSTOS DE MOLINA

Virgen y mártir († 1936)

María Victoria Díez y Bustos de Molina, simpática sevillana, fue una excelente maestra de primera enseñanza que ejerció con gran amor su profesión en pueblos pequeños, y una artista del dibujo, la pintura y las labores. Plenamente entregada a Jesucristo en la asociación de fieles laicos a que pertenecía, la Institución Teresiana fundada por San Pedro Poveda Castroverde, después de una corta e intensa vida de entusiasta dedicación a hacer el bien tanto en el aspecto apostólico como en el cultural y educativo, murió mártir a causa de la fe el 12 de agosto de 1936, poco antes de cumplir 33 años de edad.

Victoria era hija única de una familia modesta. El padre, José Díez Moreno, escribano de profesión, ejerció este sencillo oficio con fidelidad y constancia, siendo muy apreciado en las empresas en que trabajó. Quería apasionadamente a su hija, con la que se entendía por señas en los últimos años por haberse quedado sordo, y se escribían todos los días cuando, al ejercer ella su escuela en un pueblo, hubieron de separarse. La madre, María Victoria Bustos de Molina y Sánchez, dedicada a su hogar, acompañó a Victoria cuando tuvo que alejarse de casa, viviendo siempre con ella. Don José y doña Victoria habían contraído matrimonio en Sevilla en 1902 y Victoria nació en el segundo piso del número 43 de la calle Trajano de esta mis-

ma ciudad el día 11 de noviembre de 1903. La bautizaron el día 29 del mismo mes. Según la madre, «la hija salió a su padre. Es muy bueno y de una fe como hay pocos. Muy resignado con lo que el Señor le manda. Nunca le he oído quejarse de sus penalidades». Era bondadoso, muy trabajador y de arraigada piedad.

De niña la llevaron al colegio de las madres carmelitas, donde el 18 de mayo de 1913 recibió la primera comunión de manos del conocido y prestigioso cardenal Almaraz, quien precisamente un año antes había publicado en Sevilla los folletos escritos por San Pedro Poveda en Covadonga como base de la Institución Teresiana que estaba comenzando a fundar.

Se despertó muy pronto en Victoria la afición al dibujo y la pintura, y por este motivo, y por el traslado de la familia, la cambiaron de colegio. Veía pasar por la puerta de su casa a las alumnas del grupo escolar «Carmen Benítez» con grandes carpetas de láminas de dibujo, y también ella quería aprender, por lo que hubieron de llevarla allí, donde permaneció hasta los 15 años de edad.

Los padres deseaban que estudiara Magisterio con vistas al ejercicio de esta profesión, por lo que, concluidos los estudios primarios, con la ayuda de una profesora particular ingresó en la Escuela Normal Superior de Maestras de Sevilla en junio de 1919. Terminó sus estudios en mayo de 1923, siguiendo a la vez cursos de dibujo y pintura en la Escuela de Artes y Oficios Artísticos y Bellas Artes de esta misma ciudad.

Victoria era responsable y estudiosa. Desde muy niña tuvo que aprovechar bien el tiempo y trabajar duro, porque las tareas de la casa, ayudando a su madre en lo que requería más esfuerzo, ocuparon desde muy pronto buena parte de su jornada. Era también animada y jovial, entusiasta y ocurrente; muy buena compañera y propensa a la amistad.

En la Escuela Normal llegó a tener gran confianza con la Secretaria, D.ª Rafaela Castillo, que fue su madrina de confirmación, recibida el 7 de abril de 1922. Y, entre sus compañeras, se hizo amiga de Juana Galán y Pura Hernández, sobre todo, integradas después, como ella, en la Institución Teresiana. También de Visitación Montero, dos cursos mayor. Todas la descri-

ben como una chica corriente, alegre, vivaz, simpática, activa y sacrificada.

Muy espiritual desde niña por formación familiar, igual que sus amigas, solían ir los domingos a las Religiosas Reparadoras, que tenían organizada la Asociación de Hijas de María, y frecuentaban también las Esclavas del Sagrado Corazón, que ofrecían acogida y actividades formativas a las jóvenes. Entre esto y los estudios, todas recuerdan una juventud muy ocupada, porque las profesoras las estimulaban mucho al trabajo y porque en casa había que colaborar.

Terminados los estudios académicos, en octubre de 1923 comenzaron a preparar las oposiciones requeridas para ser maestras nacionales, acudiendo para ello al colegio de las salesianas. La primera vez que se presentaron, sólo Pura aprobó. Victoria pasó el escrito pero, como varias de sus compañeras, se retiró del oral, por lo que tuvo que continuar estudiando hasta la nueva convocatoria, que tuvo lugar en 1925.

Precisamente en este año 1925, cuando Victoria y sus amigas continuaban preparando sus oposiciones, llegaba la Institución Teresiana a Sevilla, estableciendo una academia-internado para estudios de Magisterio, lo cual fue decisivo para estas jóvenes maestras. Pronto se dio a conocer este nuevo centro en la ciudad, muy bien acogido, y su directora, M.ª Josefa Grosso, sevillana, fue invitada a dar una conferencia en las Reparadoras en la tarde del 25 de abril de 1926 sobre «Algunos rasgos pedagógicos de Santa Teresa de Jesús». Allí estaban, como muchos otros domingos, Victoria y sus amigas.

Con una vida espiritual cuidada desde niña, alimentada en la familia y ayudada desde muy pronto por D. Francisco Garrido, su director espiritual, para esta fecha Victoria ya había sentido alguna inquietud vocacional. Pero no sabía si orientarse hacia las Reparadoras o hacia las Esclavas del Sagrado Corazón, a las que estimaba mucho. Cambió su rumbo la citada conferencia.

En aquella tarde del domingo 25 de abril, M.ª Josefa Grosso comenzó diciendo: «Ya veis, maestras cristianas, lo que se espera de vosotras. Cambiaréis la condición de los pueblos; habéis de hacer de cada uno lo que hizo Jesús con la humanidad». Y, partiendo de la afirmación: «El maestro *nace,* pero también *se*

hace», según el texto manuscrito conservado, dedicó la charla a esbozar las características de quienes habían de ejercer esta profesión al estilo de Teresa de Jesús, quien

> «no fue *maestra de escuela,* pero sí *maestra de espíritu.* Y nosotras no vamos a la escuela sólo a cuidar de los cuerpos de nuestras alumnas, sino a educarlas y, en la educación, el principal papel lo representa el espíritu».

Sorprende vivamente constatar que los rasgos que M.ª Josefa Grosso aplicaba a las maestras, parecen más bien una descripción de lo que llegaría a ser Victoria Díez después, quien ni siquiera conocía la existencia de la Institución Teresiana, que, además, no se nombra ni una sola vez en la charla. La conferenciante fue subrayando, con incisivas explicaciones, las características de quienes habían de dedicarse a enseñar: bondad y celo; conocer la psicología propia y ajena; necesidad de esfuerzo continuo y de tener «recio corazón»; ser gentil, amable, ingeniosa y alegre; saber gobernar y organizar con discreción y cordura, y poner a contribución las propias dotes personales. Dijo, además, algo que a Victoria debió de impactarla mucho:

> «A Santa Teresa la fuerza del celo que la consumía *la hizo maestra.* No seáis vosotras de aquellas que al terminar la carrera pregonan con cierto desdén que son maestras con tal o cual fin, pero que no tienen vocación; mas por si acaso alguna de vosotras cae en ello, pensad que si perdisteis la vocación fue porque perdisteis vuestro celo, y no olvidéis que el sostén de éste es la caridad».

Al concluir las invitó a leer las obras de Teresa de Jesús:

> «Y cuando en vuestro estudio asiduo y reposado os hayáis adueñado de sus teorías y de sus sentencias, y hayáis sentido correr por vuestras venas el *vigor teresiano* [...], entonces podréis decir sin miedo: *me siento maestra,* quiero ir a la escuela».

¿Un programa para Victoria Díez? Ciertamente sí. Atraída sin duda por lo que acababa de oír, comenzó a frecuentar la Academia de Santa Teresa, donde continuó preparándose para el ejercicio práctico de las Oposiciones. Lo aprobó con muy buena puntuación: el número 2.

Mientras le adjudicaban un pueblo, le fueron ofrecidas clases de repaso para alumnas de primero de Magisterio en la Academia Teresiana. Una de ellas, Paula Marchena, recuerda que Victoria solía llevarlas a visitar a los pobres de Villa Lata, un

barrio muy abandonado de Sevilla, y que ella le enseñó a rezar. Por su parte, en la Academia fue conociendo Victoria la Institución Teresiana y afianzó su relación con M.ª Josefa Grosso, quien después sería su primera biógrafa. También siguió acudiendo a la Escuela de Artes y Oficios Artísticos, donde estudió seis años, y obtuvo por oposición el primer premio en la asignatura de «Composición decorativa», el 3 de septiembre de 1926.

Victoria había estudiado Magisterio sobre todo por deseo de sus padres, que veían en esta profesión un trabajo digno para su hija y una fuente de ingresos para la familia, ciertamente necesitada de recursos. Pero en el casi año y medio que va entre abril de 1926, fecha de la aludida conferencia, y septiembre de 1927, en que se incorporó a la escuela de Cheles (Badajoz), que es el tiempo en el que frecuentó asiduamente la Academia-Internado de la Institución Teresiana de Sevilla, hubiera o no nacido con esta vocación, verdaderamente *se hizo maestra*. Y el 11 de junio de 1926, decidió solicitar su incorporación a la Institución Teresiana, con una preciosa carta a la directora general, M.ª Josefa Segovia, en la que se expresaba de esta manera:

> «Desde hace algún tiempo siento los más vivos deseos de consagrar mi vida al Señor, siendo mi aspiración más vehemente el trabajar por la salvación de las almas.
>
> Hasta ahora no he podido realizar mis deseos, pues no he encontrado una Institución que llenara mi vocación, pero la Providencia divina me trajo al Internado para preparar el práctico de las actuales Oposiciones y cada día le doy más gracias al Señor por haberme puesto en contacto con una Institución que llena por completo mis ideales. ¡Qué espíritu tan elevado tiene la Obra; su misión apostólica me atrae sobremanera! Desde que conocí los fines que persigue no pude menos de amarla y creo que sólo perteneciendo a ella podré encontrar la felicidad. ¡Qué bueno es Dios que nos da a medida de nuestros deseos!
>
> Por eso, amada Srta. Segovia, le suplico me admita como aspirante, pues Dios me llama por esos caminos, siendo mis deseos ser Teresiana».

Poco después, el 27 de agosto del mismo año 1926, fiesta de la transverberación del corazón de Santa Teresa de Jesús, formulaba su compromiso inicial con dicha Institución.

El curso 1926-1927, transcurrido como profesora de la academia-internado y como presidenta de la «Juventud Teresiana

Misionera», no fue fácil para Victoria. Tenía 22-23 años y, siendo mayor de edad, no necesitaba permiso paterno para tomar una decisión. No obstante, según anotó el 2 de febrero de 1927 su amiga Visitación Montero: «Victoria *se declaró* en su casa el domingo por la noche (día 30) y ahora está pasando lo indecible». Sus padres, y en especial la madre, se opusieron rotundamente a que se integrara en la Institución Teresiana, comenzando un calvario que no veía cómo terminar. Rafaela Castillo, la citada profesora de la Escuela Normal, cuenta que cuando Victoria vivía esta lucha solía escribir papelitos, que luego quemaba, con mensajes semejantes a éste: «Dios mío, mis padres, a los que amo muchísimo, se oponen a que haga mi voluntad, que es la tuya: ¿qué hago, Dios mío?». Y refiere que en una ocasión le dijo: «Mire usted, madrina de mi alma, que yo no puedo resistir más esta lucha que traigo; si yo no he de abandonar nunca a mis padres, ¿por qué ellos me han de contrariar tanto?».

Este feliz y doloroso curso fue también un tiempo de intensa vida espiritual, en la que se ayudó de algunos modos de piedad propios del momento. Así, el 21 de febrero de 1927 se inscribió en la «Obra Pía de San Esteban protomártir»; el 14 de agosto se hizo de la «Milicia Angélica», erigida en la iglesia de los PP. dominicos, y comenzó a pertenecer a la «Adoración Nocturna en el Hogar», velando en oración de 3 a 4 durante la noche del día 5 al 6 de cada mes.

Pero lo que verdaderamente marcó la espiritualidad y la trayectoria posterior de Victoria fueron los acontecimientos que narra en un diario de entonces, providencialmente conservado, su amiga Visitación Montero, referentes al momento en que comenzaron a pertenecer a la asociación «Marías de los Sagrarios-Calvarios» y a una excursión organizada por la academia teresiana al pueblo cercano de Santiponce, junto a las conocidas ruinas de la imponente Itálica romana.

> «Día 1 de marzo [de 1927]. Dentro de pocas horas vamos a ser *Marías:* ¡Ya vamos a poder decir con toda propiedad *nuestro sagrario*! [...] A las 9 y media vamos Victoria, Pilar Castro, Pastora y yo a las Esclavas: nos recibe la Madre María Amada, muy contenta al saber que somos Teresianas y que muy pronto tendremos un pueblo cada una; nos habla un rato de la excelencia de nuestra Obra y de la importancia de nuestra labor; nos inscribe y nos da las medallas

pero nos dice que tendremos que ir para que nos presente en la primera Junta de Gobierno que haya y, hasta que no pasen unos meses de prueba, no nos la pueden imponer».

A esta asociación pertenecían la mayoría de los miembros de la Institución Teresiana. Había sido fundada por el Beato Manuel González, obispo de Palencia y de Málaga, llamado «de los sagrarios abandonados», para fomentar la devoción a la Eucaristía cuidando y acompañando los sagrarios en cuyas iglesias o capillas había menos culto. Pero lo que ponía en evidencia esta forma concreta de piedad era el profundo tema teológico de la presencia en el mundo de Jesús Eucaristía, haciendo tomar renovada conciencia del misterio de la encarnación del Verbo, base del carisma de la Institución Teresiana, por lo que era muy recomendada por San Pedro Poveda.

El otro importante acontecimiento recordado por Visitación Montero es el siguiente:

«Día 13 [de marzo de 1927]. Salimos para Santiponce cerca de las 10 de la mañana: la temperatura es deliciosa y el día promete ser espléndido. Este sagrario está muy cuidado y, al encontrarnos en él Victoria, Ana y yo, no podemos menos de pensar en nuestros respectivos pueblos, imaginando si serán de esta manera o de otra, *nuestra* iglesia y *nuestro* Sagrario [...].

Llegamos a las ruinas de Itálica y muy detenidamente las vamos recorriendo, guiadas por el Sr. Muñoz San Román, que nos hace interesantísimas explicaciones y nos recita las mejores poesías compuestas en este lugar. A mis compañeras, de mejor imaginación que yo, les parece encontrarse transportadas al tiempo de los Césares romanos y creen a cada momento va a aparecer allí una de aquellas arrogantes fieras que abrían a los mártires cristianos las puertas del Paraíso. Poseídas de inmenso respeto y veneración a aquella tierra santa, que tantas veces se vio empapada con la sangre de los mártires, algunas se postran de rodillas y besan el suelo, ante la extrañeza, seguramente, de otros visitantes que desde lo alto del Coliseo nos contemplan. Victoria, llena de un santo entusiasmo, nos lleva a Paulita, Ana Estada y a mí por un oscuro y estrecho pasadizo, en donde, según nos dicen, colocaban los cadáveres de los cristianos después del martirio, y poniéndose de rodillas, se entrega a sus sentimientos: yo no sé si será que nosotras estamos todavía demasiado pegadas a la tierra y por eso no nos elevamos tan fácilmente, pero el caso es que, mientras ella ora, vemos con sentimiento que nos hemos metido en el barro hasta los tobillos y que, separadas de las otras, nos hemos perdido. Podemos por fin salir

de allí y, después de buscarlas inútilmente durante unos minutos, las encontramos».

Es bien significativo que la primera visita de estas jóvenes profesoras, que siempre habían vivido en una ciudad, fuera al sagrario de una parroquia rural, imaginándose el del pueblo en que muy pronto habían de ejercer como maestras. Y es de suma importancia el impacto, seguramente inesperado, que causó en Victoria conocer el lugar que conserva el recuerdo de algunos de los primeros mártires del cristianismo hispano.

Itálica, fundada dos siglos antes de Jesucristo en la provincia romana de la Bética, patria de los emperadores Trajano y Adriano, había sido evangelizada muy pronto, organizándose iglesias domésticas y luego una diócesis. Bien por el motivo común de las persecuciones romanas o, más probablemente, a causa de los cultos locales, lo cierto es que existe una fundada tradición sobre mártires en la Itálica romana. Aún hoy conservan en la parroquia de Santiponce un gran cuadro del obispo «S. Geroncio o Geruncio, mártir, primer Obispo de Itálica, discípulo de los Padres Apostólicos y anunciador de la fe en Sevilla», según reza una inscripción debajo de su figura.

Para esta fecha Victoria Díez conocía, sin duda, el pensamiento y escritos del padre Poveda sobre los primeros cristianos, propuestos por él como referencia para los miembros de la Institución Teresiana, porque supieron vivir heroicamente su religión en las circunstancias comunes de todos los ciudadanos, muchas veces adversas; por el evidente testimonio de su amor y por la fortaleza en defender la fe, llegando a dar la vida por ella, como ciertamente ocurrió.

¿Qué sucedió en la mente y el corazón de la joven maestra al encontrarse en este pueblo, que podría ser como el que estaba esperando, y entre las ruinas de un majestuoso anfiteatro semejante al Coliseo romano, lugar privilegiado de primeros cristianos? Después de que Victoria hubiera sido efectivamente mártir, escribía Visitación Montero a M.ª Josefa Grosso el 8 de septiembre de 1938, precisamente al enviarle las citadas páginas de su antiguo *Diario:*

«La más interesante de todas, me parece la de las ruinas de Itálica del 13 de marzo de 1927: tengo la evidencia de que ese día pi-

dió y alcanzó del Señor la gracia del martirio, pues pudimos verla realmente transportada, con un fervor inusitado que nos llenó de admiración».

En 1927 de ningún modo era previsible que esto pudiera suceder en España poco menos de una década después. Pero es cierto que la disposición de dar la vida por Jesucristo, y por su pueblo, estaba presente en la mente y el corazón de la Beata Victoria Díez y que afloró en más de una ocasión. Es curioso que un breve testimonio escrito de Sofía Dacosta, entonces alumna de la Academia-Internado de Sevilla, dedique un párrafo a este recuerdo:

> «En la excursión a las ruinas de Itálica debió de hablarnos a varias alumnas de los sentimientos que a ella la embargaban, pues para mí no fue una de tantas excursiones; dejó una huella más honda y espiritual».

Al comenzar el curso siguiente, el 14 de septiembre de 1927, llegaba Victoria Díez a Cheles, el pueblo extremeño que le habían adjudicado, acompañada de su madre. Sus actitudes aparecen bien de manifiesto en la carta que escribió a M.ª Josefa Segovia el día 7 de julio de 1927, apenas conocido este destino:

> «¡Por fin llegó mi pueblo! Según las noticias que hoy tengo, no puede ser más malo. Carece de todo medio de comunicación, el viaje es penosísimo [...] Mis padres están disgustadísimos, dadas las circunstancias del pueblo.
>
> Yo, por mí, estoy conforme con la voluntad de Dios y no me importa ir, aunque sea al fin del mundo si allí he de darle gloria a Dios y ganarle almas, pero no lo puedo remediar: cuando veo a mis padres sufro lo indecible, pero demostrando siempre una tranquilidad y una fortaleza que estoy muy lejos de tener.
>
> Recuerdo ahora esta frase de Santa Teresa: *"Hay que ser santamente intrépidas"*. Sí. Porque si una *maestra* teresiana no es santamente intrépida cuando la causa de Dios lo requiere ¿dónde estará, pues, nuestro teresianismo? Me parece que con sustos y encogimientos no podemos llamarnos *hijas de Santa Teresa*».

Recuerdan los de Cheles que su primera visita fue a la iglesia, al sagrario, y que después la nueva maestra trató no sólo de acompañarlo sino que, usando sus buenas cualidades artísticas, lo restauró, lo adornó y pintó unas cortinillas, como modo de manifestar su amor a Jesús eucaristía. El 28 de septiembre de

1927, a las dos semanas de estar allí, escribía de nuevo a Josefa Segovia:

> «Por fin se realizó mi sueño de hace bastante tiempo, siempre pedí a nuestro Señor me deparase un pueblo donde estuviese poco conocido y amado y al fin tras de mucho penar he obtenido del cielo lo que tantas veces pedí pero, si le he de ser sincera, confieso que al verme ya en posesión de lo que deseaba sentí miedo, pena, no sé qué. Resolví no mirarme a mí misma sino a Jesús, a Él consagré el pueblo, el alma de mis niñas, y esa consagración la repito a cada hora, a cada instante. Él me da fuerzas, me sostiene [...] Jesús se vale de mí que soy indigna y miserable para que acompañe y desagravie en este Sagrario solo y abandonado. ¡Qué bien se le siente en esta soledad y abandono! Al pie de mi Sagrario encuentro fuerzas, alientos, luces, el amor suficiente para llevar a las almas que me están confiadas».

A Victoria le fue adjudicada, como maestra nacional, la «Escuela n.º 2», es decir, la de niñas. Según el presupuesto de material fechado el 30 de octubre de 1927, la matrícula de su clase ascendía a 57 alumnas, de ellas 10 «pudientes» y 47 pobres.

Ya desde esta su primera escuela, Victoria se caracterizó por la especial sensibilidad hacia sus alumnas —y familias— más carentes de recursos. Buscar un pretexto para llevarlas a su casa a comer, o para regalarles algunas ropas, se fue haciendo en ella habitual. Y en cuanto a la enseñanza, aunque fue ésta su primera experiencia profesional, recuerdan su buena preparación y su gracia para llevar la clase; sus métodos pedagógicos renovados, que contaban con excursiones al campo, cantos, actividad de las alumnas, y, sobre todo, su primor en las labores: organizó al final del curso una exposición con los bordados y dibujos realizados por las niñas «que parece imposible que pudieran hacerse en el tiempo que ella estuvo allí». Como anécdota, dicen que vestía a las alumnas mayores con su traje de volantes y que les enseñaba a bailar sevillanas... Organizó también escuela dominical y nocturna para adultos y una pequeña biblioteca.

Cuando Victoria llegó a Cheles, existía una asociación de Hijas de María, que ella potenció. Recuerdan cómo celebraron la novena de la Inmaculada, animadas por la nueva maestra, y cómo adornó en el mes de mayo el altar de la Virgen de la parroquia: «una verdadera maravilla». Y que muchas de las niñas de su escuela, e incluso algunos adultos, hicieron su primera comunión.

A pesar del gran afecto que adquirió a las gentes de Cheles, y del que le tributaron a ella, por el deseo de acercarse a Sevilla, donde vivía el padre y donde había casa de la Institución Teresiana, pidió traslado de escuela. El 13 de junio de 1928 recibió el nombramiento para Hornachuelos, en la provincia de Córdoba, no lejos de su Sevilla natal, y el día 21 del mismo mes tomaba posesión de esta nueva escuela. También la acompañó allí su madre, que permaneció siempre con ella, mientras el padre seguía en Utrera (Sevilla), acercándose a verlas cuando le era posible. La correspondencia diaria mantenía unida a la familia.

También en Hornachuelos le adjudicaron la «Escuela n.º 2», la de niñas. Según el presupuesto de 25 de octubre de 1928, al comenzar este primer curso, sus alumnas eran 60, de ellas, 10 «pudientes» y 50 pobres. En 1934, últimos datos conservados antes de 1936, el número se había elevado: las alumnas de su clase eran 70, de ellas, «pudientes» 20 y pobres 50.

Victoria llegaba a este pueblo cordobés con unas actitudes espirituales muy claras y definidas, en coherencia con las mantenidas en Cheles. Este breve apunte personal, escrito en un pequeño cuaderno el día 7 de agosto de 1928, pocas semanas antes de incorporarse a la nueva escuela, las pone bien en evidencia:

> «Si preciso es dar la vida para identificarse con Cristo nuestro Divino Modelo, desde hoy dejo de existir para el mundo, siendo *mi vivir Cristo solamente y la muerte ganancia.*
>
> Deseo desaparecer para el mundo y vivir tan sólo en la llaga del Sacratísimo Costado de mi esposo Cristo. En ella quiero padecer por Él, en ella quiero negarme siempre y en ella quiero encontrar la santidad que deseo.
>
> ¿Qué haré, Señor, para más agradarte? Del todo me entrego a vuestro adorable designio; disponed de mí, que por entero os pertenezco, pero no olvidéis mi súplica, Señor: Quiero ser Teresiana verdadera, alma apóstol. Olvidada de sí para no ocuparse más que de vuestra causa. Que tu caridad me transforme, que en ella arda y en ella me purifique. Que la humildad que me predicas desde la Hostia benditísima sea mi única compañera. Que me infundáis el espíritu de verdad y sencillez para atraer a las almas. Que me revistáis de fortaleza y valor para la lucha que me espera en el mundo. Que me deis el espíritu de mortificación y, al mismo tiempo, el de la santa alegría. Que no me regocije más que en Vos y en vuestra

Madre Santísima. Que en mí crezca cada día su amor tierno y lo infunda en las almas. Que no me abandonéis un solo instante, Señor, que soy miserable, que por mí nada puedo, que necesito de Vos a cada instante para cumplir con mi vocación y que me concedáis, en fin, la gracia de la perseverancia final en el seno de esta santa Institución por la cual deseo dar hasta el último momento de mi vida».

La intensísima vida espiritual de Victoria, manifestada en este íntimo coloquio con el Señor, obviamente gira en torno de la absoluta centralidad de Jesucristo, en concreto de Jesús eucaristía presente en el sagrario. Y es indudable que de esta vida de fe, impulso continuo para el mejor cumplimiento de su deber, deriva su cualificado modo de proceder en la escuela.

Para conocer la actividad profesional de Victoria, nada mejor que una *Memoria* redactada por ella en 1933, como «Información para proveer una plaza de maestra con destino al Instituto Escuela de Sevilla», que no consiguió porque adjudicaron el puesto a otra persona, decisión que pudo haber recurrido, pero prefirió no hacerlo. Por ser amplia, extractamos algunos párrafos:

«Actualmente desempeño una Escuela unitaria con matrícula de 70 niñas. En ella se dan las materias de la Enseñanza primaria a base de la Escuela activa, donde las niñas, con una disciplina consciente, desarrollan sus aptitudes y se las dispone para un oficio o carrera según las aptitudes demostradas en la Escuela. Se hacen excursiones [...] Hay establecido un pequeño Ropero Escolar donde las niñas cosen las prendas para las más necesitadas y una pequeña Biblioteca circulante, que se engrosa con pequeñas cantidades de material, donativos, etc. [...] Por contar con un buen edificio pedagógico, jardín y hermoso campo de juego, las niñas dan sus clases al aire libre, alternando éstas con cantos y movimientos rítmicos...

Existe también el servicio de "Antiguas Alumnas", que van a la Escuela en horas y días determinados en busca de orientación y se les enseñan clases de adornos como pinturas, labores, flores, etc. Cuando alguna alumna sale aventajada, se la prepara para el ingreso en el Instituto y este año hay una de padres humildísimos que, después de someterla a un examen el Ayuntamiento, le concedió una beca, cursando actualmente sus estudios en un Instituto de Córdoba [...]

Gracias al buen espíritu que reina en ella y de la libertad consciente, las niñas están en ella como en su propia casa, siendo el ambiente muy familiar y cuidan de su Escuelita convencidas de que es su propia casa, estando a su cargo el embellecimiento de ésta, lo

cual hacen muy delicadamente al par que van desarrollando el gusto artístico».

Es evidente su gran profesionalidad, que ya había sido recompensada, por ejemplo, con el «voto de gracias» otorgado por la Junta local de Primera Enseñanza al concluir el curso 1928- 1929, por los excelentes trabajos de sus alumnas. Para hacer la enseñanza más activa, ella misma había dibujado mapas en las paredes de su aula, que aún se conservan, y había conseguido una máquina de coser Alfa y un aparato de cine, como recuerdan quienes fueron sus alumnas. En pocos años de ejercicio profesional, Victoria había asimilado los principios de la *Escuela nueva* que entonces se estaban sistematizando. Suscitar la actividad del alumno, cuidar el ambiente y procurar el gusto del aprendizaje, utilizar medios nuevos como las excursiones, las clases al aire libre y la atención personalizada, eran modos de hacer que situaban a Victoria en la vanguardia de quienes habían optado por el progreso científico en la enseñanza, conjugando adecuadamente piedad y cultura. Porque una importantísima manifestación práctica de la fe vivida fue su competencia en el trabajo y la más seria responsabilidad profesional.

Victoria se ocupó de cada una de sus alumnas, y procuró conocer a sus familias y ambiente, de modo que al pueblo entero llegó su influencia. Creó, además, clases nocturnas de Adultas para obreras, extraordinariamente ayudadoras para su promoción humana y profesional.

Colaborando con el párroco, don Antonio Molina, organizó la Acción Católica Femenina, ámbito de formación para las jóvenes que ya habían superado la edad escolar, y trabajó activamente en catequesis, completando así la preparación religiosa de sus alumnas, ya que, como maestra nacional que era, distinguió siempre con cuidado el ámbito privado del oficial. Por este motivo rehusó, por ejemplo, ser presidenta de la Acción Católica, como las jóvenes hubieran deseado.

Victoria era muy frágil y delicada de salud. Un mal crónico de garganta mermaba sus fuerzas con frecuencia, pero era animosa, jovial, simpática, decidida y emprendedora. Delgada y bajita de estatura, morena, con precioso cabello negro ondulado y con gracia andaluza, caía bien ante los amigos y a los des-

conocidos y era muy querida por todo el pueblo, porque, aun teniendo temperamento de líder, también sabía colocarse en segundo plano y ceder.

Con decidida voluntad de dar la vida, si fuera preciso, había llegado Victoria a Hornachuelos, lo mismo que a Cheles, tal vez como signo de la presencia en su interior de aquella gracia tan singular recibida en las galerías del imponente anfiteatro de Itálica, al evocar a los mártires de los primeros tiempos del cristianismo. Durante estos años de ejercicio de su profesión, leyó, sin duda, ávidamente, una y mil veces, los escritos de San Pedro Poveda, repletos de alusiones a aquellos seguidores cercanos de Jesús que se distinguieron por su capacidad de amar, por su fuerza testimonial y por su heroica fidelidad, culminada muchas veces con el martirio.

La década de los años veinte, cuando Victoria realizó sus estudios y comenzó su actividad profesional, no ofrecía para los cristianos ningún contexto persecutorio. Pero de pronto todo cambió y con la proclamación de la II República en 1931 ardieron iglesias y conventos, la legislación manifestó hostilidad a la Iglesia y, finalmente, se desencadenó una abierta persecución.

Como tantas otras maestras de la Institución Teresiana, Victoria Díez vivía su vocación *aislada* en el pueblo, aunque vinculada a una academia —la de Sevilla—, donde acudía con la mayor frecuencia posible, y en habitual correspondencia con las personas encargadas de atenderla. De estas maestras se ocupaba también personalmente el fundador, San Pedro Poveda, quien, dadas las circunstancias, las convocó a unos cursillos en León durante el verano de 1935. Victoria, que había formalizado su compromiso definitivo con la Institución Teresiana el 9 de julio de 1932, participó en el segundo, que tuvo lugar entre el 15 de agosto y el 11 de septiembre. «Que salgáis siendo maestras santas», les había repetido una y mil veces después de recordarles los diversos aspectos de su vocación y misión, y sin dejar de prepararlas para lo que, como a él, les podría suceder. Josefa Soto, compañera de Victoria en este cursillo, recordaba:

> «En el comedor nos leían las *Actas de los mártires*. Eran largas relaciones de aquellas persecuciones de los primeros siglos de la Iglesia. Aquella lectura tan oportuna para los tiempos que corrían

creo que influyó mucho en Victoria, la que al año siguiente se había de hallar en las mismas circunstancias».

Ciertamente la Beata Victoria estaba viviendo con mente clara, corazón abierto y profunda coherencia de vida, los cambios ambientales que se estaban produciendo. Cuando el estudio de la religión pasó a ser voluntario en las escuelas, en cumplimiento de lo dispuesto solicitó fielmente «la conformidad o disconformidad para que sus hijas sigan o no recibiendo enseñanza religiosa», ateniéndose a lo manifestado, aunque la casi totalidad desearon continuar con el estudio de esta materia. Sufrió mucho, sin embargo, cuando hubo de quitar el crucifijo de la escuela, que con todo dolor llevó a la casa del párroco. Y supo enfrentarse valientemente con quienes deseaban distribuir libros que no hubieran ayudado a la buena formación de sus alumnas.

La afectó muy amargamente que en marzo de 1934 un incendio intencionado hiciera arder el monumento preparado para la tarde del Jueves Santo, destruyendo también buena parte de la iglesia. Junto al párroco, puso todo su empeño en reconstruirla, gozando lo indecible cuando el 8 de diciembre podía inaugurarse un sagrario mejor que el anterior.

En su hacer como maestra nacional, Victoria nunca había mostrado inclinación hacia unos o hacia otros en virtud de sus ideas políticas, siendo muy querida y admirada por todos. Y, respecto al Ayuntamiento, colaboró con el de derechas que había a su llegada, y con el de izquierdas que vino después, que la nombró secretaria de la Junta de Enseñanza.

Sabido es que el gobierno de la II República se ocupó activamente de la Escuela elevando los sueldos de los maestros y mejorando las estructuras docentes. Se sustituyeron las antiguas Juntas por los Consejos Locales, constituidos por un representante del Ayuntamiento, un maestro y una maestra nacionales, un médico inspector de sanidad y un padre y una madre de familia para, ajenos a la política partidista, velar por la buena marcha de las escuelas. Victoria, como óptima profesional que era, fue elegida para formar parte del de Hornachuelos, que presidió desde el 25 de marzo de 1935. Un buen número de actas concluyen con su firma.

Sin embargo, dado el creciente clima de hostilidad a la Iglesia, es indudable que Victoria vivía dispuesta para el martirio no sólo como actitud espiritual, sino como posibilidad real. Pura Hernández, también de la Institución Teresiana, con quien se veía con frecuencia porque desde 1931 era maestra de Peñaflor, cerca de Hornachuelos, alude al retiro espiritual que hicieron juntas el 31 de mayo de 1936:

> «Este retiro fue de preparación para el martirio, cosa que nos aconsejó el ambiente de aquellos últimos meses. La meditación que hicimos fue sobre la teresiana comparada con los primeros cristianos y entonces recuerdo que me dijo que, si pasaba algo, ni ella ni yo lo contábamos. Estaba en la creencia de su martirio o preveía que podía morir. Por la tarde asistimos a una Hora Santa en la Parroquia: era el día de Pentecostés y versó sobre el martirio. En este Retiro las dos pedimos al Espíritu Santo que nos diera fortaleza para el martirio y a la santísima Virgen, como medianera de todas las gracias, que nos concediera esta gracia del martirio».

No tardó en llegar. Al caer la tarde del día 11 de agosto fueron a buscar a Victoria a su casa, donde estaban refugiadas las hermanas del párroco, ya detenido, con el pretexto de que debía prestar declaración. Durante las horas que pasó ella sola en un despacho de la casa de don Francisco Gamero Cívico, confiscada para prisión, pudo verla su madre, que la abrazó entre las rejas de la ventana sin pronunciar palabra, y Victoria pudo hacerle llegar un mensaje tranquilizador.

Pero antes de amanecer el día 12 comenzaron a cumplir lo previsto. El largo camino de madrugada hacia la finca «El Rincón», junto con el párroco y otros 16 hombres del pueblo, atados todos de dos en dos, puso a prueba el vigor espiritual de la joven maestra que, en todo momento, mantuvo el ánimo de sus compañeros. Llegados a un caserón abandonado cerca del pozo de una mina, fueron sometidos a un simulacro de juicio. La dejaron a ella la última, posiblemente para evitarle la muerte si renunciaba a sus convicciones religiosas, por lo que, a lo largo de más de dos horas, presenció, con extraordinaria fortaleza, el fusilamiento de todos sus compañeros, uno por uno, después de cada sentencia condenatoria. Su testimonio de fortaleza y amor; su grito final ante la propuesta de deserción: «¡Viva Cristo Rey! ¡Viva mi Madre!», y sus insistentes palabras de aliento a lo largo

del camino: «Ánimo, daos prisa, nos espera el premio. Veo el cielo abierto», se difundieron pronto por la localidad.

Los cuerpos sin vida habían ido cayendo en el pozo de la mina abandonada, de donde fueron exhumados tres meses después, en noviembre de 1936, y colocados en un panteón común en el cementerio de Hornachuelos.

Con fama de santidad de vida y de martirio, se inició en Córdoba la causa de canonización de Victoria Díez en 1962, siendo trasladados sus restos en 1966 a una cripta en la sede de la Institución Teresiana de esta ciudad, donde actualmente reposan. Esta joven y entusiasta maestra, que sigue ofreciendo al mundo su testimonio de fe valiente y comprometida, fue beatificada por el papa Juan Pablo II en Roma el día 10 de octubre de 1993.

MARÍA ENCARNACIÓN GONZÁLEZ RODRÍGUEZ

Bibliografía

CIMINO, M., *Un dono totale* (Milán 1966).
FERNÁNDEZ AGUINACO, C., *Victoria Díez. Memoria de una maestra* (Madrid 1993).
GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, M.ª E., *Victoria Díez y Bustos de Molina, una vida de fe y compromiso* (Madrid 2004).
GROSSO, J., *Veo el cielo abierto* (Madrid ²1957).
HAWKINS, E., *¡Hola, Victoria! Conversaciones con Victoria Díez* (Madrid 2003).
RAMOS PUEYO, M.ª DEL C., *La laguna del pájaro azul.* Ilustraciones Victoria Díez (Madrid 1997).

BEATO CARLOS LEISNER

Sacerdote y mártir († 1945)

El preso número 22.356 del campo de concentración de Dachau, Carlos Leisner, natural de Rees, oeste de Alemania, fue ordenado sacerdote, a los 29 años de edad, dentro del barracón 26 que servía de capilla en aquel infierno. La ceremonia, insólita en semejante lugar, se celebró el 17 de diciembre de 1944, domingo *Gaudete,* con el máximo sigilo para que no se enterasen los guardianes, pero en presencia de numerosos sacerdotes y pastores evangélicos prisioneros que lo prepararon todo con gran ingenio.

Carlos Leisner era diácono desde el 25 de marzo de 1939, siete meses antes de que fuera arrestado por la Gestapo mientras convalecía de una afección pulmonar en el sanatorio de San Blas, en la Selva Negra, y había cumplido con riesgo su ministerio distribuyendo la eucaristía a muchos enfermos en el campo. No eran éstas las circunstancias más adecuadas para colmar sus deseos de ser sacerdote, pero se presentó una ocasión providencial que lo hizo posible. Llegó a Dachau, con un grupo de deportados franceses, el obispo de Clermont-Ferrand, Gabriel Piguet, que vino a sumarse a los más de 2.500 sacerdotes allí recluidos, a los que únicamente se les permitía el consuelo de asistir a misa.

Estos sacerdotes, conocedores de las aspiraciones de Carlos, empezaron a convencerle de que, con el obispo francés recién llegado, se le abría la posibilidad de ordenarse. Y así ocurrió. Necesitaba las cartas dimisorias de su obispo diocesano, solicitadas por carta el 23 de septiembre de 1944, e hizo de correo una joven que se las arregló para sortear los controles de las SS. Y el obispo de Münster, monseñor Clemens August von Galen, envió su respuesta a primeros de diciembre, camuflada dentro de una carta escrita por una de las hermanas de Carlos. Junto al texto familiar, se incluían, de puño y letra del obispo, estas palabras: «Autorizo que se celebren las ceremonias solicitadas, pero a condición de que se realicen de forma válida y puedan ser atestiguadas en un futuro». A continuación se añadía la firma de monseñor Von Galen.

A partir de ese momento, con la complicidad de varios sacerdotes deportados, se prepara la ordenación clandestina de Carlos Leisner. Hubo para el obispo anillo de latón, báculo de madera, improvisada mitra y ornamentos morados de adviento; y para el ordenando, una inyección de cafeína con la que soportar su debilidad, más el atuendo de diácono, la casulla plegada sobre el brazo y una vela. La ceremonia discurrió con absoluta normalidad conforme al ritual, arropada por la emoción de más de dos mil sacerdotes recluidos en el campo y de trescientos testigos más. Entretanto, en el exterior del barracón, para disimular ante los guardias lo que sucedía en el interior, un deportado judío tocaba el violín sin descanso. El pastor Ernest

Wilm reconocería años después el «gran acontecimiento» que supuso para los pastores presentes la ordenación sacerdotal de Carlos Leisner.

Pocos días después, el 26 de diciembre de 1944, fiesta del diácono y protomártir San Esteban, celebraba Carlos Leisner su primera y única misa en el campo de Dachau. Estaba ya muy enfermo y un buen número de afectados por la tuberculosis participaron en aquella eucaristía. El misacantano estaba contento y agradecido, tanto que consignó por escrito la alegría que experimentaba aquellos «días colmados de gozo», signo de una predilección de Dios, que —decía— «no puedo asimilar todavía». Al acontecimiento de su primera misa no le faltó ni siquiera el tradicional recordatorio, diseñado por un amigo, que representaba unas manos sacerdotales encadenadas elevando el cáliz e ilustradas con esta leyenda en latín: *Sacerdotem oportet offerre.*

Había nacido Carlos el 28 de febrero de 1915. Guillermo Leisner, secretario judicial, y Amalia Falkenstein dieron a sus cinco hijos una sólida educación cristiana, transmitida con energía y hasta con severidad por el padre, pero compensada por el carácter dulce y conciliador de la madre. Cuando Carlos sólo tenía seis años se traslada la familia de Rees, el pueblo natal, a la cercana y pequeña localidad de Cleves. De este lugar son sus primeros recuerdos, y donde el chico, de carácter alegre y expansivo, empieza a frecuentar la escuela primaria. Hace Carlos su primera comunión el domingo *in albis* de 1925 y poco después ingresa en el instituto, en el que cursa la rama de humanidades con excelente aprovechamiento.

Su jovialidad y disponibilidad hacia los demás en esta etapa logra que el capellán del liceo, Walter Vinnenberg, se fije en él y le descubra y desarrolle sus cualidades de animador juvenil. Tiene doce años cuando le pone al frente de una asociación juvenil y le encarga llevar el libro de actas del grupo Saint Werner donde se reflejan sus actividades, pero a partir de 1928 ese cuaderno se convierte en un verdadero diario espiritual y pasa por ser el mejor testigo del enriquecimiento de su alma.

En aquellos escritos de adolescencia se traslucen sus combates interiores, sus determinaciones y sus propósitos de conse-

guir «la unidad entre el querer y el actuar». Se impuso unas normas de comportamiento que le ayudaran a «purificar su espíritu y su corazón». Fue éste un período juvenil de gran contacto con la naturaleza. Salía de excursión en bicicleta, con otros jóvenes, hacía deporte, tocaba la guitarra y cantaba en grupo canciones populares, sin que faltara la misa y la devoción a la Virgen. Cuajó entre ellos una camaradería que se tradujo en verdadera formación y en sentido de comunión. Por entonces, en 1933, llegó a escribir: «Sin el amor de Dios y sin la alegría en el alma, yo no conseguiría nada». Esta facilidad y disponibilidad para la animación que poseía Carlos le llevó a aceptar la responsabilidad de ocuparse de los Movimientos de la Juventud Católica en Cleves.

En la pascua de 1933 le invita un amigo a realizar unos ejercicios espirituales en el santuario de Gracias de la Santísima Virgen, en Schönstatt, cerca de Colonia, y en aquellos pocos días, del 5 al 10 de abril, entra por vez primera en contacto con el movimiento apostólico de Schönstatt, que centra su espiritualidad en una relación filial con María. Más tarde conocería a su fundador, el padre José Kentenich, y acabaría alistándose en un grupo de este movimiento. A raíz de esta vivencia espiritual y en consonancia con una frase suya —«Cristo, mi pasión»— fue madurando Carlos una decisión que tomaría a principios de diciembre de aquel mismo año, durante un retiro espiritual en los jesuitas de S. Helrenberg: hacerse sacerdote. «La soledad me ha fortalecido —escribía en aquellas fechas— y me ha dado el valor de atreverme a aceptar la pesada carga de la vocación sacerdotal».

Tomada la decisión, empieza a recorrer el camino para ponerla por obra. El 5 de mayo de 1934 ingresa en el colegio Borromäum de Münster, un centro donde se alojaban seminaristas, y estudia filosofía y teología en la universidad. Es entonces cuando el obispo de la diócesis, monseñor Von Galen, conocido por el apelativo de «León de Münster», le confía la responsabilidad diocesana de la Juventud Católica. Su labor con los jóvenes, un año después de que Hitler llegara al poder e impusiera el nacional-socialismo en Alemania, le convierte en un militante cristiano comprometido, y como reconoce Juan Pablo II en la homilía de beatificación, ha de ser «aliento y modelo» para los

«jóvenes que viven en un entorno caracterizado por la incredulidad y la indiferencia», pues «hace falta el mismo valor y la misma fuerza para afirmarse a contracorriente del pensamiento de la época, orientado hacia el consumo y el disfrute de la vida, y que tiende ocasionalmente a la antipatía hacia la Iglesia, incluso hacia un ateísmo militante».

Al llegar la primavera de 1936 se marcha a Friburgo a estudiar durante dos semestres en su universidad, y se aloja en la casa de la familia Ruby, con nueve hijos en edad escolar, a los que ayuda en sus deberes. Aquella familia le descubrió con el ejemplo nuevos valores cristianos y le llevó a preguntarse si un matrimonio y una vida familiar como aquella que tenía delante no sería su verdadera vocación. La hija mayor de la familia, Elisabeth Ruby, le despierta un especial cariño que mantiene en secreto, y sobre todo espolea su interior. Se plantea entonces qué elegir, si el sacerdocio o el matrimonio. A finales de 1938, sabedora ya la muchacha de las dudas que asaltaban a Carlos, y cuando a éste le llega el tiempo de resolver su dilema e ingresar en el seminario mayor, Elisabeth le escribe una carta animándole a que no abandonase la vocación sacerdotal. Tres meses después, el 4 de marzo de 1939, Carlos recibe el subdiaconado y el día de la Anunciación monseñor Von Galen lo ordena de diácono.

Una enfermedad pulmonar bastante avanzada se le declara en este medio tiempo. Al principio siente una fatiga que atribuye a su pasada crisis vocacional. Sin embargo, unos accesos de tos cada vez más frecuentes hacen que la enfermedad dé la cara y tenga que ser internado en un sanatorio antituberculoso de la Selva Negra, donde experimenta una franca mejoría, cuando el incendio de la guerra convierte a toda Europa en una llamarada. Un percance y una delación vienen a interponerse en su proceso de recuperación. El atentado contra Hitler, del que salió ileso, perpetrado el 9 de noviembre de 1939, se convierte en la comidilla del sanatorio y también de Carlos. Éste se atreve a ciertos comentarios sobre el Führer que su interlocutor, sin mala intención, propaga entre otros internos. Quedaba clara su opinión y denunciada en un abrir y cerrar de ojos a la policía que, sin pasar una noche, lo detiene y encierra en la cárcel de

Friburgo. Allí permaneció, en condiciones insalubres y con bastante frío, unos tres meses, primero muy desanimado y temiéndose lo peor, después más fortalecido por su fe y ofreciendo perdón a los que le habían causado tanto mal. En febrero de 1940 lo trasladan a la prisión de Mannheim.

Lo que le esperaba, sin embargo, era un campo de concentración, el de Sachsenhausen, no lejos de Berlín, donde fue recluido el 16 de marzo de 1940 y marcado con el número 17.520. Vestido con pijama a rayas, rapado al cero y enfermo, obligado a trabajos inhumanos, y condenado al miedo, probó lo que daba de sí aquel angustioso lugar, donde a pesar de todo Carlos Leisner fue capaz de transmitir a sus compañeros un optimismo que no tenía más origen que su paz interior. Él era diácono, pero había también numerosos sacerdotes. Fue Himmler, el jefe de las SS, quien decidió, por instancia de los obispos alemanes, que todos los prisioneros eclesiásticos quedaran concentrados en un mismo campo y recibieran un trato más soportable. Así fue como en el tristemente famoso campo de Dachau, próximo a Múnich, se llegaron a reunir entre sus 50.000 deportados miles de sacerdotes. Llegó Carlos a Dachau el 14 de diciembre de 1940, y aquel mismo día ya le impusieron el número 22.356.

Las penalidades, las condiciones de dureza del campo, las humillaciones que soportaban y sobre todo el gélido invierno de 1942 que los guardianes endurecían condenando a los prisioneros a permanecer largo tiempo en el patio, minaron aún más la salud de Carlos Leisner, que un día del mes de marzo sufrió una hemorragia pulmonar como consecuencia de este trato. Pisó la enfermería por primera vez. Dos meses estuvo en aquel temido barracón, verdadera antesala de la muerte para muchos prisioneros. Y volvió en tres ocasiones más. Cuando no, vivía en los barracones de los sacerdotes.

Durante su etapa de residencia en la enfermería del campo entre tuberculosos, él mismo enfermo de ese mal, fue sin embargo ángel de consuelo para muchos transmitiéndole una paz que se sustentaba en la oración y en la comunión, que recibía en secreto. Llegó a tener bajo su almohada una cajita, un verdadero sagrario con hostias consagradas, que repartía entre sus compañeros enfermos oficiando de diácono. Confortó a numerosos

moribundos rusos y ayudó a otros muchos a bien morir. El Papa, en su homilía de beatificación, subrayaba que «en un mundo inhumano, dio testimonio de Cristo». Recibió un golpe muy duro en octubre de 1942 cuando fue declarado inútil, a causa de su enfermedad irreversible, y escrito su nombre entre los condenados a la cámara de gas, pero las presiones de dos sacerdotes alemanes dieron fructuoso resultado y se cayó de la lista. Su reacción, recogida en su diario, fue un agradecimiento a la Virgen, pues «ella me ha cuidado maravillosamente en la prisión desde hace tres años».

Dos años después, pudo ver cumplida la aspiración de ser ordenado sacerdote, precisamente en el campo de Dachau. Vivió aquellos momentos de luna de miel sacerdotal, durante el adviento y la navidad de 1944, como un sueño o un signo de la Providencia. Con todo, el gozo interior no se correspondía con el agravamiento de una enfermedad que le conducía de manera galopante hacia su final.

Un cambio drástico en la marcha de la guerra, la entrada de los norteamericanos en Dachau el 29 de abril de 1945, le brinda la libertad a él y a los demás deportados. En aquel momento y en aquella fase de su enfermedad, Carlos Leisner sólo llega a disfrutar de la libertad en una habitación del sanatorio de Planegg. Aún le quedaba energía para escribir unas pocas frases que reflejan su estado de ánimo: «Gracias, gracias. Solo, en una habitación, qué felicidad. En el silencio Dios habla, aunque me encuentre agotado». Consciente del visible deterioro de su salud, acosado por terribles sufrimientos, se une a Cristo en la cruz y ofrece sus dolores por la salvación de los hombres. A mediados de junio, después de leer un libro sobre Europa, escribe esta oración que resume como en un grito su amor al viejo continente y la necesidad que éste tiene de recuperar su dignidad y sus raíces cristianas: «¡Oh tú, pobre Europa, regresa a tu Señor Jesucristo! En él se encuentra la fuente de los valores más hermosos que tú despliegas. Regresa a las frescas fuentes de la verdadera fuerza divina».

«¡Qué alegría, estamos, por fin, juntos!». Así fue como recibió a sus padres en el sanatorio de Planegg, el 29 de junio, cuando llegaron para hacerle una visita. Pese a que Carlos Leisner es

conocido por «el sacerdote de una única misa», algún biógrafo precisa que el 25 de julio pudo celebrar una segunda misa, y que aquel día escribió, en la que sería última página de su diario, esta frase de perdón: «Bendice, ¡oh Altísimo!, también a mis enemigos». El día 8 de agosto le confía a su madre que, aunque va a morir pronto, es feliz, una felicidad que se transformó en alegría aquella misma noche al ver aparecer a sus tres hermanas.

Carlos Leisner murió plácidamente el 12 de agosto de 1945 y se le considera mártir por haber fallecido a consecuencia de su enfermedad, agravada durante los años de su deportación. Sepultado en el cementerio de Cleves, actualmente sus restos descansan en la cripta de los mártires de la catedral de Xanten. Fue beatificado el 23 de junio de 1996, junto al sacerdote y mártir Bernardo Lichtenberg, en el mismo estadio Olímpico de Berlín, donde en otro tiempo se le rendía pleitesía a Hitler.

JOSÉ ANTONIO CARRO CELADA

Bibliografía

AAS 88 (1996) 596s.
CANOGGIO, J. P., *Karl Leisner, sacerdote y mártir* (Santiago de Chile 1996).
«Homilía de Juan Pablo II en la misa de beatificación de Carlos Leisner y Bernhard Lichtenberg (Berlín, 23-6-96)»: *Ecclesia* (1996) n.2798, p.22-25.
«Karl Leisner, beato»: *Ecclesia* (1996) n.2798, p.21.
REPETTO BETES, J. L., *Santoral del clero secular* (Madrid 2000).
«La visita pastorale di Giovanni Paolo II in Germania»: *L'Osservatore Romano.* Supplemento speciale (19-6-1996) 9-13.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

BEATO CARLOS MEEHAN

Presbítero y mártir († 1679)

Carlos Meehan, llamado también Mahoney o Mahony o Mehaine, nació en Irlanda, sin que sepamos la población exacta, al parecer el 8 de julio de 1648. Decidido por la vocación religiosa, ingresó en la Orden franciscana, y marchó a Roma donde se ordenó sacerdote. De vuelta a Irlanda, la nave encalló en las costas inglesas, y él, bajado de la nave, se fue a Gales a fin de poder embarcar hacia Irlanda en algún puerto galés. Una vez

puso el pie en la Gran Bretaña se abstuvo de ejercer su ministerio sacerdotal, pero algo en él levantó sospechas y fue arrestado en Denbigh, Gales septentrional, en junio de 1678 bajo la sospecha de ser sacerdote papista, y encerrado en la cárcel de dicha población.

En el mes de septiembre compareció ante el juez, el cual ni lo libró ni lo procesó, lo que hizo que la Cámara de los Comunes dirigiera al rey Carlos II una comunicación el 16 de noviembre de 1678 en que le decía:

> «Que los Comunes, reunidos en Parlamento, han recibido información de que Carlos Mehaine continúa en la cárcel de la villa de Denbigh desde el mes de junio bajo la grave sospecha de ser un sacerdote papista... y como el juez de Vuestra Majestad en las sesiones plenarias del mes de septiembre en el condado de Denbigh no procesó al antedicho Carlos Mehaine por el referido delito, los súbditos protestantes de Vuestra Majestad, estando muy inquietos y preocupados, y los papistas recusantes muy animados por la razón de que los delincuentes de semejante falta no son sometidos a la justicia... hacemos la humilde petición a Vuestra Majestad de que, a fin de dar tranquilidad a los corazones de los buenos súbditos protestantes de Vuestra Majestad que están llenos de temor por el papismo, las leyes sean pronta y efectivamente aplicadas contra los sacerdotes papistas y que sea nombrada una comisión para el proceso del mencionado Carlos Mehaine, en seguimiento de las bien conocidas y establecidas leyes del reino».

Carlos II no tuvo otra opción que acceder a esta petición parlamentaria, y en las sesiones plenarias del tribunal de Denbigh en la primavera de 1679 Carlos Meehan fue juzgado por el delito de ser sacerdote católico y de estar en el reino de Inglaterra. Él se defendió diciendo que no había venido a Inglaterra por su voluntad sino por accidente de la nave, y que en Inglaterra no había ejercitado su ministerio sacerdotal, pero ello no le libró de ser condenado a muerte a tenor del Estatuto 27 de Isabel I. Se señaló la localidad de Ruthin para su ejecución y se fijó ésta para el 12 de agosto de aquel mismo año. Al llegar al patíbulo pronunció estas palabras:

> «Le place ahora a Dios Omnipotente que yo sufra el martirio. Sea bendito su santo nombre, ya que muero por mi religión. Pero vosotros no tenéis ningún derecho a darme muerte en este país, pese a que yo haya confesado ser sacerdote, porque me habéis arrestado mientras me dirigía a mi país, Irlanda, habiendo sido

echado a estas costas, y yo no me he permitido celebrar mis funciones en Inglaterra antes de ser arrestado. Que Dios os perdone, como yo lo hago, y pediré siempre por vosotros, y especialmente por aquellos que han sido tan buenos conmigo en esta desventura. Pido a Dios que quiera bendecir a nuestro Rey y defenderlo de sus enemigos y convertirlo a la fe católica. Amén».

Seguidamente fue ahorcado y, estando todavía vivo, fue bajado de la horca y comenzó a ser destripado y descuartizado, consumando así su glorioso martirio y volando al cielo su alma. Fue beatificado por el papa Juan Pablo II el 22 de noviembre de 1987.

BEATO PEDRO JARRIGE DE LA MORÉLIE DU PUEYREDON

Presbítero y mártir († 1794)

Pedro Jarrige de la Morélie du Pueyredon, miembro de una ilustre familia que dio varios mártires a la Iglesia, nació en Saint-Yrieix el 19 de abril de 1737, hijo del señor de Pueyredon. A los 16 años recibió la clerical tonsura, fue nombrado canónigo de la catedral de Limoges, y fue luego recibiendo las órdenes clericales hasta su ordenación de presbítero el 16 de mayo de 1761. Para entonces había hecho ya brillantes estudios en la Universidad de Angers y había conseguido el grado de doctor en teología. El 4 de agosto de 1763 fue nombrado profesor de teología en el Colegio Real de Limoges. El 19 de enero de 1767 fue elegido deán del cabildo de Saint-Yrieix. Al ser suprimidos los cabildos catedrales por la Revolución, él y sus compañeros de Limoges protestan, y como se niegan a prestar el juramento constitucional, son arrestados y encarcelados. De La Règle es llevado a La Force, donde estaría hasta su envío a Rochefort, partiendo de Limoges en el convoy que salió el 25 de febrero de 1794. Embarcado en Les Deux Associés, no soportó las duras condiciones de su detención, enfermó y murió el 12 de agosto de aquel mismo año, siendo enterrado en la isla de Aix. Todos elogiaban no solamente su cultura sino también sus virtudes.

SANTOS SANTIAGO DO MAI NAM, ANTONIO PEDRO NGUYEN DICH, MIGUEL NGUYEN HUY MY

Mártires († 1838)

Al comienzo del verano del año 1838 se presentó en el pueblo de Ké-Vinh, en el Tonkín occidental, el mandarín Trinh-Quang-Khanh, conocido como «el carnicero de los cristianos» por su odio al cristianismo y su refinada crueldad con los cristianos, acompañado de una fuerte escolta militar. Sabía que en el pueblo había una floreciente comunidad cristiana y venía a buscar los misioneros europeos que pudiera haber en ella y los principales cristianos. Se fue primero a casa de Miguel Nguyen Huy My, prestigioso médico, al que enseguida mandó arrestar. Miguel aseguró al mandarín que no había misioneros europeos en el pueblo, pero el mandarín insistió en registrar también la casa de su suegro, Antonio Pedro Nguyen Dich, un labrador rico, igualmente cristiano, ya anciano, y resultó que en su casa se encontró al sacerdote nativo Santiago Do Mai Nam, albergado por Antonio Pedro, tal como era su costumbre de alojar a los sacerdotes que visitaban el pueblo e incluso había albergado una clase entera del seminario ya desatada la persecución. El mandarín condujo a los tres a Nam-Dinh y los encarceló. Luego hubieron de comparecer ante el tribunal de los mandarines, los cuales les mandaron apostatar del cristianismo, según preceptuaba la ley vigente, y en señal de ello pisotear la cruz. Los tres de forma firme y unánime se negaron. Al anciano intentaron repetidamente que al menos de forma material, es decir llevándolo por la fuerza, pisara la cruz, pero el anciano encogía las piernas para hacer ver que no quería y protestaba que el acto sacrílego no le sería imputable si se lo hacían cometer por la fuerza. Los jueces entonces ordenaron que el anciano fuera flagelado, y Miguel pidió que el castigo no se le diera a su suegro sino a él. No sirvieron las amenazas ni los tormentos. Los tres perseveraron firmes y fueron devueltos a la cárcel. Tuvieron el consuelo de que un sacerdote pudo llevarles la eucaristía. Insistieron los jueces en que apostataran, avisando que si no lo hacían se veían obligados a condenarlos a muerte, pero los confesores de la fe mantuvieron su noble confesión. Entonces se dictó contra ellos la pena de muerte, y una vez confirmada, el 12 de

agosto de 1838, fueron llevados al campo llamado de las Siete Yugadas y allí, mientras oraban, fueron decapitados. Fueron canonizados por el papa Juan Pablo II el 19 de junio de 1988.

BEATO FLAVIO (ATILANO DIONISIO) ARGÜESO GONZÁLEZ

Religioso y mártir († 1936)

Atilano Dionisio Argüeso González nació en Mazuecos de Valdeginate, Palencia, el 5 de octubre de 1877. Sintió la vocación religiosa y el 28 de noviembre de 1894 ingresó en la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios, profesando los votos simples el 14 de mayo de 1896, y haciendo la profesión solemne el 21 de octubre de 1900, tomando el nombre de hermano Flavio. Destinado a distintos centros tanto de enfermos mentales como de niños enfermos, fue enviado un tiempo a Italia, en donde estuvo entre 1914 y 1922, residiendo en los hospitales de Roma y Nettuno. Vuelto a España, continuó sirviendo a los enfermos con gran entrega y dedicación. Al iniciarse la guerra en 1936, estaba destinado en el manicomio de Ciempozuelos y era ya una persona achacosa; por eso cuando la tarde del 7 de agosto fueron arrestados y encarcelados todos los hermanos de la comunidad del sanatorio psiquiátrico San José, él se quedó en la casa porque estaba en cama. Algo repuesto ya, el día 12 de agosto lo llevaron a declarar ante las Organizaciones Socialistas de Ciempozuelos. Luego, junto con otro preso, lo montaron en una camioneta y los llevaron al kilómetro 30 de la carretera de Andalucía, término de Valdemoro, donde fueron fusilados y los cadáveres fueron abandonados. Un médico del manicomio lo reconoció cuando lo llevaban por la plaza del pueblo gritando vivas a Cristo Rey.

Fue beatificado el 25 de octubre de 1992 por el papa Juan Pablo II en el grupo de 71 Hermanos Hospitalarios de San Juan de Dios muertos durante los días de la revolución española.

BEATOS SEBASTIÁN CALVO MARTÍNEZ, PEDRO CUNILL PADRÓS, JOSÉ PAVÓN BUENO, NICASIO SIERRA UCAR, WENCESLAO CLARÍS VILAREGUT, GREGORIO CHIRIVÁS LACAMBRA

Religiosos y mártires († 1936)

En la madrugada del 12 de agosto de 1936, seis de los religiosos claretianos que estaban detenidos desde el día 20 de julio en el salón de actos de la casa de los escolapios de Barbastro fueron llamados nominalmente por sus detentores. Ellos, que habían ya preparado sus almas para el martirio recibiendo varias veces el sacramento de la penitencia y asimismo la eucaristía, introducida clandestinamente, respondieron a los que los llamaban presentándose y dejando mansamente que les ataran las manos a la espalda y que los amarraran de dos en dos, codo con codo. Desde el escenario del salón uno de los sacerdotes detenidos les dio la absolución. Los milicianos les propusieron salvar la vida apostatando y uniéndose a su revolución. Pero los seis manifestaron su fidelidad a Cristo. Fueron fusilados a las cuatro menos siete minutos, escuchando las descargas los que estaban en el salón. Sus datos son los siguientes:

SEBASTIÁN CALVO MARTÍNEZ era natural de Gumiel de Izán, Burgos, donde nació el 20 de enero de 1903. Era un chico bueno y piadoso, que en 1915 ingresó en el seminario claretiano de Barbastro. Hizo el noviciado en Cervera, profesando el 15 de agosto de 1920. Siendo estudiante estuvo enfermo y perdió un curso, ordenándose sacerdote en julio de 1928. Fue profesor en Barbastro y Cervera, luego pasó a Calatayud y volvió a Barbastro, desde donde iba a dar misiones a los pueblos; cuando acababa de hacerlo en su pueblo natal sobrevino la guerra.

PEDRO CUNILL PADRÓS era hijo de una familia numerosa y muy religiosa en la que abundaban las vocaciones a la vida consagrada. Nació en Vich, Barcelona, el 17 de marzo de 1903. Luego de ser acólito y sacristán en la iglesia de las monjas sacramentarias mientras era alumno del colegio marista, estuvo como alumno externo en el seminario diocesano, pero por fin optó por la vocación religiosa en la congregación claretiana, donde profesó el 15 de agosto de 1920 en Cervera. Hechos los estudios, se ordenó sacerdote el 18 de diciembre de 1927. Des-

tinado en Barcelona, Barbastro y Cervera, su calma y serenidad impidió, el 2 de agosto de 1933, que quemaran el convento, aunque tuvieron que salir los religiosos de él para volver más tarde. El 20 de julio de 1936 estaba en la casa de Barbastro y quedó como superior al ser detenidos los superiores. Logró salvar a varios religiosos enfermos o achacosos.

JOSÉ PAVÓN BUENO nació en Cartagena, Murcia, el 19 de enero de 1909. Ingresó en la congregación claretiana en 1925 en Cervera y profesó el 2 de febrero de 1927, ordenándose sacerdote el 24 de febrero de 1934 en Valencia. Tenía los títulos de maestro y perito mercantil, y por ello fue destinado al colegio de Játiva hasta que éste fue clausurado; entonces le destinaron a la predicación con residencia en la casa de Calatayud; el verano de 1936 fue a Barbastro a dar un cursillo a los estudiantes. Aquí le sorprendió la revolución y el martirio.

NICASIO SIERRA UCAR había nacido en Cascante, Navarra, el 11 de octubre de 1890 en el seno de una numerosa y piadosa familia. Monaguillo desde muy niño, también desde muy niño dijo que aspiraba a ser sacerdote. Habiendo conocido a un sacerdote cordimariano, se decidió por seguirlo en su vocación religiosa, ingresando en la congregación el 31 de julio de 1902 en Alagón. Enviado a Cervera, aquí profesó el 25 de agosto de 1907 y, hechos los estudios, se ordenó sacerdote el 20 de junio de 1915. Primero fue profesor, pero luego estuvo dedicado a las misiones, que era su peculiar inclinación, estando destinado en Cartagena y luego en Barbastro. Al salir del convento tras el arresto de los religiosos, él fue quien llevó consigo la eucaristía en un maletín.

WENCESLAO CLARÍS VILAREGUT había nacido en Olost de Lusanés, Barcelona, el 3 de enero de 1907 en una familia de labradores acomodados que le dieron una esmerada educación cristiana. A los quince años ingresó en el seminario diocesano de Vich, y estando en él cuidó al padre de un sacerdote. Pero en 1926 decidió ingresar en el seminario de los religiosos cordimarianos de Vich, profesando el 15 de agosto de 1927. Comenzó los estudios de teología y se ordenó de subdiácono, pero como enfermó, él mismo solicitó quedar como hermano coadjutor. Estuvo destinado en Barcelona y Alagón antes de ir a Barbas-

tro, donde, a partir del 20 de julio de 1936, compartiría la suerte de sus compañeros.

GREGORIO CHIRIVÁS LACAMBRA había nacido en Siétamo, Huesca, el 24 de abril de 1880. Trasladado con su familia a Barbastro, aquí conoció a los claretianos, y habiendo quedado huérfano, a los doce años solicitó ingresar en la congregación. Hizo los estudios de humanidades y luego el noviciado en Cervera, profesando el 3 de octubre de 1897 en calidad de hermano coadjutor. Fue sastre en Cervera, Alagón y Lérida, y aquí también sacristán. Pasó luego a Barbastro, donde compartió la suerte de sus hermanos.

Fueron beatificados en Roma por el papa Juan Pablo II el 25 de octubre de 1992 en el grupo de 51 misioneros claretianos mártires de Barbastro.

BEATO ANTONIO PERULLES ESTÍVILL

Presbítero y mártir († 1936)

Nació en Cornudella, Tarragona, el 5 de mayo de 1892, pero cuando tenía cinco años su familia se trasladó a Molá, en la misma provincia. Sus padres, que eran pobres, no regatearon sin embargo sacrificios para que el niño pudiera seguir su inclinación al sacerdocio, entrando en el colegio de San José de Tortosa el año 1903. Estaba ya ordenado subdiácono cuando decidió entrar en la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos del Sagrado Corazón de Jesús. Su primer destino fue el colegio de San José, de Burgos, muy nutrido de alumnos. Se ordenó sacerdote el 20 de diciembre de 1916. Continuó en Burgos en el colegio de San José, del que sería director, salvo una temporada que estuvo de vicerrector del seminario de San Jerónimo. En octubre de 1932 fue destinado administrador del seminario de Orihuela, pasando luego al cargo de rector (7 de septiembre de 1933). Transformó el seminario, elevándolo a gran altura en todos los órdenes. Terminado el curso, hizo los ejercicios espirituales en Tortosa y marchó a Molá para visitar a su familia y allí coincidió con su hermano Prudencio, sacerdote.

Llegada la guerra y viendo el peligro, los dos hermanos y el párroco de Molá se fueron a una cueva en el monte; otro her-

mano, Luis, les llevaba de comer por las noches. A los diez días volvieron a la casa. El día 12 de agosto a las ocho de la mañana, unos milicianos llegaron a la casa y conminaron a los sacerdotes a que no se movieran de allí. Al anochecer volvieron y preguntaron por Antonio, el cual pidió a su hermano la absolución, y con mucha serenidad y recogimiento se despidió de su familia y se fue con los milicianos. Lo condujeron hasta la casa del sacerdote José Estívill, párroco de La Figuera y natural de Molá, y a los dos los hicieron subir a un coche y los llevaron a unos doce kilómetros, en el término de Marsá, donde los fusilaron. Antonio Perulles, viendo que iban a matarlo, cruzó las manos sobre el pecho y se mostró dispuesto al martirio y perdonó a sus verdugos, siendo enterrado en el lugar del martirio, de donde luego sus restos fueron llevados al Templo de la Reparación de Tortosa con los demás operarios mártires.

Fue beatificado por Juan Pablo II el 1 de octubre de 1995 en el grupo de 9 sacerdotes operarios diocesanos martirizados en diversos días del año 1936.

BEATOS FLORIÁN STEPNIAK Y JOSÉ STRASZEWSKI

Presbíteros y mártires († 1942)

El 12 de agosto de 1942 fueron llevados a las cámaras de gas de Linz dos sacerdotes católicos, internados en el campo de concentración de Dachau, en Baviera, y que habían sido declarados inválidos para los trabajos del campo, por lo que se decidió quitarles la vida. El uno era religioso capuchino, el otro miembro del clero secular. Sus datos:

JOSÉ STEPNIAK había nacido en Zdary, Polonia, el 3 de enero de 1912, y era apenas un adolescente cuando despuntó en él la vocación religiosa, deseando ingresar en la Orden capuchina. Los capuchinos de Loew Miasto le ayudaron para que pudiera terminar los estudios de secundaria superior en el colegio de San Fidel, de Lomza, y al acabarlos comenzó su noviciado en el convento de Nowe Miasto, era el año 1931, recibiendo con el hábito capuchino el nombre de fray Florián con el que sería conocido en adelante. Hizo la profesión temporal el 15 de agosto de 1932 y la perpetua el 15 de agosto de 1935. Hizo en Lublín

los oportunos estudios y se ordenó sacerdote el 24 de junio de 1938. Permaneció en el convento de Lublín, frecuentando la Facultad de Teología de la Universidad Católica.

Llegada la guerra, decidió quedarse en el convento para atender las necesidades espirituales de los fieles y acompañar a los difuntos cristianos a la sepultura. Arrestado con sus hermanos de comunidad el 25 de enero de 1940 por la Gestapo, fue a parar al calabozo del castillo de Lublín, de donde el 18 de junio de aquel año pasó al campo de concentración de Sachsenhausen y seis meses más tarde al de Dachau. Aquí su salud se debilitó hasta el extremo de ser llevado al barracón de los enfermos, y como empeoró se le declaró inválido y se le destinó a las cámaras de gas.

JOSÉ STRASZEWSKI nació en Wloclawek, Polonia, el 18 de enero de 1885, ingresando en la adolescencia en el seminario diocesano y recibiendo el sacerdocio el 18 de junio de 1911. Luego de ejercer el ministerio parroquial en Rozprza, Borowno y Krzepice, pasó a la catedral de Wloclawek y fue prefecto de la Escuela de Comercio. En 1922 el obispo le pidió que organizara en un suburbio de la ciudad una nueva parroquia, toda ella de feligreses obreros y humildes. Supo crear una comunidad parroquial viva y fervorosa, con su templo parroquial y medios modernos al servicio de la evangelización. Para premiar sus méritos el obispo lo hizo canónigo de la colegiata de Kalisz. Cuando empezó la guerra fue arrestado el 7 de noviembre de 1939. Tras estar un tiempo en la cárcel, pasó al campo de concentración de Lad y en abril de 1941 fue llevado al campo de Dachau. El hambre, el trabajo y las miserias minaron su salud hasta el extremo de quedar exhausto. Ello trajo consigo su declaración como inválido y su destino el 12 de agosto de 1942 a las cámaras de gas, donde fue eliminado.

Fueron beatificados por el papa Juan Pablo II el 13 de junio de 1999.

13 de agosto

A) Martirologio

1. En Cerdeña los santos Ponciano, papa, e Hipólito, presbítero († 236), mártires **.

2. En Ímola (Flaminia), San Casiano († 300), mártir **.

3. En Lyón (Galia), San Antíoco († 500), obispo.

4. En Poitiers (Aquitania), Santa Radegunda († 587), reina de los francos y luego religiosa **.

5. En Skemaris, del Cáucaso, San Máximo el Confesor († 662), abad de Crisópolis, que sufrió mucho en defensa de la verdadera fe **.

6. En Fritzlar, San Wigberto († 738), presbítero y abad.

7. En el monasterio de Altenberg (Alemania), Beata Gertrudis († 1297), abadesa premonstratense *.

8. En Kilmallock (Irlanda), beatos Patricio O'Healy, obispo de Mayo, y Conón O'Rourke, presbítero († 1579), ambos de la Orden Franciscana, mártires bajo el reinado de Isabel I *.

9. En Warwick (Inglaterra), Beato Guillermo Freeman († 1595), presbítero y mártir bajo el reinado de Isabel I *.

10. En Roma, San Juan Berchmans († 1621), religioso de la Compañía de Jesús **.

11. En Viena (Austria), Beato Marcos de Aviano (Carlos Domingo Cristofori) († 1699), presbítero, de la Orden de Hermanos Menores Capuchinos *.

12. En Rochefort (Francia), Beato Pedro Gabilhaud († 1794), presbítero y mártir *.

13. En Saugues (Francia), San Benildo Pedro Romançon († 1862), religioso de la Congregación de Hermanos de las Escuelas Cristianas **.

14. En Barbastro (Huesca), beatos Secundino María Ortega García, presbítero, y diecinueve compañeros: Antolín Calvo y Calvo, Antonio María Dalmau Rosich, Juan Echarri Vique, Pedro García Bernal, Hilario María Llorente Martín, Salvador Pigem Serra, lectores; Javier Luis Bandrés Jiménez, José Brengaret Pujol, Tomás Capdevila Miró, Esteban Casadevall Puig, Eusebio Codina Milla, Juan Codinach Tuneu, Ramón Novich Rabionet, José María Ormo Seró, Teodoro Ruiz de Larrinaga García, Juan Sánchez Munárriz, Manuel Torras Sais, Manuel Buil Lalueza y Alfonso Miquel Garriga († 1936), religiosos todos ellos de la Congregación de Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María *.

15. En Almazora (Castellón), Beato Juan Agramunt († 1936), presbítero, de la Orden de Clérigos Regulares de las Escuelas Pías, mártir *.

16. En Albocasser (Castellón), Beato Modesto García Martí († 1936), presbítero, de la Orden de Menores Capuchinos, mártir *.

17. En Barcelona, Beato José Bonet Nadal († 1936), religioso salesiano, mártir *.

18. En Berlín, en el lugar llamado Plötzensee, Beato Santiago Gapp († 1943), presbítero, de la Compañía de María (Marianistas), mártir **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTOS PONCIANO E HIPÓLITO

Mártires († 236)

En los difíciles tiempos —entre los siglos II y III— para la comunidad cristiana de Roma, sufrieron persecución y destierro en la isla de Cerdeña dos testigos de la fe. El primero presidía como obispo la comunidad, fundada por Pedro y Pablo. La personalidad del segundo mártir queda envuelta aún en el misterio, sin una identificación clara y definida. El calendario romano del año 354, en la lista cronológica de los entierros de los mártires, señala el 13 de agosto la sepultura en la Via Tiburtina de Hipólito, y de Ponciano en el cementerio de Calixto.

Ponciano rigió la sede de Pedro entre los años 231 y 235. La Iglesia romana no gozaba entonces de paz interior. Posturas enfrentadas sobre la fe y cismas la habían rasgado en su unidad. Los pontificados precedentes de Ceferino (198-217), Calixto (217-222) y Urbano I (222-230) habían experimentado el drama de profundas divisiones a causa de la doctrina teológica y de la disciplina eclesiástica. Se ha hablado de un cisma y un antipapa; muchos historiadores han señalado como cabecilla de la división a Hipólito, dato que la crítica histórica actual rechaza si se atribuye al mártir romano celebrado el 13 de agosto.

Según San Jerónimo *(Carta* 33), en tiempos de San Ponciano un sínodo romano ratificó, bajo el pontificado de Ponciano, la condena de Orígenes que se había pronunciado en Alejandría.

En los primeros años del papa Ponciano rigió el imperio Alejandro Severo (222-235), que se mostró bastante tolerante con los cristianos dando a la Iglesia un espacio de paz y tranquilidad. Tal actitud no fue secundada por su sucesor Maximino el Tracio (235-238). Éste, en el primer año de su mandato, desterró al obispo de Roma, Ponciano, a la isla de Cerdeña, probablemente condenado a trabajar en las minas. El papa previó que su exilio no tendría retorno y por eso renunció a su ministerio

al frente de la Iglesia romana el 28 de febrero de 235, para que ésta no quedase sin cabeza y pastor. Fue el primer papa que, ejemplarmente, dimitió; la fecha mencionada es la primera que conocemos con exactitud en la historia del papado. Clero y pueblo de Roma le eligieron sucesor en la persona del papa Antero (235-236). Sucesor de éste fue San Fabián (236-250). Los sufrimientos del destierro y de los duros trabajos acabaron pronto, el mismo 235, el 30 de octubre, con la vida de San Ponciano, que murió a causa de la persecución por la fe y por su ministerio.

El *Catálogo liberiano* informa que el 235, con el obispo Ponciano, también fue deportado a Cerdeña, «isla malsana» (nociva), el presbítero Hipólito. El papa y el presbítero de Roma murieron allí y sus despojos, como nos ha dicho el cronógrafo del 354, el 13 de agosto, del año siguiente, fueron trasladados de la isla a Roma por iniciativa seguramente del papa Fabián. Ponciano fue inhumado en el cementerio de la Via Appia, en la cripta de los papas, cementerio al que había dado nombre otro papa, Calixto (217-222). Allí fue venerado como mártir, como atestigua la lápida sepulcral, encontrada el 1909 junto a los restos del santo papa, que llevaba la inscripción en griego «Ponciano obispo»; una mano posterior había añadido el título de «mártir». Las reliquias del mártir Hipólito encontraron reposo y veneración en el cementerio de la Via Tiburtina que lleva su nombre.

¿Quién era este Hipólito, presbítero y mártir? Ciertamente es una de las personalidades más discutidas en la historia de los santos. En el siglo XIX, se pretendió reconstruir así su personalidad: presbítero de la Iglesia romana, escritor sabio y fecundo, que encabezó un cisma en la Iglesia de Roma desde la elección del papa Calixto hasta el exilio de Ponciano, destierro que él mismo compartió. Sería el primer antipapa de la historia. Un mismo martirio habría unido a los dos rivales que, antes de sucumbir en el destierro de Cerdeña, se habrían reconciliado. Hipólito habría exhortado entonces a sus seguidores a volver a la comunión católica.

Pero las últimas investigaciones histórico-críticas no corroboran esta identidad de Hipólito. Bajo el nombre de Hipólito, parece que laten tres personalidades: la del mártir romano, ve-

nerado el 13 de agosto en el cementerio de la Via Tiburtina, un escritor y obispo oriental llamado también Hipólito, y un escritor romano cismático.

No dispone la crítica histórica, por ahora, de datos biográficos ciertos sobre la personalidad del mártir, venerado en el calendario del misal romano de Pablo VI y en el *Martirologio romano* de 2001, juntamente con el papa Ponciano, el 13 de agosto. Tal vez nos tengamos que conformar con saber sólo su nombre, griego y por ende de procedencia oriental, y el lugar y día de su sepultura. De todas formas es muy improbable que Hipólito fuera cismático y antipapa, pues el cronógrafo del 354 antepone su nombre al del papa auténtico, Ponciano, como hemos visto. Por otra parte, la historia antigua del culto a los mártires registra varios con este nombre.

San Dámaso (366-384), en su afán de promover el culto de los mártires romanos, hizo restaurar el sepulcro del mártir Hipólito. Recogió en la inscripción que le dedicó una tradición oral sin verificar que lo relaciona con el cisma de Novaciano, el cual escindió en dos facciones la Iglesia de Roma, tras la elección del papa Cornelio en el 251; Hipólito volvió al seno de la gran Iglesia en tiempo de persecución y exhortó a sus seguidores el retorno a la comunidad católica. Parece que el papa Dámaso aprovechó esta narración ejemplar para exhortar a grupos cismáticos, que iban surgiendo en su tiempo, a volver al seno de la gran Iglesia. El pontífice cantor de los mártires es deudor de la confusión existente en su tiempo sobre la personalidad y cronología de Hipólito que ya se había difundido en la Roma de su tiempo: el cisma tras la elección del papa Cornelio data del 251, mientras Hipólito fue enterrado como mártir ya en 236. El poeta hispano Prudencio, en el himno a Hipólito de su *Peristephanon,* incrementa la leyenda y elogio damasianos que él había leído en el sepulcro romano, decorado con un mosaico que representaba el martirio (acaecido en Ostia); describe asimismo las solemnes fiestas que se celebraban en su honor en Porto; pero éstas parece que se dedicaban al mártir local Nono, identificado popularmente con el mártir romano.

Ningún documento del culto al mártir Hipólito de Roma le atribuye autoría de escrito alguno. Pero Eusebio de Cesarea, en

su *Historia eclesiástica* (VI,20.22), habla de un obispo Hipólito autor de muchos libros depositados en las bibliotecas de Jerusalén y de Cesarea. San Jerónimo en su *De viris illustribus* (61) retoma la noticia de este Hipólito, obispo «de una Iglesia ("de cuya ciudad no he podido saber el nombre")», que predicó ante Orígenes; al mismo atribuye doce obras además de las que reseña Eusebio; de él asegura, en otras obras, que murió mártir. Así, pues, como obispo y mártir se difunde el nombre de Hipólito en las fuentes orientales a partir del siglo IV, llegando incluso a atribuirle sede: «obispo de Roma».

Una estatua encontrada en el siglo XVI, según algunos cerca del antiguo cementerio romano de Hipólito, pero más probablemente entre la Via Nomentana y la Tiburtina fuera de las murallas de Roma, según el humanista Pirro Ligorio, que en 1553 la restauró. Algunos identificaron al personaje como el mártir Hipólito, sentado en una cátedra en cuyos lados pretendieron leer inscripciones con títulos de algunas obras recensionadas por Eusebio y por San Jerónimo, y atribuidas al obispo Hipólito. La estatua hoy está expuesta en el atrio de la Biblioteca Vaticana. Consta que fue mutilada en 1551 y luego restaurada con ciertas innovaciones. Recientes investigaciones descubren en ella una originaria figura femenina.

A mediados del siglo XIX, se descubrió un manuscrito del siglo XIV titulado *Philosophoumena* o *Confutación de todas las herejías,* tratado atribuido primero a Orígenes y luego falsamente a Hipólito, pues tal título consta en la susodicha estatua. Al final del escrito, habla en primera persona del conflicto doctrinal y disciplinar con los papas Ceferino y Calixto, y de la constitución de una comunidad enfrentada a estos papas, capitaneada por un presbítero, u «obispo de Roma», que sería el primer antipapa. Esto se unió a la tradición y antiguas noticias de la deportación a Cerdeña de Hipólito y Ponciano, de su reconciliación antes de su muerte y de su veneración como mártires por la Iglesia romana. Pero las investigaciones actuales inducen a distinguir entre el obispo oriental Hipólito, autor de obras doctrinales, el presbítero romano cismático cuyo nombre desconocemos, autor de *Philosophoumena,* y el mártir Hipólito de la Via Tiburtina.

Entre las obras atribuidas a Hipólito romano, ha sobresalido en los estudios litúrgicos y patrísticos del siglo XX el título de la *Tradición apostólica.* A comienzos del pasado siglo, se identificaron la llamada *Constitución de la Iglesia egipcia* con el título citado, del cual se tenían noticias antiguas y que se daba por perdido. La *Tradición apostólica* fue datada a principios del siglo III. En 1968 el sabio benedictino dom Bernard Botte publicó de ella una edición crítica, con texto latino (el original griego se ha perdido) y francés; para Botte el autor era casi seguro: Hipólito de Roma. En los inicios de la reforma litúrgica que siguió al Vaticano II, el libro gozó de gran estima entre liturgistas e historiadores de la liturgia. Además de muchos textos oracionales y de múltiple información sobre ritos y organización de la comunidad (de Roma?, de Alejandría?, era cuestión disputada), llamaban poderosamente la atención los textos de la oración en la ordenación del obispo y de la plegaria eucarística que recita éste después de ser ordenado. Ambos textos fueron muy valorados en la reforma postconciliar, de tal forma que en el Pontifical romano se incluyó la plegaria de ordenación episcopal, retirando la medieval de los sacramentarios romanos, y la plegaria eucarística se utilizó como base para la redacción de la plegaria eucarística II del misal romano de Pablo VI.

Un estudio reciente (año 2002) saca la conclusión de que la *Tradición apostólica* es un conjunto de materiales, que proviene de diversas fuentes, regiones y épocas. La plegaria eucarística habría sido compuesta no a principios del siglo III sino a mediados del IV, seguramente con material precedente.

Cabe añadir finalmente que otro mártir Hipólito aparece relacionado con el martirio legendario de San Lorenzo; sería el nombre de su carcelero. Así lo narra la *Passio Polychronii* del siglo IV, que fabula con la proximidad del sepulcro de San Lorenzo en el campo Verano, en la Via Tiburtina, y la tumba del mártir Hipólito, en otro cementerio próximo, de la misma vía. El culto de San Hipólito, por esta pasión, estuvo unido al de San Lorenzo, en Italia principalmente.

PERE-JOAN LLABRÉS Y MARTORELL

Bibliografía

• Sobre San Ponciano:

ALLARD, P., *Storia critica delle persecuzioni,* II (Florencia 1935) 189-192.

Bibliotheca sanctorum. X: *Pabai-Rafols* (Roma 1968) cols.1013-1015.

FORLIN PATRUCCO, M., «Ponciano», en C. LEONARDI - A. RICCARDI - G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los santos,* II (Madrid 2000) 1935-1936.

MARUCCHI, O., «Osservazioni sull'iscrizione di papa Ponciano»: *Nuovo Bolletino di Archeologia Cristiana* 15 (1909) 35-50.

— *Le catacombe romane* (Roma 1993) 192.

PAREDES, J. (dir.), *Diccionario de los papas y concilios* (Barcelona 1998) 21-22.

• Sobre San Hipólito:

AMORE, A., «Note su S. Ippolito martire»: *Rivista di Archeologia Cristiana* 30 (1954) 63-97.

— «La personalità dello scrittore Hipolito»: *Antonianum* 36 (1961) 3-28.

Bibliotheca sanctorum. VII: *Giustiniani-Lhuilier* (Roma 1966) cols.868-879.

BOVINI, G., *Sant'Ippolito dottore e martire del III secolo* (Roma 1943).

BRADSHAW, P. F. - JOHNSON, M. E. - PHILLIPS, L. E., *The apostolic tradition. A commentary* (Minneapolis 2002); véase nota sobre esta obra de P. DE CLERCK, en *La Maison Dieu* 236 (2003) 177-187.

DELEHAYE, H., «Recherches sur le légendier romain»: *Analecta Bollandiana* 51 (1933) 58-66.

FORLIN PATRUCCO, M., «Hipólito», en C. LEONARDI - A. RICCARDI - G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los santos,* II (Madrid 2000) 1031-1035.

HANSSENS, J., *La liturgie d'Hippolyte* (Roma 1959) 217-340.

HIPÓLITO (San), *La tradition apostolique.* Ed. B. BOTTE (París ²1968) 11-31.

METZGER, M., «Enquêtes autour de la prétendue *Tradition apostolique*»: *Ecclesia Orans* 9 (1992) 7-36.

NAUTIN, P., *Hippolyte et Josipe* (París 1947).

— *Lettres et écrivains chrétiens des IIe et IIIe siècle* (París 1961) 17-207.

NORELLI, E., *L'Anticristo* (Florencia 1987), Introducción.

PALACHKOVSCHY, V., «La tradition hagiographique sur S. Hippolyte», en F. L. CROSS (ed.), *Studia patristica,* III (Berlín 1961) 97-107.

— «Ricerche su Hipolito»: *Studia Ephemeridis «Augustinianum»* 13 (1977).

— «Nuove ricerche su Hipolito»: ibid., 30 (1989).

QUASTEN, J., *Patrología.* I: *Hasta el Concilio de Nicea* (Madrid ⁶2001) 468-513.

ROSSI, G. B., «Il cimitero di S. Ippolito presso la via Tiburtina»: *Bulletino di Archeologia Cristiana* (1882) 17-37.

TREVIJANO, R., *Patrología* (Madrid ³1994) 143-153.

SAN CASIANO DE ÍMOLA

Mártir († 300)

Un día el poeta Aurelio Prudencio va a Roma. Es en los primeros años del siglo V. En su paso para la capital del Imperio se detiene en el Foro Cornelio, hoy Ímola. Lleva el corazón angustiado, porque de la solución del negocio, motivo del viaje, depende tal vez la seguridad de su porvenir y el de su familia. Espíritu profundamente cristiano, se siente acuciado a enco-

mendarse al Redentor y entra a orar en una iglesia. Se postra ante el sepulcro del mártir Casiano, cuyas reliquias se veneran allí, y se abisma en profunda oración. Una oración que es un contrito recuento de pecados y sufrimientos.

Cuando, entre lágrimas, levanta los ojos al cielo, su vista queda prendida en la contemplación de un cuadro pintado de vivos colores. Se ve en él la imagen de un hombre semidesnudo, cubierto de llagas y sangre, rasgada su piel por mil sitios. A su derredor una turba de chiquillos exaltados esgrimen contra él los instrumentos escolares y se afanan por clavarle en las ya laceradas carnes los estiletes usados para escribir.

Conmovido el poeta por esta trágica visión pictórica, en la que, sin duda, ve un traslado de su propio desgarramiento interior, pregunta al sacristán de la iglesia por su significado. Éste, tal vez con voz indiferente por la costumbre, le explica que el cuadro representa el martirio de San Casiano, y le cuenta la historia y pormenores de su muerte, acaecida bastante anteriormente y testimoniada por documentos. Termina recordándole que se acoja a sus súplicas si tiene alguna necesidad, pues el mártir concede benignísimo las que considera dignas de ser escuchadas.

Prudencio lo hace así y comprueba la veracidad de las palabras del sacristán, pues su negocio de Roma se resuelve satisfactoriamente. Vuelto a España, compone en honor de San Casiano, como exvoto de agradecimiento, un precioso himno, que es el IX de su *Peristephanon.*

En él nos explica la historia de este su viaje a Roma y pone en labios del sacristán la narración del martirio del santo. Es indudable que las palabras del sacristán, a pesar del tono de suficiencia que pudieron tener, debieron de ser más sencillas. Pero Prudencio es poeta. Es el más excelso cantor de los mártires cristianos. Su espíritu se deja arrebatar en alas de su numen y de su entusiasmo. Y nos da una espléndida versión poético-dramática.

Casiano era maestro de escuela. Un maestro severo y eficiente, según esta interpretación. Enseña a sus niños los rudimentos de la gramática, al mismo tiempo que un arte especial: el de la taquigrafía, ese arte de condensar en breves signos las

palabras. Es acusado de cristiano. Y los perseguidores tienen la maligna ocurrencia de ponerle en manos de los mismos niños, sus discípulos, para que muera atormentado por ellos, y que los instrumentos del martirio sean los mismos de que antes se valían para aprender. Estas circunstancias, con toda su carga dramática, son aprovechadas por el poeta para resaltar la crudeza del martirio:

> «Unos le arrojan las frágiles tablillas y las rompen en su cabeza; la madera salta, dejándole herida la frente. Le golpean las sangrientas mejillas con las enceradas tabletas, y la pequeña página se humedece en sangre con el golpe. Otros blanden sus punzones [...] Por unas partes es taladrado el mártir de Jesucristo, por otras es desgarrado; unos hincan hasta lo recóndito de las entrañas, otros se entretienen en desgarrar la piel. Todos los miembros, incluso las manos, recibieron mil pinchazos, y mil gotas de sangre fluyen al momento de cada miembro. Más cruel era el verduguito que se entretenía en surcar a flor de carne que el que hincaba hasta el fondo de las entrañas».

El lector se estremece, no tanto por los tormentos en sí cuanto por verlos venir de quien vienen: de niños y discípulos. Pero el poeta parece llevado en brazos de un fuego trágico. Se complace en pintarnos el estado de ánimo de los pequeños verdugos, imaginándolos llenos de una horrenda malicia con aires de sarcasmo:

> «¿Por qué lloras? —le pregunta uno—; tú mismo, maestro, nos diste estos hierros y nos armaste las manos. Mira, no hemos hecho más que devolver los miles de letras que recibimos de pie y llorando en tu escuela. No tienes razón para airarte porque escribamos en tu cuerpo; tú mismo lo mandabas: que nunca esté inactivo el estilete en la mano. Ya no te pedimos, maestro tacaño, las vacaciones que siempre nos negabas. Ahora nos gusta puntear con el estilo y trazar paralelos unos surcos a otros, y trenzar en cadenita las rayas truncadas. Ya puedes enmendar los versos asoplados en larga tiramira, si en algo erró la mano infiel. Ejerce tu autoridad; tienes derecho a castigar la culpa si alguno de tus alumnos ha sido remiso en trazar sus rasgos».

Cuesta trabajo imaginar tal cantidad de perfidia en los tiernos corazones infantiles. Prudencio parece haberlo presentido; por eso antes nos ha dado unas explicaciones de esta actitud, como si quisiera justificarla o, al menos, motivarla:

> «Ya es sabido que el maestro es siempre intolerable para el joven escolar, y que las asignaturas son siempre insoportables para los niños [...] Gusta sobremanera a los niños que el mismo severo maestro sea el escarnio de los discípulos a quienes contuvo con dura disciplina».

Sin embargo, a pesar de estos motivos, nuestro corazón sigue anonadado. Y es que Prudencio canta, sobre todo, aquí, la horripilante crudeza del martirio. Absorbido tal vez sólo por el impresionante verismo del cuadro, y transportado en alas de su fuerza trágica, no ha visto más que el montón de dolores que se multiplicaban indefinidamente sobre el cuerpo del mártir. Y alrededor de este eje ha construido, en círculos concéntricos, la mágica unidad de su poema: los dolores adquieren magnitud porque vienen de unos niños airados; los niños están exacerbados porque sienten un negro placer en vengarse de la severidad del maestro.

No hay duda que esta disposición íntima contribuye a la grandiosidad del poema, y, consecuentemente, del mártir. Pero, ¿no se habrá dejado llevar el poeta por el afán de la exageración?

En primer lugar, respecto de los niños. Es verdad que hay en el corazón humano recónditos rencores que afloran en ocasiones excepcionales. Es verdad que también pueden existir, que existen indudablemente, en el corazón de los niños. La imagen de la inocencia infantil no absorbe todos los repliegues de sombra. Es verosímil, por tanto, que en las circunstancias de este martirio las obscuras fuerzas represadas desbordasen todos los diques de bondad. Añádase a esto la presión ejercida por la presencia animadora y el enérgico mandato del juez perseguidor, y la facilidad de contaminación del furor colectivo. Pero, aun así, uno se resiste a la generalización. ¿Es posible que todos los niños estuviesen poseídos de esa furia diabólica, que en ninguno de ellos hubiese siquiera un destello de compasión, de resistencia, de lágrimas?

En segundo lugar, respecto del mismo maestro. La imagen que nos ofrece Prudencio de San Casiano como maestro, ¿no es excesivamente severa? Son unos rasgos acusadamente llenos de aristas:

«Muchas veces los duros preceptos y el severo rostro habían agitado con ira y miedo a sus alumnos impúberes».

Naturalmente, en ocasiones habría tenido que hacer uso de la seriedad y hasta del castigo. Pero ¿siempre? ¿Era solamente el gigante enemigo, imponente ante la pequeñez e impericia de los débiles niños? ¿No se diferenciaría, precisamente por su calidad de cristiano con vocación de amor, por una suavidad mayor de la corriente en las demás escuelas? Se habría excedido, sin duda, alguna vez, arrastrado por la cólera o la impaciencia. ¿Quién no? ¡Y es tan fácil en los que mandan este arrebato de suficiencia, que no soporta ser vencido por la insolencia o la valía de los subordinados! Pero, sin duda también, en los ratos de oración y de humilde reconocimiento de pecados habría sacado impulso para un trato más dulce, más paternal, más cariñoso.

Además de esto, y sobre todo, en el magnífico himno de Prudencio falta algo: el alma de Casiano. La íntima actitud de su espíritu en el trance doloroso del martirio. El poeta, obsesionado por el cuerpo lacerado, por la sangre bullendo a borbotones, por la piel rota en mil rasgaduras, nos ha escamoteado la fuente. Sólo en una ocasión pone en labios de San Casiano todas las impresiones y manantial de toda la fuerza.

«Sed valientes, os ruego, y venced los pocos años con vuestros esfuerzos; que supla la fiereza lo que falta a la edad».

Pero esto no es más que un trozo de espíritu: la punta del ánimo heroico que late en el pecho del mártir. Y está empleado sólo como apoyatura para la exaltación de lo externo.

Tenía que haber más. El mártir no podía menos de ver a los niños. Un enjambre de enfurecidas avispas pugnando por hendir en la blandura de su carne la acerada lanza de los aguijones. Un confuso griterío; un montón de encrespadas cabelleras; un bosque de manos, tiernas manos, agitadas; un llamear de ojos, miles de ojos multiplicándose en aquel baile frenético. También algunas manos remisas, vacilantes, tímidamente escondidas, y algunos ojos húmedos, temblorosos, asustados, dolientes... Y no podía menos de ver en los niños a sus discípulos. Eran ellos, los mismos a quienes estaba dedicando su paciencia, su saber, su vida.

Todos allí. ¿Tendría vigor para recorrerlos uno a uno? Ése, el de la tez bruna, que tan expresivamente recitaba a Homero; ese otro, cuya manecita rebelde tantas veces hubo el maestro de guiar sobre la encerada tablilla; y aquél, que tanta paciencia le hizo gastar hasta que aprendió las declinaciones griegas; y este de más acá, el reconcentrado, que ahora esgrimía el punzón medio a ocultas, pero con golpes secos y profundos; y el otro, el travieso rubicundo, el más castigado, aunque no el menos querido; y este pequeñito, que participaba en la matanza como en un juego... Y uno, y otro y otro. Todos pasarían en rápidas oleadas por la imaginación del maestro, con sus rostros, sus almas, sus nombres tan sabidos y tantas veces repetidos en mil tonos diferentes. Tal vez los gemidos que se escapaban de los labios del mártir no fuesen sino nombres de alumnos, pronunciados silenciosamente con aire de asombro, de queja, con palpitaciones de última agridulzura.

Y este vértigo de nombres y rostros, en la prolongación de su agonía, tenía que ser para el maestro martirizado como un espejo donde se reflejaba su vida: esfuerzos, ilusiones, gozos, fallos. Días llenos de la más rutinaria monotonía, momentos de desesperada sensación de inutilidad, ramalazos de ira o impotencia, minutos rebosantes de nitidísima alegría, impaciencias, lágrimas, voces imperiosas, palabras persuasivas, multiplicándose a lo largo de generaciones de chiquillos, que pasaban por sus manos como masa informe y salían de ellas con una luz encendida en la frente. Todo para desembocar en este fracaso final: sentirse matar lentamente por los mismos a los que él se había afanado en educar para la rectitud y el amor.

Aunque ¿era esto, efectivamente, un fracaso? Humanamente, desde luego. Pero era a través de este tormento como Casiano conseguía su verdadera gloria. Porque el final no era esto, la muerte atroz y desalentadora. El final estaba más allá de la frontera de la muerte, en un campo que se abría con claros horizontes de sosiego. El blanco al que se dirigía esta flecha de carne dolorida era el mismo Dios. Solamente Dios daba sentido a su muerte, como había dado sentido a su vida. Por eso no podemos pensar que el alma de Casiano estuviese ausente de Dios en estos terribles momentos. Había de estar necesariamente an-

clada en él. Cada latido de sus venas, cada gemido de su garganta, cada pensamiento de su mente serían una aspiración y una súplica al Señor. El mismo transitar de su imaginación por caras, y manos, y nombres, y días, tendría su eco en Dios. No podía menos de resumir en apretada síntesis de gracias y fervores, de pecados y contriciones, de sequedades y esfuerzos, el caminar de su vida hacia la casa del Padre.

¿Y los dolores? Estos agudos dolores de ahora, que se sucedían atropelladamente, sin dejar lugar al respiro, eran ya de por sí una oración con fuerza de sangre. Y Casiano los recibiría con sentido de holocausto. Y los ofrecería humildemente al Redentor como reparación por ese reguero de sombras que, entre destellos de luces, deja el hombre sobre la tierra.

Y se acordaría de Jesús muriendo en el Calvario. Esa turba de chiquillos en danza loca buscando su cuerpo le sugeriría aquella otra masa imponente de judíos vociferantes atronando con insultos los oídos del crucificado. Aquéllos eran el pueblo de Dios. Éstos eran la familia del maestro. Y, lo mismo que Cristo rezaba al Padre por sus verdugos, Casiano pediría por sus niños: que Dios los perdonase, que no sabían lo que estaban haciendo, que él los quería de verdad, que Dios limpiase sus almas de la honda grieta de negrura abierta por este crimen, que los transformase, que él entregaba su propia inmolación por ellos, que...

Y luego, también como Jesús, pondría su espíritu en manos del Padre. Un aliento interminable que nacía del fondo y le arrastraba hasta el seno de Dios. No es que quisiese romper con la vida, con este su final de fracaso, como quien tira a la cuneta del camino los desperdicios o lo desagradable, la desgarradura del vestido. No. El mismo fracaso —lo que su martirio tenía de fracaso humano— era lo que él quería asumir, como el último sorbo del cáliz amargo, y, con él en la misma punta de los labios, subir hasta Dios, hasta esa gloria que él veía inviolable: el mismo corazón del Padre.

Y de esa manera entregaría su alma. Prudencio nos lo dice con estas bellísimas, ingenuas palabras:

> «Por fin, compadecido Cristo del mártir desde el cielo, manda desatar los lazos del pecho, y corta las dolorosas tardanzas y los

vínculos de la vida, dejando expeditos todos sus escondites. La sangre, siguiendo los caminos abiertos de las venas desde su más íntima fuente, deja el corazón, y el alma anhelante salió por todos los agujeros de las fibras del acribillado cuerpo».

¿Queda así ya completa la imagen de San Casiano? El poeta Prudencio nos ha descrito con magistral sentido realista y dramático los tormentos físicos del mártir y la embravecida animosidad infantil. Nosotros hemos intentado acercarnos a su alma. Es un osado atrevimiento, aunque pocas veces tan justificadamente verosímil como aquí.

En realidad, lo que sabemos de San Casiano puede reducirse a unas simples afirmaciones: que era maestro de escuela, perito en taquigrafía, que murió a manos de sus discípulos, y que seguramente sucedió el martirio bajo la persecución de Diocleciano (303-304). Pero siempre es lícita al hombre la aventura de comprender al hombre. Más aún: es humana. Y cuando se hace con respeto y justicia, a pesar de todos los riesgos, llega al fondo de la realidad con una precisión mayor tal vez que una multiplicación de datos escuetos.

De la narración de la historia y martirio de San Casiano, Prudencio ha sacado también una conclusión. Una conclusión muy sencilla, pero deliciosamente confortadora: la de que el mártir escucha benignísimo las súplicas del corazón angustiado de los hombres. A nosotros, después de eso, nos bastaría con habernos adentrado —bien tímidamente, desde luego— en el lago interior de esta alma humana, y en unos momentos de tan profundas resonancias, cuando las aguas del ser están todas conmovidas por un estremecimiento de íntegra decisión. Nos bastaría con ello, porque esto conmueve, ahonda y purifica nuestro propio ser.

Y, si no nos conformamos con esta purificación esencial, aún podemos deducir una lección de prolongada estela práctica. San Casiano no fue atormentado por haber cumplido mal su misión de magisterio, ni la rebeldía de los niños y su encarnizado afán homicida fue una explosión directa, sino provocada por un fuego atizado desde fuera. Sin embargo, la realidad de su muerte representó para él la herida en el punto más doloroso. En su martirio no hubo nada que supiese a satisfacción humana. Lo que a otros mártires les da cierta aureola de triunfadores

terrenos —la heroicidad, la altivez con que soportan, el mismo reto erguido frente a los jueces o verdugos...— está aquí ensombrecido. Porque Casiano, después de negarse a sacrificar a los ídolos, ya no tiene delante un tirano a quien increpar, frente a quien afirmarse, sino a sus niños, a sus queridos alumnos, a sus frágiles niños. ¿Contra qué fuerza oponer su fuerza? No le queda más que dejarse llevar, vencer, destrozar, hundirse.

Y aquí está la lección. El libro abierto de este martirio nos enseña cómo puede Dios, para subirnos hasta Él, herirnos en lo más querido, barrer de un soplo nuestras más acariciadas ilusiones, hundirnos en la apariencia de la inutilidad, izar en nuestra persona la bandera del fracaso. Y todo eso tal vez sin sangre, en la más pura vulgaridad del anonimato. Aunque ello no sería excusa para el desaliento, sino motivo para una total decisión de lucha, al mismo tiempo que para una activa y vital oblación. Y eso hasta el final. Ese final que sólo está en manos de Dios y que siempre lo ejecutan las manos de Dios.

Las reliquias de San Casiano se veneran en la catedral de la ciudad italiana de Ímola, que se enorgullece con su patrocinio. Honradas primeramente en una basílica, fueron trasladadas a la catedral, recientemente construida, en el siglo XIII, y luego encerradas en una caja de plomo y colocadas bajo la cripta, en el centro del presbiterio, al restaurarse la catedral en 1704.

SERVANDO MONTAÑA PELÁEZ

Bibliografía

Acta sanctorum. Augusti, III, 16-23.

AMORE, A., «Casiano d'Imola», en *Enciclopedia Cattolica.* III: *Bra-Col* (Ciudad del Vaticano 1949) col.1004.

AURELIO PRUDENCIO, «Peristéfanon/Peristephanon, IX: Martirio de San Casiano de Foro Cornelio», en *Obras completas de Aurelio Prudencio.* Ed. bilingüe (Madrid 1981) 617-625.

FRANCHI DE CAVALIERI, P., «Le leggende di S. Casiano d'Imola»: *Didaskaleion* 3 (1925) 1-14.

JOSI, E., «Imola», en *Enciclopedia Cattolica.* VI: *Geni-Inna* (Ciudad del Vaticano 1951) cols.1700-1702.

• Actualización:

BLESS-GRABHER, M., *Cassian von Imola. Die Legende eines Lehrers und Märtyrers und ihre Entwicklung von der Spätantike bis zur Neuzeit* (Berna 1978).

SANTA RADEGUNDA

Reina y religiosa († 587)

Es curioso: Santa Radegunda, que con tan justo título tienen los franceses como una de sus santas más insignes, fue, sin embargo, por nacimiento, la primera de las santas alemanas. Parece cierto que nació en Erfurt. Pertenecía a la Casa de Turingia, hija del rey Berthairo, muerto a manos de su propio hermano Hermenefrido. El mismo Hermenefrido, para verse libre de su otro hermano, llamó a los reyes francos en su ayuda. Y, en efecto, también Baderico, que así se llamaba, murió. Radegunda, niña aún, pasó a vivir, con sus hermanos, en casa del verdugo de su padre y de su tío. Pero los reyes francos se quejaron de no haber recibido lo que se les había prometido, y estalló la guerra. Los turingios fueron subyugados y Radegunda y sus hermanos llevados cautivos.

Esto iba a cambiar por completo la vida de Radegunda. La niña era muy bella, y, después de disputársela ásperamente a su hermano Thierry, Clotario la envió a su «villa» de Athies. Allí recibió una sólida formación moral y una cierta cultura. Hasta que, hacia el año 536, Clotario, viudo después de la muerte de la reina Ingonda, decide contraer matrimonio con su cautiva. Ella se resiste, y hoy nos parece lógico. Tenía que resultarle duro convivir con el dominador de su propia patria, mucho mayor en edad que ella, poco hecho a la idea de una monogamia estricta. La joven princesa escapó, pero fue encontrada y llevada con buena escolta a Soissons, donde se celebró el matrimonio.

Se ha pretendido que Radegunda consiguió guardar su virginidad después de casada. Difícil, prácticamente imposible, resulta esto conociendo el temperamento brutal de Clotario. Lo que sí es cierto es que la reina continuó en palacio viviendo una intensa vida espiritual, rezando el oficio, pasando noches enteras en oración.

Un día la convivencia con el rey se hizo muy difícil: su patria, la Turingia, se había sublevado. El hermano de Radegunda, que vivía en la corte de Clotario, fue ejecutado en represalias. Clotario, que toda su vida demostró estar profundamente enamorado de Radegunda, supo, sin embargo, hacerse cargo y la

dejó marcharse. Resultaba duro a la reina vivir con quien había ordenado la muerte de su propio hermano.

Encontramos entonces a Radegunda en la hermosa región del valle del Loira, que ya entonces iniciaba un papel extraordinario en la historia de Francia, que habría de continuar desarrollando a lo largo de siglos. La reina va al encuentro de San Medardo, en Noyon, y le pide que la consagre a Dios. El anciano duda, los señores francos que están en la iglesia se oponen, pero la reina consigue, con un apóstrofe de grandeza soberana, impresionar al santo, quien le impone las manos y la constituye en religiosa.

Radegunda marcha entonces a Tours, donde venera la tumba de San Martín, y se dirige a Saix. Saix era por aquel tiempo una villa real, transformada hoy en un pequeño pueblecillo atendido por el vecino cura de Roiffé. En los confines de la Turena y del Poitou, en una naturaleza llena de extraordinaria belleza, aquel rincón se prestaba admirablemente para la vida que la reina aspiraba a llevar. Y así, religiosa en su propia casa, se dedica Radegunda a las tareas propias de su estado: lectura espiritual, oración, ejercicio de la caridad con los enfermos.

Todo parecía marchar bien cuando llega la noticia de que Clotario quiere reclamarla otra vez. Huye Radegunda a Poitiers y se refugia junto al sepulcro de San Hilario. El santo consigue un milagro moral: Clotario construirá para ella un monasterio en Poitiers, con el título de Nuestra Señora. Intenta, sin embargo, un nuevo asalto, pero San Germán, el obispo venerado por todos, se interpone. Clotario ya no volverá a insistir y terminará pacíficamente sus días el año 562.

Las religiosas, atraídas por la fama de santidad de Radegunda, afluyen al monasterio de Nuestra Señora. Sólo la reina está a disgusto entre aquellas muestras de veneración que recibe por parte de sus hijas espirituales. Por eso un día consigue dejar el gobierno de la comunidad en manos de Inés, su hija preferida. Ella se dedicará únicamente a santificarse en los trabajos más humildes y costosos del monasterio, y a trabajar discretamente al servicio de su reino.

Hacia el año 567 un poeta originario de Italia llega a Poitiers. Viene rodeado de una aureola de gloria, después de una vida de

trovador errante y devoto. Iba a acabarse para él ese continuo peregrinar. Radegunda e Inés iban a sujetarle con dulzura en Poitiers. Iniciado en la vida espiritual, recibe la ordenación sacerdotal y queda como consejero del monasterio. Él mismo será quien, en una maravillosa *Vida de Santa Radegunda,* nos contará con todo detalle cómo transcurría la existencia de la antigua reina por aquellos días.

Hay, sin embargo, un episodio de la vida del monasterio que iba a tener repercusión en la liturgia universal. Santa Radegunda era, como lo somos todos, hija de su propio tiempo. Por eso compartía con su época la pasión por las reliquias. La recomendación del rey Sigeberto, su hijo político, y el apoyo de los príncipes de Turingia, sus primos, refugiados en Constantinopla, le consiguieron del emperador Justino II un fragmento considerable de la verdadera cruz. Era el año 569.

Al acercarse la sagrada reliquia a Poitiers vibra de entusiasmo. Y al entrar en el monasterio la cruz se cantan por vez primera los dos célebres himnos compuestos por Venancio Fortunato: *Pange lingua gloriosi* y *Vexilla Regis prodeunt.*

Tres afanes iban a centrar la vida de Santa Radegunda. El primero, consolidar su fundación. Ya con ocasión de la entrada de la verdadera cruz el obispo había mostrado su desdén hacia el monasterio, marchándose ostensiblemente de la ciudad, sin querer intervenir en la ceremonia. Apuntaba, por consiguiente, un peligro al que Radegunda quiso poner remedio oportunamente. No vaciló para ello en abandonar su convento, que había tomado el nombre de Santa Cruz después de la llegada de la reliquia, y hacer un viaje a Arlés, para estudiar sobre el terreno la regla que cincuenta años antes había escrito San Cesáreo para las religiosas de San Juan, agrupadas en torno a su hermana mayor Cesárea. La abadesa las recibió, pues iba acompañada de Inés, la superiora de Santa Cruz, con encantadora caridad y les proporcionó todos los datos que querían. A la vuelta a Poitiers Radegunda puso por obra su plan: sustraer el monasterio a la autoridad del obispo diocesano, colocándole bajo otro que fuese superior.

Y, en efecto, sometió las reglas del monasterio a la firma de siete obispos, de los que cinco de ellos pertenecían a la provin-

cia de Tours. Basándose en el valor personal que entonces solían tener las leyes, y teniendo en cuenta que cada uno de estos obispos tenía religiosas que eran, en cierto modo, súbditas suyas en el monasterio, la regla aparecía como obligatoria para cada una de ellas en virtud del mandato de su propio obispo. Como, por otra parte, esa regla era la de San Cesáreo de Arlés, e Inés había recibido la bendición de San Germán, obispo de París, nadie podía alegar una jurisdicción exclusiva sobre el monasterio y éste podía considerarse lo que hoy llamaríamos exento.

Quedaba un segundo afán: consolidar la vida interna del monasterio. Los testimonios contemporáneos son elocuentes. Santa Cruz reunía entonces dentro de sus muros doscientas monjas que llevaban una vida ejemplar y santa: salmodia, trabajo de la lana, copia de manuscritos, lectura, meditación, etc. Radegunda miraba aquel cuadro complacida. Según una de sus religiosas solía decirles ya al final de su vida: «Yo os he escogido, hijas mías, y vosotras sois mi luz, mi vida, mi reposo, toda mi felicidad. Vosotras sois mi planta predilecta». Bien es verdad que esto no se logró únicamente con leyes, sino muy principalmente con la ejemplaridad de su vida. Venancio Fortunato nos ha apuntado, con el realismo de aquella época de sencillez, la humildad con que la santa se dedicaba a las tareas más repugnantes del monasterio, las horas que pasaba en la cocina, el rigor con que observaba la clausura.

Faltaba el cuidado de una tercera tarea. Ésa estaba fuera del monasterio, y pertenece más bien a la historia general de Francia. Señalemos, sin embargo, que la reina viuda no se desentendió de la suerte de su pueblo. Conservó siempre una influencia grande en las familias entonces reinantes. «La paz entre los reyes, ésa es mi victoria», declaraba ella con sencillez. Y, acaso sin darse cuenta de toda la trascendencia que iba a tener su tarea, empujaba fuerte y suavemente hacia la fusión a los diversos reinos francos.

Murió el 13 de agosto del 587. Poseemos una descripción de sus funerales, que constituye una de las páginas más emocionantes de la literatura de aquellos tiempos. La escribió San Gregorio de Tours, el mismo que actuó en los funerales. Él nos

cuenta cómo, al salir del monasterio el cuerpo para ser llevado a la sepultura, las religiosas se apretujaban en las ventanas y en las saeteras de la muralla, rindiendo su último homenaje a su madre con sus gritos, sus lamentaciones y sus sollozos. Los mismos clérigos encargados del canto apenas conseguían sobreponerse a su propia pena, y les era difícil cantar oprimidos por las lágrimas. Fue un día inolvidable.

> «Poitiers —escribía en 1932 el padre Monsabert— le ha permanecido fiel. Ningún nombre es más popular que el suyo; se lleva a los niños a su tumba, su recuerdo flota sobre el país; su obra, su comunidad, subsisten aún: es la abadía pronto catorce veces centenaria de Santa Cruz».

LAMBERTO DE ECHEVERRÍA

Bibliografía

AIGRAIN, R., *Sainte Radegonde* (París 1918).
— *L'hagiographie* (París 1953) 161s; 204-205; 237s; 302-305.
GREGORIO DE TOURS (San), *Historia francorum,* XXXIX-XLIV; cf. *La storia dei Franchi.* Ed. bilingüe por M. Oldoni (Roma 1981).
— *Liber in gloria confessorum,* CIV: PL 71,827-910.
MONSABERT, P. DE, *Le monastère de Sainte-Croix* (Poitiers 1932).
VENANCIO FORTUNATO, «Vita sanctae Radegundis», en *Acta sanctorum.* Augusti, III, 67-74.
• Actualización:
FOLZ, R., *Les saintes reines du Moyen Âge en Occident (VIe-XIIIe siècles)* (Bruselas 1992) 13-24.
FRIGERIO, G. - MAGATTI, M., *Punti di luce nel deserto. Santa Radegonda e il ruolo dei monasteri femminili nel Medioevo* (Milán 1995).
VENANCIO FORTUNATO, *Vite dei Santi Ilario e Radegonda di Poitiers.* Ed. G. Palermo (Roma 1989).

SAN MÁXIMO EL CONFESOR

Abad († 662)

> «San Máximo Confesor es, indudablemente, el escritor griego más destacado del siglo VII. En sus obras aparecen sus profundos conocimientos en el terreno dogmático y patrístico, así como también en la exégesis bíblica, en la mística y aun en la liturgia. Sin embargo debemos confesar que, dejándose llevar de un defecto muy común entre los griegos, resulta excesivamente ampuloso y oscuro».

Este juicio del P. Llorca en su *Historia de la Iglesia católica* nos introduce plenamente en el interés por este escritor y santo bas-

tante desconocido, cuando nos hallamos ante el último testigo de la Iglesia todavía indivisa, ante uno de los valladares inexpugnables en la defensa de la verdadera doctrina, hasta el punto de que puede ser considerado como mártir.

Descendiente de una familia aristócrata y cristiana, nació el año 580 en Constantinopla. No tenemos muchas noticias de sus primeros años ni de quiénes eran sus padres. A juzgar por los conocimientos que demuestra en sus obras, debió recibir una sólida formación clásica. Conocedor de los filósofos griegos y de los Santos Padres —cuyas huellas se notan en profundidad—, sobre todo del mejor Orígenes y de Evagrio Póntico, asceta de Egipto. Se cree que hacia el año 610 era ya primer secretario del emperador Heraclio, pero sólo tres años después deja tan halagüeños cargos, renuncia a su futuro en el mundo, cruza el Bósforo y se interna en el monasterio de Crisópolis de Escrutari, donde ya empieza a destacar en las controversias cristológicas de la época.

El año 626 tiene lugar la invasión persa y los monjes se dispersan por diversos monasterios, entre ellos está Máximo que recorre sucesivamente Creta y Chipre para terminar en Egipto, país que se convertirá en su nueva patria porque, entre otras cosas, era entonces el centro de las controversias que agitaban a las iglesias orientales.

En esos momentos estaba en todo su auge la contienda provocada por los monotelitas, que afirmaban la existencia de una sola voluntad en Cristo. Deducían esta su afirmación como consecuencia de la condena del monofisismo que ponía en Cristo una sola naturaleza. Lo que podía parecer una cuestión puramente doctrinal se convertía, por la situación que se vivía en esa época, también en un problema social y político. Y así, el decreto imperial —*kthesi*— del año 638 proclamaba en Cristo dos energías y una sola voluntad. Máximo, hombre de espíritu batallador, se enfrentó a la doctrina imperial proclamando las dos voluntades y se opuso al entonces patriarca Pirro, que terminó siendo desterrado en el año 639 por el emperador Constancio II.

El abad Máximo promovió la celebración de varios concilios particulares para terminar en el gran concilio de Cartago

del año 645, donde compareció el Patriarca de Constantinopla. En el debatido enfrentamiento doctrinal Pirro terminó por reconocer sus errores. Esta victoria causó un gran impacto y revuelo en Constantinopla, agravándose la situación cuando el Patriarca marchó a Roma donde abjuró de sus errores delante del papa Teodoro I, griego de origen.

Se hallaba también allí Máximo cuando inesperadamente fue detenido por la policía imperial y acusado de traición, porque en aquellos momentos la doctrina oficial religiosa se identificaba con la seguridad del Estado. En el fondo de este hecho yacía el deseo de acallar la voz de Máximo y obligarle a que suscribiera las tesis monotelitas, como lo consiguieron del voluble Pirro. Se quería obligar a Máximo a suscribir por la fuerza la fórmula monotelita. Para ello compareció ante un tribunal en el que fue acusado de su oposición a la *Ekthesis* o doctrina de la fe, y a la fórmula *Typus,* declaración de Constancio en la que se prohibía en lo sucesivo toda disputa sobre la existencia en Cristo de una o más voluntades. Se le acusaba también de haber conseguido del nuevo papa, Martín I, la celebración en junio del 649 de un sínodo romano, el Concilio de Letrán, en el que tomó parte muy activa y firmó las actas con el nombre de *Máximus monachus,* en las que provocó la condenación total del monotelismo declarando doctrina de fe el principio de que en Cristo coexisten las dos voluntades, divina y humana, excomulgando además a quienes lo negaran.

La reacción del emperador Constante fue fulminante. En el año 653 hizo raptar al papa Martín trasladándolo a Constantinopla. Ante la negativa total del pontífice de cambiar su doctrina, fue desterrado al Quersoneso, en el Mar Negro, donde, víctima de todo tipo de vejaciones, murió el año 655.

Por su parte Máximo también fue llevado a Constantinopla. Inicialmente fue condenado y deportado a Byzia de Tracia. En un nuevo proceso, algunos meses después, lo desterraron a Peberis en los confines del imperio. El año 662 se le hizo comparecer junto a dos de sus más esforzados discípulos —Anastasio el Monje y Anastasio Apocrisario— ante el prefecto y un sínodo reunido en Constantinopla. Las acusaciones que se le imputaban eran muy graves, incluso de carácter político: «Tú eres

—le dicen— el único responsable de haber entregado a los sarracenos el Egipto, la Tripolitania y todo el África del Norte». Se le insta a que rechace el Concilio de Letrán; se hace un simulacro de discusión teológica con Teodosio, arzobispo de Cesarea; y se le ofrecen todo tipo de distinciones si acepta suscribir el *Typus*. Como no consiguen nada con los halagos se pasa luego a los malos tratos.

A pesar de tener ya en ese momento 82 años, no sólo se negó rotundamente a firmar el *Typus* sino que defendió, con valor y brillantez, la verdadera doctrina. Esta actitud irritó a los miembros del sínodo y los tres testigos —Máximo y los dos Anastasios— fueron bárbaramente azotados y luego desterrados primero a Salymbria y luego a la fortaleza de Peibera.

Después de varios años de sufrimientos les cortaron la mano derecha y la lengua y así fueron mostrados al pueblo. Finalmente, los desterraron al fuerte de Lasica en las costas orientales del Mar Negro, al pie del Cáucaso, donde Máximo, extenuado, murió el 13 de agosto del año 662. También murieron en el destierro sus dos compañeros.

A Máximo se le conoce con el nombre de *Confesor* por la vigorosa entereza con que defendió la verdad con obras, palabras y ejemplos. El concilio ecuménico de Constantinopla del año 680 ratificaría solemnemente la doctrina de Máximo sobre las dos naturalezas, voluntades y energías en Cristo y rehabilitó elogiosamente su memoria y la de sus compañeros. Los tres son celebrados como santos, cuyo culto comenzó inmediatamente después de su muerte.

Además de tan vigoroso ejemplo de verdadero martirio nos quedan los escritos de San Máximo. Una obra amplísima que se encuentra recogida con la *Patrología griega*. Se publicaron en París en 1675 en dos tomos. En nuestro tiempo se han reeditado de diversas maneras, incluso en formas parciales con distintos títulos. Éstas son las más sobresalientes: *Quaestiones et dubia; Ambigua ad Iohannem; Disputatio cum Pyrrho; Scholia in beati Dyonisii libros; Quaestiones ad Thalassium; Ambigua in Gregorium Nazianzenum; Brevis enarratio Christiani Paschatis; Computo ecclesiastico; Capita de caritate; Liber asceticus; Mystagogia; Epistolae; Opuscula theologica et polemica.*

Se le atribuye una vida de María, recientemente descubierta en traducción gregoriana del siglo XI y que habría sido escrita antes del año 626. Sería entonces la más antigua vida de la Virgen llegada hasta nosotros.

En conjunto, la obra de Máximo hay que contemplarla como una obra dedicada a la defensa de la doctrina de la Iglesia. Es una doctrina esencialmente cristológica como lo pedía la situación del momento. Sus planteamientos no son sólo religiosos sino también van enraizados en el terreno de la filosofía, siguiendo la vertiente de las tesis aristotélicas. Ninguno de sus contemporáneos se le puede comparar.

La amplitud y diversidad de su obra se mueve en los campos de la dogmática, donde, además de trabajos directos como la *Discusión contra Pirro,* nos encontramos con multitud de cartas y pequeños trabajos.

Otro campo muy trabajado por Máximo es el de la exégesis, generalmente con trabajos encaminados a comentar y explicar pasajes difíciles, muy al modo de la escuela alejandrina.

Igualmente sobresaliente se muestra en sus obras ascéticas y místicas, donde merece una distinción muy especial. Es llamativo el tratado *Mystagogia,* que consiste en una explicación del simbolismo de la liturgia en orden a la vida mística.

Pero quizás donde mejor se revela su alma es en sus cartas, de las que se conservan 45, suficientes para formarnos una idea de su extraordinaria actividad literaria en unos momentos en que existía una confusión general de ideas y donde aparece su saber y su tesón defendiendo la mejor ortodoxia.

En suma, nos hallamos ante una figura que, según el P. Llorca, «merece un puesto de honor entre los Santos Padres de la antigüedad cristiana».

JOSÉ SENDÍN BLÁZQUEZ

Bibliografía

GATTI, M.ª L., *Massimo il confessore: saggio di bibliografia generale ragionata e contributi per una ricostruzione scientifica del suo pensiero metafisico e religioso* (Milán 1987).
Gran Enciclopedia Rialp. Tomo letra M, p.357-358.
LLORCA, B., SI - GARCÍA VILLOSLADA, R., SI - LABOA, J. M.ª, *Historia de la Iglesia católica.* I: *Edad Antigua: la Iglesia en el mundo grecorromano* (Madrid [8]2001).
MÁXIMO EL CONFESOR, *Meditaciones sobre la agonía de Jesús* (Madrid [2]1996).
— *Tratados espirituales* (Madrid 1997).

SAN JUAN BERCHMANS
Religioso († 1621)

Visto por fuera, es un muchacho bueno, ejemplar modelo de su tiempo. Nada más. Ni siquiera da la impresión de ejercer influencia alguna en los acontecimientos de la época que le ha visto nacer y morir. Sus días son tan breves que apenas pudieran hacer historia.

Examinado de cerca, es el santo (en todo lo que abarca la palabra) cortado para las modernas juventudes. Adiestrado en la lucha de la existencia dura: discípulo, colegial, pupilo, sirviente, ayo, maestro y estudiante. Siempre al servicio de un ideal elevado.

Para su dicha y nuestra edificación vio la luz un 13 de marzo y cerró los ojos a ella otro 13, pero de agosto. Todas las flores bellas tienen su *marzo* y su agosto. La fatalidad supersticiosa del número ha fallado esta vez como tantas otras. El libre devenir de la voluntad humana o divina no puede estar vinculado a la arbitrariedad ni a la mera coincidencia, ni siquiera a la providencia de una cifra.

La órbita de los siglos está a punto de engarzar el anillo del XVI. 13 de marzo de 1599. Bélgica. Apenas es nación. Ningún pueblo lo fue nunca por sí solo. En una villa ni siquiera famosa de Flandes —Flandes también fue España—, en Diest, las efemérides del día registran el natalicio del futuro San Juan Berchmans.

Juan Berchmans era también el nombre de su padre, curtidor de pieles y hasta zapatero remendón cuando la necesidad o la caridad lo exigían. Hombre discreto y prudente, no había podido, por dificultades económicas, concluir la carrera de Derecho, pero llegó a ser presidente del Consejo de Diest. Su temperamento, aunque fuerte e impulsivo, fácil a la reflexión, contrastaba agradablemente con el dulce y apacible de Isabel Van-der-Hove, hacendosa, activa y diligente, piadosa a pesar de sus buenas relaciones «de sociedad».

De raíz hondamente cristiana era el hogar de los Berchmans. En las familias había parientes sacerdotes y ambos esposos se preciaban de tener hermanas en el claustro. Clima propicio para

las siembras de Dios. Aunque, cuando Dios siembra, prepara la tierra.

Cinco fueron los frutos de maternidad de aquella mujer sufrida y enferma. De ellos, tres señalados con el sello amoroso de las divinas predilecciones. Y cuando ella se fue —porque Dios la quiso en su edad temprana—, el corazón de aquel padre ejemplar y esposo modelo se ablandó a las caricias de la gracia divina que llama, se insinúa y se impone, y se ordenó un día sacerdote.

Llega el primogénito de los Berchmans a la vida. La Iglesia le recibe por las puertas amplias del bautismo y, como a todos los que se hacen suyos, lo reviste de la nívea vestidura blanca, para que la conserve resplandeciente y la presente intacta, inmaculada, ante el tribunal de Nuestro Señor Jesucristo. A Juan se lo han dicho al oído. Él no lo ha entendido entonces, pero éste va a ser el distintivo de su vida, de toda su vida: su inocencia angelical.

Rubio, mediana estatura, faz alargada, ojos castaños, grandes, rasgados, saltarines, a través de los cuales se asoma la inocencia que se refleja en sus mejillas, encendidas primero, pálidas después. A través de las diversas etapas de su camino breve ha brillado incesante el encanto de su candor. Era el ángel del hogar pobre y sufrido. Así lo reconoce su santa madre cuando la enfermedad es más aguda y dolorosa. Como ángel del convictorio le mira el sacerdote don Pedro Emmerick, en cuya casa atiende la portería con el libro entre las manos. Iniciaba allí sus estudios. Con la gravedad de la larga dolencia de la madre se agravan las condiciones económicas de aquella noble familia, numerosa ya. Juanito ha cumplido trece años y es ahora el ángel predilecto del señor Timmermans, quien le recibe bajo su techo y protección y le presta toda clase de atenciones. Él lo presentará poco después en el seminario metropolitano de Malinas, donde sus alas visten de modestia y sencillez. Modelo de estudiantes aplicados, sigue aún con las alas extendidas y transparentes.

En el noviciado de los padres jesuitas en Malinas (fundado en 1611) se le conoce por «el ángel de la casa». Tan atractiva era su simpatía, su dulzura tan agradable, tan encantadora su virtud.

El propio director espiritual, padre Antonio Greeff, asegura que parecía un ángel en carne mortal. No es, pues, de extrañar que en sus primeros ejercicios espirituales no le impresionara lo más mínimo la meditación de los pecados.

La conservación de esta expresión angelical se debe sin duda alguna, junto con su entrega generosa y su colaboración personal, a la intervención de la Santísima Virgen, a la que profesa una devoción tierna, confiada, rendida y filial. Ella, la Reina de los ángeles, los hace tales, y así conserva y preserva a los que de verdad la aman.

En el humilde hogar paterno, plantel fecundo de virtudes, se entrena Juan, muy niño aún, en repasar las cuentas del rosario y, memoria fresca para la piedad, no lo olvidará jamás.

Diez inviernos nevados registra la cadena de sus días. 1609 y se pone la primera piedra del primer templo nacional de peregrinaciones marianas. Es la Virgen de Sichem aureolada por los sucesos prodigiosos en torno de la pequeña imagen que un pastorcillo descubre en el hueco de una encina. Juan peregrina a Sichem siguiendo las márgenes del Demer. Cae de rodillas ante la Virgen de Monteagudo. Esto se repite y se vuelve a repetir muchas veces con renovado fervor, que se desborda en torrentes de sinceridad y buenos deseos: «Quiero amar a María». He aquí el estribillo de sus desahogos espirituales. Su devoción a la Madre se hace convicción sensible en él: «Si logro amar a María, tengo segura mi salvación; perseveraré en la vida religiosa; alcanzaré cuanto quisiere; en una palabra, seré todopoderoso». A ella dedicó su *Coronita de las doce estrellas.*

Es el momento culminante de la famosa controversia escolástica sobre la gracia *y* la libertad. Jesuitas y dominicos están de frente en la discusión. Valladolid y Salamanca ocupan la mención de la ciencia universal. Pocos años antes han surgido los errores de Bayo, el catedrático de Escritura en Lovaina, sobre el estado original del hombre, la gracia y la libertad. No ha tenido vergüenza en afirmar que María había sido concebida en pecado, y por eso debió morir. Cierto: los dogmas de la Inmaculada y Asunción no eran luz de mediodía perenne, pero brillaban en los espacios con resplandores de verdad. Belarmino sofoca el germen de rebeldía. Francisco de Toledo, en nombre de Pío V,

apacigua las disensiones. La bandera oculta la ha desplegado Berchmans, despertando las conciencias de tan eminentes cardenales. El error se cernía sobre el país. Juan bastó para desvirtuarlo. Nuestro insigne teólogo Juan de Lugo atribuye el nuevo movimiento favorable en torno a la Inmaculada al interés y la fervorosísima plegaria del joven Berchmans. ¡Lástima que el tiempo no le permitiera asomarse a la palestra de las públicas discusiones!

El mismo Lugo confiesa que el decreto de 24 de mayo de 1622 se ha conseguido no sin la influencia sobrenatural del que fue joven estudiante de los jesuitas en Roma. En él se confirman las constituciones de Sixto VI, Alejandro VI, San Pío V y Paulo V; se manda severamente que nadie, de palabra ni por escrito, ose afirmar que la Santísima Virgen María fue concebida en pecado, y se solemniza la fiesta de la Inmaculada.

Ya en el último año de su vida se había comprometido, firmando con su propia sangre, a «afirmar y defender dondequiera el dogma de la Inmaculada Concepción».

Si hubiéramos de examinar su virtud característica y peculiar —cada santo se suele especializar en una sin menoscabo de las demás—, nos veríamos obligados a reposar las teclas y guardar un silencio prolongado. Su virtud consiste en la práctica de todas las virtudes, y todas —parece imposible— por igual. Su obsesiva tensión, su locura de santo no es otra que la santa regla, la fiel observancia, primero como hijo, después como discípulo, más tarde como jesuita.

«He cumplido siempre con mi padre —que Dios tenga en la gloria— los oficios de verdadero hijo». Virtuoso sin afectación ni gazmoñería, nos dice: «Hablar sin ton ni son de cosas espirituales molesta».

Aforismo de la ascética cristiana es hoy la acertada expresión en que él resume todas las exigencias de su ascetismo: «Mi mayor penitencia, la vida común». La vida común en su doble acepción: la vida de cada día y la vida de comunidad, que no sabe abandonar más que en virtud de estricta obediencia.

Por lo demás, su espíritu disciplinado se mantiene alegre hasta el contagio, pese a las desabridas sequedades de su alma. Su inteligencia despierta se abre a la erudición y disciplinas de

alta cultura. El dominio del inglés, francés y alemán le ilusiona. Habla además flamenco, su lengua patria; el italiano, porque allí vivía; el latín, por exigencias disciplinares. Voluntariamente asistía a una academia helenista del colegio. Todo por las posibles necesidades apostólicas.

En síntesis, ésta es su pequeña historia. Una estela luminosa de veintidós años cumplidos y aprovechados. Dios obró en él sus maravillas, como en todos los santos, más que en el resto de los mortales. El esfuerzo humano es imprescindible en la escala de las ascensiones. Pero al fin y al cabo es lo de menos. Lo de más son las maravillas de la gracia. Tal vez la más patente en Berchmans sea la de no haber sentido nunca el latigazo rebelde de la carne.

«Jesús, María» fue su última plegaria. Jesús y María recogían su alma limpia —ubérrima cosecha— el 13 de agosto de 1621.

Fue canonizado por el papa León XIII en 1888.

JOAQUÍN GONZÁLEZ VILLANUEVA

Bibliografía

CEPARI, V., *Vida del Beato Juan Berchmans de la Compañía de Jesús* (Barcelona 1865).
DELEHAYE, H., *Saint Jean Berchmans (1599-1621)* (París [7]1922).
JUAN BERCHMANS (San), *Corona de las doce estrellas de María santísima* (Madrid 1856).
Le Musée Saint Jean Berchmans à Louvain, 18-25 mai 1921. L'exposition, l'iconographie, la bibliographie (Lovaina 1922).
• Actualización:
LIOBA, M., *Saint Jean Berchmans* (Brujas 1980).
SCHOETERS, K., *San Juan Berchmans* (Madrid [2]1962).
URRUTIA, J. L. DE, *San Juan Berchmans* (Sevilla 1993).

SAN BENILDO (PEDRO) ROMANÇON

Religioso († 1862)

Los mismos testigos del proceso de la beatificación del hombre de Dios se acordaban bien de aquel 29 de septiembre de 1841. Las calles del pueblo estaban llenas de música y el cortejo se acrecía en cada esquina con una tropa ingenua de chiquillos.

El alcalde y los concejales acompañaron a los nuevos maestros, precedidos todos de los alegres tambores de la fiesta.

Los corros en las puertas de las casas seguían con el comentario y los ojos a los tres religiosos. Se cubrían con un amplio sombrero de alas levantadas a modo de tricornio, y se envolvían en un manteo de extrañas mangas perdidas que abrochaban bajo una golilla lisa y blanca caída en dos tablas iguales sobre el pecho. El más pequeño de los tres, apenas metro y medio de talla, es el director. La primera impresión superficial no es muy optimista en las bocas de los campesinos recelosos: «Nos envían lo que les sobra».

Y, sin embargo, veinte años más tarde, de nuevo, todo el pueblo se echaría a la calle; pero esta vez para acompañar el entierro de aquel hombre pequeño, a quien ya todos llaman santo.

El escenario es Saugues, una pequeña ciudad del macizo central francés; tierras pobres, pastizales, ralas arboledas, en una meseta alta y fría. Capital de aldeas, centra la vida de una comarca, en la que el relativo aislamiento amasa el carácter de los hombres para hacerlos meditativos, serios, apegados a su fe como a su tierra, buenos cristianos o pecadores que saben que lo son. Las veladas de los largos inviernos, que duran de seis a ocho meses, son fácilmente ocasión de atender, sin discurso, a la verdad de la propia vida, los ojos fijos en el fuego del hogar, que las manos inconscientes atizan.

Aquí nació el renombre de santidad del sencillo maestro del pueblo; desde aquí se extendió hasta recibir de la Iglesia el reconocimiento de valor de ejemplaridad, modelo de cristianos y camino hacia la bienaventuranza.

Y, sin embargo, cincuenta y siete años oscuros, gastados en paz en un medio ambiente reducido y monótono —el hogar paterno, el noviciado, la escuela— pudieran parecer caudal harto menguado para alimentar en una vida la aureola pública de la santidad. Pero, una vez más, en la Iglesia los humildes son exaltados en la palabra de Cristo, y a todos se ofrece camino a propósito.

San Benildo recibió en el bautismo el nombre de Pedro; hijo de Juan Romançon, vivió sus quince primeros años en el hogar campesino de sus padres en Thuret, pueblo laborioso, pacífico, siempre renovado a la sombra de la robusta torre hexagonal de la parroquia, que antes fue abadía benedictina y presidió el nacimiento de la villa.

Y Dios señala a quien quiere. A los diez años, Pedro Romançon juntaba a sus compañeros y repetía con ellos el catecismo que el domingo habían aprendido en la parroquia. Algunos años después, en 1818, de la mano de su madre recorre las calles de la capital de la provincia, Clermont Ferrand, y entre las tantas cosas recién estrenadas que se atropellan en sus ojos, la silueta de dos religiosos se abre paso hasta su boca. La piadosa madre satisface su curiosidad. Son los Hermanos de las Escuelas Cristianas; son unos hombres que dedican toda su vida a enseñar a los niños, sobre todo a los pobres, y, sobre todo, las cosas necesarias para servir a Dios y poseerle. Todo un presentimiento oscuro se hace luz en el alma del adolescente.

Sus padres no se oponen a sus deseos, pero tratan de asentar su elección en bases sólidas. Cerca de Thuret hay una escuela de los hermanos. Pedro es enviado allí algún tiempo, como interno.

Su decisión se afirma, pero las puertas del noviciado de Clermont no se abren. Su talla exigua puede comprometer mañana la autoridad del profesor en el mundillo atolondrado de la escuela. Pero la negativa no es rotunda, los superiores saben que la extraña tenacidad persuasiva que brilla en sus pupilas y la firme dulzura de los rasgos de la boca y de las palabras del muchacho pueden suplir otras deficiencias. Y así fue: de esa luz persuasiva de los ojos y de la cálida expresión de sus palabras sus alumnos se acordarán siempre.

Un año, pues, de espera, y Pedro Romançon se convierte en el hermano Benildo, y se incorpora al joven Instituto de San Juan Bautista de La Salle.

Y desde ahora el apostolado de la escuela va a llenar su vida y sus aspiraciones. Lo que tantos teóricos han proclamado, él lo va a realizar en los modestos límites a que le constriñen las limitaciones humanas, pero con una plenitud y una densidad perfectas. Y en esto consistió su santidad según el testimonio del Sumo Pontífice Pío XI: «Hizo las cosas comunes de manera no común».

Aurillac, Riom, Limoges, Billon, Saugues: otros tantos establecimientos docentes primarios que son jalones de la carrera laboriosa y fecunda del siervo de Dios. Maestro de las clases pe-

queñas, responsable más tarde de una sección de barriada de Limoges, director, finalmente, de un modesto grupo escolar en Billon y Saugues.

Pero fue en Saugues donde a lo largo de veinte años tuvo tiempo de hacerse patente a los hombres el heroísmo de su vida.

Los cuatro hermanos de su pequeña comunidad, la escuela, y las relaciones sociales oportunas inherentes a su cargo y exigidas por su caridad van a ser sus preocupaciones para el resto de su vida. Pero este círculo reducido que rodea sus horas, está ceñido a su vez por una presencia ineludible y amada, que da sentido a todo, que avalora todo, que engendra en él la conciencia de la majestad de la misión que se ofrece a su pequeñez. Aparentemente sencilla, esta visión trascendente de la vida, vivida en Dios, es suficiente, porque es inagotable, para alimentar la tensión necesaria, que mantiene al hombre en vela de cara al advenimiento de la eternidad... El hermano Benildo tenía conciencia de esto cuando refería su vocación a la gloria de un emperador, entonces, cuando en Francia se soñaba de nuevo en hacer eternas las efímeras gestas de principio de siglo.

Y fue fiel a su vocación de vivir íntegramente la voluntad de Dios hasta en el remendar sus ropas o acechar el momento, el momento oportuno de insinuar, con la corrección, el amor al deber en la almilla turbulenta de cualquier diablejo pelirrojo, que, como aquel Senas de Saugues, se divierte en parar el reloj para que dure más el recreo.

Y apenas hay nada más en esta hermosa vida; nada más y nada menos. Y la amable sencillez y la cordialidad hecha caridad cristiana, la severidad mantenida en los límites precisos frente a un temperamento vivo y pronto, la abnegación saboreada, esculpida en el propio ser frente al modelo de la divina parábola del grano de trigo, todo se amasa con el polvo menudo de la monotonía. Y éste es el milagro de su vida: no se embotan los filos de esta alma, no se amortece su brillo ni se aflojan sus nervios. El pueblo sencillo, buen catador de esencias, dio su testimonio.

Es notorio que las madres se inclinaban al oído de sus hijos cuando pasaba el hermano Benildo y decían: «Mira, mira, los

hermanos; el más pequeño —y lo señalaban con el dedo— es el santo». La sorpresa frívola y desilusionada de la primera vez se había trocado en otra sorpresa sobrecogida y respetuosa.

Parece que no hizo milagros en su vida: empero una madre contaba en los procesos de beatificación que él la había mandado lavar a su hijo enfermo, simplemente con agua del río y que las costras caían apenas esta agua de obediencia bendecía la piel del enfermito. El locutorio de la escuela era testigo de toda una filigrana de prudencia con la que el buen director mantenía a raya el fervor rudo y untuoso de sus visitantes. Las oraciones de comunidad, recuerdan los hermanos que con él vivieron, iban casi siempre aguijoneadas por intenciones encomendadas al siervo de Dios. «No somos nadie, pero no podemos desilusionar a esta buena gente. Recemos por ellos». Éste era el comentario que precedía a sus plegarias y al júbilo de los que por su intercesión veían desvanecerse sus inquietudes y sus dolores.

Los Hermanos de las Escuelas Cristianas que vivieron con él van sembrando de admiración creciente su camino. En el noviciado nadie hubiera predicho para el pequeño novicio la gloria de los altares. Era ejemplar, como tantos otros novicios, pero nada más exteriormente. El registro del noviciado de Clermont no añade nada a los escuetos datos biográficos de inscripción y salida. Sigue un período oscuro de veinte años en los que, siempre religioso ejemplar, cumple su deber como muchos y sigue su habla interior con la Trinidad, a la que consagró su vida. Su vida interior se trasluce apenas. No habla de sí el que siempre estaba ocupado en hablar con Dios. No escribió sus experiencias sobrenaturales. Su bella caligrafía se nos conserva sólo en algunas cartas administrativas o familiares. Vivió el espíritu de fe de su Instituto y cumplió sus reglas amorosamente. Esto atestiguan los que con él vivieron y su testimonio va ungido de la admiración de quien conoce en su propio pulso la asfixia con que la monotonía de una misión fecunda, sólo a condición de su continuidad, pretende ahogar los mejores arranques que florecen siempre en la vida de los hombres.

En el proceso de su beatificación atestiguaron muchos de sus antiguos alumnos, hombres maduros a la sazón, en la plenitud del vigor y con los recuerdos cernidos y aquilatados. En

realidad, en el plano humano, ellos fueron los que ciñeron a su maestro la corona más limpia de las famas humanas.

Mozos campesinos desde el primer momento acudieron a sus clases nocturnas; rapazuelos que durante tres o cuatro años pusieron a prueba su paciencia y gozaron de su cariño. Luego, unos afincados en la misma tierra, otros aventados por los años, sacerdotes, hermanos como él, militares, médicos... volvieron a dar testimonio de admiración y gratitud. Tuvieron otros maestros, casi todos hombres rectos y buenos, pero sólo él alcanzó la fama de santo.

Le llamaban el hombre del Rosario; se acordaban de que algunos de ellos iban por las tardes, cuando salían de clase, a la iglesia para ver a su maestro; aún les bailaban en los labios los aires sencillos que el hermano les enseñaba para que los cantasen en las eras cuando la escuela cerraba las puertas y las faenas agrícolas les llamaban al campo.

La escuela fue en sus manos un instrumento insuperable para mantener la fe de Saugues. El joven coadjutor de la parroquia, que vivió junto a él durante algunos años, lo sabía bien. Y más de doscientas vocaciones para los seminarios y noviciados hablan más elocuentemente que todos los panegíricos.

Su escuela fue su apostolado y conscientemente supo realizar la difícil transposición de unas cosas tan chicas y tan sencillas al plano sobrenatural, él que se adelantaba al saludo quitándose el amplio sombrero cuando se cruzaba en las callejas con los chicos, más ocupados en jugar que en acordarse de las composturas corteses. Algún hermano que le acompañaba protestó débilmente de esta deferencia excesiva: «Hermano —era la respuesta—, ¿es que sus ángeles de guarda no nos merecen este respeto?».

Algunos se acuerdan también del inevitable ferulazo —la férula específica de los maestros de siglos y siglos de generaciones—, pero el recuerdo agrio va indefectiblemente unido a otros recuerdos: el sosegado signo de la cruz que el santo hombre trazaba sobre sí antes de crucificar levemente la carne de sus discípulos. Al niño le impresionaba el gesto, pero se le escapaba ciertamente el significado. No le es fácil al maestro ponerse siempre en guardia contra su propia afectividad también al-

borotada. Lo entenderá quien tuviere experiencia de chicos. El Beato Benildo se ingeniaba en este arte difícil. Su llavero era su mejor cilicio; cuando algún rapazuelo se propasaba —y ocurría, y ocurrió también la excepción del zueco agresivo disparado por una manecilla irascible— se encontraba con el llavero del director entre sus manos, con la orden de devolvérselo a la salida. Tiempo ganado contra posibles traiciones de su genio vivo. Cuando el alumno alargaba la mano, baja la cabeza, con el famoso llavero, era ya tiempo para los dos, maestro y discípulo, de satisfacer sin pasión a las irreemplazables oportunidades de la educación y a las exigencias de la disciplina.

La atención a la marcha general de la escuela nunca fue excusa para que el hermano Benildo se apartase del contacto directo con las clases. Las intrigas pueblerinas, inevitables en una organización dependiente del mismo municipio, acreditaron su serenidad de juicio, y su equilibrio sabía contrarrestar las injerencias a veces opuestas de ediles y párrocos. Pero su gestión administrativa no pudo anular el instinto sobrenatural de catequista y maestro, que era en él el motor de su vida.

Todos los días pasaba por las clases. Ayudaba a los maestros novicios, corregía con su propia letra los renglones titubeantes de los más pequeños, estimulaba el esfuerzo con cuidadosos y constantes sistemas de emulación, poniendo íntegra, a disposición de sus aldeanos, la acreditada tradición de su Instituto. De sus explicaciones de religión, nos han quedado testimonios fervorosos. Él mismo se ocupaba cada año de preparar los niños que habían de hacer la primera comunión, haciéndose niño con los niños para presentarlos a Cristo.

Y esto hasta el fin, hasta su última visita a las clases, ya enfermo, días antes de morir: «Hijitos, sé que rezáis por mí; pero ya no me curaré; el Señor me llama. En el cielo rogaré por vosotros». Algunos de aquellos muchachos se acordaban de los sollozos que estallaron en las clases. Y no son frecuentes estas expresiones de emoción en las escuelas.

En estas llamas mansas y continuas se gastó su vida. En el alba del 13 de agosto de 1862 las campanas de Saugues avisaban a la parroquia: se iba a administrar la extremaunción a un enfermo. Todos sabían de quién se trataba; las calles se animaron en

aquella hora fría y desusada y los aldeanos acompañaron al sacerdote a la humilde escuela, y al humilde lecho del enfermo, los que pudieron entrar. El sacerdote accede a la súplica de los que le acompañan y pide la bendición del hermano Benildo para todos los presentes y para el pueblo entero. La leve resistencia se esfumó en la última sonrisa, y la misma mano que tantas veces se había levantado sobre ellos para enseñar, para corregir, para estimular, ahora se levanta para bendecir, con la misma sencillez de toda la vida. Aquella misma mañana el hermano Benildo descansaba en la paz.

No fue a Dios con gestos magníficos, ni con rudas penitencias. Hizo su camino por el camino de todos. Osciló como todos los hombres entre el dolor y la tristeza, entre la paz y el riesgo, entre el temor y la esperanza. En los últimos días nos dejó un documento a nuestra medida de la bíblica milicia que fue su existencia. Un viejo sacerdote le visita: «Habéis llevado una vida de santo, es cierto, pero los juicios de Dios son inescrutables». Cuando sale el inoportuno visitante, el enfermo llama a sus hermanos con la angustia en los ojos: «Leedme unas páginas sobre la misericordia de Dios».

Aceptó suavemente, sencillamente esta condición de la vida temporal hasta que la última campanada del tiempo fijó en Dios el péndulo de su conciencia.

Fue beatificado el 4 de abril de 1948 por el papa Pío XII y canonizado por Pablo VI el 29 de octubre de 1967.

HERMANO JULIÁN, FSC

Bibliografía

Las campanas de Saugues. Vida de San Benildo, hermano de La Salle (Burgos 1967).
RIGAULT, G., *Un instituteur sur les autels, le bienheureux Bénilde* (París 1950).
Le vénéré frère Bénilde (Toulouse).
Vida del Beato Benildo de las Escuelas Cristianas (Madrid 1948).

BEATO SANTIAGO GAPP

Presbítero y mártir († 1943)

Jakob Gapp, religioso marianista, cuando llegó a España huyendo de los nazis, quiso que se le dijera su nombre en castella-

no, Santiago, porque quería encarnarse en el pueblo en el que iba a vivir. Estaba ya muy fichado por los nazis que sabían muy bien que era enemigo del nazismo, no por razones políticas sino por motivos éticos y religiosos, porque creía que el nazismo era una inmoralidad, contraria a la dignidad del hombre, y era incompatible con el mensaje del evangelio. Los nazis, por fin, podrían tenderle una trampa en la que caerá ingenuamente y apoderarse así de él para llevarle al juicio y a la muerte.

Santiago, que así lo llamaremos en español, como él quería, nació en Wattens, en El Tirol austríaco, el 26 de julio de 1897. Era el séptimo hijo de Martín Gapp y de Antonia Wach. La situación social de su familia era muy modesta. Su padre había sido agricultor pero no le había ido bien y había perdido sus tierras, y al tiempo de nacer este su último hijo era obrero en la fábrica de papel del pueblo. El hogar de Martín y Antonia era un hogar cristiano, donde se daba a los hijos una sólida educación religiosa. Santiago frecuentó la escuela pública entre 1904 y 1910 y en ella cursó la enseñanza primaria y, terminada ésta, pasó al Colegio Leopoldino de Hall, a diez kilómetros de Wattens, para estudiar los ocho cursos del Gimnasio, donde tuvo como tutor al P. José Lechner, franciscano, a cuya Orden pertenecía el colegio. En los veranos se iba al vecino pueblo de Aldrans, con unos parientes suyos, a quienes ayudaba en las faenas agrícolas. Pero al cumplir los 16 años hubo de dejar el internado del colegio y vivir en casa de una familia de Hall. Santiago era un chico bueno y estudioso y muy piadoso, perteneciendo a la congregación mariana del colegio.

Llegada la I Guerra Mundial, Santiago se alistará bajo las banderas del emperador el 24 de mayo de 1915 en el cuerpo de los cazadores imperiales, acreditando valor y siendo herido el 4 de abril de 1916 en acción de guerra, lo que le valió la medalla militar de plata de segundo orden. Continuando la guerra, cuando se repone baja a Italia con las tropas italianas, está en la batalla de Caporetto, pero al final de la guerra es hecho prisionero con sus compañeros en el frente de Riva, al norte del lago de Garda. Estuvo preso diez meses, siendo custodiado por los checoslovacos. Firmado el tratado de paz, pudo volver a casa. Parece que el tiempo de servicio militar fue una etapa de crisis

interior en materia religiosa y que cuando volvió a su casa, su madre se lamentaba mucho de verlo tan frío en la piedad. Se ha dicho que llegó a ser ateo, pero más bien parece, lo que él mismo dijo, que por entonces no tuvo firmes los principios religiosos. Sin embargo el hecho es que presentó su petición de ingresar en la congregación marianista, luego de consultarlo con el párroco de su pueblo, Luis Ghall, que le dio un certificado de buena conducta religiosa y moral. Calificó a Santiago de temperamento abierto y sin engaño, carácter recto y comportamiento intachable. Tuvo una entrevista en Freistadt con el P. provincial de la dicha congregación y se le aceptó para ir al noviciado de Greisinghof, en Pregarten, a donde llegó el 13 de agosto de 1920. Era maestro de novicios el P. Hipólito Hamm. Con Santiago los novicios eran cinco. El siguiente 29 de septiembre comenzó su noviciado. El maestro anotó que del servicio militar había traído Santiago ideas socialistas. Pero no hay duda de que Santiago fue muy receptivo a la formación religiosa que se le daba en el noviciado y que significó para él una auténtica conversión espiritual a Dios. El 27 de septiembre de 1921 hizo la profesión de los votos religiosos, acto que él llamará el más grande y valioso de su vida. Él llamará también al año de su noviciado el año más hermoso de su vida.

Fue destinado en primer lugar al Marien-Institut, la casa de su congregación en Graz, capital de la Estiria, donde estaría hasta 1925. Aquí halló de superior al P. Francisco José Jung, que le informó que tenía que empezar sus estudios de filosofía al tiempo que hacía de prefecto de la clase preparatoria, los chicos de 10-11 años, que eran 41, la mayoría internos. Prefecto no significaba docente pero sí educador. Tenía que estar con ellos en los recreos, en el estudio, en el refectorio y en el dormitorio, en una de cuyas esquinas tendría Santiago su cama. Santiago se aficionó al P. Jung, que será en adelante su mentor y su confidente. También fue informado de que estaba destinado a ser sacerdote y que por ello estaría encargado de la sacristía y de los monaguillos. Aprendió Santiago en estos años de Graz a ser un verdadero religioso marianista al tiempo que aprovechó en sus estudios de filosofía, latín y griego. Los superiores de la comunidad daban buenos informes de Santiago. Pasados los tres años de vo-

tos temporales, Santiago pidió la profesión perpetua, pero se le dijo que aguardara todavía. En marzo de 1925 volvió a presentar su solicitud y con un numeroso grupo de marianistas de toda Europa pudo finalmente hacer los votos perpetuos en Antony, Francia, el 27 de agosto de 1925. A continuación fue destinado a Friburgo, Suiza, donde haría los estudios teológicos, y donde estaría hasta 1930.

En el seminario marianista de Friburgo estaba de superior el P. Emilio Neubert, el cual ejercería una magnífica labor formativa sobre Santiago, corrigiendo sus defectos y pidiéndole que atemperara su excesiva sensibilidad, que llevaba al superior a tenerlo por el «enfant terrible» del seminario. Este mismo superior no dejaba de reconocer y de anotar las buenas cualidades del joven religioso. Por ello las dificultades que originaba su dicha sensibilidad no impidieron que los superiores lo presentaran a las órdenes sagradas que fue recibiendo por su orden hasta que el 5 de abril de 1930 en la catedral de San Nicolás, de Friburgo, fue ordenado sacerdote por el obispo de la diócesis de Lausana, Ginebra y Friburgo, monseñor Mario Besson. El 20 de julio celebró su primera misa solemne en su pueblo natal, donde le esperaron todos en masa, le pusieron un arco de triunfo y al término de la misa solemne le dieron un banquete.

Fue entonces (15 de febrero de 1931) enviado a Freistadt como capellán del Marianum, una institución para 350 alumnos, en la que estaba además el postulantado. Funcionaban en ella tres escuelas: una primaria, una superior y una escuela normal o de magisterio, y en régimen de clases nocturnas una escuela de formación profesional. Estaba de superior el señor Johann Zach, religioso marianista laico. Se le asignó a Santiago la clase preparatoria de magisterio, de 34 alumnos. Comía con ellos y tenía su cama en el dormitorio común de los jóvenes. Daba clases de francés. Era también el asesor de la congregación mariana. Al término del curso, hizo su examen en el obispado y recibió su título de catequista que le acreditaba como profesor de religión. Se dijo de él que era muy blando con los jóvenes, pero los superiores reconocieron que era un sacerdote abierto y bondadoso que atraía a los jóvenes a su confesonario. Al concluir el curso es destinado a Lanzenkirchen, donde los religiosos tenían

una escuela pero no un capellán marianista y lo deseaban. Santiago realizó la labor pastoral que se esperaba de él y como la escuela estaba junto a la parroquia del pueblo echaba también una mano al párroco en las obras juveniles. Y ya entonces comenzó a poner en guardia acerca de los errores morales del nacionalsocialismo. Se hizo cargo de la Asociación Juvenil Católica de Lanzenkirchen y procuró transmitir a los jóvenes con gran esfuerzo y entusiasmo los verdaderos valores cristianos. Él ya entonces no dudó en decirles a los jóvenes: un católico no puede ser nacionalsocialista. Y éstos eran sus sentimientos cuando el 30 de enero de 1933 llegó Hitler al poder en Alemania y comenzó a planear la anexión de Austria. Como él mismo declarará ante el tribunal que lo condenaría a muerte, él estudió a fondo el nacionalsocialismo, atento a comprender su naturaleza profunda lo más exactamente posible.

En junio de 1934 el P. Gapp es destinado como capellán al Marien-Institut de Graz. Aquí realiza su misión pastoral, pero también se ocupa mucho de los pobres, logrando que cada día se preparen cuarenta comidas más para las familias que padecían el problema del paro y colaborando activamente con las Conferencias de San Vicente de Paúl de la parroquia del Santo Sepulcro, en cuyo distrito estaba el colegio. Varios religiosos y alumnos mayores se unieron a su tarea benéfica. No disimuló ni en privado ni en público sus objeciones de fondo al nazismo. Por ello, cuando se produjo en marzo de 1938 la anexión de Austria, se le pidió que fuera en adelante más cauto y no pusiera en peligro la institución. El P. Gapp dijo que no pensaba ceder en su oposición ética y religiosa al nazismo, y entonces se le destinó a Freistadt. La prudencia teórica de los superiores que adoptaron el saludo nazi y se colgaron la cruz gamada no sirvió. Las casas marianistas fueron confiscadas y los religiosos expulsados. La casa de Freistadt sería incautada también a finales del curso. El P. Gapp fue autorizado a volver a su pueblo y pasar un tiempo con su familia. En septiembre lo destinan a Breitenwang-Reutte como coadjutor de la parroquia y catequista de las escuelas de Reutter. Aquí fue denunciado por primera vez a la policía, porque dijo que había que amar a todos, incluyendo a los que eran llamados enemigos del pueblo alemán. Interroga-

dos por un inspector los niños y el catequista, repitieron lo que el P. Gapp decía. El P. Gapp reafirmó ante el inspector la doctrina católica. Igualmente se le acusó de haber hablado a los niños de temas sexuales. Las explicaciones dadas por Gapp no sirvieron de nada. Fue suspendido como catequista. Hubo de irse por tanto a Ulmberg con unos familiares suyos y desde allí pidió destino a los superiores. Por fin se pensó en que pasara a Francia, pidiendo permiso para su salida como si fuera a estudiar. Mientras tanto se fue a Wattens a casa de su hermano y ayudó al clero local. Allí, el 11 de diciembre de 1938 tuvo un sonado sermón en la parroquia, en el que defendió al Papa de los ataques de los nazis y pidió a los fieles que no leyeran los libros nazis sino libros católicos, atacando el libro de Rosemberg, *El mito del siglo XX*. La gente quedó horrorizada, y el coadjutor le pidió que escapara a donde pudiera. Se va a Lienz con unos primos. Vuelve a Wattens y va a Innsbruck y se entera de que le han negado el pasaporte. Pero consigue uno, y el visado francés, y el 21 de enero sale para Venecia, de donde pasa a Milán y de Milán a Francia, siendo recibido por los marianistas del Collège Stanislas. El día 29 llega por fin a Burdeos que es su destino. Colabora en las confesiones y en la biblioteca, pero siente que tiene muy poco trabajo. Entonces es cuando se piensa que pase a España. Pero la Gestapo lo ha localizado y seguido. Y supieron de su homilía del día de Pascua en la capilla de Burdeos hablando de la persecución nazi contra el cristianismo, y pidiendo oraciones por los perseguidos. Era claro que lo prudente era ir a España, donde acababa de terminar la guerra. El 23 de mayo de 1939 salió de Burdeos para la frontera española.

Al bajarse del tren en Irún, le esperaban dos religiosos, a los que les dijo que en España quería llamarse Santiago. Seguidamente marcharon a la casa de San Sebastián en la que había quedado destinado. Lo más importante de momento es aprender español, lengua de la que tenía algunas nociones. El P. Constantino Fernández, director ahora del colegio marianista de Cádiz, llamado de San Felipe, había sido compañero en Friburgo del P. Gapp y solicita al provincial se le envíe. Así se acuerda, y el P. Gapp viaja hasta Cádiz. No puede remediar sentir una gran nostalgia de su patria. Se entrevista con el P. Jung

en Madrid y ha de desistir de cualquier intento de regresar a Austria ya que ha sido declarada la II Guerra Mundial. Vuelve a San Sebastián. Aquí en su incipiente español da latín, alemán y religión. Y solicita ser enviado a los Estados Unidos. Pero conoce al Sr. Othmar Pisarik, austríaco que trabajaba en San Sebastián, y por su medio a la familia Arambarri Stoehr, que tenía una hija de 13 años y un hijo de 10. El P. Gapp se ofrece a ser el preceptor de los jovencitos viviendo con la familia en Lequeitio. El P. Jung, que ahora dirige la congregación por muerte del P. General, le da la licencia solicitada. Se marcha a Lequeitio al terminar el curso y allí pasa el verano. Para no ser gravoso a la familia, a comienzos del curso, se ofrece al colegio de los PP. Mercedarios y le asignan clases de francés e inglés. Tenía 22 horas semanales de clase y se entendió bien con sus alumnos. En diciembre se trasladaría a vivir con los mercedarios sin dejar por ello su preceptoría de los niños Arambarri, y al final del curso regresa a la casa marianista de San Sebastián. No se había entendido bien con la madre de los niños, que ponía pegas al tipo de educación que quería brindar el P. Gapp. Entonces es enviado al colegio de Valencia. De camino visitó el Pilar de Zaragoza, tan entrañable para los marianistas. En Valencia, a donde llega el 14 de septiembre de 1941, dio clases en los cursos de bachiller, y pasó un año de relativa paz en esta casa, siempre añorando su patria. Parece que no lograba imponerse a los alumnos y se sintió fracasado. Pensó entonces en ir a Inglaterra. Dio una sonada homilía a la colonia alemana de Valencia, para la que celebraba una misa al mes con sermón en alemán, en la que dijo que si los alemanes seguían los derroteros de Hitler tendrían que venir los africanos a recristianizarlos. Los espías nazis tomaron buena nota y personas extrañas comenzaron a entrar en el entorno del P. Gapp, entre ellas varios judíos que dicen querer convertirse y un religioso alemán, el P. Lange. Éste lo convence de que se ocupe de ellos. Por entonces también el P. Gapp se hace con algunos ejemplares de la carta pastoral de D. Fidel García Martínez, obispo de Calahorra, en la que denunciando los errores modernos denunciaba entre ellos el totalitarismo nazi. La carta pastoral no pudo ser reproducida fuera del boletín oficial del obispado. El P. Gapp supo de ella y se

hizo con varios ejemplares que fue prestando a religiosos de su comunidad, y a varias personas más, entre ellas a los citados judíos que querían convertirse. Ingenuamente habla con el cónsul alemán, le dice su opinión sobre el nacionalsocialismo y le pide un nuevo pasaporte que naturalmente le dieron con presteza por si él mismo volvía solo a Alemania. Pero rehusó el visado de vuelta a Alemania, porque esperaba un cargo parroquial. Los religiosos marianistas pusieron en guardia al P. Gapp sobre los supuestos judíos que querían convertirse, pero el P. Gapp no escuchó las repetidas llamadas de atención. Ha solicitado de la diócesis de Tortosa que le den una parroquia y por ello en septiembre, al comenzar el curso, no le asignan clases. El 4 de noviembre le pidió un poco de dinero al director del colegio porque iba a hacer un viaje con sus amigos, pasando por El Pilar, y a la espera de que llegara su nombramiento parroquial. Al día siguiente marchó muy temprano y al mediodía se presentaron en el colegio a recoger el baúl del P. Gapp, que también ingenuamente fue entregado. Este baúl iría hasta Berlín, pensando que habría en él pruebas contra Gapp, que realmente no había. Hizo en efecto el viaje proyectado con parada en Zaragoza. El viaje llegó a San Sebastián y aquí le propusieron cruzar la frontera y pasar unas horas en Hendaya. Aunque alegó el P. Gapp que no tenía licencia, sus acompañantes lo convencieron alegando el poco tiempo que iban a estar. Se desconocen los detalles pero al llegar a Francia lo detuvieron. Todo estaba preparado. Los supuestos amigos, incluyendo al P. Lange, actuaban al servicio de la Gestapo o eran miembros de la misma. Tras su detención, es llevado a Berlín. Tendrá nueve meses de cautiverio, en los que tendrá tiempo de repasar su vida, de volver a verla a la luz de la fe y de prepararse, como él mismo dirá, muy bien a la muerte. Los días 25 y 27 de enero de 1943 es interrogado en la sede del Servicio de Seguridad del Reich *(Sicherheits Dienst),* dependiente de la Gestapo. En este interrogatorio él declara abiertamente su fe católica, su adhesión a Cristo y a la Iglesia y su rechazo de la doctrina nacionalsocialista por considerarla incompatible con el evangelio. Niega haber actuado nunca por motivaciones o intereses políticos sino haber estado siempre movido por su fe, sin que su situación de prisionero le

haga disimular su pensamiento ni venirse atrás de sus convicciones. Rechazó las falsas interpretaciones de sus actos y sus palabras e insistió en que toda su actuación había sido la propia de un sacerdote y de un católico. Dijo:

> «Solamente me importan las cosas de la religión: me preocupo solamente de defender la fe cristiana que creo que es la única verdadera».

El encargado del interrogatorio fue el doctor Karl Ludwig Neuhaus, teólogo y pastor protestante, asesor del Ministerio de Interior en asuntos eclesiásticos. Cuarenta y cuatro años más tarde el Dr. Neuhaus será testigo en el proceso de beatificación del P. Gapp, al que dedicará sinceros y firmes elogios.

Terminado el interrogatorio, el P. Gapp siguió preso en la cárcel del Servicio de Seguridad de la calle Prinz Albrecht, quedando aislado y sin noticias del mundo exterior. El 6 de marzo se firma la orden de mantenerlo en prisión para que fuera luego sometido al Tribunal del Pueblo. El día 8 de marzo lo llevan a la Corte Criminal en la Turmstrasse, 91. Es acusado oficialmente de traición a la patria. Se reafirmó en sus declaraciones de enero y fue llevado a la cárcel de Moabit. Redactada el acta de acusación el 4 de junio, el día 23 es convocado a juicio. El 2 de julio a las 10 de la mañana tiene lugar el juicio. Era primer viernes de mes y día del Sagrado Corazón de Jesús. El fiscal expuso los cargos. Actúa un abogado defensor. Se oye al acusado. El fiscal pide la pena de muerte. Y por fin el presidente del tribunal lee la sentencia de condena a muerte aplicándole lo previsto en el artículo 91 del Código Penal. Al día siguiente fue llevado a la prisión de Plöntzensee, donde se le asignó el número 877/43 y se le destinó al pabellón de la muerte. Tenía un libro de oraciones, un rosario y una poesía escrita en un papel y algunos objetos personales como el reloj, la pluma, y el anillo de oro de su consagración marianista a la Virgen. Se tramita de oficio la petición de gracia, se pregunta si es posible entregar su cuerpo a su familia y se solicitan tres fotografías del condenado. Lo primero y lo segundo se deniegan pero se le hacen las fotos, que se conservan. Y la razón que se da para negar la entrega del cuerpo es:

> «Gapp mismo ha declarado, más de una vez, durante la instrucción de su causa, que ha sido su fe católica lo que le ha inducido a

sus actividades de traición a la patria y ha justificado su comportamiento únicamente por razones religiosas. En una población muy apegada a la religión, Gapp podría ser considerado como un mártir de la fe y sus funerales podrían ser ocasión por parte de sus connacionales católicos, de una demostración silenciosa a favor de un traidor al pueblo, supuestamente ejecutado por su fe».

Se adelantaron así a dar un apunte de su breve de beatificación. Porque en efecto el pueblo de Dios lo tendrá por mártir y era verdad que solamente le movieron razones de índole moral y religiosa para oponerse al nacionalsocialismo.

Se fija el 13 de agosto como día de la ejecución. Ese día a la una de la tarde le fue indicado que a las 7 de la tarde sería ejecutada la sentencia. El P. Gapp al oír la notificación se mantuvo sereno. Seguidamente rezó el rosario. Y pidió papel y sobres para poder escribir. Escribió una carta a su familia en la que prometía que se acordaría de todos en el cielo. Y dirigió otra al P. Francisco José Jung, en la que, sintiéndose miembro de la congregación marianista, renovaba sus votos religiosos y se ponía en manos de la Virgen María. Pedía perdón por sus fallos, saludaba a todos los religiosos y manifestaba su esperanza de poder comenzar ese día la vida de la felicidad eterna. Esta segunda carta no fue enviada pero quedó en el expediente que luego sería hallado y serviría para aclarar todo lo relativo a su proceso y condena. Llevado a la sala de ejecución, permaneció sereno y tranquilo. Se dejó colocar sin resistencia en la guillotina y fue guillotinado. Su cuerpo fue entregado a un instituto anatómico para estudios.

Declarado mártir el 6 de abril de 1995, lo beatificó el papa Juan Pablo II el 24 de noviembre de 1996, solemnidad de Jesucristo, Rey del Universo.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 89 (1997) 442-444.
Bibliotheca sanctorum. Appendice seconda (Roma 2000) cols.520-523.
SALAVERRI, J. M., *Santiago Gapp. Pasión por la verdad frente al nazismo* (Madrid 1996).

C) Biografías breves

BEATA GERTRUDIS DE ALTENBERG

Abadesa († 1297)

Gertrudis de Altenberg tuvo unos padres excepcionales: Santa Isabel de Hungría y el Beato Luis de Turingia. De estos padres nació el 25 de mayo de 1227, dos semanas más tarde que su padre falleciera en Otranto en el curso de su viaje para incorporarse a la cruzada. Luis e Isabel habían quedado de acuerdo en que el hijo o hija que naciera lo dedicarían a Dios en acción de gracias por los años de felicidad que habían pasado juntos. Y en cumplimiento de esta promesa paterna, cuando aún la niña no tenía dos años, fue llevada al monasterio premonstratense de Altenberg, y aquí pasó los años de su infancia hasta que llegada a la adolescencia, ratificó por su propia voluntad el deseo de sus difuntos padres y se consagró a Dios con la profesión religiosa.

Sus bellas prendas y su noble cuna llevaron a las monjas a elegirla abadesa cuando Gertrudis solamente tenía 22 años. Procuró serlo con la mayor responsabilidad y seriedad. Empleó su propia herencia en edificarle al monasterio una nueva iglesia y mandó construir junto al monasterio un asilo para pobres, donde ella misma, imitando en esto a su santa madre, los atendía personalmente. Procuró la mayor regularidad en el monasterio y era ella la primera en llevar la vida común, ocultando sus mortificaciones y penitencias a los ojos de las demás para evitar la fueran a tener por santa. Ella y su comunidad apoyaron con sus oraciones y mortificaciones la séptima cruzada, mirando por la vuelta al cristianismo de los Santos Lugares. Devotísima de la Eucaristía, tomó la iniciativa de introducir la ya instituida, pero poco celebrada, fiesta del Corpus Christi en su monasterio. Su medio siglo de abadesa dejó tras de sí una estela de santidad que trajo consigo el que a su muerte en 1297 todos la tuvieran por santa. El papa Clemente V autorizó su culto el año 1311 y Benedicto XIII, en 1729, extendió su oficio a toda la Orden Premonstratense.

BEATOS PATRICIO O'HEALY Y CONÓN O'ROURKE

Mártires († 1579)

El 13 de agosto de 1579 en Kilmallock, pequeña población irlandesa a unas veinte millas de Limerick, desde donde fueron traídos tras su juicio, fueron ahorcados dos religiosos franciscanos recién llegados a la isla que, tras su prisión e interrogatorio, habían sido condenados a muerte en aplicación de la ley marcial. Uno era Patricio O'Healy, obispo de Mayo, y el otro, el joven sacerdote Conón (Conn) O'Rourke. Ambos habían llegado a Kilmallock bajo escolta militar, con las manos atadas a la espalda, los pies amarrados con cuerdas y sobre pequeños caballos irlandeses. Durante el viaje el obispo habló con los que miraban su paso, entre los que estaban algunos católicos encubiertos. Dio consejos saludables a todos, confirmó a los católicos en su fe, y pidió a los que se habían hecho anglicanos que se arrepintieran. Antes de que fuera ejecutado, el obispo obtuvo licencia para recitar las letanías y dar la absolución a los prisioneros que les acompañaban. Al llegar al lugar del suplicio, el obispo animó a su joven compañero a afrontar la muerte con valor, y dirigiéndose a los presentes les habló de su vocación franciscana, de su condición episcopal y de la necesidad de profesar la verdadera fe. Les dijo que él y su compañero afrontaban gozosos la muerte por el nombre de Cristo. Recordó la autoridad de la Iglesia romana y del Sumo Pontífice y pidió a los católicos presentes que pidieran por él y por su compañero. Entonces ambos fueron colgados de un lazo hasta morir. Pasó una semana antes de que una persona piadosa los enterrara.

De la vida de PATRICIO O'HEALY hay que decir que se ignora con certeza la fecha de su nacimiento, aunque parece que fue entre 1543 y 1546. Igualmente hay que decir que parece que su lugar natal fue Dromahaire, sin que haya plena seguridad. Se sabe de él que llegó de Irlanda a Roma y se entrevistó con el ministro general de los franciscanos observantes, Francisco Zamora. Parece que los superiores irlandeses lo enviaban para que se le procurara una ulterior formación intelectual y religiosa. El P. Zamora entonces lo mandó a su provincia natal, la de Cartagena. Todo indica que Patricio había hecho ya el noviciado y la profesión religiosa en Irlanda. En España estuvo primero dos

años en Molina de Aragón, en el convento de San Francisco, estudiando gramática, luego pasó al convento de San Clemente donde estudió filosofía cuatro años, y luego pasó a Cuenca donde estudió teología, y donde debió ordenarse sacerdote, sin que conste la fecha. Entonces fue enviado a Alcalá de Henares donde terminó su formación teológica. Completados sus estudios, él estaba ansioso por volver a Irlanda a ejercer allí su ministerio. Por carta de don Juan de Zúñiga, embajador de Felipe II en la corte papal, del 24 de junio de 1575, sabemos que O'Healy había llegado a Roma ocho días antes y que le había entregado una carta real de recomendación en la que se decía que su ida a Roma tenía como objeto conseguir del Papa cartas patentes y suplicatorias para un jefe de los católicos irlandeses (James Fitzmaurice), el cual se preparaba a organizar una rebelión general de Irlanda contra la herética reina Isabel I y que sería reconocido como rey de Irlanda don Juan de Austria. El embajador pedía a la corte española ulterior información. O'Healy se quedó en Roma, usando para sus fines la influencia del cardenal Alciati, protector de Irlanda, y del cardenal de Como, Tolomeo Galli. Es claro que le hizo buena impresión a Zúñiga, como consta por otra carta de éste al rey. O'Healy discutió el empeño de los irlandeses con su ministro general, Cristóbal Cheffontaine, y con el papa Gregorio XIII, y éste, el 4 de julio de 1576 y a instancias del citado cardenal Alciati nombró a Patricio obispo de la sede irlandesa de Mayo, para la que efectivamente fue consagrado obispo. En la correspondencia de la corte papal con Felipe II y con don Juan de Austria, gobernador entonces de Flandes, hay constancia de cómo varias personalidades irlandesas, entre ellas el obispo Patricio O'Healy, habían solicitado del Papa que legitimara la sumisión de Irlanda al rey de España o a quien éste designara. El Papa aprobaba este plan y el obispo O'Healy estaba dispuesto a exponérselo al monarca. Consta que el citado Fitzmaurice estuvo en Roma en 1577 y que pasó a España con el obispo O'Healy llevando socorros económicos del Papa para el plan. El rey no recibió a Fitzmaurice, y éste con el obispo pasó a Portugal. O'Healy lo que quería era navegar desde Portugal hasta Irlanda y, en efecto, el 18 de noviembre de 1577 partió en barco desde Lisboa con Fitzmau-

rice. Pero el barco se vio envuelto en una severa tormenta, costeó un mes por el norte de España, hubo de refugiarse en Bayona, y al salir otra vez se vio obligado a fondear en Monueiro y pasar allí un mes. El capitán escapó de noche dejando a Fitzmaurice y al obispo en tierra y llevándose en el barco sus respectivos ajuares. Ambos entonces se fueron a Francia, y mientras Fitzmaurice se quedaba en Saint Malo, O'Healy marchaba a París, desde donde escribió al cardenal Galli el 31 de marzo de 1578 contándole sus peripecias. En esta carta manifestaba su disposición al martirio. Obtuvo una orden real para que le fuera exigido su ajuar al dueño del barco, porque en el ajuar iba su bula de nombramiento episcopal. No acompañó a Fitzmaurice a España cuando éste volvió a nuestro país y cambió de criterio respecto a tomar parte en el proyecto de la rebelión; lo aprobaba pero no tomaría parte en él. En el verano de 1578 un franciscano lo traicionó y lo denunció ante el embajador inglés en París, pidiendo O'Healy a sus superiores que castigaran al traidor. O'Healy pasó unos ocho meses en París, desde mediados del verano de 1578 hasta enero-febrero de 1579, viviendo en el llamado «gran convento» de los franciscanos, dando ejemplo de humildad, caridad y sencillez, participando en los ejercicios académicos de los estudiantes y dando pruebas de una gran cultura. Cuando supo que la situación religiosa de Irlanda se había deteriorado, marchó para Bretaña acompañado del joven religioso Conón (Conn) O'Rourke y lo que él deseaba era encontrar una nave amiga que lo llevara a Irlanda.

CONÓN O'ROURKE era hijo de Brian Ballach O'Rourke, jefe del área de Connacht, zona gaélica aún no sometida entonces a la corona inglesa, y su pueblo natal era Breifne. Debió nacer hacia el 1549 pues murió en 1579 con unos treinta años. Vistió el hábito franciscano en el convento de Dromahaire, que había sido fundado por su propio abuelo Eoghan O'Rourke y su esposa Margaret O'Brien en 1508. No se conoce el año de su profesión religiosa ni de su ordenación sacerdotal. En 1578 se encontraba en París prosiguiendo sus estudios cuando o bien sus superiores le propusieron o él mismo se ofreció a pasar a Irlanda acompañando al obispo O'Healy. La intención del obispo era la de posesionarse de su sede y dedicarse por entero al mi-

nisterio pastoral. Los dos franciscanos, acompañados quizás por un tercer religioso, aún estudiante, y del que no se habla más en las fuentes literarias por las que se reconstruye la llegada, prisión, juicio y muerte de Patricio y de Conón, desembarcaron en el puerto de Smerwicke vestidos de marineros. Apenas desembarcados, ellos fueron a visitar al conde de Desmond, pero éste se hallaba ausente, y los recibió y hospedó por ello la condesa Eleanor. Pasados tres días los dos religiosos salieron para Limerick con la intención de cruzar el río Shannon y entrar en Connacht a fin de iniciar su trabajo pastoral. Lo que ellos no esperaban, tras la amable hospitalidad ofrecida por la condesa, fue que ella misma los traicionara y que mandara noticia a las autoridades regias de Limerick de la llegada de los dos franciscanos. Los esperó en el camino el mayor James Goold y los arrestó y los llevó a la cárcel de Limerick. El motivo de la condesa para esta traición fue que quería quitar de su marido y de su familia la sospecha de que ellos estaban con los rebeldes a la corona.

Los dos arrestados no fueron juzgados por la ley común sino que se les aplicó la ley marcial, y por tanto hubo interrogatorio y sentencia pero no un juicio formal. El interrogatorio lo hizo el «lord justice», y cuando los cargos se les leyeron ellos no tuvieron oportunidad de replicar. La aplicación de la ley marcial estaba legalizada por cuanto Sir William Drury, lord presidente de Munster y arzobispo anglicano, estaba autorizado por la Reina desde el 26 de junio de 1576 a imponer la ley marcial en los condados de Waterford, Tipperary, Limerick, Cork y Kerry y en todas las ciudades incorporadas a la corona para castigar a cuantos se encontraran felones, rebeldes, enemigos y malhechores con la pena de muerte, y en 1577 Drury y sus oficiales fueron autorizados a imponerla en las causas eclesiásticas para castigar cualquier ofensa contra el «Acta de supremacía y de uniformidad» y para exigir el juramento de acatamiento al «Acta de supremacía» a todas las personas eclesiásticas. Drury le preguntó a O'Healy si reconocía a la reina como cabeza suprema de la Iglesia, a lo que O'Healy contestó que no, alegando que la cabeza suprema de la Iglesia es el Papa. Sobre esa base se le consideró reo de lesa majestad. O'Rourke debió contestar lo

mismo, pues ambos fueron considerados traidores. El obispo le dijo a Drury que él había venido a Irlanda a ejercer su ministerio pastoral. Se le presionó para que hablara de los planes del Papa y del rey de España para invadir Irlanda, y a ello el obispo no contestó nada, por lo que fue torturado para que hablara. Los dos religiosos fueron condenados a muerte, pero se les ofreció la vida y la libertad, y al obispo el ejercer libremente su cargo si aceptaban la superioridad religiosa de la reina y se pasaban al anglicanismo. Ambos rechazaron la oferta. No quedaba sino recibir el martirio, como en efecto sufrieron.

Fueron beatificados el 27 de septiembre de 1992 por el papa Juan Pablo II.

BEATO GUILLERMO FREEMAN

Presbítero y mártir († 1595)

Nació en Manthorpe, en el Yorkshire, y estudió en el Magdalene College, de Oxford, donde se licenció en letras en 1580. Habiendo asistido al martirio del Beato Eduardo Stransham en la plaza londinense de Tyburn el 21 de enero de 1586, quedó profundamente impresionado por la serenidad y fortaleza del mártir, y ello le condujo a su conversión al catolicismo. Marchó al seminario de Reims y se ordenó sacerdote el 19 de septiembre de 1587. El 3 de enero de 1589 formó parte de un grupo de nueve sacerdotes que volvieron a Inglaterra para desarrollar allí su apostolado. La tripulación del barco que los llevaba planeó matarlos a todos, pero ellos se defendieron y lograron desembarcar en Gravesend. Guillermo trabajó con mucho esfuerzo y mucho peligro en los condados de Warwick y Worcester, usando el alias de Mason. El 5 de enero de 1595 fue arrestado en la casa en que se hospedaba en Alchurch y en la que pasaba por tutor del hijo de la dueña, Dorothy Heath. Él y su hospedadora fueron arrestados, pero a él no se le halló otra prueba que un breviario, hallado bajo su sombrero. Y así no fue enjuiciado en las sesiones de primavera. Pero un compañero de prisión lo traicionó y descubrió como sacerdote al fingir que quería recibir de él asistencia espiritual. Fue procesado los días 11 y 12 de agosto y condenado por no reconocer la primacía religiosa de la

reina y ser sacerdote ordenado en el extranjero. Fue ejecutado en Warwick mediante ahorcamiento, destripamiento y descuartizamiento el 13 de agosto de 1595. Cuando lo condenaron a muerte, rezó el *Tedeum* y antes de morir dijo que daría con gusto muchas vidas que tuviera por la misma causa.

Fue beatificado por el papa Pío XI el 15 de diciembre de 1929.

BEATO MARCOS DE AVIANO (CARLOS DOMINGO CRISTOFORI)

Presbítero († 1699)

Carlos Domingo Cristofori nació en Aviano, Italia, el 17 de noviembre de 1631 en el seno de una familia acomodada. Tras los estudios primarios en su pueblo, hizo los estudios clásicos en Goritzia en el colegio de los jesuitas (1643-1647). Deseoso de participar en la lucha contra el imperio turco se marchó a Capodistria, donde los capuchinos lo acogieron y aconsejaron que volviera a su casa paterna. Pero él quedó impactado por el modo de vida de los capuchinos y decidió pedir el ingreso en la Orden, entrando en el noviciado de Conegliano en septiembre de 1648. El 21 de noviembre de 1649 hizo la profesión religiosa con el nombre de fray Marcos de Aviano. Terminados los estudios, se ordenó sacerdote el 18 de septiembre de 1655 en Chioggia. Religioso observante y ejemplar, lo destinan a la predicación en 1664, recorriendo como misionero toda Italia, mostrando un enorme celo apostólico en su insistente llamada a la penitencia y a la vida cristiana. En 1672 fue guardián del convento de Belluno y en 1674 del de Oderzo. En 1676 predicando en Padua curó a una enferma y algo similar sucedió en Venecia, lo que le dio fama de taumaturgo. La Santa Sede o su Orden le ordenaron predicar en diferentes países de Europa, a cuyos soberanos conoció. Lo apreció mucho el emperador Leopoldo I de Austria, cuya corte hubo de visitar muchas veces, y fue legado pontificio y misionero apostólico en la cruzada antiturca, estando en la liberación de Viena (12 de septiembre de 1683), en la de Buda (2 de septiembre de 1686) y Belgrado (6 de septiembre de 1688). Dedicó muchos esfuerzos a que hubiera paz entre

los príncipes cristianos. En mayo de 1699 partió para Viena donde enfermó. Lo visitó la familia imperial y todos los magnates de la capital, y el papa Inocencio XII, al saber su enfermedad, le mandó su bendición. Murió el 13 de agosto de 1699, asistido por los emperadores Leopoldo y Eleonora.

Fue beatificado el 27 de abril de 2003 por el papa Juan Pablo II.

BEATO PEDRO GABILHAUD

Presbítero y mártir († 1794)

Debió de nacer el 26 de julio de 1747, o poco antes, porque ésa es la fecha en que fue bautizado en la parroquia de Pont-Saint-Martin. No se conocen datos de sus estudios ni la fecha de su ordenación sacerdotal, constando que desde 1775 era párroco de Saint-Christophe, Creuse, diócesis entonces de Limoges. En ella estaba cuando llegó la Revolución. Primero prestó el juramento constitucional pero luego rectificó y retractó el juramento en cuanto supo que el mismo estaba condenado por el papa Pío VI. Fue a la municipalidad e hizo registrar su retractación, lo que motivó ser denunciado oficialmente el 4 de abril de 1791. El 22 de mayo publicó además un mandamiento del legítimo obispo de Limoges y por ello fue obligado a comparecer ante el tribunal del distrito. Hubo entonces de huir de su parroquia y se retiró con su familia al pueblo de La Sennelerie. Pero el departamento de la Creuse lo inscribió en la lista de los no juramentados que debían ser deportados. El 23 de septiembre de 1792 un certificado médico lo señalaba como enfermo de reumatismo y gota, pero él se sometió a la ley de expulsión y se puso en camino hacia España. Pero no pudo llegar pues fue arrestado en Bayona. Prestó el juramento de libertad-igualdad y se le aseguró que no iba a ser molestado y con una carta de la municipalidad de Bayona volvió a Limoges, donde lo arrestan de nuevo y lo encierran en La Règle. Tras un año de detención, es considerado apto para ser deportado y el 29 de marzo de 1794 parte con el segundo convoy hacia Rochefort, donde ya es registrado el 13 de abril. Embarcado en Les Deux Associés, dio a sus compañeros el ejemplo de una gran piedad y paciencia y

murió el 13 de agosto de 1794 luego de recibir la absolución sacramental.

Fue beatificado el 1 de octubre de 1995 por el papa Juan Pablo II.

BEATOS SECUNDINO MARÍA ORTEGA GARCÍA Y COMPAÑEROS

Antolín Calvo y Calvo, Antonio María Dalmau Rosich, Juan Echarri Vique, Pedro García Bernal, Hilario María Llorente Martín, Salvador Pigem Serra, Javier Luis Bandrés Jiménez, José Brengaret Pujol, Tomás Capdevila Miró, Esteban Casadevall Puig, Eusebio Codina Milla, Juan Codinach Tuneu, Ramón Novich Rabionet, José María Ormo Seró, Teodoro Ruiz de Larrinaga García, Juan Sánchez Munárriz, Manuel Torras Sais, Manuel Buil Lalueza, Alfonso Miquel Garriga

Religiosos y mártires († 1936)

El 20 de julio de 1936 la casa religiosa de los misioneros cordimarianos de Barbastro fue asaltada y registrada en busca de armas, que no fueron halladas, y todos los religiosos fueron arrestados. Conducidos finalmente al colegio de los escolapios y retenidos en su salón de actos, ellos fueron conscientes desde el principio de la cercanía de su martirio, y se prepararon para él con una intensificación ejemplar del espíritu religioso, entregándose por completo a los planes divinos y perdonando de corazón a sus verdugos. Cuando en la madrugada del 11 al 12 de agosto fueron martirizados seis, los demás tuvieron la certeza respecto a su suerte y se afianzaron más en su determinación de morir por Cristo. A la noche siguiente cuando el reloj de la catedral daba las doce, un grupo de milicianos irrumpió en el salón y leyeron una lista de veinte nombres: un sacerdote y diecinueve religiosos no sacerdotes eran llamados. Ninguno desfalleció ni mostró cobardía. Recibieron la absolución sacramental que les dio el P. Luis Masferrer y se fueron con los milicianos. Subieron al camión y una vez en él entonaron cánticos religiosos y vivas a Cristo Rey. Los que estaban en el salón oyeron claramente las detonaciones de los disparos con que fueron sacrificados en la carretera de Berbegal a la una menos veinte de la madrugada y

luego las de los tiros de gracia. Los veinte cordimarianos habían volado al cielo por el camino del martirio.

Éstos son sus datos personales:

SECUNDINO MARÍA ORTEGA GARCÍA había nacido en Santa Cruz de la Salceda, Burgos, el 20 de mayo de 1912, en una familia humilde, numerosa y muy cristiana. Niño piadoso, optó por la vida religiosa e ingresó en el colegio claretiano de Alagón, donde cursó humanidades; luego pasó a Cervera y profesó en Vich el 15 de agosto de 1928, haciendo luego los estudios de filosofía y teología hasta su ordenación en Barbastro el 6 de junio de 1936. Era dinámico y emprendedor y se disponía a vivir con intensidad su sacerdocio. Dio la absolución a los primeros seis mártires cuando los sacaban para el martirio. Recibió la profesión perpetua de Esteban Casadevall y José Amorós.

ANTOLÍN CALVO CALVO era natural de Gumiel de Mercado, Burgos, donde nació el 2 de septiembre de 1912. Entró en Alagón con doce años. Profesó el 15 de agosto de 1929. Estudió la filosofía y la teología y había recibido la tonsura clerical y la orden menor de lector. Era un joven robusto, alegre y entusiasta, bien dotado para cantar y muy adicto al estudio de la Biblia.

ANTONIO MARÍA DALMAU ROSICH había nacido en Miralcampo, Lérida, el 4 de octubre de 1912 y desde muy pequeño quería ser sacerdote. A los once años ingresó en el seminario menor de Solsona, pero luego se sintió atraído por la vida religiosa y pasó a los claretianos. Profesó el 15 de agosto de 1929. Prosiguió los estudios y recibió la clerical tonsura y el lectorado. Era de carácter vivo, estudioso y piadoso.

JUAN ECHARRI VIQUE nació en Olite, Navarra, el 15 de marzo de 1913 en una familia humilde y muy cristiana. En 1924 ingresaba en el postulantado cordimariano de Alagón. Profesó en Vich el 15 de agosto de 1929. Estudiada la teología, recibió la clerical tonsura y el lectorado. Estaba a la espera de ir al servicio militar.

PEDRO GARCÍA BERNAL había nacido en Santa Cruz de Salceda, Burgos, el 27 de abril de 1911. Entró en el postulantado de Alagón el año 1923 y en los estudios destacó por su aplicación e inteligencia. Profesó en 1928. Superó algún ba-

che en su carrera de estudios y formación. Buen músico, dirigió la schola del colegio. Había recibido la tonsura clerical y el lectorado.

HILARIO MARÍA LLORENTE MARTÍN nació en Vadocondes, Burgos, en una familia numerosa y cristiana. Tenía las cicatrices de un accidente sufrido de pequeño cuando hubo un incendio en su casa. No lo admitieron en el postulantado hasta que el general de la congregación determinó que dichas cicatrices no eran dificultad. Profesó en 1929. Era un joven tenaz y convencido. Estaba tonsurado y ordenado de lector.

SALVADOR PIGEM SERRA había nacido el 15 de diciembre de 1912 en Viloví de Oñar, Gerona, hijo del secretario del ayuntamiento. Con doce años decidió su vocación cordimariana, haciendo los estudios con mucha aplicación. Profesó el 15 de agosto de 1929. Además de los estudios eclesiásticos, estudió piano. Estaba tonsurado y ordenado de menores. Estando en el salón de los escolapios, un obrero que había trabajado para sus padres le ofreció proporcionarle la huida, pero él no quiso salvarse sin sus compañeros.

JAVIER LUIS BANDRÉS JIMÉNEZ había nacido en Sangüesa, Navarra, el 3 de diciembre de 1912. Fue monaguillo de su tío sacerdote y desde pequeño manifestó inclinación al sacerdocio. Ingresó en el postulantado en 1925 y profesó en Vich el 15 de agosto de 1930. Era muy servicial y buen compañero y ya en marzo de 1936 había manifestado a su familia su disposición al martirio. Había estudiado filosofía y teología.

JOSÉ BRENGARET PUJOL nació en San Jordi Desvalls, Gerona, el 18 de enero de 1913 en el seno de una familia cristiana. Un hermano suyo se hizo marista y también murió mártir. Ingresó en el postulantado en 1924. Profesó el 15 de agosto de 1929, comenzando luego los estudios eclesiásticos. Era muy activo y trabajador. Manifestó perdonar a sus verdugos.

TOMÁS CAPDEVILA MIRÓ nació en Maldá, Lérida, el 5 de mayo de 1914 en el seno de una familia numerosa, en la que abundaban las vocaciones religiosas. A los diez años entró en el postulantado. Profesó el 15 de agosto de 1930, y prosiguió sus estudios eclesiásticos. Manifestó perdonar a sus enemigos y morir contento por la causa del evangelio.

ESTEBAN CASADEVALL PUIG nació en Argelaguer, Gerona, el 18 de marzo de 1913 en el seno de una religiosa familia. Ingresó en el postulantado cordimariano el año 1925 y, estudiadas las humanidades, hizo el noviciado en Vich donde profesó los votos religiosos, continuando luego sus estudios sacerdotales. Destinado a Barbastro para completar su formación, le sorprenden los hechos relatados. Estando en el salón de los escolapios hizo la tarde del 12 de agosto su profesión perpetua en manos del P. Ortega. Era al mismo tiempo reflexivo y fogoso.

EUSEBIO CODINA MILLA nació en Albesa, Lérida, el 7 de diciembre de 1914 en el seno de una familia que daría cuatro hijos a la vida religiosa. Se educó en la escuela parroquial, y a los once años siguió a dos de sus hermanos al postulantado claretiano. Profesó el 8 de diciembre de 1930. Fue un magnífico estudiante, bien dotado para las lenguas. Era tenaz, capaz y muy afable.

JUAN CODINACH TUNEU nació en una casa de campo, en Santa Eugenia de Berga, Barcelona, el 12 de febrero de 1914, y habiendo perdido a su padre cuando tenía ocho meses, lo educó con gran esmero su madre que lo inscribió en la escuela parroquial. Sintió la vocación oyendo un sermón a su tío sacerdote. Ingresó en el postulantado el año 1924. Profesó en Vich el 15 de agosto de 1930, y seguidamente hizo los estudios sacerdotales. Era alegre y nervioso.

RAMÓN NOVICH RABIONET nació en La Sellera del Ter, Gerona, el 8 de abril de 1913. Ingresó en 1925 en el postulantado. Hizo el noviciado en Vich y profesó el 15 de agosto de 1930, pasando luego a los estudios eclesiásticos. Era tímido, inteligente y estudioso. En unos ejercicios espirituales —agosto 1935— pidió a Santa Teresita la gracia del martirio.

JOSÉ MARÍA ORMO SERÓ nació en Almatret, Lérida, el 18 de agosto de 1913, pasando a vivir a la capital a los siete años, y ayudando a su familia muy pronto en las labores del campo. Era muy inteligente. Optó por la vocación religiosa y profesó los votos religiosos tras el noviciado. Sacaba muy buenas notas y le gustaban los ejercicios atléticos.

TEODORO RUIZ DE LARRINAGA GARCÍA nació en Bargota, Navarra, el 9 de noviembre de 1912, de cuya parroquia fue monaguillo, ingresando a los doce años en el postulantado de Ala-

gón en 1925. Profesó el 15 de agosto de 1930 y prosiguió los estudios eclesiásticos. Disculpaba a los que habían organizado la quema de los conventos diciendo que estaban engañados por otros que se aprovechaban de ellos.

JUAN SÁNCHEZ MUNÁRRIZ nació en Malón, Zaragoza, el 15 de junio de 1913 en el seno de una familia muy cristiana. Ingresó en el postulantado cordimariano con 12 años y profesó el 15 de agosto de 1930, estudiando luego filosofía y teología. Era piadoso, constante, aplicado, obediente y muy jovial.

MANUEL TORRAS SAIS nació en Martivell, Gerona, el 12 de febrero de 1915. Ingresó en el postulantado claretiano y profesó el 15 de agosto de 1931. Era un joven estudioso, al que le gustaban mucho los estudios filosóficos, buen dibujante, y que aprendía los idiomas con facilidad.

MANUEL BUIL LALUEZA había nacido en Abizanda, Huesca, el 31 de agosto de 1915. Tras su ingreso en el postulantado claretiano se decidió que fuera hermano coadjutor, lo que él aceptó de buena gana. Profesó el 19 de marzo de 1935 y fue destinado a la casa de Cervera y luego a la de Barbastro. Tenía el genio vivo y era muy trabajador.

ALFONSO MIQUEL GARRIGA nació en Prades de Molsosa, Lérida, el 24 de febrero de 1914 en el seno de una familia numerosa. Perdió a su madre a los ocho años y lo educó con mucho esmero su padre que lo puso en la escuela parroquial, y en contacto con el párroco empezó a llevar una vida de frecuencia de los sacramentos y de mucha piedad. Ingresó en el noviciado claretiano de Vich en 1929 y profesó los votos religiosos en calidad de hermano coadjutor el 15 de agosto de 1931. Fue sastre, cocinero y zapatero en el colegio de Cervera, luego pasó a Alagón, donde desempeñó otros varios oficios, y en agosto de 1935 fue destinado a la casa de Barbastro. Los milicianos trataron de seducirlo pero él se mantuvo firme en su vocación.

Fueron beatificados en Roma por el papa Juan Pablo II el 25 de octubre de 1992 en el grupo de 51 misioneros claretianos mártires de Barbastro.

BEATO JUAN AGRAMUNT RIERA

Presbítero y mártir († 1936)

Nació en Almanzora, Castellón de la Plana, el 14 de febrero de 1907 en el seno de una familia cristiana que le proporcionó una esmerada educación. De niño fue monaguillo en la parroquia, era inclinado a la piedad y manifestó deseos de ser sacerdote. Tenía muy buena voz y aptitud para la música. Conocía a los escolapios porque un hermano suyo había sido alumno de ellos, y optó Juan por esta vocación. Hizo el noviciado y la profesión en Albarracín (1923), pasando luego a Irache para hacer los estudios sacerdotales. Tras hacer la profesión solemne, en 1928 se ordenó sacerdote.

Ejerció su vocación calasancia en los colegios de Gandía, Albacete y Castellón. Llegada la guerra el P. Agramunt buscó refugio en su propio pueblo natal, en casa de sus padres. Tras celebrar misa un día secretamente en la capilla del Colegio de las Hermanas de la Consolación, al llegar a su casa lo esperaban los milicianos. Llevado a la cárcel, halló allí otros varios eclesiásticos, que fueron siendo asesinados en los días siguientes, lo que le dio al P. Agramunt la seguridad de su martirio. Estaba también detenido su hermano Federico. Su madre y su hermana hicieron todo lo posible por lograr su libertad y lo mismo hizo la novia de su hermano. Y se les dijo que al sacerdote no había modo de salvarlo. En la noche del 13 de agosto fue sacado de la cárcel, y él consoló a su desconsolado hermano diciéndole que iba al cielo. A los milicianos les dijo que los perdonaba. Subido a un coche, fue llevado al sitio llamado Pla de Museros, a seis kilómetros de Almanzora. Iba con él otro sacerdote para ser igualmente fusilado. El P. Juan se puso de rodillas y recibió los disparos mirando a sus verdugos. Los cadáveres fueron rociados con gasolina y quemados y luego enterrados allí mismo.

Juan Pablo II le beatificó el 1 de octubre de 1995 en el grupo de 13 escolapios martirizados en diversos días y en varios lugares en 1936.

BEATO MODESTO GARCÍA MARTÍ

Presbítero y mártir († 1936)

Nació en Albocácer, diócesis de Tortosa y provincia de Castellón de la Plana, el 18 de enero de 1880, en una familia numerosa y cristiana. Educado cristianamente, sintió muy pronto la vocación religiosa y entró de niño en el seminario seráfico de los capuchinos de Massamagrell. Allí vistió el santo hábito el 1 de enero de 1896 con el nombre de fray Modesto de Albocácer y pronunció la profesión temporal el 3 de enero de 1897 y el 6 de enero de 1900 los votos perpetuos. Hizo los estudios de filosofía y teología y se ordenó sacerdote el 19 de diciembre de 1903. La obediencia lo llevó unos años a Colombia, donde ejerció con gran celo su ministerio sacerdotal en la Custodia de Bogotá. Maduro ya por la experiencia pastoral, regresa a España y es nombrado guardián del convento de Valencia. Era un magnífico predicador de la palabra divina, muy bien dotado y preparado para dar ejercicios espirituales —lo que hacía con mucho fruto de los ejercitantes— y un excelente director de almas. Era muy pacífico y amable, y muy fiel a la regla franciscana. Al estallar la guerra española en julio de 1936 estaba destinado como guardián en el convento capuchino de Ollería, en la provincia de Valencia. La comunidad fue expulsada violentamente del convento, la iglesia y el edificio de los religiosos fueron presa de las llamas y todo fue reducido a ruinas. El P. Modesto se marchó a su pueblo y se refugió en casa de una hermana junto con su hermano sacerdote Miguel, que era párroco de Torrembesora. Para mayor seguridad huyeron a una finca llamada La Masá, pero allí fueron a buscarle los milicianos. El P. Modesto se entregó con sencillez y humildad y sin protesta alguna. Era el 13 de agosto de 1936 y en las cercanías de La Masá fue fusilado a las cuatro de la tarde y enterrado en una fosa común del cementerio.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO JOSÉ BONET NADAL

Presbítero y mártir († 1936)

Este mártir había nacido en Santa María de Montmagastrell, en la provincia de Lérida, el 25 de diciembre de 1875. Siendo un adolescente llega a sus manos un *Boletín Salesiano,* y le gustó tanto su contenido que decidió agregarse a la familia salesiana. Ingresa en 1897, hace el noviciado y la profesión religiosa y, terminados los estudios, se ordena sacerdote el año 1904. La obediencia lo llevó a tierras andaluzas, en cuyos colegios desempeñó su ministerio con gran dedicación hasta que en 1930 es llamado nuevamente a Cataluña y destinado a la casa de Barcelona-Rocafort como confesor y encargado de los coadjutores. Llegada la revolución de julio de 1936 y habiendo tenido que dejar la casa salesiana, pidió refugio en casa de una señora viuda pariente de un salesiano. Aquí estuvo varias semanas y edificó a la familia por su piedad, recogimiento, paciencia y humildad. El día 13 de agosto se presentaron en la casa diez milicianos. Obligaron a la dueña a que dijera dónde estaba el sacerdote. Éste salió con mucha presencia de ánimo y desabrochándose la chaqueta mostró su crucifijo y dijo: «Soy de Dios». Entonces los milicianos le arrancaron el crucifijo de forma violenta. Registraron todo el piso y le preguntaron al sacerdote por sus actividades. Él les dijo que se dedicaba a pedir limosnas a los ricos para mantener niños pobres. Entonces le dijeron que fuera con ellos. La señora y su hija le pidieron su bendición, y él las bendijo diciendo que todo estaba preparado. Los milicianos se llevaron al sacerdote y lo martirizaron junto al Cementerio Nuevo (El Morrot). Su cadáver fue llevado en la madrugada del 14 de agosto al Hospital Clínico de Barcelona.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

14 de agosto

A) MARTIROLOGIO

1. En el campo de concentración de Auschwitz (Polonia), San Maximiliano María (Raimundo) Kolbe († 1941), presbítero, religioso franciscano conventual, y mártir **.
2. En el Ilírico, San Ursicino († s. IV), mártir.
3. En Apamea de Siria, San Marcelo († 390), obispo y mártir.
4. En Roma, San Eusebio, fundador de su título en el Esquilino († s. IV-V).
5. En Ross (Irlanda), San Fachanan († s. VI), obispo y abad.
6. En Oudenbourg (Flandes), San Arnulfo († 1087), obispo de Soissons.
7. En Montebarocchio, Beato Santos de Urbino Brancorsini († 1390), religioso de la Orden de Menores *.
8. En Otranto (Apulia), beatos Antonio Primaldo y cerca de ochocientos compañeros († 1480), martirizados por los otomanos *.
9. En Nagasaki (Japón), santos Domingo Ibáñez de Erquicia, presbítero, y Francisco Shoyemon, novicio († 1633), ambos de la Orden de Predicadores y mártires **.
10. En Coriano (Emilia), Beata Isabel Renzi († 1859), virgen, fundadora de las Maestras Pías de la Virgen Dolorosa **.
11. En Picassent (Valencia), Beato Vicente Rubiols Castelló († 1936), presbítero y mártir *.
12. En El Saler (Valencia), Beato Félix Yuste Cava († 1936), presbítero y mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN MAXIMILIANO MARÍA (RAIMUNDO) KOLBE

Presbítero y mártir († 1941)

Desde que el primer mártir dio la vida por los que amaba, por la humanidad entera, revelando así el amor más grande (Jn 15,3), los discípulos del Crucificado, a lo largo de todas las generaciones, a imitación de su Señor y Maestro, han dado la vida también: en el martirio cruento, con la efusión de la propia sangre como testimonio supremo de su fidelidad al Amor más grande, o en el martirio blanco, de la entrega constante al ideal de la santidad, personalizado en el Santo de Dios, y del servicio a los hermanos en el holocausto que conlleva la caridad frater-

na: la que hace pasar de la muerte a la vida (1 Jn 3,14). Tal martirio y autooblación ha estado presente en la Iglesia de Cristo en cualquier época: no sólo en los inicios apostólicos y durante las primeras persecuciones, sino también en cualquier otro siglo y en nuestros días. Tiranos crueles de todos los tiempos han querido yugular la «libertad de los hijos de Dios». En pleno siglo XX, la peste del nazismo pretendió herir de muerte la vida de la Iglesia de Cristo, provocando en la sociedad el virus mortífero del odio racial, de la proscripción de miembros de la sociedad humana, de la absolutización y cuasidivinización de falsos valores y principios perniciosos que despreciaban la vida de aquellos a quienes se quería excluir de la convivencia ciudadana. El testimonio, martirio, hasta las últimas consecuencias de muchos cristianos polacos y alemanes y de otros países de Europa, sujetos al poder nazi, ha iluminado el pasado siglo. Entre ellos, descuella el de un franciscano polaco, hijo enamorado de María Inmaculada, seguidor del gran predicador de la paz y del amor entre todos los hermanos, Francisco de Asís. Ha merecido ser reconocido por la Iglesia como el primer santo mártir, víctima del terror nazi en el delirio del holocausto que éste provocó en Europa, víctima ofrecida e inmolada para llevar hasta el colmo el amor a quienes más sufren.

Este testigo de la fe y de la caridad más heroica en nuestros días, nació en Zduska Wola, al suroeste de Lodz, en Polonia, el 7 de enero de 1894, hijo de Julio Kolbe y de María Dabrowska. El mismo día de su nacimiento recibió, con el nombre de Ramón, las aguas bautismales. Compartió el hogar con cuatro hermanos, dos de los cuales abrazaron, como él, la vida religiosa.

Cuentan que a los diez años tuvo una visión de Nuestra Señora: ésta le ofreció dos coronas, una blanca y otra roja —signo de santidad y de martirio—, para que escogiese una de ellas. Juan Pablo II, al canonizarlo, comentó así el «arcano sueño» de las dos coronas: «Nuestro santo no elige, sino que acepta las dos. Desde sus años jóvenes, le invadía un gran amor a Cristo y el deseo del martirio».

Con buenas dotes para el estudio y con gran fuerza de voluntad, a los catorce años, empezó a cursar sus estudios en Lodz con los frailes menores conventuales. En setiembre de

1910 inició el noviciado vistiendo el hábito franciscano y adoptando el nombre de Maximiliano. Al cabo de un año, pronunció los votos simples.

El año 1912 fue enviado por sus superiores a Roma. Cursó filosofía en la Universidad Gregoriana, hasta 1915, y estudió teología en la Facultad de San Buenaventura, de su propia Orden.

El año 1914 hizo la profesión solemne y a su primer nombre de religión, *Maximiliano,* añadió el de *María.*

Con la anuencia de su superior, el P. Stefano Ignudi, y con la colaboración de sus condiscípulos, fundó en octubre de 1917 la asociación apostólica «Milicia de María Inmaculada», para alcanzar a nivel mundial «la conversión de los pecadores, herejes, cismáticos, infieles y, especialmente, de los masones, y la santificación de sí mismos y de todos bajo el patrocinio de la Bienaventurada Virgen María Inmaculada y mediadora», como rezan los estatutos.

El 28 de abril de 1918 recibió la ordenación sacerdotal de manos del cardenal vicario de Roma, Basilio Pompili, en la basílica de Sant Andrea della Valle. A la mañana siguiente celebró su primera misa en la iglesia de Sant Andrea delle Fratte, como había deseado, en el altar de Nuestra Señora del Milagro, ante la cual se arrodilló judío y se levantó católico el célebre convertido Alfonso M. Ratisbona (1842). En la agenda de misas de aquellos primeros días de su sacerdocio, escribió que quería celebrar el santo sacrificio para impetrar la conversión de los pecadores y la gracia de ser apóstol y mártir.

Acabados sus estudios, en 1919 regresó a Polonia. Estuvo hospitalizado algunos años en un sanatorio cerca de Zakopane para curarse de la tuberculosis. En enero de 1922 fundó la revista *El caballero de la Inmaculada,* editada por la «milicia» que iniciara en Roma, con el fin de difundir su apostolado y la devoción a la Virgen. Al poner títulos de militancia a sus obras se sentía continuador de la tradición de su Orden que tanto había militado en siglos pasados para defender el privilegio de la Inmaculada Concepción. Quería mantener y lanzar en nuestro tiempo y hacia el futuro esta militancia en el plano espiritual, «aplicándola a la vida y al apostolado de la verdad por la cual

sus hermanos de religión habían combatido victoriosamente». En el mismo 1922, la «Milicia de María Inmaculada», bendecida por Benedicto XV, fue erigida como «Pía Unión» por el cardenal Pompili, vicario de Roma; luego sería elevada a Primaria por Pío XI en 1927.

El P. Maximiliano eligió la prensa como medio principal de su apostolado; organizó la edición y difusión de sus periódicos, especialmente de la citada revista, en las «Ciudades de la Inmaculada» *(Niepokalanów)*. En 1927 surgió la primera de estas ciudades a 40 kilómetros de Varsovia, en unos terrenos donados por la generosidad de su propietario. Vivían en ella más de mil personas, en régimen de fraternidad. Además de la editorial y de la imprenta, había casas para los trabajadores; en 1938 residían en ella ochocientos religiosos y ciento ochenta aspirantes. Su labor consistía principalmente en editar la revista, que de los 22.000 ejemplares en 1922 llegó a alcanzar la cifra de los 750.000, que se difundían por todo el mundo.

En 1930, fiel a la llamada de Pío XI que invitaba a promover las misiones en el extranjero, Maximiliano Kolbe proyectó viajar a India y a Beirut para editar su revista en lengua turca, árabe, persa y hebrea. Soñaba con que hubiera en cada país una ciudad de la Inmaculada: así su revista llegaría a tener millones de lectores, la mitad de los habitantes del globo. Viajó aquel año al Japón para explorar el terreno y elegir un lugar apto para fundar otra «Ciudad de la Inmaculada». En Nagasaki edificó la segunda ciudad de este tipo, que continúa en el día de hoy su obra apostólica con trabajadores nativos y numerosos sacerdotes, también distribuidos por el Japón, formados en los colegios de su Orden.

En 1936 el santo apóstol regresó a su patria para dirigir la primera ciudad de la Inmaculada que había fundado y para dar consistencia a toda su organización apostólica. Alimentaba el dinamismo de su actividad apostólica con una sólida piedad. Ésta se caracterizaba por su amor entusiasta y militante a María Inmaculada: de ella, más que esclavo, se sentía «propiedad». Fomentaba una «devoción mariana perfecta militante». Quería que su propio corazón, y el corazón de todos los hombres que vivían entonces, y que existirían en el futuro, fueran para siempre

de María, y que la Inmaculada acogiera estos corazones por toda la eternidad. Encomiaba así su devoción cristiana a la Madre de Jesús:

> «No tengáis miedo de amar demasiado a la Inmaculada; nosotros nunca podremos igualar el amor que le tuvo Jesús: e imitar a Jesús es nuestra santificación».
>
> «Cuanto más pertenezcamos a la Inmaculada, tanto mejor comprenderemos y amaremos al Corazón de Jesús, a Dios Padre, a la Santísima Trinidad».

Profesaba un gran amor a la Eucaristía: en Niepokalanów instituyó la adoración perpetua del Santísimo, él mismo iniciaba todas sus obras con esta adoración.

> «Toda su vida —escribe Pablo VI en la bula de beatificación del P. Kolbe— habla de su amor a Dios y a los hombres: pues todo su quehacer, lo destinó al provecho del prójimo, de tal manera que su comportamiento con los pobres, con los cautivos, en Alemania, en Japón y en Auschwitz, resultó ser un nuevo cántico de las criaturas que brotaba de su corazón».

Cabe destacar, como subraya el mismo Pablo VI, que el P. Maximiliano María imprimía a su labor apostólica un aire auténticamente ecuménico. Con prudencia y celo trataba con los protestantes, judíos o budistas. En los monasterios de éstos disertó sobre la fe en Cristo, les causó admiración por sus virtudes, los escuchó también con agrado y muchos se sintieron atraídos por el amor de María y algunos llegaron a escribir comentarios sobre la religión cristiana.

Amó apostólicamente, amó con inmensa ternura humana, amó sin fronteras, hasta el colmo, hasta el final: hasta dar la vida. El testimonio cruento de su caridad empezó a modelar su existencia consagrada cuando estalló la segunda guerra mundial, al invadir las tropas nazis su patria el 1 de setiembre de 1939. La «Ciudad de la Inmaculada» se levantaba al borde de la carretera que unía Potsdam con la capital, Varsovia. Estaba muy expuesta a la pronta invasión de las tropas alemanas. La prefectura de Varsovia ordenó la evacuación de todos sus residentes. Padre Maximiliano cuidó que todos sus hermanos se pusieran a salvo en lugares seguros, mientras él permanecía en su ciudad con unas cincuenta personas. El 19 de setiembre la policía penetró en Niepokalanów y arrestó a todos los que allí habían

quedado. Los deportaron a Lamsdorf, en territorio alemán, y luego a Amtitz, cerca de Gubin. En este campo de cautiverio, el santo religioso se comportó como verdadero enviado de Cristo: no sólo soportó las penalidades, sino que daba gracias a Dios en tal situación.

El 8 de diciembre, fiesta de la Inmaculada, se les permitió a todos regresar a su ciudad: ésta se convirtió, durante catorce meses, en refugio y hospital para heridos de guerra, prófugos y judíos; éstos llegaron a ser dos mil. En esta situación, el P. Kolbe y sus colaboradores tuvieron el valor de publicar un número de *El caballero de la Inmaculada,* que recogió el último artículo del futuro mártir; en él Kolbe invocaba a su Señora para que trajese la paz al mundo. Empezó a redactar también una obra teológico-ascética sobre la Inmaculada, que dejó inacabada.

El 17 de febrero de 1941 la Gestapo irrumpió en la «Ciudad de la Inmaculada» y se llevó al P. Kolbe y a otros cuatro frailes, los más ancianos. Empezaban para el P. Maximiliano las estaciones de su camino de cruz y gloria. Lo encerraron primero en la cárcel de Pawiak, en Varsovia, donde fue sometido a injurias y vejaciones; de allí lo trasladaron al célebre campo de concentración y exterminio de Oswiecim, en alemán Auschwitz, adonde llegó el 28 de mayo con otros 320 prisioneros. Los encerraron la primera noche en una reducida sala a la entrada del campo. A la mañana siguiente fueron desnudados y lavados con chorros de agua helada. A todos se les distribuyó una chaqueta con un número: al P. Kolbe le correspondió el número 16.670. Fue asignado al bloque 17 de trabajos forzados. Los primeros días lo ocuparon en la construcción de un muro que rodeaba el horno crematorio; una semana más tarde fue destinado a la tala de árboles en un bosque distante 4 km. Fueron dos semanas de terribles vejaciones que el santo soportaba con heroica paciencia y con la sonrisa en los labios. Una vez un compañero de trabajos forzados quiso ayudarle al verlo que tropezaba y sangraba con una pesada carga en los hombros. «No te expongas, le dijo, a recibir golpes tú también; la Inmaculada me ayuda... llevaré solo este peso». Enfermó de pulmonía y fue trasladado a la enfermería donde permaneció tres semanas. Después fue destinado al bloque 12, el de los inválidos, pero por poco tiempo. Entró luego en el bloque 14, de trabajos forzados.

«Mucho padeció en Oswiecim por el amor de Cristo —afirma Pablo VI—: no había en aquel campo ningún sufrimiento corporal o espiritual que no le fuera infligido. Pero él consolaba con la perspectiva de la eternidad a cuantos, reducidos como él a tan miserable estado, soportaban una situación tan dolorosa. No pocas veces distribuía la ración diaria de comida entre los más jóvenes y los hambrientos; a veces cargó con culpas ajenas y soportó sus castigos. De noche, arrastrándose con manos y rodillas, asistía a quienes yacían cerca de él y, si podía, los reconfortaba con los sacramentos».

Una terrible circunstancia le dio la oportunidad de culminar la ofrenda siempre deseada de dar la propia vida por el prójimo. En julio de aquel 1941, un prisionero se escapó del bloque 14. Por cada preso huido, la autoridad nazi había decretado que diez de sus compañeros serían condenados a morir de hambre. Aguardaron un día para averiguar las circunstancias de la fuga. A la mañana siguiente, sacaron nuevamente a los prisioneros al duro trabajo bajo el sol. Por la tarde, el comandante del campo comunicó la sentencia a los deportados del bloque 14 y eligió a diez de ellos para que acabaran su vida en un búnker, nombre con que los alemanes designaban el lugar destinado a quienes estaban condenados a morir de hambre. El P. Kolbe no estaba entre las víctimas destinadas al holocausto. Pero, al oír los lamentos del sargento polaco Frank Gazowniczek que, entre sollozos, lamentaba no poder volver a abrazar jamás a su esposa e hijos, conmovido llamó aparte al jefe del campo para poder sustituir a este deportado y morir con los otros nueve condenados. El oficial, después de dudar un momento, accedió a la petición del prisionero franciscano. Por amor a Dios solo y al prójimo, este auténtico mártir de la caridad ofreció su vida.

Recluido en el bloque número 13, en una celda subterránea, el P. Kolbe esperaba su muerte por inanición con sus compañeros.

«Olvidado de sí mismo en tan duro trance —escribe Pablo VI—, en cuanto le fue posible miró por los demás, procurando que, en circunstancias tan inicuas, ninguno cediera a la desesperación».

El búnker se convirtió, por obra del P. Maximiliano, en capilla de oración y de cantos, cada día más débiles. Al cabo de tres semanas sólo quedaban cuatro supervivientes, entre ellos el

P. Kolbe. A la autoridad del campo le pareció que la situación se prolongaba demasiado, pues necesitaban las celdas para otras víctimas. Se ordenó al verdugo que acabara con la vida de estos cuatro con una inyección de ácido muriático. El santo mártir, con la oración en los labios, alargó espontáneamente el brazo para recibir la inyección letal. Al cabo de unos momentos, un funcionario del campo entró en la celda y pudo dar este testimonio: «Tenía los ojos abiertos y la cabeza inclinada. Su rostro, sereno y bello, estaba radiante». Era el 14 de agosto, vigilia de la Asunción de María Inmaculada; el santo religioso contaba 47 años. Al día siguiente, su cuerpo fue quemado y esparcidas sus cenizas. El holocausto del P. Kolbe no fue fruto de una casualidad o de un desgraciado incidente: fue la suma de toda su vida, afirma el papa que lo beatificó, Pablo VI. Fue fiel a la consigna proclamada en la primera carta de Juan: «Jesucristo dio la vida por nosotros; por eso nosotros debemos dar la vida por los hermanos» (1 Jn 3,16).

El que fue aclamado como el «santo de la Segunda Guerra Mundial» inició su camino hacia los altares, promovido por cuantos tuvieron noticia de su muerte admirable, enseguida después de conseguirse la difícil paz de Europa. En 1948, en Padua, debido a la situación de la postguerra en Polonia, se empezó la causa de beatificación. Pasó luego a los obispados de Varsovia y Nagasaki. La primera fase del proceso se prolongó hasta 1951. El 24 de mayo de 1952 los procesos fueron presentados a la Congregación de Ritos. Los escritos del siervo de Dios fueron examinados y aprobados en mayo de 1955. El papa Juan XXIII, en mayo de 1960, firmó el decreto de introducción de la causa. Pablo VI aprobó el decreto de declaración de virtudes heroicas el 30 de enero de 1969. Dos milagros, atribuidos a la intercesión del siervo de Dios, fueron aprobados el 14 de junio de 1971. Pablo VI beatificó al venerable P. Maximiliano María, como confesor de la fe, el 17 de octubre de 1971 en San Pedro del Vaticano.

Fueron muchas las voces, de prelados y de fieles, que pidieron a la Santa Sede que el P. Kolbe fuera considerado y declarado mártir. La objeción, en la curia romana, se basaba en que propiamente no había sido ajusticiado «por odio a la fe», única

muerte que, tradicionalmente, era considerada martirio. El P. Kolbe murió víctima de la caridad: y eso lo acreditaba a ser considerado mártir, según el criterio de muchos miembros del pueblo de Dios y de numerosos obispos, sobre todo de Polonia y de Alemania.

Correspondió al primer papa polaco de la historia, a Juan Pablo II, celebrar la canonización del Beato Maximiliano. Fue el 10 de octubre de 1982, en la Plaza de San Pedro del Vaticano, ante más de doscientas mil personas, entre las cuales se hallaba presente el suboficial polaco, substituido por el nuevo santo en la condena a muerte, F. Gazowniczek. Juan Pablo II empezó su homilía de la misa de canonización con las palabras evangélicas que mejor reflejan la santidad del nuevo mártir: «Nadie tiene un amor más grande que el que da la vida por sus amigos» (Jn 15, 13), palabras que recoge el misal romano como antífona de comunión para la memoria, señalada por el calendario general el 14 de agosto.

> «La inspiración de toda su vida —predicó el Papa— fue la Inmaculada, a quien confiaba su amor a Cristo y su deseo de martirio. En el misterio de la Inmaculada Concepción se revelaba a los ojos de su alma aquel mundo maravilloso y sobrenatural de la gracia de Dios ofrecida al hombre. La fe y las obras de toda la vida del Padre Maximiliano indican que él concebía su colaboración con la gracia divina como una milicia bajo el signo de la Inmaculada Concepción [...] Maximiliano no murió, sino que dio la vida por un hermano [...] En su muerte se manifiesta la fuerza del amor; por eso la muerte de Maximiliano Kolbe es un signo de victoria [...] La Iglesia acepta este signo de victoria con veneración y agradecimiento. Trata de leer su elocuencia con toda humildad y amor... no puede dejar escapar su plena elocuencia y su significado definitivo».

Por ello, el Papa polaco canoniza al Beato Maximiliano como mártir, porque su muerte, afrontada espontáneamente por amor al hombre, es un cumplimiento total de las palabras de Cristo:

> «Lo hace particularmente semejante a Cristo, modelo de todos los mártires, que da la propia vida sobre la cruz por los hermanos [...] Por eso, en virtud de mi autoridad apostólica, he decretado que Maximiliano María Kolbe, que era venerado como confesor después de su beatificación, ¡sea venerado de ahora en adelante como mártir!».

La innovación abría en la Iglesia nuevos horizontes para la declaración del martirio, abrazado y consumado como el «amor más grande», como fue proclamado por Jesús ante sus apóstoles, en la última cena, según sus palabras recogidas en el capítulo 15 del evangelio de San Juan.

PERE-JOAN LLABRÉS Y MARTORELL

Bibliografía

AAS 64 (1972) 401-407; 74 (1982) 1219-1224.
BARRA, G., *Una vita donata, padre Massimiliano Kolbe* (Turín 1964).
Bibliotheca sanctorum. VII: *Giustiniani-Lhuilier* (Roma 1966) cols.1054-1058.
Bibliotheca sanctorum. Appendice prima (Roma 1987) 870-871.
BLASUCCI, A., *L'Immacolata e la sua Milizia* (Nápoles 1965).
DÍAZ, C., *Nueve rostros de hombre* (Madrid 1997) 37-58.
DOBRACZYNSKI, J., *Maximilian Kolbe* (Budapest 1978).
DOMANSKI, J., *Le Père Maximilien Kolbe* (Varsovia 1971).
FELDMANN, C., *Grandes cristianos de nuestro siglo* (Madrid 1985) 180-205.
JUAN PABLO II, *Massimiliano Kolbe, patrono del nostro difficile secolo* (Città del Vaticano 1982).
LEONARD, L., *Cantano nei sotterranei di Oswiecim* (Brescia 1949).
MIGLIORANZA, C., San *Maximiliano Kolbe* (Barcelona 1992).
MORCINIEK, G., *Dwe Korony, Rzecz o Ojcu Maksymilianie Maria Kolbe* (Niepokalanów 1948).
ORTIZ, L. M., *El hombre de Niepokalanów, o el padre Maximiliano Kolbe* (Granollers 1957).
PIACENTINI, E., *Al di là di ogni frontiera; vita e spiritualità di S. Massimiliano Kolbe* (Ciudad del Vaticano 1982).
— *Dottrina mariologica del P. Massimiliano Kolbe* (Roma 1970).
— *L'Immacolata Concezione nel pensiero mariologico del padre Massimiliano Kolbe* (Roma 1971).
Positio super scriptis Servi Dei Maximiliani M. Kolbe (Roma 1955).
RICCIARDI, A., *Padre Massimiliano Kolbe* (Roma 1960).
VILLEPELÉE, J. F., *Tras las huellas de Maximiliano Kolbe* (Madrid 1997).
WINOWSKA, N., *Le fou de Notre Dame, père Maximilien Kolbe, Cordelier* (París 1950).

SANTOS DOMINGO IBÁÑEZ DE ERQUICIA Y FRANCISCO SHOYEMON

Religiosos y mártires († 1633)

Domingo de Guzmán tuvo la inspiración de fundar su Orden cuando comprobó que era urgente reproponer el evangelio a los herejes y aun a los fieles católicos, ya que no lo conocían ni vivían con profundidad, y por la misma razón desde el principio se mostró dispuesta la Orden a llevar el evangelio a los infieles.

Domingo le dio a su Orden el nombre de Orden de Predicadores, porque predicar iba a ser ministerio a que toda la Orden se dedicara, y ocasión habría en la historia de demostrar que este empeño era auténtico.

En julio de 1867 el papa Pío IX ponía en los altares a una legión de misioneros y cristianos del Japón, entre los que abundaban los religiosos dominicos, los terciarios seglares y los cofrades del Santísimo Rosario. Pero éstos no eran los únicos mártires de la Orden que habían regado con su sangre la tierra japonesa. El 18 de febrero de 1981 el papa Juan Pablo II beatificaba en Manila a otro grupo de misioneros y fieles mártires, todos ellos españoles o japoneses, salvo uno: Lorenzo Ruiz, primer mártir filipino que alcanzaba la gloria de los altares. Este grupo de dieciséis mártires fue canonizado por el mismo papa el 18 de octubre de 1987. A este grupo pertenecen los dos santos que conmemoramos hoy. Su memoria litúrgica está fijada para el 28 de septiembre, pero damos aquí la biografía de los dos que fueron inmolados en el día de hoy.

DOMINGO IBÁÑEZ DE ERQUICIA, que encabezó la causa de beatificación, aunque luego cedió el primer puesto a Lorenzo Ruiz en la canonización, era un misionero español, nacido en 1589 en Guipúzcoa, concretamente en el pueblo de Régil. En su familia recibe una adecuada educación cristiana que hizo nacer en su alma la ilusión por la vida religiosa, y por ello el año 1604, cuando contaba quince años de edad, solicitó el hábito dominico en el convento de San Telmo de la ciudad de San Sebastián, donde fue recibido efectivamente, y, terminado el noviciado al año siguiente, profesó. Seguidamente comenzó sus estudios y no los había acabado cuando se ofreció para las misiones de Oriente, las que en Filipinas y en Japón llevaba adelante su Orden. Pasó de la Provincia de España a la Provincia del Santísimo Rosario, constituida precisamente para dotar de misioneros al Oriente. En 1611 se embarcó en España para Filipinas. Llegado aquí, hubo ante todo de concluir sus estudios, y seguidamente fue ordenado sacerdote cuando contaba veintitrés años de edad.

Con la ordenación sacerdotal recibió también su primer destino, que fue en Pangasinan. Aquí tenían los dominicos un

activo puesto misionero, en el que, a pesar del fuerte carácter de sus habitantes, se conseguían numerosas conversiones y avanzaba el evangelio entre aquellas gentes. Aquí estuvo cuatro años dedicado por completo a su ministerio y llevando una vida ejemplar que acompañaba y acreditaba su labor. Pasados estos cuatro años de labor misionera directa, fue trasladado por la obediencia a Binondo, en los arrabales de Manila. Aquí tenían los dominicos una iglesia y también un hospital donde atendían a la nutrida colonia china que había en la ciudad. Domingo se volcó en la atención religiosa de los fieles, en la catequesis de los aspirantes al bautismo y en la atención bondadosa y humilde a los enfermos del hospital. Todos alababan su elocuencia religiosa, su magnífica capacidad para transmitir el evangelio. Era claro que el P. Domingo, además de la oración y el apostolado, practicaba asiduamente el estudio, como buen dominico, y estaba perfectamente preparado no sólo para predicar sino también para dar clases. Y por ello, cuando llevaba dos años en Binondo, fue destinado a enseñar teología en el convento de Santo Domingo de Manila. Sus clases, a las que atendía con gran entrega, no le quitaban de su asidua y celosa predicación.

Y en este ministerio tan útil estaba empeñado cuando sintió la llamada, peligrosa y a la vez imposible de desatender, de la cristiandad japonesa. En efecto, en 1614 se había desatado una fuerte persecución anticristiana en Japón, que tuvo como una de sus primeras medidas la expulsión de todos los misioneros. Algunos se quedaron corriendo un gran peligro y siendo llevados a la muerte cuando eran descubiertos, pero otros hubieron de abandonar la viña florida que era ya para entonces la comunidad cristiana del Japón. Tras los martirios dominicanos, en 1622 quedaban solamente dos sacerdotes dominicos en el Imperio del Sol Naciente: los beatos Domingo Castellet y Pedro Vázquez. Para colmo este último cae en 1623 en manos de los perseguidores. Desde la cárcel se dirige al provincial de la Orden de Predicadores en Filipinas una carta angustiosa: la mies mucha, los obreros pocos. ¿Qué hacer? Mandar misioneros era como señalarlos para la muerte, dejar de mandarlos era abandonar a su suerte a la comunidad cristiana japonesa. El P. Provincial decidió solicitar voluntarios, y los hubo enseguida,

uno de ellos nuestro Domingo, a quien la perspectiva de la muerte no sólo no le quitó ánimo sino que le dio un brío mayor. Junto con él fueron elegidos San Lucas del Espíritu Santo, el Beato Luis Exarch Flores y el P. Diego de Rivera. A esta expedición de dominicos se unieron cuatro franciscanos y dos agustinos.

A mediados de mayo de 1623 salió Domingo junto con sus compañeros hacia Japón. Iba a ser el suyo un viaje accidentado, porque hubieron de pasar fuertes temporales, sufrir ataques de corsarios chinos, asistir a la muerte en el barco del P. Diego Rivera y al final se vieron forzados a desembarcar en las costas de Satsuma, que no era exactamente a donde se dirigían. Domingo fue tomado por ser el capitán, y hubo de realizar largas y laboriosas gestiones para que le dejaran atracar la nave en el puerto. Se encuentran con el P. Castellet y logran por fin licencia para dirigirse a Nagasaki. Domingo, para despistar, se había paseado como caballero de capa y espada y pudo así disimular que se trataba de un grupo de sacerdotes. Pero la persecución era muy firme, y se dieron cuenta de que de forma abierta no podían seguir en Japón. Entonces Domingo y el P. Castellet idearon una estratagema: Erquicia se presentó a las autoridades y pidió permiso para que todos reembarcaran. Concedida la licencia, el galeón portugués se hizo a la mar con todos los misioneros, pero antes de que llegaran a alta mar, se envió por el P. Castellet una barca que los recogió y los trajo a tierra, pasando todos a la clandestinidad, castigada con la muerte.

Domingo podría trabajar en el Japón a lo largo de diez años. Diez años de trabajo intenso, de huida continua, de disimulo incansable. Iba de un sitio a otro de noche con enorme incomodidad, y el día lo pasaba en un escondite para pasar inadvertido. Llegada la noche empezaba su ministerio: decía misa, confesaba, bautizaba, y no dejaban los fieles de acudir a él llenos de gratitud por su presencia.

Domingo no dejó de escribir a Manila cuando tuvo ocasión para decirles a sus hermanos de hábito cuál era su lucha por la difusión y consolidación del evangelio e invitar a otros religiosos a que se lanzasen a idéntica aventura. La Orden lo nombra en 1625 Vicario Provincial de todos los dominicos de aquel te-

rritorio. Dos años más tarde el cargo pasa al Beato Domingo Castellet, pero éste fue martirizado el 8 de noviembre de 1628, y entonces Domingo fue de nuevo investido del cargo en 1629. Tomó su cargo con gran responsabilidad y en uso de ella decidió que era mejor la residencia en Tokio, entonces Edo, que en Nagasaki, pues aquí la persecución era mucho más estrecha. Por entonces los perseguidores buscaban ante todo la apostasía, y de ahí las feroces torturas, los castigos terribles, como el trabajo en las minas y cosas similares. Los cristianos huían a los montes pero eran buscados y cazados como alimañas. Las apostasías hicieron su aparición. Los perseguidores, conociendo la presencia de misioneros, pusieron todo su empeño en atraparlos. Domingo sabía que, por el bien de la comunidad, debía preservar su vida, y por ello acudió a todo tipo de estratagemas, como ocultarse entre pajas, vivir escondido en cuevas y cisternas sin ver la luz del sol, huir en un barco y esconderse debajo de una vela. Llegó a muchos kilómetros más arriba de Nagasaki y aquí se estuvo en relativa tranquilidad hasta mediados de 1630. Entonces decidió volver a esta ciudad. Había muchos apóstatas que pedían la reconciliación y la temida cárcel de Omura albergaba a cinco religiosos y más de cuarenta seglares. Domingo logró entrar en ella, confesarse con uno de los sacerdotes detenidos y llevarles a todos ánimo y consuelo. Aquel año fueron ejecutados 316 cristianos. Domingo escribió a sus padres y les decía sin rodeos que veía la muerte cercana pues la persecución era muy espesa. A mediados de 1631 el capítulo provincial de su Orden volvía a nombrarlo vicario de la Orden en Japón. Al año siguiente tenía el consuelo de recibir la ayuda de dos padres: Jacobo de Santa María y Jordán de San Esteban, mártires luego ambos y canonizados con Domingo. Y ese mismo año, al subir al trono un nuevo emperador, la persecución se recrudeció. Domingo figuraba en primer lugar en la lista de perseguidos, y asimismo la Santa Sede pensaba en él para obispo de Japón. Pero había llegado para él la hora del martirio.

FRANCISCO SHOYEMON era japonés, y de su nacimiento se ignora el lugar y la fecha. Se unió a Domingo como catequista y no dejó de acompañarle en todo su trabajo misionero. Le ayudó

muchísimo a aprender el idioma e igualmente en la preparación de los catecúmenos al bautismo.

La fecha exacta en que ambos, Domingo y Francisco, fueron arrestados no consta. Es seguro que ya lo estaban el 4 de julio de 1633. El motivo sí se sabe: un cristiano que conocía al P. Domingo fue arrestado y torturado, y en la tortura dijo el escondite del Padre. Llegaron a por él y lo encontraron con el catequista Francisco, siendo ambos arrestados. No intentaron huir, sino que se entregaron con gran mansedumbre. Fueron llevados a la cárcel de Nagayo, bajo las autoridades de Omura. Las autoridades de Nagasaki los reclamaron el 10 de agosto y allá fueron enviados, seguramente al día siguiente pues el 12 estaban en dicha ciudad. Hubo gran empeño en conseguir la apostasía de Domingo y de su fiel compañero. Éste cuando se vio en la cárcel, le pidió al P. Domingo que lo admitiese en la Orden como hermano lego y Domingo accedió a su petición, quedando adscrito como novicio el fiel colaborador. Halagaron a Domingo prometiéndole una vida larga y feliz si apostataba. Domingo respondió que no con gran firmeza. Entonces decidieron darles a él y a su compañero el terrible tormento que acababan de inventar. Se trataba de la horca y la hoya. Serían los primeros en padecer este horrible tormento. Colgados ambos en sendas horcas por los pies, sus cuerpos, pendientes e inmovilizados por maderas bien ajustadas con cuerdas a ellos, quedaban metidos en una hoya llena de inmundicias nauseabundas que asfixiaban de peste a los así atormentados. En este tormento los tuvieron hasta que ambos después de muchas horas, unas veinticuatro horas de horrorosa agonía, dieron su espíritu al Señor. Era el 14 de agosto de 1633.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 78 (1981) 583-588; 82 (1990) 217-220.
GALMÉS, L., OP, *Los dieciséis mártires del Japón* (Madrid 1987).
GONZÁLEZ VALLÉS, J., *Los 16 mártires del Japón* (Madrid 1987).
TELLECHEA IDÍGORAS, J. I., *Erquicia y Aozaraza, dos mártires guipuzcoanos* (San Sebastián 1981).

BEATA ISABEL RENZI

Virgen y fundadora († 1859)

Elisabetta tenía todo a su favor para haber apuntado a una existencia brillante: una familia acomodada, una fascinación particular que derivaba de su fuerte personalidad, una vasta cultura y una profunda sensibilidad. Pero desde pequeña consideró al Señor como la riqueza más grande. Ella hubiera querido ser una contemplativa, mas le tocó bien pronto sumergirse en una actividad incansable, cosa que hizo con excepcional gallardía, sin perder de vista lo espiritual, con raro equilibrio y discernimiento.

En el decreto de su beatificación está escrito:

> «Su fe fue profunda, con una constante aplicación a la oración, con una manifiesta devoción a la Eucaristía, a la Pasión y a la Virgen Dolorosa, a quien quiso consagrar su fundación. Era una fe operativa que se transformaba en celo por las almas y en particular por la juventud, con el preciso carisma del apostolado educativo mediante la escuela».

Después de recibir la santa comunión, solía repetir: «Yo llevo al que me lleva». A sus hermanas, les decía: «Sed felices, porque Dios os ama». «Permaneceré atenta a no faltar a la caridad con el prójimo...». Este propósito que Elisabetta Renzi escribió durante un retiro en 1835 condensa en pocas palabras la tensión de toda su vida: ella fue la silenciosa e incansable sierva de sus hermanos, sin dejar de vivir en lo que gustaba de llamar su *bendito desierto interior.*

Nacida el 19 de noviembre de 1786 en Saludecio, junto a Rímini, y fallecida en 1859, señala con su vida un período de no fácil historia para la Romagna. Muy joven, siente la llamada a una vida de perfección, y se dirige al monasterio agustiniano de Pietrarubbia, del que debe salir en 1810 por las vicisitudes políticas. El Señor puso en su camino un excelente director de espíritus que la llevó, en 1824, al Conservatorio de Coriano, fundado en 1818 por una señora piadosa y por el sacerdote don Giacomo Gabellini, que lo dirigía.

Elisabetta entró en Coriano en plena madurez, con 38 años, pero desde el principio encontró gran disponibilidad y afecto en sus compañeras maestras. El Conservatorio necesitaba una

mayor preparación religiosa y una más firme configuración jurídica, y lo mejor parecía unirse a otro Instituto ya fundado. Se pensó en el de Santa Magdalena de Canosa, pero no se llegó a la unión. Era el año 1824. Santa Magdalena visitó Coriano y apreció desde el primer momento las prendas de Isabel, de la que escribirá más tarde:

> «Entre Elisabetta y el Señor se da tal efusión de recíproco amor, hay una donación mutua tan perfecta, que es bien cierto que aquel que pone el pie en Coriano se encuentra con el abrazo entre la criatura y el Creador».

Cuando en 1828 hay que elegir superiora, Magdalena la propone sin dudarlo. La nueva superiora, aceptando la Voluntad de Dios que le manifiesta la autoridad eclesiástica, se emplea en su cargo con sabiduría sobrenatural y asombrosa capacidad organizativa. Inicia así una relación cada vez más profunda con el Instituto Canosiano, al cual desea conformar su propio Instituto, que aumentaba con vocaciones y fundaciones. A la muerte de Magdalena, los superiores pensaron unir el Instituto de Isabel a las «Maestras Pías» de Roma, pero, no surtiendo efecto la tentativa, Isabel vio claramente que el Señor la llamaba a fundar una nueva Institución. El obispo de Rímini, mons. Gentilini, que compartía la idea, erigió canónicamente, el 26 de agosto de 1839, el Instituto de las Maestras Pías de la Dolorosa de Rímini. Los veinte años de vida que le quedaban a Isabel serían de gran expansión de la obra y de intensa unión con Dios. Durante ellos, incesantemente, elevaba al cielo esta plegaria:

> «¡Oh, Señor, si la Obra que me habéis confiado os complace, haced que permanezca, y yo con ella, siempre pobre, humilde, escondida».

La primera tarea de la fundadora fue la formación de sus hermanas con una disponibilidad a la gracia que la hacía toda para todos. Al mismo tiempo, deseaba que la educación de las niñas mirase a la formación integral de la persona, fomentando en ellas sus capacidades de inteligencia y piedad, bajo la mirada maternal de María, y con su ejemplo.

Pío VII había extendido a toda la Iglesia, el 18 de septiembre de 1814, la «Fiesta de los Siete Dolores de la Virgen», que ya era celebrada por los Siervos de María en el tercer domingo de

septiembre. Este gesto del Papa tuvo amplia resonancia en toda la Romagna, por la activa predicación de los Siervos de María. No se puede entender a fondo la espiritualidad de Isabel Renzi sin esta devoción mariana, inseparable del Gólgota, donde el Corazón de la Madre fue traspasado por la espada del dolor. El amor a la Dolorosa alimentó como una llama viva la vida interior de Isabel. Educada por las clarisas de Mondiano, desde niña había aprendido a mirar con amor a Jesús crucificado y a su bendita Madre. Más tarde, en el monasterio agustino de Pietrarubbia, recibió el influjo de los Siervos de María. Ella quería que sus hijas fuesen «las pobres del Crucificado», y les decía: «¡La Cruz! Ella ha dado la paz al mundo, yo la amo. No nos apartemos de la presencia de la Cruz».

La conformidad con la voluntad de Dios será el *bello diamante* de su vida. Y así, porque Dios lo quiere, ella se encuentra, sin esperarlo, a la cabeza de una familia de educadoras, fundando un nuevo Instituto de enseñanza. En adelante, caminará *por senderos que sirven para acortar los caminos largos; senderos más breves, pero mucho más fatigosos que los trillados.* El gozo espiritual era una constante en ella, que contagiaba su imbatible optimismo a cuantos trataba:

> «Dios ama a las almas que le sirven con alegría. La melancolía lleva a los más graves desórdenes; al precipicio. La alegría del Espíritu es el camino más breve y seguro a la perfección. Alegría y jovialidad deben ser compañeras inseparables de las Maestras Pías... De nuestro diccionario de amor está borrada la palabra "desánimo" [...] Nuestra lira debe vibrar al unísono con un amor del todo celestial; si es demasiado humano, la disonancia sería muy desagradable...».

Algunas veces había dicho a las niñas:

> «Imaginad que todas vuestras palabras y obras fuesen las últimas de vuestra vida. ¿No serían todas rectas y puras, enderezadas a la gloria del Señor?».

Teniendo el presentimiento de su muerte, como madre solícita, quiso dejarlo todo preparado y se preparó a sí misma para el gran encuentro con su gran Amor. Anunciando con antelación la hora del tránsito, se durmió en el Señor el 14 de agosto de 1859, habiendo dicho tres veces: «Yo veo...».

Su Santidad Juan Pablo II, el 8 de febrero del Año Mariano 1988, promulgaba el decreto sobre la heroicidad de sus virtudes. Aprobado el milagro atribuido a su intercesión el 18 de febrero de 1989, fue beatificada el 18 de junio del mismo año. Con tal ocasión, el Papa habló así de Elisabetta:

> «En el borrascoso período de la invasión francesa, que siguió a la revolución, Elisabetta fue casi arrancada de su retiro en el monasterio de las Agustinas; pero, habiendo vuelto al mundo, pudo conocer mejor las urgentes necesidades de la Iglesia de su tiempo y caer en la cuenta de que una nueva llamada del Señor la interpelaba. Dios mismo quería como trasplantarla junto a los problemas de la juventud femenina de su tierra. Comprendió así que debía preparar a las jóvenes del pueblo para afrontar las nuevas condiciones de vida que las esperaban en una sociedad secularizada, en contacto con las nuevas estructuras políticas y administrativas no tan acordes con la fe. Elisabetta capta, con intuición profética, el surgir de una época en que la mujer asumiría nuevas responsabilidades sociales.
>
> Se podría decir que Elisabetta Renzi es fundadora no tanto por una elección, cuanto porque una serie de circunstancias la indujeron y casi la obligaron a realizar una obra orgánica y estable por las jóvenes, en su tierra de Romagna. Por esto, debió afrontar enormes dificultades y luchó con discernimiento iluminado para vencer los obstáculos que la tentación a menudo le presentaba como insuperables. Su regla de vida fue la de abandonarse en Dios, para que Él dispusiese los pasos y los tiempos para el desarrollo de la obra como a él le agradase.
>
> Tal vez las dificultades surgían dentro de la misma comunidad eclesial, no siempre abierta a reconocer los cambios irreversibles producidos en la sociedad y quizá aún ligada, en algunos de sus hombres, a nostalgias de un pasado ya definitivamente superado.
>
> Como la semilla bajo la tierra, Elisabetta soportó sus pruebas con enérgica esperanza. Escribió: "Cuando todo se complicaba, cuando el presente me era tan doloroso y el porvenir me parecía aún más oscuro, cerraba los ojos y me abandonaba, como una criaturita, entre los brazos del Padre que está en el cielo"».

En un mensaje a las Maestras Pías de la Dolorosa, el 22 de julio de 1999, Juan Pablo II les recordaba esta aspiración de su beata madre fundadora:

> «Quisiera que todo mi ser callara y en mí todo adorara, para penetrar así cada día más en Jesús y estar tan llena de él, que pueda darlo a las pobres almas que no conocen el don de Dios».

Y les decía:

> «En una época de profundos cambios, la divina Providencia hizo que la madre Isabel Renzi percibiera, con intuición profética, algunas de las necesidades más profundas de la sociedad de su tiempo. Así, se dio cuenta de que el Señor le dirigía una nueva llamada. "Dios mismo la había trasplantado junto a los problemas de la juventud femenina de su tierra. Su regla de vida fue justamente la de abandonarse a Dios, para que Él dispusiese los pasos y los tiempos para el desarrollo de la obra como a él le agradara" *(Homilía en la beatificación).*
>
> Vuestra fundadora sintió intensamente la llamada a testimoniar el amor de predilección de Dios a sus criaturas más humildes y necesitadas; y respondió con inteligencia profética, haciéndose madre, educadora y asistente.
>
> Deseo dejaros, como última palabra, el eco del lema de vuestra beata fundadora: *Ardere et lucere*».

La historia de Isabel Renzi es actual en este nuestro mundo que, tan a menudo, se pierde tras lo efímero y lo superficial. Su vida es sugestiva para aquellos que buscan modelos en que inspirarse para traducir el mensaje del Evangelio en clave moderna.

ALBERTO JOSÉ GONZÁLEZ CHAVES

Bibliografía

L'Osservatore Romano (18-6-1989); (19/20-6-1989).
L'Osservatore Romano (ed. en español) (23-6-1989).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

BEATO SANTOS DE URBINO BRANCORSINI

Religioso († 1390)

En el seno de la familia Brancorsini nace en Montefabbri el año 1343. Educado con todo esmero, pasa a Urbino a hacer los estudios. Un hecho singular cambia su vida: un pariente suyo tiene con él una fuerte discusión y lo ataca, intenta evitarlo pero se ve sin otra opción que la autodefensa y entonces hiere al atacante en una pierna, de lo que al poco fallece. Queda profundamente impactado y resuelve que será la vida religiosa y no la ca-

rrera militar, para la que se preparaba, la que llenará su vida. Ingresa en el convento de la Orden franciscana y se decide por profesar en calidad de hermano lego. Enseguida edifica a los demás religiosos por su vida, observancia regular y virtudes, y por ello se decide ponerlo al frente de los hermanos legos para que él les guíe en la vivencia de la vocación religiosa, lo que hizo con singular maestría y celo. Le salió una úlcera en una pierna, y se dice que fue en el mismo sitio en que había herido la pierna de su atacante y que así se lo había pedido él mismo al Señor. En su intensa vida interior, le recrea el Señor con singulares favores de índole mística y sobrenatural. Vino a morir el 14 de agosto de 1390 con gran fama de santidad. Su cuerpo se conserva incorrupto. El culto inmemorial fue confirmado por el papa Clemente XIV el 18 de agosto de 1770.

BEATOS ANTONIO PRIMALDO Y MÁRTIRES DE OTRANTO

Mártires († 1480)

La historia de los mártires de Otranto comienza con la profecía de San Francisco de Paula que pidió inútilmente al rey Fernando I de Nápoles que protegiera su reino de las amenazas de la flota turca y se trajera, por tanto, sus fuerzas desde la Toscana. Al no hacerlo el rey, San Francisco aseguró que veía a Otranto inundada de sangre cristiana. Y, en efecto, en el verano de 1480 las tropas turcas se presentaron ante el puerto de Otranto y conminaron la rendición. No se avinieron los hidruntinos y el día 11 la ciudad fue asaltada por los turcos, muriendo infinidad de personas en el asalto, entre ellas el arzobispo y numerosos sacerdotes y religiosos. Vencida la población y concluida la lucha, el general turco, Ahmed Pachá, exigió que se presentasen delante de él todos los varones mayores de 15 años, siendo solamente ochocientos los supervivientes de la tragedia. Entonces les intimó a todos a que abrazasen el islam, de lo contrario perderían la vida, mientras que si se hacían musulmanes conservarían la vida, la familia y los bienes. Contestó en nombre de todos Antonio Primaldo, un tejedor de paños ya entrado en años, quien aseguró que todos ellos adoraban a Cristo como

verdadero Dios y no estaban dispuestos a hacerse musulmanes. Todos manifestaron las mismas disposiciones. Entonces, Ahmed Pachá dispuso que todos fueran decapitados, y para ello fueron conducidos al Monte de Minerva. Se animaron los mártires unos a otros a dar la vida por Cristo, siendo inútil que les repitieran las ofertas de vida y prosperidad si apostataban. Agrupados de cincuenta en cincuenta fueron siendo decapitados, contándose el prodigio de que, decapitado el primero Antonio Primaldo, su cuerpo no cayó al suelo hasta que el último fue decapitado. Viendo aquella constancia y fortaleza se hizo cristiano uno de los verdugos que pagó allí con su vida su conversión. Reconquistada la ciudad un año más tarde, encontraron insepultos, pero incorruptos, los cuerpos de los mártires, y mandó el duque de Calabria se les diera piadosa sepultura. El sitio se llama desde entonces la «Colina de los mártires». Su culto ininterrumpido fue confirmado por la Santa Sede el 14 de diciembre de 1771.

BEATO VICENTE RUBIOLS CASTELLÓ

Presbítero y mártir († 1936)

Vicente Gregorio Rubiols Castelló había nacido en Gandía el 13 de marzo de 1874, bautizándose al día siguiente en la famosa Colegiata. Educado cristianamente, decidió seguir la vocación sacerdotal, haciendo los estudios en el seminario de Valencia, y se ordenó sacerdote en 1894. Desempeñó el ministerio parroquial en varios sitios hasta que el 11 de febrero de 1898 tomaba posesión en propiedad del curato de La Pobla Llarga. Perseveraría en este cargo pastoral hasta su martirio. Bondadoso, lleno de celo apostólico, amante de la liturgia, caritativo y limosnero, dedicó su vida por entero a su parroquia, sin tomarse ni siquiera vacaciones y sirviéndola con la mayor lealtad y amor pastoral. Instalado en febrero de 1936 el gobierno del Frente Popular, se vio obligado a dejar la parroquia pero volvió en junio. No obstante, debió irse de nuevo, esta vez a Picanya, donde le sorprendió el 18 de julio. Se comportó con mucha discreción y prudencia pero el día 14 de agosto fue arrestado por unos milicianos de La Pobla Llarga, que lo llevaron a la carretera de Va-

lencia, y al llegar a la Torre de Espioca, término de Picassent, pararon el coche y lo hicieron bajar. Él vio cuál era la intención y les dijo: «Sólo lo siento porque vosotros, a quienes yo he bautizado, vais a hacer este crimen». Cuando dirigieron a él las armas gritó: «Viva Jesús sacramentado». Y fue fusilado. Lo registraron, lo dejaron en postura vergonzosa y lo abandonaron. A los tres días un vecino de su pueblo lo reconoció e hizo que lo enterraran.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO FÉLIX YUSTE CAVA

Presbítero y mártir († 1936)

Su pueblo natal fue Chulilla, donde nació el 21 de febrero de 1887. Inclinado al sacerdocio desde niño, ingresó en el colegio de San José de Valencia y luego pasó al seminario conciliar de la misma Valencia. Sus dotes intelectuales y buena conducta le valieron que el arzobispo Cardenal Herrero lo mandara a estudiar a Roma como alumno del Colegio Español, en la Universidad Gregoriana. Alcanzó los tres doctorados: en filosofía, teología y derecho canónico, y se ordenó sacerdote en diciembre de 1910. Vuelto a Valencia fue coadjutor en varias parroquias y profesor del seminario. En 1919 se le nombró párroco de Santa María del Mar, de Valencia. En 1930 ganó en propiedad la parroquia de San Juan y San Vicente de la capital valentina. Fue un sacerdote piadoso y entregado, que fomentó con celo la Acción Católica, llegando a tener organizadas en su parroquia las cuatro ramas. Fundó unas escuelas parroquiales para ofrecer educación cristiana a los niños. Llegada la revolución de julio de 1936, hubo de dejar la parroquia y refugiarse en casa de un hermano suyo, donde también se refugiaría su otro hermano sacerdote. Los tres serían sacrificados. Allí celebraban la misa secretamente y sufrieron diferentes registros, en uno de los cuales milagrosamente no hallaron las hostias consagradas. El 13 de agosto de 1936, de noche, mientras registraban el piso conti-

guo, los milicianos vieron a los dos sacerdotes. Esto sirvió para que los detuvieran. Llevados a El Saler, allí fueron fusilados.

Don Félix ha sido beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

15 de agosto

A) MARTIROLOGIO

1. Solemnidad de la Asunción de la Bienaventurada Virgen María.
2. En Roma, en el cementerio de Calixto en la Via Apia, San Tarsicio († 257), que murió mártir en defensa de la Eucaristía **.
3. En Nicomedia (Bitinia), santos Estratón, Felipe y Eutiquiano (fecha desconocida), mártires.
4. En Milán (Liguria), San Simpliciano († 401), obispo.
5. La conmemoración de San Alipio († 430), obispo de Tagaste en Numidia, discípulo de San Agustín **.
6. En Hildesheim (Sajonia), San Altfrido († 874), obispo.
7. En Alba Real (Panonia), San Esteban I († 1038), rey de los húngaros, cuya memoria se celebra mañana.
8. En Cracovia (Polonia), San Jacinto († 1257), presbítero, de la Orden de Predicadores **.
9. En Savigliano (Italia), Beato Aimón Taparelli († 1495), presbítero, de la Orden de Predicadores *.
10. En Pallanza, junto a Novara (Italia), Beata Juliana de Busto Arsicio († 1501), virgen, de la Orden de San Agustín *.
11. En Roma, San Estanislao de Kostka († 1568), novicio de la Compañía de Jesús **.
12. En Wenga (Congo), Beato Isidoro Bakanja († 1909), mártir **.
13. En Chalchihuites (México), santos Luis Batis Sainz, presbítero, Manuel Morales, padre de familia, Salvador Lara Puente y David Roldán († 1926), mártires **.
14. En Barbastro (Huesca), beatos Luis Masferrer Vila, presbítero, y diecinueve compañeros: José María Blasco Juan, Alfonso Sorribes Teixidor, acólitos; José María Badía Mateu, José Figuero Beltrán, Eduardo Ripoll Diego, Francisco María Roura Farró, Jesús Agustín Viela Ezcurdia, lectores; José María Amorós Hernández, Juan Baixeras Berenguer, Rafael Briega Morales, Luis Escalé Binefa, Ramón Illa Salvia, Luis Lladó Teixidor, Miguel Masip González, Faustino Pérez García, Sebastián Riera Coromina, José María Ros Florensa, Francisco Castán Messeguer, y Manuel

Martínez Jarauta († 1936), religiosos de la Congregación de Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María, mártires *.

15. En Almazora (Castellón), Beato José María Peris Polo († 1936), presbítero, de la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos del Sagrado Corazón de Jesús *.

16. En Madrid, Beata María Sagrario de San Luis Gonzaga (Elvira) Moragas Cantarero († 1936), virgen, de la Orden de las Carmelitas Descalzas, mártir **.

17. Igualmente en Madrid, Beato Domingo (Agustín) Hurtado Soler († 1936), presbítero, de la Congregación de Terciarios Capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores, mártir *.

18. En Motril (Granada), Beato Vicente Soler († 1936), presbítero, de la Orden de Agustinos Recoletos, mártir *.

19. En Palma de Gandía (Valencia), Beato Carmelo Sastre Sastre († 1936), presbítero y mártir *.

20. En Tárrega (Barcelona), Beato Jaime Bonet Nadal († 1936), presbítero, de la Sociedad Salesiana, mártir *.

21. En Padua (Italia), Beato Claudio Ricardo Granzotto († 1947), religioso franciscano *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

ASUNCIÓN DE NUESTRA SEÑORA

La vida de la Virgen es toda ella una fulgurante sucesión de divinas maravillas. Primera maravilla: su Inmaculada Concepción. Última maravilla: su gloriosa Asunción en cuerpo y alma a los cielos. Y, entre la una y la otra, un dilatado panorama de gracia y de virtudes en el cual resplandecen como estrellas de primera magnitud su virginidad perpetua, su divina maternidad, su voluntaria y dolorosa cooperación a la redención de los hombres.

La perpetua virginidad de María y su divina maternidad fueron ya definidas como dogmas de fe en los primeros siglos del cristianismo. La Inmaculada Concepción no lo fue hasta mediados del siglo XIX. Al siglo XX le quedaba reservada la emoción y la gloria de ver proclamado el dogma de su Asunción en cuerpo y alma a los cielos.

Memorable como muy pocos en la historia de los dogmas aquel 1 de noviembre de 1950. Sobre cientos de miles de corazones, que hacían de la inmensa Plaza de San Pedro un único

pero gigantesco corazón —el corazón de toda la cristiandad—, resonó vibrante y solemne la voz infalible de Pío XII declarando *ser dogma de revelación divina que la Inmaculada Madre de Dios, siempre Virgen María, cumplido el curso de su vida terrena, fue elevada en cuerpo y alma a la gloria celestial.*

Esta suprema decisión del Romano Pontífice es el coronamiento de un proceso multisecular. Nosotros gustamos el dulce sabor de ese fruto sazonado de nuestra fe, pero su savia y sus flores venían circulando y abriéndose en el jardín de la Iglesia desde la más remota antigüedad cristiana.

En la encíclica *Munificentissimus Deus,* que nos trajo la jubilosa definición del dogma, se hace un minucioso estudio histórico-teológico del mismo. Siglo tras siglo y paso por paso se va siguiendo con amoroso deleite el camino recorrido por la piadosa creencia hasta llegar, ¡por fin!, a la suprema exaltación de la definición *ex cathedra.*

En efecto, ya desde los primeros siglos cristianos palpita esta verdad en el seno de la Iglesia. Es una verdad perenne como todas las contenidas en el sagrado arcano de la Revelación. Pero en el correr de los tiempos aquella suave palpitación primera fue acentuándose y haciéndose cada vez más fuerte, más insistente, más apremiante.

Comienza la encíclica recordando un hecho. Nunca dejaron los pastores de la Iglesia de enseñar a los fieles, apoyándose en el santo Evangelio, que la Virgen Santísima vivió en la tierra una vida de trabajos, angustias y preocupaciones; que su alma fue traspasada por el fiero cuchillo profetizado por el santo anciano Simeón; que, por fin, salió de este mundo pagando su tributo a la muerte como su Unigénito Hijo... ¡Ah! Pero eso no impidió ni a unos ni a otros creer y profesar abiertamente que su sagrado cuerpo no estuvo sujeto a la corrupción del sepulcro ni fue reducido a cenizas el augusto tabernáculo del Verbo divino.

Esa misma creencia, presente y viviente en las almas, fue tomando formas tangibles y grandiosas dimensiones a medida que la tierra se fue poblando de templos erigidos a la Asunción de la Virgen María. Sólo en España son 29 las catedrales consagradas a la Virgen en ese su sagrado misterio. Y si los templos

son muchos, infinitamente más son las imágenes que pregonan a voces el triunfo de la Madre de Dios. Añadid ahora las ciudades, diócesis y regiones enteras, así como Institutos religiosos que se han puesto bajo el amparo y protección de María en esta gloriosa advocación, y tendréis un definitivo argumento de la pujanza de dicha creencia en la masa del pueblo cristiano.

También los artistas, fieles intérpretes del pensamiento cristiano a través de los tiempos, han rivalizado a su vez en la interpretación plástica del gran misterio asuncionista. Ya en el famoso sarcófago romano de la iglesia de Santa Engracia, en Zaragoza, muy probablemente de principios del siglo IV, aparece una de estas representaciones. El tema se repite después con una profusión deslumbradora en telas, en marfiles, en bajorrelieves, en mosaicos. Basta recordar los nombres de Rafael, Juan de Juanes, el Greco, Guido Reni, Palma, Tintoretto, el Tiziano... Y no son todos. A la misma altura y con la misma elocuencia que ellos con sus pinceles, proclamaron su fe con su gubia nuestros incomparables imagineros del Siglo de Oro, reproduciendo el episodio en retablos desbordantes de luz y colorido.

Pero de modo más espléndido y universal aún —comenta la encíclica de la definición— se manifiesta esta fe en la sagrada liturgia. Ya desde muy remota antigüedad se celebran en Oriente y Occidente solemnes fiestas litúrgicas en conmemoración de este misterio. Y de ellas no dejaron nunca los Santos Padres de sacar luz y enseñanzas, pues sabido es que la liturgia, *siendo también una profesión de las celestiales verdades..., puede ofrecer argumentos y testimonios de no pequeño valor para determinar algún punto particular de la doctrina cristiana.*

Podrían multiplicarse indefinidamente los testimonios de las antiguas liturgias que exaltan y ponderan la Asunción de María. Unos brillan por su mesura y sobriedad, como, generalmente, los de la liturgia romana; otros se visten de luz y poesía, como los de las liturgias orientales. Pero todos ellos concuerdan en señalar el tránsito de la Virgen como un privilegio singular. Dignísimo remate, indispensable colofón reclamado por los demás privilegios de la Madre de Dios.

Pero lo que sobre todo emociona y convence es ver cómo la Asunción se abrió camino con tal éxito y señorío entre las de-

más solemnidades del ciclo litúrgico, que muy pronto escaló la cumbre de los primeros puestos. Ello estimula eficazmente a los fieles a apreciar cada vez más la grandeza de este misterio. San Sergio I, al prescribir la letanía o procesión estacional para las principales fiestas marianas, enumera juntas las de la Natividad, Anunciación, Purificación y Dormición de María. Más tarde, San León IV quiso añadir a la fiesta, que para entonces había ya recibido el título de Asunción de María, una mayor solemnidad litúrgica, y prescribió se celebrara con vigilia y octava, y durante su pontificado tuvo a gala participar él mismo en su celebración, rodeado de una innumerable muchedumbre de fieles. Fue durante muchos siglos hasta nuestros días una de las fiestas precedidas de ayuno colectivo en la Iglesia. Y no es exagerado afirmar que los Soberanos Pontífices se esmeraron siempre en destacar su rango y su solemnidad.

Los Santos Padres y los grandes doctores, tanto si escriben como si predican a propósito de esta solemnidad, no se limitan a celebrarla como cosa admitida y venerada por el pueblo cristiano en general, sino que desentrañan su alcance y contenido, precisan y profundizan su sentido y objeto, declarando con exactitud teológica lo que a veces los libros litúrgicos habían sólo fugazmente insinuado.

Cosa fácil sería entretejer un manojo de textos patrísticos como prueba palmaria de lo que venimos diciendo. Bástenos el testimonio de San Juan Damasceno, del que el mismo Pío XII asegura que

> «Se distingue entre todos como testigo eximio de esta tradición considerando la Asunción corporal de la Madre de Dios a la luz de sus restantes privilegios».
>
> «Era necesario —dice el santo— que aquella que en el parto había conservado ilesa su virginidad conservase también sin ninguna corrupción su cuerpo después de la muerte. Era necesario que la Esposa del Padre habitase en los tálamos celestes. Era necesario que aquella que había visto a su Hijo en la cruz, recibiendo en el corazón aquella espada de dolor de la que había sido inmune al darlo a luz, le contemplase sentado a la diestra del Padre. Era necesario que la Madre de Dios poseyese lo que corresponde al Hijo y que por todas las criaturas fuese honrada como Madre y sierva de Dios».

Parecidos conceptos expresa San Germán de Constantinopla. Según él la raíz de este gran privilegio de María está en la di-

vina maternidad tanto como en la santidad incomparable que adornó y consagró su cuerpo virginal.

> «Tú, como fue escrito —le dice el santo—, apareces radiante de belleza y tu cuerpo virginal es todo santo, todo casto, todo puro, y por esta razón es preciso que se vea libre de convertirse en polvo y se transforme, en cuanto humano, en una excelsa vida incorruptible: debe ser vivo, gloriosísimo, incólume y partícipe de la plenitud de la vida».

Siguiendo esta misma trayectoria, los pastores de la Iglesia, los oradores sagrados, los teólogos de todos los tiempos, empleando unas veces el lenguaje sobrio y circunspecto de la ciencia teológica, y hablando otras veces con la santa libertad de la entonación oratoria, en períodos rozagantes de vibrante y encendida elocuencia, han acumulado un sinnúmero de razones que con mayor o menor fuerza parecen exigir y reclamar este hermoso privilegio de María. En su afán de penetrar en la entraña misma de las verdades reveladas y mostrar el singular acuerdo que existe entre la razón teológica y la fe, pusieron de relieve la conexión y la armonía que enlaza la Asunción de la Virgen con las demás verdades que sobre Ella nos enseña la Sagrada Escritura. Para ellos este gran privilegio es como una consecuencia necesaria del amor y la piedad filial de Cristo hacia su Santísima Madre, y encuentran sus raíces bíblicas en aquel insigne oráculo del Génesis que nos presenta a María asociada con nuestro divino Redentor en la lucha y la victoria contra la serpiente infernal. Y por lo que al Nuevo Testamento se refiere, consideran con particularísimo interés las palabras con que el arcángel saludó a María: *Dios te salve, la llena de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre las mujeres.* Según ellos el misterio de la Asunción puede ser un complemento lógico de la plenitud de gracia otorgada a la Virgen y una particular bendición, contrapuesta por el Altísimo a la maldición que recayó un día sobre la primera mujer.

El alma de María estuvo siempre exenta de toda mancha; su cuerpo inmaculado no experimentó nunca la mordedura de la concupiscencia; su carne fue siempre pura y sin mancilla, como puros y sin mancilla fueron siempre su espíritu y su corazón. En María todo fue ordenado, nada hubo de lucha pasional, ninguna inclinación al pecado, todo respiraba elevación, virginidad

y pureza. ¿Cómo, pues, podría un cuerpo que era todo luz y candor convertirse en polvo de la tierra y en pasto de gusanos? Y aún cobra mayor fuerza esta argumentación si tenemos en cuenta que la carne de María era y es la carne de Jesús: *De qua natus est Iesus.* ¿Podría Cristo permitir que aquel cuerpo inmaculado, del que se amasó y plasmó su propio cuerpo, sufriera la humillante putrefacción del sepulcro, secuela y efecto del pecado original? Si el desdoro y humillación de la madre redunda y recae siempre sobre los hijos, ¿no redundaría sobre el mismo Hijo de Dios esta humillación de la Virgen, su Madre?

El cuerpo de María había sido el templo viviente en que moró durante nueve meses la persona adorable del Verbo encarnado. En ese cuerpo virginal puso el Altísimo todas sus complacencias. Lo quiso limpio de toda mancha. Para ello no escatimó mimos de Hijo ni prodigios de Dios, primero al ser concebido en el seno de Santa Ana, y después al encarnarse en sus entrañas el Hijo del Altísimo. Y si realizó tales prodigios, que implican una rotunda derogación de las leyes por él mismo establecidas, ¿puede concebirse siquiera que no lo preservara después de la corrupción del sepulcro, cuando para ello bastaba anticipar una prerrogativa que al final de los tiempos disfrutarán todos los elegidos?

El dogma de la Asunción de la Virgen, en estricto rigor teológico, puede entenderse y explicarse prescindiendo en absoluto del hecho histórico de su muerte. Su núcleo central lo constituye la traslación anticipada de María en cuerpo y alma a los cielos, sea que para ello rindiera tributo a la muerte (como lo hizo el mismo Jesucristo), sea que su cuerpo vivo recibiera inmediatamente el brillo de la suprema glorificación. No han faltado en el correr de los siglos, ni faltan tampoco en nuestros días, quienes juzgan más glorioso para María la glorificación inmediata, sin pasar por la muerte. A nosotros no nos seduce semejante postura, en la que más bien creemos descubrir un error de perspectiva.

Creemos sinceramente que murió la Virgen, de la misma manera que murió su Hijo Jesucristo.

> «Quiso Dios que María fuese en todo semejante a Jesús —dice el gran cantor de la Virgen San Alfonso María de Ligorio—; y, habiendo muerto el Hijo, convenía que muriera también la Madre».

> «Quería, además, el Señor —prosigue el gran doctor napolitano— darnos un dechado y modelo de la muerte que a los justos tiene preparada; por eso determinó que muriera la Virgen María, pero con una muerte llena de consuelos y celestiales alegrías».

Creemos sinceramente que la Virgen murió. Si su cuerpo hubiera alcanzado la glorificación definitiva pasando sobre la muerte, ¿dejaría de haber en la primitiva literatura cristiana ecos de esa luz y de ese perfume? En la misma literatura canónica no se explicaría fácilmente que no quedaran vestigios de tan extraña y sorprendente maravilla...

Pero no hay nada. Señal más que probable de que María entregó su vida en un dulcísimo sueño de amor, a la manera que un nardo que se consume al sol exhala en los aires su postrer aroma.

Mas añadamos en seguida que su muerte fue muy distinta de nuestra muerte.

> «Tres cosas principalmente hacen a la muerte triste y desconsoladora: el apego a las cosas de la tierra, el remordimiento de los pecados cometidos y la incertidumbre de la salvación. Pero la muerte de María no sólo estuvo exenta de estas amarguras, sino que fue acompañada de tres señaladísimos favores, que la trocaron en agradable y consoladora. Murió desprendida, como siempre había vivido, de los bienes de la tierra; murió con envidiable paz de conciencia; murió, finalmente, con la esperanza cierta de alcanzar la gloria eterna» (San Alfonso).

Nada de parecido puede haber, al punto de morir, entre ella y nosotros. Ni angustias, ni apegos, ni gestos o tirones violentos. Todo en su dichoso tránsito fue apacible y gozoso: como la luz que se va, deslizándose dulcemente, silenciosamente, sobre la tierra y el mar por primera y última vez, en excepcional rito fúnebre, la muerte dejó su fatídica guadaña para empuñar en sus manos una llave de oro. Era la llave del paraíso, cuyas puertas se abrían de par en par dejando paso a la mujer aclamada con voz unánime por los bienaventurados como su reina y señora. Los poetas dirían que la muerte de María fue como

> «el parpadeo de una estrella que, al llegar la mañana, se esconde en un pliegue del manto azul del cielo; como el susurro de la brisa que pasa riendo a través de los rosales; como el acento postrero de un arpa; como el balanceo de una espiga dorada que mecen los vientos primaverales. Así se inclinaría el cuerpo de la Virgen María; así

sería el último suspiro de su casto corazón; así brillarían sus ojos purísimos en la hora postrera».

Esto nos dirían los poetas, tratando primero de adivinar y después de traducir a su lenguaje humano las realidades inenarrables del alma de María al despedirse de la tierra.

Pero los teólogos nos han dicho más. Remontándose por encima de las realidades de este mundo visible, han querido penetrar en las raíces mismas de esa muerte única que fue la muerte de María, encontrando dichas raíces en la llama inextinguible de amor a su Dios, que consumió y redujo a pavesas su existencia terrena.

San Andrés Cretense habla de un *sueño dulcísimo,* de un *ímpetu* de amor, expresiones que se repiten con frecuencia en otros Padres orientales, como Teodoro de Abucara, Epifanio el Monje, Isidoro de Tesalónica, Nicéforo Calixto, Cosme Vestitor y otros autores.

Razonamientos similares afloran aquí y allí en los escritores ascéticos y en los más profundos teólogos, como Santo Tomás de Villanueva, Suárez, Cristóbal de Vega, Bossuet, San Francisco de Sales, San Alfonso María de Ligorio. Por ser ambos doctores de la Iglesia, citaremos unos textos bellísimos de los dos últimos autores.

San Francisco de Sales escribe emocionado:

«Y pues consta ciertamente que el Hijo murió de amor y que María tuvo que asemejarse a su Hijo en el morir, no puede ponerse en duda que la Madre murió de amor [...] Este amor le dio tantas acometidas y tantos asaltos, esta llaga recibió tantas inflamaciones, que no fue posible resistirlas, y, como consecuencia, tuvo que morir...

Después de tantos vuelos espirituales, tantas suspensiones y tantos éxtasis, este santo castillo de pureza, este fuerte de la humildad, habiendo resistido milagrosamente mil y mil veces los asaltos del amor, fue tomado por un último y general asalto; y el amor, que fue el triunfador, se llevó esta hermosa paloma como su prisionera, dejando en su cuerpo sacrosanto la fría y pálida muerte».

Y en otro pasaje dice:

«Como un río que dulcemente tornase a su fuente, así ella se volvía hacia esta unión tan deseada de su alma con Dios [...] Y habiendo llegado la hora de que la Santísima Virgen debía abandonar

esta vida, fue el amor el que verdaderamente hizo la división entre su cuerpo y su alma».

El autor de *Las glorias de María,* a su vez, no cede en delicadeza y emoción al obispo de Ginebra.

> «Entonces se presentó la muerte —escribe el santo—, no con ese aparato de luto y de tristeza que ostenta cuando se presenta para dar el golpe fatal a los demás hombres, sino rodeada de luz y de alegría. Digo que se presentó la muerte, y digo mal, porque no la muerte, sino el amor divino fue el que rompió el hilo de esta preciosa vida. Y así como una lámpara, antes de extinguirse, entre los últimos destellos lanza uno más brillante y luego se apaga, así también María. Y, al sentir que su Hijo la invitaba a que le siguiera, como una mariposa inflamada en las llamas de caridad, y exhalando grandes suspiros, da uno más intenso y más amoroso, y luego sucumbe y muere. De esta suerte aquella alma grande, aquella paloma del Señor, rompiendo los lazos que la aprisionaban a la tierra, levanta el vuelo y no para hasta llegar a descansar en la gloria bienaventurada, donde tiene su trono y reinará como Señora por eternidades sin fin».

Sobre las circunstancias de la muerte de María la tradición ha guardado un respetuoso silencio. Pero la piedad ardiente del pueblo cristiano supo tejer una dorada leyenda que, a partir del siglo V, ha iluminado el ocaso de aquella vida con fulgores de estrellas y revoloteos de espíritus celestes, con perfume de azucenas y músicas angélicas. La leyenda nace en el Oriente, pero muy pronto se difunde, en alas del fervor religioso, por todos los ámbitos de la cristiandad, que recibe con avidez todo cuanto exalta la gloria de su Reina. Primero se asoma a las páginas de los libros ascéticos; después se engalana con todas las preseas de la poesía, y por fin se adueña de todas las artes, encaramándose en los retablos de las catedrales, luciendo en la pintura y escultura y vibrando en la música.

María recibe la palma de su triunfo de manos de un ángel; los apóstoles, dispersos a la sazón por el mundo, se congregan milagrosamente en torno a aquel lecho, que más que lecho mortuorio parece un altar; cantan los ángeles tonadas celestiales... Y Jesús desciende a recoger el alma de su madre, que se desprende de su cuerpo como un fruto maduro se desprende del árbol.

Los apóstoles sepultan aquel cadáver sacrosanto, y al tercer día asisten a su triunfal resurrección. He aquí, en síntesis, la do-

rada leyenda, a un tiempo lírica y dramática, cuyo relato ha enternecido a tantas generaciones cristianas.

La piedad de nuestros tiempos, más ilustrados y más conscientes, no necesita de leyendas y fantasías para levantar a la Virgen al lugar que por su grandeza le corresponde. No reprochamos, sin embargo, a nuestros mayores su bella y deliciosa ingenuidad. Ni ella fue obstáculo para transformarlos a ellos en unos grandes enamorados de María, ni quiera Dios que nuestra petulante perspicacia nos impida a nosotros amarla tan apasionadamente como los buenos hijos han amado siempre a su madre.

ÁNGEL LUIS, CSSR

Bibliografía

BOVER, J. M., SI, *La Asunción de María* (con la colaboración de los PP. José A. de Aldama y F. de P. Sola) (BAC, Madrid 1947), esp. bibliografía p.426-440.
BROUSSOLE, J.-C., *L'Assomption en Espagne au VIIe siècle* (París 1921).
— *L'Assomption de la Sainte Vierge* (Roma 1944).
HENTRICH, G. - MOOS, R. DE, SI, *Petitiones de Assumptione corporea B. V. Mariae in caelum definienda ad Sanctam Sedem delatae* (Ciudad del Vaticano 1942).
MATTIUSI, G., SI, *L'Assunzione corporea della Vergine Madre di Dio nel dogma cattolico* (Milán 1924).
• Actualización:
POZO, C., SI, *María, nueva Eva* (Madrid 2005).
SOCIEDAD MARIOLÓGICA ESPAÑOLA, *¿Mariología en crisis? Los dogmas marianos y su revisión teológica* (Barcelona 1978).

SAN TARSICIO

Mártir († 257)

En la figura martirial y eucarística del niño San Tarsicio, hay mucho de leyenda, y de leyenda tardía, es decir medieval. Hay bastante de piedad. Y hay algo, sólo algo, de historia. Se puede decir también que laten en ella todas las posibilidades y bastantes probabilidades. La posibilidad está es que hubiera un niño mártir de la Eucaristía, pues muchos jovencitos y jovencitas murieron víctimas de la barbarie anticristiana en los primeros tiempos: los Macabeos, los Inocentes, Inés, Cecilia, Justo y Pastor... Y, por lo tanto, existe la alta probabilidad de que Tarsicio fuera un muchacho muy joven y que su nombre Tarsicio, diminutivo de Tarso, la ciudad que vio nacer a San Pablo, quedara en

los cristianos primeros como emblema de heroísmo y audacia evangélica.

Sea lo que sea de su realidad histórica, la piedad cristiana recogió la figura entrañable de San Tarsicio como la del acólito de entonces, la del monaguillo de después, la del chiquillo disponible de todos los tiempos relacionado con el altar y la plegaria. Ese recuerdo de alguien que murió de niño por su fe conmovió las entrañas de los cristianos de todos los tiempos, aunque deje insensibles a los perseguidores. Más que tarea de los historiadores, fue labor de la Edad Media, que es de donde proceden la mayor parte de los datos sobre su memoria, el perfilar su figura, su juvenil silueta y su ejemplo de valor. Alguien le puso entonces once años de edad; otro supuso que era hijo de un mártir, cuyo nombre no se ha conservado. Y no faltó quien dijo que su oficio era ser acólito y, por lo tanto, asistente al altar cuando el obispo de Roma celebraba la Eucaristía.

Le citó como héroe de la fe el papa San Dámaso, que vivió un siglo después y ocupó la cátedra de Pedro entre los años 366 y 384. A él, papa escritor y poeta, se debe el primer documento firme y poético, que es el epitafio que figuró en su lápida para admiración y recuerdo de los cristianos. Dámaso escribió varios libros y muchos epigramas e inscripciones funerarias, sobre todo para consignarlas en las catacumbas llamadas de San Calixto, cerca de la Via Apia.

Entre estas inscripciones se halla la referente a Tarsicio:

> «Tarsicium Sanctum Christi sacramenta gerentem
> cum malesana manus premeret vulgare profanis,
> ipse animam potius voluit dimittere caesus
> prodere quam canibus rabidis coelestia membra».

Alguien que sabía poco latín hace años puso los versos, poco literalmente traducidos, en lengua castellana:

> «Tarsicio santo, de Cristo y su misterio mensajero,
> se enfrenta a la malvada turba que busca su tesoro;
> caído sobre el suelo, entrega su vida de cordero
> y salva de aquellos perros lo que ama más que el oro».

El papa Dámaso escribía en tiempos ya de libertad, cuando se empezaba a recordar y admirar la gesta de los héroes y a con-

vertirla en lenguaje de colectiva autoestima para dar a conocer a los cristianos la razón de su triunfo final y de su crecimiento exterior. Se trataba, pues, de dar la razón al apologista Tertuliano cuando escribía que: «La sangre de los mártires habría de ser la semilla de los nuevos cristianos». Era normal, pues, ensalzar y magnificar al niño defensor de la Eucaristía, al mártir que fue capaz de morir antes que perder su tesoro, al acólito del papa Sixto que fue fiel a su palabra y dio la vida por su misión.

El que fuera más o menos seguro el dato histórico interesaba menos, pues para los hombres, los símbolos valen más que los hechos y las virtudes cristianas se entienden mejor con las parábolas que con teóricas consideraciones. Tarsicio, niño de Roma, ni fue sólo símbolo, ni fue sola parábola. Fue uno más de los «menores de edad» que se llevó por delante la represión y la persecución religiosa. Fue un borbotón más de sangre en aquella Roma pagana ansiosa de rojas orgías en los circos y en el anfiteatro y en lucha desigual con los vencidos.

Y, por eso, no importa que su figura y su hazaña, con ser gloriosas en Roma, fueran silenciadas en los catorce himnos martiriales que recogió en su *Peristefanon* el príncipe de los poetas líricos cristianos. Porque Prudencio, el cantor de mártires que vivió entre el 348 y el 415 y había visitado detenidamente las catacumbas romanas, no citó a Tarsicio, silencio que hace desconfiar a los historiadores sobre la existencia real de Tarsicio. Pero el hecho de su silencio poético no anula la posibilidad y la probabilidad de un joven mártir sacrificado en una calle de la Roma imperial.

De lo poco que se saca de los documentos antiguos es de donde sale la historia, más que la leyenda, de Tarsicio. Dio la vida por defender el tesoro de la Eucaristía. De ello se deduce que fue un mártir vinculado al papa Sixto y su muerte mereció un sepulcro honroso entre los muchos mártires del momento en algún lugar de las catacumbas.

Tuvo que ver con la ayuda que, se sabe de cierto, prestaba a los presos de las cárceles, y con la Eucaristía que se llevaba a la cabecera de los enfermos y moribundos. Sobre estos datos los siglos medievales multiplicaron las suposiciones y los hagiógrafos se encargaron de arreglar la escena del niño santo, héroe y

mártir. La piedad cristiana aumentó con su admiración los datos de su figura, y sembró la iconografía, la poesía, las toponimias de muchos países latinos y los libros de devoción de piadosas consideraciones.

Además, pronto, se le consideró como el patrono y protector de muchas parroquias y grupos cristianos. Y fue tan fuerte esa devoción y tan entrañable su leyenda que casi hay que creerla como historia y respetarla como necesidad espiritual de los que aman a Cristo escondido en el sacramento del altar.

Lo común de todas las fuentes y de todas las «suposiciones» es que murió muy joven, tal vez siendo acólito. Era muy apreciado en la comunidad de Roma y mostró una valentía impropia de su edad casi infantil. El tiempo de su muerte, según parece, fue en la persecución del emperador Valeriano, sanguinario y cruel, que se cebó con los cristianos, no porque tuviera nada contra su doctrina, sino porque buscaba los bienes de los mártires. Las cárceles se llenaron a rebosar de cristianos en los años que duró su poder, que fueron pocos: fue proclamado por sus soldados como emperador en el 253, publicó dos decretos de exterminio de los seguidores del crucificado el 257 y el 258 y el 260 perdió la guerra contra los persas, cayendo él mismo prisionero y siendo ejecutado en la cárcel.

Los cristianos, para celebrar sus cultos durante ese tiempo, al menos en Roma, tuvieron que esconderse en el silencio de los cementerios subterráneos, que eso eran las catacumbas. La llamada hoy de San Calixto todavía conserva el llamado «sepulcro de San Tarsicio». En algún tiempo se colocó una lápida que avisaba que allí estaban los restos del mártir. Es probable que, de ser cierto ese lugar referente, fuera el sitio donde los cristianos se vieron obligados a esconderse para evitar ser detenidos mientras celebraban su Eucaristía. Allí fue donde se fraguó el martirio de este héroe del Señor sacramentado.

En una de las celebraciones de la comunidad, tal vez a mediados del mes que llevaba el nombre de Augusto (la Iglesia conmemora el hecho el 15 de agosto), el obispo de Roma Sixto, que lo fue entre el 257 y el 258, manifestó a los congregados la abundancia de cristianos que languidecían en las cárceles, sobre todo en la Mamertina. Ésta era la reservada para los destinados

a las fieras y al circo Máximo. Esperaban entre plegarias y humillaciones la hora de ser llevados a las fieras o a ser crucificados. Necesitaban ayuda para no flaquear en la hora suprema. Y había que llevarles «alimento espiritual».

El pequeño Tarsicio escuchaba con atención y recordaba a los muchos cristianos que él ya conocía y que habían caído bajo la espada del verdugo si eran ciudadanos romanos o bajo los dientes de las fieras si no lo eran. Tal vez había presenciado la muerte de sus padres o de sus seres queridos. Tal vez pensaba, enardecido por la fe y la valentía de sus mayores y amigos, que él también podría ser muerto si le cogían y le obligaban a decir si era o no cristiano. Oyó al papa Sixto recordar que había que buscar el modo de llevar el Cuerpo del Señor a la cárcel y preguntar si había alguno que quisiera voluntariamente hacerlo.

Fueron muchas las manos que se alzaron ofreciéndose voluntarias para tan piadosa acción: de ancianos venerables, de jóvenes fornidos, de mujeres valientes, de los diáconos y miembros del clero resignados. También las hubo de niños angelicales. Entre ellos las de Tarsicio, el acólito, el más cercano sentado junto al obispo. Todos estaban dispuestos a morir por Jesucristo y por sus hermanos.

Ante tanta valentía, lleno de emoción, el anciano Sixto se fijó en Tarsicio:

> —¿Tú también te ofreces, hijo mío?
>
> —¿Y por qué no, santo Padre? Nadie sospechará de mí, porque tengo pocos años.

Ante tan intrépida fe, el anciano no dudó. Tomó con mano temblorosa las sagradas formas y en un relicario las colocó con gran devoción y las entregó al pequeño Tarsicio, de apenas once años, con esta recomendación:

> —Cuídalas bien, hijo mío.
>
> —Descuida, santo Padre. Antes me matarán que me quiten este tesoro.

A partir de aquí, las tradiciones se dividen: unas hablan de soldados y otras de los muchachos vocingleros de la plaza.

Las *Actas* atribuidas al papa San Esteban, que gobernó la Iglesia entre el 254 y el 257, pero que son mucho más tardías, hablan de un grupo de soldados encargados de vigilar las sali-

das de las catacumbas ante la sospecha de que en ellas se encontraban reunidos los cristianos. Buscaban presos para las cárceles. Al ver al niño Tarsicio salir le detienen, le interrogan, intentan explorar lo que lleva entre las ropas, se resiste, se enfurecen, terminan matándolo a golpes, al no conseguir que les declare lo que lleva escondido.

Otra versión de esas *Actas* dice que no iba a las cárceles, asequibles sólo para los adultos que llevaran sobornos para los guardianes, y por lo tanto prohibidas para un niño, por valiente que se le suponga. Y afirma que el destinatario del sacramento eucarístico era un cristiano enfermo que no había podido ir a la celebración.

Sea lo que fuere, el caso es que es en esas *Actas* de Esteban donde se pone en labios del mártir antes de morir una valerosa frase: «No quiero dar a perros rabiosos los miembros de mi Dios». Es frase que tal vez el redactor del escrito ponía remedando el texto evangélico referido en San Mateo (7,6). Y es un texto que no se debe entender como insulto, impensable en el buen cristiano, sino como descripción, pues la figura del perro entonces no aludía a crueldad o desdén, sino simplemente al insensible infiel que no sabía lo que hacía.

Otra tradición posterior aludía a que fue un solo soldado el verdugo. Al encontrarse Tarsicio con el aguerrido militar en la Via Apia, siente él curiosidad por saber lo que lleva aquel muchacho que va deprisa y lleva las manos apretadas contra el pecho. Le interroga, le ordena, le amenaza, sospecha que es cristiano y le hiere mientras él defiende su tesoro para darse rápidamente a la fuga, pues no sabe a quién ha herido de muerte. Encaja con el arrogante trato que los pretorianos daban a la plebe. Y con aire triunfador se aleja, huye, porque al fin y al cabo es un soldado armado y aguerrido y ha cometido la cobardía de matar a un niño indefenso y desarmado. No quiere recriminaciones de los curiosos que acuden al espectáculo. Cuando recogen su cadáver los cristianos, encuentran entre sus ropas escondido el pan sagrado que ya no puede llegar por su medio hasta las prisiones y a los encarcelados.

La otra tradición, la más divulgada, le hace a Tarsicio morir a manos de una chiquillería enardecida y que intenta imitar lo

que está viendo hacer todos los días a los mayores en aquellos tiempos de persecución y muerte. Tarsicio, consciente del tesoro que lleva confiado, ha salido de las catacumbas y avanza silencioso y a paso rápido. Le interceptan por la Via Apia donde están jugando, como era frecuente en los alrededores de la urbe.

Le interpelan: «Hola, Tarsicio, juega con nosotros: necesitamos un compañero». Sus manos se aferran al pecho con cierto temor: «No, no puedo. Más adelante será». Uno de ellos se vuelve insolente y violento: «A ver, a ver qué llevas ahí escondido». Y otro, que tal vez le conoce, completa: «Es eso que los cristianos llaman "misterios". ¡Entrégalo!». Forcejean para arrebatarle lo que oculta. Se resiste. Aprieta las manos. Una fuerza sobrehumana puede más que la turba violenta que le acorrala: «Es un cristiano, es un cristiano... Vamos a arrancarle sus misterios!».

Intentan verlos. Lo derriban, le dan golpes, le machacan con piedras. Brota la sangre. El martirio se prolonga hasta que aparece un soldado, de nombre Cuadro, cristiano secreto, de aspecto valiente. Ahuyenta a la turba de jóvenes asesinos, pero ya es tarde. Tarsicio está herido de muerte. Le toma en brazos y regresa con el cuerpo palpitante a la catacumba. Allí expira entre las lágrimas de los suyos y el sentido piadoso que irradia la muerte de un niño, sobre todo si ha sido por la fe y por su amor a lo que le ha sido confiado.

Su cuerpo quedó en las mismas catacumbas. En un lugar preferente, cerca de Santa Cecilia, la virgen mártir, y de San Urbano, el papa mártir. Y también de San Calixto y sus cuatro diáconos, que en la misma persecución de Valeriano fueron ejecutados en el mismo lugar en que fueron detenidos, según imponía el decreto imperial.

El hecho del martirio de San Tarsicio es histórico sin lugar a duda. Los detalles —que no importan demasiado en un hecho tan impresionante—, se confunden y se diversifican. Pero no consta que fuese niño de once años y menos acólito, como dicen las tradiciones. Normalmente eran los sacerdotes o diáconos los que llevaban la Eucaristía a los que no podían ir a la santa misa. Y la referencia de las *Actas* de San Esteban hace pensar que Tarsicio era ya diácono y por lo tanto más joven que niño.

Y es claro que intentó ir a la cárcel con el pan eucarístico, aunque no era fácil que entrara un niño, a no ser de manos de su madre y después de sobornar a los guardianes, cosa que era muy frecuente en la Roma de las usuras.

Niño o joven, su sepulcro quedó en el cementerio de San Calixto. No se ha identificado con rigor el lugar, pues el tiempo borró las huellas y es fácil el persuadir a los turistas que descienden a ellas de que se encuentra en determinada encrucijada o rincón. El epitafio de San Dámaso, si es que se colocó en algún soporte lapidario, se ha perdido; sólo se conserva en los libros. La Iglesia de San Silvestre in Capite dice tener su reliquia. Y en tiempos de los cruzados muchas iglesias de Occidente también creyeron recibir fragmentos venerados de su cuerpo. Hasta en París, en la casa de San Vicente de Paúl, se dice que hay reliquias de San Tarsicio, el que murió por amor al sacramento del pan, el valiente niño que puede ser, haya o no haya existido en los días de Valeriano, modelo para todos los niños cristianos del mundo.

Esa valentía de leyenda y esa piedad inocente, casi de milagro, llamó la atención y poco a poco se le fue presentando como patrón y protector de los monaguillos y de los niños de Adoración Nocturna, de los grupos eucarísticos como la «Cruzada», los «Adoradores», o de los que hacen la primera comunión. Se le invocó como modelo y protector de los amantes del sagrario. Y se le magnificó en su figura, como es normal y se hace con las figuras históricas que tienen pocos datos seguros y son especialmente apropiadas para fomentar la grandeza y el valor.

PEDRO CHICO GONZÁLEZ, FSC

Bibliografía

DOMÍNGUEZ, I., *San Tarsicio. El mártir de la Eucaristía* (Madrid 2000).
TRISTANO, *San Tarsicio* (Madrid ^{3}1962).

SAN ALIPIO
Obispo († 430)

Con su discreto saber estar y su diligente buen hacer junto al obispo de Hipona, el dulce y aplaciente San Alipio embellece el florido jardín patrístico de la provincia romana de África del Norte durante los tiempos que fluyen desde finales del siglo IV hasta casi la segunda mitad del V, es decir, los que a la postre coinciden con la patrística latina de esplendor en toda la Iglesia. Nacido en el pequeño municipio de Tagaste (Numidia), hoy *Souk Ahras* (Argelia), ciudad de la que habría de ser durante la mencionada cronología bisecular su obispo *(episcopus Thagastensis),* vino al mundo en el seno de una familia de alta alcurnia, uno de aquellos hogares africanos, diríamos hoy, pertenecientes a la alta burguesía, o al menos a la aristocracia de la localidad. De hecho estaba emparentado con Romaniano nada menos, mecenas del gran neoplatónico que habría de ser un día el más grande padre y doctor de la Iglesia.

Pequeño de estatura y grande de espíritu, fuerte de ánimo y entero de carácter, trabó afectuosa y dilatada amistad con su paisano Agustín hasta un punto tal que éste llegará a ver en él, así lo afirma en repetidas ocasiones, al «hermano de mi corazón» *(frater cordis mei).* Algunos años más joven que el Doctor de la Gracia, frecuentó las escuelas de gramática de su tierra y las lecciones de retórica en Cartago por éste impartidas, y le precedió en Roma para estudiar allí derecho. Más tarde le acompañaría también a Milán, «por dos razones, explica el propio Agustín: para no separarse de mí y para hacer algunas prácticas de derecho, pues había acabado la carrera más por agradar a sus padres que por gusto propio» *(Conf.* VI,10,16).

Su nombre y el de Posidio, el otro gran amigo del alma en tiempos fáciles y difíciles, igual monásticos que episcopales, van fraternalmente unidos en la Orden de San Agustín al del hijo de Santa Mónica, como fervorosos monjes de primera hora los tres, repito, laboriosos obispos de la católica más tarde, intrépidos defensores de la fe nicena y entusiastas propagadores de la vida en común, lo mismo que en cuanto debeladores del cisma y paladines de la unidad. A fin de cuentas son los mejores representantes de la herencia monástica del hiponense, quien

describe a nuestro protagonista como una persona de índole religiosa, de gran honradez e imparcialidad por su amor a la justicia.

Afortunadamente los más autorizados y cristalinos manantiales biográficos para el estudio de su figura laical, monacal y episcopal están, casi por completo, en las noticias que sobre su vida vierten, abundantes y claras y de alto valor estilístico, las obras del gran paisano y amigo Agustín, con quien compartió errores de juventud, es cierto, pero asimismo el indecible gozo de la conversión y las diarias fatigas del ministerio apostólico. La inmarcesible y archiconocida obra de las *Confesiones* constituye, justo es reconocerlo así, una de esas fuentes, la principal, entiendo yo, al menos para fundamentales extremos del curso biográfico, aunque tampoco le vayan a la zaga un buen rimero de cartas muy útiles para referencias sinodales y doctrinales (especialmente 2. 20. 22. 27. 29. 83. 125. 227. 9*, 10* y 22*) y los *Diálogos de Casiciaco.*

La consoladora y estimulante compañía de Alipio en el momento cumbre de la conversión del amigo, ese instante de honda emoción lírica y ardiente fuego interior, inmortalizado por el famoso estribillo «¡Toma y lee! ¡Toma y lee!» *(Tolle lege, tolle lege* [*Conf.* VIII,12,28]), revela hasta qué punto de suave intimidad, de intenso compañerismo espiritual llegaba el amistoso trato de uno y otro. Allí estará, muy junto a él, cuando el acoso de la gracia y el de las pasiones libren la última batalla:

> «Este debate que se desarrollaba en mi corazón era un debate exclusivo de mí mismo contra mí mismo. Alipio, por su parte, se mantenía continuamente a mi lado, esperando en silencio el desenlace de mi insólito nerviosismo» *(Conf.* VIII,11,27).

Y en idéntico paraje, luego de oída la musiquilla del *Tolle lege,* agrega:

> «Me apresuré a acudir al sitio donde se encontraba sentado Alipio. Allí había dejado el códice del Apóstol» (VIII,12,29).

Abierto éste, y leído en silencio el primer capítulo que le vino a los ojos:

> «Nada de comilonas ni borracheras; nada de lujurias y desenfrenos; nada de rivalidades y envidias [...] (Rom 13,13s) [...] le conté a Alipio todo lo sucedido. Por su parte, me contó lo que también a

él le estaba pasando y que yo desconocía. Me rogó le mostrara lo que había estado leyendo. Se lo enseñé, y él prosiguió la lectura del pasaje que venía a continuación. El texto era el siguiente: "Acoged al que es débil en la fe" (Rom 14,1)» (VIII,12,30).

Lo que sigue resulta una de las mejores acuarelas biográficas de nuestro santo, a cargo nada menos que del pastor hiponense. Viene a ser una de esas estampas de mano maestra, pintadas, diríase, más por obra de genial pincel que de bien cortada pluma:

> «Él [Alipio] se aplicó a sí mismo estas palabras y así me lo dio a entender. Esta intimación le dio ánimos para seguir en su honesto propósito, muy en congruencia con sus costumbres, en las que tanto distaba de mí ya desde siempre por ser mejores las suyas. Sin azoramiento ni vacilación de ningún tipo se unió a mí. Acto seguido nos dirigimos los dos hacia mi madre [Santa Mónica]. Se lo contamos todo» (VIII,12,30).

Aquella cercanía se acendra y afina desde entonces, deviene más íntima si cabe, y discurre como enfrentada a las pasadas sombras. Alipio, en definitiva, entró en la vida de Agustín, a partir de aquella fecha, como la sombra de su sombra. «La sombra de una sombra perseguía / tu corazón sediento de hermosura», que dirá el poeta en otro sentido. Presente, de hecho, en la conversión del gran paisano, seguirá su ejemplo y con él y el hijo de éste, Adeodato, recibirá el bautismo o, por decirlo completo (cosa que por lo común no se hace), los tres sacramentos de iniciación —bautismo, eucaristía y santo crisma— la noche del 24 al 25 de abril del 387 en Milán. Vuelven junto al dato biográfico las pinceladas del interior cordial, sacramental, ascético y estético de Alipio:

> «Tan pronto como llegó la fecha en que tenía que dar mi nombre para el bautismo, abandonamos la finca [Casiciaco] y retornamos a Milán. También Alipio quiso renacer en ti junto conmigo. Ya estaba revestido de la humildad conveniente a tus sacramentos. Domaba con tanta violencia su cuerpo, que anduvo con los pies descalzos por el suelo helado de Italia, cosa que requiere un valor poco común» (IX,6,14).

Vivió Alipio, por tanto, junto a su amigo y maestro Agustín la aventura del retorno a la fe de la Iglesia católica. Casto de costumbres, fue asimismo de providencial ayuda para el futuro Doctor de la Gracia en la tensa lucha que éste hubo de librar

contra las pasiones. Además, le desaconsejó unirse a una mujer para no renunciar a vivir libremente en el amor a la sabiduría:

> «Cierto que Alipio me desaconsejaba de tomar mujer, repitiéndome con insistencia que, si me casaba, ya no habría manera de poder vivir juntos, dedicados al ocio tranquilo y al amor de la sabiduría. Personalmente, Alipio era íntegro a carta cabal en esta materia. Esto era algo sorprendente, dado que había iniciado sus experiencias sexuales en los albores de la adolescencia. No se había hecho un adicto a ellas, sino al contrario, las había deplorado y desaprobado, viviendo en lo sucesivo en continencia total» (VI,12,21).

Estuvo presente, ya se ha dicho, en la crisis de la conversión y siguió su ejemplo. Luego, se retiró con él a Casiciaco, donde participaba con el grupo de amigos en las discusiones filosóficas y, junto con él, recibió el bautismo de manos de San Ambrosio en la mencionada madre de todas las santas Vigilias, del 24 al 25 de abril del año 387. Esa gozosa noche Alipio escuchó los cánticos y aleluyas pascuales de la Iglesia de Milán, una Iglesia enfervorizada, exultante, alegre, joven, hecha toda ella un coro de alabanza a Dios y un colosal y refulgente cirio encendido junto al Resucitado. Y Santa Mónica, la humilde alumna del Maestro interior, lloraba esta vez de alegría viendo sellados sacramentalmente a su amantísimo Agustín y al nieto Adeodato, sí, pero también al entrañable amigo del hijo y del grupo todo, el queridísimo Alipio.

Consta que San Paulino de Nola rogó a San Alipio que le diera de firme a la pluma para brindarle así la historia de su vida (*Ep.* 27,5). Sabemos que éste aceptó el encargo y a la vez lo rehusó por no ruborizarse: a nadie se le hace fácil hablar o escribir de su intimidad. Y fue entonces cuando Agustín, visto que su amigo se debatía entre el pudor y el amor, se echó sobre sus espaldas el encargo, máxime teniendo en cuenta que también a él se lo había pedido Paulino por carta. Ahora bien, sabemos asimismo que, por razones hasta hoy desconocidas y que se nos escapan, tampoco éste llegó a la biografía propiamente dicha, bien a pesar de una promesa tan firme como ésta: «Si Dios me ayuda, pronto meteré a nuestro Alipio entero en tu corazón» (*Ep.* 27,5). Como para compensar quizás, o tal vez también satisfacer a Paulino de Nola en su demanda, quién sabe, se

volcó sobre las *Confesiones,* y la verdad es que le salió una obra redonda en cuyas páginas resulta fácil agavillar, al respecto, expresiones biográficas sobre Alipio dignas de piedra blanca.

Pero dejando a un lado las *Confesiones* y atenidos de momento sólo al epistolario agustiniano, abundan de igual manera en él subidos elogios al siempre recordado Alipio de Tagaste. A Zenobio, por ejemplo, le dice de Alipio: «Es muy propio de su bondad el estar conforme conmigo» *(Ep.* 2). Antonio, de igual modo, en el momento de recibir la carta agustiniana mientras disfruta de la compañía de Alipio, puede leer: «Hablo contigo con mayor fruto que si estuviese ahí, puesto que lees mi carta y escuchas a Alipio, en cuyo pecho sabes que habito» *(Ep.* 20,1). Con San Aurelio de Cartago, el de Hipona no encuentra palabras de gratitud «por haber dejado en nuestro monasterio al hermano Alipio para que sirva de ejemplo a aquellos hermanos, que anhelan substraerse a las preocupaciones de este mundo. Dios recompense tu alma por ello» *(Ep.* 22,1). No es menos expresivo con San Paulino de Nola, amigo de los dos: «Hay otra razón por la que has de amar a este hermano [es decir, a él mismo, Agustín]: es pariente del venerable obispo Alipio, a quien amas, y con razón, con todo tu entusiasmo; porque quien piensa benignamente en este hombre, piensa en la gran misericordia de Dios y en sus dones maravillosos» *(Ep.* 27,5).

También figura en el epistolario entre San Agustín y San Jerónimo. Por ejemplo, en la carta que el recién nombrado obispo de Cirta, Profuturo, lleva al Monje de Belén, siendo Alipio ya obispo de Tagaste, se puede leer:

> «Aunque deseo con ardor conocerte (le dice el de Hipona al de Belén), echo de menos poca cosa de ti, a saber, la presencia corporal. Y aun confieso que esa misma presencia me ha quedado impresa en parte con el relato de Alipio, quien es ahora beatísimo obispo y era ya digno del episcopado cuando te visitó y yo le recibí a su vuelta. Cuando él te veía ahí, yo mismo te veía por sus ojos. Quien nos conozca a ambos, diría que somos dos, más que por el alma, por sólo el cuerpo; tales son nuestra concordia y familiaridad leal, aunque él me supera en méritos. Y supuesto que ya me amas, primero por la comunión espiritual, que nos estrecha en uno, y después por mediación de Alipio, no seré imprudente si me considero harto conocido para recomendar a tu fraternidad al hermano Profuturo» *(Ep.* 28,1,1).

Sabemos por la pluma del propio Alipio que lo anteriormente escrito en carta por su paisano y amigo coincide plenamente con los sentimientos de su corazón. De hecho, en la carta 248,2 de Agustín a Sebastián, el tagastense añade de su puño y letra como colofón:

> «Yo, Alipio, saludo cordialmente a tu Sinceridad y a todos los que están unidos a ti en el Señor. Y te pido que tengas también por mía esta carta. Aunque hubiera podido enviarte otra aparte, he preferido firmar ésta, para que una misma página te certifique de la unidad de nuestras almas».

Un texto más por donde comprobar de qué modo tan fiel vivían aquellos pastores de almas el carisma fundacional del monacato agustiniano: ser «una sola alma y un solo corazón orientados hacia Dios» *(Regla,* 1,3).

Dio pruebas Alipio de integridad no sólo frente a los alicientes de la ambición, sino contra la intimidación y el chantaje. Y es que «en Roma hacía de asesor jurídico del conde que tenía a su cargo las finanzas de las tropas italianas, [pero a la vez] por aquellas mismas fechas había un senador de mucha influencia, que tenía obligada a mucha gente a golpe de favores. A muchos otros los tenía avasallados con el terror» *(Conf.* VI,10,16). Siguiendo métodos autoritarios, se le antojó realizar un proyecto que no estaba de acuerdo con las leyes, y Alipio se opuso con toda su energía, con insobornable firmeza cabría decir, a tales pretensiones, indiferente lo mismo ante las amenazas que ante la lisonja. Por tres veces había ejercido el cargo de asesor jurídico «con una integridad que causaba admiración en todos y con profunda extrañeza, por su parte, de que hubiera magistrados que anteponían el oro a la honestidad profesional» *(ibid.).* La gran amistad contraída no bien Agustín puso los pies en Roma sirvió para que éste lo retrajera momentáneamente de la pasión por los juegos del circo, pero le arrastró al maniqueísmo.

Al año siguiente del bautismo en Milán, vuelve con Agustín y el grupo, muerta Santa Mónica en Ostia Tiberina, a cruzar el Mediterráneo rumbo al África de sus amores, y en Tagaste se retira a la vida cenobítica. Formará parte primero de la comunidad tagastense y luego de la hiponense, cuando San Agustín funde en el 391 el monasterio de varones en Hipona. Un viaje a

Oriente le permite trabar amistad con San Jerónimo. También San Paulino de Nola supo hacerse lenguas de su santidad y su celo. Elegido hacia el 394 para obispo de Tagaste, cuando San Agustín, pues, era todavía sacerdote —Alipio siendo así fue llamado al episcopado antes que su amigo— y precisamente para ser el pastor católico de la ciudad en la que uno y otro habían visto la luz —Agustín no tardará en serlo de Hipona—, ambos compartirán durante casi cuarenta años las fatigas propias del oficio pastoral, *munus sarcinae* o *sarcina episcopatus* solía decir el Hiponense, de especial modo en las controversias donatista y pelagiana.

Su actividad más destacable dentro de la donatista empieza el año 397 acompañando al obispo de Hipona hasta Cirta para tomar parte en una ordenación episcopal. De camino, se detienen en *Thubursicu Numidarum* para dialogar con el viejo obispo donatista de aquella sede, Fortunio, y es él quien previene entonces al de Hipona sobre el carácter arriano del documento que Fortunio aporta intentando probar con él la comunión de las Iglesias transmarinas con el donatismo. Incierta es, en cambio, su presencia en Cirta al lado de Agustín cuando éste se apercibe de la primera parte de una carta del obispo cismático Petiliano. Fue signatario con el Hiponense y el obispo católico de Cirta, Fortunato, de una carta escrita durante el pontificado de Anastasio (399-401) y dirigida a Generoso, notable de Constantina, partidario de rebatir los hechos históricos del Cisma que le había avanzado en la suya un presbítero de los cismáticos del partido.

El 13 de septiembre del año 401 acude al concilio de Cartago con Agustín de Hipona y una comisión de veinte obispos encargados de acudir a *Hippo Diarrhytus* (hoy Bizerta) para que la elección y ordenación del sucesor de Equicio (obispo que había sido condenado y destituido por el concilio reunido en Cartago el 16 de junio del mismo 401) pueda celebrarse cuanto antes. Antes del 27 de agosto del 402 se emplea, una vez más con Agustín, en resolver la sucesión en la sede de *Vaga* del obispo dimisionario Maximiano, antiguo donatista convertido, y es firmante de una carta a Castorio, hermano de Maximiano, en la que se le ruega a éste suceder al obispo dimisionario.

Por la misma época remite de nuevo con San Agustín otra carta al donatista Naucelio con el propósito de mostrar la inconsecuencia del clérigo donatista que Feliciano Mustitano había condenado y más tarde restablecido. El 25 de agosto del año 403 participa en el concilio de Cartago, donde toma la palabra para decir que, a causa de los desórdenes surgidos como consecuencia de la disputa católico-donatista y del posterior enconamiento y deterioro de la misma por la entrada en escena de los circunceliones —el brazo armado con el que se aliaron los del Cisma—, sólo Agustín, Posidio y él mismo, de toda la Numidia, han podido acudir a este solemne ejercicio de sinodalidad.

Participa en la conferencia ecuménica de Cartago del 411 para resolver el diferendo entre los episcopados católico y donatista, siendo el segundo de los siete obispos católicos en disputar con los cismáticos, es decir, los siete llamados abogados *(actores)* católicos; de igual modo proclamado, fuera del orden jerárquico, signatario del *Mandatum* de los católicos, subraya él mismo la situación de «unidad» en Tagaste, donde no hay rival donatista. Después de Agustín de Hipona, es Alipio de Tagaste quien más influye en los debates y más activo se muestra entre los portavoces católicos. Sus intervenciones desbordan esta breve semblanza (cf. Lancel, 246-252).

Compone de igual modo junto al Hiponense la delegación de obispos enviados a Mauritania Cesariense por orden del papa Zósimo, ocasión que le permite asistir al debate entre San Agustín y el donatista Emérito el 20 de septiembre del 418 en la iglesia mayor de Cesarea, presentes el obispo «metropolitano» Deuterio, Posidio de Calama, Rústico de Cartenita y Paladio de Tigabita y otros, así como todo el clero y numerosos fieles católicos y donatistas. Alipio es quien lee la respuesta dada en el 411 por los obispos católicos al segundo edicto de Marcelino: lectura interrumpida a menudo por Agustín, quien, entre las puntualizaciones, cita a Tagaste como ciudad, con Cartago, Constantina e Hipona, donde se leen anualmente durante la Cuaresma las *Actas de Cartago-411:*

> «Exhorto en vuestra presencia a mi hermano y colega en el episcopado *(coepiscopum)* Deuterio, a que, como se hace en Cartago, en Tagaste, en Constantina, en Hipona, en todas las iglesias activas *(omnes diligentes ecclesias),* se esmere también en adelante en leer las

mismas actas de la Conferencia año tras año desde el principio hasta el fin, y que se haga todos los años en los días de los ayunos, esto es, durante la Cuaresma antes de Pascua, cuando, durante vuestro ayuno, tenéis más tiempo para escucharlas» *(Gesta cum Emerito,* 4).

Tagaste, por tanto, es una de esas iglesias activas *(diligentes ecclesias)* donde se hacía esta lectura.

A partir de aquí, se le ve con Agustín metido de lleno en la controversia pelagiana: con él lo emparejarán los pelagianos en su aversión; y los católicos en el mérito. Intensa actividad, que le lleva a efectuar cuatro viajes a Italia. Fue tal la energía demostrada frente a los pelagianos, que los herejes, insisto, le unieron a San Agustín en el odio y a San Jerónimo en el mérito. El año 416 participó en el concilio de Milevi (Numidia) y escribió sobre dicha reunión al papa Inocencio. Por motivo de la causa pelagiana viajó varias veces a Italia, llevando obras agustinianas al pontífice Bonifacio y al conde Valerio. En el 428, desde Roma, le remitió al amigo de Hipona una réplica de Juliano insistiéndole que contestara. Son las últimas noticias que de él tenemos. Se supone que estuvo en Hipona durante la muerte de San Agustín y que murió aquel mismo año 430.

La ancianidad en el episcopado, su importante papel en la Iglesia de Numidia y el calificativo de *senex* que a menudo recibe hacen suponer un final de relieve, quizás primado de la Numidia, cargo al que, de ser cierto, no habría accedido sino a partir de la muerte de Valentín (422?). Pero nada seguro hay, ni siquiera la fecha de su muerte, que algunos fijan, ya digo, en el año 430. Clemente X confirmó su culto, eso sí, desde 1671 con el breve *Alias a congregatione,* del 19 de agosto de 1672. Los filólogos y sus afines sostienen que Alipio sería, etimológicamente, nombre derivado de la lengua griega y significaría «sin pena». Sea de ello lo que fuere, cierto es que, junto a San Agustín, nos dejó el estupendo mensaje de alegría y amor a la Iglesia, de apoyo y defensa de la verdad, de incesante servicio a los hombres, de sostenido reclamo a la esperanza: en el corazón de la noche siempre termina brillando la luz.

La gran tarea apostólica de Agustín y Alipio fue terminar con el paganismo, de profundas raíces en la sociedad, y enfrentarse al arrianismo, terrible herejía que no cesaba de sacudir en

África las cuadernas cristológicas de la Iglesia, originando con su veneno muchos estragos entre la gente sencilla y sin formación sólida en los valores del Evangelio. Pero además de lo dicho, tuvieron sobre todo que desenmascarar y rebatir a los donatistas y pelagianos, a cada cual en su campo y con su método. Los Canónigos Regulares y la Orden de San Agustín celebran su fiesta unida a la de San Posidio, el 16 de mayo. Brilla San Alipio en la Iglesia de África como reformador del clero, maestro de vida monástica (Santa Melania, la joven, permaneció siete años en Tagaste bajo su dirección) y en cuanto intrépido defensor de la fe contra cismáticos y herejes.

Adentrados con ayuda del hiponense por la vida y los hechos de San Alipio, se nos hacen más comprensibles numerosos aspectos del Concilio Vaticano II, es verdad, aunque también podemos decir otro tanto a la inversa. Desde los textos conciliares, pues, concretamente con el decreto *Christus Dominus* en la mano, se le hacen a uno más fácilmente inteligibles hechos y actuaciones del tagastense. Puestos a resumir, he aquí un texto conciliar que podría resumir maravillosamente la biografía de San Alipio:

> «[Los obispos] expongan la doctrina cristiana de manera acomodada a las necesidades de los tiempos, es decir, que responda a las dificultades y problemas que agobian y angustian señaladamente a los hombres, y miren también por esa misma doctrina, enseñando a los fieles mismos a defenderla y propagarla. Al enseñarla, muestren la materna solicitud de la Iglesia para con todos los hombres, fieles o no fieles, y consagren cuidado peculiar a los pobres, a quienes los envió el Señor para darles la buena nueva» (CD 2,13).

PEDRO LANGA, OSA

Bibliografía

Acta SS. Augusti, III (15 aug.), Venecia 1752, 201-208.

«Alypius», en A. MANDOUZE (ed.), *Prosopographie de l'Afrique Chrétienne (303-533)* (París 1982) 53-65.

BARDET, V., «Un ami de saint Augustin: saint Alype»: *Revue Augustinienne* 4 (1904) 52-62; 135-145; 228-243; 333-349.

COMAN, J., «Les facteurs de la conversion de saint Augustin et leurs implications spirituelles», en *Congresso internazionale su S. Agostino nel XVI centenario della conversione. Roma, 15-20 settembre 1986,* I (Roma 1987) 35-47.

FELDMANN, E. - SCHINDLER, A. - WERMELINGER, O., «Alypius», en C. MAYER (ed.), *Augustinus Lexikon,* I (Basilea 1986) 245-267.

LANCEL, S., «Alypius de Thagaste», en ID., *Actes de la conférence de Carthage en 411* (París 1972-1991) t.I p.246-252 (Sources chrétiennes 194); t.IV p.1605s (Sources chrétiennes 373).

— «Alypius», en ID., *Saint Augustin* (París 1999) 75-78; 759 *(Index des noms).*

LANGA, P., «Nota complementaria 69: "Alipio de Tagaste en la controversia donatista"», en *Obras completas de San Agustín.* XXXIV: *Escritos antidonatistas (3.º)* (Madrid 1994) 851-852.

— «San Agustín y su "conversión pascual" del año 387», en *Jornadas agustinianas. Con motivo del XVI centenario de la conversión de San Agustín. Madrid, 22-24 de abril de 1987* (Valladolid 1988) 89-116.

MAIER, J.-L., *L'Épiscopat de l'Afrique romaine, vandale et byzantine* (Roma 1973) 253s (= *Alypius Thagastensis).*

Martyrologium romanum, o.c., 431, n.5; 663.

TILLEMONT, L. S. DE, *Mémoires pour servir à l'histoire ecclésiastique des six premiers siècles...,* XII (Venecia 1732) 565-580.

TRAPÉ, A., OSA, «S. Alipio», en F. ROJO (ed.), *La seducción de Dios. Perfiles de hagiografía agustiniana* (Roma 2001) 39s.

SAN JACINTO DE POLONIA

Presbítero († 1257)

Un aire nuevo venteaba Europa. Los hombres, como viejos amigos, sentían el deseo de agruparse y de conocerse. Los reyes alcanzaban su apogeo destruyendo las fortalezas de los señores rebeldes.

Pero no todo era fácil. La situación general era extremadamente grave. El interior de Europa chirriaba con las luchas mutuas de los reyes y numerosos herejes pululaban en Francia e Italia.

A la vez, Europa era cercada por enemigos comunes. Los árabes presionaban en España; los turcos llegaban hasta Hungría, los mongoles y tártaros amenazaban las fronteras del Norte y del Este.

Eran los tiempos en que San Francisco predicaba a los pájaros y el alba sorprendía a Santo Domingo convirtiendo herejes.

La Iglesia vivía todavía en formas feudales. Obispos y abades eran grandes señores, pero la gente buscaba la realización del Evangelio en formas sencillas. A veces surgían Órdenes mendicantes y a veces grupos de reformadores que terminaban en la herejía.

Roma era fuerte, pero cada vez escapaban más cosas a su control. Sin embargo, ella debía arreglarlo todo y confiaba a es-

píritus gigantes la solución de cada cosa. Estos gigantes existían; a veces se les veía por los caminos, de dos en dos, con hábito blanco y negro.

Un día, bajo la hermosa luz de Roma, cabalgaba por la Ciudad Eterna un grupo de prelados. Yvón Odrowaz, obispo de Cracovia, venía a postrarse ante el Papa. Le acompañaban sus sobrinos Jacinto y Ceslao, y sus amigos Enrique y Hermann, los cuatro jóvenes y con brillante situación.

Jacinto, hijo de los condes de Konskie, había nacido en el castillo de Lanka, fortaleza que domina la villa polaca de Gross-Stein. Durante su infancia conoció todos los encantos de la vida cortesana: los juegos florales, los grandes torneos, la caza, y, a veces, vio a su padre volver de la guerra cargado de glorias y heridas. Más tarde acudió a los grandes centros culturales. Estudió artes en Praga, derecho en Bolonia y teología en París. En seguida fue nombrado canónigo de Cracovia.

Así las cosas, llegó a Roma en 1220, acompañando a su tío el obispo. Se hospedaron en el palacio del cardenal Hugolino. Por aquellos días estaba también en Roma un castellano famoso: Domingo de Guzmán. El papa Honorio III le había encomendado la reforma de las monjas de la ciudad.

Hugolino debía asistir a la ceremonia de unificación de las mismas en el convento de San Sixto, e invitó a sus huéspedes a acompañarle. Durante la ceremonia un mensajero anunció que el sobrino del cardenal Esteban, allí presente, se había matado al caerse de un caballo. Santo Domingo acudió donde se hallaba el desgraciado joven. Celebró la misa y luego, componiendo los miembros del cadáver, le ordenó: «Joven, en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, levántate». Y al punto, levantándose, se dirigió a Santo Domingo diciéndole: «Padre, dame de comer».

El milagro corrió por toda Roma. Lo habían presenciado multitud de testigos. Jacinto quedó profundamente impresionado de aquel fraile, que tenía el poder de resucitar muertos.

El obispo Yvón estaba admirado. Él era un buen obispo, celoso en la reforma de su diócesis, piadoso y amante de los pobres. Pensó que Domingo podría ayudarle muy eficazmente en la predicación de la verdad cristiana y que con un hombre así

muy pronto podría hacer que el nivel religioso de sus fieles alcanzase un alto grado. Acercándose, pues, a Santo Domingo, le pidió que tuviera a bien acompañarle a predicar en su diócesis, o que, al menos, enviase allí a alguno de sus frailes.

Por entonces no había dominicos que hablaran polaco, pero muy pronto hubo cuatro: precisamente los dos sobrinos del cardenal y sus jóvenes amigos.

Domingo certeramente predijo: «Dejádmelos y yo os los devolveré apóstoles». Un diálogo de miradas había sido suficiente para entenderse, y los cuatro jóvenes, postrados ante Santo Domingo, recibieron el hábito de su nueva Orden.

Santo Domingo reclutaba así sus primeros frailes. Con toda sencillez y con perfecta conciencia de lo que hacía. Lo mismo que Jesús cuando decía a algunos: «Tú, sígueme». Cierto que todo es desconcertante. Podría atribuirse a leyendas del Medievo, pero cuando la historia lo confirma, como en este caso, nos vemos obligados a admitir simplemente que los santos tienen en todos los tiempos cosas desconcertantes; pero, a fin de cuentas, son ellos los que llevan la razón.

Los cuatro novicios eran ya sacerdotes; por eso su noviciado fue bien corto. Bastaron unos meses para que el maestro de la Orden les enseñara cuanto precisaban. Él les transmitió su espíritu y sus deseos, y, en seguida, los envió otra vez a sus tierras «a predicar y hacer conventos».

Las normas eran muy sencillas. Se trataba sólo de alabar a Dios, de repartir sus bendiciones entre los hombres y de predicarles la verdad cristiana. ¡Ah! Y si fuera necesario, debían estar dispuestos a rubricar la doctrina con su propia sangre.

Podríamos seguir su marcha sin dejar de oír el eco del rezo coral de los conventos que van fundando. En su marcha, cada vez que llegan a una ciudad, predican. Frecuentemente Dios confirma su palabra con algunos milagros. La reacción espontánea de la gente es invitarles a quedarse con ellos; pero no pueden detenerse, el mundo es bastante grande y hay mucho por andar. Sin embargo, suele quedarse uno del grupo en la ciudad evangelizada; a él acuden nuevas vocaciones de seglares y sacerdotes, fascinados por este nuevo método de vida apostólica; así se forma un convento. Los restantes del grupo continúan, para hacer lo mismo en otra ciudad.

Así, el pequeño grupo salido de Roma se va esparciendo, como la semilla en tiempo de siembra. De todos ellos sólo Jacinto llegará a Cracovia. La ciudad se extiende en una vasta planicie ondulada, bañada por el Vístula y cercada por grandes bosques de pinos. Como toda ciudad medieval, está defendida por fuertes murallas.

La vuelta de Jacinto a la capital del reino había sido anunciada por los heraldos. Su fama de taumaturgo le había precedido y la ciudad se preparaba a recibirle con todos los honores. Pero el día de su entrada una fuerte tormenta sobre la ciudad deslució todos los preparativos. Cuando el santo llegó, sólo encontró en la puerta de la muralla un grupo de artesanos que le recibieron. La leyenda dice que el santo les prometió: «Vuestra congregación me será fiel».

Y desde entonces los artesanos polacos son muy amigos de San Jacinto y forman una famosa cofradía que lleva su nombre. Era el día de Todos los Santos de 1222. Cuando llegó a palacio la corte le hizo un gran recibimiento y hasta el rey se postró de rodillas ante él, pidiéndole su bendición. Esto parecía demasiado a Jacinto: «Yo soy un pobre fraile y no merezco estos honores». «No es a ti a quien los doy —contestó el rey—, sino a María, la Reina del cielo, a quien veo cubriéndote con su protección».

Aquello era sólo el comienzo. Jacinto fundó un hermoso convento en una pobre casa de madera; pero muy pronto el rey y el obispo le hicieron grandes donaciones y un año más tarde tomaba posesión en la ciudad de una gran iglesia con un espléndido claustro. Este convento sería la cuna de los predicadores del norte de Europa.

La predicación en Polonia se hacía como en España. Evangelizada ya en el siglo X por los alemanes San Adalberto y San Bruno, constituía la defensa del catolicismo en la frontera oriental. Pero Jacinto tenía una misión más amplia. Los santos no conocen fronteras.

Prusia era todavía tierra idólatra y sus gentes formaban las hordas terribles que de vez en cuando asolaban las regiones del norte europeo. Raza secularmente guerrera, no había entrado nunca en las corrientes civilizadoras. Ni la Orden Teutónica,

fundada en Alemania para la defensa de los territorios cristianos, ni el ejército polaco eran capaces de contenerlos. El único capaz de contenerlos y ennoblecerlos fue este fraile, Jacinto, que pasó entre ellos dejando una constelación de milagros.

Nadie puede contar cuántas veces su capa le sirvió de nave ni cuántos muertos volvieron a la vida para dar fe de su palabra, ni cuántos ídolos destruyó su celo o el fervor de los nuevos convertidos. Cuando un día contemos las estrellas, entonces contaremos sus milagros. Su predicación quedó asegurada fundando varios conventos sobre la tierra prusiana. Luego se dirigió hacia Rusia. Su figura se pierde en la imponente estepa helada y desierta; paso a paso, con frío y fatiga, hasta llegar a Kiev.

Kiev, capital del Imperio ruso, era una gran ciudad, émula de Constantinopla. Cuatrocientas iglesias reflejaban sus cúpulas en las aguas del Dniéper. Pero Rusia había sido evangelizada por misioneros cismáticos, que conservaban la hegemonía religiosa y rechazaban tenazmente a Roma. Un día llegó a la ciudad nuestro santo; pero un embajador de Roma, por muy santo que fuese, no tenía nada que hacer allí. No obstante, Dios sabe cómo abrirse caminos. Jacinto visita al gran príncipe Wladimiro y devuelve la vista a su hija, ciega de nacimiento.

Este milagro abrió los ojos de toda la corte a la verdadera fe; le piden que se quede con ellos y el santo accede, fundando, con ayuda del soberano, un gran convento cerca de la ciudad. Jacinto y sus compañeros son los primeros frailes occidentales que fundan un convento en Rusia. La primera batalla estaba ganada, pero el horizonte histórico era muy oscuro.

Por el otoño de 1240 marcha hacia Europa el imponente ejército tártaro de Batou, hijo de Gengis-Kan, el gran conquistador de China y Asia Central. Acampan frente a Kiev, al otro lado del río, esperando a que el invierno haga del mismo río un gran puente de hielo. Desde el convento se oye el piafar de los caballos y el tumulto de la horda. Los frailes juzgan prudente abandonar su convento, uniéndose a las caravanas que huyen hacia Occidente. Jacinto toma consigo el copón con el Santísimo, para evitar que sea profanado en el saqueo. Al salir, oye que alguien le llama: «Jacinto, ¿te vas y me dejas?». Las voces de la Madre no pueden resistirse nunca, y el santo, cogiendo la ima-

gen suplicante de la Virgen, huye, atravesando a pie enjuto el inmenso río, seguido de sus frailes.

En el proceso de canonización muchos testigos declararon haber visto sobre el río un sendero de pasos, que los paisanos llaman «camino de San Jacinto».

Poco después Kiev fue asaltada e incendiada y sus habitantes cruelmente torturados. La puerta hacia Occidente estaba abierta. Sobre la llanura europea se lanza un ejército innumerable, procedente de las estepas asiáticas.

Los tártaros son de tipo pequeño, pómulos salientes y ojos hundidos y vivarachos. Su arma más terrible es la caballería ligera, de agilidad desconocida para los pesados ejércitos medievales. Combaten divididos por grupos de diez y de cien hombres. Si uno del grupo huye en la lucha el resto del grupo es condenado a muerte, y si huyen los diez es exterminada toda la centuria. La misma pena se impone al grupo que no rescate a su compañero que haya caído prisionero. En su invasión arrasan a sangre y fuego toda la tierra que pisan. Con técnica de guerra relámpago invaden Rusia, Hungría, Polonia y llegan hasta las fronteras de Austria.

El rey San Luis de Francia escribe a Doña Blanca de Castilla: «Querida madre, bien querría alentaros con un consuelo celeste, pues si los tártaros llegan hasta aquí, o seremos todos deportados a sus estepas de las que ellos proceden, o seremos todos enviados al cielo». De repente, ante la Europa atónita y aterrorizada, la muerte de su emperador les hace retirarse con la misma velocidad con que hicieran la invasión, replegándose otra vez hacia el interior de Asia.

Jacinto debía recomenzar la siembra, pero esta vez los cimientos de sus conventos estaban ya regados con sangre de mártires. Y aquel fraile volvió a recorrer lentamente todos los caminos, sin prisa y sin pausa, visitando otra vez a sus hijos.

La leyenda le hace al santo fundador de conventos en Noruega, Suecia, Finlandia, Escocia, Islandia, Bulgaria, Hungría... No tenemos suficientes datos históricos para seguir las grandes correrías del santo; pero donde él no llegó llegaron siempre sus hijos.

Vuelto a Cracovia, Dios quiso que el primer convento de su patria fuese también el último que viera. Murió allí, el 15 de

agosto de 1257, en la fiesta de la Asunción de Nuestra Señora, a quien tanto había amado. Murió al amanecer, antes de celebrar la misa, porque aquella vez celebraría la fiesta en el cielo.

Dejaba en Polonia 30 conventos con cerca de 400 frailes y media Europa sembrada de nuevas fundaciones. San Jacinto es el patrón nacional de Polonia, la nación mártir, escudo constante de la cristiandad en la frontera de Oriente; la que tantas veces, hasta nuestros días, está dando testimonio de su fe.

LUIS PÉREZ ARRUGA, OP

Bibliografía

FLAVIGNY, C. M., *Saint Hyacinthe et ses Compagnons* (París 1899).

GOTTSCHALK, J., *Die Missionierung des Ostens und der Schlesier St. Hyazinth* (Wurzburgo 1948).

WILMS, H., *Der heilige Hyazinth und seine Gefährten* (Dülmen 1913).

SAN ESTANISLAO DE KOSTKA

Religioso († 1568)

Un santo de la Compañía de Jesús (San Pedro Canisio) escribe a otro santo de la misma Compañía (San Francisco de Borja) dando informes sobre un tercer santo, Estanislao de Kostka. La carta, escrita en latín y fechada en 1567, contenía una frase que resultó de carácter profético: «Nosotros esperamos en él (de Estanislao) cosas extraordinarias. *Praeclara...*». Una vez más los santos se entienden entre sí perfectamente, y aquel muchacho de nacionalidad polaca, de diecisiete años aún no cumplidos, alumno entonces del colegio que regentaban los jesuitas en Viena, con vocación decidida para la Compañía de Jesús, a la que había sido llamado, según propio testimonio, nada menos que por la misma Madre de Dios, ve con extrañeza que se le cierran las puertas de esa misma Compañía por razones de prudencia humana, que aquella criatura totalmente puesta en Dios nunca podrá comprender. Hay temor a las represalias por parte de su padre, noble caballero de Polonia, señor de Zatarotzin, que se opondrá decididamente de conocer a tiempo la nueva vocación de su hijo.

Un año apenas había cursado Estanislao en el colegio o convictorio de Viena, cuando, al ser disuelta la Compañía de Jesús en toda el Austria por el emperador Maximiliano en 1565, tiene que hospedarse para continuar los interrumpidos estudios, juntamente con su hermano mayor Pablo, su preceptor Bilinski y dos primos suyos, en el palacio de un conocido luterano, el príncipe de Kimbercker. Claro está que la estancia de Estanislao allí es impuesta por la mayoría, ya que él es el más chico de toda aquella colonia polaca; pero su actitud de abierta resistencia a todo aquel mundo que se abre ante sus ojos, tan antagónico a lo que él ha vivido y amado hasta entonces, le acarrea amarguras sin cuento. Se ve engañado de todos, golpeado por su hermano, burlado de sus primos, incomprendido por su preceptor... Una inmensa soledad de corazón en aquellos años juveniles en que en el niño comienza a cuajarse el hombre —y que es, precisamente, cuando más necesita de cariño y de dirección— va minando interiormente su salud. El brusco cambio de clima espiritual no dejó de influir funestamente en aquel organismo en pleno desarrollo físico y psicológico.

El colegio que acaba de cerrarse parecía que se había hecho para él. Distribución fija y severa, dentro de la vigilancia siempre paternal de sus educadores, que le recordaba los días de su infancia en el viejo castillo de Rostkow; unos estudios que, en su misma dificultad, sobre todo en los comienzos, absorbían totalmente su atención, y... la capilla, aquellos ratos de oración en la capilla del colegio entre sus compañeros de estudios; aquella salve que se cantaba los sábados al atardecer, y que arrobaba sus sentidos hasta levantarle en el aire en medio del estupor de los demás alumnos, como lo atestiguaron ellos mismos unánimemente en los procesos de su beatificación y canonización... Un ambiente, en fin, confortable y propicio para arraigar y hacer crecer vigorosa la preciosa planta de la perfección cristiana, que se ve brutalmente interrumpido por el caprichoso decreto de un emperador, y Estanislao es arrastrado con violencia a una vida de vértigo, en donde la desenvoltura del lenguaje —él, que niño de seis años se desmayaba al oír una palabra impura—, la frivolidad mundana, el hambre represada de diversión en todos aquellos que le rodean mayores que él, a quienes ni acaba de

comprender ni está (por instinto casi) dispuesto a secundar, hacen de aquellos dos años no completos el verdadero crisol en el que, según los inescrutables juicios de Dios, va a coronar, sin él mismo advertirlo siquiera, toda la gigantesca obra de una santidad prematura.

La amargura interior, los sinsabores y malos tratos, y aun las mismas penitencias que se impone voluntariamente, acaban por derribar en el lecho a aquella naturaleza todavía en flor, por sí misma fuerte y robusta, y allí se debate más de quince días entre la vida y la muerte, entre visiones de demonios que como perros le asaltan para devorarle, y de ángeles que le traen la comunión, porque la actitud irreductible del luterano no consiente la entrada del santo viático en su casa. La curación es imprevista y repentina cuando todos desesperaban ya de su vida. La causa se la dirá él mismo más tarde, ya novicio jesuita, confidencialmente al hermano enfermero que le había de asistir en su última enfermedad: la Virgen María —según apuntamos más arriba— se le había aparecido, y ella era la que le devolvía la salud para que pudiese entrar en aquella nueva Orden religiosa fundada poco antes por San Ignacio de Loyola.

Era el verano de 1567, y San Pedro Canisio, superior provincial de los jesuitas que había en Alemania, recibe al extraño peregrino, que se refugia en el convictorio de Tréveris (la antigua Dilinga) después de haber escapado de aquel infierno de Kimbercker y recorrido solo y a pie más de setecientos kilómetros, sorteando milagrosamente el encuentro de su hermano Pablo, que junto con el preceptor y el mismo luterano había salido en su persecución. Parece ser que los caballos que tiraban del carruaje donde iban sus perseguidores se pararon en seco a la mitad del camino, sin que fuerza humana alguna les pudiese obligar a avanzar.

Canisio comprende de una sola mirada toda la grandeza y fogosidad de aquel niño extranjero que tiene delante de sí, y le envía a Roma, en compañía de dos estudiantes jesuitas y con la carta de recomendación que ya conocemos, al entonces padre general, el egregio San Francisco de Borja. El santo duque de Gandía, que también había sabido despreciar todas las grandezas de aquel mundo del que venía huyendo Kostka, acoge entre

sus brazos al nuevo aspirante, reconociendo ya desde el primer momento todo el alcance de las palabras del santo provincial germánico: *Praeclara.*

Sí: cosas verdaderamente extraordinarias se han podido ya descubrir en el joven polaco, y todavía van a saberse de él otras mayores. Porque Estanislao, colocado ya en aquel tranquilo puerto del noviciado de San Andrés del Quirinal, a salvo de todas las acometidas de los suyos, como si no hubiera hecho nada hasta entonces por su vocación, se lanza como titán que va a emprender por primera vez la ardua tarea de santificarse. Nada le detiene ya en aquella ansia tan propia suya de buscar a Dios por encima de todo lo creado, que nos hace recordar la preciosa estrofa de San Juan de la Cruz:

> «Buscando tus amores,
> iré por esos montes y riberas,
> ni cogeré las flores ni temeré las fieras
> y pasaré los fuertes y fronteras».

«No he nacido para las cosas de este mundo, sino para las eternas», dirá en más de una ocasión; y hará objeto de su unión con Dios lo mismo la tarea más insignificante, «más vale hacer cosas pequeñas por obediencia que grandes por propia voluntad», como las más heroicas, por ejemplo las misiones entre infieles, a las que anhelaba ir «sin más bagaje que un sombrero de paciencia, un manteo de caridad y unos zapatos de mortificación».

Pero la nota característica de su santidad es la devoción filial, entrañable, dulcísima, a la Madre de Dios, «la Gran Señora», como la llaman los polacos. Al fin Estanislao era todavía un niño, y el calorcillo de la madre lo encuentra en María en toda su plenitud. «La Madre de Dios es mi madre». Esta máxima, convertida en norma práctica de vida espiritual, lo lleva vertiginosamente a las cumbres más altas del amor de Dios.

«¿No la he de amar, si es mi Madre?». El padre Manuel Sa, portugués, ya muy anciano, recordaba todavía con verdadera fruición la impresión hondísima que produjera en su alma el metal de voz con que Estanislao, clavando en él sus inmensos ojos claros y radiantes, le respondía entre extrañado y extático a la pregunta que le hizo un día de si amaba a Nuestra Señora.

Este amor a María fue el último peldaño que levantó a nuestro santo a la caridad más perfecta, al amor puro de Dios hasta el enajenamiento de los sentidos, a producir aquella especie de fiebre misteriosa que le quemaba físicamente el pecho e iluminaba el rostro con claridades celestiales. Hasta 1892 se conservaba en el antiguo noviciado de San Andrés la fuentecilla donde el hermano enfermero empapaba los pañuelos en agua fría para extenderlos sobre el pecho abrasado de aquel serafín de amor. Extraño caso en la historia de la hagiografía católica: la muerte de Estanislao es ocasionada por uno de esos ímpetus amorosos que, a fuerza de repetidos, dejaron ya de llamar la atención entre los que le conocían.

Cinco días de enfermedad sin importancia y de gravedad sólo casi unas horas; una ingenua carta escrita por él poco antes de su muerte a la Santísima Virgen —siempre el niño filial y candoroso— pidiéndole celebrar en el cielo la fiesta de su asunción, y a la madrugada de ese día, Estanislao que fallece entre los padres y hermanos de aquella comunidad, después de asegurar a todos los presentes que la Virgen baja del cielo una vez más hasta su lecho de dolor, pero ya no para sanarlo, sino para llevarlo consigo definitivamente a la gloria...

Así, entre este conjunto de cosas maravillosas, *Praeclara,* pasó por el mundo Estanislao de Kostka, que vivió tan sólo en él diecisiete años, y nueve meses de novicio de la Compañía de Jesús.

Contrasta poderosamente la mera relación de estos acontecimientos con la contemplación atenta de los retratos que nos han quedado como auténticos del santo; el busto de Delfini, pintado a raíz de su muerte, que lo representa a la edad de diez a doce años, y otro de autor desconocido existente en Viena, de propiedad particular, hecho tal vez durante la estancia de Estanislao en esa ciudad. En ambos retratos, la expresión del rostro, y sobre todo la mirada, es de una calma y serenidad que raya en indiferencia. Parece imposible que un temperamento tan pronto para el arrobamiento y los deliquios místicos, objeto de tan preciosos carismas por parte del cielo, no deje traslucir nada de esto al exterior aun en ese estado de reposo. Sin embargo, si se penetra un poco en la psicología de nuestro biografiado podre-

mos descubrir en esa misma indiferencia con que se asoma al mundo presente la razón de ser y causa primera por qué latía en lo más íntimo de su alma aquel amor a Dios que hasta le costó la vida: «No he nacido para las cosas de este mundo, sino para las eternas».

Verdaderamente que entre las nieves y hielos de Polonia se levantó en un tiempo aquella llamarada deslumbrante de luz y de calor que, tras brillar breves momentos entre nosotros, se escondió para siempre en el cielo. Por eso la Iglesia, siempre certera en el modo de calificar a sus hijos predilectos, los santos, aplicó a Estanislao de Kostka aquellas palabras de los libros sapienciales (Sab 4,13): «Consumado en breve, llenó muchos tiempos; porque su vida era grata a Dios, se apresuró el Señor a sacarlo de en medio de las maldades de este mundo».

Fue beatificado el 19 de octubre de 1605 por el papa Pablo V y canonizado en 1726 por Benedicto XIII.

ANTONIO DE VIÚ, SI

Bibliografía

AGUSTÍ, V., *Vida de San Estanislao de Kostka* (Barcelona 1893; [3]1947).
«S. Estanislao de Kostka. Novicio de la Compañía de Jesús», en C. TESTORE, *Santos y beatos de la Compañía de Jesús* (Madrid 1943) 81-96.
SAGONE E IBÁÑEZ, J. M.ª, *San Estanislao de Kostka* (Madrid 1958).

BEATO ISIDORO BAKANJA

Mártir († 1909)

Isidoro Bakanja nació hacia 1880 en Mbilakama (Zaire), de padres no cristianos, Yonzwa, agricultor de Bokendela, e Inyuka, mujer de familia de pescadores en el río Botato, del pueblo boango en el entonces llamado Congo Belga, pues consta que entre 1885 y 1890 vivió allí mismo. Desde muchacho trabajó en el campo y como aprendiz de albañil. A comienzos del siglo XX fue a Mbandaka (entonces Coquilhatville) y trabajó de peón de albañil en una empresa estatal belga. Ahí conoció la religión católica y la abrazó enseguida con verdadera fe.

El 9 de mayo de 1905, en Boloko-Nsimba, donde residían los misioneros trapenses Gregorio van Duen y Roberto Bre-

poels, y después de seguir un fructuoso catecumenado con el catequista y su padrino Bonifacio Bakutu, recibió el bautismo con el nombre de Isidoro. Al año siguiente, el 25 de noviembre de 1906, recibió el sacramento de la confirmación y, después de otro año, el 8 de agosto de 1907 hizo su primera comunión.

Esos misioneros le enseñaron a llevar el escapulario y a rezar el rosario, que tenían costumbre de entregar a los recién bautizados. Entre los pocos datos y fechas sobre su vida, quedan fijos los días de su bautismo, confirmación, primera comunión y su inscripción en la confraternidad del Escapulario del Carmelo.

Cuando caducó su contrato de trabajo, se volvió a su pueblo, pero por poco tiempo, porque se trasladó pronto a Busira, hospedándose en casa de su primo Camilo Boya, empleado en la S.A.B. y, por medio de él, fue admitido en la misma sociedad como criado de uno de sus dirigentes, Reijnders, quien lo condujo consigo a Ikiki en 1909, a pesar de que se lo desaconsejaban su padre y un amigo por las dificultades que experimentaban los africanos, y más si eran católicos.

Era honesto y mostraba una mansedumbre excepcional pero, a la vez, al haber conocido a Jesucristo y estimar esa gracia como lo mejor de su vida, pensaba que debía comunicar a otros el mismo camino que había seguido él para recibir la misma gracia de Dios que había recibido. Creía que los blancos serían cristianos y respetarían su fe. Pero la realidad era otra, pues algunos de los responsables de la empresa contrataban trabajadores como mano de obra barata y muchos obreros eran maltratados y castigados con frecuencia.

Como no había sacerdotes y no podía participar siempre en la celebración de la eucaristía y los demás sacramentos, acudía a un centro donde se reunían catecúmenos y bautizados para leer la Palabra de Dios y hacer oración sin cesar. Consciente del compromiso de su bautismo proponía a otros la verdad de la fe católica.

Pero su estancia en Ikiki iba a marcarlo para siempre. Como era el único cristiano en la S.A.B. no tardó en encontrarse con hostilidades en un ambiente agnóstico o ateo, sobre todo y singularmente por parte del jefe Van Cauter, quien declaraba su

odio hacia la religión católica, puesto que la acusaba de hacer perder a los europeos toda su autoridad frente al personal de color que trabajaba en la empresa.

Para Isidoro, el escapulario —que en su lengua se llamaba «el vestido de María»— junto con el rosario, eran signos claros y manifiestos de su fe en Cristo Jesús y de su pertenencia a la Iglesia católica.

Van Cauter prohibió a Isidoro que hiciera apostolado entre sus compañeros, y por no dejar de ser católico practicante y apóstol, y de llevar al cuello el escapulario de la Virgen sin querer quitárselo, como se lo imponía con abuso de autoridad Van Cauter, a comienzos de febrero de 1909, después de arrancarle el escapulario con tal fuerza que lo tiró y arrastró por el suelo dándole patadas en la cabeza y en el cuello, lo hizo azotar varias veces con una piel de elefante llena de clavos hasta derramar sangre.

La espalda de Isidoro, después de más de doscientos azotes, quedó tan abierta y con heridas incurables que hasta se le veían los huesos. Retorciéndose de dolor, Isidoro le suplicaba misericordia, pero aquel jefe —obcecado por el odio a la fe cristiana— mandó que todavía lo azotaran más. Luego le ató las manos y le puso una cadena pesada de hierro en los pies y lo dejó encerrado tres días en un secadero de caucho. Unos amigos, entre ellos Iyongo Mputu, le ayudaron a escapar hacia un territorio pantanoso para no ser perseguido allí.

Cuando el Dr. W. Doerpinghaus —inspector de la sociedad empresarial— llegó a Ikiki y se enteró del caso, buscó a Isidoro y lo quiso llevar consigo a Busira, cuando ya estaba exhausto de fuerzas y apenas podía moverse. Van Cauter se excusó del castigo calumniándolo ante el inspector de que Isidoro había robado vino, pero aquel agente comisionado principal de las plantaciones creyó en la bondad de Isidoro que afirmaba: «El blanco me ha castigado porque soy cristiano».

En Busira sobrevivió todavía seis meses entre sufrimientos indescriptibles sobrellevados con resignación cristiana, con la espalda abierta y las heridas mal olientes sin cerrar, sobre las que se posaban insectos, y sin poder acostarse de tanto dolor.

Cuando el misionero trapense y su confesor, Dubrulle, acudió a visitarlo y a administrarle los últimos sacramentos, le pre-

guntó si perdonaba a su agresor. Él respondió: «Yo no tengo nada contra él. Ya lo he perdonado, y cuando vaya al cielo, tengo la intención de rezar también por él».

Murió el domingo 15 de agosto de 1909, habiendo acudido antes a una reunión de los catecúmenos de Busira para rezar con ellos, en unas plataneras a las que después se retiró, perdonando a su verdugo, quien fue despedido del empleo por su jefe y condenado justamente por el tribunal de Mbandaka.

Murió abrazado al Escapulario del Carmen, signo de su identidad cristiana y de su martirio, cumpliendo así hasta el final el mandato evangélico del Señor, que había aprendido en la catequesis y que había cumplido en aquel ambiente tan hostil en los pocos años de vida en que fue cristiano:

> «Amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persigan, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos. Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa vais a tener? ¿No hacen eso mismo también los publicanos? Y si no saludáis más que a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de particular? ¿No hacen eso mismo también los gentiles? Vosotros, pues, sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial» (Mt 5,44-47).

Desde el día de su muerte comenzaron a realizarse nuevas conversiones al catolicismo puesto que lo tenían por verdadero mártir. En la región de Busira hubo, durante los meses siguientes a su muerte, más de cuatro mil bautismos.

En 1917 sus restos fueron trasladados desde su tumba de la plantación platanera de Busira a la misión de Bokoto. Fueron los trapenses quienes difundieron, como un testimonio apostólico, la narración del martirio de Isidoro Bakanja.

El arzobispo de Mbandaka-Bikoro inició la causa de canonización en 1977, constituyendo una comisión histórica, cuyos trabajos fueron reconocidos en 1987, puesto que se llegó a la conclusión de que la muerte de Isidoro había sido debida a los tormentos sufridos por motivo religioso.

Una vez recogidos y examinados los testimonios necesarios para declarar positivamente el martirio de este confesor de Cristo, el papa Juan Pablo II, después de oír a la comisión de teólogos y de cardenales y obispos de la Congregación para las Causas de los Santos, el 2 de abril de 1993 emitió el decreto

correspondiente sobre el martirio de Isidoro y estableció como fecha de beatificación el 24 de abril del año siguiente, con ocasión de la Asamblea especial del Sínodo de los Obispos para África.

Fue beatificado por el mismo papa Juan Pablo II ese 24 de abril de 1994, en la Plaza de San Pedro de Roma, en una celebración en la que participaron más de doscientos obispos de la Iglesia en el continente africano, junto a otras dos beatas, también seglares, esposas y madres de familia, Isabel Canori Mora, laica trinitaria, y Juana Beretta Molla, médico, miembro de la Acción Católica, que ha sido canonizada ya el 16 de mayo de 2004.

JOAQUÍN MARTÍN ABAD

Bibliografía

AAS 87 (1995) 340-342.
CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, *Beatificationis et Canonizationis servi Dei Isidoro Bakanja, viri laici, 1885 ca. - 1909. Positio super martyrio* (Roma 1991).
GROENWECHE, D. VAN, *Isidoro Bakanja, martire dello Zaire* (Bolonia 1993).
RE, N. DEL, «Bakanja, Isidoro, servo di Dio», *Bibliotheca sanctorum. Appendice prima* (Roma 1987) 1.

SANTOS LUIS BATIS SAINZ, MANUEL MORALES, SALVADOR LARA PUENTE Y DAVID ROLDÁN

Mártires († 1926)

Nueva liturgia de canonización, en la Plaza de San Pedro, en la hermosa mañana primaveral del domingo 21 de mayo de 2000, año jubilar. Se trata de la escenificación del máximo reconocimiento oficial eclesiástico de la heroicidad cristiana de Pedro Magallanes y veinticuatro compañeros, mayoritariamente sacerdotes. La beatificación había sido el 22 de noviembre de 1992, festividad litúrgica de Cristo Rey.

Cuando la suprema glorificación canónica predicó Juan Pablo II:

> «Mártires en el primer tercio del siglo XX. La mayoría pertenecía al clero secular y tres de ellos eran laicos seriamente comprometidos en la ayuda a los sacerdotes. No abandonaron el valiente ejercicio de su ministerio cuando la persecución religiosa arreció

en la amada tierra mexicana, desatando un odio a la religión católica. Todos aceptaron libre y serenamente el martirio como testimonio de su fe, perdonando explícitamente a sus perseguidores».

En la breve reseña biográfica que nos proponemos rescataremos del anonimato cuatro identidades: Luis Batis, presbítero, y Salvador Lara, David Roldán y Manuel Morales, tres exseminaristas y laicos comprometidos, militantes de Acción Católica.

Su recuerdo nos retrotrae a los aciagos tiempos mexicanos de los años veinte, ya descritos con detalle en la conmemoración (cf. *Año cristiano. Mayo,* 460-468) de la festividad de los mártires del país azteca.

Aquel furor anticlerical, antirreligioso y persecutorio, nacido en la época de Carranza; crecido y descaradamente sangriento bajo el mando de Plutarco Elías Calles; fracasado en la tentativa cismática de una «Iglesia apostólica mexicana». Aquella tempestad sanguinaria —«persecución diocleciana», la apellidó el papa Pío XI— que sacudió e hizo «cristera» la fe popular. Encarnada en los hombres y los mozos insurrectos, lanzados espontáneamente al monte; rudimentariamente armados, y mínimamente coordinados; carentes de medios materiales, de toda preparación militar y de jefe. Pero tesoneros, entusiastas y bravos... Aquel reguero de sangre martirial en el que aportaron contribución personal Luis, Salvador, David y Manuel...

Una a una las presentaciones.

LUIS BATIS SAINZ, natural de San Miguel del Mezquital —archidiócesis de Durango, en el estado de Zacatecas—, había venido al mundo el 13 de septiembre de 1870. Con doce años ingresó en el seminario de Durango, destacando como alumno sumamente piadoso. Frescos aún los veintitrés años, el primero de enero de 1894, recibió el presbiterado.

Ligera hoja de servicios la suya. Sólo un par de anotaciones. Dos únicos cargos: director espiritual del seminario y párroco de Chalchihuites; consiguientemente, formador de sacerdotes y forjador de cristianos. Hombre de intensa vida interior, protagonista de una piedad marcadamente eucarística. Se sabe de un desahogo íntimo suyo ante el sagrario: *«Señor, quiero ser mártir; aunque indigno ministro tuyo, quiero derramar mi sangre, gota a gota, por causa de tu nombre».*

Es conocida también la recomendación a una feligresa, comentando sobre la dramática realidad cristiana del país: «Pídele a Dios, hija mía, que yo sea de los mártires de la Iglesia, de los mártires de la religión [...] porque muchos son los llamados y pocos los elegidos. Ojalá que sea uno de los elegidos...».

Sacerdote extremadamente celoso, gran organizador e infatigable propagador de la Acción Católica. Apóstol del pan y el catecismo. Protagonista de inquietudes religiosas y sociales que le llevaron a la creación de un taller para obreros, a quienes por la noche adoctrinaba, y a la fundación de una escuela para niños, que personalmente catequizaba.

Pastoralmente metido de lleno en el mundo juvenil, con una gracia especial para contactar con la juventud; para despertar, enardecer e ilusionar vocaciones cristianas, dispuestas incluso a la defensa brava, heroica, de la fe.

¡Lástima de sangrienta furia persecutoria que dio al traste con los aún prometedores e ilusionados cincuenta y cinco años de Luis Batis! La justificación sería una calumnia: una denuncia que implicaba al sacerdote en una supuesta rebelión armada antigubernamental programada para el 15 de agosto de 1926.

La noche anterior se presentó en Chalchihuites un pelotón militar. Se supo que iba en busca del sacerdote, quien, tan pronto tuvo noticia, lejos de ocultarse, reaccionó: «Que se haga la voluntad de Dios. Estoy dispuesto a ser uno de los mártires de la Iglesia».

No tuvo que esperar mucho. Al poco tiempo aparecieron en el domicilio los hombres armados y le hicieron preso. Prendieron no sólo al párroco de Chalchihuites y apóstol de la juventud, sino que al día siguiente se llevaron también prisioneros a sus inmediatos colaboradores: Salvador Lara, David Roldán y Manuel Morales.

La masiva protesta popular reclamando la libertad del párroco no sirvió para nada. Todo inútil, los cuatro detenidos iniciaron viaje forzoso en dos automóviles. El teniente Maldonado les había dicho que iban a Zacatecas.

El camino de la capital sí que lo emprendieron. Pero no llegaron nunca, pues en el trayecto, en el paraje conocido como «Puerto de Santa Teresa», frenó el vehículo, les obligaron a

apearse y a andar un buen trecho. Luego, en cuestión de segundos, las descargas de fusilería acabaron con cuatro hermosas vidas.

Inicialmente fueron inmolados don Luis y Manuel —casado y con hijos— por quien el sacerdote inútilmente intercedió y a quien despidió con la absolución y una elocuente sonrisa bondadosa: «¡Hasta el cielo!».

MANUEL MORALES, nacido en Mesillas —también arzobispado de Durango y estado de Zacatecas— el 8 de febrero de 1898 y residenciado desde los primeros años en Chalchihuites. Estudios eclesiásticos en el seminario archidiocesano lastimosamente frustrados por culpa de la penuria económica familiar, tan extrema, que llegó un momento en que los suyos no pudieron prescindir de los brazos del muchacho, dolorosamente llamado a acudir en ayuda.

Sin embargo, la estancia en el seminario fue avaramente aprovechada. Años que no le llevaron al sacerdocio pero le forjaron como cristiano de cuerpo entero. Esposo fiel, padre cariñoso con sus tres hijos, trabajador leal y responsable, laico comprometido de intensa vida espiritual marcadamente eucarística. Un serio e ilusionado compromiso de fe que le encumbrará a la presidencia de la Liga Nacional de Defensa de la Libertad Religiosa. Aparte, su militancia en la Acción Católica de la Juventud Mexicana y su responsabilidad como secretario del círculo de obreros católicos «León XIII».

En la reunión inmediata a su proclamación como líder de la mentada Liga proclamó:

> «La Liga será pacífica, sin mezcla alguna de asuntos políticos. Nuestro proyecto es suplicar al Gobierno se digne ordenar la derogación de los artículos constitucionales que oprimen la libertad religiosa».

Horizontes limpios, claros. Nada de adherencias políticas. Intereses exclusivamente centrados en la derogación, por medios pacíficos, de las leyes impías del país.

En 1926, tan pronto conoció que los soldados federales habían apresado a don Luis, Morales se reunió con los amigos y conmilitantes para deliberar sobre cómo gestionar la posible liberación del párroco. Deliberando estaban cuando, interrum-

piendo la pequeña asamblea, el jefe del sorprendente piquete armado gritó: «¡Manuel Morales!». Dando un paso adelante, garboso, el interpelado decididamente correspondió: «Soy yo. A sus órdenes».

A partir de ahí todo fueron insultos y golpes camino de la sede municipal, donde le reunieron con don Luis y con Salvador y David, víctimas listas para el sacrificio. Ante la intercesión del padre Luis Batis a favor de la vida de este marido y padre, con quien iba a compartir martirio, Manuel Morales, confiado, admirable, corta rápido rectificando a su intercesor: «Señor cura, yo muero pero Dios no muere. Él cuidará de mi esposa y de mis hijos». Instantes después las balas segaron un bravo «¡Viva Cristo Rey!» y «¡Viva la Virgen de Guadalupe!» en los labios del intrépido defensor de la libertad religiosa mexicana.

A SALVADOR LARA le dio la primera luz de Súchil, en la archidiócesis de Durango, el 13 de agosto de 1905. Huérfano de padre desde muy pequeño, redobló singularmente el cariño y la solicitud maternal.

También exseminarista. Lastimosamente apartado del camino al sacerdocio por circunstancias de agobio económico familiar. Era un un tipo alto, corpulento; educado y fino de trato; íntegro y responsable en su actividad laboral minera. Un testimonio de vida cristiana intachable.

Fiel y eficaz colaborador parroquial, fue secretario de la Liga Nacional de Defensa de la Libertad Religiosa y militante de Acción Católica. Precisamente, en una asamblea juvenil don Luis, que había expresado deseos de martirio, preguntó quién estaría dispuesto a acompañarle. Generoso, sencillamente, sin alarde alguno, Salvador se había ofrecido; y, curiosamente, escasas fechas después, en una velada en Chalchihuites, había declamado la composición poética *Marciano,* un canto a la inocencia de un cristiano acusado de incendiar Roma. Recitó con gran sentimiento. Quién sabe si tuvo conciencia del texto en sus labios: «Si mi delito es ser cristiano, haces bien en matarme porque es cierto...».

El 14 de agosto de 1926, tras la diaria agotadora jornada laboral, había dormido tranquilo, ignorando la detención del cura Batis. Pero, conocida ésta, convocó de urgencia una reunión

para estudiar la manera de arrancarle de la prisión y salvarle de las garras de la temida muerte. Fue la conocida asamblea sorprendida y abortada militarmente.

Y, tras la aprehensión de Manuel Morales, fue su turno. También una voz. Ahora diciendo: «Salvador Lara Puente». En correspondencia: «Aquí estoy».

El interpelado se ofreció impávido, sereno, con impactante entereza. Antes de viajar hacia el «gólgota» hubo ocasión de que Salvador recibiera ánimos de su cristianísima madre, una mujer de recio temple —en el sentido bíblico de la expresión— que le bendijo y le recordó cuán santa era la causa que defendía.

Le tocó compartir vehículo con su primo David Roldán. Ambos presenciaron la inmolación heroica de don Luis y de Manuel. Total un centenar de metros más allá, acercándose a la falda de los cerros, que recorrieron sin amedrentarse, serenos y orantes, recibieron las descargas de fusilería. Uno y otro frente al pelotón, con la noble frente en alto, gritaron al unísono: «¡Viva Cristo Rey!»; «¡Viva la Virgen de Guadalupe!».

El «tiro de gracia» les destrozó el rostro. La juventud —veintiún años— y la entereza —particularmente de Salvador— impresionaron a los verdugos: «¡Qué lástima haber matado a este hombre tan grande y tan fuerte!», lamentaban...

Avisados que el temido general Eulogio Ortiz iba a llegar para colgar públicamente los cadáveres, para escarmiento general, familiares y fieles apresuraron el entierro.

DAVID ROLDÁN, había nacido en Chalchihuites el 2 de marzo de 1902. Desde jovencito inició la andadura del sacerdocio, una vez más truncada, también por culpa de una economía familiar descabezada y necesitada de puntales.

Viuda su joven madre, fue para ella un hijo bueno y cariñoso; y un verdadero padre para sus hermanos. Simpático, alegre y generoso, era muy querido por sus amigos. En el trabajo se le apreciaba por su compañerismo, su bondad y su comprensión. En la empresa minera que le daba pan tenía una merecida fama de empleado honrado y trabajador.

Cristiano comprometido, participaba de las inquietudes apostólicas del cura párroco, don Luis Batis; fue, respectivamente, presidente y segunda jerarquía de la Acción Católica de la Juven-

tud Mexicana y la Liga Nacional de Defensa de la Libertad Religiosa. Participaba de las angustias derivadas de la realidad eclesial del país y de los afanes de fidelidad a Cristo, aunque fuera a precio de sangre.

No valieron gestiones ni ofertas económicas. Las balas que le hicieron mártir le sorprendieron, como conocemos, con el doble «¡viva!», a Cristo Rey y a la Virgen de Guadalupe, florecido en los labios.

JACINTO PERAIRE FERRER

Bibliografía

AAS 85 (1993) n.4, 9, 10.

AZKUE, A., *La Cristiada. Los cristeros mexicanos (1926-1941)* (Barcelona 2000).

GUTIÉRREZ CASILLAS, I., *Historia de la Iglesia en México* (México 1974).

MEYER, J., *La Cristiada.* 1: *La guerra de los cristeros* (México-Madrid 1973); 2: *El conflicto entre la Iglesia y el Estado 1926-1929* (México-Madrid 1973); 3: *Los cristeros* (México-Madrid 1974).

REPETTO BETES, J. L., *Mil años de santidad seglar. Santos y beatos del segundo milenio* (Madrid 2002) 334-337.

RIUS FACIUS, A., *México cristero. Historia de la Acción Católica de la Juventud Mexicana, 1925-1931* (México 1986).

VALDÉS SÁNCHEZ, R. - HAVERS, G. M.ª, *«Tuyo es el Reino». Mártires mexicanos del siglo XX* (México 1992) 24-38.

BEATA MARÍA SAGRARIO DE SAN LUIS GONZAGA (ELVIRA) MORAGAS CANTARERO

Virgen y mártir († 1936)

María Sagrario era su nombre de carmelita descalza. El nombre de pila era Elvira, Casilda, Luciana, Juana, Manuela, Eladia, Isabel. ¡Buena letanía! Será conocida por el primer nombre: Elvira Moragas y Cantarero, hasta que se lo cambie en el convento.

Nacida en el pueblo toledano de Lillo el 8 de enero de 1881 en la calle de Los Nobles 1, a las 11,30 de la noche. Fue bautizada el 17 de enero siguiente.

Cuando nació ya llevaban viviendo sus padres en Lillo unos años, siendo don Ricardo el farmacéutico del pueblo. La familia paterna es toda una saga de personajes de la botica. El abuelo farmacéutico, que se establecerá en Alcaraz (Albacete); farma-

céutico un hermano del abuelo; farmacéutico el padre de Elvira, Ricardo, que en 1886 pasa a Madrid desde El Pardo donde estaba como proveedor farmacéutico de la Real Casa.

La inauguración de la farmacia definitiva de Ricardo, que será la de Elvira, es de 1888 en Madrid, en San Bernardino 11. En la farmacia le sucederá Elvira y a Elvira su hermano Ricardo. La farmacia todavía existe y sigue funcionando y se la ha venido llamando en el barrio la farmacia de la santa. Elvira nieta, hija de farmacéuticos por parte de padre. Por la rama materna es biznieta, nieta, sobrina de militares, que fueron coroneles y generales, naturales de Andalucía: Écija, Córdoba, Badajoz...

Elvirita, era muy temperamental. Cuando quería algo era terrible; tenía que salirse siempre con la suya. Cerraba los puños y golpeando la mesa con terquedad, gritaba con su lengua de trapo: «Pos ha de ser...; pos ha de ser». Pocos años después cedía sólo de sus caprichos cuando su madre, doña Isabel Cantarero, nacida en Toledo, con exquisita pedagogía la hacía reflexionar. La mezcla de arte y castigo de que se servía su madre fue dando su fruto. Sus familiares comentaban que Elvirita salía a su abuela materna, la extremeña Juana Vargas, que era muy varonil y decidida, y de la que se contaban cosas increíbles, dignas algunas de la célebre Catalina de Erauso, la monja alférez.

Don Ricardo en persona iba dando a la pequeña la educación elemental y pronto comenzó a frecuentar el colegio de San Fernando de las mercedarias en Cuatro Caminos, muy cercano a su casa.

Cuando Elvira tenía 8 años y su hermano 4 se les murió la otra hermana mayor, nacida también en Lillo en 1878. Murió de garrotillo o difteria grave a los 11 años, el 20 de noviembre de 1890. Esta muerte tan inesperada fue un golpe tremendo para toda la familia.

En 1891 toda la familia hizo un viaje a Italia y a Tierra Santa para distraerse un poco, según parece, de las desgracias familiares. Ya entonces a Elvira le producía una sensación de tristeza el tener que alejarse de las ciudades y monumentos admirados viendo cómo se iba quedando todo reducido a un puntito y se iba perdiendo de vista. La melancolía de lo que se esfuma.

En 1894 comenzó Elvira los estudios medios que terminaría en el instituto Cardenal Cisneros en la calle Reyes de Madrid. Aquí consiguió el título de bachiller con puntuación sobresaliente el 29 de junio de 1899. Había tenido en todos los cursos unas notas brillantísimas, con premios, menciones, etc., como podemos ver en su expediente de estudios, que aún se conserva.

Un mes antes de conseguir el título de bachiller se entregó a Elvira un diploma del tenor siguiente: «La Asociación de Agricultores de España concede diploma con nota de sobresaliente, aceptando la propuesta del Jurado a Doña Elvira Moragas y Cantarero, por el mérito contraído en los exámenes de elaboración y reconocimiento de vinos, verificados con esta fecha. Madrid 17 de mayo de 1899». Firman el presidente y el secretario general.

El 25 de mayo de 1900 fue admitida en la universidad de la calle San Bernardo de Madrid, en la facultad de farmacia, después de haber aprobado el curso preparatorio que comprendía ampliación de la física, química general, mineralogía, botánica y zoología.

Para poder matricularse la primera vez —y después durante todos los años de la carrera— se requería, para cada una de las asignaturas, que los respectivos catedráticos respondieran por escrito ante el Rectorado del orden de sus clases, es decir, que la asistencia de la alumna no daría motivo a la menor perturbación del orden en la clase. Esta medida discriminatoria que se aplicaba frente a las raras y posibles alumnas ha sido llamada con razón «un injusto y delatador filtro que podía esconder las dudas que los hombres quizás tenían sobre sus propios comportamientos, pero de las que se convertía en víctimas a las mujeres».

Entre todas las universitarias españolas y teniendo en cuenta las diversas carreras, Elvira ocupa el lugar 29. Durante sus años de estudio fue la única mujer universitaria en su Facultad —entre unos 80-85 muchachos o 100, a los que llegaron en algún curso—. En un momento de euforia se divulgó que Elvira había sido la primera farmacéutica de España. La cosa no es cierta. Hecho el cómputo de todas las alumnas que cursaron en la Facultad de Farmacia en las universidades españolas (incluyen-

do la de La Habana), resulta que Elvira fue la décima. Fue la quinta que estudió en la Facultad de Farmacia de Madrid y, probablemente, la segunda mujer que tuvo una farmacia a su nombre en España.

A través de varios testimonios de sus condiscípulos sabemos cómo era y cómo se comportaba. Uno de ellos la presenta como muy constante en su asistencia a clase y asegura que, sin duda, aprovechaba el tiempo con mucha aplicación y añade:

> «Y esto se ratifica más advirtiendo que de los 85 alumnos que entonces asistíamos a la Facultad, en algún curso de los últimos, sólo aprobamos unos veinticinco en el mes de junio, entre los cuales estaba ella, y por eso la tengo en mi orla de fin de carrera retratada».

Otro, Javier Blanco Yuste, la describe por estas fechas como

> «Una bellísima muchacha de 18 años [...] muy aplicada a las aulas y laboratorios de la Facultad de Farmacia: acudía con puntualidad, siempre acompañada de su buen padre don Ricardo, popular farmacéutico madrileño, y de su hermano, vestido con traje de marinero; y por sus excelentes cualidades era muy apreciada por los catedráticos; y todos sus compañeros la profesábamos respetuoso afecto [...] Al paso de Elvira algunos estudiantes con galantería echaban sus capas por tierra; esto no le gustaba a la universitaria y apartaba elegantemente las capas con el pie y seguía caminando. Tenía tanto recato y gravedad que los estudiantes decían a su hermano: "Tu hermana es una orgullosa, que ni nos mira"».

Las calificaciones de sus estudios universitarios no son tan altas como se podría esperar de alguien que había tenido tantos sobresalientes en sus años de bachillerato. Aunque no tuvo ningún suspenso, no pasó de dos «notables», siendo todo lo demás una docena de aprobados. Y el título de Licenciado en farmacia se le expidió el día 16 de junio de 1905.

Pero no todo iba a ser andar entre potes de farmacia, aulas, laboratorios, preparados galénicos, exámenes, etc. También le gustaba pasarse sus buenas vacaciones de verano en Miraflores de la Sierra donde tenían un hotelito. A Elvira le gustaba mucho la leche y allí en Miraflores, donde la leche era de primerísima calidad, bebía tanta durante las comidas que su madre la reñía pensando que le iba a hacer daño; y para que Elvira no bebiera tanta se la bebía ella, la madre. Elvira «tenía dos amigas íntimas

pero con sólo una de ellas solía ejercitar sus soledades anacoréticas (a las que era muy aficionada). Solían, una vez en el campo, separarse las dos, para cada una en su soledad pasar los ratos que podían, dadas a la oración». En estos años se diría que apuntaba en Elvira la vocación al matrimonio; llegó a tener dos novios pero, por diversas circunstancias e incompatibilidades, las relaciones no prosperarían.

Don Ricardo sentía verdadera adoración por su hija y decía todo contento: «¡Cuando Elvirita acabe la carrera le pongo una farmacia en la Puerta del Sol!». Después de licenciarse Elvira ayudaba a su padre en la farmacia; y al morir éste en 1909 ella figura como regente. El 22 de agosto de 1911 murió su madre y Elvira se pone ya al frente de la farmacia, como titular.

La formalidad y honradez de la joven farmacéutica comenzó a ser bien conocida. Quien lo supo y lo vio muy de cerca declara:

> «Procedía siempre con entera justicia hasta el punto de que a los sirvientes de la farmacia, entonces estudiantes a los que se favorecía para poder continuar sus estudios, se les trataba de manera más generosa que lo que era costumbre en las demás farmacias, facilitándoles no sólo los medios de vida sino también la posibilidad de continuar sus estudios».

Su hermano Ricardo dice de ella: «Era de carácter amable; era extremosa: quiero decir delicada y justa en la farmacia, en el precio, en el peso, en todo».

A Elvira «le gustaba mucho el campo, visitar suburbios para hacer obras de caridad y de apostolado y a eso dedicaba todo su tiempo libre». Llevaba medicinas y alimentos a los pobres de los suburbios y, más de una vez, también, las mantas de casa, y dio también entera la que había sido su capa de colegiala —no como San Martín que entregó sólo la mitad de su capa a un mendigo—. Por lo que se refiere a las mantas se las quitaba de la cama de su hermano, que eran mejores, y se las llevaba a los pobres, de modo que quien se quedaba sin mantas por el momento era ella, pues ponía las suyas en la cama de su hermano. Así lo cuenta su propio hermano. Su sobrina Ana María Moragas Luque, que recuerda también lo del reparto de las mantas, certifica:

> «[...] Cuando regentaba la farmacia estableció los sábados como día dedicado a hacer limosnas a los pobres que entregaba en la misma farmacia hasta el punto de que este hecho fue conocido por toda la barriada y los pobres de la misma y por esa razón aun después de la guerra muchos pobres acudían los sábados a la farmacia para que les siguieran socorriendo».

El 31 de marzo de 1911 el Ayuntamiento de Madrid nombró a Elvira «Farmacéutico municipal encargado del despacho de medicamentos de la Sección 4 del Distrito de la Universidad». Se le comunicó a la interesada el 5 de abril. Su padre había sido subdelegado de farmacia en ese mismo distrito de la Universidad. Estos años también estuvo metida en la Acción Católica incipiente de la parroquia de San Marcos y en otras asociaciones apostólicas.

Fervorosa en el primer período de su educación, disminuyó notablemente su piedad durante los estudios universitarios. Sorteado aquel tiempo de frialdad y libre ya de sus pretendientes, comenzó a recuperarse de un cierto abandono religioso y se presentó un día al párroco de San Marcos, don Lope Ballesteros, que ya la conocía, y le manifestó su deseo de volver a comulgar más a menudo. Don Lope la fue dirigiendo por los caminos de Dios y de la oración y orientándola en los primeros brotes de su vocación religiosa hacia el Carmelo.

Cuando murió el párroco de San Marcos en enero de 1913, acrecentó Elvira su frecuentación de la iglesia de los jesuitas en la calle de La Flor, y empezó a dirigirse con el P. José María Rubio Peralta, hoy ya canonizado; así, llegó al discernimiento final de su vocación religiosa. En este tiempo se entregó Elvira, acaso excesivamente, a la mortificación corporal y diversas formas de penitencia y comenzó a adelgazar a ojos vista. En 1914 o a principios de 1915, se acercó Elvira al convento de las carmelitas descalzas de Santa Ana y San José de Madrid, entonces en la calle Conde Peñalver —antes Torrijos—, pidiendo ser admitida. La priora, viéndola tan desmejorada y delgada, le dijo, sin más: «Si no engordas..., así no puedes entrar». A raíz de esta entrevista comenzó a alimentarse mejor, y se puso gruesa, colorada y hermosota. Y así ya fue admitida.

Viendo Elvira que la carrera de su hermano estaba ya asegurada, buscó un regente para la farmacia, dejó a Ricardo con una

criada mayor de toda confianza y se fue al convento el 21 de junio de 1915, a los 34 años y medio. Desde el monasterio tuvo que seguir dirigiendo oficialmente la farmacia hasta que su hermano se hizo con el título.

Entró en el convento, como queda dicho, el 21 de junio de 1915. Es acaso en el mundo la primera universitaria que ingresó en un convento de clausura, al menos en el Carmelo. Su hermano refiere: «Nos despidió con mucho cariño, pero alegre, nunca tuvo intentos de volverse». Tomó el hábito de la Orden el 21 de diciembre de ese mismo año. Fue entonces cuando cambió su nombre de pila por el de *María Sagrario de San Luis Gonzaga.* La priora y la maestra de novicias, principales responsables de la formación en la vida carmelitana, aseguraban que Sagrario era una novicia de mucha categoría por sus grandes cualidades. Siempre alegre y fervorosa.

La profesión simple la hizo el 24 de diciembre de 1916. Las recién profesas se quedaban otro año en el noviciado antes de integrarse a la comunidad. Cuando pasó a convivir con las profesas, Sagrario desempeña en la comunidad algunos oficios de los llamados menores: enfermera y rizadora. Lo de enfermera está claro, y en una farmacéutica más. Lo de rizadora se refiere al trabajo de rizar roquetes, albas para diversas iglesias.

El 6 de enero de 1920 hace la profesión solemne o definitiva, después de haber declarado que no ha sido coaccionada ni por la fuerza ni por el miedo ni ha sido engañada y que disfruta de perfecta libertad y conoce bien el paso que va a dar.

El 25 de enero de 1927 murió la priora, Teresa del Corazón de Jesús —que había sido elegida el 9 de enero de 1925—, por lo que había que adelantar las elecciones que deberían celebrarse en 1928. El 18 de abril de 1927, reunida la comunidad, fue elegida como priora Sagrario. El presidente del Capítulo la confirma en el cargo «dándole acto continuo, posesión del mismo mediante la entrega de los atributos de gobierno según costumbre del convento», es decir: las Constituciones, el sello y las llaves del convento.

Estimada en la comunidad, la elección de Sagrario fue recibida con gran alegría y entusiasmo. En los tres años siguientes no faltarían pruebas y dificultades, algunas bastante fuertes. En

el Decreto sobre el martirio se condensa bien esta situación, diciendo: «Fomentó la disciplina de la observancia, tropezando con alguna dificultad por parte de algunas monjas».

Sagrario puso un empeño especial en elevar el tono espiritual de la comunidad, sirviéndose de los diversos medios que tenía a su alcance, con reprensiones, correcciones, exhortaciones, instrucciones, las conferencias espirituales, etc. Emprendió, además de la elevación espiritual de la comunidad, no pocas obras y mejoras materiales. Adquirió una nueva franja de terreno para la huerta. Hizo nuevo muro de cinta; plantó no pocos árboles. Mujer práctica y lista como pocas, antes de comenzar las obras ella personalmente hizo sus mediciones, sus diseños, sus cálculos ladrillo a ladrillo, de modo que al contratar a los albañiles dijo al jefe el número de ladrillos que harían falta. El maestro albañil comentó después la inteligencia de la priora, diciendo que era una monja tan lista que no era posible engañarla y que llevaba las cuentas con toda perfección y detalle. Al terminar las obras preparó a los obreros una gran merienda, dando a cada uno una tortilla de dos huevos, buenos tragos, arroz con leche en abundancia y otras exquisiteces, de modo que al jefe le pareció hasta excesiva la merendola. Algo así como lo que le gustaba hacer a la propia Santa Teresa cuando aquel maestro de obras, agradeciéndole los vasos de vino que les había dado, preguntó, desde su cultura bíblica, si aquel vino tan bueno era de lo que había sobrado en las bodas de Caná de Galilea.

Además de estos arreglos en la huerta, de una ampliación del gallinero, de una nueva lavandería en un sitio propicio, emprendió una gran obra de saneamiento de los servicios higiénicos.

Reviviendo sus años infantiles y juveniles cuando hacía tantas obras de caridad a los pobres, ahora siendo priora introdujo en el convento la siguiente novedad. Ordenó que en la cocina se preparase a diario una olla grande con buenos alimentos para dar de comer todos los días a los pobres. Ella misma se encargaba de bajar a la cocina antes del reparto a ver si el condumio era sustancioso como había ordenado. Un día que dieron croquetas a la comunidad y que también llegaron para los pobres,

una viejecilla alabó las croquetas diciendo que eran divinas, que le gustaban mucho y se relamía. Sagrario tomó buena nota y dispuso que se diesen croquetas más a menudo para dar tan sana alegría a la mujercita y a otras comadres. El único criterio de Sagrario en esta distribución de alimentos era socorrer al menesteroso. Alguien se atrevió a decirle que entre las personas que venían había algunas conocidas como indeseables y de malas ideas. Sagrario contestó: «Haz bien y no mires a quien». Por los mismos años (1927-1930) y siguientes se podían ver a la puerta de las carmelitas descalzas de Santa Ana y San José de Madrid dos colas de gente. Una, de pobres que acudían a recibir ayuda: una comida sustanciosa; otra, de gente que venía en busca de lo que llamaban «agua de los ojos». Se trataba de algo así como de un colirio preparado por la madre Sagrario, en la que seguía viviendo la farmacéutica que había sido. La fórmula de ese medicamento para los ojos era la siguiente: «2 litros de agua; 56 gramos de ruda; 14 gramos de vitriolo blanco (sulfato de amonio); 14 gramos de sal gorda; 14 gramos de azúcar piedra. Se pone todo junto en una jarra y a las 24 horas se filtra con papel de filtros».

Aquella agua comenzó a producir curaciones muy llamativas, de modo que los que venían con sus botellines y pomos la consideraban como algo prodigioso. Las monjas insistían: no es ningún agua milagrosa, sino medicinal.

En 1930, terminado el priorato, fue nombrada maestra de novicias, oficio sumamente importante en las comunidades.

El 14 de abril de 1931 se proclamó, como es sabido, la II República en España. Entre los desmanes con que comenzó a significarse la vida nacional hay que contar la quema de conventos del 11 de mayo cuando ardieron la iglesia de los carmelitas descalzos de la Plaza de España y la de los jesuitas de la calle La Flor. A raíz de estos atropellos tuvo que salir Sagrario del convento con sus novicias y estuvo once días fuera con ellas. Ya en este tiempo tenía presentimiento de su muerte y se daba por aceptado el martirio.

Terminado el trienio de 1930-1933, la encargaron el oficio de tornera o portera. En 1934 se prestó Sagrario con caridad ejemplar a lavar la ropa de un hermano de una monja del con-

vento que estaba enfermo en el hospital de la Princesa con una enfermedad infecciosa. En el hospital no querían lavarle la ropa. Sagrario se la lavaba y planchaba. ¿Qué le pasó a Sagrario por esto? Que tenía una herida en la mano derecha y se le infectó, con toda seguridad, al contacto con aquellas prendas. Creyó que se le pasaría con algunas pequeñas curas; pero la cosa fue a más y los días de Semana Santa estuvo con fiebre altísima y aguantando. Ya no pudo más y entonces se llamó al médico-cirujano. Examinó a la paciente en el convento y encontró que la infección ya afectaba al hueso con peligro de gangrena, padeciendo además una linfagitis. Hecha la preparación necesaria tuvo que desarticular el dedo con la ablación del metacarpo y de la falange. El cirujano hace una declaración preciosa en el proceso y alaba la fortaleza y la paciencia, la calma e impasibilidad de Sagrario, que no se quejaba de nada, y hace este apunte: y «observé que era muy parca en palabras y es que todas las personas sufridas son poco locuaces».

El uno de julio de 1936 se tuvieron otra vez elecciones en el convento y salió elegida Sagrario como priora, con todos los votos menos dos; uno el suyo y otro el de la monja que era hermana del de la enfermedad infecciosa que le costó a Sagrario que le tuvieran que cortar el dedo índice de la mano derecha.

Pronto se adensaría sobre el monasterio un nubarrón muy negro de preocupaciones y problemas surgidos de la situación nacional.

Todavía, a pesar del ambiente enrarecido, pudieron celebrar la novena de la Virgen del Carmen del 7 al 16 de julio, predicando el famoso y simpático padre Esteban de San José, que se salvaría de milagro saliendo de Madrid para Salamanca en el último tren antes del día 18.

El día 18 de julio por la tarde reunió Sagrario a sus monjas y les dijo:

> «Está todo muy mal. Se han levantado los militares. No sé qué será de nosotras. Yo les suplico y les aconsejo que la que desee irse con su familia lo diga con toda libertad. Está todo muy mal».

Y una entonces le pregunta: «¿Qué va a hacer vuestra reverencia?»; a lo que Sagrario responde: «Yo no me voy. Me quedo aquí». Y ellas dijeron: «Pues nosotras también nos quedamos».

Pero vinieron los familiares de unas cuantas a recogerlas y llevarlas a sus casas. La comunidad estaba compuesta de 19 monjas. Después de las presiones de los familiares, se quedaron sólo 10 en el convento. También se presentó en el convento Ricardo, el hermano de Sagrario que vivía en Pinto y trató de convencerla para que se fuera con él y con toda la familia. Pero «ella —lo cuenta el mismo Ricardo— se negó diciendo que si les costaba la vida el quedar allí, ella no abandonaba a sus hijas y que entregaría su vida con mucho gusto por la gloria de Dios, y en esta misma disposición se mantuvo siempre». Sagrario anduvo haciendo «diligencias para salir con sus monjas al extranjero y poder reunirse todas juntas, pero las dificultades eran insuperables».

Al ver cómo el 19 de julio las turbas invadían el convento de los dominicos en la misma calle de Conde de Peñalver, el demandadero apremia una vez más a la priora para que dejen el convento. Pero ellas siguen con las celebraciones de la solemnidad del Carmen; sin embargo, su gozo, un tanto melancólico, se iba erosionando y la gran tribulación iba a caer sobre el convento en la otra gran fiesta de la Orden en el mismo mes: 20 de julio, día de San Elías profeta, inspirador y padre del Carmelo.

Ese 20 de julio les dijo la misa un padre escolapio quien les comenta al terminar que hay muchas formas en el copón y que en caso de peligro deberán consumirlas. Sagrario estuvo un buen rato por la tarde regando la huerta —cosa que la encantaba, lo mismo que cuidar el gallinero donde en ese día tenían unos 100 pollitos—. Al comenzar el tiroteo ordenó que se adelantase el rezo de maitines en previsión de lo que pudiera suceder. Mientras la comunidad está rezando y la cocinera está haciendo la cena, se oye desde la cocina un estrépito enorme y un ruido ensordecedor. Ha irrumpido una multitud compuesta de hombres armados, mujeres y niños. La chusma ha roto el torno y forzado la puerta reglar del convento. La cocinera corre al coro a decir lo que está pasando. Las monjas interrumpen el rezo y unas van hacia la huerta a refugiarse en una ermita. Una grita de repente: «¡El Santísimo, el Santísimo!».

La sacristana corre en busca de la llave del sagrario; pero como tarda en venir, otra de las monjas carga con todo el sa-

grario y acompañada de otras tres se refugia en la buhardilla. Aparece la llave y consumen las 400 formas, estando allí en el desván medio dobladas y medio a oscuras. La chusma ha amenazado con quemar el convento. No lo hacen por haberse opuesto el vecindario temiendo que el fuego pasase a sus domicilios.

Cada grupo de monjas está en su refugio: unas en el desván, otras en la ermita. De repente comienzan a oírse toques de la campanilla con la que se convoca a las religiosas. No sabiendo unas de otras salen todas a ver qué sucede, pensando unas que son llamadas de las otras. Unas y otras se topan con aquel gentío del que ha partido también aquel campanilleo.

Sagrario, ante aquella gente vociferante dispuesta a todo y creyendo que las van a matar, pregunta a los invasores: «¿Qué van a hacer con nosotras?». Uno de los cabecillas dice: «No os haremos nada; no os mataremos, a no ser que encontremos armas o algún cura escondido en vuestra casa».

La cocinera interviene manifestando que no había ni una cosa ni otra y lo corrobora diciendo: «Se lo juro». Uno de los milicianos, con cierta sorna, le dice: «Jurar es pecado». Los milicianos van recorriendo la casa acompañados de la hermana, «y en todos los sitios iban derribando cuadros e imágenes y profiriendo las más groseras blasfemias». Obligaron a ponerse ropas de seglares a las monjas que se habían refugiado en la ermita; a éstas se unieron dos de las cinco que estaban en la buhardilla. Todas fueron sacadas a la calle. Las ponen en fila frente al convento. La priora, como cree que las van a fusilar, comienza a exhortarlas para que se dispongan al efecto y grita: «¡Viva Cristo Rey!». Es la palabra de orden y el grito que encierra en aquellos días una profesión inequívoca de fe, de esperanza y de amor.

Al final condujeron a las monjas al portal de una casa de enfrente del convento, donde se habían refugiado el capellán y otras personas. Mientras tanto, seguía el triste y salvaje espectáculo en torno a un gran fuego en medio de la calle donde los asaltantes iban quemando todo lo que sacaban del convento: objetos religiosos, cuadros, etc., una gran riqueza de una comunidad cuya fundación databa de 1586, en la que intervino San

Juan de la Cruz. Faltaban tres de las cinco monjas que se habían escondido en la buhardilla, finalmente salen y con ellas llegan tres milicianas jóvenes, diciéndoles que quedan detenidas porque han encontrado en el convento cadáveres sin enterrar. Se trataba de los cuerpos incorruptos de dos venerables del primer tiempo de la fundación del convento: la venerable Beatriz de Jesús (Ovalle y Ahumada, 1560-1639), y Juana Evangelista, nacida en Viena, cuyo nombre de familia era Margarita Judith Roph Diatristan, muerta en 1636.

Los milicianos están empeñados en sacar de aquella casa a las monjas y que se vayan con ellos. La priora no acaba de convencerse de las intenciones de aquellos hombres, sabiendo cómo han hecho violaciones y atropellos en otros conventos. El jefe del grupo asegura que las llevarán a la Dirección General de Seguridad y que allí no les pasará nada. Por fin Sagrario se calma y se tranquiliza. Mientras van de camino a la comisaría van cantando el *Te Deum,* el Magníficat, la Salve Regina...

Durante el recorrido Sagrario comunicó a las que iban con ella que llevaba 7.000 pts., para proveer a las primeras necesidades que pudieran presentarse.

Ya anochecido, allí siguen al pie de una escalera donde las han dejado, sin ser llamadas para ningún registro, para ningún interrogatorio, para nada, hasta que alguien compadecido les preguntó qué hacían allí, qué les pasaba. Sagrario le explicó lo sucedido en el convento y cómo se encontraban allí sin saber para qué. El hombre se retiró y volvió con otro que las trató con toda cortesía y respeto y les preguntó si tenían alguna casa conocida donde ir, y dispuso que los guardias las llevasen en diversos coches a sus refugios, es decir, a casa de sus familiares. Se abrazan unas con otras no sabiendo si se volverán a ver.

María Sagrario con otras dos fue con Teresa María a casa de los padres de ésta en la calle de Santa Catalina 3 —Carrera de San Jerónimo—. Al día siguiente, avisado, se presentó Ricardo. El hermano insiste ante Sagrario: «Vente con nosotros a Pinto». Ella responde: «No puedo abandonar a mis hijas; quiero seguir la suerte de ellas y desde Madrid me es más fácil estar en contacto con las casas en las que se han refugiado las demás, de modo que no las abandonaré prestándoles toda la ayuda que pueda».

> «Al día siguiente de nuestra dispersión —21 de julio, refiere una de ellas—, averiguó el paradero de las demás monjas. Al saber que todas estaban bien y refugiadas, dio gracias a Dios y dijo que había pedido que a nadie pasara nada y ella se ofrecía [...] como víctima».

En la casa de los señores Ruiz, que así se llamaban los padres de Teresa María, pasa Sagrario veinticinco días, llevando una vida de oración, de recogimiento, y ocupándose, a través de diversos enlaces, de la suerte de las demás, enviándoles mensajes, respondiendo a algunas cartas de ellas, haciéndoles llegar algún dinero, recibiendo amabilísimamente a alguna que viene a visitarla, etc. A los ocho días de estar las cuatro monjas juntas comenzaron los registros en la casa y se vieron en la necesidad de separarse; quedó sólo allí Sagrario con Teresa María, la hija de los señores Ruiz.

En la calle Marqués del Riscal, en la casa de los padres de María de Jesús, se habían refugiado junto con ella otras dos monjas, Beatriz y Natividad. Una criada de la familia las denunció y el 14 de agosto se presentaron los milicianos para un registro. Cuando se encontraron con sor Beatriz le preguntaron quién era y ella contestó: una religiosa. Continuaron el registro, y se llevaron a las tres y a un hermano de María Jesús, llamado Pedro, a la checa. Después de un rato las metieron en una salita en la que una miliciana las fue registrando. Al cachear a Beatriz le encontraron apuntado el número del teléfono y las señas de la casa donde estaba refugiada Sagrario. No necesitaban más.

Ese mismo día por la tarde, cuando Sagrario y su compañera se disponían a rezar las primeras Vísperas del oficio de la Asunción, aparecen los milicianos en la casa de los señores Ruiz. Llaman a la puerta; cuando sale el hijo pequeño a abrir le encañonan con una pistola y le preguntan a bocajarro: «¿Dónde están esas *tías monjas que tenéis aquí escondidas?*». No se les pudo cortar el paso. Venían bien informados: identificaron a Sagrario y la separaron de las demás personas de la casa y se la llevaron a una habitación aparte. Dejaron la puerta sólo entornada y los de la casa se pudieron percatar de que la preguntaban por «los tesoros del convento»; ésta era su frase hecha, preguntar por el dinero de la comunidad, por sus bienes, por sus joyas. Sagrario

se mantuvo tan firme y tan segura que no pudieron sacarle nada; respondía sin el menor aturdimiento.

Los milicianos se llevaron prisioneras a las dos monjas. Uno de los hijos de la familia Ruiz Aizpiri preguntó al jefe: «¿Dónde las llevan ustedes?». Respuesta falsa: «A la Dirección General de Seguridad». Al poco rato llegó Ricardo Moragas a casa de los Ruiz y se encuentra con la noticia de que se han llevado a su hermana a alguna de las checas.

Tratando de condensar lo que fueron las horas de Sagrario en la checa acerté a escribir en el preámbulo del libro *De la farmacia al Carmelo. De la checa al cielo:*

> «La checa en la que pasó pocas horas, pero muy intensas, cruciales y decisivas, fue el lugar de sus tentaciones, su desierto y su Getsemaní, el lagar y el molino donde se la pisoteó y trituró, y el tribunal injusto en que se decidió su fusilamiento [...] Una de las checas de más sangrienta actuación fue, precisamente, esta de la calle Marqués de Riscal. Los detenidos solían ser maltratados cruelmente y ejecutados en los altos del Hipódromo y en la Pradera de San Isidro».

Llegadas a la checa se encontraron con las otras tres monjas de su convento que habían sido conducidas allí ese mismo día: Beatriz, Natividad y María Jesús. Duraría muy poco el consuelo del encuentro, porque separaron enseguida a Sagrario del grupo. La llevaron a la pieza donde habían cacheado a las demás. La encargada de registrarla, se encerró con Sagrario en el cuarto. Comenzó a registrarla; le encontró las 7.000 pts. y se las requisó. Terminado el registro, la sacaron de aquel cuarto para llevarla a otra estancia mucho más amplia donde la hermana Natividad, que lo contará detalladamente, podía ver lo que sucedía a través de una puerta de cristales. En la pieza había una mesa y en la mesa dos milicianos, sentados, y el jefe de guardia estaba también allí, pero de pie.

La narración de Natividad es insustituible. Comienza, pues, diciendo:

> «Yo misma que estaba en la misma checa la vi subir por la escalera con la Hna. Teresa María. Yo estaba en esa primera habitación que hacía como de recibimiento y desde allí veía perfectamente las escaleras por las cuales subió la Sierva de Dios conducida por los milicianos; por cierto que me llamó la atención y me impresionó mucho el semblante de sufrimiento pero de mucha paz de la Sierva

de Dios, y la condujeron a la misma habitación en que a nosotras nos habían registrado, [después del registro] la sacaron para llevarla a otra habitación en la que veía lo que la madre hacía [...] En esa habitación había una mesa y a la mesa dos milicianos y el cabo de guardia, en la habitación pero de pie. Yo contemplé la placidez, no obstante el gran sufrimiento, de la Sierva de Dios en aquellos dificilísimos momentos de los que pendía su vida. Vi que el cabo de guardia presentó un papel a la Sierva de Dios para que escribiese no sé qué, ya que sólo veía lo que hacían pero no oía lo que hablaban. Vi también que la Sierva de Dios se resistía también a escribir, así como también que el cabo de guardia insistía en que escribiese, y esto repetidas veces, por fin el cabo de guardia salió con el papel en la mano y entre tanto la Sierva de Dios se puso de rodillas, y los milicianos al ver esta actitud prorrumpieron en horrendas blasfemias contra la Virgen Santísima, que yo oía perfectamente, porque las proferían en voz más alta. Yo contemplando aquella escena y oyendo aquellas blasfemias y creyendo que los milicianos blasfemaban porque la Sierva de Dios se puso de rodillas, pedía a Dios que se levantase por ver si así se evitaban aquellas blasfemias. Por fin subió el cabo de guardia con el papel, entró en la habitación donde estaba la Sierva de Dios, le presentó de nuevo el papel obligándola a su vez a que escribiese. La Sierva de Dios escribió muy poco sin que yo sepa el qué. Entonces el cabo de guardia al leer lo que había escrito se puso muy furioso dando puñetazos sobre la mesa, cogió el papel y salió con la Sierva de Dios custodiada por los dos milicianos, que, como antes he dicho, no abandonaron a la Sierva de Dios mientras estuvo en la checa. Yo sospecho por la observación de las circunstancias de aquel momento en personas y cosas, que lo que escribió la Sierva de Dios debió ser muy contrario a los deseos de los milicianos, y por tanto esa su reacción tan furibunda. Inmediatamente el cabo de guardia acompañado de la Sierva de Dios y de los dos milicianos que la custodiaban salieron de la habitación y yo ya no vi más a la Sierva de Dios».

No hace falta mucha imaginación para pensar lo que pudo escribir Sagrario y que desató las iras y las blasfemias de aquellos energúmenos. Considerando bien otros momentos de la vida anterior de Sagrario, pienso que escribiría simplemente *Viva Cristo Rey*. Tenía tan llena el alma de este grito que era lo más espontáneo en su pluma y en sus labios, y como la firma de aceptación del martirio que le podría llegar.

Desaparece la madre de la checa hacia las once y media de la noche. Faltan también unas horas el capitán Alberto Vázquez y varios milicianos.

De cómo se organizaba la marcha o caravana de la muerte tenemos testimonios de milicianos que declararán años más tarde al ser llevados a los tribunales:

> «Se organizaba una expedición de dos coches ligeros y una camioneta. En un coche iban los detenidos, con la escolta de milicianos. Este coche iba en medio. Delante el otro coche con el jefe de la expedición, y cerrando la marcha, la camioneta y en ella dentro los milicianos que habían de hacer la descarga. La hora de la ejecución solía ser las once de la noche. Para fusilarles se les ponía de espaldas a un paredón o dando frente a los milicianos. Éstos se ponían en fila y a la voz de ¡fuego! de su jefe hacían la descarga. Después el jefe daba los tiros de gracia, y los cadáveres quedaban insepultos en el lugar de la ejecución, con una nota en el pecho, en la que figuraba su nombre».

Cuando a la mañana siguiente, vueltos ya los asesinos, reunieron a las cuatro: María de Jesús, Teresa María del Santísimo, Beatriz de Jesús y María Natividad de Santa Teresa, ellas quieren intercambiar impresiones pero les resulta muy engorroso por encontrarse en presencia de milicianos y milicianas. Entonces uno de ellos dirigiéndose a Natividad le dice: «A su madre priora ya la hemos mandado a Burgos, creemos que no llegará, pero si llega a Burgos, a usted la mandaremos a Ávila». Esto último lo dicen porque Natividad es abulense y los antepasados de Sagrario eran de Burgos. Y una miliciana, por su parte, les dice: «Pobrecitas, ya no tienen madre». También entra en escena la miliciana que había cacheado a Sagrario a su llegada a la checa, «y con sonrisitas irónicas, nos decía que si queríamos nos podía mandar a Burgos, pero que no podía asegurar que llegáramos [...] ésa era la manera de anunciarnos nuestra muerte, a lo menos en plan de amenaza, o como divirtiéndose haciéndonos sufrir».

A través de ese lenguaje irónico de milicianos y milicianas quedaba claro que a Sagrario ya la habían asesinado. Y así había sido: la fusilaron en la Pradera de San Isidro la noche del 14 al 15 de agosto de 1936. Ninguna de sus hijas presenció la ejecución. En el Ministerio de la Gobernación, en la Jefatura del Servicio Nacional de Seguridad, en el Gabinete central de identificación, aparece la ficha siguiente:

> Procede el cadáver... de San Isidro
> Fotografiado en el Depósito Judicial el 15-8-936.
> Datos morfológicos: Sexo mujer. Edad 55. Talla 155.

Const. gruesa. Iris castaño obs. Dentadura...
Pelo castaño, largo, melena, raya al lado izquierdo.
Camisa. Ropa interior blanca. Basta.
Chaqueta traje seda negra.
Calcetines medias hilo. Calzado negros medio tacón.
Particularidades: lleva un abrigo de entretiempo seda con botón negro grande en la manga. Escapulario del Carmen.

En la Dirección General de Seguridad se conservan dos fotografías, una de frente y otra de perfil, con un número 87-25. La mártir está con los ojos abiertos en la majestad de la muerte. Su rostro está dulce y apacible. Sus ojos abiertos y de mirada lánguida y triste parecen estar aún con vida. Todo nos habla de una muerte tranquila y santa. Uno de los teólogos que dio su voto afirmativo sobre el martirio de Sagrario se expresa así:

> «Tan extraordinario documento (como estas fotografías) parece un desquite de la Providencia para confirmar el heroísmo humilde y generoso de su Sierva, y surge espontáneo el reclamo a la Sábana Santa con las señales conmovedoras de la Pasión del Señor».

Sagrario fue sepultada el 18 de agosto en el cementerio de Nuestra Señora de la Almudena juntamente con otros veinte en una fosa común. El 17 de noviembre de 1942 se procedió a la exhumación. Identificada perfectamente, fue llevada al cementerio conventual en Conde de Peñalver. Al trasladarse la comunidad de la calle Torrijos al nuevo monasterio de las descalzas de Santa Ana y San José el 20 de abril de 1959, sito en la calle General Aranaz 58, allí fueron llevados y allí se encuentran los restos de la mártir en la cripta conventual. En esta nueva sede la alcanza la glorificación de la Iglesia.

El proceso de beatificación y canonización de Sagrario ha sido largo. Se comenzó a pensar pronto en la posibilidad del proceso. Pero sólo se abría en Madrid 26 años después de su muerte, es decir en octubre de 1962, y se clausuraba el 15 de febrero de 1965. Al mismo tiempo se tuvieron otros procesos llamados rogatoriales en Tucumán, La Coruña y Oviedo. El total de los testigos que declararon fueron 33. Haciendo un espejuelo de todo ello se puede comprobar:

> «Que de los 33, 13 (39 por 100) han podido hablar de la vida familiar de la Sierva de Dios; 23 (69 por 100) de su vocación y vida

religiosa; 27 (81 por 100) de sus virtudes; 16 (48 por 100) de su detención a arresto; 23 (69 por 100) del martirio de la Sierva de Dios; 19 (57 por 100) de su fama de martirio, y 5 (15 por 100) de gracias y curaciones después de haberla invocado. En conjunto han declarado acerca de las siete principales preguntas de la Tabella-Index una media de 18 testigos (54 por 100), lo que significa un nivel de conocimiento muy alto de los declarantes».

De los 33 testigos, 20 son hermanas en religión, 3 familiares suyos, 10 laicos. Finalmente, después de 32 años de haber entregado el proceso se dio el decreto del martirio, el 8 de abril de 1987, siendo beatificada el 10 de mayo de 1998, a los 62 años de su martirio.

Sagrario tenía un carácter fuerte y enérgico, capaz de llevar a término los más grandes ideales de santidad. Hay toda una serie de testimonios a través de los que conocemos sus deseos de martirio, su preparación para él, su presentimiento seguro, su ofrecerse como víctima para que a las demás de su comunidad no les pasase nada. Y todo se fue cumpliendo puntualmente. Y en todo esto, que son actitudes de alguien que sabe lo que quiere y lo que se juega en su vida, se alojan ya tantos motivos de ejemplaridad.

Una mártir auténtica como ella es siempre una personalidad noble y ennoblecedora que ha sacrificado su vida por un gran ideal, que ha sabido perdonar, que ha contribuido a la pacificación del país y del mundo de una manera eficaz, aunque su sacrificio pueda parecer tan oculto.

La madre Sagrario, usando plenísimamente de su libertad e intrepidez, se dejó matar por amor a Dios y por amor a los hermanos, porque sabía que el amor vale más que la vida y es el que da valor y sentido no sólo a la vida misma sino también a la muerte. En la homilía papal de la beatificación puntualizaba Su Santidad:

«La Madre Sagrario, farmacéutica en su juventud y modelo cristiano para los que ejercen esta noble profesión, abandonó todo para vivir únicamente para Dios en Cristo Jesús (cf. Rom 6,11) en el monasterio de las Carmelitas Descalzas de Santa Ana y San José de Madrid. Allí maduró su entrega al Señor y aprendió de él a servir y sacrificarse por los hermanos. Por eso en los turbulentos acontecimientos de julio de 1936, tuvo la valentía de no delatar a sacerdotes y amigos de la comunidad, afrontando con ente-

reza la muerte por su condición de carmelita y por salvar a otras personas».

También en la audiencia concedida a los peregrinos habló de Sagrario subrayando cómo

> «La nueva Beata carmelita nos ha legado un precioso modelo de seguimiento del Señor basado en la caridad. Caridad para con el prójimo vivida ya en la familia, afianzada después en los años de juventud con el compromiso en favor de los pobres y necesitados en los diversos apostolados y madurada en el abnegado servicio a las hermanas de la comunidad del Monasterio de Santa Ana y San José, de Madrid. Todo ello sustentado, presidido e inspirado por el amor de Dios que la llamó a la vida exigente y austera del claustro. Su misma muerte fue un acto heroico realizado para salvar la vida de otros y manifestar el amor incondicional a Dios».

A Sagrario le toca en suerte formar en dos de las tres laureolas de que habla San Juan de la Cruz:

> «La primera, de hermosas y blancas flores de todas las vírgenes, cada una con su laureola de virginidad, y todas ellas juntas serán una laureola para poner en la cabeza del Esposo Cristo [...] La tercera, de los encarnados claveles de los mártires, cada uno también con su laureola de mártir, y todos ellos juntos serán una laureola para remate de la laureola del Esposo Cristo».

Así también Sagrario, siempre tan desasida de sí misma y de sus cosas, hace una ofrenda floral de sus virtudes de virgen y mártir a Cristo el Señor y con ellas perfuma a toda la Iglesia y al Carmelo.

Los restos mortales de la Beata María Sagrario descansan en un precioso sepulcro colocado en la hornacina en la pared del presbiterio de la iglesia conventual de las carmelitas descalzas de Santa Ana y San José de Madrid, frente por frente de la reja del coro donde oran sus hermanas.

JOSÉ VICENTE RODRÍGUEZ, OCD

Bibliografía

ÁLVAREZ, T. - FERNÁNDEZ, D., *María Sagrario Elvira Moragas Cantarero. De la farmacia al Carmelo* (Burgos 1998).

CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, Matritensis. *Canonizationis Servae Dei Mariae Sagrario a Sancto Aloysio Gonzaga (in saeculo Elvirae Moragas y Cantarero). Monialis Profesae Ordinis Carmelitarum Discalceatarum (Lillo 8.1.1881 - Madrid 15.8.1936). Positio super martirio* (Roma 1987).

Decreto sobre el martirio (8 de abril de 1997): *AAS* 89 (1997) 839-841. Puede verse traducido en el libro de J. V. Rodríguez, *infra,* 201-204.
FLECHA GARCÍA, C., *Las primeras universitarias en España (1872-1910)* (Madrid 1996).
HELIODORO DEL NIÑO JESÚS, *Farmacéutica-Monja-Mártir* (Ávila 1961). Se reproduce por entero en la *Positio,* 254-287.
JUAN PABLO II, «Homilía en la beatificación (10-5-1998)» y «Discurso a los peregrinos (11-5-1998)»: *Ecclesia* (1998) n.2894, p.28-31.
Relatio et vota Congressus peculiaris super martirio (7-6-1996) (Roma 1996).
RODRÍGUEZ, J. V., OCD, *De la farmacia al Carmelo. De la checa al cielo: Beata María Sagrario de San Luis Gonzaga (Elvira Moragas y Cantarero, 1881-1936). Vida, martirio, retrato* (Madrid 1998).
— *Dos estrellas en el firmamento carmelitano* [Maravillas de Jesús y María Sagrario] (Arenzano, Génova 1998), sobre María Sagrario, p.3-14.
SILVERIO DE SANTA TERESA, *Historia del Carmen Descalzo,* XV (Burgos 1952) 202-205.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

BEATO AIMÓN TAPARELLI

Presbítero († 1495)

Era natural de Savigliano, Piamonte, donde nació en 1398, hijo de los condes de Lagnasco. Desde adolescente se decidió por la vida religiosa y entró en la Orden de Predicadores en el convento de su pueblo, donde hizo la profesión religiosa. Tras hacer los estudios en Turín, se ordenó sacerdote. Se acreditó muy pronto como celoso predicador. Escogido por el duque Beato Amadeo IX de Saboya († 1472) como su predicador y consejero, perseveró en este ministerio hasta que fue designado inquisidor de Savigliano y en 1474 de Saluzzo. Amante de la soledad y el silencio, se retiraba cuanto podía para dedicarse a la divina contemplación. Fue muchas veces prior del convento de Savigliano, en el que murió el 15 de agosto de 1495 rodeado de fama de santidad y habiendo defendido con gran celo la fe católica. Su culto fue confirmado por Pío IX el 29 de mayo de 1856.

BEATA JULIANA DE BUSTO ARSICIO

Virgen († 1501)

Juliana Puricelli nació de humilde linaje en Busto Arsicio, Lombardía, el año 1427. Llegada a la adolescencia es presionada por su familia para que contraiga matrimonio, pero ella insis-

te en que quiere consagrarse a Cristo. Maltratada por ello en su casa, su hermano le facilita la fuga y se va a vivir con la Beata Catalina de Pallanza, que llevaba vida eremítica en un monte. Aquí perseveró en la vida contemplativa y eremítica hasta que veinte años más tarde se erige un convento de monjas agustinas en Pallanza en el que ambas ingresan, iniciándose el convento el 10 de agosto de 1476. Lleva una vida de mortificación y penitencias admirables, perseverando en todas las virtudes hasta su santa muerte el 15 de agosto de 1501. Su culto ha sido permitido por la Santa Sede en 1769.

BEATOS LUIS MASFERRER VILA Y COMPAÑEROS

José María Blasco Juan, Alfonso Sorribes Teixidor, José María Badía Mateu, José Figuero Beltrán, Eduardo Ripoll Diego, Francisco María Roura Farró, Jesús Agustín Viela Ezcurdia, José María Amorós Hernández, Juan Baixeras Berenguer, Rafael Briega Morales, Luis Escalé Binefa, Ramón Illa Salvia, Luis Lladó Teixidor, Miguel Masip González, Faustino Pérez García, Sebastián Riera Coromina, José María Ros Florensa, Francisco Castán Messeguer, Manuel Martínez Jarauta

Religiosos y mártires († 1936)

Desde el 20 de julio de 1936 los religiosos cordimarianos de Barbastro estaban detenidos en el salón de actos del colegio de los escolapios, y de él fueron sacados los días 12 y 13 sendos grupos de ellos para ir al martirio. Quedaron veinte, de los cuales sólo uno de ellos era sacerdote, joven sacerdote por cierto, recién ordenado, el P. Luis Masferrer, y los otros diecinueve eran todos estudiantes. Un escrito dejado por ellos y fechado el 13 de agosto de 1936, deja bien en claro cómo estaban todos convencidos de su inminente martirio y cómo todos ellos, haciendo gala de heroica fidelidad a su fe y su vocación religiosa, se ofrecían de todo corazón a dar la vida por Cristo. Pasaron los días 13 y 14 de agosto animándose para el martirio y rezando por sus enemigos y por su querida congregación claretiana. Señalaron que cuando llegaba la hora de escuchar la lista de los designados para el martirio, esperaban todos con santa impa-

ciencia oír su nombre entre los llamados para adelantarse a ponerse en las filas de los elegidos. Se sentían edificados y animados de haber visto a sus predecesores en el martirio besar las cuerdas con que eran atados, dirigir palabras de perdón a los milicianos y oírles gritar vivas a Cristo Rey. Aseguraban morir contentos y rogando a Dios que su sangre no fuera sangre vengadora sino sangre que estimulara el desarrollo y expansión de la congregación cordimariana por el mundo. Llegó el día de la Asunción, aniversario de la profesión religiosa de la mayoría, y al amanecer, los veinte fueron llamados, respondieron, se pusieron en fila, fueron atados y llevados en un camión hasta el cementerio en donde fueron todos fusilados.

Sus datos personales son:

LUIS MASFERRER VILA nació en una casa de campo del término de San Vicente de Torelló, en la provincia de Barcelona, el 9 de julio de 1912, en una familia numerosa. Su madre, viuda cuando Luis tenía 3 años, volvió a casar con un cuñado que trató como hijos a sus sobrinos. Niño bondadoso e inteligente, manifestó su inclinación a la vida religiosa e ingresó en el postulantado de Vich con once años. A su tiempo hizo el noviciado y profesó el 15 de agosto de 1929. Hechos los estudios, que acabó en Barbastro, se ordenó sacerdote el 19 de abril de 1936, y anhelaba le destinaran a las misiones de Guinea, pero se abstuvo de pedir nada para estar siempre a la obediencia. A los que salían el día 12 para el martirio les dio la absolución estando en el salón de los escolapios, y dejó allí una nota escrita en la que se despedía de su madre y hermanos y manifestaba su convicción de ir al cielo.

JOSÉ MARÍA BLASCO JUAN nació en Játiva, Valencia, el 2 de enero de 1912. Manifestó desde pequeño su vocación religiosa pero le autorizó su padre a entrar en la congregación cuando vio que perseveraba en ella luego de haber estado trabajando en un comercio. Profesó el 15 de agosto de 1929. Le dijo su padre que pensaba sería aquél el día más feliz de su vida, pero el joven contestó que lo sería el de su martirio. Era un muchacho sencillo, jovial, amable y servicial. Había recibido ya las cuatro órdenes menores. Ante la perspectiva de la muerte sintió angustia pero sus compañeros de prisión lo animaron.

ALFONSO SORRIBES TEIXIDÓ nació en Rocafort de Vallbona, Lérida, el 17 de diciembre de 1912. Tras hacer el noviciado y la profesión religiosa, se empezó a preparar para el sacerdocio, y al tiempo de su martirio había recibido ya las cuatro órdenes menores. Era una persona humilde, seria y poco comunicativa.

JOSÉ MARÍA BADÍA MATEU nació en Puigpelat, Tarragona, el 30 de septiembre de 1912 en el seno de una familia numerosa y cristiana. Ingresó en el postulantado a los once años, profesando luego en septiembre de 1928. Estudió filosofía y teología y recibió la tonsura y las dos primeras órdenes menores.

JOSÉ FIGUERO BELTRÁN nació en Gumiel del Mercado, Burgos, el 14 de agosto de 1911. A los 12 años ingresó en el postulantado cordimariano e hizo la profesión religiosa el 15 de agosto de 1928. Continuó con normalidad sus estudios y recibió la tonsura y las dos primeras órdenes menores. Era sencillo y de muy buen humor. El 13 de agosto de 1936 desde el salón que le servía de cárcel escribió a sus padres y hermanos, anunciando su inminente martirio y pidiendo que no llorasen por él. Esperaba ir al cielo el día de su cumpleaños pero murió mártir al día siguiente.

EDUARDO RIPOLL DIEGO nace en Játiva, Valencia, el 9 de enero de 1912. De niño fue monaguillo en la iglesia de San Agustín, hasta que ingresó en el seminario menor de los religiosos claretianos, en cuya congregación profesó el 15 de agosto de 1929. Estaba ordenado de lector. Mostró en el tiempo de su detención un gran espíritu de fervor y dejó escrito que perdonaba de corazón a todos sus enemigos y ofrecía su vida en reparación de los muchos pecados cometidos en Barbastro.

FRANCISCO MARÍA ROURA FARRÓ era natural de Sorts, Gerona, donde nació el 13 de enero de 1913 en el seno de una familia numerosa. Estaba haciendo en Bañolas los estudios preparatorios para el seminario cuando conoció al P. Emilio Bover y se fue al seminario claretiano de Cervera en julio de 1925. Profesó el 15 de agosto de 1930, y continuaba sus estudios de teología cuando le llegó la hora del martirio. Estaba ordenado de lector.

JESÚS AGUSTÍN VIELA EZCURDIA nació en Oteiza de la Solana, Navarra, el 4 de abril de 1914. Educado cristianamente

por su madre viuda, optó por la congregación claretiana, en cuyo colegio de Alagón ingresó a los 12 años. Profesó el 15 de agosto de 1930. Estando preso, desde una ventana le rogó a una mujer que escribiera a su familia y le dijera que moría contento porque moría por Dios. Estaba ordenado de lector.

JOSÉ MARÍA AMORÓS HERNÁNDEZ había nacido en La Pobla Llarga, Valencia, el 14 de enero de 1913, hijo de un maquinista de tren. La familia se trasladó a Játiva y muy pronto su padre falleció en accidente. Fue alumno del colegio claretiano de San Agustín. Decidido por la vida religiosa, ingresó en la congregación claretiana el 14 de julio de 1925. Hecho el noviciado y la profesión religiosa, siguió con normalidad sus estudios. Los días anteriores a la revolución su familia le mandó pases de ferrocarril para que se volviera al hogar, dado el clima de crispación existente. Pero él no quiso dejar la casa religiosa. Estando ya en el salón-cárcel hizo la profesión perpetua el día 13 de agosto.

JUAN BAIXERAS BERENGUER había nacido el 21 de noviembre de 1913 en Castelltersol, Barcelona, y a los 7 años se escapó de casa porque quería ir al postulantado. Ingresó por fin a los 12 años. Profesó en 1930 e hizo luego los estudios sacerdotales. Era inteligente, aplicado y servicial.

RAFAEL BRIEGA MORALES había nacido en Montemolín, Zaragoza, el 24 de octubre de 1912. A la muerte de su padre, la familia se trasladó a Barcelona. A los 13 años ingresó en la congregación cordimariana. Profesó en 1930, haciendo luego los oportunos estudios preparándose para el sacerdocio. Era un joven fuerte y hábil, con gran facilidad para las lenguas y había empezado a estudiar chino siendo niño y llegando a manejarlo con bastante soltura. Era muy humilde. Le gustaba el silencio y la modestia. Su ilusión era ser misionero en China. Y en el salón-cárcel dejó escrito que ya que no podía ir a China, ofrecía su vida por las misiones de ese país.

LUIS ESCALÉ BINEFA había nacido en Fondarella, Lérida, el 18 de septiembre de 1912 en una familia numerosa. El 7 de febrero de 1925 ingresaba en el postulantado claretiano, profesando el 15 de abril de 1930. Era un joven robusto y alto, de carácter equilibrado, noble y expansivo. Aceptó el martirio con entusiasmo.

RAMÓN ILLA SALVIA nació en Bellvís, Lérida, el 11 de febrero de 1914 en el seno de una familia que había dado muchos miembros a la vida religiosa. Fue monaguillo de pequeño y manifestó muy pronto su vocación religiosa. Ingresó en la congregación claretiana en 1923 e hizo los estudios con mucho aprovechamiento, llegando a poseer una sólida y notable cultura. Empezó la filosofía antes de hacer el noviciado, y profesó en agosto de 1930. Dio clases en el colegio de Cervera. Poeta y literato, compuso un drama, escribía artículos para la prensa. Había recibido la tonsura y las órdenes menores. Dejó escrito para sus familiares que él no cambiaba el apostolado por el martirio.

LUIS LLADÓ TEIXIDOR había nacido el 12 de mayo de 1912 en Viladasens, Gerona, hijo de labradores. Con 12 años fue al postulantado de la congregación cordimariana. Profesó el 15 de agosto de 1930 en Vich. Muy amante de los estudios y muy preocupado de su propia formación.

MIGUEL MASIP GONZÁLEZ había nacido en Llardecans, Lérida, el 8 de junio de 1913 en el seno de una familia numerosa. Inclinado a la piedad, planteó muy pronto su deseo de ser sacerdote pero su padre se oponía. Finalmente pudo ingresar en la congregación claretiana en 1925, profesando el 24 de septiembre de 1930. Era un joven alegre, ilusionado, estudioso y piadoso. Dijo que ofrecía su vida por la salvación de España.

FAUSTINO PÉREZ GARCÍA nació en Barindano, Navarra, el 30 de julio de 1911, hijo del sacristán de su pueblo. Murió su madre siendo él pequeño. Muy pronto se le confió llevar a pastar las cabras, pasando los días en el monte y leyendo libros religiosos con gran interés, haciendo oración y practicando la mortificación. Hizo también de monaguillo en la parroquia. Ingresó en el postulantado de los cordimarianos en 1925. Profesó en Vich el 15 de agosto de 1930. Era sumamente estudioso y muy inteligente, y aprendía lenguas con facilidad. Hubo de hacer el servicio militar en Bilbao, lo que aprovechó para hacer el bien en su entorno. Estando en el salón de los escolapios escribió que los futuros mártires allí detenidos se pasaban el día en el silencio y la oración preparándose al sacrificio, y fue él quien redactó el 13 de agosto el manifiesto del que hemos hablado al

comienzo de esta nota biográfica. Prometió que en el camión él sería el primero en empezar a gritar vivas a Cristo Rey.

SEBASTIÁN RIERA COROMINA nació en Ribas de Freser, Gerona, el 13 de abril de 1914, hijo de un cabo de la Guardia Civil. Luego su familia se trasladó a Viloví de Oñar. De niño ayudaba a misa y era muy piadoso. Decidida su vocación religiosa, ingresó en los cordimarianos el 20 de julio de 1925 y profesó en Vich el 15 de agosto de 1930. Hechos los estudios, pasó a Barbastro con los demás compañeros a prepararse al sacerdocio. Su deseo era la predicación. Manifestó a sus verdugos sentimientos de paz y perdón.

JOSÉ MARÍA ROS FLORENSA nació en Torms, provincia de Lérida, el 30 de octubre de 1914 en el seno de una familia de labradores acomodados. Ingresó en la congregación claretiana en 1925 y profesó el 1 de noviembre de 1930, haciendo seguidamente los estudios preparatorios para el sacerdocio. Persona de temperamento pacífico y práctico, cumplía sus deberes como religioso con mucha aplicación.

FRANCISCO CASTÁN MESSEGUER nació en Fonz, provincia de Huesca, el 1 de febrero de 1911 en el seno de una familia muy cristiana. Educado en colegios de la Iglesia, se despertó muy pronto en él el espíritu de piedad. Ingresó en el postulantado claretiano el 18 de julio de 1928 y ya dentro eligió quedar como hermano. Profesó en Vich el 15 de agosto de 1930. Estuvo destinado en Játiva como maestro, en Solsona como cocinero, luego en Alagón y por fin en Barbastro como portero. Por eso le tocó a él abrirles a los milicianos el 20 de julio de 1936 y llamar a la comunidad con la campana, que en realidad era una llamada al martirio.

MANUEL MARTÍNEZ JARAUTA había nacido en Murchante, Navarra, el 22 de diciembre de 1912 en una familia en la que abundaron las vocaciones religiosas. Ingresó en el postulantado de los claretianos en 1923 y al tener dificultades con los estudios prefirió pasar a hermano coadjutor. Profesó el 11 de febrero de 1930. Estuvo destinado en Alagón como encargado de la sastrería y de ahí pasó a Barbastro en enero de 1936. Era muy piadoso, afable, optimista. Le alegró la perspectiva del martirio, y al salir para él dio vivas a la religión católica.

Estos gloriosos mártires de Jesucristo, que inmolaron su vida joven en aras de su fidelidad a la fe católica y a su vocación religiosa, fueron beatificados en Roma por el papa Juan Pablo II el 25 de octubre de 1992 en el grupo de 51 misioneros claretianos mártires de Barbastro.

BEATO JOSÉ MARÍA PERIS POLO

Presbítero y mártir († 1936)

José María Peris Polo nació en Cinctorres, provincia de Castellón de la Plana y diócesis de Tortosa, el 1 de noviembre de 1889 en el seno de una familia humilde y cristiana. Educado piadosamente, siente muy pronto la vocación sacerdotal e ingresa a los once años en el colegio de San José, de Tortosa, en el que realiza sus estudios hasta que en 1912 decide vivir su sacerdocio como miembro de la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos del Sagrado Corazón de Jesús. Era para entonces prefecto de los alumnos, cargo en el que continuó. Se ordenó sacerdote el 6 de junio de 1914. Seguidamente fue enviado a Valencia a perfeccionar sus estudios de música, materia en que era muy sobresaliente. En 1916 vuelve a Tortosa como director del colegio y allí estuvo diez años, descollando como magnífico formador de futuros sacerdotes. Entre 1926 y 1932 está de rector en el seminario diocesano de Córdoba. En enero de 1933 pasa a Barcelona como rector del seminario, y este cargo tenía cuando fue martirizado. Basó su trabajo en el trato personal con los seminaristas, animando uno a uno en su vocación, ayudándoles a discernirla oportunamente e impartiendo doctrina adecuada en sus pláticas fervorosas y sabias a los seminaristas. Mortificado, humilde, obediente, alma eucarística, daba a todos un ejemplo personal admirable, y hacía de la música un instrumento de elevación hacia Dios. Llegado el verano de 1936 marchó a su pueblo, Cinctorres, de donde fue sacado en la madrugada del 15 de agosto y llevado al cementerio de Almazora, donde fue fusilado.

Fue beatificado por Juan Pablo II el 1 de octubre de 1995 en el grupo de 9 sacerdotes operarios diocesanos martirizados en diversos días del año 1936.

BEATO DOMINGO (AGUSTÍN) HURTADO SOLER

Presbítero y mártir († 1936)

Agustín Hurtado Soler nació en Alboraya, Valencia, el 28 de agosto de 1872, en una familia de hondos sentimientos cristianos y de situación acomodada. Su familia se traslada a Valencia, donde hace los estudios de primera y segunda enseñanza, ingresando luego en el seminario conciliar. Había terminado la filosofía cuando se entera de la fundación por el P. Amigó de la congregación de Terciarios Capuchinos y decide unirse a ella, ingresando en el noviciado el 21 de junio de 1889 y tomando el nombre de fray Domingo de Alboraya. Profesa el 24 de junio de 1890 en Torrent, Valencia, en manos del venerable fundador. Seis años más tarde emite los votos perpetuos (15 de agosto de 1896) y el 19 de diciembre de ese mismo año se ordena sacerdote en Valencia. Además de los estudios sacerdotales, hizo los de música. De 1899 a 1901 estuvo en la casa de Yuste, luego pasó a la Escuela de Reforma de Santa Rita, de Madrid, de la que será nombrado superior y a la que le da una nueva y eficiente orientación. De 1910 a 1914 es superior de la Fundación Caldeiro, de Madrid, y de 1914 a 1916 marcha a Teruel. Pide una licencia temporal para atender a su madre enferma y se reincorpora a la congregación el 18 de diciembre de 1922 y es destinado a la casa de Dos Hermanas, Sevilla, donde está hasta 1932 en que es enviado a la de Torrent. A finales de 1935 vuelve a Santa Rita, Madrid, y aquí le coge la revolución de julio de 1936. Suprimida la casa el 21 de julio, busca refugio en casa de un amigo suyo abogado. El 15 de agosto fue buscado allí por los milicianos que lo llevaron a las inmediaciones del Retiro y allí lo acribillaron a balazos. Al ser detenido dijo: «Paciencia. Hágase lo que Dios quiera». Sus magníficas cualidades y su entrega generosa a su vocación le habían acreditado en todas partes.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO VICENTE SOLER Y MUNÁRRIZ

Presbítero y mártir († 1936)

Vicente Soler y Munárriz nació el 4 de abril de 1867 en Malón, Zaragoza. En su juventud decide su vocación religiosa e ingresa en la Orden de los Agustinos Recoletos, donde profesa el 15 de mayo de 1883 con el nombre de fray Vicente de San Luis Gonzaga. Es enviado a las Islas Filipinas, donde concluye sus estudios y se ordena sacerdote en Manila el 15 de mayo de 1890 y a continuación hace un fecundo apostolado. Apresado como español por los insurgentes contra España, estuvo preso hasta el año 1900, en que quedó libre pudiendo reanudar su apostolado.

En 1906 vuelve a España donde tiene diversos cargos, entre ellos el de asistente de la provincia de Santo Tomás de Villanueva, trabajando intensamente en la predicación de la palabra de Dios y en la formación de los jóvenes religiosos. Prestigiado dentro de la Orden por sus magníficas cualidades y virtudes, fue elegido prior general en 1926, pero apenas habían pasado unos meses presentó la dimisión, movido por una sincera humildad que le hacía sentirse indigno e incapaz de tan alto cargo, y se retiró a Motril donde continuó su apostolado y donde daba un espléndido ejemplo de vida religiosa, teniéndolo los fieles por santo. Dio vida a los talleres de Santa Rita, fundó el Círculo Católico y abrió una escuela nocturna.

Cuando el 25 de julio de 1936 las turbas se apoderaron de Motril y quemaron las iglesias y conventos, el P. Vicente buscó refugio en casa de unos amigos, pero el día 29 fue descubierto y arrestado y llevado a la cárcel. Aquí hizo vida de intensa piedad, entregado por completo a la voluntad de Dios y a la espera del martirio, ejercitando su ministerio sacerdotal a favor de los otros presos. La noche del 14 de agosto lo sacaron con otros dieciocho compañeros de prisión y los llevaron a las tapias del cementerio donde a la una de la madrugada los fusilaron. El P. Vicente estaba el décimo de la fila y fue dando la absolución a sus compañeros conforme iban siendo fusilados. Los demás fueron fusilados de espaldas pero a él se le obligó a volverse de frente a sus verdugos. Fue beatificado el 7 de marzo de 1999 por el papa Juan Pablo II.

BEATO CARMELO SASTRE SASTRE

Presbítero y mártir († 1936)

Este mártir valenciano había nacido en Pego el 21 de diciembre de 1890 y, sintiendo de niño la vocación sacerdotal, ingresó en el seminario diocesano de Valencia donde hizo todos los estudios hasta su ordenación sacerdotal en 1919. Fue párroco de Margarida y luego de Villalonga, donde demostró sus cualidades de apóstol, organizando el catecismo de los niños y las campañas de alfabetización. Abrió una escuela en su propia casa y brindó una estupenda educación a muchos chicos. Igualmente, fundó la banda de música con los niños, y para ellos estableció la congregación de San Luis Gonzaga. A los cuatro años de estar en Villalonga fue destinado a Valldigna, donde terminó de construir la iglesia. Pasó luego dos años como vicario de Santa María en Oliva, y de ahí lo destinó el arzobispado a Piles. No fue fácil su labor porque el clima de hostilidad a la Iglesia era muy espeso, pero él se empeñó en su notable labor catequética y formativa, insistiendo en la necesidad de la piedad y la vida interior. Abierto a todos y muy caritativo con los pobres, su vida de apostolado le preparó a su muerte martirial.

El mismo 18 de julio de 1936 se encontró con que le sellaban la iglesia, le prohibían llevar sotana y le impedían salir de su casa, siempre vigilada. Le quemaron muebles y libros y le hicieron vivir a la espera de cosas peores. En la noche del 13 de agosto, día en que por la mañana había podido decir misa secretamente en su domicilio, irrumpieron en su casa y lo arrestaron; lo llevaron al Ayuntamiento y lo tuvieron allí hasta el día 15 por la noche en que lo sacaron para fusilarlo. Lo llevaron al campo, en la Palma de Gandía, y le arrancaron antes de matarle el escapulario y el rosario. Le quitaron también parte de su ropa. Murió dando vivas a Cristo Rey y perdonando a sus asesinos.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO JAIME BONET NADAL

Presbítero y mártir († 1936)

Nace en Santa María de Montmagastrell (Lérida) el 4 de agosto de 1884. Por el ejemplo de un primo suyo salesiano, también mártir, ingresó en la Congregación Salesiana y profesó en 1909, ordenándose sacerdote en 1917. Destinado desde 1924 a las Escuelas Salesianas de Barcelona-Rocafort, desempeñó ejemplarmente su cometido sacerdotal y docente. Llegada la revolución se refugió en casa de un antiguo alumno, pero para no crear problemas buscó otros refugios. En la estación de Tárrega fue reconocido, arrestado y asesinado el 15 de agosto de 1936.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO CLAUDIO RICARDO GRANZOTTO

Religioso († 1947)

Nace en Santa Lucia de Piave (Italia) el 23 de agosto de 1900, en el seno de una familia modesta y muy cristiana. Trabaja como obrero del campo y luego como carpintero. De 1918 a 1922 cumple su servicio militar y luego, ayudado por su párroco, estudia en la Academia de Bellas Artes de Venecia, donde se diploma como profesor de escultura. En 1933 ingresa en la Orden Franciscana, en la que profesa con el nombre de fray Claudio. Lleva una vida ejemplar, distinguiéndose por su eximia piedad, su amor a los pobres y enfermos y sus devociones eucarística y mariana. Llegó a construir cuatro Grutas de Lourdes. Atacado por un tumor cerebral, murió piadosamente en Padua el 15 de agosto de 1947. Su proceso de beatificación lo inició el obispo Albino Luciani, futuro papa Juan Pablo I. Fue beatificado el 20 de noviembre de 1994 por el papa Juan Pablo II.

16 de agosto

A) MARTIROLOGIO

1. San Esteban († 1038), rey de los Húngaros, que recibió la corona real del papa Silvestre II, cuyo día natalicio fue ayer **.
2. La conmemoración de San Arsacio († 358), confesor de la fe y luego solitario *.
3. En Sión (Valais), San Teodoro († s. IV), primer obispo de la ciudad.
4. En la Bretaña Menor, San Armagilo († s. VI), ermitaño.
5. En Auvergne, San Frambaldo († 650), monje y ermitaño.
6. En la selva de Rennes (Bretaña Menor), San Radulfo de Fusteia († 1129), presbítero, fundador del monasterio de Saint-Sulpice.
7. En Subiaco (Lacio), Beato Lorenzo Loricato († 1243), monje y recluso.
8. En Lombardía, San Roque († 1379), peregrino **.
9. En Florencia (Toscana), Beato Ángel Agustín Mazzinghi († 1438), presbítero, de la Orden del Carmen *.
10. En Kyoto (Japón), Beato Juan de Santa Marta († 1618), presbítero, de la Orden de Menores, mártir *.
11. En Kokura (Japón), beatos Simón Bokusai Kyota, y su esposa Magdalena, Tomás Gengoro y su esposa María, y su pequeño hijo Santiago († 1620), mártires *.
12. En Rochefort (Francia), Beato Juan Bautista Ménestrel († 1794), presbítero y mártir *.
13. En Fanjiazhuang (China), Santa Rosa Fan Hui († 1900), virgen y mártir *.
14. En Barcelona (España), Beata Petra de San José (Ana Josefa) Pérez Florido († 1906), virgen, fundadora de las Hermanas Madres de los Desamparados **.
15. En Denia (Valencia), Beato Plácido García Gilabert († 1936), religioso franciscano, mártir *.
16. En Benicasim (Castellón de la Plana), Beato Enrique García Beltrán († 1936), diácono, de la Orden de Hermanos Menores Capuchinos, mártir *.
17. En Picassent (Valencia), Beato Gabriel José María Sanchís Mompó († 1936), religioso de la Congregación de Terciarios Capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores, mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN ESTEBAN DE HUNGRÍA

Rey († 1038)

San Esteban, rey de Hungría, es indudablemente quien dio al pueblo nómada de los magyares, procedente del Asia y que a fines del siglo IX se había asentado a lo largo del Danubio, la estabilidad definitiva en lo político y, sobre todo, en el catolicismo. Pueblo guerrero y feroz, fue durante algún tiempo el terror de los vecinos territorios cristianos; pero, convertido al cristianismo, fue en adelante el más decidido campeón de la fe. Geza, el tercero de sus duques después de su establecimiento en el centro de Europa, comprendió la necesidad de orientar su pueblo hacia el cristianismo, que profesaban los pueblos vecinos, y, bajo el influjo de San Adalberto de Praga, recibió el bautismo. Su ejemplo fue seguido por un buen número de la nobleza; pero evidentemente se trataba, en su mayoría, de conversiones nominales.

El que dio el paso definitivo y logró arraigara definitivamente el cristianismo en el pueblo magyar fue el hijo de Geza, llamado *Vaik,* bautizado juntamente con su padre cuando sólo contaba diez años, y que recibió el nombre de Esteban. El año 995, a los veinte de edad, recibió por esposa a Gisela, hermana del santo emperador Enrique II, y poco después sucedió a su padre en el gobierno de su pueblo.

En momento tan decisivo, indudablemente experimentó los atractivos de una vida de libertad e independencia de todo yugo religioso, tan conforme con los antecedentes de su pueblo nómada y guerrero; pero, preparado ya por el bautismo y la primera educación recibida de su padre y atraído después por el afecto y las razones de su cristiana esposa, Gisela, decidióse por el cristianismo y se propuso desde un principio hacer de su pueblo un pueblo profundamente cristiano. En los primeros años de su gobierno dio las más claras pruebas de su espíritu guerrero y del indomable valor de su brazo, pues en una serie de guerras con los rivales de su propia tribu y con algunos pueblos vecinos aseguró definitivamente su posición y su independencia. Esto fue de extraordinaria importancia en todos los pasos que

fue dando en lo sucesivo, pues le aseguró el prestigio militar que necesitaba y cortó de raíz todo conato de rebelión contra la evidente superioridad que todos le reconocían.

Una vez asegurada su posición, dedicóse de lleno a la consolidación del cristianismo en sus territorios, para lo cual le sirvió de instrumento el monje Ascherik o Astrik. Nombrado primer arzobispo de los magyares con el nombre de Anastasio, Astrik se dirigió a Roma, con la doble comisión de San Esteban de obtener del papa San Silvestre II (999-1000), ante todo, la organización de una jerarquía completa en Hungría y, en segundo lugar, la concesión del título de rey para Esteban, según le instaba la nobleza y la parte más sana de su pueblo.

El papa San Silvestre II vio claramente la importancia de ambas comisiones, destinadas a la consolidación definitiva del cristianismo de un gran pueblo, y así, en inteligencia con el joven emperador Otón III, que se hallaba entonces en Roma, redactó una bula, en la que aprobaba los obispos propuestos por Esteban y le concedía con toda solemnidad el título de rey, enviándole para ello una corona real juntamente con su bendición apostólica. San Esteban salió al encuentro del embajador de Roma, escuchó de pie y con gran respeto la lectura de la bula pontificia, y en las Navidades del año 1000 fue coronado solemnemente como rey.

Desde este momento se puede decir que el nuevo rey San Esteban de Hungría se entregó de lleno a la ruda tarea de convertir el pueblo de los magyares en uno de los pueblos más profundamente cristianos de la cristiana Europa medieval. Ante todo, era necesario instruir convenientemente a la mayor parte de sus súbditos, que no conocían el Evangelio y, por el contrario, estaban imbuidos en las prácticas paganas. Para este trabajo de evangelización de su pueblo Esteban pidió ayuda a los monjes cluniacenses entonces en gran fervor y apogeo, y, efectivamente, su célebre abad San Odilón le proporcionó gran cantidad de misioneros.

Por otra parte, organizó el rey una serie de nuevas diócesis. Su primer plan fue establecer las doce planeadas, pero bien pronto vio que debía proceder gradualmente, a medida que el clero se iba capacitando para ello y las circunstancias lo per-

mitían. La primera fue la de *Vesprem.* No mucho después la de *Esztergom,* que fue constituida en sede primada, y así fueron siguiendo otras. Por otra parte, San Esteban fue el gran constructor de iglesias. Así, construyó la catedral metropolitana de Esztergom, otra en honor de la Santísima Virgen en Szekesfehervar, donde posteriormente eran coronados y enterrados los reyes de Hungría. San Esteban estableció en este lugar su residencia, por lo cual fue denominado *Alba Regalis.*

En esta forma siguió avanzando rápidamente la cristianización de Hungría, que constituye la gran obra de San Esteban. Los principales instrumentos fueron los monjes de San Benito. Esteban completó la construcción del gran monasterio de San Martín, comenzado por su padre. Este monasterio, existente todavía en nuestros días, conocido con los nombres de *Martinsberg* o *Pannonhalma,* fue siempre el centro de la Congregación benedictina en Hungría.

En su empeño de cristianizar su reino, protegió la vida de piedad del pueblo en todas sus manifestaciones. Por esto, además de construir iglesias y monasterios, organizó santuarios dedicados a la Santísima Virgen, cuya devoción favoreció y fomentó, ayudó y protegió las peregrinaciones a Jerusalén y a Roma y, en general, todo lo que significaba fervor y vida cristiana. Por el contrario, persiguió y procuró abolir, a veces con excesivo rigor y violencia, las costumbres bárbaras o supersticiosas del pueblo: reprimió con severos castigos la blasfemia, el adulterio, el asesinato y otros crímenes o pecados públicos. Mientras por una parte se mostraba humilde, sencillo y asequible a los pobres y necesitados, era intransigente con los viciosos y rebeldes a la religión.

Una de sus ocupaciones favoritas era el repartir limosnas a los pobres, con los que se mostraba indulgente y paternal. Refiérese que, en cierta ocasión, un grupo de pordioseros cayeron sobre él, lo maltrataron y robaron el dinero que tenía destinado para los demás. El rey tomó con mansedumbre y buen humor este atropello, pero los nobles trataron de impedir que expusiera de nuevo su persona a otro acto semejante. Sin embargo, a despecho de todos, él renovó su promesa de no negar nunca limosna a quien se la pidiera. Precisamente este insigne ejemplo

de virtud era lo que más influjo ejercía sobre todos los que entraban en contacto con él.

Sobre esta base de la más profunda religiosidad, San Esteban dio una nueva legislación y organizó definitivamente a su pueblo. Con el objeto de obtener la más perfecta unidad, abolió las divisiones de tribus y dividió el reino en treinta y nueve condados, correspondientes a las divisiones eclesiásticas. Además, introduciendo con algunas limitaciones el sistema feudal, unió fuertemente a su causa a la nobleza. Por esto, San Esteban debe ser considerado como el fundador de la verdadera unidad de Hungría.

Ciertamente tuvo opositores y descontentos dentro y fuera de su territorio. Por eso, aunque tan decidido amigo de la paz, tuvo que echar mano de sus extraordinarias dotes de guerrero para mantener la unidad y defender sus derechos. Así, venció a Gyula de Transilvania, y cuando en 1030 el emperador Conrado II de Alemania invadió Hungría, San Esteban ordenó penitencias y oraciones en todo el reino y con tanto valor se opuso con su ejército a las fuerzas invasoras, que Conrado II tuvo que abandonar todo el territorio con incalculables pérdidas. Por otro lado, tuvo que mantener sus derechos frente a Polonia, ayudó en los Balcanes a los bizantinos y realizó constantemente una política de defensa de los intereses de su territorio.

Los últimos años de su vida fueron enturbiados por desgracias domésticas y dificultades intestinas. Su hijo y sucesor, San Emerico, a quien Esteban trataba ya de entregar parte del gobierno, murió inesperadamente en 1031 en una cacería. Las crónicas refieren que, al tener noticia de esta tragedia, el santo rey exclamó: «Dios lo amaba mucho, y por esto se lo llevó consigo», pero, de hecho, quedó sumido en el mayor desaliento. Pero las consecuencias de esta tragedia fueron sumamente lamentables. Los últimos años de la vida de San Esteban fueron un verdadero tejido de intrigas en orden a la sucesión, que fueron constantemente en aumento a medida que empeoraba la salud de Esteban.

Entre los cuatro pretendientes que se presentaron el que más disturbios ocasionó fue el hijo de Gisela, hermana del rey, mujer ambiciosa y cruel, que vivía en la corte húngara y se pro-

puso a todo trance apoderarse del trono de Hungría. Las constantes pesadumbres que todas estas cosas ocasionaban al santo rey fueron minando su salud, hasta que, el año 1038, en la fiesta de la Asunción, entregó su alma a Dios. Fue enterrado en Szekesfehervar, al lado de su hijo Emerico, mientras su esposa, Gisela, se retiraba al convento de benedictinas de Passau.

Bien pronto Esteban fue objeto de la más entusiasta veneración, pues el pueblo cristiano mantenía el más vivo recuerdo de sus extraordinarias cualidades como guerrero, como gobernante, como padre de sus súbditos y como rey ideal cristiano, pero, sobre todo, estimaba y ensalzaba su extraordinaria piedad y espíritu religioso, su sumisión a la jerarquía y, particularmente, al Romano Pontífice, a quien se declaraba deudor de la corona y de quien se declaró súbdito feudal, y su entrañable amor a los pobres. Ya el año 1083, sus reliquias, juntamente con las de su hijo Emerico, fueron puestas a la pública veneración durante el gobierno de San Gregorio VII, lo cual equivalía a la canonización de nuestros tiempos. Rápidamente San Esteban se hizo popular en toda la Europa cristiana. En Alemania mantuvieron verdaderas corrientes de devoción hacia él las peregrinaciones húngaras, que a lo largo de la Edad Media acudían en grandes masas a Colonia o a Aquisgrán. En territorios sumamente distantes se encuentran huellas de esta veneración creciente por San Esteban de Hungría. Así, se han encontrado en Bélgica, en la región de Namur, en Italia, en Montecassino y aun en la misma Rusia. Este fenómeno se debe, indudablemente, a la predilección que San Esteban mostró siempre por las peregrinaciones y el favor que siempre prestó a los peregrinos. Así se explica que bien pronto la Iglesia le dedicara un oficio litúrgico en Hungría, que Inocencio XI (1676-1689) extendió a toda la Iglesia.

Es curiosa la costumbre antigua de presentar a San Esteban extremadamente anciano, siendo así que murió contando solamente unos sesenta y tres años, y con un manto de coronación, a manera de casulla, de que él mismo había hecho donativo a la iglesia de *Alba Regalis* (Szekesfehervar).

Teniendo presente, por una parte, cómo favoreció constantemente la obra de los benedictinos y, por otra, cómo su espíri-

tu profundamente religioso, su piedad eminentemente litúrgica, su hospitalidad y amor a los pobres lo asemejan tanto al espíritu de San Benito, se ha observado que San Esteban de Hungría fue un rey benedictino y llevó al trono el espíritu de la regla benedictina. Más aún. En cierta manera, se ha llegado a decir, es más benedictino que San Benito y sus hijos. Pues es conocido que él tenía la piadosa costumbre de deponer cada año su cargo en la iglesia de San Martín. De hecho la regla de San Benito no pide tanto a sus abades.

BERNARDINO LLORCA, SI

Bibliografía

Act. SS. Boll., 2 de septiembre.
BANFI, F., *Re Stefano il Santo* (Roma 1938).
FLICHE, A. - MARTIN, V. (dirs.), *Histoire de l'Église.* VII: *L'Église au pouvoir des laïques* (París) 376s; cf. ed. española: *Historia de la Iglesia.* VII: *El orden feudal* (Valencia 1975).
GOMBOS, A. F., «S. Étienne dans l'historiographie européenne du Moyen Âge»: *Archiv. Eur. Centro-Orient* 4 (1938).
HOMAN, B., *König Stephan* (Breslau 1941).
HORN, E., *Saint Etienne, roi apostolique de Hongrie* (París 1899).
MACARTNEY, C. A., *The Medieval Hungarian Historians* (Cambridge 1953).
SCHREIBER, G., «Stephan in der deutschen Sacralkultur»: *Archiv. Eur. Centro-Orient* 4 (1938) 191s.
«Vita maior», en *Monumenta Germaniae Historica. Scriptores* (Hannover 1956) 299s; «Vita minor», ibid., 226s.

SAN ROQUE

Peregrino († 1379)

Expiraba el siglo XIII. El gobernador de Montpellier, Juan, y su esposa Libera, vasallos de Jaime II de Aragón, pedían a Dios constantemente que premiase sus virtudes dando fruto de bendición a su nobilísima casa. Pero los años de infecundo matrimonio corrían arrebatando la esperanza de prole a la ya anciana Libera, cuando, una noche, el crucifijo ante el que oraba pareció dirigirle prodigiosamente alentadoras voces, y poco después un feliz suceso llenaba de regocijo la ciudad. La multitud corría al palacio del gobernador real, donde un inesperado natalicio aseguraba la sucesión a la estirpe de Juan y de Libera. El recién nacido mostraba en el pecho y en el hombro izquierdo una cruz

rojiza en la piel, como grabada a fuego, signo de su maravilloso destino. Por la robustez del neófito, recibió en el bautismo el nombre de Roca, y por aquel signo misterioso que le adornaba pecho y espalda, el apellido de la Cruz. Todo, pues, señaló desde el principio la extraordinaria carrera de aquel niño. En efecto, una predisposición natural para la virtud se reveló muy pronto en sus costumbres, hasta tal punto que parecía instruido de superior asistencia en la práctica del bien. Hagiógrafos posteriores han llegado a suponer que el mismo San Pablo tomó a su cargo la dirección espiritual de aquel angelical muchacho.

A los doce años de edad perdió a su padre y a los veinte a su madre, quedando heredero de cuantiosas riquezas. Dios le había quitado lo único que podía retenerle en el plano social de lujos y honores en que había nacido: sus padres. Lo demás, las riquezas con todo su séquito mundano, Dios iba modelando su espíritu para darles superior empleo. No sería inverosímil, además, que durante la mocedad virtuosa Roque hubiera frecuentado las aulas universitarias de Montpellier y se hubiera iniciado en la ciencia de Esculapio. Así la Providencia planearía suavemente el destino prefijado a aquel doncel extraordinario. Una tradición unánime admite que aceptó, apenas quedó libre y dueño de sí, la regla de la Venerable Orden Tercera de San Francisco, y un hecho indubitable lo confirma: Roque abrazó amorosamente la virtud franciscana por excelencia: la pobreza. Vendió sus bienes y los dio a los pobres.

Al mismo tiempo, aquel apuesto y rico muchacho no había cursado estudios eclesiásticos ni monacales, ni se hallaba equipado para ejercer los ministerios propios de los sacerdotes. Para seguir a Jesucristo él había cumplido la primera parte de su llamamiento: «Vende cuanto tienes y dalo a los pobres». Pero ¿cómo cumplir la segunda parte, «ven y sígueme»?

Los acontecimientos de la historia acudieron a darle la respuesta. Del lado de allá de los Alpes empezaron a oírse en Montpellier gritos de angustia. La peste, el terrible azote de los pueblos en la Edad Media, se cebaba en la capital del orbe católico y en las principales ciudades de Lombardía. El camino estaba trazado. En alas de la caridad, sale furtivamente de Montpellier, atraviesa por trochas y descaminos la Provenza para

despistar posibles seguidores de su parentela y entra en Italia pobre y desconocido. Va como una flecha al encuentro de la terrible enfermedad que despuebla el norte de Italia; hace de médico, de enfermero, de herbolario y de sepulturero. Hacía frente al contagio por todos sus flancos, ofrecía remedio heroico en todas las situaciones de la calamidad pública, derrochaba el bálsamo de la caridad en todos los dolores físicos y morales que la epidemia iba sembrando por todos los caminos. Así llega a Roma, a la Roma sin Papas, que sufre, a más de la peste, la cautividad de Aviñón, y allí Roque se supera, su virtud se pone a la altura de la tragedia, y su figura, como encarnación del consuelo y del agente misterioso de la misericordia divina, emergiendo a todas horas y en todas partes entre los apestados, cobra el prestigio sobrenatural de lo milagroso. Lo que no era más que caridad sin límites, caridad heroica, aparecía a los ojos de los enfermos como poder extraordinario de una fuerza taumatúrgica. ¡Qué más taumaturgia que la caridad de Cristo adueñada ilimitadamente de un corazón humano!

Pero la multitud no estaba para teologías. Presa del pavor ante la muerte, aclama a Roque como a un demiurgo celeste que dispone de los poderes de Dios par abrir o cerrar los sepulcros. Y Roque, tan humilde como caritativo, huye de Roma, teatro de sus triunfos y de sus aclamaciones, y cae en Plasencia, tan incógnito e indocumentado como había tres años antes entrado en Roma.

Su irresistible vocación belicosa contra los agentes del dolor le guía al hospital y prosigue su actuación caritativa junto a las yacijas de los desamparados del mundo. Allí merece que Dios le eleve al plano de sus amigos escogidos. Hasta ahora Roque ha sido la victoria sobre la enfermedad y la desgracia; ahora va a ser la víctima de una y otra. Una llaga asquerosa apareció sobre su carne hasta allí inmune al contacto de los apestados, y el milagroso, el aclamado Roque fue un apestado más, tan repelente y despreciado como los que él había arrancado de la segura muerte.

Excluido primero del hospital y después hasta de los muros de Plasencia, se interna por el bosque en dirección de los Alpes. ¿Su alimento? Un lebrel cada mañana viene zalamero con un

pan en la boca, y, hecho su presente, le lame la llaga de la pierna, pagándole con limitado alivio los alivios ilimitados que tantos enfermos habían recibido de sus manos.

Roque vuelve al fin a Montpellier a los ocho años de ausencia, desfigurado por la enfermedad, los trabajos y la penitencia. Nadie le reconoce ni se acuerda de su nombre. El país arde en guerras y alguien le denuncia como posible espía. El juez le interroga y Roque deja que la Providencia cumpla sus designios sobre su vida. El juez desprecia su silencio y le manda poner a buen recaudo en la cárcel pública.

Allí el alma de Roque consuma en silencio, y en olvido de todo y de todos, su dejación absoluta en la voluntad divina, viviendo plenamente el «sólo Dios basta». Y cuando yace muerto en el sumo abandono del mundo, Dios convierte el mísero petate del preso en trono de honor. Alguien descubre su incógnito, corre la voz de que Roque el noble, el antiguo y generoso magnate, ha vuelto a su ciudad y está muerto en la cárcel. La apoteosis se organiza como por arte de magia. Un grito unánime se oye por doquier: ¡Es el mismo! ¡Es el mismo! Y el cielo devuelve el eco del grito multitudinario: ¡Es un santo! ¡Es un santo! Los prodigios vienen rápidamente a sellar la verdad de aquel aserto. Roque sigue haciendo muerto lo que hizo vivo: curar, sanar, purificar los aires mefíticos, expulsar las epidemias y disputar sus presas al dolor y a la muerte.

MIGUEL HERRERO GARCÍA

Bibliografía

BESSODES, M., *Saint Roch. Histoire et légendes* (Turín 1931).

MAURIANO, A., «La vere date della vita di S. Rocco e del suo culto»: *Scuola Cattolica* 49 (1974) 311; 315.

MONTES, J., *De Encomium sacrum: Opus historicum-positivum in perenne Monumentum Bmi. Rochi adversus tabidum contagiem specialis Protectoris* (Zaragoza 1713).

TÉLLEZ DE ACEVEDO, A., *Sacro sonoro canto histórico positivo encomio que en el más arreglado poema enlaza fervoroso el gloriosísimo nacimiento, milagrosa vida y prodigiosa muerte del bienaventurado peregrino y celosísimo enfermero San Roque, abogado universal contra la peste* (Madrid 1741).

BEATA PETRA DE SAN JOSÉ (ANA JOSEFA) PÉREZ FLORIDO

Virgen y fundadora († 1906)

Cuando, a mediados del siglo XIX, la hoy populosa barriada de Gracia formaba una villa independiente de Barcelona, incluía la llamada «Montaña Pelada». Aunque carente de agua, existían en ella muchos algarrobos y alquerías que daban frutos. Incluso tenía yacimientos mineros, aunque pocos e inexplotados. En el compás de transformación de la Ciudad Condal el nombre de Montaña Pelada dejó paso al de La Salud, por la ermita de la Virgen del mismo nombre, que fue la base de la urbanización moderna de aquellos lugares. Aún había de venir una tercera denominación: la de San José de la Montaña. Las edificaciones, que alcanzaban hasta el pie de aquel monte, no podían extenderse a él porque carecía de toda condición para hacerlas habitables. ¿Quién diría que ese terreno abandonado, sería escogido por el bendito Patriarca para levantarse allí una morada que sirviera de albergue a los que, como él, probaban la pobreza y el desamparo?

Pero José, cuya misión es demostrar al mundo el tesoro que encierra la pobreza, necesitaba alguien que realizara sus deseos; por eso buscó un alma grande y pequeña, como él, para llevar a cabo sus proyectos. No sería un potentado de bienes temporales, sino un alma humilde, pobre de recursos materiales, pero con espíritu y voluntad tan grandes que no se arredrara ante los más serios contratiempos. Enriquecida con el don de la sencillez evangélica, el patriarca nazareno correspondió a su tierna devoción con una protección paternal, casi tangible.

El 7 de diciembre de 1845 nació, en el andaluz pueblo del Valle de Abdalajís, de la comarca antequerana, tan llena de resonancias orientales, Ana Josefa Pérez Florido, que con el tiempo había de ser madre Petra de San José. Sus padres, José Pérez Reyna y María Florido González, piadosos labradores que rezaban cada día el rosario y leían el *Año cristiano* con sus hijos, llevaron a bautizar a la niña a la Parroquia de San Lorenzo el día de la Inmaculada. Al ser la menor de varios hermanos, Anita tuvo muchos brazos para acunarla. Ella, que estaba llamada a acunar a tantos niños carentes de todo afecto. Era una muñequita de

tez morena y profundos ojos negros cuando, a los tres años, quedó huérfana de madre. Su abuela Teresa Reyna, enérgica mujer, será una segunda madre para la pequeña, a la que inculca una fe honda y recia.

Con sus amigas Frasquita y Rafaela, Ana juega en las eras, varea los olivos, asiste a los cultos en la iglesia. Desde pequeña, se siente amada por Dios. Hay en ella una como predisposición a la virtud, especialmente a la caridad. Tanto que su párroco, después de confesarla por primera vez, decide que haga la Primera Comunión. Llamativa determinación, porque Anita no tiene más que ocho años, y estamos aún en 1853. Desde ese día, su amor por Jesús será un torrente en crecida. Comulgaba con frecuencia y fervor, visitaba al Santísimo, crecía en ella un único e indivisible cariño a María y José. Se acostumbró a ir por la calle rezando siempre el rosario. Ayudaba a sus hermanas en los quehaceres domésticos: poner la mesa, llenar el botijo en la fuente, barrer el patio, regar las macetas... Se hacía cada vez más sociable y compasiva. Muy niña aún, «ya me sentía inclinada a todo lo que era virtud, en especial a la caridad. Cuando llegaba algún pobre y no le daban nada, quedaba tan desconsolada como él». Se interesaba por el vecino enfermo, el problema de una mala cosecha, de algún roce entre sus hermanos. Crecía con un aplomo y rectitud superiores a sus años. Adquirió una cultura notable, porque tuvo una maestra muy piadosa y responsable. Tanto se aplicaba Anita, que las demás, nos dice de sí misma con encantadora humildad, «se admiraban de lo pronto y la facilidad con que lo aprendía todo». Hasta los catorce años estuvo, dice, *tan beatica.* Lo que no le impedía saber bailar el zángano, la jota y el fandango del Valle, de Álora o Antequera.

Como su padre era persona principal en el pueblo, Anita empezó a asistir a las fiestas y reuniones que daban en el Valle los Condes de los Cobos de Sevilla. En una de ellas se le declaró un joven, del que se había enamorado como una quinceañera, y con el que en casa estaban encantados, porque era un buen partido. Pero con aquellas relaciones, siempre intachables, Ana, que era bonita y lo sabía, se iba a enfriar.

> «Con este motivo —dice— me distraje de tal manera que ya no pensaba en otra cosa más que en adornarme lo que podía, aunque nunca usé cosas que pudieran escandalizar ni dar mal ejemplo,

pero bastante daba con estar tan distraída. Ya apenas rezaba, y si lo hacía era por rutina y sin devoción alguna».

Así hasta los dieciocho años, en que se comenzó a hablar en serio del enlace. Y entonces Ana, a pesar de estar «loca de amor con aquel hombre», sintió «un aborrecimiento hacia él y una repugnancia a tal estado, que no hacía más que llorar». Ella misma no se lo puede explicar. Años más tarde lo interpretará así, con resonancias teresianas: «Era, Dios mío, todo esto, según lo veo ahora, que Vos estabais en mí, aunque yo no estaba en Vos».

De repente, también a su padre comenzó a parecerle inconveniente el matrimonio, por la militancia política del pretendiente en cuestión. Para Ana, miel sobre hojuelas, porque a ella tampoco le interesaba ya. Se le propusieron otros matrimonios ventajosos, pero Ana ya había sentido en su corazón la voz de Dios. Un misterioso sueño en que vio a la Santísima Virgen le hizo perder el gusto por las cosas de la tierra, hallándolo desde entonces en la oración, la mortificación, la caridad con los pobres. Otra noche, luchando con la idea de ser religiosa, le pareció ver a Jesucristo que, abrazándola, le decía, sin palabras: «Tú serás para mí».

La abuela Teresa había fallecido. Ana era ahora la administradora del no pequeño hogar. Por las noches, en secreto, acompañada de su hermano Juan, se dedicaba a repartir alimentos en las casas pobres del pueblo. Comparaba la vaciedad de las fiestas de antaño con esta inmensa felicidad... Dejó de usar sus preciosas mantillas; como las pobres, se ponía un pañuelo en la cabeza para ir a la iglesia. Ayunaba, dormía en el suelo, con una piedra por almohada. En su pueblo se comenzó a murmurar de aquella joven que, despreciando excelentes proposiciones de matrimonio, llevaba ahora aquella vida. Estará loca, decían. Y estaba, en verdad, loca por Cristo, y cautiva por él:

> «El Sacratísimo Corazón de Jesús ardiendo en llamas y deseando comunicarlas a los corazones tibios y fríos como el mío, me tenía tan rodeada de luz, de fuego y de gracia que, aunque yo quisiera, no podía escaparme, porque estaba cercada por todas partes en aquella bendita red donde quedé presa para ser libre, cogida para ser suelta y atada para volar. ¡Bendito sea Dios y alábenle los cielos y la tierra por tanta misericordia y bondad!».

De nuevo, acentos teresianos en su experiencia vocacional.

Comenzó a intimar con Josefita, una joven tenida en el pueblo por santa. Se decidió a comunicar sus deseos de vida religiosa a su padre, quien, por entonces, tuvo que ausentarse del pueblo por motivos políticos. Una noche en que volvió a ver a sus hijos, un tropel de enemigos armados rodearon la casa y amenazaban con prenderla fuego si no les abría. Ana salvó su vida poniéndose ante las armas y ofreciéndose a morir ella en lugar de su adorado padre. «Agradece a tu hija la vida —dijeron al marcharse los revolucionarios—, porque veníamos a matarte». Normalizada la vida en el pueblo, y de vuelta el padre de Ana, un día, al volver ella de misa, su padre la esperaba para decirle:

> «Hija, he comprendido que no estás loca, ni es capricho tu decisión, sino que Dios te quiere. Yo soy tu padre, pero él es más que yo. Vete cuando quieras con tus pobres, pero yo he de verte todos los días».

La víspera, confió a su hijo José, había tenido un sueño: vio a San José, muy sonriente, rodeado de pobres, y le dijo: «¿Quieres a mi hija? Pues por mi parte ya la tienes». Desde entonces, nadie podía hablar ante José de la vocación de su hija, por lo que en el pueblo se comentaba: «Tan loco está el padre como la hija».

Con su amiga Josefita, en 1873 alquiló Ana una casa, donde iba recogiendo a los ancianos desamparados del pueblo, sustentándolos con limosnas que pedían durante el día en la plaza y en los cortijos, venciendo el respeto humano y aguantando burlas. De noche descansaban poco; a la luz de candiles se dedicaban a lavar, coser, planchar y hacer oración tras atender a los pobres. Cuando el pueblo se fue acostumbrando a ver a Ana dedicada por completo a los pobres, las risas fueron trocándose en admiración. Esto hizo que se les uniese una tercera joven de una familia principal del pueblo, Frasquita Bravo. Más tarde la siguió su hermana Isabel. Al ser ya cuatro, aunque Josefita estaba enferma, pensaron en abrir una segunda casa. El padre de Ana había muerto el 11 de enero de 1877, y ella podía pensar ya en hacerse religiosa, pero se había comprometido para asistir a un grupo de ancianos pobres en Álora, donde, con Josefita, alquiló una casa pequeña y pobre como un portalico de Belén, que se

inauguró el día de San José de 1877, y en la que se acogieron 18 ancianos. El día de Nochebuena de aquel año, encontró en el patio de la casa a un hombre misterioso que, tras hablarle de oración, caridad y penitencia, desapareció repentinamente. ¿Si sería San José? Lo recordarían para siempre.

Se les había unido Rafaela Cornejo: ya eran cinco. Aconsejadas por su director espiritual, les pareció llegado el momento de poner su vocación en manos del obispo de Málaga, y fueron remitidas al señor provisor, el hoy Beato Juan Nepomuceno Zegrí, que acababa de fundar la Congregación de Mercedarias de la Caridad, donde las invitó a ingresar. Josefita no quiso hacerlo de ninguna manera. A las otras se lo impedían sus familias. Ana, a pesar de la resistencia natural que sentía, prefirió obedecer, entrando en las mercedarias. El 1 de noviembre de 1878 tomó el hábito, pero al tiempo de profesar, no quiso dar el paso, porque no sentía en su interior la alegría de quien cumple la voluntad de Dios. Por mandato del provisor fue como superiora a la casa de Álora con otras dos mercedarias, aunque era aún novicia. Enseguida se les unieron Frasquita, Isabel y Rafaela. Era el 24 de diciembre de 1878: reestrenaban el gozo de Belén. El día de Reyes de 1879 las tres nuevas tomaron el hábito en Málaga. El Dr. Zegrí quiso incluso darles la profesión, pero Ana prefirió tuviesen antes un tiempo de prueba.

El 31 de enero de aquel año el Ayuntamiento de Vélez-Málaga cedió al P. Zegrí el Hospital de San Marcos, al que el 1 de marzo fueron destinadas Ana, dos de sus compañeras y cuatro religiosas más, que se dedicaron a la limpieza, organización y cuidado de los enfermos. A Ana, que estaba al frente, se le impuso una obediencia respecto a la administración, con la que quedaba privada de libertad. Viendo la delicadeza del caso, su director le aconsejó abandonase la congregación a que él mismo la había empujado. Ana quiso consultar con otros dos sacerdotes, que fueron del mismo parecer. Entonces ella y sus compañeras, que habían entrado en las mercedarias por obediencia, el 23 de septiembre de 1879, salieron por obediencia. ¿Qué quería el Señor de ellas? Siguieron en el Hospital de Vélez, y el obispo las autorizó a llevar un hábito sencillo, y las exhortó a seguir trabajando por los enfermos y ancianos pobres.

No quería el prelado que se hicieran «Hermanitas de los Pobres»; había que esperar que Dios hablase... Él decía a Ana en la oración: «El bien o el mal de esta casa en ti está... ¿A qué has venido sino a santificarte y santificar a las demás?».

Celebrando la misa del gallo, en 1880, el obispo sintió la inspiración de aprobar aquella incipiente congregación, que volvía a nacer en Belén... Como padre y protector, él mismo, por su devoción a la *Maredeueta,* les puso el nombre: «Madres de Desamparados». El 2 de febrero de 1881, Frasquita, Isabel, Rafaela, Visitación y Ana (desde ahora madre Petra de San José) tomaban el hábito y profesaban en la iglesia de San Juan Bautista de Vélez-Málaga. Todas serían iguales, todas madres. Era su misión: ser madres para los desamparados. Su estilo: la pobreza y la alegría, el amor y la sencillez.

Algunos jesuitas, como los padres Barrado y Coca, insistían a madre Petra en que fundara una casa-noviciado en Málaga. El mismo Coca les había buscado una casa amplia y espaciosa, con iglesia, en un barrio marinero, donde se ocuparían de la educación gratuita de los niños. La madre dedicó a San José la nueva casa, pobre como la de Nazaret, que se estrenó en junio de 1882. Eran ya doce religiosas. En Vélez surgían muchos conflictos con el Ayuntamiento, que llegó a insultarlas y vejarlas, instigado el Alcalde masón por las calumnias de Visitación, que había desertado. Aconsejadas por el obispo, dejaron aquella casa, despojadas de todo, y se reunieron todas en Málaga. Pero los malos juicios habían llegado hasta la capital. El donante de la casa quería despedirlas; los bienhechores negaban sus limosnas; las mujeres del barrio no llevaban a sus hijos a las clases; los sacerdotes, antes amigos, las desacreditaban. Sólo las defendía el P. Coca. Era la persecución de buenos. Cuando al obispo se le ocurrió que no tendrían camas, y se las compró él mismo, se inició el final de la prueba. Los niños del barrio volvían a la escuela de aquellas monjitas que, por su parte, cada día eran más.

Había que ir pensando en otra fundación, y ésta se verificó a comienzos de 1883 en Ronda, donde, primero, se hicieron cargo del Hospital de Santa Bárbara, y el 19 de marzo de 1884 abrieron el asilo de San José para niñas huérfanas, que eran su

verdadera vocación. Por aquel tiempo empezaron también las visitas de enfermos pobres en sus domicilios, y las clases gratuitas para niñas pobres.

El número de religiosas crecía incesantemente. Con siete de sus hijas, el 2 de mayo de 1884 salió madre Petra rumbo a Gibraltar en el vapor inglés «Malta» para tomar posesión del asilo «Gabino». La inauguración solemne tuvo lugar el 16 de julio. Tras organizar y cristianizar el ambiente antes anárquico de aquel asilo, la madre regresó a Málaga dejando al frente de la comunidad de Gibraltar a madre Magdalena, la antigua Frasquita Bravo, a la que dijo: «Bien sé que es más difícil reformar que fundar...». La paciencia y sacrificios de las madres no serían en vano.

Estando en Ronda la madre había recibido carta del obispo de Jaén ofreciéndole una fundación en Andújar, que tuvo que aplazar por Gibraltar. Pudo ir a Andújar a finales de 1884, para hacerse cargo de un asilo de ancianos fundado años atrás y regentado por seglares. A la madre le asustó un poco encontrarse con el mismo problema de Gibraltar: promiscuidad, libertad de horarios, de salidas... El edificio lindaba con la cárcel, y los asilados se comunicaban con los presos por las ventanas. Ella no aceptaba si no se buscaba otra casa, y parecía imposible hacerlo. Pero se lo encomendó a San Juan de Dios, y al poco tiempo la comunidad se instalaba en el antiguo convento de los hospitalarios. Los ancianos reaccionaron positivamente. Tratados con delicada caridad, se volvieron dóciles y respetuosos con sus nuevas *madres*. Madre Petra estaba encantada. El ambiente serrano de Andújar le recordaba a su pequeño Valle; el amor de aquellas buenas gentes a la Virgen de la Cabeza la entusiasmaba... Llegó a decir: «El asilo de Andújar ha sido mi Tabor».

Estando aún en Andújar, conoció la madre la noticia del terrible terremoto que había asolado Málaga en la Nochebuena de 1884, y marchó enseguida a la capital. Poco antes el Dr. Gómez-Salazar, obispo de Málaga, les había hecho donación del deshabitado convento de los capuchinos, para que trasladasen allí el noviciado. Ella propuso al prelado le mandase allí a todas las huérfanas de Málaga y pueblos afectados. La casa de capuchinos se llenó de niñas, y de limosnas, con las que la Junta ad-

ministrativa decidió se construyese un asilo de nueva planta, obra que habría de emprender quien sucedió a Gómez-Salazar en la sede malacitana, el hoy Beato Marcelo Spínola, «de mucha conciencia y rectitud», en expresión de la madre.

Hacía tiempo que madre Petra sentía grandes deseos de fundar en Barcelona. En la oración le parecía que San José se lo pedía. El 22 de noviembre de 1886, acompañada de otra religiosa emprendió viaje a la Ciudad Condal, adonde llegaron el 25. Se instalaron provisionalmente en la calle Ataúlfo, hasta que encontraron otra casa más adecuada para realizar su apostolado con las niñas pobres. Así, el 17 de enero de 1887 se trasladaron a la casa-torre llamada «El Putxet» en San Gervasio, desde donde las religiosas y las niñas pasaron a la calle de San Salvador, de Gracia, buscando un alquiler más barato que el primero.

Un día —se hallaba ausente de Barcelona madre Petra— se presentó en la casa el propietario de la finca diciendo ponía en venta la torre por el precio de 55.000 pesetas. Las religiosas, que no contaban con más recursos para ellas y sus huérfanas que los que la caridad les proporcionaba, escribieron a la madre, quien salió inmediatamente para Barcelona y mandó a todas las casas que empezasen los «Siete domingos a San José». Nada más llegar pasó a la capilla donde se veneraba una imagen del santo, y al salir le preguntaron: «¿Qué le ha dicho San José?». «Que todo está arreglado, contestó ella. No sé cómo, pero me parece que el bendito santo lo va a arreglar todo». Animosa, optimista, confiada en la Providencia por intercesión de San José, la Providencia no la abandonaría, como no abandona a los que se fían del Santo Patriarca. Empezó ejercicios espirituales de diez días y, al sexto, el 24 de febrero, se presentó en la casa, preguntando por la madre superiora, la señorita Carmen Masferrer que, enterada de la necesidad que tenían las madres, iba a ofrecerles una finca de su propiedad: la «Torre de Masferrer», situada en la Villa de Gracia, calle de las Minas, 44. Era un lugar montañoso, sin arbolado. Se le conocía como «Montaña Pelada». La finca tenía una extensión de 320.000 palmos de terreno y una casa torre. El día de San José, se firmó ante notario la escritura de donación. Ya tenían las madres casa propia. ¡Y pensar que cuatro años antes llegaron a ofrecer por esa misma finca 200.000 ptas.!

Ya poseían terreno, faltaba el edificio. Madre Petra, con su gracejo andaluz, dijo que «a la Montaña Pelada pronto le saldría el pelo».

Tras encomendarlo a San José, madre Petra decidió que un buen arquitecto trazase allí los planos de un asilo nuevo. Se encargó la obra a Francisco Berenguer Mestre, discípulo de Gaudí, quien, enterado de que madre Petra no contaba con respaldo económico para sacar adelante la obra, no disimuló su pesimismo. Mandó algunas religiosas que visitasen a los bienhechores, exponiéndoles la necesidad de la obra para albergar las huérfanas que acudían a ellas y que, por falta de edificio, no podían admitir. Confiadas en la Providencia y llevando consigo una pequeña estatuilla del santo, comenzaron las religiosas sus visitas. Calor, cansancio, necesidad: todo era ofrecido alegremente. La causa lo merecía. Dios le respondió a través de la generosidad de los catalanes, que se hizo patente. En menos de dos meses habían recogido 20.000 pesetas. Los mayores donativos los entregaban en la portería en sobre cerrado a nombre de madre Petra. Por eso pensó que el arquitecto modificase los planos e incluyera una iglesia dedicada a San José. Comenzaron los cimientos y se descubrió una rica cantera que les suministró la piedra. Madre Petra se empeñó en gastar hasta 25 duros para buscar agua, teniendo la seguridad de que la encontraría. Al poner un barreno brotó un chorro de agua riquísima que, analizada, resultó inmejorable.

La primera piedra del santuario se puso el 14 de agosto de 1895. Cuando le presentaron los planos de la iglesia a la madre, ella la encontró muy pequeña. Mandó ampliarla por dos veces, aunque todos lo consideraban una locura. ¿Quién iba a venir a este lugar tan despoblado? Petra, con su ilimitada confianza en Dios, profetizaba: «Aquí vendrá gente de todo el mundo...».

Las 20.000 pesetas recogidas se acabaron cuando sólo se había construido en parte un ala del edificio. El contrato con la empresa constructora se había hecho formalmente: no se la podía despedir. Madre Petra tenía una gran fe en Dios y en su «padrecito» San José, como le llamaba cariñosamente. No obstante, le parecía una imprudencia continuar las obras sin tener ningún dinero con que pagar a su debido tiempo. El sueldo de los tra-

bajadores era sagrado para ella. Su fiel colaborador, el padre Ignacio Verdós, encontró a quien les fiaba la cantidad necesaria. Pero, con todos los documentos en regla, el mismo día que iban a cobrar la cantidad fijada, aquella persona se arrepintió. El padre regresó al asilo muy desanimado. En la cara notó madre Petra que la entrevista no había resultado bien. Antes de que le hablase le preguntó: «Qué, ¿se ha arrepentido? ¿No trae usted nada?». Cuando se enteró que la persona que iba a fiar temía perder el dinero se le iluminó la cara de alegría y con gran fe exclamó:

> «¡Bendito sea Dios! ¡Ahora es cuando estoy contenta! Veo que San José no quiere pagar réditos a nadie. Ahora aumenta mi fe. Disponga que sigan las obras, y, si es posible, se aumente el número de operarios. Ahora cuento con toda seguridad con la bolsa de San José. Él no se arrepentirá, ni dará ningún desengaño como éste».

Siguieron las obras con tal empuje que en menos de medio año ya se terminaba la primera ala del edificio, que fue habitado el 18 de marzo de 1896. Muchos sufrimientos ocasionó a madre Petra tan extraordinaria obra, pero todo fue olvidado cuando llegó el día de la inauguración, 20 de abril de 1902, fiesta del Patrocinio de San José. Cuando todavía no se habían terminado las obras de construcción del santuario, allá por el año 1900, la imagen de San José ya había sido trasladada de su primitiva residencia en Barcelona, en la calle San Salvador, a la nueva edificación.

En el tiempo que duró la obra de la iglesia y capilla, San José estaba colocado en un altar provisional, pero digno, donde podía ser visitado por los fieles que lo deseaban. Debido a los favores que con tanta prodigalidad concedía el santo, creció mucho su devoción y al poco tiempo de ser llevada su imagen al santuario para su veneración, eran muchísimos los fieles que subían a la «Montaña Pelada», para ver, como ellos mismos decían, a «San José el de la Montaña», sobrenombre que la Iglesia no sólo admitió, sino que bendijo e indulgenció. En enero de 1901 ya estaban terminadas la iglesia y capilla del santo Patriarca, la casa-hogar para las niñas y la residencia para las religiosas que atendían la obra.

Una vez que se encontraba madre Petra en oración ante la imagen del bendito Patriarca, le pareció ver de pronto a un venerable anciano. Llevaba en su mano izquierda una carta con su correspondiente sello y dirección. Un rayo de luz que descendía del cielo se reflejaba en la carta, sobre el sello. Entonces, el anciano, señalando con el dedo índice de su mano derecha, le dijo estas palabras: «Mira, esto está hecho arriba», y desapareció súbitamente. No entendió madre Petra qué quería significar aquello... Lo comprendería más tarde.

Una buena mujer llegó un día muy atribulada a encomendarse al santo. Para que su petición estuviese siempre presente, dejó una nota escrita a sus pies... A los pocos días volvió con gran júbilo a dar las gracias contando el favor tan grande que San José de la Montaña le había concedido. La forma de peticiones escritas proliferó rápidamente y sin estar terminada la obra acudían muchas personas para encomendarse en todos sus problemas al santo. Las cartas a San José produjeron consecuencias insospechadas. Cada mes se las quemaba, el domingo después del día 19, en que se sacaba al santo en procesión. En 1903 hubo meses en que se quemaron 4.000 cartas, con la consiguiente repercusión de la devoción a San José de la Montaña en Barcelona. Todos los meses los periódicos catalanes de la época, como *El Correo Catalán, La Vanguardia, El Diario de Barcelona, La Dinastía, El Noticiero Universal...*, daban cuenta de los actos que se realizaban en el santuario con motivo de la cremación de las cartas.

Madre Petra no era ajena a la importancia que estaba cobrando esta devoción, pero sí a las sospechas que empezó a despertar: ¡el sello de la persecución! Provocaba recelos la cantidad de gente que acudía a ver a San José, y que había obligado a poner un tranvía especial que llegase hasta el santuario. En 1905, más de 30.000 personas visitaron el santuario en la festividad de San José. Pero no imaginaba la madre que la persecución al santuario provendría de la propia Iglesia, aunque comenzaba a llegar a sus oídos que el cardenal Casañas y el obispo auxiliar, D. Ricardo Cortés, tenían algo en contra del santuario. La madre, amante de la Iglesia y de la verdad, revelando su temple y nobleza, se personó ante ellos para saber qué había de

cierto en tales rumores. Si había verdaderamente causa para que la Iglesia estuviese disgustada con el santuario —les dijo—, ella sería la primera que lo miraría mal. No le dieron ningún motivo de queja, pero poco después, en la revista de Montserrat, de julio de 1905, D. Federico Clascar firmaba un artículo en contra del santuario y de la devoción de las cartas. Petra decidió ir a Roma para solucionar el problema. Desde ese momento los acontecimientos se precipitan. La gran fortaleza y la confianza inconmovible en Dios de madre Petra, que entonces ya se encontraba muy enferma, la llevaron a luchar por defender lo que consideraba obra de Dios. El 10 de agosto de ese mismo año se recibió en el santuario un comunicado del cardenal, anunciando una visita canónica a la casa. Mandaba depositar en una caja cerrada todas las cartas, prohibiendo quemarlas en público. Se prohibía también dar cuenta directa o indirectamente en la revista *La Montaña de San José* del número de cartas recibidas. La prueba fue dura, pero sirvió para que brillase con más fuerza el santuario. La visita de inspección terminó con el visto bueno del Delegado, que comprobó que todas las noticias en contra del santuario eran falsas. En Roma se daban cuenta de que las acusaciones eran tan descabelladas y con tanto apasionamiento que no podían por menos de confesar que aquella persecución era el sello con que Dios marcaba su obra. Estaban admirados de la virtud de madre Petra, que a los sesenta años, agotada por los trabajos y sufrimientos, con muy poca vista ya en los ojos, pero con una gran luz en el alma, no se preocupaba de sí misma, ni de lo que pudieran decir en su contra, sino solamente de defender la causa de San José.

Madre Petra permaneció en Roma cuatro meses defendiendo la devoción de las cartas y el culto del santuario. Allí se aquilató su fe, su paciencia y humildad. El día 6 de octubre de 1905 tuvo la dicha de ser recibida en audiencia privada por San Pío X que, informado de los grandes progresos que había hecho la devoción al santo en Barcelona, y de la terrible persecución por la que atravesaba, la consoló paternalmente y no sólo aprobó el santuario y la devoción a San José de la Montaña, sino que incluso le concedió gracias y privilegios extraordinarios. Por fin, el 6 de noviembre y con la aprobación de Roma, se ponía fin a

la polémica suscitada en contra del santuario a través de un comunicado del cardenal Casañas, en el que se confirmó que la devoción del pueblo a San José de la Montaña era auténtica. Un siglo después, son legión quienes continúan invocando al santo por medio de cartas, que se reciben diariamente en el santuario. Una devoción peculiar, pero para todos aquellos que aman a San José de la Montaña, entrañable.

Volvió Petra a Barcelona el 25 de noviembre de 1905, muy agotada físicamente, pero muy contenta porque el Señor había hablado en favor del glorioso Patriarca. Había cumplido su misión: dejar a salvo la devoción a San José de la Montaña. La voz del vicario de Cristo aprobó y alentó lo que había llevado a cabo esta humilde hija de la Iglesia, que había marchado a Roma dispuesta, ante todo, a obedecer, como manifestó repetidas veces:

> «Yo espero que pasará la tormenta y brillará la obra del santuario con más esplendor. Pero si Dios no quiere esta obra, yo tampoco la quiero y el primer puntapié será el mío».

Ya en el año 1902 la devoción a San José de la Montaña se había extendido en forma prodigiosa, contándose por millares los devotos que acudían a postrarse a los pies de la sagrada Imagen. Ello dio lugar a que se pensara en agrupar a los josefinos que con tanta devoción acudían al santo Patriarca. Madre Petra intuyó la manera de hermanar a todos aquellos fieles, a los que también convirtió en propagadores de tan provechosa devoción. Con la autorización del obispo de la diócesis, cardenal Casañas, el 22 de octubre de 1902 se erigió en el santuario la «Pía Unión de San José de la Montaña», agregada canónicamente a la «Venerable archicofradía de San José dei Falegnami», en Roma, gozando de las gracias e indulgencias que ésta disfrutaba. La Pía Unión, ya en sus comienzos, contó con millares de asociados. Su objeto y fin era propagar, por todos los medios lícitos y aprobados por la Iglesia, la devoción a San José. Fue tal el incremento con que se vio favorecida esta obra social y de espiritualidad josefina, que motivó que Pío XI, en un breve del 10 de junio de 1934, la elevara, con carácter perpetuo, a la superior dignidad de primaria: le daba facultades para poder agregar válidamente a ella todas las Pías Uniones, con el mismo título, en España y América.

Cuando madre Petra fundó el Santuario de San José en Barcelona, no escatimó medio alguno para propagar la devoción del santo. Deseaba que todos le conociesen y amasen. No sólo unió a los josefinos creando la Pía Unión, sino que, además, fundó una pequeña revista, *La Montaña de San José,* que comenzó su andadura en mayo de 1903, con estas palabras:

> «Al salir a la luz nuestra humilde revista, que consagramos al Virginal Esposo de la Madre de Dios, dirigimos un cordial saludo a la prensa católica [...] y a los devotos de San José. No nos proponemos otro fin que el de propagar más y más la devoción a San José y fomentar el culto que se le tributa en su Santuario de la Montaña».

Más de un siglo después, *La Montaña de San José* continúa llevando el amor a San José a todas las partes del mundo. La revista, al tiempo que fomentaba la devoción de San José, inculcaba un oficio a los niños alojados en el santuario. Desde el segundo año, en que se empezó a editar en el santuario, muchos niños aprendieron un oficio gracias a la revista y después se dedicaron a las artes gráficas.

Ya en sus comienzos, la revista mereció la bendición de León XIII. Su Director, el P. Verdós, recibió una carta fechada el 11 de diciembre de 1905 en que el Secretario de Estado de S. Pío X, el venerable Cardenal Merry del Val, le decía:

> «El Padre Santo ha tenido la complacencia de acoger con agrado el homenaje que la Dirección de la revista le ha presentado humildemente con la oferta de todos los números hasta la fecha publicados. Su Santidad pasando la vista sobre ellos, ha observado fácilmente el propósito de promover y fomentar la devoción a San José. ¿Podía no alegrarse de ello el que en el bautismo recibió el nombre del Santo Patriarca? ¿Podía no gozarse el Pontífice que sabe cuán agradable es al Señor la confianza en el Patrono de la Iglesia Universal? El Santo Padre se ha interesado por las diversas formas con que en el santuario se mantiene el culto, y se alegra viendo que también el Glorioso Patriarca parece haberlo elegido como un nuevo trono de gracias para sus devotos. El Augusto Pontífice augura que proseguirá tan hermosa contienda de cultos por parte de los fieles y de premio por la del ínclito Patriarca; y confía que también la revista haciéndose eco de cuanto sucede, contribuirá a extender más y más la devoción al Jefe de la Sagrada Familia de Nazaret».

Los últimos meses de la vida de madre Petra fueron de paz, de ininterrumpida oración. Preparándose para el encuentro definitivo con su Señor, vive una íntima y gozosa esperanza que dulcemente la consume. No quería le llegase la muerte sin ir a despedirse de la Santísima Virgen de Montserrat. Le había prometido una novena de acción de gracias si le concedía morir habiendo pagado todas las deudas, y la *Moreneta* se lo había concedido. Los nueve días que permaneció en el Santuario de Montserrat fueron para ella de verdadero sacrificio y abnegación, debido al agotamiento físico y lo avanzado de su enfermedad. El 9 de agosto de 1906 regresó a Barcelona. El hilo de su vida era muy débil, pero su rostro reflejaba gran paz. Al día siguiente aún se pudo levantar para oír misa y comulgar. Después tuvo que acostarse, y ya no se levantó más. El 16 de agosto, a las 10,20 de la noche, expiró.

Parecían resonar en la pobre celda —hoy convertida en oratorio— los versos que Petra, siempre evocando a Teresa de Jesús, escribiera un día:

«Mi Amado me recibe
y, embriagada en su amor,
oí que me cantaban
esta dulce canción:
"Alma feliz, descansa,
que el trabajo pasó,
gózate ya en mis brazos,
que aquí todo es amor"».

Dos días quedaron expuestos sus restos mortales en la capilla a la veneración del pueblo. Miles de personas desfilaron incansables ante ella, tocando a sus manos objetos piadosos y proclamándola santa. Su entierro constituyó una verdadera manifestación de duelo, por el gran número de personas, muchas, muy significadas.

Cuando estalló la guerra civil, los restos de madre Petra reposaban en el Santuario de San José de la Montaña, pues habían sido trasladados desde el cementerio de Montjuich el día 5 de noviembre de 1920. Fueron robados en la terrible persecución religiosa española, haciendo creer que habían sido quemados, al mismo tiempo que fue quemado el santuario, en la segunda

quincena de julio de 1936. Acabada la contienda en 1939, se hallaron trozos quemados del ataúd, pero de sus restos no se supo nada. Aparecieron al cabo de 47 años en un campo de Puzol, Valencia, el 15 de julio de 1983.

Petra de San José fue beatificada por Juan Pablo II el 16 de octubre de 1994. En la homilía de la ceremonia, el Santo Padre dijo:

> «La Beata Petra de San José es ejemplo de mujer consagrada que, en medio de innumerables dificultades, acoge con fe el carisma que el Espíritu le otorga al servicio de todos.
>
> Huérfana desde muy niña, tomó por Madre a la Virgen. Esta experiencia marcó toda su vida, descubriendo que su quehacer debía consistir en ser madre para niños, jóvenes o ancianos que carecían del cariño y afecto familiar. Así Madre Petra manifiesta cómo la virginidad de los religiosos y religiosas se convierte en una fecunda maternidad espiritual, encauzada y llevada a plenitud a través del amor esponsal a Jesucristo, y realizada en la disponibilidad y total apertura a los desamparados. Sintiéndose amada por Dios y respondiendo a ese amor, incluso en medio de las pruebas, nos ofrece un modelo luminoso de oración, de sacrificio por los hermanos y de servicio a los pobres...
>
> Su profunda devoción y su confianza ilimitada en San José caracterizaron toda su vida y su obra, siendo llamada "apóstol josefino del siglo XIX". En los últimos momentos de su existencia terrena afloran a sus labios los nombres de Jesús, María y José: la Sagrada Familia de Nazaret, en cuya escuela de amor, oración y misericordia forjó su espiritualidad, conduciendo a sus hijas por este camino de santidad».

El día siguiente a la beatificación, en audiencia a los peregrinos en la Plaza de San Pedro, volvió a referirse así el Romano Pontífice a la nueva beata:

> «"Gran mujer de corazón de fuego", nos ofrece un testimonio de fidelidad al carisma que recibió del Espíritu. Tuvo la caridad como norma de su ser y de su obrar. En ella todo era amor, y por eso nos dice: "Es el amor quien debe prestarnos alas para subir más arriba".
>
> Al quedarse huérfana muy pronto, y tomar a la Santísima Virgen como Madre, promete "entregarse en cuerpo y alma, sentidos y potencias al servicio del buen Jesús y de su bendita Madre". Llena de este amor materno y con el encanto de su atrayente personalidad, la nueva Beata ejercitó las virtudes en grado heroico, con sencillez, humildad y alegría, cualidad propia de Andalucía, su tierra natal.

La profunda devoción de la madre Petra a San José la llevó a poner bajo su patrocinio todas las casas y capillas, entre las que destaca el Real Santuario de San José de la Montaña, de Barcelona. A este respecto decía: "Hemos llegado a los tiempos de San José y sé que no le podemos prestar a la Santísima Virgen otro servicio más agradable que trabajar por extender la devoción a su castísimo Esposo" (Cta. 28-4-1905)».

De la madre Petra se ha dicho:

«Su idea dominante era su padrecito San José, como ella lo llamaba. Se "enamoró" de él y quería que los demás hicieran lo mismo. En cuanto es dado a una débil mujer, por añadidura, no dama de influencia en el mundo, sino pobre religiosa, lo consiguió. Su carácter estaba siempre por encima de los humanos acontecimientos: como el águila real, volaba muy alto».

Apóstol josefino del siglo XIX, puso los cimientos de una devoción muy singular, y nos dejó en herencia el Santuario de San José de la Montaña, al que hoy, igual que hace cien años, siguen acercándose miles de personas para implorar y visitar al santo.

El 11 de marzo de 1908, Alfonso XIII, mediante Real Orden, concedió al santuario el título de «Real», considerando la fama mundial de que gozaba y los privilegios que la Santa Sede le había otorgado. El 15 de enero de 1920, Benedicto XV decretó la coronación canónica de la imagen, que se celebró el 17 de abril de 1921. Fue la primera coronación de una imagen de San José en España, en un acto conmovedor. Se recibieron cartas, telegramas y adhesiones por todas partes, como demostración del amor del pueblo hacia el santo. Asistió como Delegado pontificio el obispo de la diócesis; fueron presidentes de honor los reyes, D. Alfonso y Dña. Victoria Eugenia, representados por los Condes de Güell. Estuvieron todas las autoridades locales, varios prelados, el cuerpo de la nobleza, representantes de las órdenes religiosas, del ejército, del comercio, de las artes, de la banca, e infinidad de fieles. Las coronas del Niño y San José, del más puro estilo bizantino, realizadas con finísimos esmaltes y más de 3.000 piedras preciosas, fueron sufragadas por millares de devotos de España y América. Habían pasado ya quince años desde que había muerto madre Petra. Pero la devoción hacia San José de la Montaña, por la que ella tanto luchó, crecía día a día.

Tras la guerra civil española, con su feroz persecución religiosa, el primer domingo de marzo de 1939 comenzó de nuevo el culto en el santuario. El 6 de febrero de 1940 se puso otra vez la estatua de San José, de 310 cms., en lo alto del frontón del Real Santuario. La pequeña imagen de San José volvió a ser venerada en su nueva capilla, construida al lado de la antigua, y el 6 de abril de 1942 fue recoronada. El 1 de noviembre de 2000 se reabrió la antigua capilla de San José, con la imagen de la Beata Petra, su gran apóstol.

ALBERTO JOSÉ GONZÁLEZ CHAVES

Bibliografía

GILI, A., *Resumen histórico-cronológico de la vida de la Sierva de Dios Madre Petra de San José Pérez Florido* (Barcelona 1969).

HOZ, F. DE LA, *Desde el Valle a la Montaña* (Sevilla 1961).

L'Osservatore Romano (16/18-10-1994).

LLACER DE SAN JOSÉ, M.ª V. - MARTÍN DE SAN JOSÉ, B., *Sobre la piedra* (Valencia 1994).

MADRE CARRILLO DE SAN JOSÉ, *Madre Petra, parábola de un amor en alerta* (Málaga 1994).

Vida y virtudes de la Sierva de Dios Madre Petra de San José (Barcelona 1933).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN ARSACIO

Recluso († 358)

Arsacio o Ursacio era persa y profesó la vida militar en el ejército romano siendo emperador Licinio, pero vino a conocer el cristianismo y entonces se convirtió sinceramente a esta religión. Repensando el sentido de la vida, decidió dedicarse a la oración y la penitencia, y para ello dejó la profesión militar y se recluyó en una torre en las cercanías de Nicomedia, donde vivió con gran austeridad y piedad. En agosto del año 358 advirtió a los habitantes de la ciudad que iba a haber un gran terremoto y que se precaviesen de él. Y en efecto lo hubo el día 16 de agosto, con gran detrimento para la ciudad. Supervivientes del terremoto acudieron a la torre para refugiarse y hallaron a Arsacio muerto en actitud de oración.

BEATO ÁNGEL AGUSTÍN MAZZINGHI

Presbítero († 1438)

Era natural de Florencia, donde nace hacia 1386, y el nombre de su padre era Agustín. Fundado el convento carmelita de Le Selve en 1413 por fray Jacobo di Alberto, Ángel es su primer hijo espiritual al ser el primero que hace en ese convento la profesión religiosa, pero parece que el noviciado lo hizo en el Carmen de Florencia y que allí es donde conoció al P. Jacobo. Lo sucede como prior en 1419 y conserva este cargo hasta 1429, siendo desde 1426, en que muere fray Jacobo, el alma de la experiencia reformista. En 1435 es elegido prior del Carmen, de Florencia, y estando en este cargo y residiendo el papa Eugenio IV en dicha ciudad se recibe en el Carmelo la bula de mitigación de la Regla que promulgó dicho pontífice. Es una época de esplendor artístico en Florencia, al que no será ajena la iglesia del Carmen. Fray Ángel se acredita como predicador lleno de fervor religioso y por ello, terminado su priorato, el convento florentino lo elige durante años como su predicador cuaresmal, teniendo un enorme eco y éxito populares. Se convertían muchas almas por su predicación y acudían a su confesonario para sellar su comienzo de nueva vida. En 1437 volvió de nuevo al priorato de Le Selve y como custodio del monasterio de Santa Lucía, entregado por el papa a los carmelitas y donde se estableció la observancia regular. Víctima de la epidemia de peste, fallece santamente en Florencia el 16 de agosto de 1438, siendo enterrado en Santa Lucía en olor de multitud. Su culto fue confirmado por Clemente XIII el 7 de marzo de 1761.

BEATO JUAN DE SANTA MARTA

Presbítero y mártir († 1618)

Nació en Prados, Tarragona, el año 1578. Cuando tenía 8 años fue admitido entre los infantes de la Seo de Zaragoza y allí estudió latín y música. Al llegar a la juventud, opta por la vida religiosa e ingresa en la Orden franciscana, Provincia de Santiago, en la que profesó. Se distinguió enseguida por el cumplimiento exacto de la Regla seráfica y por las muchas penitencias

y mortificaciones que añadía a la observancia regular. Una vez ordenado sacerdote, pidió ser destinado a las misiones del Japón. Aceptada su petición, salió de España en 1606, llegando a Filipinas, de donde al año siguiente partió para Japón. Aquí se dedicó ante todo a aprender el idioma, pues quería, como consiguió, ser un asiduo predicador de la palabra divina. Encargado de la misión de Fuximi, hizo numerosas conversiones, centrando su apostolado en las gentes pobres y desvalidas, a las que iba a buscar en las chozas de los campos y las montañas, socorriéndolas y difundiendo entre ellas la luz del evangelio. Al dar comienzo la persecución contra el cristianismo en 1614 con la orden de dejar el Japón, se alejó por muy poco tiempo, volviendo y estableciéndose en Nagasaki y convirtiendo muchas personas, entre ellas algunos sacerdotes paganos.

Escribió varios tratados para refutar el paganismo. Fue localizado y arrestado el 24 de junio de 1615, fue enviado a Meaco donde estuvo preso tres años en la cárcel pública, acompañado de los delincuentes comunes, padeciendo, por parte de ellos, muchas injurias y malos tratos. Finalmente fue condenado a muerte y llevado a ajusticiar a Kyoto. Durante su marcha al suplicio, no dejó de exhortar al pueblo a reconocer al Dios verdadero y a abrazar su doctrina, rogando a los que eran cristianos que pidiesen a Dios que iluminase al emperador y a sus ministros, a fin de que conociendo a Jesucristo se convirtiesen a él. Llegado al lugar del suplicio, entonó el salmo «Alabad al Señor todas las naciones», y presentó gozoso su cabeza al verdugo que lo decapitó. Fue beatificado el 7 de julio de 1867 por el papa Pío IX.

BEATOS SIMÓN BOKUSAI KYOTA Y COMPAÑEROS

Mártires († 1620)

En la ciudad de Kokura, reino de Fingen, en el Japón, fueron martirizados el día 16 de agosto de 1620 dos matrimonios y el hijo de uno de ellos, acusados no solamente de ser cristianos sino también de haber hospedado a los misioneros extranjeros. Ambas acusaciones eran verdaderas, pues se trataba en efecto de cristianos convencidos que habían dado de muy buena gana

hospedaje en su hogar a los misioneros y colaborado así al mantenimiento de la cristiandad nipona y a la difusión del evangelio. Su martirio, al que los condenó el prefecto Yetsundo, consistió en que fueran crucificados cabeza abajo, teniendo una agonía larga y dolorosa.

Sus datos son éstos:

SIMÓN BOKUSAI KYOTA era miembro de una de las más antiguas familias cristianas de Bungo y era oficial del ejército real. Era cofrade del Rosario y había difundido con todo entusiasmo el evangelio en su entorno social. MARÍA MAGDALENA era su esposa, unánime con él en la profesión y difusión de la fe cristiana, y extremadamente servicial con los misioneros a quienes hospedaba.

TOMÁS GENGORO era también cofrade del Rosario y no sólo había hospedado a los religiosos sino que había difundido la fe entre sus amistades cuanto había podido. MARÍA (a veces llamada Marta) era su esposa, partícipe de sus mismos sentimientos religiosos, y cofrade también del Rosario. TOMÁS era un niño de dos años, hijo de ambos, muerto por ser un niño cristiano, uno de los más jóvenes mártires beatificados.

Las dos familias fueron beatificados el 7 de julio de 1867 por el papa Pío IX.

BEATO JUAN BAUTISTA MÉNESTREL

Presbítero y mártir († 1794)

Juan Bautista Ménestrel nació el 5 de diciembre de 1748 en Serécourt, Los Vosgos. Se desconoce dónde hizo los estudios y cuándo se ordenó sacerdote, pero se sabe que el 13 de mayo de 1776 era vicario de la parroquia de Hagécourt-Valleroy, Los Vosgos, en cuya fecha realizaba su primer bautizo, y consta que siguió actuando en esta parroquia hasta el 13 de junio de 1781. Entonces obtuvo una canonjía en el cabildo de Remiremont que conservaría en adelante. Su nombre falta entre los sacerdotes juramentados que se registraron como tales en Remiremont en enero y febrero de 1791. El consejo municipal lo expulsa de Remiremont el siguiente 4 de junio diciendo que lo hace tanto por la seguridad personal del canónigo como por la tranquili-

dad pública, pese a lo cual consta su presencia en la población en agosto de 1792 cuando se le ordena entregar varias armas que tenía en su poder. El 22 de abril de 1793 se ordena vigilar su correspondencia. Y el 29 de abril de ese mismo año fue condenado a ser transportado a la casa de arrestos de Epinal. Cuando van a arrestarlo encuentran que lleva enfermo varias semanas a causa de una fiebre biliosa. El canónigo alegó su estado de salud pero no le sirvió, y así hubo de ir a la cárcel. Llegó el 23 de mayo a la prisión de Epinal, donde estuvo hasta que partió para Rochefort el 18 de abril de 1794, Viernes Santo. Pese a su enfermedad no se le dispensó de la deportación. Llegado a Rochefort fue embarcado en el Washington. Su cuerpo se llenó de llagas y los gusanos lo devoraban estando aún vivo, y cuando los demás sacerdotes querían curarle las llagas y quitarle los gusanos él decía que los dejaran, que el quitarlos sólo contribuía a prolongar su martirio. Sus compañeros decían que su paciencia era perfecta y su resignación celestial. Por fin pasó al Padre el 16 de agosto de 1794 y fue enterrado en la isla de Aix. Fue beatificado el 1 de octubre de 1995 por el papa Juan Pablo II.

SANTA ROSA FAN HUI

Virgen y mártir († 1900)

Rosa Fan Hui (o Wang Hoei) era una mujer soltera de la comunidad cristiana de Fanjiazhuang, en la provincia de Hebei, China, que ejercía de catequista en su pueblo y en otros varios, dedicada con gran ímpetu a la labor evangelizadora. Cuando en julio de 1900 se entera de que los boxers andan matando a los cristianos, se esconde en un sitio y en otro, pero el día 15 de agosto decidió cesar en su huida, y se pasó el día de la Virgen preparándose en la oración al martirio. Cuando a la mañana siguiente llegan los boxers, unos vecinos del pueblo les indican dónde está Rosa escondida. Descubierta, es invitada a renegar del cristianismo, y al negarse, empieza a recibir malos tratos y golpes, sin que ella reniegue. Le hicieron varias heridas con espada y la llevaron a la orilla del canal donde la tiraron. Ella pudo nadar hasta la otra orilla, pero allí la esperaban otros boxers que

la remataron y echaron su cadáver al canal, llevándoselo las aguas.

Fue canonizada el 1 de octubre de 2000 por el papa Juan Pablo II junto con otras víctimas de varias persecuciones en China entre los años 1648 y 1930.

BEATO PLÁCIDO GARCÍA GILABERT

Presbítero y mártir († 1936)

Nació en Benitachell, Alicante, el 1 de enero de 1895. Sintió de niño la vocación religiosa e ingresó en el seminario menor franciscano de Benissa, donde hizo los estudios de humanidades, pasando luego al noviciado, haciendo la profesión religiosa y continuando sus estudios hasta su ordenación sacerdotal. Hace en Roma estudios superiores, consiguiendo los títulos de Lector de Derecho Canónico y Teología Moral. Vuelto a España es destinado como profesor de teología y se le ocupa también como guardián de una fraternidad franciscana. Llegada la revolución de 1936, se negó a marcharse a otro pueblo. Detenido y llevado a Denia, tras muchas injurias y vejámenes, fue mutilado y asesinado el 16 de agosto de 1936.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO ENRIQUE GARCÍA BELTRÁN

Diácono y mártir († 1936)

Nace en Almanzora (Castellón de la Plana) el 16 de marzo de 1913. Educado en un ambiente profundamente religioso, ingresó a los 14 años en el seminario capuchino. Hizo la profesión temporal el 1 de septiembre de 1929 y la perpetua el 17 de septiembre de 1935. En su camino hacia el sacerdocio, recibió la orden del diaconado, pero le llegó el martirio antes de ser sacerdote. Llegada la guerra se refugió en casa de sus padres pero de allí fue sacado y fusilado en Benicassim el 16 de agosto de 1936.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO JOSÉ MARÍA (GABRIEL) SANCHÍS MOMPÓ

Religioso y mártir († 1936)

José María Sanchís Mompó nació el 8 de octubre de 1866 en Benifayó, Valencia, según parece, ya que su acta de bautismo fue destruida cuando fue incendiada la parroquia de su pueblo natal en 1936. Estudió en su tierra las primeras letras y llegado a la adolescencia se colocó como carpintero, oficio en el que trabajó hasta que con 30 años se decidió a hacerse religioso y eligió la naciente congregación de los Terciarios Capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores, que por entonces fundaba el venerable Luis Amigó Ferrer. El 21 de junio de 1889, a los pocos meses de fundada la congregación, tomó el santo hábito en El Puig, Valencia, y profesó al año siguiente en Torrent, el 24 de junio, teniendo en religión el nombre de fray Gabriel María de Benifayó.

Fue destinado a ser miembro de la comunidad fundadora de la Escuela de Reforma de Santa Rita, en Carabanchel, Madrid, y en 1892 vuelve a Torrent, donde haría la profesión perpetua el 15 de agosto de 1896, en calidad de hermano coadjutor. Pasó sucesivamente por las varias casas de su congregación: las dos de Madrid, la de Torrent, la de Dos Hermanas, la de Godella y la de Zaragoza. Participó en los capítulos generales de su congregación en 1902 y 1914. Los trece últimos años de su existencia los pasó en la casa de Godella, Valencia, de la que fue expulsado por la revolución el 25 de julio de 1936. Llevado a Benifayó, se hospedó en casa de una sobrina, pero el 14 de agosto, con algunos sacerdotes, fue arrestado y llevado al ayuntamiento, de donde pasó, en la mañana del 15, a un convento convertido en cárcel. Los reclusos pasaron el tiempo dedicados a la oración.

En la madrugada del día 16, a las dos o las tres de la mañana, llegaron tres coches, hicieron subir a los detenidos y los llevaron al término de Picassent. Por el camino el párroco animó

a los demás a perseverar firmes en la fe. Consta que fray Gabriel María murió gritando vivas a Cristo Rey. Había sido un religioso ejemplar, entregado a su vocación y atento solamente a hacer el bien a los jóvenes de los colegios en que estuvo.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

17 de agosto

A) Martirologio

1. En Cízico, en el Helesponto, San Mirón († s. III), presbítero y mártir.
2. En Cesarea de Capadocia, San Mamés († 273), mártir *.
3. En Sicilia, San Eusebio († 310), papa, que murió desterrado *.
4. En Frisia, San Jerón († 856), presbítero y mártir.
5. En Tesalónica (Macedonia), San Elías el Joven († 903), monje.
6. En el Monte Etna (Sicilia), Beato Nicolás Politi († 1107), solitario.
7. Junto a Siena, Beato Alberto († 1202), presbítero.
8. En Montefalco (Umbría), Santa Clara de la Cruz († 1308), virgen, de las Agustinas Ermitañas **.
9. En Toledo, Santa Beatriz de Silva († 1491), virgen, fundadora de la Orden de la Concepción de la Inmaculada Virgen María **.
10. En Nagasaki (Japón), santos Santiago Kyuhei Gorobioye Tomonaga, presbítero, de la Orden de Predicadores, y Miguel Kurobioye († 1633), mártires *.
11. En Saumur, junto a Angers (Francia), Santa Juana Delanoue († 1736), virgen, fundadora del Instituto de Hermanas de Santa Ana de la Providencia **.
12. En Rochefort (Francia), Beato Noel Hilario Le Conte († 1794), clérigo y mártir *.
13. En Castellfullit de la Roca (Gerona), Beato Enrique Canadell Quintana († 1936), presbítero, de la Orden de las Escuelas Pías, mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTA CLARA DE LA CRUZ DE MONTEFALCO

Virgen († 1308)

Si conocida es Santa Clara de Asís, la ferviente seguidora del Señor con San Francisco, no lo es menos, en el heroico y audaz seguimiento a Cristo crucificado, la esclarecida y celebrada Santa Clara de la Cruz de Montefalco, religiosa ermitaña de San Agustín nacida el año 1268 en la ciudad italiana de su nombre, región de Perusa. Segunda hija de Damián y Giacoma Vengente, cristiano matrimonio del que nacieron cuatro hijos, resulta que su hermana mayor Juana, de 20 años, y Andreola, la fiel amiga de ésta, consiguieron hacerse con una ermita en la que vivir dedicadas al sacrificio y a la oración, laudable propósito que las autoridades eclesiásticas, por principio reacias a este estilo de vida religiosa por aquellos años muy común, se dignaron aprobar en 1274, fecha a partir de la cual pudieron admitir chicas más jóvenes, primera de ellas Clara, de 6 años. El ejemplo de sus padres, muy devotos ellos del Señor y de su Santísima Madre la Virgen María, y el de Juana y Andreola juntas, avivaron en la pequeña el precoz anhelo de servir a Cristo con intensa vida de oración, con el místico amor de los enamorados y con la especial ascética de los elegidos. Todos encontraban a Clara más vivaracha que las otras niñas de su edad.

Dando muestras de inconsueta madurez humana y espiritual, y queriendo a la vez seguir el ejemplo de Juana, resuelve consagrarse por entero a Dios en el *reclusorio* que el padre había construido para ésta y sus compañeras, contemplativas todas a hora nocturna y diurna en aquel pobre recinto. Aunque más joven que el resto, tanto en la oración como en la penitencia Clara mantuvo desde su ingreso el mismo nivel que las demás. Había empezado a sentir desde muy pequeña un amor entrañable, sublime, místico por la Pasión de Cristo, fuente de su elevada espiritualidad y raíz de su futuro apostolado dentro y fuera del convento. También desde niña había empezado en ella a despertarse el apetito, tanto que tenía que reprimirse para mantenerlo a raya, no comiendo en ocasiones platos de su gusto y a menudo incluso ayunando, especialmente durante la Cuaresma.

Aunque sin regla establecida, Clara prestó fiel obediencia a su hermana, líder del grupo. De tal suerte discurrían así las cosas, dentro del contento general y de la disciplina común y compartida, que una vez en que vino a quebrantar la ley del silencio que su hermana había impuesto, no se le ocurrió mejor penitencia que pararse en un cubo de agua helada con los brazos hacia arriba y rezando 100 veces el padrenuestro.

Acogida en 1275, la exquisita santidad de Clara y la depurada virtud de Juana atrajeron pronto nuevas aspirantes. Llegó dos años después la gran amiga Marina, y muchas otras más tarde, razón por la cual a partir de 1282 tuvieron que mudarse a una montaña cercana a la ciudad, donde empezaron a construir otra ermita, cuyas obras se prolongaron unos ocho años. Estalló por entonces también la persecución contra el grupo, visto como elemento novedoso y un tanto intruso por parte de algunos laicos del lugar y de los mismos Franciscanos, a cuyo entender la ciudad era muy pequeña para tener otro grupo religioso pidiendo limosna, pero el oficial del Ducado las defendió, el temporal amainó y pudieron quedarse. Sorteado el peligro y con la techumbre de la ermita a medio hacer, pasando frío y hambre a discreción, el pequeño grupo consiguió salir adelante como pudo, gracias sobre todo a una fe más fuerte que la persecución padecida: de hecho, pocas personas les dieron entonces algo para comer; tuvieron que sobrevivir a base de hierbas silvestres y del don de Clara para cocinar, pues hacía pasteles de plantas con tanto amor que más tarde aquéllos serán recordados como tiempos de gozo y no de miseria.

Corría el año 1288, Clara tenía ya 20 años, a un paso como quien dice de la completa unión con Jesús, cuando el Señor la probó con las arideces de un desierto en el espíritu. Durísima prueba del cielo, eso entendía ella, para castigar su orgullo hasta comprender el dicho evangélico de que sin Él nada podemos hacer. Blanco, por eso mismo, de las tentaciones y víctima de las emociones, empezó a apoderarse de su afligido corazón la terrible angustia de creerse abandonada de Dios. Once años duró semejante tortura, once que parecieron una eternidad sin la asistencia espiritual que ella desesperadamente ansiaba. Clara, no obstante, aferrada a la vida penitente como náufrago a la ta-

bla de salvación, decidió cargar con el misterioso peso de aquellos sentimientos de inseguridad y desolación en el alma a base de redoblar el recurso al sacrificio diario y a la mortificación frecuente y a la humillación sostenida, mas como el permiso de las deseadas penitencias no terminaba de llegar, comenzó a imponérselas por su cuenta, causándose con ello tanto daño físico que su hermana, siempre al quite, tuvo que frenar de nuevo aquel ímpetu.

Juana obtuvo, por fin, permiso para enviar a algunas hermanas a postular. Tanto insistió entonces la quinceañera Clara que, vencidas las objeciones de la hermana, acabó saliendo con Marina durante 40 días en busca de limosnas; nunca regresaban de vacío. Pero Juana, preocupada de la suerte que podía correr su hermanita Clara, le prohibió salir de nuevo, y ésta entonces no tuvo más remedio que permanecer en el convento por el resto de sus días. De 8 a 10 horas diarias pasaba en oración, y por las noches caía de rodillas rezando el padrenuestro. Juana vino a saberlo y hubo de restringir otra vez los severos actos de mortificación de la joven. Ya encontraría el modo de hacerlo en otra dirección y con otro estilo: los designios de Dios —los modos que tiene Dios de guiar a sus elegidos— son infinitos como infinito es el número de las estrellas del cielo.

Y la ocasión se presentó cuando Clara menos lo esperaba. Y fue que, en vista de los apuros financieros a que se vio sometida durante un tiempo la comunidad, Clara recibió un buen día de aquéllos la encomienda de solucionar la cuestión. El pequeño grupo de muchachas, ella incluida —tomó entonces el nombre de *Clara de la Cruz*—, fue constituido jurídicamente en monasterio bajo la Regla de San Agustín el año 1290, pudiendo así aceptar novicias según decreto que el 10 de junio de ese mismo año expidió el obispo Gerardo Artesino, de Spoleto. A propuesta de Juana, elegida de inmediato abadesa, el nuevo complejo pasó a llamarse *Monasterio de la Cruz*. Todo iba encajando maravillosamente en la humilde y cristalina vida de Clara, todo apuntando también hacia las dolorosas e invisibles cumbres místicas del Calvario.

Por de pronto Juana falleció en olor de santidad el 22 de noviembre de 1291. Muy duro golpe para ella, sin duda, duro y

harto difícil de asumir, pues desaparecía quien había sido hasta entonces, aparte de hermana, un claro espejo en el que mirarse y una singular formadora de espíritu a la que seguir. El día de la elección de la nueva abadesa, las monjas escogieron por unanimidad ante el representante del obispo a Clara, quien, sintiéndose indigna, rogó acudir a otra que fuera santa y sabia, pues ella no era ni una cosa ni otra. Desoída la petición y contrariada en su voluntad, no tuvo más remedio que asumir el abadiato, en el que habría de permanecer hasta su muerte el 17 de agosto de 1308. Peregrina del camino que siempre había soñado recorrer, y después de larga purificación interior, vio llegada la hora de emprender la empinada cuesta hacia las cumbres de la unión mística con el Crucificado. No fue su vida retirada, ciertamente, óbice para un intenso y provechoso apostolado con quienes acudían al monasterio en busca de luz. Se interesó por el estado de la Iglesia, relacionándose para ello con obispos y cardenales, y aconsejó y ayudó espiritualmente a numerosos sacerdotes y religiosos que así se lo pedían. Tantas luchas y dudas sufridas acabaron de curtir su espíritu hasta hacer de ella una autoridad en los temas de dichas consultas.

El año 1294 fue decisivo en su consagración religiosa. En la fiesta de la Epifanía, Clara, después de haber hecho confesión general delante de todas las hermanas, cayó en éxtasis y así permaneció varias semanas. Las hermanas consiguieron mantenerla en vida a base de agua de azúcar. Clara tuvo por este tiempo una visión donde apareció de pronto ella misma como en trance de ser juzgada delante de Dios:

> «Vio el infierno con todas las almas perdidas sin esperanza, y el cielo con los santos gozando de perfecta felicidad en presencia de Dios. Vio a Dios en toda su majestad. Y éste le reveló a ella cuán incondicionalmente fiel debe serle un alma para vivir de verdad en él y con él». Al recobrarse, resolvió «nunca pensar o decir algo que la separase de Dios». Solía decir también: «Si Dios no me protegiera, sería la peor mujer en el mundo».

En 1303 consiguió lo que tanto había soñado: construir la iglesia que habría de servir con el correr de los días no sólo al monasterio agustiniano, sino al pueblo todo. Bendecida la primera piedra por el obispo de Spoleto el 24 de junio de 1303, se dedicó ese mismo día la iglesia a la Santa Cruz. Tuvo Clara en-

tonces también la visión mística de Jesús vestido como peregrino pobre, agobiado el rostro por el peso de la cruz y el cuerpo mostrando los signos de un duro y tortuoso camino. La humilde religiosa estaba de rodillas y quería evitar que Jesús siguiera caminando —existe del episodio un célebre cuadro—. De pronto se arrancó con el Pedro del *Quo vadis?,* del «¿Adónde vas, Señor?». La respuesta resultó de extraordinaria claridad, luminosa como ella sola, para Clara: «He buscado en el mundo entero un lugar fuerte donde plantar firmemente esta cruz, y no he encontrado ninguno». La religiosa de la Pasión de Cristo entonces, con la mirada puesta en la cruz, le dijo al Señor su viejo y acariciado deseo de compartirla. El divino rostro de Jesús, antes exhausto, brilló al punto de gozoso amor. Había puesto fin a su viaje: «Sí, Clara, aquí he encontrado un lugar para mi cruz; al fin encuentro a alguien a quien puedo confiar mi cruz». Y, acto seguido, se la pasó a su corazón. El intenso dolor que inmediatamente sintió en todo su cuerpo, duró de por vida. Desde entonces, fue siempre consciente de llevar dentro de sí la cruz de Cristo, presente en cada fibra de su alma, reveladora en cada uno de sus actos, amada y grabada en cada partecita de su corazón. Jesús estaba en su ser, y ella era una con él en la cruz.

Como abadesa vivió ejemplarmente la vida de comunidad según la Regla de San Agustín. Inculcaba mucho la abnegación y el diario esfuerzo para bien cimentar y construir el edificio espiritual. Brilló sobre todo por su amor a la pasión del Señor, sí, reservando un puesto de relieve a la devoción de la Santa Cruz. Favorecida del cielo con las llagas de la sagrada pasión, enseñó a sus hermanas a consagrarse diariamente al Señor ofreciéndole las primicias de una estrecha vida en común. Trabajo y oración juntos eran para el monasterio fuente incesante de gozo y principio compartido de bienestar. Directora de las necesidades espirituales y corporales de las hermanas, «¿Quién enseña al alma, sino Dios?», se preguntaba, para declarar acto seguido: «No hay mejor instrucción para el mundo que la que viene de Dios». Pronta sobre todo a reconocer la voz del Espíritu y a discernir y, si era necesario, corregir y amonestar, cuidaba de todas incluso a costa de su salud. Cuenta la hermana Tomasa, el testimonio figura en algunas biografías, que «permanecía despierta has-

ta tarde en la noche, pero siempre estaba despierta temprano en la mañana». Fue, en suma, una gran mística que acertó a iluminar con su esplendor espiritual los inicios de la historia agustiniana: su vida por eso constituye una experiencia interior de veras particular y fascinante. Sólo la visión de un crucifijo suponía ya en ella un acicate para la continua mortificación.

Sus dones de sabiduría y de entendimiento atraían al monasterio, como he dicho, a sacerdotes, teólogos, obispos, jueces, santos, pecadores y, en general, gente de toda índole. Estaban entre ellos los cardenales Colonna, Napoleón Orsini, Ubertino da Casale, Bentivegna da Gubbio, y un largo etcétera de figuras eminentes. Nunca, sin embargo, el cuidado a los de fuera supuso dejación alguna de responsabilidades comunitarias por su parte. Entre finales de 1306 y principios de 1307 desenmascaró e hizo condenar, ella, mujer casi analfabeta, las insidiosas opiniones de los secuaces de la secta herética del *libre espíritu,* entre cuyos jefes habrían estado, según afirman acreditados biógrafos, algunos franciscanos que se ocupaban del cuidado espiritual de la comunidad de Montefalco. Parece que la heterodoxia de semejante doctrina radicaba, sustancialmente, en propugnar la impecabilidad del alma humana basándose para ello en que el hombre no puede querer o realizar nada fuera de la voluntad divina, nada fuera del Dios omnisciente y todopoderoso.

Las monjas de Montefalco, y Clara a la cabeza, nutrían su espíritu religioso valiéndose, más que del franciscanismo del lugar, con sus fuentes aborígenes en el *Poverello,* de los modelos ascéticos propios del monaquismo primitivo o, por decirlo aún con mayor propiedad, de un eremitismo con nuevo vigor, nuevos acentos y nueva hechura, aunque dentro, eso sí, del franciscanismo espiritual de la época. Dios se reveló en su alma sencilla pródigo de singulares gracias místicas: éxtasis, visiones, bilocación, dones sobrenaturales dentro y fuera del monasterio. Dotada de ciencia infusa, fue capaz de hallar una y otra vez, y ofrecerlas cuando hizo falta, sabias soluciones a los más arduos problemas de teólogos, filósofos y literatos. Su valiente defensa en la doctrina de la fe nunca registró fisuras.

«La vida de un alma es el amor a Dios», solía decir. Oraba para que todo aquel que ella conociera experimentase a Nuestro

Señor Jesucristo en lo más hondo del alma. Oraba, sí, sufría y ardía de caridad por dentro, como el Señor, porque se le había entregado de por vida y sin condiciones. Así fue como, debido a la vida penitente de tantos años atrás, su cuerpo todavía joven comenzó a debilitarse y en julio de 1308 ya no pudo levantarse más. El demonio, claro es, no se daba tregua en los ataques, sin duda tratando de hacerla claudicar, de hacerla sentirse indigna de Dios y equivocada en todo lo que había dicho y hecho, llevando así a la perdición a muchas almas. Pero con la fortaleza del Señor y animada de gran fe, consiguió permanecer incólume y sin ceder nunca a tan diabólicas insinuaciones.

En la noche del 15 de agosto, llamó a las monjas y les dejó su testamento espiritual:

> «Ofrezco mi alma por vosotras y por la muerte de Nuestro Señor Jesucristo. Sed bendecidas por Dios y por mí. Pido, hijas mías, que os comportéis bien y que sea bendecido todo mi trabajo por vosotras. Sed humildes, obedientes; mujeres tales que Dios sea siempre alabado a través de vosotras».

Pidió luego la unción de los enfermos. Era entonces costumbre en dicho monasterio que acudiera cada hermana hasta la moribunda y le hiciera, en tan solemne circunstancia, la señal de la cruz en la frente. Cuando se la estaban haciendo, se arrancó de pronto con este revelador desahogo: «¿Por qué me hacéis el signo de la Cruz? Yo tengo a Jesús crucificado en mi corazón». En el fondo nada nuevo decía, desde luego: era su estribillo desde algunos años atrás. Lo repetía con naturalidad y todas estaban acostumbradas. Pero el tono y el momento dieron de pronto a semejantes palabras una importancia singular, del todo nueva.

El viernes 16 de agosto por la tarde Clara mandó llamar a su hermano Francisco. Éste llegó por la noche y la encontró muy cansada, pero a la mañana siguiente, como le pareció verla mejor, decidió volverse. Pero apenas se había él marchado, dos hermanas le dieron alcance y lo llevaron de nuevo hasta Clara, quien, sentada en la cama, con el color del rostro encendido y sonriendo, en aparente fuera de peligro, dirigió espiritualmente al hermano —ella era su directora espiritual y maestra—, hablando largo y tendido con él. Luego, un ambiente de festivo gozo comenzó a esparcirse por la casa cuando llamó a Fray To-

más, capellán del convento, a quien dijo: «Yo confieso al Señor y a usted todas mis faltas y ofensas». Y más tarde, a sus monjas: «Ahora ya no tengo nada más que deciros. Vivid con Dios, que yo me voy con él». Y así, sentada en la cama, se mantuvo inmóvil, con los ojos mirando al cielo. Pasaron algunos minutos y Francisco le tomó el pulso. Con la mirada puesta en las religiosas, les anunció llorando el final: Clara había muerto. Eran las 9 de la mañana del sábado 17 de agosto de 1308.

Inmediatamente las monjas prepararon el cuerpo para que todos pudieran verla. Según legendaria y ardida tradición, basada en la significativa piedad de la humilde abadesa y en su ingenua noción de anatomía, se había llegado a creer que en aquel corazón tan grande y tan lleno de amor por los sufrimientos de Cristo como el suyo, podrían encontrarse los símbolos de la Pasión: el crucifijo, el látigo, la columna, la corona de espinas, los tres clavos y la lanza, la caña y la esponja. Incluso tres globos de iguales dimensiones, colocados en forma de triángulo, como un símbolo de la Santísima Trinidad. Se cuenta, pues, que al amortajarla, las 17 religiosas del monasterio de la Santa Cruz decidieron comprobar la veracidad de sus palabras. La misa funeral se celebró el 18 de agosto, pero, dada la fama de santidad, acordó unánimemente la comunidad no enterrarla de inmediato sino vaciarla por dentro para mejor conservar el cuerpo.

Cuatro religiosas se encargaron de la rudimentaria operación quirúrgica en la noche sucesiva a la muerte. Primero extrajeron el corazón y lo pusieron en una caja floreada de madera. Antes de colocarlo en un relicario, lo abrieron llevadas de la curiosidad. Para general asombro, pudieron comprobar todas que era cierto lo que tantas veces había repetido su santa madre abadesa: allí estaban las marcas de la pasión de Jesús crucificado, con la corona de espinas en la cabeza y la herida de la lanza en el costado. También en forma de ligamentos los flagelos. Otro notable hallazgo fue el de tres piedras del tamaño de una nuez dentro de la vejiga. Las monjas descubrieron pronto que eran perfectamente iguales en tamaño, peso y forma. Todas pesaban lo mismo, una pesaba tanto como dos, dos como tres y una como tres: palmario signo del gran amor de Clara hacia la Santísima Trinidad. El cuerpo producía tal fragancia que no pu-

dieron enterrarlo, y se cuenta que después de 700 años nunca se ha descompuesto.

El vicario general de la diócesis de Spoleto, Berengario, incrédulo y amenazante por la extraña historia que había llegado a sus oídos, corrió en seguida a Montefalco para verificar en persona las «invenciones fantásticas» que de boca en boca corrían por el pueblo sobre el particular y las «manipulaciones» de las monjas. Visto lo visto, sin embargo, no tuvo más remedio que rendirse a la evidencia. Más aún, se convirtió en ferviente admirador de la sierva de Dios, siendo su primer biógrafo y uno de los más entusiastas promotores del proceso de canonización. Proceso curiosamente que, por una de esas ironías del destino, con el fluir de los años pareció convertirse de pronto en el cuento de nunca acabar. Más que proceso habría que hablar de procesos, y lo que daba la impresión de correr la misma celérica suerte que habían tenido Santo Domingo de Guzmán (que tardó trece años) o San Francisco de Asís (sólo dos), se retrasó la friolera de 573 años, ya que no fue proclamada santa hasta 1881. Los diversos procesos hasta su canonización, arrojan un entretenido itinerario del que se ocuparon con rigor científico prestigiosos historiadores de la Orden de San Agustín en el curso de las celebraciones centenarias de la canonización de Santa Clara tenidas en Montefalco y Roma durante el año 1981. Lo hizo sobre todo el agustino Dr. Carlos Alonso con *Il processo medievale di canonizzazione di Sta. Chiara da Montefalco,* conferencia pronunciada el 10 de enero de 1981 en el Instituto Patrístico Augustinianum de Roma (cf. bibliografía).

El 18 de junio de 1309, apenas diez meses después de su muerte, Pedro Pablo Trinci, obispo de Spoleto, ordena iniciar el proceso informativo sobre la vida y virtudes. Como se sucedían nuevos milagros y la devoción no hacía sino crecer, la fama tardó un suspiro en llegar hasta la propia Santa Sede pidiendo la canonización. El procurador de la causa fue el propio Berengario, quien hubo de acudir en 1316 a Avignon a ver a Juan XXII, el cual dispuso que el cardenal Napoleón Orsini, legado en Perusa, se informara y le informara. Al Papa le había llevado Berengario numerosos testimonios, uno de ellos contrario a Clara. Quizás los vínculos de ésta con los espirituales franciscanos o

tal vez la aversión del pontífice hacia ciertas formas de santidad mística tuvieran que ver en ello. De ahí posiblemente también la cautela papal intentando recabar más información. El nuevo proceso, cuya apertura data del 6 de septiembre de 1318, instruido entre 1318 y 1319 con la declaración de 486 testigos, encontró nuevas dificultades.

A partir de entonces, y por diferentes vicisitudes acerca de las cuales tampoco es posible concluir nada seguro, ni siquiera en la polémica del siglo XV entre agustinos y franciscanos, que al decir de algunos (Barone) se disputaban a la candidata a los altares, considerándola parte de su respectiva familia religiosa, los unos (franciscanos) por la espiritualidad seráfica y eremítica que había respirado con las monjas del monasterio, y de la que arriba se hace mención, y los otros (agustinos) por el indiscutible ambiente de los agustinos en la Umbría de aquella época (D. Gutiérrez), así como por el patronazgo, tradición agustiniana, profesión religiosa de Clara y Regla de San Agustín (Trapè), el hecho es que la causa empezó a prolongarse indefinidamente.

Fue sólo en 1624 cuando Urbano VIII concedió mediante *Breve,* primero a la Orden de San Agustín el 14 de agosto, y para la diócesis de Spoleto el 28 de septiembre, rezar el oficio y la misa con oración propia en honor de Clara. Clemente X decreta el 19 de abril de 1673 el uso de las tres lecciones del segundo nocturno y el elogio en el *Martirologio romano.* Esto no era todavía la beatificación, ciertamente, pero sí el camino seguro hacia ella. Clemente XII ordena retomar la causa en 1736 y al año siguiente la Sagrada Congregación de Ritos aprueba el culto «ab inmemorabili». En 1738 se instruye un nuevo proceso apostólico sobre virtudes y milagros, ratificado por la Sagrada Congregación el 17 de septiembre de 1743. Por fin se podía proceder a la aprobación de las virtudes heroicas. A pesar de lo cual, sólo un siglo más tarde, después de un último proceso apostólico, iniciado el 22 de octubre de 1850, concluido el 21 de noviembre de 1851 y aprobado por la Sagrada Congregación el 25 de septiembre de 1852, pudieron salir las cosas adelante.

Con el Beato Pío IX, antiguo arzobispo de Spoleto que repetidas veces había visitado el monasterio agustiniano, se despejaron muchas incógnitas, pero el golpe de gracia llegó con

León XIII, antiguo arzobispo de Perusa y benefactor de la Orden de San Agustín, a la que pertenecía el relator de la *Positio,* cardenal Martinelli. La solemne canonización tuvo lugar en la basílica de San Pedro no el 18 de diciembre, ni el 23 del mismo mes, como por error algunas biografías señalan, sino el 8 de diciembre de 1881. León XIII, pues, uno de los más grandes papas de la Iglesia, el mismo que canonizó a Santa Rita y beatificó al hoy San Alonso de Orozco, inscribió en el catálogo de los santos a Santa Clara de la Cruz de Montefalco, la cual, como se ve, acostumbrada a vivir por dentro los dolores de la pasión de Cristo, hubo de cargar también, después de muerta, con esta pesada cruz de burocracia, olvidos y dilaciones sin fin.

Tuvo Clara siempre gran amor a los pobres y perseguidos. Enviaba a las hermanas externas con comida y medicamentos para los necesitados. Daba sin distinción a amigos y enemigos, a veces incluso más a los enemigos. Del mismo modo que amorosa, generosa y entregada, así era también firme. Hacía frente a sus perseguidores con estas cualidades, nunca retrocediendo. Prefirió ser impopular, enfrentándose al pensamiento común del mundo, y de sus monjas incluso, antes que traicionar las propias convicciones si entendía que ello comportaba alguna incorrección o deficiencia. Aunque mística, a menudo en contemplación de su Amado Señor Jesucristo (especialmente en la pasión), y en adoración extática a Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo en la Santísima Trinidad, era consciente del mundo a su alrededor. No estaba alejada, sino envuelta en él, orando y haciendo penitencia por su salvación.

En la iglesia de la Santa Cruz de Montefalco se conserva incorrupto su cuerpo y pueden venerarse las reliquias del corazón con las marcas de la pasión arriba dichas. Predicó, ya en su tiempo, San León Magno:

> «Al disponernos a celebrar aquel misterio (Pascua-Pasión) que es el más eminente, con el que la sangre de Jesucristo borró nuestras iniquidades, comencemos por preparar ofrendas de misericordia, para conceder, por nuestra parte, a quienes pecaron contra nosotros lo que la bondad de Dios nos concedió a nosotros» *(Sermón* 10,3-5).

Y San Agustín, bajo cuya Regla profesó la mística de Montefalco:

> «La pasión de nuestro Señor y Salvador Jesucristo es para nosotros un ejemplo de paciencia, a la vez que seguridad de alcanzar la gloria» *(Sermón* 218 C). «Llevar la propia cruz —dirá de otra manera el mismo santo obispo de Hipona— equivale, en cierto modo, a dominar la propia mortalidad» *(Sermón* 218,2).

Aunque inimitable en su propia experiencia mística —el suyo es, después de todo, caso de veras excepcional—, la espiritualidad de Santa Clara de la Cruz de Montefalco resulta fascinante para tantas almas místicas de nuestro tiempo. En su cándida figura se trasluce el amor puro por el Señor, el abandono dócil que permite a Dios plasmar en sus elegidos el divino rostro de Cristo y realizar en ellos, y con ellos, las grandes maravillas de la Cruz. Santa Clara de la Cruz de Montefalco pertenece por eso al selecto coro de santas y santos radicalmente identificados con el dolor de Cristo hasta sufrirlo en sus propias carnes, de puro vivirlo diariamente en la interioridad del espíritu. Con los signos de la pasión, en resumen, Clara logró encerrar dentro de sí toda la teología.

PEDRO LANGA, OSA

Bibliografía

BARONE, G., «Chiara da Montefalco», en *Dizionario biografico degli italiani,* XXIV (Roma 1980) 508-512.

— «Clara de Montefalco», en C. LEONARDI - A. RICCARDI - G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los Santos,* I (Madrid 2000) 537-540.

BELLINI, P., OSA, «Sta. Clara de Montefalco (1268-1308)», en F. ROJO (ed.), *La seducción de Dios. Perfiles de hagiografía agustiniana* (Roma 2001) 67s.

BERENGARIO DI DONADIO, *Vita di Chiara da Montefalco* (Roma 1991).

Bibliotheca hagiographica latina: antiquae et mediae aetatis, ediderunt Socii Bollandini (BHL) (Bruselas) n.1.818-1.821.

Bibliotheca sanctorum. III: *Bern-Ciro* (Roma 1963) cols.1217-1222.

GUTIÉRREZ, D. - NESSI, S. - TRAPÈ, A. - ALONSO, C., «Santa Chiara da Montefalco e il suo ambiente»: *Analecta Augustiniana* 46 (1983) 331-410.

Lexikon der christlichen Ikonographie. VII: *Ikonographie der Heiligen,* 318-319.

Martyrologium romanum, o.c., 436, n.7; 679.

MENESTÒ, E. (ed.), *Il processo di canonizzazione di Chiara da Montefalco* (Perugia 1984).

NESSI, S., *Le colline della speranza. Chiara da Montefalco. Il mistero nel cuore* (Città di Castello 1999).

SALA, R., OSA, *Chiara da Montefalco (santa),* en L. BORRIELLO (ed.), *Dizionario di mistica* (Roma 1998) 292-293.

— *Chiara della Croce. La mistica agostiniana di Montefalco* (Roma 1977).

— *Dialoghi con Chiara da Montefalco* (Roma 1998).

SEMENZA, A., OSA, *Vita sanctae Clarae de Cruce, ex codice montefalconensi saeculi XIV desumpta* (Ciudad del Vaticano 1944).

SANTA BEATRIZ DE SILVA

Virgen y fundadora († 1491)

Estamos ya en el último siglo de la Reconquista. Los reinos cristianos de la península Ibérica se van extendiendo hacia el sur y pasan al África. Una de las últimas plazas ganadas a los árabes para el reino de Portugal fue Ceuta (1415). El capitán de esta hazaña y primer gobernador de la ciudad conquistada fue don Pedro Meneses, conde de Viana y descendiente de los reyes de Castilla. En la conquista de esta plaza había intervenido también el caballero don Ruy Gómez de Silva, cuyo ejemplar comportamiento le mereció el aprecio de su capitán, hasta el punto de ofrecerle en matrimonio a su hija Isabel.

El año 1422 se formó el nuevo hogar Silva-Meneses, en el que vería la luz Beatriz. Su padre fue este aguerrido caballero, don Ruy Gómez de Silva, tan distinguido en la cruzada contra los árabes. Su madre, doña Isabel Meneses, procedía de ilustre sangre real y era la segunda de los cuatro hijos de don Pedro Meneses.

La vida del nuevo matrimonio transcurrió entre Ceuta y Campo Mayor, cuya alcaidía le fue concedida a Ruy Gómez de Silva por el rey portugués. Campo Mayor es una ciudad fronteriza con España, del distrito de Portalegre y diócesis de Évora. Aunque no faltan historiadores antiguos que dan a Beatriz por nacida en Ceuta, la tradición del primer convento concepcionista de Toledo considera a Campo Mayor como la patria de su madre fundadora y en esta villa portuguesa se conservan los mejores recuerdos de la infancia de Beatriz. Como fecha de su nacimiento se señala el año 1424.

La madre de Beatriz, siguiendo la tradición familiar, era muy devota de la Orden de San Francisco y por ello encomendó la educación religiosa de sus once hijos a los padres franciscanos, que sembraron en sus almas un amor especial a la Inmaculada Concepción. El quinto de los hermanos de Beatriz, llamado Juan y luego Beato Amadeo de Silva, tomó el hábito de San Francisco y fundó la asociación llamada de los «amadeístas».

Hay una tradición conservada en Campo Mayor que es todo un símbolo de la belleza angelical que distinguía a la joven Beatriz. En una de sus iglesias se venera un cuadro de la Virgen con

la cabeza inclinada y los ojos cerrados, sosteniendo sobre sus rodillas al Niño. A su lado están arrodillados San Francisco y San Antonio. Las facciones de esta Virgen, según la tradición, son copia del rostro candoroso de Beatriz. Su padre quiso tener un cuadro de la Virgen para la capilla de su residencia y con este fin mandó venir a un pintor italiano. El artista expuso al padre que el mejor modelo para la Virgen sería su misma hija. Ésta, por obediencia, accedió a ello, pero, poseída de un inocente pudor en servir de modelo para un cuadro de María Inmaculada, no abrió sus ojos ante el pintor. Así resultó una imagen de la Virgen sumamente expresiva y delicada, conocida con el nombre de la «Virgen de los ojos cerrados».

En 1447 Juan II de Castilla contraía matrimonio con Isabel, princesa de Portugal. Esto dio lugar a que la nueva reina de Castilla pidiese al alcaide de Campo Mayor a su hija Beatriz como primera dama. Tenía ya entonces veintitrés años, y, al decir de la *Historia anónima* manuscrita de 1526, «allende venir de sangre real, era muy graciosa doncella y excedía a todas las demás de su tiempo en hermosura y gentileza». La corte de Castilla residía por entonces en Tordesillas, al oeste de Valladolid, en plena meseta castellana, junto al río Duero. El ambiente palaciego estaba dominado por intrigas y frivolidades cortesanas de la época. Éstas fueron las espinas que encontró Beatriz en Tordesillas, haciendo más bella y fragante la flor de su virginidad.

Fuese por intrigas de algún caballero resentido ante la negativa de Beatriz a sus pretensiones, fuese por celos de la reina, que llegó a ver en ella una amante rival, cayó en desgracia de ésta.

> «Viendo la grande estimación que todos hacían de la sierva de Dios, la reina hubo celos de ella y del rey, su marido, y fueron tan grandes que, por quitarla de delante de los ojos, la encerró en un cofre, donde la tuvo encerrada tres días, sin que en ellos se le diera de comer ni de beber».

Fue todo un torbellino de pasión, que quiso tronchar la vida de esta delicada flor, pero acudió en su defensa la Reina del cielo.

> «La Virgen María se le apareció con hábito blanco y manto azul y el Niño Jesús en brazos, y, luego de haberla confortado con cariño maternal, le intimó que fundara en su honor la Orden de la Purísima Concepción, con el mismo hábito blanco y azul que ella

llevaba. Ante tan señalada merced de su Reina y Señora, Beatriz se ofreció por su esclava y le consagró, rebosante de gratitud, el voto de su virginidad y le rogó confiadamente la librara de aquella prisión».

La reina celestial accede sonriente y desaparece.

La intervención de don Juan Meneses, tío de Beatriz, hizo que la reina Isabel abriese el cofre pasados tres días, esperando que su dama fuese ya cadáver. La sorpresa de todos fue impresionante. Beatriz apareció con más belleza y lozanía que antes de ser encerrada. Todos adivinaron que la bella dama portuguesa había sido favorecida en aquellas horas oscuras y tenebrosas con alguna luz especial del cielo. La Santísima Virgen la había escogido para dama suya. Era preciso cambiar de palacio. A los tres días de verse libre del encierro, sin más dilación, pidió salir de Tordesillas, dirigiéndose a Toledo, acompañada de dos doncellas.

Camino de Toledo tiene lugar, al pasar por un monte, la aparición de dos frailes franciscanos. Beatriz pensó que eran enviados por la reina para confesarla antes de morir a manos de un verdugo.

«Entonces, declarando ella su pena y temor, díjole un fraile de aquéllos, que parecía portugués, que no llorase, porque no solamente no eran ellos mensajeros de su muerte, mas antes la venían a consolar y la hacían saber que había de ser una de las mayores señoras de España, y que sus hijos serían nombrados en toda la cristiandad. A esto respondió que era doncella y que, con el emperador que la demandase, no se casaría en ninguna manera, porque tenía hecho voto de limpieza a la Reina del cielo. Y díjéronle ellos: "Lo que hemos dicho ha de ser"».

Sigue describiendo la *Historia anónima* de 1526 cómo, después de consolarla, al llegar a una posada y disponerse para comer, desaparecieron aquellos dos frailes misteriosos:

«Y Beatriz creyó firmemente que el Señor le había enviado para consolarla e instruirla a San Francisco de Asís y a San Antonio de Padua, a los cuales celebró fiesta en adelante todos los años».

En Toledo florecían por esta época numerosos monasterios de todas las principales órdenes, especialmente cistercienses, dominicas y clarisas. Razones que la historia no nos ha transmi-

tido hicieron que Beatriz escogiese el monasterio cisterciense de Santo Domingo de Silos (vulgarmente llamado «El Antiguo»); tal vez relaciones muy personales con alguna de las religiosas de este monasterio, perteneciente a la nobleza portuguesa o castellana; tal vez el haber encontrado en este monasterio las condiciones más a propósito para la vida retirada que ella pensaba llevar, sin ser religiosa.

En este vetusto solar de Toledo buscó Beatriz su casita de Nazaret, como «señora de piso», y en él vivió treinta años dedicados a la oración, al sacrificio y al desprecio del mundo.

> «La sierva de Dios fue muy humilde en sus acciones, despreciando su persona en actos exteriores; [...] era su vida heroica y [...] vivió treinta años en Santo Domingo, ejercitándose en toda virtud».

Hay un dato muy significativo que revela su enérgica decisión de romper con el mundo:

> «Dende que salió de la corte del rey Don Juan hasta que murió ningún hombre ni mujer vio su rostro enteramente descubierto, si no fue la reina Doña Isabel (la Católica) y la que le daba de tocar, porque, aun para comer delante de solas sus criadas, apenas descubría del todo la boca».

A la mortificación y vida retirada unía la práctica de la oración prolongada y una liberalidad magnánima para emplear todos sus bienes en dar culto a Dios y socorrer al pobre. Con sus rentas hizo labrar un nuevo claustro y la sala capitular del monasterio donde residía; con ellas favoreció también a cuantos pobres solicitaron su ayuda. Con el trabajo de sus manos, hilando o bordando, santificó también los ratos libres.

Mientras tanto la Providencia iba preparando los acontecimientos para que Isabel la Católica se interesase por la fundación de la Orden concepcionista. Había sido proclamada reina en 1474 y algún año después entraba en Toledo; venía a cumplir la promesa hecha en la batalla de Toro de edificar un templo a San Juan Evangelista. El lugar escogido está próximo al monasterio donde residía Beatriz. En todos estos años turbulentos, en medio de campañas guerreras, cuando la reina venía a Toledo buscaba tiempo para ir a conversar con Beatriz, la dama que la había mecido en sus brazos cuando niña. En 1479, «con la ayuda de Dios y de la gloriosa Virgen María, su Madre», se firmó la

paz definitiva entre Castilla y Portugal. Esto pudo ser un motivo especial para que la Reina Católica, tan devota de la Inmaculada, apoyase la fundación de la Orden concepcionista, que la Virgen había confiado a Beatriz. Por estos años «se dice que se le apareció (a Beatriz) la Madre de Dios otra vez, distinta de la referida del cofre, volviéndola a mostrar cómo había de ser el hábito que traerían sus monjas».

El año 1484 Isabel la Católica concertaba con Beatriz la donación de unas casas de los palacios reales de Galiana, junto a la muralla norte de Toledo. Le donaba también la capilla adjunta, dedicada a Santa Fe por la reina doña Constanza, esposa de Alfonso VI. Con doce compañeras (entre ellas una sobrina) pasó Beatriz a ocupar esta nueva mansión toledana. «En esta casa entró tan desacomodada con gran alegría, y dio orden de irla fabricando al modo necesario para que pudiese ser convento de religiosas».

Cinco años pasó Beatriz echando los cimientos de la Orden concepcionista, bajo la protección de Santa Fe. El nombre de esta santa francesa decía muy bien con la fe que había demostrado Beatriz desde que salió de Tordesillas. Isabel la Católica se serviría del patrocinio de esta misma Santa en la conquista de Granada, con una fe paralela a la de Beatriz.

La aprobación de la Orden concepcionista, pedida al Papa por mediación de la reina católica, era firmada por Inocencio VIII el 30 de abril de 1489. En este mismo día se presentó en el torno del convento provisional de Santa Fe un personaje misterioso, preguntando por doña Beatriz de Silva y comunicándola la firma de la bula por el Papa.

> «De esta manera lo supo ella en Toledo, cuando se otorgó en Roma, por revelación divina y creyó, sin duda, que este mensajero era San Rafael, porque desde que supo decir el Avemaría le había sido muy devota y le rezaba cada día alguna cosa en especial».

Tres meses más tarde llega a Toledo la noticia de que la bula se había ido al fondo del mar, por haber naufragado la nave donde venía.

> «De esto recibió grandísima tristeza, y con mucha ansia de su corazón no hizo tres días sino llorar. Al cabo de ellos fue a abrir un

cofre para cierta cosa necesaria, y, no sin mucha maravilla, halló allí la dicha bula encima de todo».

Toda la ciudad de Toledo se asoció con gran júbilo a la procesión en que se trasladó la «bula del milagro» desde la catedral al convento de Santa Fe. Tuvieron lugar todos estos festejos en los primeros días del mes de agosto de 1491. Actuó en la procesión, misa pontifical y sermón el insigne padre franciscano Francisco García de Quijada, obispo de Guadix, y anunció que a los quince días tendría lugar en la capilla de Santa Fe la toma de hábitos y velos por Beatriz y sus compañeras.

Pero [...] «a los cinco días, estando (Beatriz) puesta en muy devota oración en el coro, aparecióle la Virgen sin mancilla [...], la cual le dijo: "Hija, de hoy en diez días has de ir conmigo, que no es nuestra voluntad que goces acá en la tierra de esto que deseas"».

El mismo día 16 de agosto, que se había acordado para la toma de hábitos, tuvo lugar la tranquila muerte de Beatriz. El mismo padre confesor le impuso el hábito y velo concepcionistas y recibió su profesión religiosa.

«Al tiempo de su muerte fueron vistas dos cosas maravillosas: la una fue que, como le quitaron del rostro el velo para darle la unción, fue tanto el brillo que de su rostro salió que todos quedaron espantados; la otra fue que en mitad de la frente le vieron una estrella, la cual estuvo allí puesta hasta que expiró, y daba tan gran luz y resplandor como la luna cuando más luce, de lo cual fueron testigos seis religiosos de la Orden de San Francisco».

Había sido escogida como estrella para guiar a generaciones de vírgenes, que consagrarían a Dios su amor y su pureza, en honor de María Inmaculada. Se iba al cielo para guiarlas mejor desde allí.

«Siendo viva esta señora doña Beatriz y yendo una vez a maitines, según acostumbraba, halló la lámpara del Santísimo Sacramento muerta, y poniéndose en oración, viola manifiestamente encender, no viendo quién la encendía; tras esto oyó una voz, según ella después lo descubrió, que bajamente le dijo: "Tu Orden ha de ser como esto que has visto, que toda ha de ser deshecha por tu muerte, mas como la Iglesia de Dios fue perseguida al principio, pero después floreció y fue muy ensalzada, así ella florecerá y será

multiplicada por todas las partes del mundo, tanto que en su tiempo no se edificará casa alguna de otra Orden"».

Así sucedió, en efecto. Recién fallecida, se apareció Beatriz en Guadalajara al padre fray Juan de Tolosa, franciscano, diciéndole que se encaminase a Toledo para defender su Orden. Las religiosas de Santo Domingo pretendían que fuese enterrado en su monasterio el cuerpo de Beatriz y que se fusionasen con ellas sus compañeras, en vez de llevar adelante la nueva Orden concepcionista. La intervención del padre Tolosa evitó la extinción de la incipiente Orden. Cuatro años después surgió una nueva tempestad al fusionarse el vecino monasterio de monjas benedictinas de San Pedro de las Dueñas con el de Santa Fe y tener lugar grandes desavenencias. La abadesa de Santa Fe, madre Felipa de Silva, sobrina de Beatriz, resolvió abandonar su convento y trasladarse al de religiosas dominicas de la Madre de Dios, en la misma ciudad, llevándose consigo las reliquias de su venerable tía. Otro fraile franciscano, el cardenal Cisneros, volvió a encender la lamparilla de la Orden concepcionista, trasladando el convento de Santa Fe al que habían ocupado los padres franciscanos, muy próximo a él, y apoyando la fundación de nuevos conventos concepcionistas.

A este último convento fueron trasladadas definitivamente las venerables reliquias de Beatriz, comenzando a recibir culto público poco después de su muerte. El afán por poseerlas es una buena prueba de ello. Los menologios de la Orden franciscana, cisterciense y benedictina la dan el título de «beata». Abundan los relatos de favores milagrosos obtenidos por su intercesión. El año 1924 el papa Pío XI confirmó el culto inmemorial tributado a Beatriz como a beata, con lo que nuevamente podía recibir culto público después de las normas prohibitivas de Urbano VIII en el siglo XVI. Reanudada la causa de canonización por Pío XII, fue definitivamente canonizada por el papa Pablo VI el 3 de septiembre de 1976.

Después de más de cuatro siglos de existencia y a pesar de las grandes pruebas por las que ha tenido que pasar la vida de clausura, aún conserva la Orden concepcionista unos 165 monasterios diseminados por Europa: España, Bélgica y Portugal; América Latina: Brasil, Argentina, Colombia, Ecuador y Méxi-

co; África: Guinea Ecuatorial; Asia: India. Ésta es la gran gloria de Santa Beatriz de Silva, adalid de la Inmaculada varios siglos antes de su definición dogmática.

IRENEO GARCÍA ALONSO

Bibliografía

Obras manuscritas, conservadas en el archivo de RR. Concepcionistas de Toledo:
— Bula *Inter caetera,* de Inocencio VIII, por la que aprueba la Orden concepcionista el 30 de abril de 1489. Decreto ejecutorio de dicha bula, firmado por el vicario general de la diócesis de Toledo, D. Velasco Romero, el 16 de febrero de 1491.
— *Historia de la venerable Madre doña Beatriz de Silva, fundadora de la Orden de la Concepción Franciscana de Toledo,* escrita en 1526 por un religioso franciscano.
— *La margarita escondida, vida de la Beata Beatriz de Silva,* escrita en 1661 por la madre Catalina de San Antonio.

CONDE, R., OFM, *La Beata Beatriz de Silva* (Madrid 1931).

GUTIÉRREZ, E., OFM, *Vida de la Beata Beatriz de Silva* (Toledo 1951).

UMA CONCEPCIONISTA DO CONVENTO DE CAMPO MAIOR, *Uma flor portuguesa* (Campo Maior 1954); trad. española: *Una flor de santidad Beatriz de Silva* (Cáceres 1955).

• Actualización:

GARCÍA DE PESQUERA, E., *Beatriz de Silva y Meneses* (Madrid 1993).
— *Santa Beatriz de Silva y sus hijas. El séquito de la Inmaculada* (Madrid 1984).

GUTIÉRREZ, B., *Crónica de la canonización de Beatriz de Silva* (Burgos 1978).

GUTIÉRREZ, E., OFM, *Beatriz de Silva. Estampa histórica de la Santa* (Burgos 1985).
— *Beatriz de Silva. Santa fundadora* (Burgos [4]1982).
— *Santa Beatriz de Silva. Primera biografía, comentada* (Burgos 1990).
— *Santa Beatriz de Silva e historia de la Orden de la Concepción en Toledo en sus primeros años (1484-1511)* (Toledo [3]1988).

MERCEDES DE JESÚS (CONCEPCIONISTA), *Santa Beatriz de Silva* (Alcázar de San Juan 1990).

UNA MONJA CONCEPCIONISTA, *Santa Beatriz de Silva. Fundadora de la Orden de la Inmaculada Concepción (Monjas concepcionistas). Su drama, su carisma* (Alcázar de San Juan 1989).

SANTA JUANA DELANOUE

Virgen y fundadora († 1736)

El turismo contemporáneo ha hecho célebre el valle del Loira. Tierras amables, de suave clima, por las que corre caudaloso y lento, con impresionante solemnidad, el gran río. A ambas orillas contempla el viajero los señoriales palacios, que los franceses suelen llamar un tanto impropiamente, si se atiende al sentido español de la expresión, castillos. Toda una época de la historia de Francia está remansada en aquellas piedras, a las que un día dio forma e impulso artístico el Renacimiento, dotándo-

las de una belleza verdaderamente impresionante. Los fosos, los jardines, las torres, los patios... hablan de historias que hoy nos parecen muy alejadas en el tiempo, pero que, sin embargo, continúan pesando aún en los mismos destinos de Europa entera.

El río se abre para abrazar una isla al llegar a una pintoresca ciudad: Saumur. Dividida por los dos brazos del río en tres partes, Saumur, con sus relucientes techos de pizarra, con la gracia de sus hermosas iglesias y de sus tortuosas calles, vive a la sombra de un auténtico castillo. No es, como los otros del valle del Loira, finca de recreo, sino auténtica construcción castrense, con sus fuertes torres y sus almenas. Hoy está transformado en museo del caballo, porque Saumur debe su fama mundial a la célebre Academia de Caballería y al no menos célebre «cuadro negro» de la misma.

Pues bien, entre los contrafuertes del castillo y el río corre la carretera que viene de Chinon. Cuando el viajero va aproximándose a la ciudad, le sale al encuentro el edificio impresionante de Nuestra Señora des Ardilliers. Se trata de un santuario célebre en toda la región, y que, aunque maltratado por las bombas en la última guerra mundial, ha vuelto a resurgir en todo su esplendor. A partir del santuario comienza un barrio de casas modestas y calles muy cortas, porque no es posible extenderse con el río y la carretera por un lado y la abrupta pendiente del castillo por el otro.

Pues bien, en una de estas casitas nacía el 18 de junio de 1666 una niña que hacía el número doce de los hijos del matrimonio de Pierre Delanoue y Françoise Hureau. Cuatro años después moría su padre, y la pequeña tenía que abandonar la escuela para ayudar a su madre. Inteligente, activa, enérgica, contribuía con todas sus fuerzas a llevar adelante el pequeño negocio familiar.

El 17 de enero de 1692, Juana perdía también a su madre. Tenía entonces veintiséis años. Heredaba la tienda de objetos religiosos, cuya clientela estaba constituida por los peregrinos que acudían a Notre Dame des Ardilliers. Ayudada por una sobrina suya de diecisiete años, Juana también de nombre, no repararía en entregarse por completo a la búsqueda del dinero. Años después se lamentará amargamente de haber permaneci-

do con la tienda abierta los domingos y los días festivos y de haber recibido en pensión a las gentes que tenían dinero, rechazando con dureza a los pobres. En una palabra, Juana había cedido a la pasión de la avaricia.

Y he aquí que, cuando menos lo pensaba, Dios Nuestro Señor vino a visitarla. Por una verdadera casualidad oyó un sermón en la capilla del hospital y se sintió movida a acercarse al predicador pidiéndole que la oyera en confesión. El padre Geneteau, que así se llamaba el predicador, estaba muy lejos de tener un carácter dulce, y así lo demostró repetidas veces a lo largo de su vida. La acogida no fue, por consiguiente, suave. Pero Dios había tocado en el alma a Juana y ella no se desanimó. Insistiendo, logró que el buen sacerdote aceptara hacerse cargo de su dirección espiritual. Pocos días después, Juana, acompañada de una pobre mujer de Rennes, Françoise Souchet, que habría de tener gran influencia en su vida, realizaba su primera obra de caridad y llevaba un vestido a una mujer del barrio.

Había comenzado la transformación. Pero faltaba la parte más espectacular e impresionante. Ésta tuvo lugar el 22 de mayo de 1693. Juana, en pie en su tienda, cayó en profundísimo éxtasis que duró tres días y tres noches. Los escépticos hablaron de una vana ilusión. La verdad es, sin embargo, que la vida de Juana cambió profundamente desde aquel día y que con una constancia asombrosa, a través de toda clase de pruebas, Juana se mantuvo siempre fiel a la misión que había visto que se le confiaba durante el éxtasis. Una caridad insaciable, juntamente con una vida increíble de oración y penitencia, serían el resultado de aquella maravillosa visión mística.

Y desde aquel momento su vida quedó enteramente fija en una preocupación y un deseo: servir a Jesucristo en la persona de los pobres y de los miserables. Vuelta en sí, supo que a dos leguas del lugar, en una cuadra de Saint-Florent, había refugiados seis niños enfermos y desvalidos. Recorre el camino con decisión y se los lleva a casa. Pronto otros niños vienen a acompañarla. La que antes había pecado de avaricia, ve ahora cómo sus vecinos, e incluso su propia sobrina, la tachan de prodigalidad. Pronto corre en boca de todos el remoquete que, con intenciones malas, pero reflejando una consoladora realidad, habían puesto a su casa: «La Providencia».

Todavía durante unos años Juana hace compatible este ejercicio de la caridad con la atención a su tienda y con una vida que llamaríamos normal. Pero en 1698 Juana se decide a hacer su sacrificio pleno y cabal: renuncia a su comercio y empieza a vivir como aquellos mismos pobres a quienes quería servir. Es más, promete hacerlo así siempre con voto. Y empieza su vida de mendiga yendo a pie y pidiendo limosna a la tumba de San Martín en Tours.

El 15 de septiembre de 1702, el día de la fiesta de Notre Dame des Ardilliers, a las seis de la mañana, se hunden súbitamente once casas del barrio. Una de ellas es la de Juana. Entre los escombros queda el cadáver de una niña. Las demás y las viejecitas que había recogido, quedan totalmente desamparadas. Todo Saumur y el mismo padre Geneteau tienen por perdida por completo la obra de «La Providencia». Pero Juana no se rinde ante tamaña contrariedad. Busca refugio durante unas semanas en las caballerizas de los oratorianos, y poco después alquila una casa, que, pequeña y todo, ve crecer de día en día el número de los que se acogen dentro de sus muros.

Pero Juana empieza ya a no estar sola. En 22 de septiembre de 1703, un año después de la catástrofe, llega una primera compañera. Pronto serán cuatro, dándose la curiosa circunstancia de que una de ellas es la sobrina que tantas dificultades puso cuando Juana quiso comenzar su nueva vida. Al año siguiente, el 26 de julio, el padre Geneteau bendecía los primeros hábitos religiosos de las «Hermanas de Santa Ana, sirvientes de los pobres».

Pero el estilo de vida no cambia con el hábito. La obra continúa teniendo el mismo aire de absoluta confianza en la Providencia divina. Cuando, para poder recibir más pobres, intenta Juana alquilar una gran casa, los oratorianos, que eran los propietarios, le piden, más que todo para desanimarla, una subidísima renta. Ella acepta sin vacilar y recibe allí a más de cien personas durante el terrible invierno de 1709. Años después el mismo edificio se hace ya pequeño y en 1716 la casa se instala en las inmediaciones de Notre Dame des Ardilliers, en el mismo barrio de Fenet en que Juana había nacido y pasado la mayor parte de su vida. La nueva casa es hermosa, pero también

insuficiente. Juana hace construir una parte de nueva planta y utiliza, según la costumbre del valle del Loira, las cuevas para habitación. Aún hoy el viajero ve habitadas estas cuevas, que por la estructura del terreno resultan, según es sabido, agradables y sanas.

Parece llegado el momento de consolidar la obra dándole personalidad jurídica, que permita desenvolverse con mayor facilidad y recibir legados. Desgraciadamente, aunque Luis XIV otorga sus letras patentes, el Parlamento se niega a registrarlas. Hay que confiar tan sólo en la Providencia. Y en la Providencia sigue confiando Juana, sin verse desatendida. De la manera más inesperada acuden los donativos: ahora es una parroquia que envía una barcaza llena de trigo, luego unos amigos que traen mil libras; ocasiones hay en que el mismo Señor multiplica milagrosamente el trigo.

Pero la actividad exterior no debe hacernos olvidar el admirable crecimiento de santidad de la Beata Juana. Insaciable en su espíritu de oración, llegaba a la altura de lo heroico en la práctica de todas las virtudes. No se puede imaginar un abandono más filial y pleno en los brazos de la divina Providencia. Ocasiones habrá en que Dios permitirá que las limosnas falten durante bastantes días, sin que ella, sin embargo, vacile un solo momento, en la seguridad de que Dios mismo pondrá remedio.

Se había abrazado con la vida de los pobres. Por eso comía sólo una vez al día unos mendrugos de pan endurecidos que había tomado de la alforja de un mendigo. Dormía unas pocas horas sentada en una silla o apoyada en un pequeño arcón, sin usar jamás la cama. Sus penitencias ponían espanto a todos cuantos convivían con ella.

Pero no era esto sólo. Otras pruebas más dolorosas aún habrían de contribuir a santificarla. Recordemos una que tuvo particular resonancia. El 8 de septiembre de 1708 se presenta en «La Providencia» nada menos que San Luis María Griñón de Montfort. Se reúne la comunidad, y el santo, impresionado por algunas acusaciones de hipocresía hacia Juana que habían llegado a sus oídos, la acusa ante toda la comunidad de engañadora y pronuncia una terrible requisitoria contra ella. Juana llora silenciosamente ante sus hijas consternadas y se somete humilde-

mente a las órdenes del gran misionero. Su humildad era tanta, que el santo comprendió inmediatamente que había sido injusto, y fue endulzando su actitud. Pero la prueba había sido terrible. Y no era la única, pues ya hemos dicho que el padre Geneteau tampoco tenía el genio blando, y fueron muchas las veces, a lo largo de los años, en que impuso a la santa humillaciones y sacrificios costosísimos.

Otra prueba muy dolorosa vino de una de sus hijas. Cuando en 1709 se pensó ya en presentar a la aprobación del obispo de Angers las reglas, una de las religiosas, asustada por el género de vida que en ella se describía, acudió al obispo quejándose de que aquel yugo podría ser insoportable. Sin embargo, pronto fue presa de remordimiento y confesó su falta. A Juana hubo de dolerle necesariamente aquella desconfianza.

Las religiosas que habían recibido el hábito en 1704, pudieron por fin en 1709 emitir sus votos, aún de una manera reservada, casi secreta. Pero la congregación, aprobada por el obispo, siguió su camino con paso firme. En 1721 dos religiosas marchan a Brézé para abrir una escuela de niñas. En 1725 otras dos fueron enviadas a Puy-Notre Dame. Y así, en los años siguientes fueron extendiéndose por todas las regiones vecinas diversas casas religiosas. El hospicio de Saumur llegaba a recibir trescientas personas.

La obra de Juana podía decirse ya completa. En septiembre de 1735 vio que llegaba su hora. Su cuerpo extenuado se sintió incapaz de obedecer a su enérgico espíritu. La que durante tantos años, sobreponiéndose al dolor y a la enfermedad, había servido heroicamente a los pobres y a los enfermos vio que le faltaban las fuerzas. Cayó enferma. Y en su lecho tuvo una de sus más dolorosas pruebas. Cesaron todas las gracias místicas y quedó en aridez absoluta. Así pasó seis interminables meses. Al fin, ya en febrero, sintió de nuevo las consolaciones. Pasó suavemente los últimos meses de su vida. Y el 17 de agosto de 1736, entre las tres y las cuatro de la mañana, se dormía dulcemente en el Señor. Sus últimas palabras fueron un hermoso consejo a sus hijas: «Continuad siempre lo mismo que hemos hecho siempre hasta ahora. Asistid a los pobres de fuera y de dentro».

Saumur se conmovió ante la noticia: «Ha muerto nuestra Santa». Una muchedumbre inmensa se apretujó en la capilla de la casa de «los tres ángeles», como se llamaba el asilo. En la misma capilla quedó enterrada.

En 1796 el hospicio fue llevado a la inmensa casa que había sido de los oratorianos antes de su dispersión. Ese mismo año, en la noche del 15 al 16 de agosto, las hermanas prepararon una humilde tumba en la capilla de Notre Dame des Ardilliers, tan querida de la santa. Allí quedaron los restos de su fundadora. En 1836 fueron colocados en una tumba más digna, y, por fin, en 11 de mayo de 1881, trasladados a la capilla de la nueva casa madre de la congregación: la hostería de la antigua abadía de Saint-Florent-les-Saumur.

Introducida su causa tardíamente, el 5 de julio de 1898, Pío XII la beatificó el día 9 de diciembre de 1947 y fue canonizada por el papa Juan Pablo II el 31 de octubre de 1982.

LAMBERTO DE ECHEVERRÍA

Bibliografía

AAS 15 (1948) 36-40; 314-319.
Discours sur la vie et les vertus de la vénérable Soeur Jeanne de La Noue, fondatrice et première supérieure de la maison de la Providence de Saumur (Angers 1743).
MACÉ, J., *Vie de Jeanne de La Noue, fondatrice de l'hospice de la Providence de Saumur et de la Congrégation des Soeurs de Sainte-Anne* (Saumur 1845).
TROCHU, F., *La vénérable Jeanne Delanoue, soeur Jeanne de la Croix, fondatrice des Soeurs de Sainte-Anne de la Providence de Saumur, 1666-1736* (París 1938).
• Actualización:
BERTHIER, R., *Jeanne Delanoue et le journal de la mère des pauvres* (París 1981).
DARRICAU, R. - PEYROUS, B. - VIGUERIE, J. DE, *Sainte Jeanne Delanoue, fondatrice des Servantes des pauvres (1666-1736)* (Chambray-les-Tours 1982).
CIMICHELLA, A.-M. (ed.), *Sainte Jeanne Delanoue, servante des pauvres* (Montreal 1984).
LADAME, J., *Saints et bienheureux de Jean-Paul II.* XXI: *Servantes des pauvres: Sainte Jeanne Delanoue...* (Montsûrs 1987).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN MAMÉS

Mártir († 273)

San Mamés (o Mamante o Mamas) es un mártir de Cesarea de Capadocia, del que la noticia más primitiva la proporcionan los santos Basilio y Gregorio Nacianceno. El panegírico de San

Basilio fue pronunciado en la basílica dedicada al santo en la propia Cesarea; en cambio, la homilía de San Gregorio es la pronunciada en la domínica siguiente a Pascua y todo indica que habla en ella del santo porque fue pronunciada en la iglesia dedicada al santo en Nacianzo. Otras fuentes, como la «passio», son posteriores. El *Martirologio romano,* recogiendo lo sustancial de las noticias primitivas, nos dice que se trataba de un humilde pastor que llevó en los montes una vida cristiana de gran austeridad y que, bajo el imperio de Aureliano, confesó la fe hasta el martirio. Ninguno de los dos citados doctores nos dicen otra cosa: nada sobre su familia, nada sobre su edad, nada sobre el género de martirio que padeció. San Gregorio dice que se servía de la leche de las ciervas para su alimento y que éstas venían gustosamente a que el santo las ordeñara. Ambos santos son testigos de la difusión del culto al mártir en Cesarea y en su entorno, y de cómo tenía fama de taumaturgo entre los fieles que lo veneraban, los cuales reciben por su intercesión gracias espirituales y temporales, y señala entre los milagros obrados por la intercesión del santo la resurrección de algunos niños, lo que había atraído las multitudes de fieles que acudían a venerarlo. La «passio» añade otros detalles, en los que ya ha puesto su mano la leyenda. Opinan los críticos que puede retenerse como verosímil la fecha de 273/274 para su martirio, aunque no hubiera una persecución general contra los cristianos entonces, pero no faltaron martirios. Se ha dicho que la «passio» utiliza el mito de Orfeo para narrar la vida del santo.

SAN EUSEBIO

Papa y mártir († 310)

Eusebio fue elegido obispo de Roma el 18 de abril del año 309 y se encontró con las dificultades que venían poniendo a la tranquilidad de la Iglesia los rigoristas, enemigos de que se concediera la reconciliación a los que habían apostatado por miedo en la persecución. Su jefe fue Heraclio, que amenazaba además con un cisma. Como dice San Dámaso, Heraclio sostenía la inutilidad de la penitencia, mientras que Eusebio enseñaba a los caídos a llorar sus pecados. La comunidad estuvo dividida en

dos bandos, y hubo por ello discordias muy graves. Pero el flamante papa tuvo poco tiempo de ocuparse del gobierno de la Iglesia porque, arrestado por orden del emperador Majencio, fue condenado por los jueces a destierro en la costa de Sicilia, donde murió al poco tiempo. Su cuerpo fue llevado a Roma y depositado en el cementerio de Calixto.

SANTOS SANTIAGO KYUHEI GOROBIOYE TOMONAGA Y MIGUEL KUROBIOYE

Mártires († 1633)

El 17 de agosto de 1633 murieron en Nagasaki, Japón, tras padecer el martirio de horca y hoyo el sacerdote Santiago Kyuhei y el seglar Miguel Kurobioye. Estaba en vigor la terrible persecución que decretara Tokugawa Yemitsu, y que tenía por objeto acabar con el cristianismo japonés.

SANTIAGO KYUHEI, que en religión se llamaba Santiago de Santa María, había nacido el año 1582 en la isla japonesa de Kyushu, en el seno de una familia noble y cristiana, siendo confiada su educación a los padres jesuitas de Nagasaki. Animado de una fe viva, colaboró en la evangelización teniendo el cargo de catequista. En 1614, cuando se volvió tan fuerte la persecución y se intimó a los agentes cristianos a abandonar el Japón, pasó a las Islas Filipinas, ingresó y profesó en la Orden de Predicadores y se ordenó sacerdote en 1626. Realizó su trabajo misionero en Filipinas y también en la isla de Formosa (Taiwán), pero su deseo era evangelizar a sus propios connacionales, a los que ya les iba faltando la presencia de misioneros que sostuviesen la fe y les administrasen los sacramentos, y en 1632 volvió a Japón, pese al extremo peligro que ello suponía por la ferocidad de la persecución. Llegó a Japón y tomó como compañero al catequista San Miguel Kurobioye. Apresado en poco tiempo, fue encerrado en la cárcel, condenado a muerte y condenado a la horca, en la que estuvo colgado dos días hasta morir.

MIGUEL KUROBIOYE era un japonés cristiano que se hizo compañero y catequista del P. Santiago y trabajó a su lado tres meses hasta que fue arrestado. Los tormentos padecidos debilitaron su fortaleza y tuvo la debilidad de declarar cuál era el es-

condite del P. Santiago, lo que significó el arresto del misionero; pero se repuso y confesó la fe cristiana con decisión, por lo que fue martirizado.

Fueron canonizados el 18 de octubre de 1987 por el papa Juan Pablo II.

BEATO NOEL HILARIO LE CONTE

Clérigo y mártir († 1794)

Noel Hilario Le Conte nació en Chartres el 3 de octubre de 1765, y era hijo de un jardinero. Sin que se sepa en qué concretas circunstancias, el hecho es que fue admitido en el coro bajo de la catedral de Bourges, constando que lo estaba ya en el año 1785, en que percibía ya su salario. Consta también que trabajó en el archivo musical de dicho cabildo (23 junio 1786). El 6 de julio de 1787 es nombrado para una de las ocho vicarías de residencia, fundadas en las capillas de la catedral. La capellanía para la que él fue nombrado estaba destinada a ser dada a clérigos que supieran música y podían ser revocables a voluntad del cabildo. El acta de su toma de posesión dice que este beneficio se le pudo dar a Le Conte porque tenía la suficiencia requerida en voz, en canto y en música. Llegada la Revolución él no era más que clérigo tonsurado, y al ser suprimido el cabildo se le asigna una pensión de 765 libras y 6 dineros que consta él percibió hasta abril de 1792. Por alguna razón desconocida, deja Bourges y se instala en Moulins, presentando un certificado de las autoridades del distrito de Bourges en que se dice que Le Conte desea vivir en Moulins. No se le molesta en más de un año pero en noviembre de 1793 es recluido y destinado a la deportación, sin duda por haberse negado a prestar el juramento constitucional. En diciembre se decide su ida a Rochefort, donde consta que estaba ya el 13 de abril siguiente, y queda detenido en el barco Le Borée. Pasa luego a Les Deux Associés, donde muere el 17 de agosto de 1794 y es enterrado en la isla de Aix. Sus compañeros de cautiverio alabaron el espíritu de piedad y la sincera fe católica de este joven clérigo.

Fue beatificado el 1 de octubre de 1995 por el papa Juan Pablo II.

BEATO ENRIQUE CANADELL QUINTANA

Presbítero y mártir († 1936)

Nació en Olot, Gerona, el 29 de junio de 1890 en el seno de una cristiana familia, cuyos tres hijos varones fueron sacerdotes. Formó parte del coro parroquial y fue monaguillo cuando niño, y en la adolescencia decidió su vocación escolapia ingresando en esta Orden el 22 de octubre de 1905, haciendo su primera profesión religiosa el 18 de agosto de 1907 y la solemne el 29 de junio de 1912. Acabados los estudios, se ordenó sacerdote en Lérida el 20 de diciembre de 1913. Ejerció el ministerio sacerdotal en los colegios de Mataró, Balaguer y en los dos de Barcelona, sobresaliendo no solamente como maestro sino también como predicador celoso del evangelio y difusor de la devoción eucarística. En julio de 1936 estaba destinado en el colegio de Nuestra Señora de las Escuelas Pías de Barcelona. El día 20 de julio hubo de dejar el colegio y se refugió en una familia amiga, pero viendo que ponía esta casa en peligro decidió marchar a Olot, logrando un salvoconducto por su condición de maestro y llegando a casa de su hermana con muchas cautelas.

Dedicado a la oración y la lectura, y poniendo su vida en las manos de Dios, permaneció en esta casa hasta que en la noche del 17 de agosto registraron la casa y le interrogaron, y él reconoció que era religioso escolapio. Entonces los milicianos lo llevaron en un coche, lo maltrataron fuertemente para que dijera el paradero de sus hermanos sacerdotes y lo fusilaron en las cercanías de Castellfullit de la Roca, Gerona. Parece que uno de los milicianos comentó que hubieron de matarlo enseguida porque los estaba convenciendo.

Juan Pablo II le beatificó el 1 de octubre de 1995 en el grupo de 13 escolapios martirizados en diversos días y en varios lugares en 1936.

18 de agosto

A) MARTIROLOGIO

1. En Palestrina (Lacio), San Agapito, mártir (fecha desconocida).
2. En Útica (África), los santos mártires de la Masa Cándida († s. III/IV) *.
3. En Mira (Licia), San León († s. III/IV), mártir.
4. En Roma, en la Vía Labicana, Santa Elena († 329), madre del emperador Constantino **.
5. En Metz (Galia), San Fermín († s. IV), obispo.
6. En Arles (Provenza), San Eonio († 502), obispo.
7. En Bitinia, el tránsito de San Macario († 850), hegúmeno, defensor de las sagradas imágenes *.
8. En Caleruega (Burgos), Beato Manés de Guzmán († 1234), presbítero, hermano de Santo Domingo y religioso de su Orden **.
9. En el monasterio de La Cava (Campania), Beato Leonardo († 1255), abad.
10. En Rávena (Romañola), Beato Rainaldo de Concoregio († 1321), obispo *.
11. En Mantua (Lombardía), Beata Paula Montaldi († 1514), virgen, abadesa clarisa *.
12. En Rochefort (Francia), Beato Antonio Bannassat († 1794), presbítero y mártir *.
13. En Valdemoro (Madrid), Beato Francisco Arias Martín († 1936), presbítero y mártir, novicio de la Orden de San Juan de Dios *.
14. En Barbastro (Huesca), beatos Jaime Falgarona Vilanova y Atanasio Vidaurreta Labra († 1936), religiosos de la Congregación de Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María *.
15. En Valdealgorfa (Teruel), Beato Martín Martínez Pascual († 1936), presbítero y mártir, de la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos del Sagrado Corazón de Jesús *.
16. En Rafelbuñol (Valencia), Beato Vicente María Izquierdo Alcón († 1936), presbítero y mártir *.
17. En Santiago de Chile, Beato Alberto Hurtado Cruchaga († 1952), presbítero, de la Compañía de Jesús **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTA ELENA

Madre de Constantino († 329)

No, no durmió sus sueños de recién nacida entre los encajes de una cuna imperial. Fue en un pobre cortijo de Deprano, en Nicomedia, donde vio la luz, en el 248 o 249, aquella niña, escasa de bienes de fortuna, sobre la que Dios tenía planes estupendos.

Así nos lo dijo San Ambrosio, que vivió en una época inmediata a la de nuestra santa.

Nos figuramos a Elena en su adolescencia y juventud trabajando en el mesón de su padre. Atendiendo a todo, trajinando para tener las dependencias limpias y la comida sabrosa y a punto, obsequiosa con sus huéspedes... Siempre sencilla, humilde, recatada, sonriente. Era pagana, sí, porque de familia pagana había nacido, pero sentía en su corazón el vacío de aquellas falsas divinidades.

Hacía unos años que había unas persecuciones horribles contra los cristianos, desencadenadas por los propios emperadores de Roma, que los mandaban apresar y les sometían a tormentos terribilísimos y terminaban por llevarlos al anfiteatro para echárselos a las fieras. También a muchos los quemaban vivos.

Elena no terminaba de comprender por qué sus emperadores hacían aquello. ¡Si los cristianos eran buena gente! Ella trataba con algunas muchachas de su edad que pertenecían a aquella «secta» y no podía sino decir que eran excelentes. Tanto que, a veces, comparándolas con sus amigas paganas, había de reconocer que las superaban en todos los aspectos.

Naturaleza la suya rica en dones de Dios, poseía físicamente una singular hermosura que realzaba la espontánea nobleza de su espíritu y esa que llaman «aristocracia del alma»: una inteligencia privilegiada y un gran corazón.

Tenía ya Elena alrededor de veintitrés años. Todos sus encantos estaban en auge, como en capullo recién abierto. Cuando la Providencia, «río caudaloso lleno de posibilidades y de sorpresas», cambió por completo el curso de su obscura vida.

Ignoramos dónde y cómo se conocieron Elena y Constancio. Él, general valeroso, de noble familia, prefecto del Pretorio durante el gobierno de Maximiano, era de carácter suave, de espíritu exquisito y culto y de salud delicada. La palidez de su rostro había dado origen a su sobrenombre: Cloro.

La espléndida y pudorosa hermosura de aquella muchacha se le entró por los ojos robándole el corazón. Aunque ¿quién dudará que su asombro no tuvo límite cuando, al tratarla, pudo percibir la nobleza de sus sentimientos?... Y la hizo su esposa.

No han faltado autores malintencionados que han hablado de concubinato. Nada de eso. Tillemont se ha encargado de demostrar plenamente la legitimidad de su matrimonio. Fruto de él fue su hijo Constantino, futuro emperador de Roma, que vino al mundo en Naissus (Dardania) el 27 de febrero del 274.

1.º de marzo de 293. El Imperio romano se había extendido prodigiosamente. Diocleciano y Maximiano, que, unidos hacía tiempo, lo compartían con el título de Augustos, decidieron tener cada uno de ellos un César que colaborara en el gobierno y administración de sus Estados. Diocleciano eligió a Galerio, y Maximiano a Constancio Cloro.

Una condición se le impuso al marido de Elena: había de repudiar a su mujer y casarse con la hijastra de Maximiano, único medio de que existiera el imprescindible «parentesco» entre los Augustos y sus Césares. Se separó, pues, de Elena y se unió en matrimonio con Teodora. Prevaleció en él la ambición de la gloria sobre la gloria del amor.

Y nuestra santa ¿qué hizo? Al verse postergada no dejó que se le quebrasen las alas del alma. Las plegó hacia dentro, y serena, tranquila y solitaria se refugió en el reino de su corazón. Allí le dolía menos su abandono. Es que, sin ella sospecharlo, la acompañaba Dios.

Más le costaba la ausencia de su hijo. Intuyendo Diocleciano en el muchacho excepcionales dotes de guerrero y organizador, quiso prepararlo por sí mismo con vistas al futuro, y hacía tiempo que lo tenía en su palacio. Años fecundos estos que pasó junto al emperador. Dejaron en el adolescente una impresión indeleble, ya que, al estallar furiosa y demoledora «la gran persecución» contra los cristianos, pudo personalmente comprobar de qué era capaz una fe religiosa profundamente sentida.

25 de julio del 306. En este día muere Constancio Cloro. Su hijo, que le acompañó en sus últimos momentos, ya no sueña más que con llevarse a su madre a vivir con él. Está orgulloso de ella y quiere compartir su misma vida para sentir siempre el beneficio de su influencia.

¿Era Elena cristiana ya entonces? ¿Desde cuándo? No se sabe exactamente. La mayoría de los autores coinciden en afirmar que no lo fue hasta después de la aparición de la cruz en el cielo, durante la batalla de Saxa Rubra. Recordemos brevemente el suceso copiando a Eusebio de Cesarea, que dice haberlo oído de labios del emperador.

> «Era en las horas posmeridianas, cuando el sol declina ya; Constantino vio en el cielo, con sus propios ojos, un trofeo de cruz compuesto de luz, superpuesto al sol, y adherida al mismo una escritura que decía: "Con este signo vencerás". Él, juntamente con todo el ejército que le sigue, se siente presa de estupor. Constantino no comprende el significado de la aparición y pensándolo largamente llega la noche. Pero, mientras duerme, le aparece el Cristo de Dios, juntamente con el signo visto en el cielo, y le manda que haga una imitación del signo y se sirva de él como de salvaguarda en las refriegas con los enemigos».

Efectivamente, fabricado el «dábaro» según el signo aparecido, se lanza a la batalla y termina con aquella aplastante victoria, «que decidió los destinos del mundo y de la cristiandad».

A los pocos días era Constantino dueño de Roma y entraba en la Ciudad Eterna como único emperador. Era el 28 de octubre del 312. Desde entonces, en sus ideas y en su corazón, puede decirse que es cristiano. No obstante, plenamente, no llegó a realizarlo hasta los últimos momentos de su vida en que recibió el bautismo.

No obró así su madre. El sol de la cruz que alumbró el cielo de Roma iluminó y caldeó el corazón de Elena haciéndole sentir la sublimidad de la religión cristiana y se abrazó con ella. El bautismo abrió en su alma una fuente de piedad viva, consciente, activa.

Ya está restablecida la unidad imperial. Reconocido Constantino soberano del orbe, considera a su madre la soberana. Le da el título de Augusta, manda acuñar monedas con su efigie y, mostrándole una ilimitada confianza, deja a su plena disposi-

ción el tesoro del Estado. Mas, elevada a la cúspide de las grandezas humanas, Elena no se envanece. Vive sin fausto ni lujosas ostentaciones, y, según afirma San Gregorio, «su encantadora modestia enardece de entusiasmo a los romanos».

Al ser enriquecidas por la gracia sus espléndidas cualidades personales despliega todo su poder en favor de su hijo. Y es entonces cuando se percibe el valor de su influencia al transmitirle, con su cariño, todos los tesoros de bondad y prudencia que su alma acumula. El Dante decía de Beatriz: «Ella miraba hacia arriba y yo miraba en ella». Algo así podemos creer de Elena y Constantino. Léase, si no, el famoso Edicto de Milán y todos los que le siguieron, hasta su prohibición del culto de los dioses lares, en el 321, y «toda la lluvia de beneficios morales y materiales que el gobierno de Constantino hizo caer sobre la Iglesia y que no son del todo legendarios».

Entramos en el año 326. Elena siente el declinar de su vida. Desde que el emperador ha trasladado su sede a la antigua Bizancio, la «nueva Roma», allí vive ahora su madre, en aquella ágora que él, en su honor, ha adornado prodigiosamente de pórticos y estatuas. Cerca tiene la iglesia de Santa Irene, también restaurada y embellecida por su hijo. En la placidez de los atardeceres, acompañada de alguna de aquellas esclavas a las que la emperatriz trata como a hijas de su corazón, entra en la iglesia y en ella permanece largo rato dando expansión a su piedad. Considerando la magnificencia de aquella ciudad que ha hecho resurgir Constantino a orillas del Bósforo, se le enardecen los deseos de hacer algo semejante en los lugares que, en Palestina, santificó Jesucristo con su presencia.

Contaba a la sazón setenta y siete años, y los viajes en el siglo IV no se hacían con la rapidísima comodidad con que los hacemos en nuestro tiempo. Eran, por el contrario, de una lentitud y solemnidad abrumadoras. Pero nada hay difícil para un grande amor.

Partió, pues. Su viaje, realizado con ese despliegue de lujo que pedía su rango en aquella época, dejó tras de sí imborrable estela de maravillas. Llamaba sobremanera la atención la persona de la emperatriz. Anciana, conservando aún los rasgos de su extraordinaria belleza, parecía no darse cuenta de la admiración

que despertaba a su paso. En cambio, con una humildad que sobrecogía el ánimo de todos, se colocaba en las asambleas de los fieles en cualquier punto designado para las mujeres, mezclándose con las de más baja condición. Se hospedaba en conventos de monjas y hacía vida común con ellas, ocupando su tiempo en remediar toda clase de necesidades y estudiando las Sagradas Escrituras. Cuanto más se adentraba en la religión cristiana, mayor era el entusiasmo y la admiración que por ella sentía. Pero nada le produjo una impresión tan reverente como el ver a aquellas doncellas cristianas que, renunciando a los halagos del mundo, consagraban a Cristo su virginidad.

Leyenda o historia, no hay nadie que, al escribir la semblanza de esta ilustre mujer, silencie el caso maravilloso de la invención de la Santa Cruz.

Parece que la mayor disconformidad existente en este punto entre los historiadores es debida al silencio que del viaje de Elena hace Eusebio de Cesarea en su *Vida de Constantino el Grande,* a quien —acaso por adulación— atribuye todas las construcciones y reconstrucciones que se hicieron en Palestina aquellos años.

Así lo juzga Tillemont al comprobar que los santos Crisóstomo, Ambrosio, Paulino de Nola y Sulpicio Severo, aunque difieren en alguna pequeña circunstancia, todos atribuyen a Santa Elena el descubrimiento de la Vera Cruz. Por otra parte, el misal que a diario usamos, al comentar esta fiesta el 3 de mayo, se lo asigna también a nuestra santa. ¿Por qué habríamos de silenciarlo aquí?

Mientras la piadosa emperatriz proyectó su viaje a Palestina un deseo vehemente enardecía su corazón: ver, tocar, venerar el sagrado leño del que estuvo colgado el Salvador del mundo. A su llegada a Jerusalén ahí se enderezan todas sus investigaciones. Mas sin éxito alguno entre los cristianos. Entonces se dirige a los judíos. Y es uno, llamado Judas, quien —señalándole el sitio exacto donde se encuentra— le pone en antecedentes de una tradición conservada entre ellos:

> «Hacía muchos años que, por despojar los judíos a la devoción cristiana del precioso símbolo de la cruz, la habían echado, con las de los dos ladrones, a un pozo que después colmaron de tierra y piedras para que se pudriera la madera».

Comienzan las excavaciones. Y, después de dos días de ansiosa expectación, aparecen las tres cruces. Pero ¿cuál de las tres sería la de nuestro divino Salvador? El santo obispo Macario acompaña a la emperatriz, y, por una inspiración súbita, recurre a una prueba decisiva: Había en aquel lugar una enferma en estado agónico. Se dirigen procesionalmente a su casa llevando las tres cruces y, cantando durante el trayecto todos los asistentes himnos sagrados, imploran la ayuda del cielo.

Sacan a la enferma fuera en una parihuela. Y, en medio del silencio más impresionante, se acerca el obispo, ayudado por la emperatriz, y toca suavemente la cabeza de la moribunda con una de las cruces. Ni al contacto de la primera ni al de la segunda muestra aquella pobre mujer ninguna reacción. Sus ojos cerrados y su rostro exánime dan la impresión de que ya es cadáver. Mas, al posar sobre ella la tercera cruz, se incorpora, abre los ojos llenos de luz y de vida, y, cruzando las manos en el aire, exclama con exultación: «¡Dios mío, estoy curada!».

La alegría que rezuma el alma de Elena en aquellos momentos hay que intuirla; no se puede describir.

Después de dar satisfacción cumplida a su piedad dispone que la Santa Cruz se divida en tres trozos. Uno lo entrega al obispo Macario para la veneración de los fieles en la iglesia de Jerusalén. El segundo lo envía a la iglesia de Constantinopla, y el tercero a Roma, a la basílica mandada levantar por ella unos años antes y que más tarde se llamó de «Santa Cruz de Jerusalén».

Llegamos al 329. Santa Elena, cumplidos ya los deseos más ardientes de su corazón, siente en su cuerpo el peso de los años y en su alma ansias de eternidad. Y al bendecir al Señor, llena de reconocimiento, sus labios repiten con el anciano Simeón: *Nunc dimittis ancillam tuam, Domine.*

Regresa junto a su hijo, y al poco tiempo muere en sus brazos. Se desconocen la fecha y el lugar de su partida de este mundo. Consta, sin embargo, que no fue en Roma, ya que Constantino hizo trasladar allí sus restos con la máxima solemnidad. Hoy, en la iglesia de Ara Caeli, de la Ciudad Eterna, existe una capilla dedicada a Santa Elena. En ella se venera la cabeza y algunos huesos de la santa emperatriz.

No hizo Santa Elena, que sepamos, milagros en vida, y aun ignoramos si después de su muerte. Pero supo hacer el «milagro» de esgrimir con la misma gentileza una escoba en la hostería de su padre que el cetro del mundo en la corte de su hijo, y de dar un brinco gigante desde las tinieblas del paganismo hasta los esplendores de la santidad.

MARÍA ENGRACIA IBÁÑEZ, ODN

Bibliografía

Art. en F. CABROL - H. LECLERCQ (dirs.), *Dictionnaire d'archéologie chrétienne et de liturgie.*

HOMO, L., *Nueva historia de Roma* (Barcelona [5]1965).

RICCIOTTI, G., *La era de los mártires: el cristianismo desde Diocleciano a Constantino* (Barcelona 1956).

TILLEMONT, L. S. DE, *Histoire des empereurs et des autres princes qui ont régné durant les six premiers siècles de l'Église, de leurs guerres contre les juifs, des écrivains profanes, & des personnes les plus illustres de leur temps* (Venecia 1732-1739), 6 vols.

VIZMANOS, F. DE B., SI, *Las vírgenes cristianas de la Iglesia primitiva* (Madrid 1949).

ZAMEZA, J., SI, *La Roma pagana y el cristianismo. Los mártires del siglo II* (Madrid [2]1943).

- Actualización:

JANERAS, S., *Santa Elena, la emperatriz* (Barcelona 1999).

PESCE, G., *Elena santa. Vergine anacoreta di Laurino* (Roma [3]1982).

WOHL, L. DE, *El árbol viviente. Historia de la emperatriz Santa Elena* (Madrid [r]2002).

BEATO MANÉS DE GUZMÁN

Presbítero († 1234)

Caleruega, en el corazón de la provincia burgalesa, se nos ofrece todavía como un ejemplar de aquellas aldeas, con su caserío agrupado junto a la silueta recia y protectora de un viejo torreón medieval, maltratado por los siglos, pero aún erguido con noble apariencia retadora. Caleruega es, en la actualidad, un pueblecito de unos mil habitantes que mira por el mediodía hacia una vasta llanura, árida y monótona, y distingue hacia el norte una agreste región que a lo lejos se empina en sierras fieramente dentadas de riscos y precipicios. Adosado a su torreón, de trazo rectangular, que conserva cierta inflexible esbeltez, se levantó en un tiempo el castillo de los Guzmanes, finalmente destinado, en 1270, por Alfonso el Sabio, para monasterio de dominicas.

Muchos años antes, a mediados del siglo XII, habitaba el castillo una familia que dio a la Iglesia dos santos y un beato en sólo el curso de dos generaciones.

Suena bien el apellido de Guzmán en oídos españoles. Las páginas de nuestra historia le recuerdan con frecuencia y aparece entre las estrofas del Romancero por mor de la hazaña de Guzmán el Bueno en la defensa de Tarifa. Pero en los tiempos a que nos referimos ya no se luchaba por los campos de Burgos, y don Félix de Guzmán, a quien el monarca había confiado la defensa de aquella plaza, pudo cultivar en paz las sólidas virtudes de religiosidad y dulzura hogareña que anidaban en su corazón, profundamente fervoroso y cristiano.

Noble apellido el de don Félix. Pero nada tenía que envidiarle el de su esposa, doña Juana de Aza, dama acaudalada, cuyos padres residían y mandaban en la villa de este nombre, entre Aranda y Roa, y de dotes tan elevadas y escogidas que la llevaron, tras una vida ejemplar, a los altares, donde hoy la ofrece la Iglesia a la devoción de los fieles entre la corte admirable de sus santos.

Unidos por el amor, don Félix de Guzmán y doña Juana de Aza, en un tiempo en que los valores del espíritu resplandecían sobre toda clase de apreciaciones materialistas, y compitiendo sus almas en celo religioso y nobleza de sentimientos, era lógico que formaran un hogar donde Dios recogiera frutos de evangélica belleza y la Iglesia encontrara paladines para sus empresas y moradores para sus cenáculos.

Así fue, en efecto. Félix de Guzmán murió en olor de santidad y su cuerpo duerme el sueño de los justos en el monasterio de San Pedro, de Gumiel de Izán. Doña Juana, elevada, como hemos dicho, a los altares, fue sepultada primero al lado de su esposo, y descansa ahora en San Pablo de Peñafiel. De tres hijos suyos nos habla la historia. El mayor, Antonio, se consagró a Dios en el sacerdocio, y, desdeñando altos beneficios y dignidades eclesiásticas, muy posibles dada la posición de su noble familia, se enterró en vida en un hospital, para cuidar de los pobres y los peregrinos que acudían por entonces en gran número al sepulcro de Santo Domingo de Silos. El menor fue aquella gran figura de la hagiografía hispana que el mundo conoce por

Santo Domingo de Guzmán. Entre ambos Manés, a quien están dedicadas las presentes líneas.

A menudo resulta difícil discriminar lo histórico de lo legendario cuando se pretende presentar la biografía de los santos de la Edad Media. Ello ocurre aun con figuras del más destacado relieve, de aquellos que brillaron con acusado fulgor en el firmamento de las glorias cristianas. Bien conocido parece ser Santo Domingo de Guzmán y harto evidentes resultan la mayoría de sus hechos, andanzas y milagros. Y, sin embargo, sus propios biógrafos suelen hacer constar esta premisa de carácter general y los más escrupulosos se afanan en presentar por separado lo que en sus investigaciones han hallado como historia cierta de aquello otro que no se atreven a desarraigar totalmente del campo de la leyenda, tan fecundo en profundos barroquismos de maravillas, éxtasis y revelaciones.

Si tal sucede con el propio fundador de la Orden de Predicadores y creador del rezo del rosario, imagínense las dificultades que se encontrarán para sacar a luz la existencia de su hermano Manés que, sencillo y humilde como florecilla perdida en ubérrimo valle, pasó por el mundo sin apenas dejar otro recuerdo que el olor de una bondad fragante y una abnegación silenciosa.

Su propio nombre resulta dudoso, pues hay quienes le llaman Mamés y otros Mamerto, y hasta la fecha de su nacimiento se ignora, aunque hubo de ser antes, probablemente no mucho, del año 1170, en que, según todas las probabilidades (tampoco esto es seguro), vino al mundo su hermano Santo Domingo.

Ocupa, pues, Manés, en la cronología familiar, el puesto intermedio entre sus dos hermanos Antonio y Domingo, y este lugar parece encerrar cierto simbolismo que refleja algunas de las particularidades de su carácter. De lo que no cabe duda es de que fue callado y de pocas iniciativas: hombre de ideas sencillas y dulce carácter, firme en su profunda devoción y amor a Dios y a sus semejantes, aficionado a la oración y meditativo. Se le conoce como Manés *el contemplativo:* su alma era transparente como el cristal y nunca perdió la pura inocencia, que es una de las características de muchos de los elegidos del Señor.

Manés se sintió atraído y como subyugado por la férrea voluntad y el trepidante dinamismo de Domingo: se unió a éste, y

a su lado permaneció largos años, siempre dispuesto a secundarle en sus empresas y a obedecer sus indicaciones, tan calladamente que apenas se le nombra de tarde en tarde por los historiadores del fundador de los dominicos, pero con una efectividad operante que surge como con destellos propios cada vez que esto ocurre.

Gran parte de su juventud la pasó Manés al lado de su santa madre, entregado a la práctica de la piedad y de las virtudes cristianas y a la lectura de los libros santos hasta que marchó a unirse a su hermano Domingo en tierras francesas del Languedoc, donde aquél trabajaba en la conversión de los herejes, a lo que también se entregó Manés, prodigando sus sermones y sus exhortaciones, que alternaba con la oración fervorosa y las más severas penitencias.

Tarea había, ciertamente, para todos en la gran empresa en que Santo Domingo se encontraba enfrascado. Sus luchas contra los errores y las malicias de los albigenses requerían el mayor número posible de auxiliares, y, al fundar aquél la Orden dominicana, a la que dio como especiales características las del estudio y la contemplación, Manés fue uno de los primeros miembros de la misma que en manos de su propio hermano hizo profesión de seguirle y cooperar al acrecentamiento de la obra de Dios.

Sabido es que Domingo, una vez confirmada la Orden por el papa Honorio III, decidió dispersar sus frailes por el mundo, haciéndoles salir del monasterio de Prulla, verdadera cuna de la Orden, para que establecieran en diversos países nuevas casas que sirvieran de centros irradiadores de la verdad evangélica.

La dispersión tuvo lugar el día de la Asunción de Nuestra Señora de 1217, fecha que ha pasado a las crónicas de la Orden con el calificativo de *Pentecostés dominicano.* La despedida del fundador fue tierna y patética. Se apartaban de él quienes primero se le habían unido y a su lado habían rezado y predicado, y entre ellos se encontraba el hermano, Manés, que formaba parte del grupo que salió con dirección a París, para, como atestigua Juan de Navarra, «estudiar, predicar y fundar un convento» en la capital de Francia.

Es curioso que, a la par que estos religiosos, salieran otros para España y que Manés figurase, no obstante, entre los pri-

meros. No parece arriesgado presumir que Santo Domingo lo decidiera así por parecerle más difícil la lucha evangélica en Francia que en España, dando con ello una prueba de la confianza que tenía en su hermano. No era, por otra parte, Manés el único español que figuraba en el grupo, sino que había otros dos más entre los siete que lo componían. La labor que todos ellos llevaron a cabo fue magnífica. A su llegada a París se acomodaron en una vivienda modesta, frente al palacio del obispo; pero poco más tarde les concedieron una casa de mayor amplitud, donde fundaron el convento de Santiago, que no tardó en convertirse en uno de los de más nombradía de la Orden, tanto por aquel tiempo como en los posteriores.

Pero aún había de conferir Domingo a su hermano otra misión, si no de tanta trascendencia, quizá más delicada y difícil, y a la que el santo fundador concedía importancia singular.

Iniciadas las comunidades de dominicas, Santo Domingo tuvo decidido interés en destinar a cada una de ellas algún vicario de la propia Orden que las gobernase, dirigiese y santificase.

> «Proveyólas principalmente —dice a este respecto el grave historiador Hernando del Castillo— de maestros y padres espirituales que las enseñasen, guardasen, amparasen, alumbrasen, consolasen y desengañasen en los muchos y varios casos y cosas a que en la prosecución de tan santa y nueva vida se les habían de ofrecer». Y, después de pintar cuáles son las virtudes que deben hacer de las comunidades religiosas, "congregaciones de ángeles", añade: «Para tales las criaba Santo Domingo, y por eso fue su primer cuidado dejar en su guarda y compañía a quien pudiese ser maestro y padre de la perfección que buscaron dejando el mundo y de la que prometieron buscando a Dios».

Si éstos eran el pensamiento y los deseos de Santo Domingo, puede suponerse con cuánto cuidado elegiría a aquellos de sus monjes que habían de encargarse de la función de vicarios en las Comunidades religiosas dominicas. Para esto también resultaban insuperables las dotes de Manés, virtuoso, prudente, reflexivo y fiel cumplidor de las reglas de la Orden y de las advertencias de su fundador.

Por eso, sin duda, cuando en Madrid se estableció la primera comunidad de dominicas en el monasterio que más adelante se conoció con el nombre de Santo Domingo que gozó de la pro-

tección del rey San Fernando, designó para vicario de la misma a su hermano Manés, que con este motivo se reintegró a la madre patria para continuar en ella su vida religiosa.

Manés cumplió su misión a plena satisfacción de Santo Domingo, que, desde Roma, dirigió a la superiora de la comunidad de Madrid una carta, en la que desborda el cariño que experimentaba por su hermano y la alta estima que las dotes y virtudes de éste le merecían. Dice así aquella tierna misiva:

> «Fray Domingo, maestro de los frailes Predicadores, a nuestra muy amada priora y hermanas del monasterio de Madrid, salud y acrecentamiento de virtudes.
>
> Mucho nos alegramos y damos gracias a Dios por haberos favorecido en esa santa vocación y haberos librado de la corrupción del mundo. Combatid, hijas, el antiguo enemigo del género humano, dedicándoos al ayuno, pues nadie será coronado si no pelease. Guardad silencio en los lugares claustrales, esto es, en el refectorio, dormitorio y oratorio, y en todo observad la regla. Ninguna salga del convento, y nadie entre, no siendo el obispo y los superiores que viniesen a predicar y hacer visita canónica. Aficionaos a vigilias y disciplinas; obedeced a la priora; no perdáis tiempo en inútiles pláticas. Como no podemos procuraros socorros temporales, tampoco os obligamos a hospedar religiosos ni otras personas, reservando esta facultad a la priora con su consejo. Nuestro carísimo hermano fray Manés, que no ha omitido sacrificio alguno para conduciros a tan santo estado, adoptará cuantas disposiciones le parezcan convenientes para que llevéis santa y religiosa vida. Le autorizamos para visitar y corregir a la Comunidad y, si fuese preciso, para sustituir a la priora, con el parecer de la mayoría de vosotras, y para dispensar en algunas cosas, según su discreción. Os saludo en Cristo».

Después de la muerte de Santo Domingo, ocurrida en el convento de San Nicolás, en Bolonia, el 6 de agosto de 1221, apenas se vuelve a tener noticias del Beato Manés. Consta, sin embargo, que siguió su vida religiosa en España y que guardó siempre un inextinguible cariño y una profunda veneración por aquel hermano que había sido su estrella y su guía y a cuyo amparo, y, por así decirlo, a sus inmediatas órdenes, estaba acostumbrado a actuar. Muchos de sus esfuerzos debieron dirigirse a procurar que los fieles le tributaran culto y a que su memoria perdurara en el discurrir de los tiempos.

A este respecto refiere Rodrigo de Cerrato, contemporáneo del santo, que

> «Cuando en España se supo que era canonizado el bienaventurado Domingo, su hermano fray Manés vino a Caleruega, y, predicando al pueblo, los excitó a que en el lugar donde el Santo había nacido edificaran una iglesia, y añadió: "Haced ahora una iglesia pequeñita, que será ensanchada cuando a mi hermano le placiere"».

Efectivamente, se construyó la iglesia y, según el mismo historiador,

> «Lo que el varón venerable predijo con espíritu de profecía de que aquella pequeñita iglesia sería agrandada lo vemos en nuestros días cumplido, pues Don Alfonso, rey ilustrísimo de Castilla y de León, hizo que allí se edificase un monasterio con toda magnificencia, donde sirven al Señor Dios religiosas de nuestra Orden».

Manés continuó su vida humilde de oración, predicación y estudio, hasta el año 1234, en que, hallándose de nuevo en Caleruega, Dios le llamó a compartir en el cielo la gloria del hermano a quien tanto había amado y ayudado en la tierra, y fue enterrado en el panteón de su familia, en el monasterio de San Pedro, del cercano pueblo de Gumiel de Izán.

El dominico Bernardo Guidón lo confirma así:

> «Descansa en un monasterio de los monjes blancos en España, donde es esclarecido con milagros. Es reputado santo y conservado en una sepultura cerca del altar. Así lo refirió un religioso español, socio del prior provincial de España, que asistió al Capítulo general celebrado en Tolosa el año 1304, y había visitado dicho sepulcro».

Cuando comenzaron a darle culto trasladaron sus reliquias del panteón de su familia al altar mayor, y allí estaban expuestas a la veneración pública, juntamente con otras muchas de otros santos, traídas de Colonia. El padre fray Baltasar Quintana, prior del convento de Aranda de Duero, enviado por el padre provincial a Gumiel para examinar lo referente al sepulcro de los Guzmanes, dice en carta escrita el año de 1694, al padre maestro fray Serafín Tomás Miguel, autor de una vida de nuestro padre Santo Domingo, que:

> «La venerable cabeza de San Manés y otras reliquias suyas se hallaban en el altar mayor y tenían esta inscripción: *Sancti Mamerti Ordinis Praedicatorum, Fratris Sancti Dominici de Caleruega in Hispania*».

Después, las benditas reliquias pasaron por varias vicisitudes y, a excepción de un pedazo del cráneo que conservaron las

dominicas de Caleruega, se desconoce lo ocurrido con el resto, si bien es muy probable que desapareciera cuando los desórdenes y quemas de conventos de los años 1834 y 1835 en Barcelona, adonde, según todas las apariencias, las había llevado el por entonces procurador general de la Orden, padre fray Vicente Sopeña.

Como quiera que fuese, el culto a San Manés se difundió mucho después de su muerte. Canonizada su madre por el papa León XII, a ruegos del rey de España Don Fernando VII y de los magnates de la nación, estos mismos grandes señores elevaron a Roma sus solicitudes para que el segundo hijo de Santa Juana de Aza recibiera también los honores del culto y, efectivamente, Manés fue proclamado beato por el papa Gregorio XVI, sucesor de León XII, el 2 de junio de 1834.

ALFREDO LÓPEZ

Bibliografía

ÁLVAREZ, P., OP, *Santos, bienaventurados, venerables de la Orden de Predicadores,* I (Vergara 1920).

CASTILLO, H. DEL, OP, *Historia general de Santo Domingo y de su Orden,* parte 1.ª (Madrid 1584) l.1, c.41-42.

DÍEZ DE TRIANA, D., OP, *Santo Domingo de Guzmán, apóstol universitario* (Barcelona 1945).

ECHARD, J. - QUETIF, J., OP, *Scriptores Ordinis Praedicatorum recensiti, notisque historicis et criticis illustrati...,* 2 vols. (París 1719-1721).

GELABERT, M. - MILAGRO, J. M.ª, OP, *Santo Domingo de Guzmán visto por sus contemporáneos* (Madrid 1957).

• Actualización:

CASTILLO, H. DEL, OP, *Historia general de Santo Domingo y de su orden de predicadores,* 3 vols. Reprod. facsímil (Valladolid 2002).

CUADRADO TAPIA, R., OP (ed.), «Beato Manés, hermano de Santo Domingo»: *Folletos dominicanos,* n.43.

OQUILLAS, O., «Reliquias del beato Manés»: *Communio* 21 (1988) 76-90.

BEATO ALBERTO HURTADO CRUCHAGA *

Presbítero († 1952)

Nace el día 22 de enero de 1901 en Viña del Mar (Chile), quedando huérfano de padre a los cuatro años de edad. Su ma-

* Prevista su canonización para octubre de 2005, a falta de confirmación por Benedicto XVI.

dre se ve obligada a malvender sus propiedades para pagar las deudas familiares, trasladándose a Santiago a vivir en casa de un tío suyo, hermano de su madre. Desde pequeño conoce la condición de los pobres, y a ellos dedicará toda su vida. Gracias a una beca pudo ingresar en 1909 en el colegio de San Ignacio de Santiago, donde hizo la primera comunión y fue confirmado. En este centro tuvo como director espiritual al padre Vives Solar, SJ, un gran formador de juventudes, que influyó profundamente en su vocación y en su destacada preocupación social. Comenzó a dar clases en una escuela nocturna, donde conoció aún mejor la realidad de los trabajadores chilenos. Obtuvo un empleo en *El Diario Ilustrado* y volcó todas sus inquietudes políticas en el Partido Conservador, buscando llevar sus ideas sociales al seno del partido que había defendido a la Iglesia en las luchas políticas religiosas del siglo XIX.

La educación con los padres jesuitas le llenó de entusiasmo, y quiso entrar en la Compañía de Jesús en 1916. Le aconsejaron que esperara, con el fin de que se ocupara de su madre y de un hermano menor trabajando por las tardes. En 1918 se matriculó en derecho en la Universidad Católica, colabora con el padre Fernández Pradel en el círculo de estudios León XIII y es profesor en el instituto nocturno San Ignacio. Por fin, el 14 de agosto de 1923, es admitido en la Compañía de Jesús en el noviciado de Chillán, pasando dos años más tarde a Córdoba (Argentina) para continuar el noviciado. En 1927 es enviado a España para realizar los estudios de filosofía y teología, pero al producirse en 1931 la expulsión de los jesuitas continúa la teología en la Universidad de Lovaina (Bélgica).

El 24 de agosto de 1933 recibe la ordenación sacerdotal, y al año siguiente obtiene el doctorado en pedagogía y psicología, regresando a Chile en 1936.

Una vez en su país su celo apostólico se fue extendiendo a todos los campos. Profesor de religión en el colegio San Ignacio, y de pedagogía en la Universidad Católica y en el seminario pontificio. La etapa de profesor de religión y director espiritual de jóvenes es una de las más fructíferas, volcando toda su sabiduría y su gran corazón de padre. Los muchachos se dieron cuenta pronto de que era un profesor diferente: los quería y es-

cuchaba. Se preocupaba por ellos y estaba siempre disponible para atender sus confidencias. En su confesonario había colas a diario, pues tenía una intuición especial para llegar al alma de sus jóvenes y hablaba de Cristo con pasión, como de un amigo muy querido, con quien tenía una profunda conversación interior. Utilizaba un lenguaje franco, sincero, varonil, presentando el cristianismo como un desafío digno de entusiasmar a los jóvenes. Con su ingenio contribuye a crear la editorial *Difusión Chilena,* para publicar libros de espiritualidad, preocupándose por presentar un cristianismo alegre y evangelizador.

Construyó una casa de ejercicios en un pueblo que hoy lleva su nombre, dando ejercicios espirituales en incontables ocasiones a numerosos jóvenes, contribuyendo notablemente a la formación de muchos laicos cristianos, y a seguir la vocación sacerdotal a otros. Frente a la tremenda injusticia social que se incubaba en Chile, promueve un cambio de la sociedad, comenzando sus célebres «arengas», como las llamaban sus enemigos, en sus retiros espirituales. El año 1941 publicó su libro más famoso: *¿Es Chile un país católico?,* que tantas reflexiones promueve en las conciencias de los cristianos. Este mismo año se le confió el cargo de asesor de los Jóvenes de Acción Católica de la archidiócesis de Santiago y, al año siguiente, de toda la nación. Era su máxima alegría y se entregó a esta labor con indomable pasión. Recorrió Chile entero con sus dirigentes, hablando en las parroquias y teatros, reuniéndose en las noches con los sacerdotes y dirigentes locales, incendiando con su amor a Cristo a sus oyentes. El padre Hurtado hablaba elocuentemente, pero su fe y su corazón inflamado de amor a los hombres despertaron el alma católica y juvenil en Chile. No le faltaron incomprensiones, pues fue acusado de revolucionario, de cura comunista, de ser peligroso para los jóvenes. Sólo Dios sabe cuánto sufrió, porque nunca se quejó, y la peor cruz que llevó fue la crítica de quienes más debían haberle apoyado. Sufrió en silencio el exilio y la calumnia. En octubre de 1944, mientras daba un retiro, sintió una imperiosa necesidad de llamar a la conciencia de los católicos, para aliviar el sufrimiento de los más pobres. Obtuvo una generosa respuesta. Una forma de caridad que ayuda a gente sin techo, dándole no sólo un lugar para vivir, sino un verda-

dero hogar: el *Hogar de Cristo.* Fue la última obra de su vida y la más conocida hoy día. Se le habían cerrado muchas puertas, pero hay una que nadie puede atajar, el amor. Le habían prohibido ir al seminario, tampoco enseñaba en la Universidad Católica, no podía continuar con el apostolado de los jóvenes, pero tenía las noches libres. A diario, después de los trabajos, salía en su camioneta verde a conocer la vida real entre los pobres, y descubrió con espanto que debajo de los puentes del río Mapocho se juntaban a dormir los niños que pedían limosna durante el día. Su corazón se conmovió y lleno de amor cristiano se puso manos a la obra. Su denuncia conmovió al país, la ayuda solidaria afluyó con manos generosas y así nació una obra que se extiende por todo Chile. Vivía enamorado del Señor, y todos debían estar *chiflados por Cristo.* Por eso su peor sufrimiento fue su impaciencia por el Reino. Quería hacerlo todo cuanto antes, y su amistad invariable con el Señor fue su gran fortaleza ante los ataques y la envidia.

Abrió una primera casa de acogida para niños, luego una para mujeres y otra para hombres. Los pobres comenzaron a tener en el *Hogar de Cristo* un ambiente familiar donde vivir. Además, es uno de los primeros en defender la urgencia de formar dirigentes sindicales, bien instruidos en la doctrina social de la Iglesia. Se reúne con antiguos discípulos y los invita a formar una escuela sindical, la Acción Sindical Chilena (ASICH), y publica su libro *Sindicalismo,* donde resume sus enseñanzas y experiencias para sus queridos dirigentes. Va a comenzar a trabajar con los curtidos en la lucha por la justicia social. Entusiasma a algunos jesuitas, sacerdotes diocesanos y antiguos alumnos profesionales para empezar la aventura de *Mensaje,* una revista que estimularía la creación intelectual, abriendo el diálogo con las ciencias humanas y con el pensamiento católico de muchos países.

En 1945 viaja a Estados Unidos, y estudia cómo adaptar el movimiento *Boys Town* en Chile.

En medio de los atroces dolores que le producía el cáncer le decía a Jesús: «¡Contento, Señor. Sí, contento!». Después de haber pasado su existencia manifestando el amor de Cristo a los pobres, fallece el día 18 de agosto de 1952.

El aniversario de su muerte se celebra como el día de la solidaridad nacional, porque «la vida del padre Hurtado fue una visita de Dios a Chile».

> «El nuevo beato se nos presenta como un religioso ejemplar en el cumplimiento de sus votos, que supo unir una profunda vida religiosa espiritual y una gran fecundidad apostólica. Modelo de comunión en la Iglesia, de ejercicio del ministerio sacerdotal, de atención a los grandes cambios culturales de su tiempo y de extraordinaria sensibilidad social. Fruto de su ardor apostólico y de su sólida espiritualidad basada en Cristo, se pregunta en cada instante: ¿Qué haría él si estuviese en mi lugar? Apóstol incansable, expresó con fuerza su opción por los jóvenes y por los necesitados».

¿Cómo pudo este religioso jesuita desarrollar con tanto éxito un trabajo pastoral en campos tan variados? Porque vive intensamente su vida con la alegría de sentirse compañero de Jesús en el apostolado. Amaba al Señor en la oración, la visita al Santísimo y la contemplación de Dios en la naturaleza. «Si uno ha empezado a vivir por Dios con abnegación y amor al prójimo, todas las miserias llamarán a su puerta».

La línea directora interior de tan extensa actividad es el cumplimiento de la voluntad de Dios, porque «la voluntad de Dios es la llave de la santidad». Vive en unión con Cristo y estaba profesionalmente preparado. Ese amor personal por Cristo continuó según el espíritu de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio: «Somos colaboradores de Dios en la edificación del Cuerpo del Señor, en la redención y santificación de la humanidad que es cuanto da pleno significado a la creación». Esta rica espiritualidad lo induce a dedicarse en modo especial a los jóvenes.

La nota característica del *Hogar de Cristo* es que no se trata sólo de un centro o casa de acogida para personas abandonadas y solas, sean ancianos o jóvenes, sino de una pequeña casa, en donde seglares cristianos están empeñados en ofrecer no sólo su tiempo y actividad, sino el corazón, para estar cercanos y próximos a cada persona. Ocuparse de estos desafortunados y en la miseria, sanar estas desgracias para reconstruir en cada uno el sentido de la dignidad humana, con una paciencia, una bondad sin fin: «Cuando se te acabe el entusiasmo, agárrate a la fe».

La extraordinaria fama de santidad del padre Hurtado, y la continua y creciente devoción de los fieles que se reunían en su tumba, movieron el inicio del proceso informativo que se realizó entre los años 1977-1982. La *Positio* se presentó en la Congregación para las Causas de los Santos el año 1987. El 21 de diciembre se proclamó el decreto sobre la heroicidad de sus virtudes, y el 23 de diciembre de 1993 fue emitido el decreto sobre el milagro. El papa Juan Pablo II lo declara beato el 16 de octubre de 1994.

Milagro para la beatificación.

Alicia Cabezas, una chilena nacida en 1956, comienza en el año 1990 a sufrir dolores intensos de cabeza, con vómitos y pérdida de consciencia, siendo rápidamente ingresada en un hospital. Su estado de coma se califica de grado 3.º de Glasgow y en el TAC muestra un hematoma producido por una hemorragia subaracnoidea por rotura de aneurisma. Estas graves condiciones impiden que sea operada, siendo curada con terapia intensiva, pero el cuadro clínico se complica con una infección de las vías urinarias.

En los primeros días de agosto la paciente tiene una nueva hemorragia, permaneciendo grave hasta la mitad de dicho mes, empezando a mejorar de manera notable a partir del día 15. El 17 de agosto es trasladada a una sala común, siendo operada. Después de la intervención la paciente está curada y en noviembre de 1990 se encuentra perfectamente, trabajando de manera normal. Los peritos reconocen que una hemorragia intracerebral conduce al estado de coma y es realmente nefasta. Además, el coma persistente se ha mantenido varios días y se han desarrollado complicaciones, que no han permitido la intervención, no siendo fácil explicar la mejoría con la desaparición del coma y de la parálisis, la operación y la curación. La mejoría definitiva debe considerarse extraordinaria. Gracias a la extraordinaria mejoría ha sido posible operarla, obteniendo la curación de la paciente, sin secuela alguna. Conclusión: la curación ha sido extremadamente rápida y duradera, inexplicable según los actuales conocimientos científicos.

La Congregación Ordinaria del 9 de noviembre de 1993 se pronuncia favorablemente, declarando que la curación obtenida

por intercesión del Siervo de Dios Alberto Hurtado Cruchaga puede tenerse por sobrenatural. Juan Pablo II ordenó la promulgación del decreto.

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

CASTELLÓN COVARRUBIAS, J. A., *Identificarse con Jesucristo sirviéndolo en su misión. La espiritualidad del padre Alberto Hurtado Cruchaga, S.J. (1901-1952)* (Roma 1992).
LAVÍN, A., *El padre Hurtado, apóstol de Jesucristo* (Santiago de Chile 1977).
L'Osservatore Romano (14-10-1994).
RESCH, A. (ed.), *Miracoli dei Beati: 1991-1995* (Ciudad del Vaticano 2002) 273-280.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTOS MÁRTIRES DE LA MASA CÁNDIDA

(† s. III/IV)

Hubo ciertamente en el imperio de Galieno y Valeriano un martirio de numerosos cristianos en la ciudad africana de Útica, y los mártires son conocidos como de la «Masa Cándida». A estos mártires se les dedicó una basílica, y de su memoria se hace eco San Agustín. Respecto a su número se llegó a dar la cifra de trescientos pero parece que hay que reducir este número a la mitad, y respecto al nombre de Masa Cándida se ha hablado de que sus restos mortales compusieron una masa blanca, que les dio nombre, pero hoy se opina que se trata de un lugar cercano a Útica, concretamente una granja con ese nombre. El nuevo *Martirologio* sitúa su memoria el día 18 de agosto.

SAN MACARIO

Hegúmeno († 850)

Su nombre originario era el de Cristóbal y había nacido en la ciudad de Constantinopla. Inclinado desde pequeño a la piedad y el estudio de la Biblia, decidió en su juventud hacerse monje en el monasterio de Pelekete, tomando al profesar el nombre de

Macario, que significa feliz. Fue un monje ejemplar, lleno de espiritualidad y virtudes, y ello le valió el ser elegido hegúmeno del monasterio. El patriarca San Tarasio, que oía ponderar las buenas cualidades de Macario y su fama de taumaturgo, lo mandó llamar, pues quería conocerlo, y como resultado de la visita de Macario a Tarasio se produjo la ordenación sacerdotal del monje por parte del patriarca. Seguidamente Macario regresó a su monasterio. La paz de que disfrutaba en el mismo se vio turbada cuando el emperador León V el Armenio la emprendió contra las sagradas imágenes y contra los que eran los firmes puntales de su veneración. Como uno de ellos era Macario, esto le valió ser arrestado y sometido a torturas que no quebrantaron la firmeza moral del hegúmeno, por lo que fue encerrado en la cárcel y allí estuvo hasta que, muerto el emperador, se cambió la táctica. El nuevo emperador, Miguel, intentó ganárselo con promesas y lisonjas, lo dejó libre y le hizo propuestas de favor. Pero Macario siguió fiel a la causa ortodoxa y entonces fue relegado a la isla de Afusia, en la costa de Bitinia, y allí estuvo hasta su santa muerte, que parece tuvo lugar el año 850 el día 18 de agosto.

BEATO RAINALDO DE CONCOREGIO

Obispo († 1321)

Rainaldo o Rinaldo de Concoregio o Concorezzo nace en Milán hacia el año 1245 en el seno de una noble familia. Las primeras noticias que se tienen de él es que enseñaba derecho en Bolonia y en Lodi, entrando luego al servicio del cardenal Peregrosso que era vicecanciller de la curia romana. Muerto el cardenal en 1295, pasó al servicio del cardenal Gaetani, sobrino de Bonifacio VIII, quien lo nombra capellán suyo a la muerte del cardenal, asignándole varios beneficios y encargos y, por fin, el 13 de octubre de 1296, lo nombra obispo de Vicenza, nombramiento que prevalece pese a que el cabildo catedral vicentino había elegido a otro. El papa Bonifacio lo mandó a promulgar su laudo entre Francia e Inglaterra a propósito de la Guyena (1298). Declarado vicario suyo por Carlos de Valois en la Romaña, al intentar poner paz en un tumulto habido en Forli fue

herido gravísimamente, teniendo lugar al poco tiempo el asalto de Anagni al papa Bonifacio y la muerte de éste. Su sucesor el papa Beato Benedicto XI confirmó la elección que se había hecho de Rinaldo para la sede de Rávena, también esta vez con una elección alternativa, tomando por fin posesión de su sede en octubre de 1305.

Procuró tener un gobierno netamente pastoral y atender, en primer lugar, a los problemas estrictamente religiosos de la diócesis, y para ello llevó a cabo la visita pastoral a las parroquias y reunió a partir de 1307 varios sínodos diocesanos y provinciales. Sus métodos, llenos de espíritu evangélico, no pudieron menos que ser admirados y alabados. A ello se unía su vida personal: piadoso, austero, exigente consigo mismo, muy liberal con los pobres, lleno de rectitud y bondad, se decía de él que iba delante con el ejemplo y se le ponía como modelo de pastores en la Iglesia. En 1308 y por encargo del papa Clemente V presidió el juicio de los templarios italianos. Se negó a obtener confesiones mediante tortura, y en el concilio provincial de Rávena (junio de 1311) sentenció junto con los demás obispos la inocencia de todos los caballeros de la Orden en Italia. En aquella ocasión él y sus sufragáneos rechazaron expresamente todas las confesiones obtenidas bajo tortura y se decantaron por la necesidad de pruebas objetivas como única forma de probar una culpabilidad, y se negó a torturar a los templarios ni siquiera bajo la requisitoria del papa. Acudió al Concilio Ecuménico de Vienne (1311-1312) donde se disolvió la Orden de los Templarios no por modo de sentencia sino de disposición disciplinar. Vuelto a su diócesis continuó cuidando la disciplina eclesiástica, la dignidad del culto y la buena formación del clero.

Sintiéndose anciano y enfermo, se retiró al castillo de Argenta, desde donde gobernó la diócesis por medio de vicarios. Murió el 18 de agosto de 1321. Pío IX concedió misa y oficio del santo a la diócesis de Rávena, pasando luego a las de Lodi y Vicenza.

BEATA PAULA MONTALDI

Virgen y abadesa († 1514)

Paula Montaldi nació en la localidad italiana de Volta Mantovana el año 1443. Llegada a la adolescencia sintió la vocación religiosa, y con 15 años fue admitida en el monasterio de Santa Lucía, de monjas clarisas, de Mantua. Hecha la profesión religiosa e integrada en la vida de la comunidad, su piedad, obediencia, humildad y notoria espiritualidad la hicieron sobresaliente, de modo que fue elegida abadesa del monasterio. Lo fue largos años, mostrando excelentes cualidades para este cargo. Estaba llena de preocupación por cada una de las religiosas y pronta a atender todas sus necesidades, a las que procuró siempre edificar con toda su conducta. Superiora prudente y llena de buen juicio, atendió al buen estado material del monasterio y a que cada religiosa tuviese, en medio de la pobreza franciscana, todo lo necesario para la vida, siendo por ello muy amada por sus súbditas que no veían otra religiosa con sus mismas cualidades y la elegían abadesa una y otra vez.

Personalmente llevaba una vida muy austera y practicaba con cilicios, disciplinas y ayunos una continua penitencia. Su vida interior era riquísima y estaba centrada en la pasión del Señor y en la eucaristía, recreándola el Señor con éxtasis. En su tiempo abundaron las vocaciones al claustro de Santa Lucía, que se convirtió, bajo su mandato, en un monasterio floreciente. La muerte le sobrevino al caerse por una escalera. Recogida y acostada por sus hermanas, se preparó con gran fervor religioso a la muerte, que la unió al Señor el día 18 de agosto de 1514. El culto que se le empezó a tributar enseguida lo confirmó el Beato papa Pío IX el 6 de septiembre de 1876.

BEATO ANTONIO BANNASSAT

Presbítero y mártir († 1794)

Antonio Bannassat nació el 20 de mayo de 1729 en Guéret, Francia, hijo de un comerciante. No se sabe dónde hizo los estudios eclesiásticos ni cuándo se ordenó sacerdote. Consta que en 1772 fue nombrado párroco de Saint-Fiel, en el cantón de

Guéret. Fue también vicegerente de la municipalidad de esta villa. Luego fue uno de los administradores del departamento de La Creuse y miembro del buró intermediario de Guéret, cuyas deliberaciones, empezadas en octubre de 1788, se prolongaron hasta julio de 1789. Elegido diputado del clero de la senescalía de Guéret, en Haute-Marche, firmó el 19 de noviembre de 1790, con otros veintiséis sacerdotes diputados, su adhesión a la «Exposición de principios» de los obispos diputados sobre la constitución civil del clero. La firmó con el título de diputado de Guéret. En la célebre sesión del 4 de enero de 1791, él rehusó jurar. Vuelto a su parroquia, prestó el juramento constitucional con la reserva de no jurar nada que en la Constitución civil fuera contrario a las leyes de la Iglesia católica (25 de enero de 1791). Pero el 13 de febrero se le intimó a que firmara sin restricción alguna, y entonces se negó. Hubo de dejar la parroquia, se fue a vivir con una familia, pero al poco tiempo fue arrestado y llevado a prisión. Figura dos años después en la lista de sacerdotes no juramentados con la observación de recluido. En abril de 1793 fue condenado a la deportación y se le mandó a Burdeos, de donde debía partir para La Guayana. En Burdeos estuvo preso en el exconvento de los carmelitas y luego en la ciudadela de Blaye, debiendo padecer mucho por falta de espacio ya que estaban detenidos más de mil sacerdotes. A causa de esto lo reenviaron a Guéret (septiembre de 1793). Pese a que se alegó su escasa salud y su inactividad ministerial, fue enviado a Rochefort el 24 de marzo de 1794. Fue embarcado en Les Deux Associés.

Sacerdote culto y piadoso, agradable y modesto, edificó a sus compañeros de prisión con su paciencia y resignación cristiana. No pudo soportar las condiciones de su detención y murió el 18 de agosto de 1794, siendo enterrado en la isla de Aix. Fue beatificado el 1 de octubre de 1995 por el papa Juan Pablo II.

BEATO FRANCISCO ARIAS MARTÍN

Presbítero y mártir († 1936)

Nació en Granada el 26 de abril de 1884. Se educó en las Escuelas del Ave María. Con 19 años ingresó en el seminario conciliar e hizo los estudios eclesiásticos, ordenándose sacerdote en 1909. Ejerció varias capellanías de religiosas en Granada y fue luego coadjutor de Algarinejo y de una parroquia en Loja. Era un sacerdote piadoso y celoso, muy caritativo con los pobres y enfermos. Estaba de coadjutor en la parroquia de San José de Granada en la filial de San Nicolás, de la que era rector. En 1932 quemaron la iglesia y el fuego se extendió a su casa, estando en grave peligro de morir quemado. Entonces se refugió con los Hermanos de San Juan de Dios, y allí sintió la vocación religiosa. Al morir su anciana madre pidió ingreso en la Orden Hospitalaria, entrando como postulante en Ciempozuelos el 5 de octubre de 1935, e ingresando en el noviciado el 7 de diciembre siguiente.

Estaba haciendo su noviciado cuando acaecieron los sucesos de julio de 1936. La comunidad —del sanatorio psiquiátrico San José de Ciempozuelos, en la que estaba— fue apresada el 7 de agosto siguiente, y él se quedó escondido en la alcantarilla de la huerta, donde fue encontrado el día 9 en muy mal estado. Atendido y aseado de momento, días después fue llevado a la cárcel del pueblo, de donde fue sacado la noche del 18 de agosto, apareciendo su cadáver al día siguiente en la carretera de Torrejón de Velasco, en el término de Valdemoro.

Fue beatificado el 25 de octubre de 1992 por el papa Juan Pablo II en el grupo de 71 Hermanos Hospitalarios de San Juan de Dios muertos durante los días de la revolución española.

BEATOS JAIME FALGARONA VILANOVA Y ATANASIO VIDAURRETA LABRA

Religiosos y mártires († 1936)

El 20 de julio de 1936 los milicianos ocuparon la casa de los religiosos claretianos de Barbastro y arrestaron a la comunidad. Dos de los religiosos estudiantes no fueron conducidos con los

demás al colegio de los escolapios sino que fueron llevados al hospital de Barbastro: el primero, Jaime, porque estaba enfermo, con fiebre alta, y el segundo, Atanasio, porque cuando vio a los milicianos irrumpir en la casa se desmayó, y fue llevado igualmente al hospital. El día 15 de agosto ambos fueron trasladados a la cárcel municipal, y en las primeras horas de la mañana del día 18 fueron sacados juntos y fusilados en el km. 3 de la carretera a Berbegal.

Éstos son sus datos personales:

JAIME FALGARONA VILANOVA había nacido en Argelaguer, Gerona, el 6 de enero de 1912. Con 13 años ingresó en el postulantado claretiano de Cervera. Hecho el noviciado, profesó en Vich el 15 de agosto de 1930 e hizo seguidamente los estudios sacerdotales. Era servicial, bondadoso y pacífico, y amante de la música, siendo director del coro.

ATANASIO VIDAURRETA LABRA había nacido en Adiós, Navarra, el 2 de mayo de 1911. En los años de su infancia acompañaba a su padre en el pastoreo del rebaño, luego sintiendo la vocación religiosa, ingresó en los claretianos, en cuya congregación profesó los votos religiosos. Hubo de superar algunas enfermedades, como la del insomnio.

Fueron beatificados en Roma por el papa Juan Pablo II el 25 de octubre de 1992 en el grupo de 51 misioneros claretianos mártires de Barbastro.

BEATO MARTÍN MARTÍNEZ PASCUAL

Presbítero y mártir († 1936)

Martín Martínez Pascual nació en Valdealgorfa, Teruel, el 11 de noviembre de 1910, hijo de una familia modesta, cuyo padre era carpintero. Su vocación sacerdotal surge al contacto con el sacerdote Mariano Portolés, que también moriría mártir. Ingresa en el seminario menor de Belchite, donde estudia humanidades, y pasa luego al de Zaragoza, regido por los operarios diocesanos, que influirán notablemente en el muchacho, el cual se orienta hacia las misiones, pero desaconsejándoselo su director espiritual, se decide por ingresar en la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos del Sagrado Corazón de Jesús en

1934, haciéndolo en la «Casa de probación» de Tortosa. El 15 de junio de 1935 recibió la ordenación sacerdotal y se le destinó como formador al colegio de San José, de Murcia, y como profesor del seminario de San Fulgencio. Su labor en el corto espacio de un año en que pudo desempeñarla fue muy alabada por todos. Luego de practicar los ejercicios espirituales en Tortosa, el 5 de julio de 1936 marchó a su pueblo natal para unas vacaciones.

Estando allí le sorprendió la revolución del 18 de julio; en un principio no fue molestado pero el día 26 de ese mes llegaron al pueblo milicianos forasteros y entonces tuvo que esconderse en casa de un familiar, donde siguió ejerciendo su ministerio. Tras un primer registro en el que no fue hallado, huyó a una cueva en el campo donde pasó el tiempo en oración y preparación al martirio. Los milicianos amenazaban a las familias que ocultaran sacerdotes, y en la mañana del día 18 de agosto detuvieron al padre de Martín hasta que apareciera su hijo. Fueron a decírselo y entonces corrió al pueblo a entregarse. Lo llevaron a pie hasta la plaza del pueblo, lo subieron a un camión, y al ir a hacerlo, un niño a quien Martín había prometido un caballo de cartón, lloró al ver que se lo llevaban. El mártir le prometió un caballo del cielo. Llevado junto con otros cinco sacerdotes y nueve seglares, fue fusilado con ellos en un camino cerca del cementerio. Quisieron fusilarlos de espaldas pero Martín se volvió de cara a los verdugos, se abrazó a un sacerdote recién ordenado y gritó vivas a Cristo Rey, y así murió.

Fue beatificado por Juan Pablo II el 1 de octubre de 1995 en el grupo de 9 sacerdotes operarios diocesanos martirizados en diversos días del año 1936.

BEATO VICENTE MARÍA IZQUIERDO ALCÓN

Presbítero y mártir († 1936)

Nació en Mosqueruela, Teruel, el 24 de mayo de 1891, hijo de un practicante. Su familia era muy religiosa y había dado muchas vocaciones consagradas, por lo que no extrañó que Vicente María y dos hermanos suyos optaran por la consagración a Dios. Su madre lo educó esmeradamente. Desde niño manifes-

tó su deseo de ser sacerdote. Ingresó en el seminario conciliar de Valencia e hizo en él todos los estudios hasta su ordenación sacerdotal en 1915. Sus destinos fueron L'Ollería, Carcagente, Bicorp, Cheste y La Pobla de Farnals, de donde era párroco en el momento de su martirio. Muy devoto de la Virgen María, extendía con gran celo su devoción. Músico, pintor y cantor, puso sus cualidades al servicio de su apostolado. Muy dado a la oración y al estudio, vivía muy austeramente y era muy generoso con los pobres. Tras las elecciones de febrero de 1936 hubo de dejar el pueblo y, con licencia del arzobispado, establecerse en Valencia capital. Estando aquí colaboró activamente en salvar la imagen de la Virgen de los Desamparados, ya profanada, logrando dejarla en sitio seguro.

El día 15 de agosto gente de su pueblo lo localizaron, lo detuvieron y lo llevaron al pueblo, donde lo llevaron por las calles desafiando a la gente para que defendiera a su cura. Detenido en el Comité, lo sacaron en la mañana del día 18. Pidió despedirse de su parroquia y se lo permitieron, pero le pidieron les contara los pecados de la alcaldesa, a lo que él se negó rotundamente y recibió por ello golpes, malos tratos y pinchazos en la lengua. Él les perdonó. Con Vicente María llevaron a fusilar a otro sacerdote, y ambos se dieron mutuamente la absolución, tras lo cual fueron fusilados en el camino a Rafelbuñol. En 1941 fue publicada su correspondencia con su hermana Sor Teresa, religiosa de la Congregación de la Caridad de Santa Ana.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

19 de agosto

A) Martirologio

1. En Cahors (Francia), San Juan Eudes († 1680), presbítero, fundador de la Congregación de Jesús y María y de las Monjas de Nuestra Señora de la Caridad **.
2. En Fabrateria (Lacio), San Magno, mártir (fecha desconocida).

3. En la región de Tarragona, San Magín, mártir (fecha desconocida) *.

4. En Gaza (Palestina), San Timoteo († 305), mártir.

5. En Cilicia, San Andrés († 305), tribuno, y compañeros mártires *.

6. En Roma, en la Via Tiburtina, San Sixto III († 440), papa, que dedicó la basílica de Santa María la Mayor *.

7. En Sisternón (Galia), San Donato († s. VI), presbítero y anacoreta.

8. En el monasterio de Bibio (Liguria), San Bertulfo († 640), abad *.

9. En Nuremberg (Alemania), San Sebaldo († s. IX/X), ermitaño.

10. En Calabria, San Bartolomé de Simeri († 1130), presbítero y abad.

11. En el monasterio de Igny, Beato Guerrico († 1157), abad, discípulo de San Bernardo *.

12. En el monasterio de La Cava (Campania), Beato León II († 1295), abad.

13. En el castillo de Brignoles (Provenza), el tránsito de San Luis († 1297), obispo, religioso franciscano **.

14. En Piacenza (Emilia), Beato Jordán de Pisa († 1310), presbítero, de la Orden de Predicadores *.

15. En Aquapagana del Piceno (Italia), Beato Ángel († 1313), ermitaño camaldulense.

16. En Nagasaki (Japón), beatos Luis Flores, presbítero, de la Orden de Predicadores, Pedro de Zúñiga, presbítero, de la Orden de Ermitaños de San Agustín, y trece compañeros marineros japoneses: Joaquín Hirayama, León Sukeyemon, Juan Soyemon, Miguel Díaz, Antonio Yamada, Marcos Takenoshima Shinyemon, Tomás Koyanagi, Santiago Matsuo Denshi, Lorenzo Rokuyemon, Pablo Sankichi, Juan Yago, Juan Nagata Matakichi y Bartolomé Mohioye († 1622), todos ellos mártires *.

17. En Dorchester (Inglaterra), Beato Hugo Green († 1642), presbítero y mártir bajo el reinado de Carlos I *.

18. En Monteagudo (Navarra), San Ezequiel Moreno y Díaz († 1906), obispo de Pasto en Colombia, religioso agustino recoleto **.

19. En Llosa de Ranes (Valencia), Beato Francisco de Paula Ibáñez Ibáñez († 1936), presbítero y mártir *.

20. En Gandía (Valencia), Beato Tomás Sitjar Fortiá († 1936), presbítero, de la Compañía de Jesús, mártir **.

21. En El Saler (Valencia), beatas Elvira de la Natividad de Nuestra Señora Torrentalle Paraire y compañeras: Rosa de Nuestra Señora del Buen Consejo Pedret Rull, María de Nuestra Señora de la Providencia Calaf Miracle, Francisca de Santa Teresa de Amezua Ibaibarriaga, María de los Desamparados del Santísimo Sacramento Giner Lister, Teresa de la Madre del Divino Pastor Chambó Pales, Águeda de Nuestra Señora de las Virtudes Hernández Amorós, María de los Dolores de San Francisco Javier Vidal Cervera y María de las Nieves de la Santísima Trinidad Crespo López († 1936), vírgenes, religiosas carmelitas de la Caridad, mártires **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN JUAN EUDES

Presbítero y fundador († 1680)

En la noche de Navidad de 1625, en la capilla del Oratorio de París, capilla y altar dedicados a la Santísima Virgen, decía su primera misa un joven sacerdote normando. Aquel mismo día hizo el voto de perpetua servidumbre a Jesús y María.

No habían pasado aún dos años desde que, atraído por la doctrina espiritual y prendado por los planes apostólicos del célebre cardenal De Bérulle, había ingresado en el Oratorio. ¿Quién podía vislumbrar en aquellos momentos cuál era el futuro brillante, aunque doloroso, del novel sacerdote?

Su vida sería larga: ochenta años. El voto de servidumbre que acababa de recitar la resumiría perfectamente. Juan Eudes no viviría para sí, sino para Jesús y María. Necesitaría todo su tesón normando para no cejar en aquella batalla continua y dura, que cubriría toda su vida sacerdotal. Habría de luchar y sufrir por la salvación de sus hermanos y la gloria de Jesús y María. Ello solo le interesaba.

Quiso la Providencia que viviera en los días de mayor esplendor de la historia de Francia. No le faltaron contactos con los principales personajes y actores de él. Pero a Eudes nada le interesaban los triunfos temporales y descansaba en la abundante cosecha de sinsabores y amarguras que siempre le acompañó. Por doquiera le surgieron enemigos enconados. De entre los que debieran ser sus amigos, como servidores del mismo Dios, y de entre los separados por el hondo foso de las diferencias ideológicas. En su propia casa le acecharía la traición. En aquella cruz constante, cruz dura y dolorosa, Eudes veía el sello del beneplácito divino que, contra el parecer de los hombres, refrendaba su apostolado y sus obras. Fiel a la voluntad del Señor, su siervo caminaría hasta el fin.

Había venido al mundo en un pueblecito normando, de la diócesis de Sées: Ri. Era el 14 de noviembre de 1601. Pocos años antes la peste lo había asolado. De la familia Eudes sólo sobrevivió un varón: Isaac. Para que no pereciera la familia, Isaac, a punto de ordenarse de subdiácono, renuncia a la carrera

eclesiástica, vuelve a la heredad paterna, la cultiva y con su esfuerzo logra crearse una posición desahogada. En las postrimerías del siglo XVI contrae matrimonio con Marta Corbin, mujer de ejemplares virtudes y de una probada y no común energía de carácter.

De Isaac Eudes, que, casado y padre de siete hijos, rezaba diariamente el oficio divino, y de Marta Corbin nació Juan Eudes. Era el mayor de los hermanos.

Próximo a cumplir sus catorce años, fue encomendada su educación a los padres jesuitas que, en Caen, regentaban el Real Colegio del Monte. Allí cursó los estudios de humanidades y filosofía. Muchos años después, en la conclusión de su libro *El corazón admirable,* Eudes recordará con agradecimiento su antiguo colegio y su congregación mariana. En septiembre de 1620 recibió la tonsura y las órdenes menores.

Dos años después, cuando ya adelantaba en sus estudios de teología, se creó en Caen una casa del Oratorio, instituto recientemente fundado, en París, por el padre De Bérulle. Conoció Eudes a los oratorianos e inmediatamente simpatizó con ellos.

El cardenal De Bérulle fue una de las grandes glorias religiosas de la Francia del Siglo de Oro. Enamorado de su sacerdocio, añoraba los días antiguos en que el clero «no respiraba más que cosas santas, dejando las profanas a los profanos, y llevaba profundamente grabadas en sí mismo la autoridad de Dios, la santidad de Dios y la luz de Dios». Pero, ¡qué distinto espectáculo presentaba el clero de sus días! Se ha podido escribir que «el nombre de sacerdote había llegado a ser sinónimo de ignorante y libertino». De Bérulle quiso rehabilitarlo. El Oratorio tendrá como misión santificar al clero secular.

¿No era la santidad lo que desde su niñez anhelaba Eudes? En su *Memorial* dejará anotado:

> «Fui recibido y entré en la congregación del Oratorio, en la casa de Saint-Honoré, de París, por su fundador el reverendo padre De Bérulle, en el año de 1623, el 25 de marzo».

En 1625 fue ordenado presbítero y en 1627 volvió a su tierra, cuando nuevamente se ensañaba en ella la peste. Adscrito a la casa de Caen, el padre Eudes atiende a los apestados, se dedica al estudio y a la oración e inicia la predicación de misiones

populares, apostolado que constituirá una de las grandes tareas de su vida.

Toda la vida del padre Eudes había de ser un martirio continuado, por lo que no podemos olvidar el voto que hiciera al Señor en 1637:

> «Me ofrezco y me entrego, me dedico y consagro a Vos, oh Jesús mi Señor, como hostia y víctima para sufrir en mi cuerpo y en mi alma, según vuestro agrado y mediante vuestra santa gracia, toda clase de penas y tormentos, incluso el derramamiento de mi sangre y sacrificio de mi vida con cualquier género de muerte. Y esto, sólo para vuestra gloria y por vuestro puro amor».

En 1640 fue nombrado superior del Oratorio de Caen. Poco tiempo lo sería.

El padre Eudes había comprobado el bien inmenso que las misiones realizaban en la población; mas una preocupación le inquietaba: ¿Era posible que el fruto perdurase sin un clero que acogiera y alimentara los buenos propósitos? Al padre Eudes le preocupaba el clero:

> «¿Qué se puede esperar de estos pobres hombres con disposiciones excelentes —decía refiriéndose a los seglares— si están bajo la dirección de tales pastores como por doquier vemos? ¿No es lógico que, olvidando pronto las grandes verdades que les impresionaron durante la misión, caigan en sus anteriores desórdenes?».

Pensando en ello había dedicado en algunas misiones conferencias especiales a los eclesiásticos. No bastaba. Eudes comienza a pensar en una congregación que tuviera por primera finalidad el crear y regir seminarios para la formación y santificación del clero. Su pertenencia al Oratorio es un obstáculo para sus proyectos.

En 1642 es llamado a París por el cardenal Richelieu y cambia impresiones con él sobre sus planes. El cardenal le comprende perfectamente; él también sueña con la erección de seminarios y le promete su apoyo. El cardenal muere a fines del mismo año, pero la autorización real para la fundación de la nueva congregación es firmada en el mes de diciembre.

El padre Eudes está resuelto a abandonar el Oratorio. Ningún obstáculo canónico existe, pues en el Oratorio no hay votos religiosos que vinculen a sus miembros con el instituto.

Entretanto, para evitar posibles complicaciones, las letras reales se expiden a nombre de monseñor D'Angennes, obispo de Bayeux, amigo y protector del santo.

A principios de 1643 el padre Eudes vuelve a Caen. Todo está decidido. Abandona el Oratorio y el 25 de marzo nace la «Congregación de los Seminarios de Jesús y de María».

La congregación nació en la fiesta de la Anunciación, porque pretendía «continuar el trabajo y las funciones del Verbo Encarnado y debía estar consagrada por entero a Jesús y María». Sus finalidades, tal como se concretan en las letras de Luis XIII, son:

> «Trabajar con el ejemplo y la instrucción por establecer la piedad y santidad entre los sacerdotes y aquellos que aspiran al sacerdocio, enseñándoles a llevar una vida conforme a la dignidad y santidad de su condición, y desempeñar convenientemente todas las funciones sacerdotales, como también emplearse en la enseñanza de la doctrina cristiana por medio de misiones, predicaciones, exhortaciones, conferencias y otros ejercicios».

Seminarios y misiones. Pero, en primer término, seminarios.

Seis años hacía que el padre Eudes había firmado con su sangre el voto martirial; ahora, separándose del Oratorio, desencadenaba el inacabable séquito de dolores, persecuciones y calumnias que no le abandonaría jamás.

En todas sus negociaciones, tanto ante las autoridades regionales como en París, tanto ante los obispos como en las congregaciones romanas, el padre Eudes tropezará con una enemiga tenaz y poderosa, abierta unas veces, solapada otras, que no reparará en dificultades ni en la licitud de los medios y tratará de hacerle fracasar y con frecuencia lo conseguirá. Si en 1648 logró en Roma la aprobación del seminario de Caen, en noviembre de 1650 el obispo de la misma ciudad, monseñor Malé, sucesor de monseñor D'Angennes, llegará a clausurarle la capilla.

Eudes no desiste. En 1652 ultima las constituciones de su congregación. En 1653, muerto monseñor Malé, la autoridad diocesana permite la apertura de la capilla del seminario de Caen. Tendrá que luchar para aclarar malentendidos y refutar calumnias. Él sigue adelante. Tras del seminario de Caen vendrán los de Coutances en 1650, Lisieux en 1653, Evreux en 1667 y Rennes en 1670.

Su apostolado entre los sacerdotes se intensifica. A ellos dedica retiros especiales en sus misiones; para ellos escribe diversos libros que los ayuden en su vida espiritual o pastoral. Y su enamoramiento del sacerdocio halla expresión magnífica y bella en su oficio del sacerdocio de Cristo y de los santos sacerdotes, que le fue aprobado por la autoridad eclesiástica en 1652.

La Congregación de Jesús y María había de dedicar una atención primordial a la fundación de seminarios y a la formación del clero. Por tal motivo, el padre Eudes había abandonado el Oratorio. Ella nació en el laborar misional del santo, al contacto con las necesidades espirituales de los pueblos misionados. San Juan había nacido misionero y jamás dejaría de serlo; la congregación que él fundara sería también misionera. En el Oratorio comenzó el misionar del padre Eudes y continuó toda su vida, con gran éxito visible y espiritual. Cruzó en todas direcciones su provincia natal de Normandía. Las poblaciones de gran parte de Bretaña, Picardía, Île-de-France, Perche, Brie y Borgoña se apiñaron cabe su púlpito. Ciudades populosas como Caen, Rouen, Autun, Beaune, Versalles y París escucharon su predicación.

Recorriendo el *Memorial* en que el santo recogió los principales recuerdos de su vida hallamos mencionadas unas ciento diez misiones predicadas desde 1632 hasta 1676, y no puede olvidarse que la duración mínima ordinaria de una misión era de seis semanas y algunas, como la de Rennes, en 1667, se prolongó durante cinco meses.

Su predicación era ardorosa y vibrante. Dotado de un temperamento ardiente y apasionado, sus palabras brotaban directamente del corazón. Le llamaron «león en el púlpito y cordero en el confesonario». Tronaba sin compasión contra los vicios y con espíritu de caridad hacia los pobres pecadores, cuya suerte le acongojaba. Su palabra se alzaba enérgica y libre, con la santa libertad de los apóstoles. Buen ejemplo de ello dio en la misión de Saint-Germain-des-Prés (1660), en presencia de la reina de Francia y de la corte. Poco antes el fuego había destruido, en parte, el palacio del Louvre, y de ello tomó pie el santo para recordar a sus oyentes que, si a los príncipes les está permitido edificar Louvres, Dios les manda aliviar a sus súbditos desgra-

ciados; que no pueden pasar los días y los años en diversiones, pues no es ése el camino del cielo; que si el fuego temporal no había respetado la mansión real, tampoco el fuego eterno respetaría a los reyes y príncipes que no vivieran como cristianos; que causaba grande pena, finalmente, ver a los grandes de la tierra asediados por una multitud de aduladores sin que casi nunca se les diga la verdad y que él se consideraría por muy culpable si ocultara estas cosas a su majestad.

De las misiones nació la Congregación de Jesús y de María; de ellas nacería también la de Nuestra Señora de la Caridad, dedicada a la rehabilitación de las desgraciadas víctimas del vicio. Nació esta obra del padre Eudes en los mismos días en que abandonaba el Oratorio y, como todas las suyas, nació y creció en medio de las mayores dificultades exteriores, a las que aquí se sumaron las más penosas interiores. En la consolidación de la nueva congregación tuvieron gran parte las religiosas de la Orden de la Visitación, que, a petición del fundador, se encargaron de la formación de las primeras postulantes. La primera toma de hábito fue la de la señorita Taillefer, en la Orden sor María de la Asunción, el 12 de febrero de 1645. Monseñor Malé, obispo de Bayeux y no afecto al santo como vimos, aprobó la fundación de la casa de Caen, en 1651. El papa Alejandro VII dio la bula de erección de la nueva Orden el 2 de enero de 1666.

Aún nacientes sus dos congregaciones, el padre Eudes las consagró, en 1643, a los Sagrados Corazones de Jesús y María. Esta devoción llena su vida y su apostolado. Ella aparece pujante en todas sus manifestaciones: misiones, cartas, libros... Desde 1643 o, a más tardar, 1644, la Congregación de Jesús y de María celebraba ya la fiesta del Sagrado Corazón de María. Entre 1668 y 1670 el padre Eudes compuso su oficio del Sagrado Corazón de Jesús, que inmediatamente fue aprobado por varios obispos. Desde 1672 celebra su instituto la fiesta del Corazón de Jesús el día 20 de octubre, día en que aún la celebran por concesión de la Santa Sede, en atención a los méritos de su fundador, a quien San Pío X no dudó en calificar, en el decreto de beatificación, de padre, doctor y apóstol del culto litúrgico de los Sagrados Corazones. Al año siguiente de disponer el padre Eudes la cele-

bración de la fiesta, se manifestó por primera vez el Sagrado Corazón a Santa Margarita María de Alacoque.

El último decenio de la vida de nuestro santo, como toda su vida, fue abundante en tribulaciones y persecuciones. Su *Memorial* repite año tras año:

> «En este año (1670) quiso el Señor favorecerme con diferentes cruces, por lo que sea eternamente bendecido... En este año (1671) me acompañaron las cruces por todas partes. Eternas gracias sean dadas al amabilísimo Crucificado... En el año de 1672 estuve rodeado de cruces, casi sin interrupción...».

Y así continúa. Sus enemigos tradicionales, oratorianos y jansenistas, a los que ahora se sumarán los lazaristas, no cejaron en su empeño de sembrarle de dificultades todos los caminos. En Roma impidieron que llegara a buen término la aprobación canónica de la Congregación de Jesús y de María; en París le hicieron caer en desgracia de Luis XIV, que le desterró de la corte.

Por su parte los jansenistas atacaban su ortodoxia.

> «Me cargan con trece herejías —escribía la víctima—. El motivo de toda su cólera está en que me opuse en todas partes a sus novedades, que sostengo en alto la fe en la Iglesia y la autoridad del Romano Pontífice y que he quemado un libro detestable compuesto contra la devoción a la Santísima Virgen».

Llegaron a sobornar a su secretario para que le traicionase. En numerosas cartas expresa el padre Eudes la compasión que siente hacia sus calumniadores y el perdón que rebosa de su corazón. Pero no podía menos de defenderse. El rey encargó del asunto a la asamblea episcopal de la región, reunida en Meulan a fines de 1674; ella le declaró inocente de cuantas acusaciones se acumulaban contra su persona y su doctrina. A mediados de 1679 Luis XIV volvió a acoger en su gracia al santo, le recibió en audiencia, alabó sus afanes apostólicos y le prometió su apoyo.

Ya la vida del infatigable misionero tocaba a su fin. Consciente él más que nadie de la precariedad de su salud, convocó en junio de 1680 la primera asamblea de su instituto y en ella presentó la dimisión de su cargo de superior general. Dos meses no habían transcurrido cuando la enfermedad le rindió en el

lecho. A sus hijos, que ansiosos le rodeaban, les habló de las alegrías del paraíso y de la eternidad, y de su gran indignidad. Les exhortó a la paz, les consoló de su muerte, les recomendó a Dios y les puso en manos de la Santísima Virgen.

El 19 de agosto entregó su alma a Dios. Eran las tres de la tarde. Se consumaba el sacrificio de un hombre cuya vida entera fue un ascender a la cumbre del Calvario.

Fue beatificado por San Pío X en 1909 y canonizado por Pío XI el 31 de mayo de 1925.

ANDRÉS ELISEO DE MAÑARICÚA

Bibliografía

BOULAY, D., *Vie du vénérable Jean Eudes* (París 1905-1908), 4 vols.
GEORGES, E., *Saint Jean Eudes* (París 1936). Trad. española: *Un santo en la Francia de Luis XIV* (Bilbao 1950).
JUAN EUDES (San), *Oeuvres complètes* (París 1905-1911), 12 vols.
LEBRUN, CH., *Le bienheureux Jean Eudes et le culte public du Coeur de Jésus* (París 1918).
• Actualización:
GUILLON, C., *En tout la volonté de Dieu. Saint Jean Eudes à travers ses lettres* (París 1981).
MILCENT, P., *Un artisan du renouveau chrétien au XVIIe siècle: Saint Jean Eudes* (París 1992).

SAN LUIS DE ANJOU

Obispo († 1297)

San Luis de Anjou-Sicilia, que murió siendo obispo de Toulouse a los veintitrés años, nació el año 1274 en Brignoles, hermosa villa de Provenza. Su madre, María de Hungría, era sobrina de Santa Isabel y hermana de tres príncipes que también llegaron a ser reyes y santos: Esteban, Ladislao y Enrique. Su padre, Carlos II de Anjou, rey de Nápoles, Sicilia, Jerusalén y Hungría, era el propio sobrino de San Luis de Francia. El príncipe don Luis brilló desde su infancia por la seguridad de su juicio, su piedad sólida, el desprecio de los honores del siglo y una gravedad que le conciliaban el amor y el respeto de todos. Desde luego, Dios le llamaba para más alto destino que el que la historia política de su tiempo parecía reservarle.

Fue testigo, en sus primeros años, de las sangrientas luchas que oponían su familia a los reyes de Aragón. Su abuelo Carlos,

al que el papa Inocencio IV había adjudicado el reino de Nápoles, había soñado con reinar en Italia entera. Fue víctima del odio de los sicilianos, sublevados contra su tiranía en las terribles matanzas ocurridas en Palermo conocidas en la historia por *Vísperas sicilianas,* el 31 de marzo de 1282. Fracasados los planes de conquista de su abuelo, dos años más tarde, cuando don Luis no tenía más que diez años, su padre, que trataba de resistir en Nápoles, era hecho prisionero. Durante tres años iba a permanecer en Barcelona encarcelado en el castillo Siurana por orden del rey Don Pedro III. Cuando fue puesto en libertad le llegaba a don Luis la hora de los trabajos y sufrimientos más duros: Don Alfonso III de Aragón consentía en libertar a su padre, pero a condición de que sus tres hijos fuesen mandados a Barcelona como rehenes.

El cautiverio de los tres príncipes, don Luis, don Roberto y don Raimundo, hubo de durar siete años. El príncipe don Luis, el mayor de los hermanos, tenía entonces trece años; fue tratado con aspereza, tanto más cuanto que tuvo que pagar el rencor que animaba al rey de Aragón contra la política del Papa, que se negaba a revocar la donación e investidura de los reinos de Aragón, Valencia y condado de Barcelona a Carlos de Valois, el hijo segundo del rey de Francia, y acabó coronando al padre de los príncipes encarcelados como rey de Sicilia, absolviéndole de todas las garantías que había dado al rey de Aragón cuando le puso en libertad. El príncipe don Luis aguantó los sufrimientos de su larga prisión con admirable paciencia. Estaba acostumbrado desde hacía años a una vida penitente. La reina Doña María, su madre, declaró que desde la edad de siete años se salía de noche de su cama para echarse a dormir en el suelo de su habitación.

En los años transcurridos en Barcelona se acrisoló la santidad del joven príncipe. Sus guardianes le trataban duramente, pero él se estimaba feliz sobremanera en padecer algo a imitación de Jesucristo, su Señor. Les solía decir a sus hermanos que, según el espíritu del Evangelio, la adversa fortuna valía más que la próspera, y que tenían que amar su prisión y alegrarse de que Dios les proporcionara el medio de darle prueba del amor que le tenían sufriendo algo por Él. Palabras éstas de ver-

dadero amor iluminado por el divino sentido de la cruz. Aprovechó su cautiverio para dedicarse también al estudio, aconsejándose con dos varones sabios y piadosos de la Orden de San Francisco, especialmente con el padre Jacques Deuze, que había de ser más tarde Papa bajo el nombre de Juan XXII. Frecuentaba la meditación de las cosas de Dios y los misterios de Cristo Nuestro Señor. Confesaba casi todos los días antes de oír misa y no dejaba de rezar el oficio divino. Era especialmente devoto de la Cruz y de la Virgen Santísima. Cuando le concedían libertad la empleaba en visitar a los pobres enfermos de la Ciudad Condal. Cierto día reunió a los leprosos para lavarles los pies y servirles la comida; dicen que uno de éstos estaba tan llagado que a su vista se desmayaron los otros príncipes. Al día siguiente, queriendo volverle a ver, resultó imposible encontrarle en toda la ciudad, de donde se creyó que el mismo Señor se les había aparecido para recibir los amorosos servicios del joven don Luis, su fiel discípulo. Entre estas obras de misericordia se deslizaban los años de su adolescencia, dedicada al estudio y a la meditación divina, hasta que cayó gravemente enfermo. Entendió que el Señor le llamaba y le quería todo para sí en el momento en que se aproximaba el fin de su cautividad. Entonces hizo el voto de ingresar en la seráfica Orden de San Francisco si se reponía.

Pronto Dios iba a permitir que realizara su voto. Después de una larga enfermedad curó como de milagro. Seguidamente llegó la hora de su liberación: Don Jaime II de Aragón, hijo y sucesor de Don Alfonso III, buscando la paz con el Papa y con las casas de Francia y Nápoles decidió poner en libertad a los hijos de Carlos II, a condición de que la hija de ésta, doña Blanca, casase con él. Se habló igualmente en estas conversaciones de Anagni (junio de 1295) de casar al príncipe don Luis con la princesa Violante, hermana del aragonés. Pero Luis, deseoso de realizar su promesa de entrar en religión, se negó, a pesar de las instancias de su padre y de las dos cortes interesadas en que se cumpliera el enlace que robusteciera la unión y la paz entre los dos Estados. Entonces fue cuando pronunció estas palabras en las que se retrata su alma santa: «Jesucristo —dijo— es mi reino. Poseyéndole a él, lo tengo todo. Desposeído de él, lo pierdo todo».

De vuelta a Italia con su padre, renunció a la corona de Nápoles a favor de su hermano Roberto (enero de 1296), con ganas de realizar cuanto antes sus deseos de vida retirada, después de recibir las sagradas órdenes. Pensaba vivir escondido en un convento de la Orden franciscana en Alemania. Pero la Providencia divina le tenía preparada otra prueba. Pronunció, efectivamente, sus votos en el convento de *Ara Coeli,* de los padres franciscanos de Roma, recibiendo seguidamente las sagradas órdenes en Nápoles (20 de mayo de 1296). Pero cuando volvió a Roma, el papa Bonifacio VIII le había designado para ocupar el obispado de Toulouse. El día de Santa Águeda, habiendo revestido el hábito de su Orden, atravesó las calles de Roma descalzo desde el Capitolio hasta San Pedro, donde predicó y fue consagrado. En Toulouse su administración fue cortísima, pero muy provechosa: reformó el clero, poniendo todo su cuidado en examinar con esmero a sus sacerdotes; predicaba a menudo dos veces al día y su palabra encendida, que convertía las almas, era acompañada de prodigios que curaban los cuerpos; llevaba una vida austera de ayunos y disciplinas; visitaba, por fin, a los pobres enfermos, recibiendo a diario veinticinco de ellos en su casa. A pesar de su santo celo apostólico, al joven obispo le atemorizaba la dignidad de su cargo. Llevado de su profunda humildad parece que pensó pedir su dimisión e implorar del Papa que le diera permiso para llevar una vida retirada lejos de los hombres. Otra vez tenían que cumplirse sus anhelos de perfección de manera impensada, por divina disposición de la Providencia.

Camino de Roma, donde iba a presenciar los solemnes actos de la canonización de su pariente San Luis de Francia, cayó enfermo en Brignoles, donde había nacido veintitrés años antes. Tuvo pronto la revelación de que allí mismo se le iban a abrir las puertas del cielo. Veía aproximarse la muerte sin temor, preparándose a rendir su alma al Señor, como suelen hacerlo los varones santos, por una profunda meditación de los misterios sagrados y un abandono total y confiado a la divina voluntad:

> «Voy a morir —decía a su compañero de viaje—, voy a morir, y me alegro como el marinero que vuelve a divisar la tierra y se prepara a abordar al puerto después de una larga navegación. Ya voy a dejar un cargo demasiado pesado para mis hombros, que no me permitía consagrarme a mí mismo y a Dios».

El día de la Asunción recibió los santos óleos y, a pesar de que estaba muy débil por la enfermedad y las austeridades, cuando vio a su Señor que entraba a visitarle se levantó de su lecho y, adelantándose a él, puesto de rodillas, recibió por última vez al huésped amado que le tenía preparado una unión eterna en los cielos. Sus labios repetían sin parar: «Te adoramos, Jesucristo Señor nuestro, y te damos gracias por haber querido rescatar el mundo por tu santa cruz». Pronunciaba también las palabras de la salutación angélica y contestaba a su compañero que le preguntaba por qué: «No tardaré en morir; la Virgen Santísima acudirá a mi amparo».

Murió el 19 de abril de 1297. Su santidad, su pureza heroica fueron puestas de manifiesto por los milagros que acompañaron su tránsito: uno de los religiosos que le asistían vio su alma subiendo al cielo en medio de los espíritus bienaventurados que cantaban: «Así suele tratar el Señor a los que han vivido con tanta inocencia y pureza». El prodigio más sonado fue el de la rosa que se le apareció en la boca para pública manifestación de su pureza y encendida caridad. Fue sepultado en el coro de la iglesia de los padres franciscanos de Marsella, multiplicándose los milagros en su sepulcro. Fueron tantos los enfermos curados por su intercesión que el papa Juan XXII no tardó en canonizarle (1317). El día 11 de noviembre del año siguiente los padres del convento de Marsella levantaron el cuerpo del santo del coro de la iglesia y lo depositaron en un relicario de plata puesto en el altar mayor. Presenciaba el acto el rey de Nápoles y Sicilia, su hermano menor Roberto, al que había cedido sus derechos a la corona. La devoción que el pueblo cristiano tributaba al santo príncipe se extendió a los mismos reinos de la casa de Aragón, secularmente enemistada con la suya. En 1443, Don Alfonso V, que acababa de conquistar el reino de Nápoles, tomaba la ciudad de Marsella. Dicen que en ella no hizo ningún botín, contentándose con llevar en su galera las preciosas reliquias del santo. Depositó su tesoro en Valencia, donde la memoria de San Luis de Anjou fue objeto de gran veneración. Por fin, el año 1862, el arzobispo de Valencia concedió a la Iglesia de Toulouse una reliquia del que había sido su obispo.

JEAN KRYNEN

Bibliografía

CAYRE (Abate), *Histoire des Évêques et Archévêques de Toulouse* (Toulouse 1873).
GUÉRIN, P., *Les petits bollandistes. Vies de saints de l'Ancien et du Nouveau Testament* (París [7]1882) t.10.
VIELLE, C., *Saint Louis d'Anjou évêque de Toulouse. Sa vie, son temps, son culte* (Vanves 1930).

SAN EZEQUIEL MORENO Y DÍAZ

Obispo († 1906)

Agustino de la Recolección y obispo de Pasto (Colombia), Ezequiel Moreno y Díaz nace en la calle Hospital Viejo 2 de Alfaro, ciudad agrícola de La Rioja (España), el 9 de abril de 1848. Cuarto entre seis hijos del modesto sastre Félix Moreno y la sencilla mujer Josefa Díaz, matrimonio ejemplar y familia muy cristiana, ya de niño se le veía ir con su padre hasta en el crudo invierno al rosario de la aurora. Aficionado y con buena voz para el canto, se acompañaba bien con la guitarra. Su hermano Eustaquio, en cambio, también agustino recoleto, le daba más al violín. Cantor de la Colegial y monaguillo del Convento de la Esperanza, la sacristana de las dominicas, madre Catalina Les, solía contar que un día preguntaron al pequeño qué iba a ser de mayor. «Fraile», contestó al punto. «¡Tú, fraile!, tan calandrajo [poca cosa], ¿para qué te quieren?». Y él, sin inmutarse: «Ya me pondré un sombrero de copa para ser más alto».

Sólo doce años tenía cuando Eustaquio ingresó en los agustinos recoletos de Monteagudo, y dieciséis a la muerte del padre. Josefa fue paliando las apreturas familiares a base de sacrificios: con ayuda de Ezequiel, vendía hilo y baratijas en la plaza de Alfaro. De ahí su disuasión al decirle éste que también quería irse de agustino recoleto: de sacerdote diocesano al menos podría ayudar a los suyos. Pero, cristiana sobre todo, terminó cediendo y el 21 de noviembre de 1864 Ezequiel, con 16 años, vestía el hábito en Monteagudo, donde profesó en 1865 para dirigirse a Marcilla. España vivía entonces convulsionada por la revolución liberal, exclaustraciones, destierro y despojo de bienes a los religiosos. Monteagudo fue de las pocas casas que el Gobierno autorizó, tras el Concordato de 1851, para el envío de misioneros a tierras españolas de ultramar.

Aún estudiante, marcha con otros dieciocho religiosos a Filipinas en 1869, donde conoce a su futuro biógrafo el padre Minguella, se ordena de presbítero en Manila el 3 de junio de 1871 y en la primera misa tiene de padrino a Eustaquio, párroco de Calapán, isla de Mindoro, con quien aprende el tagalo y da los primeros pasos en la pastoral misionera. Enfermo de paludismo poco después, tiene que regresar a Manila. Recibe el nombramiento de predicador general en 1880 y, tras quince años de intensa labor en el archipiélago, es nombrado prior de Monteagudo en 1885: nadie mejor para despertar en los jóvenes el amor por las misiones. Tenía entonces 37 años. Cuidó mucho de la liturgia, el rezo coral de las horas, la vida comunitaria —aspecto esencial de la religiosidad agustiniana—, los estudios y la observancia, ya muy firme al asumir el cargo. Precedía siempre, lo mismo en abnegación y caridad que en fidelidad, a la vida religiosa; aunque también era muy estricto en la obediencia.

> «De natural en apariencia muy austero —contarán compañeros y biógrafos—, en el trato era la misma humildad, y cuando se veía obligado a corregir lo hacía con corazón de padre, sin alterarse jamás».

Dejaba al vicerrector muchos asuntos de la vida ordinaria para darse a los pobres: raro era el día en que no se repartían en el convento 400 o 500 raciones de comida. Predicaba o confesaba con frecuencia en las parroquias próximas, y el señor obispo, don Cosme Marrodán, muy ligado a la comunidad, quiso que fuera él quien le atendiese a la hora de la muerte. Especial era también su cariño a las religiosas vecinas, agustinas recoletas, dominicas de Alfaro, cistercienses de Tulebras, siervas de María de Tudela y religiosas de Santa Ana de Tarazona.

Acabado el trienio se prestó para restaurar la Orden en Colombia, complicado trabajo empezado el año 1888 junto a seis compañeros en Los Llanos. Convencido de que sólo los buenos religiosos pueden ser apóstoles de verdad, ardía en deseos de reactivar la misión de Casanare, en cuyo territorio los agustinos recoletos habían enseñado el Evangelio tanto tiempo. No lo tuvo fácil, ya que los frailes, después de treinta años de vida autónoma, rehuían integrarse en una vida comunitaria, de modo

que la firme voluntad del recién llegado hubo de imponerse. Fue 1893 el año de su nombramiento para obispo titular de Pinara y vicario apostólico de Casanare.

> «Creemos que no habrá quien se figure que nos lleva a Casanare móvil alguno terreno —escribió entonces—; pero por si alguien se lo imaginase, nos alegramos de que allí no nos espere un palacio o casa cómoda donde poder habitar; ni pingües rentas que nos puedan enriquecer; ni mesa abundante y delicada; ni medios ni maneras de hacer la vida cómoda y regalada».

Eligió de escudo episcopal el Corazón de Jesús, y como lema *Fortitudo mea et refugium meum es tu.* Su amigo Miguel Antonio Caro hizo de padrino en la consagración, cuando la catedral se llenó con «la gente más elegante de Bogotá». Pasada sin grandes molestias en Támara, sede del vicariato de Casanare, la corta guerra de 1895, en febrero de 1896 llegó al vicariato de Casanare la comunicación oficial de su nombramiento para obispo de Pasto, 900 kilómetros al sur de Bogotá. La diócesis de Pasto, con unos 460.000 habitantes en una superficie de 160.000 km^2 (hoy 6.813 km^2), tenía 46 parroquias, cada una con su templo, 6 viceparroquias y 56 capillas rurales, comunidades de capuchinos y filipenses, y varias congregaciones femeninas. Dirigían el seminario los jesuitas, y los maristas tenían un colegio. Lindaba con la república del Ecuador y el océano Pacífico, tenía digna catedral y decoroso palacio, en cuya alcoba el nuevo inquilino sustituyó la regalada cama por un jergón de paja acomodado a su costumbre de humilde religioso. Desde el primer momento se ganó el corazón de los pastusos: con él hasta en los momentos más adversos y en su gran obra destacan, junto a las agotadoras visitas pastorales, la promoción del vicariato apostólico del Caquetá, confiado a los capuchinos, y de la prefectura apostólica de Tumaco.

Los colombianos se volcaron en la catedral de Bogotá el 1 de mayo de 1894, fecha de su consagración episcopal, ceremonia muy solemne de la que apenas se enteró. Una vez consagrado, eso sí, tuvo clarísima conciencia de sucesor de los apóstoles e imagen viva del Buen Pastor entre sus fieles. Pronto lo habría de necesitar: humillaciones, desprecios, calumnias, persecuciones y hasta incomprensión por parte de los superiores. En Casanare o en Pasto atendía él mismo, siempre que podía, los avi-

sos nocturnos de los enfermos. Nunca reprendía. Avisaba, sí, con paternal ternura, a veces sólo con la mirada, reservándose la austeridad para sí. Venía de la España carlista y de la Iglesia del *Syllabus,* cuyos eclesiásticos, la mayoría, no dudaban que el liberalismo era pecado, y muchísimos iban a seguir creyéndolo por otro medio siglo. Aun así, pocos insistieron tanto como él. Sus cartas pastorales son monumento a esta sencilla obsesión.

Amigo de la verdad, ya en su primera carta pastoral, dirá con lenguaje bien agustiniano:

> «Nuestra autoridad en el gobierno de vuestras almas es la autoridad del mismo Jesucristo, resultando de aquí que el que resista a lo que pertenece a nuestro ministerio, no resiste al hombre, sino al mismo Jesucristo... No, no vamos a colocarnos sobre vosotros, sino a temblar en vuestra presencia y a sufrir por procurar vuestra salvación».

Escribe Catalina Les desde Alfaro a su antiguo monaguillo indagando sobre la catedral y el palacio del vicariato de Casanare. La respuesta no se demora:

> «La catedral es una pequeña iglesia de pueblo, pobre y miserable, con piso de tierra. El palacio es una casa» con media docena de habitaciones, y «el piso es de tierra y bajo, porque no hay piso alto».

Procuró, desde el principio, que sus diocesanos más capaces colaborasen en tareas de evangelización y catequesis. Compuso para ellos e imprimió, ya en 1894, las *Instrucciones a los fieles de Casanare para ayudar a conseguir la salvación eterna a los que se hallan en extrema necesidad espiritual,* manual de supervivencia espiritual para situaciones muy difíciles. Se preocupó sobre todo de los niños que morían abortivos o prematuros, dando claras instrucciones para que siempre fueran bautizados a tiempo. Pasadas las lluvias, empezó sus primeras y agotadoras visitas pastorales por pueblos y rancherías, viajando a caballo o a pie, escasamente acompañado y sin ayuda casi. Lo importante para él no era el cansancio, sin embargo, sino la salvación. De ahí que la Revolución le sorprendiese de visita pastoral y que su ocupación, una vez concluida ésta, fuese apagar con el perdón las residuales brasas del odio y del rencor.

Sus *Cartas pastorales* le hicieron pronto famoso dentro y fuera del país. En la primera de Pasto (1896), afirmaba con fuerza,

contra los liberales la excelencia de la fe cristiana y sus inmensos beneficios: sólo la fe en Cristo, decía, puede traer al hombre salvación, en tanto que las esperanzas sin él o contra él son engañosas y llevan al desastre. En la segunda (1896) salió en defensa de los fieles denunciando públicamente a dos periódicos ecuatorianos, «ofensivos y perjudiciales a las almas». En la tercera (1896), hizo lo propio con otro en Pasto. Estas dos pastorales causaron gran revuelo dentro y fuera de la diócesis y le atrajeron las iras de los liberales, aunque también efusivas adhesiones de sus diocesanos.

Graves conflictos le ocasionó su firmeza en el asunto del colegio de Tulcán, regentado por un liberal, ex-religioso de las Escuelas Cristianas. Se metió por medio el obispo de Ibarra, diócesis a la que pertenecía Tulcán, lo que produjo el natural regocijo entre los liberales, que tomaron partido, lógico, por el de Ibarra. El delegado apostólico en Colombia, gran conocedor de nuestro santo, le apoyaba en esta crisis, pero Roma tomó partido por Ibarra. Conocida la desfavorable sentencia, inmediatamente la aplicó, pero el 12 de mayo, mons. Guidi, encargado de negocios de la Santa Sede en Ecuador, informaba a Roma muy negativamente sobre el obispo de Ibarra y el colegio de Tulcán. El clero de Pasto, además, elevó a León XIII una exposición del contencioso, declarando que «estos enemigos declarados del magisterio infalible del Romano Pontífice, hoy lo invocan irónicamente para hacer creer a los pueblos que el Papa infalible acaba de autorizar las tantas veces condenadas doctrinas liberales».

Como el obispo de Pasto tenía que hacer aquel año *visita ad limina,* de muchas partes le insistieron en que recurriese la sentencia. Su idea sin embargo era no crear a la Iglesia ningún problema, de modo que el 6 de septiembre presentó en la Santa Sede su renuncia. El 10 era recibido por León XIII, con el que pudo hablar largo y tendido en latín. No quiso el Papa saber de tal renuncia, y le recomendó acudir «de nuevo a la Sagrada Congregación», cosa que hizo presentando el 20 un largo memorial con documentos adjuntos. Luego, partió hacia España en busca de misioneros y religiosas voluntarios para Colombia. Pero a su vuelta el 4 de noviembre comprueba que las cosas están donde las había dejado: en Roma no terminaban de entender el fondo

del problema. Nuevos memoriales el 1 de enero y 1 de febrero, y subsiguientes nuevas dificultades hasta que, ¡por fin!, el cardenal Vanutelli, prefecto de la Congregación de Obispos, dictó el 6 de febrero sentencia ajustada al planteamiento del obispo Ezequiel: «Está en perfectísimo derecho de mantener la prohibición de su antecesor». Arcos triunfales, cantos, banderas y discursos rodearon su regreso a Pasto.

En mayo de 1899 León XIII dispuso con la encíclica *Annum sacrum* consagrar toda la humanidad al Sagrado Corazón de Jesús. Pasto y sus parroquias lo estaban desde tiempo atrás, pero su Obispo quiso adherirse promoviendo la construcción de un templo votivo que atenderían las religiosas betlemitas. Pero lo malo estaba por venir: desde finales de ese año empezó a barruntarse la inminente guerra civil en Colombia. Tropas ecuatorianas incursionaban en el sur, y el gobierno ecuatoriano prestaba su ayuda a los rebeldes, impulsados por el espíritu liberal y antirreligioso. Monseñor Ezequiel publicó cartas y circulares con el fin de atajar dichos males, porque el de la guerra, decía, tiene su origen en los pecados de los hombres y es un castigo que Dios permite para purificar la nación. Es preciso, pues, arrepentimiento, oraciones y penitencias.

> «Cuando los masones y liberales ecuatorianos y colombianos, mandados y empujados por Alfaro, Presidente masón del actual Gobierno ecuatoriano, nos acometían una y otra vez con barbarie y salvajismo [...] algunos de los mismos que nos hacían la guerra, recordaban que Jesucristo había predicado la paz; que su religión es de paz, y ¡paz, paz! gritaban, al mismo tiempo que alistaban tropas contra nosotros».

En la pastoral de cuaresma volvió a la carga en parecidos términos. Su doctrina antiliberal venía siendo la pesadilla de los liberales ecuatorianos y colombianos, quienes, como era de temer, empezaron a urdir pronto la ruina del obispo misionero. La hora sonó cuando la Santa Sede decidió abrir conversaciones con el Gobierno ecuatoriano: el delegado apostólico en Colombia hizo llegar al de Pasto el 14 de mayo de 1901 un telegrama precisando que, en vista de tales negociaciones, «quiere Su Santidad que Usía Ilma. se abstenga de toda publicación u otros actos cualquiera». El de Pasto así quedaba descalificado de nuevo ante la opinión pública, como cuando Tulcán. Por si fuera

poco, en julio otro telegrama vino a urgirle interponer su autoridad para que también sus diocesanos guardaran silencio. Y en el de septiembre, junto a la satisfacción del Papa por su obediencia, se le apremiaba a seguir callado y a silenciar «la campaña que el clero de Pasto ha emprendido contra el Gobierno del Ecuador». A diferencia de su antecesor, entendía que no sólo *el liberalismo* en abstracto, sino también *el partido liberal,* que le daba insidiosa cobertura, debía ser abiertamente denunciado e impugnado por la Iglesia. De ahí que el Gobierno ecuatoriano enviase en 1903 a Bogotá a su vicepresidente para gestionar su destitución.

Los llamados tiempos de paz, tras la guerra, eran especialmente idóneos para las concesiones más lamentables. Se avecinaba, de hecho, el arreglo político entre católicos y liberales con la renuncia del Estado a la *confesionalidad.* Es decir, la *concordia* nacional, procurada en Colombia por liberales y católicos afectos a ellos, venía a reconocer que *el bien común* de la nación, en sus concretas circunstancias históricas, había de conseguirse *mejor* dejando a un lado la confesionalidad del Estado *(hipótesis).* El santo obispo de Pasto, por contra, estaba convencido de que la confesionalidad cristiana estatal, en un pueblo de inmensa mayoría católica, aunque pudiera ocasionar ciertos males, evitables después de todo, era sin duda preferible a la secularización estatal, de la que ciertamente iban a seguirse males mayores *(tesis).*

Monseñor Ezequiel publica en septiembre de 1904 una *Circular* en la que extiende a sus diocesanos la prohibición de leer el diario *Mefistófeles,* dictada por el arzobispo de Bogotá, Primado de Colombia. Impugna de nuevo en ella el concepto liberal de *concordia* y de *paz,* que no significan sino retroceso y perjuicio de los católicos. La alianza de tal concordia «debe llamarse *cesión de los católicos* por flojedad en su fe, o, lo que es más probable en algunos, por afición a la *nueva vida* de las sociedades, a las ideas modernas, al *derecho nuevo* condenado por los pontífices romanos... La concordia, tal como se está entendiendo y practicando, es una verdadera calamidad para la fe y la religión, y por eso clamamos contra ella desde un principio». El santo obispo de Pasto, viviendo en un pueblo de amplia mayo-

ría católica, condena la secularización del Estado decenios antes de que ésta se impusiera como elemento desintegrador de Colombia y de tantas naciones de la América hispana.

Perdida la guerra, los liberales colombianos comprendieron que *su* concordia sería imposible sin el previo aplastamiento del obispo de Pasto. Había que acabar de una vez con aquellas cartas pastorales y circulares aplaudidas por los católicos y reimpresas con el apoyo de buen número de obispos. Dada la urgencia, la prensa liberal no tardó en intervenir. El primer biógrafo padre Mínguella, obispo de Sigüenza, recoge en su libro algunas muestras: dice que empezó a tachársele de fraile ignorante, incapaz de comprender las libertades modernas, perteneciente «a esa cáfila de frailes importados de España y rechazados hoy de allá y de todas las naciones civilizadas». «Su cerebro es la Montaña Pelada, en que el odio brilla con siniestros fulgores y las pasiones gruñen como gatos monteses encorvados». Llegaron a publicarse ternas de candidatos para sustituirle y de Tulcán surgieron incluso amenazas contra su vida.

A finales de 1904 el nuevo delegado apostólico, Francesco Ragonesi, le envía sin previo aviso instrucciones favorables a los liberales: debía abstenerse de intervenir en política y, con los demás obispos, secundar al general Reyes, apoyado entonces como presidente de la *concordia* por el cardenal Merry del Val, Secretario de Estado, y por el Delegado apostólico. La confusión entre los obispos fue grande, pero el de Pasto, en vez de lamentarse, remitió un telegrama al señor Presidente de la República puntualizando el sentido de la palabra *concordia* y asegurándole que el Papa no se reconciliaba con el liberalismo moderno. La reacción no se paró en la protesta ante el delegado apostólico, sino que pidió a Roma su deposición. En Bogotá, adonde había sido convocado urgentemente, Ragonesi le aplicó una «detallada y severa requisitoria» y, por exigencia del presidente Reyes, hubo de escribir una explicación pública del telegrama. A la postre, sin embargo, recibió de obispos y pueblo más alabanzas que insultos, pero el dolor mientras tanto había hecho su obra en el hombre de Dios, como vamos a ver.

A finales de 1905, en efecto, una persistente llaguita en el paladar fue el primer anuncio del cáncer que acabaría con su

vida. Muchos cristianos y comunidades religiosas piden al Señor por su salud, pero en vista de que los tratamientos no resultan, una comisión del clero —dos jesuitas, dos capuchinos, dos filipenses, el vicario y otro sacerdote secular— le pide que se vaya a Europa para recibir adecuado tratamiento, cosa que hace el 13 de enero de 1906. Operado en Madrid el 14 de febrero, y de nuevo el 29 de marzo, el doctor Compaired dirá más tarde:

> «Me causó admiración extraordinaria la fortaleza de ánimo, el valor cristiano, la paciencia sin límites, la resignación placentera, la sumisión y obediencia admirables y la resistencia al dolor hasta el heroísmo santo, heroísmo de santo y de bienaventurado».

Para asemejarse más a Cristo, había rechazado la anestesia, soportando el dolor sin lamento alguno.

El 1 de junio es trasladado a morir en Monteagudo, donde había iniciado su vida religiosa, y allí escoge una habitación pequeña, con tribuna a la iglesia. Sus dolores son atroces, pero, como declaraba su fiel acompañante el padre Alberto Fernández, «en todo el tiempo de la enfermedad no he observado un acto de impaciencia, ni perder un momento su dulzura habitual y su modo de ser». El 18 de agosto pasa la noche muy agitado, hasta que de madrugada se sienta en la cama, arregla cuidadosamente las ropas, alisándolas y estirándolas bien y, otra vez tendido, sube la ropa hasta el cuello, y tras sacar los brazos, queda inmóvil, tranquilo, un par de horas. A las 8,30 del 19 de agosto de 1906, con la juvenil madurez de 58 abriles a las espaldas, descansaba para siempre en el Señor. Sepultado a los pies del altar de la iglesia de la Virgen del Camino, su cuerpo incorrupto se venera hoy en dicha iglesia agustiniana de Monteagudo.

Con su muerte, descansó él y descansaron no pocos hombres de mundo y de Iglesia. Y es que no es fácil dar en la historia de la Iglesia en América con un obispo tan molesto para el *mundo* hostil al Reino y para ciertos *hombres de Iglesia*. Pocos obispos, sin embargo, habrán llegado tan hondo, tan dentro del alma, como él. Colombia se deshizo en cortesía de *telegramas*, muchos, y esta vez de sincera condolencia. Pronto empezaron a conocerse curaciones, sobre todo de cáncer, atribuidas a su intercesión. La fama de santo creció con inusitada rapidez, em-

pezando por Colombia. Corría 1910 y se abrió ya el proceso informativo en Tarazona. Años después, en Manila, Pasto y Bogotá. Fue beatificado por Pablo VI el 1 de noviembre de 1975, al término casi de aquel «Año Santo de la reconciliación». Culminan en 1992 los trámites para la canonización, que proclama solemnemente Juan Pablo II en Santo Domingo el 11 de octubre de 1992 en el marco del V Centenario de la evangelización de América. Juan Pablo II presentó al mundo desde allí su ejemplar figura de pastor y misionero. Hoy está considerado como especial intercesor ante Dios por los enfermos de cáncer y uno de los más grandes apóstoles de la evangelización de América.

Redactaba los sermones, aunque al pronunciarlos improvisaba bastante. No brilló en florida elocuencia, sino por un verbo sencillo, claro, persuasivo. Los dos preciosos tomos de sus *Cartas* reflejan su abnegada solicitud hacia quienes a él se confiaban espiritualmente, de modo particular los angustiados por el sufrimiento o atormentados por los escrúpulos. *Enamorado de Jesucristo,* su alegría y fortaleza nacían directamente del amor al Corazón de Jesús. De ahí su omnímoda libertad frente al mundo civil y eclesiástico de su tiempo. En su ministerio no partía sino de este amor a Jesucristo, ni sufría sino al ver que Jesús era ofendido, ni pretendía sino enamorar a los hombres de su Amado. De ese mismo amor venía también su increíble capacidad de sufrimiento.

Dormía con frecuencia en el suelo unas cinco horas, y dedicaba diariamente a la oración seis, distribuidas por la jornada. Durante la oración, el Señor le dejaba normalmente en el desierto de la aridez:

> «Yo, Amado de mi alma, decía, para imitaros, abrazo con el más tierno afecto los dolores, las enfermedades, la pobreza y las humillaciones, y las considero como hermosas partecitas de tu Cruz».

Este amor explica su valiente acción pastoral, y la extremada pobreza, miseria casi, en sus ropas personales, escasas, viejas y remendadas. Gran frugalidad la suya en las comidas; y austeridad no menor en los viajes alojándose en conventos pobres. Fúlgida estrella del cielo agustiniano, San Ezequiel Moreno y

Díaz fue, concluyendo, acabado modelo de pastores por su fidelidad a la Iglesia y por su celo apostólico.

PEDRO LANGA, OSA

Bibliografía

AYAPE, E., OAR, *Semblanza de San Ezequiel Moreno* (Madrid 1994).

CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, «*Decretum* Canonizationis beati Ezechielis Moreno y Díaz, ex Ordine Augustinianorum Recollectorum, Episcopi Pastopolitani (1848-1906). *Super dubio* [7.3.1992: A. CARD. FELICI, *Praefectus*]»: *AAS* 84 (1992) 1089-1091.

LÓPEZ MELÚS, J., *Ezequiel Moreno y Díaz,* en C. LEONARDI - A. RICCARDI - G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los Santos,* I (Madrid 2000) 757-758.

MARTÍNEZ CUESTA, A., OAR, *San Ezequiel Moreno. Fraile, obispo* y *misionero* (Madrid 1992).

Martyrologium romanum, o.c., 440, n.18; 691.

MINGUELLA, T., OAR, *Biografía del Ilmo. y Rvdmo. Sr. D. Fr. Ezequiel Moreno y Díaz, obispo de Pasto (Colombia), muerto en olor de santidad* (Barcelona 1909).

Revista *Credencial historia* (Bogotá) octubre de 1993.

RODRIGO, R., OAR, «S. Ezequiel Moreno (1848-1906)», en F. ROJO (ed.), *La seducción de Dios. Perfiles de hagiografía agustiniana* (Roma 2001) 265s.

SACRA RITUUM CONGREGATIONE, *Beatificationis et canonizationis Servi Dei Ezequielis M. Díaz. Positio super virtutibus* (Roma 1944).

— *Beatificationis et canonizationis Servi Dei Ezequielis M. Díaz. Nova Positio super virtutibus* (Roma 1959).

«El santo de Alfaro». Simposio sobre San Ezequiel Moreno. Alfaro (La Rioja, España), 29 septiembre-1 octubre 1994 (Roma 1994).

BEATO TOMÁS SITJAR FORTIÁ

Presbítero y mártir († 1936)

Al iniciarse el 18 de julio la Guerra Civil y declararse la persecución religiosa contra la Iglesia, los superiores de la Compañía de Jesús ordenaron la dispersión de todas las pequeñas comunidades, debiendo acudir cada uno a la familia que tenían previamente señalada. Comenzaba la inseguridad, la indefensión y el imprevisible futuro para muchos, con el desamparo y la soledad que la situación ofrecía. Algunos regresaron a las casas que habían habitado, donde días después serían detenidos.

Unos días antes, el P. Tomás López partía con un grupo de congregantes para Mallorca, de donde no regresarían hasta el año 1939. El P. Ramón Más fue detenido a los pocos días en plena calle, y tuvo que declarar ante sindicalistas de la CNT que

le dejaron en libertad tras el oportuno interrogatorio. El P. José Luis Iñesta estaba dando ejercicios en Torrente a las Hermanas Franciscanas, a quienes animó a perseverar en la fe, pero regresó a Valencia de inmediato. Unos días después un grupo de la FAI asaltó la Residencia de los jesuitas, saqueándola. El P. Juan Pablo Beamonte, animoso y culto, fue el protomártir jesuita valenciano. Residía en el asilo-hospital de San Juan de Dios de la Malvarrosa, junto al mar, debido a un intenso cansancio nervioso que sufría desde hacía tiempo, acompañado por los padres Eugenio Tort y Manuel Carceller. Desde los primeros días los padres Beamonte y Tort optaron por salir del hospital, marchándose el 21 de julio, pero el P. Carceller, con 81 años de edad, decidió quedarse. Su venerable ancianidad llamó a compasión a los milicianos que le acompañaron hasta la estación del Cabañal, pagándole un billete de segunda hasta Barcelona, donde su familia le recogió. El 4 de agosto la benemérita comunidad de Hermanos Hospitalarios de San Juan de Dios de la Malvarrosa es asesinada.

Los padres Fort y Beamonte se habían acogido a la fraterna caridad de dos hermanas aragonesas que vivían en un chalet de la playa, próximo a San Juan de Dios, donde permanecieron juntos hasta el 5 de agosto, pues este día el P. Tort abandonó este refugio. El 7 de agosto los milicianos llegan al chalet donde les recibe el P. Beamonte, que es reconocido. A empellones le llevan al automóvil, le rompen las gafas, y esa misma noche es asesinado, según parece, junto al cementerio más próximo. Un registro efectuado en la residencia habitual del P. Darío Hernández, ex prepósito de la Casa Profesa, puso en manos de los milicianos la lista completa de los grupos de jesuitas que vivían en Valencia, precisando nombres y direcciones. El P. Darío preguntó al hermano José Conti si se atrevía a ir al asilo de San Juan de Dios, con el fin de avisar a los jesuitas que vivían allí. Aceptó valientemente, pero al llegar a la Malvarrosa no se percató de la ausencia de los religiosos hospitalarios, y preguntó ingenuamente por el superior. A los pocos días su cadáver fue hallado en el camino de Alboraya al mar.

El 12 de agosto unos milicianos localizaron en un registro al P. Narciso Fuentes, identificándolo de inmediato. Nada más se

pudo saber de él. Un grupo de coadjutores lo formaban los hermanos Ángel Mercader, José Simón, Catalino Abril y José Fabregat. El Hno. Simón había sido durante 42 años cocinero del colegio de San José, y se encontraba acogido en una casa junto al Hno. Mercader, el Hno. Planell y el P. Caldú. El 31 de julio fueron sorprendidos por un grupo de milicianos, mientras rezaban las letanías de la comunidad. Decidieron separarse, quedando en el piso los Hnos. Simón y Mercader que, finalmente, fueron detenidos el 14 de agosto y asesinados en la Pinada (Masarrochos). El Hno. Catalino Abril se refugió en una posada que tenía en Valencia un amigo suyo de la infancia, de donde se lo llevaron el 23 de agosto. Lo encontraron muerto en el barrio de Arrancapinos.

El Hno. Fabregat se desvivía por encontrar lugares más seguros para los demás jesuitas, sobre todo se interesaba por el P. José Conejos, a quien visitaba en su escondrijo y atendía. Le detuvieron el 17 de agosto, encerrándole en la prisión de San Miguel de los Reyes, en donde encontró a su hermano, el P. Antonio Fabregat. Convivieron juntos hasta el 2 de septiembre, en que el Hno. José fue trasladado a la Modelo. El 8 de septiembre fue asesinado. Procedente de Segorbe (Castellón), en donde era padre espiritual del seminario diocesano, se hallaba en Valencia el P. José Palacio, escondiéndose en casa de un sacerdote amigo suyo. Escribió a un sobrino encargándole de agenciarle el permiso para irse a Alcalalí (Alicante), su pueblo natal. Cuando éste llegó a entregarle el salvoconducto el 27 de agosto, su tío ya no estaba. Nada más se sabe de él.

El P. Juan y el P. Palanques fueron detenidos el sábado día 25 de julio, les llevaron ante el Comité Popular y les encerraron en el calabozo. Una vez libre, el P. Juan recorrió varios refugios, finalmente fue localizado, siendo asesinado el 28 de septiembre en el Picadero de Paterna. Unos días antes de comenzar la Guerra Civil, el P. Pablo Bori acababa de dar los ejercicios a las religiosas del asilo de ancianos desamparados, que le cuidaban, y en donde celebraba la santa misa a diario. Varios jesuitas se encontraban acogidos en esta santa casa, desde la promulgación del decreto del Gobierno del 24 de enero de 1932. Allí estaban el P. Casademont, el P. Giner, imposibilitado por apoplejía, el

Hno. Espí, muy anciano, el Hno. Valer, ciego desde hacía años, y los hermanos Vicente Sales y José Tarrats, que los atendían. El Hno. Tarrats era muy conocido y admirado por sus innumerables favores, pero al abandonar el asilo encontró cerradas todas las puertas en donde llamó. Era demasiado conocido. El día 15 de agosto lo encontró el Hno. Martínez Tarín, y lo invitó a ir a casa de sus padres, aunque regresó al asilo de ancianos.

El P. Bori celebró la misa hasta el 24 de agosto, siendo el consuelo de todos aquellos días de angustia. Este día, un numeroso grupo de milicianos se adueñan del asilo, marginando a las religiosas. El 28 de septiembre una patrulla armada detuvo al Hno. Tarrats, al Hno. Celso Alonso, redentorista, al Dr. Fermín Alegret, y a un asilado, Miguel Esteve. Qué les hicieron, no se sabe, pero sus cadáveres se recogieron en *la Rambleta,* frente al mismo cementerio. Al día siguiente, 29 de septiembre, alrededor de las 6 de la tarde, los milicianos detienen al P. Bori y al Hno. Sales, encontrándolos muertos a la mañana siguiente. El primero, en el tránsito de Benimaclet; el segundo, en el Picadero de Paterna. Uno de los milicianos que detuvo al P. Bori contó a una hermanita del asilo que, cuando iba a ser asesinado, el jesuita preguntó: «"¿Quiénes me vais a matar?". —¡Nosotros!, le responden. "Pues por aquel Dios por quien me vais a matar y en quien vosotros no creéis, yo os perdono", y nos bendijo a todos».

En la Cárcel Modelo de Valencia se reunió una comunidad de jesuitas. Desde el 22 de julio estaba preso el Hno. Simeón Martí, a quien siguieron los padres Puche, León, Tort, Parres, Moret e Iñesta. Del 23 al 27 de julio estuvo también allí el P. Mario Sauras, antes de su huida a Alicante, y pasó unos días el prepósito Darío Hernández. El 4 de septiembre ingresó en la prisión el P. José Antonio Puche, que había llevado hasta ese momento una extraordinaria labor apostólica, dando la comunión privadamente, y confesando a cuantos le requirieron, pasando de un refugio a otros. Cuando fue detenido junto con una hermana suya religiosa, les llevaron al Gobierno Civil, de donde pasaron, él, a la Modelo, y su hermana, a la cárcel de mujeres.

A los pocos días —10 de septiembre— se les unía el P. Antonio de León, a quien se le había brindado salir para el

extranjero, pero cedió su puesto al P. Mario Sauras. Antes había estado declarando en el Gobierno Civil, y encerrado después en un calabozo junto con otros presos. Al día siguiente, por la tarde, lo llevaron a la Modelo. El horario en la prisión era realmente inicuo: todo el día encerrado en la celda, fuera de una hora de recreo en el patio por la mañana, y otra, por la tarde. Podían recibir visitas de familiares de veinte minutos dos veces por semana. Había mucho tiempo para la lectura, la oración y el estudio. Lo peor eran las noches. De pronto podían encenderse todas las luces de un piso, porque no había más que una llave, empezando el ruido de abrirse las puertas de quienes partían rumbo a la muerte. A veces esto podía ocurrir hasta dos o tres veces.

Pero lo más terrible aún fue la llegada en la tarde del 14 de septiembre de la Columna de Hierro, que se había propuesto acabar de raíz con toda autoridad y orden. Había que acabar con todo. Se apoderaron de la guardia y dejaron en libertad a todos los presos comunes, para que marcharan con ellos al frente. Al quedar sin servicio hubo necesidad de nombrar nuevos auxiliares en la cocina. El P. Puche advirtió la oportunísima ocasión de seguir su apostolado en la Modelo. Pidió y se le concedió el 15 de septiembre el cargo de ordenanza del piso medio de la primera galería, invitándole a recomponer el fichero destruido por los milicianos. Por la tarde ya era enfermero, cargo que le permitió recorrer libremente toda la cárcel, pasando de una galería a otra, y entrar en las celdas. Una pastoral de catacumbas. Al día siguiente se encontró con el P. León, el P. Darío Hernández y el Hno. Martí. El segundo, destacado predicador y eficaz prepósito de la casa profesa hasta la disolución de la Compañía en 1932, era inconfundible. Un oficial de prisiones le reconoció enseguida: «Ése es el capitán general de los jesuitas». En un primer momento se ocultó con el P. Luis Perera y el Hno. Conti, donde eran visitados con frecuencia por el P. Puche y el Hno. Orengo, que fue el enlace más seguro entre todos los jesuitas de Valencia. En otro piso de esta misma casa se hallaba oculto el P. Pelufo, Provincial de los franciscanos. El 25 de julio, avisados oportunamente, se pusieron a salvo de una segura detención, aunque el P. Perera ya no volvió. El P. Darío y el

Hno. Conti regresaron, pero a los pocos días se ocultaron en otro lugar, donde les visitaron también los padres Puche y Basté y el Hno. Darder. Un nuevo registro en la posada donde vivía el P. Puche, y de allí el 30 de agosto tiene que huir, pues la policía está preguntando por él. La persecución personal que sufría acrecía a diario los peligros de sus salvadores: «¡Es tan triste saber que le van buscando a uno!», exclama. En la calle lo encontró el P. Reboll: «Si esto dura más yo me entrego a las autoridades, y que hagan lo que quieran de mí», le dice. El sufrimiento y el temor se hacen insoportables. El 13 de septiembre es detenido por seis milicianos, que lo llevan al Gobierno Civil, y de allí a la Modelo, donde permanece quince días. Al anochecer del día 30 de septiembre sale rumbo al Picadero de Paterna, donde es martirizado.

En la noche del 30 de septiembre al 1 de octubre, los milicianos sacan al P. Vicente Guimerá de la prisión de las Torres de Quarte, junto con un hermano suyo sacerdote, don Joaquín. El P. Guimerá residía de ordinario en Sevilla, aunque era valenciano, y se hallaba casualmente en Valencia, para resolver algunos asuntos relacionados con la causa de beatificación del P. Tarín, que tenía encomendada. Al iniciarse la persecución contra la Iglesia se fue a vivir con su hermano, y una hermana, religiosa Carmelita de la Caridad. Murieron juntos el jesuita y el sacerdote.

Desde el 25 de julio el P. Luis Perera se acogió a la caridad de una familia valenciana, en donde podía celebrar cada día misa en el oratorio. Fue detenido el 18 de agosto, y encerrado en la prisión improvisada en los sótanos del seminario conciliar, en la calle de Trinitarios. El 4 de octubre, después de un mes y medio de cautividad en tan lóbrego lugar, fue asesinado en el azud de Monteolivete. El 7 de octubre, es aprendido el P. Ciríaco Tort, y desde el Gobierno Civil es conducido a la Modelo. Dos días más tarde llegaba el P. Juan Luis Parres, quien desde Gandía había arribado a Valencia el 27 de julio, ocultándose, primero, en un piso en donde encontró al P. Narciso Fuentes y al Hno. José Fabregat, y después, en diversos lugares hasta que le localizó la policía. Le siguió el P. Moret y el P. Iñesta, que vivía escondido con el Hno. Viciano, a quien reconocieron por la

calle. El 25 de noviembre, al mediodía, le detienen. De allí, al Gobierno Civil, y al calabozo. Al día siguiente, a la Cárcel Modelo.

El 7 de diciembre algunos presos de la Modelo fueron trasladados de galería, obligándolos a reunirse tres en cada celda, pudiéndose escoger uno de los compañeros. Entonces había unos 700 presos. El P. Antonio de León se reunió con el P. Ciríaco Tort y el P. Marco, escolapio, rector del colegio de Albarracín (Teruel). Las confesiones en la prisión no ofrecían dificultad, paseando por el patio, y para comulgar se decían ocultamente algunas misas, repartiéndose la comunión como cada uno discurría. En la primera quincena de agosto el P. Narciso Basté andaba ocultándose, aunque era un viejecito afable. Durante años dirigió el admirable Patronato, ganándose bien merecidamente el homenaje de la clase obrera. El 17 de agosto fue detenido por primera vez, junto con los hermanos Darder y Abril, pero uno del Comité había sido del Patronato y le obtuvo la libertad. Aún fue detenido y puesto en libertad otras dos veces. El 15 de octubre le apresaron junto con el Hno. Manuel Darder, siendo asesinados ambos.

El 25 de octubre el Hno. Juan Andrada y su hermano sacerdote, don Jaime, fueron detenidos por milicianos del comité de Benifairó de la Valldigna, que los asesinaron por el camino. A principios de octubre es detenido y encarcelado unos cinco días el Hno. Vicente Fonfría, a quien el 29 del mismo mes da muerte un miliciano de la Columna de Hierro. En la prisión de las Torres de Quarte estuvo el P. Alfredo Simó, antiguo rector del colegio de San José, persona muy conocida en la ciudad del Turia. El 25 de julio estuvo declarando en el Gobierno Civil, aunque quedó en libertad, pero el 20 de agosto es encarcelado en la mencionada prisión. Allí se encontraban numerosas personalidades en unas condiciones infrahumanas. La sala tenía unos diez metros de larga por cuatro o cinco de ancha, y por mobiliario contaba con una mesa larga de pino, cuatro bancos largos y unas sillas, que habían construido los propios presos. En este inhóspito lugar llegaron a estar más de cuarenta hombres. Allí estaba también el superior de los capuchinos de Masamagrell. En aquellas circunstancias el P. Simón era un deleite para todos.

Era un jesuita de inmensa cultura y afabilidad. El 21 o 22 de noviembre el P. Alfredo salió de la prisión, aunque esta libertad fue sólo por unos días, pues en la madrugada del 29 de noviembre fue detenido de nuevo y, con él, la familia que caritativamente le había mantenido oculto, antes y después de su prisión en las Torres de Quarte. Todos ellos, menos una hija del matrimonio, fueron asesinados en el Picadero de Paterna.

Sin derramar su sangre pero como de verdadero mártir fue la muerte en la cárcel del P. Juan Bta. Ferreres, a consecuencia de los malos tratos sufridos por el nombre de Cristo. El célebre moralista y canonista, gloria de la Compañía de Jesús, residía hacía muchos años en Barcelona. Con el Hno. Penalba se refugió en una casa amiga hasta el 10 de agosto en que les detienen y llevan a declarar. El P. Ferreres aseveró ser catedrático y escritor, y viéndole tan anciano le dejaron en libertad. Con el Hno. Penalba se trasladó a L'Ollería (Valencia), donde había nacido. A fines de agosto las autoridades locales le obligan a presentarse al Gobierno Civil, de donde pasó a San Miguel de los Reyes. Estuvo cuatro meses encarcelado, y su salud fue empeorando. El día 8 de diciembre, fiesta de la Inmaculada, le dio un ataque de hemiplejía. El 21 de diciembre, casi sin sentido, y sobre un jergón, intentan colocarlo en un coche, pero no entra y lo dejan en la enfermería del penal, donde siguió agravándose su enfermedad. El día de Navidad recibe por última vez la comunión, y el 29 expiraba recitando esta plegaria: «En tus manos, Jesús mío, encomiendo mi espíritu». Sus numerosos amigos de la cárcel pretendieron adquirir un ataúd decoroso, pero el director de la cárcel no lo consideró adecuado: «No interesa», dijo.

En la ciudad ducal de Gandía, cuna de San Francisco de Borja, se encontraba el P. Tomás Sitjar, superior de la comunidad, conocido por su defecto en un pie que le obligaba a llevar una bota especial. Varias familias se le ofrecieron para acogerlo, pero no aceptó por no comprometer a nadie. El P. Parres y el Hno. Azorín pudieron huir de Gandía y salvaron sus vidas, como pudo hacer y no quiso el Hno. Gelabert, para quedarse heroicamente con el superior. También se quedó el P. Constantino, que vivía en piso diferente. El 25 de julio, a medianoche, se presentan los milicianos. El Hno. Gelabert, por obediencia, lo-

gra escaparse, y al P. Superior le amenazan, acusan y sin respeto alguno a los setenta años, le maltratan, le dan varios golpes, le tiran de las orejas, le echan una soga al cuello y le llevan a rastras hasta las Escuelas Pías —la Universidad fundada por San Francisco de Borja, convertida ahora en cárcel—, cayendo por el camino varias veces: «Tuve las tres caídas de Cristo», dirá más tarde. En la puerta de la prisión cae de bruces, por el empujón que le da una miliciana. Al poco rato le llaman a declarar. A las diez de la mañana del día 26 de julio se le unen el P. Carbonell y los hermanos Ramón Grimaltos y Pedro Gelabert, que habían sido detenidos en diferentes lugares. El 3 de agosto el P. Sitjar tiene que ser hospitalizado, aunque sigue velando por los tres jesuitas encarcelados: «Díganle al P. Ministro que no sea roñoso; que dé limosnas para que los traten menos mal». El día 10 regresa a las Escuelas Pías. El 28 de agosto es asesinado, junto con otros dos gandienses, en el término de Palma de Gandía.

Unos días antes, el 23 de agosto, el P. Carbonell y los hermanos Grimaltos y Gelabert, junto con otros diez detenidos, son trasladados en un autobús que toma el camino de Valencia, aunque no creyeron ser cierto y se confesaron uno con el P. Carbonell, y otros, con el canónigo Espí. En el trayecto les hacen bajar varias veces, como si fueran a asesinarles allí mismo, con increíble crueldad. No lejos de Silla un grupo armado les da alcance, obligando al conductor a virar hacia Carlet y Alzira. En el término de Tavernes de la Valldigna detienen el autobús, les ordenan bajar a todos y allí mismo les dieron muerte. Sólo se salvaron los tres más jóvenes del grupo de detenidos.

Al P. Moreno, de setenta y cuatro años, se le permitió continuar en el Asilo de Orihuela. El P. Juan Bta. Juan se marchó a Alicante, y murió el último día del año. Y por lo que respecta al P. Andrés Carrió estuvo, primero, acogido por una familia de Murcia, de donde pasó a Los Alcázares, saliendo para Alicante el día 25 de julio. Unos milicianos le reconocen y le detienen al pasar por San Javier (Murcia), pasando todo el día en un calabozo, sin comer ni beber. Al día siguiente, al amanecer, era asesinado.

Gracias al consulado argentino en Alicante pudieron salvarse el P. Joaquín Vendrell, el P. García, superior de Alicante, el

P. Francisco y su hermano Vicente Muedra, Mario Sauras, Baró Reboll y Casademont. Mientras esperaba en una pensión de Alicante la documentación para embarcarse fue detenido y asesinado el P. Ángel Armiñana, uno de los jesuitas de Valencia, quien en los primeros días de la persecución religiosa recibe a sus padres y una hermana, vecinos de Alcoy, en el piso donde el P. Fonfría hacía de cocinero y se establecen allí todos. Una grave enfermedad de la señora les obliga a regresar a Alcoy, encaminándose los padres Armiñana y Fonfría a Alicante, con el fin de embarcarse en aquel puerto. El 27 de septiembre el P. Fonfría es detenido, le recluyen en el Reformatorio, donde se hallaba el P. Ginés M.ª Muñoz desde dos días antes, y lograría la libertad en febrero de 1937. Por lo que respecta al P. Armiñana pertenecía al grupo de la Academia «Ausias March» de Valencia, y todo hace pensar que fue asesinado en la noche del 3 al 4 de octubre.

Los datos sobre los jesuitas en el ámbito del arzobispado de Valencia elevan las víctimas a 23.

TOMÁS SITJAR FORTIÁ, benjamín de siete hermanos, fruto del matrimonio formado por José Sitjar y Rita Fortiá, nace en Gerona el día 21 de marzo de 1866, y es bautizado al día siguiente en la seo gerundense. De temperamento pronto y violento, aplicado en el estudio e inteligente, queda cojo a resultas de una imprudente travesura, y al crecer, la pierna derecha se queda más corta que la izquierda, y esa cojera exigió un zapato especial.

En el seminario diocesano obtiene las máximas calificaciones, y en 1880 ingresa en el noviciado de la Compañía de Jesús del monasterio de Santa María de Veruela. El año 1886 estudia filosofía y ciencia en Tortosa. En 1890 imparte filosofía en Montevideo (Uruguay), de donde regresa en 1897 por problemas de salud. Celebra su primera misa en 1900, y tres años más tarde en Manresa profesa solemnemente en la Compañía. Enseña filosofía en Veruela, Tortosa y Sarriá (Barcelona).

En 1922 los superiores le nombran ministro de la residencia de Tortosa, y al año siguiente, superior de la de Tarragona. El 12 de febrero de 1929, Rector del colegio noviciado de Gandía, donde dos años más tarde, al proclamarse la Segunda

República, vive la amenaza de incendio de la casa. En esta última etapa de su vida se ponen de manifiesto su admirable ejemplo de constancia e inteligencia. Al disolverse las comunidades de la Compañía de Jesús pasa a residir con la familia Company-Navarro: «Soy jesuita y aunque me venga la muerte no lo ocultaré».

El 25 de julio de 1936, a las diez y media de la noche, un grupo de milicianos se presentan en el piso donde reside, le insultan, se burlan de él, le rompen las gafas y atándole una soga al cuello, lo llevan a rastras a las Escuelas Pías, convertidas en cárcel. Por el camino y debido a su cojera y a los empujones, cae tres veces, caminando lentamente. Al empujarle dentro de la prisión uno de los milicianos le insulta groseramente: «Toma, por canalla, perro cristiano». Allí permanece animando a todos, confesando a quienes se lo piden y soportando mansamente burlas y malos tratos. El día 17 de agosto le llevan a declarar. A media noche del día 18 los milicianos sacan al P. Sitjar junto con dos jóvenes, Juan Cruañes y Juan Botella, les conducen por la carretera de Albaida y en el lugar conocido como la Cruz Blanca, próximo al municipio de Palma de Gandía, les hacen bajar del automóvil, les hacen avanzar y al pie de un olivo les asesinan. Sus cuerpos reciben sepultura en el cementerio de esta población, pero en 1940 son inhumados en Gandía.

En 1953 se abre el proceso de siete jesuitas sacerdotes, cuatro hermanos coadjutores y un congregante mariano y antiguo alumno, entre los que se encuentra nuestro beato.

Tomás Sitjar fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

CORRECHER SEGURA, R., SJ, *Beatos mártires de la Compañía de Jesús* (Gandía 2001) 15-21.

GUIM MOLET, J., SJ, *Los jesuitas en el Levante rojo. Cataluña y Valencia (Barcelona 1936-1939)* (Barcelona 1941).

LEÓN, A. DE., SJ, *En las cárceles y calles de Valencia durante la Revolución española* (Barcelona s.a.).

BEATAS ELVIRA DE LA NATIVIDAD DE NUESTRA SEÑORA TORRENTALLE PARAIRE Y COMPAÑERAS DE LA CONGREGACIÓN DE HERMANAS CARMELITAS DE LA CARIDAD

Rosa de Nuestra Señora del Buen Consejo Pedret Rull, María de Nuestra Señora de la Providencia Calaf Miracle, Francisca de Santa Teresa de Amezua Ibaibarriaga, María de los Desamparados del Santísimo Sacramento Giner Lister, Teresa de la Madre del Divino Pastor Chambó Pales, Águeda de Nuestra Señora de las Virtudes Hernández Amorós, María de los Dolores de San Francisco Javier Vidal Cervera, María de las Nieves de la Santísima Trinidad Crespo López

Mártires († 1936)

El 11 de marzo de 2001 fueron beatificadas por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939, veinticuatro Carmelitas de la Caridad.

No todas murieron el mismo día y en el mismo lugar. Las 9 hermanas de la «Comunidad de Cullera», el 19 de agosto en El Saler. Las 12 de la «Casa de la Misericordia de Valencia», en el Picadero de Paterna el 24 de noviembre. Otras dos el 24 de septiembre en el cruce Benicalap-Campanar; y una tercera en Tabernes de Valldigna el 7 de septiembre. La calidad evangélica de sus vidas se puede sintetizar con las siguientes reseñas.

Comunidad de Cullera

Cullera es un pueblo de Valencia acariciado por la brisa del Mediterráneo y el aroma de los naranjales. Allí vivía en 1878 el piadoso matrimonio formado por Agustín Bou y Rita Gomis, quienes, muy apenados porque había fallecido su hija única, decidieron emplear toda su fortuna en dar una casa-hogar a pequeñas huérfanas desamparadas, dirigiéndose para esta fundación a las Carmelitas de la Caridad. La entonces superiora general, M. Paula Delpuig, acogió la propuesta, y las intrépidas hijas de Santa Joaquina de Vedruna se establecieron en el asilo, fundado bajo la advocación de la Inmaculada Concepción, el 8

de junio de aquel año, día de Pentecostés. La casa llegó a tener —entre internas, externas y mediopensionistas— trescientas niñas. Allí se santificaron, en el ejercicio de la caridad, muchas carmelitas. Entre ellas, las nuestras. Las que el día de la Asunción de 1936 salieron del asilo de la Concepción para ir presas al hospital, y cuatro días después daban su vida por Cristo.

Desde julio de 1936, los Comités revolucionarios dominaban Cullera desatando su furia en persecuciones y asesinatos, especialmente de sacerdotes y religiosos. Contra las carmelitas, a las que el pueblo respetaba, orquestaron una campaña difamatoria. Corrieron el rumor de que maltrataban a las asiladas, de que habían robado y escondido en el asilo un tesoro... que no aparecía. El Comité incautó la casa y se quedan en ella unos milicianos para vigilar a las «monjas ladronas», que siguen allí sin quitarse sus hábitos. «Nos los quitaremos cuando nos vayamos, y sólo nos iremos cuando nos echen». En la fachada del asilo aparecieron pintadas: «Monjas, moriréis quemadas». Y, por todo el pueblo: «Muerte al ladrón».

El 15 de agosto, para festejar la Asunción de la Virgen, aquellas monjas que «maltrataban» a las niñas, les estaban dando una comida especial. A las dos de la tarde, se presentaron los del Comité para sacarlas de la casa y llevarlas detenidas al hospital municipal. Los milicianos que quedaron en el colegio se vistieron —entre mofas soeces— con los hábitos que habían hecho dejar a las religiosas; profanaron los ornamentos sagrados y destrozaron la capilla, pisotearon los escapularios de las niñas diciéndoles que Dios era Lenin, las obligaron a hacer gimnasia desnudas y a ver una película pornográfica y hasta las amenazaron con matarlas si se resistían. Entretanto, las carmelitas habían sido llevadas al sótano del hospital bajo la caritativa custodia de las Hijas de la Caridad, cuyas atenciones mitigaron no poco aquellos cuatro días de confinamiento en régimen carcelario.

El día 18, el Comité hizo público un bando prohibiendo a los vecinos circular por la calle pasadas las diez de la noche... A las doce, se presentaron en el hospital ordenando a la superiora de las paúlas que las hermanas presas se vistieran porque las iban a llevar a Gobernación. Abrazando agradecida a sor Mag-

dalena, M. Elvira hizo ante los milicianos la señal de la cruz, y dijo a sus monjas: «Hermanas, nos llevan al Saler». Que era tanto como decirles: a la muerte. No hubo lágrimas ni aspavientos, sino la fortaleza del Espíritu Santo vibrando en nueve mujeres indefensas.

Con cuatro seglares, las hicieron subir a un coche que tenía escrito con letras grandes y crueles: «Gratis al Saler». La M. Elvira las animaba con palabras de fe y esperanza; por el camino se les murió la hermana Consejo —Rosa de Nuestra Señora del Buen Consejo Pedret Rull— que estaba enferma. Al llegar al Saler, hicieron bajar primero a los seglares y allí, en el camino, dispararon sobre ellos. Las hermanas, desde el coche, oyeron las descargas... «Hijas mías —las alentó Elvira—, tened valor para saber morir, que pronto estaremos en la gloria». Entonces, respondieron gritando con decisión lo que tanto habían repetido desde hacía meses: «¡Viva Cristo Rey! ¡Muera yo por él!». Ante el furor de los milicianos, que pretendían sacarlas del coche a empujones, y hasta tirarlas por las ventanillas, se impuso la madre Elvira: «No hace falta. Bajaremos por nuestro propio pie, de muy buena gana».

Aquella increíble entereza de Elvira, su ascendiente sobre las monjas y su valor harían reconocer más tarde a uno de los asesinos: «Era un verdadero capitán de barco, no quiso abandonar su puesto, quedándose la última, de tal manera que no las puedo quitar de delante, ni tengo ánimos para matar a nadie más».

Habían descendido las hermanas del coche, bajando el cadáver de la hermana Consejo y, frente a aquellos desalmados, buscaban refugio unas con otras, huyendo de los zarpazos que algunos les daban. De pronto, Elvira entonó el himno eucarístico: «Cantemos al amor de los amores, cantemos al Señor...». Y una sola voz, salida de ocho gargantas, se elevó, gozosa, triunfal. Los milicianos, sorprendidos por esta respuesta ante la muerte, escuchaban, atónitos: «Dios está aquí, venid, adoradores, adoremos a Cristo Redentor...». Era un cántico matutino de alabanza al Señor de la vida. Era la expresión de sus vidas inmoladas, como Cristo en la Eucaristía: cuerpo partido, sangre derramada. A medida que caían, implacables, las descargas, el

coro de vírgenes se iba apagando... «¡Gloria a Cristo Jesús! Cielos y tierra, bendecid al Señor...». Y los lirios blancos, tronchados y enrojecidos, se deshojaban, exhalando el perfume del perdón y la caridad. Sólo Elvira Torrentalle, «el capitán del barco», quedaba en pie. Y cantaba, sonriendo: «¡Honor y gloria a ti, Rey de la Gloria!». Cantaba, muriendo, consumada gallardamente su misión, esta mujer, fuerte con la fortaleza de los débiles, tozudamente enamorada de Jesucristo: «¡Amor por siempre a ti, Dios del amor!».

Eran las primeras horas del 19 de agosto. Entre los pinos del Saler, las sombras de la noche eran vencidas por la luz. Amanecía. Habían vencido estas nueve heroínas.

ELVIRA DE LA NATIVIDAD DE NUESTRA SEÑORA TORRENTALLE PARAIRE. Nació en Balsareny (Barcelona) el 29 de junio de 1883. Entró en la congregación el 7 de septiembre de 1906, en el noviciado de la casa madre de Vich. Profesa en 1908, fue destinada a Cullera; en 1925, al colegio del Sagrado Corazón de Valencia y, en 1933, de nuevo a Cullera, como superiora. De temperamento vivo, se manifestaba al exterior con una serenidad inalterable, ecuánime y llena de paz. La Eucaristía y la Santísima Virgen fueron el centro de su vida. Renunció a la oportunidad que le brindó, primero la hermana de una religiosa, y después, su propia hermana Irene, también carmelita, para que se refugiara con ella en el domicilio familiar: «Ponte tú a salvo con las otras religiosas que van a Cataluña, pero mi deber con las hermanas y con las niñas es permanecer en Cullera». Durante el camino del martirio al Saler animó a sus hermanas, pidiendo para ello morir la última, y entonando el popular himno eucarístico «Cantemos al amor de los amores», que sólo se apagó en sus labios cuando perdió la vida.

ROSA DE NUESTRA SEÑORA DEL BUEN CONSEJO PEDRET RULL. Rosa Pedret Rull había nacido en Falset (Tarragona) el 5 de diciembre de 1864. Se decide por la vocación religiosa e ingresa en la congregación de Carmelitas de la Caridad el 4 de marzo de 1886, haciendo el noviciado en Vich, y tomando el nombre religioso de Rosa de Nuestra Señora del Buen Consejo, llamada familiarmente hermana Consejo. Su profesión perpetua la hizo el 19 de abril de 1891. Fue destinada a la casa-asi-

lo de Cullera, y allí permanecería todo el resto de su vida. Empleó todas sus fuerzas en el servicio de las colegiales, llevando la clase de labor y trabajando en otras varias actividades al servicio de la casa. Cuando se hizo mayor, la encargaron de la portería. Era humilde, obediente, caritativa, bondadosa y sencilla, y la quería todo el pueblo, que la conocía por los muchos años que llevaba en la localidad. Vivía con gran intensidad la pobreza evangélica.

MARÍA DE NUESTRA SEÑORA DE LA PROVIDENCIA CALAF MIRACLE *(Hermana Providencia)*. Nació en Bonastre (Tarragona) el 18 de diciembre de 1871, e ingresó carmelita en Vich en 1890. Tras un breve destino en Benicassim, pasó el resto de su vida, casi 40 años, en Cullera, donde fue ropera, procuradora, y sacristana, oficios en los que manifestó su competencia y rendimiento de juicio. De carácter bondadoso y angelical, las niñas la adoraban, llamándola «madrinita». Cuando su hermano fue a intentar salvarla, le respondió: «Lo que será de una, será de todas». Su muerte, al caer fusilada en el Saler con sus ocho hermanas, fue su último acto de comunidad.

MARÍA DE LOS DESAMPARADOS DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO GINER LISTER *(Hermana Amparo)*. Nacida en Grao (Valencia) el 13 de diciembre de 1877, ingresó en el noviciado de Vich en 1902 y, después de profesa, vivió siempre en Cullera. Trabajó mucho en el lavadero, el planchador y la enfermería, con grandísima caridad y abnegación. Decía: «¿Descansar cuando los enemigos del Señor son incansables? ¡Trabajar hasta morir!». En uno de sus asesinos reconoció al padre de dos niñas asiladas que, estando muy enfermas, ella cuidó con desvelo maternal, y le dijo serenamente: «¿Precisamente tú? ¿No te acuerdas de cuando me decías: "¡Sálvemelas, que no se me mueran!"? Y..., ¿cómo me pagas?». Ante el silencio del asesino, la hermana Amparo le dijo con el rostro iluminado: «Sí, hombre, sí, me das lo mejor... ¡Me das el cielo!».

FRANCISCA DE SANTA TERESA DE AMEZUA IBAIBARRIAGA. Esta vizcaína de Abadiano, nacida el 9 de marzo de 1881, había entrado en el noviciado de Vitoria el 16 de octubre de 1900. Tras profesar, y estar dos años en el colegio de Oliva (Valencia), pasó a Cullera para encargarse de la cocina. De su trabajo es-

condido y humilde, regado de jaculatorias, solía decir: «Mi cocina es un pedacito de cielo, mucho mejor que todos los palacios del mundo». Dirigiéndose al martirio repetía con fervor: «Sagrado Corazón de Jesús... ¡nueve mártires!».

TERESA DE LA MADRE DEL DIVINO PASTOR CHAMBÓ PALES. Nació en Valencia el 5 de febrero de 1881 y entró como religiosa el 21 de abril de 1900. Las hermanas de Manresa, Denia, Oliva y Cullera la recordarían por «la bondad de su carácter y el primor de sus labores». Los milicianos le dieron un salvoconducto para que pudiera salir de Valencia, pero, como una broma macabra, la detuvieron en el tren y la hicieron volver. Al exhumar su cuerpo encontraron el anillo de su profesión religiosa guardado en el bolsillo. Un verdadero símbolo: esposa de Cristo para siempre.

ÁGUEDA DE NUESTRA SEÑORA DE LAS VIRTUDES HERNÁNDEZ AMORÓS. Nacida en Villena (Alicante), el 5 de enero de 1893, ingresó como novicia en Vich el 27 de noviembre de 1918. Tras diversos destinos llegó a Cullera, donde, en su oficio de cocinera, se desvivía para dar gusto a todas. En lo más álgido de la persecución, su familia le ofreció ponerla a salvo, pero ella decidió quedarse. Fue mártir también de su virginidad, siendo fusilada por un miliciano que, habiéndose abalanzado sobre ella con el torpe afán de abrazarla, tras proponerle librarla de la muerte, fue rechazado por Águeda, que lo arrojó de sí con un fuerte empujón.

MARÍA DE LOS DOLORES DE SAN FRANCISCO JAVIER VIDAL CERVERA. Nació en Valencia el 31 de enero de 1895. Acabada su probación en Vich, fue destinada a Zaragoza, Gandía y, en 1935, a Cullera. Aquejada por enfermedades muy dolorosas, demostró siempre un admirable espíritu de sacrificio. También ella rehusó la oferta de salvarla que le hizo una amiga, prefiriendo seguir la suerte de sus hermanas.

MARÍA DE LAS NIEVES DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD CRESPO LÓPEZ. Salmantina de Ciudad Rodrigo, había nacido el 17 de septiembre de 1897. Fue con su familia a Valencia, donde estudió en el Colegio del Sagrado Corazón de las Carmelitas de la Caridad. Ingresó en el noviciado de Vich el 11 de septiembre de 1922. Demostró ser una excelente pedagoga en las

comunidades de Denia, La Unión (Valencia) y Cullera. Veía a las niñas como carbones apagados que hay que encender, lo que lograba con la devoción a la Virgen. A las atenciones de los milicianos que, conociendo sus cualidades, le insistían en que se quedara con ellos, respondió que jamás abandonaría su comunidad.

Casa de Misericordia de Valencia

El enconado laicismo de la II República española, tan típico de la región levantina ya desde antes del Frente Popular, se había fijado como uno de los objetivos de su programa el desplazamiento de las religiosas de los centros de beneficencia. Uno de tantos casos era la Real Casa de Misericordia de Valencia, regentada por treinta y siete Carmelitas de la Caridad; un asilo de ancianos, niños y jóvenes desvalidos de uno y otro sexo, repartidos en diferentes pabellones. Allí había sido recogida, en el último cuarto del siglo XIX, una adolescente cojita de Almenara que llamaba la atención por su piedad y aprovechamiento. Dirigida por el capellán, el fervoroso jesuita P. Carlos Ferrís, fundador después de la leprosería de Fontilles (Alicante), aquella joven sería también la iniciadora de un nuevo Instituto religioso para endulzar amarguras como las que ella había devorado. Hablamos de Santa Genoveva Torres Morales, fundadora de las Angélicas, formada por aquellos ángeles que eran las hijas de Santa Joaquina de Vedruna. Genoveva había querido ingresar con ellas, pero no pudo: era cojita... Si hubiera sido carmelita, probablemente habría sido mártir con ellas. Pero hoy no tendríamos a las Angélicas para enjugar las lágrimas de miles de señoras cuya soledad consuelan y acompañan, como los ángeles. Los designios de Dios son siempre mejores.

Aquellas 37 religiosas, hasta abril de 1931 respiraron entre sus muros una atmósfera de afecto tanto por parte de los dirigentes de la Diputación Provincial cuanto por la de los propios asilados. No podían imaginar que sólo un lustro de insidias y de sistemática campaña de desprestigio daría al traste con aquel ambiente hasta volver contra ellas a los mismos beneficiarios de

sus desvelos. El Dr. Montero, en su obra insuperable sobre la persecución religiosa en España, explica así el fenómeno:

> «No es raro que las personas acogidas a estas instituciones unan a su desvalimiento físico o económico una carencia de educación elemental y un resentimiento contra la sociedad que, con mayor o menor culpa, los dejó llegar a semejante situación. Terreno abonado, como es lógico, para cualquier siembra subversiva, que encuentra, además, en un régimen de internado condiciones ideales para su desarrollo».

De hecho, en la Casa de Misericordia de Valencia se acabó filtrando también el ambiente callejero de odio a los hábitos. Sobre todo a partir del triunfo del Frente Popular, en las elecciones del 17 de febrero de 1936, la beneficencia provincial de Valencia cayó en manos hostiles a la Iglesia y a las religiosas, de cuyos servicios —tan desagradecidos como insustituibles— se decidió prescindir en las instituciones de la Diputación. El día 20, en la Casa de Misericordia estalló un motín en las salas, clases, talleres, patios y dormitorios. Algunos muchachos, inyectados de espíritu de rebelión, rompiendo puertas y cristales, irrumpieron en las clases de las niñas y llegaron a golpear a las religiosas y a profanar algunas imágenes. Incluso ancianos asilados se sumaron a la revuelta, apedreando ventanas y tirando la comida al rostro de las religiosas. Por lo general, las mujeres se pusieron de parte de las monjas, llegando en ocasiones a defender la clausura con piedras y escobas. De los incidentes, que seguirían en los meses sucesivos, resultaron heridas, además de la hermana Sacramento, varias asiladas.

Un decreto del 12 de mayo de 1936 ordenaba suplantar las comunidades de religiosas por personal femenino civil, cuya procedencia sería después cuidadosamente supervisada, para que actuaran con criterios abiertamente opuestos a los de las monjas. El 4 de junio el director y los funcionarios, reuniendo a la comunidad, les presentaron a las empleadas que iban a sustituirlas. Eran 68, para desempeñar el trabajo que hacían 37 religiosas... La que llevaba el nombramiento de inspectora presentó así su programa ante las maestras cesantes: «Necesito ante todo barrer toda antigualla de religión». No obstante este episodio, no se produjo inmediatamente la sustitución. En tanto, las carmelitas redujeron sus manifestaciones religiosas a su oratorio

privado, pues la iglesia del asilo había sido mandada clausurar en marzo. El 22 de julio les dijo la última misa su capellán D. José Legua, que fue expulsado horas después, mientras ardían los mejores templos de Valencia. Salieron entonces las primeras carmelitas para hacerse cargo de un piso en la calle de los Cambios, 3, cerca de la Lonja, previamente alquilado por la superiora ante los planes de la Diputación. Por fin, el día 27, previa toma de posesión del personal laico, entre insultos y agravios, acusadas de ladronas por la vecindad, abandonaron las demás religiosas la Casa de Misericordia, donde su Instituto había derrochado caridad y abnegación durante 78 años, desde que, en 1858, Isabel II pidiera al obispo de Vich, José Castanyer, una comunidad religiosa que se encargase de la Misericordia de Valencia.

Aunque el piso de Cambios era espacioso y digno, comenzaron allí una vida de privaciones y sobresaltos, sin agua, sin luz, sin muebles ni enseres, durmiendo sobre el santo suelo, con los balcones constantemente cerrados. Las autoridades republicanas permitieron marchar a las que tenían sus familias en Cataluña o Levante. Así lo hicieron, siguiendo el consejo de la superiora provincial, pero la M. Prudencia Plaja, aun teniendo sus deudos en Barcelona, prefirió seguir con el resto de la comunidad. En aquellas condiciones de indigencia, pero llenas de espíritu sobrenatural y confianza en la Providencia, permanecerían casi cuatro meses, continuamente asustadas por registros de la policía, de la F.A.I., de milicianos con aires de «liquidar el monasterio». La última vez fue el 17 de noviembre, en que fueron conducidas al comité de la F.A.I. Allí, tras molestos y prolijos interrogatorios, se las confió a un guardián de modales distinguidos que resultó ser un sacerdote, sabido lo cual, le suplicaron las oyera en confesión y las animase para no decaer en aquella prueba. Dicho clérigo, Juan Calatayud Guardiola, párroco de la de San Miguel y San Sebastián, de Valencia, quedó edificadísimo de sus buenas disposiciones y espíritu de sólida piedad. Le sorprendió la defensa enérgica que la M. Prudencia hizo de sus monjas, temiendo pudieran sufrir algún atropello. A ella se le ofreció de nuevo la puesta en libertad por su condición de catalana, con familia a que acogerse, y de nuevo renunció: «Donde vayan las hijas, allá va la Madre».

Tras la consabida parodia de juicio, se dictó sentencia de prisión para las doce religiosas, que el día 19 eran conducidas a la cárcel de mujeres de Alacuás, donde permanecieron cinco días. El 24, a las cinco de la mañana, fueron llamadas a ocupar la caja de un camión que las esperaba a la puerta, con el engaño de llevarlas a cuidar a los niños evacuados en los Baños de Bellús. Pero ellas sabían bien que se dirigían al martirio y repetían, como el protomártir Esteban: «Perdónales este pecado, que no saben lo que se hacen». El camión las condujo al Picadero de Paterna, y una vez allí, hacerlas bajar y fusilarlas debió de ser todo una cosa. En el silencio de la fría amanecida levantina se escucharon una tras otra, horrísonas como el odio, las descargas. Madre Prudencia se reservó el último puesto. Al fin, se arrodilló y, en cruz, dijo en voz alta: «Señor, tú me las diste, te las entrego..., estoy dispuesta». Los fusiles dispararon sus últimas balas asesinas. Se hizo el silencio. El sacrificio estaba consumado.

En el cielo, doce ángeles con palmas ensangrentadas. Sobre la tierra, los cuerpos sin vida de estas doce esposas de Cristo:

NICETA DE SANTA PRUDENCIA PLAJA XIFRA *(Madre Prudencia).* Nacida en Torrent (Gerona) el 31 de octubre de 1863. Entró en el noviciado de las Carmelitas de la Caridad de Vich a punto de cumplir 17 años. Profesa en 1883, en 1886 es destinada a la Casa de Misericordia de Valencia, donde pasó el resto de su vida. Mujer de intensa vida interior y carácter fuerte y maternal a la vez, recta hasta el escrúpulo en el desempeño de su difícil responsabilidad al frente de un millar de asilados, rechazaba con disgusto todo lo que oliese a mundo o pudiera ceder en su honra o agasajo. En medio de los abusos de todo género que trajo la República y, sobre todo, ante el horizonte del martirio, conservó siempre su fortaleza, serenidad y equilibrio.

DARÍA DE SANTA SOFÍA CAMPILLO PANIAGUA *(Hermana Sofía).* Nació en Vitoria en 1873, el día de la Natividad de la Virgen, circunstancia que marcaría su vida con un fuerte sello mariano. Trasladada su familia a Madrid, ella estudió allí en el Colegio del Carmen de las Carmelitas de la Caridad, de San Francisco el Grande, donde después trabajó con las hermanas.

Ingresó en el noviciado de Vich el 23 de diciembre de 1895, y su primer destino fue el colegio de Vich contiguo a la Casa Madre. Después iría a Castellón, y por último a la Misericordia de Valencia, donde se ocupó de la enfermería de las niñas, a las que quería entrañablemente, desviviéndose sobre todo por las más solas y enfermas, haciéndolas reír, e inculcándolas un profundo amor a la Virgen.

ANTONIA DE SAN TIMOTEO GOSENS SÁEZ DE IBARRA *(Hermana Timotea).* Vio la luz en Vitoria, en una familia hondamente cristiana, el 17 de enero de 1870. Ingresó entre las carmelitas en su ciudad natal el 14 de julio de 1887 y después de emitir sus primeros votos fue destinada al Asilo de Valencia, después a Castellón y por fin a la Misericordia. Muy piadosa, alegre y simpática, de natural extrovertido, resultaba pacificadora y entrañable para toda la comunidad. En febrero, su familia pidió a la M. provincial que la destinase a Vitoria y ésta accedió, pero a la M. Prudencia le parecía mejor que se quedase. «Pues, Madre, su voluntad y su gusto son los míos», respondió Timotea. Ella, que a sus 66 años arrastraba penosamente sus piernas hinchadas, los cuatro meses en el piso de Cambios sufrió indeciblemente, sin cama ni sillas, pero no la oyeron jamás quejarse, ni la vieron perder su alegría y confianza en Dios. Antes de ser fusilada, gritó con fuerza el saludo acostumbrado durante los meses de persecución: «¡Viva Cristo Rey! ¡Muera yo por él!».

PAULA DE SANTA ANASTASIA ISLA ALONSO *(Hermana Paulina).* Nació en Villalaín (Burgos) el 28 de junio de 1863. Educada en un hogar castellano donde se vivía reciamente la fe, entró en el noviciado carmelita de Vitoria el 12 de noviembre de 1887. Fue profesora en el colegio de Alcoy y, tras otros varios destinos, fue a la Misericordia de Valencia. Amantísima de la Virgen, y muy observante, se distinguió siempre por el trabajo, la piedad y el silencio. Con sus 73 años, débiles y fuertes, bebió el cáliz que le presentó su Maestro, con la sencillez escondida con que había vivido siempre su consagración a él.

MARÍA CONSUELO DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO CUÑADO GONZÁLEZ *(Hermana Sacramento).* Nació el 2 de enero de 1884 en Bilbao, en un hogar modelo de vida cristiana. Fue una niña sorprendente, que jugaba al martirio con su hermana Julita, se

ponía cardos y ortigas en la cama para hacer penitencia o despertaba de noche a su hermana para decirle: «Vamos a hacer oración, que el buen Jesús está solo en su agonía del huerto y le debemos acompañar y consolar». Deseaba ser misionera y recibir como premio la palma del martirio. Estudió magisterio con notas brillantes y entró en el noviciado de Vitoria el 28 de julio de 1901. Era expresiva y franca, inteligente y creativa, animando mucho los recreos. Su primer y único destino fue la Misericordia, y le costó: la casa tan grande, los hombres, los muchachos, las deficientes... Pero superó la prueba y llegó a amar a las niñas como una verdadera madre, exigente y comprensiva. Por ser la responsable última de su educación, los chicos se ensañaron más con ella en los motines, llegando incluso a apedrearla. Cuando supo el martirio de las hermanas de Cullera, exclamó con un dejo de tristeza: «Ya nos han tomado la delantera, pero también llegará para nosotras». A Sacramento se le presentó la ocasión de preparar los salvoconductos para pasar a la zona nacional, pero ante el parecer contrario de la M. superiora, representante para ella de la voluntad de Dios, interrumpió sus gestiones. En la cárcel de Alacuás se ofreció voluntaria para ayudar en la cocina, sufriendo constantes humillaciones. Días antes del martirio se confidenció con una hermana: «¡Qué sueño he tenido! He visto los cielos abiertos y la gloria que nos espera. Las puertas del cielo abiertas y, entrando, las doce carmelitas de dos en dos y con la palma en las manos...».

ERUNDINA DE NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN COLINO VEGA. Nació en Lagarejos (Zamora) el 23 de julio de 1883. Después de vivir cómodamente en Valladolid, como «señorita de piso» en una residencia de las Carmelitas de la Caridad, entró con ellas en el noviciado de Vitoria el 19 de febrero de 1915 a sus 32 años, debiendo solicitarlo primero a la M. general, porque la edad límite de ingreso eran 25 años. Hechos los primeros votos, fue destinada a la Misericordia a encargarse de la portería. Enamorada de la pobreza, buscaba siempre las cosas menos atractivas y los trabajos y oficios más humildes y costosos. Sabía encubrir bajo un manto de humildad su extraordinario talento y cultura. Era muy sacrificada; su enfermedad de hígado le propiciaba agudos dolores que soportaba en silencio. Y así murió,

como había vivido: pobre, sacrificada hasta el heroísmo de entregar la vida.

FELICIANA DE NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN URIBE Y ORBE. Nació en Mújica (Vizcaya), el 8 de marzo de 1893, en el seno de una familia muy cristiana, y entró en el noviciado de Vitoria el 22 de enero de 1913. Siempre destinada a la enfermería de Valencia, primero a la enfermería de los niños, después a la de los hombres. Alma de oración, se hacía respetar y querer de todos, siempre animosa y alegre, sin demostrar disgusto ni cansancio. Con ese mismo temple dio su vida por Cristo Rey junto a sus hermanas.

CÁNDIDA DE NUESTRA SEÑORA DE LOS ÁNGELES CAYUSO GONZÁLEZ. Esta montañesa de Ubiarco (Santander) había nacido la víspera de Reyes de 1901. En Madernia se educó con las Carmelitas de la Caridad y, al salir del colegio, fue una espléndida catequista en su Parroquia, donde arreglaba diariamente el altar del Sagrario. Recién cumplidos sus veinte años vistió el hábito negro de las hijas de Joaquina Vedruna y, al profesar, en 1923, fue destinada a Valencia donde, en los muchos oficios que tuvo, demostró fidelidad y entrega. Acusada falsamente por los marxistas de quitar y pisotear una bandera republicana, el día de Viernes Santo, tuvo que abandonar la Casa y refugiarse, con la H.ª Erundina, en el Colegio del Sagrado Corazón. De nuevo en la Misericordia, y desatada la persecución roja, tuvo que salir con todas. Su prima Ángeles, también carmelita, vino de la Comunidad de Oliva para llevársela con su familia, pero Cándida no quiso: «Diles que no padezcan por mí, que muero muy contenta y doy con gusto mi vida por Jesús». Sus treinta y cinco años se vistieron de carmesí en el Picadero de Paterna. Cándida, haciendo honor a su nombre, blanqueó su vestidura, aquella mañana, en la Sangre del Cordero.

CLARA DE NUESTRA SEÑORA DE LA ESPERANZA EZCURRA URRUTIA. Nació en Uribarri de Mondragón (Guipúzcoa) el 17 de agosto de 1896, e ingresó en el noviciado de Vitoria el 14 de marzo de 1920. Destinada a la Misericordia, se encargó de la ropería y del dormitorio de las niñas. Para atender tanto trabajo se levantaba a las tres de la mañana, por lo cual enfermó, siendo la edificación de todas su mortificación y su sonrisa constante.

Días antes del 24 de noviembre del 36 había soñado que moría mártir. El sueño, hecho realidad, le abrió de par en par las puertas del cielo.

CONCEPCIÓN DE SAN IGNACIO ODRIOZOLA Y ZABALA. Nacida en Azpeitia (Guipúzcoa) el 8 de febrero de 1882, ingresó en el noviciado de Vitoria el 10 de febrero de 1904. Tras varios destinos pasó a la Casa de Misericordia de Valencia, donde estuvo ocupada en el planchador, enfermería, sacristía e iglesia, con el mismo trabajo que una parroquia. Pero nunca demostró aturdimiento ni nerviosismo, repitiendo su jaculatoria favorita: «Todo por vos, Jesús mío». Para ella el cargo de sacristana era un regalo que le permitía estar más tiempo con Jesús sacramentado. Sufrió hondamente cuando los republicanos dieron orden de clausurar la iglesia. Ante el sol naciente, aquella madrugada de otoño, repitió antes de caer acribillada: «¡Todo por vos, Jesús mío!».

JUSTA DE LA INMACULADA MAIZA Y GOICOECHEA. Nacida el 13 de julio de 1897 en Ataun (Guipúzcoa), comenzó su probación en Vitoria el 15 de mayo de 1920. No tuvo otro destino que la Misericordia, donde, siempre humilde y escondida, trabajó en la ropería y el planchador. En todo tenía como modelo a la Santísima Virgen. Por eso, como ella, supo abrazarse a Jesús crucificado, muriendo con él y por él.

CONCEPCIÓN DE SANTA MAGDALENA RODRÍGUEZ FERNÁNDEZ. Nació en Santa Eulalia (León), el 13 de diciembre de 1895. Educada con las carmelitas en León, entró con ellas en Vitoria el 6 de mayo de 1916. Después de un breve destino en Denia, fue a Valencia, donde estuvo encargada de las niñas y, después, de los niños. Rehusó ser enviada a América donde su familia vivía en muy buena posición social: «Si conviene al Instituto, háganlo, pero si es por darme gusto, no, porque ya hice el sacrificio dejando a los míos». Y aún haría el sacrificio supremo por Jesús, dando la vida por él.

Las tres religiosas siguientes completan el número de 24 mártires carmelitas:

ASCENSIÓN DE SAN JOSÉ DE CALASANZ LLORET MARCOS. Nacida en Gandía el 21 de mayo de 1879. El 6 de diciembre de 1898 entra en el noviciado de Vich. Sus destinos son: Castellón,

el colegio del Sagrado Corazón en Valencia y, en 1916, el de Benejama (Alicante). Observantísima, siempre olvidada de sí y sumamente caritativa, su sitio preferido era el último y el más escondido. Cuando la Comunidad de Benejama, por la revolución, ha de abandonar el colegio donde han recibido clases gratuitas tantas niñas, Ascensión va con los suyos a Gandía. Es el 28 de julio de 1936. El 7 de septiembre, estando en casa junto a su hermano Salvador, escolapio, se presentaron seis milicianos armados con escopetas para fusilarlos a ambos, no sabemos dónde ni cuándo. Los ángeles, que presenciaron su martirio, saben lo que nosotros ignoramos.

MARÍA DE LA PURIFICACIÓN DE SAN JOSÉ XIMÉNEZ XIMÉNEZ. Nació en Valencia el 3 de febrero de 1871. Colegiala con las Carmelitas de la Caridad, quiso seguirlas y, tras varios destinos, fue como superiora a Tarragona en 1917. Tenía un atractivo innato que subyugaba a todos, pero su corazón era humilde. La revolución estalló en Tarragona el 22 de julio del 36, y las hermanas tienen que dispersarse. Purificación, tras mil vicisitudes, a sus 75 años, va a Valencia, a casa de su hermana Sofía, devotísima del Sagrado Corazón, muy caritativa y comprometida con la Iglesia. Con ella vivían su hijo Luis, un muchacho excelente, de veinte años, y su hijastra Josefa del Río, también Carmelita de la Caridad. El 23 de septiembre, a las siete de la mañana, fueron los milicianos a «darles el paseo». La M. Pura estaba en la cama con fiebre muy alta, y Luis también. El día siguiente aparecieron en el cruce del Campanar y Benicalap los cadáveres de las cuatro víctimas. Al cabo de tres años de su enterramiento, el cuerpo de Pura —¡cabal nombre!— estaba íntegro.

MARÍA JOSEFA DE SANTA SOFÍA DEL RÍO MESSA. Nació en Tarragona el 30 de abril de 1895. Huérfana a los seis años, su padre volvió a casar con Sofía Ximénez, que quiso como una madre a Josefita. De buena posición social, era fina y simpática, tenía estilo. Consagrada a la Virgen desde muy joven, ingresó carmelita en Vich el 23 de mayo de 1917, y su único destino fue el colegio de Gracia, en Barcelona, donde estuvo hasta 1936, en que la comunidad se dispersó en las casas de sus familiares. María Josefa, enamorada de la Eucaristía y de la Virgen, había soñado siempre con el martirio, ofreciéndose como víctima por la

salvación de España. Su sueño se cumplió aquel 23 de septiembre, en Benicalap. A los tres años, al exhumar su cadáver, manchado aún de sangre roja, vieron sus manos plegadas ante el pecho, un poco hacia la izquierda y, entre ellas, un ramo de flores secas de las que no se había caído ni un pétalo. ¿Quién las había puesto allí...? Tal vez, la acariciada palma de su martirio se había convertido en un ramo de rosas.

* * *

El 11 de marzo de 2001, en la homilía de la grandiosa beatificación —la más numerosa de la historia: 233 mártires de la llamada, por los obispos contemporáneos, «cruzada española»— dijo Juan Pablo II, refiriéndose a la necesidad de custodiar la memoria de los mártires:

> «Su testimonio no debe ser olvidado. Ellos son la prueba más elocuente de la verdad de la fe, que sabe dar un rostro humano incluso a la muerte más violenta y manifiesta su belleza aun en medio de atroces padecimientos. Es preciso que las Iglesias particulares hagan todo lo posible por no perder el recuerdo de quienes han sufrido el martirio.
>
> Al inicio del tercer milenio, la Iglesia que camina en España está llamada a vivir una nueva primavera del cristianismo, pues ha sido bañada y fecundada con la sangre de tantos mártires. *Sanguis martyrum, semen christianorum!* ¡La sangre de los mártires es semilla de nuevos cristianos! (TERTULIANO, *Apol.* 50,13: CCL 1,171). Esta expresión acuñada durante las persecuciones de los primeros siglos, debe hoy llenar de esperanza vuestras iniciativas apostólicas y esfuerzos pastorales en la tarea, no siempre fácil, de la nueva evangelización. Contáis para ello con la ayuda inigualable de vuestros mártires. Acordaos de su valor, "fijaos en el desenlace de su vida e imitad su fe. Jesucristo es el mismo ayer y hoy y siempre" (Heb 13,7-8)».

ALBERTO JOSÉ GONZÁLEZ CHAVES

Bibliografía

CÁRCEL ORTÍ, V. - FITA REVERT, R., *Mártires valencianos del siglo XX* (Valencia 1998).

CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM. *Valentina. Beatificationis seu Declarationis Martyrii Servorum Dei Leonardi Olivera Buera, Sacerdotis et V Sociorum ex Instituto Fratrum Scholarum Christianarum et XXIV Sociarum Sororum Carmelitarum a Caritate. Positio super martyrium* (Roma 1992).

LÓPEZ DE VICUÑA, D. - LÓPEZ RAMOS, M.ª C., CACH, *Cuando amanecía* (Roma 1993).
MONTERO MORENO, A., *Historia de la persecución religiosa en España 1936-1939* (Madrid [2]2004).
OGAZÓN, M., CACH, *Flores de sangre del vergel carmelitano* (Madrid 1945).
L'Osservatore Romano (11-3-2001; 12/13-3-2001).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN MAGÍN

Mártir († s. IV)

El nuevo *Martirologio* mantiene la memoria de San Magín, mártir, y sitúa su martirio en Tarragona, dando así acogida a la tradición relativa a este santo. Esta tradición no parece ser muy antigua. Su nombre no está en los martirologios anteriores al siglo XVI, pero Baronio lo introdujo en el suyo en base al culto antiguo que ya entonces se le daba en Tarragona y en otras partes de España. La tradición quiere que fuera ermitaño y luego evangelizador, y que a causa de esto fuera martirizado en la persecución de Diocleciano, en los primeros años del siglo IV.

SANTOS ANDRÉS EL TRIBUNO Y COMPAÑEROS

Mártires († 305)

Venerados estos santos en el Oriente, es ahora cuando su memoria se agrega al *Martirologio romano.* La tradición relativa a ellos cuenta que Andrés era un tribuno en el ejército enviado por Diocleciano bajo el mando de Galerio Maximiano para combatir a los persas. En un encuentro con el ejército enemigo, y que tenía muy mal cariz para los romanos, invitó a sus soldados a que invocasen a Cristo, de quien él había oído decir que era un poderoso protector, y sucedió que se obtuvo inesperadamente la victoria. Andrés y sus soldados la atribuyeron a Cristo y manifestaron que ellos se harían cristianos. Su jefe directo, que era Antíoco, no dejó de poner el asunto en conocimiento de Galerio, el cual para no minar la moral del ejército, decidió penarlos con la expulsión de las armas. En cuanto se vieron libres, Andrés y sus soldados se pusieron en contacto con el

obispo Pedro de Cesarea de Cilicia, el cual procedió a bautizarlos. Cuando Seleuco, el gobernador de Cilicia, lo supo, mandó un fuerte contingente de tropas en seguimiento de los recién bautizados, los cuales huyeron a la cordillera del Tauro, pero allí fueron localizados y masacrados el domingo 19 de agosto, probablemente del año 305.

SAN SIXTO III

Papa († 440)

Sixto, en latín *Xystus,* pertenecía al clero romano, y estaba muy acreditado en el mismo, sobre todo por su firme e inteligente oposición al pelagianismo y la defensa que hizo contra los pelagianos de los obispos africanos. Muerto el 27 de julio del 432 el papa Celestino I, fue elegido Sixto para sucederle, y lo conocemos con el nombre de Sixto III porque ya le habían precedido otros dos papas Sixto en la sede romana. Su elección tuvo lugar el 31 de julio de aquel año. Acababa de tener lugar el concilio de Éfeso, y el papa suspiraba por la paz entre las iglesias, por lo que no pudo menos que saludar con gran alegría la reconciliación de Antioquía y Alejandría en 433. Sixto pasa a la historia por sus edificaciones en Roma: se ocupó de las basílicas de San Pablo y de San Lorenzo y asimismo de las catacumbas de San Calixto, pero sobre todo es obra suya la basílica liberiana, dedicada a Santa María la Mayor, y que es un monumento de la piedad papal y romana a la Madre de Dios, recién declarada así en Éfeso. Se ocupó también de otras iglesias romanas. Lleno de méritos murió el 19 de agosto del año 440.

SAN BERTULFO

Abad († 640)

Nació a finales del siglo VI en una familia todavía pagana de Metz, Francia. Pero la predicación de su pariente el obispo San Arnulfo de Metz le impresionó de tal modo que decidió hacerse cristiano y profesó la fe del evangelio con toda sinceridad. Se sintió llamado a la vida religiosa y se hizo monje en Luxeuil en

620, siendo abad San Eustacio, bajo el cual progresó en la virtud y aprendió con profundidad la vida monástica. Reclamado por San Atala, abad de Bobbio, pasó con las debidas licencias a este monasterio y a la muerte del santo abad en 627 fue elegido para sucederle en el cargo. Mantuvo con firmeza e inteligencia la estricta observancia de la Regla de San Columbano y defendió con entereza lo que creía los derechos del monasterio. En efecto, el obispo Probo de Tortona quería ejercer su jurisdicción sobre el mismo, y Bertulfo acudió al rey Ariovaldo de Lombardía, el cual le dijo que lo propio era acudir a Roma, ya que se trataba de un asunto estrictamente eclesiástico. Bertulfo se puso en camino llevando consigo al monje Jonás y fue bien recibido por el papa Honorio I, el cual ponderó las razones por las que Bertulfo quería ser libre de la jurisdicción episcopal y se la concedió, declarándolo exento de la misma y sujeto a la sede apostólica. Parece que aquí empieza la historia de la exención de los religiosos. Bertulfo se opuso con energía a los arrianos, defendiendo con tesón la ortodoxia católica. Murió en su monasterio de Bobbio el 19 de agosto del año 640. El monje Jonás escribió su vida.

BEATO GUERRICO

Abad († 1157)

Nace en la década 1070-1080. Su formación literaria la debe a Odón de Tournai. Es canónigo y profesor de teología en la escuela catedralicia de Tournai, pero en 1125 decide su vocación religiosa y pide ingreso en la abadía de Claraval bajo la guía de San Bernardo. Aquí se acredita muy pronto por su generosa entrega a la vida religiosa. En 1138 es elegido abad del monasterio de Igny, que era filial de Claraval, abadía que rige santamente. En 1150 funda la abadía de Rethel. Lleno de sabiduría celestial, instruía a sus monjes con sus consejos y sus magníficos sermones, que pese a su voluntad de destruir sus originales han podido llegar a la posteridad. Murió el 19 de agosto de 1157. El culto que le tributaba la Orden cisterciense fue aprobado en 1889 por la Santa Sede.

BEATO JORDÁN DE PISA

Presbítero († 1310)

Natural de Rivalto, donde nació hacia 1255, estudió en París por los años de 1270; ingresó en 1280 en el convento dominico de Pisa, en el que profesó y luego fue enviado otra vez a París a terminar sus estudios, y se ordenó sacerdote. Dotado de una extraordinaria memoria e inteligencia, admiraba a sus contemporáneos por su cultura y sabiduría. En 1305 fue nombrado lector del convento de Santa María Novella en Florencia, donde además fue ministro de la palabra evangélica, teniendo un gran crédito entre sus oyentes. Predicaba a veces hasta cinco sermones al día, lo mismo en las iglesias que al aire libre, siendo su estilo simple y directo, y enderezado a atraer a una vida cristiana más profunda a todos los fieles. Usaba en sus sermones la lengua del pueblo. Destinado a París como profesor, murió en Piacenza cuando iba de camino el 19 de agosto de 1310. Su culto fue confirmado el 23 de agosto de 1833.

BEATOS LUIS FLORES Y COMPAÑEROS

Pedro de Zúñiga, Joaquín Hirayama, León Sukeyemon, Juan Soyemon, Miguel Díaz, Antonio Yamada, Marcos Takenoshima Shinyemon, Tomás Koyanagi, Santiago Matsuo Denshi, Lorenzo Rokuyemon, Pablo Sankichi, Juan Yago, Juan Nagata Matakichi, Bartolomé Mohioye

Mártires († 1622)

En la montaña de los mártires de Nagasaki fueron sacrificados el día 19 de agosto de 1622 quince siervos del Señor, dos sacerdotes y trece seglares, que se negaron a renegar de la fe y prefirieron la muerte a la apostasía. Los dos sacerdotes eran Luis Flores y Pedro de Zúñiga, dominico el primero y agustino el segundo, los cuales desafiando la prohibición de entrar misioneros en Japón, decidieron viajar de incógnito a este país, y para ello contaron con la complicidad de un capitán de barco, japonés y cristiano, el cual contrató una tripulación asimismo japonesa y cristiana. A los marineros el capitán no les dijo nada de la verdadera identidad de los dos viajeros, que iban disfrazados de

japoneses. El 13 de junio de 1620 la nave zarpaba de Manila y su travesía fue un continuo pelear contra enormes dificultades y peligros. Se levantaron tempestades muy fuertes y vientos que llevaron la nave a las costas de Cochinchina, estando casi agotados los víveres y el agua. Pudieron, sin embargo, llegar al puerto de Macao y aquí aprovisionarse de alimentos. Salieron hacia Formosa y allí se proveyeron de leña y agua. Apenas habían dejado esta isla cuando unos piratas holandeses que circulaban por el Mar de China los asaltaron sin tener en cuenta que el barco era holandés. Los misioneros, al ver entrar a los piratas, se ocultaron en el fondo de la nave, pero al día siguiente fueron hallados y los holandeses sospecharon que fueran misioneros católicos. Llegados a Firando, encerraron en su factoría a todos los presos, y especialmente a los misioneros, en un calabozo. Preguntados por las autoridades japonesas por qué habían apresado a japoneses, respondieron que sospechaban iban con ellos misioneros. Pidió pruebas el gobierno japonés y entonces los piratas atormentaron a los dos misioneros para que dijeran quiénes eran. Pasaron los presos de un tribunal a otro, hasta que dos japoneses reconocieron al P. Pedro Zúñiga y entonces él declaró su condición de religioso y se puso su hábito, siendo relegado a una isla de donde sólo se le sacaría para el martirio. Cuando tuvo lugar el juicio, el capitán defendió a sus marineros diciendo que ellos no tenían noticia de quiénes eran los dos misioneros, y el gobernador estuvo de acuerdo en darles la libertad y perdonarles la vida pero a condición de que apostatasen del cristianismo. Los doce marineros, el capitán y los misioneros fueron condenados a muerte. El capitán pidió perdón a los marineros por haberles metido en semejante aventura sin habérselo indicado con claridad y ellos replicaron que no sólo no tenían nada que perdonarle sino que le daban las gracias porque gracias a él iban a conseguir la corona del martirio. Llegado el día de la ejecución una multitud inmensa se reunió para presenciarla. El lugar estaba rodeado de una empalizada, a la que llegaron los mártires con dificultad pues no podían caminar a causa de la muchedumbre. El capitán exhortaba a sus marineros a morir por Cristo con entereza. Llegaron los jueces y un batallón de soldados que intentaba poner orden y dejar despejado el espacio. Entraron primero los misioneros en el recinto cercado y

tras ellos los trece seglares, y la puerta de la empalizada se cerró. Doce verdugos se situaron uno al lado de cada marinero, y a una señal cada verdugo degolló al marinero que le correspondía. Luego el capitán y los dos misioneros fueron quemados vivos. Cuatro días más tarde, cuando ya no había guardias, los cristianos pudieron llevarse los restos mortales.

Éstos son sus datos:

LUIS FLORES había nacido en Amberes hacia 1565, hijo de una familia española. Emigró con sus padres a España primero y luego a México, donde sintió la vocación religiosa e ingresó en el convento dominico de San Jacinto, de la capital. Hecha la profesión religiosa y ordenado sacerdote, se ofreció para trabajar por la conversión de los infieles y fue enviado en 1602 a las Islas Filipinas, donde desarrolló un fecundo apostolado en la Provincia de Nueva Segovia, todavía escasamente evangelizada. Aprendió la lengua nativa con prontitud y se dedicó a su ministerio sacerdotal con toda entrega. Pasados unos años, pidió y obtuvo poder hacer un largo retiro espiritual en el convento de Santo Domingo de Manila, porque deseaba reponer las fuerzas de su espíritu. Y estando en este retiro le llegaron noticias de que la cristiandad japonesa, desprovista de los pastores necesarios por la expulsión de los misioneros hacía unos años, necesitaba misioneros heroicos que, arrostrando la muerte, ejerciesen allí su ministerio. Fue entonces cuando se ofreció para ir a Japón, y obtenida la licencia, se asoció al P. Pedro de Zúñiga, agustino, para ir juntos al Japón.

PEDRO DE ZÚÑIGA nació en Sevilla el año 1580, hijo del Marqués de Villamanrique, que sería virrey de Méjico. Al marchar su padre a este cargo dejó a su hijo encomendado a los duques de Medina Sidonia. Parece que estudió en la Universidad de Santa María de Jesús, de Sevilla. Con no poca oposición de su familia, a los 23 años, ingresó en la Orden Agustina, haciendo la profesión religiosa en 1604. Terminados sus estudios en el convento de Sevilla se ordena sacerdote. El contacto con un misionero le lleva a ofrecerse para las misiones de Japón, para lo que igualmente tiene que superar la oposición familiar. Llegaba a Manila el 4 de junio de 1610. Trabajó apostólicamente en la provincia de Papamga mientras que aprendía el idioma japonés

con los japoneses de Filipinas que eran muchos, y a los que atendía pastoralmente en cuanto se hizo con el idioma. El año 1618, ya decretada la persecución, se introduce en Japón con su hermano de hábito el futuro mártir Beato Bartolomé Gutiérrez, y ambos se afincaron en Nagasaki, pero localizados por el gobernador, éste, sabedor de que era hijo de un antiguo virrey de México, prefirió facilitarle la huida y así volvió a Manila. Sin embargo, se mostró dispuesto a volver clandestinamente, lo que se convirtió en ansia ardiente cuando supo que los cristianos de Nagasaki clamaban por su vuelta. Por fin obtuvo la licencia, y puesto de acuerdo con el P. Luis Flores, encomendaron la aventura al citado capitán de barco.

JOAQUÍN HIRAYAMA era el capitán. Se había convertido al cristianismo por influencia del granadino Beato Baltasar Torres, jesuita, y puso su residencia en Filipinas. Aquí contrajo matrimonio y adoptó el apellido Díaz con que era conocido. Tenía un barco de su propiedad, en el cual colocaba cristianos japoneses. Lo mismo él que todos los marineros que contrató para llevar a los padres misioneros a Japón eran cofrades del Santísimo Rosario.

LEÓN SUKEYEMON era el piloto o contramaestre de la nave.

JUAN SOYEMON era el secretario del barco.

MIGUEL DÍAZ aparece en la mayoría de las fuentes como un español que, habiendo marchado a Filipinas, allí había tomado el oficio de marinero o mercader y por ello estaba en la tripulación de Joaquín. Pero otros creen que era un japonés que había adoptado apellido español, como el propio Joaquín.

ANTONIO YAMADA, cuyo apellido también viene escrito Yamanda, era un marinero de la tripulación y no se sabe de él otro particular.

MARCOS TAKENOSHIMA SHINYEMON era llamado también Takenikiya, y era marinero de la embarcación.

TOMÁS KOYANAGI o Coyanghi se había criado en el colegio jesuita que preparaba a los catequistas y llegó a ejercer como tal. Marchó luego a Manila, y por su deseo de volver a Japón se alistó en la nave de Joaquín.

SANTIAGO MATSUO DENSHI aparece en alguna fuente no como un marinero sino como un pasajero, y en otras como marinero.

LORENZO ROKUYEMON o Bokeyamon aparece también en alguna fuente no como marinero sino como un mercader embarcado en la nave.

PABLO SANKICHI, del que sólo se sabe que era marinero de la nave.

JUAN YAGO o Yano, marinero en la nave.

JUAN NAGATA MATAKICHI, otro de los marineros.

BARTOLOMÉ MOHIOYE, llamado también Monfiore, otro de los marineros.

Estos quince mártires, con otros muchos de Japón, fueron beatificados el 7 de julio de 1867 por el papa Pío IX.

BEATO HUGO GREEN

Presbítero y mártir († 1642)

Hugo Green nació en Londres hacia 1584 en el seno de una familia protestante. Estudió en el Peterhouse College, de Cambridge, llegando a ser tutor. En un viaje por el continente conoció el catolicismo y se sintió atraído por esta religión y se convirtió. Entonces decidió hacerse sacerdote e ingresó en el colegio inglés de Douai en 1610, ordenándose sacerdote en junio de 1612. Pensó ingresar en la orden capuchina, pero su salud no era buena, y se le aconsejó como preferible que permaneciera en el clero secular y como tal fuera a la misión inglesa. En Inglaterra pudo trabajar apostólicamente a lo largo de 30 años, haciendo un bien inmenso, y ocultándose bajo los alias de Fernando Brooks o Fernando Brown. Últimamente estuvo como capellán de Lady Arundel en Chideok, en Dorsetshire. Cuando en 1641 Carlos I dio un plazo de licencia a todos los sacerdotes para dejar el reino libremente, Hugo decidió marcharse, y para ello se dirigió a Lyme, donde declaró su condición de sacerdote. Pero resultó que el plazo había expirado, y entonces fue arrestado, llevado ante un juez y encarcelado en Dorchester. Por fin fue juzgado el 17 de agosto de 1642. En la cárcel había seguido ejercitando su ministerio y logró convertir a varias mujeres convictas. Pudo recibir la absolución de un jesuita a la hora de ir a la muerte, fijada para el 19 de agosto. Declaró públicamente que él moría por su religión y su sacerdocio.

Lo ahorcaron pero lo bajaron cuando aún estaba vivo. Recobró el conocimiento cuando lo descuartizaban e hizo sobre sí la señal de la cruz, repitiendo: «Jesús, Jesús, Jesús, misericordia». Una dama católica tenía permiso para retirar su cadáver descuartizado pero una multitud fanática y enfurecida lo hizo objeto de maltrato.

Fue beatificado el 15 de diciembre de 1929 por el papa Pío XI.

BEATO FRANCISCO DE PAULA IBÁÑEZ IBÁÑEZ

Presbítero y mártir († 1936)

Este sacerdote valenciano nació en Penáguila el 22 de septiembre de 1876, hijo de un molinero. Muy joven siente la vocación sacerdotal y se prepara en el seminario conciliar primero y luego obtiene una beca en el Colegio Mayor de la Presentación (1895), desempeñando en él los cargos de consiliario (1897) y rector-colegial (1899). Logró los doctorados en Teología y Derecho Canónico y la licenciatura en Filosofía. Se ordenó sacerdote el año 1900. Ejerció el ministerio parroquial en Muro de Alcoy y luego en Almássera, pasando seguidamente a la Colegiata de Játiva, de la que fue abad, cargo con el que cumplía ejemplarmente, distinguiéndose por su caridad con los pobres y necesitados y teniendo fama de sacerdote santo. En julio de 1936 es expulsado de la casa de la abadía y obligado a dejar la ciudad. Estuvo primero en Piles, luego en Valencia, y tomó el tren en Alcoy para ir a su pueblo natal pero al pasar por Játiva fue reconocido y arrestado, compareciendo ante el Comité. Luego de quitarle cuanto llevaba encima, hicieron comparecer al sacristán de la Seo, al que obligaron a entregar un cheque que el abad le había dado para pagar a los sacerdotes y servidores de la Colegiata. Simularon dejarle libre para que se fuera a su pueblo, pero poco después era recogido en un coche y llevado al término municipal de Llosa de Ranes donde lo fusilaron. Era el 19 de agosto de 1936. En 1956 sus restos mortales fueron llevados desde el cementerio de Llosa de Ranes hasta la Colegiata de Játiva, donde recibieron honrosa sepultura.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

20 de agosto

A) MARTIROLOGIO

1. En Claraval, San Bernardo († 1153), abad cisterciense, doctor de la Iglesia **.
2. La conmemoración de San Samuel, profeta y juez de Israel **.
3. En Chinon (Aquitania), San Máximo († s. V), monje.
4. En Noirmoutier (Aquitania), San Filiberto († 685), abad *.
5. En Córdoba, santos Leovigildo y Cristóbal († 852), monjes y mártires *.
6. En Siena (Toscana), Beato Bernardo Tolomei († 1348), fundador de la Congregación Olivetana **.
7. En Rochefort (Francia), beatos Luis Francisco Le Brun, abad trapense, y Gervasio Brunel, monje benedictino de San Mauro († 1794), presbíteros y mártires *.
8. En Roma, Santa María de Mattias († 1866), virgen, fundadora del Instituto de Hermanas Adoradoras de la Preciosísima Sangre **.
9. En Roma, el natalicio del papa San Pío X († 1914), cuya memoria se celebra mañana.
10. En Vallibona (Castellón), Beato Matías Cardona Meseguer († 1936), presbítero, de la Orden de las Escuelas Pías, mártir *.
11. En Játiva (Valencia), Beata María Climent Mateu († 1936), virgen y mártir *.
12. En el campo de concentración de Dachau (Baviera), Beato Ladislao Maczkowski († 1942), presbítero y mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN BERNARDO DE CLARAVAL

Abad y Doctor de la Iglesia († 1153)

En el centro de una modesta plazuela de Valladolid, muy cerca del templo parroquial dedicado a la patrona de la ciudad, la Santísima Virgen de San Lorenzo, se levanta un monasterio de religiosas cistercienses del siglo XVIII, donde existe un mu-

seo, declarado hoy día nacional por las joyas pictóricas que encierra, principalmente debidas al pincel del famoso Goya. Entre ellas se encuentra una que representa a San Bernardo acogiendo a un pobre con una dulzura y bondad tal que sin querer hay que decir: «Realmente éste es el Doctor Melifluo de la Iglesia».

Sin embargo, ¡qué equivocado estaría quien conociera a San Bernardo sólo bajo ese aspecto de dulzura casi femenina y empalagosa como la miel que destila su título «Melifluo»! Difícil cosa es hacer un retrato de cuerpo entero o una semblanza psicológica de este santo, llamado con razón el Santo de los contrastes. No parece sino que Dios, que sabe armonizar tan perfectamente elementos tan dispares como el cuerpo y el alma del hombre, se goza en lo mismo al formar a los santos, obra maestra de sus manos, y así brotará una Teresa de Jesús, en la que lo humano y lo divino se dan un abrazo ciertamente prodigioso; un Ignacio de Loyola, en quien la humana prudencia le hace trabajar como si todo dependiera de él y la confianza divina por la que todo lo espera de Dios; un Tomás de Aquino, que será la armonía entre la fe y la razón, o un San Luis Gonzaga, que, según dice la Iglesia, supo unir admirablemente la más angelical inocencia con la penitencia más austera.

Así es San Bernardo, el santo donde se aúnan Marta y María, la vida activa más agitada con la contemplación más encumbrada de la mística. Es un soldado, un guerrero, un político y a la vez un asceta rígido, un director espiritual de conciencias y un formador y fundador de monasterios con las vocaciones que sus «capturas», como llamaban a sus excursiones apostólicas todos sus biógrafos, suscitaban. Es el árbitro de su siglo, buscado y solicitado por papas, reyes y prelados de todas las clases, para intervenir y dirimir las frecuentes contiendas que en aquella tan agitada época sin cesar existían, y el monje tan recogido y silencioso que después de muchos años no sabrá cómo es la techumbre de la iglesia del Císter. Asiste a concilios, aconseja a los pontífices, disputa con los herejes, predica una Cruzada, y aún tiene tiempo y tranquilidad suficiente para escribir un libro *De consideratione,* verdadero tratado de psicología, o el de profunda teología sobre *La gracia y el libre albedrío,* o el de ascética elevada *Los doce grados de la humildad y del orgullo,* o de mística sublime

en sus *Comentarios al «Cantar de los Cantares»*. En fin, de modo asombroso y sorprendente admiramos en él la dulcísima miel de su bondad y caridad sin límites, que se paladea sin llegar nunca a cansar, de sus sermones, y sobre todo cuando habla o escribe sobre Jesús y su Madre Santísima, y la severidad del asceta que se toma rigurosa cuenta a sí mismo y se pregunta incesantemente: «Bernardo, ¿a qué has venido a la religión? ¿Por qué has abandonado el siglo?».

Veamos algunos ejemplos de su vida que confirman estos contrastes tan fuertes y que sirven para agigantar su figura. Nace en el ambiente tan dulce de Dijon, capital de la feraz Borgoña, muy cerca de la Suiza francesa, con los tranquilos y azules lagos de Lausana, como tercero de los siete hijos que tuvieron Tescelin, oficial del duque de Borgoña, y Aleta, emparentada con el mismo duque. De ella aprendió el niño aquel amor a Jesús y a María, de cuyas dulzuras había después de empapar sus admirables escritos. Pero le faltó su madre cuando más necesitaba de ella. Su hermosura juvenil, su esbelta y varonil estatura, su rostro perfectamente perfilado, con ojos azules en los que, al decir de sus biógrafos, «resplandecía una pureza angelical» por donde asomaba la belleza y el encanto de su alma, fueron todos estos atractivos un constante peligro para su virtud, que si un día le obligó, para vencer la tentación, a arrojarse en un estanque helado, otro juzgó necesario dar un adiós al mundo y encerrarse en el nuevo monasterio del Císter, recién fundado por San Roberto. Y aquí aparece otro ejemplo de la energía indomable y el fuego irresistible de su palabra venciendo la dura oposición de hermanos, parientes y amigos, a los que de tal manera les convence y transforma que en número de treinta les hace postrarse juntamente con él a los pies del santo abad Esteban para pedirle el hábito cisterciense después de haberles preparado y ensayado en la vida religiosa en una finca de su propiedad. Llevaba catorce años aquel monasterio, fundado por San Roberto con veintiún compañeros en 1098, sin que ingresara en el mismo ni un solo monje, cuando San Bernardo se presenta al frente de aquellos fervorosos novicios a acrecentar la nueva familia cisterciense, y si esto sucedió al principio no es extraño que cuando, a los veinticinco años de edad, y tan sólo dos de monje,

fuera nombrado abad fundador de Claraval, consiguiera que durante los treinta y ocho años que duró su prelacía llegara la Orden a contar hasta 343 monasterios, de los cuales 63 fueron derivaciones del mismo Claraval, y que llegaran a más de 900 los monjes que hicieron en sus manos la perpetua profesión.

No falta quien opine que San Bernardo no fue orador, y ciertamente que así se puede decir en el sentido de que desdeñaba los preceptos y consejos de la retórica antigua, pero no en el sentido de convencer, persuadir y arrastrar, que, en fin de cuentas, es la verdadera oratoria, pues pocos podrán en esto aventajarle. Abría su corazón y dejaba que sus labios transmitieran todos sus latidos, y así se explica aquella fuerza avasalladora de su lenguaje, que conseguía todo lo que se proponía de manera tan irresistible que todos sus adversarios acababan por entregarse a él para hacer lo que él les mandase.

Es el siglo XII el siglo turbulento de herejías y cismas, que llegan a producir tal confusión que aun las almas de buena voluntad no aciertan a saber dónde está la verdad. No puede ante esto permanecer encerrado en su claustro manejando la pala y el azadón, cuando lo que se necesitaba era el manejo de la pluma y de la palabra, y por eso salta San Bernardo a la arena, decidido a atajar aquel incendio que amenazaba destruir la casa del Señor. Y será primero la querella y agria disputa entre cluniacenses y cistercienses, o entre los «monjes negros» y los «monjes blancos», que triunfalmente dirime con su célebre *Apología,* en la que sabe unir admirablemente una profundísima humildad con una energía impresionante y una caridad verdaderamente fraterna con una asperísima y severísima admonición que puso perpetuo silencio a todos los disidentes. Asistirá en seguida al concilio de Troyes, donde se ventila la regla y organización de los templarios, y con tal acierto habla que todos acatan sus decisiones. Mas esto no será sino un ensayo de su intervención en el cisma del antipapa Anacleto II en contra del papa legítimo Inocencio II, a quien de tal modo defiende en el concilio de Etampes, que toda la asamblea y toda la cristiandad se declaran a su favor. Y si el duque de Aquitania primero y Roger de Sicilia después pretenden sostener el cisma, de tal manera desbaratará todos sus planes, que al fin logrará que el antipapa se postrase a

sus pies y pidiera perdón al Papa verdadero. Pero, amante de la verdad, cuando llegue el caso hablará con una libertad apostólica a los mismos pontífices y dirá a Honorio, a quien habían engañado los diplomáticos franceses: «Sabemos que habéis sido engañado miserablemente y nos extraña que os hayáis permitido juzgar a una parte sin haber oído a la otra». «El honor de la Iglesia está siendo comprometido gravemente en vuestro pontificado». Y a su hijo y discípulo, el abad del monasterio de San Pablo de las Tres Fontanas, elevado en 1145 a la silla de San Pedro con el nombre de Eugenio III, después de decirle con gran humildad: «No me atrevo a llamaros ya hijo, puesto que el hijo se ha trocado en padre», le anima a que acometa cuanto antes la reforma del clero y de las costumbres todas, recordándole que, así como él sucedió en el trono pontificio a otros que murieron, él también tendrá que morir y dar cuenta a Dios.

Pero donde mejor aparece el carácter de San Bernardo es en su lucha con las herejías y errores de su tiempo. Será el célebre Abelardo a quien confunde públicamente exponiendo ante el concilio de Sens 17 proposiciones heréticas sobre la Trinidad, la encarnación, la redención, la gracia y el pecado, y de tal suerte que Abelardo, avergonzado, se sometió y se retiró a un monasterio. Acorrala y no deja vivir a Arnaldo de Brescia, discípulo de Abelardo, y consigue que en el concilio de Reims se someta, reconociendo sus errores, Gilberto de la Porrée. Su dialéctica es terrible, fundada, más que en las reglas de la escuela, en su amor apasionado de la verdad, que pone en su lengua o en su pluma palabras de fuego y expresiones tan violentas a veces, que hacen temblar, pero sin perder el equilibrio propio de la caridad, que le hace exclamar: «A los herejes no se les vence con la fuerza, sino con la persuasión de la razón». Así lo reconocen los mismos adversarios, que se rinden a sus pies y no se consideran humillados porque saben que en el corazón de San Bernardo tienen un amigo verdadero.

Bien ganado tenía el descanso por el que tanto suspiraba en su monasterio del Claraval, de donde nunca hubiera salido a no ser forzado por la obediencia y por su ardiente amor a Cristo y a su Iglesia, como se lo escribió al papa Honorio II, pero la voluntad divina dispuso que fuera precisamente entonces cuando

emprendiera una muy larga peregrinación, acompañada de una actividad prodigiosa y totalmente inexplicable dado el estado tan precario de su salud, que, minada hacía años por la austeridad y penitencia con que trataba a su cuerpo, estaba a la sazón tan quebrantada que muchos de sus hijos creían que su vida tocaba a su fin. Mas si la carne flaqueaba el espíritu estaba tan firme y animoso, que no dudó en aceptar el encargo que le confiara el papa Eugenio III de predicar la segunda Cruzada para libertar a los Santos Lugares del poder musulmán. Cincuenta y seis años de edad tenía entonces San Bernardo, y por sus triunfos contra la herejía y el cisma, y por su palabra siempre eficaz por la fuerza de su santidad, que Dios se gozaba en hacer patente muchas veces por los grandes milagros que obraba, fue por toda Europa considerado como el hombre providencial para aquella empresa. Efectivamente, en el mes de marzo de 1146 fue cuando, en la magna e histórica asamblea de Vézelay, en presencia de los reyes de Francia, de gran número de prelados y caballeros venidos de todas partes y una ingente masa de pueblo, después de leer la bula del Papa habló con tal fervor y fuego, que antes de terminar su alocución no quedaba ni una sola de las cruces preparadas al efecto, siendo los primeros en cruzarse los reyes, el conde Roberto, hermano del rey, e infinidad de nobles y guerreros. Y con la tea encendida de su palabra recorre toda Francia, pasa a Alemania y Flandes, y donde no puede resonar su voz serán sus cartas y emisarios los que levantarán ejércitos de cruzados en Inglaterra, España, Italia, Hungría, Polonia y, en fin, en la Europa entera. Las ciudades en masa salen a su paso para escuchar su palabra, presenciar y admirar los milagros que sin cesar hacía, sanando un sinnúmero de enfermos y alistándose en la cruzada en tal cantidad, que pudo escribir al Papa: «Las ciudades y castillos quedan vacíos, y difícilmente se encontrará un hombre por cada siete mujeres».

Mas no era de rosas, sino de muy punzantes espinas la corona que el Señor le preparaba en la tierra como premio a sus grandes trabajos. El éxito de su predicación había sido grandioso, pero el resultado final fue un desastre completo. Las intrigas, las envidias, la falta de un caudillo que se impusiera a todos, las traiciones y cobardías de los griegos, llevaron a aquel ejército de

valientes al más rotundo fracaso y el Señor permitió que el pueblo, siempre voluble, al ver este resultado se volviera contra el santo culpándole del desastre. La humildad de San Bernardo se gozó mucho más en estos improperios tan injustos que antes en las alabanzas universales con que todos bendecían su nombre, pero, al ver que no era su honor tan sólo, sino que el mismo Dios era menospreciado y vilipendiado, con gran energía levanta su voz y exclama:

> «Consiento de muy buena gana en ser yo el deshonrado, mas de ningún modo puedo oír que se toque a la honra de Dios. ¡Ojalá que el Señor quiera que yo le sirva de escudo para que todos los dardos de la maldición se ceben en mí sin llegar jamás a él!».

Bien podemos decir que San Bernardo era lo que hoy día se dice «un carácter»; sin embargo, con lo dicho hasta ahora no aparece aún la característica que daba personalidad específica a ese carácter hasta convertirle en el «Doctor Melifluo». Que siempre lo fuera no se puede dudar, ya que hasta en sus terribles invectivas contra los heresiarcas, o contra todos los que de alguna manera atentaban al bienestar de la Iglesia, siempre sabía distinguir el pecado del pecador, como lo había aprendido de su gran maestro San Agustín, al que nunca dejó de la mano, y por eso su vehemencia contra el primero se trocaba en bondad y dulzura con el segundo, hasta el punto de llegar a escribir aquellas tan conocidas palabras: «Si la misericordia fuera un pecado, creo que me sería imposible dejar de cometerlo».

Muy sugestivo por lo dulce, y muy fácil por lo abundantísimo, sería el trabajo de libar en las flores de sus escritos para hacer destilar la riquísima miel que encierran, sobre todo cuando habla de Jesús y de su Madre. La devoción de San Bernardo hacia la humanidad santísima de Cristo como expresión y síntesis del amor de Dios a los hombres, y de la maternidad de Dios y de los hombres de la Santísima Virgen, le enloquecen, de tal modo que ya no acierta a decir lo que siente y son pocas todas las palabras del vocabulario para expresar su cariño, ternura y amor.

> «Escuchadle —nos dirá Balines— en sus coloquios con Jesús o con María, con dulzura tan embelesante que parece agotar todo cuanto sugerir pueden de más hermoso y delicado la esperanza y el amor».

En el día 24 de mayo de 1953, al cumplirse el VIII centenario de su muerte, el papa Pío XII publicó la encíclica *Doctor Mellifluus,* y en ella, exponiendo este mismo pensamiento, nos hace paladear una vez más aquellas expresiones:

> «Si disputas o hablas no encuentro gusto si no oigo el nombre de Jesús...».
>
> «Jesús es miel en los labios, melodía en los oídos, júbilo en el corazón...».
>
> «Todo alimento del alma es árido si no está bañado con este óleo, insípido si no está condimentado con esta sal».

Y sigue diciendo el Papa:

> «A esta encendida caridad para con Jesucristo se unía una muy tierna y suave devoción para con su Madre, a la que como a Madre amantísima amaba y honraba intensamente. De tal manera confiaba en su poderoso patrocinio que no dudó en escribir: "Nada quiso darnos el Señor que no viniera por manos de María", y también: "Ésta es su voluntad, que lo tengamos todo por María"».

Se le llama a San Bernardo el último de los Padres de la Iglesia, mas no por ser el último en el orden cronológico lo es en el teológico y doctrinal, y menos aún en lo que toca a la mariología. Sin entrar en enojosas e inútiles comparaciones, bien se puede afirmar que no es fácil encontrar quien en esto le aventaje. Hasta tal punto que ni siquiera en el día de hoy, que tanto se ha avanzado y tanta importancia se da al estudio de la mariología, se puede dar un solo paso sin contar con San Bernardo o citar sus escritos. Sirva como ejemplo la fórmula de estos tiempos en la que escritores piadosos y directores de almas coinciden con perfecta unanimidad: «A Jesús por María», en la que se quiere condensar la mediación universal de la Santísima Virgen como Madre de Jesús y nuestra, y como Corredentora de los hombres. Pues bien: esta fórmula precisamente parece estar inspirada en San Bernardo, ya que viene a ser la doctrina fundamental tantas veces repetida en sus escritos. El hablar de la Virgen le sale a San Bernardo a propósito de cualquier punto doctrinal que expone, pues de los sermones sobre el *Missus est,* especialmente el cuarto, donde explica el trascendental consentimiento de la Virgen a las palabras del ángel en la Anunciación, o del sermón de la Natividad de María, llamado del «Acueduc-

to» por presentar a María como verdadero acueducto de la vida de Dios para los hombres, o de los sermones de la Presentación y Purificación, de la Anunciación y de la Asunción, o, en fin, de los de las «doce prerrogativas de la Bienaventurada Virgen María», no es posible extraer o seleccionar párrafo alguno, sino que es necesario leerlos y saborearlos en toda su integridad.

Terminemos asentando esta proposición: No es fácil tener una devoción sólida e ilustrada a la Santísima Virgen sin conocer, de alguna manera al menos, los escritos de San Bernardo, y parece que la Iglesia asiente a ello cuando en su misma liturgia, cada vez con más frecuencia, escoge trozos de sus escritos para formar con ellos sus preces públicas y oficiales. Y es que, como dijo Benedicto XIV, San Bernardo no sólo enseñó en la Iglesia, sino que enseñó a la misma Iglesia. Y ciertamente no es de extrañar, ya que sus fuentes siempre fueron las Escrituras Santas, los Santos Padres y Doctores que le precedieron, entre los que destaca San Agustín, y sobre todo la inspiración directa de aquella Madre que volcó sobre él la ternura de su corazón y que en un derroche de mimo maternal llegó, según cuenta la tradición, recogida en el conocido cuadro del inmortal Murillo, a amamantar con su leche virginal a aquel hijo que con amor inigualable hasta el fin de su vida siempre la correspondió. ¿Qué extraño que todos sus escritos destilen la dulzura de esta miel?

ILDEFONSO RODRÍGUEZ VILLAR

Bibliografía

ABAD, C. M.ª, SI, «San Bernardo»: *Sal Terrae* (1953) agosto-septiembre.
BALMES, J., *El protestantismo comparado con el catolicismo en sus relaciones con la civilización europea* (Barcelona 1949) c.71.
BERNARDO (San), *Obras completas.* Ed. preparada por G. Díez Ramos (Madrid 1953).
PÉREZ DE URBEL, J., OSB, *Semblanzas benedictinas* (Madrid 1925).
PÍO XII, *Encíclica «Doctor Mellifluus» sobre San Bernardo en el VIII centenario de su muerte* (24 de mayo de 1953).
PONS, J., SI, *Obras completas del Doctor Melifluo* (Barcelona 1925).
• Actualización:
BARTHELET, P., *San Bernardo. El hombre que transformó Europa* (Madrid 2001).
BERNARDO (San), *Obras completas.* Ed. bilingüe preparada por los Monjes Cistercienses de España, 8 vols. (Madrid 1985-2003).
CANTERA, S., *San Bernardo o el medievo en su plenitud* (Madrid 2001).
LECLERCQ, J., *San Bernardo. Monje y profeta* (Madrid 1990).
MASOLIVER, A., *San Bernardo. El hombre de la Iglesia del siglo XII* (Madrid 1990).
YÁÑEZ, D., *San Bernardo de Claraval* (Burgos 2001).

SAN SAMUEL

Profeta (Antiguo Testamento)

El libro bíblico de Samuel se llama así porque es uno de sus personajes clave más sobresalientes, no porque sea el autor. La cronología más probable sitúa la vida de Samuel en el siglo XI antes de Cristo. Es una etapa gris y vacía en la política de los grandes imperios. Actúan en solitario sobre los territorios de Palestina dos pueblos recientes: filisteos e israelitas. Sus pequeñas batallas tienen importancia histórica.

A Samuel le toca ser el anillo entre la cadena irregular de Jueces y el comienzo agitado de la Monarquía. Los jueces fueron figuras dispersas, locales, imprevisibles, sin dinastía. Samuel será el último juez del tipo institucional porque resuelve pleitos y casos y no empuña la espada o el bastón de mando. Confidente del Señor, recibe su oráculo y presenta la intercesión. En la línea de Débora, profetisa y juez, llama y envía a la lucha sin luchar ellos. El salmo 99 lo presenta como mediador en muy ilustre compañía: «Moisés y Aarón con sus sacerdotes, Samuel con los que invocan su nombre, invocaban al Señor y él respondía».

> «Un monte en las cercanías de Jerusalén perpetúa su nombre, Nedi Samwel. ¿Y no es Samuel como una montaña? Descollante, cercano al cielo y bien plantado en tierra, solitario, incitador de tormentas, recogiendo la primera luz de un nuevo sol y proyectando una ancha sombra sobre la historia» (L. A. SCHMID, *Samuel* [Madrid 1973] 13).

El *Martirologio romano* actual lo inscribe el 20 de agosto con este condensado elogio:

> «Conmemoración de Samuel, Profeta y Santo que, desde niño, fue llamado por Dios y ejerciendo más tarde el cargo de juez en Israel, por mandato del Señor, ungió a Saúl como rey sobre el pueblo; pero cuando Saúl, a causa de su infidelidad fue rechazado por el Señor, confirió también la unción real a David, de cuyo linaje había de nacer Cristo» *(Martyrologium romanum* [Ciudad del Vaticano 2001] 442).

Samuel es uno de los personajes más significativos de la historia bíblica de la salvación, el último de los jueces y el primero de los profetas, dejando aparte a Moisés, que es un caso espe-

cialísimo. Está en el origen de la realeza y del profetismo, instituciones fundamentales en el pueblo de la Alianza. En su vida, rica de acontecimientos desde la infancia, se nos presenta como el consagrado al Señor, el hombre de la Palabra, el servidor del santuario, el defensor del pueblo, el mediador e intercesor, el que ante el poder de los reyes representa la autoridad de Dios, su Palabra; el héroe de una historia azarosa y emocionante, reflejada de manera admirable en las páginas de la Biblia.

Como tantas veces ocurre en la vida de los santos, es necesario e imprescindible hablar antes de su madre, Ana, esposa de Elcaná, padre de Samuel.

Vivían en Ramá, sobre las montañas de Efraín, trece kilómetros al nordeste de Lidda. Elcaná era de origen levítico. Su esposa, Ana, era estéril y obtuvo por favor de Dios el hijo, después de haber hecho voto de consagrárselo para toda la vida.

Fue en una de las peregrinaciones anuales al santuario de Siló (actual Ceilán, a unos 20 kms. al sur de Nablus). Se celebraba la fiesta de las Tiendas en torno al arca de la Alianza que allí se custodiaba. Era Sumo Sacerdote Elí. Con todo detalle nos lo describe el libro santo deteniéndose en la persona y actitudes, hondamente religiosas de Ana, que en todas sus reacciones aparece siempre guiada por su vínculo con el Señor, tanto en la angustia de la esterilidad como en el gozo de la fecundidad.

Si se detiene el narrador en la figura de Ana, lo hace evidentemente para mostrar de antemano quién es Samuel: un niño nacido de la Alianza con el Señor. Nos dice textualmente el 1 Sam 1,9-28:

> «Tras haber comido y bebido en Siló, Ana se levantó. El sacerdote Elí estaba sentado en su silla, contra la jamba de la puerta del santuario de Yahvé. Estaba ella llena de amargura y oró a Yahvé llorando sin consuelo, e hizo este voto: "¡Oh Yahvé Sebaot! Si te dignas mirar la aflicción de tu sierva y acordarte de mí, no olvidarte de tu sierva, y darle un hijo varón, yo lo entregaré a Yahvé por todos los días de su vida y la navaja no tocará su cabeza".
>
> Mientras ella prolongaba su oración ante Yahvé, Elí observaba sus labios. Ana oraba para sus adentros; sus labios se movían, pero no se oía su voz. Elí creyó que estaba ebria y le dijo: "¿Hasta cuándo va a durar tu embriaguez? ¡Echa el vino que llevas!". Pero Ana le respondió: "No, señor, soy una mujer acongojada; no he bebido vino ni cosa que embriague, sino que desahogo mi alma ante Yahvé. No juzgues a tu sierva como una mala mujer; hasta ahora sólo

por pena y pesadumbre he hablado". Elí le respondió: "Vete en paz y que el Dios de Israel te conceda lo que le has pedido". Ella dijo: "Que tu sierva halle gracia a tus ojos". Se fue la mujer por su camino, comió y no pareció ya la misma.

Se levantaron de mañana y, después de haberse postrado ante Yahvé, regresaron a su casa, en Ramá. Elcaná se unió a su mujer Ana y Yahvé se acordó de ella. Concibió Ana y llegado el tiempo, dio a luz un niño a quien llamó Samuel porque —dijo— "se lo he pedido a Yahvé". Subió el marido Elcaná con toda su familia para ofrecer el sacrificio anual y cumplir su voto, pero Ana no subió, porque dijo a su marido: "Cuando el niño haya sido destetado, entonces lo llevaré, será presentado a Yahvé y se quedará allí para siempre". Elcaná, su marido, le respondió: "Haz lo que mejor te parezca, y quédate hasta que lo destetes; así Yahvé cumpla su palabra". Se quedó, pues, la mujer y amamantó a su hijo hasta su destete.

Cuando lo hubo destetado lo subió consigo llevando, además, un novillo de tres años, una medida de harina y un odre de vino, e hizo entrar en la casa de Yahvé, en Siló, al niño todavía muy pequeño. Inmolaron el novillo y llevaron el niño a Elí. Ella dijo: "Óyeme, señor. Por tu vida, señor, yo soy la mujer que estuvo aquí junto a ti orando a Yahvé. Este niño pedía yo y Yahvé me ha concedido la petición que le hice. Ahora se lo ofrezco a Yahvé por todos los días de su vida; está ofrecido a Yahvé". Y se postró allí, ante Yahvé».

Ana es una mujer excepcional. Sus quejas se dirigen al autor de la vida con audacia confiada. En todos los casos de esterilidad familiar que vemos en la literatura del próximo Oriente, es la única mujer que implora personalmente a Dios la fecundidad. Otras buscan subterfugios y remedios humanos. La oración de Ana es tan desinteresada que no le pide al Señor más que algo que ella misma le pueda devolver.

A los duros reproches de Elí contesta con calma y mansedumbre. No ha ahogado su amargura en vino, se vuelve al Señor embriagada de su propia pena que le impide rezar en voz alta como es la costumbre. Elí la tranquiliza y la despide: «Vete en paz y que el Dios de Israel te conceda lo que le has pedido». Ana recibe sus palabras como una promesa, una especie de anuncio. Ana sorprende por sus relaciones privilegiadas con Dios. El hecho de que manifieste su gozo inmediatamente después de su voto y antes del nacimiento de su hijo, la retrata.

Samuel, fruto de este encuentro entre el Señor y Ana, se presenta desde el principio como el «dado»: «Si das a tu sierva

una semilla de hombres, yo lo daré al Señor. Dame para que yo pueda darte; que nuestra mutua generosidad se muestre. El niño es el don, fruto del don mutuo que se hacen el Señor y una mujer del pueblo». Esto es lo que significa, en un juego de asonancias más que en su etimología, el nombre de Samuel: «al Señor se lo pedí».

La presentación del niño en el Santuario de Siló se mueve toda ella en esa atmósfera de culto y de ofrenda de una peregrinación. Con los otros dones, Samuel es una ofrenda sagrada. El niño queda como retirado del mundo pagano para entrar en la esfera de Dios. El niño quedó al servicio del santuario y de los sacerdotes. En contraste con los hijos de Elí que tomaban y exigían las ofrendas, sólo Samuel sirve. Es la garantía de un servicio fiel frente a un sacerdocio interesado y corrompido.

El cántico exultante de Ana (2,1-10), que sirvió de inspiración al *Magnificat* (Lc 1,46-55), es una oración salvífica que expresa la esperanza de los humildes. «Mi corazón exulta en Yahvé; mi fuerza se apoya en Dios; la estéril da a luz siete veces; la de velos largos se marchita; levanta del polvo al humilde y exalta el poder de su Ungido...».

El pequeño Samuel, de tres a cinco años de edad, fue cedido al Señor y llevado al Santuario de Siló para prestar servicio en la presencia del Señor, vestido de efod de lino, traje sacerdotal; habitaba en el santuario. Su madre, siempre pendiente de él, le llevaba todos los años un vestido cuando subía con su marido para ofrecer el sacrificio. El niño iba caminando «haciéndose grato tanto a Yahvé como a los hombres» (2,26), en vivo contraste con el comportamiento indigno de los hijos de Elí, Jofní y Pinjás.

En ese contexto, sobre el trasfondo sombrío de la conducta depravada de la familia sacerdotal, aparece como centro del relato bíblico la llamada del Señor dirigida a Samuel: la primera revelación que consagra a Samuel como profeta. No se trata de un sueño, ya que la voz despierta al niño, ni de una «visión» más que en sentido lato, porque Samuel no ve a Yahvé, sólo lo oye:

> «Servía el niño Samuel a Yahvé a las órdenes de Elí; en aquel tiempo era rara la palabra de Yahvé, y no eran corrientes las visiones. Cierto día estaba Elí acostado en su habitación. Sus ojos iban debilitándose y ya no podía ver. No estaba aún apagada la lámpara

de Dios; Samuel estaba acostado en el Santuario de Yahvé donde se encontraba el arca de Dios.

Llamó Yahvé a Samuel. Él respondió: "Aquí estoy", y corrió donde Elí diciendo: "Aquí estoy porque me has llamado". Pero Elí le contestó: "Yo no te he llamado. Vuelve a acostarte". Él se fue y se acostó. Volvió a llamar Yahvé a Samuel. Se levantó Samuel y se fue donde Elí diciendo: "Aquí estoy, porque me has llamado". Elí le respondió: "Yo no te he llamado, hijo mío, vuelve a acostarte". Aún no conocía Samuel a Yahvé, pues no le había sido revelada la palabra de Yahvé. Por tercera vez llamó Yahvé a Samuel y él se levantó y se fue donde Elí diciendo. "Aquí estoy, porque me has llamado". Comprendió entonces Elí que era Yahvé quien llamaba al niño, y dijo a Samuel: "Vete y acuéstate, y si te llaman dirás: Habla, Yahvé, que tu siervo escucha". Samuel se fue y se acostó en su sitio.

Vino Yahvé, se paró y llamó como las veces anteriores: "¡Samuel, Samuel!". Respondió Samuel: "¡Habla, que tu siervo escucha!". Dijo Yahvé a Samuel: "Voy a ejecutar una cosa tal en Israel que a todo el que la oiga le zumbarán los oídos. Ese día cumpliré contra Elí todo cuanto he dicho contra su casa, desde el principio hasta el fin. Ya le he anunciado que yo condeno su casa para siempre, porque sabía que sus hijos vilipendiaban a Dios y no los ha corregido. Por esto juro a la casa de Elí que ni sacrificio ni oblación expiará jamás la iniquidad de la casa de Elí".

Samuel siguió acostado hasta la mañana y después abrió las puertas del santuario de Yahvé. Samuel temía contar la visión a Elí, pero Elí le llamó y le dijo: "Samuel, hijo mío"; él le respondió: "Aquí estoy". Él preguntó: "¿Qué es lo que te ha dicho? ¡No me ocultes nada! Que Dios te haga eso y añada eso otro si me ocultas una palabra de lo que te ha dicho". Entonces Samuel se lo manifestó todo, sin ocultarle nada; Elí dijo: "Él es Yahvé. Que haga lo que bien le parezca".

Samuel crecía, Yahvé estaba con él y no dejó caer en tierra ninguna de sus palabras. Todo Israel, desde Dan hasta Berseba, supo que Samuel estaba acreditado como profeta de Yahvé. Yahvé continuó manifestándose en Siló, porque en Siló se revelaba Yahvé a Samuel mediante la palabra de Yahvé» (1 Sam 3,1-21).

Aquí quedan descritos los rasgos principales de Samuel. Con el joven comienzan las cosas de nuevo porque con él prepara el Señor la renovación de las instituciones de su pueblo, marcada por la fidelidad de Samuel. Así desaparecerá el sacerdocio corrompido y será reemplazado en el futuro por un sacerdote según el corazón de Dios. Hasta ahora el Señor sólo había intervenido para hacer a Ana fecunda, pues, además de Samuel, le dio tres hijos y dos hijas (2,21). Pero ahora arranca a

Samuel del mundo exclusivamente sacerdotal en que estaba para revelarle su palabra, independizado de Elí que no puede menos de autentificar la experiencia de su joven servidor. En adelante, el Señor está con Samuel, del que ha hecho un profeta semejante a Moisés. No es sólo el culto lo que importará en el futuro, sino la Palabra que ha vuelto a dejarse oír gracias a Samuel y a su vinculación ahora mutua con el Señor. Todo Israel tiene que vérselas con aquel a quien la Biblia califica en adelante de profeta a quien el Señor se le aparece y le concede sus revelaciones. El profetismo sustituye al sacerdocio como forma de poder en Israel. El Señor se hace ver y habla, gracias a Samuel que «abrió las puertas del santuario de Yahvé» (3,15) en gesto lleno de simbolismo. Dios se comunicaba de nuevo a su pueblo; vuelven a establecerse relaciones de alianza. Yahvé se hacía presente encima del arca desde donde daba órdenes según Éx 25,22.

No fue nada fácil la misión profética de Samuel. Cuando la ruina y la derrota parece una catástrofe irremediable que lo arrasa todo: los ancianos, los sacerdotes y aun el arca de la Alianza cautiva del enemigo, Samuel es el único a quien el Señor deja aparte con vistas a un nuevo porvenir.

Su papel de mediador se revela en las palabras de Samuel que invitan a la conversión:

> «Si os volvéis a Yahvé con todo vuestro corazón, quitad de en medio de vosotros los dioses extraños y los Astartés, fijad vuestro corazón en Yahvé y servidle a él sólo y entonces él os librará de la mano de los filisteos. Los israelitas quitaron los Baales y los Astartés y sirvieron sólo a Yahvé» (7,3-4).

Como en otro tiempo Josué, Samuel, con su oración intercesora es mediador de una gran victoria (cf. 7,10-13): «Los filisteos fueron humillados [...] y la mano de Yahvé pesó sobre los filisteos durante toda la vida de Samuel» (7,13).

El profeta Samuel se convirtió en el Juez de Israel. Todos los años recorría sus poblados y se volvía a Ramá, donde tenía su casa. Allí «juzgaba» a Israel, es decir, restablecidas las relaciones alteradas entre Israel y su Dios, gobierna y administra a su pueblo como habían hecho los jueces acreditados por el Señor, asegurando el orden y la paz.

En Ramá edificó un altar. Ya no es Siló el lugar del encuentro con Dios, es Samuel el que por medio de la Palabra hace presente al Señor. Los actos de culto van ligados a la persona del mediador. Siló desaparece como lugar de muerte. Profetismo y judicatura son esenciales y complementarios. La cualidad de juez asegura la autoridad en el seno del pueblo, su gobierno, su autonomía. Reconocido por el pueblo después de haber sido acreditado por Dios, en Samuel, mediador, coinciden las vías de comunicación entre Dios e Israel sobre todo después que ha desaparecido el santuario y el arca se ha visto libre de los intentos de superstición.

Samuel se va haciendo viejo. Sus hijos, destinados a sucederle, no siguen las huellas del padre. Atienden a sus propios intereses y abusan de su privilegiada posición. Igual que los de Elí. Años más tarde, ante los problemas que se ven ya en el horizonte, los ancianos acuden a Samuel. Le piden un rey como lo tienen los otros pueblos. Samuel consultó al Señor que le dijo:

> «Haz caso a todo lo que el pueblo te dice. Porque no te ha rechazado a ti, me han rechazado a mí para que no reine sobre ellos. Escucha, sin embargo, su petición, pero les advertirás claramente y les enseñarás el fuero del rey que va a reinar sobre ellos» (8,7-9).

La idolatría larvada queda al descubierto con su rebeldía. Samuel ora y se resiste. Les recuerda las consecuencias socioeconómicas. Un rey necesita una corte y una administración, un ejército, cobrar impuestos, «tomará para sí y para los suyos lo que es vuestro, seréis sus esclavos». Yahvé no os librará como hizo con los hebreos esclavos del Faraón en Egipto, porque a nadie librará de una esclavitud voluntaria.

Pero el Señor diseñaba un rey, no como los de las otras naciones, sino según sus deseos. Y más tarde Samuel, fracasada su mediación ante las reivindicaciones del pueblo que siguen en pie, cumple el mandato del Señor y unge a Saúl como rey, abriendo la historia de la monarquía que se prolongará durante cuatro siglos (cf. 8,7s).

Pero a su vez incorpora las restricciones divinas en el estilo de los reyes y de su integración en la Alianza. En adelante Samuel no será tanto un mediador como un agente a quien Dios encarga que asegure el paso a la monarquía. El Señor toma la

iniciativa conduciendo a Saúl hasta Samuel. Dios le ha revelado sus planes:

> «Mañana a esta misma hora te enviaré un hombre de la tierra de Benjamín, lo ungirás como jefe de mi pueblo Israel y él librará a mi pueblo de la mano de los filisteos, porque he visto a mi pueblo y su clamor ha llegado hasta mí» (9,16).

Las reticencias de Samuel se derriten como la nieve al verse valorado con la confianza del Señor que le convierte en árbitro de la situación. Cuando Samuel vio a Saúl, «joven aventajado y apuesto, nadie entre los israelitas le superaba en gallardía, de los hombros arriba aventajaba a todos» (9,2), «Yahvé le indicó: Éste es el hombre de que te he hablado. Él regirá a mi pueblo» (9,17). La unción es un rito religioso que transforma al ungido y lo vincula al Señor con un lazo de subordinación y le convierte en su representante y lugarteniente, encargado de una misión en dependencia del que le da su fuerza y su espíritu.

Al repetir la expresión «mi pueblo», el Señor da a conocer que, con rey o sin rey, no renuncia a sus derechos sobre Israel, que seguirá siendo su pueblo y no una nación como las demás.

Samuel pone toda su creatividad al servicio del proyecto que Dios le ha revelado y el Señor confirma con signos sus palabras para que se cumplan. Ha cambiado su papel de negociador inexperto, por el manto de profeta que dice las palabras de Dios y actúa en su nombre; y vuelve a ser heraldo de su acción en medio del pueblo, signo y garantía de la soberanía del Señor en Israel. Por eso mantiene su influencia sobre Saúl y sobre el pueblo.

En su encuentro, por una parte, colma de honores a Saúl como si viera en él a un superior: lo recibe como huésped de honor antes de anunciarle un porvenir glorioso en Israel, destino que prefigura poniéndole al frente de los invitados y haciendo que le sirvan un trozo seleccionado para él. Por otra parte, le impresiona y le subyuga con su ascendiente de profeta, prestigio de hombre de Dios, venerado por sus dones de vidente, aureolado de misterio, quien se hace dueño de la situación de forma decidida: «Hoy comerás conmigo. Por la mañana te despediré».

Al terminar el banquete lo lleva aparte para mantener una charla con él. Al día siguiente vuelve a acompañarle y entonces

es cuando, saliendo juntos hasta las afueras y mandando delante al criado, quedó con él a solas y le dio a conocer la palabra de Dios.

> «Tomó Samuel el cuerno de aceite y lo derramó sobre la cabeza de Saúl, y después lo besó diciendo: "¿No es Yahvé quien te ha ungido como caudillo de su heredad? Tú regirás al pueblo de Yahvé y le librarás de la mano de los enemigos que lo rodean"» (9,27-10,1).

Esta unción privada y en secreto se verá confirmada y publicada con la intervención del pueblo. En Mispá Samuel convocó asamblea de las tribus y por suertes le tocó a la de Benjamín y, de sus familias, a Saúl que estaba escondido. Cuando lo sacaron de su escondite, «puesto en medio del pueblo les llevaba a todos la cabeza» (10,23). Y tras el elogio de Samuel, todo el pueblo gritó: «¡Viva el rey!».

Saúl dictó al pueblo el fuero o estatuto real y lo puso por escrito, depositándolo delante de Yahvé, y despidió la asamblea.

La primera hazaña de Saúl, muy semejante a las de los jueces, fue la victoria contra los amonitas con la que rubricó su caudillaje. Reconoce él mismo que la eficacia de su poder es de Dios, el único salvador (cf. 11,13). Samuel invitó a todos a ir a Guilgal, y ofreciendo sacrificios de comunión proclamaron rey a Saúl con el alborozo de una fiesta popular.

Samuel acompaña, guía y refrenda a un rey que está bajo su influencia, primero; un príncipe subyugado y colmado de honores, un rey que se va liberando poco a poco, un rey acorralado.

La prudencia y la diplomacia de Samuel llega a su más alta cima cuando logra revelar al pueblo que, a pesar de tener un rey, nunca podía ser como los demás pueblos, pues su verdadera libertad consiste en la fidelidad a los compromisos de su alianza renovada con el Señor.

Los últimos años de Samuel se llenaron de vergüenza y decepción por las desobediencias del rey Saúl a los mandatos del Señor. Por tres veces se ve obligado a comunicar al rey que el Señor lo ha rechazado.

> «Te has portado como un necio. No has cumplido la orden que Yahvé, tu Dios, te ha dado; entonces Yahvé hubiera afianzado tu reino para siempre sobre Israel. Pero ahora tu reino no se mantendrá. Yahvé se ha buscado un hombre según su corazón, al que ha designado caudillo de su pueblo» (1 Sam 13,13-14).

Es en la dimensión teocéntrica de la realeza donde tropieza una y otra vez Saúl. Samuel aparece frente al pueblo de Israel y frente a su rey como representante de los derechos del Señor garantizados por la constitución y el estatuto proclamado en Guilgal (cf. c.12). Con toda valentía interviene para comunicar a Saúl el rechazo divino después de sus reiteradas transgresiones.

En este papel de fuerte carácter profético anticipa la función de muchos profetas en la época de la monarquía. Ligado a la ascensión y al ocaso del primer rey, cuyo destino trágico le reveló el Señor, Samuel encarna la figura del profeta cuyo contrapoder en nombre de Dios cierra a los reyes de Israel el camino del populismo y del poder arbitrario, prácticas contrarias a la Alianza e intolerables a los ojos del Dios de la vida y de la libertad.

Su decisión y su fortaleza no le ahorran al profeta los profundos sentimientos de honda pena hasta las lágrimas, la decepción, la cólera y la piedad compasiva ante el fracaso irreversible del rey que él mismo ha ungido. Nada se filtra a los ojos del pueblo, pero se desahoga ante el Señor. Por eso mismo no tiene mucha prisa en ir a ungir un nuevo rey.

> «Dijo Yahvé a Samuel: "¿Hasta cuándo vas a estar llorando por Saúl, después que yo lo he rechazado, para que no reine sobre Israel? Llena tu cuerno de aceite. Voy a enviarte a Jesé de Belén, porque he visto entre sus hijos un rey para mí". Samuel replicó: "¿Cómo voy a ir? Se enterará Saúl y me matará"» (16,1-2).

Saúl es un rey pedido por el pueblo para él. David será un rey para el Señor. El contraste está a la vista. Los ojos del profeta se posan espontáneamente sobre aquellos hijos de Jesé que, por su porte y estatura, se parecen más a Saúl. Pero el Señor le impone al vidente un significativo cambio de mirada: «No mires su apariencia ni su gran estatura, pues yo lo he descartado. No es como ve el hombre, las apariencias. Yahvé mira al corazón» (16,6-7).

El elegido es el más pequeño. Nadie lo habría podido imaginar. Nada tan contrario a Saúl como este niño «rubio, de bellos ojos y de buena presencia», de este pastorcillo, todo lo contrario de un guerrero.

> «Dijo Yahvé: "Levántate y úngelo, porque éste es". Tomó Samuel el cuerno de aceite y le ungió en medio de sus hermanos. Y a partir de entonces vino sobre David el espíritu de Yahvé» (16,12-13).

Esta unción clandestina y sorprendente del más glorioso de los reyes bíblicos, es como el canto de cisne de la actividad profética de Samuel. «Samuel murió. Todo Israel se congregó para llorarle y lo sepultaron en su heredad de Ramá» (25,1). Eran las últimas décadas del siglo XI antes de Cristo.

Entre otras referencias bíblicas a Samuel sobresale la estrofa que le dedica el Eclo 46,13-20 cuando elogia a los Padres:

> «Amado del pueblo y favorito de su Creador, ofrecido desde el vientre materno, consagrado como profeta del Señor; Samuel, juez y sacerdote. Por orden del Señor nombró un rey y ungió a los príncipes de su pueblo; según la ley de Dios gobernó el pueblo visitando los campamentos de Israel [...], del seno de la tierra alzó su voz para borrar la iniquidad del pueblo...».

La versión griega recoge los títulos de profeta y de vidente. El hebreo le llama nazir, juez y sacerdote. Después de recordar la instauración de la realeza, su obra principal, y la unción de los jefes, insiste en su fidelidad y se fija en tres episodios de su vida: la intercesión victoriosa sobre los filisteos, la protesta de inocencia cuando se retira y la profecía post mortem del final de Saúl. Subraya el poder de su oración, la actitud de su vida y la fuerza de su profecía que ni la misma muerte logra detener. Dante lo presenta en la *Divina comedia* como «sólo inferior a Moisés» *(Paradiso,* IV,29).

Sus reliquias fueron trasladadas a Constantinopla el 19 de mayo del año 406 con toda solemnidad —descrita por San Jerónimo en *Contra vigilantium*—. Depositadas primero en Santa Sofía, más tarde se colocaron en una iglesia dedicada al profeta cerca de Ebdomos. En la IV cruzada, tal vez fueron llevadas a Venecia donde se venera en el templo que lleva su nombre. A partir de Beda, encontramos su nombre en todos los martirologios occidentales y, ya antes, en los sinaxarios orientales.

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

ALONSO SCHÖKEL, L., *Los libros sagrados.* IV: *Samuel* (Madrid 1973).

GIBERT, P., *Los libros de Samuel y de los Reyes, de la leyenda a la historia* (Estella, Navarra 1984).

MARIAIR, B., «Samuele», en *Bibliotheca sanctorum.* XI: *Ragenfreda-Stefano* (Roma 1968) cols.605-620.

WÉNIN, A., *Samuel, juez y profeta* (Estella, Navarra 1996).

BEATO BERNARDO TOLOMEI

Abad y fundador († 1348)

El Beato Bernardo Tolomei nació en Siena el 10 de mayo de 1272. Era entonces Siena una ciudad muy floreciente y, al decir de Gregorio Penco, «toda ella recorrida por profundas corrientes de vida religiosa y de espiritualidad».

Vino al mundo en el seno de la ilustre y noble familia de los Tolomei y al ser regenerado en el santo bautismo recibió el nombre de Juan, que él cambió más tarde, cuando abrazó la vida monástica, por el de Bernardo, sobre todo por devoción al santo abad de Claraval y como modelo de piedad mariana.

Entre los seis y los doce años se educó en el convento dominico de Campo Regio. Dominico quiso ser Juan, pero su padre determinó que prosiguiese sus estudios en el mundo. En la universidad de Siena obtuvo, a sus dieciséis años, el doctorado en derecho. Más tarde consiguió la cátedra de jurisprudencia de la mencionada universidad, se convirtió también en *gonfalonieri* de la milicia y, dos años más tarde, en capitán del pueblo. Entretanto, llevaba una vida de piedad muy intensa en la Cofradía de los Disciplinantes de la Scala, en la que conoció a los que serían los compañeros inseparables del resto de su vida, Francisco de Patrizi y Ambrosio de Mino Piccolomini. Pero se desvió luego del camino recto y piadoso que había llevado. Su primer biógrafo e historiador oficial de la Congregación Olivetana, Antonio de Barga, cuenta en su *Chronicon Montis Oliveti* que se convirtió gracias a que, por sus muchos y grandes pecados, se quedó ciego y por obra de un supuesto y espectacular milagro recobró la vista. Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que en 1313 decidió abandonar la docencia y también el mundo y en compañía de los mencionados amigos, Francisco y Ambrosio, se retiró a la desértica región de Accona, situada entre Saciano y Buonconvento, en los Apeninos, para dedicarse a una vida austera, penitente y de oración con un carácter eremítico muy pronunciado.

Su ideal ascético lo vivieron un tiempo morando en las cuevas naturales de la zona. Formaban los tres amigos una especie de colonia eremítica, pero sin seguir regla monástica alguna. Muy pronto cundieron su ejemplo y celebridad y se les unieron otros aspirantes a la vida retirada, austera, penitente y de ora-

ción que llevaban. Así pasaron algunos años. Cuenta el mencionado Antonio de Barga que fue por este tiempo cuando el Beato Bernardo tuvo la famosa visión de una escalera de plata por la que subían hileras de monjes y de monjas, vestidos con hábitos y cogullas blancas para llegar hasta la Virgen María y el Salvador que les aguardaban a su extremo.

Entretanto, malas lenguas equiparaban la vida del grupo de la colonia de ermitaños de Accona a la vida de ascesis y de oración que llevaban otros grupos sectarios y heréticos que por aquel entonces pululaban por todas partes y contra los que puso en guardia el concilio de Viena en 1311, porque su modo de entender la vida ascética y mística no estaba aprobado por la jerarquía eclesiástica. Es por lo que Bernardo, en 1319, decidió dar explicaciones al Papa. Es muy probable que no lo hiciera él personalmente, sino que le enviara legados. Era Sumo Pontífice Juan XXII y residía entonces en la ciudad de Aviñón. En medio de una Italia dividida, perturbada y deshecha, el viaje no resultaba nada agradable. Una vez informado, y como los concilios IV de Letrán (1215) y II de Lyón (1274) prohibieron la fundación de nuevas órdenes religiosas, Juan XXII aconsejó que adoptaran la Regla de San Benito y remitió la recta orientación del problema a Guido Tarlati di Pietramala, obispo de Arezzo, bajo cuya jurisdicción se encontraba el territorio de Accona. Éste, a su vez, encargó al monje camaldulense Juan de darles el hábito religioso, que sería de lana sin teñir, esto es, totalmente blanco, signo y seña de pureza y de pertenencia total a la Virgen María, la cual se había aparecido varias veces a Bernardo para animarle a que condujera la obra hasta feliz término. Los tres pioneros emitieron los votos monásticos y recibieron la cogulla blanca el 29 de marzo de 1319. Tres días antes, el mencionado obispo de Arezzo les concedió una verdadera carta de fundación *(Charta fundationis)* en la que reconoció jurídicamente el nuevo instituto, aprobó la erección de un monasterio en las tierras de los Tolomei, situado a unos 30 kilómetros al sudeste de Siena, que tendría como titular a la Virgen María bajo la advocación de Monte Oliveto, acogió bajo su protección a la nueva comunidad, amén de permitirles hacer uso en toda su amplitud del codiciado privilegio de la exención episcopal. Al parecer, el

sobrenombre de la titular del monasterio fue elegido por Bernardo Tolomei. Antonio de Barga, que, como ya quedó dicho, fue el primer biógrafo del beato y además el historiador de los primeros tiempos de la congregación, dice que se inspiró en el paisaje del sitio, que estaba todo él plantado de olivos, pero también en el simbolismo que no podía menos de evocar el Huerto de los Olivos, como lo prueban varios documentos. Es la explicación más verosímil.

Pero someterse a la Regla de San Benito no significaba, en modo alguno, adherirse al benedictinismo tradicional. No olvidemos que tanto la segunda mitad del siglo XIII como la primera mitad del XIV fueron décadas de marasmo y regresión para el monacato benedictino. Las vocaciones habían disminuido de forma alarmante y, por ende, las fundaciones eran escasas, la observancia regular iba languideciendo casi en todas partes y el monacato benedictino perdía ilusión, empuje, creatividad, garra y no resistió, o resistió mal, a los embates de tantas circunstancias adversas. Los cluniacenses estaban abocados a una decadencia imparable y los cistercienses iban claudicando, cediendo al encanto de las riquezas, el poder y la gloria. Dom García M. Colombás ha escrito que, con todo, «el monacato benedictino no estaba muerto: dormía, aunque no en todas partes». En efecto, algunos de los monasterios benedictinos femeninos presentaban en varios países síntomas de gran vitalidad. E Italia, tierra fecunda en realizaciones monásticas, iba dando a luz nuevas familias espirituales, formadas en torno a grandes y santos monjes que nunca, ni en los períodos más tenebrosos de la historia, faltaron, testimoniando así la vitalidad de la tradición benedictina. El ímpetu que caracterizó a los tres pioneros y a las primeras generaciones de los monjes del Monte Oliveto resulta particularmente sintomático.

Respondiendo, pues, al signo de los tiempos y consumando la tendencia que ya tuvieron o seguían teniendo los cistercienses, los vallumbrosanos y los silvestrinos, el Beato Bernardo y sus seguidores quisieron que el nuevo instituto fuera radicalmente unitario y centralizado. Los monjes, más que profesar para un monasterio determinado, lo harían para la Congregación. Recordemos a este propósito la estabilidad benedictina,

pero ateniendo su juicio al ineludible sentido de la historia, las condiciones de la época no la consideraban oportuna. El abad general, que lo sería siempre el de Monte Oliveto, y los priores de los demás monasterios de la nueva congregación serían elegidos todos los años. Ahora bien, tengamos en cuenta que una de las ventajas que en la temporalidad de los superiores se veía era contingente, la eliminación de la peste de los abades comendatarios. Por lo demás, el capítulo general también sería anual y nombraría a los priores, a los mayordomos, a los sacristanes, a los maestros de novicios de todos los monasterios, además de dos síndicos o procuradores para cada uno, encargados sobre todo de gestionar las donaciones.

Gran indicio del carácter austero y despojado del Beato Bernardo y de sus discípulos es que ellos mismos construyeron el primer monasterio —una de sus notas sería el trabajo manual para todos los monjes sin excepción— con su iglesia que, como dicho queda, estuvo bajo la titularidad de la Virgen del Monte Oliveto. Indudablemente, aquellos monjes amaban la pobreza y amaban también la humildad. Dom Juan Bautista Picasso hace notar al respecto que «la concepción de la vida monástica de aquellos primeros olivetanos se aproxima a la de hoy, por lo despojada de todo lo accesorio, contra una actitud opuesta muy difundida en aquellos días de un cierto humanismo paganizante».

Bernardo Tolomei se negó a ser el primer abad del monasterio de Monte Oliveto. Y fue elegido en lugar suyo Francisco de Patrizi, a quien sucedió el otro compañero de los principios, Ambrosio de Mino Piccolomini, y a éste siguió Simón de Tura. Pero en la cuarta elección abacial, celebrada en 1322, a ruegos de todos los monjes capitulares, tuvo que aceptar, por fin, el cargo abacial. Y fuera que, haciendo una excepción extraordinaria, los monjes optaran por concederle el abadiato vitalicio, fuera que le reeligieron todos los años, el fundador de Monte Oliveto gobernó la congregación hasta el día de su muerte, dejándola bien orientada y consolidada, pues su abadiato fue extremadamente fecundo.

En efecto, los tripulantes de la pequeña navecilla fueron creciendo día a día en santidad, en mérito y en número porque,

atraídos por la fama de la gran santidad de su abad, afluyeron numerosos postulantes y se multiplicaron las ofertas de fundaciones. La primera de ellas se hizo en la ciudad de Siena en el año 1332. Siguió la fundación de San Bernardo de Arezzo en el año 1333. En el de 1334 se fundó Santa Ana in Camprena, cerca de Pienza. En 1339 San Feliciano, cerca de Foligno. Entre 1339 y 1340 Santa María in Dominica, en Roma, San Andrés y San Gimigniano, ambas en Volterra. Hasta llegar a contar con diez cenobios en vida del fundador.

El Beato Bernardo falleció en Siena el 20 de agosto de 1348, contagiado por la peste negra que azotó a toda la Toscana. Se hallaba en dicha ciudad asistiendo a los apestados, juntamente con otros ochenta monjes olivetanos, que también fallecieron, mientras se ocupaban en la misma heroica obra de caridad. La peste, pues, como se ve, diezmó literalmente a la naciente congregación, además de privarla de su fundador. Este luctuoso acontecimiento sólo detuvo momentáneamente su desarrollo, porque casi inmediatamente se repuso. Prueba de ello es que en los quince años sucesivos a la muerte del fundador, los monjes blancos del Monte Oliveto pudieron instalarse en varias ciudades italianas: en Padua (1350), en Bolonia (1363) y en Florencia. Entretanto, el 21 de enero de 1344 Clemente VI aprobó definitivamente la nueva congregación, para la que dictó normas más precisas. Y a raíz de entonces, hacia el año 1350, se redactó el texto de las primeras Constituciones.

A este tramonto del cuatrocientos los monjes olivetanos eran unos trescientos y los diez monasterios de 1344 alcanzaban ya la respetable cifra de treinta y dos. Bastantes de ellos se erguían junto a las ciudades y en comunidades muy pequeñas porque, en realidad, sólo existía una abadía, la de Monte Oliveto. Los demás monasterios figuraban como «lugares» *(locus)* en los que residían miembros de la única comunidad. Con todo, y a pesar de estar implantada integralmente a lo largo y ancho de toda la geografía de Italia, la congregación no llegó a establecerse sólidamente en el extranjero. La causa fundamental es que era una congregación unitaria y centralizada.

Desde el año 1344 hasta nuestros mismos días, también hubo monjas olivetanas, las llamadas Oblatas de Santa Francis-

ca Romana. Fue su primer monasterio una antigua casa basiliana de la ciudad de Bari.

Botones de muestra de la buena fama de los monjes olivetanos son el encargo a los mismos de la reforma de algunos monasterios. En 1369 el papa Urbano V envió a Andrés de Faenza a reformar nada menos que la gran abadía benedictina de Montecasino, de la que llegó a ser abad. Otro monje olivetano, Pedro de Tartaris, también nombrado por el Papa, sucedió a Andrés de Faenza en el cargo abacial en 1374 y a quien Gregorio XI, más tarde, nombró cardenal de la Santa Iglesia. En 1378 otros dos monjes del Beato Bernardo fueron encargados de la reforma de los dos monasterios existentes en Subiaco. Monte Oliveto, por lo demás, brillaba cual foco espiritual extraordinario al que Santa Catalina de Siena envió algunos de sus discípulos deseosos de abrazar la vida monástica y con los que mantuvo correspondencia epistolar.

Cuatro son los aspectos más destacables de la espiritualidad del Beato Bernardo Tolomei y de los monjes olivetanos. En primer lugar la oración litúrgica y personal, que están atestiguadas desde los principios de la congregación con el ejemplo del fundador y de sus primeros seguidores, como demostraremos en seguida.

Está después su gran amor a la soledad, hecho que aparece claramente cuando se examina detenidamente la vida del Beato Bernardo. Raras veces salió del monasterio de Monte Oliveto, precisamente porque vivía plenamente entregado a la vida de oración y de trabajo. Como vimos páginas atrás, solamente está documentado su viaje a Siena para asistir a los apestados, junto a los cuales se encontró con la muerte. Por el amor a la soledad y al retiro y para que los monjes pudieran servir al Señor mejor y con más quietud en la observancia regular que les era propia, cambió de sitio el emplazamiento de algunas de las fundaciones; tal fue el caso de la de Siena, por citar un ejemplo nada más. Por lo demás, las primeras Constituciones (sobre 1350) insistían en la necesidad de vivir separados del mundo, aunque sin faltar al precepto universal de la caridad. Es por lo que no se debe imaginar que el olivetano fue un monacato enteramente aislado del contexto social, ajeno a la vida y a los problemas del

tiempo, pues la acogida era practicada con celo en todos los monasterios dependientes de Monte Oliveto. Tanto, que su hospitalidad era encomiada en toda Italia.

Cabe señalar en tercer lugar la cultura. *Doctor eximius,* se le llama al Beato Bernardo Tolomei. Y aunque no llegara a escribir libro alguno, que sepamos, procuró que se compilaran las *Familiarum tabulae,* que contenían el elenco de los monjes de cada uno de los monasterios, y el *Liber defunctorum,* censo de sus muertos. Fundada su congregación en el siglo del humanismo, el Beato Bernardo y los olivetanos tomaron una actitud neta frente a la cultura, a la que los monjes no pueden entregarse sino en vistas a la búsqueda de Dios y a la edificación del prójimo. De hecho, se orientaron hacia la cultura bíblica y patrística, como lo atestiguan los inventarios de sus bibliotecas más antiguas. Pero antes que nada, se dedicaron al arte, desde la arquitectura hasta la miniatura y la caligrafía, pasando por la ebanistería.

Finalmente, la devoción hacia la Virgen María. Bernardo Tolomei y sus dos primeros compañeros la practicaron ya en las cofradías de Siena. Dedicaron el monasterio de Monte Oliveto a la Natividad de la Virgen. Dice Juan Bautista Picasso que, por lo demás, «da Congregación Olivetana se ha considerado siempre como obligada al culto especial de la Virgen María, Madre de Dios. Indefectiblemente vinculada a ella desde sus mismos principios, ha mantenido y sigue manteniendo muchos santuarios colectores de la piedad mariana popular».

Bernardo Tolomei recibió cristiana sepultura en Siena. En 1554 fue destruido el monasterio olivetano de dicha ciudad y las reliquias del beato desaparecieron para siempre. Pero no su culto con ellas, pues fue ratificado aquél por la Sagrada Congregación de Ritos a 26 de noviembre de 1664. Existieron algunas tentativas para conseguir su canonización y siempre fracasaron. A Francisco de Patrizi y Ambrosio de Mino Piccolomini, sus dos amigos y compañeros de toda la vida, la Iglesia también les tributa el honor de los altares como beatos.

Concluimos esta breve semblanza de Bernardo Tolomei y de la obra monástica que llevó a cabo con su mejor lección, que es dejarnos comprobar cómo en la historia monástica también los períodos habitualmente de decadencia son susceptibles de

una cierta rehabilitación. De ello es testimonio pintiparado la congregación benedictina de Monte Oliveto fundada por él.

RAMÓN MOLINA PIÑEDO, OSB

Bibliografía

COLOMBÁS, G. M., *La tradición benedictina. Ensayo histórico.* V: *Los siglos XIII y XIV* (Zamora 1995) 385-393.

LINAGE CONDE, A., *San Benito y los benedictinos.* II: *La Edad Media* (Braga 1992) 453-460.

PENCO, G., *Storia del monachesimo in Italia dalle origine alla fine del Medio Evo* (Roma 1961).

PICASSO, G., «Aspetti e problemi della storia della Congregazione benedittina di Monte Olivito»: *Studia Monastica* 3 (1961) 383-408.

SCARPINI, M., «Bernard Tolomei (bienheureux)», en *Dictionnaire de spiritualité, ascétique et mystique.* I: *AA-Abyzance* (París 1937) cols.1510-1511.

SANTA MARÍA DE MATTIAS

Virgen y fundadora († 1866)

La eficacia religiosa de la devoción a la Preciosísima Sangre de Cristo, demostrada ya en la vida y la obra de San Gaspar del Búfalo († 1837), volvió a mostrarse en la obra de su discípula y seguidora, Santa María de Mattias. Aquél fundó la Congregación de Misioneros de la Preciosísima Sangre, María añadió un instituto dedicado igualmente a la Sangre del Señor, el de las Hermanas Adoradoras de la Sangre de Cristo. Su fecundidad apostólica ha probado que la devoción a la Sangre de Cristo produce frutos ubérrimos de vida cristiana.

María de Mattias nació el 4 de febrero de 1805 en Vallecorsa, un pequeño pueblo en las montañas del centro de Italia, unas 50 millas al sudeste de Roma, en la provincia de Frosinone, dentro de los Estados Pontificios, pero muy cerca de la frontera con el Reino de las Dos Sicilias. Mirando las fechas de su vida (1805-1866) y mirando la historia de Italia en ese período, se puede ver que a María le tocó vivir una época verdaderamente turbulenta. Pero ella ni se dejó llevar por los vaivenes de la sociedad ni dejó de darse cuenta de que como cristiana lo importante era realizar una acción positiva a favor de la sociedad en que la había tocado vivir. Su padre, Juan de Mattias, era de una distinguida familia de su pueblo y tenía tierras y gozaba de

buen estado económico. Viudo, había vuelto a casar con Ottavia de Angelis, y de esta segunda esposa le nació su hija María. Llegaría a tener siete hijos pero a la adolescencia le llegaron Vicenta, María, Miguel y Antonio.

Juan de Mattias no consideraba necesario alfabetizar a sus hijas ni llevarlas a la escuela, y así María creció dentro de su casa paterna, relacionándose muy poco con el exterior, y sin aprender a leer y escribir. Su padre procuraba infundir en sus hijos fuertes sentimientos religiosos, y María disfrutaba mucho cuando cada noche su padre le leía trozos de la Sagrada Escritura y le contaba las historias de la Biblia. María aprendió a leer por su cuenta y tenía tendencias a la coquetería, cuidando mucho de su hermosa cabellera rubia. Bautizada el día mismo de su nacimiento, cuando llegó a los diez años su padre la llevó a recibir el sacramento de la confirmación y, oportunamente preparada, recibió con once años la primera comunión. Despertado en ella más vivamente el sentimiento religioso con la eucaristía, hubiera deseado recibirla con frecuencia pero su confesor le impuso comulgar solamente una vez al mes, lo que no dejaba de hacer. Conforme entraba en la adolescencia, notaba una repulsa interior al baile y a las reuniones, pero no perdía por ello su indicada coquetería. Su crisis empezó cuando un día creyó oírle a una imagen de la Virgen que le decía: «Ven a mí». Desde entonces comenzó a acudir a la Virgen María solicitando su valimiento y pidiéndole su ayuda. Empezó a leer los muchos libros devotos que había en su casa, pasando muchas horas sola en su cuarto, y aprendiendo en ellos el espíritu de piedad y de penitencia. Poco a poco se fue apoderando de su alma el deseo de dedicarse al servicio del Señor.

Y en esta circunstancia interior se hizo presente un santo en su vida. En la cuaresma de 1822 San Gaspar del Búfalo y un equipo de misioneros vinieron a su pueblo. Durante tres semanas el pueblo recibió el mensaje de la misión y se llenó de la presencia mística de la Preciosísima Sangre que el grupo misionero predicaba. La misión no dejó de predicar las verdades eternas, pero al lado de ellas presentó el misterio de la salvación gracias a los méritos de la Sangre de Cristo. La misión impactó a María: la meditación del infierno la llevó a no dormir aquella

noche, convenciéndose de que debía convertirse enteramente al Señor. Y este impacto se completó cuando escuchó al santo predicar sobre el valor salvador de la Sangre de Cristo. María salió de la misión convencida de que debía hacer algo por la salvación de los hombres redimidos por Cristo. Y quiso al terminar la misión que se abriera en el pueblo una casa de la congregación de San Gaspar. Su padre, que por entonces era el alcalde, estaba de acuerdo pero las circunstancias políticas eran tan difíciles que su padre se vio preso en medio de ellas. María, llena de inquietudes, se aisló y no terminaba de ver claro que ella debiera consultar sus inquietudes con los misioneros. Volvió San Gaspar en 1823 y volvió María a oírlo predicar, pero sería al año siguiente, 1824, cuando San Gaspar enviaría al pueblo al misionero venerable Juan Merlini († 1873) para predicar otra misión y supervisar la fundación de la casa de los misioneros. Merlini intentó y logró crear asociaciones de hombres, de mujeres, de jóvenes, de niños, de forma que todo el pueblo estuviera englobado en las actividades religiosas. Merlini atraía a María pero ésta, llena de dudas, llegó a plantearse si era un atractivo humano. Pero por fin se decidió a hablar con él, y este diálogo fue liberador para María. Oyéndola, llega Merlini a la conclusión de que María era la persona adecuada para la fundación de una congregación que ya había deseado San Gaspar anteriormente. Merlini volvería al año siguiente y predicaría la misión de aquella cuaresma. Y entonces toma la decisión de poner a María al frente de las Hijas de María. La joven comenzó a invitar a otras jóvenes a su casa los domingos por la tarde para tener lecturas piadosas y devociones, pero muy pronto mujeres adultas comenzaron a querer venir y frecuentar también las reuniones, que de esta forma se hicieron mucho más numerosas.

San Gaspar estaba de acuerdo en que Merlini dirigiera a María, y cuando se estableció en el pueblo una comunidad de Maestras Pías, él y Merlini sugirieron que María se uniera a ellas como aprendiz de la vida de comunidad. María lo hizo y llegó a estar tres años con ellas. En ese mientras tanto se hicieron planes para enviarla a fundar una casa en Norcia, donde el obispo, monseñor Cayetano Bonnani, pertenecía a la comunidad de los misioneros. Pero cuando el proyecto falló, María se preguntó si

de verdad Dios la quería fundadora o si no sería más conforme a la voluntad de Dios ingresar en un monasterio de clausura. Entonces tuvo lugar un providencial encuentro de María con San Gaspar y una decisiva conversación con él. Él la convenció de que era posible santificarse en todas partes y de que no había señales claras de que Dios la quisiera monja de clausura. María se sosegó y siguió esperando la hora de Dios.

La hora de Dios llegaría en los finales de 1833 cuando se arreglaron las cosas para una fundación en Acuto. Aquí se abriría la escuela primera el 4 de marzo de 1834 y se tiene esta fecha como fundacional del Instituto de las Adoradoras de la Sangre de Cristo. El pueblo de Acuto se mostró entusiasmado. Y es que los planes de María incluían mucho más que una escuela para niñas. Incluía un completo programa de devociones, formación espiritual, retiros, etc., formando jóvenes y mujeres para la vida espiritual. Se dividía la vida de las hermanas en dos direcciones: la adoración y el apostolado. Una hora diaria de adoración, a la que se invitaba también a los colaboradores seglares. En esa hora se alternaban quince minutos de reflexiones con quince minutos de silencio. María procuró que los confesores dieran permiso para que las hermanas comulgasen diariamente. Igualmente se planteó el tema de si harían votos o solamente una promesa de fidelidad, como hacían los misioneros. Grupos de mujeres casadas y de jóvenes se formaron alrededor de María en orden a la piedad y formación religiosa.

Muy pronto corrió la fama de lo que María estaba haciendo en Acuto. Obispos y alcaldes comenzaron a pedirle que estableciera escuelas y centros catequéticos en los pueblos de la Italia central. Y en efecto, con la bendición de Dios, entre Acuto y Roma se fundaron numerosas casas de la nueva congregación, en pueblos pequeños y necesitados de escuela y catequesis, de forma que a lo largo de su vida pudo fundar nada menos que setenta escuelas. María, con no poco trabajo, visitó las mismas yendo de un pueblo a otro y llegando a dar sus instrucciones catequéticas incluso desde los balcones, con auditorios de hasta 300 personas, es decir todas las mujeres y niñas del pueblo. De ahí se pasaba a la confesión con los sacerdotes y a la comunión. María sentía cierto escrúpulo de hablar en público, máxime teniendo en

cuenta el rechazo de algunos sacerdotes a ello, pero Merlini la guiaba y animaba, asegurándole que cumplía la voluntad de Dios.

María tenía poca salud. Padecía de asma y frecuentes fiebres y, aunque Merlini quería que se cuidase, ella se daba toda entera al apostolado. El papa Beato Pío IX le pidió que abriera una casa en Roma, lo que hizo con filial obediencia. Cincuenta de las casas se abrieron en Italia, las otras veinte en Austria, Alemania e Inglaterra. María vivía una intensa espiritualidad cristocéntrica, puestos los ojos en el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo y cuya sangre preciosa fue el precio de nuestra redención. Esta constante mirada a Cristo víctima por los pecados le daba una enorme energía espiritual que la hizo capaz, pese a su debilidad física, para desarrollar su vasto programa de apostolado. Llena de méritos y virtudes, luego de haberse desgastado en el apostolado directo con tantas almas y de haber adorado con fervor ardoroso la Sangre de Cristo, vino a morir en la casa de Roma el 20 de agosto de 1866 con 61 años de edad, siendo enterrada en el Cementerio de Campo Verano, de donde luego sus sagradas reliquias serían llevadas a la Iglesia de la Preciosísima Sangre.

Con fama de santidad desde el momento mismo de su muerte, la beatificó el papa Pío XII el 1 de octubre de 1950 y la canonizó el Santo Padre Juan Pablo II el 18 de mayo de 2003.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 42 (1950) 719-723; 96 (2004) 385-388.
L'Osservatore Romano (ed. en español) (16-5-2003) 275.
COLAGIOVANNI, M., *Maria de Mattias, la ribelle obediente* (Roma 1984).
SPINELLI, M., *La donna della parola. Vita di Maria de Mattias* (Roma 1997).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN FILIBERTO

Abad († 685)

Filiberto nació en Gascuña hacia el año 608, hijo de Philibaud, el cual, ya viudo, recibió el sacerdocio y fue luego elegido obispo de Aire. Tras recibir de su padre una esmerada educa-

ción, ingresó en la corte de Dagoberto I, pero a los veinte años decidió su vocación religiosa e ingresó en el monasterio de Rebais. Pasados unos años fue elegido abad del monasterio, pero éste pasaba por una crisis de identidad, pues los monjes no estaban de acuerdo en qué tipo de observancia monacal debían tener. Entonces el abad decidió girar visitas a varios monasterios, y en su viaje llegó a Neustria donde Clodoveo II le ofreció tierras para la fundación de un monasterio nuevo. Así lo decidió y dejando el suyo lo construyó en la selva de Jumièges el año 654. Esta nueva fundación se consolidó y, habiendo mujeres piadosas que deseaban también seguir la vida religiosa, fundó para ellas un monasterio en Pavilly. Su vida pacífica se vio truncada cuando, visitando la corte, no dejó de criticar las injusticias de Ebroino, el mayordomo de palacio. Ello trajo consigo la prisión de Filiberto en Ruán y su posterior expulsión de Jumièges. Marchó entonces a Poitiers y allí fundó el monasterio de Noirmoutier en la isla de Her. Fundó también el monasterio de Quinçay y tuvo a su cargo el de Luçon. Murió en Noirmoutier el 20 de agosto de 685, y recibió enseguida culto como santo.

SANTOS LEOVIGILDO Y CRISTÓBAL

Monjes y mártires († 852)

Dos jóvenes monjes cristianos fueron decapitados en Córdoba el 20 de agosto del 852 por haber confesado a Cristo como Dios y Salvador y haber calificado de impostura la enseñanza del Islam. Sus cuerpos fueron arrojados a una hoguera, pero antes de que se quemaran del todo, pudieron ser tomados por los cristianos y sepultados en la basílica de San Zoilo.

LEOVIGILDO había nacido en Elvira, Granada, y había abrazado la vida monástica en el cenobio de los Santos Justo y Pastor en el poblado de Fraga, de la serranía cordobesa. Al tener noticia de los martirios que se sucedían en Córdoba, acudió a esta ciudad y consultó con San Eulogio si debía seguir el impulso que sentía de presentarse al martirio. El santo lo animó y bendijo, y entonces el joven monje acudió al cadí e hizo su confesión, siendo seguidamente encerrado en una mazmorra. En

ella halló al mártir San Cristóbal, y ambos se animaron a perseverar en la fe.

CRISTÓBAL había nacido en Córdoba y vivía junto a San Eulogio, que había sido su maestro en las letras sagradas. Con él consultó su vocación monástica y la abrazó en el monasterio de San Martín del poblado cordobés de Hojana. Cuando fue enterándose del martirio de los santos cordobeses, se sintió animado a seguirles y por ello acudió ante el cadí a confesar a Cristo. Fue encerrado en la mazmorra, donde luego fue llevado San Leovigildo, y tras animarse ambos a la perseverancia, les llegó la condena a muerte y fueron llevados a la decapitación. Narra su martirio San Eulogio de Córdoba en su *Memorial de los mártires* (parte II c.XI).

BEATOS LUIS FRANCISCO LE BRUN Y GERVASIO BRUNEL

Presbíteros y mártires († 1794)

En los pontones de Rochefort, luego de meses de penosísima detención y de haber sufrido la detención, el encierro, la deportación y tantos malos tratos, fallecieron el 20 de agosto de 1794 estos dos insignes monjes, benedictino el uno, y cisterciense el otro, que estaban adornados del carácter sacerdotal.

LUIS FRANCISCO LE BRUN nació el 4 de abril de 1744 en Ruán, siendo hijo del tesorero de la parroquia de Saint-Urbland, donde el niño fue bautizado el mismo día de su nacimiento. Educado piadosamente, decide su vocación monástica a los 18 años e ingresa en el monasterio benedictino de Saint-Martin de Sées, haciendo la profesión religiosa el 10 de junio de 1763. Pertenecía a la congregación benedictina de San Mauro y a la provincia benedictina de Normandía. Pasaría por varios monasterios. En 1770, siendo diácono, fue enviado al monasterio de Jumièges, donde al año siguiente se ordenaría sacerdote en septiembre. Pasaría luego por las abadías de Saint-Florentin de Bonneval y de Bec en 1775. En 1778 fue prior en Saint-Martin de Sées, luego en Notre-Dame de Valmont, y en 1782 se encontraba en Saint-Ouen de Ruán, pasando ese mismo año a Saint-Georges de Borscheville y siendo nombrado miembro del

consejo. El capítulo general de 1783 lo nombra prior de Bonne-Nouvelle de Ruán, y en 1788 pasa a Saint-Wandrille. Vinieron luego las leyes de 1790 suprimiendo los votos solemnes, y se le preguntó qué quería hacer. Él declaró que se reservaba la posibilidad de vivir en una casa particular y recibe una pensión trimestral de 225 libras. Cuando se disuelve la vida común en Saint-Wandrille, pasa a Jumièges, pero viendo el desorden que allí había se instala por su cuenta en Ruán (octubre de 1791). Cuando llega la ley del juramento de igualdad-libertad (10 de agosto de 1792), él rehúsa prestarlo, y al año siguiente se ve en la necesidad de elegir entre prestar el juramento o marchar a la deportación o al exilio. Intenta escapar del dilema pero es recluido el 9 de noviembre de 1793 en Saint-Vivien de Ruán. Intenta evitar la deportación alegando de nuevo que está enfermo, pero no le sirve. El 21 de marzo de 1794 sale para Rochefort, a donde llega a mediados de abril. Embarcado en Les Deux Associés muere el 20 de agosto de ese año 1794. Era un hombre admirable: pintor, matemático, literato, de carácter dulce y bondadoso, humilde, servicial, modesto. Estuvo en el barco hospital mucho tiempo porque luchó entre la vida y la muerte muchos días, mostrando una gran paciencia y resignación.

GERVASIO PROTASIO BRUNEL había nacido el 18 de junio de 1744 en Magnières, Meurthe-et-Moselle, Francia. Su padre era notario. Se decidió primero por la vocación sacerdotal e ingresó en el seminario de Toul, donde siguió los estudios eclesiásticos hasta su ordenación de diácono en 1766. Al año siguiente opta por la vida religiosa e ingresa en la trapa de Mortagne, en el Orne. El 17 de junio de 1767 recibió el hábito religioso y el 15 de julio de 1768 emitió la profesión religiosa. Él era prior claustral a la llegada de la revolución, y al morir el abad y no poderse ya pasar a una nueva elección, quedó de hecho como superior de la comunidad. El 11 de mayo de 1790 los monjes declararon desear seguir viviendo en el monasterio, y este su deseo fue apoyado por las municipalidades vecinas. Viendo cómo se desarrollaban las cosas Dom Gervasio fue a París, visitó al Rey y dirigió una comunicación a la Asamblea pidiendo la supervivencia de la trapa. Pero sobrevino en su comunidad una lamentable división cuando el maestro de novicios se quiso llevar los mon-

jes jóvenes a Suiza. Dom Gervasio no estaba de acuerdo, pero cuando llegó la contestación negativa de la Asamblea a su petición, aceptó la ida de los monjes a Suiza. El 27 de abril de 1792 los monjes de la Trapa rehusaron acceder a la demanda de los comisarios enviados por la municipalidad de Soligny a fin de hacer elegir un nuevo superior y un nuevo ecónomo. Dom Gervasio se quedó un tiempo en Mortagne con sus monjes pero luego debió resignarse a partir. Con otro religioso marchó a su pueblo y se instaló en casa de su padre, llevando consigo una parte del tesoro y de las reliquias de su monasterio, lo que le traería no pocas dificultades. Intentó con su compañero pasar a Suiza, pero su carta al monasterio de Notre-Dame de la Miséricorde de Visisbach fue interceptada y ambos fueron arrestados en Remiremont. Como sus pasaportes estaban en regla, pudieron volver a Magnières, pero para ser arrestados el 12 de mayo de 1793 y reenviados a Remiremont. La acusación contra ellos era: sustracción de bienes de la Trapa y no prestación del juramento de libertad-igualdad. El directorio del distrito de Luneville los absolvió del primer cargo pero los condenó a la deportación por el segundo. Llevados a Nancy, fueron recluidos en el exconvento carmelita. Dom Gervasio reclamó los haberes que le correspondían como eclesiástico sin recursos. Declarados sanos el 27 de enero de 1794, son enviados a Rochefort el 1 de abril siguiente. Embarcado en Les Deux Associés, murió el 20 de agosto de 1794. Era religioso fervoroso, hombre de piedad y de gran virtud. Fue enterrado en la isla Madame.

Ambos fueron beatificados el 1 de octubre de 1995 por el papa Juan Pablo II.

BEATO MATÍAS CARDONA MESEGUER

Presbítero y mártir († 1936)

Nació en Vallibona, Castellón de la Plana, el 23 de diciembre de 1902. Fue monaguillo de la iglesia parroquial de su pueblo, y en la catequesis parroquial oyó hablar de la vocación religiosa y decidió su ingreso en la Orden de las Escuelas Pías, lo que hizo en Morella con 12 años. La pobreza de su familia pareció hacerle imposible continuar sus estudios pues hubo de de-

jarlos y colocarse en el colegio lasaliano de Barcelona para ayudar a su familia. Pero, una vez hecho el servicio militar, decidió ingresar en el noviciado escolapio de Moiá, al término del cual hizo la profesión religiosa. Prosiguió luego sus estudios para el sacerdocio, que recibió con gran alegría de su corazón el 11 de abril de 1936 en Calahorra, siendo destinado al colegio de San Antón, de Barcelona.

Al llegar el 18 de julio de aquel año hubo de dejar la casa religiosa y se refugió en casa de una tía suya, pasó luego a la de un amigo y, por fin, creyó que donde estaría más seguro sería en su pueblo, a donde llegó el 31 de julio, siendo acogido en casa de su hermana Dolores. Pero, avisado por el alcalde de que corría peligro, se marchó en la mañana del día 17 a la hacienda Casa Cardona. Amenazados su hermana y cuñado si no decían dónde estaba el sacerdote, lo dijeron y allí fueron a buscarle. Conducido al comité de Vallibona, fue encerrado en la cárcel con otro sacerdote. Su hermana lo pudo visitar y llevar comida, pero el día 20 de agosto sacaron a ambos sacerdotes y los llevaron al lugar llamado Pigró del Coll y allí los fusilaron. El P. Matías mientras lo llevaban pronunció palabras de perdón para sus asesinos. A la hora de recibir la descarga abrió los brazos en cruz. Ambos sacerdotes fueron enterrados en el cementerio local.

Juan Pablo II le beatificó el 1 de octubre de 1995 en el grupo de 13 escolapios martirizados en diversos días y en varios lugares en 1936.

BEATA MARÍA CLIMENT MATEU

Virgen y mártir († 1936)

Nació en Játiva el 13 de marzo de 1887 en el seno de una piadosa familia. Maduró en ella un alma creyente conforme fue creciendo y desde joven se perfiló en ella una espiritualidad robusta. Decidió ser una apóstol seglar, viviendo con intensidad su condición de miembro de la Acción Católica y haciendo cuanto bien podía a su alrededor. Terciaria franciscana, María de los Sagrarios, miembro del Apostolado de la Oración y de la Adoración Nocturna, su vivencia de la Eucaristía era el centro de su vida espiritual, amando también singularmente la Liturgia

y el decoro de la casa de Dios. Era intensamente devota de la Virgen María, fomentando la obra del Rosario Perpetuo. Y su vida interior se volcaba en obras sociales, como el Apostolado Social de la Mujer, el Sindicato Católico Femenino, dirigiendo la Caja Dotal y la Mutualidad de Enfermas del mismo. Ella era de economía modesta pero tenía habilidad para sacar fondos a las personas pudientes a fin de sostener las obras sociales que llevaba adelante.

Llegada la revolución de julio de 1936 se la avisó que corría peligro y sería mejor que se fuera a donde pasara inadvertida, pero ella prefirió quedarse en Játiva y acogerse a la voluntad de Dios. El 20 de agosto de ese año fueron a detenerla, y como su madre se negó a dejarla ir sola, ambas mujeres fueron fusiladas en las cercanías del cementerio a las 3 de la madrugada.

Fue beatificada el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO LADISLAO MACZKOWSKI

Presbítero y mártir († 1942)

Nació en Ociaz, Polonia, el 24 de junio de 1911 en el seno de una familia numerosa. Terminado el bachillerato, ingresó en el seminario de Gniezno en 1931, ordenándose sacerdote el 22 de mayo de 1937. Destinado a Slupy como coadjutor en 1937, pasó como vicepárroco a Szubin en 1939. Al llegar la guerra se fue con sus familiares para eludir el arresto y siguió desempeñando su ministerio secretamente. Pese al peligro aceptó el cargo de administrador de la parroquia de Lubowo, pero poco después, el 26 de agosto de 1940, fue arrestado y llevado al campo de concentración de Sachsenhausen y más tarde al de Dachau. Su débil salud no soportó las durísimas condiciones de este campo y murió de agotamiento el 20 de agosto de 1942. Devoto, modesto, diligente en sus deberes, dio un gran ejemplo de paciencia y resignación.

Fue beatificado el 13 de junio de 1999 por el papa Juan Pablo II.

21 de agosto

A) Martirologio

1. La memoria del papa San Pío X († 1914), cuyo natalicio fue ayer **.
2. En Tracia, santos Agatónico, Zótico y otros († s. III), martirizados en diversos lugares.
3. En Roma, en Campo Verano, Santa Ciriaca († s. III/IV), que donó a la Iglesia el cementerio de la Via Tiburtina.
4. En Útica (África), San Cuadrado († s. III/IV), obispo y mártir.
5. En Verona (Italia), San Euprepio († s. III/IV), primer obispo de la ciudad.
6. En Fordongianus (Cerdeña), San Luxorio († s. IV), mártir.
7. La conmemoración de los santos Basa y sus tres hijos, Teonio, Agapio y Pistio († s. IV), mártires en la Hélade.
8. En Mende (Galia), San Privato († 407), obispo y mártir *.
9. En Auvergne (Aquitania), San Sidonio Apolinar († 479), obispo de Clermont **.
10. En Alzira (Valencia), santos Bernardo, anteriormente llamado Ahmed, religioso cisterciense, y sus hermanas María (Zaida) y Gracia (Zoraida) († 1180), mártires *.
11. En Hung-Yen (Tonkín), San José Dang Dinh (Nien) Vien († 1838), presbítero y mártir *.
12. En Tananarive (Madagascar), Beata Victoria Rasoamanarivo († 1894), viuda **.
13. En Alberic (Valencia), Beato Salvador Estrugo Solves († 1936), presbítero y mártir *.
14. En El Morrot (Barcelona), Beato Ramón Peiró Victorí († 1936), presbítero, de la Orden de Predicadores, mártir *.
15. Cerca de Múnich (Baviera), Beato Bruno Zembol († 1942), religioso franciscano y mártir *.

B) Biografías extensas

SAN PÍO X

Papa († 1914)

San Pío X está muy reciente en el amor de la Iglesia. Aún perdura el grato recuerdo de su memoria como el perfume que llena las naves del templo después de una solemne ceremonia religiosa. San Pío X es algo muy reciente en la Iglesia. Reciente

su elevación a los altares por Pío XII, y más reciente la visita de su cuerpo a la bella Venecia en cumplimiento de una vieja promesa hecha a sus amados diocesanos: «Vivo o muerto volveré a Venecia».

En la basílica de San Pedro de Roma un sencillo y hermoso sepulcro guarda sus restos. Este sepulcro es uno de los lugares vivos de la oración. Nunca faltan allí el recuerdo de las flores secas y la plegaria de los romanos y cuantos católicos visitan el templo de los santos apóstoles Pedro y Pablo.

Hay otra presencia más viva y fecunda de San Pío X. Presencia de alma a alma, que es como la gracia de su intercesión ante Dios. Cuántos sacerdotes se miran en el rostro de San Pío X y sacan de su ejemplo el impulso de un sacerdocio verdaderamente santo. Me parece que este hecho no se podía escapar de mis líneas al trazar su semblanza, y que debía hacer constancia de él para las nuevas generaciones de hijos de Dios que nos sucedan.

San Pío X ha dado jornadas de inmensa gloria de Dios a su Iglesia del siglo XX. En muy pocas palabras nos resume su vida la lápida de su sepulcro: «Pío Papa X, pobre y rico, suave y humilde, de corazón fuerte, luchador en pro de los derechos de la Iglesia, esforzado en el empeño de restaurar en Cristo todas las cosas».

San Pío X nació en Riese, humilde pueblo del norte de Italia, el 2 de junio de 1835. El nombre de bautismo era José Melchor Sarto. Sus padres se llamaban Juan Bautista Sarto y Margarita Sansón. Tuvieron diez hijos, de los cuales vivieron ocho.

Juan Bautista era alguacil del ayuntamiento de Riese. En su oficio entraba hacer la limpieza de la casa-ayuntamiento y los recados del alcalde. Por todo ello recibía cincuenta céntimos diarios.

Los padres de San Pío X eran pobres, pero muy piadosos. Sobre todo, su madre. «Siendo Beppi Sarto —dice René Bazin— hijo de padres tan cristianos, no podía dejar de amar a la Iglesia, a los oficios, al cura, al cielo, del que se aparta a tantos niños».

Vistió muy pronto la sotana de acólito y empezó a decir que deseaba ser sacerdote. A los once años hizo la primera comunión. Uno necesariamente tiene que pensar aquí en el amor con

que recibiría a Jesús Eucaristía aquel niño que un día Papa iba a abrir de par en par las puertas del sagrario a los pequeños.

El cura de Riese, que se llamaba don Tito Fusarini, conocía muy bien a Beppi y decía de él: «Es el alma noble de este país».

Todos los niños saben que para ser sacerdote hay que saber latín. También lo sabía el pequeño Beppi. Para ello tuvo que ir a Castelfranco, a siete kilómetros de Riese. Y después, al seminario de Padua. Antes hay que conseguir una beca. De esto se encarga el cura de Riese, quien un día llama con bastante misterio al muchacho y le dice: «De rodillas, Beppi, y da gracias a Dios, que, seguramente, tiene algún designio para ti: pronto entrarás en el seminario, y, como yo, tú también serás sacerdote».

José Sarto fue siempre un estudiante aventajado. Junto a las notas de los archivos del seminario de Padua se ha conservado este juicio: «Discípulo irreprochable; inteligencia superior; memoria excelente; ofrece toda esperanza».

Fue ordenado sacerdote el 18 de septiembre de 1858 en la catedral de Castelfranco. Al día siguiente canta su primera misa en Riese, ante las lágrimas y gozo de su madre y sus hermanas.

Don José era un sacerdote de buena estatura, muy delgado, pero de fuerte osamenta, y estaba dotado de un rostro encantador. La frente, alta; los cabellos, abundantes y echados hacia atrás; los labios, finos; las mejillas y el mentón sólidamente modelados. Pero, sobre todo, un alma que iluminaba todos sus rasgos del cuerpo con una mirada de pureza, de suavidad, que se transparentaba en sus ojos. Alguien dirá más tarde de Pío X: «Todo corazón recto vuela hacia él».

Y después de la primera audiencia que como Papa concedió al cuerpo diplomático, preguntaban éstos al cardenal Merry del Val: «Monseñor, ¿qué tiene este hombre que atrae tanto?».

La vida sacerdotal de don José Sarto empieza como coadjutor de Tómbolo y termina en la cátedra de Pedro. Se puede decir que pasó por la mayoría de los cargos por que puede pasar un eclesiástico. Un estupendo aprendizaje brindado por la Providencia al hijo del humilde alguacil de Riese.

Hay una hermosa anécdota de sus tiempos de cardenal de Venecia. Nos la cuenta don José María Javierre en su estupenda vida de San Pío X. Al patriarca de Venecia, la ciudad más bella

del mundo, le gustaba jugar alguna que otra vez una partidita a los naipes. Esta tarde son cinco amigos en torno a la mesa. Una niebla espesa cubre los canales y apenas se divisan las luces movedizas de las góndolas. Dentro se está bien al calorcillo de la estufa. Se acaba la partida y Rosa, la hermana del cardenal, ha traído unas tacitas de café. Brota la charla festiva.

«De todos modos —bromea el cardenal—, me dará mucha pena dejar Venecia. Sí, porque pronto se cumplirá mi fecha. Cada nueve años cae una hoja de mi calendario. Fui nueve años coadjutor de Tómbolo. Nueve años párroco de Salzano, y otros nueve, canónigo de Treviso. Nueve años goberné Mantua como obispo. ¿Qué me harán al terminar mis nueve años de patriarca en Venecia? ¿Papa? Porque otra solución no veo».

Ríen todos. El patriarca está firmemente convencido de que sus días terminarán en Venecia. Pero Dios ha dispuesto otra cosa. A los nueve años es elegido Papa y tiene que dejar su amada Venecia.

El Papa ha muerto. León XIII, el anciano y sabio pontífice, acaba de morir. Los cardenales de todo el mundo se han reunido en Roma para elegir al nuevo Papa. Al lado del cardenal Sarto está el cardenal Lecot, arzobispo de Burdeos, quien le pregunta en francés:

—Vuestra eminencia es, sin duda, arzobispo en Italia. ¿De qué diócesis?

—No hablo francés —responde Sarto en italiano.

—¿De qué diócesis sois arzobispo? —pregunta, ahora en latín, el cardenal francés.

—Soy patriarca de Venecia.

—¿Y no habláis francés? Por tanto no sois papable, pues el Papa debe hablar francés.

—Cierto, eminencia, no soy papable. Gracias a Dios.

A pesar de no saber francés fue elegido Papa. Se resistió cuanto pudo, pero finalmente tuvo que rendirse a lo que claramente era la voluntad de Dios.

El cardenal Oreglia, decano del Sacro Colegio y camarlengo de la Santa Romana Iglesia, se acerca al trono del patriarca de Venecia para recibir su aceptación del Sumo Pontificado:

«¿Aceptas la elección que acaba de hacerse de tu persona, en calidad de Papa?».

Un momento de silencio, y el elegido contesta: «Que ese cáliz se aparte de mí. Sin embargo, que se haga la voluntad de Dios».

La contestación no fue considerada válida y el cardenal decano insiste: «¿Aceptas la elección que acaba de ser hecha de tu persona, en calidad de Papa?».

El cardenal Sarto contesta: «Acepto, como una cruz». Le preguntan: «¿Cómo quieres ser llamado?». A lo que él responde: «Puesto que debo sufrir, tomo el nombre de los que han sufrido: me llamaré Pío».

El 4 de octubre de 1903 publica Pío X su primera encíclica que empieza por las palabras *E supremi apostolatus cathedra.* En ella va el programa de todo su pontificado: *Restaurar todas las cosas en Cristo.*

> «Puesto que plugo a Dios —dice— elevar nuestra bajeza hasta esta plenitud de poder, Nos sacamos ánimo de Quien nos conforta, y poniendo manos a la obra, sostenido por la fuerza divina, Nos declaramos que nuestro fin único, en el ejercicio del Sumo Pontificado, es restaurar todo en Cristo, a fin de que Cristo sea todo y esté en todo...».

Pío X, intrépido y manso, va a dar a la Iglesia de Cristo uno de los pontificados más fecundos de toda la historia. Pío X es el papa de la Eucaristía, de la codificación del Derecho canónico, de la condenación del modernismo y restaurador de la música sacra. Cada una de estas empresas es suficiente para hacer glorioso a un pontificado.

San Pío X abrió las puertas del sagrario a los niños. El jansenismo había propagado un concepto de Dios demasiado severo. Exigía una pureza extraordinaria para acercarse a comulgar. A los niños no se les permitía hacerlo hasta los doce años o más. Y una vez hecha la primera comunión, las restantes se distanciaban mucho.

Pío X señaló los siete años como edad normativa para la primera comunión. Basta —decía— que los niños conozcan las verdades fundamentales de la fe y sepan distinguir este pan divino del otro pan.

Una dama inglesa presentó su chiquitín a Pío X pidiéndole la bendición:

—¿Cuántos años tiene?

—Cuatro, Santidad, y espero que dentro de poco pueda él recibir la comunión.

—¿A quién recibirás en la comunión?

—A Jesucristo.

—¿Y Jesucristo, quién es?

—Es Dios —contestó el pequeño sin titubeos.

—Tráigamelo mañana —dijo a la madre—, y yo mismo le daré la comunión.

Uno de los problemas más difíciles de su pontificado fue la condenación del modernismo. Éste le costó la encíclica *Pascendi,* probablemente la más importante de San Pío X. En ella califica a estas doctrinas como «el punto de cita de todas las herejías». Era un ataque sutil a la revelación y sentido sobrenatural del catolicismo. Algo muy peligroso por salir del mismo seno de la Iglesia y minar los fundamentos de nuestra santa religión. Influenciados por las corrientes filosóficas en boga daban una interpretación enteramente natural y racionalista de las verdades religiosas. Hizo falta el instinto sobrenatural de un santo y toda la fortaleza del espíritu de Dios para desenmascarar y afrontar al modernismo.

Fueron días de tormenta para la barca de Pedro. No era fácil ver claro entonces. Hoy, en cambio, todos vemos claro la certeza con que obró el Papa.

Otra gran empresa de San Pío X fue la codificación del derecho canónico. En una audiencia con monseñor Gasparri, uno de los canonistas más eminentes del momento, le dice el Papa:

—Seguramente, es posible la codificación del derecho canónico.

—Sí, Santo Padre.

—Pues bien, hágala usted.

No pudo ver esta obra terminada. El día de Pentecostés de 1917 promulgaba Benedicto XV esta gran obra legislativa.

Escogió el nombre de Pío porque así se habían llamado los papas que habían sufrido mucho. No se equivocó; tuvo que sufrir mucho. El mayor sufrimiento le vino de Francia, la hija mayor de la Iglesia.

El 6 de diciembre de 1905 el Parlamento francés votó la ley de separación entre la Iglesia y el Estado. Era el laicismo para el pueblo francés y la pobreza para la Iglesia de Francia. El 11 de febrero de 1906 se dirigía el Papa a los cardenales, obispos, clero y pueblo de Francia:

> «Tenemos la esperanza, mil veces cumplida, de que jamás Jesucristo abandonará a su Iglesia, y jamás la privará de su apoyo indefectible. No podemos temblar por el futuro de la Iglesia. Su fuerza es divina... y contamos con experiencia de siglos».

El catolicismo francés cuenta en nuestros días con un magnífico florecimiento. Sin duda que Pío X no tiene en ello la menor parte.

Don José María Javierre tiene en su vida de Pío X un capítulo extraño y simpático. Se titula: «Los defectos de Pío X». Acaso sea la única vida de santos que tiene ese capítulo, aunque lo deberían de tener todas. Así nos daríamos perfectamente cuenta de lo que les costó llegar a la santidad y nos animaríamos a imitarlos.

Allí se nos cuenta que José Sarto era de un temperamento fuerte y que en un momento de intenso dolor de muelas dio un tortazo a su hermana Rosa.

A cargo de su ironía se cuentan bastantes anécdotas. De no ser santo, hubiese sido mordaz e insoportable. Pero la santidad despejó totalmente este peligro.

La gente empezó a equivocarse cariñosamente y a llamarle Papa Santo. Él corregía inmediatamente: «No Papa Santo, sino Papa Sarto».

Esa santidad suya se reflejaba en su rostro, en sus palabras, en su espíritu de oración y en su incansable sentido apostólico. Cuantos le trataron de cerca aseguraban que acababan de ver a un santo. En vida se le atribuían milagros. Su blanca figura de Papa era la encarnación de la mansedumbre y el sentido sobrenatural.

La Iglesia ha reconocido oficialmente su santidad. El 29 de mayo de 1954 es elevado al honor de los altares por Su Santidad Pío XII.

MARCOS MARTÍNEZ DE VADILLO

Bibliografía

AAS 43 (1951) 462s; 47 (1955) 113s.
BAZIN, R., *Pío X* (Madrid-París).
CARLI, F. DE, *Pío X y su tiempo* (Barcelona 1962).
CARLOS DE LA INMACULADA, *San Pío X, el papa de la Eucaristía* (Madrid [5]1960).
HAYWARD, F., *La maravillosa vida de San Pío X* (Barcelona 1962).
JAVIERRE, J. M.ª, *Pío X* (Barcelona [4]1955).
OCELLI, P., *Il b. Pio X, Papa* (Roma [2]1961).
PÍO X (San), *Cartas* (Barcelona 1954).
VIAN, N., *San Pío X* (Bilbao [2]1961).
• Actualización:
DAL-GAL, G., *Pío X, el papa santo. Biografía oficial de la postulación para la canonización del santo* (Madrid 1985).
HERNÁNDEZ FERNÁNDEZ, J., *Vida de San Pío X* (Murcia 1972).
ROMANATO, G., *Pio X. La vita di papa Sarto* (Milán 1992).
ZOVATTO, P., *Ricerche su Pio X* (Údine 1988).

SAN SIDONIO APOLINAR

Obispo († 479)

Difíciles de conciliar las dos principales facetas de San Sidonio Apolinar: literato, que, como tal, sólo tiene cabida en el elenco de escritores profanos; obispo, que ya figura como santo en el *Martirologio jeronimiano.* Sólo situándonos en su siglo —el V— podemos comprender su accidentada trayectoria política, su producción poética ausente a cualquier referencia cristiana, su epílogo episcopal, que su vida anterior difícilmente permitiría presagiar. Pero todo cabe en este siglo de derrumbamientos e invasiones, tribulaciones y crímenes. Algún autor llega a anotar que «la virtud, en el siglo V, era un fenómeno tan raro que fácilmente parecía heroica». ¿Tiene esto algo que ver con la veneración que se le tributó a San Sidonio casi desde el mismo momento de su muerte?

La etapa seglar de Sidonio va del año 431 o 432 hasta el 571 o principios del 472 en que fue elegido obispo. Su etapa episcopal para Mommsen no abarca más que diez años, mientras otros autores la doblan, considerando muy verosímil que falleciese en torno al año 489.

Su patria fue Lyón, nacido de una opulenta familia senatorial, cristiana desde dos generaciones. Tanto su abuelo como su padre disfrutaron la alta magistratura de prefecto del pretorio

de las Galias. Hay en sus escritos elementos autobiográficos que reflejan muy bien su orgullo aristocrático.

Empapado desde niño en la cultura de la Roma clásica, primero en Lyón y luego en Arlés, se casó a los veinte años con una esposa de su misma alcurnia, su prima Papianila, hija de Flavio Eparco Avito. El matrimonio disfrutaba de una doble residencia: una gran mansión rodeada de vastas posesiones junto al lago de Aydat y otra casa en la ciudad de Lyón. Su preferida era la primera, lugar propicio para sus expansiones poéticas. El matrimonio tuvo cuatro hijos: Apolinar, Alcima, Severina y Roseia.

Su suegro, Avito, fue elegido emperador, a raíz del asesinato de Valentiniano III. Así se dispara la carrera de Sidonio, que lo acompaña a Roma, y allí pronuncia ante el Senado el panegírico del nuevo emperador, el 1 de enero del 456, ganándose la admiración de la aristocracia romana. Sidonio se convierte en poeta oficial y alto funcionario de la corte. El triunfo duró muy poco. A los pocos meses Avito fue depuesto, ocupando su lugar Magioriano. Rompe todos los esquemas el dato de que Avito fuera inmediatamente elegido obispo de Piacenza (septiembre-octubre del año 456). Parece probado que Sidonio retornó inmediatamente a Lyón y allí tomó parte en una revuelta contra Magioriano. La reacción de éste fue terrible: Lyón fue expugnada, despojada de sus privilegios y sometida a tributo. Sidonio seguía muy distante de la santidad: en marzo de 459 pronunció ante el nuevo emperador un panegírico rezumante de adulación; y tuvo éxito: Magioriano y Sidonio se hicieron grandes amigos, y en el 461 recibió el título de conde.

En agosto del mismo año 461 el emperador era asesinado, y Sidonio no pudo hacer cosa mejor que retirarse con su mujer, hijos y otros parientes a su primera mansión y ricas propiedades. Los asesinatos se sucedían en cadena: liquidado Severo, sucesor de Magioriano, fue entronizado Antemio como nuevo emperador. Las dotes literarias de Sidonio volvieron a entrar en juego: viajó desde Lyón a Rávena y de aquí a Roma como enviado especial de los lioneses. El 1 de enero del 468, tuvo el panegírico, y la adulación volvió a producir frutos: prefecto de Roma y, al dejar este cargo, el título de patricio. Sólo duró dos

años esta segunda estancia romana y, sinceramente, sus actuaciones nos resultan reprensibles: sumamente favoritista con sus paisanos y parientes; parcial e injusto en los procesos... El año 470 retornó a la Galia y muy pronto protagonizó la denuncia del prefecto Seronato, que fue procesado y condenado a muerte.

¡Nada fue óbice para que al año siguiente (a fines de 471 o comienzos de 472) fuera elegido obispo de Clermont! ¿A qué pudo deberse esta elección que tanto nos desconcierta? Hay que situarse en ese lugar y en ese momento. Clermont era atacable desde todas las direcciones y los bárbaros amenazaban, especialmente el rey visigodo Eurico, deseoso de extender sus dominios hasta el Ródano. Hacía falta un obispo capaz de ser al mismo tiempo *deffensor civitatis,* defensor de la ciudad, y nadie más apropiado para el caso que el mismo Sidonio, cuñado de Edicio *magister militum.* Unidos, pudieron cerrar el paso al rey arriano Eurico, en una campaña militar que tuvo fuerte carácter religioso.

La gran tribulación llegó muy pronto para el obispo defensor. Clermont con toda su región fue cedida por el emperador Julio Nepote al mismo Eurico, a cambio de mantener bajo su dominio la Provenza. Sidonio, en una de sus cartas, expresa su gran dolor, al tener que dejar su querida ciudad en poder de los visigodos arrianos. Atrás quedaban todos los devaneos cortesanos. Con el episcopado había comenzado su etapa de purificación en la entrega sacrificada a su atribulada grey: preso durante algún tiempo en una fortaleza cercana a Carcasona, traicionado por algunos de sus colaboradores, despojado de todos sus bienes, sintiendo en su propia carne los escandalosos desvíos de su hijo Apolinar.

Aparte de su obra poética, nos han quedado de él 447 cartas distribuidas en nueve libros. Pertenecen a sus últimos años. Buena parte de ellas corresponden a su etapa episcopal, y en ella, por cierto, no se trasluce el pastor ni el teólogo. Hay, no obstante, claras muestras de querer adquirir una cultura eclesiástica: citas de Orígenes, San Agustín, Lactancio y padres griegos... En una palabra, el funcionario imperial y el literato profano dieron paso al obispo santificado en la entrega pastoral y en

la tribulación. Se da por perdida una obra suya titulada *Contestatiuncula,* hecha de composiciones litúrgicas y/o discursos enviados al obispo Magencio. En ella debió palpitar el aliento espiritual que echamos de menos en las obras conservadas.

Gregorio de Tours, natural de Clermont, que compone su *Historia francorum* un siglo después de la muerte de Sidonio, escribe de él con gran veneración, aportándonos un dato que debió de recoger *in situ:* Sidonio enfermo se hace transportar a su catedral y allí muere, rodeado de sus fieles que lloran desconsolados.

En resumen: sobran datos para documentar los años anteriores a su episcopado, y son escasos los que se refieren a su etapa final de pastor atribulado. Pero sus fieles lo conocían bien, y comenzaron inmediatamente a venerarlo como santo.

JOSÉ MARÍA DÍAZ FERNÁNDEZ

Bibliografía

FERNÁNDEZ LÓPEZ, M.ª C., *Sidonio Apolinar, humanista de la antigüedad tardía: su correspondencia* (Murcia 1994).
HARRIES, J., *Sidonius Apollinaris and the fall of Rome, A.D. 407-485* (Oxford 1994).
STEVENS, C. E., *Sidonius Apollinaris and his ages* (Oxford 1933).
TAMBURRI, S., *Sidonio Apollinare. L'uomo e il letterato* (Nápoles 1996).

BEATA VICTORIA RASOAMANARIVO

Viuda († 1894)

Rasoamanarivo, bautizada con el nombre de Victoria a los 15 años de edad, fue una cristiana laica de Madagascar que vivió hasta sus últimas consecuencias ese compromiso inicial de fe en medio de un ambiente muy poco favorable a la Iglesia católica. Era una mujer casada en una sociedad dirigida por los varones; había abrazado libre y decididamente el cristianismo en la casi naciente Iglesia local, en un contexto dominado por cultos paganos ancestrales o por el protestantismo, que se estaba extendiendo entre los dirigentes del país. Para ser fiel tuvo que desafiar a su propia familia y a su entorno social, sin ceder con valentía a todo género de presiones. Perteneciente a la alta aristocracia que gobernaba la isla, promovió la justicia y los dere-

chos fundamentales de los pobres, los esclavos y los enfermos, y usó sus riquezas a favor de los más necesitados. Defendió la libertad religiosa en su país, con gran prudencia y respeto a la autonomía de los poderes políticos. En momentos de persecución, supo continuar la labor de los misioneros expulsados, ayudando valerosamente a mantener la fe en los campos y en las ciudades. Muy venerada y querida, el pueblo malgache reconoció siempre sus virtudes y santidad.

En la gran isla de Madagascar, unas quince tribus habían constituido la nación que en el siglo XIX, cuando vive Rasoamanarivo, estaba gobernada por una monarquía autoritaria. Había gran diferencia de estratos sociales, y habitantes libres y esclavos. No eran infrecuentes las razias para capturar a quienes habían de dedicarse a la servidumbre, hecho normalmente aceptado en el país. La población campesina vivía sometida a la aristocracia dirigente.

Victoria era «Merina» o, según la lengua común, «Hova», grupo que habitaba el corazón de la isla, donde se hallaba la capital del Estado, Tananarive. Los Hovas, una de las tribus más cultas, habían aprendido a escribir hacía unos 120 años, aunque toda su historia consistía en tradiciones orales, referidas normalmente a las hazañas de sus monarcas.

Con el rey Andrianampoinimerina, que gobernó el país entre 1794 y 1810 y fue famoso por sus conquistas y por sus leyes, entró en escena el abuelo de Victoria, uno de los personajes de su corte. Sucedió a este monarca Radama I (1810-1828), primer rey que se relacionó con Europa, empeñada entonces en su expansión colonial por el continente africano. Hizo algunos tratados con Inglaterra y permitió la entrada en el país de un pastor protestante, que pronto comenzó a difundir su religión. Desde 1820 predicó la Biblia, enseñando el Antiguo Testamento, y por razones políticas, algunos altos dignatarios se adhirieron a la Iglesia anglicana. Radama I también tuvo relación con Francia, introduciendo la lengua francesa en el país, momento en que se hizo el primer silabario malgache. Sucedió a este monarca su esposa la reina Ranavalona I, que gobernó más de treinta años, hasta 1861. A lo largo de esta etapa la familia de Rasoamanarivo aparece en el primer plano del escenario político. Victoria nació durante este reinado, en 1848.

Estos tres monarcas se caracterizaron por su despotismo absoluto: nadie podía oponerse a su voluntad. Religiosamente, los malgaches admitían muchas divinidades, que pertenecían a los cultos tradicionales de la isla, y un Dios superior, creador de todo lo que existe. Creían también en algunas potencias sobrenaturales que cumplían las órdenes del Dios supremo, invocaban a genios protectores invisibles y veneraban a los antepasados. Pero junto a estas creencias, que siempre estuvieron presentes en la mente y en las costumbres del pueblo, por razones políticas con la reina Ranavalona I el protestantismo se hizo religión de Estado, imponiéndose oficialmente este culto.

Como consecuencia del ambiente de apertura hacia Europa iniciado hacía algunas décadas, lo mismo que casi cuarenta años antes habían llegado a Madagascar los protestantes de la Iglesia anglicana, en 1855 fueron admitidos los misioneros católicos, quienes llevaban tiempo deseando penetrar en la isla. Lambert, un comerciante bretón que había servido a la Reina en la armada, obtuvo autorización para establecerse en Tananarive con su secretario el P. Finaz y algunos otros Jesuitas, expertos en servicios médicos. Precisamente esta habilidad les acercó a la corte, cuando el Dr. Milhet Fontarabie, junto con un farmacéutico y un enfermero —los padres Jouen y Webber—, fueron llamados por el primer ministro, Rakoto, para atender quirúrgicamente a su hijo. Entonces conocieron a la familia de Victoria, directamente emparentada con él.

Estos valerosos misioneros, socialmente bien reconocidos y aceptados desde el principio, comenzaron a difundir en privado la religión católica y a bautizar a algunas personas aunque, dado el protestantismo oficialmente imperante y lo arraigado de los cultos locales malgaches, su empeño no era una tarea ni fácil ni prometedora.

Rasoamanarivo, que había nacido en 1848, la penúltima de seis hijos —cuatro varones y dos mujeres—, tenía unos seis años cuando llegaron a Madagascar estos primeros misioneros católicos y, como hemos indicado, su familia, emparentada con la real y con los altos dignatarios, era una de las más destacadas de la corte de la reina Ranavalona.

No se tienen muchas noticias sobre su padre, Rainiandriantsilavo, comandante en jefe del ejército malgache. Sí sobre el

hermano de éste, Rainimaharavo, que era el secretario de Estado y, siguiendo las costumbres locales, a la muerte del padre adoptó como hija a su sobrina Rasoamanarivo, teniendo siempre especial cuidado de ella.

La madre, Rambohinoro, era hija de Rainiharo, quien durante un veintenio (1832-1852) había sido primer ministro de la reina Ranavalona I, y hermana de Rainilaiarivony, que desempeñó el mismo cargo de primer ministro durante más de treinta años (1864-1895) y era esposo de la reina Rasoanalina, perteneciente a la familia más potente y elevada de la isla. La señora Rambohinoro era buena, pacífica, dulce, afable, y proporcionó a su hija una óptima educación humana y moral. A pesar de su alto rango, rechazaba abiertamente la religión extranjera, por lo que no permitió que entrara el protestantismo en su casa, manteniéndose fiel a los cultos tradicionales de la isla, en los que instruyó a Rasoamanarivo.

A Ranavalona I le sucedió en 1861 Radama II, en cuyo reinado algunos misioneros franceses de la Compañía de Jesús consiguieron establecerse en Madagascar y, junto con los que habían llegado poco antes, fundaron la Misión católica de Tananarive. Pronto les siguieron las Hermanas de la Congregación de San José de Cluny, que establecieron una escuela en la misión. Victoria Rasoamanarivo, que entonces contaba unos 14 años de edad, fue una de las primeras alumnas en inscribirse en esta escuela, junto con su hermana Angelina Ranjavelo y otras jóvenes pertenecientes a familias principescas.

Quienes la conocieron en aquellos años de su adolescencia y juventud, la describen como una joven robusta y bien constituida, bondadosa, amable, sonriente, modesta y juiciosa. De buenos sentimientos y bien predispuesta a aprender, le impresionó mucho desde el principio la vida sacrificada, sencilla y santa de los padres y de las religiosas, y se interesó vivamente por la religión católica, resistiendo a las insinuaciones de la familia real, que en su mayoría había optado por el protestantismo. No obstante estas presiones y el deseo de su madre de que permaneciera en la religión tradicional malgache, firmemente decidida en su fe, pidió ser bautizada, y recibió este sacramento el día 1 de noviembre de 1863. Le impusieron el nombre de Victoria.

Tuvo que superar fuertes tensiones familiares para mantenerse en su opción, pero, convencida plenamente de ella, el 14 de enero de 1864 recibía su primera comunión.

Ese mismo año 1864, el 13 de mayo, siguiendo las tradiciones del país, a los 16 años de edad fue dada como esposa a un hombre elegido entre sus parientes, su primo Radriaka, primogénito del primer ministro Rainilaiarivony, noble y muy rico, alto oficial del ejército, y de religión pagana tradicional. Aunque la ceremonia nupcial se desarrolló según los ritos propios de los cultos malgaches, por expreso deseo de Victoria, también bendijo su matrimonio un sacerdote católico, habiendo sido dispensada de consanguinidad y de disparidad de culto. Aún después de casada, Victoria continuó sus estudios por algún tiempo, y el 11 de septiembre de 1864 recibió en la escuela católica a que acudía el sacramento de la confirmación.

A estos acontecimientos siguieron años muy difíciles para Victoria, en los que puso bien a prueba su heroica fortaleza para defender la fe católica tanto en el alto ambiente social a que pertenecía su familia como en el de su nuevo y propio hogar.

No era fácil el contexto ambiental del momento, en el que los temas religiosos, especialmente en relación con la Iglesia anglicana, se mezclaban con intereses políticos, económicos y culturales. Su tío y ya padre adoptivo Rainimaharavo, secretario de Estado, tenía entre otras tareas la de hacer respetar algunas cláusulas de tratados firmados con Inglaterra, como las que prescribían que todos los notables malgaches acudieran a escuelas protestantes, por lo que retiraron a sus hijos de las católicas, abandonando también en las familias esta fe. Victoria, a pesar de las presiones y las amenazas, perseveró con firmeza en el catolicismo, sostenida moralmente por su fidelísima esclava Rosalía Ranahy, que siempre la acompañó.

Por otra parte, su esposo Radriaka, aunque en principio parecía bueno y simple, lejos de proporcionar la esperada felicidad a la joven Victoria, al igual que los hombres ricos y de alto nivel social de esa época, pronto comenzó a llevar una vida desordenada e incluso escandalosa, haciéndose esclavo del alcohol y de las pasiones y extremando sus excesos fuera del hogar. Se esforzaba, además, por separarla del catolicismo, todo lo cual era motivo de

continuas humillaciones y sufrimientos para su esposa. Victoria, dado su alto rango, debía acudir al Palacio como dama de la Corte, siendo muy apreciada por todos y, en cierto sentido, compadecida por quienes iban conociendo su situación. Su testimonio de vida cristiana ejemplar, su cordialidad en el trato con todos, su modestia en el vestir y su moderación en las diversiones, pronto fueron dotándola de gran prestigio moral y de una óptima fama entre los cortesanos, protestantes en su mayoría.

Sabían también que las obligaciones derivadas de su condición social no le impedían dedicar muchas horas de su jornada a la oración, no dejando jamás el rosario. Sin ningún respeto humano, acudía cada día a la iglesia, orando prolongadamente ante el Santísimo Sacramento, o en una capilla dedicada a la Virgen. Con frecuencia la acompañaban sus esclavas, a quienes instruía en la práctica religiosa. Y, pródiga en caridad, no dejaba de ocuparse con el mismo empeño de los necesitados, enfermos y carentes de recursos. Pronto se empezó a decir de ella no sólo que era una mujer de oración, sino modelo de oración.

Colaborando con los misioneros, enseguida comenzó a tener parte muy activa en la Iglesia local. Desde muy joven pertenecía al Apostolado de la Oración y era muy devota del Sagrado Corazón de Jesús, al que se encomendaba de modo muy particular. En 1876 fue elegida presidenta de la «Congregación de la Virgen María para mujeres casadas», fundada por el P. Ailloyd, y poco después se consagró solemnemente a María Inmaculada. Defendió con vigor las escuelas católicas ante la corte y obtuvo de la reina, que era protestante, los adecuados decretos de libertad religiosa. Y, con su notable influencia ante el primer ministro, contribuyó mucho a conseguir generosas ayudas materiales para construir edificios sagrados y asistenciales en varias partes de la isla. «De todos los malgaches de su tiempo, nadie amó a la Iglesia como ella», afirman algunos funcionarios de entonces. «La quería con todo su corazón».

La situación religiosa, social y política se agravó, llegando a desencadenarse una guerra franco-hova (1883-1886) cuando el rey Radama II fue acusado de ser demasiado amigo de Francia. Tuvo entonces lugar una persecución más o menos abierta contra la Misión católica de Tananarive que, a causa de la nacio-

nalidad de los misioneros, fue identificada con los intereses coloniales de Francia. En estas delicadas circunstancias, Rainimaharavo, tío y padre adoptivo de Victoria, hizo todo lo posible para que ella renegara de su fe católica y se adhiriera a la Iglesia anglicana, que desde 1868 era la oficial del Estado, y continuaba siendo muy protegida, por motivos políticos, entre los altos dirigentes del país. Pero, valerosamente, no cedió ante las promesas ni ante las amenazas, ni incluso ante las penas corporales que le fueron infligidas. Sus parientes tuvieron que desistir de su empeño, en vista de su firme fortaleza y notoria fidelidad.

> «Victoria tenía una fe profunda y sólida —dice un maestro—. Era insobornable. Ni las alabanzas ni los reproches turbaban su fe. Rainimaharavo, que la había adoptado, era feroz con los católicos mientras practicaban la religión. Dirigía a Victoria violentos reproches para hacerla apostatar, pero no lo consiguió».

Como consecuencia de este ambiente persecutorio desencadenado en el país, el 25 de mayo de 1883 los misioneros católicos fueron expulsados de Madagascar, acusados de traicionar las costumbres locales y, por tanto, a la propia patria. Esta circunstancia, lamentable y providencial, hizo que Victoria Rasoamanarivo tomara sobre sí la responsabilidad de mantener la Iglesia entre sus gentes, defendiéndola ante las autoridades, siendo pródiga en toda forma de actividad en beneficio de los fieles, dedicándose a la evangelización con gran empeño y contribuyendo decisivamente a mantener fielmente la fe en las ya numerosas comunidades católicas existentes. En no pocas ocasiones tuvo que defender con destacado valor a la Iglesia católica, acusada de traicionar la religión y las costumbres malgaches. Ella fue, como decían entonces, «el padre y la madre» de la Iglesia en ausencia de los misioneros, y «la columna» que sostenía a los cristianos.

> «En tiempo de Ranavalona III —afirma una señora malgache— durante la guerra, fue ella quien se elevó como una columna sobre la que reposó la Iglesia católica, tanto en la ciudad como en los campos».
>
> «Si ella no hubiera estado allí —afirma el noble malgache Rabeanosy— nadie habría sido capaz de mantener la fe católica. Eran muchos los enemigos que se esforzaban en destruir la fe y las iglesias, hacía falta, para resistir, una persona de fe ardiente».

Para ejercitar esta actividad se valió de la «Unión Católica» que, a su vez, encontró en Victoria un sólido apoyo. La «Unión Católica» era una asociación de jóvenes fundada por el P. Caussè, bien conocida por Victoria, porque solía asistir a sus reuniones, aportando siempre su decidido ánimo y aliento. En estos momentos difíciles, con el apoyo de su propia autoridad enviaba a los miembros de la «Unión» a visitar a las distintas comunidades dispersas por el país, sobre todo por los campos, que estaban siendo víctimas del fanatismo agresivo de los perseguidores. Y con frecuencia acudía también personalmente, aunque su salud estaba comenzando a resentirse, y llevaba consuelo, ánimos, valor y ayudas materiales. «Dios no se ha ido con los Padres, está todavía aquí», les aseguraba ella. «No nos desanimemos —decía a los jóvenes de la Unión Católica—, pues estos Padres que acaban de irse, volverán. No abandonemos nuestra fe. Practiquemos valientemente la religión católica». Se afirmaba después que, sin su valiente actuación, la Iglesia católica habría sido destruida en Madagascar.

Mientras tanto, bien sabido era de todos que su matrimonio continuaba siendo una considerable fuente de humillaciones y de angustias para ella, por la vida disoluta de Radriaka, cada vez más aficionado a la bebida y con una conducta verdaderamente escandalosa. Incluso los propios padres de él, y otros familiares cercanos, aconsejaban repetidamente a Victoria que, por su propio bien, se separase de su esposo. Pero ella, que estaba convencida de la santidad y de la indisolubilidad del matrimonio católico, prefirió sostener esta dolorosa situación antes que dar un testimonio que consideraba no concorde con la fe que había profesado y que estaba defendiendo. «El matrimonio cristiano dura hasta la muerte, es una cosa santa —solía responderles—. Yo aguanto bien lo que me hace mi marido». E incluso lo que le hacían los allegados a él. Tuvo que soportar, por ejemplo, que Marivelo, hermano de Radriaka, mandara esclavos para impedirle violentamente ir a misa, aunque no solían conseguirlo.

Todo ello iba haciendo de Victoria una persona cada vez más querida y respetada, con creciente autoridad moral ante nobles y plebeyos, porque provocaba estima y admiración tanto en la corte real, diariamente frecuentada por ella, como entre la

gente sencilla del pueblo, con quienes compartía su fe, su cariño, su entusiasmo religioso y sus bienes.

En esta situación, no sólo procuró vivir personalmente con más hondura y convicción su propia fe cristiana, sino que, como acabamos de indicar, no dudó en proteger públicamente a la Iglesia, consiguiendo que continuaran abiertos los templos y los colegios católicos y desplazándose con frecuencia a los pueblos y aldeas alejados de la capital para animar a los creyentes, sostener su fe y garantizarles el respeto a sus derechos por parte de las autoridades políticas y civiles. Intercedió personalmente en este sentido ante los gobernantes, sobre todo ante su padre adoptivo el poderoso primer ministro, convirtiéndose de hecho en el apoyo más potente de la Iglesia católica, privada entonces de su jerarquía.

Cuando tres años después, el 29 de marzo de 1886, volvieron los misioneros católicos a Tananarive, encontraron no una Iglesia en ruinas o semidestruida, sino unas comunidades católicas vigorosas y florecientes, una Iglesia viva y cada vez más arraigada en el país, gracias a la incansable actividad y testimonio de fe de Victoria Rasoamanarivo. A ello había contribuido no sólo su celo apostólico, sino sus buenas cualidades personales, organizadoras y de gobierno y, desde luego, su gran fortaleza de ánimo. También su elevada posición en la sociedad malgache, donde, como decimos, era muy respetada y querida, lo cual le permitió defender los derechos de quienes, sin este decidido apoyo, sin duda habrían sido perseguidos o aniquilados.

Victoria era una mujer de profunda oración, de vida verdaderamente santa y sacrificada, que gozaba de gran ascendiente espiritual entre las personas que conocían su modo de ser y sus actividades. Todos sabían que, desde hacía años, muy de mañana se acercaba a la iglesia y dedicaba algunas horas a rezar; que en los momentos libres volvía a la oración, y que sus innumerables obras de caridad en favor de los pobres y de los necesitados, de los prisioneros y de los leprosos, así como el acertado gobierno de su gran casa, eran fruto de la intensa y continuada unión con el Señor, única norma de su vida y actividad.

El verdadero martirio que íntimamente estaba sufriendo a causa de su voluntad de permanecer fiel a su esposo, Radriaka,

de quien, como testimonio de vida cristiana, nunca se quiso divorciar, concluyó con la muerte de éste en 1887, después de 23 años de heroica perseverancia en el amor por parte de Victoria. Falleció como consecuencia de un accidente a causa de su vida disoluta. Victoria, que, a pesar de todo, le había mostrado siempre respeto y deferencia, le atendió amorosamente, con todo esmero y cariño, en su corta enfermedad. Llamó a los mejores médicos de la Casa real, que hicieron lo posible para salvarle la vida, pero las heridas eran mortales. Y rezó confiadamente por su conversión. Recibió el consuelo de que en los últimos momentos Radriaka, oficialmente protestante y en realidad pagano, accediera a bautizarse en la Iglesia católica. Un sacerdote de la catedral acudió a la llamada de Victoria y le proporcionó este sacramento el 14 de marzo, en las vísperas de su muerte, recibiendo el nombre de José. Victoria le guardó luto el resto de su vida.

Comenzó para Victoria una nueva —y corta— etapa de su vida: los siete años que permaneció en viudedad, más serena en el aspecto familiar, y con creciente, si cabe, actividad evangelizadora. Se dedicó intensamente a la vida de piedad y se interesó muy particularmente por la «Congregación de las Hijas de María» y por la «Obra de la Santa Infancia».

Privadamente, aun dentro de su elevada posición social, extremó su acostumbrada modestia y reserva, viviendo acompañada por dos esclavas, Margarita y Josefina, a quienes tenía como hijas, y dedicando mucho tiempo a la oración y al ejercicio de la caridad.

En este último tiempo se agravaron sus condiciones físicas que, como siempre, sobrellevó con paciencia y discreción. Parece que sufría de gota, dolencia incurable que la estaba acompañando desde hacía varios años.

Pero, inesperadamente, se precipitó la situación. El 18 de agosto de 1894, al volver de la catedral de Ambohipo, donde había seguido en pie la procesión del Santísimo Sacramento y recibido la santa comunión, comenzó su última enfermedad, manifestada con fuertes hemorragias. Margarita informó rápidamente a Radriantsilavo, hermano de Victoria, sobre la enfermedad de su señora, el cual, junto con su familia, se acercó enseguida para acompañarla y para procurarle el cuidado de

buenos médicos, como los doctores Thessen, noruego, y Randrianavony, indígena. Ella prefirió no someterse a una posible intervención quirúrgica, en cuyo éxito no confiaban demasiado. No le ocultaron la gravedad. «Dios me ha enviado esta enfermedad —les decía ella—, que se cumpla su santa voluntad», y dispuso sobre su enterramiento. Como no tenía hijos, debía adoptar a algún familiar al que legar su casa. Pero su verdadera preocupación eran Margarita y Josefina: «Yo tengo muchos familiares —decía—, pero entre ellos los hay buenos y quienes no lo son. Tengo miedo de que mis esclavas tengan que sufrir». Cuatro días después, el martes 21 de agosto de 1894, antes de lo que parecía previsible, fallecía Victoria Rasoamanarivo a la edad de 46 años, en la ciudad de Tananarive, donde se había desarrollado toda su existencia y actividad. El rápido desenlace no permitió que le administraran los últimos Sacramentos, pero expiró levantando en alto el rosario con sus manos e invocando tres veces a la Virgen María: «Madre, Madre, Madre».

Sus restos mortales fueron expuestos durante tres días en una capilla ardiente y los visitaron muchísimas personas, llegadas espontáneamente de la ciudad y de los campos. El día 24 tuvieron lugar las solemnísimas exequias: «Todos los cristianos formaron una procesión como si se tratara de una reina», dicen algunos. Y el día 25, aunque ella había manifestado su deseo de ser sepultada en el cementerio católico de Ambohipo, por decisión de sus familiares sus restos fueron triunfalmente depositados junto a los de sus antepasados en el panteón de Isotry, «un espléndido mausoleo construido por su abuelo Rainiharo», prácticamente inaccesible para el pueblo.

Cierto intento de traslado a la catedral católica encontró la oposición de los protestantes, hasta que, finalmente, el 23 de septiembre de 1961, fue posible transportar los venerados restos al cementerio de Ambohipo, en el sepulcro de los misioneros, donde todavía reposan.

Convencidos el pueblo y la jerarquía local, e incluso los protestantes, de la santidad de vida de Victoria, su causa de canonización no pudo instruirse, sin embargo, hasta 1932, cuando habían pasado 39 años de su muerte. Se debió a que la Misión católica de Madagascar estaba en proceso de consolidación, ya

que su historia había sido bastante accidentada a causa de las hostilidades y las persecuciones sufridas y, en esas circunstancias, era normal que los misioneros se dedicaran preferentemente a la instrucción y ayuda de los fieles, esperando un momento de mayor estabilidad para iniciar la causa de Victoria, presente siempre en la mente y en el corazón de todos. Además, dado el culto pagano de veneración a los antepasados, era necesario reforzar el conocimiento del Evangelio del Señor y la práctica de la vida eclesial en la que se había de insertar la auténtica devoción a los santos. De hecho, al comienzo, los cristianos malgaches no sabían cómo comportarse ante una persona muerta con fama de santidad. Además, como su tumba era prácticamente inaccesible, no podían acudir a ella para manifestar sus sentimientos de recuerdo y veneración. Había ocurrido, además, que durante la I Guerra Mundial la ley francesa no exoneró a los clérigos del servicio militar activo y murieron muchos de ellos. Hasta quince años después no pudieron volver sacerdotes suficientes a la Misión de Madagascar, quienes, en cuanto pudieron, se ocuparon de la causa de Victoria.

Celebrado en Tananarive entre 1932 y 1935 el proceso ordinario sobre la fama de santidad y práctica heroica de la virtud de Victoria, la II Guerra Mundial dificultó seriamente las comunicaciones con Roma. No obstante, fue entregado el proceso en la Congregación de Ritos, que en 1952 emanó el decreto favorable a sus escritos. En 1956 el papa Pío XII firmó la introducción de la causa en Roma y, otorgado en 1958 el preceptivo decreto de «no culto», el proceso apostólico sobre la heroicidad de las virtudes de la sierva de Dios tuvo lugar, también en la capital malgache, entre 1960 y 1962. Fue entonces, en septiembre de 1961, cuando sus restos mortales se trasladaron al cementerio católico de Ambohipo.

Una parte muy considerable de las noticias sobre Victoria Rasoamanarivo se deben al después vicario apostólico de Tananarive, mons. Etienne Fourcadier, joven jesuita de la Misión católica de Madagascar en 1894, cuando fallecía Victoria, a quien conoció y trató personalmente durante sus últimos años de vida. Él fue quien escribió la primera biografía poco después de su muerte, publicada por primera vez en 1897, en la que recogía

datos y testimonios de quienes habían convivido más con ella y se hacía eco del gran movimiento de admiración por la santidad de esta cristiana malgache. A él se debe también haber instruido su Causa de canonización en cuanto fue posible, obteniendo con preguntas adaptadas a la mentalidad del contexto un material extremadamente rico para el proceso informativo, que permitió conocer bien a esta gran y humilde figura de mujer laica, casada, quien con su vida y actividades hizo brillar la belleza de la vocación cristiana, vivida con notoria generosidad según las exigencias del bautismo en los deberes propios de su estado. Consiguió también valiosos documentos escritos, como fragmentos de cartas de los misioneros que se referían a ella, algunos libros que la mencionaban, diarios de la «Unión Católica» que se hacían eco de sus actividades apostólicas y artículos del periódico *Ny Iraka,* que recogieron, sobre todo, el momento de su muerte.

El 1983 fueron reconocidas las virtudes heroicas de esta mujer excepcional y en 1985 un milagro atribuido a su intercesión. El papa Juan Pablo II quiso beatificarla entre su gente, en la isla en que se había desarrollado su existencia dando heroico testimonio de fe, entre los cristianos que ella formó y alentó. El acontecimiento solemne tuvo lugar el 29 de abril de 1989, durante su visita apostólica a Madagascar.

El pueblo malgache, el de su misma estirpe y costumbres, tiene hoy en Victoria Rasoamanarivo un claro ejemplo de sublime vida cristiana dentro de su propia cultura y civilización. Y los laicos cristianos de todo el mundo encontramos en ella un referente cualificado de cómo el compromiso bautismal, llevado hasta las últimas consecuencias, contribuye eficazmente al desarrollo de la misión de la Iglesia al servicio del Reino de Dios y produce evidentes frutos de santidad.

MARÍA ENCARNACIÓN GONZÁLEZ RODRÍGUEZ

Bibliografía

FOURCADIER, E., *Une grande chrétienne à Madagascar* (Abbeville ²1905).
— *La vie héroïque de Victoire Rasoamanarivo* (París ²1949).
MOLINARI, P., «I grandi missionari. Vittoria Rasoamanarivo»: *Popoli e Missioni* 13 (1986) julio, p.44-46.
— «Victoire Rasoamanarivo»: *Il Messaggio del Cuore di Gesù* (1989) abril, p.316-317.
RAMAHERY, J. L. C., *L'ange visible de l'église naissante à Madagascar. Nouvelle biographie de Victoire Rasoamanarivo* (Madagascar 1994).

C) Biografías breves

SAN PRIVATO

Obispo y mártir († 407)

Este santo obispo y mártir tuvo en la antigüedad mucho culto en la Galia, y sus noticias han llegado a nosotros gracias sobre todo a los escritos de San Gregorio de Tours. Privato era obispo de los Gabalos (Gévaudan), hoy diócesis de Mende. Su martirio tuvo lugar cuando la invasión de los alamanes, cuyo rey Croco los dirigía ferozmente a la conquista de nuevas tierras. Alentado por su madre, devastó la Galia y destruyó los templos cristianos, llegando a la región de Mende. Privato se había escondido en una gruta donde se dedicaba a la oración y al ayuno, pidiendo la misericordia divina, y fue tomado como rehén para obligar a la guarnición de Grèze a entregarse. Privato no quiso prestarse a esta maniobra, ni quiso revelar dónde se escondía la comunidad cristiana y cuando le fue exigido que adorase a los ídolos se negó firmemente, lo que le valió ser golpeado hasta el extremo que de resultas de los golpes murió poco después. Aunque algunos han situado este hecho en mitad del siglo III bajo el imperio de Valeriano y Galieno, otros entienden que el suceso fue cuando la invasión alamana del año 407. Sobre su sepulcro se edificó una basílica que era muy frecuentada por el pueblo cristiano cuando San Gregorio de Tours escribía.

SANTOS BERNARDO (AHMED), MARÍA (ZAIDA) Y GRACIA (ZORAIDA)

Mártires († 1180)

Según la tradición, Bernardo era musulmán. Hijo de Almanzor, señor de Carlet, en el reino musulmán de Valencia, tenía otros tres hermanos: Almanzor, el mayor, Zoraida y Zaida. Educado en la corte de Valencia, se mostró hábil en los negocios y asuntos que se le confiaban. Una vez hubo de ir a Cataluña para negociar la liberación de algunos cautivos, y a la vuelta perdió la dirección y se encontró en un espeso bosque. Vino a dar en el monasterio cisterciense de Poblet, donde fue recibido

con gran amabilidad y caridad. Este trato evangélico lo impactó al extremo de abrazar el cristianismo y también la vida monástica. Al bautizarse dejó su nombre musulmán de Ahmed para llamarse Bernardo. Portero del convento, era muy generoso en sus limosnas a los pobres. Pero sentía el deseo de convertir al cristianismo a sus parientes, y animado por la conversión de una tía suya que vivía en Lérida, volvió a Carlet donde encontró que su padre había muerto y en el señorío lo había sucedido su hermano mayor. Logra convertir a sus dos hermanas, que se bautizan y toman los nombres de Gracia y María, pero no así al hermano mayor, el cual monta en cólera ante estas conversiones. En vista de ello los tres hermanos huyen, pero son encontrados y devueltos a Carlet, donde en aplicación de la ley contra los apóstatas son condenados a muerte y sacrificados el 21 de agosto de 1180. Enterrados en Alzira, cuando el rey Jaime I el Conquistador ganó la ciudad hizo construir una iglesia en su honor, que se encomendó a la Orden Trinitaria.

SAN JOSÉ DANG DINH (NIEN) VIEN

Presbítero y mártir († 1838)

José Dang Dinh (Nien) Vien (o Nguyen Dinh Vien) nace en Tien-Chu, Tonkín, el año 1787, hijo de una familia cristiana, e ingresa en la llamada «Casa de Dios» o seminario de Luc-Thuy. En 1821 recibe la ordenación sacerdotal. Trabajó en la comunidad cristiana de Dong-Bai, donde ejerció el ministerio con notorio celo, evangelizando a muchas personas. La causa de su arresto fue que sus cartas a un catequista de Au-Lien fueron interceptadas el 17 de abril de 1838 y se organizó la captura del sacerdote, ofreciéndose una importante recompensa. Hubo por ello de huir de un pueblo a otro, no sintiéndose seguro en ninguna parte a causa, sobre todo, de los apóstatas, siempre dispuestos a hacer de delatores. Dos parientes suyos dieron parte de su presencia a los mandarines, pero cuando los vio venir, pudo esconderse en una plantación cercana. Entonces torturaron a un chico de la casa para que dijera dónde se había escondido, y José, al sentir los «ayes» del muchacho, se entregó espontáneamente. Era el 1 de agosto de 1838. Cargado de cadenas,

fue ese mismo día al tribunal y al siguiente fue llevado ante el tribunal de Hung-Yen, llevando una pesadísima canga. Se le ordenó traducir a la lengua del país las cartas interceptadas y resultó que no contenían otra cosa que asuntos de la religión. Se le intimó dijera el paradero del santo obispo Hermosilla, pero él en medio de los golpes guardó silencio. Se le ofreció la libertad a cambio de pisotear la cruz, pero él se negó. Fue condenado a muerte por escribir en lengua extranjera y por ser cristiano y se pidió la confirmación real a la sentencia. Ésta llegó el 21 de agosto, y ese mismo día fue llevado a Ba-Toa, sitio de la ejecución. Le quitaron las cadenas y la canga y entonces los dos que le habían delatado se acercaron y le pidieron perdón, que él concedió abrazándolos. Luego se puso en oración y seguidamente ofreció su cuello al verdugo. Su cuerpo fue llevado a su pueblo natal y enterrado en la iglesia parroquial.

Fue canonizado el 19 de junio de 1988 por el papa Juan Pablo II junto con los 117 mártires de Vietnam, muertos por la fe entre los años 1745-1862, que habían sido beatificados a lo largo del siglo XX.

BEATO SALVADOR ESTRUGO SOLVES

Presbítero y mártir († 1936)

Nació en Bellreguard el 12 de octubre de 1862, hijo de padres labradores. Sintió en la infancia la vocación sacerdotal e ingresó en el seminario conciliar de Valencia, en el cual hizo los pertinentes estudios hasta su ordenación sacerdotal en 1888. Estuvo primero como coadjutor en Tous, Guadassuar y Alberic, pasando luego a ser párroco de Siete Aguas y, finalmente, fue destinado al Hospital de Alberic como capellán. Tras las elecciones de febrero de 1936 todo el clero de Alberic hubo de marcharse. Fueron asesinados varios miembros del mismo. Igualmente hubieron de huir las religiosas del hospital donde Salvador prestaba sus servicios de capellán, y una de ellas también pereció violentamente. Salvador no se marchó del pueblo, pero sí dejó su traje sacerdotal y ejerció su ministerio de forma privada. Llegada la revolución, parece que se confió en que nadie tenía nada contra él, pero el 10 de agosto a las 8 de la maña-

na fue detenido y llevado por las calles hasta el Comité, de allí pasó a la cárcel, y aquí recibió la muerte, al parecer por un disparo a bocajarro en la cabeza.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO RAMÓN PEIRÓ VICTORÍ

Presbítero y mártir († 1936)

Nace el 7 de marzo de 1891 en Aiguafreda (Barcelona) en el seno de una familia cristiana, que lo ingresó en el colegio de los Religiosos de la Sagrada Familia de su pueblo natal, donde cursó los estudios primarios y recibió una buena educación cristiana, base de su vocación religiosa. A los 15 años opta por la Orden de Predicadores, ingresando en el convento de San Juan Bautista, de Corias, en Asturias. Hace el noviciado y la profesión simple, y empieza los estudios en orden al sacerdocio, profesando solemnemente el año 1911. Cuando se formaliza el proyecto de restaurar la Provincia Dominicana de Aragón, él, estudiante entonces en el convento de San Esteban, de Salamanca, se ofrece y es aceptado. Terminados los estudios de teología, se ordena sacerdote en 1915. Es destinado, primeramente, como profesor de humanidades en Solsona, y luego es nombrado prior en Calanda. De ahí pasó al convento de Barcelona, donde procuró mucho el incremento del culto divino y restauró la capilla del sagrario. Llegada la guerra española debe abandonar el convento el 19 de julio de 1936 y encuentra refugio en varias casas de amigos de la comunidad. Pero es arrestado el día 15 de agosto y fusilado en El Morrot el día 21 del mismo mes.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO BRUNO ZEMBOL

Religioso y mártir († 1942)

Juan Zembol nació el 7 de septiembre de 1905 en Letownia, diócesis de Cracovia, Polonia, de padres campesinos, en el seno de una familia numerosa. Estuvo en la escuela hasta la quinta clase, luego sintió la vocación religiosa e ingresó en la Provincia Franciscana de Santa María de los Ángeles, en el convento de la Sagrada Familia de Lvov, a la edad de 17 años. Al tomar el hábito el 12 de noviembre de 1922 recibió el nombre de fray Bruno. Estuvo de cocinero en el Colegio Seráfico de Lvov, luego, en 1924, fue enviado al convento de Przemysl y luego al de Stopnica. Más tarde fue admitido al noviciado y, hecha la profesión el 22 de noviembre de 1928, fue enviado al convento de Wloclawek. Fue luego cocinero del convento de Cracovia, más tarde del de Lvov, y allí el 6 de marzo de 1932 emitió la profesión solemne. Eligió como lema de su vida religiosa las palabras de San Francisco de Asís: «Grandes son nuestras promesas, pero son mayores las cosas que se nos han prometido».

En 1933 es enviado a Sadowa Wisznia, y en 1937 al convento de Chelm Lubelski, donde trabajó como cocinero y organista. El 12 de noviembre de 1939 fue arrestado y llevado a Lublín. A mitad de junio de 1940 fue confinado en el campo de concentración de Sachsenhausen y el 14 de diciembre de ese mismo año llevado a Dachau. Las muchas penalidades sufridas minaron su salud y murió el 21 de agosto de 1942. Era un religioso entregado a su vocación, cumplidor exacto de la regla franciscana, consciente, laborioso, lleno de pureza y bondad, humilde y muy caritativo.

Fue beatificado el 13 de junio de 1999 por el papa Juan Pablo II.

22 de agosto

A) MARTIROLOGIO

1. La memoria de la Bienaventurada Virgen María Reina **.
2. En Autun (Galia), San Sinforiano († s. III/IV), mártir *.
3. En Roma, en la Vía Ostiense, San Timoteo († 303), mártir.
4. En Todi (Umbría), San Felipe Benicio († 1285), presbítero, de la Orden de los Servitas **.
5. En Bevagna (Umbría), Beato Santiago Bianconi († 1301), presbítero, de la Orden de Predicadores *.
6. En Ocra, junto a Fossa (Italia), Beato Timoteo de Montecchio († 1504), presbítero, de la Orden de Menores *.
7. En York (Inglaterra), Beato Tomás Percy († 1572), conde de Northumberland, mártir bajo Isabel I *.
8. En la misma ciudad, beatos Guillermo Lacey y Ricardo Kirkman († 1582), presbíteros y mártires bajo la misma reina *.
9. En Worcester (Inglaterra), San Juan Wall († 1679), presbítero, religioso franciscano y mártir bajo el reinado de Carlos II **.
10. En Hereford (Inglaterra), San Juan Kemble († 1679), presbítero y mártir bajo el mismo reinado **.
11. En Offida, del Piceno (Italia), Beato Bernardo Domingo Peroni († 1694), religioso capuchino *.
12. En Rochefort (Francia), Beato Elías Leymarie de Laroche († 1794), presbítero y mártir *.
13. En Starunya (Ucrania), Beato Simeón Lukac († 1964), obispo y mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA REINA

La realeza de Cristo es dogma fundamental de la Iglesia y a la par canon supremo de la vida cristiana.

Esta realeza, consustancial con el cristianismo, es objeto de una fiesta inserta solemnemente en la sagrada liturgia por el papa Pío XI a través de la bula *Quas primas* del 11 de diciembre de 1925. Era como el broche de oro que cerraba los actos oficiales de aquel Año Santo.

La idea primordial de la bula podría formularse de esta guisa. Cristo, aun como hombre, participa de la realeza de Dios por doble manera: por derecho natural y por derecho adquirido.

Por derecho natural, ante todo, a causa de su personalidad divina; por derecho adquirido, a causa de la redención del género humano por Él realizada.

Si algún día juzgase oportuno la Iglesia —decía un teólogo español en el Congreso Mariano de Zaragoza de 1940— proclamar en forma solemne y oficial la realeza de María, podría casi transcribir a la letra, en su justa medida y proporción, claro está, los principales argumentos de aquella bula.

Y así ha sido. El 11 de octubre de 1954 publicó Pío XII la encíclica *Ad Coeli Reginam.* Resulta una verdadera tesis doctoral acerca de la realeza de la Madre de Dios. En ella, luego de explanar ampliamente las altas razones teológicas que justifican aquella prerrogativa mariana, instituye una fiesta litúrgica en honor de la realeza de María para el 31 de mayo. Era también como el broche de oro que cerraba las memorables jornadas del Año Santo concepcionista.

El paralelismo entre ambos documentos pontificios, y aun entre las dos festividades litúrgicas, salta a la vista.

La realeza de Cristo es consustancial, escribíamos antes, con el cristianismo; la de María también. La realeza de Cristo ha sido fijada para siempre en el bronce de las Sagradas Escrituras y de la tradición patrística; la de María lo mismo.

La realeza de Cristo, lo insinuábamos al principio, descansa sobre dos hechos fundamentales: la unión hipostática —así la llaman los teólogos— y la redención; la de María, por parecida manera, estriba sobre el misterio de su maternidad divina y el de corredención.

Ni podría suceder de otra manera. Los títulos y grandezas de Nuestra Señora son todos reflejos, en cuanto que, arrancando fontalmente del Hijo, reverberan en la Madre, y la realeza no había de ser excepción. La Virgen, escribe el óptimo doctor mariano San Alfonso de Ligorio, es *Reina por su Hijo, con su Hijo y como su Hijo.* Es patente que se trata de una semejanza, no de una identidad absoluta.

> «El fundamento principal —decía Pío XII—, documentado por la Tradición y la sagrada liturgia, en que se apoya la realeza de María es, indudablemente, su divina maternidad. Y así aparecen entrelazadas la realeza del Hijo y la de la Madre en la Sagrada Escritura y en la tradición viva de la Iglesia».

El evangelio de la maternidad divina es el evangelio de su realeza, como lo reconoce expresamente el Papa; y el mensaje del arcángel es mensaje de un Hijo Rey y de una Madre Reina.

Entre Jesús y María se da una relación estrechísima e indisoluble —de tal la califican Pío XI y Pío XII—, no sólo de sangre o de orden puramente natural, sino de raigambre y alcance sobrenatural trascendente. Esta vinculación estrechísima e indisoluble, de rango no sólo pasivo, sino activo y operante, la constituye a la Virgen particionera de la realeza de Jesucristo. Que no fue María una mujer que llegó a ser Reina. No. Nació Reina. Su realeza y su existencia se compenetran. Nunca, fuera de Jesús, tuvo el verbo «ser» un alcance tan verdadero y sustantivo. Su realeza, al igual que su maternidad, no es en ella un accidente o modalidad cronológica. Más bien fue toda su razón de ser. Predestinóla el cielo, desde los albores de la eternidad, para ser Reina y Madre de misericordia.

Toda realeza, como toda paternidad, viene de Dios, Rey inmortal de los siglos. Pero un día quiso Dios hacerse carne en el seno de una mujer, entre todas las mujeres bendita, para así asociarla entrañablemente a su gran hazaña redentora. Y este doble hecho comunica a la Virgen Madre una dignidad, alteza y misión evidentemente reales.

Saliendo al paso de una objeción que podría hacerse fácilmente al precedente raciocinio, escribe nuestro Cristóbal Vega que, si la dignidad y el poder consular o presidencial resulta intransferible, ello se debe a su peculiar naturaleza o modo de ser, por venir como viene conferido por elección popular. Pero la realeza de Cristo no se cimenta en el sufragio veleidoso del pueblo, sino en la roca viva de su propia personalidad.

Y, por consecuencia legítima, la de su Madre tampoco es una realeza sobrevenida o episódica, sino natural, contemporánea y consustancial con su maternidad divina y función corredentora. Con atuendo real, vestida del sol, calzada de la luna y coronada de doce estrellas viola San Juan en el capítulo 12 del Apocalipsis, asociada a su Hijo en la lucha y en la victoria sobre la serpiente, según que ya se había profetizado en el Génesis. Y esta realeza es cantada por los Santos Padres y la sagrada liturgia en himnos inspiradísimos que repiten en todos los tonos el «Salve, Regina».

Hable por todos nuestro San Ildefonso, el capellán de la Virgen, cantor incomparable de la realeza de María, que, anticipándose a Grignion de Montfort y al español Bartolomé de los Ríos, agota los apelativos reales de la lengua del Lacio: Señora mía, Dueña mía, Señora entre las esclavas, Reina entre las hermanas, Dominadora mía y Emperatriz.

Realeza celebrada en octavas reales, sonoras como sartal de perlas orientales y perfectas como las premisas de un silogismo coruscante, por el capellán de la catedral primada don José de Valdivielso, cuando, dirigiéndose a la Virgen del Sagrario, le dice:

Sois, Virgen Santa, universal Señora
de cuanto en cielo y tierra ha Dios formado;
todo se humilla a Vos, todo os adora
y todo os honra y a vuestro honrado;
que quien os hizo de Dios engendradora,
que es lo que pudo más haberos dado,
lo que es menos os debe de derecho,
que es Reina universal haberos hecho.

Los dos versos finales se imponen con la rotundidez lógica de una conclusión silogística.

En el II concilio de Nicea, VII ecuménico, celebrado bajo Adriano en 787, leyóse una carta de Gregorio II (715-731) a San Germán, el patriarca de Constantinopla, en que el Papa vindica el culto especial a la «Señora de todos y verdadera Madre de Dios».

Inocencio III (1198-1216) compuso y enriqueció con gracias espirituales una preciosa poesía en honor de la Reina y Emperatriz de los ángeles.

Nicolás IV (1288-1292) edificó un templo en 1290 a María, Reina de los ángeles.

Juan XXII (1316-1334) indulgenció la antífona «Dios te salve, Reina», que viene a ser como el himno oficial de la realeza de María.

Los papas Bonifacio IX, Sixto IV, Paulo V, Gregorio XV, Benedicto XIV, León XIII, San Pío X, Benedicto XV y Pío XI repiten esta soberanía real de la Madre de Dios.

Y Pío XII, recogiendo la voz solemne de los siglos cristianos, refrenda con su autoridad magisterial los títulos y poder reales de la Virgen y consagra la Iglesia al Inmaculado Corazón de María, Reina del mundo. Y en el radiomensaje para la coronación de la Virgen de Fátima, al conjuro de aquellas vibraciones marianas de la Cova de Iría, parece trasladarse al día aquel, eternamente solemne, al día sin ocaso de la eternidad, cuando la Virgen gloriosa, entrando triunfante en los cielos, es elevada por los serafines bienaventurados y los coros de los ángeles hasta el trono de la Santísima Trinidad, que, poniéndole en la frente triple diadema de gloria, la presentó a la corte celeste coronada Reina del universo...

> «Y el empíreo vio que era verdaderamente digna de recibir el honor, la gloria, el imperio, por estar infinitamente más llena de gracias, por ser más santa, más bella, más sublime, incomparablemente más que los mayores santos y que los más excelsos ángeles, solos o todos juntos, por estar misteriosamente emparentada, en virtud de la maternidad divina, con la Santísima Trinidad, con aquel que es por esencia Majestad infinita, Rey de Reyes y Señor de Señores, como hija primogénita del Padre, Madre ternísima del Verbo, Esposa predilecta del Espíritu Santo, por ser Madre del Rey Divino, de Aquel a quien el Señor Dios, desde el seno materno, dio el trono de David y la realeza eterna de la casa de Jacob, de Aquel al que ofreció tener todo el poder en el cielo y en la tierra. Él, el Hijo de Dios, refleja sobre su Madre celeste la gloria, la majestad, el imperio de su realeza, porque, como Madre y servidora del Rey de los mártires en la obra inefable de la redención, le está asociada para siempre con un poder casi inmenso en la distribución de las gracias que de la Redención derivan...».

Por esto la Iglesia la confiesa y saluda Señora y Reina de los ángeles y de los hombres.

Reina de todo lo creado en el orden de la naturaleza y de la gracia.

Reina de los reyes y de los vasallos.

Reina de los cielos y de la tierra.

Reina de la Iglesia triunfante y militante.

Reina de la fe y de las misiones.

Reina de la misericordia.

Reina del mundo, y Reina especialmente nuestra, de las tierras y de las gentes hispanas ya desde los días del Pilar bendita. Reina del reino de Cristo, que es «reino de verdad y de vida, rei-

no de santidad y de gracia, reino de justicia, de amor y de paz». Y en este reino y reinado de Cristo, que es la Iglesia santa, es ella Reina por fueros de maternidad y de mediación universal y, además, por aclamación universal de todos sus hijos.

En este gran día jubilar de la realeza de María renovemos nuestro vasallaje espiritual a la Señora y con fervor y piedad entrañables digámosla esa plegaria dulcísima, de solera hispánica, que aprendimos de niños en el regazo de nuestras madres para ya no olvidarla jamás: «Dios te salve, Reina y Madre de misericordia; Dios te salve».

FILIBERTO DÍAZ PARDO

Bibliografía

ALDAMA, J. A. DE, «Consideraciones sobre la realeza de Nuestra Señora»: *Estudios Eclesiásticos* 30 (1956) 459s.

BARRÉ, A., «Marie, Reine du monde»: *Bulletin de la Société Française d'Études Mariales* (1937).

CONGRESO MARIANO NACIONAL (Zaragoza 1940), *Crónica oficial* del congreso celebrado bajo la presidencia del Sr. D. Rigoberto Doménech y Valls, arzobispo de Zaragoza (Zaragoza 1942).

Estudios Marianos 17 (1956): monográfico sobre la realeza de María.

GRUYTER, L. J. L. M. DE, *De Beata Maria Regina* (Boscoduci 1934).

MORINEAU, B. M., *La souveraineté de Notre-Dame. Mois de Marie pour le 3e centenaire de la consécration de la France à la T. S. Vierge par Louis XIII* (París 1937).

PÍO XII, «Constitución apostólica *Ad caeli reginam* sobre la realeza de María (11-X-1954)»: *AAS* 45 (1954) 635s.

— «Carta encíclica *Quas primas* sobre la fiesta de Cristo Rey (11-12-1925)»: *AAS* (1925) 599s.

ROSCHINI, G. M., OSM, *La Madre de Dios según la fe y la teología* (Madrid 1955).

«La Royauté de Marie pendant les neuf premiers siècles»: *Recherches de Science Religieuse* (1930) 129s; 315s.

SANTONICOLA, A., *La regalità di Maria* (Pompei 1938).

• Actualización:

GAMBERO, L., «La regalità di Maria nel pensiero dei Padri»: *Ephemerides Mariologicae* 46 (1996) 433-452.

ROYO MARÍN, A., *La Virgen María. Teología y espiritualidad marianas* (Madrid ²1997) 214-229.

SGGUBI, G., «La regalità di Maria come servizio ecclesiale alla Verità»: *Ecclesia Mater* 38 (2000) 158-162.

TOURÓN DEL PIE, E., «De María reina a María liberadora»: *Ephemerides Mariologicae* 46 (1996) 465-482.

SAN FELIPE BENICIO

Presbítero († 1285)

Al llegar el siglo XIII todas las rutas de Europa se llenan de rumores. El comercio, las peregrinaciones y las universidades lanzan a los hombres a los caminos. Hay un ir y venir de gentes, un entremezclarse de pueblos, un rebullir de ideas, una eclosión de fe.

Superada la crisis del feudalismo, surgen pujantes y boyantes las ciudades libres, con su vida gremial y su activo comercio. La gente trabaja, rinde y gasta. Circulan los productos, se organizan las ferias, las naves surcan el Mediterráneo, hay griterío en los puertos y mercados.

Los hombres quieren conocer nuevas tierras, divisar otros horizontes, ponerse en contacto entre sí, organizarse. Se organizan los pequeños artesanos, y nacen los gremios; se organiza el comercio, y nace la Hansa; se organizan los estudios, y nacen las universidades; se organiza la piedad, y nacen las cofradías; se organizan las formas ascéticas, y surgen las órdenes religiosas.

Hay un deseo indefinible de orden y agrupación. Piedra a piedra van elevándose, ágiles y airosas, las catedrales. Son obras anónimas, multitudinarias. No conocemos los arquitectos que las proyectaron, no conocemos los donantes que las costearon. Son obra de la ciudad entera, son fruto de la fe y de la situación próspera de que gozaba Europa.

Las órdenes mendicantes nacen cuando pueden vivir de las limosnas de unos países en cierto modo ricos. El monasterio se hace convento. No tiene que buscar el valle o la montaña. Se levanta en el mismo recinto urbano, junto a las casas y palacios. Los frailes no se ligan a un determinado lugar. Van y vienen, infatigables, de un sitio a otro. Predicando, catequizando, dirigiendo, enseñando en las universidades o estudiando en las mismas.

Las órdenes mendicantes —*fratres minores, fratres praedicatores*— se entregan al apostolado popular y el pueblo los sostiene gustosamente con sus limosnas.

La fe se renueva. Nacen las grandes devociones populares que todavía perduran: el oficio parvo, el rosario, el escapulario, el vía crucis, el *Angelus,* las devociones marianas, el culto a la Pasión del Señor.

Dentro de esta línea están los servitas, aquellos piadosos caballeros florentinos que el día 15 de agosto de 1233 fundaban la Orden de la Santísima Virgen para dedicarse a la contemplación de sus dolores y consolarla con sus penitencias de lo mucho que sufrió acompañando a su Hijo en la cruz.

Y ese mismo día, el 15 de agosto de 1233, nacía también en Florencia un niño, hijo de Jacobo, de la noble familia de los Benizi, que pertenecía a la corporación de los *apothecarios,* y de Albanda, de la rama de los Frescoboldi, una de las más ilustres de la ciudad.

Los dos esposos, profundamente cristianos, vivieron durante largo tiempo con la tristeza de no tener hijos. Al fin el cielo les consoló concediéndoles a Felipe. El niño fue educado durante dos años por un preceptor, y oportunamente enviado a París para cursar estudios.

París era entonces un hervidero de ideas. Jóvenes de todas partes coincidían en la bella capital del Sena. Los estudiantes se entendían en el «bajo latín», una lengua ágil y flexible en la que los clérigos vagantes componían también bellas y expresivas canciones. Los catedráticos usaban este mismo lenguaje, que era el vehículo normal de la ciencia antigua.

Felipe supo mantenerse honesto y piadoso, mérito grande en una urbe tan llena de peligros. Los Frescoboldi tenían relaciones comerciales con Francia y no perdían el contacto con el hijo amado.

Debe creerse que, aun tratándose de una familia tan piadosa, la causa de enviar al hijo a la universidad de París, además de que siguiera la carrera del padre estudiando medicina, era apartarle de la naciente Orden de los Siervos de María. El joven hubiera preferido hacer los estudios teológicos, pero se plegó a los deseos paternos.

Volvió a su país, y en Padua continuó sus estudios, obteniendo el grado de doctor. En septiembre de 1253 regresaba a Florencia, y, lejos de dejarse deslumbrar por las brillantes esperanzas que le lisonjeaban, sus inclinaciones seguían siendo las mismas. Visitaba con asiduidad la capilla de los servitas del barrio florentino de Cafaggio, donde se venera una imagen de la Virgen que diríase pintada por manos de ángeles.

El 16 de abril, jueves de Pascua, deliberando sobre el estado que debería tomar, penetró en la abadía de Fiésole, la pintoresca ciudad cercana a Florencia. Se celebraba la misa. La epístola del día estaba tomada del Libro de los Hechos, donde se narra la conversión del mayordomo de la reina de Etiopía. La liturgia hace vivas las palabras de la Escritura al proclamarlas delante de la asamblea cristiana. Y así al llegar al texto: «El Espíritu dijo a Felipe: Acércate y júntate a este carro» (Hch 8,29), parecióle, por la conformidad del nombre, que iba dirigido a él. Obsesionado con tal pensamiento marchó a su casa y estuvo en oración hasta la medianoche. En sueños se vio abandonado en un paraje desierto, entre precipicios, rocas escarpadas, lodazales, serpientes y alimañas peligrosas. Atemorizado con tan espantosa representación, empezó a dar gritos, aunque sin volver del rapto. Entonces mostrósele la Virgen con el hábito de los servitas, sobre un carro resplandeciente, rodeada de ángeles y bienaventurados, que le repetía las palabras de la misa: «Felipe, acércate y júntate a este carro». Comprendió entonces los deseos de la Señora y al día siguiente llamó al convento de Cafaggio, preguntando por el prior, que era Bonfiglio Bonaldi, uno de los siete fundadores de la Orden. El 17 de abril recibió el hábito negro de los hermanos conversos. El joven y brillante médico escogió el silencio y la humildad. Como las visitas no le dejaban en paz ni sosiego, fue trasladado al monte Senario, a 13 kilómetros de Florencia. Allí vivió desconocido de todos y, para entregarse con más libertad y sosiego a la oración, pidió residir en una gruta natural, que ahora se conoce con el nombre de «fuente de San Felipe». Un día quiso tentar su virtud una mujer infame. El santo la despidió con energía y después se tendió largo rato sobre la nieve. Desde entonces toda concupiscencia carnal desapareció de él.

El santo habría sido feliz en aquella vida de trabajo y obscuridad, ocupado solamente en sus deberes de lego y en la contemplación de los dolores de la Virgen. Pero a fines de 1259 fue destinado a Siena, para que atendiese al cuidado de una nueva fundación de la Orden. Por el camino tuvo un encuentro casual con dos padres dominicos, que bien pronto quedaron maravillados por la modestia del converso, tan docto y piadoso. Pare-

ciéndoles que tener bajo el celemín tan gran lumbrera era daño que hacían a su propia Orden y aun a la misma Iglesia, dieron cuenta a sus superiores de las extraordinarias cualidades de Felipe, persuadiéndoles a que tratasen de elevarle al sacerdocio. Fácilmente descubrieron ellos mismos este tesoro después de examinarle, y, sin dar oídos a la resistencia del santo, ni a sus lágrimas, ni a los ruegos, consiguieron dispensa de Roma y el Sábado Santo 12 de abril de 1260 fue ordenado sacerdote. A fin de prepararse tranquilamente, hasta Pentecostés no dijo la primera misa.

A partir de entonces la carrera del santo conoció todos los ascensos. En 1262 fue nombrado maestro de novicios y definidor general. Al año siguiente llegó a *socius* o asistente del padre general y, por fin, el 5 de junio de 1267 fue elegido general de la Orden. Ninguno mereció mejor tales nombramientos y ninguno se tuvo por menos digno de ellos. Trató por todos los medios de eximirse de tales cargos, pero no fue oído. Conoció entonces que había otra voluntad superior a la suya, y se rindió a la disposición de la divina Providencia, a la que no era lícito oponerse.

Cuando el santo llegó a general de los servitas, la congregación sólo llevaba treinta y cuatro años de existencia. El panorama político, por la lucha entre güelfos y gibelinos, era embrollado y la competencia entre las órdenes mendicantes exacerbábase cada día, por todo lo cual la situación de los servitas era muy comprometida. Aunque ya en 1267 contaban con 15 casas en Italia y con fundaciones en Francia y Alemania. Los papas, impresionados con la floración de tantas órdenes nuevas, mostrábanse indecisos respecto de ellos. Inocencio IV les retiró sus privilegios. Alejandro IV se mostró más benévolo. En mayo de 1268 las constituciones de la Orden tomaron por base la regla agustiniana. En agosto del mismo año, en el capítulo general de Pistoya, San Felipe intentó dimitir del generalato; pero le hicieron comprender el daño que causaría su dimisión. Y tan cierto es esto que, aun siendo el quinto de los generales, es considerado fundador de la Orden, por el impulso que le dio.

Con sus portentos crecía la fama de santidad de Felipe, y no es extraño que cuando el largo cónclave de Viterbo, después de

la muerte de Clemente IV, pensasen los cardenales en elegirle Papa. Mas él, que lo supo, huyó a las más ásperas montañas de Siena, estando escondido en las concavidades de los riscos hasta que se hizo pública la elección de Gregorio X. Por cierto que tal soledad fue gratísima a nuestro santo, por dejarle tiempo abundante para la oración. Otro milagro acompañó su retiro. Habiéndose secado el manantial que le proveía de agua, dícese que dio tres golpes con su bastón en el suelo, brotando un chorro tan copioso que formó una especie de laguna, que aún lleva el nombre de «Baños de San Felipe», en el monte de Montagrate, y se atribuyen a tales aguas virtudes milagrosas.

En aquel retiro entendió que el Señor le llamaba a extender el culto y singular devoción que profesa su Orden a la Santísima Virgen por otros países.

Durante los años 1270 y 1271 visitó las casas de Francia y Alemania. En 1272 volvió a Italia, donde logró apaciguar las disensiones políticas. Estuvo en el concilio de Lyón, terminado el 17 de julio de 1274, prosiguiendo su visita a los conventos franceses y alemanes. El papa Gregorio X había aprobado los servitas, pero no por escrito. Vuelto a Italia, en 1276 Felipe nuevamente ejerció su papel de pacificador en Bolonia, Florencia y Pistoya, gritando por todas partes: «Esto es una Babilonia maldita, donde no reina Jesucristo, sino el impío Nabucodonosor, el demonio, donde vuestras manos cada día sacrifican muchas vidas humanas». El 18 de enero de 1280 la paz fue proclamada y ratificada con solemne juramento en Florencia.

En 1276 la Orden estuvo amenazada de supresión por Inocencio V; pero Juan XXI, en 1277, la volvió a sostener. Nicolás III le concedió un cardenal protector en 1278.

A fines de 1282 estuvo nuestro santo en Forli, donde sus predicaciones no fueron del gusto de ciertos jóvenes depravados. Capitaneados por Peregrino Latiosi arremetieron contra él, le desnudaron vergonzosamente y le azotaron, arrojándole de la ciudad. Sin embargo, tanta paciencia alcanzaría su fruto, porque el propio Latiosi, arrepentido de su infame acción, volvió a buscar al santo, pidiéndole con toda humildad que le admitiera en su Orden, donde, por cierto, llegó a ser religioso ejemplar.

En 1284 San Felipe recibió en la tercera Orden de las «mantellatas» —así llamadas a causa de su vestido— a Santa Juliana

de Falconieri, acto que se celebró en la iglesia de la Anunciación de Florencia. A dicha Orden se agregó también una hermana del santo.

Por aquellos tiempos fundó una casa para arrepentidas en Todi, siendo las dos primeras novicias dos pobres mujeres que quisieron tentarle.

Debilitada extraordinariamente su salud por el peso de su trabajo y el rigor de la penitencia, el santo conoció que estaba cercana su muerte; pero, animoso hasta el final, no renunció a sus viajes, exigidos por lo numeroso de una congregación que contaba entonces diez mil religiosos. Mas, como no podía caminar a pie, hacíalo montado en un borriquillo que le compraron.

Por entonces pasó de Florencia a Siena y de allí a Perusa, para recibir la bendición del papa Honorio IV, del que consiguió muchos privilegios para los suyos. Encaminóse a Todi, saliendo a recibirle sus habitantes con ramos de olivo y aclamaciones. Entró en la iglesia de su convento, y, postrado ante el altar de la Virgen, pronunció aquellas palabras de la Escritura, presintiendo su fin: «Éste será para siempre el lugar de mi reposo». Cayó con fiebre en el lecho el 15 de agosto de 1285, Asunción de Nuestra Señora, hacia las tres de la tarde, después de haber estado predicando toda la mañana. Pasó toda la octava en continuos actos de amor de Dios, de afectos a la Santísima Virgen y de dolor de sus pecados. El último día de la octava pidió que le administrasen los sacramentos, y después cayó en un desmayo en que perdió el sentido por tres horas. Vuelto en sí, rogó que le diesen su libro. Los asistentes le fueron ofreciendo el salterio, el oficio de la Virgen, las constituciones de los servitas... Al fin comprendieron que se trataba del pequeño crucifijo de marfil que él conservaba desde su juventud, como recuerdo de sus padres. Besándolo tiernamente dijo: «Éste es mi libro. Aquí es donde yo he aprendido el camino del cielo». Y aplicándolo al corazón murió en la noche del 22 de agosto de 1285, octava de la Asunción de la Virgen. Desde el primer momento se rechazó la idea de celebrar misa de negro. Se cantó la misa *Gaudeamus* («alegrémonos»), de blanco, con Gloria y Credo. El responso fue sustituido por otros cánticos. Para satisfacer la devoción de los fieles su cuerpo estuvo expuesto hasta el día 28, incorrupto

y como perfumado, a pesar del calor. Los florentinos hicieron dos tentativas para robar este cuerpo santo, aunque sin resultados.

León X beatificó a Felipe Benicio. En 1586 el cardenal Baronio le incluyó en el martirologio romano con el título de «fundador» de los servitas, que no es totalmente exacto. Fue canonizado por Clemente X en 1671, aunque el acta de canonización no fue promulgada hasta Benedicto XIII en 1724. Inocencio XII, en 1694, le incluyó en el calendario litúrgico de la Iglesia universal.

CASIMIRO SÁNCHEZ ALISEDA

Bibliografía

Acta sanctorum, Augusti, t.IV, p.655-719.
MONTI, G. M., *Le confraternità medievali dell'Alta e Media Italia* (Venecia 1927).
MORINI, A. - SOULIER, P., *Monumenta ordinis servorum Sanctae Mariae,* I (Bruselas 1897).
SOULIER, P., *Vie de Saint Philippe* (París 1886).
• Actualización:
BESUTTI, G. M., OSM, *San Felipe Benicio (1233-1285). Perfil biográfico* (Valencia 1986).
JACQUES, C. M., OSM, *Saint Philippe Benizi (1233-1285). Fidèle serviteur de Marie* (Roma 1989).
SIERVOS DE MARÍA, *Las leyendas de San Felipe Benicio* (Santiago de Chile 1989).
TUROLDO, D. M., OSM, *Eloge de Saint Philippe Benizi des Servites de Marie* (Montreal 1984).

SANTOS JUAN WALL Y JUAN KEMBLE

Presbíteros y mártires († 1679)

Un año antes de la solemne celebración había sonado la alarma. El Dr. Ramsey, arzobispo anglicano de Canterbury, publicó, el 29 de noviembre de 1969, un memorando razonado en las páginas de *The Tablet,* de cuyo texto recortamos:

> «Muchas veces se me ha pedido mi opinión sobre las consecuencias que implicaría para el ecumenismo el proyecto de canonización. Yo estoy cada vez más convencido de que esta canonización sería perjudicial para la causa ecuménica en Inglaterra y que estimularía las tendencias que están en contra de esta causa».

Anteriormente el cardenal Heenan, arzobispo de Westminster, en una carta pastoral leída en las iglesias de su diócesis, el 16 del mismo mes, había hecho público:

> «Antes de abandonar Roma el Papa me ha recibido en audiencia privada y me ha hablado de nuestro país con mucho afecto. Hemos hablado de los mártires ingleses [...] He manifestado la opinión de que la canonización de los cuarenta mártires era particularmente oportuna en la actualidad. Sería un estímulo para los católicos de Inglaterra ver a estos valientes defensores de la autoridad del Papa elevados a los altares».

Finalmente, una declaración del grupo mixto de trabajo conocido como «Consejo británico de las Iglesias-Iglesia católica», reunido en Westminster los días 15 y 16 del siguiente mes, en un comunicado público imploraba:

> «Que esta canonización y la veneración que se seguirá de ella no conduzcan a reavivar amarguras, sino que, por el contrario, contribuyan a suscitar en todos un más amplio espíritu ecuménico...».

Se desvaneció la inicial polvareda previa. Y vino la celebración. Protagonistas, los cuarenta cualificados ciudadanos católicos martirizados en Inglaterra y País de Gales durante los siglos XVI y XVII por mantenerse firmes en la fe e inquebrantables en la adhesión al romano pontífice.

Elogió Pablo VI:

> «Ellos son los dignos émulos de los más grandes mártires de épocas pasadas, por su gran humildad, valentía, sencillez y serenidad, con las que aceptaron su sentencia y su muerte; más aún, con un gozo espiritual y con una caridad admirable y radiante».

Protagonistas: trece sacerdotes seculares, tres benedictinos, tres cartujos, un miembro de la Orden de Santa Brígida, dos franciscanos, un agustino, diez jesuitas y siete laicos, tres de ellos madres de familia.

Curiosamente en una celda de la Torre de Londres, donde algunos esperaron el cumplimiento de la pena capital, aún se lee la inscripción:

> «Quanto plus afflictionis pro Christo in hoc saeculo, tanto plus gloriae in futuro» («Cuanto más sufrimiento en la tierra, tanta mayor gloria en el cielo»).

Entre estos protagonistas, Juan Wall y Juan Kemble.

JUAN WALL nace en 1620, en el seno de una acomodada familia católica que ofrece dos de sus tres hijos a Dios. Posi-

blemente en Chingle Hall, cerca de Preston, en el condado de Lancaster.

Con trece años ingresa en el seminario de Douai —jardín fecundo de mártires— en la geografía continental francesa, al otro lado del Canal de la Mancha. En 1641 va a Roma como alumno del Colegio Inglés. Allí, cuatro años después, recibe el presbiterado, siendo enviado a misionar a Inglaterra.

Pero la radicalidad evangélica franciscana le tenía robado el corazón. La sencillez, la humildad, la pobreza, le encandilaban. Y acabó abrazándolas. Fue en 1651, en el convento de San Buenaventura de Douai, que aún tenía fresco el generoso ofrecimiento de cinco mártires a Dios. Allí, con el nombre de Juan de Santa Ana, vistió el hábito de los frailes menores.

Tan humilde, tan prudente, tan afable él que, seis meses después de la profesión y con sólo treinta y dos años de edad, se había merecido la confianza y el aprecio de los superiores. Fue nombrado vicario del convento. Al poco, maestro de novicios.

Tan virtuoso él que, tras un quinquenio de quietud conventual, es enviado nuevamente a Inglaterra. Al condado de Worcester, en la zona oeste de la isla. Con residencia en Harvington Hall. Eso sí, domiciliado con el seudónimo de Francis Webb.

Misionero en un campo apostólicamente árido, encizañado por la herejía, pero políticamente tranquilo. Vivirá jornadas y jornadas —sobre veintidós años— de ministerio pastoral fecundo entre la creciente comunidad católica...

Titus Oates daría al traste con la paz del condado. Oates, tristemente célebre por haber urdido la denominada «conspiración papista». Hombre fantasioso y perverso que, fingida su conversión al catolicismo en junio de 1678, denunció a las autoridades un presunto ambicioso complot que apuntaba a la insurrección católica, a la matanza general de los protestantes, al incendio de Londres, al asesinato del rey y a la invasión francesa de Irlanda.

El montaje, la calumnia, no prosperó. Ni siquiera el monarca, Carlos II, dio crédito a la alarma ni la pretendida conspiración fue jamás confirmada; aunque ciertos manejos de altos funcionarios, más el clamor protestante, presentaron en bandeja una ocasión magnífica para desencadenar la persecución de

los católicos. Y, abierta la veda, el misionero franciscano viaja a Londres para volcarse espiritualmente con el famoso jesuita francés Claudio de la Colombière, el gran apóstol de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús que predicaba para la duquesa de York, la piadosa María Beatriz de Este. Un alma grande frente a otra de gran talla. En la fecha 31 de octubre del mismo año, víspera de Todos los Santos.

Juan Wall se presenta como un humilde hijo de San Francisco que envidia la condición del padre Turner, jesuita preso en Newgate, y de los ya mártires. Ilusionado él en derramar hasta la última gota de sangre por Dios.

El padre De la Colombière:

> «El que toma la propia cruz con Cristo y con él la lleva será ciertamente consolado en esta tierra, pero aún deberá probar la crueldad de la persecución. ¡Oh, si yo tuviera la gracia que tenéis los sacerdotes ingleses de llevar la cruz! Pero quizá el Señor está preparando alguna otra cosa para mí».

El aspirante a mártir:

> «Ciertamente el Señor no le permitirá salir de este mundo sin haber sufrido mucho. Con todo, preveo que su vida será respetada, a fin de que usted pueda propagar todavía más la dulce devoción en muchos corazones».

Profetas los dos, el jesuita y el franciscano.

Poco podía esperarse el fraile que, de retorno a Harvington Hall, en Rushock Court, cerca de Broomsgrove, perdería la libertad. Casualmente, pues, buscando a otro sacerdote presuntamente conspirador, los perseguidores dieron con él. Como se negó al juramento de supremacía fue recluido en el castillo de Worcester.

Casi seis meses privado de libertad, de sol y de luz, tras los barrotes carcelarios. Meses de privaciones y sufrimientos que soportó con extraordinaria fortaleza de ánimo. Meses de soledad. Total incomunicación; ni visitas ni cartas.

Descargó en la intimidad de unos papeles:

> «Todo mi consuelo descansa únicamente en Dios, que me sostiene y da valor y hace que los sufrimientos me resulten más agradables que si habitara en suntuosos palacios y gozara de toda la li-

bertad del mundo, sabiendo que yo lo sufro todo por causa de la religión. Gracias a Dios».

El 25 de abril de 1679 fue procesado por el juez Atkins, acusado de haber sido ordenado sacerdote en el extranjero —Douai— y haber entrado clandestinamente en Inglaterra donde desarrollaba el ministerio pastoral.

Frente al juez y con cuatro testimonios en falso —todos menos uno comprados—, el reo, en la defensa, admitió que realmente había recibido el presbiterado fuera del país, pero con anterioridad a la restauración de 1660 y, consiguientemente, le alcanzaba el favor legal de la amnistía otorgada por el rey Carlos II.

Dando por supuesto que fue traidor, la sentencia máxima, le enviaron a Londres para ser interrogado por un tribunal especial, con la perversa intención de que Oates y sus satélites lograran la forma de liarle en el presunto maldito embrollo político-religioso. Total, de Herodes a Pilato...

Ya en la capital del Támesis, y ante la presencia del rey que tenía más que serias dudas de la rectitud y de la credibilidad de las palabras del delator, inicia el monarca: «Vos afirmáis que por encargo de los jesuitas habéis tramado mi muerte con don Juan de Austria en Madrid. ¿Qué tipo tiene don Juan de Austria?».

Corresponde Oates, acusador: «Es alto, moreno y enjuto de carnes».

Carlos II y el duque de York sonríen. Ambos sabían, pues le conocían, que don Juan, contrariamente, era de baja estatura y rubio. Prosigue el rey: «¿Dónde habéis conversado con los jesuitas de París?».

Respuesta: «En su casa de la orilla del Sena».

El rey: «Los jesuitas en París tienen tres casas, pero ninguna a orillas del Sena».

Y alejándose, furioso, prosiguió: «Sois el mayor embustero que yo he conocido...». Pero siguió la prueba y, aunque Juan Wall fue exonerado judicialmente de cualquier participación en la pretendida conjura papista, le fue confirmada la pena capital, fue condenado a muerte por su fidelidad sacerdotal católica.

Magnífica, como retrata la intimidad escrita del interesado, la aceptación de la sentencia:

> «No tenía nada contra el juez, contra el jurado, contra los testigos. Es más; les recuerdo apreciándolos como los mejores amigos de mi vida. Mientras el juez dictaba la sentencia yo ofrecía mi sangre y mi vida a Dios. Y a cuantos se me acercaron con sentimientos de compasión les decía que no sufrieran por mí, ya que estaba contentísimo de poder ofrecer la vida en defensa de la fe que siempre había profesado y tenía por verdadera [...] Les decía también que estaba tan dispuesto, por la gracia de Dios, a morir mañana como lo estuve hoy a recibir la sentencia, aceptada como si me hubieran obsequiado con el mayor tesoro del mundo».

Inmediatamente, tras la condena, el fraile había sido advertido por el firmante de la sentencia: «No es mi intención que muráis; al menos de momento. Sí que os daré a conocer la voluntad del rey».

El 18 de julio, nuevamente en Worcester, en carta al amigo y benefactor Carlos Trinder, el fraile franciscano explicaba la experiencia londinense:

> «Gracias por los veinte chelines que me mandasteis. He regresado sano y salvo de Londres, donde había sido trasladado para ser interrogado por los señores Oates, Bedloe, Dugdale y Prance [...] Fui sutilmente interrogado por los cuatro muchas veces y, gracias a Dios [...] fui públicamente declarado inocente [...] El señor Bedloe se mostró muy cortés y me dijo que, si aceptaba pasarme a su religión, empeñaría su vida por mí y, aun estando ya condenado, no sería ejecutado. [...] Le contesté que yo no quería comprar mi vida a un precio tan caro, obrando contra mi conciencia [...] Puesto que nuestros enemigos no quieren hacernos morir por una motivación exclusivamente religiosa, como es notorio, buscan la manera de presentarnos como culpables de conspiración [...] Lo dejo todo enteramente en manos de Dios. Cuanto mayor sea la injusticia de los hombres, mayor será nuestra gloria en la vida eterna. Espero que ésta sea la última persecución en Inglaterra [...] Pido a Dios que se haga su santa voluntad...».

Worcester, que fue punto de partida, será también final de vía crucis. Y gólgota. Era el 22 de agosto de 1679. Fue asistido en vísperas y en el momento de la ejecución por el también franciscano padre Guillermo Leveson, que explica:

> «Fui llamado y gustosamente acudí a visitar a nuestro amigo el señor Johnson (P. Wall), dos días antes de su muerte; y lo encontré alegre y satisfecho y como fuera de sí por la alegría de haber de morir por tan noble causa. Pude, inesperadamente, conversar largamente con él. Le oí en confesión y le administré el sacramento de la Eucaristía...».

Durante la permanencia en la cárcel se comportó como un auténtico discípulo del divino Maestro, soportando todo con infinita paciencia y con ardientes deseos de derramar su sangre y dar la vida por amor a Dios; con gran edificación de los católicos y admiración de los protestantes, unos y otros mostrando sentimientos de dolor por la condena y desprecio hacia la crueldad de los perseguidores que le llevarían a la muerte sólo por ser fiel al sacerdocio y a su fe. Y ya con la soga en el cuello proclamó:

> «Ofrezco mi vida en reparación de mis pecados y por la causa católica. Pido a Dios que bendiga a todos mis bienhechores y amigos y a cuantos de alguna manera han estado sujetos a mi obediencia; a todos los que sufren persecución; a los que han cambiado el cautiverio por la libertad; que los que siembran lágrimas puedan recoger alegrías».

El heroico franciscano, confesor de la fe, fue ahorcado y descuartizado. Sus restos mortales —menos la cabeza del mártir, custodiada y venerada en el convento de Douai— fueron enterrados en el cementerio anexo a la iglesia de San Osvaldo, de Worcester. Una fosa de tantas, sin distinción alguna, que ya en el primer momento recibió furtivas visitas piadosas de frailes y de laicos creyentes. Y moderna meta de peregrinación.

Y un día, sorprendentemente, destacándose en la superficie abandonada y árida del camposanto, despertó vestida de prima vera. Rabiosamente verde. Un impresionante lozano verdor, a modo de tapiz cubriendo la sepultura del protomártir de Worcester.

En escena JUAN KEMBLE. También unas pinceladas biográficas.

John Kemble, hijo de Juan y de Ana, estalló a la vida probablemente —no hay constancia histórica— en una casa de campo de Rhydycar, en San Weonards, condado de Hereford en 1599.

Acunado católicamente, con la leche materna que le daba vida mamó también la fe, despertando a la vivencia familiar cristiana. Precisamente el ambiente hogareño y parroquial le encauzaría hacia el altar...

Tendría unos doce años cuando salió del país, cruzando el Canal y residenciándose en Douai, donde a los dieciocho entró en el seminario y con veintiséis recibió el presbiterado.

Y ya la vida apostólica plena, también en Inglaterra, en cuyo suelo escenificará más de cinco décadas de fructífero ministerio sacerdotal. Irradiándose pastoralmente desde Pembridge Castle; inicialmente con sede en casa de su tío Jorge Kemble y más tarde conviviendo con un sobrino, el capitán Ricardo Kemble.

En Pembridge aún planta cara a la lluvia, al sol y al viento el viejo edificio que dio albergue al protagonista de nuestra historia, y aún se puede contemplar la habitación que ocupaba y el asiento que le ofrecía alivio cuando, en los últimos años, se le hacían penosas las escaleras que le acercaban al estudio o al descanso. Es la bautizada «silla del padre Kemble».

Y en la iglesia católica de Monmouth se conserva el altar de roble, desmontable, de su diaria celebración eucarística. También el misal, en buen estado, con algunos manuscritos del mártir. Quien, con ayuda de los jesuitas, dio vida a no pocos centros de misión: en Llwyn, Craig, Liston, Codanghred...

Llevaba medio siglo de vida sacerdotal fecunda cuando estalló la tormenta persecutoria promovida por Oates. Fue consciente del peligro. Le aconsejaron que huyera, que pasara a la clandestinidad. Pero, heroicamente, contestó que ni hablar. Lo tenía claro:

> «Por ley natural me restan pocos años de vida y se trata de aprovecharlos. Tengo la ocasión de sufrir persecución a causa de la fe y, por tanto, no me esconderé».

En noviembre de 1678 fue arrestado en Pembridge Castle y conducido a rastras, sobre la nieve, a la prisión de Hereford. Todo llevado a cabo personalmente por el capitán Scudamore, cuya esposa e hijos —católicos— eran atendidos religiosamente por Kemble.

Cuatro meses en penumbra, entre barrotes hasta ser presentado, en compañía del jesuita David Lewis, al tribunal de March, que le sentenció a la horca y a ser descuartizado. Única y exclusivamente su condición sacerdotal, delictiva.

También de Herodes a Pilato... Pues también es enviado a Londres, donde el jurado especial, como en el caso de Juan Wall, acabará reconociendo que no hay motivo político para la condena, pero reconocerá la sentencia de Hereford, a donde nuevamente es remitido y donde sería la ejecución.

Ésta fue fijada para el 22 de agosto de 1679. Cuando llegó la fecha, el oficial, un tal Digges, se presentó en la cárcel y comunicó al reo la hora en que tendría cumplimiento la resolución judicial. Se dice que, cuando fue el momento de abandonar la instalación carcelaria, el venerable anciano solicitó tiempo para acabar las oraciones que estaba recitando. Concedido. Después preguntó si antes de ir a la horca le era permitido fumar y beber. El responsable de la ejecución, admirado de la extraordinaria serenidad del venerable anciano, fue nuevamente condescendiente. Y, sumamente amable, permitió que el reo fumara y quiso también acompañarle. Así, en amigable camaradería, sin prisas, el anciano presbítero y el tal Digges encendieron, saborearon y apuraron sendas pipas.

La anécdota, simpática, haría tradicional entre fumadores la denominación de «la pipa de Kemble» al último encendido en momentos de gran importancia en la vida —el recuerdo murió con la aparición de los cigarros y cigarrillos.

Y, extremando la delicadeza, Digges aún le dio tiempo para saborear el vino que le había presentado. John Kemble rezó, fumó, bebió... y fue a la ejecución en Widemarsh Common, en las afueras de Hereford, donde se había congregado un enorme gentío.

Las postreras palabras del octogenario sacerdote:

> «Posiblemente esperáis que me pronuncie. Soy ya mayor y no tengo fuerzas para hablar largamente. Pero sí que he de manifestar que no tengo nada que ver con la conspiración ni creo que realmente ella exista. Oates y Bedloe, tras interrogarme en Londres, no pudieron culparme de nada. Es evidente que muero únicamente por mi fidelidad a la fe católica romana que fue la primera religión instaurada en el reino».

Kemble, impresionantemente sereno... El verdugo, asustado, nervioso, dubitante... Y el reo que coge la mano que va a convertirse en asesina y, afablemente, cariñosamente, estimula:

> «Antonio, querido amigo, no temas; cumple tu oficio. Yo te perdono de todo corazón. Y hazte cargo que vas a hacerme un gran favor».

Aquél cumplió. Aunque Dios sabe cuánto le costó accionar el instrumento de la inmolación... El cadáver fue también descuartizado.

Y el sobrino capitán recogió los queridos restos mortales —su mano es venerada como reliquia en la iglesia de San Francisco Javier, en Hereford— y les dio sepultura en el cementerio de Welsh Newton, tres millas más allá de Monmouth. Sobre la tierra removida, cerrando la fosa, plantó una lápida con la leyenda: «J. K., que murió el 22 de agosto de 1679». Sencilla y humilde inscripción sólo recordatorio para cuantos le conocieron.

El 25 de octubre de 1970 fueron solemnemente canonizados Juan Wall y Juan Kemble en la basílica de San Pedro. El papa Pablo VI no escatimó elogios a los nuevos santos:

> «Ellos son los dignos émulos de los más grandes mártires de épocas pasadas, por su gran humildad, valentía, sencillez y serenidad, con las que aceptaron su sentencia y su muerte; más aún, con un gozo espiritual y con una caridad admirable y radiante».

Estaban presentes el arzobispo de Westminster, cardenal John Carmel Heenan, numerosos obispos, más de quinientos sacerdotes y quince mil peregrinos católicos ingleses. Y el cuerpo diplomático en pleno. Y, en tribuna especial, los representantes de Inglaterra y de Gales con el ministro británico ante la Santa Sede, un delegado del arzobispo anglicano de Canterbury, el duque de Norfolk y varios descendientes de los nuevos santos.

Excepcionalmente, por primera vez en la historia de la basílica vaticana, las famosas voces de la Capilla Sixtina fueron ocasionalmente reemplazadas por el coro de la catedral de Westminster que interpretó, admirablemente, en latín, la misa de William Byrd, músico inglés del 1500 contemporáneo de los mártires y testigo presencial de algunas ejecuciones.

En el momento del ofertorio, a tenor del ritual, le fueron presentadas al pontífice varias reliquias de los nuevos santos. Destacada fue la entrega del postulador de la causa de canonización que le ofreció la cuerda con la que el jesuita Edmund Campion, sentenciado por haber distribuido la bula papal de condena de la reina Isabel de Inglaterra, fue llevado al patíbulo.

En la homilía, parte en inglés y parte en italiano, proclamó Pablo VI:

> «Precisamente éste fue el drama de la existencia de estos mártires [...] Situados ante la alternativa de permanecer firmes en su fe y,

en consecuencia, morir por ella, o bien de salvar la vida renegando de la primera, ellos, sin un átomo de duda y con una fuerza verdaderamente sobrenatural, se inclinaron a la parte de Dios y gozosamente afrontaron el martirio. Pero tan grande era su espíritu, tan nobles eran sus sentimientos, tan cristiana era la inspiración de su existencia, que muchos de ellos murieron rezando por su patria tan amada, por el Rey o por la Reina, e incluso por aquellos que habían sido responsables directos de su captura, de sus tormentos y de las circunstancias ignominiosas de su muerte cruel».

Total, piedad y entusiasmo en Roma. Aclamación a los mártires ingleses de los siglos XVI y XVII.

JACINTO PERAIRE FERRER

Bibliografía

Butler's lives of Saints. New full edition, rev. por T. Rodrigues (Minnesota 1998).
«En torno a la canonización de cuarenta mártires católicos de Inglaterra y Gales»: *Ecclesia* (1970) n.1477, p.18-21.
«Homilía de Pablo VI durante la canonización de cuarenta mártires ingleses»: *Ecclesia* (1970) n.1516, p.7-9.
LOVEJOY, M. V., *Blessed John Kemble* (Londres 1960).
TIGAR, C., *Forty martyrs of England and Wales* (Londres ²1970).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN SINFORIANO

Mártir († s. III/IV)

No hay duda de la historicidad de este santo que dio la vida por la fe en Autun, aunque sí hay dudas acerca del siglo en que deba situarse el martirio, si en el siglo III o en el siglo IV. Habla de él San Gregorio de Tours en su libro *Gloria confessorum.* Según la tradición, Sinforiano era un jovencito, hijo del noble Fausto, y había recibido una esmerada educación cristiana, y no ocultaba su fe en medio de una población que era pagana en su inmensa mayoría. El motivo de su detención fue el desprecio manifestado por el joven cuando un día se topó por la calle con una procesión en honor de la diosa Cibeles. Entonces fue preso y conducido delante del tribunal de Heraclio. El joven no accedió a apostatar de su fe sino que la confesó valerosamente, y por ello fue condenado a muerte. Cuando lo llevaban al suplicio, su ma-

dre, desde lo alto de la muralla de la ciudad le daba ánimo, diciéndole: «Hijo mío Sinforiano, ten en tu mente al Dios vivo. Hoy no se te quita la vida sino que se te muda en mejor». Y así, animado por su cristiana madre, el joven consumó su martirio. El santo fue muerto al norte de la ciudad, fuera de la puerta llamada luego de San Andrés. Allí se construyó más tarde una basílica y un convento que duraría hasta 1806. El santo tuvo en la Edad Media mucha devoción.

BEATO SANTIAGO BIANCONI

Presbítero († 1301)

Nació en Bevagna, junto a Perugia, el 7 de marzo de 1220 e ingresó en 1236 en la Orden de Predicadores, en la que profesó y se ordenó sacerdote. Trabajó mucho por su pueblo natal que, a causa de las devastaciones gibelinas y de la propaganda nicolaíta, estaba muy problematizado. Restauró iglesias y conventos y fundó uno de su Orden. Retó a público debate al cabecilla de los nicolaítas y lo redujo a penitencia. En 1281 fue elegido predicador general, en 1291 prior de Espoleto y en 1299 prior de Foligno. Llevó una vida penitente y apostólica. Se cuenta que habiéndole surgido una duda sobre su salvación eterna, el crucifijo le salpicó de sangre y le dijo que aquella sangre era su certificado de salvación. Dejó varios escritos. Murió el 22 de agosto de 1301. Su culto fue confirmado el 18 de mayo de 1672 por el papa Clemente X.

BEATO TIMOTEO DE MONTECCHIO

Presbítero († 1504)

Nace en Montecchio, pequeña ciudad de los Abruzos, en Italia, hacia el año 1444. Siendo muy joven optó por la vida religiosa e ingresó en los franciscanos observantes. Hecha la profesión y ordenado sacerdote, fue objeto de admiración por su celo en el cumplimiento de la regla, su humildad, espíritu de penitencia y riquísima vida interior que se mostraba, sobre todo, en la piedad y lágrimas con que celebraba el santo sacrificio de

la misa. Destinado al convento de Ocre, allí murió el 22 de agosto de 1504. Los fieles lo tuvieron enseguida por santo, acudían a su tumba y este culto popular fue confirmado por Pío IX el 10 de marzo de 1870.

BEATO TOMÁS PERCY

Mártir († 1572)

Nacido en 1528, tuvo por padre a sir Thomas Percy, el cual tomó parte en la llamada peregrinación de la gracia en 1536, por lo que al año siguiente fue condenado como traidor, y ajusticiado. Su madre, Leonor de Harbottal, se retiró a Preston Tower llevándose a sus hijos, pero éstos fueron confiados a la custodia de sir Thomas Tempest y en 1549 lograron se les devolviera la condición de nobles. Al subir al trono María Tudor y restablecerse el catolicismo, se le devolvió el título de «Conde de Northumberland» y se le hizo gobernador del castillo de Prudhoe. La reina le reconoció, además, sus méritos en la reconquista del castillo de Scarborough. Cuando en 1568 la reina María Estuardo de Escocia se refugió en Carlisle, Tomás acudió allí y se puso a disposición de la soberana escocesa, esperando restaurar por este medio la libertad religiosa. Recibida orden de dejar Carlisle, optó por seguir al conde de Westmoreland y organizar con él la rebelión. Ésta fue sofocada por el conde de Sussex, y Tomás huyó al castillo de Lochleven en Escocia. Tres años más tarde, y por dinero, el gobierno escocés, de forma indigna, lo entregaba a Inglaterra. Fue conducido a York y juzgado y condenado como traidor, pero se le ofreció la vida y la libertad si se hacía protestante. Tomás se negó a ello y declaró que moriría por su fe. Fue martirizado en York el 22 de agosto de 1572 y beatificado el 13 de agosto de 1895 por el papa León XIII.

BEATOS GUILLERMO LACEY Y RICARDO KIRKMAN

Presbíteros y mártires († 1582)

El 22 de agosto de 1582 en la localidad de Knaveshire, cerca de York, fueron martirizados por ahorcamiento y descuartizamiento dos sacerdotes católicos: Guillermo Lacey y Ricardo Kirkman.

GUILLERMO LACEY había nacido en Horton, West Riding, Yorkshire. Estudió primero leyes y llegó a ser un abogado prestigioso. Tenía, a pesar de su aparente protestantismo, sentimientos católicos y acogía en su casa a misioneros católicos. Éstos lo convencieron de que dejara de acudir al culto protestante, y así lo hizo, por lo que se hizo sospechoso. Acompañado de su mujer y sus hijos pasó de un pueblo a otro durante catorce años, hasta que en 1577 fue detenido en Kingston-on-Hull. Había quedado viudo y vuelto a casar y, por segunda vez, se vio viudo. Su inesperada libertad le llevó a plantearse el dedicar su vida al sacerdocio. Pese a su avanzada edad, marchó al colegio inglés de Reims, dando en él un magnífico ejemplo de piedad. Luego de pasar un tiempo en Pont-à-Mousson, a comienzos de 1581 marchó a Roma donde se ordenó sacerdote el 5 de marzo. Inmediatamente volvió a Inglaterra e hizo apostolado en el condado de York con éxito apostólico inmediato. Su detención tuvo lugar como consecuencia de haber ido al castillo de York para hacer de diácono en la misa cantada por el Beato Tomás Bell (22 de julio de 1582). Llevado a juicio en agosto, se negó a reconocer la supremacía religiosa de la Reina y fue condenado a muerte. En el trayecto hacia el martirio pudo confesarse con el P. Kirkman.

RICARDO KIRKMAN nació en Addingham, en el Yorkshire, hacia el año 1550. Decidido a hacerse sacerdote, estudió en Douai y Reims y se ordenó en abril de 1579, partiendo en agosto siguiente con otros sacerdotes hacia Inglaterra. Trabajó en Lincoln, Northumberland y el Yorkshire, donde estaba cuando fue arrestado el 8 de agosto de 1582, siendo encerrado en la cárcel. Juzgado el 11 de agosto, se negó a reconocer la supremacía de la Reina en materia religiosa y fue condenado por haber convencido a otros a hacerse católicos. Compartió celda con

Lacey cuatro días, pero luego fue encerrado en un calabozo sin luz, sin cama, sin comida, hasta que se le sacó para la ejecución.

Ambos fueron beatificados el 29 de diciembre de 1886 por el papa León XIII.

BEATO BERNARDO (DOMINGO PERONI) DE OFFIDA

Religioso († 1694)

Domingo Peroni nació en Offida, Italia, el 7 de noviembre de 1604. Educado piadosamente en su casa, desde los siete años se le encomendó guardar el rebaño y se mostró en todo tiempo como un joven piadoso y puro. A los veintiún años ingresa en la Orden capuchina (15 de febrero de 1626), en el convento de Corinaldo, tomando el nombre de fray Bernardo de Offida y tras profesar es enviado al convento de Fermo, donde ejercerá por treinta y siete años el oficio de enfermero, derrochando caridad y humanidad y dando un altísimo ejemplo de todas las virtudes. Pero el Señor permitió que le dieran otra ocupación en la que iba a darse sin querer a conocer: se le nombró limosnero y anduvo por las calles y plazas del pueblo dando un testimonio convincente de lo que son la humildad y la caridad cristianas. Hizo un bien enorme en todos los que le trataron, logrando llevar paz y unión a muchos hogares. Cuando envejeció se le dio el cargo de portero, donde continuó tratando con su exquisita bondad a todo el que llegaba al convento o iba simplemente por verle. Acusado de prodigalidad en las limosnas que daba, fue, pese a sus años, reprendido ásperamente, soportando la reprensión con admirable humildad. Murió en Offida el 22 de agosto de 1694.

Fue beatificado por Pío VI el 25 de mayo de 1795.

BEATO ELÍAS LEYMARIE DE LAROCHE

Presbítero y mártir († 1794)

Elías Leymarie nació probablemente el 8 de enero de 1758, día en que fue bautizado, en Annese, Dordogne. Era hijo del caballero Jean de Leymarie, señor de La Roche. Cuando se

decidió por la vocación sacerdotal, marchó a París, e ingresó en el seminario de San Sulpicio. Fue provisto del priorato de Saint-Jean de Coutras, Gironda, del que cobraba las rentas pero sin obligación de residir en el beneficio ni cumplir sus obligaciones pastorales. Algunas de sus rentas las destinó a los pobres de la parroquia. Era un eclesiástico digno y virtuoso. Como se había negado a jurar la constitución y prestar el nuevo juramento, fue arrestado a fines de 1793 y declarado apto para la deportación el 12 de diciembre de dicho año. Llevado a Rochefort y embarcado en Les Deux Associés, allí murió el 22 de agosto de 1794 a consecuencia de los malos tratos cuando se le desembarcaba hacia una chalupa, siendo enterrado en la isla de Madame. Era un sacerdote de trato dulce y complaciente, que se hizo querer de sus compañeros de prisión.

Fue beatificado por el papa Juan Pablo II el 1 de octubre de 1995.

BEATO SIMEÓN LUKAC

Obispo y mártir († 1964)

Este insigne mártir nació en Starunya, región de Stanislaviv, Ucrania, el 7 de julio de 1893 en el seno de una familia greco-católica ucraniana. Habiendo sentido la vocación sacerdotal, hizo los pertinentes estudios y se ordenó sacerdote en 1919. Fue destinado a la enseñanza en el seminario de Stanislaviv y perseveró en este ministerio de servicio a la formación de los seminaristas entre 1920 y 1945. Cuando se intuyó el arresto inminente de todos los obispos de la Iglesia uniata por parte de las autoridades comunistas que querían el paso de todos los fieles greco-católicos a la ortodoxia, la Santa Sede decidió que se le ordenara secretamente obispo, de forma que, arrestados los demás, no quedara la comunidad desamparada. La ordenación tuvo lugar en la primavera de 1945, y pudo ejercer su apostolado clandestinamente hasta el 26 de octubre de 1949 en que fue arrestado. Llevado a la cárcel y juzgado, fue sentenciado a diez años de detención en el campo de concentración de Krasnoyarsk en Siberia, alegándose como causa de la sentencia el «ser fiel al Vaticano y obispo ilegal». Terminados los diez años de su

estancia en el campo de concentración fue liberado, y volvió enseguida al ejercicio clandestino del ministerio pastoral, por lo que de nuevo fue detenido y condenado en 1962 a cinco años de trabajos forzados. Su salud empeoró tanto que a causa de su mal estado lo dejaron libre en marzo de 1964, pero ya no pudo hacer otra cosa que vivir en estado de postración, prolongándose su vida solamente hasta el 22 de agosto de ese año 1964. Su paciencia, su firmeza en la fe, su agudo sentido de sus deberes pastorales, su espíritu de oración y su limpio ejemplo de fidelidad hicieron que fuera enseguida tenido por mártir. El papa Juan Pablo II lo beatificó con otros mártires el 27 de junio de 2001 en la ciudad de Lvov.

23 de agosto

A) Martirologio

1. En Lima (Perú), Santa Rosa († 1617), virgen, terciaria dominica. Su natalicio es mañana **.
2. La conmemoración de San Zaqueo († s. II), obispo de Jerusalén.
3. En Roma, en la Via Tiburtina, santos Abundio e Ireneo (fecha desconocida), mártires.
4. En Ostia Tiberina, santos Ciriaco y Arquelao (fecha desconocida), mártires.
5. En Novae, en la Mesia inferior, hoy Swischtow, San Lupo (fecha desconocida), esclavo y mártir.
6. En Egea (Cilicia), santos Claudio, Asterio y Neón († 303), hermanos mártires.
7. En Autun (Galia), San Flaviano († s. V/VI), obispo.
8. En Derry (Irlanda), San Eugenio Eogan u Owen († s. VI), primer obispo de Ardstraw.
9. En el monasterio de San Felipe, junto a Locros en Calabria, San Antonio de Hieracio († s. X), ermitaño.
10. En Rochefort (Francia), Beato Juan (Protasio) Bourdon († 1794), presbítero, religioso capuchino, mártir *.
11. En Tavernes de Valldigna (Valencia), beatos Constantino Carbonell Sempere, presbítero, Pedro Gelabert Amer y Ramón Grimaltós Monllor († 1936), religiosos de la Compañía de Jesús, mártires *.
12. En Vallbona (Valencia), beatos Florentín Pérez Romero, presbítero, y Urbano Gil Sáez († 1936), religiosos, de la Congregación de Terciarios Capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores, mártires *.

13. En Silla (Valencia), Beato Juan María de la Cruz (Mariano) García Méndez († 1936), presbítero, de la Congregación de Sacerdotes del Sagrado Corazón de Jesús, mártir **.

14. En Puzol (Valencia), beatas Rosario (Petra María Victoria) Quintana Argos y Serafina (Manuela Justa) Fernández Ibero († 1936), vírgenes, de la Congregación de Terciarias Capuchinas de la Sagrada Familia, mártires **.

15. En el campo de concentración de Dachau (Baviera), Beato Francisco Dachtera († 1943), presbítero y mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTA ROSA DE LIMA
Virgen († 1617)

El honrado y humilde hogar limeño de Gaspar Flores y María de Oliva, en el cual nació, el 20 de abril de 1586, la niña a quien en el bautismo llamaron Isabel, pero que desde la infancia había de recibir el sobrenombre de Rosa, nos parece, en el gran día del nacimiento de la santa, un trasunto de Belén y de la humilde gruta en que vino a este mundo el Hijo de Dios. Belén, porque allí nació la primera flor de santidad que perfumó al Nuevo Mundo; Belén, por la pobreza de sus moradores, que pertenecían a la modesta clase media; Belén, por el ambiente bucólico que se respiraba y aún se respira en el huerto que circunda la histórica morada, el humilde aposento hoy convertido en oratorio, en donde vino al mundo Santa Rosa de Lima.

Además, si en mirada de conjunto se abarca el agitadísimo mundo de aquellos tiempos, si se contempla la tragedia del Occidente cristiano, que, con la defección de las naciones protestantes y con la crisis y guerras de religión de las católicas, queda dividido en dos bandos que luchan encarnizadamente por la hegemonía; si en el terreno intelectual, moral, disciplinario, se sigue con atención el duelo a muerte de la Reforma y Contrarreforma, y se admira la oportunidad con que la Providencia divina saca, por decirlo así, de la nada todo un mundo nuevo, toda una familia de futuras naciones, y pone casi todo su peso del lado de la fe tradicional, inclinando así en favor de ésta la balanza de los destinos: en este cuadro de grandiosidad mun-

dial y de trascendencia histórica incalculable, la pequeña Lima del siglo XVI, perdida en las lejanías del Perú colonial, evoca espontáneamente el recuerdo de Belén, y la estrella que en su cielo se levanta nos aparece como el signo del gran Rey y del advenimiento de tiempos mejores, en que acabará por imponerse la fe católica contra la herejía.

> «A la Ciudad de los Reyes, como se suele llamar a Lima —dice la bula de canonización, de Clemente X—, no le podía faltar su estrella propia que guiara hacia Cristo, Señor y Rey de Reyes»: *Civitati enim regum, qualis dicitur Lima, suum debebatur sydus, quod ad Christum Dominum regem regum dux esset* (a. 1671).

Es una delicia para el historiador católico y para todo cristiano sincero contemplar el despliegue de fuerza que la Iglesia emplea en el mundo recién descubierto para ensanchar las fronteras del Reino de Cristo, para consolidar su posesión con el establecimiento de la jerarquía y para ganar, mediante nuevas conquistas en América, la batalla que libraba contra el protestantismo en Europa.

Su misión consiste en ganar el mundo para Cristo mediante un testimonio multiforme. «Seréis mis testigos hasta los confines del mundo» (Hch 1,8). Este multiforme testimonio no faltaba, sino sobreabundaba en América.

Testimonio de la palabra, por boca de los incontables misioneros que se repartían por doquier, con éxito creciente, los campos de la evangelización. En tiempos de Santa Rosa más de dos mil habían atravesado el Atlántico y habían recorrido el nuevo continente en todas direcciones, realizando el inaudito portento de convertirlo, en menos de un siglo, de pagano en cristiano.

Testimonio de la sangre, vertida con abundancia por tantos mártires de que nos hablan las crónicas de aquellos tiempos, para que con este milagroso riego germinara y fructificara la semilla de la evangelización.

Testimonio de la luz, que brilló en la sabiduría de sus concilios, en la institución de sus universidades, en las obras inmortales de cronistas, historiadores y escritores, en las admirables Leyes de Indias, en la organización, multiplicación y disposición inteligente de las nuevas sedes episcopales. Clarísima aurora lle-

na de promesas que los misionólogos comparan con la que iluminó al mundo romano en la predicación de los apóstoles.

Testimonio de la santidad, que alumbró a todo el continente a través de la vida ejemplar de tantos prelados y misioneros, enviados a estas tierras por la «madre patria» para admiración y edificación de las nuevas cristiandades. Son muchos los nombres que registra la historia, y cada país honra de modo especial a quienes directamente lo santificaron con su presencia y acción; pero no cabe duda que entre todos descuellan, para gloria de la patria de Santa Rosa, Santo Toribio Alfonso de Mogrovejo, «la mayor lumbrera del episcopado en América» —*totius episcopatus americani luminare maius*— al decir del Concilio plenario de la América Latina, y San Francisco Solano, el taumaturgo y figura misionera de mayor relieve en los tiempos coloniales.

Pero al finalizar el siglo XVI algo faltaba a este múltiple y glorioso testimonio, y era que, al lado de los santos oriundos de España y que se habían santificado en América, surgieran santos nacidos en este continente y del todo identificados con él. Y Dios en su infinita bondad otorgó al Nuevo Mundo ese precioso don. Muchos santos y santas ocultos debe haber habido en este privilegiado continente desde los días de su descubrimiento y primera evangelización, puesto que una de las notas de la verdadera Iglesia es el florecimiento de la santidad bajo todos los cielos y todas las latitudes, pero sólo tres han alcanzado hasta ahora el honor de la canonización: el contemporáneo de Santa Rosa, San Felipe de Jesús, originario de la Nueva España y protomártir del Japón, donde murió crucificado y atravesado con triple lanza († 1597); Santa Mariana de Jesús Paredes, llamada «la azucena de Quito» por su pureza angelical unida a una heroica penitencia, y Santa Rosa de Lima, cuyo perfume podemos decir que ha embalsamado al mundo entero, al insertarse su fiesta en el calendario universal. El primero es una florecilla rubicunda de la Orden seráfica; la segunda es un retoño de la Compañía de Jesús, de cuya recia espiritualidad se nutrió, y la tercera es una gloria de la Orden dominicana, de la cual fue terciaria y cuyo espíritu poseyó con plenitud.

Santa Rosa vino al mundo cuando ya tocaba a su ocaso el gran siglo de España, el siglo XVI. Su vida, breve, interior, es-

condida, carece del movimiento y dramatismo que llama la atención en las vidas de los grandes apóstoles, de los grandes misioneros, de los personajes epónimos que llevan el sobrenombre de «magno» y que hacen época en la historia de la Iglesia y del mundo.

Así resume el *Breviario romano —pro festo simplificato—* su vida admirable, apegándose con fidelidad a la verdad histórica, según consta en los procesos:

> «La primera flor de santidad de la América meridional, Santa Rosa, virgen, nacida en Lima, de padres cristianos, ya desde la cuna empezó a resplandecer con los indicios de su futura santidad, porque su rostro infantil, tomando la apariencia de una rosa, dio ocasión a que se le diera este nombre. Para no verse obligada por sus padres a contraer matrimonio, cortó ocultamente su bellísima cabellera. Su austeridad de vida fue singular. Tomado el hábito de la Tercera Orden de Santo Domingo, se propuso seguir en su arduo camino a Santa Catalina de Siena. Terriblemente atormentada, durante quince años, por la aridez y desolación espiritual, sobrellevó con fortaleza aquellas agonías más amargas que la misma muerte. Gozó con admirable familiaridad de frecuentes apariciones de su Ángel Custodio, de Santa Catalina de Siena y de la Virgen Madre de Dios, y mereció escuchar de los labios de Cristo estas palabras: "Rosa de mi corazón, sé mi esposa". Famosa por sus milagros antes y después de su muerte, el papa Clemente X la colocó en el catálogo de las santas vírgenes».

Pero esta vida humilde y oculta entraña un mensaje de gran trascendencia que bien podemos calificar de providencial y actualísimo. Providencial para su tiempo, y de perenne actualidad, porque contiene la quintaesencia del Evangelio y va directamente contra el espíritu que anima al renacimiento pagano, que es una de las características de los tiempos modernos.

Ateniéndonos a lo principal y considerando la necesidad de los tiempos, señalaremos cuatro renglones en este mensaje realmente completo y ecuménico: amor, oración, pureza y sacrificio.

El mundo de aquel entonces, mundo del Renacimiento y de la Reforma, que exaltaba exageradamente los valores naturales y paganos y subestimaba todo lo sobrenatural, necesitaba, además del anatema fulminado contra sus errores y de la palabra de los heraldos de la verdad, el lenguaje contundente de los hechos, la doctrina de Cristo vivida en toda su integridad, y eso

tuvo en los numerosos santos suscitados por Dios en el siglo XVI y lo vio admirablemente confirmado en aquel retoño del Nuevo Mundo que fue Santa Rosa, alma que desde la más tierna edad supo valorar las realidades sobrenaturales, alma totalmente abrasada en divina caridad, que a los cinco años se consagraba íntegramente al esposo inmaculado, que para él sólo vivía y que mereció al fin de su carrera escuchar de labios de Cristo esta declaración de amor, incomprensible para el mundo: «Rosa de mi corazón, sé tú mi esposa». Ese amor con el cual nuestra santa se esforzaba en corresponder a Cristo, y Cristo crucificado, es clave que nos explica el sesgo heroico de su vida: su fuga del mundo sin dejar de vivir en medio de él, su vida eremítica en minúscula celda construida con sus manos; su rompimiento con toda vanidad; el santo furor con que armaba su brazo y flagelaba su carne inocente en anhelo insaciable de asemejarse más y más a su Amado divino; su fina sensibilidad para descubrir la presencia y vestigio de Dios en todas las cosas.

Aún se conserva y se visita con mucha edificación, al lado de su casa, un cuarto que la caridad de la santa convirtió en pequeño hospital, al cual ella conducía a enfermas encontradas en extrema miseria y que tenían la dicha de recibir de las manos de nuestra santa una atención cuya delicadeza y heroísmo rayan en lo increíble. Cosa parecida acontecía tratándose de las necesidades de orden moral, a cuyo remedio acudía solícita nuestra santa en cuanto de ella dependía, preocupándose por la evangelización y atención espiritual de los indios, de los negros, de los infieles, y, al no poder ocuparse de eso por sí misma, recomendándolo a quienes podían y contribuyendo con limosnas que ella misma colectaba al sostenimiento de algún seminarista pobre, como verdadera precursora de la «Obra de vocaciones».

Esta divina caridad, de flama tan seráfica al elevarse hacia Dios y de sentido tan humano al extenderse hacia el prójimo, encendió en el alma de Rosa la luz de la contemplación, y ciertamente en grado eminente. Así lo persuaden sus hechos, sus escritos y el testimonio unánime de quienes la conocieron y trataron, tal como aparece en los procesos y en el amplio estudio de los bolandistas. Aquel amor a la soledad; aquella asiduidad con que frecuentaba y pasaba largas horas en su celdita de ana-

coreta, que aún subsiste; aquella fervorosa vida eucarística, tan rara en su tiempo; aquella filial devoción a la Madre de Dios; aquel espíritu de penitencia y amor apasionado a la cruz, son indicios ciertos de la intimidad con Dios y de la elevación habitual en que vivía su alma. El padre Villalobos asegura en su declaración que «había alcanzado una presencia de Dios tan habitual, que nunca, estando despierta, lo perdía de vista». El doctor Castillo, íntimo y autorizado confidente y examinador de la santa, asegura que desde los cinco años empezó a practicar la oración mental y que, a partir de los doce hasta su muerte, su oración fue la que los autores místicos llaman unitiva. Y, en general, como asevera L. Hansen, O. P., el testimonio de sus directores, los padres de la Orden de Santo Domingo y de los varios padres de la Compañía de Jesús que largamente la conocieron y trataron, es unánime al reconocer los dones extraordinarios de oración con que el Señor la regaló, elevándola hasta los más altos grados de la vida mística.

Es también la divina caridad en que se abrasaba aquella alma santa la que explica los dos rasgos que la oración litúrgica de su fiesta señala como característicos de su espiritualidad: la pureza y el sacrificio:

«*Virginitatis et patientiae decore Indis florescere voluiste.* Porque el amor, o encuentra parecidos a los que se aman, o los hace tales. Enamorada de Jesús Crucificado, Santa Rosa se aplicó con invencible constancia a reproducir en sí misma la imagen del Divino Modelo de quien proféticamente se dice en el Cantar de los Cantares 5,10: "Dilectus meus candidus et rubicundus": mi amado es cándido y rubicundo. Es blanco, dicen los sagrados intérpretes, por su pureza y santidad sin límites, y es rojo por su sacrificio de redención».

La contemplación de esa pureza y santidad hizo nacer en Santa Rosa el anhelo de la imitación y la movió a realizarlo en forma extraordinaria. Conserva hasta la muerte su inocencia bautismal; hace a los cinco años voto de virginidad; rechaza sin vacilaciones toda proposición de matrimonio, aun cuando sea su propia madre quien porfiadamente la haga; afea con varias industrias su natural hermosura; corta sin miramientos su blonda cabellera; se niega a aceptar el nombre de Rosa, por parecer-

le llamativo y peligroso, hasta que la Santísima Virgen completa y santifica ese nombre, llamándola Rosa de Santa María; únese a Cristo con el vínculo del matrimonio espiritual, vínculo inefable que transporta a la tierra el misterio de los desposorios inmaculados de la Patria eterna, y sigue hasta el fin de su vida las huellas luminosas de aquella Virgen que la toma por suya y le comunica un reflejo de su pureza singular.

Pero, para que la semejanza con Jesús crucificado sea perfecta, Rosa tendrá que ser para él «lirio entre espinas», y a este fin afligirá su carne inocente con toda suerte de maceraciones: ayunos, vigilias, cilicios, disciplinas, austeridades que llenan de asombro y que más son para admirarse que para imitarse.

Configurada así con la «divina víctima» durante su vida, sólo faltaba el rasgo supremo de la muerte para que la semejanza fuera perfecta, y la muerte vino con sus terribles angustias y dolores a convertirla en un acabado retrato del «varón de dolores», si bien esta colmada medida de dolor no pudo impedir, ni siquiera a la hora de la agonía, aquel gozo íntimo que la había acompañado durante la vida, escondido en la parte superior de su alma y que se exteriorizó en alguna forma, momentos antes de morir, en el jubiloso canto de amor que, al son de la vihuela, entonó por indicación suya una de sus más fieles discípulas, Luisa de Santa María, que la acompañaba en aquel angustioso trance.

Así consumaba su sacrificio y preludiaba el cántico nuevo de la bienaventuranza la admirable virgen Santa Rosa, exhalando el último suspiro en la fecha que ella misma había anunciado, 24 de agosto de 1617, fiesta de un santo a quien ella honró durante su vida con una devoción especial y sin duda con luz profética, el apóstol San Bartolomé.

La oportunidad del mensaje de la gran santa limeña con relación a las necesidades de su tiempo, el interés permanente de sus grandes lecciones sobre puntos esenciales de la espiritualidad cristiana, las dotes naturales y sobrenaturales con que Dios la adornó a fin de que pudiera transmitir al mundo un mensaje de tanta trascendencia, explican la aceptación general y entusiasta del mismo, su rápida difusión a través de las muchas obras escritas sobre la santa, la extensión de su culto a todo

el continente ya desde los tiempos coloniales, y asegura una creciente gloria, una supervivencia real en el porvenir a la que justamente ha sido declarada por la Santa Sede «patrona de América» e incluida en el catálogo de los santos, cuya fiesta anualmente celebra la Iglesia universal. Traducimos a continuación la expresiva y devota oración litúrgica con que se la invoca en el mundo entero:

> «Oh Dios Todopoderoso, fuente de todo bien, que has querido que Santa Rosa floreciera en las Indias con el encanto de su virginidad y paciencia, y para ello la previniste con el rocío de tu gracia: concédenos a nosotros, tus siervos, que corriendo en pos de sus perfumes suavísimos, merezcamos ser el buen olor de Jesucristo. Que contigo vive y reina en la unidad del Espíritu Santo, Dios por todos los siglos. Así sea».

FÉLIX M. ÁLVAREZ, MSPS

Bibliografía

Acta SS. Boll., t.39, 26 de agosto.
HANSEN, L., OP, *Vida admirable de Santa Rosa de Lima* (Vergara ²1949).
LUCCESINI, L., SI, *Compendio de la vida de Santa Rosa* (1665), traducido a las principales lenguas europeas en numerosas ediciones.
MARCHESE, D. M.ª, *Vita della sposa di Gesù Christo Rosa di Santa Maria Peruana, del terzo ordine di San Domenico* (Nápoles 1665).
VARGAS MACHUCA, J., *La rosa de el Peru, soror Isabel de Santa María, de el habito de el Glorioso Patriarca Santo Domingo de Guzman, credito de su Tercera Orden, lustre y patrona de la alma Ciudad Lima su Patria* (Sevilla 1659).
VARGAS UGARTE, R., SI, *Vida de Santa Rosa de Santa María* (Lima ²1951).
ZEGARRA, F. C., *Santa Rosa de Lima... Estudio bibliográfico* (Lima 1886). Amplia bibliografía.
• Actualización:
ÁLVAREZ PERCA, G., OP, *Santa Rosa de Lima* (Lima 1996).
FORCADA COMINS, V., *Santa Rosa de Lima. Biografía* (Valencia 2000).
JIMÉNEZ SALAS, H., OP, *Primer proceso ordinario para la canonización de Santa Rosa de Lima* (Lima 2002).
VELASCO, S., OP, *Rosa de Santa María (Santa Rosa de Lima)* (Guadalajara 1981).

BEATO JUAN MARÍA DE LA CRUZ (MARIANO) GARCÍA MÉNDEZ

Presbítero y mártir († 1936)

Sus padres, Mariano García Hernández y Emeteria Méndez Grande, jóvenes y modestos labradores, se establecen en San

Esteban (Ávila), donde el 25 de septiembre de 1891 nace un niño, a quien se le impone el nombre de su progenitor. Será el primogénito de una prolífica familia que llegó a contar quince hijos, aunque algunos no pasaron de la edad infantil. Dos días más tarde era cristianado por el párroco, don Generoso Gutiérrez.

Esta familia de sanas costumbres, vive en ejemplar testimonio de la fe. Su padre ejerce como alcalde del pueblo en el transcurso de muchos años. Su abuela materna tiene depositada la llave de la iglesia y, en ocasiones, el pequeño se va al templo a rezar. Recibe la confirmación en 1893 y toma la primera comunión en el año 1899. Era un niño serio y formal, amigo de todos. Surge en su interior el deseo de la vocación sacerdotal y el cura del pueblo le ayuda en los estudios preparatorios. En 1904 empieza como alumno externo los estudios en el Seminario de Ávila; reside en casa de unos familiares y asiste a clases, ganándose el afecto de sus profesores, que observan su piedad, estudio y carácter sencillo y obediente. Al caer gravemente enfermo su progenitor, debe dejar los estudios, y ponerse al frente de los trabajos agrícolas familiares. Afable con todos, manifiesta una bondad simpáticamente encantadora. Se gana una fama de estudioso y aventajado entre sus compañeros, revelando un espíritu interior muy reconocido.

Aspirando a una vida más perfecta ingresa en 1913 en el noviciado del convento dominicano de Santo Tomás de Aquino, donde permanece un año, pero que debe dejar por su delicada salud. Frecuentes dolores de cabeza le molestan y no podrá sobrellevar las austeridades propias de la Orden de Predicadores. Vuelve al seminario diocesano, y al término de los estudios recibe el presbiterado el 17 de marzo de 1916. Está decidido a poner todas sus cualidades al servicio de Dios y su celo por las almas le conduce, incansablemente, a buscar la gloria divina. Su primer encargo pastoral (1916) fue el de cura ecónomo de las parroquias de Hernansancho y Villanueva de Gómez. Dos años después es trasladado como párroco de San Juan de la Encinilla, con mayor número de habitantes. Está un año de capellán en los Hermanos de las Escuelas Cristianas de Nanclares de Oca (Álava), por motivos de salud. En 1922 obtiene permiso de

sus superiores para ingresar en los carmelitas descalzos, que tiene que abandonar por el mismo motivo que lo hizo del noviciado de los dominicos. Su salud es débil y debe regresar a la pastoral diocesana. El nuevo nombramiento le dirige a Santo Tomé de Zabarcos. El año 1924, párroco de Sotillo de las Palomas (Toledo), pueblo que en aquel entonces pertenecía a la diócesis abulense.

Impulsa en todos los lugares en donde estuvo como párroco la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, establece la «Congregación de Hijas de María», la «Visita domiciliaria de la Sagrada Familia» y la «Virgen de la Medalla Milagrosa». Atiende y se desvive por todos sus feligreses, como un auténtico apóstol. Sus pláticas de palabra penetrante se escuchan con singular fervor. Al concluir la jornada se retira a una habitación, en la parte alta de la casa, para meditar. Limosnero y caritativo, hasta entregar a un pobre una de las mantas de su cama. Su oración ante el Santísimo edifica a todos. Se priva de la comida para favorecer a quien acude a su puerta hambriento, disponiendo sólo de lo más imprescindible y mínimo para su uso y necesidad. Lleno de alegría y dulzura de carácter, vive en un fervor tan grande que todos los actos de su ministerio los realiza con grandísima reverencia y solemnidad. En su devoción a la Virgen expresa los sentimientos filiales más amorosos, pero ante Jesús sacramentado se transforma, pasando largos ratos de oración ante el Sagrario.

El Señor le premia concediéndole esa alegría sana y santificación interna del alma, por su constancia y laboriosidad. Alivia los sufrimientos con consoladoras palabras, y se afana en remediar las necesidades de sus feligreses con entrega total.

El año 1925 ingresa en la Congregación de Sacerdotes del Sagrado Corazón de Jesús, más conocidos como Padres Reparadores, que tenían una pequeña residencia abierta en Novelda (Alicante), y dirigían un colegio de enseñanza. El 16 de julio inicia el postulantado, en octubre el noviciado y toma el nombre de Juan María de la Cruz. La reparación fue para él un manantial de espiritualidad. El 31 de octubre del año siguiente emite los primeros votos, dedicándose a la enseñanza: «Fuera de Dios no tengo nada que desear». En 1927 pasa a Puente la Reina

(Navarra), encargado de buscar vocaciones y postulando por distintas poblaciones. Muchos se consagraron a Dios como fruto de sus conversaciones, alcanzando un gran prestigio de virtud y santidad. Promueve la devoción al amor misericordioso, divulgada en España por el padre dominico Juan Arintero, y revelada por Jesús a Santa Faustina Kowalska.

En el mes de julio de 1936 sus superiores lo destinan al Santuario de Nuestra Señora de Tejeda en Garaballa (Cuenca), donde reside poco tiempo debido al inicio de la guerra civil y declararse la persecución religiosa contra la Iglesia. Se dirige a Valencia, y se refugia en casa de una bienhechora de la Obra, próxima a la iglesia parroquial de los Santos Juanes, enfrente de la Lonja.

El día 20 de julio se dirige al mencionado domicilio donde habitaba, pasa por delante del templo de los Santos Juanes, y presencia horrorizado cómo unos milicianos rocían con gasolina distintas partes de dicha iglesia. Lleno de gran celo por el honor de Dios, pronuncia en voz alta palabras de condena por la vandálica destrucción de una joya arquitectónica tan distinguida: «¡Qué horror! ¡Qué sacrilegio!». Los milicianos al oír estas palabras dicen: «Mirad, éste es un carca», respondiéndoles el religioso: «No, soy un sacerdote», siendo detenido de inmediato y encarcelado en la Modelo. Desde la cárcel escribe al superior general de su congregación, comunicándole:

> «Aquí me tiene Rvdmo. Padre, detenido desde hace casi tres semanas, con ocasión de proferir algunas frases de protesta por el horrendo espectáculo de las iglesias quemadas y profanadas. ¡Dios sea bendito! ¡Hágase en todo su divina voluntad! Me alegro mucho de poder sufrir algo por Él, que tanto sufrió por mí, pobre pecador... Ocupo la celda 476, cuarta galería».

Nunca había conocido la timidez ni la cobardía, tratándose de los intereses de Dios. Encarcelado, siguió con su vida de oración, animando a todos y consolándoles; reza el santo rosario. En la celda dibuja en una pared un Vía Crucis que, al ser descubierto, está a punto de conducirle a la celda de castigo. Los compañeros le convencen para que evite tales prácticas, aunque siempre está dispuesto al martirio. Debido a su gran influencia entre los presos y su apostolado, los milicianos le consideran un tanto peligroso, razón por la cual sólo estuvo un mes en la Cár-

cel Modelo. Al anochecer del 23 de agosto los milicianos sacan un grupo de diez prisioneros, entre los cuales se halla él. Les maniatan y les hacen subir a un camión. Iba junto con otro sacerdote, don Vicente Martí Palanca. El camión salió de la capital del Turia en dirección a Silla, y en los límites entre dicha localidad y Picassent, en el lugar llamado *La Coma,* se detiene. Bajan todos los presos y allí mismo son asesinados, recibiendo sepultura en una fosa común del cementerio de Silla.

El 28 de marzo de 1940 sus restos son exhumados y trasladados a Puente la Reina (Navarra), siendo inhumados en el Seminario Menor de los PP. Reparadores el día 1 de abril del mismo año. El 23 de enero de 1959 comienza el proceso de declaración de martirio, cuyo informe se entrega el 13 de junio del año siguiente en la entonces Sagrada Congregación de Ritos.

El papa Juan Pablo II lo proclama beato el 11 de marzo de 2001 en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

AGUILERA ÁLAMO, A., SCJ, *Etapas de un proceso informativo de beatificación* (Madrid 1994).
— *Testigo hasta la muerte. (Rasgos biográficos del Siervo de Dios, Juan García Méndez)* (Madrid 1984).
— *Transparencia de una fe* (Madrid 1987).

BEATAS ROSARIO (PETRA MARÍA VICTORIA) QUINTANA ARGOS Y SERAFINA (MANUELA JUSTA) FERNÁNDEZ IBERO

Mártires († 1936)

«Toma, te lo entrego en señal de mi perdón».

El ánimo de estas fortísimas heroínas de la fe no es menor que el mostrado en los primeros tiempos del cristianismo por los Santos Mártires Cartagineses. Uno de ellos, el diácono Sáturo, ensangrentado ya por el zarpazo del leopardo en el anfiteatro de Cartago, pide al soldado Pudente el anillo que luce en su mano. Lo toma, lo empapa en su propia sangre y de nuevo se lo

devuelve para que lo conserve como prenda de su herencia y memorial de su martirio.

De igual modo las vírgenes y mártires Rosario de Soano y Serafina de Ochovi, momentos antes de ser ejecutadas por los milicianos en Mas Maciá, camino de tránsitos de Puzol, Valencia, una de ellas —ignoramos cuál de las dos— se quita su anillo de virgen consagrada, lo deposita en la mano de quien las iba a asesinar y se lo da con estas palabras: «Toma, te lo entrego en señal de mi perdón».

La tercera de las mártires, Francisca Javier de Rafelbuñol —cuyo natalicio se celebra el 27 de septiembre—, días después fue martirizada en las tapias del cementerio de Gilet, Valencia. Sus últimas palabras, a quien le daba el tiro de gracia, fueron: «Que Dios os perdone como yo os perdono».

Pero, ¿quiénes son estas tres heroínas de la fe? ¿Quién imprimió en su espíritu ese temple de acero? ¿Cuál fue su vida?

Las tres hermanas pertenecían a la Congregación de Religiosas Terciarias Capuchinas de la Sagrada Familia, fundadas por el Venerable Luis Amigó el 1885 en el santuario valenciano de Montiel, y destinadas a la atención de la niñez y juventud en el campo de la educación, protección y reeducación; en la asistencia a los enfermos; en la acción pastoral de la Iglesia; y en los ambientes y lugares de evangelización inicial o misiones.

ROSARIO QUINTANA ARGOS —en el siglo Petra María Victoria— nace el 13 de mayo de 1866 en Soano, Cantabria, pueblo del que luego recibe su nombre en religión. Es la primogénita de cuatro hermanos del matrimonio formado por Antonio Quintana y Luisa de Argos. A los dos días del nacimiento recibe las aguas bautismales en la parroquia de Santa María de la Luz, de Soano. Le administra el bautismo don Antonio María de la Torre, párroco del lugar. Su familia, de corte tradicional, muy religiosa y ejemplar, vivía los preceptos y enseñanzas de la Iglesia. Los padres capuchinos de Montehano, convento cercano del lugar, cultivan espiritualmente el pueblo desde los años en que, luego de la exclaustración, fue restaurado el convento.

A la edad de trece años queda huérfana de madre, por lo que se ve en la necesidad de suplirla en la atención a sus tres hermanos menores: Feliciana, Juan y Eleuterio. ¡Ah!, y sin olvidarse por

ello de ayudar a su padre en las labores del campo. Por eso, durante su juventud, Rosario supo de vacas, cuadras y piensos, de campos de heno y de pastoreo, de ordeño, leche y queso, de cultivo de hortalizas y de recolección y desgrane de maíz.

Ella, con otras jóvenes de Soano, deposita su confianza en los capuchinos de Montehano. Por aquel entonces conoce al capuchino Luis de Massamagrell, y muy pronto, como algo natural, siente la vocación a la vida consagrada.

Su padre contrae segundas nupcias, por lo que Petra María Victoria tiene que salir del hogar a servir. Experimenta la pobreza y la dureza de la vida. A los 23 años, aún no cumplidos, emprende viaje para su ingreso en la Congregación de Terciarias Capuchinas de la Sagrada Familia. Es el 8 de mayo del año 1889. El 14 de mayo de 1890 viste el santo hábito religioso, cambiando su nombre civil por el de «Rosario de Soano». Y, terminado el noviciado, el 14 de mayo de 1891 emite sus primeros votos religiosos. Transcurrido el quinquenio de votos temporales, el 14 de mayo de 1896 emite sus votos perpetuos.

Con el pasar de los años es elegida superiora local de las casas de Segorbe, Altura, Massamagrell, Meliana y Ollería, todas ellas en la Comunidad Valenciana. Maestra de novicias. Y superiora general de 1914 a 1926, dos sexenios seguidos, en cuyo período gira la visita canónica a las hermanas de Colombia. Su último ministerio es el de vicaria general de la congregación. Al partir la superiora general en visita canónica a Venezuela y Colombia, la madre Rosario de Soano queda como responsable del gobierno de la Congregación de Terciarias Capuchinas de la Sagrada Familia en España. Así es como le toca afrontar la terrible situación creada por la persecución religiosa de 1936.

El 18 de julio se produce el Alzamiento Nacional. Y dos días más tarde el señor alcalde de Massamagrell da ya a las hermanas terciarias capuchinas la orden de desalojar el convento. La fraternidad se compone de 43 hermanas, entre profesas, novicias y postulantes. La última en abandonar la casa religiosa es Rosario de Soano.

SERAFINA FERNÁNDEZ IBERO. En Ochovi, pueblecillo navarro de la cuenca de Pamplona, nace Manuela Justa —que éste es el nombre civil de la hermana Serafina María de Ochovi— el 6

de agosto de 1872. Es la última de una familia de ocho vástagos de los que cuatro de ellos vestirán la estameña franciscana: dos hermanos capuchinos y dos hermanas terciarias capuchinas.

Hija de una familia numerosa, patriarcal, frecuenta la escuelita del pueblo hasta los quince años en que ingresa en religión. El 8 de mayo de 1887 se incorpora a las terciarias capuchinas, en el Santuario de Montiel (Valencia), casa fundacional del Instituto. El 14 de mayo de 1891 emite sus primeros votos religiosos y, luego de un quinquenio de votos temporales, los perpetuos. En este tiempo ya se muestra como religiosa piadosa, observante y muy amante de la pobreza evangélica. Es ya, por carácter, muy formal, seria y responsable.

En 1902 es elegida consejera general, cargo para el que es reelegida en los cinco capítulos generales siguientes. Sabe compatibilizar con dicho cargo el de superiora, sucesivamente, de las fraternidades de Segorbe, Massamagrell, Altura, La Ollería, Carcagente, Seminario de Valencia y, de nuevo, Massamagrell, en cuya fraternidad la sorprende la guerra en julio de 1936.

MARÍA FENOLLOSA ALCAINA. Nace en la comarca de la Huerta Norte de Valencia, en el pueblo de Rafelbuñol, el 24 de mayo de 1901. Es la mayor de doce hermanos hijos de los consortes José y María Rosa, ambos pertenecientes a la Orden Tercera de San Francisco. Al cumplir sus 21 años ingresa en las hermanas terciarias capuchinas de Massamagrell, en cuya casa religiosa la sorprende la contienda civil (cf. *Año cristiano. Septiembre).*

El día 20 de julio de 1936 el señor Alcalde de Massamagrell da la orden de desalojar el convento. La primera noche las tres mártires la pasan, junto con otras 40 religiosas que conformaban la fraternidad, en casa del tío Xuan, un huertano generoso del pueblo. Las aposenta en una andana, especie de desván en la parte superior de la casa situada en la huerta, para que pasen la noche a cubierto. Los días siguientes las religiosas se van dispersando en busca del refugio familiar o alojándose en casas de personas piadosas de distintas poblaciones.

La madre Rosario de Soano halla cobijo provisional en la casa de Carmen dels Mudets, situada en la plaza de la iglesia. Posteriormente encuentra amparo en casa de una pobrecita viuda, sita en la calle Sati 18, hoy calle San Juan. En esta situación

de catacumbas pasa casi un mes. La madre Serafina de Ochovi, por su parte, con la hermana Benjamina de Gama que salvará la vida y relatará los hechos, encuentra también piadoso refugio en la casa de Carmen dels Mudets. En ella permanecerá hasta que los milicianos la vengan a recoger para el martirio. Francisca Javier de Rafelbuñol halla amparo en su pueblo natal y en la casa paterna. En ella residirá, acudiendo cada día a los trabajos que le encarga el Comité, hasta el 27 de septiembre en que la recogerán, con su hermano José y su tío Juan Bautista, sacerdotes, para darles el consabido paseíllo.

Informado el Comité de Puzol, Valencia, del refugio donde se encontraban escondidas las madres Rosario y Serafina, un grupo de milicianos de Massamagrell, «el Cacahuero, el Músic y el Furo», van en su busca con algunos otros del Grao de Valencia.

> «El día 21 de agosto de 1936 —dice sor Benjamina de Gama—, a las seis de la tarde, me detuvieron con la madre Serafina; me encontraron en el sitio donde estaba escondida, me dijeron que a quién tenía miedo y les dije que a ellos; me hicieron bajar de muy malas maneras a donde estaba la madre».

A las ocho de la tarde llegó a la puerta el coche de la calavera, llamado «El fantasma», y que no era sino el coche del señor arzobispo de Valencia, requisado y pintado de negro y con una calavera encima. Con la madre Rosario de Soano, que detuvieron en otro refugio diferente, las hacen subir entre gritos e insultos. Las tuvieron detenidas en la calle Mayor, frente al Sindicato. Y la gente decía: «¿Ya os las lleváis?».

En Rafelbuñol paran en el Sindicato para recoger al P. Leandro de Losa del Obispo, capuchino. Y, alrededor de las once, llegan a Puzol y entran en el Comité, que es el convento de las Hermanitas de los Pobres.

> «Al bajar del coche —dice Benjamina de Gama— de miedo que tenía, pues nos pensábamos que nos dejaban por el camino, yo iba en medio de las madres Rosario y Serafina. Nos pasaron a una habitación. Ellas se sentaron en dos sillas y yo en un colchón en el suelo. Las tres rezábamos y nos preparábamos para morir».

Les llevan algo de cena pero, como es tarde, les dicen que al día siguiente las juzgarán. A la hermana Benjamina la pasan a otra habitación contigua. Ella, sin decir nada y sin saber cómo,

se fue. Hay en dicha habitación dos milicianas en una cama, y en un colchón en el suelo está Asunción Izquierdo, de Massamagrell, a quien conoce la hermana Benjamina. Le dicen que se acueste con ella. Ésta, viendo que Benjamina lleva aún el anillo de virgen consagrada, le dice que se lo quite, ya que la puede comprometer. Y así lo hace, colocándoselo en uno de los dedos del pie.

Al día siguiente, lo mismo a Asunción que a las madres, les hacen trabajar mucho. A eso de las nueve la llaman para desayunar. Acude a una habitación donde están las madres sentadas a una mesa, y un miliciano a cada lado. Hay mucho desorden de cosas, que han requisado, tiradas por el suelo. Benjamina, ya desde la noche anterior, no puede hablar con las madres ni una palabra. El café con leche que les llevan no lo quieren tomar.

Las madres llevaban un pañuelo negro a la cabeza y un miliciano les dice que para qué lo quieren, que se lo quiten... Las tratan muy mal y les hacen trabajar mucho. Tienen las manos quemadas de limpiar somieres y de fregar.

Las matan esa misma noche del día 22 al 23 de agosto de 1936. Al día siguiente, Carmen, la miliciana, también llamada la «Homenca» por su aspecto varonil, dice a sor Benjamina: «Ya he matado a tus compañeras». Y sor Benjamina le pregunta: «¿Cómo tienes valor para hacer eso?». Y ella le responde: «¡Tengo unas ganas de matar...!».

Dicha miliciana es, según las actas martiriales, la que da el tiro de gracia a los ajusticiados. Tenía entonces unos veinte años.

A la hermana Benjamina, que salva su vida por ser joven y porque la creen una pobre infeliz, la dedican a cuidar y enseñar a los niños. Después de dos años va un miliciano a visitarla a la escuela en que ésta ejerce dicho ministerio, la muestra un anillo y le pregunta: «¿Conoces este anillo?». A lo que la hermana Benjamina le contesta: «Sí, es de una de las madres».

Y el miliciano le dice que, cuando iban a fusilar a la hermana, ésta se quitó el anillo, lo depositó en su mano y le dijo: «Toma, te lo entrego en señal de mi perdón».

Los restos mortales de la Beata Rosario de Soano y Serafina de Ochovi aparecen en Mas Maciá, en el Camino de Tránsitos de Puzol, en cuyo cementerio, y por el momento en lugar

desconocido, reposan. A su muerte contaban 70 y 64 años respectivamente.

El capuchino P. Ludovico de Castellón, director espiritual que era de la madre Rosario de Soano, asegura que dicha madre le había pedido permiso para ofrecerse a Dios como víctima de expiación por los pecadores, por la Iglesia y por la congregación y morir mártir, si llegase el caso. El P. Ludovico le concedió el permiso y el Señor, sin duda, le otorgó la gracia.

Por su parte, la hermana Francisca Javier de Rafelbuñol estuvo en la casa paterna. La tarde misma del 27 de septiembre, festividad de la Virgen del Milagro, patrona del pueblo, es recogida y, antes del amanecer del día siguiente, es martirizada junto a las tapias del cementerio de Gilet, Valencia. Ya malherida, cuando la miliciana Emilia Icardo Bellver, alias «Julieta», le va a dar el tiro de gracia, le dice: «Que Dios os perdone, como yo os perdono». La misma miliciana, tiempo después, referirá los hechos en el pueblo.

Ya en 1933, cuando las cosas se ponían oscuras en el suelo patrio, pues parecía que el infierno se había propuesto descatolizar a la católica nación de España, el venerable Luis Amigó escribía a sus hijas terciarias capuchinas desde Colombia:

> «Ciertamente que no lo ha de conseguir, pues, cuanto más perseguidos, más se enfervorizan los católicos, y no dudo que hay pasta de mártires, si a tanto llegase la persecución».

Estas tres heroínas de la fe no defraudaron, tenían pasta de mártires. Y murieron, como mueren los valientes, como mueren los santos, perdonando serenamente.

Las tres fueron beatificadas el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

AGRIPINO GONZÁLEZ, TC

Bibliografía

Bibliotheca sanctorum. Appendice seconda (Roma 2000) 1173-1174.
GONZÁLEZ, A., *Martirologio amigoniano* (Valencia 2001) 259-293.
— *Meditación del cuadro* (Valencia 2002) 97-102; 115-120; 153-159.
Martyrologium romanum, o.c., 448, 13*; 510, 11*.
VIVES AGUILELLA, J. A., *Fortaleza y ternura* (Valencia 2001).

C) Biografías breves

BEATO JUAN (PROTASIO) BOURDON

Presbítero y mártir († 1794)

Juan Bourdon nació el 3 de abril de 1747 en Sées, Orne, hijo de un carretero. En su juventud se decide por la vocación religiosa e ingresa en la Orden capuchina, haciendo su profesión solemne, con el nombre de fray Protasio, el 27 de noviembre de 1768 en el convento de Bayeux. Se ordena sacerdote en 1775. Es enviado a la casa de Honfleur, junto al Santuario de Nuestra Señora de las Gracias, del que llegará a ser rector. Luego es enviado a la casa de Sotteville, junto a Ruán, como guardián.

Allí estaba ejerciendo sus deberes como sacerdote y como responsable de la comunidad cuando llegó la Revolución y empezaron las nuevas leyes. Él declaró su voluntad de seguir viviendo en su casa religiosa (26 de agosto de 1791), pero en la Pascua de 1792 fue con los demás religiosos expulsado del convento. No queriendo marchar al destierro, decidió quedarse en Ruán, y aquí fue arrestado y sometido a interrogatorio el 10 de abril de 1793. En él manifiesta su negativa a prestar los juramentos que se le piden y su total adhesión a la causa de los refractarios, siendo por ello llevado preso al exconvento de Saint-Vivien. Los esfuerzos de su familia por liberarlo fueron en vano. El 9 de marzo de 1794 es enviado a la deportación, y consta su presencia en Rochefort el 12 de abril siguiente. Hizo cuanto pudo por ayudar y consolar a sus hermanos de cautiverio, poniendo una gran caridad y afabilidad al servicio de la fraternidad entre todos los presos. Contagiado, muere el 23 de agosto de 1794.

Fue beatificado el 1 de octubre de 1995 por el papa Juan Pablo II.

BEATOS CONSTANTINO CARBONELL SEMPERE, PEDRO GELABERT AMER, RAMÓN GRIMALTÓS MONLLOR

Religiosos y mártires († 1936)

Luego de que el día 19 de agosto de 1936 fuera asesinado el superior de la residencia de los jesuitas de Gandía, Beato Tomás Sitjar, el día 23 en Tavernes de Valldigna fueron martirizados por su condición de religiosos otros tres jesuitas.

Era el primero el P. CONSTANTINO CARBONELL SEMPERE, quien había nacido en Alcoy, Alicante, el 12 de abril de 1866. Muertos sus padres quedó al cuidado de unos tíos suyos. Marcha con ellos a La Mancha y aquí estudia el bachiller, y el año 1884 ingresa en el famoso colegio del Patriarca de Valencia. Dos años llevaba estudiando en este colegio cuando decide ingresar en la Compañía de Jesús (16 de noviembre de 1886), en la que hizo la profesión religiosa y recibió el sacerdocio en 1901. Pasa por las casas de Orihuela, Gandía, Barcelona, Roquetas y Alicante, y en 1929 regresa a Gandía donde se dedica, ante todo, al ministerio del confesonario y la dirección espiritual. En esta casa estaba destinado al tiempo de la revolución de julio de 1936 como ministro y operario, y desarrollaba con mucho celo su ministerio sacerdotal.

El segundo mártir era PEDRO GELABERT AMER, que había nacido en Manacor, en la isla de Mallorca, el 29 de marzo de 1887. Trabajó con sus padres en las tareas del campo. Le gustaba ser monaguillo. A los 15 años se colocó como albañil. Sintiendo la vocación religiosa, había ingresado en la Compañía de Jesús el 9 de febrero de 1907, haciendo la profesión religiosa como hermano coadjutor y siendo destinado a las casas de Palma de Mallorca, Veruela, Alicante y por fin Gandía, donde desempeñaba los oficios de mecánico y electricista al servicio de la comunidad. Había hecho los últimos votos el 15 de agosto de 1917.

El tercer mártir era RAMÓN GRIMALTÓS MONLLOR, nacido en La Pobla Llarga, Valencia, el 3 de marzo de 1861. Ayuda a sus padres en el trabajo del campo y lleva una juventud pura y piadosa, realizando notables acciones apostólicas en su entorno. Decidida su vocación religiosa, ingresa en la Compañía de

Jesús el 1 de julio de 1880 y profesa los votos religiosos como hermano coadjutor, siendo su última profesión el 15 de agosto de 1900, luego de veinte años de servicios a la comunidad en el colegio de Sarriá, siendo luego destinado a la casa de Gandía en la que ejercía las funciones de encargado de las compras, encargado igualmente de despertar a la comunidad y se ocupaba de numerosos servicios domésticos a la comunidad religiosa y cuidaba igualmente de la huerta y la vaquería.

Los tres mártires fueron fusilados en las cercanías del pueblo de Tavernes y fueron beatificados el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATOS FLORENTÍN PÉREZ ROMERO Y URBANO GIL SÁEZ

Religiosos y mártires († 1936)

Eran dos religiosos de la comunidad de los Terciarios Capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores, de la casa de Godella, Valencia, que era la casa-noviciado. El día 22 de julio de 1936 un grupo de milicianos asalta la casa y los religiosos son objeto de vejaciones y malos tratos, incluyendo el cruel y repetido simulacro de su fusilamiento. Al tercer día del asalto, cuando encerraron en el coro a todos los religiosos, al ver que almacenaban colchones en la iglesia, el P. Florentín creyó que intentaban prenderles fuego para que los religiosos ardieran vivos, y hubo que calmarlo pues tuvo un ataque de nervios. Al cuarto día los dejaron salir, y el P. Florentín junto con el hermano Urbano fueron alojados en la casa del P. Román Sanz Poveda y de su hermana Concepción. Allí estuvieron cerca de un mes, pero un día por la mañana llegaron los milicianos y se llevaron al P. Florentín y al hermano Urbano con el pretexto de que tenían que hacerles algunas preguntas. Los retuvieron presos varios días y les llevaba la citada familia la comida, estando el P. Florentín muy decaído y asustado. Al cabo de esos días los sacaron a los dos de noche, y la mujer del carcelero les dio bufandas porque hacía frío, pero ellos se dieron cuenta de que los

iban a matar y se entregaron a la voluntad de Dios. En efecto, los fusilaron a la salida de la carretera de Pobla de Vallbona a la general de Liria-Valencia.

Éstos son sus datos personales:

FLORENTÍN PÉREZ ROMERO nace en Valdecuenca, Teruel, el 14 de marzo de 1902. Quedó huérfano de padre muy pronto y su madre, en situación de mucha pobreza, se vio obligada a internarlo en el Asilo de San Nicolás de Bari, de Teruel, regentado por los religiosos terciarios capuchinos. Allí aprende las primeras letras, hace la primera comunión y se muestra como un chico de buena índole y buenos sentimientos. Llegado a los 17 años elige la vida religiosa e ingresa en la congregación de los citados religiosos, haciendo la primera profesión el 15 de septiembre de 1921. Hace los pertinentes estudios eclesiásticos en la Fundación Caldeiro de Madrid, en la que hace la profesión perpetua el 15 de septiembre de 1927. Se ordena sacerdote el 17 de junio de 1928 en Segorbe por el venerable Luis Amigó, fundador de la congregación. Pasa un año en el reformatorio de Pamplona y en julio de 1930 es destinado al convento de Nuestra Señora de Monte Sión, de Torrent, Valencia, donde hizo una magnífica labor en el colegio y con los jóvenes de la Pía Unión de San Antonio, formando él la *schola cantorum* con la que se dio gran solemnidad a las funciones religiosas. En septiembre de 1935 pasa a la casa-noviciado de Godella, de donde saldrá ya para el martirio. Era persona de carácter bondadoso que se ganaba enseguida el afecto de todos; era bueno, piadoso y muy sensible.

URBANO GIL SÁEZ nace en la masada de Colinas, en Bronchales, provincia de Teruel y diócesis de Albarracín, el 9 de marzo de 1901. Al quedar muy pronto huérfano de padre, ingresa en el ya citado Asilo de San Nicolás, de Teruel. Llegada la adolescencia opta por la vida religiosa e ingresa en el noviciado de la Congregación de Terciarios Capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores el 12 de abril de 1917 y emite sus primeros votos en Godella el 12 de abril de 1919. Pasa primero al convento de Monte Sión, de Torrent, y en junio de 1920 a la Escuela de reforma del Salvador, de Amurrio, Vizcaya, donde hace con los jóvenes un excelente trabajo. Solicita poder estu-

diar para sacerdote pero no se le concede y entonces hace la profesión perpetua como hermano coadjutor el año 1928. Pasará por varias casas de la congregación hasta que en septiembre de 1935 pasa a la casa-noviciado de San José, de Godella, y aquí atienden su segunda petición de iniciar los estudios eclesiásticos, pero no había hecho más que iniciarlos cuando le llegó la hora del martirio. Era un religioso ejemplar, laborioso, entregado, lleno de caridad y piedad y con una alegría espontánea y contagiosa, y se le tenía por un gran pedagogo.

Ambos fueron beatificados el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO FRANCISCO DACHTERA

Presbítero y mártir († 1943)

Nació en Salno, Polonia, el 22 de septiembre de 1910, hijo de un maestro de escuela, siendo el clima de su hogar de mucha religiosidad. Hizo los estudios sacerdotales en el seminario de Gniezno-Poznan. Se ordenó sacerdote el 10 de junio de 1933. Fue primero vicario en la parroquia de la Virgen María en Inowclaw, luego pasó a Bydgoszc y enseñó religión en un instituto, escribiendo él el libro de texto. En 1939 sacó la licenciatura en teología. Llamado a ser capellán militar, debió marchar al frente al empezar la II Guerra Mundial y muy pronto fue cogido prisionero (19 de septiembre de 1939). Recluido primero en el campo de prisioneros de Rothenburg, de donde fue llevado al de concentración de Buchenwald en marzo de 1940, y luego al de Dachau en 1942. Se hicieron con él experimentos médicos, como con tantos otros prisioneros, y de resultas de ello murió el 23 de agosto de 1943. Había tratado de animar y aliviar a sus compañeros de prisión, lleno de verdadera caridad cristiana.

Fue beatificado el 13 de junio de 1999 por el papa Juan Pablo II.

24 de agosto

A) MARTIROLOGIO

1. Fiesta de San Bartolomé, apóstol **.
2. En Claudiópolis (Honoriade), San Tación (fecha desconocida), mártir.
3. En Saint-Ouen (Francia), San Audoeno o Ouen († 684), obispo de Rouen *.
4. En el monte Olimpo (Bitinia), San Jorge Limniota († 730), monje, martirizado por ser defensor de las sagradas imágenes *.
5. En Lima, Perú, Santa Rosa († 1617), cuya memoria se celebró ayer.
6. En Angers (Francia), Beato Andrés Fardeau († 1794), presbítero y mártir *.
7. En Nápoles (Campania), Santa Juana Antida Thouret († 1826), virgen, fundadora de las Hermanas de la Caridad **.
8. En Marsella (Francia), Santa Emilia de Vialar († 1856), virgen, fundadora de las Hermanas de San José de la Aparición **.
9. En Valencia, Santa María Micaela del Santísimo Sacramento Desmasières († 1865), virgen, fundadora de la Congregación de Esclavas del Santísimo Sacramento y de la Caridad, cuya memoria se celebra en España el día 15 de junio **.
10. En Tulcán (Colombia), Beata María de la Encarnación Vicenta Rosal († 1886), virgen, fundadora de las Hermanas Betlemitas **.
11. En el campo de concentración de Dachau (Baviera), Beato Maximiano Bienkiewicz († 1942), presbítero y mártir *.
12. En Dresde (Alemania), beatos Ceslao Jozwiak, Eduardo Kazmierski, Francisco Kesy, Eduardo Klinik y Jarogniew Wojciechowski († 1942), mártires **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN BARTOLOMÉ

Apóstol († s. I)

El nombre de Bartolomé es un patronímico que significa «Hijo de Tholmai», derivado del arameo a través del griego. El nombre de Tholmai aparece en el Antiguo Testamento (Núm 13,23; 2 Sam 3,3), y Josefo lo cita en la forma griega, «Tholomaios» *(Antigüedades,* XX, I,1).

Del apóstol Bartolomé el Nuevo Testamento no conoce más que el nombre, consignado en las cuatro listas del colegio apostólico (Mt 10,3; Mc 3,18; Lc 6,14; Hch 1,13).

Aunque el cuarto Evangelio no menciona a Bartolomé, señala por dos veces la presencia cerca de Jesús de un discípulo llamado Natanael, nombre derivado también del arameo, que quiere decir «Don de Dios». Se plantea la cuestión de saber si Bartolomé y Natanael son el mismo personaje. Esta identificación es muy posible, puesto que Bartolomé es un simple patronímico, como Barabbas o Barjona, que puede usarse solo, pero supone, naturalmente, un nombre propio.

Pero, además, esta identificación es muy probable porque la vocación extraordinaria de Natanael, consignada en el cuarto Evangelio, no parece que fuera estéril. A continuación del relato de su primer encuentro con Jesús, San Juan introduce a nuevos personajes que comienzan a relacionarse con el joven Maestro, y uno de ellos debió ser nuestro apóstol.

> «Al otro día, queriendo Jesús salir hacia Galilea, encontró a Felipe, y le dijo: Sígueme. Era Felipe de Betsaida, la ciudad de Andrés y de Pedro. Encontró Felipe a Natanael, y le dijo: Hemos hallado a aquel de quien escribió Moisés en la Ley y en los Profetas, a Jesús, hijo de José de Nazaret. Díjole Natanael: ¿De Nazaret puede salir algo bueno? Díjole Felipe: Ven y verás. Vio Jesús a Natanael, que venía hacia Él, y dijo de él: He aquí un verdadero israelita en quien no hay dolo. Díjole Natanael: ¿De dónde me conoces? Contestó Jesús y le dijo: Antes que Felipe te llamase, cuando estabas debajo de la higuera, te vi. Natanael le contestó: Rabbi, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel. Contestóle Jesús y le dijo: ¿Porque te he dicho que te vi debajo de la higuera crees? Cosas mayores has de ver. Y añadió: En verdad, en verdad te digo que veréis abrirse el cielo y a los ángeles de Dios subiendo y bajando sobre el Hijo del hombre» (Jn 1,43-51).

Este Natanael, que tan cumplido elogio mereció de Cristo, era de Caná (Jn 21,2), dato que consigna San Juan al presentarle por segunda vez, cuando la pesca milagrosa en el Tiberíades después de la resurrección del Señor. Era también amigo de Felipe, como acabamos de ver, y quizá esta amistad sea la razón de que Bartolomé y Felipe formen pareja en la lista de los apóstoles que traen los sinópticos, lo cual confirma la tesis de que Bartolomé y Natanael son una sola persona.

Las objeciones en contra no tienen peso. Porque si en antiguos catálogos de apóstoles figuran como distintos, también son distintos Pedro y Cefas, con lo que pierden toda autoridad tales documentos. Y si San Agustín se inclina igualmente a distinguirlos *(Comm. in Io.,* I, 843), y le sigue San Gregorio Magno, lo hace dando una interpretación demasiado personal al pasaje: «¿De Nazaret puede salir nada bueno?», que le descubriría como «doctor de la Ley», demasiado suspicaz para que Cristo le admitiera como apóstol, lo cual está en contradicción con el elogio del mismo Cristo y se explica suficientemente admitiendo que Natanael no dominara del todo sus sentimientos de paisanaje. Caná y Nazaret eran poblaciones demasiado cercanas para que entre ambas no hubiera rivalidades.

Probada de esta forma la identidad de Bartolomé y Natanael, recapacitemos un instante sobre su primer encuentro con Jesús. Alma noble e impresionable, sin dobleces ni recovecos, manifiesta con todo candor sus emociones, pasando de la duda a la admiración y a la entrega. Juega Jesús con esta fogosidad del discípulo, y le prepara ya desde ahora para las grandes teofanías y revelaciones.

Lo de la higuera fue un simple destello de su sabiduría divina. «¿Porque te he dicho eso crees? Cosas mayores has de ver». La primera gran manifestación llegará a los tres días, y precisamente en Caná, para que obrando allí el prodigio desaparezca toda sospecha contra el descendiente de Nazaret. Porque en el reino de Dios no hay compromisos aldeanos de patria o lugar, de carne o sangre.

En Caná, patria de Bartolomé, asistió Jesús con su madre y sus discípulos a aquella boda que envidiarían los esposos jóvenes de todos los siglos. En ella convirtió el agua en vino y elevó el contrato a sacramento, el amor humano a caridad sobrenatural, dando así su regalo nupcial anticipado a todos los matrimonios cristianos.

El maestresala, atolondrado con el apuro de faltar el vino no sabía la procedencia del vino nuevo; pero sí estaban al tanto de ello los criados, que llenaron de agua hasta rebosar las ánforas de las abluciones. Ciertamente que Jesús había hecho una espléndida manifestación de su gloria y con razón podían creer en

él sus discípulos. ¿Sería descabellado imaginarnos un aparte de Felipe a Bartolomé al gustar el vino milagroso: «¡Qué! ¿Puede salir algo bueno de Nazaret?».

Y aquello era sólo el comienzo. Restaban mayores cosas, no tanto por los prodigios espectaculares cuanto por la intimidad con el Señor. ¡La dicha de convivir hora a hora con el Maestro! Jesús va moldeando a sus discípulos como el alfarero el dócil barro. La materia prima es buena, la gracia divina hará lo demás. Los apóstoles fueron la mejor obra artesana del Carpintero de Nazaret.

El Evangelio, parco siempre y contenido, no desciende a muchos detalles que saciarían nuestra devota curiosidad; pero a través de sus páginas podemos seguir las andanzas del colegio apostólico. Presididos por el Maestro recorren, en continuo trajín pueblos y aldeas, predican en sinagogas y plazas, a las orillas del lago o en los repechos de la montaña. Las turbas les acosan, sin darles lugar a descanso, «pues eran muchos los que iban y venían y ni tiempo de comer les dejaban» (Mc 6,31).

Esto de la comida era frecuente, como cuando se percatan, después de haber subido a la barca, que han olvidado proveerse de pan (Mt 8,14), o cuando tienen que comer espigas de los sembrados, desgranándolas con las manos, lo que provoca un conflicto con los fariseos, por ser día de sábado (Mt 12,1), o buscan higos en la higuera estéril (Mt 21,18).

De dormir tampoco andarían muy sobrados. El Señor pasaba las noches en oración y sus discípulos procurarían imitarle. Pero es que les vemos en diferentes ocasiones cruzando el lago de noche, para aprovechar el tiempo, como después de las dos multiplicaciones de los panes y los peces, y puede que también durante la tempestad, cuando el mismo Señor, rendido, se durmió en la navecilla (Mt 8,24).

Era la vida errante que Cristo había mostrado al discípulo tímido que deseaba seguirle. «Las zorras tienen sus guaridas y las aves del cielo sus nidos, pero el Hijo del hombre no tiene donde reposar su cabeza» (Lc 9,58).

Y como él, los suyos. Dependían de la caridad ajena, de los amigos que les invitaban a comer, del socorro de las santas mu-

jeres o de la administración tacaña de Judas, que, como ladrón, robaba de la bolsa común (Jn 21,5).

¿Cuál era la condición de los apóstoles? En lo social pertenecían a lo que podríamos llamar una clase media acomodada. Juan y Santiago, los hijos del Zebedeo, tenían un próspero negocio de pesca, con barca propia y criados. Similar era la situación de Simón y Andrés, y por el estilo la de Felipe y Bartolomé, los galileos que vivían en la región ribereña del lago. Probablemente alternaban el oficio de la pesca con otras profesiones artesanas, o con el pastoreo y la labranza.

En lo cultural poseían la instrucción de los de su clase, basada en un conocimiento suficiente de la Ley y la literatura religiosa judía, y seguramente sabían, además del arameo, el griego común, la lengua que se hablaba en Cafarnaún y sus aledaños, por ser nudo de comunicaciones y comercio.

En lo religioso eran almas sinceras, asiduos a la sinagoga los sábados, cumplidores sin escrúpulos nimios de la Ley, encendidos en la esperanza del Mesías, entregados de lleno al ideal de salvación de Israel que el Maestro predicaba, aunque algunas veces se dejaran llevar de interpretaciones algo terrenas.

¿Cómo se manifiestan los apóstoles? Con una mezcla muy humana de buenas cualidades y defectos. Son generosos, lo han dejado todo, sus casas, su familia, sus amistades, su profesión... Han roto todos los lazos que les unían a cosas tan queridas y entrañables, y se han lanzado a la gran aventura. Son leales a su Maestro, y tiemblan la noche de la cena, cuando les anuncia que entre ellos se encuentra un traidor. Piden al Señor que les aumente la fe, que les enseñe a orar, que les explique las parábolas, todo lo cual denota una enorme buena voluntad y un deseo grande de aprovechamiento.

Junto a estas excelentes cualidades apuntan las imperfecciones. Son puntillosos, buscan los primeros puestos, quieren figurar. Son cobardes cuando regresa Jesús a Judea y cuando le abandonan la noche del prendimiento. No entienden tampoco la Pasión, por más explicaciones y anuncios que el Señor les da. Mas Jesús, con paciencia infinita, les va instruyendo y formando, aunque deje también para el Espíritu el completar interiormente su obra. Alterna la teoría con la práctica y por dos veces

les envía a evangelizar los poblados galileos, concediéndoles poderes de arrojar los demonios y realizar milagros.

Ellos volvieron radiantes por el fruto cosechado, y entonces Jesús exulta de gozo, porque su Padre revela estas cosas a los pequeñuelos y se las esconde a los sabios y prudentes.

Fueron tres años de trabajo y convivencia que dejaron en su alma un poso inolvidable. Jesús los destinaba a ser sus sucesores en el ministerio pastoral. Ellos gobernarían la grey cristiana y les concedió amplísimos poderes. Les transmitió su sacerdocio, con la potestad de ofrecer el sacrificio de su cuerpo y sangre y administrar los sacramentos, signos eficaces de la gracia. Les encomendó el depósito de su doctrina, haciéndolos maestros y doctores.

Tenían que superar la hora de la prueba, cuando fue como si todo se derrumbara. Ya lo había predicho el Maestro: «Todos padeceréis escándalo por mí esta noche». Ellos, que esperaban había de redimir a Israel...

Mas ¡qué sobresalto cuando empiezan a llegar noticias confusas de que vive! Y aquella misma tarde del domingo, estando en el cenáculo con las puertas cerradas, se les aparece Jesús: «La paz con vosotros. Yo soy; no temáis. Mirad mis llagas». Allí estaba también Bartolomé, que no faltó a la reunión de los hermanos, como Tomás, apóstol individualista. Y también estuvo con otros siete discípulos la noche aquella en que Pedro, recordando su juventud, dijo:

—Voy a pescar.

Y los demás dijeron:

—Vamos también nosotros contigo.

Era al filo de la madrugada, cuando una sombra gritó desde la orilla:

—Muchachos, ¿tenéis algo que comer?

—No —contestaron ellos secamente.

—Pues echad la red a la derecha del navío.

Y no podían sacar las redes por la abundancia de la pesca. Entonces Juan, el más joven, susurró a Pedro:

—Es el Señor.

Y Pedro, impetuoso, sin esperar a que la barca llegara a la orilla, se lanzó a nado, porque estaban cerca de la costa.

Después fue la ascensión del Señor desde el monte Olivete. Y diez días más tarde la efusión del Espíritu Santo, y la proclamación de la Iglesia, y las primeras conversiones, y los primeros fieles, y la comunidad de todos, hasta formar una sola alma y un solo corazón.

Pero el Maestro había dicho que predicaran en todo el mundo. ¿Adónde marchó San Bartolomé? Todo es oscuro y confuso en su vida, emborronado por la literatura apócrifa y la leyenda. Según las *Actas de Felipe* habría predicado en Licaonia y en la Frigia; según el *Martirio de San Bartolomé,* pasión legendaria de la que se conservan dos redacciones, una en griego y otra en latín, habría predicado en el Ponto y el Bósforo; según la tradición que se remonta a Panteno y recoge Eusebio en su *Historia eclesiástica,* habría predicado en las Indias, entendiendo por tales las Indias orientales, donde habría llevado el Evangelio en arameo escrito por San Mateo; o a un país vecino a Etiopía o a la Arabia Feliz, según las referencias que tomaron los historiadores Rufino y Sócrates.

Y todavía quedan leyendas más seguras que sitúan a nuestro santo en Mesopotamia, Persia y Armenia. Allí habría predicado la fe en Areobanos, no lejos de Albak, y habría convertido a la hermana del rey, el cual, en un acceso de ira, le mandó desollar vivo y decapitarlo. Desde luego los armenios le tienen por patrono principal, y por las circunstancias de su martirio lo es también de los carniceros y curtidores.

En mis recuerdos infantiles se halla ligada la historia de San Bartolomé, patrono de mi pueblo natal, a esta coplilla que se cantaba la mañana del día 24 de agosto en el rosario de la aurora, y recoge la imagen del santo que nos ha transmitido la iconografía:

«No hay ningún santo en el cielo
que tenga la honra de Bartolomé,
porque tiene el cuchillo en la mano,
el pellejo al hombro y el diablo a los pies.
Y habéis de saber
que este Santo fue martirizado
porque predicaba nuestra santa fe».

Lo del pellejo al hombro y el cuchillo en la mano está relacionado con su martirio; lo del demonio encadenado se refiere

al milagro que hizo el santo aherrojando con cadenas al demonio que hablaba por boca del ídolo Astaroth, que engañaba a los cándidos habitantes de una de las ciudades que evangelizó.

El culto a San Bartolomé está sujeto a la crítica tanto como su propia vida. Las leyendas armenias y coptas aseguran que su cuerpo fue arrojado al mar. Teodoro el Lector y Procopio hablan de un traslado a Daras, en Mesopotamia. Gregorio de Tours dice que llegó milagrosamente a la isla de Lípari. De allí, por miedo a los sarracenos, fue transportado en 808 a Benevento, y más tarde, el año 1000, fue llevado a Roma por gestiones de Otón III, depositándolo en la iglesia de San Adalberto, en la isla Tiberina, que desde entonces se llamó de *San Bartolomeo in insula,* y llegó a ser título cardenalicio. Aunque no está claro si los beneventanos dieron las reliquias del apóstol o las de San Paulino de Nola. Sin embargo, la festividad de hoy es por esta fecha de su traslación. En la Roma medieval llegó a tener dedicadas otras muchas iglesias, lo que se explica por la gran devoción que los fieles han profesado siempre a este glorioso apóstol.

CASIMIRO SÁNCHEZ ALISEDA

Bibliografía

Acta sanctorum, 13 Junii, t.II, p.666; 24 Augusti, t.IV, p.743; t.V, p.7-108.
«Barthélemy», en *Catholicisme* (encyclopédie), I: *A-Béthel* (París 1948) cols.1269-1271.
KÜNSTLE, K., *Ikonographie der christlichen Kunst.* II: *Ikonographie der Heiligen* (Friburgo 1928) 116-120.
MÂLE, E., *Rome et ses vieilles églises* (París 1924) 138-154.

SANTA JUANA ANTIDA THOURET

Virgen y fundadora († 1826)

¿Puede una persona sufrir tanto como Juana Antida Thouret? ¿De qué pasta estaba hecha esta formidable mujer? Hay personas a quienes les sale mal algún aspecto de su vida, pero a esta pobre le salieron todos torcidos. Veamos su azarosa vida.

Esta santa fundadora de las Hermanas de la Caridad, nació el 27 de noviembre de 1765 en Sancey-le-Long, diócesis de Besan-

çon (Francia). Sus primeros años fueron un poco tristes. No gozaba de buena salud, era algo enfermiza. Cuando tenía 16 años, se le murió la madre. De esta forma, tuvo que preocuparse de ayudar mucho a su familia: a su padre y sus hermanos pequeños.

En 1787, cuando tenía 22 años, se le ocurre entrar como religiosa en la Compañía de las Hijas de la Caridad. Y fue a París. Al llegar, la maestra de novicias le preguntó de forma inocente: «¿Qué puedes hacer?». Ella contestó: «Nada».

Es decir, le parecía que ella no valía para nada. Y a propósito de esta respuesta algunos maestros espirituales hicieron serias reflexiones sobre la humildad, la autoestima y la autocompasión.

A los dos años de estar en París estalla la más grande revolución de todos los tiempos: la revolución francesa. Y ella, monja y en París. ¿Qué ocurría en esa ciudad en aquellos años? ¿Cómo podía una monja vivir en semejante lío? Repasemos un poco los apuros de la pobre Juana Antida.

— 5 de mayo de 1789. Se organizó en París un acto insospechado que no se celebraba desde 1614. La nación estaba tan entrampada, tan empobrecida, que no tuvieron más remedio que convocar los Estados Generales. Se reúnen el día 5 de mayo. Todos tratan de solucionar tan tremenda ruina. Los nobles quieren ceder sus derechos. La Iglesia quiere dar sus bienes. Todo parece que va a ir muy bien, pero las clases bajas querían otra cosa: una revolución, que las cosas cambiaran; querían que esta situación no se volviera a repetir en la vida; querían cambiar el mundo.

— 17 de junio de 1789: Empiezan los problemas. En los Estados Generales había tres grupos (clases): nobleza con 270 diputados, iglesia con 290 y el pueblo con 589. El pueblo tenía el doble número de diputados, por lo que decían que a la hora de votar no había que hacerlo por clases, sino por personas. De esta forma, siempre llevaban las de ganar. Y así se armó la primera contienda furibunda. La clase baja constituyó la Asamblea Nacional. Empezaba a sentirse un olor democrático: una persona, un voto. El rey no pintaba nada en aquella nueva organización.

— 20 de junio de 1789: La Asamblea Nacional, reunida en el frontón de Versalles, decide hacer una nueva constitución y,

de esta forma, la Asamblea Nacional pasa a ser Asamblea Constituyente porque están en la etapa de elaboración de la constitución. Empiezan los asaltos a la casa de los lazaristas con destrucción y vandalismo. El pueblo abre las cárceles y saca a todos los presos. Las masas asaltan los cuarteles y se llevan fusiles y cañones para armar al pueblo. Un joven abogado, Camilo Desmoulins, se declara «procurador general de farolas». Las farolas son las horcas.

— 27 de agosto de 1789: La Asamblea Constituyente proclama los «Derechos del hombre», antes de haberse terminado de redactar la constitución. Estos derechos son 17 artículos escritos por Lafayette. Y empiezan a declararse ilegales los conventos de religiosos.

— 12 de julio de 1790: Se firma la «Constitución civil del clero». En ella se establece que la elección de obispos y sacerdotes ha de hacerla el pueblo en el Ayuntamiento; se despoja a la Iglesia de todos los bienes y el Estado se compromete a pagar un sueldo a los clérigos, que se convertirían así en funcionarios del Estado. Los curas no quieren firmar y se arma un gran lío. Piden consejo al Papa y éste rechaza la Constitución civil del clero. Los que juraron contestan que el Papa no tiene por qué meterse en esto. Los que no quieran firmar perderán sus pagas, serán desterrados, perseguidos y muertos.

— 4 de abril de 1791: La iglesia de Santa Genoveva se transforma en un panteón pagano. Se trasladan allí los restos de Voltaire y Rousseau. Se quema por la calle la imagen del Papa. Se rompen las relaciones de Francia con Roma.

— 26 de agosto de 1791: Comienza el destierro de los sacerdotes no juramentados. En La Vendée, los católicos, con armas, defienden a sus sacerdotes.

— 30 de septiembre de 1971: La Constitución ya está terminada, por lo que la Asamblea Constituyente se convierte en Asamblea Legislativa y comienza a emitir leyes. Por entonces ya hay 400 abogados y 27 eclesiásticos juramentados, entre ellos 10 obispos.

— 26 de mayo de 1792: Los sacerdotes no juramentados tendrán 24 horas para salir de su distrito, tres días para escapar de su departamento, y un mes para abandonar el país. En

agosto se produce un asalto a las Tullerías, donde está el rey. Le llevan preso a la cárcel del Temple. Ese mismo mes quedan suspendidos todos los conventos de monjas. Empieza la vida heroica de los sacerdotes no juramentados. Tienen que vivir en el monte de mala manera; algunos son denunciados. Empieza un régimen de terror. Hay víctimas en masa, por miles. Sacerdotes y religiosos son cazados en plena calle y asesinados allí mismo. Simplemente por ser sospechosos, caen detenidos 3.000 ciudadanos. Sospechoso puede ser cualquiera.

— 21 de septiembre de 1792: Comienza la Convención. Se proclama la República, queda abolida la Monarquía. Dominan dos grupos: girondinos (con Roland) y jacobinos (con Robespierre). Se inaugura el nuevo calendario con 12 meses de 30 días. Cada mes es de tres décadas; no hay domingos.

— 21 de enero de 1793: Asesinan al rey. A las diez de la mañana llevan al rey a la plaza de la Revolución (hoy plaza de la Concordia) y lo guillotinan.

— Febrero de 1793: Cada pueblo tiene un comité revolucionario de 12 miembros, con un tribunal extraordinario de justicia. Se crea la «Junta de Salud Pública» que se ensañará con todos los sospechosos. Robespierre guillotina en París a 1.376 personas. La masacre se extiende a otras ciudades, como Nantes, y el Loira. Allí, 138 personas son ahogadas de una vez.

— 10 de agosto de 1793: En la plaza de La Bastilla hay fiesta. Proclamación de la Constitución. Colocan una gigantesca estatua de la «Naturaleza», con chorros de agua brotándole del pecho; todos beben agua de la nueva fuente de la vida. Luego van a la plaza de la Revolución y erigen la estatua de la «Libertad». Después se dirigen a la plaza de los Inválidos e inauguran otra estatua que encarna al pueblo soberano. Más tarde van al Campo de Marte, ante el altar de la patria, donde están enterrados los mártires de la libertad. Se proclama el lema de la República: «Libertad, igualdad, fraternidad». Mientras tanto, siguen los asesinatos en masa. El 16 de octubre guillotinan a la reina.

— 10 de noviembre de 1793: La diosa Razón es implantada en el altar mayor de Notre-Dame de París. Este mismo acto deberá celebrarse todos los primeros días de cada década.

— 15 de marzo de 1794: Robespierre, asustado ante tanta barbaridad, mucha de ella ejecutada por él mismo, quiere reaccionar y decreta la existencia del Ser Supremo y la inmortalidad del alma. Pero en el mes de julio los partidos de la oposición lo guillotinan.

— Febrero de 1795: Tanta barbaridad tiene que acabar forzosamente. Por estas fechas la Convención da libertad de cultos, los cuales se hacen a puerta cerrada. Poco a poco, en adelante, se abrirán los templos —hasta 20.000— que habían estado cerrados. Pero esta misma apertura trae fuertes reacciones por parte de los juramentados.

— 22 de septiembre de 1795: Napoleón sofoca levantamientos y algaradas con las tropas de la Convención. Al mes siguiente se disuelve la Convención y empieza el Directorio que dura hasta noviembre de 1799. Es una época de reconstrucción costosa. Se establecen relaciones con la Santa Sede.

— 9 de noviembre de 1799: Napoleón da un golpe de Estado y se declara primer cónsul. Inaugura el Consulado con una nueva Constitución.

¿Qué hace Juana en París, en esos años de persecución religiosa? Trabajar en los hospitales, en concreto en el hospital de Bray. Un día, por negarse a prestar juramento a las leyes impuestas por los jacobinos, un revolucionario le da un golpe tan terrible en el pecho con la culata del fusil que la deja medio muerta. Y la dejó tan mal, que aquella herida le duró toda la vida. Para ella, aquella llaga era el mejor trofeo que podía lucir como signo de su entrega a Jesucristo. Como que, repuesta del golpetazo, fue llevada a la Casa madre de París donde se vio venerada por sus hermanas, como si fuera uno de aquellos confesores que aguantaban el martirio en las persecuciones romanas.

La maestra de novicias le encargó la difícil tarea de llevar —debajo de las faldas— los ornamentos a los sacerdotes para decir la misa; éstos vivían escondidos en las casas de París y celebraban la misa como en las catacumbas. Eran otros tiempos, sin duda más heroicos que los nuestros. Heroicos porque en aquellos días podía rodar por los suelos la cabeza de cualquier rey; cuánto más fácil la cabeza de cualquier tímida monjita. De

estos servicios eucarísticos se encargaba nuestra buena amiga Juana Antida.

El año 1793 la compañía es disuelta por la revolución francesa y las monjas tienen que «salir por pies». Y nunca mejor dicho, porque Juana llegó hasta su casa, en Sancey, andando. Durante la revolución ejerció diversos servicios importantes y peligrosos: la caridad entre los más pobres y enfermos; mantuvo la fe en su parroquia, donde el párroco había sido expulsado, y fundó una escuelita para las chicas. Todo un ejercicio de valentía, porque estos servicios atendidos por religiosas estaban perseguidos.

Y tan perseguida se vio que tuvo que marchar de Francia. Se fue a Suiza y de allí a Alemania. O sea, como una náufraga, de un sitio a otro, sin lugar seguro donde meterse. Por fin, en 1799, cedió la persecución y pudo volver a su casa. Así, ese año, pudo fundar su pequeña comunidad de las Hermanas de la Caridad en Besançon, bajo la protección de San Vicente de Paúl. Y poco a poco fundó otras casas en Francia.

Se sucederán años más tranquilos:

— 1801, Juana redacta las Reglas de su congregación naciente.

— 1807, llega la aprobación diocesana de las reglas.

— 1810, tiene la aprobación civil de su congregación.

— 1810, la llama el rey de Nápoles para fundar allí algunas comunidades.

Ese mismo año le ocurre el suceso más curioso del mundo. Al ver que la congregación va por buen camino, se le ocurre a Juana ir a Roma a pedir que aprueben las reglas de su nueva comunidad. Y efectivamente, se las aprueban. Pero, cosa que suele suceder a menudo, en Roma le dicen que haga algunas pequeñas variantes en los estatutos que ella presenta. A ella le parece que aquello no tiene ninguna importancia, pero ¡oh tiempos de intransigente galicanismo!, ella, inocente y pura, no se da cuenta del lío que se va a armar contra su propia persona.

El galicanismo consistía en pensar que todo lo galo —lo francés— debía estar por encima de cualquier otra institución, incluso por encima de la propia Iglesia romana. Las reglas de la congregación habían sido aprobadas en Francia, y no se consentía que fueran cambiadas por ninguna otra instancia, ni si-

quiera por el Papa. Efectivamente, en 1819, Pío VII aprueba las Reglas de la fundación. Y empieza entonces una nueva situación dolorosa, precisamente por la redacción de las mismas reglas en que se habían introducido algunos pequeños cambios secundarios. Se le oponen frontalmente algunas personas muy enojadas que arrastran consigo al mismo obispo de Besançon, monseñor Le Coz. Dentro del instituto hay separaciones. Por fin se expulsa a la fundadora.

Juana se vio obligada a retirarse a Besançon y desde allí iba aconsejando a todas sus hijas para que perseverasen en el servicio a los pobres, en la comunión fraterna y en la obediencia al Papa. En medio de tan rotunda desolación Juana escribió esta oración, que ha pasado al oficio del día de su fiesta:

> «Oh Dios mío, soberano del cielo y de la tierra. Tú solo eres grande, santo y omnipotente, y ante ti nada puede oponerse. Levántate, haz resplandecer tu bondad y tus antiguas misericordias. Ponte entre mí y mis enemigos. He aquí que vienen para separarme del Instituto y de la familia que me ha sido confiada. Todos hacen esfuerzos para dividirla y obtener que se rebele contra mí y contra tu santa Iglesia. Están agitados contra mí, porque he sometido a tu Vicario, el Sumo Pontífice, este Instituto y la Regla que me sugeriste, para dirigir santamente todas las hijas que me has asociado.
>
> Has inspirado a tu representante sobre la tierra que lo aprobase; él está dirigido por el Espíritu Santo, que le ha hecho aprobar, además, las modificaciones que ha creído conformes a la justicia y a la equidad.
>
> En ti solo, mi Dios, he puesto mi confianza y mi total esperanza; quien espera en ti, no se verá nunca confundido».

A pesar de estar destituida y proscrita, ella siguió trabajando y fundando comunidades en Vercelli, Turín y Roma. Llena de méritos y de sufrimientos murió el 24 de agosto de 1826, en el monasterio de Ara Coeli de Nápoles.

Fue beatificada por Pío XI el 13 de mayo de 1926; y canonizada por el mismo Pío XI el 14 de enero de 1934.

Las Hermanas de la Caridad que ella fundó son hoy más de 4.000 y están extendidas en todo el mundo. Dedican su vida a una gran variedad de servicios en beneficio de los más pobres. Las Hijas de la Caridad, sus antiguas hermanas, la tienen como una de las suyas y en el día de hoy se glorían en celebrar su fiesta.

FÉLIX NÚÑEZ URIBE

Bibliografía

CASA GENERALIZIA DELLE SUORE DELLA CARITÀ, *La beata Giovanna Antida Thouret. La fondatrice delle Suore di Carità sotto la protezione di S. Vincenzo de Paoli* (Torino 1926).

LUBICH, G. - LAZZARIN, P., *Giovanna Antida Thouret. Quando Dio ha la voce dei poveri* (Roma 1981).

MEZZADRI, L., *Giovanna Antida Thouret, il coraggio della carità* (Cinisello Balsamo 1998).

— *Sainte Jeanne-Antida Thouret (1765-1826)* (París 1999).

POUX, V., *Vita popolare della venerabile suor Giovanna Antida Thouret. Fondatrice delle suore della carità sotto la protezione di S. Vincenzo de Paoli* (Roma 1907).

SUORE DELLA CARITÀ DI S. GIOVANNA ANTIDA THOURET, *Santa Giovanna Antida Thouret, fondatrice delle Suore della Carità: 1765-1826. Lettere e documenti* (Roma 1974).

SANTA EMILIA DE VIALAR

Virgen y fundadora († 1856)

En agosto de 1835 un navío francés atracaba majestuosamente en el puerto de Argel, «la ciudad blanca». Rompen a tocar las charangas militares, y, entre los vítores guturales que lanza la multitud y el estruendo de la artillería que atruena el espacio, cuatro humildes monjitas descienden al desembarcadero y pasan entre dos filas de soldados que presentan armas. Pero no se vaya a creer que estos honores son precisamente para ellas. Es que han venido en el mismo barco que trae al nuevo gobernador general, mariscal Clauzel. Con él ha hecho también la travesía el barón de Vialar, hermano de Emilia, fundadora de un naciente Instituto —las Hermanas de San José de la Aparición— que, todavía en los primeros balbuceos de su existencia, ya se siente con bríos para llevar a las gentes mahometanas de África el mensaje de Cristo, desplegando ante ellas «todas las formas de la caridad».

Emilia Vialar había visto la luz primera en la graciosa ciudad de Gaillac, que baña con sus aguas el Tarn, en el Languedoc. La ceremonia del bautizo se celebró el 12 de septiembre de 1797 en la iglesia parroquial de San Pedro, sin alegría de campanas, toda vez que, por orden del Comité de Salud Pública, durante el «terror» habían sido descolgadas para fundirlas, convirtiéndolas en cañones, aunque con el boato y esplendidez que se podían permitir sus acaudalados padres.

Allí, en una de aquellas quintas señoriales coronadas de altas azoteas, desde las que se domina un panorama encantador, se deslizaron suavemente los años de la infancia de Emilia. ¡Con qué bella plasticidad los sintetiza la escena hogareña que nos ofrece una de sus biografías! A la sombra de una espléndida acacia, la niña aprende a leer en el libro que se abre sobre las rodillas de su mamá, la baronesa de Vialar, cuya delicada salud la obliga a pasar frecuentemente los días estivales al aire libre tendida en un canapé. «El buen Dios —dice la solícita educadora a su hijita— nos ha criado. Nos ama. ¿Lo entiendes, querida mía?». «Sí», replica Emilia con todo el fervor de su alma pura.

Pero la baronesa no puede continuar su dulce y duro magisterio, y decide enviar a su hija a la escuela. La elección no es fácil. Pese al concordato que habían firmado conjuntamente Bonaparte y el Papa, aún permanecían cerradas en la ciudad las casas de enseñanza religiosa. La única institutriz de la región era una damisela que había personificado a la diosa Razón en las sacrílegas mascaradas de los pasados tiempos revolucionarios. No hubo otro remedio. Y mañana y tarde, durante seis años las calles tortuosas de Gaillac vieron pasar a una niña de grandes ojos castaños y crenchas doradas, desbordantes de su blanca cofia, que con el cestillo al brazo se dirigía a la escuela, abierta en la ciudad por aquella infeliz. Dicho se está que entre la nueva maestra y la avisada discípula no pudo establecerse jamás ninguna corriente de simpatía.

Una tarde de septiembre de 1810 la familia de Vialar llegó a París, ebrio a la sazón con el vino espumoso de las últimas victorias imperiales, para presentar a la jovencita Emilia a las religiosas de la Congregación de Nuestra Señora, fundada en el siglo XVIII por San Pedro Fourier, que regentaban el célebre pensionado de l'Abbaye-au-Bois, cuya reapertura era reciente. Cabe afirmar que éste fue el gesto postrero de su cristiana madre, quien el 17 de aquel mismo mes expiró, rodeada de los suyos, a la prometedora edad de treinta y cuatro años. Con tan acerbo dolor se inicia el Viacrucis que tendrá que recorrer intrépidamente la futura fundadora. Sin embargo, no escalará sola la cuesta del Calvario.

A los trece años hace su primera comunión en la capilla del convento en que se educa, y Jesús toma posesión del alma de la niña. No transcurren dos sin que su afligido padre reclame la presencia de la pensionista en la morada familiar de Gaillac, tan llena de entrañables recuerdos. La colegiala, hecha ya una mujercita, retorna de París. Pasa del tibio invernadero de l'Abbaye-au-Bois a la vida de frivolidad y de chismorreo de la pequeña ciudad, con riesgo de que el céfiro engañador pueda deshojar las flores primerizas de una virtud todavía tierna y de que el jansenismo reinante corte las alas a los más ambiciosos intentos de santificación. Por eso dirá Emilia refiriéndose a esta época: «Apenas si frecuentaba los sacramentos». No importa. Ya se cuidará el Señor de que la muchacha no le olvide completamente aun en medio de las vanidades y fruslerías de una existencia más o menos mundana.

> «Un día —escribe—, estando sola en la habitación, de temporada en el campo, fui como transportada en Dios. De súbito me *sentí dominada, casi deslumbrada, por una luz brillante que me envolvía.* Parecióme que ésta venía del cielo, y allá dirigí mis ojos, poniéndome de rodillas. Esto duró sólo unos instantes, si bien el gran arrobamiento que me produjo este toque de la gracia no me hizo perder en absoluto el uso de mis facultades. El favor señalado que el Señor me concedió me impulsó a tomar la resolución de pertenecerle a Él enteramente...».

La misión solemne predicada por 1816 en la iglesia de San Pedro —la primera que se celebraba después de la revolución— afianzará los generosos propósitos de la jovencita y acabará con todas las bagatelas seductoras del mundo. A partir de este año las gracias del Señor irán cayendo en lluvia incesante sobre el alma de Emilia. Una visión inolvidable pondrá la rúbrica a estos dones maravillosos.

> «Durante una visita que hice al Santísimo Sacramento —cuenta M. Vialar— de tres a cuatro de la tarde, me hallaba sola en la iglesia, orando con calma y fervor. Tenía, a lo que me parece, la cabeza un poco inclinada, debido al recogimiento. De pronto veo a Jesucristo sobre el altar. Estaba extendido: su cabeza descansaba al lado del Evangelio, y sus pies, al de la Epístola. Los brazos del Salvador se abrían en forma de cruz. Distinguía su figura y su cabellera, que le caía sobre la espalda. Una sombra cubría parte de su sagrado cuerpo; pero el pecho, costado y pies se hacían visibles a los

ojos de mi alma y no podría precisar si también a los de mi cuerpo: tan visibles como lo sería una persona que se colocara delante de mí. Mas lo que atraía más fuertemente mis miradas eran las cinco llagas, que yo veía con toda claridad, sobre todo la de su costado derecho. Yo clavaba mis ojos en ella; brotaban de la misma muchas gotas de sangre».

Tan grabada se le quedó a la vidente esta imagen estremecedora, que, en honor de las cinco llagas, prometió rezar diariamente cinco padrenuestros y otras tantas avemarías, promesa que las hijas de la fundadora continúan cumpliendo fielmente. Con todo, el horizonte de su porvenir no se aclara. Mientras tanto, el nuevo cura de San Pedro, reverendo Mercier, empieza a dirigir aquella alma elegida por los senderos de la paciencia, de la abnegación y de la caridad. De allí en adelante no se contentará con soportar los repentinos accesos de ira de su padre, ni las asperezas y desconsideraciones continuas de Toinon, la antigua sirvienta de la casa, sino que, dejando poco a poco los salones de Gaillac, se entregará al ejercicio de la más heroica caridad. Aquellas tertulias galantes —en que sólo se habla de modas y sucesos políticos— tienen que ceder el puesto a las visitas a los pobres, avecindados en sórdidos y malolientes tugurios. Y, por si esto fuera poco, cada mañana se dan cita en el zaguán del aristocrático hotelito de Emilia todas las miserias de la ciudad a despecho de las protestas exasperadas de la vieja ama de llaves. Ejercicio de la caridad que llega a su grado más alto en el terrible invierno de 1830, cuando las aguas del Tarn quedaron convertidas en una larga cinta de hielo.

Emilia se ha preparado contra cualquier contingencia, y, como la caridad es ingeniosa, ha hecho abrir una puerta con su escalera junto a la calle que bordea el muro de la casa, a fin de que sus pobres puedan tener acceso a la terraza sin pasar por el interior. Otras veces es ella, la señorita de Vialar, la que humildemente vestida, como una muchacha de servicio, recorre trabajosamente las callejas nauseabundas en que se cobijan sus amigos, acarreando pesados sacos de trigo. De seguro estos violentos esfuerzos le causaron la hernia, que, mal cuidada, habría de producirle la muerte años más tarde...

La noche de Navidad de 1832 será siempre una fecha histórica en los anales de la Congregación de Hermanas de San José

de la Aparición. Emilia, con otras tres compañeras suyas, se recluye en la casa que había adquirido, contigua a la iglesia parroquial de San Pedro, dentro del más riguroso secreto. Para entonces había muerto su abuelo, el barón de Portal, dejando a su nieta favorita una pingüe herencia de treinta millones de francos. Cabía financiar con tal suma la fundación que proyectaba. Y, al efecto, la hija ejemplar, temiendo la injusta oposición de su irritado padre, deposita sobre la mesa de su escritorio una carta henchida de ternura, con la que se despide definitivamente de aquel hogar tan querido, pero en el que tanto ha tenido que sangrar su corazón.

Desde el primer momento la fundadora se ha puesto bajo el patrocinio del bendito patriarca. En el Museo de Toulouse existe un cuadro de mediano mérito que hirió vivamente la imaginación de Emilia. Representa al arcángel anunciando en sueños a José el gran misterio de la Encarnación: «No temas tomar a María por esposa tuya, porque lo que de ella nazca es obra del Espíritu Santo» (Mt 1,20). También sus hijas, que ansían practicar la caridad del modo más excelso, llevarán hasta los últimos confines de la tierra el fausto anuncio de la Encarnación. Así viven por dos años, protegidas por monseñor De Gualy, nuevo obispo de Albi, mientras afluyen en gran número las jóvenes «a la Orden de Santa Emilia», como malas lenguas dicen. Es verdad que el Instituto no tiene todavía reglas ni constituciones. Pero para tender el vuelo sobre el mundo infiel le basta con el soplo del Espíritu Santo.

Y es que las misiones habían ejercido, de antiguo, un influjo perenne y avasallador en el ánimo valeroso a toda prueba de Emilia. «Sin que me diese cuenta de ello —escribirá—, notaba yo un sentimiento vivísimo que arrebataba mi corazón a los países infieles». Ya en las frecuentes visitas que solía hacer a su anciano abuelo en París, nunca dejaba de entrar en la iglesia de las Misiones de la calle de Bac. Por otra parte, sin salir de Gaillac, la pensativa joven tenía costumbre de visitar la iglesia del barrio de San Juan de Cartago, en la que había una capilla dedicada a San Francisco Javier. «A la edad de dieciocho años —precisa la santa— hice el voto de invocar diariamente a este gran santo». ¿Cómo no iba a ser apostólico y misionero el Instituto de Hermanas de San José de la Aparición?

Dios se valió de un desengaño amoroso de Agustín de Vialar, que se trasladó a Argelia, envuelta aún en el halo de la reciente conquista, para que éste llamase a su hermana por encargo del Consejo de la Regencia. Y allá se dirigen audazmente las monjitas para estrenarse, en una lucha desigual, contra la violenta epidemia del cólera que diezma espantosamente la población. Los musulmanes quedan prendidos en las mallas de una caridad tan extraordinaria. ¡Qué mejor premio para tantas fatigas y vencimientos que la frase que uno de ellos dice a Emilia de Vialar, señalando con el dedo la cruz que campea sobre su hábito, mientras siente la blandura de la mano que le venda las llagas!: «¡Sin duda alguna es bueno quien te mueve a hacer estas cosas!». Aquel puñado de almas esforzadas se multiplica. Todo está por hacer. Por eso, no bien desembarcó en Argel la fundadora, se apresuró a adquirir una gran casa, que vino a ser un asilo providencial —la «misericordia»— para los menesterosos y desvalidos. Emilia, como más tarde Carlos de Foucauld, quiere ser, sobre las arenas de África, el «hermano universal» de todos sus moradores. ¡Cuántas obras emprendidas y coronadas en dos años! Un noviciado, un hospital, una enfermería-farmacia, una escuela gratuita, un asilo...

Emilia de Vialar interrumpe brevemente su estancia en Argel para conseguir la aprobación de las constituciones y sellar la reconciliación con su apaciguado padre. Sin pérdida de tiempo regresa al continente africano. Ante ella se abre un esperanzador rosario de fundaciones y una cadena ininterrumpida de luchas y sufrimientos. Primero es Bona. «Será la Chantal, la Teresa de nuestros tiempos —escribe, aludiendo a la fundadora, su amiga Eugenia de Guérin—. Veréis las maravillas que obra». Luego, Constantina. Entre los árabes del interior la santa se pone a curar al jefe de las tribus del desierto:

> «Tanta es la confianza que le inspiro —escribirá Emilia—, que, al presentarle un remedio y probarlo yo antes para animarle a beberlo, me dijo con acento de persona ofendida: "¿Por qué haces eso? De tu mano yo lo tomaré sin recelo alguno"».

A finales de 1839 puede añadir a la lista de sus fundaciones dos casas más: una sobre la risueña colina de Mustafá y la otra en Ben Aknou. Al año siguiente prepara la instalación de una

comunidad en la regencia de Túnez, fuera de los límites de la protección francesa. Desde esta ciudad, tan populosa entonces como Marsella, sus hijas se derramarán por Susa, Sfax, La Marsa y La Goleta. Emilia de Vialar, andariega incansable —como la virgen de Ávila—, después de un largo periplo por Gaillac, París y Roma —donde echa los cimientos de otra fundación—, vuelve de Túnez a Argel. Una desatada tormenta zarandea el navío, que, por fin, de arribada forzosa, fondea en las costas de Malta. Aquí, emulando al apóstol San Pablo, desembarca y da cima a dos fundaciones más. Once meses permanece Emilia en aquella isla, floreciente de prometedoras vocaciones.

La voluntad de Dios se le manifiesta de mil maneras distintas. Unas veces será una tempestad. Otras, una simple carta. Como la llamada epistolar apremiante del reverendo Brunoni, misionero de Chipre, que solicita la ayuda de las Hermanas de San José de la Aparición. Las dos almas apostólicas se saludan en Roma junto a la basílica de San Pablo, y, en la imposibilidad de trasladarse ella personalmente, envía a dos religiosas para la isla, cuyos habitantes —cristianos y musulmanes— se apiñan, ávidos de contemplar a aquellos «ángeles bajados del cielo para bien de la humanidad». Ahora es Grecia la que requiere su presencia, y la fundadora no quiere ceder a nadie la gloria de capitanear la expedición. Parte, pues, con rumbo a Syra, Beirut y Jerusalén, la Tierra Santa por excelencia, a la que tan particular devoción profesan las Hermanas de San José de la Aparición por los recuerdos que allí se veneran de la Sagrada Familia. A las fundaciones apuntadas seguirán bien pronto las de Chío, Jaffa, Trebizonda, la isla de Creta y Belén. No se han agotado los nombres que resplandecen, como estrellas, sobre las aguas azules del Mediterráneo. Hay que agregar a ellos Saida, Trípoli, Erzerum. Finalmente Alepo, cuya fundación revistió caracteres de inconcebible odisea, y Atenas. Estas dos fueron las últimas, realizadas por la santa en 1854.

El Próximo Oriente ha podido admirar ya los raros ejemplos de caridad de las hermanas de la nueva Congregación misionera. Pero la mano de San Francisco Javier, el apóstol de las Indias, les señala el mar de sazonadas mieses que amarillean en los remotos campos de Asia. En 1856 el vicario apostólico de

Birmania busca afanosamente, por una y otra parte, religiosas que secunden la ímproba tarea de los misioneros. La madre De Vialar escoge a seis de sus hijas. Viaje épico el suyo. Aún no ha sido horadado el istmo de Suez. Y aquí cabalmente es donde los anales de la Congregación se tiñen con el reflejo de una página dorada, que recuerda la deliciosa ingenuidad de las *Florecillas* de San Francisco.

«Durante el viaje de Alejandría a Suez —cuenta una de las hermanas— un buen anciano se presenta a nuestras hermanas cada vez que se detiene el vehículo, diciéndoles: "Soy yo, hijas mías, no temáis; aquí estoy". Este anciano tenía una luenga barba y un bastón en la mano. Les tomaba los bultos y les ayudaba a bajar. Así hasta su embarco en Suez. Ya en el barco, el anciano dice a las hermanas: "¡Adiós, hijas mías, buen viaje! No temáis. Yo estoy con vosotras"».

África, Asia... Oceanía, la última parte del mundo, colmará los anhelos bienhechores de Emilia. En junio de 1854 el integérrimo benedictino español monseñor Serra, obispo de Perth (Australia occidental), viene a Europa con el designio de pedir a la madre De Vialar algunas religiosas para establecer un puesto en Fremantle. La fundadora, accediendo a sus deseos, envía cuatro hermanas a Londres. La santa ha echado la rúbrica a su obra. Pero ¡a costa de cuántas amarguras! Las fundaciones de Hermanas de San José de la Aparición han ido aprisionando el globo terráqueo como en una red de caridad. Que en el corazón de la madre Emilia ha tenido el cerco trágico de una corona de espinas...

Argel fue la primera y acaso la más acerada. Porque la fundadora tuvo que defender allí los derechos de su naciente Instituto no contra las hordas revolucionarias ni contra las autoridades anticlericales, sino contra el pastor de la diócesis. Monseñor Dupuch trata de inmiscuirse en el régimen interno de la congregación. La santa no cede, y su resistencia es calificada de abierta rebeldía. El prelado no perdonará medios para doblegarla: desde las amonestaciones más severas hasta el entredicho y la privación de los sacramentos. Tres años interminables de durísimo forcejeo.

> «Dios me ha dado un corazón fuerte —escribe con toda sencillez la fundadora a su insigne protector, monseñor De Gualy—; ninguna prueba me ha podido abatir en el pasado, y esta que me

aflige ahora no hace otra cosa que redoblar mi fuerza. Si debo pelear hasta la muerte, yo pelearé...».

El prelado, empero, no ceja en su actitud, y las Hermanas de San José de la Aparición se ven obligadas a dejar bruscamente Argel. Otro será el comportamiento de Emilia cuando monseñor Dupuch, a su vez, tenga que salir al destierro.

Gran corazón. Lo necesitaba la fundadora. Ya que, años más tarde, el huracán sacudirá, hasta derribarlos, los muros de la casa madre de Gaillac. Esta otra prueba tendrá una acerbidad singularmente dolorosa. Paulina Gineste, una de las cofundadoras, dilapidará los bienes de la comunidad y, en trance de tener que rendir cuentas de su pésima administración, se alzará contra la madre De Vialar y la llevará a los tribunales, terminando por traicionar a la fundadora y sembrar la cizaña entre las religiosas, varias de las cuales seguirán las tristes huellas de la hija pródiga. Es preciso dejar también aquel nido en que la Congregación ensayó sus primeros vuelos. Hay que partir para el exilio.

En 1847 la reducida comunidad se establece en un modestísimo local de Toulouse. Estrecheces, privaciones, sacrificios de todo género. La cruz seguirá proyectando su sombra sobre la casita de las desterradas. Y otra vez se repetirá la historia de Argel, con los mismos caracteres de incomprensión, reserva, entremetimiento. Se hace necesario pensar en otro puerto de refugio. Por fin, en agosto de 1852 la sufrida expedición llega a Marsella, la «tierra prometida», como la llaman acertadamente los biógrafos de Santa Emilia de Vialar. Cuatro años más tarde la fundadora, presa en un principio de violentos dolores, efecto no del cólera —como se temió— sino de la hernia estrangulada, descansará plácidamente en la paz del Señor. Había sido fiel a su lema: «Entregarse y morir».

Más de cuarenta misiones había fundado a su muerte el Instituto de Hermanas de San José de la Aparición. Y la esclarecida misionera —alma gigante que tan a maravilla supo conciliar, como Santa Teresa de Jesús, las dos vidas, activa y contemplativa— ascendió a la gloria de los altares el 24 de junio de 1951, juntamente con Santa María Dominica de Mazzarello, la cofundadora de San Juan Bosco. Los sagrados restos de la fundadora fueron trasladados en 1914 desde el cementerio de San

Pedro a la casa madre de Marsella. He aquí el homenaje póstumo de la Congregación de Hermanas de San José de la Aparición que, según el sentido epitafio, «gobernó (la santa) durante veinte años con una gran suavidad y un celo admirable».

JUAN JOSÉ PÉREZ ORMAZÁBAL

Bibliografía

BERNOVILLE, G., *Émilie de Vialar* (París 1953).
HOESL, P., *Sainte Émilie de Vialar* (Marsella 1951).
PICARD, L., *Une vierge française. Émilie de Vialar fondatrice des religieuses de Saint-Joseph de l'Apparition* (París 1924).
TESTAS, P., *Histoire abrégée de la vie de la Bienheureuse Émilie de Vialar, fondatrice de la Congrégation des Soeurs de Saint-Joseph de l'Apparition (1797-1856)* (Marsella 1939).
— *La vie militante de la bienheureuse mère Émilie de Vialar, fondatrice de la Congrégation des Soeurs de Saint-Joseph de l'Apparition, 1797-1856* (Marsella [2]1939).
• Actualización:
CAVASINO, A., *Emilia de Vialar: «Manifestare a tutti la tenerezza di Dio». Fondatrice delle Suore di S. Giuseppe dell'Apparizione, una Congregazione missionaria* (Roma 1990).
RICHOMME, A., *Sainte Émilie de Vialar, fondatrice des Soeurs de Saint-Joseph de l'Apparition* (París 1990).

SANTA MARÍA MICAELA DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO DESMASIÈRES

Virgen y fundadora († 1865)

La situación, en la pobrísima casita en que Santa María Micaela había acogido a un grupo de desgraciadas muchachas, era humanamente desesperada. Todas estaban enfermas, por haberse contagiado con la gripe. La fundadora, en un arranque de sobrehumana fortaleza, atendía, ayudada en ocasiones por los propios médicos que se sentían sobrecogidos ante tamaña grandeza, a las enfermas. Por otra parte, el dinero faltaba de manera angustiosa, y por si fuera poco, cuando la situación era más negra, uno de los mayores acreedores de la casa se había presentado a reclamar airadamente su dinero, y había amenazado con el embargo.

Entonces se veían aparecer a la puerta de la casa, y detenerse un momento, los coches señalados con el escudo de las más nobles casas de Madrid. Desde dentro, sin bajar, preguntaban sus ocupantes al portero:

—¿Vive la superiora?

—Sí, señor. Vive aún.

—Pues dígale usted de mi parte que como ella se ha querido todo esto, y lo hace por su gusto, que lo sufra.

No es más que una anécdota. Pero como ésta, podrían contarse a centenares. El estampido que en la buena sociedad madrileña causó la decisión de Micaela Desmasières López de Dicastillo y Olmedo, vizcondesa de Jorbalán, de ponerse al servicio de las pobres mujeres caídas y consagrarse a la tarea de redimirlas, era tal que, usando frase ignaciana, podríamos decir que «el mundo no tenía oídos para escucharlo». Su familia, horrorizada, deja de tratarla; sus antiguas amistades, le vuelven la cara. Personas que le debían favores, le niegan la más mínima ayuda, porque aquello no tiene ni pies ni cabeza y se va a deshacer de un momento a otro. Por encima de todo esto, Micaela del Santísimo Sacramento se mantiene firme con una grandeza de ánimo, con un espíritu de fe tan colosal, que su figura, nos atrevemos a afirmarlo rotundamente, es una de las más colosales de todo el santoral cristiano.

En la flor de la edad, a sus cuarenta y tres años, muere inesperadamente el padre, teniendo Micaela que interrumpir la educación que venía recibiendo en las ursulinas de Pau. Poco después es su hermano Luis el que en un accidente, una caída de caballo, muere en Toulouse. Su hermana Engracia, a la que una niñera imprudente llevó a presenciar la ejecución de un reo, empieza a dar muestras de perturbación mental, y termina trastornándose por completo. Su hermana Manuela, que sobreviviría a tantas desgracias, hubo de marchar al destierro, a causa de las ideas legitimistas de su esposo.

En medio de todas estas tribulaciones, María Micaela recibe una educación excepcional. Se le enseña no sólo lo que es costumbre que aprendan las señoritas de buena sociedad en aquel tiempo, sino otras muchas cosas que le han de ser excepcionalmente útiles en su futura vida de fundadora. Aprende también a familiarizarse con el dolor y la humillación. Después de tres años de limpio noviazgo, pues ella «no entendía muy bien de bodas», con un joven piadosísimo, hijo de los marqueses de Villadarias, cuando iba a celebrarse la boda se rompe el compro-

miso por cuestiones de intereses. El paso humilla a Micaela y la lanza por vez primera a la maledicencia madrileña. Ella, en sus memorias, maravilloso documento de espontáneo y naturalísimo estilo, resumirá aquel noviazgo diciendo que «todo era tomarnos cuenta de los rezos [...] y quién hacía más oración».

Pero esta extraña escuela del noviazgo, para una fundadora, se va a hacer más extraña aún cuando, muerta su madre, María Micaela acompañe a su hermano primero a París y después a Bruselas. Durante su estancia en estas dos capitales europeas, Micaela se verá obligada a hacer una vida verdaderamente extraña. La dirección de un santo jesuita, el padre Carasa, a quien su madre la ha dejado encomendada, le servirá de seguridad en dificilísimos trances. El hecho es que ha de madrugar muchísimo para hacer su oración y recibir la comunión, que toda su vida fue cotidiana. Que ha de aprovechar la mañana para sus obras de caridad. Pero que luego ha de sentarse a la mesa, acompañando a sus hermanos, y con frecuencia invitados del cuerpo diplomático, ha de salir de paseo a caballo y ha de pasar la noche entre teatros, tertulias y bailes. Nadie podía sospechar que al dolor intensísimo que le causaba su enfermizo estómago (tuvo diagnosticado el cáncer por mucho tiempo) añadía ella la aspereza de un cilicio. Ni podían sospechar tampoco, quienes la veían en la platea, que los anteojos que ella llevaba estaban dispuestos de tal manera que, aun mirando fijamente al escenario, nada se alcanzara a ver.

Su vida en París y en Bruselas fue una siembra ininterrumpida de maravillosa caridad. Pobres, enfermos, necesitados, iglesias desmanteladas..., por doquiera hubiese una necesidad, encontraban inmediato remedio en la espléndida vizcondesa. Un anecdotario copiosísimo y edificante nos demuestra la extraordinaria capacidad, hasta humana, de una mujer que sin desatender en lo más mínimo sus obligaciones (se obligó con voto a obedecer a su cuñada), desplegaba una pasmosa actividad al servicio del prójimo.

Un episodio extraño nos va a dar la medida de su extraordinaria figura. Volviendo hacia España, quiso su cuñada detenerse una temporada en Burdeos. También allí se significó María Micaela por su ejemplaridad. Un día reciben una extraña invita-

ción: el cónsul de España les ruega que vayan a tomar el té a su casa. Ellas oponen algunos reparos, y el cónsul les explica que es el señor arzobispo quien se lo ha pedido porque quiere hablar con Micaela, y no le parece oportuno ni discreto acudir al hotel en que se hospedan. Dicho y hecho: se reúnen, comienzan a conversar y el arzobispo pide a Micaela... algo verdaderamente inaudito para una muchacha seglar.

María Micaela venía oyendo la misa que celebraba un canónigo español en la iglesia de unas religiosas, sin caer en cuenta de la situación en que se encontraban. El arzobispo le abrió los ojos: contagiadas por el jansenismo, las religiosas estaban en franca rebeldía contra él, y ésta era la razón de que allí no se celebrara misa. Pedía a Micaela que interviniera para que aquella situación cesase. Y Micaela intervino. Ella nos ha contado lo que sucedió, que llega a lindar con lo increíble. Recibida con frialdad, se gana primero el ánimo de la superiora, habla después a toda la comunidad reunida, entrando para ello en clausura, llega a convencerlas de que acepten hacer unos ejercicios espirituales, preside la comunión final, con su traje seglar, en medio del coro, en lugar de la superiora, convence a un pequeño grupo que aún se resistía, y marcha de Burdeos dejando a las religiosas enteramente reconciliadas con Dios, y despidiéndola con lágrimas.

El encuentro más decisivo de su existencia iba a tener lugar en forma inesperada y claramente providencial. El padre Carasa le había encomendado, al quedar sola en Madrid, que alternara con una señora de la que Micaela, extraordinariamente parca en alabanzas, nos dice que «era santa»: María Ignacia Rico de Grande. Esa señora la llevó un día al hospital de San Juan de Dios, donde, según nos dice Micaela, «sufre el olfato, la vista, el tacto, los oídos». «Todo tiene allí su especial mortificación y es un jardín de muchas virtudes que practicar». En efecto, al hospital se acogían las pobres mujeres de la calle, al caer enfermas de sus más repugnantes enfermedades. Micaela nada sabía ni de la existencia de tales mujeres, ni mucho menos del trato vil que la sociedad culpable les daba después de haberlas corrompido.

Aquella visita fue para ella una revelación. Y cuando vio la situación, no sólo del hospital, sino, lo que era muchísimo más trágico, la que les esperaba a la salida del mismo, no pudo me-

nos de pensar que había que hacer algo. En este o aquel caso concreto las dos amigas consiguieron hallar un remedio. Pero hacía falta más: una casa en la que poder acoger a aquellas pobres mujeres, prevenir en lo posible las caídas, remediarlas cuando ya habían ocurrido.

Y así se hizo. En una insignificante casita inició María Micaela su maravillosa obra de caridad. La Comisaría de Cruzada le ofreció alguna ayuda. Se formó una junta y se preparó un sencillísimo reglamento. Pero claramente se veía que aquello no podía seguir en manos mercenarias, y que únicamente quien lo hiciera por Dios podría soportar las dificultades, las humillaciones, los desprecios que el trato con aquellas mujeres aparejaba.

Se produjo entonces uno de los episodios más dolorosos de su vida: se hicieron cargo de la casa unas religiosas francesas. Pero, desgraciadamente, pronto se vio que no habían sido leales ni en los ofrecimientos, ni en las obligaciones que habían asumido. Contra lo que habían afirmado, no tenían práctica ninguna de aquella clase de apostolado. Por otra parte, en la vida económica de la casa había muchos aspectos oscuros, obedeciendo, al parecer, a compromisos con la casa central. Lo cierto es que la situación se hizo insostenible; Micaela, apoyada por la autoridad eclesiástica que le daba plena razón, hubo de recurrir a medios extremos, y mientras, en medio de un griterío espantoso, con la casa rodeada por la fuerza pública, salían las religiosas, Micaela se hacía cargo de nuevo de las muchachas allí acogidas.

Con sobrecogedora grandeza de ánimo hizo frente a la situación. Pensando seriamente las cosas vio que Dios la llamaba a aquella tarea. Dejó su casa, se quedó a vivir con ellas, e inició ya de lleno su espléndido apostolado.

Y empieza una vida en la que, sin paradoja alguna, sino con toda verdad, se puede decir que lo sobrenatural es enteramente natural. No hay una peseta en casa, y ni siquiera carbón para encender la lumbre. A media mañana llega un religioso filipino, visita el colegio, y, entusiasmado, regala tres onzas de oro. La comida de aquel día es espléndida, y las colegialas piensan que el encender tan tarde la cocina ha sido... una broma de la superiora.

Cuando la calumnia llega hasta el mismo arzobispo de Toledo, se presenta el cura de la parroquia para quitar el Santísimo

de la casa. Micaela pide al Señor que no consienta en irse, y el ánimo del cura cambia por completo después de estar un rato de rodillas. Emocionado, se ofrece para todo lo que haga falta.

En una época de su vida un confesor duro de carácter, el padre Labarta, querrá poner coto a tantas maravillas, y le prohibirá hacer uso de lo que Dios Nuestro Señor a cada paso le revelaba. Imprudente medida que ocasiona conflictos curiosísimos. «Va a haber fuego en el altar», avisa el Señor. Y la santa no puede hacer nada que no sea disponer con disimulo un poco de agua a mano. «Te van a envenenar», y ella, ante la prohibición del confesor, se ve obligada a empezar a tomar la taza que contenía el arsénico, hasta que, ante lo repugnante del gusto, piensa que también sin revelación habría dejado aquello, y lo deja. Pero la obediencia le costará una enfermedad gravísima, y quedar al borde de la muerte. Felizmente no todos los confesores eran como el padre Labarta, y la figura celestial de San Antonio María Claret vendría en su auxilio y la ayudaría maravillosamente en los últimos años de su vida.

No hay palabras para explicar el grandioso heroísmo de la caridad de la santa. Tenía un carácter fuerte, por otra parte verdaderamente necesario si había de sacar adelante una fundación en la que se encontraban unánimes a la hora de rechazarla todos, los buenos y los malos.

Tuvo la persecución de los malos. Era lógico. Con el puñal, con el veneno, con el incendio, con la calumnia, con el pasquín, con el periódico..., con todos los medios. Repetimos que era lógico. Hombres poderosos, que se veían privados, por el bienhechor influjo de la santa, de las mujeres de quienes habían hecho objeto de su pasión, no dejaban piedra por mover a la hora de perseguirla. Temporadas enteras hubo de dormir vestida, pensando que de un momento a otro se vería asaltada la casa. Su valor fue, sin embargo, tan extraordinario que consta de alguna ocasión en que llegó a presentarse, sola e indefensa, en una casa pública, a trueque de arrebatar de allí una pobre mujer a la que retenían contra su voluntad, escena ésta inmortalizada por Tomás Borrás.

Pero acaso le tuvo que doler muchísimo más, y sin acaso, la persecución de los buenos. Un día es su mismo confesor, el padre Carasa, que, dando oídos a una hipócrita, se muestra duro y

desdeñoso con ella y se niega a atenderla. Otro día, un crédulo arzobispo, que organiza una inaudita escena, en la que insulta y rebaja hasta lo increíble a la santa. Otro, su propio Ordinario que, dando oídos a las habladurías, intenta retirar el Santísimo Sacramento de la casa. Ocasión hubo en que ella misma confesó tener enfrente prácticamente a todo el clero de Madrid.

Fue calumniada aun en las mismas cosas en que ni siquiera apariencia pudo haber de nada malo. Así, sus relaciones con Isabel II. Se obligó con voto a no pedir jamás a la reina absolutamente nada, ni para sí ni para los demás. Rehusó sistemáticamente hablar con ella de cosas que no fueran de Dios. Y a pesar de todo, se vio acusada de formar parte de la camarilla, de influir en la política, de fomentar aquellas relaciones, aceptadas por ella exclusivamente por obediencia y con una repugnancia grandísima.

Pero lo más maravilloso es y será siempre su trato con las pobres mujeres. El dominio de su naturaleza, en el cuidado de las llagas más purulentas, en la aceptación de los insultos más procaces, en la constancia y en la humillación, sobrepasa lo que puede explicarse. La pluma no encuentra palabras para ponderar la caridad admirable ejercitada por la santa a lo largo de su vida. Pero cuando recogemos los testimonios de quienes presenciaron aquellas escenas, los ojos se nos llenan de lágrimas. Parece imposible, e imposible sería sin la acción de la divina gracia, que una mujer de alcurnia sirva en los más viles menesteres a tan pobres desgraciadas. Que acepte, sin una vacilación, el constante peligro del contagio. Que salga a recoger, por las calles de Madrid, el insulto y la befa para pedir una limosna. Alhajas vinculadas al recuerdo de su madre, recibidas de la familia real, cargadas de historia de España, pasaban a las sórdidas manos de los prestamistas, a un precio irrisorio..., porque las colegialas tenían que comer y no había en todo Madrid quien quisiera dar a Micaela una sola peseta.

> «En 1850 me vine al colegio, a dirigirlo yo misma, pero me parecía que no había de poder hacer el gran sacrificio que me proponía. ¡Me hallaba tan sola [...], tan triste [...], tan despreciada de todos!».

Sola, triste y despreciada. ¡Qué tres adjetivos! Humanamente era imposible pensar que alguien quisiera compartir con ella

aquella vida. Pero cuando las obras son de Dios se hace posible lo imposible, pues él nos dijo que había venido a confundir la sabiduría de este mundo con la locura que él traía del cielo. En efecto, con vacilaciones, con deserciones dolorosísimas, pero con seguridad absoluta, el minúsculo grupo de personas que la ayudaban se fue ensanchando más y más, y quien nunca pensó en ser fundadora, se encontró un buen día al frente de una naciente congregación religiosa: las Adoratrices del Santísimo Sacramento y de la Caridad.

Durante mucho tiempo estuvieron viviendo sin regla escrita ni normas, pero con una observancia tal y un fervor tan grande que se traslucía al exterior y atraía las vocaciones. El 6 de enero de 1859, festividad de los Santos Reyes, hicieron los votos simples Micaela y sus siete primeras compañeras. El 15 de junio de 1860 emitió Micaela sus votos perpetuos. Poco a poco se fueron ordenando todas las cosas y se inició la expansión del instituto. Primero, a Zaragoza. Después a otras muchas poblaciones españolas que las llamaban con interés: Valencia, Barcelona, Burgos, etc.

También en estas fundaciones le esperaban episodios parecidos a los de Madrid. Hubo defecciones dolorosísimas, como la de la superiora de Valencia. Y embrollos humanamente insolubles. En cierta ocasión escribía a sus hijas de Madrid desde Zaragoza: «Dudo yo que haya superiora ni más acusada, ni más calumniada, ni más reconvenida. ¡Te aseguro que desmenuzan mis acciones!».

Pero entre tantas dificultades el instituto se había consolidado y la madre Sacramento podía entonar el *Nunc dimittis.* Por tres veces, en 1834, 1854 y 1855, había hecho frente a las epidemias, que la habían respetado.

Ahora, en 1865, el cólera había estallado en Valencia. Ella sabía que le esperaba la muerte, y mil indicios lo demostraron: su empeño en recorrer todas las casas, lo solemne y triste de las despedidas, el estilo de algunas cartas... y otros mil indicios no dejaban lugar a dudas. Y, en efecto, ella marchó serenamente hacia la muerte.

La casa de Valencia estaba en necesidad extrema. Pero al ver llegar a la madre todas se alegraron inmensamente. Una pena,

sin embargo, le esperaba: una de las chicas del colegio acababa de cometer un sacrilegio cuando ella llegó. Deshecha en llanto, se postraba en la tribuna de la capilla exclamando: «¿Cómo, Señor, has podido consentir tamaña ofensa en tu casa? De haber previsto tanta infamia, ¿hubiera abierto yo jamás el colegio?».

Pronto se presentó la enfermedad. «Es la última», dijo a su confesor con entera seguridad. La última, y la más dolorosa. Calambres casi continuos, acompañados de dolores agudísimos. El médico declaraba, asombrado, que nunca había visto sufrir tanto con tan extraordinario ánimo. Por fin, suavemente, abrió sus ojos, los elevó hacia el cielo y murió. Eran las doce menos siete minutos del 24 de agosto de 1865.

A las cinco de la tarde del día siguiente, sin ningún aparato, fue depositada en el nicho número 2143 del cementerio de San Martín. Harto fue conseguir que no la enterraran en la fosa común, como a las demás víctimas de la epidemia. Veintiséis años más tarde el cuerpo fue llevado a la casa de la congregación en Valencia.

La heroicidad de sus virtudes fue proclamada en 1922. Su beatificación tuvo lugar en 1925 por el papa Pío XI, que también la canonizó en 1934.

LAMBERTO DE ECHEVERRÍA

Bibliografía

AAS 17 (1925) 292-296; 26 (1934) 160-164.

ANGELO ROMANO DI SANTA TERESA, *La Beata María Michelina del Sacramento* (Roma 1925).

BARRAQUER Y CERERO, E., *La siempre calumniada* (Madrid ²1955).

BORRÁS, T., *La esclava del Sacramento (Biografía dramática en ocho capítulos)* (Madrid 1943).

CASTELLAMARE, A. DE, *Perfiles eucarísticos de Santa María Micaela del Santísimo Sacramento (Madre Sacramento)* (Madrid 1934).

FERNÁNDEZ, C., *El Beato Antonio María Claret* (Madrid 1945).

VEGAS, I. DE, *Alma de oración y de apostolado. Santa Micaela del Santísimo Sacramento* (Madrid ²1954).

• Actualización:

Historia del Instituto de Adoratrices Esclavas del Santísimo Sacramento y de la Caridad (Madrid 1995-1999), 4 vols.

PASCUAL RODRÍGUEZ, F., *Santa María Micaela. Correspondencia* (Madrid 1999).

Santa María Micaela del Santísimo Sacramento. Autobiografía (Madrid ²1992).

TOFFOLI MOYANO, M., *Estoy contigo. Pensamientos de Santa María Micaela del Santísimo Sacramento* (Madrid 1984).

VEGAS, I. DE, *El Santísimo y Santa María Micaela* (Badajoz 2002).

BEATA MARÍA DE LA ENCARNACIÓN (VICENTA) ROSAL

Virgen y fundadora († 1886)

Nació en Quezaltenango, Guatemala, el 26 de octubre de 1820, y al día siguiente fue bautizada con el nombre de Vicenta. Creció en un ambiente cristiano, donde Dios era lo primero. Hasta los últimos días de su vida recordará con alegría y devoción su primer encuentro con Jesús-eucaristía porque desde entonces se consagró a Dios y comenzó a sentirse atraída por la perenne presencia de Cristo en el Tabernáculo. Toda su vida fue profundamente eucarística.

De su adolescencia escribirá, ya religiosa, por orden de su confesor.

> «Cumplidos mis quince años y encontrándome en este tiempo inmersa en las vanidades, una hermana mía, temiendo mi perdición, me decía que profundizase en las promesas bautismales y me explicaba lo que ellas contenían, haciendo nacer en mí buenos propósitos [...] Yo me proponía enmendarme diciéndome a mí misma: "Viste elegantemente ahora, que cuando tengas veinte años llevarás el hábito de alguna Tercera Orden"».

No exagera sobre la vanidad de su juventud; cuando mira su pasado desde su vida de intimidad con el Señor y de entrega total a él, lo ve con ojos iluminados por la contemplación.

A los quince años siente la llamada a la vida religiosa. Vicenta no es amiga de introspecciones minuciosas, de vacilaciones o rémoras; cuando la voluntad de Dios se le manifiesta, ella la sigue sin dudar. Su vocación es una palabra de luz: Belén. La seguirá con la docilidad y sencillez de los pastores y los magos. El uno de enero de 1838 entra en el Beaterio de Belén en Guatemala, existente hacía dos siglos bajo la jurisdicción de los PP. betlemitas, Orden hospitalaria fundada por San Pedro José de Betancur.

Inspirado por Dios e impulsado por el deseo de responder a las necesidades urgentes de la Guatemala de su tiempo —mediados del siglo XVII—, San Pedro José de Betancur, originario de Vilaflor (Tenerife), reúne un grupo de compañeros de la Tercera Orden de San Francisco para ofrecer un servicio humilde y caritativo a los enfermos convalecientes que se veían obli-

gados a abandonar los hospitales y no encontraban, por sus condiciones de pobreza, los medios para recuperar totalmente la salud; para ayudar a los indígenas discriminados, a los negros esclavizados en las minas y a los niños que, abandonados a sí mismos, jugaban por las calles y plazas de la ciudad de La Antigua de los Caballeros. En 1658 inicia una obra a la que llama «la pequeña casa de la Virgen» —más tarde, Hospital de Belén—, lugar muy modesto donde se ejerce una caridad sin límites. El 25 de abril de 1667 el hermano Pedro muere, trazando en su testamento las líneas espirituales y normativas de la «Compañía de la Misericordia», familia betlemita de la primera hora que, confiada por Pedro a fray Rodrigo de la Cruz, se constituye en congregación.

En 1668 fray Rodrigo, fiel a los deseos de Pedro José de Betancur, da inicio a la obra de hospitalidad para la rama femenina de la Orden, aceptando el ofrecimiento de dos viudas para atender a los convalecientes. En una pobre casa inician una vida regida en todo por las Reglas de los betlemitas, enteramente entregadas al servicio generoso a los enfermos.

Casi dos siglos después, Vicenta Rosal, providencialmente conducida por Dios, llama a las puertas del beaterio. Va animada por un generoso espíritu de donación y de servicio, pero bien pronto sufre una gran decepción. Las «beatas», que, aprobadas juntamente con los padres, habían estado siempre bajo su dirección y gobierno, se dedicaban a curar a los enfermos convalecientes y dirigían una escuela de niños, pero... el fervor de sus orígenes se había enfriado. Vicenta entra en Belén atraída por el Dios Niño y por su Misterio de humillación y pobreza. En su humildad, está lejos de imaginar que Dios la ha llevado allí para hacer «florecer el desierto»; para reformar e infundir alma y vida a la obra nacida en el corazón del hermano Pedro.

Se da cuenta de que en el beaterio hay mucho espíritu de mundo, no se guarda bien la clausura, se frecuenta demasiado el locutorio, no se vive en recogimiento ni las educandas son convenientemente separadas de las monjas. Advierte la diferencia entre el beaterio y el convento de Santa Catalina que, visitado por ella antes de su ingreso en Belén, había encontrado envuelto en silencio y oración. Comienza a estudiar la historia de la

Orden betlemita, admira la vida generosa de Pedro y sus compañeros y oscila entre el deseo de quedarse en Belén, fiel a la llamada inicial, y el de pasar a Santa Catalina en busca de una vida más acorde con sus ideales y anhelos. Aconsejada por su confesor, decide comenzar el noviciado. Viste el hábito el 16 de julio de 1838, en una ceremonia presidida por fray José de San Martín, prior del convento de los betlemitas. Esta ceremonia de la vestición de Vicenta, que desde este día toma el nombre de María de la Encarnación del Sagrado Corazón de Jesús, está llena de presagios, parece como si recibiera la consigna de prolongar en el tiempo la espiritualidad de la Orden...

En el noviciado se dedica a la meditación y a la oración. Crece en ella el deseo de mayor recogimiento y austeridad. Pero teme que, terminado el noviciado, Belén no pueda ofrecerle el clima de vida religiosa auténtica que ella desea para sí y para quienes vivan con ella. El confesor la anima nuevamente a hacer la profesión, y el 26 de enero de 1840, fiesta de Nuestra Señora de Belén, patrona de la Orden, emite los votos de «castidad, pobreza, clausura y hospitalidad con los pobres»... La profesión no viene a acallar sus deseos de mayor perfección; es aún más constante la lucha entre la realidad y sus ideales. Su salud se resiente. Debilitada físicamente y bajo la influencia del ambiente, confesará con humildad que palpa en sí las mismas debilidades de sus hermanas, y se acusa de ceder a las conversaciones inútiles en el locutorio. Tal situación se le hace insoportable, se debate entre el fervor y la languidez espiritual. Presa de temor decide, de acuerdo con la priora y el confesor, pasar al convento de Santa Catalina, en julio del 1842.

Se podría pensar que el anhelado convento se le abre como un puerto de paz; mas no es así. Goza, sí, del clima propicio de la oración, del orden y del silencio contemplativo, pero el recuerdo de Belén la acompaña y todo cuanto encuentra de bueno lo desea para Belén. No es que sea inestable o superficial; ella se muestra siempre dueña de sí, de carácter fuerte y decidido, segura en su vocación. La realidad es que Dios la ha escogido para realizar en Belén una obra de reforma, y la permanencia en Santa Catalina le debe servir para comprender que cuanto de bueno ha descubierto allí es posible en el beaterio.

Ella no se opone a los planes de Dios; se abre dócilmente y responde a la acción divina. Retorna y es acogida por las monjas con amor y alegría. «Desde entonces —escribe—, no deseé ningún otro convento».

Rica de dones de naturaleza y de gracia, comienza a recibir en el beaterio cargos de responsabilidad. En 1849 es elegida Vicaria y se le confía la dirección del noviciado. Para el doble encargo de erradicar abusos en la comunidad y de sembrar en el corazón de las novicias la Palabra de Vida, se aconseja de sabios y prudentes religiosos, dominicos y jesuitas. Siempre se mantendrá dócil a la acción del Espíritu que se le revela a través de los confesores y directores. En 1855, la madre María de la Encarnación, mujer equilibrada, firme, serena y de gran ascendiente sobre las jóvenes, fue elegida priora.

La experiencia de dirección del convento y sus frecuentes diálogos con el P. Orbegozo, SI, la hacen ver la necesidad de elaborar las constituciones, ya que el librito con el cual la comunidad se rige espiritualmente es una síntesis de las Reglas de los PP. betlemitas, y está lleno de minuciosas normas, pero carente de sólida y densa espiritualidad.

Recurre al arzobispo para pedirle las constituciones, y él, sabiamente, le responde que lo mejor es que las escriba ella, aconsejada de sus hermanas; las jóvenes son las más dispuestas a ayudarla, mas no tienen experiencia, así que la madre decide: «Me aconsejaré con Dios, que es la persona mejor para conocer las necesidades, y en su nombre comenzaré a escribir». Ante el rechazo de algunas hermanas más ancianas, decide esperar la ocasión y el lugar propicio. Las constituciones que ella escribe, en nada alejadas del espíritu del fundador, son observadas por primera vez en Quezaltenango, cuna de la Reforma, y después en Cartago. Comienza así a cumplir la misión de su vida: reformar y prolongar en la Iglesia la obra de San Pedro José de Betancur.

Reelegida priora, y continuando el rechazo de muchas hermanas mayores, ve llegada la hora de salir del beaterio para implantar en otro lugar las nuevas constituciones. Se dirige con sus monjas, la mayoría jóvenes, a La Antigua (Guatemala), cuna de la Orden. Pero, habiendo enfermado en el camino, se ve

obligada a retornar al beaterio, donde es acogida con afecto por las monjas que, aunque no desean ser reformadas, admiran, estiman y reconocen la virtud de la madre; verdaderamente, es admirable la fortaleza que ella manifiesta en estas circunstancias. Sufre una agonía como la de Jesús en Getsemaní, pero repite en su angustia: «No busco reposo, sino cruces». El proyecto de la reforma está fijo en su mente; la contrariedad sufrida no la hará desistir. Pacientemente, con amor, aguarda la hora de la Providencia.

Su vida espiritual crece y se fortifica, su oración es más frecuente e intensa, su relación con el Señor es de verdadera intimidad. Cristo se le comunica por medio de mociones interiores, locuciones, gracias especiales y el deseo vivo de reparar las ofensas de los hombres, particularmente la violación de los diez mandamientos.

Es fuertemente atraída a la humanidad de Cristo, contemplada en los momentos de la Pasión que más profundamente conmueven. La agonía de Getsemaní constituye el punto central de su contemplación; así se adentra en la consideración de los dolores íntimos de su amado Señor. Tanto acompaña y consuela a Jesús, que él la hace su confidente y le revela diez de sus dolores más profundos:

— Ver al Eterno Padre gravemente ofendido.
— La herejía extendida por todo el mundo.
— La apostasía de los cristianos.
— El olvido de sus beneficios.
— El desprecio de su gracia.
— El desprecio de sus sacramentos.
— La frialdad e indiferencia de los suyos.
— El escándalo y el sacrilegio de los sacerdotes.
— La violación de los votos por parte de las esposas de Cristo.
— La persecución de los justos.

Comprende que el Señor desea ver promovida en la Iglesia la devoción y el culto especial a los «dolores íntimos de su corazón». Toda su vida está como sellada por esta devoción que asume las características de una espiritualidad propia y la coloca entre los más célebres amantes del Sagrado Corazón.

La fisonomía, la personalidad y los valores de madre María Encarnación giraron siempre en torno al vértice de su experien-

cia evangélica: consolar los Dolores del Corazón de Jesús. Dios, que la había escogido para una misión especial, le concedió las gracias para darle nuevo impulso. Así, ella recibió el don de contemplar y reparar el dolor del corazón de Cristo, poniendo esta dulce tarea como inspiración de toda su obra. En la madre todo era reparación: oración, trabajo, sufrimiento, enfermedad; todo lo aceptaba como manifestación de la divina voluntad. Remediar el dolor causado por el pecado fue la herencia espiritual que dejó a su Instituto como misión a través de la cual debería orientar su vida y su acción apostólica. Quiso que sus hijas, experimentando esta presencia habitual del misterio del Corazón de Jesús, la comunicasen a los otros. Por eso, en la síntesis espiritual de sus constituciones, les dice:

> «Os confiaréis por completo al Sagrado Corazón de Jesús, dedicándoos a honrarlo, desde su cuna en el portal de Belén, así como a su Santísima Madre y a nuestro Padre San José, tomándoles como patronos, abogados y protectores ante Nuestro Señor».

En el amor y el culto al Corazón de Jesús en su dimensión reparadora, madre Encarnación encontró la «perla preciosa», el «tesoro escondido» por el cual donó generosamente su vida al servicio del Reino de los cielos. Con este don enriqueció a su Instituto y a la Iglesia. La misión reparadora la recibió en un momento de oración profunda e intensa la noche del Jueves Santo de 1857. Lo narra así en su autobiografía:

> «Nuestro Señor quiere valerse de mí, la criatura más infeliz, para iniciar una obra que otra habría hecho mejor pero que yo entendía me confiaba». Y añadía: «Mientras oraba, oí una voz interior que me decía: "No veneráis bastante los dolores de mi Corazón". Desde aquel momento no pensé en otra cosa».

Se ofreció al Señor prometiéndole aceptar sufrimientos y trabajos para promover esta devoción. Después de consultar a su confesor y otras personas importantes, convencida de que esta nueva devoción no se oponía a la tradición de la Iglesia, se dedicó con todas las fuerzas de su alma a establecerla y difundirla como medio para enriquecer la fe y sobre todo para cumplir la voluntad de Dios, que tanto amaba. Madre Encarnación —dice uno de sus biógrafos, el padre Broto— no fue solamen-

te la fundadora de los «dolores íntimos», sino también su principal propagadora. Compuso varios ejercicios piadosos en honor del Corazón dolorido de Jesús, y promovió su fiesta, pensando en una celebración que tuviera como fin poner remedio al pecado de la humanidad.

Todas las virtudes heroicas de la madre Encarnación fueron iluminadas por el amor inmenso al Sagrado Corazón de Jesús, fuerza que la impulsaba a transformar su vida en un acto de reparación: su fe imbatible, su espíritu de oración, la fuerza que la acompañó siempre, su caridad, su esperanza, que no decaía ante las mayores dificultades, y muchas otras virtudes, muestran la continua presencia de Dios en su vida.

> «La madre —afirma el citado biógrafo— vive dominada amorosamente por la presencia de Dios. En todo y para todo lo menciona y lo tiene presente, siempre en actitud de fe, de reverencia, de sumisión y de amor».

Fue en Quezaltenango, su ciudad natal, donde pudo llevar a buen fin su tan amada reforma de Belén. Allí se evidencia su amor y espíritu de servicio a la Iglesia porque, para subvenir a las necesidades de la juventud femenina de entonces, sacrifica aquello que tanto ha amado y defendido: la clausura y la condición de religiosa contemplativa. Allí se ve afectada por la tormenta revolucionaria que golpea Guatemala. Madre Encarnación desea, sobre todo, vincular su vida, las de sus hijas y educandas al sentir de la Iglesia, expresado en las normas de los legítimos pastores. Por eso, primero en Guatemala y después en Costa Rica, desafía valientemente las exigencias de los gobiernos radicales, perseguidores de una Iglesia a la que ella quiere amar y servir como hija fiel. En 1855, la reformadora de la Orden betlemita inició formalmente su trabajo religioso por la comunidad, fundando en Quezaltenango dos colegios, pero su obra fue interrumpida al iniciarse la persecución del gobernante Justo Rufino Barrios (1873-1885), quien expulsó del país a varias órdenes religiosas. Con el fin de continuar su labor evangelizadora, la reformadora de la Orden betlemita llegó a Costa Rica en 1867. Ahí fundó el primer colegio para mujeres en Cartago, a 23 kilómetros de esta capital, donde se asienta la Basílica de la Reina de los Ángeles, patrona de Costa Rica.

En 1876, la madre Encarnación fundó un orfelinato-asilo en San José. Sin embargo, nuevamente debió abandonar el país en 1884 cuando otro gobierno asumió el poder, expulsó las órdenes religiosas e impuso la educación laicista. La madre funda casas también en Colombia y Ecuador, y sufre el destierro que le imponen las autoridades guatemaltecas. Luego de abandonar Costa Rica se instaló en Colombia y en la ciudad de Pasto fundó otro hogar para niñas pobres y desamparadas. Por eso es considerada como una de las impulsoras de la formación integral de la mujer en el continente latinoamericano.

María Encarnación Rosal era una verdadera madre para sus hijas espirituales que superaban los confines de su territorio para marchar fuera de su patria como misioneras. Seguía paso a paso su camino, las encomendaba y estimulaba. Sus palabras eran siempre vibrantes de calor y de fe, como éstas de una carta a la madre Asunción Rivera:

> «[...] Espero que continúe con fervor y observando, lo mejor que pueda, las Reglas y las Constituciones. Recuerde que es Vd. toda de Dios y que debe darle gusto en todo. Procure comulgar, si puede y su confesor se lo permite, todos los días, bien preparada y fervorosa...».

La fuerza y el coraje de la madre Encarnación no atenúan la intensidad de su afecto y la ternura con que espiritualmente sigue a sus hijas en las vicisitudes más borrascosas:

> «[...] Díganme, hijitas mías: ¿cómo están, y dónde? Dios solo ha podido darme fuerza para soportar toda mi ansiedad por Vds., considerando cuánto habrán debido caminar y sufrir... Mas Nuestro Señor es tan bueno y me ha infundido tanta confianza y ánimo, que yo misma me maravillo de tan grande misericordia... Nosotras, en Costa Rica, con muchas penas, porque las cinco Repúblicas centroamericanas están en movimiento revolucionario, e ignoramos qué suerte nos espera, dado que Barrios quiere venir a esta República...».

Expulsada de Guatemala y Costa Rica, fue acogida con sus hijas en Pasto (Colombia), cumpliéndose así lo que el Señor le había dicho en Cartago: «En Colombia verás mi gloria». Pasto, «tierra prometida», no es solamente la meta de una peregrinación de cinco meses a través de mar y tierra, con una cadena de fatigas, de sobresaltos, de esperas e incomprensiones; Pasto es

aquella estabilidad que ella presagiaba definitiva en una tierra de bendición y de promesas.

Corre el año 1886. Es para la madre Encarnación el tiempo de la plenitud. Ora intensamente, aconseja, escucha, anima, enfervoriza. Es la madre «que busca lana y lino y los trabaja con manos hacendosas»; aquella que «se levanta cuando aún es de noche», para rezar y servir. La que gobierna sin mandar, aconseja sin cansar; ora mucho, y escribe cosas tiernas, sencillas, hermosas.

Habiéndole solicitado el obispo de Ibarra una fundación en Ecuador, la madre elige y prepara a las hermanas que deben ir. El viaje se fija para el 10 de agosto. Decide partir con ellas porque se siente atraída al Ecuador, república oficialmente consagrada al Sagrado Corazón, y porque, como madre afectuosa, desea acompañar a sus hijas y conocer el lugar y las condiciones en que las deja. Durante el viaje, sufre un incidente al caerse del caballo que la transportaba de Tulcán al Santuario de Las Lajas, en Otavalo, pero insiste en visitar el santuario para rendir tributo de amor y devoción a la Virgen del Rosario. Arrodillada ante ella, impetra aquella gracia que siempre ha pedido: morir en un acto de amor de Dios. Con dificultad, logran llevarla a Tulcán (Ecuador), donde, a las cinco y treinta de la mañana del 24 de agosto, vigilia de la fiesta que su amor había establecido en honor de los «dolores íntimos» del Corazón de Jesús, su alma abandona el cuerpo que animaba para ir a aquel que había amado sobre todas las cosas. Su cuerpo, que se conserva incorrupto luego de 110 años, fue trasladado a Pasto (Colombia), donde la beata prodiga hoy constantes favores, como los prodigó durante su vida mortal.

Su Instituto trabaja actualmente en 13 países.

La causa de beatificación de la M. Encarnación fue introducida el 23 de abril de 1976. El 6 abril de 1995 el Santo Padre Juan Pablo II aprobó la heroicidad de sus virtudes. El 17 de diciembre de 1996 fue reconocido el carácter sobrenatural de una curación obrada por su intercesión. El mismo Sumo Pontífice la beatificó el 4 de mayo de 1997, diciendo en la homilía de la primera beata guatemalteca:

> «Mujer constante, tenaz y animada sobre todo por la caridad, su vida es fidelidad a Cristo —su confidente asiduo a través de la oración— y a la espiritualidad de Belén. Ello le acarreó múltiples

sacrificios y sinsabores, teniendo que peregrinar de un lugar a otro para poder afianzar su Obra. No le importó renunciar a muchas cosas con tal de salvar lo esencial, afirmando: Que se pierda todo, menos la caridad.

Desde lo aprendido en la escuela de Belén, es decir, el amor, la humildad, la pobreza, la entrega generosa y la austeridad, vivió una espléndida síntesis de contemplación y acción, uniendo a las obras educativas el espíritu de penitencia, adoración y reparación al Corazón de Jesús...».

ALBERTO JOSÉ GONZÁLEZ CHAVES

Bibliografía

L'Osservatore Romano (4 y 5/6-5-1997).

BROTO, F., *Vida de la sierva de Dios Madre María Encarnación Rosal, fundadora de las Betlemitas, hijas del Sagrado Corazón de Jesús* (Madrid 1931).

SIMONI, B. M.ª, *Del manantial florece la vida. Vida de la madre María Encarnación Rosal reformadora de las Hermanas Betlemitas* (Bogotá 1986).

BEATOS CESLAO JOZWIAK, EDUARDO KAZMIERSKI, FRANCISCO KESY, EDUARDO KLINIK, JAROGNIEW WOJCIECHOWSKI

Mártires del Oratorio de Dresde († 1942)

Los cinco jóvenes polacos beatificados por Juan Pablo II en Varsovia el 13 de junio de 1999, primeros mártires miembros del Centro Juvenil Salesiano de Poznan, son: *Ceslao Jozwiak,* de 22 años (nacido el 7-9-1919); *Eduardo Kazmierski,* de 23 (1-10-1919); *Francisco Kesy,* de 22 (13-11-1920 [postulante salesiano]); *Eduardo Klinik,* de 23 (21-6-1919); y *Jarogniew Wojciechowski,* de 20 (5-11-1922). Eran todos, como se acaba de decir, oratorianos de Poznan y murieron guillotinados el 24 de agosto de 1942 en la cárcel de Dresde. Su testimonio de fortaleza espiritual, de valentía sin repliegues, de generosidad sin límites, de cristianismo sin condiciones, de probada fe hasta las últimas consecuencias de la muerte violenta en un campo de concentración nazi, los convirtió en voz profética de nuestros días e hizo de ellos, hoy en los altares, acabado ejemplo para la juventud de esta época posmoderna y globalizada.

Con el también salesiano padre José Kowalski forman parte de los 108 mártires polacos, víctimas todos de la persecución

nazi en esos diabólicos centros de horror y de muerte que fueron los terribles campos de exterminio de Dachau y Auschwitz. Hermosa página martirial, en todo caso, escrita hace ahora algo más de medio siglo y enmarcada en oro por el solemne reconocimiento de la Iglesia católica a las puertas como quien dice del Año Jubilar 2000. Página, por otra parte, digna de admiración y de elogio, sí, pero a la vez, y sobremanera, de imitación en tantos espíritus sedientos del bien. Celebrarla sería poco. Es preciso convertirla en valiente compromiso de la juventud actual frente a los contravalores del hedonismo, la permisividad, la descristianización y la divina lejanía, es decir, en responsabilidad permanente de nueva evangelización en el mundo en que vivimos a la vez que en diaria entrega de la sangre derramada, al modo de estos generosos jóvenes mártires del siglo XX.

La primera misión apostólica de los salesianos de Don Bosco fue siempre la juventud. Estos nuevos beatos mártires abren la serie de quienes, desde los tiempos inmemoriales de la Iglesia primitiva, supieron testimoniar la fe profesada, sentida y vivida hasta la efusión de la propia sangre. Un martirio, el de estos valientes jóvenes, que floreció gracias a la obra de la gracia, por supuesto, pero también a la formación que desde el primer día se les fue impartiendo en el centro juvenil. Durante las horas de la tarde recitaban en la prisión el santo rosario y las oraciones aprendidas en el centro. Eran jóvenes universitarios a quienes nunca se les vio perder el buen humor, ni siquiera durante la prisión en las terribles cárceles diabólicamente urdidas por el nazismo. Entre los reclusos eran «los cinco tipos alegres», un cariñoso apelativo éste que revela por sí solo la salud espiritual de nuestros cinco beatos mártires. Su pasión por Cristo, del que estaban locamente enamorados, presidió siempre sus vidas, fue centro y foco de luz interior durante aquel prolongado juicio al que se vieron sometidos. Abiertos hasta el último instante a una posible liberación, que nunca llegó, la esperaban contra toda esperanza. Incluso hacían proyectos para el porvenir, aunque sin bajar nunca la guardia y siempre pisando firmes en la dura realidad de su comprometida situación, listos cada hora y cada minuto para la vida eterna. Tocó esto último y lo asumieron con el corazón alegre y feliz.

Se atribuye a uno de ellos esta paradójica frase, digna del gran mártir y padre apostólico Ignacio de Antioquía, escrita después de recibir la condena a muerte: «¡Qué felicidad la mía, dejar este mundo en compañía de Cristo!». Y otra, en referencia a la santa comunión recién recibida: «¿Cómo no voy a estar contento, si estoy fortalecido por el Cuerpo de Cristo?». He aquí una tempranera cosecha de santidad recogida en las trojes del Año Jubilar 2000: seis nuevos mártires que supieron compartir el mismo vigor juvenil, la misma sublime palma del martirio, el mismo jubiloso grito de sus acciones heroicas, la misma educación en la fe, una fe, la suya, siempre lanzada con arrojo hacia las más sorprendentes e insospechadas metas eclesiales, lista y pronta para la cruz.

Presentan rasgos comunes: los cinco eran oratorianos, los cinco comprometidos en la misma causa y con pleno conocimiento en el propio crecimiento humano y cristiano, implicados todos en la animación a los compañeros, ligados entre sí por intereses comunes y por proyectos personales y sociales de talante religioso y misionero, en el punto de mira casi a la vez y encarcelados en sedes diversas en brevísimo período de tiempo. Tuvieron un recorrido carcelario juntos y fueron martirizados el mismo día y del mismo modo. Dicen las fuentes salesianas que la amistad oratoriana permaneció en aquellos corazones alegres viva hasta el último momento. No se arredraron ante la muerte, no vacilaron, no claudicaron. No se bajaron de la cruz, en suma. Afrontaron valientes, más bien, su destino. Como las doradas espigas a punta de hoz, así el delicado cuello de estos jóvenes fue segado por la guillotina. Se encargaron de segar sus vidas los mismos a quienes desde mucho tiempo atrás el odio, la crueldad, la vileza humana habían segado en el cerebro las ideas.

Juntos en el cautiverio y en la muerte, cada uno presenta, pese a ello, una biografía singular entretejida con la de los otros por la pertenencia a un ambiente salesiano y, a fin de cuentas, eclesial y evangélico. Lo mismo uno a uno que en cuanto grupo, brilla emergente en el corazón de todos ellos el empuje de la experiencia cristiana, cuando ésta puede contar sobre un ambiente, sobre una comunidad juvenil corresponsable, sobre una pro-

puesta personalizada. Y es que los cinco provenían de familias cristianas, caldo de cultivo para la obra de la gracia que tan copiosamente fructificó después. A ello contribuyeron la vida y el programa del Oratorio estimulando la generosidad hacia el Señor, la madurez humana con los semejantes, la oración compartida y el empeño apostólico contagiado. El grupo, como lugar de crecimiento y fuerza transmisora de espiritualidad, fue determinante. De ahí que sean conocidos siempre como «el grupo de los cinco». Conmueve leer sobre cada uno:

> «Formaba parte de los cabeza de grupo del Oratorio, estrictamente ligado como estaba por vínculos de amistad y de aspiraciones a elevados ideales cristianos con los otros cuatro».

La experiencia oratoriana produjo entre ellos una solidaridad juvenil basada en ideales y en proyectos, que se manifestó en un sincero compartir y un recíproco acometer las pruebas, en ambiente de espontaneidad y de sana alegría. La amistad los llevó a proseguir los encuentros cuando las fuerzas de ocupación requisaron el Oratorio dejando a los salesianos sólo dos habitaciones y transformando el entero edificio y la iglesia en almacenes militares. En una habitación y con un piano que los hermanos del Sagrado Corazón pusieron a disposición prosiguieron las actividades corales y los encuentros amistosos. Más tarde, privados también de esta posibilidad, convirtieron en lugares de reunión los pequeños jardines de la ciudad, los prados a la vera del río y el sosiego y quietud de los vecinos bosques. Nada extrañe, pues, que la policía los confundiese con quienes se habían constituido en asociaciones clandestinas. La amistad, ciertamente, facilitó la superación de tantos contratiempos y devino el providencial sostenimiento recíproco durante el paso a través de distintas cárceles hasta la muerte.

Hechos prisioneros en septiembre de 1940, Eduardo Kazmierski lo fue directamente en el puesto de trabajo, sin que pudiera despedirse de los seres queridos. Era domingo. El lunes 23, por la tarde, después del toque de queda, cuando apenas había vuelto a casa, fue la vez de Francisco. Dentro de casa y, por lo común, en el corazón de la noche tocó el turno a los otros en presencia de los familiares. Se volvieron a encontrar en la fortaleza VII de Poznan. Trasladados primero a la cárcel de

Neukoln, cerca de Berlín, y después todavía a la de Zwikau en Sajonia, fueron sometidos a interminables interrogatorios y torturas, y destinados más tarde todos a trabajos forzados. El 1 de agosto de 1942 se dictó la sentencia: condena a muerte por traición al Estado. La escucharon de pie. Siguió un largo silencio interrumpido sólo por una exclamación de uno de ellos: «Hágase tu voluntad». Después de tres semanas fueron llevados al patio, donde había sido preparada una guillotina, y decapitados. Era el 24 de agosto y en las comunidades salesianas se celebraba la conmemoración mensual de María Auxiliadora.

El itinerario por los diversos lugares del cautiverio pudo seguirse gracias a sus mensajes escritos con frases breves, es verdad, pero bellas de forma, hondas de contenido y suficientes, desde luego, para abrirnos la rendija por donde ver un poco las vicisitudes de la prisión y convencernos de estar ante auténticos gigantes del espíritu. «Sólo Dios sabe cuánto sufrimos. Nuestra única ayuda en el abismo de las noches y de los días fue la oración», decía uno de ellos en una de esas notas. Y otro, por igual procedimiento: «Dios nos ha dado la cruz, nos está dando también la fuerza para llevarla».

En el momento de la detención se les privó de cuanto tenían consigo: hasta la corona del rosario fue arrojada al cestillo. De allí justamente la rescataron luego, aprovechando alguna distracción de los carceleros: iba a servirles de preciosa compañía en las horas más difíciles. Antes de morir, tuvieron la posibilidad de escribir a sus padres. Leyendo sus últimos sentimientos, esos que la pluma vierte con rasgos quebrados por el estremecimiento ante lo irreparable y definitivo, queda uno mudo al comprobar su extraordinaria estatura moral: «No lloréis. Nosotros somos felices», se desahoga uno de ellos. Y no se equivocaron. Hoy son beatos unidos a la lista de jóvenes bienaventurados de la Familia Salesiana. Evidentemente son modelo para tantos jóvenes de hoy, que sufren a causa de su fe cristiana en no pocas partes del mundo. Pero también podemos afirmar que constituyen una constante y saludable referencia para los que, sin miras tan altas quizás, también sufren, no obstante, a causa de la droga, del dolor, de la guerra, de la delincuencia, de los flagelos todos de la humanidad que siguen descargando im-

placables sobre las juveniles espaldas de esta hora a veces confusa y siempre apasionante. Además de intercesores arriba, en el cielo, son ejemplo a seguir como ideal de los valores más arduos de la tierra. Los datos biográficos expuestos a vuelapluma encierran una constante de honda espiritualidad y su variante de detalles menores, según los casos. Veamos.

CESLAO JOZWIAK. Ligado al Oratorio salesiano de Poznan desde su infancia, tenía diez años cuando por primera vez puso allí el pie. Su padre era funcionario de la policía judicial. Frecuentaba el bachillerato *San Juan Kanty* y era, al mismo tiempo, animador de un círculo juvenil en el Oratorio. Al declararse la guerra, se puso a trabajar en una tienda de cosméticos, dada la imposibilidad de continuar la escuela. Decían de él que era de natural algo violento, espontáneo y lleno de energía; todo lo cual no le impedía ser también dueño de sí, constante, siempre pronto al sacrificio y coherente. Guiado por el director don Agustín Piechura, se le notaba su aspiración consciente a la perfección cristiana y al progreso en la misma. Gozaba de autoridad ante los más jóvenes. Refiere un compañero de cárcel que

> «Tenía un carácter amable y un gran corazón, su alma era como de cristal [...] cuando se abrió a mí comprendí que su corazón estaba libre de todo pecado y de cualquier malicia [...] me confió un pensamiento que lo preocupaba: jamás verse manchado de cualquier tipo de impureza».

EDUARDO KAZMIERSKI. Nacido en Poznan de familia pobre. Su padre era zapatero. Terminada la escuela elemental, tuvo que trabajar en una tienda; y después, de mecánico. Muy pronto se inscribió en el Oratorio salesiano en cuyo ambiente desarrolló sus poco comunes dotes musicales. La auténtica religiosidad recibida de su familia lo llevó muy pronto, bajo la guía de los salesianos, a la madurez cristiana. El tiempo libre después del trabajo lo pasaba en el ambiente del oratorio y crecía su devoción eucarística y mariana. A los 15 años tomó parte en la peregrinación a Czestokowa haciendo a pie una distancia de más de 500 km. Fue presidente del Círculo San Juan Bosco y se entusiasmó con el ideal salesiano. Repleto de fuerzas, constante en las decisiones, coherente, le gustaba cantar en la iglesia, en el coro y solo. A sus 15 años ya compuso algunas piezas musicales. Se ca-

racterizaba por la sobriedad, la prudencia y la amabilidad. En la cárcel mostró un gran amor por sus compañeros. Ayudaba de buen grado a los ancianos y jamás nutrió ningún sentimiento de odio hacia sus perseguidores.

FRANCISCO KESY. Nacido en Berlín, adonde se había trasladado la familia por motivos de trabajo, su padre era carpintero. Más tarde, ya en Poznan, trabajaba en una central eléctrica de la ciudad. Quería entrar al noviciado salesiano, de ahí su condición de postulante. Durante la ocupación, no pudiendo continuar los estudios, se empleó en un establecimiento industrial. Pasaba el tiempo en el Oratorio, estrechísimamente unido a los otros cuatro, como animador de las asociaciones y actividades juveniles. Tercero de cinco hermanos, de él se recuerda que era sensible y frágil y a menudo enfermaba, pero al mismo tiempo alegre, tranquilo, simpático, amante de los animales y siempre dispuesto en su ayuda a los otros. Cada mañana iba a la iglesia y comulgaba casi a diario. Por la tarde recitaba el rosario. Fue arrestado por los nazis en septiembre de 1940 con los otros cuatro y con ellos decapitado en Dresde el 24 de agosto de 1942. En un fragmento de su última carta a los familiares puede leerse:

> «¡Queridísimos padres y hermanos! Ha llegado el momento del adiós a vosotros, y justo hoy 24 de agosto, día de María Auxiliadora. Qué alegría para mí que estoy dejando este mundo como debería morir cada uno. Me he confesado hace un rato y dentro de poco me reforzaré con el Santísimo Sacramento. Dios bueno me llevará con él. No me arrepiento de abandonar tan joven este mundo...».

EDUARDO KLINIK. Segundo de tres hijos, su padre era mecánico. Terminó el bachillerato en los salesianos de Oswiecim y en Poznan superó el examen de madurez. Durante la ocupación trabajó en una empresa de construcción. Su hermana, Sor María, profesa de las Hermanas Ursulinas de Jesús Agonizante, testifica:

> «Cuando Eduardo frecuentó el Oratorio, su vida religiosa mejoró muchísimo. Empezó a participar de monaguillo en la misa. De esta vida oratoriana participó también su hermano menor. Era más bien tranquilo, tímido; pero desde su entrada en el oratorio se volvió mucho más movido. Estudiante metódico, responsable».

En el grupo de los cinco destacaba por su compromiso en todo tipo de actividades, dando la impresión de ser el más serio y exigente. Bajo la guía de sus maestros salesianos, su vida espiritual se consolidaba cada día más y más, poniendo en el centro el culto a la Eucaristía junto con una entrañable devoción mariana y un vivo entusiasmo por los ideales de Don Bosco.

JAROGNIEW WOJCIECHOWSKI. Natural de Poznan, su vida familiar discurrió marcada por situaciones traumáticas debido al alcoholismo del padre, que llevaba un negocio de cosméticos y acabó abandonando a la familia. Hubo de cambiar de escuela y quedó bajo el cuidado de su hermana mayor. El Oratorio salesiano, en cuyas actividades participaba con entusiasmo, vino entonces en su ayuda. Hacía de monaguillo en los salesianos y participaba en excursiones y colonias. Acompañaba los cantos religiosos al piano, participaba en la vida religiosa de la familia, recibía la comunión a diario y, como los otros compañeros, se distinguía por la fraternidad, el buen humor y el compromiso en las actividades. Le distinguía de los otros su aspecto más reflexivo, tendía a ir al fondo de las cosas, procuraba entender los acontecimientos sin caer por ello en la tristeza. Era un dirigente en el mejor sentido de la palabra. Arrestado en septiembre de 1940 con los otros cuatro, acabó como ellos en Dresde el 24 de agosto de 1942. En la última carta a sus familiares dice:

> «[...] He conocido también el mundo, la vida y a los hombres y por eso ahora, queridísima hermana Lidus, estáte segura que no quedas sola en este mundo. La mamá y yo estamos siempre cerca de ti. Una cosa te pido, encomienda tus sentimientos a Jesús y a María en todo momento de tu vida, porque encontrarás su paz. ¡Piensa qué felicidad! Me voy unido con Jesucristo por la Comunión. Me voy y te espero con nuestra queridísima mamá...».

La profusa literatura sobre el holocausto da la sensación, a veces, de que sólo los hebreos hubieran sido víctimas del régimen hitleriano. No es verdad. Desdichadamente las atrocidades nazis afectaron también a otros pueblos: alcanzaron, por ejemplo, a los gitanos, a los enfermos mentales, a los homosexuales, etc. Hitler quería imponer la raza aria por encima de todos y de todo. En la misma Polonia, la víctima tal vez más castigada, la Iglesia católica, conoció los zarpazos de la fiera. La Iglesia, con la cruz de Cristo, era vista como rival por los de la cruz gamada.

Entendían éstos que era guía influyente del pueblo. Y como el programa nazi contemplaba el aniquilamiento del pueblo polaco en cuanto entidad política, era claro que había que golpear, lo primero de todo, a la Institución que mayormente lo representaba y guiaba, o sea la Iglesia.

La persecución se desató en los años 1939-1945 y se llevó por delante a más de cinco millones de víctimas entre la población civil polaca. Se comprende que Juan Pablo II, en el curso de su séptimo viaje apostólico a Polonia, decidiera beatificar el 13 de junio de 1999 a 108 mártires por pertenecer a la Iglesia católica, ya como consagrados, ya en cuanto laicos comprometidos en el apostolado, acusados de inexistentes traiciones, y de cargos que sólo la inaudita crueldad hitleriana pudo urdir hasta el exterminio. Los 108 mártires pertenecían a 18 diócesis y a 22 congregaciones religiosas; de ellos, 3 eran obispos, 52 sacerdotes diocesanos, 3 seminaristas, 26 sacerdotes religiosos, 7 hermanos profesos, 8 hermanas profesas, 9 laicos; testigos en la vida y en la muerte de su fe en Cristo y en la Iglesia católica. Deportados casi todos a campos de concentración, los tristemente célebres Auschwitz-Birkenau, Dachau, Majdanek, Ravensbrück, Sachsenhausen, donde murieron asesinados por los guardias de los campos o a causa de las torturas. Otros lo fueron en varias prisiones. Nuestros cinco simpáticos jóvenes, cabezas de grupo de asociaciones juveniles salesianas, llamados por ello después «Los cinco de Poznan», acabaron decapitados en la cárcel de Dresde el 24 de agosto de 1942.

Así «Los cinco de Poznan» fueron llamados, como una sola persona, por las coincidencias arriba indicadas. Sus verdugos los quisieron unidos también en la guillotina. Pese a ser cinco eran un solo corazón en el amor a Dios y a los hermanos. Exuberantes de juventud, fraternamente unidos, por la Gracia de Dios animados, llevaron en las oscuras celdas carcelarias el sereno clima salesiano de su espíritu. Se les acusó en falso de haber promovido la traición al Estado, sufrieron arresto en septiembre de 1940 y fueron sometidos a presiones sin pruebas: demasiado jóvenes e inocentes eran para saber de la oscura trama del traidor. Su condena y su muerte debían servir, en los planes del nazismo, de severísima lección al pueblo polaco opri-

mido; de ahí que se eligiese la guillotina, desde hacía tiempo en desuso, la cual fue emplazada en el patio de la prisión de la cárcel de Dresde, bajo los ojos horrorizados de todos los prisioneros y condenados, para mayor espanto de su pena. Una hora antes de la ejecución les fue permitido escribir una carta de despedida a la propia familia, y estas cartas, recogidas después y conservadas, prueban el altísimo nivel espiritual de aquellos jóvenes, prontos a una consagración sacerdotal, dispuestos a la palma del martirio.

En jóvenes de tan noble pasta debió de pensar el Vaticano II cuando dirigió sus «Mensajes del concilio a la humanidad» aquella mañana de su clausura, el 8 de diciembre de 1965.

> «Frente al ateísmo, fenómeno de cansancio y de vejez —dijo entonces el Concilio—, sabréis afirmar vuestra fe en la vida y en lo que da sentido a la vida: la certeza de la existencia de un Dios justo y bueno» *(Concilio Ecuménico Vaticano II,* BAC 526, p.1085-1086).

Y luego el exhorto:

> «En el nombre de este Dios y de su Hijo Jesús, os exhortamos a ensanchar vuestros corazones a las dimensiones del mundo, a escuchar la llamada de vuestros hermanos y a poner ardorosamente a su servicio vuestras energías. Luchad contra todo egoísmo. Negaos a dar libre curso a los instintos de violencia y de odio, que engendran las guerras y su cortejo de males. Sed generosos, puros, respetuosos, sinceros. Y edificad con entusiasmo un mundo mejor que el de vuestros mayores» (ibid.).

Palabras solemnes, sencillas, evangélicas, conciliares, por las que sin duda podemos distinguir redivivos, entre otros, a «Los cinco [mártires] de Poznan».

PEDRO LANGA, OSA

Bibliografía

CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, «Valdislaviensis et aliarum. Beatificationis seu declarationis martyrii Servorum et Servarum Dei Antonii Iuliani Nowowiejski... atque CIV sociorum († 1939-1945). *Decretum* super martyrio [26.3.1999: I. ARCHIEP. SARAIVA MARTINS, *Praefectus*]»: *AAS* 91(1999) 1180-1192, esp. 1191.

Martyrologium romanum, o.c., 449 n.12*; 678.

«Mensajes del Concilio a la humanidad», en *Concilio Vaticano II. Constituciones. Decretos. Declaraciones. Legislación posconciliar* (Madrid ⁵2000) 1078-1088.

ORLÓN, M., *Cinco animadores mártires* (Madrid 1999).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN AUDOENO
Obispo († 684)

Audoeno o Ouen nace en Sancy, junto a Soissons, en Francia, de familia franca, en torno al año 600. Su padre figura en los calendarios como San Autairio o Authaire, el cual acogió a San Columbano en su exilio. Enviado a la corte del rey Clotario II, obtuvo el favor del monarca y no menos el de su hijo y sucesor Dagoberto I que lo nombró su canciller. En unas tierras otorgadas por el soberano fundó el monasterio de Rabais, al que él deseaba retirarse pero el rey no le dejó. Era muy conocida la religiosidad y piedad del canciller. El siguiente monarca, Clodoveo II, lo retuvo como canciller pero permitió que se ordenara sacerdote, y sucedió que al poco tiempo era elegido obispo de la importante sede de Ruán. Junto con San Eloy se consagró obispo en Reims en 641. Él fue consejero de la reina Santa Batilde. Hizo una espléndida labor pastoral. Dio ante todo grandes ejemplos de humildad, austeridad, generosidad con los pobres y celo apostólico. Fundó monasterios, protegió los estudios y persiguió la simonía en toda su diócesis. Como aún quedaban paganos en su diócesis, él impulsó la labor evangelizadora necesaria para lograr la completa cristianización de su territorio. Se llevó bien con el mayordomo de palacio Ebroino y se le ha afeado no se opusiera con mayor firmeza a las injusticias del mismo. Murió en Clichy-le-Garenne cuando regresaba de una misión en Colonia el 24 de agosto de 684. Muchas iglesias francesas fueron en los tiempos siguientes dedicadas a este santo.

SAN JORGE LIMNIOTA
Monje y mártir († 730)

Este mártir, venerado el 24 de agosto en la Iglesia bizantina, era un anciano de noventa y cinco años al tiempo de su martirio. Se dice de él que era monje o ermitaño en el Monte Olimpo de Bitinia, sin que se sepa en qué monasterio. Llegada la perse-

cución iconoclasta de León III el Isáurico († 740), o bien de forma espontánea, como dicen algunos santorales, o bien porque fue obligado a ello, el hecho es que comparece ante el emperador y le echa en cara su incursión en los asuntos eclesiásticos prohibiendo las sagradas imágenes y la crueldad con que perseguía a los que las veneraban. Entonces le fueron cortadas las manos y más tarde quemada la cabeza, a consecuencia de lo cual murió.

BEATO ANDRÉS FARDEAU

Presbítero y mártir († 1794)

El día 24 de agosto de 1794 fue llevado a la plaza de Angers y allí fue guillotinado el ejemplar sacerdote Andrés Fardeau. Era natural de Soucelles, donde había nacido en 1761. Habiendo optado por la vocación sacerdotal, se ordenó sacerdote y ejerció su ministerio en su propio pueblo natal en calidad de vicario de la parroquia. Habiéndose negado a prestar el juramento de fidelidad a la constitución civil del clero, fue detenido, encerrado en la cárcel y juzgado como traidor, por lo que se le condenó a muerte. El mártir perseveró en la comunión de la Iglesia y ofreció su vida por ello. Fue beatificado el 19 de febrero de 1984 por el papa Juan Pablo II en Roma.

BEATO MAXIMIANO BIENKIEWICZ

Presbítero y mártir († 1942)

El breve de beatificación (*AAS* 92 [2000] 665s) lo llama Maximiliano, como igualmente se le llama en la causa, pero el *Martirologio romano* pone Maximiano. Había nacido en Zarnowiec, Polonia, el 21 de febrero de 1908. Estudió en el seminario de la diócesis de Czestochowa en Cracovia y pasó a hacer la filosofía y la teología en la Universidad Jagellónica. Ordenado sacerdote el 21 de junio de 1931, cantó misa en el célebre santuario de la Virgen de Czestochowa. Fue primero profesor y prefecto del seminario de su diócesis, trabajó luego en la enseñanza de los jóvenes en varios institutos y llevó la dirección del

Círculo de Intelectuales Católicos. La guerra y la ocupación alemana le cogieron en Wielun y se quedó allí cuando la región pasó a ser parte del Reich. Sustituyó al arrestado párroco de Wielun y se hizo cargo del trabajo pastoral, pero el 16 de octubre de 1941 arrestaron los nazis a todos los sacerdotes de la población. Estuvo un poco de tiempo en el campo de concentración de Konstantynow, siendo luego enviado al de Dachau. Murió el 24 de agosto de 1942 a consecuencia de los malos tratos que le propinaron el día anterior.

Fue beatificado el 13 de junio de 1999 por el papa Juan Pablo II.

25 de agosto

A) Martirologio

1. Junto a Túnez (África), San Luis IX († 1270), rey de Francia **.
2. En Roma, San José de Calasanz († 1648), presbítero, fundador de la Orden de Clérigos Regulares Pobres de la Madre de Dios de las Escuelas Pías **.
3. En Arlés (Provenza), San Ginés († 303), mártir *.
4. En Itálica, junto a Sevilla (Andalucía), San Geroncio († s. IV), obispo y mártir *.
5. En Agde (Galia Narbonense), San Severo († s. V), abad.
6. En Constantinopla, San Menas († 552), obispo, que dedicó la iglesia de Santa Sofía **.
7. En Atane (Limousin), San Aredio o Yriez († 591), abad *.
8. En Utrecht, San Gregorio († 775), abad y obispo **.
9. En Montefiascone, Italia, el tránsito de Santo Tomás de Cantelupe († 1282), obispo de Hereford *.
10. En Ximabara (Japón), beatos Miguel Carvalho, jesuita, Pedro Vázquez, dominico, Luis de Sotelo y Luis Sasanda, presbíteros, con Luis Baba († 1624), estos últimos franciscanos, mártires *.
11. En Rochefort (Francia), Beato Pablo Juan Charles († 1794), presbítero y mártir *.
12. En San Vicente de Córdoba (Argentina), Beata María del Tránsito del Santísimo Sacramento Cabanillas († 1885), virgen, fundadora de las Hermanas Franciscanas Misioneras **.
13. En Valencia, Beato Luis Urbano Lanaspa († 1936), presbítero, de la Orden de Predicadores, mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN LUIS IX DE FRANCIA
Rey († 1270)

San Luis, rey de Francia, es, ante todo, un santo cuya figura angélica impresionaba a todos con sólo su presencia. Vive en una época de grandes heroísmos cristianos, que él supo aprovechar en medio de los esplendores de la corte para ser un dechado perfecto de todas las virtudes. Nace en Poissy el 25 de abril de 1214, y a los doce años, a la muerte de su padre, Luis VIII, es coronado rey de los franceses bajo la regencia de su madre, la española Doña Blanca de Castilla. Ejemplo raro de dos hermanas, Doña Blanca y Doña Berenguela, que supieron dar sus hijos más que para reyes de la tierra, para santos y fieles discípulos del Señor. Las madres, las dos princesas hijas del rey Alfonso VIII de Castilla, y los hijos, los santos reyes San Luis y San Fernando.

En medio de las dificultades de la regencia supo Doña Blanca infundir en el tierno infante los ideales de una vida pura e inmaculada. No olvida el inculcarle los deberes propios del oficio que había de desempeñar más tarde, pero ante todo va haciendo crecer en su alma un anhelo constante de servicio divino, de una sensible piedad cristiana y de un profundo desprecio a todo aquello que pudiera suponer en él el menor atisbo de pecado. «Hijo —le venía diciendo constantemente—, prefiero verte muerto antes que en desgracia de Dios por el pecado mortal».

Es fácil entender la vida que llevaría aquel santo joven ante los ejemplos de tan buena y delicada madre. Tanto más si consideramos la época difícil en que a ambos les tocaba vivir, en medio de una nobleza y de unas cortes que venían a convertirse no pocas veces en hervideros de los mayores desenfrenos, rebosantes de turbulencias y de tropelías. Contra éstas tuvo que luchar denodadamente Doña Blanca, y, cuando el reino había alcanzado ya un poco de tranquilidad, hace que declaren mayor de edad a su hijo, el futuro Luis IX, el 5 de abril de 1234. Ya rey, no se separa San Luis de la sabia mirada de su madre, a la que tiene siempre a su lado para tomar las decisiones más importantes. En este mismo año, y por su consejo, se une en matrimonio

con la virtuosa Margarita, hija de Ramón Berenguer, conde de Provenza. Ella sería la compañera de su reinado y le ayudaría también a ir subiendo poco a poco los peldaños de la santidad.

En lo humano, el reinado de San Luis se tiene como uno de los más ejemplares y completos de la historia. Su obra favorita, las Cruzadas, son una muestra de su ideal de caballero cristiano, llevado hasta las últimas consecuencias del sacrificio y de la abnegación. Por otra parte, tanto en su política interior como en la exterior San Luis ajustó su conducta a las normas más estrictas de la moral cristiana. Tenía la noción de que el gobierno es más un deber que un derecho; de aquí que todas sus actividades obedecieran solamente a esta idea: el hacer el bien buscando en todo la felicidad de sus súbditos.

Desde el principio de su reinado San Luis lucha para que haya paz entre todos, pueblo y nobleza. Todos los días administra justicia personalmente, atendiendo las quejas de los oprimidos y desamparados. Desde 1247 comisiones especiales fueron encargadas de recorrer el país con objeto de enterarse de las más pequeñas diferencias. Resultado de tales informaciones fueron las grandes ordenanzas de 1254, que establecieron un compendio de obligaciones para todos los súbditos del reino.

El reflejo de estas ideas, tanto en Francia como en los países vecinos, dio a San Luis fama de bueno y justiciero, y a él recurrían a veces en demanda de ayuda y de consejo. Con sus nobles se muestra decidido para arrancar de una vez la perturbación que sembraban por los pueblos y ciudades. En 1240 estalló la última rebelión feudal a cuenta de Hugo de Lusignan y de Raimundo de Tolosa, a los que se sumó el rey Enrique III de Inglaterra. San Luis combate contra ellos y derrota a los ingleses en Saintes (22 de julio de 1242). Cuando llegó la hora de dictar condiciones de paz, el vencedor desplegó su caridad y misericordia. Hugo de Lusignan y Raimundo de Tolosa fueron perdonados, dejándoles en sus privilegios y posesiones. Si esto hizo con los suyos, aún extremó más su generosidad con los ingleses: el tratado de París de 1259 entregó a Enrique III nuevos feudos de Cahors y Périgueux, a fin de que en adelante el agradecimiento garantizara mejor la paz entre los dos Estados.

Padre de su pueblo y sembrador de paz y de justicia, serán los títulos que más han de brillar en la corona humana de San Luis, rey. Exquisito en su trato, éste lo extiende, sobre todo, en sus relaciones con el Papa y con la Iglesia. Cuando por Europa arreciaba la lucha entre el emperador Federico II y el Papa por causa de las investiduras y regalías, San Luis asume el papel de mediador, defendiendo en las situaciones más difíciles a la Iglesia. En su reino apoya siempre sus intereses, aunque a veces ha de intervenir contra los abusos a que se entregaban algunos clérigos, coordinando de este modo los derechos que como rey tenía sobre su pueblo con los deberes de fiel cristiano, devoto de la Silla de San Pedro y de la jerarquía. Para hacer más eficaz el progreso de la religión en sus Estados se dedica a proteger las iglesias y los sacerdotes. Lucha denodadamente contra los blasfemos y perjuros, y hace por que desaparezca la herejía entre los fieles, para lo cual implanta la Inquisición romana, favoreciéndola con sus leyes y decisiones.

Personalmente da un gran ejemplo de piedad y devoción ante su pueblo en las fiestas y ceremonias religiosas. En este sentido fueron muy celebradas las grandes solemnidades que llevó a cabo, en ocasión de recibir en su palacio la corona de espinas, que con su propio dinero había desempeñado del poder de los venecianos, que de este modo la habían conseguido del empobrecido emperador del Imperio griego, Balduino II. En 1238 la hace llevar con toda pompa a París y construye para ella, en su propio palacio, una esplendorosa capilla, que de entonces tomó el nombre de Capilla Santa, a la que fue adornando después con una serie de valiosas reliquias entre las que sobresalen una buena porción del santo madero de la cruz y el hierro de la lanza con que fue atravesado el costado del Señor.

A todo ello añadía nuestro santo una vida admirable de penitencia y de sacrificios. Tenía una predilección especial para los pobres y desamparados, a quienes sentaba muchas veces a su mesa, les daba él mismo la comida y les lavaba con frecuencia los pies, a semejanza del Maestro. Por su cuenta recorre los hospitales y reparte limosnas, se viste de cilicio y castiga su cuerpo con duros cilicios y disciplinas. Se pasa grandes ratos en la oración, y en este espíritu, como antes hiciera con él su madre,

Doña Blanca, va educando también a sus hijos, cumpliendo de modo admirable sus deberes de padre, de rey y de cristiano.

Sólo le quedaba a San Luis testimoniar de un modo público y solemne el grande amor que tenía para con nuestro Señor, y esto le impulsa a alistarse en una de aquellas Cruzadas, llenas de fe y de heroísmo, donde los cristianos de entonces iban a luchar por su Dios contra sus enemigos, con ocasión de rescatar los Santos Lugares de Jerusalén. A San Luis le cabe la gloria de haber dirigido las dos últimas Cruzadas en unos años en que ya había decaído mucho el sentido noble de estas empresas, y que él vigoriza de nuevo dándoles el sello primitivo de la cruz y del sacrificio.

En un tiempo en que estaban muy apurados los cristianos del Oriente el papa Inocencio IV tuvo la suerte de ver en Francia al mejor de los reyes, en quien podía confiar para organizar en su socorro una nueva empresa. San Luis, que tenía pena de no amar bastante a Cristo crucificado y de no sufrir bastante por él, se muestra, cuando le llega la hora, como un magnífico soldado de su causa. Desde este momento va a vivir siempre con la vista clavada en el Santo Sepulcro, y morirá murmurando: «Jerusalén».

En cuanto a los anteriores esfuerzos para rescatar los Santos Lugares, había fracasado, o poco menos, la Cruzada de Teobaldo IV, conde de Champagne y rey de Navarra, emprendida en 1239-1240. Tampoco la de Ricardo de Cornuailles, en 1240-1241, había obtenido otra cosa que la liberación de algunos centenares de prisioneros.

Ante la invasión de los mogoles, unos 10.000 kharezmitas vinieron a ponerse al servicio del sultán de Egipto y en septiembre de 1244 arrebataron la ciudad de Jerusalén a los cristianos. Conmovido el papa Inocencio IV, exhortó a los reyes y pueblos en el concilio de Lyón a tomar la cruz, pero sólo el monarca francés escuchó la voz del Vicario de Cristo.

Luis IX, lleno de fe, se entrevista con el Papa en Cluny (noviembre de 1245) y, mientras Inocencio IV envía embajadas de paz a los tártaros mogoles, el rey apresta una buena flota contra los turcos. El 12 de junio de 1248 sale de París para embarcarse en Marsella. Le siguen sus tres hermanos, Carlos de Anjou,

Alfonso de Poitiers y Roberto de Artois, con el duque de Bretaña, el conde de Flandes y otros caballeros, obispos, etc. Su ejército lo componen 40.000 hombres y 2.800 caballos.

El 17 de septiembre los hallamos en Chipre, sitio de concentración de los cruzados. Allí pasan el invierno, pero pronto les atacan la peste y demás enfermedades. El 15 de mayo de 1249, con refuerzos traídos por el duque de Borgoña y por el conde de Salisbury, se dirigen hacia Egipto. «Con el escudo al cuello —dice un cronista— y el yelmo a la cabeza, la lanza en el puño y el agua hasta el sobaco», San Luis, saltando de la nave, arremetió contra los sarracenos. Pronto era dueño de Damieta (7 de junio de 1249). El sultán propone la paz, pero el santo rey no se la concede, aconsejado de sus hermanos. En Damieta espera el ejército durante seis meses, mientras se les van uniendo nuevos refuerzos, y al fin, en vez de atacar a Alejandría, se decide a internarse más al interior para avanzar contra El Cairo. La vanguardia, mandada por el conde Roberto de Artois, se adelanta temerariamente por las calles de un pueblecillo llamado Mansurah, siendo aniquilada casi totalmente, muriendo allí mismo el hermano de San Luis (8 de febrero de 1250). El rey tuvo que reaccionar fuertemente y al fin logra vencer en duros encuentros a los infieles. Pero éstos se habían apoderado de los caminos y de los canales en el delta del Nilo, y cuando el ejército, atacado del escorbuto, del hambre y de las continuas incursiones del enemigo, decidió, por fin, retirarse otra vez a Damieta, se vio sorprendido por los sarracenos, que degollaron a muchísimos cristianos, cogiendo preso al mismo rey, a su hermano Carlos de Anjou, a Alfonso de Poitiers y a los principales caballeros (6 de abril).

Era la ocasión para mostrar el gran temple de alma de San Luis. En medio de su desgracia aparece ante todos con una serenidad admirable y una suprema resignación. Hasta sus mismos enemigos le admiran y no pueden menos de tratarle con deferencia. Obtenida poco después la libertad, que con harta pena para el santo llevaba consigo la renuncia de Damieta, San Luis desembarca en San Juan de Acre con el resto de su ejército. Cuatro años se quedó en Palestina fortificando las últimas plazas cristianas y peregrinando con profunda piedad y devoción a

los Santos Lugares de Nazaret, Monte Tabor y Caná. Sólo en 1254, cuando supo la muerte de su madre, Doña Blanca, se decidió a volver a Francia.

A su vuelta es recibido con amor y devoción por su pueblo. Sigue administrando justicia por sí mismo, hace desaparecer los combates judiciarios, persigue el duelo y favorece cada vez más a la Iglesia. Sigue teniendo un interés especial por los religiosos, especialmente por los franciscanos y dominicos. Conversa con San Buenaventura y Santo Tomás de Aquino, visita los monasterios y no pocas veces hace en ellos oración, como un monje más de la casa.

Sin embargo, la idea de Jerusalén seguía permaneciendo viva en el corazón y en el ideal del santo. Si no llegaba un nuevo refuerzo de Europa, pocas esperanzas les iban quedando ya a los cristianos del Oriente. Los mamelucos les molestaban amenazando con arrojarles de sus últimos reductos. Por si fuera poco, en 1261 había caído a su vez el Imperio Latino, que años antes fundaran los occidentales en Constantinopla. En Palestina dominaba entonces el feroz Bibars (la Pantera), mahometano fanático que se propuso acabar del todo con los cristianos. El papa Clemente IV instaba por una nueva Cruzada. Y de nuevo San Luis, ayudado esta vez por su hermano, el rey de Sicilia, Carlos de Anjou, el rey Teobaldo II de Navarra, por su otro hermano Roberto de Artois, sus tres hijos y gran compañía de nobles y prelados, se decide a luchar contra los infieles.

En esta ocasión, en vez de dirigirse directamente al Oriente, las naves hacen proa hacia Túnez, enfrente de las costas francesas. Tal vez obedeciera esto a ciertas noticias que habían llegado a oídos del santo de parte de algunos misioneros de aquellas tierras. En un convento de dominicos de Túnez parece que éstos mantenían buenas relaciones con el sultán, el cual hizo saber a San Luis que estaba dispuesto a recibir la fe cristiana. El santo llegó a confiarse de estas promesas, esperando encontrar con ello una ayuda valiosa para el avance que proyectaba hacer hacia Egipto y Palestina.

Pero todo iba a quedar en un lamentable engaño que iba a ser fatal para el ejército del rey. El 4 de julio de 1270 zarpó la flota de Aguas Muertas y el 17 se apoderaba San Luis de la anti-

gua Cartago y de su castillo. Sólo entonces empezaron los ataques violentos de los sarracenos.

El mayor enemigo fue la peste, ocasionada por el calor, la putrefacción del agua y de los alimentos. Pronto empiezan a sucumbir los soldados y los nobles. El 3 de agosto muere el segundo hijo del rey, Juan Tristán, cuatro días más tarde el legado pontificio y el 25 del mismo mes la muerte arrebataba al mismo San Luis, que, como siempre, se había empeñado en cuidar por sí mismo a los apestados y moribundos. Tenía entonces cincuenta y seis años de edad y cuarenta de reinado.

Pocas horas más tarde arribaban las naves de Carlos de Anjou, que asumió la dirección de la empresa. El cuerpo del santo rey fue trasladado primeramente a Sicilia y después a Francia, para ser enterrado en el panteón de San Dionisio, de París. Desde este momento iba a servir de grande veneración y piedad para todo su pueblo. Unos años más tarde, el 11 de agosto de 1297, era solemnemente canonizado por Su Santidad el papa Bonifacio VIII.

FRANCISCO MARTÍN HERNÁNDEZ

Bibliografía

Act. SS. Boll., 5 de agosto (1741).
GUZMÁN, A. DE, *Vida del mayor monarca del mundo, San Luis, rey de Francia* (Madrid 1727).
JOINVILLE, J. DE, *Histoire de Saint Louis* (París 1868).
LARCENA, J., *Saint Louis de France* (París 1964).
Mémoires de la Société de l'Histoire de Paris et de l'Île de France, XXIII (París 1896).
SAINT-PATHUS, G. DE, *Vie de Monseigneur Saint Louis* (París 1899).
WALLON, H., *Saint Louis et son temps* (París 1875).
• Actualización:
BERGER, E., *Saint Louis et Innocent IV. Étude sur les rapports de la France et du Saint-Siège* (Ginebra 1974).
GOY, J., *Le Sacre des rois de France* (Reims 1978).
GUTH, P., *Saint Louis, roi de France* (Ginebra 1984).
LÉVIS-MIREPOIX, A. DE, *Saint Louis, roi de France* (París 1970).
ROUSIER, L., *Vie de saint Louis, roi de France.* Ed. Facsímil (Nimes 1994).
Un temps avec Saint-Louis, roi de France: 1214-1270 (París 1999).

SAN JOSÉ DE CALASANZ

Presbítero y fundador († 1648)

La villa aragonesa de Peralta de la Sal fue la patria del santo de los niños. La fecha natalicia que armoniza la más antigua versión con todos los datos del Epistolario Calasancio es la de 31 de julio de 1558, en los albores del reinado de Felipe II.

Cinco hermanas y dos hermanos eran los vástagos del matrimonio Calasanz-Gastón, formado en la herrería peralteña por don Pedro, baile de la villa, segundón de familia infanzona venida a menos, y doña María, madre ejemplar que educó cristianamente a todos sus hijos, muy en especial a José, su benjamín, al que inculcó una tierna devoción a la Virgen y un agresivo odio al pecado. El maestro de la escuela rural, para descansar de la monotonía del deletreo, tomaba al pequeño, subíale sobre su cátedra y hacíale recitar ante sus condiscípulos los milagros de Nuestra Señora, tal como se los enseñaba en casa su madre. De mayor interés psicológico había sido aún antes, cuando apenas frisaba en los cinco años, el rasgo de su primera escapada por los olivares del contorno, cuchillo en mano, para matar al demonio, que las pláticas maternales le «pintaban» como a su más encarnizado enemigo.

A los diez años pasa a Estadilla a cursar latines, y jamás empieza las clases sin haber hecho antes su oración en la iglesia, a despecho de las burlas de sus compañeros, que acaban por admirarle, llamándole «el Santet» en su ribagorzano-catalán.

Los estudios superiores de filosofía y teología, preparación inmediata para el sacerdocio a que aspiraba, los comenzó en la universidad de Lérida, donde los estudiantes aragoneses le eligieron su prior o representante para la votación de rector, cargo que había de desempeñar un estudiante legista, en régimen harto democrático. Condiscípulo hubo, un tal Mateo García, que llamaba a José su verdadero espíritu santo, pues él le inspiraba la manera de salir con bien de las frecuentes reyertas en que le metía su carácter pendenciero. Recibióse allí nuestro pacífico Calasanz de bachiller en artes, se tonsuró de clérigo, cursó dos años de teología y se volvió a Peralta en 1577, dispuesto a cambiar de universidad, en busca de menos disturbios escolares y más disciplina académica.

Marchó, efectivamente, a la de Valencia, dentro siempre de la corona de Aragón, y regentada entonces con mano enérgica por el patriarca Juan de Ribera; pero aquí le acechaba el Tentador, dispuesto a truncar aquella carrera sacerdotal tan decidida. Para ayuda de costas de sus estudios el joven teólogo, que estaba en la florida edad de sus veintiuno, entró de memorialista y tenedor de libros al servicio de una dama que le remuneraba con buen sueldo, pero en cuyo pecho el enemigo de toda castidad acertó a encender tan secreta cuanto viva llama de pasión. Contenida al principio, estalla al fin, tumultuosa y vehemente, aturdiendo al sorprendido e inocente joven, que reacciona inmediato eludiendo el lance con la fuga, no ya de la casa, sino de la ciudad y de la universidad misma, sin atención a sueldo y matrícula, que pierde, ni a carrera, que arriesga, pero con logro de una inocencia que mantiene inmaculada por gracia de Dios y su santísima Madre.

El súbito retorno a Peralta le enfrenta con nuevo peligro para su vocación. La Ribagorza arde en inquietudes de carácter político-social que ocasionan la muerte violenta de Pedro Calasanz, el hermano mayor de nuestro joven teólogo. El padre quiere ahora que José contraiga matrimonio y herede el mayorazgo. En tan difícil situación Dios acude con el remedio de una grave enfermedad que pone al propio José al borde del sepulcro. No hay opción ante el dilema de muerte o altar, que el enfermo propone al atribulado padre. Y, obtenido el paterno consentimiento, emite voto formal de recepción oportuna del sacerdocio, cede inmediatamente la enfermedad, y se retira a Barbastro el restablecido estudiante a proseguir su carrera tres años más, hasta cumplir los veinticinco y recibir las sagradas órdenes.

El novel sacerdote continúa junto al obispo de Barbastro, el dominico Urríes; pero se le muere al año y medio, dejándole sin patrono. Retírase a su beneficio de San Esteban y coincide allí la celebración de las Cortes de Monzón, que preside personalmente Felipe II en 1585. Requieren a nuestro José para secretario de la Comisión de reforma de los agustinos, y el presidente de la misma, prendado de él, se lo queda para examinador y confesor, partiendo ambos para otro cometido reformatorio, el

de los benedictinos, catalanes y vallisoletanos, del célebre monasterio de Montserrat. Aquí nada se logra, por muerte del visitador La Figuera, que deja una vez más a Calasanz sin patrono.

Tras breve estancia en Peralta se incorpora a la diócesis de Urgel como secretario y maestro de ceremonias del Cabildo de La Seo, donde no tardan en reconocer sus valores. Es su obispo, el cartujo Andrés Capella, y su vicario general, Antonio de Gallart, futuro obispo de Perpiñán y Vich, quien le acumula los cuatro oficialatos de Tremp, Sort, Tirvia y Cardós, con la encomienda de la visita a lo más abrupto del Pirineo, deparándole tres años de intensísimo apostolado sacerdotal, pródigo en curiosas incidencias y espirituales satisfacciones.

Tal vez le quiere el Señor en aquella senda de cargos y ministerios, y le ronda el deseo de obtener una canonjía que los consolide y afiance. Por ello renuncia a su plebanía de Ortoneda y Claverol, asegurando para los pobres la renta en trigo de su personado, y marcha a Barcelona a los estudios, trocando entonces su licenciatura en teología por el doctorado. Para agenciar con mayor seguridad el canonicato a que aspira, marcha a Roma en 1592, asumiendo la preceptoría de dos sobrinos del cardenal Colonna y la gerencia de los asuntos de varias diócesis españolas.

Pero Dios espera en Roma al doctor Calasanz, precisamente a propósito de la canonjía. Fracasa en su intento repetidas veces, hasta que da un vuelco su alma hacia las renunciaciones completas y se entrega ardoroso a las aspiraciones de la santidad. Se olvida de España para romanizarse definitivamente, y en él la romanización equivale a santificación.

La archicofradía de los Doce Apóstoles, la cofradía de las Llagas de San Francisco, la de la Trinidad de los Peregrinos y la del Sufragio en la vía Giulia no sólo aprenden su nombre, sino que se contagian de su actividad ardorosa, tanto en las efusiones de su caridad operante cuanto en la intercesión y prácticas de su mortificación penitente. La visita diaria a las siete basílicas romanas halló por aquellos años en Calasanz un incansable y fervoroso promotor. Y empezaron entonces los carismas y los milagros, ornamento frecuente en las vidas de los elegidos del Señor.

Peregrino de los santuarios de Italia, San Francisco le desposa en Asís con tres doncellas representativas de los votos religiosos, su suerte futura; y particularmente la santa pobreza le regala con apariciones de singular predilección. Llegó la madurez, la hora de Dios.

El concilio de Trento acababa de urgir para la Contrarreforma una mayor difusión de la enseñanza del catecismo; habíase publicado el de San Pío V: era un hecho la archicofradía de la Doctrina Cristiana. Calasanz se inscribió en ella con más entusiasmo que en las cuatro anteriores, y poco faltó para que se le eligiera su presidente en Roma. Pero comprendía que no bastaba con la catequesis dominical. Sostenía con otros catequistas una escuelita cotidiana en Santa Dorotea del Trastevere; mas lamentaba en la mayoría escasa constancia y sobrado interés. Roma seguía con la lacra de la infancia enlodada en el arroyo, y a su vista Dios apretaba de congojas el corazón de su siervo. Se dedicó a llamar a muchas puertas, sombrero en mano, pordioseando amparo para los pequeñuelos, hasta que al fin comprendió que era más bien el Señor quien daba los aldabonazos en su alma para que se lanzara de lleno al apostolado de la enseñanza infantil. Y se decidió a la acción. Despidió de Santa Dorotea a los maestros interesados; proclamó la gratuidad absoluta; abrió sus aulas para todos y las rotuló con el breve y denso nombre de Escuelas Pías. Y entonces, en 1597, surgió en la iglesia de Dios y en lo que siglos después se llamaría «Historia de la pedagogía» una cosa totalmente nueva, que prepararía tiempos asimismo nuevos: el grupo escolar popular. Estaban en puerta las democracias; la cultura ya no tropezaría con el espíritu clasista; el apostolado contaría con la más eficaz de sus actividades, y se levantaba bandera tras de la cual no tardarían en formarse las numerosas mesnadas de las corporaciones católicas dedicadas a la tarea de la enseñanza. La preocupación docente prendió en los gobiernos y hasta los Ministerios de Fomento, Instrucción Pública y Educación Nacional tienen su origen remoto en el gesto calasancio que organizó las escuelitas transtiberinas.

Una avalancha de niños las llenó hasta el tope; pero a los dos años, otra avalancha, la del Tíber, lo inunda todo, y vuelta a empezar. Calasanz ahora deja el arrabal y las introduce en el

corazón de Roma, precisamente en el 1600. Y la obra puesta en marcha ya no se detiene. Varias veces cambia de local hasta definitivamente establecerse en San Pantaleón. Durante veinte años continuos (1597-1617) el padre José se ha ingeniado para mantener una comunidad secular *sui generis,* sin votos ni reglas, sin otro apoyo que el prestigio de su prefecto. Es el grupo escolar con su balumba de niños perfectamente distribuidos, con sus clases de lectura, escritura, ábaco y latín o humanidades, entreverado todo de doctrina y piedad cristianas, con pasmo de la Ciudad Eterna y de los romeros que la visitan desde toda la catolicidad, al ver el orden y compostura de las interminables rutas de alumnos, y al recordar el antiguo abandono de la infancia, que al fin encontraba su mentor y padre. La Providencia le deparó colaboradores valiosísimos como el joven Glicerio y el viejo Dragonetti, pero el factor más eficaz de consolidación fue la autoridad pontificia. Tras un fallido ensayo de agregación a una Corporación religiosa ya existente, la de San Leonardo de Lucca, el pontífice Paulo V erigió las Escuelas Pías en congregación de votos simples, y a los cuatro años de prueba, en 1621, ya logró el padre José de la santidad de Gregorio XV la elevación a Orden de votos solemnes, última de las de esta categoría en la Iglesia de Dios.

Pedagogo y legislador de pedagogos, José de la Madre de Dios estampó en sus constituciones su áurea sentencia: «Si desde los tiernos años son imbuidos los niños en piedad y letras, podrá sin duda esperarse de ellos un feliz desarrollo de toda su vida». Y apasionado de hecho de la tarea de la enseñanza, dirá de su ejercicio que es «degnissimo, nobilissimo, meritissimo, favorevolissimo, utilissimo, bisognevolissimo, naturalissimo, ragionevolissimo, graditissimo, piacevolissimo, e gloriosissimo» (el más digno, el más noble, el de más mérito, el más favorable, el más útil, el más necesario, el más natural y razonable, el más de agradecer, el más agradable y de máxima gloria). Y, efectivamente, su dedicación a él fue integral, no solamente los veinte años dichos de su prefectura, sino también los quince de su generalato temporal, los catorce de su generalato vitalicio y aun los dos últimos de su senectud, después de destituido de su cargo de general de su Orden. Cincuenta y un años de entrega to-

tal a sus escuelas, después de los treinta y nueve de preparación y actuación sacerdotal, dan carácter a los noventa de su fecunda existencia: fecunda en su labor personal de educador, que domina a los niños con mano de santo, y con mano de santo hasta restituye a su órbita el ojo saltado a un muchacho en una pelea durante el recreo; y fecunda en su acción oficial de fundador y dilatador de su Orden por las provincias de Roma, Génova, Nápoles, Florencia, Sicilia, Germania, Polonia y Cerdeña, con más de cuarenta fundaciones realizadas bajo su gobierno. En visita personal a Cárcare, en el genovesado, reconcilió facciones ancestralmente enemistadas; en Nápoles volvió a buen camino a tres disolutos artistas que trataban de ofenderle; en Florencia permitió y estimuló a sus hijos al cultivo de las ciencias, con la amistad del perseguido sabio Galileo; en Germania sus escolapios o piaristas, como allí les llaman, ocuparon las avanzadillas de la catolicidad frente a la acometida protestante, y su santuario de Nikolsburg fue centro de irradiación y reconquista espiritual, reconocido por Von Pastor.

Mas las benemerencias del santo Calasanz no terminan con su magisterio y su Orden docente. Brilla en él la ejemplaridad de su humilde acatamiento ante las persecuciones y humillaciones más extrañas. Un miembro de su propia Corporación, el padre Mario Sozzi, logra por sus servicios y delaciones un proteccionismo excepcional de parte del Santo Oficio o Tribunal de la Inquisición, y lo emplea en desacreditar a su padre general y revolverle la Orden, singularmente en Florencia. En Roma llegó a provocar el arresto y conducción del padre José y de su curia generalicia al Tribunal de la Fe entre esbirros y corchetes; como espía y malhechor, entre la nerviosa agitación de la pontificia guerra de Castro. Suspendido en su cargo de supremo moderador de la Orden, se atreve a suplantarle como primer asistente en funciones de general, y le humilla y desprecia sin respeto a su ancianidad venerable. La revancha es de Dios, que se lleva al padre Mario preso de una sífilis horripilante; mas le sucede el padre Querubini, hechura suya y tan indigno como él, presagio de que se va a la ruina del Instituto. Termina en desastre la guerra de Castro; muere el papa Urbano VIII; la comisión cardenalicia nombrada para los asuntos de las Escuelas Pías de-

cide la reintegración del anciano padre general en el puesto de mando de la Orden; pero el Santo Oficio entiende que tal reparación será en desdoro de su prestigio tribunalicio y el papa Inocencio X opta al fin por la destrucción de la obra calasancia, desarticulándola y privándola de su jerarquía. Queda el santo definitivamente destituido, sin perder por ello la resignación, la paciencia, ni la esperanza. Dios me lo dio, Dios me lo quitó —repite con el Job del Viejo Testamento—. Mas no vacila en profetizar la restauración de su Orden y en animar a todos sus hijos a la perseverancia. No se abandona, en efecto, ninguna casa y siguen todas repletas de alumnos. Dos años aún de infatigable actividad y de invencible paciencia, y llega el triunfo de su última enfermedad y de su muerte preciosa, el 25 de agosto de 1648.

El principio del fin fue su última comunión entre sus niños como lección postrimera, para caer en el lecho de su cuartito de San Pantaleón y edificar con sus fervores a sus desolados religiosos. De curaciones ajenas y penetración de espíritus fueron los casos frecuentes; pero mucho más los de virtudes heroicas: en materia de fe, hasta arrojó de su boca un sedante al saber que había sido ideado por el hereje Enrique VIII de Inglaterra; envió a dos de sus hijos a poner en su nombre la cabeza a los pies de la estatua de San Pedro y no quedó tranquilo hasta obtener del Papa, por escrito, la bendición apostólica, con transportes de alegría que contrastaban con los desaires, nada leves, de la propia Sede Apostólica recibidos antes. Y en sus últimos días de enfermedad tuvo el consuelo inefable de la aparición de la Virgen Santísima reafirmando sus esperanzas, y la de los escolapios hasta entonces difuntos en número de 254, con sólo una ausencia.

San José de Calasanz fue beatificado el 18 de agosto de 1748 por el papa Benedicto XIV y canonizado por Clemente XIII el 16 de julio de 1767.

CALASANZ BAU, SCHP

Bibliografía

BAU, C., SCHP, *Biografía crítica del santo* (Madrid 1949).
PICANYOL, P. L., *Epistolario calasancio* (Roma 1950-1956).

SANTHA, G., *San José de Calasanz. Su obra y escritos* (Madrid 1956)
• Actualización:
ASIÁN GARCÍA, M. A., *El camino de José de Calasanz* (Salamanca 1981).
CUEVA, D., *Vida de San José de Calasanz* (Madrid [2]2000).
ERRAZU GARCÍA, C., y otros, *San José de Calasanz, el amigo de los niños* (Madrid 1986).
GINER GUERRI, S., *San José de Calasanz. Maestro y fundador. Nueva biografía crítica* (Madrid 1992).
— *San José de Calasanz* (Madrid 1993).
— *Siguiendo las huellas de San José de Calasanz por España e Italia* (Madrid 1992).
HARO SABATER, R., *El santo temor de Dios en San José de Calasanz* (Barcelona 1987).
SANTHA, G., *Ensayos críticos sobre San José de Calasanz y las Escuelas Pías* (Salamanca 1976).

SAN MENAS DE CONSTANTINOPLA

Obispo († 552)

Es una historia difícil la de San Menas porque su vida ha estado envuelta en unos años también difíciles de la misma Iglesia. Hay una cosa cierta: tanto la Iglesia latina como la Iglesia griega veneran el 25 de agosto la memoria de este prelado del siglo VI, cuyo patriarcado en Constantinopla dura desde el año 536 al 552.

Sus orígenes hay que buscarlos en Alejandría aunque debió pasar muy pronto a Constantinopla, donde adquirió una gran reputación como prestigioso sacerdote, director de un xenodochio llamado Sansón y defensor del concilio de Calcedonia. Concilio que celebrado en octubre de 451 ratificaba la doctrina contra los monofisitas que defendían la existencia en Cristo de una sola naturaleza.

El papa San Agapito consagró obispo a Menas y lo designó como patriarca de Constantinopla contra las intenciones del general Belisario, jefe de las tropas de Justiniano, que quería colocar en la tal sede episcopal al hereje Antimo. Este hecho no llegó a consumarse por la decidida voluntad del Papa que había ocupado la sede pontificia el año 535. La ascensión de Menas significaba además la aceptación clara de la primacía del pontificado de Roma en toda la Iglesia.

El mismo año de su nombramiento (536), Menas ya reunió un sínodo en Constantinopla que los griegos llamaron *Sínodo contra Severo* por ser éste, junto con Antimo, uno de los jefes principales de la secta. En esta situación se suscita la famosa

cuestión de los *tres capítulos,* promovida por Teodoro Askydas, obispo de Cesarea, que va a envolver a Menas en una de las más confusas discusiones bizantinas.

El obispo Teodoro indujo a Justiniano a tomar una medida que se creyó habría de contribuir muchísimo al acercamiento de los monofisitas, muy influyentes en el imperio. Sobre todo, le aseguró que atraería a una gran parte de los monofisitas a esa deseada unión si condenaba a los cabecillas de la escuela antioquena, particularmente odiados por aquéllos. La medida consistía en prohibir solemnemente los tres capítulos, es decir:

1. La persona y los escritos de Teodoro de Mopsuestia, verdadero fundamento del nestorianismo.

2. Los escritos de Teodoreto de Ciro contra San Cirilo y el concilio de Éfeso.

3. Una carta de Ibas de Edesa en defensa de Teodoro de Mopsuestia y contra San Cirilo, dirigida a Maris de Seleucia.

Eran tres capítulos especialmente odiosos a los monofisitas y se suponía que con su prohibición se les atraería.

Los escritos merecían, en realidad, ser condenados y de hecho lo habían sido ya, pero tanto Teodoreto como Ibas se habían retractado en Calcedonia. A Justiniano desde luego le gustó la idea.

En Oriente fue bien recibida la prohibición, pero en Occidente se «levantó» una protesta general contra ella. La prohibición de Teodoreto, alma del concilio de Calcedonia, se interpretaba como impugnación del concilio mismo. Aun cuando cabía la distinción entre el concilio y los escritos de Teodoreto del tiempo que se opuso a San Cirilo, los occidentales no entendían esa distinción. La oposición era total.

Fue entonces cuando Justiniano, hombre violento en sus decisiones, picado en su amor propio, trató de reducir a todos los recalcitrantes.

A Menas le tocó la suerte de ser el primero entre los obispos orientales en firmar, bajo la presión de Justiniano, la condenación de los *tres capítulos.* Y lo hizo, aunque con la salvedad de poderse retractar ante el emperador si el obispo de Roma no quería subscribirlos. Lo cual no pasaba de ser un mero formulismo.

En efecto sabía ya Menas que el nuncio del papa Esteban rechazaba tal condenación y Menas no retiraba su firma. Aún más, en enero del año 547, llegaba a Constantinopla el mismo papa Vigilio, invitado por Justiniano, quien por otro lado conocía perfectamente la oposición de los occidentales y era consciente de la indignación que se levantaría si se adhiriera a ella. Por eso evitó durante algún tiempo la comunicación con el patriarca Menas. El patriarca no quiso ni entrevistarse con el papa Vigilio durante cuatro meses, por esta causa. No parece que Menas pensara nunca en una retractación y fue el propio Papa el que tuvo que mudar su opinión para ponerse de acuerdo con el Patriarca. El 11 de abril del año siguiente, 548, Vigilio publicaba un manifiesto, denominado *Iudicatum,* en el cual condenaba abiertamente los *tres capítulos,* añadiendo la reserva de que el concilio calcedonense quedaba a salvo.

Y aunque la condena no suponía una claudicación en materia de fe, sí suponía una debilidad, y el rechazo en Occidente fue tan terrible que hasta un sínodo de Cartago del año 550 lanzó la excomunión contra el Papa, al que se suponía caído en el monofisismo. Las cosas llegaron a tal punto que, asustado por la situación, Vigilio tuvo que suspender la condenación de los tres capítulos. Se convino, además, en que para decidir la cuestión, se reuniría un Concilio y entretanto nadie publicaría nada sobre el asunto. Sin embargo, Justiniano no cedería y bajo la presión de Askidas publicó otro decreto imperial, *Confesión de la fe,* el año 551, en que se renovaba la prohibición de los *tres capítulos.* El Papa se declaró abiertamente contrario.

La imposición fue tan feroz que el propio Papa tuvo que refugiarse en la iglesia de San Pedro de Constantinopla y no sintiéndose seguro se escapó luego a la de Santa Eufemia de la próxima Calcedonia, desde donde lanzó la excomunión personal contra Askidas, Menas y sus partidarios. Un acto que sirvió para poner de relieve la sincera voluntad de Menas, que quería evitar un cisma. Por eso la respuesta que dio al Papa fue un escrito firmado por él y los principales alcanzados por el anatema pontificio, en el cual en forma tan humilde como hábil pedían perdón al Papa, notando, empero, que no eran los obispos firmantes responsables de las violencias de que había sido víctima el papa Vigilio.

El papa, aprovechando la favorable situación, volvió a Roma. Para Menas fue éste el último acto de su vida, muriendo reconciliado con la Santa Sede. Era el año 552, año de su muerte. El nuevo patriarca sucesor de Menas, Eutiquio, abrió un sínodo en Constantinopla el año 553, en el que se pronunció sentencia contra los tres capítulos. Sínodo que al ser aceptado por el Papa fue el quinto ecuménico. Asistieron 151 obispos y la cuestión de los tres capítulos quedó definitivamente solventada.

No cabe duda que, aun cuando ya había muerto, el ejemplo y el estímulo de Menas fueron decisivos en este paso tan fundamental para la Iglesia.

Juzgada con las clarificaciones de hoy, pueden encontrarse ciertas oscuridades en la conducta de Menas. Inmersos en aquella situación las cosas no eran tan claras y fáciles de comprender, aun refiriéndonos al propio papa Vigilio. Una vez más, bajo el designio de la Providencia y la asistencia del Espíritu Santo, la luz iluminó a todos para bien de la Iglesia. San Menas fue en esos momentos uno de los hombres providenciales.

Una cosa es clara: el permanente deseo de San Menas de estar siempre del lado de la verdad y de la Iglesia. El favor que hace a la Iglesia de Roma es incuestionable y de trascendencia incalculable para el papado. Hoy su figura es juzgada entre las más beneméritas para la unidad de la Iglesia.

JOSÉ SENDÍN BLÁZQUEZ

Bibliografía

LLORCA, B., SI - GARCÍA VILLOSLADA, R., SI - LABOA, J. M.ª, *Historia de la Iglesia católica.* I: *Edad Antigua: la Iglesia en el mundo grecorromano* (Madrid ⁸2001) 522s.
Diccionario Espasa. Tomo letra M, p.566.

SAN GREGORIO DE UTRECHT

Abad y obispo († 775)

El encargo de predicar el Evangelio a todos los hombres de todos los países (Mt 28,19; Mc 16,15) es misión apostólica que el Espíritu de Jesús no ha dejado de infundir en el ánimo de muchos cristianos, que se han sentido enviados, misioneros, para comunicar la Buena Nueva y congregar y edificar la Iglesia

con los renacidos a una vida nueva por el agua y el Espíritu Santo. Nunca la Iglesia de Jesucristo, viva y operante en cada una de las Iglesias particulares, ha dejado de sentirse enviada más allá de la frontera de las tierras ya cristianizadas.

Con el Evangelio, los misioneros de todos los tiempos han aportado cultura y civilización a nuevos pueblos. En la base de la Europa de hoy, tuvo un relieve especial la labor misionera que, en los siglos VII y VIII, llevaron a cabo monjes ingleses en las tierras del norte del continente europeo.

En el año 716 el Espíritu suscitó la vocación misionera en un monje de Nursling (Gran Bretaña), de nombre Winfrido, que salió de su tierra hacia el continente europeo. Arribó a los Países Bajos, al país de los frisones, donde el benedictino inglés Wilibrordo había establecido, después de su predicación misionera, la sede de Utrecht, con la bendición del papa Sergio I que, en el 695, lo ordenó obispo en Roma y le concedió el palio arzobispal cambiándole el nombre original por el de Clemente. En la consolidación de esta misión entre los frisones, quiso colaborar también el monje Winfrido, pero circunstancias adversas se lo impidieron en el primer momento de su salida de Inglaterra. Regresó a su país y en el 718 salió de nuevo hacia el continente. Acudió primero a Roma para entrevistarse con el papa Gregorio II, con el cual planeó la evangelización de los sajones. Entonces el Papa le impuso el nombre de Bonifacio. Después se dirigió nuevamente a Utrecht para ayudar a san Wilibrordo en la tarea de convertir a los frisones; permaneció dos años con él. Luego entró en el país de los sajones, a quienes convirtió por miles. Enterado de los progresos de esta misión, Gregorio II lo llamó nuevamente a Roma. En su peregrinación hacia la ciudad de los mártires, Bonifacio encontró en un monasterio al que sería uno de sus más fieles discípulos y continuadores de su misión evangelizadora y de la de Wilibrordo, el joven Gregorio, al que llegó a amar como a un hijo.

Gregorio había nacido en el año 707, de la estirpe de los reyes francos. Era hijo del noble Alberico, que tuvo por madre a Santa Adela, la cual, después de enviudar, se había recluido en el monasterio de Pfalzel, junto a Tréveris, del cual era abadesa. Para cuidar de su educación e instrucción, la abuela cobijaba a

Gregorio en su cenobio. Aquí el joven conoció a San Bonifacio, cuando en el año 722 pasó por Tréveris de camino hacia Roma. Gregorio se contagió de la pasión por el estudio del que sería desde entonces su maestro; y acompañó al misionero en su viaje y compartió con él la estancia en la ciudad de los papas. El 30 de noviembre de aquel mismo año, Gregorio II ordenó como obispo de toda Germania a Bonifacio, encargándole la misión de predicar el Evangelio y de establecer la Iglesia en todas las tierras de la derecha del Rin. Recibida esta misión episcopal, Bonifacio marchó a Turingia y Hessen, acompañado de su discípulo Gregorio, a quien ordenó de presbítero cuando éste contaba unos treinta años. Bonifacio evangelizó también Baviera, después de recibir el palio arzobispal de manos del papa Gregorio III (a.732) y más adelante el título de legado papal (a.738).

Aquel año de 738, murió el santo arzobispo de Utrecht, Wilibrordo o Clemente. Con sus facultades de legado papal, San Bonifacio administró la diócesis huérfana de pastor, pero en la dirección de esta Iglesia se asoció al presbítero Gregorio. El año 753 Gregorio se encargó ya plenamente de regir la sede de Utrecht. San Bonifacio, uno de los padres más notables de la Europa cristiana, murió mártir el 5 de junio del 755 mientras había retornado a evangelizar a los frisones que permanecían aún en el paganismo.

Gregorio, después de la muerte de su maestro, recibió del papa Esteban II y del rey Pipino el Breve el encargo de continuar la misión entre los frisones, mientras seguía administrando la diócesis de Utrecht. Como un segundo pastor, seguidor de San Wilibrordo y discípulo muy querido de San Bonifacio, dedicó su vida al cuidado y educación de la grey de Cristo. «Columna de la Iglesia de Dios, abad y maestro mío», lo llama San Lutger (o Liutger), obispo de Münster († 809), su discípulo y primer biógrafo. Parece que no llegó a recibir la ordenación episcopal; «perseveró en el grado de presbítero», escribe San Lutger; si bien un diploma de Carlomagno, de 769, lo llama obispo. El catálogo de los obispos de Utrecht, de época tardía, lo inscribe como el tercer obispo de aquella sede, sucesor de los santos Wilibrordo y Bonifacio. Fuentes históricas y el *Martirologio romano* actual afirman que rigió como abad el monasterio de

San Martín de Utrecht y que «gobernó» la Iglesia de esta ciudad. Gregorio fue maestro de buen número de discípulos, que llegaron de diversos países atraídos por su fama de hombre culto y erudito, versado en las Sagradas Escrituras. Los formó especialmente como misioneros para enviarlos a proseguir la evangelización de los frisones. Puede que siguieran la regla de San Benito, o que fueran clérigos que observaran vida claustral, presididos por el abad Gregorio, una comunidad semejante a la que celosos obispos habían venido presidiendo y dirigiendo junto a sus catedrales, como un cabildo regular, desde el siglo IV. Gregorio, como buen pastor, fue muy amante de los pobres a quienes socorrió con generosidad.

El 25 de agosto del 775 este siervo bueno y fiel fue llamado al gozo de su Señor (Mt 25,21), después de padecer una enfermedad que le dejó paralítico. Cuando sintió próximo su fin, se hizo llevar ante el oratorio del Santísimo Salvador, oró con gran fervor, recibió el cuerpo y la sangre del Señor, y, mirando al altar y con la mente en el cielo, marchó hacia su Señor, escribe la *Vita* de San Lutger.

PERE-JOAN LLABRÉS Y MARTORELL

Bibliografía

Acta SS. Augusti, V (Venezia 1754) 240-264.
Bibliotheca sanctorum. VII: *Giustiniani-Lhuilier* (Roma 1966) col.222.
HEUSSEN, T., *Batavia sacra,* I (Anvers 1717) 451-466.
LUTGER (San), *Vita,* en MABILLON, J. - D'ACHERY, L., *Acta Sanctorum Ordinis Sancti Benedicti,* III/2 (París) 319-333.
VIARD, P., Art. en *Catholicisme* (encyclopédie), V: *Gibier-Interraciale* (París 1962) cols. 265-266.

BEATA MARÍA DEL TRÁNSITO DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO CABANILLAS

Virgen y fundadora († 1885)

Como a otras fundadoras de congregaciones religiosas —por ejemplo Juana Jungan, Rafaela María del Sagrado Corazón, etc.— destinó el Señor a María del Tránsito Cabanillas para que primero diera vida a una congregación religiosa fecunda en buenas obras y luego, olvidada su condición de fundado-

ra, pasara a un segundo término y viviera sus últimos años en el silencio y la oscuridad. Ella debía ser el grano de trigo que es muriendo como da mucho fruto. Supo plegarse a la voluntad de Dios y elegir la senda de la más profunda humildad, abrazándose con amor a la cruz de Nuestro Señor Jesucristo.

María del Tránsito Eugenia de los Dolores nació en la hacienda de sus padres, término de Córdoba, República Argentina, el 15 de agosto de 1821. Eran sus padres Felipe Cabanillas Toranzo y Francisca Antonia Sánchez Luján, un matrimonio cristiano ejemplar. De su unión, contraída el 19 de septiembre de 1816, llegarían a tener once hijos, y pese a la distancia de edad que había entre ellos, pues al tiempo de su boda él tenía 37 años y ella 18, ambos esposos convivieron en perfecta armonía a lo largo de treinta y cuatro años. Por el día las faenas del campo retenían a Felipe en la dirección de ellas, mientras Antonia cumplía con las tareas domésticas, y al caer la tarde los jóvenes esposos junto con los hijos y la servidumbre rezaban el rosario devotamente, dando así un testimonio cotidiano de su fe cristiana. Sin merma de esta fe, y por motivos desconocidos, tardaron en bautizar a la recién nacida hasta el día 10 de enero de 1822 en que la llevaron a bautizar a la capilla de San Roque, administrándole el bautismo el presbítero D. Mariano Aguilar.

No conocemos muchos particulares de su infancia, que discurrió en el agitado marco de la política de entonces. Se sabe que recibió el sacramento de la confirmación el 4 de abril de 1836 y se cree que poco antes debió recibir, según era la costumbre de aquel tiempo, la primera comunión. También se sabe que la niña pasó su primera infancia en Santa Leocadia, la estancia de unos parientes próximos, y que más tarde vivió en los campos de Río Segundo, donde su padre tenía sus posesiones. No se sabe si estudió las primeras letras en un colegio de Córdoba o las recibió en el propio hogar. Ella ya de mayor guardó celosamente sus recuerdos de infancia y no considerándose importante no los contó a las hermanas de su congregación.

Mientras otros hermanos contraían matrimonio en la primera juventud de Tránsito, sus hermanas Josefa y Nicasia fueron las compañeras de hogar de su juventud. Se sabe que era humilde, bondadosa y laboriosa, integrada muy bien en el clima

de amor y piedad de su hogar. Se sabe también que tuvo amor de madre para sus hermanos más pequeños. E igualmente se sabe que la estancia de los Cabanillas fue saqueada por el ejército de Rosas el año 1840 y que, junto con sus padres y hermanos, hubo de refugiarse en los montes cercanos. Tenía 29 años cuando falleció su padre (13 de julio de 1850). Su hogar se volvió riguroso y recogido hasta que una íntima y profunda alegría vino a poner otro clima: su hermano Emiliano recibe en 1854 el sacerdocio de manos del obispo de Buenos Aires, mons. Escalada. Acompañada de su madre, Tránsito asistió llena de regocijo espiritual a la primera misa del nuevo sacerdote. A lo largo de los años Tránsito lo había acompañado a la ciudad para ingresar en el seminario, y ella lo acompañaba igualmente en su vuelta a la hacienda al término del curso. Emiliano se convierte en padre y amparo de su madre y sus hermanas y junto a él la vida prosiguió normal hasta que el 13 de abril de 1858 fallecía su madre.

En 1864 fallecía su hermana viuda Eufemia, dejando cinco hijitas, a las cuales enseguida amparó la caridad del sacerdote Emiliano, canónigo ya y activo en la curia episcopal, asignándole una a cada hermana, y correspondiéndole a Tránsito la niña Rosario, la cual sobrevivirá hasta 1948, y será religiosa esclava, y pudo proporcionar numerosos datos sobre su querida tía. Por ella sabemos que su tía en los años en que ella convivió con la misma vestía una saya redonda unida a una bata también redonda de color café, llevando siempre un pañuelo al cuello, y al salir a la calle se cubría con un tapado negro de merino. Madrugaba cada mañana y se iba a misa a la capilla de San Roque, que distaba de su casa cuadra y media, oía la santa misa y comulgaba. Luego de volver y desayunar iba a una segunda misa a la iglesia de la Compañía con su sobrina Rosario. Vuelta al hogar empleaba el día en las tareas de la casa y cuidaba también de un jardincito. Bordaba y tejía, y dedicaba un tiempo a la lectura espiritual, tomándola de las obras de Santa Teresa de Jesús o del P. Rodríguez. Se inscribió en la Conferencia Vicentina de Nuestra Señora de la Merced, de la que era director el P. David Luque, y hacía cada semana su recorrido por las casas de los pobres encomendados a su cuidado. Atendía a que los enfermos recibieran los santos sacramentos y procuraba conducir al santo matrimonio las uniones no legalizadas.

En cierta ocasión en que una enferma no tenía nadie que la atendiera, Tránsito se la llevó a su casa y la cuidó hasta que recuperó la salud. Con gran fervor acompañaba al Santísimo Sacramento cuando era llevado a los enfermos. Se preocupaba de insistir ante las jóvenes madres para que llevaran sus hijos a bautizar e iba todas las semanas a la casa de la Compañía de Jesús para colaborar en la enseñanza del catecismo, y hacía que sus sobrinas colaborasen también. Se inscribió en la congregación de Hijas del Purísimo Corazón de María y Santa Filomena, que llevaban los padres jesuitas, y un año fue presidenta de la misma. Era también cofrade de la Virgen del Carmen. Rezaba el santo rosario todos los días, ayunaba los miércoles y sábados y ponía especial fervor en la comunión de los primeros sábados. Pero hay que subrayar en la biografía de esta santa mujer su pertenencia a la Orden Tercera de San Francisco. Ingresó en ella a raíz de la muerte de su madre en 1858, y ésta es la razón del vestido marrón que hemos dicho vestía siempre y de la vida austera y muy piadosa que intensificó desde entonces. Profesó en la Orden Tercera el 4 de septiembre de 1859 y con licencia de su confesor, el P. Buenaventura Rizo Patrón, OFM, más tarde Obispo de Salta, hizo voto de perpetua virginidad. En su intensa vida de oración, Tránsito no dejaba de pedirle al Señor que le indicara qué quería de ella porque de su parte estaba dispuesta a hacer en todo la divina voluntad. Y el Señor le respondió.

En el mes de septiembre de 1870 —como ella misma confesaría— le inspiró el Señor el deseo de fundar una casa de religiosas terciarias de penitencia de San Francisco de Asís, donde se consagrasen a Dios y se dedicasen al silencio y el retiro del mundo las almas que Dios llamase a esta vida. No obstante lo cual, cuando se planteó la fundación de un convento de carmelitas descalzas en Buenos Aires, Tránsito se presentó como aspirante. Admitida, marcha a la capital de la República y el 19 de marzo de 1873 ingresa en el Carmelo. Estuvo en el convento catorce meses en los que demostró su voluntad decidida de ser monja, pero la salud le falló: continuos vómitos y un persistente resfriado obligaron a Tránsito, por orden de la priora, a dejar el monasterio en julio de 1874. Se le dice que si mejora de salud

puede volver. Pero ella encontraría la oportunidad de una nueva experiencia de vida religiosa. El P. Félix María del Val, SI, consiguió que la admitieran las monjas salesas de Montevideo, y allá marchó Tránsito ingresando en el Monasterio de la Visitación el 12 de septiembre de 1874. Era una comunidad de religiosas muy observantes, presididas por la M. Carolina Crespi, y en la que ejercía el magisterio de novicias la M. María Gertrudis Crespi. Tránsito —se ha dicho— se sintió entre aquellas ejemplares religiosas transportada al paraíso y la M. Superiora diría años más tarde que Tránsito había sido la alegría del noviciado. Pero la salud volvió a fallarle y a mediados de marzo hubo de ir por ella a Montevideo su hermano Modesto, siendo el día de San José de 1875 el día de su salida del querido monasterio. Volcó su alma en el confesor, P. Martos, superior de los jesuitas, el cual le dijo: «Vaya, no se desanime. No llore. Dios la quiere para mayores cosas». Se quedó en Buenos Aires hasta reponerse un poco y entonces volvió a Córdoba. Su familia se alegró mucho de tenerla de nuevo en casa. Pasó por la pena de perder aquel mismo año 1875 a una de sus sobrinitas, y a sus hermanos Josefa y Emiliano, el querido sacerdote que tanto la había animado siempre. Tras este dolor, Tránsito vio renacer dentro de su corazón aquella idea de 1870 de dar vida a una institución franciscana y tiene la certeza de que es Dios quien de nuevo se la inspira.

Se dirigió al convento de los franciscanos y abrió su corazón en el confesonario con un padre de aquella comunidad, que no ha podido ser identificado con certeza. El sacerdote le dijo que su deseo nacía de buen espíritu y que lo propio era que hablara con el provincial, P. Vicente Barrios. Éste recibió a Tránsito y la oyó, la aprobó y le ofreció su ayuda. Le dijo que eligiera un director espiritual para su obra a fin de contar desde el principio un guía seguro y prudente y le prometió que él mismo agenciaría la licencia de Roma. Ella elige como director al canónigo magistral D. Justino W. Suárez, que acepta el encargo y la presenta al obispo de la diócesis, monseñor Eduardo Álvarez. El prelado le hizo ver que la dedicación de su futura obra a la oración y la penitencia era muy laudable pero que estaba necesitado de agentes de la catequesis, y deseaba que en los planes de

Tránsito se incluyera la obra apostólica de la catequesis y la educación cristiana de los niños. La autorizó a realizar todos los trámites necesarios y le señaló el pueblecito de San Vicente como el sitio donde debería abrir su casa, porque era un suburbio pobre muy necesitado de evangelización.

Tránsito habló enseguida con don Agustín Garzón, el fundador del barrio de San Vicente, y le pidió un terreno adecuado para su obra. Lleno de entusiasmo, Garzón le ofreció una cuadra de terreno. Tras fallar el intento de sumar sus esfuerzos a la obra concepcionista de Matilde Torres, Tránsito y su sobrina Rosario Luján se lanzaron a pedir limosnas para su obra, en la que ella pensaba poner la hacienda que había heredado de su hermano Emiliano y que era a todas luces insuficiente para costearla. Respaldada por el obispo, por los franciscanos, la Orden Tercera y las Conferencias vicentinas, y por la memoria de su ejemplar hermano sacerdote, hizo su labor de recogida de limosnas los años 1876 y 1877. Se separó de sus hermanas y se fue con una sirvienta a vivir en una casita. Su otra labor fue buscar las futuras miembros de su congregación y muy pronto hubo un grupo de almas dispuestas a seguirla. Estaba claro que la Regla iba a ser la de las terciarias franciscanas, pero había que redactar unas constituciones.

Y fue entonces cuando por medio del ya mencionado Sr. Garzón se hizo presente en el asunto el P. Quírico Porreca, OFM, napolitano, que acababa de concluir su mandato como superior del convento de los franciscanos de Córdoba y era nombrado Comisario de Tierra Santa en Argentina. Éste se ofreció para que se adoptaran las de las Estigmatinas italianas, que parecían dispuestas a venir a Argentina. El P. Quírico tenía las constituciones en italiano y se dedicó a traducirlas al español. Se ofreció también para agenciar la venida de las religiosas estigmatinas a Argentina, en lo que Tránsito estuvo de acuerdo pero que el P. General de la Orden consideró imposible. En agosto de 1877 el P. Quírico había concluido su traducción y la envió para que Tránsito la presentara en la Curia diocesana en orden a su aprobación, ya que en realidad no se presentaban como simple traducción, pese a serlo, sino como trabajo original. Eran originales el nombre de la congregación, el patronato de Santa

Margarita de Cortona, el hábito y el medio de subsistencia, la mendicidad.

Las religiosas de esta congregación se llamarían Hermanas Terciarias Misioneras Franciscanas. El 20 de noviembre Tránsito los presentaba a la autoridad eclesiástica. Mientras tanto se había llegado ya al encargo formal de la construcción del convento, cuyos pagos se iban haciendo con los haberes de Tránsito, en bienes inmuebles y en dinero efectivo, y con las limosnas que se iban allegando. A fines de noviembre el convento estaba construido y todo él convenientemente amueblado. Y así a la petición de licencia para los estatutos se pudo unir la licencia para dar principio a la institución. Se fijó la fecha del 8 de diciembre de aquel año, día de la Inmaculada, para la fundación, y en el mientras tanto mons. Uladislao Castellano, gobernador y provisor del obispado en sede vacante, pide al P. guardián de los franciscanos de Río Cuarto que le envíe al P. Quírico Porreca «para ayudarnos en la instalación y aún en la dirección de la congregación por algún tiempo». Parece que Juárez era el director señalado hasta entonces. Era también idea del señor Agustín Garzón, que tuvo parte muy relevante en todo el proceso fundacional. El guardián del P. Quírico estuvo de acuerdo, y así se hizo presente este religioso para una dirección por algún tiempo, que sin embargo duraría hasta su muerte y le haría presentarse como el verdadero fundador de la congregación.

Las aspirantes hicieron una tanda de ejercicios espirituales y en ella tres se decidieron a dar el paso. Efectivamente ese día 8 de diciembre mons. Castellano bendijo el edificio y les dio el hábito franciscano, predicando el Dr. Juárez. Ella se llamó en adelante Tránsito de Jesús Sacramentado. Al día siguiente ya madre Tránsito, acompañada de otra compañera, tomó su cesta y marchó a pedir limosna por la ciudad. Y por parte del clero y de los fieles de Córdoba se recibieron en la nueva casa religiosa muchas señales de aprobación y estima. Las vocaciones empezaron a aflorar y, el 22 de febrero de 1879, 16 nuevas aspirantes comenzaron su noviciado.

El primer apostolado fue dar catequesis a los niños del barrio los jueves y domingos. El 25 de marzo de aquel mismo año se abrió la escuela de niñas titulándose Colegio de Santa Marga-

rita de Cortona. Por iniciativa del P. Quírico se abrió el 2 de julio de 1879 una segunda casa de la congregación, el colegio de Nuestra Señora del Carmen, en Río Cuarto. Y ésta es la primera prueba de cómo el P. Quírico se había constituido en superior efectivo de la comunidad, siguiéndole la M. Tránsito con humildad y modestia. Siete hermanas pasaron a llevar este colegio. M. Tránsito, a la que el acta de aquella fecha llama fundadora y superiora mayor, asistió naturalmente al acto. Pero en esa misma acta se le da al P. Quírico el título de fundador de la congregación. M. Tránsito se estuvo unos meses en la nueva casa dirigiendo la formación de las novicias y cuidando que la observancia de las constituciones fuera óptima. Pero cuando llegó la hora de marcharse y tener que nombrarse una superiora, M. Tránsito no estaba de acuerdo en la candidata del P. Quírico, si bien el vicario capitular de la diócesis le pidió que ajustara su parecer al del sacerdote, y así lo hizo.

A fines de octubre regresó a Santa Margarita. Cuidó con gran celo el espíritu religioso de sus hijas espirituales, y el 2 de febrero de 1880 pronunció con las hermanas que cumplían el año de noviciado los votos religiosos delante del Vicario Capitular. M. Tránsito se volcó en formar a las religiosas y mostró unas excelentes cualidades como madre y guía de aquellas jóvenes entregadas al servicio divino. Daba ejemplo siguiendo en la póstula de limosnas, y ello a pesar de que comenzaba a padecer de asma. Vivían muy frugalmente y la madre atendía con amor a las necesidades de todos. En abril de 1881 las autoridades civiles prohibieron la póstula de limosnas. Hubieron de recurrir a la venta de labores de mano. M. Tránsito invitó a toda la congregación a echarse en manos de la Providencia.

El P. Quírico, que de director había pasado a asumir el papel de fundador, estaba dispuesto a llevar esta condición a sus últimas consecuencias y ello en detrimento del papel que le correspondía desempeñar a M. Tránsito. Conseguirá que la propia M. Tránsito en algún escrito, dictado por él, lo llame fundador. Contra el parecer de la madre ingresa en la congregación una hermana procedente de otro instituto, que no quería ajustarse a los estatutos vigentes y que acusó a la Madre ante el P. Quírico, y ello le valió a la madre ser reprendida y humillada en público.

El 13 de junio de 1880 tuvo lugar en Río Cuarto la profesión del grupo de hermanas que allí hacían el noviciado, y a ella asistió M. Tránsito. A comienzos de julio volvió a Córdoba. Y a comienzos de septiembre se puso muy enferma, hasta el punto de temerse por su vida. Pero mejoró. Durante su enfermedad, la madre pidió a una hermana, aún novicia, que la sustituyera interinamente, recuperando ella su papel en cuanto estuvo buena, pero esta sustitución fue presentada por el P. Quírico como un intento de nombrar sucesora por sí misma y que había escrito un testamento, y así se lo dijo a mons. Castellano, que quedó prevenido contra la madre, pero ella guardó su habitual respeto a las personas. El día 18 de noviembre el P. Quírico escribía una circular en la que recordaba sus atribuciones como director y como representante del P. general de la Orden y pedía a todas docilidad y dependencia. Y ordenaba —ésa es la palabra que usaba— hasta dieciséis prohibiciones, con las cuales la autoridad de la M. superiora quedaba claramente mermada. Ella dócilmente envió copia de la circular a la casa de Río Cuarto y la superiora de allí, M. Serafina, dejó de contestar a las cartas de M. Tránsito.

Comenzaba a haber un clima de despego respecto a ella. Pero la ocasión propicia que esperaban los enemigos de la madre se presentó cuando entró el nuevo obispo, mons. Mamerto Esquiú (16 de enero de 1881). Parece que ante el vicario capitular, el P. Quírico había presentado la renuncia a su cargo, y el vicario se lo diría al nuevo obispo entre los asuntos pendientes. Muy poco después de su llegada a la diócesis, el día 19, visitó la casa y dio una limosna a la madre. Y la visitó en ocasiones próximas. Pero también había llamado al P. Quírico y le pidió le informara personalmente de las dificultades que le habían llevado a la dimisión. El prelado le contestó, seguramente, que no tenía quien se hiciera cargo de la dirección de la nueva congregación y que se la dejaba a él, confiando en su buen juicio.

El efecto fue fulminante: el 13 de marzo de 1881 el P. Quírico pasó a destituir a M. Tránsito como superiora mayor, quedando de momento como superiora de la casa de Córdoba pero en espera de su sustitución. Esta destitución de la madre no se ajustaba a los estatutos, cuyo cap. III consagraba a la madre

como superiora de por vida, y esos estatutos estaban vigentes, pero la madre no presentó queja ni reclamación. Y aquel mismo día en suave y humilde carta se lo comunicaba a la superiora de Río Cuarto. Las hermanas todas guardaron un total silencio. El 30 de noviembre de 1883 la madre fue también destituida como superiora local, y se la amenazó con las medidas más serias si no se sujetaba como la última religiosa. La madre guardó ante ello un profundo silencio. Sobre ella cayó la acusación de insubordinación y pésimo gobierno. Le sucedió la hermana Margarita Bustamante como superiora local de Santa Margarita. Se hizo correr la voz de que su delicada salud había aconsejado su sustitución.

Surgida al poco tiempo una grave desavenencia entre el gobierno argentino y la Iglesia, con la expulsión del nuncio incluida, el P. Quírico fue objeto de censura gubernamental y vino a retirarse a la casa de Santa Margarita. En los varios meses que pasó en la casa, la madre se esmeró en atenderle como las demás hermanas con gran sencillez de espíritu y caridad. La madre quedó por completo al margen del gobierno de la congregación, y permaneció en la oración y en el silencio. Y en esta situación le llegó la muerte el 25 de agosto de 1885 rodeada de las hermanas de la casa, que le mostraron su cariño y consideración y tras recibir con grandes pruebas de fervor y humildad los santos sacramentos.

Sepultada en el atrio de la futura iglesia de la casa madre, los superiores de la congregación, atrapados por la conspiración de silencio que se fraguó en 1881, la ignoraron y la hicieron ignorar cuanto pudieron, pero la humilde tumba era visitada devota y silenciosamente por las hermanas que habían admirado su persona y sus virtudes. Hubo que esperar a que en el año 1926 fuese nombrada tercera superiora general la M. Julia Thalasso para que se comenzara a sacar del olvido la figura de la verdadera fundadora de la obra, que mientras tanto había ido creciendo y dilatándose. En 1958 comenzó su causa de beatificación y canonización. Declaradas heroicas sus virtudes el 28 de junio de 1999, fue solemnemente beatificada el 14 de abril de 2002.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 95 (2003) 387s.
Bibliotheca sanctorum. Appendice prima (Roma 1987) col.229.
LIDIA LÓPEZ, B., *Madre Tránsito Cabanillas, fundadora de las Hermanas Terciarias Misioneras Franciscanas de la República Argentina* (Córdoba 1977).
LLOSA, F. DE, *Una rosa junto al lago San Roque* (Córdoba 1957).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN GINÉS DE ARLÉS

Mártir († 303)

No hay duda de que hubo en Arlés un mártir de nombre Ginés. En Arlés se veneró su sepulcro, al que los fieles iban en peregrinación, y en el que los fieles creían recibir de Dios gracias y milagros. Todo indica que su *passio,* redactada en el siglo V, tiene un fondo histórico basado en la tradición oral previa referente al santo. Según ello, Ginés era un joven de Arlés que había entrado en el ejército y tenía el cargo de notario. Era catecúmeno. Al llegar la persecución, abandonó su puesto y huyó, pero fue atrapado cuando acababa de atravesar el Ródano y fue sacrificado por su condición de creyente en Jesucristo. Hablan de él Prudencio y también Venancio Fortunato.

SAN GERONCIO DE ITÁLICA

Obispo y mártir († s. IV)

El nuevo *Martirologio romano* ya no recoge la tradición según la cual este santo obispo de Itálica, junto a Sevilla, vivió en tiempos de los apóstoles, lo que supondría la presencia del cristianismo en la Bética ya en el siglo I de nuestra era. Así se dice en un himno del rito mozárabe *(Hic fertur apostolico / vates fulsisse tempore),* lo que indica la antigüedad de esta tradición. Pero no parece que su martirio pueda datarse sino en el siglo IV. De su existencia no parece deba caber duda, toda vez que consta la existencia en el siglo VII de un templo dedicado a su memoria, donde su sepulcro era objeto de veneración popular. La tradi-

ción igualmente quiere que muriera en la cárcel. La archidiócesis hispalense celebra su memoria litúrgica.

SAN AREDIO
Abad († 591)

Aredio (Yrieix o Yriez) nació en Limoges en la primera mitad del siglo VI, y en su juventud prestó servicios en la corte de los reyes francos, pero luego se decidió por la vida monástica y fundó el monasterio de Atane, en el Limousin, que luego tomaría el nombre de St. Yrieix. Este monasterio lo regiría él mismo como abad, brillando por sus muchas virtudes. En torno al monasterio surgió una población que tomó igualmente el nombre de Saint-Yrieix. Pero el monasterio no fue el único teatro de su vida y sus virtudes, sino que se dedicó también a predicar el evangelio por toda Galia con gran celo y entrega, llevando a cabo varios viajes apostólicos y difundiendo por todas partes el nombre de Cristo. Murió el año 591.

SANTO TOMÁS DE CANTELUPE
Obispo († 1282)

Tomás nació el año 1218 en Hambledon, en el Buckinghamshire, hijo de una noble familia, emparentada con las casas reales de Inglaterra y Francia. Su padre era el noble normando Guillermo Cantelupe, famoso como militar, y su madre, Melicenta, era condesa viuda de Evreux y Gloucester. De su primera educación cuidaron su tío, el obispo de Hereford, Walter Cantelupe, y el arzobispo de Canterbury, Robert Kilwarby, OP. Llegado a la adolescencia marchó a París a estudiar filosofía y luego derecho civil en Orleáns. Acompañando a su padre asistió al concilio I de Lyón el año 1245. Aquí el propio papa Inocencio IV lo ordenó sacerdote y lo hizo capellán suyo. Luego pasó a Oxford y allí se doctoró en derecho canónico. Quedó incorporado al claustro de esta Universidad y llegó a ser canciller de la misma. Conocida su valía y preparación por el rey Enrique III lo nombró canciller del reino, y en este cargo hizo gala

de gran prudencia, coraje, justicia, trabajo incansable, escrupulosidad y ausencia de respeto humano, y se dijo de él que era un gobernante perfecto. Fue muy leal con el monarca diciéndole siempre lo que consideraba su deber. No tenía ambición alguna de poder y por ello puso varias veces su importante cargo a disposición del rey, pero Enrique III, satisfecho de su gestión, no quiso nunca aceptarle la dimisión, y tuvo que ser su sucesor, Eduardo I, el que por fin le admitió la dejación del cargo.

Tenía ya más de cincuenta años, y entonces se retiró a Oxford, hospedándose con los dominicos, y estudió teología hasta alcanzar el doctorado. En el acto de su doctorado, celebrado en la iglesia de los dominicos, el arzobispo declaró que el grado recaía en un sujeto intachable y de vida inmaculada. En 1274 el papa Beato Gregorio X lo llamó para que asistiera al concilio II de Lyón en calidad de teólogo, y participó en las sesiones del mismo con su conocida competencia. De manera sorpresiva, el año 1275 el cabildo catedral de Hereford, sabedor de su sabiduría y santa vida, lo eligió como obispo. El Papa confirmó con gran gusto la elección.

Como obispo se hizo amar de los pobres por la ardiente caridad cristiana que mostró con ellos, socorriéndolos largamente hasta donde le era posible. Se hizo amar además de todos los fieles, pues éstos podían ver el celo y dedicación que tenía su obispo, que llevaba una vida austera y santa, entregado por completo a su ministerio. Pero se hizo también temer de los poderosos, pues en la defensa de los derechos de la Iglesia no le importó enfrentarse con el Príncipe de Gales, con el conde de Gloucester, yerno del rey, y con otros personajes de la mayor significación social. Tuvo también una disputa con su metropolitano, el arzobispo de Canterbury, que era entonces fray Juan Peccam. Éste se atribuía como metropolitano derechos que los sufragáneos no le reconocían. Así lo hizo Tomás y el metropolitano no tuvo empacho en excomulgarlo.

Aunque había cumplido ya los 60 años, Tomás se dispuso a llevar su caso personalmente a Roma y emprendió el viaje a la Ciudad Santa, donde se entrevistó con el enérgico pontífice Martín IV, el cual escuchó sus alegatos y mandó estudiar el asunto. Finalmente el papa sentenció a favor de Tomás. El san-

to prelado emprendió la vuelta a Inglaterra pero en el camino de vuelta se sintió enfermo y, estando en Montefiascone, Toscana, le llegó la muerte, que recibió con grandes pruebas de piedad el 25 de agosto de 1282. Su cuerpo fue llevado a su catedral en Hereford, donde fue sepultado honrosamente, acudiendo al entierro el rey Eduardo I. Enseguida los fieles comenzaron a invocarlo en su tumba y a decir que recibían gracias y milagros por su intercesión. Por ello se le abrió causa de canonización y el 3 de octubre de 1320 el papa Juan XXII procedió a incluirlo formalmente en la lista de los santos.

BEATOS MIGUEL CARVALHO, PEDRO VÁZQUEZ, LUIS DE SOTELO, LUIS SASANDA, LUIS BABA

Mártires († 1624)

El día 25 de agosto de 1624 fueron martirizados en Ximabara, Japón, cinco religiosos, tres europeos y dos japoneses, que dieron un testimonio vibrante y fervoroso de su fe. Luego de que una vez más, e inútilmente, se les hubiera propuesto la apostasía, los cinco —el P. Miguel Carvalho, jesuita portugués, el P. Pedro Vázquez, dominico español, el P. Luis de Sotelo, franciscano español y obispo electo, el P. Luis Sasanda, franciscano japonés, y el Hno. Luis Baba, igualmente franciscano y japonés— fueron sacados de la prisión en la mañana de dicho día con un lazo al cuello y acompañado cada uno de su respectivo sayón. Fueron conducidos a la playa y puestos en una barcaza y trasladados al lugar del suplicio, que era Focó, junto a Ximabara, donde les aguardaban una multitud de curiosos y los oficiales destinados a ordenar la ejecución, reunidos en torno de los postes rodeados de montoncitos de leña para el sacrificio. Apenas desembarcados, dieron las gracias a los marineros por haberlos traído a aquel puerto, término de sus deseos, y luego cantando se dirigieron en grupo al lugar del suplicio. Iban vestidos con sus respectivos hábitos religiosos y llevaban en la mano una cruz, con rostro tan sereno y feliz que los paganos se preguntaban si iban a la muerte o a un festival. En presencia de las hogueras que debían consumirlos, el Beato Miguel habló a la multitud dando testimonio de su alegría de morir por Cristo y

exhortando a todos a abrazar la fe cristiana. A las palabras del Beato Miguel los demás mártires asentían visiblemente. Se dio entonces la orden de proceder a la ejecución y las víctimas fueron atadas a los postes, flojamente y con cuerdas ligeras, para que, si querían apostatar, se soltasen fácilmente, y si no, que con sus contorsiones moviesen a la risa a los asistentes. Apenas prendieron fuego a la leña, los mártires entonaron un canto religioso. La poca leña acumulada y mal conjuntada hizo que el martirio durase mucho tiempo, muriendo el último mártir a las tres horas. Los cuerpos fueron nuevamente quemados hasta ser reducidos a ceniza, que desparramaron al viento en alta mar.

Éstos son los datos de los mártires:

MIGUEL CARVALHO nació en Braga, Portugal, el año 1577, e ingresó a los 20 años en la Compañía de Jesús. Se ofreció para las misiones y en 1602 pasó a Goa, India, donde terminó los estudios, se ordenó sacerdote y fue dedicado a la enseñanza de la teología a los aspirantes al sacerdocio. Luego ejerció entre 1617 y 1620 el ministerio sacerdotal directo con mucho provecho de los fieles. Destinado por fin al Japón, según tanto deseaba, en el viaje por mar padeció un naufragio y hubo de arribar a Malaca, de donde al año siguiente partió para Macao. De ahí pasó a las Islas Filipinas y en 1621 zarpó de Manila, desembarcando en Japón disfrazado de soldado portugués. Llevaba consigo grandes ansias del martirio, y así poco después de desembarcar y diciendo que pretendía más la muerte del mártir que la vida del apóstol, empezó a buscar la ocasión del martirio. Pasó dos años en la isla de Amacusa perfeccionando la lengua, pero de pronto se presenta al gobernador y se declara cristiano y sacerdote. El gobernador lo tomó por loco y mandó su deportación fuera de su jurisdicción. Llevado a un lugar solitario, fue reconocido por unos cristianos que lo llevaron consigo al P. Pacheco, provincial de la Compañía en Japón. Éste le pidió que reservara su vida sin exponerse y lo envió a Nagasaki, donde muy poco después fue arrestado y encarcelado en Omura por delación de un espía cuando acababa de confesar a unos fieles. Trece meses de sufrimientos y miseria pasaría en la prisión de Omura, pidiendo que se le dejase vivir en pobreza y austeridad sin enviarle socorros. Pudo escribir varias cartas desde la cárcel en las que queda testi-

monio de su fervor religioso, de su amor a la cruz y de su firme voluntad de morir por Cristo.

PEDRO VÁZQUEZ nació en Verín, obispado de Orense, hacia el año 1587. Luego de estudiar gramática en Monterrey, a los 17 años tomó el hábito dominico en Madrid, en el convento de Atocha, y una vez profeso hizo sus estudios en Segovia y en Ávila, donde se ordenó sacerdote. Conociendo la necesidad de misioneros en Oriente, se ofreció al obispo Aduarte para pasarse a la Provincia de Filipinas y con él pasó a Manila en 1613. Enviado a la provincia de Nueva Segovia, se dedicó al aprendizaje de la lengua nativa, y por espacio de seis años hizo una fructífera labor misionera. Cuando supo el martirio de fray Alonso Navarrete en Japón, se ofreció a ir a este país y tanto insistió que por fin se lo permitieron. Se instaló en Nagasaki e hizo allí su trabajo apostólico con gran entrega, poniendo especial interés en la evangelización de los pobres. No vivía más de dos días en una sola casa, y se dice que al ser arrestado había ya confesado a más de siete mil personas. No parecía sufrir el cansancio físico por su dedicación de todas las horas del día y de la noche al apostolado, y ello pese a que padecía de retención de orina. Fue sorprendido cuando estaba enterrando el cuerpo del martirizado fray Luis Flores y, como al huir se enredó en un zarzal, fue detenido, pese a que una mujer cristiana lo defendió cuanto pudo. Quiso esta mujer comprar con dádivas a los satélites pero el misionero le dijo que dejara correr las disposiciones divinas. Llevado a Nagasaki, lo presentaron al gobernador, ante el que confesó ser cristiano y misionero, y lo llevaron seguidamente a la cárcel. Estuvo cincuenta y nueve días en la cárcel de Nagasaki y luego pasó a la de Omura, donde halló al P. Luis de Sotelo, consolándose y animándose ambos mutuamente. Estuvo dos veces en la cárcel tan enfermo que pareció iba a morir, pero cuando le fue comunicada la orden de salir al martirio se levantó con gran ánimo y marchó a la muerte jubiloso. Cuando prendieron fuego a la leña en torno a él, entonó las Letanías.

LUIS DE SOTELO nació en Sevilla el 6 de septiembre de 1574, hijo de don Diego Caballero de Cabrera y de doña Catalina Niño Sotelo, apellido este último que siempre usó el futuro mártir. Estudió primero en la Universidad de Santa María de Je-

sús en Sevilla y luego pasó a la de Salamanca. Aquí conoció a los franciscanos descalzos e ingresó en el convento del Calvario, haciendo la profesión religiosa con el nombre de fray Luis de San Diego. Oportunamente se ordenó sacerdote, y se negó a los deseos de su familia de que lo trasladaran a un convento de Sevilla. En 1597, cuando llegó la noticia del primer martirio del Japón, fray Luis se ofreció para sustituir a los religiosos martirizados. En 1599 fue agregado a la Provincia de San Gregorio de Filipinas, que era la que proporcionaba misioneros al Japón. Marchó a Manila en 1600 y luego de dos años de trabajo en esta ciudad fue enviado a Japón, cuya lengua había estudiado en ese tiempo. Se estableció en Yendo y logró abrir tres iglesias, aprovechando la libertad que el cristianismo tenía en el país. Pudo trabajar con entrega y éxito durante doce años. En 1614, llegada la persecución, fue arrestado y condenado a muerte, pero su amigo el rey de Boxú lo libró y lo llevó consigo, y lo mandó como embajador suyo a Sevilla, donde fue recibido con los japoneses que le acompañaban de forma protocolaria y solemne, siendo hospedado en los Reales Alcázares (23 de octubre de 1614). Trajeron como obsequio una espada y una carta que aún se exponen en el Ayuntamiento hispalense. Pasaron luego a Madrid, donde los recibió el rey Felipe III, el cual accedió a entablar las relaciones diplomáticas que se le pedían. Y como en el camino fray Luis había logrado catequizar a su ilustre acompañante, Rocuyemon Jaxecura, éste se bautizó en Madrid, en presencia de la Corte el 17 de febrero de 1615, recibiendo el nombre de Felipe en honor del monarca español. Marcharon entonces a Roma, donde los recibió el papa Paulo V, el cual le entregó regalos para el rey de Boxú, le dio amplísimas facultades para su tarea misionera y lo nombró obispo del Japón Oriental, dándole la bula de nombramiento y señalando su consagración episcopal en Madrid. Pero el misionero volvió a Manila, pasando por México, y aquí estuvo cuatro años, sin recibir la consagración episcopal. Por fin en 1622 en un navío chino salió de Canyagon, pero el piloto al llegar a tierra lo denunció al gobernador de Nagasaki, el cual decretó su prisión. Pasó por varias cárceles, hasta que se le llevó a la de Omura en octubre de 1622. Pudo, desde la cárcel, escribir al Papa y a otras muchas personas, y dedicó su forzado ocio en la cárcel a componer un

catecismo en lengua japonesa. Fue gran consuelo para él cuando llevaron a la misma cárcel al P. Pedro Vázquez, al que atendió amorosamente en sus dos graves enfermedades.

LUIS SASANDA o Sosanda nació en Japón de una familia cristiana, siendo su padre Miguel mártir de la fe. En 1603 por su santidad de vida y piedad fue discípulo predilecto del Beato Luis de Sotelo, al que acompañó en su viaje a España, pasando luego con él a México donde ingresó en la Orden franciscana y profesó. Con él pasó a Manila y, hechos los estudios eclesiásticos, se ordenó sacerdote en 1622. A fin de ejercer el ministerio en su propia patria, acompañó en su vuelta a Japón al P. Luis de Sotelo, con el que fue arrestado, encarcelado, condenado a muerte y quemado vivo.

LUIS BABA era japonés y miembro de una familia cristiana. Elegido catequista por el P. Luis de Sotelo, lo acompañó en sus actividades y viajes. Cuando el P. Sotelo vino a España y Roma en 1614 lo acompañó, y a su vuelta a Manila estuvo allí con él todo el tiempo hasta que decidió también acompañarlo en su regreso al Japón, pero al desembarcar fue denunciado junto con el P. Luis y tras su arresto llevado a la cárcel de Omura. Aquí logró su ardiente deseo de ser admitido en la Orden franciscana y en calidad de tal se le permitió hacer la profesión religiosa antes de su martirio. Cuando estaba atado a la estaca y con el fuego a sus pies, al sentir que se le habían quemado las cuerdas y estaba libre pasó por en medio del fuego y fue a arrodillarse ante el P. Luis, que igualmente estaba sufriendo el tormento de arder vivo, y le pidió humildemente la bendición. Una vez que el P. Sotelo lo bendijo, volvió a su palo hasta que lentamente ardió y perdió la vida en testimonio de la fe.

Estos mártires fueron beatificados el 7 de julio de 1867.

BEATO PABLO JUAN CHARLES

Presbítero y mártir († 1794)

Juan Charles nació el 29 de diciembre de 1743 en Millery, Côte-d'Or. Educado cristianamente, a los 28 años pidió el hábito en la abadía cisterciense de Sept-Fons, en la que ingresó el 25 de junio de 1771, e hizo la profesión religiosa el 29 de septiem-

bre de 1772, tomando el nombre de Pablo. Posteriormente se ordenó sacerdote. Tras la elección del abad Sallemard de Montford (6 de julio de 1788), fue nombrado prior claustral. Y sucedió que cuando empezó la Revolución y empezaron los problemas con las casas religiosas, el abad dejó el monasterio y se fue con su familia, quedando entonces Pablo al frente de su monasterio. Él procuró mantener la vida monástica, aseguró la cohesión de la comunidad y su nivel espiritual, haciendo frente con fortaleza a las muchas dificultades. No sirvió que 32 municipalidades pidieran el mantenimiento de la abadía de Sept-Fons. La abadía fue suprimida, y Pablo se marchó a Donjon con sus monjes y pidió se les concediera una casa donde vivir. El Directorio del departamento les asignó el exconvento de los capuchinos de Montluçon. Le acompañaban veinte monjes que intentaron vivir su vida de comunidad con los escasos ingresos que tenían, y aun así se sabe que hacían obras de caridad con los más pobres, que agradeció la municipalidad. El 14 de agosto de 1792 se les intimó a prestar el juramento de libertad-igualdad, a lo que todos se negaron. Entonces se les intimó orden de dispersión. Se fueron donde pudieron. Cinco de ellos se quedaron con el prior y se instalaron en Saint-Sauvier durante el invierno de 1792-1793, en el castillo de La Romagère. Finalmente el 30 de marzo de 1793 fue arrestado en el castillo Des Ages. Fue llevado a Montluçon, donde fue interrogado, y de ahí a Moulins, donde fue encerrado el 2 de abril siguiente en la cárcel de Sainte-Claire. Declarado capaz de ser deportado, en diciembre de 1793 se le destina a Rochefort. Embarcado en Les Deux Associés, las duras condiciones de su detención y la falta de alimentos acaba con su salud y muere el 25 de agosto de 1794, siendo enterrado en la isla Madame. Excelente religioso, instruido, piadoso, dulce y ameno, dejó un magnífico recuerdo entre sus compañeros de prisión.

Fue beatificado el 1 de octubre de 1995 por el papa Juan Pablo II.

BEATO LUIS URBANO LANASPA

Presbítero y mártir († 1936)

Luis Urbano Lanaspa nació en Zaragoza el 3 de junio de 1882. Cursó los primeros estudios en las Escuelas Pías de su ciudad natal, y a los 14 años decide su vocación sacerdotal ingresando en el seminario diocesano para hacer los estudios de filosofía, y ejerce el cargo de sacristán en el Monasterio de Santa Inés, de monjas dominicas. Pero prefiere vivir su futuro sacerdocio en la vida religiosa e ingresa en la Orden de Predicadores, tomando el santo hábito el 30 de octubre de 1898 en Padrón, La Coruña. Hecha la profesión religiosa, pasó por los conventos de Corias, Asturias, y San Esteban, de Salamanca. Se ordenó sacerdote el 22 de septiembre de 1906. Había simultaneado la carrera eclesiástica con la de Ciencias Físicas, en las que se doctoró en la Universidad Central de Madrid. En 1912 es uno de los religiosos que se ofrecen para la restauración de la Provincia dominicana de Aragón, y es destinado a Valencia donde despliega su actividad como predicador, profesor, editor, director de almas y promotor de la beneficencia social. Acompañando al cardenal Juan Bautista Benlloch, legado pontificio, visita Santiago de Chile, Perú y Ecuador como orador sagrado. La Orden le da el título de predicador general y el rey Alfonso XIII lo nombra «Predicador de Su Majestad». La Orden le da el título de «Maestro en Teología». Promueve la fundación del colegio-asilo de San Joaquín y de la policlínica de San Vicente Ferrer. Vio claro que si había una revolución, su vida terminaría violentamente. El día 19 de julio de 1936 se ve obligado a dejar el convento, alojándose con familias amigas, hasta que el 25 de agosto es arrestado y aquella misma tarde fusilado.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

26 de agosto

A) MARTIROLOGIO

1. La conmemoración de San Melquisedec, rey de Salem y sacerdote del Dios altísimo **.
2. En Roma, en la Vía Salaria antigua, San Maximiliano (fecha desconocida), mártir.
3. En Salona (Dalmacia), San Anastasio, batanero (fecha desconocida), mártir.
4. En Cesarea de Mauritania, San Víctor († s. III/IV), mártir.
5. En Bérgamo (Traspadania), San Alejandro († s. III/IV), mártir.
6. En Auxerre (Galia), San Eleuterio († s. VI), obispo.
7. En Rochefort (Francia), Beato Santiago Retouret († 1794), presbítero, religioso carmelita, mártir *.
8. En La Puye (Francia), Santa Juana Isabel Bichier des Ages († 1838), virgen, fundadora de la Congregación de Hijas de la Cruz **.
9. En Belén (Tierra Santa), Beata María de Jesús Crucificado (María) Baouardy († 1878), virgen, carmelita descalza **.
10. En Liria (España), Santa Teresa de Jesús Jornet Ibars († 1897), virgen, fundadora de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados **.
11. En Valencia, Beato Ambrosio (Luis) Valls Matamales († 1936), presbítero, de la Orden de Menores Capuchinos, mártir *.
12. En Denia (Valencia), Beato Pedro (Alejandro) Mas Ginestar († 1936), presbítero, de la Orden de Menores Capuchinos, mártir *.
13. En Esplugues (Barcelona), Beato Félix Vivet Trabal († 1936), religioso salesiano, mártir *.
14. En Kharsk (Siberia Rusa), Beata Lorenza (Leocadia) Harasymiv († 1952), virgen, de la Congregación de Hermanas de San José, mártir *.
15. En Roma, Beata María Corsini Beltrame Quatrocchi († 1965), esposa y madre de familia *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN MELQUISEDEC

Rey y sacerdote

El *Martirologio romano* actual celebra su memoria el 26 de agosto en primer lugar, a la cabeza de los 14 mencionados en ese mismo día: un glorioso cortejo de mártires, vírgenes, obispos y religiosos, antiguos y contemporáneos.

El hermoso elogio traza su semblanza en sentencias lapidarias:

> «Conmemoración de Melquisedec, Rey de Salem y Sacerdote del Dios Altísimo: Bendijo y saludó a Abrahán, que regresaba de su victoria y, al ofrecer al Señor un sacrificio santo y una hostia inmaculada, prefigurando a Cristo, se presenta como rey de paz y de justicia; y aunque sin genealogía, sacerdote para siempre» *(Martirologium romanum* [Ciudad del Vaticano 2001] 451-452).

El necesario punto de partida para conocer al enigmático personaje son tres versículos del Génesis, 14,18-20. Su contexto es la campaña de los cuatro grandes reyes vencidos por Abrahán en defensa de Lot, su pariente. Al regreso de su victoria sobre Quedeorlaomer y los reyes aliados, dice el texto:

> «Entonces Melquisedec, rey de Salem, presentó pan y vino, pues era sacerdote del Dios Altísimo, y le bendijo diciendo: "¡Bendito sea Abram de Dios Altísimo, Creador de cielos y tierra, y bendito sea el Dios Altísimo que entregó a tus enemigos en tus manos!". Y Abrahán le dio el diezmo de todo».

Elemento base, que legitima todo el capítulo, es el encuentro entre Abrahán y Melquisedec. En tres versículos tenemos una escena perfectamente caracterizada: Melquisedec toma pan y vino para hacer una ofrenda, bendice a Abrahán en nombre del Dios Altísimo, bendice a Dios que «ha entregado a los adversarios en manos» de Abrahán; finalmente Abrahán le da el diezmo de todo.

Cuando se acaba de leer el conjunto, no es posible olvidar el tema de la bendición. No es Abrahán el sujeto de la bendición, ni a través de quien viene la bendición, sino que es el «objeto» de la misma, y es el sacerdote Melquisedec quien transmite esta bendición, el que sirve de algún modo de mediador ante Dios y Abrahán. Y para remarcar aún mejor esta preeminencia, Abrahán le da al rey de Salem el diezmo de todo.

Toda la tradición judía, y muchos Padres, han identificado a Salem con Jerusalén, porque el salmo 76,2-3 así lo hace: «Su tienda está en Salem, su morada en Sión». Es una abreviatura de Jerusalén. Su rey-sacerdote, Melquisedec, adora al Dios Altísimo que, a renglón seguido, es el mismo Dios verdadero a quien adora Abrahán (v.21), aunque el nombre completo, El-Elyon,

designa a sendas divinidades del panteón fenicio; pero en la Biblia, *elyon* se emplea como título divino en los salmos.

Este Melquisedec, que en el relato del Génesis hace una breve y fugaz aparición como rey de Jerusalén donde Yahvé escogerá morada, y como sacerdote del Altísimo, mucho antes de la institución levítica y aarónica, va cobrando cada vez mayor relieve en la Sagrada Escritura del Antiguo y Nuevo Testamento y en la tradición de la Iglesia.

En el salmo 110,4 se presenta a Melquisedec como figura de David que, a su vez, es figura del Mesías, rey-sacerdote: «Lo ha jurado Yahvé y no va a retractarse: "Tú eres por siempre sacerdote según el orden de Melquisedec"».

La aplicación directa al sacerdocio de Cristo se desarrolla plenamente en la carta a los Hebreos, 7:

> «En efecto, este Melquisedec, rey de Salem, sacerdote del Dios Altísimo, que salió al encuentro de Abrahán cuando regresaba de la derrota de los reyes y le bendijo, al cual dio Abrahán el diezmo de todo, y cuyo nombre significa, en primer lugar, "rey de justicia" y además rey de Salem, es decir, "rey de paz", sin padre ni madre, ni genealogía, sin comienzo de días, sin fin de vida, asemejado al Hijo de Dios, permanece sacerdote para siempre» (v.1-3).
>
> «Mirad ahora cuán grande es éste, a quien el mismo Patriarca Abrahán dio el diezmo de lo mejor del botín. Los hijos de Leví que reciben el sacerdocio tienen orden, según la Ley, de percibir el diezmo del pueblo, es decir, de sus hermanos, aunque también proceden éstos de la estirpe de Abrahán; mas aquél, sin pertenecer a su genealogía, recibió el diezmo de Abrahán, y bendijo al depositario de las promesas» (v.4-6).
>
> «Pues bien, es incuestionable que el inferior recibe la bendición del superior. Y aquí, ciertamente, reciben el diezmo hombres mortales; pero allí, uno de quien se asegura que vive. Y por así decirlo, hasta el mismo Leví, que percibe los diezmos, los pagó en la persona de Abrahán, pues ya estaba en las entrañas de su antepasado cuando Melquisedec le salió al encuentro» (v.7-10).

Vemos cómo se agranda la persona de Melquisedec, figura de Cristo. El diezmo que se pagaba a los sacerdotes levíticos era, a la vez, salario de su oficio sacerdotal y homenaje tributado a la eminente dignidad de su sacerdocio. Por tanto, si el mismo Leví pagó en Abrahán el diezmo a Melquisedec, fue porque Melquisedec prefiguraba un sacerdocio más elevado, el sacerdocio único y definitivo de Cristo.

Cuando el salmo 104 atribuye al Rey Mesías, que no es de ascendencia levítica sino de la tribu de Judá y familia de David, un sacerdocio eterno, a la manera de Melquisedec, anuncia para los tiempos mesiánicos, los del cumplimiento de las promesas, la sustitución del sacerdocio antiguo, considerado ya como inferior.

Con el sacerdocio de Cristo «a la manera de Melquisedec», queda abolido el sacerdocio antiguo; es exclusivo en el sentido de inmutable e intransferible, definitivo, sin necesidad de transmitirse de unos a otros. Lo que se verifica en el eón eternidad, fuera de las leyes del tiempo, no requiere ni repetición de actos rituales ni dinastías que garanticen su continuidad.

Cristo, no por la ley de una sucesión carnal sino por la fuerza de una vida indestructible, es sacerdote eterno a la manera de Melquisedec y sigue ejercitando en el cielo su oficio de mediador e intercesor.

La tradición patrística ha aprovechado y enriquecido toda esta interpretación alegórica de Melquisedec, viendo en el pan y el vino, presentados por Melquisedec a Abrahán, mucho más que un refresco o un refrigerio hospitalario, después de la lucha. Ha visto en el pan y el vino ofrecidos al Patriarca, una figura de la Eucaristía y hasta un verdadero sacrificio, figura del sacrificio eucarístico. Esta interpretación ha sido recogida en el canon romano de la misa con estas palabras:

> «Mira con ojos de bondad esta ofrenda, y acéptala como aceptaste los dones del justo Abel, el sacrificio de Abrahán, nuestro padre en la fe, y la oblación pura de tu sumo sacerdote Melquisedec».

La iconografía cristiana de Melquisedec repite esta escena de la ofrenda con alusiones eucarísticas. Así el mosaico del siglo V de la basílica de Santa María la Mayor, en Roma, y la representación sacrificial que ofrece la iglesia de San Vidal de Rávena, siglo VI, en la que aparece Melquisedec delante de un gran altar elevando con sus dos manos un pan. En lo alto se ve, entre nubes, la mano de Dios. Sobre el altar, un cáliz y dos panes más. El ambiente es plenamente eucarístico. Y no está la figura de Abrahán, pero sí el nombre de Melquisedec, y éste, vestido de túnica, fajín y manto solemne.

Algunos Padres llegaron más allá en sus interpretaciones, viendo en Melquisedec como una aparición del Hijo de Dios

en persona. Otros Padres ven en la cena sacrificial de Jesús, que convierte el pan en su cuerpo y el vino en su sangre, el cumplimiento y la realización plena del sacrificio profético de Melquisedec.

El sacerdocio «a la manera de Melquisedec» no sólo significa el sacerdocio eterno de Cristo sino el sacrificio de la última cena con la ofrenda y la consagración del pan y del vino. Para ellos la ofrenda de Melquisedec es tipo de la cena del Señor.

El sinaxario etiópico sitúa la fiesta de Melquisedec el 26 de agosto, y en los textos de la celebración recoge una leyenda de notable valor teológico referida también en los anales de Eutiquio (cf. PG 140,917s).

> «Hoy se conmemora la muerte de Melquisedec, sacerdote del Dios Altísimo.
>
> Melquisedec era hijo de Qainán, hijo del hijo de Set. A la edad de 15 años, el Señor ordenó a Noé que enviara a Sem, su hijo, a sepultar el cuerpo de nuestro padre Adán, tomándolo del Arca, en el centro de la tierra, esto es, sobre el Calvario. El Señor le mostró que el Salvador del mundo iba a ser sacrificado allí. Sem, a escondidas, tomó a Melquisedec de la casa de su padre y juntos fueron al Calvario.
>
> Allí un ángel les sirvió de guía. Melquisedec, hecho sacerdote cogió doce piedras y sobre ellas ofreció el sacrificio del pan y del vino bajados del cielo. Los ángeles les preparaban la comida y su vestido era de piel con cinturón de cuero.
>
> Allí permaneció para prestar su servicio ante el cuerpo de nuestro padre Adán.
>
> Cuando Abrahán volvió de la guerra, después de haber vencido a los reyes, Melquisedec ofreció por él pan y vino; por su parte Abrahán le dio el décimo de sus bienes. Fue apellidado sacerdote y rey de Salem. Que su intercesión y sus bendiciones estén con nosotros. Amén».

Como se ve, la leyenda incorpora los datos bíblicos y los envuelve en un simbolismo lleno de poesía. Otras visiones de Melquisedec se desvían de la Biblia y pretenden convertirle en mediador entre el mundo terrestre y el superior con una concepción gnóstica y enteramente naturalista de teosofismo esotérico.

En algunos martirologios se le conmemora el 25 de marzo, juntamente con otros santos del AntiguoTestamento, concretamente con Abel e Isaac.

Los escritos de Qumrán muestran un vivo interés por Melquisedec. Ya no es sólo por el comentario del Génesis sino también por la acogida de las tradiciones que hacen de él un legislador y un libertador, un personaje celestial ejecutor de la justicia divina en el combate escatológico contra Belial.

La tradición judía sobre Melquisedec choca con la discreción del Antiguo Testamento. En Filón llega a su cumbre: las ideas imperantes y superficiales. Lo ve como un sacerdote universal cuyas vestiduras llevan sobre sí la reproducción del universo mundo con sus cuatro elementos.

En resumen, la mención de Melquisedec en el episodio del Génesis, aunque, según los escrituristas actuales fuera una adición tardía de la época postexílica, ha sido analizada exhaustivamente, por la importancia que su figura va adquiriendo progresivamente en la Biblia como tipo del sacerdocio de Cristo «a la manera de Melquisedec».

El oráculo del salmo 110,4 donde aparece es tal vez anterior. Fue probablemente pronunciado durante una entronización real. Puede remontarse a la época de David. Es el que ha ejercido más influencia en la teología del Nuevo Testamento: «Tú eres sacerdote por siempre según el orden de Melquisedec. El Señor lo ha jurado y no se arrepiente...».

El Melquisedec de la Biblia, aureolado por la leyenda, dio origen a una tradición muy rica que podría seguirse en los escritos de Qumrán, de Filón de Alejandría, de Flavio Josefo; pero también en la Iglesia primitiva está muy cerca aquel a quien toda la tradición judía tuvo por un sacerdote celestial, idéntico a un arcángel y del que el Nuevo Testamento, principalmente la carta a los Hebreos, hizo prototipo de un sacerdocio superior asimilado al del Hijo de Dios (cf. Heb 7,2-17). Ésta es la grandeza, la gloria y la significación de Melquisedec: servir de icono anticipado del Cristo glorificado, sumo y eterno sacerdote único.

Presentado Melquisedec sin padre, sin madre ni genealogía, sin nacimiento ni muerte, sin límites en el tiempo, evoca la figura de un sacerdote que participaría de la eternidad divina con un sacerdocio para siempre: un sacerdote que sería al mismo tiempo el Hijo de Dios.

La falta de genealogía sacerdotal y la perpetuidad del sacerdocio son los dos rasgos que definen el sacerdocio a semejanza de Melquisedec. Ya antes del ministerio de Leví y de Aarón, la Biblia había esbozado la figura de un sacerdote distinto, y superior a todo el sacerdocio antiguo. El oráculo del salmo 110,4 nos presenta la figura de un sacerdote perfecto y eterno, porque Cristo resucitado ya no muere.

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

AUNEAU, J., *El sacerdocio en la Biblia* (Estella, Navarra 1990).
COLLIN, M., *Abrahán* (Estella, Navarra) 1987.
SPADAFORA, F., «Melchisedec, sacerdote santo», en *Bibliotheca sanctorum*. IX: *Masabki-Ozanam* (Roma 1967) 291-296.
VANHOYE, A., *El mensaje de la carta a los Hebreos* (Estella, Navarra 1978).

SANTA JUANA ISABEL BICHIER DES AGES

Virgen y fundadora († 1838)

Luis Veuillot es una de las mentes más preclaras de la Francia del XIX. En su variada e inmensa producción literaria (más de 58 volúmenes) hacen su aparición todo tipo de personajes del pasado y de su presente, pero pocos lo cautivaron tanto como una mujer, fallecida en 1838 a los 65 años, justamente cuando él tenía veinticinco:

> «Es uno de los temperamentos más ricos que he encontrado. Bondadosa, resuelta, estricta y amable; inteligente y muy comprensiva; muy trabajadora y verdaderamente humilde. No se desanima ante ninguna dificultad. Ningún obstáculo o contratiempo es verdaderamente grande como para que la obligue a desistir de sus buenas obras. Las angustias interiores no le hacen perder su alegría exterior, y los triunfos no la vuelven creída ni orgullosa. Le llegan dificultades muy grandes: injurias, incomprensiones, problemas enormes, y nada le hace perder su serenidad y paciencia, porque confía inmensamente en Dios».

Es evidente que L. Veuillot tiene ante sí a una gran santa. La canonización llegó para ella en 1947: se trata de Santa Juana Isabel Bichier des Ages, fundadora de la Congregación de las Hijas de la Cruz.

Su rico temperamento y los rasgos de su santidad están muy bien captados, como puede verse, por el afamado escritor. Pero interesa seguir atentamente sus pasos, desde su nacimiento el 3 de julio de 1773 en el castillo de Ages, nombre que va unido a su apellido. El dato indica suficientemente su prosapia familiar, a la que estaban unidas importantes posesiones. Como en otras muchas biografías hagiográficas, en la de Santa Juana Isabel los años infantiles están adornados con deliciosas anécdotas que apuntan a la santidad. Ella misma nos cuenta su gran afición a construir en la playa castillos de arena, y concluye: «La inclinación a construir edificios la tuve desde muy chiquita». Los castillos de arena presagiaban los muchos edificios sólidos que llegó a construir para los pobres.

A los 19 años llovieron sobre ella importantes propuestas matrimoniales. A ninguna dio paso, porque —así se lo manifestó a su madre— ya estaba determinada a entregarse a Dios en cuerpo y alma.

Con el estallido de la Revolución Francesa comenzaron los asesinatos y las confiscaciones. Su hermano salvó la vida ausentándose de Francia. La herencia paterna estuvo a punto de perderse. Fonzada por las circunstancias, hizo frente desde el principio. ¿Cómo? Aprendiendo economía y estudiando a fondo la legislación. Así pudo defender ante la autoridad las propiedades familiares. El éxito fue completo: defendió tan brillantemente el derecho de su familia a heredar los bienes que habían sido de su padre, que aquellos jueces que habían despojado de su herencia a muchísimos ciudadanos tuvieron que reconocerle sus derechos a Isabel. Más aún, con los conocimientos económicos adquiridos, comenzó a administrar con gran éxito la hacienda salvada ante los jueces.

Hoy nos es dado reconocer que esta etapa de su vida empeñada en el estudio, la defensa y la administración, supuso un bagaje extraordinario de valores que entraron posteriormente en juego al convertirse Isabel en fundadora de una congregación.

Los mejores años de su juventud son de dedicación difícil: administración de su hacienda, empleo inteligente de los ingresos, afrontamiento valiente de la situación creada por la Revolución. Había en las cárceles centenares de sacerdotes privados de

libertad por negarse a jurar la Constitución, claramente incompatible con sus deberes más sagrados. Isabel procedió con habilidad, valentía y generosidad. Se ganaba a los carceleros con amabilidad condimentada con regalos: las puertas se le abrían y así podía socorrer a los encarcelados. En algunos casos los mismos carceleros permitieron a los sacerdotes celebrar la misa.

La administración de las fincas daba, además, para socorrer diversas necesidades: cestas de víveres para familias hambrientas, ropas, medicinas, botellas de leche. La mansión de Ages vino a convertirse en lo que hoy nos parecería un centro de Cáritas. ¿Qué continuidad podía tener todo esto?

Nos ha quedado una estampita de Nuestra Señora del Socorro, en la que, con fecha de 5 de mayo de 1797, escribió estas palabras: «Yo Juana Isabel, me consagro y dedico desde hoy a Jesús y María». ¡La sintonía de los santos! A poca distancia —unos 17 kilómetros— vivía escondido un sacerdote católico, que celebraba la misa en un granero. Enterarse Juana Isabel e ir a su encuentro todo fue uno. Le bastó con verle celebrar misa para pensar que aquel hombre era un santo. ¡Y lo era! Nada menos que Andrés Fournet, que ya figura como ella en el catálogo de los canonizados. No era ella sola la que acudía a este hombre de Dios... Otras personas hacían cola para hablar con él cuando llegó Isabel mejor vestida que aquella pobre gente; y la hizo esperar... Aguardó con gran paciencia y humildad, que el santo percibió como el mejor comienzo... Isabel solicitó su consejo. Llegaba con la idea de dejarlo todo e ingresar en un monasterio cisterciense, deseosa de una vida marcada por el silencio y la penitencia. La primera determinación de Andrés Fournet fue muy simple y precisa: debía continuar ayudando a los más necesitados y vestir pobremente como ellos. En vez de ropas lujosas debía usar en adelante una túnica negra que denotase austeridad y espíritu de pobreza. Sus familiares, muy reticentes al principio, pronto se percataron de que con el nuevo atuendo, Isabel aparecía nimbada de extraordinaria dulzura.

Pronto Andrés Fournet y Juana coincidieron en un mismo designio: la fundación de una congregación dedicada sobre todo al cuidado de los enfermos y a la educación cristiana de niñas necesitadas. Así nació, en 1807, el Instituto de las Hijas de

la Cruz, que tuvo rápida expansión. En 1820 se convertía en su casa madre la antigua abadía de La Puye. Al año siguiente se abría otro centro en París. Nuevas casas se abrieron luego en el país vasco-francés; las fundaciones siguieron en cadena. Cuando falleció, el 26 de agosto de 1838, estaban funcionando noventa y nueve casas, repartidas en veintinueve diócesis. Las religiosas en este momento eran seiscientas treinta y tres. Todo era fruto de las grandes dotes de ambos fundadores.

En el caso de Juana Isabel, la semblanza extraordinaria que nos dejó L. Veuillot tiene su clave oculta en la ciencia de la cruz. En 1815, se quedó inválida por efecto de una intervención quirúrgica desafortunada. Así vivió sus últimos veintidós años, manteniéndose dulce, eficaz e inalterable en el mando, porque su espiritualidad se fundaba en la contemplación de la cruz y una intensa devoción eucarística. Fue beatificada en 1934 por Pío XI y canonizada el 6 de julio de 1947 por Pío XII.

Hoy las Hijas de la Cruz están presentes en Francia, España, Argentina, Brasil y varias naciones de África.

JOSÉ MARÍA DÍAZ FERNÁNDEZ

Bibliografía

ARDISSON, M., *Andrés Huberto Fournet, Isabel Bichier des Ages: en la sencillez del Evangelio* (París 1985).

BOULANGER, J., *Élisabeth: sainte Jeanne-Élisabeth Bichier des Ages* (París 1990).

DOMEC, E., *Vie de sainte Jeanne-Élisabeth Bichier des Ages, fondatrice de l'Institut des Filles de la Croix, dites Soeurs de Saint-André: 1773-1838* (París 1950).

HIJAS DE LA CRUZ, *¿Conoces a Isabel Bichier des Ages?* (Irún 1996).

RIGAUD, P., *La Bienheureuse Elisabeth Bichier des Ages, fondatrice des Filles de la Croix, dites Soeurs de Saint-André: 1773-1838* (Poitiers ^{3}1943).

BEATA MARÍA DE JESÚS CRUCIFICADO (MARÍA) BAOUARDY

Virgen († 1878)

Estamos ante una de las figuras más singulares de la hagiografía cristiana de todos los tiempos. Singular por la cantidad y calidad de fenómenos extraordinarios con que se vio adornada su persona: visiones, revelaciones, profecías, éxtasis, levitacio-

nes, bilocación, estigmas, la transverberación, apariciones, conocimientos misteriosos, posesiones diabólicas...

Nació en Tierra Santa, en Abellin (o Ibillin) en la alta Galilea, dentro de los límites de la archidiócesis greco-melquita de Ptolemaida, no lejos de Nazaret, entre Nazaret y Haifa. Sus padres G. Baouardy y María Chain habían tenido doce hijos varones, todos muertos en su tierna edad. Desolados por tantas desgracias, hicieron una peregrinación a la Gruta de Belén para pedir al Señor una hija que sobreviviese. Como regalo del cielo nació la hija deseada el 5 de enero de 1846. La bautizaron por inmersión. Se le impuso el nombre de María y el mismo día del bautismo, conforme a la praxis greco-católica, se le administró también el sacramento de la confirmación. Tuvo después otro hermanito que también sobrevivió y que morirá después de María.

En 1849, cuando María tenía tres años, murieron sus padres, con poco tiempo entre uno y otro. Estando para morir su padre, llamó a la niña y la puso bajo la protección y amparo del patriarca San José. Según la costumbre oriental, muertos los padres, María fue entregada a un tío paterno, y su hermanito, Pablo, a una tía materna.

En 1854 se trasladó con su tío a Alejandría de Egipto, donde hizo la primera comunión. Siendo todavía una adolescente, su tío la prometió en matrimonio a un joven; ella se opuso valientemente, y la víspera de la boda se cortó la cabellera para manifestar a todos que escogía como único esposo a Cristo Jesús. Los disgustos y penalidades que tuvo que pasar por este asunto fueron muy grandes. En este trance quiso ponerse en comunicación con su hermano que vivía en Abellin. Dictó una carta a alguien que tenía que ir a Nazaret y llevaría la carta a su hermano. El que iba a llevar la carta era un antiguo criado de su tío. El mensajero, que era turco, insistió en que María se quedase a cenar con su familia. Durante la cena suscitó el tema de la religión. Invitó a María a que se hiciese musulmana. Ella se opuso con energía, declarando que quería permanecer hija fidelísima de la Iglesia católica. El turco, frenético por la negativa, la agredió a patadas, dejándola medio muerta por el suelo y además la hirió con la cimitarra en el cuello. Recogió el cuerpo, lo

envolvió en un lienzo y lo llevó fuera de la ciudad. Lo que entonces le sucedió lo contaba ella como algo misterioso: se debió tratar de una curación milagrosa por parte de la Virgen María.

Los biógrafos encuentran difícil ir hablando de los diversos traslados de María, que tentó varias veces ir a encontrarse con su hermano, pero que no lo logró. Estuvo de criada, o de servicio doméstico, con diversas personas en Alejandría, en Jerusalén, en Beirut. En esta última ciudad estuvo sirviendo en la familia Attala, que la quería mucho viendo sus buenas cualidades, su laboriosidad, su piedad. Estando en esta casa le sucedieron cosas extrañas. De repente se quedó ciega por cuarenta días. Después de invocar fervientemente a la Virgen María recuperó la vista. Otro caso: estando de sirvienta en la casa de los Attala, mientras estaba colgando la ropa en el tendedero se cayó de la terraza, ocasionándose múltiples rupturas, tan graves que los médicos prácticamente la desahuciaron. Pero un mes más tarde se curó milagrosamente al aparecérsele la Virgen María. El caso tuvo una notoriedad tan grande entre cristianos, turcos y judíos, que decidió ausentarse y despidiéndose de la familia Attala, que lo sintió en el alma, aceptó la oferta de la familia Nadjar de ponerse a su servicio y marcharse con ellos a Francia, a Marsella en concreto. Llegó a Marsella en mayo de 1863, teniendo entonces diecisiete años.

Los fenómenos raros o fuera de lo normal que le iban sucediendo, comenzaron a manifestarse ahora en forma de éxtasis, que la familia en que trabajaba juzgaba fuesen desmayos inexplicables.

Comenzó también en este tiempo a sentir un gran deseo de hacerse religiosa. Siguiendo este su deseo ingresó en las Hermanas de la Compasión de la Virgen Santísima, congregación fundada en 1824 por María Ana Gaborit. Estuvo sólo dos meses por falta de salud; tuvieron que administrarle los últimos sacramentos y al recibirlos se curó. Pero abandonó la casa religiosa. Poco después un sacerdote árabe trabajó para que la recibiesen entre las Hermanas de San José de la Aparición. En los dos años de postulantado se comportó admirablemente bien; pero a causa de los fenómenos extraordinarios que padecía: visiones, éxtasis, las llagas o estigmas, etc., al llegar el momento de admi-

tirla al hábito, la comunidad la juzgó no apta para la vida activa y la despidieron.

En junio de 1867 entró en el Carmelo de Pau, juntamente con Sor Verónica que había sido su maestra de novicias en la anterior congregación.

Comenzó María en seguida el noviciado como corista y poco después, por ruegos apremiantes de ella, pasó con gran alegría a la clase de hermanas conversas. Tomó el nombre de María de Jesús Crucificado.

Durante el noviciado siguieron apareciendo más y más fenómenos extraordinarios, la transverberación del corazón, horribles tinieblas y acometidas del maligno, etc.

El 21 de agosto de 1870 salían del Carmelo de Pau seis carmelitas descalzas, entre ellas María de Jesús Crucificado. Embarcaron en Marsella para la India. El vicario apostólico de la misión carmelitana de Quilón, monseñor María Efrem Garrelon, las ha llamado para que funden en Mangalore el primer convento de descalzas carmelitas en la India. El propio monseñor se había interesado para que entre las fundadoras fuese María de Jesús Crucificado, de la que había oído hablar mucho.

El viaje de la expedición fue un verdadero desastre, de modo que a Mangalore, a finales de noviembre de 1870, llegaron sólo tres de las seis que habían comenzado el viaje, habiendo muerto tres de ellas durante el trayecto, y entre éstas la que iba a ser la priora de la nueva fundación.

Establecida la comunidad, la vida de María siguió más o menos como en Pau y emitió la profesión en Mangalore el 21 de noviembre de 1871, con gran alegría de todos. Era la primera profesión de una carmelita descalza en la India. Al poco tiempo se le complicaría la vida a causa de tantos fenómenos extraordinarios como seguían manifestándose a cada paso. El propio monseñor «Garrelon la juzgó movida por el espíritu de las tinieblas, por lo cual María hubo de volver a Pau en septiembre de 1872». En el decreto sobre las virtudes heroicas de María se dice: «Como quiera que la abundancia de carismas junto con las vejaciones del maligno llenaban su vida y los superiores dudaban del origen de todos aquellos fenómenos, tuvo que volverse a su monasterio de Pau». Allí fue recibida con alegría y se inte-

gró inmediatamente en la comunidad, atendiendo solícitamente a sus trabajos de conversa: cocinar, lavar, limpiar, etc., y dando los mejores ejemplos de humildad, fraternidad, caridad exquisita con todas. Esta vez pasó solamente tres años en su convento de Pau. Los fenómenos extraordinarios no desaparecían. Según parece, por inspiración divina, comenzó María a pensar en fundar un convento de carmelitas descalzas en Belén. Se fueron superando sucesivamente las no pocas dificultades que se ofrecían y, obtenida la licencia del papa Pío IX, el grupo de las fundadoras, entre ellas María de Jesús Crucificado, se puso en camino para Tierra Santa en 1875. Salieron de Pau el 20 de agosto, pasaron por Lourdes y Montpellier, y se embarcaron en Marsella para Haifa, adonde llegaron el 5 de septiembre.

Hecha una visita a Jerusalén, llegaron a Belén el 11 de septiembre por la tarde. Se acomodaron en una casa provisional, en la que vivieron hasta la inauguración del monasterio definitivo, que comenzó a construirse en marzo de 1876, en el lugar y según las indicaciones de sor María. El convento nuevo ya se pudo inaugurar en noviembre de ese mismo año con gran solemnidad. Y María pensaba ya en la fundación de otro convento en Nazaret, aunque esto no se hizo sino en 1910, ya muerta la ideadora. En abril de 1878 hizo un viaje a Nazaret para escoger el sitio del futuro convento. Visitó entonces también su ciudad natal, el Tabor, el Monte Carmelo. Durante uno de estos viajes señaló certeramente el lugar preciso del encuentro de Jesús con los dos discípulos de Emaús.

Vuelta a su convento de Belén, la muerte le llegará a consecuencia de una caída que dio el 22 de agosto de 1878 mientras llevaba agua fresca a los obreros que trabajaban en el monasterio. Se rompió un brazo y le sobrevino rápidamente la gangrena. El 25 de agosto recibió los últimos sacramentos de mano del Patriarca de Jerusalén, monseñor Bracco. El día siguiente, 26 de agosto, al despuntar la aurora, con plena lucidez y sosiego y con expresiones de piedad y de amor, entregaba su alma al Señor. Tenía 33 años.

El mismo día de la muerte el doctor Carpani procedió a la extracción del corazón de la difunta, encontrándose con una herida cicatrizada que lo atravesaba de parte a parte. El 27 se

procedió al entierro de sus restos mortales, quedando depositados en un nicho cerca del coro.

> «Dos meses después, el corazón de Sor María fue llevado al monasterio de Pau y colocado en un nicho abierto a propósito. En 1969, a causa de la supresión de dicho monasterio, el corazón, con licencia de la Congregación de las Causas de los Santos, y a instancias del Ordinario de Bayonne, Monseñor Jean-Paul Marie Vincent, debía ser llevado al Carmelo de Belén, pero se quedó, de hecho, en el monasterio de Pau, convertido en sede de una comunidad de los Sacerdotes del Sagrado Corazón de Bétharram».

Uno de los que mejor ha sabido entender el espíritu de la «arabita», como se la llama con cariño en el Carmelo, dejó escrito:

> «La vida espiritual de María de Jesús Crucificado, rica en hechos extraordinarios, brilla por su singular sencillez. Humilde e iletrada, sabía dar consejos y explicaciones teológicas de una cristalina transparencia, fruto de su fe y sobre todo del amor que la consumía. Fueron muy frecuentes sus éxtasis, profecías y raptos. Se ejercitó de continuo en las virtudes más sólidas, como son la humildad y la obediencia, a pesar del obsesivo poder que el demonio en ocasiones parecía tener sobre ella. Participó por largo tiempo de los sufrimientos de la pasión; desde 1867, especialmente en Cuaresma, aparecían en su cuerpo los estigmas. Solamente en 1876, después de habérselo pedido al Señor con insistencia, obtuvo que las señales externas desaparecieran, quedándole únicamente la dolorosa participación en los dolores del Señor» (V. MACCA, OCD).

La introducción de la causa de beatificación de María de Jesús Crucificado fue firmada en mayo de 1927. Por lo que se refiere a la aprobación de sus escritos, el no culto, etc., todo fue bien fácil. Preparados los procesos apostólicos (1928-1929) de Jerusalén, Bayonne, etc., y aprobada su forma jurídica y validez en 1930, se comenzó a tratar de las virtudes de la sierva de Dios. En 1934 se tuvo la que entonces se llamaba congregación antepreparatoria y la congregación preparatoria en 1936. Pero, ante el mundo tan difícil y extenso de fenómenos extraordinarios que se presentaban, hubo que hacer otra congregación preparatoria en 1944, habiendo sido encargados de estudiar el caso dos grandes peritos: el P. GARRIGOU-LAGRANGE, OP, teólogo, y A. PAGER, OSB, teólogo y psicólogo. Ambos a dos dieron parecer positivo. Pero, como todavía había algunos Padres de la congregación que no veían del todo claro el tema de los hechos

extraordinarios, Pío XII quiso que se diesen nuevas explicaciones. En 1979 el consultor de la congregación, VALENTINO MACCA, OCD, presentó su magnífico y bien documentado y razonado *Votum* sobre la vida espiritual de la Sierva de Dios María Baouardy de Jesús Crucificado, carmelita descalza, en relación con algunos hechos extraordinarios de su existencia. Finalmente, superadas todas las dificultades y clarificadas las dudas provenientes del trasmundo tan singular de la Sierva de Dios, Juan Pablo II declaró la heroicidad de sus virtudes en 1981.

La curación instantánea de una niñita de tres años, llamada Khazneh Jubran Abboud, alcanzada por intercesión de sor María de Jesús Crucificado, en diciembre de 1929, ha sido admitida como milagrosa en junio de 1983, y el papa Juan Pablo II determinó la fecha de la beatificación para el 13 de noviembre de 1983. Y así fue. En la homilía de la misa presentaba el Papa la figura de la nueva beata con estos acentos:

> «La vida entera de la pequeña árabe, colmada de dones extraordinarios [...] es fruto de aquella suprema "sabiduría" evangélica con la que Dios se complace en enriquecer a los humildes y a los pobres, para confundir a los poderosos. Dotada de grande limpidez de alma, de una ardiente inteligencia natural y de la fantasía poética característica de los pueblos semíticos, la pequeña María no tuvo la oportunidad de acceder a altos estudios, pero esto no le impidió, gracias a su eminente virtud, llenarse de aquel "conocimiento" que tiene el máximo valor, y para entregarnos el cual murió Cristo en la cruz: el conocimiento del Misterio Trinitario, perspectiva sumamente importante en la espiritualidad cristiana oriental, en la que la pequeña árabe había sido educada».

En el rezo del *Angelus* volvía el Papa a aludir a la recién beatificada, diciendo:

> «Hoy, en este domingo, 13 de noviembre, la Iglesia, llena de alegría por la beatificación de Sor María de Jesús Crucificado, una árabe, presenta al Señor las grandes necesidades de su pueblo, de todos los pueblos del Medio Oriente, especialmente de aquellos más probados por las tensiones, la violencia, la guerra. Y por intercesión de esta nueva Beata la Iglesia orante junto con María la Madre de Jesús y con María de Jesús Crucificado, ora por la paz».

En la homilía de la beatificación se refería el Papa a la «fantasía poética» de la arabita. Hija de las colinas de Galilea, y compatriota de los salmistas inspirados, la humilde María de

Abellin compone poemas llenos de colorido, de vibraciones singulares que han llamado la atención de grandes escritores y literatos. He aquí unos pasos de esta poesía limpia, transida del sentimiento de la naturaleza, y pura oración. En diálogo abierto con el Señor, canta:

> «¿A quién me parezco, Señor? A los pajarillos implumes en su nido. Si el padre y la madre no les llevan el alimento mueren de hambre. Así es mi alma, sin Ti, Señor. ¿A quién me parezco, Señor? Al pequeño grano de trigo, enterrado en el surco. Si el rocío no lo abreva, si el sol no lo calienta, el grano se seca y muere. Pero si Tú envías la dulzura de tu rocío, el ardor de tu Sol, la pequeña semilla reventando de linfa y de vigor, echará raíces y brotará un tallo vigoroso lleno de frutos. ¿A quién me parezco, Señor? A una rosa que cortada se marchita bien pronto y pierde su perfume. Si se la deja en el rosal se conserva fresca y deslumbrante y con su perfume intacto. ¡Guárdame en Ti, Señor, para darme la vida! ¿A quién te pareces Tú, Señor? A la paloma que alimenta a sus pequeños, a una madre tierna que alimenta a su pequeña criatura».

Cuando cae en éxtasis y rompe a hablar dice cosas maravillosas como recién traídas del más allá. El 28 de junio de 1873, después del rezo de maitines, entra la priora en la celda de sor María. La encuentra traspuesta y sentada junto a la ventana abierta. Está diciendo:

> «Todos duermen [...]; y en Dios, tan lleno de bondad, tan grande, tan digno de alabanza, nadie piensa. La naturaleza lo alaba, el cielo, las estrellas, los árboles, las yerbas, todas las cosas creadas lo alaban [...]; y el hombre que conoce sus beneficios, que debería alabarlo, duerme. ¡Vamos, vamos a despertar al universo!».

Y sale de la celda gritando:

> «¡Vamos a alabar a Dios, a cantar sus alabanzas! Todo duerme, el mundo duerme, vamos a despertarlo... Jesús no es conocido, no es amado; él, tan bueno; él, que ha hecho tanto por el hombre».

Sea durante estos arrebatos místicos, sea en los momentos de mayor sosiego, por las composiciones poéticas de María de Abellin van desfilando escenas e imágenes llenas de colorido: «Todo el frescor primaveral de Galilea revive en sus metáforas: flores, pajarillos, peces, perfumes, cantos, fuentes, jardines, grutas, luces, sombras, cielo y tierra, mares y ríos». Se ha podido extender un libro entero con Pensamientos de María de Jesús

Crucificado; hasta su prosa es poética, porque lo era su alma que sabía vibrar de emoción con las parábolas del Señor y con el *Magnificat* de su casi paisana María de Nazaret.

Nada raro que una persona tan de Dios y tan carismática tenga cabida en el gran *Dictionnaire de spiritualité*. Al final del artículo que se le dedica, antes de su beatificación, se dice con toda razón:

> «Por sus dones carismáticos ha ejercido una fuerte influencia en su entorno (conversiones, progreso espiritual). La atracción por lo maravilloso (sus predicciones se han visto realizadas) ha dejado un poco en la sombra aspectos más profundos de su vida espiritual (la devoción al Espíritu Santo, por ejemplo), con los que anunciaba ciertas características de la santidad contemporánea, tales como esperanza-abandono, humildad-pequeñez que se encuentran después en la espiritualidad de Teresa de Lisieux».

Finalmente, quede bien claro que en una existencia tan surcada como la de María de Jesús Crucificado por lo «sobrenatural», por lo «extraordinario», por lo «carismático» en tantas tonalidades, el punto clave para elevarla a los altares no ha sido ese conjunto de cosas, sino la ejemplaridad de su vida, sacramentada en la heroicidad de las virtudes, especialmente de las teologales: fe, esperanza, caridad. Cierto que el garbo y la humildad y conformidad con la voluntad de Dios con que ha sabido vivir en ese mundo tan especial, diseñado por Dios para ella, le han servido grandemente para acrecentar las virtudes sólidas y macizadas en que brilló.

JOSÉ VICENTE RODRÍGUEZ, OCD

Bibliografía

AAS 19 (1927) 254-258 (Introducción de la causa de beatificación).
AAS 77 (1985) 5-8 (Carta apostólica de la beatificación: 13-11-1983).
AAS 74 (1982) 355-360 (Declaración de virtudes heroicas).
Acta Ordinis Carmelitarum Discalceatorum 28 (1983) 21-36 (Homilía beatificación, etc.); 28 (1983) 65-67 (Milagro para la beatificación).
BERNARDO MARÍA DE SAN JOSÉ, *La florecilla árabe. Semblanza de la Beata María de Jesús Crucificado* (Vitoria 1983).
BRUNOT, A., *Mariam, la petite arabe. Soeur Marie de Jésus Crucifié* (Mulhouse [4]1984).
BUZY, D., *Pensées de Sr. Marie de Jésus Crucifié* (París 1927).
— *Vie de Soeur Marie de Jésus Crucifié* (París 1921).
CARMEL DE MURET, «Marie de Jésus-Crucifié», en *Dictionnaire de spiritualité, ascétique et mystique*. X: *Mabille-Mythe* (París 1980) cols.518-519.
ESTRATE, P., *Vie de Soeur Marie de Jésus Crucifié* (París [3]1921).

FLECKENSTEIN, K.-H., *Una stella d'Oriente. Vita e pensieri della Beata Maria di Gesù Crocifisso (Mirjam Baouardy)* (Roma 1989).
SACRA CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, *Beatificationis et canonizationis servae Dei Mariae a Jesu Crucifixo... Alia nova positio super virtutibus* (Roma 1944).
— *Positio super Introductione Causae* (Roma 1924).
— *Nova positio super virtutibus* (Roma 1939).
— *Novissima positio super virtutibus* (Roma 1979).

SANTA TERESA DE JESÚS JORNET IBARS

Virgen y fundadora († 1897)

El 27 de abril de 1958, cien viejecitos y cerca de 600 religiosas escuchaban a Su Santidad el papa Pío XII exaltar las virtudes de la nueva Beata, Teresa de Jesús Jornet e Ibars, fundadora de la Congregación de Hermanitas de los Ancianos Desamparados. Pocas veces la Madre Iglesia ha aprobado tan rápidamente un proceso de beatificación. Iniciado éste en Valencia en 1945, culminó en 1958, cuando el Papa, también un anciano, como él mismo recordó a sus coetáneos de todo el mundo, que representaban a los millares acogidos en las casas-asilo de la congregación, elevó a los altares a esta gigante de la caridad.

Mientras las campanas de la iglesia parroquial tocan el *Angelus,* nace en la villa catalana de Aytona la niña Teresa de Jesús Jornet Ibars. El día siguiente recibía el bautismo y quedaba, por tanto, inscrita en el registro espiritual de los cristianos. Era natural que así sucediera porque tanto los Jornet como los Ibars eran católicos sinceros. El padre Francisco Palau, hermano de la abuela materna, es hoy candidato a los altares, y otros miembros de la familia se distinguían por sus virtudes y su piedad.

La niña crece en el ambiente de trabajo y de religiosidad del hogar. Pero su inteligencia despierta llama la atención de sus tíos y de sus padres, y Teresa marcha a Lérida, y después a Fraga. En las vacaciones regresa al pueblo, y sabe sacar partido de su ascendiente sobre las amigas para conducirlas a la iglesia y organizar excursiones que muchas veces se convierten en minúsculas peregrinaciones...

Apenas concluidos sus estudios de Magisterio, comienza a ejercer en Argensola, provincia de Barcelona. Pronto su piedad y su ejemplo llaman la atención de las alumnas y de sus padres. Las gentes, curiosas, admiran que la maestra acuda semanal-

mente a confesarse al pueblo de Igualada, a pesar de que entre ida y vuelta tiene que recorrer unos 20 kilómetros.

Pero la enseñanza, con ser misión bella y santa, no llena sus aspiraciones. No le cabe duda de que Dios la llama a la vida religiosa, y su único problema es la elección. El padre Palau invita a Teresa a colaborar en el Instituto que está fundando, y ella acude presurosa, pero en su interior anhela una vida religiosa separada del mundo, más fuertemente caracterizada por el silencio y la oración. Y a primeros de julio de 1868 Teresa abandona la casa paterna para dirigirse al convento de clarisas, en Briviesca (Burgos), mientras Josefa, su hermana, entra en el asilo de las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl, en Lérida.

Todo va bien en Briviesca, y Teresa prepara el velo negro que llevará en su profesión. Pero España atraviesa momentos difíciles y dramáticos y el Gobierno no permite la emisión de votos. Las religiosas le ponen, sin embargo, el velo negro. Y surge otra imposición, esta vez procedente de Dios directamente. Una postilla en la frente hace que deba volver, por obediencia, a Aytona. En Briviesca quedarán el recuerdo grato y el afecto sincero, que todavía hoy, después de muchos años, perduran en la expresión de las clarisas: «Teresa era una santa».

Una vez más su tío, el padre Francisco, trata de orientar a Teresa en su pequeño ejército de terciarios y terciarias carmelitas. La nombra visitadora de las escuelas que él va abriendo en España. Pero el padre Francisco muere y Teresa se encuentra nuevamente entre los suyos, con una única duda: «Señor, ¿qué queréis que haga?».

Un grupo de sacerdotes de Huesca y de Barbastro, presididos por don Saturnino López Novoa, maestro de capilla de la catedral de Huesca, se disponen a crear un Instituto femenino que se consagre exclusivamente a la asistencia de los pobres ancianos abandonados. La idea ha florecido ya en Francia, pero se piensa que para los ancianos españoles sería preferible hermanitas de esta misma nacionalidad.

En junio de 1872 Teresa pasa por Barbastro, con su madre, y habla con un sacerdote de la localidad, amigo del difunto padre Palau y también de don Saturnino. Durante la charla examina atentamente a Teresa y comprende que los deseos de la

joven son consagrarse a Dios en la vida religiosa. Entonces rompe a hablar sobre los proyectos de don Saturnino, y Teresa ve con toda claridad que ahí está su vocación y que se han terminado sus vacilaciones y sus tinieblas interiores. Acepta el plan y regresa al pueblo. Su primer acto es comunicar a María, su hermana y confidente, que ha encontrado el verdadero camino. Pero esta noticia entraña, también, una invitación, que por el momento es rechazada. «¿Yo dedicarme a los ancianos? Imposible». Pero Teresa sabe lo que dice, y, al fin, María irá con ella y aun se llevarán a una paisana.

En Barbastro abriría don Saturnino la nueva casa. La sede elegida se llama «Puedo». Son doce jóvenes, contando a Teresa y a sus dos conquistas. Del 4 al 12 de octubre se llena la casa, un edificio antiguo y viejo. Nadie sino Teresa podía ser la cabeza de aquella incipiente comunidad, a pesar de que sus pensamientos eran totalmente ajenos a ello. Así lo dijo y así lo reiteró, pero por toda respuesta le dijeron que en la vida religiosa lo que importa es obedecer. Teresa calla, acepta y permanecerá superiora hasta la muerte. Serán veinticinco años de gobierno, de esfuerzos y de heroísmo callado.

Detengámonos ahora a ver cómo era la madre Teresa. La mejor semblanza la hizo el propio Pío XII, al exaltar sus virtudes y su empresa.

> «Alma grande y al mismo tiempo humanamente afable y sencilla —dijo el Papa—, como su homónima, la insigne reformadora abulense; humilde hasta ignorarse a sí misma, pero capaz de imponer su personalidad y llevar a cabo una obra ingente; enferma de cuerpo, pero robusta de espíritu con fortaleza admirable; "monja andariega" ella también, pero siempre estrechamente unida a su Señor; de gran dominio de sí misma, pero adornada con aquella espontaneidad y aquel gracejo tan amable; amiga de toda virtud, pero principalmente de la reina de ellas, la caridad, ejercitada en aquellos viejecitos o viejecitas que exigen la paciencia y benignidad de que habla el Apóstol».

Dentro de este conjunto espléndido, Pío XII subrayó «tres suaves matices»: la gran parte que la Virgen Santísima quiso tomar en su vida y en su obra; su irresistible inclinación a procurar la asistencia a los desvalidos y, por fin, aquella «suavidad y naturalidad con que se abandonó a los designios ocultos de la

Providencia, o, mejor dicho, aquel modo perfecto y ejemplar con que supo prescindir de sí y de su voluntad para identificarla completamente con la santísima voluntad de Dios».

Dejamos en su iniciación la gran empresa. Su primer nombre fue el de «Hermanitas de los Pobres Desamparados»; después, para evitar equivocaciones con el Instituto francés del mismo nombre, se llamaron, como hoy se denominan, «Hermanitas de los Ancianos Desamparados». Pronto quiso la Providencia que no se quedaran en Barbastro, sino que, por coincidir con los deseos de un grupo de católicos valencianos, fundasen en la capital del Turia, que desde entonces habría de ser la casa-madre de la congregación. Toda la ciudad recibió a las hermanas, y éstas hacen su primera visita a la Virgen de los Desamparados, patrona de Valencia, que nunca había de desampararlas a ellas ni a sus ancianitos y ancianitas. Inmediatamente reciben a la primera acogida, una paralítica de noventa y nueve años.

Mas pronto habrían de comenzar los dolores. Las regiones españolas se sublevan contra el Gobierno y Valencia se declara en rebeldía. La ciudad es asediada y bombardeada. La gente huye; las hermanitas permanecen junto a sus ancianos. Sólo cuando en la ciudad ya no queda nadie, y al peligro de los bombardeos se añade la amenaza de morir de hambre —las hermanitas viven de la caridad cristiana—, deciden refugiarse en Alboraya. Después una nueva prueba, la muerte de sor Mercedes, la primera profesa de las hermanitas, pues en el propio lecho de muerte selló sus votos de esposa de Cristo.

La historia de las nuevas fundaciones está llena de encanto y de luz sobrenatural. Es primero Zaragoza, donde también fueron recibidas triunfalmente; luego Cabra, Burgos... y toda la geografía española, que la beata se recorrió varias veces, en unas condiciones materiales que, si eran algo más cómodas que las de los tiempos de Santa Teresa, no dejaban de tener sus grandes molestias y aun dolores. Al cumplirse el primer decenio de la fundación del Instituto, las casas-asilo —la madre Teresa quería que fueran llamadas así, pues la sola palabra «asilo» le parecía demasiado fría y humillante— son ya 33. Diez años más tarde subirían a 81, y cuando la beata entrega su alma al Señor

suman ya la cifra esplendorosa de 103. Medio siglo más tarde, cuando la Iglesia la eleva a los altares, las casas-asilo son ya 205 en todo el mundo, y millares de ancianos y ancianas son consolados y atendidos por las hermanitas.

En 1885 el Instituto cruza el océano. Las hermanitas han sido llamadas a Santiago de Cuba y La Habana. Por primera vez van a fundar sin la madre. Ésta, que apenas tiene cuarenta y dos años, no es ya sino una inválida, en cuanto a fuerzas físicas se refiere. La obra se está consumando. En 1876 había llegado el decreto de alabanza de Roma. Y la aprobación definitiva llega en 1887.

Ahora que la Iglesia ha acogido al Instituto bajo su tutela, la madre ya sabe que otra Madre eterna velará por las hermanitas y los ancianos. Por eso, al celebrarse, en abril de 1896, el Capítulo general, la beata suplica a las hermanitas que se dignen librarla del peso de superiora general. Su cuerpo se niega a seguirla en sus largos viajes. No puede intervenir regularmente en los actos de la comunidad. El bien del Instituto —insiste la madre— exige que sea otra hermanita la que presida su marcha. Pero esta vez nadie hace caso de la voz de la madre. Y la beata no tiene más remedio que cargar nuevamente la cruz sobre sus flacos hombros.

Ella seguirá siendo sencilla y entrañable. Nunca le han gustado las posturas ficticias, las caras de víctima. A una novicia que, en el arrebato de un falso misticismo, decía a la madre que quería ser santa y andaba por todas partes con la cabeza torcida, la beata le respondió que sí, que obligación de todas las hermanitas era ser santas, pero que... ¡aquella cabeza tan torcida! La madre cogió un alfiler, tomó entre sus manos la punta del velo de la novicia y se lo aseguró con el alfiler en la espalda, de modo que no podía llevar sino bien alta la cabeza.

La madre sacudía con frase certera toda pereza disfrazada de piedad: «Fervorosas, sí; pero no de las que dejan el trabajo a las demás».

En el verano de aquel año va a Palencia, para inaugurar el segundo noviciado. Pero no puede estar presente en la ceremonia porque está aquejada de fuertes dolores. Es su ofrenda por las novicias. Se pone en camino hacia Valencia. Parece mejorar un

tanto durante el verano, pero en la primavera vuelve a agravarse. Su aparato digestivo es una pura llaga. La llevan a la casa-asilo de Masarrochos y luego a Liria. La madre ora mucho y por todos. También en las casas-asilos rezan las hijas y los ancianos.

Más de 70 superioras y muchísimas hermanitas pasan por Liria para recibir su última bendición en la tierra y sus postreros consejos. El 12 de julio el padre Francisco, uno de los más grandes protectores del Instituto, le lleva el santo viático y dos semanas después le administra la extremaunción. Poco a poco, se apaga la vida de la enferma, que dicta su última recomendación: «Cuiden con interés y esmero a los ancianos, téngase mucha caridad y observen fielmente las constituciones. En esto está nuestra santificación».

El 26 de agosto de 1897 la enferma expresa repetidas veces el deseo de recibir la sagrada comunión. A la primera claridad del alba viene el sacerdote, la oye en confesión y sale en busca del sacramento. La madre mira a su alrededor, sonríe a las hermanitas presentes e inclina la cabeza para siempre, con gozo de la comunión eterna. Tenía cincuenta y cuatro años y siete meses y podía presentar en el cielo su obra de 103 casas-asilos con millares de ancianos y más de mil hermanitas. Descansó en Liria hasta 1904, en que fue trasladada solemnemente a la casa-madre de Valencia.

La madre había recomendado que, si en el Instituto llegase a haber santas, no se gastase un céntimo en el afán de llevarlas a los altares. Las hermanitas obedecieron, pero la Providencia tenía otros planes, y, como para recuperar el tiempo perdido, su proceso de beatificación tuvo un desarrollo rapidísimo, facilitado por los milagros. Iniciado en 1945, se clausuró en 1958, con la proclamación de la beatitud de los bienaventurados en la persona de esta fundadora insigne y ejemplar.

MANUEL CALVO HERNANDO

Bibliografía

PIETROMARCHI, E., OSB, *La Beata Teresa de Jesús Jornet e Ibars* (Roma 1958).
• Actualización:
BALAGUÉ, M., *El espíritu de Santa Teresa Jornet e Ibars* (Madrid 1976).
BUSTOS, T. M.ª, *Santa Teresa de Jesús Jornet. Profeta y testigo* (Palencia 1992).
— *Santa Teresa de Jesús Jornet, «sembradora de amor»* (Palencia 1991).

DOMÍNGUEZ SANABRIA, J., *Espiritualidad de Santa Teresa Jornet* (Madrid 1997).
GARGANTA, J. M. - GÓMEZ, V. T., *Santa Teresa Jornet, carisma y espíritu* (Valencia 1983).
PIETROMARCHI, E., *Santa Teresa de Jesús Jornet e Ibars, fundadora de la Congregación de Hermanitas de los Ancianos Desamparados* (Valencia 2002).
TERESA DE JESÚS JORNET (Sta.), *Diario. El mensaje de su vida: epistolario (1872-1897)* (Valencia 1993).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

BEATO SANTIAGO RETOURET

Presbítero y mártir († 1794)

Santiago Retouret nació el 15 de septiembre de 1746 en Limoges, hijo de un comerciante. Su madre, sumamente piadosa, le inculcó sus mismos sentimientos. Hizo sus primeros estudios en el colegio jesuita de su ciudad. Sintió muy pronto la vocación religiosa y el 23 de mayo de 1762 ingresó en el convento del Carmen de la Antigua Observancia, llamado Des Arènes. El 3 de mayo de 1763 con sus solos 16 años hacía la profesión religiosa. Fue enviado como profesor de retórica a La Rochefoucauld, al tiempo que hacía sus estudios eclesiásticos, ordenándose sacerdote en 1768 de manos de monseñor D'Argentré, obispo de Limoges, que le conservó siempre gran estima. Por influencia de este prelado, que quería verlo prior del convento, fray Santiago nunca salió de Limoges. Era un buen predicador y se sabe que lo llamaban de la catedral de Limoges y de otros sitios, como Albi y Toulouse para la siembra de la palabra de Dios. No tenía buena salud. Llegada la revolución, se negó a prestar el juramento de acatamiento a la constitución civil del clero, pero horrorizado ante los sucesos del 2 de septiembre de 1792 cuando fueron masacrados tantos sacerdotes y religiosos en París, prestó el juramento de libertad-igualdad, pero eso no impidió su arresto, y estando ya en prisión retractó de manera oficial su juramento, lo que volvería a hacer el 22 de febrero de 1794 ante el comisario de la municipalidad de Limoges. El 28 de septiembre de 1793, estando detenido en La Règle, se le exigió como a los demás detenidos, una declaración de sus bienes, y él declaró disfrutar de una pensión, que pagaba su hermano. El 27 de marzo de 1794 fue visitado por el médico que declaró

que tenía una obstrucción de hígado, pero que no era obstáculo para la deportación. Dos días después partía de Limoges en dirección a Rochefort con el segundo convoy de sacerdotes. Allí estaba ya el 13 de abril, donde fue embarcado en Les Deux Associés. Pasó hambre, desnudez y muchas miserias, y de resultas de ellas murió el 26 de agosto de 1794, siendo enterrado en la isla Madame.

Fue beatificado el 1 de octubre de 1995 por el papa Juan Pablo II.

BEATO AMBROSIO (LUIS) VALLS MATAMALES

Presbítero y mártir († 1936)

Luis Valls Matamales nació en Benaguacil, Valencia, el 3 de mayo de 1870 en el seno de una familia cristiana. A los 20 años decidió su vocación religiosa e ingresó en la Orden capuchina, ingresando en el noviciado el 28 de mayo de 1890 con el nombre de fray Ambrosio de Benaguacil. Hizo la profesión temporal justo un año después y la perpetua el 30 de mayo de 1894. Terminados los estudios de teología se ordenó sacerdote el 22 de septiembre de 1894 y celebró su primera misa en la iglesia del convento de capuchinos de Sanlúcar de Barrameda. Religioso humilde y modesto, cumplía con gran celo sus deberes religiosos y sacerdotales, predicando con frecuencia, asistiendo fielmente al confesonario y dirigiendo muchas almas por los caminos de Dios, y propagando su propia e intensa devoción a la Virgen María. Tuvo a su cargo la Orden Tercera seglar. Publicó la historia de la devoción a la Virgen de Montiel, venerada en la ermita de su pueblo natal.

Destinado al convento de Massamagrell, al desencadenarse la persecución religiosa, se refugió en la casa de María Orts Lloris, en Vinalesa. Su corazón ardía en deseos de ser mártir de Cristo. Aseguró a la familia que lo hospedaba que a él lo arrestarían pero que a la familia no le pasaría nada. Fue arrestado en la noche del 26 de agosto de 1936 por milicianos armados. Llevado primero al Comité de Vinalesa, allí fue interrogado, luego fue sacado para llevarlo al sitio del fusilamiento, siendo objeto de insultos y malos tratos. Lo habían acusado de haber predica-

do contra el comunismo. Él dijo que sólo había predicado el evangelio. Llevado a Valencia, aquí fue fusilado.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO PEDRO (ALEJANDRO) MAS GINESTAR

Presbítero y mártir († 1936)

Alejandro Mas Ginestar nació en Benisa, Alicante, el 11 de diciembre de 1876. Educado cristianamente, con 16 años vistió el hábito capuchino y empezó el noviciado el 1 de agosto de 1893 en el convento de Santa María Magdalena de Massamagrell con el nombre de fray Pedro de Benisa. Hizo la profesión temporal el 3 de agosto de 1894 y la perpetua el 8 de agosto de 1897, y terminados los estudios eclesiásticos se ordenó sacerdote el 22 de diciembre de 1900 en Ollería. Hombre activo y de carácter, hizo un fecundo apostolado entre los jóvenes. Era un fiel observante de la Regla y de la vida común, que compatibilizaba con su activo apostolado. Era persona conciliadora y amante de la paz. Llegada la revolución, se vio obligado a abandonar su convento y se fue con algunos amigos, refugiándose luego en casa de su hermana en Vergel, Alicante. Consciente del peligro que corría, se mostró sereno y dispuesto a lo que Dios quisiera de él. Empleaba muchas horas en la oración. Le dijo a su hermana: «Si vienen por mí, ya estoy a punto». Lo arrestaron el 26 de agosto de 1936 y lo llevaron a la llamada Alberca de Denia donde le volaron la cabeza con los disparos.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO FÉLIX VIVET TRABAL

Religioso y mártir († 1936)

Nació en Sant Feliu de Torrelló, Gerona, el 23 de enero de 1911. A los 11 años lo pusieron en el colegio salesiano de Bar-

celona-Rocafort y de ahí vino su vocación religiosa. Su profesión religiosa fue en 1928, y fue destinado a Roma para hacer los estudios eclesiásticos en la Universidad Gregoriana. Llegado el verano de 1936 volvió a España y se hospedaba en la casa de Sarriá, de la que fue expulsado como los demás religiosos el 21 de julio. Se marchó con su familia a Esplugas. Iba a Barcelona a recibir secretamente los sacramentos. Rezaba el rosario con su familia y se mostraba tranquilo y dispuesto a lo que Dios quisiera. El día 22 de agosto llegaron milicianos en su busca pero Félix no estaba. Entonces se llevaron a su padre y su hermano a otra casa que poseían en Collblanc. Al volver Félix y enterarse de lo ocurrido, voló a reunirse con su padre y hermano, y acudió también la madre. Pero el día 26 volvieron los milicianos y se llevaron a los tres, despidiéndose Félix de su madre diciéndole: «Madre, hasta vernos en el cielo». Aquella misma noche fueron fusilados cerca de Pedralbes. La madre halló sus cadáveres en el Hospital Clínico de Barcelona y los llevó a enterrar.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATA LORENZA (LEOCADIA) HARASYMIV

Virgen y mártir († 1952)

Leocadia Harasymiv nació en Rudnyku, región de Lvov, Ucrania, el 17 de agosto de 1911. Educada cristianamente, ingresó en mayo de 1922 en la congregación de Religiosas de San José, dedicándose tras su profesión a los trabajos religiosos y sociales propios de su familia religiosa. Llegado el régimen comunista, junto con la Beata Olimpia Bidá, sustituía en la atención religiosa de los fieles a los sacerdotes desparecidos en los campos de concentración soviéticos. Junto con dicha religiosa fue arrestada en abril de 1950 mientras acompañaban a un fiel difunto al cementerio. Ya estaba enferma de tuberculosis. Fue deportada al campo de concentración de Kharsk. Allí se agravó su enfermedad, siendo asistida por la Beata Olga de la mejor manera que pudo, pero la falta de atención médica y medicinas

la llevó a la muerte en el campo de concentración el 26 de agosto de 1952.

Fue beatificada el 27 de junio de 2001 por el papa Juan Pablo II.

BEATA MARÍA CORSINI BELTRAME QUATROCCHI

Viuda († 1965)

María Corsini fue beatificada junto con su esposo, Luis Beltrame Quatrocchi, el 21 de octubre de 2001 y puestos ambos por la Iglesia como modelo de matrimonio cristiano. Por ello nos parece mejor dar juntas las biografías de ambos, y así lo haremos el 9 de noviembre, a donde remitimos.

27 de agosto

A) MARTIROLOGIO

1. La memoria de Santa Mónica († 387), madre de San Agustín, cuyo tránsito fue en Ostia Tiberina **.
2. En Capua (Campania), San Rufo († s. III/IV), mártir.
3. En Tomis de Escitia, santos Marcelino, tribuno, y su esposa Manea, y su hijo Juan, el clérigo Serapión y el soldado Pedro († s. IV), mártires.
4. En Bérgamo (Liguria), San Narno († s. IV), obispo.
5. En la Tebaida de Egipto, San Poemeno († s. IV/V), abad.
6. En Couserans (Aquitania), San Licerio († 540), obispo *.
7. En Arlés (Provenza), San Cesáreo († 542), obispo **.
8. En Pavía (Lombardía), San Juan († 825), obispo.
9. En el monasterio de Petershausen (Suabia), San Gebahrdo († 995), obispo de Constanza.
10. En el monasterio de Aulps (Ginebra), San Guarino († 1150), obispo de Sión *.
11. En Lausana (Suiza), San Amadeo († 1159), obispo **.
12. En Foligno (Umbría), Beato Ángel Conti († 1312), presbítero, de la Orden de los Ermitaños de San Agustín *.
13. En Leominster (Inglaterra), Beato Rogerio Cadwallador († 1610), presbítero y mártir, bajo el reinado de Jacobo I *.
14. En Nagasaki (Japón), beatos Francisco de Santa María, presbítero, Bartolomé Laurel y Antonio de San Francisco, los tres religiosos franciscanos; Gaspar Vaz y su esposa María; Magdalena Kiyota, viuda; Cayo Ji-

yemon, Francisca, Francisco Kurobioye, Francisco Kuhioye, Luis Matsuo Soyemon, Martín Gómez, Tomás Wo Jinyemon, Lucas Kiyemon y Miguel Kizayemon († 1627), mártires *.

15. En Usk (Gales), San David Lewis († 1679), presbítero, de la Compañía de Jesús, mártir bajo el reinado de Carlos II *.

16. En Rochefort (Francia), beatos Juan Bautista Souzy, presbítero, y Uldarico (Juan Bautista) Guillaume, Hermano de las Escuelas Cristianas († 1794), mártires **.

17. En Reading (Inglaterra), Beato Domingo de la Madre de Dios Barberi († 1849), presbítero, religioso pasionista **.

18. En Picassent (Valencia), Beato Fernando González Añón († 1936), presbítero y mártir **.

19. En la carretera de Godella a Bétera (Valencia), Beato Ramón Martí Soriano († 1936), presbítero y mártir *.

20. En San Sebastián (España), Beata María del Pilar Izquierdo Albero († 1945), virgen, fundadora de la Obra Misionera de Jesús y María **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTA MÓNICA

Madre de San Agustín († 387)

Cae el sol africano, un sol de justicia, sobre las calles pueblerinas de Tagaste. Mónica, niña de pies inquietos, corretea y se divierte por la pequeña ciudad. A la voz de una vieja criada, gruñona pero querida, suspende el juego, y con un gracioso mohín, mezcla de cariño y de protesta, vuelve presurosa a la casa de sus padres.

Nacida bajo la paz declinante del Imperio romano, Mónica florece a la vida en el seno de una familia cristiana, noble de alcurnia, aunque arruinada por el curso desgraciado de los destinos públicos. Desde la más tierna edad sabe de prácticas piadosas y de ejercicios domésticos. Su educación, si no en ambiente de penuria, comienza a desenvolverse, desde la cuna misma, con sencillez y sin alardes de opulencia.

Más que a la madre, debe la obra de su formación a la diligencia y al celo de aquella anciana y fiel sirvienta, que llevó ya a su padre a la espalda, cuando niño, y que es ahora, por sus años respetables y por sus óptimas costumbres, la autoridad moral más acatada de la familia. Condescendiente tanto como severa con los pequeños, hasta el agua les regula a deshora, para que se

habitúen a moderar los apetitos. Bajo su vigilancia aprende Mónica lecciones de honestidad. Está haciéndose un alma exquisita, encerrada en un corazón sumamente sensible. Los pobres, a diario, son su debilidad apasionante, y la frecuencia de la limosna su recreo más feliz. La dicha de su corazón explota cuando halla oportunidad para lavar los pies a algún peregrino u ofrecer consuelo a algún enfermo.

A medida que va creciendo empieza a gustar los deleites interiores de la espiritualidad. Más de una vez la sorprenden los íntimos, arrodillada en un rincón oscuro, haciendo oración a solas, en diálogo de cordialidad inocente con Dios. En los juegos ríe y disfruta como nadie. Sus amigas la respetan, y su palabra es resolutoria en cualquier discusión.

No ha de faltarle, tampoco, alguna cándida picardía. Como aquella de los tragos clandestinos, que recordará siempre con vergüenza. A la hora de comer, por mandato de sus padres, es la encargada de bajar a la bodega para sacar vino de la cuba. Y cede a la tentación de probarlo, sólo por tomarle el gusto, antes de servirlo a la mesa. Al principio bebe una pizca, casi nada. Poco a poco va aumentando el paladeo, y con él la cantidad. Ahora es ya una gran copa lo que saborea cada vez, antes de subir, sin que lo sepa la criada inflexible ni ninguno de sus mayores. Hasta que todo se descubre. Únicamente está en el secreto otra sirvienta más joven y consentida. En cierta ocasión, discutiendo una y otra, la criada echa en rostro de su pequeña ama este defecto, llamándola, con intención humillante, «borrachuela». Santo remedio. Herida Mónica por el aguijón del insulto, comprende la fealdad del vicio y lo condena al instante, arrojándolo definitivamente de sí. El amor propio afrentado actúa aquí de medicina maravillosa.

Desde muy niña se está mostrando maestra en reflexionar y en cordura de saber. Lo demostrará más tarde dando lecciones en la escuela de filósofos sutiles, improvisada en el retiro de Casiciaco. Sencilla tanto como culta, desprecia las galas de lujo. Aunque mujer, su prudencia y su discreción están por encima de la vanidad.

Rica en dones de espíritu y en gracias exteriores, al cumplir los veinte se casa con Patricio, curial de Tagaste, noble pero

arruinado también. El corazón del esposo, naturalmente leal y honrado, estalla en volcanes de pasiones vergonzosas. Pagano, violento, de fibra colérica y de pensamientos nada castos, choca en rudo contraste con la delicadeza de Mónica, que consigue enamorarlo y vencerlo, en medio de sus repetidas y alardeadas infidelidades. Un matrimonio así, con edades dobladas y con temples tan distintos, humanamente no puede adivinarse sino como un presagio seguro de desdicha. Pero Mónica acepta ante el altar la mano de Patricio, consciente de un holocausto y con presentimiento de misión. El tacto de su santidad y de sus silencios transforma pronto el infierno previsible del hogar en un remanso de concordia. Bien puede atestiguarlo la propia suegra, en cuya casa vive. Pagana e irritable, como Patricio, acoge las calumnias de los criados, quienes, sólo por adularla, fomentan sus celos, su malquerencia y su astucia contra Mónica. Pero la nuera ya conoce el procedimiento: no huye ni protesta, sino que convive para convertir. Y lo logra: con defensa de amor, de humildad, de dulzura, de paciencia. Táctica de éxito, que aconseja a sus amigas. Mónica nunca sale a la calle con huellas de castigos en el rostro ni comunica las defecciones maritales de Patricio. La oratoria de su ejemplo y el prestigio de su conducta sin tacha ponen paz en las disputas de familiares y extraños. Abomina los chismes y el comadreo. Al fin, la rudeza del esposo y el rencor de la suegra terminan quebrándose contra el corazón suavísimo de Mónica, trasunto ideal de la perfecta casada.

Al filo de los veintidós años Mónica es madre. El 13 de noviembre del 354 nace su primogénito: Agustín. Otros dos vástagos brotarán de su seno: Navigio y Perpetua.

Agustín es una llamarada de ímpetus contrarios. La fogosidad de Patricio y la ternura de Mónica arden en su corazón. Navigio es más plácido, más tímido, más maternal; como Jacob. Agustín lleva arreboles de crepúsculo y ascuas de fuego en la sangre. Si no concierta en número, en peso y en medida el huracán temprano de sus inquietudes, será otro Esaú. Toda la vida de Mónica va a cifrarse en un colosal esfuerzo por abrir metas de luz y caminos de seguridad al paso de este gigante.

Perpetua, la menor, se casa y enviuda pronto. No sale del solar africano. Cuando Agustín sea sacerdote ingresará en un

convento, bajo su regla monástica. Navigio no abandona nunca a la madre. Va a ser su fuente de consolación y su descanso durante los extravíos de Agustín.

Se casará también y tendrá hijos. Uno de ésos se verá más tarde de subdiácono en Hipona, junto al tío obispo. Algunas hijas florecerán a su vez entre las vírgenes de África, al lado de la tía monja. Navigio y Perpetua, elevados a los altares, ocupan hoy un lugar de gloria en el santoral cristiano.

Mónica acierta a sustituir rápidamente los sinsabores y las contrariedades del matrimonio con la educación de sus hijos. Desde el regazo de la madre, «mientras saborean las delicias de su leche», gustan ya la palabra y la sonrisa de Dios. Nos lo dirá el propio Agustín. Todos creen en casa por Mónica. El nombre de Jesús es familiar a hijos y criados. Aquéllos son catecúmenos. La servidumbre es cristiana. Sólo Patricio permanece infiel.

Navigio y Perpetua, discretos en dones, no son problema para Mónica. El talento fuera de lo normal de Agustín es su tormento de pesadilla. Al principio se limita a reír las quejas de los palmetazos que recibe el pequeño en la escuela de Tagaste, con su aversión clamorosa al estudio. Pero después, cuando el genio despierta monstruoso en sus potencias, con los triunfos apoteósicos de Madaura, unidos a un entusiasmo incontinente por Virgilio, por las estrofas encendidas de los poetas, por las representaciones teatrales..., Mónica mira con miedo al mar agitado de su alma y teme por su perdición.

Comienza ahora el calvario más cruel de la madre. Sólo Agustín le importa, porque le ve al borde del abismo. «Amar y ser amado» es el lema del escolar brillante, a quien el orgullo de sus paisanos vaticina ya gloria de la patria. La labor de Mónica en la educación de Agustín, estremecido de pasiones rugientes, como su padre, en el albor de los dieciséis años, cae estruendosamente a tierra. La indiferencia de Patricio, preocupado sólo por los aplausos, contribuye al derrumbamiento.

Entonces, en medio de las primeras lágrimas que vierte la madre por el hijo difícil, recibe alborozada la primera alegría: Patricio se convierte. En la primavera del año 370 abjura públicamente la religión pagana, haciéndose catecúmeno, y un año más tarde, gravemente enfermo, recibe el bautismo, muriendo

poco después con muerte edificante. El valor del holocausto, concluido por Mónica en su corazón al recibir el velo de casada, resulta así absolutamente positivo.

Viuda y joven, con sus treinta y nueve años, viste sencillamente, ayuna y se ejercita en obras de piedad. Agustín no ha asistido a la muerte de su padre. Estudiante en Cartago, recibe con dolor la triste noticia. La viuda pobre no podrá seguir costeándole los estudios. Pero el corazón generoso de un amigo, Romaniano, soluciona felizmente la contrariedad. Agustín y Mónica pagarán al mecenas con la educación de su hijo Licencio, perfectamente lograda en ciencia y en espíritu por tan extraordinarios preceptores.

Mónica quiere casto a Agustín. Al saberle en pubertad, ya antes de morir Patricio, le exhortó con valentía sobre los bienes de la continencia. Pero Agustín despreció el consejo como «palabras de mujer». Ahora, lejos de su madre, envuelto en los peligros de una gran ciudad, «ama al fin, es amado y gusta los placeres, los celos y todas las tempestades del amor». A los dieciocho años tiene un hijo: Adeodato. Cuando Mónica lo sabe comprende que toda su vida va a resolverse en lágrimas. No le importa que Agustín sea el primero en los estudios, que entienda sin maestro las cuestiones más abstrusas de filosofía, que triunfe en los certámenes, que en su torno exploten siempre los aplausos; sólo le importa definitivamente la salvación de su alma. Piensa, después de todo, que por la ciencia llegará a Dios. Y se decide a esperar.

Agustín lee el *Hortensio* de Cicerón, que le transforma intelectualmente. Penetra con avidez en la dialéctica platónica. Abriga la ilusión de hallar el nombre de Jesús, «mamado amorosamente en la leche de la madre». Y no lo encuentra. Repasa después las Sagradas Escrituras. Pero lo hace con orgullo, sin humildad, con el corazón manchado. Y no las comprende. Mónica sigue estos pasos hacia la luz. Y cada día con más confianza, ora, se mortifica y silenciosamente continúa en espera.

El problema de Agustín, en estos momentos, es ideológico tanto como afectivo. Busca una doctrina que le proporcione el descubrimiento de la verdad y el culto al nombre de Jesús, sin renunciar a las pasiones. Todo esto le promete el maniqueísmo.

Y se afilia con entusiasmo a su fe. Apenas cuenta diecinueve años y aparece ya con tacha de concubinato y herejía. ¡Horror para Mónica! Ferviente maniqueo, se hace apóstol de la secta. Enseguida comienzan las conversiones. Todos cuantos le siguen, Alipio, Romaniano, Honorato, Nebridio..., prendados de su lógica y de su corazón, figuran entre los adeptos. Mónica llora desconsolada. Regresa Agustín de Cartago, al terminar sus estudios, y prosigue la captación en Tagaste. A su propia madre trata de convencer. Pero sólo ella se le resiste y le echa de casa. Cabizbajo, se refugia en la de su mecenas y abre escuela de gramática entre los suyos.

Le acompaña la mujer y el hijo. Mónica no tolera la separación y le visita a diario. Es ley de corazones grandes. Un día le cuenta un sueño. Estando de pie sobre una regla, triste y afligida, ve venir a un joven resplandeciente, que le pregunta el porqué de sus lágrimas. Mónica le contesta que la causa no es sino la perdición de Agustín. El joven, para su confortación, le ordena entonces que mire y observe cómo donde ella está se encuentra el hijo. Mirando rápidamente hacia atrás, descubre con alegría que no se engaña. Y pronostica luego Mónica a Agustín que muy pronto le verá católico. Pero éste interpreta la visión volviéndola hacia sí, intentando persuadir a la madre de que es ella la que algún día terminará en maniquea. A lo cual replica agudamente: «No me dijo: "Donde él está allí estás tú" sino: "Donde tú estás allí está él"». Y agrega, sonriendo, que se cumplirá la profecía.

A pesar de todo, Agustín continúa en la oscuridad y Mónica sigue llorando. Por esta misma época visita a un santo obispo en demanda de orientación, e insiste ante él con lágrimas incontenidas para que la ayude en su desconsuelo. Y, asomándose a su alma, le responde el obispo con acento seguro: «Ve en paz, mujer, y que Dios te dé vida; no es posible que hijo de tantas lágrimas perezca».

Tras la muerte de un amigo entrañable Agustín languidece, comienza a sentirse mal y precipita su salida para Cartago, donde abre cátedra de retórica. Con el alejamiento todo se cura. Mónica no lo impide, pues en ello va la salud del hijo. Y confía en el milagro de la ciencia. Nacen aquí las primeras dudas del

joven maestro en torno a la dogmática maniquea, que sus doctores no aciertan a resolverle.

Sin paz en el alma y sin convicción en la inteligencia, Agustín emprende la búsqueda por otros horizontes. Y anuncia su salida para Roma. La madre, armada de valor, se presenta en Cartago para impedirlo. Teme que en la capital del Orbe se pierda irremisiblemente. Agustín, contrariado en sus planes, huye con una mentira. Mientras ora ella en la ermita de San Cipriano, él la abandona y sube a la nave que le conducirá a la urbe. Cuando Mónica advierte el engaño enloquece de dolor. ¡Mucho tarda en cumplirse la visión de la regla!

En Roma explica Agustín durante un año, pródigo en desilusiones escolares y en angustia espiritual. Por un lado, los alumnos no le pagan. Por otro, conoce al fin la corrupción de los maniqueos y decide abandonar la secta. La duda absoluta y el escepticismo universal le llevan al pórtico de los académicos. Enferma entonces gravemente, sin inquietarse por morir sin bautismo, con riesgo de condenación. Se cura, según intuirá después, por las oraciones de su madre, siempre a su lado, a pesar de la lejanía.

Roma no le llena y prepara otro salto. Huye de sí mismo, sin lograr ausentarse. En el año 385 gana brillantemente la cátedra de elocuencia patrocinada por los emperadores en Milán. El problema económico se le esclarece. Informada Mónica de la enfermedad y del triunfo académico sale para Roma. La acompaña Navigio. Perpetua, casada, queda en Tagaste. Con ánimo sereno en medio de una borrasca aparatosa, hace felizmente la travesía. En Roma se entera de la salida para Milán. Desilusión otra vez. Nuevamente de viaje, llega a la ciudad lombarda y se arroja en los brazos del hijo. Le encuentra muy otro. Va a rechazar abiertamente la herejía maniquea. Pero ahora es cuando más necesita a la madre. Tiene vacíos el corazón y el pensamiento. En sus razones atiende sólo al encanto de lo formal, sin fe en la verdad. Mónica se dispone a rellenarle de contenido. Para ello visita a San Ambrosio y le presenta a Agustín. Se tratan los tres. El santo obispo felicita al deslumbrante profesor por tener una madre tan extraordinaria. Mónica inventa excusas para que el hijo repita las visitas. Pero Ambrosio no es explícito: espera que

la gracia obre independiente del hombre. En compañía de la madre, Agustín asiste a los sermones de la basílica ambrosiana, interesado por el estilo y por la dicción, sin cuidados para mayores honduras. Pero con la retórica, sutilmente, penetra en los oídos del puro artista la luz de la verdad cristiana. Sin discusiones, ni con la madre ni con el obispo, Agustín medita, y poco a poco va hallando a Dios dentro de sí.

Comienza a entusiasmarle San Pablo. Conversa con personas venerables, confiándoles sus angustias interiores. Está a punto de romper con los vínculos del pecado. Pero la voluntad de la carne se afirma en él más fuerte que la del espíritu. Y lucha sin redimirse de las cadenas que le esclavizan.

Mónica sigue con más atención que nunca el desarrollo del drama y redobla sus oraciones. Presiente la alborada de Dios. La borrasca irrumpe inclemente en el alma agitada de Agustín. Hasta que un día, en una crisis de rebelión frente a sus miserias, el canto suavísimo de la gracia suena rotundo en su corazón. Y el hombre viejo, perdido por Adán y prisionero en la culpa, se transforma en el hombre nuevo, salvado por Cristo y libre en la fe.

Las lágrimas de Mónica han precipitado el desenlace feliz. Se ha cumplido la profecía. Agustín está ya en la regla junto a la madre. Con su adiós a la vanidad de la retórica se retira a la quinta de Casiciaco. Van tras él los amigos de siempre, discípulos del maestro en sus desviaciones maniqueas y en sus pasos hacia la pila bautismal, seguros de que su elección, antes y ahora, es criterio de sabiduría. A tanto llega la autoridad de su preeminencia. Le acompaña su madre, con Navigio y Adeodato. Sólo falta la mujer que le dio este hijo, recluida desde hace meses en un convento de África, donde habrá rezado, sin duda, por él.

Otoño melancólico y dulce, con suavidad dorada en la vertiente alpina, con inquietud anhelante de recibir a Dios por el bautismo, con doctas controversias, con poesía en las almas, bajo la providencia amorosa de Mónica..., esto es Casiciaco en los primeros fervores de la conversión. La vida allí, de otoño a primavera, es una preparación al bautismo, entre lecturas y discusiones, elevándose a Dios por la belleza de las cosas. Mónica

cuida de todos con materna solicitud. El ejemplo de su santidad les dirige, corrigiendo e ilustrando, presente a cada uno, «con traje de mujer, fe de varón, seguridad de señora, caridad de madre y piedad cristiana». Entona con ellos los salmos de David. Participa en los diálogos de sobremesa, aunque humildemente se resiste a emitir opinión en aquel cenáculo. Instada por Agustín, encauza discusiones sobre la verdad, la hermosura, el orden, la felicidad y el amor de Dios, con una sabiduría, una discreción y un talento, desplegados muy por encima de la frivolidad sensible, que a todos sorprende, penetrando sin dificultad y con agudeza en cuestiones arduas aun para los versados.

Transcurrido el tiempo de iniciación, al cabo de siete meses, Agustín, Adeodato y sus amigos dan el paso regenerante, recibiendo en Milán el sacramento del bautismo. La ceremonia se ha fijado para el día 25 de abril del año 387. Una fecha de glorioso recuerdo, señalada con piedra blanca en el calendario de la Iglesia. La presencia de Mónica, con lágrimas todavía, pero no de ansiedad dolorosa, sino de júbilo radiante, realza la solemnidad del acto. No ha sido estéril tanta súplica. Agustín funde sus emociones con las incontenidas de la madre, mientras el torrente de la gracia penetra en su corazón, entre el eco novísimo que han dejado disperso por las bóvedas las cadencias exultantes del *Te Deum laudamus.*

Una armonía inefable inunda el alma de Mónica. Todo es paz en su vida. Nada la detiene ya en la tierra. Sólo siente la nostalgia del cielo. Colmada su misión, ¿para qué esperar?

Entretanto, madre e hijo, con la pequeña comunidad de bautizados, vuelven a África. En el puerto romano de Ostia se detienen unos días, mientras llega el momento de embarcar.

Caen las primeras hojas de otoño. Declina la tarde, una famosa tarde del año 387. Mónica y Agustín están solos junto al mar, reclinados sobre una ventana. Con olvido del pretérito y atentos únicamente al porvenir, se ocupan de la verdad, presente en la vida eterna de Dios. Piensan que ante el gozo de aquella vida vale el deleite perecedero del sentido. Recorren la escala de los seres corpóreos. Se elevan interiormente sobre la luna y el sol. Suben más arriba de las estrellas, admirando la obra del dedo divino. Llegan a la esfera intáctil del pensamiento, y la

transcienden también. Alcanzan, por fin, la región de la abundancia indeficiente, donde se apacienta Israel con el pasto inmarchito de la verdad pura. La vida aquí se llama *sabiduría,* principio de todas las cosas, así de las que fueron como de las que serán, existente antes del tiempo, increada, total y constante en el ser, con ausencia de pasado y de futuro. Y hablando de ella y desvividos por su logro, llegan a tocarla un instante, con el ímpetu más intenso de su corazón, elevado sobre las ataduras de la pesada mortalidad. Pero el arrebato de beatitud se desvanece. Con un hondo suspiro vuelven a la tierra y al estrépito de las palabras, dejando allí prisioneras las primicias del espíritu. Mónica tiene las manos de Agustín entre las suyas. No aciertan con la frase que exprese la ansiedad de su ánimo: si enmudeciesen las cosas y sólo Dios hablase, no por ellas, sino directamente por sí, oyéndole sin sonido de voces, en contacto del pensamiento con su Sabiduría, abismada el alma en la fruición de sus dulzuras, como en aquel instante de efímero deleite, ¿no sería esto el «entra en el gozo de tu Señor»? «Y tanta dicha, ¿cuándo será?», exclama Agustín enardecido. «Por lo que a mí atañe», prosigue Mónica, más sosegada y menos vehemente:

> «Nada me ilusiona ya en esta vida. No sé qué hago en ella ni por qué estoy aquí aún, consumado cuanto podía esperar en este siglo. Por una sola cosa deseaba detenerme un poco más: verte cristiano y católico antes de bajar al sepulcro. Con creces me lo ha dado el Señor, pues te veo siervo suyo cabal, con desdén para la felicidad terrena. Por lo mismo, ¿qué hago yo aquí?».

Cinco días después es atacada por una fiebre maligna. Su presentimiento no precisa más. Comprende y manifiesta a todos que ha llegado su hora. Sin preocupaciones por la sepultura, construida en Tagaste junto a la de Patricio, y satisfecha de haber cumplido la misión del hogar, no le importa ni el dónde ni el cuándo para morir. Su serenidad es sorprendente. Nadie quiere creerlo. De pronto, un éxtasis, alarmante pero dulcísimo, deja inmóvil su cuerpo durante un breve intervalo. «¿Dónde estoy?», pregunta al volver en sí. Y añade con suavidad: «Aquí dejaréis enterrada a vuestra madre».

Un movimiento de dolor irreprimible se estremece en la estancia. La angustia es general. Adeodato estalla en lamentos inconsolables. «Mejor sería morir en la patria, antes que en este

pueblo extraño», profiere Navigio. Mónica le reprende con una mirada de autoridad y reproche, y, dirigiéndose a Agustín, más sereno y más fuerte, corrige imperiosa:

> «Enterrad este mi cuerpo dondequiera, ni os preocupe más su cuidado. Una sola cosa os pido, que os acordéis de mí ante el altar del Señor, en cualquier lugar donde os hallareis».

Éste es su testamento. Poco después, agravándose la enfermedad, entra en agonía. Minutos más tarde, con la suavidad de un crepúsculo sin nubes, es liberada del cuerpo aquella alma transparente, anhelosa de aires más puros. Nacida para la eternidad del goce beatífico, deja de llorar en la tierra, a los cincuenta y seis años de edad, para recibir el premio de sus lágrimas: un cielo de consolación gloriosa para sí, y la gracia de la fe con una corona de inmortalidad para su hijo.

Después del entierro nadie acierta a separarse del sepulcro. Tantas cosas les recuerda. La afligida comunidad aplaza por ello el viaje de retorno a la patria. Durante un año permanecen aún entre Roma y Ostia, asociándose a los cánticos de las basílicas y orando ante la tumba inolvidable, en súplica de iluminación y de consuelo.

La presencia protectora de la ausente adorada se acusa en la vida de todos. Trece años después, en obsequio devoto de gratitud, la pluma de Agustín cantará sus virtudes con fidelidad amorosa. Los siglos venideros recogerán con entusiasmo este mensaje finísimo de ternura filial. Su luz penetra en las familias, portadora de paz interior. Ángel del hogar cristiano, las esposas desamparadas y las madres afligidas de todos los tiempos hallan siempre en su memoria el bálsamo de salud que cura las penas en el infortunio y un paño de lágrimas para enjugar el espíritu en la contrariedad.

GABRIEL DEL ESTAL, OSA

Bibliografía

Act. SS. Boll., 4 mayo.

AGUSTÍN (San), *Confesiones* (Madrid [7]2004).

BOUGAUD, E., *Histoire de Sainte Monique* (París [12]1901). Trad. española: *Historia de Santa Mónica* (Madrid 1958).

LECLERCQ, H., «Monique», en F. CABROL - H. LECLERCQ (dirs.), *Dictionnaire d'archéologie chrétienne et de liturgie*. XI/2: *Minister altaris-Monza* (París) cols.2332s.

PÉREZ DE TOLEDO, A., *Vida de Santa Mónica* (San Lorenzo de El Escorial 1955; [2]1987).

• Actualización:
ÁLVAREZ, U., OSA, *Santa Mónica. Retrato de una madre* (San Lorenzo de El Escorial 1993).
GARCÍA, J., *Santa Mónica, madre de San Agustín. (Vida y reflexión)* (Madrid 2000).
LARRINAGA, M., *Santa Mónica, madre de esperanza* (Madrid 1986).
SÁNCHEZ CARAZO, A., *Santa Mónica, la madre* (Marcilla, Navarra 1991).

SAN CESÁREO DE ARLÉS

Obispo († 542)

Hay santos de ayer que aún hoy siguen proyectando una luz maravillosa, deslumbrante, válida para nuestro tiempo. Es el caso de San Cesáreo, una de las mayores lumbreras de la Iglesia galicana.

Nació hacia el año 470 en el territorio de Chalon-sur-Saône de padres distinguidos por su rancia nobleza galorromana y más por su ejemplar virtud. Lógicamente desde niño Cesáreo respira una atmósfera de piedad y virtud ejemplares. Se dice que cuando tenía solamente siete años volvió un día a casa medio desnudo, y ante la extrañeza de sus padres les contestó que había dado parte de su ropa a un mendigo que no llevaba nada. Algo que repetiría en más ocasiones.

Algunos años después, en el 488, sin que lo supieran sus padres, se marchó a casa del obispo de Chalons, Silvestre, para ponerse a su servicio y que le concediese el hábito clerical. Cuando el obispo se enteró del tipo de joven de que se trataba, sin tener en cuenta la oposición de los padres, lo agregó al número de clérigos de su Iglesia.

A pesar de todo, Cesáreo no se sentía satisfecho y, deseoso de una vida más perfecta, dos años más tarde tomó la resolución de ingresar en el monasterio de Lerins, famoso desde su fundación por San Honorato setenta años atrás y donde moraban varones esclarecidos por su ciencia y virtud. A pesar de sus pocos años el abad Porcario le nombró cillerero o mayordomo, pero la austeridad que quiso imponer a los demás y su rigidez económica, le llevó a enfrentarse con los demás monjes, que lograron su destitución. Él mismo, por las ásperas penitencias, se hallaba muy mermado en su salud. Por consejo entonces de los superiores abandonó Lerins y fue a reponerse a Arlés.

Aquí fue acogido por un piadoso matrimonio, Fermín y Gregoria, que se ejercitaban en obras de caridad principalmente con los religiosos enfermos que dependían de la abadía. Acogido como un verdadero hijo y admirando las virtudes que se traducían de su alma, Fermín lo puso bajo la disciplina del sacerdote Pomerio, célebre retórico, para que lo ejercitase en las ciencias humanas.

El obispo de Arlés, Eonio (o Eone), su compatriota, enterado por el propio Fermín de las maravillas del hospedado en su casa, llamóle a su lado y en la conversación que mantuvieron quedó prendado de los valores de Cesáreo. Incluso se dio cuenta de que era su propio pariente, y con permiso del abad lo retuvo en su palacio incorporándolo a la clerecía de Arlés. De él recibiría las órdenes sacerdotales por el año 499, pero él, sin olvidarse de que realmente era religioso, llevó una vida lo más acomodada a sus compromisos monásticos.

Atraído por estos comportamientos el propio obispo se dio cuenta de los ideales que latían interiormente en el joven sacerdote. Fue para promover los ideales de la vida religiosa por lo que lo nombró abad de un monasterio de los alrededores. Hacia los tres años de la nueva vida abacial el obispo Eonio cayó enfermo y, consciente de su final, él mismo manifestó sus deseos de que le sucediera Cesáreo. Algo que debió agradar a todos, pues, a pesar de su personal resistencia, fue nombrado nuevo obispo de Arlés. Tuvieron que ir a buscarlo a la antigua necrópolis romana de Alyscamps, en una de cuyas tumbas se había escondido para evitar el nombramiento. Sucedía esto el año 502. Cesáreo tenía entonces 33 años.

Fue en esta situación cuando se pudo apreciar las inmensas profundidades que atesoraba aquel hombre en su corazón, pues se convirtió muy pronto en un prelado ejemplar, donde las virtudes pastorales se vivirían en grado heroico. Tan grandes dimensiones de su bondad no fueron obstáculo para defender con solicitud la verdad, que en aquellos años tuvo momentos muy difíciles.

Los años de su mandato coinciden con las convulsiones creadas por los visigodos dueños de Arlés hasta el año 507, en que la ciudad pasó a los ostrogodos, quienes retuvieron el po-

der hasta el año 536 en que lo recuperaron los francos. Es de sobra conocido que los visigodos eran furibundos arrianos. Sin embargo, Cesáreo supo defenderse con tan exquisito tacto que, aunque lento, llegó a granjearse la confianza del rey Teodorico, estableciendo entre ambos unas relaciones de mutuo respeto.

Por todas estas circunstancias, las envidias, calumnias y persecuciones fueron abundantes en su vida. Parece que estos hechos tuvieron su inicial raíz en quienes se sentían molestos por el celo de su nuevo obispo. Y fueron de tal magnitud las patrocinadas por un tal Liciniano, uno de sus secretarios, que Alarico llegó a creer que ayudaba secretamente a los borgoñeses sus paisanos y enemigos reales. Sin examen de la acusación lo desterró a Burdeos, donde Cesáreo siguió dando pruebas ejemplares de su virtud. Se dice que un suceso providencial vendría en su ayuda: Declarado un incendio en la ciudad, sin que encontraran remedio para atajarlo, fueron las oraciones de Cesáreo las que consiguieron reducirlo. Tomado el resultado a milagro personal y enterado Alarico de tan ejemplar comportamiento, lo restituyó en su sede. La calumnia había sido descubierta.

Poco duró el favorable ambiente porque Alarico fue derrotado por Clodoveo en los llanos de Poitou, llegando a perder su propia vida. Le sucedió Teodorico, rey de los ostrogodos, y bajo su mandato tuvieron lugar una serie de guerras en las que la propia ciudad de Arlés fue sitiada, y donde Cesáreo sufrió graves pruebas hasta el punto de sentir amenazada su vida, calumniado otra vez de favorecer a los enemigos del rey. Tuvo que presentarse ante el propio rey en Rávena y fue el mismo Teodorico quien, al contemplarlo en su presencia y observar su actitud y sus modales, quedó convencido de la inocencia de Cesáreo.

Hasta el papa Símaco llegaron noticias del ejemplar obispo, quien manifestó deseos de verlo personalmente. Fue recibido por el Pontífice con honores propios de un gran personaje, que al receptor sólo le valieron para humillarlo más en su interior. Como recuerdo de la visita el Papa le condecoró con el palio, dirimió en su favor las discrepancias de jurisdicción que tenía con San Avito, obispo de Viena del Delfinado, otorgó la primacía a la sede de Arlés y nombró a su titular, al año siguiente

de 514, legado de la Santa Sede para las iglesias de la Galia y de España con la facultad de convocar concilios regionales. Incluso los diáconos de su Iglesia podrían llevar dalmáticas al estilo de la Iglesia de Roma.

Restituido en su sede de Arlés, se vio sumido en una época de paz y de calma que el santo obispo aprovechó para entregarse aún mejor a sus compromisos pastorales. Así reedificó el monasterio que habían destruido los arrianos con el pretexto del sitio, poniéndolo bajo la protección de la Virgen. Aquí trajo una comunidad de religiosas, haciendo venir a una hermana suya, profesa en el monasterio fundado por el abad Casiano cerca de Marsella. Compuso para ellas una regla, que duró hasta que fue aceptada la regla de San Benito.

Entre tantos avatares sintió que le llegaba la hora de presentarse ante Dios. Murió como había vivido, a pesar de sus dolores y dando siempre ejemplo a cuantos lo rodeaban. Era el 27 de agosto del año 542, a los 74 años de edad, recibiendo sepultura en el monasterio de religiosas que él mismo había fundado y que por eso recibe el nombre popular de Monasterio de San Cesáreo a pesar de que la iglesia está dedicada a la Virgen María.

Una de las dimensiones más sobresalientes de tan benemérito prelado fueron los múltiples concilios celebrados bajo su inspiración. Su finalidad era el renacimiento de la disciplina religiosa, la renovación de las costumbres, el ordenamiento del clero y las celebraciones litúrgicas.

Ya el año 506, apoyado por el propio rey Alarico, el que lo había desterrado, celebró el concilio de Agde en la Narbonense. Siguieron después el de Arlés en el 524, Carpentras en el 527, Orange y Vaison en 529, Marsella en 533, Valencia del Ródano en el año 538, aunque pudo ser que en éste se hiciera presente por delegación. Lógicamente estos concilios tenían dimensiones muy limitadas y eran fundamentalmente de tipo moralista. El más sobresaliente fue el segundo de Orange de 3 de julio de 529, que trató temas tan trascendentales como la gracia, el libre albedrío o el pecado original, condenando las doctrinas semipelagianas y en cuyas resoluciones, veintisiete capítulos, se notan las influencias de San Agustín y San Próspero. Las conclusiones fueron aprobadas por el papa Bonifacio II, lo que les confirió

valor para toda la Iglesia, a pesar de que los obispos allí reunidos fueron solamente trece.

Podría parecer que en medio de tantas agitaciones y compromisos apenas le hubiera quedado otro tiempo más que para poder superarlas. Todo lo contrario. Al lado de una vida de pastor ejemplar que supo recorrer todos los extremos de la tierra a él encomendada, dejó una abundante y meritoria producción de obras de diversos tipos. Gran parte de ellas avalan su compromiso pastoral porque nacieron directamente derivadas de su compromiso de pastor.

Otro de sus graves compromisos, acorde con su primera vocación, son las reglas monásticas. El P. Bernardino Llorca, en la *Historia de la Iglesia,* resume elogiosamente esta dimensión:

> «El primero que escribió en las Galias, no una sino dos Reglas monásticas, fue San Cesáreo de Arlés, una de las glorias más puras de la iglesia gala en el siglo V...
>
> Siendo abad del monasterio de Arlés, escribió *Regula monachorum,* destinada a sus monjes, que se caracteriza por cierto rigor en la pobreza y caridad mutua, rezo del oficio y espíritu de penitencia. Más importante, sin embargo, es la *Regula sanctarum virginum,* que compuso siendo ya obispo, para un convento de religiosas fundado por él mismo. Comprende 47 capítulos y desciende en ellos a muchos pormenores que exigen una perfección muy elevada. Como síntesis de la experiencia de toda su vida escribió la llamada *Recapitulatio,* documento preciso, que nos da una idea del estado a que había llegado la organización de la vida religiosa a principios del siglo VI. Conservamos también de San Cesáreo un *Ordo,* que es una especie de ritual religioso, con instrucciones sobre el oficio divino, los ayunos y la refección corporal.
>
> No puede dudarse de que San Cesáreo utilizó en su trabajo de legislación la obra de San Agustín y los documentos de Casiano; pero conserva su originalidad propia, marca un avance en la legislación monástica y tuvo la aprobación explícita del papa Hormisdas» *(Historia de la Iglesia católica,* I, p.515).

Otra de las facetas cultivadas con éxito por San Cesáreo fueron los *sermones,* fruto de sus compromisos de pastor y que traducen junto a su celo pastoral, la grandeza espiritual de su alma. Van dirigidos a sus fieles en momentos de difíciles convulsiones morales y políticas. Están escritos en estrecha colaboración o utilizando lo dicho por otros autores, de manera especial San Agustín. Por eso han servido de arsenal de predicación durante

siglos. Son unos doscientos, de los cuales ciento dos son incuestionablemente suyos. Con todo, no tenemos aún una colección definitiva y crítica de este feliz apartado de San Cesáreo. Su temática es muy variada y amplísima. De ahí su utilidad. Versan sobre residuos paganos, herejías, leyes de Dios y de la Iglesia. Ahora se encuentran dispersos en diversas colecciones. De ellos nos dice el mismo P. Llorca: «Por su solidez doctrinal, nervio oratorio y unción cristiana se pueden parangonar con los mejores de la patrología latina» (ibid., p.581).

En el aspecto directamente doctrinal nos ofrece también una serie de obras. No en vano San Cesáreo fue uno de los más eficaces defensores de la doctrina de la Iglesia frente al semipelagianismo. Vamos a citar *Opusculum de gratia,* tratado sobre la gracia y el libre albedrío, antipelagiano sobre la predestinación.

Su obra ha sido muy estudiada, traducida y publicada sobre todo en los siglos XVI y XVII. Su vida fue ya escrita por los propios discípulos.

JOSÉ SENDÍN BLÁZQUEZ

Bibliografía

Bibliografía universal. Bibliografía eclesiástica completa, II (Madrid 1850) 774s.

CROISSET, J., SJ, *Año cristiano, o ejercicios devotos para todos los días del año,* VIII (Madrid 1868) 496s.

LLORCA, B., SI - GARCÍA VILLOSLADA, R., SI - LABOA, J. M.ª, *Historia de la Iglesia católica.* I: *Edad Antigua: la Iglesia en el mundo grecorromano* (Madrid ⁸2001) 529, 580, 615, 685s.

SAN AMADEO DE LAUSANA

Obispo († 1159)

La vida de San Amadeo la escribió, en 1166, uno de sus contemporáneos, un monje de Bonnevaux, a petición de su prior Burnon de Voyron. Esta vida, titulada pomposamente *Vida del Bienaventurado Amadeo, Señor de Hauterive, sobrino del emperador Conrado y después monje de Bonnevaux,* una de cuyas copias se conservaba en el monasterio de Rouge-Cloître, nunca ha sido impresa. Sin embargo la recogió en su mayor parte el recopilador español cisterciense Manrique en sus *Annales.* Este sabio

historiador dice que no está redactada en estilo muy culto. La biografía rinde vasallaje al estilo de la hagiografía del siglo XII, especialmente cuando se escribe inmediatamente después de la muerte del «héroe».

Perteneciente a la casa de Franconia, que entonces gobernaba Alemania, la madre de Amadeo, Adelaida de Albón, procedía del delfinado, del Viennois. Su hijo nació en sus posesiones de Chatte, a tres kilómetros de Saint-Marcellin, el 21 de enero de 1110.

En 1119, cuando Amadeo contaba sólo nueve años, su padre Amadeo de Clermont se hizo monje cisterciense de Bonnevaux, junto con otros muchos caballeros. Este monasterio había sido fundado en 1117 por el arzobispo Guido de Borgoña, futuro Calixto II. El niño Amadeo le acompañó y comenzó sus estudios bajo la dirección de los monjes, mientras su madre se retiraba al monasterio femenino en Val de Bressieux.

Poco después, deseando encontrar para su hijo una educación mejor, el padre de Amadeo dejó su retiro cisterciense y viajó hasta el monasterio de Cluny donde las tareas intelectuales y los estudios se cuidaban con mayor esmero que entre los cistercienses. En aquel momento el esplendor de Cluny estaba en todo su auge, a pesar de que estaba a punto de concluir el problemático abadiato de Ponce. Pero la estancia de padre e hijo duró allí poco. Amadeo, padre, sintió escrúpulos de haber abandonado las prácticas austeras del císter y quiso volver a su antiguo monasterio; fue entonces cuando confió a su joven hijo a los cuidados de su pariente el emperador. Y cuando en 1125 el emperador Enrique V murió, el joven Amadeo dejó la corte e ingresó como monje en la abadía cisterciense de Clairvaux.

En 1135, catorce años después de su ingreso, el monasterio de Hautecombe, que llegaría a ser el panteón de los reyes de Saboya, se puso bajo la disciplina cisterciense de Cîteaux. Cuatro años antes su abad, Viviano, amigo personal de San Bernardo, una vez dimitido, había venido a morir a Clairvaux. A petición de los monjes de Hautecombe, Amadeo fue designado para reemplazar a Viviano, como abad. Parece que en Hautecombe la economía estaba en situación muy precaria, hasta el punto que el padre de Amadeo, siempre cuidadoso de su hijo, se es-

pantó de las dificultades y angustiosas estrecheces por las que iba a pasar su hijo. Pero éste, formado en la valerosa disciplina de Clairvaux, se resistió valientemente a dejar su puesto. Y gracias a su dedicación y coraje los bienes del monasterio se rehicieron y la economía se consolidó suficientemente.

En 1144 el obispo de Lausanne, Guido de Merlen, tuvo que abandonar su sede y las miradas de los electores se pusieron en el abad de Hautecombe. El abad opuso serias resistencias que no fueron vencidas hasta que el papa Lucio II puso fin a sus dudas obligándole a aceptar el puesto. Su ordenación episcopal tuvo lugar el día de su cumpleaños (cumplía 35) el 21 de enero de 1145. Desde el primer momento puso mucho empeño en la educación del clero y de la juventud estudiosa de su diócesis.

De la administración de Amadeo se conservan documentos acerca de la confirmación por parte del papa Beato Eugenio III y del emperador de todos los bienes y privilegios de su diócesis. Esto no se logró sin muchos problemas y dificultades, pues la nobleza de su entorno no paró de suscitar luchas, discusiones y peleas; especialmente peligroso fue el conde de Genevois. Cuando murió Amadeo todavía quedó un pleito por resolver con Humberto, señor de Aubonne. De todas formas fueron muchos sus logros, pudiendo firmar no pocos documentos de acuerdos y avenencias que pusieron fin a numerosos litigios. También se conserva un acuerdo entre el obispo y su Capítulo de Lausanne.

En 1147, cuando Amadeo III de Saboya partió para la segunda Cruzada, el obispo de Lausanne fue el encargado de suplir la regencia en nombre del joven príncipe Humberto III. Debido a este cargo se le ve asistir junto a Barbarroja a la dieta de Spira y Besançon donde comenzaron las desavenencias entre el emperador y el papa Adriano IV. Pero Amadeo supo sacar partido de estas relaciones para favorecer los asuntos de su diócesis y de los monasterios allí ubicados. Supo interesar a Humberto III para que favoreciese a su antigua abadía, y él mismo no dejó de interesarse siempre por el bien de las casas religiosas de su entorno regional, confirmando y defendiendo sus bienes y privilegios.

El papa Eugenio III al pasar una vez por Lausanne se hospedó en casa de Amadeo, su amigo, unos diez días, en 1147. Y en 1155 el propio emperador Barbarroja le nombró canciller del Imperio para el principado de Borgoña.

En términos generales, todas las biografías que nos han llegado de San Amadeo insisten en forma abstracta acerca de sus virtudes, su santa vida, su celo, etc. Lo hace de un modo especial el que fue el secretario personal de San Bernardo, Nicolás de Clairvaux. Como dato específico se cuenta como anécdota edificante que, en su última enfermedad, rechazó una medicina que podía poner en peligro su castidad.

Murió el 27 de agosto de 1159 a sus 49 años de edad. Se le enterró en su catedral delante del crucifijo, al lado de uno de sus predecesores, el obispo Enrique. Sus restos fueron redescubiertos, hace apenas un siglo, en 1911. Los protestantes, en cuyas manos estaba entonces la catedral, entregaron las reliquias a la parroquia católica del Santísimo Redentor.

Se le atribuyen algunas cartas y homilías que pueden encontrarse en la *Patrologia latina* de Migne, en el tomo 188. Conforme a su buen padre, San Bernardo, cita muchas veces el Cantar de los Cantares; eso hace pesado un estilo que, en ocasiones, no deja de sorprender por su altura teológica cuando habla, por ejemplo, del misterio de la Encarnación, la grandeza de Dios o sobre el misterio de las relaciones en la Santísima Trinidad. Como no cabe pensar de otro modo en un hijo de San Bernardo, habla y predica muy bien de María. Sobre el tema del pecado original en María es tributario de la teología de su entorno; no así del misterio de la Asunción, asunto controvertido en su época, pero en el que San Amadeo se decanta clarísimamente a favor de este privilegio mariano.

LUIS M. PÉREZ SUÁREZ, OSB

Bibliografía

CADAGHENGO, A., Art. en *Bibliotheca sanctorum.* I: *A-Ans* (Roma 1961) 999-1001.

CANIVEZ, J. N., Art. en *Dictionnaire de spiritualité, ascétique et mystique.* I: *AA-Byzance* (París 1937) cols. 469-471.

MANRIQUE, A., *Cisterciensium seu verius ecclesiasticorum annalium,* I (Lyón 1642) 103s.

NOYON, A., Art. en *Dictionnaire d'histoire et géographie ecclésiastiques.* II: *Alcaine-Aneurin* (París 1914) cols.1150-1152.

BEATOS JUAN BAUTISTA SOUZY, ULDARICO (JUAN BAUTISTA) GUILLAUME Y COMPAÑEROS MÁRTIRES DE ROCHEFORT

(† 1794)

Los católicos martirizados durante la Revolución Francesa fueron muy numerosos. De por lo menos 1.500 se han incoado causas de beatificación-canonización y 374 de entre ellos han sido ya beatificados entre 1906 y 1984, a los que se sumaron el 1 de octubre de 1995 los sesenta y cuatro mártires de Rochefort, causa que comenzaba con el nombre del sacerdote Juan Bautista Souzy. Esta causa de los sacerdotes y religiosos deportados en los Pontones de Rochefort parece haber sido una de las más difíciles que nunca se han examinado debido a su gran número, pues inicialmente comprendió 547 presuntos mártires. Provenían de cuarenta departamentos y diócesis de Francia y de quince congregaciones religiosas distintas. Se recogió una masa impresionante de documentos que parecía desanimar a cualquiera para su ordenación y evaluación. El coraje de mons. Jacques David, obispo de La Rochelle y Saintes, y la habilidad y paciencia del abate Yves Blomme, heredero de los que anteriormente habían trabajado en la causa, fue lo que hizo posible que al fin se hiciera una selección de todos aquellos mártires de los que había una noticia suficiente como para proceder con seguridad a presentarlos a la beatificación. El número quedó drásticamente reducido, lo que obviamente a todos no gustó, pero hizo posible que un número significativo y representando a los intrépidos mártires de los Pontones pudiera llegar a la gloria eclesial de la beatificación.

Pudo probarse el odio a la fe que los llevó a la muerte. Igualmente pudo probarse la aceptación voluntaria de los sufrimientos y la muerte por parte de las víctimas y la fama de martirio con que desde el principio el pueblo cristiano rodeó a estos admirables testigos de la fe y de la fidelidad al sacerdocio y la vida religiosa y a la santa Iglesia católica. Pudieron salvarse prestando un juramento contra su conciencia, pero prefirieron el apresamiento, el juicio, la deportación y las horribles condiciones de vida que les produjeron la muerte antes que renunciar a sus íntimas creencias.

Promulgada la constitución civil del clero, un decreto del 24 de julio de 1790, queriendo reglamentar los salarios del clero, impuso la obligación de prestar a todos los que en adelante eran considerados funcionarios públicos un juramento de fidelidad a dicha constitución. La mayoría de los obispos dijeron con toda claridad que querían saber el criterio del papa antes de prestar dicho juramento. Esto encolerizó al ala izquierda de la Asamblea Nacional, la cual el 27 de noviembre votó un decreto aún más radical: todos los obispos, curas, vicarios y profesores de seminario que no prestaran el juramento perderían su puesto y serían reemplazados en los ocho días siguientes. Se nutría una doble ilusión, que resultaría fallida: una, la de que el papa terminaría aprobando la constitución civil del clero; otra, que la oposición vendría de los obispos, pero que el clero en masa prestaría el juramento. Las municipalidades invitaron a los curas y vicarios los domingos de los primeros meses del año 1791 a prestar el juramento en mitad de la misa. Una parte del clero comenzó o a negarse a prestar el juramento o a prestarlo con tales preámbulos o añadiduras de tipo restrictivo que la Asamblea no pudo menos que urgir que se prestaran los juramentos de forma pura y simple, es decir, sin añadidura alguna, y por tanto invalidando los restrictivos. Y llegó la voz de Roma: el papa Pío VI por sus breves de 10 de marzo y de 13 de abril de 1791 condenó la constitución civil del clero, alegando que en muchos de sus decretos era herética y opuesta al dogma católico, y en otros era sacrílega, cismática, opuesta a los derechos del primado de la Iglesia, contraria a la disciplina antigua y moderna y conducente a acabar con la religión católica.

Por otra parte, a comienzos del verano de 1791 los obispos constitucionales habían sido ya elegidos y comenzaron a entrar en acción. Sus primeras cartas pastorales iban llegando a las parroquias y poniendo a los sacerdotes en la necesidad de optar por acatarlas o no. Como la pena impuesta a los no juramentados era la pérdida de su puesto, un 48 por 100 del clero perdió su destino ya que sólo un 52 por 100 o a lo más un 55 por 100 se lanzó a prestar el juramento. La resistencia era mucho mayor de lo que las autoridades revolucionarias pudieron imaginar. En seguimiento de los no juramentados un número muy grande de

fieles se negó a entrar en comunión con el clero constitucional y a buscar a los desposeídos para obtener de ellos los sacramentos. Por ello el 29 de noviembre la Asamblea votó la propuesta de extender la obligación del juramento a todos los eclesiásticos, tomando por sospechosos de rebeldes a la ley y malos patriotas a los que rehusasen. El 27 de mayo de 1792 la Asamblea votó la primera ley de destierro contra los refractarios. La petición debía ser formulada por al menos veinte ciudadanos del mismo cantón. Pero el rey Luis XVI opuso el veto a estas medidas, veto que dejaría de tener efecto cuando el 10 de agosto siguiente se suprimía la monarquía. El 26 de agosto se manda que todos los sacerdotes no juramentados salgan de Francia en quince días y que, pasada esta quincena, los que no hubieran salido de Francia serían deportados a La Guayana. Y para la denuncia se rebaja el número a sólo seis ciudadanos. El clero no juramentado quedaba a merced de las denuncias. Estas draconianas medidas se vieron incrementadas cuando se votó la llamada moción Thuriot, del 14 de febrero de 1793, según la cual se darían cien libras de recompensa a quien denunciara a un sacerdote, y la proposición Charlier del 20 de marzo siguiente establecía que cualquiera podía arrestar a un sacerdote emigrado que volviera a Francia, y que este sacerdote sería ejecutado en veinticuatro horas. Paralelamente el 14 de agosto la Asamblea acordó exigir un nuevo juramento, llamado de libertad-igualdad, por el cual se comprometía el que lo prestaba a mantener con todas sus fuerzas la libertad, la igualdad, la seguridad de las personas y las propiedades y morir, si fuera preciso, por la ejecución de la ley. Este juramento le era impuesto a todo francés que recibiera un sueldo del Estado, es decir a los funcionarios, y a todos los ciudadanos sin excepción.

Pero las mismas autoridades que habían dado estas férreas medidas contra el clero refractario no habían previsto los medios de ponerlas en ejecución. El 27 de marzo de 1793 el ministro del Interior dirigió una circular a los directorios de los departamentos invitándoles a enviar a los sacerdotes refractarios a Burdeos. Un mes más tarde las cárceles de esta ciudad estaban tan llenas que los que llegaban los días siguientes eran enviados a Blaye, donde fueron retenidos en la Citadelle y en el Paté. El

20 de mayo, estando ya todo Burdeos y Blaye saturado, el ministro da orden de suspender los envíos a Burdeos y poco después reenvían a los sexagenarios a sus departamentos de origen. En ambos sitios estaban ya detenidos 1.494 eclesiásticos. Pero su suerte no será tan terrible como la de los enviados a Rochefort, es decir nuestros mártires.

El 25 de mayo de 1793 el ministro de Marina, Dalbarade, dirigió al presidente de la Convención un proyecto, según el cual había que reeducar por el trabajo a los sacerdotes que se juzgaran flojos y holgazanes. Había que enviar a los sacerdotes a La Guayana y situarlos allí, en la región llamada Macary, a fin de que no pudieran contaminar a los indígenas a quienes se les tenía por muy influenciables. La discusión del proyecto en la Asamblea tuvo lugar el 24 de julio siguiente, y permitió sacar a relucir los más peregrinos proyectos. Además de la deportación a La Guayana se proponía abandonar a los sacerdotes en una playa italiana, o encerrarlos en fuertes castillos, o llevarlos a África o a Madagascar... Por fin vino el decreto del 25 de enero de 1794 del Comité de Salud Pública ordenando dirigirse a Burdeos o Rochefort a los eclesiásticos no juramentados. Los convoyes con los sacerdotes y religiosos se organizaron en los meses siguientes, habiéndose adelantado el departamento del Allier en noviembre del año anterior. Las razones que llevaron al citado departamento a desprenderse de aquellos cincuenta eclesiásticos que fueron deportados las dejaron expresadas en las siguientes líneas:

> «Considerando que la presencia de tales individuos en el departamento retarda la marcha de la revolución al difundir los antiguos errores entre un sector de ciudadanos crédulos que ha contraído la muy funesta costumbre de dejarse seducir por las imposturas de toda especie de esta casta fanática».

El trayecto de los convoyes con los deportados hacia sus puntos de destino se les hizo un terrible calvario, porque los pobres sacerdotes padecieron toda clase de malos tratos. Atravesaron media Francia como si fueran criminales, sin que se les ahorraran insultos, afrentas, ultrajes y palabras de desprecio por parte del populacho desenfrenado y de una soldadesca insolente, no teniendo cada día otro lugar de descanso nocturno que

las cárceles o los calabozos. Al llegar uno de los convoyes a las puertas de Limoges había una gran muchedumbre que llena de curiosidad los esperaba. Había una buena cantidad de burros y de machos cabríos cubiertos de vestiduras sacerdotales que avanzaban formando una larga fila, y un enorme cerdo, revestido de ornamentos pontificales que cerraba la marcha. Una mitra bien fijada sobre la cabeza del cerdo llevaba esta inscripción: *El papa.* El que presidía esta fiesta irreligiosa y que había tenido la idea hizo detener las carretas que llevaban a los eclesiásticos, ordenó a los mismos bajar y los puso de dos en dos en fila con los animales. La procesión sacrílega entró así en la ciudad, y cuando llegó a la plaza principal se les hizo rodear el cadalso sobre el que se alzaba la guillotina. Y entonces el círculo debió abrirse para dar paso a la gendarmería que venía trayendo a un sacerdote no juramentado que el tribunal de la ciudad había condenado a muerte y lo guillotinaron en presencia de todos los demás eclesiásticos. El verdugo levantó la cabeza cortada y dijo que los criminales allí presentes merecían ser tratados como el allí ejecutado. Y preguntó que por cuál empezaba, y el populacho respondió que por el que él quisiera. Luego que la multitud hubo saboreado verlos aterrados por el peligro de una muerte próxima, se les condujo a la cárcel donde pasaron la noche. Los siguientes días fueron igualmente de grandes padecimientos hasta que llegaron a Rochefort, habiendo sido recibidos con buen trato por la municipalidad de Saint-Savinien. En Rochefort las cosas cambiaron. Los recién llegados son embarcados en Le Borée, un viejo navío que servía de hospital a los galeotes. Tenían como cama heno y paja, y fueron todos cacheados y registrados, quitándoseles cuanto tenían, de modo que el 13 de abril se entregaban en el Consejo de Rochefort 99.000 libras que les habían sido intervenidas, y que se consideró dinero de la Nación. Luego serían llevados al barco Les Deux Associés.

Este drama de los deportados procedentes del Allier es significativo del trato recibido por todos. De los demás departamentos fueron llegando a Rochefort en la primavera de 1794, y todos ellos dejando tras sí un reguero de dolores, privaciones y sufrimientos. Imposible que tratemos en estas breves páginas el calvario de todos los grupos de deportados que desde

los distintos departamentos se dirigieron a Rochefort. Aquí las condiciones de vida en los pontones eran tan extremadamente duras y difíciles que tantos de ellos fueron muriendo unos tras otros en el curso del año 1794. La pregunta que se hizo durante la causa de beatificación fue si se les había querido realmente matar o hay que considerar sus muertes como accidentales. Y se concluyó que no podía ignorarse que dejarlos como se les dejó, en aquellas circunstancias de abandono de cuidados alimentarios, sanitarios, etc., no podía menos que llevar a muchos a la muerte y por consiguiente que ésta fue causada por una voluntad de acción u omisión de actos que llevaban a los pobres deportados a la muerte. No puede dudarse que una vez detenidos en los barcos el Ministerio no se ocupó más de su suerte. Los abandonó. La orden de aparejar los barcos para su salida no llegó jamás. En París, el ministro Juan Dalbarade, nombrado el 10 abril 1793, no tenía las manos libres. Dependía por completo de la Comisión de los doce de la Marina. Aunque no haya constancia documental de que llegó la consigna de dejarlos morir, ésta parece ser la verdad. Hubo una refinada crueldad con los enfermos a bordo. En lugar de enviarlos a la isla Madame se comenzó por transportarlos a uno de los hospitales infectados y contagiosos donde faltaba de todo, y cuando ya estaban medio muertos se les llevaba a la isla Madame, ya para nada. La sensación entre ellos era ésta: «Quieren desembarazarse de nosotros». Hubo tentativas y proyectos de fusilar colectivamente a los eclesiásticos. Se llegó a planear envenenarlos a todos. Faltaban las medidas sanitarias más elementales, como darles las camisas de los muertos por enfermedades infecciosas a los demás prisioneros. La conclusión a la que hay que llegar por muchos motivos es que había una voluntad formal de hacer perecer a los eclesiásticos en el silencio de la rada de la isla de Aix. Que esta voluntad de hacerlos perecer era en odio a la fe queda bastante claro cuando se examina que la razón para haberlos condenado a la deportación, haberlos llevado hasta Rochefort y tenerlos allí detenidos en los barcos era la de su negativa a prestar los juramentos que por ser contrarios a la fe católica ellos se negaban a prestar. Ninguno de los eclesiásticos detenidos lo fue por otra razón no religiosa. A los sacerdotes no juramentados, en cuanto reticentes a la nueva religión resultante de la constitu-

ción civil del clero, se les consideraba un peligro para la revolución. Lo dijo Robespierre el 24 de julio de 1793:

> «Se olvida, pues, que si ellos se quedan en Francia, ellos serán siempre un punto de reunión para los conspiradores, y que una sedición contrarrevolucionaria podría en todo momento liberarlos y soltar en medio de nosotros a estas bestias feroces».

Aquella revolución que hablaba de libertad no estaba dispuesta a dejar que se disintiera de la constitución civil del clero, la nueva religión creada por la Asamblea. Y por ello no extrañará que se dijera, como hizo Ichon, que no era posible permitir a los no juramentados que tuvieran templos y celebraran cultos, porque eso significaba la perpetuación de una creencia esencialmente intolerante y enemiga de la constitución. La fe católica de siempre era calificada de fanatismo, veneno mortal, charlatanismo, prejuicio religioso, impostura, etc., y con esas palabras se clasificaban las ideas y sentimientos religiosos de todos los que no se avenían a los decretos oficiales, y es por ello, por sostener la religión católica tradicional, por lo que tantos sacerdotes y religiosos fueron deportados.

¿Sobrellevaron estos sacerdotes a los que la beatificación ha puesto en los altares sus sufrimientos con paciencia y entrega al martirio? Los supervivientes de aquella terrible calamidad no dudaron en llamar a los que habían caído en el curso de la detención en los pontones con los títulos de mártires y santos. He aquí lo que se dice en la relación n. 9 de Bottin:

> «Atletas de Jesucristo: vosotros habéis combatido con fortaleza y habéis llegado al término de vuestra carrera sin que vuestra fe haya sido quebrantada. Nosotros esperamos que al comparecer ante el Juez supremo, habréis recibido la corona de la justicia. Vosotros habéis inmolado durante mucho tiempo la Hostia santa y habéis terminado por inmolaros a vosotros mismos como una hostia de olor agradable. El Padre celestial os ha hecho parecidos a su divino Hijo. Él debe ahora glorificaros con él».

Y por su parte la relación n. 11 de Maugras dice:

> «Tales son los sentimientos con los que ellos dejaron la vida, y a excepción de algunos que murieron entre grandes convulsiones, casi todos los demás han muerto con aquella alegría y aquella serenidad que indican la paz de una conciencia buena. Yo les he visto tras la muerte un rostro tan bello que no podíamos dejar de mirarlos».

Digamos ahora algo de los dos mártires que murieron en el día de hoy, y de los cuales, como queda dicho, el primero encabeza la causa.

JUAN BAUTISTA SOUZY nació el 24 de marzo de 1732 en La Rochelle, hijo de Juan Bautista y Mariana. Su padre era del comercio. Habiendo optado por el sacerdocio y habiendo recibido la ordenación sacerdotal, ejerció su ministerio en un pueblo rural y luego pasó a La Rochelle donde adquirió un gran prestigio como sacerdote y como hombre de letras. El 25 de junio de 1783 fue elegido miembro titular de la Academia de La Rochelle. Durante el terrible invierno de 1788-1789 él fue nombrado presidente del Comité de Provisiones, en el que se granjeó la estima universal. En 1790 fue uno de los eclesiásticos elegidos oficiales municipales, y el 18 de marzo de aquel año hizo la declaración de sus rentas, prescrita por la ley. Nombrado vicario general por sus sobresalientes cualidades, no dejó por ello de ejercer el ministerio de la predicación y de la dirección espiritual. Se negó a prestar el juramento constitucional y el 1 de junio de 1792 dejó La Rochelle para irse a Poitiers. Pero el 9 de julio se fue a Saint-Maixent, residiendo sucesivamente en varias casas, y celebrando la misa y oyendo confesiones cuando le era posible. Cuando se dio la orden de deportación a los no juramentados, él intentó huir pero fue detenido en Beauvoir y llevado a Niort, y luego bajo escolta conducido a Saintes. Aquí fue interrogado. Enviado a Rochefort y privado de sus bienes, fue embarcado en Les Deux Associés y murió tras su desembarco en la isla Madame el 27 de agosto de 1794. Él había dado, como vicario general de La Rochelle, las licencias ministeriales a los sacerdotes deportados para que pudieran confesar. Dio un extraordinario ejemplo de piedad, fortaleza y espíritu sacerdotal.

JUAN BAUTISTA GUILLAUME nació y fue bautizado el 1 de febrero de 1755 en Fraisans, que entonces formaba parte de la parroquia de Dampierre-les-Dôle (Doubs), Francia, hijo de Nicolás y Antonieta. Educado cristianamente en su casa, sintió la vocación religiosa e ingresó en la congregación de los Hermanos de las Escuelas Cristianas en Maréville el 3 de octubre de 1785 y al tomar el santo hábito recibió el nombre de hermano Uldarico. Pronuncia los primeros votos el 21 de septiembre de

1788 y en esta ocasión firmó el habitual documento por el cual cedía a la congregación sus efectos y vestimenta civil. Cuando estalló la Revolución, el hermano Uldarico pertenecía a la comunidad de Nancy, que comprendía doce hermanos y dirigía un colegio de más de novecientos alumnos. El Hno. Uldarico llevaba ocho años en esta comunidad entregado por completo a la instrucción y formación de los niños. Cuando se mandó el juramento a la constitución civil del clero, el Hno. Agatón, superior general de las Escuelas Cristianas, dirigió una circular a todos los hermanos invitándolos a negarse a prestar el juramento:

> «Vosotros no podéis sin faltar ni debéis por tanto estar en comunión con los pastores constitucionales si ellos no son los pastores legítimos. Su nombramiento es al menos susceptible de toda clase de críticas y su institución está expuesta a toda clase de censuras canónicas. No os corresponde a vosotros juzgar pero sí es vuestro deber estar siempre sometidos y bien unidos a la Iglesia católica, apostólica y romana».

A comienzos de 1792 se abrió un registro en la municipalidad de Nancy para recibir el juramento de los funcionarios, de los eclesiásticos y de los religiosos. Las primeras dificultades vinieron de que los hermanos de La Salle se negaron a enviar sus alumnos a las ceremonias presididas en la catedral por el nuevo obispo constitucional (5 de junio de 1791). El 11 de junio la municipalidad invitaba a los hermanos a prestar formalmente el juramento al día siguiente. Los hermanos se negaron y así lo hicieron saber mediante una carta que no dejaba dudas. Como consecuencia de ello la municipalidad se incauta de las escuelas y los hermanos son expulsados y sustituidos. Los hermanos continuaron su relación personal con los alumnos, y muy en concreto consta que el hermano Uldarico se mostró muy apegado a los hijos de los pobres de Nancy, se quedó por ellos en esta ciudad, donde clandestinamente continuó instruyéndolos en la piedad y en el arte de la lectura y de la escritura. Con ello no hizo sino aumentar el prestigio que tenía entre los pobres, pues se sabe que el hermano Uldarico por su humildad tenía gran éxito como maestro y todos sabían que no había hecho nada que pudiera ofender al pueblo; al revés, lo había servido lealmente y merecía no la persecución sino la gratitud de la clase popular.

El hermano Uldarico se quedó a vivir en Nancy en la llamada Casa de Beaufort, calle de la Constitución, y allí fue arrestado el 15 de mayo de 1793, siendo encarcelado en el exconvento de los carmelitas. Él no dejó de pedir su libertad (29 mayo). El 27 de enero de 1794 fue declarado sano y hábil para la deportación y condenado a ella por su condición de no juramentado. Después de las peripecias del viaje consta que estaba en Rochefort el 5 de mayo siguiente. Embarcado en Les Deux Associés, aquí se contagió de la epidemia reinante y vino a morir con sus 38 años de edad el 27 de agosto de 1794, siendo enterrado en la isla Madame. En todo momento conservó la fortaleza cristiana y la sumisión humilde a los sufrimientos por Cristo.

En su saludo a los peregrinos llegados a Roma para la beatificación, el papa Juan Pablo II dijo estas palabras:

> «Al evocar esta mañana el recuerdo de los sacerdotes y religiosos martirizados a lo largo de la costa del río Charente por su fe y su amor hacia la Iglesia, queremos rendir homenaje a estos hombres que dieron el testimonio de su sangre en un espíritu de absoluta fidelidad a la Iglesia. De forma heroica demostraron que en tiempos de crisis como, por otra parte, en todos los tiempos, la fidelidad al sucesor de Pedro es un criterio de la fidelidad a Cristo [...] Estos sacerdotes y religiosos mantuvieron la preocupación de ser hombres del evangelio, viviendo en plenitud las palabras de San Pablo: "Cuando parezco débil, entonces es cuando soy fuerte"».

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 88 (1996) 620-624.

Art. en *Bibliotheca sanctorum. Appendice prima* (Roma 1987) cols.1289-1291.

CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM. Pr. N. 358 Rupellen. Canonizationis servorum Dei Ioannis Baptistae Souzy et LXIII Sociorum in odium fidei, uti fertur, annis 1794-1795 interfectorum. *Positio super martyrio et fama martyrii* (La Rochelle 1992).

L'Osservatore Romano (ed. en español) (29-11-1995).

Ufficio delle celebrazioni liturgiche del Sommo Pontefice: Notificazione: «Cappella Papale presieduta dal Santo Padre Giovanni Paolo II per la beatificazione dei Servi di Dio (...) Jean Baptiste Souzy, presbitero, e 63 compagni, martiri (...) Piazza S. Pietro, 1 Ottobre 1995, XXVI Domenica del Tempo per Annum».

BEATO DOMINGO DE LA MADRE DE DIOS BARBERI

Presbítero († 1849)

Hijo de José Barberi y María Antonia Pacelli, nace en Viterbo, el 22 de junio de 1792, recibiendo las aguas bautismales dos días más tarde. Crece junto a la falda de los montes de Pallanzana, en contacto con la naturaleza. Su padre, labrador, posee un pequeño patrimonio agrícola, donde abundan los viñedos, olivos y castaños, pero fallece cuando el niño tiene cinco años de edad. Su madre, cristiana abnegada, se encarga de la educación de la numerosa prole. De ella hereda su gran optimismo, su alegría y su confianza en la amorosa providencia de Dios. En 1803 muere su buena madre, y el muchacho tiene diez años. Acude en su dolor a María, le pide ayuda y consuelo: «¡Virgen Santísima, ya ves cómo me encuentro por la pérdida de mi madre en la tierra! ¡A ti me encomiendo, en ti confío! Tú serás mi madre».

Unos tíos suyos, Bartolomé Pacelli y su mujer, Cecilia, temerosos de Dios, le acogen en su casa. Es bueno y piadoso, y lee todo cuanto llega a sus manos, sin criterio alguno. Es joven y se refugia en el cinismo y el escepticismo, disminuye su fervor y su vida se relaja. Las leyes napoleónicas suprimen en 1810 las comunidades religiosas en los Estados Pontificios, y cuatro pasionistas llegan a este lugar. Se hace su amigo, y le ofrecen libros de su propia biblioteca. Aprende el italiano y el conocimiento del francés. Cambió tanto que parecía otro, y quiere ingresar en los pasionistas, pero las leyes lo impiden. Una grave enfermedad pone en peligro su vida, pero milagrosamente se recupera. Dos años después Napoleón llama a filas para su proyectada campaña de Rusia... «Me vi movido a prometer a Dios con voto que me haría pasionista si no era llamado a filas». Queda exento del servicio militar, pero al paso del tiempo se olvida pronto de su voto. «Al verme libre del peligro me dejé llevar de cierta alegría, cuidándome bien poco de la desgracia de los demás que marchaban a la guerra». Enamorado de una joven cuyo novio marcha a la guerra de Rusia, la escribe y visita a menudo. También se hace amigo de un joven que le encamina peligrosamente, y «para no ser tenido por cobarde, le imitaba especialmente en las palabras». De nuevo la enfermedad, en esta ocasión unas

fiebres, le pone en peligro de muerte. Esta circunstancia le ayuda a ver su ingratitud. Comienza a desesperar y se abandona. Pero cuando se cree perdido María intercede por él, le devuelve la serenidad y su corazón se llena de confianza filial. «Cada vez que pienso en esto, aumenta en mí la convicción de que quien invoca a María, aunque sea a las puertas de la muerte, no puede ser condenado». Recobra la salud, pero prosigue las citas con su amada. La lucha sigue: «¡Dios de bondad...! ¡Yo huyendo de ti y tú persiguiéndome; yo ofendiéndote y tú concediéndome gracias!».

Aunque la gracia llama insistentemente a su alma, él todavía duda. Cuando por fin se compromete con el voto que hizo un día, concluye dicha relación amorosa y su vida espiritual cambia totalmente. El Señor le regalaba con abundantes gracias, pues le había elegido para su servicio: «¡Hijo mío, te quiero para mí!». En su oración el Señor le habla al corazón, día tras día. Desea abandonar el mundo y consagrarse a Dios. A finales de 1813, mientras hace oración, oye una voz que le decía: «Te he elegido para que anuncies la verdad de la fe a muchos pueblos». Hijo de pobres campesinos, sin cultura y sin medios para adquirirla, «jamás hubiera podido imaginarme que Dios me destinase para cosas de su gloria».

A nadie comenta este mensaje, teme que se rían de él. Comienza a prepararse con gran interés, progresando en latín y empieza a traducir los textos bíblicos, «esperando que Dios me hiciese comprender su verdadero sentido». Suspira por hacerse religioso y se multiplican las experiencias místicas.

Restablecidas las comunidades religiosas, ingresa en el convento del Santo Ángel de Vetralla. «Sus conocimientos filosóficos y teológicos eran tales, que muchos religiosos pensaron que los recibió por ciencia infusa». El noviciado lo realiza en el convento de Paliano como hermano coadjutor, donde se le revela ya con toda claridad que trabajaría, especialmente, en Inglaterra. Cambia su apellido paterno por el «de la Madre de Dios», en adelante se llamará Domingo de la Madre de Dios. El 14 de noviembre de 1814 viste el hábito pasionista. Tiene veintiún años.

Crece su preocupación por Inglaterra, resultándole imposible ponerse en oración sin acordarse de ese país. Ardía en celo

por la gloria de Dios. El 15 de noviembre de 1815 profesa solemnemente y pasa al convento de la Presentación, el primero que fundó San Pablo de la Cruz, donde Dios le regala con frecuentes éxtasis. Al año siguiente le trasladan al convento de San Juan y San Pablo de Roma, en donde encuentra al P. Antonio Testa, futuro superior general de la Congregación, donde permanece cinco años. Dotado de una especial penetración de mente, de gran claridad de ideas, y de una memoria prodigiosa, hace grandes progresos en sus estudios. Como nunca habla de los favores que recibe de Dios, nadie imagina que parte de su ciencia sea infusa. Ama el estudio casi tanto como la oración. Su caridad es admirada, pero una de sus mejores cualidades, sin duda alguna, es el buen humor y la felicidad que manifiesta su bondadoso corazón. El 1 de marzo de 1818 recibe la ordenación sacerdotal. También aquí Dios le favorece con nuevas gracias: son la luz antes de la oscuridad. Está destinado a cosas mayores. En junio de 1820 Dios le pide un gran sacrificio: «¿Quieres decir, Dios mío, que he de sufrir por siempre la terrible agonía que atormenta ahora mi corazón?». El silencio del Señor le responde. Este sacrificio extraordinario precisa un momento fundamental de su vida. Ha gozado tanto del amor divino que esto le parece insoportable: «Conociendo mi impotencia, o no deberías haberte manifestado o deberías permanecer conmigo [...] A ti solo busco».

Ahora podía conocer la espantosa agonía de Getsemaní y el abandono del Calvario: «Me ofrecí al Señor para ser aniquilado del todo, si ello servía a este fin». Está dispuesto a todo con tal de ganar a su querida Inglaterra. El rezo diario del rosario le consuela. En 1821 sus superiores le nombran profesor de filosofía y director de estudiantes en el convento del Santo Ángel de Vetralla: «Si quieres ser grande, no te contentes con libros pequeños».

Perfecciona el idioma francés y estudia el griego, rechaza la teoría de que el estudio enfría la devoción y sofoca el espíritu. Su éxito como formador es extraordinario, extrema su bondad, predica en la iglesia conventual atrayendo la atención de la feligresía. Aprovecha el tiempo libre para escribir libros, algunos de ellos por encargo del superior general. En 1822, durante los

ejercicios espirituales, siente un gran deseo de poner por escrito «los inmensos favores que Dios me ha hecho», pero las tinieblas dejan entrever que los ojos de su alma no están suficientemente adaptados a la luz que Dios le envía. Su decisión de sacrificarlo todo por las almas y por Inglaterra continúa igual: «Señor, ¿cuándo te dignarás consolar a tu siervo?». En esta etapa de su vida su director espiritual fue providencialmente el padre Lorenzo Salvi, famoso misionero, beatificado por Juan Pablo II el 1 de octubre de 1989. Con la ingenuidad de un alma sencilla y noble, reconoce: «Si contamos a Dios nuestras debilidades, él las compadece».

En 1831 pasa como superior al convento de Lucca: «Si el corazón está más en lo que ama que donde vive, bien puedo aventurarme a decir que, amando a Inglaterra como yo la amo, mi corazón está más en esa nación que en Italia». Mantiene relación epistolar con el reverendo Ford, a quien conoció en Roma, que reside en Inglaterra. En abril de 1833 su provincia religiosa le elige superior provincial. Se le ofrecen numerosas misiones y da ejercicios espirituales. Se preocupa por todos, y pide al capítulo general una fundación en Inglaterra, que no se acepta. A comienzos de 1834 cae gravemente enfermo, pero se recupera.

A finales de 1837 el cólera morbo llega a Ceprano, localidad muy próxima al convento pasionista de San Sorio. Las autoridades piden un sacerdote que atienda a los enfermos, y él acude voluntariamente a todas partes, y ofrece su vida por la conversión de Inglaterra. En 1839 el capítulo general examina la proyectada fundación en Inglaterra, aceptándola si va el padre Domingo, pero, primero, debe fundar en Bélgica, donde llega el 22 de junio de 1840: «Durante veintiséis años y medio he estado suspirando por salir de Italia y ver a nuestra querida Inglaterra, y ahora ¡qué cerca estoy de ella!».

Acepta las calumnias y falsas acusaciones con gran humildad, está dispuesto «a vivir de patatas y agua, si fuera necesario». Este mismo año monseñor Nicolás Wiseman hace los ejercicios espirituales en el convento de San Juan y San Pablo de Roma, y al regresar a Inglaterra busca un lugar para una fundación pasionista. En noviembre de 1840 el padre Domingo llega por primera vez a Inglaterra, enviado por el padre general. Enveje-

cido prematuramente, achacoso, enfermo del corazón, pero lleno de apostólico celo. Algunos le reciben con los brazos abiertos, otros no, y tiene que regresar porque las cosas no están a punto, como parecía suponerse. Debe empezar con un noviciado, donde se pueda seguir toda la observancia como en Roma; se trata de edificar a los hombres de Oxford. El nuncio se opone a que salga de Bélgica, pero monseñor Wiseman lo tiene más claro: «El padre Domingo tiene que venir a Inglaterra». El día 5 de octubre de 1841, por fin, pone su pie definitivamente en Inglaterra. Pero aún debe esperar algún tiempo. Cuando consigue defenderse en inglés, da conferencias a los estudiantes. En 1842: «Todo está calculado, pero los cálculos sirven para hacer matemáticos, no buenos cristianos». Al fin puede fundar y tomar posesión de Aston Hall, pero los feligreses de la parroquia le reciben muy mal. Esta zona atraviesa una gran depresión industrial, y los mineros protestan por el recorte de sus salarios.

La oposición se prolonga varios meses, pero le sostiene la fe inquebrantable en su vocación divina. Mejora su inglés, y le preocupa la aparente apatía de sus feligreses. El 3 de abril visten el hábito dos aspirantes, y el 22 de junio llegan dos pasionistas más. «Uno hace lo que puede, y tenemos ocupados pies, manos y cabeza». Las gentes de Aston van cambiando de actitud «y los que más se opusieron antes, son ahora los que más nos quieren. Mis esfuerzos son grandes, pero mis fuerzas, escasas». En agosto los convertidos al catolicismo son ya catorce. El primer domingo de Adviento de este mismo año predica en la vecina localidad de Stone, a donde acude cada domingo a pie. La confianza que inspira, su afabilidad y su disponibilidad impresionan a todos, y los buenos se entusiasman y los fríos se enfervorizan. A los niños les imparte el catecismo y las conversiones se multiplican y los frutos también. Una de estas convertidas, según tradición oral, fue la joven maestra María Jesús Proust que fundó, con el pasionista padre Rossi, el instituto de «Hermanas de la Santa Cruz y Pasión de Nuestro Señor Jesucristo».

En 1843 introduce las misiones populares y recorre Inglaterra confesando y predicando. Su fama de santidad le precede a donde va, pero los problemas de salud también son cada vez más frecuentes. Su creciente prestigio y su éxito le atraen el re-

chazo de los pastores protestantes de la zona de Aston Hall y Stone... «y hacen todo lo posible por crearme trabas y dificultades». Un grupo de jóvenes le asaltan un día, le insultan y lanzan piedras. Le dan en una pierna, toma la piedra del suelo, la besa y se la mete en el bolsillo. Otra piedra le hiere en la frente, dejándole señal para toda la vida. Las gentes se apiñan para insultarle. Paciencia y bondad. Ésa es su respuesta. Y vence: «¡Ay Dios mío, cuánto me toca sufrir!... Lo único que me sostiene es la voluntad de Dios... Oremos y ¡ánimo! No hay que tener miedo».

Aumenta el número de conversiones. Un pastor calvinista, Mr. Rusell, programa un curso de 24 conferencias para exponer —dice él— los errores papistas, con las peores calumnias que pueden imaginarse. Otro ministro protestante visita a sus fieles, casa por casa. En abril de 1844 abre una escuela para niños, mientras avanzan las obras de una iglesia que con empeño promueven los católicos. Celebra la procesión del Corpus Christi con toda solemnidad; el primer año acuden unas mil personas, pero al año siguiente son más de cinco mil. Su fervor y su celo calan hondo.

Mientras, en 1842, se producía en el seno de la Iglesia Anglicana la condena del llamado *Movimiento de Oxford,* surgido en esta universidad inglesa, que trataba de buscar sinceramente, a través de la oración y el estudio, dónde está la verdadera Iglesia de Jesucristo. El párroco y teólogo de la universidad John Henry Newman, se retira a la iglesia de Littlemore, cercana a Oxford, buscando la verdad. Le siguen sus dos discípulos predilectos, Dalgairns y W. Lockhart, y luego, otros más, comenzando una vida verdaderamente monástica. Dalgairns mantiene correspondencia con el padre Domingo durante tres años y, al fin, invitado por aquél les visita el 24 de junio de 1844: «Estos hombres trabajan como mártires por una buena causa. Pidamos mucho, mucho».

El doctor Newman encuentra en el padre Domingo, por primera vez, la santidad heroica y, al encontrarla, la reconoce inmediatamente, ganándose su admiración y estima. El 30 de septiembre de 1845 Dalgairns hace su profesión de fe católica. Se está preparando la conversión de Newman. El 9 de octubre de 1845, hacia las once de la noche, el P. Domingo llega a Little-

more, empapado por la lluvia. Se acerca al fuego para secarse. De pronto, Newman se postra a sus pies y humildemente le pide que lo admita en la Iglesia católica. Fue como un «entrar en puerto después de una travesía agitada». Esta conversión produce una fuerte impresión en el mundo cristiano, y «el hombre que se sometió al designio de Dios con una decisión tan admirable, se hizo guía para muchos». Antes de dar este paso, a Newman le impresionaron dos cosas: conocer el plan misterioso de la Divina Providencia sobre el padre Domingo para la conversión de Inglaterra, y la santidad de este docto y humilde religioso. La figura de Newman se agiganta al paso del tiempo. En 1991 el papa Juan Pablo II reconoce la heroicidad de sus virtudes.

En 1846 le ofrecen al P. Domingo una fundación pasionista en Woodchester. Al año siguiente monseñor Wiseman, gran amigo de los pasionistas, es nombrado vicario apostólico del distrito de Londres, y le pide misioneros. En 1848 los pasionistas llegan a Londres, instalándose, finalmente, en Highgate Hill, donde sobre una colina se halla la grandiosa iglesia de San José, monumento al amor del P. Domingo a esta gran ciudad. El último año de su vida lo pasa ocupado en negociaciones para fundar en Sutton, St. Helen's, cerca de Liverpool. Aquí será enterrado. «¡Qué hermoso es morir!». El 27 de agosto de 1849 al llegar a la estación de Pangbourne sufre un grave ataque de corazón, pero como Londres sufre una epidemia de cólera nadie le quiere atender, por miedo a que padezca el mal contagioso. Le llevan a Reading, donde le consiguen una cama y medicinas. A las tres de la tarde muere, lejos de su patria, lejos de su convento, en una fonda de estación. En la más estricta pobreza. Su funeral en el convento de Stone fue una verdadera peregrinación, pues acude la población entera. El 10 de noviembre de 1855 sus restos mortales son trasladados al convento de Santa Ana, en Sutton, St. Helen's, próximo a Liverpool.

Predicador infatigable, él mismo llevó la cruz, paciente, humildemente, dejando entrever el lado dramático de su espiritualidad, cumpliendo fielmente el mandato evangélico. En esta alma privilegiada la acción de la gracia ha sido muy profunda y manifiesta, esforzándose ejemplarmente en la práctica de la vir-

tud. Su figura de maestro y de asceta, no siempre conocida, anticipa con visión segura cuanto hará el primer Concilio Vaticano. La frase: «Tenía un gran amor por Inglaterra» define la figura de este humilde seguidor del Evangelio de Cristo, guiado por el amor de la verdad y fidelidad a Cristo. El papa Pablo VI lo proclama beato el 27 de octubre de 1963.

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

GARCÍA, P., *Domingo Barberi, precursor y profeta* (Salamanca 1997).
L'Osservatore Romano (28-10-1963).

BEATO FERNANDO GONZÁLEZ AÑÓN

Presbítero y mártir († 1936)

Nace el 16 de febrero de 1886 en Turís (Valencia), y recibe las aguas bautismales dos días más tarde; segundogénito del matrimonio formado por Fernando González Fons y María Isabel Añón Navarro, de profundas raíces cristianas y sólidas virtudes. En este ambiente y con estas acrisoladas actitudes era normal que nacieran muchos hijos; exactamente, diez, aunque tres de ellos murieron a los pocos días. Una familia singular que va a tener la inmensa dicha de contar entre los suyos con un sacerdote, a quien sus hermanos admiran y aman con afecto entrañable.

Desde muy pequeño se advirtió en él la vocación sacerdotal, y con frecuencia se retiraba a algún departamento de la casa en donde se entretenía jugando a decir misa. Además, ponía por obra y practicaba la caridad de una manera muy particular: concluida la matanza del cerdo visitaba la despensa, y se escondía las longanizas que, luego, en la calle, repartía a los niños pobres. Tarea que concluyó el día en que su bondadosa madre le pilló haciendo su caritativo reparto.

En 1897 recibe la primera comunión, siendo en 1899 alumno del colegio de los maristas de Valencia, donde cursa los estudios de comercio, afianzándose en su vocación sacerdotal. En el otoño de 1903 ingresa en el seminario conciliar. La llegada en

1906 a la sede metropolitana de don Victoriano Guisasola y Menéndez, arzobispo de Valencia, supuso un notable cambio en la formación de los seminaristas. Dictó urgentes medidas económicas y disciplinares para el nuevo curso 1906-1907, confiando al nuevo rector que él mismo nombró, el canónigo alcoyano don Rigoberto Doménech Valls —futuro arzobispo de Zaragoza—, la misión de formar adecuadamente a los futuros sacerdotes. Los frutos, como se pudo comprobar años después, fueron espléndidos.

El 23 de diciembre de 1911 recibe el subdiaconado. En 1912, diácono, y el 15 de febrero de 1913 fue ordenado presbítero. Su primer destino pastoral, coadjutor de Alcácer (1913-1914). Entre 1914 y 1915, coadjutor de Santa Catalina mártir de Alzira. El año 1915, cura ecónomo de Macastre, donde permanece hasta el año 1920. Cinco años espléndidos, durante los cuales desarrolla una actividad pastoral en todos los órdenes, destacando, sin duda alguna, su atenta preocupación por los intereses de los jornaleros agrícolas. Una idea que la Iglesia fomentaba a través de los sindicatos agrarios católicos, que se extendieron muy pronto por toda España, organizándose en 1917 en la Confederación Nacional Católica Agraria que integraba a más de 1.500 federaciones. Dos años más tarde (1919) en la diócesis de Valencia se contabilizaban 86 sindicatos agrícolas, y en esta misma fecha don Fernando organizó la fundación del Sindicato Agrícola Católico de Macastre, que tanto bien reportó a las familias de la población. Agradecida a su fundador y en justo reconocimiento a su laboriosa entrega, la junta directiva le nombró, el 16 de marzo de 1920, presidente honorario y socio protector, días antes de que abandonara esta parroquia. Cinco años más tarde (29 de marzo de 1925) el Ayuntamiento de Macastre le nombró, por unanimidad, *hijo adoptivo,* entregándole un artístico pergamino.

Entre 1920-1923 ejerció de capellán de Hidroeléctrica Española en el Salto de Dos Aguas, en donde su probada caridad le granjeó el título de «padre de los pobres». El 24 de enero de 1923 fue nombrado cura regente de Anna, en donde comenzarán a llamarle «el cura predicador», por sus dotes oratorias. Sólo dos años estuvo al frente de esta feligresía, pasando en 1925

como encargado de la iglesia de San Juan de Ribera de Valencia, considerada como una ayuda de primera de la parroquia de Santo Tomás Apóstol y San Felipe Neri, que contaba con una feligresía considerable —casi 14.000 almas—, y de la que fue nombrado rector el año 1929. El 14 de abril de 1931 se proclama la Segunda República, y el 24 de junio recibe una de las mayores alegrías de su ministerio sacerdotal. La autoridad diocesana le encarga como cura regente de la parroquia de Turís, su pueblo natal.

A partir de este momento su entrega será absoluta. Realza con el máximo esplendor la fiesta en honor de la Virgen de los Dolores Gloriosos, Patrona de Turís, para la que elige y nombra clavariesas. A partir de 1934 celebra un solemne septenario en su honor en el templo parroquial por la noche, con el fin de que puedan asistir también los hombres. Trabaja con tesón y entusiasmo por las almas. De trato muy cordial y sencillo, desarrolla con una delicadeza extrema los actos de culto litúrgico. Funda unas «XL Horas» en honor del Santísimo Sacramento. Limosnero con los pobres hasta lo heroico: reparte la comida que su hermana ha dejado preparándose al fuego, y se queda sin blanca al regresar, pues en casa de los dos enfermos que había visitado dejó cuanto llevaba. «Era la bondad personificada. No podía llevar nada en los bolsillos». Hasta sus propios enemigos reconocen la largueza de sus limosnas. Las dificultades y contratiempos que crecen día a día no disminuyen su laboriosidad pastoral. Nunca se acobardó, siempre sereno, afable y simpático. A más dificultades y penas, más muestras de piedad. Aun siendo difícil su acción pastoral, organiza una misión.

El año 1935 y después de la solemne procesión en honor de la excelsa patrona de Turís, en un arranque de fervor, sube al púlpito y hace la siguiente súplica: «Madre mía, si tu Hijo se digna aceptar mi vida por la salvación de España, que sea yo la única víctima de Turís. Aquí me tenéis». Así será. Después de las elecciones del 16 de febrero de 1936 en que triunfó el Frente Popular, las autoridades locales se incautan del cementerio parroquial. En el mes de marzo se le piden las llaves del campanario para anunciar con los tradicionales toques dos entierros civiles (!). El 22 de marzo la Guardia Civil le lleva detenido a la

Casa del Pueblo, donde queda retenido tres o cuatro horas. La presión popular que esta injusta detención provocó en el ánimo de los feligreses, obtiene la puesta en libertad del regente parroquial.

El día 3 de mayo la corporación local ordena «la clausura y precinto de las puertas de las iglesias de la localidad», y a partir de este momento la santa misa se celebra en una habitación de la casa Abadía. Vistiendo de seglar sale a visitar a los enfermos, sin arredrarse ante el peligro. Alguien le invita a ausentarse de Turís, pero él responde que su obligación es estar en su parroquia, atendiendo a sus feligreses. En previsión de una posible destrucción durante mayo y junio oculta diversos ornamentos y objetos litúrgicos en lugar seguro. También organiza que sea ocultada la imagen de la Virgen de los Dolores Gloriosos, tallada el año 1784 por el escultor José Esteve Bonet, discípulo de Ignacio Vergara, que será destruida el 25 de julio de 1936.

El 23 de agosto, conversando con un feligrés amigo suyo, le confiesa: «Hemos de estar dispuestos a cumplir lo que Dios nos quiera mandar, incluso el papel de víctimas dispuestas al sacrificio, si ésa fuera su voluntad en estas horas». Cuatro días más tarde —27 de agosto— cuatro milicianos se presentan en la Abadía requiriendo su presencia, él mismo les franqueó la puerta. Subió a un automóvil, con la excusa de ir a declarar a Gobierno Civil. Recorrieron unos kilómetros en dirección a Picassent, y se detuvieron en pleno descampado, en el lugar conocido como la Cuesta de Martorell. Le hacen bajar del automóvil y allí mismo le pegan un tiro, con intención de prolongar su agonía. Desangrándose les perdona y encomienda al Señor. Fue enterrado en una fosa común, junto con otros asesinados aquellos días, en el cementerio de Picassent. Según opinión general, sus últimas palabras fueron: «Viva Cristo Rey».

El 28 de abril de 1940 el ayuntamiento turisano rotula con su nombre una de las principales calles de la localidad. El 14 de mayo de 1957 don Marcelino Olaechea y Loizaga, arzobispo de Valencia, inicia el proceso ordinario para la beatificación y declaración de martirio de 37 sacerdotes diocesanos, entre los cuales se halla el cura regente de Turís, que queda concluido el 24 de junio de 1971. En 1975 la documentación se entrega en la

Congregación para las Causas de los Santos. Después de un intervalo recomendado por Pablo VI, en 1983 el papa Juan Pablo II autoriza la reanudación de las causas abiertas por martirio. El 21 de diciembre de 1996 don Agustín García-Gasco Vicente, arzobispo de Valencia, reactiva los tres procesos diocesanos que se refieren a 37 sacerdotes seglares diocesanos, 19 mujeres y 18 hombres y jóvenes de Acción Católica. El 26 de noviembre de 1999 el Congreso de consultores-teólogos de la Santa Sede aprueba las tres causas de los mártires valencianos, con la máxima calificación, y el 18 de diciembre de 2000, Juan Pablo II ordena la promulgación del Decreto de martirio de 37 sacerdotes diocesanos valencianos. Para el cardenal relator, monseñor José Saraiva Martins:

> «En los nuevos mártires llama la atención su extraordinaria fortaleza, la profunda formación religiosa, la mansedumbre, la capacidad de perdón y la disposición alegre al martirio, que suscitaba el asombro de sus perseguidores, increíblemente feroces, y sin un ánimo de humanidad».

Juan Pablo II lo beatificó el 11 de marzo de 2001, junto con otros mártires de la persecución religiosa de 1936 en España.

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

ESPASA SIGNES, J. (Postulador), *Valentina. Beatificationis seu declarationis Martirii Servorum Dei Rvdi. D. Josephi Aparicio Sanz et sociorum in martirio Sacerdotum de Clero Valentino in odium fidei, uti fertur, interfectorum* (Valencia 1957).

ZAHONERO VIVÓ, J., *Sacerdotes mártires. Archidiócesis de Valencia, 1936-1939* (Alcoy 1957).

BEATA MARÍA DEL PILAR IZQUIERDO ALBERO

Virgen y fundadora († 1945)

Quiso el Señor darle a gustar las dulces amarguras de la cruz y que bebiera hasta el fondo el cáliz del sacrificio. La acompañaron como carismas místicos la enfermedad corporal y los sufrimientos morales. Eran continuas llamadas del Señor a la entrega total. Ella respondía continuamente al Señor con un sí al estilo de la Virgen María, con un fiat permanentemente renova-

do y permanentemente actualizado. Su respuesta fue rectilínea, sin una sola vacilación, sin una sola vuelta atrás. Amada de unos, incomprendida de otros, incluso perseguida, tuvo, como Jesús en la cruz, un puñado adicto de almas fieles al lado de otros corazones que sin motivo le retiraron su afecto. Ella se abrazó a todo lo que el Señor le mandaba y por esa fidelidad nunca marchita conquistó la unión definitiva con el Señor.

Nació en la heroica ciudad de Zaragoza, allí donde la Virgen del Pilar tiene su trono en forma de columna y desde donde reina en el corazón de los católicos españoles, y tendría el privilegio de tener el nombre de la Virgen y llamarse María del Pilar. Nace en la calle Barrioverde n. 6, el día 27 de julio de 1906. Fueron sus padres Mariano Izquierdo Longares, de Alfamén (Zaragoza), y Pabla Albero Turón, de la propia capital. Nacía Pilar en un hogar sencillo y cristiano, de muy nobles sentimientos humanos y religiosos, que le serían infundidos desde la cuna. La bautizaron en la parroquia de Santa María Magdalena el 5 de agosto siguiente, siendo madrina su abuela materna, Francisca Turón. Pilar nunca olvidaría haber sido bautizada un 5 de agosto y ese día de cada año daba efusivas gracias a Dios por el don del bautismo. Su padre era hornero en una panadería y por ello su hogar era muy modesto, pero era rico en valores espirituales. Educada en ese clima de piedad y bondad, Pilarín —como la llamaban— creció como una chica bondadosa, muy abierta a los valores religiosos, y que se alegraba de visitar con frecuencia a la Virgen del Pilar. Hizo la primera comunión con 8 años en la parroquia de San Pablo. No fue a la escuela, sino que en cuanto pudo ayudó a su madre en las labores de la casa. Desde la adolescencia se mostró muy trabajadora: aprendió a bordar y a coser, aprendió a labrar el cuero y aprendió a hacer alpargatas. Pilarín se ocupaba con cariño de sus hermanos más pequeños. Cuando tenía 14 años su salud comenzó a resentirse y sus padres pensaron que en el pueblo de Alfamén estaría mejor y se trasladaron allá. Aquí estuvo seis años y se hizo una jovencita llena de piedad y bondad, que se retraía de salir a divertirse con las amigas y prefería visitar a un chico inválido. Su familia decidió regresar a Zaragoza. Pero aquí enfermó su padre y la familia pasó mucha necesidad. En 1926 Pilar se colocó

en la fábrica de calzados Peirona y ésta sería la ocasión de un accidente que traería muy serias consecuencias. Pues para ir al trabajo tenía que tomar el tranvía y un día que éste iba abarrotado Pilar hubo de ir en la plataforma y en un movimiento salió despedida, cayendo al suelo y fracturándose la pelvis. Primero estuvo en su casa pero luego hubo de ir al hospital Nuestra Señora de Gracia donde estuvo un mes, al cabo del cual volvió a su casa imposibilitada. Así estuvo un año, hasta que sus padres la llevaron al hospital de la Facultad de Medicina, del que salió igual a finales de noviembre de 1927. Pero se produjo su curación repentina el 15 de agosto de 1928 por intercesión de la entonces Beata Vicenta María López de Vicuña.

Viéndose curada, Pilarín volvió a trabajar en otra fábrica de calzados, Casa Manero, que quedaba más cerca de su casa y no necesitaba ir en tranvía. Aquí todos la quisieron mucho por su bondad. Vivía por entonces en una buhardilla de la calle Cerdán n. 24. Se ayudaba también en su casa trabajando hasta altas horas de la noche con su máquina de coser. Parece que este exceso de trabajo le produjo un agotamiento. El hecho es que el 1 de junio de 1929 queda inconsciente y así está seis meses, siendo desahuciada de los médicos y avisándose al párroco de San Felipe y Santiago para que le diera los santos sacramentos. Se pensaba en una muerte inminente. Pero repentinamente Pilar salió de su inconsciencia y recuperó el habla, no así la vista ni el movimiento, quedando por tanto en la cama ciega y paralítica. Se le declararon además quistes en la cabeza, el pulmón y el abdomen. Ingresada nuevamente en el hospital Nuestra Señora de Gracia (10 de febrero de 1930) y luego el 26 de julio de 1931, salía el 17 de septiembre de ese año sin experimentar ninguna mejoría. Hasta su sorprendente curación del 8 de diciembre de 1939, Pilar estará ciega, paralítica y llena de quistes en su buhardilla y desde ella dará un ejemplo admirable de piedad, paciencia y alegría cristianas. El citado párroco, don Lorenzo Millán, la visitaba con frecuencia y le llevaba la comunión. Su ejemplo de paciencia comenzó a hacerse notorio y religiosos de diferentes congregaciones u órdenes religiosas comenzaron a frecuentar la buhardilla, con aprovechamiento de la edificante actitud de la enferma, y asimismo numerosas personas seglares. Le pedían sus oraciones, escuchaban sus consejos y buenas palabras.

En 1935 Pilar se hizo María de los Sagrarios y pudo aprovecharse así del privilegio concedido a esta Obra de celebrar en su estancia el santo sacrificio de la misa, lo que fue para Pilar de inefable consuelo. Tuvo el párroco que rogar a las visitas que fueran breves. Pilar no cesaba de orar asiduamente y de dar su ejemplo de heroica paciencia, y llamaba su rebañico a todo el conjunto de personas piadosas que frecuentaban su buhardilla. Logró crear en torno a sí un clima de exquisita espiritualidad. Recibía limosnas que luego repartía entre los conventos de clausura y entre numerosos pobres, que también la visitaban en la buhardilla. Se le empezó a atribuir dones extraordinarios, como el de conocer hechos sucedidos en otras partes y de los que no se podía saber por medios ordinarios. Se propuso restaurar la iglesia de Martín del Río (Teruel), pueblo de su confesor, y lo consiguió cumplidamente. Se unió al apostolado de la buena prensa del sacerdote Juan José de Pablo Romero, y se la ha podido llamar maestra de espiritualidad por lo mucho que ayudó incluso con cartas a muchas almas en su camino hacia Dios. Le servía de amanuense D.ª Ascensión Barrera, una maestra perteneciente a la Alianza en Jesús por María, y otras veces otras personas. Se conservan muchas y edificantes cartas de este período. El 12 de abril de 1937 falleció su padre y en esta oportunidad Pilar manifestó con mucha claridad su fe y su esperanza en la vida eterna. A pesar de su postración y enfermedad comenzó a planear y pensar una obra que ella ideaba al servicio de Jesús y de los pobres. La llamaba «La Obra de Jesús» y decía que era en el suburbio madrileño de Vallecas donde debía fundarse. El P. Liborio Portolés, escolapio, y don Arturo Landa, coronel de Intendencia, viajaron a Madrid para exponer al obispo, Don Leopoldo Eijo y Garay, la idea de la fundación. Los recibió el vicario general, Dr. Morcillo, futuro obispo de la misma diócesis, y el 14 de noviembre de 1939 aprobaba la institución llamada «Misioneras de Jesús y María», «teniendo en cuenta las diferentes obras de celo y de caridad a que ha de dedicarse». El campo elegido eran aquellas inmensas barriadas donde la guerra y la pobreza habían sembrado hambre, muerte y desolación. Esto fue el 14 de noviembre de 1939. Estaba para suceder algo verdaderamente notable.

Según declararía ella misma, el día 6 de diciembre en la madrugada Jesús le reveló que el día 8 de diciembre al recibir la comunión se curaría y que se lo dijese a su confesor y a otras personas concretas. El confesor la creyó y convocó a la mayoría de las jóvenes que iban a acompañar a Pilar en la fundación. El día 7 celebró misa en la buhardilla y recordó el poder de Jesús curando a los enfermos y anunció que curaría a esta enferma paralítica y ciega. En efecto, el día 8 de diciembre de 1939, fiesta de la Inmaculada, a las siete de la mañana el P. Liborio Portolés, escolapio, celebró la santa misa en la buhardilla con asistencia de 80 personas. Le dio la comunión y Pilar se sintió curada, pero nada dijo, según la orden de su confesor, hasta terminar la misa. Terminada ésta, el confesor le ordenó abrir los ojos y alzar las manos, lo que hizo Pilar. Seguidamente y tras saludar a todos, la dejaron sola para que se vistiera. La noticia se divulgó y acudieron muchas personas a comprobar el suceso extraordinario.

Recibida la curación inexplicable, se organizó la ida a Madrid, que quedó fijada para el 15 de diciembre. En medio de un gentío que acudió a despedirla, salió a las 2,30 horas de la tarde para Madrid. Con 38 jóvenes comenzó la vida de comunidad, dedicándose a su formación espiritual y a la confección de ropas para los pobres. Pero el 25 de diciembre se anuló la orden de aprobación de su obra, extendida el mes anterior. El 18 de enero de 1940 se suspendió la celebración de la santa misa en la casa, debiendo ir todos a una iglesia para escucharla. En Zaragoza el confesor de Pilar pidió oficialmente se estudiase la curación en orden a declararla sobrenatural. El arzobispo nombró una comisión. Pilar hubo de declarar en Madrid. Y el 5 de mayo de 1940 los periódicos se hacían eco del fallo negativo del tribunal sobre la sobrenaturalidad de la curación. Esto, unido a la retirada de la licencia, hizo que se espesara el clima adverso en torno a Pilar y a su obra. Pero ésta lo que quería era vivir no en la calle Zurbano sino en los barrios de Madrid, y así se fue al barrio de Vallecas con diez colaboradoras mientras las otras se iban al barrio de Tetuán de las Victorias. Se dirigieron ella y sus compañeras al obispado solicitando nueva licencia para hacer obras de apostolado, y no sólo se lo negaron sino que desde el

obispado se pidió a los superiores escolapios trasladasen al P. Portolés de manera que no pudiera estar en Madrid. Para que tuvieran las misioneras algún medio de vida, don Arturo Landa instaló una pequeña industria, llamada Laboratorios Supra, fabricando insecticidas, crema para el calzado y limpiametales. Los laboratorios se inauguraron el 19 de diciembre de 1941. Pero Pilar no quiso estar al frente de ellos y los confió a una de sus colaboradoras.

Destinado a Madrid, el P. Daniel Díez García, agustino, comenzó a enseñar a leer a Pilar y a colaborar en la formación religiosa y cultural de las veinte misioneras que habían perseverado. Por su intervención, el 1 de febrero de 1941 el obispo de Madrid-Alcalá manifestó que para trabajar como particulares las misioneras no necesitaban autorización. Entonces, con licencia de los párrocos, empezó la visita de las casas pobres y comenzó la ayuda material y espiritual que tan necesaria les era a tantos hogares llenos de pobreza y dolor. Recibidas primero con recelo, Pilar y sus compañeras perseveraron con paciencia. Pilar pasaba muchas horas del día y de la noche junto al lecho de los enfermos, curando sus llagas, aliviándolos en cuanto podía, poniendo inyecciones. En la casa abrieron las misioneras un dispensario y allí Pilar se prodigó con sus compañeras en obras de caridad. Aunque uno de los vicarios generales de Madrid se mostraba renuente a Pilar y su obra, el otro, don Casimiro Morcillo, las animaba y recomendaba. Empezaron a recogerse frutos de bendición: hogares legalizados, niños preparados a la primera comunión, quinientas comuniones el día del Corazón de Jesús. Pilar comprobaba cada día que en verdad se había metido en el corazón del mundo más pobre. Ella podía hacerle a su confesor este balance: 600 niños bautizados; 450 matrimonios legalizados; 2.000 niños de primera comunión; 315 enfermos atendidos en sus domicilios. Pero ella buscaba la aprobación eclesiástica de su obra. El obispo de Madrid-Alcalá le dijo que la aprobaría cuando estuviera aprobada en otra diócesis. Pilar viajó a Zaragoza. El arzobispo le dijo que no podía aprobar la obra pero que tuviera confianza, porque era obra de Dios. Y en efecto, tras una conversación personal entre los obispos de Madrid, Tortosa y Zaragoza, el Dr. Eijo Garay decidió la aprobación de

la obra en su obispado de Madrid-Alcalá y dio licencia para que los oratorios se convirtieran en semipúblicos. Y dijo que se llamaran «Misioneras de Jesús, María y José», lo que fue aceptado por Pilar. La Pía Unión fue aprobada por decreto del 2 de febrero de 1942. A partir de ahí la obra comenzó su expansión en casas y en vocaciones. Perseveraron en sus apostolados y obras de caridad, añadieron escuelas nocturnas y todo tipo de obras sociales oportunas. El P. Portolés seguía ayudando desde Logroño y Pilar visitó la ciudad varias veces.

Empezaron nuevas dificultades, unidas a la escasa salud de Pilar. Y de donde menos podía pensarse vinieron estas dificultades. El P. Liborio Portolés volvió a Madrid a ruegos del Sr. Obispo de la diócesis y su actuación trajo consigo la división de las misioneras, desconfiando unas de otras y viviendo sin paz en sus almas. Las dificultades llegaron a ser tan grandes que Pilar se vio en la necesidad de pedir al Prelado alejase de la Obra al P. Portolés. A fin de averiguar lo que sucedía el Prelado nombró su delegado al Dr. Bueno Monreal, futuro cardenal arzobispo de Sevilla. El 24 de julio de 1944 empezó su visita canónica. Pilar insistió en la necesidad de alejar al P. Portolés. Pero el Prelado se negó a recibirla en audiencia y no contestó a sus cartas. Pilar se sintió impotente para arreglar la división surgida y toma la decisión de escribir al Prelado que si no se corrigen las circunstancias adversas, ella se verá en la necesidad de dejar la obra. El delegado convoca una asamblea el 12 de octubre en la que propone nuevos nombramientos, dejando a Pilar de directora pero manteniendo en su puesto al P. Portolés. Pero Pilar dijo que no podía aceptar y que dejaba la obra y con ella lo hicieron seis misioneras. Seguidamente tuvo Pilar un abundante vómito de sangre, cayendo al suelo desmayada. Su comunicación por escrito al Sr. obispo no arregló nada. El día 4 de noviembre se hizo firme su salida de la obra. Nueve misioneras le fueron fieles y salieron con ellas de la obra. Entonces se les ofreció la oportunidad de ir a San Sebastián, donde varias señoras la reclamaban. Tras un duro viaje en el que se fracturó una pierna llegó a la capital donostiarra y quedó por fin instalada en Villa Puyo.

Hay que preguntarse ¿obró rectamente Pilar separándose de su obra? ¿Lo hizo por despecho o por tozudez? La respuesta es

clara: lo hizo por obediencia. Se salió de la obra porque así se lo dijo su confesor, aunque ciertamente en esto el confesor sintonizó con el propio sentimiento de Pilar, que creía contribuir a la destrucción de la obra si aceptaba las condiciones puestas por el delegado Dr. Bueno Monreal. La causa de beatificación ha dejado en claro las virtudes de Pilar y su recto proceder en todas las cosas. Pero tampoco está bien tildar al Dr. Bueno Monreal de parcialidad o de mirar con malos ojos a Pilar. Los que lo hemos tratado sabemos que el entonces futuro prelado hispalense era una persona culta, ecuánime y bien intencionada, que también, llegado el caso, supo echar sobre sí incomprensiones y trabajos en el servicio de Dios.

Le quedaba a Pilar mantenerse en la paz de quien acepta la voluntad de Dios, abierta siempre a los planes de su Providencia. Ella se ofreció al Señor para lo que quisiera hacer de ella, y el Señor le comunicó que su obra brotaría cuando ya ella estuviera en el cielo. Dijo que la obra se pondría en marcha a fuerza de dolor, lágrimas y sangre. Su salud se fue deteriorando más y más. El día 27 de julio de 1945, su último cumpleaños, hubo misa en su cuarto. Recomendó a todos los que la acompañaban la perseverancia en el amor evangélico. Se despidieron de ella, yendo a Villa Puyo, algunas de sus compañeras que habían quedado en Madrid, y por fin el 27 de agosto de ese año a las diez menos cuarto de la noche entregó su espíritu al Señor. Su cadáver fue trasladado a la Sacramental de San Lorenzo y San José, de Madrid. Su tumba fue desde entonces visitada por numerosos sacerdotes, religiosos y fieles.

Las nueve hermanas que siguieron fieles a Pilar siguieron viviendo en Madrid repartidas en dos casas. El 18 de septiembre de 1946 algunas de ellas visitaron al obispo de Calahorra, don Fidel Martínez, rogándole las recibiera en su diócesis. Así lo acordó el prelado y llegaron a Logroño el 30 de mayo de 1947. Demostrado su buen espíritu y buenas actividades el obispo aprobó la «Pía Unión Obra Misionera de Jesús y María» el 30 de mayo de 1948. El 18 de mayo de 1961 la Santa Sede daba el nihil obstat para que se convirtiera en congregación religiosa de derecho diocesano, y así lo hizo el obispo el 27 de julio siguiente. Por fin el 12 de octubre de 1981 pasó a ser de derecho pontificio. La obra

se extendió a Colombia, Ecuador, Venezuela y Mozambique. En 1986 su cuerpo se trasladó a Logroño, a la casa generalicia.

El 18 de diciembre del año 2000 sus virtudes fueron declaradas heroicas, y el 4 de noviembre de 2001 fue colocada en la lista de los beatos. Apareció su amable figura en San Pedro del Vaticano vestida con aquel hábito que ella vio a dos misteriosas monjas a las puertas del Pilar de Zaragoza y que fue el ideal de su vida.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 93 (2001) 407s.
Bibliotheca sanctorum. Appendice seconda (Roma 2000) 700.
CARBAJO HUERGA, M.ª J., «Venerable María Pilar Izquierdo Albero. Fundadora de la Obra Misionera de Jesús y María», J. A. MARTÍNEZ PUCHE (dir.), *Nuevo año cristiano. Agosto* (Madrid 2001) 646-651.
DÍEZ GARCÍA, P. D., *Madre María Pilar Izquierdo Albero, fundadora de la Obra Misionera de Jesús y María* (Logroño 1993).
L'Osservatore Romano (ed. en español) (2-11-2001) 22.
SANTIAGO, M. DE, *Sufrir y amar, amar y sufrir. Vida y obra de la beata madre M.ª Pilar Izquierdo Albero, fundadora de la Obra Misionera de Jesús y María* (Bilbao 2001).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN LICERIO

Obispo († 540)

En el anterior *Martirologio romano* se leía el día 27 de agosto: «En Lérida, de la España Tarraconense, San Licerio, obispo». El nuevo, en cambio, sitúa el natalicio de este santo en Couserans, Aquitania, de donde era obispo. Se alega para esto que Baronio tomó su nota biográfica del *Flos sanctorum* de Alfonso de Villegas, el cual confundió el sitio de la vida del santo con el sitio de su culto y probable nacimiento. Todo indica que se trata de un santo español, seguramente del norte de España y más concretamente de Lérida, que fue discípulo de San Fausto de Riez, al que siguió al exilio. Muerto San Fausto, se fue a Rodez junto a San Quinciano, el cual lo ordenó sacerdote y posteriormente fue elegido obispo de Couserans, sede episcopal suprimida en el concordato de 1801. Asistió al concilio de Agde del 506 y se dice de él que con sus oraciones impidió que la ciudad se viera

asaltada por los visigodos. Su muerte se sitúa el 27 de agosto de 540. Tuvo culto en el sur de Francia y el norte de España, especialmente en Lérida, donde desde muy antiguo se celebró su fiesta. Actualmente su memoria la celebra la diócesis de Lérida el día 1 de septiembre.

SAN GUARINO DE AULPS

Obispo († 1150)

Guarino, nacido hacia 1065, era un monje francés del famoso monasterio de Molesmes, hasta que se le dio el encargo de fundar la abadía de Aulps, junto a Ginebra, de la que quedó como abad. Como había tenido en Molesmes la benéfica influencia del propio San Roberto, cuando aceptó hacer la fundación y presidir esta abadía, lo hizo con gran celo por la vida espiritual de los monjes y el cumplimiento exacto de la Regla. Al difundirse la fama de la nueva observancia que se hacía en Claraval de la Regla benedictina, su propia comunidad lo instó a que se afiliara a Claraval y se uniera así al movimiento cisterciense. Así lo hizo el santo abad con gran satisfacción de los monjes. Acreditado en la vida monástica, fue elegido obispo de Sión en Suiza, cargo que desempeñó ejemplarmente, procurando la reforma del clero y del pueblo de Dios. Murió el 27 de agosto de 1150.

BEATO ÁNGEL CONTI

Presbítero († 1312)

Ángel Conti, llamado también Ángel de Foligno, nació en esta ciudad en el seno de la noble familia Conti el año 1226. Llevó una juventud ejemplar y optó por la vida religiosa, agregándose a la congregación agustiniana del Beato Juan Bono de Mantua. En 1248 fue enviado a fundar el convento de San Agustín de Foligno, donde pasó diez años realizando una ejemplar labor entre sus paisanos. En 1256 fundó el convento de Gualdo Cattaneo y en 1275 hizo lo mismo en Monte Falco, donde estuvo hasta 1292. Brilló por sus muchas virtudes, y se le

atribuyeron numerosos milagros. Murió en Foligno el 27 de agosto de 1312. Su culto, que se le tributó enseguida, fue confirmado por la Santa Sede el 11 de marzo de 1891.

BEATO ROGERIO CADWALLADOR

Presbítero y mártir († 1610)

Roger Cadwallador usó también el alias de Rogers y era natural de Stretton en Herefordshire, hijo y heredero de un hacendado labrador. Desde la infancia deseaba ser sacerdote y obtuvo licencia de su padre para pasar a Reims, desde donde, siendo diácono, pasó al colegio inglés de Valladolid donde recibió el sacerdocio. En 1594 volvió a Inglaterra y se estableció en su condado natal, donde durante dieciséis años realizó una intensa labor pastoral con gran celo y dedicación, haciendo muchas conversiones entre los trabajadores y gente del pueblo. Persona muy instruida, manejaba muy bien el griego. Cuando pareció que a partir del 5 de noviembre de 1602 la reina Isabel I estaba dispuesta a llegar a cierto género de tolerancia con los católicos, Rogerio fue uno de los llamados sacerdotes apelantes dispuestos a reconocer como legítima a la Reina (30 de enero de 1603) y a obedecerla en todos los asuntos temporales y a oponerse a cualquier conspiración contra ella o invasión de su reino. Pero los apelantes no dejaron de señalar que ellos reconocían como cabeza de la Iglesia al obispo de Roma y esto por derecho divino, y que estaban dispuestos a defender esta fe al precio de sus vidas.

Trece eminentes sacerdotes seculares, entre ellos Rogerio, presentaron el documento, pero sus diputados fueron apresados y la campaña anticatólica prosiguió. Pero ninguno de los firmantes fue perseguido o llevado a la muerte mientras vivió Isabel. Llegado al trono Jacobo I, pareció que iba a ser tolerante con los católicos, pero tras la llamada «Conspiración de la pólvora» su tolerancia se acabó. En 1606 se quiso imponer el llamado *Oath of allegiance* que compelía a los católicos a condenar como impía y herética la pretensión de que un monarca depuesto por el papa podía ser depuesto o asesinado. Aunque algunos prestaron el juramento, la mayoría lo rechazó y el papa Paulo V lo condenó. Rogerio continuó su labor pastoral en secreto hasta

que en Pascua de 1610 fue detenido en casa de una señora católica. Interrogado, reconoció ser sacerdote, y discutió los asuntos de religión con el obispo de Hereford, Robert Bennet. Se negó a jurar el *Oath of allegiance* y fue enviado a la cárcel de Hereford encadenado. En la cárcel se deterioró mucho su salud. Cuando se le sacó para ser ejecutado se le ofreció repetidamente la vida y la libertad si prestaba el juramento. Él se negó. Fue ejecutado por ahorcamiento y descuartizamiento en Leominster el 27 de agosto de 1610.

El papa Juan Pablo II lo beatificó el 22 de noviembre de 1987.

BEATOS FRANCISCO DE SANTA MARÍA Y COMPAÑEROS

Bartolomé Laurel, Antonio de San Francisco, Gaspar Vaz, María (esposa de Gaspar Vaz), Magdalena Kiyota, Cayo Jiyemon, Francisca (llamada Pinzokere), Francisco Kurobioye, Francisco Kuhioye, Luis Matsuo Soyemon, Martín Gómez, Tomás Wo Jinyemon, Lucas Kiyemon, Miguel Kizayemon
Mártires († 1627)

El ingenio de numerosos japoneses hizo que cuando ya la persecución contaba trece años siguiera habiendo misioneros en el país y sitios donde poder vivir escondidos y administrando los sacramentos. Las autoridades redoblaban sus pesquisas y lograban muchas veces encontrar el escondite de los misioneros y prenderlos junto con sus hospedadores. Éste fue el caso de estos quince mártires, tres religiosos y doce laicos, que sufrieron muerte por Cristo en Nagasaki siendo o quemados vivos o decapitados.

Damos los datos de cada mártir:

FRANCISCO DE SANTA MARÍA era el único sacerdote del grupo, y había nacido en la población manchega de Montealbanejo, del arzobispado de Toledo. Muy joven entró en la Provincia de San José de los franciscanos descalzos, en la que hizo la profesión religiosa y se ordenó sacerdote. Se ofreció para ir a las misiones y en 1609 marchó a Filipinas, donde trabajó con mu-

cho celo por la conversión de los nativos y la salvación de las almas. Llevaba ya 14 años en Filipinas cuando se le propuso la posibilidad de pasar a Japón, pese a que estaba vigente la persecución y se corría un gran peligro. Hay que decir por tanto que incluyendo la perspectiva del martirio es como el P. Francisco de Santa María se ofreció para ir a Japón, a donde marchó acompañado del hermano Bartolomé Laurel. Desembarcaron ambos religiosos en una playa próxima a Nagasaki y como no tenían asignado un puesto de misión fijo, lo primero que hicieron fue enterarse de qué comunidades estaban más desasistidas, pues era su intención cubrir los puestos más abandonados religiosamente a causa de la persecución. Su vida fue, pues, itinerante, y ciudades, aldeas, caminos y bosques, altas montañas y ríos fueron los sitios por donde ambos misioneros hubieron de pasar continuamente. Tenían los misioneros la consigna de no exponer las vidas sino reservarse para poder ejercer el apostolado, ya que el martirio dejaba sin obreros el campo evangélico. Como la búsqueda policial arreciaba más, en algunas ocasiones se vieron los misioneros obligados a vivir en los bosques, únicos sitios de mayor seguridad, albergándose en pobres cabañas y pasando grandes privaciones. Pronto tuvieron una estimable compañía: un joven cristiano japonés que se había unido a ellos, profesaría, ya preso, en la Orden franciscana y se convirtió en su guía y mentor, con la garantía de pasar muy inadvertido por ser nativo. Se trataba del Beato Antonio de San Francisco, que morirá mártir con sus dos compañeros. Así pasaron cuatro años de intensa y fecunda labor apostólica.

En la primavera del año 1627 estaban en la casa del Beato Gaspar Vaz el P. Francisco y el Hno. Laurel junto con un grupo de cristianos para celebrar allí la eucaristía. Un apóstata se enteró y avisó a la policía. Ésta llegó con presteza y rodeó la casa, y todos hubieron de entregarse. No estaba fray Antonio pero al enterarse de la detención acudió a declarar su cristianismo y quedó igualmente preso. Fueron todos llevados a la cárcel y allí se dedicaron a la oración, animándose mutuamente a permanecer firmes en la fe. Juzgados, se les condenó a muerte: los dos misioneros europeos y otros cristianos serían quemados vivos y los demás decapitados.

BARTOLOMÉ LAUREL es tenido por mexicano, generalmente, pero la archidiócesis de Sevilla, cuando su beatificación en 1867, alegó que en realidad Bartolomé Díaz, apodado Laurel, había nacido en el Puerto de Santa María, Cádiz, y diócesis de Sevilla, y que había marchado a México cuando muchacho, y por ello lo agregó a su propio de los santos, lo que igualmente hizo en 1980 la diócesis de Jerez, cuando se constituyó, al quedar el Puerto de Santa María dentro de la diócesis jerezana. Buscado en el archivo parroquial de la iglesia mayor del Puerto, única existente entonces, un Bartolomé Díaz, apodado Laurel, no aparece, pero ello es lógico si Laurel era un apodo como alegan los escritores hispalenses, pero sí aparece un Bartolomé Díaz en 1593 que podría ser nuestro beato. Tras marchar a México en la niñez se establece en la ciudad de Valladolid, hoy Morelia, y en el «Libro de profesiones» del convento franciscano de dicha población, que se conserva, está registrada su profesión: «Hoy, 18 de octubre de 1617, ha profesado solemnemente la seráfica regla el joven Bartolomé Díaz, llamado también Laurel».

Profesó como hermano lego y no mucho después se ofreció para las misiones, marchando a Filipinas en 1619. Establecido en el convento de su Orden en Manila, se dedicó al estudio del japonés y a la práctica de la medicina y la enfermería. El convento tenía anejo un hospital en el que se daba acogida a los marineros y comerciantes japoneses que arribaban enfermos a la ciudad. Allí practicó la lengua japonesa y la enfermería, llegando a ser un notable profesional. En 1623 llegó la hora de su ida al Japón, siendo asignado como compañero y ayudante del P. Francisco de Santa María. Se le ha llamado guía y vanguardia del P. Francisco, porque era Bartolomé quien programaba los viajes y actividades, y porque junto con el hermano Antonio de San Francisco estudiaba cuáles eran los sitios más seguros para conducir allí al sacerdote sin peligro. Se adelantaba él muchas veces a aquellos lugares, y llevaba personalmente sobre sus hombros el fardo con los ornamentos y enseres del culto divino. Él y fray Antonio se encargaban también de las primeras lecciones de catecismo a los catecúmenos, quedando para el sacerdote la preparación más inmediata. Estos cursos de catequesis eran breves porque breves tenían que ser las estancias de

los misioneros, pero suplía el fervor lo que el tiempo no daba de sí. Igualmente preparaban a los niños y a los demás cristianos a la recepción fructífera de los sacramentos. Atendía también a domicilio a los enfermos cristianos, y cuando era llamado también a los paganos, corriendo por caridad un grave peligro. Consta el amor que ponía fray Bartolomé en la preparación de los niños a la primera comunión.

ANTONIO DE SAN FRANCISCO, cuyo nombre nativo no hallamos en las fuentes, era un cristiano japonés, que pese a la persecución se había ofrecido para ser catequista y que, cuando llegaron a Japón en 1623 el P. Francisco de Santa María y el Hno. Bartolomé Laurel, quedó unido a ellos en su labor apostólica. Primero siguió ejercitando a su lado la labor catequética, y luego viendo la santidad de ambos religiosos, se sintió inclinado a compartir con ellos la profesión de la regla franciscana y le pidió al P. Francisco que lo admitiera, lo que el padre haría posteriormente. Continuó a su lado e hizo con ellos los trabajos que hemos relatado más arriba. Cuando en la primavera de 1627 fueron ambos religiosos arrestados con un grupo de cristianos, Antonio, que estaba en una casa vecina, sintió el ruido formado por los guardias y entonces salió a ver qué pasaba. Vio que se llevaban a los misioneros y a los cristianos reunidos para la misa. Movido del íntimo deseo del martirio, corrió a casa del gobernador y le dijo estas palabras:

> «Vos tenéis una multitud de espías, delatores o verdugos; considerables son las recompensas prometidas a los delatores. Pues ahora está aquí un delator que viene a denunciar a un adorador de Cristo. Este adorador soy yo, que desde hace muchos años me dedico a sostener a los fieles y convertir a los paganos, muchos de los cuales han sido convertidos a la fe [...] Quiero de vos la recompensa por mi delación, la de ser asociado a mi querido padre y a mis queridos hermanos en la prisión, los padecimientos y la muerte».

Arrestado en el acto, fue enviado a la cárcel con los demás, y viendo seguro el martirio, reiteró al P. Francisco su deseo de ser franciscano, a lo que el padre accedió y le permitió, en tan especiales circunstancias, profesar la regla franciscana. Fue condenado a ser quemado vivo.

GASPAR VAZ y su esposa MARÍA eran un matrimonio sinceramente cristiano, cuya casa estaba siempre abierta a la acogida

de los misioneros. Ambos eran terciarios franciscanos. Gaspar hizo una casa especial para los religiosos y la registró a nombre de su amigo Cufioye que en la cárcel se haría cristiano y moriría mártir. Descubiertos y arrestados, se hizo todo lo posible por lograr su apostasía, pero ellos permanecieron firmes en la fe, y así fueron condenados a muerte. Gaspar fue quemado vivo y María decapitada.

MAGDALENA KIYOTA era una mujer de clase alta, pariente del rey de Bungo. Era terciaria dominica y al quedar viuda se dedicó por entero a Dios haciendo los votos de pobreza, castidad y obediencia ante el Beato Domingo Casteller y realizando innumerables obras de caridad. Tenía en su casa un oratorio donde los sacerdotes decían misa discretamente. Descubierta como cristiana, confesó la fe con valentía hasta dar la vida por Cristo.

CAYO JIYEMON o Xeimon nace en Coray, en las Islas de Amacusen. Su inquietud religiosa le llevó a ser bonzo pero cuando conoció el cristianismo se convirtió a Cristo y se hizo terciario dominico. Fue un buen catequista y fervoroso cristiano. Fue quemado vivo.

FRANCISCA, llamada PINZOKERE, era una virtuosa viuda, terciaria dominica que vivía con gran recogimiento y modestia, y tenía un oratorio en su casa. Arrestada, mostró gran serenidad en su detención. Fue quemada viva.

FRANCISCO KUROBIOYE era natural del distrito de Chicungo y fervoroso cristiano. Muy unido a los religiosos dominicos, a los que sirvió como catequista y ayudante, fue acusado de hospedar a los misioneros. Rehusó firmemente la apostasía. Fue decapitado.

FRANCISCO KUHIOYE o Cufioye había nacido de familia pagana en el distrito de Chicungo. Vivía de forma honesta y trabajaba de carpintero cuando conoció al Beato Gaspar Vaz y se hizo amigo suyo. Le permitió registrar a su nombre una casa destinada a albergar a los misioneros. Descubierta la casa, fue acusado de no delatar a los misioneros y llevado a la cárcel. Aquí convive con los misioneros y cristianos detenidos, lo que le lleva a pedir el bautismo, que tras la oportuna instrucción le administró el Beato Francisco de Santa María, tomando el nom-

bre cristiano de Francisco. Se inscribió en la Orden Tercera de San Francisco. Fue quemado vivo.

LUIS MATSUO SOYEMON (Matzuo Someyon) era un cristiano fervoroso, terciario franciscano y que ponía su casa al servicio de los misioneros. Descubierto, fue arrestado e impelido a apostatar, a lo que se negó tenazmente. Fue decapitado.

MARTÍN GÓMEZ usaba, como otros mártires, apellido español pero era un cristiano japonés fervoroso y terciario franciscano que daba hospitalidad generosa y valientemente a los misioneros, por lo que fue arrestado y encarcelado. Resistió las llamadas a apostatar y murió decapitado.

TOMÁS WO JINYEMON era un vecino de Nagasaki, cristiano fervoroso y terciario franciscano, a quien se sorprendió teniendo en su casa a misioneros. Arrestado y preso, se negó a apostatar. Fue decapitado.

LUCAS KIYEMON era hijo de una familia acomodada de Fingen, donde había nacido en 1599. En Meaco conoció a los franciscanos, se hizo cristiano y terciario franciscano. Muertos sus padres, reparte su pingüe fortuna entre los pobres y dota el hospital para pobres que tenían en Meaco los religiosos y se puso a prestar en él sus servicios. También colaboraba en la catequesis. Cuando llega la persecución en 1614 es exiliado pero vuelve en 1618 y se instala en una casita junto a la del Beato Gaspar Vaz, fabricando un escondite para los misioneros. Arrestado al mismo tiempo que Gaspar, se le acusó de no delatar a los misioneros. Se negó a apostatar. Fue decapitado.

MIGUEL KIZAYEMON o Kirayemon, nacido en Conga, fue abandonado por sus padres. Un mercader español lo recibe y hace su criado y se lo confía al franciscano Francisco de Rojas, que lo instruye en el cristianismo y lo hace bautizar, inscribiéndose luego en la Orden Tercera de San Francisco. Pasa luego a vivir en Nagasaki con el Beato Lucas Kiyemon, trabajando como carpintero. Hizo magníficos escondites para los misioneros. Descubierto y apresado, se mantuvo firme en la fe cristiana. Fue decapitado.

Todos estos mártires fueron beatificados el 7 de julio de 1867 por el papa Pío IX.

SAN DAVID LEWIS

Presbítero y mártir († 1679)

El último de los mártires galeses canonizados en 1970 fue este sacerdote jesuita que usó el alias de «Charles Baker» y fue conocido como «Tady Plodion», es decir el «padre de los pobres». Nació en el Monmouthshire en 1616, hijo de un protestante y una católica, que llegaron a tener hasta nueve hijos, y criaron a todos ellos en la religión católica menos a éste, que siguió la religión del padre. Vivían en Albergavenny y el chico fue educado en la Royal Grammar School. Su inclinación era la abogacía y a los 16 años entró en el Middle Temple. Se colocó como tutor del hijo del conde de Savage, y en calidad de tal viajó al extranjero. Fue en Francia en donde se sintió llamado a ingresar en el catolicismo, religión que abrazó en París. Volvió a su casa y pasó en ella dos años, pero en 1638 se decidió por el sacerdocio, y marchó a Roma, ingresando en el Colegio Inglés. Aquí hizo los estudios y se ordenó sacerdote el año 1642. Prosiguió sus estudios en el Venerabile, y se sintió atraído por la vida de los jesuitas, pidiendo y obteniendo en 1644 el ingreso en la Compañía de Jesús. Hecho el noviciado y la profesión religiosa es enviado en 1646 a la misión inglesa, pero para ser llamado enseguida de nuevo a Roma, donde se le da el cargo de director espiritual del Colegio Inglés. En 1648, y a petición propia, vuelve a Gran Bretaña y se establece en Cwm, Llanrothal, donde los jesuitas ocupaban una casa de campo llamada colegio de San Francisco Javier, que fue un refugio para los sacerdotes perseguidos en las millas cercanas desde 1625 hasta 1678. Aquí trabajó como misionero a lo largo de 31 años, realizando una labor admirable, trayendo de nuevo a la fe a los caídos, fortaleciendo a los débiles, no importándole los peligros, soportando dificultades con ánimo entero, y mostrando tal caridad con los pobres que se ganó el nombre que hemos señalado de Tady Plodion.

En 1678 estalló el escándalo de la llamada conspiración papista, denunciada por Titus Oates, y se hizo muy espesa la persecución contra los católicos. El P. David y los demás jesuitas intentaron ponerse a salvo y lograron marcharse de Cwm poco antes de que llegaran los hombres del sheriff y registraran toda

la casa. El P. David se escondió en Llanfihangel Llantarnam, pero unos católicos apóstatas lo denunciaron y fue arrestado el 17 de noviembre de 1678 justo cuando se disponía a decir misa, pues era domingo. Llevado a Aberganny, fue luego encerrado en la cárcel de Monmouth, donde estuvo hasta mediados de enero de 1679 en que fue llevado a la de Usk. En el juicio de marzo compareció ante el juez sir Robert Atkins, ante el cual una testigo declaró haberle visto ejercer el ministerio sacerdotal católico. Fue entonces condenado a muerte. La ejecución tuvo lugar en Usk, frente a donde está ahora la iglesia de San Francisco Javier. El mártir se dirigió a los presentes y confesó ser católico, sacerdote y jesuita, y dijo que como se le condenaba por haber dicho misa y administrado los sacramentos, él moría por la causa de la religión. Exhortó a todos a ser firmes en la fe, frecuentar los sacramentos, sufrir con paciencia las aflicciones y persecuciones y perdonar a los enemigos. La gente se quedó tan conmovida con estas palabras que empezó a tirar piedras al verdugo, el cual se marchó, siendo sustituido por otro. Sus últimas palabras fueron: «Dulce Jesús, recibe mi alma». Fue entonces ahorcado y descuartizado.

Fue canonizado el 25 de octubre de 1970 por el papa Pablo VI.

BEATO RAMÓN MARTÍ SORIANO

Presbítero y mártir († 1936)

Nació en Burjassot, Valencia, el 7 de octubre de 1902 en una familia de condición muy modesta. A los doce años quería ser salesiano, pero le aconsejaron que fuera sacerdote secular para poder así ayudar a sus familiares. Primero fue alumno externo del seminario, y luego fámulo del rector y oficial de la secretaría de estudios. Vivía con amor su pobreza y decía que no sería sacerdote para ganar dinero. Se ordenó sacerdote en 1926 y fue enviado como coadjutor a Vallada, donde hizo una gran labor apostólica, cuidando de manera particular la catequesis de niños y adolescentes y la liturgia. Tuvo también un agudo sentido social, y una atención muy especial con los pobres, atendiendo en cierta ocasión personalmente a un enfermo de lepra con

el mayor sigilo. Era también un magnífico director de almas, y hacía de auténtico enfermero con el anciano párroco, de carácter difícil y de salud mental endeble, del que fue regente a causa de su situación. Vivía con alegría la pobreza y no se avergonzaba de sus humildes orígenes. Tras las elecciones de 1936 se le expulsó el viernes santo del pueblo, no sin que antes él hubiera advertido en el púlpito de los peligros que corría la religión. Y animó a los fieles a perseverar hasta el martirio. Estas palabras fueron calificadas de «políticas». Su expulsión fue muy sentida en el pueblo.

Estallada la revolución del 18 de julio, él estaba en su pueblo natal Burjassot con sus familiares en la casa de una hermana casada y siguió atendiendo a las hermanas trinitarias, de las que era capellán, pero las hermanas hubieron de dejar el convento y dispersarse. Pasaba los días en retiro y oración, vistiendo su sotana y serenando a sus familiares, y mostrándose dispuesto a ser fiel a su sacerdocio hasta el final. El 27 de agosto vinieron a buscarlo cuatro milicianos. Él los recibió asegurándoles que no renegaría de Dios ni de su religión, y que podían matarlo si ser sacerdote era delito. Se despidió de su familia y fue llevado al Comité. Se le propuso renegar de Jesucristo y así salvarse. Él se negó. Aquella noche insistieron en que renegara. Él dijo que no. Fue llevado a la carretera de Godella a Bétera y allí fue fusilado.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

28 de agosto

A) Martirologio

1. En Hipona, San Agustín († 430), obispo y doctor de la Iglesia **.
2. En Roma, en la Vía Salaria antigua, San Hermes († s. III), mártir.
3. En Constanza (Suabia), la conmemoración de San Pelagio († s. III), mártir.
4. En Briande (Aquitania), San Julián († s. III), mártir.
5. En Constantinopla, San Alejandro († 340), obispo *.

6. En Cartago, San Restituto († 360), obispo.
7. En Sarsina (Italia), San Vicinio († s. III/IV), obispo.
8. En Saintes (Galia), San Viviano († s. V), obispo.
9. En Egipto, San Moisés el Etíope († 400), monje.
10. En Sevilla, Santa Florentina († s. VII), virgen, hermana de los SS. Leandro e Isidoro **.
11. En Londres (Inglaterra), beatos Guillermo Dean, Guillermo Gunter, Roberto Morton, Tomás Holford y Santiago Claxton, presbíteros; Tomás Felton, religioso mínimo, Enrique Webley y Hugo More († 1588), mártires bajo el reinado de Isabel I *.
12. En Lancaster (Inglaterra), San Edmundo Arrowsmith († 1628), presbítero, de la Compañía de Jesús, mártir bajo el reinado de Carlos I *.
13. En Monterrey (California), Beato Junípero (Miguel) Serra († 1784), presbítero, de la Orden de Hermanos Menores **.
14. En Rochefort (Francia), Beato Carlos Arnoldo Hanus († 1794), presbítero y mártir *.
15. En Barcelona, Santa Joaquina de Vedruna († 1854), viuda, fundadora de la Congregación de Hermanas Carmelitas de la Caridad, cuya memoria se celebra en España el día 22 de mayo. (Cf. *Año cristiano. Mayo,* p.493-497).
16. En Lliria y en Moncada respectivamente, ambas poblaciones en la región valenciana de España, beatos Juan Bautista Faubel Cano y Arturo Ros Montalt († 1936), mártires *.
17. En Vinalesa, de la misma región, Beato Aurelio (José) Ample Alcaide († 1936), presbítero, de la Orden de Menores Capuchinos, mártir *.
18. En Nawojowa Gora (Polonia), Beato Alfonso María Mazurek († 1944), presbítero, religioso carmelita descalzo, mártir *.

B) Biografías extensas

SAN AGUSTÍN

Obispo y Doctor de la Iglesia († 430)

Es el más genial y completo de los Padres de la Iglesia y uno de los hombres más extraordinarios de la humanidad. Nació en Tagaste, pequeña ciudad de la Numidia. Su padre, llamado Patricio, era pagano. Su madre, modelo cabal de madres cristianas, fue Santa Mónica, quien le educó en los rudimentos de la religión y le enseñó a paladear las dulzuras del nombre de Jesús. Más tarde se llamará Agustín a sí mismo «hijo de las lágrimas de su madre».

Dotado de imaginación ardiente, de temperamento apasionado, de vivacísima inteligencia, descolló en el estudio de las letras humanas. Se dio con ardor a la literatura y a la elocuencia.

Madaura y Cartago fueron el escenario de sus primeros triunfos de retórico y polemista. Conoce el halago y la embriaguez de la gloria. Y, a la vez que se sumerge en el estudio de las artes y de la filosofía, se deja arrastrar por el viento de las pasiones nacientes. «No amaba todavía —nos dice él mismo— y ya deseaba amar». Comienza la etapa de sus primeros errores. Abraza el maniqueísmo porque, a pesar de lo contradictorio de sus doctrinas, creyó ver un principio de elevación moral en la externa austeridad de los maniqueos, en su aparente castidad, en su virtud simulada. Pronto desertó del maniqueísmo, porque no satisfacía a sus profundas inquietudes ni a la sinceridad de su corazón, ávido de verdad. En Cartago consiguió brillar su genio retórico; triunfó en concursos poéticos y certámenes públicos, y arrastró con el cautiverio de su elocuencia y de su profundo saber a las multitudes, que le escuchaban como a un oráculo.

Pero Agustín se siente defraudado; no encuentra la verdad que tanto ansiaba ni en las diversiones públicas, ni en el estudio de retóricos y poetas, ni en el análisis de las viejas teogonías. En el 383 decide partir para Roma. Y allá le sigue su madre, Santa Mónica. Cae gravemente enfermo. Protegido por Símmaco, prefecto de Roma, obtuvo una cátedra en Milán, donde —según él dice— «abrió tienda de verbosidad y de vanilocuencia». En esta ciudad conoció a San Ambrosio, y empezó la lección de las Sagradas Escrituras. Oía el canto de los fieles en el templo, y su corazón encontraba una inefable paz, que le hacía derramar lágrimas. Estudia la filosofía de los académicos, y se acrecientan sus incertidumbres y la tragedia de su alma. Le atormentaba el problema de la verdad, sobre todo. «Tú —dice— me espoleabas, Señor, con aguijones de espíritu... Tú amargabas mis dichas transitorias». Platón y Plotino abren en su inteligencia caminos insospechados y le encienden en un ansia nueva de verdad. Pero es San Pablo el que definitivamente derrumba el castillo de sus vanidades y le gana para la fe. En el 386 se decide a consagrarse al estudio metódico de las verdades del cristianismo. Renuncia a su cátedra y se retira con su madre y sus amigos a Casiciaco, cerca de Milán, para dedicarse enteramente a la meditación y al estudio. Es bautizado por San Ambrosio el 23 de abril de 387, a los treinta y tres años de edad.

Desde el momento en que entró Dios a velas desplegadas por su corazón, es San Agustín la demostración más palmaria de la dramática lucha entre lo humano y lo divino, entre la libertad y la gracia, entre la rebeldía de la carne que se encierra en su pertinaz autoctonía y el anhelo del alma que busca una base eterna para sus amores, entre la fuerza centrífuga del hombre, solicitado por la insinuación tentadora de las cosas transitorias, y la necesidad de concentrarse, de homogeneizarse, para superar lo visible y dar a la vida un rango categorial permanente. El ancla rota de su espíritu navegante, sumido en incertidumbres, se asió fuertemente en las ensenadas de la verdad. Dios se desplegó ante sus ojos atónitos, húmedos de gozo nuevo y de una felicidad recién nacida en su alma, con toda su magnificencia; y toda aquella vida dinámica, sin perder nada de su vitalidad, de su dramática grandeza, se concentró radicalmente en Dios, y así se verificó en él la integración del hombre en la plenitud de sus energías, y no supo ya en adelante vivir más que para la verdad, el alma y Dios, esas tres grandes realidades supremas, a las que sólo podemos llegar movilizados por la caridad y el entendimiento del amor.

Ya bautizado, retorna al África; pero antes aconteció en Ostia la muerte de su madre. Cuando llegó a Tagaste vendió todos sus bienes y distribuyó entre los pobres el beneficio de los mismos. Se retira a una pequeña propiedad para hacer vida monacal perfecta con sus amigos. De ahí había de nacer más tarde su famosísima regla fundacional. La fama de Agustín cobra cada día nuevo incremento. Es ordenado presbítero de Hipona, y en 396 sucede en el episcopado a Valerio. En su casa episcopal establece la observancia regular.

La actividad de San Agustín como obispo es enorme. Predica, escribe, polemiza, preside concilios, resuelve los problemas más diversos de sus feligreses. Es el oráculo de Occidente. De todas partes acuden a él en demanda de soluciones para los problemas más arduos. Se le ha llamado el martillo de los herejes: maniqueos, donatistas, arrianos, pelagianos, priscilianistas, académicos, etc., fueron cediendo ante el vigor y la claridad de sus refutaciones. Su caridad era tan profunda como su genio. Cargado de días y de merecimientos, mientras los bárbaros

invadían el África y asediaban a Hipona, muere San Agustín el 28 de agosto de 430.

San Agustín ocupa un lugar preeminente no sólo en la historia de la Iglesia, sino también en la del pensamiento humano. Sus obras múltiples sobre las más diversas cuestiones conservan una perennidad inmarcesible. Su genio tocó las cimas más elevadas. Lo que él escribió acerca de la libertad, la gracia, el alma, Dios, la Providencia, el amor, la justicia, el bien y el mal, la fe, la justificación y el concurso, sobre la Trinidad y la vida bienaventurada, el orden y el pecado, etc., ha pasado a constituir doctrina y fundamento de razón. Su lenguaje apasionado y cálido, expresivo y personal, seduce, convence y conmueve.

La actualidad de San Agustín es unánimemente reconocida. No envejecen ni su lenguaje ni su pensamiento. Es el gran maestro y pensador del cristianismo.

> «Todas las influencias del pasado —dice Eucken—, como todos los impulsos de su tiempo, los hace suyos Agustín, los recoge él y los transforma y vitaliza en un acorde prodigioso y nuevo».
>
> «Agustín es el mayor genio de la cristiandad», dice Harnack.
>
> «La aparición de Agustín en la historia del dogma —dice Ph. Schaff— hace época, especialmente en lo que concierne a las doctrinas antropológicas y soteriológicas, a las cuales imprimió un progreso inmenso, llegando a un grado de precisión y de claridad como no lo había tenido hasta entonces la conciencia de la Iglesia».

San Agustín ha sido el oráculo de los concilios, el gran explorador de la intimidad religiosa, el formulador de la unidad teológica en la que se resuelven todas las tendencias del corazón y de la inteligencia. Sus obras capitales —entre la muchedumbre de sus obras que abarcan todos los ámbitos del saber— son las *Confesiones, De Trinitate, De Civitate Dei, De libero arbitrio, De natura et gratia, Enarrationes in Psalmos, De Genesi ad litteram,* los *Tratados sobre Juan,* las *Epístolas* y los *Sermones.* Su autoridad es inmensa. Con razón se ha postulado siempre en los momentos dramáticos el retorno a San Agustín.

El nombre de San Agustín, con sólo pronunciarlo, dilata gloriosamente el ámbito de la cultura, y abre súbitos paisajes espirituales y sorprendentes perspectivas a la contemplación y profundización de la vida, del alma y de Dios. Es difícil precisar

los confines de la irradiación de su pensamiento y el área de su influencia incesante, de la seducción de su personalidad poderosa.

Con San Agustín nos encontramos en cada episodio del drama humano, lo mismo en las exploraciones más arriesgadas del pensamiento y de la intimidad del alma que en el planteamiento y solución de los problemas más arduos de toda índole, que en las apasionantes y angustiosas jornadas del hombre que se debate por la conquista de Dios, y por hallar una base eterna a sus inquietudes y al ansia perenne de su corazón.

San Agustín —dice Papini— insiste en la necesidad de la razón para llegar a comprender los dogmas de la fe; pero al mismo tiempo reconoce que la fe sola, de por sí, ayuda a comprender. «Entiende —dice el santo— para que creas en mi palabra; cree, para que entiendas la palabra de Dios». De ahí esas admirables fórmulas, de valor reversible, exuberantes de contenido, con que San Agustín trata de conjugar el ejercicio alternante de la fe y de la razón, que se traducen siempre en entendimiento, en visión, en sabiduría. «Ama mucho la inteligencia» —reitera el santo—, reconociendo sin reservas las prerrogativas de la inteligencia; pero no de la inteligencia presuntuosa, que se basta a sí misma, sino de la inteligencia abierta a las claridades de la fe, que por la razón se hace también inteligible y desemboca en la plenitud de la caridad. El verdadero filósofo «cree cuando piensa y piensa cuando cree». Claro es que el acto de fe religiosa no es obra del esfuerzo del hombre, sino donación de Dios. Pero el hombre, por un esfuerzo íntimo, personal, humilde, y por la disciplina de la razón, puede disponerse al don de la fe, abatiendo la altivez del orgullo y la tiranía de la concupiscencia con la intervención de la gracia. La virtualidad del pensamiento agustiniano radica en que lo mismo habla y convence al hombre de la razón que al hombre de la fe, que refuerza la debilidad de la razón con las seguridades que le presta la fe, para llegar por caminos más breves e iluminados a la conquista de la verdad y a la quietud deseada del corazón.

Maravilla ciertamente la sinceridad y la resolución con que San Agustín aborda los problemas más complicados, y la claridad y gallardía con que logra las soluciones más inesperadas y

de perenne vigencia. A ello contribuye, sin duda, la admirable eficacia de su estilo, la expresividad y viveza de sus fórmulas, los hallazgos verbales incomparables de su genio literario, que confieren a su obra inmarcesible perennidad.

San Agustín precisa agudamente los límites de la razón y la función de la fe en orden al conocimiento de Dios y de las cosas transitorias o permanentes. Pero introduce un nuevo elemento en este proceso de la inteligencia a la fe y de la fe a la inteligencia, que es lo que caracteriza y confiere profunda originalidad a la teoría agustiniana del conocimiento: ese nuevo término es el amor. Para que la fe y la razón logren la plenitud de su eficacia es preciso que estén movilizadas, vivificadas, por la fuerza potenciadora de todo el ser, que es la caridad. Ésa es la gran afirmación agustiniana. La caridad, el amor, es el principio radical de creer y de entender con fecundidad y merecimiento. La fe que lleva a la inteligencia es la que San Agustín llama «la creencia en Dios», que consiste en unir el amor y la fe. Ir a Dios por la fe es incorporarse a él y a sus miembros, es decir, al prójimo, por la caridad; he ahí lo que Dios exige de nosotros: no una fe cualquiera, sino la fe que obra por la caridad.

> «Cuando el alma —escribe el santo— se halla penetrada de la fe que obra por la caridad, tiende, a causa de la pureza de su vida, a elevarse hasta la contemplación, donde la perfección de la santidad revela a nuestros corazones la inefable belleza, cuya plena visión constituye la suprema felicidad».

San Agustín nos renueva su lección inacabable en todos los ámbitos del pensamiento. Lo que urge es acercar al Santo de la caridad a este mundo tan necesitado de claridades, del remedio de la caridad para encontrar la quietud de su corazón.

Al hacer el santo el análisis de su alma hizo a la vez el estudio más certero y audaz del alma humana. El contenido emocional de sus obras es lo que ha podido inducir a muchos a creer que ellas contienen, más que un riguroso valor filosófico, un valor afectivo o ético-místico, cuando, cabalmente, una de las consecuencias más definitivas del santo es haber logrado hacer confluir las dos grandes corrientes interiores, la afectiva y la intelectiva, forzándolas a correr por un mismo cauce, ancho y tumultuoso, y rendir toda su multiplicada eficacia. De

ahí ese valor de vida, ese calor de humanidad, ese tono cordial y amoroso, esa complejidad de su obra, jamás marchita. «Su filosofía, es una filosofía de valores» —ha dicho Hessen—. Es verdad: pero estos valores, estas estimaciones filosóficas agustinianas, rinden su eficacia y adquieren categoría en función de otros valores de supremo rango, del alma y Dios, que eslabonan y ajustan todas las piezas de su obra y la enriquecen de finalidad.

La vida es el hecho radical, básico, de nuestro ser; pero para que ésta tenga un sentido de validez, una justificación adecuada, hay que hacerla desembocar en una realidad de superior jerarquía; hay que orientarla sabiamente hacia Dios. El sentido y la aspiración de la vida no se nutren ni tienen en sí mismos su razón suficiente; necesitan un término de correlación eterna, que es Dios. El ala está hecha para el vuelo como el alma para la felicidad, no esta felicidad abreviada que se cotiza en los mercados y lonjas del mundo, sino la felicidad íntegra y acabada, capaz de coordenar y absorber todas las actividades y anhelos que vibran en lo íntimo del ser, y de traducirse en posesión indeficiente. Dice el santo:

> «El alma no tiene más que un alimento: conocer y amar la verdad».
>
> «Nada vale lo que un alma, ni la tierra, ni el mar, ni los astros».
>
> «El alma es obra de Dios; el alma es un ojo abierto que mira siempre hacia Dios; el alma es un amor abierto a lo infinito. Dios es la patria del alma».

En su obra, se pueden hallar con frecuencia expresiones bellísimas por el estilo. Hablando de Dios y del alma, el corazón de Agustín no se agota nunca —decía Fénelon—; él solo vale por una legión de genios. Él busca ante todo la verdad; esta nostalgia innata de la verdad es el arpón que llevó prendido como un dardo de fuego; pero, si hubiese buscado sólo la verdad filosófica, no habría rebasado el nivel de un neoplatónico o de un académico teorizante: él buscaba no sólo conocer, sino poseer y amar la verdad. El tipo especulativo no se separa nunca en él del afectivo.

Dios y el alma son las dos palabras solemnes que San Agustín impregnó de sentido y lanzó con toda la capacidad de su contenido, como un eco resonante y prodigioso, por toda la

amplitud de la Edad Media. Los escolásticos y los místicos recogieron la onda concéntrica de esta transmisión agustiniana, que conmovió a los más excelsos pensadores. Sus resonancias no han languidecido aún, antes bien, se robustecen y refuerzan con el tiempo.

San Agustín no sólo fijó el anhelo de la verdad, sino también su objeto: el camino era la inmersión en sí mismo, el retorno al propio corazón. Hay que echar hondo el ancla en el mar del corazón, fijar el pie en la tierra firme del alma, para ascender a Dios. Esta reversión al hombre interior en San Agustín, sin desdeñar el espectáculo del mundo sensible, este descubrimiento del proceso de la intimidad, ha sido —como indiqué antes— la clave de la mística de la Edad Media y, sobre todo, de la española del Siglo de Oro, y constituye hoy el punto crítico, el eje de gravitación de los movimientos e inquietudes filosóficos. ¿Qué extraño es que en este genio poderoso se hayan tratado de fundamentar sistemas y teorías, si, a veces, una simple referencia o insinuación, soltada como al azar, aparece llena de sentido o de potencia virtual? Este retorno al hombre interior, como punto de apoyo para ulteriores aspiraciones del mundo sensible, para fijar la posibilidad de conocer las realidades circunstantes y familiares, sin recluirse en sí mismo de modo que se corte todo acceso y comercio, al través de las ventanas del espíritu, con el resto del universo, es hoy una lección altísima contra el subjetivismo —ya en declive— hermético y suicida, y contra la tendencia positivista, que desatiende al hombre interior, solicitado sólo por el hecho concreto, por la realidad mensurable, por el resultado pragmático de los fenómenos, por la industrialización de los valores, por un afán práctico, sin perspectivas. En la moderna restauración de la metafísica, la influencia agustiniana es evidente, y quizá la que logre flotar de estos nobles esfuerzos restauratorios ha de ser lo que más vestigios de San Agustín contenga.

> «La asociación de un movimiento progresivo al alma humana constituye el valor incomparable de San Agustín —ha dicho Eucken—; al elevar la fuente de la verdad y del amor muy por encima de la pequeñez humana, ha creado un tipo nuevo de vida sentimental, religiosa y aun histórica».

Del alma se encumbra San Agustín a Dios, capaz de beatificarla. «¡Tarde os amé, hermosura siempre antigua y siempre nueva, tarde os amé!», exclama con inmortal gemido.

> «Vos estabais dentro de mi alma y yo, distraído, os buscaba fuera y, dejando la hermosura interior, corría tras las bellezas exteriores, que Vos habéis creado. ¡Y estas hermosuras que, si no estuvieran en Vos, nada serían, me apartaban y tenían alejado de Vos! Pero me llamasteis y tales voces me disteis, que mi sordera cedió a vuestros gritos. Me disteis a gustar vuestra dulzura, que ha excitado en mi espíritu hambre y sed vivísimas, y me encendí en deseos de abrazaros».

Sigamos copiando sus palabras, que son un regalo perpetuo, una delicia para el alma:

> «Heristeis mi corazón con vuestra palabra y al punto os amé. Pero ¿qué es lo que yo amo, amando a mi Dios? No es hermosura temporal, ni bondad transitoria, ni luz material, grata a los ojos; no suaves melodías de cualesquiera canciones; no la gustosa fragancia de las flores, ungüentos o aromas; no la dulzura de la miel, ni deleite alguno del tacto o sentido corporal. Nada de eso es lo que yo amo amando a mi Dios, y, no obstante, es semejante a la luz, y como aroma, y como fragancia, y como manjar, y como deleite de mi espíritu. Resplandece en él una luz que no ocupa lugar; se percibe un sonido que no arrebata el tiempo; se siente una fragancia que no esparce al aire, se recibe un gusto que no concluye, como el de los manjares; y se posee íntimamente un bien tan deleitoso, que, por más que se goce y se sacie el deseo, nunca causa enojo ni fastidio. Todo esto amo cuando amo a mi Dios».

Yo no sé que en el lenguaje humano articulado se pueda decir más.

Sería absurdo que el alma aspirase a Dios si de suyo le viniera esta aspiración, esta capacidad de Dios: su capacidad limitada no podría sospechar siquiera lo infinito; pero al sentir estas sospechas, estos indicios, estos anhelos de lo infinito, por fuerza tienen que provenirle de algo que sea de capacidad infinita, es decir, de Dios.

Por eso el alma enfila su proa a Dios en constante anhelo. En todas las cosas descubre posibilidades de conocimiento; aptitud para ser conocidas y para remontarse a Dios.

Claro es que entonces no estaba la filosofía tecnificada ni poseía recursos categoriales, legitimados por el triunfo de lo

teórico: pero San Agustín, genial siempre, cuando le falta el instrumento, lo crea. Y así no le es difícil pasar del *Logos* alejandrino, precristiano, a las claridades del Verbo, y del *Nus* de Plotino, al Dios personal de San Pablo, recogiendo las más limpias vibraciones del pensamiento griego, agnóstico y senequista, no como un mísero rapsoda, sino injertándoles un sentido nuevo en su concepción grandiosa del cosmos y de la vida.

¡Y qué armoniosa y grande resulta esta concepción cosmológica de San Agustín! ¡Qué magníficamente va eslabonando verdades y sistemas, fijando las relaciones entre Dios y el alma por medio de la religión! ¡Cómo se amplía ante su mirada vivaz el escenario del conocimiento, y cómo convoca a todas las cosas creadas, jalones para lo suprasensible, hasta llegar al *agnitio Dei experimentalis,* y cómo entonces cobra sentido la tumultuosa diversidad fenoménica del mundo y descubre en él una radiante fotosfera, que no es más que la huella, el vestigio de Dios! ¡Cuán armoniosamente se alían y armonizan en Agustín la razón y la fe, la *fides quaerens intellectum,* el *credo ut intelligam,* el *intellectum valde amat,* que él proclamó no como un mero recurso teórico, como un enunciado hipotético matemático, sino como una realidad viva actuante en su ser! ¡Y cómo se enriquece el pensamiento y se ennoblece el sentido de la vida, al pasar por la urdidumbre maravillosa del genio de Agustín: y cómo después de haberse sumergido en su propio corazón comprende mejor la razón del cosmos, que le vocea y le habla de Dios, descubriendo en todas las cosas la ley del orden, la *ordo ordinans,* y deduciendo que el alma está ordenada al amor, que el corazón está ordenado ineludiblemente a Dios, que la virtud es el orden del amor, *ordo amoris,* definición maravillosa que brillará siempre por encima de los austeros sofismas kantianos! En la naturaleza descubre el orden del ser; sólo en el hombre ve la posibilidad de la infracción del orden. Dios ha constituido el orden de las edades en una serie de contrastes, como una acabada poesía: ve el enigma del pecado introducido en el mundo, que alteró la jerarquía interna de las humanas tendencias, por el desorden del amor; pero en el pecado mismo encuentra la solución de los enigmas de la vida, y descubre la armonía providencial de la economía religiosa y la necesidad de retornar a Dios, al *servire*

Deum liberaliter, al arrepentimiento para sustraernos de la servidumbre del pecado, por medio del conocimiento y del amor, ya que el conocer no es para San Agustín más que una forma egregia de amar.

Porque amó tanto y vivió con tan grande sinceridad su pensamiento, resulta en San Agustín tan generosa y fecunda la verdad. El amor que se vive es el amor más fuerte y contagioso: la verdad que se ama es la que tiene más sentido de vida, así como el dolor que dilacera la carne y deja en ella un surco hondo y ancho es el que más prospera y florece en germinaciones.

Agustín vivió profundamente su vida y su obra: he ahí el secreto de su vitalidad; pero las vivió del modo que pudo vivirlas un temperamento de su estirpe. «Sus ideas —ha dicho Eucken— son principalmente expresiones de su personalidad y aún diríamos mejor su vida personal inmediata».

La verdad y el dogma en la pluma del santo tienen calor de simpatía y de humanidad. La sinceridad se le desborda de los senos del alma y logra contagiar a cuantos se le acercan. Es difícil encontrar en él una frase que no le salga del alma o la caliente primero en la oleada de sangre de su corazón.

Su vida, desde que el espíritu del Evangelio cayó sobre él como una lluvia buena, fue una demostración experimental del valor de la caridad y de la gracia; fue una prolongada antífona delatora de la misericordia y munificencia del Señor; fue toda ella como aceite puro de los mejores olivares, flor de harina nueva, agua limpia de hontanar cimero, perdido entre las rocas, ditirambo y júbilo por el hallazgo de aquella verdad tan largamente codiciada.

Por eso es el poeta de la verdad y de la intimidad: el genio siempre en vuelo, pero siempre humano y lleno de misericordia y comprensión para las humanas debilidades, que acertó a aliar el amor y el pensamiento en recíproca fecundidad, que recogió en su obra la herencia de los afanes y de los anhelos humanos; que enseñó la gran pedagogía de la gracia, del concurso y de la providencia de Dios; que enriqueció la vida del corazón y del sentimiento y formuló sus leyes y sus exigencias; que coordinó la urdidumbre misteriosa de las relaciones entre la naturaleza y la vida sobrenatural; que sentó el parentesco solemne existente

entre Dios y las cosas creadas; que creó una literatura nueva, enriquecida de expresiones nunca oídas, para hablar de la verdad, de Dios y del alma y para loar las excelencias del amor, primer motor del universo, el *pondus animae,* que le inspiró tantas armonías.

Así se explica su perenne actualidad, el retorno continuo hacia él, su presencia constante en la historia del pensamiento y de la conciencia.

Pocas veces se habrá dado mayor unanimidad en el elogio que al tratar de San Agustín. *Vir sane magnus et ingenii stupendi,* le llamaba Leibniz.

«¡Cuán santo varón, cuán docto escritor, ¡Dios eterno!, es San Agustín, gloria y sostén de la República cristiana!», exclamaba Vives.

«Chaque fois —dice el padre Portalié— que la pensée chrétienne est éloignée de lui, elle a décliné et langui; chaque fois qu'elle est revenue à lui, elle a repris flamme et vigueur nouvelles».

«Nadie —escribía San Buenaventura— ha dado más satisfactorias respuestas a los problemas de Dios y del alma que San Agustín».

Harnack le compara a un «árbol plantado a las márgenes de las aguas vivas, cuyas hojas jamás se marchitan y en cuyo ramaje anidan las aves del cielo».

W. Dilthey le llama «el más profundo pensador entre todos los escritores del mundo antiguo».

Gatry le caracterizaba como «el Platón de la filosofía del mundo moderno y quizá el genio metafísico más portentoso que han visto los tiempos».

Indudablemente, vivimos de su herencia.

FÉLIX GARCÍA MARTÍNEZ, OSA

Bibliografía

AGUSTÍN (San), *Obras completas,* de la Biblioteca de Autores Cristianos, 41 vols.
GUILLOUK, P., *El alma de San Agustín* (Barcelona ²1947).
HESSEN, J., *Augustins Metaphysik der Erkenntnis* (Leiden ²1960).
MAUSBACH, J., *Die Ethik des heiligen Augustinus* (Friburgo ²1929).

MAYR, F., OSA, *Divus Augustinus vitae spiritualis magister: seu instructio hominis christiani per pia quaedam, ac salutaria documenta ex santissimi patris...* (Barcelona 1895), 2 vols.

ZAMEZA, J., SI, *Amemus Ecclesiam. Instrucciones patrístico-misionales para sacerdotes* (Burgos 1936).

• Actualización:

CALVO MADRID, T., *San Agustín. Compendio de su vida y de su obra* (Granada 1978).

CAMPELO, M., *Agustín de Tagaste, un hombre en camino* (Valladolid 1985).

CAPÁNAGA, V., *Pensamientos de San Agustín* (Madrid 1996).

CIPRIANI, N., «San Agustín», en R. LATOURELLE - R. FISICHELLA - S. PIÉ-NINOT (dirs.), *Diccionario de teología fundamental* (Madrid ²2000) 43-55.

HUSCENOT, J., *Los doctores de la Iglesia* (Madrid 1999) 127-142.

JIMÉNEZ DUQUE, B., «Agustín de Hipona», en C. LEONARDI - A. RICCARDI - G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los Santos,* I (Madrid 2000) 83-95.

JUAN PABLO II, *Carta apostólica «Augustinum Hipponensem», con ocasión del XVI centenario de la conversión del obispo de Hipona: AAS* 79 (1987) 131-170; *Augustinus* 32 (1987) 9-71.

MORIONES, F., *Teología de San Agustín* (Madrid 2004).

NOS MURO, L., *San Agustín de Hipona. Maestro de la conciencia de Occidente* (Madrid ²1989).

PRZYWARA, E., *San Agustín, perfil humano y religioso* (Madrid ²1984).

SANTA FLORENTINA

Virgen († s. VII)

Pocas veces han coincidido en la misma familia cuatro hermanos santos, hijos de un único matrimonio, formado por Severiano, católico, descendiente de la mejor nobleza hispanorromana, y de una madre arriana y visigoda, cuyo nombre no conocemos, pues el nombre de Túrtura o Tórtura asignado a su madre, es una mala interpretación que la identifica con Túrtura, superiora y formadora de Florentina en el convento donde profesaría luego la santa, resultando ser su verdadera madre espiritual. En algún documento se afirma que tan afortunados padres fueron Duques de Cartagena. Aunque no se pueda llegar a tanto sí hay que conceder que su padre era uno de los personajes más influyentes de la región.

Célebres por múltiples razones, esos hijos se llamaban Leandro, hermano mayor y arzobispo de Sevilla; Fulgencio, obispo de Écija y Cartagena; Florentina, abadesa en un convento de Écija; e Isidoro, hermano menor y también arzobispo de Sevilla.

Se habla de otra hija, Teodosia o Teodora, la segunda en el escalafón, que casó con el rey Leovigildo y que fue madre de

Recaredo y San Hermenegildo, pero no existen datos fiables para tal afirmación, aunque se haya popularizado el hecho.

Tampoco es fiable el dato de que la madre de Severiano, doña Sancha, esposa del rey visigodo Leovigildo, repudiada por su esposo al no ser cristiana, tuviera que huir a Cartagena llevándose a su hijo Severiano. Aquí sí contraería matrimonio Severiano hacia el año 545 y aquí tuvo sus hijos. Florentina podría haber nacido por el año 550, aproximadamente.

Cuando los bizantinos se establecen en la costa levantina hacia el año 554 gracias a la cesión que les hace Atanagildo, la familia de Florentina tuvo que ausentarse, pues los padres profesaban el arrianismo. No sabemos si esa determinación fue un destierro o una elección voluntaria, que para los efectos era un destierro. Establecidos en Sevilla, sabemos que la madre abrazó el cristianismo: «El destierro me hizo conocer a Dios». Un favor divino que no olvidará nunca.

Es muy probable que el año 568, año de la reconquista de Sevilla por Atanagildo, marque la fecha del asentamiento de la familia de Florentina en su nuevo domicilio, tras largos años de sufrimientos. Los padres murieron muy pronto y el hijo mayor, Leandro, tuvo que encargarse de la educación de sus hermanos, según el deseo manifestado por la madre, antes de morir. Una responsabilidad que cumplió con exquisita entrega. Él mismo llegaría a ser arzobispo de Sevilla.

Por el año 577 o 578 Leandro accedió a la sede de Sevilla y se vio inmerso en los grandes y graves problemas de la conversión de los últimos reyes arrianos visigodos para culminar en la conversión de Recaredo y antes en las revueltas y martirio de San Hermenegildo. Resulta probable que al final de sus días Leovigildo cayera en la cuenta de sus errores y se convirtiera al cristianismo. Tal vez el propio hijo y heredero Recaredo oyera de sus labios moribundos el consejo de que debía abjurar del arrianismo.

Huérfana ya, Florentina ingresa en el convento o monasterio de la Orden benedictina de Nuestra Señora del Valle en Écija, la antigua Astigis. La educación y los consejos de su hermano Leandro fueron determinantes. Aquí conseguiría su plenitud espiritual. La superiora, Túrtura, aceptó como un regalo de Dios aquella vocación, pues en esos momentos su hermano

Fulgencio era obispo de Écija. La entrega de Florentina fue definitiva, tanto que, al morir la superiora, fue elegida abadesa contra su voluntad. Tal decisión estimuló a otras muchas mujeres que siguieron su ejemplo hasta el punto de que entre los numerosos conventos que seguían aquella misma orientación y regla pudieron arrojar una suma superior a las mil religiosas. El P. Llanos habla de «más de cuatrocientos conventos o eremitorios». El nombre de Florentina aparece ya en el santoral visigótico al lado de sus hermanos, que la dedicaron varios escritos.

La presencia de San Fulgencio en el IV concilio de Toledo y en el II de Ávila nos obliga a pensar que San Fulgencio pudo morir entre los años 620 y 630. En consecuencia, por esos mismos años hay que hacer coincidir la muerte de Santa Florentina, de una edad aproximada. Resulta fiable su muerte el año 633. Inicialmente, según los deseos de ella misma, sus restos fueron sepultados en Écija.

Cuando el hermano menor, Isidoro, es nombrado obispo de Sevilla, y siguiendo la costumbre de la época, manda levantar el panteón familiar en la iglesia de San Juan de la Palma, construida por él mismo, donde serían depositados los restos de todos los hermanos. Sobre la tumba remataba una imagen de la Virgen, regalada por el papa San Gregorio Magno al arzobispo San Leandro.

Al llegar la invasión árabe por el sur, los cristianos huyen hacia el norte llevándose, ante todo, sus pertenencias sagradas. Entre ellas la urna que contenía los restos de Fulgencio y Florentina y la imagen que coronaba la tumba. En la huida los cristianos, cuando el cansancio les obligaba, escondían sus recuerdos en los lugares que creían más seguros y difíciles. Así a la Virgen la esconden junto al río Guadalupejo y la urna en las estribaciones de las Villuercas.

La imagen de María se descubriría milagrosamente y es hoy Nuestra Señora de Guadalupe. Los restos de los santos, también encontrados providencialmente, se veneraron en el pueblecito de Berzocana, muy cercano y todavía dentro de la provincia de Cáceres.

La historia de este hallazgo es bastante conocida: Hacia 1236, el 26 de octubre, un labrador que araba sus tierras descu-

bre por casualidad un sepulcro de mármol blanco. Da cuenta de los hechos a las autoridades competentes que con prontitud y laboriosidad abren el sepulcro y encuentran en él una caja de ébano, ricamente labrada, y unos escritos donde se asegura la pertenencia de los sagrados restos a San Fulgencio y Santa Florentina.

Aquí, inicialmente en un templo bastante pobre, comenzaron a ser veneradas las reliquias hasta el año 1592, época en que Guadalupe intenta llevarse al monasterio los ya reverenciados despojos. Por otro lado, también Murcia y Cartagena entablan un pleito reclamando se les entreguen a ellos, basándose en el hecho de que sean oriundos del lugar y en la pobreza del sitio donde recibían veneración dentro de un poblado insignificante.

El pleito se falla a favor de los extremeños de Berzocana, pero Felipe II exige se le entreguen cuatro huesos mayores o «canillas». Dos de esos huesos quedarían en el Monasterio de El Escorial y otros dos marcharían a Cartagena.

El entusiasmo de la población se desborda por la concesión real y a partir de ese instante comienza la construcción de una iglesia digna de los que en adelante llamará *Nuestros santos.*

Hay que suponer que por esa época la popularidad de la devoción debía haber trascendido los límites del pueblo y de la comarca y por eso tanto Guadalupe como Cartagena demuestran tan creciente interés en llevarse las reliquias.

El edificio parroquial donde se guardan los restos de los dos hermanos santos es «de grandiosas proporciones, aparentemente impropio para una población de vecindario reducido de la que no se conocen expansiones mayores en siglos posteriores».

> «Sólo pueden explicarse las grandes dimensiones en función del interés devocional del lugar, que convirtió el templo parroquial no en un simple centro de culto habitual, sino en el punto de encuentro de grupos numerosos de peregrinos devotos».
>
> «Éstos acudían, en los siglos XVI y XVII sobre todo, a rezar ante estos patronos de la diócesis de Plasencia, que con tantos milagros socorrían a sus fieles».
>
> «El interés en los santos no era sólo propio de nuestra región (Extremadura), sino que, por sus relaciones familiares con otros santos (hermanos de San Leandro y San Isidoro, y tíos de San Hermenegildo) se introduce en amplias zonas geográficas». (Cf. *infra: Monumentos artísticos de Extremadura).*

Tan majestuosa iglesia debió estar concluida en 1610 y en un retablo clasicista, en el cuerpo bajo, aparecen las imágenes de San Fulgencio y Santa Florentina. Sobre el altar figura el arca de las reliquias, «notable pieza de ébano, nácar, marfil y oro, ejecutada con la técnica de la taracea» (ibid.).

El traslado de los restos de los santos hermanos y la bendición de la nueva iglesia fue un acontecimiento singular celebrado el 3 de octubre de 1610 y presidido por el obispo de Plasencia, Fr. Enrique Enríquez, hasta el punto de que la ciudad de Trujillo, de la que dependía Berzocana, concedió «franquicia de alcabalas y tributos por ocho días, con muchos toros y comedias y danzas y luego otras cosas que hizo por cuatro días».

Para la catedral de Plasencia, y por esas mismas fechas, Gregorio Fernández talla dos monumentales estatuas de los mismos santos que presiden ahora el Retablo Mayor del primer templo diocesano, pues para entonces ya habían sido proclamados patronos de la diócesis.

En la antigüedad y en el mejor ascetismo de la Iglesia, Santa Florentina ha gozado siempre de especial interés porque a ruegos de ella y para su monasterio de Santa María del Valle, diócesis de Écija, de donde era abadesa, escribió San Leandro un libro sobre la *Institución de las vírgenes y el desprecio del mundo.* Nos lo recuerda el mismo santo en la dedicatoria.

Su otro hermano San Isidoro, a instancias también de ella, escribió *Sobre la fe católica del Antiguo y del Nuevo Testamento contra los judíos.*

La devoción a Santa Florentina en los tiempos modernos volvió a cobrar popularidad porque se la viene invocando contra las picaduras de los insectos. Una situación frecuente en los años en que crece la afectividad a la naturaleza.

Su fiesta se celebraba antes el 20 de junio porque en algunos martirologios se la identificaba con otra santa del mismo nombre y mártir en Florencia. Ahora resulta más lógica la festividad en la fecha actual.

La celebración de la fiesta en Berzocana está enmarcada en las fiestas que se acompañan del llamado «ramo», una celebración popular, propia de los santos de gran convocatoria, donde un grupo de mujeres jóvenes inicialmente vírgenes, con un ri-

tualismo muy especial y muy completo, cantan la vida de la santa y se acogen a su patrocinio en nombre de la multitud. Entre las múltiples estrofas, unas setenta, elegimos algunos ejemplos:

Para empezar a cantar
la licencia ya tenemos
que nos la dio Florentina
y su hermano San Fulgencio.
De Cartagena vinieron
San Fulgencio y Florentina.
De Cartagena vinieron
a reinar en esta villa...
Por la pérdida de España
huyendo de la tiranía
los trajeron a esta tierra
los clérigos de Sevilla.

El juicio final sobre la santa lo tomamos del jesuita P. José M.ª de Llanos:

> «Las vidas densas y solemnes de los tres obispos y padres de la Iglesia española y las de los dos reyes más limpios y generosos del reino visigótico, parecen cubrir la existencia simple y escondida de la joya de la familia, que cooperó a toda su grandeza, retirada como una Cenicienta en un convento.
>
> No sabemos de Florentina sino que, rechazando todas las proposiciones de matrimonio que por su alcurnia y belleza fueron muchas, decidió, siguiendo las sendas fraternas, consagrarse del todo a su Señor...
>
> Y que se fue de viejecita a gozar de su Dios sentada a la diestra de los tres graves hermanos y de sus dos sobrinos» (cf. *infra: Desfile de santos).*

JOSÉ SENDÍN BLÁZQUEZ

Bibliografía

ANDRÉS ORDAX, S. (dir.), *Monumentos artísticos de Extremadura* (Mérida 1986) 114-116.

FERNÁNDEZ SÁNCHEZ, T., *Historia de San Fulgencio, obispo y Santa Florentina* (Cáceres 1995).

GUTIÉRREZ MACÍAS, V., «Santa Florentina», en ID., *Mujeres extremeñas.* I: *Vidas de perfección, mujeres de recio temple y damas de América* (Cáceres 1977) 35s.

LLANOS, J. M.ª DE, SI, *Desfile de santos* (Madrid 1956) 612s.

BEATO JUNÍPERO (MIGUEL) SERRA

Presbítero († 1784)

Fray Junípero Serra ha pasado a la historia como un gran hombre, intrépido luchador por la promoción humana de los indios y por la defensa de sus legítimos derechos. Debe ser tenido como un auténtico humanista. Para la historia de la Iglesia siempre será un gran misionero, fundador de centros de misión y ejemplo de entrega a sus misionados. Tiene, por ende, un puesto de honor en la lista de los misioneros que han hecho historia. Además, sus virtudes le han merecido el honor de los altares como beato.

Nació el 24 de noviembre de 1713 en una villa de labradores de la isla de Mallorca llamada Petra. Dicho día recibió las aguas bautismales y el nombre de Miguel-José. Era el tercero de los hijos del matrimonio formado por Antonio Serra y Margarita Ferrer, que pertenecían a la humilde clase de labradores y canteros. Tuvo una infancia como la de todos los niños del mundo rural mallorquín de aquellas décadas. Sus padres eran cristianos a macha martillo y le supieron inculcar su fe. Como era débil y enfermizo, se preveía que le sería difícil trabajar en el campo o desgajar piedra de las canteras.

En Petra existía un convento franciscano donde inició el contacto con los frailes menores, aprendió las primeras letras, el canto litúrgico y el servicio del altar. A los trece años quiso ser fraile y sus padres le enviaron a Palma de Mallorca para que progresara en sus estudios y pudiera seguir su vocación. Solicitó su admisión como novicio franciscano el 4 de enero de 1730, recibió el hábito el 14 de septiembre de dicho año en el convento de Santa María de los Ángeles, el 15 de septiembre de 1731 emitió los votos religiosos y cambió su nombre de pila por el de Junípero, el del humilde, incondicional e imitador discípulo de San Francisco, con el que ha pasado a la posteridad.

Para completar la formación le enviaron al convento de San Francisco de Palma donde cursó estudios filosóficos y teológicos. Gracias a ellos su inteligencia, joven y despierta, estuvo en condiciones de llegar, con gran aprovechamiento, al conocimiento esencial de las cosas. Tanto que antes de recibir el sacerdocio fue nombrado lector de filosofía para el convento de San

Francisco, cargo que ejerció durante tres años. En diciembre de 1737 debió ser ordenado sacerdote.

Palma poseía su universidad desde 1489, iluminada por la gran figura de Ramón Llull. Contaba con cátedras de teología en las que se explicaban las grandes escuelas: luliana, escotista, tomista y suareciana. En ella consiguió el grado de doctor en 1744. El mismo año le nombraron «Catedrático de prima» de teología escotista de la dicha universidad.

Estudio y enseñanza empezaron a enmarcar su vida como labor fundamental. Pero no le faltó un resquicio para ejercer el ministerio de la predicación entre las gentes, por humildes que fueran, que sería en lo que más habría de destacar. Entre sus preferencias descolló la predicación cuaresmal. Recorrió toda la isla. Desde Palma, donde los conventos de monjas se beneficiaron de su doctrina, hasta Petra, su pueblo natal, en el que predicó varias veces, pasando por Buñola, Manacor, Algaida, San Marcial y otros, se teje un apretado mosaico de intervenciones que le hicieron famoso hasta que embarcó para las misiones.

Pero en el espíritu de fray Junípero la tradición misionera franciscana pesaba mucho. La cátedra era gran honor para él. Con todo, no llenaba sus ansias apostólicas. La predicación popular en la isla estaba bien servida, pues había clero abundante. En cambio faltaban misioneros. La palabra Indias o América resonaba con fuerza en su espíritu. Y por encima de todo vibraba el precepto de anunciar el Evangelio a todos los pueblos. Primer paso fue buscar como compañero de viaje a su amigo el franciscano fray Francisco Palou. Luego inició las gestiones ante los superiores. El Patronato de los reyes de España condicionaba que para ejercer apostolado en aquellas tierras era necesario un nombramiento específico. Lo solicitaron él y fray Francisco. No les llegaba. Estando acabando la predicación de la Cuaresma, por fin le tuvieron entre sus manos. Al cabo de pocos días dejó Mallorca para siempre. Era el 13 de abril de 1749. Tenía treinta y cinco años, bien aprovechados y con mucho futuro.

Sin embargo, fray Junípero y fray Francisco no llegaron a México, su destino, hasta ocho meses después. Un paquebote les llevó hasta Málaga y un jabeque a Cádiz para, desde aquí,

cruzar el Atlántico con otros misioneros. Cinco de ellos al ver el mar y la nave de la flota que les iba a transportar se volvieron atrás. Mas se ofrecieron otros religiosos: fray Juan Crespí, fray Rafael Verger y fray Guillermo Vicens. El 29 de agosto veinte franciscanos y siete dominicos se hacían a la vela.

Hicieron escala en Puerto Rico, descanso de las penalidades del viaje, una de las cuales fue la escasez de agua. Los quince días de la detención de los navíos los aprovecharon para predicar una misión popular a los habitantes de la isla que les reportó gran fruto espiritual, pues hacía muchos años que no había habido misión. El 31 de octubre embarcaron de nuevo. Su nave perdió la dirección, lanzándose a la deriva, y a punto estuvo de estrellarse contra unas rocas. El resto de la travesía no sólo fue larga y pesada, sino que estuvieron a punto de naufragar porque durante dos días, a los acordes y el estruendo de una terrible tempestad, la nave emprendió un rumbo incierto. El 4 de diciembre cesó el viento contrario y soplaba favorable con el que navegaron hasta el puerto de Veracruz en el que tocaron fondo el 6 del mismo mes.

El gran paso estaba dado. Habían llegado a Indias. Les esperaban comunidades cristianas, unas bien organizadas y con personalidad propia. Otras recién nacidas a las que había que alimentar. Grandes núcleos humanos se preparaban para que Cristo naciera en sus corazones. Los misioneros iban a rivalizar para llevar a cabo su obra. Y fray Junípero tenía la mirada y el deseo puestos en los que aún no conocían a Cristo.

La Corona española les costeó carruajes para que pudieran trasladarse de Veracruz a México, objetivo final del viaje. El espíritu mendicante de fray Junípero y de otro franciscano andaluz no se avino a tal concesión y pidieron hacer el viaje de 550 kilómetros a pie. En este viaje —constituye un ramillete de flores franciscanas, émulo de los de los momentos de mayor emoción de la Orden Seráfica— fray Junípero empezó a tener en su cuerpo una molestia que le acompañó toda la vida, sin que llegase a ser motivo para que mudase su propósito misionero: una pierna llagada por la picadura de los mosquitos, peligrosos en varias zonas que atravesaron. Llegaron a Guadalupe el 31 de diciembre, pernoctaron en sus dependencias y al otro día esta-

ban ya en el colegio de San Fernando de México, que sería su residencia y el lugar desde donde se lanzaría a la actividad misionera.

Al cabo de cinco meses fue destinado con otros siete franciscanos a las Misiones de Sierra Gorda, zona situada en el corazón de la Sierra Madre Oriental, a treinta leguas de Querétaro. Los indios que la poblaban eran de raza Otomi, se movían por instintos elementales y, dado su nomadismo, incapaces de realizar un trabajo ordenado. Dominicos y agustinos comenzaron su evangelización hasta que fueron encomendados al Colegio de San Fernando. Los franciscanos llegaron el 16 de junio de 1750. Fray Junípero comenzó su actividad misionera como simple súbdito. Un año después le nombraron Presidente de la misión. Consecuente con la responsabilidad que le correspondía, emprendió una campaña de catequización en los cinco puestos que existían. En el espacio de los nueve años que misionó en la zona no quedó indígena que no recibiera el bautismo. Aprendió la lengua *pame* de los indios para poder llegarles a la inteligencia y al corazón. Sabía, por otro lado, que trataba con gentes cuyas necesidades materiales eran grandes. Tenían que comer, lo normal era que se lo ganasen y para ello deberían trabajar. Puso en marcha una rudimentaria agricultura que moviera sus ánimos para aficionarles a un trabajo que fuese provechoso. El éxito del trabajo y la producción le indujo a preparar a las mujeres y a los más jóvenes para labores adecuadas a su condición y estado. Los varones aprendieron varios oficios y las mujeres a hacer labores. Trajo de México un maestro albañil que, ayudado de los indios, con él haciendo de peón, levantaron la iglesia de Xalpán con sus retablos y órgano. En una palabra, la misión de Sierra Gorda dio la talla esperada, pues la cristianización era un hecho conseguido y la promoción humana iba en aumento de día en día.

En 1757 el guardián del colegio de San Fernando le comunicó que él y fray Francisco Palou formarían parte del grupo que misionaría a los apaches en Texas, en la zona del río de San Saba, afluente del Colorado. La misión había principiado en 1755 con fray Alonso Giraldo de Terreros, como superior, y sus compañeros fray José Santisteban y fray Juan Andrés. Este últi-

mo fue sustituido por fray Miguel de Molina. Un año más tarde los indios incendiaron el centro misional y mataron a fray Alonso y a fray José. Fray Miguel pudo escapar. Para seguir la obra iniciada por los mártires, fray Junípero y fray Francisco dejaron Sierra Gorda, contentos con el nuevo destino, en el cual podrían dar su vida por Jesús. Pero el Virrey de México quiso escarmentar a los indios para mantenerlos sometidos y no autorizó el envío de misioneros hasta pacificar la zona. Poco después moría el dicho Virrey, la obra quedó de momento detenida y fray Junípero tuvo que quemar sus ansias misioneras en otros ministerios.

A partir de entonces su centro de actuación fue el colegio de San Fernando. Desempeñó los cargos de maestro de novicios y de comisario de la Inquisición, también predicó misiones populares en diversas partes de México. En nueve años recorrió unos cinco mil kilómetros, a pie y con la llaga de la pierna. Tenía cincuenta años. Mas para la Providencia llegó la hora de comenzar la obra que estaba destinada a ser monumento para la historia de los hombres y un capítulo impresionante de actividad misionera. Le esperaba California.

En el largo territorio existen la Baja California, que es la península que actualmente forma parte de la República de México, y la Alta California, que desde 1848 llegó a ser uno de los estados de la Unión Americana. Había sido explorada por Hernando Grijalva (1533), por Ulloa (1536-1539), por Rodríguez Carrillo (1543), por el pirata Drake y por Sebastián Vizcaíno (1602-1603), el cual desembarcó en la bahía de San Miguel y bautizó el lugar con el nombre de Puerto de San Diego. En el territorio alternaban valles y ríos en abundancia, montañas y llanuras de todas las dimensiones, bosques y desiertos agotadores. Referimos a sus habitantes tal como los vieron los españoles, quienes encontraron gran diversidad de castas y familias lingüísticas que no les facilitaban el encuentro. El territorio fue concedido a la Corona española en virtud de las bulas Alejandrinas y pesaba sobre ella el compromiso de evangelizar a los indios. La expedición de Vizcaíno demostró que la penetración en él por vía marítima era difícil, por ende era preferible buscarla por vía terrestre. Fracasó el intento de colonizarlo a base de colonos y

la única vía de éxito posible y duradero parecían los misioneros. A partir de 1697 los jesuitas trasladaron sus experiencias en las reducciones de Paraguay a la Baja California y fundaron dieciocho centros misioneros, entre los que cabe mencionar Loreto y San Javier. En 1767 Carlos III expulsó de sus dominios a los jesuitas y truncó en California el proceso religioso y cultural que llevaba setenta años de existencia. Los dieciséis misioneros jesuitas fueron sustituidos por franciscanos, fray Junípero elegido presidente y fray Francisco Palou sustituto. Por lo demás, la entrada en la Alta California era razón de Estado de la Corona española y había prisa en ocuparla, de lo contrario lo harían Rusia e Inglaterra, cuyas colonias americanas no estaban tan lejos. Los franciscanos buscaban la cristianización y promoción de los indios. Por esto, eran los máximos colaboradores de la Corona, pero estaban bajo su patronato y subvención económica. Era así y en la obra californiana de fray Junípero no faltaron disgustos por ello.

El 16 de julio de 1767 los misioneros se pusieron en marcha hacia el puerto de San Blas, a las orillas del Pacífico. Faltaban navíos para cruzar el golfo de California y tuvieron que esperar, tiempo que emplearon para misionar en Tepic y en las regiones de Jalisco, San José, Mazatán y San Pedro. A 14 de mayo de 1768 embarcaron en un paquebote para cruzar las 390 millas marítimas que les separaban de la costa occidental mejicana. El 1 de agosto el bajel anclaba en la rada de Loreto. A los pocos días los franciscanos se dispersaron por los centros dejados por los jesuitas. Fray Junípero fijó su residencia en Loreto y principió una visita a los puestos misioneros, cuyo estado general era deplorable, pues al marchar los jesuitas los encargados que vivían al margen de la misión dilapidaron sus escasos bienes.

Por disposición de la Corona había que organizar una expedición a la Alta California y fundar un centro misional con su correspondiente puesto militar en Monterrey, bahía descubierta por Vizcaíno en 1603. Pero tenían que asegurar la entrada en el territorio fundando otra misión con su fuerte militar en el Puerto de San Diego. Entre ambos centros otra misión intermedia. Todos irían en cuatro expediciones, dos por mar y dos por tierra. En una de las de a pie iría fray Junípero. Se puso en marcha

su caravana el 9 de marzo de 1769, pero la llaga de la pierna apareció más virulenta que nunca. Intentaron convencerle de que abandonara la expedición y no pudieron hacerle cambiar de idea.

Después de muchos trabajos, sufrimientos, penas y alegrías, días de entusiasmo y horas de depresión, valor y cobardía que cada uno pudo experimentar, el 1 de julio de 1769 llegaron a San Diego. Lo que tenía de final de etapa, tenía a la vez de comienzo de otra de no menor grandiosidad y alcance, cara a la elevación humana y conquista espiritual de los indios de la Alta California. El 16 del mismo mes, en la colina de San Diego, pusieron para la historia los fundamentos de la gran ciudad para los hombres y el cenáculo apostólico para evangelizar a los nativos. Fue levantada la Cruz, colgaron una campana, se bendijo el agua y con ella los terrenos, se dijo la misa, se preparó una barraca que sirviese de iglesia y se dio por fundada la misión. Todo muy modesto. Desde cero tenían que conseguir la amistad de los indios y no conocían sus lenguas. Así en cada uno de los centros de misión que fundó fray Junípero.

Pero dijimos que el objetivo final era Monterrey. Otras dos expediciones, una por tierra y otra por mar, en la cual iba fray Junípero, partieron el 16 de abril de 1770. Mes y medio después llegaron a la bahía de Monterrey, descubierta por Vizcaíno en 1603. El 3 de junio repitieron la ceremonia que realizaron en San Diego y a partir de aquel momento el paraje pasó a llamarse San Carlos Borromeo de Monterrey. Era la posición más avanzada de España en California y quedaba a setecientos kilómetros de San Diego. Constituía un gran triunfo de la Corona española y de la Iglesia misionera. España veía asegurados sus dominios en la conflictiva parte norte del Virreinato de Méjico, los había extendido en más de mil kilómetros en la costa del Pacífico, la fe cristiana abría sus puertas a la inmensa grey de la Alta California, quedaban establecidos dos núcleos de misión y en ellos sus destacamentos militares. Desde aquí fray Junípero se sintió llamado a montar toda una cadena de puestos de misión, siguiendo la costa del mar del Sur, que asegurase la comunicación entre los españoles y la predicación entre los indios. Pero hacían falta más misioneros, enseres de casa y aperos de

labranza para los indios que se les uniesen para aprender y acostumbrarse a cultivar la tierra y a vivir en poblados permanentes. Pronto consiguió que enviaran treinta misioneros más para reforzar los puestos existentes y fundar los otros nuevos. Como los monjes benedictinos que con la cruz y el arado fecundaron Europa, fray Junípero se lanzó con sus franciscanos a fecundar California.

Además de los centros misionales de San Diego y San Carlos —este último lo trasladó en 1771 junto al río Carmelo, a corta distancia de Monterrey— fray Junípero fundó otros siete: el de San Antonio de Padua, puesto en marcha en 1771. El mismo año fundó San Gabriel Arcángel y cerca el poblado de la Virgen de los Ángeles, origen de la ciudad de los Ángeles. En 1772 San Luis de Tolosa. En 1777 San Francisco de Asís, misión que dio origen a la ciudad actual. En 1776 San Juan Capistrano. En 1777 Santa Clara. Y en 1782 San Buenaventura, en el Canal de Santa Bárbara.

Aunque fray Junípero sea considerado por la historia padre de California y de su nueva cristiandad, toda la obra fue de un conjunto de personas. Citemos las más destacadas: fray Francisco Palou en la Baja California, actuando como Presidente hasta que en 1771 la tomaron los dominicos por su cuenta, y fray Juan Crespí, el compañero inseparable de fray Junípero. Hay otro pequeño grupo de frailes que después fue creciendo: fray Francisco Dumet, fray Luis Jaume, fray Ángel Somera, fray Benito Gambón, fray Miguel Piqueras, fray José Cavaller, fray Domingo Juncosa, fray Buenaventura Sitjar, fray Antonio Paterna y fray Antonio Cruzado. No olvidemos al primer gobernador y jefe militar de la expedición, Gaspar de Potolá y los soldados, aunque fueran en ocasiones una rémora en la evangelización de los indios. Pero resultaban imprescindibles colaboradores para dar seguridad a las misiones. También pusieron sus manos y saber en la construcción de edificios y tareas de asentamiento de poblaciones a la manera europea. Pero el cerebro organizador fue fray Junípero.

El plan de evangelización y colonización —viene a decir Ángel Santos— era el propio de las reducciones del Paraguay. Con los medios, claro es, que tenía a su alcance, los centros de

misión se concebían dentro de un mismo plan: en torno a una plaza levantaban la iglesia con dependencias para los misioneros y en otro lado las viviendas para el cuerpo de guardia y viajeros. Capítulo aparte merecen los graneros, talleres y depósitos diversos. A corta distancia estaban las viviendas de los indios. La necesidad de defenderse aconsejaba rodear todo de una valla alta a base de troncos de árboles con una entrada común para todo el recinto.

Normalmente cada misión de fray Junípero fue la lucha entre la ilusión y la valentía del grupo de misioneros y las dificultades de diversa índole y procedencia que tenían que solucionar. Tropezaron siempre con la escasez de medios materiales y hasta en algunos tiempos hay que hablar de hambre. La Corona corría con los gastos y necesitaba de la dedicación personal de los misioneros. Pero los grandes impedimentos que tenían que vencerse no eran económicos. Los pusieron las autoridades civiles y militares. Eran los tiempos del Enciclopedismo, del Absolutismo regio y, en su parcela de poder, lo imitaban los poderes secundarios de las colonias, con el regalismo que suponía la sujeción de la Iglesia al dictamen del poder temporal. Por ende, los que ostentaban el poder político en California fueron una pesadilla y un sufrimiento constante para fray Junípero. Dos ejemplos nada más como botones de muestra. Siendo gobernador don Felipe de Neve, tuvo fray Junípero que mantener una lucha agotadora contra su intromisión, pues se consideraba señor absoluto de cuanto estaba bajo su mando, misioneros incluidos. Puso la excusa de que la concesión papal a fray Junípero de confirmar no tenía el *placet* regio y le prohibió administrar el sacramento como ministro extraordinario. Tuvo que acudir al Virrey, quien certificó que la concesión pontificia estaba en regla. En 1773, al Virrey Bucarelli —y no fue de los peores—, al presentarle una *Representación* o relación en treinta puntos sobre el estado de las misiones, se vio precisado a hacerle una declaración de los derechos de los indios y poner los principios para su bienestar físico y espiritual.

También los problemas los creaban los superiores religiosos. Uno de los más peliagudos lo ocasionó el Guardián del Colegio de San Fernando, fray Rafael Verger. No compartía el

entusiasmo de fray Junípero y compañeros ante la aventura californiana y dictó normas de gobierno inaceptables para moderar su ardiente celo. Ante los cálculos humanos y hasta la maledicencia, aunque dispuesto a obedecer hasta en los mínimos detalles, respondió al Guardián diciendo que «si no hay la ilusión de las perspectivas, no se llega nunca a las realidades». Sólo más tarde, después de una estancia de fray Junípero en 1773 en México y leído a fray Rafael el informe del estado de las misiones que presentó al Virrey, cambió de juicio.

«La obra de California —dice P. Riutort— no fue una acción bélica sangrienta, sino de diálogo y comprensión respecto a los indios, promovida por los misioneros». Cierto que en su relación con ellos se partía de cero y su actitud ante los misioneros era variable: desde el recelo hasta la oposición violenta, que era bien natural. La primera labor consistía en acercarse como amigos e ir sembrando en los nativos la primera inquietud cristiana, inimaginable para su manera de pensar y convivir. Pero los misioneros allí estaban haciéndose presentes en sus vidas. Les promovían en el trabajo agrícola. Los nuevos cristianos indios vivían comunitariamente en la misión. En los primeros tiempos, a causa del desconocimiento del idioma, el trato era difícil. Los niños y los jóvenes indios estaban en la prioridad de la acción misionera. Convencidos de que el único camino válido para atraerlos a la fe cristiana era la bondad y la benevolencia, necesitaron valor y capacidad de aguante.

Fray Junípero tuvo residencia por espacio de catorce años en la misión de San Carlos Borromeo, junto al río Carmelo. Se ausentaba cuando lo exigía su cargo de Presidente de las misiones para visitar las comunidades cristianas que fundó y que al fin de su vida contemplaba crecidas y desarrolladas. También para administrar el sacramento de la confirmación como ministro extraordinario, por concesión especial de Clemente XIV.

Toda su vida estuvo muy enfermo, aunque se preocupó poco de su salud. Era voz común que la llaga de la pierna no recibió trato médico correspondiente. Por lo demás, le aquejaba un gran peso sobre el pecho, acompañado del intenso dolor que le ahogaba. Una última prueba le sobrevino pocos días antes de su muerte. Faltaban misioneros en el Colegio de San Fer-

nando, se veía la conveniencia de reducir el número de misiones regentadas por el Colegio e intentaban sustituir a los franciscanos de la Alta California por los dominicos. Ya en 1771 se decidió el traspaso de la Baja a los mismos porque comenzó a hacerse patente que los franciscanos no podían atender ambas Californias. En la Alta, como sabemos, operó fray Junípero con sus huestes. Veía, pues, tambalearse el edificio de unas misiones que prometían mucho y que se levantaron con tanto sacrificio. Con esta pena falleció, aunque el cambio no llegara a consumarse después de su muerte.

Ésta sobrevino el 28 de agosto de 1784 en su celda de la misión de San Carlos, después de hacer una confesión general, recibir el Viático y la Unción de los enfermos. Tenía setenta años. Su cuerpo sin vida tuvo los honores de General en plaza y fue enterrado en la iglesia de la misión, al lado del Evangelio.

Al morir fray Junípero fue elegido Presidente de las misiones de Alta California fray Francisco Lasuen, quien añadió a los nueve centros de misión existentes otros nueve. Su sucesor en el cargo fundó otros tres. La era, pues, de las fundaciones se extendió de 1769 a 1823. Veintiuna en total, esparcidas a lo largo de la costa del Pacífico, desde San Diego a Sonora.

Aunque Dios no juzga por números, sino por la voluntad y los esfuerzos, la historia gusta de registrar los datos fríos que de un modo aproximativo puedan dar idea del significativo de las personas. Sólo en sus años de la Alta California, de fray Junípero se registran cerca de ocho mil bautizos que presuponen un incontable número de horas de catequización previa. Como ministro extraordinario de la confirmación quedan registrados más de cinco mil confirmados por su mano, sin ignorar los largos y molestos desplazamientos que exigía. Su predicación misionera, en los ambientes cristianizados y gentiles, escapa a todo cálculo. Las horas que dedicó al ministerio de la penitencia pertenecen al secreto de Dios. Los trabajos que llevó consigo la fundación de los nueve centros misioneros dibujan un cuadro de actividades difícilmente superable. Navegó unas seis mil millas y viajó alrededor de nueve mil kilómetros, muchos de ellos a pie. La distribución geográfica de las misiones, las normas de carácter espiritual-temporal por las que se rigieron, así como la

eficacia misionera e inteligente dirección de su fundador, produjeron como resultado la cristianización y civilización de una región de América en la que entonces apenas se preveían posibilidades para lograrlo. Y todo ello por ser seguidor de Cristo. Su vida extraordinaria va más allá del don sobrenatural de la fe y del sacerdocio, que ofreció desgastándose e inmolándose en beneficio de los más pobres. Es un gran héroe humanamente hablando. Las mismas autoridades civiles norteamericanas supieron apreciar su labor colonizadora y cristianizadora levantando estatuas públicas suyas en más de una docena de ciudades. Símbolo de ese aprecio es la que se le levantó en el Capitolio de Washington, junto a los más relevantes estadistas norteamericanos. Por las virtudes extraordinarias de que estuvo adornado, la Iglesia, desde el 25 de septiembre de 1988, por decreto de Juan Pablo II, le tributa el honor de los altares como beato. En el culto restringido, propio de los beatos, los franciscanos celebran su fiesta el 26 de agosto. Los Estados Unidos la hacen coincidir con su entrada en California, cuando fundó la primera misión, la de San Diego.

RAMÓN MOLINA PIÑEDO, OSB

Bibliografía

GALMES MÁS, L., *Fray Junípero Serra, apóstol de California* (Madrid 1988).
«Homilía de Juan Pablo II durante la misa de beatificación de seis siervos de Dios en la Plaza de San Pedro (25 de septiembre de 1988)»: *L'Osservatore Romano* (2-10-1988) 721-722.
PALOU, F., *Evangelista del mar Pacífico, fray Junípero Serra padre y fundador de la Alta California* (Reproducción textual de la *Relación histórica de la vida y apostólicas tareas del V. Padre fray Junípero Serra)* (Madrid ²1947).
RIUTORT MESTRE, P., «Beato Junípero Serra, presbítero franciscano, evangelizador de California», en J. A. MARTÍNEZ PUCHE (dir.), *Nuevo año cristiano. Agosto* (Madrid 2001) 602-618.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN ALEJANDRO DE CONSTANTINOPLA
Obispo († 340)

La memoria de este bienaventurado obispo de Constantinopla está ligada principalmente a la tradición sobre la muerte de

Arrio, según la conocida narración de San Atanasio. Alejandro fue elegido obispo de Constantinopla como sucesor de Metrófanes poco después del concilio de Nicea (325) y estuvo en la sede bizantina hasta su muerte en 340. A lo largo de los años él mantuvo y defendió la fe ortodoxa y estuvo siempre en el campo católico. Pero, conseguido con calumnias el destierro de Atanasio por el emperador Constantino a la ciudad de Tréveris, no contentos los jefes arrianos con este triunfo visitaron al emperador en Jerusalén donde él celebraba las fiestas «tricennalia», es decir los 30 años de su imperio, y con esta ocasión prodigaron al emperador toda clase de atenciones, y llegando al colmo de su atrevimiento, lograron que el emperador mandara que se recibiera en la comunión de la Iglesia en forma solemne y en Alejandría al propio Arrio. Pero tal fue la excitación del pueblo alejandrino cuando esto se supo que hubo de mandar el emperador que el ingreso de Arrio en la Iglesia fuese en Constantinopla. Cuando Arrio se disponía a saborear su triunfo, en la noche anterior murió de forma trágica y misteriosa (336). San Atanasio lo cuenta así: su fuente de información fue el presbítero Macario que estaba en Constantinopla cuando tuvieron lugar los hechos siguientes, y este Macario se los contó a Atanasio. A petición de los arrianos, compareció Arrio ante el emperador, el cual le preguntó si él mantenía la fe de la Iglesia católica, a lo que Arrio contestó afirmativamente con juramento y le presentó un documento en que exponía su fe con frases de la Sagrada Escritura, pero ocultando aquellas cosas por las que había sido excomulgado en Alejandría. El emperador le dijo que si su fe era recta, había jurado bien, pero que si era impía, Dios le pediría cuenta. Llega, pues, a Constantinopla la orden de que Arrio sea admitido en la Iglesia. El obispo Alejandro opuso la dificultad de que el autor de una herejía no podía ser recibido en la Iglesia. Pero los eusebianos insistían en que había licencia del emperador y que al día siguiente, aun cuando el obispo no quisiera, Arrio asistiría con ellos a la sagrada sinaxis. Era sábado cuando esta amenaza tuvo lugar. Entonces el santo obispo se recluyó en el templo para hacer oración y con el rostro en tierra oraba fervorosamente, teniendo junto a sí a Macario. Alejandro le pedía al Señor que lo llevara de este mundo antes de ver a Arrio participando de la santa asamblea, y que se dignara Dios

no mezclar al impío con el piadoso. Pedía misericordia para la Iglesia y que la librara de las insidias de los eusebianos, para que no sucediera que, entrando en la Iglesia el heresiarca, entrara la herejía con él. Hecha esta oración, el obispo se retiró a su morada. Aquella noche, Arrio fue a las letrinas a dar de cuerpo pero cayó al suelo y reventó por medio (Hch 1,18), muriendo en el acto, y quedando así frustrado el triunfo al que querían llevarle los eusebianos. Dice San Atanasio: «El mismo Señor, erigiéndose en juez entre las amenazas de los eusebianos y las preces de Alejandro, condenó la herejía arriana y la declaró indigna de la comunión de la Iglesia» (Kirch, 419-420). Por ello no puede extrañar que, haciéndose eco de lo que también escribe San Gregorio Nacianceno, diga el *Martirologio romano* que «la plegaria apostólica de San Alejandro aplastó al jefe de la impiedad arriana».

BEATOS GUILLERMO DEAN Y COMPAÑEROS

Guillermo Gunter, Roberto Morton, Tomás Holford, Santiago Claxton, Tomás Felton, Enrique Webley, Hugo More

Presbíteros y mártires († 1588)

La cólera provocada en la reina Isabel de Inglaterra y en su gobierno por el envío de la Armada Invencible descargó en la renovada persecución a los católicos que trajo el que al mes siguiente de la dispersión de la Armada (julio de 1588), ocho católicos —seis sacerdotes y dos laicos— fueran ajusticiados en Londres el día 28 de agosto bajo la acusación consabida de traidores. La opinión pública inglesa tuvo a los católicos por sospechosos de ser enemigos de la Reina y del reino y de apoyar el intento de Felipe II de destronarla y apoderarse del poder político en Inglaterra. Se levantaron varios cadalsos por todo Londres a fin de infundir terror a quienes titubearan en su adhesión a la soberana. Éstos son los datos de los mártires:

GUILLERMO DEAN procedía de Yorkshire, pues había nacido en Linton in Craven, West Riding. Su sentido religioso le llevó a ser primero pastor protestante, regentando la parroquia de Fryston Monk. Pero reflexionando sobre la verdadera Iglesia llegó al catolicismo y, una vez dado el paso, atravesó el Canal y

se fue a Reims (1581), y al poco tiempo fue ordenado sacerdote en Soissons. Volvió al año siguiente a Inglaterra e hizo su apostolado durante dos años, hasta que fue arrestado y preso en Newgate, y en enero se le condenó al destierro y pena de muerte si volvía. Pero volvió en noviembre de 1585, y pudo seguir con su ministerio sacerdotal hasta que de nuevo fue arrestado y llevado a la cárcel de Gatehouse. Condenado a muerte el 26 de agosto de 1588, fue ajusticiado dos días más tarde en Mile End Green.

ENRIQUE WEBLEY era un seglar originario de Gloucester, del que se sabe que había sido protestante pero se había convertido al catolicismo y había estado unido en amistad al Beato Guillermo Dean y lo había ayudado y apoyado en su apostolado. En abril de 1586 con otros cuatro compañeros intentó marchar en un barco a Francia, pero él y sus compañeros fueron arrestados en el puerto de Chichester cuando ya estaban a bordo y llevados a Marshalsea. Se le calificó de persona pobre e ignorante pero astuto y despierto. Juzgado el 26 de agosto de 1588 y acusado de traición, fue ejecutado con Guillermo Dean en Mile End Green el 28 de agosto de 1588.

GUILLERMO GUNTER era natural de Raglan, en el Monmourtshire, y había estudiado en Reims desde 1583, y ordenado sacerdote en 1587 volvió a Inglaterra, donde hizo su apostolado y logró, antes de ser arrestado el 30 de junio de 1588 y ser encarcelado en Newgate, reconciliar con la Iglesia a algunos protestantes, como reconoció ante el tribunal. En efecto, el 26 de agosto de 1588 fue llevado a juicio en Old Bayley, presidiendo el tribunal sir George Bond, Lord Mayor. Se le preguntó si había reconciliado a algunos con la Iglesia católica luego de volver a Inglaterra, y con gran intrepidez dijo que lo había hecho y que si pudiera lo seguiría haciendo. Pidió que se le juzgara sin jurado, sin duda para evitar que nadie tuviera que condenarlo a mala conciencia, y se le otorgó lo que pedía, siendo condenado por el doble motivo de haber permanecido en el reino siendo sacerdote ordenado en el extranjero y de haber reconciliado a compatriotas suyos con la Iglesia católica. Fue ahorcado el 28 de agosto de 1588 en Holywell Lane, Shoredith, frente al teatro.

ROBERTO MORTON había nacido en Bawtry, West Riding, Yorkshire. En 1568 dejó Inglaterra y pasó tres años con un tío suyo en Roma. Comenzó los estudios sacerdotales en Douai en 1573 pero al año siguiente murió su padre y él volvió a Inglaterra y contrajo matrimonio con Úrsula Thurland. Ambos vendieron sus propiedades y decidieron salir del reino inglés pero fueron encarcelados en Gatehouse. Era el año 1578. Como había estado con su tío en Roma al tiempo que se agenciaba la excomunión de la reina Isabel, fue rigurosamente interrogado por el obispo de Londres, lo que le hacía a él muy sospechoso, pero pese a ello consiguió la libertad. Posteriormente su esposa murió. Decidió entonces volver a su vocación sacerdotal y marchó a Roma donde entró en abril de 1586 en el Colegio Inglés. El 14 de junio del año siguiente era ordenado sacerdote en Reims y a comienzos de julio partía para Inglaterra. Pero pudo por poco tiempo ejercer su ministerio porque le siguió la pista Topcliffe, el mismo que lo arrestara en 1578, hasta que consiguió dar con él. Llevado a juicio, el 26 de agosto de 1588 fue condenado a ser ahorcado, sentencia que se cumplió dos días más tarde en Lincoln's Inn Field.

HUGO MORE era un seglar nacido en Grantham en 1563 en el seno de una familia protestante de buena posición económica. Fue alumno de Broadgates Hallen Oxford y entró en el Gray's Inn. Conoció al P. Tomás Stephenson, jesuita, que lo convirtió al catolicismo en 1585, y cuando se lo cuenta a su padre éste lo deshereda. Entonces decidió marchar a Reims para estudiar la carrera sacerdotal (junio de 1585). Pero el 11 de junio de 1587 el colegio decidía que volviera a Inglaterra porque tenía mala salud y necesitaba restablecerse. Pero fue conocida su estancia en Reims y fue acusado de haber estado en un colegio católico del extranjero, ofreciéndosele la libertad y la vida si se avenía a ir al culto protestante. El mártir dijo que no. Juzgado el 26 de agosto de 1588 y condenado a muerte, fue ahorcado dos días más tarde en el mismo sitio que el Beato Roberto Morton.

TOMÁS HOLFORD nació en Aston, Cheshire, en 1541, hijo de un pastor protestante. Trabajaba como tutor en una casa noble en Herefordshire cuando conoció en 1579 al P. Richard Da-

vis, que lo atrajo al catolicismo, decidiéndose por el sacerdocio y marchando en el verano de 1582 a Reims, y fue ordenado sacerdote en Laon sólo unos meses más tarde ya que poseía una suficiente cultura. Su ordenación tuvo lugar el 7 de abril de 1583. Al mes siguiente volvió a Inglaterra y trabajó apostólicamente en Cheshire y en Londres hasta que en mayo de 1585 fue arrestado en Nantwich. Estuvo preso en el West Chester Castle. Y se escapó cuando lo llevaban a Londres. Acababa de celebrar misa en la casa de San Suituno Wells cuando fue nuevamente capturado. Confesó ser sacerdote católico, haber vuelto a Inglaterra para convertir a la gente al catolicismo y se negó a acatar ninguna ley contraria a su fe católica ni a ir al culto protestante. Fue condenado a muerte en Newgate el 26 de agosto de 1588 y ahorcado dos días más tarde en Clerkenwell. Había usado los alias de Acton y Bude.

SANTIAGO CLAXTON, cuyo apellido oscila con las grafías también de Clakston, Clarkson, Clakerson, era natural del Yorkshire y lo primero que se sabe de él es que estudió en Reims, recibiendo la ordenación sacerdotal en Soissons el 9 de junio de 1582, y al mes siguiente volvió a Inglaterra. Arrestado y juzgado en York en 1585, fue desterrado, pero volvió y ya nada se sabe de él sino que estaba en la cárcel en 1588 y que fue juzgado en Newgate el 26 de agosto de 1588, siendo condenado a muerte y ahorcado en Isleworth el día 28.

TOMÁS FELTON nace en Bermondsey en 1567, hijo del futuro mártir beato Juan Felton, que fue martirizado el 8 de agosto de 1570. Educado con mucho esmero por la familia Lowell que lo había acogido, sintió la vocación sacerdotal e ingresó en el colegio inglés de Reims y el 23 de septiembre de 1583 recibió la tonsura clerical y las órdenes menores de manos del cardenal de Guisa. Pero se decidió por la vida religiosa e ingresó en la Orden de los Mínimos, cuya regla, como es sabido, es muy austera y ello trajo consigo que el joven enfermara, por lo que decidió volver a Inglaterra a restablecerse. Cuando ya se sentía mejor, mientras embarcaba para volver al continente, fue arrestado por los espías de la corona y llevado a la cárcel de Bridewell, donde pasó los dos años siguientes. Pasado este tiempo, su tía, la señora Blount, logró su libertad, lo que fue aprovechado por

él para intentar de nuevo la salida de Inglaterra, siendo nuevamente arrestado y encarcelado, y esta vez fue su antigua bienhechora lady Lowell la que consigue su liberación, estando ella también recluida por causa de la religión en la cárcel de Fleet. Pero pocas semanas más tarde otra vez estaba preso en Bridewell. Esta vez hubo de padecer ayunos y tormentos pues lo tuvieron tres días y tres noches en la tortura llamada *Little ease* y no le daban sino un poco de pan y agua, porque se quería de él la lista de los sacerdotes que trabajaban en Inglaterra. El joven se mantuvo firme y no delató a nadie. Lo pusieron también a moler en un molino. Fue llevado por la fuerza a la capilla de Bridewell para que asistiera al culto protestante pero él se tapó los oídos con los dedos. Entonces le ataron las manos a la silla baja en que lo tenían sentado, pero él dio tantas patadas en el pavimento e hizo tanto ruido con la boca que era imposible oír lo que el ministro decía. Se negó en absoluto a cambiar de religión. Juzgado en la sesión de juicio de Newgate del 26 de agosto de 1588, fue condenado a muerte. Se le preguntó si estaba de parte de la reina o del papa y de España, y él dijo que estaba de parte de Dios y de su país. Se le preguntó si reconocía a la reina como la cabeza de la Iglesia, y respondió que en ningún sitio había leído que Dios hubiera dado tal potestad a una mujer. Fue sacado para la ejeución junto con el Beato Santiago Claxton a lomo de un caballo, con las manos atadas a la espalda y los pies atados bajo el vientre del caballo. Rechazó la gracia que se le hacía poco antes de salir para la ejecución porque contenía condiciones inaceptables. Fue ahorcado con su compañero. Su hermana, la señora Frances Salisbury, escribió una narración de su martirio.

Todos estos mártires fueron beatificados el 15 de diciembre de 1929 por el papa Pío XI.

SAN EDMUNDO ARROWSMITH

Presbítero y mártir († 1628)

Brian Arrowsmith nace en Haydock, Lancashire, el año 1585, en el seno de una familia católica que hubo de padecer mucho a causa de su fe. Su padre era granjero. Siendo un niño fue dejado

temblando en su cama cuando la policía registró su casa y se llevó arrestados a sus padres, dejando allí cuatro niños solos, y es que, con frecuencia, la policía buscaba sacerdotes en la casa de los Arrowsmith. Cuando recibió la confirmación, tomó el nombre de Edmundo, y ése fue el que usó en adelante y con él ha subido a los altares. Estuvo al frente de su educación un anciano sacerdote, que vino a encargarse de él cuando en 1599 murió su padre y su madre fue multada por seguir siendo católica. Con él se crió hasta los veinte años en que, decidida su vocación sacerdotal, marchó al continente y entró en el colegio inglés de Douai en diciembre de 1605. Pero su mala salud le obligó a interrumpir los estudios, que no pudo continuar hasta más tarde, siendo ordenado sacerdote en Arras en diciembre de 1611.

En junio de 1613 volvió a Inglaterra y pudo trabajar apostólicamente en South Lancashire, adquiriendo fama no sólo como sacerdote celoso y entregado sino como terrible polemista que destruía con contundencia los argumentos protestantes. Decía misa en un altar que pertenecía a la familia Burgess. Por fin en 1622 fue arrestado y llevado ante el obispo protestante de Chester, Bridgeman, con el cual y con miembros de su clero tuvo vivas discusiones. Fue puesto en libertad cuando Jacobo I, queriendo casar a su hijo con una infanta española, mandó que fuesen liberados todos los sacerdotes católicos que estuviesen detenidos. En ese momento solicitó su ingreso en la Compañía de Jesús, haciendo el noviciado en la propia Inglaterra, en Clerkenwell. Continuó su trabajo sacerdotal en Lancashire hasta que en 1628 sus idas y venidas fueron denunciadas por un católico renegado que estaba disgustado por haberle llamado Edmundo la atención. Avisado, intentó escapar a caballo hacia Blackburn. Los perseguidores le alcanzaron pero él espoleó su caballo y siguió corriendo hasta Brindle Moss, donde volvieron a alcanzarle. Llevado al castillo de Lancaster, estuvo detenido hasta que compareció ante el tribunal en agosto.

En el interrogatorio pidió defender la fe católica en una pública controversia, y al serle negado dijo que la defendería con su sangre. El juez le prometió no abandonar la ciudad hasta no haberle hecho ver sus propias tripas en una hoguera. Cuando le leyeron la sentencia de muerte, se arrodilló y dijo: *Deo gratias.*

Fue llevado a un calabozo tan estrecho que apenas podía tenderse. Fijada la fecha de la ejecución para el 28 de agosto de 1628, cuando salía del calabozo y atravesaba el patio levantó la mano, señal convenida con San Juan Southworth que lo miraba desde una ventana para darle la absolución, como así hizo el también futuro mártir. Fue llevado a un cuarto de milla del castillo a un patíbulo preparado para él. Cuando subió, recordó a la muchedumbre que él moría por su fe y recordó a los oyentes que mirasen por la salvación de sus almas, ya que es el asunto más importante. Se le volvió a ofrecer la vida si prestaba el juramento de acatamiento a la supremacía religiosa del rey, pero él rehusó. Cuando iba a ser ahorcado dijo en latín: *Bone Iesu.*

Fue ahorcado y descuartizado, pero un católico logró hacerse con una de sus manos, que, conocida como la «santa mano», recibe culto desde entonces en la iglesia de San Osvaldo en Ashton-in-Markenfield, Lancashire, y se le han atribuido muchos milagros. Fue canonizado el 25 de octubre de 1970 por Pablo VI.

BEATO CARLOS ARNOLDO HANUS

Presbítero y mártir († 1794)

Carlos Arnoldo Hanus nació el 19 de octubre de 1723 en Nancy, hijo de un funcionario de la cámara de cuentas de Lorena. Tenía 17 años cuando el rey Estanislao de Polonia lo nombraba canónigo de la Colegiata de Bourmont. Él continuó sus estudios y se ordenó sacerdote el 25 de mayo de 1749. En agosto de 1752, y como nueva dádiva del rey Estanislao, fue nombrado canónigo de la Colegiata de Ligny. El 26 de abril de 1754 el cabildo de esta colegiata lo nombraba cura de Notre-Dame de Ligny, función que él cumplió con gran celo, atendiendo mucho a la ayuda a los pobres. El 11 de febrero de 1785 era elegido deán del cabildo de Ligny. Hubo entonces de dejar el curato y dio un gran ejemplo por su piedad y asiduidad a los santos oficios. El 20 de marzo de 1789 fue delegado a la asamblea de los tres Estados del bailiato reunida en Bar. Llegada la revolución, su cabildo fue suprimido como los demás, lo que le fue comunicado por los comisarios nacionales en su propio domicilio el

3 de agosto de 1790 y éstos levantaron inventario de los papeles y títulos del cabildo. Reducido a la pobreza, recibió de sus padres una ayuda pecuniaria. Y entonces le dio una apoplejía que lo dejó medio paralizado. Invitado a prestar el juramento de libertad-igualdad, se negó, lo que le hacía estar en peligro de que se le aplicara la ley del 26 de agosto de 1792. Pensó que su estado de salud le dispensaría de tener que elegir entre el exilio y la reclusión y para ello se buscó un certificado médico que ponía de relieve su reumatismo paralizante. Pero en el departamento de La Meuse el implacable Mallarmé no estaba dispuesto a dispensar a ningún sacerdote de la deportación.

El 12 de mayo vuelve a exponer su estado de salud y aunque parece que va a obtener lo que pide, se rechaza su petición. El 13 de febrero de 1794 se secuestran sus bienes. El 16 de abril es arrestado y llevado a la cárcel de Bar. Al día siguiente vuelve a presentar una petición alegando su estado, pero sólo sirvió para que lo pusieran a la cabeza de la lista de los que iban a ser deportados. El día 21 hubo de abandonar Bar camino de Rochefort. El viaje fue horrible por lo mucho que en él tuvo que sufrir. Llegó medio muerto pero aún vivió hasta agosto, dando ejemplo de admirable paciencia y de entrega a la voluntad de Dios. Embarcado en el Washington, murió el 28 de agosto de 1794. Fue beatificado el 1 de octubre de 1995 por el papa Juan Pablo II.

BEATOS JUAN BAUTISTA FAUBEL CANO Y ARTURO ROS MONTALT

Mártires († 1936)

El *Martirologio romano* pone juntas las memorias de estos dos mártires que no murieron en el mismo sitio aunque sí el mismo día, mes y año.

JUAN BAUTISTA FAUBEL CANO había nacido el 3 de enero de 1889 en Lliria, Valencia. Llegado a la juventud contrajo matrimonio con Patrocinio Beatriz Olba Martínez, de la que tuvo tres hijos. Era pirotécnico y observaba una conducta ejemplar como profesional, como cristiano y como padre de familia. Llegada la República, fundó la Derecha Regional Valenciana que

pretendía despertar el sentido social de las juventudes católicas, y por esa misma razón fundó unas escuelas primarias a fin de poder brindar a los niños educación cristiana. Era militante de la Acción Católica. Al llegar la revolución de julio de 1936 le aconsejaron que se escondiese, pero él dijo que no negaría su sangre al Señor. Cuando incendiaron la iglesia parroquial, Faubel corrió y consumió las hostias consagradas para evitar su profanación. Detenido el día 6 de agosto, fue atormentado en Els Olivarets, y retenido unos días en su pueblo. El día 9 fue llevado a Valencia, al gobierno civil. Luego fue llevado a San Miguel de los Reyes, donde no le daban el alimento que le llevaba su familia sino pasta de maíz. El día 28 de agosto, a las 12 de la madrugada, lo sacaron con doce más y lo llevaron al término de Paterna donde lo fusilaron. Al ser fusilado gritó vivas a Cristo Rey y apretó en su mano el crucifijo.

ARTURO ROS MONTALT nació en Vinalesa el 26 de octubre de 1901. En 1927 contrajo matrimonio con María Llopis Sirer y tuvo con ella siete hijos. Era persona muy piadosa, de gran vida interior guiada por su director espiritual, llena de verdadero espíritu cristiano y hacía un fecundo apostolado en su entorno. Destacó en el campo social-católico, siendo uno de los puntales del sindicato católico. Fundó el centro de Acción Católica y colaboró en mantenerlo siempre lleno de vigor y vida. Fundó en el centro parroquial una escuela para poder brindar a los niños formación católica. Fue concejal del Ayuntamiento entre 1933 y 1935. Hombre justo y ponderado, daba en todo un ejemplo excelente de conducta cristiana. Llegada la revolución de julio de 1936, los revolucionarios le acusaban de tener embaucado al pueblo, y por ello tras tenerlo detenido unos días y hacerle objeto de malos tratos, lo fusilaron en la madrugada del 28 de agosto de 1936 con otros diez compañeros. Todavía estaba vivo cuando lo echaron a un horno de cal viva.

Ambos mártires fueron beatificados el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO AURELIO (JOSÉ) AMPLE ALCAIDE

Presbítero y mártir († 1936)

José Ample Alcaide nace en Vinalesa (Valencia) el 3 de febrero de 1896. Educado cristianamente, opta por la vida religiosa e ingresa en la Orden capuchina, en la que hizo la profesión temporal el 10 de agosto de 1913 y la solemne el 18 de diciembre de 1917. Hace los estudios eclesiásticos en Roma, donde se ordena sacerdote el 26 de marzo de 1921. Vuelve a España y es nombrado director del estudiantado capuchino de Orihuela, cargo que desempeñó con gran celo y competencia hasta su muerte. Llegada la revolución de 1936, el padre Aurelio, nombre que había elegido al hacerse religioso, marchó a su casa paterna, de donde fue sacado el 28 de agosto y fusilado.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO ALFONSO MARÍA MAZUREK

Presbítero y mártir († 1944)

José Mazurek nació el 1 de marzo de 1891 en Baranówka, diócesis de Lublín, Polonia. Decidido por la vida religiosa, ingresó el mes de agosto de 1908 en el noviciado de los carmelitas descalzos en Czerna, tomando el nombre de Alfonso María del Espíritu Santo y profesando los votos religiosos el 5 de septiembre de 1909, y haciendo la profesión solemne el año 1912. Luego de hacer los estudios eclesiásticos, se ordenó sacerdote el 16 de julio de 1916 en Viena. Estuvo seguidamente destinado en las casas de Czerna y Cracovia. En 1920 pasó al seminario menor de Wadowice de su Orden, donde estaría diez años, aportando él una notable contribución a su desarrollo, y siendo definidor provincial entre 1924 y 1927. En 1930 fue nombrado prior del convento de Czerna y en 1936 ecónomo del mismo convento, volviendo a ser nombrado prior en 1939. Sus dotes de mando y su espiritualidad le hacían ser un magnífico organizador siempre a la búsqueda del mayor bien de las almas. El 28 de agosto de 1944 las SS lo arrestaron y sacaron de su conven-

to, llevándolo a Nawojona Góra, en las cercanías de Krzeszowice, donde lo fusilaron por su condición de sacerdote. Fue beatificado el 13 de junio de 1999 por el papa Juan Pablo II.

29 de agosto

A) Martirologio

1. El martirio de San Juan Bautista, degollado en Maqueronte por orden del rey Herodes Antipas **.
2. En Sirmio (Panonia), Santa Basila († s. III/IV).
3. En Roma, la conmemoración de Santa Sabina († s. V), que da título a una iglesia del Aventino *.
4. En Metz (Galia), San Adelfo († s. V), obispo.
5. En Nantes (Bretaña Menor), San Víctor († s. VII), solitario.
6. En Londres, la conmemoración de San Sebbi († 693), rey de los Sajones orientales y luego monje *.
7. En París (Neustria), San Mederico o Merry († 700), presbítero y abad de San Martín de Autun *.
8. En Valencia, el martirio de los beatos Juan de Perugia, presbítero, y Pedro de Sassoferrato († 1228), religiosos franciscanos ambos, mártires **.
9. En Cracovia (Polonia), Beata Bronislava († 1259), virgen, de la Orden Premonstratense *.
10. En Lancaster (Inglaterra), Beato Ricardo Herst († 1618), mártir bajo el reinado de Jacobo I *.
11. En Rochefort (Francia), Beato Luis Vulfilacio Huppy († 1794), presbítero y mártir *.
12. En Waterford (Irlanda), Beato Edmundo Ignacio Rice († 1844), fundador de las Congregaciones de Hermanos Cristianos y Hermanos de la Presentación **.
13. En Rennes (Francia), Beata Juana Jugan († 1879), virgen, fundadora de las Hermanitas de los Pobres **.
14. En Valencia, Beato Constantino Fernández Álvarez († 1936), presbítero, de la Orden de Predicadores, mártir *.
15. En Híjar (Teruel), Beato Francisco María Monzón Romeo († 1936), presbítero, de la Orden de Predicadores, mártir *.
16. En el campo de concentración de Dachau (Baviera), Beato Domingo Jedrzejewski († 1942), presbítero y mártir *.
17. En Poznan, Beata Sancha (Janina) Szymkowyak († 1942), religiosa profesa de la Congregación de la Bienaventurada Virgen María Dolorosa *.
18. En Santa Giulia (Italia), Beata Teresa Bracco († 1944), virgen y mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

MARTIRIO DE SAN JUAN BAUTISTA

Maqueronte, castillo, había tomado el nombre de Maqueronte, ciudad. Ciudad cercana. Castillo emplazado en el punto de declive en que la triste meseta del desierto declina hacia el mar Muerto. Horizontes calcáreos, polvo blanco, aridez, sol y tierras calcinadas. Pendiente inclinada hacia las desoladas orillas del mar de la maldición, declive que se fragmenta en diversas cimas, aisladas unas de otras. Por Flavio Josefo, el historiador judío, conocemos interesantes noticias y pormenores de esta fortaleza de Maqueronte. Levantaba sus arrogantes murallas al oeste del mar Muerto, en la Perea. Como fortaleza —según Plinio la más segura después de la de Jerusalén— servía de recio baluarte contra los árabes nabateos, lindantes con los estados herodianos. Construcción fuerte y cómoda a la vez; era una de aquellas que Herodes el Grande había edificado en diversos lugares de sus dominios. Se advierte en la morosidad y detalles de la prosa de Flavio Josefo un particular gusto en describirla. Dice que Herodes construyó en medio del recinto fortificado «una casa regia», suntuosa por la grandiosidad y hermosura de sus departamentos, y que la proveyó, además, de abundancia de cisternas y de toda clase de almacenes. Convenía a la aridez y apartamiento del lugar.

La doble ventaja de Maqueronte de aunar fortaleza y casa de placer ofrecía al hijo de Herodes el Grande, Herodes Antipas, actual tetrarca, la oportunidad de atender a un doble objeto: vigilancia de sus fronteras, amenazadas por Aretas, rey de los nabateos, y solaz para sus largas horas de pequeño rey desocupado y amigo de fiestas y diversiones. De aquí su detenerse preferentemente muchas temporadas en este alcázar. El generoso abastecimiento, la alegre compañía, acomodada a sus caprichos, y los gustos que podía permitirse, convertían la aridez del desierto en amena y divertida morada.

Y es el mismo historiador judío, Josefo, quien nos certifica de este sitio como escenario de uno de los dramas más pungentes, aleccionadores y bellos en la historia de la santidad: el del final de la vida y el martirio de Juan, el Bautista. Flavio Jose-

fo era contemporáneo del santo Precursor. Austeridad de paisaje y palacio de deleites. Marco expresivo para aquella figura de vida penitencial que remata como invencible víctima de ajenos placeres.

Una providencial incidencia nos ilustra sobre este caso sublime de la vida del hijo de Zacarías y de Isabel. San Marcos y San Mateo nos lo recuerdan, ocasionalmente, con motivo de los temores de Herodes ante la predicación y los milagros de Jesús. Cuando llegan a oídos del tetrarca galileo las noticias de la aparición del Maestro, se estremece. En su pavor, turbio y supersticioso, se pregunta: ¿Es Juan el que yo maté, que ha resucitado?

> «Y oyó el rey Herodes, el tetrarca, la fama de Jesús, todas las cosas que él hacía, porque se había hecho notorio su nombre, y decía: Juan el Bautista ha resucitado de entre los muertos; y por esto óbranse en él milagros. Y otros decían: Es Elías. Y decían otros: Es el profeta, como uno de los antiguos profetas. Cuando lo oyó Herodes, dijo a sus criados: Éste es Juan el Bautista. Éste es aquel Juan que yo degollé, que ha resucitado de entre los muertos. Y dijo Herodes: A Juan yo lo degollé. ¿Quién, pues, es éste, de quien oigo tales cosas?».

Así, los dos evangelistas nos hacen el don de unas páginas impresionantes. Consiguen en ellas uno de los relatos de más dramática viveza. Y de suprema lección moral y sublime heroísmo. Con la información de San Marcos y la complementaria, paralela, de San Mateo, se nos da, de mano sobria y segura, penetrante agudeza psicológica, desarrollo y meandros de la pasión, descripción costumbrista, altísimo ejemplo de santidad. Sintetizando la acción del drama, podríamos formular: sobre el pavimento de mármol de una sala de festín, bajo el lujo asiático de damascos y sedas, entre perfumes, copas de plata y de cristal, serpea la vileza de la lujuria, la vileza de la venganza y la vileza de la cobardía. Del juego combinado de esta triple alianza brota un crimen. Y de la negrura de este crimen, como de la tiniebla subterránea del calabozo donde se ejecuta, se alza una aurora de heroísmo, la gloria de un martirio. A través de las líneas de la narración de los sagrados escritores, centellean, con alternativa luz de horror y de hermosura, el relámpago de la espada cercenadora y la plata de la bandeja donde cae el fruto cortado por la espada.

Casi diez meses ya que Juan, el Bautista, está encarcelado. «Herodes había hecho prender a Juan, le había encadenado y puesto en la cárcel por causa de Herodías». La oscuridad de una reducida mazmorra en el sótano, excavado en la propia roca, de Maqueronte, retiene su austera figura nazarena. Se intenta apagar con el aislamiento aquella voz de verdades que, con libertad de santo, amonesta a los grandes, al monarca: «No te es lícito tener la mujer de tu hermano». Este monarca es Herodes Antipas, hijo de Herodes llamado el Grande, aquel perseguidor de Jesús niño que había mandado degollar a los Inocentes. Herodes Antipas reinaba, como tetrarca, en Galilea y en Perea desde la muerte de su padre. Era hermano de Arquelao, que ocupó el trono de Judea, Idumea y Samaria. Y hermano también, por parte de padre solamente, de Filipo —así le apellida San Marcos, en tanto que Flavio Josefo le llama Herodes—, que vivía como oscuro particular en la capital del Imperio. En uno de los viajes de Antipas a Roma —viaje probablemente de información secreta sobre gobernadores romanos a Tiberio, amigo suyo, conquistado con hábiles y aduladoras complacencias—, se hospedó en casa de su hermano Filipo. La intimidad y frecuencia de trato le llevó a enamorarse allí, con la tenacidad de una pasión de madurez —de otoño casi, pues Herodes pasaría de la cincuentena— de su cuñada Herodías, nieta de Herodes el Grande y sobrina de los dos, de Filipo y de Antipas. A la pasión erótica del segundo responde la ambición soñadora de la mujer. Altiva, dominadora, intrigante, fantaseando grandezas y sedienta de fausto, descubre Herodías, con la declaración de Antipas, la posibilidad de abandono de su obscura existencia en Roma. Se le abre un horizonte áureo y sonriente, de brillantez y suntuosidades. Corresponde a la pecaminosa ternura y decide, con cautela, seguir, en el momento oportuno, hasta el Mediterráneo oriental a su real amante.

No es fácil dar apariencia legal a estos amores. Ya el matrimonio con Filipo había encontrado sus dificultades a causa de la próxima consanguinidad. Y el matrimonio entre cuñados estaba prohibido según la Ley de Moisés. Y donde reinaba Antipas regía la observancia de rabinos, duros y exigentes, por lo menos con las apariencias de la Ley. Además, el tetrarca de Ga-

lilea y de Perea tenía su esposa legítima, una princesa, la hija de Aretas, rey de los árabes nabateos. Pero triunfan la vehemencia erótica de la pasión del torpe enamorado y la vehemencia ambiciosa de la querida. Después de un tiempo de espera, en el que, y durante la ausencia del tetrarca de sus dominios, la esposa legítima informada, ha huido buscando otra vez refugio en la corte de su padre, Herodías lo salta todo, deja a su marido, y acompañada de su hija, habida del matrimonio con Filipo, marchan a Galilea. Su vanidad se colma, deslumbrada ante el boato de la corte de Herodes, cuyo amor a la fastuosidad, heredado de su padre, era conocido en Roma. Antipas, oriental educado en la capital del Imperio, unía el sentido suntuario del Oriente con el refinamiento de las costumbres paganas.

Aretas, el rey de los nabateos, herido en su honor de monarca y en su afecto de padre por el repudio de su hija, se ha convertido en enconado y temible enemigo del tetrarca galileo. Esto justifica más la presencia de Herodes en Maqueronte. Pero su avidez de goce y de ostentación disfruta más del palacio que de la fortaleza. Los lujosos salones son testigos de frecuentes fiestas. La tensión de la vigilancia y el tedio cortesano se amenizan con diversiones. Músicas de placer tienen el encargo de ahogar el ingrato estrépito de un posible ataque. Herodías colabora, con su don de insinuación, al olvido, y triunfa en aquel pequeño ambiente con su seducción, su brillo y ansia de distracciones. Sólo el índice acusador de San Juan se hinca, como un torcedor, como un hierro afilado, en su sensualidad: —No te es lícito.

Una alegre conmemoración, con su fiesta correspondiente, brinda el anhelo de venganza, siempre al acecho, de la adúltera, una oportunidad magnífica. La fiesta del aniversario del natalicio de Herodes. Son conocidas las grandes solemnidades con que la antigüedad oriental y romana celebraba tales aniversarios. El Génesis nos evoca la pompa desplegada con este motivo por uno de los faraones egipcios. Para el fausto acontecimiento la munificencia de Herodes había invitado a lo más descollante de su reino. Y la fiesta en que cortesanos interesados habían hecho alarde de su ingenio áulico y fraseología aduladora, en felicitaciones, poemas y regalos al monarca, terminaba con la opulencia de un banquete. Y al caer de la tarde ve reunidos en torno a

la mesa presidida por el rey —así le llama en sentido lato San Marcos— los principales personajes de sus Estados. Tres categorías distingue el evangelista: elevados oficiales de palacio, los altos militares de su ejército y notables de Galilea, lo más distinguido de la sociedad de su tetrarquía. Gente de autoridad y dinero. Aristocracia ávida, desde su apartamiento provinciano, de tomar parte en el tono cosmopolita de la capital, de que se preciaba el tetrarca, seguidor del ritmo de la metrópoli. Las luces, encendidas por esclavos en el bronce y plata de los candelabros, iluminaron alcatifas, triclinios, ricas vestimentas, joyas, frases ingeniosas, complacencias y sonrisas. En los manjares del banquete brilla el alarde munífico y sibarita de los gustos del asmoneo. Complementa su vanidad de deslumbrar y su irrefrenada sensualidad la astucia femenina de Herodías, con otras intenciones de sumo interés personal.

La adúltera, ofendida y enfurecida con Juan, el profeta delator de su adulterio, cuya presencia era una admonición constante, tenía a su lado un medio muy apto: su hija. Esta hija cuyo nombre no se nos dice en el Evangelio y que sabemos por Flavio Josefo: Salomé. Y cuyo perfil físico —el de varios años después— conocemos gracias a una pequeña moneda en la que aparece con el rey de Calcis, Aristóbulo, del que fue esposa. Herodías; podría tender una trampa habilísima. La muchacha había aprendido en la alta sociedad de la urbe a bailar elegantísimamente y a ejecutar danzas desconocidas de aquellos magnates de provincia. La ayudaba su fragante juventud. Salomé tendría entonces unos diecinueve años. Supo la madre, perspicaz, multiplicados sus ardides mujeriles por el encono, estimular el amor propio de la joven. Salomé, encendida juvenilmente del deseo femenino de exhibirse, estuvo a la altura de la intención de la madre. La coreografía amenizadora de festines era habitual en las costumbres romanas. La poesía de Horacio nos informa, con su habitual desenfado, del aire atrevidamente impúdico de tales danzas. Hoy no actuarán bailarinas asalariadas. La danzarina será esta vez la propia hija de Herodías. En la apoteosis del banquete, cuando al fuego del vino y la embriaguez se inflaman los instintos menos elevados, hace su deslumbrante aparición la refinada bailarina. Se arquea su cuerpo con ritmos tan elásticos

y graciosos, danza de forma tan audaz y seductora para la baja avidez de tanto instinto despertado, que Antipas se estremece. El halago de un espectáculo superior, que le eleva por encima de las demás cortes de Oriente, le sacude. Es el brillo de la metrópoli danzando en los movimientos de Salomé. Y es la lujuria y frivolidad del tetrarca que exultan hasta el entusiasmo. «Pídeme lo que quieras y te lo daré» —le asevera con la ternura viscosa de la sensualidad exaltada, entre el delirio y los aplausos de la concurrencia complacida—. «Pídeme lo que quieras y te lo daré, aunque sea la mitad de mi reino». Y corrobora la promesa con solemne juramento.

Siglos antes, en otra corte de Oriente, otro monarca había hecho promesa semejante a otra mujer, pero en ocasión alta, noble y pura: Asuero a Esther. Aturdida ante tal ofrecimiento, Salomé cruza, rápida, la sala y va a la del banquete de las damas —las mujeres no podían participar como comensales en estos festines—, donde estaba su madre. Su madre en despertísimo alerta. «¿Qué le pido?». Herodías no duda un instante. Tenía madurada la respuesta desde mucho tiempo. La taima con que la zalamería femenina la envuelve no puede disimular la crueldad de la tajante decisión. Tajante como el filo de la espada que dentro de unos minutos cercenará la cabeza de un profeta. La rapidez en expresar esta voluntad y las prisas con que se ejecute —«ahora mismo», dice el texto evangélico—, descubren en su satisfacción el logro de un incontenible y represado anhelo. ¡Por fin! «La cabeza de Juan el Bautista». Vuelve Salomé apresuradamente donde estaba el rey. Pide, decidida: «Quiero que me des al instante, sobre esta bandeja —cogería una de las de la misma mesa—, la cabeza de Juan el Bautista». El rey se entristeció. Porque apreciaba a Juan. «Le tenía como profeta y le custodiaba, y por su consejo hacía muchas cosas, y le oía de buena gana. Pero por el juramento y por los que con él estaban a la mesa, no quiso disgustarla. Mas enviando uno de su guardia, le mandó traer la cabeza de Juan en un plato. Y le degolló en la cárcel. Y trajo su cabeza en un plato y la dio a la muchacha y la muchacha la dio a su madre».

La tristeza de Antipas fue sincera. Pero ineficaz. Con la ineficacia de la cobardía. El respeto humano de los débiles que

teme quedar mal ante los hombres y no tiene la entereza de defender más altos imperativos de conciencia, lleva la voluntad del monarca al crimen. Y da la orden al «speculator», o soldado destinado para estos eventuales menesteres de muerte. Sobre una de las mismas bandejas de la fiesta, ¡qué fuerza del símbolo!, aparece un trágico fruto: la cabeza de Juan. Ya calló la santa boca que recordaba el deber. La de aquel asceta santísimo que vivió austeramente en el desierto, del que dijo el Divino Maestro:

> «¿Qué salisteis a ver en el desierto? ¿Una caña movida por el viento? ¿Un hombre vestido de ropas delicadas? ¿Un profeta? Ciertamente os digo: Y más aún que un profeta. Porque éste es de quien está escrito: He aquí que yo envío mi ángel ante tu faz, que aparejará tu camino delante de Ti».

Ya calló la boca del predicador de la virtud. Para cerrar esos labios santos que te señalaban la limpia trayectoria del bien, no necesitas ya tu mano blanda y cobarde, rey lascivo. El filo de tu pecado le segó la voz. La debilidad tiene también sus espadas de finísimo corte, la caricia vedada sus arañazos asesinos. Tus delicias prohibidas gotean ahora sangre en las venas del cuello mártir. No temas la mirada de estos ojos inertes. Están cerrados: Cerrados —purísimos y viriles— del horror de tu lascivia.

La cabeza cercenada del Bautista pasó apresuradamente de manos de la hija, ligera, a las de la madre, incestuosa y adúltera. El odio acumulado ardía con los vértigos más vivos de la prisa. Más que el alfiler de plata o el puñal de acero, con que, según informe tardío de San Jerónimo, atravesó, como desahogo de su odio, la nieta de Herodes —lamentable fidelidad de crueles atavismos— la lengua del defensor de la castidad —así hizo Fulvia con la cabeza de Cicerón—, la taladran ahora, en punta confluyente de saeta, los dos ojos del adulterio de Herodías que en ella se clavan con la innoble alegría del rencor satisfecho. El tiempo había alimentado la llama del odio. «No dejes libre a este amonestador importuno», urgía a su amante. Y consiguió encarcelarlo. Ahora obtiene su remate, el hito supremo: matarle. El afilamiento definitivo de la espada lo dio la venganza de una mujer servida por los lúbricos movimientos de danza de otra mujer. Digna hija de tal madre. «La cabeza de un profeta

—clama, lleno de espanto, San Ambrosio—, el premio de una danzarina».

En la historia de los hombres se leerán estos hechos como un normal discurrir de la pasión y la intriga. En la historia de la gracia la mirada sobrenatural leerá, a través de la flaqueza y perversión de los sucesos humanos, la intención de Dios, que saca de ellos la maravilla de un santo, la corona de un mártir.

Cuando los discípulos de Juan se enteraron de su muerte, «vinieron y tomaron su cuerpo, y lo pusieron en un sepulcro», añade el evangelista. El respeto de los buenos a lo santo sigue al odio a lo santo de los perversos. En el silencio reverente con que envuelve esta frase evangélica la tumba de Juan Bautista, suena para la piedad y para la fe una sinfonía triunfal. La alta sinfonía de la verdad, que no cede ante el poder y el pecado, duraderos en el tiempo. La gloria del mártir, duradera en la eternidad.

Cuando el beduino señala hoy al viajero piadoso una cumbre, azotada por el viento frío, con unas viejísimas ruinas, y le dice, con voz de misterio, el nombre de aquel lugar, el *Mashaka,* el «palacio colgado», donde se irguió Maqueronte, la memoria cristiana evoca algo más que un inane recuerdo elegíaco. Allí se cumplió la suprema aspiración de un alma nobilísima, el hito de un santo:

> «Yo no soy el Esposo, sino el amigo del Esposo; no soy el Cristo, sino el precursor. Él debe crecer, yo menguar, empequeñecerme».
>
> «Tú te empequeñeces, Juan —le dirá San Agustín—, con el cercén de la cabeza. Él crecerá con la cruz».

FERMÍN YZURDIAGA LORCA

Bibliografía

FILLION, L. C., *Vida de Nuestro Señor Jesucristo* (Madrid [7]1959).

GOMÁ Y TOMÁS, I., *El Evangelio explicado,* 4 vols. (Barcelona 1934).

KELLER, W., *Y la Biblia tenía razón* (Barcelona 1956).

RICCIOTTI, G., *Vida de Jesucristo* (Barcelona [8]1963).

Verbum Dei. Comentario a la Sagrada Escritura. III: *Nuevo Testamento: Evangelio* (Barcelona 1958).

• Actualización:

STEGEMANN, H., *Los esenios, Qumrán, Juan Bautista y Jesús* (Madrid 1996).

BEATOS JUAN DE PERUGIA Y PEDRO DE SASSOFERRATO: MÁRTIRES DE TERUEL

Religiosos y mártires († 1228)

En torno al año 1209 suponen las crónicas de los frailes menores que acudieron al convento franciscano de Asís un venerable sacerdote, llamado Juan, natural de Perusa, y un hombre de edad madura, Pedro, procedente de Sassoferrato. Los dos deseaban un camino de perfección, siguiendo el admirable ejemplo iniciado por San Francisco de Asís. Adelantaron tanto en abnegación de sí mismos y celo apostólico que el propio San Francisco pensó en ellos para emprender una magna empresa misionera, que sería gloria y corona de la Orden Seráfica.

Deseaba ardientemente extender por toda la tierra el Reino de Dios, despertando que todos conocieran el Evangelio de Cristo. Por eso, en el año 1217 envió frailes a predicar a los moros en tierras de cristianos, y dos años más tarde, envió un nuevo grupo de religiosos para llevar la fe a tierras del norte de África. Dos de ellos, Juan de Perusa y Pedro de Sassoferrato, partieron hacia el reino moro de Valencia, y otros seis, marcharon a Marruecos. Llegados los dos primeros a tierras de Aragón bajaron a Teruel, a donde llegaron el año 1220, camino de Valencia.

Teruel era una ciudad fronteriza, que comerciaba con los árabes y donde era escasa la vida religiosa. Vislumbrando el inmenso reino de Valencia, los dos religiosos franciscanos edifican dos celdas para su morada junto a la ermita de San Bartolomé, situada extramuros de la ciudad, cavan un pozo y cultivan un pequeño huerto, dedicándose a predicar la Buena Nueva evangélica, atienden a los enfermos y ayudan a los pobres. Se preocupan por la infancia a quien enseñan las verdades de la fe cristiana, siendo acreditados como apóstoles de los niños, como confirma y demuestra la participación de numerosos pequeños en la procesión anual en su honor:

> «Salían ciertos días de fiesta a las plazas y lugares de mayor concurrencia y juntando cuantos niños podían les explicaban la doctrina cristiana, informándoles con suavísima mansedumbre de los misterios y artículos de nuestra santa fe».

Esta actividad pastoral, junto con la predicación a los adultos y el singular ejemplo de humilde servicio, lograron que la vida piadosa de los turolenses fuera más auténtica, aumentando la práctica religiosa, y mejorando notablemente las costumbres. El pequeño templo franciscano se llenaba para escuchar a estos dos varones evangélicos, edificantes por su sacrificado testimonio. Pero su meta era Valencia, la mora.

El ejército de Jaime I de Aragón acosaba las huestes del rey valenciano Zeit Abu Zeit, hermano de Miramamolín, el de las Navas de Tolosa. Se produjo en este tiempo un asalto de los moros al barrio cristiano de la capital del Turia, produciéndose crueldades y crímenes que espantaron a los cristianos. Cuando esta noticia llegó a Teruel los dos admirables misioneros franciscanos entendieron que había llegado la hora de partir hacia Valencia, para animar a los cristianos, anunciar la Palabra de Dios y dar testimonio de Cristo. Si era preciso, con el martirio.

Enrolados en una caravana de mercaderes llegaron a la capital del Turia el año 1228. Sencillos, pero intrépidos, hicieron oír su voz, animando a los cristianos a practicar las enseñanzas evangélicas, por amor a la verdad, la justicia y la paz. Al poco tiempo el rey moro de Valencia ordenó que fueran encarcelados. En el juicio les interroga sobre su misión, invitándoles a apostatar de Jesucristo. Según parece, fueron sometidos, además, a diversos tormentos que sufrieron atados a un ciprés o palmera, posiblemente serían apaleados o azotados, forzándoles a obtener una confesión de culpabilidad o provocar su apostasía. Su confianza en la Divina Providencia les mantuvo firmes y serenos, aceptando la sentencia de muerte con ánimo gozoso.

El día 29 de agosto del año 1228 fueron decapitados en la conocida plaza de la Higuera que, según los historiadores, corresponde a la actual plaza de la Reina. Los cristianos recuperaron los cuerpos de los mártires y les dieron piadosa sepultura en la iglesia del Santo Sepulcro, posteriormente Parroquia Colegiata de San Bartolomé. Unos años después, el rey moro de Valencia que ordenó la muerte de estos dos franciscanos fue destronado, proclamándose nuevo rey Zaén. Por su parte Zeit Abu Zeit huyó a Zaragoza, donde en 1233 recibió el bautismo con el nombre de Vicente de Belvís. Es fama que donó su palacio en

Valencia a la Orden franciscana, para expiar su pecado. El martirio de los dos religiosos franciscanos produjo una gran consternación. Cuando en 1231 llegó el rey don Jaime I los turolenses le pidieron que recuperara los santos restos de los mártires, como así hizo, liberando —como intercambio— a los moros notables que tenía prisioneros en Morella (Castellón). El rey Zaén mandó a Teruel en una caja los restos de los religiosos, y diversas reliquias y objetos usados por los franciscanos, en cuya cubierta escribieron «San Juan y San Pedro». La llegada de estos venerables restos a Teruel coincidió con una asamblea de caballeros cristianos, convocados por Jaime I para preparar la conquista de Valencia.

El mismo rey recibió las reliquias en sus propias manos, y los sagrados cuerpos de los llamados «Mártires de Teruel» se colocaron en una urna de alabastro en la ermita de San Bartolomé, donde predicaron fervorosamente algún tiempo. En 1391 este pequeño templo fue derribado y en su lugar se construyó la iglesia actual, concluida en 1409. Las reliquias de los mártires se depositaron en la capilla de Santa Rosa de Viterbo, pero en 1481 se trasladaron al altar mayor, colocándolas debajo del Sagrario. El año 1537 don Gaspar Sánchez, barón de Escriche, hizo labrar una nueva urna, que fue sustituida en 1690 por la que ofrendó don Diego Andrés Sánchez de Cutanda, baile general de la comunidad de Teruel.

Al producirse en 1835 la exclaustración de los frailes, las sagradas reliquias se guardaron en el convento de religiosas clarisas, donde permanecieron hasta el año 1903, en que se abrió de nuevo la iglesia y convento de los franciscanos en Teruel, a donde regresaron las veneradas reliquias. Cuando en 1917 se celebró el VII centenario de la venida de los «Mártires a Teruel», el artesano Matías Abad construyó la urna de hierro repujado que encierra la urna de cristal, donde están las sagradas reliquias. Esta urna se salvó del terrible asedio y conquista de Teruel el año 1937 al ocultarla secretamente un valiente devoto de los Mártires. En 1977 la urna de cristal fue restaurada.

Son patronos de la ciudad y diócesis de Teruel, junto con Santa Emerenciana, con voto solemne efectuado el 29 de agosto de 1735. La Sagrada Congregación de Ritos el 3 de enero de

1705 reconoció el culto inmemorial a estos bienaventurados mártires, y el papa Benedicto XIII concedió misa y oficio propios el 23 de julio de 1727. Desde su mismo martirio vienen recibiendo el título de «santos», aunque, en verdad, han de ser venerados como beatos.

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

Los santos mártires de Teruel. 750 aniversario de su martirio. 1228-1978 (Teruel 1978).

BEATO EDMUNDO IGNACIO RICE

Fundador († 1844)

Insigne fundador de dos institutos dedicados al importantísimo campo de la educación católica, tan arduo como fascinante y fructífero, nació Edmundo Ignacio Rice en Westcourt, Callan (Irlanda), el 1 de junio de 1762.

Su larga vida de 82 años recorrió incansable una escala ascendente de progreso espiritual y de fecundidad apostólica en los distintos estados y situaciones que se encontró. Fue, primero, hábil comerciante con éxito en negocios y ventas. Pero, sobre todo, encontraron en él un modelo relevante de verdadero apóstol seglar.

Se casó a los 25 años. Y el amor que profesó, tanto a su joven esposa como a su hija minusválida, floreció en multitud de obras espirituales y corporales de misericordia en torno suyo. Ayudaba al clero de su parroquia a hacer frente a las apremiantes necesidades de sus conciudadanos oprimidos por la pobreza y el peso de la legislación anticatólica.

Muerta prematura y trágicamente su esposa a los dos años de matrimonio, soportó con espíritu de fe la pesada cruz de la soledad y la minusvalía de su hija. Cuidó de ella con plena responsabilidad y cariño de padre. Sin duda movido por el Espíritu, emprendió un camino concreto de apostolado, ante las condiciones deplorables en que se encontraba la educación de los jóvenes. Abrió una escuela instalada provisionalmente en un viejo edificio y allí mismo escogió el desván como vivienda

suya. Su ejemplo arrastró a otros compañeros y les llevó a compartir su vivencia radical del evangelio. No le faltó el estímulo y bendición del obispo de Hussey ni del papa Pío VI.

De aquí nació una nueva comunidad religiosa de carácter apostólico, prioritariamente consagrada a levantar el nivel de los fieles, haciéndoles conscientes de su dignidad como hijos de Dios, siempre por medio de la educación cristiana integral.

La pequeña comunidad inicial seguía la Regla de las Hermanas de la Presentación, con algunas adaptaciones. Pronto se trasladó de la escuela provisional a un local estable en Waterford, al que llamaron Monte Sión.

El Instituto, llamado «Sociedad de la Presentación», fue aprobado como congregación de derecho diocesano en 1809, cuando el obispo Powce admitió a Edmundo y a sus compañeros a los votos evangélicos en la vida religiosa.

La obra se extendió rápidamente a otros centros de la diócesis de Waterford y más allá de sus fronteras. Muchos obispos valoraron la excelencia del método propio del Siervo de Dios en la educación católica de los jóvenes. El arzobispo Troy de Dublín y su coadjutor, el también arzobispo Murray, agenciaron en la curia romana una organización central para la congregación, que se iba multiplicando por las diócesis.

El paso decisivo lo dio en 1822 cuando el papa Pío VII envió su carta de aprobación *Pastoralis dignitatis fastigium.* Edmundo, ahora ya llamado «hermano Ignacio», la acogió junto con la mayoría de sus hermanos y fue elegido «Primer ministro general» de la congregación, ya de derecho pontificio, que más tarde fue conocida como Congregación de los Hermanos Cristianos. El espíritu del fundador está recogido con toda fidelidad en el libro de la *Regla común* que vio la luz en 1932.

Una pequeña parte de las comunidades continuó como «de derecho diocesano» con el nombre de Hermanos de la Presentación, bajo la obediencia del obispo de Cork. Con el tiempo se convirtieron también ellos en congregación de derecho pontificio.

Edmundo pudo contemplar la propagación de su obra y sus hermanos no sólo en Irlanda sino también en Inglaterra, Tierra del Fuego y Australia. Sólo en 1838, anciano y enfermo, deja de

ser superior general. Falleció en el Monte Sión de Waterford el 29 de agosto de 1844, aureolado con fama de santidad.

Los miembros de las dos congregaciones por él fundadas, inspirados en su ejemplo y sus normas, continuaron su vida apostólica en comunidades de los cinco continentes, llevando a Cristo miles de jóvenes. Los Hermanos Cristianos se han concentrado en los territorios de misión de Sudamérica, África, e Islas del Pacífico, dedicándose con preferencia a los marginados de las grandes ciudades. Por todas partes han llevado el nombre y carisma de su fundador, contándose por centenares las gracias y curaciones atribuidas a su intercesión.

La causa de beatificación se inició en Dublín, 1962, y concluida felizmente la tarea de la comisión histórica diocesana el 16 de julio de 1976 y el proceso informativo (19 de mayo de 1979), pasó el proceso a la Sagrada Congregación para las Causas de los Santos el 1 de junio de 1979. Examinados los escritos, el decreto sobre los mismos es del 22 de octubre de 1980. Terminada la *positio* en 1985, llovían de todas partes cartas de agradecimiento por las gracias y favores atribuidos a su intervención.

La solemne beatificación tuvo lugar el 6 de octubre de 1996, junto con la Madre María Ana Mogas, fundadora española de las Franciscanas Misioneras de la Madre del Divino Pastor.

Juan Pablo II, en su homilía, trazó la semblanza del nuevo beato partiendo de la carta de San Pablo a los fieles de Filipos: «Nosotros tomamos en consideración todo lo que hay de verdadero, de noble, de bueno y puro» (cf. Flp 4,8), aplicándolo a la vida y carisma vocacional del beato en la educación. «Practicad asimismo lo que habéis aprendido y recibido, lo que habéis oído y visto en mí. Y el Dios de la paz estará con vosotros» (cf. Flp 4,9).

El Espíritu lo llevó, finalmente, a su total consagración y la de sus compañeros en la vida religiosa. Hoy sus hijos espirituales, los Hermanos Cristianos y los Hermanos de la Presentación, continúan su misión, una misión que él mismo describía en esta sencilla y clara intención: «Confiando en la ayuda de Dios, espero ser capaz de educar a estos muchachos a ser buenos católicos y buenos ciudadanos».

«¿Quién medirá jamás —dijo el Papa— todo lo bueno que ha venido por la penetración espiritual, corazón afectuoso y fe decidida del Beato Edmundo Ignatius Rice? Una vez más, Irlanda ha dado a la Iglesia y al mundo un testimonio de completa fidelidad a Cristo».

En el *Ángelus* de ese domingo (6-10-1996) Juan Pablo II se refirió de nuevo al Beato Edmundo con emocionadas palabras, tras de las cuales se percibe la honda preocupación por el drama de violencia y de sangre que sacude a Irlanda del Norte:

«Saludo calurosamente a los muchos peregrinos de Irlanda y de otras partes del mundo que han venido para la beatificación de Edmundo Ignatius Rice. Vuestra presencia es un tributo al trabajo dedicado por los Hermanos Cristianos y los Hermanos de la Presentación, especialmente en el muy importante campo de la educación católica. Los santos de Irlanda, antiguos y modernos, muestran la profundidad con que los irlandeses se han comprometido con Cristo.

Os invito a orar para que esta herencia de auténtica fe y santidad sea la inspiración de nueva armonía y paz entre las comunidades en Irlanda del Norte, entre personas de diferentes ideas políticas. Oremos para que los irlandeses dejen atrás la tensión y el conflicto entre ellos y avancen en la construcción de un futuro más claro y más sereno para la nueva generación. Nada se pierde con la paz; todo se puede perder con la violencia. ¡Que Dios os bendiga a todos!» (cf. *Ecclesia* [1996] n.2811).

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

COX, D., «Rice, Edmund Ignacio», en *Bibliotheca sanctorum. Appendice prima* (Roma 1987) 1141-1142.

CULLEN, W. B., y otros, *Edmund Rice. The friend of boys* (Athlone 1965).

«Homilía de Juan Pablo II en la misa de beatificación de la madre Ana M.ª Mogas, Edmundo Ignacio Rice y otros catorce beatos»: *Ecclesia* (1996) n.2811 p.25-27.

NORMOYLE, M. C., *A tree is planted. The life and times of Edmund Rice* (Dublín 1975).

RUSHE, D., *Edmund Rice. The man and his time* (Dublín ²1995).

BEATA JUANA JUGAN

Virgen y fundadora († 1879)

Juana Jugan, en religión sor María de la Cruz, es un caso insigne de vida cristiana fecunda. Vivió ejemplarmente como

seglar hasta los cuarenta y siete. A esa edad empieza su obra prodigiosa y vive doce años de creatividad evangélica extraordinaria hasta que la obediencia la sumerge en veintisiete años de inactividad silenciosa y oculta, vivida en una ofrenda de amor que resultó ser extraordinariamente eficiente. Porque ella fue la dinámica escondida pero profunda de su grandiosa obra: la Congregación de las Hermanitas de los Pobres.

Juana nace en Cancale, Bretaña, el 25 de octubre de 1792. Francia está en pleno período revolucionario. Era hija de José, marinero pescador, y de María Horel, de cuya unión llegarían a nacer siete hijos. La llevan sus padrinos, porque el padre estaba en alta mar, a que la bautice el párroco intruso y constitucional Godefroy aquel mismo día. Y hubo de ser en su casa donde recibiera las nociones elementales de religión ya que en el curso del proceso revolucionario la iglesia parroquial sería cerrada, convertida en hospital y luego en almacén de forraje para las tropas. En su casa, en 1796, tiene lugar una tragedia: su padre no regresa de la mar. Al parecer se ha ahogado. Pero pasarán muchos años antes de que se le dé por muerto y se le llamará incluso en los documentos con el apelativo de «ausente». Hasta que no se firma el concordato no se reabre la iglesia, no llega un nuevo párroco y no puede hacer Juana la primera comunión (1803), seguida al poco tiempo por la confirmación. Juana, en cuanto pudo, sacaba a pastar las dos vacas y unas cabras de la familia. A los 16 años fue contratada como ayudante de cocina en casa de la vizcondesa de la Chouë, que le tuvo afecto y la trató muy bien y la empleó, igualmente, en la acogida a los pobres y en la visita a los ancianos solos. Parece que sus dones innatos de serenidad, reflexión y amabilidad se hicieron más refinados en el trato con una dama tan excelente como la vizcondesa. Era una joven espigada y agradable, a quien un joven marinero pidió en matrimonio. Juana no dio una negativa absoluta, simplemente le dijo que esperase. Joven piadosa y recogida, asistió a las misiones que se dieron en Cancale en 1816, y tomó la decisión de permanecer soltera y guardarse para el servicio de Dios, dando negativa final a su pretendiente.

Una vez casadas sus dos hermanas, Juana decide dejar el hogar paterno y establecerse en Saint-Servan, donde se coloca en

el hospital du Rosais, que era el hospital civil y de la marina, atendido por las religiosas Hijas de la Sabiduría. Cuidó a un anciano sacerdote, luego trabajó en la farmacia y por fin fue enfermera. Su trabajo era muy duro y al cabo de seis años dejó el hospital porque estaba agotada. Se coloca entonces (1823) como sirvienta con la señorita Lecoq, quien la trata más como amiga y acompañante que como criada. Recuperó su salud gracias a los cuidados y buen trato de la señorita, a quien, además, acompañaba en sus obras de caridad y llevaba como ella una intensa vida de piedad. Juana se agregó en la parroquia al grupo de Hijas de María. Sintiendo la mucha pobreza que había en las clases más populares Juana no dudó en pedir limosna para los pobres, ya que la fortuna de la señorita Lecoq era modesta y no cubría lo que la caridad les impulsaba a dar. Colaboraba también con ella en el catecismo de los niños. Ambas se levantaban muy de mañana, iban a misa, hacían la meditación y el rezo del rosario, leían libros piadosos y practicaban la visita al Santísimo.

A los 30 años se inscribió en la llamada Orden Tercera de los eudistas, la Sociedad del Corazón de la Madre Admirable, que tenía una regla bastante estricta y hacía de sus socias una especie de religiosas en medio del mundo. Con esta asociación hacía todos los años ejercicios espirituales en primavera. Este género de vida duró hasta que el 27 de junio de 1835 la señorita Lecoq falleció a los 65 años de edad. Juana la heredó: heredó sus muebles y una pequeña suma que, unida a sus economías personales, se elevaba a 600 francos. Decide entonces quedarse en su casa, sin colocarse en ninguna, pero ganarse la vida echando horas de trabajos: hacer la colada, la limpieza de las habitaciones, cuidar de enfermos, etc. Así conoció a muchas familias y entabló lazos de afectuosa relación con ellas. Hasta que trabó amistad con Françoise Aubert, llamada Fanchon, y decidieron ambas vivir juntas en un modesto piso de la calle del Centro, parece que el año 1838. Tenían unas habitaciones y encima una buhardilla a la que se llegaba por una escalera y un escotillón abierto entre las vigas. Fanchon hacía los trabajos de la casa y Juana seguía saliendo a distintas casas a trabajar por horas.

Por entonces conoce al P. Félix Massot, religioso hospitalario de San Juan de Dios. Un día de ese mismo año de 1838 un

fabricante de cordeles, el sr. Gouazon, le pidió que acogiera en su casa a Virginia Trédaniel, huérfana de padre y madre, y de la que él era el tutor. Juana la tomó a condición de que trajera su cama y se ganara el pan. Juana y su amiga hacían cuantas obras de caridad podían, y Juana no dejaba de visitar a los enfermos pobres. Un día visita en un tugurio a una anciana ciega, casi paralítica y desprovista de todo auxilio. Se llamaba Ana Chauvin. Juana le propone a su amiga traérsela a casa y alimentarla como si fuera de la familia. Y Fanchon estuvo de acuerdo. Y así empezó la obra hospitalaria de Juana Jugan. Juana le cedió su cama y ella empezó a dormir en un jergón.

Aquel mismo invierno se encontró con otra anciana igualmente desamparada y la metió también en la casa. Éstos fueron los comienzos de lo que sería su gran obra de hospitalidad. Virginia, la joven acogida, y otra joven de la asociación de Hijas de María, María Jamet, se unieron a Juana en su atención a las ancianas. Al invierno siguiente su confesor la invitó a que recogiera a la joven Madeleine Bourges, tan enferma que se la daba por moribunda, y Juana accedió. Era diciembre de 1840. Los cuidados de Juana devolvieron a la joven a la vida, y ella decidió entonces sumarse a la obra de caridad con las ancianas. Pero ya antes habían visitado la casita el párroco y el vicario parroquial de Saint-Servan, y este último, el abate Auguste Le Pailleur, las había animado a las tres a hacer las cosas con orden y profundidad y a comportarse como si fueran una institución religiosa, de forma que en adelante las tres anteponen a su nombre la palabra «sor» y se deciden a vivir en conformidad con un pequeño reglamento.

A partir de aquí (15 de octubre de 1840) Juana apenas podía frenar su deseo de ampliar la obra para acoger a más ancianas, y esto no podía hacerlo si no se mudaban a una casa más amplia. Alquilaron entonces una habitación grande a poca distancia de su casa, donde había además una habitación que podía albergar a las tres y una vecina les cedió una habitación para oratorio. Se mudaron el 29 de septiembre de 1841. Un mes más tarde ya estaban acogidas doce ancianas. Juana pedía intensamente limosna para poder hacer frente a todas las necesidades. Pedía sin cansancio y con gran humildad y amabilidad. Las ancianas cola-

boraban hilando lino o cáñamo. Y pronto se vio que aquella casa era insuficiente. Estaba en venta el antiguo convento de las Hijas de la Cruz. Se reunió el dinero que se pudo y se compró la finca, echándose encima una no pequeña deuda de muchos miles de francos. Pero había una gran confianza en la Providencia.

El 29 de mayo de 1842, fiesta del Corpus Christi, la asociación se reunió en presencia del abate Le Pailleur, se reelaboró la regla de vida y las dos jóvenes eligieron a Juana como superiora de la misma. Virginia estaba fuera y haría su promesa de obediencia más tarde. Iban a vivir dedicadas a Dios y a los pobres, y a pedir en lugar de ellos. Han seguido los avisos del P. Massot, ya citado, que ha visto claro que en aquel grupo había un germen de una nueva congregación religiosa hospitalaria y la orienta con criterio seguro. Adoptaron el nombre de Siervas de los Pobres. Y como Juana ya había hecho voto perpetuo de castidad, las otras tres lo emiten, en calidad, naturalmente, de voto privado, en la fiesta de la Asunción de ese mismo año 1842. El P. Massot logra para la pequeña institución la gracia de ser agregada en unión de oraciones, méritos y buenas obras con la Orden de San Juan de Dios. El 29 de septiembre se trasladan a la casa de la Cruz. En pleno traslado las visita el obispo de Rennes, monseñor Godefroy Brossais Saint-Marc. Aquel mismo día admitió Juana hasta seis ancianas más, diciendo que si Dios llenaba la casa, no la abandonaría.

Juana organiza la vida de la comunidad, dispone que vistan todas de color negro o pardo y sobre la cabeza una cofia redonda terminada en un dobladillo. Juana sigue con la cuestación, María al cuidado del trabajo y parte de la cuestación, Virginia se encarga de la ropa blanca y Madeleine de la cocina. Muy pronto las ancianas son veinticinco, y Juana, con su paraguas y su cesta, que se harán legendarios, no se cansa de ir y venir pidiendo toda clase de limosnas para sus ancianas. El 21 de noviembre de ese año de 1842 Juana y María pronunciaron el voto privado de obediencia. El 8 de diciembre de aquel año recibieron el cinturón de cuero, tomado de la Orden Hospitalaria, y las otras dos pronunciaron su voto de obediencia. Juana, en breves reuniones antes de dormir, formaba a sus compañeras y las introducía en la espiritualidad de quien sirve a Dios y a los pobres. En el

invierno de 1843 Juana recibe al primer anciano en la casa y poco después irán llegando más, y así habrá en la misma un «barrio de hombres», necesitados igualmente de hospitalidad. Luego de acoger a unos niños y a una joven, deciden ampliar la cuestación.

Al renovarse los votos el 8 de diciembre de 1843 se reelige como superiora a Juana. Pero el 23 de diciembre el abate Le Pailleur se presentó en la casa, reunió a las cuatro siervas de los pobres y declara que con su propia autoridad anula la elección del 8 de diciembre y que él elige a María Jamet como superiora, una joven de 23 años. Juana, con la mayor humildad, se arrodilla y le hace a ella el voto de obediencia. Nadie le notó ni rebeldía ni disgusto. Al día siguiente y por orden de la nueva superiora saldrá tranquilamente a la cuestación. Digamos ahora que en el otoño de 1845 la Academia Francesa le dará a Juana el «Premio Montyon a la Virtud», valorado en 3.000 francos, que fueron entregados por Juana a su obra, la que le había sido arrebatada para apoderarse de ella el abate Le Pailleur.

Juana, despojada de su cargo, verá cómo Dios bendice su sacrificio proporcionando nuevas vocaciones y ampliando la obra de caridad emprendida. Ella estará los siguientes doce años totalmente dedicada a la cuestación por las ciudades de Francia y a la fundación de nuevas casas de la comunidad. Primero irá sola, luego tendrá una compañera. Se la encontrará en todos los caminos y en cualquier época del año. Va por la costa de Saint-Malo hasta Cancale y Saint-Benoît-des-Ondes, y desde Dinard a Ploubalay, y a veces hasta más allá de Dinan. Camina a pie la mayoría de las veces, aunque en alguna ocasión la recoge un coche.

Llegada a su territorio de cuestación, procura tener recogimiento, buen porte, portarse con exquisita finura en las casas que visita e ir rezando disimuladamente el rosario todo el tiempo que va de un sitio a otro. Sabe tocar el corazón de la buena gente, que se muestra generosa con ella, porque tiene el don del tacto y la discreción. Visita también los campos, las granjas y pide limosna incluso en las casas de los pobres campesinos, aceptando con humilde gratitud lo poco que pueden darle, pero que ayuda a ir sumando provisiones. Pedía y aceptaba de todo,

porque a todo le sacaba provecho. Las cosas que le daban y que podía vender las vendía y así le servían para allegar dinero. Había que hacer frente a muchos pagos.

En una de sus giras fundaría el asilo de Rennes (marzo de 1846). Luego (agosto de 1846) fundó el de Dinan. Luego durante dos años (1847-1848) Juana va de ciudad en ciudad siempre pidiendo, totalmente disponible y desinteresada. En 1849 viajó a Tours donde en 1847 se había abierto una casa, y ese mismo año recorre la comarca de Touraine, la de Beauce y la de Anjou. Llega a Angers a comienzo de diciembre de 1849, donde la esperaban personas amigas y donde visitó a numerosas familias, y al ver por las calles a muchos ancianos pobres pensó en una fundación. Ésta se lograría en abril de 1850. Para entonces las hermanas eran ya ochenta y los ancianos acogidos eran entre 500 y 600 en los asilos de Saint-Servan, Dinan, Rennes, Nantes, Tours, París y Besançon. En Angers comenzó ella la costumbre de encomendar todas las necesidades a San José.

Juana había tomado —debemos decirlo— el nombre de sor María de la Cruz y las hermanas hacían, privadamente se entiende, los cuatro votos de pobreza, castidad, obediencia y hospitalidad. El noviciado se ha trasladado a Tours y luego (1851) irá a París. Después de Angers se hacen las fundaciones de Burdeos, Ruán y Nancy. La obra de Juana se ensancha y consolida, pero las hermanas aún no son, propiamente hablando, religiosas. Y ese mismo año 1851 se hace la fundación de Londres, a la que dedicará un artículo Charles Dickens (14 de febrero de 1852). Se redacta, por el P. Massot y el abate Pailleur, una nueva regla en 1852 en la que se decide vivir sin rentas, sólo de limosnas, como hasta entonces, con absoluta confianza en la providencia divina. Ese año el noviciado se traslada a la finca La Piletière en las cercanías de Rennes. Y el 29 de mayo de ese año el obispo aprueba las nuevas constituciones. El abate Le Pailleur será el superior general y María Jamet la superiora general, y se toma oficialmente el nombre de Hermanitas de los Pobres. La curia generalicia se instala en la casa La Piletière, y María Jamet (sor María Agustina de la Compasión) toma la decisión de llamar a Juana Jugan a esta casa, quitándola de la cuestación. Y llegada la hora de pronunciar los primeros votos ya con carácter

de votos religiosos, a Juana se la excluye: sólo harán los votos María Jamet y Virginia Trédaniel. Sólo dos años más tarde Juana sería admitida a la profesión de los votos religiosos (8 de diciembre de 1854), justo el día en que en Roma era definido el dogma de la Inmaculada Concepción.

La existencia de Juana Jugan estará en adelante llena de monotonía. Serán veintisiete años de retiro forzado. No se la empleará nunca al servicio de los ancianos ni volverá a salir a la cuestación. Albergada en el noviciado, queda dedicada a trabajos subalternos de la ropería y la cocina, y aunque se la nombra consejera, nunca se la llama a las reuniones del consejo y no se le otorgará el título de madre sino simplemente el de hermanita. El 9 de julio de 1854 el papa Pío IX aprobaba la congregación de las Hermanitas de los Pobres, para entonces con 36 casas-asilos y más de 400 religiosas. A Juana nadie le dará el título de fundadora y cuando el Papa pida noticias de los orígenes de la obra, el P. Pailleur no tendrá empacho en presentarse a sí mismo como el fundador. El 1 de abril de 1856 se empezó la casa-noviciado en la finca La Tour, en el propio Rennes, a la que se llamará La Tour-Saint Joseph, y que será la casa de Juana hasta su muerte.

Hay que decir que, aunque pudiera parecer contradictorio, este apartamiento de Juana no dejará de ser provechoso a toda la congregación, porque al estar en contacto con sucesivas generaciones de novicias, ella podrá infundir en ellas con su ejemplo y sus palabras el verdadero espíritu de la congregación. Ella será —como bien se ha dicho— raíz de poderosa savia que seguirá vivificando el tronco y será también la sal que conserva y la lámpara que ilumina a cuantos están en la casa. Y ella personalmente, en la sombra desde la que difunde la claridad, no dejará de perfeccionarse en todas las virtudes, aprovechando todas las ocasiones para crecer en la obediencia, la humildad, la paciencia y el espíritu de sacrificio. Los testimonios sobre Juana son muy abundantes relativos a este período porque las novicias formadas en la casa podrán manifestar luego sus recuerdos de esta hermana dulce y piadosísima que les indicaba siempre el verdadero camino de la hermanita de los pobres. Fuera de la congregación se ignora la situación de arrinconamiento en que

ella estaba, y se cita a las hermanitas como las hijas de Juana Jugan. Ella no moverá un dedo ni por variar su situación ni por reclamar el título de fundadora que tan justamente le corresponde. Todo este apartamiento será obra del abate Le Pailleur, y María Jamet le seguirá el juego hasta que, desaparecida ya Juana y lo mismo el abate, María Jamet hablará con claridad y dirá que se le había mandado guardar silencio sobre el tema. Juana, ocupada toda en Dios, vivía en paz y serenidad espiritual, ofreciendo al Señor su apartamiento por el bien de su comunidad.

Cuando cumplió los ochenta años empezó a venir a menos la salud de sor María de la Cruz. Le daban frecuentes taquicardias y sofocos. Pero la cabeza seguía sólida y ella seguía siempre tranquila y sonriente. Durante el último año de su vida, muchas veces y acompañada por una novicia acudía a visitar la sala de trabajo del noviciado, yendo de una mesa a otra y diciendo una frase amable y edificante a cada una. Insistía mucho en que lo hicieran todo por amor de Dios. Tuvo el consuelo de saber que el 19 de marzo de 1879 el papa León XIII había dado la aprobación de las constituciones. El viernes 29 de agosto de aquel año se levantó como de costumbre a la hora de misa. Un grupo de novicias que el día antes habían hecho sus votos pasaron ante su ventana para saludarla y ella salió a corresponder agitando su pañuelo. Iba camino de la capilla acompañada de una novicia cuando se sintió muy mal. Y pidió la extremaunción. La tendieron en la cama y acudió el P. Derlet que se la dio, estando la moribunda consciente. Sor María de la Cruz decía: «Oh María, mi buena Madre. Venid por mí. Vos sabéis que os amo. También a vos tengo deseo de veros». Y expiró a los 86 años, 10 meses y 14 días.

Enterrada en el cementerio de la comunidad, sus restos mortales serán sacados sesenta años más tarde, el 5 de marzo de 1936, y conducidos procesionalmente a la casa-madre. La labor de reivindicación de Juana había sido sobre todo la obra de un sacerdote auxiliar de la congregación, el abate Francisco Leroy, el cual llegaba a unirse al cuerpo de sacerdotes auxiliares el 15 de junio de 1881. Tenía entonces 27 años y era originario de Bécherel. Durante 22 años se entregó sin reservas a la obra hospitalaria y al bien de la congregación. Amante del estudio, escu-

chó a las religiosas hablar de las virtudes de sor María de la Cruz. Sospechó que algo sobre ella no cuadraba y empezó con discreción a investigar. Cuando logró ver el documento que sirvió para el «Premio Montyon» en la Academia Francesa, se le hizo la luz acerca de la verdadera iniciadora de la obra. Sus investigaciones dieron paso a su libro *Historia de las Hermanitas de los Pobres* (París 1902), en el que con gran imparcialidad y justicia daba a cada uno lo suyo, y obviamente a Juana Jugan el papel de iniciadora de la obra de las hermanitas. Poco a poco la obra del abate Leroy llevaría la luz a todas las casas de la congregación y se haría común la convicción de que la madre de todos era Juana Jugan. Empezó entonces a afianzarse la fama de santidad de Juana y a comprenderse la grandeza de su silencio y su sacrificio así como su verdadero papel.

El 23 de junio de 1935 el arzobispo de Rennes, monseñor Mignen, instituía el tribunal diocesano encargado de la instrucción del proceso informativo sobre su fama de santidad. Todo lo demás anduvo luego por sus pasos hasta que el 3 de octubre de 1982 Su Santidad el papa Juan Pablo II la inscribía en el catálogo de los bienaventurados. «El que se humilla será ensalzado» (Mt 23,12).

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 76 (1984) 346-349.
GARRONE, G.-M., *Lo que creía Juana Jugan* (Barcelona 1980).
LECLERC, E., *El desierto y la rosa. Vida de Juana Jugan* (Madrid 2001).
LEROY, F., *Historia de las Hermanitas de los Pobres* (París 1902).
MILCENT, P., *Juana Jugan, humilde para amar* (Barcelona 1982).
TROCHU, F., *Jeanne Jugan, fundadora de la Congregación de las Hermanitas de los Pobres* (Barcelona 1970).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTA SABINA DE ROMA

(† s. V)

Sabina es la titular de una iglesia de Roma, construida entre los años 422-432 y que primeramente se llamó título de Sabina,

para luego llamarse de Santa Sabina. Parece, por ello, que Sabina es la fundadora de esta iglesia que posteriormente recibió el título de santa y se la confundió con una mártir homónima, que habría vivido en un pueblo de la Umbría, y de la que se conservó una *passio.* Esta iglesia romana del Aventino fue restaurada en el siglo IX y donada por el papa Honorio III en el siglo XIII a la Orden de Santo Domingo. En esta iglesia tenía lugar la estación del Miércoles de Ceniza.

SAN SEBBI

Rey y monje († 693)

Sebbi o Sebbe o Sebbó fue rey de los sajones del Este, es decir la zona comprendida entre Essex, Hertfordshire y Londres, hacia el año 664. Compartía el trono con Sigero, el cual entendía que la epidemia que se padecía por entonces era una prueba del furor de los dioses por la adopción del cristianismo, y esto determinó una masiva vuelta de mucha gente al paganismo. Pero hubo un hombre providencial, al que el rey Sebbi prestó todo su apoyo, y que logró hacerles ver a los sajones del Este que los dioses no existen y que la epidemia había que tomarla como una prueba de Dios, a la que los hombres deben someterse con paciencia, sabiendo que Dios todo lo dispone para bien. Este hombre era el obispo Jarumano. El rey Sebbi se alegró mucho del éxito obtenido por el prelado y lo secundó cuanto pudo en su labor, y dio al pueblo el ejemplo de un rey piadoso, que fue el primero en construir un monasterio en Westminster. Sebbi gobernó con moderación, justicia y un gran amor a su pueblo. En su corazón surgió el deseo de abdicar la corona y dedicarse a una vida enteramente piadosa y ascética, para lo cual necesitaba el consenso de su esposa, la cual durante un tiempo dijo que no. Pero cuando Sebbi enfermó, ella pensó que él merecía se le diera gusto y entonces lo autorizó a interrumpir la convivencia matrimonial y recibir de manos del obispo Waldero de Londres el hábito monástico, comprometiéndose a vivir como tal. Su fortuna personal se la entregó al prelado para que éste la distribuyera entre los más pobres, y renunciando a todo tipo de comodidades, no dejó que le sirvieran sino

dos personas, abrazando así la pobreza evangélica. Murió hacia el año 693 y se le enterró junto a la catedral de San Pablo.

SAN MEDERICO

Abad († 700)

Mederico o Merry era natural de Autun, donde nació en el primer tercio del siglo VII. Siendo joven ingresó en el monasterio de San Martín, del que era titular una ejemplar comunidad de cincuenta monjes, que llevaban una vida de mucha austeridad y penitencia. Acreditado por sus virtudes a los ojos de sus hermanos monjes, fue elegido abad y ordenado sacerdote, y él procuró presidir el monasterio desde la más completa entrega a una vida plenamente evangélica. Esto lo acreditó también ante la gente de fuera que no cesaba de ir al monasterio a consultar todos los asuntos espirituales con el santo abad. Cuando éste vio que su fama de santidad era muy grande, quiso cortarla de raíz y para ello pensó que nada mejor que pasar a la vida eremítica, lo que hizo marchándose a un bosque cercano, donde vivió en completo retiro e ignorado del mundo. Pero habiendo enfermado volvió al monasterio, donde siguió dando sus antiguos ejemplos de virtud. Ya muy anciano peregrinó a la tumba de San Germán de París, y se quedó a vivir con un compañero, San Frodulfo, en una celda de los alrededores de la capital. Aquí vivió en simplicidad y penitencia, hasta que murió alrededor del año 700.

BEATA BRONISLAVA

Virgen († 1259)

Bronislava nació en Kamien hacia el año 1200 en el seno de la familia Odrowaz, y era pariente de San Jacinto. Fue por consejo de su pariente como a los 16 años entró en el monasterio premonstratense de Zwierzyniec, junto a Cracovia. Fue una religiosa piadosa y ejemplar que se retiraba a un vecino monte para meditar a solas la pasión del Señor. Se cuenta en su vida que se le apareció San Jacinto cuando murió y su alma fue lleva-

da al cielo. Todos cuantos la conocieron fueron unánimes en señalar sus insignes virtudes y santidad. Murió el 29 de agosto de 1259. Su culto inmemorial fue confirmado el 23 de agosto de 1839 por el papa Gregorio XVI.

BEATO RICARDO HERST

Mártir († 1618)

Oscila la grafía del apellido de este seglar mártir entre Herst, Hurst o Hayhurst. Había nacido en Broughton, Lancashire, y vivía de forma honesta y pacífica de sus propiedades como granjero, sin esconder su negativa a comulgar con la religión oficial establecida en el reino inglés. Estaba casado y tenía seis hijos, estando además embarazada su mujer al tiempo de su martirio. Fue arrestado el año 1618 por orden del obispo anglicano de Chester. Mandó a tres personas, y hallaron a Herst cuando estaba arando en el campo, con un joven guiando el caballo. Uno de ellos le puso en la mano la orden de arresto mientras otro le daba con un palo. Una muchacha que trabajaba en el campo avisó a la esposa que acudió con varias personas, que fueron atacadas por los que venían a arrestarlo pero uno de ellos recibió un golpe en la cabeza. Fue peor que este mismo cayera al suelo y se hiriera con el arado, a consecuencia de lo cual falleció unos días más tarde, no sin haber admitido que su caída había sido accidental. No obstante lo cual Herst fue condenado por asesinato, reconociendo el juez en privado que se trataba de dar un escarmiento. Al día siguiente a su sentencia, lo obligaron a ir a un templo protestante por la fuerza, pero él se tapaba los oídos con los dedos para no escuchar el sermón. Se llevó el caso al rey Carlos I, y la reina Enriqueta intercedió para que fuera amnistiado Herst, pero el profundo sentimiento anticatólico hizo imposible el indulto. No obstante se le ofreció a Herst la vida y la libertad si juraba la supremacía religiosa del monarca. Desde la cárcel escribió a su confesor y le pidió ayudara a sus pobres hijos. Al ir hacia el patíbulo vio la cabeza de San Edmundo Arrowsmith que el día anterior había sido ejecutado. Un ministro protestante quería atraerlo a su fe, pero él respondió: «Mi fe está de acuerdo con la Santa Iglesia católica».

Animó al verdugo que se aturrullaba con las cuerdas y subió con entereza al patíbulo donde fue ahorcado.

Fue beatificado el 15 de diciembre de 1929 por el papa Pío XI.

BEATO LUIS VULFILACIO HUPPY

Presbítero y mártir († 1794)

Luis Vulfilacio (Wulphy) Huppy nació el 1 de abril de 1767 en Rue, La Somme. Recibió las órdenes sagradas hasta el diaconado en la diócesis de Amiens y luego por razones desconocidas pasó a la de Limoges, donde se ordenó sacerdote y se quedó como sacerdote autorizado a vivir en Limoges. Como se negó a prestar el juramento constitucional fue arrestado el año 1793 y llevado a la prisión de La Règle. Él alegó que al no ocupar ningún cargo ni beneficio no tenía por qué prestar dicho juramento y pidió que se tuviera por ilegal su arresto. Pero se le conminó entonces a prestar el juramento de libertad-igualdad, a lo que él se negó. Y por ello fue enviado a Rochefort (29 de marzo de 1794), embarcado en Les Deux Associés y contagiado de la enfermedad que circulaba entre los detenidos, a la que no pudo presentar defensa su organismo pese a ser un joven de 28 años. Se dice de él que era un sacerdote piadoso, dulce y amable y que murió como un santo el 29 de agosto de 1794, siendo enterrado en la isla Madame.

Fue beatificado el 1 de octubre de 1995 por el papa Juan Pablo II.

BEATO CONSTANTINO FERNÁNDEZ ÁLVAREZ

Presbítero y mártir († 1936)

Nació en La Vecilla de Curueño, provincia de León, el 7 de febrero de 1907. Tenía sólo diez años cuando pidió ingresar en la «Escuela Apostólica» de Solsona porque ya se sentía llamado a la Orden de Predicadores. Influyeron en ello sin duda el ejemplo de un tío suyo y el de un hermano que le había precedido en la ida a la Orden. Hecho el noviciado y la profesión religiosa, fue enviado al convento de Valencia para estudiar en el «Estudio general

de la Provincia», donde se demostró su clara inteligencia y su amor al estudio. El 10 de noviembre de 1929 fue ordenado presbítero. Enseguida es enviado al Pontificio Ateneo Angelicum, de Roma, donde obtiene el doctorado en teología. La Orden lo destina como profesor en el propio Ateneo y así está un tiempo hasta que de nuevo es enviado a Valencia, al convento de su Orden. Aquí estuvo destinado al ministerio sacerdotal, a la enseñanza de la teología moral y al apostolado de la pluma.

Llegado el verano de 1936 marchó a su pueblo para unas vacaciones pero cuando vio que las cosas se ponían difíciles insistió en volver a su convento de Valencia, que hubo de dejar el día 19 de julio, una vez estallada la revolución, para refugiarse en casa de una familia amiga. Aquí vivió ejerciendo clandestinamente el apostolado hasta que a mediados de agosto fue detenido en el zaguán de una casa a donde iba a decir misa. Fue llevado a la Cárcel Modelo. Un sacerdote que estaba allí detenido y encargado de la biblioteca, le proporcionaba libros y en la tarde del día 29 de agosto le pudo proporcionar una hostia consagrada, que él comulgó con intensa devoción. Solamente habían pasado unas horas cuando vinieron por él y se lo llevaron para fusilarlo a las once de la noche.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO FRANCISCO MARÍA MONZÓN ROMEO

Presbítero y mártir († 1936)

Nace en Híjar, Teruel, el 29 de marzo de 1912, en el seno de una familia hondamente cristiana. Con once años ingresa en la Escuela Apostólica de Calanda porque ya sentía la vocación religiosa y deseaba ser dominico. El 3 de octubre de 1928 toma el hábito en la Orden de Predicadores, y acabado el noviciado hizo la profesión religiosa y comenzó los estudios de filosofía y teología, iniciándolos en Valencia para luego pasar a Salamanca, donde se ordena sacerdote el 3 de mayo de 1936. Como todos los jóvenes ordenados por entonces, Francisco era consciente de las dificultades por las que pasaba la Iglesia y el clima de hos-

tilidad que se había desatado contra ella, pero él tenía un gran espíritu misionero y ofreció su joven vida al apostolado y la difusión de la palabra divina.

Llegado el verano le conceden unos días de permiso para pasarlos con sus padres, y estando en su casa le sorprende la revolución del 18 de julio. Decide vagar por los campos para escapar de la persecución, y su hermano Miguel, futuro sacerdote dominico, le llevaba leche todos los días. Empleaba el tiempo en la oración y mostraba una gran paciencia ante la situación tan peligrosa en que se encontraba. El 24 de agosto llegan a su casa unos milicianos y amenazan a su madre si no les dice dónde está su hijo, sin que ella, pese a las amenazas, se lo diga. Vuelven más tarde y le aseguran que a su hijo no le pasará nada, y entonces el padre les acompaña adonde está el religioso, que es detenido. Los días que pasa en la cárcel se prepara al martirio viendo que éste sería su final: se entregó por entero a la oración y se puso por completo a disposición de la voluntad de Dios.

En la tarde del día 29 el detenido es obligado a subir a un coche y al llegar a la altura del campo de fútbol le mandaron bajar del coche y mientras lo hacía le dispararon en la cabeza. Seguidamente lo enterraron en una fosa común, no dejando que sus familiares le hicieran un entierro individual. Más tarde sus restos pudieron recuperarse y se encuentran en Zaragoza. Muchacho de corazón bondadoso e ingenuidad de santo, cuando lo sacaron en el coche dijo: «Dios mío, Jesucristo derramó su sangre por mí, y ahora yo la derramaré por él».

Este joven sacerdote fue glorificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de beatificación de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO DOMINGO JEDRZEJEWSKI

Presbítero y mártir († 1942)

Nace en Kowal, Polonia, el 4 de agosto de 1886 y, llegado a la juventud, opta por la carrera del magisterio, pareciéndole que la vocación de maestro era la suya. Pero cuando ya llevaba estudiados tres años de la carrera se decidió por el sacerdocio y en-

tró en el seminario de la diócesis de Wloclawek, ordenándose sacerdote el 18 de junio de 1911. Primero fue vicario de las parroquias de Zadzim, Poezesna y Kalisz, sucesivamente, y luego pasó a dirigir el instituto de Turek. Llevó adelante otros trabajos de tipo social, caritativo y educacional. En 1925 y debido a su mala salud, debe dejar la enseñanza y se le da la pequeña parroquia rural de Kokanin, donde su salud mejora. En 1928 es enviado como párroco a Goslawice. Es arrestado el 26 de agosto de 1940 y llevado al campo de concentración de Sachsenhausen. En diciembre de ese mismo año le trasladan al de Dachau. Aquí resultó un hombre maravilloso por su equilibrio espiritual y su gran serenidad. Nunca se quejó. Llevó adelante con enorme humildad y paciencia el gran deterioro de su salud hasta que, mientras realizaba los trabajos forzados, cayó muerto el 29 de agosto de 1942.

Fue beatificado el 13 de junio de 1999 por el papa Juan Pablo II.

BEATA SANCHA SZYMKOWYAK

Virgen († 1942)

Janina Szymkowyak nace en Mozdzanów (Polonia) el 10 de julio de 1910 en el seno de una familia acomodada y muy creyente. Recibió una sólida educación cristiana a la que correspondió desde pequeña. Llegada a la juventud estudia lengua y literatura en la Universidad de Poznan y toma parte activa en el Sodalicio Mariano, dedicándose con gran celo a obras de caridad y de apostolado. En una peregrinación a Lourdes en 1934 toma la decisión de hacerse religiosa y, tras un año con las Hermanas Oblatas del Sagrado Corazón en Montluçon, vuelve a Polonia e ingresa en junio de 1936 en la Congregación de la Bienaventurada Virgen María Dolorosa, conocidas como «Hermanas Seráficas» en Poznan, y al recibir el hábito toma el nombre de María Sancha. Hecha la profesión, se dedicó al cumplimiento fiel de las reglas de su instituto y a vivir con intensidad la vida interior de unión con Dios, siéndole fiel hasta en los más pequeños detalles. Durante la ocupación alemana, las monjas quedaron bajo arresto domiciliario y, aunque se le permitió vol-

ver con su familia, prefirió quedar con las demás religiosas a la orden de los ocupantes, que impusieron a las monjas durísimos trabajos. Sancha mostró una gran paciencia y animaba a todos a soportar con entereza las difíciles circunstancias. Servía de traductora a los prisioneros franceses e ingleses, a los que atendió con tanta caridad que la llamaban «ángel de bondad» y «Santa Sancha». Su salud se resintió y se le declaró tuberculosis en la laringe. Ella se entregó por entero a la voluntad del Señor y con gran gozo hizo los votos perpetuos el 6 de julio de 1942. Moría el 29 de agosto del mismo año, llena de méritos y virtudes.

Fue beatificada por el papa Juan Pablo II el 18 de junio de 2002 en el curso de su viaje apostólico a Polonia.

BEATA TERESA BRACCO

Virgen y mártir († 1944)

Nace en Santa Giulia, Acqui, Italia, el 24 de febrero de 1924 en el seno de una familia campesina, de la que recibió los santos principios de la moral cristiana y de la piedad evangélica. Sensible desde niña a la vida cristiana, se preparaba con nueve años a la confirmación cuando conoció el lema de Santo Domingo Savio: «Antes morir que pecar». Recortó la hoja en donde estaba escrito y la puso a la cabecera de su cama, prometiéndole al Señor permanecer siempre unida a él por la gracia santificante. Ayudaba en su casa con su trabajo como pastora, que realizaba con el mayor esmero, siendo modesta, alegre y sencilla. En agosto de 1944, al ocupar su aldea las tropas alemanas, un oficial nazi la secuestró y le hizo proposiciones deshonestas a las que la joven se negó enérgicamente. Entonces el oficial la estranguló y luego le disparó varios tiros. De esta forma a su corona de pureza se unió la del martirio.

Fue beatificada el 24 de mayo de 1998 por el papa Juan Pablo II.

30 de agosto

MARTIROLOGIO

1. En Roma, en la Via Ostiense, santos Félix y Adaucto († 304), mártires *.
2. En Suffetula (África), la conmemoración de sesenta mártires († 399).
3. En Roma, la conmemoración de San Pammaquio († 410), senador *.
4. En el monasterio de Rebais, junto a Meaux (Francia), el abad San Agilo o Ely († 650).
5. En Breuil, junto a Meaux, San Fiacre († 670), ermitaño *.
6. En Lucedio (Piamonte), San Bononio († 1026), abad.
7. En Trevi (Lazio), San Pedro († 1050), solitario.
8. En Londres (Inglaterra), Santa Margarita Ward, mártir bajo el reinado de Isabel I. Con ella sufrieron martirio los beatos Ricardo Leigh, presbítero, Eduardo Shelley, Ricardo Martin, Juan Roche y Ricardo Lloyd († 1588), seglares **.
9. En Saluzzo (Piamonte), Beato Juan Juvenal Ancina († 1604), obispo, de la Congregación del Oratorio *.
10. En Zaragoza, Beata María Rafols († 1853), virgen, fundadora de la Congregación de Hermanas de la Caridad de Santa Ana **.
11. En Almería, el martirio de los beatos Diego Ventaja Milán, obispo de Almería, y Manuel Medina Olmos († 1936), obispo de Guadix **.
12. En la carretera de Puebla Tornesa a Villafames (Castellón), Beato Joaquín (José) Ferrer Adell († 1936), presbítero, de la Orden de Menores Capuchinos, mártir *.
13. En Bilbao, Beato Vicente Cabanes Badenas († 1936), presbítero, de la Congregación de Terciarios Capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores, mártir **.
14. En Barcelona, Beato Pedro Tarrés Claret († 1950), sacerdote diocesano **.
15. En Venegono (Italia), Beato Alfredo Ildefonso Schuster († 1954), arzobispo de Milán y monje benedictino **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTA MARGARITA WARD Y BEATOS COMPAÑEROS

Ricardo Leigh, Eduardo Shelley, Ricardo Martin, Juan Roche y Ricardo Lloyd

Mártires († 1588)

Margarita Ward y sus compañeros fueron protagonistas de una odisea de caridad que terminó en una muerte martirial, ya que además de que lo hecho estaba penado por las leyes inglesas, todo sucedió a poco del susto de la Armada Invencible.

Margarita Ward era natural de Congleton, Cheshire, y era miembro de una familia de clase alta. No dan las fuentes la fecha de su nacimiento, pero parece claro que al tiempo de su muerte no era ya una jovencita sino una mujer adulta, y se sabe de ella que no había contraído matrimonio. Vivía en Londres como dama de compañía de otra noble señora, Mrs. Whitall o Whittle, que era católica y que brindaba su ayuda y protección a los sacerdotes procedentes del colegio de Douai. Margarita era una católica convencida, firme en su fe, y que cuando se entera de que hay una persona necesitada de auxilio no duda en exponerse con tal de socorrerla.

Esta persona era el sacerdote secular Guillermo o Ricardo Leigh (aparece con ambos nombres y uno de ellos será un alias, Watson, apellidado también a veces Colpepper igualmente por alias). Este sacerdote había nacido en Durham en 1558 y luego de trabajar en su adolescencia como criado había ido por fin con 26 años al colegio de Reims, haciendo los estudios, recibiendo el sacerdocio y regresando a Inglaterra en 1586. De carácter decidido, era amigo de la diatriba antiprotestante. Detenido y torturado en la cárcel de Marshalsea, cedió y fue a una iglesia protestante, lo que le valió la libertad. Arrepentido, pidió reconciliarse con la Iglesia y, recibida la absolución, interrumpió un sermón en una iglesia protestante haciendo alarde de fe católica. Vuelto a arrestar, fue retenido en la cárcel de Bridewell, torturado, dejado medio muerto, interrogado hasta la extenuación y dejado a punto de volverse loco. Y es entonces cuando

se entera Margarita Ward de la triste situación de este pobre sacerdote. Pide licencia a su señora para intentar aliviar al detenido, y para ello va a la cárcel con un canasto con provisiones para él. Se le prohibió visitarlo, y ella debió excogitar algún medio para conseguirlo, y ese medio fue el de hacerse amiga de la mujer del encargado de la cárcel. Y esta amistad le trajo la posibilidad de visitar al preso, pero bajo estrictas condiciones. Su canasto tenía que ser revisado para que no le entregara cartas ni se las llevara, y tenía que haber alguien durante toda la visita para enterarse de lo que Margarita hablaba con el sacerdote. Pasado un mes, esta vigilancia vino a menos y pudo ella hablar con el sacerdote sin que nadie la escuchara. Entonces el sacerdote le dijo que si tuviera una cuerda él era capaz de escaparse de la cárcel descendiendo por ella. Margarita decidió llevársela y quedar con él en que le esperarían unos barqueros católicos para huir una vez el sacerdote hubiera descendido y hubiera tirado de la soga para que nadie supiera el modo en que había huido. Margarita buscó los barqueros católicos y, muy bien escondida en una camisa, le llevó en su canasto la cuerda, quedando en que al día siguiente entre las dos y las tres de la mañana él se tiraría y los barqueros le recogerían. Llegada la hora, Watson comenzó a descender por medio de la cuerda teniendo los dos cabos de la misma en sus manos y con la intención de llevársela consigo. Pero al doblar la cuerda, ésta resultó ser demasiado corta, y así Watson se encontró suspendido en el aire, siéndole imposible ni subir ni bajar. Por fin se dejó caer sobre el techo de una cochera, que cedió a causa de su peso e hizo un gran ruido. Él se hizo daño con la caída, se rompió el brazo y la pierna derecha. Los barqueros llegaron corriendo y lo llevaron a la barca, y al llegar a ella dijo que se había olvidado de su gabán. Fue un barquero y se lo trajo, pero no se acordó de que se había dejado también la cuerda, lo que lamentará mucho posteriormente. Quiso entonces mandar a por ella, pero ya era tarde, pues con el ruido el carcelero se había despertado y había encontrado la cuerda.

Inmediatamente se adivinó quién le había dado al preso la cuerda, y se puso denuncia contra Margarita. Ella, al saber que la cuerda se había quedado en la ventana empezó a recoger to-

das sus cosas para huir, pero en ese momento llegaron a por ella. Arrestada, fue llevada a la cárcel y la cargaron de cadenas. Fue azotada y colgada por las muñecas, apenas tocando el suelo los dedos de los pies, y la tuvieron así tanto tiempo que quedó lisiada. Pasados ocho días fue llevada para juicio a Newgate. Le preguntaron los jueces si era ella culpable de tan alta traición contra la Reina como para ayudar a huir a aquel traidor de sacerdote. Ella, con rostro sereno, respondió que sí, que ella había ayudado a huir a aquel sacerdote y que jamás en su vida había hecho cosa de la que estuviera menos arrepentida pues había librado a un cordero inocente de las manos de lobos rapaces. Ellos procuraron aterrorizarla con amenazas y obligarla a decir dónde se había escondido el sacerdote, pero fue inútil que se lo pidieran una y otra vez. Entonces procedieron a condenarla a muerte por felonía. Pero le dijeron que si pedía perdón a Su Majestad y prometía ir a la iglesia protestante, como la Reina era misericordiosa, recobraría su libertad. La mártir respondió que, en cuanto a la Reina, ella no la había ofendido jamás, y que como lo hecho no era ningún crimen, no tenía por qué pedirle perdón. Y que, en cuanto a haber ayudado al sacerdote a huir, ella estaba segura de que la Reina, con corazón de mujer, habría hecho lo mismo si hubiera sabido los crueles tratos a que el pobre estaba sometido. Y respecto a ir a la iglesia protestante, ella estaba convencida que no era recto hacerlo porque no se lo permitía su propia conciencia. Y dijo que podían por tanto proceder a ejecutarla, pues ella aceptaba la muerte y daría mil vidas por ser fiel a su propia conciencia y no obrar contra Dios ni contra su religión.

Con ella fueron condenados a muerte otros cuatro acusados, los cuales se mantuvieron en el juicio firmes en la fe. Éstos son sus datos:

JUAN ROCHE, un marinero irlandés, fue cómplice de Margarita Ward en la obra de soltar al sacerdote Watson. Juan cambió sus vestidos con el preso. Arrestado y llevado a juicio, no hubo modo de sacarle dónde estaba el sacerdote huido. Se negó a pedir perdón a la Reina, se negó a ir a una iglesia protestante y alegó que nada malo había hecho. Fue condenado a muerte en Old Bailey.

EDUARDO SHELLEY era natural de Warminghust (1523), y fue arrestado en 1584 bajo la acusación de tener consigo libros católicos y fue encarcelado en la prisión de Clink. Dejado libre, recibió en su casa al sacerdote Beato Guillermo Dean, al que había conocido en la cárcel, y por ello fue arrestado, juzgado y condenado a muerte.

RICARDO MARTIN era natural del Shroshire y se había educado en Broadgates Hall, Oxford, y no parece hiciera otra cosa prohibida que dar un vaso de vino al sacerdote P. Horner. Por esto fue arrestado y juzgado del delito de ayudar a un sacerdote católico.

RICARDO LLOYD (o FLOWER) era galés, había nacido en 1561 en la diócesis de Bangor y tenía un hermano sacerdote, el P. Owen Lloyd. El delito por el que fue arrestado consistió en dar un plato de menestra al citado sacerdote Horner.

RICARDO LEIGH fue procesado y juzgado el 28 de agosto y fue condenado por traidor.

Los mártires fueron conducidos a la plaza londinense de Tyburn el 30 de agosto de 1588 y en el camino entonaron cánticos religiosos, animándose mutuamente a perseverar y dar la vida por Cristo. Llegados a la plaza, admiró a todos la serenidad de Margarita y sus compañeros, que fueron ahorcados todos y destripados luego y finalmente descuartizados.

Margarita fue canonizada el 25 de octubre de 1970 por el papa Pablo VI. Juan, Eduardo, Ricardo Martin y Ricardo Leigh fueron beatificados el 15 de diciembre de 1929 por Pío XI y el último el 22 de noviembre de 1987 por Juan Pablo II.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

SACRA RITUUM CONGREGATIONE, *Westmonasterien. Beatificationis seu declarationis martyrii venerabilium servorum Dei Georgii Haydock, sac. Joannis Roberts, sac. O.S.B. Arthuri Bell, sac. O.F.M. Roberti Southwell, sac. S.J. Philippi Howard, comitis de Arundel et sociorum in odium fidei ut fertur in Anglia interfectorum,* 4 vols. (Isola del Liri 1928).

TIGAR, C., *Forty martyrs of England and Wales* (Londres [2]1970).

WHATMORE, L. E., *Blessed Margaret Ward* (Londres 1961).

BEATA MARÍA RAFOLS

Virgen y fundadora († 1853)

La fundadora de las Hermanas de la Caridad de Santa Ana tuvo siempre el único deseo de amar como Jesucristo amó, algunas veces exponiendo su vida y siempre gastándola, día a día, en el servicio a los más carentes de recursos en una sociedad llena de contrastes y agitada por las guerras. Los enfermos, los niños abandonados o expósitos, los encarcelados y quienes, en ocasiones, no comprendieron su actuación, fueron el preferente objeto de su misión caritativa.

La mayor parte de su vida se encuadra en la primera mitad del siglo XIX, período de profundos cambios y convulsiones políticas en España que dificultaron su arriesgada aventura de fundar una congregación religiosa apostólica femenina —primer intento de origen español—, con el único y altísimo ideal de servir a Dios en los pobres y en los enfermos hasta la inmolación de la propia vida. La guerra de la independencia a raíz de la invasión napoleónica de España, la monarquía absoluta y la constitucional que vinieron después, apoyada esta última por un liberalismo de fuerte matiz anticlerical, y la primera guerra carlista, agitaron la etapa en que se desarrolló su existencia e influyeron decisivamente en su vida y en su obra.

María, la sexta hija del matrimonio formado por Cristóbal Rafols y Margarita Bruna, nació el 5 de noviembre de 1781 en el molino d'En Rovira de Villafranca del Penedés (Barcelona), donde su padre trabajaba como molinero. Fue bautizada dos días después, el 7 de noviembre, en la parroquia de Santa María. Cuatro hijos más siguieron a María, pero de sus nueve hermanos, cinco murieron de muy corta edad.

La familia, campesina y humilde, era profundamente cristiana. María recibió de sus padres una fe sencilla y fuerte, y se formó en un clima de trabajo, de austeridad, de sacrificio, de renuncia y de piedad. En su hogar aprendió también la privación y a compartir con los más pobres lo poco que tenían para su sustento.

Cuando aún no había cumplido dos años de edad, en mayo de 1783, se trasladaron al cercano pueblecito de la Bleda, a poco más de tres kilómetros de Villafranca, figurando su padre

en los documentos parroquiales como «molinero del molino de Mascaró». En este tiempo, el 27 de mayo de 1785 María fue confirmada junto a dos de sus hermanas por el obispo de Barcelona D. Gabino Balladares, durante su visita pastoral al Penedés, en el convento de carmelitas calzadas de Villafranca, donde reunieron a los niños de esta ciudad, de Santa Margarita y la Bleda.

La familia tuvo que experimentar un nuevo desarraigo, con las consiguientes penurias, cuando María acababa de cumplir los once años de edad. Esta vez el punto de destino fue Santa Margarita, lugar de procedencia de sus padres, donde nació en 1793 el último de los hermanos y donde, al año siguiente, falleció el padre.

La infancia de María se desarrolló con toda normalidad, aunque pronto se fue notando su firmeza de voluntad, su reciedumbre de carácter y su rica personalidad. Según dicen los testigos, sobresalía «por la agudeza y precocidad de su ingenio, principalmente por su piedad, que todos consideraban extraordinaria». Fue quizá ésta la razón que movió a sus padres a enviarla al Colegio de la Enseñanza de Barcelona, hecho muy poco frecuente en su época entre la clase humilde rural a la que pertenecía su familia. Allí las pensionistas —no sólo niñas, sino jóvenes y señoras—, además de recibir clases de enseñanza elemental, lectura, escritura y todo género de labores, hacían una vida retirada, de oración y piedad, casi como las mismas religiosas, sus maestras.

Así preparada, María Rafols estableció contacto con el sacerdote don Juan Bonal, vicario del Hospital de Santa Cruz de Barcelona, que estaba animando un ambicioso proyecto de caridad con el que se proponía dotar a los hospitales de personas que consagraran su vida al servicio de cuantos en ellos se albergaban: enfermos, dementes, niños expósitos, etc. Como relata una crónica de entonces, «don Juan Bonal [...] se ocupa muy particularmente en catequizar jóvenes de ambos sexos que se resolviesen a emplear su tiempo en tan santa obra». En efecto, en aquel gran hospital de Barcelona existían dos hermandades seculares —masculina y femenina— encargadas de la atención caritativa a los niños y a los enfermos, y María Rafols

comenzó allí su actividad apostólica como una de las jóvenes «catequizadas» por dicho sacerdote.

En septiembre de 1804 don Juan Bonal viajó a Zaragoza llamado por la Junta del hospital de Nuestra Señora de Gracia de aquella ciudad, que buscaba mejorar la atención a sus acogidos con dos hermandades semejantes a las de Barcelona. Las gestiones llegaron a feliz término y Bonal volvió ilusionado a preparar la expedición. A primeros de diciembre de ese mismo año avisaba que «lo tenía todo acoplado» y que se ponían en camino. Doce «Hermanas de la caridad», que así se llamaban, y otros tantos hermanos, había reclutado el director. La presidenta del grupo femenino era María Rafols, con sólo veintitrés años de edad, pero su virtud, su entusiasmo y su caridad, ya experimentada, habían impresionado al «padre Juan», como ellas le llamaban, y le hacían concebir las mayores esperanzas. Asociada a su empresa de caridad, puso en ella toda su confianza.

Dice una crónica que el viaje desde Barcelona a Zaragoza lo hicieron en carros, con tiempo lluvioso, dejando atrás familia, tierra, todo lo que había sido su vida, y hasta su propia lengua catalana, para iniciar una aventura desconocida, en realidad, una hermosa empresa de caridad. Ante esta perspectiva, para los veinticinco viajeros quedaban en segundo plano las incomodidades de quince duros días de camino, fáciles de imaginar.

La llegada a Zaragoza el 28 de diciembre de 1804 constituyó un gran acontecimiento no sólo para el hospital, sino para toda la ciudad. A pesar del mal tiempo —«era de noche y diluviaba»—, el pueblo se agolpó a la puerta del hospital para recibirlos. Pero los recién llegados fueron antes a visitar a la Virgen del Pilar «para darle gracias por el feliz arribo y allí hicieron oración, presentándose a Nuestra Señora, pidiéndole su protección y amparo para desempeñar con caridad y fervor el destino a que venían». Después del recibimiento cordial por parte de la ciudad y de la Junta del Hospital en pleno —llamada *la Sitiada*—, y tras una breve oración en la iglesia, tuvo lugar el encuentro emocionado con los verdaderos destinatarios de su misión: «Entraron en las salas de los enfermos de ambos sexos, y no es ponderable las tiernas expresiones con que los consolaron y cómo por fuerza se les sacó a los respectivos departamentos

que se les tenía dispuestos para su habitación». Pero no todos se alegraron de la llegada de estos jóvenes, generosos y entusiastas. «¡Así se rompieran las piernas antes de llegar arriba!», se oyó decir a alguno, según recoge una crónica, porque no faltaron empleados a quienes molestaba la presencia de unas personas que pondrían fin a ciertas irregularidades y tal vez venían a reemplazarlos.

Desde entonces, aquel gran hospital real y general, que tenía el ambicioso lema: «Casa de los enfermos de la ciudad y del mundo», comenzó a ser el ámbito de la vida de María Rafols. En plena juventud tuvo que enfrentarse con la ingente tarea de transformar un centro en situación lamentable de desorden, desidia y abusos, donde prosperaba la picaresca de unos asalariados mal retribuidos y escasamente preparados, muy lejanos al ideal de caridad que animaba a los jóvenes que acababan de llegar.

Acosado por las dificultades, que pronto se presentaron para todos, y abandonado por tres sucesivos responsables, el grupo masculino fracasó en 1808. María Rafols, sin embargo, siguió adelante con las suyas, superando los mismos obstáculos con tacto y prudencia. El conde de Sástago, decano de los regidores del hospital y testigo de los primeros pasos de la hermandad, habla con calor de la transformación lograda en el centro y termina diciendo: «Me atrevo a decir que con estas mujeres es fácil gobernar un hospital y sin ellas muy difícil».

La caridad, la prudencia y el tacto de María Rafols lograron ir superando los obstáculos y poner orden, paz y armonía en aquel complicado mundo de picaresca e intrigas, descrito con tintas muy negras en los documentos de entonces. Pero el verdadero motivo de sufrimiento para ella fue la oposición sistemática de la Junta del Hospital a que estas jóvenes adoptaran una forma de vida religiosa, a lo cual vivamente aspiraban María Rafols y sus hermanas. Los regidores creían que esto mermaría su autoridad y atribuciones, por lo que obstaculizaban tal proyecto. Esto explica muchas crisis y defecciones en la Hermandad y puso a prueba la fe, el valor y la confianza de María.

Para servir mejor a los enfermos, en 1806 se presentó ante *la Sitiada,* junto con un grupo de hermanas, a un examen de fle-

botomía que las habilitaba para practicar la operación de la sangría, muy frecuente en la medicina de aquel tiempo. En una época en que estas actividades eran impensables en una mujer, fue la primera que se sometió a dicha prueba, saliendo de ella «con mucho lucimiento, y con ventaja a los mancebos de algunos años de prácticas y sigue ejercitando la operación con un acierto admirable».

Aunque María y sus hermanas realizaban calladamente su misión dentro de los muros del hospital, el testimonio de su caridad pronto traspasó este recinto. Uno de los gratamente sorprendidos fue el obispo de Huesca D. Joaquín Sánchez de Cutanda, que concibió la idea de trasplantar la experiencia a su diócesis, para el servicio del hospital y casa de misericordia de aquella ciudad. Con este fin solicitó algunas hermanas a *la Sitiada,* y fue ésta la primera y única ocasión en que la Junta accedió a una fundación a partir de la primera hermandad, que tenía como posesión suya. Así, *la Sitiada* «se desprende» de dos hermanas, quienes, con seis más venidas de Cataluña y algunas aspirantes, llegaron a Huesca el 19 de mayo de 1807, acompañadas por el P. Bonal. Pero las hermandades de Zaragoza y de Huesca se vieron obligadas a llevar vida independiente, impuesta por el rechazo de las respectivas Juntas a toda vinculación jurídica entre ellas. Fuertes lazos de familia, sin embargo, mantenían la relación y harán posible la unión en 1868, sesenta años después. La misma M. Rafols había estrechado esos lazos desplazándose a Huesca en dos ocasiones.

En 1808-1809 la vida de la hermandad sufrió una conmoción profunda con los dos sitios de Zaragoza por las tropas francesas, cuando ya contaba con veintiuna hermanas y se había ganado el prestigio y la confianza de todos con las solas armas de su extraordinaria caridad. Ésta alcanzará las cotas más altas en aquellas trágicas circunstancias. La tradición de la congregación y de la ciudad agradecida han guardado siempre el recuerdo de los hechos heroicos de la madre Rafols, que arriesgó su vida para salvar a muchos enfermos, heridos y prisioneros. Uno de los sucesos más trágicos del primer sitio fue el bombardeo del hospital el 3 de agosto de 1808, teniendo que ser rápidamente desalojado «entre las balas y las ruinas», con las escenas

de pánico imaginables. María Rafols, como ángel de la caridad, permaneció firme al frente del grupo, consiguiendo poner orden y serenidad en medio de tanto horror. Las crónicas, siempre parcas, recogen la caridad heroica de la M. María y sus hermanas en aquella situación angustiosa en la que faltaba de todo, hasta el alimento indispensable para tantos enfermos y heridos, hacinados en hospitales improvisados:

> «Las hermanas no sólo no desampararon sus destinos, sino que arrostraron a todos los peligros, ya en la traslación de los enfermos y efectos que se pudieron salvar del incendio del Hospital antiguo, ya a servir a toda clase de enfermos».
>
> «En los años 1808 y 1809 fue donde la caridad evangélica de este instituto rayó a mayor altura. En efecto, sitiada Zaragoza, bombardeada y lo mismo el Hospital, ellas ayudaron a sacar a los enfermos del medio de los proyectiles, ellas los conducían y alojaban, los asistían y salían a pedir de puerta en puerta el sustento para socorrerlos».

El conde de Sástago, testigo y protagonista de estos hechos, recordaba en una breve y expresiva pincelada: «En las dos invasiones de los franceses, entre las balas y las ruinas se sacrificaron más que todos».

Terminado el primer sitio el 14 de agosto de 1808, la M. Rafols seguía luchando contra el hambre y la miseria, que destruyeron tantas vidas como la guerra misma. Ella y sus hermanas dejaban muchos días su propio alimento en favor de los enfermos, como reiteradamente aparece en las actas del hospital.

Después de tres sucesivos traslados en menos de cuatro meses, a finales de 1808 el hospital de Nuestra Señora de Gracia quedó instalado en el «hospital de convalecientes», inadecuado e insuficiente para su nueva función. Allí fueron también las hermanas, que trabajaron intensamente para hacer lo menos dura posible la situación precaria de los acogidos. Pero las fuerzas iban faltando. El 15 de noviembre el mayordomo del hospital daba en una carta esta noticia: «El domingo enterramos a la hermana M.ª Teresa [...], y están en peligro seis más». Es la primera de las nueve que murieron entonces, víctimas de la caridad.

El segundo sitio, más duro que el primero, fue también escenario de nuevos y aún más heroicos actos de amor de la

M. Rafols, que luchó denodadamente por la subsistencia de sus enfermos. Cuando los alimentos faltaron para todos y no había quien pudiera dar limosna, se arriesgó a salir de la ciudad para ir al campamento francés a suplicar al general Lannes auxilios para los enfermos. Así lo recoge la primera historia impresa del Instituto en 1902:

> «Mas como nadie pudiera darles los alimentos especiales y más nutritivos que necesitaban los enfermos, la reverenda madre María Rafols, acompañada de otras hermanas, llegó al extremo de poner más de una vez en gravísimo peligro su vida, dirigiéndose bajo densa granizada de balas al campamento enemigo a pedir clemencia a favor de sus enfermos al sitiador irritado. Sólo por un prodigio de lo alto puede explicarse que el general enemigo [...] se ablandara ante el tosco hábito de una religiosa, permitiendo entrar las carnes y otras especies que necesitaban sus enfermos».

Como es sabido, la lucha concluyó con la capitulación de Zaragoza, quedando la ciudad en ruinas y cubierta de cadáveres. En esta situación, la suerte del Hospital fue una larga serie de miserias, que habrán de compartir la M. María y las pocas supervivientes de aquella catástrofe. Las secuelas de la guerra durarán muchos años y proporcionarán continuas ocasiones de seguir entregando y arriesgando su vida por la caridad. Eran muchos los prisioneros que había en Zaragoza o pasaban por allí, a los cuales llegó también su acción bienhechora por encargo del propio gobierno. Es cierto que su misión se reducía a preparar los alimentos, pero también es verdad que su caridad iba mucho más lejos. Aquellos pobres prisioneros, maltratados y expuestos a la muerte en cualquier momento, procuraban por todos los medios posibles el indulto o la huida y la M. María les ayudaba a conseguir sus deseos, en colaboración con el P. Juan Bonal, que seguía de cerca la actuación de las hermanas.

Hasta tal punto se difundió la fama de su caridad que los oficiales recluidos en el castillo se dirigieron al comandante de la plaza para suplicarle «que las señoras Hermanas de la Caridad del Hospital de Paisanos de esta ciudad continúen sus buenos oficios como lo han hecho con otros prisioneros, a fin de no perecer de hambre perdiéndose las raciones que tan puntual y sabiamente les manda entregar el Gobierno». La petición fue atendida, multiplicándose el trabajo y la entrega. También se las

reclamaba en el hospital improvisado para prisioneros a las afueras de la ciudad. Pero las fuerzas se iban agotando y *la Sitiada* reconocía que «hallándose muchas enfermas, apenas podrán atender a los enfermos del hospital». No obstante, se desplazarán allí durante el día para aliviar la situación.

Con la sustitución del gobierno del hospital el 29 de abril de 1811 por una nueva *Sitiada* —la *afrancesada*—, la hermandad pasó por una situación muy difícil. El rey José, hermano de Napoleón y su lugarteniente en España, había dado un decreto de supresión de las comunidades religiosas y, aunque jurídicamente la de la M. Rafols no tenía esa categoría, a ello aspiraba y como tal vivía. No era, pues, el momento oportuno para conseguir el reconocimiento oficial que tanto buscaban. Además les impusieron unas constituciones que no recogían el ideal primitivo. Su autor, el obispo y presidente de *la Sitiada,* fray Miguel Suárez de Santander, confesaba que había quedado impresionado «por el buen ejemplo que dan, y la edificación que causan por su conducta sólidamente virtuosa» y las reconocía como «mujeres adornadas con el espíritu de Dios que se sacrifican por la salud de sus prójimos». Pero había hecho suya la visión de la Junta respecto al futuro de la hermandad:

> «He mirado la pequeña sociedad de las hermanas no como a unas pocas y pobres mujeres que en la actualidad sirven con edificación; no las he mirado como a un niño en su cuna, de que nada hay que temer o recelar, sino teniendo la vista puesta en los siglos venideros y escarmentado con los ejemplos pasados, que empezando débiles se hicieron fuertes y casi irresistibles, he cerrado enteramente la puerta a todo engrandecimiento por su parte, estableciendo inalterablemente su absoluta subordinación a la ilustrísima Sitiada, y total separación de todo manejo independiente».

Esta oposición al proyecto fundacional de la hermandad, claramente expresada, será causa de muchos sufrimientos y frenará por largo tiempo su normal desarrollo y expansión. Al padre Bonal le prohibieron hablar a las hermanas «de asuntos de la hermandad» y procuraban alejarlo lo más posible de ellas, encomendándole una tarea menos brillante que la de fundador: la de limosnero extraordinario del Hospital, por lo que se pasó los últimos años de su vida recorriendo los pueblos y ciudades de España, hasta su muerte en 1829.

A partir de este momento, la M. Rafols quedó sola en la difícil tarea de mantener viva aquella pequeña comunidad, llamada a expandirse muchos años después. Ella sólo deseaba poder desempeñar su misión de caridad con la estabilidad de un instituto religioso aprobado por la autoridad eclesiástica, y la paz y unión fraterna de su comunidad. Por eso, ante algunas tensiones producidas en el grupo, decidió renunciar voluntariamente al cargo de superiora, que había desempeñado desde el comienzo «con mucha prudencia y discreción, con el mayor acierto y satisfacción». Sin quejarse ni culpar a nadie, achacó su decisión a la falta de salud, que era cierta, pero no la única razón. Sin embargo, a pesar de serle aceptada la renuncia, debió continuar en el cargo «hasta nueva orden», que llegó un año después, el 10 de agosto de 1812. Un testigo presencial y muy cercano, el deán D. Ramón Segura, en carta a los sacerdotes de la diócesis desde su destierro en Francia, habla de «cómo se atajó el espíritu de partido, que comenzaba a declararse, con la espontánea cesión de la prudente madre María».

Con la nueva superiora, la M. Tecla Canti, del grupo de las fundadoras, no se logró la concordia deseada, comenzando un éxodo de hermanas hacia sus casas o en busca de un convento para seguir la vocación religiosa que no veían posible en la hermandad. La M. María trabajaba en silencio, sufriendo y orando, mientras se tambaleaba su obra, tan querida. Entre los destinos especiales sugeridos por la superiora a *la Sitiada,* a ella le tocó cuidar la sacristía, lo que, junto a un considerable aumento de trabajo, supuso para ella un gran consuelo en aquellos días tan tristes. A las hermanas que se iban se estaban sumando las enfermas, algunas de las cuales, por prescripción facultativa, tenían que salir «a tomar aires» fuera de Zaragoza. Fue éste el caso de la hermana Teresa Rivera a quien la M. María tuvo que acompañar a un pueblo de la provincia, Orcajo de Daroca. La acogida gratuita por una persona de ese lugar está relacionada con la presencia de la M. María, por los «buenos oficios» recibidos en el hospital, seguramente de su mano. Pero tal vez hubo un intento de alejarla, o de alejarse, porque su indudable ascendiente hacía sombra a la nueva superiora, que no lograba tomar las riendas de la hermandad.

Con todo, la crisis se acentuaba. Tres hermanas pidieron permiso para retirarse a sus casas y otras dos se fueron sin él, con el consiguiente disgusto de *la Sitiada.* En estas circunstancias, la M. María, sintiéndose un obstáculo con su sola presencia, pidió permiso por escrito para pasar al convento de la Enseñanza de Zaragoza, «en clase de seglar o colegiala». Como era su costumbre, no se quejaba de nadie, sino que se veía con «suma debilidad de fuerzas, varias y repetidas desganas, prolongada inapetencia y casi un total decaimiento de ánimo». Su conclusión era clara: no podía seguir en ese «piadoso ejercicio». Pero esa carta, fechada el 14 de abril de 1813, contiene una nota marginal: «Habiendo considerado esta hermana con más atención su solicitud, me suplicó de nuevo la tuviese por no hecha y quedase sobreseído el asunto». Quizá el mismo presidente de *la Sitiada,* el obispo Santander, de cuya mano está escrita la nota, aquietó su ánimo. Aunque generosamente deseaba retirarse en aras de la caridad y de la paz, con muy buen sentido no se le permitió abandonar la obra que con tantísimo dolor estaba fundando.

Con la salida de los franceses el 9 de julio de 1813 cambió radicalmente la situación política en Zaragoza, hecho que repercutió favorablemente en la vida del hospital, en el que comenzó a respirarse otro ambiente. Fue entonces cuando la M. María se encargó de la Inclusa, departamento dentro del mismo hospital, donde esos niños abandonados, que concentraban toda suerte de pobrezas, serán objeto de sus desvelos durante el resto de su vida. Alojados en un lugar insuficiente, ella misma presentó un informe en 1818 sugiriendo mejoras asequibles. Además, su preocupación no terminaba cuando los niños salían de la Inclusa: seguía sus pasos y los defendía de los posibles abusos de sus familias de adopción.

Mientras tanto continuaba luchando por la consolidación y reconocimiento de la hermandad como instituto religioso, con la oposición sistemática de la Junta. Esta finalidad tuvo el permiso solicitado para pasar dos meses en su tierra, que le fue concedido el 10 de abril de 1815. En Cataluña existían hermandades semejantes, con las que estrechó el contacto. Además, ese mismo año comenzaron a gestarse unas constituciones, pedidas

por las hermanas al arzobispo, que éste encargó a personas competentes. Pero no acaban de ver dichas constituciones, por lo que comenzó a crecer la impaciencia de las hermanas. En 1817 algunas pensaron incorporarse a las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl, noticia que alarmó a *la Sitiada.* Dándose cuenta del verdadero problema, al fin decidieron otorgarles las deseadas constituciones, que al fin llegaron el 9 de noviembre de 1818, remitidas por el arzobispo D. Manuel Martínez y Giménez. Aunque procedían de la autoridad eclesiástica, la Junta puso también su mano en documento tan fundamental y, «hechas en ellas algunas variaciones y adiciones», las aprobó el 18 del mismo mes.

La dependencia de *la Sitiada* seguía siendo fuerte, pero las hermanas podían llevar verdadera vida religiosa y, sobre todo, se había recogido fielmente el espíritu y carisma originales, claramente expresados en las constituciones primitivas, nunca aprobadas, que la M. María estaba viviendo con fuerza y que había defendido con tesón. El paso siguiente, la aprobación definitiva por la autoridad eclesiástica diocesana, sería ya mucho más fácil, aunque pequeñas cuestiones de reglamento detuvieron todavía las constituciones en *la Sitiada.* Llegado mientras tanto el trienio liberal (1820-1823), de radical anticlericalismo, toda la vida religiosa tropezó con serias dificultades. Las hermanas continuaron en el hospital, «al mismo tiempo que las llamadas Cortes prohibían vestir el hábito y profesar en todas las religiones y estimulaban a sus individuos de todo sexo a secularizarse». Pero al fin, el 15 de julio de 1824 fueron aprobadas las constituciones por el vicario general D. Francisco Amar, por haber fallecido recientemente el arzobispo. Este documento, tan esperado, suponía el refrendo de una vida, de un carisma, y el verdadero origen de una nueva familia religiosa en la Iglesia.

Se aproximaban días felices para la M. María, que ya podía ratificar, junto a sus hermanas de la primera hora, aquel generoso sí dado al Señor veinte años atrás. Sus primeros votos públicos de pobreza, castidad, obediencia y hospitalidad, tuvieron lugar el 16 de julio de 1825. De las trece hermanas que pronunciaron con emoción la fórmula, sólo las tres primeras habían llegado a Zaragoza aquella lejana tarde del 28 de di-

ciembre de 1804. Estos votos debían renovarse todos los años «hasta que cumplidos cinco años de hábito añadan un juramento de fidelidad a perpetuidad». Pero esas primeras hermanas, que habían esperado tanto el venturoso día, bien merecían que se abreviara ese tiempo y las tres fundadoras, junto con la hermana Teresa Rivera que había ingresado en 1805, pronunciaron el 15 de noviembre de 1825 su voto de estabilidad. Su consagración a Dios y a los hermanos más necesitados era ya definitiva y total.

Había que elegir nueva presidenta, y el 16 de abril de 1826 los votos confluyeron en la M. María Rafols. Sin embargo, en el momento de la elección, renunció con generosidad al cargo, como lo había hecho años atrás, alegando razones de salud. Pero esta vez no le fue aceptada la renuncia, y asumió esa responsabilidad, sin dejar la dirección de la Inclusa.

En la hermandad reinaba la paz, pues su indiscutida autoridad se imponía con el ascendiente de su virtud y caridad. El 16 de julio de 1826, aniversario de los primeros votos, todas las hermanas que habían hecho el voto de estabilidad o perpetuidad, lo emitieron «por todo el tiempo que permanecieren en la hermandad», es decir, por toda la vida. La M. María encabezaba la lista de doce hermanas y asistieron también a la ceremonia tres postulantes. La hermandad se consolidaba y había esperanza de futuro.

Con esta perspectiva, la M. María pidió y obtuvo permiso de la Junta para realizar un viaje a Huesca, donde deseaba «visitar a aquellas hermanas». Llegado el final del trienio para el que había sido nombrada presidenta, anunció con tiempo su renuncia, y el 22 de abril de 1829 fue elegida la Hna. Teresa Periú, a quien la M. María había confiado el cargo de maestra de novicias, y que será reelegida varias veces hasta 1845.

De nuevo los acontecimientos políticos incidieron gravemente en la tranquila vida de la comunidad y, en especial, de la M. María, que sufrió una verdadera tortura cuando, tras ser acusada de lo que no había hecho —proporcionar plomo para armas—, se vio en la cárcel y en el destierro, a pesar de haber sido declarada inocente. Comenzaba la primera guerra carlista y los liberales, que apoyaban a Isabel II frente a su tío Carlos,

radicalizaron su anticlericalismo. También al hospital llegaron las intrigas, y detenida el 11 de mayo de 1834, permaneció dos meses en la antigua cárcel de la Inquisición. Sorprende que la sentencia, tras declararla inocente, la obligue a salir de Zaragoza hacia «el pueblo de su naturaleza», Villafranca del Penedés. Pero María consiguió cambiar el punto de destino, saliendo hacia el hospital de Huesca el 12 de mayo de 1835. Allí la recibieron con mucho cariño las hermanas que siete años antes había visitado.

La Asociación de Damas de la Inclusa, fundada un año después de partir la M. María, solicitó en junio de 1836 a la Junta su regreso, pero la demanda no fue atendida y ella continuó con sus hermanas de Huesca hasta que, terminada la guerra carlista, después de haberlo solicitado a la Junta de Beneficencia que había sustituido a *la Sitiada,* regresó a su querido hospital, haciéndose nuevamente cargo de los niños de la inclusa.

Con edad avanzada y deficiente salud, llegó el momento de la jubilación el 30 de marzo de 1845, pero tres años después deberá colocarse de nuevo al frente de la Inclusa, cuando la Hna. Periú volvió a ser elegida superiora. La Junta se dio cuenta de que le faltaban las fuerzas, pero no quería prescindir de su benéfica presencia, por lo que hizo todo lo posible por mantenerla. En mayo de 1850 aún aparece su nombre, hasta que el 29 de ese mismo mes los niños de la inclusa son trasladados a la Casa de Misericordia.

Una parálisis progresiva iba incapacitando poco a poco a la M. María y, a causa de esta enfermedad, su vida se extinguió sencilla y silenciosamente: «Momentos antes de expirar miró a todas con mucho cariño y sonriente, entregando con gran paz su alma al Señor». Era el 30 de agosto de 1853, cuando estaba próxima a cumplir setenta y dos años de edad y cuarenta y nueve de vida religiosa. Dejaba a sus hijas la preciosa herencia de un carisma de caridad heroica que ella había vivido, defendido con tesón y enseñado con el ejemplo de su vida.

Pocos años después la pequeña Hermandad empezaba a crecer y a extenderse. Ocasión providencial fue la epidemia de cólera que asoló a España en 1855. El comportamiento heroico de las Hermanas de la Caridad, había despertado la admiración

de todos y el gobernador civil de Zaragoza, Sr. Cardero, obtuvo permiso de Gobierno para llevarlas a los hospitales y hospicios de los pueblos de la provincia que lo solicitaran. Por otra parte, años después, en 1881, pudo separarse el noviciado del hospital, y en 1892 se trasladó allí la superiora general, alejándose de la tutela de la Junta. Además, el 14 de enero de 1898 se obtuvo el Decreto de aprobación del Instituto y en 1904 la aprobación definitiva de las Constituciones. Desde entonces una creciente expansión ha ido llenando muchos ambientes, lugares y países de amor generoso y sacrificado.

Acontecimientos singulares han mantenido muy viva la memoria de la fundadora, como el centenario de los sitios de Zaragoza, celebrado en 1908: la ciudad recordó las hazañas de sus héroes más ilustres, entre ellos el P. Bonal y María Rafols, a quien concedió el título de «heroína de la caridad». Otro hecho importante fue el traslado solemne de sus restos a la capilla del noviciado de la congregación en la misma ciudad, en 1925.

En 1926 se inició su causa de canonización, concluyendo el proceso ordinario informativo en 1927. Poco después, en 1931 se obtuvo el decreto de aprobación de sus escritos y, según la normativa vigente, se realizó el proceso apostólico, que tuvo lugar entre 1932 y 1934. La necesidad de una investigación histórica complementaria prolongó, e incluso detuvo, durante unos años la causa, mientras el sepulcro de la M. Rafols continuaba siendo meta de peregrinaciones y crecía su fama de santidad. Ha sido beatificada por el papa Juan Pablo II el 16 de octubre de 1994.

MARÍA ENCARNACIÓN GONZÁLEZ RODRÍGUEZ

Bibliografía

FIGOLS, S., *Origen, historia y desarrollo del Instituto de Hermanas de la Caridad de Santa Ana* (Zaragoza 1902).

JAVIERRE, J. M.ª, *Reportaje y elogio para una monja* (Salamanca 1994).

MARTÍN DESCALZO, J. L., *El verdadero rostro de María Rafols* (Madrid 1981).

RABAZA, C., *Heroísmo y santidad. Vida de la venerable madre María Rafols Bruna* (Valencia 1926).

SANZ ATRIBUCILLA, J. M.ª, *Vida documentada de la Sierva de Dios madre María Rafols* (Zaragoza 1948).

TELLECHEA IDÍGORAS, J. I., *Las Hermanas de la Caridad de Santa Ana y el Hospital de Nuestra Señora de Gracia de Zaragoza. Documentos históricos,* 5 vols. (Zaragoza 1968-1980).

BEATOS MANUEL MEDINA OLMOS Y DIEGO VENTAJA MILÁN

Obispos y mártires († 1936)

Beatificados el 10 de octubre de 1993 con siete Hermanos de las Escuelas Cristianas, en la misma ceremonia que Pedro Poveda y Victoria Díez, los obispos Manuel Medina Olmos y Diego Ventaja compartieron muchos momentos de su vida, frecuentaron un mismo terreno pastoral, pero sobre todo fueron juntos a la muerte en la madrugada del 30 de agosto de 1936. Desde la noche del día 27 de julio en que ambos quedaron alojados en la casa del vicario general de Almería, ya no se separarían, recorrerían idéntico camino de la cruz, sufrirían parecidas vejaciones, estrecharían su amistad y se contagiarían la fortaleza para afrontar el trance del martirio. Precisamente el vicario, en cuya residencia permanecieron los obispos hasta el 11 de agosto, fue quien contó oficialmente el relato de la muerte del obispo de Almería y del obispo de Guadix. Dice así el escrito de Rafael Ortega, conservado en el archivo episcopal almeriense:

> «Los llevaron al kilómetro que en la carretera que va a Motril y Málaga está marcado con el número 93 en el poste; allí los bajaron del automóvil que los conducía, y a pie, pasaron por el vecino cortijo llamado del "Chismes", los internaron en un barranco pequeño, llamado también de los "Chismes", en terreno y jurisdicción municipal de Vícar, y como a unos cien pasos de la carretera del circuito en el borde del barranco, de poca altura, los asesinaron, arrojándolos a la falda. Allí los quemaron rociándolos previamente con gasolina, y, una vez consumidas las ropas y carne y calcinados los huesos, los enterraron a todos, unos 17, en una fosa común. Mejor dicho, estuvieron los restos calcinados insepultos algunos días, hasta que piadosas manos de vecinos de aquellos parajes vinieron y los enterraron».

Así de escueto ha quedado para la historia el relato del martirio, sin especificar siquiera de qué manera se produjo el asesinato de los dos obispos. Circularon por Almería otros más o menos fantaseados sobre su final, pero la versión más fiable es que fueron fusilados y después calcinados en el Barranco del Chisme. Se sabe, acerca de sus últimas horas, que poco antes de morir, maniatados como los llevaban y en hilera, el obispo de

Guadix, monseñor Medina Olmos, quiso decir unas palabras: «No hemos hecho nada que merezca la muerte, pero yo os perdono para que el Señor también nos perdone. Que nuestra sangre sea la última que se derrame en Almería». Juan Pablo II, en su homilía de beatificación, también recuerda que, «como relataron testigos presenciales, monseñor Ventaja dijo a los que iban a matarlo: "Que Dios os perdone como yo os perdono de todo corazón y que ésta sea la última sangre que derraméis"».

El vía crucis del obispo Diego Ventaja Milán tuvo su primera estación el 21 de julio de 1936, cuando fracasó en Almería el levantamiento militar y empezaron a producirse saqueos e incendios de edificios religiosos. Tres días después le tocó el turno de la incautación a su palacio episcopal. Miembros del comité revolucionario entraron por la fuerza, con malas maneras, y conminaron al obispo a que abandonara su residencia para hacer un registro. Como pensaban convertirla en sede del Gobierno Civil de Almería, trasladaron al obispo al cuartel de la Guardia de Asalto y le aconsejaron que se marchase de la diócesis, incluso le ofrecieron un coche para huir. El obispo rechazó la sugerencia. No era, sin embargo, la primera vez que alguien trataba de convencerle para que se alejara, aunque por otras razones. En realidad, los días previos al comienzo de la guerra se hallaba monseñor Ventaja en Granada, donde se enteró del asesinato de José Calvo Sotelo, y donde hubo de resistirse a las presiones de algunos amigos para que no regresara a su diócesis, pero él quería celebrar entre sus fieles el aniversario —el 16 de julio— de su entrada en Almería. Ésta fue la razón de que se encontrase entre sus diocesanos el 15 de julio.

Aún tuvo el obispo Ventaja otra oportunidad de evitar su calvario aceptando la propuesta de marcharse en un barco rumbo a Inglaterra. Fue el día 25 de julio, cuando ya vivía en la casa del vicario general, al día siguiente de ser desalojado de su palacio episcopal. Dos súbditos ingleses residentes en Almería se encontraron en la calle con el obispo, e informados de que un destructor salía aquella noche para Inglaterra, le ofrecieron la posibilidad de embarcar. El prelado —según consta en un escrito firmado por sus amigos ingleses— reaccionó así: «Con una dulce sonrisa nos dijo que él tenía deberes con sus diocesanos y

mientras le fuera posible debía continuar atendiendo sus necesidades». Como no lograron que accediera, le propusieron que se fuera con ellos, que procurarían su seguridad, pues temían que «la plebe le hiciera daños terribles», a lo que el obispo replicó que «no le podían hacer daño». «Desde luego —añadió— pueden destruir este cuerpo (y se golpeaba el pecho), pero no pueden hacerme daño».

Durante los días que permaneció monseñor Ventaja con otros sacerdotes en la casa del vicario se avivó entre ellos la vida de piedad y la persuasión de que estaban en vísperas de su martirio. Entre tanto, al obispo de Guadix, monseñor Medina, le esperaba un camino de la cruz muy similar. También éste pudo eludir aquellos momentos tan complicados quedándose en Granada, pero prefirió marcharse a la diócesis, donde vivió unos días de sobresalto, oyendo el tiroteo cuando la guardia civil, desde su cuartel lindante con el palacio episcopal, se vio asediada. El obispo invitó a todos los residentes en el palacio a que hicieran confesión general —él mismo comenzó dando ejemplo— ante el mal cariz que iban tomando los hechos. El domicilio episcopal fue sometido a un riguroso registro, aunque por el momento respetaban a sus habitantes, y por supuesto al obispo, que sin embargo recibió consejos de retirarse discretamente a su pueblo natal, en las laderas de Sierra Nevada. Su respuesta fue no abandonar su diócesis por nada del mundo, estar con sus feligreses en aquellos momentos tan comprometidos y peligrosos.

A media mañana del 27 de julio, varios asaltantes, con la intención de hacer un nuevo registro, irrumpieron con violencia en la residencia episcopal dispuestos a saquearla y a comportarse con el mayor desprecio. El obispo Medina fue cacheado y despojado de sus insignias episcopales. Se resistió a que le quitaran el pectoral diciendo: «Ya que me vais a matar, dejadme que muera con el crucifijo», pero no le respetaron su deseo. A continuación, el obispo y otros cuatro sacerdotes, fueron llevados en coche a la estación y los metieron en un vagón de mercancías para trasladarlos a Almería. Uno de aquellos sacerdotes, don Francisco Vargas, liberado en la estación de Guadix, es quien ha contado los malos tratos recibidos aquel día y el que

oyó al obispo rezar: «Señor, convierte a mi pueblo o bórrame a mí del libro de la vida».

El amargo traslado a Almería quedó aliviado, en cierto modo, al ver en la casa del vicario a su amigo el obispo Diego Ventaja. Con los tres nuevos huéspedes se formó allí una especie de comunidad eclesiástica. Los cuatro sacerdotes y los dos obispos disponían de una capilla, podían celebrar la misa y entregarse fervorosamente a la oración. Así se mantuvieron unidos y pacientes, hasta que el 5 de agosto un grupo de milicianos entró en la casa y en medio de una gran algarada los hicieron salir para llevarlos a la comisaría. A lo largo de todo el recorrido, las calles fueron un grosero escenario de insultos contra los obispos, que vestían sotana, y contra los cuatro sacerdotes por parte de muchos viandantes. Devueltos a casa, todavía pudieron continuar con el estilo de vida que se habían propuesto.

El 12 de agosto, un coche policial que esperaba a la puerta de la casa se llevó a los seis. Fueron recluidos, en régimen de cierta suavidad, en el convento de las Adoratrices, habilitado como cárcel, donde se hallaban algunos jesuitas, entre ellos el padre Luque, confesor del obispo Ventaja. El compañerismo y el clima de religiosidad en que vivieron aquellos días les preparó a todos para afrontar su previsible muerte. Un policía se presenta el 24 de agosto dispuesto a cambiar el trato deferente que recibían los obispos y les exige que renuncien por escrito a su «condición oficial de huéspedes». En adelante serían simples detenidos, lo que les obliga a dejar la sotana y a convivir con los presos políticos.

Astoy Mendi era el nombre de un barco fondeado en el puerto de Almería y convertido en prisión. Allí condujeron, el 27 de agosto por la noche, a los dos obispos junto a medio centenar de sacerdotes y a otros tantos paisanos. No era ningún crucero lo que les aguardaba, sino pruebas física y moralmente muy duras que superaron con paciencia y dignidad. Los trataron peor que a los demás. Padecieron el sofoco de las bodegas, el hacinamiento, les hicieron pujar pesadas cargas, fregar la cubierta y soportar burlas particularmente crueles para su condición episcopal. Del *Astoy Mendi* fueron llevados al acorazado *Jaime I,* donde una marinería mal hablada se regodeaba ante los dos obispos,

que tuvieron el cometido de servir la mesa. Estaban ya de nuevo en el *Astoy Mendi,* cuando el 29 de agosto se recibe una engañosa orden en el barco prometiendo a los sacerdotes alistarse para regresar a la prisión de las Adoratrices. Nadie sospechó la trampa que los identificaba y fueron dando su nombre.

Al día siguiente, 30 de agosto, desde la cubierta del barco un miliciano, lista en mano, los fue llamando uno por uno. Con las manos atadas, los colocaron a todos en fila e hicieron bajar al muelle. En realidad los habían elegido para la muerte. Subieron a una camioneta los dos obispos, seis sacerdotes y varios seglares más hasta un número total de 17. El destino no era otro que la carretera de Motril, un siniestro barranco en el término de Vícar, donde serían fusilados.

El obispo de Guadix, monseñor Manuel Medina Olmos, contaba 67 años recién cumplidos el día de su martirio y llevaba poco más de diez años de ministerio episcopal. Nacido el 9 de agosto de 1869 en Lanteira, un típico pueblo perdido en Sierra Nevada, fue bautizado dos días después en la parroquia de la Anunciación con los nombres de Justo y Manuel. De familia humilde y campesina, perdió pronto a su madre y quedó bajo la custodia de un tío suyo, párroco de Caniles, que orientó su vocación y primeros estudios. Con trece años ya supera en el instituto de Almería la prueba del bachiller y poco después ingresa en el seminario de San Torcuato de Guadix donde cursaría los estudios sacerdotales. Recibió la ordenación sacerdotal muy joven, cuando sólo tenía 22 años, y estrenó su ministerio pastoral en la parroquia del Sagrario de Guadix. Obtuvo sucesivamente el doctorado en Teología y las licenciaturas en Filosofía y Letras y en Derecho Civil en facultades granadinas. En 1892 opositó a una canonjía en el Sacromonte de Granada y allí tuvo la oportunidad de conocer a don Andrés Manjón, fundador de las Escuelas del Ave María. Se entendieron muy bien ambos y entablaron una estrecha amistad que dio como fruto el que Manjón, valorando las cualidades del nuevo colaborador, le confiase la subdirección de las Escuelas y lo eligiese para ocupar la dirección tras su muerte, ocurrida en 1923. Fue Manuel Medina un extraordinario catequista, con sólidas dotes de pedagogo y profesor, demostradas no sólo con el ejercicio de la enseñanza o

asumiendo durante veintitrés años la dirección del colegio del Sacromonte, sino participando, por ejemplo, en el I Congreso Catequístico Nacional celebrado en 1913 en Valladolid y en otros posteriores, una vez nombrado obispo.

El prestigio intelectual y organizativo no le hizo nunca a Medina Olmos arrogante sino fecundo y llano en el trato. La simpatía fue «el don más estimado», atestigua Antonio Montero en su *Historia de la persecución religiosa en España.* Un sacerdote que lo conoció de cerca ha dicho de él que «mantuvo siempre talante de campesino, de un campesino que sale ilustre no porque se haya ilustrado, sino porque sale así desde abajo. Estaba unido con su pueblo de una manera natural». En esta época granadina salieron de su pluma fácil y sin grandes pretensiones literarias un buen número de piezas teatrales que se representaron en los colegios de Granada y Guadix. En una de ellas —*La hija del rabino,* estrenada en 1918— se lee alguna frase que suena a un anticipo de la situación que le tocaría vivir a su autor en 1936. Dice así: «No pienso en huidas, aquí estoy bien y Dios se encargará de sacarme cuando más me convenga».

En diciembre de 1925 es nombrado obispo titular de Amono y auxiliar de Granada, en cuya catedral fue consagrado el 23 de mayo de 1926. Compaginó sus tareas de obispo con algunas de las actividades que hasta entonces había desempeñado, como su relación con el Ave María, reflejada incluso en su escudo episcopal con un dibujo de la Anunciación. En el haber de esta etapa episcopal granadina hay que contar la ejemplar y competente, como de gran catequista y organizador, preparación y celebración del II Congreso Catequístico Nacional de Granada, en 1926.

Tres años después Pío XI lo nombra obispo de Guadix-Baza, diócesis en la que hace su entrada el 3 de diciembre de 1929 invocando el lema de San Pablo: «Restaurar todas las cosas en Cristo». Apenas había pasado un mes desde su toma de posesión y ya monseñor Medina Olmos andaba embarcado en una fatigosa visita pastoral por la intrincada geografía diocesana, que duraría tres años y medio, una visita con mucha predicación, reuniones de grupos y confirmaciones. Pero sin descuidar el gobierno ordinario de la diócesis, dedicando tiempo de refle-

xión a elaborar importantes escritos acerca de la Constitución Española de 1931 y sobre *El capital y el trabajo,* con exposición de las enseñanzas de la Iglesia sobre la cuestión social; y prestando mucha atención al acontecer religioso nacional, en el que intervino activamente, como el I Congreso Nacional de Acción Católica de 1929 en Madrid o el III Congreso Catequístico Nacional de Zaragoza en 1930.

La catequesis fue siempre su actividad pastoral preferida, de tal manera que durante su pontificado impulsó los estudios de la pedagogía catequética en el seminario, organizó semanas catequísticas en Guadix y en Baza, escribió tres cartas pastorales sobre la enseñanza del catecismo y contribuyó con numerosas memorias al desarrollo de la catequesis en España. Siempre estuvo al tanto de la marcha y funcionamiento del seminario, sobre todo en momentos en que el gobierno de la República recortó la asignación a la Iglesia, y mantuvo una gran cercanía con los alumnos durante sus frecuentes visitas. Con los sacerdotes fue verdadero padre, conocedor de sus problemas, siempre muy atento a sus necesidades espirituales y materiales. Se conocen muchos testimonios de desprendimiento personal, como la entrega de su pectoral y su anillo para socorrer la pobreza de algunos trabajadores, y consta que su vida en la residencia episcopal estaba marcada por la austeridad. Vivió con preocupación el momento social de aquella España y trató de dar una respuesta pastoral exponiendo y predicando la doctrina social de la Iglesia.

Quedó vacante la sede de Almería y Roma le encargó que se ocupara de aquella diócesis en calidad de Administrador Apostólico, cargo que desempeñó desde el 16 de julio de 1934 hasta el mismo día del año siguiente en que tomó posesión Diego Ventaja Milán. Durante aquel año tuvo que compartir su ministerio episcopal entre Guadix y Almería. Si alguna vez don Andrés Manjón le había dicho que «usted será obispo y mártir», no tardaría mucho tiempo ya en difundirse aquella frase de monseñor Manuel Medina Olmos que ha quedado como testimonio de su aceptación martirial: «Yo he ofrecido a Dios mi vida por la salvación de España, y el Señor la ha aceptado».

Once años más joven que don Manuel Medina, su compañero de martirio el obispo de Almería, monseñor Diego Ventaja Milán, procedía también de una familia humilde y cristiana. Había nacido en el pueblo de Ohanes, en las Alpujarras almerienses, el 22 de junio de 1880. Bautizado en la parroquia de la Inmaculada dos días después, recibe los nombres de Diego José Paulino. A los pocos años, la familia se traslada a Granada, donde vive al principio con grandes dificultades económicas, pero una vez que el padre consigue un puesto de trabajo como servidor del capellán del Sacromonte, el niño es admitido como fámulo y empieza a cursar sus estudios. Como mostraba deseos de ser sacerdote, hizo en aquel mismo colegio seminario las humanidades y conoció a don Andrés Manjón, que era canónigo de la abadía. El chico, simpático y de buenas luces, no sólo ganó una beca con la que se ayudó económicamente en sus estudios granadinos, sino que el Sacromonte le brindó otra más cuantiosa, a partir de 1894, para residir en el Pontificio Colegio Español de San José de Roma, recientemente fundado, y seguir los cursos de la Universidad Gregoriana. En 1898 se doctora en filosofía y cuatro años más tarde obtiene el doctorado en teología. Un mes después de defender su tesis doctoral en la Facultad de Teología, el 21 de diciembre de 1902, se ordena sacerdote en Roma, en la capilla del colegio.

Terminada su etapa de formación eclesiástica, vuelve Diego Ventaja a la diócesis granadina, donde ejerció su ministerio sacerdotal durante treinta años en el Sacromonte y en las escuelas del Ave María como colaborador de don Andrés Manjón, quien llegó a nombrarle vicedirector de dicha institución pedagógica. Comenzó siendo profesor, después secretario de estudios y capellán del Sacromonte por espacio de doce años. Su ministerio pastoral lo desempeñó con gran celo predicando, dando tandas de ejercicios, dirigiendo espiritualmente a muchos fieles y pasando largas horas en los confesonarios de varias comunidades religiosas. En 1917 oposita y gana una canonjía en la iglesia magistral del Sacromonte y en 1924 recibe el nombramiento de rector del colegio seminario granadino de San Dionisio Areopagita, cargo al que hubo de renunciar, con ejemplar obediencia, por desacuerdo del arzobispo. Vinculado siempre al Sacromonte, de cuyo cabildo lle-

gó a ser presidente, allí ejerció su actividad sacerdotal sin pujos, pero con brillantez, humildad y entrega, y compartió su dedicación con la obra fundada por Manjón.

Se dijo, a propósito de su categoría intelectual y humana, que algunos obispos amigos suyos le habían ofrecido altas responsabilidades en sus respectivas diócesis, pero que él siempre declinó las propuestas respondiendo que no podía abandonar el Sacromonte, al que se lo debía todo y al que se debía por entero. Pero el 4 de mayo de 1935, probablemente por sugerencia de su amigo del Ave María y antiguo compañero de cabildo, monseñor Medina Olmos, a la sazón obispo de Guadix y Administrador Apostólico de Almería, fue nombrado por Pío XI obispo de Almería. Su consagración episcopal, en la que ofició de conconsagrante el obispo Medina, se celebró en la catedral de Granada el día de la fiesta de los santos Pedro y Pablo de 1935, y el día 16 de julio, fiesta de Nuestra Señora del Carmen, hacía su entrada en la capital almeriense.

Poco más de un año estuvo al frente de la diócesis monseñor Diego Ventaja Milán. Vivió circunstancias muy difíciles a lo largo de aquel año tan convulso social y políticamente, siendo testigo de una campaña antirreligiosa que mostró su peor cara en los ataques a la Iglesia, y siendo él personalmente víctima, con otros sacerdotes, religiosos y seglares, de una persecución religiosa que soportó con paciencia y «grandeza de alma», sobre todo desde aquel 24 de julio de 1936 en que le obligaron a abandonar el palacio episcopal y a emprender el vía crucis que le llevaría a la muerte.

JOSÉ ANTONIO CARRO CELADA

Bibliografía

AAS 85 (1993) 298s.

ÁLVAREZ GASTÓN, R., «Don Diego Ventaja, fortaleza ejemplar»: *Ecclesia* (1993) n.2652 p.14-15.

CÁRCEL ORTÍ, V., *Mártires españoles del siglo XX* (Madrid 1995).

GARCÍA-SANTACRUZ, J., «Don Manuel Medina, pastor caritativo»: *Ecclesia* (1993) n.2652 p.16-17.

HARO, R. DE, *Testigo de su fe. Biografía de Manuel Medina Olmos* (Madrid 1993).

LÓPEZ MARTÍN, J., *Tras las pisadas del Buen Pastor: Diego Ventaja Milán, obispo mártir* (Madrid 1993).

MONTERO MORENO, A., *Historia de la persecución religiosa en España (1936-1939)* (Madrid ²2004).

BEATO VICENTE CABANES BADENAS

Presbítero y mártir († 1936)

De entre todos los mártires de la persecución religiosa española de 1936 seguramente que no hay otro como el Beato Vicente Cabanes en quien se den con mayor fidelidad todos y cada uno de los caracteres del verdadero mártir cristiano. Es el titular de los *Mártires de la familia amigoniana* y su martirio adquiere un relieve no menor al de los mártires de la primitiva comunidad cristiana. Las actas martiriales así lo han puesto de relieve.

Vicente Cabanes nace el 25 de febrero de 1908 en Torrente, delicioso pueblo de la Huerta Sur de Valencia. Y el 1 de marzo del mismo año es bautizado por don Pascual Ricart en la Iglesia parroquial de Nuestra Señora de la Asunción, de dicho pueblo, con el nombre de Vicente Matías. Es el mayor de los tres hermanos varones, luego de su hermana Carmen.

Son sus padres, sencillos jornaleros, los encargados del huerto de Trénor. Viven enfrente mismo del convento alcantarino de Monte Sión, desde 1889 morada de los religiosos terciarios capuchinos. La inmediatez al convento hace que Vicente, ya desde sus primeros años, vea en la familia amigoniana como una prolongación de su propia familia.

Poco después de recibir la primera comunión en la iglesia de *los frailes,* el 24 de julio de 1915, Vicente se inscribe en la Real Pía Unión de San Antonio de Padua. Posteriormente ingresa como seminarista en la escuela seráfica que funciona en el mismo convento.

A partir de la primera comunión Vicente incrementa su asistencia a los actos de piedad. Todos los días asiste a la santa misa y con asiduidad recibe el sacramento de la penitencia. Con los *antonianos* participa en los actos de culto: misa, rosario y procesiones, así como también en actividades recreativas, entre las que no pueden faltar las amenas funciones de teatro. Está más en el convento que en su casa.

En esta etapa Vicente es ya un joven espigado y alto, de carácter ponderado y afable, de profunda fe y muy caritativo, lo que, según su hermana Carmen, le inclina por la vida religiosa para poder dedicarse a predicar el evangelio y a educar a la juventud.

Concluidos con el mayor aprovechamiento los estudios de latín y humanidades, viste, en la casa noviciado de San José de Godella (Valencia), el santo hábito el 15 de septiembre de 1923, festividad de la Virgen de los Dolores.

Durante los días de su noviciado fallece su buen padre. Para poder continuar en la finca, los señores de Trénor exigen que Vicente quede al frente de la misma. Su madre, luego de larga y dolorosa entrevista con Vicente, se determina a vivir en la mayor pobreza y necesidad antes que quitar la firme vocación a su hijo.

Superada la prueba, fray Vicente emite los primeros votos el 15 de septiembre de 1925 y pasa a cursar filosofía en la fraternidad de San Hermenegildo de Dos Hermanas, Sevilla. Ya entonces da pruebas de sus grandes dotes de educador amigoniano.

Durante el verano de 1928 es destinado a la fraternidad del reformatorio del Príncipe de Asturias, en Madrid, donde inicia los estudios teológicos y alterna los actos de piedad con los libros, los alumnos y el gabinete de psicopedagogía. ¡Ah!, y colabora asimismo, desde la fundación, en la revista amigoniana *Adolescens surge,* de la que algún día llegará a ser su director, y en la que escribirá algunos de sus artículos pedagógicos más significativos.

Su interés científico le lleva a visitar diversos centros de carácter reeducativo de Bélgica, manifestando una especial predilección por los laboratorios de psicopedagogía. Visita la «Escuela de observación» de Moll, donde admiran sus cualidades de gran pedagogo tanto monsieur Rouvroy, director del centro, como la directora de Saint Servais.

El 15 de septiembre de 1931 emite sus votos perpetuos en Madrid, y al año siguiente, el 12 de marzo de 1932, recibe la ordenación sacerdotal de manos de su buen padre fundador Luis Amigó. A continuación inicia sus estudios en la Universidad de Valencia y en el Instituto de Estudios Penales.

Todo cuanto emprende lo realiza con cariño y entrega verdaderamente singular. Profesa tierna devoción a la Virgen de los Dolores, bajo cuyo patrocinio agrupa a los auxiliares y maestros durante el tiempo que reside en Madrid. Vive totalmente entregado a su misión específica de la reforma de la ju-

ventud extraviada. Tan sacrificada fue su entrega que llega, incluso, a enfermar.

El 1 de octubre de 1934 pasa a formar parte de la fraternidad de la casa de El Salvador de Amurrio, Álava, donde es director espiritual de la comunidad y dirige el gabinete psicopedagógico del centro. En dicha fraternidad le sorprende la guerra.

En julio de 1936 el ambiente político religioso que había en España era ya de clara persecución religiosa. En el vecino pueblo de Saracho, situado entre Amurrio y Orduña, los milicianos incendiaron la iglesia. En otras poblaciones dieron muerte a los sacerdotes, religiosos y personas católicas.

Antes de mediar el mes de agosto de 1936, los encargados y los niños del reformatorio del Salvador de Amurrio son evacuados. Hallan cómodo alojo en la finca del Marqués de Urquijo de Llodio, Álava. El padre Vicente Cabanes queda al frente de la Casa del Salvador, ya desalojada, excepción hecha de un reducido grupo de alumnos y servidores, entre los que se cuenta el vaquero de la casa. El padre Vicente de día atiende el centro y pasa la noche, por orden de su superior, en casa de don Felipe Ugarte, coadjutor del pueblo.

En agosto el frente nacional se encuentra a un kilómetro escaso de la «Casa del Salvador» de Amurrio. Uno de los días el vaquero, que lo es Matías Charterina, a quien apodaban el Cartujo por su escasa facilidad de palabra, arrea las vacas hacia el monte y se pasa a los nacionales:

«Quedaos con las vacas —les dice— pero yo quiero ir con vosotros». De este modo consigue llegar a su pueblo natal de Ciánuriz. A raíz de este hecho parece ser que los milicianos quieren dar un escarmiento al pueblo asesinando al padre Vicente Cabanes. Al caer la tarde del 27 de agosto de 1936, como de costumbre, el padre se traslada a casa del señor vicario para pernoctar. La noche era calurosa, como suelen serlo todas en el mes de agosto. Había anochecido ya. El padre Vicente y don Felipe, apenas cenados, toman el fresco. Golpean a la puerta:

—¿Quién es?, pregunta el señor vicario.
—¿Está el padre Vicente? Deseamos rinda unas declaraciones.

El padre Vicente no se hizo de rogar. Se despidió de los de casa. Y, con una amplia sonrisa, éstas fueron sus últimas palabras:

> —¡Sea lo que Dios quiera! ¡Bendito sea Dios! Y descendió la escalera.

Al salir de la casa, dos o tres milicianos lo están esperando. Le ordenan subir al coche. El padre Vicente obedece sin resistencia alguna. El coche y sus ocupantes toman la dirección de Orduña. En el trayecto intentan atraerle a su ideología primero, luego pasaron a las amenazas y ultrajes, exigiéndole finalmente que renegase de su fe e insultara al Crucifijo, si quería salvar su vida. A lo que el padre Vicente contestó con palabras que recuerdan al santo Job:

> «Toda mi vida la he consagrado a Dios y le he servido con fidelidad y nunca he recibido de él ningún ultraje ni agravio; al contrario, de él solamente he recibido bendiciones y beneficios; de él he recibido la vida y toda mi vida será para servirle y bendecirle».

Llegados al pueblo, los milicianos le dan una vuelta por la plaza y nuevamente emprenden la dirección de Amurrio en viaje de regreso. La razón del improviso cambio de intenciones y de ruta se ignora. Pero lo cierto es que a la salida del pueblo y al llegar al Prado de San Bartolomé, en la recta de la carretera, le hacen descender. Al borde de la misma, entre el prado y la chopera, le desjarretan cuatro tiros, dejándole por muerto.

Como puede, y taponándose las heridas con las manos, el padre Vicente retrocede a Orduña. Llama en las dos o tres primeras casas. Pero no lo socorren por miedo a comprometerse. Finalmente encuentra su samaritano en la persona de don Epifanio Elejalde, quien en esos momentos estaba dirigiendo el rosario en familia.

> —¿Quién es?, pregunta don Epifanio desde lo alto de la escala. Y el padre Vicente: —Soy un hombre herido. Pido un médico y un sacerdote para morir con él.

Alfonso, hijo de don Epifanio, hace ademán de bajar. Pero Patrocinio, y lo mismo Dolores, sus hermanas, intentan disuadirle: «No bajes, Alfonso, que es una añagaza. Vienen a por vosotros», le dicen.

No obstante, sin hacer caso de nada, baja inmediatamente, a saltos, y abre la puerta que, por precaución, al atardecer cerraban con llave. Al abrir el portoncillo, sobre el que estaba apoyado el padre Vicente, se desplomó sobre él, quizá quemando sus últimas reservas físicas. Estaba totalmente ensangrentado. Su sangre empapando la camisa azul de su buen samaritano, que durante años conservó sin lavar como reliquia:

> —¿Quién es usted? —le pregunta Alfonso.
> —Soy el padre Vicente, del reformatorio de Amurrio. Soy valenciano.
> —¿Y por qué no ha dicho antes que era sacerdote?
> —Tenía miedo, porque he llamado a otras puertas y no me han hecho caso.
> —¿Qué le ha pasado? —insiste Alfonso.
> —Me han sacado de la casa de un sacerdote de Amurrio. Me han traído hasta aquí. Me han devuelto a las afueras y, al bajarme del coche, me han querido hacer apostatar. Al negarme me han dado una carretada de tiros, dejándome por muerto.

La familia Elejalde inmediatamente lo traslada al Santo Hospital de Orduña, donde llega todavía con el crucifijo, con el que se opuso a los milicianos, entre sus manos. Pide penitencia y extremaunción, que le administra D. Rafael de la Torre, capellán del centro hospitalario.

Del hospital de Orduña es trasladado al de Basurto, en Bilbao, donde llega pasadas ya las 2,30 de la noche del 28 de agosto. El padre Vicente aún llega consciente. Y al amanecer de aquel día llega también fray Juan Bautista Segarra, para atender al padre Vicente. Para entonces el padre había recobrado ya totalmente el conocimiento:

> —¿Quiénes han sido?, le pregunta fray Segarra.
> Y el padre Vicente: —No me hable de esas cosas; hábleme tan sólo de Dios. Dígame jaculatorias.

En el decurso de la conversación fray Segarra sigue preguntando al moribundo: «¿Sabía o maliciaba que le iban a matar? ¿Tenía la absoluta seguridad de que no iba a morir?».

A lo que el padre Vicente contesta alegre: «Pues muy sencillo. Yo he hecho toda mi vida los nueve primeros viernes de mes, por eso sabía y no podía dudar de que el Sagrado Corazón de Jesús tenía que cumplir su promesa».

Al caer el día acude también al hospital su superior, padre Tomás Serer. El padre Vicente no teme la muerte. Pero la noche del mismo 29 de agosto será larga, muy larga. A veces, devoradas sus entrañas por la fiebre que le produce el plomo, exclama: «¡Esto es horrible, padre Tomás!».

En un determinado momento se vuelve a su superior y le dice: «Padre, hágame la preparación de la muerte».

Arrodillado junto al lecho de dolor el padre Tomás Serer cumple con el deseo del moribundo. Al final éste le pregunta:

> —Padre, ¿me perdona si en algo le he podido ofender?
> A lo que responde: Sí.
> Y el padre Tomás: —¿Me perdona usted a mí, así como a todos los que le hayan ofendido?
> —Sí, responde éste a su vez.

Y, conociendo la enorme calidad moral y gran caridad del padre Vicente, se atreve todavía a decirle:

> —¿Y perdona también a los que le han herido?
> —También les perdono de todo corazón, contesta con voz clara.

A las nueve de la mañana el padre Tomás se retira del lecho del moribundo para ir a celebrar la santa misa. Antes de partir, el padre Vicente aún le dice: «Quiero, si es posible, me amortajen con el santo hábito ya que no tengo la dicha de morir con él».

Momentos antes de morir, los asesinos todavía lo localizan en el hospital. Convencidos de que el padre está expirando, los milicianos no le molestan ya, pero se retiran profiriendo estas brutales palabras: «¡Muere, canalla, como un perro!».

Efectivamente, poco después, de las 4,15 a las 4,30 del domingo 30 de agosto de 1936, moría el padre Vicente Cabanes en el hospital de Basurto, Bilbao. Fray Juan Bautista le llevó el santo hábito. Con él por mortaja fue enterrado en el cementerio de Derio, a eso de la Hora de Vísperas. Sólo algunos arriesgados amigos le pudieron acompañar. Una vez más fray Juan Bautista, exponiendo su vida, puede volver aquella tarde al pueblo de Amurrio.

Don Alfonso Elejalde, su fiel samaritano, hace constar finalmente en las actas martiriales:

«Su comportamiento fue el de un santo. No tuvo ni una sola palabra de condena para los asesinos. Estaba sumamente tranquilo. Manifestó que quisieron hacerle apostatar, pero él se negó completamente. Quiero insistir que perdonó a sus asesinos».

AGRIPINO GONZÁLEZ, TC

Bibliografía

Bibliotheca sanctorum. Appendice seconda (Roma 2000) 216.
GONZÁLEZ, A., *Martirologio amigoniano* (Valencia 2001) 69-82.
— *Meditación del cuadro* (Valencia 2002).
Martyrologium romanum, o.c., 461, 13*.
VIVES AGUILELLA, J. A., *Hombres recios y entrañables* (Valencia 2000) 19-28.

BEATO PEDRO TARRÉS CLARET

Presbítero († 1950)

Viví la glorificación eclesial, la solemnísima proclamación canónica de la heroicidad cristiana de Pedro Tarrés compartiendo honores con los jóvenes italianos Alberto Marvelli y Pina Suriano, consiliario y militante católico, respectivamente.

Enmarcada la triple beatificación en una gran fiesta peregrinación del movimiento apostólico italiano. En el improvisado escenario serrano de Montorso, en la franja adriática, a trescientos kilómetros de la Plaza de San Pedro. En la impresionante explanada, ocupada desde la tarde anterior —4 de septiembre de 2004— por la espesa muchachada y los adultos de Acción Católica del país anfitrión que una fe comprometida empujó a Loreto. Hasta más de trescientas mil personas, machacadas por un sol despiadado pero entusiastas.

Y soy testigo de la referencia papal al nuevo beato español y catalán universal, dos fechas después, en Castelgandolfo, en audiencia al grupo peregrino. Definió Juan Pablo II:

> «Pere Tarrés i Claret, apóstol de la juventud [...] Médico y sacerdote, dos vocaciones inseparables en él [...] Sigue siendo ejemplo para los médicos, porque amaba al enfermo como persona, ayudándolo a curar o soportar el dolor. Asimismo, como hombre de corazón indiviso y por su entrega incansable a los fieles y a los diversos apostolados que le fueron confiados, es también modelo para los sacerdotes de hoy [...] Luminoso ejemplo para cuantos, aun en medio de muchas dificultades, consagran su vida a la

causa del reino de Dios a través de un servicio generoso a los hermanos más necesitados».

Un modelo para la imitación. Tres rasgos destacados por el Papa: apóstol, médico y sacerdote. Con especial dedicación a los pobres.

Manresa, en pleno corazón de Cataluña, le acunó, le vio crecer y le hizo joven. Allí había nacido Pedro Tarrés Claret el 30 de mayo de 1905. Hijo de Francisco, mecánico textil, y de Carmen; protagonistas de una realidad familiar cristiana hecha de generosidad —tuvieron tres hijos y los tres se dieron a Dios—, de sencillez y de austeridad económica. Zarandeada laboral, geográfica —Manresa, Badalona, Mataró, nuevamente Manresa— y profesionalmente la tranquilidad hogareña.

En labios del protagonista: «Soy hijo de obreros. Viví en un piso, sobre una fábrica, donde los telares resonaban de día y de noche». Una vivencia que le marcaría. Como espiritual y moralmente le marcaron particularmente la madre y el entorno religioso local, muy jesuítico.

Inteligente y estudioso, gracias a sucesivas becas municipales sigue y corona con éxito, en su ciudad natal, los cursos de enseñanza media. Llega así, en los primeros días de octubre de 1921, nuevamente premiada su aplicación académica, a la universidad de Barcelona donde quedará constancia de su brillante historial académico. Digna de trascripción, al respecto, la sentencia profesoral: «Tarrés es de aquellos de los que sólo pasa uno de vez en cuando por la Facultad».

Premio extraordinario final de carrera, el flamante licenciado en medicina, veinticuatroañero, abre consultorio en la mismísima Barcelona; administrando una extraordinaria capacidad de trabajo que da para la atención familiar —madre y dos hermanas—, la dedicación médica y las actividades apostólicas.

La profesión llenará, entre 1928 y 1936, ocho intensos años de su vida repartidos entre la consulta privada, la docencia universitaria y la asistencia hospitalaria. Competentemente. Prestigiosamente.

Una vocación, vivida enamoradamente, que era dedicación plena al enfermo concreto, estudio constante y afán de superación. Más una gran dosis de caridad. Maestro en el diagnóstico.

Con un «ojo clínico» fuera de lo común. Reconocido por su profesor y admirador el célebre internista Dr. Francisco Esquerdo: «Tarrés alcanzó enseguida la categoría de un gran clínico».

Sagacidad clínica, competencia fruto de su diario estudio nocturno coronando la fatigosa jornada de visitas. Austero él en sus gastos, no le dolían prendas cuando se trataba de la adquisición de libros.

Gerardo Manresa —una amistad nacida en la universidad, con quien compartiría afanes apostólicos y realidades caritativas— ha recordado:

> «Tarrés decía siempre que el médico había de procurar reunir dos virtudes: la ciencia y la caridad [...] Si él era un médico admirable por la virtud de la caridad [...], hay que decir que a esto añadió una preparación profesional completa, procurando constantemente su superación técnica y científica [...] El amor al enfermo, la afición a la ciencia biológica y los progresos de la técnica hicieron de él un médico ejemplar».

Amor a los enfermos. Con manifiesta preferencia por el prójimo carente de salud y de medios económicos. Al respecto, la aportación testimonial de M.ª Ángeles Papiol, la biógrafa que conoció y trató al beato:

> «Puede decirse que sus enfermos preferidos eran los pobres. Son incontables las visitas gratuitas y muchas más las que, aparte de no cobrar, dejaba dinero para la compra de los medicamentos».

Apoya el mentado Dr. Esquerdo:

> «Muchas veces, al visitar a un pobre, no sólo dejaba de percibir honorarios sino que entregaba dinero para la receta».

Y aún más. En ocasiones implicaba a otros profesionales en la práctica de la caridad. Es el caso del condiscípulo Dr. Juan Berini, más que religiosamente indiferente, a quien a menudo, telefónicamente o por escrito, recomendaba determinadas atenciones gratuitas. A tal punto que, en más de una ocasión, el solicitado había reaccionado: «Me parece que tú, quiera o no quiera, me harás entrar en el cielo».

Personalmente Tarrés intimaba con su amigo del alma y compañero de afanes evangélicos, Dr. Manresa:

> «¡Qué hermoso resulta entrar en una casa humilde y pobre, donde el médico no cuenta más que con una silla o ha de sentarse sobre

la cama a los pies del enfermo [...], disimular la pobreza, la miseria y mostrarse afectuoso y comprensivo [...] y dejar algo debajo de la almohada para ayudarles en la compra de los medicamentos!...».

Una realidad concreta. Un recorte autobiográfico. Una vivencia, en la Barcelona de la marginación y de la pobreza, que vistió de literatura con el título de *Fantasía:*

«Fue ayer cuando logré penetrar en la interioridad de una habitación cochambrosa y oscura, húmeda y fría de un sótano, donde una madre yacía sobre un lecho de paja corrompida, rodeada de tres hijos raquíticos, semidesnudos, los pies descalzos, iluminados por la claridad de una humeante vela de sebo.

Los niños lloraban pidiendo pan; la madre jadeaba penosamente tosiendo y expectorando como si le arrancaran el pecho. El padre, impotente, honrado trabajador sin empleo, llorando por haber sido despedido de la fábrica por culpa de una necesaria reducción de gastos empresariales [...] Con todo ¡allí estaba Dios! ¡Qué raudales de caridad son necesarios en estas barriadas!».

Caridad entendida como virtud teologal, no como simple rasgo limosnero. Categórico sobre el particular el testimonio del citado Dr. Manresa:

«Puedo asegurar que para Tarrés recibir un enfermo era recibir a un amigo [...] Al llegar ante el enfermo con la mirada ya le amaba. Y le visitaba con todo interés, con respeto, como si venerara en aquel cuerpo enfermo el alma que llevaba dentro».

Y lapidario: «La motivación médica de Tarrés era el amor a Dios y al prójimo».

Turno en el uso de la palabra al flamante beato: «Yo diría que el médico ante el enfermo es como el sacerdote ante el altar. La cama es el altar; el enfermo, la víctima que sufre; el médico, un verdadero sacerdote».

También en sus labios: «Saber endulzar el corazón de un enfermo es un gran don».

Él lo tuvo. Siempre disponible la palabra amable, la mirada afectuosa, la sonrisa sincera, indudablemente en ocasiones también curativas...

Médico competente, prestigioso y ejemplar. En la paz y en la guerra. En el frente republicano; donde, a diario jugándose el tipo en defensa de sus ideales y creencias, fue siempre respeta-

do en atención a su acertada e imprescindible aportación profesional militar.

Ahí está la autobiografía *Mi diario de guerra,* páginas bellísimas, poesía mística; termómetro de la vida espiritual del capitán médico Tarrés, al compás de las circunstancias, durante ocho meses de ambiente hostil.

Profesional con una dedicación total, absoluta, que retratará: «Durante mis años de médico jamás hice vacaciones. Ni un solo día». Profesional con criterio apostólico, ejerciendo la medicina como un verdadero sacerdocio.

Tarrés, moralmente, lideraba el grupo pionero de la Federación de Jóvenes Cristianos de Cataluña. Una creación del joven presbítero Alberto Bonet, al estilo de la JOC belga, especie de modalidad local de la Acción Católica española. Una realidad apostólica nacida pujante, arrolladora, que la persecución religiosa hizo mártir y las circunstancias político-sociales postbélicas desterraron del mapa.

¡Aquella muchachada —clase media, principalmente, y obrera— comprometida, entusiasta, lanzada con ilusión arrolladora a un sano proselitismo apostólico! Admirada por el propio canónigo Cardijn: «¡Quién pudiera tener unos jóvenes como éstos!». Mordidos por una inmensa inquietud apostólica.

Consta que Tarrés fue un apasionado fejocista. Toda una intensa, influyente actividad apostólica que convertía al protagonista de nuestra historia en líder excepcional de la juventud cristiana de Cataluña en el fragor político y social que coronó el primer tercio del siglo último. Él organizaba, viajaba, escribía, hablaba, entusiasmaba, enardecía...

Los desplazamientos, ciudadanos y comarcales, llenaban los festivos del celoso gran apóstol seglar. Insustituible en la vorágine proselitista juvenil que, en sólo cinco años, sumaría seiscientos actos propagandísticos en el haber de los dirigentes federales. Hubo fechas en que protagonizó hasta cinco intervenciones públicas, combinando su presencia en otras tantas localidades.

Escribía semanalmente en el órgano fejocista *Flama.* Firmante de *Glossa,* una columna vibrante, aleccionadora, imán y motor espiritual de la publicación. Un botón de muestra:

> «¡Faltan apóstoles sin hábito religioso! Apóstoles de chaqueta y pantalón que evangelicen en los talleres, en las fábricas y en los despachos; en cualquier parte; donde sea posible entrar suavemente, con espíritu de caridad, la semilla de nuestra fe, la razón de nuestra vida, la verdad de nuestra doctrina».

Otro:

> «Me atrevo a afirmar que, en la vida espiritual del cristiano, todo lo que no sea poner nuestra mente, nuestra alma, nuestras fuerzas y la vida en la adquisición de la máxima plenitud sobrenatural; todo lo que no sea aspirar a la santificación, convirtiéndola en el mayor de los ideales, es, amigos míos, tiempo perdido».

Insistente en una reunión asamblearia: «Faltan apóstoles, necesitamos apóstoles».

Estimulante en otra: «No os desaniméis nunca; pensando siempre que Dios, a pesar de todo, vive en nosotros».

Y recomendando: «Siempre al frente en el trabajo, en la lucha, en el sacrificio; pero siempre detrás en la recompensa».

Protagonista tanto en la formación de la militancia fejocista como en la propagación del movimiento, el carismático propagandista católico se prodigaba en conferencias y en actos públicos. Predicaba un cristianismo sólido, valiente y comprometido. Enardecía.

Enardeció, particularmente, en aquellos años difíciles, cantando las excelencias de la pureza juvenil, de la que fue singular defensor y bravo apóstol —en la Navidad de 1927, aún estudiante de medicina, hizo voto perpetuo de castidad—, en la sala de mayor aforo barcelonesa, arrancando de las butacas al público mozo que aplaudía a rabiar.

Entusiasta en otra ocasión:

> «¡Paso a la juventud cristiana! [...] con el corazón encendido, pura, no maltrecha ni gastada ni podrida; una juventud nueva, vigorosa, fuerte, insaciable de espiritualidad, no corrompida por el vicio y las pasiones que envilecen...».

Un testigo de primera mano, acompañante del apóstol laico catalán en sus correrías dominicales, ha recordado:

> «Decir que arrastraba a la juventud, que todo el mundo le seguía ansioso de su compañía y cosas por el estilo, sería repetir lo que de sobras sabemos y conocemos de él. Pero yo os lo quiero confirmar como información personal».

Bello testimonio que apoya la evocación escrita del escéptico ganado por la especial oratoria del dirigente fejocista:

> «Recuerdo su voz que la dulzura inflexionaba en matices que jamás he oído en ningún otro orador. Es más; siempre que escuché al Dr. Tarrés nunca lo asocié a la imagen del orador. Su oratoria era de un tipo especial, como si la voz saliera del alma; era como si no hablara él. Daba la impresión de un altavoz curvado recogiendo sonidos de una profundidad inimaginable que se convertían en palabras de una perfecta llaneza claramente asimilables; pero con lejanas cadencias fuera de toda creación humana.
>
> Me es imposible recordar hoy lo que dijo. Sólo recuerdo que la sensación que tuve es que por boca de aquel médico joven había oído hablar a Dios...».

Y paso a la repetida reflexión del presidente fejocista, en las reuniones de dirección, abordando conflictos que sin la presencia y la intervención de Tarrés se multiplicaban y agrandaban:

> «¿Os dais cuenta, amigos? Los santos en esta vida juegan con ventaja. Fijaos en Tarrés: con dos mimos y cuatro palabras hace más labor que todos nosotros juntos pasándonos horas y horas en la secretaría general intentando resolver problemas y más problemas que nunca se acaban...».

Pedro Tarrés había dicho: «Yo sólo podía dejar de ser médico para ser sacerdote».

Reflexionó: «Ahora, con la clientela dispersa, es el momento oportuno».

Fue la decisión del día después. El siguiente —27 de enero de 1939— al final de la desbandada militar que le había reintegrado al hogar. Y en el mes de junio anunciaba: «Hacen falta muchos sacerdotes dedicados al apostolado de la juventud. Yo quiero ser uno de ellos; por eso me voy al seminario».

Y estalló la bomba de comentarios. Con especial estruendo en el ambiente profesional barcelonés. Eran referencias entre compañeros, amistades y conocidos. El razonamiento de un facultativo del hospital de San Pablo:

> «Se comprende que uno deje la propia carrera cuando fracasa; es decir, cuando no tiene clientela. Pero ¡con la que tiene Tarrés...! Sin embargo no nos ha sorprendido. ¡Ha sido siempre tan ejemplar!».

Comentarios llegados a oídos del interesado. Quien, durante los ejercicios espirituales del primer curso, anota en su cuaderno íntimo:

> «¡Oh, Dios mío, cuánto bien, qué inmensidad de bien puedo hacer siendo sacerdote! ¡Cuán pálido queda lo que puede realizarse desde el punto de vista del apostolado seglar! Queda lejos, muy lejos. ¡Qué equivocados están los que decían al conocer mi decisión: ¡Qué lástima! ¡Tanto bien como hubiera podido hacer! ¿Y no lo haré ahora? ¡Multiplicadísimo!...».

El ingreso en el seminario significó un tumbo brutal en su vida. Una realidad que aquella vocación tardía, más que treintañera, no esperaba. Pero que, aun deseándola diferente, aceptó.

Evocaría el cisterciense Edmon Garreta, futuro abad de Poblet: «Era un motivo de admiración verle, ya maduro, siguiendo la misma disciplina, escuchando las mismas pláticas y asistiendo a las mismas clases».

Tarrés rehuiría privilegios; queriendo ser en todo igual a todos, aunque doblara en edad a los condiscípulos. Su prestigio profesional y su protagonismo fejocista no pasaron la puerta del seminario; entró única y exclusivamente el aspirante al sacerdocio. Total una *carrera corta,* en expresión del interesado. Quien deja constancia manuscrita: «Por benigna concesión de la Sagrada Congregación de Seminarios y Universidades me han reducido a tres años los cinco cursos de teología».

Había revalidado filosofía —estudiada, entre sobresaltos, en el frente— y el latín, estudiado por su cuenta paralelamente a las disciplinas propiamente eclesiásticas.

Cercano a la ordenación presbiteral, en marzo de 1942 volcaba en la intimidad escrita:

> «Veo llegar el sacerdocio con ilusión y con el deseo de hacerme una víctima auténtica con Cristo desde el día de mi Primera Misa [...] El sacerdote que no se acerca al altar sintiéndose víctima realmente hace comedia».

Anteriormente había redactado:

> «No concibo el sacerdocio sin el sufrimiento [...] Nunca como ahora, Señor, me entrego alegre como víctima vuestra para que la inmoléis cuando os plazca y como os plazca y para aquello que más os plazca».

Oblación plena, absoluta. Justificando: «Dios sólo tiene una ley: TODO o NADA (las mayúsculas son suyas). Las almas grandes jamás se dan a medias». Más la sublime decisión, manuscrita el 29 de mayo de 1942, víspera de su unción sacerdotal: «¡Mañana sacerdote! [...] ¿Propósitos? Uno, Señor: sacerdote santo, ¡cueste lo que cueste!...».

De inmediato la coadjutoría rural, en el Bajo Llobregat. Año y medio. Meses sacerdotalmente dinámicos, pastoralmente densos, apostólicamente fecundos. Después vino Salamanca. Sin comerlo ni beberlo. Fruto de pura obediencia, contrariando su voluntad y abortando ilusiones. Volvió de la universidad pontificia, licenciado en teología, soñando con un apostolado de opción preferencial por los pobres. Correspondiendo a consejos e insinuaciones: «No; no me gusta nada la idea de sacerdote intelectual; a mí, como sacerdote, me atrae la clase humilde».

Dios también le quería bálsamo de caridad sobre las miserias, materiales y morales, de la gran urbe. Y estrenó andadura ministerial... Sumó y simultaneó nombramientos.

Un haber sacerdotal brillante y más que prometedor. Brazos y corazón abiertos a la infancia, a la juventud, a la familia, a la vejez; sin descuidar a los seminaristas, a los asistentes sociales, a los médicos. Una hoja de servicios espejo de su evangélica preferencia por el mundo obrero y de la marginación social, alcanzando a indigentes, enfermos, prostitutas y presos. Prodigándose en la intimidad del confesonario y de la dirección espiritual y en la predicación de Ejercicios. En las reuniones de estudio, conferencias y asambleas. Con la palabra, la pluma y el ejemplo. Incansablemente.

Una confidencia que le retrata: «No haremos nada de provecho mientras nuestras iglesias no huelan a fábrica».

Otra: «Quisiera partir mi vida a trozos y que cada fragmento se tornara una cama para un enfermo pobre».

Se había expansionado con el proyecto en marcha del sanatorio-clínica de Nuestra Señora de la Merced, la futura «niña de sus ojos». No almacén de tuberculosos, sino instituto terapéutico dotado con los últimos adelantos de la técnica médica. Y, finalmente, desoyendo recomendaciones amistosas de descanso: «Es que si no trabajara, si no me lanzara al apostolado, moriría».

Testimoniará Gerardo Manresa: «Toda su vida fue apostólica. La mitad, médica; la otra mitad, sacerdotal».

Es que no podía más. Y se derrumbó... Se resigna y se entrega, presentándose en el sanatorio-clínica en el que había dejado la piel y donde dejaría la vida: «Aquí me tenéis: vengo a hacer de enfermo. He predicado mucho sobre el dolor. Ahora me toca vivirlo bien».

Cuarenta y cinco fecundos y prometedores años de vida —ocho de radicalidad evangélica sacerdotal— destrozados sobre una cama hospitalaria. Despiadadamente mordidos por un cáncer.

La cama que será el nuevo altar del hombre que *hizo de la medicina un sacerdocio y del sacerdocio una medicina.* Altar y púlpito.

Reflexiones íntimas del Dr. Tarrés, oferente y víctima, a manera de homilía, en su sacrificio-misa de tres meses y más:

> «Me siento Buen Pastor. He hecho verdaderas locuras por las almas, hasta dejar a las noventa y nueve para ir en busca de la extraviada.
>
> Es que si saliese de ésta, aún haría más locuras... Yo no comprendo el sacerdocio de otro modo que dándose enteramente, sin reservas, y matándose por las almas.
>
> A veces pienso en San Francisco Javier contemplando la China que quería convertir. Yo contemplo las fábricas y chimeneas. También tengo el pensamiento en el seminario.
>
> Soy como una lamparilla que se va apagando; pero quiero que, mientras arda, vaya consumiéndose por amor a Jesucristo y por el bien de los sacerdotes.
>
> Siento una locura por haberme escogido Dios para víctima [...] ¿Por qué tanta gracia?
>
> Nunca he negado nada a Nuestro Señor, pero Él también me ha complacido en todo.
>
> No me cambiaría por nadie. Soy completamente feliz...».

Exactamente a las cinco horas y cuarenta minutos del jueves 31 de agosto de 1950 fue el final del sacrificio-misa.

Veinticinco años después, el panegírico. A cargo del arzobispo de Barcelona y futuro cardenal Jubany. Quien, con motivo del traslado de los restos mortales del Dr. Tarrés al templo parroquial de Sarriá, que fuera su principal escenario ministerial, escribió al clero diocesano:

«Para comprender al Dr. Tarrés es necesario profundizar en su alma de apóstol. Lo fue en todo momento y en todas sus actuaciones [...] Fue un presbítero entregado siempre con amor perseverante. Un hombre de una espiritualidad intensa, hecha oración y holocausto; encarnando la exigencia constante de darse a Dios y a las almas [...] Su auténtica vocación fue amar [...], viviendo el sacerdocio cara a los demás [...] Devoto de la Eucaristía y de la Santísima Virgen. Hombre de oración, amante de la pureza y de la pobreza radical. Se caracterizó también por la aceptación generosa y sobrenatural del sufrimiento, físico y moral [...] Tuvo una gran preocupación social. Fue un auténtico apóstol del mundo obrero».

Juan Pablo II acaba de sellar canónicamente la heroicidad de sus virtudes. Cristianas y sacerdotales.

JACINTO PERAIRE FERRER

Bibliografía

CORREALE, S., «Pere Tarrés, pionero en la evangelización del mundo obrero, a los altares»: *Ecclesia* (2004) n.3221, p.12-13.
DÍAZ, R., *Pere Tarrés, testimonio de fe* (Barcelona 1994).
«Homilía de Juan Pablo II en la beatificación de Pere Tarrés i Claret, Alberto Marvelli y Pina Suriano (5-9-2004)»: *Ecclesia* (2004) n.3223, p.32-33.
L'Osservatore Romano (5 y 6/7-9-2004).
PAPIOL I MORA, M.ª A., *Un gran catalán: Dr. Pere Tarrés i Claret* (Barcelona ²1985).
PEDRO TARRÉS (BTO.), *Fantasía* (Barcelona 1951; ed. facsímil: Barcelona 1985).
— *Glosses. Aparegudes al setmanari «Flama» de la Federació de Joves Cristians de Catalunya* (Barcelona 1988).
— *Mi diario de guerra, 1938-1939* (Barcelona 1987).
PERAIRE FERRER, J., *En carne viva. Heroico testimonio del Dr. Tarrés* (Madrid 1997).
PIQUER, J., *Pere Tarrés o la radicalidad de la fe* (Barcelona 1983; nueva ed. rev. 1997).

BEATO ALFREDO ILDEFONSO SCHUSTER

Obispo († 1954)

Hablar del Beato cardenal Alfredo Ildefonso Schuster, es sin duda alguna hablar de un hombre de Dios, de un alma selecta y exquisita, escogida para iluminar el controvertido siglo XX a través de su humilde persona, a través de aquella paz que exhalaba su enjuta y venerable estampa. Dom Schuster, una de las figuras más señaladas de la Orden Benedictina en los tiempos modernos, supo unir en su propia persona al austero y virtuoso asceta con el sabio y paciente intelectual, y al recogido y silencioso monje con el pastor más solícito y entregado. Padre y

maestro, siempre amable, comprensivo y ejemplar, lo mismo para sus monjes y discípulos de Roma que para aquellos fieles milaneses por quienes tanto se desvivió.

Vamos a trazar en estas pocas páginas la semblanza del cardenal Schuster, destacadísima figura eclesial de nuestro tiempo, cuya vida tendrá por escenario un mundo en época de cambio, marcado por las dos guerras mundiales; una Iglesia que, conducida bajo el cayado de eminentes pontífices, caminaba con paso firme hacia la gran eclosión del Vaticano II; la Orden benedictina, muy pujante en aquel entonces, tras el nuevo soplo del Espíritu producido a raíz de las distintas restauraciones decimonónicas y con grandes personalidades en sus claustros; y su querida familia, el hogar cristiano de un modesto y hacendoso matrimonio establecido prácticamente al amparo de la célebre columnata de Bernini.

Viudo por segunda vez, Juan Schuster, bávaro de origen, aunque establecido en Roma, había vuelto a contraer matrimonio, en esta ocasión con Ana María Tuzner, natural de la ciudad tirolesa de Bolzano y unos treinta años más joven que él. Hombre bueno e íntegro donde los hubiera, Juan no se había visto acompañado por la suerte.

Sastre del ejército papal creado para la defensa de Roma —zuavos pontificios— al producirse la unificación italiana y la consiguiente disolución de los Estados Pontificios, no tuvo más remedio que buscarse la vida como pudo, abriendo en la misma Ciudad Eterna un pequeño negocio que, dada su generosidad y su buen corazón, no le acarreó más que ruina. Así, este último y breve matrimonio de Juan Schuster se vio marcado por la penuria económica, a la que, por si fuera poco, hubo de añadir su deficiente salud, que en pocos años le llevaría a la muerte. Si bien todas estas penalidades quedaron mitigadas por el cálido ambiente familiar que los Schuster supieron crear, por la comprensión y el amor que siempre reinó entre ellos, y por la presencia de sus dos retoños, Alfredo y Julia, los cuales serían para la pareja motivo de alegría y de esperanza, así como un positivo acicate para seguir luchando.

En un domingo claro y apacible de aquel invierno romano de 1880 venía al mundo en la Ciudad Eterna el hijo mayor de los

Schuster, era el 18 de enero, festividad entonces de la Cátedra de San Pedro. Un lugar y una fecha de nacimiento providenciales para quien, andando el tiempo, habría de vestir, aunque con toda humildad, las galas de príncipe de la Iglesia. Un lugar y una fecha que posteriormente y con santo orgullo le harían decir que había nacido a la sombra de San Pedro del Vaticano.

Sietemesino y de constitución débil, pero con unas ganas tremendas de vivir, el pequeño Schuster recibía dos días después las aguas bautismales en el famoso baptisterio constantiniano de San Juan de Letrán, imponiéndosele los nombres de Alfredo Ludovico.

Acompañado siempre de su frágil salud, Alfredo fue saliendo a flote en aquellos primeros años, gracias sin duda a que la Providencia velaba por él y a los solícitos cuidados de su tierna madre, la cual más de una vez creyó llegado ya el fin de su querido hijo, pero Ana, mujer fuerte y dotada de una fe profunda, nunca se amilanaba. En cierta ocasión en que el pequeño parecía que se moría corrió desesperada hasta la iglesia de San Agustín para postrarse a los pies de la Virgen e implorar por la vida del niño. Y sus ruegos obtuvieron la respuesta tan deseada por ella. María como buena madre podía comprender mejor que nadie los desvelos y sufrimientos de aquella mujer.

Contaba ya cuatro años el vástago de los Schuster cuando, gozosos por ser padres de nuevo, recibieron a su pequeña Julia, la cual a no tardar mucho se convertiría en la gran compañera de infancia de su hermano, quien dada su débil constitución no podía jugar ni corretear con los otros chicos de su edad. No obstante, como Alfredo gozaba de una mente muy despierta e inteligente jamás encontró ocasión para el aburrimiento, dando paso a unos originales juegos en los que su fantástica imaginación le tenía siempre entretenido sin tan apenas pisar la calle. Unas veces se veía como arqueólogo, descubriendo catacumbas o recorriendo antiguas ruinas históricas tratando de descifrar sus más ocultos enigmas; otras, cargado de devoción y de piedad, celebraba solemnísimas misas a las que Julia asistía reverentemente. Y no es de extrañar que éstos fueran sus juegos preferidos, pues eran signo de una vocación y de unas aficiones que, aunque latentes por aquel entonces, prefiguraban ya en él al monje benedictino piadoso e intelectual.

Mas no todo iba a ser tan feliz como se prometía para ambos hermanos, pues la muerte de su padre, el 19 de septiembre de 1889, vino a ensombrecer sus inocentes vidas, que con nueve y cinco años quedaban únicamente al amparo materno. Aunque afortunadamente Ana, todavía joven, y con su temperamento siempre fuerte, haría lo indecible a fin de sacar a sus dos pequeños adelante, dados los escasos recursos económicos con los que contaba. Para su suerte y la de sus retoños, la viuda de Schuster pudo encontrar trabajo como empleada de hogar en la casa del influyente barón Pfiffer d'Althishofen, coronel de la Guardia Suiza, el cual junto al munificente marqués Clemente Sacchetti le sería de gran ayuda para encauzar los pasos de sus hijos. Y lo mismo las Hijas de la Caridad, cuyo hábito vestirá Julia en plena juventud.

Habían transcurrido ya dos años desde la muerte de su padre cuando la vida de Alfredo iba a dar un giro copernicano, pues gracias al primero de sus benefactores puede ingresar en la escuela monástica de San Pablo Extramuros, con lo cual no sólo se le daba al muchacho la oportunidad de recibir una sólida y buena formación, sino que además era una boca menos que alimentar en casa, pues la madre no tendría que desembolsar por él ni una sola lira. Aunque no por ello, y pese a su aspecto debilucho, el chico se sintió forzado a dejar el hogar, pues dotado de un profundo espíritu religioso, de una inteligencia muy despierta y con gran afición por los estudios, terminaría encontrándose como pez en el agua, descubriendo que realmente el Señor lo quería para la vida monástica.

Ya desde antiguo los monasterios acostumbraban a recibir niños a los que se formaba y educaba lo mismo en la virtud que en el saber, modelando su espíritu bajo la guía de escogidos maestros, para hacer de ellos unos buenos monjes. A estos niños la tradición benedictina les ha dado comúnmente el nombre de oblatos ya que eran ofrecidos al monasterio por sus propios padres, hecho del que nos queda precisa constancia a través de la vida y obra de San Benito, el cual detalla los distintos pormenores jurídico-litúrgicos de la oblación en el capítulo LIX de su Regla: «De los hijos de nobles o de pobres que son ofrecidos».

Alfredo Schuster, aunque sin tanto ceremonial como prescribe la santa Regla, por estar éste ya en desuso, había pasado pues a incorporarse al grupo de los niños oblatos de San Pablo Extramuros, uno de los monasterios más señalados de la Orden Benedictina, por hallarse junto a la gran basílica donde se venera la tumba del Apóstol, así como por su carácter de abadía nullius, con un territorio bajo su dependencia en el que los abades han venido ejerciendo una jurisdicción prácticamente episcopal hasta las últimas décadas del siglo XX. Pero además con una rica historia protagonizada desde el siglo VIII, o tal vez desde antes, por generaciones y generaciones de monjes tras sus venerables muros.

En aquel 1891 en el que nuestro joven amigo atravesó por vez primera los umbrales de la clausura monacal, ésta se hallaba habitada por una comunidad de veinte monjes y de diez muchachos que se preparaban para serlo.

Entregado de lleno a la oración, Alfredo se aplicó igualmente con un celo muy vivo y manifiesto por los estudios a fin de lograr una sólida formación intelectual, al mismo tiempo que iba madurando su vocación, a la que sin duda alguna contribuirían los significativos acontecimientos que, bajo los auspicios de León XIII, se iban a desarrollar por aquellas décadas en el seno de la Orden: la creación de la Confederación Benedictina —agrupación de las distintas congregaciones benedictinas—, la erección del nuevo colegio de San Anselmo —sede a su vez del abad primado— y el primer congreso internacional de abades.

Inolvidable para nuestro adolescente hubo de ser sin duda la magna ceremonia de bendición y colocación de la primera piedra del nuevo edificio de San Anselmo el 18 de abril de 1893, en la que le cupo en suerte oficiar como acólito del venerable cardenal benedictino José Benito Dusmet —beatificado en 1988—, que rodeado de altos dignatarios de la Curia Romana y de abades de muy distintas procedencias, presidía la celebración. Lejos estaba entonces el jovencito Schuster de imaginar siquiera que su vida iría pareja a la del anciano purpurado siciliano, al que con tanta unción estaba ayudando en aquel solemne acto litúrgico.

El tiempo, siempre inexorable, fue desgranando aquellos años de adolescencia casi sin que el joven Schuster se diera cuenta, hasta que en 1896 daba fin a los estudios de humanidades. Había sido prácticamente un lustro, no sólo de crecimiento físico, sino principalmente de aquilatamiento espiritual y moral, de acostumbrarse a dar lo mejor de sí mismo, ya fuera en la oración y en el estudio, ya en la vida de comunidad. La cuestión era no estar nunca ocioso, y tanto fue así que hasta en los recreos, mientras sus compañeros practicaban deporte o juegos más movidos, él andaba siempre con algún libro entre las manos. Siempre ocupado, para evitar de esta manera el tedio y la tristeza, a la que calificaba como «la polilla de la vida contemplativa». Habían sido sus primeros cinco años vividos en la paz del claustro en los que ya se había comenzado a perfilar la silueta del futuro monje, a la vez que se iban forjando sus grandes inquietudes intelectuales.

El 13 de noviembre de 1896, nuestro Alfredo daba su primer paso importante en la vida monástica con el inicio de su noviciado, a la vez que recibía el nuevo nombre de Ildefonso. Después el joven novicio habría de pasar tres intensos años de sólida formación benedictina, acompañada siempre por una mayor vida de oración y de ascetismo, al cabo de los cuales sus superiores lo encontraron más que preparado para emitir la primera profesión, que tendría lugar el 13 de noviembre de 1899. Y en 1902, finalizado otro segundo trienio, en el que ya había comenzado los estudios clericales, era llamado a la profesión solemne. Así, a sus 22 años Ildefonso Schuster era ya monje de pleno derecho, pero, además, con madera de santo...

Sus años de formación académica, repartidos entre la propia abadía de San Pablo y el colegio internacional Benedictino de San Anselmo, a donde, dadas sus cualidades personales, era enviado por su abad, fueron, al igual que los anteriores, de una intensa preparación en todos los sentidos, lo mismo en el plano espiritual y monástico que en el intelectual, cuyos excelentes resultados quedaron coronados el 28 de mayo de 1903 con la lectura de su brillante tesis doctoral en filosofía, que le había dirigido el eminente P. José Gredt. Y aún, un año después, recién ordenado de presbítero pasará algunos meses en la abadía de Montecasino a fin de completar sus conocimientos literarios.

A lo largo de este período de estudios Schuster contó con un plantel de buenos maestros, aunque los dos personajes que por esta época ejercieron en él una mayor y más benéfica influencia, el Beato Plácido Ricardi y dom Hildebrando de Hemptinne, no figuraban entre sus profesores.

El primero de ambos, profeso de San Pablo como él, había sido enviado en 1894 al frente de un exiguo grupo de monjes a poner en marcha la restauración de la antigua y destartalada abadía de Farfa, no lejos de Roma. Hombre de recio y ascético espíritu, de mucha oración y con jornadas enteras oyendo confesiones, supo imprimir en dom Ildefonso sus más hondas vivencias espirituales, pues durante los veranos nuestro joven estudiante acostumbraba a pasar algunos días de descanso en el tranquilo y evocador paisaje de Farfa, a raíz de los cuales surgió esa sincera amistad que siempre reinará entre los dos.

E igualmente tuvo Schuster ocasión de tratar a otra gran figura monástica del momento, y lo mismo a un nivel muy cercano, al primer abad primado de la recién erigida Confederación benedictina, dom Hildebrando de Hemptinne, bajo cuya obediencia vivió los años que residió en San Anselmo. Hombre de fuerte personalidad, este abad de origen alemán, que se había convertido en el máximo representante de todos los benedictinos del mundo y que ya anteriormente había dado evidentes pruebas de su erudición en los campos de la liturgia y del arte sacro, insufló en el alma del joven monje una sana pasión por estas dos materias tan queridas para él y en las que Schuster llegaría a ser un avezado maestro.

No obstante, el acontecimiento más esperado y señalado para dom Ildefonso en sus años mozos fue sin lugar a dudas la ordenación sacerdotal, para la que tan concienzudamente se había preparado, y que con santa emoción recibió de manos del Vicario de Roma, cardenal Respighi, el día de San José —19 de marzo— de 1904 en la catedral basílica de San Juan de Letrán. Ahora, con su sacerdocio en ciernes, se abría para este joven de veinticuatro años la etapa más rica y fecunda de su vida, que aunque coronada con el episcopado estaría siempre marcada por su condición de monje, siempre observante y humilde en extremo.

Dadas las cualidades morales, espirituales e intelectuales de las que nuestro monje venía haciendo gala, muy pronto fue llamado a desempeñar cargos de gran responsabilidad a nivel monástico. Siendo todavía profeso temporal, había recibido ya el nombramiento de segundo maestro de ceremonias, lo cual en aquel entonces entrañaba mayor dificultad que ahora, dada la complejidad de la antigua liturgia, máxime si el marco era, como en este caso, una de las cuatro Basílicas Patriarcales de Roma. Y ahí lo tenemos de ceremoniero en la solemne apertura de la puerta santa de San Pablo Extramuros, en el jubileo del año 1900.

En mayo de 1908, cuando Schuster cuenta tan sólo 28 años, se le encomienda una de las tareas más delicadas del monasterio, la de maestro de novicios, misión que desarrollará con admirable eficiencia, gracias a su extraordinario talante, a su profunda vida de oración y a sus inquietudes intelectuales, que le mantuvieron al corriente de todo cuanto se publicaba en materia de espiritualidad benedictina. Lo cual motivó, por ejemplo, la estrecha y cordial relación que, a nivel epistolar, mantuvo con dom Paul Delatte, abad de Solesmes (Francia) y autor del primer comentario moderno a la Regla de San Benito, aunque en algunos puntos hubiera entre ambos benedictinos notables discrepancias.

Pasados siete años, en septiembre de 1915, recibe el cargo de procurador general ante la Santa Sede de la Congregación Benedictina Casinense, a la que pertenece San Pablo Extramuros, lo cual le supondrá frecuentar regularmente la curia vaticana. Y a finales de aquel mismo año era asimismo nombrado prior claustral de su querida abadía.

Pero además de todo esto, muy joven aún, lo vemos ya metido en el campo de la docencia, que se convertirá en una de sus principales actividades, tanto dentro de su monasterio como principalmente en distintos centros eclesiales de la Urbe, en los que dio siempre buena prueba de su gran saber, máxime en materias tales como liturgia e historia y arqueología cristianas. En 1910 comienza a enseñar en la Pontificia Escuela de Música Sacra, siete años después acude también al Pontificio Instituto Oriental, cuya dirección asumirá en 1919 por expreso deseo de

Benedicto XV, compaginando todo ello con sus clases en el Pontificio Colegio de San Anselmo donde se había formado.

Y fruto de esta encomiable labor educativa serían sus primeras publicaciones en revistas especializadas, sus pequeños opúsculos, y sobre todo el *Liber sacramentorum,* un hermoso compendio histórico teológico, en nueve tomos, de toda la liturgia católica. Una magnífica obra que puede calificarse de valioso complemento al conocido *Año litúrgico* del abad de Solesmes dom Prosper Guéranger, pues la investigación científica posterior había vuelto caducas algunas partes del mismo. Ahora bien, los nueve tomos de dom Schuster tienen por sí solos una gran entidad, pues toda la erudición en ellos desplegada está además iluminada por el inconfundible sello de piedad y misticismo de su autor.

Evidentemente, nuestro monje no pasa inadvertido, habiendo adquirido ya un reconocido prestigio en distintos ambientes romanos, esencialmente eclesiásticos. Ahora bien, no son sus clases magistrales ni su excelente labor divulgativa lo que más le aureola, sino su innata humildad, su sencilla forma de ser y hasta su mismo porte exterior, los cuales serán causa más que eficiente para que popularmente se le tenga por santo.

Y por supuesto que sí, Schuster era un santo, y quienes mejor lo sabían eran sus hermanos de comunidad, pues lo conocían bien. Sabían de su proverbial entrega en los importantes cargos que hasta la fecha le había tocado desempeñar, lo habían experimentado en sus propias carnes, y por eso, el 25 de marzo de 1918, lo elegirán como abad. Gran responsabilidad la que en aquellos momentos recaía sobre los hombros de dom Ildefonso Schuster, pues con sólo 38 años se convertía nada menos que en el abad de San Pablo de Roma, pero, eso sí, dando ahora a sus monjes un mayor ejemplo, si cabe, en la observancia de la Santa Regla y en el cumplimiento de los deberes monásticos, especialmente teniendo que realizar distintos servicios fuera del monasterio. Y no solamente los que ya venía ejerciendo a nivel docente, sino otros de carácter más delicado que le serán encomendados directamente por la misma Santa Sede, pues el propio Pío XI, siguiendo los pasos de su antecesor, había puesto en

él todas sus complacencias, las cuales nunca jamás se vieron defraudadas.

En 1914 Benedicto XV le había nombrado ya consultor de la Congregación del Culto Divino, para la sección de liturgia, materia en la que como sabemos era toda una autoridad, y en el mismo año de su abadiato, lo sería también para la sección de las Causas de los Santos, pasando además en 1919 a ser censor de la Academia de Sacra Liturgia. Y como en el campo del arte religioso gozaba igualmente de una destacadísima reputación, en 1924 fue llamado a presidir la Comisión Pontificia de Arte Sacro, materia ésta a la que por su íntima relación con la anterior le dedicó también la más elocuente contribución de su pluma y de su palabra.

Otra prueba, más significativa todavía, de la confianza de la Santa Sede en las eminentes cualidades del Abad de San Pablo fue su designación como miembro de la Congregación de Enseñanza y Universidades y, como tal, visitador apostólico en distintos seminarios diocesanos de Italia y en algunos colegios internacionales de Roma, a la vez que lo hacía en varias comunidades religiosas, mostrando siempre en tales visitas una firmeza inquebrantable de carácter, aunque invariablemente desplegada con su más exquisita dulzura. Cualidades éstas que amalgamaba a las mil maravillas dada la experiencia que le había proporcionado el ministerio de la dirección de almas, en el que también era un maestro.

Señalado acontecimiento litúrgico en el pontificado de Pío XI será el fuerte impulso dado a la fiesta del Sagrado Corazón, como fruto de su encíclica *Miserentissimus redemptor,* a raíz de lo cual el papa Ratti pensó en la composición de un nuevo formulario para la misa y el oficio de dicha festividad, cuyo cometido pondría en manos de una comisión, dirigida personalmente por él y formada tan sólo por cinco especialistas, entre los que se encontraba el abad Schuster, particularmente devoto por demás del Corazón de Jesús, cuyo primer «heraldo» había sido la gran mística benedictina Santa Gertrudis de Helfta.

Y asimismo, en el congreso general de abades benedictinos celebrado en Roma en 1920, fue elegido por aclamación miembro del consejo del abad primado de la Orden, cargo que en aquel entonces ostentaba dom Fidel von Stotzingen.

Pero a pesar del trabajo que suponían estos inestimables servicios prestados a la Sede Apostólica y a la Confederación Benedictina, dom Schuster jamás perdió de vista el gobierno de su pequeño rebaño monástico del que había sido constituido padre y pastor. Su celo por el oficio divino, como así lo pide San Benito, no cedió lo más mínimo ante ninguna otra ocupación, permaneciendo siempre presente e incansable en su silla coral en cualquiera de las funciones litúrgicas. Y ¿qué no decir de la unción y el recogimiento con los que pontificaba en las grandes solemnidades, o de sus homilías dirigidas al pueblo en un lenguaje claro y sencillo, pero tendente a provocar una sincera piedad? Era algo inusitado verlo aparecer en el solemne pontifical de la fiesta de la conversión de San Pablo, con esa exquisita piedad interior que transpiraban sus delgados rasgos y precedido por un largo cortejo de monjes, cantando el magnífico introito «Scio cui credidi». Ciertamente que aquella liturgia parecía más propia del cielo que de la tierra.

Una de las empresas de su abadiato más entrañables para él, fue la de consolidar y finalizar la restauración de la abadía de Farfa, tan ligada a sus recuerdos de juventud, en cuya ejecución pondría nuestro santo abad, además de un inestimable empeño, sus grandes conocimientos de historia y de arqueología, llegando incluso a publicar una monumental monografía histórica sobre este antiguo cenobio. Y a su propia iniciativa se deben también las obras de mejora y de embellecimiento de los jardines y pórticos de la basílica de San Pablo Extramuros, así como el enriquecimiento de la pinacoteca y de la biblioteca.

Schuster está próximo a cumplir los cincuenta años y lleva a sus espaldas una inestimable andadura como hombre de Iglesia, fiel a la Santa Sede, hombre de oración y a la vez de ciencia, dotado de grandes virtudes, de espíritu recio y de firme personalidad. Cualidades que no iban a caer en saco roto, pues Pío XI, que lo conocía bien, lo sabía, sabía desde hacía tiempo que podía confiar en él, y hasta tal punto, que el 29 de junio de 1929 iba a poner en sus manos la gran diócesis de Milán, una de las más ilustres de la cristiandad. Y casi sin tiempo para digerir su nueva situación, nuestro monje era creado cardenal con el título de San Martín de los Montes el 15 de julio, siendo a su vez

presentado por el Papa al «Sacro Colegio» con elogiosas palabras para él y para la Orden benedictina. Finalmente, el 21 de julio, en el marco solemne de la Capilla Sixtina, será consagrado obispo por el propio Pío XI, que quiso significar así la gran estima que le profesaba.

Dom Schuster cambiaba la cogulla por el armiño y la púrpura, dejando con sentimiento San Pablo Extramuros y su vida claustral, pero no por eso perdía su alma de monje humilde y observante, llevando incluso en su apretada jornada el mismo horario del monasterio que, desde las tres y media de la madrugada hasta las nueve de la noche, repartía como antes entre la oración, el trabajo y la *Lectio divina* (lectura divina).

Evidentemente ahora sus actividades diferían bastante de las anteriores, mas no así la ilusión y entrega que ponía en ellas ni su enorme capacidad de trabajo. Aunque sus planes pastorales eran antes meditados a la luz del sagrario que sobre la mesa del despacho. Frente a sí tenía un vasto campo de evangelización y consecuentemente una mayor responsabilidad, pero una vez más con su disponibilidad a flor de piel, va a dar como siempre lo mejor de sí mismo, encarnando la figura evangélica del Buen Pastor.

Acababa de recibir el hermoso legado de sus antecesores, en el que permanecían indelebles las huellas de santidad dejadas por San Ambrosio y San Carlos Borromeo, a los que, junto a San Agustín y a San Cipriano, tendrá como modelos y protectores de su episcopado.

Veinticinco años de una fructífera entrega apostólica le esperaban a dom Ildefonso Schuster, un cuarto de siglo vivido, sufrido y orado junto a aquellas buenas gentes de la Lombardía, haciéndose todo a todos, como San Pablo; atento siempre a las necesidades de los sacerdotes y decidido impulsor de las vocaciones, lo mismo que del apostolado seglar y de la Acción Católica, convirtiéndose igualmente en un gran apóstol de la catequesis y en un decidido animador de los jóvenes. Un fecundo episcopado que se vio jalonado por la celebración de cuatro largas visitas pastorales —entre 1930 y 1935 la primera, la segunda del 35 al 41, una tercera entre 1941 y 1946, y finalmente la última desarrollada del 46 al 51— y cinco sínodos —el primero celebrado en 1931 y los restantes al finalizar sus visitas.

Como se ve, dom Schuster le tomó fuertemente el pulso a su diócesis, recorriéndola en repetidas ocasiones y de punta a punta, pueblo a pueblo y parroquia por parroquia. Unas veces en coche, pero otras muchas sobre cualquier tipo de cabalgadura, por difíciles caminos prácticamente intransitables y soportando además las adversas inclemencias del tiempo, pero siempre con su ternura a manos llenas y con la más solícita caridad, sobremanera en favor de los pobres, entre los cuales no dudaba en incluirse. Siempre con palabras de aliento y consuelo para los enfermos, con su mejor sonrisa para los niños, a quienes enseñaba directamente el catecismo, tan vivamente recomendado por él. Siempre animando a que los laicos participaran activamente en la parroquia, hablando ya entonces de consejos parroquiales, y pidiéndoles que no dejaran nunca la oración, lo mismo comunitaria que personal. Siempre alentando a los jóvenes a un mayor compromiso cristiano.

Predilecta del cardenal fue también la clase obrera hacia la cual sintió un gran cariño, invitándola a defender cristianamente su dignidad, y nombrando capellanes para las fábricas.

Cercano a todos, sí, como estamos viendo, pero con una especial dilección hacia el clero, preocupándose por su buena formación y desviviéndose por su santidad, pues la consideraba indispensable para dar gloria a Dios y realizar un fructífero ministerio. Y otro tanto con los religiosos y religiosas, a quienes les hablaba con el corazón desde su propia experiencia monástica, estimulándoles a estar siempre vigilantes en su vida de oración, como base para mantener vivo el carisma y llevar una fecunda vida espiritual.

Entregado de lleno a los sacerdotes y religiosos, dom Ildefonso tuvo evidentemente una gran inquietud por la promoción vocacional, preocupándose mucho de los candidatos a la vida consagrada y de su adecuada preparación. Fruto de esta particular inquietud fue la construcción del grandioso seminario de Venegono y una mejor reorganización de los estudios teológicos, en la que dejó ver su gran experiencia docente; así como la creación del Instituto Sacerdotal María Inmaculada, para acompañar los primeros pasos de los sacerdotes jóvenes. Pero no sólo se preocupó de la formación del clero, sino

también por la de los laicos, pues como buen intelectual dio gran importancia a la cultura, dedicándose en cuerpo y alma al desarrollo de la universidad católica. Apasionado siempre por la liturgia, fundó la escuela superior de canto ambrosiano y de música sacra y los centros culturales «Ambrosianeum» y «Didascaleion».

Entregado de lleno el cardenal Schuster a sus tareas pastorales y a su vida de oración, no por eso dejó de lado su actividad científica, centrada principalmente, como ya hemos visto, en los estudios y trabajos de liturgia y de historia, siguiendo la gran tradición de Mabillon y Montfaucon, sabios benedictinos franceses de los siglos XVII y XVIII.

Al hablar de su actividad docente en Roma hicimos ya mención de su nada desdeñable producción literaria, sus publicaciones en revistas especializadas, sus monografías y su obra principal el *Liber sacramentorum,* al que hay que añadir alguna otra de este tipo, aunque de menor entidad, como *Las santas estaciones de cuaresma según el orden del misal romano,* que venía a completar su trabajo anterior. Pero fue en los años de episcopado cuando escribió sus mejores obras de espiritualidad monástica, en las que dejó ver su profundo espíritu benedictino: *La historia de San Benito y de su tiempo* (1943), *La espiritualidad benedictina* (1944), *La vida monástica en el pensamiento de San Benito* (1949), *Un pensamiento para cada día sobre la Regla de San Benito* (1950). Junto a ellas, ya lo dijimos, un grueso volumen sobre la historia de la abadía de Farfa (1921) y la biografía de su gran maestro espiritual, dom Plácido Ricardi (1954), cuyo proceso de beatificación había introducido siendo abad de San Pablo. Ahora bien, por encima de la sabiduría que pudiera rezumar la buena pluma de Schuster, esta vasta obra literaria lleva impresa sobre todo su profunda piedad y sus más vivos deseos de edificación.

Y dada su gran personalidad, el cardenal Schuster fue también el primer presidente de la recién creada Conferencia Episcopal Italiana, de 1952 a 1954. E igualmente, con ocasión de importantes acontecimientos sería enviado como legado pontificio, tanto a su propio país como al extranjero. Así lo vemos el 15 de agosto de 1934 coronando solemnemente a la Virgen de Einsiedeln, patrona de Suiza, cuyo santuario está regido por una

numerosa comunidad benedictina, o en 1953 en el Congreso Eucarístico Nacional, celebrado en Turín.

Pero no todo fueron mieles para el arzobispo de Milán, pues sus primeros años de episcopado se vieron sacudidos por la irrupción del fascismo italiano y posteriormente por la Segunda Guerra Mundial. Y aunque él, en virtud de los Pactos de Letrán, había sido el primer obispo italiano en jurar ante el rey, nunca se dejó intimidar por el gobierno del Duce, sobre todo cuando podía estar en juego la vida de las personas o cuando los postulados de aquél chocaban abiertamente con la libertad de la Iglesia o con el magisterio de Pío XI. Famosa se hizo su protesta de 1931 contra la violencia fascista hacia los oratorios y hacia la Acción Católica, en la que la juventud del partido creyó ver un poderoso rival, dada la cantidad de jóvenes que aquélla movía en toda Italia. Y posteriormente, en 1938, condenaría enérgicamente las leyes racistas del régimen. Con lo cual los secuaces de Mussolini que en un principio creyeron tener en nuestro bondadoso y pacífico Schuster a su más firme aliado, ahora veían en él a un adversario al que con gusto hubieran alejado de una ciudad tan importante como Milán.

Dramáticos serán también para el buen prelado los días de la guerra, viendo muerte y desolación por doquier, pero a la vez motivo para acrecentar su proverbial caridad al lado de tanto sufrimiento. Gracias a una intervención personal de su arzobispo la ciudad de Milán se salvó de la destrucción alemana. Y gracias a él se vieron igualmente libres de la barbarie nazi distintas personas de raza judía, a las que no dudó en proporcionar un seguro refugio. Pero todo no quedó ahí, ya que acabada la contienda y habiendo recabado todas las ayudas posibles y tocando la sensibilidad y el corazón de sus diocesanos, pudo construir viviendas dignas para muchas familias que se habían quedado sin hogar.

Dom Schuster ha alcanzado ya la venerable edad de setenta y cuatro años, pero como siempre con una incansable actividad, pese a su delicada naturaleza. Entregado fielmente a su ministerio, marcha no obstante a pasar unos días de descanso veraniego a su querido seminario de Venegono, lugar en el que le sobrevendría la muerte el 30 de agosto de 1954.

Alfredo Ildefonso Schuster moría dejando tras de sí una estela luminosa de entrega y de santidad, y con fama popular de taumaturgo. Ni que decir tiene que el dolor y la consternación que su muerte iba a causar fueron enormes, y no sólo entre sus diocesanos de Milán, sino también en todas aquellas personas que por distintos motivos habían tratado, simpatizado o convivido con el cardenal Schuster. Sus lloradas exequias, celebradas bajo las hermosas bóvedas ojivales del Duomo de Milán, donde descansan sus restos, contaron con la presencia de numerosísimos fieles y de no pocos prelados, siendo pronunciada la oración fúnebre por la emotiva oratoria del Patriarca de Venecia, su buen amigo Ángelo Roncalli, que a no tardar mucho ocuparía la «Silla de San Pedro» con el nombre de Juan XXIII.

Tres años después, el 30 de agosto de 1957, mons. Montini, su sucesor en la sede de Milán y futuro papa Pablo VI, abría solemnemente su proceso de beatificación, un largo camino hasta alcanzar la gloria de los altares. El mismo Schuster le había dicho a su hermana en cierta ocasión que «La santidad no está en las oraciones, ni en la penitencia, sino en el amor. Quien más ama, más santo es». Y el amor fue realmente el quid de su santidad, una santidad hecha vida desde su donación total al Señor y a los hermanos.

Y en este camino hacia la beatificación han sido muchas las gracias y prodigios atribuidos a su intercesión, entre ellos la curación de la religiosa ursulina María Emilia Brusati que, condenada a quedarse ciega a causa de un glaucoma ocular bilateral, había orado fervorosamente durante largo rato ante su tumba el 10 de septiembre de 1956. Declarado oficialmente este hecho como milagroso, será el sumo pontífice Juan Pablo II quien solemnemente proclame Beato al cardenal Alfredo Ildefonso Schuster el 12 de mayo de 1996.

RAMÓN LUIS M.ª MAÑAS, OSB

Bibliografía

APECITI, E., *Ciò che conta è amare. Vita del Beato Cardinale Alfredo Ildefonso Schuster* (Milán 1996).

COLOMBÁS, G. M., *La tradición benedictina. Ensayo histórico,* IX, 1 y 2 (Zamora 2002).

GARRIDO BOÑANO, M., OSB, *Ildefonso Cardenal Schuster. Místico y apóstol* (Zamora 1987).

LECCISOTTI, T., *Il Cardinale Schuster,* I y II (Milán-Viboldone 1969).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTOS FÉLIX Y ADAUCTO DE ROMA
Mártires († 304)

Félix —según la tradición— era un sacerdote de la Iglesia de Roma que en la persecución de Diocleciano fue arrestado. Declaró su condición de cristiano y se negó a sacrificar a los dioses pese a las órdenes imperiales. Las torturas no sirvieron para que Félix variara su actitud y pese a ellas perseveró firme en la confesión de Cristo. Finalmente fue condenado a ser decapitado. Cuando era llevado al sacrificio, un hombre anónimo, impactado por la fortaleza del mártir, gritó que él también profesaba la fe de Félix y que también adoraba a Jesucristo. Esto sirvió para que fuera en el acto sentenciado a muerte y decapitado junto con Félix. Como no se sabía su nombre, se le denominó Adaucto, es decir añadido. De la existencia de estos mártires, cualquiera sea la historicidad de los detalles de la tradición, no debe haber duda, porque en el documento llamado *Depositio martyrum* (año 354) constan sus nombres y ello indica su culto por parte de la comunidad cristiana de Roma. San Dámaso les dedicó una inscripción. Sobre su tumba se levantó luego una iglesia.

SAN PAMMAQUIO
Senador († 410)

Pammaquio era miembro de la familia romana de los Furios. Era ciudadano romano, persona culta y que llegó a ostentar la dignidad de senador. Amigo de San Jerónimo desde su juventud, nunca se enfrió esta amistad. El año 385 se casó con Paulina, una de las hijas de Santa Paula, dirigida espiritual de San Jerónimo. Pammaquio denunció al monje Joviniano ante San Jerónimo, mandándole copia de los escritos de este heterodoxo, y San Jerónimo en el 393 respondió adecuadamente con un largo tratado *(Contra Iovinianum)*. Pero a Pammaquio, de mejor carácter que San Jerónimo, le pareció que la respuesta había sido en exceso dura, y que a él, como hombre casado, le había

parecido excesiva la exaltación de la virginidad que hacía el santo. San Jerónimo escribió a Pammaquio varias cartas defendiendo sus propios puntos de vista. Finalmente Joviniano sería condenado en un sínodo romano.

En 397 Pammaquio quedó viudo y entonces decidió dedicar su vida a la piedad y las obras de caridad, tomando a su cargo el cuidado de pobres, mendigos y ciegos, a quienes brindaba todos los auxilios que le eran posibles, y construyó un asilo para pobres caminantes y enfermos en Porto con la ayuda de Santa Fabiola. Tenía propiedades en Numidia y escribió a sus colonos pidiéndoles que abandonaran el donatismo y regresaran a la fe católica, lo que le atrajo las simpatías de San Agustín. Pammaquio construyó una iglesia en el Monte Celio en su hacienda, que se conoció con el nombre de título de Pammaquio, y que posteriormente se dedicó a los SS. Juan y Pablo, otorgada en el siglo XVIII a la congregación pasionista de San Pablo de la Cruz. Pammaquio murió el año 410.

SAN FIACRE

Ermitaño († 670)

Se dice de San Fiacre que era natural de Irlanda y que marchó a Francia en busca de un lugar donde poder llevar vida eremítica. Se presentó a San Farón, obispo de Meaux, el cual le ayudó en su propósito. Se estableció en un lugar solitario donde se construyó una celda, con un oratorio adjunto dedicado a la Virgen María, y también una hospedería para caminantes. Recibía con amor a cuantos querían hospedarse en ella e igualmente a los muchos que acudían a él en busca de consejos espirituales, dando un alto ejemplo de vida austera, piadosa y caritativa. En el lugar de su residencia surge luego la población de Saint-Fiacre. Se le atribuyeron ya en vida numerosos milagros. Debió morir hacia el año 670. Su culto ha sido luego muy extenso en Francia, siendo uno de sus mayores devotos la Casa Real francesa.

BEATO JUAN JUVENAL ANCINA

Obispo († 1604)

Juan Juvenal Ancina nace en una distinguida familia de origen español en Fossano, Piamonte, el 19 de octubre de 1545, hijo primogénito de sus padres. Educado cristianamente, a los 14 años fue enviado a estudiar a la Universidad de Montpellier, en Francia, donde cursó medicina. Posteriormente continuó los estudios en Mondovi, Sicilia, y luego pasó a la acreditada Universidad de Padua y consiguió el doctorado en filosofía y medicina el año 1567 en Turín, y aquí se quedó a ejercer su carrera de médico, siendo fama que atendía a los pobres gratuitamente. Llevaba una vida honesta y piadosa, como igualmente lo había sido todo el tiempo de sus estudios. Inclinado a la literatura, escribía versos y epigramas que fueron muy celebrados. Pero en 1574, mientras asistía a una misa de difuntos, se sintió impactado por las palabras de la secuencia, y decidió plantearse con mayor profundidad el asunto de su salvación eterna. Dejó su puesto como médico y acompañó en 1575 a Roma, como asesor, al conde Madruzzi di Challant, embajador del Príncipe de Saboya ante la Santa Sede. En Roma se dedicó a las obras de caridad, visitando cárceles y hospitales y casas pobres. Y al contacto de estas obras de caridad decide estudiar teología para ir ascendiendo hacia el sacerdocio.

Recibe las órdenes menores y entonces conoce a San Felipe Neri al que toma como director espiritual. Repiensa entonces su verdadera vocación y se inclinaba a ingresar en la Cartuja cuando San Felipe le ofrece el ingreso en su recién instituida Congregación del Oratorio, una comunidad compuesta de sacerdotes seculares. Ingresó en la misma el 1 de octubre de 1578, y continuó sus estudios teológicos hasta que en 1582 fue ordenado sacerdote. San Felipe lo destina en 1586 al Oratorio de Nápoles, donde desarrolla una amplísima labor en el púlpito y el confesonario, predicando ardorosamente la palabra divina y consiguiendo sonadas conversiones. Su Oratorio fue llamado el de los príncipes por la gran influencia que tuvo en la nobleza. Músico, poeta y bien instruido en historia, no deja de componer música sacra y revisa también los Anales Eclesiásticos del cardenal Baronio, miembro de su misma con-

gregación. Muy atento a las necesidades de los pobres, funda una asociación de señoras dedicadas a sostener a los pobres de un hospital. Tras diez años en Nápoles de fecundo apostolado, es llamado nuevamente a Roma, donde prosiguió sus obras de caridad y apostolado.

La Santa Sede se fijó en él para ofrecerle varias veces un episcopado, que él rehuyó en cuanto pudo. Pero en 1602 el duque de Saboya le pide al papa Clemente VIII que lo nombre obispo de Saluzzo, y el papa se lo mandó por obediencia. Así es que se consagró obispo y se fue a su diócesis, que encontró metida en un problema entre el duque y la Iglesia. Él no quería ofender a ninguno y por ello, al conocer el problema, se marchó a su pueblo natal, donde se dedicó a predicar el evangelio y hacer obras de caridad, y solucionado el problema, entonces volvió a su diócesis. Llevaba poco tiempo en ella cuando supo que un religioso tenía escandalosas relaciones con una monja. El obispo quiso poner fin a ello, y fue al convento de los franciscanos, donde cenó, pero el religioso señalado le echó veneno en el vino, de resultas de lo cual murió el 30 de agosto de 1604. No se le ha beatificado como mártir, aunque murió de forma violenta por cumplir sus deberes de obispo.

Fue beatificado el 9 de febrero de 1890 por el papa León XIII.

BEATO JOAQUÍN (JOSÉ) FERRER ADELL

Presbítero y mártir († 1936)

José Ferrer Adell nació el 23 de abril de 1879 en Albocácer, Castellón de la Plana, único hijo de sus padres. Sintió de niño la vocación capuchina e ingresó en el seminario seráfico, de donde pasó al noviciado en 1 de enero de 1896 tomando el nombre de fray Joaquín de Albocácer. El 3 de enero del año siguiente hizo su profesión religiosa. En el convento de Totana hizo los estudios de filosofía y en el de Orihuela, Alicante, los de teología, y se ordenó sacerdote el 19 de diciembre de 1903. Luego de diez años de fecundo apostolado, fue destinado a Colombia y allí trabajó con gran celo y dedicación, siendo elegido el año 1925 superior regular de la Custodia de Bogotá. Terminado este ministerio volvió a España y fue nombrado rector del semina-

rio seráfico de Massamagrell. Fue la suya una dirección excelente, poniendo mucho empeño en inspirar espíritu misionero en el ánimo de los jóvenes religiosos. Muy devoto de la eucaristía, fomentó los jueves eucarísticos, las horas santas, la adoración diurna, y dirigió la revista *Vida eucarística.*

Desencadenada la persecución, procuró, ante todo, poner a salvo a los jóvenes que tenía confiados y luego se refugió en una casa en Rafelbuñol, desde la que seguía la suerte de los religiosos y en la que se dedicó sobre todo a orar sin cansancio. Aquí lo arrestaron los milicianos el día 30 de agosto y lo llevaron a su pueblo natal, ante cuyo presidente del Comité debió comparecer, luego de haber visto a sus familiares y de decirles que si no volvían a verse se verían en el cielo, siendo llevado a las 4 de la tarde a la carretera de Puebla Tornesa a Villafamés, donde fue fusilado, y enterrado luego donde no ha podido ser identificado.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

31 de agosto

A) MARTIROLOGIO

1. En Jerusalén, la conmemoración de los santos José de Arimatea y Nicodemo, discípulos del Señor **.

2. En Atenas, San Arístides († 150), filósofo y apologista *.

3. En Tréveris (Galia), San Paulino († 358), obispo y mártir **.

4. En Lindisfarne (Inglaterra), San Aidano († 651), obispo y abad **.

5. En Cardona (Cataluña), San Ramón Nonato († 1240), religioso de la Orden de la Merced **.

6. En Vallucola (Toscana), Beato Andrés Dotti († 1315), presbítero, de la Orden Servita *.

7. En Almería, beatos Edmigio (Isidoro) Primo Rodríguez, Amalio (Justo) Zariquiegui Mendoza y Valerio Bernardo (Marciano) Herrero Martínez († 1936), religiosos de la Congregación de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, mártires **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTOS JOSÉ DE ARIMATEA Y NICODEMO
Discípulos del Señor

Unidos estos dos discípulos del Señor cuando dieron la cara por él cumpliendo la piadosa y humanitaria tarea de bajarle de la Cruz y darle honrosa sepultura, también la Iglesia los recuerda unidos en el mismo día.

Leemos en el *Martirologio romano* el 31 de agosto:

> «En Jerusalén, la conmemoración de los santos José de Arimatea y Nicodemo, que recibieron en sus brazos el cuerpo de Jesús bajándolo de la Cruz, lo envolvieron en una sábana y lo depositaron en el sepulcro. José era un noble decurión, discípulo del Señor, que esperaba el reino de Dios; Nicodemo era fariseo, uno de los principales entre los judíos; había visitado a Jesús de noche, interrogándole sobre su misión y defendió su causa ante los pontífices y fariseos que querían prender a Jesús» *(Martirologium romanum* [Ciudad del Vaticano 2001, 461-462).

Era Nicodemo doctor de la Ley y miembro del Sanedrín. De él nos habla el Evangelio según San Juan en 3,1-16; 7,50s; 19,38s.

> «Había entre los fariseos un hombre llamado Nicodemo, magistrado judío. Fue éste a Jesús de noche y le dijo: "Rabbí, sabemos que has venido de Dios como maestro, porque nadie puede realizar los signos que tú realizas si Dios no está con él".
>
> Jesús le respondió: "En verdad, en verdad te digo: el que no nazca de nuevo no puede ver el Reino de Dios".
>
> Dícele Nicodemo: "¿Cómo puede uno nacer siendo ya viejo? ¿Puede acaso entrar otra vez en el seno de su madre y nacer?".
>
> Respondió Jesús: "En verdad, en verdad te digo: el que no nazca de agua y de Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios. Lo nacido de la carne es carne; lo nacido del Espíritu, es espíritu. No te asombres de que te haya dicho: Tenéis que nacer de nuevo. El viento sopla donde quiere, y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni adónde va. Así es todo el que nace del Espíritu".
>
> Respondió Nicodemo: "¿Cómo puede ser eso?".
>
> Jesús le respondió: "Tú eres maestro en Israel y ¿no sabes estas cosas? En verdad, en verdad te digo: nosotros hablamos de lo que sabemos y damos testimonio de lo que hemos visto, pero vosotros no aceptáis nuestro testimonio. Si al deciros cosas de la tierra no creéis, ¿cómo vais a creer si os digo cosas del cielo? Nadie ha subido al cielo sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre. Y como

Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del hombre, para que todo el que crea tenga en él la vida eterna. Porque tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo Unigénito, para que todo el que crea en él no perezca sino que tenga la vida eterna"» (Jn 3,1-16).

Con motivo de las discusiones entre la gente sobre el origen de Cristo y cuando los fariseos querían detenerle, nos refiere San Juan:

«Les dice Nicodemo, que era uno de ellos, el que había ido anteriormente a Jesús: "¿Acaso nuestra Ley juzga a un hombre sin haberle antes oído y sin saber lo que hace?". Ellos le respondieron: "¿También tú eres de Galilea? Indaga y verás que de Galilea no sale ningún profeta"» (7,50-52).

Tras de la muerte de Jesús y del episodio de la lanzada (Jn 19,38s) San Juan nos cuenta la sepultura, en la que José de Arimatea y Nicodemo fueron protagonistas:

«Después de esto, José de Arimatea, que era discípulo de Jesús, aunque en secreto por miedo de los judíos, pidió a Pilato autorización para retirar el cuerpo de Jesús. Pilato se lo concedió. Fueron, pues, y retiraron su cuerpo.

Fue también Nicodemo —aquel que anteriormente había ido a verle de noche— con una mezcla de mirra y áloe de unas cien libras.

Tomaron el cuerpo de Jesús y lo envolvieron en lienzos con los aromas, conforme la costumbre judía de sepultar. En el lugar donde había sido crucificado había un huerto, y en el huerto un sepulcro nuevo, en el que nadie todavía había sido depositado. Allí, pues, porque era el día de la Preparación de los judíos y el sepulcro estaba cerca, pusieron a Jesús» (Jn 19,38-42).

Durante la presencia de Jesús en Jerusalén con ocasión de la primera pascua de su vida pública (hacia el 28 de nuestra era), Nicodemo, impresionado por los milagros realizados por Jesús, fue a entrevistarse con él para aclararse en un coloquio amplio.

La conversación de Jesús con Nicodemo, tal como nos la cuenta el Evangelio de San Juan en 3,1-21, es uno de los «diálogos» más interesantes y hondos que nos transmite el evangelista.

El procedimiento literario del diálogo se utiliza con frecuencia desde los tiempos más antiguos y también en nuestros días. Para Luciano de Samosata y para Platón, como para Fray Luis de León, era simplemente una manera de exponer ideas. Las mismas entrevistas de hoy tienen mucho de artificio, pues las

preguntas y las respuestas suelen estar concertadas y preparadas de antemano por ambas partes.

Uno de los procedimientos más utilizados en este género literario es el del «malentendido» para provocar una réplica y dinamizar la conversación. Las preguntas de la Samaritana y las de Nicodemo facilitan el desarrollo más profundo en la enseñanza y revelación de los misterios de Dios.

Nicodemo puede dar la impresión de estar allí únicamente para replicar, como quien no entiende nada. Puede parecer demasiado ignorante para ser doctor de la Ley. A un maestro judío que ya conocía el término de «nuevo nacimiento» aplicado a la inserción de los prosélitos, no se le iba a ocurrir preguntar si era necesario volver al seno de su madre. Pero en este género el interlocutor está allí para que pueda surgir el diálogo, para volver sobre la idea y profundizar en ella.

Estos recursos son frecuentes en el evangelio de Juan: una manera viva de presentar el mensaje catequético. Además el autor quiere mostrar que la enseñanza de Jesús tiene algo de inaccesible para la simple inteligencia humana, incapaz de alcanzar la revelación del Padre. Esos secretos sólo los conoce el que viene «de arriba» (Jn 8,28).

Nicodemo, o la Samaritana, no son personajes inventados, son históricos, pero el diálogo es conducido con mano maestra para una catequesis de la comunidad cristiana. Y así la densidad profunda de la entrevista de Jesús con Nicodemo queda plasmada en una plática inolvidable y pedagógica. Además de la historia, el arte del diálogo la enriquece con detalles expresivos que, lejos de comprometer la verdad histórica, la rodean de un halo poético, de interés y viveza expresiva.

«Había entre los fariseos...» (3,1-2). Nicodemo fue a verle de noche. Tal vez por no indisponerse con sus compañeros, que ya estaban contra Jesús. Por otra parte, era el tiempo más propicio para un encuentro reposado y tranquilo, en el silencio nocturno. ¿Venía ya preparado e inquieto su espíritu por haber escuchado la predicación del Bautista?

Probablemente el episodio sucedió en Jerusalén, en torno a la primera pascua de la vida pública de Jesús, cuando «muchos creyeron en su nombre al ver los signos que realizaba» (Jn 2,23).

Nicodemo, atraído por la personalidad misteriosa de Jesús, conmovido por su doctrina y sus milagros, quiere conocerle de cerca, con el noble deseo de ver con claridad para entrar en el reino de Dios.

El tema del nuevo nacimiento era conocido no sólo en el judaísmo sino también en muchas religiones orientales. Nicodemo lo entiende así literalmente, tal como sonaba en la palabra aramea empleada por Jesús. Pero en el griego del evangelio según San Juan, nacer «de nuevo» significa también nacer «de arriba». Y este sentido es central y dominante en el contexto del autor del cuarto evangelio (cf. Jn 3,31; 8,23; 19,11).

La oposición espacial «arriba», «abajo» es un medio de expresar la incapacidad de lo terreno para alcanzar lo que es de orden divino.

Otro medio de expresión es la categoría bíblica «carne», «espíritu». La «carne» designa aquí, como en el prólogo, al hombre mortal y débil. No es posible confiar en la «carne» sino en el «espíritu» (cf. Jn 1,1-3). El pensamiento humano no puede descubrir los designios de Dios. El orden del «espíritu» es superior, viene de Dios.

El espíritu era anunciado por los profetas como el gran principio y fuente de santificación. Ezequiel había comparado su acción al final de los tiempos como una infusión de agua pura (cf. Ez 36,25-29), mientras que Isaías (4,4) sugería la purificación por medio de un soplo (o un espíritu) de juicio y de incendio. También para Isaías (44,3) el espíritu era como el rocío sobre una tierra seca.

Todas estas imágenes, en consonancia admirable, ayudan a comprender el bautismo en el que el neófito se sumerge en el agua viva para nacer de nuevo.

La libertad del espíritu se compara con el soplo misterioso del viento. Es fácil pasar del viento que sopla donde quiere con el espíritu del que hay que nacer, porque las palabras hebrea y griega *(ruah-pneuma)* significan «soplo», «viento», «espíritu».

Hay, pues, dos nacimientos, dos principios de vida. El nacimiento de la carne da la vida natural, y el nacimiento del agua y del Espíritu da una vida más alta, sobrenatural, la vida divina. Juan Bautista había administrado el bautismo del agua y había

anunciado el del Espíritu. Los dos se concretizan ahora en uno solo, destinado a ser fuente de una nueva creación.

La obra del Espíritu, que fecunda las aguas, es invisible, pero real. El viento que tal vez acariciaba en suave brisa a los interlocutores nocturnos y movía las hojas de los árboles era como una imagen de lo que decía Jesús, despertando la idea de lo que no se ve pero se advierte en las vibraciones y en los efectos que produce. Así es el Espíritu de Dios animador y renovador invisible.

Nicodemo empieza a vislumbrar un gran misterio en lo que antes parecía irritarle como un absurdo. Desea comprender. «¿Cómo puede ser eso?» (Jn 3,9-21). Su pregunta ya no es impertinente ni malhumorada. En realidad, un fariseo, doctor y maestro, no debía ignorar por completo esa nueva sabiduría anunciada por Jesús, de la que hablaban los profetas y en aquellos mismos días el profeta del Jordán.

Cuando Jesús le dice «Nosotros hablamos de lo que sabemos» (v.11), el sorprendente paso del yo al nosotros indica una intervención de la comunidad en la catequesis evangélica, en la que el testimonio es esencial. Hasta aquí hablaba Jesús de lo que era conocido en el judaísmo. Moisés comunicó la revelación recibida en lo alto del Sinaí. De Henoc se contaba que había sido llevado al cielo para consultar sus secretos cósmicos. No faltaban reveladores en las religiones traídas de Grecia que habían realizado ascensiones «planetarias». Pero Jesús afirma: «Nadie ha subido al cielo sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre» (v.13), el único que puede unir el cielo y la tierra (cf. Jn 1,51).

¿Cuáles son esas «cosas del cielo», esa revelación ante la que las otras revelaciones no merecen más que el nombre de «terrenas»? Sólo él conoce las cosas del cielo porque sólo él, que es Hijo del Padre, es quien ha bajado del cielo. Hasta ahora Jesús hablaba de cosas altas, ciertamente, pero que habían de realizarse en el corazón de los hombres; pero desde este momento comienza a descorrer el velo de los misterios celestiales, de su misión divina, de su bajada del cielo, de su presencia al lado del Padre.

El misterio de la Encarnación se completa con el de la Redención. Cristo la anuncia con la imagen profética de la ser-

piente de bronce (cf. Núm 21,8) de la que el libro de la Sabiduría (16,7-12) afirma que la Palabra curaba por medio de ella. Esta imagen se aplica admirablemente al Verbo que venía a curar a la humanidad.

El verbo «devantar» tiene un doble sentido: significa a la vez «elevar», alzar en la cruz, y «exaltar» o «glorificar». En la época de Jesús equivalía a ser crucificado. La ascensión en la Cruz se prolonga en la ascensión celestial que, según el texto, es una sola ascensión. Poco a poco se va revelando el misterio de la Cruz: la humillación es el lugar de la gloria.

Todas las otras revelaciones palidecen al lado de ésta, la única y definitiva que manifiesta el infinito amor del Padre en el Hijo entregado. El proyecto de Dios es un proyecto de salvación (cf. Jn 13,17).

La fe, el creer, permite al hombre acercarse a unas realidades que de suyo se le escapan. Pero el objeto de esa fe es ante todo el Hijo del hombre «devantado» en el misterio conjunto de su crucifixión y de su glorificación, el misterio pascual. En la adhesión libre del hombre a la verdad, que es Cristo, radica su responsabilidad en orden a su suerte eterna.

Nicodemo quedó sin duda tocado en lo más profundo de su espíritu por esta entrevista con Jesús. Nada nos dice el evangelio de sus inmediatas reacciones. Pero más adelante, vuelve a salir su nombre, cuando se hacen más aceradas las divisiones sobre la persona de Jesús: sale en su favor cuando los fariseos intentan prenderle.

Era el último día de la fiesta de los Tabernáculos cuando Jesús gritó: «Si alguno tiene sed que venga a mí, y beberá el que cree en mí, como dice la Escritura: "De su seno correrán ríos de agua viva"» (Jn 7,37). Entonces unos decían que era profeta, el Cristo. Otros, que no podía ser, nacido de Galilea. Hubo disensión. Los sumos sacerdotes y los fariseos querían prenderle y regañaban a los guardias porque no lo traían preso. Nicodemo arguyó con la Ley en la mano: no se puede juzgar sin oír y saber de la conducta del acusado (cf. Jn 7,40-52).

¿Quién era José de Arimatea, de quien los Evangelios no hablan hasta que acude a Pilato, después de la crucifixión, para pedirle el cuerpo de Jesús? Lucas 23,50-54 escribe:

«Había un hombre llamado José, miembro del Consejo, hombre bueno y justo, que no había asentido al consejo y parecer de los demás. Era de Arimatea, ciudad de Judea, y esperaba el reino de Dios. Se presentó a Pilato, le pidió el cuerpo de Jesús y, después de descolgarle, le envolvió en una sábana y le puso en un sepulcro, cavado en la roca, en el que nadie había sido puesto todavía. Era el día de la Preparación y apuntaba el sábado».

Marcos, por su parte (15,42-46):

«Ya al atardecer, como era la Preparación, es decir, la víspera del sábado, vino José de Arimatea, miembro respetable del Consejo, que esperaba también el Reino de Dios, y tuvo la valentía de entrar donde Pilato y pedir el cuerpo de Jesús. Se extrañó Pilato de que ya estuviese muerto y, llamando al centurión, le preguntó si había muerto hacía tiempo.

Informado por el centurión, concedió el cuerpo a José, quien, comprando una sábana, lo descolgó de la cruz, lo envolvió en la sábana y lo puso en un sepulcro que estaba excavado en la roca; luego hizo rodar una piedra sobre la entrada del sepulcro».

Mateo 27,57-60:

«Al atardecer, vino un hombre rico de Arimatea, llamado José, que se había hecho también discípulo de Jesús. Se presentó a Pilato y pidió el cuerpo de Jesús. Entonces Pilato dio orden de que se le entregase. José tomó el cuerpo, lo envolvió en una sábana limpia y lo puso en un sepulcro nuevo que había hecho excavar en la roca; luego, hizo rodar una gran piedra hasta la entrada del sepulcro y se fue».

Los *Evangelios apócrifos,* el *Pseudo-evangelio de Pedro,* las *Actas de Pilato* y un extraño documento, probablemente del siglo IV, llamado *La venganza del Salvador* se ocupan de la historia posterior de José de Arimatea, envolviéndola en fantástica niebla de leyendas. Posteriormente lo asocian al ciclo caballeresco del Rey Arturo y a la leyenda del Santo Grial, originariamente un vaso con la sangre de Cristo, que José de Arimatea había recogido al lavar el cuerpo de Jesús, antes de la sepultura.

La sobriedad de los evangelios es garantía de autenticidad de estos dos santos. Por la intervención resuelta de José de Arimatea, no fue el cadáver de Jesús a la fosa común como era costumbre para los ajusticiados, sino a un sepulcro nuevo donde nadie había sido sepultado, que, después de la resurrección, quedó vacío.

Sabemos por San Juan que Nicodemo ayudó a José de Arimatea a embalsamar el cuerpo del Señor aportando la generosa cantidad de 30 kilogramos de mirra y áloe, de alto precio en el mercado. La luz de la fe se fue haciendo más reveladora en su alma y la muerte del Maestro le infundió valor para presentarse en el Calvario y dar la cara por él, ayudando al enterramiento de Jesús cuando el tiempo urgía por la inminencia de la gran fiesta.

También el rastro de Nicodemo se pierde en la historia posterior. Según el presbítero Luciano, el año 415 fueron descubiertas sus reliquias junto a las de San Esteban (cf. Luciani, PL 807). Tradiciones inciertas aseguran que había sido bautizado por Pedro y Pablo. Muy posteriormente se le atribuyó el llamado *Evangelio de Nicodemo,* que es el título con que se refundieron los apócrifos más antiguos: *Actas de Pilato* y *Descenso de Cristo a los infiernos.*

El pueblo cristiano, en no pocas comunidades, revive con devoción la escena del descendimiento dramatizándolo piadosamente con imágenes articuladas de Cristo crucificado. Los autos medievales de la pasión no se olvidan de estos dos personajes.

La iconografía más frecuente de los dos santos es la escena del descendimiento de la cruz y sepultura del Señor. Algunas veces en el grupo escultórico o pictórico de la Piedad. Frecuentemente aparecen desclavando el cadáver de Jesús o sosteniendo la sábana que lo envuelve.

Las presuntas reliquias de Nicodemo se conservaron en la catedral de Parma donde tuvo un altar. Huellas de su culto permanecen en varios lugares de Italia (Luca) y Francia (Plumélian y Questembert, Leury).

Las representaciones más frecuentes están en los pasos de la Semana Santa. Es notable la que existe en el claustro del monasterio de Silos. José de Arimatea está presente en los calendarios orientales desde el siglo X. Mucho más tarde en Occidente. Es patrono de los sepultureros.

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

BROWN, R. E., *El evangelio según Juan*. I: *I-XII* (Madrid 1979).
GORDIN, G. D. - GILLETTI, M. CH., «Giuseppe d'Arimatea», en *Bibliotheca sanctorum*. VI: *Galena-Giustiniani* (Roma 1965) 1292-1299.
JAUBERT, A., *El evangelio según San Juan* (Estella, Navarra [16]2004).
MATEOS, J. - BARRETO, J., *El evangelio de Juan. Análisis lingüístico y comentario exegético* (Madrid [2]1982).
SPADAFORA, F., «Nicodemo», en *Bibliotheca sanctorum*. IX: *Masabki-Ozanam* (Roma 1967) 905-908.

SAN PAULINO DE TRÉVERIS

Obispo y mártir († 358)

Ha habido en la historia del mundo momentos en que lo religioso y lo político marchaban estrechamente unidos, incluso eran banderas conjuntas de naciones, de sucesos y de problemáticas. Por otro lado la paz religiosa se consideraba un elemento imprescindible para mantener la unidad del imperio. Hoy no lo entendemos, pero ha sido así sobre todo en las edades primeras de nuestra civilización cristiana.

Uno de esos problemas que convulsionaron conjuntamente al mundo antiguo fue la presencia del arrianismo, la doctrina que negaba la divinidad de Jesucristo. Reyes y naciones se vieron implicados al tomar partido por una de las dos opciones. La mano de Dios dirigiendo a la verdadera Iglesia en esos cruciales momentos debía ser una de las reflexiones que nos afianzaran en nuestros convencimientos de fe.

Definido en Nicea el dogma fundamental de la divinidad del Verbo, los enemigos de esa verdad no acallaron sus voces sino que buscaron imponer sus convencimientos por todos los medios, sobre todo por la fuerza. Una fuerza que emplearon de manera especial contra las figuras sobresalientes que defendían la ortodoxia.

Los arrianos tenían verdadera obsesión persecutoria contra San Atanasio, destacada personificación de esa ortodoxia. En él centraron sus ataques acudiendo incluso a las más brutales calumnias. Sobre todo influyeron en el emperador Constancio II hasta el punto de que, unidos emperador y arrianos, suplicaron al papa Liberio (352-366) para que depusiera a Atanasio.

El pontífice en persona propuso la celebración de un concilio, para arreglar definitivamente el asunto. Se tuvo en Arlés el año 353 y hasta allí se desplazaron los delegados papales. En realidad el concilio se convirtió en un tejido de intrigas por parte de los enemigos de Atanasio capitaneados por los fanáticos Ursacio y Valente y las violencias de Constancio II. Violencias que llegaron a tales extremos que consiguieron se publicara un edicto oficial obligando a los obispos reunidos a firmar la condenación de Atanasio o marchar al destierro. Todos cedieron, incluso los legados pontificios. Entre los pocos que se resistieron a la firma destacó Paulino de Tréveris, quien por eso fue inmediatamente desterrado a Frigia, la actual Turquía. El papa tuvo que nombrar nuevos delegados. Y todos los que se resistieron siguieron la misma suerte.

El destierro fue un continuado martirio para Paulino por el mal trato y persecuciones que sufrió de los herejes montanistas que infestaban toda la región de Frigia, lugar de su destierro, hasta el punto de que allí entregó su alma a Dios el año 358. (Montano se creía enviado por Dios para perfeccionar la religión y la moral).

Hoy nos preguntamos quién era esa valiente figura de la fe ortodoxa. Sabemos poco de él, y menos de su infancia, puesto que su vida se escribió con posterioridad al siglo X y ya mezclada con una serie de sucesos más que legendarios.

Se le cree hijo de una familia ilustre de Aquitania, desde donde todavía joven fue llevado a Tréveris por San Maximino, al que sucedería en el episcopado hacia el año 349 y como tal aparece en el sínodo de Arlés. Tras el destierro a Frigia, ordenado por Constancio II, muere en él a los cinco años de su exilio, siendo enterrado en total anonimato. Más tarde sus restos fueron trasladados a Tréveris, gracias a las gestiones de Félix, obispo de Tréveris, hacia el año 396.

Ahora se muestran honoríficamente en la iglesia llamada Kirche St Paulinus. Iglesia edificada en el siglo XII, sobre los cimientos de una antigua capilla cristiana, dedicada a la Virgen María Madre de Dios.

Como juicios sobresalientes de nuestro santo nos deben valer las palabras de San Jerónimo, que lo llama «hombre feliz

de los sufrimientos», y San Atanasio, «hombre verdaderamente apostólico, terrible enemigo de los arrianos y heroico defensor de la fe ortodoxa».

Su memoria la celebra la Iglesia el último día de agosto. En algunos textos se le considera mártir, por la cantidad de sufrimientos padecidos, sobre todo al final de su vida con la muerte en el destierro. Ciertamente el destierro fue un continuado martirio.

JOSÉ SENDÍN BLÁZQUEZ

Bibliografía

Bibliografía universal. Bibliografía eclesiástica completa, XVI (Madrid 1853) 1102.
LLORCA, B., SI - GARCÍA VILLOSLADA, R., SI - LABOA, J. M.ª, *Historia de la Iglesia católica.* I: *Edad Antigua: la Iglesia en el mundo grecorromano* (Madrid [8]2001).

SAN AIDANO DE LINDISFARNE

Monje y obispo († 651)

La Northumbria inglesa había sido evangelizada por Paulino de York, aunque poco después volvió a caer en el paganismo tras la muerte de Edwin, el protector de Paulino. El sobrino de Edwin, San Oswaldo, durante su exilio en Escocia había recibido el bautismo y cuando comenzó a reinar, años más tarde, llamó en su auxilio a los monjes de Iona para reemprender, de nuevo, la evangelización cristiana de su pueblo.

Los monjes le enviaron un monje misionero, mas con un espíritu tan árido y austero que no supo captarse la simpatía de nadie. Volvió a su monasterio y los monjes de allí le enviaron otro, que consagrado obispo, según las costumbres monásticas celtas, llegó a Inglaterra el año 635. Era San Aidán o Aidano. San Beda dice que la elección de Aidán fue porque este monje «estaba particularmente dotado de la gracia de la discreción, que es la madre de todas las virtudes».

El rey le entregó una isla y allí se estableció con algunos compañeros. La isla de Lindisfarne, como la de Iona, fue el nuevo monasterio que, como campamento de misioneros, fue la sede episcopal desde la que se emprendió la tarea de cristianizar al pueblo inglés del norte. La nueva «Iona inglesa» o Lindisfarne era una isla áspera, desértica y aislada enfrente de Bambo-

rough, sede de la corte real de Oswaldo. Sólo durante unas horas, cuando la marea estaba baja, se podía acceder a ella a pie. Más tarde se llamaría la «isla santa». Durante varios siglos residió allí el abad-obispo, siendo la sede más importante del naciente cristianismo inglés del norte.

Nada se sabe sobre el lugar y la fecha del nacimiento de Aidán, así como de todos los demás acontecimientos de su vida antes de su ingreso en el monasterio de Iona. En cambio se conoce bastante bien toda su vida apostólica gracias a los escritos de San Beda que le consagra numerosos capítulos en su *Historia eclesiástica.*

Aidán, secundado en todo por el piadoso y benemérito rey Oswaldo que le servía de intérprete ante su pueblo, desarrolló una actividad apostólica de tal naturaleza que un autor inglés no ha dudado en asegurar que «no fue Agustín sino Aidán el verdadero apóstol de Inglaterra». Su gran amor por los pobres, su sencillez, su rectitud, la temperancia de sus costumbres (hacía sus correrías apostólicas con los pies desnudos y ayunaba totalmente los miércoles y viernes, salvo en tiempo pascual), su capacidad y su simpatía para ganarse los corazones de todos resplandecen en numerosos trances de su vida. Tenía una especial cualidad para enseñar las Escrituras tanto a monjes como a laicos y hacerles aprender y recitar con devoción el salterio. Brilló Aidán por su mansedumbre, su sentido del deber, el celo incansable, la generosidad con los pobres y el gusto por la oración contemplativa hecha en soledad; se cuenta que para practicarla solía retirarse a los inaccesibles acantilados de la isla, lejos de todos. Y es interesante observar que, además de la amabilidad y mansedumbre, sabía encontrar la fuerza de hablar abiertamente y sin temor a los ricos y poderosos que no cumplían con su deber; con el ayuno lograba alternar la sociabilidad, aceptando invitaciones del rey para asistir a su mesa. El dinero que se le daba iba a parar íntegramente a los necesitados, sobre todo para el rescate de los esclavos, que a menudo después, acogidos en sus monasterios, se convierten en discípulos suyos y nuevos monjes misioneros.

Un aspecto que llama la atención de estas figuras monásticas de ascendencia irlandesa es, como se ve, la extraordinaria

combinación de severidad ascética y de gran afabilidad en el trato con la gente. Beda cuenta que les gustaba ir a los poblados de las gentes a pie, porque esto les daba la oportunidad de detenerse a hablar con las personas con las que se encontraban por el camino, fueran paganos, a los que se les exhortaba a abrazar la fe, o si se trataba de cristianos, para leerles un pasaje del Evangelio y sacar alguna conclusión que reforzase su buena conducta y su vigor moral.

Bajo su mandato se construyeron monasterios de mujeres y él mismo dio el velo, en Heiu, a Hilda, la primera monja y la primera abadesa de Northumbria. San Beda el Venerable dedica grandes elogios a sus obras y labores apostólicas, así como a sus virtudes santas y heroicas. Sólo le reprocha una cosa: que celebrase la Pascua en día distinto al de la Iglesia romana, según acostumbraban los antiguos monjes celtas. Esta disidencia con la disciplina eclesiástica no impidió a sus grandes contemporáneos, como Honorio arzobispo de Canterbury, o Félix de East-Anglia, ambos estrictos observantes de la Pascua y la tonsura romana, profesar la máxima veneración por el Apóstol de la Northumbria. A la muerte del rey San Oswaldo, su reino fue dividido entre su hermano que gobernó Bernicie y el hijo de Osric a quien se le dio Deira. Sin embargo, Aidán continuó ejerciendo su autoridad episcopal sobre ambos estados. Fiel a su estilo de vida, el lugar donde Aidán exhaló su último aliento era una especie de tienda apoyada a la pared lateral de una iglesia. Falleció santamente en el año 651 y fue enterrado en Lindisfarne. Su perfil quedaría plasmado por Beda desbordando simpatía:

> «Cultivaba la paz y el amor, la pureza y la humildad; era superior a la ira y a la codicia; y despreciaba el orgullo y la prepotencia; se entregaba a la enseñanza y a la práctica de las leyes de Dios, y era diligente en el estudio y la oración. Usaba su autoridad sacerdotal para mantener a raya a los orgullosos y poderosos; confortaba con ternura a los enfermos, ayudaba y protegía a los pobres».

La abadía-obispado, por su escuela y *Scriptorium* y por los apóstoles salidos de su seno, prolongó durante mucho tiempo la irradiación de su fundador. Aidán había introducido los usos litúrgicos y monásticos celtas en la cristiandad northumbresa. Estas costumbres se mantuvieron y se propagaron también por

su sucesor Finán, hasta que poco a poco y por influencia de las autoridades del sur se tuvo que optar por las normativas romanas. No fue fácil; el tercer abad-obispo de Lindisfarne, Colmán, que asistía al Sínodo de Whitby (664), al ver que se le imponía aceptar los usos romanos, solicitó que se le nombrara un sucesor. Vuelto al monasterio, acompañándose de un grupo de monjes, tomaron parte de las reliquias de San Aidán y partieron como a un destierro al cenobio de Iona, para poder seguir utilizando sus costumbres que ellos casi consideraban materia de fe. Un autor escribe que hay que perdonarle, casi como a San Columbano, esa fidelidad a usos litúrgicos y monásticos arcaicos. Es verdaderamente chocante ver a ese monje, vencido pero obstinado, que, cargado de reliquias de santos de su raza, retorna al país de sus ancestros para poder continuar observando una disciplina que le había sido legada y que él creía que formaba un solo cuerpo con el depósito de su fe.

LUIS M. PÉREZ SUÁREZ, OSB

Bibliografía

BAUDOT, J. - CHAUSSIN, L., OSB, *Vie des saints et des bienheureux...* VIII: *Août* (París 1949) 612-614.

BEDA, *Historia ecclesiastica,* III, 3-6.15-17.26.

GOUDGAUD, L., Art. en A. BAUDRILLART - R. AUBERT (dirs.), *Dictionnaire d'histoire et de géographie ecclésiastique,* I: *Aach-Albus* (París 1912) cols.1106-1107.

PEZZINI, D., Art. en C. LEONARDI - A. RICCARDI - G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los Santos,* I (Madrid 1998) 97-99.

SAN RAMÓN NONATO

Religioso († 1240)

Nació San Ramón en las alturas de la Segarra catalana, en el pueblecito o lugar de Portell, provincia de Lérida y Abadía de Solsona, más tarde elevada a obispado.

Descendía de padres nobles y virtuosos, emparentados con las ilustres familias de Fox y de Cardona. No conoció las caricias de su madre, pues ésta murió antes de venir él al mundo, y nació Ramón a favor de una operación sobre el cuerpo ya muerto de su madre, por lo que se le llamó el nonato, o no nacido. Desde muy temprana edad fue devoto, humilde, manso,

prudente, obediente a su padre, temeroso de Dios, cuidadoso de su conciencia, limpio en los pensamientos, modesto en su porte, discreto en las palabras, ángel en las acciones y amado de cuantos le conocían.

Proyectó su padre darle una carrera civil, y lo mandó a Barcelona para que aprendiese las primeras letras. Aquí conoció la buena fama del comerciante Pedro Nolasco, cuya amistad cultivó, y dio muestras de inclinarse al estado eclesiástico, razón por la cual su padre le hizo volver a Portell y lo puso al cuidado de unas fincas patrimoniales.

Mientras Ramón pastoreaba sus rebaños por la seca y áspera Segarra, va encendiéndose en él una luz, una antorcha, una hoguera. El zagal catalán supervive hoy en la historia, en el arte, en la poesía, en el folklore, y, lo que vale más, en el Santoral, que para nosotros, hijos de la Iglesia católica, significa tener un puesto al lado de Dios en el cielo.

En las faenas del campo goza del contacto de la naturaleza, siente con más fuerza la llamada interior, habla sin cesar con Dios, y siente crecer en su corazón un amor filial grandísimo por la Virgen María. Las gentes le llamarán muy pronto el «hijo de María».

Solía guiar su rebaño hacia una ermita de San Nicolás, en que se veneraba una imagen de María; y, mientras el ganado pacía, él se acercaba a la Virgen, y daba rienda suelta a su espíritu en la oración. Ya no estaba huérfano, había encontrado en ella a una madre. La dulce ermita era su centro, su retiro y su alegría.

Pero el demonio, que todo lo enreda, suscitó envidias en otros zagales y pastorcillos, quienes acusaron a Ramón, y dijeron a su padre que abandonaba el rebaño por sus oraciones. Trató el padre de averiguar la verdad y buscó a su hijo en la ermita. Allí estaba; pero, ¿quién era aquel mancebo que cuidaba de las ovejas?

Se dio cuenta de que el cielo acudía en favor de Ramón, enviando un ángel para ayudarle, y nunca más volvió a intervenir en lo que a Dios estaba reservado. Pocos días después la misma Santísima Virgen comunicaría al joven pastor su deseo de que ingresase como religioso en la Orden de la Merced, recién fundada en Barcelona, para la redención de cautivos.

Con su ida a Barcelona, Ramón se puso en manos de San Pedro Nolasco, el fundador de la Merced. Quemando etapas, y creciendo siempre en el gozo perenne de la virtud, cumplió el año del noviciado, hizo solemne profesión y recibió las sagradas órdenes. La presencia del joven fraile en el hospital de Santa Eulalia barcelonés dilataba su fama entre propios y extraños.

La caridad de Cristo le urgía, los dolores del prójimo le conmovían y la redención de los cautivos le atraía. Deseaba de veras pasar a África para poner en práctica el cuarto voto mercedario de la redención. Con este deseo iba unido un afán de coadyuvar a la salvación de miles de almas, peligrosamente cercadas de enemigos en la esclavitud, en las mazmorras, en los zocos de venta africanos. Más aún, deseaba ardientemente el martirio.

Designado por sus superiores para ir en redención, la alegría de padecer por Cristo le enajenaba. La Virgen le dijo: «Como mi Hijo se sacrificó en la cruz, así tú has de moler el grano de tu cuerpo en el suplicio y en el dolor, y como él es alimento y sostén en la Eucaristía, tú lo serás también de tus hermanos».

Y Ramón predicó a los cautivos, los fortaleció en la fe, los consoló en los trabajos y exhortó a la paciencia. Servía a los enfermos, y curó a muchos de ellos. Cuando la limosna de la redención no bastó, él mismo se quedó en rehenes. Esto le dio ocasión de tratar con moros y judíos, de enseñarles la fe católica, de impugnar los errores de Mahoma y de atraerlos con santas y eficaces razones.

Tal tempestad levantó con su predicación, que lo encarcelaron, lo apalearon y, para que no volviese a hablar, le cerraron los labios con un candado, por espacio de ocho meses. La Virgen, que le había asociado a Jesucristo en la tarea de redimir y salvar a sus hermanos los esclavos, no le dejó solo en este martirio, sino que le acudía y consolaba.

Mientras tanto, llegó el dinero de su rescate, y fue puesto en libertad. Se embarcó para España y desembarcó en Barcelona, donde se le hizo un recibimiento apoteósico, como a un héroe triunfal. Pero él, desoyendo palmas, cantos y parabienes, corrió al sagrario de su convento a echarse a los pies de Jesús.

La noticia de su caridad, de sus apologéticas, de su labor redentora y de su martirio, llegó a conocimiento del papa Grego-

rio IX, quien le creó cardenal con el título de San Eustaquio, premiando de ese modo sus excelentes virtudes y honrando el colegio apostólico con la juventud santificada del eminente mercedario.

San Ramón Nonato, el «hijo de María», y mártir de la caridad, fue un reflejo de Dios, como debe serlo toda criatura. Buscó a su «amado» con el ansia que la «esposa» de los Cantares ponía en hallar al que amaba su corazón. Esta unión con Dios se efectuó intensamente por la Eucaristía. Pertenece al número de los «grandes amadores» del sacramento del amor.

¿Quién no ha visto una y mil veces, en ermitas y catedrales, la imagen de San Ramón, irguiendo en la diestra mano la custodia, símbolo de su amor eucarístico? Su actitud es una profesión de fe, una afirmación teológica; es una mano que avanza, como la proa de un barco que cortase aguas de incredulidad; es la posición de un santo que nos muestra al Cordero de Dios y nos dice: he aquí el pan de los ángeles.

Cuando en agosto de 1240 se dirigía nuestro santo a Roma, llamado por Gregorio IX, pasó por Cardona, para despedirse del vizconde Ramón VI, de quien era confesor. Aquí le asaltó la muerte. Pidió el santo viático y, no habiendo quien se lo administrase —¡oh dignación de Dios con sus criaturas!—, el mismo Jesucristo, con larga corte de ángeles, se le dio en comunión. No fue él quien recostó su cabeza sobre el pecho del Maestro, sino que éste se le metió dentro, como señal de santidad y eterna predestinación.

Tanto los señores de Cardona como los frailes de la Merced contendieron sobre los restos mortales del santo. En vista de que no se ponían de acuerdo, determinaron someterse a un arbitrio providencial: cual fue cargar el santo cuerpo sobre una mula ciega, a fin de que fuese sepultado en el lugar en que ésta parase. Ejecutándolo así, el animal guió sus pasos a la ermita de San Nicolás de Portell, en donde los sagrados restos fueron depositados y venerados hasta la revolución de 1936, cuando fueron hechos desaparecer.

Al volver a la ermita, volvía al regazo de la Virgen, después de dar al mundo un pregón de amores: mariano, eucarístico y mercedario. Desde Portell su fama creció y por su intercesión

se obraron milagros. La Orden de la Merced urgió su veneración en los altares, y la santidad de Urbano VIII aprobó su culto inmemorial a 9 de mayo de 1626.

Contra la mentira pagana de un vivir materialista y fofo, se levanta la verdad alta y divina de la vida, santidad y milagros de San Ramón, flor amable del santoral mercedario y gloria auténtica del jardín de la Iglesia católica. Al correr de los siglos, su figura fue exaltada por la devoción de los fieles, por las letras y por las artes. Las fiestas que aún hoy se celebran en su ermita de Portell concentran ingentes muchedumbres, no sólo de los habitantes de la Segarra, sino de toda Cataluña.

Se cuenta entre la media docena de santos populares, cuya efigie suele encontrarse en casi todas las iglesias españolas e iberoamericanas. Abundan sus cofradías, y uno de los títulos que más popularidad le granjeó fue el de ser el abogado de las mujeres parturientas, en recuerdo de su especial nacimiento. También figura como patrono de las obras eucarísticas.

GUMERSINDO PLACER, O. de M.

Bibliografía

COLOMBO, F., *Vida del glorioso cardenal San Ramón Nonat* (Madrid 1676).
DOMINGO DE AMBROSIO, *Compendio de la vida de San Ramón Nonat* (Nápoles 1752).
ECHEVERZ, M. DE, *Compendio de la vida y milagros del glorioso San Ramón Nonat con su novenario* (Zaragoza 1705).
INGLÉS, J., *Vida ilustrada de San Ramón Nonato* (Barcelona 1926).
JUAN DE LA PRESENTACIÓN, *Vida del glorioso San Ramón Nonat, de la Orden de la Merced* (Madrid 1681).
MARTÍN, P., *Certamen poético en las fiestas de la traslación de la reliquia de San Ramón Nonat, con la vida del mismo* (Zaragoza 1618).
MENÉNDEZ, P. E., *Vida crítica de San Ramón Nonat* (Madrid 1782).
MIRANDA, F. T. DE, *Vida del glorioso San Ramón Nonat* (Madrid 1727).
PLACER, G., *San Ramón Nonato y su hermandad* (Orense 1937).
ULATE, M. DE, *Vita divi Raymundi Nonnati* (Madrid 1704).
• Actualización:
MILLÁN RUBIO, J., *San Ramón nonato, redentor de cautivos* (Barcelona 2003).
SENDÍN BLÁZQUEZ, J., *Santos de leyenda, leyendas de Santos* (Madrid 2000) 240-244.

BEATOS EDMIGIO (ISIDORO) PRIMO RODRÍGUEZ, AMALIO (JUSTO) ZARIQUIEGUI MENDOZA Y VALERIO BERNARDO (MARCIANO) HERRERO MARTÍNEZ: «MÁRTIRES DE ALMERÍA»

Religiosos y mártires († 1936)

En todos los tiempos la Iglesia ha tenido testigos de la fe evangélica, es decir mártires que han dado la vida por aquello en lo que creían y por aquel a quien consagraban su trabajo. Algunos son especialmente significativos: por la valentía, por la virginidad, por la predicación, por la fidelidad a la Iglesia. Muchos de los que perdieron la vida en la guerra civil de España entre 1936 y 1939 sufrieron tal pena, o tal gloria, por el delito de haber sido educadores cristianos, por haber enseñado a los niños a amar a Dios.

Cada familia religiosa de España tuvo en la persecución religiosa que acompañó a la guerra un tributo de sangre. Las congregaciones educadoras fueron generosas en esta motivación martirial. El Instituto de Hermanos de La Salle lloró la muerte de 173 religiosos, que fueron asesinados, por el solo hecho de serlo, en diversos lugares de la Península y de formas muy diferentes, desde el simple disparo en la nuca, hasta el cruel martirio de días y meses de prolongado sufrimiento físico y moral. Algunos merecieron pronto reconocimiento martirial por parte de la Iglesia, que los proclamó beatos en procesos canónicos. Otros quedaron ignorados, salvo en las mentes de quienes vivieron o conocieron de cerca sus gestas martiriales.

Entre estos grupos de ofrendas martiriales que el Instituto de La Salle aportó en diversos lugares de España los hubo de la más diversa significación:

La zona de Valencia conoció la muerte de 5 hermanos beatificados el 11 de marzo de 2001 por Juan Pablo II y que son los hermanos Honorato Andrés, Florencio Martín, Ambrosio León, Bertrán Francisco y Elías Julián.

La zona de Cataluña conoció 84 mártires, que murieron en diversos grupos en Cambrils, Tarragona, Viñols, en el barco Río Segre, Mosqueruela, Tortosa, y de forma individual en otros lugares. En localidades cercanas a Barcelona o en la misma capital fueron 44 los que fueron asesinados de diversas ma-

neras. El espíritu anarquista que tanto había envenenado el ambiente en los decenios anteriores se desató llegado el momento. Sirve de recuerdo el martirio del santo hermano Jaime Hilario, unido en el proceso eclesial con los ocho hermanos asesinados en la Revolución de Asturias de 1934 con los de Turón y canonizado por Juan Pablo II el 21 de noviembre de 1999.

La zona de Madrid conoció 51 hermanos martirizados: 5 en Santa Cruz de Mudela, Ciudad Real, el 19 de agosto de 1936; 5 en Lorca, Murcia, el 18 de noviembre de 1936; 4 en Consuegra, Toledo, el 8 de octubre de 1936; 21 en Griñón, Madrid, en el asilo del Sagrado Corazón de Jesús de la capital, y 16 en diversos puntos de la ciudad.

La zona de Andalucía conoció el martirio de 7 hermanos —tres se conmemoran hoy, otro el 13 de septiembre, y los otros el día 8 del mismo mes—, que son los aquí reseñados y cuyas figuras bien pueden servir de modelo de lo que son los educadores que mueren sólo por haber hecho el bien a los alumnos y haber extendido el Reino de Dios en las almas receptivas de la infancia y de la juventud.

El grupo llamado de los «MÁRTIRES DE ALMERÍA» merece un recuerdo singular como emblema del sacrificio que hay que pagar por enseñar el Evangelio. Se le denomina en los procesos de beatificación del Beato Edmigio (el de más edad) y de sus seis compañeros.

Como educadores fueron providencialmente unidos a los dos santos y heroicos obispos de Almería y Guadix, con quienes compartieron, además del proceso canónico, el talante y la vocación de educadores, ya que los obispos habían tenido especiales relaciones con el movimiento educador del Ave María iniciado por el P. Andrés Manjón en Granada. Ambos habían sido miembros del Cabildo del Sacro Monte, docentes en sus aulas «avemarianas» y expertos en velar por la educación de los más necesitados. Porque uno de ellos, don Manuel Medina, al ser nombrado obispo de Guadix-Baza en 1928, hubo de dejar el entusiasta trabajo director de la obra manjoniana, cargo que ocupó a la muerte de Manjón.

El mismo don Manuel propuso a don Diego Ventaja para sustituirle, encargo que aceptó complacido, aunque luego hubo

de declinarlo al ser nombrado obispo de Almería, cargo pastoral en el que estuvo sólo un año. Su sencillez de vida y su interés por los niños y las catequesis eran rasgos peculiares de su trabajo en las escuelas avemarianas y en su estancia siempre activa en el Sacro Monte.

Las vidas de este grupo de educadores, obispos y religiosos, todos ellos maduros para el martirio, quedaron unidas en la confluencia misteriosa de los duros días de la prisión y estuvo adornada por la serenidad de quien tiene la conciencia tranquila y fortalecida por años de trabajo virtuoso. El conflicto bélico se inició el 18 de julio. Desde el primer momento Almería quedó dominada por grupos revolucionarios que encarcelaron a todos los ministros de la Iglesia que cayeron en sus manos. Muchos fieles de Almería, con el obispo a la cabeza, don Diego Ventaja Milán, y con el de Guadix, mons. Manuel Medina Olmos, fueron maltratados y encarcelados. En el barco prisión, en el que pasaron las peores horas de su martirio, había unos 400 prisioneros hacinados y maltratados.

Entre ellos se hallaban muchos religiosos que se dedicaron a la enseñanza cristiana, había sacerdotes, había jóvenes de acción católica, padres de familia, gentes honestas y todos los que se habían destacado por hacer el bien y no pudieron o no quisieron esconderse. La perfidia de los carceleros reclamó a los centros de detenidos que inscribieran su nombre en una lista si eran sacerdotes o religiosos. La mayor parte cayó en la trampa y a los pocos días comenzaron a ser sacados en camionetas y con el engaño, que nadie creyó, de que los llevaban a declarar. No regresaron, sino que fueron masacrados en diversos lugares de la región.

Los hermanos que animaban el colegio La Salle de la ciudad eran dieciocho. Estuvieron en la mira de los revolucionarios desde el primer momento. Algunos decidieron marchar y se alejaron lo más posible. Otros quedaron en algunos hoteles urbanos. Varios quedaron albergados en familias amigas y arriesgadas. Siete de ellos habían sido elegidos misteriosamente por la Providencia para engrosar la lista de los mártires. Su «delito» de educar en el espíritu del Evangelio resultaba imperdonable.

El día 22 de julio, una multitud de militantes del Frente Popular, grupo dirigente del momento, se juntó para detener a los

«frailes fascistas». Había en ese momento cinco hermanos en el colegio. El motivo que aducían era el dar formación «antipatriótica» y haber hecho del centro un «nido de víboras que se oponía a la triunfante revolución». De momento apresaron a los hermanos Edmigio, Amalio y Valerio Bernardo que eran los únicos que quedaban en el colegio para proteger sus instalaciones. Fueron llevados al Hotel Central, convertido en lugar de detención. Recibieron orden de quedarse en él con prohibición de abandonarlo.

Los otros dos detenidos de forma inmediata lo fueron en la calle, los hermanos Teodomiro y Evencio, cuando investigaban el destino de sus compañeros. Fueron llevados a una improvisada cárcel a donde estuvieron hasta el 12 de agosto. Carecieron de todo y, por supuesto, de comida o bebida. Tuvieron que sufrir burlas y macabras amenazas. Pero no perdieron la paz, a pesar de intuir que no tardarían en ser asesinados. Los guardianes les trataron con mofa por su carácter de religiosos y profesores «fascistas» y con amenazas continuas, haciéndoles creer que de un momento a otro terminarían con su vida.

Luego los llevaron a todos al barco *Astoy Mendi,* un barco carbonero, sucio e insaluble por el carbón, y convertido en cárcel. Allí se juntaron con los muchos sacerdotes y con los dos obispos citados y conocieron los sufrimientos resignados de los apresados. El peor era la desaparición de compañeros que eran sacados hacia la muerte. Porque, para aliviar el barco de tantos detenidos como iban llegando, no tuvieron otra ocurrencia los dirigentes que, sin juicio ni aviso, llevar cada noche un grupo seleccionado a la muerte.

Así, los que quedaban, consideraban cada día que pasaba como el último, hasta que la fatídica lista de los 15 o 20 elegidos eran llamados al día siguiente. Mientras ellos sufrían, oraban y se consolaban mutuamente, los carceleros reían y se mofaban con bromas macabras, preguntando cada amanecer quiénes habían salido «a dar un paseo». Unos vigilantes armados con metralletas en lugares estratégicos apuntaban a la masa para prevenir cualquier conato de reacción.

En la noche siguiente al asesinato de los dos obispos-educadores, la del 30 de agosto de 1936, mientras el barco se iba

cargando con nuevos detenidos, los verdugos llamaron a los Hermanos que habían convivido con los prelados: Edmigio, Amalio y Valerio Bernardo. Los arrastraron hasta un lugar llamado Tabernas, donde había unos pozos abandonados. Sin más explicaciones les bajaron del coche y les asesinaron junto al pozo «La Lagarta» con un tiro en la cabeza. Arrojaron sus cuerpos al fondo, a unos 40 mts. de profundidad. Alguno de ellos estaba aún vivo. Cuando fueron exhumados, meses más tarde, tenían las manos atadas. Los médicos certificaron que el hermano Valerio fue echado al pozo aún con vida; en la caída, se fracturó las piernas. El hermano Amalio tenía fracturado un brazo.

A los hermanos Evencio Ricardo y Teodomiro Joaquín, después de ser detenidos el 22 de julio, los habían mantenido encerrados en un calabozo 44 días, sin atender a sus necesidades mínimas de alimento o higiene. Un carabinero carcelero les hizo sufrir lo indecible. Cuando les llevaba algún mendrugo de pan, solía decir: «Voy a dar de comer a los perros». Sólo les permitían salir de la estrecha mazmorra unos minutos al día. Su salud se deterioró rápidamente. El hermano Teodomiro estuvo a las puertas de la muerte, con el cuerpo hinchado y amarillento. Para que no se muriera allí, lo trasladaron a la enfermería. Pero él pidió regresar con el hermano Evencio, que también se hallaba muy mal.

A los dos días les llevaron al barco prisión *Astoy Mendi.* Apenas llegados, un grupo de milicianos llevó a ambos en auto fuera de la ciudad. Junto a un acantilado, llamado «La Garrofa», los sometió a penoso interrogatorio, con la pistola en el pecho. Devueltos al barco, su vida duró cuatro días más. El 8 de septiembre los llevaron por la carretera de Roquetas de Mar. Los mataron y sus cuerpos quedaron abandonados.

El hermano Aurelio María, que era el director del colegio, y el hermano José Cecilio pasaron los últimos días de julio en un convento hecho cárcel. Les dejaron, incluso, salir y volver a los locales del colegio, para que terminaran una obra que se estaba llevando a efecto. Los volvieron a detener y les tenían bajo continua vigilancia. Pronto fueron llevados al barco prisión «Capitán Segarra», donde quedaron un mes. Para entonces habían

convertido el colegio en cárcel y fueron a buscarlos para declararles presos en su propia casa. Pero fue un sarcasmo muy calculado por los asesinos, pues llegaron por la tarde y en la misma noche, la del 11 al 12 de septiembre, fueron fusilados en el lugar llamado «Venta de los Yesos», en Tabernas, y arrojados al pozo Tahal.

Así se juntaron en el cielo estos siete educadores del colegio La Salle de Almería, después de un itinerario diferente, pero caminando sin saberlo y con diversidad de sufrimientos hacia la palma del martirio. Además de su trabajo en los últimos años, los siete tenían otro común denominador, como suele acontecer en todas las familias religiosas: la bondad de sus familias naturales, la vocación religiosa surgida en sus años infantiles y la formación para educadores, la cual habían recibido en Bujedo, la casa de estudios de su Instituto entonces en la provincia de Burgos. El hermano Valerio la había hecho en Griñón, cerca de Madrid.

Los misteriosos designios de Dios los habían hecho confluir en el centro educativo de Almería donde se habían entregado con entusiasmo a la tarea educadora. Más que la edad (55 años Edmigio, 27 Valerio, tres de la cincuentena y dos de 29 años) era la juventud de espíritu la que les hacía agradables a los alumnos de Almería, siempre propensos a la fiesta y a la amistad. Nadie podía dejar de quererles. Tuvieron que ser asesinos envenenados por el odio, o con frecuencia por el alcohol, los que se encargaron de romper aquellas vidas que habían comenzado lejos de Andalucía, allá por el norte de la nación (un navarro, un palentino, un vallisoletano, tres burgaleses y uno de Cuenca). Pero para educadores de su talante, el mundo era pequeño para sus afanes apostólicos y habían entendido con claridad que su patria era el mundo y su profesión era el amar a todos los hombres. Sobre todo habían entendido perfectamente el mensaje del salmista: que «sólo los que enseñan a muchos la justicia están destinados a brillar por toda la eternidad».

Y esos afanes y estos ideales tienen siempre un precio que a veces, como en el caso de estos Mártires de Almería, es la sangre, aunque más que precio doloroso era el regalo gozoso que la Providencia reserva para quienes, como Cristo, quieren salvar

a la humanidad. El papa Juan Pablo II reconoció su heroica generosidad al beatificar en Roma a este grupo de heroicos educadores, a los dos obispos manjonianos y a los siete educadores lasalianos, el 10 de octubre de 1993.

* * *

El Beato EDMIGIO PRIMO RODRÍGUEZ se llamaba Isidoro. Había nacido en Adalia, en Valladolid, el 4 de abril de 1881. Estuvo como huérfano en el centro de La Santa Espina, en los montes Torozos. Ingresó en la casa de formación de Bujedo, cerca de Burgos, en 1898. En los centros en que enseñó se hizo querer profundamente por su carácter dulce, bondadoso y el interés por los alumnos. Trabajó en Santander, en Madrid, en Melilla. Llevaba tres años en Almería y se había ganado el corazón de todos. Tenía 55 años al morir.

El Beato AMALIO ZARIQUIEGUI MENDOZA se llamaba, en el siglo, Justo. Había nacido el 6 de agosto de 1886 en Salinas de Oro, Navarra. Ingresó en Bujedo en 1901. Al terminar la formación enseñó en tres localidades de Santander y luego en Sanlúcar de Barrameda, en Cádiz, en Jerez, en Madrid y desde 1930 en Almería. Quería a los escolares con delirio. Se preocupaba de manera especial por los más necesitados. Tenía al morir 50 años.

El Beato VALERIO BERNARDO HERRERO MARTÍNEZ tenía por nombre Marciano. Nació en Porquera de los Infantes, Palencia, el 11 de 1909. Se formó en Bujedo desde 1923 y luego en Griñón, cerca de Madrid. Había ejercido el apostolado educador en Jerez, en Sanlúcar de Barrameda y desde 1933 en Almería. Era serio, muy responsable, buen profesor. Tenía 27 años al morir.

Beato JOSÉ CECILIO RODRÍGUEZ GONZÁLEZ. Su nombre era Bonifacio. Era natural de La Molina de Ubierna, en Burgos. Nació el 14 de Mayo de 1885. Desde pequeño marchó con los padres a Bilbao y fue alumno de la escuela La Salle de Iturribide. Dos hermanos suyos eran ya hermanos de La Salle. Él ingresó en Bujedo en 1899. Al comenzar su apostolado fue a los Corrales de Santander y luego a Isla, a Deusto, a Bilbao, a Ma-

drid, a Puebla de Trives. En Madrid vio cómo los revolucionarios quemaban el Colegio de Maravillas en 1931. Fue enviado a Almería en 1935. Allí le esperaba el Señor a sus 51 años.

Beato TEODOMIRO JOAQUÍN SAIZ SAIZ. Tenía por nombre Adrián. Nació en Puentedey, Burgos, el 8 de septiembre de 1907. Se formó en Bujedo desde 1921. Comenzó su apostolado educador en Jerez de la Frontera y siguió en Melilla. En 1933 fue enviado a Almería. Se hacía querer por su carácter agradable y servicial. Era el hombre de sonrisa interminable. Y murió el mismo día que cumplía los 29 años.

Beato EVENCIO RICARDO ALONSO UYARRA. Se llamaba Eusebio. Nació en Viloria de Rioja, Burgos, el 5 de marzo de 1907. Alumno de la escuela local de los hermanos de La Salle, marchó a Bujedo con su hermano pequeño, Blas, en 1920. Serio, algo tímido, abnegado en extremo. Era un hombre tranquilo y fiel. Su ilusión era el trabajo. Dio clase en Madrid, luego en Melilla y desde 1934 en Almería. Tenía 29 años al morir.

Beato AURELIO VILLALÓN ACEBRÓN MARÍA. Tenía por nombre Bienvenido. Había nacido en Zafra de Záncara, Cuenca, el 22 de marzo de 1890. Perdió a sus padres de pequeño y fue acogido por un tío suyo. Ingresó en la casa de Bujedo en 1903. Su apostolado educador se inició en Lorca y luego recorrió Gijón, Madrid, Melilla. Estuvo en Bélgica, en Lembecq, un año y volvió a Cádiz como director. Generoso, alegre, muy responsable, era trabajador infatigable y muy sereno. Su valor era grande. Desde 1933 estaba como director en Almería. Tenía al morir 46 años.

PEDRO CHICO GONZÁLEZ, FSC

Bibliografía

CASTAÑOS URBINA, A., *Memorial de los Hermanos. Lecturas para las celebraciones de nuestros santos beatos FSC* (Madrid 1995).

CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, *Edmigius et VII sociorum... Positio super martirio* (Roma 1991).

HERMOSILLA, J. L., *Pastores de la Iglesia y apóstoles de la escuela. Beatos mártires de Almería, 1936* (Granada 1993).

C) Biografías breves

SAN ARÍSTIDES

Filósofo y apologista († 150)

Arístides, un fiel cristiano del siglo II, dedicó una apología del cristianismo al emperador Adriano, y su libro estuvo perdido durante muchos siglos. Pero en 1889 Rendel Harris lo encontró traducido al siríaco en un manuscrito del monasterio griego del Sinaí. Poco después A. Robinson lo encontró reproducido casi enteramente, y esta vez en griego, en el libro titulado *Vida de Barlaam y Josafat,* atribuido falsamente a San Juan Damasceno.

El autor se presenta como un filósofo ateniense y desarrolla su tesis sobre la noción de Dios, y desde este criterio argumenta la superioridad de la religión cristiana. Empieza diciendo que de la existencia y del orden del mundo se deduce la existencia de Dios, que no puede ser sino eterno, impasible y perfecto, para luego insistir en que de entre los hombres sólo los cristianos le dan a Dios un culto digno de él; porque los demás hombres o bien adoran los elementos de la naturaleza, o a dioses corrompidos, o dan más culto a los ángeles que a Dios, como curiosamente argumenta contra los judíos, mientras que los cristianos lo adoran con una superioridad moral incontestable. Por ello —así concluye— el emperador debería dejar de perseguir a los cristianos y convertirse al cristianismo, y le expone las bellezas de la vida cristiana. Celso conoció esta apología, se valió de ella para atacar a los judíos y se apoyó en las palabras de Arístides para atacar el dogma de la Providencia. Se ha discutido si está realmente dirigido el libro a Adriano, como dice Eusebio, o tal vez a Antonino, como han querido críticos más recientes, lo que cambiaría la fecha de la composición.

BEATO ANDRÉS DOTTI

Presbítero († 1315)

Nació en Borgo San Sepolcro, Italia, hacia el año 1250, en el seno de una noble familia. Fue hermano del conde Dotto Dot-

ti, capitán de los arqueros de la guardia de corps del rey Felipe IV el Hermoso de Francia. Se educó como cualquier otro noble de su época pero a los 17 años optó por la vida religiosa e ingresó en la Orden de los Siervos de María. Esta decisión se debió a que escuchó un sermón a San Felipe Benicio cuando abría en su pueblo el capítulo general de su Orden y quedó profundamente impactado del contenido del sermón («Si alguno no renuncia a todo lo que posee no puede ser mi discípulo») y de la santidad del religioso que lo había predicado. Cuando el joven se presentó a pedirle el hábito, el santo lo recibió. Tras su ordenación sacerdotal, fue destinado a un monasterio regido por uno de los fundadores de la Orden, San Gerardo Sostegni. Se distinguió muy pronto por su elocuente y fervorosa predicación y San Felipe Benizi lo llevó consigo a numerosos viajes apostólicos. Su espíritu de austeridad y penitencia lo hizo notable en su diócesis y por ello la Orden le fue encomendando sucesivos cargos de responsabilidad que llevó adelante con gran dedicación. Logró la filiación a la Orden de los ermitaños de Vallucola. Su intensa vida interior le llevó a tener fama de místico y además se le atribuyeron numerosos milagros. Cuando cumplió los sesenta años pidió permiso para llevar vida de ermitaño, lo que le fue concedido, y se retiró a la soledad donde vivió solamente para Dios. Lo encontraron un día arrodillado y muerto. Era el 31 de agosto de 1315. Su culto fue confirmado el 29 de noviembre de 1806 por el papa Pío VII.

APÉNDICE

1 de agosto

SAN PEDRO AD VINCULA

Propiamente hablando, esta fiesta fue establecida con motivo de la dedicación de la basílica de San Pedro en el Esquilino, donde se conservaban las cadenas *(vincula)* con que fue aherrojado San Pedro durante su prisión romana en la cárcel Mamertina. Pero la fiesta litúrgica, por curiosas circunstancias que después veremos, hace resaltar el prendimiento y liberación del apóstol en Jerusalén, que San Lucas nos ha transmitido en uno de los más bellos y pormenorizados episodios de su libro Hechos de los Apóstoles.

«Por aquel tiempo —comienza el capítulo 12 de los Hechos— el rey Herodes se apoderó de algunos de la Iglesia para atormentarles». Éste era Herodes Agripa, el tercero de tal nombre, nieto de Herodes el Grande, que diera muerte a los Inocentes. Había recibido el reino del emperador Cayo Calígula el año 40, y el suceso que ahora se refiere ocurrió el año 44. «Dio muerte por la espada a Santiago, hermano de Juan, y, viendo que daba gusto con ello a los judíos, llegó a prender también a Pedro. Era por los días de los ázimos».

Santiago, puntual a la predicción del Maestro y a su propia promesa, había conseguido morir «en los días de ázimos», durante la solemnidad pascual, bebiendo de esta suerte el cáliz de la amargura por las mismas fechas en que lo apurara el Señor.

Pedro es puesto en la cárcel, encargando de su custodia a cuatro piquetes de soldados, teniendo Herodes el propósito de ofrecérselo al pueblo después de la Pascua. Pero la Iglesia oraba incesantemente a Dios por él. Se comprende la enorme emoción de la comunidad cristiana de Jerusalén con tal motivo.

Después de la muerte del diácono Esteban, ya algo lejana, pero que tan profundamente consternados dejó a los fieles, se junta ahora la muerte de Santiago en tan señalados días, y la prisión de Pedro, a la que todo hacía presentir un fin trágico. Incapaz de tomar resoluciones más expeditivas y heroicas, «la Iglesia oraba incesantemente a Dios por él». Oración por el Papa prisionero, con el que Herodes había extremado las precauciones, montando tan excepcional vigilancia para un solo hombre.

Y aquí viene el contraste entre el sobresalto de la Iglesia y la paz de Pedro. Porque la noche anterior al día en que Herodes pensaba entregar su prisionero al pueblo, hallábase éste durmiendo entre dos soldados, sujeto con dos cadenas y guardada la puerta de la prisión con centinelas. Hace bien el narrador en aportar tantos detalles. La víspera de su martirio Pedro duerme tranquilamente.

Queremos imaginarnos que su sueño sería bien distinto del de Getsemaní, la víspera del prendimiento del Señor, cuando le rendía el cansancio y la pena, no dejándole su inconsciencia presentir lo que se avecinaba. Ahora, aunque sujeto con dos cadenas que los soldados asían por los extremos, el santo apóstol duerme sosegadamente, sin importarle la incomodidad de la prisión, dejando su porvenir en las manos de Dios, ajeno al futuro, tan preñado de temores.

Y entonces se opera el milagro.

> «Un ángel del Señor se presentó en el calabozo, que quedó iluminado, y, golpeando a Pedro en el costado, le despertó, diciendo: "Levántate pronto"; y se cayeron las cadenas de sus manos. El ángel añadió: "Cíñete tus vestidos y cálzate tus sandalias". Hízolo así. Y agregó: "Envuélvete en tu manto y sígueme". Y salió en pos de él. No sabía Pedro si era realidad lo que el ángel hacía; más bien le parecía que fuese una visión».

San Lucas ha sabido captar magníficamente el estado psicológico del «príncipe de los apóstoles», y Rafael, en las «estancias» del Vaticano, supo pintar con singular maestría la «liberación de San Pedro» y las distintas fases de la luz que alumbra la escena. El prisionero despierta de su pesado sueño y obedece como un autómata. Todo es extraño y tan rápido, que no tiene tiempo de discernir el sueño de la realidad.

> «Atravesando la primera y la segunda guardia llegaron a la puerta de hierro que conduce a la ciudad. La puerta se les abrió por sí misma, y salieron y avanzaron por una calle, desapareciendo después el ángel. Entonces Pedro, vuelto en sí, dijo: "Ahora me doy cuenta de que realmente el Señor ha enviado su ángel, y me ha arrancado de las manos de Herodes y de toda la expectación del pueblo judío"».

La impresión inusitada continúa. Como por arte de encantamiento, y sin ser notados de los centinelas, atraviesan los retenes de las guardias y salen a la ciudad al abrírseles por sí sola la puerta de la cárcel. Es en la calle, al encontrarse solo, cuando Pedro advierte con toda claridad que aquello no es un sueño, sino el ángel del Señor que le ha libertado. ¿Qué hacer en tal caso? ¿Adónde dirigirse en tales horas? La noche estaba avanzada, y el día era menester que le encontrase muy lejos de Jerusalén.

> «Reflexionando, se fue a casa de María, la madre de Juan, por sobrenombre Marcos, donde estaban reunidos y orando. Golpeó la puerta del vestíbulo y salió una sierva llamada Rode, que, luego que conoció la voz de Pedro, fuera de sí de alegría, sin abrir la puerta corrió a anunciar que Pedro estaba en el vestíbulo. Ellos le dijeron: "Estás loca". Insistía ella en que era así; y entonces dijeron: "Será su ángel". Pedro seguía golpeando, y cuando le abrieron y le conocieron quedaron estupefactos».

Esta María debía ser la madre de Marcos, el evangelista, y seguramente que su casa era el cenáculo donde acostumbraba a reunirse la Iglesia o comunidad cristiana de Jerusalén, en aquel momento, en patética asamblea de plegarias por el apóstol cautivo.

San Lucas relata con gracia y ternura la deliciosa escena. La impresión de la criada Rode, que se olvida de abrir; la incredulidad de los reunidos, la impaciencia de Pedro en la calle, solo y temiendo que pudieran buscarle al darse cuenta en la cárcel de que el preso había escapado. Al fin le abren y, después de referir brevemente su liberación y dar algunas órdenes, «salió, yéndose a otro lugar».

No había tiempo que perder. Con ligereza y cautela Pedro organizó su huida. El autor de los Hechos no quiso decir hacia dónde emprendió su marcha, tal vez para no traicionar su retiro. La tradición nos refiere que marchó a la misma Roma. Dejaba la capital del judaísmo por la del mundo pagano. Su misión

entre los de su raza había concluido. Era el momento de llevar la Buena Nueva «hasta el último confín del mundo».

Éste es el bello relato que sirve de epístola en la misa del día y también como lecciones del primer nocturno del oficio divino. Una demostración de la Providencia divina sobre su Iglesia, que desbarata los planes de Herodes, porque todavía no era el momento en que Pedro «extendiera los brazos y otro le ciñera, llevándole adonde no quisiera ir».

Del «príncipe de los apóstoles» celebra la Iglesia varias festividades, la de su martirio (29 de junio), la de su cátedra (22 de febrero) y ésta de sus cadenas (1 de agosto).

Desde el siglo IV existía en Roma, en el barrio aristocrático del monte Esquilino, una iglesia dedicada a San Pedro y San Pablo. Al siglo siguiente hizo una restauración a fondo de la misma el papa Sixto III († 440) con las limosnas que proporcionó el presbítero Felipe, legado suyo en el concilio de Éfeso (año 431), y donde trabó amistad con la princesa Eudoxia, siendo ella quien sufragó las obras del templo, con tal esplendidez que la basílica mereció llamarse con el título de Eudoxia.

Consta que en este templo se guardaban ya desde principios del siglo V las cadenas con que fuera aprisionado en Roma el Príncipe de los Apóstoles en tiempos de Nerón, porque el obispo Aquiles de Spoleto consiguió el año 419 algunos eslabones de la misma, que depositó en su iglesia, en cuyas paredes mandó grabar unos versos a los que pertenece este dístico que hoy figura como antífona en el oficio litúrgico:

> *Solue ivvente Deo terrarum Petre catenas, qui facis, vt pateant caelestia regna beatis.*
>
> («Desata, oh Pedro, por orden de Dios las cadenas de la tierra, tú que abres los reinos celestiales a los bienaventurados»).

Estas mismas ideas las expresaba el diácono Arator en el poema que declamó en la iglesia romana de San Pedro *ad vincula,* donde una lápida las reproduce para el visitante:

> «Estas cadenas, oh Roma, afirman tu fe. Este collar que te rodea hace estable tu salvación. Serás siempre libre, porque ¿qué no podrán merecerte estas cadenas, que han atado a aquel que todo lo puede desatar? Su brazo invencible, piadoso aun en el cielo, no permitirá que estos muros sean abatidos por el enemigo. El que abre las puertas del cielo impedirá el paso a los que te hagan guerra».

La devoción a las cadenas de San Pedro dio pie a una fiesta que se procuró fuera muy popular, para contrarrestar con ella la memoria de otra pagana que se celebraba en la misma fecha en honor de Marte. El calendario jeronimiano la menciona con estas palabras: «En Roma, estación en San Pedro *ad vincula*». O en esta otra redacción: «Estación en el título de Eudoxia, donde los fieles besan las cadenas del apóstol Pedro».

Era de tanta fama esta devoción que el propio emperador Justiniano llegó a pedir desde Constantinopla una reliquia de las cadenas del apóstol, «si era posible». Y San Gregorio Magno refiere que de todas partes ambicionaban, por lo menos, unas limaduras de dichas cadenas, con las que se fabricaban piezas de orfebrería en oro y plata, añadiéndoles dichas limaduras.

Alguna vez se regalaron hasta eslabones, como a la catedral de Metz, que conserva uno, de suerte que la cadena guardada en el Esquilino no está completa. Comprende dos pedazos, uno de veintitrés eslabones, terminado en dos argollas semicirculares que servirían para aherrojar las manos o el cuello, y otro que sólo tiene once eslabones idénticos a los primeros y cuatro más pequeños. Son obra tosca de herrero, de la misma factura que otras cadenas antiguas que han llegado a nosotros. Pocas reliquias llegan a poseer tantos títulos de autenticidad como ésta.

Sin embargo, la leyenda vino a hacerlas sospechosas. Siempre se pensó que tales cadenas fueron las que aprisionaron en la cárcel Mamertina a San Pedro, en la misma Roma. Pero en el siglo VII un predicador relacionó la prisión romana del Príncipe de los Apóstoles con la de Jerusalén, y en sí la idea era feliz, y pasó a la liturgia; pero desgraciadamente se añadió como consecuencia que la cadena de Jerusalén había sido llevada a Roma por Eudoxia, la emperatriz que contribuyera a reedificar la basílica del Esquilino. En el siglo XIII se propagó la leyenda definitiva. La emperatriz Eudoxia, al ir en peregrinación a Jerusalén el año 429, recibió del patriarca Juvenal las cadenas que habían atado a San Pedro cuando la prisión de Herodes Agripa. Una parte de ellas la conservó en Jerusalén y la otra la regaló a su hija Eudoxia, que dos años antes había casado con el emperador Valentiniano III. La joven emperatriz mostró tan preciada reliquia al papa Sixto III, quien correspondió mostrando a su

vez la otra cadena con que Nerón había aprisionado al santo apóstol antes de sentenciarle a muerte. Habiendo acercado el Papa una cadena a otra, al instante se soldaron las dos tan perfectamente que parecían una sola.

Como consecuencia del milagro Eudoxia habría mandado edificar la basílica de San Pedro *ad vincula* en honor de la preciada reliquia.

Ya hemos visto el origen de este hermoso templo, que posteriormente fue título cardenalicio, ligado de forma tradicional a la familia florentina de los Rovere, que lo restauraron en la época del Renacimiento, dándole el aspecto actual. Posee frescos y pinturas del Pollaiuolo, del Guercino, del Domenichino y del Pomarancio, y sobre todo guarda la obra cumbre de Miguel Ángel, el famoso Moisés, que habría sido una de las cuarenta estatuas que decorasen el mausoleo de Julio II, el cual, sin embargo, fue enterrado en una relativamente modesta tumba.

Las cadenas se guardan bajo el baldaquino del altar mayor, en un tabernáculo de bronce con bajorrelieves del Caradosso (1477). Se muestran al pueblo el día 1 de agosto, y la historia habla de numerosos milagros atribuidos al contacto con las mismas, sobre todo para la liberación de los posesos. Algunas de estas escenas decoran la bóveda de la nave central.

CASIMIRO SÁNCHEZ ALISEDA

Bibliografía

DUCHESNE, L. (ed.), *Liber pontificalis,* I (París 1886) 261.
GRISAR, H., *Histoire de Rome et des papes au Moyen Âge.* I: *Rome au déclin du monde antique* (París 1906) 155-157.
PENNA, A., *San Pedro* (Madrid 1959).
SCHUSTER, A. I., *Liber sacramentorum,* VIII (Turín 1932) 123-126.

6 de agosto

LOS DOSCIENTOS MÁRTIRES DE CARDEÑA
(† 953)

A unos doce kilómetros al oriente de Burgos se levanta el monasterio de San Pedro de Cardeña, el que los cronistas de la Orden de San Benito hacen remontar al siglo V. Como es co-

rriente en las fundaciones benedictinas, el cenobio está emplazado en un ancho valle más fértil y productivo que el resto del terreno, de suyo pedregoso y levemente ondulado, como lo es toda la comarca de Cardeña. Desconocemos la suerte que pudo correr el monasterio en el momento de la invasión musulmana, pero al repoblar la región de Cardeña el rey Alfonso III de León vemos surgir de nuevo el abandonado monasterio y pronto convertido en centro de laboriosidad y vida religiosa, según norma de las abadías medievales.

Las reliquias de San Pedro y San Pablo, San Juan Evangelista, San Vicente y Santa Eufemia, que se veneraban en el monasterio de Cardeña, sirvieron, en aquellos días de gran fervor religioso, de medio de atracción para que muchas familias acudieran a repoblar las tierras abandonadas o recién conquistadas; las gentes del campo establecidas en la región de Cardeña y lugares circunvecinos sienten pronto la protección y el amparo de los tesoros de fe encerrados en el monasterio; admiran con asombro la vida austera que hacen los numerosos monjes observantes de la regla de San Benito, y su agradecido reconocimiento se traduce en multitud de donaciones que son garantía de la protección divina.

El monasterio de San Pedro de Cardeña y todo el territorio castellano, como lugares fronterizos, se hallaban expuestos a frecuentes incursiones musulmanas en los siglos IX y X: los árabes, además, sabían aprovechar ventajosamente todas las luchas internas existentes entre los reyes y condes del territorio libre para sus fines militares y conquistadores. Apenas subió al trono de León Ordoño III (951), se vio envuelto en una guerra contra su hermano Sancho, pretendiente al trono y favorecido en sus aspiraciones por el rey García de Navarra y el conde de Castilla Fernán González, que marcharon con sus ejércitos sobre la ciudad de León. Las huestes de Abderramán aprovecharon muy oportunamente estas discordias de los reinos cristianos para invadir las fronteras castellanas, obteniendo fáciles y sonadas victorias registradas por los cronistas árabes en los años 951 y 952.

Los brillantes triunfos obtenidos por los ejércitos de Abderramán les movieron a repetir el ataque al año siguiente, confiados en que habían de obtener un rotundo éxito, porque las

desavenencias entre el rey de León y el conde de Castilla continuaban. Precisamente en el momento en que Ordoño III se preparaba a ir contra el conde Fernán González, Ahmed ben-Yala, gobernador de Badajoz, y el terrible Gálib, gobernador de Medinaceli, planearon un ataque simultáneo por tierras de León y Castilla en el verano del año 953. El conde Fernán González intentó hacer apresuradamente las paces con el rey de León y solicitó su ayuda, según lo atestiguan el Tudense y don Rodrigo Jiménez de Rada, pero la decisión llegaba tarde. Gálib penetró con su poderoso ejército por tierras de Castilla, avanzó sobre San Esteban de Gormaz, se apoderó de su fortaleza y, siguiendo la vía romana que va desde Clunia a Burgos, asoló los territorios que encontró a su paso: se internó por Cerras de Lara hasta Palazuelos de la Sierra, bajando después por Santa Cruz de Juarros hasta llegar a la capital de Castilla la Vieja.

En el camino un poco desviado al oriente de la ciudad burgalesa estaba el monasterio de San Pedro de Cardeña, rico por las frecuentes donaciones de monarcas y fieles, floreciente por los doscientos monjes que allí rezaban, estudiaban y trabajaban bajo la mirada vigilante de su abad Esteban. El venerando cenobio ofrecía ocasión propicia a la soldadesca mora para satisfacer su desenfrenada codicia de riquezas y, al mismo tiempo, apagar su insaciable sed de sangre cristiana. Según reza una inscripción de la segunda mitad del siglo XIII, con un laconismo propio de crónica medieval, el día 6 de agosto, fiesta de los santos mártires Justo y Pastor, llegó el ejército árabe a San Pedro de Cardeña, saqueó el monasterio y consumó la horrible matanza de sus doscientos monjes. La *Crónica general* de Alfonso el Sabio confirma también el hecho y asegura, además, que sus cuerpos fueron soterrados en el claustro, que en adelante se denominó de los mártires, perpetuando así la memoria de estos héroes de la fe de Cristo. El general del ejército árabe, Gálib, expidió rápidamente a Córdoba un correo anunciador de los triunfos que había conseguido sobre los cristianos, y poco después llegaba un convoy con abundante botín de cruces, cálices y campanas, que los musulmanes cordobeses recibieron con grandes muestras de satisfacción y alegría.

Ruinas y soledad interrumpieron por unos años la vida del asolado monasterio; pero la sangre de tan crecido número de

mártires no podía ser infructuosa ni estéril; la vida del martirizado cenobio surgió pujante poco después, merced a la magnánima liberalidad del conde Garci Fernández, que bien puede considerarse como el restaurador y principal mecenas de San Pedro de Cardeña. Tanto la *Crónica general* como el martirologio antiguo de Cardeña y una memoria antigua conservada todavía en Oña en el siglo XV, según Argaiz, atribuyen la restauración del monasterio al conde Garci Fernández, y esta unánime coincidencia es una prueba más de que el martirio de los doscientos benedictinos de Cardeña tuvo lugar en el siglo X y no en el IX, como con notorio error apunta la inscripción de la lápida conmemorativa colocada en el claustro.

La memoria de los doscientos héroes de Cardeña degollados por los alfanjes musulmanes tenía que recibir pronto la veneración y el homenaje de los fieles y de sus hermanos en religión. El Señor, por su parte, quiso también honrar a sus santos con el maravilloso prodigio de ver teñido de color de sangre el pavimento del claustro todos los años el día 6 de agosto, aniversario del martirio, y en el lugar donde, según la tradición, habían sido martirizados. El milagro se vino repitiendo todos los años hasta los tiempos de Enrique IV (1454-1474), cuando faltaba poco tiempo para que los árabes fueran expulsados de España. El hecho lo deja insinuar la *Crónica* de Alfonso el Sabio de la segunda mitad del siglo XIII, cuando nos dice que «az Dios por ellos muchos milagros». Y en el voluminoso libro del dominico Alfonso Chacón *(De martyrio ducentorum monachorum sancti Petri a Cardegna),* impreso en Roma el año 1594, como preparación para la canonización, se recoge además un buen número de milagros realizados a través de los siglos por estos atletas de Cristo.

Por sus doscientos mártires, y por los beneficios y gracias conseguidos a través de su intercesión, el monasterio de Cardeña quedó convertido en centro de peregrinación nacional; allí acudieron reyes como Enrique IV en 1473, Isabel la Católica en 1496, Felipe II en 1592, Felipe III en 1605 y Carlos II en 1677, y allí se congregaban en ininterrumpidas caravanas fieles de los pueblos y comarcas de Castilla atraídos por la fama de sus milagros y por el magnífico ejemplo de su vida inmolada y sacrifica-

da en defensa de la fe cristiana. Cuando, a finales del siglo XVI, se quiso dar cauce oficial y litúrgico al culto tradicional de los mártires de Cardeña, su causa encontró favorable acogida en la Sagrada Congregación de Ritos y el papa Clemente VIII autorizó el culto por breve pontificio del 11 de enero de 1603. El monasterio de Cardeña se preparó a celebrar tan fausto acontecimiento con una hermosa capilla dedicada a los Santos Mártires y con una serie de actos y solemnidades religiosas que duraron más de una semana.

Con la canonización oficial y solemne su fiesta trascendió a muchos pueblos de la diócesis de Burgos, que se apresuraron a conseguir reliquias para su veneración; su culto traspasó las fronteras de Castilla y pasó a varios pueblos de las diócesis de Valladolid y Palencia. Reliquias fueron solicitadas de muchas catedrales de España y aun del Nuevo Mundo, como nos consta por las existentes en Burgos, Santiago, León, Palencia, Osma, Badajoz, Santander, Canarias y México.

Si el recuerdo del Cid Campeador no hubiera bastado para dar fama universal al monasterio de San Pedro de Cardeña, habría sido más que suficiente el martirio de estos doscientos monjes benedictinos, cuyas coronas serán la mejor ofrenda que podrá presentar esta región de Castilla cuando, según palabras de Prudencio, venga el Señor sobre una nube, blandiendo rayos con su diestra fulgurante, a poner la justicia entre los hombres.

DEMETRIO MANSILLA REOYO

Bibliografía

ÁLVAREZ, J., *Cardeña y sus hijos* (Burgos 1952).
BERGANZA, F. DE, *Antigüedades de España,* I (Madrid 1719) 132-170.
BOSCHIUS, P., en *Acta sanctorum.* Augusti, II (Venezia 1751) 162-169.
CHACÓN, A., *De martyrio ducentorum monachorum sancti Petri a Cardegna* (Roma 1594).
MENÉNDEZ PIDAL, J., «San Pedro de Cárdena. Restos y memorias del antiguo monasterio»: *Revue Hispanique* 19 (1908) 168-202.
RODRÍGUEZ Y FERNÁNDEZ, I., *Los doscientos mártires de Cardeña. Recuerdos y crítica* (Madrid 1924).
SANDOVAL, P., *Primera parte de las fundaciones de San Benito* (Madrid 1601) fol.34-50.
SERRANO, L., *Becerro gótico de Cardeña* (Valladolid 1910) XLI-XLVI.
• Actualización:
BERGANZA, F. DE, *Antigüedades de España,* I. Reprod. facsímil (Burgos 1992).
MARRODÁN, M.ª J., OCSO, *San Pedro de Cardeña: Historia y arte* (Burgos 1993).
MORETA, S., *El monasterio de San Pedro de Cardeña. Historia de un dominio monástico castellano (902-1338)* (Salamanca 1971).

15 de agosto

NUESTRA SEÑORA DE LOS OJOS GRANDES

Testimonios de indudable autenticidad han traído hasta nosotros el eco de la profunda veneración que en los siglos medios consagraban a la imagen de la Virgen lucense los reyes, los magnates y el pueblo, hasta el punto de que la historia local de varias centurias se desarrolló bajo el signo de una intensa polarización hacia la Madre de Dios, que, como Señora de la ciudad, fue invocada con el nombre de Santa María de Lugo; como escudo de nuestros reyes en sus empresas contra los enemigos de la religión y de la patria fue llamada la Virgen de las Victorias, y desde hace varios siglos se la distingue con la dulcísima advocación de Virgen de los Ojos Grandes.

La catedral de Lugo, cuya sede existía con toda certeza a mediados del siglo III, tuvo siempre por titular, a lo que puede presumirse, a la Virgen María. Claro es que de tan remota antigüedad, si exceptuamos el hecho incuestionable de la existencia de la diócesis y el nombre de algunos de sus prelados, las noticias que han logrado sobrevivir a la irrupción de los bárbaros y a la invasión musulmana son vagas e imprecisas.

La luz comienza a hacerse en los primeros lustros de la Reconquista, desde los que la Virgen de Lugo está presente en los principales episodios de la vida local. Ella inspira la obra restauradora del obispo Odoario y a ella acuden nuestros monarcas en los momentos azarosos de su reinado.

Odoario restaura la catedral, la ciudad episcopal y la diócesis que habían sido devastadas por la primera irrupción musulmana; en su magna empresa le guía la devoción a la Virgen de Lugo, que alienta y preside la reconquista de estas tierras, como la de Covadonga preside y alienta la reconquista patria. En el llamado *testamento menor,* que llegó a nosotros en redacción tardía, Odoario describe la repoblación de las tierras lucenses con sus siervos y familiares, llevada a cabo en tiempos de Alfonso II, y, después de ofrecer a la Virgen de Lugo las iglesias reedificadas que menciona, la invoca con estas palabras:

> «Oh gloriosa Virgen María, en cuyo honor brilla esta iglesia [...], dígnate aceptar estos dones que te ofrezco, con todo lo que en adelante logre ganar y acrecer durante toda mi vida».

Alfonso II atribuye a la intercesión de la Virgen de Lugo la victoria del castro de Santa Cristina sobre el traidor Mahamud, y en acción de gracias enriquece su iglesia con pingües donaciones.

Bermudo II, en documento del año 991, signado por San Pedro de Mezonzo, la invoca en fervorosa oración como «señora y dueña, reina de las vírgenes, Madre de la luz», y ofrece tierras y posesiones «a la Virgen en cuyo honor se ha erigido, en las márgenes del Miño, la iglesia de Lugo».

Alfonso V confirma en 1027 el diploma de su antecesor y reproduce casi a la letra la misma plegaria: «A Ti, Señora, santa y gloriosa Madre de la luz, Virgen perpetua y Madre de Nuestro Señor Jesucristo, que tienes tu trono en esta sede catedralicia, a las márgenes del Miño...».

Bermudo III fue largamente favorecido en sus empresas por la Virgen de Lugo. Tres diplomas son testigos de la protección de María y de la gratitud del rey. En el último, fechado el año 1036, suscribe:

> «Una pequeña oblación a la iglesia de mi señora y dueña, Santa María, para que sea mi auxiliadora en la defensa de la ciudad de Lugo y merezca yo, mediante su patrocinio, abundantes recompensas del Señor».

Alfonso VI, para librar a la ciudad de las manos de Rodrigo Ovéquez, se ve obligado a derribar las murallas y entrar a sangre y fuego en la catedral, donde el vasallo desleal se había hecho fuerte. Preocupado el rey por tantos «crímenes y ofensas», solicita el perdón de la Virgen María,

> «cuya iglesia fue antiguamente fundada en esta ciudad de Lugo y devotamente venerada por mis abuelos y por ellos enriquecida con bienes y tierras desde que fue rescatada del poder de los sarracenos».

Singularmente emotivos son los diplomas de Doña Urraca relacionados con la Virgen de Lugo. En el de 1107 narra la reina cómo llegó a la catedral y ante el altar de la Virgen consagró como oblato de María al infante don Alfonso, el futuro empera-

dor, cuya vida y cuyo reinado coloca bajo la protección de la Virgen de Lugo. El año 1112 donaba la reina a la catedral copiosas posesiones: el documento fue otorgado en uno de los momentos más azarosos de la vida de Doña Urraca, que, en un arranque de patética ansiedad, rompe en lágrimas y sollozos al ver amenazado su trono por las huestes de su segundo esposo, Alfonso el Batallador:

> «Ahora, pues, señora y reina, Madre de Jesús, Virgen Madre de Jesús, te ruego aceptes esta mi oblación, aunque modesta, y presentes mis lágrimas, mis suspiros, mis gemidos ante el acatamiento de la Divina Majestad, para que tu poderosa intercesión me ayude a poseer pacíficamente el reino que me legó mi padre y seas mi escudo y mi protección ahora y en la hora del tremendo juicio».

Alfonso VII hizo siempre honor al glorioso título de oblato de la Virgen de Lugo, favoreciendo constantemente a la iglesia de Santa María.

Basten estos ejemplos, espigados al azar en los diplomas reales de la catedral lucense. El doctor Pallarés, en el siglo XVII, dice haber reconocido 144 privilegios reales, con donaciones a la Virgen de los Ojos Grandes.

Paralela a la devoción mariana de los monarcas florecía, ejemplar también y vigorosa, la de los nobles, que en sus escrituras de donación y acción de gracias por favores recibidos interrumpen frecuentemente la rigidez protocolaria con hermosas plegarias y delicadas invocaciones a la Virgen, con las que podría tejerse una interesantísima antología digna de figurar al lado de las páginas más jugosas de la mariología.

El pueblo rivalizó con los reyes y los magnates en un emocionado plebiscito de veneración y reconocimiento a la Virgen de los Ojos Grandes.

Muchísimos instrumentos particulares y quinientas escrituras de donación que existían en el siglo XVII son la mejor demostración de la devoción popular.

Una de sus manifestaciones más espléndidas es el voto de los cornados, al que califica Pallarés y Gayoso de «el voto más señalado y más especial entre los que se han hecho a esta imagen». Su origen es antiquísimo. Ya en el siglo XVII los testigos más ancianos que pudo consultar el primer historiador de la Virgen de Lugo, atestiguaban «que el voto era de inmemorial

tradición y costumbre en este obispado». En el año 1587 un acta capitular alude a la posesión que tiene la iglesia de Lugo del voto de los cornados.

El mismo nombre parece demostrar que se instituyó el voto cuando estaba en uso esta clase de moneda, que fue introducida en la segunda mitad del siglo XIII, reinando Sancho el Bravo, y corrió en los reinados siguientes, para desaparecer en el de los Reyes Católicos. Los cornados más antiguos equivalían a un cuarto y un maravedí; y a la mitad de este valor los más modernos: pero no queda memoria de la cantidad que satisfacía cada familia.

Consta solamente que en la segunda mitad del siglo XVII cada casa contribuía con cinco maravedís, lo que supone una recaudación muy considerable en una diócesis que tenía amplios territorios en las provincias de Pontevedra, La Coruña y León.

De las donaciones particulares, cuya relación exhaustiva ocuparía varios volúmenes, hemos de destacar, por su interés histórico, la de doña Sancha Rodríguez, que en el año 1202 ofrece a la Virgen una lámpara que ha de lucir siempre junto a las demás que arden ante el altar de Santa María. La fecha de esta donación nos lleva sin esfuerzo a documentar en el siglo XII la iluminación continua de la imagen de la Virgen de Lugo, y nos demuestra, ya en aquellos remotos tiempos, la piedad de los lucenses y su afán de mantener con el mayor decoro y esplendor el culto de su celestial patrona.

A esta vigorosa manifestación de devoción popular están vinculadas las gracias extraordinarias alcanzadas por intercesión de María. El diploma en que el Cabildo Vaticano concede la coronación de la Virgen de los Ojos Grandes, al ponderar los extraordinarios méritos de la venerada imagen, la llamaba *celeberrimam non minus vetustate quam prodigiorum multitudine:* «celebérrima, tanto por su antigüedad como por la multitud de sus prodigios».

De los documentos de la catedral, el primero que los menciona es Alfonso VI, que asegura haber visto por sus ojos los muchos milagros que ante su altar obraba la Madre de Dios: *tunc vero nos ibidem videntes oculis nostris multa miracula coelitus fieri.*

Doña Urraca afirma que eran innumerables y frecuentes los prodigios que hacía el Señor en esta iglesia por intercesión de su

Madre. Casi con las mismas palabras el conde don Munio Peláez, en documento fechado el año 1123, atestigua que en este templo, dedicado a la Madre de Dios, se realizan frecuentes e innumerables milagros.

Los prodigios obrados por la Virgen de Lugo tienen su primera proyección literaria en el libro de los *Loores et milagros de Nuestra Señora,* de Alfonso X. En la cantiga 77 el Rey Sabio narra, con su sencillez y viveza características, una curación milagrosa, cuyo título traducido dice así: «Cómo Santa María sanó en su iglesia de Santa María de Lugo a una mujer paralítica de pies y manos».

El regio trovador de María nos ha dejado en el estribillo de esta cantiga una feliz y breve descripción de la imagen de los Ojos Grandes, que adopta la actitud de la Virgen de la Leche, tema iconográfico muy extendido desde la segunda mitad del siglo XIII: *«Da que Deus mamou o leite do seu peito, non é maravilla de saar, contreito».*

El milagro se realiza dentro de la iglesia el 15 de agosto, festividad de la Virgen: «E no mes de agosto, no día escolleito, na sa festa grande», como escribe el poeta. Estaban presentes el obispo «e toda a gente», que no pudieron reprimir las lágrimas y prorrumpieron en alabanzas a María.

El doctor Pallarés recoge en el capítulo LIX de *Argos divina: Nuestra Señora de los Ojos Grandes* una serie de hechos extraordinarios, principalmente curaciones de enfermos y desahuciados, atribuidos a la intercesión de la Virgen de Lugo.

Todos ocurrieron en su tiempo, y, aunque tuvo por verdadera y puntual historia las invenciones de los falsos cronicones, su veracidad, en lo que pudo inquirir directa y personalmente, es incuestionable. Gran parte de estas curaciones portentosas se lograban con la aplicación del aceite de las lámparas que ardían ante el altar de la Virgen, y su fama había llegado a los últimos confines de la Península.

> «De algunas partes vienen por él —escribe Pallarés—, y hay testigos de que a Cádiz lo llevó un indiano, pasando por esta ciudad, de que soy testigo».

A rodear de mayor esplendor y grandeza el culto de la Virgen contribuyó poderosamente la Cofradía de los Ojos Gran-

des. No queda memoria de su erección, pero no puede negarse que es antiquísima.

Ya en el año 1577 el obispo don Juan Suárez de Carbajal le daba nuevos estatutos, para acomodarla a las necesidades de los tiempos. Un siglo más tarde, en 1659, la Cofradía cobraba vigoroso impulso, merced al celo del Cabildo, secundado por el obispo don Juan Bravo Lasprilla, que renovó nuevamente las Constituciones, acogidas «con común aceptación de los fieles de esta ciudad y de todo el obispado, y aun de todo el reino, que entran en esta Cofradía, para tener el título y carácter de especiales hijos suyos» (Pallarés).

Por estos tiempos se popularizó el rezo de la salve a la Virgen de los Ojos Grandes al sonar las doce del mediodía, y se acrecentó el culto de la veneranda imagen aumentándose las luces que ardían ante su altar, particularmente en las festividades marianas, y en el día de la Asunción, vísperas, misa y procesión se repartían cirios blancos a todos los asistentes.

La generosa piedad de los cofrades mereció de la santidad de Alejandro VII un breve, fechado en 1663, en el que afirma que acostumbran a hacer muchísimos actos de piedad, caridad y misericordia, y enriquece a la Cofradía con varias indulgencias plenarias y parciales.

El Cabildo catedral hizo voto en el siglo XVII de no ceder nunca el patronato de la capilla, y hacia la magnificencia y solemnidad de su culto encauzó todas sus energías, levantando en la primera mitad del siglo XVIII la obra suntuosa en que hoy es venerada la patrona de la ciudad. Ocupa la cabecera del ábside catedralicio, y es uno de los monumentos más espléndidos del barroco gallego, obra de Fernando de Casas, el genial arquitecto de la fachada del Obradoiro de la catedral compostelana. El retablo de la Virgen, construido a manera de baldaquino, fue trazado por el mismo Casas, y corresponde con su delicada riqueza ornamental a la suntuosidad y grandeza de la capilla.

Su inauguración, año 1736, fue solemnizada con cultos y festejos extraordinarios: octavario de sermones, predicados por prelados; procesión, seis mil reales de fuegos, doce toros «con toreadores de Castilla, seis comedias, las cuatro de capa y espada y las dos de coliseo; dos días de sortija, una seria y otra bur-

lesca; un día de alcancías y otro de mojiganga con carro triunfal y serenata de música, y fuente perenne de vino el día de Nuestra Señora».

Tal es el trono que ocupa la veneranda imagen y que sólo abandonó el 8 de diciembre de 1904 para recorrer, entre el entusiasmo delirante de la multitud, las calles de Lugo y detenerse ante la fachada de las Casas Consistoriales, donde, en solemnísima ceremonia, fue coronada canónicamente.

Millares de lucenses visitan todos los días al Señor sacramentado, expuesto continuamente en la catedral basílica, y luego acuden indefectiblemente a los pies de la Virgen de Lugo a agradecer beneficios recibidos y pedir remedio a sus cuitas y necesidades. Muchas personas devotas alumbran a diario su imagen; muchas a diario recorren de rodillas, una o varias veces, el espacio que rodea el altar; muchas diariamente rezan allí, privada o colectivamente, el santo rosario.

Título el de los Ojos Grandes de cautivadora belleza, cuyo profundo contenido mariológico tiene su más autorizado comentario en las palabras que la santidad de Pío XI dirigió en mayo de 1928 a los congregantes marianos españoles:

> «Entre las hermosas advocaciones con que María es invocada, los más devotos hijos de la devota España le atribuyen la de *Señora de los Ojos Grandes.* Pensamiento magnífico que nos la presenta como el corazón que Dios le ha dado para amar y para socorrer; grandes como su omnipotencia maternal, la más próxima semejanza al ojo mismo de Dios...».

FRANCISCO VÁZQUEZ SACO

Bibliografía

PALLARÉS Y GAYOSO, J., *Argos divina: Nuestra Señora de los Ojos Grandes* (Santiago 1700).

VÁZQUEZ SACO, F., *Nuestra Señora de los Ojos Grandes, patrona de Lugo* (Lugo 1954).

24 de agosto

BEATO TOMÁS DE KEMPIS
(† 1471)

Nació en 1379 o 1380 y murió en 1471. Una existencia larga, pero sin aconteceres notables ni sabidos. Una existencia normal, quieta, en la que nada brilla. Su verdadera vida fue su vida interior, escondida a los ojos de los hombres, conocida sólo de Dios.

Kempen, su pequeña ciudad natal, situada en Renania, pertenece a la diócesis de Colonia. En su escuela aprendió las primeras letras. Tomás Hemerken —tal es su verdadero nombre— era de familia modestísima. Sus padres, Juan y Gertrudis, no podían costearle estudios superiores. ¿Qué sería del pequeño Tomás, que, a no dudarlo, empezaría ya entonces a dar muestras de su clara inteligencia, de su imaginación fecunda, de su sensibilidad exquisita? Su hermano mayor, Juan, había marchado a Deventer e ingresado en los «Hermanos de la vida común». Tomás siguió su ejemplo. Desde 1392 le hallamos en los Países Bajos. Estudia en la escuela de Deventer bajo la tutela de Florencio Radewijns, hombre notable, que había sucedido al fundador, Gerardo Groote, en la dirección del movimiento espiritual conocido por el nombre de *Devotio moderna.*

Nos hallamos, no lo olvidemos, en el «otoño de la Edad Media». Estamos en una época en que todo el mundo clama por una reforma de la Iglesia; pero todo el mundo, olvidando sus propias «deformaciones», piensa sólo en reformar al vecino. Ese varón extraordinario que se llamó Gerardo Groote comprendió que la verdadera reforma empieza reformándose cada cual a sí mismo. Espíritu lleno de celo, suscitó y acaudilló un movimiento serio, riguroso, de autorreformación. A los que se convertían movidos por su predicación y ejemplo, y deseaban permanecer bajo su dirección, les aconsejaba que se reunieran de cuando en cuando para exhortarse mutuamente a perseverar y avanzar por el buen camino. Pero los hubo que no se contentaron con esto; deseaban vivir juntos para tener más facilidades en la práctica de la vida devota. Gerardo se lo permitió, a condi-

ción de que ganaran su pan con el trabajo de sus manos y llevaran vida de comunidad «bajo la disciplina eclesiástica». Tales fueron los orígenes del instituto de los «Hermanos de la vida común».

Gerardo y sus discípulos se proponían también fundar un monasterio de canónigos regulares de San Agustín. Pero el maestro murió sin haber logrado dar forma definitiva a las casas de los hermanos ni puesto en práctica el acariciado proyecto del monasterio. La realización de estas dos obras estaba reservada a Florencio Radewijns. Ambas instituciones debían sostenerse mutuamente, aunque siguiendo distintos derroteros. Los hermanos vivían en pequeños grupos, sin hábito especial, sin votos, sin organización centralizada; su ideal era llevar una vida perfectamente evangélica, de pobreza, de oración, de trabajo, de caridad. Los canónigos de Windesheim, por el contrario, eran verdaderos religiosos, con hábitos, con votos, con oficio coral, con clausura, bajo una observancia determinada por la regla agustiniana y unas constituciones inspiradas en las del monasterio de San Víctor de París. En ambas instituciones se encarnó la *Devotio moderna*...

La *Devotio moderna,* en el fervor de sus orígenes, fue el medio ambiente que acogió, en Deventer, al muchacho de Kempen. Y los ideales de la *Devotio moderna* conquistaron su corazón generoso. En 1398, en efecto, pasó a vivir con Florencio Radewijns y la veintena de jóvenes que éste albergaba en su casa y preparaba para el estado eclesiástico. Pero Tomás no se sintió satisfecho. No le bastaba la vida piadosa de los hermanos; anhelaba la vida religiosa con votos, y coro, y clausura. Al año siguiente entraba en el monasterio de Agnetenberg, junto a Zwolle, perteneciente a la Congregación de Windesheim, fundado hacía poco tiempo y cuyo primer prior era su hermano Juan.

¿Qué clase de pruebas fueron las que aguardaban al joven Tomás en el monte de Santa Inés? No nos consta con certidumbre. El monasterio era pobre. Tomás sabe lo que es padecer necesidad, verse sobrecargado de trabajos. Pero ¿qué son estos sufrimientos físicos comparados con los morales? Su gran tribulación debió de ser ésta: entrado en el monasterio en 1399, no recibió el hábito religioso hasta 1406. Las causas de tan larga

demora nos escapan por completo, pero seguramente alude a ellas la crónica de la casa cuando nos dice que Tomás padeció por entonces grandes tentaciones.

Las dificultades, al fin, se allanan. Tomás profesa y, en 1413 o 1414, recibe la ordenación sacerdotal. Desde entonces en Agnetenberg, salvo el breve paréntesis (1429-1431) del entredicho de la diócesis de Utrecht, que la comunidad entera pasó en Lunenkerk (Zuidercee), los años se sucederán unos a otros tranquilos y fecundos. Tomás vivirá fervorosamente la vida simple, equilibrada, ordenada, devota, de los canónigos de Windesheim: vida puramente contemplativa, ya que todo ministerio pastoral les estaba prohibido por las constituciones; vida de austeridad moderada, repartida entre el estudio, el trabajo y la oración. Oficio divino relativamente corto, algún trabajo manual, a fin de relajar la tensión del espíritu, y mucho tiempo libre para aplicarse a lecturas piadosas, la meditación, la oración privada, las devociones personales: he ahí las jornadas de nuestros religiosos. Tomás conquistará el aprecio de sus superiores y hermanos de hábito. Dos veces desempeña el cargo de superior y una se le designa para el de mayordomo. Se le confía la formación de los novicios. Su consejo, su dirección espiritual, son muy estimados. Tiene el don de consolar a las almas tentadas y atribuladas. Tomás es asimismo un copista pulcro y diligente y autor de libros espirituales. En la paz del claustro son sus ordinarias ocupaciones la transcripción de libros edificantes y la composición de sus propios tratados.

Pero no nos hagamos ilusiones. No contienen sus libros grandes especulaciones teológicas ni elevadas ascensiones místicas. Tomás pertenece plenamente a la escuela de la *Devotio moderna,* es, sin duda, su principal representante; y esta escuela se distingue por su moralismo, su carácter práctico, su reacción contra la teología puramente especulativa y la mística alemana, demasiado abstracta y soñadora para el gusto de aquellos realistas burgueses de los Países Bajos. Tomás escribe pequeños, modestos tratados devotos, en que recomienda insistentemente las «verdaderas virtudes» —la renuncia, la humildad, la obediencia—, recuerda e inculca los deberes del religioso, ofrece a sus hermanos de hábito temas para sus meditaciones. Algunos de

estos opúsculos tienen títulos poéticos: *El jardín de las rosas, El valle de los lirios*... Varios están dedicados a la formación de los jóvenes religiosos. *Los diálogos de los novicios* y la *Crónica de Agnetenberg* trazan las vidas de los fundadores y de sus primeros compañeros, ofrecen ejemplos y principios en que se expresa en su realidad concreta el ideal devoto. Otras veces escribe Tomás para sí mismo, como, por ejemplo, en el *Soliloquio del alma,* uno de sus escritos más importante y más característico.

Es precisamente en estos libros compuestos para su propio consuelo donde mejor captamos la realidad viva y vibrante de su mundo interior. Su ascesis es austera, sincera, íntegra; pero no se repliega sobre sí misma, sino que es sólo un camino que conduce al amor. Tomás es un afectivo y un poeta de la vida espiritual. Estamos todavía lejos de los tiempos y el temperamento de Juan Mombaer y su formidable *Rosaleda.* Mombaer, otro gran representante de la *Devotio moderna,* es didáctico, seco, metódico en grado superlativo, amante de divisiones precisas y regulares; el alma se siente prisionera y oprimida en aquel laberinto de grados, escalas, septenarios y truncados versos mnemotécnicos. Tomás sigue su inspiración, el libre movimiento de su corazón piadoso y su instinto poético. Su alma, su vida, fluyen a través de su pluma, sobre todo en su *Imitación de Cristo,* cuatro opúsculos independientes entre sí, que, bajo un título facticio, estaban destinados a una celebridad incomparable. Excepto el libro cuarto, que es un tratado eucarístico, escrito para los demás, la *Imitación* constituye, en último análisis, una velada, púdica, indirecta autobiografía íntima; es la narración de experiencias personales traducidas al lenguaje doctrinal.

En el libro primero domina el tema del combate espiritual; la determinación activa a esta lucha es su principal característica. Y es que el autor vive —o revive— las primeras etapas de su itinerario religioso. En este opúsculo consigna el objetivo que se propone, las reflexiones que se hace, las máximas que escucha o lee, los obstáculos que debe superar. El primero de estos obstáculos es la sirena engañadora de la ciencia de este mundo. Tomás se halla en la escuela de Deventer, rodeado de estudiantes deseosos de frecuentar las universidades de Praga o de París. Nada más atractivo que aprender para un espíritu despier-

to y curioso. Pero hay más. Conquistar laureles académicos, ser maestro y doctor, significa la fama, los honores, los pingües beneficios eclesiásticos. La tentación es poderosa. Mas allí, a su lado, está Florencio Radewijns, que vela por su alma y le recuerda la inanidad de la ciencia de este mundo. Tomás no estuvo nunca en la universidad, pero Florencio sí. «Dime, ¿dónde están ahora todos aquellos señores y maestros que conociste mientras vivían y florecían en los estudios? Otros ocupan ya sus puestos y ni aun sé si hay quien de ellos se acuerde». ¡Vanidad de vanidades! Lo que importa es alcanzar la verdadera ciencia, que consiste en despreciar el mundo, conocerse a sí mismo para también despreciarse, ser humilde, vivir piadosamente. Tal ciencia sólo se adquiere mediante el desprendimiento, la lucha espiritual, la imitación de Jesucristo, pero en modo alguno por el estudio orgulloso e interesado. Tales son las sabias advertencias de Florencio, que van ganando a Tomás para la vida religiosa. En la segunda parte del opúsculo está ya Tomás en Agnetenberg. En ella consigna sus primeras experiencias de la vida regular, las exhortaciones de sus superiores, sus esfuerzos por sujetarse enteramente a la obediencia, sus primeras meditaciones de la vía purgativa, sus anhelos de perfección religiosa. Tomás es todavía muy joven. Calca su doctrina espiritual sobre la de sus maestros, o simplemente la copia. De ahí el carácter de compilación que presenta este primer libro.

En el libro segundo nuestro canónigo regular sabe ya de la vida. Ya tiene una doctrina propia, pero sobre todo tiene experiencia: una experiencia reciente, que hace sangrar todavía su corazón humilde. El opúsculo empieza así: «El reino de Dios está dentro de vosotros, dice el Señor», y termina: «Bien consideradas todas las cosas, sea ésta la postrera consideración: Que por muchas tribulaciones nos conviene entrar en el reino de Dios». Entre ambas sentencias de la Escritura se desarrolla todo un tratado sobre la tribulación, la cruz, la paciencia, pero también sobre el amor de Dios y la amistad de Jesús. Como es sabido, no es indiferente a la piedad cristiana el empleo de los términos Jesús, Jesucristo o Cristo. El uso del nombre de Jesús, muy frecuente a lo largo de estas páginas, indica una ternura más viva y más humana.

El autor nos habla de una prueba por la que hubo de pasar: contradicciones, humillaciones, desengaños. Fue criticado por hermanos turbulentos, rudamente reprendido, sin motivo, por sus superiores; pero lo que más sintió fue una desilusión de orden afectivo. Tomás, que no puede vivir sin el cariño de un amigo, comprueba que «el amor de la criatura es engañoso y mudable». Ha sido cruelmente decepcionado: «¡Cuántas veces no hallé fidelidad donde pensé que la había!». Por la crónica de Agnetenberg —ya queda dicho— sabemos que Tomás sufrió mucho en su juventud religiosa. Su hermano Juan, entonces prior del monasterio, no le trató muy fraternalmente. Nombrado procurador, tuvo que ser depuesto «a causa de su excesiva simplicidad y devoción», dice Mombaer. Menudencias que el historiador, ocupado en las grandes batallas y las vicisitudes de la gran política, desprecia, pero que abrieron llagas dolorosas en el alma delicada de nuestro religioso. Reprimendas de los superiores, burlas de los compañeros, pequeñas traiciones de sus amigos: todo ello hace que Tomás sepa lo que son penas y, lo que importa infinitamente más, descubra experimentalmente lo que es la amistad de Jesús. «Señor —escribe en otro tratado—, sé Tú mi particular amigo, porque todos mis amigos me han abandonado». Y en este lugar exclama ex abrupto: «Bienaventurado el que conoce qué es amar a Jesús y despreciar a sí mismo por Jesús. Conviene dejar un amado por otro amado, pues Jesús quiere ser amado, Él solo, sobre todas las cosas». Éste es el gran descubrimiento de Tomás: sólo Jesús es el amigo fiel, sólo la amistad de Jesús puede llenar el menesteroso corazón humano. Ya con su Amigo, Tomás acepta lo que él llama el *exilium cordis,* la desolación espiritual, para así asociarse a Jesús en las horas amargas de su pasión; sigue a Jesús por el «camino real de la santa cruz». Y por la puerta de la muerte mística penetra en el reino de Dios, que es un reino interior.

El libro tercero nos muestra una etapa superior de la trayectoria espiritual de Tomás. Un detalle significativo denota el cambio de clima: el autor tiene acceso a la divinidad de Cristo, huésped íntimo de su morada interior; ya no le llama «Jesús» las más de las veces, sino «Señor» y «Señor Dios». Su piedad es más espiritual. Ha progresado en la humildad. Todo el opúsculo está

esmaltado de frases como éstas: «Cayeron las estrellas del cielo, y yo, que soy polvo, ¿qué presumo?»; «No hay santidad si Tú, Señor, apartas tu mano». ¡Qué diferencia entre estas expresiones y el voluntarismo de la *Devotio moderna* que impregna todo el libro primero! Se propugna de nuevo, pero con mayor exigencia, la abnegación total a fin de llegar al amor puro, concepto que aparece ahora a cada paso. El alma ya sólo suspira por allegarse a Dios, recibir las visitas de Dios o, mejor, subir al cielo y reposar eternamente en el seno de Dios. La muerte no es ya el tema de una meditación saludable de la vía purgativa, sino una liberación, la puerta deseada que permitirá al alma entrar en la morada eterna de su Dios.

La *Imitación* es demasiado simple, demasiado sincera, para que la gradación que acabamos de ver sea un puro artificio literario. No; es el alma del autor que se despoja y, al mismo tiempo, se enriquece, se desprende y se eleva. El carácter autobiográfico en el libro tercero es todavía más visible que en los anteriores. Alternan aquí la voz del alma y la del maestro interior. El alma manifiesta más libremente sus sentimientos, y el maestro interior dicta sus lecciones. La prueba no ha terminado todavía; la prueba no termina mientras dura esta vida temporal. A períodos de luz y consolación suceden noches oscuras; a las noches oscuras siguen días luminosos. Pero esto ¿qué importa? Sentimos que Tomás posee ya la paz interior; todas sus delicias están en el coloquio íntimo con su divino huésped. Algunos textos, algunas confidencias veladas, nos inducen a creer que es favorecido con gracias propiamente místicas. De vez en cuando ciertos *excessus* le arrebatan y le procuran luces y consuelos del mundo venidero. Vuelto en sí, toma la pluma y redacta con lenguaje sencillo la lección interior y la respuesta de su alma. No narra propiamente sus ascensiones místicas; omite lo accesorio, lo imaginativo, lo anecdótico, y nos confía la pura substancia de la doctrina y la oración.

He ahí la vida espiritual, la verdadera vida, del venerable Tomás de Kempis tal como nos es dado adivinarla a través de la *Imitación de Cristo.* Muchas causas contribuyeron, sin duda, a la celebridad y difusión de estos opúsculos, que constituyen, al decir de Fontenelle, «el más hermoso libro salido de mano de

hombre»; pero el secreto de su triunfo es, en último análisis, lo que alguien ha llamado «su clasicismo superior». Tomás de Kempis, el tímido y enfermizo canónigo de Agnetenberg, perteneció al número de privilegiados que saben elevar su pensamiento y su emoción de la esfera de lo personal a la de lo universal. Sus púdicas confidencias, las efusiones de su corazón, presentan al hombre en sus rasgos perennes, reflejan la constante inquietud del alma humana, sus profundas ansias de un amor que la llene enteramente. Su palabra es el eco fiel de la lucha del hombre con su amor propio siempre renaciente, de su esfuerzo constante por acercarse a Dios y poseerle.

GARCÍA M.ª COLOMBÁS, OSB

Bibliografía

DELAISSÉ, L. M. J., *Le manuscrit autographe de Thomas à Kempis et «L'Imitation de Jésus-Christ». Examen archéologique et édition diplomatique du Bruxellensis 5855-61,* 2 vols. (Bruselas 1956).

HUIJBEN, J. - DEBONGNIE, P., *L'auteur ou les auteurs de «L'Imitation»* (Lovaina 1957).

POHI, M. J., *Thomae Hemerken a Kempis opera omnia,* 7 vols. (Friburgo de Brisgovia 1910-1922).

31 de agosto

SANTO DOMINGUITO DEL VAL
(† 1250)

Dominguito del Val nació en Zaragoza, la ciudad de la Virgen y de los innumerables mártires, el año 1243. Era rey de Aragón Jaime el Conquistador, vicario de Cristo en Roma, Inocencio IV, y obispo de Zaragoza, Arnaldo de Peralta. Media España estaba bajo el dominio de los moros y en cada pecho español se albergaba un cruzado.

Los padres de Dominguito se llamaban Sancho del Val e Isabel Sancho. Su madre era de pura cepa zaragozana, y su padre, de origen francés. El abuelo paterno había sido un esforzado guerrero a las órdenes del rey don Alfonso el Batallador. A su lado estuvo en el asedio de Zaragoza, que fue duro y prolon-

gado. Todos los cruzados franceses se marcharon a sus casas; todos, menos uno.

> «Fue nuestro antepasado —decía Sancho del Val a su hijo, siempre que le contaba la historia—. El señor del Val, hijo de la fuerte Bretaña, sufrió inquebrantable el hambre y la sed, los hielos del invierno y los fuegos del verano, las vigilias prolongadas y los golpes de las armas enemigas. Y al rendirse la ciudad, el rey le hizo rico y noble, igualándole con los españoles más ilustres».

Sancho del Val no siguió a su padre por el camino de las armas. Prefirió las letras. Fue tabelión o notario y su firma quedó estampada en las actas de las Cortes de Aragón, al lado de las firmas de condes y obispos.

Dios bendijo la unión de Sancho e Isabel dándoles un hijo que iba a ser mártir y modelo de todos los niños y, de un modo especial, de los monaguillos. Porque Santo Dominguito del Val es el patrono de los monaguillos y niños de coro. Él fue infantico de la catedral de Zaragoza, vistió con garbo la sotanilla roja y repiqueteó con gusto la campanilla en los días de fiesta grande. La imagen que todos hemos visto de este tierno niño nos lo representa con las vestiduras de monaguillo. Clavado en la pared con su hermosa sotana y amplio roquete. La mirada hacia el cielo y unos surcos de sangre goteando de sus pies y manos. Una estampa de dolor ciertamente, pero, también, de valentía superior a las fuerzas de un niño de pocos años. Las nobles condiciones, especialmente su piedad, que se advertían en el niño según crecía, indujeron a los padres a dedicarlo al santuario, al sacerdocio. Cuando fue mayorcito lo enviaron a la catedral. Entonces la catedral era la casa de Dios y, al mismo tiempo, escuela. Todas las mañanas, al salir el sol, hacía Dominguito el camino que separaba el barrio de San Miguel de la Seo. Una vez allí, lo primero que hacía era ayudar a misa y cantar en el coro las alabanzas de Dios y a la Virgen.

Cumplido fielmente su oficio de monaguillo, bajaba al claustro de la catedral a empezar la tarea escolar. Con el capiscol o maestro de canto ensayaban los himnos, salmos y antífonas del oficio divino. La historia y la tradición nos presentan a nuestro santo especialmente aficionado y dotado para el canto. Por algo es el patrono de los niños de coro y seises.

La tarea escolar incluía más cosas. Había que aprender a leer, a contar, a escribir. Los pequeños dedos se iban acostumbrando a hacer garabatos sobre las tablillas apoyadas en las rodillas. La voz del maestro se oía potente y, al acabar, las cabecitas de los pequeños escolares se inclinaban rápidamente para escribir en los viejos pergaminos lo que acababan de oír. Así un día y otro día. Al atardecer volvía a casa. Un beso a los padres, y luego a contarles lo que había aprendido aquel día y las peripecias de los compañeros.

Uno se resiste a creer la historia que voy a contar. Es increíble que haya hombres tan malos. Sin embargo, parece que la substancia del hecho es verdad.

Los judíos eran por entonces muchos y poderosos en Zaragoza. En la sinagoga se había recordado «que al que presentase un niño cristiano sería eximido de penas y tributos». Se cuenta que, un sábado al terminar de explicar la Ley el rabino, dijo: «Necesitamos sangre cristiana. Si celebramos sin ella la fiesta de la Pascua, el Señor podrá echarnos en cara nuestra negligencia».

Estas palabras fueron bien recogidas por Mosé Albayucet. Pensó en aquel niño que todos los días al oscurecer pasaba delante de su tienda. Este niño era Dominguito del Val, que volvía de la catedral a casa. A veces solo y otras con un grupo de compañeros. Con frecuencia, al cruzar el barrio judío, de tiendas oscuras y estrechas callejuelas, cantaban himnos en honor del Señor y su Santísima Madre. Seguramente los que acababan de ensayar con el capiscol de la catedral.

Más de una vez los había oído Mosé Albayucet y, desde la puerta de su tienda, los había amenazado con su mano. Le pareció la ocasión oportuna y prometió a sus correligionarios que aquel año iban a tener sangre de niño cristiano para la Pascua y bien reciente.

Era el miércoles 31 de agosto de 1250. El atardecer se hacía más oscuro en las estrechas callejuelas del barrio judío por donde pasaba Dominguito camino de su casa. De repente, y antes de pensarlo o poder lanzar un grito, nota que algo se le echa encima. Son las manos de Mosé Albayucet que le cubren el rostro con un manto. Le amordaza bien la boca para que no pueda gritar y le mete de momento en su casa.

Aquella misma noche es trasladado el inocente niño a la casa de uno de los rabinos principales. Allí están los príncipes de la sinagoga. Dominguito tiembla de miedo. Sus manos aprietan la cruz que pende de su pecho.

> —Querido niño —le dice una voz zalamera—, no queremos hacerte mal ninguno; pero si quieres salir de aquí tienes que pisar ese Cristo.
>
> —Eso nunca —dice el niño—. Es mi Dios. No, no y mil veces no.
>
> —Acabemos pronto —dicen aquellos malvados ante la firmeza del niño.

Va a repetirse la escena del Calvario. Uno acerca las escaleras que apoya sobre la pared; otro presenta el martillo y los clavos, y no falta quien coloca en la rubia cabellera del niño una corona de zarzas, así el parecido con la crucifixión de Cristo será mayor.

Con gran sobriedad de palabras refieren las Actas del martirio lo que sucedió:

> «Arrimáronle a una pared, renovando furiosos en él la pasión del divino Redentor; crucificáronle, horadando con algunos clavos sus manos y pies; abriéronle el costado con una lanza, y cuando hubo expirado, para que no se descubriese tan enorme maldad, lo envolvieron y ataron en un lío y lo enterraron en la orilla del Ebro en el silencio de la noche».

Una vez muerto cortaron sus manos y cabeza, que arrojaron a un pozo de la casa donde había tenido lugar el horrendo crimen. Su cuerpo mutilado fue llevado, como dicen las *Actas,* a orillas del Ebro. Allí sería más difícil encontrarlo.

Sus verdugos se retiraron a sus casas contentos de haber hecho un gran servicio a Dios. La Seo había perdido a su mejor monaguillo y el cielo había ganado un ángel más. Todo esto ocurría la noche del 31 de agosto de 1250.

Dios tenía preparado su día de triunfo, su mañana de resurrección, para Dominguito del Val.

Mientras en la casa del notario Sancho del Val se oían gemidos de dolor, una extraña aureola aparecía en la ribera del Ebro. Los guardas del puente de barcas echado sobre el río habían visto con asombro durante varios días el mismo acontecimiento. La noticia recorre toda Zaragoza.

Algunas autoridades y un grupo de clérigos se dirigen hacia el lugar de la luz misteriosa. Allí hay un pequeño trozo de tierra recientemente removida. Se escarba y, metido en un saco, aparece un bulto sanguinolento. Se comprueba que es el cuerpo mutilado de Dominguito. Una ola de dolor e indignación invade la ciudad de punta a punta.

La cabeza y las manos aparecen, también, de una manera milagrosa. Aunque aquí la leyenda no concuerda. Según una versión, un enorme perro negro gime lastimeramente, y sin que nadie le pueda espantar, al borde del pozo al que fueron arrojados los miembros del niño mártir. Es el perro del notario Sancho del Val. Sacada el agua aparecen en el fondo las manos y cabeza de Dominguito. Otra versión dice que las aguas del pozo se llenaron de resplandeciente luz, que crecieron y, desbordadas, mostraron el tesoro que guardaban en el fondo. Pronto se supo toda la verdad del hecho. El mismo Albayucet lo iba diciendo: «Sí, yo he sido. Matadme, me es igual; la mirada del muerto me persigue, y el sueño ha huido de mis ojos». El santo niño había de conseguir el arrepentimiento para su asesino. Bautizado y arrepentido, Albayucet subirá tranquilo a la horca.

> «Divulgado el suceso —escribe fray Lamberto de Zaragoza—, y obrados por el divino poder muchos milagros, el obispo Arnaldo dispuso una procesión general, a la que asistió con todo el clero la ciudad, la nobleza, la tropa y la plebe, todos con velas blancas, y llevaron el santo cuerpo por todas las iglesias y calles de la ciudad, hasta por la puerta Cineja, mostrándolo a todos y haciendo ver en él las llagas de las manos y pies y costado».

Hoy mismo es muy viva la devoción que Zaragoza siente por su glorioso mártir. Su fiesta está incluida entre las de primera clase y los niños de coro de La Seo y del Pilar le festejan como santo patrono. Desde los días del martirio existe la cofradía de Santo Dominguito. El rey Jaime I de Aragón tuvo a honor ser inscrito en ella.

Sus restos mortales se conservan en una capilla de la catedral en hermosa urna de alabastro. Sobre la urna un ángel sostiene esta leyenda: «Aquí yace el bienaventurado niño Domingo del Val, mártir por el nombre de Cristo».

MARCOS MARTÍNEZ DE VADILLO

Bibliografía

Acta sanctorum, 31 Augusti, t.VI p.777-783.

ANDRÉS, F., *Historia de Santo Dominguito del Val* (Zaragoza 1643).

CABEZAS, D., *La flor del Ebro. San Dominguito del Val: leyenda poética* (Barcelona 1907).

DORMER, D. J., *Dissertacion del martyrio de Santo Domingo de Val... y del culto publico inmemorial con que es venerado desde que padeció el martyrio* (Zaragoza 1698).

KIECKENS, I. F., *L'enfant de choeur martyr. Saint Dominguito del Val et son culte* (Bruselas 1895).

LAMBERTO DE ZARAGOZA, OFM Cap - RAMÓN DE HUESCA, *Teatro histórico de las iglesias del Reyno de Aragón,* 9 vols. (1780-1807).

USTARROZ, J. F., *Historia de Santo Domingo del Val* (Zaragoza 1643).

DEL SANTORAL DE LAS DIÓCESIS ESPAÑOLAS

21 de agosto

SANTOS BONOSO Y MAXIMIANO

Mártires († 308)

La diócesis de Jaén celebra el día 21 de agosto la memoria de los Santos Bonoso y Maximiano. Estos santos son presentados en el *Propio de los Santos* de dicha diócesis como hermanos, que eran soldados romanos, y que bajo el gobierno de Daciano, año 308, fueron decapitados en Arjona, la ciudad de la diócesis jiennense que los tiene por patronos. El culto de estos mártires tuvo su primera aprobación en la diócesis el año 1643 siendo obispo el cardenal Moscoso y Sandoval.

El anterior *Martirologio romano* traía su memoria, sin indicar lugar de martirio, el día 21 de agosto. En el actual *Martirologio romano* dicha memoria ha desaparecido.

Los santorales narran una historia diferente de estos santos, haciéndolos también mártires ciertamente, y asimismo militares romanos, pero no situando su martirio en Arjona sino en Antioquía. Así p.e. los benedictinos de Ramsgate nos dicen que ambos eran oficiales de la Cohorte Hercúlea de Antioquía en el reinado de Juliano el Apóstata y que ambos fueron torturados y decapitados por negarse a cambiar el lábaro constantiniano con el signo cristiano por uno nuevo de contenido idolátrico, y sitúan este martirio en el año 362. Algo similar cuenta Pietro Sfair en la *Bibliotheca sanctorum,* advirtiéndonos que las *Actas* de estos mártires las tuvo por auténticas Ruinart pero que Tillemont las juzgó con mayor severidad y encontró datos improbables que las vuelven sospechosas. Quizás por ello, dada la evidente influencia de la *Bibliotheca sanctorum* en el nuevo *Martirologio romano* haya éste suprimido los nombres de estos márti-

res. Pero debe advertirse que en la *Bibliotheca sanctorum* al segundo mártir no se le llama Maximiano sino Maximiliano. Y lo mismo hace Luis Calpena en su conocido santoral *La luz de la fe en el siglo XX,* donde narra una historia cercana a la narrada por Sfair pero diferenciada en que el número de mártires es mayor, y también llama Maximiliano al mártir segundo. Todos éstos, sin embargo, sitúan a los mártires en Antioquía, no en Arjona, y no en la persecución de Diocleciano sino en la de Juliano el Apóstata.

Agradecemos a D. Francisco de Paula Agüera, delegado diocesano de liturgia de Jaén, que nos proporcionó los datos del *Propio* de la diócesis jiennense.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

BENEDICTINE MONKS OF ST. AGUSTINE'S ABBEY, Ramsgate, *The Book of the Saints* (Londres 1989) 100.

CALPENA Y ÁVILA, L., *La luz de la fe en el siglo XX. Libro de la familia cristiana,* VIII (Madrid 1912s) 381-382.

Martirologio romano. Versión española ajustada a la edición vaticana de 1948 por el P. Valentín M. Sánchez Ruiz SJ (Madrid 1953) 225.

Martyrologium Romanum ex decreto Sacrosancti Oecumenici Concilii Vaticani II instauratum, auctoritate Ioannis Pauli PP. II promulgatum. Editio typica (Ciudad del Vaticano 2001).

SFAIR, P., Art. en *Bibliotheca sanctorum.* III: *Bern-Ciro* (Roma 1962) cols.352-353.

CALENDARIO ESPAÑOL

MEMORIAS QUE CELEBRAN LAS DIÓCESIS ESPAÑOLAS

Día 1	En Gerona, San Félix, mártir.
Día 2	En Osma-Soria, San Pedro de Osma, obispo.
	En Calahorra y La Calzada-Logroño, Beato Leoncio Pérez Ramos, mártir.
Día 3	En Palencia, San Pedro de Osma, obispo.
	En Osma-Soria, Beata Juana de Aza.
Día 6	En Alcalá de Henares, santos Justo y Pastor, mártires.
Día 7	En Burgos, santos Esteban y compañeros, mártires.
	En Huesca y Madrid, santos Justo y Pastor, mártires.
	En San Sebastián, Beata Cándida María de Jesús, virgen.
Día 9	En Barbastro-Monzón, Beato Florentino Asensio Barroso, obispo y mártir.
Día 11	En Santiago de Compostela, Santa Susana de Braga, virgen y mártir.
Día 12	En Orihuela-Alicante y Córdoba, Beata Victoria Díez y Bustos de Molina, virgen y mártir.
	En Huesca, beatos Gregorio Chirivás y compañeros, mártires.
Día 13	En Burgos, Santa Centola, virgen y mártir.
	En Cartagena, Beato José Pavón Bueno, presbítero y mártir.
	En Gerona, beatos Jaime Falguerona y compañeros, mártires.
	En Lérida, beatos José María Ormo y compañeros, mártires.
	En Solsona, beatos Antonio Dalmau y compañeros, mártires.
	En Tarragona, beatos Tomás Capdevila y compañeros, mártires.
	En Urgel, beatos Eusebio Codina y compañeros, mártires.
	En Vich, beatos Pedro Cunill y compañeros, mártires.
	En Tarazona, beatos Juan Sánchez y compañeros, mártires.
	En Zaragoza, beatos Rafael Briega y compañeros, mártires.
Día 16	En Segorbe-Castellón, San Roque de Montpellier.
	En Tarragona, Beato Juan de Santa Marta, mártir.

Día 17 En Ceuta y Toledo, Santa Beatriz de Silva, virgen.
En Asidonia-Jerez, Beato Bartolomé Laurel, mártir.
En Gerona, Beato Enrique Canadell, mártir.
En Sevilla, beatos Luis de Sotelo, Pedro de Zúñiga y Bartolomé Laurel, mártires.

Día 18 En Málaga, San Patricio, obispo.
En Valencia y Madrid, Beato Nicolás Factor.
En Zaragoza, Beato Martín Martínez Pascual, mártir.

Día 19 En Tarragona, San Magín, mártir.
En Calahorra-La Calzada y Logroño, Pamplona y Tudela, San Ezequiel Moreno, obispo.
En Valencia, San Luis, obispo.

Día 20 En Córdoba, santos Cristóbal y Leovigildo, mártires.

Día 21 En Jaén, santos Bonoso y Maximiano, mártires.

Día 25 En Barbastro-Monzón, Lérida y Urgel, San José de Calasanz, presbítero.
En Orense, Beato Pedro Vázquez, presbítero y mártir.

Día 26 En Sevilla, San Geroncio de Itálica, obispo y mártir.
En Albarracín, San Clemente y compañeros mártires.
En Mallorca y Menorca, Beato Junípero Serra, presbítero.

Día 27 En Salamanca, la transverberación del corazón de Santa Teresa de Jesús.

Día 30 En Santander, santos Emeterio y Celedonio, mártires.
En Granada, Almería y Guadix, beatos Manuel Medina y Diego Ventaja, obispos y mártires.
En Pamplona, Tudela, Bilbao y San Sebastián, beatos Esteban Zudaire, Juan de Mayorga y compañeros mártires.
En Teruel y Valencia, beatos Juan de Perugia y Pedro de Sassoferrato, mártires.

Día 31 En Ávila, santos Vicente, Sabina y Cristeta, mártires.
En Calahorra-La Calzada y Logroño, santos Emeterio y Celedonio, mártires.
En Cataluña y Solsona, San Ramón Nonato, presbítero.
En Zaragoza, Santo Domingo del Val, mártir.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

1. Santos y beatos

Adaucto de Roma, San († 304), día 30, 1145.
Afra, Sta. († 304), día 7, 187.
Agatángelo de Vendôme (Francisco) Nourry, Bto. († 1638), día 7, 190-192.
Águeda de Nuestra Señora de las Virtudes Hernández Amorós, Bta. († 1936), día 19, 684-700.
Agustín Kazotic, Bto. († 1323), día 3, 81-84.
Agustín Ota, Bto. († 1622), día 10, 314-315.
Agustín, San († 430), día 28, 1011-1023.
Aidano de Lindisfarne, San († 651), día 31, 1160-1163.
Aimón Taparelli, Bto. († 1495), día 15, 544.
Alberto de Sicilia, San († 1307), día 7, 165-169.
Alberto Hurtado Cruchaga, Bto. († 1952), día 18, 635-641.
Alejandro el Carbonero, San († s. III), día 11, 334-335.
Alejandro de Constantinopla, San († 340), día 28, 1040-1042.
Alejo Sobaszek, Bto. († 1942), día 1, 42-43.
Alfonso López López, Bto. († 1936), día 3, 87-88.
Alfonso María de Ligorio, San († 1787), día 1, 4-12.
Alfonso María Mazurek, Bto. († 1944), día 28, 1051-1052.
Alfonso Miquel Garriga, Bto. († 1936), día 13, 444-448.
Alfonso Sorribes Teixidor, Bto. († 1936), día 15, 545-551.
Alfredo Ildefonso Schuster, Bto. († 1954), día 30, 1129-1144.
Alipio, San († 430), día 15, 493-503.
Altmán de Passau, San († 1091), día 8, 240-241.
Amadeo de Lausana, San († 1159), día 27, 966-969.
Amalio (Justo) Zariquiegui Mendoza, Bto. († 1936), día 31, 1168-1175.
Ambrosio (Luis) Valls Matamales, Bto. († 1936), día 26, 946-947.
Ambrosio de Torrente (Salvador Chuliá Ferrandis) Bto. († 1936), día 1, 24-31.
Andrés Dotti, Bto. († 1315), día 31, 1176-1177.
Andrés el Tribuno, San († 305), día 19, 700-701.
Andrés Fardeau, Bto. († 1794), día 24, 879.
Ángel Agustín Mazzinghi, Bto. († 1438), día 16, 584.
Ángel Conti, Bto. († 1312), día 27, 1000-1001.
Antolín Calvo y Calvo, Bto. († 1936), día 13, 444-448.
Antonio Bannassat, Bto. († 1794), día 18, 644-645.
Antonio de San Francisco, Bto. († 1627), día 27, 1002-1007.
Antonio María Dalmau Rosich, Bto. († 1936), día 13, 444-448.
Antonio Pedro Nguyen Dich, San († 1838), día 12, 384-385.
Antonio Perulles Estívill, Bto. († 1936), día 12, 388-389.

Antonio Primaldo, Bto. († 1480), día 14, 472-473.
Antonio Silvestre Moya, Bto. († 1936), día 8, 242-243.
Antonio Yamada, Bto. († 1622), día 19, 703-707.
Arcángelo Piacentini de Calatafimi, Bto. († 1460), día 10, 307-313.
Aredio, San († 591), día 25, 912.
Aristarco de Tesalónica, San (discípulo de San Pablo), día 4, 111.
Arístides, San († 150), día 31, 1176.
Arsacio, San († 358), día 16, 583.
Arturo (Luis) Ayala Niño, Bto. († 1936), día 9, 284-290.
Arturo Ros Montalt, Bto. († 1936), día 28, 1049-1050.
Asunción de la Bienaventurada Virgen María, día 15, 476-485.
Atanasio Vidaurreta Labra, Bto. († 1936), día 18, 646-647.
Audoeno, San († 684), día 24, 878.
Aurelio (José) Ample Alcaide, Bto. († 1936), día 28, 1051.

Bartolomé (apóstol), San († s. I), día 24, 827-834.
Bartolomé Laurel, Bto. († 1627), día 27, 1002-1007.
Bartolomé Mohioye, Bto. († 1622), día 19, 703-707.
Beatriz de Silva, Sta. († 1491), día 17, 603-610.
Benildo (Pedro) Romançon, San († 1862), día 13, 419-426.
Benito de Burriana (José Manuel Ferrer Jordá), Bto. († 1936), día 1, 24-31.
Bernardino de Andújar (Pablo Martínez Robles), Bto. († 1936), día 1, 24-31.
Bernardo (Ahmed), San († 1180), día 21, 770-771.
Bernardo (Domingo Peroni) de Offida, Bto. († 1694), día 22, 801.
Bernardo de Claraval, San († 1153), día 20, 709-717.
Bernardo Tolomei, Bto. († 1348), día 20, 729-736.
Bernardo Vu Van Due, San († 1838), día 1, 41-42.
Bertulfo, San († 640), día 19, 701-702.
Bienaventurada Virgen María Reina, día 22, 775-780.
Bienvenido de Dos Hermanas (José de Miguel Arahal), Bto. († 1936), día 1, 24-31.
Bonifacia Rodríguez Castro, Bta. († 1905), día 8, 214-217.
Bonoso, San († 308), día 21, 1209-1210.
Bronislava, Bta. († 1259), día 29, 1078-1079.
Bruno Zembol, Bto. († 1942), día 21, 774.

Cándida María de Jesús (Juana Josefa) Cipitria, Bta. († 1912), día 9, 273-276.
Carlos Arnoldo Hanus, Bto. († 1794), día 28, 1048-1049.
Carlos Díaz Gandía, Bto. († 1936), día 11, 338.
Carlos Leisner, Bto. († 1945), día 12, 374-381.
Carlos López Vidal, Bto. († 1936), día 6, 151-152.
Carlos Meehan, Bto. († 1679), día 12, 381-383.
Carmelo Sastre Sastre, Bto. († 1936), día 15, 554.
Carmen de San Felipe Neri (Nazaria) Gómez Lezaun, Bta. († 1936), día 8, 228-239.
Casiano de Ímola, San († 300), día 13, 397-405.
Casiano de Nantes (Gonzalo) Vaz López-Netto, Bto. († 1638), día 7, 190-192.
Cayetano de Thiene, San († 1547), día 7, 159-165.
Cayo Jiyemon, Bto. († 1627), día 27, 1002-1007.

Cecilia Cesarini, Bta. († 1290), día 4, 99-104.
Ceferino Giménez Malla, «el Pelé», Bto. († 1936), día 2, 69-76.
Centola, Sta. (fecha desconocida), día 2, 78.
Cesáreo de Arlés, San († 542), día 27, 961-966.
Ceslao Jozwiak, Bto. († 1942), día 24, 868-877.
Cicco de Pésaro, cf. Francisco Zanfredini, Bto.
Clara de Asís, Sta. († 1253), día 11 (memoria), 321-327.
Clara de la Cruz de Montefalco, Sta. († 1308), día 17, 591-602.
Claudio José Jouffret de Bonnefont, Bto. († 1794), día 10, 315-317.
Claudio Ricardo Granzotto, Bto. († 1947), día 15, 555.
Claudio Richard, Bto. († 1794), día 9, 298.
Clemencia de San Juan Bautista (Antonia) Riba Mestres, Bta. († 1936), día 8, 228-239.
Conón O'Rourke, Bto. († 1579), día 13, 437-441.
Constantino Carbonell Sempere, Bto. († 1936), día 23, 823-824.
Constantino Fernández Álvarez, Bto. († 1936), día 29, 1080-1081.
Crescencio García Pobo, Bto. († 1936), día 1, 24-31.
Cristóbal (monje), San († 852), día 20, 741-742.

David Lewis, San († 1679), día 27, 1008-1009.
David Roldán, San († 1926), día 15, 518-524.
Diego Ventaja Milán, Bto. († 1936), día 30, 1104-1112.
Domingo (Agustín) Hurtado Soler, Bto. († 1936), día 15, 552.
Domingo de Alboraya (Agustín Hurtado Soler), Bto. († 1936), día 1, 24-31.
Domingo de Guzmán, Sto. († 1221), día 8 (memoria), 197-210.
Domingo de la Madre de Dios Barberi, Bto. († 1849), día 27, 980-987.
Domingo Ibáñez de Erquicia, Sto. († 1633), día 14, 461-466.
Domingo Jedrzejewski, Bto. († 1942), día 29, 1082-1083.
Domingo Nguyen Van Hanh (Dieu), San († 1838), día 1, 41-42.
Dominguito del Val, Sto. († 1250), día 31, 1203-1208.

Edmigio (Isidoro) Primo Rodríguez, Bto. († 1936), día 31, 1168-1175.
Edmundo Arrowsmith, San († 1628), día 28, 1046-1048.
Edmundo Bojanowski, Bto. († 1871), día 7, 169-186.
Edmundo Ignacio Rice, Bto. († 1844), día 29, 1064-1067.
Eduardo Bamber, Bto. († 1646), día 7, 192-194.
Eduardo Gryzmala, Bto. († 1942), día 10, 319-320.
Eduardo Kazmierski, Bto. († 1942), día 24, 868-877.
Eduardo Klinik, Bto. († 1942), día 24, 868-877.
Eduardo Ripoll Diego, Bto. († 1936), día 15, 545-551.
Eduardo Shelley, Bto. († 1588), día 30, 1086-1089.
Elena, Sta. († 329), día 18, 622-628.
Elías Leymarie de Laroche, Bto. († 1794), día 22, 801-802.
Elvira de la Natividad de Nuestra Señora Torrentalle Paraire, Bta. († 1936), día 19, 684-700.
Emilia de Vialar, Sta. († 1856), día 24, 841-850.
Emiliano de Cícico, San († s. IX), día 8, 239.

Enrique Canadell Quintana, Bto. († 1936), día 17, 620.
Enrique García Beltrán, Bto. († 1936), día 16, 588-589.
Enrique Krysztofik, Bto. († 1942), día 4, 115-116.
Enrique Webley, Bto. († 1588), día 28, 1042-1046.
Estanislao de Kostka, San († 1568), día 15, 509-514.
Esteban Casadevall Puig, Bto. († 1936), día 13, 444-448.
Esteban de Hungría, San († 1038), día 16, 557-562.
Esteban (Gabriel) Maya Gutiérrez, Bto. († 1936), día 9, 284-290.
Esteban I (papa), San († 257), día 2, 77.
Esteban Rowsham, Bto. († 1587), día 11, 335-337.
Etelvoldo, San († 984), día 1, 38-39.
Eufronio de Tours, San († 573), día 4, 111.
Eugenio (Alfonso Antonio) Ramírez Salazar, Bto. († 1936), día 9, 284-290.
Eusebio (papa), San († 310), día 17, 617-618.
Eusebio Codina Milla, Bto. († 1936), día 13, 444-448.
Eusebio de Vercelli, San († 371), día 2, 44-51.
Ezequiel Moreno y Díaz, San († 1906), día 19, 663-673.

Famián, San († 1150), día 8, 241.
Faustino Oteiza Segura, Bto. († 1936), día 9, 299-300.
Faustino Pérez García, Bto. († 1936), día 15, 545-551.
Federico Jansoone, Bto. († 1916), día 4, 105-110.
Felipe Benicio, San († 1285), día 22, 781-787.
Felipe de Jesús Munárriz Azcona, Bto. († 1936), día 2, 65-69.
Félix de Gerona, San († s. IV), día 1, 38.
Félix de Roma, San († 304), día 30, 1145.
Félix Vivet Trabal, Bto. († 1936), día 26, 947-948.
Félix Yuste Cava, Bto. († 1936), día 14, 474-475.
Fernando González Añón, Bto. († 1936), día 27, 987-991.
Fiacre, San († 670), día 30, 1146.
Filiberto, San († 685), día 20, 740-741.
Flavio (Atilano Dionisio) Argüeso González, Bto. († 1936), día 12, 385.
Florentín Pérez (Romero), Bto. († 1936), día 1, 24-31.
Florentín Pérez Romero, Bto. († 1936), día 23, 824-826.
Florentina, Sta. († s. VII), día 28, 1023-1028.
Florentino Asensio Barroso, Bto. († 1936), día 9, 276-283.
Florentino Felipe Naya, Bto. († 1936), día 9, 299-300.
Florián Stepniak, Bto. († 1942), día 12, 389-390.
Francisca (llamada Pinzokere), Bta. († 1627), día 27, 1002-1007.
Francisca de Santa Teresa de Amezua Ibaibarriaga, Bta. († 1936), día 19, 684-700.
Francisco Arias Martín, Bto. († 1936), día 18, 646.
Francisco Bandrés Sánchez, Bto. († 1936), día 3, 88-89.
Francisco Calvo Burillo, Bto. († 1936), día 2, 78-79.
Francisco Castán Messeguer, Bto. († 1936), día 15, 545-551.
Francisco Dachtera, Bto. († 1943), día 23, 826.
Francisco de Paula Ibáñez Ibáñez, Bto. († 1936), día 19, 708-709.
Francisco de Santa María, Bto. († 1627), día 27, 1002-1007.

Francisco de Torrente (Justo Lerma Martínez), Bto. († 1936), día 1, 24-31.
Francisco Drzewiecki, Bto. († 1942), día 10, 319-320.
Francisco François, Bto. († 1794), día 10, 315-317.
Francisco Kesy, Bto. († 1942), día 24, 868-877.
Francisco Kuhioye, Bto. († 1627), día 27, 1002-1007.
Francisco Kurobioye, Bto. († 1627), día 27, 1002-1007.
Francisco María Monzón Romeo, Bto. († 1936), día 29, 1081-1082.
Francisco María Roura Farró, Bto. († 1936), día 15, 545-551.
Francisco Shoyemon, San († 1633), día 14, 461-466.
Francisco Tomás Serer, Bto. († 1936), día 1, 24-31.
Francisco Tomás y Serer, Bto. († 1936), día 2, 79-80.
Francisco Zanfredini, Bto. († 1350), día 5, 130-131.

Gabriel de Benifayó (José María Sanchís Mompó), Bto. († 1936), día 1, 24-31.
Gabriel José María Sanchís Mompó, Bto. († 1936), día 16, 589-590.
Gaspar (Luis Modesto) Páez Perdomo, Bto. († 1936), día 9, 284-290.
Gaspar Vaz, Bto. († 1627), día 27, 1002-1007.
Gaugerico, San († 625), día 11, 335.
Germán de Carcagente (José María Garrigues Hernández), Bto. († 1936), día 9, 290-295.
Geroncio de Itálica, San († s. IV), día 25, 911-912.
Gertrudis de Altenberg, Bta. († 1297), día 13, 436.
Gervasio Brunel, Bto. († 1794), día 20, 742-744.
Gil Rodicio Rodicio, Bto. († 1936), día 4, 113-115.
Ginés de Arlés, San († 303), día 25, 911.
Gonzalo Gonzalo Gonzalo, Bto. († 1936), día 4, 113.
Gracia (Zoraida), Sta. († 1180), día 21, 770-771.
Gregorio Chirivás Lacambra, Bto. († 1936), día 12, 386-388.
Gregorio de Utrecht, San († 775), día 25, 898-901.
Guarino de Aulps, San († 1150), día 27, 1000.
Guerrico, Bto. († 1157), día 19, 702.
Guillermo Dean, Bto. († 1588), día 28, 1042-1046.
Guillermo Freeman, Bto. († 1595), día 13, 441-442.
Guillermo Gunter, Bto. († 1588), día 28, 1042-1046.
Guillermo Horne, Bto. († 1540), día 4, 112-113.
Guillermo Lacey, Bto. († 1582), día 22, 800-801.
Guillermo Lampley, Bto. († 1587), día 11, 335-337.
Guillermo Plaza Hernández, Bto. († 1936), día 9, 300-301.

Hilario María Llorente Martín, Bto. († 1936), día 13, 444-448.
Hipólito, San († 236), día 13, 392-397.
Hormisdas (papa), San († 523), día 6, 149-150.
Hugo Green, Bto. († 1642), día 19, 707-708.
Hugo More, Bto. († 1588), día 28, 1042-1046.

Inocencio XI (papa), Bto. († 1689), día 12, 349-358.
Isabel Renzi, Bta. († 1859), día 14, 467-471.

Isidoro Bakanja, Bto. († 1909), día 15, 514-518.

Jacinto de Polonia, San († 1257), día 15, 503-509.
Jaime Bonet Nadal, Bto. († 1936), día 15, 555.
Jaime Falgarona Vilanova, Bto. († 1936), día 18, 646-647.
Jarogniew Wojciechowski, Bto. († 1942), día 24, 868-877.
Javier Luis Bandrés Jiménez, Bto. († 1936), día 13, 444-448.
Jesús Agustín Viela Ezcurdia, Bto. († 1936), día 15, 545-551.
Joaquín (José) Ferrer Adell, Bto. († 1936), día 30, 1148-1149.
Joaquín Hirayama, Bto. († 1622), día 19, 703-707.
Jordán de Pisa, Bto. († 1310), día 19, 703.
Jordán Forzaté, Bto. († 1248), día 7, 188-189.
Jorge Limniota, San († 730), día 24, 878-879.
José Batalla Parramón, Bto. († 1936), día 4, 113-115.
José Bonet Nadal, Bto. († 1936), día 13, 451.
José Brengaret Pujol, Bto. († 1936), día 13, 444-448.
José Dang Dinh (Nien) Vien, San († 1838), día 21, 771-772.
José de Arimatea, San, día 31, 1150-1158.
José de Calasanz, San († 1648), día 25, 888-895.
José Figuero Beltrán, Bto. († 1936), día 15, 545-551.
José Llosá (Balaguer), Bto. († 1936), día 1, 24-31.
José María Amorós Hernández, Bto. († 1936), día 15, 545-551.
José María Badía Mateu, Bto. († 1936), día 15, 545-551.
José María Blasco Juan, Bto. († 1936), día 15, 545-551.
José María Ormo Seró, Bto. († 1936), día 13, 444-448.
José María Peris Polo, Bto. († 1936), día 15, 551.
José María Ros Florensa, Bto. († 1936), día 15, 545-551.
José María Sanchís Mompó, Bto. († 1936), 589-590.
José Pavón Bueno, Bto. († 1936), día 12, 386-388.
José Rabasa Bentanachs, Bto. († 1936), día 4, 113-115.
José Straszewski, Bto. († 1942), día 12, 389-390.
José Toledo Pellicer, Bto. († 1936), día 10, 317-318.
Juan (Protasio) Bourdon, Bto. († 1794), día 23, 822.
Juan Agramunt Riera, Bto. († 1936), día 13, 449.
Juan Baixeras Berenguer, Bto. († 1936), día 15, 545-551.
Juan Bautista (José) Velázquez Peláez, Bto. († 1936), día 9, 284-290.
Juan Bautista Souzy, Bto. († 1794), día 27, 970-979.
Juan Bautista Faubel Cano, Bto. († 1936), día 28, 1049-1050.
Juan Bautista María Vianney (Cura de Ars), San († 1859), día 4, 90-99.
Juan Bautista Ménestrel, Bto. († 1794), día 16, 586-587.
Juan Bautista, San, día 29, 1053-1060.
Juan Berchmans, San († 1621), día 13, 415-419.
Juan Codinach Tuneu, Bto. († 1936), día 13, 444-448.
Juan de Alvernia, cf. Juan de Fermo, Bto.
Juan de Fermo, Bto. († 1322), día 9, 297.
Juan de Perugia, Bto. († 1228), día 29, 1061-1064.

Juan de Rieti, Bto. († 1336), día 1, 39-40.
Juan de Salerno, Bto. († 1242), día 9, 296.
Juan de Santa Marta, Bto. († 1618), día 16, 584-585.
Juan Díaz Nosti, Bto. († 1936), día 2, 65-69.
Juan Echarri Vique, Bto. († 1936), día 13, 444-448.
Juan Eudes, San († 1680), día 19, 651-658.
Juan Felton, Bto. († 1570), día 8, 210-213.
Juan Fingley, Bto. († 1586), día 8, 241-242.
Juan Jorge (Santiago) Rhem, Bto. († 1794), día 11, 337-338.
Juan Juvenal Ancina, Bto. († 1604), día 30, 1147-1148.
Juan Kemble, San († 1679), día 22, 787-797.
Juan María de la Cruz (Mariano) García Méndez, Bto. († 1936), día 23, 811-815.
Juan Martorell Soria, Bto. († 1936), día 10, 318-319.
Juan Nagata Matakichi, Bto. († 1622), día 19, 703-707.
Juan Roche, Bto. († 1588), día 30, 1086-1089.
Juan Sánchez Munárriz, Bto. († 1936), día 13, 444-448.
Juan Sandys, Bto. († 1587), día 11, 335-337.
Juan Soyemon, Bto. († 1622), día 19, 703-707.
Juan Wall, San († 1679), día 22, 787-797.
Juan Yago, Bto. († 1622), día 19, 703-707.
Juana Antida Thouret, Sta. († 1826), día 24, 834-841.
Juana de Aza, Bta. († s. XIII), día 2, 60-65.
Juana Delanoue, Sta. († 1736), día 17, 610-616.
Juana Francisca (Frémiot) de Chantal, Sta. († 1641), día 12, 340-349.
Juana Isabel Bichier des Ages, Sta. († 1838), día 26, 927-930.
Juana Jugan, Bta. († 1879), día 29, 1067-1076.
Juliana de Busto Arsicio, Bta. († 1501), día 15, 544-545.
Junípero (Miguel) Serra, Bto. († 1784), día 28, 1029-1040.
Justo, San († 304), día 6, 141-146.

Ladislao Maczkowski, Bto. († 1942), día 20, 746.
Laureano de Burriana (Salvador Ferrer Cardet), Bto. († 1936), día 1, 24-31.
Lázaro Tiersot, Bto. († 1794), día 10, 315-317.
León de Alacuás (Manuel Legua Martí), Bto. († 1936), día 1, 24-31.
León Sukeyemon, Bto. († 1622), día 19, 703-707.
Leoncio Pérez Ramos, Bto. († 1936), día 2, 65-69.
Leovigildo (monje), San († 852), día 20, 741-742.
Licerio, San († 540), día 27, 999-1000.
Lorenza (Leocadia) Harasymiv, Bta. († 1952), día 26, 948-949.
Lorenzo Rokuyemon, Bto. († 1622), día 19, 703-707.
Lorenzo, San († 258), día 10, 302-307.
Lucas Kiyemon, Bto. († 1627), día 27, 1002-1007.
Luis Baba, Bto. († 1624), día 25, 914-918.
Luis Batis Sainz, San († 1926), día 15, 518-524.
Luis de Anjou, San († 1297), día 19, 658-663.
Luis de Sotelo, Bto. († 1624), día 25, 914-918.
Luis Escalé Binefa, Bto. († 1936), día 15, 545-551.

Luis Flores, Bto. († 1622), día 19, 703-707.
Luis Francisco Le Brun, Bto. († 1794), día 20, 742-744.
Luis Lladó Teixidor, Bto. († 1936), día 15, 545-551.
Luis Masferrer Vila, Bto. († 1936), día 15, 545-551.
Luis Matsuo Soyemon, Bto. († 1627), día 27, 1002-1007.
Luis IX de Francia, San († 1270), día 25, 881-887.
Luis Sasanda, Bto. († 1624), día 25, 914-918.
Luis Urbano Lanaspa, Bto. († 1936), día 25, 920.
Luis Vulfilacio Huppy, Bto. († 1794), día 29, 1080.

Macario, San († 850), día 18, 641-642.
Magdalena (esposa del Bto. Simón Bokusai), Bta. († 1620), día 16, 585-586.
Magdalena Kiyota, Bta. († 1627), día 27, 1002-1007.
Magín, San (fecha desconocida), día 19, 700.
Mamés, San († 273), día 17, 616-617.
Manés de Guzmán, Bto. († 1234), día 18, 628-635.
Manuel Buil Lalueza, Bto. († 1936), día 13, 444-448.
Manuel Martínez Jarauta, Bto. († 1936), día 15, 545-551.
Manuel Medina Olmos, Bto. († 1936), día 30, 1104-1112.
Manuel Morales, San († 1926), día 15, 518-524.
Manuel Torras Sais, Bto. († 1936), día 13, 444-448.
Marcos de Aviano (Carlos Domingo Cristofori), Bto. († 1699), día 13, 442-443.
Marcos Takenoshima Shinyemon, Bto. († 1622), día 19, 703-707.
Margarita del Piceno, Sta. († 1395), día 5, 131.
Margarita Ward, Sta. († 1588), día 30, 1086-1089.
María (esposa de Gaspar Vaz), Bta. († 1627), día 27, 1002-1007.
María (esposa del Bto. Tomás Gengoro), Bta. († 1620), día 16, 585-586.
María (Zaida), Sta. († 1180), día 21, 770-771.
María Borromea (Verónica) Narmontowicz, Bta. († 1943), día 1, 31-38.
María Canisia (Eugenia) Mackiewicz, Bta. († 1943), día 1, 31-38.
María Canuta de Jesús en el Huerto de Getsemaní (Josefa) Chrobot, Bta. († 1943), día 1, 31-38.
María Climent Mateu, Bta. († 1936), día 20, 745-746.
María Corsini Beltrame Quatrocchi, Bta. († 1965), día 26, 949.
María Daniela de Jesús y María Inmaculada (Leonor Aniela) Jozwik, Bta. († 1943), día 1, 31-38.
María de Jesús Crucificado (María) Baouardy, Bta. († 1878), día 26, 930-939.
María de la Cruz (María Elena) MacKillop, Bta. († 1909), día 8, 218-224.
María de la Encarnación (Vicenta) Rosal, Bta. († 1886), día 24, 859-868.
María de las Nieves de la Santísima Trinidad Crespo López, Bta. († 1936), día 19, 684-700.
María de los Desamparados del Santísimo Sacramento Giner Lister, Bta. († 1936), día 19, 684-700.
María de los Dolores de San Francisco Javier Vidal Cervera, Bta. († 1936), día 19, 684-700.
María de Mattias, Sta. († 1866), día 20, 736-740.

María de Nuestra Señora de la Providencia Calaf Miracle, Bta. († 1936), día 19, 684-700.
María del Niño Jesús Baldillou Bullit, Bta. († 1936), día 8, 228-239.
María del Pilar Izquierdo Albero, Bta. († 1945), día 27, 991-999.
María del Tránsito del Santísimo Sacramento Cabanillas, Bta. († 1885), día 25, 901-911.
María Estrella del Santísimo Sacramento (Adelaida) Mardosewicz, Bta. († 1943), día 1, 31-38.
María Felicidad (Paulina) Borowik, Bta. († 1943), día 1, 31-38.
María Francisca de Jesús (Ana María) Rubatto, Bta. († 1904), día 6, 146-149.
María Guida de la Divina Misericordia (Elena) Cierpka, Bta. († 1943), día 1, 31-38.
María Helidora (Leocadia) Matuszewska, Bta. († 1943), día 1, 31-38.
María Imelda de Jesús Hostia (Eduvigis Carolina) Zak, Bta. († 1943), día 1, 31-38.
María Luisa de Jesús Girón Romera, Bta. († 1936), día 8, 228-239.
María Margarita (María Ana Rosa) Caiani, Bta. († 1921), día 8, 224-228.
María Micaela del Santísimo Sacramento Desmasières, Sta. († 1865), día 24, 850-858.
María Rafols, Bta. († 1853), día 30, 1090-1103.
María Raimunda de Jesús y María (Ana) Kukolowicz, Bta. († 1943), día 1, 31-38.
María Sagrario de San Luis Gonzaga (Elvira) Moragas Cantarero, Bta. († 1936), día 15, 524-545.
María Sergia de la Virgen Dolorosa (Julia) Rapiej, Bta. († 1943), día 1, 31-38.
Martín de San Félix (Juan) Woodcock, Bto. († 1646), día 7, 192-194.
Martín Gómez, Bto. († 1627), día 27, 1002-1007.
Martín Martínez Pascual, Bto. († 1936), día 18, 647-648.
Mártires de Cardeña († 953), día 6, 1184-1188.
Mártires de Constantinopla, Stos. († 729), día 9, 295-296.
Mártires de la Masa Cándida, Stos. († s. III/IV), día 18, 641.
Mártires de Otranto, Btos. († 1480), día 14, 472-473.
Mártires de Rochefort, Btos. († 1794), día 27, 970-979.
Mártires de Teruel, Btos. († 1228) día 29, 1061-1064.
Mártires del Oratorio de Dresde, Btos. († 1942), día 24, 868-877.
Mártires Hospitalarios de Colombia, Btos. († 1936), día 9, 284-290.
Mártires Macabeos, Stos. (Antiguo Testamento), día 1, 12-17.
Matías Cardona Meseguer, Bto. († 1936), día 20, 744-745.
Mauricio Tornay, Bto. († 1949), día 11, 331-334.
Maximiano Bienkiewicz, Bto. († 1942), día 24, 879-880.
Maximiliano María (Raimundo) Kolbe, San († 1941), día 14, 452-461.
Máximo el Confesor, San († 662), día 13, 410-414.
Mederico o Merry, San († 700), día 29, 1078.
Melquíades (Ramón) Ramírez Zuloaga, Bto. († 1936), día 9, 284-290.
Melquisedec, San, día 26, 921-927.
Menas de Constantinopla, San († 552), día 25, 895-898.
Miguel Carvalho, Bto. († 1624), día 25, 914-918.

Miguel de la Mora, San († 1927), día 7, 195.
Miguel Díaz, Bto. († 1622), día 19, 703-707.
Miguel Domingo Cendra, Bto. († 1936), día 11, 338-339.
Miguel Kizayemon, Bto. († 1627), día 27, 1002-1007.
Miguel Kurobioye, San († 1633), día 17, 618-619.
Miguel Masip González, Bto. († 1936), día 15, 545-551.
Miguel Nguyen Huy My, San († 1838), día 12, 384-385.
Miguel Remón Salvador, Bto. († 1936), día 3, 87-88.
Modesto de Torrente (Vicente Gay Zarzo), Bto. († 1936), día 1, 24-31.
Modesto García Martí, Bto. († 1936), día 13, 450.
Mónica, Sta. († 387), día 27, 950-961.

Nicasio Sierra Ucar, Bto. († 1936), día 12, 386-388.
Nicodemo, San, día 31, 1150-1158.
Nicolás Postgate, Bto. († 1679), día 7, 194-195.
Noel Hilario Le Conte, Bto. († 1794), día 17, 619.
Nona, Sta. († 374), día 5, 122-124.
Nuestra Señora de las Nieves, día 5, 116-121.
Nuestra Señora de los Ojos Grandes, día 15, 1189-1195.

Octaviano de Savona, Bto. († 1132), día 6, 150-151.
Oswaldo, San († 642), día 5, 125-130.

Pablo Juan Charles, Bto. († 1794), día 25, 918-919.
Pablo Ke Tingzhu, San († 1900), día 8, 242.
Pablo Sankichi, Bto. († 1622), día 19, 703-707.
Pammaquio, San († 410), día 30, 1145-1146.
Pastor, San († 304), día 6, 141-146.
Patricio O'Healy, Bto. († 1579), día 13, 437-441.
Paula Montaldi, Bta. († 1514), día 18, 644.
Paulino de Tréveris, San († 358), día 31, 1158-1160.
Pedro (Alejandro) Mas Ginestar, Bto. († 1936), día 26, 947.
Pedro ad Vincula, San, día 1, 1179-1184.
Pedro Cunill Padrós, Bto. († 1936), día 12, 386-388.
Pedro de Osma, San († 1109), día 2, 57-60.
Pedro de Sassoferrato, Bto. († 1228), día 29, 1061-1064.
Pedro de Zúñiga, Bto. († 1622), día 19, 703-707.
Pedro Fabro, Bto. († 1546), día 1, 18-24.
Pedro Gabilhaud, Bto. († 1794), día 13, 443-444.
Pedro García Bernal, Bto. († 1936), día 13, 444-448.
Pedro Gelabert Amer, Bto. († 1936), día 23, 823-824.
Pedro Jarrige de la Morélie de Pueyredon, Bto. († 1794), día 12, 383.
Pedro Julián Eymard, San († 1868), día 2, 51-57.
Pedro Mesonero Rodríguez, Bto. († 1936), día 10, 318-319.
Pedro Miguel Noël, Bto. († 1794), día 5, 132.
Pedro Tarrés Claret, Bto. († 1950), día 30, 1119-1129.
Pedro Vázquez, Bto. († 1624), día 25, 914-918.
Petra de San José (Ana Josefa) Pérez Florido, Bta. († 1906), día 16, 566-583.

Pío X (papa), San († 1914), día 21, 747-754.
Plácido García Gilabert, Bto. († 1936), día 16, 588.
Ponciano (papa), San († 236), día 13, 392-397.
Presentación de la Sagrada Familia (Pascuala) Gallén Martí, Bta. († 1936), día 8, 228-239.
Privato, San († 407), día 21, 770.

Radegunda, Sta. († 587), día 13, 406-410.
Rafael Alonso Gutiérrez, Bto. († 1936), día 11, 327-331.
Rafael Briega Morales, Bto. († 1936), día 15, 545-551.
Rainaldo de Concoregio, Bto. († 1321), día 18, 642-643.
Rainiero de Espálato, San († 1180), día 4, 111-112.
Ramón Grimaltós Monllor, Bto. († 1936), día 23, 823-824.
Ramón Illa Salvia, Bto. († 1936), día 15, 545-551.
Ramón Martí Soriano, Bto. († 1936), día 27, 1009-1010.
Ramón Nonato, San († 1240), día 31, 1163-1167.
Ramón Novich Rabionet, Bto. († 1936), día 13, 444-448.
Ramón Peiró Victorí, Bto. († 1936), día 21, 773.
Recaredo de Torrente (José María López Mora), Bto. († 1936), día 1, 24-31.
Ricardo Bere, Bto. († 1537), día 9, 297-298.
Ricardo Herst, Bto. († 1618), día 29, 1079-1080.
Ricardo Kirkman, Bto. († 1582), día 22, 800-801.
Ricardo Leigh, Bto. († 1588), día 30, 1086-1089.
Ricardo Lloyd, Bto. († 1588), día 30, 1086-1089.
Ricardo Martin, Bto. († 1588), día 30, 1086-1089.
Roberto Bickendike, Bto. († 1586), día 8, 241-242.
Roberto Morton, Bto. († 1588), día 28, 1042-1046.
Rogerio Cadwallador, Bto. († 1610), día 27, 1001-1002.
Roque, San († 1379), día 16, 562-565.
Rosa de Lima, Sta. († 1617), día 23, 804-811.
Rosa de Nuestra Señora del Buen Consejo Pedret Rull, Bta. († 1936), día 19, 684-700.
Rosa Fan Hui, Sta. († 1900), día 16, 587-588.
Rosario (Petra María Victoria) Quintana Argos, Bta. († 1936), día 23, 815-821.
Rubén de Jesús López Aguilar, Bto. († 1936), día 9, 284-290.

Sabina de Roma, Sta. († s. V), día 29, 1076-1077.
Salvador Estrugo Solves, Bto. († 1936), día 21, 772-773.
Salvador Ferrandis Seguí, Bto. († 1936), día 3, 84-87.
Salvador Lara Puente, San († 1926), día 15, 518-524.
Salvador Pigem Serra, Bto. († 1936), día 13, 444-448.
Samuel (profeta), San (Antiguo Testamento), día 20, 718-728.
Sancha (Janina) Szymkowyak, Bta. († 1942), día 29, 1083-1084.
Santa María la Mayor, cf. Nuestra Señora de las Nieves.
Santiago (hijo del Bto. Tomás Gengoro), Bto. († 1620), día 16, 585-586.
Santiago Bianconi, Bto. († 1301), día 22, 798.
Santiago Claxton, Bto. († 1588), día 28, 1042-1046.

Santiago Do Mai Nam, San († 1838), día 12, 384-385.
Santiago Gapp, Bto. († 1943), día 13, 426-435.
Santiago Kyuhei Gorobioye Tomonaga, San († 1633), día 17, 618-619.
Santiago Matsuo Denshi, Bto. († 1622), día 19, 703-707.
Santiago Retouret, Bto. († 1794), día 26, 945-946.
Santos de Urbino Brancorsini, Bto. († 1390), día 14, 471-472.
Sebastián Calvo Martínez, Bto. († 1936), día 12, 386-388.
Sebastián Riera Coromina, Bto. († 1936), día 15, 545-551.
Sebbi, San († 693), día 29, 1077-1078.
Secundino María Ortega García, Bto. († 1936), día 13, 444-448.
Serafina (Manuela Justa) Fernández Ibero, Bta. († 1936), día 23, 815-821.
Sidonio Apolinar, San († 479), día 21, 754-757.
Simeón Lukac, Bto. († 1964), día 22, 802-803.
Simón Bokusai Kyota, Bto. († 1620), día 16, 585-586.
Sinforiano, San († s. III/IV), día 22, 797-798.
Sixto II (papa), San († 258), día 7 (memoria), 153-158.
Sixto III (papa), San († 440), día 19, 701.

Tadeo Dulny, Bto. († 1942), día 6, 152.
Tarsicio, San († 257), día 15, 485-492.
Teodoro Ruiz de Larrinaga García, Bto. († 1936), día 13, 444-448.
Teresa Benedicta de la Cruz (Edith Stein), Sta. († 1942), día 9, 245-272.
Teresa Bracco, Bta. († 1944), día 29, 1084.
Teresa de Jesús Jornet Ibars, Sta. († 1897), día 26, 939-945.
Teresa de la Madre del Divino Pastor Chambó Pales, Bta. († 1936), día 19, 684-700.
Timoteo de Montecchio, Bto. († 1504), día 22, 798-799.
Timoteo Valero (Pérez), Bto. († 1936), día 1, 24-31.
Tomás Capdevila Miró, Bto. († 1936), día 13, 444-448.
Tomás de Cantelupe, Sto. († 1282), día 25, 912-914.
Tomás de Kempis, Bto. († 1471), día 24, 1196-1203.
Tomás Felton, Bto. († 1588), día 28, 1042-1046.
Tomás Gengoro, Bto. († 1620), día 16, 585-586.
Tomás Holford, Bto. († 1588), día 28, 1042-1046.
Tomás Koyanagi, Bto. († 1622), día 19, 703-707.
Tomás Percy, Bto. († 1572), día 22, 799.
Tomás Sitjar Fortiá, Bto. († 1936), día 19, 673-683.
Tomás Welbourne, Bto. († 1605), día 1, 40-41.
Tomás Whitaker, Bto. († 1646), día 7, 192-194.
Tomás Wo Jinyemon, Bto. († 1627), día 27, 1002-1007.
Transfiguración del Señor, día 6, 133-141.

Uldarico (Juan Bautista) Guillaume, Bto. († 1794), día 27, 970-979.
Urbano Gil (Sáez), Bto. († 1936), día 1, 24-31.
Urbano Gil Sáez, Bto. († 1936), día 23, 824-826.

Valentín de Torrente (Vicente Jaunzarás Gómez), Bto. († 1936), día 1, 24-31.
Valerio Bernardo (Marciano) Herrero Martínez, Bto. († 1936), día 31, 1168-1175.
Vicente Cabanes Badenas, Bto. († 1936), día 30, 1113-1119.
Vicente de Áquila, Bto. († 1504), día 7, 189-190.
Vicente María Izquierdo Alcón, Bto. († 1936), día 18, 648-649.
Vicente Rubiols Castelló, Bto. († 1936), día 14, 473-474.
Vicente Soler y Munárriz, Bto. († 1936), día 15, 553.
Victoria Díez y Bustos de Molina, Bta. († 1936), día 12, 358-374.
Victoria Rasoamanarivo, Bta. († 1894), día 21, 757-769.
Victricio de Ruán, San († 410), día 7, 187-188.
Vladimiro Laskowski, Bto. († 1940), día 8, 243-244.

Wenceslao Clarís Vilaregut, Bto. († 1936), día 12, 386-388.

2. **Colaboradores**

Ábalos, J. M. 141-145.
Álvarez, F. M. 804-811.
Ángel Luis 476-485.

Baigorri, L. 51-56.
Bau, C. 888-894.

Calvo Hernando, M. 939-944.
Carro Celada, J. A. 224-228 276-283 374-381 1104-1112.
Colombás, G. M.ª 1196-1203.
Chico González, P. 169-186 485-492 1168-1175.
Dalmases, C. de 18-24.
Díaz Fernández, J. M.ª 146-148 273-276 754-757 927-930.
Díaz Pardo, F. 775-780.
Domingo de Santa Teresa 159-165.

Echeverría, L. de 90-99 122-124 340-348 406-410 610-616 850-858.
Estal, G. del 950-960.

Ferri Chulio, A. de S. 84-87 327-331 635-641 663-683 811-815 980-987 987-991 1061-1064.

García Alonso, I. 603-610.
García Casado, P. 210-213.
García Martínez, F. 1011-1022.
Gomis, L. 60-65.
González Chaves, A. J. 69-76 467-471 566-583 684-699 859-868.
González Menéndez-Reigada, A. 197-210.
González Rodríguez, M.ª E. 358-374 757-769 1090-1103.
González Villanueva, J. 415-419.
González, A. 24-31 815-821 1113-1119.

Hermano Julián 419-426.
Herrero García, M. 562-565.

Ibáñez, M.ª E. 622-628.

Krynen, J. 658-662.

Langa, P. 307-313 493-502 591-602 663-673 868-877.
López, A. 628-635.
Llabrés y Martorell, P.-J. 81-84 392-396 452-461 898-901.
Llorca, B. 57-60 557-562.

Mansilla Reoyo, D. 1184-1188.
Mañaricúa, A. E. de 651-658.

Mañas, R. L. M.ª 1129-1144.
Martín Abad, J. 331-334 349-358 514-518.
Martín Hernández, F. 881-887.
Martínez de Vadillo, M. 116-121 747-753 1203-1208.
Meseguer Fernández, J. 321-326.
Molina Piñedo, R. 729-736 1029-1040.
Montaña Peláez, S. 12-17 397-405.

Núñez Uribe, F. 65-69 153-158 218-223 834-840.

Peraire Ferrer, J. 105-110 290-295 518-524 787-797 1119-1129.
Pérez Arruga, L. 503-509.
Pérez Ormazábal, J. J. 841-850.
Pérez Suárez, L. M. 125-130 133-141 966-969 1160-1163.
Placer, G. 1163-1167.

Repetto Betes, J. L. 31-38 38-43 77-80 87-89 99-104 111-116 130-132 149-152 187-195 214-217 228-239 239-244 284-290 295-301 314-320 334-339 381-390 426-435 436-451 461-466 471-475 544-555 583-590 616-620 641-649 700-709 736-740 740-746 770-774 797-803 822-826 878-880 901-910 911-920 945-949 970-979 991-999 999-1010 1040-1052 1067-1076 1076-1084 1086-1089 1145-1149 1176-1177 1209-1210.
Riber, L. 302-307.
Rodríguez Villar, I. 709-717.
Rodríguez, J. V. 165-169 245-272 524-543 930-938.

Sánchez Aliseda, C. 781-787 827-834 1179-1184.
Santidrián, P. R. 4-12.
Sendín Blázquez, J. 410-414 895-898 961-966 1023-1028 1158-1160.
Serrano, V. 44-50.

Vázquez Saco, F. 1189-1195.
Velado Graña, B. 718-728 921-927 1064-1067 1150-1157.
Viú, A. de 509-514.

Yzurdiaga Lorca, F. 1053-1060.

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR ESTE VOLUMEN DE «AÑO CRISTIANO. AGOSTO», DE LA BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS, EL DÍA 25 DE MAYO DEL AÑO 2005, FESTIVIDAD DE SAN GREGORIO VII, PAPA, EN LOS TALLERES DE SOCIEDAD ANÓNIMA DE FOTOCOMPOSICIÓN, TALISIO, 9. MADRID

LAUS DEO VIRGINIQUE MATRI

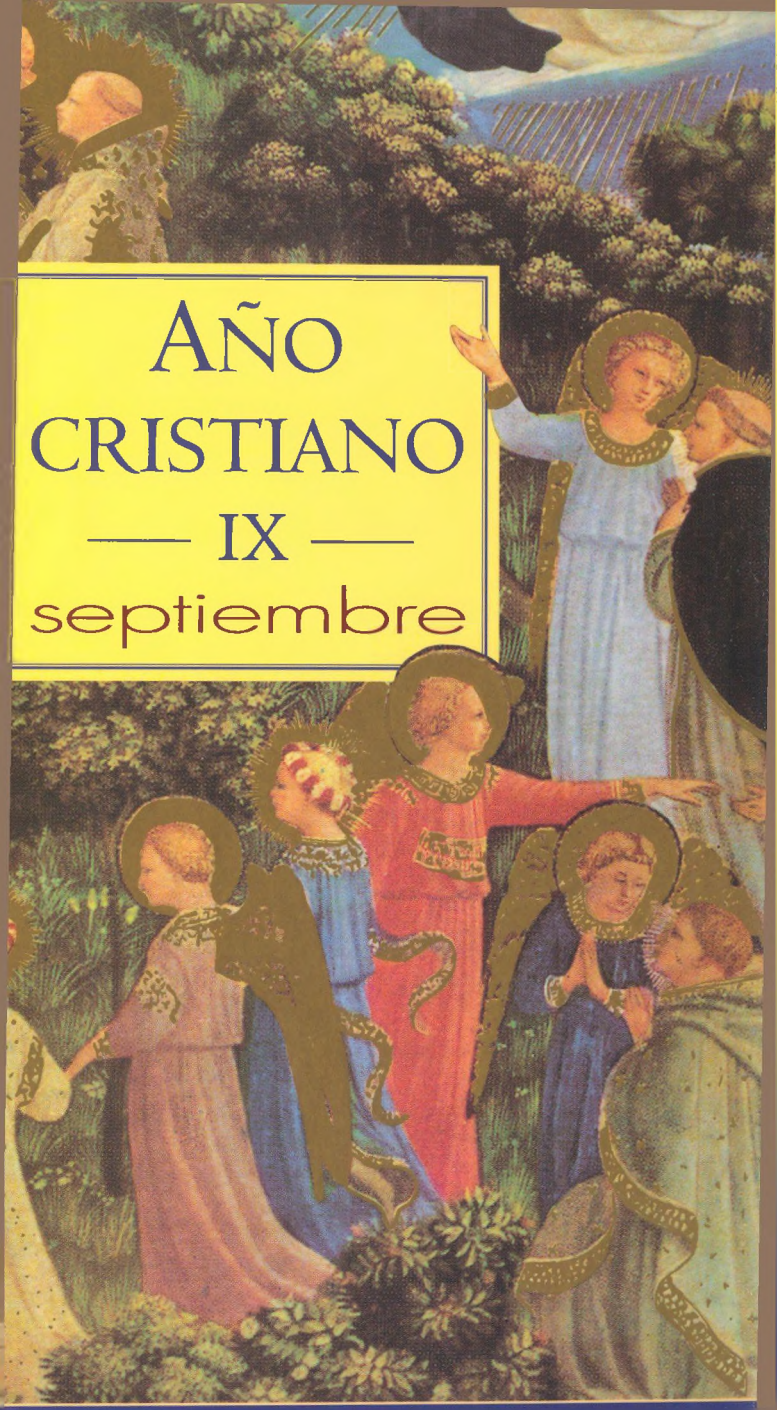

AÑO CRISTIANO

— IX —

septiembre

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS

AÑO CRISTIANO

IX

Septiembre

COORDINADORES
Lamberto de Echeverría (†)
Bernardino Llorca (†)
José Luis Repetto Betes

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS
MADRID • 2005

Ilustración de portada: *Juicio final* (detalle), Fra Angelico.

Guardas: *El juicio universal* (detalle), Giovanni di Paolo.

Diseño: BAC

© Biblioteca de Autores Cristianos
Don Ramón de la Cruz, 57, Madrid 2005
Depósito legal: M. 51.998-2002
ISBN: 84-7914-629-X (Obra completa)
ISBN: 84-7914-797-0 (Tomo IX)
Impreso en España. Printed in Spain.

ÍNDICE GENERAL

	Págs.
COLABORADORES	IX
PRESENTACIÓN	XI
NOTA INTRODUCTORIA	XV
Santoral de septiembre (martirologio, biografías extensas y biografías breves)	3
APÉNDICE	929
SANTOS DE LAS DIÓCESIS ESPAÑOLAS	967
CALENDARIO ESPAÑOL: MEMORIAS QUE CELEBRAN LAS DIÓCESIS ESPAÑOLAS	983
ÍNDICE ONOMÁSTICO	985

COLABORADORES

A) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

ANDRÉS MARTÍN, Melquiades
ARBELOA EGÜES, Agustín
BARBADO VIEJO, Francisco, OP
BENEYTO, Juan
CALDERÓN, Cipriano
CANTERA OLIVE, Julián
CAPÁNAGA, Victorino, ORSA
CARRO CELADA, José Antonio
CASTRO ALBARRÁN, Aniceto de
CHICO GONZÁLEZ, Pedro, FSC
COLUNGA CUETO, Alberto, OP
DÍAZ FERNÁNDEZ, José María
ECHEVERRÍA, Lamberto de
ENRIQUE DE SALAMANCA, Carmen
FERAUD GARCÍA, José María
FERRI CHULIO, Andrés de Sales
GARCÍA CORDERO, Maximiliano, OP
GARCÍA Y GARCÍA DE CASTRO, Rafael
GIL, Cesáreo
GONZÁLEZ CHAVES, Alberto José
GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, M.ª Encarnación
HUERGA, Álvaro, OP
IPARRAGUIRRE, Ignacio, SI
JANINI, José
JIMÉNEZ DUQUE, Baldomero
JOBIT, Pierre
LANGA, Pedro, OSA
LHOMANN VILLENA, Guillermo
LLABRÉS Y MARTORELL, Pere-Joan
LLORCA, Bernardino, SI
MARÍA DE LA EUCARISTÍA, RJM
MARTÍN ABAD, Joaquín
MARTÍNEZ GOÑI, Faustino
MARTÍNEZ SENDEROS, Pedro de Alcántara, OFM
MAZO ZUAZAGOITIA, Antonio del, OP
NÚÑEZ URIBE, Félix
PARDO, Veremundo, CM
PERAIRE FERRER, Jacinto

PÉREZ DE URBEL, Justo, OSB
PÉREZ SUÁREZ, Luis M., OSB (Leyre)
REPETTO BETES, José Luis
RODRÍGUEZ, José Vicente, OCD
ROMERO, Agustín, OCSO
RUIZ JIMÉNEZ, Joaquín
SÁNCHEZ ALISEDA, Casimiro
SENDÍN BLÁZQUEZ, José
TELLECHEA IDÍGORAS, José Ignacio
TERESA LEÓN, Tomás
TIBAU, Narciso
VALTIERRA, Ángel, SI
VALVERDE, José María
VELADO GRAÑA, Bernardo
VILLASANTE, Luis de, OFM
VIÑANO, Antonio
WALORECK, Mariano
XIMÉNEZ DE SANDOVAL, Felipe
YZURDIAGA LORCA, Fermín
ZORITA, Ángel

B) BIOGRAFÍAS BREVES

REPETTO BETES, José Luis

PRESENTACIÓN

Tras largos años de total *agotamiento editorial* vuelve ahora felizmente al catálogo de la BAC una obra que ocupaba en él un puesto relevante y que fue, durante décadas, alimento espiritual seguro y sabroso para infinidad de lectores: el AÑO CRISTIANO.

Quede, ante todo, constancia de la satisfacción con que la BAC devuelve al público lector —y en cierto modo a toda la Iglesia de habla española— esta obra preciada que tanto se echaba de menos y que nos era requerida con insistencia por muchos lectores y amigos. Larga ha sido la espera. Pero la BAC se complace ahora en relanzar un AÑO CRISTIANO compuesto y acicalado como lo piden las circunstancias eclesiales y articulado en doce volúmenes que irán apareciendo sucesivamente y que ofrecerán al lector la variedad y la riqueza del entero santoral de la Iglesia católica.

Las razones del dilatado eclipse que ha sufrido el AÑO CRISTIANO a pesar de su notorio éxito editorial de antaño son pocas y escuetas. Y muy fáciles tanto de explicar cuanto de entender.

El proceso de aceleración en canonizaciones y beatificaciones que ha experimentado la Iglesia después del Vaticano II —y muy singularmente en el pontificado del Papa Wojtyla— obligaba obviamente a complementar, corregir y ajustar el venturoso descalabro que el tiempo iba originando en los bosques y jardines de la hagiografía cristiana del pasado. Se imponían una poda y una plantación de renuevos cuya envergadura queda ahora patente en el estirón —de cuatro a doce— que ha experimentado este AÑO CRISTIANO.

Semejante tarea de revisión y actualización la hubiera emprendido la BAC. Era su obligación y su deseo. Pero su efecto habría sido precario. El pontificado de Juan Pablo II estaba ya demostrando con creciente evidencia que la santidad cristiana es una realidad de cada día y de cada latitud; que, por consiguiente, el martirologio o santoral, lejos de ser memoria fosili-

zada, es un caudal fresco y abundante que riega generosamente el hoy de la Iglesia. ¿Cómo intentar la actualización de algo que cambia y crece sin cesar?

Por otra parte, es sabido que el Concilio Vaticano II, en su constitución *Sacrosanctum Concilium,* ordenó la revisión y adaptación de todos los libros litúrgicos. El mandato alcanzaba también al Martirologio o Santoral, libro litúrgico de pleno derecho y de peculiar significación y complejidad dadas sus implicaciones históricas que requerían estudios críticos minuciosos y especializados. La tarea de su revisión podía resultar dilatada. ¿Cómo arriesgarse como editorial responsable a componer un AÑO CRISTIANO sin contar con la referencia obligada del Martirologio romano ya autorizadamente puesto al día? ¿No había que sacrificar las prisas editoriales o comerciales a la firmeza histórica y a la seguridad doctrinal que ofreciera la edición posconciliar? ¿No era ésa la mejor forma de servir a los intereses de los lectores?

El proceso de reforma y adaptación del martirologio romano ha durado desde 1966 hasta 2001, año en que apareció finalmente la llamada «edición típica». Una espera que ha otorgado al Martirologio romano una mayor credibilidad histórica, un orden hagiográfico más acorde con la doctrina y las reformas derivadas del Vaticano II y, en consecuencia, mayor fiabilidad para la vida litúrgica y la piedad cristiana.

Contando ya con la pauta insoslayable del martirologio reformado y renovado, se imponía ponerlo cuanto antes al servicio de los lectores y usuarios de habla castellana, tanto en España como en Hispanoamérica. Es un reto que la BAC ha asumido con responsabilidad editorial y que trata ya de cumplir con prontitud y rigor.

Estoy seguro de que nuestros lectores compartirán con la BAC la impresión de que la larga y obligada espera que ha tenido que observar nuestro AÑO CRISTIANO no le priva de sentido ni de oportunidad. Todo lo contrario. El momento presente, con sus grandezas y miserias, con sus luces y sombras en la parcela de lo religioso, hace especialmente atinada la publicación de un santoral serio y documentado de la Iglesia católica.

Son tiempos, los nuestros, de secularización que quiere decir, lisa y llanamente, de descristianización. A su sombra, las verdades de la fe y los juicios de la moral cristiana pierden vigencia y hasta significado. Algo que ocurre también en el terreno de la hagiografía. No es que haya desaparecido el culto a los santos, pero sí se ha nublado en buena parte su relevancia para la vida cristiana. Con la ignorancia ha sobrevenido la confusión. La cantera del santoral para dar nombres de pila a las personas está en declive. El conocimiento de las vidas de los santos se ha reducido hasta confundirlos con héroes o dioses de los martirologios paganos. Se ha acentuado, aun entre los que se profesan devotos de advocaciones concretas, la brumosidad de los contornos y de los conceptos.

En paralelo con el desconocimiento correcto de las hagiografías, han proliferado las supersticiones y las desviaciones de lo que debería ser una auténtica veneración de los santos. Se observa una notoria reducción de la piedad al utilitarismo. A los santos se los mete cada vez más en la zambra de los videntes, los adivinos, las cartas, la superchería y las voces de ultratumba. Ahora hay santorales para agnósticos y santorales de puro humor a costa de los santos que pueden alcanzar cotas notables de acidez o de impiedad. ¿No es el caso, nada infrecuente, de anuncios y montajes publicitarios a cargo del santoral y al servicio de cualquier producto en el mercado?

El servicio que la BAC pretende prestar con este renovado AÑO CRISTIANO a sus lectores y a la Iglesia tiene perfiles muy precisos.

Principalmente, la mejora de los recursos didácticos para una sabia y atinada catequesis. Los santos, sus vidas y ejemplos, son fuente inagotable para la educación cristiana. No es su utilidad terapéutica o milagrera lo que de ellos nos interesa, sino la enseñanza cristiana que se deriva de sus virtudes y conductas como testigos de Jesucristo, como reflejos de su vida y como *caminos* que nos llevan al *Camino* por excelencia, que es Él.

Este AÑO CRISTIANO no pretende, por tanto, fomentar la *santería* en detrimento de la *cristería,* dicho en términos populares. Muy al contrario, es una contribución a la *Cristología* a través de la *hagiografía.*

Algunos pastores y pastoralistas han alertado sobre el peligro de que el culto a tantos santos y beatos, la proliferación de tantas devociones particulares, pudiera difuminar, como *efecto colateral,* el aprecio central e irremplazable de Jesucristo. Sería aquello de que los árboles no dejaran ver el bosque.

Ni el peligro ni la advertencia son sólo de hoy. Léanse si no las constituciones conciliares *Lumen gentium* y *Sacrosanctum Concilium.* También la introducción que figura en la edición típica del Martirologio romano.

En cualquier caso, la BAC pone ahora en circulación esta nueva edición de su AÑO CRISTIANO como homenaje a Jesucristo cumbre de la santidad y modelo de todos los santos y beatos que la Iglesia ha reconocido a lo largo de los siglos como seguidores e imitadores del Maestro. «Por la hagiografía al Cristocentrismo» podría ser el lema de ese propósito editorial.

Perfiladas las circunstancias y las intenciones de esta obra, nada he de decir sobre su articulación, ni sobre los criterios metodológicos o redaccionales que se han seguido en su elaboración. Tanto estos como otros particulares técnicos que ayudarán en su utilización figuran en la *nota introductoria* preparada por el coordinador de la edición.

Con laudes o elevaciones solían cerrar sus páginas los santorales antiguos. La BAC se suma al amén, así sea, que venía después. Y se permitirá a la vez (no podía ser de otra manera) confiar el buen fruto de esta obra a la intercesión de todos los santos y beatos que —sin distinción de grado, sexo o condición— poblarán las páginas de este AÑO CRISTIANO renacido en los umbrales todavía del tercer milenio.

JOAQUÍN L. ORTEGA
Director de la BAC

NOTA INTRODUCTORIA

Definido el propósito de reeditar el AÑO CRISTIANO, empezamos por fijar criterios que sirvieran de guía para la nueva edición, y que ahora exponemos para información del lector y facilidad de su uso.

En primer lugar se fijó el criterio de que, con muy escasas excepciones, se reeditaría todo el conjunto de artículos que componía la segunda edición, la de 1966. Su texto no ha sufrido revisión ni variación. Va tal cual lo escribieron en su tiempo los diferentes y acreditados autores que lo firman. En el fondo no han tenido más añadidura que la referencia a la canonización de aquellos santos que entonces eran solamente beatos. Y esas excepciones son sobre todo las debidas a las variaciones introducidas por el nuevo Misal de Pablo VI, de 1969, que tiene algunos cambios en la denominación de fiestas, como la del 1 de enero, o en el santoral.

Pero no se quería simplemente reeditar, sino que se quería también completar y poner al día. Para completar, hemos añadido santos o beatos importantes anteriores a las últimas canonizaciones y beatificaciones y que en su día no se biografiaron en las primeras ediciones. Para poner al día, hemos añadido los nombres de muchos santos y beatos que en estos últimos tiempos han sido declarados tales por la Iglesia, y cuyo número, como es bien sabido, es grande.

Nos pareció que saldría una obra demasiado abultada si a cada uno de todos estos santos o beatos les señalábamos una nota biográfica de la misma extensión que las de las ediciones anteriores. Y para evitar ese tamaño demasiado crecido pero para no pasarlos tampoco en silencio hemos dividido las biografías en *extensas* y en *breves*. El criterio seguido para asignar a un santo o beato una biografía extensa o breve ha sido el de su importancia en el santoral: por ser más o menos conocido, por ser significativo de un tiempo o una situación, o por ser intere-

sante al público de habla hispana, o por ser fundador o fundadora de una comunidad religiosa, a todos los cuales fundadores o fundadoras hemos tomado el criterio de dedicar una biografía extensa. Y naturalmente hemos tenido en cuenta el cada día mayor santoral de las iglesias iberoamericanas.

Hemos añadido también artículos referentes a los tiempos litúrgicos, p. ej. *Cuaresma,* ya que son parte importante y vital de lo que se llama el año cristiano.

Y hemos añadido a cada día su martirologio o lista de los santos y beatos que para esa fecha señala el Martirologio romano. De esta forma, cada día puede saber el lector cuáles son los santos que la Iglesia conmemora, y de la mayoría de ellos tiene una nota biográfica, extensa o breve.

Esta obra sigue el nuevo *Martirologio romano* que, como edición típica, ha sido publicado el año 2001. Este seguimiento ha hecho que no demos entrada en el *Año cristiano* sino a los santos y beatos que en dicho Martirologio se recogen, enviando al Apéndice las notas biográficas de otros que no están incluidos en él pero que pueden resultar interesantes, por ejemplo, por celebrarlos, en su propio de los santos, alguna diócesis española. De todos modos son muy pocos. Igualmente ha obligado el seguimiento del nuevo Martirologio romano a resituar no pocas biografías que en las ediciones anteriores se encontraban en otras fechas y que han sido pasadas al día que ahora se les asigna.

Nos parece que este criterio de seguir el nuevo Martirologio no necesita defensa. Pues aunque se le hayan encontrado al texto del mismo algunos fallos de detalle, sustancialmente es un texto definitivo. No olvidemos que el Martirologio es un libro litúrgico, editado por la Congregación del Culto Divino y de la Disciplina de los Sacramentos, promulgado por la autoridad del Romano Pontífice, cumpliendo una determinación del Concilio Vaticano II. Se trata del registro oficial de santos y beatos que hace para su uso la Iglesia Romana y que tiene vigencia en todo el ámbito, tan mayoritario dentro de la Iglesia, del rito romano. Hay que decir que en su actual edición se ha hecho una grande e inmensa labor, verdaderamente meritoria, y que con ella se ha cumplido el objetivo conciliar de máxima historicidad, y el de

poner al día esta lista oficial con la añadidura no solamente de los nuevos santos sino también de los beatos, ya que, aunque en distintos niveles, unos y otros reciben legítimamente culto público en la Iglesia.

Con respecto a la bibliografía digamos que hemos seguido el criterio que se usó en las ediciones anteriores. Se ofrece en el primer volumen una bibliografía general actualizada. En ella se indican las obras que se refieren a todo el calendario o a una parte de él, por ejemplo, el santoral de una nación, el de una congregación u orden religiosa, el de los mártires de una persecución, etc. La bibliografía específica de cada santo o beato de las biografías extensas va al final de cada una de ellas.

Hemos pensado que con estos criterios volvemos a darle al lector el ya clásico AÑO CRISTIANO de la BAC pero con ampliaciones y mejoras que esperamos merezcan su atención.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES
Coordinador

AÑO CRISTIANO

IX

Septiembre

1 de septiembre

A) MARTIROLOGIO [1]

1. La conmemoración de Josué, hijo de Nun, caudillo de Israel, sucesor de Moisés **.
2. En Reims (Galia), San Sixto († s. III), primer obispo de la ciudad.
3. En Capua (Campania), San Prisco († s. IV), mártir.
4. En Todi (Umbría), San Terenciano († s. IV), obispo.
5. En Dax (Aquitania), San Vicente († s. IV), que es tenido por obispo y mártir.
6. En Zurcí (Suiza), Santa Verena († s. IV), virgen.
7. En Le Mans (Galia), San Victorio († 490), obispo.
8. En Aquino (Lacio), San Constancio, obispo († 570).
9. En Saint-Gilles (Galia Narbonense), San Gil († s. VI/VII), abad *.
10. En Sens (Neustria), San Lupo († 623), obispo *.
11. En Venecia, Beata Juliana de Collalto († 1262), abadesa benedictina *.
12. En Florencia (Toscana), Beata Juana Soderini († 1367), virgen, terciaria servita *.
13. En Madrid, beatos Cristino (Miguel) Roca Huguet, Proceso (Joaquín) Ruiz Cascales, Eutimio (Nicolás) Aramendia García, Canuto (José) Franco Gómez, Dositeo (Guillermo) Rubio Alonso, Cesáreo (Mariano) Niño Pérez, Benjamín (Alejandro) Cobos Celada, Carmelo (Isidoro) Gil Arano, Cosme (Simón Isidro Joaquín) Brun Arará, Cecilio (Enrique) López López, Rufino (Crescencio) Lasheras Aizcorbe y Faustino (Antonio) Villanueva Igual († 1936), todos ellos religiosos de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios, mártires *.
14. En Paterna (Valencia), Beato Alfonso Sebastiá Viñals († 1936), presbítero y mártir *.
15. En Barcelona, beatos Pedro Rivera Rivera († 1936), presbítero, religioso franciscano *; María del Carmen Moreno Benítez y María del Refugio Carbonell Muñoz († 1936), vírgenes, religiosas del Instituto de Hijas de María Auxiliadora **.

[1] Los asteriscos que aparecen en el martirologio hacen referencia a las biografías que siguen a continuación, que serán extensas (**) o breves (*).

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN JOSUÉ

Caudillo de Israel (Antiguo Testamento)

A juzgar por el tiempo que sobrevivió a Moisés, nació en Egipto, durante la esclavitud de los hebreos. Llamábase Oseas = *Salvación,* pero Moisés, al enviarle con los otros once exploradores a reconocer la tierra prometida, se lo cambió en el de Josué = *El Señor salva.* Por su padre Nun o Non (en griego *Nave)* y a través de sus cinco ascendientes Elisama, Amiud, Ladán, Taan y Tale, hermano de Beria, Sara, Rafa y Resef, hijos estos cinco de Efraím, descendía Josué de José, hijo del patriarca Jacob. Realzan su persona tanto el cambio de nombre como el detalle de su genealogía conservada en la Biblia. Elisama, abuelo de Josué, era uno de los doce tribunos, representando en los actos solemnes a la tribu de Efraím.

Por demás significativos son los epítetos y las frases con que el sagrado texto ha querido reflejar las hermosas cualidades personales de Josué. Oigamos al Eclesiástico:

> «Esforzado en la guerra fue Jesús (Josué) hijo de Nave (Nun), sucesor de Moisés en el don de profecía; grande según su nombre y más que grande como Salvador de los elegidos de Dios; vencedor de los enemigos de Israel y repartidor de la herencia de su pueblo. ¡Cuánta gloria alcanzó levantando su brazo y lanzando el dardo contra los muros del adversario! ¿Quién antes de él así combatió? Porque el Señor le puso en sus manos los enemigos [...] Fue siempre en pos del Omnipotente y en vida de Moisés hizo una obra muy buena junto con Caleb, hijo de Jefone, oponiéndose a la revuelta del pueblo para apartar de él la venganza divina y apaciguando el sedicioso murmullo y la maligna murmuración, resolviendo hacer frente al enemigo; estos dos fueron aquellos que del número de 600.000 hombres salieron salvos de todo peligro para conducir al pueblo a la posesión de la tierra que mana leche y miel».

En efecto —se nos dice en los Números—, todos aquellos hombres que Moisés envió a reconocer la tierra, y a la vuelta hicieron murmurar al pueblo contra él, publicando falsamente que la tierra era mala, fueron heridos de muerte a la presencia del Señor. Solamente Josué, hijo de Nun, y Caleb, hijo de Jefone, quedaron con vida de todos los que fueron a explorar la tie-

rra. La gran confianza que en Dios tenía le hizo clamar contra la infidelidad y perfidia de los otros; y así «Josué por su obediencia llegó a ser caudillo de Israel», pudo escribirse en el libro primero de los Macabeos. Tuvo el espíritu de sabiduría por imposición de las manos de Moisés; y Flavio Josefo le llama «varón de incomparable prudencia y elocuencia, así como fuerte y diligente en el mando supremo».

No es menos elocuente la narración de sus empresas políticas y militares, que llenan todo un libro de la Sagrada Escritura, al que se ha dado su nombre, considerándole muchos como su autor. Al primer encuentro bélico en Rafidín, cerca del Sinaí, con Amalec, que cortaba el paso a los israelitas, Moisés manda a Josué ponerse al frente de los soldados, mientras él con los brazos en cruz oraba en el monte. Esta designación de Josué como caudillo militar es aprobada por Dios, dándole la victoria y ordenando se escribiese para recuerdo perpetuo. Si Moisés asciende por mandato de Dios a la cumbre del Sinaí, es Josué el único que sube y baja con él y, como parece desprenderse de la narración bíblica, le acompaña también en la visión dentro de la nube. No en vano era para Moisés el principal, el íntimo, carísimo y familiarísimo; tan celoso de la gloria del Legislador que no pudo llevar en paciencia los carismas de Eldad y Medad, por temor a que su ejemplo suscitase la rebelión del pueblo. La misión política y militar de Josué tuvo dos partes: conquistar la tierra prometida y repartirla entre las tribus de Israel. El paso del río Jordán, la circuncisión de los que habían nacido en el desierto, la celebración de la Pascua, la aparición del ángel «príncipe del ejército del Señor», la conquista de Jericó, de Hai, la sumisión de los gabaonitas y el sometimiento primero de la Palestina del norte y después de la Palestina del sur, con la victoria de 31 reyes, son los hechos culminantes de la primera parte de la misión de Josué. En la segunda, asentadas al otro lado del Jordán las tribus de Rubén, Gad y media de Manasés en vida de Moisés, quedó a Josué la tarea de inspeccionar, medir y repartir entre las demás tribus el territorio de la Palestina cisjordánica. Dio cuarenta y ocho ciudades a la tribu sacerdotal de Leví, estableció seis ciudades de asilo (tres a cada lado del río), promulgó las bendiciones y maldiciones en los montes Hebal y Garizín, cele-

bró la fiesta de los Tabernáculos y el año sabático, y colocó en un sepulcro del campo de Jacob, cerca de Siquén (hoy *Naplus)*, los restos de José traídos de Egipto.

De tantos triunfos militares y políticos obtenidos con el divino auxilio, según la palabra del Señor, que le dijo: «Ninguno podrá resistiros en todo el tiempo de tu vida; como estuve con Moisés, así estaré contigo: no te dejaré ni te desampararé», es necesario destacar cuatro hechos por su evidente carácter sobrenatural: el paso a pie enjuto del río Jordán, el estrepitoso derrumbamiento de las murallas de Jericó, la lluvia de piedras en Betorón y la «detención» del sol en Azeca. «Mañana ha de obrar el Señor maravillas entre vosotros», dijo al pueblo Josué la víspera de pasar el Jordán. En efecto, «siendo el tiempo de la siega, el Jordán había salido de madre» y, sin embargo, sus aguas se dividieron y las que bajaban se detuvieron, «elevándose a manera de un monte», hasta que pasó todo el pueblo protegido por el Arca de la Alianza.

Al séptimo día de rodear procesionalmente con el Arca de la Alianza el recinto amurallado de Jericó, «levantando el grito todo el pueblo y resonando las trompetas, luego que la voz y el estruendo penetró los oídos del gentío, de repente cayeron las murallas». «¿No es así que al ardor del celo de Josué se detuvo el sol, por lo que un día llegó a ser como dos? Invocó al Altísimo todopoderoso mientras le estaban batiendo por todos los lados sus enemigos y el grande, el santo Dios, oyendo su oración, envió un furioso granizo de piedras de mucho peso».

Murió Josué de ciento diez años y fue sepultado en su ciudad de Tamnasaret, coincidiendo su historia probablemente con el año 1440 antes de J. C.

De la santidad de Josué dan testimonio, en primer lugar, las sagradas letras. Ellas dicen que «fue hombre de espíritu, que siempre anduvo en pos del Omnipotente, y en los días de Moisés mostró piedad y no se apartaba del Tabernáculo». Flavio Josefo termina su elogio con estas palabras: «Era en la paz bueno y generoso y además en toda virtud eximio». Josué ha sido tenido por los Santos Padres como figura y tipo de Jesucristo en su nombre y en sus hechos, y San Juan Crisóstomo le llama «Josué casto».

San Roberto Belarmino, reduciendo a compendio las virtudes de este general hebreo, se expresa de este modo:

> «Viniendo ya a las virtudes y privilegios de San Josué, diré: Fue el caudillo Josué de una inocencia igual a la del patriarca José, cuyo descendiente era. Otra virtud, y ella singularísima en nuestro Josué, fue la castidad virginal, en la que superó a la castidad del patriarca José y la de su señor y maestro Moisés. En cuanto a la fe en Dios, no sé que haya existido otro mayor que él, y lo mismo creo se puede afirmar de su esperanza y amor a Dios y al prójimo. A todos son notorias su prudencia y fortaleza».

En la literatura medieval se le cuenta entre los 24 ancianos del Apocalipsis, figurando su nombre al lado de Moisés. Su sepulcro, según San Jerónimo, fue venerado por Santa Paula en su visita a los Santos Lugares de Palestina; los árabes de esta región celebran también su fiesta iluminando el cenotafio tenido en Tibne por el sepulcro de Josué.

Y, para que nada falte a honrar su memoria, San Gregorio de Tours refiere que se curaban los leprosos bañándose en las aguas termales, que se creían de Josué, de Lévida, ciudad distante unas doce millas de Jericó. El mismo autor escribe que su padre, acudiendo a la intercesión de San Josué, curó de las fiebres y gota que padecía.

Coptos, griegos y el *Martirologio romano* le nombran el 1 de septiembre, como también Usuardo y Abdón, quienes le dan el título de «Profeta». Un calendario antiguo, llamado *Juliano,* le sitúa el 30 de abril y los musulmanes de Siria acuden a la ciudad de Trípoli, en el Líbano, para venerar el sepulcro de Josué, que ellos creen que está allí.

JULIÁN CANTERA ORIVE

Bibliografía

Textos: Libro de Josué; Éx c.17, 21, 32 y 33; Núm c.11, 14, 27 y 32; Dt c.1, 3, 31, 32 y 34; Jue c.1 y 2; 3 Re c.16; 1 Crón c.7; 2 Esd c.8; Ecl c.16; 1 Mac c.2 y comentarios correspondientes.

- Actualización:

ADOUL, A., *Josué* (Tarrasa 2002).

FLECHA ANDRÉS, J. R., «Josué, el talante de un líder joven», en J. ALEGRE ARAGÜÉS (ed.), *Personajes del Antiguo Testamento,* II (Estella, Navarra 1999) 9-20.

IBÁÑEZ ARANA, A., «Josué», en S. GUIJARRO OPORTO - M. SALVADOR GARCÍA (eds.), *Comentario al Antiguo Testamento,* I (Madrid-Salamanca 1997) 303-332.

PÉREZ MILLOS, S., *Josué. Comentario exhaustivo al Antiguo Testamento* (Tarrasa 2004).

SICRE DÍAZ, J. L., *Josué* (Estella, Navarra 2002).

MARÍA DEL CARMEN MORENO BENÍTEZ Y MARÍA DEL REFUGIO (AMPARO) CARBONELL MUÑOZ

Vírgenes y religiosas († 1936)

Entraron anónimos en el Clínico. Con sendos letreros numéricos colgados rodeando el cuello: *4676* y *4677*. Cadáveres tumefactos, contusionados, maltratados... Tras la pertinente «inspección médica» y con la ayuda de testimonios que facilitaron la identificación, fueron registrados:

> 4676. Una mujer. Procede del Hipódromo. Talla alta, de unos cincuenta y cinco años, gruesa, vestida de negro. Ropas marcadas: S(or) Moreno C(armen). Presenta una herida por arma de fuego con orificio de entrada en la región temporal izquierda y salida por el temporal derecho. Diagnóstico: Hemorragia cerebral traumática.
>
> 4677. Una mujer, procedente del Hipódromo. De unos cuarenta años. Talla regular. Gruesa. Viste traje claro. Presenta una herida por arma de fuego en la región supraciliar izquierda y otra en el cuello. Diagnóstico: Hemorragia cerebral traumática.

CARMEN MORENO BENÍTEZ había nacido en pleno verano andaluz. El 24 de agosto de 1885. Y en Villamartín, una pintoresca población gaditana, entre viñedos y olivares, en la rica geografía bañada por el Guadalete, unas aguas con historia.

Penúltima de cinco hermanos. Fruto de los amores cristianos de José y Fabiana, un matrimonio modélico, presumiblemente con más que regular situación económica, que aseguraba el pan, la educación y el porvenir de los hijos con el rendimiento de la explotación agrícola familiar. Pero, impensablemente, el cabeza de familia, en 1892, hizo viuda a la joven mujer y huérfanas a las cinco criaturas.

Fabiana creyó entonces que en Utrera, junto a los suyos, tanto ella como los niños estarían mejor, más protegidos, más acompañados. Así, con los pequeños y con el fardo del dolor y del desamparo a cuestas se presentó en el domicilio paterno.

Casi, casi eran vecinos de los salesianos, cuyas escuelas, oratorio e iglesia, ya conocidos por la madre, serán escenario de la formación humana y religiosa de los hermanos Moreno.

Carmelita —los suyos siempre la llamaron así— será alumna hasta después de la primera comunión, cumplidos los ocho

años. Entonces fue internada en el recién inaugurado colegio de las Hijas de María Auxiliadora, de Sevilla. Pero sólo un par de años, pues mamá prefirió tener a la niña a su lado y cuidarla personalmente, en atención a los insistentes dolores de cabeza que la mortificaban.

Oportunas molestias para acabar con la residencia colegial —por aquello de que prevenir es mejor que curar—, pues a la niña se la veía con una no disimulada afición a la vida consagrada. Una inclinación que hería el corazón materno.

Fabiana ya había ofrecido una hija a Dios. Ya le dio a sor Paz. Creía que ya había hecho bastante. Le faltaba generosidad para desprenderse también de Carmelita. Aun siendo sólidamente creyente, le faltaba fiarse de que el Señor proveería, supliendo los brazos y los cuidados de quien era un auténtico ángel del hogar, pues la mujer no andaba sobrada de salud. Total: una, sí. Pero dos, no...

La mentada sor Paz ilustra documentalmente sobre la infancia de su hermana Carmelita:

> «Desde muy pequeña fue buena y piadosa, dando pruebas de prudencia muy superior a su edad. De carácter suave y humilde, nunca se la vio disgustada ni hacer caprichos como los otros niños por querer una cosa u otra; lo que le daban o ponían estaba siempre bien para ella. Contemplando una noche la luna en el cielo estrellado y hermoso de nuestra tierra, recuerdo que dijo estas palabras:
> —Mamá, ¿por qué no me moriría yo cuando era chiquitina?
> —¿Y por qué, hija mía? —preguntó mamá.
> —Pues porque entonces tenía seguro el cielo».

¡Cuán lejos estaba ella de pensar que había de adquirirlo a precio de sangre! Dios, machacón, siguió llamando. Y Carmelita, entrando en la juventud y madurando la decisión. A Dios rogando y con el mazo dando... La insistencia, la bondad, el cariño de la muchacha acabaron por ganarse la voluntad materna. Acabaron venciendo, pero no convenciendo.

Fabiana, en diciembre de 1905, acompañó a su hija al postulantado sevillano de las Hijas de María Auxiliadora. Fue una separación dolorosa. Un desgarro familiar. Sacrificada la madre y sacrificado el hermano, que vivió meses engañado; sorprendiéndose al encontrarse con Carmelita vistiendo el hábito sale-

siano. Quedó tan impresionado que rompió a llorar como una criatura y durante mucho tiempo no quiso saber más de ella.

La toma de hábito fue en la ciudad del Guadalquivir, el 23 de agosto de 1906. Y la profesión religiosa, en Écija, en fecha 22 de octubre, dos años después.

La flamante profesa estrenaría destino retornando a Sevilla. Por obediencia se ve obligada a cursar estudios en la Escuela Normal, donde había aprobado el ingreso durante el postulantado. Era alumna y, a la vez, acompañante de las internas salesianas con las que compartía aulas y vocación docente. Cuatro años de ejemplaridad entre sus condiscípulas. Una especie de hermana mayor. Modelo de puntualidad, de aplicación, de pulcritud en el cuidado de sus libros y apuntes y en la presentación de los ejercicios, de compañerismo.

Ciertamente, no era una inteligencia del otro mundo, pero, suplidas por el esfuerzo personal las deficiencias de la naturaleza, sor Carmelita coronó felizmente los estudios el 19 de junio de 1912.

Empezaría el baile de traslados: inicialmente a Valverde del Camino, en la provincia de Huelva, donde se ensayará en la docencia y compartirá solaz con las niñas. No llegó a estar dos cursos: el 4 de marzo de 1914 la obediencia la lleva nuevamente a la ciudad del Guadalquivir, escenario de su solemne consagración a Dios en el inmediato 20 de agosto.

Feliz con las internas, con las que se mostraba benevolente, solícita, maternal. A menudo robando horas al sueño o al esparcimiento para limpiar los zapatos de las más pequeñas o coser los botones caídos y zurcir los rasguños de las más despreocupadas. Siempre, durante el día, con dedal, aguja e hilos en el bolsillo en previsión de una posible necesidad.

No sólo «superatenta» y cariñosa con las alumnas. También seguro y eficaz recurso para las superioras en los apuros de personal ante imprevisiones o circunstancias inesperadas. Y así, siempre sumisa y dócil, cubrió suplencias temporales, en 1916, en Valverde y, en 1921, en Jerez de la Frontera. Aquí, casualmente, le dio una afonía rebelde que llevaba semanas tratando infructuosamente hasta que un día, acabada la misa, le pide al celebrante que le dé la bendición de María Auxiliadora.

Que nos lo cuente ella misma:

> «Al recibirla percibí como si me pasara por la garganta algo muy leve y suave. Al salir de la capilla encontré a la directora que, bromeando, me dijo: "Grita con fuerza: ¡Viva María Auxiliadora!". Entonces yo efectivamente grité y me di cuenta de que había recuperado la voz, fuerte y natural, como si nunca hubiera padecido nada. Lloré de emoción. Había sido un milagro; lo reconocimos todas como un señalado favor de la Virgen María...».

Siempre fiel observante de las reglas, prudente, ordenada y caritativa, condescendiente en todo lo permisible. Que más, no...

De la ciudad de los famosos vinos salta, en diciembre de 1924, a Barcelona. Y, tras diez meses en la sede inspectorial salesiana, apartada de las aulas, nueva presencia en Valverde del Camino. Ya nada de provisionalidad. Ahora con el cargo de directora. Serán nueve años —hasta febrero de 1935— al frente de la comunidad y compartiendo con media docena de religiosas la educación de la población infantil onubense. Años de ilusionada dedicación salesiana en el internado, en las aulas, en el oratorio festivo, en los talleres de corte y confección. Y más allá, filtrándose apostólicamente en la parroquia y en las familias.

Quienes colaboraron con ella la han recordado:

> «Una verdadera madre». «Era muy observante, tenía un gran celo por la salvación de las almas». «No era emotiva y no se dejaba impresionar fácilmente. Era muy prudente».

Precisamente coincidente con su permanencia onubense fue la beatificación de Don Bosco. El 2 de junio de 1929. Una histórica efeméride salesiana que la superiora de Jerez tuvo la suerte de vivir en el doble escenario —Roma y Turín— de su celebración. Una gozada, inolvidable, a menudo evocada por la interesada...

Al triple trienio en Valverde del Camino le sigue un año de máxima responsabilidad en la casa de Jerez. Y ya de Andalucía a Cataluña, ignorando que será su último destino. Muy adelantado el invierno de 1935 va nuevamente a la barriada barcelonesa de Sarriá como vicaria de la casa inspectorial. Allí encontrará, entre los rostros ya conocidos, el de sor Amparo Carbonell.

MARÍA DEL REFUGIO (AMPARO) CARBONELL MUÑOZ, hija de Miguel y Carmen, había nacido el 8 de octubre de 1893 en Alboraya, una población de la huerta valenciana muy cercana a la capital de provincia y pegada al mar.

Humildes sus orígenes, enmarcados en el seno de una sencilla familia, cristiana y honrada, que vive exclusivamente de los cultivos hortofrutícolas. Infancia hambrienta de escolarización por culpa de la lejanía del centro educativo, pero posiblemente más por la precoz dedicación de la niña a las labores agrícolas.

Un hogar pobre pero honrado. Terreno abonado para el desarrollo de los valores cívicos, morales y religiosos. Salpicado de contrariedades y penas que moldearon la vida silenciosa y mortificada de Amparo. Sacrificada, sí; pero un carácter fuerte y voluntarioso, no precisamente dócil, contra el que hubo de luchar.

Amparo, una flor salesiana de la huerta de Valencia. Una dura y largamente probada vocación.

> «No tengo instrucción —se decía—. Mis padres, aunque buenos, se opondrán. No podré aportar al Instituto más que mi persona y mi trabajo, pues ellos al saber mi resolución se negarán a darme lo necesario [...] Y bien, lo que humanamente es imposible, he de conseguirlo con la oración».

Lo consiguió con la oración y redoblándose en la abnegación y en el espíritu de sacrificio. Penosas jornadas, abiertas al sol; de suplicio para los jóvenes brazos y espalda, cavando, sembrando, regando. Superándose en las atenciones cariñosas. Y en contacto con las salesianas de la capital, a cuya capilla, cumplidas las diarias obligaciones, acudía cada tarde para desahogarse y fortalecerse ante el sagrario.

Amparo Carbonell tenía veintisiete años cumplidos cuando el 31 de enero de 1921 llamaba a la puerta del noviciado, en la barriada barcelonesa de Sarriá. Iniciaría un período de formación específica, apuntalada con la atención a la corrección de su deficiente escolarización. Más la dedicación de cuidados al huerto, al jardín y a la limpieza doméstica.

Y, cumplidos seis meses, fueron los votos simples, curiosamente seguidos de un fuerte resfriado al que no dio importancia hasta que la fiebre la derrumbó. Ya imparable la complicación en la pleura. Y, pese a los solícitos cuidados y a la robusta

naturaleza de la exhuertana, también fue inevitable el deterioro vitalicio de la salud, sólo parcialmente recuperada. Las notables fuerzas físicas no volverían. Unas temporadas dolorosas, obligada a guardar cama, y otras menos, resignada, sufrida ella, intentará disimular el peso de su cruz, restando importancia al caso.

Terciando en los comentarios, acostumbraba a repetir: «Dios lo permite, tomémoslo como venido de sus manos». Y, cuando era explícitamente interrogada, correspondía: «Estoy como Dios quiere».

Eso sí, la mala salud no le restaba disponibilidad a cualquier posible favor en la vida comunitaria. ¡Cómo gozaba, por ejemplo, en la víspera de las festividades, adornando los patios y el salón de actos con macetas y abundancia de flores! Las plantas y flores que le hablaban de Dios y que mimaba en el jardín...

Sor Amparo hizo consagración a perpetuidad de su vida a Dios el 5 de agosto de 1929, en vísperas de la intranquilidad político-religiosa nacional nacida en la primavera de 1931. Tiempos peores vendrían.

Vinieron. Estallando revolucionariamente el 11 de mayo de 1931. Protagonistas de un triduo incendiario que devastó casi un centenar de templos y casas religiosas en las provincias de Málaga, Madrid, Sevilla, Cádiz, Valencia, Alicante y Murcia.

Entonces, ella buscó refugio con los suyos en Alboraya. Pero Dios conoce el ambiente, las provocaciones, el calvario que hubo de soportar.

Un testimonio: «El Señor la sometió a duras pruebas en familia, mas ella calla, sufre, reza, espera que se despeje el cielo de la patria».

Afortunadamente es por breve tiempo pues al año siguiente ya comparte techo y vida religiosa con la comunidad de Torrente, cerca de la capital del Turia, donde es recibida «con materna solicitud» —completa el testimonio— y donde «encuentra consuelo y nuevo entusiasmo para continuar en el camino de la santidad».

Fue una estancia de pocos meses. También ocasional. En otoño de 1932 nuevamente acude a la oración, cumple con humildes tareas domésticas, cultiva plantas y flores, cuida conejos

y gallinas en la casa de Sarriá. La directora recordaría su gran fuerza de voluntad para superar o, mejor aún, casi ignorar los constantes tropiezos de su achacosa salud: «Sor Amparo se distinguía por su laboriosidad y actividad. Tenía un carácter muy fuerte, pero se dominaba mucho».

Otra referencia: «Estaba totalmente entregada al sacrificio en su fidelidad a las humildes ocupaciones que le habían sido confiadas...».

Es inolvidable su profundo amor a la pobreza. Costaba ruegos e insistencia lograr que aceptara una nueva prenda de ropa. Y su espíritu de piedad, su permanente disposición de servicio, sus delicadezas caritativas y su callada entrega a las humildes labores que protagonizaba. Su entrega plena y fecunda a Dios, enmarcada en un físico débil como las cañas: «Su espíritu de sacrificio —certificó la directora de Sarriá— rayaba en el heroísmo» y de ello dio una prueba inolvidable en los trágicos días de la revolución.

Hemos llegado al mes de julio de 1936. Circunstancias muchísimo más agitadas y turbulentas que las primaverales de 1931. Dice Amadeo Burdeus:

> «Aún recientes las heridas que en nuestra Inspectoría dejaron las tristes jornadas de mayo de 1931, una nueva prueba infinitamente más dolorosa vino a interrumpir nuestras tareas, a destruir nuestros colegios y a arrebatarnos violentamente a los mejores».

Inicialmente, el día 18, sábado, fueron llamadas telefónicas amigas señalando la conveniencia de abandonar *Santa Dorotea,* que era colegio-internado, escuela de patronato y noviciado. Primera instalación salesiana en España, abierta en vida de Don Bosco gracias a un rosario de imprevistos y a la extraordinaria generosidad de la cooperadora doña Dorotea de Chupitea. Allí, desde fecha anterior, vivía retirado medio centenar largo de religiosas ejercitantes venidas de diversos puntos de España, sumadas ocasionalmente a la cuarentena de residentes y a la veintena de alumnas internas. Precisamente vicaria de la sede inspectorial, como sabemos, sor Carmen Moreno.

Los insistentes avisos de alarma, que no paran, surten efecto. Y el domingo, tras el almuerzo, las salesianas se visten de seglar y, fortalecidas con el alimento eucarístico administrado por un sacerdote, inician la dispersión.

Unas buscan hospitalidad junto a los suyos, en la ciudad o cercanías. Las sin familia al alcance y las novicias, en la torre de enfrente propiedad de un ciudadano alemán —un tal señor Jahr, protestante—, amigo y protector de la comunidad. Las niñas quedan a cargo de un generoso matrimonio.

Sor Amparo no quiere moverse. Permaneció sola en *Santa Dorotea,* cuidando las verduras, los conejos y las gallinas y guardando la propiedad. Acudiendo también en auxilio de las refugiadas, que abastecía del huerto, de la pequeña granja y de la despensa conventual. Sola únicamente unos días. Hasta la invasión revolucionaria y consiguiente instalación de la *Generalitat* o gobierno autonómico catalán en la sede inspectorial salesiana.

El 6 de agosto la nave italiana *Principessa Giovanna,* rumbo a Génova, pone a salvo a cincuenta y dos Hijas de María Auxiliadora y diez novicias. Todas legalmente autorizadas para exiliarse. Toda la comunidad salesiana barcelonesa a salvo.

Toda, menos Carmen Moreno, Amparo Carbonell y la ecónoma provincial, Carmen Xammar, internada en una clínica vecina, en convalecencia postoperatoria. Desaconsejable, por supuesto, su traslado al barco y la travesía. Naturalmente, abandonada en tales circunstancias no debía quedar. Difícil decisión que la Moreno y la Carbonell evitaron a la superiora, pues sin dejar aflorar la realidad del problema, rápidas, espontáneas, ellas ofrecieron su voluntad: «Nos quedaremos nosotras». Sublime rasgo de caridad del que la responsable de la comunidad dejará constancia testifical:

> «Había una hermana enferma que se encontraba en la clínica del doctor Corachán, donde había sido operada. Sor Carmen Moreno, a pesar de mi insistencia para que partiera hacia Italia, quiso quedarse para no dejarla sola y sor Amparo Carbonell dijo que se quedaría con sor Carmen Moreno, porque ella era más valiente y más dispuesta para todo lo que pudiera suceder».

Solas las dos en la torre del caritativo señor Jahr compartiendo rezos, temores, angustias y zozobras. A partir del 12 de agosto ya con la compañía de la operada.

Y el día 29 fueron sorprendidas las tres mujeres ante la inesperada visita de un campesino con un cesto de tomates y verduras colgado del brazo. Por supuesto no vende hortalizas.

Se trata de una astucia apostólica que posibilita el ministerio clandestino de un anciano valiente jesuita —el padre Bartolomé Arbona, enviado por una exalumna salesiana—, que absuelve, administra la eucaristía, exhorta, alienta, enfervoriza. En la última semana ha repartido más de mil comuniones.

Las tres comulgan y aún les quedan especies eucarísticas para dos días. Más, no. Pero tampoco habrá necesidad.

En la noche del primero de septiembre es la temida detención. Tras un largo y minucioso registro a cargo de un piquete armado extremista, justificándose en una hipotética madriguera antirrevolucionaria o en la posibilidad de un arsenal bélico. Fueron detenidas e innecesariamente paseadas en automóvil, dando vueltas y más vueltas para confundirlas, total para dejarlas en manos del comité, que las tuvo tres días y cuatro noches encerradas en una celda, durmiendo en una silla.

Referirá la Xammar, que abrió el desfile: «En una sala en la que había una mesa grande, cubierta con un mantel negro y con un cráneo encima». También recordó el interrogatorio.

—¿Profesa usted una religión que llaman católica?
—Sí, señor. Católica, apostólica y romana.
—¿Conoce usted los mandamientos de la ley de Dios?
—Perfectamente.
—Uno de ellos dice: «No mentirás». Luego ¿dirá usted la verdad en todo?
—Sí, señor.
—¿Es usted religiosa?
—Sí, lo soy por la gracia de Dios.
—¿Adoratriz?
—No, señor. Salesiana...

Y fue el turno de Carmen y de Amparo, o de Amparo y Carmen, que igual da. Y no sabemos quién fue llamada primero. Como tampoco conocemos el cuestionario a que fueron sometidas y su correspondencia...

Ya incomunicadas ellas con la Xammar, que afortunadamente viviría, lo poco que conocemos de las mártires es por su testimonio. Sólo hay constancia de que en las primeras horas del 1 de septiembre de 1936 los verdugos se llevaron a las víctimas al hipódromo de la ciudad, cercano al puerto. Las balas acribillaron el cuerpo de las dos mujeres, desangrándose sobre

el suelo. Hasta primera hora de la tarde los cadáveres no fueron retirados y transportados al Hospital Clínico. Nunca más se ha sabido de ellos.

Las mártires Carmen Moreno Benítez y Amparo Carbonell Muñoz fueron beatificadas el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

JACINTO PERAIRE FERRER

Bibliografía

BURDEUS, A., *Lauros y palmas. Crónica de la Inspectoría Salesiana Tarraconense* (Barcelona 1950).

CALLINO, M., *El color rojo del amor* (Madrid 2001).

Informe de la Inspectoría Salesiana (Barcelona 1941).

MONTERO MORENO, A., *Historia de la persecución religiosa en España (1936-1939)* (Madrid ²2004).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN GIL

Abad († s. VI/VII)

De San Gil (en latín Aegidius, en francés Gilles) hay que decir ante todo que fue un santo popular y que su culto estuvo extendido no sólo por Francia, Bélgica y Alemania sino también por España, de modo que cuando se reconquista Sevilla a mediados del siglo XIII (1248), una de las parroquias de la ciudad recristianizada se dedica a este santo, y en ella, con el tiempo, surgiría la hermandad de la famosa Virgen Macarena.

Pero, aparte su condición de abad, es difícil dar otros datos biográficos sobre él. Ni siquiera es seguro en qué siglo vivió, si en el VI, y entonces sería posible identificarlo con el abad Gil, enviado por San Cesáreo de Arlés a Roma en tiempos del papa San Símaco († 514), o en el siglo VII. El centro difusor del culto a San Gil fue una abadía de la región de Nimes, donde se encontraba su tumba, no siendo su biografía anterior al siglo X y ya de carácter plenamente legendario, toda ella compuesta de milagros sucesivos. Uno de ellos es muy conocido. Vivía San

Gil como solitario en una cabaña en el espeso bosque que rodeaba Nimes. Había en el bosque multitud de jabalíes y ciervos. Por providencia divina una cierva servía a Gil para proveerse de leche. Un día el rey Wamba estaba de cacería y la cierva de San Gil fue perseguida, poniendo su mano el santo para evitar fuera herida. Con este motivo el rey y el ermitaño vinieron a conocerse y le dio el monarca suficiente tierra para poder erigir en ella una abadía. Tiene numerosas iglesias dedicadas en todos los señalados países.

SAN LUPO DE SENS

Obispo († 623)

Este santo obispo de Sens tuvo mucho culto en su región y se le dedicaron iglesias y monasterios. Con relación a su vida parece que puede decirse que sus padres eran de Orleáns, gente acomodada y religiosa, y eran tíos suyos los obispos de Orleáns y Auxerre. Inclinado a la piedad y la entrega al Señor, se hizo clérigo y luego monje de Leríns y vivió con gran honestidad y ejemplaridad, lo que propició su elección a obispo de Sens, como sucesor del obispo Artemio (609). Pero los desórdenes políticos y la turbulenta situación existente favorecieron corriesen calumnias contra él que fue desterrado a Viomeu, lo que él aprovechó para hacer una estimable obra de evangelización. Devuelto a su sede por reclamación de los fieles, fue completamente vindicado de la calumnia y pudo proseguir su labor pastoral. Lo rodeó fama de taumaturgo.

BEATA JULIANA DE COLLALTO

Abadesa († 1262)

Nace Juliana en Treviso, de padres nobles, el año 1186. Era una niña todavía cuando vistió el hábito benedictino en el monasterio de Santa Margarita de Salarola, pero luego, en 1222, pasó al de Gemola, en territorio de Padua, con la Beata Beatriz de Este. En 1226 funda en la Giudecca, en Venecia, el monasterio de los Santos Blas y Cataldo, donde vivió con gran ejempla-

ridad hasta su muerte, recibiendo culto por parte de los fieles en torno a su tumba, muy visitada por ellos. Sobresalió por su devoción al Niño Jesús. Su culto fue confirmado el 30 de mayo de 1753 por el papa Benedicto XIV.

BEATA JUANA SODERINI

Virgen († 1367)

Esta virgen florentina aparece como terciaria servita, discípula y seguidora de Santa Juliana Falconieri, y distinguida como ella por su altísimo espíritu de oración y mortificación, señalándose también su lucha y victoria sobre el diablo. Facilitado parece por la canonización de Santa Juliana Falconieri en 1737, se logró, el 1 de octubre de 1828, la confirmación del culto de Juana por el papa León XII. Se han expresado dudas sobre la fecha de su muerte y sobre su verdadera relación con la citada santa.

BEATOS CRISTINO (MIGUEL) ROCA HUGUET Y MÁRTIRES HOSPITALARIOS DE CARABANCHEL ALTO (MADRID)

Proceso (Joaquín) Ruiz Cascales, Eutimio (Nicolás) Aramendia García, Canuto (José) Franco Gómez, Dositeo (Guillermo) Rubio Alonso, Cesáreo (Mariano) Niño Pérez, Benjamín (Alejandro) Cobos Celada, Carmelo (Isidoro) Gil Arano, Cosme (Simón Isidro Joaquín) Brun Arará, Cecilio (Enrique) López López, Rufino (Crescencio) Lasheras Aizcorbe y Faustino (Antonio) Villanueva Igual

Religiosos y mártires († 1936)

Se conmemora hoy el martirio de doce religiosos de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios que fueron inmolados por su condición de católicos y religiosos en las cercanías de Madrid el 1 de septiembre de 1936. Pertenecían a la comunidad del instituto-asilo San José, de Carabanchel Alto, institución dedicada a enfermos epilépticos, y en la que radicaba la Escolanía Apostólica.

El instituto, situado en medio de extenso pinar, en las afueras de Madrid, pudo soportar las difíciles circunstancias de 1936 hasta que, declarada la guerra el día 18 de julio, se recibió el día 29 la visita de un grupo de milicianos que rodearon la casa y exigieron a los religiosos se concentraran en una sala, mientras ellos procedían a un riguroso registro que duró tres horas alegando que buscaban armas. Cuando éstas no aparecieron por ninguna parte se marcharon, pero exigieron que cesara todo acto de culto o manifestación religiosa, debiendo retirarse de la iglesia todas las imágenes, y debieron los hermanos reunirse en el sótano de la ropería para poder efectuar sus rezos. Así estuvieron un mes entero, sin dejar —tal como era la consigna del P. General de la Orden— la atención a los enfermos. Pero el 29 de agosto llegó el alcalde de Carabanchel con el secretario y varias personas armadas y comunicaron a los hermanos que cesaban en la dirección del instituto, les exigieron la entrega de los libros de la administración y el dinero y avisaron a los hermanos que deberían marcharse pero que ellos les dirían cuándo. El día 1 de septiembre estaban los hermanos en las enfermerías disponiendo la comida de los enfermos cuando llegó otro grupo de hombres armados con orden de llevarse a los hermanos. Los religiosos fueron arrestados del peor modo, cacheados y obligados a subir a un autocar. Éste tomó la carretera de Boadilla del Monte y llegó al llamado Charco Cabrera. Aquí fueron conminados a bajar del autocar y se les alineó, siendo seguidamente fusilados y fueron cayendo a una fosa. Cuando los hermanos vieron que se les iba a matar gritaron vivas a Cristo Rey. Sus cadáveres serían después exhumados en 1942 y trasladados a la cripta del instituto. Fueron beatificados el 25 de octubre de 1992 por el papa Juan Pablo II en el grupo de 71 Hermanos Hospitalarios de San Juan de Dios muertos durante los días de la revolución española.

Sus datos personales son:

CRISTINO (MIGUEL) ROCA HUGUET nació en Molins de Rey (Barcelona) el 6 de junio de 1899, siendo bautizado con el nombre de Miguel. Otros dos hermanos suyos fueron religiosos hospitalarios y uno de ellos, Constancio, murió mártir en Calafell el día 30 de julio de 1936 y fue beatificado con su hermano.

Ingresó en la niñez en la Escolanía Hospitalaria de Ciempozuelos y por sus buenas cualidades se le pidió estudiase para sacerdote. Tras haber profesado como «hermano Cristino», hizo los estudios y se ordenó el año 1926. Fue capellán del Hospital de San Rafael de Madrid, maestro de novicios en Calafell y era director de la Escolanía Apostólica de Carabanchel Alto. Tenía un gran crédito como pedagogo y educador y era un excelente director de almas.

PROCESO (JOAQUÍN) RUIZ CASCALES nació en Beniel (Murcia) el 4 de octubre de 1887, de padres labradores, que en el bautismo le dieron el nombre de Joaquín. Tras una breve experiencia como ermitaño en La Fuensanta, ingresó en la Orden Hospitalaria el 15 de septiembre de 1915. Tras profesar como «hermano Proceso» estuvo destinado en las comunidades de Ciempozuelos, Madrid, Gibraltar, Valencia, Barcelona y por último fue enviado como superior a Carabanchel Alto. En agosto de 1936 le visitó un hermano suyo, acompañado de un jefe miliciano, y le hizo entrega de un salvoconducto, pero él no quiso aceptarlo si no se les daba a los demás hermanos.

EUTIMIO (NICOLÁS) ARAMENDIA GARCÍA nació en Oteiza de la Solana (Navarra) el 23 de octubre de 1878 y recibió en el bautismo el nombre de Nicolás. Con sólo 15 años hizo su ingreso en la Orden Hospitalaria. Diplomado en medicina y cirugía, tras profesar como «hermano Eutimio», fue enfermero mayor en diversos hospitales: Barcelona, San Baudilio de Llobregat, Madrid, Murcia, Santa Águeda, Palencia, Pamplona, Bogotá y Pasto en Colombia, y Carabanchel Alto, de cuya comunidad era vicesuperior. No quiso aceptar marcharse con sus familiares para no dejar a sus hermanos de comunidad.

CANUTO (JOSÉ) FRANCO GÓMEZ había nacido en Aljucer (Murcia) el 23 de diciembre de 1871 y fue bautizado con el nombre de José. Ingresó en los carmelitas pero hubo de dejarlo por motivos de salud. Posteriormente, en 1893, fue aceptado en la Orden Hospitalaria. Padecía de sordera en efecto y era delicado de salud, por lo que, una vez profesado con el nombre de «hermano Canuto», se le dedicó a sacristán. Tenía una fina sensibilidad artística y era buen pintor, conservándose pinturas suyas de corte delicado.

DOSITEO (GUILLERMO) RUBIO ALONSO nació en Madrigalejo (Burgos) el 10 de febrero de 1869 y fue bautizado con los nombres de Guillermo Tomás. A los 25 años ingresó en la Orden Hospitalaria, desempeñando su servicio en las casas de Ciempozuelos, Zaragoza, San Baudilio de Llobregat, Santa Águeda, Barcelona, Pamplona, Gibraltar, Granada, Calafell y Carabanchel Alto. Era muy humilde y servicial.

CESÁREO (MARIANO) NIÑO PÉREZ nació en Torregutiérrez (Segovia) el 15 de septiembre de 1878 y fue bautizado con el nombre de Mariano. Sintió la vocación religiosa pero su escasa estatura y poca presencia parecían ser una dificultad muy fuerte. Él insistió y logró ser admitido, tomando el nombre de «fray Cesáreo». Brilló por su constancia, entrega y regularidad en la observancia de la vida religiosa. Estuvo en las comunidades de Ciempozuelos, Pamplona y Carabanchel Alto. Cuando se disponían a fusilar a los demás religiosos, le dijeron que podía irse y buscarse la vida pero él insistió en quedarse con sus hermanos. Un miliciano entonces le dio tres tiros, de los que cayó a la fosa.

BENJAMÍN (ALEJANDRO) COBOS CELADA nació en Palencia el 9 de julio de 1887 y se le impuso en el bautismo el nombre de Alejandro. Ingresó en la Orden Hospitalaria a los 14 años y al iniciar el noviciado tomó el nombre de «fray Benjamín». Hizo los estudios de practicante y por ello en todos los centros a donde fue enviado tuvo el oficio de enfermero: Ciempozuelos, Barcelona, Madrid, San Baudilio de Llobregat, Málaga y Carabanchel Alto, desempeñando su oficio con gran competencia y dedicación.

CARMELO (ISIDORO) GIL ARANO nació en Tudela (Navarra) el 15 de mayo de 1879, recibiendo en el bautismo el nombre de Isidoro. Educado cristianamente en su piadoso hogar, tenía 27 años cuando se decidió por la Orden Hospitalaria, tomando en el noviciado el nombre de «fray Carmelo» y profesando el 24 de septiembre de 1904. Prestó servicios como enfermero en las casas de Ciempozuelos, Carabanchel Alto, Pamplona, Valencia y San Baudilio de Llobregat, de donde fue enviado otra vez a Carabanchel Alto. Aunque al estallar la guerra pareció dispuesto a volver a su casa, decidió por fin quedarse con los hermanos y arrostrar el martirio si fuera preciso.

COSME (SIMÓN ISIDRO JOAQUÍN) BRUN ARARÁ nació en Santa Coloma de Farnés (Gerona) el 12 de noviembre de 1894, siendo bautizado con el nombre de Simón. Con 16 años se colocó de criado en el seminario de Gerona, y aquí lo conoció el obispo mons. Pol que se lo llevó consigo como su sirviente personal. Simón lo atendió como un hijo hasta la muerte del prelado. Muerto el obispo, se colocó en Barcelona, pero no se sentía ya a gusto en el mundo y decidió su vocación religiosa, ingresando en enero de 1917 en la Orden de San Juan de Dios y tomando en el noviciado el nombre de «fray Cosme». Pasó por muchas casas de la Orden antes de su destino a Carabanchel Alto, de donde fue sacado para el martirio. Era un religioso de gran caridad y espiritualidad.

CECILIO (ENRIQUE) LÓPEZ LÓPEZ nació en un pueblo de Las Alpujarras, Fondón (Almería), el 25 de junio de 1901 y en el bautismo recibió el nombre de Enrique. Ingresó a los 15 años en la Orden Hospitalaria y al empezar el noviciado tomó el nombre de «fray Cecilio». Destacaba por su buena inteligencia y feliz memoria y los superiores lo destinaron al sacerdocio, pero al contraer la tuberculosis hubo de dejar los estudios. Enviado a Colombia, se repuso, y destacó como enfermero y practicante, habiéndosele ofrecido un futuro brillante en el mundo si dejaba la vida religiosa, pero él perseveró firme en su vocación. Vuelto a España en marzo de 1935 fue destinado a la casa de Carabanchel Alto. Cuando lo arrestaron, se dio cuenta de que iban a matar a los religiosos y se despidió de los enfermos diciéndoles que hasta el cielo.

RUFINO (CRESCENCIO) LASHERAS AIZCORBE nació en Arandigoyen (Navarra) el 15 de junio de 1900, siendo bautizado con el nombre de Crescencio. Educado cristianamente, era un joven verdaderamente piadoso y caritativo, cuando a los 27 años optó por la Orden Hospitalaria y al iniciar el noviciado tomó el nombre de «fray Rufino». En todas las casas por donde pasó dejó fama de religioso observante, siendo su último destino la de Carabanchel Alto.

FAUSTINO (ANTONIO) VILLANUEVA IGUAL nació en Sarrión (Teruel) el 23 de enero de 1913 y fue bautizado con el nombre de Antonio. Muerto su padre cuando tenía 4 años, se encargó

de él su abuela materna que lo educó cristianamente. Ingresó en la Escuela Apostólica de Ciempozuelos a los 10 años. Vuelve a su casa en 1930 por enfermedad, pero una vez repuesto regresa a la Escuela Apostólica, e ingresa en el noviciado con el nombre de «fray Faustino». Destinado a la comunidad de Carabanchel Alto, de esta casa saldría para el martirio.

BEATO ALFONSO SEBASTIÁ VIÑALS

Presbítero y mártir († 1936)

Nació en la ciudad de Valencia en el seno de una humilde familia el 27 de mayo de 1910, recibiendo en su casa una buena educación cristiana. Desde niño dio señales de inclinación al sacerdocio y participó como infantito por su buena voz en el Misterio de Elche. Con diez años ingresó en el seminario de Orihuela donde estudió humanidades. Pasó luego al seminario de Valencia, posteriormente al Colegio de San José y finalmente al Colegio Mayor de la Presentación. Se ordenó sacerdote el 15 de junio de 1933 y fue destinado como párroco a Ludiente. Amenazado para que dejara la parroquia por los enemigos de la religión, se mantuvo valientemente en su puesto. En octubre de 1935 fue destinado a Valencia, a la Escuela de Formación Social, materia en la que se había especializado, y se le dio el cargo de director espiritual. Este cargo se le dio a petición de don Ángel Herrera Oria, entonces director de *El Debate,* y que conocía las inquietudes sociales del joven sacerdote. La dicha Escuela era fundación de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas. Fue también profesor de Formación Social. Alfonso hizo una magnífica labor. Conoció y trató también al apóstol seglar el Beato Luis Campos Górriz, que moriría mártir el año 1936. Cuando el 19 de julio de ese año fue incendiado el palacio arzobispal, su padre le rogó que se retirara a casa de un hermano suyo que vivía en Ruzafa y sus hermanos le aconsejaron que, como tenía pasaporte, se marchara, pero él se negó. Detenido el 20 de agosto y llevado al Gobierno Civil, de aquí pasó a San Miguel de los Reyes. El día 1 de septiembre estaban su madre y su hermana esperando en la puerta de la cárcel para visitarle cuan-

do lo vieron salir en un camión y decirles adiós con la mano. Lo fusilaron en Paterna aquel mismo día.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO PEDRO RIVERA RIVERA

Presbítero y mártir († 1936)

Nació en Villacreces (Valladolid) el 3 de septiembre de 1912, recibiendo en el bautismo el nombre de Cándido. Tenía solamente trece años cuando ingresó en la escuela apostólica de la Orden franciscana, rama conventual, en el convento de Granollers. Cuando empezó el noviciado tomó el nombre de «fray Pedro». Terminados los estudios de filosofía, pasó a Ósimo (Italia) para hacer los primeros años de teología, que concluyó en Roma donde se licenció y recibió la ordenación sacerdotal el 21 de abril de 1935. En julio de ese año vuelve a España y en diciembre es designado guardián del convento de Granollers, pese a su juventud. Pero eran magníficas sus dotes y extraordinaria su preparación, así como su piedad y ejemplaridad religiosa. Llegado el 19 de julio de 1936, pasa la noche en casa de una familia y aunque regresa al convento al día siguiente, se ve obligado a huir y esconderse en casa de otra familia. El día 25 de julio tiene que salir de la casa y es detenido y llevado a la cárcel de Granollers donde halla a otros sacerdotes. El P. Pedro manifestó su disposición al martirio. Tres días más tarde, se le da un salvoconducto y sale de la cárcel, dirigiéndose a casa de una familia donde pasa varias semanas. A mediados de agosto se traslada a Barcelona, donde otra familia lo acoge. Fue detenido en dicha casa el día 22 de ese mismo mes por ser religioso, pues al llegar a arrestarlo no lo llamaron por su nombre sino por su condición de religioso. Se entregó pacíficamente y se lo llevaron. Consta que fue fusilado a finales de agosto o comienzos de septiembre. El *Martirologio de Barcelona* señala el día 6 de septiembre, pero el *Martirologio romano* ha preferido conmemorarlo el día 1 de dicho mes.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

2 de septiembre

A) MARTIROLOGIO

1. En Nicomedia (Bitinia), San Zenón († s. III), mártir.
2. En Nicea (Bitinia), Santa Teodota, con sus hijos Evodio, Hermógenes y Calixto († s. IV), mártires.
3. En Edesa (Osroene), San Habib († 322), diácono y mártir.
4. En Apamea de Siria, San Antonino († s. IV), mártir *.
5. En Tarragona, San Próspero († s. VIII), obispo *.
6. En Lyón (Galia), San Justo († d. 381), obispo, y luego ermitaño en Egipto *.
7. En el Monte Soracte (Lacio), San Nonoso († 570), abad.
8. En Autún (Borgoña), San Siagro († 599), obispo.
9. En Aviñón (Provenza), San Agrícola († 700), obispo *.
10. En el Piceno (Italia), San Elpidio († a. s. XI).
11. En Pontida (Bérgamo), santos Alberto y Vito († 1096), monjes.
12. En el Monte Carmelo (Palestina), Beato Brocardo († 1231), prior de los carmelitas **.
13. En Skeningen (Suecia), Beata Ingrid Elofsdotter († 1282), viuda, monja dominica *.
14. En París (Francia), en el antiguo convento de los carmelitas, beatos Juan María de Lau d'Allemans, Francisco José y Pedro Luis de la Rochefoucauld, obispos, y sus compañeros clérigos y/o religiosos Vicente, Abraham, Andrés Angar, Juan Bautista Claudio Aubert, Francisco Balmain, Juan Pedro Bangue, Luis Francisco Andrés Barret, José Bécavin, Santiago Julio Nonnaud, Juan Antonio Hacinto Boucharene de Chaumeils, Juan Francisco Bosquet, Claudio Cayx o Dumas, Juan Charton de Millon, Claudio Chaudet, Nicolás Clairet, Claudio Colin, Francisco Dardan, Guillermo Antonio Delfaut, Maturino Víctor Deruelle, Gabriel Desprez de Roche, Tomás Nicolás Dubray, Tomás Renato Dubuisson, Francisco Dumasramabaud de Calandelle, Enrique Hipólito Hermès, Armando de Foucault de Pontbriand, Santiago Friteyre-Durvé, Claudio Francisco Gagnière des Granges, Luis Lorenzo Gaultier, José Goizet, Andrés Grasset de Saint-Sauveur, Juan Antonio Guilleminet, Juan Bautista Jannin, Juan Lacan, Pedro Landry, Claudio Antonio Radulfo de Laporte, Roberto Le Bis, Maturino Legué, Santiago José Lejardinier Deslandes, Santiago Juan Lemeunier, Vicente José le Rousseau de Rosencoat, Fran-

cisco César Londiveau, Luis Longuet, Santiago Francisco de Lubersac, Gaspar Claudio Maignien, Juan Felipe Marchand, Luis Mauduit, Francisco Luis Méallet de Fargues, Santiago Alejandro Menuret, Juan Bautista Nativelle, Renato Nativelle, Matías Agustín Nogier, José Tomás Pazary de Thorame, Julio Honorato Cipriano Pazary de Thorame, Pedro Francisco Pazary de Thorame, Pedro Plonquin, Renato Nicolás Poret, Julián Poulain-Delaunay, Juan Roberto Quéneau, Francisco Urbano Salins de Niart, Juan Enrique Luis Samson, Juan Antonio de Savine, Juan Antonio Bernabé Seguin, Juan Bautista María Tessier, Lope Thomas o Bonnotte, Francisco Vareilhe-Duteil, Pedro Luis Verrier; y también Luis Barreau de la Touche, benedictino de la Congregación de San Mauro, Juan Francisco Burté, franciscano, Apolinar Juan Santiago Morel, capuchino, Ambrosio Agustín Chevreux y Renato Julián Massey, ambos benedictinos, Bernardo Francisco de Cussac, Santiago Gabriel Galais, Pedro Gauguin, Pedro Miguel Guérin, Santiago Esteban Felipe Hourrier, Enrique Augusto Luzeau de la Mulonnière, Juan Bautista Miguel Pontus, Pedro Nicolás Psalmon y Claudio Rousseau, todos ellos de la Sociedad de San Sulpicio; Carlos Jeremías Bérauld du Pérou, Francisco Luis Hébert y Francisco Lafranc, eudistas; Urbano Lefèvre, de la Sociedad de Misiones Extranjeras de París; Severino Jorge Girauld, terciario regular franciscano, todos ellos presbíteros; Luis Alejo Matías Boubert, Esteban Francisco Deusdedit de Ravinel y Santiago Agustín Robert de Lézardière, diáconos; Salomón Guillermo Nicolás Luis Leclerq, religioso de las Escuelas Cristianas; Augusto Nézel, clérigo, y Carlos Regis Mateo de la Calmette, seglar († 1792), todos ellos martirizados juntamente **.

15. En París, en la antigua abadía de Saint-Germain-des-Près, beatos Pedro Jaime María Vitalis y compañeros: Daniel Luis Andrés de Pommerayes, Luis Remigio Benoist, Luis Renato Nicolás Benoist, Antonio Carlos Octaviano de Bouzet, Juan Andrés Capeau, Armando Chapt de Rastignac, Claudio Fontaine, Pedro Luis Gervais, Santino Huré, Juan Luis Guyard de Saint-Clair, Alejandro Carlos Lenfant, Lorenzo (Laurent), Luis le Danois, Tomás Juan Monsaint, Francisco José Pey, Juan José Rateau, Marcos Luis Royer, Juan Pedro Simón y Carlos Luis Hurtrel, religioso mínimo este último, todos ellos presbíteros, y Luis Benjamín Hurtrel, diácono († 1792), martirizados todos ellos juntamente *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

BEATO BROCARDO

Religioso († 1231)

Es uno de los primeros santos del Carmelo, no por razón de su importancia sino por la cronología.

Alberto, patriarca de Jerusalén, dio la *Regla* o *norma de vida* a los ermitaños del Monte Carmelo, que vivían junto a la llamada

fuente de Elías, entre los años 1206-1214. El nombre de Brocardo, como destinatario de la Regla y como superior de los ermitaños, aparece dos veces en el texto albertino. Pero aparece simplemente con la B. inicial; así se puede ver en el Registro Vaticano y en los códices más antiguos. Esta inicial se interpretó como la primera letra de Brocardo.

En la dedicatoria de la Regla se dice: «Alberto, llamado a ser patriarca de Jerusalén por la gracia de Dios, a los amados hijos en Cristo B[rocardo] y demás ermitaños, que viven bajo su obediencia junto a la fuente de Elías, en el Monte Carmelo, salud en el Señor y bendición del Espíritu Santo».

Y ya hacia el final del escrito se vuelve a hacer mención de él, apostrofándole: «Y tú, hermano B[rocardo], y cualquiera que te suceda en el cargo de prior, recordad siempre y poned puntualmente por obra la máxima del Señor en el Evangelio: "El que quiera ser grande entre vosotros, que sea vuestro servidor, y el que quiera ser primero entre vosotros, que sea vuestro esclavo" (Mt 20,26-27; cf. Mc 10,43-44)». Y, como en contrapartida, a los súbditos se les exhorta a tratar «con deferencia y humildad a vuestro prior, fijándoos más que en su persona, en la de Cristo, que os lo puso como superior, y que afirma a propósito de los superiores de la Iglesia: "Quien a vosotros os escucha, a mí me escucha; quien a vosotros os rechaza, a mí me rechaza" (Lc 10,16). Hacedlo así para que no os condenen en el juicio por menosprecio de la autoridad; antes bien, os recompensen con la vida eterna, en pago de vuestra obediencia». Así quedaba ya delineada la relación entre la autoridad de Brocardo y sus ermitaños, bien fundada en los postulados y exigencias de la fe.

Al morir Brocardo fue enterrado, según parece, delante de la gruta de Elías en la basílica del Monte Carmelo. En la liturgia de la Orden, donde se recogían las noticias y tradiciones de la misma, en la famosa segunda lectura de los Maitines (= Oficio de lectura), llamada la «legenda», se dice que Brocardo había nacido en Jerusalén. En otros documentos se dice que había nacido al norte de Italia, en Lombardía. Deseando entregarse a Dios, ingresó en el monasterio del Monte Carmelo. Muerto el anterior superior de la Orden, el primer general latino, fue elegi-

do para el cargo Brocardo. Se dirigió al patriarca de Jerusalén, Alberto, y le pidió la Regla carmelitana, con cuyas consignas creció grandemente la familia religiosa en número y en calidad de vida. Conociendo el mencionado patriarca la prudencia y santidad de Brocardo, lo envió como legado suyo en son de paz ante el sultán de Damasco. Sus gestiones se vieron coronadas por el éxito. Y también se cuenta que al vicesultán de Egipto, enfermo de lepra, lo curó y llevándolo al Jordán, lo bautizó; y lo llevó consigo al Monte Carmelo y le dio el hábito de la Orden, en la que murió con la muerte de los santos.

Brocardo murió a los 80 años. Se nos han transmitido, adornadas y mejoradas sin duda, las exhortaciones finales que hizo a sus compañeros:

> «Hijos míos, el Señor nos ha llamado a ser ermitaños y por un regalo singular suyo nos llamamos Hermanos de la Bienaventurada Virgen María. Conservad con honor, después de mi muerte, este nombre. Perseverad constantes en el bien; llevad una vida conforme al modelo de María y Elías».

Santa Teresa gustaba de evocar la vida de los primeros ermitaños del Monte Carmelo y de invitar a la imitación de los mismos. En la Regla que ella usaba ya se nombraba explícitamente a San Brocardo; así en él y en sus compañeros de vida solitaria ponía ella los ojos cuando escribía:

> «Acordémonos de nuestros padres santos pasados, ermitaños, cuya vida pretendemos imitar; ¡qué pasarían de dolores y qué a solas, y de fríos y de hambre y sol y calor, sin tener a quién se quejar sino a Dios! ¿Pensáis que eran de hierro? Pues tan delicados eran como nosotras» (CV 11,4).

El culto de Brocardo se decretó en el capítulo general de la Orden en 1564. Suprimido del Breviario reformado de 1585, se introdujo de nuevo en 1609 y las lecciones propias —de las que hemos dado un resumen más arriba— fueron aprobadas por la Sagrada Congregación de Ritos en 1672.

A este santo se le suele representar con el hábito de la Orden carmelitana, a veces con franjas blancas y negras, lo que se llama la «capa barrada» *(fratres barrati),* y con la Regla recibida del patriarca de Jerusalén en la mano, como depositario de ese gran tesoro de espiritualidad.

JOSÉ VICENTE RODRÍGUEZ, OCD

Bibliografía

Acta sanctorum. Septembris (Venecia 1756) t.I, p.576-582.
Speculum carmelitanum, II (Amberes 1680).
STARING, A., «Brocardo, santo», en L. SAGGI (ed.), *Santos del Carmelo* (Madrid 1982) 270.

BEATOS MÁRTIRES «DE LOS CARMELITAS» [2]
(† 1792)

Ciento catorce víctimas inmoladas a la pasión antirreligiosa, entre ellas 95 recibieron, el 17 de octubre de 1926, los honores de la beatificación, pudiéndose establecer así, en todo su horror y en toda su gloria, el balance de la matanza hecha el 2 de sep-

[2] Juan María de Lau d'Allemans, Francisco José de la Rochefoucauld, Pedro Luis de la Rochefoucauld, Vicente Abraham, Andrés Angar, Juan Bautista Claudio Aubert, Francisco Balmain, Juan Pedro Bangue, Luis Francisco Andrés Barret, José Bécavin, Santiago Julio Nonnaud, Juan Antonio Hacinto Boucharene de Chaumeils, Juan Francisco Bosquet, Claudio Cayx o Dumas, Juan Charton de Millon, Claudio Chaudet, Nicolás Clairet, Claudio Colin, Francisco Dardan, Guillermo Antonio Delfaut, Maturino Víctor Deruelle, Gabriel Desprez de Roche, Tomás Nicolás Dubray, Tomás Renato Dubuisson, Francisco Dumasramabaud de Calandelle, Enrique Hipólito Hermès, Armando de Foucault de Pontbriand, Santiago Friteyre-Durvé, Claudio Francisco Gagnière des Granges, Luis Lorenzo Gaultier, José Goizet, Andrés Grasset de Saint-Sauveur, Juan Antonio Guilleminet, Juan Bautista Jannin, Juan Lacan, Pedro Landry, Claudio Antonio Radulfo de Laporte, Roberto Le Bis, Maturino Legué, Santiago José Lejardinier Deslandes, Santiago Juan Lemeunier, Vicente José le Rousseau de Rosencoat, Francisco César Londiveau, Luis Longuet, Santiago Francisco de Lubersac, Gaspar Claudio Maignien, Juan Felipe Marchand, Luis Mauduit, Francisco Luis Méallet de Fargues, Santiago Alejandro Menuret, Juan Bautista Nativelle, Renato Nativelle, Matías Agustín Nogier, José Tomás Pazary de Thorame, Julio Honorato Cipriano Pazary de Thorame, Pedro Francisco Pazary de Thorame, Pedro Plonquin, Renato Nicolás Poret, Julián Poulain-Delaunay, Juan Roberto Quéneau, Francisco Urbano Salins de Niart, Juan Enrique Luis Samson, Juan Antonio de Savine, Juan Antonio Bernabé Seguin, Juan Bautista María Tessier, Lope Thomas o Bonnotte, Francisco Vareilhe-Duteil, Pedro Luis Verrier, Luis Barreau de la Touche, Juan Francisco Burté, Apolinar Juan Santiago Morel, Ambrosio Agustín Chevreux, Renato Julián Massey, Bernardo Francisco de Cussac, Santiago Gabriel Galais, Pedro Gauguin, Pedro Miguel Guérin, Santiago Esteban Felipe Hourrier, Enrique Augusto Luzeau de la Mulonnière, Juan Bautista Miguel Pontus, Pedro Nicolás Psalmon, Claudio Rousseau, Carlos Jeremías Bérauld du Pérou, Francisco Luis Hébert, Francisco Lafranc, Urbano Lefèvre, Severino Jorge Girauld, Luis Alejo Matías Boubert, Esteban Francisco Deusdedit de Ravinel, Santiago Agustín Robert de Lézardière, Salomón Guillermo Nicolás Luis Leclerq, Augusto Nézel, Carlos Regis Mateo de la Calmette.

tiembre de 1792 a los sacerdotes encerrados en el convento de los carmelitas de París.

Eran todos refractarios al juramento exigido por la Asamblea Legislativa al proclamar la constitución civil del clero, solemnemente condenada el 12 de julio de 1790 por el papa Pío VI: se les llamaba los no juramentados.

Una serie de medidas vejatorias habían sido tomadas contra ellos: pérdida de su cargo, prohibición de cumplir con su ministerio; deportación, en fin, para muchos de ellos que no habían podido refugiarse a tiempo en países hospitalarios, como lo fue entonces España, arrestos en masa con la intención bien señalada de desembarazarse de ellos definitivamente.

La *Commune* de París, particularmente violenta en estos días de guerra en las fronteras, encarceló a 160 en el convento de carmelitas, vacío de sus huéspedes habituales. Los primeros detenidos llegaron el 11 de agosto de 1792. Tenían por delante veintidós días antes de su glorioso sacrificio.

El convento de carmelitas, que subsiste todavía englobado en el conjunto de edificios del instituto o universidad católica de París, había sido construido en 1611 en una casa de campo del noble Nicolás Vivian, jefe de la cámara de cuentas. Esta finca había sido comprada por los padres. Estaba situada en la esquina de la calle llamada ahora Camino de Vaugirard y de la calle Cassett, no lejos de la de Luxemburgo y de la iglesia de San Sulpicio.

Reducida en una gran parte de sus jardines por el urbanismo moderno, la universidad católica, y con ella el ilustre convento carmelitano, se extienden actualmente sobre un largo trozo de la calle de Assas.

Los padres carmelitas llegados así a París pertenecían a la admirable reforma de la Orden carmelitana, comenzada por Santa Teresa de Ávila y San Juan de la Cruz. Se sabía que al principio los carmelitas españoles no habían podido seguir a Francia a las religiosas —entre las cuales se encontraba Ana de Jesús y Ana de San Bartolomé— a las que había llevado Pierre de Bérulle. Fueron religiosos franceses, pero de la rama reformada por España, los que en 1611 vinieron a establecerse en París. En 1613 se comenzaba a construir el convento y la igle-

sia, que en 1620 estaba abierta al culto. Más de un detalle: las ventanas que dan al coro, por ejemplo; más aún, una pintura representando a Teresa y a su hermano Rodrigo en los Cuatro Postes, recuerdan la influencia española. La vida carmelitana se desenvolvió, durante más de un siglo, en este convento, que contaba entonces, en 1789, 64 religiosos. Éstos, hacia 1790, abandonaron los lugares al comité del distrito. Después de haber sido sucesivamente prisión y baile campestre, el convento desafecto era de nuevo un lugar de prisión cuando fueron dados los decretos contra los sacerdotes no juramentados. Volvamos, pues, a los prisioneros de «los carmelitas».

Poco a poco organizaron como pudieron una vida en común de lo más edificante. Alojados miserablemente en la iglesia conventual, tenían, sin embargo, el derecho de pasearse una hora por la mañana y una hora por la tarde en los vastos jardines del monasterio. Al fondo de estos jardines se encontraba un pequeño oratorio, llamado desde entonces capilla de los mártires y destruido por razones urbanísticas en 1867. Allí pasaban largas horas en oración y allí muchos recibieron el golpe mortal. El señor Cussac, sacerdote de San Sulpicio, pudo hacerse con las actas de los mártires y leía cada día un pasaje a sus hermanos, que se preparaban así a una muerte próxima. Recitaban el breviario, oraban constantemente, siguiendo el consejo del Maestro y cuando el municipio quitó todo lo que en la iglesia servía al culto, hicieron una cruz de madera hacia la cual pudiesen volver sus miradas.

Sin embargo, el procurador síndico de la *Commune,* Manuel, intentaba hacerles creer que iban a ser objeto de una medida de deportación. Algunos alimentaban así una secreta esperanza de liberación, pero los más perspicaces se encargaban de desilusionarlos. El primero de septiembre, con el fin de estar preparados a toda eventualidad decidieron negarse de nuevo al juramento si les fuese exigido éste como precio de liberación, y habiéndose confesado los unos a los otros, esperaron la voluntad y la hora de Dios.

Ésta había llegado, porque el ministro de justicia, Danton, era ahora encargado de ejecutar una reciente orden de la Commune, que disponía nada menos que la ejecución, si fuese posi-

ble discreta, de los rehenes de los carmelitas. Los sicarios de Maillard, bandidos de los cuales muchos no eran franceses, se encargaron de hacerla espectacular.

El 2 de septiembre, habiendo sido cambiada la guardia de los prisioneros y eliminados los honrados guardas nacionales, una atmósfera de muerte posó sobre los prisioneros... Después de la comida fueron autorizados, sin embargo, aunque con algún retraso, a dar su paseo habitual: eran las tres y media y ya habían comenzado las matanzas en otras prisiones de París.

Pero apenas habían franqueado la pequeña escalinata que comunicaba la capilla con los jardines cuando una primera banda de asesinos, armados de pistolas, picos y sables, penetró en el convento seguida de cerca por los saqueadores que Maillard acababa de utilizar en la prisión de la Abadía. Rápidamente fue forzada la guardia y los asesinos se desplegaron como olas rugientes por los jardines. Varios sacerdotes caen bajo los primeros golpes: una estela señala todavía, cerca de un pequeño estanque rodeado de bancos de piedra, testigos del drama, el lugar donde cayó el abate Giraud, dispuesto a recitar su breviario. Otros se refugian en el oratorio y se ponen a rezar. Un cierto número de detenidos, entre los más ágiles, llegan a escalar los muros del parque y buscan su salvación en las casas vecinas.

Tres obispos se encontraban encerrados con los sacerdotes no juramentados: monseñor Francisco José de la Rochefoucauld, obispo de Beauvais, es gravemente herido y conducido con su hermano Pedro Luis, obispo de Saintes, a la capilla: los dos perecieron en el último acto de la tragedia. Monseñor de Lau, arzobispo de Arlés, hace frente a los asaltantes, después de haber «agradecido a Dios el morir por tan bella causa» —dice a su vicario general—, avanza hacia los asesinos. «Yo soy el que buscáis —respondió a los que le llamaban a gritos—: el arzobispo de Arlés». Y cayó acribillado a golpes...

Detrás de él perecieron los sacerdotes refugiados en el oratorio. La sangre corrió. Los cuerpos sembraron el jardín apacible, testigo de tantas angustias y oraciones...

Entonces es cuando interviene Maillard. La matanza no sigue el plan que había trazado para enmascarar la iniquidad. De lo alto de una ventana, que se llama todavía «la ventana de

Maillard», da la orden de llevar a los sanos y a los heridos a la iglesia, a fin de proceder a un simulacro de tribunal, a una hipócrita parodia de justicia.

En el pequeño corredor que une hoy el salón de actos del instituto católico y los jardines se prepara una mesa; se colocan las listas. Maillard y el comisario Violette hacen desfilar de dos en dos a los que ya han condenado a morir. Una pregunta sobre el juramento. Una respuesta, siempre la misma: ellos rehúsan. Entonces son empujados hacia este pabellón que habían franqueado horas antes. Acribillados a golpes caen sobre las gradas: *Hic ceciderunt,* está escrito en la base de estas losas gastadas, desde lo alto de las cuales, en nuestros días, el obispo rector del instituto católico arenga paternalmente a los jóvenes sacerdotes estudiantes del seminario de los carmelitas el día de su ordenación sacerdotal. Lección de fidelidad y de perseverancia dada de este modo a los sucesores de los mártires.

Son las seis de la tarde. La matanza ha terminado. Los tristes héroes del drama van a hacer francachela en una pieza donde aún se ven, conservadas bajo el cristal, las largas huellas de sangre dejadas por sus armas depositadas a lo largo del muro: es la «sala de las espadas». A la efímera victoria de los amos de la *Commune,* corresponde en el cielo la victoria sin fin de los que ellos han asesinado.

Algunos cadáveres fueron arrojados a una fosa común en el cementerio de Vaugirard. Los otros fueron amontonados en un pozo situado detrás del oratorio donde tantos habían perecido.

Sus huesos están piadosamente conservados en la cripta de la iglesia de los carmelitas, donde se les puede fácilmente venerar al lado de una estatua de la Virgen, llamada Nuestra Señora de los Mártires, que debía encontrarse en el oratorio donde ellos la habían invocado con tanta frecuencia.

Es allí donde el peregrino de lejanos lugares de Francia gustará retirarse para recogerse ante los restos y los nombres de los 95 confesores caídos por la defensa de la fe el 2 de septiembre de 1792.

Varias diócesis de Francia han puesto en esta fecha, en su propio, la fiesta y el oficio de los mártires «de los carmelitas».

PIERRE JOBIT

Bibliografía

LENÔTRE, G., *Mémoires et souvenirs sur la révolution et l'empire* (París 1947).
— *Les pèlerinages de Paris révolutionnaire* (París 1944).
VANUXEM, J., *St. Joseph des Carmes* (París 1947).
VERDIER, J., OCD, *Les Carmes. Les lieux, les martyrs, les souvenirs* (París 1900; r1953).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN ANTONINO

Mártir († s. IV)

El anterior *Martirologio romano* señalaba la memoria de San Antonino el 2 de septiembre diciendo: *«En Pamiers, de Francia, San Antonino, mártir, cuyas reliquias se conservan con gran veneración en Palencia de España»*. En cambio, el nuevo *Martirologio* dice: *«En Apamea de Siria, San Antonino, mártir, el cual, siendo cantero, y habiendo destruido los ídolos gentiles, se cuenta que lo mataron los paganos por su celo religioso»*.

Puede verse que estamos ante dos muy distintas presentaciones del mártir Antonino. En la primera se sitúa su martirio en Francia, en la ciudad de Pamiers, en la segunda se sitúa el martirio en la ciudad siria de Apamea. En la primera se dice que sus reliquias se veneran en Palencia, y en la segunda se omite esta mención.

Este cambio en el nuevo *Martirologio* se debe a que hoy la crítica histórica parece estar segura de que el verdadero mártir que existió fue el San Antonino de la población siria de Apamea, mientras que el venerado en Pamiers no es sino una conversión en local del santo sirio, seguramente por haber allí reliquias del mismo. La leyenda sobre un San Antonino de Pamiers, al que se le hace recibir las órdenes sagradas, vivir en retiro y morir mártir, influye luego en la identificación del santo venerado en Palencia, de donde es patrono.

Veamos brevemente los datos. Por el *Martirologio jeronimiano* sabemos de un mártir Antonino en Apamea de Siria, joven de veinte años, sacrificado en tiempos ya del emperador Constancio, por haber atacado con su martillo de cantero las estatuas de los ídolos, hecho que acarreó fuese masacrado por los paganos. Esta noticia es la original y primera, y a ella se une la seguridad

de que tuvo una basílica en Apamea, basílica cuya existencia consta por documentos del siglo VI. Menciona la fiesta de San Antonino en Apamea el escritor Teodoreto, y recoge su memoria el *Sinaxario constantinopolitano,* como igualmente lo hace el *Calendario mozárabe.* Lo que varía es la fecha, pues el *jeronimiano* y el *mozárabe* lo ponen el 2 de septiembre, mientras que el *constantinopolitano* lo lleva a noviembre. Consta que la basílica de Apamea fue destruida por el rey Cosroes de Persia a comienzos del siglo VII, y antes de esa destrucción es cuando sitúan los bolandistas la traslación de las reliquias, apareciendo en Francia. Y se entiende que es de Pamiers de donde vinieron algunas a España, concretamente a Palencia.

Por su parte, Don Rodrigo Ximénez de Rada en su *De Rebus Hispaniae* cuenta que el rey Sancho III el Mayor († 1035) de Navarra, yendo de caza por las tierras donde había estado la entonces arruinada y desierta ciudad de Palencia, persiguiendo un jabalí, encontró una cripta donde estaba un altar dedicado a San Antonino con algunas de sus reliquias. Y de aquí vino la repoblación de la ciudad, la erección de su obispado y la construcción de una iglesia en honor del santo, proclamado luego patrono de la misma. Se le conoce como San Antolín. La cripta, calificada como visigótica y prerrománica, subsiste, y el culto a San Antolín sigue en Palencia. Sobre la identidad de San Antolín (sirio, francés e incluso español) se ha hablado no poco. El *Martirologio romano* actual no ha dudado, como decimos, en corregir al antiguo *Martirologio* y señalar a San Antonino como un mártir de Apamea en el siglo IV. Ésta es la identificación históricamente más segura.

SAN PRÓSPERO DE TARRAGONA

Obispo († s. VIII)

Al producirse en España el año 711 la invasión musulmana, el obispo de Tarragona, Próspero, huyó con algunos clérigos de su diócesis llevando consigo las reliquias de su predecesor San Fructuoso y de sus dos compañeros mártires y algunos libros litúrgicos de la catedral. Los fugitivos llegaron primero a Cagliari, en Cerdeña, pero luego se dirigieron a la costa ligur. El prelado

de Génova les permitió erigir una iglesia en honor de San Fructuoso, que con el tiempo evolucionaría a abadía benedictina y donde los compañeros de huida de Próspero llegarían a recibir culto como santos. El obispo hizo un viaje a Francia para obtener noticias de la situación de España y a su vuelta murió en Camogli, con signos de santidad, y donde se han conservado sus reliquias. Ésta es la versión que da de la vida del santo el arqueólogo tarraconense Juan Serra-Vilaró, discutida por no pocos. Confirmado por Pío IX el 4 de mayo de 1854 el culto que se le venía dando en Camogli, su fiesta se fijó para el 2 de septiembre. El nuevo *Martirologio* se limita a conmemorarlo como obispo de Tarragona.

SAN JUSTO DE LYÓN

Obispo y ermitaño († d. 381)

Justo era un clérigo de Lyón al que la comunidad eligió como obispo en la segunda mitad del siglo IV. Un hombre cometió un asesinato y, acogiéndose al derecho de asilo, se refugió en la iglesia. Pero las autoridades certificaron al obispo que podía entregarlo sin peligro para la vida del delincuente, y el obispo accedió. Pero el delincuente fue ejecutado, y esto llenó de tristeza y remordimientos al obispo. Luego de haber asistido a un concilio en Italia, ya no volvió a Lyón, pues temía que los fieles le impidieran cumplir su deseo de retirarse a la soledad. Por ello se estableció como solitario junto a Tournon y de ahí partió a Egipto, a un monasterio del desierto de Escete, con un clérigo de su iglesia, el lector Viador, quien le acompañó hasta su santa muerte. El cuerpo del obispo fue trasladado a Lyón y allí se le dio culto. Se ha pensado que no estilándose entonces el traslado de los cuerpos difuntos, podría ser que el santo hubiera vuelto a Lyón. Como se sabe que el santo estuvo en el concilio de Aquileya, en el 381, su muerte tiene que situarse años más tarde.

SAN AGRÍCOLA DE AVIÑÓN

Obispo († 700)

Debió nacer en Aviñón hacia el año 630. Hijo de San Magno, senador que se hizo luego monje y fue posteriormente elegido obispo de la ciudad. En la adolescencia fue enviado a perfeccionar sus estudios y formación cristiana al monasterio de Lerins. Aquí estuvo dieciséis años y en el curso de ellos se ordenó sacerdote. Luego lo llamó su padre a Aviñón y le dio un alto cargo en la curia episcopal. En el 660 su padre pidió al clero y al pueblo que lo aceptaran como obispo coadjutor suyo. En 670 le sucedió como obispo propio de la ciudad. Como la iglesia que tenía ya no bastaba a contener el número siempre creciente de fieles, hizo construir una segunda iglesia en el intramuros de la población y, para atenderla, llamó a una comunidad de monjes de Lerins. Se acreditó como celoso y constante predicador de la palabra de Dios y por sus numerosas obras de caridad, y puso todo su empeño en la asistencia y defensa de los pobres y los enfermos. Murió el 2 de septiembre, seguramente del año 700. Su tumba fue muy visitada por los fieles. En 1647 fue declarado oficialmente patrono de la ciudad, tanto tiempo, como es sabido, parte de los Estados Pontificios.

BEATA INGRID ELOFSDOTTER

Viuda y religiosa († 1282)

Nació en el primer tercio del siglo XIII en la provincia sueca de Östergötland. Llegada a la juventud contrajo matrimonio y, tras vivir honestamente en este estado, quedó viuda. Entonces hizo una peregrinación a Tierra Santa con su hermana Cristina y otras piadosas mujeres. Deseaba poder hacerse monja dominica pero no había todavía ningún convento de monjas de esta Orden en Suecia y entonces optó por vestir el hábito dominico y vivir en el mundo como si fuera una religiosa. Pudo ponerse en contacto con el P. Pedro de Dacia († 1279), religioso dominico y uno de los primeros escritores suecos. Se hizo hija espiritual suya y se dejó impregnar del espíritu dominicano. Así pudo poner en marcha el proyecto de erigir un convento de monjas

dominicas, dedicando a ello sus bienes, con la autorización del obispo y la del provincial de la Orden; el 15 de agosto de 1281 se inauguró en Skeningen el Monasterio de San Martín. A la ceremonia de la inauguración asistió el rey Magno, movido, además, por el hecho de que una de las nuevas monjas era su sobrina Margarita. Parece que Ingrid fue nombrada la primera priora, y ciertamente lo era un año más tarde cuando le llegó la muerte el 2 de septiembre de 1282. Venerada como santa, a comienzos del siglo XV empezó su causa de canonización pero no progresó mucho. Reiniciada a comienzos del siglo siguiente, tuvo lugar la solemne traslación de sus reliquias el 29 de julio de 1507, en presencia de la corte, de los reyes suecos, de la nobleza y de muchísimos religiosos, sacerdotes y fieles. Su convento y sus reliquias desaparecieron cuando Suecia adoptó la Reforma protestante. Ingrid es un nombre muy frecuente entre las mujeres suecas.

BEATOS MÁRTIRES DE LA ABADÍA DE SAINT-GERMAIN-DES-PRÈS DE PARÍS

Pedro Jaime María Vitalis, Daniel Luis Andrés de Pommerayes, Luis Remigio Benoist, Luis Renato Nicolás Benoist, Antonio Carlos Octaviano de Bouzet, Juan Andrés Capeau, Armando Chapt de Rastignac, Claudio Fontaine, Pedro Luis Gervais, Santino Huré, Juan Luis Guyard de Saint-Clair, Alejandro Carlos Lenfant, Lorenzo (Laurent), Luis le Danois, Tomás Juan Monsaint, Francisco José Pey, Juan José Rateau, Marcos Luis Royer, Juan Pedro Simón, Carlos Luis Hurtrel y Luis Benjamín Hurtrel

Mártires († 1792)

Cuando, llegada la Revolución Francesa, la Asamblea Nacional quiso regular a su propio gusto los asuntos religiosos y promulgó la constitución civil del clero, muchísimos sacerdotes se negaron a acatarla, alegando que era contraria a la fe y la disciplina de la Iglesia, la había condenado el Papa y no permitía tal juramento su conciencia. Se desató, en agosto de 1792, una caza de sacerdotes, convirtiéndose en cárceles varios edificios religiosos, entre ellos la abadía de Saint-Germain-des-Près, don-

de fueron llegando los sacerdotes arrestados a partir del 11 de agosto, una vez derrocada la monarquía. El día 1 de septiembre las noticias llegadas de Verdun certificaban la toma de la ciudad por los prusianos y se comenzó a pedir la muerte de los traidores. El periódico *L'ami du peuple* publicaba una proclama de Marat invitando a acabar con todos los enemigos. Salían ya de París algunas carretas llenas de sacerdotes y religiosos destinados a la deportación cuando son devueltas al Hôtel de Ville y de allí una plebe enfurecida los acompaña a la abadía de Saint-Germain-des-Près. Aquí se produjo entonces el linchamiento de tres sacerdotes y, en una sala, un remedo de juicio en el que los otros fueron condenados a muerte y, seguidamente, masacrados a golpe de sable cuantos se negaban a prestar el juramento exigido. Todos estos mártires fueron beatificados el 17 de octubre de 1926 por el papa Pío XI.

Éstos son sus datos:

LUIS RENATO NICOLÁS BENOIST nació en París el año 1742, hizo sus estudios en el seminario de San Nicolás de Chardonnet. Ordenado sacerdote en 1766, prestó su ministerio en la parroquia de San Pablo como miembro de la comunidad allí constituida. Pese a que se le prohibió el ejercicio del ministerio tras negarse a prestar el juramento constitucional, él continuó ejerciéndolo, lo que, sabido por la policía, motivó su arresto y prisión, y posterior asesinato.

LUIS REMIGIO BENOIST, hermano del mártir anterior, con el que fue arrestado y encarcelado e igualmente martirizado. Había nacido en París en 1755 y hecho sus estudios en el citado seminario de Chardonnet. Hizo ejercicios espirituales en mayo de 1792 y al término de los mismos todos los ejercitantes firmaron una declaración de fidelidad a la Iglesia. Tras estar con su hermano en los calabozos municipales, el día 1 de septiembre pasó a la abadía, y allí fue sacrificado la jornada siguiente.

ANTONIO CARLOS OCTAVIANO DE BOUZET había nacido en Bîves el 3 de marzo de 1739. Hizo los estudios en el seminario de San Sulpicio de París y se doctoró en derecho canónico. Obtuvo una canonjía en la catedral de Reims (1761), y fue nombrado vicario general de esta diócesis en 1771. De los calabozos del municipio pasó, el 1 de septiembre, a la abadía.

JUAN ANDRÉS CAPEAU no es seguro que naciera en Aviñón, aunque así parece, y no se sabe la fecha de su nacimiento. Era canónigo coadjutor en la iglesia de San Pedro de Aviñón. Cuando se vino a París, ayudaba en la parroquia de San Pablo. Arrestado el 27 de agosto de 1792, pasó de los calabozos municipales a la abadía.

ARMANDO CHAPT DE RASTIGNAC había nacido en una familia noble en Cognac el 1 de octubre de 1727. Fue vicario general de Arlés y preboste de la catedral de Tours y abad comendaticio de San Mesmil en Orleáns. Esta diócesis lo eligió diputado en la Asamblea del clero de 1789 y en los Estados Generales. Vivía en París en casa de su sobrina, la marquesa de Fausse-Landry. Cuando la Asamblea discutía la propuesta de apoderarse de los bienes de la Iglesia, publicó un folleto con una enérgica respuesta que le valió el elogio del papa Pío VI. Igualmente se opuso al proyecto de constitución civil del clero. Arrestado en agosto y llevado a la abadía, no sirvieron los oficios de su sobrina para liberarlo. Cuando vio entrar a los esbirros dio a todos la absolución desde una tribuna y se la pidió al Beato Lenfant. Enseguida fue muerto a golpes de pica.

CLAUDIO FONTAINE nació en París en 1749. Estudió en la Sorbona y en el seminario de San Nicolás de Chardonnet, ordenándose sacerdote el año 1775. Mayordomo de la parroquia de St. Jacques, perdió el cargo al negarse a prestar el juramento constitucional, pero siguió ejerciendo el ministerio clandestinamente. Arrestado y detenido en los calabozos municipales, en el mediodía del día 2 lo llevaron a la abadía, donde fue masacrado nada más llegar.

PEDRO LUIS GERVAIS nació en Montreil-en-Casi en 1753. Era el secretario del arzobispo de París. Arrestado por negarse a prestar el juramento constitucional, fue detenido en la abadía, y aquí martirizado.

SANTINO HURÉ nació en Vigny en 1765. Se ignoran de él otros datos sino los de que residía en París y se había negado a prestar el juramento constitucional, por lo que fue arrestado y llevado a la abadía, donde halló la muerte.

CARLOS LUIS HURTREL nació en París en 1760 y en su juventud se decidió por la vocación religiosa, ingresando en la

Orden de los Mínimos en la que profesó el año 1781. Posteriormente recibió la ordenación sacerdotal. En 1789 era bibliotecario de su convento. Al intimarse la posibilidad de dejar el convento o continuar la vida común, eligió esto último. Firmó la carta que los ejercitantes del seminario de los irlandeses enviaron al papa Pío VI el 23 de mayo de 1792. El 10 de agosto de 1792, a la caída de la monarquía, fue arrestado como partidario del rey y llevado a la abadía de Saint-Germain. Allí estaba el 2 de septiembre con su hermano menor.

LUIS BENJAMÍN HURTREL era hermano del anterior. Había estudiado en el seminario de los Treinta y Tres y en el de San Nicolás de Chardonnet. Arrestado con su hermano, compartió con él la prisión en la abadía, y en la mañana del 2 de septiembre fue convocado ante el tribunal, cuyo presidente preguntó a ambos hermanos si habían ya prestado el juramento constitucional. No les dio tiempo a contestar cuando uno del tribunal tomó su defensa y comenzó a discutir con el presidente. Y la discusión fue aprovechada por los violentos para asesinar a los dos hermanos. Luis Benjamín era diácono, y pertenecía al clero secular.

LORENZO (LAURENT). Consta con toda certeza que uno de los asesinados en la abadía de Saint-Germain-des-Près el día 2 de septiembre era el abate Laurent, coadjutor de la parroquia de San Pablo de París, y al que su párroco, el abate Sicard, que se libró de la masacre, calificó luego de buen docente, dulce, virtuoso y de gran valor. Otros datos suyos, incluyendo su nombre completo, se ignoran.

LUIS LE DANOIS nació en Moutiers-en-Beauptois en 1741. Era coadjutor de la parroquia de San Roque de París. Arrestado en la segunda quincena de agosto, fue llevado a la abadía, donde halló la muerte.

TOMÁS JUAN MONSAINT nació en Villerville el 18 de diciembre de 1725. Luego de haber estudiado filosofía y artes en Caen, ingresó en el seminario de Lisieux, donde se ordenó sacerdote el año 1749. Fue vicepárroco de Orbec-en-Auge, pasando luego a París como sacristán mayor del Hospital de la Salpetrière (1760), y desde 1761 vivía en la comunidad de sacerdotes de San Roque, que debió dejar en 1791 cuando se negó a

prestar el juramento constitucional. Vivía en una casa particular cuando a finales de agosto de 1792 fue arrestado y llevado a la abadía, donde fue martirizado.

FRANCISCO JOSÉ PEY nació en Solliès-Pont en 1759. Estudió en el seminario de Aix-en-Provence, luego en el seminario de San Sulpicio y más tarde en Tréveris. Párroco de Saint-Landry, fue elegido miembro de los Estados Generales. Una de las parroquias suprimidas en la Revolución fue la suya. Arrestado y llevado a la abadía, un intento de liberarlo un familiar suyo no dio resultado porque él se negó a abandonar a sus hermanos sacerdotes.

JUAN JOSÉ RATEAU nació en Burdeos el 18 de noviembre de 1758. Estudió en San Sulpicio, se graduó en teología (1778) y se ordenó sacerdote, continuando sus estudios hasta el doctorado. Llegada la orden de arresto a los sacerdotes, vivía escondido en una casa amiga cuando un criado lo delató. Encerrado en el calabozo municipal, fue llevado en carreta a la abadía en medio de una muchedumbre enfurecida.

MARCOS LUIS ROYER nació en París el año 1720. Doctor en teología y párroco de Saint-Jean-en-Grève, se quedó sin parroquia al ser ésta suprimida. Encerrado en el calabozo municipal, fue llevado en carreta a la abadía. Al llegar las noticias de la masacre del exconvento de los carmelitas, dio la absolución a todos y empezó a recitar las preces de los agonizantes. Fue el primero en ser llamado, se le preguntó si había prestado el juramento, respondió que no y fue asesinado. Era persona de vida santa y alto prestigio.

JUAN LUIS GUYARD DE SAINT-CLAIR nació en Avenelles en 1734. Al quedar huérfano, se lo llevó a París un tío suyo sacerdote. Estudió en el seminario de San Luis y obtuvo el título de maestro en Artes por la Sorbona. Ordenado sacerdote en 1759, obtuvo en 1762 la parroquia de Conquerel en la diócesis de Amiens, pero en 1786 renunció a ella por motivo de salud. Ya antes había obtenido una canonjía en la catedral de Soissons. Arrestado en Hardainville en 27 de agosto de 1792, fue llevado a París escoltado por la caballería y transportado a la abadía, donde pereció.

JUAN PEDRO SIMÓN nació en París el año 1720. Se ordenó sacerdote en 1750 y luego se licenció en derecho. Coadjutor

de Saint-Landry (1763), párroco de Poigny (1771), pasó luego como promotor al cabildo catedral de París (1783). Al ser suprimidos los cabildos, se quedó en su casa de París, donde fue arrestado en los últimos días de agosto y llevado a la abadía, en la que pereció.

PEDRO JAIME MARÍA VITALIS nació en Carpentras hacia 1730. Fue párroco de St. Nichole des Champs de París (1784), y al año siguiente tuvo el cargo de predicador, pasando luego como coadjutor a la parroquia parisina de St. Merry. Pedro se negó a prestar el juramento constitucional y su párroco, que lo había prestado, por su ejemplo se retractó. El 11 de agosto fue arrestado y llevado a la abadía, siendo el primer sacerdote en llegar a esta cárcel.

DANIEL LUIS ANDRÉS DE POMMERAYES era natural de Reims, y vivía en París. Fue arrestado por negarse a hacer el juramento constitucional y llevado a la abadía donde pereció.

ALEJANDRO CARLOS LENFANT (o LANFANT) nació en Lyón el 9 de septiembre de 1726. A los 15 años entró en la Compañía de Jesús en Aviñón. Tras la primera profesión ejerció la enseñanza en Aix, Besançon y Marsella, y una vez ordenado sacerdote se le dedicó al ministerio de la predicación. Suprimida la Compañía de Jesús en Lorena (1 de septiembre de 1768) pasó a Viena, donde fue predicador de la emperatriz María Teresa. Luego pasó a París, donde el rey Luis XVI lo hizo predicador suyo. Era un gran propagandista de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Luego de haberse negado a jurar la constitución civil del clero, el rey lo tomó como confesor, y se le acusó de haber proporcionado al rey la ayuda espiritual de un sacerdote refractario que le dio la comunión pascual. Buscado por los revolucionarios, a finales de agosto fue arrestado y llevado a la abadía. Pudo huir de las grandes masacres de comienzos de septiembre pero fue muerto por la calle el día 5 de aquel mismo mes. El *Martirologio* lo conmemora entre los mártires de la abadía de hoy.

3 de septiembre

A) MARTIROLOGIO

1. La memoria de San Gregorio Magno († 604), papa y doctor de la Iglesia, monje, cuyo tránsito fue el 12 de marzo **.
2. La conmemoración de Santa Febe, de Cencres († s. I), colaboradora del apóstol San Pablo *.
3. En Nicomedia (Bitinia), Santa Basilisa († s. IV), virgen y mártir.
4. En Córdoba, San Sandalio († s. IV), mártir *.
5. En Toul (Galia), San Mansuelo († s. IV), primer obispo de la ciudad.
6. En el Monte Titano (Rímini), San Marino († s. IV/V), diácono y anacoreta, de quien toma nombre la República de San Marino.
7. En Irlanda, San Macanisio († 514), obispo.
8. En Milán (Lombardía), San Auxano († 589), obispo.
9. En Montesarchio (Campania), San Vitaliano († s. VII/VIII), obispo.
10. En el monasterio de Stavelot (Brabante), San Rimágilo († h. 676), abad *.
11. En la isla de Lerins (Provenza), San Aigulfo, abad, y compañeros monjes († 675), mártires.
12. En Séez (Neustria), San Crodogango († s. VIII), obispo y mártir.
13. En el monasterio de Astino (Italia), Beato Guala († 1244), de la Orden de Predicadores, obispo de Brescia *.
14. En Nagasaki (Japón), beatos presbíteros Bartolomé Gutiérrez, de la Orden de Ermitaños de San Agustín, y compañeros: Vicente Carvalho y Francisco Terrero, de la misma Orden; Antonio Ixida, de la Compañía de Jesús, Jerónimo Jo, y Gabriel de la Magdalena, religioso franciscano († 1632), todos ellos mártires **.
15. En Piacenza (Emilia), Beata Brígida de Jesús Morello († 1679), viuda, fundadora de las Hermanas Ursulinas de María Inmaculada **.
16. En París (Francia), el martirio de los beatos Abel Alricy y setenta y un compañeros que fueron sacrificados en el seminario de San Fermín: Renato María Andrieux, Pedro Pablo Balzac, Juan Francisco María Benoît o Vourlat, Miguel Andrés Silvestre Binard, Nicolás Bizé, Pedro Bonzé, Pedro Briquet, Pedro Brisse, Carlos Carnus, Bertrán Antonio de Caupenne, Santiago Dufour, Dionisio Claudio Duval, José Falcoz, Gilberto Juan Fautrel, Filiberto Fougère, Pedro Juan Garrigues, Nicolás Gaudreau, Esteban Miguel Gillet, Jorge Jerónimo Giroust, José María Gross, Pedro Guérin du Rocher, Roberto Francisco Guérin du Rocher, Ivón Andrés Guillou de Kerenrun, Julián Francisco Hédouin, Pedro Francisco Hénocq, Eligio Herque o de Roule, Pedro Luis Joret, Santiago de Lalande, Gil Luis Sinforiano Lanchon, Luis Juan Mateo Lanier, Juan José de Lavèze-Velay, Miguel Leber, Pedro Florencio Leclerq, Juan Carlos Legrand, Juan Pedro Le Laisant, Julián Le Laisant, Juan Lemaître, Juan Tomás Leroy, Martín

Francisco Alejo Loublier, Claudio Luis Marmontant de Sauvigny, Claudio Silvano Mayneaud de Bizefranc, Enrique Juan Millet, Francisco José Monnier, María Francisco Mouffle, José Luis Oviefve, Juan Miguel Philipot, Santiago Rabé, Pedro Roberto Régnet, Iván Juan Pedro Rey de Kervizic, Nicolás Claudio Roussel, Pedro Saint- James, Santiago Luis Schmid, Juan Antonio Seconds, Pedro Santiago de Turménies, Renato José Urvoy, Nicolás María Verron, Carlos Víctor Véret, todos ellos presbíteros, y también Juan Carlos María Bernard de Cornillet, canónigo de San Víctor de París, Juan Francisco Bonnel de Pradel y Claudio Pons, canónigos de Santa Genoveva de París, Juan Carlos Caron, Nicolás Colin, Luis José François y Juan Enrique Gruyer, de la Congregación de la Misión; Claudio Bochot y Eustaquio Félix, de la Congregación de Padres de la Doctrina Cristiana; Cosme Juan Pedro Duval, capuchino; Pedro Claudio Pottier, de la Sociedad de Jesús y María; y Sebastián Desbrielles, maestro de escuela, Luis Francisco Rigot y Juan Antonio José de Villette, seglares († 1792) *.

17. En París (Francia), en la prisión de La Force el martirio de los beatos Juan Bautista Bottex, Miguel María Francisco de Lagardette y Francisco Jacinto le Livec de Tresurin († 1792), presbíteros, el último, religioso de la Compañía de Jesús *.

18. En Seúl (Corea), santos Juan Pak Hu-jae y cinco compañeras, María Pak Kun-agi Hui-sun, Bárbara Kwon-hui, Bárbara Yi Chong-hui, María Yi Yon-hui e Inés Kim Hyo-ju († 1839), mártires *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN GREGORIO MAGNO
Papa († 604)

San Gregorio Magno vivió un período de profundas convulsiones religiosas y políticas. Nacido hacia 540 en una familia de la nobleza romana, vivió los momentos más bajos de la curva de la caída de Roma y los primeros de una nueva época ascendente. Por ello puede ser considerado como el último romano, con el que se cierra el período de los grandes Padres y literatos de la Iglesia de Occidente, o como el primer hombre medieval que supo concretar en sus obras el espíritu de una nueva edad que se había de alimentar de su moral, ascética y mística hasta San Bernardo, Santo Tomás y Santa Teresa. Precisamente con su nacimiento —en 541— termina la cronología consular, que liquida definitivamente una de las instituciones básicas en la historia de Roma.

La familia de Gregorio era hondamente cristiana. Sus padres, el senador Gordiano y la noble Silvia, están emparentados con los Anicios. El palacio familiar se asienta en las estribaciones del monte Celio, en medio de un mundo lleno de recuerdos de la Roma del Imperio y de la primitiva Roma cristiana. Entre sus antepasados se encuentra el papa Félix III (483-492). La Iglesia venera en los altares a varios miembros de su familia. Su padre se dedicó al fin de su vida al servicio de la Iglesia como regionario. Su madre pasó los últimos años en el monte Aventino, en absoluto retiro. Sus tías Társila y Emiliana consagraron a Dios su virginidad. En las homilías que pronunció durante su pontificado, se complace en recordar el ejemplo de sus santas tías vírgenes. Ambas y sus padres figuran en el catálogo de los santos.

San Gregorio se formó en las escuelas de su tiempo. Por causa de las guerras habían decaído del esplendor logrado siglo y medio antes con Marciano Capella y casi aquellos mismos días con Casiodoro. Cursó derecho. De él quería hacer Justiniano la base necesaria de la unidad religiosa, política y territorial del Imperio. La formación jurídica de San Gregorio es profunda. Su alma severa y equilibrada encontró en ella una magnífica preparación para sus futuras e insoñadas actividades. Su formación literaria es menos brillante. Aún se trata en los centros universitarios de realizar el tipo ideal del orador, siguiendo las preceptivas de Quintiliano, y de Cicerón. En cambio, la formación bilingüe grecolatina ha desaparecido totalmente en el siglo VI. El santo no llegó a aprender la lengua griega, ni durante su larga estancia en Bizancio. Al terminar la carrera fue nombrado pretor (¿prefecto?) de la urbe. Eran tiempos de inseguridad y de guerras permanentes. Durante su niñez asistió a la entrada de Totila en Roma (546), a la cautividad de los romanos en Campania, a los asaltos de los godos a la ciudad en 549, a los últimos juegos circenses en el Circo Máximo, que Totila, con regia liberalidad, ofreció al pueblo romano al tiempo de despedirse. Gregorio vivió con intensidad la tragedia desgarradora de Italia, arrasada por las invasiones de los lombardos, y de Roma en ruinas. Aún hoy impresionan las descripciones de San Gregorio, de Pablo Diácono y de otros historiadores.

> «Por todas partes vemos luto —dice el santo—, por todas oímos gemidos. Las ciudades están saqueadas; los castillos, demolidos, la tierra, reducida a desierto. En los campos no quedan colonos ni en las ciudades se encuentran apenas habitantes... Los azotes de la justicia de Dios no tienen término, porque tantos castigos no bastan a corregir los pecados. Vemos a unos arrastrados a la esclavitud, a otros mutilados, a otros matados [...] ¡A qué bajo estado ha descendido aquella Roma que otras veces era señora del mundo! Hecha añicos repetidamente y con inmenso dolor, despoblada de ciudadanos, asaltada de enemigos, convertida en un montón de ruinas [...] ¿Dónde está el senado? ¿Dónde el pueblo? [...] Ya por ruinas sucesivas vemos destruidos en el suelo los mismos edificios».

Gregorio trabajó con entusiasmo juvenil en su quehacer político. Pero no encontró en sus quehaceres temporales la satisfacción que deseaba. Así comenzó a resonar en su alma la llamada a la vida contemplativa.

Entonces se cruzaron en su camino dos monjes benedictinos, Constancio y Simplicio. Procedían de Montecassino, de la generación inmediatamente posterior a San Benito. La historia tiene que agradecerles un santo, un papa, un doctor de la Iglesia, el maestro espiritual de la Orden, el discípulo más auténtico de San Benito y uno de los ascetas más importantes de la historia de la espiritualidad. La lucha interior antes de decidirse a entrar en el monasterio, y decir adiós a sus tareas temporales tan queridas, fue desgarradora. La describe el mismo santo en carta a su íntimo amigo San Leandro de Sevilla.

> «Yo diferí largo tiempo la gracia de la conversión, es decir, de la profesión religiosa, y, aun después que sentí la inspiración de un deseo celeste, yo creía mejor conservar el hábito secular. En este tiempo se me manifestaba en el amor a la eternidad lo que debía buscar, pero las obligaciones contraídas me encadenaban y yo no me resolvía a cambiar de manera de vivir. Y cuando mi espíritu me llevaba ya a no servir al mundo sino en apariencia, muchos cuidados, nacidos de mi solicitud por el mundo, comenzaron a agrandarse poco a poco contra mi bien, hasta el punto de retenerme no sólo por defuera y en apariencia, sino, lo que es más grave, por mi espíritu».

Al fin un día cambió el vestido de púrpura de gobernante por el humilde saco de monje, según noticia de Gregorio de Tours; convirtió en monasterio su palacio del monte Celio y comenzó su vida monacal. Tres fines buscó el santo en la vida del

claustro: separarse del mundo, mortificar la carne y, finalmente, la alegría de la contemplación.

> «Me esforzaba —dice en su epistolario— en ver espiritualmente los supremos gozos, y, anhelando la vista de Dios, decía no sólo con mis palabras, sino con la medula de mi corazón: *Tibi dixit cor meum: quaesivi vultum tuum, vultum tuum, Domine, requiram*».

Se dedicó con intensidad al estudio de la Sagrada Biblia, buscando la contemplación y la compunción de corazón. Ambos son sus temas preferidos, los hilos conductores de su ascética y de su mística. No en vano se le llama «doctor de la compunción y de la contemplación». También estudió con interés especial las vidas ejemplares de los monjes de Occidente. De ahí había de salir en el futuro su obra: *Diálogos de la vida y milagros de los Padres itálicos.* Allí se hizo hombre de oración y forjó su espiritualidad. Sus fórmulas alimentaron a los monjes y eclesiásticos durante muchos siglos.

A los cuatro años de paz monacal, Benedicto I le envió como nuncio (apocrisario) a Constantinopla (578), de donde volvió hacia 586. Octubre de 586 fue un mes de prueba. Lluvias torrenciales. Las aguas del Tíber alcanzaron en algunos puntos más altura que las murallas. Personas ahogadas, palacios destruidos, los graneros de la Iglesia inundados, hambre y, finalmente, la peste. Una epidemia de peste inguinar se extendió por Roma, superpoblada de refugiados de los avances lombardos. Una de las primeras víctimas de la peste fue el papa Pelagio II. Ante aquel espectáculo, clero, senado y pueblo reunidos eligieron Papa a San Gregorio. De este modo quedó Gregorio arrancado definitivamente de la soledad que buscara en el monasterio. «Mi dolor es tan grande, escribe a un amigo de Constantinopla, que apenas puedo expresarlo. Triste es todo lo que veo y todo lo que se cree consolador resulta lamentable en mi corazón». El primer Papa monje llevó su concepción monacal a la espiritualidad, a la liturgia, al pontificado.

Al principio de su pontificado publicó la *Regula pastoralis,* que llegó a ser durante la Edad Media el código de los obispos, lo mismo que la Regla de San Benito era el código de los monjes. Gregorio es, ante todo, el pastor bueno de su grey, es decir, de Roma y de toda la cristiandad.

> «Importa, dice en uno de los párrafos de la *Regla pastoral,* que el pastor sea puro en sus pensamientos, intachable en sus obras, discreto en el silencio, provechoso en las palabras, compasivo con todos, más que todos levantado en la contemplación, compañero de los buenos por la humildad y firme en velar por la justicia contra los vicios de los delincuentes. Que la ocupación de las cosas exteriores no disminuya el cuidado de las interiores y el cuidado de las interiores no le impida el proveer a las exteriores».

Éste fue el programa de su actuación. San Gregorio es un genio práctico, un romano de acción. Para él, gobernar es el destino más alto de un hombre, y el gobierno espiritual es el arte de las artes *(ars artium regimen animarum).* Su solicitud pastoral llegó a todas las iglesias: España, Galia, Inglaterra, Armenia, el Oriente, toda Italia, especialmente las diez provincias dependientes de la metrópoli romana. Fue incansable restaurador de la disciplina canónica. En su tiempo se convirtió Inglaterra y los visigodos abjuraron el arrianismo. Él renovó el culto y la liturgia con los famosos *Sacramentario* y *Antifonario* gregorianos, reorganizó la caridad en la Iglesia, administró en justicia el *patrimonium Petri.* Sus obras teológicas y su autoridad fue indiscutida hasta la llegada del protestantismo. En el siglo XIX y a principio del XX fue objeto de profundos estudios de crítica racionalista. En nuestros días es largamente estudiado por la historiografía católica. Dio al Pontificado un gran prestigio como San León Magno o el papa Gelasio. Su voz era buscada y escuchada en toda la cristiandad. Su obra fue curar, socorrer, ayudar, enseñar, cicatrizar las llagas sangrantes de una sociedad en ruinas. No tuvo que luchar con desviaciones dogmáticas, sino con la desesperación de los pueblos vencidos y la soberbia de los vencedores. Cuando los cónsules habían desaparecido, su epitafio resume su gloria llamándole «cónsul de Dios».

Como obispo de Roma su primera preocupación fue llevar al pueblo a las prácticas de la fe. Repristinó con renovado fervor la interrumpida costumbre de las estaciones. A ellas se deben las *Cuarenta homilías sobre los Evangelios.* Veinte las pronunció él mismo; las otras las leían en su presencia clérigos de su séquito, cuando sus agudos dolores de estómago le impedían predicar. Gregorio fomenta las prácticas de piedad, las buenas obras, las devociones populares, el culto a las reliquias, la doctrina de

los novísimos. Presenta el ideal de la vida cristiana en toda su integridad. A la vez renueva el culto. Introduce una serie de reformas en la liturgia que ha hecho famoso el *Sacramentario* gregoriano. Mandó se dijese *alleluia* fuera del tiempo de Pentecostés; que se cantase el *kyrie eleison;* que el *Pater noster* se recitase después del canon... Se le criticó repetidamente de querer bizantinar la liturgia romana.

La reforma que más fama le ha dado es la del llamado canto gregoriano. Gregorio restauró y renovó la *Schola cantorum* y compiló el antifonario llamado en su honor gregoriano. La *Schola* llegó a ser un centro superior de cultura musical, y seminario del clero romano. La obra de San Gregorio se realizó por medio de los músicos profesionales de la *Schola cantorum.* No fue él un creador, pero su obra fue esencial y el éxito es inexplicable sin su espíritu renovador y su autoridad. Gracias a él se aunaron los diversos cantos en una sola liturgia, que poco a poco triunfó de los otros ritos y se impuso como universal expresión religiosa. Con su colección de cantos recogida en el *Antifonario gregoriano* fue el verdadero ordenador y restaurador del canto eclesiástico, en un momento crítico de la historia de Europa. Al llegar el siglo XI, el proceso de unificación musical estaba completo, salvo raras excepciones como la ambrosiana y visigoda. Europa tuvo un canto eclesiástico común, gracias principalmente a San Gregorio.

La acción del santo se extendía a Italia, de la que era metropolitano, a Occidente, del que era patriarca, y a la Iglesia universal, de la que era primado. Su epistolario consta de 859 cartas. Por él desfilan toda clase de personas y en él se tocan multitud de asuntos canónicos y administrativos con un sentido de humanidad, justicia, defensa de los humildes, prudencia de gobierno espiritual y material extraordinario. Su estilo es sencillo, llano de conversación hablada, lleno de frescor. Gracias a las cartas, el pontificado del santo es uno de los mejor conocidos de la antigüedad.

España fue una de las provincias más tranquilas del patriarcado de Occidente durante el pontificado de San Gregorio. Dominados los suevos y vascones y reducido a su mínima expresión el territorio bizantino, Leovigildo casi había conseguido la

unidad política. Faltaba la religiosa. El rey quiso realizarla en el arrianismo. Gregorio conoció en Constantinopla la rebelión de Hermenegildo por las informaciones confidenciales de su amigo San Leandro. En el libro de *Los diálogos* (lib.III, c.31) narra con amor la gloria y desventura del príncipe Hermenegildo, su derrota, encarcelamiento y martirio (año 586). Los acontecimientos se precipitaron después de la muerte del príncipe: muerte de Leovigildo, conversión de Recaredo (587), Concilio III de Toledo y conversión oficial del pueblo visigodo. Los pueblos latino y visigodo se unieron estrechamente. Ello hizo posible aquella pequeña edad de oro de nuestra cultura. Aquellos extraordinarios acontecimientos hicieron exclamar a los obispos españoles al terminar su profesión de fe los reyes:

> «Gloria a nuestro Señor Jesucristo que ha acogido en la unidad de la verdadera fe a este pueblo privilegiado de los godos y que ha establecido en el mundo un solo rebaño bajo un solo pastor».

San Leandro envió largo informe al Papa. San Gregorio contestó con otra carta exultante de gozo:

> «No puedo expresar con palabras la alegría experimentada por mí, porque el gloriosísimo rey Recaredo, nuestro hijo común, ha pasado a la Iglesia católica con sincera devoción. Por el modo con que me habláis de él en vuestras cartas, me obligáis a amarlo sin aún conocerlo».

Su acción pastoral se extendió a África, a Francia, pero acaso la página más gloriosa del pontificado del santo, en el aspecto misionero, sea la conversión de Inglaterra. La conversión de los anglosajones constituye un acontecimiento inesperado, casi increíble, por su rapidez. He aquí los hitos de una película:

— Año 590: San Gregorio asciende al pontificado.

— Año 595: el Papa encomienda al presbítero Cándido comprar esclavos anglosajones de diecisiete a dieciocho años para educarlos en un monasterio cerca de Roma. Su ilusión es hacer «ángeles de los anglos».

— Año 596: el rey de los anglosajones, Etelberto, se casa con la princesa católica Berta. Camino de Inglaterra sale un grupo de misioneros del convento de San Andrés de Roma. Agustín es el responsable del grupo. Desanimados los misioneros, reciben en Lerins una carta del Pontífice:

«Porque hubiera sido mejor no comenzar una obra buena que retirarse después de haberla comenzado, es necesario, amadísimos hijos, que terminéis, con el favor de Dios, la obra buena emprendida. No os atemoricen las fatigas del viaje ni la lengua de los hombres maldicientes, sino continuad con toda solicitud y fervor lo que por inspiración de Dios comenzasteis, sabiendo que a las grandes empresas está reservada la gloria de la eterna retribución [...] Obedeced humildemente a vuestro prepósito Agustín [...] El omnipotente Dios os proteja con su gracia y me conceda ver en la patria eterna el fruto de vuestras fatigas. Que si no puedo ir a trabajar junto con vosotros como es grande mi deseo, me encontraré partícipe con vosotros del gozo de la retribución. Dios os custodie incólumes, hijos míos queridísimos».

Como la dificultad mayor era la lengua, Gregorio les proveyó de intérpretes.

— Junio de 597: el rey es bautizado.

— Navidad de 597: Agustín bautiza más de 10.000 anglosajones. Gregorio envía nuevos refuerzos de misioneros y traza las líneas generales de la jerarquía católica en Inglaterra.

Como escritor, San Gregorio es el más fecundo de los papas medievales y uno de los cuatro doctores de la Iglesia occidental, con San Ambrosio, San Agustín y San Jerónimo. Los tres primeros son casi contemporáneos. Pertenecen a aquella generación extraordinaria que dio también los grandes doctores a la Iglesia del Oriente. El cuarto de los doctores occidentales, San Gregorio, vivió casi dos siglos más tarde. Fue un hombre más bien de acción. Escribió obras de carácter ascético y moral, que hicieron de él el doctor de la vida contemplativa y de la compunción en toda la Edad Media. Una obra suya, el *Comentario a los libros de Job,* fue llamado por antonomasia *Los morales* o *Libro de los morales.* Fue el gran moralista de la Edad Media. Su actividad literaria se desarrolla desde el tiempo de su nunciatura en Constantinopla hasta su muerte (582-604) y está constituida por el *Registrum epistolarum; Los morales; La regla pastoral; XL homilías sobre los Evangelios; XXII homilías sobre Ezequiel; Los cuatro libros de los Diálogos* y su intervención en el *Sacramentario* y *Antifonario* de su nombre. Sus obras ocupan cuatro volúmenes en la *Patrologia latina* de Migne. Gracias a sus obras y a su actuación pastoral, la cristiandad sacral pensó, obró y cantó al unísono.

MELQUIADES ANDRÉS MARTÍN

Bibliografía

Act. SS. Boll., 12 de marzo: *Vita*, de PABLO DIÁCONO; *Vita*, de JUAN DIÁCONO.
ANDRÉS MARTÍN, M. (ed.), *Obras de San Gregorio Magno* (BAC 170; Madrid 1958). Con buena introducción biográfica.
BATIFFOL, P., *Saint Grégoire le Grand* (Les Saints; París 1928).
DUDDEN, F. H., *Gregory the Great, his place in history and in thought*, 2 vols. (Londres 1905).
GODET, P., Art. en A. VACANT - E. MANGENOT - E. AMANN, *et al.* (dirs.), *Dictionnaire de théologie catholique*. VI/2: *Ghezzi-Hizler* (París 1947).
Gregorii I papae registrum epistolarum, en *Monumenta Germaniae Historica. Epistolae*, 1-2 (Stuttgart 1965).
GREGORIO MAGNO (SAN), *Obras:* PL 75-79.
GRISAR, H., *San Gregorio Magno* (Roma 1904).
JUAN, S., *Gregory the Great, his work and his spirit* (Londres 1924).
TACIAN, M., *Saint Grégoire le Grand, évêque de Rome; sa vie et son activité* (Gutenberg 1904).
• Actualización:
GANDOLFO, E., *Gregorio Magno Servo dei Servi di Dio* (Ciudad del Vaticano 1998).
GODDING, R., *Bibliografia di Gregorio Magno (1890/1989)* (Roma 1990).
MINUTILLA, A. M.ª, *Il monaco pastore: San Gregorio Magno* (Palermo 2003).

BEATOS BARTOLOMÉ GUTIÉRREZ, VICENTE CARVALHO, FRANCISCO TERRERO, ANTONIO IXIDA, JERÓNIMO JO Y GABRIEL DE LA MAGDALENA

Religiosos y mártires († 1632)

El beato mártir del Japón Bartolomé Gutiérrez (1580-1632) —ilustres etimólogos sostienen que Bartolomé derivaría del arameo significando *hijo del arador*— vino a este mundo de sufrimientos y pesares, también de gozos y esperanzas (GS 1), en la ciudad de México, entonces capital de Nueva España, el 24 de agosto de 1580. Sus piadosos padres, Alonso Gutiérrez y Ana Rodríguez de Espinosa, matrimonio ejemplar y temeroso de Dios, se encargaron desde el principio, como es natural, de su educación cristiana. Muy joven aún, dieciséis años no más, 1596, vistió en su ciudad natal el santo hábito agustiniano, y el 1 de junio de 1597 hizo su profesión religiosa en la Orden de San Agustín.

Para estudiar Artes y Teología se le envía al convento de Yuririapúndaro, en cuyos claustros sobresale por su aplicación y provecho en la virtud. Una vez completado el curso académico y luego de haberse ordenado sacerdote, vive un tiempo en el

convento de Puebla de los Ángeles, pero él no tarda en pedir destino a las misiones: le tira mucho lo de irse a convertir infieles japoneses. Por si ello fuera poco, su familiaridad con los escritos del Hiponense le facilita el darse frecuentemente de manos a boca con perlas de misionología como esta famosa alusión a los donatistas:

> «Extiende tu caridad por el orbe entero, si quieres amar a Cristo, puesto que los miembros de Cristo se extienden por todo el orbe. Si amas sólo una parte, estás dividido; si estás dividido, no te hallas en el cuerpo, y, si no te hallas en el cuerpo, no estás bajo la Cabeza» *(In ep. Io. tr.* 10,8).

Bartolomé Gutiérrez zarpa con fray Pedro Solís —febrero de 1606— rumbo a Filipinas, donde por espacio de seis años va a ejercer de maestro de novicios en Manila. Un magisterio el suyo, por cierto, copioso en bendiciones y fecundo en resultados, ya que de las promociones novicias de aquel período fueron saliendo, cual vistosas y variadas plantas de un florido vergel, muchos fieles imitadores de sus virtudes, entre ellos algunos japoneses que más tarde tendrían la dicha de alcanzar con él la palma del martirio. Pero la *missio ad gentes* le sigue tirando fuerte del alma, de modo que las semanas se le antojan meses, y los meses años, en aquel interminable paréntesis que procura vivir aferrado siempre a la esperanza, y convencido de que la fruta madura de las misiones terminará cayendo, pues «la actividad misionera fluye de la misma naturaleza íntima de la Iglesia, cuya fe salvífica propaga, cuya unidad católica perfecciona dilatándola, con cuya apostolicidad se sustenta» (AG 6).

Su aspiración misionera se vio definitivamente cumplida con el viaje a Japón en 1612. En tierras niponas del sol naciente habría de permanecer en calidad de misionero un montón de tiempo, y allí pudo escribir hacia 1622 una interesante narración sobre los mártires japoneses. Pero no adelantemos acontecimientos. Al hilo de sobresalientes fechas, hechos y lugares, resulta obligado referir que en 1613 —un año trascendental— se le nombra prior en Usuqui *(Ousouki)*. Buen conocedor como él era del idioma del país, se entregó de lleno a sembrar la semilla del Evangelio procurando siempre, a imitación de Jesucristo, predicar con el buen ejemplo antes que con la palabra, cons-

ciente de que «la Iglesia peregrinante es, por su naturaleza, misionera, puesto que toma su origen de la misión del Hijo y de la misión del Espíritu Santo, según el propósito de Dios Padre» (AG 2). El mismo año de 1613 lo encontramos al frente de una cristiandad numerosa en el convento de Usuqui.

Desgraciadamente las complicaciones no se harían esperar. Cuando el horizonte no parecía presagiar contratiempos ni desdichas, cuando se esperaba un porvenir favorable a las misiones, el signo y viento de la hora empezó de pronto a cambiar. El detonante no fue otro que la llegada de ingleses y holandeses que hicieron saber al emperador japonés que no era preciso admitir en el país a los misioneros españoles para mantener relaciones comerciales con los Estados de Europa. Un modo más de forzar el que la política predominase sobre la religión. Dicho de otro modo: una sucia y artera maniobra para terminar anteponiendo el expansionismo de la política comercial a los legítimos derechos del Evangelio.

El hecho es que el 27 de enero de 1614 se hizo de dominio público el decreto de expulsión de todos los misioneros y destrucción de sus iglesias. Hubo súplicas y dilaciones y moratorias y solicitudes, naturalmente, pero todo fue en vano. Encerrados/embarcados en tres naves —corría el mes de noviembre— salieron del país aquellos adalides de la libertad con el único delito de haber practicado el paulino «gastarse y desgastarse por Cristo». Se encontraba entre ellos el agustino que más años había dedicado a la naciente cristiandad japonesa: el intrépido P. Bartolomé Gutiérrez llegado de Manila en 1612. No estaba entre los expulsados, en cambio, Fernando Ayala, que había aprendido a disfrazarse desde que la persecución castigara con el martirio a tres de sus neófitos en 1611. El «pintoresco» emperador Taicosama ordenó sin más contemplaciones la expulsión de todos los misioneros, y al año siguiente su persecución y proscripción. Las autoridades japonesas acabaron capturando al P. Bartolomé y éste tuvo que salir hacia el exilio. Regresó, pues, con los religiosos de las demás Órdenes a Manila, y allí se le volvió a encomendar el oficio de maestro de novicios.

Recrudecida la persecución japonesa a raíz, sobre todo, del martirio de su hermano de hábito Fernando Ayala de San José,

las demandas de nuevos refuerzos no tardaron en llegar a Manila pues los cristianos se habían visto privados de muchos agustinos. Fueron mayormente los cofrades de la Consolación quienes más insistieron en pedir ayuda y quienes con mayor ahínco y valimiento expusieron su necesidad al superior mayor del Archipiélago. Precisan algunos cronistas, incluso, que los convertidos pedían expresamente la vuelta del P. Bartolomé Gutiérrez: parece que el religioso había dejado buen recuerdo y querían por todos los medios tenerlo de nuevo junto a sí. El provincial designó a éste y al también religioso sacerdote Pedro de Zúñiga, quienes el 12 de agosto de 1618 se encontraban ya en tierra nipona. El segundo religioso hubo de regresar a Manila por orden del gobernador de Nagasaki una vez descubierto que era hijo del virrey de Nueva España y, en consecuencia, no podía condenársele al fuego, suplicio reservado a los misioneros. Ante cartas y más cartas suplicatorias de los cristianos de Nagasaki, Zúñiga volverá dos años después a la misión con el dominico Luis de Flores.

El Beato Pedro de Zúñiga, en efecto, había nacido en Sevilla y crecido en América, donde su padre fue sexto virrey de Nueva España y del Perú. De nuevo en España, entró en la Orden de San Agustín, aunque, una vez recibida la ordenación sacerdotal, se hizo otra vez a la vela —1610— rumbo a Manila. En 1620 es destinado a Japón, donde intenta llegar con Luis Flores, ambos disfrazados, en una pequeña barca. La desgracia quiso que fueran capturados por piratas holandeses protestantes que los entregaron a un cacique japonés. Pedro de Zúñiga y Luis Flores acabarían quemados vivos en Nagasaki, mientras que el capitán y la tripulación del barco murieron decapitados. El Beato Pío IX los beatificó a todos en 1867. Glorioso nombre el suyo, claro que sí, a celebrar emparejado con los beneméritos santos y beatos Magdalena de Nagasaki, Ezequiel Moreno, Francisco de Jesús, Vicente de San Antonio, Melchor de San Agustín, Martín de San Nicolás y María de San José, santificados en el ejercicio apostólico de la caridad, incluso del «supremo don y la prueba mayor de caridad» que es el martirio.

Pero no perdamos el hilo del P. Bartolomé Gutiérrez que, de nuevo en Nagasaki desde 1618, como ya se ha apuntado, tra-

bajó incansablemente hasta finales de 1629, siendo entre sus amadísimos fieles un magnífico ejemplo de vida sacrificada y un constante estímulo de fervor, administrando a escondidas los santos sacramentos, predicando y alentando a los débiles en la fe.

Algunas crónicas de su historia misionera ofrecen remembranzas de la literatura taumatúrgica y punto menos que folclórica de la antigüedad, con adornos, si bien se mira, más legendarios que reales. Valga de prueba lo que sigue:

> «Cuéntase que en cierta ocasión que le acosaban y seguían de cerca los sicarios de los *tonos* idólatras, se escondió en el rincón de una casa y que le libró Dios, como ocurriera a San Félix de Nola, encubriéndole con telarañas. Otra vez, en iguales circunstancias, apresuró el paso y, doblando una esquina, entró en una casa, tomó un instrumento músico y haciéndole sonar salió al encuentro de los que le perseguían, con tanto disimulo que no le hicieron ni caso. Finalmente, en otra ocasión, le escondió una buena mujer en un cuarto, y habiéndola preguntado los satélites dónde se hallaba el Padre, ella, llena de terror, contestó que dentro; pero quiso Dios que se sonriese la mujer al decirlo, como para congraciarse y que no se metieran con ella, por lo que tomaron a burla sus palabras y se marcharon sin entrar».

De este modo, sin cejar en las tareas apostólicas que intercalaba con permanente oración y duras penitencias, estuvo trabajando hasta noviembre de 1629, fecha en que le sorprendieron predicando a los cristianos de Isafay muy atemorizados a causa de la persecución. Lejos de remitir, ésta llevaba camino de ir a más. Por todas partes arreciaba. Y cuanto se temía ocurrió. Llegó en 1629 a Nagasaki como gobernador Tacanaga Tonemedono, rey de Bungo, quien de tal suerte redobló la persecución que «mostró claro ser ministro del infierno, pues como león fiero y voraz no se vio harto de la sangre de los inocentes cristianos hasta matar muchas castas vírgenes en edad pueril, y condenando a muerte los niños inocentes que estaban aún en los vientres de sus madres si, en naciendo y saliendo a la luz de este mundo, no adoraban a un infernal ídolo que les ponían delante».

Tacanaga respiraba odio contra el P. Bartolomé Gutiérrez por los muchos éxitos que éste venía cosechando en su reino de Bungo, pues como los agustinos habían fundado allí el primer

convento no podía él evitar su influjo por doquier. Por si lo del convento fuera poco, apenas unos días antes el religioso había tenido el atrevimiento de convertir al cristianismo incluso a familiares suyos. Era demasiado. Tacanaga, por todo ello, no se daba tregua en el avieso propósito de prender al agustino, máxime viendo que sus intentos, uno tras otro, iban fallando. En vista de lo cual recurrió a la peor estratagema de los apóstatas renegados, prontos al trabajo sucio de la traición. Fueron tales sus ofertas, tan cuantiosos los premios, tan abundante y tentador el dinero que se ofrecía que resultaba prácticamente imposible que no apareciera de pronto algún Judas dispuesto a la felonía. Muy bien se le alcanzaba al P. Bartolomé que Dios podía servirse de tan baja estofa para consumar el martirio. Ocurrió con Jesús de Nazaret y el discípulo ahora no iba a ser menos. Como así fue: el P. Bartolomé cayó preso en el reino de Isafay el 10 de noviembre de 1629. Junto a él arrestaron al catequista Juan Shozaburo, junto al caserío de Kikizzou, al mismo tiempo que a tres de sus auxiliares japoneses, futuros mártires ellos también. Todos fueron a parar por orden del rey Tacanaga a la cárcel de Nagasaki, donde se les unieron pronto los agustinos, luego asimismo mártires, Francisco Terrero (Francisco de Jesús) y Vicente Carvalho (Vicente de San Antonio).

Bartolomé Gutiérrez había sido desde 1618 el sostén de los cristianos, catequistas y terciarios de la misión agustiniana. Solía pasar el día oculto en una cueva y la noche con su grey, incansable en oír confesiones y en bautizar nuevos prosélitos.

El tirano Tacanaga empezó a frotarse las manos no bien supo de su captura. Fueron, sin embargo, mayores la alegría, el gozo y la satisfacción del prisionero viéndose de tal guisa por Cristo. Al fin, sus largos e interminables trabajos, su dolor y su pena, su indecible gozo y su alegría desbordante en la evangelización de aquellas tierras iban a tener el mayor premio que hubiera podido imaginar: el martirio. Con pesados grillos en los pies y lacerantes esposas en las manos, fue conducido a una pequeña cárcel —mazmorra, más bien—, inmunda y maloliente. Los sayones multiplicaron cuanto pudieron y supieron las penalidades, pero el religioso, acostumbrado como San Pablo a la abundancia y a las privaciones, enfocó del mejor modo posible

la claustrofóbica prisión asignada en suerte. Y puesto que los sayones querían más seguridad, se lo llevaron a otra más fuerte y de no menos cochambre. Bartolomé Gutiérrez hizo el camino tranquilo y resignado, alabando a Dios y cantándole himnos y dándole infinitas gracias, pues, como a los apóstoles, le concedía padecer afrentas y trabajos por su santo nombre (cf. Hch 5,41) y todo lo iba disponiendo divinamente para el sublime y supremo don de morir por su santa fe.

En esta cárcel de Omura fue languideciendo por dos años, sin cejar por ello en el empeño apostólico con los presos ni omitir la correspondencia con sus propios superiores y fieles cristianos. Desde esta malhadada prisión pudo escribir el 27 de octubre de 1630 a su Provincial avisándole, «por estar al presente por horas y momentos esperando la muerte», de cómo y en poder de quiénes dejaba las cosas de su uso y las de los conventos; de haber donado el hábito «con la licencia y autoridad que tengo, dada por nuestro P. Provincial Fr. Alonso de Méntrida», al *doxico* Fr. Juan de San Agustín, preso con él, para que se sepa que «si muriese y padeciese conmigo, muere religioso», y así otras noticias no menos interesantes.

El 25 de noviembre de 1631 volvió —con sus hermanos agustinos Francisco de Jesús y Vicente de San Antonio, así como el jesuita japonés Antonio Ixida— desde Omura a Nagasaki, donde se encontraron en la prisión al hermano franciscano español Gabriel de la Magdalena. Durante un mes sufrieron el tormento del monte Ungen: desde la prisión, en unas embarcaciones llamadas *funeas,* fueron conducidos, en compañía de varios agustinos recoletos y algunos terciarios, al lago de Arima, el de las hirvientes aguas sulfurosas del monte Ungen que abrían llagas profundas en las carnes. Con grandes cazos los verdugos derramaban dichas aguas sobre los cuerpos desnudos hasta escaldarlos y desollarlos, creyendo que así les harían renegar de la fe. Dolorosísima prueba ésta y causa de no pocas apostasías. Dispuestos a todo para conseguirlas, los verdugos se preocupaban de mandar a un médico que curase la piel abrasada de los misioneros, para, una vez sanos, renovar el tormento. Se les prometió vida y libertad si claudicaban. Sólo ante la constancia en la fe y viendo que nada conseguían, fueron devueltos

a Nagasaki donde padecieron la sentencia final: ser quemados vivos a fuego lento. Tras el encarcelamiento de casi un año, la sentencia fue ejecutada en Omura: el P. Bartolomé Gutiérrez, junto a sus compañeros, murió amarrado al pie de un madero el 3 de septiembre de 1632.

Todos fueron beatificados por el papa Pío IX el 22 de mayo de 1867.

Nuestro beato dejó escrito una *Explicación de la doctrina cristiana, en idioma japonés* y nos regaló dos relaciones de mártires publicadas en la obra de Sicardo (cf. bibliografía): *Relación del sucesso de la prisión y del dichoso fin de los bienaventurados mártyres Pedro de Zúñiga y Luis Flores; Relación del martirio que padecieron otros religiosos en el Japón en el mes de septiembre de 1622.*

Al Beato Bartolomé Gutiérrez y compañeros cabe aplicar las inspiradas palabras de San Agustín:

> «¿No son los mártires, por ventura, testigos de Cristo, que dan testimonio de la Verdad? Y, mirándolo bien, ese testimonio que de Cristo dan los mártires es testimonio dado por él a sí mismo; dentro, en efecto, de los mártires habita él para que den testimonio de la Verdad» *(Sermón* 128,3).

PEDRO LANGA, OSA

Bibliografía

Art. en A. BAUDRILLART - R. AUBERT (dirs.), *Dictionnaire d'histoire et de géographie ecclésiastique,* XXII: *Grégoire-Haeglsperger* (París 1988) cols.1224-1225.

Bibliotheca sanctorum. VII: *Giustiniani-Lhuilier* (Roma 1966) cols.547-548.

CLAVER, M., OSA, *El admirable y excelente martirio en el reyno del Japón de los benditos padres fray Bartolomé G., fray Francisco de Gracia y fray Thomás de S. Agustín,* II (Manila 1638) 5-33.

DÍAZ, G., «Gutiérrez, Bartolomé», en Q. ALDEA VAQUERO - T. MARÍN MARTÍNEZ - J. VIVES GALETI (dirs.), *Diccionario de historia eclesiástica de España,* II (Madrid 1972) 1069.

GARCÍA, E., *Crónica de la Provincia Agustiniana del Santísimo Nombre de Jesús de México. Libro quinto* (Madrid 1918) 330-332; nueva ed.: México 1997.

GIACOMINI, A. M., OSA, «Bto. Bartolomé Gutiérrez (1580-1632)», en F. ROJO, OSA (ed.), *La seducción de Dios. Perfiles de hagiografía agustiniana* (Roma 2001) 199-200.

GUTIÉRREZ, D., *Historia de la Orden de San Agustín.* II: *Los agustinos desde el protestantismo hasta la restauración católica* (Roma 1971) 255-258.

LAZCANO, R., OSA, *Bibliographia missionalia augustiniana. America latina (1533-1993)* (Madrid 1993) n.73, 81, 104, 107, 933, 2508-2552 (p.348-354).

LEDESMA, J., OSA, *Retablo agustiniano* (Guadalajara 1984) 19-25.

Martyrologium romanum, o.c., 468, n.12*; 672.

MERINO, M., «Martirio del Bto. padre Bartolomé Gutiérrez»: *Archivo Agustiniano* 59 (1965) 299-332.

NAVARRETE, N. P., OSA, *Historia de la Provincia agustiniana de S. Nicolás de Tolentino de Michoacán,* I (México 1978) 246-272.

SICARDO, J., OSA, *Christiandad del Japón, y dilatada persecución que padeció* (Madrid 1698) 209-219.

BEATA BRÍGIDA DE JESÚS MORELLO

Viuda y fundadora († 1679)

Esta mujer insigne, frágil en el cuerpo y fuerte en el espíritu, llena de fervor apostólico y dotada de altísimos carismas, iluminó el siglo XVII en la ciudad de Piacenza con su consagración absoluta a Dios y al bien de sus hermanos, singularmente en la educación de la juventud femenina. Mujer de su siglo, puede ser hoy modelo en el seguimiento de Cristo de jóvenes, de casados, de laicos y de religiosos, especialmente de educadores.

Nació el 17 de junio de 1610 en el pueblo de San Michele di Pagana, en la Liguria, en la provincia de Génova y en la diócesis de Chiavari, en el seno de una familia de profundas tradiciones cristianas. Era la sexta de los once hijos de Nicolás y de Lavinia Borzese. Cuentan que, en su más tierna edad, resolvió ser santa. La conmovía especialmente la pasión de Jesús, entregado a la muerte por los pecados de los hombres y de las mujeres. Su profunda piedad la empuja hacia la consagración en un monasterio; pero no obtiene el consentimiento paterno. El padre le indica que sea monja en su propia casa o que contraiga matrimonio. A Brígida no le satisface esta propuesta: continúa llevando vida ejemplar de familia, rodeada de muchas compañeras que aprecian sus dotes de amabilidad y sus virtudes, dedicada asimismo a la caridad hacia los pobres y menesterosos.

Una moción interna del Señor, el Jueves Santo de 1630, le propone abrazar el matrimonio, que también es camino de santidad. El 16 de octubre de 1633 contrae matrimonio con Mateo Zancano, de Cremona, y pasa a residir con su marido a Salsomaggiore (Parma). Lleva una vida conyugal ejemplar, sus nuevos conciudadanos admiran sus virtudes; es feliz con su esposo. La guerra de 1636 trunca ilusiones, bienestar y fortaleza física. Mateo y Brígida ven quebrantada su salud; él muere de tisis en 1637.

La joven viuda descarta nuevas nupcias. Se consagrará totalmente al Señor. Inicia su ascensión hacia la unión perfecta con Cristo, el Salvador de la humanidad, por la cual murió y resucitó, reanimando en su interior los piadosos sentimientos de su adolescencia. Entonces su espíritu empieza a abrirse al anhelo de la evangelización de los pueblos, en las misiones; se abre a la proyección ecuménica, para que la Iglesia de Cristo recupere su unidad. Su celo apostólico abraza el universo; no conoce fronteras.

Empieza por dirigir el catecismo en su parroquia, forma a las catequistas, influye cristianamente en las familias. El 1640 se traslada a la ciudad de Piacenza. Brota de nuevo en su corazón la vocación monástica. Espera que su confesor consiga que las capuchinas le abran las puertas del claustro, pero las monjas no la admiten por ser viuda. Entonces se confía a la dirección espiritual de los jesuitas: éstos la acompañarán siempre y la confortarán en su camino hacia la perfección, especialmente los padres Giovanni Paolo Carletti y Antonio Morando. Éste será su confesor y primer biógrafo.

A finales de 1645, la duquesa Margarita de Médicis Farnese pidió a los jesuitas que le proporcionaran una persona capaz de dirigir en Piacenza un colegio para la educación de la juventud femenina, como el que existía ya en Parma. El P. Carletti propone tal misión a Brígida. Ésta descubre que Dios la llama a esta tarea y acepta. Primeramente, desde septiembre de 1646, recoge en su misma casa a algunas jóvenes. El 17 de febrero de 1649, miércoles de ceniza, inicia con cinco compañeras una nueva asociación religiosa, que será dirigida por los jesuitas. Con gran pobreza, inicia el colegio de Santa Úrsula, que dará cuna a las «Ursulinas de María Inmaculada». Brígida es la primera priora del colegio; pretende educar a las jóvenes para que sean corazón de la familia y del mundo, a imitación de la Virgen Inmaculada.

En abril de 1655 y hasta su último aliento, en 1679, una serie de males inexplicables afligen su espíritu y van minando su cuerpo. Pero sus facultades mentales y su capacidad de gobierno se mantienen activas. En el mismo año que se detecta su dolorosa enfermedad, es elegida superiora general de la congrega-

ción de ursulinas que ha formado; es reelegida para tal cargo en 1670 y en 1675.

Al verse imposibilitada para escribir, dicta a su fiel hermana Isabel Lampugnani directrices de gobierno de la congregación, exhortaciones y otros escritos espirituales, llenos de fe y de intuición psicológica, testimonios de sus experiencias de trato íntimo con Dios.

Brígida, para demostrar su consagración total a Cristo, a imitación de Santa Teresa de Ávila, añadió a su nombre de pila el «de Jesús», amó de tal forma sus dolores que fueron para ella fuente de fecundidad espiritual. En la bula de beatificación, afirma Juan Pablo II que Brígida de Jesús transcurrió toda su vida «a la luz del amor redentor del misterio pascual: de éste bebió su afán insaciable de la gloria de Dios y de la salvación universal de los hombres». En su enfermedad, cuyo diagnóstico nunca acertaron los médicos y que duró 24 años, experimentó consuelos y revelaciones místicas. El de la enfermedad fue el camino elegido que recorrió para configurarse con Jesús crucificado. Su corazón encendido de la caridad de Cristo, se dilata con impulso misionero y ecuménico: se ofrece como víctima por la conversión de los infieles y especialmente por la unidad de los cristianos. Profesa gran devoción a San Francisco Javier; movida por su ardor apostólico, siembra la semilla misionera en su Instituto que lo proyectará a las misiones en países lejanos.

En 1674 tiene que añadir a sus dolores físicos el sufrimiento moral de unas hijas, «que amaba más que a la propia vida», pero que se rebelaron contra ella, inducidas por incautos confesores. Soporta todo en silencio, impone silencio a todos, lo excusa todo, no sale de su corazón una queja. Sólo da gracias a Dios por haber merecido tanto sufrimiento. Las rebeldes finalmente encontraron en ella a la más tierna de las madres, y las que le habían permanecido fieles se ratificaron en la convicción de que tenían por fundadora y superiora a una santa.

La Beata Brígida cifra su ideal de educadora en la promoción integral de la mujer. No se contenta con las formas ni con los resultados mundanos. A partir de la experiencia de la fe, la gran educadora diseña un proyecto de vida íntegro e integral, atento a todas las dimensiones de la persona, sin olvidar nunca

la raíz y el fundamento de toda existencia; las jóvenes deben aprender a trabajar, a leer y a escribir, a ejercitarse en las artes femeninas y a adquirir una cultura seria; deben recibir una formación cristiana sólida desde el punto de vista ascético-espiritual. Así la mujer se formará una personalidad, sostenida por la fe y la sabiduría, así será capaz de sostener una familia, de educar cristianamente a los hijos, de configurar la sociedad de la que forma parte. El servicio educativo, dice madre Brígida, se tiene que prestar «con dulzura y suavidad», «con equidad y firmeza». La educadora ha de estar dotada de convicciones profundas, de una fe que es propuesta integral de crecimiento humano y cristiano; la educación debe ejercerse en un profundo respeto a la libertad y al ritmo de crecimiento personal de la educanda.

Después de dejar un ejemplo altísimo de consagración a Dios y a los hermanos, al progreso espiritual de sus hijas y a la educación cristiana, humana y cultural de sus alumnas, le llegó la hora de las nupcias definitivas y eternas con su Señor. Crucificada con Cristo en el lecho del dolor, el domingo 3 de septiembre de 1679, pasó de este mundo perecedero al cielo nuevo y la tierra nueva que siempre había deseado.

Recibió sepultura en la iglesia de San Pedro de Piacenza, aunque hoy se ignora el lugar exacto de su tumba.

De ella se han conservado cartas, varios escritos espirituales sobre la presencia de Dios y varias recomendaciones a sus hijas. El P. Antonio Morando, SI, fue su primer biógrafo; su biografía fue publicada en la *positio,* publicada en 1964.

La congregación de «Ursulinas de María Inmaculada de Piacenza» fue reconocida como Instituto de derecho pontificio en 1936, cuando la regla de Brígida de Jesús fue reconocida y aprobada después de siglos de transmitir a esta familia religiosa la sabiduría de la Cruz y el espíritu misionero y ecuménico. Actualmente estas ursulinas están extendidas por Italia, India y Brasil. En 1998 la congregación contaba con 685 religiosas, distribuidas en 76 comunidades.

El duque Ranuccio II Farnese quiso introducir la causa de canonización. Vicisitudes históricas retrasaron tal propósito. Hasta los años 1927-1928 no se celebró el proceso ordinario de

beatificación en Piacenza; en 1971 la Congregación de las causas de los santos aceptó la causa. El 29 de abril de 1980 Juan Pablo II la declaró venerable por la heroicidad de sus virtudes; el 18 de diciembre de 1997 fue aprobado el milagro para su beatificación que celebró el papa en la Plaza de San Pedro el 15 de marzo del año siguiente.

La superiora general de las Ursulinas de María Inmaculada escribió, en tal efeméride, que el mensaje de que la caridad y la alegría espiritual son necesarias para el mundo de hoy es el que nos transmite la Beata Brígida de Jesús: bajo su guía, con corazón abierto y con alegría, debemos ayudar a todos a crecer, a sufrir y a esperar, en un mundo mejor que debemos conformar con todos los hombres de buena voluntad, en nombre de Cristo Jesús y de su Madre Inmaculada.

PERE-JOAN LLABRÉS Y MARTORELL

Bibliografía

AAS 40 (1998) 619-620; 41 (1999) 90-92.
Bibliotheca sanctorum. Appendice prima (Roma 1987) cols.940-941.
— *Appendice seconda* (Roma 2000) col.983.
BIANCHEDI, *Un'anima sposa dell'Amor Crocifisso. Vita della M. Brigida di Gesù, fondatrice delle Orsoline di Piacenza* (Piacenza 1928).
L'Osservatore Romano (15-3-1998).
SACRA RITUUM CONGREGATIO, *Placentina. Beatificationis et canonizationis servae Dei Birgittae a Iesu fundatricis Domus Sanctae Ursulae de Placentia († 1679). Summarium ex officio super scriptis* (Roma 1956).
— *Positio super introductione causae et super virtutibus ex officio composita. Processo di canonizzazione* (Roma 1964).
SIMONI, E. M.ª, *Storia breve di Brigida Morello detta «Brigida di Gesù»* (Piacenza 1976).
— Art. en G. PELLICCIA - G. ROCCA (dirs.), *Dizionario degli Istituti di Perfezione,* VI: *Monachesimo urbano-Pinzoni* (Roma 1980) cols.149-151.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTA FEBE

Diaconisa († s. I)

Sólo sabemos de ella lo que dice San Pablo en su carta a los Romanos 16,1. En ella recomienda a la iglesia de Roma a Febe, cuyo nombre significa pura, y que es hermana nuestra —dice el apóstol—, es decir, una cristiana, la cual era ministra o diaconi-

sa *(diáconon)* de la comunidad cristiana de Cencres y que parece ser la portadora de la carta de Pablo. Él pide que se la reciba de manera digna y que se la asista en cualquier cosa que pudiera necesitar de los cristianos de Roma. El motivo que da el apóstol es que ella ha favorecido por su parte a muchos y concretamente al propio San Pablo. En su decisión de conmemorar a los personajes bíblicos del Antiguo y del Nuevo Testamento, el nuevo *Martirologio* no se ha olvidado de Febe.

SAN SANDALIO

Mártir († s. IV)

El texto latino del *Martirologio* de Baronio dice «sancti Sandali», no «Sandalii», forma ésta que prefiere el nuevo *Martirologio.* En castellano se traduce Sandalio o Sándalo, siendo ambas formas posibles. De este santo no se sabe otra cosa que el *nomen, dies, locus* que decían los antiguos, suponiéndose que sea un mártir de la persecución de Diocleciano. Las antiguas lecciones del Propio de Córdoba no daban de él otros datos que los aplicables a cualquier mártir antiguo sobre la amenaza de los jueces, la constancia del mártir, la superación de los tormentos. Es un santo más de esa fecunda madre de santos que es la Iglesia de Córdoba. De ella dijera una santa cordobesa: «Somos hijos de santos; no degeneremos» (Santa Rafaela María del Sagrado Corazón).

SAN RIMÁGILO

Abad († h. 676)

Rimágilo (o Remaclo) nació a comienzos del siglo VII o fines del anterior en Aquitania, y se desconocen detalles de su familia. Muy joven entró en la abadía de Luxeuil, en los Vosgos, y el año 632 fue puesto al frente del monasterio de Solignac. Unos dieciocho años más tarde fundó los monasterios de Malmedy y Stavelot, donde estableció su residencia habitual. Parece que fue San Amando el que lo consagra obispo-abad. Adopta primero la regla de San Columbano, pero luego la mitiga, inspirándose al parecer en la regla de San Benito, y logrando

la exención episcopal para ambos monasterios. Le protegió el rey Sigeberto III de Austrasia. No es seguro el año de su muerte, que hay que situar entre el 671 y el 676. Más o menos a los diez años de su muerte, su cuerpo fue elevado por el abad Goduino y empezó a dársele culto como santo, que se extendió por las regiones vecinas.

BEATO GUALA

Obispo († 1244)

Guala nace en Bérgamo en el seno de una distinguida familia, que le proporcionó una buena educación moral y literaria, y parece que pertenecía al clero bergamasco, en el que ocupaba un sitio destacado. Oyó predicar en su ciudad al propio Santo Domingo en 1219 y se sintió atraído por su género de vida, solicitando al santo lo admitiera en la Orden. Así lo hizo el Fundador pero le indicó que se quedara en Bérgamo para impulsar la creación de un convento dominicano en la ciudad. Pero al año siguiente Santo Domingo le da el nombramiento de prior del convento de los Santos Faustino y Jovita de Brescia, donde hizo una espléndida labor. Se dice que una visión le advirtió la muerte de Santo Domingo y que, en efecto, cuando llegó a Bolonia halló que el santo había fallecido.

Guala era un religioso de notable sabiduría, muy buen predicador, persona prudente y discreta que se ganaba fácilmente el corazón de los fieles. De Brescia fue trasladado a Bolonia como prior, y estando aquí, en 1226 fue designado legado de la Santa Sede por Honorio III para tratar con la Liga Lombarda la necesidad y medios de levantar una cruzada para el rescate de la Tierra Santa y que con este fin cesasen las luchas entre las ciudades italianas. Conseguida esta paz, el papa Gregorio IX lo mandó como legado al emperador Federico II solicitando la ayuda imperial a la cruzada, cosa que, de momento, el emperador prometió aunque luego no cumpliera su palabra. Vuelto el emperador contra la Iglesia, se le encomendó a Guala interviniera ante la Liga Lombarda para que impidiera que las tropas imperiales atacasen los estados de la Iglesia. Cuando al cabo de dos años de lucha se trató de llegar a una concordia, se

pidieron a fray Guala sus buenos oficios. Él entregó al emperador el mensaje del papa y pareció que, en efecto, se conseguía la paz.

Guala estuvo encargado de levantar el entredicho del reino de Sicilia y como inquisidor recorrió Lombardía concienciando a sus gentes del peligro de la herejía. En 1230 fue elegido obispo de Brescia y el papa Gregorio IX confirmó el nombramiento, conservando su condición de legado pontificio en Lombardía. No cesó una vez obispo su actividad diplomático-religiosa, siéndole encargadas numerosas misiones de paz, que le obligaron a largos viajes. Se habla de él como obispo celoso y ejemplar, padre de los pobres, consolador de los atribulados, alentador de la piedad, pacificador del pueblo. A comienzos de 1238, cuando vio que Brescia iba a ser atacada por Federico II, que efectivamente asediaría en agosto, se llevó a Bérgamo, con el tesoro de la catedral, todos sus bienes personales, y esto le trajo muchos problemas.

En 1239 hubo de decidirse por dejar la diócesis y acogerse al cenobio de Astino, de la Orden de Valleumbrosa, sin dejar por ello de reclamar justicia contra las calumnias y la vuelta a su diócesis. Inútilmente le daban la razón Gregorio IX e Inocencio IV, que de todos modos lo emplearon en nuevas legaciones diplomáticas con Federico II (1240) y Nápoles (1242). El último año de su vida pudo volver a su diócesis, pero no en la capital, sino en Val Canonica. Moría santamente el 3 de septiembre de 1244. Su cuerpo fue llevado al monasterio de Astino, según su deseo. Su culto fue confirmado el 1 de octubre de 1868 por el papa Pío IX.

BEATOS MÁRTIRES DE «LA FORCE» Y SEMINARIO DE SAN FERMÍN

(† 1792)

Al día siguiente de las matanzas realizadas en la abadía de Saint-Germain-des-Près y del exconvento de carmelitas, de París, tuvo lugar el martirio de otros gloriosos confesores de la fe en la cárcel de La Force y en el seminario lazarista de San Fermín.

Los prisioneros que se hallaban en la cárcel de La Force eran en su mayor parte aristócratas y sólo unos cuantos sacerdotes. La horda revolucionaria irrumpió en la cárcel a las tres de la mañana del 3 de septiembre de 1792. Procedieron los asaltantes con aparato siniestro: cada prisionero era empujado, agarrado por cuatro esbirros, hacia la salida de la prisión; le esperaban en forma de corredor no menos de sesenta hombres armados que no dejaban de darle golpes; si no pronunciaba la fórmula del juramento constitucional era abatido y se le tiraba a la calle. Aquí los cadáveres se fueron amontonando. Los beatificados en 1926 fueron éstos:

JUAN BAUTISTA BOTTEX nació en Neuville-sur-Ain el 26 de diciembre de 1749. Estudió en el colegio de Sourg, luego en el seminario de San Ireneo de Lyón y luego se doctoró en teología en Valence, ordenándose sacerdote el año 1774. Coadjutor primero en St. Jean-le-Vieux y luego párroco en Neuville (1775-1789), fue elegido por sus compañeros sacerdotes como delegado suyo en la Asamblea del clero y diez años más tarde diputado en los Estados Generales, lo que le hizo residir en París. El 4 de enero de 1791, cuando se les pidió a los obispos y sacerdotes diputados que jurasen la nueva constitución civil del clero, Bottex habló con toda libertad y claridad en contra del solicitado juramento. Disuelta la Constituyente se quedó a vivir en París en el Seminario de Misiones Extranjeras, donde fue arrestado en la madrugada del 15 de agosto de 1792 y se le llevó a la prisión de La Force. La prisión fue relativamente suave pero se les impedía a los sacerdotes celebrar la santa misa. Los presos rezaban el rosario y se animaban entre sí y se estimulaban a perseverar en la fe y la obediencia a la Iglesia. Bottex estimaba que no se podía prestar tampoco el nuevo juramento de libertad-igualdad. Primero asesinaron a varios caballeros y sobre sus cuerpos cayó el cadáver de Bottex.

MIGUEL MARÍA FRANCISCO DE LAGARDETTE había nacido en Billon el 5 de septiembre de 1744. Hizo los estudios de teología en París y se ordenó sacerdote el año 1773. Coadjutor en la parroquia de San Ginés, de Thiers, pasó más tarde con idéntico cargo a la de San Gervasio, de París. Al negarse a jurar la constitución civil del clero, fue privado de su cargo. Arrestado

el 17 de agosto, fue llevado a La Force, donde fue asesinado el 3 de septiembre.

FRANCISCO JACINTO LE LIVEC DE TRESURIN nació en Quimper en 1726. En su juventud entró en la Compañía de Jesús, donde hizo la profesión religiosa y se ordenó sacerdote. Suprimida la Compañía, se quedó en París como capellán de las Hijas del Calvario. Arrestado en agosto de 1792 y llevado a la prisión de La Force, allí fue martirizado el día 3 de septiembre.

El seminario de San Fermín, perteneciente a la Congregación de la Misión, acogió a numerosos sacerdotes que al ser despojados de su cargo no tenían donde ir. A partir del 10 de agosto fueron, además, enviados allí numerosos sacerdotes arrestados, convirtiéndose en prisión, pues todos sus habitantes quedaron en condición de arrestados a partir del 13 de agosto. Llegaron a ser noventa los que estaban allí. Conocido esto, a las 5 de la mañana del día 3 de septiembre es invadida la casa con intención asesina. Se constituye un tribunal y se obliga a comparecer al director del seminario, el Beato Luis José François, el primero. Al negarse a prestar el juramento constitucional es arrojado por una ventana a la calle y rematado a bastonazos. Ésta fue la señal: los demás fueron masacrados a sablazos, bayonetazos, etc., muchos de ellos después de ser arrojados por las ventanas.

Éstos son sus datos:

ANDRÉS ABEL ALRICY, nacido el 2 de agosto de 1712 en Crémien y ordenado sacerdote en Grenoble en 1738, pertenecía al clero parroquial de San Medardo, de París. El 13 de agosto de 1792 fue dejado en San Fermín en calidad de detenido.

RENATO MARÍA ANDRIEUX, natural de Rennes, había pertenecido a la Compañía de Jesús en la que había profesado y se había ordenado sacerdote. Suprimida en Francia la Orden, ejercía su ministerio en París.

PEDRO PABLO BALZAC había nacido en París el 25 de abril de 1750 y era miembro de la comunidad parroquial de San Nicolás de Chardonnet, en la que había estudiado, ordenándose el año 1774. Desde 1783 era párroco de Villejuif, y cuando fue expulsado de su parroquia por negarse a prestar el juramento constitucional, volvió a San Nicolás de Chardonnet. Arrestado el 19 de agosto, fue llevado a San Fermín.

JUAN FRANCISCO MARÍA BENOÎT, llamado Vourlat, había nacido en Lyón el 26 de marzo de 1731. Con quince años entró en la Compañía de Jesús, profesando en 1764, y trabajando como acreditado director de conciencias. Suprimida en Francia la Compañía, se quedó en París atendiendo a las Religiosas de la Adoración Perpetua, y luego se retiró con los eudistas, donde fue arrestado y llevado a San Fermín.

JUAN CARLOS MARÍA BERNARD DE CORNILLET había nacido en Chateaubriand el 4 de agosto de 1759. Hizo su profesión religiosa en el monasterio de los canónigos regulares de San Víctor, de París (1782), y se ordenó sacerdote (1785). Disuelta su comunidad por la Revolución, buscó refugio en una casa y allí fue arrestado el 13 de agosto de 1792 y llevado a San Fermín. No fue asesinado por ser refractario, pues él no estaba obligado por ley a hacer el juramento constitucional, sino por ser religioso y solidario de los demás sacerdotes.

MIGUEL ANDRÉS SILVESTRE BINARD nació en Laulne el 28 de noviembre de 1742, hijo de familia acomodada. Tras estudiar en París como alumno del seminario de San Nicolás de Chardonnet, se ordenó sacerdote el año 1767. Prestó servicios en el colegio de Luis el Grande y luego en el Colegio de Navarra, en ambos como profesor. Era conocido por su oposición al jansenismo. Pudo haber huido a Inglaterra pero prefirió quedarse en su colegio, donde fue arrestado el 23 de agosto y llevado a San Fermín.

NICOLÁS BIZÉ había nacido en Versalles el 5 de octubre de 1737. Estudió en San Sulpicio y en San Nicolás de Chardonnet y se ordenó sacerdote en 1762, ingresando en la comunidad de su colegio. Estuvo un tiempo en el seminario de Laon en París como director y profesor, y luego volvió a San Nicolás como director de los retiros; posteriormente pasó como párroco a Villeneuve. Arrestado en San Nicolás el 13 de agosto, fue llevado a San Fermín.

CLAUDIO BOCHOT nació en Troyes el 10 de julio de 1720. Ingresó en la Congregación de la Doctrina Cristiana en 1740. Fue rector del colegio de Noyers y del de San Carlos, donde estaba de superior. Arrestado el 26 de agosto, fue llevado a San Fermín.

JUAN FRANCISCO BONNEL DE PRADEL nació en Aix-les-Thermes (Pamiers) el 5 de septiembre de 1738. Con veinte años entró en la Congregación de Canónigos Regulares de Santa Genoveva. Era un religioso ejemplar y caritativo. Arrestado el 31 de agosto de 1792, fue llevado a la sección revolucionaria del Panteón. Como no tenía obligación legal de prestar el juramento constitucional, se le pidió prestara el de libertad-igualdad. Se negó a prestarlo y fue llevado a San Fermín, donde hallaría la muerte.

PEDRO BONZÉ nació en París en junio de 1719. Ya doctorado en filosofía y letras, ingresó en el seminario de San Luis. Tras su ordenación sacerdotal fue coadjutor en la parroquia de Santa Margarita y luego párroco de Massy (1759). Juró primero la constitución civil del clero pero luego se retractó del juramento (10 de julio de 1792) y fue echado de la parroquia. Se marchó a París, donde fue arrestado el 13 de agosto y llevado a San Fermín.

PEDRO BRIQUET nació en Vervins el 25 de febrero de 1742. Tras doctorarse en filosofía y teología por la Sorbona, se ordenó sacerdote en 1766. Era profesor del colegio de Navarra y de la Sorbona. Firmó el manifiesto contra la deposición del arzobispo de París y su sustitución por un juramentado. También firmó la carta dirigida al Directorio parisino protestando por la supresión de las escuelas de teología. Arrestado en agosto de 1792, fue llevado a San Fermín.

PEDRO BRISSE nació en Brombos el 3 de agosto de 1733. Doctor en teología por la Universidad de la Sorbona, era canónigo penitenciario de la diócesis de Beauvais, cargo suprimido en la Revolución. Se le prohibió confesar durante la cuaresma y así lo hizo, pero llegado el tiempo pascual volvió a su confesionario y, estando confesando en la iglesia de las Ursulinas, vinieron por él; las monjas quisieron ocultarlo pero él se negó para no ponerlas en peligro. Dejado libre, marchó a París y se alojó en San Fermín, siendo víctima de la masacre del 3 de septiembre.

CARLOS CARNUS nació en Peyrinac el 30 de mayo de 1749. Estudió en el seminario parisino de los Treinta y Tres, volviendo luego a su diócesis de Rhodez donde enseñó filosofía y teo-

logía y se ocupó de temas científicos. Al negarse a jurar la constitución civil del clero, hubo de dejar su cátedra. Marchó a París y estando alojado en su antiguo seminario fue arrestado y llevado a San Fermín.

JUAN CARLOS CARON había nacido en Anchel el 30 de septiembre de 1730, y en su juventud ingresó en la Congregación de la Misión (1752). Párroco de Brie en la diócesis de Meaux, de cuyo cargo fue expulsado al negarse a jurar la constitución civil del clero. Entonces se marchó con sus hermanos lazaristas a San Fermín de París, donde fue masacrado.

BERTRÁN ANTONIO DE CAUPENNE nació en Jeguin el 1 de enero de 1753. Estudió en el seminario de Auch, donde se ordenó sacerdote en 1780. Como tenía una numerosa familia, buscó un cargo en París y obtuvo el de coadjutor de Montmagny, que hubo de abandonar al negarse a prestar el juramento constitucional. Reducido a una gran pobreza, regresa a París y firma una declaración de fidelidad a la Iglesia en el Colegio de los Lombardos. Muy enfermo ya, fue arrestado el 30 de agosto y llevado a San Fermín, donde pereció arrojado desde una ventana y rematado a mazazos.

NICOLÁS COLIN nació en Granant el 12 de diciembre de 1730 y con 17 años ingresó en la Congregación de la Misión, ordenándose sacerdote en 1754. Coadjutor de la parroquial real de Versalles, llegó a predicar ante el rey Luis XV. Pasó luego a la diócesis de Langres, y se ha dicho que dejó la congregación, pero la verdad es que él firmaba como sacerdote de la misma. Arrestado y llevado a San Fermín, aquí pereció.

SEBASTIÁN DESBRIELLES, mártir seglar en medio de un grupo tan grande de sacerdotes, había nacido en Bourges el 28 de abril de 1739. Admitido en la «Pía Casa de la Piedad», ejerció el oficio de docente. En 1791 perdió su oficio cuando se negó a jurar la constitución civil del trono que obligó a todos los profesores, fueran o no sacerdotes. Arrestado y llevado a San Fermín, aquí fue masacrado.

SANTIAGO DUFOUR nació en Troisgots, diócesis de Coutances, el 9 de abril de 1765, pero por la pronta muerte de su padre, se crió en Torigny, junto a Bayeux. Ordenado sacerdote, ejerció su ministerio en la parroquia de San Sinforiano, pasando

en 1782 como vicario de Saint-Remy de Maison, junto a París. Desposeído de su cargo por negarse a prestar el juramento constitucional, se retiró al seminario parisino de San Fermín, donde lo dieron por arrestado el 13 de agosto y fue masacrado el 3 de septiembre de 1792.

DIONISIO CLAUDIO DUVAL nació en París el año 1740. Tras estudiar en el seminario de San Nicolás de Chardonnet y licenciarse en derecho, se ordenó sacerdote en 1766. Ejerció su ministerio en la parroquia parisina de San Esteban del Monte, donde él mismo había sido bautizado. Y en 1791 todo el clero de la parroquia juró la constitución civil del clero menos él, siendo expulsado de la parroquia. Arrestado en agosto de 1792 y llevado a San Fermín, aquí halló el martirio.

COSME (JUAN PEDRO) DUVAL había nacido en París en 1740. Admitido en la «Pía Casa de la Piedad», fue luego en ella docente hasta que en 1791 se negó a prestar el juramento constitucional, exigido a los docentes. Arrestado y llevado a San Fermín, aquí halló el martirio.

JOSÉ FALCOZ había nacido en Saint Sorlin d'Arves el 4 de diciembre de 1726. Sacerdote desde 1752, fue profesor y prefecto del colegio de San Juan en Saint Jean de Maurienne. En 1767 pasó a París como capellán de hospital, cargo que perdió al negarse en 1791 a jurar la constitución civil del clero. Arrestado en agosto de 1792, fue llevado a San Fermín y aquí martirizado.

GILBERTO JUAN FAUTREL había nacido en Marcilly el 19 de abril de 1730. Desde su diócesis de Avranches marchó en 1787 a París como capellán del Hospital de la Salpetrière, y luego pasó al Asilo de Expósitos del Boulevard Saint Antonine. Al negarse a jurar la constitución civil del clero, perdió su puesto. Arrestado el 13 de agosto de 1792 en el seminario de San Nicolás de Chardonnet, fue llevado a San Fermín.

EUSTAQUIO FÉLIX nació en Troyes el 23 de abril de 1726. A los 31 años entró en la Congregación de Padres de la Doctrina Cristiana. Ejerció como prefecto en el colegio de Vitry-le-François, y a partir de 1775 en el de Chaumont-en-Bassigny. Ordenado sacerdote en 1776, volvió a la casa de París y fue procurador hasta su arresto en 1792. Llevado al seminario de San Fermín, aquí halló el martirio.

FILIBERTO FOUGÈRE nació en París el año 1742. Párroco de San Lorenzo, de Nevers, en 1789 fue elegido diputado a la Asamblea Nacional. En París vivía con su tío, el Beato José María Gross, con quien fue arrestado el 22 de agosto de 1792 y llevado a San Fermín. Él presintió que la acumulación de detenidos en San Fermín se prestaba a una masacre, y logró superar su miedo y ponerse en las manos de Dios.

LUIS JOSÉ FRANÇOIS había nacido en Busigny el 3 de febrero de 1751. Profesó en la Congregación de la Misión, y fue sucesivamente rector del seminario de Troyes y del seminario parisino de San Fermín, llamado «Les Bons Enfants». Cuando llegó la Revolución, por medio de un pequeño libro *(Mi apología)* animó al clero a permanecer fieles a la Iglesia a cualquier precio. Viendo que muchos sacerdotes quedaban sin medios de vida al ser apartados de sus cargos por negarse a prestar el juramento constitucional, abrió las puertas de su seminario a cuantos lo necesitasen. Convertido en prisión su seminario tras el 10 de agosto de 1792, fue objeto del citado asalto el día 3 de septiembre. Nuestro beato fue el primero en comparecer, se negó a prestar el juramento constitucional y fue arrojado por la ventana y rematado luego a bastonazos.

PEDRO JUAN GARRIGUES nació en Sauveterre el 2 de marzo de 1725 y luego de haberse doctorado en filosofía y letras por la Universidad de París, se ordenó subdiácono en septiembre de 1753. Residía en París a cuyo clero pertenecía. Arrestado el 14 de agosto, fue llevado a San Fermín.

NICOLÁS GAUDREAU nació en París el año 1748. Estudió en el seminario parisino de los Treinta y Tres. Tras su ordenación sacerdotal, fue enviado como coadjutor a la parroquia de Vest-le-Petit, y pasó luego a párroco de la misma iglesia. Al negarse a prestar en octubre de 1791 el juramento constitucional fue expulsado de su parroquia y se marchó a París a vivir con sus padres. Aquí fue arrestado el 31 de agosto de 1792 y llevado a San Fermín.

ESTEBAN MIGUEL GILLET había nacido en París el año 1758. Pertenecía a la comunidad de San Nicolás de Chardonnet y con sus compañeros fue arrestado el 13 de agosto de 1792, siendo llevado al seminario de San Fermín.

JORGE JERÓNIMO GIROUST nació en Bussy-Saint-George el 7 de agosto de 1765 y, tras estudiar en el seminario de San Sulpicio de París, se ordenó sacerdote. Coadjutor de Gennevillers, hubo de dejar su cargo al negarse a prestar en 1791 el juramento constitucional. Arrestado el 13 de agosto de 1792, fue llevado a San Fermín.

JOSÉ MARÍA GROSS nació en Lyón el 22 de mayo de 1742. Luego de hacer sus estudios en el seminario parisino de los Treinta y Tres se ordenó sacerdote en 1767. Fue profesor de teología en el Colegio de Navarra y rector del Seminario de los Treinta y Tres, cargos en los que se granjeó un gran crédito por su espiritualidad y su habilidad como director de conciencias. En 1785 es nombrado párroco de San Nicolás de Chardonnet, donde había una comunidad de sacerdotes seculares que procuraban vivir con intensidad su sacerdocio. En 1789 fue elegido diputado en los Estados Generales por su demarcación. Cuando se aprobó la constitución civil del clero, se negó a jurarla y por ello perdió su cargo. Siguió atendiendo a sus feligreses, que se negaban a ser atendidos por los sacerdotes juramentados, y para ello utilizaba algunas capillas, hasta que también esto le resultó imposible. Se marchó entonces a vivir a la zona parisina de Santa Genoveva, donde fue arrestado y llevado a San Fermín. Es uno de los mártires más ilustres de este grupo de San Fermín.

JUAN ENRIQUE GRUYER había nacido en Dole el 3 de junio de 1734, y en su juventud ingresó en la Congregación de la Misión. Ordenado sacerdote, fue enviado como párroco a San Luis, de Versalles. Al negarse a prestar el juramento constitucional, fue expulsado de su parroquia y se acogió a San Fermín donde fue martirizado.

ROBERTO FRANCISCO GUÉRIN DU ROCHER nació en Repas el 23 de octubre de 1736. Concluidos los estudios en el colegio de Caen, entró en la Compañía de Jesús en París. Destinado primero a la enseñanza en Nevers y en Eu, luego fue destinado al Oriente Medio como misionero, siendo su último destino el de párroco en Saloniki (Grecia), de donde lo expulsó el gobierno otomano. Vuelto a Francia escribió sus memorias como misionero y colaboró en unas obras apologéticas. A petición propia

el arzobispado parisino lo nombró capellán del hospital de la Salpetrière, donde dio gran ejemplo de caridad y humildad. Al negarse a prestar el juramento constitucional fue expulsado y se fue a vivir con su hermano Pedro Miguel, que sería arrestado con él. Ambos fueron llevados a San Fermín y murieron juntos.

PEDRO MIGUEL GUÉRIN DU ROCHER, hermano del anterior, nació en Saint-Honorine-La-Guillaume en 1731. Luego de estudiar en el colegio jesuita de Caen, entró en la Compañía de Jesús. Luego de enseñar en Bourges y Ruán, cuando llegó la supresión de la Compañía, dejó Francia y vivió en Italia, Alemania y Polonia, país en el que enseñó derecho canónico y estudió lenguas orientales. Publicó la *Histoire véritable des temps fabuleux* (París 1777), libro al que se opusieron los enciclopedistas de forma violenta. El arzobispo de París lo nombró director del Instituto llamado Les Nouveaux-Convertis y la reina María Antonieta lo eligió como su confesor. Aunque él no tenía obligación de prestar el juramento constitucional, fue arrestado el 13 de agosto de 1792 con su hermano Roberto Francisco, que se había refugiado con él, y su primo el Beato J. Lalande. Llevado a San Fermín, aquí pereció.

IVÓN ANDRÉS GUILLOU DE KERENRUN había nacido en Lézardrieux el 8 de marzo de 1748. Ordenado sacerdote, entró a pertenecer a la Sociedad de Navarra, de cuyo Colegio llegó a ser presidente y vicecanciller de la Universidad parisina, siendo doctor por la misma. Arrestado por ser refractario al juramento constitucional, fue llevado a San Fermín donde fue martirizado.

JULIÁN FRANCISCO HÉDOUIN nació en Coutances el 3 de octubre de 1760. Hizo los estudios en el Colegio de Harcourt, de París, donde obtuvo el doctorado en teología. Ordenado sacerdote en 1788, obtuvo un puesto de capellán en el hospital de la Compasión, puesto que perdió al negarse a prestar el juramento constitucional. Arrestado en agosto de 1792, fue llevado a San Fermín, donde halló el martirio.

PEDRO FRANCISCO HÉNOCQ nació en Tronchoy en 1749. Ordenado sacerdote, tuvo un puesto como profesor del Colegio del Cardenal Lemoine, en París. Por negarse a prestar el juramento constitucional fue arrestado y masacrado en San Fermín.

ELOY HERQUE, llamado Du Roule, nació en Lyón el 31 de mayo de 1741. En 1758 ingresó en la Compañía de Jesús, donde profesó, hizo los estudios y se ordenó sacerdote. Su último destino fue el de capellán de la Casa de expósitos, puesto que pierde al negarse a prestar el juramento constitucional. Arrestado el 13 de agosto de 1792 y llevado a San Fermín, aquí alcanza el martirio.

PEDRO LUIS JORET nace en Rollot el 28 de octubre de 1761 y se ordena sacerdote como miembro del clero de Beauvais. No se sabe por qué estaba en París al tiempo de su arresto en una casa de la calle Fosses el 13 de agosto de 1792, siendo llevado a San Fermín, donde recibe el martirio.

JAIME DE LALANDE nació en Festé-Duray el 8 de marzo de 1735. Adscrito al clero diocesano de Séez, era párroco de Illiers-l'Évêque, donde ejercía laudablemente su ministerio. Al negarse a prestar el juramento constitucional, fue desposeído de su cargo. Marchó a París, donde fue arrestado y llevado a San Fermín y aquí martirizado.

GIL LUIS SINFORIANO LANCHON había nacido en Coutances el año 1754. Era capellán de las monjas parisinas de Port-Royal y se había negado a prestar el juramento constitucional, lo que fue motivo para su arresto y posterior martirio.

LUIS JUAN MATEO LANIER había nacido en Château-Gontier en 1754. Era prefecto de estudios del seminario de San Nicolás de Chardonnet. Como sus compañeros de comunidad, rehusó prestar el juramento constitucional. Arrestado y llevado a San Fermín, aquí fue martirizado.

JUAN JOSÉ DE LAVÈZE VELAY nació en Guiras el año 1742. Desde su diócesis, de Viviers marchó a París donde obtuvo un puesto como capellán en el Hôtel-Dieu. Lo perdió al negarse a prestar el juramento constitucional. En agosto de 1792 fue arrestado y llevado a San Fermín.

MIGUEL LEBER nació en París en 1731. Era párroco de Sainte-Madeleine-la-Ville l'Évêque, junto a París, y fue expulsado de ella cuando se negó a prestar el juramento constitucional. Marchó entonces a París, donde fue arrestado y llevado a San Fermín y aquí fue martirizado.

PEDRO FLORENCIO LECLERQ nació en Hautvilliers en 1744. Desde su diócesis natal de Amiens marchó a París y era profe-

sor del seminario de San Nicolás de Chardonnet. Arrestado y llevado a San Fermín, aquí recibió el martirio.

JUAN CARLOS LEGRAND nació en Versalles el 24 de abril de 1745. Estudió en el seminario de San Luis, de París, y se ordenó sacerdote en 1769. Se colocó como profesor de filosofía en el Colegio de Lisieux, del que fue cesado al negarse al juramento constitucional. Arrestado y recluido en San Fermín, fue martirizado el día 3 de septiembre de 1792.

JUAN PEDRO LE LAISANT nace en Valognes el año 1753. Estaba en la parroquia de Dugny, junto a París, como coadjutor, y fue expulsado de la misma por negarse a prestar el juramento constitucional. Fue arrestado y llevado a San Fermín junto con su hermano.

JULIÁN LE LAISANT, nacido en Valognes en 1761, era hermano del anterior y estaba de coadjutor en la misma parroquia que él. Se negó igualmente a prestar el juramento constitucional, por lo que fue despojado de su cargo. Arrestado con su hermano, padeció martirio con él en San Fermín.

JUAN LEMAÎTRE nace en Beauvais el año 1767, y llevaba muy poco tiempo ordenado sacerdote cuando fue arrestado, recluido en San Fermín y martirizado.

JUAN TOMÁS LEROY nace en Épernay en 1738. Era párroco-prior de la parroquia de La Ferté-Gaucher, diócesis de Meaux. Prestó el juramento constitucional pero con tantas reservas que no le fue admitido y se le echó de la parroquia. Marchó a París, donde fue arrestado, llevado a San Fermín y martirizado.

MARTÍN FRANCISCO ALEJO LOUBLIER había nacido en O, diócesis de Séez, en 1733. Luego de ser profesor en el colegio de Alençon, pasó a la parroquia de Condé-sur-Sarthe. Párroco celoso y caritativo, se negó a prestar el juramento constitucional, y no obstante esto, fue elegido obispo constitucional de Alençon, que él rehusó indignado. Había publicado un escrito contra la llamada Iglesia constitucional. Para alejarse de las presiones que se ejercían sobre él para que aceptase el episcopado constitucional, pidió a los lazaristas lo acogiesen en San Fermín, donde hallaría el martirio.

CLAUDIO LUIS MARMONTANT DE SAUVIGNY había nacido en París el 27 de marzo de 1748. En 1767 ingresó en la comuni-

dad de San Nicolás de Chardonnet y ya doctorado en derecho canónico se ordenó sacerdote el año 1772. Su padre, procurador del parlamento parisino, le buscó un puesto como abogado del mismo y se quedó a vivir en París con sus padres. En 1779 el cabildo catedral de Notre-Dame lo eligió párroco de Compans-La Ville, diócesis de Meaux. En febrero de 1791 prestó el juramento constitucional, pero con tales restricciones que no se le aceptó y se le echó de la parroquia. Vuelto a París con sus padres, fue arrestado, llevado a San Fermín y martirizado.

CLAUDIO SILVANO RAFAEL MAYNEAUD DE BIZEFRANC nació en Digoin el 2 de mayo de 1750. Se doctoró en derecho en París (1778) y fue primero sacerdote del clero de Autún, luego pasó un tiempo con los eudistas y después ingresó en la comunidad de la Parroquia de San Roque, de París, donde se acreditó como celoso predicador. Expulsado de la parroquia por negarse a prestar el juramento, volvió a su casa natal, donde fue arrestado y llevado a San Fermín y martirizado.

ENRIQUE JUAN MILET nació en París en 1759. Hizo los estudios en el Colegio de Montaigu y en San Nicolás de Chardonnet, ordenándose sacerdote en 1784. Su primer destino fue la parroquia parisina de San Hipólito, suprimida en la revisión de parroquias hecha por los revolucionarios. Le habrían dado otra si hubiera jurado la constitución civil del clero, pero se negó y fue a alojarse en el Colegio de Navarra. Aquí fue arrestado y llevado a San Fermín, donde halló el martirio.

FRANCISCO JOSÉ MONNIER nace en París el 18 de marzo de 1763. Estudia en Ruán y en París, ordenándose sacerdote y recibiendo como primer destino el de vicepárroco de San Severino, de París. Al negarse a prestar el juramento constitucional fue echado de la parroquia. Se alojaba en Santa Genoveva y aquí fue arrestado y llevado a San Fermín, donde fue martirizado.

MARÍA FRANCISCO MOUFFLE había nacido en París el 23 de agosto de 1754. Tras su ordenación sacerdotal fue enviado como coadjutor a la parroquia de Saint-Merry, donde había sido bautizado. En febrero de 1791 prestó el juramento constitucional, pero en diciembre de aquel año se retractó, y fue expulsado de la parroquia. Pidió asilo a los paúles y se fue a vivir a San Fermín. Aquí fue martirizado.

JOSÉ LUIS OVIEFVE había nacido en París el año 1748. Hizo los estudios en San Nicolás de Chardonnet y se ordenó sacerdote en 1772. Se quedó en la misma comunidad, teniendo primero el cargo de sacristán y luego el de director. En dicha parroquia fue arrestado el 13 de agosto y llevado a San Fermín donde sería martirizado.

JUAN MIGUEL PHILIPOT había nacido en París el año 1743. Era predicador diocesano y capellán en el Colegio de Navarra. Se negó a formular el juramento constitucional y por ello fue arrestado y llevado a San Fermín, donde recibió el martirio.

CLAUDIO PONS nació en Le Puy el año 1729. Ingresó en la congregación de canónigos regulares de Santa Genoveva, de París, en 1757. Y aquí estaba cuando fue arrestado el 31 de agosto de 1792 y llevado a San Fermín, donde hallaría el martirio.

PEDRO CLAUDIO POTTIER nació en El Havre el 20 de septiembre de 1743. Decidido por la vocación eclesiástica, estudiaba en el seminario de Ruán cuando ingresó en la congregación de los eudistas (1762). Fue profesor de teología en los seminarios de Séez, Blois, Rennes y Lisieux, donde se granjeó fama de culto y buen conocedor de las Sagradas Escrituras. En 1775 fue designado rector del seminario de Ruán, en el que estaría hasta 1791. El 16 de enero de este año formulaba desde el púlpito de la catedral el juramento constitucional, pero añadiendo que lo hacía con sumisión al juicio de la Iglesia romana. Un año más tarde se retractaba de este juramento y publicaba folletos para reparar su error y animar a todos a ser fieles a la Iglesia. Estos folletos los publicó en París a donde se había ido a vivir. Estaba hospedado en la casa de los padres de la Doctrina Cristiana cuando fue arrestado el 26 de agosto de 1792 y llevado a San Fermín, donde fue martirizado.

SANTIAGO RABÉ nace en Sainte-Mère-l'Église el 27 de diciembre de 1750. Se preparó al sacerdocio en Crosville, diócesis de Coutances, y se ordenó sacerdote en 1775, después continuó los estudios de derecho siendo al mismo tiempo capellán del hospicio de Bicêtre; en 1778 pasó de capellán a la casa-cuna de Notre-Dame, cargo que perdió al negarse a prestar el juramento constitucional. Pidió alojamiento en San Fermín, donde el 13 de agosto quedó arrestado. Tuvo la oportunidad de huir el 2 de septiembre, ayudado por un amigo, pero volvió por el brevia-

rio y su huida fue descubierta. Pereció en la matanza del 3 de septiembre.

PEDRO ROBERTO RÉGNET nació en Cherburgo el 19 de mayo de 1755. Estudia en el colegio d'Harcourt, consigue el doctorado de filosofía y letras y la licenciatura en derecho (1787), ya ordenado sacerdote. No hay datos concretos de cuál era su cargo en 1791 ni de cómo llegó a San Fermín, donde ciertamente fue martirizado el 3 de septiembre de 1792.

IVÁN JUAN PEDRO REY DE KERVISIC nació en Plounez-Paimpol en abril de 1761. Luego de estudiar en Saint Brieuc, pasó al seminario parisino de San Nicolás de Chardonnet, ordenándose sacerdote el 6 de octubre de 1788. Luego de ser capellán en el Colegio de Navarra, en 1790 pasó a la parroquia de St. Jacques-du-Haut-Pas como coadjutor encargado de la administración de los sacramentos. El cargo lo perdió al rechazar prestar el juramento constitucional, y entonces se marchó con su tío el Beato Guillou de Kerenrun a Boncour. Vuelto a París, es arrestado y llevado a San Fermín, donde hallaría el martirio.

LUIS FRANCISCO RIGOT es otro mártir seglar en medio de este grupo de tantos sacerdotes. Había nacido en 1754 en Amiens, y en 1760 es acogido en el Hospital de la Piedad de París. En 1776 queda como sacristán de dicha institución. El 13 de agosto de 1792 es arrestado con todos los sacerdotes de la Casa des Nouveaux Convertis y con ellos fue llevado a San Fermín. La causa de su prisión y muerte fue haber hecho causa común con los sacerdotes.

NICOLÁS CLAUDIO ROUSSEL nace en París el año 1730. Se tienen de él pocos datos. Sólo se sabe que había sido confesor de los ermitaños de Grosbois. Estaba hospedado en el seminario de San Fermín. Al no tener ningún cargo oficial, no tenía obligación de prestar el juramento constitucional. Su muerte se debió a estar en San Fermín con los demás sacerdotes.

PEDRO SAINT-JAMES nace en Caen el 18 de octubre de 1742. Estudia teología en la Universidad de Caen, pasa al seminario de Lisieux y se ordena sacerdote en 1767. Coadjutor de la parroquia de St. Malo en Bayeux, pasa en 1775 a la de Saint-Sauveur-des-Deux-Jumeaux, pero la abadía de San Víctor de Cerisy

se la disputa y finalmente se la quita por decisión del Parlamento de Ruán. Marcha a París y logra un puesto como capellán del Hospital de la Piedad, puesto que pierde al negarse a prestar el juramento constitucional. Detenido el 13 de agosto y llevado a San Fermín, es arrojado desde una ventana sobre las picas de los asaltantes y es rematado en el suelo por los mismos.

SANTIAGO LUIS SCHMID nace en París el 14 de septiembre de 1752. Hechos los estudios en el seminario de San Luis y ordenado sacerdote, se adscribió a la comunidad del colegio del Cardenal Lemoine y se le encargó de la aneja parroquia de San Juan Evangelista, donde realizó una excelente labor. Destituido al negarse a prestar el juramento constitucional, fue arrestado y llevado a San Fermín, donde recibió el martirio.

JUAN ANTONIO SECONDS nace en Rodez e ingresa en la Compañía de Jesús (1760), donde se dedica muchos años a la enseñanza y la predicación con mucho éxito. Lo habían llamado de la corte para que predicara la cuaresma de 1792. Desde 1777 era uno de los capellanes del Hospital de la Piedad. Con los demás capellanes fue arrestado en agosto de 1792 y llevado a San Fermín, donde recibió el martirio.

PEDRO SANTIAGO DE TURMÉNIES nace en Gournay-en-Braie. Sacerdote en 1769, es enviado como coadjutor a la parroquia de San Felipe de Roule en París. Se doctoró en teología (1774) e ingresó en la Sociedad de Navarra, de cuyo colegio fue censor real de los estudios teológicos y luego gran maestro de la Casa de Navarra. La Revolución mandó cerrarla en octubre de 1791 pero se mantuvo abierta hasta que el 23 de agosto Pedro y cinco compañeros fueron arrestados y llevados a San Fermín.

RENATO JOSÉ URVOY nace en Plouzy el 25 de noviembre de 1766. Doctorado en teología en 1788, se ordena sacerdote el 23 de octubre de 1791 y es enviado como asistente al seminario de los Treinta y Tres. Junto con el rector del seminario es arrestado el 15 de agosto de 1792 y llevado a San Fermín, donde es martirizado. No llevaba aún un año de sacerdote.

CARLOS VÍCTOR VÉRET nace en Louvières el 17 de julio de 1763. Estudia en San Nicolás de Chardonnet donde trabaja como maestro de escuela. Ya sacerdote, fue admitido en la comunidad del propio San Nicolás (1788). Arrestado el 13 de agosto, fue llevado a San Fermín, donde recibió el martirio.

NICOLÁS MARÍA VERRON nace en Quimperlé el 7 de noviembre de 1740. En septiembre de 1757 ingresa en la Compañía de Jesús. Profesor primero en el colegio Luis el Grande, pasa una temporada en los Países Bajos y vuelve a París en 1779. Director espiritual de las religiosas del convento de Santa Ana, trabaja con mucho celo por extender la devoción al Sagrado Corazón. El 18 de agosto de 1792 fue arrestado en su domicilio y llevado a San Fermín, donde sería martirizado.

JUAN ANTONIO JOSÉ DE VILLETTE, seglar mártir que cierra el glorioso número de los confesores de la fe en San Fermín, había nacido en Cateau-Cambrésis el 12 de junio de 1731. De joven ingresó en la carrera militar y fue capitán del regimiento de Conté y Barrois, llegando a comandante de la Isla de Ré. Su mala salud le obligó a pedir la baja del ejército en 1783. Entonces acudió a su pariente el P. Cousin, que era rector del seminario parisino de San Fermín, y le pidió le dejara vivir en él. Se adaptó perfectamente a la vida religiosa del seminario y siguió allí cuando en 1788 falleció su pariente. Llegado agosto de 1792 y convertido en prisión el seminario, los ocupantes le invitaron a irse pero él se negó, y llegada la hora de la masacre fue asesinado junto con los sacerdotes.

Todos estos mártires fueron colocados en el honor de los altares por su beatificación el 17 de octubre de 1926 siendo papa Pío XI.

SANTOS JUAN PAK HU-JAE, MARÍA PAK KUN-AGI HUI-SUN, BÁRBARA KWON-HUI, BÁRBARA YI CHONG-HUI, MARÍA YI YON-HUI E INÉS KIM HYO-JU

Mártires († 1839)

Conmemora hoy la Iglesia el glorioso martirio de un hombre y cinco mujeres de Corea que prefirieron la muerte antes que apostatar de Jesucristo y a los cuales, junto con los otros mártires de Corea —en total 103—, canonizó el papa Juan Pablo II en Seúl el 6 de mayo de 1984.

Éstos son sus datos:

JUAN PAK HU-JAE nació en 1799 en Yongin, provincia de Kyonggi, Corea, y era hijo de Lorenzo Pak, un fervoroso cris-

tiano que en 1801 dio su vida por la fe. Muerto su padre, su madre se marchó a Hanyang, donde se ganaba la vida como aguadora, y Juan, en cuanto pudo, ayudó a su madre vendiendo zapatillas de paja. A los 16 años contrajo matrimonio con Ana Pak, sobrellevando él con mucha paciencia su situación de pobreza y siendo un creyente muy devoto. Aunque tomó las debidas precauciones, no por eso estaba menos dispuesto al martirio. Pidió a su esposa que se fuera con una tía suya para salvarla del posible arresto, del que él fue víctima enseguida. Confesó la fe valientemente y dijo que para él su fe y su Iglesia eran más importantes que su vida. Apaleado y torturado, no cambió su confesión de fe y se mantuvo paciente y sufrido. Condenado a muerte, fue decapitado en la Puerta del Oeste, de Seúl, el 3 de septiembre de 1839.

MARÍA PAK KUN-AGI HUI-SUN nació en 1786 en Seúl y era hermana de Santa Lucía Pak Hui-sun, quien dejó la corte movida por su fe y se fue a vivir a casa de un sobrino. Con ella se fue a vivir María —ya para entonces casada pero aún no cristiana— que por la influencia de su hermana llegó a la fe. Pero cuando su sobrino comenzó a despertar sospechas a las autoridades por su religión, ambas hermanas se fueron con la futura mártir Águeda Chon Kyong-hyop. Pero el 15 de abril de 1839 se produjo su arresto. María sufrió mucho en su detención, confesó la fe y por ella fue condenada a muerte. Cuatro meses antes que fuese martirizada su hermana, María fue ejecutada en la Puerta del Oeste de Seúl por decapitación, era el 3 de septiembre de 1839.

BÁRBARA KWON-HUI nació en Seúl en 1740. Fue la esposa de San Agustín Yi Kwang-hon y la madre de Santa Águeda Yi. El primero sería martirizado el 24 de mayo de 1839, antes que Bárbara, y la segunda al año siguiente, el 9 de enero. Su matrimonio (1800) fue anterior a su llegada al cristianismo. Su marido tuvo un amigo católico y por él llegó a la fe. En cuanto se convirtió cambió su género de vida, dejó el vino y los placeres y esto impactó a su esposa, a la que él dio explicaciones del motivo de su cambio de conducta, y entonces ella decidió también hacerse cristiana. Pero, al mismo tiempo, su fortuna disminuyó y entonces el matrimonio conoció la pobreza; sin embargo, los

católicos les ayudaron y les proporcionaron una casa, que serviría luego de refugio a los católicos. Bárbara, en mitad del peligro que representaba ser cristianos en Corea, daba ejemplo de paciencia y de fe y servía con amor a los católicos que se refugiaban en su casa. Con su marido visitaba a los enfermos y hacía cuanto estaba de su parte por atraer a los paganos a la fe. Desatada la persecución el 7 de abril de 1839, la mujer de un catecúmeno fue obligada por la policía a dar los nombres de los católicos que ella conocía, y eso provocó que se arrestara a Agustín y a su esposa Bárbara y a sus hijos. Encerrados hombres, mujeres y niños en celdas separadas, uno de los niños de Bárbara, de 8 años, gritaba porque quería estar con su madre y uno de los soldados le pegó. Ella le preguntó al soldado si no tenía hijos, pero su marido le recomendó paciencia, y ella ya no dijo nada más. Interrogada, confesó la fe, se negó a apostatar. Hubo de sufrir mucho viendo la presión y malos tratos de que eran objeto sus hijos para que apostataran. No hubo forma de arrancarla de la fe, hasta que, condenada a muerte, fue decapitada en la Puerta del Oeste de Seúl el 3 de septiembre de 1839.

BÁRBARA YI CHONG-HUI nació en Pongch'on, Seúl, el año 1799 y llegó a la fe por influencia de su madre, Ho Kye-yim Magdalena. Igualmente llegó a la fe su hermana Magdalena Yi Yong-hui. Ella hubiera preferido no contraer matrimonio, pero su padre, pagano, le buscó un partido para él interesante, y se trataba de un joven pagano. Recurrió Bárbara a la estratagema de hacerse la enferma hasta que el novio se aburrió. Y entonces las demás católicas le buscaron un novio que profesaba la fe cristiana. Pero a los dos años murió el marido y ella regresó a su casa. Posteriormente se marchó a vivir con su hermana Magdalena a Haktari, viviendo ambas muchos años en situación de trabajo y pobreza. Su madre las visitaba en Navidad y Cuaresma para poder, además, recibir los sacramentos. En abril de 1839 seis mujeres católicas, entre ellas Bárbara, se ofrecieron a los perseguidores y para probárselo les enseñaron sus rosarios. Los guardias las llevaron a la cárcel. Al oír lo sucedido, los magistrados se extrañaron de que se hubieran ofrecido al martirio en vez de huir. Al día siguiente tuvo lugar el interrogatorio y ellas confesaron la fe y se mostraron dispuestas a llegar hasta el final.

Fueron torturadas, llevadas a la cárcel y presionadas de muchos modos. Nuevamente torturadas tras nuevo interrogatorio, perseveraban intrépidas. Bárbara fue finalmente decapitada en la pequeña Puerta del Oeste, de Seúl, el 3 de septiembre de 1839.

MARÍA YI YON-HUI nació en Seúl en 1804. Fue la esposa de San Damián Nam Myong-hyok, con el que compartió la fe y el celo por la Iglesia, ofreciendo su casa como posada donde podían acogerse los católicos cuando venían a la capital para poder encontrar al obispo Imbert o a los misioneros y recibir los sacramentos. María hacía cuanto estaba de su parte por acogerlos y atenderlos, secundando a su marido. Dos días antes del domingo octava de Pascua los católicos comenzaron a llegar a la casa de María. El obispo ordenó que, para no llamar la atención, no fueran más de veinte pero llegaron a reunirse cien, y aunque algunos se marcharon pero otros más vinieron. El obispo los confesó. Cuando éste dejó la casa le pidió a Damián que llevara a otra casa sus ornamentos episcopales, pero Damián se durmió por cansancio, y cuando despertó, la casa estaba rodeada de policías. Registraron la casa y encontraron los ornamentos del obispo. Le preguntaron por ellos y Damián dijo que pertenecían a un sacerdote martirizado en 1801 pero la policía no le creyó. Invitaron a Damián y a María a apostatar, pero ambos se negaron, siendo llevados a reclusión. Su hijo, de doce años, fue igualmente arrestado y resistió bravamente a las tentativas de hacerlo apostatar. Damián y María hubieron de pasar por el dolor de ver torturar a su hijo repetidamente. Le tocó el turno a ella y le partieron una pierna pero resistió con gran fortaleza. Por fin ella y su esposo fueron condenados a muerte. Primero martirizaron a Damián (24 de mayo de 1839) y luego siguieron torturando a María, pero sin que ella apostatara, y por eso fue decapitada el 3 de septiembre de aquel mismo año.

INÉS KIM HYO-JU nació en Bamsom, Seúl, el año 1816. Su madre, al tener a esta hija y a su hermana mayor, Santa Columba Kim Hyo-im, tuvo el mismo sueño: veía un laúd coreano colgando de la aldaba de la puerta y se despertaba por su sonido tan raro. La familia no era católica pero la madre se convirtió, mientras que el padre no quería ni que se nombrase el cristianismo en la casa. La madre atrajo a sus hijos a la fe, y

recibieron el bautismo de manos del sacerdote chino P. Yu Pang-che. Inés, con otras dos hermanas, ofreció al Señor su virginidad, y para evitar se las buscara como novias se peinaron como las mujeres casadas. Poco después se fueron a vivir con su hermano Antonio, casado, que residía en Yongmori, en la provincia de Kyonggi. Vivían muy cristianamente, ayudaban a los pobres y daban un gran ejemplo a todos los católicos. Al llegar la persecución de 1839, en mayo, Antonio fue denunciado como cristiano por un vecino, que dio las señas de su casa. Entonces la policía llegó a la casa, pero su presencia fue notada y varios miembros de la familia pudieron huir, no así Inés, que fue arrestada junto con su hermana Columba que había sido localizada en su escondite. Al día siguiente fueron llevadas a Hanyang. Interrogadas, ambas confesaron la fe cristiana, se negaron a apostatar y se mostraron dispuestas al martirio. Fueron bárbaramente torturadas sin que saliera de sus labios una queja, cesando las torturas por cansancio de los torturadores, y curando las heridas de las mártires antes de lo que podía esperarse. Interrogadas de nuevo, confesaron estar dedicadas a Cristo en la virginidad. Y volvieron a torturarlas, y al no conseguir nada el magistrado las remitió a la cárcel del Ministerio de Justicia. El 12 de mayo de aquel año 1839 comparecieron ante el tribunal ante el que se quejaron de las injurias inferidas a su castidad, lo que trajo consigo una investigación sobre el tipo de torturas que les habían dado y a sus autores les vinieron castigos. Llevadas a prisión, fueron nuevamente interrogadas y apaleadas con cañas. Dejadas durante meses en la cárcel, su salud se resintió. Condenadas ambas a muerte, Inés fue decapitada el 3 de septiembre de 1839.

4 de septiembre

A) MARTIROLOGIO

1. La conmemoración de Moisés, profeta, que por elección divina sacó al pueblo de Israel de Egipto, lo guió por el desierto hacia la Tierra prometida, se le reveló el nombre divino y por su medio se dio la Ley y vino a morir en el Monte Nebo en tierra de Moab **.

2. En Chalon-sur-Saône (Borgoña), San Marcelo († s. III), mártir.
3. En Roma, la deposición del papa Bonifacio I († 422) *.
4. En Chartres (Francia), San Caletrice († 473), obispo.
5. En Hersfeld (Sajonia), Santa Ida († 825), viuda *.
6. En Mende (Aquitania), San Fredaldo, Fredoaldo o Frezaud († s. IX), obispo y mártir.
7. En Colonia (Lotaringia), Santa Irmengarda o Irmengardes († 1085), condesa de Süchteln *.
8. En Palermo (Sicilia), Santa Rosalía († s. XII), virgen y solitaria *.
9. En Carmagnola (Italia), Beata Catalina Mattei o de Racconigi († 1547), virgen, terciaria dominica *.
10. En Rochefort (Francia), Beato Escipión Jerónimo Brigéat de Lambert († 1794), presbítero y mártir *.
11. En Sillery (Québec), Beata María de Santa Cecilia Romana Dina Bélanger († 1929), virgen, de la Congregación de Jesús-María **.
12. En Oropesa (Castellón), Beato José Pascual Carda Saporta († 1936), presbítero, de la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos del Sagrado Corazón de Jesús, mártir *.
13. En Teulada (Alicante), Beato Francisco Sendra Ivars († 1936), presbítero y mártir *.
14. En Genovés (Valencia), Beato Berardo (José) Bleda Grau († 1936), religioso capuchino y mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN MOISÉS
(Antiguo Testamento)

Moisés juntamente con Abrahán son los dos personajes centrales del Antiguo Testamento. Es el libertador del pueblo elegido, y el mediador de la Alianza renovada en el Sinaí y, conforme a ella, es el organizador de la teocracia hebrea. Tal fue su importancia en la historia de Israel que muchas veces el Mesías es concebido como una reencarnación del gran «Profeta» por antonomasia del Antiguo Testamento. Los días del Éxodo habían quedado como los tiempos heroicos de la historia israelita y el principal protagonista de las gestas, Moisés, quedó en la memoria de todas las generaciones como el amigo de Dios por excelencia.

Su mismo nacimiento está ya marcado con el signo de la predilección divina. Oriundo de la tribu de Leví, fue abandonado por su madre en una cestilla de juncos en el Nilo. La perse-

cución de los israelitas había llegado a su punto culminante, y las madres hebreas tenían que deshacerse de sus hijos varones, cuya extinción estaba decretada por las autoridades egipcias. Son los tiempos de reacción contra los semitas. Habían pasado los años de la dominación de los hiksos, de origen asiático, que protegían a los extranjeros oriundos de Canaán y Fenicia, porque les ayudaban a mantener sujetos a los egipcios. José, el cananeo descendiente de Jacob, había logrado escalar, al amparo de esta situación de privilegio para los semitas, las más altas dignidades del Estado egipcio. A su sombra los hebreos habían prosperado desmesuradamente en la parte oriental del Delta, de tal forma que llegaron a crear un problema a los mismos nativos súbditos del faraón. Al subir otra dinastía, de procedencia netamente egipcia, se generalizó una política de persecución contra los extranjeros semitas, que habían colaborado con los odiados hiksos. Víctimas de esta política sectaria fueron entre otros los hebreos, que pacíficamente se dedicaban a la cría de rebaños en Gesen. La opresión sobrepasaba toda medida, y Dios iba a intervenir milagrosamente para salvar a su pueblo vinculado a la promesa de bendición hecha al gran antepasado Abrahán. Para ello había de preparar al instrumento de su especial providencia. La Biblia recalca estas intervenciones milagrosas de Dios en la vida de Moisés. El niño fue recogido por una princesa egipcia, que se lo llevó a la corte del faraón como hijo adoptivo, dándole el nombre de *Mossu* o Moisés, que en egipcio parece significar simplemente niño. Allí creció formado conforme a la exquisita educación cortesana. El alma egipcia se distingue por su delicadeza y bondad. Conocemos muchas composiciones literarias llenas de belleza estilística y de grandes pensamientos. Quizá el niño hebreo tuvo entre sus manos las maravillosas *Enseñanzas de Amenhemec,* que dejarán huella en la literatura sapiencial hebraica.

La vida de Moisés en la corte era muelle y distraída entre cantos de harpistas y recitaciones de versos por los escribas. Pero en sus oídos resonaban los gritos de dolor de sus compatriotas que estaban empleados en trabajos forzados en la construcción de una ciudad residencial que llevará el nombre de su fundador Ramsés II. Los capataces egipcios imponían horas

agotadoras de trabajo y manejaban el bastón con demasiada frecuencia. Por otra parte los nativos despreciaban a sus compatriotas y les hacían la vida imposible. Un día el joven cortesano Moisés vio que un egipcio estaba abofeteando a un compatriota. La sangre le hirvió en las venas, y en un momento de furor mató al egipcio agresor. Para evitar consecuencias enterró su cadáver en la arena. Pero el hecho trascendió, pues su compatriota, al que había ayudado, le delató ante la opinión pública. El asunto era muy grave, y Moisés tuvo que abandonar la corte para no caer en manos de la policía egipcia. La península del Sinaí con sus estepas era el mejor lugar para huir a las pesquisas de los egipcios. Saliendo de la zona oriental del Delta, donde estaba la corte del faraón, le bastaban unas horas de camino para encontrarse ya en terreno de nadie.

El joven hebreo debió adaptarse a la nueva vida, muy distinta de la complicada de la corte faraónica. Durante años su género de vida será la del beduino que conduce sus rebaños de un lugar a otro en busca de pastos. Pronto entró en relaciones con un jeque-beduino, que como Melquisedec era también sacerdote de su tribu. De su experiencia se aprovechará más tarde para organizar la vida civil de los israelitas. El momento culminante de la vida trashumante de Moisés por las estepas sinaíticas es aquel en que el Dios de Israel se le apareció en una zarza ardiendo, con la declaración solemne: «Yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob». Desde ese momento Moisés tendrá que hacerse cargo de una ardua misión, la de salvar a sus compatriotas de la opresión egipcia. Sin duda que Moisés había oído entre los suyos de las bendiciones especiales que su Dios había prometido a sus antepasados, los gloriosos patriarcas Abrahán, Isaac y Jacob. Ahora Dios se declaró solemnemente vinculado a sus legendarios padres. Pero el nombre de «Dios *(Elohim)* de Abrahán...» le parece demasiado genérico para en nombre suyo presentarse como el liberador de sus compatriotas, y así preguntó a Dios por su nombre específico, que autenticara su misión. En su estancia entre los egipcios había oído hablar de los diversos nombres de sus dioses, y por eso ahora quiere que su «Dios» le revele el nombre concreto que defina su personalidad. La respuesta por

parte de Dios no pudo ser más evasiva: a la pregunta inquisidora llena de vana curiosidad: «¿Tú quién eres?», respondió: «¡Yo soy el que soy!». Dios quiso rodear de misterio su nombre para que no se le materializara concibiéndole de un modo sensible conforme a cualquier noción basada en la imaginación. En adelante «El que es» («Yahvé») será la mejor definición de la trascendencia divina. En el Decálogo se prohibirá representar sensiblemente al Dios de los israelitas, que se ha querido definir misteriosamente como «El que es».

Ahora empieza una nueva etapa de la vida de Moisés. Por orden de su Dios debe volver a Egipto para convencer al faraón de la necesidad de que el pueblo israelita salga hacia el desierto. En los planes de Dios Israel debe aislarse de los otros pueblos hasta adquirir una nueva conciencia religiosa y nacional. En los años de estancia en el país del Nilo se había contaminado con los cultos idolátricos y era preciso despertar en él la añoranza de sus antiguas tradiciones patriarcales en tierra de Canaán, que les iba a ser entregada como heredad. Para ello nada mejor que llevarle a las estepas del Sinaí para hacerle olvidar las idolatrías de Egipto e ilusionarle con la «tierra que mana leche y miel» de Canaán. El cometido de Moisés es difícil. El faraón se resistía a desprenderse de aquellos semitas que necesitaba para sus obras de construcción. Por fin, después de los milagros de las plagas permitió que los israelitas se fueran al desierto. Moisés decidió la marcha y en el mes de Abib *(Nisán)* sus compatriotas celebraron la fiesta agrícola de la Pascua, que este año tenía carácter de despedida, y había de quedar como recuerdo de la liberación de la opresión egipcia. Los israelitas salieron furtivamente con los despojos de los egipcios camino del desierto.

El éxodo no quedó inadvertido. El faraón revocó su permiso y envió un destacamento armado para obligarles a volver. La suerte estaba echada, y Moisés no permitió a los suyos el retorno, y así les animó a correr hacia la estepa, pero llegó un momento en que no pudieron avanzar. Ante ellos se extendía una laguna de agua que les cerraba el paso. De nuevo la intervención taumatúrgica de Moisés salvó la situación. Yahvé envió un viento huracanado, y el agua se retiró de forma que los hebreos pudieron pasar a pie enjuto. Detrás el ejército del faraón entró

en su persecución sin advertir la anomalía de la retirada del agua, creyendo fuera la retirada normal de la marea; pero, cuando los israelitas habían pasado, el agua volvió de nuevo y anegó a los soldados y carros del faraón. Es el gran portento del paso del Mar Rojo, que será el símbolo de la protección de Yahvé a su pueblo. Durante generaciones los israelitas contarán el gran milagro, que había tenido lugar allá en tiempos de los faraones de la XIX dinastía (siglo XIII a.C.).

Pasado el Mar Rojo los hebreos se adentraron en la península sinaítica, hasta llegar a una gran montaña, que también iba a tener eco en la tradición israelita. La nueva legislación que iba a enmarcar la teocracia hebrea surgiría en la cima de ese monte donde Yahvé se manifestó a Moisés como «un amigo a otro amigo». Allí se establecieron, en efecto, las bases de la nueva teocracia: de un lado, Israel debía reconocer a Yahvé como Dios único, comprometiéndose a guardar sus preceptos, y de otro, Yahvé prometía protegerle como pueblo a través de la historia. Sin embargo, este pacto fue roto muchas veces ya en los días de la peregrinación en el desierto. El pueblo hebreo siguió con su propensión a la idolatría, levantando al pie del Sinaí un becerro de oro para adorarle. En la marcha a través del desierto Israel se mostró como pueblo de dura cerviz. Se multiplicaban los milagros (el maná, las codornices, el agua de la roca), pero a la primera contrariedad los hebreos querían abandonar a su Dios y volverse a Egipto. Es el caudillo Moisés el que tuvo que hacer frente a esta obstinación materialista. Durante una generación su vida estuvo consagrada a modelar el alma nacional y religiosa de un pueblo rudo y recalcitrante, y cuando se hallaba ya para entrar en la tierra de promisión murió, haciendo sus últimas recomendaciones de fidelidad a Yahvé. Por una falta misteriosa que la Biblia no especifica, el gran libertador de los israelitas fue privado de entrar en Canaán, término de la larga peregrinación por el desierto.

Su recuerdo permaneció vivo en el pueblo de Israel. «No hubo nunca más en Israel un profeta como Moisés, a quien Yahvé conoció cara a cara». Es la síntesis que de él hace el autor del Deuteronomio. Su obra, la «Ley», constituyó la base de la vida religiosa y política del pueblo elegido hasta los tiempos del

Mesías. Jesucristo dirá que no vino a abolirla, sino a perfeccionarla en su pleno sentido espiritualista y ético. Es la mejor consagración de una obra legislativa que giraba en torno al destino excepcional de un pueblo del que había de salir el Salvador del mundo. En la visión del Tabor, Moisés —símbolo de la Ley del Antiguo Testamento— y Elías —símbolo del profetismo— hacen la escolta de honor al Dios-Mesías. Por eso la Iglesia cristiana, que se considera la heredera del «Israel de las promesas», ha sentido siempre una gran veneración por el gran legislador y profeta del Antiguo Testamento.

MAXIMILIANO GARCÍA CORDERO, OP

Bibliografía

CASELLES, H. - GELIN, A., *Moïse. L'homme de l'Alliance* (París 1955).
RICCIOTTI, J., *Historia de Israel,* I (Barcelona 1949) 175-236.
• Actualización:
ALONSO SCHÖKEL, L. - GUTIÉRREZ, G., *La misión de Moisés. Meditaciones bíblicas* (Santander 1989).
CAZELLES, H., *En busca de Moisés* (Estella, Navarra 1981).
FLECHA ANDRÉS, J. R., «Moisés: la necesidad de líderes sociales», en J. ALEGRE (ed.), *Personajes del Antiguo Testamento,* I (Estella, Navarra 1998) 127-141.
GREGORIO DE NISA (SAN), *Vida de Moisés,* en T. H. MARTÍN (ed.), *Semillas de contemplación* (Madrid 2001).
GUILLAUME, P. M., «Moïse», en *Dictionnaire de spiritualité, ascétique et mystique,* X: *Mabille-Mythe* (París 1980) cols.1453-1471.

SAN BONIFACIO I

Papa († 422)

Haciendo honor a su nombre fueron muchos los bienes que reportó a la Iglesia y al mundo en su breve pontificado (418-422) este San Bonifacio, a quien el *Martirologio romano* recuerda y elogia diciendo que «Zanjó muchas controversias y diferencias en el campo de la disciplina eclesial».

Hacía más de un siglo que la conversión del emperador Constantino, dando la paz a los cristianos, había impulsado al obispo de Roma a introducirse en el corazón mismo de las instituciones existentes como uno de los hombres más poderosos e influyentes de la Urbe. De los obispos de todo el imperio se esperaba ahora que asumieran el papel hasta de jueces, gober-

nadores, grandes servidores del Estado. Incluso en África, San Agustín se queja amargamente de las abrumadoras responsabilidades civiles de un obispo, añadidas a su primaria tarea, la pastoral.

En el caso del obispo de Roma se sumaba, a su liderazgo en la Iglesia, la tarea de hacer una Roma cristiana de una capital todavía pagana, centro del mundo y foco del sentido de identidad del pueblo romano; sobre todo desde que Constantino abandonó la ciudad y se marchó el año 324 a fundar una capital cristiana en Oriente.

Desde San Melquiades (311-314) —que vivió el gran momento histórico de la paz— hasta San Zósimo (417-418), predecesor inmediato de San Bonifacio, todos los Papas pusieron manos a la obra. Mandaron edificar iglesias, transformando los modestos *tituli* (centros eclesiales de la comunidad cristiana cedidos por las familias) en edificios mucho mayores, sin competir con las basílicas edificadas por el emperador: San Juan de Letrán y San Pedro del Vaticano. Así fueron surgiendo San Marcos (año 336); el templo fundado por el papa Julio (337-384), hoy Santa María en el Trastévere; la basílica del papa Liberio (352-366), actualmente Santa María la Mayor; Santa Anastasia, construida por el papa San Dámaso (366-384); Santa Pudenciana, próxima a las termas de Diocleciano, siendo Papa Anastasio (399-401). Por su parte, Bonifacio I, devotísimo de Santa Felícitas, construye un oratorio en su honor, y otro en el de San Silvano y eligió ese lugar para su propio sepulcro. La basílica de Santa Sabina, entre las villas patricias del Aventino, fue edificada en el pontificado de su sucesor, el papa Celestino I (422-432).

La vida de San Bonifacio hay que situarla dentro de ese proceso fascinante de transformación. La romanización de la Iglesia hizo, por un lado, que ésta se hiciera más mundana, pero, por otra parte, se ocuparon de encontrarle una dimensión religiosa a esa «romanitas» que va a traer profundas implicaciones al ejercicio y carácter del papado.

Intentaron interpretar el pasado histórico de Roma, no a la luz del paganismo sino a la del cristianismo. Latinizar la Iglesia era cristianizar el latín, ésta fue la tarea del mayor latinista de

aquel tiempo, el presbítero de Dalmacia, San Jerónimo, a quien San Dámaso le encargó transformar las expresiones algo rudas empleadas por la comunidad cristiana, en algo más civilizado y urbano. Por cierto que San Jerónimo se refiere a nuestro santo, al que admiraba mucho, con palabras altamente elogiosas.

Hasta los mártires santos, aunque provenían de distintas provincias y lugares del Imperio, se hicieron romanos. Su martirio en Roma les había convertido en ciudadanos honorarios. El amor a la Roma eterna adoptó un significado nuevo y específicamente cristiano, ligado a los papas y a la memoria de Pedro y Pablo:

> «Seas quien seas tú, que invocas los nombres de Pedro y Pablo, debes saber que aquí vivieron una vez los santos. Fue Oriente el que envió aquí a los discípulos; eso es algo que todos conocemos. Pero, a causa de su sangre derramada [...] Roma se ha ganado el derecho superior a considerarlos como ciudadanos suyos» (Inscripción de San Dámaso).

Según los datos del *Liber pontificalis,* San Bonifacio era romano de origen, hijo del presbítero Jocundo. Por su energía y su piedad, el papa San Inocencio (401-417) le había confiado comprometidas embajadas a la corte de Constantinopla. A la muerte de San Zósimo (26 de diciembre del 418), era Bonifacio un venerable sacerdote, lleno de sabiduría y de experiencia. Una gran mayoría de personas pensó en él para suceder al papa, pero la elección se presentó erizada de obstáculos. Un pequeño grupo de clero reunido en Letrán eligió al archidiácono Eulalio, el hombre de confianza de Zósimo.

Entonces era costumbre casi habitual que el Papa fuera elegido por los clérigos de alto rango, tomándolo de entre los siete diáconos que ya vestían como el propio Papa —con la distintiva capa dálmata de amplias mangas y dos tiras de color púrpura—. Los diáconos habían llegado a una prepotencia tal que constituían el eje de la administración papal. De hecho, a San Bonifacio I y a sus sucesores San León I (440-461) y San Félix II (483-492) les sucedieron sus respectivos archidiáconos. Pero en el caso de San Bonifacio no fue así. Los diáconos, unidos a unos pocos presbíteros atrincherados en la basílica de San Juan de Letrán, precipitaron, al día siguiente de la muerte de Zósimo, la elección de Eulalio, probablemente griego como él. Cuando

los presbíteros, el pueblo y algunos obispos se congregaron el 28 de diciembre en la basílica de Teodora para proceder a la elección regular —que recayó en Bonifacio— se encontraron con la sorpresa de este golpe de mano: la elección de Eulalio ya consumada. Como consecuencia de esta división hubo un retroceso. Se podía dudar legítimamente de la consagración pues la de Eulalio —celebrada el mismo día de ser elegido— había contado con el obispo de Ostia; pero en la de San Bonifacio —celebrada en la basílica de San Marcelo— se contó con nueve obispos.

El prefecto de la ciudad, Símmaco, que no era cristiano y había defendido que el saqueo de Roma era castigo de los dioses, transmitió a la corte imperial de Honorio —en Rávena— un informe inclinándose a favor de Eulalio; en tanto, llegaban, a la vez, otras instrucciones y disposiciones diametralmente opuestas de parte de Gala Placidia, hermana del Emperador, de gran influencia en la Corte y partidaria de Bonifacio, a quien estimaba mucho.

Honorio quiso mantener la neutralidad y dispuso que todo quedara en suspenso hasta que se celebrara un sínodo en Espoleto, el 13 de junio de 419. Entre tanto ordenó que Eulalio y Bonifacio permanecieran fuera de Roma, sin acudir a la ciudad ni siquiera con el pretexto de celebrar las fiestas pascuales. Aquileo, obispo de Espoleto, se encargaría de presidirlas. Eulalio pensó que, si lograba celebrar la pascua (era el día 30 de marzo), se convertiría de hecho en el obispo de Roma. Con esta intención, y desobedeciendo las órdenes del emperador, se apoderó violentamente de Letrán provocando disturbios y dispuesto a administrar el bautismo a los catecúmenos. Símmaco, el prefecto, actuó con energía: recuperó la basílica y se la confió a Aquileo. Honorio juzgó que tal desobediencia merecía castigo, y sin esperar al proyectado sínodo de Espoleto —que nunca llegó a celebrarse— desterró a Eulalio el 3 de abril de 419 y Bonifacio fue oficialmente reconocido como Papa. Con este motivo Honorio dio un decreto que se convirtió en el primer paso para posteriores injerencias imperiales en las elecciones pontificias: en adelante, cuando se produjera una doble elección, la autoridad civil negaría el reconocimiento a ambos candidatos; sólo

una elección sin disputa sería aceptada y confirmada. Este decreto fue punto de apoyo y pretexto para que los emperadores reclamasen el derecho a confirmar a los Papas. Oficialmente cristiano, el imperio tendía a adueñarse de la jurisdicción eclesiástica poniendo en peligro la necesaria libertad de la Iglesia. (Más tarde, Eulalio fue obispo de Campania hasta su fallecimiento el año 423). En todo este conflicto fue decisiva la intervención de Gala Placidia, como lo atestiguan tres cartas suyas: una al obispo de Cartago, Aurelio; otra a San Agustín, obispo de Hipona; y la última, a San Paulino de Nola.

Tanto San Jerónimo como San Agustín, contemporáneos del Papa, tuvieron expresiones de estima y consideración admirativa para con San Bonifacio. San Agustín le dedicó el tratado *Contra duas epistolas pelagianorum,* que había escrito a petición del mismo Bonifacio. Éste obtuvo del emperador un edicto que obligaba a los obispos a suscribir la condena de Pelagio. El año 420 Bonifacio padeció una grave enfermedad que le puso al borde de la muerte.

Las principales intervenciones de San Bonifacio I fueron en relación con los obispos de las Galias, del África y del Ilírico, en el imperio de Oriente. Teodosio II (408-450) respondiendo a una demanda de los obispos de Tesalia anuló por su cuenta el vicariato de Tesalónica, que dependía del Papa, y asignó al patriarca de Constantinopla el poder sobre todas las diócesis de los Balcanes.

Protestó San Bonifacio a través de Honorio, pero sin éxito, pues esta ordenanza fue incluida en los textos del Código.

Por su parte, Bonifacio reconoció los derechos de los metropolitanos de Marsella, Vienne y Narbona, en las Galias, dejando sin efecto el vicariato de Arlés con los privilegios concedidos por su predecesor el papa Zósimo al obispo Patroclo. En África resolvió la controversia dolorosa del obispo Apiario con la que su predecesor se había granjeado la enemistad de los obispos africanos y el resentimiento hacia la sede de Roma. Bonifacio se plegó ante ellos después que Apiario confesase sus faltas y fuese enviado a otra diócesis. Hubo otro incidente posterior: un obispo designado por San Agustín fue expulsado en un sínodo episcopal a causa de su conducta escandalosa; pero

fue acogido y repuesto por el Papa a quien logró engañar, sin escuchar a sus acusadores. Estas actuaciones pueden considerarse como retrocesos en la práctica, pero no en la doctrina, pues exigió rigurosamente que «jamás pudiera legalmente ser reconsiderada una disposición de la Sede Apostólica» (DzH 232).

Siguiendo en esta línea consiguió que Honorio publicara un rescripto conminando a todos los obispos a acatar la doctrina expuesta en la epístola llamada *Tractoria,* de San Zósimo. Es un tratado, como indica su nombre, dirigido a las Iglesias Orientales (año 418) sobre el pecado original, el bautismo y la gracia. Entre los documentos del pontificado de San Bonifacio I se destacan tres cartas del 11 de marzo del 422. Las tres insisten en el mismo tema: el primado de la Sede Romana. La primera está dirigida al obispo Rufo, de Tesalia.

La segunda, a los obispos de la misma Tesalia, dice:

> «Es cierto que la Iglesia de Roma es para las iglesias esparcidas por todo el orbe como la cabeza de sus miembros; quien se aparta de ella, que sea expulsado de la religión cristiana, porque no ha sido capaz de permanecer en su compañía» (DzH 233).

La tercera, dirigida a Rufo y a los demás obispos de Macedonia, es la que afirma claramente la doctrina del primado:

> «Por disposición del Señor, es competencia del bienaventurado apóstol Pedro la misión recibida de aquél, de tener cuidado de la Iglesia universal. Y, en efecto, Pedro sabe, por testimonio del Evangelio, que la Iglesia ha sido fundada sobre él. Y jamás su honor puede sentirse libre de responsabilidades por ser cosa cierta que el gobierno de aquélla está pendiente de sus decisiones [...] Lejos esté de los sacerdotes del Señor incurrir en el reproche de ponerse en contradicción con la doctrina de nuestros mayores, por intentar una nueva usurpación, reconociendo tener de modo especial por competidor aquel en quien Cristo depositó la plenitud del sacerdocio, y contra quien nadie podrá levantarse so pena de no poder habitar en el reino de los cielos. "A ti, dijo, te daré las llaves del reino de los cielos" (Mt 16,19). No entrará allí nadie sin la gracia de quien tiene las llaves...» (DzH 234).
>
> «Ya que la ocasión lo pide, repasad, si os place, las sanciones de los cánones; hallaréis cuál es, después de la Iglesia romana, la segunda iglesia; cuál la tercera [...] Nadie osó jamás poner sus manos sobre el que es cabeza de los apóstoles, y a cuyo juicio no es lícito poner resistencia; nadie jamás se levantó contra él, sino quien quiso hacerse reo de juicio...».

«Las antedichas grandes iglesias [...] conservan por los cánones sus dignidades (Concilio I de Nicea, can.6), las tienen reconocidas por derecho eclesiástico. Guardan, decimos, lo establecido por nuestros mayores, siendo deferentes en todo y recibiendo, en cambio, aquella gracia que ellos, en el Señor, que es nuestra paz, reconocen debernos».

«Pero, ya que las circunstancias lo piden, hay que probar, con documentos, que las grandes iglesias orientales, en los grandes problemas en que es necesario mayor discernimiento, consultaron siempre la Sede Romana y cuantas veces la necesidad lo exigió recabaron el auxilio de ésta» (DzH 235).

El *Liber pontificalis* atribuye a Bonifacio I disposiciones litúrgicas que otorgaban únicamente a los sacerdotes la facultad de quemar incienso ante el altar e impedían a las mujeres tocar o lavar los linos sagrados. Y a los esclavos y curiales acceder al clericato. La liberación de ambos estaba entre las condiciones indispensables para recibir el sacramento. Falleció Bonifacio I el 4 de septiembre de 422 y no en la fecha señalada por el *Liber pontificalis.*

La iconografía de San Bonifacio I no es diferente de la convencional que tienen los Papas de los primeros siglos. No tienen otros atributos que las vestiduras pontificales y la insignia de su alto grado. Así aparecía en los muros de las basílicas de San Pablo extramuros, cuya copia realizada en el siglo XVII por el cardenal Francisco Barberini se puede contemplar en el códice n.3307 de la Biblioteca Vaticana.

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

CARAFFA, F., «Bonifacio I», en *Bibliotheca sanctorum.* III: *Bern-Ciro* (Roma 1963) 328-331.

DENZINGER, H. - HÜNERMANN, P. (eds.), *El Magisterio de la Iglesia. Enchiridion symbolorum definitionum et declarationum de rebus fidei et morum* (Barcelona ²2000). (DzH).

DUFFY, E., *Santos y pecadores. Una historia de los Papas* (Madrid 1998).

PAREDES, J. (dir.), *Diccionario de los Papas y Concilios* (Barcelona 1998).

BEATA MARÍA DE SANTA CECILIA ROMANA DINA BÉLANGER

Virgen († 1929)

Québec, a finales del siglo XIX es una ciudad patriarcal, pacífica, profundamente católica, llena de iglesias y conventos. Casi todas las familias tienen entre sus miembros sacerdotes o religiosos. Octavio Bélanger y Serafina Matte son descendientes de familias francesas emigradas al Canadá en el siglo XVII. Católicos coherentes, forman un matrimonio sólidamente piadoso, compenetrado y caritativo. El 30 de abril de 1897, Dios bendice su unión con una niña que, el mismo día, es bautizada en la iglesia de San Roque con los nombres de «María Margarita Dina Adelaida». La llamarán Dina, que en griego significa «capacidad, fuerza». Usado a veces como abreviatura de Blandina, es también nombre bíblico, llevado por la hija de Jacob (cf. Gén 30,21; 34,1-31; 46,15; Jue 9,2-4).

De sus padres hereda claro juicio, voluntad tenaz, prudente reserva, piedad afectuosa, gran abnegación. Más tarde nace un niño que sólo vive tres meses. Dina se encomendará siempre a él. Ella, convencida de su importancia en el pequeño mundo de su hogar, se encoleriza cuando la contrarían; pero los padres, con firmeza y ternura corrigen a su hija, evitando todo egoísmo. La llegada de su padre por la noche es toda una fiesta. La coge en brazos, la acaricia, juega con ella y responde a sus innumerables porqués.

La caridad es uno de los distintivos del hogar Bélanger. Dina acompaña a su madre en la visita a familias necesitadas y aprende a compartir con otros niños los dulces, frutas y golosinas que le regalan. Un día desobedece. Mamá Serafina repite el mandato y la pequeña inicia una rabieta solemne. Entonces Octavio, sin alterarse, la coge de la mano y le dice: «Muy bien; yo te ayudaré a llorar y a bailar, así acabaremos antes». En cuanto ella oye remedar sus gritos y sollozos, calla avergonzada.

Una noche, en sueños —Dina tiene dos años— ve al Niño Jesús hermosísimo, de su misma edad, de pie y con los brazos abiertos a los pies de su cama. Ella lo contempla y él le dice sonriente: «¿Qué quieres?»; «¿Querrías darme tu retrato?», contesta ingenuamente Dina. Aunque sólo ha sido un sueño, le

queda una gran alegría... Se acerca la Nochebuena. Después de la Misa del Gallo, la hace feliz un obsequio: un lindo portalito de Belén, en que el Niño Jesús sonríe desde su cuna con los brazos abiertos. Ella exclama: «¡Ya sabía yo que me enviaría su retrato!».

La crisis económica que sufre el país, se deja sentir en muchos hogares. Los Bélanger-Matte han perdido todos sus ahorros. Dina sorprende a su madre con esta pregunta: «Mamá, antes cantabas todo el día, y ahora lloras; ¿qué te pasa?». Serafina le cuenta —en un lenguaje que entienda— lo que sucede. Muy seriecita, dice la pequeña: «Quizás Dios lo ha permitido para que no tengas orgullo por los trajes o por la casa». Su madre confesaría que le hizo bien aquella reflexión. Poco a poco su terquedad va cediendo, hasta tal punto que basta para obedecer, la más ligera insinuación de sus mayores.

Hizo su primera comunión y recibió el sacramento de la confirmación el 2 de mayo de 1907. Asistió al colegio Jacques Cartier, dirigido por religiosas de la congregación de Nuestra Señora. Desde pequeña recibió clases de piano y a los once años obtuvo su primer diploma. A los trece fue admitida en la Asociación de las Hijas de María en el colegio.

En 1911, comenzó a asistir al internado de Bellevue. En ese mismo año hizo voto privado de castidad y le pidió al Señor la gracia del martirio, el día 1 de octubre. Terminó sus estudios en 1913 y regresó a su casa paterna. Se involucró en su parroquia, ayudando con los ornamentos litúrgicos y participando del Apostolado de la Oración. En 1914 comunica a sus padres su deseo de ser religiosa, pero éstos no le conceden el permiso: es demasiado joven.

> «El primer viernes de octubre, estando con las demás alumnas en la capilla para la visita al Santísimo, me sentí impulsada a consagrar al Señor mi virginidad. Y así lo hice, añadiendo: si esta consagración es de tu agrado. Y debió agradarle porque me sentí más suya, con una pertenencia más profunda, y mi sed de entrega total a su amor en la vida religiosa, más colmada. Ardía en deseos de ser mártir y decía: Jesús, tú has muerto por mí. Pues bien, mi amor no quedará satisfecho si no muero mártir por Ti».

De 1916 a 1918 se fue a Nueva York, donde completó sus estudios de piano y música en la residencia Nuestra Señora de

la Paz, dirigida por las religiosas de Jesús-María. De regreso a su ciudad natal se inscribió en la Tercera Orden de Santo Domingo, y una vez obtenido el permiso de sus padres, ingresó en la congregación de Jesús-María, en Québec. María de Santa Cecilia de Roma fue el nombre religioso que escogió, por su gran amor a la música. Emitió sus votos temporales el día 15 de agosto de 1923, Solemnidad de la Asunción de María; y sus votos perpetuos el 15 de agosto de 1928, un año antes de su muerte.

> «Al fin ya llevaba el hábito religioso; lo besaba con piedad y amor pero no en vano se dice que "el hábito no hace al monje" y tenía que trabajar por hacerme menos indigna de él... Ya era por fin religiosa de Jesús-María. Recibí la cruz y el rosario. Ya pertenecía a la Congregación que tanto amaba. La mano divina allí me había conducido. Qué deuda de gratitud hacia mi Congregación religiosa. Modela, Señor, mi alma, según su espíritu de caridad y de humildad, de obediencia y de alabanza, que no es otro que el espíritu de tu amor. Obra en mí junto con María, para que alabe por siempre vuestros benditos nombres».

La virtud de la esperanza se manifiesta en el abandono y confianza en Dios. Dice Dina:

> «Cuando yo había comulgado en la mañana, no temía nada de los acontecimientos exteriores [...]. Mi confianza en Dios no es una confianza que yo podría sacar de mi miseria, claro que no. Es la confianza de Dios mismo la que hago mía. Estoy segura de mi divino Obrero, tengo fe en su bondad, en su amor».

Indica la M. Santa Elizabeth, maestra de novicias de Dina: «Yo no la he visto jamás desanimada. Al contrario, yo creo que ella estaba contenta de tener que sufrir. Ella siempre estaba animosa, siempre fuerte. Permanecía en calma en las dificultades». Pero, de acuerdo con el testimonio de la misma madre, su abandono era activo, era muy activa trabajando física y sobrenaturalmente por Dios y por las almas; se esforzaba por todos los medios para llegar a una unión más íntima con Nuestro Señor, por su fidelidad a los ejercicios de piedad, renuncias, mortificaciones. En unión con la Santísima Virgen se ingeniaba para dar *pequeñas sorpresas* a Nuestro Señor.

La esperanza del cielo se había convertido en una nostalgia y ardiente deseo de ver a Jesús y María:

«En mi alma, siempre la noche, la nostalgia del cielo, la sed ardiente del Amor [...] En la mañana del 8 de diciembre (1924), mi deseo de ver a María en el bello cielo, cerca de Jesús, fue tan grande que no pude impedir llorar».

Tres años antes de morir escribió una poesía titulada: *Muero de no morir.*

Desde su profesión religiosa sufrió graves enfermedades; desde su cama solía hacer traducciones y despachaba correspondencia. Le sobrevino una tuberculosis pulmonar que se agravó el 30 de abril de 1929, a tal punto que tuvo que ser trasladada a una enfermería. Murió el 4 de septiembre de 1929, a las 4 de la tarde.

«Es Cristo quien vive en mí...»

Dina tendrá siempre como norma fija de su vida: «Jesús y María la ley de mi amor, y mi amor la ley de mi vida». Y: «Todo por Jesús sólo. Desasida de todo lo que no es él». A ella, que decía: «Quiero ser santa, y con vuestra gracia, Señor, lo seré», no podemos sino reconocerla en aquellas admirables palabras de la constitución *Lumen gentium,* n.50, del Concilio Vaticano II:

> «Al mirar la vida de quienes siguieron fielmente a Cristo, nuevos motivos nos impulsan a buscar la Ciudad futura (cf. Heb 13,14; 11,10), y al mismo tiempo aprendemos cuál sea, entre las mundanas vicisitudes, el camino seguro conforme al propio estado y condición de cada uno, que nos conduzca a la perfecta unión con Cristo, o sea a la santidad. Dios manifiesta a los hombres en forma viva su presencia y su rostro en la vida de aquellos hombres como nosotros que con mayor perfección se transforman en la imagen de Cristo (cf. 2 Cor 3,18). En ellos, él mismo nos habla y nos ofrece su signo de ese Reino suyo hacia el cual somos poderosamente atraídos, con tan grande nube de testigos que nos cubre (cf. Heb 12,1) y con tan gran testimonio de la verdad del Evangelio.
>
> Y no sólo veneramos la memoria de los santos del cielo por el ejemplo que nos dan, sino aún más, para que la unión de la Iglesia en el Espíritu sea corroborada por el ejercicio de la caridad fraterna (cf. Ef 4,1-6). Porque así como la comunión cristiana entre los viadores nos conduce más cerca de Cristo, así el consorcio con los santos nos une con Cristo, de quien dimana como de Fuente y Cabeza toda la gracia y la vida del mismo Pueblo de Dios.

> Conviene, pues, en sumo grado, que amemos a estos amigos y coherederos de Jesucristo, hermanos también nuestros y eximios bienhechores; rindamos a Dios las debidas gracias por ello, "invoquémoslos humildemente y, para impetrar de Dios beneficios por medio de su Hijo Jesucristo, único Redentor y Salvador nuestro", acudamos a sus oraciones, ayuda y auxilios. En verdad, todo genuino testimonio de amor ofrecido por nosotros a los bienaventurados, por su misma naturaleza, se dirige y termina en Cristo, que es la "corona de todos los santos", y por él a Dios, que es admirable en sus santos y en ellos es glorificado».

Nosotros, los cristianos, hemos sido llamados a seguir de cerca a Jesús, hemos sido llamados a la santidad, a transformarnos en una imagen cada vez más perfecta de Cristo. ¡Qué hermosa ayuda poder mirar de cerca su rostro y experimentar su presencia en nuestra hermana Dina, una joven santa moderna del continente americano en el siglo XX! Ella vivió intensamente su breve vida —como hija de familia, como amiga, como estudiante y concertista de piano, y como religiosa de Jesús-María— porque hundió las raíces de su existencia en aquel que dijo: «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida...» (Jn 14,6). «Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia...» (Jn 10,10).

«Sed santos, como vuestro Padre celestial es santo», dice Jesús. Estas palabras cayeron en buena tierra en Dina, penetrando hasta el fondo de su corazón. Desde pequeña, cuando descubrió que su maestra le buscaba en vano una santa patrona canonizada por la Iglesia, Dina se dijo a sí misma: «¡Pues bien, yo seré santa, yo daré una patrona a las que lleven mi nombre!». Y este deseo de santidad fue creciendo por su fidelidad, ayudada de la gracia de Dios. Ya joven, comenta: «Yo experimentaba la pasión por la santidad. Por lo menos dos veces al día, mañana y tarde, yo pedía la gracia de alcanzar el más alto grado de perfección que nuestro Señor deseara». Estando para salir del noviciado, escribe:

> «¡Yo seré santa, oh Jesús mío!
> ¿Quieres Tú recibir mi promesa?
> No es un momento de embriaguez
> que pasa y ya no vuelve.
> No, me impulsa tu amor,
> los grandes beneficios recibidos...
> Yo seré santa en todo detalle,

Jesús, yo te dejo hacer;
mi donación es entera,
yo te abandono el trabajo...
En tu misericordiosa bondad,
Madre mía, oh santa Virgen María,
bendíceme, te lo suplico;
me atrevo a desear la santidad,
dame toda mi vida
el amor con la humildad».

Sabiendo que la santidad es la unión con Dios, tuvo un empeño serio en adquirir el hábito de la unión con Dios a partir del noviciado.

> «Yo deseaba hacer de mi vida una oración continua, permaneciendo sin cesar unida a él en mis oraciones, mi trabajo y mi descanso [...] esta vida de unión con mi perfecto modelo llegó a ser el objeto de mi examen particular [...] En la mañana debía pensar en hacer cinco actos en unión con Nuestro Señor en honor de sus cinco sagradas llagas; lo mismo en la tarde. Desde que despertaba me apresuraba a comenzar por la llaga del pie derecho, luego del pie izquierdo, al fin de su corazón. ¡Ah, tenía tanta prisa de llegar a esta última! Frecuentemente al momento de la comunión ya había llegado y permanecía en ella».

Dina buscaba esta unión por la pureza de intención y del sufrimiento ofrecido con amor, porque «la gracia convierte en alegría todas las penas, esas que el mundo aborrece». Dice en el noviciado: «La práctica de la unión con mi Dios seguía siendo el objeto de mi examen particular. Añadí que quería actuar por amor; sólo por Jesús». «Jesús —afirmaba, convencida— me ha puesto en la tierra sólo para ocuparme de él».

En sus experiencias, sencillamente comunicadas, vemos diversas etapas en el proceso de unión con Dios:

> «Él me inició en la vida de unión con él. Al principio, me parecía que él iba a mi lado, caminaba cerca de mí. Después, yo lo encontraba en mí. Me gustaba conversar interiormente con él cuando yo salía sola por la calle. Luego, él me dio su espíritu para reemplazar el mío; su juicio para apreciar los objetos, los acontecimientos, las personas de la manera que él deseaba. Después, él puso su voluntad en lugar de la mía; yo experimentaba entonces una fuerza poderosa que me impulsaba al bien, que me obligaba a no negarle nada».

Toda la vida de Dina está animada del soplo de la fe manifestada en su actitud en la oración, su fidelidad a los ejercicios de piedad, su amor a la eucaristía, su devoción a la Santísima Virgen y a los Santos, su piedad filial, su respeto a la autoridad, su manera de ver a Dios en la naturaleza, los acontecimientos y las personas.

El Corazón de Jesús en la Eucaristía

Desde joven, su vida fue profundamente eucarística.

«Jesús fue mi Maestro de oración enseñándome a comunicarme con él. Un día, ante el sagrario, leí estas palabras en un libro de oración: "Señor, Dios mío". Ya no leí más. Sumergida en el silencio, en la paz y en la soledad, sentía estar con él saboreando estas palabras. Olvidé el tiempo [...] Otra vez, ante el Santísimo expuesto, fijos los ojos en la Sagrada Forma, le pedía verle con los ojos del cuerpo: ¡Deseo tanto veros! El Señor respondió a mis ingenuidades con un aumento de fe en su presencia eucarística».

El Corazón eucarístico la atraía fuertemente:

«Apenas paso cerca de la capilla, yo siento una fuerza irresistible que me invita. Ante el Sagrario, yo experimento una alegría que no sé definir. Cuando el Santísimo está expuesto, yo estoy toda invadida y como paralizada por ese "dulce corazón eucarístico". Cuando dejo la capilla, tengo que arrancarme del divino prisionero».

A raudales derramaba las gracias el Señor en su alma...

«Un día recibí esta luz que me consoló mucho: el cielo es la posesión de Dios; Dios vive en mí, yo lo poseo, luego gozo del cielo en la tierra. Desde este dichoso momento, me escondía por más tiempo en el Corazón de Cristo y en él encontraba las delicias de la bienaventuranza, con el privilegio añadido de ser capaz de sufrir por él. Si los ángeles pudiesen tener algún deseo, creo que, además de la Eucaristía, envidiarían este don del sufrimiento por amor».

«Nuestro Señor, Hombre-Dios, me ha hecho ver su Corazón en la sagrada Hostia. Yo no miraba su santo rostro; me cautivaban su Corazón y la Hostia. Los dos estaban perfectamente unidos, de tal manera el uno en la otra, que no puedo explicar cómo me fue posible distinguirlos. De la Hostia se difundían innumerables rayos de luz; de su Corazón salía una inmensidad de llamas que corrían como torrentes impetuosos. La Santísima Virgen estaba allí, tan

cerca del Señor que parecía estar como absorbida por Él. Todos los rayos luminosos de la Hostia y todas las llamas del Corazón de Jesús pasaban a través del Corazón Inmaculado de María».

Vida «marieforme»

Dina vivió su devoción a la Santísima Virgen con intensidad, según el espíritu del *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen* de San Luis M.ª Grignion de Montfort, haciendo todas las cosas por ella, con ella, en ella y para ella, con el fin de hacerlas más perfectamente por Jesús, con él y para él. Y pedía a Dios que muchas almas conocieran este *secreto de María,* como el camino más corto, sencillo y eficaz para ir a Jesús y llegar a la santidad.

> «Me entregué totalmente a la Virgen por la práctica de la devoción perfecta, según el espíritu del Beato Luis de Montfort [no sería canonizado hasta 1947]. Este abandono total de mí misma y de mis cosas a la Reina del Cielo me atrajo muchas consolaciones. Sólo en el cielo comprenderé las ventajas de abandonarme a su sabia guía. Quisiera consagrarle toda la humanidad. Hay que dejarla vivir en nosotras para que Cristo se sustituya en nuestra pequeñez. Ella es el camino más seguro, más corto, más idóneo para elevarnos hasta el infinito, para unirnos al amor increado hasta perdernos en él, abismarnos en la fuente de la felicidad eterna».

Al comienzo de su autobiografía, el canto de amor de Dina Bélanger, ella reconoce:

> «El buen Dios, desde el amanecer de mi vida me ha envuelto, a mi parecer, con el manto protector de la Virgen bendita [...] Desde el comienzo de mi vida, Ella me ha protegido de un modo especial. Mis ojos vieron la luz el día en que comienza el mes de María. Ese mismo día recibí el bautismo. Dios tomó posesión de mi alma para que fuese toda de él. ¡Qué dicha tan grande ser hija de Dios y de María, mi dulce Madre! Jesús me dio por guía y por luz: la Hostia y la estrella. La Hostia era él mismo; la estrella era su Santa Madre».

María es la estrella de su vida. Considera una delicadeza de la Virgen que su formación corriera a cargo de religiosas dedicadas a ella; que sus padres perteneciesen a una parroquia consagrada a la Inmaculada... Como la estrella de Belén, María le indica la presencia de Jesús. Donde está María, ¡allí está Jesús!

Vivió la experiencia, intensa y real, de la mediación universal de la Madre de Dios en su vida. Cuando comienza a consignar sus recuerdos, no tarda muchos renglones en proclamar: «Tus gracias, todas sin excepción, me las has dado por María, Madre tuya y mía, que tanto amo. Deseo vivir dejándome en sus manos para favorecer mejor tu acción en mí».

Éste es el consejo que daba a una amiga: «Habéis entrado en su Corazón, no salgáis nunca de él [...] Permaneced allí, en su escuela [...] Y en el Corazón de María conoceréis el Corazón de Jesús, la fuente de la verdadera felicidad».

Son inseparables en ella su amor a la Eucaristía y su devoción a la Santísima Virgen. Dice con gracejo: «La comunión es mi pan cotidiano, y el rosario, mi postre». En todas las páginas de su autobiografía menciona a la Virgen. Dice la M. Santa Elisabeth que cuando Dina hablaba de ella y de Nuestro Señor, éstos eran personajes vivos.

Devoción a los santos

Es notoria su fe en su devoción a los santos. Desde su adolescencia habla de su devoción a San José: «En mi vida interior me ha ayudado siempre el bendito San José. Lo quiero mucho, y sobre todo en su fiesta, le obsequiaba con pequeños sacrificios». Nuestro Señor le dio en el noviciado como patronas especiales a Santa Cecilia y a Santa Teresita. De aquélla tomó las virtudes propias de un apóstol; y de ésta, sobre todo, la confianza. Escribiendo su vida infantil, dice Dina: «Yo amaba mucho a Santa Teresa la grande [de Ávila]. Me encantaba su manera de ser y mi devoción se ha acrecentado con los años». Llegaría a componer en su honor una poesía.

Celo apostólico. Su misión en la Iglesia

Iluminada por la fe, Dina veía a Dios en la autoridad; tenía una actitud de respeto, amor y obediencia al Santo Padre, obispos, sacerdotes, superioras y autoridades en general. Sabiendo que «la vida religiosa es la preparación de la vida eterna», solía

decir: «Mi brújula es Cristo, mi barca, la Regla, los que la guían, mis superioras». Dina sabía descubrir con los ojos de la fe a Cristo en sus alumnas:

> «¡Cómo quería yo a mis alumnas! [...] Yo las amaba con un cariño que buscaba su bien. Cuando las veía, a todas sin excepción, era su alma lo que veía en ellas y allí la imagen divina; las consideraba como copones vivientes donde residía la Santísima Trinidad».

Dina había recibido la misión de ser la pequeña mendiga de amor en beneficio de todas las almas. En agosto de 1925 entreveía así esta vocación:

> «Todas las gracias del paraíso descienden sobre la tierra pasando por la Santísima Virgen [...] La Santísima Virgen distribuirá las riquezas del Corazón de Jesús y, bien escondida en el Corazón de María, le pediré sin cesar que las derrame [...] Quiero amar a María —pedía a Jesús— como tú la amas, y quiero amar a los hombres, sobre todo a los pecadores, con tu mismo amor, hasta la locura».

El mensaje de Dina para el mundo de hoy es la acogida fiel, total y generosa de Jesús en nuestra vida; el «sí» gozoso a la participación generosa en el misterio pascual en unión con Cristo, que en la cruz prepara la resurrección; la confianza filial en María, Madre y educadora; el abandono pleno a la pedagogía de Dios; la imitación gozosa de Cristo; la «utilización» inteligente y personal de sus méritos infinitos.

Dios Padre puso en el corazón de la Beata Dina Bélanger el deseo ardiente de ofrecerle las riquezas infinitas del Corazón de Jesús en la Eucaristía a favor de la humanidad y, como María, vivir íntimamente unida a Cristo, su único amor. Dios, que le reveló su inmenso deseo de extender en el mundo la abundancia de sus gracias, la hizo encontrar su alegría en el cumplimiento fiel de su querer.

El 20 de marzo de 1993 Juan Pablo II beatificaba en Roma a Dina Bélanger, María de Santa Cecilia de Roma. En la homilía pronunciada en la ceremonia, dijo de ella el Santo Padre:

> «Nos conviene volver nuestra mirada hacia esa alma ardiente, que alcanzó un grado tan elevado de intimidad con Dios, que podía decir acerca de su período de noviciado: "Mi hambre de la comunión crecía sin cesar. Un día sin pan ¿no es un día sin sol, unas horas en que la noche tarda en venir?". En efecto, quería que sólo Jesús viviera en ella, para que su ser entero quedase anonadado en él.

Dina Bélanger se acerca al ideal admirable que San Pablo propone a nuestra meditación cuando escribe: "No vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí" (Gál 2,20). En una congregación que tiene como fin "dar a conocer a Jesús y a María por medio de la educación cristiana", la hermana María de Santa Cecilia de Roma vive su vida y su acción con la intención de que Cristo pueda actuar en ella y de no ser más que un instrumento plenamente dócil en sus manos. Sus sufrimientos le permitieron conocer la identificación que buscaba. Al pasar por la cruz de la enfermedad y la muerte, consumó su ofrenda a Aquel que fue y sigue siendo hoy el único objetivo de su vida, la luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo, la claridad en medio de las tinieblas y la noche, la voz que habla en nuestra alma.

La intimidad de la presencia de Cristo en Dina Bélanger, y la vida de la santísima Trinidad en ella, se reflejan de forma muy particular en su espíritu de ofrenda al Corazón del Hijo de Dios. "Jesús es —escribe— la vida de mi vida, pues se esfuerza siempre por hacer que su corazón palpite al ritmo del suyo". Se sabe acompañada en cada instante, en el eterno presente que hace decir a San Pablo: "Mirad ahora el momento favorable; mirad ahora el día de salvación" (2 Cor 6,2). Con un deseo de corresponder con plenitud a la voluntad divina, ya no vive más que en la libertad concedida por Dios a sus hijos, en el espíritu de su consigna: "Jesús y María, la regla de mi amor, y mi amor, la regla de mi vida". De esta fidelidad a las intenciones del Corazón Eucarístico de Jesús y del Corazón Inmaculado de su Madre, brotaban los rasgos más sencillos y más hermosos de caridad hacia sus hermanas en religión. Como si hubiera recibido la gracia de Santa Teresita del Niño Jesús, que había abandonado este mundo el año en que ella nació, Dina Bélanger quiere consumir el mundo entero en el amor, se hace apóstol y misionera según el corazón de Dios.

Su mensaje nos llega [...] con una pureza y una nitidez maravillosas. La acogida de Jesús en nuestra vida, la unión de nuestro corazón con el suyo, el amor de la Virgen santísima y el espíritu fraterno en las comunidades son las gracias que podemos implorar al Señor por intercesión de Dina Bélanger, que nos deja como última consigna: Amar y dejar actuar a Jesús y a María...

Dina Bélanger, joven seguidora de la madre Claudina Thévenet, que mañana tendré la alegría de proclamar santa, nos estimula con su ejemplo a amar los planes de Dios en la sencillez de la vida diaria».

ALBERTO JOSÉ GONZÁLEZ CHAVES

Bibliografía

BÉLANGER, D., *Esa gracia. Autobiografía* (Barcelona 1993).
BLASUCCI, A., OFM CONV., *Una experiencia de Dios* (Roma 1984).

Cantique d'actions de grâces ou Chant d'amour. Autobiographie de Mère Marie Sainte- Cécile de Rome (Québec 1934).

CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, *Relación y votos del congreso especial* (Roma 1990).

CRENIER, L., OSB, *Une vie dans le Christ* (Québec 1934); ed. española: *La madre María de Santa Cecilia. Autobiografía y testimonios* (Barcelona 1943).

CRISTIANI, L., *Desaparecer* (Barcelona 1955).

GHERARDINI, B., *Negli abissi dell'amore* (Roma 1991).

LÉGER, I., RJM, *El riesgo de amar* (Barcelona 1986).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTA IDA DE HERZFELD

Viuda († 825)

Bisnieta de Carlos Martel, se crió en la corte de Carlomagno y contrajo matrimonio con el duque Ecberto de Sajonia, del que tuvo cinco hijos. Ella procuró imprimir a su hogar un sello de profunda religiosidad y cristiana honestidad, y sin duda por esta esmerada educación que les dio a sus hijos, tres de ellos optaron por la vida religiosa. Pero cuando aún eran ambos esposos jóvenes, ella debió abordar la enfermedad de su marido, que se prolongó mucho tiempo, y se dedicó a atenderlo con total entrega hasta que murió. Viéndose viuda, decidió intensificar su vida de piedad y austeridad. Dejó su castillo de Hofstadt y se fue a vivir a Herzfeld y junto a una iglesia que ella y su esposo habían construido, ella mandó levantar una capilla para su propio uso, y dedicó en adelante su vida a la piedad y a las buenas obras, preocupándose sobre todo de los pobres y destinando a ellos la mayor parte de sus rentas. En esta vida ejemplar y santa perseveró hasta su muerte, el 4 de septiembre de 825. Su tumba fue más tarde lugar de peregrinación y su culto popular creció.

SANTA IRMENGARDA

Virgen († 1085)

Irmengarda o Irmengardes era hija del conde Godicio de Aspel, pariente del emperador San Enrique II. Muertos sus padres, ella hizo construir una iglesia para albergar sus tumbas y la

dedicó a la Santísima Virgen. En 1041 el emperador Enrique III le concedió un amplio territorio en tierras de lo que hoy son Bélgica y Holanda. En 1049 recibió en Aspel la visita del papa San León IX en el curso de uno de sus varios viajes. Poco después ella se va a Süchteln, su condado, para vivir como ermitaña. Peregrinó a Roma y dedicó su dinero a la construcción de varias iglesias. Murió en Colonia el 4 de septiembre de 1085. Sus reliquias se conservan en la catedral de esta ciudad.

SANTA ROSALÍA DE PALERMO

Virgen y solitaria († s. XII)

El *Martirologio romano* se limita a decir que se cree que Rosalía, virgen, llevó vida solitaria en el Monte Peregrino. Apela por consiguiente a una tradición que no avala sino que solamente recoge.

La tradición es que nació en Palermo a principios del siglo XII en una familia noble, descendiente de Carlomagno, y emparentada con Roger de Sicilia. Se dice que fue criada a tono con su condición acomodada. Se añade que de joven fue dama de doña Margarita, infanta de Navarra y esposa de Guillermo, hijo de Roger. Y aunque podría haber encontrado fácilmente ventajoso estado y matrimonio en la corte siciliana, muy pronto prefirió servir a Dios en una vida ascética y retirada, y se preguntaba cuál sería el lugar adecuado para llevarla. Pensaba, con razón, que debía ser un lugar muy oculto a las miradas de los hombres para que éstos no estorbasen su santo propósito. Por un lado, se cuenta que el lugar que eligió fue el que le dio la reina Constanza para su propósito, pero otra tradición quiere que fuera conducida a él por dos ángeles. Era un lugar distante trece leguas de Palermo, tan agreste y espeso que estaba al margen de toda comunicación humana. Pero allí halló una caverna de boca estrechísima y que tenía dentro oscuros y tortuosos senos, lo más apto para el retiro que anhelaba. Allí se estableció y allí comenzó a vivir con gran austeridad y penitencia, alimentándose solamente de hierbas y raíces silvestres. Sumida en continua oración, padeció las asechanzas del común enemigo que quería apartarla de su santo propósito pero que fue continuamen-

te vencido por ella, y allí recibió la visita y comunicación de los ángeles, con lo que el Señor premiaba la heroicidad de su propósito.

En esta cueva de Quisquinia vivió un tiempo hasta que decidió dejarla para irse a vivir al Monte Peregrino, distante dos millas de Palermo, donde continuó en una caverna similar su mismo género de vida penitente y contemplativa, en la que perseveró hasta su santa muerte. Siglos más tarde fue hallado su santo cuerpo cuando se la invocaba como abogada contra la peste. Su memoria se celebra el 4 de septiembre.

BEATA CATALINA MATTEI

Virgen († 1547)

Nace en Racconigi, Piamonte, el año 1486, en el seno de una familia modesta. Estuvo desde pequeña inclinada a la piedad y muy pronto la llamó el Señor a una intensa vida espiritual en la que no faltaron los fenómenos místicos, que le atrajeron, por una parte, el respeto y la admiración del pueblo pero, por otra parte, la malquerencia de algunos que la denunciaron a la Inquisición como responsable de supercherías. La Inquisición examinó el caso y la declaró inocente. A los 28 años ingresó en la Tercera Orden Seglar de Santo Domingo y vistió su hábito. Una de sus experiencias místicas consistió en ver al Señor abrirse el pecho y mostrarle el corazón, lo que parece un claro antecedente de las apariciones de Paray-le-Monial. Como la oposición a su persona no paraba, decidió marchar a Caramagna, donde continuó su vida de piedad y buenas obras hasta su muerte el 4 de septiembre de 1547. Su culto fue confirmado el 9 de abril de 1808 por el papa Pío VII.

BEATO ESCIPIÓN JERÓNIMO BRIGÉAT DE LAMBERT

Presbítero y mártir († 1794)

Nació el 9 de junio de 1733 en Ligny, siendo su padre, Francisco, consejero y receptor de finanzas. Lo apadrinó en el bautismo, el mismo día de su nacimiento, el obispo de Toul, mon-

señor Bégon. Luego de estudiar en su pueblo natal, marchó al colegio de La Marche en París, y de ahí pasó al seminario de San Luis donde obtuvo el título de maestro en Artes. Pasa después al seminario de San Sulpicio y se ordena sacerdote en 1756. Más tarde hará el doctorado (1760) en el colegio de Navarra. Vicario general de Avranches en 1761, perseverará en este cargo hasta 1788 durante tres episcopados sucesivos. En esta última fecha es nombrado gran decano del cabildo de la catedral. Suprimidos por la Revolución los cabildos, debió abandonar su residencia y el 30 de septiembre de 1791 deja Avranches para marchar a su natal Ligny. Firme enemigo del juramento constitucional, es arrestado el 16 de mayo de 1793 y encarcelado en el exconvento carmelita de Bar-sur-Ornain. En marzo de 1794 se decreta su deportación y sale con otros hacia Rochefort el 15 de abril. Embarcado en el Washington, él fue voluntario enfermero de sus hermanos sacerdotes, animándolos con sus palabras y su ejemplo de paciencia y perseverancia en la recta fe. Consumido de trabajos y miserias murió el 4 de septiembre de 1794.

Fue beatificado el 1 de octubre de 1995 por el papa Juan Pablo II.

BEATO JOSÉ PASCUAL CARDA SAPORTA

Presbítero y mártir († 1936)

Nace en Villarreal de los Infantes (Castellón de la Plana) el 29 de octubre de 1893 en una familia muy religiosa. En ese ambiente germina pronto su vocación sacerdotal, e ingresa en el colegio de San José de Tortosa, donde ya estaba su hermano Blas, que también moriría mártir en 1936. Se adhirió a la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos del Sagrado Corazón de Jesús. Era aún subdiácono cuando es enviado al seminario de Tarragona como prefecto, y se ordena sacerdote el 25 de mayo de 1918. De ahí marcha al seminario menor de Belchite, de la archidiócesis de Zaragoza, en el que está cuatro años. Vuelve entonces al seminario de Tarragona, esta vez de prefecto de teólogos, y dos años más tarde lo mandan a México, costándole mucho sacrificio dejar España. Pero se aclimató bien a su nuevo destino y llegó a querer mucho a su gente, a la que sir-

vió en el Templo de San Felipe de Jesús de la capital mexicana como confesor y predicador hasta que el gobierno expulsó a los Operarios en febrero de 1926 y entonces volvió a España. Es destinado a Valencia como director espiritual del colegio de vocaciones y en octubre de aquel mismo año 1926 es destinado a Toledo y, un poco más tarde, al seminario de Valladolid como director espiritual. A los dos años va a Zaragoza y en septiembre de 1929 es nombrado rector del seminario de Belchite; al año siguiente se malogra una nueva ida suya a México, desde donde le obligaron a volverse. Destinado a Valencia, allí vive la trágica noche del 11 de mayo de 1931 cuando tantas iglesias y casas religiosas son dadas al fuego y al saqueo. Se marcha a Burgos y está allí hasta 1934 cuando es nombrado rector del seminario de Ciudad Real. En junio de 1936 estaba dando ejercicios espirituales en Tortosa y al conocer los sucesos del 18 de julio volvió rápidamente a Ciudad Real. Como debió dejar el seminario, consiguió pasaporte para su pueblo, pero al bajar del tren el 26 de agosto le esperaban los milicianos y lo llevaron detenido al exconvento de dominicas. El 4 de septiembre lo sacaron en una camioneta y lo fusilaron en las cercanías de Oropesa. A los que iban a fusilarle les dio su reloj y les agradeció el que le dieran el martirio.

Fue beatificado por Juan Pablo II el 1 de octubre de 1995 en el grupo de nueve sacerdotes operarios diocesanos martirizados en diversos días del año 1936. La memoria litúrgica de todos ellos se celebra el 23 de julio (cf. *Año cristiano. Julio,* p.650-655).

BEATO FRANCISCO SENDRA IVARS

Presbítero y mártir († 1936)

Nace en Benissa (Valencia) el 23 de abril de 1899 en una familia muy cristiana. Monaguillo desde pequeño, decidió muy pronto su vocación sacerdotal e ingresó en el colegio de Vocaciones de Valencia, ordenándose sacerdote en 1924. Fue vicario de Tornos, Ráfol y Sanet, y luego fue destinado a la parroquia de Calp, de la que en 1931 sería regente. Sacerdote celoso y entregado a su ministerio, cuidó el catecismo, las asociaciones parroquiales y el culto litúrgico y devocional, orientando con

claridad y prudencia a los fieles en tiempos difíciles y no importándole que su claridad resultase odiosa a algunos. Tras el 18 de julio de 1836 el Comité determinó su expulsión y hubo de irse con su madre a Benissa. El día 4 de septiembre unos milicianos se presentaron buscándole. Abrió la puerta, se dio cuenta de a qué venían, abrazó a su madre, solicitó que a ella no le hicieran nada y la reconfortó pidiéndole se conformara con la voluntad de Dios. Primero lo torturaron y luego lo fusilaron en Teulada aquel mismo día.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en el acto de beatificación de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO BERARDO (JOSÉ) BLEDA GRAU

Religioso y mártir († 1936)

José Bleda Grau nació en Lugar Nuevo de Fenollet (Valencia) el 23 de julio de 1867 en el seno de una familia muy cristiana que apoyó la inclinación a la piedad del chico, que desde niño dijo sentirse atraído a la vida religiosa. Pero como su familia necesitaba de su ayuda, no entró en la Orden Capuchina hasta el año 1900, tomando en el noviciado el nombre de fray Berardo de Lugar Nuevo. Hizo la profesión religiosa el 2 de febrero de 1901 y la solemne el 14 de febrero de 1904 en calidad de hermano lego. Destinado al convento de Orihuela, aquí se pasaría la vida ejercitando el oficio de hermano limosnero y también como sastre de la comunidad. Era humilde, bondadoso y amable y dejaba una estela de santidad. Cuando en julio de 1936 tuvo que dejar el convento, se fue a su pueblo con su familia y se dedicó a la oración. La noche del 30 de agosto fue arrestado por los miembros del Comité con el pretexto de que debía prestar declaración, pero fue llevado cerca del pueblo de Genovés y allí fue fusilado. Su acta de defunción da la fecha del 4 de septiembre, a la que se atiene el *Martirologio romano.*

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en el acto de beatificación de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

5 de septiembre

A) MARTIROLOGIO

1. En Porto, santos Aconto, Nono, Herculano y Taurino (fecha desconocida), mártires.
2. En Capua (Campania), San Quinto (fecha desconocida), mártir.
3. En Nicomedia (Bitinia), santos Urbano, Teodoro, Menedemo y compañeros († 370), clérigos y seglares, mártires.
4. En el territorio de Thérouanne (Francia), San Bertino († 698), abad del monasterio de Sithiu **.
5. En Tortona (Liguria), San Alperto o Alberto († 1073), fundador y primer abad del monasterio de Butrio.
6. En Dalmacia, Beato Juan Bono de Siponto, abad († s. XII) *.
7. En Ripon (Inglaterra), Beato Guillermo Brown († 1605), mártir bajo el reinado de Jacobo I *.
8. En Rochefort (Francia), Beato Florencio Dumontet de Cardaillac († 1794), presbítero y mártir *.
9. En Ninh-Tai (Tonkín), santos Pedro Nguyen Van Tu, presbítero, de la Orden de Predicadores, y José Hoang Luong Canh, médico († 1838), mártires *.
10. En Calcuta (India), Beata Teresa de Calcuta (Gonhxa Inés Bojaxhiu) († 1997), virgen, fundadora de las Congregaciones de Misioneros y Misioneras de la Caridad **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN BERTINO DE SITHIU
Abad († 698)

Bertino es un espléndido ejemplo de monje dedicado a la evangelización, a la difusión de la fe y la cultura cristiana, de aquellos que hicieron de la profesión monástica no una manera de alejarse del mundo para vivir en oración solitaria sino una forma de dedicación a la difusión del reino de Dios desde la oración y la austeridad de la vida monástica. Por ello no se ha dudado en calificarlo ante todo como misionero, un misionero en la línea de los grandes monjes venidos al Continente europeo desde Irlanda y que unían el mayor celo apostólico a la más rígida profesión de la mortificación monástica. Y es que San Bertino y sus compañeros fueron monjes misioneros que

trabajaron entre los morinos en el país pantanoso del «País de Calais», donde perseveraron a pesar de las grandes dificultades halladas y de la dureza física de la tierra.

Se dice que Bertino o Bertín alcanzó a vivir cien años. No es conocida con fijeza ni la fecha de su nacimiento ni la de su muerte, aunque sí constan los principales hechos de su vida. Pero la discusión es en definitiva por, más o menos, una decena de años. Pues algunos colocan su nacimiento a finales del siglo VI, mientras otros lo señalan en los comienzos del siglo VII, y su muerte para unos es en 698 y para otros en 709. Es entre esos años cuando discurre la vida de este hombre santo, totalmente dedicado a servir a Dios en la vida monástica, en un tiempo en que ésta buscaba sus fórmulas definitivas, abriéndose paso como la más generalizada y apropiada al genio de Occidente la Regla de San Benito.

Su nacimiento también tiene diferentes sitios según los varios autores. Algunos lo hacen natural de Goldenthar, movidos seguramente del hecho de que ésta fue la localidad natal de su pariente cercano San Audomaro u Omer, pero otros señalan la ciudad de Coutances en el alto Rin que separa el país de los suizos de Suabia. Era la suya una familia ilustre y acomodada, y se cuenta que desde sus primeros años se vieron en el niño Bertino excelentes inclinaciones a la piedad y la virtud, a las que el niño empezó a corresponder, apreciándolo enseguida su familia como un niño bondadoso y amable. La excelente posición social de su familia hacía posible que Bertino eligiera en el mundo una carrera brillante o un puesto distinguido, pero desde la adolescencia se sintió llamado Bertino a consagrarse a Dios en la vida monástica.

Parece que fue decisivo el ejemplo de su mencionado y cercano pariente San Audomaro u Omer. Éste ingresó hacia el año 617 en el monasterio de Luxeuil, uno de los tres monasterios que con su docena de compañeros, entre ellos San Galo, había fundado San Columbano —Annegray, Luxeuil y Fontaine, en los Vosgos— y en los que florecía la disciplina monástica traída por San Columbano desde su monasterio irlandés de Bangor, desde el que su abad San Comgall lo había enviado a evangelizar el Continente. Tras el primer fundador, San Columbano, el

monasterio de Luxeuil se rigió por el abad San Eustaquio, pero muerto éste fue elegido para sucederle San Walberto. Columbano había compuesto una regla muy rígida y severa, en conformidad con la tradición irlandesa, y que sus varias fundaciones en el Continente mantuvieron un tiempo para ceder luego paso a la regla más humana y razonable de San Benito. Y eso mismo sucedió en Luxeuil con el abad San Walberto. Este abad propuso y los monjes aceptaron pasarse a la regla benedictina. Pero debió suceder este cambio luego de la marcha de San Bertino, porque todo indica que en los monasterios fundados por éste se observó la regla de San Columbano.

Bertino tenía dos amigos con los que decide ingresar en la abadía de Luxeuil, Mommolino y Ebertano, y con ellos se presenta ante el abad San Walberto pidiendo el hábito monástico. Los tres emprendieron el camino de la vida monacal con verdadera voluntad de superarse a sí mismos y de ser dignos discípulos de Cristo, insistiendo, como quería San Columbano, en tener a raya las pasiones de la carne para someter ésta por entero al espíritu y en establecer un permanente diálogo con Dios por el ejercicio continuo de la oración. Así perseveraron y fueron admitidos a la profesión monástica, integrándose en el monasterio para vivir entre los numerosos monjes como leales compañeros de la vida de los ascetas. Quiere la tradición que el abad, viendo que estos tres monjes daban la talla de verdaderos seguidores del evangelio, los presentó a la ordenación sacerdotal y ellos aceptaron la iniciativa del abad, dispuestos a servir a Dios desde el ministerio consagrado.

Hacia el año 637 tuvo lugar un hecho que iba a cambiar la vida de Bertino: su pariente Audomaro fue elegido obispo de Thérouanne, con una misión bien precisa. La falta de una adecuada asistencia pastoral había hecho que los morinos hubieran vuelto al paganismo después de su inicial adhesión a la fe cristiana. Audomaro debía reintegrar aquellas almas al seno de la Iglesia. Consagrado y presente ya en su terreno pastoral, el santo se da cuenta de qué difícil tarea se le señala y piensa que ninguna ayuda le podrá ser tan útil para la evangelización de los morinos como la de un equipo de monjes misioneros que funden uno o varios centros de vida monástica, convertidos ense-

guida en centro de evangelización y vida cristiana. Acude entonces a su antiguo abad y le suplica ayuda por amor de Dios. Y esta ayuda consistía en el envío de monjes que fundasen monasterios e hiciesen labor de evangelización. El abad de Luxeuil parece no haber dudado y eligió a los tres amigos y compañeros para que fuesen a Thérouanne y se pusiesen a disposición de San Audomaro. Bertino y sus compañeros acataron la iniciativa de su abad y, puesta en Dios la confianza, marcharon a su nuevo destino.

Audomaro los recibió con gozo y les mostró enseguida la mies mucha que les esperaba. Bajo la inspiración del obispo, los tres monjes se dedicaron enseguida a la predicación del evangelio, a atraer hombres y mujeres a Cristo, a sembrar a manos llenas la semilla del evangelio, y el Señor empezó a bendecir sus trabajos. Era más o menos el año 642. Bertino era ya un hombre adulto y maduro. Estaba en plenitud de vida física y espiritual, y sus dos compañeros lo miraban como el jefe natural del equipo misionero. Él y sus compañeros evangelizaron con el ejemplo de una vida santa y con la ardiente palabra de quien de verdad cree en Jesucristo, y su fe se hizo contagiosa. Es verdad que el campo de apostolado estaba abandonado de mucho tiempo y crecía en él la maleza de la idolatría renacida y de los vicios, pero la fuerza de la palabra y de la gracia de Dios es mayor que las debilidades morales de los hombres y los tres misioneros pudieron ver que su trabajo obtenía frutos de bendición. Los trabajos apostólicos no hicieron disminuir las mortificaciones y rigideces que los monjes tenían por regla. Pero eran monjes fuera del claustro y su corazón anhelaba poder compaginar el trabajo apostólico con la vida de comunidad. Esto se hizo posible cuando un terreno apropiado para construir un monasterio vino a sus manos. Uno de los nuevos convertidos a la fe era un hombre rico, llamado Ardeal, el cual, para corresponder con bienes materiales a la gracia espiritual de la conversión, ofreció su villa y territorio de Sithiu para que allí se hiciese lo que fuera más conveniente a la mayor gloria de Dios y bien de los pueblos. Y como entre los nuevos convertidos ya apuntaban, y no en pequeño número, las vocaciones monásticas, el santo prelado Audomaro pensó que nada más apropiado que

dedicar Sithiu a hacer un nuevo monasterio. Y así se hizo. La idea del obispo era que Bertino fuera el abad de la nueva institución monástica, pero Bertino rehusó alegando que sería mejor que su compañero Mommolino gobernase la nueva comunidad. Y así se realizó, quedando Bertino como uno de los monjes de la comunidad, integrada enseguida por muchos hombres que acudieron a vivir el seguimiento de Cristo en aquella casa de oración y santidad.

No obstante, era providencia de Dios que Bertino rigiera aquella casa, pues en 659 el célebre San Eloy, obispo de Noyon y Tournay, fue llamado al gozo de la vida eterna y, a la hora de darle sucesor, se eligió al abad Mommolino acreditado a los ojos de los fieles por su vida santa. Mucho sintieron los monjes de Sithiu se les privara de su abad pero comprendieron que era en bien de la Iglesia y así, tras abrazar a sus monjes en la caridad de Cristo, Mommolino partió para Noyon. Y entonces no cupo duda de quién debía sustituir al abad Mommolino. Todos los ojos se volvieron a Bertino. Éste suplicó con muchas razones y no menos lágrimas que le dejasen ser un simple monje, pero la insistencia fue absoluta y Bertino hubo de acceder a la sede abacial. Muy pronto se vio lo acertado de esta determinación pues enseguida se notaron los progresos del monasterio en todos los sentidos. Se convirtió aún más en un centro de trabajo manual e intelectual, en un foco permanente de evangelización y de espiritualidad, en una escuela de santos, de donde brotaba una verdadera civilización cristiana.

La fama de Bertino como santo se vio aumentada cuando los monjes y los fieles comenzaron a atribuirle milagros, de los que las viejas biografías nos conservan algunos ejemplos. Acudieron vocaciones de todas partes y se contaron entre ellas la de los cuatro de Armórica: Cuadanoco, Ingenoco, Madoco y Winoco. A éste le concedió Bertino edificar un hospicio junto a Thérouanne. Éste era un galés que por encargo, como queda dicho, de San Bertino, establece la casa religiosa de Wormhoult, desde la cual evangelizó sin cansancio los alrededores.

Bertino hubo de ocuparse de los intereses temporales del monasterio. En 663 obtuvo del rey Clotario III la confirmación de una permuta de bienes hecha con el obispo Mom-

molino. En 682 Teodorico III le concedió el derecho de recaudar los impuestos del territorio del monasterio. En 691 Clodoveo III concedió la inmunidad al monasterio y en 697 Childeberto III confirmó esta exención.

Bertino gobernó muchos años el monasterio, firme en la labor evangelizadora y civilizadora que había emprendido, y que le fue reconocida y agradecida por los monjes y por los fieles. Y cuando era ya muy anciano pidió y obtuvo que se le permitiera dejar el cargo de abad del que se invistió al monje Rigoberto. Vivió entonces dedicado a la oración, preparando su corazón para el encuentro definitivo con el Señor, que fue un 5 de septiembre, fecha en que le recuerda el *Martirologio romano.* Bertino tuvo enseguida culto como santo. El monasterio fundado por él tomó su nombre.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

Art. en *Bibliotheca sanctorum.* III: *Bern-Ciro* (Roma 1963) cols.101-103.
ATTWATER, D., *A dictionary of saints* (Londres 1974).
CROISSET, J., SJ, *Año cristiano, o ejercicios devotos para todos los días del año,* III (Madrid 1853) 437-438.

TERESA DE CALCUTA (GONHXA INÉS BOJAXHIU)

Virgen y fundadora († 1997)

La calle principal de Calcuta, «Park Street», ha cambiado su nombre por el de «Madre Teresa», leemos en la prensa de esos días. «Es un acontecimiento que nos llena de alegría —declara el portavoz de la Conferencia Episcopal—, un reconocimiento de la huella extraordinaria que la Madre Teresa ha dejado en la sociedad india, por el servicio a los más pobres de entre los pobres». Y subraya que poner el nombre de la santa a esta calle «es una señal de aprecio de la comunidad civil hacia su servicio». Pero la singular relevancia de la fundadora de las Misioneras de la Familia de la Caridad, menudita de estatura y grandiosa de espíritu, fue ampliamente reconocida por la comunidad eclesial ante los ojos de todo el mundo el 19 de octubre de 2003, cuando el papa Juan Pablo II quiso hacer coincidir el 25 aniversario

de su pontificado con la beatificación de la madre Teresa de Calcuta, acontecimientos que convocaron en Roma a muchos miles de fieles llegados de los cinco continentes para celebrar al carismático Papa y a la mujer más famosa del siglo XX.

Gonhxa (Inés) Bojaxhiu, la futura madre Teresa, nació el 26 de agosto de 1910 en Skopje, entonces en el Vilayet de Kosovo y hoy capital de Macedonia, en una familia albanesa. Fue bautizada al día siguiente. Sus padres, Nikollë y Dranafile, en buena posición social y con fama de ser muy caritativos con los pobres, tuvieron cinco hijos. Los dos mayores murieron pronto dejando un doloroso recuerdo en la familia. Sobrevivieron tres: Aga y Lazër, nacidos en 1905 y 1907, respectivamente, y la más pequeña, Gonhxa.

Nikollë Bojaxhiu, el padre, de origen croata, era un hombre lleno de energía y de iniciativas, que había fundado una empresa de materiales de construcción con un socio italiano, Angelo Barsotti, y era reconocido como destacado hombre de negocios. Muy afectuoso con todos, sus continuos viajes al extranjero no le impedían dedicar su mejor tiempo a la familia. Como ciudadano, se interesaba por cuanto sucedía en su entorno y trataba de implicarse en los problemas sociales de su país. Estas actitudes le lanzaron a la política en un momento en el que el ánimo de los albaneses estaba particularmente tenso: en 1912 Skopje acababa de obtener su independencia del dominio turco y había sido declarada capital de la República albanesa de Macedonia. Pero no se consiguió la paz, pues al poco tiempo la I Guerra Mundial convirtió la zona en un gran campo de batalla. Esta situación había impulsado a Nikollë a militar en el Partido Nacionalista Albanés, que luchaba por la independencia del país de la dominación extranjera, siendo elegido concejal del Ayuntamiento.

Dranafile Bernaj, la madre, de ascendencia véneta, tenía gran sentido religioso, era mujer de extraordinaria fortaleza y se dedicaba plenamente al marido y a los hijos. De ella aprendieron a tener una actitud sencilla y cordial, a ocuparse de los demás y, en particular, a interesarse por los pobres. Preparó a Gonhxa para su primera comunión y le enseñó las principales oraciones.

La situación familiar grata y holgada que acompañó la infancia de Gonhxa, cambió de pronto en 1919 por la muerte repentina del padre, tal vez envenenado, después de una reunión política celebrada en Belgrado cuando Aga tenía 15 años, Lazër 12 y Gonhxa 9. No dispuesto Barsotti a compartir los beneficios de la empresa con la viuda de Bojaxhiu, ésta tuvo que abrir un negocio de ropa y bordados para salir adelante con sus tres jóvenes hijos.

Gonhxa y sus hermanos acudían a una escuela laica, junto con niños cristiano-ortodoxos, musulmanes, hebreos y católicos. La formación religiosa la recibían en su familia y en la parroquia del Sagrado Corazón, la única iglesia católica de la ciudad, donde solía participar con la madre en las iniciativas pastorales. Formó parte de la asociación «Hijas de María» y del coro, ámbitos también de amistades y de expansión en los momentos libres. Más bien tímida, de ojos claros y mirada dulce, bien relacionada con todos, comenzó a aficionarse pronto a la lectura, en especial a algunas revistas misioneras que encontraba en la parroquia, regida por el jesuita P. Franjo Jambrekoviè desde 1924. Desde niña mostró especial devoción al Corazón de Jesús y a la Virgen María y se sentía atraída por las misiones, especialmente por la de los jesuitas en Bengala (India).

Drana y sus hijos solían veranear junto al Montenegro en una casa de campo prestada por un amigo del padre. Incluso cuando Lazër comenzó a estudiar en la academia militar de Tirana, continuaron yendo allí la madre, Aga y Gonhxa. Era momento de mayor vida familiar, de hacer excursiones o de leer. También de peregrinar al cercano santuario de Letnice, el más famoso templo mariano de aquella zona de Albania, donde se veneraba a la Virgen de Cërnagora.

En el verano de 1927, precisamente durante una visita a Letnice, Gonhxa sintió por primera vez la llamada de Dios a servirlo en el prójimo, y decidió consagrarse a él en la vida religiosa. Pensando que el Señor la llamaba a ser misionera, aconsejada por el P. Jambrekoviè se puso en contacto con el Instituto de Nuestra Señora de Loreto de Rathfarnam (Dublín, Irlanda), porque estas religiosas —las llamadas «Damas Negras»— que llevaban a cabo actividades apostólicas en la archi-

diócesis de Calcuta, no tenían casas en Albania. El primero en saberlo fue su hermano Lazër, que vivía en Tirana, y estaba a punto de formar parte del ejército. A Drana también le costó aceptar la decisión de su hija, pero al fin dio gustosa su consentimiento.

Aceptada la solicitud de Gonhxa por parte de las religiosas irlandesas, el 26 de septiembre de 1928, a los 18 años de edad, acompañada de su madre y su hermana, salía en tren hacia Zagreb, donde se despidió definitivamente de ellas para emprender viaje a Irlanda junto con una joven yugoslava, Betika Kanjc, que también había solicitado entrar en la orden. No volvió a ver a su madre ni a Aga, porque las circunstancias políticas de Albania se lo impidieron.

Antes de llegar a la isla, ambas jóvenes se detuvieron en Auteuil, cerca de París, con el fin de encontrar a la madre superiora de las hermanas de Loreto en Francia, Eugène McAvin. Con la ayuda de un intérprete de la embajada yugoslava pudo comunicarse con ellas, cumpliendo el objetivo de dar su consentimiento para admitirlas y animar a las dos a continuar su viaje hacia Irlanda. Concluida la travesía, Gonhxa y Betika llegaron a Rathfarnam, localidad cercana a Dublín, donde estaba la casa central de las religiosas de Loreto. Después de una cordialísima acogida, aunque sin muchas palabras a causa del idioma, su primera ocupación fue aprender el inglés, que no conocía, y familiarizarse con la orden.

Empeñada intensamente en esta tarea, el 12 de octubre de 1928 comenzaba Gonhxa su formación en el Instituto religioso. Pero se prolongó poco su estancia en Irlanda, porque las hermanas de India solicitaban ayuda y, dado que Gonhxa había manifestado repetidamente su vocación misionera, decidieron que realizara el noviciado en Bengala, donde el Instituto irlandés tenía uno de sus centros principales. Así, a comienzos de diciembre, cuando aún no habían transcurrido dos meses de su llegada a Irlanda, partía Gonhxa hacia India acompañada por dos religiosas franciscanas que llevaban el mismo destino. Después de pasar la Navidad en el barco, el 6 de enero de 1929 llegaron a Calcuta, permaneciendo allí una semana, el tiempo suficiente para tomar contacto con el nuevo contexto. Continuó

después hacia Darjeeling, donde pasó los dos años de noviciado, que concluyó con su primera profesión religiosa el 24 de mayo de 1931. Tomó entonces el nombre *Teresa* en honor a su protectora Santa Teresa de Lisieux, nombrada hacía poco patrona de las misiones.

Sor Teresa regresó a Calcuta para dar clases de geografía e historia en el «St. Mary's» de Bengala, uno de los dos prestigiosos colegios que tenían allí las religiosas, dedicado a educar niñas de la alta sociedad. Asumió con entusiasmo la tarea encomendada y, decidida a permanecer en la orden, formalizó su profesión perpetua el 24 de mayo de 1937. La desde entonces «madre Teresa» fue designada directora del colegio y también responsable de las Hijas de Santa Ana, una congregación de religiosas indias agregada al Instituto de Nuestra Señora de Loreto. Fueron años muy felices para ella. «Loreto era todo para mí», diría después.

Mientras tanto, su hermana Aga, y poco después la madre, se habían trasladado a Tirana, donde se había establecido Lazër como oficial de la guardia real. En 1939 Albania fue ocupada por las tropas italianas y Lazër se trasladó primero a Turín y después a Palermo, donde contrajo matrimonio con una italiana.

De modo inesperado, cambió la vida de la madre Teresa el 10 de septiembre de 1946. En el trayecto entre Calcuta y Darjeeling, donde se dirigía para su retiro anual, recibió lo que designaba después como «la llamada en la llamada», sintiendo la inspiración a fundar una nueva congregación religiosa para responder al anhelo de amor de Jesús por las almas mediante «el trabajo en la salvación y la santificación de los más pobres entre los pobres». El mensaje era que «para apagar la infinita sed de Jesús en la cruz se necesitan amor y almas», para lo que habría de fundar las Hermanas Misioneras de la Caridad. Describió así ese momento concreto:

> «Sucedió el 10 de septiembre de 1946, mientras me encontraba a bordo del tren que me llevaba a Darjeeling para los ejercicios espirituales. Allí mientras rezaba al Señor recogida y en silencio, percibí claramente una llamada en la llamada. Sentí con fuerza que Jesús quería que yo lo sirviese en los más pobres de entre los pobres, en los abandonados, en los habitantes de los suburbios, en los marginados, en aquellos que no tenían donde cobijarse. Jesús me

invitó a servirlo y seguirlo en verdadera pobreza, afrontando un estilo de vida que me hiciese semejante a los necesitados, en los que él está presente, en los que sufre y a los que ama».

Fueron necesarios dos años de oración y de discernimiento, aconsejada por quienes la ayudaban espiritualmente, para salir de la orden de Loreto. Convencida de la llamada del Señor, obtuvo permiso del arzobispo de Calcuta Ferdinand Perrier y de la superiora general Gertrude Kennedy, para escribir al papa Pío XII y exponerle su deseo de abandonar dicho Instituto para dedicarse al servicio de los más pobres. Recibida la autorización pontificia para dejar la orden sin abandonar la vida religiosa, dependiendo directamente del arzobispo, en la mañana del 16 de agosto de 1948 salía con dolor del convento donde era tan feliz y, como las mujeres pobres de la India, vestía un sencillo sari blanco de algodón, bordeado con franjas azules y con una pequeña cruz colgada de él.

Sola y sin nada entre el bullicio de las calles de Calcuta, convencida de que su casa y su comunidad habían de ser las más pobres de entre los pobres, siguiendo el consejo de madre Gertrude su primer gesto fue ir a Patna, una populosa ciudad a las orillas del río Ganges, donde pasó algunos meses con las hermanas de la misión médica en su hospital de la Sagrada Familia estudiando y ejerciendo «primeros auxilios». Fue providencial esta preparación, porque allí aprendió a convivir con la enfermedad y la pobreza, a tratar a los más necesitados con inmensa ternura y amor, y a arbitrar los medios necesarios para poderles prestar un servicio eficaz.

De vuelta a Calcuta, pidió asilo en las hermanitas de los pobres. «Por mucho que yo sepa ahora de enfermería —rezaba— lo más importante continúa siendo mi oración. Tengo que orar con más fuerza. Esto es lo que llevará adelante tu obra, Señor». Así, después de un retiro de ocho días dirigido por el P. Celeste van Exem, jesuita belga-indio que la ayudó mucho, se aventuró a ir por primera vez a los bajos fondos de la ciudad. Era el 21 de diciembre de 1948. Cada mañana, con una sencilla vianda que solía compartir, salía de la casa hacia Moti Hihl, uno de los lugares que albergaban más pobreza y miseria en Calcuta.

Un paso importante en su nuevo camino fue el ofrecimiento, a través del P. Julián Henry, del 2.° piso de la casa número 14

de Creek Lane, propiedad de Michael Gómes, padre de una alumna de la madre Teresa en el colegio *St. Mary's*. Se trasladó allí el 2 de febrero de 1949, inaugurando así la primera sede de las Misioneras de la Caridad. Con sorpresa y gratitud, vio llamar a sus puertas pocos días después a sus primeras colaboradoras, exalumnas de Loreto, y algo más tarde escribió en esta misma casa las primeras Constituciones de la nueva fundación. A los tres votos religiosos de castidad, pobreza y obediencia, añadía otro de «servicio incondicional y libre a los más pobres», que era la única misión del nuevo Instituto. Las Misioneras de la Caridad deberían dedicarse totalmente a los pobres en las zonas más deprimidas y por las calles de Calcuta, ayudar en cualquier lugar a los enfermos y moribundos, socorrer a los mendigos y salvar del mal y del pecado a los niños de la calle.

La madre Teresa conocía bien a las gentes de Moti Hihl. Había ido allí con sus alumnas del *St. Mary's* y estaba siendo éste el lugar elegido para su particular encuentro con los pobres. Lo primero fue atender a los niños, enseguida a los enfermos y, a la vez, a cuantos padecían mayor necesidad. Ayudas providencialmente llegadas, súplicas insistentes y, sobre todo, la constante oración iban haciendo posible el milagro cotidiano. Además, para insertarse plenamente en la que estaba siendo su patria, el 5 de enero de 1950 solicitó la ciudadanía india, paso importante que sellaría su definitiva identificación con los pobres de aquel país. El gobierno acogió favorablemente su súplica y se la concedió el 14 de diciembre de 1951.

Mientras tanto, el 7 de octubre de 1950, fiesta de Nuestra Señora del Rosario, la nueva congregación de Misioneras de la Caridad, formada por doce hermanas, había sido oficialmente constituida como un Instituto religioso en la Archidiócesis de Calcuta, al ser aprobada por su arzobispo Ferdinand Perrier, SI. El 12 de abril de 1953 la madre Teresa hizo su profesión definitiva como Misionera de la Caridad, mientras el primer grupo de hermanas, concluido su noviciado, hacía la profesión temporal.

Al hilo de la providencia, la atención a los más pobres de entre los pobres, fue tomando formas concretas, resultado de las posibilidades y de la necesidad. Primero, en 1950, inició una improvisada escuela para los niños de Moti Hihl; después, tras

la dolorosa experiencia de haber visto morir en sus brazos a una mujer no acogida en ningún hospital, el 22 de agosto de 1952 fundaba la «Casa del moribundo», bautizada por ella con el nombre de «Corazón puro» —*Nirmal Hriday,* en bengalí—, en Kalighat, en un edificio del templo hindú dedicado a la diosa Kalì, cedido por las autoridades locales. La madre Teresa recordaba diariamente a las hermanas comprometidas con ella en la atención a los enfermos y moribundos: «En cada una de las personas que ayudáis está Jesús agonizante: las llagas que laváis son la suyas; las heridas que limpiáis son las suyas. Mirad más allá de las apariencias». Algunos enfermos morían. Otros restablecían su salud. En *Nirmal Hriday* cada uno era tratado con infinito respeto a la persona y a sus creencias religiosas: a los hindúes no les faltaba el agua del Ganges, los musulmanes morían escuchando versículos del Corán y los católicos recibían la santa unción.

En 1953 el apartamento de Creek Lane, 14, se iba quedando pequeño y el P. Julián Henry intervino nuevamente en ayuda de la madre Teresa para encontrar un espacio mayor. Lo halló en una casa de tres pisos en Lower Circular Road 54, propiedad de un anciano juez musulmán, que la cedió a buen precio al conocer el fin al que iba a ser destinada. Estaba cerca de la parroquia de Santa Teresa, donde las Misioneras de la Caridad acababan de abrir un dispensario gratuito, y no lejos de la casa primera de Creek Lane. En adelante será ésta su residencia y el lugar donde acogerá a las postulantes, que en número creciente llegaban a la Congregación. La fundadora compartirá su ineludible dedicación a los más pobres con la necesaria tarea de formar a quienes habían de asumir con ella este exigente apostolado.

> «Si el día en que me tropecé con aquella mujer que tenía el cuerpo medio roído por los ratones me hubiera tapado la nariz para no sentir el hedor y hubiera continuado por mi camino alejándome de ella —les decía la Madre Teresa—, no habría sido una verdadera misionera de la caridad. Me volví, me la cargué sobre los hombros y la llevé al hospital. Si no hubiera hecho esto, la congregación habría muerto al poco de nacer. Hay que responder a las llamadas del Señor por difíciles que sean. Sentir algunas veces repugnancia es humano. Si, a pesar de esto, ofrecemos nuestro servicio gratuito y de todo corazón, estamos en el buen camino de la santidad».

En 1955 las hermanas eran ya cuarenta y ocho, y el trabajo también estaba aumentando. La madre Teresa continuaba dando vida a nuevos proyectos en Calcuta, entre ellos *Nirmala Shishu Bhavan,* la casa para los niños huérfanos. Recogían allí a los que encontraban en la calle, a los enfermos o deformes, a las niñas abandonadas al poco de nacer y a los que les entregaban sus padres por no poder hacerse cargo de ellos. La madre Teresa salió en defensa de la infancia en muchas ocasiones, incluyendo las víctimas del aborto en distintas partes del mundo. Fue éste uno de los problemas que afrontó al serle entregado el premio Nóbel de la Paz en 1979. «¡No les matéis! ¡Dádmelos a mí!», suplicó al mundo en aquella ocasión.

Para los adultos, habían comenzado con las «Clínicas móviles», a las que no renunciaron nunca. Pero desde 1954 crearon centros específicos para la curación de algunas enfermedades, como la lepra. El primero, «Torre de la paz» —*Shanti Nagor*—, en la periferia de Calcuta.

«¿Por qué lo hace, Madre?», era la pregunta que externa o interiormente brotaba de muchos de los enfermos, especialmente de los más contagiosos o rechazados, a quienes atendían la madre Teresa o las hermanas. «Porque te amo», era la respuesta, pronunciada con los labios o dentro del corazón. La explicación de la vida de estas Misioneras de la Caridad no estaba en el ingente número de desheredados y empobrecidos que llenaban las aceras y los suburbios de Calcuta. Las necesidades eran enormes y muy apremiantes, sin duda. Pero lo genuino de su actividad conecta inexorablemente con el mandamiento nuevo del amor evangélico, sólo que ejercido con el suplemento de «lo más». El mayor amor ofrecido junto al de quien dio su vida por los hermanos. Con mucha frecuencia, y porque la Providencia iba poniendo algunos medios en sus manos, era también posible ofrecerles curación, cobijo, alimentos u otras ayudas materiales. Pero lo que regalaron siempre a todos, de cualquier raza, religión, o cultura, fue el don gratuito del más grande y genuino amor cristiano.

Con estas actitudes, consolidadas en el ejercicio cotidiano de la donación más desinteresada, continuó creciendo la joven congregación. Entre 1950 y los primeros años de la década de

los 60 las Misioneras de la Caridad extendieron su trabajo en diferentes ámbitos de la ciudad de Calcuta y comenzaron su expansión a otros lugares de India. En 1959 se inauguró en Ranchi, en el Estado de Bihar, el primer centro fuera de Calcuta.

Fue importante el viaje realizado en 1960 por la madre Teresa a Las Vegas (EE.UU.), con escalas en Londres, Frankfurt, Ginebra y Roma al regreso. Agradeció los donativos de diversas entidades católicas, especialmente Caritas, y fue conocida en distintos ambientes. En Roma participó en una misa oficiada por el papa Juan XXIII y recibió su bendición. Allí se encontró, después de 30 años, con su hermano Lazër, pero no consiguió ver a su madre y a su hermana Aga, a quienes el régimen político impidió salir de Albania y a ella entrar en el país. «Todavía existen fronteras que ni el amor es capaz de abatir», constató entonces. Aga continuó ocupándose de la madre hasta su muerte, a los 83 años, en 1972. Ella falleció dos años después.

En agosto de 1962 le fue concedido a madre Teresa el primer premio del gobierno indio, el *Padmashree,* que le fue entregado por el primer ministro Nehru, y en 1963 se abría casa en Nueva Delhi, la capital. Fue importante esta fundación, porque proporcionó oportunidades para presentar la Congregación a los dirigentes del país. Nehru, por ejemplo, asistió a la inauguración de una casa para los niños. También se establecieron en Bombay, una de las principales metrópolis y con el mayor porcentaje de católicos. Precisamente en esta ciudad tuvo lugar uno de los primeros encuentros entre Pablo VI y la Madre Teresa de Calcuta. Fue en 1964, durante el Congreso Eucarístico internacional. El Papa volvió a Roma conmovido y en 1967 solicitó a la madre Teresa abrir una casa en la capital italiana.

Mientras tanto, el 1 de febrero de 1965 el papa Pablo VI había otorgado el *Decretum laudis* a las Misioneras de la Caridad, convirtiéndolas en una asociación de Derecho pontificio y haciendo posible que salieran fuera de la India. Por su parte, la madre Teresa continuó viajando al extranjero para estudiar la posibilidad de extender la Congregación a nuevos países.

> «Mis viajes por el mundo —dijo más de una vez— no se limitan a los países pobres. He tenido ocasión de verificar que la pobreza de Occidente es mucho más difícil de erradicar. Cuando recojo a una persona hambrienta en las calles de Calcuta, le doy un

plato de arroz y un trozo de pan. Con esto he saciado y satisfecho su hambre. Pero cuando una persona se ve marginada de la sociedad, esta pobreza es tan lacerante e íntima que resulta muy difícil de erradicar».

La primera fundación internacional se abrió en Cocorote, pequeña ciudad cercana a Caracas (Venezuela), en el mismo año 1965, y en 1968 la Congregación comenzó a establecerse en Europa, en primer lugar en *Tor Fiscale,* en los suburbios de Roma. Este mismo año 1968 llegaba a África, iniciando actividades en Tambora, Tanzania. Desde finales de los años 60 hasta 1980 las Misioneras de la Caridad expandieron sus fundaciones por muy diversos países del mundo y creció considerablemente el número de miembros. Fueron abiertas casas en Australia, Asia, Medio Oriente, Europa, América Latina y América del Norte. El primer noviciado fuera de Calcuta fue el de Londres. En 1979 las fundaciones ascendían a 158.

En 1980 la congregación se extendió por las ciudades comunistas. Crearon una casa en Berlín Este y entre 1980 y 1990 en casi todos los países comunistas iniciaron actividades, incluyendo algunas fundaciones en la Unión Soviética. Sin embargo, a pesar de los muchos esfuerzos, madre Teresa nunca pudo abrir una casa en China.

En España también había pobres. El 21 de junio de 1980 viajó madre Teresa a Madrid acompañada por cuatro hermanas: dos indias, una inglesa y una venezolana. Una de las primeras casas, abierta con la ayuda de voluntarios, fue un comedor popular, que pronto hubo de trasladarse a un local más amplio, por haber aumentado considerablemente el número de comensales. Preocupada por dar también cobijo a estas gentes y obtenido el permiso del alcalde, el 13 de julio de 1986, con la presencia de la Reina Sofía, inauguraba también un dormitorio. Más tarde abrió casas en Cataluña. Algunos recuerdan sus palabras después de una suculenta cena en la que un grupo de industriales le ofreció una bolsa repleta de dinero:

«Espero que no me estéis dando lo que os sobra. Me tenéis que dar algo que os cueste, que os suponga cierto sacrificio; algo que después echéis en falta, de modo que vuestra ofrenda tenga valor a los ojos de Dios. Así seréis verdaderos hermanos de los pobres, que se ven privados hasta de lo indispensable».

La madre Teresa de Calcuta habló en la Asamblea General de las Naciones Unidas con motivo del XL aniversario, en octubre de 1985. En Nochebuena de ese año, abrió el «Regalo de amor» —*Gift of love*— en Nueva York, primera casa para los enfermos de SIDA. En los años siguientes esta casa fue tomada como modelo, en los Estados Unidos y en diversos lugares, por quienes se ocupaban de esta enfermedad. Entre 1980 y 1990 nuevas comunidades fueron fundadas en el sur de África, Albania, Cuba, y en los campos de refugiados de la guerra de Irak. En 1997, año de la muerte de la fundadora, las Hermanas Misioneras de la Caridad eran alrededor de 4.000 y estaban establecidas en unas 600 fundaciones de 123 países del mundo.

La raíz de una caridad tan universal está en la profunda comprensión de madre Teresa de las palabras evangélicas: «Tengo sed» (Jn 19,28) y: «A mí me lo hiciste» (Mt 25,40) que son el centro de su vocación. Para madre Teresa las palabras de Jesús en la cruz «Tengo sed» expresan la intensidad de su deseo de amarnos y de ser amado por nosotros.

> «Nuestro fin —decía— es apagar la sed de Jesús. "Tengo sed", ha dicho Jesús sobre la cruz cuando fue privado de toda consolación muriendo en absoluta pobreza, abandonado, despreciado y herido en el cuerpo y en el alma. Él hablaba de su sed no de agua, sino por las almas, por el amor, por la compasión, por el delicado amor».

Para madre Teresa nosotros apagamos esta sed viéndolo y amándolo especialmente en aquellos que están en la mayor necesidad: los últimos, los menos importantes, los olvidados de todos. Y además:

> «Qué alegría tenemos porque en todo momento podemos estar cercanos a Cristo, en su dolorosa ocultación, a través de nuestras obras de caridad. ¿No cumplimos así las palabras del Evangelio? "A mí me lo hiciste", dice Jesús; tenía hambre, tenía sed, estaba desnudo, sin casa, no deseado, olvidado, y tú, lo que haces en favor de ellos, me lo has hecho a mí».

La madre Teresa tuvo contacto con dirigentes políticos del más alto rango de numerosos países de distintas culturas y religiones. Pero el debido respeto a otros credos no le privó nunca de manifestar el suyo. Así, llevó a Nehru a visitar el sagrario de la pequeña capilla de una de sus casas; mostró su rosario y reci-

tó frases del Evangelio en ocasiones políticas de gran solemnidad. Supo articular con la maestría de la santidad el profundo respeto a los otros y la más clara transparencia de su propia identidad. No tomó una actitud meramente filantrópica en pro de la colaboración. Su planteamiento no era político, sino exclusivamente evangélico. Cuando llegaban los voluntarios a la puerta de sus casas para compartir con ella y con las hermanas la ayuda a los más necesitados, solía decirles con la mano bien abierta:

> «Lo primero que debéis aprender es qué son los *cinco dedos*. Significan cinco palabras. Son cinco palabras dichas por Jesús a sus discípulos: "A mí me lo hicisteis". Es decir, cada vez que hagáis esto a uno de mis pequeños, es como si me lo hubierais hecho a mí. No lo olvidéis [...] El agonizante cubierto de gusanos entre la inmundicia de Calcuta —decía también— es Cristo mismo, así como también lo es el niño leproso, el enfermo de SIDA rechazado por su familia, el joven que muere en las aceras de Nueva York víctima de una sobredosis...».

Plenamente consciente de que sólo la oración puede hacer verdaderamente eficaz el apostolado, además de las hermanas, la madre Teresa fundó otras cuatro ramas de la Familia de las Misioneras de la Caridad. El 25 de marzo de 1963 el arzobispo de Calcuta bendijo el nacimiento de los «Hermanos Misioneros de la Caridad activos», que habían comenzado espontáneamente a reunirse. La «Orden contemplativa de las hermanas» nació en Bronx, Nueva York, el 25 de junio de 1976: la madre Teresa ofreció a las hermanas la posibilidad de elegir en determinados momentos de su vida dedicarse plenamente a la oración, fundamento esencial de todas sus actividades. Sor Nirmala, que sucedió a la fundadora al frente de la congregación, fue la encargada de dar forma a este nuevo proyecto. Poco después, el 19 de marzo de 1979, fueron fundados en Roma los «Hermanos Misioneros de la Caridad contemplativos». Finalmente, los «Padres» fueron constituidos en Bronx, Nueva York, el 31 de octubre de 1984. Además, desde el principio madre Teresa implicó a los laicos en su servicio a los más pobres. En marzo de 1969 había comenzado oficialmente la «Asociación Internacional de Cooperadores de Madre Teresa» y sus Estatutos habían sido bendecidos por el papa Pablo VI. Algunos años más

tarde, el 16 de abril de 1984, nacieron los «Misioneros Laicos de la Caridad».

Durante su larga vida, la Madre Teresa recibió numerosos honores y reconocimientos. Entre los más importantes el premio *Templeton* al progreso de la religión en abril de 1973; el aludido Premio Nóbel de la Paz, el 10 de diciembre de 1979, que hizo conocer la Congregación de las Misioneras de la Caridad en todo el mundo, y el honor más destacado de la India, el Premio *Bharat Ratna,* en Perla de la India, el 22 de marzo de 1980. No era amiga de la fama ni de las ceremonias oficiales:

> «Si voy al cielo —decía— será por lo que debo soportar a causa de mi popularidad. Os aseguro que odio todo esto [...] Otros llevan a cabo un trabajo semejante al que desarrollamos nosotras, e incluso lo hacen mejor. ¿Por qué tanta atención a lo nuestro? —decía también—. Os aseguro que si acepto participar en algunas manifestaciones públicas es porque me ofrecen la posibilidad de hablar de Jesús a personas que de otro modo apenas tendrían posibilidad de oír algo sobre él».

En Oslo, por ejemplo, al recibir el Premio Nóbel, hizo prescindir de la cena de gala para dar su valor a los pobres, invitó a toda la asamblea a rezar y pronunció su discurso, centrado en sus temas preferidos: el amor y el respeto por la vida. Al regreso se encontró en Roma con Juan Pablo II: «Hable siempre así, madre Teresa», le dijo el recién elegido pontífice.

Al comienzo de los años 80 la salud de madre Teresa comenzó a ceder. A los distintos episodios de malaria comenzaron a sumarse algunos problemas de corazón. No obstante, continuó viajando por todo el mundo para asistir a la profesión de las novicias y abrir nuevas casas y servicios para los pobres y los excluidos de la sociedad, descuidando los consejos de los médicos. Debido a la progresiva arterioesclerosis, le sorprendió un infarto en Roma en 1980, una angina de pecho en 1983 y tuvo otros problemas cardiacos en 1989, 1991 y 1993. Por este motivo, el 13 de marzo de 1997 sor Nirmala Joshi fue elegida superiora general.

Después de haber viajado a Nueva York, Washington y Roma los primeros meses de 1997 en un estado de salud muy frágil, en julio, madre Teresa volvió a Calcuta, donde su salud continuó deteriorándose. A las 9,30 horas de la noche del 5 de

septiembre, se comunicaba la noticia oficial de su muerte en la casa madre de las Misioneras de la Caridad. Había fallecido a las 6,30 de la tarde. Su cuerpo fue llevado a la Iglesia de Santo Tomás y después al Convento de Loreto, donde había entrado 69 años antes. Cientos de miles de personas de todas las clases y religiones de la India y alrededores le ofrecieron sus respetos. Recibió el gran honor de un funeral de Estado el 13 de septiembre. Decenas de centenares de personas velaron a la madre Teresa envuelta en una bandera india y acompañaron su cuerpo en procesión, sobre un carro armado, con disparos de salvas, del mismo modo que se había despedido el de Gandhi y el de Nehru, por las calles de Calcuta hasta el estadio cubierto de Netaji, donde fueron celebrados los funerales solemnes. El Presidente y el Primer Ministro representaban a la India. En nombre del Papa acudió el cardenal Sodano, Secretario de Estado. Presidentes, primeros ministros, reinas, embajadores y enviados especiales presentaron sus condolencias de parte de los más diversos países de la tierra.

Los restos mortales de la madre Teresa reposan en una tumba junto a la casa madre. Sobre una sencilla piedra de mármol está escrita la frase evangélica preferida de Madre Teresa: «Amaos los unos a los otros como yo os he amado a vosotros».

Después de su muerte, su fama de santidad creció y se extendió tanto en la Iglesia como fuera de ella y muchas personas, incluso no católicas, comenzaron muy pronto a dar testimonio de gracias obtenidas mediante su intercesión. En vista de estos hechos, el 23 de octubre de 1997 el arzobispo de Calcuta, Henry Sebastián D'Souza, pidió dispensa a la Congregación de las Causas de los Santos de la norma por la que han de incoarse las Causas pasados cinco años de la muerte del siervo de Dios. Le fue concedida por Decreto de 12 de diciembre de 1998 y el 1 de abril de 1999 el obispo de la región del Oeste de Bengala introducía su causa de canonización. La investigación jurídica ordinaria tuvo lugar entre julio de 1999 y agosto de 2001, realizándose durante este mismo período de tiempo investigaciones rogatoriales en el Vicariato de Roma, en las archidiócesis de Caracas, Chicago, Detroit, Durban, Nueva York, Paderborn, S. Paul y Mineápolis, Washington y Westminster, y en

las diócesis de Antwerp, Parramalta, San Diego y Steubenville. Realizado también el correspondiente proceso sobre un presunto milagro atribuido a su intercesión, la solemne beatificación tuvo lugar en Roma, como hemos indicado, el 19 de octubre de 2003.

MARÍA ENCARNACIÓN GONZÁLEZ RODRÍGUEZ

Bibliografía

CHAWLA, N., *Mother Teresa. The authorized biography* (Londres 1992; Boston 1998).
FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA, M., *La madre de los más pobres. Teresa de Calcuta* (Barcelona 2000).
GONZÁLEZ-BALADO, J. L., *Madre Teresa. Historia de la madre de los pobres* (Madrid 2003).
— *Madre Teresa. Recuerdo y mensaje* (Madrid 2003).
— *Beata Teresa de Calcuta* (Madrid 2003).
MAALOUF, J. (ed.), *Madre Teresa de Calcuta. Escritos esenciales* (Santander 2002).
SEBBA, A., *Mother Teresa. Beyond the image* (Nueva York 1997).
SPINK, K., *Mother Teresa. A complete authorized biography* (San Francisco-Nueva York 1997).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

BEATO JUAN BONO DE SIPONTO

Abad († s. XII)

Hijo del conde Adán de Siponto, fue discípulo de San Juan de Matera. Su superior lo eligió para que fuera el fundador y primer abad del monasterio de Meleda, una isla de la costa dálmata, cerca del Monte Gargano. El monasterio lo dedicó a San Miguel. Aquí vivió observando el género de vida propio de los seguidores de San Juan de Matera, es decir con elementos de la vida común pero con no poco de vida eremítica.

Tras su muerte su cuerpo fue llevado a Pulsano donde comenzó a dársele culto como a santo. Sus reliquias fueron reconocidas en 1642. Su memoria se celebra el 5 de septiembre.

BEATO GUILLERMO BROWN

Mártir († 1605)

No se sabe mucho de los datos personales de este mártir sino que era originario del condado de Northampton y que era seglar, sirviente en la casa del noble Tomás Darcy y un fervoroso católico que ponía gran celo en extender su fe católica entre sus vecinos. Fue arrestado junto con otros dos católicos y llevado en York a juicio, donde confesó la fe, se negó a apostatar y prefirió la condena a muerte antes que traicionar su conciencia católica, pero se negó a contestar a las preguntas capciosas que no iban al fondo del tema: él era católico sincero, al margen de consideraciones políticas. Condenado a muerte, fue ejecutado en Ripon, siendo ahorcado, destripado y descuartizado el 5 de septiembre de 1605.

Fue beatificado el 15 de diciembre de 1929 por el papa Pío XI.

BEATO FLORENCIO DUMONTET DE CARDAILLAC

Presbítero y mártir († 1794)

Nació el 8 de febrero de 1749 en Saint-Méard en el seno de una familia distinguida. Luego de estudiar en Magnac-Lavac y en Toulouse, ingresó en el seminario parisino de San Sulpicio donde continuó los estudios hasta su ordenación sacerdotal. Canónigo y vicario general de Chartres, parece que en 1790 había dejado la canonjía pero seguía de vicario general. Fue capellán de Madame la Condesa de Provenza. Tras las reformas antirreligiosas de 1792 se retiró a vivir con su familia y rechazó con toda energía el juramento constitucional. Arrestado a comienzos de 1793, fue llevado a la casa de reclusión de sacerdotes del departamento de Haute-Vienne. Al no haber sido nunca funcionario público no se creía comprendido en la ley de prestar el juramento constitucional y así lo alegó, pidiendo su libertad. El Consejo departamental estudió su petición el 6 de abril de 1793 pero la rechazó. Volvió a la carga dos meses después y se le concedió la libertad pero a condición de que se presentara cada vez que fuera requerido. Sin embargo, en noviembre es

nuevamente arrestado y llevado a Limoges, a la prisión de La Règle. Su familia volvió a insistir en pedir su libertad pero fue en vano y en abril lo enviaron a Rochefort y fue embarcado en Les Deux Associés. Aceptó con plena entrega la voluntad de Dios y siguió siendo la persona piadosa, cortés y amable que había sido siempre. Prestó cuantos servicios pudo como enfermero a sus hermanos de detención, a los que consolaba con mucha unción espiritual. Sucumbió a las penalidades de su detención el 5 de septiembre de 1794.

Fue beatificado el 1 de octubre de 1995 por el papa Juan Pablo II.

SANTOS PEDRO NGUYEN VAN TU Y JOSÉ HOANG LUONG CANH

Mártires († 1838)

Pedro nació en Ninh-Kuong el año 1796. De joven ingresó en la Orden de Predicadores, en la que profesó el 4 de enero de 1827 y, posteriormente, se ordenó como sacerdote. Llegada la persecución, estaba destinado en Ke-Mot y ejercitaba su ministerio clandestinamente con mucha dedicación, valor y eficacia, hospedándose en casa de un oficial llamado Quang y haciendo que su domicilio fuera desconocido incluso por los propios fieles. El 29 de junio de 1838 el pueblo de Ke-Mot se vio invadido de soldados que buscaban al P. Pedro pero el oficial que lo hospedaba pudo mandarlo a tiempo a Huong-Trang, un pueblo cercano, a casa de un pagano que se prestó a alojarlo. Pero no le sirvió de mucho la ayuda pues al día siguiente los perseguidores dieron con él pese a que estaba escondido dentro de un cañaveral. Arrestado y llevado ante el tribunal, confesó la fe con toda energía y se negó a apostatar. Cargado con una canga fue llevado a Ninh-Tai, en el Tonkín oriental. Comparece con otros cristianos ante un nuevo tribunal, y él aprovecha la oportunidad para exhortar a los cristianos a mantenerse firmes en la fe. Por fin fue condenado a muerte el 27 de julio de aquel año, mandando el rey —al confirmar la sentencia— que fuera por decapitación, que se consideraba más infamante. En la cárcel y a la espera del decreto regio, pudo recibir la visita de algunos fieles e

incluso un sacerdote pudo llevarle la sagrada comunión. En la mañana del 5 de septiembre de 1838, vestido con hábito dominico y llevando una cruz en la mano fue conducido a Xai-Bong, junto a Nam-Thai, y allí, de dos golpes, le cortaron la cabeza. Los cristianos pudieron hacerse con su cuerpo y sepultarlo.

JOSÉ HOANG LUONG CANH era un médico laico que también sufrió martirio, y fue canonizado el 19 de junio de 1988 por el papa Juan Pablo II junto con Pedro Nguyen y los 117 mártires de Vietnam muertos por la fe entre los años 1745-1862, y que habían sido beatificados a lo largo del siglo XX.

6 de septiembre

A) MARTIROLOGIO

1. La conmemoración de San Zacarías, profeta **.
2. La conmemoración de San Onesíforo, discípulo del apóstol San Pablo († s. I).
3. La conmemoración de los santos Donaciano, Presidio, Mansueto, Germán y Fúsculo, obispos y mártires en África, y con ellos San Leto, obispo de Nepta († s. V), mártir *.
4. En Espoleto (Umbría), San Eleuterio († s. VI), abad.
5. En Laón (Galia), San Cagnoaldo († 632), obispo.
6. En St. Bee's Head (Inglaterra), Santa Bega († 660), monja.
7. En el monasterio de Füssen (Baviera), San Magno († s. VIII), abad.
8. En Le Bouchet (Provenza), Beato Bertrán de Garrigue († 1230), presbítero, de la Orden de Predicadores **.
9. En Loro Piceno (Italia), Beato Liberato de Lauro († 1258), presbítero, de la Orden de Menores *.
10. En Gata de Gorgos (Valencia), Beato Diego Llorca Llopis († 1936), presbítero y mártir *.
11. En Carcagente (Valencia), Beato Pascual Torres Lloret († 1936), padre de familia, mártir *.
12. En Varsovia (Polonia), Beato Miguel Czartoryski († 1944), presbítero, de la Orden de Predicadores, mártir. (Cf. biografía breve en *Año cristiano. Abril,* día 6, p.136).

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN ZACARÍAS

Profeta (Antiguo Testamento)

El penúltimo de los doce profetas menores es San Zacarías, nombre que significa «Yahvé recuerda». Era hijo de Baraquías, hijo a su vez de Idó. De él nos hablan las fuentes bíblicas y las tradiciones extrabíblicas.

Según San Agustín, que se refiere a él en sus *Enarrationes* o comentarios a los salmos (147,5; 148,4), ejerció su ministerio profético primero en Babilonia y luego retornó con los repatriados a Palestina para continuar su misión.

San Epifanio, en su obra *De vitis prophetarum* («Vida de los profetas»), es la fuente del *Sinaxario* (Calendario litúrgico) de Constantinopla que describe la vida y obra del profeta. Según él, era de la tribu de Leví y parece que era también sacerdote.

Nació en Galad y ejerció su ministerio con grandes y numerosos prodigios y predicciones sorprendentes, por ejemplo, las victorias de Ciro sobre Creso, sobre el futuro de Jerusalén y el juicio de Dios.

En Occidente, San Isidoro de Sevilla, en *De ortu et obitu Patrum* («El nacimiento y muerte de los Padres»), recoge estas noticias de San Epifanio y del Oriente. Y en San Isidoro se inspiran el célebre *Martirologio de Usuardo* y el *Martirologio romano.*

Actualmente se celebra la memoria de San Zacarías el 6 de septiembre con este sintético y bello elogio: «Conmemoración de San Zacarías, profeta, que anunció el retorno a la tierra de promisión del pueblo exiliado y le dio la noticia de un futuro rey pacífico, profecía que admirablemente cumplió Cristo, el Señor, con su entrada triunfal en la Ciudad Santa de Jerusalén».

Contemporáneo del profeta Ageo, falleció ya muy anciano y fue enterrado junto a su compañero de misión. Porque, juntamente con él, animó a Zorobabel y al sacerdote Josué en la restauración del templo (cf. Esd 5,1-2). Cuando, por la oposición de los samaritanos, se suspendió la reconstrucción, fue su impulso vigoroso el que hizo reemprender los trabajos y logró que se culminaran el año sexto de Darío (cf. Esd 6,14).

Era muy estimado y venerado por su pueblo. De hecho, los ciudadanos de Betel, en noviembre de 518, se dirigieron al profeta pidiéndole consejo sobre la observancia del ayuno, en memoria de la destrucción del templo. Era notorio su gran influjo social, puesto que, a pesar de las enormes dificultades y obstáculos, consiguió la terminación del templo. Sus profecías rezuman ardiente amor a la patria, al Templo y al yahvismo puro.

El libro bíblico de Zacarías se compone de dos partes muy diferentes. La primera (c.1-8), está escrita en prosa y contiene una introducción fechada en octubre-noviembre del año 520, y ocho visiones proféticas que comienzan en febrero de 519 (1,7-6,8), seguidas de la coronación simbólica de Zorobabel (6,9-14). En el capítulo séptimo vuelve su mirada retrospectiva al pasado nacional. Y en el octavo abre perspectivas esperanzadoras de salvación mesiánica.

Este conjunto, bien fechado y de pensamiento homogéneo y coherente, es ciertamente auténtico y nos ofrece datos concretos y unidad de estilo, aunque se notan huellas de una revisión hecha por el profeta mismo o por sus discípulos.

Como Ageo, pone todo su empeño en la reconstrucción del Templo; y con mayor insistencia en las exigencias de pureza de vida y con la espera escatológica aún más apremiante. La reconstrucción dará paso a una era mesiánica nueva en la que el sacerdocio será exaltado y la realeza será ejercida por el «germen» (3,8), nombre mesiánico pleno de sentido que el Apocalipsis (6,12) aplica a Zorobabel.

Los dos ungidos, sacerdote y rey, gobernarán en perfecta armonía con el retorno de las antiguas bendiciones. De nuevo la tierra es santa en torno al Templo y el pueblo tiene a Dios «en medio».

Zacarías tiene muchos puntos de contacto con Ezequiel, cuya influencia se advierte en no pocos aspectos: en la tendencia apocalíptica, en el afán por la pureza y en muchas de sus «visiones» e imágenes. Pero nunca llega a la fuerza y el patetismo genial del gran profeta de la sugestiva e impresionante visión de «los huesos resucitados» (Ez 37).

Zacarías es detallista en sus descripciones. Su universo figurativo: caballos de colores, jinetes misteriosos, cuernos, mujeres

volantes, constituye todo un arsenal literario que, con variable talento, explotan los escritores apocalípticos tardíos. Como Daniel, les da mucha preponderancia a los ángeles en sus profecías.

En ocho visiones nocturnas nos muestra la Providencia amorosa de Dios para con su pueblo, la teocracia postexílica: en la primera visión, los jinetes mensajeros de Dios sobre la tierra piden la reconstrucción de Jerusalén (1,7-17). En la segunda, cuatro herreros rompen cuatro cuernos, símbolo del poder de los pueblos enemigos (2,1-4). En la tercera, el ángel mide el perímetro de Jerusalén, su altura y su anchura (2,5-17). En la cuarta, con la oposición de Satanás, es purificado y revestido el sumo sacerdote (3,1-10). En la quinta, el candelabro de oro, símbolo de los ojos omnipresentes de Yahvé; y dos olivos, uno a cada lado, los dos ungidos al servicio del Señor (4,1-14). En la sexta, el libro o rollo que vuela conteniendo la maldición de Dios (5,1-4). En la séptima visión, una mujer dentro de un ánfora o medida es la iniquidad transportada a Babilonia (5,5-11). En la octava, cuatro carros saliendo de entre dos montes de bronce van dirigidos a los cuatro puntos cardinales (6,1-4).

La visión culmina con la escena solemne de la coronación del sumo sacerdote Josué: «Éste es el hombre llamado "germen": debajo de él habrá germinación y edificará el Templo de Yahvé» (6,12). «Jerusalén llegará a ser la ciudad fiel y el monte santo. Al mismo tiempo a ella acudirán todas las gentes» (8,1-23).

Para San Zacarías, la ley de Dios es la fuente de toda prosperidad. No menciona los sacrificios rituales, pero insiste una y otra vez en la justicia social y embiste con toda energía contra sus violadores: «Celebrad juicios justos, practicad entre vosotros el amor y la compasión. No oprimáis a las viudas, al huérfano, al jornalero o al pobre» (7,9-10). «Esto es lo que debéis hacer: deciros la verdad unos a otros, juzgar con equidad en vuestros tribunales; no maquinar el mal entre vosotros y no aficionarse a jurar en falso, porque odio todas estas cosas, oráculo de Yahvé» (8,16-17).

La imagen de Dios que nos transmite el santo profeta es noble y alta, pero también entrañable. Celoso de Jerusalén, es el esposo y el amigo: «Siento celos de Jerusalén y de Sión, unos

celos terribles, y estoy sobremanera encolerizado contra las naciones que se sienten seguras y que, cuando me vieron poco encolerizado, contribuyeron al mal» (1,14-15). «El que os toca a vosotros toca a la niña de mis ojos» (2,12). La santidad debe ser la característica y distintivo de la autoridad tanto religiosa como civil: «Si actúas según mis normas y guardas mis mandamientos, estarás al frente de mi templo» (3,7). Sus visiones nocturnas y sus anuncios mesiánicos atestiguan la íntima unión mística de San Zacarías con Dios. Aunque los enemigos del pueblo sean castigados, después que sean purificados entrarán también a formar parte del pueblo elegido: «Aquel día se unirán a Yahvé numerosas naciones; serán un pueblo para mí y yo moraré en medio de ti» (2,15).

La segunda parte del libro profético de Zacarías es tan distinta de la primera que no parece escrita por el mismo autor. Empieza por pasar de la prosa al verso. Comienza con un título nuevo. Ya no están fechados los poemas y son anónimos. No se habla más de Zacarías ni se menciona a Josué ni a Zorobabel, ni hay referencias a la reconstrucción del Templo.

El horizonte histórico ha cambiado. No se centra en acontecimientos inminentes sino que mira en lontananza. Asur y Egipto son nombres simbólicos, más que concretos, de todos los pueblos opresores. Recoge tradiciones antiguas ya conocidas, en un estilo artificial y arcaizante, aunque los poemas no son meros centones. Parecen compuestos o compilados en los últimos decenios del siglo IV a.C., después de las conquistas de Alejandro Magno y el imperio de Macedonia. Incluso se aprecian diferencias entre dos secciones de esta segunda parte, porque los capítulos 12-14 vuelven a la prosa y con nuevo título. Pero la mayor importancia le viene de los anuncios mesiánicos, muy abundantes, aunque la doctrina aparece poco unificada.

A la luz de los evangelistas del Nuevo Testamento, que recogen en numerosas citas las alusiones y rasgos descriptivos aportados por el libro de Zacarías, cobran vida y valor excepcional esos anuncios mesiánicos que alentaron un día la esperanza de Israel y ahora revelan vivamente el cumplimiento cristiano de las promesas. Anuncia el castigo y conversión de los pueblos que se conjuran contra Jerusalén (c.9). El resurgimien-

to de la casa de David y, sobre todo, la venida del Mesías, rey manso y pacífico cabalgando en un asno. Entrará en Jerusalén y extenderá su dominio sobre toda la tierra. Él hará retornar a los prisioneros desterrados:

> «¡Exulta sin fin, hija de Sión,
> grita de alegría, hija de Jerusalén!
> Que viene a ti tu rey:
> justo y victorioso,
> humilde y montado en un asno,
> en una cría de asno.
> Suprimirá los carros de Efraín
> y los caballos de Jerusalén.
> Será suprimido el arco de guerra
> y él proclamará la paz a las naciones.
> Su dominio alcanzará de mar a mar,
> desde el río hasta el confín de la tierra»
> (9,9-10; cf. Mt 21,5; Jn 12,15).

Es impresionante e irónica la descripción del pastor malo e inepto en el capítulo 11:

> «Apacienta las ovejas destinadas al matadero, esas que sus compradores matan impunemente, mientras sus vendedores dicen: ¡Bendito sea Yahvé, ya soy rico! Y a las que no perdonan los pastores [...] ¡Ay del pastor inútil que abandona las ovejas! ¡Espada contra su brazo, contra su ojo derecho; que su brazo se seque del todo y que del todo se cierren sus ojos!» (11,4-5.17).

El buen pastor apacienta la grey que por los malos pastores estaba destinada al matadero. Y es recompensado con treinta siclos de plata, el precio de un esclavo (cf. 11,12). El Evangelio recoge este dato y lo aplica a Jesús, vendido por Judas en treinta monedas. Así San Mateo: «Y tomaron las treinta monedas de plata, cantidad en que fue apreciado aquel a quien pusieron precio algunos hijos de Israel» (27,9).

El mismo evangelista Mateo (26,31), en la predicción de las negaciones de Pedro, pone en boca de Jesús otra cita de Zacarías: «Todos vosotros vais a escandalizaros de mí esta noche, porque está escrito: "Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas del rebaño"». Y el libro de Zacarías dice: «Hiere al pastor, que se dispersen las ovejas, yo volveré mi mano contra los corderos» (13,7). Aquí, el pastor es el jefe del pueblo.

Cuando el evangelio según San Juan, para glosar la lanzada en el costado de Cristo invoca la Escritura que dice: «Mirarán al que traspasaron» (19,37), recoge la expresión de Zacarías: «Mirarán hacia mí. En cuanto a aquel a quien traspasaron harán duelo por él como se llora a un hijo único» (12,10). Y en el Apocalipsis resuenan los ecos: «Mirad, viene acompañado de nubes; todo ojo le verá, hasta los que le traspasaron, y por él harán duelo todas las razas de la tierra» (1,7).

En Cristo se armonizan orgánicamente las alusiones, un tanto inconexas, del libro de Zacarías, cuando los evangelistas las emplean para los misterios de la pasión. Una vez más comprobamos que toda la Sagrada Escritura se refiere a Cristo y converge en él.

En el decisivo día de Yahvé (c.14), interviene para salvar a su pueblo. Será el rey de toda la tierra, castigará terroríficamente a los enemigos contumaces. El resto de los supervivientes vendrá a Jerusalén a celebrar la jubilosa fiesta de las Tiendas. Todo quedará consagrado a Yahvé y no habrá vendedores en su casa.

Es de advertir que con sorprendente equilibrio están siempre unidas las promesas de perdón y de fidelidad a las amenazas de castigo. Impetuoso y enérgico, grandilocuente al describir la majestad de Dios que avanza victorioso con sus héroes en la guerra contra los enemigos, es manso y sereno cuando presenta al Mesías salvador. El profeta cumple su misión que no es sólo anunciar el futuro, sino, más bien, ser guía espiritual de su pueblo.

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

ALONSO SCHÖKEL, A., *Doce profetas menores* (Madrid 1996).
AMSLER, S., *Los últimos profetas: Ageo, Zacarías, Malaquías y algunos otros* (Estella, Navarra 1996).
Biblia de Jerusalén (Bilbao 1998).
MARIANI, B., «Zaccaria», en *Bibliotheca sanctorum,* XII: *Stefano-Zuraire* (Roma 1969) cols.1448-1451.

BEATO BERTRÁN DE GARRIGUE

Presbítero († 1230)

Tiempos de crisis y de profunda transformación social. El refinamiento y la frivolidad de costumbres penetraron en Occidente con el botín y las novedades importadas por los cruzados. Por otra parte, se apreció una sensible disminución del espíritu de sumisión y obediencia al pontífice, como consecuencia natural de los ataques de los emperadores. Estas contiendas y, sobre todo, las Cruzadas agotaron los recursos de la Iglesia, que, sin embargo, sentía las necesidades de una Europa a oscuras, impotente para soportar la avalancha de las diversas invasiones de los pueblos bárbaros y paganos.

El espectáculo era realmente desolador. Pero la reacción no se hizo esperar. La vida monástica cobró una vitalidad espléndida, insospechada. Aparte de las dos reformas benedictinas —cistercienses y cartujos—, surgieron otras nuevas órdenes y congregaciones. Francisco de Asís ha escuchado la llamada divina apremiante y, desposándose con la pobreza, se ha lanzado por aldeas y ciudades predicando penitencia. La misma llamada oyeron el obispo de Osma, Diego de Acevedo, y Domingo de Guzmán al llegar en embajada de paz a Tolosa. Dice el Beato Jordán de Sajonia, refiriéndose a Domingo de Guzmán, que «en cuanto advirtió que los habitantes de aquel país habían caído en la herejía, llenóse de compasión su pecho misericordioso, considerando las innumerables almas que vivían engañadas». Fue entonces cuando, inflamados de caridad, marcharon a Roma y expusieron a Inocencio III un amplio plan de evangelización en tierra de cumanos, al que hubieron de renunciar por indicación del Pontífice, que ordenó al santo obispo el regreso a su diócesis para proseguir allí su gobierno y la reforma del cabildo.

Obedientes y dóciles a los deseos del Papa, Diego de Acevedo y Domingo de Guzmán emprendieron su viaje de retorno a España sin sospechar la gran sorpresa que la Providencia les reservaba en Montpellier y que transformaría su retirada en marcha victoriosa.

Cuando llegaron a esta ciudad, en la primavera de 1206, coincidieron con una asamblea de obispos y abades cistercienses de la región, presidida por un legado pontificio. Se hallaban

reunidos para estudiar la grave situación e iniciar una campaña definitiva contra la herejía. Solicitaron el consejo del santo y prudente obispo de Osma, y las palabras de éste fueron una invitación a abrazar la pobreza evangélica, comenzando por renunciar a toda ostentación y aparato. Ésta sería el arma más eficaz para combatir y acabar con las críticas propagadas por las sectas. Y dando ejemplo el santo obispo, puso por obra sus recomendaciones, despidiendo a todo su séquito, quedándose en el Languedoc con Domingo de Guzmán y un grupo de clérigos. Los abades repitieron la escena y se reservaron tan sólo los libros imprescindibles para el rezo y la controversia. La empresa había comenzado. Apiñados alrededor del buen obispo de Osma, aquella primera expedición de animosos apóstoles inició su ruta, saliendo de Montpellier hacia la capital de la herejía. A pie, sin dinero, en voluntaria pobreza, van predicando la fe católica. A su paso, los herejes se inquietan y arrecian sus ataques. Pero la marcha hasta Tolosa fue triunfal, ya que su presencia, sus discursos y muchas veces sus milagros despertaron la conciencia de muchas pobres gentes.

Embarcado en esta colosal obra de predicación y apostolado permaneció el santo obispo de Osma hasta mediado el año 1207. Pero comprendiendo que la ausencia de su diócesis se había prolongado demasiado y temeroso de ser juzgado negligente de su gobierno, decidió regresar a España, dejando al frente de aquella empresa de evangelización a su querido subprior e inseparable compañero Domingo de Guzmán. Los propósitos del obispo eran visitar la diócesis y volver para dedicarse plenamente a esta gran obra, soñando «ordenar en aquella región, con asentimiento del Papa, algunos varones idóneos que se dedicasen a confutar errores y a estar prontos para defender la verdad de la fe». Pero la muerte puso fin a todos sus planes. La Providencia había reservado la realización de aquellos ambiciosos proyectos a Domingo de Guzmán y sus frailes, los hermanos predicadores...

La noticia de la muerte del santo obispo se difundió rápidamente y, al conocerla los que con él habían quedado en aquellas tierras de Tolosa, se volvieron a sus casas. «Fray Domingo quedó solo allí en la brega de la predicación. Algunos le siguieron

algún tiempo». Pero inaccesible al desaliento, prosiguió incansable su actividad apostólica.

Fue en esta época verdaderamente heroica de Domingo de Guzmán cuando se asoció Bertrán de Garrigue, apellidado así por el lugar de su nacimiento, en la diócesis de Nimes. Corazón generoso y alma noble, no pudo menos de vibrar y sentirse contagiado por la santidad y elocuencia de fray Domingo. Según afirma uno de sus biógrafos, «fue escogido por la Providencia para llenar en el corazón del bienaventurado Domingo el vacío que don Diego de Acevedo había dejado». Desde entonces le vemos con frecuencia al lado de fray Domingo, gozando de su más pura amistad y apareciendo en las crónicas como compañero inseparable en muchos de sus viajes, haciéndole partícipe en numerosos milagros. Imitador de la santidad de fray Domingo, «llegó a ser —en frase de Bernardo Guidón— verdadera imagen de Domingo de Guzmán».

La corrupción, las guerras y el desorden seguían estragando las costumbres y minando la autoridad de la Iglesia. Los legados pontificios presentaron a Inocencio III un informe de la situación, ante el cual, viendo el Papa que los medios pacíficos de persuasión eran insuficientes, expidió la Bula de Cruzada contra los herejes del Languedoc, confiando así poder acabar con tales males. En un principio el llamamiento del Pontífice no halló eco entre los nobles, pero el asesinato de Pedro de Castelnau, legado pontificio, perpetrado por los herejes, levantó una fuerte indignación y movió a los condes de Tolosa a tomar las armas y emprender la Cruzada, poniendo al frente a Simón de Montfort. Unidos se batían en aquel territorio los dos caudillos de la causa de la Iglesia: Domingo de Guzmán y sus compañeros con la palabra y Simón de Montfort y sus huestes con la espada.

Por aquella época fue propuesto fray Domingo para ocupar diversas sedes, pero siempre se resistió a aceptar estas dignidades alegando: «Tengo que ocuparme de mi nueva plantación de predicadores y de las monjas de Prulla, que me pertenecen». Precisamente entonces se habían unido algunos discípulos más y se arregló el problema del alojamiento gracias a la donación de dos grandes casas que entregó a fray Domingo un caballero de Tolosa llamado Pedro de Seila, que más tarde sería prior de

Limoges. Desde aquel momento fijaron su residencia en Tolosa, viviendo en aquellas casas juntos, acostumbrándose a una vida más humilde y conforme con las costumbres de los religiosos. Fue aquélla la cuna de la futura Orden de Hermanos Predicadores. Y no habían transcurrido tres meses allí instalados fray Domingo y sus diez compañeros, cuando el obispo Fulco les nombra predicadores contra la herejía en su diócesis.

En agosto de 1215 salió el obispo Fulco hacia Roma para asistir al IV Concilio de Letrán, y le acompañó fray Domingo, esperando poder exponer juntos al Papa su proyecto de fundación de una Orden que se llamase y fuese de Predicadores. Pero antes de partir para Roma, fray Domingo escogió a Bertrán de Garriga para superior de aquella incipiente comunidad, que había de constituir el núcleo básico de la nueva Orden. En este período el grupo de predicadores alternaba su apostolado con la asistencia a las lecciones de teología de un insigne maestro que había traído el obispo Fulco para regentar estas enseñanzas en la catedral de Tolosa. Era deseo expreso de fray Domingo que sus discípulos adquiriesen una sólida preparación científica para luego poder discutir con los herejes.

Mientras fray Domingo se encontró ausente, Bertrán de Garrigue recibió algunos compañeros más en la comunidad, pues según las crónicas, al regresar Domingo de Roma, la pequeña familia religiosa había aumentado, eran ya dieciséis... En el mes de febrero de 1216 estaba fray Domingo de vuelta en Tolosa con su comunidad. La Cuaresma la consagraron a la predicación y después, durante las fiestas de Pascua —seguramente en el convento de Prulla—, se dedicaron a tratar los problemas de la fundación y las sugerencias hechas a fray Domingo por el Papa y el cardenal Hugolino. En primer lugar eligieron por Regla la de San Agustín. Una vez escogida la Regla y redactadas las Constituciones, urgía la erección del primer convento sobre el que recaería directamente la aprobación del Pontífice. El obispo Fulco, con asentimiento del cabildo, otorgó a fray Domingo y sus frailes la capilla de San Román, junto a la cual levantaron el convento. Pero, estando ocupados en la fundación, llegó la noticia de la muerte de Inocencio III y la designación de Honorio III como sucesor en el Pontificado. No demoró más fray

Domingo su viaje a Roma, presentando al nuevo Papa la causa de su Orden. La acogida no pudo ser mejor. Honorio III confirmó la Orden de los Hermanos Predicadores y la tomó bajo su especial protección.

Cuando en la primavera de 1217 regresó a Tolosa con las dos encomiásticas bulas de confirmación de la Orden, su pequeña comunidad debió saltar de gozo. Pero una visión profética que tuvo fray Domingo le hizo comprender los peligros que se cernían sobre la ciudad. En la visión II «se le mostró —cuenta el Beato Jordán— un árbol de grandes proporciones y agradable aspecto, en cuyas ramas se cobijaban muchas aves. Resquebrajóse el árbol y los pájaros que en él anidaban huyeron». Entendió aquel hombre, lleno del espíritu de Dios, a través de la visión, que el conde de Montfort, príncipe y tutor de muchos desvalidos, iba a morir en breve. Domingo y sus frailes, que se amparaban bajo la singular protección del conde, tomaron el partido de las aves. Pese a lo reducido de su número, había llegado la hora de la dispersión. Así fue como a los pocos días de la visión salieron los dieciséis de Tolosa para refugiarse en el monasterio de Prulla, auténtica cuna de la Orden. Notificó Domingo a los obispos y al mismo conde de Montfort de su propósito decidido de dispersar sus frailes por el mundo. Invocado el Espíritu Santo, una vez reunidos los frailes, les manifestó su resolución y, aunque todos se admirasen de tan prematura dispersión, conocían bien la santidad de fray Domingo y en él habían depositado su fe y esperanza.

Domingo reunió a sus hijos en el monasterio de Prulla, para que Nuestra Señora, que había alcanzado del Señor la fundación de la Orden, bendijera la dispersión de los frailes por el mundo. Tuvo lugar precisamente aquel «Pentecostés dominicano» en la fiesta de la Asunción de la Santísima Virgen del año 1217. Después de la más tierna y patética de las despedidas, marcharon cuatro frailes hacia España y siete a París. Mateo de Francia iba como superior de la nueva comunidad de París y con él salió fray Bertrán de Garrigue, a quien el Beato Jordán presenta en este momento como «varón de gran santidad y de un rigor inexorable para consigo, acérrimo mortificador de su carne, que había copiado en muchas cosas la vida ejemplar de

su maestro Santo Domingo». Con ellos iban otros dos frailes para estudiar en la universidad. Uno de ellos, fray Lorenzo de Inglaterra, antes de entrar en París, tuvo una visión, revelándole el Señor muchas noticias acerca de la fundación, lugar del convento y prosperidad de la comunidad, que pronto se vería favorecida con selectas vocaciones. Los otros tres compañeros designados a París, entre los que se encontraba fray Manés, hermano de Santo Domingo, habían llegado antes. Todos ellos marchaban con el mismo fin: «Para estudiar, predicar y fundar un convento».

Una vez instalados los frailes en París, fray Bertrán de Garrigue regresó a Tolosa. La situación se agravaba por días en la capital del Languedoc, hervía la insurrección, que, al fin, estalló, y en el asalto a las murallas de Tolosa murió Simón de Montfort. Pero el convento de San Román, custodiado por fray Bertrán y la pequeña comunidad, se salvó.

Por aquellos días fray Domingo abandona Roma para cursar visita a las distintas fundaciones. Estamos ya avanzado el otoño de 1218. Pudo comprobar al pasar por Prulla, Tolosa y cruzar la región del Languedoc que, pese a los acontecimientos, la «santa predicación» se había extendido y enraizado. Continuó su viaje a España, donde consolidó la fundación de Madrid y fundó en Segovia, recorriendo muchas ciudades. Regresó a Francia y de nuevo pasó por Prulla y Tolosa, donde tomó por compañero a fray Bertrán para reanudar la ruta hacia París.

En las *Vidas de los frailes predicadores,* de Gerardo de Frachet, se recoge aquí el milagro que tuvo lugar durante este viaje. Caminando fray Bertrán con el santo fundador hacia París, después de hacer noche en el santuario de Nuestra Señora de Rocamador, se les unieron al paso unos peregrinos alemanes que, oyéndoles cantar salmos y la letanía de la Virgen, no pudieron menos de sentirse edificados. Al llegar a una aldea les invitaron a quedarse y les obsequiaron espléndidamente, y así cuatro días seguidos. Al quinto día el bienaventurado Domingo manifestó a fray Bertrán, enternecido: «Fray Bertrán, tengo por cierto que cosecharemos cosas carnales de estos peregrinos, si no sembramos en ellos bienes espirituales. Por tanto, si te parece, arrodillémonos y pidamos al Señor nos otorgue entender y hablar su

idioma para que podamos predicarles a Jesucristo». Así lo hicieron y, con gran asombro de los peregrinos, comenzaron a hablar alemán, caminando juntos aún otros cuatro días, hablándoles de Jesucristo, hasta llegar a Orleáns, donde los alemanes, que deseaban ir a Chartres, se despidieron de ellos, encomendándose a sus oraciones.

Al día siguiente dijo el bienaventurado Domingo a fray Bertrán: «Hermano, he aquí que estamos ya para entrar en París, y si supieran los frailes el milagro que el Señor ha realizado con nosotros, nos tendrían por santos, siendo, en verdad, pecadores..., así es que por obediencia te prohíbo que digas algo mientras yo viva. Y así lo hizo fray Bertrán. Pero después de la muerte del bienaventurado Domingo contó estas cosas a los frailes».

También el Beato Jordán relata otro milagro que le contó fray Bertrán. En cierta ocasión, viajando con el bienaventurado Domingo, estalló una gran tormenta y la lluvia inundaba los caminos. Entonces el maestro Domingo hizo la señal de la cruz y pudieron proseguir la marcha sin que el agua les tocase, formándose una especie de cortina protectora a tres codos de distancia según andaban. Este hecho tuvo lugar entre Montreal y Carcasona. La devoción popular para perpetuar este suceso levantó una ermita, que la Revolución Francesa destruyó, erigiendo el pasado siglo un monumento con la siguiente inscripción: «Aquí, en el siglo XIII fueron milagrosamente preservados de la lluvia torrencial el glorioso Santo Domingo y su compañero San Bertrán de Garriga. Santo Domingo y San Bertrán, rogad por nosotros y libradnos de las tormentas».

Los últimos años de Santo Domingo fueron de una fecundidad sorprendente. Viajes, fundaciones, visitas a monasterios, negociaciones con el Papa, con los prelados y con los príncipes, envíos de misioneros a las regiones más remotas y un celo infatigable en la predicación, que se traducía en nuevas y escogidas vocaciones. Preocupado por la organización de la Orden, aún pudo celebrar los dos primeros Capítulos generales. En el segundo, el año 1221, celebrado también en Bolonia, se dividió la Orden en ocho provincias, siendo nombrado fray Bertrán de Garriga prior provincial de la región meridional francesa, llamada Provenza. Uno de sus principales cuidados, sobre todo al

morir el santo fundador, fue el sostenimiento y aliento de las monjas de Prulla, procurando conservar el espíritu que Santo Domingo les había infundido. Y fiel discípulo suyo, recorrió a pie el Languedoc predicando y atrayendo a las gentes con su ejemplo, levantando muchos conventos...

Su fundación predilecta era Montpellier. Allí tuvo lugar un notable episodio que nos cuenta Gerardo de Frachet en *Vidas de los frailes predicadores:*

> «[...] Casi todos los días celebraba la misa por sus pecados. Y advirtiendo esto fray Benito, varón bueno y prudente, le preguntó por qué tan pocas veces ofrecía la misa por los difuntos y, en cambio, con tanta frecuencia por sus pecados. A lo cual respondió fray Bertrán: "Porque los difuntos, por quienes ora la Iglesia, ya están seguros y es cierto que llegarán a la gloria. Mas nosotros pecadores nos vemos en muchos peligros y azares". Díjole fray Benito: "Decidme, carísimo prior, si aquí hubiera dos mendigos igualmente pobres, pero uno de ellos tuviera los miembros sanos, ¿a quién auxiliaríais primero?". "A aquel que se pudiera valer menos", respondió fray Bertrán. Entonces añadió fray Benito: "Así son los difuntos, los cuales no tienen boca para confesar, ni oídos para oír, ni ojos para llorar, ni manos para trabajar, ni pies para caminar, sino que sólo esperan y desean nuestra ayuda; mas los pecadores, además de sufragios, se pueden valer de los demás miembros". Mas como ni por esas razones se convenciese fray Bertrán, se le apareció la noche siguiente un difunto terrible, que le golpeó duramente con un féretro de madera, el cual le despertó, espantó y atormentó más de diez veces aquella noche. En cuanto amaneció, fray Bertrán se levantó, llamó a fray Benito y, acercándose devotamente llorando al altar, ofreció desde entonces la misa por los difuntos».

El año 1230, siendo todavía provincial, difundida su fama de santidad por la región, estando predicando a las monjas cistercienses de Botichet, una rápida enfermedad le condujo a la muerte. Su cuerpo, que recibió sepultura en el cementerio de las monjas, fue hallado incorrupto después de veintitrés años. Durante el Cisma de Occidente los dominicos le trasladaron al convento de Orange, donde recibió culto público por privilegio de Martín V. Pero en el siglo XVI, asaltada y saqueada la iglesia, pereció en el incendio llevado a cabo por los herejes.

León XIII ratificó sus méritos y confirmó su culto el 14 de julio de 1881, fijando la fecha del 6 de septiembre para conmemorar su fiesta. Los cronistas e historiadores de su época son

unánimes en los elogios de sus singulares virtudes, resaltando su humildad, espíritu de penitencia y oración.

ANTONIO DEL MAZO ZUAZAGOITIA, OP

Bibliografía

CONSTANTINO DE ORVIETO, «Narración sobre Santo Domingo», en L. GALMÉS - V. T. GÓMEZ, *Santo Domingo de Guzmán. Fuentes para su conocimiento* (Madrid 1987) 251-289.

GERARDO DE FRACHET, «Vidas de los hermanos», en L. GALMÉS - V. T. GÓMEZ, ibíd., 372-638.

JEAN DE SAINTE MARIE, *La vie du glorieux patriarche S. Dominique et de ses premiers seize compagnons* (París 1647).

JORDÁN DE SAJONIA (Bto.), «Orígenes de la Orden de Predicadores», en L. GALMÉS - V. T. GÓMEZ, ibíd., 83-127.

PERCIN, L., *Monumenta Conventus Tolosani Fratrum Praedicatorum,* I (Tolosa 1693).

TOURON, A., *Histoire des hommes illustres de l'Ordre de Saint Dominique,* 6 vols. (París 1743-1749).

• Actualización:

CASTILLO, H. DEL, OP, *Historia general de Santo Domingo y de su orden de predicadores,* 3 vols. Reprod. facsímil (Valladolid 2002).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTOS DONACIANO, PRESIDIO, MANSUETO, GERMÁN, FÚSCULO Y LETO

Obispos y mártires († s. V)

Hunerico, rey de los vándalos y furibundo arriano, queriendo unificar en el arrianismo la religión de todos sus súbditos, mandó llamar a todos los obispos católicos para que se reunieran en Cartago el 1 de febrero del 484 a fin de que tuvieran una pública discusión con los obispos arrianos, de la que esperaba que o se convencieran los obispos católicos y se hicieran arrianos o quedaran corridos y desprestigiados. Pero antes quiso dejar fuera de combate a los más señalados por la firmeza de su fe y por su sabiduría. Y así hizo arrestar y azotar a Donaciano, obispo de Vibianum, y a Presidio, obispo de Suffetula, y luego los mandó al destierro. Igualmente hizo azotar a Mansueto, obispo de Afufenia, y a Germán, obispo peradamiense, al obispo Fúsculo y a otros. Y al acercarse la fecha de la conferencia, mandó a la cárcel a Leto, obispo de Lepte, al que luego hizo

quemar vivo. Como puede verse por la propia nota del *Martirologio romano,* solamente Leto es mártir en el sentido estricto de la palabra. Los otros, confesores de la fe, recibieron como castigo por su perseverancia en la fe el tormento o el exilio pero no la muerte. Su memoria figura en los martirologios a partir del de Floro (siglo IX).

BEATO LIBERATO DE LAURO

Presbítero († 1258)

Nace en el seno de la ilustre familia de los condes de Brunforte en Loro Piceno, Italia, a comienzos del siglo XIII. En su juventud toma el hábito franciscano en el convento de Soffiano, próximo al castillo señorial de su familia. Aquí pasó toda su vida, dedicando muchas horas a la divina contemplación que era su ocupación preferida, y deseando mucho la observancia fiel de la Regla franciscana. Ordenado sacerdote, no por ello deja de pasar muchas horas en contemplación y silencio, pero cuando habla, sus palabras son edificantes y fervorosas, llamando a todos al seguimiento de Jesucristo. Austerísimo y penitente, dio ejemplo de cómo vivir el franciscanismo con absoluta lealtad. El Señor le colmó en la oración de dones extraordinarios. Murió el 6 de septiembre de 1258. Su culto inmemorial fue confirmado por el papa Clemente XI el 2 de septiembre de 1713.

BEATO DIEGO LLORCA LLOPIS

Presbítero y mártir († 1936)

El 2 de julio de 1896 nació en Oliva en el seno de una familia cristiana que lo educó con esmero. Alumno de las carmelitas, fue también monaguillo de la parroquia de San Roque. En 1910, al hacer en Gandía ejercicios espirituales con los jesuitas, se sintió llamado al sacerdocio e ingresó en el seminario de Valencia en 1913, ordenándose sacerdote en 1925. Fue coadjutor en la parroquia del Salvador de Setla y luego pasó con el mismo cargo a Benissa, más tarde a Denia y finalmente volvió a Benissa. Al estallar la revolución es llevado a su casa de Oliva. Delata-

do, fue detenido el 5 de septiembre y en la madrugada del 5 al 6 fue llevado a Gata de Gorgos donde fue fusilado. Sacerdote sencillo y entregado a su ministerio, dejó una estela de bondad en cuantos lo conocieron.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO PASCUAL TORRES LLORET

Padre de familia y mártir († 1936)

Nació en Carcagente el 23 de enero de 1885 en el seno de una familia modesta, lo que no impidió que creciera sano de mente y cuerpo. Contrajo matrimonio el 5 de octubre de 1911 con Leonor Pérez Canet y tuvieron dos hijos y dos hijas. Se ganaba la vida como maestro de obras. Era un fervoroso cristiano, que cada día iba a recibir la sagrada comunión y a hacer un rato de oración y lo abordaba todo desde la fe, no echándose atrás por ninguna adversidad. Apóstol seglar decidido, militante de Acción Católica e incondicional de la Iglesia, pertenecía también a la Adoración Nocturna y a las Conferencias de San Vicente de Paúl. Recogía con gran entusiasmo donativos para la leprosería de Fontilles. Llegada la revolución de julio de 1936, fue detenido el 25 de aquel mes y dejado libre tres días más tarde, no sin haber dado ejemplo de entereza y paciencia en el tiempo de su detención. No quiso esconderse como le aconsejaban; por el contrario, visitaba a sus amistades confortándolas y animándolas, escondía libros y vasos sagrados y guardó en su casa el Santísimo Sacramento. Durante el mes de agosto hubo de comparecer tres veces ante el Comité. Por fin, el día 6 de septiembre de 1936, lo detuvieron al mediodía, lo condujeron al que había sido cuartel de la guardia civil y allí lo tuvieron hasta la noche en que lo llevaron al cementerio y lo fusilaron. Todo el pueblo supo que su muerte no se debió a otra cosa que su fervor religioso.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

7 de septiembre

A) MARTIROLOGIO

1. En Alise (Dijon), Francia, Santa Regina (fecha desconocida), mártir.

2. En Pompeyópolis (Cilicia), San Sozonte (fecha desconocida), mártir.

3. En Benevento (Campania), santos Festo, diácono, y Desiderio, lector († s. IV), mártires.

4. En Orleáns (Galia), San Evurcio († s. IV), obispo.

5. En Aosta (Piamonte), San Grato († s. V), obispo.

6. En Saint-Mesmin (Troyes), santos Memorio y compañeros († s. V), mártires.

7. En Chalons (Galia), San Alpino († s. V), obispo.

8. En Nogent-sur-Seine (Galia), San Clodoaldo († 560), presbítero *.

9. En Albi (Aquitania), Santa Carísima († s. VI/VII), virgen reclusa.

10. En Maubege (Austrasia), Santa Madelberta († 705), abadesa.

11. En Flandes, San Hidualdro († ca.760), obispo.

12. En Toul (Lotaringia), San Gauzlino († 962), obispo.

13. En Gubbio (Umbría), San Juan de Lodi († ca.1106), obispo.

14. En Die (Francia), San Esteban de Die (o de Châtillon) († 1208), obispo, monje cartujo *.

15. En Körösi (Hungría), santos Marcos Crisino o Körösi, presbítero secular, Esteban Pongracz y Melchor Grodziecki, presbíteros, de la Compañía de Jesús († 1619), mártires **.

16. En Nagasaki (Japón), beatos Tomás Tsuji, presbítero, de la Compañía de Jesús, Luis Maki y su hijo Juan († 1627), mártires *.

17. En Londres (Inglaterra), beatos Randulfo Corby, jesuita, y Juan Duckett († 1644), presbíteros y mártires bajo el reinado de Carlos I *.

18. En Rochefort (Francia), beatos Claudio Bernabé Laurent de Mascloux y Francisco d'Oudinot de la Boissière († 1794), presbíteros y mártires *.

19. En la isla de Woodlark (Oceanía), Beato Juan Bautista Mazzucconi († 1855), presbítero, de la Sociedad de Misiones Extranjeras de Milán, mártir **.

20. En Parma (Italia), Beata Ana Eugenia (Eugenia María Ángela) Picco († 1921), virgen, de la Congregación de las Pequeñas Hijas de los Sagrados Corazones de Jesús y María **.

21. En Gandía (Valencia), Beata Ascensión de San José de Calasanz Lloret Marcos († 1936), virgen y mártir, religiosa de la Congregación de Hermanas Carmelitas de la Caridad *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTOS MARCOS CRISINO, ESTEBAN PONGRACZ Y MELCHOR GRODZIECKI

Presbíteros y mártires (1619)

He aquí un sacerdote secular y dos jesuitas mártires, víctimas de haber nacido en unos tiempos tumultuosos. Lo que les ocurrió a ellos nos podría haber sucedido a cualquiera de nosotros, pobres mortales mecidos por las olas de una tempestad.

Hoy nos resulta difícil entenderlo, pero lo vamos a explicar con sencillez. Si no, no hay manera de comprender la muerte de estos tres hermanos nuestros.

Empezaba el siglo XVII y en Europa se estaba cociendo la más sangrienta guerra religiosa que alguien pudiera imaginarse: la guerra de los treinta años.

Cuando un continente está sembrado de sospechas, rencores y odios, puede suceder cualquier cosa. Algunas veces puede ser entre demócratas y republicanos, rojos y blancos, derechas e izquierdas, del Norte y del Sur. Cualquier división puede ser ocasión para empezar una guerra. Y en este caso, la causante del conflicto fue la separación religiosa.

Es verdad que debajo del nombre religioso (católico y protestante) hay otras razones que empujan al desastre. Estas otras razones no suelen estar lejos del vil metal o de la ambición de poder. Pero al poner un nombre a la contienda, en este caso el nombre estaba teñido de religión. En la Europa central, después de la escisión protestante, había dos tendencias muy fuertes que luchaban entre sí: católicos y protestantes.

Los poderes políticos o los reyes del imperio tienen por misión hacer que la sociedad funcione incluso con diversas tendencias. La ley de la buena política es buscar el consenso. Pero a través de la historia, los conflictos no se han solido arreglar en los parlamentos, sino en los campos de batalla. Y en esta ocasión, las tendencias se enfrentaron en una lucha que duró treinta años.

Y al principio de esta guerra fue cuando cayeron mártires nuestros tres hermanos sacerdotes, apóstoles de Jesús y víctimas del conflicto. Los mataron porque eran católicos. No cabe

duda de que fueron mártires de la Iglesia católica. Y por eso los llevaron a los altares muchos años más tarde.

Por la parte católica, después de Carlos V, hubo tres emperadores (Fernando I, Maximiliano II y Rodolfo III) que habían logrado mantener una paz bastante estable por medio de unas «Ligas» que católicos y protestantes formaban en defensa de sus principios religiosos. Esto ocurría en 1612.

Pero en 1618 se reunió una asamblea protestante en Praga, irrumpieron violentamente en la sala de juntas de los regentes del reino y tiraron por la ventana a dos de ellos. Este hecho se conoce como la defenestración de Praga. Y así empezó la guerra.

Cuando empieza una guerra ¿quién sabe cuándo va a terminar? No lo sabe nadie. Ésta duró 30 años. Terminó el año 1648 con el tratado de Westfalia.

Pero a nosotros no nos interesa el final de este conflicto, sino el principio, porque fue entonces cuando murieron asesinados los tres sacerdotes de nuestra historia.

MARCOS CRISINO o KÖRÖSI había nacido en 1585. Empezó a estudiar en el colegio jesuita de Viena. Cuando terminó sus primeros estudios, estuvo dudando si hacerse militar, pero al fin se decidió a entrar en el seminario y hacerse sacerdote. Estudió en Graz y allí tuvo como profesor al futuro cardenal Pázmány, quien tuvo mucho que ver después en la vida de Marcos.

El 17 de noviembre de 1611 ingresó en el colegio austrohúngaro de Roma. Terminados sus estudios eclesiásticos, fue ordenado sacerdote en 1615 y volvió a Hungría para trabajar apostólicamente en aquel ambiente lleno de disidencias y disgustos.

Cuando la sociedad está enrarecida, hacer de apóstol resulta altamente comprometido. En concreto se dedicaba con todo entusiasmo a levantar el ánimo de los católicos desanimados.

El cardenal Pázmány, cuando fue nombrado arzobispo de Graz, llamó a su antiguo alumno a su lado y lo hizo canónigo del cabildo metropolitano de Estrigonia. Le confió la administración de la abadía de Széplak, junto a Kosice. El propietario de aquella abadía era el propio cabildo. Al mismo tiempo fue profesor y rector del seminario de Tyrnau. Marcos, a pesar de su apretado horario de trabajo, atendía a todas las personas que

llegaban a su lado, siguiendo así su labor pastoral: visitaba a las familias católicas que estaban indecisas en medio de tanto desconcierto. Y logró, gracias a su entusiasmado trabajo, que bastantes personas que se habían pasado al protestantismo volvieran a la fe católica.

Marcos, debido a su cargo de administrador, iba frecuentemente a Kosice, donde estaba el palacio del lugarteniente imperial Andrés Doczy. Allí conoció a los otros personajes de nuestra historia: eran los jesuitas Esteban Pongracz y Melchor Grodziecki. Ambos estaban en el palacio porque les había llamado el lugarteniente para planear una acción apostólica entre los militares católicos. Los tres se encontraron y se unieron, ya que un misterioso lazo les había hecho amigos.

En julio de 1619 —año de su muerte— Marcos estaba haciendo retiro anual en Hommona, en la casa de los jesuitas, y allí volvió a ver a su amigo Esteban. No se imaginaba ninguno de los dos que pronto iban a ir juntos al cadalso y al martirio.

ESTEBAN PONGRACZ pertenecía a una familia noble húngara. Había nacido en Transilvania en 1582 y entró en el noviciado en 1602. Se ordenó sacerdote y regresó a Hungría, donde trabajó en un colegio y en la predicación. En 1619 sus superiores lo nombraron capellán de las tropas húngaras. Y en ese puesto le vino la muerte.

MELCHOR GRODZIECKI había nacido en Silesia, de una familia oriunda de Polonia. Estudió, como Marcos, en el colegio de los jesuitas de Viena y entró en la Compañía de Jesús a los 19 años. Durante su vida apostólica en la ciudad de Praga se dedicó a la educación de los niños pobres y sobre todo a la predicación. Fue enviado como capellán de los soldados católicos. Al morir tenía 35 años.

¿Cómo sucedió el martirio?

El año 1619, al comienzo de la guerra de los treinta años, los protestantes de Bohemia y Silesia se lanzaron a conquistar Kosice. Los protestantes de la ciudad, que eran mayoría, abrieron las puertas al ejército invasor y el lugarteniente y los dos jesuitas cayeron en manos de los protestantes. Marcos, al enterarse de que los protestantes iban hacia Kosice, se adelantó para entrar en la ciudad y estar al lado de sus dos amigos.

Estando las cosas así, los protestantes propusieron asesinar a todos los católicos. Como la ocurrencia les parecía demasiado drástica pensaron, como medida previa, matar a los tres sacerdotes amigos. Ya los tenían incomunicados en las habitaciones del palacio.

Esteban pidió que les hicieran un juicio justo —como San Pablo, que pidió que lo llevaran a Roma antes de que los judíos lo mataran a pedradas—, pero le contestaron que «ya les dirían lo que iban a hacer con ellos». Esta respuesta les puso alerta y pensaron que les podían matar un día u otro. Los tres intuían que el momento de su martirio estaba cerca.

Los tuvieron tres días sin comer y al cuarto, que era viernes, les dieron de comer carne. Si comían, podrían decir que los tres sacerdotes se habían convertido al protestantismo. Ellos se dieron cuenta de la trampa y se quedaron sin comer. A Marcos le propusieron que, si se hacía protestante, le concedían la titularidad de la abadía. Bastaba una pequeña señal de aceptación de la doctrina reformada. Marcos contestó que no. Luego le propusieron librarlo con una suma como rescate. Él contestó que eso se podría hacer, pero con la condición de que libraran a los tres. Como no accedieron a esta proposición, los tres se mostraron dispuestos a morir antes que abjurar de su fe católica.

La tragedia ocurrió en la noche del 6 al 7 de septiembre de 1619. Un predicador protestante y un senador quisieron entrar a las habitaciones de los tres mártires; como no pudieron, derribaron la puerta. A Esteban empezaron a torturarlo. A Marcos lo amenazaron para que pasara al protestantismo y ante su negativa empezaron a golpearlo y lo tiraron al suelo. Era un diálogo continuo entre los torturadores y la víctima:

—Si os pasáis a nosotros, se acabará el sufrimiento.

—No. Nunca.

Nuevos golpes, incluso con la espada. Por fin, en medio de tanta tortura, uno de los esbirros le cogió del pelo y le cortó la cabeza. Los otros dos amigos jesuitas fueron también torturados. Por fin, los arrojaron a una cloaca. Cuando los tiraron, Esteban aún no estaba muerto.

Seis meses más tarde, unas manos piadosas sacaron los cuerpos de la cloaca, los lavaron y envueltos en sábanas los trasladaron a Sebes; y los colocaron en una tumba en el presbiterio.

Marcos estuvo varios siglos en las Ursulinas de Kosice y luego fue llevado a la catedral de Estrigonia de donde era canónigo.

El papa Juan Pablo II los canonizó el día 2 de julio de 1995 en la ciudad de Kosice, Eslovaquia.

FÉLIX NÚÑEZ URIBE

Bibliografía

AAS 89 (1997) 5s.
COMISIÓN LITÚRGICA DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS, *Semblanzas espirituales de los santos y beatos de la Compañía de Jesús* (Madrid 1974) 19-22.
REPETTO BETES, J. L., *Santoral del clero secular. Del siglo XIII al siglo XX* (Madrid 2000) 81-83.
TESTORE, C., *Santos y beatos de la Compañía de Jesús* (Madrid 1943) 273-288.

BEATO JUAN BAUTISTA MAZZUCCONI

Presbítero y mártir († 1855)

Juan Bautista Albino Mazzucconi (1826-1855), a veces sólo Juan Mazzucconi, sacerdote del Pontificio Instituto de Misiones Extranjeras (PIME), vino a este mundo el 1 de marzo de 1826 en Rancio de Lecco, provincia metropolitana de Milán, norte de Italia, y murió mártir en la isla Woodlark, Oceanía, el 7 de septiembre de 1855. Hijo de Santiago Mazzucconi, varón probo y honrado y de roquera fe, y Ana María Scuri, mujer sensible y delicada y dadivosa con los pobres, cristianos padres de fina piedad y honda religión hechos al rezo del rosario en familia, recibió el Bautismo al día siguiente en la antigua iglesia de Rancio, sobre cuya pila le fueron impuestos los susodichos nombres. Con las aguas lustrales advino a su alma el divino amor que lo quiso, día tras día, hermano, amigo, siervo del hambriento de caridad, del ávido de luz y del abandonado al Padre. La imposición del nombre conlleva una misión nueva en el mundo, capaz de signos profundos, indelebles incluso, en la historia, como esta vez.

Doce hijos fueron la gloria y la corona de aquella cristiana familia. Juan era el noveno. Confirmado el 23 de octubre de 1834 con la fuerza del Espíritu Santo, celestial energía perdurable hasta la efusión de la sangre en lejanas tierras melanesias, frecuenta en 1837 el colegio Cavalleri, *Parabiago* de Milán, donde

cursa los primeros estudios y hace su Primera Comunión. Secunda la voz del Señor en el otoño de 1840 con el ingreso en el seminario arzobispal de San Pedro Mártir, donde su brillo en conducta, oración y estudios merece de los superiores este juicio: «Óptimo en las costumbres, óptimo en todo». Durante 1844-1846 destaca en el seminario filosófico de Monza por afabilidad, prontitud a la venia, y honda piedad eucarística y mariana, y en 1846-1850 continúa modélico entre los seminaristas de Milán. El rector no repara en adjetivos: «Dulce, piadoso, modesto, eminente por su habilidad para los estudios ya de humanidades ya de ciencias, extraordinario en el espíritu eclesiástico».

Corre el verano de 1845. Un pequeño grupo de seminaristas organiza una excursión en calesas a la Certosa de Pavía, entre ellos Juan Mazzucconi y su amigo Carlos Salerio. Allí pasan algunos días y, luego de haber admirado el arte de tan espléndido sitio, encuentran la manera de hablar largo y tendido con el prior, P. Suprier, certosino tras larga estancia como misionero en la India, quien les informa de su ilusión por ver nacer en Italia un seminario para las misiones extranjeras: cuenta y no para de su vida en la India, las personas encontradas, el bien hecho y recibido. Fascinante historia, en suma. Así que, de nuevo en San Pedro Mártir, inician con él un intenso carteo.

«¿Cómo es posible que todavía no haya en Italia un instituto que prepare a los sacerdotes deseosos de ir a misiones?». Ésta y similares preguntas del certosino siguen resonando percutientes. Juan empieza a soñar y la emprende pronto con las lenguas: al inglés, en el que desde hace tiempo viene dándole fuerte, añade ahora el francés y el alemán. Pero a nadie comunica la idea de China, Tonkín o la India. No quiere ser malentendido. Sí se confía, en cambio, al director espiritual, del que obtiene tan seca respuesta que se le hace jarro de agua fría: «¿Estás loco? ¡Tus Indias están aquí!». El muchacho, con todo, no sólo no se descorazona, sino que, pasados los ejercicios espirituales con Suprier, se reafirma en la idea. Ha de esperar, eso sí, al sacerdocio y a que nazca en Milán, claro es, el primer instituto misionero italiano. Pero tampoco esto se le antoja descabellado. Recibe el sacerdocio el 25 de mayo de 1852. Y don Ángel Ramazzotti, joven laureado que ha dejado la abogacía para ser sacerdote en los

Oblatos de Rho, cultiva desde hace tiempo, como él, un vivo y comprometido deseo misional.

Procedente de Roma, llega en noviembre de 1847 a Milán mons. Luquet, delegado apostólico en Suiza, con el encargo de comunicar a los obispos lombardos que Pío IX desea que nazca, justo en Milán, un instituto misionero. El apoyo y la benevolencia papales permiten a Ramazzotti, nombrado mientras tanto superior de los Oblatos, vencer dudas y abrazar el proyecto. Como primer superior se designa a mons. José Marinoni, llamado a sustituir a Ramazzotti, nombrado entre tanto obispo de Pavía, más tarde llegará a patriarca de Venecia. Juan pide en carta que se le conceda ser uno de los primeros alumnos del Instituto Misional que don Ángel Ramazzotti acaba de fundar, y dos meses más tarde acaricia entre sus manos la invitación del mismo mons. Ramazzotti para que participe en la inauguración que tendrá lugar en Saronno el 31 de julio.

Desde entonces Juan Mazzucconi, Carlos Salerio, otros tres sacerdotes y dos catequistas, junto al rector y fundador Ramazzotti, inician la nueva aventura. Juntos redactan las reglas y constituciones del Instituto naciente y juntos se preparan a la partida con oraciones, estudio y actividades caritativas, entrenándose en el espíritu misionero de sobriedad y sacrificio. Saben que el inmenso continente de Oceanía, disperso en el infinito azul del océano Pacífico, representa un campo muy difícil de labrar. Pero eso mismo va a ser determinante en la elección: «El instituto —dicen, de hecho, las Reglas de 1886— procuró desde el principio tener misiones propias, y entre las poblaciones más abandonadas y más bárbaras». Están además al corriente de que los maristas han pedido a Propaganda Fide dejar la misión de Melanesia-Micronesia, debido a las dificultades halladas y porque están comprometidos ya en otras partes del Pacífico. Su identificación con aquel sitio es tal que toda sugerencia papal sobre otros posibles destinos, como la actual Sri Lanka o la isla griega de Corfú, queda superada sólo por su espíritu de obediencia. Salerio escribe:

> «Nuestro corazón se aflige vivamente cada vez que parece que se quiera alejar de Oceanía la pobre obra de nuestro ministerio. ¿Quién ha puesto en nuestro corazón tanto amor por aquellos pueblos, por ninguno de nosotros hasta hoy conocidos, afecto que

crece tanto más cuanto mayor es el temor de que venga todavía diferida para quellas naciones la luz del Evangelio, allí difusa por el Altísimo mediante la obra de sus siervos inútiles?».

La fundación del PIME en la archidiócesis de Milán data, en efecto, de 1849-50. En la noche del 11 de noviembre de 1849, Suprier, Ramazzotti y Ángel Taglioretti pondrán las bases del proyecto. El 21 de febrero de 1850 llega el breve pontificio que permite erigir la nueva institución. Después de meses de sufrida espera llega también a Milán, el 2 de diciembre de 1851, la carta del cardenal Fransoni, de Propaganda Fide, haciéndoles saber oficialmente el campo asignado: ¡Melanesia-Micronesia! Y en concreto, las islas de Woodlark y Rook en Oceanía, difícil lugar abandonado por los Maristas de Lyón al no haberse logrado allí conversión alguna y por causa también de ciertas costumbres de la población —el infanticidio entre otras, al decir de ciertos cronistas— que suponían grave riesgo para la vida. Papúa-Nueva Guinea se encuentra al este de Indonesia y al norte de Australia, en el suroeste del océano Pacífico. Limita al norte con el mar de Bismarck, al este con el mar de Salomón, al sur con el mar del Coral, el golfo de Papúa y el estrecho de Torres, y al oeste con la provincia indonesia de Papúa. La superficie total terrestre es de 462.840 kilómetros cuadrados. Los grupos de islas más importantes de Papúa-Nueva Guinea, que comprende unas 600 islas e islotes, son el archipiélago de Bismarck, el archipiélago de la Luisiada, las islas Trobriand, las islas D'Entrecasteaux, la isla Woodlark y las islas de Bougainville y Buka.

Arriesgada elección la de Oceanía. Algunos cronistas incluso la calificaron de absurda para un instituto naciente y sin experiencia como el PIME. Había propuestas más cercanas (v. gr. la actual Sri Lanka y la India) que, según la prudencia, podían servir de apoyo para otras más lejanas. Por otra parte, el abandono de Oceanía por los Maristas franceses, después de cinco años de infructuosos intentos (1844-1849), con tres misioneros muertos por las fiebres y otros cuatro, entre ellos el primer obispo, asesinados por los indígenas, no hizo sino avivar el celo de los misioneros ambrosianos. Tanto más cuanto que el vicariato apostólico de Melanesia y Micronesia, ofrecido por la Santa Sede a dos congregaciones religiosas tras el antedicho abandono, había sido desestimado justo por el clima difícil, la lejanía

y la hostilidad de sus gentes. No se puede negar cierta ingenuidad y romanticismo en esta primera misión del PIME: pero queda siempre la nota característica de una elección al límite del buen sentido, por arrojo y espíritu de generosidad en la «missio ad gentes». Los nuevos misioneros, entretanto, acogen resueltos el destino y, tras intenso período de preparación, zarpan el 16 de marzo de 1852 rumbo a Oceanía. Juan Mazzucconi compone entonces la siguiente *Oración de ofrecimiento de la propia vida por las misiones,* hoy recitada por los misioneros del PIME que parten rumbo a tan lejanas tierras:

> «Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, yo, miserable pecador, con los más vivos sentimientos de gratitud y de amor hacia vuestra bondad infinita que por gracia inestimable he tenido la suerte de conocer, y conmovido en lo más íntimo por la indecible desgracia de tantos de mis hermanos que en países remotísimos se han revelado hasta hoy inaccesibles a la bella luz del Evangelio, he decidido a costa de cualquier sacrificio, irme allí de por vida y donarme por completo a la salvación de aquellas almas que costaron toda la sangre de la redención. Bendito el día en que se me dé sufrir mucho por tan santa y humana causa, pero más bendito aquel en que sea hallado digno de derramar por ella mi sangre y encontrar entre los tormentos la muerte. Dios mío, que me inspiraste estos propósitos tan superiores a mis débiles fuerzas, sostenedme con aquel espíritu omnipotente que colmó los primeros a vuestros santos Apóstoles. María Santísima Inmaculada, abogada y madre nuestra tiernísima, obtenednos la gracia de llevar hasta los últimos confines de la tierra el nombre adorado de vuestro Hijo divino y vuestro amable nombre, María. Ángeles tutelares de las naciones, santos Apóstoles Pedro y Pablo, San Francisco Javier, rogad por nosotros» (Preparado por la *P. U. Urbaniana con la colaboración de los Institutos Misioneros).*

El 16 de marzo de 1852, el arzobispo de Milán hace la entrega del crucifijo a Pablo Reina, jefe de la expedición, Juan Mazzucconi, Carlos Salerio, Timoleón Raimondi, Ángel Ambrosoli y a los hermanos catequistas José Corti y Luis Tacchini. Al mediodía del Sábado Santo del mismo año zarpan de Londres en un barco a vela sobre el que permanecen tres meses y medio antes de atracar en Sydney. La mañana del 25 de julio avistan las costas de Australia y al día siguiente arrojan el ancla en el puerto de Sydney. Pero aún quedan dos meses en la procura de los Maristas, tiempo que aprovechan para estudiar len-

gua y costumbres de los isleños a quienes son enviados, al cabo del cual se hacen nuevamente a la vela rumbo a Woodlark y Rook. Sobre la goleta francesa «Jeune Lucie» los pensamientos se acumulan y los estados de ánimo se alternan. Parecen soñar despiertos. Y he aquí que, de pronto, emerge por el horizonte la silueta cada vez más nítida de las islas. A grandes arrecifes papúes suceden playas de finísima arena blanca y, más en tierra adentro, lujuriante vegetación. Un verdadero paraíso terrestre.

La comitiva se divide en Woodlark: Salerio y Raimondi, con un catequista, permanecen en la isla, mientras Reina y Ambrosoli, con el otro catequista, Mazzucconi y un padre marista que les acompaña, prosiguen viaje hacia Rook, adonde llegan el 28 de octubre de 1852. Allí vivirá nuestro Beato por dos años y medio. Mientras en Woodlark los recién llegados encuentran algunas casas, en Rook sólo hay un cobertizo de cuando los maristas habían estado en la isla (1847-1848). Separado internamente por paredes de cortezas de árboles y un cañizo horizontal, el aposento tiene dos pisos: abajo la vivienda y arriba el almacén; el techo está cubierto de tejas. Jamás se lamentará Mazzucconi en sus cartas de aquellas condiciones de vida. Habituado a la mortificación, se le hace hasta fácil aceptar una situación que, en otras circunstancias, hubiera sido insoportable: el aislamiento total (sólo una vez al año y fletada por la Misión llega desde Sydney una nave portadora de correspondencia y abastecimiento de víveres y medicinas), el clima constantemente húmedo y caluroso, cínifes e insectos a discreción, el pobrísimo alimento a base de raíces de las cuales se saca una harina similar a la mandioca.

Contra el *modus operandi* de los misioneros en Woodlark, los de Rook escogen la evangelización indirecta: «Por ahora —escribe Mazzucconi— la misión hay que hacerla a base de estar siempre con la gente local y aprender la lengua y después, cuando el Señor quiera, les hablaremos de él». Ayudan a los isleños a mejorar sus condiciones de vida: les enseñan a hacer cal y ladrillos, a trabajar el hierro y usar la rueda, introducen el cultivo de productos importados de Australia (maíz, naranjos, tomates, zanahorias, patatas y vides), pero no consiguen que los indígenas den su brazo a torcer adoptando una agricultura más evolucio-

nada. De igual modo son estériles los esfuerzos por enseñarles a coser, potabilizar el agua, aplicar la más elemental higiene. El respeto a la tradición es absoluto, igual que el rechazo a la novedad. Desprecian a los misioneros y no comprenden para qué han venido a la isla. El mayor obstáculo, pues, son los isleños, hostiles de suyo: apenas con los niños es posible una mínima relación de amistad.

Pasados apenas dos años, la situación se agrava. Los misioneros son presa de fiebres y enfermedades que van de mal en peor a falta de medicinas y alimento. La malaria se ceba en Mazzucconi, a ojos vistas más débil cada día que pasa. En enero de 1855 la situación se ha vuelto desastrosa. Dos al menos, el catequista Corti y el mismo Mazzucconi, están en las últimas: el cuerpo hinchado hasta lo inverosímil y la piel que comienza a partirse y cubrirse de llagas con dolores indecibles. Los dientes se vuelven negros y los excesos de fiebre y delirio se suceden sin tregua: «El P. Reina —escribe Juan— comenzó a hacerme ciertas preguntas... y yo hice testamento». Todavía no tiene veintinueve años. La esperadísima nave llega por fin con tres meses de retraso el 20 de enero de 1855. El superior P. Reina ordena a Mazzucconi dejar la isla y restablecerse en Sydney. Pero el capitán de la nave, que debe hacer numerosas escalas comerciales, duda si cargar a bordo «aquel cadáver ambulante». Se niega en redondo, eso sí, para el catequista, incapaz de tenerse en pie. Juan Mazzucconi mejora en Sydney de día en día, tanto que no ve la hora de volver a sus hermanos con nuevos abastecimientos. Zarpa de Sydney, por fin, el 18 de agosto de 1855 sobre la pequeña nave «Gazelle». No sabe que el catequista Corti mientras tanto ha muerto y que de Roma han llegado noticias prohibiendo reforzar con nuevos misioneros italianos, para no poner en peligro otras vidas. Tampoco puede saber que sus compañeros, vista la desesperada situación, optaron también por dejar, al menos momentáneamente, las islas cuarenta días atrás: desembarcarán en Australia poco después de su partida. Pero Juan Mazzucconi está bien curtido. Es la suya una actitud de total disponibilidad a la voluntad de Dios:

> «Mañana me pondré a bordo y el sábado, pasado mañana, estaré ya en alta mar rumbo a Woodlark. Este año, cuando me encontraba en el mar para venir a Sydney, el miércoles de la Semana San-

ta, nos sorprendió un huracán que rompió las velas, las cuerdas y la mitad superior de un mástil; después nos empujó a errar por el mar sin dirección y con poca esperanza, durante cuatro días, hasta que el sol de Pascua resplandeció como cosa nueva sobre nosotros, que nos vimos verdaderamente como resucitados. Y bien, aquel Dios que me salvó entonces, estará conmigo también en este viaje, y si yo no lo abandono, Él quiere estar conmigo siempre, y mientras Él está conmigo todo aquello que me puede pasar será siempre una gracia, una bendición de la cual le deberé estar agradecido. Si en el peligro él quisiera retirarse, o hacer que duerme sobre la punta de la nave, yo, como los Apóstoles, iré a despertarlo y a hacerle ver mi peligro. Y si después no quisiere escuchar, le diré: "Señor, manda que yo venga a ti". Y mi alma caminará sobre las aguas, irá a sus pies y estará contenta por siempre. No sé qué cosa Él prepare de nuevo en el viaje que mañana empieza; una sola cosa sé, si Él es bueno y me ama inmensamente, todo el resto: la calma y la tempestad, el peligro y la seguridad, la vida y la muerte, no son sino expresiones mudables y momentáneas del querido Amor inmutable, eterno. Sí, mis queridos, tenemos otro país, otra patria, un reino donde nos tenemos que encontrar todos, donde no habrá más separaciones ni partidas, donde los dolores y los peligros pasados no servirán más que para aumentar la consolación, la gloria» (JUAN MAZZUCCONI, de su carta primera del último viaje).

En la primera quincena de septiembre la «Gazelle» entra en la bahía de Woodlark y los indígenas acuden en tropel a la playa. Pero el capitán, poco práctico en ese mar, no puede impedir que el navío encalle en los bancos de coral. Desde la playa entonces parte una canoa con cuatro hombres a bordo, entre ellos Puarer, amigo del P. Juan (quien luego relatará el curso de los acontecimientos), el cual le informa de la partida de sus hermanos. Pero mientras, los indígenas han decidido aprovechar el momento para desfogar su odio, largamente incubado, contra los misioneros. Numerosas canoas se apartan de la playa y se dirigen hacia la nave cercándola. Dos indígenas saltan sobre la «Gazelle» y uno de ellos, Aviocar, se dirige decidido hacia el misionero, con la mano tendida en señal de saludo. Inesperadamente sin embargo extrae de bajo el faldellín una segur y con ella lo golpea violentamente sobre la cabeza. Es el inicio de la masacre. Todos los marineros van siendo luego, uno tras otro, vilmente asesinados, y sus cadáveres arrojados al mar, y la nave saqueada. Era el 7 de septiembre de 1855. Cuando el P. Timoleón Raimondi, que será más tarde obispo de Hong-Kong, pue-

de finalmente volver a Woodlark algunos meses después en busca del hermano, sólo se encuentra el casco volcado de la «Gazelle» abandonado sobre los escollos.

Los círculos misioneros no lo dudaron: Juan Mazzucconi era lo que tantas veces había deseado y cartas suyas de antes y después de la travesía confirmaban: un mártir. Pronto la fama ganó Australia y Europa, adonde no tardaron en llegar noticias de gracias y favores alcanzados por su intercesión. Desde 1858 empezó a postularse la causa de beatificación, como antes había ocurrido con San Pedro Chanel, mártir allí también en similares circunstancias. El año 1859 empezó a instruirse en la archidiócesis de Milán el Proceso Ordinario sobre la fama de santidad y de martirio según el curso especial de las causas históricas. Abiertas las Actas en la Sagrada Congregación de Ritos el 21 de octubre de 1961, y editados los Decretos sobre los escritos los días 10 de diciembre de 1964 y 8 de enero de 1970, pasó a la Santa Sede el 28 de octubre de 1970, luego de practicada la diligente recognición de la *Positio* histórica sobre el martirio.

Admitida a trámite en la Sagrada Congregación para las Causas de los Santos la discusión sobre el martirio, y el 27 de abril de 1982 ante el congreso de oficiales prelados y Padres consultores, primero, y luego, el 30 de noviembre de 1982, en la congregación ordinaria de los Padres cardenales, haciendo de relator el cardenal José Caprio, salió aprobada la *Positio super dubio* del martirio: Juan Pablo II ordenó el 17 de diciembre de 1982 publicar el *Decreto super martyrio,* y el domingo 19 de febrero de 1984, en fin, procedió a su beatificación junto a la del Venerable Guillermo Repin y 98 compañeros mártires pertenecientes a los siglos XVII y XIX de Francia. Día de gloria para los obispos, sacerdotes, religiosos y fieles del oeste francés, así como, en lo atingente al Beato Mazzucconi, para el Pontificio Instituto de Misiones Extranjeras, la ciudad de Lecco y la archidiócesis de Milán, sin omitir, claro es, a Papúa-Nueva Guinea. Había escrito poco antes del martirio el Beato Mazzucconi desde la misión:

> «Tal vez el Señor nos ha conducido aquí para probarnos, hacernos conocer nuestra miseria y así, humillados por el dolor y la inutilidad de nuestros esfuerzos, estar mejor preparados a reiniciar su ministerio en otra parte».

Su diagnóstico sobre los pueblos de aquellas islas lo dice todo:

> «Al presente están en un estado bastante bajo... En todos los aspectos nuestras islas están inmensamente más atrás que las otras: lejanas por completo, sin intercambios, ni contactos, ni alguna idea que supere los hechos naturales y materiales».

El PIME volverá a Papúa-Nueva Guinea pasados 124 años: en 1981. Se instalará en Goodenough, al extremo sur, sobre una isla vecina a aquella en que nuestro Beato había ofrecido su vida. El cuadro es ya distinto. Al extremo norte está la misión de Watuluma, donde sólo llegó a quedar el recuerdo del misionero, y hoy es una de las parroquias más florecientes de la diócesis. Al PIME están encomendadas también las islas Trobriand y Woodlark, con residencia en Gusaveta y Wapipi. Desde aquí, visitan periódicamente Woodlark, donde se proyecta construir una iglesia que recuerde la primera presencia del Instituto y el martirio del Beato Mazzucconi. Para las islas ha emprendido un vasto programa social de pozos en aldeas que suministren agua potable con que paliar la dura sequía. La preparación del clero es la más grande ayuda que un instituto misionero puede prestar a una joven Iglesia. La historia de Papúa-Nueva Guinea no podría explicarse prescindiendo del Beato Mazzucconi, primer *lecchese* y segundo sacerdote ambrosiano beatificado, propuesto a los creyentes milaneses, en particular de Lecco, como paradigma de incondicional disponibilidad al anuncio del inmenso amor de Jesucristo, el mismo por él aprendido desde pequeño en el fondo de su tierno corazón. Con la beatificación a 129 años de su martirio, el Beato Juan Bautista Mazzucconi ilustra maravillosamente el mensaje paulino del Concilio Vaticano II acerca de los misioneros, enviados «como ministros del Evangelio, *para que la oblación de los gentiles sea acepta y santificada por el Espíritu Santo* (Rom 15,16)» (AG 23).

PEDRO LANGA, OSA

Bibliografía

Bibliotheca sanctorum. Appendice prima (Roma 1987) col.883.

CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, «*Decretum* Beatificationis seu declarationis martyrii Servi Dei Ioannis Baptistae Mazzucconi, sacerdotis Pontificii Instituti

pro Missionibus Exteris, in odium Fidei a. 1855 interfecti. *Super dubio* [13.1.1983: P. CARD. PALAZZINI, *Praefectus*]»: *AAS* 76 (1984) 332-337.
GHEDDO, P., *PIME, 150 anni di missione (1850-2000)* (Bolonia 2000). Cf. *Giornale di Brescia* (3-11-2000) p.21.
JUAN PABLO II, «Homilia in Petriana basilica habita ob decretos Ven. Guillermo Repin et XCVIII Sociis eius Andegavensibus martyribus, et Ven. Ioanni Mazzucconi, Beatorum caelitum honores [19.2.1984]»: *AAS* 76 (1984) 558-563.
— «Littera Apostolica *Servo Dei Ioanni Mazzucconi Beatorum honores decernuntur* [19.2.1984: A. CARD. CASAROLI, *a publicis Ecclesiae negotiis*]»: *AAS* 84 (1992) 487-490.
Martyrologium romanum, o.c., 475, n.19*; 710.
REPETTO BETES, J. L., *Santoral del clero secular. Del siglo XIII al siglo XX* (Madrid 2000) 435-436.
SAUSER, E., «Mazzucconi, Giovanni», en F. W. BAUTZ (ed.), *Biographisch-bibliographisches Kirchenlexikon,* XXI: *Ergänzungen VIII* (Herzberg 2003) 973-974.
SCHAUBER, V., *Pattloch-Namenstagskalender. Dokumentation H. M. Schindler* (Augsburgo 1994) 265.
ZAMBON, M. G., *Diciotto missionari martiri del PIME* (Bolonia 1994).

BEATA ANA EUGENIA (EUGENIA MARÍA ÁNGELA) PICCO

Virgen († 1921)

La Beata Ana Eugenia Picco, tercera superiora general de la Congregación de Hijas de los Sagrados Corazones de Jesús y de María, convertida al Señor durante su adolescencia, es un testimonio de amorosa fidelidad a él a lo largo de una vida humilde y marcada con el sello de la cruz. Mujer de profunda vida espiritual, con singulares gracias de oración y siempre atenta a las necesidades de los demás, desarrolló una exquisita caridad apostólica, particularmente durante la I Guerra Mundial (1914-1918). Su carácter alegre y animoso y su arraigada virtud hicieron de ella un don de gracia y alegría para todos.

Nació en Crescenzago (Milán) el 8 de noviembre de 1867 y su vida se desarrolló, a lo largo de 54 años, en el Ducado de Parma, al norte de Italia, en un contexto agitado por los dramáticos problemas que caracterizaron aquel ambiente durante los finales del siglo XIX y principios del XX. Siendo niña tuvo lugar el laborioso proceso de unificación de la nación italiana, mientras las ideas derivadas de la Ilustración pugnaban por configurar una nueva sociedad organizada sobre los principios de liberalismo y del laicismo —incluida la lucha anticlerical—, y donde el socialismo revolucionario o la mentalidad marxista hallaban

también un ambiente propicio para su expansión. En 1915 se neutralizaron las fuerzas, provocando una crisis que derivó en el fascismo.

Fue ésta una de las etapas más duras de la historia del Ducado de Parma. De economía fundamentalmente agraria, los campesinos se exasperaban viendo bajar el precio de sus productos y aumentar el paro laboral, provocando, además del éxodo rural, masivos y violentos movimientos de defensa obrera, como los que tuvieron lugar en 1889 y 1908. Poco a poco, la difusión del principio de cooperativismo y la cualificación de las técnicas de trabajo comenzaron a reactivar tanto la agricultura como la industria y el comercio, hasta que la I Guerra Mundial detuvo el favorable proceso del esfuerzo colectivo.

Mientras tanto, la Iglesia acompañaba el desarrollo complejo de la situación cultural y socioeconómica de la población, atenta a las exigencias de los tiempos. Fue época de prestigiosos obispos, que se ocuparon de la formación cristiana del pueblo, motivaron la fidelidad al Papa y apoyaron decididamente la obra educativo-asistencial de las congregaciones religiosas presentes en sus diócesis. También se había ido formando y organizando un laicado responsable y preparado y, entre los sacerdotes, destacaron grandes apóstoles —como el P. Otón Terzi, SI, director espiritual de Ana Eugenia— llenos de celo y caridad, que colaboraron al equilibrio social y a recuperar las vivencias religiosas populares. De hecho, junto a un laicismo que tendía a ser dominante, fue una época de floración de santos y beatos, signo de la valentía con que muchos supieron profesar la fe en aquel contexto tan complejo.

La familia de la Beata Ana Eugenia responde, de algún modo, a ese ambiente tan plural. El padre, José Picco, ciego de nacimiento, desarrolló una interesante actividad profesional como destacado músico de *La Scala* de Milán, donde obtuvo grandes éxitos particularmente con el órgano y el violín. Triunfó también en otras ciudades de Italia y en el extranjero. La madre, Adelaida del Corno, era frívola y mundana. Parece que contrajo matrimonio atraída por el prestigio de su esposo, al que acompañaba en sus viajes, incluso a los de fuera de Italia, donde recogía abundantes aplausos. Estuvieron en Viena y él debutó

ante la corte imperial. Dicen que el nombre de su hija se debe a haber conocido allí a la emperatriz Eugenia.

La niña fue bautizada el 10 de noviembre de 1867, a los dos días de nacer, recibiendo los nombres de Eugenia María Ángela, y el sacerdote oficiante la consagró a la Virgen. Como sus padres se ausentaban con frecuencia, creció con su abuela o con sus tíos, donde solían dejarla durante sus viajes.

Siendo Eugenia aún muy niña, el padre cayó en una compañía que lo explotó económicamente y lo llevó a América, donde le siguió su esposa. Ella regresó a casa sin el marido, de quien no volvió a saberse nada más. Adelaida rehusaba dar explicaciones cuando se le preguntaba por él. Poco después comenzó a vivir con Basilio Recalcati, pero sin contraer matrimonio, por no existir certeza de la muerte de su esposo. Tuvieron dos hijos.

Aun sin conocer la verdad de estos hechos, Eugenia sufrió mucho a causa de su situación familiar, porque a la frivolidad de la madre se sumaban los continuos acosos de Recalcati. Ambos querían hacer de ella una cantante de teatro, futuro que no resultaba atractivo para ella, y, además, él no la trataba bien. Aunque la defendía la madre, se sentía más segura en casa de su abuela o de sus tíos, hecho que Adelaida no veía de buen grado, por lo que procuró alejar a la niña de ellos. Eugenia era buena, piadosa y discreta, sintiéndose muy contrariada por el ambiente irreligioso, tenso y moralmente malsano de la familia. «Peligros y ocasiones tanto en casa como fuera de ella», escribía después recordando aquellos años difíciles en que a veces se refugiaba instintivamente en la basílica de San Ambrosio de Milán, pidiendo ayuda a Dios casi sin conocerlo.

Frecuentó la escuela elemental con la maestra Josefina Allegri, que la dotó de una profunda educación cristiana. Así, a los 9 años, el 9 de junio de 1876 recibió la confirmación y a los 12 la primera comunión. Además, orientada por un sacerdote, concretó sus iniciales deseos de entrega al Señor con un temprano voto de virginidad. No obstante, a los 14 años de edad entró en relación con un joven, seguramente más por su deseo de afecto y de cariño, de amar y de ser amada, que con vistas al matrimonio. Mientras tanto, en casa se intensificaban las tensiones hacia ella, por no responder a las expectativas de la madre y, como la

vida hacia la que la orientaban la aturdía y la hacía sentirse sola, triste y con amargura, deseaba paz, alegría y serenidad.

Hacia los 15 o 16 años, en uno de los retornos a casa de los tíos se enteró de la situación familiar. Ante la pregunta de por qué ella tenía el apellido distinto de sus hermanos, tía Apolonia le explicó lo sucedido, quedando muy impresionada. Comenzó a indagar sobre la suerte de su padre, búsqueda que duró toda su vida: aun siendo religiosa continuó intentando inútiles averiguaciones.

Completó su formación acudiendo al centro festivo y a la escuela de cultura de las «Religiosas Ursulinas del Sagrado Corazón» en Milán, donde la llevaron no por motivos religiosos, sino para aprender francés, labores y cultura general. Allí encontró religiosas, sobre todo la maestra del centro, madre Virginia Pizzetti, que fueron de gran ayuda para ella. Y se fue preparando para la gracia que inesperadamente recibió en 1886, cuando contaba 18 años de edad, gracia que cambió de modo definitivo la trayectoria de su existencia. Años después lo refería así a su director espiritual:

> «Una tarde, creo que era de mayo, agotada de angustia, habiéndose retirado la familia para reposar, después de una escena de calumnias [...], sola [...], afligida [...], desesperada por mi situación [...] me hinqué de rodillas junto a la cama [...] invocando ayuda de un cuadro colocado sobre la cama. ¡No sé qué hice ni qué sucedió! Sólo recuerdo que salió del cuadro como una franja de luz (semejante al filo de un estilete) hiriendo mi corazón con un dolor agudo, ¡como una herida hecha con punzón! A partir de aquí, todo lo demás. Este punzón me cambió. No era la misma. Luz y fuerza; mi Dios me hirió. ¡María ganó la causa! Me sentí totalmente embelesada».

A este cambio le llamó siempre su *conversión*. Rompió con el novio y comenzó una vida de oración y de penitencia, verdaderamente lanzada a la santidad. Más tarde lo narraba de este modo:

> «A los 18 años, después de la conversión, no otro que Jesús era el Director de esta pobre alma [...] Llegó el momento en que me sentí llamada a decir a Sor María Virginia Pizzetti el deseo de dejar absolutamente el mundo y querer a Jesús, la santidad».

Eugenia se abrió a la gracia. Habló también con la M. Superiora Josefina Griffith, quien la confió a su confesor el P. Otón

Terzi, entonces superior de los jesuitas, llamado «el gran apóstol de Milán» por su celo ardiente. Éste, asegurado de su vocación, la puso en relación con mons. Agustín Chieppi, fundador de la Congregación de Hijas de los Sagrados Corazones de Jesús y de María de Parma, quien se mostró dispuesto a acogerla. A partir de este momento, como diría ella después, «quedó todo hecho».

Desde pequeña los parientes la habían visto «piadosa, serena, virtuosa, juiciosa, ajena a la ligereza y a la vanidad», y, aunque su madre la incitara continuamente a la vida mundana queriendo hacer de ella una artista por sus cualidades para el canto, había ido resistiendo con enorme fortaleza, aunque con tristeza y angustia. Pero desde que ante el cuadro de la Virgen sintiera deseos de ser santa, aun no sabiendo qué era la santidad, comenzó a percibirse un verdadero cambio en su vida. En 1909 escribía así a su director espiritual:

> «Aquel germen de deseo de santidad que percibía desde niña [...] se hizo sentir vehementemente [...]. Jesús en el Sacramento y la querida Virgen María eran el amor de mi pobre amor».

Su deseo de abrazar la vida religiosa obviamente no fue bien visto por su familia, y, aunque era aún menor de edad, dada la firmeza de su decisión y que permanecer allí no hubiera sido favorable para ella, las religiosas ursulinas y mons. Chieppi la ayudaron a salir de su casa. El 30 de agosto de 1887 Eugenia huía de ella sin advertir a su madre, pasaba la noche en el convento de las ursulinas, quienes, además, la proveyeron de lo necesario, y al día siguiente entraba en el postulantado de las Hijas de los Sagrados Corazones, en Parma. Una sola explicación: «El deseo de hacerme santa; esto es todo. Un ardor intenso me quemaba; sólo aseguro que hubiera caminado sobre ascuas» (Relación al director espiritual en 1910). Segura de su elección, respondía a quienes le preguntaban por qué no se había quedado con las ursulinas: «El Señor me ha querido aquí», sin dar más explicaciones. Seguramente actuó, entre otras razones, la de ausentarse de Milán, para estar más lejos de su familia.

Aunque, evidentemente, entró en la Congregación con el aire de la vida mundana que había llevado hasta entonces, de día en día se iba mostrando más servicial con todas y dispuesta a las tareas más bajas, laboriosas y humildes. Comenzó también a ser

muy precisa en la observancia de sus obligaciones y exquisita en el ejercicio de la caridad. Según confesaba ella misma después, la presencia paternal, afectiva y decididamente educadora del fundador la movía a la práctica de la virtud.

El 26 de agosto de 1888, bien cumplidos los 21 años de edad, empezaba su etapa de noviciado. Casi tres años después, el 10 de junio de 1891, emitió su primera profesión religiosa, en manos del fundador, y la profesión perpetua el 1 de junio de 1894. Entre estas dos fechas, el 7 de septiembre de 1891 moría mons. Chieppi, el fundador. Las religiosas quedaron un poco desconcertadas, ayudando ella a la comunidad con su serena confianza. Pero también Eugenia sintió de corazón esta pérdida, quedándose —son sus palabras— «como un pájaro sin saber dónde posar». Empezó entonces a dirigirse con don José Parma, quien, salvo una breve etapa, la ayudó espiritualmente hasta su muerte, siendo fidelísima a sus orientaciones.

La congregación de las Hijas de los Sagrados Corazones de Jesús y de María era en ese momento una pequeña pero muy armónica y espiritual familia religiosa. Desde 1871 tenían casa madre en Parma, desde 1886 un colegio de artesanas en la misma ciudad, y acababan de iniciar, también en Parma, el «Instituto de la Providencia», con 12 alumnas. Como centros filiales contaban con dos pequeños Hospitales, el de Sissa y el de Fontanellato, donde atendían a enfermos, pobres y ancianos. También asistían a enfermos en su domicilio, cuando se lo pedían las familias. Era superiora general la M. Ana Melchora Zinelli, muy virtuosa y rica de mente y de corazón. Orientada por el fundador, se dedicaba al bien de las religiosas y de las alumnas. Todas vivían una entrañable devoción al Corazón de Jesús y al de María y ejercitaban gran celo apostólico, especialmente con los pobres. Eugenia hizo el número 30 de esta pequeña familia religiosa. La constituían 17 hermanas —cuatro habían muerto—, 7 novicias y una postulante.

Al comienzo, encargaron a la joven hermana de un grupo de internas que tenían en la casa madre, dedicándose con gran entusiasmo a la formación moral, cultural y profesional de estas jóvenes. También afloró pronto en ella su amor y ternura por los niños, así como su cariño y generosidad para con los enfer-

mos y ancianos. Su predilección por las obreras la llevó a ensayar con ellas formas de cooperativismo en la gestión de sus trabajos y a orientarlas hacia actividades artesanales de utilidad.

Espiritualmente vivió la actitud expresada en un acto de confianza en la Santísima Virgen compuesto por ella misma el 13 de marzo de 1894, unos meses antes de su profesión perpetua:

> «Os ofrezco todo, María, para mayor gloria de Dios y —por obediencia— para negar mi propia voluntad. Este propósito, querida Madre María Santísima, quiero renovarlo en cada latido de mi corazón, en cada respiro de mis pulmones».

En septiembre de 1894 fue elegida para formar parte de un Capítulo especial para elaborar el proyecto de una nueva constitución, y en 1896 recibió el encargo de redactar la biografía del fundador, con base en los documentos que pudiera reunir. Fue un trabajo cuidadosamente realizado, de gran trascendencia para ella y para la congregación. No se dio entonces a la imprenta, sino que sirvió de base para la vida de mons. Agustín Chieppi publicada por don José Parma en 1923 (Tipografía Fresching), considerada fuente primaria.

Nuevos encargos dieron prueba de sus habilidades y de su generosa entrega a los demás. En 1890 fue nombrada directora de música y canto y profesora de francés, y el 1 de enero de 1900 se la designaba 5.ª consejera general del pequeño Consejo de gobierno de la Superiora general, M. Ana Marcelina Massera.

Singular conocedora del carisma de la fundación, el 5 de septiembre de 1905 fue nombrada maestra de novicias, cargo que desempeñó con prudencia y sabiduría. Gozó de gran respeto y confianza por parte de las personas que tenía a su cargo, y su presencia atenta y delicada las animaba a la práctica de la virtud. Muy arraigada en el espíritu del fundador, y con singular empeño en transmitírselo a todas las hermanas, trabajó mucho para elaborar un programa con contenidos fundamentales y organizar internamente el noviciado.

La preparación y participación en el Capítulo especial de 1910 y haber sido nombrada en 1908 secretaria de la congregación y confirmada en el mismo cargo en enero de 1911, le parecía incompatible con llevar adelante la adecuada formación de

las novicias, no por el trabajo que le suponía, sino por no poder dedicar a las jóvenes el tiempo que consideraba necesario. Con sencillez, humildad y firmeza expuso su situación, que solucionaron nombrándole una vice-maestra, que asumió la responsabilidad del noviciado a comienzos de 1911, quedando la M. Ana Eugenia como secretaria, archivera y consejera. En este tiempo escribió la obra *Breves consideraciones sobre la devoción de las Hermanas a los Sagrados Corazones.*

Pero duró muy poco esta situación, porque el 19 de junio del mismo año 1911 fue elegida superiora general, cargo que aceptó por obediencia. Entonces es cuando se comprometió con voto a cumplir «con perfección serena y tranquila y con alegría serena los deberes de superiora para gloria de Dios, para el progreso de la congregación y el cumplimiento heroico del divino querer» (Nota al director espiritual, junio de 1911).

Durante su gobierno desarrolló una acción iluminadora, prudente, muy comprometida, como para ser considerada en cierto sentido la organizadora del Instituto, a pesar de la I Guerra Mundial que tanto incidió en aquel contexto concreto.

Promovió a toda costa la unión de las hermanas y la adecuada aplicación de la Regla; organizó con diligencia la vida religiosa y de comunidad; procuró la aceptación del pasado y la adecuación a las exigencias presentes; se ocupó extraordinariamente de la formación cultural de las hermanas para el mejor ejercicio de su apostolado en la sociedad, creando una revista, organizando semanas culturales y cuanto pudiera ayudar a su mejor preparación, e insistió en la unión y comunión de todas para la mayor eficacia de la acción apostólica. Son suyas estas palabras:

> «Llevaremos a cabo esta gran tarea con la fuerza del amor. El amor nos unirá en un solo corazón y una sola alma. El amor purísimo de Jesús consuma en nosotras todo lo que no es Él; el amor recíproco entre nosotras y por nuestro prójimo sea tal que nos lleve a estar dispuestas a inmolarnos la una por la otra, hasta dar la última gota de sangre por nuestro hermano» (Carta circular, 4-7-1911).

Precisamente en 1914, año inicial de la I Guerra Mundial, se cumplían los cincuenta años de la fundación. El 16 de abril habían sido trasladados los restos del fundador desde el cemente-

rio comunal a la capilla de la casa madre, y el 10 de mayo fue recibida en audiencia privada por el papa Pío X, con quien mantuvo una «cordialísima conversación sobre la congregación, su espíritu y sus obras» (Carta circular, 25-5-1914).

La circunstancia bélica puso bien de manifiesto su temple espiritual y su heroica caridad. Ella misma, y todas las Hermanas, se ofrecieron a las autoridades para asistir a los heridos en los hospitales públicos y, con el mismo fin humanitario, abrió en 1915 «Salas de custodia» para los hijos de los militares en Mezzano Inferiore y en la casa madre; un internado anexo al hospital de Sissa y «Salas de trabajo» en Noceto y en la casa madre, todo ello en la ciudad y provincia de Parma.

Cumplido el sexenio de su elección, el 19 de junio de 1917 debía haberse convocado un Capítulo general de la congregación para nuevas elecciones, pero el obispo mons. Conforti emitió un decreto el 10 de mayo por propia voluntad derogando el cumplimiento de la Regla y confirmando los cargos existentes hasta el final de la guerra. Ella tuvo que continuar, por tanto, como superiora general.

La M. Ana Eugenia siempre fue muy probada en la salud, teniéndose que someter a difíciles y dolorosas intervenciones quirúrgicas, hasta sufrir la amputación del pie derecho, con los métodos rudimentarios del momento, el 19 de febrero de 1919. Soportó dolores increíbles siempre con la sonrisa en los labios, demostrando una fortaleza verdaderamente heroica. No solía hablar de sus males, haciendo no sólo actos de aceptación del sufrimiento, sino eligiéndolo con decidida voluntad. Su aspiración constante, como expresaba en una carta a su director espiritual, era «sufrir, callar, inmolarse. Inmolarse en el cumplimiento del divino querer».

Terminada la guerra, fue reelegida superiora general el 6 de noviembre de 1919, aunque puso la objeción de su salud. Afectada, además, de tisis ósea, continuó, sin embargo, realizando sus trabajos y obligaciones con heroica fortaleza. La definen como de «invencible paciencia»; «trabajaba y rezaba sin interrupción»; «no sólo no se lamentaba sino que se sentía alegre», incluso cuando «su cuerpo estaba reducido a dar pena, con dolores continuos, aumentados por las llagas de la postración».

Siempre estaba «con el ánimo tranquilo, con el rostro continuamente dispuesto a la sonrisa».

Mientras Eugenia soportaba pacientemente su enfermedad, el 17 de marzo de 1920 moría su madre, Adelaida del Corno. A comienzos de 1921 se agravó ella seriamente, y el 22-23 de enero de 1921 recibió el viático y la unción de los enfermos, renovando la profesión religiosa en manos de su obispo mons. Conforti. Pudo rehacerse después y continuar durante algunos meses su trabajo, en medio de los más duros sufrimientos. Tenía el deseo de sentir en sí los dolores de Cristo crucificado y, al final de su camino, se expresaba de este modo:

> «Anhelar y vivir el martirio para la conversión y la salvación de las almas de todo el mundo; ser cooperadores con Cristo y socios de su Pasión y tener sus mismos sentimientos; obrar con las mismas intenciones en el amor y en el dolor [...] He aquí la vida de esta alma hasta que Jesús la tome para unirla a sí por la eternidad. *Deo gratias*» (Nota al director espiritual en 1921).

La Beata Ana Eugenia era persona inteligente, equilibrada, fácil para seguir los consejos de quienes la ayudaban en su vida espiritual y deseosa siempre de la mayor perfección. En su ansia de santidad, llegó a la heroica actitud de renunciar a toda consolación divina y humana para asemejarse mejor al Señor, ofrecido como víctima por la salvación del mundo. No deseaba más que cumplir la voluntad de Dios y tenía la certeza de que en su misericordia llegaría a ser santa. Repetía con frecuencia: «La santidad no es egoísmo de consolaciones, sino heroísmo de obras virtuosas». Vivió siempre con sencillez, alegría y humildad, con gran fervor, en clima heroico de amor a Dios y de disponibilidad para con el prójimo. Demostró gran fortaleza cristiana en sus continuas pruebas de salud, sobre todo en las del final de su vida, que acabaron tempranamente con su existencia, a los 54 años de edad.

El 7 de septiembre de 1921, aniversario de la muerte del fundador, el siervo de Dios mons. Agustín Chieppi, moría santamente en Parma la M. Ana Eugenia. El 9 se celebraron sus funerales solemnes en la Iglesia abacial de San Juan, parroquia de la casa madre, y luego se la enterró en la capilla de la congregación del cementerio. Se exhumaron sus restos el 7 de septiem-

bre de 1946, veinticinco aniversario de su muerte, y se trasladaron a la casa madre.

Poco más de un año antes, el 17 de junio de 1945, había comenzado su causa de canonización. Ya en 1937 prestigiosas autoridades eclesiásticas habían solicitado a la superiora general del momento que incoara esta causa, pero no pudo iniciarse por la II Guerra Mundial. El 14 de enero de 1947 fueron presentadas en la Congregación de Ritos de Roma las actas del proceso diocesano, pero algunas cuestiones pendientes detuvieron el desarrollo de la causa, que se retomó en 1960. Realizadas las pericias oportunas, el 18 de febrero de 1989 fue reconocido el ejercicio heroico de las virtudes de la sierva de Dios y el 20 de diciembre de 1999 tuvo lugar la publicación del decreto sobre el milagro atribuido a su intercesión. Fue beatificada por el papa Juan Pablo II el día 7 de octubre de 2001.

La vida de la Beata Ana Eugenia Picco es una prueba evidente de la acción de la gracia en circunstancias adversas. Forjó una gran santa en una difícil niñez y juventud, y animó su heroica caridad a lo largo de una existencia marcada por la cruz de su frágil salud en un ambiente muy crítico.

MARÍA ENCARNACIÓN GONZÁLEZ RODRÍGUEZ

Bibliografía

ALOYSIA, P., *Vita della serva di Dio madre Anna Eugenia Picco* (Parma 1946).
BRIZZOLARA, T., *Eugenia: quasi un diario...* (Parma 1983).
— *Vita spirituale e dinamismo apostolico in Eugenia Picco, 1867-1921* (Roma 2002).
CONFORTI, G. M., *Le Piccole Figlie dei Sacri Cuori di Gesù e di Maria* (Parma 1980).
PARMA, G., *Anima Candida. Lineamenti biografici e di vita interiore della Madre Anna Eugenia Picco* (Subiaco 1928).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN CLODOALDO

Presbítero († 560)

Clodoaldo o Cloud era hijo del rey franco Clodomiro y nieto de Clodoveo y de Santa Clotilde. Cuando su padre murió en el curso de una batalla en 524, él y sus dos hermanos quedaron

bajo la tutela de su abuela. Pero su ambicioso tío Childeberto planeó y realizó la masacre de sus dos hermanos mayores y a ella escapó milagrosamente Clodoaldo. Llegado a la edad adulta, se abstuvo de cualquier reclamación respecto a la dignidad real que pudiera pertenecerle y en su lugar optó por la vida eclesiástica, ordenándose sacerdote, como lo narra San Gregorio de Tours. Pasó la vida en paz dedicado a su ministerio y buenas obras. El sitio donde vivió se llama hoy Saint-Cloud. Su muerte fue alrededor del 560 y su memoria se celebra el 7 de septiembre.

SAN ESTEBAN DE DIE

Monje cartujo y obispo († 1208)

Nació hacia el año 1150 en Châtillon-les-Dombes, cerca de Lyón, en el seno de la noble familia de ese nombre. Educado esmeradamente, desde muy joven mostró su inclinación a la piedad y a las buenas obras, llevando una juventud pura y austera. Maduró su vocación religiosa e ingresó en 1175 en la cartuja de Portes-en-Burgey, donde se acreditó por sus muchas virtudes y la comunidad le eligió como su prior, siendo su gobierno prudente y santo, volcado en hacer de todos los monjes un solo corazón y una sola alma. Vacó en 1202 la sede episcopal de Die y el prior cartujo fue elegido para ocuparla, pero se negó firmemente hasta que se recurrió al papa Inocencio III, el cual decidió que el monje se consagrara obispo y Esteban hubo de obedecer. Se propuso ser un obispo modelo. Asistía al coro con los canónigos, se esforzaba en la predicación y el cuidado pastoral de sus diocesanos y no dejaba de pedir a todos con gran constancia el incremento de la vida cristiana así como la observancia y santificación del día del Señor, tema en el que insistía en sus predicaciones en la catedral. Volvía a veces a su amada soledad de la cartuja para templar su espíritu y tomar fuerzas para su tarea pastoral. Santamente, como había vivido, murió el 7 de septiembre de 1208. Aunque se pensó en su canonización, fue el culto popular el que floreció en torno a su memoria, permitiendo Pío IX su memoria litúrgica a la diócesis de Die y a los cartujos.

BEATOS TOMÁS TSUJI, LUIS MAKI Y SU HIJO JUAN

Mártires († 1627)

El día 7 de septiembre de 1627 el P. Tomás Tsuji y otros dos cristianos japoneses, Luis y Juan Maki, fueron conducidos a la colina de los Mártires de Nagasaki donde los tres fueron atados a sendos postes. Una numerosa concurrencia de japoneses y extranjeros presenciaban la ejecución. Entre ellos estaba el apóstata Feizó, ahora subgobernador de Nagasaki, y que cuando el P. Tomás fue arrestado lo reconoció. El sacerdote no dejaba de animar a sus compañeros de martirio, pidiéndoles que fueran fieles al Señor y que no se hicieran indignos de la vida eterna por conservar la vida temporal. Les recordó la pasión del Señor y lo mucho que Jesús padeció por nosotros. Seguidamente los tres cristianos fueron quemados vivos.

TOMÁS TSUJI había nacido en Sonogi, una población de la isla japonesa de Kyushu, se calcula que el año 1571, en el seno de una familia de la nobleza. Parece que su familia no era cristiana pero sí simpatizaba con el cristianismo y por ello encomendó el muchacho a los jesuitas de Arima para su educación. Se convirtió al cristianismo e ingresó en la Compañía de Jesús en 1589, haciendo los estudios y ordenándose sacerdote. Se granjeó pronto fama de magnífico predicador pero su temperamento fogoso chocó con algunos miembros de la comunidad cristiana y, por ello, de Nagasaki lo trasladaron a Hakata. Y entonces (1614) llegó el edicto expulsando a los sacerdotes del Japón y abriendo la persecución contra el cristianismo. Tomás y otros ochenta jesuitas se vieron obligados a salir del país y se trasladaron a Macao, donde estuvieron cuatro años. Más tarde, no pocos misioneros decidieron volver clandestinamente a Japón para no dejar sin asistencia pastoral a las comunidades cristianas. Por ello el P. Tomás volvió a Japón en 1618 disfrazado de mercader. El ser japonés favorecía su disfraz pues podía pasar efectivamente por un japonés más. Por eso él podía moverse libremente durante el día mientras que los misioneros europeos tenían que hacer su apostolado de noche. Utilizando diferentes disfraces pudo hacer una buena labor. Pero la fiereza de la persecución pesaba tanto sobre él que se sentía desanimado por el enorme trabajo y los enormes peligros, y entonces pidió que le

dispensaran de sus votos y se salió de la Compañía de Jesús. Se arrepintió enseguida y pidió su reingreso pero éste quedó condicionado a su conducta subsiguiente. Durante seis años estuvo a prueba y pudo superar su depresión y cobrar ánimos. Por fin, en 1626 fue readmitido en la Compañía de Jesús y destinado a Nagasaki.

Aquí le esperaba el martirio. Luis Maki y su hijo adoptivo Juan, éste de veintisiete años, vivían en Nagasaki, conscientes del peligro de ser cristianos pero decididos a seguir siéndolo en cualquier circunstancia. Y cedían de buena gana su casa para las celebraciones religiosas y para albergar a sacerdotes. El día 22 de julio de 1626 ambos habían invitado al P. Tomás a que celebrara en su casa la misa de Santa María Magdalena, y el sacerdote acudió. Un espía lo reconoció y dio aviso a las autoridades que llegaron a la casa cuando ya el P. Tomás estaba nuevamente vestido de seglar. No hallaron pruebas pero se llevaron al jesuita a la presencia del citado Feizó que enseguida lo reconoció, y entonces el P. Tomás confesó su identidad. Inmediatamente arrestaron a los Maki, padre e hijo, que fueron acusados de dar cobijo a un sacerdote. Los tres fueron llevados a la terrible cárcel de Omura donde pasarían toda clase de penalidades. Los familiares de Tomás lo visitaron repetidamente en la cárcel pidiéndole que se salvara apostatando, pero Tomás se mantuvo firme. Los otros dos presos, igualmente, confesaron la fe con valor y abordaron con entrega a Dios el martirio. De Omura fueron oportunamente llevados a Nagasaki y aquí fueron martirizados según quedó arriba expresado.

Los tres fueron beatificados por el papa Pío IX el 7 de julio de 1867.

BEATOS RANDULFO CORBY Y JUAN DUCKETT

Presbíteros y mártires († 1644)

JUAN DUCKETT era pariente del Beato Santiago Duckett, martirizado en 1602. Nació en Underwinder, Yorkshire, en 1613. Marchó a estudiar al colegio inglés de Douai y se ordenó sacerdote en 1639. Pasó varios años en París ampliando estudios y luego pasó a Inglaterra en 1643, donde pudo trabajar apostóli-

camente casi un año, hasta que fue arrestado el 2 de julio de 1644 cuando procedía a bautizar a unos niños. Como se le encontraron el ritual y los santos óleos, le fue difícil negar su condición de sacerdote, aunque al principio lo intentó. Pero se dio cuenta de que admitirlo aliviaría la situación de sus familiares y amigos; al hacerlo fue enviado a Londres junto con el jesuita Randulfo Corby.

RALPH CORBY había nacido en Maynooth, Dublín, en el seno de una familia inglesa de Durham, adonde regresó cuando Ralph tenía cinco años. Su familia era muy religiosa y tanto sus padres como sus hermanos terminarían eligiendo la vida religiosa. Él pasó a Flandes, estudió en St. Omer y luego en Sevilla y Valladolid e ingresó en la Compañía de Jesús en Watten, donde profesó en la Orden. Hechos los estudios, se ordenó sacerdote en 1631 y volvió a Inglaterra en 1632. Pudo desarrollar su labor apostólica a lo largo de doce años en la zona de Durham. Un día cuando estaba celebrando la santa misa fue arrestado en Hamsterley Hall, cerca de Newcastle. Aquí estuvo detenido hasta su traslado a Londres.

Ambos sacerdotes fueron enviados a la prisión de Newgate en espera del juicio. Los jesuitas intentaron liberarlo canjeándolo por un inglés apresado en Alemania. Pero Ralph propuso que el canjeado fuese su compañero Duckett que era más joven y podía dar más juego en el apostolado. Al final el canje no se llevó adelante. Llevados a juicio, ambos confesaron la fe y fueron sentenciados a muerte. Los dos se abrazaron cuando el 7 de septiembre de 1644 fueron llevados al lugar de la ejecución, la plaza de Tyburn. Fueron ahorcados hasta morir antes de ser descuartizados.

Ambos fueron beatificados el 15 de diciembre de 1929 por el papa Pío XI.

BEATOS CLAUDIO BERNABÉ LAURENT DE MASCLOUX Y FRANCISCO D'OUDINOT DE LA BOISSIÈRE

Presbíteros y mártires († 1794)

El 7 de septiembre de 1794 murieron agotados de sufrimientos y miserias en los pontones de Rochefort dos ejemplares sacerdotes que, habiéndose negado a prestar el juramento constitucional, habían sido condenados a la deportación de Francia y llevados al citado puerto, donde fueron dejados morir. Damos sus datos personales.

CLAUDIO BERNABÉ LAURENT DE MASCLOUX había nacido, seguramente, el 11 de junio de 1735, día en que fue bautizado. El lugar de su nacimiento fue Dorat. Otros miembros de su familia fueron también insignes eclesiásticos. Se ordenó sacerdote el año 1759 y fue nombrado canónigo de la colegiata de su ciudad natal, lo mismo que dos hermanos suyos. Llegada la Revolución, se negó a prestar el juramento constitucional y sufrió la supresión de los cabildos. El Consejo general del distrito de Dorat ordenó la detención de los hermanos Laurent y de otros muchos sacerdotes el 14 de mayo de 1793, todos los cuales fueron llevados a Limoges y detenidos en La Visitación, desde donde más tarde Claudio fue llevado a La Règle. Todos sus bienes, muebles e inmuebles, le fueron confiscados. Condenado a la deportación, partió con sus hermanos para Rochefort el 25 de febrero de 1794. Aquí fue embarcado en Les Deux Associés y murió en la isla Madame en la noche del 6 al 7 de septiembre de 1794. Afrontó la muerte con calma y resignación.

FRANCISCO D'OUDINOT (o DOUDINOT) DE LA BOISSIÈRE nació el 3 de septiembre de 1746 en Saint Germain de Masseré, diócesis de Limoges. Tras tonsurarse en Limoges en 1761 siguió sus estudios en Toulouse, donde obtuvo el grado de doctor y siendo diácono se le dio una canonjía en Saint-Germain. Era también asesor eclesiástico del Parlamento de Burdeos. Se negó a jurar la constitución civil del clero y a prestar el juramento de libertad-igualdad. Arrestado por orden del Departamento en Saint-Germain, fue llevado a Limoges, primero a La Visitación y luego a La Règle. Reducido a la pobreza, solicitó ayuda, pero el 25 de febrero de 1794 salía para Rochefort. Embarcado

en Les Deux Associés, muere el 7 de septiembre de 1794 y es enterrado en la isla Madame. Persona virtuosa, sensata, erudita, buen jurista, se consagró al servicio de los enfermos en Rochefort hasta que él mismo sucumbió. Pidió confesar cuando se vio tan grave y deseó que se le hablara de la vida eterna.

Ambos presbíteros fueron beatificados el 1 de octubre de 1995 por el papa Juan Pablo II.

BEATA ASCENSIÓN DE SAN JOSÉ DE CALASANZ LLORET MARCOS

Religiosa y mártir († 1936)

El 11 de marzo de 2001 fueron beatificadas por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939, un grupo de veinticuatro Carmelitas de la Caridad de las comunidades de Cullera y Valencia. No todas murieron el mismo día y en el mismo lugar: las 9 hermanas de la «Comunidad de Cullera», el 19 de agosto en El Saler (cf. *Año cristiano. Agosto,* p.684-700); las 12 de la «Casa de la misericordia de Valencia», en el Picadero de Paterna el 24 de noviembre; otras dos, junto a una madre de familia, el 24 de septiembre en el cruce Benicalap-Campanar (cf. *infra);* y una más en Tabernes de Valldigna el 7 de septiembre.

Ésta es la Beata Ascensión de San José, cuya pasión se conmemora hoy, y cuya biografía queda reseñada el día 19 de agosto, adonde remitimos.

8 de septiembre

A) MARTIROLOGIO

1. Fiesta de la Natividad de la Bienaventurada Virgen María **.
2. En Roma, la conmemoración de San Adrián, mártir, que padeció en Nicomedia de Bitinia (fecha desconocida), y a quien el papa Honorio I dedicó como iglesia la Curia del Senado.

3. En Alejandría (Egipto), santos Fausto, Dío y Ammonio († 311), presbíteros y mártires.

4. En Bagrevand (Armenia Mayor), San Isaac († 438), obispo *.

5. En Roma, la deposición del papa San Sergio I († 701) **.

6. En Freising (Baviera), San Corbiniano († 725), obispo *.

7. En Pébrac (Auvernia), San Pedro de Chavanon († 1080), canónigo regular *.

8. En Pésaro, del Piceno (Italia), Beata Serafina Sforza († 1478), viuda, monja clarisa *.

9. En Valencia, Santo Tomás de Villanueva († 1555), obispo, de la Orden de Ermitaños de San Agustín **.

10. En Durham (Inglaterra), beatos Tomás Palaser, presbítero, Juan Norton y Juan Talbot († 1600), mártires bajo el reinado de Isabel I *.

11. En Cartagena (Colombia), San Pedro Claver († 1654), presbítero, de la Compañía de Jesús, cuya memoria se celebra mañana.

12. En Nagasaki (Japón), beatos Antonio de San Buenaventura, franciscano, Domingo Castellet, dominico, presbíteros ambos, y sus compañeros: Domingo de Nagasaki, franciscano, Tomás de San Jacinto y Antonio de Santo Domingo, dominicos, Lucía Luisa, viuda, Juan Tomaki y sus hijos Domingo, Miguel, Tomás y Pablo; Juan Imamura, Pablo Sadayu Aybara, Román Aybara y su hijo León; Santiago Hayashida, Mateo Álvarez, Miguel Yamada y su hijo Lorenzo; Luis Higaski y sus hijos Francisco y Domingo († 1628), todos ellos mártires *.

13. En Marsella, Beato Federico Ozanam († 1853), padre de familia y miembro de las Conferencias de San Vicente de Paúl **.

14. En Almería (Andalucía), beatos José Cecilio (Bonifacio) Rodríguez González, Teodomiro Joaquín (Adrián) Sainz Sainz y Evencio Ricardo (Eusebio) Alonso Uyarra († 1936), Hermanos de las Escuelas Cristianas, mártires *.

15. En Alcoy (Alicante), Beato Marino Blanes Giner († 1936), padre de familia, mártir *.

16. En Paterna (Valencia), Beato Ismael Escrihuela Esteve († 1936), padre de familia, mártir *.

17. En Villarreal de los Infantes (Castellón), Beato Pascual Fortuño Almela († 1936), presbítero, religioso franciscano, mártir **.

18. En Buñol (Valencia), beatas Josefa de San Juan Ruano García y María Dolores de Santa Eulalia Puig Bonany († 1936), vírgenes, de la Congregación de Hermanas de los Ancianos Desamparados, mártires **.

19. En el campo de concentración de Dachau (Baviera), Beato Adán Bargielski († 1942), presbítero y mártir *.

20. En las canteras junto a Gross-Rosen (Alemania), Beato Ladislao Bladzinski († 1944), presbítero, de la Congregación de San Miguel Arcángel, mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

NATIVIDAD DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA

Al nacer María, la linda hija de dos israelitas estériles, llegó al mundo la «luz», aquella que se había ocultado en el jardín de las Delicias.

Traía la niña un mensaje de «redención» que no guardaría oculto en su alma. Ella lo había de depositar en aquel a quien después le diera la vida.

La Iglesia quiso destacar en la lista de sus conmemoraciones la festividad del nacimiento de María. Y fue instituida la fiesta para recordar a los cristianos la singular predestinación de la Madre del Salvador. María anunció al mundo un nuevo gozo y en la liturgia del día, en el himnario de maitines, se exclama: «Nace María, salud de los creyentes, y su nacimiento es verdaderamente salvación de los que nacen».

El día 8 de septiembre el santoral nos habla de la entrada de la Virgen en el mundo, y en nosotros se despierta una gran curiosidad, razonable, al fin y al cabo, por saber detalles de su nacimiento.

Los evangelistas, de quien María fue su guía, nada dicen en concreto de la Natividad. Cristo absorbió toda su preocupación. Dando a conocer al Hijo, de rechazo, dieron a conocer a la Madre. Sólo nos cuentan pasajes y divagaciones de este día glorioso los evangelios apócrifos, sobre todo el *Protoevangelio de Santiago,* uno de los libros de más difusión en los primeros siglos del cristianismo. Más tarde hacen estudios acerca de este punto San Epifanio, San Juan Damasceno, San Germán de Constantinopla, San Anselmo, San Eutimio, patriarca de Constantinopla, y todos los teólogos medievales, así como los santos y mariólogos de los siglos más cercanos.

Pero los evangelios canónicos guardan «silencio». «Silencio» alrededor de ella. Dios ha comenzado la obra, él la terminará. Ése será en todo momento el «sello» de la Virgen. La Madre de la «palabra eterna» nació en el «silencio».

No obstante, algo se sabe por lo que la tradición nos va conservando.

María nació de Joaquín y Ana, dos israelitas ancianos. Fue de sangre real y de estirpe sacerdotal, así lo repite la antífona de la misa de la Natividad.

Ana era hija del sacerdote Mathán y de María. Tenía dos hermanas: María, que se casó en Belén y dio a luz a Salomé, y Sobe, que engendró a Isabel, la madre del Bautista.

Algunas narraciones afirman que los padres de María eran ricos y poderosos, como correspondería al linaje de los hijos de David. Según narra el *Protoevangelio,* Joaquín era rico y pagaba duplicados los impuestos de la ley. Mas esta afirmación de su desahogo económico no parece probable teniendo en cuenta que aquella estirpe regia se había sumergido en una existencia obscura y no quedaban del solar de Belén, patria de David, ni restos de grandeza. Sus habitantes se habían diseminado por la Judea y la Galilea, en donde buscaron medios propios de vida. David, muerto desde hacía nueve siglos, había dejado muchos hijos que se repartieron todo. Su gloria era casi únicamente la promesa del Mesías.

Según consta en los evangelios canónicos, María perteneció a la estirpe de David y tenía como antepasados a Leví y Aarón. Conforme a la bendición que Jacob hizo a Judá, la «flor» saldría de esta familia reducida, pero regia, pues Joaquín venía de Barpanther, descendiente de Natham.

No puede apoyarse la opinión de los escritores apócrifos que afirman que los padres de la Virgen no eran sólo ricos, sino opulentos y hasta aseguran que sus ascendientes rigieron toda la Palestina. Eran pobres, porque de lo contrario no habrían consentido que su hija se casase con un artesano. Después de casada, María no tuvo medios de fortuna; vivió del trabajo de su esposo, que era carpintero. Tampoco encontraron albergue en Belén la noche de su llegada, con ocasión del empadronamiento, porque no tenían amigos ni siquiera medianamente acomodados a los que acudir, cosa que hubiesen aceptado dados los momentos especiales por los que ella pasaba.

Joaquín y Ana fueron los padres de María, y la genealogía, basada en registros públicos conservados en Jerusalén, que San Lucas inserta en su evangelio (3,23-38), parece ser la de María, así como la que ofrece San Mateo (1,1-17) corresponde a San José, como cabeza de familia.

Dice San Juan Evangelista que la Virgen tuvo una hermana, que permaneció junto a ella en la cruz. Se llamaba María y era esposa de Cleofás. Otros autores hablan de que no era hermana carnal sino política, o porque Cleofás era hermano de San José, o porque ella misma era hermana de San José. Además, resulta raro que las dos llevaran el mismo nombre.

Algunos autores estudian los nombres de Joaquín y Ana y aseguran que no eran los verdaderos, sino que fueron simbólicos. Mas la tradición afirma que eran sus verdaderos nombres y que Ana quiere decir «gracia» y Joaquín «preparación del Señor».

Se distinguieron los padres de la Virgen por su piedad y santidad de vida. Dada su misión, convenía que floreciesen en toda clase de virtudes y así lo fue en realidad. La conducta íntegra de estos esposos destacaría, aún más, en aquellos momentos en que Israel era un centro de corrupción y escándalo. El reinado de Herodes llevó un sello de depravación y falta de piedad hasta en los ambientes judíos.

El matrimonio vivía feliz, con una sola pena, la de carecer de hijos, bendición de un hogar israelita. Cuenta la tradición que Joaquín fue rechazado del templo cuando presentaba su ofrenda y sólo a causa de su esterilidad. El judío Rubén se enfrentó con él y le dijo: «Tú no tienes derecho a presentarte el primero en el templo con tus ofrendas, puesto que no has producido retoño de Israel». Consultó Joaquín los «anales de las doce tribus» y se cercioró de que desde Abrahán todos los justos de Israel habían tenido sucesión. Se retiró al desierto con el corazón oprimido y allí le consoló un ángel con la divina promesa de una hija maravillosa.

También Santa Ana vivía triste; todo cuanto se presentaba a sus ojos con fecundidad le hacía pensar en su ultraje; hasta que un día el ángel del Señor le dijo: «Ana, Ana, el Señor ha escuchado tus ruegos; concebirás y darás a luz y en todo el mundo se hablará de tu descendencia». Ana respondió: «Por la vida de mi Dios y Señor, lo que yo tuviere, sea un hijo o una hija, lo entregaré en ofrenda al Señor mi Dios».

Estas versiones parecen verosímiles, dice San Juan Damasceno, «porque no iba a faltarle a la Virgen una prerrogativa de la

que disfrutaron muchos santos antes de su nacimiento, entre ellos el mismo precursor San Juan Bautista».

Así quedaba palpable el que María había sido engendrada por la gracia celestial, que ayudaba a la naturaleza impotente, y con un milagro se iniciaban todos los que más tarde iban a sucederle.

María fue concebida natural y prodigiosamente. Esto último por haber sido concebida de hombre anciano y de mujer estéril. Fue concebida como lo hubieran sido los hijos en el estado de inocencia, esto es, sin movimiento de la concupiscencia, y nació como hubieran nacido los hijos en dicho estado, es decir, sin que su madre sintiera los dolores del parto, los cuales, aunque naturales en sí, fueron pena del pecado. Dios, en el estado felicísimo en que crió a nuestros primeros padres, eximió a Eva de tales dolores, exención que perdió para sí y para todos sus descendientes al infringir la Ley divina.

Por lo que respecta a los padres de la Virgen, estaba muerta en ellos la voluptuosidad y usaron del matrimonio movidos de amor de Dios y no de la concupiscencia, y agrega en su libro Santa Brígida: «Porque mejor hubieran querido morir que usar del matrimonio con amor carnal». San Bernardo, en su *Tratado de María,* centra bien el problema y afirma: «Hay que rechazar el que la Virgen fue engendrada con un ósculo de paz —como quieren asegurar algunos— y no por cópula conyugal. Nadie diga esto porque sería inaudito».

Convenía que trajera, por generación, origen de Adán para que pudiera decirse que el Hijo de Dios era de condición humana. Si María hubiera nacido de madre virgen, podría decirse que la suya no era carne humana, sino cosa diferente, y sería difícil probar la humanidad de Jesús. Santa Ana no fue virgen. Su concepción tuvo lugar por generación seminal. Se realizó mediante el concurso de hombre y mujer. La sombra fecundante del Espíritu Santo vino después *a ella,* pero no *con ella.*

En el origen del mundo, según dice el Génesis (1,2): «El espíritu de Dios se movía en las aguas, las fecundaba y proporcionaba las simientes». Lenguaje solemne que refleja la grandeza de la obra que iba a cumplirse: la creación. Esa sombra fecundante, ese espíritu de Dios actuará de nuevo. Sólo espera escu-

char un «sí», el de la niña que ahora nace, y comenzará otra gran obra: la redención.

El nacimiento de María fue proporcionado a su concepción. Nació de una manera natural, en cuanto a lo substancial del nacimiento, y de una manera prodigiosa, en cuanto a ciertas circunstancias.

María quedó sujeta en su nacimiento a la ley natural. El momento quiere expresarlo sor María de Jesús de Ágreda en *Mística ciudad de Dios* con estas palabras:

> «Santa Ana, postrada en oración, pidió al Señor la asistiese con su gracia y protección para el buen suceso de su parto. Sintió luego un movimiento en el vientre, que es el natural de las criaturas para salir a la luz. Y la dichosa niña María al mismo tiempo fue arrebatada por providencia y virtud divina, en un éxtasis altísimo, en el cual, absorta, abstraída de todas las operaciones sensitivas, nació al mundo sin percibirlo por el sentido, como pudiera conocerlo por ellos si, junto con el uso de razón que tenía, los dejaran obrar naturalmente en aquella hora. Pero el poder del muy alto lo dispuso de esta forma para que la Princesa del cielo no sintiese la naturaleza de aquel suceso del parto» (Parte 1.ª, lib.I, n.326).

La bienaventurada Virgen no proporcionó dolor alguno a Santa Ana en el momento de nacer. No puede imaginarse que aquel nacimiento que había de llenar de alegría y gozo a todo el mundo empezase con el dolor de una madre. Y así, en este caso de la venida de esta Niña Redentora, Dios derogó la pena impuesta a la mujer.

El gran amante de María, San Bernardo, quiere convencernos de esta posibilidad recordando que si algunos santos nacieron sin causar dolor a su madre, ¿cómo no es de creer que esta gracia se le otorgase a la Santísima Virgen? *(Tratado de la Virgen,* 2).

Reconstruyendo la escena del nacimiento saltan hasta nosotros estos momentos de inmensa alegría. ¡Qué gozo tomar entre los brazos el cuerpecito de María! Debió ser inefable encontrarse con ella hecha carne. Los ancianos padres llorarían de dicha. Esta niña, que se parece físicamente a las otras, que aparentemente es incapaz de hablar y casi de abrir los ojos, que sólo sonríe dulcemente, es la madre del Mesías, del Salvador del mundo. Lo que aquellos ancianos saben es que es «la hija de la

promesa», y Ana sobre todo se siente orgullosa de recoger aquel fruto que también la hace grande a ella a los ojos de su Señor.

Su nacimiento, el más grande de la historia de todos los siglos, se ha realizado con la sencillez y ternura que acompañará su vida.

Su cuerpo fue perfecto. Fue creada con la perfección natural, con aquella con la que pudieron nacer los hijos inocentes de Adán. Por lo tanto nació con la perfección de sus órganos.

Santo Tomás dice:

> «A nadie le parecerá peregrino que se afirme que si ella no empezó a hablar inmediatamente después de nacer y a usar de todos sus órganos corporales, manifestándose como una criatura que gozaba del uso perfecto de todas las potencias, fue porque era providencia divina que apareciese ante los hombres, al menos por entonces, como criatura ordinaria».

Un cuerpo proporcionado en sus miembros debía acompañar a un alma perfectísima. Aquella niña era hermosa. Sus facciones proporcionadas y su cuerpo bello. Si Jesús, según canta el salmista, «fue el más hermoso de los hijos de los hombres», ¿por qué no admitir lo mismo en favor de su Madre? De la extraordinaria belleza de Jesús es lógico deducir la extraordinaria belleza de María.

> «No hay duda —dice Hugo de San Víctor— de que el fuego del amor divino, allá donde ella intervenía, se manifestase en todo su exterior de modo que, poseyendo una pureza angelical, angelical era también su rostro».

Su alma fue perfecta. Desde que nació tuvo uso de razón y plena libertad. Si Dios no ha negado a la Santísima Virgen gracia alguna de las que ha concedido a las criaturas, no puede negarse que María tuvo uso de razón y libre albedrío desde el instante de su concepción. Dotada de tal facultad adquirió inmediatamente el conocimiento de Dios, y por tanto, con un simple deseo de su albedrío se lanzó con todo el afecto de su corazón hacia él, cumpliendo un acto perfectísimo de amor. De este modo, mediante su acción personal, se dispuso a su propia santificación.

El Evangelio nos habla de este uso de razón en Juan el Bautista. Y si a él se lo dio, ¿le negaría Dios algo que le era debido a su dignidad? ¿Permitiría que su Madre fuese inconsciente de lo

que el Altísimo obra en ella? ¿No es lógico que desde el primer instante se ofreciese a Dios como corredentora?

Recibió plenitud de gracias en el instante de su concepción. Dios al crearla olvida la medida. Si la Santísima Virgen tuvo el uso de razón y la libertad desde el momento de su concepción, es lógico que tuviera *ciencia* y, lo que es todavía mejor, que en ocasiones tuviera *visión beatífica.*

Hay muchas opiniones sobre esta *visión beatífica,* pero coinciden los teólogos en que le fue concedida varias veces: al nacer, en la Encarnación, y en la Resurrección de Jesús.

En cuanto a la *ciencia infusa per se,* le fue dada de una manera habitual y permanente. Así se explica que desde que nació y durante toda su infancia tuvo uso de razón acerca de las cosas divinas; que su alma desde su creación no interrumpiese sus actos de amor de Dios, y que aun durante el sueño tuviese altísima contemplación.

También tuvo *ciencia infusa per accidens,* que es perfeccionamiento de la anterior, ya que la tuvo Adán desde su nacimiento y habitualmente. Recibió, infusas, desde su concepción, las virtudes morales naturales, las cuales necesitan para su perfeccionamiento de las virtudes intelectuales naturales.

De la ciencia adquirida dicen los teólogos que, teniendo uso de razón desde el momento de su concepción pasiva, sus facultades sensibles se pondrían al unísono con las facultades intelectuales y desde que nació empezó a adquirir ciencia con su propio trabajo.

Desde su concepción hasta la de su Hijo no cometió *tampoco pecado mortal ni venial.* Para algunos autores no fue confirmada en gracia, es decir, hecha impecable, hasta que tomó carne en sus entrañas el Verbo divino, y para otros desde su concepción fue confirmada en el bien y en la gracia.

La Santísima Virgen no tuvo *imperfección voluntaria* desde su nacimiento, ya que ésta tiene parentesco con el pecado venial, y jamás lo cometió. Y en cuanto a las imperfecciones morales involuntarias, debidas a la irreflexión o la ignorancia, si no tuvo *fomes peccati,* tampoco puede decirse que las tuvo.

Fue exenta del *pecado original* desde el primer instante de su concepción y recibió, por consiguiente, la gracia santificante. La

«gracia» actuó en su alma y la preparó para la divina maternidad. Ni los ángeles ni los santos recibieron en su concepción más gracias. Jamás amó Dios a nadie como a Ella, y como Él da tanta bondad como amor tiene a una persona, a María le dio más que a ninguna.

La Virgen María recibió, en su concepción, más gracia que la gracia final que recibiera cualquier ángel o cualquier santo. Algunos mariólogos divagan sobre este punto, pero considerando que la gracia está en razón directa de la unión con Dios, de las relaciones que se tienen con Él, verdadera fuente, ¿cabe unión más íntima y estrecha que la de Dios y María? Recibió en su primera santificación todas las *virtudes infusas y dones del Espíritu Santo:* la fe, la esperanza y la caridad, así lo dice el concilio Tridentino, y lo mismo sucede con las «virtudes morales».

Respecto a dónde nació María, la opinión más común es que Joaquín y Ana vivían en Jerusalén. Su patria anterior fue Séforis (la actual Saffuriye), siete kilómetros al norte de la solitaria Nazaret. Su casa distaba como unos treinta metros de la piscina Betesda, tan frecuentada por Jesús y en la que curó al paralítico. No es cierto que naciera la Virgen en Nazaret, donde luego estuvo. Los Padres antiguos llamaban a María «Virgo ierosolymitana».

Ciertamente «no fue su cuna de madera de cedro, ni de entarimado de ciprés, ni trono de oro sobre columnas de plata» como se habla de la esposa del Cantar de los Cantares. Su cuna fue sencilla, pero digna y mecida por un verdadero amor.

Santa Ana esperaba el momento con ansiedad. El nacimiento de un niño en Palestina era un acontecimiento feliz, pero interrumpía por poco tiempo las labores domésticas de la madre. Asistían en este trance a la madre unas mujeres especializadas, como sucede todavía hoy.

Cuando la Virgen naciera se la atendería como ordenaba la Ley. El *Talmud* dice que lo que más les gusta a los niños es un baño de agua caliente. Según Feldman, en un estudio sobre las costumbres palestinianas, después del baño se frotaba a la criatura con sal y se la envolvía en unos lienzos. La sal se empleaba por sus propiedades antisépticas, aunque esto no se reseña en el *Talmud.* Así la sal hacía que la piel se le pusiera más espesa y só-

lida. Algunos autores antiguos hablan de un masaje con bicarbonato y sosa que hacían espuma, pero no parecen confirmarlo las costumbres hebreas. Inmediatamente de estar limpio el niño venía un masaje con aceite y la asistenta de la madre le daba a la criatura unos masajes en la cabeza con el fin de que tuviera buena forma. También usaban una hierba llamada «anibe yenuka», con la que se limpiaba la boca del infante. Las vendas eran indispensables para enderezar el cuerpo delicado del recién nacido.

Cuenta E. W. Heaton en su historia la costumbre israelita de que las mujeres amamantasen a sus hijos, aunque en ocasiones, y si la familia era rica, les ponían una nodriza, que entraba a formar parte del círculo familiar.

No lo dicen expresamente los Evangelios, pero Santa Ana sería atendida por las mujeres de su familia y la niña María bañada, espolvoreada con sal, recubierta de aceite y envuelta en vendas. Estamos seguros que así se la presentaron a su madre, que lloraría de gozo.

A falta de representación histórica los artistas han interpretado a su modo el nacimiento. La expresión plástica más antigua aparece en el siglo XI. Es una miniatura que data del año 1025 en un códice griego de la Biblioteca Vaticana. Aparece Santa Ana recostada en un lecho y San Joaquín con su hija en brazos. Durante la Edad Media fue devoción de los pintores representar este momento histórico; así lo hicieron Giotto, en una capilla de Padua, y algunos artistas en los mosaicos de Santa María in Trastévere, de Roma. Los pintores del Renacimiento de todos los países le dedican tablas a la Natividad de María. Una de las más hermosas es la de Filippo Lippi, que adornó el fondo de su *Madona y el Niño* con el nacimiento de María, cuadro que se encuentra hoy en la galería Pitti, de Florencia.

Para enaltecer el lugar de la Natividad de la Virgen se levantó en Jerusalén un templo llamado Santa María de la Natividad, que cambió más tarde su nombre por el de Santa Ana. En 1856 el sultán se lo cedió a Francia y fue restaurado por Napoleón III y encomendado a los padres misioneros de Argel. El papa León XIII concedió el privilegio de decir todos los días dos misas votivas en aquel santo lugar, en honor de la Inmaculada Concepción y de la Natividad de María.

Se desconoce cuándo pasó la Virgen a vivir a Nazaret. Tal vez a la muerte de sus padres, bien en sus desposorios con San José o con ocasión de algún acontecimiento familiar.

Lo cierto es que en Jerusalén, cabeza del pueblo israelita y centro codiciado del mundo romano, fue engendrada María, y nació en la pequeña casa próxima a la piscina. Así lo refiere la tradición y así lo apoya San Juan Damasceno, el mayor admirador de María.

La Iglesia honró siempre con magnificencia la Natividad de la Virgen. En la liturgia ocupaba lugar destacado. La razón por la cual su fiesta fue fijada para el 8 de septiembre se ignora. Su origen, como el de todas las fiestas mayores marianas, se encuentra en Oriente, probablemente en Palestina.

El *Protoevangelio de Santiago,* de fines del siglo II, da algunos detalles. San Agustín habla en sus escritos de que no existía en su tiempo una fiesta litúrgica particular dedicada a este acontecimiento. Poco después, en el concilio de Éfeso (431) y en el de Calcedonia (451), se hace una referencia. El *Martirologio jeronimiano* lo inserta en sus páginas y traduce, claramente, la profunda razón teológica de esta celebración. Muchos sermones patrísticos orientales exaltan el nacimiento de María y también los más grandes poetas litúrgicos bizantinos. Por San Andrés de Creta la fiesta del nacimiento es una verdadera tradición.

En Roma penetró la fiesta hacia la mitad del siglo VII, junto con la de la Purificación, Anunciación y Asunción de María, por obra de los monjes orientales que en tal época emigraban en masa de las regiones caídas bajo el yugo mahometano.

Sergio I (687-701) estableció que la fecha de conmemoración fuese distinta y se celebrara una solemne procesión desde la Curia Senatus a Santa María la Mayor, de Roma.

En la misa propia se leía al principio la historia de la Visitación, sustituida en seguida por la genealogía que ahora figura. La lección varió con San Pío V.

Por lo que se refiere a la difusión de la fiesta fue lenta y desigual. Durante el cónclave, después de la muerte de Gregorio IX, los cardenales insistieron con el nuevo Papa para que instituyese la octava de la fiesta, cosa que realizó después Ino-

cencio IV, con la aprobación del concilio de Lyón. Gregorio XI instituyó una vigilia con ayuno, pero cayó pronto en desuso.

En el ciclo mariológico la Natividad de María no es fiesta de precepto. La Iglesia nos invita a meditar este suceso para traer cada año un frescor marial y el buen olor del «capullo en la casa del rey David».

Dios realizó una obra maestra con su Madre; «la llenó de gracia», hizo que penetrase en ella todo lo divino: en su alma por todas sus facultades, en su cuerpo en todos sus miembros y sentidos. La *plenitud* fue el acento vigoroso con el que ella empezó a existir y la santidad se hizo en su vida temporal de fidelidad y de entrega a Dios y a los hombres.

Para María somos todavía niños que aspiran a la vida de la gracia. Y esta vida de Dios puede aumentar en nuestra alma hasta el último instante de la vida. Si nos dejamos formar, hará de nosotros nuevos Cristos, será otra vez «Madre de los hombres».

CARMEN ENRIQUE DE SALAMANCA

Bibliografía

ALASTRUEY, G., *Tratado de la Virgen Santísima* (Madrid [4]1956).
ROSCHINI, G. M., *Instrucciones marianas* (Madrid [2]1963).
SÉNÉGAS, L., *La Vierge-Mère d'après l'Évangile* (París 1952).
• Actualización:
ANA CATALINA EMMERICH (Bta.), *Vida de María Madre* (Madrid 1999).
CALERO, A. M., *María en el misterio de Cristo y de la Iglesia* (Madrid 1990).
MARÍA JESÚS DE ÁGREDA, *Mística ciudad de Dios. Vida de María* (Madrid 1970; imp. 1992).
MARTÍNEZ FERNÁNDEZ, L., *Las doce estrellas de la Mujer del Cielo* (Madrid 2002).
PASARELLI, G., *El icono de la natividad de la Madre de Dios* (Madrid [r]1992).
POZO, C., *María, nueva Eva* (Madrid 2005).
SOCIEDAD MARIOLÓGICA ESPAÑOLA, *¿Quién es la Virgen María?* (Madrid 1982).
WILLAN, F. M., *Vida de María, la madre de Jesús* (Barcelona [14]1988).

SAN SERGIO I

Papa († 701)

En la lista de los papas aparece detrás de Conón, que había regido la Iglesia solamente durante los años de 686 y 687. Eran tiempos difíciles por la desunión mostrada entre los distintos

estamentos de las iglesias orientales. Las noticias que tenemos de San Sergio son bastante limitadas e incluso discordantes.

Ya el lugar de su nacimiento es motivo de desacuerdo, porque algunos lo ponen en la misma Armenia. Parece más probable, sin embargo, que naciera en Sicilia, aunque el origen familiar fuera sirio por el traslado de la familia a la ciudad de Palermo, donde nacería Sergio, hijo de un pequeño comerciante llamado Tiberio, educado inicialmente en el mismo Palermo.

Posiblemente fuera trasladado a Roma durante el pontificado de San Adeodato I. Siguió los estudios eclesiásticos, recibiendo las sagradas órdenes incluido el sacerdocio. Muy amante de los estudios y, sobre todo, de la música y del canto, fue encomendado para que le instruyese al prior de los cantores de la cámara del Papa.

Después de haber pasado por todos los grados de la jerarquía eclesiástica, San León II, en el año 682, le otorgó la púrpura cardenalicia en el orden de los sacerdotes. Esta situación le posibilitó ser elegido papa tras la muerte de Conón, el día 15 de diciembre del año 687.

Su elección a la silla pontificia se vió ensombrecida con la elección de otros dos aspirantes, que se le anticipaban: el archidiácono Pascual y el arcipreste Teodoro, auspiciados por parte de algunas facciones populares que los aupaban queriendo colocarlos en la misma sede pontificia. Incluso Pascual había llamado en su auxilio a Juan Platina, exarca de Rávena, al que prometió cien libras de peso en oro si conseguía quedar vencedor. Las cosas se agudizaron hasta el punto de que los partidarios de Teodoro se apoderaron de una parte del palacio de Letrán y Pascual de otra, de manera que, tan cercanos, se hallaban a punto de llegar a las armas, cuando el cónclave nombró papa a Sergio.

La discordia había durado muy poco, porque la mayoría del pueblo, la mayoría del clero y los oficiales del ejército se pusieron del lado de Sergio hasta colocarlo en el mismo palacio de Letrán reconquistado por los militares. Pascual, el más reticente a abdicar de sus pretensiones, fue recluido por la fuerza en un monasterio, mientras Teodoro supo aceptar voluntariamente la sumisión al verdadero pontífice.

Fue entonces cuando Sergio pudo gobernar en paz con la aprobación del exarca de Rávena, Juan Platina. Sería éste su primer compromiso: recomponer la división existente entre la Iglesia romana y la Iglesia armena. Algo que le reportaría otro serio disgusto.

Tuvo un durísimo enfrentamiento con el emperador Justiniano II, que, para complementar los anteriores del 553 y 680, había convocado en su palacio personal de Constantinopla, sin el consentimiento del papa, un concilio, que por eso se le conocería con el nombre de *quinisextum*. Ni Sergio ni sus obispos fueron invitados y, sin embargo, se le entregaron 102 proposiciones elaboradas en las reuniones para que las aprobara. Lógicamente el papa se negó, por lo que Justiniano irritado mandó que lo detuvieran, enviando para ello a Roma a sus militares capitaneados por Zacarías, protospatario o capitán de su guardia personal, quien debía conducirlo por la fuerza a Constantinopla.

El hecho conmocionó a todos hasta el punto de producirse un levantamiento general en todas las provincias cercanas a Rávena, la Pentápolis y Roma, cuyos ejércitos indignados salieron en defensa del Papa. Tan fracasado intento marcó el final de la soberanía de Justiniano II, que fue destronado, mutilado y mandado al exilio, mientras el papa Sergio quedaba definitivamente instalado y consolidado en su poder, proclamado además como señor de Italia. La bondad de Sergio salvó de una muerte segura al mismo capitán Zacarías, al que, estando a punto de ser linchado por las masas encolerizadas, el pontífice lo escondió en su propio palacio.

Las tesis rechazadas por el papa Sergio no eran sólo un acto de autoritarismo personal de sus enemigos sino que entrañaban pretensiones tan significativas como las del celibato eclesiástico voluntario y sobre todo preparaban el camino para la hegemonía, al menos compartida, de la iglesia oriental, ya que comparaba e igualaba a la iglesia de Constantinopla con la de Roma.

Entre los recuerdos que aún sobreviven del papa Sergio, está la introducción del *Agnus Dei* en el canon de la misa y la potenciación de fiestas marianas a lo largo del año eclesiástico para los misterios de la Anunciación, Natividad, Purificación y Asunción al cielo. Cerró definitivamente la cuestión de los tres

capítulos del concilio de Calcedonia, referida a la doctrina eutiquiana. Como nota litúrgica se le adjudica ser el introductor del incienso en los oficios eclesiásticos al mandar hacer una cazoleta de oro con columnitas, para que durante la celebración del santo sacrificio de la misa se quemasen perfumes.

Entre los hechos apostólicos relevantes se halla el bautismo de Ceadwalla, rey de los sajones orientales o bretones, bautizándolo él personalmente y que, como muriese muy pronto, fue enterrado en la basílica de San Pedro. También logró que el patriarca de Aquilea y sus sufragáneos volvieran a la Iglesia de la que se habían separado por ignorancia.

Durante los casi trece años de su pontificado ordenó noventa y seis obispos, diez y ocho sacerdotes y cuatro diáconos.

Se conservan de él una epístola dirigida a Cleofride, abate inglés, y algunos decretos atribuidos por determinados escritores.

Murió el 7 de septiembre del año 701 y su cuerpo fue enterrado en la iglesia de San Pedro. El *Martirologio romano* señala su culto el 8 de septiembre, fecha en que lo seguimos celebrando.

JOSÉ SENDÍN BLÁZQUEZ

Bibliografía

CASTELLANOS DE LOSADA, B. S. (dir.), *Biografía eclesiástica completa. Vidas de los personajes del Antiguo y Nuevo Testamento, de todos los santos... papas y eclesiásticos célebres...*, XXVI (Madrid 1866) 944s.

PAREDES, J. (dir.), *Diccionario de los Papas y los Concilios* (Barcelona 1998).

SANTO TOMÁS DE VILLANUEVA

Obispo († 1555)

Existen en la historia apelativos que acompañan inseparablemente a determinados nombres y que nos adentran en la raíz de la personalidad de muchas figuras: el Cruel, el Magnánimo, el Grande, el Piadoso. Tomás de Villanueva fue justamente bautizado, ya en el acta de canonización, con el de *Limosnero.* A la hora de hacer el saldo final de una vida humana, nada hay, en definitiva, tan glorioso como el haber dejado en el mundo una estela de bondad. Un 8 de septiembre de 1555 moría en su arzobispado de Valencia en medio de la máxima pobreza y des-

prendimiento. Su gesto final fue de generosidad extrema. Se distribuyeron en dos jornadas cinco mil ducados de limosna por mandato del santo prelado: «Dense prisa —decía casi agonizante—, por que no quede ni un céntimo; no me esté en casa ese dinero». Hasta la cama en que iba a morir se podía decir prestada, pues la había regalado a un criado que no estuvo presente en el reparto de muebles entre sus servidores.

El corazón noble es a su vez limosna que recibimos del cielo. Éste fue generoso con Tomás de Villanueva, quien ya desde su infancia hizo gala de tiernas entrañas para con el pobre, desprendiéndose largamente de sus dineros, meriendas y vestidos. Pero el cielo le hizo ese favor por caminos llanos y sencillos. Me refiero al clima familiar, sosegado y pródigo, y particularmente al influjo recibido de su santa madre. Los santos tienen apellido, con todo lo que esto significa, aunque los apellidos los ennoblezcan y dignifiquen las personas que los llevan. Tomás García y Martínez de Castellanos, nacido en los campos de Montiel, en Villanueva de los Infantes, respiró con profundidad el calorcillo aromático del molino familiar, pero más aún su atmósfera acogedora para el necesitado. El molino puede ser una casa de usura o casa de misericordias y hogar de santos. No en vano el pan, dádiva humilde y humana, es el símbolo irreemplazable de la caridad.

Pero aquel hijo de molineros que naciera un 1488 estaba llamado a ser él mismo pan, que, con la misma naturalidad con que se da éste, se diera a sí mismo en su siglo glorioso. Sus bienes raíces serían su ciencia y doctrina, su gobierno paternal de la Orden agustina, con su continuado desgaste en la sede valenciana.

Limosna fue su breve magisterio en la cátedra de artes de Alcalá. Dios reclamaba su persona, y, secundando su llamada, ingresó en los agustinos de Salamanca a sus veintiocho años, tomando el hábito el año 1516. Escasa fue su participación en la tarea magisterial y en el campo de la cultura. Mas, alimentado con la palabra de Dios y con la de santos como San Agustín, San Bernardo y Santo Tomás, y considerando el saber humano desde la alta atalaya de la sabiduría sabrosa de Dios, nos legó como testamento cultural aquella preciosa frase:

> «Enorme fatuidad la de quienes pretenden resplandecer mucho con la lámpara de la cultura desprovista del óleo de la caridad. Sólo

el ungido penetra los arcanos del universo [...] Noche y día andamos enfrascados en los libros [...] Dejamos el cultivo de la piedad para lo último. ¡Oh si estimásemos tanto el aceite como la lámpara! Queremos resplandecer, lucirnos como Lucifer, pero no arder. Creedme, amantes de la cultura: si queréis brillar, ungíos y compungíos íntimamente».

Limosna fue la predicación encendida del fraile de rostro moreno y ascético, de ojos oscuros y melancólicos. El pueblo de Salamanca, la abigarrada turba de universitarios, nobles y magistrados, hasta Carlos V con su corte, escucharon con regalo a quien creía lo que predicaba y predicaba lo que vivía. Su legado espiritual nos llega a nosotros en los seis tomos de sus sermones, que son voces de su alma.

Limosna fue el gobierno de su Orden, al que le levantó su cultura y su celo a pesar de normas contrarias. Prior por duplicado en Salamanca, Burgos y Valladolid. Provincial también dos veces de Castilla y Andalucía. Comisario, visitador y reformador de sus hermanos. Quiso levantarlos con su palabra y su ejemplo al culto litúrgico, noble y hermoso, al estudio continuado y a la caridad perfecta.

Limosna fue, en fin, larga y copiosa, su paso por la sede de Valencia. Arrastrado por fuerza a tan señera cima, entró en la ciudad el 1 de enero de 1545. Vivió en austeridad, con hábitos pobres, que remendaba por su mano. Todo era sobrio y desnudo en su casa: el dormitorio, el despacho, la comida. «Yo soy pastor, y, como tal, me debo enteramente a mis súbditos», era su lema. Para satisfacción de esta deuda de caridad, entregó a los suyos su doctrina y su palabra, su consejo, su solicitud penosa, todos sus dineros y su persona toda. Predicó continuamente. Se acercó a cárceles y hospitales. Visitó las parroquias de la ciudad y del arzobispado. Clamó contra los abusos, corrigió a los descaminados, satisfizo por ellos con su penitencia. Gimió mucho ante Dios pidiendo más luz y fuego para la Iglesia.

Cristo, María y los sacramentos eran fuentes de su espíritu. La confianza en Dios, la reforma personal y la oración inflamada, los cauces del mismo. Y como vivencia suprema de esta total entrega, su consagración absoluta al pueblo en admirable ejemplo de caridad. A su casa, siempre abierta al pobre, acudían centenares de necesitados; los propietarios, según él, de las rentas del ar-

zobispado, de las que él era sólo tesorero. Al incalculable cuento de ducados que esparció a voleo y sin tasa a familias menesterosas y a doncellas casaderas, añadió él la recogida de niños expósitos y el sustento de sus nodrizas, la creación de un cuerpo de médicos y cirujanos que asistiesen a los miserables y la fundación de un seminario en que se educasen los futuros sacerdotes.

«Amad, ¡oh ricos!, a los pobres, hermanos vuestros, redentores vuestros». La vida es red inextricable en que unos a otros mutuamente nos empujamos o distraemos de la salvación. Tomás de Villanueva fue limosnero pródigo de dineros, de consuelo, de doctrina, de ejemplo. En cada pormenor echó todo su hombre de adentro. Por eso dejó un vacío sin límites al morir santamente un 8 de septiembre de 1555. Pero, elevado a los altares en 1618, su dulce figura continúa por siempre —como lo pintan los artistas— benignamente inclinada hacia las miserias humanas. San Agustín, su padre en el espíritu, nos habla de los «ricos pobres» y de los «pobres ricos». Porque no son las cosas, sino las almas, las que se encierran en egoísmo despreocupado o se abren mansamente a la misericordia. «La caridad cubre la muchedumbre de los pecados», dice la Escritura santa (1 Pe 4,8). Pero, cuando en limosna damos la vida completa en unos borbotones de sangre o derramada suavemente como aceite, hemos llegado a la plenitud del amor (Jn 15,13) y podemos llamarnos con gozo verdaderos hijos de Dios (1 Jn 3,1s).

Fue beatificado el 7 de octubre de 1618 por el papa Pablo V; y canonizado el 1 de noviembre de 1658 por Alejandro VII.

JOSÉ IGNACIO TELLECHEA IDÍGORAS

Bibliografía

CAPÁNAGA, V., *Santo Tomás de Villanueva* (Madrid 1942).

Obras de Santo Tomás de Villanueva. Sermones de la Virgen María y obras castellanas. Introducción biográfica, versión y notas de S. SANTA MARTA, OSA (Madrid 1952).

SALÓN, M., OSA, *Vida de Santo Tomás de Villanueva* (Valencia 1588).

TOMÁS DE VILLANUEVA (Sto.), *Opera omnia,* 6 vols. (Manila 1881).

• Actualización:

CAMPOS Y FERNÁNDEZ DE SEVILLA, F. J., *Santo Tomás de Villanueva. Universitario, agustino y arzobispo en la España del siglo XVI* (San Lorenzo del Escorial 2001).

LIJN CHÁFER, A., *Santo Tomás de Villanueva. Una vida al servicio de la iglesia* (Madrid 1998).

TURRADO TURRADO, A., *Santo Tomás de Villanueva. Maestro de teología y espiritualidad agustinianas* (Madrid 1995).

BEATO FEDERICO OZANAM

Seglar y padre de familia († 1853)

Quiso Juan Pablo II que la catedral de Notre Dame, testigo de las conferencias de Federico Ozanam en la cuaresma de 1835, lo fuera también de su ceremonia de beatificación, el 22 de agosto de 1997, celebrada en el marco de la XII Jornada Mundial de la Juventud de París. El Papa recordó en su homilía que en aquella misma catedral había intervenido el nuevo beato «con el objetivo de permitir a los jóvenes recibir una instrucción religiosa renovada frente a las grandes cuestiones que interpelan su fe». Y definió a Ozanam como un «hombre de pensamiento y de acción», un «modelo de compromiso valiente» para los universitarios —profesores y alumnos— de nuestro tiempo, «capaz de hacer comprender una palabra libre y exigente en la búsqueda de la verdad y en la defensa de la dignidad de toda persona humana».

Pero no fueron aquellas conferencias cuaresmales, en las que participó con el padre Lacordaire, las que marcaron su biografía de cristiano resuelto, sino la asociación de las Conferencias de San Vicente de Paúl, fundada en 1833 con un grupo de amigos, que tenía por finalidad ayudar a los pobres con espíritu de servicio y comunión. El ejemplar compromiso de San Vicente de Paúl con los necesitados, una estrecha vinculación con otras instituciones vicentianas y especialmente con sor Rosalía Rendu, Hija de la Caridad, fueron los desencadenantes para que Federico Ozanam y sus compañeros orientasen su vida al servicio de los pobres en el barrio parisino de Mouffetard. Sor Rosalía les animaba a que fueran amables y cariñosos con los más necesitados y les convencía de que «el amor es el primer regalo para los pobres». Aquellos principios despertarían en Ozanam el deseo de «abrazar al mundo entero en una gran red de caridad».

La vida breve de Federico Ozanam —sólo llegó a cumplir 40 años— es la biografía intensa de un apóstol de la caridad, de un precursor de la doctrina social de la Iglesia, de un sincero buscador de la verdad. Oriundo de una familia judía de Lyón, su padre, Juan Antonio Ozanam, había participado como oficial de caballería del ejército de Napoleón en la campaña de Italia.

Al casarse en 1800 con María Nantas, hija de un rico sedero lionés, vive el matrimonio sucesivamente en Lyón, París y Milán, ciudad esta última en la que terminó sus estudios de medicina en 1810, a los 37 años, y donde ejercía como médico cuando nació Federico Ozanam, el 23 de abril de 1813.

En 1816, a raíz de la caída de Napoleón y de quedar Milán, con toda la región lombarda, bajo el imperio austríaco, la familia Ozanam regresa definitivamente a Lyón, donde Federico pasaría el resto de su infancia. A partir de los nueve años ingresó como alumno en el Colegio Real y a los trece —el 11 de mayo de 1826— recibió la primera comunión. En aquella primera etapa escolar se encontró con un ambiente de fuerte indiferencia religiosa que acabó influyéndole y ocasionándole una honda crisis espiritual. Era el paso problemático desde una fe adolescente a una fe adulta, aunque en este caso agudizada por el entorno estudiantil. En aquellos momentos, el joven Ozanam, estudiante de bachiller, encontró en el padre Noirot, su profesor de filosofía, la ayuda necesaria para superar con bien esta encrucijada.

Acabado el bachillerato e inducido por su padre, se decide a seguir los estudios jurídicos. Después de permanecer durante un año en Lyón con un procurador judicial se marcha en 1830 a París a cursar derecho en la Sorbona. Francia estaba todavía convulsionada por la revolución de julio de 1830, la de los Tres Gloriosos, que había desposeído de su trono a Carlos X. Con la venida de Luis Felipe se acaba la unión entre el trono y el altar, situación que en un principio no era del agrado de Federico Ozanam, aunque posteriormente vería las ideas republicanas con mejores ojos. Con todo, él llevaría una vida entregada al estudio y echando en falta la cercanía de su familia. Estudia derecho con todo el empeño, pero como también se sentía atraído por la literatura, se matricula en la facultad de letras y sigue al mismo tiempo las dos carreras.

Las consabidas dificultades para encontrar alojamiento en el París estudiantil se las vino a solucionar nada menos que el célebre físico André-Marie Ampère. Como el hijo de éste se había marchado al extranjero en viaje de estudios y quedaba libre una habitación en su casa familiar, Federico Ozanam no desaprove-

chó el ofrecimiento que le brindaba el profesor, se instaló en ella y pudo contar y disfrutar de un cálido hogar. Ampère se convirtió, por tanto, en su tutor, y a la vez apadrinó sus contactos con otros importantes intelectuales franceses, como Charles de Montalembert y Víctor Hugo, ambos interesados en el cristianismo social, y con quienes mantuvo frecuentes charlas. Uno de los temas habituales de conversación era el estado de miseria en que se encontraba buena parte de la sociedad francesa, lo que le sirvió al joven Ozanam para conocer la realidad social y, en consecuencia, actuar en cristiano.

Imbuido por este ambiente, escuchando en el colegio Stanislas las interesantes conferencias que pronunciaba el dominico Henri Lacordaire, proseguía Federico Ozanam con brillantez sus estudios universitarios y frecuentaba la amistad de otros jóvenes cristianos. Con ellos fundó el 23 de abril de 1833, en la redacción del periódico *Tribune Catholique,* las Conferencias de San Vicente de Paúl, una asociación en la que se daban la mano fe y caridad. Fue su primer presidente el director de aquel periódico Emmanuel Bailly y vicepresidente el propio Federico. Completaban la Conferencia inicial Auguste Le Taillandier, Félix Clavé, Paul Lamarche, François Lallier y Jules Devaux, todos ellos miembros fundadores. Pronto, con la incorporación del poeta Gustave de la Nou, quedó franca la entrada para todas aquellas personas dispuestas a servir a los pobres, entre ellas Léon Le Prévost, que fundaría más tarde los Hermanos de San Vicente de Paúl.

En 1836, cuando Federico Ozanam obtiene el grado de doctor en derecho, muere en Marsella el profesor Ampère, su tutor, de quien elogia su sencillez, «su caridad afable y comunicativa» y «el pudor del genio que todo lo sabe y tan sólo ignora lo mucho que vale». Regresa entonces Ozanam a Lyón, donde ejerce como abogado, explica Leyes comerciales en aquella universidad y al mismo tiempo se ocupa de la juventud integrada en la Sociedad de San Vicente de Paúl, pero no olvida tampoco su carrera de letras, razón por la que acude regularmente a París para terminarla. A estas alturas, cuatro años después de fundadas, las Conferencias Vicentianas ya cuentan con más de 400 miembros y se extienden con rapidez por París y por otras provincias de Francia.

Federico termina sus estudios de letras en enero de 1839 defendiendo una tesis doctoral sobre la obra de Dante Alighieri. No le queda otro remedio que elegir entre el derecho o la literatura, y se decide por ésta. Como aspira a impartir su enseñanza en la Sorbona, hace oposiciones a una cátedra de literatura comparada y obtiene una agregaduría. Alterna sus clases en la universidad con el servicio a los pobres, el ejercicio del periodismo y la vida política, e incluso presionado por sus amigos se presentó como candidato a diputado en 1848, aunque no resultó elegido.

Dotado de unas cualidades excepcionales, y dispuesto a rendir el ciento por uno en sus trabajos, decide también fundar una familia. En efecto, se casa el 23 de junio de 1841 en la iglesia de Saint Nizier de Lyón con Amélie Soulacroix. A los tres meses de la boda los recién casados hacen un viaje a Italia y son recibidos por Gregorio XVI, el papa misionero con el que Ozanam había colaborado en la Obra de la Propagación de la Fe. Cuando espera el nacimiento de su hija Marie, Federico interpreta los acontecimientos de su vida con perspectiva de fe. En julio de 1844 le dice a su mujer, embarazada de tres meses:

> «Tú sabes, mi bien amada, que la vida es una escuela donde Dios educa a los cristianos: en esta escuela hay años laboriosos, difíciles, con muy pocos recreos, bastantes fatigas, muchas lecciones severas y dificultosas de comprender. Pero tú sabes también que el Maestro es bueno, que las lecciones sólo pretenden que seamos mejores y más perfectos. El presente año es uno de los más instructivos de esta enseñanza que él nos imparte».

Pasaba la vida de Federico Ozanam por su etapa profesional más agradecida, había sucedido en la cátedra de literatura extranjera al profesor Fauriel, se relacionaba con escritores de renombre —como el historiador Ernest Renan o el poeta Alphonse de Lamartine— que lo admiraban, recibía en 1846 la distinción de Caballero de la Legión de Honor al tiempo que las Conferencias de San Vicente alcanzaban la cifra de 9.000 asociados y se extendían con rapidez por diversos países. Pero de pronto se ve obligado en 1847 a suspender sus clases en la Sorbona por motivos de salud. El médico le aconseja que se vaya a vivir una temporada a Italia para aliviarse con su clima.

Los seis meses que permaneció en Italia los dedicó no sólo a fortalecer su salud sino también a investigar en la historia del cristianismo y a fundar nuevas asociaciones vicentianas. Incluso maduró nuevos objetivos para las Conferencias de San Vicente de Paúl, pues la caridad necesitaba de una institucionalización mediante el factor «democracia». «He creído y creo aún —dice— en la posibilidad de la Democracia Cristiana; más aún, no creo en otra cosa, tratándose de política». Y añade: «Persigámosla. Ayudemos al pueblo, no sólo con la limosna que ata al hombre, sino también con nuestros esfuerzos para lograr instituciones que, al independizarlo, lo hagan mejor». Proponía la participación del pueblo en la Administración, la lucha contra el desempleo y la protección de los desposeídos, bajo el lema de «Verdad y moralidad».

Estalló en Francia en 1848 una nueva revolución que trajo consigo el desalojo del rey Luis Felipe y el advenimiento de la República. Muchos católicos vieron con buenos ojos este cambio, pues al menos enmendaría la debilidad del gobierno anterior, entre ellos el profesor Ozanam, que esperaba de aquella revolución un nuevo porvenir social, un desenmascaramiento de la corrupción de una sociedad relajada. Así lo manifestó en el periódico *L'Ère Nouvelle* que fundaron Lacordaire, Montalembert, Lamennais y él en aquella coyuntura. Pero la revolución trajo muchos muertos, heridos y desempleados, lo que precisó la atención, el socorro y la mediación de las Conferencias de San Vicente de Paúl entre los insurrectos. Posteriormente tuvieron que ocuparse de atender a las víctimas de una epidemia de cólera que se extendió por todo París. Fue un tiempo de gran dificultad social que dejó sin trabajo a más de un cuarto de millón de obreros. La respuesta de Ozanam a esta realidad la resumió Juan Pablo II en un párrafo de la homilía de la beatificación:

> «Comprende que la caridad debe impulsar a trabajar para corregir las injusticias. La caridad y la justicia están unidas. Tiene la valentía clarividente de un compromiso social y político de primer orden, en una época agitada de la vida de su país, ya que ninguna sociedad puede aceptar la miseria como una fatalidad, sin que se hiera su honor. Así, podemos considerarlo un precursor de la doctrina social de la Iglesia que el papa León XIII desarrolló algunos años después en la encíclica *Rerum novarum*».

Cuando fue cerrado el periódico *L'Ère Nouvelle* en la primavera de 1849, Federico Ozanam pasó a colaborar en el diario *L'Univers* y a publicar en sus páginas artículos de investigación literaria. A estas alturas de su vida ya había escrito numerosos trabajos sobre el cristianismo en Francia, sobre historia de Europa, una *Vida popular de San Eloy,* patrono de los obreros metalúrgicos, y una buena colección de cartas. Sigue con apasionamiento la vida política francesa y es objeto de ataques por parte del régimen, pero los disentimientos no le hacen violento ni intransigente.

> «Aprendamos —decía— a defender nuestras convicciones sin odiar a nuestros adversarios, a amar a los que piensan diferente». «Nosotros —escribe a un amigo en 1851— no tenemos suficiente fe, queremos siempre el restablecimiento de la religión por vías políticas [...] Y no, no, las conversiones no se hacen con las leyes, sino con las conductas, con las conciencias».

A mediados de mayo de 1852 vuelve a tener serios problemas de salud, se le agrava la tuberculosis, y se ve obligado a renunciar definitivamente a la enseñanza y a obedecer a sus médicos que le aconsejan el internamiento en un sanatorio de los Pirineos, cerca de Pouy. Después solicita al ministro de Instrucción una misión de estudios en Italia para poder así disfrutar de su beneficiosa meteorología. A principios de 1853 parte, con su mujer y su hija, hacia Italia, en lo que sería, pese a su proyecto de estudiar los orígenes de las Repúblicas italianas, un viaje de despedida. En Pisa se sintió mal y redactó un escrito, una oración, que ha quedado como su testamento espiritual. Era el 23 de abril, a los veinte años justos de fundar las Conferencias y el mismo día en que cumplía 40 años. Decía así el texto:

> «Tengo una mujer joven y amada, una niña deliciosa, muchos amigos, una carrera respetable [...] ¿Debo, Dios mío, dejar todos los bienes que tú mismo me has dado? ¿No te basta, Señor, sólo con una parte de sacrificio? ¿Qué debo inmolarte de mis afectos desordenados? ¿No aceptarías el holocausto de mi amor propio literario, de mis ambiciones académicas, de mis proyectos de estudio, en que hay tal vez más orgullo que celo por la verdad? Si vendiese la mitad de mis libros para distribuir lo recaudado a los pobres; o si, limitándome a cumplir los deberes de mi cargo, dedicase el resto de mi vida a visitar a los indigentes, a instruir a los niños... ¿quedarías, Señor, satisfecho, y me concederías la dulzura de

envejecer junto a mi mujer y de completar la educación de mi hija? Tal vez, Dios mío, no quieres. No aceptas esta oferta interesante».

A partir de este momento es ya consciente de que la vida se le va y trata de regresar a París con su familia. Abandonan Italia, desembarcan en Marsella a principio de septiembre y se alojan los tres en un hotel, pero pocos días después, el 8 de septiembre de 1853, con sólo 40 años de edad, muere Federico Ozanam. Una de sus plegarias últimas que escribió terminaba de este modo: «Si estas páginas son las últimas que escribo, que sean un himno a vuestra bondad, Señor». Su amigo el padre Lacordaire contó que al expirar había dicho: «Dios mío, Dios mío, ten piedad de mí». El cuerpo de este «apóstol de la caridad, esposo y padre de familia ejemplar, gran figura del laicado», reposa en la cripta de la iglesia de San José des Carmes de París.

JOSÉ ANTONIO CARRO CELADA

Bibliografía

BELSKI LAGAZZI, I., *Federico Ozanam* (Roma 1982).
CANDELAS ANTEQUERA, M. T., *Federico Ozanam, un seglar comprometido* (Madrid 1997).
CHIEROTTI, L., *Federico Ozanam (1813-1853), uno dei fondatori delle Conference di Carità* (Génova 1993).
D'AMICO, R., «Un padre di famiglia dalla fede ardente e dalla carità inventiva»: *L'Osservatore Romano. Suplemento* (18/19-8-1997).
DES RIVIÈRES, M., *Ozanam. Un sabio entre los pobres* (Salamanca 1997).
JUAN PABLO II, «Homilía en la beatificación»: *Ecclesia* (1997) n.2857, p.28-29.
L'Osservatore Romano (23-8-1997) 6-7.
OZANAM, F., *Cartas* (Buenos Aires 1945).
REPETTO BETES, J. L., *Mil años de santidad seglar* (Madrid 2002).

BEATO PASCUAL FORTUÑO ALMELA

Presbítero y mártir († 1936)

El 3 de marzo de 1886 nace en Vila-real (Castellón) un niño, hijo de Joaquín Fortuño Cabedo y María Gracia Almela Cabrera, un matrimonio de acrisoladas virtudes cristianas, a quien se le impone el nombre del patrono de esta próspera ciudad, San Pascual Baylón. Al día siguiente, recibe las aguas sacramentales en la parroquial de San Jaime Apóstol, donde comulgará por primera vez y recibirá la confirmación. Su familia se distinguía por su piedad y laboriosidad en las tareas agrícolas de su nota-

ble patrimonio. Aprende las primeras letras en el colegio de los padres franciscanos, y pronto surge en su corazón la vocación seráfica. A los doce años ingresa en el seminario menor que la Orden tiene en Balaguer (Lleida), donde estudia las Humanidades. Por ciertos inconvenientes regresa al hogar familiar, donde toma parte con sus hermanos en las numerosas faenas agrícolas que tiene a su cargo su progenitor. A diario asiste a la primera misa en la iglesia conventual franciscana, próxima a su casa, y persiste en su vocación religiosa.

Consigue, finalmente, continuar los estudios en el seminario de Benissa (Alicante), iniciando el noviciado el 18 de enero de 1905 en el convento de Santo Espíritu del Monte (Gilet, Valencia), donde emite su profesión al año siguiente. En el convento franciscano de Ontinyent estudia filosofía y teología, y profesa solemnemente en 1909. La Providencia no le ha dotado de preclara inteligencia, pero su constancia y empeño logran cuanto más anhelaba, la ordenación sacerdotal, que recibe en Teruel el 15 de agosto de 1913. Su rasgo principal será el planificado método a que se somete, logrando un dominio de sí mismo que, junto a su admirable piedad y virtud, le hacen distinguir en los actos de comunidad. Con gran fruto de las almas, se consagra a la predicación y a la dirección espiritual, siendo su primer destino como educador de los seminaristas en el convento-seminario de Benissa. El año 1917 pasa a la casa de Azul (República Argentina), donde permanece durante cinco años, con el admirable ejemplo de paz interior que disfrutaba. Vuelto a España, estuvo, de nuevo, en Benissa, encargado de los seminaristas, a quienes encauza por el camino de la perfección; pasa a Segorbe y, en 1931, es nombrado vicario del convento de Santo Espíritu del Monte. Durante estos años dirige numerosos Ejercicios espirituales y demuestra su altísima vivencia espiritual, logrando la admiración de todos. Hombre de Dios, no desperdicia ni un minuto, descollando por su profunda humildad y su gran afán evangelizador.

En julio de 1936 tiene que abandonar el convento de Santo Espíritu y busca refugio en donde había nacido, en casa de su anciana madre. Aquí prosigue, sin desaliento, su regla conventual, con la misma disciplina de siempre. La familia decide que

pasará más desapercibido si se traslada a un *maset,* una casa de campo familiar, donde puede celebrar a diario, pero pasado un tiempo, consideran que aquel lugar apartado de Vila-real no ofrece demasiada seguridad, y se traslada a casa de su hermana Rosario, que habita en el centro de la ciudad. Los lloros de su madre ante esta despedida, que parece definitiva, reciben el bálsamo de su profunda fe: «No llores, madre, le dice, pues cuando me maten tendrás un hijo en el cielo».

Al mediodía del 7 de septiembre unos milicianos le detienen y lo llevan ante el comité. De allí, a la cárcel, donde encuentra a diversos paisanos, a quienes les dice lleno de fe: «No temáis, el único que derramará su sangre soy yo; estoy cierto de ello». Al marchar de allí, unas horas más tarde, bendice a sus compañeros de cautiverio, y vuelve a repetir: «A vosotros no os pasará nada. Yo sí que no vuelvo». En la madrugada del día 8 de septiembre, día de la Mare de Déu de Gràcia, patrona de Vila-real, el coche que le conduce transita por la carretera de Benicàssim. De pronto, se detiene, y los milicianos le obligan a descender, le ordenan que se desnude, a lo que el religioso se opone, y sus mismos captores le destrozan la ropa, dándole, además, golpes y puñetazos, y profiriendo blasfemias. Intenta cubrir su desnudez ante el sarcasmo de sus perseguidores, que le disparan a quemarropa, pero las balas rebotan en su cuerpo y caen en tierra, con estupor de sus asesinos. «A tiros no me mataréis», les indica. «Debéis emplear un arma blanca», señalando con la mano izquierda el lugar, mientras grita: «¡Padre, perdónales. En tus manos encomiendo mi alma!». Recibe un fuerte golpe en el corazón con un machete y cae en tierra. No tenía ninguna herida en el rostro ni en el torso. Así, desnudo, es enterrado en una fosa del cementerio de Castellón. El 3 de noviembre de 1938 sus restos son inhumados en el panteón de los franciscanos, en el cementerio de Vila-real, en medio de una fervorosa manifestación popular.

El 21 de junio de 1966 se inicia en el arzobispado de Valencia el proceso de beatificación por declaración de martirio del P. Fortuño y otros tres compañeros mártires. En esta oportunidad sus restos son reconocidos e inhumados el 12 de junio de 1967 en la iglesia franciscana de Vila-real, en medio del fervor

de sus paisanos, pues asisten a este acto unas seis mil personas. En 1991 se reanuda la causa, y cumplidos todos los trámites legales en 1994 se entrega la *Positio super martyrio* en la Congregación para las Causas de los Santos. El 20 de diciembre de 1999 el papa Juan Pablo II preside la lectura del decreto del martirio, y el 11 de marzo de 2001 el mismo Santo Padre proclama beatos al padre Pascual Fortuño, padre Plácido García, fray Alfredo Pellicer y hermano Salvador Mollar, junto con otros mártires de la persecución religiosa de 1936 en España.

Mártires franciscanos de la Seráfica Provincia de Valencia

La Seráfica Provincia de Valencia, una de las ocho que la Orden tiene en España, contaba con trece casas en 1931, pero apenas implantada la Segunda República, al producirse en mayo de este año la quema de conventos, tuvo que abandonar los de Benigànim y Cullera (Valencia) y Agres y Cocentaina (Alicante). De los cuatro edificios conventuales mencionados se habían incautado las autoridades locales, obligando a los frailes a abandonarlos. Con el triunfo en febrero de 1936 del Frente Popular se produce la clausura de Benissa y Pego (Alicante) en el mes de abril, y el 12 de mayo del colegio y convento de Carcaixent (Valencia) que son incendiados por las turbas. Además, se les prohíbe quedarse en la población. Estas lamentables e injustas órdenes motivan que en el convento de San Lorenzo de Valencia, residencia oficial de los superiores mayores de la Seráfica Provincia de Valencia, se fueran reuniendo los frailes de los conventos clausurados. Pero, con todo, lo peor estaba aún por venir.

Al iniciarse el 18 de julio la Guerra Civil, y con ella la persecución contra la Iglesia, se clausuran los conventos que aún estaban abiertos: Ontinyent, Segorbe, Teruel y Valencia, dispersándose las comunidades con distinta suerte. La lista de los mártires franciscanos de esta provincia de Valencia alcanza a cuarenta frailes, veinte sacerdotes, un estudiante clérigo, dieciséis hermanos legos y tres terciarios profesos, y en cabeza, el padre Ricardo Pelufo, Ministro Provincial, que se había oculta-

do en los primeros días en un piso de una vivienda de la capital del Turia. En otro piso de esta misma casa se hallaban refugiados otros jesuitas. Considerando que en Algemesí, donde había nacido, estaría más seguro, se refugió en casa de su hermano José. Detenido por los milicianos, su cadáver apareció el 27 de agosto en el término de Villanueva de Castellón. Su hermano será asesinado en el mes de septiembre. El 6 de febrero de 1945 los restos del P. Ricardo Pelufo son inhumados en la ermita del Cristo de la Agonía en Algemesí, presidiendo este traslado el P. León Villuendas, ofm, obispo de Teruel, connovicio y compañero de estudios suyo.

El P. Francisco Palací Ruesques llegó en 1909 al convento de Chelva, considerado como casa de sagrado retiro, como superior. Su celo apostólico le hacen blanco de los enemigos, que detienen a toda la comunidad y encarcelan. Le distinguen con maltratos, insultos y golpes, y en el furor del paroxismo le dan un puñetazo que le hace saltar un ojo.

El 9 de agosto, maniatados, les conducen fuera del pueblo, pero él anima a todos a sufrir el martirio por Cristo. Sus ardientes palabras exasperan a los milicianos, que le descerrajan allí mismo un tiro en la cabeza, que le destroza el cráneo, cayendo a tierra en la carretera de Valencia, en el lugar conocido como «el Muladar». El padre Godofredo Aleixandre Romaguera se dedicó a la dirección espiritual de las almas, y fomento de vocaciones entre religiosas, logrando una merecida fama de santo varón. Desde el triunfo del Frente Popular se le hace blanco de calumnias y difamaciones contra su virtud, que sufre con inalterable paciencia. Es encarcelado, junto con sus compañeros, y con ellos sufre el martirio el día 9 de agosto, con ensañamiento feroz, pues tras dispararle en la cabeza le hunden un puñal en el pecho. El padre Ricardo Bueso Arquírola se dedicó a las misiones populares, desplegando una magnífica labor como catequista. El 9 de agosto, junto con sus compañeros, recibe la palma del martirio. El padre Dionisio Boix Palanca se encontraba en Chelva accidentalmente, preparándose para futuras tareas apostólicas, pues pertenecía a la comunidad de Santo Espíritu del Monte. Llegado el momento de la detención de los frailes del convento chelvano los milicianos lo dejan aparte, porque no le

conocen, pero él insiste y les acompaña: «Juntos vivíamos, juntos hemos de morir». Y así fue. El día 9 de agosto recibe el martirio con sus hermanos de hábito. El hermano lego fray Francisco Oliver Navarro acudió a abrir la puerta cuando los milicianos fueron a detenerles, conduciéndoles hasta el coro, donde se hallaban los frailes. Alcanzó la vida eterna el mencionado 9 de agosto. Finalmente, el hermano Diego Peris Serralta sufre en la cárcel insultos y palos, acompañados de palabras soeces, y cuando le conducen al martirio escapa a correr, intentando la huida. Es detenido al momento y se arroja a los pies del superior, a quien pide perdón por su debilidad: «¡Señor, misericordia!». Junto a sus compañeros sufre el martirio el día 9 de agosto.

El hermano lego fray Domingo Ferrando Savall era el cocinero del convento de Segorbe. Detenido en el mes de julio, no pierde su calma habitual. Encerrado en la cárcel junto con otros compañeros, allí encuentra a don Miguel Serra, obispo de Segorbe; al hermano de éste, don Carlos, canónigo de la catedral y mayordomo del palacio episcopal; a don Marcelino Blasco, vicario general de la diócesis, y otros sacerdotes y religiosos. La víspera de su muerte uno de los milicianos profiere una horrorosa blasfemia, y el hermano Ferrando en voz alta alaba la gloria de Jesús Sacramentado, que le vale un tremendo culatazo en la cabeza, de mano del mismo blasfemo: «Sea todo por amor de Dios», responde.

En la madrugada del día 10 de agosto sacan de la cárcel al obispo de Segorbe, a su hermano, al vicario general, al humilde lego y otros dos religiosos franciscanos. Todos ellos reciben la palma del martirio en el cementerio de La Vall d'Uixó.

El hermano lego fray José M.ª Balaguer Juan ejercía de sacristán en el convento de Segorbe. El año 1896 marchó a las misiones franciscanas del Perú, donde permaneció durante más de treinta años. Detenido y encarcelado en los primeros días de la persecución, sufre el martirio con el hermano Domingo Ferrando el día 10 de agosto, en el cementerio de La Vall d'Uixó.

El padre Camilo Tomás Domínguez (ex-provincial, ex-definidor interprovincial en Madrid y superior del convento de Segorbe) estaba dotado del don de la dirección espiritual con tan-

ta discreción y acierto, que movía los corazones a la santidad. Encarcelado en el viejo torreón romano utilizado como cárcel, encuentra allí al prelado de la diócesis, junto con otros religiosos y sacerdotes. Mientras duró este cautiverio las amenazas y maltratos fueron continuos. En una ocasión, uno de los milicianos arrancó violentamente el pectoral y el anillo al prelado, mientras otros abofeteaban e insultaban a los sacerdotes y religiosos. El 9 de agosto sacan al padre Tomás y otro religioso, les hacen subir a un coche que se dirige a Sagunt, donde les encierran en la cárcel. Allí permanecen dos días, sin darles apenas de comer. El 11 de agosto les llevan a Canet d'En Berenguer, les hacen apear, y les asesinan en el mismo cauce del río Palancia. Su compañero de martirio, el padre José Sancho Sanchis, actuaba como organista en el convento de Segorbe. Encerrado en la cárcel, animaba a todos. A partir del día 9 de agosto pidió la bendición al Sr. obispo, buscando fortalecerse en la prueba. El día 11 de agosto al llegar a Canet d'En Berenguer ayudó a bajar al P. Camilo Tomás, que se encontraba desfallecido, dirigiéndole animosas palabras, y sufriendo el martirio ambos religiosos.

El padre Buenaventura Botella González formaba parte de la comunidad del convento de Pego (Alicante), pero al obligarles las autoridades locales en 1931 a abandonarlo, se incorporó a la de Valencia. En cuerpo y alma se dedicó a fomentar el amor a la Virgen María, siendo numerosas sus publicaciones y devocionarios. Fue maestro de novicios, guardián y definidor provincial. El 13 de agosto se dirige a Cocentaina, donde había nacido, y en el trayecto entabla conversación con unos milicianos de paisano, a quienes habla en tono elevado debido a su sordera, y creen reconocerlo. Al llegar el tren a la estación de Agres, población muy próxima a su destino, le hacen bajar, sube a un automóvil que se dirige al sitio conocido como Les Ventes de Muro, y allí le martirizan.

El hermano lego fray Emilio Belda Ferrer era portero en el convento de Segorbe, y había ejercido de organista durante muchos años en diversos conventos. Detenido y encarcelado en los primeros días del inicio de la Guerra Civil, padece una crónica afección cardíaca, y tiene que ser hospitalizado. Al apuntar el día 14 de agosto es asesinado en la carretera de Zaragoza,

cerca de la fuente de la Esperanza. Contaba con setenta y ocho años de edad.

El hermano Vicente Ambou Abad, terciario profeso, estaba encargado del huerto del convento de Santo Espíritu del Monte, y actuaba como mediador de los bienhechores de la casa y de los hermanos de cartilla. En los últimos días de julio se refugia en casa de una familia protectora de Sagunt, pero es reconocido y encarcelado. El 16 de agosto un miliciano, Julián Álvarez, famoso por sus fechorías, le saca de la prisión, y con la perversa intención de un sádico se lo lleva camino del Port de Sagunt. A un kilómetro de distancia detiene el coche, le hace bajar, le echa por encima gasolina y le dispara a quemarropa un tiro de pistola que incendia sus ropas, echando a correr envuelto en llamas. Murió abrasado, entre gritos despavoridos.

El padre Plácido García Gilabert, licenciado en Teología Moral, rector del colegio de La Concepción de Ontinyent y prefecto de estudios de la provincia seráfica de Valencia, marchó a Cocentaina el 22 de julio, refugiándose en casa de don Salvador Pérez, de donde, para no ocasionar problemas, partió hacia Benitatxell, su pueblo natal, permaneciendo en casa de unos familiares. Detenido en la noche del 15 al 16 de agosto, unos milicianos se lo llevan en dirección a Xàbia, donde le martirizan, encontrándose su cadáver horriblemente mutilado. El papa Juan Pablo II lo beatifica el 11 de marzo de 2001.

El padre Estanislao Domínguez Mengual permaneció durante muchos años en el convento de Valencia, y como era muy conocido, para no comprometer a ninguna familia marchó a Benicarló (Castellón) a casa de un sobrino, empleado en la Junta de las Obras del Puerto en construcción. Sin embargo fue reconocido y denunciado al comité local. Su sobrino logró un salvoconducto para poder marchar a Barcelona y el 18 de agosto sube al expreso de Valencia-Barcelona. Pero le siguen dos milicianos que al llegar a Vinaròs lo detienen, le hacen subir a un coche, que se dirige al cementerio local, donde le asesinan y roban cuanto llevaba. Este día se celebraba la fiesta de la Virgen de la Cueva Santa en Beniarrés (Alicante), de donde era natural, y de la que era muy devoto.

El P. Benjamín Reig Moltó, definidor provincial, formaba parte de la comunidad del convento de Carcaixent, que tuvo

que abandonar al producirse el 12 de mayo de 1936 el asalto de las turbas, que destruyeron cuanto encontraron a su paso. Se integró en la comunidad de Valencia, de la cual había sido guardián. No creyéndose seguro en la capital del Turia, se refugia en una casa de campo próxima a Almansa (Albacete). El 25 de julio fue detenido en la finca «Labor Santa Rosa» y vestido con el traje talar fue encarcelado. El día 22 de agosto, junto con el ingeniero don Juan Cogollos Carrasquer, con quien fue maniatado, y otro grupo de detenidos, sufre el martirio frente a la finca «Casa de Boga», en la carretera general de Madrid, a unos seis kilómetros de Almansa.

El hermano lego fray Juan Bautista Climent García era enfermero de la comunidad de Ontinyent, y quedó en esta ciudad para atender al anciano padre Luis Torres en el hospital, y a quien no quiso abandonar. El día 23 de agosto sufre el martirio en el término de Benissoda. Se le puede considerar como el mártir de la caridad.

El padre Zacarías Ivars Castells, natural de Benissa, era guardián del convento de esta población y rector del seraficado. Marchó al campo, a una masía, donde permaneció hasta el día 4 de septiembre, en que cuatro milicianos armados le obligan a subir a un coche. En término municipal de Calp le hacen bajar y puesto en pie en medio de la carretera de Valencia a Alicante comienzan a disparar sobre su cuerpo, pero no cae al suelo; uno de los milicianos se acerca y le clava un estilete en el pecho y su cuerpo rodó por tierra.

El hermano Vicente Ortiz Martí, pretendiente, se hallaba refugiado en casa de una hermana suya, pero fue detenido y encarcelado en el convento de dominicas de Vila-real, habilitado por los milicianos como prisión. En la noche del 7 al 8 de septiembre sacan a sesenta detenidos y en las inmediaciones de Almenara es asesinado.

El padre Pascual Fortuño Almela sufre el martirio el día 8 de septiembre, fiesta de Nuestra Señora de Gracia, patrona de Vila-real. El Santo Padre Juan Pablo II lo beatifica el 11 de marzo de 2001.

El padre Juan Bautista Botet Esteve, definidor provincial, era uno de los valores científicos y morales de la Orden Francis-

cana en Valencia. Licenciado en Filosofía y Letras por la Universidad de Valencia, de cultura muy extensa y sabia. Se retiró a Manises de donde era oriundo, fue detenido y permaneció encerrado un mes en el convento de carmelitas descalzas, convertido en cárcel. El día 8 de septiembre le obligan a subir a un coche celular, junto con otros sacerdotes, y en el Picadero de Paterna son asesinados. Antes de morir, don Vicente Añó Catalá, cura párroco de Manises y uno de los martirizados, les bendijo a todos.

El padre Andrés Ivars Cardona, lector general de Historia eclesiástica y director de la revista *Archivo Ibero-Americano,* residente en el colegio de Cisneros de Madrid, era muy conocido y apreciado como archivero y publicista, siendo autor de numerosas obras históricas. Considerando que no se hallaba muy seguro en Madrid marchó en dirección a Benissa, su pueblo natal, pero al llegar a la estación de Denia fue reconocido y detenido de inmediato. Al día siguiente, su cadáver apareció en las inmediaciones de Gata de Gorgos.

El hermano lego fray Juan Bautista Pons García era cocinero del colegio La Concepción de Ontinyent, que contaba con más de trescientos alumnos internos. Marchó a La Pobla de Vallbona, de donde era oriundo, pero el comité local lo encarceló en la Modelo de Valencia, donde encontró a otros religiosos franciscanos. En la noche del 15 de septiembre le ordenan que marche con un grupo de laicos, siendo martirizados todos ellos en la carretera de Torrent. Se desconoce el lugar donde fue enterrado.

El hermano lego fray Sebastián Ferrer Bañuls, ayudante de cocina del colegio seráfico, marchó a Pego, al amparo de sus familiares, pero fue detenido y encarcelado en el antiguo convento de San Antonio, donde se hallaban otros sacerdotes y seglares. Allí mismo sufrió diversas humillaciones. En la madrugada del día 17 de septiembre obligan a doce presos, entre los cuales se encontraba él mismo, a subir a un autobús. Durante el trayecto animaba a todos: «No penséis en nada mundano; pensemos en Dios y muramos por Cristo». Fue el primero en bajar, y ayudó a todos. Sufrieron el martirio en la tristemente célebre Pedrera de Gandía.

El padre Antonio Ribera Puchol se hallaba de conventual en la comunidad de Pego, pasando al domicilio de su hermano Romualdo en Sueca, su ciudad natal. El día 26 de septiembre los milicianos asaltaron esta casa, deteniendo al P. Antonio y a sus hermanos Romualdo y Julián Ribera Puchol, a quienes dieron muerte en el término de Llaurí. Se dice que al padre Ribera le cortaron los brazos, para que no pudiera bendecir a sus hermanos.

El hermano lego fray Francisco Caldés Serra fue limosnero del convento de San Lorenzo de Valencia durante veinticuatro años consecutivos. Fue detenido en la calle y encarcelado en la Modelo. Junto con otros compañeros murió asesinado el 29 de septiembre, abrazándose ante unos y otros mientras gritaban: *«Viva Cristo Rey»*.

El hermano lego fray Diego Campos Campos, achacoso y anciano, pasó el año 1931 junto con otros dos venerables religiosos al Asilo de Ancianos Desamparados de Valencia, donde permaneció cinco años, siendo ejemplo de vida religiosa. El 27 de septiembre es detenido y encarcelado en la Modelo. Dos días más tarde, en la noche del 29 de septiembre, es asesinado en el Picadero de Paterna. Tenía ochenta años.

El hermano lego fray Pascual Planells Gozalvo, sumamente habilidoso, trabajador y muy activo, actuaba de hospedero y sacristán en Santo Espíritu del Monte. Al iniciarse la persecución se dirigió a Torrent, su pueblo natal, donde al poco tiempo fue detenido y encarcelado en la Modelo. Allí encontró a otros religiosos franciscanos. El 29 de septiembre sufrió el martirio, aunque se ignora el lugar.

El hermano lego fray José M.ª Tarín Sánchez, cocinero del convento de Santo Espíritu del Monte, marchó a Cheste, de donde era natural, pero fue detenido y encarcelado en la Modelo. Sufrió el martirio el 29 de septiembre, junto con otros compañeros, aunque se desconoce el lugar donde alcanzó la palma del martirio.

El padre Juan M.ª Carbonell Sancho regresó a España en 1934, después de haber pasado diez años en la República Argentina, siendo nombrado capellán del monasterio de Nuestra Señora del Milagro de Cocentaina, donde había nacido. El día

20 de julio, en vista de los acontecimientos, tuvo la inspiración de sustituir el icono original de la *Mare de Déu,* celestial patrona de Cocentaina, por una copia que guardaban las monjas clarisas. Así se lo hizo saber a mosén Eugenio Raduán, celoso sacerdote, que se encontraba confesando a las religiosas. El renombrado icono fue ocultado en la vivienda del administrador de las fincas pertenecientes a la marquesa de Velada, propietaria en aquel entonces del palacio condal. Detenido por los milicianos, fue encarcelado, encontrando en la prisión a otros amigos suyos, sacerdotes y laicos. Animó a todos, con gran consuelo espiritual. El día 2 de octubre, junto con otros diez paisanos, subió a un autobús que al llegar cerca de Sax se detuvo; les hicieron bajar: «Os pido un favor», dice a los milicianos, «Quisiera ser el último en morir». Les bendice a todos, uno a uno. Finalmente, les dice: «Apuntad y apuntadme bien. Muero tranquilo por la confesión de la fe en Cristo y por la salvación de vuestras almas». Sus cuerpos recibieron sepultura en el cementerio de Villena.

El padre Juan Bautista Jover Blanquer, definidor provincial, secretario provincial y administrador de la revista mensual *La Acción Antoniana,* residía en el convento de Valencia, pero marchó a Cocentaina, su villa natal, al amparo de sus parientes. Fue detenido y encarcelado, sufriendo el martirio junto con otros diez compañeros el día 2 de octubre, en las inmediaciones de Sax. Sus cuerpos fueron arrojados al fondo del barranco de la carretera de Algueña.

El hermano lego fray Vicente García Catalá, conventual de la comunidad de Benigànim (Valencia), ejercía de postulador por la comarca. Marchó a Bellreguard, donde había nacido. El 4 de octubre, fiesta de San Francisco de Asís, fue detenido sin oponer resistencia, y acto seguido, encarcelado. A las cuatro de la tarde, junto con otros compañeros, recibe el martirio en la Pedrera de Gandía.

El hermano lego fray Alfredo Pellicer Muñoz, corista, en el mes de julio marchó al domicilio paterno en Bellreguard. Allí permanece hasta el 4 de octubre, en que recibe un aviso para presentarse ante el comité. Allí se le interroga sobre su vocación: «¿Quieres cambiar de vida?», respondiendo con valiente decisión que no. Aquella misma tarde, junto con el hermano Vi-

cente García y otros dos seglares más, recibe la palma del martirio en la Pedrera de Gandía. El papa Juan Pablo II lo beatifica el 11 de marzo de 2001.

El hermano lego fray Fernando Pellicer Pellicer, enfermo crónico, se pasaba la vida engarzando rosarios. En el mes de julio se hallaba en casa de sus hermanos en Bellreguard. En la mañana del día 5 de octubre le detienen los milicianos y conducen al comité. Por la tarde, es martirizado en las inmediaciones de Xeraco.

El padre Manuel Alemany Campos formaba parte de la comunidad del convento de Cullera, situado junto al Santuario de la *Mare de Déu del Castell,* excelsa patrona canónica de esta ciudad. Expulsada la comunidad en abril de 1931, la provincia seráfica de Valencia acordó mantener en la población un padre y un hermano donado. Vivían en una casa particular, y el Padre Alemany desempeñaba el cargo de organista en la parroquia de los Santos Juanes. El día 13 de mayo se produce un nuevo incendio en el Santuario de Nuestra Señora del Castillo, hecho que decide al rvdo. don Antonio Renart, natural de Cullera, a ocultar la venerada imagen mariana en su propio domicilio, en el *carrer Nou.* En esta misma casa se hallaba refugiado el padre Alemany, que conocía los planes del sacerdote, amigo y hermano. Al anochecer del día 16 de octubre los milicianos detienen a don Antonio Renart y al Padre Alemany, interrogándoles sobre el paradero de la imagen de la patrona de Cullera. Ninguno de los dos lo quiso revelar, y en la madrugada del día siguiente, 17 de octubre, sus cuerpos aparecieron en la carretera que va a Sueca, junto a unos olivos.

El hermano lego fray Salvador Mollar Ventura era sacristán de la iglesia franciscana de Benissa. Marchó a Manises, en donde había nacido, refugiándose en casa de su hermana. Fue detenido y encarcelado en el convento de carmelitas descalzas de la población, habilitado como prisión. Allí encontró al padre Juan Bautista Botet. El 27 de octubre le hicieron subir a un coche, que le condujo al Picadero de Paterna, donde recibió el martirio. Su Santidad Juan Pablo II lo beatifica el 11 de marzo de 2001.

El hermano lego fray León Borrás Armengol era cocinero del convento de Ontinyent; había nacido en Mallorca y se refu-

gió en casa de una familia adicta en Ontinyent, a la que tuvo que dejar para no perjudicarles. Del segundo refugio partió por idéntico motivo y, finalmente, se ocultó en una casa de campo. El 25 de noviembre fue detenido y asesinado en las cercanías de Aielo de Malferit.

El padre Antonio Torró Sansalvador, doctor en Filosofía y Letras por la Universidad Central de Madrid, era uno de los religiosos más eminentes de la provincia seráfica de Valencia, y autor de numerosas publicaciones. Aunque nacido en Cocentaina, su familia se avecindó en Alcoi, donde fue alumno del Patronato de la Juventud Obrera. Sólo se sabe que fue detenido el día 7 de marzo de 1937, desconociéndose el lugar de su martirio y dónde reposan sus restos.

El hermano lego fray David Mulet Monfort era cocinero del convento de Teruel. Se refugió en casa de un industrial amigo de los franciscanos cuando unos religiosos decidieron marchar al seminario, y otros eligieron la protección de familias devotas. Ante la inminencia de la toma de Teruel por el ejército republicano decide marchar al seminario, pero los milicianos que habían entrado ya en la ciudad tropiezan con él, le identifican como religioso, le detienen y le conducen a la plaza del Palacio, donde le martirizan y ya en tierra le clavan una bayoneta en el pecho, arrastrando su cadáver por las calles entre burlas.

El P. Benjamín Martí Ortolá muere en la enfermería de la cárcel de San Miguel de los Reyes, en donde había ingresado en el mes de enero del mismo año, cuando el ejército republicano tomó la ciudad de Teruel. Sucumbió víctima de una terrible tuberculosis pulmonar, contraída durante los horribles sufrimientos del cautiverio. El 24 de septiembre de 1938 fallece el padre José Cabedo Martorell en el domicilio de sus hermanos, en la ciudad de Sueca, víctima de la diabetes sacarina. Notable calígrafo, dotado de excelente y bien timbrada voz, recibe sepultura como «labrador», por temor de declarar su condición de fraile franciscano. Ejercía de profesor de caligrafía en el colegio de Ontinyent.

El hermano lego fray Pascual Ordiñana Esteve, terciario profeso, portero y síndico del convento de Santo Espíritu del Monte, pasó al domicilio de unos sobrinos que vivían en Valen-

cia. Murió el 22 de diciembre de 1938 por la impresión recibida al ser detenido e interrogado por los milicianos, después de perder el habla y el conocimiento.

Otros religiosos de la Seráfica Provincia de Valencia sufrieron cautiverio en diversas cárceles, aunque lograron alcanzar la libertad, debiendo recibir también este merecido homenaje al haber sufrido por Cristo y la Iglesia.

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

LLORÉNS MOLTÓ, F., OFM, *La provincia franciscana de Valencia y la revolución marxista de 1936* (Valencia 1946).

SANJUÁN NAVARRO, J., OFM, *El siervo de Dios Rvdo. P. Pascual Fortuño Almela, franciscano* (Segorbe 1968).

«Relación de los religiosos franciscanos de esta provincia de Valencia asesinados en 1936»: *Almanaque «Las Provincias»* (1940) 276-280.

BEATAS JOSEFA DE SAN JUAN RUANO GARCÍA Y MARÍA DOLORES DE SANTA EULALIA PUIG BONANY

Vírgenes y mártires († 1936)

JOSEFA RUANO había nacido en Berja (Almería), el 9 de julio de 1854. Pocos meses después, el papa Pío IX declaraba el dogma de la Inmaculada Concepción (8 de diciembre de 1854). Cuatro años más tarde fue la primera aparición de la Virgen de Lourdes (11 de febrero de 1858).

Los padres, procedentes de Granada, llegaron a Berja buscando el pan para la familia. Eran los años de las migraciones hacia zonas mineras, industriales, más ricas. Los pobres, como siempre, han tenido que salir de su tierra para buscar dónde comer.

El padre era un obrero con jornadas agotadoras, sueldos míseros y hambre sin cuento. A aquello se le llamaba «revolución industrial», pero no había un duro por ninguna parte.

El 8 de diciembre de 1877 Josefa entró en la Congregación de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados. Te-

nía 23 años. Perteneció a las primeras tandas de novicias de la congregación.

Era una religiosa admirable. Se dice de ella que resplandecía en caridad, en sencillez y en humildad. Además estaba tocada por el dedo de la hermosura, de forma que no le faltaba nada.

Después de unos años de servicio en el Instituto, en su madurez fue destinada como superiora a Cascante (Navarra) en 1916; Requena (Valencia) en 1922; Alcira (Valencia) en 1928; y nuevamente Requena, en 1934. Allí pasó los dos últimos años de su vida.

DOLORES PUIG había nacido en Berga, diócesis de Solsona, provincia de Barcelona, el 12 de junio de 1857. Su padre era tejedor. A los 29 años entra en las Hermanitas de Ancianos Desamparados. Eran aquéllos unos años en que los hijos tenían que echar una mano en las necesidades de la familia. De esta forma, Dolores había tenido que aguantarse las ganas de ser religiosa; hasta que un día no pudo más.

Se presentaba una dificultad grande: comunicárselo a la madre. Como no tenía fuerzas para semejante atrevimiento, se lo comunicó al párroco en un momento de desahogo.

Al párroco le faltó tiempo para presentarse ante la madre; y ésta, como todas las madres con sentido común, le dijo al párroco que ella no se opondría nunca a la voluntad de su hija. Problema resuelto.

Ingresó en la congregación el día 1 de octubre de 1886. Pocos meses después, a la fundadora, Teresa Jornet, le llegaba la aprobación de su Instituto por parte de la Santa Sede.

Su primer destino fue Villena (Alicante) en 1887; Yecla (Murcia) en 1890; y Requena (Valencia) en 1892, que es donde entregó su vida en un verdadero martirio.

Dolores era humilde; fundamentalmente, humilde. Cuidadora amorosa de enfermos, mujer recogida y hecha hacia dentro, silenciosa como una cordera.

Ejerció muchos años como portera de la casa, y era la persona más dulce de toda la comunidad. De cuerpo, era pequeña; de alma, gigante. Y nunca estaba parada. Era imposible verla quieta; siempre estaba trabajando. Era una hormiguita.

Desde el día 18 de julio de 1936, ya se notaba que en la comunidad de Hermanitas de los Ancianos Desamparados de Requena podía ocurrir cualquier cosa. La hermana Dolores ya lo decía: «Yo quisiera ser mártir, pero me dan miedo esos hombres. Si nada más me dieran un tiro, me iría enseguida al cielo». No les faltaba el miedo a ser profanadas, como luego veremos. Es decir: podía ocurrir cualquier cosa.

El ambiente estaba enardecido. Había empezado una guerra. Durante muchos años habían sido adoctrinadas las clases trabajadoras en el sentido de que la religión era el opio del pueblo y que la Iglesia estaba al lado de las clases ricas.

Encima, empieza una guerra y se considera enemigos a todos los hombres y mujeres de derechas, sobre todo si son religiosos o curas. La madre Josefa decía: «Tenemos que estar preparadas en estos tiempos en que estamos, y ser fieles ante lo que pueda ocurrir». Se podría decir de ellas que estaban entregadas al martirio desde los primeros días de la persecución.

Efectivamente, el día 29 de julio de 1936, a las 11 de la mañana, las religiosas reciben la orden de desalojar el asilo de ancianos. Por la tarde, ya estaban unos milicianos en la puerta esperando la salida de las monjas.

Llevaron a dos hermanas al Comité. Les hicieron un interrogatorio: «A ver por qué no se quitaban ese traje, a ver cuánto tiempo llevaban en Requena». En fin, después del interrogatorio, las dejaron ir de nuevo al asilo.

Es curioso comprobar cómo las fuerzas del Frente Popular actuaron en todas partes de forma igual. Primero, interrogatorios en el Ayuntamiento, luego, salida del convento, persecución de casa en casa, unos meses de arresto y cuatro tiros delante de la pared del cementerio. En todas partes era igual.

En medio, quemas de iglesias y de conventos, un empeño feroz de que los religiosos blasfemen y una oferta de que, si cambian de bando, les libran de la muerte. Y los mártires que iban cantando. Gritaban: «¡Viva Cristo Rey!». En todas partes igual.

Se les podría beatificar a todos juntos, como a los innumerables mártires de Zaragoza, de Roma o de la Revolución Francesa, para dejar de canonizar a uno tras otro, con procesos y

ceremonias complicadas. Todos pasaron por el mismo rasero. Todos murieron como Jesús, perdonando. Pero sigamos con el calvario de estas dos hermanitas.

Día 24 de agosto. Ese día, los milicianos quieren entrar al asilo, pero las monjas se ponen serias y no dejan que entre ni uno. Una vecina de buen corazón consigue que el Comité ponga a otros milicianos en la entrada, pues los que aún están delante de la puerta se portan con increíble descaro.

Cambian de milicianos. Y un grupo de mujeres que se empeñan en entrar lo logran. Y al entrar ellas, entran también los milicianos y se hacen dueños del asilo.

Profanan la capilla, destruyen todos los objetos sagrados, dejan a los ancianos en malas condiciones y expulsan a las monjas. En definitiva, los ancianos y las monjas tienen que dejar su casa y se van al hospital. Ellos se quedan con el asilo y allí ponen un cuartel de la guardia de asalto.

La madre superiora dispone que las hermanas se dispersen y vayan a sus casas, con sus familias. El peligro era tan claro, que había que buscar una solución. Dijo que ella se quedaría la última con los ancianos. Y así lo hizo. Estaban todas dispuestas a morir.

26 de agosto. Salen las cuatro primeras religiosas para desplazarse a Alcira. Hay una persona que las ayuda a salir; se llama Alberto. Es un señor viudo, que por ser viudo va vestido de negro. Los milicianos lo confunden con un cura y lo fusilan. Ir vestido de negro y acompañar a unas monjas era pena de muerte.

Pasan algunos días y el 1 de septiembre los milicianos detienen en el hospital a tres hermanitas. Son nuestras dos mártires y una tercera que se llama Gregoria. Las detienen y las meten en la cárcel. Allí están ocho días.

Y el 8 de septiembre de 1936, a las 6 de la tarde, llegan dos coches a la cárcel. Cogen a las tres monjas y se las llevan.

Al principio, quieren llevar en un coche a las dos mayores, y a Gregoria, que es más joven, la quieren llevar aparte. A eso, las tres se oponen con uñas y dientes. Y logran ir juntas. Sin duda, se temían lo peor para la joven.

En Buñel se paran los coches, con la disculpa de que se ha terminado la gasolina. Intentan separar a la joven de nuevo, pero no lo consiguen. Entonces las ponen juntas a las tres y las fusilan sin más. Josefa tenía 82 años y Dolores 79. Murieron rezando y perdonando. Gritaron: «¡Viva Cristo Rey!».

Josefa y Dolores caen muertas. Pero Gregoria solamente está herida. Las dejan a las tres en la carretera. Alguien avisa al alcalde, Vicente Furriol, y éste acude al lugar del horror. Se preocupa de atender a la herida. A las otras las entierran allí mismo.

Este alcalde, Vicente Furriol, era una buena persona que supo defender a los mártires e hizo lo que pudo para evitar otras barbaridades.

De hecho, acabada la guerra, cuando se vio comprometido por los hechos pasados, el alcalde fue defendido por Gregoria que, repuesta del todo, pero con un brazo inútil para siempre, acudió a los tribunales en su defensa.

A Gregoria, las religiosas la llamaban «la mártir que no fue mártir». Y ella se denominaba a sí misma como «la mártir frustrada». Y tuvo ocasión de declarar en el proceso de beatificación de sus dos hermanas que murieron mártires delante de sus ojos.

Fueron beatificadas el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

FÉLIX NÚÑEZ URIBE

Bibliografía

ESCÁMEZ MARÍAS, F. J., *Nuestras hermanitas mártires* (Almería 2001).
MONTERO MORENO, A., *Historia de la persecución religiosa en España (1936-1939)* (Madrid ²2004) 349, 534, 579.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN ISAAC
Obispo († 438)

Isaac nace en Cesarea de Capadocia hacia el año 348, descendiente de San Gregorio el Iluminador, apóstol de Armenia e hijo de San Nerses, que llegó a obispo tras enviudar. Perdió a su madre cuando tenía tres años y su educación quedó a cargo de su abuela, que se esmeró en procurársela acomodada a su condición. Hizo los estudios en Constantinopla y contrajo matrimonio, tuvo una hija y enviudó pronto. Entonces se hizo monje y continuó los estudios. Llegó a ser archimandrita y estaba al frente de sesenta monjes, llevando una vida verdaderamente austera. El año 387 quedó Armenia dividida en dos partes, una bajo el imperio bizantino y la otra bajo el imperio persa. La sede del *católicos* u obispo armenio quedó bajo dominio persa. Y habiendo muerto Aspurakes, el *católicos,* Cosroes, el rey, designó a Isaac como su sucesor, pues según la costumbre y como descendiente de San Gregorio el Iluminador le correspondía la sede. Pero al ser depuesto Cosroes, también Isaac debió dejar su puesto. Pero el nuevo rey, Vramsapuh, recomendó a la corte persa que Isaac fuera repuesto y se consiguió. Seguidamente obtuvo la libertad de Cosroes que igualmente a la muerte de Vramsapuh fue repuesto en el trono, e incluso logró que el rey de Persia, Yazdgert, cesara de cualquier persecución contra los cristianos. Tal era el prestigio de Isaac. Hizo cuanto pudo por la cultura y espiritualidad de su pueblo, junto con San Mesrop, al que hay que señalar como su ilustre colaborador. Se hizo la invención del alfabeto armenio y la traducción a su lengua de toda la Biblia, de los libros litúrgicos y de muchos libros católicos, todo lo cual colaboró muchísimo a introducir en el corazón mismo del pueblo armenio la fe cristiana. Él personalmente tomó sobre sí el trabajo de la traducción de la Biblia, traduciendo una buena parte de ella. Se le atribuye también una decisiva intervención en la traducción y formulación de los libros litúrgicos armenios. Pero en 428, cuando el rey armenio fue depuesto, él no se sumó a las acusaciones contra el depuesto príncipe y esto se le volvió en contra, de modo que también él fue depues-

to y sustituido. Se fue entonces a sus tierras de Bagrevand, desde donde continuó dirigiendo a sus discípulos. Algunos de éstos, presentes en Constantinopla, fueron quienes le llevaron noticia de la celebración y decisiones del concilio de Éfeso (431), al que no asistió la representación de la Iglesia armenia. Isaac declaró que también para la Iglesia armenia eran válidos los acuerdos de Éfeso. Hizo cuanto pudo por mantenerse él y mantener a su Iglesia en el seno de la ortodoxia. Murió en Bagrevand el 8 de septiembre del 438. La Iglesia armenia honra con peculiares celebraciones la memoria del santo.

SAN CORBINIANO

Obispo († 725)

Waldegiso nació en Châtres, cerca de Troyes, y ése es el nombre que recibió en el bautismo, pero que luego su propia madre le cambió por el de Corbiniano. Llegado a la juventud se decidió por la vida de recluso, viviendo en una celdita, a la que iba la gente a visitarlo y recibía de él avisos espirituales. La gente también empezó a atribuirle milagros, y su fama de hombre santo se extendió por toda la zona. Pero hubo quienes quisieron compartir su vida y así se formó en torno a él una comunidad de discípulos. No entraba esto en los planes de Corbiniano que decidió entonces peregrinar a Roma. Llevaba catorce años de recluso y no es seguro si ya le había sido conferido el ministerio sacerdotal. De todos modos lo que es seguro es que en Roma el papa San Gregorio II lo consagró obispo, seguramente sin sede fija, y lo envió a Baviera a predicar el evangelio. En Baviera recibió licencia del duque Teodón para ejercer su ministerio misionero, lo que efectivamente hizo, y asimismo quiso darle su protección su sucesor el duque Grimoaldo, pero Corbiniano se negó a ella hasta que no se separara de su esposa, porque alegaba Corbiniano que el matrimonio era ilegítimo. Hubo graves disgustos, se habló de una conspiración para asesinarlo y de todos modos él hubo de retirarse a Meran. Cuando Grimoaldo murió en batalla, su sucesor llamó a Corbiniano y se pudo reorganizar el trabajo misionero. Freising fue el centro de su actividad hasta el punto de llamársele obispo de la misma, pero este dato no pare-

ce histórico, pues la sede no consta como tal hasta 739, años después de la muerte de Corbiniano. Fundó el monasterio de Obermais y aquí fue enterrado tras su muerte el año 725. Fue trasladado a Freising en 765. Según la tradición, en el viaje a Roma un oso mató a su asno y el santo obligó al oso a que llevara su carga hasta Roma. Ese oso figura ahora en el escudo del papa Benedicto XVI, antiguo obispo de Freising-Múnich.

SAN PEDRO DE CHAVANON

Presbítero († 1080)

Pedro nace en Langeac, Auvergne, en el seno de una noble familia hacia el año 1004. Educado esmeradamente, se decide en su juventud por el sacerdocio y lo recibe, ejerciendo seguidamente su ministerio en Langeac, uniendo a su celo apostólico el ejemplo de una vida rigurosa y austera. Era también capellán del convento de Saint-Pierre-les-Chases. Tras un desagradable incidente con una de las monjas que se dice se acercó a él más como demonio que como monja, Pedro decidió dejar la parroquia y la capellanía. Era el año 1060 y Pedro decidió fundar una comunidad de canónigos regulares en una tierra que había obtenido en Pébrac. Tomó la Regla de San Agustín como norma de vida y le siguieron otros más interesados en buscar en comunidad su propia santificación. Instauraron la vida en común y la pobreza tal como había señalado el sínodo lateranense de 1059. Pedro presidió la comunidad con sabiduría y santidad hasta su muerte, parece que el año 1080.

BEATA SERAFINA SFORZA

Viuda y religiosa († 1478)

Sueva Sforza nació en Urbino el año 1434 hija de Guido Antonio, conde de Urbino y Montefeltro, y de Catalina Colonna, sobrina del papa Martín V. Al quedar huérfana en la infancia pasa por manos de varios familiares hasta que se la lleva consigo a Roma el cardenal Próspero Colonna, su tío. Educada bien, se abrió pronto a la piedad y a los valores cristianos, pero habría de pagar tributo a su posición de miembro de una familia noble. A los 14 años es dada en matrimonio a Alejandro Sforza, señor

de Pésaro y gran condestable del reino de Sicilia, y vive con él unos primeros años felices, hasta que Alejandro se ve obligado a tomar las armas a favor de su hermano el duque de Milán y entonces se aleja del hogar dejando la administración de sus Estados a su esposa, la cual se esfuerza en hacerlo todo bien y se conquista el amor de los ciudadanos. Pero cuando al cabo de seis años regresa Alejandro, viene muy cambiado. Trata a su esposa con manifiesto desvío y vive una vida escandalosa pues trae consigo una amante a la que instala en el propio palacio dando órdenes de que la trate el servicio como si fuera su esposa. Y se dice que llega a infligir malos tratos físicos a su pobre esposa y que incluso intentó matarla. Ella tomó con humildad y paciencia la adversidad y se encomendaba al Señor con confianza acatando cuanto su providencia se dignara permitir. Como la presencia de su esposa lo llena de rabia, Alejandro manda un día que se vaya a recluir con las monjas clarisas del monasterio de Corpus Domini y así lo hace, procurando vivir escondida y dedicada a la oración mientras encomendaba a Dios su causa. No terminaron ahí sus penas: el marido la acusa de mala administración el tiempo de su ausencia e incluso de adulterio. Se dice que la Virgen María se le aparece y la insta a que pida el hábito religioso en la comunidad donde está acogida. Logra la licencia del marido y con el nombre de Serafina profesa la regla de Santa Clara. Ella ofrece sus oraciones y penitencias por la conversión de su marido. La obtiene y un día ve entrar en el locutorio a Alejandro pidiéndole perdón de sus ofensas, perdón que ella otorga. Alejandro muere en 1473. Sobrevive ella cinco años, es elegida abadesa en 1475 y muere el 8 de septiembre de 1478 dejando perfumado el claustro del convento de sus ilustres virtudes, que todas las monjas pudieron comprobar. Su culto fue aprobado por el papa Benedicto XIV el 17 de julio de 1754.

BEATOS TOMÁS PALASER, JUAN NORTON Y JUAN TALBOT

Mártires († 1600)

El día 7 de septiembre de 1600 (el 9 de agosto, según la *Positio)* fueron ajusticiados en Durham un sacerdote y dos seglares, aquél por el delito de serlo, éstos por el delito de haberlo ayuda-

do. El sacerdote era Tomás Palaser (o Palasor o Pallicer), natural de Elerton-on-Swale, en Yorkshire. Tomada la decisión de ser sacerdote marchó a Reims y de aquí a Valladolid (1592), ordenándose sacerdote en 1596, siendo seguidamente enviado a Inglaterra y a poco arrestado y mandado a la cárcel de Gate House, donde estuvo entre marzo y mayo de 1597 en que pudo escapar. Tres años después fue arrestado en Ravensworth, en el condado de Durham, en casa de Juan Norton, en la que también estaba Juan Talbot, el cual, al ver que el sacerdote iba a ser apresado sacó la espada para defenderlo. Finalmente fueron arrestados los tres. Juan Norton era miembro de la antigua familia Norton Conyers del condado de York. Era hijo de Ricardo Norton, el cual participó en el levantamiento de los católicos del norte el año 1571 y como consecuencia de ello perdió sus tierras. Estaba casado en segundas nupcias con Margarita Rodshaw, la cual fue también arrestada, no llegando a ser ajusticiada con su marido por estar embarazada. Juan Talbot pertenecía a la familia de los Talbot de Thornton-le-Street en Yorkshire. Procesados en el juicio del verano de 1600 en Durham, fueron condenados a muerte. También había sido capturado con ellos otro caballero pero se libró porque accedió a ir a la iglesia protestante. Ellos podrían haber alcanzado la libertad por el mismo medio pero prefirieron ser fieles a su conciencia.

Fueron beatificados el 22 de noviembre de 1987 por el papa Juan Pablo II.

BEATOS ANTONIO DE SAN BUENAVENTURA Y COMPAÑEROS

Domingo Castellet, Domingo de Nagasaki, Tomás de San Jacinto, Antonio de Santo Domingo, Lucía Luisa, Juan Tomaki y sus hijos Domingo, Miguel, Tomás y Pablo; Juan Imamura, Pablo Sadayu Aybara, Román Aybara y su hijo León; Santiago Hayashida, Mateo Álvarez, Miguel Yamada y su hijo Lorenzo; Luis Higaski y sus hijos Francisco y Domingo

Mártires († 1628)

En la llamada «Montaña de los mártires» de Nagasaki fueron martirizados el 8 de septiembre de 1628 un grupo de veinti-

dós cristianos, dos de ellos sacerdotes y religiosos, tres más religiosos no sacerdotes, y los demás, hombres y mujeres seglares. Estos confesores de la fe fueron decapitados unos y otros quemados vivos, dando todos ellos un testimonio admirable de fidelidad y fortaleza. Damos ahora sus datos:

ANTONIO DE SAN BUENAVENTURA nació en Tuy, Galicia, el año 1588, y tras hacer los estudios de filosofía en Salamanca, entró en la Orden Franciscana e hizo la profesión el 14 de julio de 1605. Habiéndose ofrecido para las misiones, partió para Filipinas en 1608 y tras terminar sus estudios de teología se ordenó sacerdote. Seguidamente realizó con gran celo su apostolado sacerdotal y se le aceptó marchar a Japón en 1618 pese a la persecución que estaba vigente en aquel país. Durante diez años pudo ejercer su ministerio, con entrega plena, sorteando dificultades, ocultándose de día y trabajando de noche. La persecución había provocado ya muchas apostasías, y fray Antonio tomó a pechos reconciliar con la Iglesia a los caídos, acompañándole la gracia de Dios pues pudo reconciliar a más de dos mil setecientos cristianos. Denunciado por un falso cristiano, el 21 de enero de 1628 caía en poder de los perseguidores, siendo llevado a la cárcel de Omura y pasando muchas miserias antes de ser llevado a Nagasaki el día de hoy y quemado vivo.

DOMINGO CASTELLET nació en Esparragueras, Cataluña, en 1592, recibiendo en el bautismo el nombre de Francisco, y cuando tenía 16 años decidió su vocación de dominico, tomando el santo hábito el 25 de octubre de 1608 en el convento de Santa Catalina de Barcelona, tomando al profesar el nombre de fray Domingo. Enviado a estudiar teología al convento de Santa Cruz de Segovia, antes de terminar sus estudios se ofreció para pasar a la Provincia del Santísimo Rosario de Filipinas y, una vez ordenado sacerdote, se le envió a este país. Llegó a Manila el año 1615 y misionó en la provincia de Nueva Segovia, aprendiendo con prontitud la lengua nativa y dedicándose con gran empeño a la predicación y la administración de los sacramentos, consiguiendo convertir a numerosos nativos. Siendo necesarios nuevos misioneros en Japón para atender a las comunidades cristianas, se ofrecio fray Domingo y acompañado del también dominico beato Pedro Vázquez marchó alla, desembarcando

ambos en Nagasaki el 22 de julio de 1621. Aprendió enseguida la lengua japonesa y se entregó por completo al apostolado, no turbándose en los mayores peligros. Con gran audacia entraba en la terrible cárcel de Omura a administrar los sacramentos a los presos cristianos y a consolarlos y confortarlos para que perseverasen en la fe. Lo mismo hacía en la cárcel de Nagasaki. En una oportunidad, entró disfrazado junto con el citado P. Pedro Vázquez, y pudieron confesar a ciento treinta confesores de la fe. Cuando supo que éste había sido cogido preso y lo llevaban a Nagasaki, con un buen disfraz salió al encuentro de la caravana y pudo acercarse al mártir, besarle la mano y dirigirle palabras de aliento. El 15 de junio de 1628 estaba reunido con numerosos terciarios dominicos, cuando fue sorprendido en casa de Lucía Freitas, siendo apresados él y muchos de sus oyentes. Llevado primero a la cárcel de Omura y luego a la de Nagasaki, que estaba convertida en una casa de cristianos, fue quemado vivo tal día como hoy.

DOMINGO DE NAGASAKI era un cristiano japonés que acompañaba como catequista al Beato Antonio de San Buenaventura, el cual lo había bautizado a poco de su llegada al Japón. Posteriormente fue admitido en la Orden Tercera seglar. Estaba en casa de su madre cuando supo que había sido cogido preso el P. Antonio el 21 de enero de 1628. Al día siguiente Domingo se presentó espontáneamente a los perseguidores diciendo ser compañero y ayudante del sacerdote arrestado el día anterior. Fue arrestado él también en el acto y enviado a la cárcel de Omura. Aquí, al encontrarse con el P. Antonio, le suplicó lo admitiese en la Orden franciscana. Así lo hizo el misionero y, pasado el año de noviciado en la cárcel, lo admitió a la profesión religiosa. El 8 de septiembre de 1628 fue quemado vivo en Nagasaki con su maestro.

ANTONIO DE SANTO DOMINGO era japonés y había nacido en 1608. Adherido al P. Domingo Castellet, fue su compañero, su catequista y su seguidor en los trabajos apostólicos. Admitido en la Orden Tercera seglar de Santo Domingo, cuando fue apresado el misionero, se presentó espontáneamente y se confesó cristiano. No se le hizo caso y él se quedó triste y lamentándose hasta que lo oyó un oficial y mandó que fuera ingresa-

do en la cárcel, donde se dice que le pidió al sacerdote el hábito dominicano. Fue decapitado tal día como hoy.

TOMÁS DE SAN JACINTO era japonés y había nacido en 1598. Era compañero y catequista del P. Castellet, con quien hizo los muchos viajes apostólicos del misionero. Estaba en la misma casa con el P. Domingo cuando éste fue arrestado y a él también lo arrestaron. Ya era terciario, pero en la cárcel pidió el hábito dominicano. Fue decapitado tal día como hoy.

LUCÍA LUISA era una cristiana japonesa que, al quedar viuda, se consagró por completo a la obra de Dios y alojaba en su casa con gran celo a los misioneros, teniendo en ella un oratorio para la celebración de la eucaristía y de los ejercicios de piedad. Ayudaba también a los misioneros instruyendo con palabra eficaz a los nuevos convertidos. Tenía ya ochenta años cuando fue arrestada y llevada a la cárcel de Omura donde halló al P. Domingo Castellet, que era su padre espiritual y al que ella había ocultado siempre que fue necesario. Pese a ser mujer y ser anciana, fue quemada viva. Era terciaria dominica.

JUAN TOMAKI y sus hijos DOMINGO, MIGUEL, TOMÁS y PABLO. Juan era un fervoroso cristiano, casado, padre de varios hijos, terciario dominico y ayudante asiduo de los misioneros en la obra catequética y en la introducción clandestina de misioneros en el país. Arrestado y llevado a la cárcel de Omura, donde halló a su amado P. Castellet, con él arrestaron a sus hijos Domingo, de 16 años, Miguel, de 13 años, Tomás, de 10, y Pablo, de 8. Con ello querían ante todo presionar al padre, amenazando que matarían a los cuatro muchachos si el padre no renegaba del cristianismo. Juan, con el corazón roto de dolor, permaneció en la fe y alentó a sus hijos a permanecer fieles también ellos porque así entrarían en el reino de los cielos. Llegados a la colina de Nagasaki, delante de Juan decapitaron a sus hijos, presenciando la terrible escena el mártir como nueva madre de los Macabeos, y luego Juan fue quemado vivo.

LUIS HIGASKI o NIFAKI y sus hijos FRANCISCO y DOMINGO. Luis era un fervoroso cristiano japonés que ponía gran empeño en catequizar a los catecúmenos y a los neófitos, y su casa era una auténtica hospedería de religiosos dominicos. Arrestado y llevado ante el juez, éste le amenazó con que degollaría a sus

dos hijos si no apostataba. El mártir persistió en su confesión de fe y fue condenado a muerte. Los tres fueron decapitados tal día como hoy.

MIGUEL YAMADA y su hijo LORENZO. Miguel era terciario dominico y prestó a los misioneros grandes servicios, porque en una barca que tenía ocultaba a los sacerdotes y los llevaba de una parte a otra. Era también catequista y trabajaba con mucho celo, instruyendo y consolando a los perseguidos cristianos. Detenido por ayudar a los misioneros, se le ofreció la vida y la libertad y la conservación de sus bienes si apostataba, y de no hacerlo se le amenazó con degollar a su hijo Lorenzo, de 3 años. El mártir se mantuvo firme, y llegado a la colina de Nagasaki vio cómo degollaban a su hijito y luego a él lo quemaron vivo. Este niño Lorenzo es uno de los más jóvenes mártires beatificados.

PABLO SADAYU AYBARA, ROMÁN AYBARA y su hijo LEÓN. Pablo y Román eran hermanos, y León era hijo de Román. Los dos hermanos, fervorosos cristianos, ayudaban a los misioneros cuanto podían y los escondían en su casa. León era ya un joven y ejercía también como catequista. Arrestados los tres, resistieron la propuesta de apostatar y fueron condenados a muerte, siendo quemado vivo el primero y decapitados los otros dos.

JUAN IMAMURA era terciario dominico y solícito ayudante de los misioneros, a los que llevaba de una a otra parte en una barca de su propiedad, y era también un celoso catequista. Arrestado, se mantuvo firme en la fe y fue condenado a muerte, siendo quemado vivo tal día como hoy. Era muy amigo de Juan Tomaki.

MATEO ÁLVAREZ, como otros cristianos japoneses, llevaba nombre español. Ofrecía su casa a los misioneros y era terciario dominico. Arrestado, confesó la fe y fue condenado a morir en la hoguera.

Todos estos mártires fueron beatificados el 7 de julio de 1867 por el papa Pío IX en la ceremonia de beatificación de 205 mártires de Japón.

JOSÉ CECILIO (BONIFACIO) RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, TEODOMIRO JOAQUÍN (ADRIÁN) SAINZ SAINZ Y EVENCIO RICARDO (EUSEBIO) ALONSO UYARRA

Religiosos y mártires († 1936)

Estos beatos pertenecen al grupo llamado de los «Mártires de Almería» (cf. *Año cristiano. Agosto,* p.1168-1175).

En Almería fueron fusilados el 7 de septiembre de 1936 tres hermanos de las Escuelas Cristianas cuyo único crimen era haber querido dar religión y cultura a los hijos del pueblo, preparándolos en su escuela para abordar la vida desde presupuestos de moralidad cristiana y de cultura elemental que les hicieran capaces de ser serios, responsables y buenos ciudadanos, amén de buenos cristianos. Para quienes odiaban el cristianismo, el mérito que pudiera tener alfabetizar y dar cultura quedaba totalmente empañado por ir acompañado de un propósito religioso, ya que la religión, en cualquiera de sus manifestaciones, aun las más útiles socialmente, no podía ser tratada sino como opio del pueblo. Por ello no se libraron de la persecución ni los docentes religiosos ni los servidores de los enfermos.

Éstos son los datos de los tres mártires de hoy:

JOSÉ CECILIO (BONIFACIO) RODRÍGUEZ GONZÁLEZ nació en La Molina de Ubierna, Burgos, el 14 de mayo de 1885, benjamín de sus padres, honestos y cristianos labradores y ganaderos. Muere su padre cuando es aún niño y su madre se coloca como ama de llaves del cura de Fresdeval, más tarde se traslada a Bilbao y logra colocación para los tres hijos varones. Siguiendo el camino de su hermano mayor, Bonifacio ingresa en el aspirantado de los Hermanos de La Salle en Bugedo (14 de mayo de 1899). Pasado el tiempo es admitido al noviciado el 21 de noviembre de 1901 tomando el nombre de hermano José Cecilio; hecha la profesión entra en el escolasticado, y concluido éste es enviado sucesivamente a diversos colegios de su congregación donde se dedica a la formación de la juventud. Estuvo en los siguientes colegios: Corrales de Buelna (1903), Isla (1904), Bilbao (1906), Deusto (1907), Maravillas, de Madrid (1908), Puebla de Trives (1910), Sagrado Corazón, de Madrid (1922), Maravillas, de Madrid (1930), Sagrado Corazón, de Madrid (1931), Almería (1935). Persona de carácter sencillo y

cordial, se hizo querer de todos. Su profesión perpetua la había pronunciado el 12 de agosto de 1913. En Almería se entusiasma con la idea de dar fin a las obras del nuevo colegio que el hermano Aurelio María ha tomado con tanto empeño. Al apresarle los milicianos el 21 de julio de 1936 le dijeron: «Has construido un colegio pero ya no construirás más». Al ser exhumado su cuerpo se halló entre sus ropas una libretita en la que podían verse unas medidas que corresponden a las clases del colegio nuevo, y también unos planos del mismo. Tenía magníficas cualidades humanas: era polifacético, hábil negociador y buen organizador. En la prisión y en la hora de la muerte estuvo en plena sintonía con la voluntad misteriosa de Dios.

TEODOMIRO JOAQUÍN (ADRIÁN) SAINZ SAINZ nace en Puentedey (Burgos) el 8 de septiembre de 1907 en el seno de una familia de labradores. Su padre era además sacristán de la Parroquia de San Pelayo. En su casa respiró un clima de intensa religiosidad. Fue un chico bueno, inteligente y activo. Pasa por el pueblo un hermano lasaliano con cargo de reclutador de vocaciones, y Adrián se siente llamado a ingresar en el noviciado menor el 21 de abril de 1921. Tomaría el hábito el 5 de agosto de 1923 con el nombre de hermano Teodomiro Joaquín y al año siguiente pronuncia los primeros votos. Pasado el escolasticado, es enviado el 15 de agosto de 1926 a la Escuela de San José, de Jerez de la Frontera. Aquel año, en octubre, son beatificados los primeros mártires de la Revolución Francesa, y entre ellos el hermano Salomón, primer hermano lasaliano que alcanza el honor de los altares. El hermano Teodomiro, con su habilidad literaria, hija de su magnífica cultura en los clásicos españoles, escribe un teatro sobre la vida del nuevo beato que titula *Púrpura y Laurel.* Tiene un prólogo, tres actos y epílogo. En la escuela de San José el hermano Teodomiro da clases nocturnas a adultos, obra de extraordinaria importancia social que por entonces sacó a muchos jóvenes y adultos del analfabetismo. En 1929 es destinado al colegio de Melilla, donde encontrará varios hermanos de los que luego morirán con él mártires en Almería. Pero él va a Melilla para cumplir el servicio militar. Terminado éste es destinado a Lorca (1932). Aquel verano pronuncia la profesión perpetua (17 de agosto de 1932). El 1 de octubre de

1933 es destinado al colegio de Almería. Aquí estará hasta su martirio. Religioso de profundas convicciones, era de trato ameno y sencillo, buen profesor, celoso y prudente.

EVENCIO RICARDO (EUSEBIO) ALONSO UYARRA nace en Viloria de Rioja, provincia de Burgos, el 6 de marzo de 1907 en una cristiana familia de labradores. Recibe la primera comunión el 14 de mayo de 1916. Entra como monaguillo en la parroquia. Al abrir casa en el pueblo los Hermanos de la Salle, Eusebio fue de los primeros alumnos inscritos. Se abrió el colegio el 19 de diciembre de 1919 y el 7 de enero siguiente empezaron las clases. El trato con los hermanos fue determinante para su vocación religiosa: ingresó en el noviciado menor de Bugedo el 15 de mayo de 1920. Tres años más tarde, el 1 de febrero de 1923, recibe el hábito de La Salle tomando el nombre de hermano Evencio Ricardo, y un año más tarde pronuncia los primeros votos. Su paso por las casas lasalianas fue éste: Madrid, Casa de beneficencia (1926), Madrid, Colegio Maravillas (1928), Melilla (1929) y Almería (1934), donde estuvo hasta su martirio. En 1932 había hecho la profesión perpetua. Era un hermano muy fiel, muy coherente, cumplidor riguroso de sus deberes, buen compañero de comunidad para los demás. Era muy devoto de la Virgen María.

El papa Juan Pablo II los beatificó en Roma el 10 de octubre de 1993 con el grupo de los «Mártires de Almería».

BEATO MARINO BLANES GINER

Padre de familia y mártir († 1936)

Nació en Alcoy el 19 de septiembre de 1888. Educado cristianamente, en la juventud optó por la vida matrimonial y casó con Julia Jordá Lloret, de la que tuvo cuatro hijas y un hijo. Militante de Acción Católica y miembro de otras asociaciones cristianas, entre ellas la Adoración Nocturna, daba un ejemplo elocuente de piedad y vida cristiana. Pertenecía también a las Conferencias de San Vicente de Paúl y se volcaba en la atención a los pobres, poniendo cuantos medios le permitía su economía personal. Era también catequista en masías y caseríos distantes. Obra suya fue en 1917 el Centro instructivo católico, dedicado

a difundir la doctrina católica, también en su vertiente social. Como padre de familia era un hombre ejemplar. Fue concejal en el Ayuntamiento durante el gobierno de Primo de Rivera. Cuando al advenimiento de la República ardieron varios templos, él logró salvar del incendio el templo de San Mauro y San Francisco, hecho por el que la prensa anticatólica le dedicó duras recriminaciones. Tras el 18 de julio de 1936, le fue sugerido por sus amistades que debía esconderse, pero él confiaba en su limpia conducta y prefirió abandonarse a la providencia divina. El 21 de julio fue detenido y encarcelado, debiendo pasar un duro y penoso mes largo de detención que él sobrellevó con entereza y paciencia cristianas. En la noche del 7 al 8 de septiembre fue sacado de la cárcel y fusilado por su condición de católico militante.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO ISMAEL ESCRIHUELA ESTEVE

Padre de familia y mártir († 1936)

Nació en Tavernes de Valldigna el 20 de mayo de 1902. Educado religiosamente en su casa y en el colegio de las Hermanas de la Doctrina Cristiana, se despista un poco en su juventud durante el servicio militar pero vuelve enseguida al buen camino tras practicar los ejercicios espirituales, y opta por el matrimonio que contrae con Josefa Grau de la que tuvo dos hijas y un hijo. Era militante de Acción Católica y miembro de la Adoración Nocturna, y llevaba una vida de piedad muy profunda, recibiendo la comunión todos los días y la confesión con mucha frecuencia. Colaboraba también en el catecismo de los niños. Defendía la religión con gran entereza, no rehuyendo contestar a quienes la atacaban y recibiendo amenazas de muerte por su paladina afirmación de la fe. Detenido el 21 de julio de 1936, estuvo recluido en el ayuntamiento unos días y luego fue trasladado al Penal de San Miguel de los Reyes, de Valencia, dando un gran ejemplo de paciencia y fe activa en la prisión. Sacado de la cárcel el día 8 de septiembre de 1936, al día si-

guiente un vecino de su pueblo vio su cadáver entre los de varios fusilados.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO ADÁN BARGIELSKI

Presbítero y mártir († 1942)

Nace en Kalinowo el 7 de enero de 1903. Optó primero por la carrera militar pero en 1925 se decidió por el sacerdocio. Tras hacer los estudios en Lomza y ordenarse sacerdote, prosiguió los estudios de derecho canónico en Estrasburgo (Alsacia), pero llamado por su obispo volvió en 1931 a su diócesis. Tras siete años de coadjutor en varias parroquias, quiso entrar en la congregación de los PP. Marianos pero el obispo le negó la licencia. Llegó a estar suspendido a divinis tres días por tomar decisiones precipitadas. Enviado a la parroquia de Myszyniec, el párroco fue arrestado por los nazis, y el P. Adán, coadjutor, se ofreció a los nazis para sustituir al anciano sacerdote, lo que se le aceptó. Fue llevado al campo de concentración de Zialdowo, luego al de Gusen y por fin, en diciembre de 1940, al de Dachau. Dos años más tarde lo mataba un guardia del campo.

Fue beatificado el 13 de junio de 1999 por el papa Juan Pablo II.

BEATO LADISLAO BLADZINSKI

Presbítero y mártir († 1944)

Nació en Myslatyce, hoy Ucrania, el 6 de enero de 1908. A los 16 años entró en la Congregación de San Miguel Arcángel (21 de octubre de 1924), siendo enviado al convento de Pawlikowice, junto a Varsovia. Terminado el noviciado hizo los primeros votos el 13 de diciembre de 1928 y tres años más tarde los votos perpetuos. Tras estudiar en el seminario mayor de Przemysl, se ordenó sacerdote el 26 de junio de 1938. Volvió a Pawlikowice como docente del seminario de su congregación y de la escuela profesional, y aquí permaneció hasta que, denun-

ciado el instituto a la Gestapo, ésta lo arrestaba el 24 de mayo de 1944. Llevado a la cárcel a Cracovia, tres meses más tarde era internado en el campo de concentración de Gross-Rosen. Asignado a un grupo que trabajaba en las canteras, encontró la muerte el 8 de septiembre de 1944 al arrojarlo al fondo de un precipicio la guardia militar del campo.

Fue beatificado el 13 de junio de 1999 por el papa Juan Pablo II.

9 de septiembre

A) MARTIROLOGIO

1. La memoria de San Pedro Claver, presbítero, de la Compañía de Jesús, apóstol de los esclavos negros, cuyo natalicio fue ayer **.
2. En Roma, en la Via Labicana, San Gorgonio († d. 203), mártir.
3. En Sabina, en el trigésimo miliario de Roma, San Jacinto (fecha desconocida), mártir.
4. En el monasterio de Clonmacnois (Irlanda), San Ciarano o Kieran († 556), presbítero y abad.
5. En Castilla, Beata Toribia, llamada también Santa María de la Cabeza († s. XII), esposa de San Isidro Labrador *.
6. En York (Inglaterra), Beato Jorge Douglas († 1587), presbítero y mártir en el reinado de Isabel I *.
7. En Gramat (Francia), Beato Pedro Bonhomme († 1861), presbítero, fundador de la Congregación de Hermanas de Nuestra Señora del Calvario **.
8. En Port-Louis (Isla Mauricio), Beato Santiago Desiderio Laval († 1864), presbítero, de la Congregación del Espíritu Santo **.
9. En Bilbao (País Vasco), Beato Francisco Gárate Aranguren († 1929), religioso de la Compañía de Jesús **.
10. En Münster (Alemania), Beata María Eutimia (Emma) Üffing († 1955), virgen, de la Congregación de la Compasión **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN PEDRO CLAVER

Presbítero († 1654)

Hace algo más de doscientos años los periódicos de La Habana publicaban estos avisos en sitio destacado:

«Un mulato como de treinta años, buen cocinero, sano y con todas tachas, menos ladrón, se cambia por negro, mulas, caballos o volanta. En el almacén que era de don Juan Rincón darán razón» *(Papel periódico,* 18 de enero de 1785).

«Buena ocasión. Se vende una mulata de dieciocho años de edad, recién venida del campo, sin vicios malos, muy dócil, 500 pesos. Otra mulata de veintiséis años, casada en la villa de Santiago, con su cría de cinco meses, en 300 pesos, alcabala y escritura y sin incluir la cría».

«Adelante, señores; 200 piastras vale esta linda negra, buena lavadora, 200 piastras, señores. Vedla: es joven aún». «¿250 piastras dijo? Es suya...».

Y el dueño la empujó y siguió con ella; había comprado también un reloj de la sucesión de M. Reynoil y dos sillas. La escena sucede en *Martinica,* comienzos del XVIII.

Mercados parecidos tenían lugar en Portobello, Jamaica, Lima, Veracruz, Cartagena. Es la esclavitud de la raza de color. La trata negrera. El negocio era bueno. Un esclavo, «una pieza de Indias», se compraba en África en 1683 por ocho francos y se vendía en Cartagena en 100 pesos. Se podían permitir los negreros el lujo «de que murieran en el camino las dos terceras partes del cargamento humano».

El sordo rumor de los encadenados, el ambiente fétido «de las calas de los veleros, el dolor de un presente y el temor de un futuro sin esperanzas», que pensaban les destinaban a morir y con su sangre teñir los navíos, dan una estampa de colores crudos. Aragó fue un viajero que vio esta escena:

Allá en un salón bajo y hediondo están clavados en el suelo y en las paredes bancos negros y sangrientos. En estos bancos y sobre este piso húmedo, se sientan desnudos, hombres, mujeres, niños y alguna vez ancianos que esperan al comprador. Apenas se presenta éste en la puerta, y a una señal del amo, todo el harén se levanta, gesticula, se agita, se contrae, muge canciones salvajes, prueba de que tiene pulmones y que ha comprendido perfectamente la esclavitud. ¡Infeliz del que no trata de distinguirse de sus compañeros!, el látigo está preparado para surcar su cuerpo y hacer volar por el aire los pedazos de carne negra.

Ahora, silencio: el negocio va a tratarse, y cerrarse la venta.

—¡Eh, pst, tú, aquí...!

«Cualquiera cosa» se levanta: esa cualquiera cosa es un ser que tiene dos ojos, una frente, sesos, un corazón como vos y como Yo... ¡pero me engaño!, ese pecho no encierra un corazón; pero, por lo demás, está completo.

—Mirad «esto». (Es el amo.)

—Camina.

Y «eso» se pone a caminar.

—Ahora corre.

Y «eso» corre. Alza la cabeza, agita los miembros, patea, grita, enseña los dientes.

—Vamos, bravo. ¿Cuánto vale?

—Seis cuádruplos.

—Doy cinco. Pero ahora que me acuerdo, ¿ha pasado ya la viruela?

—Ya la ha tenido; mirad bien.

En efecto, manchas amarillas y lucientes esparcidas sobre el cuerpo negro testifican el contacto de un pequeño hierro candente, cuya cicatriz ha dejado una señal que engaña al inexperto comprador.

—Está bien; he aquí vuestros cuádruplos.

—Cantad ahora vosotros.

La cascada cae mugiendo, los compradores salen, empujando delante de ellos a puntapiés su adquisición. El amo mete su oro en una bolsa de cuero, y se coloca en la puerta para detener otros parroquianos al paso: he aquí en miniatura un mercado de negros.

Estas escenas de realismo brutal ocurrían en el Nuevo Mundo y eran eco de la gran cacería africana.

Un día del siglo XV el portugués Albiso de Cadamosto se encontró en la Costa de Oro con unos negros. «Todos —dice— corrieron a verme como una gran maravilla...; los unos cogían mis manos y las frotaban con saliva para ver si mi blancura procedía de alguna pintura o tinte que tuviera sobre mi carne...».

Más tarde hay una fecha. El 12 de enero de 1510, segundo viaje de Colón. Su majestad manda a los oficiales de Indias emplear negros. Asientos de negros..., palabras que esconden la tragedia de catorce millones de seres desplazados de sus bohíos, de su tierra nativa, de sus familiares y lanzados a un mundo nuevo. Un millón llegó a Cartagena de Indias. Era uno de los tres puertos negreros.

—Padre Claver: ¿cuántos esclavos negros cree haber bautizado?

—Hermano Nicolás: según mi cuenta, más de 300.000...

Este diálogo seco tuvo lugar hace casi cuatrocientos años en el colegio de los jesuitas de Cartagena de Indias. Al protagonista no le ha cubierto el polvo de tres siglos y medio.

En voz baja los niños de hoy, blancos y negros, preguntan a sus padres:

> «¿De quién es esa calavera que va en esa urna dorada? —Es un santo, es San Pedro Claver, y agregan: se llamó el esclavo de los esclavos negros; les quería mucho; murió en Cartagena el 8 de septiembre de 1654».

Más de tres siglos no han borrado su recuerdo. Y los niños blancos y negros unen sus rostros curiosos y se acercan al santo que vive hoy como ayer. La figura de Claver se agiganta. Es el patrono de Colombia. No se piensa que ese hombre es el libertador de una raza oprimida.

El padre Pedro Claver, cuando charlaba con el hermano Nicolás y se sometía a un verdadero reportaje, era un anciano de setenta años; le llamaban el Santo y sus ojos eran tristes.

> «Era de mediana estatura, un poco inclinado, cabeza grande, rostro descarnado, color pálido obscuro, frente ancha y rugosa cruzada por dos profundas arrugas horizontales, ojos hundidos, tristes, barba poblada, boca grande».

El hermano Nicolás González, cuyo testimonio permite reconstruir algo de la vida del santo, era un hermano coadjutor jesuita que le acompañó durante veintidós años. Fue su gran amigo y admirador: fue el testigo que dijo más cosas en el proceso de canonización. La personalidad de Claver le llenaba de estupor. En él no se realizaba la frase: «No hay hombre grande para el ayuda de cámara».

Declaró con juramento, «por lo menos hacía un acto heroico diario». Esta palabra «heroísmo», en aquel siglo XVII, tenía un sentido fuerte, sonaba a selva virgen y a sangre. Pedro Claver vivió una época brillante (1580-1654).

Habían pasado tres grandes sucesos: el Renacimiento, la Reforma y el descubrimiento de América. Era la etapa de la consolidación de fronteras, de forcejeo de fuerzas, de cimientos de imperios. Existía la magia fresca del Nuevo Mundo. El eco de las hazañas sonaba como clarín en los descendientes de Pizarro, Cortés, Quesada... El Dorado brillaba como una ilusión en los ojos ardientes de aquellos campesinos acostumbrados a domeñar una tierra gastada. El fabuloso nuevo mundo era el ideal de

las almas selectas y de los cuerpos famélicos. América fue luz de conquista terrena y espiritual. El soldado soñaba con su espada y su misión. Era la tierra nueva para los conquistadores a lo humano y lo divino.

El 15 de abril de 1610 se embarcó en Sevilla en el galeón *San Pedro* en la madurez de los treinta años el silencioso Pedro Claver. Un conquistador más en su Dorado de esclavitud.

Verdú es un pueblo catalán del valle del Urgel. 2.000 habitantes en tiempos del santo. Célebre entonces y ahora por sus ferias de mulas y sus cántaros redondos que conservan el agua fresca. Paisaje de viñedos, olivos y cereales. El horizonte es amplio en la llanura. La silueta que se destaca desde la carretera de Lérida-Barcelona es simple en su simbolismo. La torre —Verdú era una villa amurallada, militar— del homenaje, que domina el castillo, gloria de los Cerveras antes, hoy depósito de cereales, y una iglesia románica. Verdú fue durante mucho tiempo una ciudad levítica, de abadengo. Perteneció a la abadía de Poblet. Una sardana popular dice de la villa: «Brillas en primavera la púrpura con sus amapolas, en verano con el oro de tus trigales, en otoño con el rojo de los viñedos y el verde obscuro de los olivares». Verdú es gloria de dos grandes hombres: Juan Teres, que fue virrey de Cataluña, y Pedro Claver, el misionero de la Nueva Granada. Los amigos de la leyenda agregan un tercer personaje: Colom... Este apellido es frecuente entre los payeses, y un padrino de Claver calcetero se apellidaba Colom.

En la calle mayor de la villa, en una masía grande, nació el 26 de junio de 1580 Pedro Claver. Sus padres eran unos campesinos acomodados, tenían dieciocho fincas y un patronato con otras once: no pertenecían a la nobleza como se ha dicho. Los padrinos eran calceteros y canteros. Los padres del santo se llamaban Pedro Claver y Juana Corberó. Tuvieron 6 hijos, de los cuales Catalina y Catalina María murieron en la infancia, Jaime a los veintiún años. Quedaron tres: Juan Martín, el mayor; Isabel, la más pequeña, y el santo, que era el penúltimo. El jefe de la familia no era muy instruido, apenas sabía firmar, pero era de juicio recto y singular bondad; figura como albacea en muchos testamentos y fue *jurat encap* en 1601 y 1605. La fe de bautismo

que se conserva hoy día en el despacho parroquial de Verdú dice así:

> «El 26 de junio de 1580 fue bautizado Juan Pedro, hijo de Pedro Claver, de la calle mayor, y Ana, mujer de aquél. Fueron padrinos Juan Borrel, cantero, y Magdalena, mujer de Flavian Colom, calcetero, todos de Verdú. Dios le haga buen cristiano».

Dios le hizo algo más: un gran santo.

Su infancia fue la de un campesino. No tiene historia. A los diecinueve años inició su vida eclesiástica. Más tarde entró en la Compañía de Jesús. En la maravillosa isla de Mallorca se encontró con un santo anciano, San Alfonso Rodríguez. Era un místico, su figura de castellano viejo se parecía a un sarmiento retorcido por la penitencia, tenía fuego interior. Un día tuvo una visión que se refería a su amigo. Vio un trono en el cielo para Claver, «porque allá en las Indias tendría que padecer mucho».

«¡Ay!, Pedro, cuántos están ociosos en Europa mientras en América perecen tantas almas..., allá está tu misión». Pedro Claver sintió una luz en su camino y un gran ardor conquistador. Desde ese momento su alma grande soñó con el nuevo mundo. Tres ciudades de Colombia fueron el escenario de su vida:

Santa Fe de Bogotá, con sus casonas, sus patios, sus claustros viejos de San Bartolomé. Pedro Claver vivió en la capital dos años. Es el único santo canonizado que ha pisado estas calles y recorrido estos caminos.

Tunja, envuelta en su paisaje ascético y místico, dureza serena y elevación profunda. Es otra ciudad claveriana. Allí estuvo un año.

Cartagena, la metrópoli cálida de la colonia, llena de luz y de contrastes, ciudad militar, mística y popular. Por sus calles y plazas el Santo de los esclavos anduvo treinta y ocho años.

El día 20 de marzo de 1616 Pedro Claver se ordena sacerdote en la catedral de la ciudad heroica. Unos años más tarde, el 3 de abril de 1622, tuvo lugar una escena silenciosa pero trascendental. En un papel ordinario, basto, con su letra clara un poco inclinada a la derecha y con trazos rectos, escribió las palabras que se han hecho inmortales, *Petrus Claver aethiopum semper servus.* «Pedro Claver, esclavo para siempre de los etíopes» (es decir, de los negros).

Desde este momento, la vida de este hombre no será sino una cadena de sacrificios, de entregas al hermano que sufre abandonado. Olvidará todo lo brillante de la vida.

La humanidad siempre ha sido cruel; hoy hay campos de concentración, ayer había barracones negreros.

El padre Sandoval fue el primer apóstol de los negros que de una manera sistemática trabajó en Cartagena de Indias. Escribió un libro genial: *De la salvación de los negros,* que en su género es único por su valor sociológico y valiente. El galeón negrero se acerca al puerto. Ya las velas se recogen. Ha pasado el fuerte del Pastelillo y se puede oír el rumor del puerto. En el fondo del navío un terrible murmullo. Gritos de angustia, miradas ansiosas, los negreros muestran un rostro más benévolo. Ha llegado una tercera parte de su mercancía y hay interés en que dé buena impresión. «Rían, esclavos..., rían».

> «Cautivos estos negros con la justicia que Dios sabe —dice Sandoval— los echan luego en prisiones asperísimas, de donde no salen hasta llegar a este puerto de Cartagena. A veces llegan doce o catorce navíos al año, hediondos, y les da tanta tristeza y melancolía por la idea que tienen que les traen para hacer aceite de ellos o comérselos, que mueren un tercio de la navegación. Vienen apretados, asquerosos y tan mal tratados que me certifican los que los traen que vienen de seis en seis con argollas en el cuello, con grillos en los pies de dos en dos, de modo que de los pies a la cabeza vienen aprisionados. Debajo de la cubierta, cerrados por fuera, donde no ven sol ni luna, que nadie puede atreverse a meterse allá sin marearse ni resistir una hora.
>
> Comen cada veinticuatro horas, no más que una mediana escudilla de harina de maíz o de mijo o millo crudo y con él un pequeño jarro de agua, y no otra cosa sino mucho palo, mucho azote y malas palabras.
>
> Con este tratamiento llegan unos esqueletos, sacándolos luego a tierra en carnes vivas, pónenles en un gran patio corral, acuden luego a él innumerables gentes, unos llevados de la codicia, otros de curiosidad y otros de compasión; éstos son los misioneros, y aunque van corriendo, siempre hallan algunos muertos».

Página terrible de un testigo, del maestro y antecesor de San Pedro Claver. Él mismo confiesa que, ante esta humanidad repugnante, sentía espasmo y su naturaleza quería huir.

Sólo se conserva un retazo de carta del 31 de marzo de 1617. De ella son estas líneas:

> «Ayer saltaron a tierra un gran navío de negros de los Ríos de Guinea. Fuimos allá cargados de naranjas, limones, tabaco. Entramos en sus barracones, remeros de una y otra parte. Fuimos rompiendo hasta llegar a los enfermos, de que había gran manada echados en el suelo, muy húmedo y anegadizo. Echamos manteos fuera, terraplenamos el lugar, llevamos en brazos a los enfermos...».

La sociología de Claver no era complicada ni recargada de incisos. Tuvo un amor supremo: «Señor, te amo mucho, mucho...». Una voluntad de acero: cuando el cuerpo se rebelaba ante una llaga abierta, ante el horror de un leproso hecho pedazos, su rostro demacrado y amarillento como las olivas de su pueblo se encendía, sacaba una disciplina que termina en pequeños pedazos de hierro y allí mismo, ante el enfermo, desgarraba sus carnes magras. «Así, así, pues ya verás», y la tempestad pasaba. Su rostro, como el mar Caribe que lamía los muros de su cuarto, se volvía sereno y se inclinaba al enfermo, besaba una y otra vez sus llagas, «hasta dejarlas limpias con sus propios labios».

El hermano Nicolás, su compañero de veintidós años, dice:

> «Yo le acompañé —declara en el proceso—, la enferma está en un cuarto oscuro, hacía un calor terrible y un hedor insoportable. A mí se me alborotó el estómago y me caía por tierra. El padre me dijo: "Retírese, hermano mío", y vi sus labios en las llagas de la pobre esclava negra».

Una vez, una enferma no pudo soportar esta postración y gritó con angustia: «No, no, mi padre, no hagáis esto». Pocas veces la tierra ha visto a un hombre amar tanto a unos seres rotos y abandonados, como el padre Claver.

El capitán Barahonda testifica: «Y los negros a su vez le amaban, pues les tenía mucho amor y siempre que lo veían iban a besarle la mano y se postraban arrodillados en su presencia».

Un día cualquiera de 1622 a 1654. La escena era muy conocida en el colegio de San Ignacio, situado junto a las murallas, a pocos pasos del desembarcadero de los esclavos. Un mensajero llegaba jadeante al cuarto de Claver. El santo había prometido oraciones especiales al que diera la primera noticia. Gran don. Su cuarto era muy pobre: una silla desvencijada, una cama con una estera, y allá en el rincón —cosa singular—

una despensa abastecida: naranjas, limones, tabaco, aguardiente o aguafuerte.

Al primer anuncio todo es movimiento. Los intérpretes negros «su brazo derecho»; uno, llamado Calapino, hablaba doce lenguas de África. ¿Sus nombres? Andrés Sacabuche, Aluanil, de Angola; Sofo y Yolofo, de Guinea; Viafara Manuel y Juan Moniolo... y con ellos el hermano Nicolás González, el viejo amigo. Al puerto, pronto. Cada uno con su carga. Decía Pedro Claver: «Navío de negros ha venido, es necesario anzuelo».

Su facha era singular: una bolsa de cuero amarrada al brazo izquierdo, en ella un revoltijo: un manual eclesiástico, los cirios, aceite santo, una cruz, tabaco, vestidos...

El padre Claver era melancólico en sus últimos años, pero su natural era colérico. Había sufrido mucho y visto mucha miseria. Allá se veían en la borda unas figuras negras, él saludaba con ansia. A veces no esperaba, tomaba la primera barquichuela que encontraba. El espectáculo era triste: en el ambiente fétido, mezcla de pez y desperdicios, un rebaño de seres desnudos; en su mirada, el recuerdo de un pasado de horror y terror indisimulado.

Pensaban que les iban a matar y por eso gritaban en su lengua aguda. ¿Habría llegado la hora de la matanza? «No temáis —gritaban los intérpretes—, es el padre Pedro; él os ama». Y Claver, en la imposibilidad de hacerse entender en todas las lenguas, les iba abrazando uno a uno, era el lenguaje común. Primero a los niños moribundos: «Yo te bautizo», y allí mismo muchos volaban a la eternidad. Luego los enfermos. A veces un sorbo de aguafuerte les hacía volver en sí. Claver era muy humano para los demás, sólo para él reservaba el rigor. Su cuerpo estaba lleno de cilicios «desde los dedos del pie al cuello». El hermano Lomparte dijo un día:

> —¿Qué es eso, padre? ¿Hasta cuándo ha de tener amarrado el borrico?
>
> —Hasta la muerte, hermano —fue la respuesta.

El borrico era su propio cuerpo atormentado.

Y seguía la gran carrera de la caridad. La catequesis maravillosa; cinco, ocho horas en lóbregos barracones. El bautismo, 300.000. La rudeza de los hospitales donde su cuerpo y su alma

se entregaban. La idea fija de la liberación de sus «señores esclavos». Éste fue Claver durante cuarenta años. El santo heroico. El maravilloso santo de Cartagena que hacía milagros con su Cristo de madera y sabía poner esperanzas en los que habían llegado de África sin ellas. Tuvo contradicciones. Le llamaron ignorante. «Él prefería a sus negros, y las señoras de Cartagena doña Isabel de Urbina y doña Mariana de Delgado debieron aguardar horas en la fila de esclavas que esperaban junto al confesonario del padre Claver». Dice un intérprete: «Tenía gran compasión de estas pobres negras que no tenían a nadie. Para las otras no faltaban confesores».

Misterios de la vida y de la ingratitud humana. El padre Claver cayó un día paralítico, «entró, después de una misión en Tolú, al colegio con el color del rostro más pálido, las facciones desencajadas, las fuerzas débiles». Estaba herido de muerte.

Cuatro años en este aposento que visitan hoy los turistas en Cartagena de Colombia, allí, junto al rumor del mar Caribe. El dinámico estaba inmóvil. El santo de la caridad estaba abandonado. Todos habían huido y sólo el negro Manuel estaba a su lado. El negro Manuel, sin embargo, era esclavo nuevo. Le hizo sufrir mucho y no se quejó. Él mismo confesó luego que le dejaba sin pan ni ración. No quería vestirle, le gobernaba a empellones y sólo pudo notar que cuando bajaba a la cocina el anciano paralítico, con su mano temblorosa, tomaba una disciplina sobre sus carnes moribundas. «Más merecen mis culpas», solía decir. Era la suprema purificación del abandono y el olvido.

Y llegó un día, 6 de septiembre de 1654, en que un murmullo potente se oyó en la ciudad. Despertaba de un sueño de olvido. ¿Qué sucedía? El santo muere. El santo muere. Y ante el moribundo empezó la apoteosis más gigantesca que los hombres hayan conocido. El 7 de septiembre perdió el habla y el día 8, entre «la una y las dos de la mañana —dice el padre Arcos, su superior y testigo—, sin hacer acción ni movimiento alguno, con la misma paz, tranquilidad y quietud que había vivido, dio su alma a Dios».

El hermano Nicolás escribía sublimemente más tarde:

> «Quedó con el mismo semblante que siempre tuvo. Y yo conocí que había muerto porque de repente se le mudó la cara pálida y muy macilenta en un esplendor y belleza extraordinarias; conocí

que su alma gozaba de Dios separada del cuerpo. Me arrodillé, besé sus pies muertos, muy bellos y muy blancos, y lo mismo hicieron los que estaban allí, sacerdotes, españoles, moros...».

Han pasado tres siglos y medio desde aquel día memorable. San Pedro Claver no es para su ciudad, Cartagena, ni para el mundo un personaje muerto. Vive irradiando beneficios y amor. Sus reliquias van triunfales por los caminos de Colombia y en su santuario de Cartagena pasan todos los años más de 100.000 personas venidas de todo el mundo.

Hoy se oye también la palabra maravillada: «El santo, el santo». Es el patrono de todas las misiones con negros, el patrono de los obreros de Colombia, en especial. Es una de las mayores figuras del mundo hispánico. «El primer misionero del siglo XVII» (Astrain). «Columna inexpugnable de la Iglesia» (Tarraconense). «Su nombre queda grabado con letras de oro en la historia» (Pastor). «La vida que más nos ha impresionado después de la de Cristo» (León XIII).

Margarita era una esclava negra de Caboverde; su dueña era la gran señora cartagenera doña Isabel de Urbina, devotísima de Claver. La esclava era predilecta del santo, pues le ayudaba a cocinar platos especiales para los leprosos de San Lázaro y en los últimos días ella preparaba, por mandato de su ama, algo nuevo para el moribundo. En la mañana del 8 de septiembre doña Isabel se acercó llorosa a la esclava. Leyó en sus ojos la noticia. El padre Pedro había muerto. «Margarita —le dijo—, desde hoy eres libre». Abrió sus grandes ojos y cayó en los brazos de la gran señora. Sintió dolor por su libertad. Era la reconciliación simbólica de dos razas sobre la tumba de Claver.

Ésta es una de las mayores grandezas de este santo. Fue el libertador de una raza, sobre todo porque supo infundir en aquellas almas desgarradas un ideal de esperanza. Les enseñó a reír de nuevo con esa risa fresca de la raza de color. En estos tiempos de inquietudes, de odios, de egoísmos, San Pedro Claver trae un mensaje.

ÁNGEL VALTIERRA, SI

Bibliografía

ASTRAIN, A., SI, *Historia de la Compañía de Jesús en la asistencia de España,* t.5 (Madrid 1911).

CASSANI, J., SI, *Historia de la Provincia de la Compañía de Jesús del Nuevo Reino de Granada. Memoria de algunos varones ilustres* (Madrid 1741).

FERNÁNDEZ, J., SI, *Apostólica y penitente vida del venerable P. Pedro Claver, sacada principalmente de informaciones jurídicas hechas ante el Ordinario de la ciudad de Cartagena de Indias...* (Zaragoza 1666).

SACRA RITUUM CONGREGATIONE, *Beatificationis et canonizationis Ven. Servi Dei Petri Claver* (Roma 1696).

SANDOVAL, A. DE, SI, *Naturaleza, policía sagrada i profana, costumbres i ritos, disciplina i catechismo euangélico de todos los etíopes* (Sevilla 1627).

SUÁREZ DE SOMOZA, J. (ed.), *Vida del venerable y apostólico padre Pedro Claver de la Compañía de Jesús... atribuida al P. Alfonso Andrade, S.I.* (Madrid 1657).

VALTIERRA, A., SI, *San Pedro Claver: el Santo que libertó una raza. Su vida y su época* (Bogotá 1951).

— *El esclavo de los esclavos: San Pedro Claver, SJ. Tercer centenario de su muerte (1654-1954)* (Bogotá 1954).

• Actualización:

LAMET, P. M., *Un cristiano protesta: Pedro Claver (1580-1654)* (Barcelona 1980).

PICÓN SALAS, M., *Viaje al amanecer: Pedro Claver, el santo de los esclavos* (Barcelona 1980).

VALTIERRA, A. - HORNEDO, R. M.ª DE, *San Pedro Claver, esclavo de esclavos* (Madrid ²1997).

BEATA MARÍA EUTIMIA (EMMA) ÜFFING

Virgen († 1955)

He aquí una persona sin relieve, sin grandiosidad, sin historia. Y sin embargo, el papa Juan Pablo II la sube a los altares el día 7 de octubre de 2001. Junto a otros seis siervos de Dios, el Papa la beatifica y la pone como ejemplo de amor para todos nosotros. Dijo así Juan Pablo II en aquel día:

> «La beata sor Eutimia, religiosa de la Misericordia, se dedicó al cuidado de los enfermos, en particular de los prisioneros de guerra y de los trabajadores extranjeros. Por esta razón, la llamaban también "mamá Eutimia". Después de la guerra debió encargarse de la lavandería, en vez de la asistencia a los enfermos. Hubiera preferido haber atendido a los hombres más que a las máquinas; sin embargo, siguió siendo una religiosa compasiva, que tenía para todos una sonrisa y una palabra amable. Así expresaba su deseo: "El Señor debe servirse de mí y convertirme en un rayo de sol que ilumine todos los días". Vivió según el lema "cualquier cosa que hagamos, somos siempre unos siervos inútiles, pues hemos hecho lo que teníamos que hacer" (Lc 17,10). Su grandeza reside en la fidelidad a lo pequeño».

Hay diversidad de santos. Hay diversidad de dones. Hay diversidad de colores, flores, árboles y seres humanos. Eutimia era una flor de la alta montaña; una perla perdida en el mar. Y por ser así, el papa Juan Pablo II la puso en los altares. A veces nos cuesta entender dónde está la verdadera santidad; sin brillo, sin títulos y sin dinero.

Pero lo difícil en esta mujer es seguir sus pasos precisamente en Alemania y precisamente durante las dos guerras mundiales. Le tocó de todo. Porque una enfermera siempre tiene trabajo, pero una enfermera en la segunda guerra mundial tiene para morirse de trabajo, de sufrimiento y de pena.

Es bueno recorrer los años en que ella vivió.

Nació el 8 de abril de 1914, en Halverde, Steinfurt (Alemania). Empezaba entonces la primera guerra mundial, que duró hasta el 18. Cuatro años en que Alemania, vencida, quedó aplastada por los acuerdos internacionales.

En 1915, los franceses pusieron en los aviones, por primera vez, ametralladoras que disparaban a través de la hélice en acción. En 1916, Hitler es herido de guerra. En 1917 ocurre la revolución rusa. Y Estados Unidos entra en la guerra mundial. En 1919 se celebra el tratado de Versalles. Fechas impresionantes, como se ve. Eutimia era una niña, pero tendrá que vivir pendiente de todos estos acontecimientos.

Cuando Eutimia tiene 7 años, Hitler es presidente del partido nazi. Sobre Alemania se ciernen negras nubes. En 1922 Hitler es encarcelado. Diez años más tarde se nacionaliza alemán, porque era austríaco. Y sufre nueve meses de cárcel. Al año siguiente, es canciller de Alemania.

Eutimia siente su vocación en esos años, en 1928, con 14 años de edad. Y es admitida en el Instituto de las religiosas de la Misericordia en 1934, cuando tiene 20 años.

El año 1936 Hitler militariza Renania, en contra de los acuerdos de Versalles. En 1938 anexiona Austria a Alemania con unos acuerdos pacíficos.

Ese mismo año entra en los Sudetes (Checoslovaquia) y hace un pacto con Rusia para repartirse Polonia. El 1 de septiembre de 1939 Alemania invade Polonia y comienza la segun-

da guerra mundial. Inglaterra y Francia declaran la guerra a Alemania dos días después. Alemania invade Finlandia.

Eutimia tiene 25 años. Lleva cinco años de religiosa y atiende a los enfermos y heridos que le llegan de todas partes. Ella no mira la nacionalidad ni las estrellas de los militares. Atiende a los enfermos y heridos con la cruz de Cristo en la mano y el amor de Dios en sus labios. Es una santa.

En mayo de 1940 empiezan los ataques de Alemania a Francia. El 14 de junio de 1940 Hitler entra en París. El 16 de julio, Alemania hace el primer ataque aéreo a Inglaterra. Dos meses más tarde (15 de septiembre) Eutimia emite sus votos perpetuos.

Su patria invade, en mayo, Bélgica, Luxemburgo y Holanda. Alemania se traga el mundo. Y Eutimia es una pobre enfermera que cuida a sus heridos. En una Alemania asesina, hay también personas maravillosas.

En ese mismo año (1940) Alemania acorrala a las fuerzas aliadas en Dunkerke y éstas tienen que huir por el mar como peces asustados. Y lo peor de todo, ese mismo año empieza a funcionar la máquina asesina de Auschwitz. La ha montado el comandante Rudolf Hess bajo los mandos de Hitler. También ese año Alemania invade Dinamarca y Noruega.

En 1941, mientras Eutimia cuida a sus enfermos con desvelo, en el campo de la muerte de Auschwitz se empieza a emplear el ziclón B que sirve para matar seres humanos como si fueran ratas. Luego, se queman sus cadáveres en los hornos crematorios. El horror invade Alemania y sus alrededores.

Ese mismo año Hitler, el insensato cabo de la primera guerra mundial, empieza la campaña del Este. Quiere llegar hasta Moscú, pero se encuentra con la nieve y los hielos de las estepas rusas. No se acordaba de que a Napoleón le había ocurrido años antes exactamente lo mismo.

El año 1942 (20 de septiembre) los alemanes están a las puertas de Stalingrado. Pero el 2 de febrero de 1943 los rusos hacen allí mismo una redada de 330.000 soldados alemanes y la guerra empieza a poner marcha atrás.

Mientras tanto, a Eutimia le llegan enfermos y heridos a centenares. Y atiende a todos con virtud heroica.

El año 1943 se lanzan los bombardeos aliados a Berlín y a toda Alemania. Nuevos heridos, miles de heridos para Eutimia. Va pasando el tiempo. Los alemanes inventan los misiles V 1 y V 2. Parece que quieren resucitar de sus cenizas.

En 1944 se monta el desembarco de Normandía: 6 de junio. Salió el sol por donde menos se lo esperaban los alemanes.

El 4 de mayo de 1945 aparece el cadáver de Hitler. El 9 se declara terminada la segunda guerra mundial. Eutimia tiene 31 años de edad.

Al terminar la guerra, Eutimia es destinada a trabajar en la lavandería del hospital. Ella, que no era muy fuerte de cuerpo, es destinada a trabajos más suaves. Pero se dedica a todo y atiende a los enfermos que vienen a sus manos. Y encima de todo eso, le queda tiempo para estar horas enteras ante el Sagrario, el amor de su vida, el amor de sus amores.

El 9 de septiembre de 1955, cuando tenía 41 años, en Münster (Alemania), en medio de una enfermedad que le produce intensos dolores físicos, muere esta religiosa, víctima del amor que ha repartido a manos llenas. Ella había repartido amor, mientras el mundo, que se volvía loco, mataba sin compasión a millones de seres humanos.

Eutimia, flor de invierno, luciérnaga en la noche, madre de todos.

FÉLIX NÚÑEZ URIBE

Bibliografía

CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, *Monasterien. Canonizationis servae Dei Mariae Euthymiae Üffing sororis professae Congregationis a Compassione (1914-1955)* (Roma 1986).

Guerras del siglo XX, 3 vols. (Barcelona 1994).

BEATO PEDRO BONHOMME

Presbítero y fundador († 1861)

En la Francia conocida como tierra de santos, concretamente la diócesis de Cahors, prefectura del *Lot en Quercy,* línea de París-Toulouse por Capdenac, el viajero puede admirar la ciudad de Gramat, cuyos orígenes se remontan al alba de los tiempos

según testimonio de túmulos y dólmenes. Se trata de una villa de comerciantes sobre la ruta de peregrinación de Rocamadour, segundo enclave del turismo francés después del Monte Saint-Michel que domina el valle del Dordoña. Rocamadour es todo un santuario cuya creación se remonta al siglo XI, con espléndidas casas medievales colgadas de la roca, y sucesión de capillas y terrazas. El viajero se halla en la región *Midi-Pyrénées,* famosa de cuando la guerra de los Cien Años entre Francia e Inglaterra (siglos XIV y XV), cuyos habitantes, para protegerse de fuerzas hostiles, se construyeron ciudades fortificadas, las famosas *bastidas,* cerca de 500 en la región, muchas de las cuales son hoy escalas del camino que conduce a los peregrinos a Santiago de Compostela, en España.

Gramat es una villa pequeña, de atractivo casi meridional, que vive al ritmo de las estaciones y de los equinoccios, distante 46 kilómetros de Lot, 56 de Cahors, y 550 de París. Allá por los albores del XIX hubo entre sus habitantes un hogar cristiano, el humilde y honestísimo matrimonio formado por José Bonhomme, artesano él, algunos biógrafos dicen que armero, y Antonia Darnis, donde vino al mundo el 4 de julio de 1803 nuestro Beato Pedro Bonhomme (1803-1861), sacerdote diocesano con el correr del tiempo y fundador de la Congregación de Hermanas de Nuestra Señora del Calvario. Ese mismo día se le administró el bautismo. Por entonces pesaba todavía en el *Causse del Quercy* la devastación del convulso período de la revolución francesa: quedaba, era natural, un clero envejecido, y el Seminario mayor aún estaba por abrir sus puertas, y las necesidades apostólicas en aquel departamento, entonces con unos 250.000 habitantes, eran inmensas. A Pedro Bonhomme se le pueden aplicar las palabras del Sirácida: «en su vida reparó la casa, y en sus días fortificó el santuario» (Eclo 50,1).

Despuntan en Pedro niño las actitudes y disposiciones de ánimo que brillarán cuando sea mayor: afán de estudio, facilidad discente y docente, hondo sentimiento religioso, tendencia a la simplicidad y a la pobreza. En la noche de la Natividad del Señor del 1813, con diez años no más, casi un siglo antes de que llegue la comunión frecuente de San Pío X, recibe por primera vez el Pan de los Ángeles. Apasionado por Cristo y por la in-

mensa misión salvífica de las almas, y joven aún, decide: «seré sacerdote». Cursa los primeros estudios con el párroco de Gramat, y desde 1815 a 1818 frecuenta la escuela presbiteral de *Reilhac,* un caserío del entorno donde un sacerdote reunía a los jóvenes, pues los seminarios, insisto, aún estaban cerrados desde la revolución francesa. No bien llega la reapertura al menor de Monfaucon, Pedro ingresa allí el 1 de noviembre de 1818. Al mayor pasará el 2 de noviembre de 1824 con el diploma de Bachiller que ese mismo año le ha extendido el Colegio Real de Cahors. Tras las órdenes menores y el subdiaconado, suena la hora de la ordenación diaconal ese mismo año de 1827 en Montauban, y funda en Gramat un colegio para chicos. El 23 de diciembre de 1827 llega en Cahors, por fin, la imposición de manos del presbiterado.

La verdad es que Pedro tuvo la grandeza de rehusar noblemente una bolsa de estudios que le brindaba a título de alumno eclesiástico la dirección del Liceo: todavía indeciso sobre su futuro, no quiso quitar el puesto a otra vocación segura. Precisamente a causa del alto concepto que ya tenía de la vocación sacerdotal, y puesto que aún notaba en su interior fuerte inclinación a los juegos y diversiones, había preferido esperar a ver dominadas tales tendencias antes de emprender de forma responsable la escarpada senda del sacerdocio. De ahí también que, para disponer de un período mayor de madurez, no pase directamente del pequeño seminario de Montauban al mayor de Cahors. Prefiere frecuentar el Colegio Real y sacar antes el susodicho bachillerato en letras.

A partir de su ordenación sacerdotal, las pruebas de extraordinario dinamismo en Pedro son constantes: abre un Colegio en Gramat para varones y al año siguiente otro en Prayssac; ayuda a los sacerdotes ancianos de dos parroquias de Gramat y crea el grupo de las «Hijas de María», movimiento de espiritualidad para jóvenes y primera obra suya: la necesidad de instrucción y formación en los jóvenes, que allí brilla por su ausencia, se le hace, si cabe, más apremiante. Nombrado párroco de Gramat el 12 de septiembre de 1832, descubre la miseria de pobres, ancianos y enfermos y la precariedad de medios para erradicarla. Invita a las jóvenes a que le ayuden en las visitas, los cuida-

dos, los socorros materiales y espirituales, y muy pronto, de acuerdo con la Oficina de Beneficencia del pueblo a la que no ha tardado en afiliarse, decide construir un Hogar. De este proyecto nace en 1833 la Congregación de Hermanas de Nuestra Señora del Calvario. Era entonces costumbre pedir una comunidad religiosa para abrir un Hogar. Él no la encuentra, es cierto, pero, visto el fervor y la entrega del grupo «Hijas de María», invita y forma a éstas para que sean religiosas. Sale así al encuentro del íntimo deseo de las jóvenes por consagrarse a Dios.

Cuatro gramatenses, Hortensia y Adela Pradel, Cora y Matilde Rousset, componen el primer eslabón de una cadena ininterrumpida hasta hoy. Hacen en Rocamadour, el ya referido lugar de peregrinación mariana, un retiro de discernimiento de ocho días, que concluye con su primer compromiso. Luego de algunos meses en Cahors, al objeto de formarse en diversas congregaciones, regresan a Gramat para vivir en comunidad y ponerse al servicio de los niños y los pobres. En 1833 pronuncian los primeros votos y treinta años más tarde, a la muerte del Fundador, son más de doscientas y las comunidades se han multiplicado en el Lot y más allá, al servicio de los niños y jóvenes (catequesis, instrucción y formación), las parroquias; los pobres y enfermos (cuidados a domicilio, obras sociales); los marginados de la época (sordomudos, enfermos mentales).

Antes de emprender este quehacer misionero, Pedro Bonhomme se tomó un tiempo para reflexionar. Sus múltiples actividades no le impidieron experimentar con un ritmo de vida prácticamente monástico, que procuró seguir fielmente, a base de oración y trabajo para mejor contribuir a la gloria de Dios y a la salvación de las almas. Probó en 1836 con un retiro en la Trapa de Mortagne. Y es que sentía por dentro el irresistible tirón de la vida religiosa, en concreto de los Carmelitas, a cuyo noviciado quiso acudir arrastrando consigo a dos compañeros, con el propósito de regresar más tarde a Gramat formando una Comunidad carmelitana. Pero el obispo de Cahors, mons. d'Haupoul, le quitó la idea de la cabeza en 1837. Pedro Bonhomme entonces se sometió humilde y obediente, y no cesó de colaborar leal y activamente con el grupo de misioneros diocesanos en Rocamadour, a cuyo frente monseñor Bardou, el nuevo obispo, puso de superior al P. Jouffreau.

Despliega Pedro por este tiempo un desbordante servicio parroquial. Predica numerosas misiones en el Lot y en el Tarn y Garonne: unas sesenta en diez años. Duran entre una y tres semanas: con gran éxito de asistencia, número de confesiones y conversiones. Nace así la fama de *gran orador popular* que a partir de un contenido muy clásico —las grandes verdades (muerte, juicio, pecado, infierno, cielo y los diez mandamientos)— sabe conmover, hacer llorar, pero sobre todo convertir y reconducir al compromiso cristiano a numerosos paisanos de buena voluntad y jóvenes para su Congregación. Predica en dialecto, con fuerza, siempre. Se revela extraordinario ministro de la Reconciliación. Busca fuerza e inspiración a los pies de Nuestra Señora de Rocamadour, por cuya intercesión recupera la voz tras haberse quedado completamente afónico durante un retiro en la Parroquia de Gramat. Allí también, el P. Caillau, sacerdote de las Misiones de Francia y restaurador de las peregrinaciones, le pide que inaugure en 1835 las semanas mariales de septiembre. A partir de entonces se vuelca en restaurar la Peregrinación de Nuestra Señora de Rocamadour, a 10 kilómetros de Gramat.

Después de diez años evangelizando por las aldeas —había sido nombrado en 1842 canónigo de la iglesia catedral de Cahors—, un buen día de 1848, durante la misión de Puy l'Évêque, un pueblo del Lot, se le apaga definitivamente la voz, muy débil desde su juventud, y tiene que renunciar al ministerio de la palabra. Desaparece el misionero diocesano, pero queda el fundador, entregado hasta el final en extender el Reino de Dios. Cuenta entonces su congregación con 61 religiosas en distintas comunidades de las parroquias rurales para la educación de los niños y el cuidado de los enfermos.

En 1844, había enviado una comunidad para prestar un servicio en el hospital psiquiátrico del departamento, en Leyme, y sostuvo a las hermanas en tarea tan difícil mediante frecuentes visitas. Toma conciencia de la suerte de los enfermos mentales que la medicina no llegaba a tratar como hoy, y cuando en París encuentra al dr. Falret, médico en la Salpetrière, que le pide hermanas para atender un asilo de día para «los alienados convalecientes e indigentes», decide concretar esta fundación. Las hermanas llegan a Grenelle (París) el 1 de julio de 1856. Pri-

vado de voz por su enfermedad de laringe, el siervo de Dios Bonhomme experimenta diariamente dificultades para comunicarse con el entorno. Durante las misiones descubre en los pueblos del campo inválidos, sordomudos, privados de comunicación, de educación y con frecuencia excluidos. Su enfermedad lo vuelve más sensible al discapacitado. Desea prodigarse en ello, hacerles accesibles a la Palabra, conocer el amor de Dios.

En octubre de 1854 abrió la primera escuela para sordos en Marynhac-Lentour (Lot) y en 1856 envió Hermanas a París, calle de Postes, con la encomienda de abrir un asilo para sordomudos, a requerimiento del Padre Lambert, capellán del Instituto Imperial de Sordos. Durante este último período de su vida, nuestro hombre de Dios trabajó en la redacción de la Regla del Instituto que puso bajo la protección de Nuestra Señora del Calvario, dándole a María al pie de la Cruz por madre y modelo. Antepuso al texto de las constituciones un comentario de las Bienaventuranzas. Él mismo había fundado su vida sobre el Evangelio: «Mi modelo será Jesucristo y uno se complace en parecerse a quien ama».

Este apasionado servidor de Jesucristo sufrió la negra prueba de la persecución hasta en su natal Gramat, donde no le ahorraron críticas, ni calumnias, ni burlas durante los primeros años del ministerio, algo que a él, tan sensible en la vida, delicado en la amistad y compasivo en las penas, le marcó profundamente. En estrechísima comunión con la pasión de Cristo, vivida con el Vía Crucis, que él hizo erigir por docenas durante sus misiones en las Iglesias parroquiales. Su filial confianza en María le arrastró peregrino a menudo por la ruta de Rocamadour, rosario en mano: «Mi apoyo, mi todo junto a Dios, eres tú, Santa Virgen María. Pongo mi salvación en tus manos», era su acostumbrada oración, y la del último encuentro en aquel santuario, adonde sólo tres días antes de morir, todavía tuvo arrestos para trasladarse a pie.

Le sobrevino la muerte en la tarde del 9 de septiembre de 1861. Había dicho muchas veces: «Quiero que mis hermanas sean aptas para todas las necesidades que reclama la humanidad y que sean así hasta el fin del mundo». Hoy la congregación está extendida no sólo en Francia, sino también por Brasil, Argenti-

na, Paraguay, Costa de Marfil, Guinea y las Filipinas. Las necesidades apostólicas actuales son distintas, pero no menores que las de 1830. Empezó el proceso diocesano en 1952, y el 22 de octubre de 1955 pasó a la Sagrada Congregación de Ritos, sección histórica, cuyos consultores se pronunciaron a favor el 2 de febrero de 1977. Fueron numerosas las etapas hasta el reconocimiento de un milagro. En 1965 salió aprobado el decreto sobre sus escritos. Constituido legítimamente el postulador de la causa, ésta fue introducida con las bendiciones de Juan Pablo II el 15 de marzo de 1980. El 5 de noviembre de 1986 un congreso de teólogos examinó las virtudes del siervo de Dios y el 6 de octubre de 1987 el mismo Papa autorizó el título de venerable, promulgando el 23 de octubre de 1987, año mariano, el correspondiente decreto *super dubio.* El 23 de octubre de 1997, Juan Pablo II daba luz verde al decreto sobre virtudes teologales y cardinales.

Para milagros la postulación de la causa presentó el caso de una prodigiosa recuperación de Fernando Gomes de Melo, niño de dieciocho meses que el 27 de enero de 1973, de la barquita donde estaba había caído a las aguas del río Mamoré, de las que horas después, tras la invocación de varias hermanas de la congregación al siervo de Dios, fue sacado ileso. El caso pasó el año 2000 al examen de la congregación, donde fue aprobado por decreto de causas de los santos el 27 de octubre del mismo año. El consejo de médicos dio el plácet en la sesión del 23 de mayo de 2001, y a él se sumó el de los teólogos el 17 de noviembre del mismo 2001. Y el de los cardenales y obispos, en la sesión ordinaria tenida el 15 de enero de 2002, haciendo de ponente mons. Salvador Boccaccio, obispo de Frosinone-Veroli-Ferentino. El 23 de abril de 2002 Juan Pablo II firmaba el decreto de beatificación, celebrada solemnemente en Roma el domingo 23 de marzo de 2003.

Una gracia muy grande para la diócesis de Cahors, con este primer sacerdote suyo beatificado. El Papa incrementaba ese día su palmarés: 1.308 beatos en los entonces casi 25 años de pontificado, y 464 nuevos santos. Durante el acto recordó que la santidad es posible, por mucho que sea camino arduo. Junto a Pedro Bonhomme subieron a los altares también la Madre Ma-

ría Dolores Rodríguez Sopeña y Ortega (1848-1918), española, virgen, fundadora de las Hermanas del Instituto Catequista; Madre María Caridad Brader (1860-1943), virgen, fundadora de la Congregación de las Hermanas Franciscanas de María Inmaculada; Madre Juana María Condesa Lluch (1862-1916), virgen, fundadora de la Congregación de las Siervas de María Inmaculada, protectoras de las trabajadoras; y Ladislao Batthyany-Strattmann (1870-1931), laico, padre de familia húngaro, conocido como el «médico de los pobres». Los españoles, latinoamericanos (sobre todo colombianos) y húngaros eran particularmente numerosos. Entre ellos, el presidente húngaro Ferenc Madl, y Otto de Habsburgo, anciano de 90 años, hijo del último emperador austro-húngaro.

> «La meditación de la Escritura —dijo el Papa resumiendo la espiritualidad del nuevo beato— fue la fuente incomparable de su actividad pastoral, en particular de su atención a los pobres, enfermos, sordomudos y personas impedidas».

A ejemplo suyo podemos decir también nosotros, insistía: «Mi modelo será Jesucristo». Luego saludó a los peregrinos presentes, en especial a monseñor Gaidon, obispo de Cahors, a las Hermanas de Nuestra Señora del Calvario y a las Autoridades civiles. El lunes siguiente volvió a la carga pidiendo a las Religiosas del nuevo beato que permanecieran «fieles al espíritu de servicio» de su fundador, «totalmente dedicado a los pobres».

El comentario de Radio Vaticano unas horas antes del domingo de la beatificación, al momento de introducir al postulador de la causa, requerido para la oportuna y habitual entrevista en estos casos, fue la síntesis de cuanto atrás refiero más pormenorizado. El referido postulador de la causa, el abogado Andrea Ambrosi, en la entrevista concedida a Giovanni Peduto, de la citada emisora del Papa, dijo, por su parte, cuanto sigue:

> «En primer lugar podríamos definir al Siervo de Dios como un testigo de la esperanza para el mundo de hoy: de hecho fue el hilo conductor de su vida. Pedro Bonhomme tenía una capacidad extraordinaria de superar los obstáculos para realizar la voluntad de Dios. Y obstáculos, lo que se dice obstáculos, tuvo verdaderamente tantos. Fue un misionero incansable, muy atento a los signos del Espíritu; siempre pronto a responder a las necesidades de la Iglesia y del mundo de su tiempo, con particular atención a las personas

sufrientes. Supo hacerse a todo camino que supiese de caridad. Fue siempre al encuentro de los otros. Luego hay un punto que vale la pena subrayar, y es la devoción a María. Consideró siempre a la Virgen María el vehículo ideal para llegar al Hijo Jesús: no por casualidad nació y vivió a dos pasos del santuario mariano de Nuestra Señora de Rocamadour, adonde se acercaba diariamente para encontrar la fuerza, la serenidad y la alegría. Y justamente a María del Calvario encomendó su Congregación, que cuenta hoy con algunos centenares de religiosas y una cincuentena de casas en Francia, Costa de Marfil, Guinea, Filipinas, Argentina, Paraguay y Brasil».

Si durante los estudios supo atraerse la estima de maestros y compañeros, en familia fue acabado modelo de amor, de respeto, de ayuda hacia los padres. Y con su hermana Isabel, no sólo hermano afectuosísimo, sino también guía espiritual y providencial en la apertura de su corazón al amor de Dios, a la oración y a la ascesis. El suyo fue un ministerio apostólico para la gloria de Dios y el bien de los hermanos que, bajo múltiples formas y a ritmo casi frenético, caracterizó de una parte su vida toda y, de la otra, también sus virtudes. Muchas cosas buenas hizo aquel espíritu bondadoso para honra y prez de la Iglesia universal. Tan breve pero intensa biografía, tan variada y múltiple actividad nos dan idea hoy de qué señaladas virtudes estuvo adornado. Celoso de la gloria de Dios, entregado al bien de los hermanos, especialmente los más necesitados, corazón y manos abiertos a la búsqueda de la santidad en la práctica de la caridad. Pródigamente dotado por Dios de aguda inteligencia, de capacidad para el trabajo y de riqueza en valores humanos, espiritualmente ajeno a toda búsqueda de interés personal, convencido y experto de los valores de la oración, entre una general fama de santidad concluyó su camino terreno el 9 de septiembre de 1861 en Gramat y hoy brilla con singular refulgencia en el cielo de la santidad.

PEDRO LANGA, OSA

Bibliografía

BERNOVILLE, G., *Un prêtre chez nous, Pierre Bonhomme* (París 1953).

CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, «Decretum Canonizationis Servi Dei Petri Bonhomme, Sacerdotis Fundatoris Congregationis Sororum Dominae Nostrae a Calvario. Super dubio [23.10.1987: P. CARD. PALAZZINI, Praefectus]»: *AAS* 79 (1987) 1530-1532.

CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, «Decretum Beatificationis et Canonizationis Ven. Servi Dei Petri Bonhomme, sacerdotis dioecesani fundatoris Congregationis Sororum Dominae nostrae a Calvario. Super miraculo [23.4.2002: J. CARD. SARAIVA MARTINS, Praefectus]»: *AAS* 94 (2002) 687-689.

MONGRELET, B., *Vie de l'abbé Pierre Bonhomme, fondateur de la congrégation des Sœurs de Notre-Dame du Calvaire à Gramat* (París 1892).

ROCCA, G., «Bonhomme, Pierre», en G. PELLICCIA - G. ROCCA (dirs.), *Dizionario degli Istituti di Perfezione*. I: *Aa-Camaldoli* (Roma 1974) cols.1515-1516.

TULET, J., *Le père Bonhomme, pèlerin de Roc-Amadour, une restauration spirituelle* (Toulouse 1954).

WINOWSKA, M., *Bâti sur pierre, Pierre Bonhomme, 1803-1861* (Le Puy-Lyón 1961).

BEATO SANTIAGO DESIDERIO LAVAL

Presbítero († 1864)

Dos condiscípulos y un obispo le mudaron de geografía, de vida, de costumbres.

Le apartaron de Pinterville.

Pinterville, a 30 kilómetros de Rouen, en la parte alta de la húmeda y verde Normandía; con aún no un millar de habitantes, orgullosos de su castillo. Naturalmente con menor densidad demográfica cuando, iniciando la cuarta década del siglo XIX, la humilde parroquia de la diócesis de Evreux no alcanzaba los quinientos feligreses, humildes propietarios campesinos.

Una comunidad religiosamente lastimosa. Con una docena de asistencias a la misa dominical y sólo media de cumplimientos pascuales. El resto, simples correspondencias a compromisos bautismales, nupciales, funerarios.

Ciertamente una realidad pastoral dura. Desmoralizadora.

Aunque buen campo para los afanes pastorales de Santiago Desiderio Laval. Nacido en Croth, el 18 de septiembre de 1803, tercero de cinco hermanos, huérfano de madre desde los siete años.

Santiago Laval, émulo del cura de Ars.

Un operario, según catalogación evangélica, de la hora undécima. Compensando la recortada jornada con la conocida diligente y entusiasta laboriosidad.

Sí, vocación tardía.

Un profesional que había quemado las naves de la medicina tras cinco años de ejercicio en Irvy-la-Bataille.

Todo un burgués, prestigioso, simpaticote, sibarita; deportista, cansando caballos. Pero muy caritativo. Y sin manifiesta inclinación matrimonial.

Llegaron días en que, atento a la salud de las personas y retoñando la ilusión de un ensayo infantil en el seminario que no cuajó, le tiraba más el alma que el envoltorio corporal enfermo que la estuchaba.

Le cautivaba apasionadamente. No era hombre de medias tintas.

Le cautivó hasta forzar un golpe de timón en su vida, buscando otro mar...

Ahora —en 1835, con treinta y dos años—, sí; decididamente. A orillas de los famosos claustros parisinos de San Sulpicio...

Total que, con treinta y cinco maduros años, en diciembre de 1838 Santiago Laval recibe el presbiterado y, a los quince días, la obediencia le planta en el templo parroquial de Pinterville, en la diócesis de origen. Donde, a diario, entre las cuatro de la madrugada y las diez de la mañana, ora, se sienta en el confesionario y celebra la Eucaristía.

Reza en los primeros tiempos arrodillado en las gradas del altar. Posteriormente, escondiéndose en la parte trasera del mismo, tendido sobre las losas; frías, heladas en los rigurosos inviernos normandos.

Es un enamorado de la Virgen, promotor de la devoción del *mes de mayo* en la parroquia y del rosario familiar.

Hace oración y se desborda caritativamente. Abiertos siempre el corazón y las puertas de casa a los más necesitados. Aunque le cuelen alguna pillería.

Alguien le advierte: «Le engañan, señor cura».

Correspondiendo él tranquilamente: «No. No es a mí a quien engañan; se engañan ellos...».

Sólo dos años de curato rural.

Dos años con un haber ministerial de medio centenar de retornos a Dios, una veintena de regularizaciones matrimoniales y otras tantas comuniones pascuales.

Y vino el abandono de la ruralía, dejando buen olor evangélico y añoranzas.

Uno de los referidos condiscípulos de San Sulpicio era un tal Libermann, autor del proyecto de una fundación religiosa entre manos que bautizaba «Sociedad del Sagrado Corazón de María». Una novedad apostólica que nacía para evangelizar a los negros, pero no cuajaría.

Habían acudido —agosto de 1840— para informarle, para interesarle.

Fue la siembra. Prendió la inquietud.

La decisión vino a raíz del casual encuentro de Laval con el benedictino inglés Collier, recién nombrado Vicario apostólico de la isla Mauricio, obispo protector de la abortada institución.

Y ya tenemos al cura normando rumbo al océano Índico. Pionero evangelizador *sagradocorazonista* mariano que, en 1848, se pasaría a las filas de la congregación del Espíritu Santo.

Misionero improvisado. Sin noviciado. Sin preparación específica alguna. Con toda la buena voluntad del mundo, con el corazón rebosante de amor a Dios y a los hombres, con el breviario y el crucifijo en las manos.

Desembarca en Mauricio, en el archipiélago de las Mascareñas, el 14 de septiembre de 1841.

Despertando a la realidad de una isla que las lavas volcánicas engendraron con alturas y crestas rocosas entre fértiles llanuras. Dos mil y pocos más kilómetros cuadrados de superficie sólida —sesenta de largo por cuarenta y cinco de anchura— nadando entre arrecifes coralinos. Climatológicamente templados y húmedos, con frecuentes tifones y copiosas lluvias veraniegas.

Un mundo insular que resultaba una verdadera torre de Babel. Un mosaico étnico de ciento cuarenta mil europeos, africanos, malgaches, indios, malasios, chinos; sobre una cuarta parte residentes en la capital, superpoblada. Con la consiguiente pluralidad de credos: católicos, protestantes, hindúes, budistas, musulmanes.

Una realidad sociológica que distinguía blancos, mulatos y esclavos, integrando éstos la tercera parte del censo. Clasista pese a la proclamada emancipación, en 1835, de las aún cuarenta y siete mil personas privadas de libertad; no aplicada hasta cuatro años más tarde y aún más teórica que práctica.

Una geografía, meta viajera de los árabes hasta inicios del siglo XVI en que fue dominada por los portugueses. Después había pasado, sucesivamente, a manos holandesas y francesas. Ahora era británica.

Los galos la bautizaron *Île de France,* la repoblaron de esclavos y le cedieron lengua y costumbres y el código legislativo napoleónico.

Bajo la bandera del Reino Unido, tras graduales concesiones políticas, alcanzó la independencia el 12 de marzo de 1968.

Actualmente son sobre un millón doscientos mil hombres y mujeres, niños y ancianos mauricianos que comen fundamentalmente de la agricultura, preferentemente cultivos de caña de azúcar, y beben de los lagos *Grand Bassin* y *Mare aux Vacoas.* Hombres y mujeres, niños y ancianos que invocan al dios de los hindúes, de los cristianos y de los musulmanes, principalmente; en inglés, francés, criollo, hindi y chino.

De cura de aldea a misionero.

En la parte meridional del océano Índico. Unos ochocientos kilómetros al este de Madagascar.

A once mil kilómetros de París. Teniendo en cuenta que un envío epistolar y su correspondencia se lleva entre cinco y seis meses.

Llegó a Port-Louis —la capital de la isla Mauricio— empujado por la estallada impresionante expansión misionera de la época que llevaría a los combonianos a África, a los evangelizadores extranjeros parisinos a Asia, a los salesianos a América y a los maristas al Pacífico.

Las autoridades isleñas no le recibieron con agrado.

No querían al misionero francés Laval. Catalogado como «indeseable». Que sus compatriotas habían dejado muy mal recuerdo en la isla.

Ni querían al obispo Collier, que era ciudadano británico. Había recibido educación gala. Y le tacharon de francófilo.

El malestar llegó oficialmente a Londres, conviniendo la colonia y la metrópoli que el más mínimo incidente sería motivo de expulsión del misionero.

Los isleños, sí. Los isleños abrieron los brazos al prelado y al nuevo mensajero evangélico.

Esperanzados ellos.

Y acertados...

Casi siglo y medio después Laval es la común referencia mauriciana. El nombre que lo bautiza todo. El hombre más conocido y venerado del océano Índico; que no fue sociólogo ni economista ni político, simplemente repartió bondad y amó. La figura histórica que nadie permite a nadie acaparar, porque es de todos...

Se estrenó apostólicamente afrontando la realidad de una comunidad mayoritariamente católica evangelizada, en el siglo XVIII, por los misioneros lazaristas, protagonistas de setenta años de heroica dedicación evangélica. Pero últimamente muy abandonada y sin vigor. Con el agravante de una política gubernamental simpatizante con el protestantismo.

Del lamentable abandono pastoral habían derivado la pérdida de la vivencia de la fe, el desenfreno moral, la crueldad.

La crueldad, una vergüenza aún campante en la isla tristemente célebre al respecto, pese a la emancipación jurídica de los esclavos. Más teórica que práctica. Pues no desaparecen fácilmente unas viejas barreras sociales ni de la noche a la mañana se nivela una tradicional desigualdad en las relaciones humanas.

Con cinco meses de presencia en Mauricio el presbítero normando escribe:

> «Hay una corrupción y un desenfreno moral increíbles. Son unos 80.000 negros en la isla y yo solo para atenderles a todos. La mitad no están bautizados y los que lo están viven como paganos. Pocos están casados por la Iglesia. Se separan y se reconcilian repetidamente. Se dan a la borrachera. Todas las muchachas negras son violadas por sus amos y por los jóvenes blancos. Los negros nativos o criollos también están corrompidos».

Podría haber cargado más las tintas. Podría haber ampliado que los menos de entre los emancipados volvieron a la tierra que habían sudado como bestias. Que pocos se movieron del medio laboral en que vivían. Que la mayoría, ociosos, se dieron al saqueo, al robo, a las violaciones, a los incendios, al crimen, al alcohol, a todo vicio. Que todos formaron un cuerpo con los viejos esclavos prófugos, amparados en la clandestinidad boscosa.

La viña, pues, casi yerma.

Desde el primer momento los negros le robaron el sueño.

Se le puso entre ceja y ceja que debía acercarse con preferencia a ellos, tan dejados de la mano de los hombres, auténticos pobres. Debía amarles y ganarles para Dios.

Y en consecuencia, el domingo 26 de septiembre, aún no cumplidas dos semanas de vida misionera, sorprende en la homilía anunciando que va a consagrarse plenamente a la población de color.

Irónica la ciudadanía blanca: «¡Pobre cura! Cómo pierde el tiempo. Pronto se dará cuenta...».

El caso es que, sordo a los comentarios, insensible a las ironías —a Dios rogando y con el mazo dando—, puso manos a la obra. Sin espantarle la soledad ministerial que le acompañaría durante los primeros seis años de la aventura.

Manos a la obra. Incansable, tesonero.

Instalado en su barraca de madera, abierta al patio que valla la parte trasera de la iglesia-catedral de San Luis —de donde había sido nombrado coadjutor—, que pronto dotará de acceso directo a la calle. Contento con sus diez metros cuadrados de superficie reservados para vivienda. El resto, amueblado de bancos y decorado con motivos piadosos, lo ha convertido en sala de instrucción catequística.

Local a diario, de las nueve de la mañana a las cuatro de la tarde, abierto a las visitas de los negros, a los que cariñosamente bautiza *mis niños*. Individualmente o en grupo acuden para confiarle problemas, memorizar oraciones o preparar una recepción sacramental. Entre siete y nueve y media o diez, completando la jornada, ofrece ocasión a la plegaria y a la sesión doctrinal colectivas.

Hasta que la abultada asistencia traspasará las funciones piadosas e instructivas sucesivamente a la sacristía y a las naves del templo.

Como también se verá obligado, cuajando así el sueño de sus años de teología, a la redacción de diferentes textos populares de divulgación doctrinal católica para uso de los catequistas. Textos fáciles, de contenido simple y justa expresión.

Manos a la obra en su objetivo de atención pastoral a los adultos. Apuntando decididamente a la cristianización de la fa-

milia. Un empeño ya cultivado en su estreno ministerial normando, cuando aquel difícil apostolado rural le convenció de que para lograr buenos adolescentes era imprescindible formar primero buenos padres.

Pero sin precipitaciones. Con los pasos bien dados. Apuntalándose en la oración —transcurriendo buena parte de la noche en la iglesia— y el sacrificio, que personalmente estima primordiales e indispensables instrumentos de evangelización.

De entrada impartiendo doctrina de preparación al bautismo, a la comunión y al matrimonio y de perseverancia.

Eso sí, con mucho tiento pastoral. Con responsable prodigalidad en la administración sacramental.

Más bien riguroso, como refleja en una comunicación epistolar a Europa:

> «Me cuesta mucho admitir al bautismo y sobre todo a la primera comunión, no por la instrucción sino por la conducta de los catecúmenos. Creo que se hace necesario tomar todas las precauciones para tratar de asegurar la perseverancia, pues es mucho mejor tener menos pero buenos cristianos y no repartir comuniones a tontas y a locas, lamentando luego deserciones».

Muy diferente, desde diferente perspectiva, su pastoral matrimonial. Partidario de bendecir las parejas cuanto antes.

De entrada... y hasta ser desbordado.

Al caer sus dos primeros años de presencia mauriciana. Cuando personalmente ya no daba para atender los retornos y la búsqueda de Dios, sorprendentemente crecidos. Cuando, sumándole carga ministerial, monseñor Collier le encargó la instrucción religiosa de cuatrocientos muchachos de un internado. Más los consabidos servicios de culto catedralicios. Más la capellanía de prisiones y de una escuela, que ya venía desempeñando.

Laval no llega a todo. Razón poderosa...

Pero es que, por añadidura, se impone alargar la mirada oteando el horizonte del mañana. Hay que tener en cuenta la continuidad...

Precisamente, clavando los ojos en el futuro, el nuevo Pedro Claver y apóstol de Mauricio resultaría pionero del Concilio Vaticano II. Promotor y defensor del laicado en la Iglesia.

Sorprendente y humilde comienzo.

Que inicia la andadura pastoral sirviéndose de un inválido. Un joven, buen cristiano, que tiene las piernas muertas y anda a gatas. Le instruye, le forma y le hace catequista, encargándole el adoctrinamiento elemental de los visitantes al barracón de madera, trasero al ábside, que es domicilio y aula.

Todo un acierto.

La barraca, tornada popular, acabará siendo escuela de formación religiosa y cantera de laicos comprometidos, de apóstoles seglares.

De resultas del feliz ensayo, la experiencia tiene repetición. Pero desbordando ya el interno escenario catedralicio.

Escenificada en adelante en distintos barrios de la capital del vicariato. Y con protagonismo plural. Hombres y mujeres —salvo raras excepciones criollos, generalmente menos analfabetos y mayoritariamente integrantes de la población emancipada— que, al final de su diaria jornada laboral, reparten enseñanza cristiana entre sus semejantes aspirantes al bautismo. Hombres y mujeres escogidos; firmemente creyentes, ejemplo de piedad, cristianos modélicos, dispuestos a compartir generosamente el don de la fe que disfrutaban. También encargados de las visitas a los ancianos y a los enfermos, que preparaban para la recepción de los sacramentos.

Habían nacido las capillas, estrenadas urbanas pero que, sin tardanza, derivarían en hermosas realidades rurales a lo largo y a lo ancho del distrito misionero. Cita catequística y de oración. Bajo la responsabilidad de un seglar que organiza, dirige, anima y adoctrina. A distancia el control del padre Laval, periódicamente presente.

Adonde acudían los *pequeños* del padre Laval, reclutados personalmente por el catequista o aconsejados o espontáneamente, por propio interés o propia curiosidad.

Insospechable. ¡De esclavos a apóstoles...!

¡Los negros evangelizando a los negros!

La levadura va fermentando la masa.

El Evangelio penetra socialmente entre los pobres. Frente a la apatía religiosa de los blancos, de la clase social mauriciana alta.

Un misionero colaborador del evangelizador normando testimoniará: «Todavía me impresiona recordar las construcciones llevadas a cabo, en aquella época, logradas por aquella gente tan pobre».

Y un biógrafo del heroico misionero, refiriéndose al momento histórico, comenta sobre una *sobrenatural primavera* en la isla. Concretando la organización y la autogestión de una sociedad mutual en Port-Louis, el estallido de conversiones entre las amas de casa fruto del proselitismo apostólico de las sirvientas, el espectacular desarrollo cristiano cultual y material erigiendo grandes iglesias y reconstruyendo templos devastados por los ciclones.

Expansionada la evangelización extraurbana a raíz de la presencia e instalación en el campo de centenares de libertos de color que, entre 1845 y 1850, abandonaron la capital.

Y sorprendería la propagación de las capillas. Al año de su nacimiento —finales de 1846— sólo en los arrabales de Port-Louis sumaban una veintena. Y doce meses más tarde numéricamente se habían doblado.

Multiplicándose, a igual ritmo, las pequeñas comunidades de fe.

Es verdad que la expansiva realidad apostólica seglar descargó al misionero Laval de la inicial instrucción catequística catecumenal.

Aunque, en realidad, más que alivio fue trueque. Compensando una dedicación por otra.

En definitiva, menos magisterio doctrinal pero más confesionario matinal, desde donde también formaba religiosamente y despertaba vocaciones apostólicas.

Y presencia entre los presos.

Y protagonismo activo en las diarias grandes reuniones vespertinas de catecúmenos y neófitos.

Y atención a las parejas, a las familias, a las pequeñas comunidades.

Y la coadjutoría de la catedral. Donde predicaba el amor de Dios a los hombres, la igualdad de los seres humanos, la estima del prójimo... Predicaba justicia y caridad. Enseñaba que la fe era para vivirla... Adoctrinaba —escribía sus sermones, nada

menos que en latín— sin florituras oratorias, con sencillez, asequiblemente.

Y aún vendría el cuidado de la nativa congregación de las Hermanas del Buen Socorro, que habían abierto dos escuelas y un hospital y preparaban la inauguración de una leprosería.

Y el seguimiento de las *Conferencias de San Vicente de Paúl* y de la *Caja de los pobres,* la mentada sociedad mutual.

Y la promoción de qué sé yo cuántas cofradías, instrumento de captación apostólica.

En 1852 el padre Lambert, muchos años colaborador, escribía:

> «Los barrios más alejados han visto la luz. El trabajo más duro está hecho. El "viejo mundo" malgache y mozambiqueño ha sido en gran parte bautizado. La mayoría de matrimonios ha sido legalizada. Ahora nuestra mayor dedicación será la juventud».

Con la particularidad de que algunas humildes capillas, ampliadas o reconstruidas por los propios indígenas negros, acabarían en grandes templos. No pocos han llegado a nuestros días...

Total que al celoso mensajero evangélico —los biógrafos le atribuyen sesenta y tres mil bautismos— veintitrés años en primera línea de la Iglesia le han gastado y, en 1861, es un hombre envejecido, de pasos cortos y lentos, apoyado en un bastón, la cabeza gacha y el busto encorvado. De mínima vitalidad, pues incluso con el calor a rabiar, aparece vistiendo un recio abrigo sobre la áspera sotana remendada.

Total que el hombre no se aguanta. Un año más tarde queda apostólicamente fuera de servicio.

Ya incapacitado hasta la muerte, que llegará a las tres de la madrugada del viernes 9 de septiembre de 1864.

Desapareció aureolado con la fama de santidad.

Justificación popular: «Porque ha amado a los pobres».

Llorado por unos y por otros. Por todos. Sin distinción de raza ni de credo.

¡Nada menos que cuarenta mil personas despidiendo sus restos mortales...!

Que todos habían acabado queriéndole apasionadamente. Considerándole, como escribimos, nativo y héroe nacional.

Ilustrativa al respecto, años adelante, la observación indígena al turista francés. Comentando sobre el desaparecido misionero el extranjero apostilló: «Me agrada la referencia, pues yo soy de Normandía; compatriota de Santiago Laval».

Corrigiendo el guía local: «No, el padre Laval es nuestro; es mauriciano».

Ciertamente es fácil la impresión, entre los visitantes, de que la isla es la cuna del padre Laval. Porque él bautiza calles, instituciones, comercios, publicaciones... Todo.

Llorado y especialmente recordado cada 9 de septiembre. Cuando hasta sesenta mil devotos, cubriendo largas distancias, se acercan a su tumba, a diario visitada, cantando, rezando y confesándose en ruta. Desfile lento, orante y silencioso, durante las veinticuatro horas, de católicos, protestantes, hindúes, musulmanes, budistas, confucionistas.

Un recuerdo y una gratitud monumentalizadas en el busto de bronce, obra del escultor italiano Mazonne, que el delegado de Mauricio en las Naciones Unidas ofreció al país y la Iglesia católica custodia.

El donante, un hindú, presentó la estatua con estas palabras:

> «El hombre que en vida, e incluso después de su muerte, no ha cesado ni cesa de dar una lección de humildad, de amor al prójimo y de grandeza humana».

Ampliando:

> «¿Quién de vosotros no es un ferviente admirador del venerable Santiago Laval? [...] Su presencia en Mauricio, su vida, su espíritu que planea sobre nosotros después de muerto, siempre superaron toda idea de raza, religión y color [...] ¿Qué decir de la universalidad del P. Laval? Basta la contemplación de esta multitud de mauricianos venidos de todos los confines de la isla; representantes de todas las etnias y todas las culturas, que cada año, en la fecha del aniversario de su muerte, le recuerdan cariñosamente, al tiempo que junto a su sepultura buscan coraje, consuelo, firmeza y esperanza».

Y, en la misma ocasión, el primer ministro de Mauricio, también hindú, aclaró: «Nosotros no vemos en el P. Laval al sacerdote católico romano, sino al santo que tanto hizo para la liberación de los mauricianos».

En la misma ocasión, en labios de un eclesiástico local: «El P. Laval fue un hombre conciliador. Personalmente ha demostrado que, si la religión divide, la santidad une».

Remachando el clavo Juan Margéot, obispo de Port-Louis: «Si el P. Laval fue en vida el hombre de todos, porque fue un auténtico hombre de Dios, mejor que nadie es hoy para nosotros símbolo de la unidad mauriciana en la libertad cultural, racial y religiosa. Solamente la santidad une. Solamente Dios puede ayudarnos a superar las divisiones y conciliarnos. Los mejores artífices de esta unión serán los santos, puros reflejos del amor divino».

La última palabra la puso Roma, el 26 de junio de 1972, reconociendo canónicamente la heroicidad de las virtudes cristianas del misionero francés Santiago Desiderio Laval.

JACINTO PERAIRE FERRER

Bibliografía

BERNIER, P., *Père Laval [Jacques-Désiré Laval 1803-1864]* (París 1978).
MICHEL, J., *Les auxiliaires laïcs du bienheureux Jacques Laval, apôtre de l'Île Maurice* (París 1988).
— *Le père Jacques Laval, le «saint» de l'Île Maurice* (París 1976).
DELAPLACE, P., *Vie de Jacques-Désiré Laval, l'apôtre de l'Île Maurice* (Beauvais 1977).

BEATO FRANCISCO GÁRATE ARANGUREN

Religioso († 1929)

Francisco Gárate y Aranguren nació en el caserío Errekarte —tan sólo a 105 metros de la casa natal de Íñigo de Loyola— en Azpeitia (Guipúzcoa), a las once de la mañana del 3 de febrero de 1857. Sus padres, Francisco Gárate y María Bautista Aranguren, eran campesinos, inquilinos pero no propietarios de aquel caserío. Azpeitia en 1857 pertenecía a la diócesis de Pamplona, desde 1872 a la de Vitoria —erigida en ese año— y, cuando ésta fue dividida, desde 1949 a la de San Sebastián.

Al día siguiente, 4 de febrero, recibió el bautismo en la Iglesia parroquial de San Sebastián de Soreasu en Azpeitia —también en la misma pila bautismal en que fue bautizado en 1491 San Ignacio de Loyola—, con los nombres de Blas Francisco María; Blas, por el día en que había nacido, y Francisco y María

por los nombres de sus propios padres. Cuando aún no había cumplido dos años fue confirmado por el obispo de Pamplona, D. Severo Adriani, el 27 de octubre de 1858.

El padre de Francisco, Patxi Gárate, era natural de Azcoitia y había estado casado anteriormente, desde 1847 a 1851, con María José Aranguren (que era viuda, y cuando se casó con Patxi ya tenía dos hijos: José Mari y Bautista Arregui). Patxi y María José tuvieron otros dos hijos, María Bautista y Ana José Gárate. Cuando en 1851 Patxi Gárate quedó viudo, con cuatro hijos a su cargo, esos dos suyos de María José más los otros dos que ella había tenido del anterior matrimonio, pensó en casarse con una cuñada, María Bautista Aranguren, que vivía en Bilbao y era cocinera. Era necesario obtener la requerida dispensa de "afinidad de primer grado" en Roma, adonde se fue con otros dos viudos para conseguirla, habiéndose antes comprometido ante notario sobre su matrimonio futuro con María Bautista, ya que, como ésta no podía viajar, concedía poderes matrimoniales para que la representara en Roma alguien que allí viviera. Concedida la dispensa de afinidad, Patxi Gárate contrajo matrimonio a las 5,30 de la mañana del 5 de marzo de 1852, en el altar de Santo Tomás de Villanueva de la Iglesia de San Agustín, ante el párroco Fr. Ángel Antonio Lombardi, OSA; representaba a María Bautista, por poder, doña Tomasa de Belderraín. Vuelto a Azpeitia formalizó las solemnidades del matrimonio, ya con su esposa María Bautista, el 22 del mismo mes de marzo, ante el rector de la iglesia de San Sebastián de Azpeitia, don José Manuel Abalia.

Patxi y María Bautista tuvieron de su matrimonio siete hijos: Juan José, Blas Francisco María, Ignacio José, María Antonia, Domingo Andrés, Josefa Marcelina y María Cristina. El mayor murió soltero; los otros dos hermanos también serían jesuitas, detrás de él; las dos siguientes hermanas murieron muy niñas, y la última, que se casó, murió a los dos meses de haber muerto su hijo de dos años.

Al ser el segundo de estos siete, ya de niño ayudaba a sus padres en el campo. Había que trabajar, porque además de los abuelos y los padres eran muchos chicos en el mismo caserío. Y tenía, pues, que cuidar de unas vacas y de un rebaño de ovejas

así como atender a diez parcelas del caserío. Pero, aun con todo, les daba tiempo para rezar el Rosario juntos en familia diariamente; los domingos, además de participar en la misa rezada en el vecino Colegio de Loyola, acudían a oír la misa «mayor» de la parroquia, a dos kilómetros del caserío, y después de comer, volvían al Vía Crucis; durante el mes de mayo rezaban el ejercicio de «las flores». Tanto él como sus hermanos, los domingos y fiestas de guardar, iban al catecismo al Colegio Loyola, cuyas sesiones se tenían en la portería del edificio. Y en la misma parroquia, hacia los diez años, hizo su primera comunión. Es natural que tanto él, ya de niño, como toda su familia tuvieran una devoción cercana y profunda a San Ignacio de Loyola.

Entre los nueve y catorce años cursó la enseñanza primaria en la vecina escuela municipal de Azpeitia, y luego, en 1871, fue a Orduña para servir —como fámulo o criadillo— en el colegio de la Compañía de Jesús «Nuestra Señora de la Antigua», que, gracias al valor de su alcalde, no había desaparecido cuando los jesuitas tuvieron que salir de España en 1868, aunque se le dio un estatuto municipal, llamándose entonces «Colegio Municipal de Orduña», pero llevado por jesuitas.

En este tiempo su madre lo proponía a sus hermanos como modelo, diciéndoles: «Mirad a Francisco, éste no es como vosotros, Francisco me obedece siempre y me ayuda en lo que le mande». De mayor él recordaba sobre sí mismo que había sido un chico travieso, pero eran travesuras llenas de bondad y de inteligencia, es decir, era un muchacho vivo e incluso líder entre sus compañeros. Durante su estancia en Orduña recibió el cuidado y la influencia del rector del colegio, P. Domingo Landa.

Orduña estaba desde 1873 bajo dominio carlista incluso cuando Amadeo de Saboya, que había ocupado el trono de España en 1871, abdicó y se proclamó la primera República. Fue entonces cuando Francisco pudo ver a don Carlos VII, pues éste llegó al colegio en la fiesta de San Ignacio de 1873, así como antes había tenido también la ocasión de ver a la reina Isabel II en Loyola en agosto de 1865. Ya de niño y adolescente aprendió cómo habría que comportarse ante unos y otros, liberales o carlistas, en medio del enfrentamiento entre ellos, pues si Orduña era carlista, Bilbao todavía era de los liberales. Los car-

listas tomaron Azpeitia en agosto de 1873. Don Carlos entró en Loyola y hubo una gran celebración de la misa en el santuario; allí estaba Francisco. Los jesuitas pudieron volver a su casa en la Navidad de ese mismo año.

Mientras tanto, y durante los tres años entre 1871 a 1874, maduraba su vocación. Aquellas Navidades serían las últimas que Francisco pasaría en su casa y con su familia, ya que, después de un serio discernimiento, había decidido ingresar en la Compañía de Jesús. El 16 de enero de 1874 salió con su padre —desde Errekarte— y con otros dos amigos, Zabala y Bereciartúa, también con su padre —desde Azpeitia—, quienes también iban al Noviciado que entonces estaba en Poyanne (Francia); caminaron hasta llegar al Bidasoa y lo cruzaron en barca para hacer noche en San Juan de Luz; al día siguiente, ya de noche, llegaron a Poyanne. Hicieron el viaje andando, en vez de en tren, para pasar inadvertidos, puesto que al ser tan jóvenes podían ser reclutados para el ejército de don Carlos y lo que ellos querían era entrar en la Compañía pero de Jesús; pensaban que si el rey lo supiera también él estaría contento con eso. Fueron recibidos por el superior de la casa, el P. Feliú, y por el padre maestro de novicios, Vicente Gómez. La comunidad tenía entonces 204 miembros, entre ellos unos cuarenta novicios y un grupo de treinta hermanos.

Un día antes de cumplir sus dieciocho años, el 2 de febrero de 1874, fue admitido en el noviciado para ser «hermano coadjutor temporal». El tiempo en el noviciado se repartía entre la oración y el trabajo, las instrucciones del maestro y el estudio personal sobre la vida religiosa y la historia de la Compañía de Jesús. Durante el mes de septiembre Francisco realizó el «mes de ejercicios». En el segundo año de noviciado recibió la noticia de la muerte de su padre, sin poder acudir a casa pero agradeciendo la cercanía de su nueva familia, la religiosa. Los recuerdos de sus connovicios, que testificaron sobre él, apuntan que en el tiempo de noviciado «llamaba la atención por su piedad y fervor». Era caritativo, muy trabajador y siempre alegre.

A los dos años cabales de noviciado, el 2 de febrero de 1876, en la fiesta de la Candelaria emitió sus votos simples y recibió el encargo de trabajar «al servicio de la casa», allí mismo.

Poco más tarde los jesuitas tuvieron que salir otra vez de Loyola por orden del gobierno de Cánovas, y estarían fuera más de un año. El 2 de octubre de 1877 llegó a Poyanne su hermano Ignacio José Gárate para ingresar también en la Compañía, pero el 29 del mismo mes Francisco salía destinado para La Guardia (Pontevedra). Esta vez, para llegar a Galicia viajó en tren a través de Miranda y Venta de Baños, con su amigo y compañero tanto de entrada en el noviciado como de profesión, Bereciartúa, que a su vez iba destinado a la misma casa; Francisco como enfermero y José Ignacio como cocinero.

El centro de la Compañía en Pasage de Composancos (La Guardia), al que graciosamente llamaban el «Arca de Noé», comprendía esta triple actividad: un colegio para chicos, un seminario para seminaristas pobres y un embrión de estudios superiores para futuros universitarios. Era, pues, un complejo con varios edificios, fundación del P. Tomás Gómez (quien más adelante fundaría también el Seminario y Universidad de Comillas), y estaban situados por un lado junto al mar y por otro junto al río Miño, cerca del pasaje que se hacía con barcas desde España a Portugal.

Gárate comenzó en 1877 a ser enfermero tanto de la comunidad como de los alumnos, más de 200. Tenía que ir de edificio en edificio, pues no había enfermería establecida y en aquel pueblo apenas podían contar con medicinas. Todavía no había llegado allí la luz eléctrica y el traslado de noche, muchas veces entre lluvia y viento sobre todo en invierno, significaba un continuo sacrificio. Como Bereciartúa era el cocinero, entre los dos programaban la atención culinaria más adaptada para sus enfermos. Los alumnos, de adultos ya, recordaban la dedicación que el hermano Gárate les prestó como enfermero, su afecto, su preocupación para ayudarles a rezar y, siempre, su buen humor. Durante este tiempo en que fue enfermero logró establecer una enfermería llena de aire y de luz.

En 1881 Francisco fue nombrado también sacristán, que no lo había hasta entonces, y esta dedicación añadida a su trabajo le llenó de gozo por tanta devoción como tenía a la Eucaristía. Fue destinado como superior de esa casa el P. Landa, a quien bien había conocido en Orduña y quien se alegró de encontrar-

se allí con aquel hermano tan joven como viejo amigo. Francisco, estando en esa casa, participó de la visita del prepósito general de la Compañía, P. Luis Martín, a quien también había conocido personalmente en Poyanne.

En su servicio a sus hermanos y alumnos enfermos, durante más de diez años desde 1877 a 1888, dio muestras de auténtica santidad, sin reparar en su propia salud. En una ocasión de epidemia de tifus, permanecería junto a la cama de los enfermos que le parecían graves, sentado en una silla, atendiéndolos y recogido en oración, a la vez que los vigilaba.

El 15 de agosto de 1887, en la capilla pública de aquel colegio emitió sus «últimos votos», habiendo hecho anteriormente la renuncia efectiva a sus bienes —o de lo que le pudiera venir en herencia— a favor de su madre. Era ya todo un jesuita formado, de treinta años de vida y once de profesión. Le podían encomendar, pues, cualquier encargo con toda responsabilidad. Así lo estaba haciendo en la enfermería, que hasta peligraba su salud por tanto esfuerzo en la atención a los enfermos, y como quien podía enfermar —de tanta entrega— era él, los superiores decidieron trasladarlo a otra comunidad y a otro trabajo menos esforzado. El hermano Gárate, después de la Semana Santa de 1888 dejó La Guardia para llegar a Bilbao, como portero de la Universidad de Deusto, poco después de que esta universidad había abierto sus puertas en 1886.

Cuando el hermano Gárate llegó a Deusto era rector el P. Tomás Ipiña, a quien le tocaba el esfuerzo de terminar las obras, redactar un reglamento de vida —pues los alumnos eran todos internos— y un plan de estudios en el que se conjugaran bien la formación intelectual y técnica con la formación humana y cristiana, que favoreciera la maduración responsable de modo que los jóvenes estuvieran abiertos al mundo pero enraizados en Cristo Jesús por una vivencia profundamente eclesial. Se encontró con doscientos alumnos, la mayoría de Derecho, un grupo de cuarenta en Filosofía y sólo treinta en Ciencias. Y con un Bilbao de solamente cincuenta mil personas; a los cuarenta años, en 1929 cuando él murió, esa población se habría ya triplicado. Le tocó, pues, ser portero de una universidad al rojo vivo y en una ciudad en ebullición, no sólo por los hornos sino por aquella política to-

davía enzarzada entre liberales y carlistas, la cultura y la ciencia que miraban al resto de Europa, la economía con la cuestión social más que enfrentada, y la religiosidad o irreligiosidad de un pueblo, pues muchos confiaban en la Compañía hasta el final mientras que otros desconfiaban de ella también hasta el límite.

En un lugar tan complejo y en trato con todo el mundo —ya que todos salían y entraban por su puerta— fue siempre prudente, delicado y justo en sus palabras y acciones; más bien silencioso. Nadie le oyó hablar ni a favor ni en contra de liberales o carlistas, de unos diputados o de otros, de las elecciones, del nacionalismo entonces emergente...

Hasta 1896 no hubo luz eléctrica; en esos primeros años, el hermano tenía que valerse para su trabajo de lámparas de aceite. Cuando, más adelante, en 1915, se puso el teléfono, primero en la portería y sólo más tarde una pequeña centralita, él tenía que solicitar los números a quienes querían hablar o tenía que recibir las llamadas dependientes de la central de Bilbao para avisar, a los alumnos buscándolos y a los padres con timbres o, en los poquísimos casos de teléfono en la habitación como en el del rector, pasarlas al interesado. Así pues, recibía personas y llamadas, atendía a las múltiples encomiendas y recados de unos y para otros. Y hasta tenía que guardar las cartas, paquetes y demás, aunque sólo fuera por un momento, como si su portería fuera una «consigna» temporal. Acompañaba a aposentarse a quienes llegaban, igual recibía limosnas que encargos de misas. Y para eso tenía que conocer por sus nombres y apellidos no sólo a profesores y alumnos, sino a todos los que a él se acercaban. Nunca le fallaba su buena memoria para los nombres y su buenísima retentiva para los rostros. Trataba con la misma dignidad y respeto a los alumnos que a los personajes ilustres, como obispos, el cardenal primado o el mismo presidente del Gobierno, don Eduardo Dato, a quien acompañó a la sala de visitas y mantuvo con él conversación hasta que llegó el rector. Lo mismo hizo y con la misma atención a los camareros y cuerpo de seguridad de los reyes Alfonso XIII y Victoria Eugenia en 1924 que al general de la Compañía Ledóchowski en sus visitas a la universidad. Cuando el Ministro de Economía, antiguo alumno de Deusto, llegó a visitar la Universidad en 1928, y co-

menzó a gritar en la portería: «¡Aquí está el santo!», el hermano Gárate le contestó con tanto respeto como confianza y humor: «¡Tú siempre el mismo, poca cabeza, poca cabeza!».

Su trabajo se multiplicó cuando la revista y editorial de *El Mensajero del Corazón de Jesús* se trasladó a la Universidad a partir de 1911. Por iniciativa del P. Chalbaud, el hermano Gárate hasta llegó a ser «accionista» de la primera sociedad que los sustentaba, «Gómez y Compañía», pues dieron su nombre y apellidos, como consta en acta notarial de 3 de febrero de 1915. Con esa ocasión tuvo que redactar testamento, firmado el 15 de enero de 1914, a sus cincuenta y siete años, a favor de sus dos hermanos jesuitas.

Solía levantarse a las 4,30, media hora antes que la comunidad, se lavaba de rodillas en un cuarto pues no tenía otro lugar para colocar su palangana, sino sobre la única silla. A las 5,30 ayudaba a misa en la capilla, durante muchos años al P. Zurbano, los últimos al P. Chalbaud, y, después de la celebración, siempre se quedaba un rato dando gracias. Seguidamente subía al comedor de la comunidad y al de los alumnos para recoger lo que hubiera sobrado para bajarlo a la portería, y allí lo guardaba para poder ir distribuyéndoselo a los pobres. Alguna vez, sin que él lo supiera, miraban por la rendija de la puerta y le veían rezar con los brazos en cruz, en el mismo comedor ante el cuadro de la última cena. En su despachito de la portería hacía la oración y fue sorprendido, más de una vez, de rodillas con la frente en el suelo. Esperaba la venida del panadero; una vez que subía el pan limpiaba el despacho del rector. Después de todo eso, desayunaba él.

Continuaba en la portería con su oración mental o con la serie de rosarios que ya comenzaba y proseguía en los momentos que tenía libres, porque durante todo el día se dedicaba a ese trabajo, a excepción del momento de ir a comer. Se fijaba en las caras de los que entraban o salían para dar cuenta al prefecto si faltaba alguien. Subía el periódico al rector y distribuía las cartas.

Regaba los tiestos y las macetas, que cuidaba con la intención de adornar el Belén de Navidad, el Monumento del Jueves Santo, o para fiestas de la Virgen María. Y a quien se lo pedía, le cortaba el pelo, tonsurando a los padres ordenados como entonces era costumbre. Llevaba con toda fidelidad las pequeñas cuentas de dinero de los recados que le podían hacer.

La comida era a las doce y él tocaba a menos cuarto la campana para la oración de mediodía. Pero se quedaba en la portería o en la capilla y comía en el segundo turno, normal y con apetito, pero dejando lo mejor para otros. Se prestaba a bromas así como también él mostraba un fino sentido del humor, sin herir nunca a nadie. Después de la comida rezaba a la Virgen, arrodillado ante una imagen de la Inmaculada de su despacho. Dormitaba un cuarto de hora y recomenzaba su trabajo.

A los empleados que estaban bajo sus órdenes los trataba con toda amabilidad e incluso se reservaba para él los trabajos más pesados o menos agradables. Se preocupaba también, con el jardinero, de atender a los jardines. En los patios vecinos a la portería había dos estatuas, una del Sagrado Corazón de Jesús y otra del Inmaculado Corazón de María. Eran como su retablo, a lo largo de todo el día.

Durante unos veinte años en los que escaseó el agua y en el patio de la universidad había una fuente, y hasta allí acudían muchos vecinos a surtirse. Los hombres y jóvenes entraban a recogerla pero si eran mujeres él mismo les tomaba el cántaro o la garrafa y se la traía llena para evitarles las molestias.

No había visto a su madre desde que salió de Errekarte para el noviciado en 1874. Como unos parientes tenían que ir a un médico a Bilbao, su madre se apuntó para viajar con ellos con el fin de ver a su hijo. María Bautista llegó a Deusto acompañada de María Josefa Azcune. El hermano Gárate preguntó a su madre en vascuence: «¿Qué tal está usted? ¿Los de casa bien? ¿Qué tal por el caserío? Yo... aquí muy bien». Las hizo sentar. Como una hora. Cuando volvieron, su madre exclamaba: «Si a este hijo mío no le hacen santo con zapatos y todo, no sé a quién van a hacer».

La universidad crecía en número y en estudios. Y el hermano Gárate, a pesar de que se multiplicaban los requerimientos, era siempre el mismo. Un visitador de la Compañía, al ver cómo se mantenía con ecuanimidad, le preguntó: «Pero ¿cómo se las arregla para atender a tantas cosas y mantenerse siempre tan sereno y tranquilo, sin perder jamás la paciencia?». Y Gárate le contestó: «Padre, hago cuanto buenamente puedo, lo demás lo hace el Señor, quien lo puede todo. Con su ayuda, todo es ligero y suave, pues servimos a buen amo».

Cenaba con la comunidad, cerraba las puertas, dejaba las llaves en el despacho del rector y se retiraba a descansar, pero nunca se sabía a qué hora dormía. No tenía catre, sólo un colchón tendido en el suelo, hasta que en una erisipela tuvo que ir a la enfermería, lo descubrieron y, desde entonces, le pusieron uno de hierro. Cuando se le ofrecía poder vivir en una habitación como las de los demás Hermanos, expresaba que era preferible que él estuviera cerca de la portería para atender a las emergencias que se presentaran.

Porque de noche esperaba a quien tenía que llegar tarde por cualquier razón, por ministerios, o de consultas, o de viaje. En una ocasión estuvo esperando a unos alumnos que llegaban de viaje y en vez de acudir de la estación a la universidad se habían marchado por Bilbao de copas. Cuando llegaron bebidos, lo cogieron a hombros, lo paseaban por los claustros y él no repetía más que: «¡Qué muchachos! ¡Bajarme, bajarme!». También madrugaba todavía más que de costumbre y cuando era necesario para abrir la puerta a quien tuviera que salir prontísimo por cualquier razón.

Nunca tuvo reloj. Si necesitaba saber la hora bajaba la escalerilla de su cuarto para ver el gran reloj de la escalera. Sabía orientar a quien le preguntaba sobre las calles de Bilbao, y eso que él no las había visto nunca, más que en un mapa de la ciudad que había aprendido de memoria.

Limpiaba los cálices y las vinajeras de la iglesia, hacía las hostias para la celebración amasando la harina y recortando las formas. Limpiaba el polvo de los bancos de la iglesia. Daba la luz de una imagen de San José para que la vieran iluminada desde Bilbao. Ponía flores en la iglesia y cuidaba de que alumbrara siempre la lamparilla del Sagrario. En Navidad ponía el Belén en la portería. Y en Jueves Santo, el Monumento de la capilla pública; esa noche la pasaba velando en oración toda entera.

Nunca tuvo vacaciones. Una vez acompañó al P. Cienfuegos a los baños de Molinar de Carranza y él tomó los nueve baños de rigor, porque notaba reumatismo, pero al último se volvió a Deusto. Otra vez obedeció a los superiores para ir a Loyola con un padre y otro hermano a las fiestas del cuarto centenario de la herida de San Ignacio en Pamplona y allí coincidió con su her-

mano Andrés, que a su vez era portero en el santuario. Cuando en 1924 él celebró sus cincuenta años en la Compañía subió a Begoña para realizar una visita a la Virgen. Y cuando su hermano Ignacio celebró, a su vez, los cincuenta años de la Compañía, en Orduña, allí se juntaron los tres hermanos jesuitas en esa fiesta. La última salida, en todos esos cuarenta y un años, fue acompañando al P. Guinea a la vecina capilla de La Cava para ayudarle a misa, y coincidió en aquella celebración la también beata Rafaela de Ybarra.

Desde 1888 a 1929 desempeñó su oficio con tanta perfección y virtud que era verdaderamente ejemplar ante la estimación de todos: por su humildad, amor a la pobreza, modestia, ecuanimidad, serenidad imperturbable, fidelidad al trabajo, cercanía amorosa y alegre con los pobres, los huéspedes y todos los que frecuentaban la universidad, tanto los profesores como los alumnos —y sus familias—, quienes le habían puesto de mote, por ver en él su eterna sonrisa, «Hermano Finuras», y porque jamás rehuía cualquier recado y eso que requerían de él infinitos servicios. Desde comienzos de siglo fue, entre los hermanos, el que distribuía los trabajos; pues no vieron en él aspecto alguno que manifestara superioridad. Si tenía que ordenar algo, insinuaba lo que tenían que hacer de la forma más caritativa posible. Trataba de mediar en lo que podía, obedeciendo siempre a los superiores pero ayudando a la vez a los alumnos. No perdió la serenidad ni cuando las huelgas o movilizaciones sociales, antes y después de los años veinte, agitaban Bilbao y llegaban a la puerta de la universidad. Siempre repetía: «No pasará más de lo que Dios quiera».

Vivía en unión íntima con Dios, en amistad entrañable con Cristo y en una relación llena de ternura hacia la Santísima Virgen María y hacia sus santos patronos. Su bondad risueña, al abrir la puerta, era interpretada por los que entraban como que sentía acoger a Cristo en quien llegaba. A los pobres les había enseñado a saludar con el «Ave María Purísima», que él contestaba, y, si no lo hacían, él saludaba y él se contestaba.

Después de cuarenta y un años de portero de la Universidad de Deusto, murió el 9 de septiembre de 1929 habiendo recibido los santos sacramentos.

El 8 de septiembre, en la fiesta de la Natividad de María, el hermano Gárate encendió el arco de luces del retablo de la capilla, regó como siempre las macetas de alrededor de la estatua de la Virgen en el patio, pero se le notaba un poco encogido. A las once y media de la misma mañana tuvo que retirarse a su habitación sin decir al empleado adónde iba. A mediodía encargó a otro Hermano que tocara la campana. No se dieron cuenta de que no había subido a comer. Cuando lo vieron sentado y medio acurrucado, lo enviaron a la enfermería. Subió, pero después de las tres de la tarde ya estaba otra vez en su puesto. Cuando le preguntaron qué le pasaba, repetía: «Ando un poco revuelto, siento un poco de molestia». Le aconsejaron que se acostara y, por fin, entregó las llaves y se retiró de la portería. Todavía recibió por el claustro a un empleado que había estado con él años atrás. Después le vieron entrar y salir varias veces de su cuarto, parecía que iba a devolver. Cuando volvieron a visitarlo, le intimaron que se acostara pero en la enfermería. Subió las escaleras tambaleándose. Al pasar por la capilla hizo una visita, más larga que otras veces. En la enfermería no daba importancia a su malestar. A las once de la noche, el mismo Hermano suplicó al enfermero que llamara al padre espiritual, Vicente Leza, para que lo oyese en confesión. Después recibió el Viático. Llamaron al médico y diagnosticó que tenía una retención de orina muy grande, respondiéndole que no había orinado en sesenta horas y, ante la pregunta sobre el dolor, decía que tenía molestias. Lo sondaron exteriormente después de que había resultado imposible sondarlo por la uretra y le extrajeron como tres litros de orina. Pero se comenzó a debilitar su pulso. El médico opinó que seguramente ya habría sufrido anteriormente en otras ocasiones retenciones debidas a un tumor prostático. Él respondió que en esta ocasión no había dicho nada pensando que se le pasaría como otras veces. Hacia las cinco y media de la mañana comunicó dos encargos que tenía que dar: había enviado dos paraguas a reparar que no habían sido recogidos todavía y le habían encargado tres misas cuyos estipendios estaban en el cajón de la portería. Pidió la unción de los enfermos; cuando le dijeron que quizá mejor después de la misa, el hermano Gárate insistió en que quizá fuera demasiado tarde. Se la administró el P. Leza a las seis y media. Mientras se celebraba la misa en la ca-

pilla de la enfermería, el Hermano pidió que se le hiciese la recomendación del alma, estando presentes los padres rector y ministro y el hermano Goenaga. Cuando terminaron esa oración, un poco antes de las siete de la mañana, expiró.

Fue depositado en la capilla del cementerio de Deusto. El día 10 se celebró el funeral en la universidad y fue enterrado a continuación en el panteón de la Compañía en el mismo cementerio de Deusto.

Como coincidieron quienes bien le habían conocido, había encarnado en su vida, de forma sobrenaturalmente natural: «Amar y servir».

Por su fama de santidad, enseguida se inició la causa de canonización en el obispado de Vitoria y el 26 de febrero de 1950 la Congregación emitió el rescripto para constituir la comisión de introducción de la causa. El proceso apostólico se tuvo en Bilbao y el 11 de febrero de 1982 el papa Juan Pablo II emitió el Decreto sobre la constancia de las virtudes en grado heroico. Después de la constatación del milagro por intercesión de este venerable siervo de Dios a doña María Ugalde Caño, de treinta y cinco años, que sanó de una necrosis grave y extendida, y del decreto sobre el milagro, el mismo Papa fijó la fecha de beatificación para el 6 de octubre de 1985.

Fue beatificado en ese día junto con otros dos jesuitas, sacerdotes éstos: el burgalense martirizado en 1672 en Tumhón (Islas Marianas) Diego Luis de San Vítores, y el almeriense José María Rubio, apóstol de Madrid, que murió en Aranjuez en mayo de 1929, un poco antes que el hermano Gárate.

JOAQUÍN MARTÍN ABAD

Bibliografía

ITURRIOZ, J., SI, *H. Francisco Gárate, S.I., «portero» de Deusto* (Bilbao 1985).

JUAN PABLO II, «Homilía en la beatificación de tres jesuitas españoles: Diego Luis de San Vítores, José María Rubio y Francisco Gárate (6-10-1985)»: *Ecclesia* (1985) n.2243, p.8-9.

— «Venerabili Servo Dei Francisco Gárate Beatorum honores decernuntur»: *AAS* 79 (1987) 7-10.

SACRA RITUUM CONGREGATIONE, «Victorien. Beatificationis et Canonizationis Servi Dei Francisci Gárate, Coadiutoris temporalis professi Societatis Iesu»: *AAS* 42 (1950) 557-558.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTA MARÍA DE LA CABEZA

Esposa de San Isidro († s. XII)

El culto a la esposa de San Isidro Labrador, atestiguado por una cofradía en su honor y por varias pinturas que la representaban, era anterior a la formulación por escrito de su vida, que es bastante lejana al tiempo de la misma. Enterrada en la ermita de Santa María, junto al río Jarama, su cuerpo es hallado en 1596; su cabeza, en cambio, era conocida y venerada mucho tiempo antes. Lo que de ella, pues, puede afirmarse es que fue la esposa de San Isidro Labrador, con quien tuvo un hijo, y con quien compartió la vida honesta de trabajo, piedad y caridad, al punto de merecer que el pueblo la tuviera por santa y que este culto, bien que local, permaneciera en Uceda, Torrelaguna, Caraguiz, etc., lo suficiente para que la Sagrada Congregación de Ritos procediera a su confirmación el 7 de agosto de 1697. Su verdadero nombre parece haber sido Toribia, convirtiéndose en María por la ermita en que estuvo enterrada hasta su traslado en 1615 a Torrelaguna; y el apelativo «de la Cabeza» parece proceder del culto dado por separado a su cabeza como reliquia sagrada. Los demás detalles que se dan de su vida en muchos santorales no se basan en documentos anteriores al siglo XVI. Igualmente su fiesta el día 9 de septiembre puede estar en relación con la fiesta mariana del 8 de septiembre, propio de su ermita.

BEATO JORGE DOUGLAS

Presbítero y mártir († 1587)

Jorge Douglas era un sacerdote secular escocés que fue martirizado en York el 9 de septiembre de 1587 y que, anteriormente, había sido maestro de escuela y se había ordenado sacerdote en París. Era maravillosamente fuerte en la fe y celoso de sufrir cualquier cosa por el amor de Cristo. Habiendo sido llevado al lugar de la ejecución, el sheriff Snell le ordenó quitarse sus ropas hasta la camisa y le dijo al cortador que subiera y le dio una gran navaja diciéndole: «Cortarás la cuerda cuando yo

te lo ordene». Mandó al mártir subir la escalera, lo que hizo en el acto con mucha presencia de ánimo. Se encomendó el alma a Dios, y fue quitada la escalera. El sheriff dio orden de cortar la cuerda y el mártir cayó al suelo de espaldas pero se sentó al punto. Vinieron dos mozos de carnicería, y uno lo cogió por los pies y el otro, tirándolo junto al fuego, lo hería horriblemente. Él intentó poner la mano en el suelo para levantarse, pero fue obligado a permanecer allí y aguantar toda esta agonía. Se le sintió mover la lengua, y después de haber sufrido todas estas crueldades murió. En el interrogatorio se le preguntó si reconocía a la Reina como cabeza suprema de la Iglesia en Inglaterra y él dijo que no, y corroboró su negativa con tales autoridades y argumentos que solamente por esto fue acusado de traición.

Fue beatificado por el papa Juan Pablo II el 22 de noviembre de 1987.

10 de septiembre

A) MARTIROLOGIO

1. En Alejandría de Egipto, San Nemesio († 251), mártir *.
2. La conmemoración de los santos Nemesiano, Félix, Lucio, otro Félix, Liteo, Poliano, Víctor, Jáder y Dativo († 257), obispos, presbíteros y diáconos, mártires *.
3. En Constantinopla, Santa Pulqueria († 453), emperatriz, defensora de la recta fe **.
4. En Novara (Liguria), San Agabio († s. V), obispo.
5. En Albi (Aquitania), San Salvio († 584), obispo *.
6. En Espira (Renania), San Teodardo († ca. 670), obispo de Tongres y mártir *.
7. En Avranches (Neustria), San Autberto († 709), obispo, fundador del monasterio de Mont St. Michel *.
8. En el monasterio de Locedio, junto a Vercelli, Beato Oglerio († 1214), abad cisterciense *.
9. En Tolentino, del Piceno (Italia), San Nicolás († 1305), presbítero, de la Orden de Ermitaños de San Agustín **.
10. En Nagasaki (Japón), beatos Sebastián Kimura, de la Compañía de Jesús, Francisco Morales, de la Orden de Predicadores, presbíteros ambos, y sus compañeros Ángel Orsucci, Alonso de Mena, José de San Jacinto de Salvanés, Jacinto Orfanel, todos ellos presbíteros y dominicos;

Domingo del Rosario y Alejo [Saburi Sanbashi], religiosos dominicos; Ricardo de Santa Ana y Pedro de Ávila, presbíteros y religiosos franciscanos; Vicente de San José, religioso franciscano; Carlos Spínola, presbítero, de la Compañía de Jesús; Gonzalo Fusai, Antonio Kiuni, Tomás del Rosario, Tomás Akahoshi, Pedro Sampo, Miguel Shumpo, Luis Kawara, Juan Chugoku, todos ellos religiosos jesuitas; León de Satsuma, Lucía de Freitas, Antonio Sanga, catequista, y su esposa Magdalena; Antonio [Hamanomachi] Coreano, catequista, y su esposa María, con sus hijos Juan y Pedro; Pablo Nagaishi y su esposa Tecla, con su hijo Pedro; Pablo Tanaka y su esposa María; Domingo Yamada y Clara, su esposa; Isabel Fernández, viuda del Beato Domingo Jorge, y su hijo Ignacio; María, viuda del Beato Andrés Murayama Tokuan; Inés, viuda del Beato Cosme Takeya; María, viuda del Beato Juan Shoun; Dominga Ogata, María Tanaura, Apolonia y Catalina, todas ellas viudas también; Domingo Nakano, Bartolomé Kawano Shichiemon, Damián Yamichi Tanda y su hijo Miguel, Tomás Sichiro, Rufo Ishimoto, Clemente Vom y su hijo Antonio, todos ellos mártires en 1622 **.

11. En Londres (Inglaterra), San Ambrosio (Eduardo) Barlow († 1641), presbítero, monje benedictino y mártir **.

12. En Rochefort (Francia), Beato Santiago Gagnot († 1794), presbítero, religioso carmelita y mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTA PULQUERIA

Emperatriz († 453)

Su nombre es ya altamente significativo porque equivale a limpia, pulcra, al derivarse de esa misma palabra latina *pulcra*. Realmente su vida es toda una síntesis de belleza, de blancura, de virginidad, vivida en grado heroico, por una mujer de la más alta aristocracia humana al ser emperatriz en una de las cortes más legendarias de la historia y en unos momentos de su más relevante grandeza.

Pulqueria nació en Constantinopla en el año 399, hija de Arcadio, emperador de Oriente, y de su mujer Eudoxia, y nieta de Teodosio el Grande. No tenía más que cinco años cuando perdió a su madre y nueve cuando se quedó sin padre, situación que se compensó con un auxilio especial de la Providencia y una comprensión del carisma de la virginidad y de la pureza pocas veces igualada en el ascetismo de la Iglesia. Resulta incomprensible que una santa de estas características haya pasado y sea aún bastante desconocida para muchos de los cristianos.

Con tan sólo quince años de edad fue declarada, en nombre de su hermano menor Teodosio, Augusta, compañera con él en el imperio y encargada en el cuidado de su instrucción a pesar de que solamente era dos años menor en edad. También tomó a su cargo cuidar de otras dos hermanas menores, Arcadia y Marina, hasta el punto de ser sus imitadoras en todo.

Con tan sólo quince años de edad hizo voto de virginidad, arrastrando a sus hermanas para que siguieran su ejemplo. Con ellas compartía la vida ordinaria y todos sus afanes y preocupaciones, a excepción de aquellos momentos que la reclamaban los negocios de Estado.

En medio de la Corte convirtió sus aposentos particulares en un auténtico cenobio penitencial, en un claustro inviolable, hasta el punto de que a los hombres les estaba prohibida la entrada en sus habitaciones privadas. Dicen que por aquel entonces no hablaba con los hombres más que en público.

Causaba admiración su exquisita prudencia en los asuntos públicos a pesar de que el consejo imperial se componía de varones destacados por su sabiduría, prudencia y virtud. En realidad ella también estaba muy versada en las lenguas sabias, en historia y literatura. Fue principalmente su carisma y ejemplo el que transformó la corte en un estado floreciente y próspero, respetado hasta por los mismos pueblos bárbaros.

Su hermano Teodosio, siguiendo los consejos de ella casó con Athenaida, que al recibir el bautismo cambió su nombre por el de Eudoxia. El matrimonio inicialmente no alteró las formas que regían la corte con Pulqueria de administradora principal. Pero luego, Crisafio, gran favorito imperial, logró indisponer primero a Eudoxia contra ella y luego al emperador, hasta el empeño de intentar que el obispo de Constantinopla, San Flavián, convirtiera a Pulqueria en diaconisa de su iglesia, con el único objetivo de retirarla de la corte. El santo prelado quiso resistir las presiones que se le hacían, pero viendo que resultaba imposible la resistencia, previno secretamente a Eudoxia de tan abominables maquinaciones, y ella personalmente optó por retirarse a una casa de campo con la santa intención de pasar en ella todos los días de su vida.

Las consecuencias para la Iglesia y para el estado fueron funestas. El propio obispo Flavián fue perseguido, patrocinando

la emperatriz al heresiarca Eutiques, a quien el prelado había condenado, y sosteniendo a Dióscoro y a otros eutiquianos protagonistas del famoso sínodo predatorio de Éfeso, luego llamado *Latrocinio de Éfeso,* del año 449.

Pulqueria seguía en su retiro pero viendo dolorida la indisposición que pretendían conseguir de todos, incluso ahora ya contra su mismo hermano Teodosio. Hasta el papa de Roma León I quiso que la emperatriz fuera a entrevistarse con el mismo emperador. Pulqueria obedeció y fue tal la unción desplegada en la entrevista que Teodosio se dio cuenta del abismo en que lo estaban metiendo y cambió completamente, desterrando al consejero Crisafio a una isla, donde luego le quitaron la vida.

Con esta situación lavó sus equivocaciones y rectificó sus errores justo un poco antes de su muerte que acaeció el 29 de julio del año 450. Su viuda Eudoxia se retiró a Palestina donde acabó sus días.

Con tan luctuoso hecho Pulqueria quedó señora del imperio Oriental. Para favorecer su autoridad buscó un compañero en el imperio, un excelente general y estadista, sabio, católico y virtuoso llamado Marciano, ya viudo.

Pulqueria, juzgando conveniente ensalzar el crédito y la autoridad de Marciano, le propuso casarse con ella, con la condición expresa, asumida en plena libertad, de que habría de respetar su voto de virginidad. Propuesta que Marciano abrazó gustoso y ambos gobernaron el imperio juntos con una vida similar a la de los mejores hermanos identificados en sentimientos e intenciones.

Entre sus acciones sobresalen las excelentes relaciones habidas con el papa León I que favorecieron a la Iglesia de Constantinopla y la defensa de la verdadera doctrina contra las herejías de Eutiques.

Hay que destacar en este sentido la celebración, el año 451, de un concilio en Calcedonia, ciudad próxima a Constantinopla. Es el IV Concilio ecuménico. Asistieron 630 obispos. Eutiques y Dióscoro, el culpable del llamado *Latrocinio de Éfeso,* fueron desterrados y se tomaron toda clase de medidas contra los monofisitas. La tesis que sintetiza este concilio, sustancial en nuestras creencias, válida hasta nuestros días, es de-

finitiva: *En la persona de Jesús están unidas sin mezcla e inseparablemente la naturaleza divina y la humana en una sola hipóstasis: son consustanciales Dios y Jesús.*

Ya antes su persona fue decisiva para que se convocara el III Concilio ecuménico de Éfeso en el año 431. Su doctrina sintética: *María, Madre de Dios.* Otro dogma fundamental, inconmovible en el transcurso de los siglos.

En su haber también hay que colocar la erección de muchas iglesias, entre las que destaca una en honor de la Virgen donde se colocó una famosa pintura enviada desde Jerusalén por la emperatriz Eudoxia y que se dice pintada por el propio San Lucas. Un poco antes de su muerte vio acabada la nave de la iglesia de San Lorenzo, dentro de su particular palacio.

A pesar de la agitación de la corte, Pulqueria seguía y siguió siempre encontrando tiempo para atender a sus exigencias religiosas, que de ninguna manera sufrirán paréntesis alguno. Murió el 10 de septiembre del año 453 a la edad de 68 años. Dejó todos sus bienes personales a los pobres. Marciano siguió gobernando algunos años más, hasta el 457, año de su muerte, cuando da comienzo la dinastía tracia y justiniana.

Tanto la Iglesia Oriental como la Occidental celebran su fiesta como de santa virgen. El papa Benedicto XIV (1740-1758) manifestó una gran veneración por esta santa. A él se debe el renacimiento especial de su culto en los tiempos modernos.

El papa León I escribió uno de sus mejores epitafios: «Se debe a ti la supresión de los escándalos provocados por el espíritu del mal; se debe a ti el hecho de que la tierra entera esté unida en la confesión de tu nombre».

JOSÉ SENDÍN BLÁZQUEZ

Bibliografía

CROISSET, J., SJ, *Año cristiano, o ejercicios devotos para todos los días del año,* III (Madrid 1853) 471s.

Historia de la Iglesia. IV. *Los reinos germánicos* (Valencia 1975).

LLORCA, B., SI - GARCÍA VILLOSLADA, R., SI - LABOA, J. M.ª, *Historia de la Iglesia católica.* I: *Edad Antigua: la Iglesia en el mundo grecorromano* (Madrid ⁸2001) 475-476; 543-546.

SAN NICOLÁS DE TOLENTINO

Presbítero († 1305)

En la semblanza literaria de San Nicolás de Tolentino han influido las dos corrientes espirituales que dieron fisonomía a la Orden agustiniana, de que fue miembro, la eremítica y la apostólica.

Muchos panegiristas le pintan como puro contemplativo, terrible flagelador de la carne, sin gurruminerías con la naturaleza lapsa, como amigo de la soledad a la escucha de las palabras interiores. Con todo, los testigos más antiguos, es decir, los que hablan en su proceso de canonización, descubierto modernamente, nos dan un santo más humano y social, en diálogo vivo con el mundo de las almas. No hay que decir que nuestras simpatías se van por esta estampa hagiográfica, más acorde con nuestra sensibilidad moderna y la historia. Nos place saber que San Nicolás se tomaba tres vasitos de vino muchos días, aunque desvirtuándolo con un poco de agua. Y más que el enfermo inflexible, que para no romper su propósito de abstinencia de carne, contra la prescripción del médico y el mandato del superior, con una bendición hizo volar del plato la perdiz asada que le presentaron, nos atrae el religioso dócil, que gusta un trocito del ave, y el resto lo pasa a otros enfermos del convento.

La Marca de Ancona, bella región de Italia, asomada al Adriático y orlada con las bendiciones de la Virgen de Loreto, conserva las huellas de la existencia terrena de nuestro santo. En Castel Santángelo, dos cónyuges, Compañón y Amada, aureolados en el citado proceso con alabanzas de vida muy ejemplar, lamentaban el vacío de su hogar. «Sábete, Berardo, que mi padre y madre no eran personas de prestigio ni ricas. Pero deseaban tener prole». Esta confidencia hizo el mismo santo al amigo que declaró en el proceso. E invocaban con ardor al gran taumaturgo, muy venerado en la región, a cuya tumba peregrinaron juntos: San Nicolás de Bari. «Si nos das un varón, lo haremos religioso; si nos das una hija, ella será monja». Y vino el varón de los deseos, y el hijo del milagro, a quien pusieron el nombre de su bienhechor. La nueva criatura fue el ángel del hogar. «Yo conocí a fray Nicolás durante doce años, y cuando es-

taba junto a él me parecía un ángel», declara una testigo, por nombre Giovannina.

Aunque nos atraen mucho los santos humanos, no se puede negar la existencia de criaturas muy angelicales, como el niño Nicolás. Su primer biógrafo, fray Pedro de Monterubiano, que le conoció en vida, nos conserva esta noticia:

> «Yo mismo he oído al enfermero que le asistía lo siguiente: un día nuestra conversación recayó sobre la inocencia de los niños y fray Nicolás me dijo: hermano mío, la inocencia de que hablamos se pierde con los años. En verdad, yo que soy un pecador, a quien tú bien conoces, en aquella inocente edad, asistiendo al sacrificio de la misa, veía con estos mis ojos un Niño todo vestido de blanco, lleno de resplandor, que a la elevación de la hostia me decía: los inocentes y los buenos me son muy queridos. Con los años, quedé privado de aquella visión».

Podemos pues hablar de la belleza angelical de la niñez de Nicolás. Y aunque se ocultó el Niño blanco de la Eucaristía, no perdió el ampo de su candor. Por eso a los diez o doce años, oyendo predicar a fray Reginaldo de Monterubiano, sintióse atraído por el hábito y la vida de los hijos de San Agustín.

Después de cinco años de preparación literaria y moral hizo, probablemente, el noviciado en el convento de San Ginés, y al año siguiente la profesión. El estudio, el coro, el trabajo manual eran las ocupaciones ordinarias de los frailes de aquel tiempo. Sobre sus aptitudes mentales nada dicen los testigos del proceso. Mencionan su diligencia: «No perdía un momento de tiempo», asegura un testigo. Los mandatos de los superiores los acogía con esta frase: *Libenter faciam* («lo haré con gusto»). Se hacen lenguas de la mortificación y abstinencia de la mesa, donde prefería los alimentos vegetales. En los conventos de San Ginés, de Cingoli y de Tolentino hizo, seguramente, los estudios, y al fin recibió las órdenes sagradas de manos del obispo de Osimo, tal vez en el año 1269.

En los seis primeros años de su sacerdocio fue conventual en Valmanente, Recanati, Montegiorgio, Plaiolino, Treia, Montolmo y Fermo. Tal vez sus buenas prendas de predicador fueron la causa de sus viajes y cambios, según opina el padre Concetti. Estando en Valmanente tuvo una visión que da particular color a su fisonomía espiritual. Una noche le despertaron las voces lasti-

meras de un alma del purgatorio: la de su pariente fray Peregrino de Osimo. «Te pido por favor que celebres la misa de difuntos para que me vea libre de las penas que padezco». Excusóse fray Nicolás, por ser a la sazón hebdomadario, encargado de la misa conventual, que debe celebrarse según el rito de cada día.

Y entonces fray Peregrino le invitó a dirigir la mirada a la gran llanura que daba a la ciudad de Pésaro, toda ella rebosante de almas en pena que le pedían misericordia. Fray Nicolás tuvo lástima de aquellas pobres almas, y obtenido el conveniente permiso, celebró un septenario de misas por los difuntos, añadiendo grandes penitencias y ayunos en sufragio de las ánimas. Al séptimo día, con nueva aparición, fray Peregrino le alegró con la gran noticia: él y toda la multitud paciente, que había visto, gozaban de la eterna gloria. Tal es el origen del septenario de misas de San Nicolás, aprobado por la Santa Sede, en sufragio de las ánimas del purgatorio.

Sin duda la celebración del sacrificio del altar fue el centro espiritual de fray Nicolás. El padre Natimbene declaró con juramento:

> «Estuviese enfermo o sano, fray Nicolás todos los días celebraba la misa, a no ser que una extraña debilidad le imposibilitase a tenerse en pie. Antes de celebrarla, solía confesarse siempre y en la misa derramaba lágrimas. Lo vi yo y muchísimas veces estuve presente y con frecuencia se confesaba conmigo».

Un testigo seglar dice:

> «Conocí a fray Nicolás durante diez años antes de su muerte. Cuando iba a oír misa a la iglesia, lo veía entre los frailes con la capucha calada hasta los ojos. Con muy suaves modales decía todos los días misa, y cuando le aquejaba alguna enfermedad, salía al altar apoyado en un bastón. Muchas veces le vi y oí su misa, en la que lloraba».

En el año 1275, a los treinta años de su edad, se estableció para siempre en Tolentino.

En el Sumario de los procesos, apurando la esencia de todos los testimonios, se hace el siguiente retrato:

> «Nicolás era puro, modesto, sin ambición, afable, comunicativo, tranquilo, enemigo de la envidia y del escándalo, moderado, recto, sabio, prudente, discreto, despreciador de la avaricia, diligente, atento para sus dependientes, hombre de buen sentido, leal, hu-

milde, cortés, y aunque pálido, de una hermosura angelical, que resplandecía más en contraste con la negrura del hábito, que llevaba con decoro. Era tenido comúnmente como santo y respetado y venerado.

Dormía sobre una yacija de paja, sirviéndole el manto de cubierta. Tenía en la celda un saquito de habas, sobre el cual solía arrodillarse para orar. Lo guardaba escondido, para que no se lo vieran los frailes, pero no pasó desapercibido a la curiosidad de fray Mancino de Forte, como lo declaró en el proceso. Ayunó con mucho rigor durante su vida, según se lo permitían las enfermedades. Con agua fría desaboraba las legumbres y verduras cocidas.

Flagelaba su carne con ásperos instrumentos. El doctor Berardo Apillaterra, notario de Tolentino, confiesa: "Cuando lavaron su cadáver, yo me hallaba presente. Y le vi en la espalda unas manchas lívidas, y preguntando a los frailes la causa del fenómeno, me dijeron que eran efecto de las flagelaciones". Iba modestamente por la calle, con la capucha calada, de modo que era difícil verle bien el rostro».

Fray Nicolás fue predicador de mucha reputación y guía de almas muy estimado. Conocí a fray Nicolás —dice Aldisia Giacomucci, devota suya— más de diez años. Era sumamente atrayente para los penitentes, a quienes instruía y daba consejos para evitar los pecados, ofreciéndose a hacer penitencia por ellos. «Lo sé esto porque muchas veces me confesé con él, y me lo han contado las personas vecinas que también le confesaban sus pecados». Nina Jocarelli, otra penitente suya, declara también: «Con frecuencia me confesé con fray Nicolás. Por lo que yo podía comprender, me parecía un santo, de muy buenos modales, humilde y cortés. Siempre que me confesaba con él y recibía su bendición, volvía a casa llena de consuelo, y me parecía haber recobrado la agilidad de un pájaro».

Imponía ligeras penitencias, porque él mismo se ofrecía a satisfacer por los penitentes. Por eso, según atestigua fray Ventura, «comúnmente los hombres y mujeres de Tolentino, así como los forasteros, corrían al confesonario de fray Nicolás, así como él era llamado particularmente al lecho de los moribundos». Según testimonio de otra devota, toda la población de Tolentino se confesaba con él, porque le tenían por un santo.

También alimentó mucho al pueblo con la doctrina evangélica, porque fray Nicolás fue predicador. Mas toda su vida era una predicación ejemplar. Como colector de limosna, llegaba a todas las casas el buen olor de su vida.

> «Cuando yo era fraile menor, dice el padre Pedro, obispo de Macerata, muchas veces vi a fray Nicolás pidiendo pan por las calles de Tolentino. Iba bajito y humilde. Su colecta era copiosa y con ella proveía también a muchos pobres de la ciudad. A los más indigentes iban sus mejores atenciones y socorros».

Ya se puede conjeturar que la vida de oración sostuvo a este gran contemplativo en sus muchos trabajos, penitencias, combates de espíritu y enfermedades corporales. Lo mismo que al Cura de Ars, el demonio le maltrató muchísimo, apaleándole y causándole graves heridas, hasta dejarle cojo.

«Yo mismo le vi aquella herida grande y molesta», dice Nuccio de Rogerio de la que tuvo en la pierna. Veinte días de cama tuvo que guardar en cierta ocasión, por los malos tratos del demonio. Su enfermero, fray Giovannino, observó lívidos rosetones en la cara, en los brazos y espalda.

Los últimos cinco años de su vida fueron de mucho trabajo y sufrimiento, si bien no dejó el apostolado. Sus devotos le regalaban pan fresco, y algunos manjares de alivio, pero todo iba a las manos de los pobres. Aun estando mal, un día, apoyado en un bastón y sostenido por un fraile, consoló y curó con una bendición, de su parálisis, a Hugo Corradi de Tolentino. En los postreros días le recreó la visión de la estrella, que se ha hecho emblema de su santidad. Un meteoro luminoso, moviéndose desde Castel Santángelo, iba a posarse en el oratorio donde solía orar y decir la misa, bañando de claridad a Tolentino. Apenas cerraba los ojos, para dormir, volvía a lucir la estrella, anunciando la futura gloria del siervo de Dios y de la ciudad, que vio sus fatigas y heroísmos.

Ocho días antes de morir le consoló igualmente la vista y contemplación de una imagen de la Virgen, que pidió llevaran a su cuarto.

El día 10 de septiembre de 1305, a los sesenta años, confortado con la absolución general y el viático, murió santamente, mientras fray Giovannino le repetía al oído el verso del salmo preferido del moribundo: «Me ofrezco en sacrificio de alabanza a Vos, Señor».

Una devota suya y penitente le lavó los pies y manos y recogió y guardó el agua en una garrafa, donde se conservó limpia y milagrosa por muchos años. Al poco tiempo comenzaron los

milagros y romerías a Tolentino, atraídos por el olor del santo. Fue de mucha fama la resurrección de una muchacha de Fermo, de doce años, llamada Filipina. En los frescos del siglo XIV que adornan la capilla donde estuvo enterrado, se celebran estos y otros milagros, que le merecieron el título de taumaturgo.

Se instruyó el proceso para su beatificación durante el pontificado de Juan XXII en el año 1327, a los veintidós de su muerte, incluyéndose en él 300 milagros, si bien por causas no puestas en claro aún, se retrasó un siglo la canonización, hasta que Eugenio IV, en 1446, le declaró santo. Es célebre su reliquia del brazo, que ha sangrado más de veinticuatro veces, y su cuerpo se conserva en Tolentino, en la iglesia de los agustinos, donde tanto predicó, confesó y lloró, celebrando la misa. En el día de su fiesta se bendicen los llamados panecillos de San Nicolás.

Los grandes artistas italianos, el Perugino, Antoniazzo Romano, B. Loschi, V. Tamagni, A. Nucci y otros, le consagraron obras que se admiran en los museos de Italia, dándole por emblemas una azucena por la pureza de su vida, un libro por sus méritos de predicador, y un crucifijo por su amor a Cristo y a la penitencia. Es abogado de las almas del purgatorio, protector de la Iglesia, a la que amparó en grandes calamidades históricas, haciendo decir al papa Alejandro VII: *Verbi Dei sanguine praedicamus sanctam esse constructam Ecclesiam et sanguine Sancti Nicolai esse protectam:* Pregonamos que la Iglesia fue fundada con la sangre del Verbo de Dios, y amparada con la sangre de San Nicolás. Alude con estas palabras a las diversas efusiones de sangre del brazo, con que anunció tribulaciones y males que amenazaban a la Iglesia.

VICTORINO CAPÁNAGA, ORSA

Bibliografía

CAMBLOR, S. A., *Vida de San Nicolás de Tolentino* (Madrid 1954).

CONCETTI, N., OSA, *S. Nicola da Tolentino Agostiniano* (Tolentino 1932). Está basada en el proceso de canonización, que descubrió el agustino español P. Saturnino López en el Archivo de Siena.

SALGADO Y CAMARGO, H. DE, *El santo milagroso agustiniano, San Nicolás de Tolentino. Sus excelencias, vida, muerte y milagros: poema heroico: repartido en veinte libros...* (Madrid 1628).

VEGA Y CARPIO, L. DE, *San Nicolás de Tolentino o El santo de los milagros,* en *Obras completas. Comedias* (Madrid 1993s).

• Actualización:

LÓPEZ MELUS, R. M.ª, *San Nicolás de Tolentino* (Onda, Castellón 1983).

OCCHIONI, N., OSA, *Il processo per la canonizzazione di S. Nicola da Tolentino* (Roma 1984).

PANEDAS GALINDO, P., *Nicolás de Tolentino, el primogénito de la familia agustiniana* (Marcilla, Navarra 1992).
TRAPÈ, A., OSA, *San Nicola da Tolentino, un contemplativo e un apostolo* (Cinisello Balsamo 1985).

BEATO SEBASTIÁN KIMURA Y COMPAÑEROS

Francisco Morales, Ángel Orsucci, Alonso de Mena, José de San Jacinto de Salvanés, Jacinto Orfanel, Domingo del Rosario, Alejo [Saburi Sanbashi], Ricardo de Santa Ana, Pedro de Ávila, Vicente de San José, Carlos Spínola, Gonzalo Fusai, Antonio Kiuni, Tomás del Rosario, Tomás Akahoshi, Pedro Sampo, Miguel Shumpo, Luis Kawara, Juan Chugoku, León de Satsuma, Lucía de Freitas, Antonio Sanga y su esposa Magdalena; Antonio [Hamanomachi] Coreano y su esposa María, con sus hijos Juan y Pedro; Pablo Nagaishi y su esposa Tecla, con su hijo Pedro; Pablo Tanaka y su esposa María; Domingo Yamada y Clara, su esposa; Isabel Fernández, viuda del Beato Domingo Jorge, y su hijo Ignacio; María, viuda del Beato Andrés Murayama Tokuan; Inés, viuda del Beato Cosme Takeya; María, viuda del Beato Juan Shoun; Dominga Ogata, María Tanaura, Apolonia y Catalina; Domingo Nakano, Bartolomé Kawano Shichiemon, Damián Yamichi Tanda y su hijo Miguel, Tomás Sichiro, Rufo Ishimoto, Clemente Vom y su hijo Antonio

Mártires († 1622)

Ya en los comienzos de su acción evangelizadora en el Japón, San Francisco Javier (1549-1551) tuvo la convicción del firme arraigo de la fe en los conversos, considerándolos dispuestos a sufrir el martirio antes que apostatar. La previsión del santo se vio cumplida en la misma centuria. En 1597 se registra la primera cosecha de mártires: además de los franciscanos de España y Filipinas, tres jesuitas japoneses y diecisiete seglares también nativos del Japón.

El número de cristianos fue en aumento. Si en el momento de la primera persecución los católicos eran doscientos mil en Nagasaki —centro principal de la comunidad católica japonesa—, en 1614 pasaron a trescientos mil tras la llegada de nuevos misioneros jesuitas, franciscanos, dominicos y agustinos.

Tan llamativo crecimiento, causó la alarma de las autoridades japonesas, entrando en juego el odio furioso de los bonzos, las sospechas de connivencias de los misioneros con los agentes de España y Portugal y, también, la enemiga declarada de los calvinistas holandeses. ¿Se acompañó siempre el ardor de los misioneros españoles del tacto especial que caracterizó a los jesuitas seguidores de San Francisco Javier? De hecho el *Shogun* Ieyasau desencadenó en 1614 una terrible persecución que prosiguió durante largos decenios con sus sucesores Dietada y Iemitsu. La cristiandad japonesa quedó en buena medida destruida. Hubo, tristemente, numerosas apostasías, pero se multiplicaron los mártires. El decreto persecutorio de 1614 parecía limitarse a la expulsión de los misioneros. Pero, como ya había sucedido a finales del XVI, muchos de ellos lograron esconderse para sostener a los cristianos en su fe. Comenzó así la caza de misioneros y el encarcelamiento de los cristianos que los ocultaban. De 1617 a 1632 la persecución fue de lo más cruento y ensañado. El número de mártires fue elevadísimo. Ni siquiera fue posible registrar todos los nombres. Un buen número de misioneros y de japoneses nativos lograron huir y fueron acogidos en Manila y en Macao, evidenciándose la acción protectora de España y Portugal. La Congregación de Ritos se vio informada con sorprendente rapidez, ordenando iniciar los procesos canónicos para atestiguar los martirios. Prestaron su testimonio unas setenta personas prófugas del Japón. El proceso a beatificación fue reanudado en 1862, concluyendo con la beatificación por Pío IX en 1867 de 205 mártires, con nombres y datos bien precisos, que deben ser considerados como representativos de una más amplia legión de héroes.

Los martirios se sucedieron ya a partir de 1617: 22 de mayo, 1 de junio, 1 de octubre... El día del martirio grande de Nagasaki fue el 10 de septiembre de 1622. En esta fecha dieron su vida 52 cristianos: sacerdotes, religiosos (dominicos, franciscanos y jesuitas), personas casadas, jóvenes, viudas y niños, que ofrecieron un heroico ejemplo de constancia. Con razón han obtenido celebración especial el 10 de septiembre. Se enumeran ocho dominicos, de ellos cuatro españoles, a los que se suman dos japoneses y un italiano. La orden franciscana aporta un belga y dos españoles; la

Compañía de Jesús cuenta con ocho japoneses nativos, encabezados por el sacerdote Sebastián Kimura, al que se une el sacerdote jesuita belga Carlos Spínola; los seis restantes son jovencísimos profesos en etapa de formación... Merecen atención dos terciarios franciscanos, especialmente la anciana de ochenta años Lucía de Freitas. Hay casos especialmente conmovedores de matrimonios que sufren juntamente el martirio, como el de los catequistas de la misión jesuítica Antonio Sanga y Magdalena, y Antonio y María, éstos con dos hijos, Juan, de doce años, y Pedro, de tres. Igualmente Pablo Nagaishi y su mujer Tecla mueren con su hijo Pedro, de siete años. Isabel Fernández, viuda del mártir Domingo Jorge, muere con su hijo Ignacio de cuatro años. Siguen varias viudas de esposos martirizados en días anteriores, niños hijos de mártires, etc. Sangre española, belga, italiana en el raudal bermejo de sangre japonesa: «Salvete, flores martyrum».

En la bula de beatificación Pío IX ofrece esta visión conjunta:

> «Operarios del Evangelio con sus catequistas; nobles personajes de linaje real, señoras de rica posición, jóvenes virginales, ancianos de avanzada edad, niños y niñas de tres o cuatro años... En el recuento pormenorizado de estos cincuenta y dos mártires resulta que veintidós fueron quemados vivos y los otros treinta, decapitados. El cielo de Nagasaki quedó teñido de púrpura para siempre».

La beatificación de estos mártires, junto con los otros mártires de Japón (205), fue el 7 de julio de 1867.

JOSÉ MARÍA DÍAZ FERNÁNDEZ

Bibliografía

BOXER, C. R., *The christian century in Japan, 1549-1650* (Berkeley 1974).
GARCÍA DELGADO, J., *El Beato Francisco Morales O.P. mártir del Japón (1567-1622). Su personalidad histórica y misionera* (Madrid 1985).
GONZÁLEZ TEJERO, P., *Sangre en Nagasaki: los 16 mártires dominicos* (Hong Kong 1987).
RODRIGO, R., *Mártires del Japón* (Monachil 1988).

SAN AMBROSIO (EDUARDO) BARLOW

Presbítero y mártir († 1641)

Después de la desaparición de las órdenes monásticas, causada por el cisma impuesto por el rey Enrique VIII, antes de la mitad del siglo XVI, aquellos monjes y religiosos que no murie-

ron mártires de su fe, o malvivieron a escondidas o escaparon a la costa europea refugiándose en los países católicos; a finales de siglo casi todos habían desaparecido.

Pocos saben que la actual congregación benedictina inglesa tuvo su origen dentro del seno de la congregación española de San Benito de Valladolid que, a su vez, también desaparecería entre los escombros de las revoluciones y leyes desamortizadoras de 1812-1835.

Los ingleses católicos siempre tuvieron por tradición que su patria (no así Escocia y Gales, que les antecedieron con mucho en la fe cristiana gracias a los monjes celtas) debe su incorporación a la Iglesia merced al papa San Gregorio Magno que, a finales del siglo VI, les envió una comunidad de monjes desde Roma. Esta tradición les llenó siempre de afecto por todo lo benedictino, y aunque los monjes por principio no son misioneros, el hecho del envío de San Agustín y su comunidad monástica les impacta todavía hoy.

Desaparecida la vida benedictina en Inglaterra, se puede decir que, en muchos de los corazones de los católicos de nacimiento o conversión, empezó a apuntar el «buen celo» de los hijos de San Benito que, muchos siglos antes, les había llevado la luz del Evangelio. Así pues, no pudiendo formarse en su patria, muchos jóvenes católicos ingleses y otros que por gracia de Dios se pasaron del anglicanismo a «su antigua fe», trataron de buscar quien los educase adecuadamente para volver a su país, aunque fuera a escondidas, para mantener la fe de muchos fieles ingleses que se aferraban a la fe católica y necesitaban quien los animase y consolase en las pruebas. Ya el rey Felipe II, antiguo monarca consorte de María Tudor, ayudó a crear en Valladolid y también en las costas belga-francesas, como Douai, colegios que formasen un nuevo ejército de misioneros ingleses.

Pero no sólo se formaban sacerdotes seculares, sino que la vocación religiosa empezó a germinar; y, como se ha dicho, también la monástica. Y la congregación benedictina española tiene la gloria de tener entre sus únicos hijos que alcanzaron la gloria de los altares a los que, procedentes de la «Isla de los santos», recibieron la formación o el amparo en los monasterios españoles. El caso más típico de lo que estamos contando se

halla en la vida de San Juan Roberts, monje profeso del Monasterio de San Martín Pinario de Santiago de Compostela.

Nació en 1576 o 1577 en Trawsfynydd, Condado de Merionthshire (Inglaterra). Sus padres eran bretones y se llamaban Juan Roberts, descendiente de los antiguos príncipes del norte de Wales, y Ana, hija de Pablo Dricke, de Gildertar. Juan era el primogénito de la familia y fue educado en el colegio St. John's de Oxford y en Inns of Court de Londres. Tanto él como sus padres eran anglicanos. Deseando conocer mundo marchó a París, donde hizo amistad con un compañero católico que le convirtió a la verdadera fe, y tras ser instruido por el penitenciario de Notre-Dame de París, fue recibido en la Iglesia Católica en 1598. El obispo de Burdeos lo confió a algunos sacerdotes de su diócesis y a los padres jesuitas para que completaran su formación católica.

Con cartas de un mercader llamado Oliver, vecino de San Juan de Luz, y de algunos jesuitas, llegó a Madrid donde se presentó al P. Cresuelo, quien viendo las buenas cualidades de Juan lo envió al seminario de ingleses de Valladolid que regentaba la Compañía de Jesús. Llegó a Valladolid el 15 de septiembre de 1598 e ingresó en el colegio de ingleses el 18 de octubre del mismo año. Aquí tomó contacto con los benedictinos del monasterio de San Benito, donde poco después, con cuatro compañeros más, pidió el hábito de la Orden; fueron admitidos en San Martín Pinario de Santiago de Compostela el 1 de agosto de 1599. Profesó en el mismo monasterio el 8 de diciembre de 1600 con el nombre de Agustín.

En 1602 fue ordenado sacerdote en Salamanca y poco después partió para Inglaterra, donde llegó en abril de 1603 como vicario de los monjes ingleses de España. Se dedicó con ahínco a la predicación de la verdadera fe y a la asistencia de los apestados en Londres. Durante ocho años trabajó en aquella isla y cinco veces fue expulsado de la misma, la última de ellas el 2 de diciembre de 1610. En uno de sus destierros ejerció el cargo de confesor de monjas en Bruselas. La primera vez que fue expulsado regresó a España y asistió al capítulo general de 1604, donde pidió y obtuvo de la congregación la fundación de tres colegios de filosofía y teología en España para vocaciones ingle-

sas. Los colegios fueron Oña, Valladolid y Douai en Flandes. En 1605 ayudó a la fundación del colegio de Douai, del que fue el primer superior.

La última vez que le arrestaron en Inglaterra fue el 2 de diciembre de 1610, en una casa de católicos, cuando acababa de celebrar la Eucaristía. Estuvo encarcelado hasta el 5 del mismo mes en que le llevaron ante el «Parlamento de los Doce». Este Tribunal le acusó de haber faltado a las leyes del reino, por haber entrado en Inglaterra siendo sacerdote católico y por ello considerado como traidor a la patria. El obispo anglicano de Londres fue quien más duramente le acusó, pero San Juan se defendió diciéndole que si ser sacerdote católico era una traición, debían considerar traidores a todos los santos que habían evangelizado Inglaterra. No atendieron a sus razones y le condenaron a muerte. El día 8 de diciembre se le comunicó la sentencia y el 10 le llevaron a Tyburn en compañía de otro sacerdote católico y de 16 malhechores, para ajusticiarlos. Las últimas palabras de San Juan Roberts fueron: *Omnes sancti et sanctae Dei, intercedite pro nobis.* Su cuerpo fue echado a una fosa común, de donde algunos católicos lo recogieron y enterraron con gran veneración. De su cuerpo queda sólo ahora un dedo que se guarda en la abadía de Downside, junto con una carta y una tela manchada con su sangre. Fue canonizado por Pablo VI el 25 de octubre de 1970. Es el primer santo canonizado de la congregación de Valladolid y el mejor testimonio de cómo educaba a sus monjes en la fe, pues dio tales hijos a la Iglesia y a la Orden, que no dudaron en derramar su sangre para defender la verdadera fe.

Como se ha dicho, fueron muchos los ingleses que se formaron y profesaron en los monasterios españoles, unos directamente viniendo a España, otros afiliándose y en dependencia de monasterios que los admitían a la profesión como tales contándoles entre sus hijos. El que más fue el monasterio de San Martín, ya citado, con 11 monjes; le siguen por número Valladolid, con 7, Sahagún con otros 7 y otros muchos monasterios con cinco, cuatro, etc. De 1599 hasta 1613 hubo 64 sacerdotes, de los cuales, en 1663, habían sufrido el martirio cuatro y uno había muerto en la cárcel. Cuando en 1613 se fundó la Congregación inglesa, de los 55 sacerdotes que la formaron, 38 se habían formado en los monasterios españoles.

Ha parecido conveniente esta larga introducción para explicar algunos puntos de la vida de San Ambrosio Barlow. Su vida se desarrolló en la región de Manchester, oeste de Inglaterra, salvo durante el tiempo de sus estudios eclesiásticos. Su padre era un buen católico y lo hizo bautizar el 30 de noviembre de 1585 dándole como patrón a San Eduardo. Su abuelo había muerto en prisión por la fe. Eduardo fue el cuarto hijo de 14 hermanos: ocho hijos y seis hijas. Dos de sus hermanos llegaron a ser benedictinos como él. Guillermo, el hermano mayor, que se llamó dom Rosendo, fue un canonista distinguido y llegó a ser presidente de la congregación inglesa.

A los 12 años, Eduardo fue colocado como paje en casa de un gentilhombre protestante de la región. La fe del joven fue puesta a prueba y estuvo en peligro de perderla. Pero gracias a la piedad y exhortaciones de una señora viuda volvió a reencontrar el camino de un catolicismo íntegro.

Guillermo, su hermano mayor, mostró a Eduardo el camino del sacerdocio. A la llamada de la vocación Eduardo partió para el continente, decisión valiente que le ponía fuera de la ley. Se estableció primero en el colegio inglés de Douai. Luego, para estudiar la filosofía pasó a España al colegio de Valladolid. Hacia 1612 fue reenviado de nuevo a Douai donde permaneció hasta junio de 1613. En 1614 volvió a su Inglaterra natal; al poco fue apresado y tuvo que pasar un tiempo en una de las cárceles de Londres. Retornado a Douai, ingresó en el monasterio de San Gregorio, donde su hermano, ahora dom Rosendo (nombre del santo fundador del monasterio gallego de Celanova), era prior. Después del noviciado y una estancia en Saint-Malo, hizo la profesión el 5 de enero de 1616: por ella fue incorporado a la comunidad española de Celanova en Galicia. Desde entonces, fue conocido como dom Ambrosio, su nombre de religión.

Ordenado sacerdote en 1617, fue enviado como misionero otra vez a Inglaterra. Tenía ya más de 30 años cuando comenzó su labor apostólica en su país natal y trabajó mucho y bien cerca de otros 24 años. Se cuenta que cuando llegó a su tierra su madre quiso abrazarlo para darle la bienvenida, y él, creyendo un deber tener un corazón desprendido de los afectos terrenos, rehusó el abrazo; el biógrafo lo explica añadiendo: «Ambrosio ya había recibido el abrazo de su Salvador».

Visitaba continuamente las aldeas y casas de campo, marchando siempre a pie como los campesinos. Celebraba la misa muchas veces pasando de un lugar a otro para reconfortar a sus paisanos. Esta tensión le cansaba mucho y quedaba agotado en general al caer la tarde. Sin embargo, habitualmente estaba de buen humor al estilo de Santo Tomás Moro. En general estaba en un lugar unas tres semanas y a la cuarta se ponía en camino hacia otro lugar. Durante el Adviento y Navidad descansaba de los viajes para reponer fuerzas, aparte de que durante este tiempo ayunaba rigurosamente. Era un hombre fuerte y de buen apetito que siempre trataba de controlar al extremo. Una vez se le oyó decir a sus comensales: «Mirad qué bien he comido, pero sinceramente tengo que confesar que me levanto de la mesa con la misma hambre con que me senté».

El P. Ambrosio era un hombre de costumbres y maneras sencillas y dijo en más de una ocasión a la gente de buena sociedad: «No os extrañéis de mi rústico proceder; en realidad soy casi como un payaso».

Un contemporáneo nos ha dejado la descripción simpática de su vida parroquial: para Navidad los hombres colocaban juntos todos sus sombreros sobre la mesa para significar la unión de corazones. En la habitación se encendía un brasero de carbón. El altar se preparaba con pobres manteles, pero limpios, y sobre él resplandecían unos cirios que el mismo padre Ambrosio fabricaba. Los católicos venían de diversos lugares, atraídos por su fe y caridad. Durante la noche de Navidad pasaban el tiempo orando unos ante el altar, mientras otros cantaban villancicos junto al fuego. El padre Ambrosio les hablaba con palabras que rezumaban textos de la Escritura. Le encantaba, además, hablar con parábolas y ejemplos.

Ambrosio gustaba de la soledad y también disfrutaba albergando en su casa a los pobres. Solía invitarlos a su mesa especialmente en los días de Navidad, Pascua y Pentecostés. Tenía horror al alcohol y a la vanagloria. Practicaba los exorcismos con mucho éxito. Su modestia y reserva era extrema con las mujeres y se las apañaba para no mirarlas cara a cara jamás. Aunque en aquel tiempo hasta las personas de paz eran dueñas de alguna espada, él decía con buen humor: «No me gusta tener

junto a mí arma alguna pues soy persona de mucho genio... y ya se sabe». Tampoco solía llevar consigo reloj alguno, aunque era costumbre de muchos; decía que le gustaba observar cómo se pasaba el tiempo y que temía llenarse de orgullo al ser poseedor de un reloj. En su domicilio, en cambio, tenía un reloj de pared que cuidaba mucho, hasta con demasiado mimo. Había aprendido a pintar y se hizo un cuadro con un Cristo coronado de espinas que colocó sobre su altar. También dibujaba pequeñas estampas para los niños. Y durante sus largas horas de forzosa inactividad apostólica se entregaba a la oración y al rezo del rosario. Y consideraba día perdido si no era consciente de haber hecho algo positivo por la salvación de las almas.

Con el paso del tiempo la situación de los católicos ingleses se fue agravando. Y entre 1617 y 1641 el puritanismo protestante se hizo muy fuerte. Carlos I había tratado en 1625 de ayudar a los católicos o papistas, como los llamaban los protestantes ingleses, pero en 1641 se encendió la guerra civil. Los católicos fieles al Rey y al Papa se convirtieron en doblemente perseguidos para los gobernantes.

San Edmundo Arrowsmith, jesuita, fue martirizado el 28 de agosto de 1628. Cuentan que se le apareció al P. Ambrosio la noche siguiente diciéndole: «Yo ya he padecido, ahora te toca a ti. No hables mucho, pues ellos tratarán de tenderte trampas por tus palabras».

Dom Ambrosio se quedó tranquilamente en Lancaster y rehusó ponerse en fuga. Su conducta siempre fue valiente. Y regañaba a los católicos que no querían ser vistos en misa: «No me gustan aquellos que miran a Dios por el ojo de la cerradura». Unos meses antes de su arresto se enteró de que algunas personas muy queridas por él pretendían poner en ejecución un mal proyecto que podría ser causa de ruina para otros muchos. Le afectó de tal modo saber esto que sufrió un ataque de apoplejía quedando paralizado de medio cuerpo. Creyó que iba a morir y no tenía ningún sacerdote que le pudiese administrar los sacramentos. Lleno de fe y confianza rezaba: «Señor, hágase tu voluntad». Por fin se presentó un sacerdote jesuita que le animó y consoló de modo que su salud mejoró rápidamente.

El 25 de abril de 1641, en Pascua, cuatrocientos anglicanos de Leigh, excitados por su vicario, se dirigieron a la casa de Bar-

low en Morley (Lancaster). Ambrosio estaba predicando a un centenar de fieles y entrando los amotinados lo apresaron y lo llevaron a la ciudad de Lancaster. El monje, todavía no recuperado en su salud, estaba tan mal parado que tuvieron que subirlo en una caballería y sostenerlo en ella. Una vez en prisión pudo tener entre sus manos el libro de Boecio *La consolación de la filosofía* que le reconfortó y animó no poco. Pero se lo confiscaron; ante tal situación dom Ambrosio dijo mansamente: «Si me lo quitáis, siempre tendré conmigo el gran libro al cual siempre Boecio hace alusión, el de la oración; ése no me lo podréis quitar nunca». Así pues, se entregó por completo a la oración. Ni siquiera las visitas lograban apartarle de las cosas espirituales y de su silencio y retraimiento.

El juicio tuvo lugar el 7 de septiembre. Ante la pregunta de por qué no se había ido de Inglaterra el 7 de abril conforme lo establecía el edicto del gobierno, él respondió que el edicto sólo hablaba de jesuitas y sacerdotes seculares, pero que él era benedictino y además estaba enfermo. Ante su respuesta un murmullo de aprobación corrió por toda la sala. Le preguntaron acerca de lo que pensaba de las leyes de deportación; respondió que las encontraba injustas y bárbaras, pues los únicos sacerdotes que había en el reino eran los sacerdotes «romanos»; los jueces siguieron: «¿Qué piensas de los reyes que hicieron esas leyes?». Él respondió que los encomendaba al Señor para que los perdonase. El tribunal le dijo que estaban dispuestos a soltarle si él renunciaba a «seducir» al pueblo. Ambrosio les contestó: «Yo no seduzco al pueblo sino que los reconduzco a la verdadera y antigua religión de nuestros padres» *(I am not seducer but a reducer...),* y dirigiéndose al presidente del tribunal le dijo: «Yo soy juez en materia espiritual. Y si tú quieres quedarte en las tinieblas de la herejía no tendrás parte en la felicidad de los hijos de Dios», a lo que el juez respondió con cruel ironía: «Pero yo voy a tener una ventaja sobre lo que dices, pues mi sentencia será ejecutada antes que la tuya».

Condenado a muerte, Barlow exclamó: «Demos gracias a Dios», y oró por los que habían sido causa de su condena. El juez agradeció su oración acordándole que se le colocara en una habitación solo para que pudiera estar tranquilo hasta el día siguiente.

La ejecución tuvo lugar el 10 de septiembre de 1641. El monje, acordándose del día de su profesión, se postró en tierra en acto de ofrenda: *Suscipe me.* Las ejecuciones de la época en Inglaterra eran horribles e ignominiosas y ya se han descrito en la muerte de los cartujos ingleses (4 de mayo). Durante el trayecto no dejó de rezar, sobre todo el *Miserere.* Los ministros protestantes no dejaron de exhortarle a que «entrase en razón», pero él no los atendió ni un momento.

Ambrosio padeció todo el ritual sangriento y feroz de su definitiva profesión en manos de Dios. Todavía tuvo fuerzas para recordar que al fin y al cabo todo su sufrimiento acabaría en una sola muerte y a los que le exhortaban a que pidiese gracia les dijo: «Morir hay que hacerlo un día u otro, pero una muerte tan hermosa como ésta no la tendré jamás».

Nos ha quedado un grabado que lo representa bastante bien con un curioso realismo: cabellos cortos algo ensortijados, bigotes y barba corta partida en dos y algo descuidada; sus vestidos no están muy a la moda del tiempo. Lleva puesto un sombrero maltrecho, camisa sin chaleco y unos pantalones que le cubren hasta las rodillas; en sus pies lleva unas lamentables zapatillas de estar por casa, tal como lo encontraron cuando lo apresaron.

San Ambrosio, como San Juan Roberts, fueron beatificados por Pío XI en 1929 y canonizados por Pablo VI en 1970 junto con otros 40 mártires ingleses. Su mano derecha se conserva en el monasterio de monjas benedictinas de Stanbrook.

LUIS M. PÉREZ SUÁREZ

Bibliografía

BAUDOT, J. - CHAUSSIN, L., OSB, *Vie des saints et des bienheureux...* IX: *Septembre* (París 1950) 230-233.

ZARAGOZA PASCUAL, E., *Los generales de la Congregación de Valladolid. IX centenario de la muerte de Sto. Domingo de Silos,* V (Zamora 1980) 355-356; 383-387.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN NEMESIO

Mártir († 251)

Conocemos el martirio de este santo por las noticias que de él da San Dionisio, obispo de Alejandría. Se trataba de un egip-

cio, como llamaban a los no naturales de Alejandría, que acusado de pertenecer a una banda de bandidos, pudo demostrar su inocencia delante del centurión. Pero, posteriormente, fue acusado como cristiano y debió comparecer encadenado ante el gobernador Emiliano. Éste lo mandó torturar en busca de su apostasía y lo mandó azotar cruelmente, dos veces más que a los ladrones de la banda, y luego mandó que lo quemaran con ellos. De esta forma —dice San Dionisio— mereció en su muerte asemejarse al Redentor, que murió entre dos ladrones.

SAN NEMESIANO, FÉLIX, LUCIO, OTRO FÉLIX, LITEO, POLIANO, VÍCTOR, JÁDER Y DATIVO

Mártires († 257)

Cuando se proclamó en Cartago el edicto de persecución del emperador Valeriano contra los cristianos, la primera víctima de él fue San Cipriano, el obispo de la ciudad, que llevado a la presencia del procónsul se negó a decir dónde estaban los demás obispos y ministros, indicando solamente que cada uno estaba en su lugar. San Cipriano fue desterrado a Curubis. Y el procónsul mandó buscar a los demás sacerdotes y ministros, y los encontraría la policía celebrando el culto, lo que estaba severísimamente prohibido. Un grupo de obispos, presbíteros y diáconos fue presentado al tribunal proconsular de Cartago y todos fueron condenados a las minas, que era en realidad una condena próxima a la pena de muerte. San Cipriano desde su destierro se pone en comunicación con los mártires y les manda una hermosa carta cuyo texto se conserva. A los pobres condenados a las minas se les azotaba, se les marcaba en la frente y un herrero les clavaba a los pies anillos de hierro unidos por una cadenilla que a veces estaba también unida a una de la cintura, encorvando al condenado e impidiendo todo intento de fuga. Debían trabajar en oscuros subterráneos cuyas tinieblas se hacían muy penosas por el humo y hedor de las antorchas, debiendo descansar, el poco tiempo que se les permitía hacerlo, en el suelo.

Los mártires estaban separados en tres grupos que contestan por separado a San Cipriano agradeciéndole la carta y las

ayudas enviadas. El primer grupo estaba formado por Nemesiano, Dativo, Félix y Víctor; el segundo, por Lucio y otros hermanos; el tercero, por Félix, Jáder y Poliano. El texto de estas tres cartas también se conserva. Cipriano dirige su carta a Nemesiano, Félix, Lucio, otro Félix, Liteo, Poliano, Víctor, Jáder y Dativo, hermanos obispos, y a los presbíteros, diáconos y demás hermanos. Todas estas cartas rebosan fe y fortaleza cristiana y son un memorable testimonio de cómo aquellos pastores y fieles aceptaban el martirio por la causa de Cristo.

SAN SALVIO DE ALBI

Obispo († 584)

Nos habla de él San Gregorio de Tours y nos dice que nació en Albi y que, primeramente, se dedicó a la carrera de derecho y llegó a ser magistrado, pero repensó su sitio en la vida y se decidió por la vida monástica en su propia ciudad de Albi. Muy dado a la vida de recogimiento y austeridad, ello no impidió que fuera elegido abad del monasterio. Y lo fue de modo admirable: volcado en la dirección y necesidades de los monjes, se hizo amar de éstos, que lamentaban su posible pérdida cuando estuvo tan grave que llegó a creérsele muerto pero se recuperó. Su prestigio hizo que le eligieran como obispo de Albi en 574. También ahora brilló su virtud. Vivió tan austeramente como dentro de los muros del monasterio, se volcó en la atención a los pobres, visitaba asiduamente las poblaciones de su diócesis animando a las comunidades cristianas. Combatía sin descanso el arrianismo y el paganismo. Tuvo amistad y colaboración con San Gregorio de Tours, al que apoyó cuando fue acusado de calumniar a la reina Fredegunda y por este motivo participó en el concilio de Braisne. Al final, su imparable caridad lo llevó a la muerte. Se desató una epidemia en Albi en el verano de 584 y Salvio se dedicó por entero a atender por sí mismo a los enfermos, llevándoles auxilios espirituales y materiales, y como consecuencia de esta atención se contagió y murió el 10 de septiembre de ese año. Su culto se extendió por la región.

SAN TEODARDO DE MAASTRICHT

Obispo y mártir († ca. 670)

Teodardo nace durante el reinado de Clotario II (614-622) en la región de Maastricht, y es monje de Stavelot cuando regía allí como abad San Remaclo, y no se sabe exactamente cuándo fue llamado a ocupar la sede episcopal de Tongres-Maastricht. Su muerte se debió a su defensa de los derechos de la Iglesia. Había la queja de que varias personas se habían adueñado de terrenos pertenecientes a la Iglesia. Teodardo fue a exponer el asunto personalmente al rey Childerico II en demanda de una sentencia justa. Por el camino, al atravesar el bosque de Bienwald, fue asaltado por unos ladrones, a los que él se dirigió en vano queriéndolos desanimar de su género de vida, pero ellos lo mataron. Como su viaje se debía a la defensa de los derechos de la Iglesia, su asesinato fue tenido enseguida por un martirio y San Lamberto, sucesor suyo en la sede, se llevó su cuerpo a Lieja, teniendo culto como santo.

SAN AUTBERTO DE AVRANCHES

Obispo († 709)

Es seguro que este santo era obispo de Avranches y que fue el fundador de la célebre iglesia del Mont-Saint-Michel, y quizás éstos son los datos más seguros de su biografía, siendo discutida la fecha de su vida y asimismo la de su elección por aclamación popular como obispo. La dedicación de la iglesia en honor del Santo Arcángel se fija el 709, pero eso no quiere necesariamente decir que se construyera entonces. Según la tradición, San Miguel favoreció al obispo con varias visiones. La iglesia fue servida primero por canónigos y luego pasó a ser un monasterio.

BEATO OGLERIO

Abad († 1214)

Oglerio u Ogerio nace en Trino, en la llanura del Po, el año 1136. En su juventud ingresa en la abadía cisterciense de Lucencio por influencia del propio San Bernardo que en 1148

acompañaba al papa Beato Eugenio III, monje cisterciense, en su viaje de Asti a Vercelli. Oglerio fue elegido abad del monasterio en 1205 y lo fue hasta su muerte. Estaba entonces la abadía en su mayor esplendor por el número de monjes y la calidad moral y literaria de éstos. El papa Inocencio III, apreciando las cualidades de Oglerio, le confió varias misiones para dirimir disputas y encontrados intereses. Escribió una obra llamada *Tratado en alabanza de la Santa Madre de Dios,* en la cual defiende el privilegio de la inmaculada concepción de María. Murió con gran fama de santidad el 10 de septiembre de 1214. Su culto fue confirmado por el papa Pío IX el 8 de abril de 1875.

BEATO SANTIAGO GAGNOT

Presbítero y mártir († 1794)

Nació el 9 de febrero de 1753 en Frolois (La Meurthe-et-Moselle). Decidida su vocación religiosa, ingresó en la Orden de los carmelitas descalzos y profesó en el convento de Nancy el 9 de marzo de 1774 con el nombre de fray Huberto de San Claudio. En 1784 es enviado al convento de Luneville y desde allí vuelve a su convento de Nancy en 1787. Cuando se les propone a los religiosos dejar la vida común o seguir observándola, él opta por esto último. Se le acordó una pensión de 700 libras. Al dejar el Carmen el 1 de octubre de 1791, se fue a una casa particular. El 5 de mayo de 1793 era encarcelado, precisamente, en el exconvento de los carmelitas y declarado fanático peligroso. Al no estar enfermo se le aplicó la ley de la deportación pues se negaba a prestar los juramentos. Se conserva una carta a su madre del 26 de marzo de 1794, diez días antes de su partida para Rochefort, donde consta que ya estaba el 5 de mayo. Fue embarcado en Les Deux Associés y murió el 10 de septiembre de aquel año, siendo enterrado en la isla Madame. Pidió poder atender a los presos, lo que le fue concedido hasta que la enfermedad lo rindió. Todos le tenían por un buen y observante religioso.

Fue beatificado el 1 de octubre de 1995 por el papa Juan Pablo II.

11 de septiembre

A) MARTIROLOGIO

1. En Roma, en la Vía Salaria, santos Proto y Jacinto († s. III), mártires *.
2. En Zúrich (Suiza), santos Félix y Régula (fecha desconocida), mártires *.
3. La conmemoración de San Pafnucio († s. IV), obispo en Egipto, confesor de la fe durante la persecución *.
4. En Lyón (Francia), San Paciente († 480), obispo *.
5. En París (Francia), San Sacerdote († 552), obispo de Lyón.
6. En la isla de Bardsey (Gales), San Daniel o Deiniol Wyn († 584), obispo y abad de Bangor *.
7. En Liguria (Italia), San Emiliano († s. VI), obispo de Vercelli.
8. En el monasterio de Luxeuil (Borgoña), San Adelfio († 670), abad de Remiremont.
9. En Toul (Austrasia), San Leudino o Bodón († a. 680), obispo.
10. En el monasterio de Aulinas (Calabria), San Elías Espelota († 960), ermitaño y luego monje.
11. En Nagasaki (Japón), beatos Gaspar Koteda, catequista, Francisco Takeya y Pedro Sikiemon († 1622), niños, mártires *.
12. En Roma, Beato Buenaventura de Barcelona (Miguel) Bautista Gran († 1684), religioso franciscano **.
13. En Rochefort (Francia), Beato Francisco Mayaudon († 1794), presbítero y mártir *.
14. En Wuchangfú (China), San Juan Gabriel Perboyre († 1840), presbítero, de la Congregación de la Misión, mártir **.
15. En Barcelona, Beato Pedro de Alcántara (Lorenzo) Villanueva Larráyoz († 1936), religioso de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios, mártir *.
16. En Genovés (Valencia), Beato José María Segura Penadés († 1936), presbítero y mártir **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

BEATO BUENAVENTURA DE BARCELONA (MIGUEL) BAUTISTA GRAN

Religioso († 1684)

Miguel Bautista Gran nace el 24 de noviembre de 1620 en Riudoms (Tarragona), en el seno de una familia humilde, donde desde temprana edad debe ayudar a su padre en las labores

agrícolas y cuidar del rebaño. Por no contrariar a su progenitor contrae nupcias con una joven, aunque privadamente había hecho voto de castidad, pero viven matrimonialmente como hermanos. Sólo 16 meses dura esta unión, pues la esposa fallece, y al enviudar decide tomar el hábito franciscano. El 14 de julio de 1640 ingresa en el retiro de la Orden de Frailes Menores de Escolnarbou. Al año siguiente profesa en la Orden Seráfica, y en el transcurso de diecisiete años forma parte de las comunidades conventuales de Mora d'Ebre, Terrassa, Santa Inés y Escornalbou ejerciendo, sucesivamente, de cocinero, portero, enfermero y limosnero.

Considerándose llamado por la divina providencia a promover la reforma, en 1658 se embarca en el puerto de Barcelona rumbo a Italia. Visita el santuario de Nuestra Señora de Loreto (Ancona) y la tumba de San Francisco de Asís y, mientras estaba en oración en la pequeña iglesia de San Damián, siente la llamada de Dios que le encarga dirigirse a Roma, a donde llega al poco tiempo. Debe emprender una reforma de la Orden franciscana, para una mejor observancia de la forma de vida de San Francisco. Los primeros dos meses permanece en el convento de Aracoeli, de donde pasa al colegio de San Isidoro de los Irlandeses y a Capranica de Sutri. Su verdadera misión es la de fundar un convento de retiro en la provincia romana de los Reformados, que será conocida como *Riformella al Palatino.*

Con la decisiva intervención del papa Alejandro VII, y la ayuda que le ofrecen los cardenales Barberini y Facchinetti, en 1662 erige el retiro del convento de Santa María de las Gracias de Ponticelli (Scandriglia), al que siguen, en 1666, el de Montorio Romano, en 1668, el de Vicovaro, y en 1677, el de San Buenaventura sul Palatino, sobre las ruinas del palacio de los césares romanos, en cuya construcción participa. A este último convento pertenece, entre otros venerables religiosos franciscanos, San Leonardo de Porto Maurizio (1676-1751). Amigo de cuatro papas, tuvo que superar muchos obstáculos por parte de los frailes Reformados, pero con constancia y el apoyo prestado por destacados prelados de la curia romana, desarrolla su anhelada reforma. Difunde el culto a la Inmaculada y ordena la celebración de la misa sabatina en su honor. A él se debe una

intervención especial en la victoria lograda por el general Juan Sobieski en 1683 contra los turcos, en la célebre batalla de Viena. Mientras el padre Marco d'Aviano exhorta a las tropas con su palabra ardiente y les bendice con el Crucifijo, el reformador franciscano consigue del papa Inocencio XI el permiso para hacer sonar todas las campanas de Roma una hora, durante la noche, mientras se reza el Rosario pidiendo la victoria cristiana. No recibió el presbiterado, al considerarse indigno del orden sacerdotal. El 11 de septiembre de 1684, cargado de virtudes y méritos, muere en Roma a los 64 años de edad.

Dotado de gran humildad y una espiritualidad eminentemente práctica, atraía a todos, manifestando su ardiente caridad en los pobres, a quienes favorecía constantemente. En 1732 concluye el proceso ordinario sobre sus virtudes y numerosos milagros y cuatro años más tarde se introduce la causa de beatificación. El 10 de junio de 1906 San Pío X lo proclama beato.

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

«Beato Buenaventura de Barcelona», en *El santo de cada día,* V (Zaragoza 1955) 111-119.

Bibliotheca sanctorum. II: *Ans-Bern* (Roma 1962) cols.283-285.

GEMELLI, A., *El franciscanismo* (Barcelona 1940) 200-201.

TOTOSAUS I MARTORELL, J. M. (coord.), *Diccionari d'història eclesiàstica de Catalunya,* II (Barcelona 1998) 303-304.

SAN JUAN GABRIEL PERBOYRE

Presbítero y mártir († 1840)

Juan Gabriel Perboyre nació en la Francia meridional, el día de la Epifanía, 6 de enero de 1802. En el caserío de Puech, parroquia de Mongesty, diócesis de Cahors, la estrella de los Magos se vino a posar sobre el hogar de Pedro Perboyre y María Rigal, para iluminar la cuna de su primogénito y señalarle el camino de su vocación misionera en tierras de la gentilidad. Al día siguiente en el bautismo recibió los nombres de Juan Gabriel y desde entonces hasta que murió colgado en la cruz de Utchang, guardó el precepto que le impuso la Iglesia cuando le

dijo por el sacerdote: «Recibe este vestido blanco que has de presentar sin mancha ante el tribunal de Jesucristo». Todos los testigos de su vida están acordes en afirmar que la única mancha que cayó en este vestido fue la de su sangre vertida por Cristo.

Fue el mayor de ocho hijos, de los que otros dos —Luis y Santiago— entraron en la Congregación de la Misión; dos hermanas —Antonieta y Mariana— serán Hijas de la Caridad y otra —junto con otra prima que murió en olor de santidad—, religiosa carmelita. Para demostrar el temple cristiano de esta familia que de sus ocho hijos entrega seis a Dios, basta consignar las palabras de María Rigal cuando recibió la noticia del martirio de su hijo: «¿Por qué he de vacilar en hacer a Dios el sacrificio de mi hijo? ¿No sacrificó la Santísima Virgen al suyo por mi salvación?».

La familia vivía del trabajo de la granja. Juan Gabriel fue educado en una sólida fe católica, en un ambiente donde respiró la fe, las virtudes sencillas y el sentido de la vida como don de Dios. Desde temprana edad, manifestó su vocación y su destino. Frecuentaba las iglesias del lugar y, al parecer, uno de los sermones que escuchó le impresionó de tal manera que anheló desde aquel instante ser misionero y sufrir el martirio.

Además de una infancia tan piadosa, Juan Gabriel ocupaba el primer puesto en la clase y en la conducta. Un día el profesor de retórica, repasando las composiciones de los alumnos, tropezó con una que llevaba por título: *La cruz es el más bello de los monumentos,* que firmaba Juan Gabriel. El profesor la seleccionó para ser declamada por su autor el día de la distribución de premios. Todos vieron al joven orador transfigurado y radiante cuando pronunció esta frase en que hizo el retrato de toda su vida: «¡Qué hermosa es la cruz plantada en tierras de infieles y regada con la sangre de los apóstoles de Jesucristo!».

Un hermano de su padre era sacerdote de la Congregación de la Misión. La familia estaba orgullosa de Santiago Perboyre, cuya influencia sobre todos era inmensa. Santiago estaba destinado en el seminario de Montauban, al cargo de los padres paúles, para la formación de los futuros sacerdotes. Recibirá en esa pequeña pensión de Montauban a 18 de sus sobrinos y primos, de los que varios llegarán al sacerdocio.

Luis, el hermano más pequeño de Juan Gabriel, fue enviado al seminario a estudiar en 1816 y Juan Gabriel fue con él para acompañarle sólo durante los meses de invierno, a la vez que él también estudiaba. En la primavera, cuando Juan Gabriel ya debía regresar a su casa, en su discernimiento vocacional llegó a la decisión de que deseaba ser sacerdote.

Sus padres, sorprendidos, aceptaron la elección del hijo y lo acompañaron dándole ánimos. Entonces la misión quería decir principalmente la China. Pero... ¡estaba tan lejos! Partir significaba despedirse para siempre de la atmósfera familiar, no gozar más de esos santos afectos. Fue lo natural para él escoger la Congregación de la Misión, fundada por San Vicente de Paúl en 1625 para evangelizar a los pobres, formar el clero, pero, sobre todo para empujar a los mismos misioneros a la santidad. Sabía que la misión no es propaganda social. Desde siempre la Iglesia ha pretendido que los anunciadores de la Palabra de Dios sean personas de vida interior, mortificadas, llenas de Dios, de caridad. Para iluminar las tinieblas del hombre no basta la lámpara, si falta el óleo del Espíritu Santo. Juan Gabriel no pensó en medianías. Si fue mártir es porque fue santo.

La Iglesia de Francia acababa de salir de la terrible experiencia de la Revolución Francesa, vestida de color púrpura por el martirio de muchos de sus hijos, y con el dolor por la apostasía de otros. El panorama, a principios de 1800, era desolador: edificios destruidos, conventos saqueados, almas sin pastores... No fue, pues, un caso en que el ideal sacerdotal apareciese ante el joven como una blanda acomodación, sino como una empresa heroica.

De 1818 a 1835, Juan Gabriel fue misionero en su patria. El 15 de diciembre de 1818, con casi dieciséis años de edad, fue recibido en la Congregación de la Misión en Montauban. En el transcurso del noviciado manifestó una conducta ejemplar; dedicaba todo el tiempo libre al estudio de los textos sagrados, la penitencia y la oración. A partir de 1823 insistió ante sus superiores en el deseo de dedicarse a las misiones de China. El 23 de septiembre de 1825, después de cursar brillantemente los estudios de teología, fue ordenado sacerdote por Monseñor William Dubourg, obispo de Montauban, en la capilla de la *rue du Bac* en

París, donde, sólo cinco años más tarde, la Reina del Cielo bajaba a visitar a una humilde religiosa, sor Catalina Labouré, para traerle el regalo de una medalla que obraría miles de milagros en todo el mundo. Desde este día, antes de subir al altar, dice a Cristo esta oración compuesta por él:

> «¡Oh Salvador mío, a quien voy a dar un ser que ahora no tienes, el ser sacramentado!: ruégote que obres en mí la misma maravilla que yo voy a obrar sobre este pan en virtud de los poderes que Tú me has otorgado. Cuando yo diga: "Esto es mi cuerpo", di también Tú sobre este tu indigno siervo: "Esto es mi cuerpo". Haz por tu omnipotencia e infinita misericordia que yo sea mudado y totalmente transformado en Ti. Que mis manos sean tus manos, mis ojos los tuyos y mi lengua la tuya. Que mis sentidos y todo mi cuerpo no se ocupen en otra cosa que en glorificaros. Sobre todo transforma mi alma y mis potencias [...] de suerte que mis actos y sentimientos sean tan iguales a los tuyos, que tu Padre pueda decir de mí lo que dijo de Ti: "Hoy te he engendrado", y "Este es mi Hijo muy amado en quien he puesto mis complacencias". Destruye en mí todo lo que no sea tuyo; para que pueda decir con el gran Apóstol: "No soy yo quien vivo, sino que Cristo es el que vive en mí"».

Se le destinó como profesor al seminario de Saint-Flour. Tanto sobresalió en esta tarea, que años después, en 1832, fue designado subdirector del noviciado que los lazaristas tenían en París. Desde entonces, durante diez años fue el *maestro de la cruz* para las generaciones nuevas de los misioneros.

Un día reunió a todos los novicios y, presentándoles los vestidos ensangrentados del Beato Francisco Regis Clet, que había sido martirizado en China en 1820, les dijo:

> «Ved los vestidos del señor Clet, ved la cuerda con que fue estrangulado. ¡Qué dicha la nuestra si tuviéramos igual suerte! Rogad a Dios para que mi salud se fortifique, a fin de que pueda ir a China a predicar allí a Jesucristo y morir por él».

Ya hacía diez años que venía importunando a los superiores para que le enviaran a recoger la herencia del Beato Clet; pero la respuesta era la misma: la falta de salud. La muerte de su hermano Luis en medio del océano, rumbo a China, vino a confirmar a los superiores en su decisión. Pero la víspera de la Purificación de 1835 el superior general decidió atenerse al parecer del médico, que dijo que no. Sin embargo, aquella noche el mé-

dico no pudo conciliar el sueño hasta que resolvió cambiar de parecer y el día 2 de febrero se decidió su partida.

> «El día de la Purificación —escribía, dando la noticia a su tío Santiago Perboyre— me ha sido otorgada la misión de ir a China, lo que me inclina a creer que en este negocio debo mucho a la Santísima Virgen».

Un hecho, no del todo casual, había venido a modificar su vida. Su hermano Luis, que había entrado también en la Congregación de la Misión, y había solicitado ser mandado a China, donde por entonces los hijos de San Vicente habían tenido un nuevo mártir, el Beato Francisco Regis Clet (18 de febrero de 1820), durante el viaje, con sólo 24 años fue llamado a las misiones del cielo. Todo cuanto el joven había esperado y hecho habría parecido inútil, si Juan Gabriel no hubiese sustituido a su hermano en la brecha.

El 21 de marzo Juan Gabriel salió de El Havre y llegó a Macao el 29 de agosto, siguiendo la ruta del Cabo de Buena Esperanza, Madagascar y Java. Llegó a China en 1835. Entonces en Occidente no se conocía casi nada del *Celeste Imperio,* y la ignorancia era mutua. Ambos mundos se sentían atraídos, pero el diálogo era difícil. En los países europeos no se hablaba de una civilización china, sino sólo de supersticiones, de ritos y usos «ridículos». Había muchos prejuicios. No mucho mejor era el aprecio de China hacia Europa y el cristianismo. Entre ambas civilizaciones se abría un surco oscuro. Era necesario que alguien lo atravesase...

Durante cuatro meses se aplicó al estudio del idioma chino, en el que alcanzó sorprendentes progresos con rapidez. Tuvo que disfrazarse y vestir a la usanza de los naturales del país; se hizo rapar la cabeza y se dejó crecer la coleta y el bigote, y aprendió a comer arroz con palillos. Así se metió en el interior de aquel pueblo para ser lo que había soñado: *apóstol de la cruz,* y hacer lo que tanto había deseado: *plantar la cruz en los países de infieles.*

En 1699 pisaba tierra de China el primer paúl, P. Luis Apiani, comisionado por el Papa para visitar las misiones de China y fundar el seminario indígena, y con él Juan Mullener, que años más tarde fue nombrado vicario apostólico de Sutchuen. En

1712, el tercer paúl, Teodorico Petrini, era nombrado en Pekín maestro de música del palacio imperial. En 1780 los paúles portugueses y franceses sucedieron a los jesuitas en todas las misiones de China. Cuando Juan Gabriel llegó a China, terminaba la época imperial de las misiones y empezaba la de los vicariatos. De las diecisiete provincias del Imperio, siete las misionaban los paúles; los portugueses el obispado de Macao, con las dos provincias próximas del continente, más los de Nankín y Pekín, y los franceses, los vicariatos apostólicos de Mongolia, Kiagsi, Tchekiang y Honan. A Juan Gabriel le tocó evangelizar las de Honan y Hupé, recorriéndolas durante cuatro años, en que reorganizó las cristiandades y las dotó de los instrumentos más necesarios para su desarrollo religioso. Estos años de duros trabajos le maduraron y pusieron a punto para ser triturado en el lagar del martirio.

Destinado a la misión de Honan, se dedicó preferentemente a la salvación de los niños abandonados, de los que había gran número; los recogía, los alimentaba y educaba, instruyéndolos como podía en la doctrina. Viajaba a pie, a veces en lentos carros tirados por bueyes. Muchas veces se quedó sin comer, pasando las noches al descubierto, padeciendo el frío, el viento y la lluvia que lo calaba hasta los huesos; pero siempre con alegría, respirando el aire de la libertad, de la vocación conseguida y realizada, con la sangre ardiendo en el sacrificio y en la fe.

Después de haberse ambientado en Macao, Juan Gabriel inició un largo viaje en barca, a pie o a caballo, que tras 8 meses lo llevó a Henan, en Nanyang, donde se empleó en aprender la lengua. Pasados 5 meses estaba en grado de explicarse, aunque con alguna fatiga, en un buen chino, y enseguida se lanzó al ministerio, visitando las pequeñas comunidades cristianas. Pasó después a Hubei, que forma parte de la región de los lagos formados por el Yangtze Kiang («río azul»). No obstante el intenso apostolado, sufría mucho en el cuerpo y en el espíritu. En una carta escribía: «No, no soy un hombre que haga maravillas aquí en China, como no las hacía en Francia... Pide por mi conversión y mi santificación, y la gracia de que no estropee su obra». Para quien ve las cosas desde fuera, es inconcebible que un misionero así se encontrase en una noche oscura. Mas el Espíritu

Santo lo preparaba, en el vacío de la humildad y en el silencio de Dios, para el testimonio supremo. Dos años después fue enviado a la provincia de Hupeh, que sería el lugar de su martirio.

Antes de consumar su carrera, Dios Cristo quiso purificarle en el crisol de la «noche oscura». Al P. Juan Gabriel le parecía estar condenado y se angustiaba hasta el agotamiento ante el pensamiento de no poder amar a Cristo en la otra vida. La Virgen, el crucifijo y la Eucaristía, misterios consoladores, antes abiertos a su amor y contemplación, se volvieron mudos para él y surgían acusadores ante su conciencia atormentada. Así durante tres meses. Era la agonía de Cristo en el huerto. Y Cristo, como ángel confortador, se le apareció en la cruz y le dijo: «¿Por qué temes? ¿No he muerto yo por ti? Mete tus dedos en mi costado y deja de temer tu condenación». Con esto huyeron las sombras y las angustias y brillaron la luz y la paz.

En el año 1839 había irrumpido un violento brote de persecución cuando improvisadamente dos hechos, aparentemente sin relación, vinieron a turbar el horizonte. El primero fue el inicio de la persecución, después que el emperador Quinlong (1736-1795) hubiese proscrito en 1794 la religión cristiana. El segundo fue el estallido de la guerra chino-británica, más conocida como «guerra del opio» (1839-1842). La clausura de las fronteras de China y la pretensión del gobierno chino de exigir un acto de vasallaje por parte de los embajadores extranjeros habían creado una situación explosiva. La chispa fue la confiscación de las cargas de opio descargadas en el puerto de Cantón, con el perjuicio de la mayor parte de los mercantes ingleses. La flota británica intervino, y estalló la guerra.

Los misioneros, aunque estaban siempre alerta, como a menudo sucede, con las excesivas alarmas disminuyeron la vigilancia. Es lo que ocurrió el 16 de septiembre de 1839 en Chayuen-ken, donde Perboyre residía. Aquel día se encontraba con otros dos misioneros europeos, el cohermano Baldus y el franciscano Rizzolati, y un misionero chino, el P. Wang. Vino hacia ellos una columna de un centenar de soldados. Los misioneros no hicieron caso de los avisos. En vez de ser cautos, continuaron con el placer de un fraterno coloquio.

Por orden del gobernador la misión fue ocupada por las tropas. De pronto ven acercarse ciento cincuenta soldados del Vire

de Utchang, teniendo que dispersarse por los bosques y montes vecinos. Los soldados saquean, incendian y buscan. Cuando ya no hubo duda de que venían los soldados, era tarde. Baldus y Rizzolati lograron escapar y anduvieron errantes al sur del Yang-Tse Kiang, por los montes y las plantaciones de té y algodón; Perboyre logró esconderse en los alrededores, ya que en las montañas vecinas había fronda de bambú y grutas escondidas. Deshecho de cansancio, Juan Gabriel Perboyre se detuvo en una choza, ocupada por un chino convertido que lo recibió con amabilidad. Mientras nuestro santo dormía, aquél lo delató a un mandarín, recibiendo en pago treinta monedas de plata. Se trataba de un catecúmeno al que los soldados, con amenazas, como atestiguó el padre Baldus, obligaron a revelar el lugar donde el misionero se ocultaba. En aquel tiempo el territorio de dicho país estaba vedado a los sacerdotes cristianos. Aquel que fuera descubierto tenía por delante la cárcel, las torturas y la muerte. Comenzó el triste Calvario de Juan Gabriel. El prisionero no tenía derechos, no estaba tutelado por la ley, quedaba al arbitrio de los carceleros y jueces. Una vez arrestado, se presumía su culpabilidad, y podía ser castigado.

La pasión de Juan Gabriel es un trasunto de la de Cristo. Como un proemio, el 15 de septiembre de 1839, misioneros y cristianos habían celebrado en Chayuen los Dolores Gloriosos de la Virgen...

Le cargan de cadenas, le despojan de los vestidos y, a empellones, le arrastran a los tribunales civiles y militares de Koang-yintan, Kutchin, Siangyan y Utchang, con un total de sesenta leguas de recorrido y más de treinta interrogatorios, en los que se le urgía a apostatar. En el primer proceso, en Kou-Ching-Hien, el mártir respondió así:

—¿Eres un sacerdote cristiano?
—Sí, lo soy, y predico esta religión.
—¿Quieres renunciar a tu fe?
—No renunciaré jamás a la fe de Cristo.

Le pedían entregar a sus compañeros de fe, le preguntaban la razón por la que había transgredido las leyes de China. Se pretendía transformar a la víctima en culpable. Pero un testigo de Cristo no es un delator. Él calló.

De aquí en adelante, el padre Perboyre recorrió un itinerario de sufrimientos. Se le sometía al tormento de los azotes en el rostro con cuarenta correazos, de palizas con cañas de bambú en todo el cuerpo, de la terrible máquina de *Hangsté,* de la que colgaba durante horas por los índices y cabellos, y de las cadenas de hierro y fragmentos de tejas y cristales sobre los que estaba de rodillas durante las sesiones y días enteros. Fue llevado interminablemente de tribunal en tribunal, siendo azotado, escarnecido y torturado, puesto en prisión junto a malhechores comunes.

El prisionero fue transferido a Siang-Yang. Los interrogatorios continuaron. Lo tuvieron varias horas de rodillas sobre cadenas de hierro oxidadas. Pero más que la violencia física le dolía que fueran puestos en ridículo la esperanza de la vida eterna, los sacramentos, la fe.

El tercer proceso tuvo lugar en Wuchang. Fue convocado por cuatro tribunales diversos y sometido a 20 interrogatorios. A las preguntas se unían las torturas y vejaciones más crueles. Se procesaba al misionero y, en tanto, se aplastaba al hombre. Algunos cristianos fueron obligados a abjurar, e incluso, en algún caso, a escupir y golpear al misionero, que les había llevado la fe. Por no haber pisado el crucifijo, recibió 110 golpes de *pantsé.*

Entre las varias acusaciones, la peor fue la de haber tenido relaciones inmorales con una muchacha china, Anna Kao, que había hecho voto de virginidad. El mártir se defendió. No era ni su amante ni su sierva. La mujer es respetada en el cristianismo, no vilipendiada, fue el sentido de las respuestas de Juan Gabriel, disgustado porque hiciesen sufrir por su causa a los inocentes.

Durante un interrogatorio fue obligado a revestirse con los ornamentos de la misa. Le echaron en cara que quería hacerse proclamar rey por los cristianos y burlarse de tal realeza. Querían acusarlo de usar la influencia del sacerdocio para intereses privados. Mas el misionero, con los ornamentos sagrados, impresionó tanto a los asistentes, que dos cristianos se le acercaron para pedirle la absolución.

No le ahorraron injurias, ni calumnias, ni tormentos del alma, pero fracasaron al querer que pisoteara un crucifijo, o al

pretender hacerle pisar la cruz trazada en el suelo. Revestido de los ornamentos sagrados, con un estilete candente grabaron en su frente los caracteres chinos de su crimen: *Propagador de una religión abominable.* Le dieron a beber la sangre de un perro para deshacer la virtud de un pretendido talismán que le hacía insensible al dolor.

El juez más cruel fue el virrey. El misionero era ya una sombra. La rabia de este hombre sin escrúpulos se encontró con un despojo de hombre. Cegado por su «omnipotencia», quería confesiones, admisiones, delaciones. Mas, si el cuerpo era débil, el alma era fuerte. Su esperanza era ya el encuentro con Dios, que cada día sentía más cercano. Cuando, por última vez, Juan Gabriel le dijo: «Antes morir que renegar de mi fe», entonces el juez pronunció su sentencia: muerte por estrangulamiento.

Se inició un período de espera de la confirmación imperial. Tal vez se podía esperar en la clemencia del soberano... Mas la guerra con los ingleses canceló todo posible gesto de benevolencia. Así, el 11 de septiembre de 1840, un mensajero imperial llevó el decreto de confirmación de la condena. Al año de ser capturado se daba fin a su martirio, en la capital, Wuchangfú.

Con siete bandidos, el misionero fue conducido sobre una altura llamada la Montaña Roja. Le cargaron el instrumento del suplicio con la sentencia escrita en él y, corriendo, salió de la ciudad y subió a la cumbre de la Montaña Roja, en donde primero mataron a los malhechores, mientras que Perboyre, ante los maravillados presentes, se recogía en oración. Decapitados los criminales y llegado el turno a Perboyre, los verdugos lo despojaron de la túnica color púrpura y lo ataron a un madero en forma de cruz. Atados sus brazos hacia atrás y las piernas en el palo vertical, el verdugo apretó por tres veces la soga que traía al cuello y un soldado le dio un puntapié en el lado izquierdo. Era la hora sexta. Como Jesús, Juan Gabriel moría como el grano de trigo. Moría, o mejor, nacía al cielo, para hacer caer sobre la tierra la bendición de Dios.

Su arresto, su juicio y su condena reproducen la dolorosa pasión de Cristo. Su muerte, igual que la de Jesús, le concedió la gracia de participar de manera singular en el misterio de la Cruz. Su piedad profunda, alimentada de vida inocente y peni-

tente, el celo apostólico por la salvación de los hombres y el deseo sincero de asemejarse a Jesús hicieron de él otro Cristo. Otras muchas circunstancias de su martirio (entrega, muerte en cruz, día y hora) lo asemejan a la pasión de Cristo, sacerdote y víctima. En realidad, toda su vida fue la de un testigo y un discípulo fiel de Cristo. Con San Ignacio de Antioquía, podía decir: «Yo busco a Aquel que ha muerto por nosotros; yo amo a Aquel que por nosotros ha resucitado. ¡Está cerca el momento de mi partida! ¡Tened compasión de mí, hermanos! ¡No impidáis que yo nazca a la vida!».

Juan Gabriel nació a la vida el 11 de septiembre de 1840; él, que siempre había buscado a aquel que ha muerto por nosotros. Su cuerpo fue trasladado a Francia, mas su corazón se quedó en la patria elegida, en tierra de China.

El 9 de julio de 1843 un decreto del papa Gregorio XVI autorizaba la introducción de la causa de beatificación de cuarenta y tres mártires, incluidos Francisco Regis Clet y Juan Gabriel. La causa de Juan Gabriel fue separada de los otros, por la cantidad de documentación, evidencia de testigos y gracias recibidas. Fue beatificado el 10 de noviembre de 1889 por León XIII y, el 2 de junio de 1996, canonizado por Juan Pablo II. Es el primer santo de la China. Su cuerpo fue trasladado a San Lázaro, casa madre de la Congregación de la Misión en París, veinte años después de su muerte y en su capilla es venerado. La conmemoración litúrgica de su fiesta, antes el 7 de noviembre, en la última revisión del calendario litúrgico pasó al 11 de septiembre, aniversario de su muerte.

ALBERTO JOSÉ GONZÁLEZ CHAVES

Bibliografía

«2002: Bicentenario del nacimiento de Juan Gabriel Perboyre»: *Vicentiana* 6 (2002) número monográfico.

CHIEROTTI, L., CM, *Il beato Gian Gabriele Perboyre (1802-1840): «Lo strangolarono ad una croce»* (Génova 1995).

LEÓN RENEDO, M., CM, *Juan Gabriel Perboyre, santo y formador* (Caracas 1996).

L'Osservatore Romano (2-6-1996).

L'Osservatore Romano (ed. en español) (31-5-1996).

BEATO JOSÉ MARÍA SEGURA PENADÉS

Presbítero y mártir († 1936)

Nace el 13 de octubre de 1896 en Onteniente (Valencia), hijo de Vicente Segura Reig y Concepción Penadés Fenoll. Al día siguiente es bautizado en la parroquia de Santa María. Con manifiesta vocación sacerdotal ingresa en el colegio de vocaciones eclesiásticas de San José de Valencia, donde cursa Humanidades, y en el seminario conciliar, estudia filosofía y teología. En 1921 recibe el presbiterado, siendo su primer encargo pastoral como coadjutor de Atzeneta d'Albaida, donde permanece ocho años, y organiza la Congregación de San Luis Gonzaga para los jóvenes.

Su principal obra, sin embargo, durante estos años fue el Patronato Obrero del Sagrado Corazón, donde se dan clases nocturnas a los jóvenes de ambos sexos. Un lugar de sano esparcimiento y recreo, donde se organizan veladas teatrales en las fiestas más importantes. La gran nevada del 25-26 de diciembre del año 1926 derrumba el techo del Patronato, una vez concluida la tradicional representación del Belén, sin causar desgracias personales, aunque los daños en la estructura son cuantiosos. Con su aportación personal y la colaboración del vecindario, el local se reconstruye totalmente.

El año 1929 sus superiores le destinan como coadjutor de la parroquia de Santa María, donde fue cristianado. De su propio patrimonio costea las obras del centro parroquial, desarrollando una intensa actividad; al mismo tiempo, dirige las Escuelas del Ave María, y alienta la organización de los Jóvenes de Acción Católica. Generoso en extremo, sobrio en su actuar y de señalada mansedumbre y sencillez, contagia a quienes le tratan, atiende a todos.

Durante los tiempos difíciles de 1936 anima a todos: «Estemos preparados para lo peor, o nos hacemos como ellos, o nos hacemos santos». No pierde la serenidad, ni el ánimo. En este clima de persecución jamás oculta su condición sacerdotal. Celebra misa a diario en su casa, donde continúa refugiado hasta finales del mes de agosto. Piensa ir a Valencia y toma el tren, pero en la estación de Genovés los milicianos que le han reconocido le obligan a bajar, y en esta localidad lo martirizan. Es el

día 11 de septiembre. Exhumados sus restos del cementerio de Genovés, el 23 de septiembre de 1976 fueron inhumados en el presbiterio del templo parroquial de Atzeneta d'Albaida.

El papa Juan Pablo II lo beatifica el 11 de marzo de 2001, junto con otros mártires de la persecución religiosa de 1936 en España.

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

CÁRCEL ORTÍ, V. - FITA REVERT, R., *Mártires valencianos del siglo XX* (Valencia 1998).
ZAHONERO VIVÓ, J., *Sacerdotes mártires. Archidiócesis valentina (1936-1939)* (Alcoy 1951).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTOS PROTO Y JACINTO

Mártires († s. III)

Sus nombres ya están registrados en el documento romano llamado *Depositio Martyrum* (s. IV) y es seguro el culto que se les daba porque aparecen en los más antiguos sacramentarios. Se trata por tanto de mártires históricos pertenecientes seguramente al siglo III, aunque no pueda precisarse con exactitud la fecha de su martirio. San Jacinto es el único de los mártires romanos cuyo sepulcro y epitafio fue hallado intacto en los tiempos modernos —1845— en el cementerio de Basila en la Via Salaria Antigua. Se hallaban en el sepulcro los huesos carbonizados del mártir, que había sido martirizado quemado vivo. Se halló también parte de la tumba de San Proto, pero vacía. San Dámaso en su epitafio los llama hermanos. Las reliquias de San Jacinto se hallan ahora en el Colegio de Propaganda Fide. Su pretendida relación con Santa Eugenia es enteramente legendaria.

SANTOS FÉLIX Y RÉGULA

Mártires (fecha desconocida)

El nuevo *Martirologio romano* ha introducido la memoria de estos dos mártires, que no figuraban en el *Martirologio de Baronio.* Han sido venerados como mártires en Zúrich, figurando un tiempo en el escudo de la catedral y en el del propio Consejo municipal. La tradición quiere que fueran hermano y hermana que al tiempo del martirio de San Mauricio y de la Legión Tebea († 302) buscaron refugio en Suiza, donde finalmente fueron localizados y martirizados a causa de su fe. Esta tradición no es anterior al siglo IX y fue ampliada en el siglo XIII cuando se les asoció a la memoria de un tercer mártir, Exuperancio, al que se le supuso esclavo, y de cuyo nombre el *Martirologio* ha prescindido. Su tumba y culto son ciertamente anteriores al siglo IX, localizándose en un monasterio doble que fue generosamente dotado por Luis el Germánico en 853. Sin duda el nuevo *Martirologio* ha considerado que debe conservarse su memoria, como de mártires antiguos, pero no vinculándola a la tardía tradición que une su martirio con el de la Legión Tebea y que pudo surgir en el siglo IX en el monasterio que guardaba sus reliquias, y por eso no señala como fecha el siglo IV sino que dice que son mártires de fecha desconocida.

Pero, al lado de esta tradición suiza, existe una tradición hispana que asigna estos santos a la diócesis de Tarazona, en donde son venerados como mártires de ella, concretamente de Torrijo de la Cañada. Para apoyo de esta tradición se acude a varios breviarios medievales, y concretamente al de Munébrega (Zaragoza) donde aparecen como soldados romanos de la legión tebea que, llegados a Torrijo, pasaron algún tiempo en ayunos y abstinencias, orando y predicando a los pueblos el evangelio hasta que llegando los enviados del emperador Maximiano, como no quisieron apostatar del cristianismo fueron atormentados y posteriormente decapitados. La tradición se adorna de milagros similares a los de otras tradiciones del mismo tiempo y origen.

SAN PAFNUCIO

Obispo († s. IV)

Este santo no había recibido culto ni en Oriente ni en Occidente antes de que Baronio introdujera su nombre en el *Martirologio romano,* en cuya actual edición persevera. De él se sabe que era obispo en Egipto y que, llegada la persecución de Galerio Máximo, confesó abiertamente la fe por lo que le fue sacado un ojo, cortado el tendón del pie derecho y enviado al trabajo en las minas. Llegada la paz, asistió al concilio de Nicea, defendió la divinidad de Jesucristo frente al arrianismo y estimó como lo más conveniente que quienes recibiesen las sagradas órdenes siendo solteros permaneciesen así pero que quienes estuviesen ya casados pudieran seguir en su matrimonio. En el concilio de Tiro del año 335 atrajo a la fe de Nicea al obispo Máximo de Jerusalén. Hablan de él Rufino y Sozomeno. Su memoria se celebra el 11 de septiembre.

SAN PACIENTE DE LYÓN

Obispo († 480)

Paciente nace en Lyón en los primeros años del siglo V en el seno de una acomodada e influyente familia. A mitad de siglo sucede como obispo de la ciudad al obispo Euquerio. Se acreditó enseguida por su constante actividad pastoral, su austeridad y piedad y su caridad con los pobres. Se dice que, cuando las invasiones godas del 472 y siguientes, Paciente tuvo a su cargo la subsistencia de cientos de personas necesitadas. Tomó parte en varios concilios. Se ocupó de reparar las iglesias y de edificar otras nuevas. Dejó escritos homiléticos y dogmáticos. Se calcula que murió hacia el 480.

SAN DANIEL DE BANGOR

Obispo († 584)

Conocido como Deiniol Wyn (Bienaventurado Daniel), San Daniel pertenecía a una familia celta del norte de Gran Bretaña,

pero cuya actividad se desarrolló en Gales. Él fundó el monasterio de Bangor Fawr y el de Bangor Iscoed en la orilla del río Dee. El primer monasterio formó el núcleo de la diócesis medieval de Bangor. Se le tiene por primer obispo de Bangor. Asistió al sínodo de Llandewi Brefi, y se le atribuyeron muchos milagros. Murió hacia el 584 y se le enterró en la isla de Bardsey.

BEATOS GASPAR KOTEDA, FRANCISCO TAKEYA Y PEDRO SIKIEMON

Mártires († 1622)

Al día siguiente del gran martirio del 10 de septiembre de 1622 fueron sacrificados sobre la Colina de los Mártires de Nagasaki tres cristianos que de suyo debían haber sido sacrificados el día antes pero que por distintas razones no lo fueron. Pero, llevados a la colina, ninguno de ellos, pese a ser niños dos de ellos, sintió horror ante los cuerpos calcinados y destrozados de los confesores de la fe sino que con gran entereza se arrodillaron ante el verdugo y ofrecieron mansamente su cuello en defensa de la fe de Cristo. Sus cuerpos fueron agregados a los del día anterior y con ellos reducidos a cenizas que luego fueron aventadas.

Ellos eran:

GASPAR KOTEDA o COTENDA era oriundo de Firando y había nacido en Nagasaki en el seno de una familia cristiana, emparentada con la familia real. Su madre, antes de nacer, lo ofreció a Dios y a la Compañía de Jesús, y educó al muchacho en esta idea, a la que él mismo se hizo sensible. Una vez preparado para catequista, fue compañero del Beato Sebastián Kimura y luego del Beato Camilo Constanzo, al que acompañó en sus correrías apostólicas. Se encontraba con este misionero en la isla de Ocu cuando el 24 de abril de 1622 fue arrestado con él y otros cristianos. Estuvieron todos ellos un tiempo detenidos en la isla de Ikitzuki hasta que recibió condena a muerte por ser cristiano y por su colaboración con los sacerdotes.

FRANCISCO TAKEYA era un chico de 12 años, hijo de los mártires Cosme e Inés Takeya. Cuando sus padres fueron arrestados en 1618, fue a la cárcel con ellos y hubo de compartir las

horribles condiciones de la prisión. Vio salir a su padre de la cárcel para ser quemado vivo (18 de noviembre de 1619) y debió acompañar a su madre, martirizada el día anterior, pero por alguna causa no fue enviado al martirio, olvido que se enmendó al día posterior. Marchó al martirio con gran serenidad a pesar de su poca edad.

PEDRO SIKIEMON era hijo del mártir Bartolomé, con el que fue arrestado, llevado a la cárcel y condenado a muerte. Pero cuando sacaban el día 10 de septiembre a los mártires, los otros cristianos lo ocultaron pues sólo tenía 7 años. Luego los guardias se dieron cuenta y presionaron al niño para que apostatara. Al no conseguirlo, lo llevaron al día siguiente a ejecutar. Todos admiraron su increíble valentía.

Fueron beatificados el 7 de julio de 1867 por el papa Pío IX en la ceremonia de beatificación de 205 mártires de Japón.

BEATO FRANCISCO MAYAUDON

Presbítero y mártir († 1794)

Nació en Terrason, Dordogne, el 4 de mayo de 1739, hijo de un médico. Decidido al sacerdocio, se tonsuró en 1752 y estudió en la Universidad de París obteniendo brillantes notas. Ordenado presbítero, obtuvo una canonjía en la catedral de Saint-Brieuc (1771) y ejerció en esta diócesis el cargo de vicario general. Nombrado deán de Soissons en 1779, en esta diócesis tuvo también el cargo de vicario general. Al negarse a jurar la constitución civil del clero, dejó Soissons (septiembre de 1792) y se fue con una hermana suya. En noviembre de 1793 era arrestado y encerrado en la prisión Notre-Dame de Perigueux. En diciembre fue reconocido apto para la deportación, y en la primavera siguiente fue enviado a Rochefort, donde fue embarcado en Les Deux Associés y a consecuencia de las miserias padecidas murió el 11 de septiembre de 1794. Se le enterró en la isla Madame. Las noticias conservadas sobre él así como sus cartas nos muestran a un creyente totalmente entregado a Jesucristo, paciente ante la adversidad y firme en la fe. Dulce, bondadoso, modesto, afable, su muerte fue la de un santo.

Fue beatificado el 1 de octubre de 1995 por el papa Juan Pablo II.

BEATO PEDRO DE ALCÁNTARA (LORENZO) VILLANUEVA LARRÁYOZ

Religioso y mártir († 1936)

Nació en Osinaga (Navarra) en 1881. Se bautizó con el nombre de Lorenzo. Educado cristianamente, no toma la resolución eficaz de ingresar en la Orden Hospitalaria hasta que tenía 27 años. Una vez hechos los votos religiosos, con el nombre de fray Pedro de Alcántara, es destinado sucesivamente a varias comunidades de su Orden hasta que es destinado al asilo-hospital de Barcelona. Aquí vive las peripecias de los primeros días de la revolución de julio de 1936, en que hubo en dicha casa religiosa registros, amenazas, destrucciones, profanación de la iglesia y objetos sagrados, incautación de los bienes de los hermanos, los cuales estaban prácticamente en situación de detenidos; pero en la tarde del día 26 los dejan marchar. Se refugia en casa de los señores Fusté. Aquí estuvo oculto y dedicado a la oración hasta que el 4 de septiembre una patrulla realiza un registro en la casa y al ser presentado como persona de humilde condición, él mismo declara su pertenencia a una orden religiosa y es detenido con varios familiares. Aunque le habían pedido que disimulara su condición de religioso no lo hizo, alegando que nada más hermoso que morir por Cristo. A los dos días dejaron libres a los familiares Fusté pero no a Pedro de Alcántara, al que asesinaron en la noche del día 11, ignorándose el sitio exacto y el paradero de su cuerpo. Fue beatificado el 25 de octubre de 1992 por el papa Juan Pablo II.

12 de septiembre

A) MARTIROLOGIO

1. El Santísimo Nombre de María **.
2. En Bitinia, San Autónomo, obispo y mártir († s. III).
3. En Alejandría de Egipto, santos Crónides, Leoncio y Serapión, mártires († s. III).
4. En Imlech (Irlanda), San Albeo o Ailbe († 526), obispo *.
5. En Anderlecht (Brabante), San Guidón († 1012), peregrino **.
6. En Omura (Japón), beatos Apolinar Franco, franciscano, Tomás de Zumárraga, dominico, ambos presbíteros, y sus compañeros Francisco de San Buenaventura y Pablo de Santa Clara, franciscanos, y Domingo Magoshichi y Mateo de Santo Tomás Chiwiato (Mancio de Santo Tomás), dominicos, todos ellos mártires en 1622 *.
7. En Rochefort (Francia), Beato Pedro Sulpicio Cristóbal (Roger) Faverge († 1794), hermano de las Escuelas Cristianas, mártir *.
8. En Seúl (Corea), San Francisco Choe Kyong-hwan († 1839), catequista y mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTÍSIMO NOMBRE DE MARÍA

¡Con qué reverente brevedad escribe San Lucas, en el capítulo primero de su Evangelio, la frase que sirve de pórtico al divino cuadro de la Encarnación! «¡Y el nombre de la Virgen era María!». Es como presentarnos, en toda su regia sencillez, en el azahar florido y oloroso de su huerto cerrado, a la llena de gracia, a la Reina de los cielos y tierra, a la elegida, a la excelsa Madre de Dios.

Y, escuchando el acelerado palpitar de aquel corazón sorprendido ante el inefable misterio que va a realizarse, el ángel San Gabriel, con dulce confianza de siervo expresamente encargado de la custodia y guarda de su Señora, le dice, subrayando su augusto nombre: «No temas, María...».

La creación entera se goza en balbucear el eufónico nombre que Dios le impuso a su Madre. «Nombre cargado de divinas dulzuras», como asegura San Alfonso María de Ligorio; nombre que sabe a mieles y deja el alma y los labios rezumando casti-

dad, alegría y fervor: ¡María! Por medio de la que así es llamada, nos han venido todos los bienes y la pobre humanidad puede levantar la humillada cabeza y presentir de nuevo la cercanía de inacabables bienaventuranzas: *O clemens, o pia, o dulcis Virgo Maria!*

Bien le cantamos *Mutans Evae nomen,* porque Ella devolvió a la gracia, con el nombre de vida, todo lo que la desdichada madre natural de los hombres había entregado a las tinieblas, con el nombre de muerte.

Prueba de sabiduría y de acierto es imponer a la persona el nombre que justamente le corresponde. Y nadie como Dios ha sabido dar exactitud, expresión y síntesis a los nombres que él mismo ha elegido e inspirado.

Desde la más remota antigüedad, el nombre impuesto a las personas y a las cosas tuvo, en la mayoría de los pueblos, una significación simbólica. Aun ahora, muchas tribus africanas, otras dispersas en los inmensos parques de América del Norte, y los negros australianos, consideran el nombre como una parte integrante de la personalidad, ocultándolo, a veces, a los extranjeros, bajo apodos y paráfrasis, por temor a los perjuicios que pudiera acarrear su conocimiento.

En los países cuya historia se ha ido desenvolviendo al veril de una civilización normal y cada vez más pujante, el simbolismo de los nombres perdió, poco a poco, su luz bajo la potencia bienhechora o maléfica de las personas que los ostentaron. Con razón se dice, pues, que el nombre no hace a la persona, sino la persona al nombre. Y afirma San Pedro Canisio que, puesto que «el nombre es símbolo y cifra de la persona, invocar el nombre de María equivale a empeñar su poder en favor nuestro».

Si el Señor escogió entre todas las criaturas la más perfecta, para ser Madre del Hijo divino; si como privilegio de esta maternidad la hizo inmaculada y arca de todas las virtudes, nos parece muy lógico que también eligiera para ella el nombre más hermoso, el de más alta y acendrada significación, el más dulce entre todos los del humano lenguaje.

¿Qué significados tiene, pues, según la etimología, ese nombre cuyo misterioso sentido sólo Dios nos podría explicar?

Si, como algunos creen, deriva del idioma egipcio, su raíz es *mery,* o *meryt,* que quiere decir muy amada. Según otros, la significación sería *estrella del mar.* Si el nombre de María proviene del siríaco, la raíz es *mar,* que significa Señor. El padre Lagrange opina que los hebreos debieron utilizar el nombre de María con el significado de *Señora, Princesa.* Nada más conforme a la noble misión de la humilde Virgen nazarena. Otro tercer grupo de filólogos e intérpretes sostienen que la palabra María es de origen estrictamente hebreo. Y sus diversas y preciosas significaciones son las siguientes:

1. *Mar amargo,* de la raíz *mar* y *jam.* María fue un verdadero mar de amargura, desde que en el templo, cuando la presentación de su Hijo, vislumbró la silueta cárdena y dolorida del Calvario. Y un mar de amargura desbordante en la pasión y muerte de Jesús.

2. *Rebeldía,* de la raíz *mar.* Ella, la omnipotencia suplicante, vence a las satánicas huestes. «El nombre de María —escribe el padre Campana— es de una energía singular y tiene en sí una fuerza divina para impetrar en favor nuestro la ayuda del cielo».

3. *Estrella del mar.* Le cantamos *Ave, maris Stella!* ¡Y con qué arrebatador encanto glosa y profundiza San Bernardo esta expresiva metonimia!

4. *Señora de mi linaje.* Frase muy justa y apropiada a la prerrogativa nobilísima de ser Madre de Dios, Reina de todo lo creado.

5. *Esperanza.* Significado más alegórico que etimológico, pero lleno de inefable consuelo. Porque Ella, *Spes nostra,* es el camino de la felicidad, el arco iris que señala un pacto de armonía entre Dios y los hombres. «Bienaventurado el que ama vuestro nombre, oh María —exclama San Buenaventura—, porque es fuente de gracia que refresca el alma sedienta y la hace reportar frutos de justicia».

6. *Elevada, grande,* de *ram.* San Agustín y San Juan Crisóstomo coinciden en adjudicarle el excelso sentido de «Señora y Maestra».

7. *Iluminada, iluminadora.* Está llena de luz. Sostiene en sus brazos la luz del mundo. Es pura y diáfana. «El nombre de María indica castidad», dice San Pedro Crisólogo.

Deliciosamente narra sor María Jesús de Ágreda, en su *Mística ciudad de Dios,* la escena en la cual la Santísima Trinidad, en divino consistorio, determina dar a la «Niña Reina» un nombre. Y dice que los ángeles oyeron la voz del Padre Eterno, que anunciaba:

> «María se ha de llamar nuestra electa y este nombre ha de ser maravilloso y magnífico. Los que le invocaren con afecto devoto, recibirán copiosísimas gracias; los que le estimaren y pronunciaren con reverencia, serán consolados y vivificados; y todos hallarán en él remedio de sus dolencias, tesoros con que enriquecerse, luz para que los encamine a la vida eterna».

Y a ese nombre, suave y fuerte, respondió durante su larga, humilde y fecunda vida la humilde Virgen de Nazaret, la que es Madre de Dios y Señora nuestra. Y ese nombre, «llave del cielo», como dice San Efrén, posee en medio de su aromática dulzura, un divino derecho de beligerancia y una seguridad completa de victoria. Por eso su fiesta lleva esa impronta: *Acies ordinata.*

España, siempre dispuesta a romper lanzas por la gloria de María, fue la primera en solicitar y obtener de la Santa Sede autorización para celebrar la fiesta del Dulce Nombre. Y esto acaeció el año 1513. Cuenca fue la diócesis que primeramente solemnizó dicha fiesta, siguiendo su ejemplo, en seguida, las demás, porque el amor de Nuestra Señora es efusivo y prende con facilidad en terrenos de sincera devoción.

Pero fue el papa Inocencio XI —«defensor de la Iglesia con toda la fuerza de su férreo carácter, con la sabiduría de su espíritu y, sobre todo, con el amor de absoluta entrega», como decía en el radiomensaje de beatificación el papa Pío XII— quien decretó, el 25 de noviembre del año 1683, que toda la Iglesia celebrara solemnemente la fiesta de este nombre excelso, pues invocándolo se había alcanzado la completa victoria sobre los turcos.

Uno de los más trascendentales y emotivos episodios de la historia universal nos da el relato de esta decisiva victoria:

Si el empuje de las fuerzas cristianas en Lepanto, cuya alma había sido también el papa San Pío V, debilitó la potencia otomana, frenando el ímpetu de sus conquistas, el límite de los territorios dominados por los turcos no había retrocedido, y la

puerta tendía a resurgir con el intento de una invasión total de Europa. En 1683 el peligro se hizo ya inminente. Los cálculos menores estiman el ejército que el gran visir Kara Mustafá llevó contra Viena en unos 200.000 hombres. Era un momento crítico en la historia del mundo. Inocencio XI, ante las indecisiones ambiciosas y la política turbia de algunos príncipes europeos, le escribía a Luis XIV de Francia:

> «Te conjuro, por la misericordia de Dios, que acudas en auxilio de la oprimida Cristiandad, para que no caiga bajo el yugo del tirano. Dios te ha señalado con tan buenas cualidades, y a tu reino con tantas fuerzas y recursos, que creo estás llamado por la Providencia para lograr la más hermosa gloria. ¡Sé digno de la grandeza de tu vocación!».

Pero, mientras Luis XIV contestaba con frías excusas, la católica Polonia, al mando de su heroico rey Juan Sobieski, ajustaba alianza con el emperador de Austria, Leopoldo I, y acudía en su ayuda.

Desde el 14 de julio, Viena había quedado ya enteramente cercada por los turcos y aislada del ejército imperial, que se había retirado a la izquierda del Danubio.

Un bosque de tiendas de campaña se extendía en forma de medialuna en torno a la ciudad. Comenzó el terrible bombardeo y, por efecto de él, un incendio imponente. Las enfermedades se cebaban también en los sitiados. Las provisiones de pólvora y los víveres disminuían con suma rapidez. Cada día se hacía más violento y amenazador el apremio de los enemigos. Pero la Providencia divina atendió, una vez más, las oraciones del papa Inocencio XI y de los fieles devotos de la Madre de Dios, que en ella habían puesto sus esperanzas. Juan Sobieski se preparó al combate recibiendo el pan de los fuertes y oyendo devotamente la santa misa, y todo el ejército polaco siguió el ejemplo de su rey. «La hora histórica de la batalla definitiva de Viena sonó al alborear el límpido sol del día 12 de septiembre» —dice S. S. Pío XII en el citado radiomensaje con motivo de la beatificación de Inocencio XI—. El ejército de socorro, dirigido por Juan Sobieski, atacó a los asaltantes. Una inesperada tormenta de granizo cayó sobre el campamento de los turcos. Antes de la noche, la victoria sonreía a las fuerzas cristianas que se habían lanzado al combate invocando el nombre de María. Si

como instrumento de liberación Dios había escogido al rey de Polonia, unánimes afirman los críticos e historiadores que el artífice primario de esta misma liberación fue el papa Inocencio, y éste, a su vez, con humildad conmovedora, atribuyó el mérito y la gloria de aquella jornada al favor y socorro de María. Por eso quiso dedicar este luminoso día de septiembre a la fiesta de su Santísimo Nombre.

«El Señor ha hecho vuestro nombre tan glorioso que no se caerá de la boca de los hombres» (Jdt 13,25). Sublime elogio que corresponde a María, a la cual todas las generaciones llaman bienaventurada, y aquel que «hizo en ella cosas grandes y cuyo nombre es santo», quiso darle íntima participación de esa misma santidad para consuelo y gozo de quienes invocaren su dulce nombre. Nombre que ha de ser también loado, «santificado», como el nombre de Dios, en todo el mundo, porque —repitámoslo una vez más— infunde valor y fortaleza. Bien lo aprendieron los indios mejicanos de boca de los pobres soldados españoles cautivos, que subían al pavoroso «teocalli» invocando: «¡Ay, Santa María!», y con este nombre en los labios expiraban.

En el áureo *Blanquerna,* de Raimundo Lulio, en el cual, según alada frase del excelentísimo doctor García y García de Castro, arzobispo de Granada, «el beato mallorquín logró aprisionar las transparencias de las ondas del mar de Mallorca y las incógnitas armonías de los montes de Miramar...», se lee de aquel monje que sólo tenía por oficio dirigir, tres veces al día, una salutación a Nuestra Señora:

> «Es el ruiseñor del monasterio —continúa el doctor García y García de Castro con galana pluma— y canta las delicias de María, y envídianle los otros ruiseñores esparcidos por aquellos bosques que se reflejan en las aguas luminosas del Mediterráneo mallorquín. ¿Quién se resistirá a escuchar sus melodiosos trinos?
>
> ¡Ave, María! Salúdate tu siervo de parte de los ángeles y de los patriarcas y los profetas y los mártires y los confesores y las vírgenes, y salúdate por todos los santos de la gloria. ¡Ave, María! Saludos te traigo de todos los cristianos, justos y pecadores; los justos te saludan porque eres digna de salutación y porque eres esperanza de salvación; los pecadores te saludan porque te piden perdón y tienen esperanza de que tus ojos misericordiosos miren a tu Hijo para que tenga piedad y misericordia de sus culpas y recuerde la

dolorosa pasión que sostuvo para darles salud y perdonarles sus culpas y pecados.

¡Ave, María! Saludos te traigo de los sarracenos, judíos, griegos, mongoles, tártaros, búlgaros, húngaros de Hungría la menor, comanos nestorinos, rusos, quinovinos, armenios y georgianos. Todos ellos y muchos otros infieles te saludan por ministerio mío, cuyo procurador soy...» *(Obras selectas de Raimundo Lulio,* 160).

Ésa debe ser nuestra salutación y nuestro ruego: que todos conozcan y alaben a María, que todos pronuncien con reverencia su santo nombre y que ella mire a todos sus hijos, dispersos por el mundo, con ojos de misericordia y de amor.

Su nombre, para los que luchamos en el campo de la vida, es lema, escudo y presagio. Lo afirma uno de sus devotos, San Antonio de Padua, con esta comparación:

«Así como antiguamente, según cuenta el Libro de los Números, señaló Dios tres ciudades de refugio, a las cuales pudiera acogerse todo aquel que cometiese un homicidio involuntario, así ahora la misericordia divina provee de un refugio seguro, incluso para los homicidas voluntarios: el Nombre de María. Torre fortísima es el nombre de Nuestra Señora. El pecador se refugiará en ella y se salvará. Es nombre dulce, nombre que conforta, nombre de consoladora esperanza, nombre tesoro del alma. Nombre amable a los ángeles, terrible a los demonios, saludable a los pecadores y suave a los justos».

Que el sabroso nombre de nuestra Madre, unido al de Jesús, selle nuestros labios en el instante supremo y ambos sean la contraseña que nos abra, de par en par, las puertas de la gloria.

MARÍA DE LA EUCARISTÍA, RJM

Bibliografía

ALFONSO MARÍA DE LIGORIO (San), *Las glorias de María* (Madrid 1963).

BARTHE, E., *Monumento a la gloria de María. Letanías de la Santísima Virgen* (Barcelona 1856).

CAVATONI, A., *Letanía de la Santísima Virgen, con comentarios instructivos y morales* (Barcelona 1953).

GOMÁ Y TOMÁS, I., *María Santísima* (Barcelona 1941). Obra póstuma.

MARÍA JESÚS DE ÁGREDA, *Mística ciudad de Dios. Historia divina y vida de la Virgen Madre de Dios... manifestada... por la misma Señora a su esclava Sor María de Jesús* (Barcelona 1860).

RAMBRA, P., OFM, *Tratado popular sobre la Santísima Virgen* (Barcelona 1950).

WEISS, J. B., *Historia universal,* XI (Barcelona 1929s).

• Actualización:
LUIS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT (San), *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen* (Barcelona 1996).
MARÍA JESÚS DE ÁGREDA, *Mística ciudad de Dios. Vida de María* (Madrid 1970; imp. 1992).
PÉREZ LÓPEZ, A., *Poemas y cantos a la Santísima Virgen* (Madrid 1982).
PÉREZ SANJULIÁN, J., *Historia de la Santísima Virgen María.* Reprod. facsímil. 3 vols. (Madrid 1988).

SAN GUIDÓN DE ANDERLECHT

Peregrino († 1012)

El siglo X es señalado por Baronio el siglo de hierro del pontificado, y con razón: en él se evidencia la trabajosa asimilación cultural de los pueblos bárbaros convertidos a nuestra fe. No hay grandes luceros de ciencia ni de santidad, pero brillan estrellas en la noche: tantos santos de alcance local, incluidos luego en el Martirologio Romano. Así San Guidón de Anderlecht. ¿Peregrino? A este título responde la etapa última de su vida. Pero no es ésta la faceta que más conviene destacar... Los santos peregrinos del siglo X no son pocos, y, por cierto, referidos en buen número al sepulcro de Santiago. Precisamente en este oscuro período los pueblos de Europa ofrecen la mejor muestra de vitalidad caminando a las tierras extremas del noroeste de España.

A San Guidón le singulariza otro título hoy bien necesitado de revalorización: sacristán o guardián de un templo. Ésta fue su primera ocupación, y lo marcó definitivamente.

La vida de San Guidón fue escrita por un autor anónimo del siglo XII, a raíz de la exhumación de sus reliquias el 24 de junio de 1112. Los datos fundamentales de su nacimiento (950) y de su muerte (1012) pueden considerarse como relativamente exactos, lo mismo que su lugar de nacimiento, Anderlecht, una aldea de Brabante, comprendida en lo que hoy es Bélgica.

La suya fue una familia cristiana de labradores. Muy joven aún se trasladó a Laken, localidad próxima a Bruselas. El párroco lo empleó de sacristán. No es difícil imaginar su jornada entregado al decoro de la casa del Señor y poseído por el deseo de ser santo y hacer el bien. Supo crearse su propio clima de oración y ascesis cristiana. El milagro florecía a veces en sus manos

y merece la pena reseñar el del sacristán cuidadoso de la lámpara eucarística que acababa de extinguirse: el agua convertida en aceite iluminador.

En todas partes la iglesia parroquial ha sido punto de atracción para los más indigentes... En Guidón prendió el fuego de la caridad con las dulzuras de la compasión. ¿No debía ingeniárselas para hacer frente con más eficacia a tantas necesidades? No lo meditó debidamente ante el Señor cuando un comerciante de paños le propuso ser su socio de empresa. Así podría allegar fondos abundantes para hacer el bien. Cuando navegaba por el Sena en una embarcación cargada de paños, sucedió el naufragio con la pérdida total de la mercancía. Tuvo la convicción de haber sucumbido a una tentación e imploró el perdón ante la imagen de la Virgen de la iglesia parroquial. Aterido de frío y desposeído de todo, lo mismo que San Francisco muchos años más tarde, se abrazó definitivamente con la hermana pobreza. En adelante sería peregrino, sin lugar fijo en que morar, y mendigando el pan. Y así comienzan sus largas y penosas itinerancias. Primero, a Roma, para venerar las tumbas de San Pedro y San Pablo, y de ahí, a Tierra Santa sorteando milagrosamente las asechanzas de los turcos. Según el anónimo autor de su vida, su permanencia en la tierra de Jesús duró siete años. Hubo otros que allá fueron dejándonos amplia relación de sus vivencias. En el caso de San Guidón hay que suplirlo todo teniendo en cuenta la dificilísima situación de los Santos Lugares con la dominación islámica. No puede compararse su permanencia con la de Egeria en el siglo IV, cuando allí se gozaba una liturgia esplendorosa, pastoreada aquella grey por San Cirilo de Jerusalén. Permanencia heroica, por tanto, la de San Guidón en un medio dificilísimo, testigo dolorido de profanaciones y de la hostilidad permanente a los creyentes en Cristo, considerados infieles por los musulmanes.

Al fin, agotado, seguramente enfermo, siente la llamada del país nativo y emprende el regreso hasta llegar a tierras de Brabante. Tal vez soñaba con volver a su vida de sacristán deseoso de concluir a la sombra del santuario. Llegó a Anderlecht para morir muy pronto. También aquí, lo mismo que en Laken, es un sacerdote quien lo acoge. Y aquí muere santamente y recibe sepultura.

Vinieron luego largos tiempos de olvido. Es la historia repetida con las tumbas de tantos otros santos, hasta que se produce una revelación: luces, cantos celestiales, prodigios acaecidos en el lugar preciso donde, al fin, aparece el cuerpo santo. En la olvidada sepultura de San Guidón comenzaron a producirse sorprendentes curaciones, y la concurrencia de devotos fue en aumento lo mismo que las limosnas: Anderlecht se convirtió en lugar de peregrinación. Se sucedieron las edificaciones, lo mismo también que en otros parecidos casos: una pequeña iglesia para cobijar la tumba; decenios después, un gran templo capaz de albergar multitudes. El 24 de junio de 1112 el obispo de Cambrai exhumaba solemnemente las reliquias de San Guidón y las colocaba en la cripta para veneración de los fieles.

Vino después la referida biografía anónima, que, a la verdad, no arguye especiales conocimientos conservados por el pueblo, resintiéndose, más bien, de imprecisión y vaguedad. En todo caso, siempre habrá que retener como históricos su existencia, su nombre, su santidad y su profesión de sacristán.

Su festividad, fijada durante siglos en el 25 de junio por el *Martirologio romano,* ha sido trasladada en la última edición al 12 de septiembre, la fecha tradicional en que Anderlecht solemniza su memoria, con grandísima concurrencia de devotos. Muchos acuden con sus carros y sus caballos, que son bendecidos al final de la procesión. Allí es venerado como patrono de labradores, sacristanes y campaneros. El título de sacristán es, sin duda, el que más merece ser destacado en el ámbito de la Iglesia universal. En su figura, pueden verse representados tantos sacristanes anónimos, que gastaron sus vidas cuidando fielmente la casa del Señor.

JOSÉ MARÍA DÍAZ FERNÁNDEZ

Bibliografía

DES OMBIAUX, M., *Guidon d'Anderlecht* (París 1905).

JACOBS, M., «Saint Guidon et ses attributs»: *Anderlechtensia* 80 (1996) 5-11.

LAVALLEYE, L., «Notes sur le culte de Saint Guidon à Anderlecht»: *Annales de la Société Royale d'Archéologie de Bruxelles* 37 (1943) 221-248.

MORTIER, F., «La légende de Saint-Guidon d'Anderlecht», en A. MARINUS, *Anderlecht. Histoire, art, archéologie, folklore* (Bruselas 1930) 46-55.

TRENTECAMP, J., *De S. Guidone Confessore, Anderlaci in Brabantia prope Bruxellas. St. Guidon le Confesseur d'Anderlecht en Brabant Bruxelles* (Bruselas 1996).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN ALBEO
Obispo († 526)

Albeo o Ailbe o Ailbhe es el primer obispo de Emly o Imlech en Irlanda y el patrón de la diócesis. Muchas tradiciones no concordes entre sí rodean su figura, pareciendo que los datos más seguros son que predicó el evangelio en Irlanda con gran éxito, convirtiendo a muchas personas a Cristo y dando un ejemplo de vida cristiana que arrastraba a los fieles a vivir con intensidad su fe. Él funda el citado obispado y él, según parece, escribe una regla monástica. Su labor evangelizadora ha sido comparada con la de San Patricio. El tiempo de su vida parece ser entre finales del siglo V y el primer cuarto del VI.

BEATOS APOLINAR FRANCO, TOMÁS DE ZUMÁRRAGA, FRANCISCO DE SAN BUENAVENTURA, PABLO DE SANTA CLARA, DOMINGO MAGOSHICHI Y MATEO DE SANTO TOMÁS CHIWIATO
Mártires († 1622)

El 12 de septiembre de 1622 fueron quemados vivos en Omura (Japón) seis religiosos, de los cuales dos eran sacerdotes europeos, dos religiosos franciscanos japoneses y otros dos religiosos dominicos japoneses también. Damos aquí sus datos:

APOLINAR FRANCO nació en Aguilar de Campóo (Palencia), estudió con gran aprovechamiento leyes en Salamanca, y luego decidió ingresar entre los franciscanos observantes, haciendo la profesión solemne en la Provincia de Santiago. Pensando en la salvación de las almas y deseoso de la gracia del martirio pidió y obtuvo ser enviado a Filipinas con los ojos del corazón puestos en el Japón. Partió a Filipinas en 1600 y dos años después a Japón. Allí pudo trabajar veinte años, primero en paz, y luego bajo la persecución. Fundó establecimientos de caridad para socorrer a los pobres y acoger a los niños abandonados. Al saber que no había sacerdotes en Omura se acercó allá pese al

peligro para atender a los fieles pastoralmente. Apresado en 7 de julio de 1617, pasó cinco terribles años en la prisión, brillando por su paciencia y mansedumbre. Condenado a muerte, fue tal día como hoy quemado vivo.

TOMÁS DE ZUMÁRRAGA nació en Vitoria en marzo de 1577 en el seno de una familia acomodada. Se decidió por la vida religiosa e ingresó en el convento dominico de su ciudad el 19 de enero de 1594 y fue destinado a hacer los estudios al colegio de San Gregorio de Valladolid. Se ofreció para las misiones y, ya sacerdote, partió para Filipinas en 1601. Tan pronto como llegó a Manila, fue elegido para pasar a las misiones del Japón con otros seis misioneros. Con el Beato Alonso de Mena trabajó apostólicamente en Omura y luego en Firando, ejerciendo su ministerio con mucho celo. Cuando en 1614 se decreta la expulsión general de los misioneros, es uno de los que se quedan en el país corriendo un evidente peligro de ser detenido y martirizado. Arrostró peligros, hambres, fatigas y todo tipo de privaciones. Estuvo en Meako, Nagasaki, Firando y Omura predicando el evangelio y reconciliando a los caídos en la apostasía por debilidad. Fue arrestado el 22 de julio de 1617 y encerrado en una cárcel de tablas —especie de jaula expuesta a las inclemencias del tiempo— y a los dos años fue llevado a la famosa cárcel de Omura. Escribió desde ella que las muchas privaciones no les traían melancolía ni tristeza, pues estaban muy contentos esperando la misericordia de Dios «y más deseosos de salir para una cruz o para el fuego que para ser cardenales y pontífices». Sintió mucho que mientras se llevaban a otros cristianos al martirio no lo llevaran a él. Pero finalmente tal día como hoy fue quemado vivo.

FRANCISCO DE SAN BUENAVENTURA era natural de Musaxi, Japón, y se hizo compañero y catequista del Beato Apolinar Franco. Cuando supo que éste había sido arrestado, se presentó espontáneamente a las autoridades confesando su fe y siendo detenido por ello. Llevado a la cárcel, pidió y obtuvo el hábito franciscano que le dio el Beato Apolinar, pasando con él los años de prisión y siendo con él quemado vivo.

PABLO DE SANTA CLARA (en el *Martirologio romano* aparece como «Pedro») era natural de Saigo, en Arima, Japón, y fue ca-

tequista con el P. Apolinar Franco. Pidió compartir con él el hábito así como compartía la confesión de fe y la cárcel, y compartió igualmente en el día de hoy el martirio.

DOMINGO MAGOSHICHI era un cristiano en el círculo del Beato Tomás de Zumárraga con el que colaboraba, y era hermano del Beato Tomás del Rosario. Cuando fue arrestado y condenado a muerte por decapitación, pidió que le fuera conmutada por la del fuego para compartirla con el P. Tomás. Le pidió el hábito dominico, pues quería morir como religioso de esta Orden, y le fue concedido.

MATEO DE SANTO TOMÁS CHIWIATO aparece como MANCIO en las fuentes consultadas pero el *Martirologio romano* pone «Mateo». Era auxiliar del Beato Tomás de Zumárraga, de quien recibió el hábito y ante quien hizo la profesión religiosa en la cárcel. Con él fue quemado a fuego lento tal día como hoy.

Todos ellos fueron beatificados el 7 de julio de 1867 por el papa Pío IX en la ceremonia de beatificación de 205 mártires de Japón.

BEATO PEDRO SULPICIO CRISTÓBAL (ROGER) FAVERGE

Religioso y mártir († 1794)

Nació en Orleáns el 25 de julio de 1745, hijo de un comerciante. Hizo sus primeros estudios en el colegio de los Hermanos de las Escuelas Cristianas y allí sintió la llamada de Dios a seguirlo en el camino de la vida religiosa, ingresando en el noviciado lasaliano de Maréville en 1767 y recibiendo el nombre de hermano Roger. En esa casa hizo su formación pedagógica. Después de algunos años como maestro fue nombrado director de la escuela lasaliana de Moulins, en el desempeño de cuyo cargo mostró sus buenas cualidades y habilidad. Era una persona muy amable, entregado a su vocación docente y lleno de piedad y virtud. Gozaba de gran consideración en la ciudad. Cuando en 1792 se les pidió a los hermanos de la escuela lasaliana de Moulins, como a maestros que eran, que juraran la constitución civil del clero, todos ellos, guiados por el hermano Roger, se negaron, alegando que ni por todo el oro del mundo se separarían

de la comunión con la Iglesia. Las amenazas no sirvieron para nada. Cuando la casa fue confiscada y se hizo el inventario de su contenido pudo verse la modestia con que los hermanos vivían y concretamente la pobreza y modestia de la celda del hermano director.

El 11 de junio de 1793 el hermano Roger fue encarcelado en el antiguo convento de las clarisas. También lo fue el hermano León y con ellos muchos sacerdotes y religiosos que serían destinados a la deportación a La Guayana. En esta prisión ya dio un espléndido testimonio de caridad cristiana, atendiendo a sus compañeros de infortunio en cuanto le era posible, por ejemplo en arreglarles los zapatos. Solícito con los enfermos y con los más desanimados, se esforzaba en animarlos y distraerlos. Se dijo de él que estaba en la prisión tan alegre y sereno como estaba en las clases. Declarado apto para la deportación, que él intentó evitar con solicitudes que le fueron denegadas, salió para Rochefort el 25 de noviembre de 1793, debiendo sufrir en el camino numerosas vejaciones e insultos. Llegado a Rochefort fue embarcado en Les Deux Associés, donde tuvo que sufrir tantas miserias y calamidades como no podía menos que proporcionar la situación de abandono en que estuvieron todos los allí detenidos. Afectado por la epidemia que se extendía entre los presos, murió el 12 de septiembre de 1794, siendo enterrado en la isla Madame.

Fue beatificado el 1 de octubre de 1995 por el papa Juan Pablo II.

SAN FRANCISCO CHOE KYONG-HWAN

Catequista y mártir († 1839)

Este santo coreano nace en la provincia de Chungchong el año 1805 en el seno de una familia cristiana. A los 14 años contrajo matrimonio con María Yi Song-rye y tuvo con ella cinco o seis hijos. Gracias a su fe y convicciones cristianas logró domeñar su fuerte carácter. En 1836, cuando llegó a Corea el primer envío de misioneros, el santo P. Maubant decidió preparar algunos jóvenes al sacerdocio y uno de ellos fue Tomás Choe Yang-op, hijo de Francisco. Él fue también el fundador de la al-

dea cristiana de Mount Suri en la provincia de Kyonggi, ganándose la vida los vecinos con una plantación de tabaco y pudiendo vivir todos allí libremente su fe. En 1839 fue nombrado catequista. Pero ese mismo año llegó la persecución y Francisco ayudó cuanto pudo a los católicos encarcelados. La noche del 31 de julio de ese año la policía irrumpió en la aldea. Al verla llegar, Francisco propuso a los demás fieles aceptar la detención y dar testimonio valiente de la fe. Se produjo así el arresto y la conducción a la prisión. En el interrogatorio Francisco confesó la fe y el juez mandó torturarlo hasta que apostatara. No se consiguió y hubo de permanecer los siguientes meses en la prisión. Confirmó su confesión de fe en el interrogatorio del 11 de septiembre, padeciendo una paliza de cincuenta golpes de cañas, de resultas de lo cual murió al día siguiente.

Fue canonizado el 6 de mayo de 1984 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de canonización de 103 mártires de Corea.

13 de septiembre

A) Martirologio

1. La memoria de San Juan Crisóstomo († 407), obispo de Constantinopla y doctor de la Iglesia, cuyo tránsito fue en Comana, del Ponto, el 14 septiembre **.
2. En Ancira (Galacia), San Julián († s. IV), presbítero y mártir.
3. En Jerusalén, la dedicación de las basílicas que se construyeron sobre el Monte Calvario y sobre el Sepulcro del Señor (año 355).
4. En Tours (Galia Lugdunense), San Litorio († 371), obispo.
5. En Valence (Francia), San Emiliano († d. 374), al que se tiene por primer obispo de esta sede.
6. En Cartago, San Marcelino († 413), martirizado por los donatistas *.
7. En Angers (Galia Lugdunense), San Maurilio († 453), obispo *.
8. En Sens (Neustria), San Amado o Aimé († 629), presbítero y abad **.
9. En la isla de Tino, en el golfo de Génova, San Venerio († s. VII), ermitaño.
10. En Breuil (Galia), San Amado († 690), obispo de Sión en Suiza.

11. En Toledo, Beata María de Jesús López de Rivas († 1640), virgen, carmelita descalza **.

12. En Rochefort (Francia), Beato Claudio Dumonet († 1794), presbítero y mártir *.

13. En Almería (Andalucía), Beato Aurelio María (Bienvenido) Villalón Acebrón († 1936), Hermano de las Escuelas Cristianas, mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN JUAN CRISÓSTOMO

Doctor de la Iglesia († 407)

La figura de este santo nada debe a la fábula. Juan Crisóstomo entra en la historia antes que en la hagiografía, y, desde luego, mucho antes que en la leyenda. Por dicha, a poco de su muerte, un auténtico historiador, Palladius, escribe el célebre *Dialogus de cita Chrysostomi.* A ese mismo tiempo pertenece un panegírico, que se muestra muy imparcial y objetivo. A su vez, los historiadores del siglo V Sócrates y Sozomeno transmítennos preciosas noticias acerca de él. Luego, en el siglo VI, viene la leyenda. Pero la figura del Crisóstomo está ya definida y fija. Las falsas aureolas no lograrán desdibujarla.

Juan, hacia el 347, en Antioquía, es fruto de un guerrero y una asceta. Segundo, *Magister militum Orientis,* debió transmitirle aquel bélico ardor que luego, celestializado, él hubo de desplegar en santas batallas. Su madre le comunicó más ricos tesoros. Antusa, en el frescor de sus veinte años, adórnase ya con el crespón de su viudez. Y se concentra, toda, en el hacimiento pleno, físico y espiritual, de su hijo. Diole un maestro de filosofía, Andragacio, y uno de retórica, Libanio, lumbre de Antioquía. Pero le dio, sobre todo, a Cristo. Libanio, prendado de su discípulo, soñó con dejarle por sucesor suyo en su escuela. Pero Juan advirtió, en seguida, que el bloque inflamado de sus entusiasmos no cabría a discurrir por los cauces fríos y mezquinos de la retórica pagana. Tomó el período, tomó el tropo, tomó el hipérbaton..., y se los guardó en el cofre, pulido y aromado, para, un día, tornarlos a lo divino. Hacia el 369 —veintidós exuberantes años— hácese bautizar por Melecio de Antioquía. Libanio, al saberlo, pensó —y acertó— que Antusa se lo había ro-

bado. Y clamó: «¡Dioses de la Grecia! ¡Qué mujeres hay entre los cristianos!».

El bautismo fue, en el espíritu de Juan, una inundación de cristianismo pleno, de evangelio puro. Y, porque fue esto, fue un tirón hacia el recio ascetismo, hacia el desierto. Juan quiere, de verdad, vivir su bautismo. Por eso, se resuelve a vivir una vida-muerte. Por otra parte, el siglo IV es la triunfal alborada en que se abre la rosa, púrpura, del monaquismo oriental. El ambiente de Antioquía arde en fiebre de desierto. Juan, pues, quiere ser asceta, penitente, solitario. Pero, ahora, es su madre el obstáculo que se le atraviesa en el camino. Antusa toma a su hijo de la mano y le lleva junto al lecho en que le dio a luz. Y le pide, temblorosa, que no quiera causarle una segunda viudez. Juan, que es ya todo corazón, déjase vencer de las lágrimas de su madre y abandona sus planes de soledad.

Pero la soledad es menos sueño de él que plan de Dios sobre él. El que tanto había de hablar a los hombres tenía que hablar mucho primero, a solas, con Dios. La boca que había de ser torrente y cascada, debía, ante todo, llenarse de inefables silencios. El futuro reformador y moralista debía empezar por flagelar su cuerpo y crucificarse a sí mismo. La fama de santidad de aquel joven habíase desbordado de Antioquía y había llegado lejos. Un día, acercósele su gran amigo Basilio. Venía a decirle que a los dos querían hacerlos obispos. En el siglo IV era habitual la intervención del pueblo en la designación de sus pastores. Juan se estremeció. Y, mientras lograba de su amigo que aceptase la carga, él huyó a su amada soledad. El gesto de Juan fue bellísimo. Pero no sé si no es más bello el poema en que él mismo lo celebró. Su tratado *De sacerdotio,* escrito en la lobreguez de su cueva, vino a explicar su negativa a aceptar el episcopado y la conveniencia de que su amigo lo aceptara. Ya, pues, está Juan en su soledad. En un apartado monte, no lejos de Antioquía. Primero, cuatro años en una ermita, bajo la espiritual dirección de un viejo monje. Luego, otros dos, en una quiebra de la montaña. Largas oraciones. Ayunos extenuantes. Las púas del cilicio son espinas en la rosa ensangrentada de su carne. Las penitencias calcinan su cuerpo. Juan está, con Cristo, crucificado.

Hasta que Dios vio que aquel hombre estaba ya apto para las altas empresas que le aguardaban. Envióle —divino pretexto— una enfermedad, que amenazó acabar con él, en su cueva. Y Juan no tuvo otro remedio sino volverse a la ciudad.

En 381 es ordenado diácono por el obispo Melecio. Surge, entonces, el escritor. Durante cinco años Juan mueve la pluma en defensa de la Iglesia, del monacato, de la virginidad. Escritos bellísimos, literariamente; hijos, en la forma, del gusto literario que Libanio le comunicara. Pero, sobre todo, sus páginas rezuman una sabrosa y cordial espiritualidad. En 386, Flaviano, sucesor de Melecio, ordénale sacerdote y le encomienda la predicación en la ciudad. Y ahora sí que, por sobre el ermitaño, por sobre el escritor, descúbrese, de repente, y descuella otro Juan. El Juan predicador, digamos, el Crisóstomo.

Es entonces Antioquía una gran ciudad, bella y rica. El historiador pagano Amiano Marcelino llámala *Orientis apex pulcher.* Pero, religiosamente, es un conglomerado de cristianos, paganos y judíos; moralmente es víctima de una desaforada corrupción. En este ambiente, por doce años, desbórdase, día tras día, de la boca de Juan un impetuoso torrente. La predicación más amada del Crisóstomo —llamémosle ya así, aunque hasta el siglo V no se le otorga este título— es la homilía. La homilía exegética. Setenta y seis sobre el Génesis. Muchas sobre los Salmos. Varias sobre el libro de Job. Sobre el de los Proverbios. Sobre los Profetas. Noventa sobre San Mateo. Siete sobre San Lucas. Ochenta y ocho sobre San Juan. Cincuenta y cinco sobre los Hechos de los Apóstoles. Innumerables sobre las cartas de San Pablo...

Todo ese inmenso caudal ha llegado hasta nosotros. Además, otro centenar, largo, de sermones, cuyo argumento no es, directamente, la explicación de la Sagrada Escritura, sino los más diversos temas. En fin, un mar estuante; un mundo, de estrellas y de soles, de sagrada elocuencia.

Ni es lo más importante la magnitud. Lo que, en verdad, maravilla es la calidad, el metal de esta soberana predicación. Compárasele al Crisóstomo con Demóstenes, con Cicerón. Cierto, Demóstenes tiene una elocuencia más fastuosa; Cicerón es más rotundo, más grandilocuente. Pero Crisóstomo tiene

méritos inigualables. Aun como orador humano. Su palabra es prodigiosamente fácil y movida. Brota de su boca, rápida y alada, en admirables improvisaciones. Coloréala una pasión cordial, que, al mismo tiempo, la inflama. Su lengua no vibra, arde. Y hace arder. En voz alta, habla él solo. Pero, en lo íntimo, hay, entre él y sus oyentes, un diálogo no menos elocuente que su propia voz.

Mas en lo que él no tiene par es en los quilates de su elocuencia como predicador sagrado. Y, acaso, en este aspecto, su mérito más inapreciable es el haber sabido escoger la materia fundamental que escogió para su predicación: la Sagrada Escritura. Supremo acierto. A base de él, tócale al predicador de Antioquía la gloria exclusiva suya de haber logrado transportar, año tras año, homilía tras homilía, la Escritura divina, toda, en bloque, al alma y a la vida de sus cristianos, más aún, al alma y a la vida de la ciudad entera. Y viene luego su personal manera de predicar. Exegeta él de la Sagrada Escritura, podría pensarse que su oratoria fuese puramente intelectualista y erudita, despegada de la realidad. Todo lo contrario. Juan Crisóstomo es un conductor de almas. Un misionero. Un reformador de las costumbres. Por eso, su elocuencia, continuamente, desde las alturas de la exegesis, desciende, rápida como un águila, a las realidades de la vida. Enfréntase, enardecido, con el vicio, con el abuso. Y fustiga, implacable. Truena, terrible. O se exalta ante la virtud. ¡Ah! Pero siempre, siempre, el discurso que brota de su boca, cae sobre el auditorio, caliente y ungido, como la llama de una gran lámpara de oro. Al fin, la fuente de donde mana no es sino hontanar de amor: su corazón. ¡Oh! ¡Su corazón! Si nos fuera lícito jugar un poco con la frase —y a él le gusta, de seguro, el juego— diríamos: *Cor Christi, cor Pauli; cor Ioannis...*

Por todo esto, es preciso confesar que, como predicador del pueblo cristiano, es incomparable. Con uno solo admitiría el parangón: con San Agustín. Pero Agustín es mucho más teórico que él. Juan Crisóstomo es el orador de la acción, del dinamismo.

Por eso al de Hipona le basta su *Breviloquium.* El Crisóstomo necesita toda la fuerza de su exuberante oratoria, de sus homilías de una hora, de dos horas.

Y es así siempre este predicador prodigioso. Pero, a veces, los hechos le sirven de ocasión para excederse a sí mismo. Por ejemplo, la coyuntura de las estatuas. En los comienzos del 387, el emperador Teodosio impuso a la ciudad un tributo que pareció injusto. El populacho, desenfrenado, derribó las estatuas del emperador, de su padre, de sus hijos y de su difunta esposa Flacila. Recobrada la calma, Antioquía se estremeció amedrentada. El castigo habría de ser terrible. Llegaron, en efecto, los delegados del emperador y comenzó la justicia..., o la venganza. El viejo obispo Flaviano partió para Constantinopla y el día de Pascua tornó con el perdón... Pero, hasta entonces..., turbas alocadas, rebeliones, desafueros, miedos, terrores, estrépito de juicios. Al fin, el paroxismo de la alegría final. Y, sobre este aborrascado piélago, la voz poderosa del predicador. Una voz que increpa, que amenaza, que anima, que consuela, que sobrenaturaliza. Y una voz que ella sola, y sólo ella, domina las olas y los huracanes. Las veintiuna homilías *De signis,* pronunciadas durante aquella tempestad por el Crisóstomo, son, en verdad, un milagro de elocuencia.

Pero Juan no era sólo un predicador. Y convenía —le convenía a Dios y les interesaba a los hombres— que apareciera todo el hombre que en su fondo alentaba.

La voz del Crisóstomo resonaba por todo el mundo oriental. No es extraño que, al morir, el 27 de septiembre del 397, el patriarca de Constantinopla, Nectario, por voluntad del emperador y de su corte fuese Juan de Antioquía propuesto al pueblo y a los obispos para ser elegido patriarca. Consagróle Teófilo de Alejandría, el 26 de febrero del 398. El nuevo arzobispo emprendió en seguida la reforma de las costumbres del clero, de los monjes, de la nobleza, de todo el pueblo. Y fue el apóstol de la caridad. En sus homilías, como ya lo había hecho en las de Antioquía, traza cuadros desgarradores de los pobres, que él mismo ha visto, extenuados de hambre, sobre la yacija de sus harapos. No son pocos los ricos que se conmueven, y el arzobispo logra socorrer, permanentemente, en la ciudad, a cinco mil necesitados. Y la Constantinopla del Crisóstomo es, en la antigüedad, modelo de ciudades limosneras, que incluso se adelanta siglos en la organización de la caridad.

Pero el hombre que, principalmente, había de revelarse en Constantinopla era el defensor de la Iglesia frente a los poderes temporales. La ocasión había de ser, simplemente, la vindicación del derecho de asilo de las iglesias. Primero, el eunuco del emperador, Eutropio, dueño de la voluntad de Arcadio, pretende inmolar a una viuda. Refúgiase ella en la iglesia. Eutropio exige su entrega. El patriarca se yergue, frente al tirano, en defensa de la mujer y en defensa, a la vez, de los fueros del lugar sagrado. Eutropio logra que se declare abolido el derecho de asilo, pero el arzobispo lo mantiene en vigor. ¿Para qué ya, si la viuda se ha salvado? ¿Para qué? Eutropio —misterios de Dios— lo va a ver en seguida. Las cosas cambian de repente. La emperatriz logra hacer caer en desgracia, ante el emperador, al valido. El emperador ruge contra él. El pueblo pide, a gritos, su cabeza. Y Eutropio se acoge a la iglesia y se ampara... en el derecho de asilo... Pero el patriarca de Constantinopla no entiende sino de caridad y de derechos de la Iglesia. Y, también ahora, frente a las exigencias del colérico emperador, al cual secunda el pueblo, amotinado, protege al caído y mantiene la sagrada prerrogativa. Y con tal energía se opone a las reclamaciones imperiales, en defensa del derecho de la Iglesia, que para encontrar un ejemplo parecido habrá que esperar hasta Hildebrando o Bonifacio VIII, o Tomás Becket.

Juan Crisóstomo triunfó. Pero su triunfo, en lo humano, iba a ser efímero. Es que su figura tenía que mostrar una nueva fisonomía: la del perseguido. Ya, de antes, sus invectivas contra la corrupción de la corte habían despertado en las alturas odios feroces contra él. Incluso la emperatriz, que se había creído aludida en algún sermón del patriarca, profesábale un femenino rencor, exacerbado. La actitud de Juan, ahora, en su vindicación de las prerrogativas de la Iglesia, acabó de inflamar la hoguera. De todo ello supo, taimadamente, aprovecharse nada menos que un obispo, ambicioso y vengativo, el cual veía en el arzobispo de Constantinopla un rival suyo: aquel Teófilo de Alejandría que le había consagrado obispo. Teófilo logró reunir un concilio que condenó a Juan como reo de lesa majestad y le depuso. El emperador lo desterró. Juan recibió impávido la sentencia. De noche, apoderáronse de él los esbirros del emperador y lo

echaron en un navío. Mas la ciudad entera se fue hasta el Bósforo a despedirlo. Las lágrimas de la muchedumbre fueron el consuelo del desterrado y la condenación de los perseguidores.

Al día siguiente algo misterioso ocurrió en el palacio imperial. El caso es que la misma emperatriz púsose de rodillas ante Arcadio y le suplicó el perdón para el desterrado. Juan volvió a su amada ciudad. Y su vuelta fue la de un triunfador. La multitud le aclamaba, le vitoreaba. Juan subió a su cátedra y pronunció su homilía... Bendito sea el Señor... ¡Qué bella, qué sublime homilía!

Pero los luchadores de Dios no están hechos para los triunfos de los laureles. Un nuevo resentimiento de la emperatriz Eudoxia desató, de nuevo, la guerra contra el patriarca. El emperador volvió a desterrarlo. El lugar que se le señaló fue la lejana localidad de Cucusa, en la Armenia Menor, el rincón —dice él— más desierto de toda la tierra. Allí llegó el arzobispo, después de un interminable y penosísimo viaje, medio muerto. Sesenta años tiene. En su destierro, la pena y la enfermedad le consumen. Pero aún ha de mostrarse dos cosas: misionero y amigo. Su espíritu tiene aún energías para cuidar de la conversión de los godos y para ayudar a las misiones de Fenicia. Y las tiene su corazón para amar más que nunca. El cardenal Newman dijo de él que es el santo de la amistad cristiana. Lo es, sobre todo, en este final. Como ya no puede predicar, escribe. Escribe cartas a los que quiere y le quieren. Estas cartas son su corazón que se abre y se derrama como un caliente estío que se expandiera en invierno. Y él mismo, en su soledad, es todo corazón, que se abre en abrazos para los que, desde Antioquía, desde Constantinopla, desde Egipto, desde toda el Asia Menor, van a visitarle. ¡Cuántos son!

Todavía la corte recela de esta popularidad del desterrado y resuelve trasladarle a otro lugar más inaccesible, a Pitionte, al pie del Cáucaso. Custodiado por dos soldados, Juan emprende el camino hacia su nuevo destierro. Pero una noche no pudo caminar más. Entráronle en una solitaria ermita y se echó en el suelo. «Gloria a Dios en todas las cosas», clamó. Y su boca se cerró en la tierra para siempre.

ANICETO DE CASTRO ALBARRÁN

Bibliografía

Act. SS. Boll., septiembre, t.4 p.401s.
BARDY, G., «Jean Chrysostome», en A. VACANT - E. MANGENOT - E. AMANN, *et al.* (dirs.), *Dictionnaire de théologie catholique.* VIII/1: *Isaac-Jeûne* (París 1924).
BAUR, C., *Johannes Chrysostomus und seine Zeit,* 2 vols. (München 1930).
MOULARD, A., *Saint Jean Chrysostome: sa vie, son oeuvre* (París 1949).
Obras de San Juan Crisóstomo: PG 47-64.
Obras de San Juan Crisóstomo. Ed. de D. RUIZ BUENO, 3 vols. (Madrid 1955-1958).
PALLADIUS, *Dialogus de vita S. Ioannis Chrysostomus:* PG 47.
PUECH, A., *Saint Jean Chrysostome et les moeurs de son temps* (París 1891).
— *Saint Jean Chrysostome, un réformateur de la société chrétienne au IV siècle* (París 1891).
— *Saint Jean Chrysostome* (Les Saints; París [4]1905).

SAN AMADO DE REMIREMONT

Abad († 629)

Sobre el abad del célebre monasterio alsaciano de Remiremont, San Amado, nos informa ampliamente una *Vita* antigua, escrita unos cincuenta años después de su muerte. Su autor se muestra gran entusiasta del santo, pero mezcla en su biografía multitud de cosas, por las que da claramente a entender que se trata de adiciones más o menos legendarias. Sin embargo, si bien se mira, en el fondo de la exposición es enteramente digno de fe, y por lo que se refiere a la descripción de la vida monástica del tiempo, coincide sustancialmente con otras obras clásicas de Luxeuil y Bobbio.

Así, pues, conforme a esta *Vita,* nació Amado hacia el 565 en un arrabal de Grenoble, en Francia, de una familia galo-romana, y siendo todavía niño fue conducido por su padre hacia el año 581 a Agauno (St. Moritz), donde se inició en la vida monástica; se ordenó sacerdote y pasó treinta años en la práctica de la oración y de la vida religiosa. Con todo esto fue creciendo cada vez más en él el ansia de la soledad y de la vida eremítica, por lo cual escapó del monasterio y se internó en la montaña, donde se entregó a una vida completamente solitaria. Indudablemente, en los detalles que refiere la biografía sobre el modo como realizó esta huida a la soledad y lo que ocurrió durante los años siguientes, hay aditamentos propios de la leyenda; pero lo que aparece claramente a través de toda la narración es el espíritu eminentemente contemplativo de Amado, que deseaba

vivir en la más absoluta soledad. Semejante fenómeno ocurría frecuentemente en los grandes monasterios medievales, como por ejemplo en Montserrat, donde se construyeron para este efecto celdas solitarias, a donde podían retirarse estos anacoretas y llevar allí una vida de contemplación y penitencia.

Una vez localizado el lugar de su retiro, tomó el monasterio de Agauno el cuidado de proporcionarle lo indispensable para vivir, y, a semejanza de los antiguos anacoretas de Egipto, continuó durante algunos años llevando aquella vida de soledad y contemplación. La *Vita* acumula en este lugar diversos hechos más o menos milagrosos, que debieron ocurrir en este tiempo. Tales son, por ejemplo: que al llevarle cierto día el monje Berino la pequeña cantidad de agua y el pan que debía sustentarlo durante tres días, un cuervo derramó el agua y se llevó el pan, a lo que añade el biógrafo que, al observarlo el santo solitario, exclamó: «Gracias, Señor, pues reconozco tu voluntad de que prolongue mi ayuno». Más aún. Con el fin de librar al monje Berino del trabajo de traerle aquel alimento, él mismo cavó un poco de tierra en torno a su celda y cultivó algo de cebada, que luego molía con unas piedras, y de este modo se proporcionaba el nutrimento necesario, y al mismo tiempo, golpeando la roca con su bastón, hizo brotar el agua que necesitaba.

Estas y otras anécdotas, aun admitiendo su carácter legendario, nos dan a conocer la vida de paz y tranquilidad y de entrega absoluta a la oración y penitencia que llevaba Amado en la soledad próxima al monasterio de Agauno, semejante por completo a la de otros solitarios que dependían de algunos monasterios. Respecto de la vida que allí llevaba, se nos dice que iba vestido de una piel de cordero; que no se bañaba más de dos veces al año, por Navidad y por Pascua; que observaba riguroso ayuno durante todo el año, particularmente en la Cuaresma. En medio de una vida de tanta austeridad, como había sucedido con los antiguos solitarios, trató el demonio por diversos medios de vencer su virtud. Así se refiere que, habiéndolo visitado en cierta ocasión el obispo y dejado sobre la mesa algunas monedas de oro, se aprovechó de ello el enemigo para tentarlo; pero él las tomó con decisión y arrojó inmediatamente al fondo de un precipicio. Y en otra ocasión, furioso el demonio por la

virtud heroica del ermitaño, lanzó una enorme roca contra su celda con el fin de que la destruyera matando al mismo tiempo al solitario; pero Dios detuvo milagrosamente la roca, y no ocurrió nada.

Sin discutir, pues, la veracidad de estos acontecimientos, deducimos de todo ello que Amado llevó durante algunos años una vida ejemplar de soledad y penitencia, que llegó a causar la admiración, no sólo del monasterio de Agauno, sino también de las regiones vecinas. Así se explica lo que ocurrió después del año 614 y constituye la tercera y última etapa de la vida de San Amado; pues, llenos los monjes de admiración por su extraordinaria virtud y deseando sacar el mayor provecho espiritual de ella, lo nombraron abad del nuevo monasterio, fundado en Remiremont, que gobernó durante unos quince años, dando admirable ejemplo de todas las virtudes religiosas.

Tal es el hecho substancial en que se resume la vida de nuestro santo durante sus últimos años.

Pero nuestra biografía nos presenta estos hechos con un conjunto de circunstancias, más o menos objetivas o legendarias, dignas de tenerse en cuenta. Refiere, en efecto, que pasando por Agauno el abad de Luxeuil, San Eustaquio, camino de Italia, quedó prendado de la virtud de Amado, a quien visitó y con quien tuvo interesantes conversaciones en su soledad; por lo cual, al volver de Roma en 614, se lo llevó consigo diciendo que no debía permanecer oculta aquella maravillosa lumbrera que Dios había enviado al mundo, y así, durante algún tiempo, Amado se dedicó a predicar en el territorio de Austrasia, donde arrastraba a los hombres con su ejemplo y produjo extraordinario fruto.

Pues bien, en una de sus misiones se encontró con un gran señor, llamado Romarico, ansioso de fundar un monasterio en sus dominios de Remiremont, en la región de los Vosgos. Conducido, pues, por Amado al célebre monasterio de Luxeuil, hízose él mismo monje, y con la aprobación y consejo de Eustaquio fundaron el nuevo monasterio de Remiremont, del que fue nombrado abad el mismo Amado. La vida monástica arraigó rápidamente. Bien pronto quedó organizado un monasterio de religiosas, que mantenían la *Laus perennis,* como se hacía en

Agauno. Amado dejó a Romarico al frente de los monjes, retirándose él a una gruta solitaria, donde se entregó de nuevo a la vida de contemplación, que constituía sus delicias. Solamente los domingos volvía al monasterio doble de Remiremont, donde daba interesantes instrucciones ascéticas a los religiosos y a las religiosas.

Finalmente, rodeado éste de la mayor veneración de todos, después de haberse distinguido en la dirección de los religiosos y religiosas que la Providencia le había confiado, sufrió con heroica paciencia durante un año las molestias de una horrible enfermedad, y viendo que se acercaba su fin, pidió humildemente perdón de sus faltas, y entregó su alma a Dios hacia el año 630. El aroma de sus virtudes y del buen ejemplo que había dado en las tres etapas de su vida, como simple monje en Agauno, en el más exacto cumplimiento de la regla y vida monástica, como solitario en su vida de contemplación y penitencia, y como abad de Remiremont con la acertada dirección de los religiosos y religiosas y yendo delante de todos en la práctica de todas las virtudes, todo esto apareció más claramente después de su muerte. Por esto se extendió rápidamente la fama de su santidad, y en el siglo IX fue ya incluido en el martirologio romano.

La iglesia de Saint-Aimé, cerca de Remiremont, ha sido construida junto a la gruta donde murió. No lejos de Agauno, una capilla señala el lugar probable de su primer retiro.

BERNARDINO LLORCA, SI

Bibliografía

Act. SS. Boll., 13 de septiembre: *Vita.*

Art. «Vie de Saint Aimé», en SOCIÉTÉ DES BOLLANDISTES (ed.), *Bibliotheca hagiographica latina antiquae et mediae aetatis,* I (Bruselas 1900-1901).

DAVID, P., *Vie de Saint Aimé* (Grenoble 1937).

DUSSAUX, C., *Vie mystique au pays vosgien.* I: *Remiremont et sa sainte montagne* (Remiremont 1950) 43s.

KRUSCH, B., «Vitae sancti Amatii», en *Monumenta Germaniae Historica. Scriptores rerum merovingicarum,* IV (Hannover 1885s; reimp. anastática: Hannover 1942) 215s. Cf. *Analecta Bollandiana* 26 (1907) 312s.

MABILLON, J. - D'ACHERY, L., *Acta Sanctorum Ordinis Sancti Benedicti,* II (París 1668) 129s.

BEATA MARÍA DE JESÚS LÓPEZ DE RIVAS
Virgen († 1640)

Conocida con este nombre de carmelita descalza, su nombre familiar o de pila era María López de Rivas Martínez. Nacida en Tartanedo, villa próxima a Molina de Aragón (Guadalajara) el 18 de agosto de 1560. La bautizó el cura Juan Serrano el 25 de agosto en la iglesia parroquial de San Bartolomé de Tartanedo. Sus padres, don Antonio y doña Elvira, eran ilustres. Cuando María contaba cuatro años muere su padre. En el último trance había hecho que le llevasen a la niña junto a su lecho de muerte y, enternecido, le dijo: «¡Hija, yo me muero, a ti te queda Dios por padre!». Esta herencia fue mucho mejor que la cuantiosa fortuna que le dejó.

Casada su madre en segundas nupcias con don Cristóbal Caba, es nombrado tutor de la pequeña su tío Jerónimo. La vida de María transcurrirá en Molina desde los días de su orfandad. Frecuenta la iglesia de San Francisco, llamada de Nuestra Señora de los Ángeles. El padre franciscano, «un santo viejo, de vida muy probada», con el que comienza a confesarse le solía decir: «¡Oh, señora, y para qué grandes cosas ha creado Dios a vuestra merced! ¡Bendito sea el que creó a vuestra merced!».

Después de no pocas pruebas interiores y de plantearse el estado de vida que le convendrá seguir «estuvo muy resuelta a casarse». En este tiempo otro confesor, el jesuita Antonio de Castro que llega a Molina y con el que va a confesarse, le dice un buen día: «¿Por qué no se hace monja vuestra merced?». Responde María: «Cuanto hay puede mandarme vuestra paternidad, si no es ser monja, porque eso por ningún caso ha de ser».

A pesar de esta respuesta que parece tan definitiva, comienza María a ponderar en su corazón su caso, su propia opción. A los pies de un Nazareno con la cruz a cuestas, que tiene en la capilla de su casa, surge la gran decisión: «¡Seré monja!». Así se lo hace saber al confesor; así se lo manifiesta a sus abuelos, a sus tíos y a su propia madre doña Elvira, para la que María no cuenta prácticamente nada, aunque tanto ha batallado para que su hija se case. Pero, ¿dónde será monja? Un pariente suyo le dice un buen día: «Si hubiere vuestra merced de ser monja, no lo sea sino de las que funda la madre Teresa, que son muy san-

tas. Y yo conozco a las de Malagón, que son gente celestial». María se decide a escribir a la santa «suplicándole la admita en cualquiera de sus conventos». La santa le responde desde Toledo y le dice que venga, que ella misma le quiere dar el hábito.

Tratando de vencer la oposición de los suyos, el 20 de julio de 1577 se presenta en Molina ante el Corregidor y pide que se le permita llevar a cabo su voluntad de consagrarse a Dios. Ante la petición de la jovencita, el Corregidor, Diego Martínez de Soria Lerma, la insta a que diga y declare qué la ha movido a tener voluntad de ser monja y en qué monasterio. Y María, toda decisión, contesta: «Ninguna otra cosa más que sólo servir a Dios nuestro Señor, porque todo lo demás le parece que es cosa que poco dura y perece, sino sólo el servicio de nuestro Señor; y que tiene voluntad de entrar en el monasterio que llaman de las Descalzas, en Toledo».

En diálogos sucesivos con el Corregidor, María, siempre clara y precisa, va puntualizando aún más y mejor las cosas. Por sus contestaciones vislumbramos perfectamente la pregunta:

Y dijo: «... siempre ha sido su voluntad de ser monja en el monasterio de las Descalzas».

Y dijo: «... que ninguna persona la ha persuadido a ello sino que ha sido de su voluntad y algunas veces tratando su voluntad y deseo con algunas personas siervas de Dios».

Y dijo: «... su madre no parece que gusta de ello... y sobre ello le han escrito cartas y ha venido a esta villa su marido [el padrastro] y nunca más han vuelto a ello, y así se dilata, y ella querría que luego se pusiese en efecto su voluntad y esto aunque la dicha su madre y el dicho su marido no vengan en ello».

Y dijo: «... que en ver que se le dilata su voluntad tanto tiempo ha, recibe mucho desconsuelo y descontento y cada hora le parece muy largo tiempo hasta poner por obra su voluntad».

Y dijo: «... que no, sino que ella de su voluntad ha llamado a su merced para el dicho efecto y pedido que así se escriba, porque algunas personas tienen sospecha de que le han inducido o atraído a que así sea religiosa, y porque ella no quiere que nadie tenga entendido tal ni sospechen lo que no pasa».

Esto se llama vocación y decisión personal en quien va a cumplir 17 años. Hace ya cerca de cinco años que no ve a su

madre; María la escribe, pero la madre le responde pocas veces. La muerte de su padre y la extrañez de su madre fueron dos buenas pruebas.

Hechas otras escrituras necesarias, que afectaban a sus bienes abundantes de fortuna, María llega a Toledo el 11 de agosto de 1577. El padre Castro, jesuita, había enviado antes un propio a San José de Ávila, donde se encontraba Santa Teresa; se le responde que se admite a la candidata no en Ávila, sino en Toledo. Con el permiso de la fundadora llega un elogio suyo: «Que les enviaba una novicia con 5.000 ducados de dote y que ella diera quinientos mil por recibirla; que la mirasen no como a las demás, porque había de ser un prodigio».

Al salir de su tierra, María ha ido a despedirse de la Virgen de la Hoz, «Reina del Señorío de Molina». Llegada a Toledo, va el día 12 a la catedral a saludar a la Virgen del Sagrario, poniendo en sus manos su vocación y su perseverancia.

Después de aquel saludo y de aquella despedida de Nuestra Señora, llama al monasterio de las Descalzas Carmelitas, que entonces se encontraba en el Torno de las Carretas, lo que hoy es Calle Núñez de Arce. Se despide de los familiares que la han acompañado y de su confesor el P. Castro, y entra en el convento.

Poco después las monjas, tan contentas con la nueva llegada, le dan el hábito de la Orden. Era el 12 de agosto; por cuestión de días no pudo dárselo la Madre Teresa, que había salido para Ávila la última semana de julio. El nombre de la novicia será desde ahora *María de Jesús,* el mismo apellido en religión de Santa Teresa: *de Jesús.* Con el noviciado comienza su formación carmelitana.

Teresa de Jesús se tiene al corriente, desde lejos, de los progresos en la virtud y en el espíritu de la Orden que va haciendo María. Sabe también de sus pruebas interiores, oscuridades y sequedades, y de sus dificultades exteriores por falta de salud. Y María encuentra una buena abogada en la madre fundadora, que la tendría con gusto en su casa, aunque fuese enferma y en cama.

La profesión religiosa tiene lugar el día 8 de septiembre de 1578. En la primera quincena de noviembre del mismo año tie-

ne lugar la imposición del velo. A esta ceremonia acude alguno de sus familiares que no pudieron acompañarla el día de la profesión. El 18 de noviembre de 1579 llega Santa Teresa a Toledo. Es la primera vez que se encuentran Teresa y María, lo mismo que hace un año se encontró María con San Juan de la Cruz, evadido de su cárcel toledana. Para María de Jesús estos encuentros con los autores del Carmelo fueron inolvidables.

Este primer encuentro con Santa Teresa duró sólo unos días. Sintonizaron del modo más perfecto y a la santa le fue dado captar las riquezas interiores de aquella su hija de excepción. Muchas veces, cuentan las que lo vieron, la Madre Teresa acercaba sus labios a la frente de María y estampando un gran beso le decía: «Ven acá, mi hija, que aquí tienes al Espíritu Santo». Aparte esta breve visita, volverá otra vez a Toledo cuatro meses después. Y esta vez tendrá que estar más tiempo de lo previsto, por razón de enfermedad: «El Jueves de la Cena (jueves santo: 31 de marzo de 1580) —dice Teresa— me dio un accidente de los grandes que he tenido en mi vida, de perlesía y corazón».

La confianza de Teresa con María es muy grande y además de dejarle escritos suyos para que los lea, en concreto el *Castillo Interior* o *Las Moradas,* le consulta otros asuntos, quedando siempre encantada y admirada de su sabiduría y juicio ponderado. Por eso la santa comienza a llamarla: «¡Mi letradillo!» (= doctorcillo). Y a quien bautiza la santa, no se lo levanta nadie, queda bautizado para siempre, y así María de Jesús será conocida como *el letradillo.*

Realista como ella sola, Teresa de Jesús para que su María no se ensimismase demasiado en las cosas de oración y de piedad, quiso que se le diese alguno de los oficios «menores», tan necesarios en la marcha de la comunidad. Así se favorecería el equilibrio requerido entre su vida de oración y de caridad fraterna. Se le fueron encomendando, sucesivamente, los oficios de sacristana, enfermera, tornera o portera.

En 1584 se trasladó el monasterio de descalzas de la calle Torno de las Carretas a las Tendillas de Sancho Minaya. Y ya a primeros de 1585, en esta nueva sede, María de Jesús es designada maestra de novicias: oficio de gran responsabilidad

para la formación de las nuevas religiosas y para el futuro de la comunidad.

El 25 de julio de ese mismo año de 1585 sale María de su convento de Toledo para ir, con otras religiosas, a fundar un nuevo Carmelo en Cuerva. Pero, a primeros de 1586, los superiores, tras reclamación de la comunidad de Toledo, conceden la vuelta de María a su comunidad de origen. Aquí sigue ejerciendo el oficio de maestra de novicias.

En 1587 se la elige subpriora de la comunidad y se la reconfirma en su cargo de maestra de novicias.

Priora por primera vez en 1591 a los 31 años de edad, y por segunda vez en 1598. Y, después de unos veinte años de humillación (1600-1620), difíciles de entender por las acusaciones infundadas que se movieron contra ella y por las que fue depuesta de su oficio, todo lo cual llevó con singular elegancia y con santidad a toda prueba, la comunidad la volvió a elegir, por unanimidad, priora el 25 de junio de 1624.

En el último decenio de su vida (1629-1640) la podemos considerar más que nunca «crucificada con Cristo». En verdad «la beata ya no vivió para sí en esos años, sino para el bien de la comunidad, la gloria de Dios y la conversión de los pecadores. Elegida consejera de la comunidad por cuarta vez y ejercitando según la posibilidad de sus fuerzas el oficio de maestra de novicias, continuó siendo modelo para todas las religiosas de la casa en la asiduidad y en el fervor de la vida monástica».

Tratando de imitar a Cristo lo más posible, como había venido haciendo toda su vida, «quiso también que su muerte fuera por obediencia». «Madre —dijo a la priora en el lecho de su agonía—, ¿quiere vuestra reverencia darme licencia para morirme?». Y recibida la señal de la partida, después del viático y la unción de enfermos, entregó su espíritu al Señor el 13 de septiembre de 1640, hacia las 10 de la mañana. Tenía 80 años de edad y sesenta y tres de vida religiosa. Está enterrada debajo de la reja del coro del monasterio de Toledo, pudiendo ser vista también desde el presbiterio de la iglesia.

Alma de fe profunda y gran hija de Santa Teresa, supo vivir con fervor y autenticidad las grandes devociones de la Iglesia y del Carmelo. Por lo que se refiere a su piedad mariana basta es-

cuchar lo que dejó escrito ya en 1648 su biógrafo y padre espiritual el agustino P. Francisco de Acosta: «No cabe esta devoción en pluma; más parece que vivía con el aliento del nombre dulcísimo de María que con el que respiraba, o que respiraba para vivir con este nombre». De Santa Teresa había heredado la devoción a San José, devoción que inculcaba sin parar a sus novicias. Todos los misterios de Cristo llamaban su atención de alma contemplativa: el nacimiento, la infancia, la pasión del Señor. Su amor a la Eucaristía era desbordante: «Antes de profesar instituyó una fiesta perpetua con sermón, en su monasterio; cuando actuó como sacristana le extasiaba el solo contacto con cálices y patenas; trabajó con celo, desusado en la vejez, por la construcción de la capilla; no escatimó medios, a pesar de la severa pobreza del Carmen, para que lucieran el Sagrario y el Ostensorio». Los biógrafos y testigos subrayan la «originalidad de su mensaje sobre la persona de Cristo con dos aspectos, desusados en su tiempo, reveladores de la madurez que nuestra monja alcanzó en el conocimiento de Jesús: son su devoción a la Preciosísima Sangre y al Sagrado Corazón. En esto, es María adelantada de ambas piedades que tanto provecho han causado a las almas en épocas más recientes».

En las celebraciones litúrgicas de los misterios se comportaba, dice una de sus compañeras, «como si real y verdaderamente pasaran entonces, no hablando del que estaba ocupada como de cosa pasada, sino que actualmente era». Su participación en la misa y en el rezo litúrgico era de lo más activa y aquí encontraba, sobre todo en la misa, el medio más esencial para llegar a la unión con Dios en Cristo.

Sobre la heroicidad de sus virtudes ya se pronunció oficialmente la Iglesia el 22 de junio de 1972.

Vivió 80 años, 40 en el siglo XVI y 40 en el XVII. Su fama de santidad era ya muy grande durante su vida. Santa Teresa ya se atrevió a decir: «María de Jesús no sólo será santa, sino que ya lo es». El P. Jerónimo Gracián, primer provincial de la descalcez carmelitana, escribió sobre ella cuando aún estaba en vida:

> «Una religiosa a quien la Madre cuando vivía amó con particularísimo amor, porque demás de haber sido santa desde niña y tener virtudes aventajadas y heroicas, pidiendo a Nuestro Señor le diese en esta vida algo que sentir de su Pasión visiblemente, Su

Majestad se le apareció y le puso una corona de espinas sobre la cabeza, de donde le resultó un tan extraordinario dolor de ella, que nunca se le quita, y es misterio cómo puede vivir con él y no faltar a las cosas de la Orden; y después de muerta la santa Madre Teresa, prosiguiendo su deseo de padecer por Cristo en memoria de su Pasión, le ha dado tan grandes dolores en pies y manos y costado, que es admiración. A esta sierva de Dios le han acaecido muchas cosas dignas de considerar. Bien conozco yo esa religiosa, que es natural de Molina y se llama María de Jesús y ha sido Priora de Toledo, y podría decir tantas cosas de ella que te admirases».

No había pasado un mes de la muerte de María cuando el provincial el 10 de octubre de 1640 manda «en virtud de Spiritu Sancto, de sancta obediencia y debajo de precepto a la madre priora y religiosas del dicho convento [de Toledo] digan lo que les fuere preguntado acerca de las virtudes y milagros de la dicha madre». Las declaraciones que se nos conservan son muy apreciables. En 1645 se hace otra investigación con 14 preguntas acerca de la vida y virtudes de María. Se suceden diversas biografías, siendo la principal la del P. Francisco de Acosta. A pesar de la fama de santidad que nunca decreció en la Orden, su proceso de beatificación y canonización no se inició sino en 1914. Introducida la causa en 1926, y seguidos todos los demás trámites legales, Pablo VI la proclamó beata el domingo 14 de noviembre de 1976. En la homilía de la beatificación la calificó de «figura espiritualmente cautivadora», «formada en la escuela de Santa Teresa de Jesús», con una «vida centrada en Cristo», «atenta a las necesidades del mundo y de la Iglesia».

«Mirándola a ella comprendemos qué valor representa para la Iglesia de todos los tiempos la vida contemplativa [...] y el testimonio de Sor María de Jesús, carmelita, que vivió 63 años dentro de los muros de un monasterio de clausura, nos convence de una verdad fundamental: que los valores cristianos más significativos se juegan en la interioridad del ser humano, allí donde "el Espíritu mismo aboga por nosotros con gemidos inenarrables" (Rom 8,26), y su ejemplo nos impulsa a circunscribir a sus justos límites la importancia de la actividad externa, aunque se trate de actividad apostólica, ya que, a nivel sobrenatural, ésta no cuenta más que en la medida en que se encuentra llena de amor teologal».

Después de estos acentos, añadía Pablo VI:

«Nuestro corazón se llena de gozo al proclamar hoy Beata a María de Jesús López de Rivas, carmelita, discípula de Santa Teresa

de Ávila, cuyo camino de perfección siguió con extraordinaria fidelidad. Por ello se alegra el Carmelo, se regocija Toledo, exulta España y exulta la Iglesia».

JOSÉ VICENTE RODRÍGUEZ, OCD

Bibliografía

ACOSTA, F. DE, OESA, *Vida prodigiosa y heroicas virtudes de la venerable Madre María de Jesús, religiosa carmelita descalza del convento de San Joseph y Santa Teresa de la Imperial Ciudad de Toledo* (Madrid 1648).

JOAQUÍN DE LA SAGRADA FAMILIA, OCD, *La sierva de Dios María de Jesús* (Toledo 1919).

— *Epistolario de la sierva de Dios sor María de Jesús, carmelita descalza, ilustrado con notas históricas* (Toledo 1919). Además de 84 cartas contiene otra documentación.

MACCA, V., «María de Jesús (María López Rivas)», en *Bibliotheca sanctorum.* VIII: *Liadan-Marzi* (Roma 1967) cols.1004-1006.

— «María de Jesús (María López Rivas)», en L. SAGGI, *Santos del Carmelo* (Madrid 1982) 378-382.

Nuestros venerables —revista de la Postulación de los Carmelitas Descalzos de Castilla— (1976) n.88-89.

PABLO VI, «Fidelidad a la vocación contemplativa: la Beata María de Jesús López y Rivas, carmelita descalza. Homilía de Pablo VI en la ceremonia de la beatificación»: *Vida Religiosa* 41 (1976) 389-392.

RODRÍGUEZ, J. V., OCD, *Novena a la Beata María de Jesús, con introducción biográfica* (Madrid 1990).

SACRA RITUUM CONGREGATIONE, *Positio super introductione causae* (Roma 1924).

— *Positio super virtutibus* (Roma 1967).

SILVERIO DE SANTA TERESA, *Historia del Carmen Descalzo en España, Portugal y América,* IX (Burgos 1940) 779-823.

— *La venerable María de Jesús* (Burgos 1949).

SIMEÓN DE LA SAGRADA FAMILIA, OCD, *María de Jesús, el «letradillo» de Santa Teresa* (Burgos 1974).

VALENTÍN DE LA CRUZ, OCD, *Vida y mensaje de María de Jesús («Letradillo» de Santa Teresa)* (Burgos 1976).

Varia documentación: «Milagros para la beatificación»: *AAS* 68 (1976) 530-553.

— «Decreto de beatificación»: *AAS* 69 (1977) 252-255.

— «Homilía de beatificación»: *AAS* 68 (1976) 717-721.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN MARCELINO (DE CARTAGO)

Mártir († 413)

Este mártir lo fue en la disputa de los donatistas con la Iglesia católica y representa por ello una página singular de la historia eclesiástica. Se llamaba Marcelino Flavio y parece que era español, nacido en la ciudad de Toledo. Se abrió camino en el

entorno del emperador Honorio, del que llegó a ser tribuno y notario. Persona de clase alta y de considerable cultura, se interesaba por los asuntos doctrinales y teológicos desde una fe viva y comprometida. Amigo de San Agustín y de San Jerónimo, mantuvo correspondencia con ambos santos y tuvo además el honor de que el primero le dedicara algunas de sus obras. Se vio envuelto a partir del 411 en la controversia donatista, ya bastante antigua. Como otras cosas, negaban el perdón a los cristianos que en las persecuciones habían adorado a los ídolos. Los intentos de atraerlos a la comunión con la Iglesia, apoyados incluso por las autoridades civiles, habían resultado vanos. El año 409 Honorio les dio libertad religiosa y dos años más tarde a Marcelino se le enviaba como presidente y moderador de una conferencia o diálogo que tenía que haber entre los obispos católicos y los donatistas en Cartago. El intento era que se encontrara una fórmula de unión entre ellos, pero no hubo modo de llegar a un acuerdo. Marcelino, habiendo oído los argumentos de unos y otros, quitó la razón a los donatistas y les mandó entrar en comunión con la Iglesia, quedando él y su hermano, el procónsul de África Apringio, en cumplimentar la norma. Ambos se pusieron muy severos, demasiado según le pareció a San Agustín, y los donatistas se defendieron acusándolos de corrompidos y traidores al emperador por partidarios del usurpador Heracliano. El general Marino quedó encargado de impedir esta insurrección y sin juicio procedió a ejecutar a Marcelino, muerte que la propia corte imperial reconocería injusta. San Agustín y San Jerónimo exaltaron el valor de esta muerte. No por ello hubo culto litúrgico, pero Baronio puso el nombre de Marcelino, no el de su hermano igualmente ejecutado, en el *Martirologio.*

SAN MAURILIO DE ANGERS

Obispo († 453)

Maurilio nació en Milán, y en su juventud se hizo discípulo de San Martín de Tours. Una vez ordenado, se estableció en Châtillon-sur-Loire donde realizó una importante labor misionera. Hecho obispo de Angers en 423, a lo largo de los si-

guientes treinta años rigió con gran celo y firmeza su diócesis dedicado por entero a la predicación de la palabra divina y la conducción de la comunidad cristiana. Murió el 13 de septiembre del 453.

BEATO CLAUDIO DUMONET

Presbítero y mártir († 1794)

Nació el 2 de febrero de 1747 en Prissé (Saône-et-Loire), hijo de un cirujano. Ordenado sacerdote, fue profesor en el colegio de Mâçon y publicó en 1779 una biografía del abate Agut, fundador del hospital de incurables de dicha ciudad, muerto en olor de santidad. Era también predicador en el colegio y en el citado hospital. En marzo de 1790 empezó a percibir su pensión como profesor emérito. Llegada la hora de prestar el juramento constitucional lo prestó, pero al poco se retractó. Arrestado, fue condenado a la deportación el 3 de noviembre de 1793. De la detención en las ursulinas salió para Rochefort el 24 de abril del año 1794. Embarcado en el Washington, dejó escrita una relación que luego sería retocada y concluida por otro. Corroído de piojos, que soportó con enorme paciencia, murió el 13 de septiembre de 1794.

Fue beatificado el 1 de octubre de 1995 por el papa Juan Pablo II.

BEATO AURELIO MARÍA (BIENVENIDO) VILLALÓN ACEBRÓN

Religioso y mártir († 1936)

Nuestro beato pertenece al grupo llamado de los «Mártires de Almería» (cf. *Año cristiano. Agosto,* p.1168-1175).

Nace el 22 de marzo de 1890 en Zafra del Záncara (Cuenca) y recibe en el bautismo el nombre de Bienvenido. Su padre era labrador. Su padre muere cuando él tiene ocho años, y dos años más tarde muere su madre. Queda a cargo de su hermano mayor, Eustacio, que dijo no haber recibido de él ningún disgusto, porque era un chico obediente y piadoso. Bajo la influencia de

un piadoso maestro, él y su hermano Jesús decidieron su vocación religiosa e ingresaron en la congregación de La Salle en Bugedo (Burgos) el 15 de mayo de 1903. Comienza su noviciado el 22 de agosto de 1906, tomando el nombre de hermano Aurelio María, y al año hace los votos temporales, empezando seguidamente el escolasticado. En 1908 es destinado a la comunidad de Lorca, donde permanece dos años. Pasa luego a Avilés, donde está hasta 1915 y al término del curso de dicho año pudo visitar a su familia en el pueblo natal coincidiendo con su hermano Jesús, que había tomado en religión el nombre de hermano Laureano José. Es destinado al colegio Maravillas, de Madrid, haciendo en 1918 la profesión perpetua y permaneciendo en este colegio hasta 1927, en que es destinado al colegio de Nuestra Señora del Carmen, de Melilla, donde es subdirector y donde coincide con futuros compañeros de martirio.

El 2 de marzo de 1929, estando él en el colegio, éste recibe una bandera del rey Alfonso XIII por la ayuda prestada por el colegio cuando el desastre de Annual. De 1929 a 1930 asistió a un curso intensivo sobre temas de la congregación en Lembecq-les-Hall (Bélgica). Al volver fue nombrado director del colegio La Mirandilla, de Cádiz. Aquí hizo una labor muy apreciada por todos y dio gran impulso a la Asociación de Antiguos Alumnos. En 1933 es destinado a Almería, donde se dedica a la obra del nuevo colegio. Hace su trabajo con mucha ilusión. Profesor competente, hombre de comunidad, persona serena y pacífica y catequista ardoroso por la transmisión de la doctrina cristiana, hizo a su alrededor cuanto bien pudo, y llegada la hora del supremo sacrificio supo confesar a Cristo con gran valentía y morir como apóstol de la escuela cristiana. Luego de pasar prisión y malos tratos, fue fusilado en Almería el 13 de septiembre de 1936.

El papa Juan Pablo II lo beatificó en Roma el 10 de octubre de 1993 con el grupo de los «Mártires de Almería».

14 de septiembre

A) MARTIROLOGIO

1. Fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz **.
2. En Roma, en la Via Apia, la deposición de San Cornelio († 252), papa y mártir. Su memoria se celebra el día 16 de septiembre.
3. En Cartago, el martirio de San Cipriano († 258), obispo. Su memoria se celebra el día 16 de septiembre.
4. En Colonia (Alemania), San Materno († s. IV), obispo *.
5. En Comana, del Ponto, el tránsito de San Juan Crisóstomo, cuya memoria se celebró ayer.
6. En el monasterio de Bellvaux (Francia), el tránsito de San Pedro de Tarantasia († 1174), obispo, monje cisterciense **.
7. En Tolemaida (Palestina), San Alberto († 1214), patriarca de Jerusalén, anteriormente canónigo regular, y legislador de la Orden del Carmen **.
8. En Eben, del Tirol, Santa Notburga († 1313), virgen *.
9. En Rochefort (Francia), Beato Claudio Laplace († 1794), presbítero y mártir *.
10. En Tcheng-Tou (China), San Gabriel Taurino Dufresse († 1815), obispo titular Tabracense, de la Sociedad de Misiones Extranjeras de París, mártir **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

EXALTACIÓN DE LA SANTA CRUZ

«Exaltación de la Cruz» será mejor que para nosotros no signifique elevación, sublimación en vagas nubes de gloria, sino, al contrario: «humillación de la Cruz», mirada cara a cara a la dura realidad de lo que fue esa cama de muerte del Hijo de Dios. Ya nos hemos acostumbrado a la cruz, y hasta hay quien gusta de interpretarla como signo abstracto, casi como el «más» de los matemáticos, como «cruce de infinitos», etc. Pero para los primeros cristianos, la cruz era todavía algo tan horroroso que tardaron mucho en representar a Cristo clavado en ella (fue, recordémoslo, en la puerta de madera de Santa Sabina, en Roma). Porque ¿qué era la cruz? Lo que más se le parece ahora es la horca (una horca, en su forma, viene a ser una cruz manca). Pero en España eso nos dice poco: pensemos en el garrote

vil (otros pueblos pensarán en la guillotina, en la silla eléctrica, en la cámara de gas; nunca en el piquete de ejecución que, después de todo, tiene algo de honor militar). Pero, además, añadamos el lento suplicio a la ejecución: un suplicio gratuito, no para obtener declaraciones, a la manera moderna (y antigua), sino para hacer lenta y desgarradora la agonía. No entremos a preguntar detalles a los historiadores: si el reo era clavado antes por las manos al palo transversal, y éste elevado con cuerdas —como con las reses muertas, pero en vivo—, etc. Nos basta con saber: horas de tortura para morir, como los peores bandidos, para quienes quitarles la vida en un momento se habría considerado escaso castigo.

Es frecuente —se dirá— el caso de fundadores políticos y religiosos que murieron «ajusticiados». En nuestra época no nos es muy difícil imaginar que el Hijo de Dios se hubiera dejado fusilar (eso imagina Faulkner en su extraña reviviscencia de *Una fábula)*. Pero de haber nacido en nuestra época, el hecho de que hubiera muerto agarrotado, con dos granujas cualquiera —«A éste por ladrón», «A éste por subversivo», «A éste por ladrón»—, eso rebasa lo que podríamos esperar (a pesar de que nuestro siglo nos ha desengañado mucho de las justicias humanas y sus castigos). Ahora tenemos cruces al cuello y en las paredes, pero, ¿no nos hubiera escandalizado este artefacto de ejecución de haberlo conocido como tal antes de contar con Cristo? Quizá alguna vez, leyendo muertes de mártires —con refinadas torturas de ruedas de cuchillos, calderas de aceite, desolladuras— hemos pensado que Jesucristo aceptó una muerte sencilla, casi fácil. Sencilla, sí, pero la peor. Una muerte corriente, de código penal, sin ningún artilugio inventado para el caso, con el procedimiento vulgar; una «muerte en serie», como diría Rilke, igual que un traje de almacén, pero el más sucio y roto entre tantos iguales, para redimir la muerte de todos. Porque ya venía del tormento, refinado a fuerza de estúpido, de los soldados, que ni siquiera le odiaban como los judíos, y para quienes era un anarquista chiflado a quien azotaban para ver si así se podía cerrar el expediente, y a quien abofeteaban sólo por pasar el aburrimiento en el cuerpo de guardia, por vengarse de sus «horas extraordinarias» de servicio. Y de ahí —a petición de los su-

yos, no por deseo de los ocupantes extranjeros— a una muerte de delincuente común, con su palo como un poste de tormento, para que todos descargasen en él su golpe: unos, los celosos, ya tranquilizados, de perder el poderío religioso —y ésos darían más fuerte, para acelerar la muerte, y con ella su propio sosiego—; otros, echándole encima su desengaño político de conspiradores ambiciosos, despechados porque sus afanes de mando se hubieran esfumado en redención de espíritu.

A la vez que aparato de muerte, la cruz fue para Cristo picota de vergüenza. Para eso se ponían las cruces en alto; para «dar ejemplo» y permitir la burla y el salivazo. Pero seguramente ningún reo tuvo tal tempestad encima de insultos y manchas. Los ladrones, a los lados, aun con todos sus dolores, todavía se asombraron, sin comprender: el uno le increpó, el otro le defendió. De cruz a cruz se hizo un extraño diálogo, más allá de la vida y el mundo: el pobre agonizante de en medio prometía la gloria eterna al otro agonizante que creía en su inocencia. «Hoy estarás conmigo en el paraíso». Era una piltrafa, con la cara tapada por hilos de sangre de las espinas y por las huellas de las bofetadas; su cuerpo parecía vestido por millares de líneas de azotes; sobre su desnudez, un papelón anunciaba, con burlona seriedad: «Fulano de tal, rey del país».

Estaba ronco de sed, pero el vino con hiel era peor que la sed; alrededor, todos se le burlaban, jaleaban su agonía, le escupían. Pero Jesús, todavía en el potro, ganaba y se llevaba un compañero de tormento.

«Cristo se hizo obediente por nosotros hasta la muerte, y muerte de cruz» (Gál 6,8), leemos en la misa de hoy. Y de otro lugar, recordamos el mandato para salvarse: «Tome cada uno su cruz, y sígame». Pero pensamos en algo extraordinario, en un peso que, hasta en su misma forma, sea un testimonio de Dios, con su recuerdo y su consuelo aún en el dolor. Y, sin embargo, nuestra cruz es lo vulgar, lo de siempre; nos la tiene preparada la vida, y no se distingue de lo humano: está hecha con la madera misma de nuestro ser. La llevamos de todas maneras encima, pero se hace de Cristo cuando, en vez de odiarla, la aceptamos para ir detrás de él. La vida, más o menos cruelmente, antes o después, nos crucifica también. Pero podemos volver la mirada

al que más sufre clavado sobre nuestro mismo tormento de muerte, y confesar: «A mí me está bien empleado, pero, ¿y a éste, que no hizo más que querernos bien?».

Mientras llevamos la cruz invisible, alrededor florecen las cruces. ¡Qué extraño! Todos los emblemas suelen ser signos de gloria, o atributos de trabajo, o alusiones convenidas. El símbolo de Cristo es un esquema de muerte vil; de toda su misión en la tierra eso es lo que mejor le representa, la clave rápida para no olvidar y reconocer, justamente, la mayor humillación, la peor vulgaridad.

Basta un leve gesto, casi un azar, cualquier cosa, para una cruz. Un viajero inglés del siglo XVII contaba de los españoles: «Algunos, si ven en el suelo dos pajitas cruzadas, se arrodillan y las besan en el mismo polvo». Muy bello es, pero no es ésa la obediencia de que Cristo nos daba ejemplo. Ésa es la obediencia invisible, que no rompe una línea de vida como un intermedio extraordinario; en otro sentido: es la sumisión a lo que nos toque, la renuncia a que nuestra voluntad sea algo aparte de la de Dios. Es el andar por la vida sin apego a lo que —con todo amor— hacemos: cuidando nuestros hechos, pero dispuestos a dejarlos en cuanto tiren para el otro lado de Cristo, y dispuestos a seguirlos amando también cuando se nos vuelvan dolor y fatiga sobre los hombros, y no podamos quitárnoslos de encima. Cuando nos dicen «obediencia», parece que lo oímos siempre como a través de nuestros oídos de niño: «haz esto», «haz aquello», «no comas esto», «no toques lo otro». Quizá no hemos aprendido una obediencia «de mayores», y pensamos que si Dios nos mandara algo, si Cristo nos viniera a dar una orden, ¡qué de prisa lo haríamos! Pero nunca nos ha mandado nada Cristo; no hemos oído su voz diciéndonos qué oficio debíamos seguir, qué estado debíamos tomar, qué solución debíamos adoptar en aquella ocasión de la que dependió nuestra vida, y en que volvimos los ojos al cielo deseando un mandato que nos evitara la responsabilidad y el terror de equivocarnos. Nuestra obediencia ha de ser otra: estampada en cada momento, más allá de lo que elijamos y lo que hagamos, como entrega ciega de nuestra voluntad a la divina, sin importarnos siquiera nuestro margen de error y aun nuestras mismas caídas de todos los

días. Pues no seremos nosotros quienes nos elevemos, sino él que tira de nosotros desde el mismo centro de la renuncia y el sufrimiento.

En el evangelio de la misa de hoy se lee: «Cuando me eleven sobre la tierra, atraeré a Mí todas las cosas. (Pero esto lo decía indicando de qué muerte tenía que morir)» (Jn 12,32). Nadie entendió esta paradoja: acaso pensarían en un trono, y en el mundo entero viniendo a rendir homenaje a Cristo. Hubiera sido imposible que imaginaran un trono en forma de cruz y una elevación a través del dolor: hacia la muerte y el abandono de Jesús acuden todas las cosas, acrecentando su propia desazón íntima para tender a ese centro de resolución y gloria. Pero se ha dejado elevar en tormento, porque lo que quería no era reinar simplemente sobre los hombres y las cosas, sino elevarlos, sacarlos de su ser caído, y hacerles subir hasta que fueran mundo suyo, y ya no mundo del pecado. Muerto, y muerto a manos de los hombres, y estrujado hasta quedar como cosa, humillado hasta el nivel de la materia misma, desde ahí acompaña el ascenso de todo, tira de todo para que por su cruz suba con él al cielo.

Y la cruz volverá a estar en el trono de esplendor de Jesucristo, cuando vuelva para juzgar al mundo y darle la gloria final: cruz será el relámpago que le precederá, escrito en el cielo sobre los países, y el signo en su mano, como la llave de su poderío y la vara que divida el rebaño humano, a un lado o a otro, para siempre. De su paso por la tierra, sólo eso le quedará acompañando su carne gloriosa: la señal de la cruz, convertida de tortura en árbol de luz, lo mismo que todo dolor ha de resucitar hecho esplendor en nuestro cuerpo, y toda memoria convertida en alegría.

JOSÉ MARÍA VALVERDE

Bibliografía

Art. en F. CABROL - H. LECLERCQ (dirs.), *Dictionnaire d'archéologie chrétienne et de liturgie.* III/2: *Ciacconio-Cycique* (París) cols.3131-3139.

HÜNERMANN, W., *El coro de los santos. Hagiografía anecdótica para el hogar cristiano* (Barcelona 1955) 506-507.

La leyenda de oro para cada día del año. Vidas de todos los santos que venera la Iglesia, III (Barcelona [4]1866) 532-533.

SAN PEDRO DE TARANTASIA

Obispo († 1174)

En el año de gracia de 1096 —el mismo en que los primeros cruzados de toda Europa respondían a los llamamientos del papa Urbano II y a las prédicas de Pedro el Ermitaño, aprestándose a embarcar para la conquista de los Santos Lugares; el mismo también en que el anciano abad Roberto de Molesmes tomaba posesión en tierras del ducado de Borgoña de un salvaje trozo de bosque pantanoso, sombrío y dramático, llamado Cîteaux, para poner los cimientos del monasterio que tanta gloria daría a la Iglesia de Jesucristo por la admirable virtud de sus monjes, mantenida sin desmayo a través de los siglos— vio la suave luz de la Saboya, en el Bourg de Saint-Maurice, aldea cercana a la ciudad de Vienne, un niño, segundo hijo de un matrimonio de honrados labradores, que recibió con las aguas del bautismo el nombre del príncipe de los apóstoles, llevado por su progenitor.

Crecido en un hogar cristiano y modesto, Pedro —por tradición y voluntad paterna— debía seguir apegado a los oficios campesinos con sus hermanos menores, mientras el mayor, Lamberto, cultivaba su intelecto en las escuelas y universidades del país con el fin de emprender, al llegar a la madurez, las altas misiones en las que se cosechan los laureles civiles o eclesiásticos. No obstante, los mejores dones del Espíritu Santo —lúcida inteligencia, memoria portentosa, férrea voluntad para el estudio— se revelaron tan precozmente en el pequeño Pedro, que su padre hubo de acceder a verle abandonar los viñedos del predio familiar para sentarse al lado del primogénito en los duros bancos escolares. La mano predestinada a cavar, escardar, podar y vendimiar aprendió velozmente a manejar el punzón de los doctos, y los ojuelos infantiles, a leer, en los venerables pergaminos conservados en las bibliotecas saboyanas, el griego y el latín de los poetas, los filósofos y los Padres de la Iglesia. El joven estudiante suscitaba el asombro de maestros y condiscípulos por la gravedad de su talante y la facilidad, rayana en el prodigio, con que asimilaba —como si las tuviese ya sabidas por inspiración divina antes de serle explicadas— las más arduas lecciones de letras clásicas, la pomposa riqueza lírica de los sal-

mos, los intrincados problemas de la filosofía y los hondos misterios teológicos. Y mayor aún era el pasmo con que las gentes admiraban la transparencia angélica de su alma adolescente, de nítida pureza y clarividente compenetración con las doctrinas de Nuestro Señor Jesucristo.

Apenas cumplidos los veinte años y aprendido cuanto los sabios profesores pudieran enseñarle, el mancebo —sobre el que coincidían unánimes los felices augurios de elevados destinos mundanales— manifestó a su padre el propósito, albergado en su corazón desde la infancia, de apartarse de cualquier camino que condujera a la gloria terrena, para emprender los del retiro y el silencio de la vida contemplativa. Tan firme era su voz al expresar ese anhelo, que el padre renunció a los hermosos planes soñados para el hijo con ilusión y orgullo humanos y, sin vacilación alguna, entregó a Dios aquel deslumbrador diamante que el propio Dios habíase complacido en crear y pulir. Pedro ingresó como novicio en el recién fundado monasterio cisterciense de Boneval, enclavado en la comarca en que naciera. Desde que en la solemne ceremonia del Capítulo vistió la blanca librea de Nuestra Señora, el joven religioso se convirtió en vivísimo estímulo para las virtudes de sus hermanos más ancianos y austeros por los rigores penitenciales heroicamente aplicados a su cuerpo juvenil y por la obediencia, humildad, laboriosidad y mansedumbre puestas en el desempeño de los diferentes oficios monacales.

A pesar de la espesa muralla de aislamiento que rodeaba a los monasterios contemplativos, el aire —lleno del nombre de Bernardo de Fontaines, joven abad de Claraval desde 1115— se filtraba por puertas y ventanas, proporcionando un constante incentivo de santidad a la devoción de los monjes. A imitación de Bernardo de Claraval, el joven Pedro de Boneval consiguió que toda su familia «alcanzase a Cristo». Primero el hermano mayor, Lamberto; luego el hermano y la hermanita pequeños; por último, los padres se desprendieron —como Tescelin de Fontaines y sus hijos— de la servidumbre de la tierra para alistarse en la del cielo: los varones, en la misma abadía de Boneval; las hembras, en la recoleta clausura de un convento de religiosas.

La semilla cisterciense se espigaba por toda Europa en nuevos monasterios. Una increíble proliferación de vocaciones y fundaciones parecía cubrir el viejo Continente con la nieve de las cogullas de los monjes blancos. El abad de Boneval, falto de espacio en su abadía para acoger a tantos postulantes, estableció una nueva casa de Dios en la falda de los Alpes. Por hallarse situada en la confluencia de varias provincias, la nueva abadía recibió el nombre simbólico de Estámedio. Para gobernarla fue designado fray Pedro, cuyas dotes de mando y religiosidad compensaban su juventud.

La caridad —una inmensa caridad que inundaba todos los actos y todos los minutos de su existencia—, al sobresalir por encima de todas las demás virtudes cistercienses atesoradas por su alma, convirtió al abad de Estámedio en el hombre más famoso y admirado del ducado de Saboya y del contiguo Delfinado. Hasta el punto de que, al fallecer el arzobispo de Tarantasia —Tarentaise o Tarantaise, provincia saboyana que recibía su nombre de la ciudad así llamada, en cuya archidiócesis, establecida en el siglo V, se encontraba el monasterio-hospital de Estámedio—, el clamor popular exigió la elevación del abad Pedro a la silla archiepiscopal. La voz del pueblo atravesó los Alpes y llegó hasta Roma. El Santo Padre, conocedor de las excelsas cualidades del abad, no dudó en concederle la mitra.

La noticia de su nombramiento sobrecogió al abad. Él quería servir a Dios en la soledad y el apartamiento de la estrecha observancia cisterciense, con la oración y la penitencia, con la humildad y la oscuridad, muy unido a sus monjes y lejos de las voces estridentes del mundo. Una y otra vez se negó suavemente a aceptar el cayado que se le ofrecía para guiar a la grey de los fieles tarantasianos. Siendo inútiles todos los ruegos para hacerle torcer aquella decisión negativa tenazmente sostenida, el clero y los seglares de la archidiócesis acudieron a la autoridad del Capítulo general del Císter, en donde la inefable dulzura persuasiva de San Bernardo consiguió vencer los mil reparos y escrúpulos de la modestia en que el abad Pedro se apoyaba, forzándole a sacrificar —por obediencia— la paz de su cenobio a la confusión del mundo y a convertirse en pastor de almas.

La diócesis de Tarantasia —como otras muchas en aquellos tiempos— padecía todos los males morales de la época: la dure-

za y crueldad del régimen feudal, los fermentos heréticos, la simonía, las depredaciones y rapiñas de los despóticos barones, los abandonos y flaquezas, las codicias y las supersticiones, así como otros muchos pecados del espíritu o la carne. Pero el nuevo arzobispo supo empuñar el báculo con mano enérgica y extremar sus austeridades a fin de imponer respeto y dar ejemplo a los orgullosos señores, a los clérigos levantiscos, perezosos o en exceso aseglarados, y, en fin, a los fieles de fe entibiada por las circunstancias. Con el despliegue de su talento, su virtud y su firmeza, el arzobispo Pedro no tardó mucho tiempo en devolver a su diócesis el orden y la sobriedad perdidos, para lo cual no vaciló en utilizar toda clase de arbitrios singulares y edificantes, con los que excitaba la caridad hacia el prójimo y el celo por las cosas divinas.

Cuando era necesario para el mayor esplendor del culto, Pedro de Boneval se revestía con los ricos ropajes de su jerarquía, sin abandonar por ello la túnica y escapulario cistercienses, bajo los que llevaba, pegado a la carne, un áspero cilicio. Desterrada implacablemente de su mesa la tremenda gula medieval, imponía la rigurosa dieta del refectorio monástico —pan y legumbres hervidas sin condimentar—, que compartía con cuantos mendigos se acercaban a sus puertas —abiertas siempre de par en par para los pobres— suplicando por el amor de Dios una limosna. Ni un solo día abandonó el horario de preces del Císter. Se levantaba para los maitines a las dos de la mañana y no volvíase a acostar en todo el día. Recorría continuamente su diócesis —a pie casi siempre—, llevando el consuelo de su ministerio, de su presencia y de su palabra a los menesterosos, a los enfermos, a los pecadores más empedernidos, a quienes prodigaba las mieles y caricias de Jesucristo. Los hagiógrafos refieren que muchas veces, por no tener otra cosa que dar a los pobres, se despojaba en pleno invierno de sus vestiduras, e incluso llegaba a sustraer para los más necesitados los parcos alimentos de sus familiares y servidores. En dos de los abruptos pasos alpinos fundó refugios en donde acoger a caminantes y peregrinos, encomendando su custodia a los monjes de Estámedio.

El bienestar extendido por la archidiócesis de Tarantasia gracias a la bondadosa sabiduría y a la enérgica prudencia de su

prelado, suscitaba en sus feligreses una oleada de amor y reverencia que envolvía todos sus pasos. Las conversiones y hechos milagrosos, al sucederse sin interrupción, ensanchaban de tal forma su popularidad que, temeroso ante aquella inmensa aureola de santidad, de la que se juzgaba indigno, y, sobre todo, sospechando que pudiera ser una añagaza del enemigo para empañar de vanagloria el limpio cristal de su sencillez, decidió huir de Tarantasia y buscar refugio en Alemania, país en donde no era conocido. Hízolo así en secreto, y, una vez en tierras germánicas, solicitó su admisión como simple hermano converso en una abadía de la Orden. Por ser frecuentes sus viajes, sus familiares y feligreses tardaron algún tiempo en darse cuenta de su desaparición. Cuando el rebaño comprendió que se había quedado sin pastor, su angustia y su zozobra fueron infinitas. Como todas las pesquisas realizadas resultaran inútiles, se le consideró muerto, si bien una remota esperanza, palpitante en todos los corazones, aconsejó dejar vacante la sede.

Mientras las gentes lloraban doloridas la pérdida de su arzobispo, Pedro, escondido para Dios en el monasterio alemán, se ocupaba en los trabajos más rudos y penosos, como si fuese un gañán ignorante y no uno de los más sabios y santos jerarcas de la Iglesia de Cristo. Mas he aquí que un mozo saboyano, educado desde la niñez como paje del arzobispo de Tarantasia, hallándose de viaje en Alemania, acertó a pasar ante el monasterio. Llamó a la puerta para pedir alojamiento en la hospedería, siendo recibido por el hospedero con todos los honores establecidos en la Regla de San Benito para acoger a los huéspedes. Cuando, después de dar descanso a su persona y a su corcel, se disponía a proseguir su jornada, el caminante vio salir a la comunidad formada en larga hilera silenciosa para dirigirse a sus labores campesinas. Con asombrado gozo el viajero reconoció en uno de los conversos de hábito pardo y largas barbas grises a su venerado arzobispo, cargadas las espaldas con los aperos de labranza. Sin poder dominar su alegría, y violando las normas que el huésped de un monasterio cisterciense está obligado a guardar, corrió a postrarse a los pies de su prelado, proclamando a gritos su nombre. Pedro de Tarantasia, sin poder conservar ya el incógnito, recibió allí mismo el filial homenaje de la co-

munidad germana, que por boca de su abad se excusaba de no haber sido capaz de reconocer en la incomparable santidad del abnegado hermano la del famoso arzobispo de Tarantasia, misteriosamente desaparecido de su diócesis, cuya historia llevaban y traían por toda Europa los juglares, los mercaderes, los soldados y los demás trotacaminos. En la inesperada llegada de su antiguo paje, Pedro adivinó una orden providencial y emprendió con él el regreso a su diócesis. Inútil decir las vehementes explosiones de júbilo que acogieron su presencia.

Durante el año que estuvo ausente habían renacido en Tarantasia muchas malas hierbas y descarriádose numerosas ovejas. El arzobispo reanudó sus tareas pastorales con el mismo celo de antaño, acompañado, como siempre, del éxito y la gloria.

Una virtud inédita hasta entonces florecía ahora en el alma del santo arzobispo: la de «componer discordias y desterrar el rencor de los ánimos enemistados», de que habla uno de sus biógrafos. Su palabra, de cálida elocuencia, era capaz de apaciguar en un instante cualquier antigua y erizada rencilla de tipo personal o político, hermanando en un abrazo de paz y de fraternidad a los más irreconciliables enemigos, y de apagar la sed de venganza para convertirla en hambre de amor. Con esa virtud, después de aplacar las rivalidades ancestrales de muchos grandes señores de Saboya y el Delfinado, de unir patrimonios deshechos y de cortar instintos fratricidas, fue llamado a mediar —con diplomacia que sólo hubiera podido superar San Bernardo— en las diferencias surgidas entre los monarcas de Francia e Inglaterra, divididos por sus ambiciones personales y por el cisma provocado por el emperador Federico de Alemania a la muerte del pontífice Adriano IV, al empeñarse en sostener en el trono de San Pedro al antipapa Víctor, frente a los legítimos derechos de Alejandro III, elegido por veintiuno de los veintitrés cardenales que entonces componían el sacro colegio.

La actitud del emperador Federico venía a continuar la vieja polémica de las investiduras surgida entre su antecesor Enrique IV y el papa Gregorio VII. Los titulares del Sacro Imperio Romano se creían con derecho «divino» a ejercer su autoridad sobre todos los hombres y todas las tierras, mientras los pontífices sostenían que la Iglesia debía estar fuera de la autoridad

del Estado. Incluso algunos papas, llevando a sus últimas consecuencias las teorías de San Agustín sobre el reinado de Dios en la tierra, pretendían ejercer una soberanía temporal sobre todas las naciones. La lucha entre las dos potestades había de prolongarse durante toda la Edad Media e influir sobre muchos acontecimientos de la Edad Moderna.

La oposición de Pedro de Tarantasia al capricho del emperador —que había logrado atraer a su partido a numerosos caballeros, obispos y prelados— fue tan firme que provocó la cólera de Federico. El emperador desterró de sus Estados a los cistercienses, si bien no se atrevió a esgrimir su poderío contra el arzobispo, a quien temía y respetaba a pesar de los terribles anatemas que Pedro fulminaba contra él y de las excitaciones de sus cortesanos.

Más adelante, el papa Alejandro envió a Pedro de Tarantasia en varias ocasiones como su legado, para desempeñar delicadas misiones de la política de Dios en Francia, Saboya, Lorena e Italia, realizadas siempre con exquisito tacto. Al regresar de una de ellas el anciano arzobispo, fatigado de treinta y tres años de gobierno de su diócesis, debilitado el cuerpo por el rigor de tantas penitencias y trabajos, que no extinguieron los fuegos de su espíritu, enfermó de gravedad en una aldea cercana al monasterio cisterciense de Bellvaux, al que fue trasladado para esperar a la muerte, como quieren los usos de la Orden, sobre una cruz de paja y de ceniza extendidas en el suelo. Su muerte, acaecida, al parecer, el 14 de septiembre de 1174, tuvo la dulce serenidad, la santa tranquilidad que hace sublime el tránsito de los bienaventurados. Murió entre los rezos de los monjes blancos que le rodeaban extáticos. Una muchedumbre acongojada llegó desde todos los confines de la comarca para contemplar sus despojos, expuestos durante tres días a la veneración de los fieles. Su cuerpo recibió sepultura ante el altar de Nuestra Señora en la iglesia del monasterio. Pocos años después, en 1191, el arzobispo de Tarantasia fue canonizado por el papa Celestino III, Jacinto Robo, que había subido al trono de San Pedro el año antes, a los ochenta y cinco de edad. Celestino III, contemporáneo del gran arzobispo y conocedor de sus méritos para figurar entre los elegidos en la gloria del Señor, decretó su santificación

y que la Iglesia católica conmemorara su festividad el día 8 de mayo, que en todos los monasterios cistercienses de la estricta observancia del mundo se celebra con solemnidad de doble, o sea de dos misas y lecciones propias.

FELIPE XIMÉNEZ DE SANDOVAL

Bibliografía

Act. SS. Boll., 8 de mayo (Venecia 1738) 320-348: *Vita*, de GODOFREDO DE AUXERRE.
BRULTEY, H., *Saint Pierre de Tarentaise, ses reliques, ses miracles, son culte* (Besançon 1874).
DIDIMIER, M. A., *Saint Pierre de Tarentaise* (Saint-Martin de Ligugé 1935).
MÜLLER, G., *Leben des heiligen Petrus von Tarantaise* (1892).

SAN ALBERTO DE JERUSALÉN

Obispo († 1214)

Nació en Italia «en Castrum Gualterii (la actual Castel Gualtieri, en la diócesis de Guastalla, o quizá Gualtirolo, en la diócesis de Regio Emilia), hacia la mitad del siglo XII, de la familia Abogadro, como algunos opinan, o más probablemente de los condes de Sabbioneta».

Así comienza su noticia biográfica alguien que ha tratado de averiguar bien los orígenes de Alberto. En 1180 aparece como elegido Prior de los Canónigos Regulares de Santa Cruz de Mortara (Pavía), a cuya familia religiosa se había incorporado unos años antes.

Ese mismo año fue elegido obispo de Bobbio; en 1185 fue trasladado a la diócesis de Vercelli, rigiéndola durante 20 años. Durante su episcopado en Vercelli la Santa Sede se sirvió de él para varias misiones de importancia: mediador de paz entre Clemente III y Federico Barbarroja, entre Milán y Pavía (1194), en 1199 entre Parma y Plasencia (Piacenza). En su diócesis celebró sínodo diocesano en 1191, «de gran valor por su parte disciplinar que ha continuado sirviendo de norma hasta los tiempos modernos».

Aparte estas disposiciones sinodales para su diócesis, en 1194 escribió los estatutos para los canónigos de Biella e inter-

vino también en 1200 en la confección de la Regla para los Humillados, transformados en instituto religioso por el papa Inocencio III.

Vacante el patriarcado de Jerusalén por renuncia del titular, elevado al cardenalato, fue elegido Alberto para el cargo por los canónigos del Santo Sepulcro según la concesión que tenían. Al confirmar Inocencio III el nombramiento en carta del 17 de febrero de 1205 invita a Alberto a aceptar el cargo, diciéndole: «Aunque nos eres muy necesario en la región de Lombardía, pues confiamos plenamente en ti para que nos representes incluso en los más difíciles asuntos». Alberto aceptó con sencillez dispuesto a cumplir la voluntad de Dios, cumpliendo la voluntad del Papa que, anunciando a los prelados de Tierra Santa el envío del nuevo patriarca, lo calificaba de «varón probado, discreto y prudente».

La llegada de Alberto a Tierra Santa tuvo lugar a primeros de 1206:

> «Pero, al no poder entrar en Jerusalén, que estaba ocupada por los Sarracenos, hubo de fijar su residencia en Accon (San Juan de Acre). En Palestina fue mediador de Paz entre el rey de Chipre y el de Jerusalén, entre el rey de Armenia y el conde de Trípoli, entre el conde de Trípoli y los Templarios; entre el rey de Armenia y los Templarios, desarrollando al mismo tiempo una acción eclesiástica muy meritoria, que le mereció más de una vez la estima del Papa Inocencio III».

Así aparece Alberto como hombre de paz él mismo y sembrador de concordia y buen entendimiento entre las gentes. Hombre de esta talla y de esta condición pacífica no merecía morir como murió, acuchillado por el maestro del Hospital del Espíritu Santo el 14 de septiembre de 1214 en San Juan de Acre durante la procesión de la «exaltación de la Santa Cruz».

Experto en leyes, como ya lo había demostrado en Italia, accedió el Patriarca a la petición que le hicieron los ermitaños del Carmelo y les extendió la Regla o norma o forma de vida según la cual tendrían que regirse. Regla breve y de gran aliento espiritual:

> «Esta norma de vida es una muestra preciosa de la mente y del espíritu de Alberto y ha de ser considerada como un texto impor-

tante de la espiritualidad medieval [...]; contiene verdaderas prescripciones disciplinares, pero insiste especialmente en el espíritu de la nueva institución orientada hacia la continua oración y hacia la meditación de la palabra de Dios, al clima de silencio interior y exterior, al recogimiento y al desprendimiento, que favorecen el trato con Dios».

En estas coordenadas y en la vida teologal que propicia se fijó especialmente Santa Teresa, que se refiere a la Regla del Carmelo tantas veces: cuando se siente asustada por alguna de las visiones y experiencias fuertes que ha tenido piensa qué podrá hacer por Dios, «y pensé —dice— que lo primero era seguir el llamamiento que su Majestad me había hecho a religión, guardando mi Regla con la mayor perfección que pudiese»; sus llamadas a la oración continua son llamadas a la observancia de los preceptos de la Regla que manda que «oremos sin cesar».

Cuando se decide a hablar a sus monjas de tres cosas importantísimas para su vida religiosa y espiritual: amor de unas con otras, desasimiento de todo lo criado, verdadera humildad, les dice que no son cosas nuevas sino que ya están expresadas en la Regla carmelitana que quieren observar cumplidamente y con gran cuidado.

Cuando se está muriendo en Alba de Tormes deja a sus monjas en herencia: «Hijas mías y señoras mías: por amor de Dios las pido tengan gran cuenta con la guarda de la Regla y Constituciones, que si la guardan con la puntualidad que deben, no es menester otro milagro para canonizarlas».

Así conectaba la santa no sólo con la letra y el espíritu de la Regla carmelitana sino con la persona del legislador San Alberto, patriarca de Jerusalén.

Rosanna Ruocco, que ha estudiado la iconografía carmelitana, recuerda:

«Los atributos iconográficos de este santo son un crucifijo y un puñal. Este último como probable alusión a la puñalada recibida por Alberto durante una procesión en San Juan de Acre, y que le fue asestada por una persona a la que Alberto había justamente destituido de su cargo. Con estos dos atributos se le representa en un cuadro de Dosso Dossi en la iglesia del Carmen de Módena. P. Lorenzetti lo representó en el basamento del cuadro del Carmen de Siena, entregando la Regla de la Orden a B[rocardo]».

Toda la familia del Carmelo celebra su fiesta, recordándolo y venerándolo como su legislador y gran inspirador espiritual del carisma de la Orden.

JOSÉ VICENTE RODRÍGUEZ, OCD

Bibliografía

CICCONETTI, C., *La Regola del Carmelo. Origine, natura, significato* (Roma 1973).

DIEGO SÁNCHEZ, M., «Contribución litúrgica de V. Macca», en *Archivum Bibliographicum Carmeli Teresiani* 33 (1997) 307-362, espec. lo que dice V. Macca sobre San Alberto, p.329-330.

MOSCA, V., *Alberto, patriarca di Gerusalemme* (Roma 1996).

PIANZOLA, F., «San Alberto Abogadro, dell'Ordine Mortariense, legislatore dei carmelitani», en *Il Monte Carmelo* 23 (1937); 24 (1938); 25 (1939).

SECONDIN, B. (ed.), *La Regola del Carmelo oggi* (Roma 1982). Trad. española: *Un proyecto de vida. La Regla del Carmelo hoy* (Madrid 1985).

STARING, A., «Alberto, patriarca de Jerusalén», en L. SAGGI, *Santos del Carmelo* (Madrid 1982) 215-218.

SAN GABRIEL TAURINO DUFRESSE

Obispo y mártir († 1815)

Escribía en cierta ocasión:

«Un misionero tiene necesidad de una gran humildad para no perderse. Todo parece conspirar para inspirarle sentimientos de orgullo. Porque en el mundo se mira esta vocación como una vocación sublime y se trata de apóstoles a quienes la han abrazado, existe la tentación de creerse tal por este título [...] Porque se han atravesado los mares, porque se ha expuesto uno a muchos peligros, porque ha tenido que sufrir mucho en el ejercicio del ministerio, se siente la tentación de mirarse ya como un gran santo, aunque en el fondo, examinando las cosas de cerca, sepa uno que está muy alejado de la verdadera santidad [...] Porque hay que tratar toda suerte de asuntos, se siente la tentación de creerse capaz de todo, aunque en realidad se caiga en una infinidad de imprudencias [...] Porque se hacen conversiones en el ejercicio del ministerio, se siente la tentación de mirarse como un vaso de elección del que Dios se sirve para llevar su nombre a las naciones infieles, y atribuirse lo que en realidad no ha sido más que obra de uno de quienes habéis quedado en París... Porque se ve a los pueblos sometidos a sus órdenes y prosternados a sus pies, hay la tentación de inflarse y creerse digno de estos honores...».

Continúa el santo la enumeración, y de esta manera, al mismo tiempo que ejercita su propia y admirable humildad, nos da una magnífica idea de lo que había sido su vida de misionero.

Gabriel Taurin había nacido en Lezoux (diócesis de Clermont) hacia el final del año 1750. Como tantos otros, encontró el camino de su santidad en París. En efecto, estudiando en el colegio de San Luis, conoció las Misiones Extranjeras por uno de sus antiguos profesores que había marchado a la China. Pronto se decidió su vocación, y en julio de 1774 entraba en el Seminario de Misiones Extranjeras, en la *calle du Bac*. En diciembre era ordenado sacerdote y enviado a China. El viaje hasta Cantón no ofreció mayores dificultades. En 1776 se encontraba en trance de penetrar en aquel inmenso imperio.

El viaje que tuvo que hacer fue novelesco a más no poder. Empezó por disfrazarse de chino: la cabeza afeitada, una larga trenza postiza, anteojos chinos, vestido de anchas mangas, doble pantalón cerrado con hebillas, medias de algodón, zapatos de tela y papel... En aquellos tiempos los chinos habían visto pocos europeos, y el imperio era lo suficientemente grande para que se pudiera pensar que se trataba de un chino venido de algunas de las provincias más lejanas del vasto imperio.

Se acomodó en un típico junco. Aunque el acomodo sólo duró hasta Macao. Desde allí hubo de ocultarse en el fondo de la cala. Por un mísero agujero veía los farolillos de papel colorado en torno a los navíos inmóviles. Estallaban los fuegos artificiales como si China festejase, sin saberlo, la llegada de aquel portador del Evangelio.

Después cambió de junco. Iba a iniciar su navegación fluvial. Lentamente fueron subiendo por el río Pe-Kiang hasta los montes de Mei-Ling. Lenta y solemnemente. Durante la noche el barco se detenía. El patrón daba la señal con un *gong*, se reunía la tripulación, y después de la triple genuflexión se quemaban papelitos al genio de las aguas. El misionero, oculto en la bodega, seguía todo aquello. E iba viendo cómo, a medida que avanzaban hacia el distrito que le había correspondido, el paisaje iba cambiando. Lo que al principio eran campos de arroz, de algodón o de tabaco, se iba haciendo cada vez más bravío y árido.

En el límite entre Kouang-Tong y Hou-Nan desembarcó y comenzó su camino por tierra. Entre peligros, pues alguna vez estuvo a punto de ser arrestado. Por fin llegó a Seu-Tchouen, la montañosa provincia a la que le habían destinado. Habían sido tres meses de camino verdaderamente agotador. Pero no importaba. Él se puso inmediatamente a estudiar de manera intensiva la lengua china. Poco después se le confiaba un amplio distrito, que comprendía trece poblados. Por poco tiempo. Fue arrestado y llevado preso a Pekín. Consiguieron su liberación, y logró volver, no sin muchos peligros, a cuidar de sus ovejas.

En 1784 el emperador dicta de nuevo la orden de arresto de todos los sacerdotes. También Gabriel Taurin cae prisionero, pero, en un descuido de sus guardas, consigue escapar. La odisea toma un tinte marcadamente novelesco: los guardas deliberan largo rato a la entrada de la gruta en que él se había escondido y por fin se marchan sin registrarla. Sale él para proseguir su huida, y le ven al atravesar un vado. Ya le iban a alcanzar, cuando cae en una cisterna seca. Los soldados le buscan, vociferando contra aquel extranjero que ha conseguido desaparecer de manera tan brusca e increíble. Él mismo, pensando horrorizado que iba a morir allí sin poder salir, les llama, pero ellos no le oyen y se marchan. Logra por fin salir, cruza junto a sus perseguidores, que están dormidos, y corre a refugiarse entre los cristianos. Parecía que iba a poder respirar, cuando he aquí que le llega una carta: su antiguo profesor, el que había sembrado en él la vocación misionera, era ahora su obispo y había sido preso. Le ordenaba que también él se entregara. Dufresse obedeció. Después de un largo interrogatorio fue enviado a Pekín, y al cabo de seis meses de prisión, liberado. Pese a sus intentos de permanecer en China, el virrey le embarca para Europa. Pero en 1789 vuelve de nuevo a China, le encontramos en Tchong-King, donde cuatro años después actúa de provicario apostólico. En 1800 es nombrado coadjutor de monseñor de San Martín, su antiguo profesor y obispo, y como tal coadjutor es consagrado también obispo titular de Tabraca, el 25 de julio de 1800, y en 1801 sucede a su obispo.

La labor era inmensa: cincuenta millones de almas, de las que sólo cuarenta mil eran católicos. Los fieles, repartidos en

más de cuatrocientas cristiandades, agrupados a su vez en distritos. Había treinta y tres escuelas de niños, veintinueve de niñas y un seminario con dieciocho alumnos. El Beato Dufresse hizo todo lo posible por implantar con solidez la religión católica: en 1803 reunió un sínodo diocesano, cuyas constituciones fueron aprobadas por Roma en 1822. Viendo que Europa no proporcionaba misioneros, pues Napoleón lo impedía, y respondiendo a un ideal y una tradición muy propios del Seminario de Misiones Extranjeras de París, trabajó a fondo por obtener un clero chino. Así, en 1813, contaba ya con veinticuatro sacerdotes de esa nacionalidad. Además, discretamente, sin ruido, para no despertar alarmas, realizó una admirable tarea de apostolado. La media de adultos bautizados por año entre 1804 y 1809 fue de unos mil quinientos, y la de niños pasó de 4.500 en 1802 a cerca de 15.000 en 1812.

Las cosas marchan bien, y el santo podía mirar con alegría los frutos que empezaban a recogerse después de tantos años de intenso trabajo. Faltaba regar con su sangre aquella planta que ya había sido regada con su propio sudor. Él mismo, hacía muchos años, en 1789, había escrito: «Si muriéramos por la fe en la cárcel... miraríamos este favor como el más señalado de todos los que hemos recibido». Sin embargo, la gracia del martirio, que parecía haber estado casi a su alcance en tantas ocasiones, no acababa de llegar. Por eso escribía años después, con cierta tristeza:

> «Dios no se apresura, por su infinita bondad, a sacarme de este mundo, y se contenta con castigarme ligeramente con cortas enfermedades, para perdonarme largamente en el otro. Por otra parte, la misericordia de nuestro Salvador, cuyas trazas son de no extinguir la mecha que aún humea, deja sin duda ésta, sobre todo en estos países de tinieblas, a menos hasta que venga algún otro europeo para reemplazarla. No ceséis, por favor, de pedir que el fuego de su amor y del cielo se encienda al menos en mis decrépitos días actuales».

Dios no le negó, sin embargo, la gracia del martirio. El 14 de septiembre de 1815, después de haber exhortado y bendecido a una treintena de cristianos, moría decapitado en Tcheng-Tou.

El papa León XIII le beatificó el año 1900; y fue canonizado por el santo padre Juan Pablo II el 1 de octubre de 2000 jun-

to a los demás «Mártires de China» que padecieron persecución entre los años 1648 y 1930.

LAMBERTO DE ECHEVERRÍA

Bibliografía

«Decreto de beatificación», en *Lettres apostoliques de S. S. Léon XIII,* t.6 (París 1900) 56-60.
LAUNAY, A., *Les bienheureux martyrs de la Société des Missions Étrangères* (París 1929).
SAINT-ROCH, T., *Un enfant de Lezoux: le B. Taurin Dufresse* (Clermont-Ferrand 1932).
• Actualización:
CHARBONNIER, J., *Histoire des chrétiens de Chine* (París 1992).
POLI, G., «Mártires de China», en C. LEONARDI - A. RICCARDI - G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los Santos,* II (Madrid 2000) 1664-1665.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN MATERNO DE COLONIA

Obispo († s. IV)

Materno pasa por ser el fundador y primer obispo de la sede episcopal de Colonia, y el 2 de octubre del año 313 él presidió como juez, junto con el papa Milcíades y los obispos Reticio de Autun y Marino de Arlés, un sínodo reunido en Letrán y que tenía como fin dirimir la controversia entre los donatistas y el obispo Ceciliano de Cartago. Por una carta del emperador Constantino consta que este encargo de juez le había sido encomendado por el propio emperador. Se ha especulado acerca de si esta designación como juez se debía a su propio prestigio personal o a la importancia que ya se le daba dentro del cristianismo a la sede episcopal de Colonia. Un año después su firma se halla entre las de los obispos presentes en el sínodo de Arlés. Es seguro que murió antes del 343 en que ya tenía sucesor, pero la fecha se ignora con certeza ni se saben tampoco particularidades acerca de su episcopado. No tuvo culto en la antigüedad, pero sí se le daba ya en el siglo XII.

SANTA NOTBURGA DE EBEN

Virgen († 1313)

Nació en Rattenberg, Tirol, hacia el año 1264 en el seno de una familia campesina. Cuando tenía unos dieciocho años se colocó como criada de servicio en la casa del conde Enrique de Rattenberg, y se la puso a trabajar en la cocina. Notburga distribuía a los pobres todos los alimentos sobrantes y aún les daba de su propia comida. Mientras vivió la suegra del conde nadie se metió con ella, pero cuando ésta murió la condesa le ordenó echar a los cerdos toda la comida que sobrara y así Notburga solamente podía dar de su propio alimento, hasta que movida de compasión volvió a darles las sobras a los pobres y entonces fue expulsada. Entonces se colocó con un granjero en Eben. Trabajaba toda la semana pero al atardecer el sábado cesaba en sus servicios para dedicar todo el día del Señor al culto y a la plegaria. Pero, muerta la esposa del conde Enrique, éste pidió a Notburga que volviera a su casa y ella así lo hizo, perseverando en ella hasta su muerte. Su piedad, bondad, caridad, humildad y demás virtudes le granjearon fama de santa. Murió el 14 de septiembre de 1313 y fue enterrada en Eben. Su culto fue confirmado el 27 de marzo de 1862.

BEATO CLAUDIO LAPLACE

Presbítero y mártir († 1794)

Claudio Laplace nació en Bourbon-Lancy y se bautizó el 15 de noviembre de 1725. Una vez ordenado sacerdote, fue vicario en Saint-Bonnet (L'Allier) en 1751, pasando siete años más tarde a párroco de esta iglesia, que tenía la parroquia aneja de San Juan de Moulins. En 1767 él fue nombrado vicegerente de la oficialidad de Moulins. Cuando en enero de 1791 se pide el juramento constitucional a los sacerdotes, Laplace se negó y hubo de dejar la parroquia. Pasó seguidamente mucha necesidad económica. Pidió un pasaporte para salir del reino pero como llegó a Pont-de-Beauvoisin luego de que las tropas francesas entraran en Saboya, él debió volver a Moulins, donde una docena de ciudadanos lo denunció. En octubre fue arrestado y llevado a la

prisión de Santa Clara. Pese a su edad, lo obligaron a partir con los deportados, dejando Moulins en noviembre de aquel año. Luego de un mes de detención en Saintes, llegó en abril a Rochefort, y fue embarcado en Les Deux Associés. Había cumplido con gran celo sus deberes ministeriales su tiempo de párroco y tenía gran crédito como director de almas. Murió el 14 de septiembre de 1794.

Fue beatificado el 1 de octubre de 1995 por el papa Juan Pablo II.

15 de septiembre

A) MARTIROLOGIO

1. La memoria de Nuestra Señora de los Dolores **.
2. En Roma, San Nicomedes (fecha desconocida), mártir *.
3. En Tournous (Galia), San Valeriano († 178), mártir.
4. En Tomis, de Escitia, santos Estratón, Valerio, Macrobio y Gordiano, mártires († s. IV).
5. En las orillas del Danubio, San Nicetas el Godo († s. IV), mártir.
6. En Lyón (Galia), San Alpino († s. IV), obispo.
7. En Toul (Galia), San Apro († s. VI), obispo.
8. En el monasterio de Jumièges (Neustria), San Aicadro o Aicardo († s. VII), abad.
9. En Córdoba (Andalucía), santos Émila, diácono, y Jeremías († 852), mártires *.
10. En Bargone (Emilia), Beato Rolando de Médicis († 1386), anacoreta *.
11. En Génova (Liguria), Santa Catalina Fieschi († 1510), viuda **.
12. En Hirado (Japón), Beato Camilo Constanzo († 1622), presbítero, de la Compañía de Jesús, mártir *.
13. En Santo Domingo Xagacía (México), beatos Juan Bautista y Jacinto de los Ángeles († 1700), mártires **.
14. En Viena (Austria), Beato Antonio María Schwartz († 1929), presbítero, fundador de la Congregación de San José de Calasanz para Obreros Cristianos **.
15. En Llosa de Ranes (Valencia), Beato Pascual Penadés Jornet († 1936), presbítero y mártir *.

16. Junto a Múnich (Baviera), Beato Ladislao Miegon († 1942), presbítero y mártir *.

17. En Nápoles (Italia), Beato Pablo Manna († 1952), presbítero, del Pontificio Instituto para las Misiones Extranjeras **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

NUESTRA SEÑORA DE LOS DOLORES

Se puede decir que, desde el principio del cristianismo, la espada que atravesó el alma de María —según las palabras de Simeón (Lc 2,35)— ha provocado compasión tierna de los buenos cristianos. Y es que, al recordar la pasión del Redentor, los hijos de la Iglesia no podían menos de asociar al dolor del Hijo de Dios los sufrimientos de su bendita madre.

Parece como si el *Stabat Mater* del devoto franciscano Jacopone de Todi († 1306) hubiera resonado desde los albores de la cristiandad en el corazón de los fieles. De esta bellísima secuencia, que se recita en la misa de esta festividad, escribió Federico Ozanam:

> «La liturgia católica nada tiene tan patético como estos lamentos tristes, cuyas estrofas caen como lágrimas, tan dulces, que en ellos se descubre un dolor divino consolado por los ángeles; tan sencillos en su latín popular, que las mujeres y los niños comprenden la mitad por las palabras y la otra mitad por el canto y el corazón».

Y ¡por qué no pensar que lo que se hizo estrofa y versos en la fervorosa Edad Media, no estaba ya latente, desde que murió Jesús, en la ternura compasiva de los amantes hijos de la Virgen!

Los Padres de la Iglesia demuestran, efectivamente, que no pasó inadvertido el dolor de María. San Efrén (en su *Lamentación de María),* San Agustín, San Bernardo, San Antonio y otros cantan piadosamente los padecimientos de la Madre de Dios. Y, ya en el siglo V, vemos cómo el papa Sixto III (432-440), al restaurar la basílica Liberiana, la consagra a los mártires y a su Reina, según lo indica un mosaico de dicha iglesia, en el que celebra a María como *Regina Martyrum.*

Con todo, hay que admitir que la devoción —más concreta— a los Dolores de María fue extendida especialmente por los servitas, Orden fundada por siete patricios de Florencia (su fiesta se celebra el 12 de febrero bajo el título de «Los siete santos fundadores») a mediados del siglo XIII. La historia nos cuenta cómo, en los duros tiempos de Federico II, se reunían estos piadosos varones para sus actos religiosos en la ciudad de Florencia, y cómo poco a poco fue surgiendo la Orden de los Siervos de la Virgen o Servitas, cuyo principal cometido era el meditar en la pasión de Cristo y en los dolores de su Madre. San Felipe Benicio († 1285; su fiesta se celebra el 23 de agosto), superior general de dicha Orden, fue uno de los más destacados propagadores de esta devoción, popularizando por todas partes el «hábito de la Dolorosa» y su escapulario.

En el siglo XVII se dio principio a la celebración litúrgica de dos fiestas dedicadas a los Siete Dolores, una el viernes después del Domingo de Pasión, llamado Viernes de Dolores, y otra el tercer domingo de septiembre. La primera fue extendida a toda la Iglesia, en 1724, por el papa Benedicto XIII; y la segunda en 1814, por Pío VII, en memoria de la cautividad sufrida por él en tiempos de Napoleón. Esta segunda fiesta se fijó definitivamente para el 15 de septiembre.

De la raigambre de la devoción a la Virgen Dolorosa entre el pueblo cristiano —singularmente los fieles de estirpe hispánica— es un índice la frecuente utilización del nombre Dolores en la onomástica femenina así como la profusión de las representaciones de la Dolorosa en el arte y la repetición del tema en la poesía popular —saetas— y en la literatura, en general.

La fiesta de este día hace alusión a siete dolores de la Virgen, sin especificar cuáles fueron éstos. Lo del número no tiene importancia y manifiesta una influencia bíblica, ya que en la Sagrada Escritura es frecuente el uso del número siete para significar la indeterminación y, con más frecuencia tal vez, la universalidad. Según esto, conmemorar los Siete Dolores de la Virgen equivaldría a celebrar todo el inmenso dolor de la Madre de Dios a través de su vida terrena. De todos modos, la piedad cristiana suele referir los dolores de la Virgen a los siete hechos

siguientes: 1) profecía de Simeón; 2) huida a Egipto; 3) pérdida de Jesús en Jerusalén, a los 12 años; 4) encuentro de María con su Hijo en la calle de la amargura; 5) agonía y muerte de Jesús en la cruz; 6) descendimiento de la cruz; y 7) sepultura del cuerpo del Señor y soledad de la Virgen.

Sin duda que la piedad cristiana ha sabido acertar al resumir en esos siete hechos-clave los momentos más agudos del dolor de María. Porque, ¿no es cierto que son como hitos que señalan la trayectoria ascendente de los insondables sufrimientos de la Madre de Dios? En efecto, si las enigmáticas palabras de Simeón: «He aquí que éste está destinado para caída y resurrección de muchos en Israel, y para signo de contradicción, y una espada atravesará tu misma alma, para que sean descubiertos los pensamientos de muchos corazones» (Lc 2,34-35), tuvieron que entristecer el semblante de María, ¿qué no habremos de pensar que ocurriría en la huida a Egipto? ¡Su hijo, tan tierno, arrojado por el vendaval del odio a tierras lejanas! Y, en cuanto a la pérdida de Jesús en Jerusalén, a los doce años, ¿quién es capaz de profundizar en el abismo de incertidumbre y en la agonía de tal Madre privada de su Hijo?

Pero donde los dolores de la Virgen rebasaron toda medida fue en el drama del calvario y, especialmente, al pie de la cruz. Detengámonos en su contemplación con el alma transida de compasión amorosa, como hacían los santos.

Entre los personajes que asistieron de cerca a la tragedia del Gólgota destaca la figura de la Virgen. De su presencia en el calvario nos habla San Juan en su Evangelio con palabras sencillas pero impregnadas de un intenso dramatismo: «Estaban en pie —dice— junto a la Cruz de Jesús su Madre y la hermana de su Madre, María de Cleofás, y María Magdalena...». Podemos representarnos la escena sin necesidad de hacer grandes esfuerzos de imaginación: Jesús acaba de recorrer las calles de Jerusalén con su cruz a cuestas. Durante el lúgubre desfile, el populacho le ha injuriado y escarnecido o, cuando menos, ha contemplado su paso con estupor y desconcierto. Porque, ¿no era aquél el que hacía unos días había entrado en la ciudad santa en medio de aclamaciones? ¿No tendrían razón los escribas y fariseos al decir que era un vulgar impostor y un blasfemo?

Jesús, según asegura la tradición, se encontró con su Madre bendita en la calle que el pueblo cristiano llamó «de la amargura». ¿Qué se dirían con la mirada el Hijo y la Madre? Tal vez sólo las madres que tienen la inmensa desdicha de asistir a sus hijos antes de ser ajusticiados pueden sospechar algo de lo que pasaría por el alma de la Virgen.

Pero la comitiva siguió avanzando. Y después de muchos tropezones e incluso caídas de los que llevaban sudorosos sus cruces —y entre ellos iba como un vulgar facineroso Jesús— llegaron al calvario. La Virgen caminó también, deshecha en el dolor, en pos de su Hijo. Era el primero y el más sublime de los viacrucis.

Ya está en el lugar de la crucifixión. Es él. Los sayones le quitan sus vestiduras. La Virgen contemplaría aquella túnica inconsútil que con tanto cariño había tejido para su Hijo...

Unos momentos después suenan unos martillazos terribles. En un remolino instantáneo de recuerdos desfilarían ante la Virgen las escenas de Belén y de Nazaret, cuando las manecitas de su Niño le acariciaban con perfume de azucenas o le traían virutas para encender el fuego... Pero todo aquello quedaba muy lejos. Ahora tenía ante sí la realidad brutal de los pecados de los hombres horadando aquellas sacratísimas manos, pródigas en repartir beneficios.

Unos momentos más, y la cruz —su Hijo hecho cruz— era levantada entre el cielo y la tierra. En medio del clamor confuso de la multitud, María escucharía el respirar fatigoso y jadeante de su Hijo, puesto en el mayor de los suplicios. ¡Ella que había recogido su primer aliento en el pesebre de Belén y había arrimado tantas veces su virginal rostro al corazón de su Niño Jesús, palpitante de vida!

Las tres horas que siguieron, mientras Jesús derramaba gota a gota por la salud del mundo la sangre que un día recibiera de María, fueron las más sagradas de la historia del mundo. Y, si hasta las piedras se abrieron —como señala el Evangelio— ante el dolor del Hijo y de la Madre, ¿cómo podremos nosotros, los causantes de aquella «divina catástrofe» (como dice la liturgia), permanecer indiferentes en la contemplación de este divino espectáculo? *Eia, Mater, fons amoris, me sentire vim doloris fac, ut tecum*

lugeam. (¡Ea, Madre, fuente de amor!, hazme sentir la fuerza de tu dolor, para que llore contigo). Así exclama el autor del *Stabat Mater.* Y es que se necesita que la gracia sobrenatural aúpe y levante el corazón humano para que pueda siquiera rastrear la intensidad de los sufrimientos de Cristo y de su Madre.

El texto sagrado nos habla de las siete palabras de Jesús en la cruz, de su sed, de las burlas de que fue objeto, de las tinieblas que cubrieron la tierra...

No es difícil sospechar cuáles serían las reacciones del alma de la Virgen ante lo que estaba ocurriendo en el calvario. Sin duda que poco a poco se fue abriendo camino entre la multitud y logró situarse por fin al pie de la cruz. ¿Quién de aquellos sanguinarios judíos se habría atrevido a encararse con la Madre Dolorosa? A su paso, los más empedernidos perseguidores de Jesús sentirían que la fibra del amor maternal —que jamás desaparece aun en los hombres más degradados— vibraba con un sentimiento de compasión: «Es la madre del ajusticiado —dirían—; ella no tiene la culpa. ¡Hacedle paso!».

Y la Virgen se fue acercando a su Hijo. Pero no era el de otras veces, el niño gracioso de Belén, el joven gallardo de Nazaret, el taumaturgo prodigioso de Cafarnaún... ¡Era un guiñapo! (¿Será irreverencia traducir así las palabras proféticas de Isaías, en las que dice que Jesús sería un gusano y no un hombre, que no tendría sino fealdad y aspecto repugnante?) Y le miraría intensamente, identificándose con él, quedándose colgada con él de la cruz.

¿Advirtió Jesús la presencia de su Madre? Lo afirma expresamente el Evangelio: «Como viese Jesús a su Madre...» (Jn 19,25). Como dice el padre Alameda:

> «Había tres crucificados y tres cruces, no muy lejanas unas de otras, puesto que podían hablarse y comunicarse las víctimas. María, según nos dice San Juan, se situó junto a la cruz de Jesús, *iuxta crucem Iesu,* lo que significa "a corta distancia de ella", tal vez tocando con la misma cruz. Y si se tiene en cuenta que, según costumbre, los maderos eran bajos, de modo que los pies del crucificado tocaban casi en el suelo, la vecindad era mayor, y María tomaba las apariencias de madre desolada que asiste a la cabecera del hijo agonizante. La expresión *cum vidisset,* habiendo visto, parece insinuar como si, agobiado por el dolor y la fiebre que le causaban las heridas, nuestro adorable Salvador hubiese tenido, en algunos momen-

tos por lo menos, cerrados los ojos. Pudo también suceder que en medio de tanta aglomeración no hubiese advertido la presencia de aquellos seres queridos. Ellos, por otra parte, aunque deseosos de que Jesús reparase que allí estaban, no es creíble le hablasen. Ni el angustioso estado de su alma, ni la asistencia de los soldados curiosos convidaban a ello».

Jesús, pues, como anota San Juan, habiendo visto a su Madre y al discípulo amado, exclamó: «Madre, ahí tienes a tu hijo». Y en seguida, dirigiéndose al discípulo: «Ahí tienes a tu Madre» (Jn 19,26). Fueron las únicas palabras que, según narra el Evangelio, dirigió Jesús a María en su agonía. Estas palabras, en su sentido literal, se refieren sin duda a San Juan, a quien encomienda a su Madre, que iba a quedar sola en el mundo. Pero, en el sentido que los exegetas llaman *supraliteral* y *plenior* (más completo), significaban que Juan, es decir, el género humano, a quien el apóstol representaba en aquellos momentos, pasaba a ser hijo de la Santísima Virgen. Ésta es la interpretación que dan los Santos Padres y escritores eclesiásticos y que la Iglesia siempre ha aceptado.

¿Quién no se sentirá conmovido ante el precioso legado de Jesús y ante esta espiritual maternidad de la Virgen extendida, por gracia de la redención, a todos los hombres?

«Mujer —exclama San Bernardo en el oficio de hoy—, he aquí a tu hijo. ¡Qué trueque tan desigual! Se te entrega a Juan por Jesús, un siervo en lugar del Señor, un discípulo en lugar del Maestro, el hijo del Zebedeo por el Hijo de Dios, un mero hombre en lugar del Dios verdadero. Somos, en realidad, nosotros, los verdugos de Jesús, los que fuimos dados a María como hijos. ¿Cómo no trataremos de asemejarnos a Jesús para agradecerle esta magnífica filiación con la que nos regala?

Pero la tragedia del Gólgota se iba aproximando hacia su acto final. Jesús era ya casi un cadáver. Sus ojos estaban mortecinos; sus labios, resecos; su rostro, lívido y cetrino; y todo su cuerpo, rígido como el de un moribundo. María contemplaba a su Hijo en los últimos estertores de su agonía. Nada podía hacer frente a aquel estado de cosas al cual había conducido el amor de Jesús hacia los hombres. ¿Para qué hacer comentarios sobre el dolor de la Virgen en estos supremos momentos de la Pasión? ¿No es mejor que el corazón intuya y que se derrita en lágrimas de devoción? Jesús —dice el Evangelio— dando una gran voz, exclamó: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu". E inclinando su cabeza expiró».

María, que había dado el «sí» a la encarnación, que al pie de la cruz aceptó el ser nuestra Corredentora, se unió a la entrega de su Hijo y le ofreció al Padre como la única hostia propiciatoria por nuestros pecados.

Dejamos a la iniciativa piadosa del lector contemplar a la Virgen con el cadáver de su Hijo en los brazos, como la primera Dolorosa, mucho más bella y expresiva en su casi infinito dolor que todas las tallas que adornan nuestras procesiones de Semana Santa. Pero, ¿por qué no cotejar esta imagen tremenda de la Virgen con el cadáver de su Hijo en los brazos —mucho más bella que cualquier *Pietá* de Miguel Ángel— con aquella otra, tan dulce, de la Virgen —una doncellita— con su hermosísimo Niño apretado junto a su corazón? Sólo así podremos darnos cuenta de la horrible transmutación que en el mundo causan nuestros pecados.

Finalmente, la Virgen presidió el sepelio de Jesús. Una blanca sábana envolvía aquel cadáver que ella había cubierto de besos y de lágrimas. Pronto la pesada losa del sepulcro se interpuso entre Madre e Hijo. Y la Madre se sintió sola, con una soledad terrible, comparable a la que momentos antes había sentido Jesús al exclamar en la cruz: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?».

Es cierto que la Virgen creía firmísimamente en la resurrección de su Hijo; pero esta creencia, como observa San Bernardo, en nada se opone a los sufrimientos agudísimos ante la pasión de su Hijo; lo mismo que éste pudo sufrir y sufrió, aun sabiendo que había de resucitar.

Que la Virgen Dolorosa nos infunda horror al pecado y marque nuestras almas con el imborrable sello del amor. El amor, he ahí el secreto de la íntima tragedia que acabamos de contemplar.

Porque todo tiene su origen en aquello que tan profundamente se le grabó a San Juan, espectador excepcional de todo este drama: «De tal manera amó Dios al mundo, que le entregó a su Hijo Unigénito» (Jn 3,16).

FAUSTINO MARTÍNEZ GOÑI

Bibliografía

ALAMEDA, S., *María, segunda Eva* (Vitoria 1954).
ALASTRUEY, G., *Tratado de la Santísima Virgen* (Madrid [4]1956).
GUÉRANGER, P., *El año litúrgico,* 5 (Madrid 1956).
Reina y Madre. Explicación del catecismo de la Santísima Virgen (Zaragoza 1943).
VERMEERSCH, A., SI, *Meditaciones sobre la Santísima Virgen* (Barcelona 1955).
WILLAMS, F. M., *Vida de María* (Barcelona 1956).
• Actualización:
BURGOS, A., *Los siete dolores de la Virgen María* (Valladolid 2002).
GARCÍA MACHO, P., *María junto a la cruz, Reproponer los dolores de María* (Madrid 2005).
MARTÍNEZ FERNÁNDEZ, L., *Las doce estrellas de la Mujer del Cielo* (Madrid 2002).
POZO, C., *María, nueva Eva* (Madrid 2005).

SANTA CATALINA (FIESCHI) DE GÉNOVA

Viuda († 1510)

Catalina Fieschi di Negro nació en Génova en 1447, la más pequeña de cinco hermanos, de la familia güelfa de los «Fieschi» que tenía en su árbol genealógico dos papas: Inocencio IV (Sinibaldo Fieschi) y Adriano V (Ottobono Fieschi).

Sus padres, Santiago Fieschi, antiguo virrey de Nápoles, y Francisca di Negro le habían dado en casa una recia educación cristiana y, a la vez, una instrucción humanística abierta a la cultura del comienzo del renacimiento, lo mismo que a sus hermanos, tres chicos y otra hermana mayor, Limbania. Ella recibió su nombre en honor de Santa Catalina de Alejandría, «la filósofa», y de Santa Catalina de Siena, nacida justamente un siglo antes.

Ya desde niña dio muestras de una piedad especial, pues le impresionaba mucho la pasión de Jesucristo y, debido a eso, hacía penitencias que ella misma discurría con inteligencia y corazón todavía infantiles, como dormir en el suelo con un tronco por almohada.

A sus trece años quiso entrar en el monasterio de las canonesas de Letrán, que estaba situado junto a la iglesia de Santa María de las Gracias y en el que había ingresado ya su hermana Limbania, pero no pudo realizar su deseo porque todavía no tenía la edad canónica para ser aceptada en el convento.

Además su familia, a la muerte de su padre, tenía otro proyecto sobre ella como era desposarla en matrimonio con el

noble gibelino Julián Adurno, con intenciones claramente de oportunismo político para favorecerse mutuamente teniendo a un miembro del otro bando adversario entre la respectiva familia. «Catalineta» tenía sólo dieciséis años cuando aceptó casarse con Julián, probablemente haciendo un gran sacrificio personal en orden a restablecer la pacificación entre su familia y la de su marido, los Adurni, con quienes los Fieschi habían tenido encontronazos más de una vez.

Hay que notar que en las ciudades y pueblos del norte y del centro de la península italiana todavía perduraban en esos años los conflictos entre güelfos y gibelinos que se arrastraban desde el siglo XII, pues cuando unos se hacían con el poder, sometían a los otros bajo su dominio si es que no los desterraban. Luego unos volvían a guerrear contra otros hasta tomar el poder de nuevo; los distintos ensayos de pacificación con jueces o árbitros consensuados sobre las dos facciones nunca habían dado resultado.

No fue aquél un matrimonio feliz, porque Julián, su marido, a pesar de ser gibelino tenía costumbres licenciosas y dilapidaba no sólo los bienes patrimoniales sino también los gananciales. Así pues, Catalina Fieschi, ya señora Adurno, vivió los primeros cinco años de su matrimonio atormentados y por eso, ante la insistencia de amigas y parientes se dejó llevar hacia las diversiones de la nobleza de su tiempo, bailes y jaranas, teatros y espectáculos, recepciones y banquetes, intentando olvidarse de lo que le estaba aconteciendo con su marido como una verdadera cruz.

Escribía sobre sí misma de estos años:

> «Para refrigerio de tan dura vida se lanzó a los placeres del mundo, de tal forma que en poco tiempo se encontró con tantos pecados y tanta ingratitud sobre sus espaldas, sin ver remedio alguno, que no albergaba esperanza de salir de ellos jamás; y vino a tanto que no sólo se deleitaba del pecado, sino que se gloriaba de él. Todo su gusto y amor, todo su afecto y toda su delectación no eran más que sobre las cosas terrenas pues a las espirituales las encontraba como a una comida amarguísima ya que había cambiado el gusto del cielo por el de la tierra».

Estas frases hacen suponer que había llevado una vida pecaminosa, pero bastantes biógrafos sostienen que la descripción

hecha por Catalina sobre este período de su vida fue fruto de sus meditaciones posteriores cuando consideraba como un acto horrible una sola falta venial. Además, en la alta sociedad de Génova destacaba Catalina por su finura y belleza, por su formación cultural y por los dones naturales que Dios le había concedido a una personalidad tan atrayente. No obstante, en esos cinco años de vida mundana no había encontrado la paz que buscaba y, después ya de diez años de matrimonio, su alma experimentaba un gran vacío que nada podía llenar y una amargura inmensa que nadie podía calmar.

El inicio del cambio radical en ideas y en actitudes se produjo a finales de marzo de 1473. Había acudido al monasterio de Santa María de las Gracias para desahogarse y volcar en confidencia con su hermana Limbania tanta angustia y ansiedad. Su hermana le sugirió que se confesase con el confesor ordinario de la comunidad y Catalina aceptó el consejo más por educación y condescendencia que con verdaderos deseos o preparación. Pero apenas se había arrodillado, su alma fue iluminada por una gracia de Dios que, como un rayo de luz, le esclareció sus miserias y defectos. Le causó tanta conmoción espiritual que ni siquiera pudo terminar la confesión.

Cuando volvió a su casa, tuvo otra experiencia hondamente espiritual, una visión interior de Cristo con la cruz a cuestas y derramando sangre e inundando toda su mansión. Fue entonces cuando se decidió a cambiar radicalmente de vida, exclamando desde lo hondo de su ser: «¡Oh amor, nunca más pecados! Si es necesario estoy dispuesta a confesar mis culpas en público».

Comenzó así su ascesis espiritual que culminaría en grandes experiencias místicas. Durante los primeros cuatro años vivió el llamado camino «purgativo»: experimentando el peso de los pecados cometidos, quiso expiar sus culpas y responsabilidades del pasado sometiéndose a penitencias continuas y oración prolongada, con uso de cilicios, ayunos frecuentes y tremenda austeridad en las comidas, de tal forma que permanecía todo el día en oración, vocal y mental, meditativa y contemplativa. Había comprendido bien el sentido de la penitencia corporal, pues escribía: «Las maceraciones infligidas al cuerpo son completa-

mente inútiles cuando no van acompañadas de la abnegación del yo».

El Señor, sin embargo, en medio de la desolación no la dejó sin consolaciones, como narra su biógrafo, pues

> «Se sintió atraída como San Juan a reposar sobre el pecho de su amoroso Señor y vio un camino más suave, el cual contenía en sí muchos secretos de un amor que la hacía consumirse de tal modo que salía frecuentemente fuera de sí. Después fue atraída por el costado del Crucificado y, en él, se le mostró el Sagrado Corazón de Jesús que le parecía todo de fuego; finalmente fue atraída por la dulcísima y suavísima boca de su Señor, y allí le fue dado un beso, de tal modo que toda ella se sumergió en aquella dulce divinidad, donde se perdió a sí misma, interior y exteriormente, de tal modo que decía: "Ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí" (Gál 2,20)».

Se había enamorado de la divinidad de Jesucristo. Experimentaba, en la práctica de la comunión diaria, que era inusual en su tiempo y por eso su actitud resultaba insólita, muchas consolaciones. La Eucaristía constituía el único centro de su persona y de su vida. Se dice que en adviento y cuaresma no tomaba comidas y se mantenía con una especie de suero de agua y sal y cuentan que cuando por obediencia tenía que tomar otros alimentos no era capaz de retenerlos. Sin embargo, a pesar de esos ayunos tan prolongados manifestaba una vitalidad notabilísima.

Del estado de «vía purgativa» pasó después al de la «vida iluminativa» y «unitiva». Este período se prolongó durante veintidós años, desde 1477 a 1499, y durante ellos tuvo distintas experiencias místicas que le servían de guía espiritual para acrecentar su unión con Dios. Desde 1499 se aprovechó también de la dirección espiritual de Cattaneo Marabotto, por un lado maestro y, por otro, también discípulo suyo.

En el estado místico en el que se hallaba manifestaba la santa indiferencia sobre las cosas de este mundo. Tuvo éxtasis frecuentes, durante los que parecía absorta del mundo durante horas enteras en una actitud de suavidad espiritual, y notaban que el palpitar de su corazón se hacía más intenso. Las experiencias místicas de Catalina de Génova se manifestaban también, como narran sus contemporáneos, porque el fuego interior de su

amor por el Señor se apreciaba exteriormente de tal forma que hasta su cuerpo irradiaba calor. No era capaz de traducir a palabras lo que experimentaba en su interior. Y todo ello no implicaba que no dejara de sufrir distintos padecimientos tanto por su vida y su familia como por la situación de la ciudad, de su pueblo y de la Iglesia.

Sus experiencias espirituales contemplativas no la abstraían del mundo sino que la impulsaban a una acción caritativa y social en una obra singular, la de atender a enfermos incurables. La ayudaron otras personas, como Héctor de Breñaza, que fundó la «Compañía del Divino Amor» en 1497, Marabotto, su confesor, Tomasina Fieschi y, singularmente, Julián Adurno, su mismo marido, quien, habiéndose convertido, había aceptado de común acuerdo con Catalina vivir castamente y hasta se había hecho terciario franciscano. Quizá también Catalina ingresara al mismo tiempo en la misma tercera orden franciscana a la vez que su esposo, aunque no consta como de él, quien se fue con ella a vivir al hospital de Pammatone para dedicarse al servicio de los enfermos hasta la hora de su misma muerte sucedida en 1497, pues murió en él contagiado por los enfermos.

En este hospital Santa Catalina se cargó con los servicios más humildes y también, por algún tiempo (1490-1496), no rechazó llevar la dirección. Se dedicó con una generosidad heroica a la asistencia de los contagiados por las distintas pestes que atormentaron la población de Génova a finales del siglo XV.

Al principio, su instinto notaba repugnancia respecto a los afectados por enfermedades repugnantes y contagiosas, pero su caridad y cuidados la llevaron, cuando tenía que hacerlo, hasta sorber el pus de las heridas para limpiar y curar a los enfermos. Con una actividad así no podía menos de contagiarse de la peste, aunque logró superarla con fortaleza poco a poco. Sabía tratar a los enfermos con delicadeza y afecto para llevarlos, de la mano de Dios, a una resignación ante sus dolores de tal modo que se asociaran a la pasión de Cristo y los ofrecieran con él por la salvación del mundo.

Su espíritu de contemplación del Señor y de su pasión la impulsó a dedicarse activamente a los pobres: los visitaba en sus casas, los asistía, les llevaba ayudas, estaba dispuesta a realizar

en sus respectivos domicilios los servicios más humildes. Por eso es explicable que, a ejemplos de Santa Catalina, florecieran otras obras caritativas en Génova, que ella ni quiso fundar. Además de la Compañía del Divino Amor, que se extendió por distintas ciudades y regiones italianas, otras instituciones tenían como referencia el llamado «Hospital de incurables».

Aunque en 1499 Catalina mitigó sus ayunos, los fenómenos místicos continuaron siendo numerosos y singulares; su cuerpo fue paciente de extrañas y dolorosas enfermedades que los médicos de aquel tiempo calificaban de sobrenaturales. Seguramente un cáncer de estómago, y al mismo tiempo la tensión en la que la sometían los frecuentes éxtasis, fueron debilitándola hasta que, el 15 de septiembre de 1510, murió en plenitud de amor de Dios.

Fue sepultada en la iglesia de «La Anunciada». Cuando, dos años más tarde, fue exhumada para acomodar mejor su sepulcro, su cuerpo fue encontrado intacto, como también permanece hoy incorrupto, y espontáneamente comenzaron a llegar hasta él peregrinaciones de fieles, de la misma manera que también hoy permanece expuesto a la pública veneración.

En 1551 se editó en Génova el *Libro de la vida admirable y doctrina de la Beata Catarinetta de Génova, en el que se contiene una útil y católica demostración y declaración del Purgatorio.* Es un complejo de escritos denominados *Opus Catharinianum* en el que se pueden claramente distinguir tres obras de distinta atribución: *Vida y doctrina,* redactado por Cattaneo Marabotto; *Coloquio entre el alma, cuerpo, amor propio, espíritu, humanidad y Dios,* del que sólo la primera parte parece ser de autoría de Santa Catalina mientras que las otras dos estarían compuestas por discípulos; en él se refleja toda su experiencia ascética y mística; *Tratado del Purgatorio,* compuesto sobre inspiración de la santa.

Distintas escuelas espirituales francesas del siglo XVI y XVII se inspiraron en el pensamiento de esta santa.

Según la doctrina de Santa Catalina, la vida espiritual debe comenzar por la destrucción del amor propio, el orgullo y la vanagloria; por esto es necesaria la mortificación y la penitencia como primer paso de la renuncia total de la voluntad para, después, alcanzar la anulación de la voluntad. Como pedagogía

para lograrlo se impone el ejercicio de obediencia a los superiores y al director espiritual. El alma se preparará de este modo al don total de sí a Dios para gustar del amor puro.

Otra parte característica de su doctrina se refiere al purgatorio, consecuencia de sus experiencias místicas. Como sus sufrimientos místicos íntimos eran más dolorosos que los sufrimientos físicos, por eso respecto al purgatorio dio mayor relieve a la pena de daño que a la de sentido. Según ella, el alma en el purgatorio encuentra el mayor sufrimiento en el conocimiento de la gravedad del pecado como acto que impide la unión con Dios; y esta consciencia se hace cada vez más intensa y por tanto con mayor sufrimiento cuanto más permanece en el purgatorio. Sin embargo el alma en este estado sigue siendo atraída misteriosamente por Dios y se mantiene en actitud de completa uniformidad con la voluntad divina, de tal forma que no desea ni la liberación de las penas ni el sufragio de los creyentes: ofreciéndose a sí misma a Dios y en Dios. En este abandono a la voluntad divina consiste la diferencia fundamental entre el purgatorio y el infierno, en el que sucede todo lo contrario.

El culto de Santa Catalina en Génova estuvo y está ligado al lugar en el que ella dedicó la mayor parte de su vida en auxilio de los enfermos, es decir, el hospital Pammatone y la iglesia contigua de la «Santísima Anunciada» en Portoria. La capilla donde se veneran sus reliquias está situada en el lugar de la estancia que ocupaba en vida cuando regía el hospital. En esta iglesia distintos pintores representan a la santa o escenas de su vida y de sus experiencias místicas.

El culto a Catalina de Génova fue reconocido el 6 de abril de 1675 por Clemente IX; después del proceso regular, conforme a las normas del tiempo, fue canonizada por Clemente XII el 16 de mayo de 1737. Anteriormente, en 1684, la república de Génova la había proclamado patrona de su capital; Pío XII en 1944 la declaró copatrona de los hospitales italianos.

JOAQUÍN MARTÍN ABAD

Bibliografía

CARDINALI, A., «Caterina da Genova, santa», en *Bibliotheca sanctorum*. III: *Bern-Ciro* (Roma 1963) 989-990.

GORDINI, G. D., «Caterina da Genova, santa», en ibíd., 984-989.

BEATOS JUAN BAUTISTA Y JACINTO DE LOS ÁNGELES

Mártires († 1700)

Las profundas raíces que ha echado el evangelio de Cristo en México se están viendo, entre otras cosas, en las numerosas causas de canonización y beatificación que tienen por titulares a hijos de tan noble país. Una de ellas, muy notable por las circunstancias concretas del martirio del que fueron protagonistas, es la de los dos seglares Juan Bautista y Jacinto de los Ángeles, dos fieles seglares, a quienes el papa Juan Pablo II, que acudió personalmente a México a beatificarlos, calificó como «intachables en su vida personal y familiar, que sufrieron el martirio por su fidelidad a la fe, felices de haber sido bautizados». Y añadió el Papa:

> «Con esta beatificación la Iglesia pone de relieve su misión de anunciar el evangelio a todas las gentes. Los nuevos beatos, fruto de santidad de la primera evangelización entre los indios zapotecas, animan a los indígenas de hoy a apreciar sus culturas y sus lenguas, y, sobre todo, su dignidad de hijos de Dios, que los demás deben respetar en el contexto de la nación mejicana, plural en el origen de sus gentes y dispuesta a construir una familia común en la solidaridad y la justicia».

Sus vidas fueron normales hasta llegar el tiempo de su martirio, pero dentro de la normalidad sobresalieron como cristianos rectos y cualificados, que desde los cargos menores ascendieron hasta los más prominentes.

Ambos habían nacido el año 1660 en el pueblo de San Francisco Cajonos, perteneciente al Distrito de Villa Alta de San Ildefonso, Oaxaca, y eran étnicamente indios zapotecas. Recibido el bautismo y una buena formación religiosa, se hicieron ambos adultos maduros y conscientes. Juan Bautista estaba casado con Josefa de la Cruz y consta que tuvo al menos una hija, llamada Rosa. Comenzó a servir al pueblo desde niño, cuando apenas tenía unos ocho años de edad, primero como acólito o auxiliar del sacristán mayor, y luego pasó por los demás servicios y cargos hasta llegar a juez, regidor, presidente municipal y alcalde, y finalmente a fiscal, que era el cargo más alto, como asistente de los sacerdotes. Jacinto de los Ángeles por su parte

estaba casado con Petrona de los Ángeles y tuvieron al menos dos hijos, Juan y Nicolasa. Era legítimo descendiente de caciques principales. También desde niño había servido a su pueblo hasta llegar a fiscal. Era dueño de dos casas.

El III Concilio provincial mexicano, celebrado en 1585, quiere que en cada pueblo se elija a un anciano distinguido por sus irreprochables costumbres, quien al lado de los párrocos sea perpetuo censor de las costumbres públicas, siendo su oficio principal inquirir los delitos y vicios que perturban la moralidad, descubriendo al cura los amancebamientos, adulterios, divorcios indebidos, perjurios, blasfemias, infidelidades, etc.

Todo parecía discurrir normalmente en el pueblo, cuando el día 14 de septiembre de 1700, Juan Bautista y Jacinto de los Ángeles supieron que esa noche se iba a celebrar un acto comunitario de idolatría en la casa de un tal José Flores. Al saberlo dieron aviso a los sacerdotes encargados de la parroquia, y que eran los padres dominicos Alonso de Vargas y Gaspar de los Reyes. Como la noticia vino confirmada, a las once de la noche, los religiosos, acompañados por los dos fiscales y por el capitán Antonio Rodríguez Pinelo, y otras personas, como José de Balsalobre, Diego de Mora, Manuel Rodríguez, Diego Bohórquez, criado de fray Gaspar, y José de la Trinidad, esclavo de Antonio Rodríguez Pinelo, se dirigieron sigilosamente al lugar donde se estaba celebrando el acto idolátrico. Su llegada produjo una gran sorpresa y al empezar los sacerdotes a increpar a los que estaban celebrando aquel acto, se levantaron todos, procurando tapar sus caras para no ser reconocidos y apagar los ocotes encendidos para que no hubiera luz, formándose una gran confusión mientras huían. Los enseres del culto idolátrico quedaron allí: ofrendas, tamales, cazuelas llenas de sangre, guajolotes y gallos degollados, una cierva con el vientre abierto, etc.

Los reunidos para este acto idolátrico resultaron ser personas de todas las edades, que estaban hincadas y repitiendo las oraciones que uno de ellos iba profiriendo. Todos los enseres idolátricos fueron recogidos y llevados al convento, y guardados en la despensa. A la mañana siguiente los dos sacerdotes dieron parte de lo ocurrido al padre provincial en Oaxaca y a las autoridades de Villa Alta de San Ildefonso, cabecera del distrito a

que pertenecía el pueblo de San Francisco Cajonos. Pero empezó a correr la voz de que había gente exaltada que estaba dispuesta a arrojarse contra el convento, y al saber esto el padre vicario tomó la decisión de pedir ayuda a los pueblos de San Pedro, San Miguel y Santo Domingo, llegando en efecto varias personas de esos pueblos al convento. Al mediodía Jacinto de los Ángeles avisó al P. Gaspar de que venían indios armados con palos y garrochas, y entonces todos los reunidos en el convento, incluyendo a los dos fiscales, se reunieron en la celda del vicario que daba a la plaza. Cerraron las puertas del convento y se dio orden a los que habían venido de los pueblos citados de que vigilaran las puertas y ventanas y que para que hubiera luz se encendieran en la calle algunas fogatas. Pero cuando se hizo de noche, se oyó el griterío de una multitud de indios que venían y que dieron un silbido a los que cuidaban las puertas y ventanas, los cuales hicieron en el acto causa común con ellos. Las ventanas y puertas del convento comenzaron a ser apedreadas. Los indios venían con las caras tapadas y con zapatos, para no ser reconocidos, y portando palos, machetes, lanzas y garrochas, y se plantaron exigiendo les fueran entregados los dos fiscales, Juan Bautista y Jacinto de los Ángeles. Los religiosos contestaron que no los entregarían, pero ellos entonces amenazaron con matarlos a todos si no los entregaban. Pudieron entonces derribar las puertas del convento y dirigirse a la despensa de donde sacaron los enseres idolátricos. Y mientras unos hacían esto, otros se dirigieron a la casa de Juan Bautista que estaba en una loma inmediata y la prendieron fuego. El padre vicario les mostró entonces por la ventana una imagen de la Virgen María pero ellos insistieron en que, si no entregaban a ambos fiscales, quemarían el convento.

Aumentaba el furor de los amotinados y lograron escalar hasta el techo de la estancia donde estaban los religiosos, los fiscales y sus compañeros. El capitán preguntó a los padres qué pensaban hacer y ellos insistieron en que no podían en conciencia entregar a los fiscales, pero todos los demás reunidos contestaron que ellos sí, pese a la protesta de los frailes. El capitán pactó con los indios que los fiscales no serían asesinados sino solamente detenidos. Entonces Juan Bautista tiró al suelo el

arma de fuego que tenía en las manos y dijo: «Vamos a morir por la ley de Dios. Como yo tenga a Su Divina Majestad, no temo nada ni he menester armas». Jacinto de los Ángeles pidió entonces a los religiosos que les dieran la absolución sacramental y la comunión y que ambos irían sin armas a morir por la ley de Dios. Los religiosos, viendo esto, los exhortaron y les dieron la absolución.

Seguidamente ambos fiscales fueron puestos en manos de los amotinados. Juan Bautista dijo: «Aquí estoy. Si me vais a matar mañana, matadme ahora». Los amotinados se lanzaron contra ambos fiscales y los insultaron y golpearon, y llevándolos a la picota, los amarraron en ella y los azotaron, pidiéndoles cuentas de su denuncia. Los dos soportaron con entereza los golpes mientras se encomendaban a Dios y a la Virgen María, y viendo a los sacerdotes en la ventana, lés dijeron: «Padres, encomiéndennos a Dios». A base de recibir tantos golpes, ambos mártires perdieron el sentido. Fueron entonces desatados y llevados a la cárcel, pero en cuanto recuperaron el sentido los hicieron caminar al pueblo de San Pedro y les propusieron perdonarles la vida si renegaban del cristianismo y adoraban a los antiguos dioses, a lo que los mártires se negaron.

El mismo día 16 de septiembre los sacaron de la cárcel de San Pedro y los que los vieron pudieron comprobar el lamentable estado en que se hallaban ambos. La esposa de Jacinto logró localizarlo y ofrecerle ropa limpia, a lo que él respondió que no la precisaba y que cuidara de sus hijos. En el Monte Tanga los amarraron a unos troncos y los despeñaron, luego los colgaron y finalmente los remataron a golpes y machetazos. Los degollaron, les abrieron el pecho y les sacaron el corazón que echaron a los perros. De vuelta quemaron la otra casa de Juan Bautista e intentaron hacer lo mismo con la de Jacinto, pero la esposa de éste logró impedirlo. Sus restos pudieron ser un tiempo más tarde recuperados y se conservaron en la parroquia de Villa Alta hasta su traslado en 1889 a la catedral de Oaxaca.

Se hicieron las oportunas averiguaciones para poder dilucidar todo lo sucedido y por fidedignos testimonios quedó clara la muerte martirial de ambos cristianos y su mansa aceptación del martirio. En 1889 se instruyó el proceso en la diócesis de

Antequera, Oaxaca, y luego de detenciones se reanudó con mayor eficacia en 1991, habiendo precedido los estudios históricos oportunos. El Santo Padre, concluidas todas las fases del proceso, los beatificó el 1 de agosto de 2002 en el curso, como queda dicho, de su viaje pastoral a México.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 94 (2002) 746s.

Art. en *Bibliotheca sanctorum. Appendice seconda* (Roma 2000) col.568.

L'Osservatore Romano (ed. en español) (9-10-2002): artículos de mons. Óscar Sánchez Barra, Hna. María Magdalena Hernández, RCSCJ, y mons. Héctor González M.

BEATO ANTONIO MARÍA SCHWARTZ

Presbítero y fundador († 1929)

Fue un celoso sacerdote con vocación de «servidor de obreros», es decir llamado a vivir para la gente de trabajo, que es como decir para los que pasan por la vida como el proletario Jesús de Nazaret. Por eso hizo lo posible por entregar su vida a los obreros humildes y con problemas. Terminó siendo santo a fuerza de amar al prójimo en los años en que el socialismo materialista hacía estragos en las masas trabajadoras de Europa. Su mérito fue adelantarse a los tiempos y hacer, por el mundo del trabajo, mucho más de lo que hizo Marx y todos los revolucionarios que en el siglo XIX soliviantaron a la sociedad con utopías, sin posibilidad de convertirlas en estructuras de la justicia social.

Nació en Baden, cerca de Viena, el 28 de febrero de 1852. Su familia era humilde y sencilla. Sus padres eran también obreros. El ambiente de pobreza y trabajo fue la primera cuna en la que respiró, durante su infancia, el afán de redención humana que, de mayor, le condujo a valorar de forma adecuada la redención divina. En el otoño de 1858, a los seis años, entró en una de las escuelas parroquiales de su ciudad. Allí aprendió durante unos años los primeros rudimentos de la cultura.

Pero a los tres años de escolaridad, cuando él tenía nueve, fue seleccionado por su hermosa voz para formar parte de la escolanía de Monasterio de la Santa Cruz. Por eso, de 1861 a 1865 residió en la Fundación Cisterciense de la Santa Cruz, como niño de coro. Al mismo tiempo recibió la adecuada formación religiosa y cultural y descubrió sin esfuerzo la inspiración vocacional que le llevaría de forma natural por los caminos del sacerdocio.

Por eso su vocación se fraguó en el contexto benedictino del Císter. Pero él se orientó por otros caminos, según los misteriosos designios de la Providencia. Conoció a un escolapio que lo alentó a entrar en la familia de San José de Calasanz. Le entusiasmó la idea e ingresó en el Centro de los Escolapios de Krems, en Austria. Fue en el año 1867 y contaba 15 años. Su carácter reflexivo, piadoso y sensato, junto a su sentido del trabajo, le convertían en un buen muchacho. Inteligente y constante, su labor de cada día le permitió seguir un proceso desahogado en los estudios.

A consecuencia de la persecución religiosa de Bismarck, llamada del Kulturkampf, que afectaba también a su tierra y ciudad, las dificultades llegaron sin esperarlas. Austria estaba dominada por Prusia desde la victoria militar de Sadowa de 1866. Las medidas vejatorias del gobierno germano fueron muchas para los católicos. Los colegios de la Iglesia fueron suprimidos sin contemplaciones. También los colegios escolapios, por históricos y meritorios que fueran, desaparecieron. Muchos de los estudiantes de Krems pudieron encontrar refugio y continuidad en el Seminario diocesano de Viena en 1871, que se mantuvo abierto para los clérigos. En ese centro continuó este aspirante a escolapio por unos años; y lo hizo con notable aprovechamiento en los estudios de filosofía y teología.

El 25 de julio de 1875 fue ordenado sacerdote. Contaba 23 años. Sabía lo que quería y sentía gran pena al no poder desarrollar su vocación religiosa, pues las medidas persecutorias se mantuvieron hasta la caída del sectario «canciller de hierro». Por otra parte, eran años de excesivo nacionalismo prusiano que invadía forzadamente a Austria. Múltiples vaivenes políticos irritaban a las masas proletarias, cuyas reacciones de rebeldía a to-

dos salpicaban con zozobras y desasosiegos. El joven sacerdote Schwartz entendió pronto que el proletariado de Viena necesitaba orientadores y líderes cristianos.

Nunca olvidó su origen sencillo. Trabajó los primeros años sacerdotales como coadjutor en Marchegg, en la Baja Austria, quedando allí hasta 1879. Y también desde 1879 a 1889 fue designado capellán y director espiritual de las Hermanas de la Caridad en Viena, en Gunpendorf. De la piedad y de la ciencia ilustrada de este hombre de Dios supieron mucho las religiosas y cuantos se albergaban en sus asilos y centros de apostolado. Su celo y su cordial disponibilidad fueron completos y cada vez mayores.

Pero muy pronto se sintió interpelado por la situación de los obreros, especialmente de los jóvenes, y por las cuestiones sociales que rodeaban la vida proletaria de las zonas industriales y fabriles, sobre todo de la ciudad de Viena. Sin tomar opción por ningún partido político, no podía estar de acuerdo con las medidas represoras que se tomaban contra los movimientos obreros. Pero él se limitó a atender religiosamente a los jóvenes proletarios que nacían o llegaban a las ciudades. Se sentía solidario con los trabajadores mal pagados.

Su gran deseo era convertir a la gente obrera y mantenerla dentro de la Iglesia, pues eran muchas las invitaciones anticristianas que recibían los asalariados para dejar la religión como algo superado e inútil para sus problemas. Como buen sacerdote, serio, culto, abnegado, piadoso, dispuesto a todo para ayudar a los necesitados, comenzó a trabajar preferentemente para aumentar la cultura de los jóvenes y para mantener a muchos en el camino del Reino de Dios, reflejando con su actitud una Iglesia viva y servidora de los explotados.

Su dedicación singular, que fue el camino de su santidad, comenzó en 1882, cuando tuvo ocasión de relacionarse con algunos jóvenes obreros que se hallaban en dificultades: que no tenían casa, que no encontraban trabajo, que deseaban mejorar su cultura, que corrían el riesgo de abandono moral y espiritual. Se entregó con interés a acompañarlos y apoyarlos con las iniciativas que se le fueron ocurriendo. Cada acción que realizaba le llevó a la siguiente, como suele pasar a los espíritus inquietos.

Así brotaron sus clubes y centros de acogida, sus hogares y residencias juveniles, sus sesiones de formación que tanto llamaban la atención de los que los iban conociendo.

También comenzó a editar una revista juvenil para ellos y que tituló *Der Christische Arbeit* (trabajadores cristianos) y a fomentar entre los jóvenes el afán de lecturas de orientación cristiana. Incluso entre los más decididos alentó el deseo de poner por escrito sus ideas, que suele ser el modo de hacerlas más firmes en la conciencia y más claras en la inteligencia.

Sus iniciativas, sin ser extremistas, eran avanzadas y audaces para su tiempo y su ambiente. Defendía que la semana no pasara de 48 horas de trabajo, que no se hiciera obligatorio el trabajo los domingos, que se fijara un salario justo y que fuera controlado por las autoridades para evitar explotaciones, que se guardara el puesto en caso de enfermedad y, sobre todo, de accidente, que se respetara los derechos de los trabajadores y a las trabajadoras de los talleres, pues eran personas antes que operarios y operarias.

Estas sugerencias, que luego quedarían consagradas en la encíclica *Rerum novarum* de León XIII en 1891, resonaban entonces como gestos valientes. Expresiones atrevidas, como salario justo, derechos obreros, libertad de sindicación, solidaridad proletaria, etc., llamaban la atención en labios de un sacerdote. Quienes creían que eran terminología privativa de los «sindicatos rojos» quedaban desconcertados al ver que salían de las sacristías. Las usaban también los jóvenes sin rencor, sólo con la serenidad de un derecho justo que se reclama. Y eso era obra de un sacerdote piadoso, generoso y nada sospechoso de político. Y, sobre todo, las usaba en público y ante los jóvenes de las fábricas, que las aprendían en clave de Evangelio y no bajo halagos y soflamas agresivos.

Su apostolado se centró de forma preferente en los aprendices, los obreros más jóvenes que algunas fábricas solían recoger para formarlos y hacerlos más rentables en el trabajo. Entendía este apóstol clarividente que esos años de preparación eran decisivos para la vida posterior. Sobre todo se apenaba cuando veía cómo eran usados políticamente muchos de ellos y cómo necesitaban orientación e instrucción religiosa, además de la preparación profesional y laboral.

La idea de ser religioso le perseguía desde su estancia en la casa de formación escolapia. Entonces había tenido que marchar al Seminario diocesano ante la supresión de su primer centro de vida de comunidad. Pero se dio cuenta de que el trato con los obreros exigía más libertad de acción y comprendió que la voluntad divina se inclinaba por aquel apostolado. Así intuyó que la Iglesia le pedía en aquel momento renuncia a sus preferencias.

Con todo, es importante recordar, para entender el instituto religioso que organizó, que su vida fue fiel a la espiritualidad calasancia: oración, sencillez, austeridad de vida, pobreza máxima de corazón y de hechos, como lo demostró en todas sus obras y palabras. Además había mantenido permanentes y estrechas relaciones con los superiores calasancios. De hecho, apenas vio que con sus colaboradores surgía una nueva Institución, dirigió una carta afectuosa y hermosa al Superior General escolapio dándole cuenta de la obra y presentándola como fruto del carisma de San José de Calasanz, cuyo camino y destino sólo la Providencia sabría hacia dónde se encaminaría.

Con el grupo de personas que ya se le habían juntado y que deseaban formar con él comunidad para poder hacer más eficaz su entrega apostólica, comenzó a pensar en un Instituto religioso. Eran sacerdotes, laicos y algunos jóvenes obreros mejor formados. Todos estaban dispuestos a aportar su granito de arena en las obras juveniles que funcionaban. Así el P. Schwartz se convirtió poco a poco en fundador de una comunidad, a la que terminó denominando «Congregación de los Operarios Cristianos de San José de Calasanz». Fue un proceso lento, pero eficaz. Comenzó siendo una obra de «obreros píos», *Kalasantiner*, que renovó lo que siglos antes San José de Calasanz había iniciado en Roma y denominó «escuelas pías». Y más adelante se depuró la idea y, con personas que fueron asumiendo compromisos más serios, se inició la congregación: se hicieron votos y se aceptaron reglas de dependencia y de comportamiento.

El primer núcleo que se propuso como objetivo ayudar a los jóvenes aprendices en 1882 lo formaron 15 laicos, bajo su dirección. Se entregaron a instruir y ayudar a los muchachos. Los domingos y los días festivos se dedicaban a acompañarlos, a di-

vertirse sanamente y, en lo posible, a instruirse religiosamente después de la asistencia a la misa. Se fueron coordinando y, con el aliento del Obispo diocesano, fueron animando las diversas obras: oratorios, o lugares de encuentro y convivencia, un asilo u hospicio para los que carecían de familia, una escuela técnica, grupos de reflexión para la enseñanza de la doctrina social de la Iglesia, una asociación juvenil (la KAJ o *Katolische Arbeiter Jungend)* para la enseñanza religiosa en las escuelas públicas.

Cada vez las demandas y las posibilidades se abrían más. El 24 de noviembre de 1889 fue la fecha de iniciación oficial en la vida de comunidad. Luego el grupo creció. Llegaron en 1899 a unos 40 y de 1899 a 1914 al centenar. Ciertamente no fueron nunca muchos en número, pero también hay que recordar que el campo de acción era duro, las exigencias fuertes y el trato con los obreros jóvenes, a veces politizados y agresivos, era exigente. Por eso los miembros, sacerdotes y laicos, que formaron el Instituto fueron siempre vanguardistas, atrevidos y sacrificados, según el ejemplo que de su fundador recibían.

La espiritualidad y la regla de vida fue sencilla y plenamente la de San José de Calasanz, algo adaptada y flexible. Hizo un intento por presentarla al superior general de los Calasancios, en 1890, como obra nacida del carisma del fundador de las Escuelas Pías. No se aceptó como obra interna del Instituto calasancio y por eso él la mantuvo, viva y animosa, bajo su dirección hasta su muerte. Su primer nombre de «Operarios Píos» se convirtió en el oficial del Instituto, «Operarios cristianos de San José de Calasanz», al ser reconocidos como congregación diocesana. Años después resultó reconocida por Roma como de Derecho pontificio, con el decreto de alabanza del 3 de febrero de 1926. Al morir el P. Schwartz tres años después, en 1929, tenían casas no sólo en Austria, sino también en Hungría y en Checoeslovaquia.

Llegar a ello costó bastante y fue mérito suyo sostener a sus compañeros en los obstáculos, en los desalientos, en las falsas acusaciones, a veces en la desconfianza y en ocasiones en el rechazo. Sin embargo él siempre se mantuvo en la prudencia. Los sacerdotes y los laicos que la formaron trabajaron en todo lo que tenía que ver con los jóvenes obreros. El Instituto supo cultivar

durante años el espíritu alegre que es imprescindible en el trato con los jóvenes. Por eso sus lenguajes fueron con frecuencia la música, el teatro, el canto, las fiestas, la convivencia, en busca de la amistad, de la formación cultural, de la educación religiosa.

Incluso el P. Schwartz llegó a construir con su Instituto la primera Iglesia de obreros de Viena. Fue un templo humilde y escondido en medio de una zona de casas populares. Resultó una de las obras más hermosas y gratificantes por él fundadas. Se alegró al ver cómo los muchachos frecuentaban los actos de culto que se tenían en el templo y que llegó a ser mirada como algo muy propio en aquel ambiente obrero que otros querían separar de la Iglesia.

El espíritu del padre Schwartz no se acobardaba por nada. Sabía pedir valor a los pusilánimes y moderación a los impetuosos. Pero sobre todo transmitía la impresión de que el ideal evangélico es del todo compatible con el trabajo en las fábricas y en los talleres. Con él, y con sus seguidores, hablar de Cristo a los obreros y compartir con ellos inquietudes y recursos resultó un lenguaje popular. Lo que él poseía era de cualquier trabajador con quien se cruzara en su camino.

Por aquellos años escribía a todos sus colaboradores este mensaje:

> «Haced todo lo posible por salvaguardar el domingo. Demostrad que ese día no puede ser laborable y luchad por ello, pues se ha de celebrar como día del Señor. Sostened sobre todo a los jóvenes que no tienen trabajo. Quien proporciona a los jóvenes de hoy la posibilidad de ganarse el pan, contribuye a hacer que los adultos de mañana puedan transmitir a sus hijos el sentido de la vida. Sé bien que no hay soluciones fáciles».

Ante sus iniciativas, en el ambiente de Viena y en diversos lugares se puso en duda que este «apostolado obrero» fuera conveniente. Las opiniones estaban divididas. Muchos consideraban exagerado su compromiso y su vida en medio del mundo obrero. Otros creían que merecía la más alta estima lo que estaba haciendo. El padre Schwartz permaneció fiel a sí mismo y dio también pasos valientes. Con su capacidad para crear puestos de formación de obreros jóvenes y para convertir el descanso dominical en ocasiones de mejora personal y de ayuda a la sociedad, llegó incluso a estar presente en el «Reichstag», en el Parlamento.

A pesar de su vida ajetreada, tuvo tiempo para cultivar intensamente la vida espiritual y para preocuparse de que sus hermanos, los sacerdotes y los laicos, vivieran intensamente la vida de oración y la fidelidad. También escribió para ellos diversos libros espirituales y apostólicos, como fueron las *Reglas del Instituto,* el *Libro de las plegarias,* las *Meditaciones para los religiosos y los estudiantes.* Multiplicó sus artículos en diversas revistas, como en la *Kalasanztinerblätter,* o *Revista de los calasancios,* dirigida a jóvenes obreros que se relacionaban con sus diversas obras.

Su palabra era fácil y sobre todo persuasiva. Pero no se contentaba sólo con buenos consejos, sino quería que sus lectores pensaran, a la luz del Evangelio, lo que es justo y lo que no lo es. Estimulaba la solidaridad, de modo especial con los más necesitados, como la perla del Evangelio. Animaba a todos a ser decididos en las iniciativas que resultaran beneficiosas para los jóvenes. Y tenía como ideal en sus palabras y acciones que todos amaran a Jesús, el obrero más maravilloso de la historia humana, y a su madre santísima, la primera mujer obrera que entregó su vida por Jesús.

La vida se le fue desgastando en dirigir sus obras, en pagar facturas, en pedir ayudas, en corregir desviaciones, en escribir cartas, sobre todo en pasar muchas horas ante el sagrario pidiendo consuelo para los que no tenían trabajo, salud para los enfermos y paz y justicia para un mundo nuevo que nacía. Tenía 77 años cuando, consumido por el trabajo, pero con la mente clarividente y alma purificada, vio que se le acercaba la hora de la partida. Su enfermedad final fue más bien corta, pues nunca había tenido tiempo de hacer tareas muy largas. Falleció en Viena el 15 de septiembre de 1929.

Su recuerdo quedó vivo en muchos de los que le conocieron. Gran cantidad de obreros jóvenes y no tan jóvenes asistieron silenciosos a su sepelio. Y desde su muerte muchos comenzaron a invocar su nombre cada vez que tenían una necesidad urgente. Su proceso de beatificación se introdujo en Roma en 1949. Medio siglo después, el papa Juan Pablo II le beatificó el 21 de junio de 1998 en la misma ciudad de Viena, que el padre Schwartz tanto había querido y regado con sus lágrimas y sudores. Aquel día, ante los 50.000 cristianos que se juntaron en la

ceremonia celebrada en la plaza, reconoció su valor, con palabras compartidas con otros beatificados, el padre Jakob Kern (1897-1924) y la hermana Restituta Kafka (1894-1943).

El Papa dijo entonces:

> «El padre Antonio María Schwartz fue un apóstol de la cuestión social. Fundador de la Congregación de los "Kalasanztiner", consagró su vida entera a la pastoral del mundo de los trabajadores, en particular de los aprendices... Su gran deseo era convertir la sociedad a Cristo y restaurarla en él. Fue sensible a las necesidades de los aprendices y de los obreros, que a menudo carecían de apoyo y orientación».

PEDRO CHICO GONZÁLEZ, FSC

Bibliografía

BRUCKNNER, J., *Der Arbeiterapostel von Wien, P. Anton Maria Schwartz, ein vorarbeiter in Gottes Werkstatt* (Viena 1935).
Diccionario enciclopédico escolapio. Biografías (Salamanca 1983).
La Documentation Catholique 80 (1998) n.14, p.690s.
L'Osservatore Romano (28-6-1998) 4s.

BEATO PABLO MANNA

Presbítero († 1952)

El Señor Jesús no sólo dio a sus apóstoles la orden de ir al mundo predicando el evangelio sino que les envió su Espíritu para que tuvieran luz y fuerza a la hora de realizar esta misión. A la presencia de ese Espíritu se debe la continua aparición de almas misioneras, de personas de ambos sexos que, sintiendo la llamada del Señor, se entregan sin reservas a la causa de las misiones y vienen dando impulsos tan notables como eficaces en la obra misionera.

Pero el Señor ha querido darle a entender a su Iglesia que no solamente desde la propia frontera de las misiones y anunciando directamente el evangelio a los no cristianos es posible colaborar eficazmente a la obra misionera. También cabe el trabajo desde la retaguardia de la Iglesia, no sólo con la oración, como es el caso insigne de Santa Teresita del Niño Jesús, sino con otros tipos de ayuda como los prestados por el Beato Daniel Brottier, el Beato Guido María Conforti, el Beato José Allamano y nuestro Beato Pablo Manna, a quien una visión materialis-

ta llamaría un misionero fracasado. Pero no. Su vida misionera no fue un fracaso sino todo un éxito desde la óptica, la definitiva, de Dios. Con su larga barba, casi blanca al final de sus días, en contraste con su negra sotana, y sus gafas de intelectual y escritor, el sacerdote Don Manna conservó siempre un aire de misionero en ejercicio, que denotaba muy bien su intensa vida toda ella dedicada a las misiones.

Él había nacido en la población italiana de Avellino el 16 de enero de 1872. Nació en un hogar cristiano, y tuvo por padres a Vicenzo Manna y a Lorenza Ruggiero, los cuales le infundieron sentimientos religiosos, le transmitieron espíritu de trabajo y responsabilidad y se cuidaron de su formación intelectual. Estuvo primero en la escuela de su pueblo natal, pasó luego a una escuela de Nápoles, y de ahí fue a Roma donde fue alumno durante cuatro años de la Sociedad Católica Instructiva. Seguidamente se inscribió en los cursos de filosofía de la Universidad Gregoriana y estaba haciendo estos estudios cuando le vino la llamada de Dios.

Sintió con mucha claridad en su corazón que Dios no lo quería solamente sacerdote sino que quería de él que fuera misionero en algún país no cristiano, donde tuviera la oportunidad de predicar el evangelio a quienes aún no lo conocían. Su alma se llenó de gozo con esta vocación, que fue consultada y madurada, y estando ya seguro de ella, pidió ingresar en el Seminario de Misiones Extranjeras de Milán. Recibió respuesta positiva a su petición y el 19 de septiembre de 1891, con sus floridos 19 años de edad, hizo entrada en dicho seminario. Se dedicó al estudio de la teología con gran interés, siendo bien visto por sus superiores que valoraron su inteligencia y su dedicación. Presentado a las sagradas órdenes, las fue recibiendo hasta que el 19 de mayo de 1894 se ordenó sacerdote. El marco de su ordenación fue espléndido: el Duomo milanés, allí donde reposa el cuerpo de San Carlos Borromeo, un pastor santo entregado a la causa del evangelio con todas sus fuerzas. Pablo se sintió ungido por el Señor y enviado a evangelizar, y se demostró disponible para ir a donde la superioridad de su instituto lo mandase. Primero debería completar sus estudios y prepararse adecuadamente, y así lo hizo.

Por fin, el 27 de septiembre de 1895 dejó Italia y todo lo que le era más querido a su corazón para marchar a un país, muy lejano, a Birmania. Aquí le era asignado como puesto de su misión Toungoo, en la Birmania oriental. Sus primeras experiencias misioneras fueron en Jadó, donde pudo ver realizado su ideal de predicar el evangelio a quienes no lo conocen; luego se le confió el distrito de Mombló entre los Ghekkú. Y comenzaron sus problemas de salud. No le iba el clima, no le acompañaba una fuerte naturaleza y hubo por tres veces de interrumpir su trabajo misionero y de reemprenderlo una vez mejorado nuevamente. Su voluntad era de oro, su decisión firme, su salud endeble. En 1907 se tomó la decisión de que volviera indefinidamente a Italia. Él se resignó con pena a abandonar el tajo misionero, y no pudo impedir preguntarse: ¿Soy un misionero fracasado? Cuando se examina su vida, se ve que no había tal fracaso, como dijimos antes, porque su falta de salud sirvió para que, vuelto a Italia, él animara con increíble actividad la labor misionera de retaguardia. Animó de tal forma el movimiento misionero que durante cuarenta años fue el líder del mismo, sacudiendo almas y conciencias con la palabra hablada y escrita. Ésta iba a ser la tarea que la Providencia le deparaba tras su vuelta de Birmania.

En 1909 se le confió la dirección de la revista *Las Misiones Católicas,* llamada hoy *Mundo y Misión,* y en ella volcó su ardiente fervor por las misiones, fervor que lograba con ella contagiar a muchos fieles. En 1914 fundó la hoja *Propaganda Misionera,* que tuvo amplísima difusión, y en 1919 funda la revista *Italia Misionera,* que estaba especialmente dirigida a los jóvenes católicos. Don Manna quería difundir el interés por las misiones entre el clero, entre los religiosos y entre los fieles. Y pensando que la mejor manera de interesar a los fieles era interesar primero a los sacerdotes, en 1916 fundó la Unión Misional del Clero. Su propósito expreso era «resolver del modo más radical posible el problema de la cooperación de los católicos a las misiones». Había muerto ya don Manna cuando el papa Pío XII, que lo había conocido y apreciado, elevó su Unión a la categoría de pontificia.

La Santa Sede no pudo menos que apreciar en mucho la labor de divulgación y entusiasmo por las misiones que don Manna llevaba adelante, y le hizo un encargo importante. La Sagra-

da Congregación de Propaganda Fide le pidió que en orden a un mayor desarrollo misionero del sur de Italia abriera un seminario misionero en esta zona del país. Y así lo hizo el P. Manna abriendo en Ducenta (Caserta) el seminario meridional del Sagrado Corazón para las Misiones Extranjeras. De esta forma se cumplió una aspiración mantenida por él durante largo tiempo.

Su crédito crecía dentro y fuera de su Instituto, y por ello a nadie le extrañó, antes bien todo el mundo aprobó, que en 1924 fuera elegido superior general del Instituto de Misiones Extranjeras de Milán. Fue un magnífico superior, que supo impulsar a todos los miembros del Instituto en la gran tarea emprendida, y su generalato pasa a la historia ante todo porque se logró en su tiempo la unificación de su Instituto con el Seminario Misionero de Roma. El papa Pío XI, con tanta razón llamado el Papa de las misiones, insistió en la oportunidad de esta fusión, y el P. Pablo Manna comprendió que era el bien de las misiones lo que la reclamaba y por ello se procedió en 1926 a efectuarla, surgiendo el Pontificio Instituto de Misiones Extranjeras, llamado en siglas PIME. El P. Pablo Manna fue el primer superior general de este nuevo Instituto hasta 1934. En 1927 visitó a sus misioneros de Asia y de América y también a los de otras misiones. Fruto de las valiosas experiencias de su viaje fue su estudio *Observaciones sobre los métodos modernos de evangelización.* Para él la salvación de las almas era la ley suprema. Llegó a publicar hasta veinte obras distintas, todas con la misma finalidad de la animación misionera. Y con toda razón se le ha llamado un precursor del Concilio Vaticano II, porque muchos de sus planteamientos se vieron luego confirmados por el Concilio.

Terminado su mandato, continuó su trabajo de promoción del espíritu misionero y, como no podía ser menos, aceptó el mandato de la asamblea general del PIME de tomar parte muy activa en fundar la rama femenina del Instituto, las llamadas Misioneras de la Inmaculada.

Desde 1937 a 1941 le tocó dirigir el Secretariado Internacional de la Unión Misional del Clero, y apenas había dejado esta responsabilidad cuando en 1943 fue erigida la Provincia PIME de la Italia Meridional y se nombró al P. Manna como su primer superior. Se fue por ello a vivir a Ducenta, y aquí fundó el pe-

riódico misionero para las familias, titulado *Venga a nosotros tu Reino.* Aquí, además, pudo verse cómo los años no le quitaban un ápice de entusiasmo a una vida enteramente dedicada a la causa misionera. Ninguna prueba, ninguna dificultad, ninguna enfermedad enfrió jamás su celo ardiente por las misiones. Se le llamó con razón: «Un alma de fuego». Era su lema: «Toda la Iglesia para todo el mundo».

Este siervo bueno y fiel del Señor fue llamado a la presencia de Dios en Nápoles el 15 de septiembre de 1952, siendo enterrados sus restos mortales en el seminario de Ducenta. Este centro fue visitado personalmente por Su Santidad el papa Juan Pablo II el 13 de diciembre de 1990.

La fama de santidad rodeó a Pablo Manna en vida y en muerte, por lo que se le abrió en Nápoles la correspondiente causa de beatificación en 1971. El 18 de febrero de 1989 sus virtudes eran declaradas heroicas; el 24 de abril de 2001 se confirmaba el milagro obrado por su intercesión, y el 4 de noviembre de 2001 era colocado en la lista de los bienaventurados.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 94 (2002) 61-62.
Art. en *Bibliotheca sanctorum. Appendice prima* (Roma 1987) cols.823-825.
L'Osservatore Romano (ed. en español) (2-11-2001) 21.
TRAGELLA, G. B., *Un anima di fuoco* (Nápoles 1954).
Ufficio delle celebrazioni liturgiche del Sommo Pontefice: Notificazione: «Cappella Papale presieduta dal Santo Padre Giovanni Paolo II per la beatificazione dei servi di Dio... Paolo Manna, presbitero, del Pontificio Istituto Missioni Straniere». Piazza San Pietro, 4 novembre 2001. XXXI Domenica del Tempo per Annum.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN NICOMEDES

Mártir (fecha desconocida)

El nombre de San Nicomedes, mártir romano, no aparece en la *Depositio martyrum* del año 354, pero figura su nombre en los sacramentarios más antiguos, lo que garantiza su existencia histórica y su martirio. En el siglo VII los fieles seguían veneran-

do su tumba y por ello el papa Bonifacio V edificó sobre ella una basílica. No tiene fundamento el asignarle la cualidad de sacerdote que le atribuía el antiguo *Martirologio romano* el día 13 de junio al conmemorar a Santa Felícula.

SANTOS ÉMILA Y JEREMÍAS

Mártires († 852)

Dice San Eulogio que la espontánea confesión de fe de estos dos adolescentes, y la furia y claridad con que en lengua árabe habían atacado a Mahoma y al Islam, hizo pensar a las autoridades cordobesas si de la mera acción de castigo contra los confesores espontáneos había que pasar a medidas preventivas contra la comunidad cristiana. Estos dos jóvenes fueron decapitados y sus cuerpos suspendidos en palos al otro lado del Guadalquivir el día 15 de septiembre del 852, teniendo lugar una repentina tormenta justo en el momento en que eran ejecutados, pese a haber amanecido el día claro, lo que San Eulogio interpreta como una protesta del cielo contra aquel crimen. Émila y Jeremías eran, desde su niñez, alumnos de la basílica de San Cipriano en la que estudiaban las ciencias sagradas. Pero mientras el primero aspiraba al sacerdocio y era ya diácono, el otro era aún simple seglar, frase de San Eulogio que parece dar a entender que aspiraba igualmente al sacerdocio. Estaríamos entonces ante lo que hoy llamaríamos el martirio de dos seminaristas.

BEATO ROLANDO DE MÉDICIS

Ermitaño († 1386)

Rolando u Orlando nació hacia el 1330 en el seno de la familia Médicis de Milán. A los 30 años y llevado del deseo de buscar la perfección cristiana, se retiró a los bosques entre Tabiano y Salsomaggiore, donde durante veintiséis años observó perpetuo silencio sin permitirse hablar con nadie ni siquiera para lo necesario. Primero vistió un hábito negro y cuando éste se le cayó convertido en harapos se hizo un vestido con piel de cabra que conservó hasta su muerte. Dormía al cielo raso y co-

mía frutos y hierbas crudas. Tenido por loco por algunos, a veces recibió malos tratos físicos. Dedicado a una continua contemplación, se pasaba las horas y las horas en la más extática oración. Caído al suelo como muerto a causa de la debilidad, fue encontrado por los criados de una señora que acudió a socorrerlo, negando él con la cabeza se le asistiera, pero llevado a la iglesia junto al castillo, lo visitó el padre carmelita Domenico de Dominicis, y entonces él rompió su silencio, le contó su propia historia y recibió de sus manos los sacramentos. Murió veinte días más tarde, el 15 de septiembre de 1386.

Su culto fue confirmado por el papa Pío IX el 23 de septiembre de 1853.

BEATO CAMILO CONSTANZO

Presbítero y mártir († 1622)

Nació en Bovalino de Calabria en 1572. Primeramente se decidió por la abogacía, estudios que dejó para alistarse entre las tropas del príncipe Alberto de Ostende, pero aquí tampoco hallaba su vocación y se decidió entonces por la Compañía de Jesús. Una vez ordenado sacerdote pidió con insistencia le mandasen a las misiones de China, y en efecto se le concedió, embarcando en 1602 para Macao. Pero al llegar a esta población se encontró con que las autoridades portuguesas no permitían la presencia de más misioneros italianos, y se resuelve por ello que su destino será Japón, desembarcando en Nagasaki el 17 de agosto de 1604, y trabajando apostólicamente con gran celo en Sacai. Logró convertir unas ochocientas personas y se esforzó en enfervorizar a los ya fieles con mucho empeño, construyendo una casa e iglesia. Pero en 1614 llegó el edicto de expulsión de todos los misioneros y hubo de dejar Japón para volver a Macao. Aquí se dedicó a escribir una obra contestando la doctrina de Sciaca y su colección de escritos conocida como el Buppo, entrevistándose con los más afamados maestros y queriendo poner coto a su difusión por todo el Oriente. En 1621 se entera de cuán necesitadas de asistencia pastoral estaban las comunidades japonesas al faltar los misioneros y por ello decide volver disfrazado al Japón, lo que logró no sin algunas peripe-

cias. Anduvo por Arima y Fingen, ocultándose y usando todos los medios que aconsejaba la prudencia, pero pudiendo realizar su apostolado y hacer mucho bien a muchas almas. Tuvo a su disposición una lancha y algunos marineros cristianos que le llevaban con todo celo de un lugar a otro. Llevaba más de tres meses en la isla de Ikitzuki cuando decidió ir a la de Noxima, y salió en dirección a ésta con los beatos y futuros mártires Agustín Ota y Gaspar Koteda. Pero la imprudencia de una cristiana llevó noticia de la presencia del Padre a las autoridades, las cuales pudieron sorprenderle en el islote de Ucu el 24 de abril de 1622. En el interrogatorio dijo quién era y su propósito misionero al ir a Japón, siendo seguidamente encarcelado. Llegada la sentencia de ser quemado vivo, fue ejecutado en Hirado el 15 de septiembre de 1622.

Fue beatificado el 7 de julio de 1867 por el papa Pío IX en la ceremonia de beatificación de 205 mártires de Japón.

BEATO PASCUAL PENADÉS JORNET

Presbítero y mártir († 1936)

Su nacimiento tuvo lugar en Montaverner el 3 de enero de 1894. Tras decidir su vocación sacerdotal estudió en el colegio de vocaciones eclesiásticas en Valencia y se ordenó sacerdote en 1921. Fue coadjutor en la parroquia de La Pobla del Duc, pasando luego por las parroquias de Campos de Arenoso, Sempere, Salem, Adsubia y por fin fue cura regente de Bélgida, desarrollando en todas ellas su ministerio pastoral con dedicación y celo, teniéndolo todos por un sacerdote ejemplar. Llegado el 18 de julio de 1936 se marchó a su pueblo natal. En la madrugada del 15 de septiembre fue detenido y llevado ante el Comité donde se le hizo lo que se pretendía fuera un juicio y por ser sacerdote se le condenó a muerte. Llevado al término municipal de Llosa de Ranes, recibió dos tiros en la nuca. Posteriormente se le exigió a la familia que entregara los libros del sacerdote que fueron quemados en la plaza del pueblo.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO LADISLAO MIEGON

Presbítero y mártir († 1942)

Nació en Samborzec (Polonia) el 30 de noviembre de 1892 en el seno de una familia numerosa, que lo educó en la fe. Hizo sus estudios en el seminario de Sandomierz y se ordenó sacerdote el 2 de febrero de 1915. Estuvo de vicario sucesivamente en las parroquias de Modliborzyce, Bodzentyn, Glowaczow, Staszow e Ilza. En 1919 se hizo capellán militar y estuvo con las tropas polacas en la guerra entre los polacos y los bolcheviques, ganándose varias medallas. En 1928 estuvo destinado en Lublín y en 1934 en Gdynia, siempre en trabajo pastoral con los marinos, logrando construir una iglesia y un centro social para ellos. Tras el ataque alemán a Polonia, estuvo con las tropas, atendiendo a los heridos en el hospital militar. Capturado, obtuvo la libertad gracias a un pastor protestante alemán y se dedicó nuevamente a la atención de los soldados heridos. Arrestado y encarcelado en Rothenburg, pasó en abril de 1940 al campo de concentración de Buchenwald y en 1942 pasó al de Dachau (15 de julio), donde dos meses más tarde, maltratado y enfermo, falleció el 15 de septiembre. Sacerdote celoso y entregado a su ministerio, soportó con paciencia las miserias de los campos de concentración.

Fue beatificado el 13 de junio de 1999 por el papa Juan Pablo II.

16 de septiembre

A) MARTIROLOGIO

1. La memoria de los santos Cornelio († 252), papa, y Cipriano († 258), obispo de Cartago, mártires. La deposición del primero y el martirio del segundo tuvieron lugar el 14 de este mes **.

2. En Calcedonia (Bitinia), Santa Eufemia († 303), virgen y mártir *.

3. En el Monte Soracte (Lacio), santos Abundio y sus compañeros († 304), mártires.

4. En Roma, en la Via Nomentana, santos Víctor, Félix, Alejandro y Papías (fecha desconocida), mártires.
5. En Nocera (Campania), San Prisco († s. IV), obispo y mártir.
6. En Whithorn (Escocia), San Niniano († 432), obispo *.
7. En Córdoba (Andalucía), el martirio de los santos Rogelio, monje anciano, y del joven Abdallah o Servideo († 852), muertos cuando anunciaban a Cristo *.
8. En Praga, Santa Ludmila († 921), duquesa de Bohemia, mártir *.
9. En Wilton (Inglaterra), Santa Edith († 984), virgen, monja benedictina *.
10. En Montecasino, el tránsito del Beato Víctor III († 1087), papa, anteriormente abad del mismo monasterio *.
11. En Savigny (Normandía), San Vital († 1122), abad *.
12. En el monasterio de Huerta (Castilla), San Martín († 1213), primero abad cisterciense y luego obispo de Sigüenza **.
13. En Salon (Provenza), Beato Luis d'Alleman († 1450), obispo de Arlés y cardenal **.
14. En Nagasaki (Japón), beatos Domingo Shobioye, Miguel Timonoya y su hijo Pablo († 1628), mártires *.
15. En Lima (Perú), San Juan Macías († 1645), religioso dominico **.
16. En Sai-Nam-Hte (Corea), San Andrés Kim Taegón († 1846), presbítero y mártir, cuya memoria se celebra el 20 de septiembre **.
17. En Odena (Barcelona), Beato Ignacio Casanovas († 1936), presbítero, religioso escolapio, mártir *.
18. En Turís (Valencia), beatos Laureano (Salvador) Ferrer Cardet, presbítero, Benito (Manuel) Ferrer Jordá y Bernardino (Pablo) Martínez Robles († 1936), los tres religiosos de la Congregación de Terciarios Capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN CORNELIO

Papa y mártir († 252)

El catolicismo no es laxitud, pero tampoco es rigidez inhumana. Cuenta con las debilidades de los hombres, como contó con ellas su divino fundador, Jesús, que no quebraba la caña cascada, ni apagaba el leño todavía humeante. Es curioso observar cómo la Iglesia condenó con idéntico celo la depravación de las costumbres que el rigorismo moral: las ideas desorbitantes como las demasiado alicortas. Ya desde los primeros siglos de la era cristiana fueron fulminadas con el anatema todas las

doctrinas que suponían al hombre fuera del quicio de su debilidad. Estúdiense las condenaciones de encratitas, novacianos, jansenistas, etc., y se verá que los rostros ceñudos y demasiado alargados por la rigidez no caben en la Iglesia. Y es que ésta se sitúa siempre en el fiel de la balanza: entre el ángel y la bestia, entre los hombres. Yerran, por tanto, quienes intentan deshumanizar al hombre con el pretexto de elevarlo hacia las altas cimas de Dios. ¿Condescendencia de la Iglesia? En cuanto que aprueba el mal, no; pero sí en cuanto que lo supone. Bien considerado todo esto, queda bien claro que no hay por qué rasgarse las vestiduras cuando la Iglesia —esposa purísima de Cristo— rechaza palabras como *reforma, puritano, cátaro* (= puro), *pietista,* etc. (todas ellas con un evidente significado de pureza), por estar marcadas de herejía. El refrán latino dice que *in medio, consistit virtus* (en el medio está la virtud), y la Iglesia se mantiene en ese medio humano evitando los extremos de rigorismo o laxitud.

Y todo esto, a propósito de San Cornelio. Porque este santo fue uno de los que —desde el timón de la nave de San Pedro— supieron sortear los escollos del más y del menos, quedando en el justo medio.

En efecto, el nombre del papa Cornelio va asociado en la historia eclesiástica al del cisma o herejía de los novacianos. Frente a la intransigencia de éstos, San Cornelio vio que el leño todavía humeaba... ¿Por qué, pues, apagarlo? En la célebre cuestión de los *lapsi* (o *caídos* en la apostasía) veremos que San Cornelio representa la auténtica mentalidad de la Iglesia.

No es demasiado lo que se sabe sobre este Papa, pero es suficiente e históricamente válido.

A la muerte del papa Fabián, martirizado en el comienzo de la persecución de Decio (20 de enero de 250), la sede romana quedó vacante durante dieciséis meses. En este largo período gobernaron la Iglesia romana los sacerdotes de la ciudad, entre los cuales se significó en todo momento un tal Novaciano, autor de diversas obras y hombre rigorista. Y éste parecía ser el candidato para ocupar la cátedra de San Pedro cuando, al amainar la persecución, se trató de elegir nuevo Papa. Sin embargo, la mayoría de los votos designó al sacerdote Cornelio (abril de

251), que fue reconocido como Romano Pontífice, frente a un grupo de presbíteros que apoyaban a Novaciano. La ambición de éste hizo que pronto surgiera un cisma en Roma. De hecho, Novaciano se hizo consagrar como obispo de Roma y envió cartas a las demás iglesias para que le reconocieran como Papa. Pero prevaleció pronto el buen sentido, y Cornelio vio que su designación era aceptada como válida, no sólo por la mejor parte del clero y del pueblo de Roma, sino también por las grandes lumbreras de la época, Dionisio de Alejandría, Cipriano de Cartago, así como por el resto de la cristiandad.

La actividad de este pontífice se centró principalmente en la condenación del rigorismo de Novaciano en la cuestión de los *lapsi*. Ya desde muchos años atrás se venía discutiendo si los cristianos que habían apostatado de la fe (= *lapsi*) podían ser admitidos en el seno de la Iglesia, previa una sincera conversión. Esto, en definitiva, no era sino un caso particular de la gran cuestión que había agitado los pontificados de Ceferino (198-217) y de Calixto (217-222) sobre la admisión en la Iglesia o la exclusión perpetua de la misma de los grandes pecadores. Los obispos de Oriente se inclinaban más bien por el rigorismo; aunque no fue esto general, pues ya hemos dicho que por lo menos San Dionisio de Alejandría se inclinó hacia San Cornelio. El problema, como se ve, adquirió dimensiones extraordinarias y turbó durante años a algunas cristiandades. Concretamente, San Cipriano hubo de maniobrar entre el rigorismo desesperante y la indulgencia excesiva, inclinándose al fin y abiertamente hacia la doctrina del papa Cornelio, como lo testimonia la correspondencia sostenida con el pontífice romano por el gran obispo de Cartago. Esta correspondencia tiene, por otra parte, una importancia nada despreciable para demostrar la primacía de la Iglesia romana.

El hecho es que en pocos meses la verdad se impuso sobre el error. San Cornelio, espíritu recto aunque flexible, supo demostrar que hay momentos en que no es posible ceder. Así le ocurrió a él, cuando supo sellar su fe con el martirio en Centumcellae (actual Civitavecchia) en el año 252.

La muerte de San Cornelio tuvo lugar en el mes de junio; pero la traslación de sus restos a Roma, desde la cercana ciudad,

a donde había sido desterrado y donde sufrió el martirio, se verificó probablemente el 14 de septiembre, fecha de la muerte de San Cipriano, cuya memoria va asociada a la de nuestro santo en una fiesta común. Fue enterrado en una cripta próxima al cementerio de San Calixto. Su epitafio no está escrito en griego, como el de los papas del siglo III; dice simplemente: *Cornelius martyr, E. P.*, ¿no es más que suficiente título de gloria este del martirio? Su sucesor fue el papa Lucio.

De la carta de San Cornelio a Fabián de Antioquía se desprenden unos datos interesantes para conocer el estado de la Iglesia de Roma, todavía no desarrollada por completo: los presbíteros eran, en aquella sazón, cuarenta y seis, siete diáconos, siete los subdiáconos, cuarenta y dos los acólitos y cincuenta y dos los exorcistas, lectores y ostiarios. Cifras, en verdad, muy modestas para las que había de alcanzar con el correr del tiempo la Urbe, pero que revelan ya la pujanza del cristianismo en medio de la persecución.

De la vida de San Cornelio podemos sacar una enseñanza, a saber, que hay que estar dispuestos a sellar la fe con el testimonio de la sangre, pero, a la vez, hay que tener comprensión con los débiles, con los que reniegan con su conducta de la fe o con los que no han recibido de Dios todavía esa «luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo» (San Juan).

FAUSTINO MARTÍNEZ GOÑI

Bibliografía

Acta sanctorum. Septembris (Venecia 1756) t.IV, p.143s.

Art. «Cornelius», A. VACANT - E. MANGENOT - E. AMANN, *et al.* (dirs.), *Dictionnaire de théologie catholique*. III: *Constantinople-Czepanski* (París 1938).

EUSEBIO, *Historia eclesiástica*, l.6 c.43 y 45. Cf. *Historia eclesiástica*. Ed. bilingüe preparada por A. VELASCO-DELGADO (Madrid ²2002) 421-431.

JAFFÉ, P., *Regesta pontificum Romanorum ab condita Ecclesia ad annum post Christum natum MCXCVIII* (Leipzig ²1885) 243.

JERÓNIMO (San), *De viris illustribus* 67: PL 23,719s.

SAN CIPRIANO DE CARTAGO

Obispo y mártir († 258)

A San Cipriano yo no llegué a conocerle y estimarle profundamente hasta que fui a Roma. En mi primera visita a la basílica de San Pedro, después de orar ante la tumba del Príncipe de los Apóstoles, levanté mis ojos hacia la cúpula majestuosa de Miguel Ángel Buonarroti y mi mirada se cruzó en seguida con un *slogan* que me conmovió profundamente: *Hinc una fides mundo refulget, hinc sacerdotii unitas exhoritur.* Estas palabras están incrustadas con caracteres inmensos y con mosaicos de oro en la banda circular interior de la cúpula de San Pedro: «Desde aquí se esparce por el mundo la única y verdadera fe, aquí nace la unidad del sacerdocio». El texto es de San Cipriano y me parece lo suficientemente indicativo para que a este Padre de la Iglesia podamos apellidarle «Santo de la romanidad». Mi segundo gran encuentro con San Cipriano lo tuve luego, al comienzo de mis estudios teológicos, profundizando en el tratado *De Ecclesia Christi,* que me explicó el famoso teólogo padre Zapelena en la Universidad Gregoriana. Fue entonces cuando mejor comprendí la magnitud de esta figura egregia, que aparece con tanto relieve en el horizonte de la cristiandad hacia la mitad del siglo III. San Cipriano me enseñó a amar más a la Iglesia y al romano pontífice y a mejor comprender la grandeza del Papado. Esta misma lección quiero yo que aprenda el lector de estas líneas dedicadas al santo de hoy.

> «Cipriano, nacido en África, primero enseñó la retórica con grande gloria; luego se hizo cristiano por consejo del presbítero Cecilio, de quien tomó el nombre, y empleó todos sus bienes en socorrer a los pobres. Poco tiempo después recibió la ordenación de presbítero y luego fue constituido obispo de Cartago. Sería por demás superfluo ponerme a dar una muestra de su ingenio, siendo así que sus escritos resplandecen más que el sol. Padeció martirio bajo los emperadores Valeriano y Galieno, en la octava persecución, el mismo día, bien que no el mismo año, que Cornelio en Roma».

Ésta es la estupenda fotografía que nos ha dejado de Cipriano el maestro Jerónimo en su catálogo de varones ilustres. La he copiado íntegra del breviario romano porque su sencillez y

su enjundia son más expresivas que todas las páginas que yo pueda escribir. Para erudición y explicación no haré ahora más que apilar sobre las palabras de San Jerónimo algunos otros datos históricos.

Cipriano, además de Cecilio, se llamaba Tascio. Su lugar de nacimiento hay que colocarlo en el norte de África, quizá en la misma Cartago, y su fecha en los primeros años del siglo III. Eran sus padres paganos adinerados y le procuraron una buena formación literaria. En su juventud y mientras enseñaba retórica, los vicios del paganismo ensuciaron su vida. Pero un día la luz de la fe y de la gracia que Cecilio le llevó transformó totalmente el rumbo de su existencia. Convertido al cristianismo, empezó una nueva vida, siendo ya de catecúmeno ejemplarísimo en la práctica de la austeridad, la continencia y la caridad. Poco después del bautismo entró en las filas del clero, entregando a la Iglesia el propio patrimonio. Su elección episcopal a la distinguida sede cartaginense hay que ponerla en el año 248 o 249. Para tan alto cargo jerárquico fue designado (no constituido) por aclamación popular, o sea «democráticamente», según la costumbre de entonces. Y como en todo buen acto democrático, también en éste hubo su oposición organizada. A la elección episcopal de Cipriano se oponía el partido «lapsista» del clero, encabezado por el sacerdote Novato y por un seglar rico cuyo nombre era Felicísimo. Después, durante su gobierno episcopal, el pastor cartaginés tuvo que enfrentarse fuertemente contra este partido en la cuestión de los *lapsi* y *libeláticos.*

Se llamaba libeláticos a los cristianos que para librarse de la persecución se procuraban un *libellus* de apostasía, es decir, un certificado de haber sacrificado a los dioses, sin haberlo hecho en realidad. Pasada la persecución, éstos, lo mismo que los apóstatas, pedían de nuevo ser admitidos en la comunidad cristiana. Para ello se procuraban también de los confesores que habían padecido cárceles y sufrimientos por la fe billetes de paz *(libelli pacis),* con los cuales debían ser dispensados de la penitencia pública. Esto representaba un verdadero abuso, fomentado por Novato y Felicísimo. Cipriano mantuvo firme su autoridad episcopal frente a los confesores e hizo prevalecer su opinión. Para ello reunió en el año 252 un sínodo en Cartago y tomó

medidas rigurosas, que consistían en distinguir entre los que habían sacrificado a los ídolos —a los que se impuso penitencia perpetua, admitiéndoles a la reconciliación sólo a la hora de la muerte— y los libeláticos, a los cuales podía admitirse a la comunión después de un período de prueba. Novato y Felicísimo se declararon en rebeldía frente a estas decisiones e iniciaron un cisma local. Luego, los cismáticos o laxistas de Cartago encontraron apoyo precisamente en la fracción contraria, es decir, en los extremadamente rigoristas del clero romano, partido encabezado por Novaciano, el cual defendía que en ningún caso había que perdonar a los lapsos. Novaciano logró en Roma hacerse elegir antipapa contra Cornelio, produciendo un cisma que tuvo cierta difusión y duración. En África, el obispo cartaginés combatió enérgicamente este movimiento, sosteniendo la elección de Cornelio.

Cipriano rigió la iglesia de Cartago hasta el año 257. Su período pastoral se vio agitado por las persecuciones contra los cristianos que tuvieron lugar en aquella mitad del siglo. Así, desde el año 250 hasta la primavera del 251, con motivo de la persecución de Decio, el intrépido obispo cartaginés tuvo que estar escondido para no privar a su grey de un guía entonces necesario más que nunca. De esa manera, desde su oculto retiro, no lejano de la sede, gobernó a sus fieles por medio de una intensa actividad epistolar. Pasado el huracán, pudo regresar a su ciudad y allí derrochó su vitalidad y sus energías apostólicas hasta que vino la famosa persecución de Valeriano.

El 30 de agosto de 257 el obispo es llevado al pretorio de Cartago ante el procónsul Aspasio Paterno. Éste le hizo la pregunta de ritual: «Los sacratísimos emperadores se han servido escribirme con orden de que a quienes no profesan la religión de los romanos se les obligue a guardar sus ceremonias. Quiero saber si eres de ese número. ¿Qué me respondes?». Cipriano confiesa entonces abiertamente su fe: «Soy cristiano y obispo; no conozco más dioses que uno solo, el verdadero Dios, que crió los cielos, la tierra, el mar y cuanto en ellos hay. A este Dios adoramos los cristianos y noche y día rogamos por nosotros mismos, por todos los hombres y también por la "salud" de los emperadores». A este valiente testimonio responde el procónsul

con la orden de destierro. Cipriano se ve obligado a salir para Curubi. Allí permanece una temporada hasta que un nuevo procónsul sucede a Paterno. Es Galerio Máximo. Éste ordena a Cipriano que se presente en Útica, residencia del magistrado romano; pero el obispo se niega a esto porque quiere morir en medio de su pueblo. Regresa a Cartago y el procónsul, después de oír nuevamente la solemne confesión de fe hecha por el imperturbable obispo el 13 de septiembre, le condena a muerte. A la sentencia proconsular el futuro mártir da por toda respuesta un cordialísimo *Deo gratias*. Luego, antes de su ejecución, dando muestras de la generosidad en la que tanto se había distinguido toda su vida, ordenó que se diesen 25 monedas de oro a su verdugo. El día 14 Cipriano fue decapitado delante de una inmensa multitud de fieles, que pudieron admirar el ejemplo del santo mártir y que luego lloraron su muerte y esclarecieron su memoria. Fue Cipriano, según afirma Poncio, el primer obispo que, después de los apóstoles, tiñó el África con su sangre. Buen patrón podría encontrar en este insigne santo africano ese continente que ahora se abre cada vez más a la luz del Evangelio.

Bonitamente anota San Jerónimo que Cipriano fue martirizado el mismo día, aunque no el mismo año, que el papa Cornelio. Éste murió en el 252, después de haber sido desterrado a Centocelle, donde precisamente recibió de Cipriano cartas de consolación. Ahora la Iglesia nos presenta a los dos santos mártires unidos por la misma fiesta en la liturgia del día 16 de septiembre. Buena compañía para el obispo Cipriano la de este Papa, a quien él conoció. Otro detalle que me gusta, cuando considero a San Cipriano entre los santos que se han distinguido por su romanidad.

Quizá alguien proteste porque insisto en poner a Cipriano la etiqueta de «Santo de la romanidad». Es cierto que son muchos los santos a quienes se les puede catalogar dentro de esta línea, pero quizá —dirá el arguyente— a Cipriano no, porque en realidad la historia duda de si fue o no algún tiempo cismático o poco menos. No podemos soslayar este aspecto o este punto oscuro de la vida de Cipriano. Es una cuestión controvertida por historiadores y teólogos y no voy a resolverla aquí, ni siquiera a tratarla con una amplitud que no es propia de este lugar.

El llamado «problema cipriánico», que aparece en el tratado de teología fundamental, se puede resumir en estos términos: Después de la persecución de Decio, en los años que siguieron al 251, la iglesia de Cartago llegó a adquirir un extraordinario esplendor. Cada año Cipriano convocaba un sínodo en su sede residencial y su influencia sobre otros obispos se notaba cada vez más, hasta el punto de que, como dice el padre Hertling, Cipriano no siempre se daba cuenta de que Dios le había consagrado obispo de Cartago y no obispo de toda la Iglesia.

Esta preponderancia manifiesta llevó al fogoso y ardiente obispo de Cartago a tener algunos conflictos con el Papa. Cipriano tuvo ya algún roce con el pontífice Cornelio en ocasión de la elección de éste a la sede de Roma.

Sin embargo, el problema está en las relaciones del obispo cartaginés con el papa Esteban —año 254-257—. Ya estas relaciones aparecen enturbiadas en el episodio de los obispos españoles Basílides de Astorga y Marcial de Mérida. Estos dos obispos, depuestos como libeláticos, apelaron a Roma y el papa Esteban, creyendo en su inocencia, ordenó que fueran restablecidos en sus diócesis, cuando ya éstas habían sido ocupadas por los nuevos obispos Félix y Sabino. Entonces las comunidades españolas, no satisfechas con la solución de Esteban, recurrieron a San Cipriano, que gozaba de grandísima autoridad. Éste reunió un sínodo en Cartago, que confirmó la deposición de Basílides y Marcial, poniéndose así en abierta contradicción con el Papa.

No sabemos hasta qué punto tuvo relación este hecho con la gran controversia que desunió a Cipriano del papa Esteban. La controversia versaba sobre si había que rebautizar o no a los herejes que se convertían. El obispo cartaginés defendía que era inválido el bautismo conferido fuera de la Iglesia católica y que, por lo tanto, los conversos debían ser rebautizados. Para estudiar este asunto Cipriano celebró en Cartago diversos sínodos, al último de los cuales asistieron 87 obispos. Los Padres conciliares proclamaron repetidas veces el principio defendido por Cipriano, aprobando la práctica que se seguía en África sobre el particular y enviando emisarios a Roma para dar cuenta a Esteban de las decisiones sinodales. Pero el Papa estaba por la sen-

tencia contraria, que es la que hoy se defiende en la Iglesia, dado que la gracia del sacramento viene directamente de Cristo, no del ministro, y por lo tanto el bautismo, como todo sacramento, produce su efecto por sí mismo, independientemente del estado del que lo confiere.

Esteban acogió mal a los emisarios de Cipriano y mandó decir a éste que siguiese la tradición romana, prohibiendo la repetición del bautismo administrado por los herejes y amenazando con romper la comunión eclesiástica con Cartago. Cipriano, en contra de la decisión del Papa, siguió defendiendo y practicando su doctrina y el resultado fue que de hecho quedó interrumpida la comunicación entre Roma y Cartago. Parece bastante claro que Cipriano quedó objetivamente en situación de cismático. ¿Lo fue subjetivamente? Tal vez —anota el padre Hertling, mi profesor de historia eclesiástica en la Universidad Gregoriana— Cipriano no consideraba como definitiva la difícil situación que se había creado con la decisión de Esteban. Con todo, dado el fogoso e irreductible carácter del obispo cartaginés, no sabemos qué sesgo habrían tomado las cosas si la Providencia no hubiera intervenido zanjando de hecho la cuestión. Por fortuna para Cipriano —dice el padre Hertling—, el papa Esteban murió —año 257— y el sucesor de éste, Sixto II, de carácter conciliador, entabló de nuevo la comunión con el obispo Cipriano y la iglesia cartaginense. Poco después el intrépido obispo se encontró con la palma del martirio.

Como se ve por esta semblanza, Cipriano era una «figura potente» y de una personalidad arrolladora. Resultó un gran pastor de almas, generoso en extremo y lleno de incontenible celo, hasta el punto de que su ansia más ardiente era mostrar a todos los hombres el camino de la salud eterna. Sus afanes apostólicos eran tan grandes que no podían contenerse en los límites de su cristiandad cartaginense, ni siquiera en las fronteras africanas. Manejó la pluma con la destreza periodística de un San Pablo, y con su palabra escrita predicó en todas las iglesias de su tiempo y ha seguido predicando a través de la historia hasta nuestros días. Por sus ideas supo luchar intrépidamente, como debe lucharse cuando se está convencido de la verdad. Fue un gran maestro, un intelectual o, como se dice técnica-

mente, un Padre de la Iglesia, y su fe fue tan profunda, tan viva y tan sólida, que por querer ser consecuente con sus ideas lo fue hasta el extremo desdichado —y aquí está el lado desfavorable de su personalidad episcopal y apostólica— de poner en serio peligro su comunión con Roma. Sin embargo, no se puede negar que esto fue extremadamente paradójico en su vida, porque Cipriano, pese a los errores que haya podido tener en la práctica, ha defendido, como el que más, el amor a la Iglesia Romana y el Primado de Pedro y sus sucesores. Por eso, los teólogos le consideran como uno de los principales doctores antiguos que hay que citar en defensa del primado romano. Yo considero y llamo a San Cipriano apóstol y maestro de la romanidad, porque su doctrina contiene un mensaje nítido y entusiasta en esta línea estupenda de amor a la Iglesia y al vicario de Cristo.

En las magníficas obras de este insigne doctor africano —cartas y tratados—, que son espejo purísimo de su pensamiento, de sus preocupaciones y de su incansable acción pastoral, podríamos espigar multitud de frases que nos darían el ideario del santo. Contentémonos con reproducir, para terminar, algunas ideas del más hermoso de los opúsculos escritos por San Cipriano, el *De catholicae Ecclesiae unitate:* No puede tener a Dios por padre quien no tiene a la Iglesia por madre. Hemos de temer más las insidias contra la unidad de la Iglesia que la misma persecución. La Iglesia permaneciendo unida se extiende hasta abrazar la multitud de los hombres, como una única luz de muchos rayos, un único árbol de innumerables ramas, una única fuente con multitud de chorros. Atenta contra la unidad quien no guarda la concordia. La Iglesia está constituida sobre los obispos puestos por Dios para gobernarla. El episcopado tiene el centro de su unión en la cátedra de Pedro y de sus sucesores. Roma es la Iglesia príncipe, donde está la fuente de la unidad sacerdotal.

CIPRIANO CALDERÓN

Bibliografía

Acta Proconsularia Sancti Cypriani: PL 3.
HERTLING, L., SI, Art. en *La Civiltà Cattolica* 109 (1958) 449s.
Obras de San Cipriano: PL 3 y 4.
PONCIO, *De vita et passione S. Cypriani:* PL 3.

ZAPELENA, T., SI, *De Ecclesia Christi,* I (Roma [6]1955).
• Actualización:
RUIZ BUENO, D., *Actas de los mártires* (Madrid [5]2003) 751-780.
TREVIJANO ETCHEVERRÍA, R., *Patrología* (Madrid [3]2001) 125-134.

SAN MARTÍN DE HUERTA
Obispo († 1213)

«El Prelado santo, oprimido por la fiebre y anhelando ya la patria, sale de Óvila para no morir en ella y, por el camino más recto, se dirige rápidamente a Huerta. Al llegar agotado a la aldea de Sotoca, descansa allí. Extenuado, la gravedad se hace cada vez más alarmante. Recibe el Cuerpo de Cristo y es arrebatado de este mundo falaz para gozar de la suerte eterna. El Dios uno le llama a la plenitud de sus días, el 16 de septiembre de 1213».

Se trata del trance final en la vida de San Martín de Finojosa, noble castellano de tierras sorianas, monje y abad en el monasterio cisterciense de Santa María de Huerta, en la actual provincia de Soria, y después obispo de Sigüenza por unos años, para volver de nuevo a su monasterio de origen, como simple monje. Al sentirse mal, parte del monasterio, también cisterciense, de Santa María de Óvila, en la provincia de Guadalajara, cerca de Cifuentes; y se dirige rápidamente al monasterio de Huerta, pero a unos pocos kilómetros, en el pueblecito de Sotoca, no puede más, y allí entrega el alma a su Señor y Hacedor.

Al abad obispo Martín, le cupo en suerte un biógrafo coetáneo suyo, monje como él y discípulo suyo, Fr. Ricardo, de quien hemos copiado la parte final de su vida escrita en versos llamados leoninos. Este texto refleja con fuerza la actitud interior de Martín, similar a la del famoso en el Medioevo, el también monje y obispo San Martín de Tours: prisa por llegar a la patria del cielo, pero también la atracción de la koinonía comunión, que se ha establecido entre él y sus hermanos de Huerta, trasunto ambos del banquete escatológico y definitivo que el Padre nos depara. En este momento, éstas son las dos fuerzas que luchan en el corazón de Martín. Morir es el anhelo de su corazón, pero rodeado de sus hermanos, con quienes ha pregustado todos estos bienes en esperanza.

Aunque fallece lejos de sus hermanos, su cadáver es trasladado a Huerta, puntualiza el hagiógrafo. Su espíritu y sus restos,

hoy ya bastante escasos, están muy vivos en el recuerdo y en el corazón de sus hermanos de todos los tiempos. La tensión que hemos señalado en el momento de la muerte, marcó la vida entera de Martín. La llamada imperiosa a la contemplación le salía de lo hondo y había sido cultivada dentro de la corriente de espiritualidad que modeló su corazón en una formación monástica de calidad muy cercana al movimiento primigenio del Císter, que en esos momentos se encontraba en su máximo esplendor.

Martín nace con toda probabilidad en tierras sorianas; varias localidades de la actual provincia de Soria se disputan su cuna: Hinojosa del Campo, Bliecos, Boñices, Deza; pero no hay argumentos ni para afirmar ni para negar su adjudicación a cualquiera de ellas. También desconocemos la fecha de su nacimiento; aunque con las precisiones de Ricardo, cuyo interés fundamental, sin embargo, es describirnos su fisonomía espiritual, se puede dar la fecha de su entrada en este mundo alrededor de 1138.

Conocemos también la familia de Martín; su padre se llamaba Miguel Muñoz de Finojosa, noble caballero, que murió en guerra con el moro y está enterrado en el monasterio benedictino de Santo Domingo de Silos. Sancha Gómez era el nombre de su madre, que ocupó durante años la Tenencia de Deza, villa castellana fronteriza con Aragón; «tenente» es un cargo político para gobernar una zona o población en nombre del rey, en este caso del de Castilla. Esta mujer, noble y fuerte, será la protagonista en el ingreso de Martín en la vida monástica. Cuando muere, en 1189, será enterrada en el cementerio de extranjeros, dentro del monasterio de Huerta; en el siglo XVI, Fr. Luis de Estrada, un insigne sucesor de Martín, trasladará sus huesos, dentro de una cajita, al pavimento del presbiterio, en el mismo lugar que había ocupado hasta el momento el cuerpo de su hijo Martín.

Martín tenía un hermano y dos hermanas. Muño Sánchez, el hermano varón, es quien sigue con la trayectoria caballeresca de la familia. Este caballero, con mesnada, estaba casado con doña Marquesa, dicen que de la familia de los Lope de Haro; los Haro y también los Finojosa, de gran prestigio en el norte de Castilla y en las batallas decisivas de la Reconquista. Don Muño y doña Marquesa, junto con sus hijos, son los grandes mecenas

en la construcción incipiente del monasterio de Huerta; a ellos se deben sus construcciones más espléndidas, el refectorio gótico y los dormitorios; además de dinero en metálico, dejará un gran legado de casas y tierras en Cuenca y provincia; los sepulcros de esta familia se encontraban en el claustro regular, llamado también de los caballeros.

Las hermanas: Teresa, con sus dos hijos, Pedro Garcés y Gil Garcés; todos muy cercanos, en vida, al monasterio, lo mismo que después de su muerte. La otra hermana se llamaba Eva, dotada, se expresan los instrumentos antiguos, de un gran patrimonio, y que una tradición muy posterior relacionó con don Rodrigo Jiménez de Rada, famoso estadista y arzobispo de Toledo; se supone que don Rodrigo era hijo de Eva y por lo tanto sobrino de San Martín, dato que no tiene ninguna comprobación histórica seria.

Muy joven aún, con unos 20 años de edad, Martín ingresa, en abril de 1158, en la comunidad de Cántavos, primera implantación de Huerta; probablemente fuera de los primeros ingresos autóctonos en esa reciente comunidad. Es su madre misma, doña Sancha, quien lo ofrece a Dios y a Santa María de Cántavos, en un documento precioso, copiado infinidad de veces por los monjes; y lo entrega para que sirva allí a Dios según los estatutos de la Orden del Císter. Su padre, que debía haber fallecido, no aparece en el documento. El mismo Martín confirma y ratifica la donación que de él hace su madre. Con el hijo, entrega también la buena señora varias posesiones en el lugar de Boñices.

Estamos en los comienzos mismos de la Orden del Císter en España y a unos cincuenta escasos años de la primera epopeya cisterciense. Císter se caracteriza por un renovado retorno y fidelidad al carisma benedictino, por la atención al interior de la persona, en el ámbito de una ascesis fundada en el amor y en la búsqueda de la más perfecta koinonía, y dentro de una comunidad cenobítica. El monasterio, que la tradición benedictina llama escuela del divino servicio, para los cistercienses es la escuela de la caridad. La separación del mundo, la pobreza, la sencillez, sobre todo, de talante, reflejada en el arte y en su menaje y costumbres, resumen lo fundamental del carisma cisterciense.

Según el monje Ricardo, Martín «entró en el claustro atraído por el deseo de la virtud, para liberarse de los mancomunados lazos del mundo y de la carne. Durante sus años de simple monje llevó una vida intachable y equilibrada, despreciando el mundo en vistas del premio eterno y ejercitándose continuamente en santas costumbres». Aquí se está fraguando el futuro monje y también el abad y el obispo; el biógrafo nos quiere decir que la formación se la tomó con seriedad, a pesar de las posibles dificultades y carencias del momento.

La comunidad de Cántavos, cuando ingresa Martín, llevará alrededor de diez años de existencia; los monjes fundadores provienen del monasterio francés de Berdous, asentado en los Pirineos, dentro de la línea de Morimond, una de las cuatro primeras casas madre del Císter primitivo. El primer abad de Cántavos, el Venerable Rodulfo, había fallecido ya, y es el segundo abad, Fr. Blas, quien lo recibe. Puede contagiarse de la ilusión y energía de la incipiente empresa, pero también de sus riesgos y dificultades. Posiblemente, la comunidad no sea aún autóctona, y en esos momentos, con toda probabilidad, dentro de una crisis, ante el hecho de un traslado no lejano a la entonces llamada Granja de Huerta, que acaecerá unos cuatro años después.

A los pocos años de la llegada al nuevo lugar de Huerta, la comunidad queda huérfana por la muerte del abad Fr. Blas, y los monjes «por voto unánime y con sumo interés, puntualiza Fr. Ricardo, eligen a Martín por pastor y padre». Estamos probablemente en 1165, y Martín, sin haber cumplido aún los treinta años, se convierte en el primer abad de la recién instalada comunidad de Huerta; en él han visto sus hermanos al monje capaz de capitanear la nueva aventura que se presenta. Con su sencillez característica, no le va a fallar el pulso; tiene por delante la construcción material del monasterio y la tarea más difícil de hacer comunidad; con empeño y coraje emprenderá la tarea.

Para su biógrafo, el joven abad Martín es un hombre recto, instruido en el difícil uso de la palabra, con tersura virgen de cuerpo y espíritu; a pesar de sus muchos años de abadiato, se le encontró siempre con la sencillez del novicio. Vivió entregado al cuidado de su grey con solicitud, gusto y fidelidad, alternando

la acción con la contemplación. Desde el principio, no se dejó llevar por lo material, sino que procuró la difícil coordinación de la vida contemplativa con los arduos quehaceres de abad ante una comunidad que estaba en estado de crecimiento a todos los niveles.

Sin perder e intensificando, lo que recalca Ricardo, la vida contemplativa, la mente del joven abad se centra en la edificación espiritual y material de la comunidad, en el sustento de los monjes y en la construcción del monasterio. En esta ingente labor va a participar con su aporte económico junto a los reyes y magnates la gente sencilla del pueblo. Los reyes de Castilla y Aragón se vuelcan con la comunidad y su abad Martín en privilegios y donaciones. Los reyes de Aragón buscarán, por su parte, la fraternidad, la comunión de los bienes del espíritu con la comunidad hortense; y el castellano, el consejo y amistad del abad Martín. De lejos y de cerca, nobles y plebeyos, acudirán al monasterio con sus bienes y sus personas, para, en vida y en muerte, permanecer a la sombra del abad Martín.

A los veinte años de abadiato se da un corte brusco en la vida de Martín. Su amistad con el rey castellano probablemente influye para llevarle al obispado de Sigüenza. Ya es el varón perfecto y probado en la vida cisterciense, dice Ricardo, y recibe el honor del pontificado, como obispo fiel de la diócesis seguntina. Es normal, conociendo a Martín, que ponga su atención especial en la vida espiritual y en la formación intelectual del clero, promoviendo, al mismo tiempo, la paz y reconciliación entre los miembros de su presbiterio. Con todos practicó las obras de misericordia, con atención especial a los pobres y cautivos.

Como obispo castellano, su nombre aparece con frecuencia en la diplomacia real, confirmado en numerosos documentos de Alfonso VIII. Lo podríamos considerar como uno entre tantos, pero algunas expresiones con que el monarca se dirige a nuestro obispo reflejan la amistad íntima, la familiaridad y la consideración que le tenía el monarca castellano. En un documento referido a la iglesia seguntina, el rey dice de él que es *su querido obispo y familiar amigo, que con inmensa fidelidad y atención le ha prestado grandes servicios:* expresión similar no se encuentra en ningún otro documento dirigido a obispos.

Un botón de muestra de este aprecio fue el encargo que recibió del monarca de lograr el reconocimiento, por el capítulo general de la Orden, de la supremacía del monasterio cisterciense femenino de las Huelgas de Burgos sobre todos los monasterios femeninos castellanos. Fueron años intensos de idas y venidas tanto a los capítulos generales como a la corte y a los monasterios afectados, que se prolongaron también por varios años de obispo dimisionario. Con su intervención puso un hito en la historia del monacato cisterciense femenino al lograr un reconocimiento, aunque indirecto, de las monjas cistercienses por parte de la autoridad suprema de la Orden.

Alrededor de unos siete años va a durar su estancia en Sigüenza como obispo. Extraña mucho esta dimisión, cuando todavía su vida se prolongará por más de veinte años. Hay indicios de que esta decisión se debió probablemente a una grave enfermedad del obispo Martín. Por las fechas de esta dimisión, el capítulo general de la Orden concede un aniversario de sufragios, cuando llegue la noticia de su muerte; señal de que se prevé una muerte no muy lejana, debida a una probable enfermedad grave. Pero la crisis debió superarse y así estuvo retirado Martín en su querido monasterio hortense, dedicándose con intensidad y fervor a su vida monástico-contemplativa.

El largo tiempo que le queda de vida lo aprovechará Martín para vivir el ideal añorado de su vida: dejar los trabajos arduos de Lía, dirá el monje Ricardo, para abrazarse a la hermosa Raquel, imagen con que los medievales representaban la vida contemplativa. Aún tenía fuerzas para intervenir, más bien desde la sombra, en la vida de la comunidad. En varios documentos de la época se recuerda a Martín *quondam episcopus segontinus,* «en otro tiempo obispo de Sigüenza».

Imaginamos su declive como esa presencia apacible de los ancianos que aparentemente no hacen nada, pero que sostienen y dan vigor a las comunidades. Sorprende, como hemos recordado al comienzo de esta semblanza, que en el momento de la muerte se encuentre fuera del monasterio, dadas las incomodidades de los viajes en esa época. Camino de Huerta, el amante del claustro, fallece en el lugar de Sotoca y sus restos serán trasladados a su siempre querido monasterio de Huerta.

El itinerario espiritual de Martín en su triple vida de monje, de abad y de obispo y luego otra vez de simple monje, se puede concretar en esta expresión, que define la actitud interna de Jesús: hombre de Dios, abierto siempre a su voluntad, y amigo y entregado al servicio de los hombres. Martín asimila profundamente los valores del Císter primero, en coherencia y en sintonía con la línea original y auténtica de la Regla de Benito, que se puede sintetizar en la búsqueda, el deseo y la acogida de Dios. Su talante espiritual y su trabajo interior lo convirtieron en un hombre pacífico y pacificador.

Unificación interior y pacificación hacia el exterior, que definen la vida monástica, y toda vida cristiana auténtica, en cierto sentido se pueden identificar. La pacificación interior es una cualidad personal pero al mismo tiempo un dinamismo hacia los demás. Esta tendencia pacificadora se refleja profunda en la vida de Martín, como una constante. En su labor pastoral como obispo, hemos recordado, su preferencia iba hacia los pobres y débiles. En su misión de abad, llega incluso a dimitir de la profesión a un hermano por el bien de su alma.

La vida engendra discordias, por pareceres distintos, por intereses encontrados; la vida ordinaria de un abad y de un obispo, tanto ayer como hoy, se mueve en estas coordenadas. Espigando en las referencias documentales, vemos a Martín, en situaciones complicadas y difíciles, buscando siempre la paz y la concordia. Es el hombre bueno, *homo bonus,* como se le llama en un simple instrumento de compra-venta, que no tiene inconveniente en perder de lo material por el bien de la paz y convivencia; procura arreglar los asuntos como un amigo hace con su amigo.

Afán de Martín por pacificar, pero sobre todo por establecer amistad; es un hombre cercano y atrayente con todos, atracción que refleja su misma comunidad, que aparece atractiva y acogedora. Estrecha amistad con el rey de Castilla, lazos de hermandad con los reyes de Aragón; aún se conserva una gran lámpara, regalo real, que, alimentada con aceite de esa tierra, ardía continuamente en el Santuario. La nobleza no se queda a la zaga. Los Finojosa, parientes de Martín, hermanos y sobrinos, se convierten en mecenas de la construcción del monasterio y

quieren compartir con los monjes, en especial con Martín, el sueño de los justos.

Y habría que añadir los señores de Molina, en una larga trayectoria, juntamente con los modestos castellanos de la cercana Montuenga. Al lado de Martín está el gran arzobispo de Toledo y estadista de Castilla, Rodrigo Jiménez de Rada; legará a Huerta su cuerpo y todo el emblema de su saber, la biblioteca. Las mismas personas sencillas acuden al monasterio y se entregan a la comunidad con sus personas y todo lo que tienen, porque quieren compartir vida y muerte con los monjes; algunos incluso dirán que quieren ser enterrados junto al abad Martín.

Y concluye el monje Ricardo: «Lleno de días —y no precisamente por su larga vida de más de setenta años, porque para Dios mil años en su presencia son como el ayer que pasó (cf. Sal 90)— arribó seguro a la patria». «El único Dios —se ve aquí un vestigio del Islam— lo llama a la plenitud de sus días, el 16 de septiembre del 1213». Su vida oculta con Cristo en Dios era y es fecunda para sostener a los pecadores; fecundidad que le llega por su apertura a la fuente de la vida y por su comunión de afecto y destino; ahora en la patria, «asociado a los elegidos y dichoso sin fin intercede por nosotros pecadores».

La fuerte personalidad de Martín se proyectó sobre la memoria de los monjes hortenses y también de la diócesis seguntina; sin embargo su culto no se estableció hasta la segunda mitad del siglo XVII. Debido a la leyenda de una cabeza que presentaron unos ángeles en el cabildo de Sigüenza, se le relacionó con un tal San Sacerdote, con cuyo nombre se le ha venido tributando culto el 5 de mayo, hasta el concilio Vaticano II, en que, buscando la verdad histórica, se ha recuperado su propia identidad y su personalidad. La diócesis de Osma-Soria y los monasterios cistercienses celebran su culto el 17 de septiembre.

AGUSTÍN ROMERO, OCSO

Bibliografía

ASTORGA ARROYO, I., «San Martín de Finojosa, la gran figura del real monasterio cisterciense de Santa María de Huerta»: *Cistercium* 83 (1962) 229-236.

GONZÁLEZ CABRERIZO, E., *Biografía del insigne soriano San Martín de Finojosa* (Soria 1929).

GUERIN, T., «Martín de Finojosa», en Q. ALDEA VAQUERO - T. MARÍN MARTÍNEZ - J. VIVES GALETI (dirs.), *Diccionario de historia eclesiástica de España,* III (Madrid 1972) 1430-1431.

MINGUELLA Y ARNEDO, T., *Historia de la diócesis de Sigüenza y de sus obispos,* II (Madrid 1910-1913).

ROMERO, R., «San Martín de Finojosa, un profeta desde dentro»: *Revista de Soria* 124 (2003) 73-85.

— «San Martín visto por su biógrafo, el monje Ricardo»: *Cistercium* 120 (1970) 300-309.

— «San Martín de Finojosa y la supremacía de las Huelgas»: *Cistercium* 173 (1987).

BEATO LUIS D'ALLEMAN

Cardenal († 1450)

No deja de ser verdaderamente extraña la santidad de este obispo y cardenal. Pues fue el campeón del cisma de Basilea, y sin haber dado señales exteriores de penitencia, por obediencia al conciliábulo de Basilea se adhirió al papa Nicolás V. Su beatificación, sucedida a los 70 años de su muerte, sólo se explica desde la certeza de que procedió siempre con rectitud de conciencia, creyó siempre en la legitimidad del concilio cismático y tanto él como muchos otros se dejaron arrastrar por el conciliarismo a causa de las turbulencias de los tiempos.

Hijo de Juan d'Alleman y María de Charillon-en-Michaille, nace en Arbent, del Delfinado, el año 1382. Se cría en Aviñón bajo la tutoría del cardenal Amadeo de Saluzzo, hizo los estudios de derecho y se doctoró en 1414. El papa aviñonés Benedicto XIII le asignó una canonjía en la catedral de Lyón. Participó como consultor en los concilios de Pisa (1409) y Constanza (1414), y se empapó de las ideas conciliaristas que se difundieron por entonces y según las cuales el concilio ecuménico es superior al papa y éste tiene como obligación respetar la soberanía conciliar y someterse a sus decisiones. En el último de dichos concilios asistió como lugarteniente de su tío, el cardenal camarlengo Francisco de Conzié, arzobispo de Narbona. Elegido papa Martín V, lo confirmó como vicecamarlengo. El mismo papa le nombraba obispo de Miguelone y lo consagraba personalmente el 20 de noviembre de 1418. Estando el papa en Florencia le encargó varias delicadas misiones, entre ellas la negociación con Siena en orden a la transferencia allí del concilio

ecuménico. El 3 de diciembre de 1423 el papa lo trasladaba a la sede arzobispal de Arlés y en 25 de mayo de 1424 le nombraba gobernador de Bolonia. Estando allí le llegó su promoción al cardenalato el 24 de mayo de 1426. Deja entonces el cargo de vicecamarlengo y toma el título de Santa Cecilia. A esta promoción cardenalicia contribuyó no poco su fama no solamente de persona docta y enterada del derecho canónico en sus varias facetas sino de sacerdote de íntegras costumbres, piadoso, austero y ejemplar. Inflexible en el cobro de los impuestos, su gobierno en Bolonia terminó cuando los Caneètoli se sublevaron, lo cogieron preso y no lo soltaron sino a condición de que abandonara el gobierno de Bolonia. Una vez libre, marchó a Roma al lado del papa sin desempeñar ninguna actividad especial.

Subido a la sede pontificia el papa Eugenio IV agració a Luis con la encomienda de la abadía de Montmajour en 1431. Pero se acercaba la ocasión de sus diferencias con el papa. Ésta fue la del concilio de Basilea. En Siena se había acordado que el siguiente concilio se celebraría en Basilea en 1431, y al acercarse la fecha, el papa Martín V lo convocó, muriendo poco después. Luis participó en el cónclave que eligió a Eugenio IV. Y efectivamente en julio de 1431 se inauguró el concilio de Basilea, con muy escasa asistencia. Las llamadas a los obispos para que concurrieran no daban el resultado apetecido. Luis hubiera querido volar al concilio, porque entendía que como obispo era ésa su primera obligación, pero el nuevo papa lo retenía junto a sí. Luis empezaba a tener escrúpulos de conciencia. Como los griegos querían para concurrir al concilio que se celebrara en una ciudad más cercana a las costas italianas, el papa optó por disolver el concilio de Basilea para convocar otro en Bolonia al año siguiente.

Los reunidos en el concilio de Basilea no acataron esta resolución papal, sino que celebraron una segunda sesión en la que establecieron con toda solemnidad que el concilio recibe su autoridad de Cristo mismo y que nadie puede, una vez convocado, disolverlo sino por voluntad del propio concilio, ni sin su consentimiento podía ser trasladado. Con palabras mesuradas y reverentes, pero con claridad, el concilio escribió al papa pidiéndole que retirara el decreto de disolución. El papa Eugenio IV

emprendió negociaciones con los de Basilea pero no se avenía pura y simplemente a lo que pedían, y entonces tomó cuerpo en el concilio la idea de procesar y deponer al papa.

Luis d'Alleman, convencido de la superioridad del concilio sobre el papa, tomó la resolución de alejarse de Eugenio IV y acudir al concilio. Y así lo hizo. Dejó Roma y tras varias peripecias llegó a Génova sin escolta alguna y casi sin ropa. Otros eclesiásticos hicieron lo mismo. Por su parte el papa Eugenio se ve también obligado en plena guerra con Milán a dejar Roma y escapar a Florencia. Aquí escribe al concilio, se vuelve atrás del decreto de disolución y reconoce la legitimidad del concilio. Pero el concilio aprovecha la situación débil en que se hallaba el papa para insistir en la superioridad del concilio sobre el pontífice romano y se dedica a reformar la curia romana y a dar decretos como si el papa no fuese sino un ejecutor del concilio. Luis sintonizaba plenamente con estas ideas y participaba plenamente en el concilio. Eugenio abrió los ojos y vio el camino que el concilio tomaba.

El papa Eugenio intentó que el concilio aceptara su propuesta de trasladarse a Ferrara en vista de que los griegos estaban dispuestos a venir. Solamente una minoría aceptó la traslación. La mayoría, capitaneada ya por el cardenal Luis d'Alleman, se negó y, pasando a los hechos, en la sesión XXVI (31 de julio de 1437) se aprobó una moción por la que se mandaba comparecer al papa ante el concilio en el plazo de setenta días a responder de gravísimas acusaciones.

Naturalmente, el papa no compareció, y en vista de ello se le declaró contumaz y se le amenazó con un proceso regular. Eugenio se quejó a los príncipes católicos y a toda la Iglesia de la audacia del concilio, y por su autoridad lo trasladó a Ferrara, donde debería abrirse el 8 de enero de 1438. La minoría moderada dejó Basilea pero la mayoría, acaudillada por Luis, se quedó. Poco a poco los prelados se irían yendo pero de momento se quedaron. Luis estimaba que había que llevar las cosas hasta el final, y tenazmente se puso a conseguirlo. En la sesión XXXI (24 de enero de 1438) se declaró al papa suspenso de sus funciones y se le prohibió todo acto administrativo en lo espiritual y lo temporal. En la sesión XXXIII (16 de mayo de 1438) se de-

claraba dogma de fe la superioridad del concilio sobre el papa y la imposibilidad de prorrogarlo, suspenderlo o trasladarlo sin su consentimiento y se calificaba de hereje a quien no profesase esta doctrina. Siguió el drama adelante: en la sesión XXXIV (25 de junio de 1438) se depuso formalmente a Eugenio del pontificado romano, se le declaró rebelde a la Iglesia Universal y se declaró vacante la sede papal. Hubo aquel verano una terrible epidemia de peste en Basilea. Murió el patriarca de Aquileya y varios otros prelados del concilio, y murieron algunos criados de Luis. Era claro que la peste había entrado en su casa. Pero Luis, pese a los consejos de que se fuera al campo y se preservara del contagio, permaneció firme en Basilea porque el concilio decidió no interrumpirse, y Luis decía que no se iba sin licencia del concilio.

El papa Eugenio IV respondió a Basilea excomulgando a todos los que perseveraran en el supuesto concilio de Basilea (4 de septiembre de 1439). Luis no se inmutó. La rebelión siguió adelante. El 5 de noviembre de 1439 el pretendido concilio nombraba papa al duque Amadeo VIII de Saboya. Luis es quien le lleva la noticia de su elección, y Amadeo, tras aceptar y denominarse Félix V, nombra a Luis presidente del concilio. Escocia, Aragón, Milán y algunas Universidades aceptaron la elección de Félix V. Otras naciones mantuvieron la expectativa, aprovechando la situación. Diez años duraría el supuesto pontificado de Félix V, durante el cual Eugenio IV llevó adelante el concilio de Ferrara-Florencia y se logró por entonces la unión con los griegos. El papa Eugenio IV procedió a la excomunión nominal de Luis, al que expulsó del colegio cardenalicio, depuso de su sede de Arlés y privó de todo beneficio eclesiástico (28 de mayo de 1440).

Luis estuvo al lado de Félix V los diez años en que éste pretendió ser papa, y mantuvo el concilio pese a las defecciones. Poco a poco los basilenses se vieron solos, pues hasta el emperador Federico III se declaró por el papa de Roma. Hubo más: en 1448 los conciliares fueron echados de Basilea, que era ciudad imperial, y se hubieron de ir a Lausana, en el ducado de Saboya. Luis no cejó en su apoyo al concilio nunca. Acudió a numerosas reuniones, como la dieta de Francfort, a entrevistarse con el em-

perador, y vio que se iba quedando sin obispos, reducido el concilio a una reunión de clérigos sin dignidad episcopal.

El papa Nicolás V ofreció a Félix una propuesta generosa de reconciliación si desistía del papado. Félix se avino y el 7 de abril de 1449 depuso el pontificado. Al quedarse sin el apoyo de Félix, el pretendido concilio eligió como papa al que ya lo era, Nicolás V, y se autodisolvió. Entonces Luis reconoció también a Nicolás, y el 19 de diciembre de 1449 fue reintegrado a su sede y a su dignidad cardenalicia.

Luis se retiró a su diócesis de Arlés, donde ejerció el ministerio pastoral y numerosas obras de caridad. Vivió de la forma austera y piadosa que había llevado siempre. Murió el 16 de septiembre de 1450 en el convento franciscano de Salon. Fue enterrado en la catedral de San Trófimo, de Arlés. Enseguida el pueblo comenzó a darle culto como a santo. El papa Clemente VII, producida ya por tanto la rebelión protestante, lo beatificó el 9 de abril de 1527.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

Acta sanctorum. Septembris (Venecia 1756) t.V, p.436s.
Art. en *Bibliotheca sanctorum.* I: *A-Ans* (Roma 1961) cols.757-760.
GILL, J., SI, *Eugenio IV, papa de la unión de los cristianos* (Madrid 1967).
HEFELE, C. J. - LECLERCQ, H., *Histoire des Conciles,* VII (París 1916).
REPETTO BETES, J. L., *Santoral del clero secular* (Madrid 2000) 241-245.
VALOIS, N., *Le Pape et le Concile: 1418-1450.* 2 vols. (París 1909).

SAN JUAN MACÍAS

Religioso († 1645)

Este bienaventurado siervo de Dios, lego de la Orden dominicana, nació en la villa extremeña de Ribera, en febrero de 1585. Sus padres fallecieron, dejándole huérfano y sin amparo alguno, cuando apenas contaba cuatro años, no sin antes haberle enseñado ya las principales oraciones. No obstante su tierna edad, se ajustó con un labrador para cuidar una piara de ganado de cerda. Un día, dedicado a esta humilde ocupación, se le apareció el evangelista San Juan, que le tomó desde entonces bajo su protección inmediata. En tan memorable oportunidad el azorado niño experimentó su primer éxtasis, y, fuera de sí, mereció contemplar

la ciudad celestial. El amparo de San Juan le acompañó durante su vida entera, apartándole de todo mal y guardando su pureza de cualquier trance que la pusiera a riesgo de mancillarla. De esta forma, el Beato Masías, a la hora de su tránsito, pudo gloriarse de que moría virgen, como otro Santo Domingo.

Años más tarde abandonó el oficio del pastoreo, proporcionándose el sustento con el trabajo de sus manos. Buscaba siempre la soledad, como el ambiente más a propósito para la quietud del espíritu.

Pasó luego a Sevilla y se acomodó en calidad de dependiente con un mercader, en cuya compañía se trasladó al Nuevo Mundo. A causa de no saber escribir, despidióle su patrón en Cartagena de Indias, desde donde Masías emprendió viaje por tierra hasta el Perú.

A la edad de treinta y siete años, en enero de 1622, hallándose en Lima, recibió el hábito dominico. Cumplido el año de noviciado, profesó de lego. En esta calidad decidió ofrecer a la comunidad su esfuerzo corporal, ejercicio que no por humilde es menos acepto a la misericordia divina, y por él y en sumisa obediencia han llegado no pocos privilegiados a la cumbre de la perfección. Se le asignó al servicio de la portería del convento de la Recoleta de Santa María Magdalena, que tenía la Orden de Santo Domingo en Lima.

Sin menoscabo de las atenciones propias de dicho cargo, dedicaba a la oración cada día seis o siete horas; la noche que no había consagrado a tan recomendable ejercicio por lo menos otras tres o cuatro, le parecía a él desperdiciada. Según propia confesión, cuando esto le ocurría, a la mañana siguiente experimentaba insufrible vergüenza al presentarse ante Dios. Para mayor sacrificio, cumplía estas devociones hincado de rodillas todo el tiempo. De resultas de este esfuerzo, endeble y flaco por su riguroso ascetismo, le sobrevino una llaga rebelde en una rodilla. Cuando los médicos que le visitaron habían agotado todos los recursos científicos, una noche se le apareció su protector San Juan Evangelista, dejándole milagrosamente limpio de su dolencia.

Distribuía el día sin dejar instante desocupado. Desde el amanecer se ajetreaba atendiendo a los pobres vergonzantes,

preparándoles comidas y sirviendo con grande humildad a los que acudían a solicitar socorro en la portería; cuando sobraba algo, lo repartía también hincado de rodillas.

Su descanso se limitaba a recostarse de bruces, el rostro apoyado sobre los brazos, arrodillado delante de una imagen de la Reina de los Cielos, en su advocación de Belén, colocada a la cabecera de su cama. Incansable en mortificarse, ceñía permanentemente su cuerpo, ocultos debajo del hábito, con unos ásperos cilicios.

Varón de admirable y ejemplar observancia de la vocación a que había sido llamado, merecedor de memoria y celebridad por muchos títulos, jamás se le pudo notar nada que desdijera de su estado; perfectísimo en todas las virtudes, dulce y contemplativo, hizo vida de extremada austeridad y sobre todo encarecimiento rigurosa. A juicio de su confesor, no incurrió en toda su vida en pecado mortal, ni aun cometió alguno venial, de los que se califican de serios y de malicia.

Fue de mediana estatura, el rostro blanco y de facciones menudas, la barba espesa y negra. El retrato que de él se conoce nos muestra un semblante ascético, macerado por la penitencia. Descolló por su integridad de ánimo y paciencia en encarnizados combates con el espíritu infernal, pero nadie le aventajó en el ejercicio de la caridad. Con frecuencia, y cuando escaseaban las provisiones para los necesitados que a él acudían, ayunaba para cederles parte de su ya parva colación, y eso que es fama que la divina Providencia multiplicaba milagrosamente la comida que servía.

Según los autores que han escrito sobre la vida, virtudes y prodigios del Beato Masías, ateniéndose a la autobiografía que dictó la víspera de su muerte, la Virgen de Belén, a la que profesaba singular devoción, se le presentó varias veces, para revelarle lo futuro y reconfortarle en sus penitencias. Otros testigos en su proceso de beatificación deponen que mientras atendía sus obligaciones en el refectorio, la cocina o la portería, experimentaba raptos extáticos, y en sublime arrobamiento se le veía elevarse del suelo, aureolado por un vivísimo resplandor.

En 1645 enfermó de disentería, y en esta oportunidad su celda fue visitada, una vez más, por los encumbrados persona-

jes de Lima, a cuya cabeza hallábase el virrey, marqués de Mancera. Murió el 17 de septiembre de dicho año, de más de sesenta años de edad.

Concurrieron al entierro del humilde lego el mismo virrey, el arzobispo, todas las comunidades y corporaciones religiosas y civiles limeñas y una muchedumbre que le aclamaba ya por digno de ser exaltado a los altares. Sus reliquias, así como sus estampas y retratos, se disputaban con gran fervor, pues era notorio que obraban prodigios. Al cabo de un año de su fallecimiento, fue trasladado el cadáver a otra sepultura dentro del mismo convento en que el Beato se había santificado. Se halló entonces el cuerpo incorrupto y exhalando una singular fragancia.

Son innumerables los prodigios que se leen en sus biografías. Curaciones sobrenaturales, apariciones extraordinarias... Daremos lugar aquí a un suceso notable ocurrido después de su muerte y que, según tradición constante en Lima, merece entero crédito.

> En un lugar cercano a la capital del Perú, el santo, antes de profesar, había cuidado el ganado de un vecino distinguido. En aquel sitio se alzaban varios naranjos, y en uno de ellos, abriendo la corteza, el devoto pastor talló una cruz: al pie de ella rezaba y de ese árbol colgaba su rosario. Quince años después de su fallecimiento, el propietario de aquella arboleda ordenó talarla, y precisamente el día en que la Iglesia conmemora el triunfo de la Santa Cruz, el leñador que ejecutaba la tarea descubrió en el interior de uno de los árboles dos cruces del tamaño de una cuarta. Admiráronse todos, y al punto se improvisó una fervorosa procesión, que condujo las cruces con todo respeto a lugar sagrado.

Los portentos que en vida había obrado el siervo de Dios, la pública voz y fama de sus virtudes y la devoción general, enfervorizada aún más después de su tránsito ante el creciente número de prodigios que seguía consumando en cuantos acudían a solicitar su intercesión, movieron a sus hermanos de Orden a interesar de las autoridades eclesiásticas la apertura de informaciones fundadas en la virtud, pureza de vida y milagros del lego Masías, a fin de ponerlas a los pies del Pontífice e impetrar que fuese incluido en el catálogo de los escogidos. Declararon más de 150 testigos y todos coincidieron en ponderar la virtud santa y ejemplar del caritativo religioso.

La beatificación vino al fin, la proclamó el papa Gregorio XVI el 16 de septiembre de 1840 y fue canonizado el 28 de septiembre de 1975 por el papa Pablo VI.

GUILLERMO LHOMANN VILLENA

Bibliografía

Las informaciones diligenciadas en el Perú para impetrar la beatificación de Masías obran en doce legajos existentes en el Archivo Arzobispal de Lima. Testimonio extractado de la causa se conserva en el archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores de España, entre los fondos procedentes de la Embajada cerca de la Santa Sede (legajo 153).

MELÉNDEZ, J., OP, *Vida del Venerable Siervo de Dios F. Iván Masías...* (Roma 1682).

MENDIBURU, M. DE, *Diccionario histórico-biográfico del Perú,* V (Lima 1885) 221-223.

SAN ANDRÉS KIM TAEGÓN

Presbítero y mártir († 1846)

Andrés Kim Taegón encabeza la lista de los mártires cuya memoria litúrgica se celebra el día 20 de este mismo mes, junto con los ciento tres mártires de Corea, a quienes el papa Juan Pablo II canonizó solemnemente el 6 de mayo de 1984 en la capital coreana, Seúl. (Cf. biografía día 20).

Nació en Solmoi, provincia de Chungchong, el 21 de agosto del año 1821. Hijo del futuro mártir San Ignacio Kim Che-jun, catequista de la comunidad católica de su pueblo, y de su esposa, igualmente cristiana, Ko Úrsula. Educado cristianamente por sus padres, fue bautizado en 1836 cuando San Pedro Maubant visitó su pueblo en junio de aquel año. El P. Maubant se dio cuenta de las extraordinarias cualidades del joven Andrés y le pidió a su padre permiso para llevarse consigo al muchacho a fin de formarlo más esmeradamente y encaminarlo al sacerdocio. El muchacho estuvo de acuerdo e Ignacio dio la licencia. El 11 de julio de aquel año Andrés empezó en casa del P. Maubant sus estudios en orden al sacerdocio. El chico no tenía una salud del todo buena. El P. Maubant consultó con los misioneros franceses de Macao, si les podía mandar a Andrés y a otros dos jóvenes para que en Macao se prepararan al sacerdocio.

Obtenido el consentimiento, los jóvenes fueron acompañados por varios católicos y cruzaron la frontera con China, lle-

gando a Macao a través de Manchuria y Mongolia el 6 de junio de 1837 a los seis meses de su partida de Hanyang. Por entonces Macao estaba en manos portuguesas y los europeos usaban su puerto como sitio de entrada a Asia. En dicha ciudad el P. Labois era el representante de la Congregación de Propaganda Fide. Él recibió a los muchachos y tomó la determinación de prepararlos por sí mismo junto con los otros misioneros. Consta la buena impresión que los tres jóvenes causaron en los misioneros. Andrés es calificado de activo, preciso, obediente y valiente, capaz de resolver problemas con eficacia. Los estudios hubieron de alternarlos entre Macao y Manila.

Pero cuando menos lo esperaban, hubieron de interrumpir sus estudios. Pues en el curso de la «Guerra del opio» llegaron a Macao barcos franceses que pidieron a los misioneros les proporcionasen intérpretes. Se entendió que era una buena ocasión para devolver los jóvenes a Corea, donde serían ordenados sacerdotes. Andrés y el P. Maistre se embarcaron en el Erigon y Tomás y el P. Brunière en el Favorite. Pero como la «Guerra del opio» llegó a un precipitado fin cuando Inglaterra impuso a China sus condiciones de paz, el almirante Cecile cambió sus planes y dejó a Andrés y al P. Maistre a bordo de un barco chino que les llevó a Manchuria (25 de octubre de 1842). Desde allí planearon viajar hasta Choson pero el obispo de Manchuria, monseñor Verolles, pensó que esto era demasiado peligroso y les persuadió a cambiar de plan.

Pero para entonces el padre de Andrés, Ignacio, había sido arrestado (junio de 1839), denunciado por su yerno. Luego de prisión, torturas y juicio, fue decapitado en agosto de dicho año. Le habían recriminado haber enviado a su hijo al extranjero. Por fin Andrés decidió marchar a Corea con dos guías, sin el P. Maistre. En el camino a Pekín encontró al coreano Francisco Kim que le informó de la persecución. Supo la muerte de su padre y la pobreza a que había quedado reducida su madre. La persecución parecía calmada pero podía recrudecerse en cualquier momento. Luego de plantearse la ruta a seguir, Francisco Kim decidió marchar hacia Pekín, mientras que Andrés decidió viajar solo y encontrar una forma de introducir de incógnito al P. Maistre por la frontera. Se unió a un grupo de coreanos y

pasó con relativa facilidad la frontera pero cuando al hospedarse en una posada vio que el dueño le tomaba por sospechoso, se dio cuenta de su precaria situación y volvió atrás, acudiendo tras algunas peripecias a donde estaba el P. Maistre. El obispo Ferreol decidió que ellos deberían esperar hasta la vuelta de los emisarios de Pekín en la esperanza de que Francisco Kim pudiera ayudarles. Éste regresó el 24 de enero de 1844 pero con la certeza de que no había manera de introducir de incógnito a los misioneros. El obispo decidió enviar a Andrés para encontrar otra ruta hacia Corea. Tras volver de su expedición, Andrés fue a Palkaja en la Mongolia interior. A mediados de diciembre de 1844 él recibió de manos del obispo Ferreol las órdenes menores, el subdiaconado y el diaconado, difiriéndose por entonces el sacerdocio. El 1 de enero de 1845 llegaba a Pyon-mun, donde halló que la embajada coreana había vuelto y cruzando la frontera entraba en China. Sus noticias eran que el gobierno coreano extremaba las medidas para impedir la entrada de los misioneros franceses, describiendo cómo eran los tres ejecutados en 1839.

Descartado el cruzar la frontera por tierra, se pensó en la vía marítima pero resultó no menos imposible. Entonces Andrés decidió, como hizo, cruzar la frontera en el mismo mes de enero de 1845 llegando el día 15 a Hanyang. El 24 de febrero él y once católicos se hicieron a la mar en un pequeño barco, pasando por una gran tempestad en la que recurrieron a la Virgen María cuando todo parecía perdido y habían tenido que desprenderse de un mástil. Pidieron socorro a una nave que pasaba y los socorrió y recogió. No sin problemas llegaron a Shangai donde los recibió el cónsul inglés avisado por monseñor Ferreol y los puso en contacto con el P. Gotteland, jesuita, al que Andrés conocía de Macao. Pocas semanas más tarde el obispo Ferreol y también San Antonio Daveluy llegaban a Shangai. El 17 de agosto de 1845 en la capilla de la misión católica de Kinchaham mons. Ferreol ordenaba presbítero a Andrés, siendo el primer nativo coreano que accedía al sacerdocio. Andrés se ofreció a Dios de todo corazón, deseando poner toda su vida al servicio del evangelio y no descartando rubricar su ministerio con el martirio, si ésta era la voluntad de Dios.

Los trabajos de la reparación del barco en que habían llegado a China continuaron hasta que el 31 de agosto pudieron el obispo, San Antonio Daveluy, Andrés y los marineros embarcarse en él para Corea. Tras pasar una tormenta, llegaron a la isla de Cheju, muy lejos de su destino, y desde allí partieron para la costa de la provincia de Cholla y por fin el 10 de octubre de 1845 llegaban a la villa de Hwansanpo. El obispo se quedó en aquella villa, San Antonio Daveluy se marchó a otra, y Andrés se fue a Hanyang para preparar la casa adquirida el año anterior para el obispo. Pidió a los católicos fuesen muy cautos en las demostraciones de alegría por su llegada y pudo volver a ver a su madre después de diez años de no verla.

Llegado el invierno fue a buscar al obispo y se lo trajo a la capital. Se le asignó Yongin como sitio de su ministerio. Se movió por toda el área, enseñando e instruyendo a las comunidades, y viajando sobre todo de noche. A comienzos de 1846 visitó al obispo de nuevo y estuvo con él un tiempo, volviendo luego a su pueblo. Cada año en primavera, la flota pesquera china llegaba a la costa de la provincia de Hwanghae. El obispo decidió utilizar esta oportunidad y envió a Andrés para confrontar la situación allí. Andrés partió el 14 de mayo con siete compañeros y empleó doce días explorando la costa noroeste. Había completado su misión y estaba a punto de volver cuando se produjo el desastre. Andrés se había acercado al capitán de un barco chino y le había rogado que se hiciera cargo de una carta del obispo Ferreol para los PP. Berneux, Maistre y Labois e igualmente le pidió llevara dos copias de los mapas de las islas y de los lugares de la costa. Hecho esto volvió con sus compañeros al puerto de la isla Sunui, pero se encontró con que un oficial le arrestaba, lo maniataba y lo maltrataba, según él comunicaba desde la cárcel al obispo el 26 de agosto de 1846. Andrés reconoció ser católico. El tribunal imperial tomó el asunto seriamente y lo puso en conocimiento del rey. El rey Hon-chong trató el tema con sus consejeros y mandó investigar a fondo la situación. El 14 de junio la policía recibió la orden de enviar oficiales para llevar los prisioneros a la capital y para clarificar la situación. Andrés y sus compañeros comparecieron ante el superintendente de la provincia de Hwanghae y fueron sometidos a

repetidos interrogatorios. Andrés no tuvo empacho en contar su vida y decir que estaba en Corea para difundir el evangelio.

Se le creía chino por haber sido encontrados objetos chinos en su poder pero él insistió siempre en que era coreano. Explicó en los interrogatorios la doctrina cristiana, y los que le oían decían que era una doctrina buena pero prohibida por el rey. Los otros dos marineros capturados se vinieron abajo en la tortura. Declararon la dirección de Andrés en la capital, la de Tomás, el otro compañero de Andrés que hospedaba al obispo, y de otros católicos. Y dijeron que Andrés le había dado cartas a un capitán de barco, cartas que fueron confiscadas. Las condiciones de la cárcel fueron muy duras. Y la creencia de que Andrés era chino no terminaba de despejarse entre las autoridades. Llegados los oficiales de policía que venían a recogerlo, lo escoltaron hasta la capital, donde quedó recluido en la cárcel real, y fue repetidamente interrogado, procurando establecerse si era de verdad uno de los tres coreanos que habían marchado a Macao a estudiar. Cuando se le intimó la apostasía diciéndole que así lo mandaba el rey, Andrés contestó que Dios está por encima del rey. Confesó su fe católica, se negó a decir quiénes eran los misioneros y no tradujo sino lo que creyó oportuno de las cartas confiscadas. En los catorce interrogatorios que constan se le hizo, no negó su fe ni su sacerdocio, pero evitó cuidadosamente cuanto pudiera dañar a los demás fieles. Desde la cárcel escribió al obispo, recomendándole a su pobre madre, y escribió a los fieles, animándolos a la perseverancia.

La sentencia de muerte llegó el 15 de septiembre de aquel año 1846. El motivo: profesar una religión herética y ser traidor a su país. Al día siguiente fueron a buscarlo, leyeron el decreto de condena a muerte y la decisión de ejecutarlo enseguida. Una multitud se reunió para asistir a la ejecución. Se le permitió hablar y dijo que moría únicamente por su religión.

Cuando terminó de hablar, los verdugos lo desnudaron, le pusieron aretes en las orejas y le pintaron la cara. Entonces, poniéndole pértigas bajo sus sobacos, le dieron tres vueltas delante de los soldados. Fue obligado a arrodillarse y le cortaron cabello. Doce verdugos medio borrachos con una espada cada uno bailaron en círculo alrededor de él. Cada uno de los verdu-

gos le dio una cuchillada en el cuello, y a la octava su cabeza cayó cortada. Le fue entregada al oficial, que certificó la muerte y mandó dar cuenta a la corte. Enterrado en el mismo lugar del suplicio, sus restos fueron luego llevados a Mirinae, donde hay una capilla con su tumba.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 17 (1925) 366s; 60 (1968) 657-661; 585-591; 80 (1988) 1375s.

BAUMANN, E., *Les martyrs coréens (1838-1846). La légende dorée au delà des mers* (París 1930).

Bibliotheca sanctorum. Appendice prima (Roma 1987) cols.363-370; 454-455; 591-592; 808-809; 1269-1270.

DALLET, C., *Histoire de l'Église de Corée* (París 1874).

DANTEM, G., *Seme di cristiani nel paese del mattino sereno: i 24 martiri di Corea 1866-1867* (Roma 1968).

ECHEVERRÍA, L. DE, «Beatos mártires de Corea», en L. DE ECHEVERRÍA - B. LLORCA, SI (dirs.), *Año cristiano,* III (Madrid 1959) 715-719.

The korean martyr saints. Founders of a Church (Seúl 1996).

VÉRINAUD, J., *Lumière sur la Corée: les 103 martyrs* (París 1984).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTA EUFEMIA

Virgen y mártir († 304)

Eufemia padeció martirio en Calcedonia, donde por siglos se veneró su tumba y donde se levantó en su honor una basílica, convertida en más célebre por haber tenido lugar en ella el Concilio Ecuménico del 451 en que fue condenada la herejía monofisita. La santa, que era una virgen cristiana fervorosa, debió de padecer el martirio, luego de ser atormentada en vano en busca de su apostasía, en la persecución de Diocleciano y Maximiano. Hay una homilía del propio siglo IV de Asterio de Amasea y por ella sabemos que los cristianos se reunían en torno a su sepulcro en el día de su martirio para la celebración de la asamblea cristiana y que se le había dedicado ya una iglesia. Según este mismo autor, Eufemia murió en la hoguera. Posteriormente se escribiría una *passio* con detalles legendarios. Parece

que la difusión extraordinaria de su culto estuvo ligada a la celebración en su basílica del citado Concilio.

SAN NINIANO

Obispo († 432)

A San Niniano se le tiene por un misionero escocés que *plantó* el cristianismo en la Escocia meridional y estableció allí la vida monástica al fundar el monasterio de Candida Casa. Según San Beda el Venerable, fue instruido en la fe cristiana en Roma. Consagrado obispo, predicó con éxito el evangelio a los pictos meridionales, construyó una iglesia de piedra, dedicada a San Martín de Tours y en la que su cuerpo fue enterrado y venerado. Se discute la fiabilidad de los datos proporcionados por San Beda. Ciertamente desde mediados del siglo V Candida Casa fue un centro de estudios para los monjes galeses y escoceses. Las peregrinaciones a la tumba de San Niniano continuaron durante la Edad Media.

SANTOS ROGELIO Y SERVIDEO

Mártires († 852)

Su martirio nos llega en la pluma de San Eulogio de Córdoba *(Memorial de los santos* II, XII). Eran dos monjes que el día 16 de septiembre del 852 entraron en una mezquita cordobesa, quizás la mezquita mayor, y denigraron a Mahoma como falso profeta y al Islam como falsa religión. Poco faltó para que allí mismo fueran linchados, impidiéndolo un cadí que asistía a la oración. Llevados primero a la cárcel y sometidos luego a juicio, repitieron sus palabras y fueron condenados a muerte como blasfemos. Primero les cortaron las manos y las piernas y luego fueron decapitados. Sus cuerpos, colgados de sendos palos, quedaron expuestos al otro lado del río Guadalquivir. No dice San Eulogio de qué monasterio procedían, sino sólo que ambos se habían conocido en Granada.

Rogelio era del pueblo granadino de Parapanda y era ya un hombre mayor. El otro, llamado Servideo (en árabe Abdallah),

había venido de Oriente en peregrinación unos años antes. Ambos eran eunucos. Ambos tomaron la determinación de presentarse en la mezquita y hacer su profesión de fe. La audacia de estos dos mártires colmó la paciencia de las autoridades cordobesas que tomaron la iniciativa de convocar el concilio del verano del 852, que prohibiría en adelante las confesiones espontáneas pero sin condenar a los mártires. Éste fue el último martirio del reinado de Abderramán II.

SANTA LUDMILA

Mártir († 921)

Nacida hacia el año 859, hija del duque Slavibor de Milsko, casó hacia 873 con Borivoj, duque de Bohemia. El matrimonio tuvo tres hijos y tres hijas. Su llegada a la fe católica se debió a la obra evangelizadora de San Metodio, el cual atrajo a la fe al duque y lo bautizó en Velebrad en 874, y envió a la corte a su discípulo Pablo, el cual instruyó en la religión cristiana a la duquesa, y el propio San Metodio la bautizó. Su conversión fue muy sincera pues en adelante Ludmila practicó con todo interés el cristianismo, se volcó en obras de religión y caridad, compartió con su esposo el interés por la edificación de iglesias y apoyó con gran celo la difusión del cristianismo en Bohemia.

Muerto su esposo en 894, se dedicó a la piedad y las buenas obras, pero, muerto a su vez su hijo Bratislao, quedó al cuidado de su nieto primogénito Wenceslao, cuya madre Drahomira se volvió celosa de la influencia de la abuela sobre el nieto. Ludmila intentaba sobre todo infundir sentimientos cristianos en el joven príncipe. Vista la envidia de su nuera, decidió abandonar la corte y marchar al castillo de Tetín. Pero allí la fue a buscar el odio. Ludmila, advertida de que querían asesinarla, recibió los sacramentos y se preparó para la muerte. Y, en efecto, el 16 de septiembre de 921 un grupo de asesinos logró introducirse en el castillo y estrangularla. Más tarde, cuando San Wenceslao tomó el poder personalmente, hizo trasladar el cuerpo de su abuela a Praga. Su memoria se celebra el 16 de septiembre.

SANTA EDITH
Virgen († 984)

Edith era hija natural del rey Edgard y de una joven llamada Wulfrida, que no era esposa del monarca. Nació en Kemsing el año 961 aproximadamente. Cuando era una niña pequeña la madre la llevó al monasterio de monjas de Wilton para que allí fuera criada y educada, y llegada a la adolescencia permaneció allí por voluntad propia, profesando como monja. Dada su condición de hija del rey por una parte y sus excelentes cualidades por otra, se la quiso hacer abadesa de su monasterio y aún de otros, pero ella rehusó siempre alegando que prefería servir a sus hermanas con humildad al estilo de Santa Marta en el evangelio. Murió el 16 de septiembre de 984 en su monasterio de Wilton y se ha dicho de ella, como recoge el *Martirologio,* que más bien hay que decir que ignoró el mundo, no que lo dejó.

BEATO VÍCTOR III
Papa († 1087)

A la muerte en el destierro de Salerno del papa San Gregorio VII el 25 de mayo de 1085, la Iglesia se halló en una delicada situación. En Roma pontificaba como si fuera papa Guiberto de Rávena, usando el nombre de Clemente III, apoyado por un grupo importante de cardenales y sostenido por su fautor el emperador Enrique IV. Los seguidores de San Gregorio VII nombraron papa al abad Desiderio de Montecasino, uno de los que el moribundo Gregorio VII había indicado como dignos del pontificado. Pero el abad se mostró muy reacio a aceptar la tiara y dejó pasar todo el año 1085 sin dar su consentimiento. Expuso su negativa a Jordán, príncipe de Capua, a la condesa Matilde y a los cardenales, y decía que lo oportuno era convocar un concilio y que fueran los obispos todos los que en las duras circunstancias de la Iglesia eligiesen un nuevo pontífice. Por fin se decidió en la Pascua del año siguiente y para ello pasó a Roma, donde el partido imperial se levantó en armas en el Capitolio e impidió que Desiderio, que tomaba el nombre de Víctor III, fuera consagrado en el Vaticano. Desiderio aprovechó el

tumulto para huir a Montecasino, sin querer vestir las insignias pontificias. Por fin, en marzo del año siguiente se tuvo un sínodo en Capua que ratificó su elección, y Víctor, apoyado por los normandos, pudo consagrarse en San Pedro.

Clemente III se atrincheró en el Panteón. Volvió Víctor a Montecasino pero la condesa Matilde lo convenció de que regresara a Roma y aquí se instaló en la Isla Tiberina al amparo de la propia condesa, pero volvió después a dejar la Ciudad Eterna y a irse a su monasterio. En agosto de 1087 celebró un sínodo en Benevento, prohibiéndose en él las investiduras, la simonía y la recepción de los sacramentos por parte de los sacerdotes partidarios de Enrique IV, y renovó la excomunión contra Clemente III. Se sintió morir y pidió lo llevasen a Montecasino, donde acabó su vida el 16 de septiembre de 1087. Pertenecía a la familia de los condes Marsos y había nacido en Benevento. Profesó de joven la vida monástica, pasando por varios monasterios, y por último fue al de Montecasino donde sería elegido abad en 1058. Construyó la gran basílica, impulsó los estudios y desempeñó varias misiones que le encomendaron los papas. Tuvo la plena confianza de Gregorio VII. Fue vicario papal para Campania, Calabria, Capua y Pulla, cargo que llevó adelante con enorme capacidad y responsabilidad, pensando sólo en el bien de la Iglesia. Fue un hombre de paz, amante de la buena convivencia y de la reconciliación, que intentó un acercamiento entre Gregorio VII y Enrique IV, lo que no terminó de gustar al papa que no por ello retiró al abad su favor. Éste le fue absolutamente fiel y le acompañaba a la hora de su muerte en Salerno. Su culto como santo comenzó a continuación de su muerte.

SAN VITAL DE SAVIGNY

Abad († 1122)

Nace hacia el año 1063 y en su juventud se decide por la vocación eclesiástica. Es capellán del conde Norberto de Mortain y luego canónigo en esta ciudad. Pero busca una vida retirada y entregada a la contemplación de las cosas divinas y en 1105 se va a Dampierre a llevar vida solitaria. Pero pronto se le unen seguidores y con ellos funda la abadía de Savigny (1112), propo-

niéndose una observancia rigurosa y austera de la Regla de San Benito. Como primer abad de dicha casa no se siente dispensado del deber de la predicación y recorre los pueblos de Francia e Inglaterra impulsando a todos a una vida más cristiana y a vivir en paz y unión. Hablaba con grande y admirable libertad evangélica. Interviene en el sínodo de Reims de 1119 y habla delante del papa Calixto II, recibiendo de éste el elogio de no haber oído a nadie presentar la verdad con tanta fuerza y valentía. Muy sensible a las necesidades de los pobres, construyó asilos para los huérfanos y refugios para los peregrinos y extranjeros, y procuró sacar a las prostitutas de su vida buscándoles honestos matrimonios. Ayudó a Roberto de Abrissel en la fundación del monasterio de Fontevrault. Y surgieron filiales de su monasterio tanto en Francia como en Inglaterra. Presidía en Dampierre la recitación del oficio de la Virgen María en el coro cuando murió el 16 de septiembre de 1122. Su cuerpo fue llevado a Savigny. Esta abadía, más tarde, se pasaría a la reforma del Císter.

BEATOS DOMINGO SHOBIOYE, MIGUEL TIMONOYA Y PABLO TIMONOYA

Mártires († 1628)

Son muy pocos los datos que se tienen de estos mártires, de los que consta, sin embargo, su martirio que tuvo lugar en Nagasaki el 16 de septiembre de 1628 siendo decapitados en la Colina de los mártires. Eran Domingo Shobioye (Xubioye o Xobioje), terciario dominico, Miguel Timonoya (Fimonoya) y su hijo Pablo, ambos igualmente de la Orden Tercera Seglar de Santo Domingo. Su martirio indica su perseverancia en la fe y sin duda su colaboración con los misioneros. Fueron glorificados el 7 de julio de 1867 por el papa Pío IX en la ceremonia de beatificación de 205 mártires de Japón.

BEATO IGNACIO CASANOVAS PERRAMÓN

Presbítero y mártir († 1936)

Nace en Igualada (Barcelona) el 15 de junio de 1893 y recibe una esmerada educación cristiana en el seno de su hogar. Quedó huérfano de padre a los 7 años. Como alumno del colegio de los escolapios, sintió el atractivo por la actividad de esta Orden dedicada a la formación cristiana de la juventud. Los escolapios se encargaron de cultivar esta incipiente vocación y se decidió por fin a ingresar en el estudiantado de Irache, de donde pasó a Tarrasa e hizo la profesión religiosa el 8 de diciembre de 1914. Prosigue sus estudios y se ordena sacerdote el 17 de septiembre de 1916. Pasó sucesivamente por los colegios de Tarrasa (1918), Villanueva y Geltrú (1918), Olot (1920), y Barcelona, en el colegio de Nuestra Señora (1921), donde estuvo hasta su martirio. Era músico y pianista. Dedicado por entero a su ministerio, frecuentaba también el postulantado de Alella porque un hermano suyo estaba allí de director. Llegado julio de 1936, pasaba unas vacaciones en la finca de su familia, llamada Can Brunet, en el término municipal de Odena. Fue con él su madre. Desencadenada la persecución religiosa contra edificios y personas a partir del 18 de julio, le aconsejaron se fuera a Barcelona a fin de pasar más inadvertido, pero él no quiso dejar a su madre. Celebraba la misa en la capilla de la casa y se prestaba a dar los sacramentos a los moribundos pese al riesgo. El día 15 de agosto dijo allí la misa y a la mañana siguiente, muy temprano, sin que estuviera su madre, vio venir un grupo de milicianos. Pudo huir, pero registraron la casa y echaron al fuego todos los objetos religiosos de la capilla, llegando su madre mientras lo hacían y viéndolo todo él desde un escondite. Una vez se fueron los milicianos y volvió a la casa, quedó con la certeza de que le esperaba el martirio y se preparó para él espiritualmente con la oración. El día 16 de septiembre a mediodía vinieron por él, consoló a su madre y se fue con ellos. Tomaron el camino de Odena y le avisaron que iban a fusilarlo. Le dieron tiempo para que se arrodillara y rezara, y apenas empezado el padrenuestro lo abatieron a balazos, oyendo su madre los disparos.

Fue beatificado el 1 de octubre de 1995 por el papa Juan Pablo II.

BEATOS LAUREANO (SALVADOR) FERRER CARDET, BENITO (MANUEL) FERRER JORDÁ Y BERNARDINO (PABLO) MARTÍNEZ ROBLES

Religiosos y mártires († 1936)

Ocupada la casa-noviciado de San José, de Godella (Valencia), de los religiosos terciarios capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores, por los milicianos en las primeras horas del día 25 de julio de 1936, los religiosos fueron recluidos en el noviciado mientras que los milicianos se hacían cargo de los novicios. Los pusieron frente a la pared e hicieron el simulacro de que los iban a fusilar. Uno de los sacerdotes les dio la absolución. Y entonces entraron otros milicianos que impidieron el fusilamiento, y posteriormente echaron a los religiosos de la casa. El P. Laureano con otros religiosos se trasladó a Torrent a casa de una señora, avisando a las autoridades el sitio de su hospedaje, y de allí fueron sacados para la cárcel el día 13 de septiembre el P. Laureano, su hermano Benito, también religioso de su congregación, y el hermano Bernardino, siendo fusilados el día 16 de septiembre en el término municipal de Turís. Éstos son sus datos:

SALVADOR FERRER CARDET era natural de Burriana, Castellón, donde nació el 13 de octubre de 1884 en el seno de una cristiana familia. A los 11 años ingresa en la escuela seráfica de los terciarios capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores en el convento de Nuestra Señora de Monte Sión de Torrent. El 8 de diciembre de 1899 viste el hábito religioso y toma el nombre de fray Laureano María de Burriana. Se ordena sacerdote en septiembre de 1907. Entre 1907-1913 está destinado en el Monasterio de Yuste y ese año se le envía a la Escuela de Reforma de Santa Rita, de Madrid. Pasa luego al noviciado de San José, de Godella, siendo consiliario, vicemaestro de novicios y superior. Pasa luego por las casas de Madrid, Teruel, Godella y Dos Hermanas, regresando en 1934 al noviciado de Godella, donde le coge la guerra española. Era vicesuperior.

MANUEL FERRER JORDÁ era hermano mayor del mártir anterior, hijo del primer matrimonio de su padre. Nació en Burriana el 26 de noviembre de 1872. Pierde a su madre en la infancia. En 1890 decide su vocación religiosa e ingresa en la congrega-

ción de los religiosos terciarios capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores. Al entrar en el noviciado cambia su nombre por el de fray Benito María de Burriana. Profesa el 27 de mayo de 1892 en calidad de hermano. Fue limosnero la mayor parte de su tiempo de vida religiosa, dando ejemplo de humildad, sencillez y bondad y siendo un alma de profunda oración. Destinado primero en la casa de Santa Rita, de Madrid, pasa luego a la colonia de San Hermenegildo de Dos Hermanas, donde está hasta 1927, pasando seguidamente a Zaragoza. Estaba destinado en la Fundación Caldeiro, de Madrid, cuando llega la guerra de julio de 1936. Expulsado de su convento, que sería convertido en checa, buscó amparo entre sus familiares de su pueblo natal, pero le dijeron que era mejor buscara otro asilo y entonces se fue con su hermano menor fray Laureano que estaba, como queda dicho, en Torrent. Aquí correrá la suerte de éste.

PABLO MARTÍNEZ ROBLES nació en Andújar, Jaén, el 28 de enero de 1879. Muy joven tiene que dejar la escuela para ayudar a sus padres con su trabajo como agricultor y talabartero. Luego se coloca en un cortijo y luego pasa a Córdoba, donde conoce a los famosos ermitaños de la serranía que le invitan a compartir su vida. Pero viendo que no era ésta su vocación, ingresa en la congregación de los terciarios capuchinos en Yuste (1906) y al tomar el santo hábito recibe el nombre de fray Bernardino María de Andújar, emitiendo sus votos como hermano coadjutor el 15 de abril de 1909. Pasa por las casas de Yuste, Santa Rita, de Madrid, Dos Hermanas, Zaragoza, Torrent y Godella, donde estaba al iniciarse la guerra de 1936. Al ser tomada la casa por los milicianos, marcha con el P. Laureano y corre su suerte.

Los tres fueron beatificados el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

17 de septiembre

A) MARTIROLOGIO

1. En Roma, San Roberto Belarmino († 1621), obispo, cardenal y doctor de la Iglesia, religioso jesuita **.
2. En Milán (Liguria), San Sátiro († 379), hermano de San Ambrosio *.
3. En Liège (Austrasia), San Lamberto († 705), obispo de Maastricht y mártir *.
4. En la selva de Argonne (Austrasia), San Rodingo o Rouin († 790), abad del monasterio de Beaulieu.
5. En Córdoba (Andalucía), Santa Columba († 853), virgen y mártir *.
6. En Melinais (Angers), San Reginaldo († 1104), ermitaño.
7. En el monasterio de Rupertsberg, junto a Bingen (Hesse), Santa Hildegarda († 1179), virgen, abadesa benedictina *.
8. En Avigliana (Italia), Beato Querubín Testa († 1479), presbítero, de la Orden de Ermitaños de San Agustín *.
9. En Zaragoza, San Pedro de Arbués († 1485), presbítero, canónigo regular, mártir **.
10. En Hué (Annam), San Manuel Nguyen Van Trieu († 1798), presbítero y mártir *.
11. En Génova (Liguria), San Francisco María de Camporosso († 1866), religioso capuchino **.
12. En Castillo de Villamalefa (Castellón), Beato Juan Ventura Solsona († 1936), presbítero y mártir *.
13. En Madrid, Beato Timoteo Valero Pérez († 1936), presbítero, de la Congregación de Terciarios Capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores, mártir *.
14. Junto a Palmira (Polonia), Beato Segismundo Sajna († 1940), presbítero y mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN ROBERTO BELARMINO

Doctor de la Iglesia († 1621)

Se clausuró el magno concilio de Trento muy poco después que Belarmino se consagrara a Dios con sus primeros votos. Se seguían sus incidencias con pasión. Las conversaciones de los primeros años de vida religiosa de nuestro santo tuvieron mu-

chas veces que girar en torno al magno concilio que había logrado estructurar los problemas básicos de teología en forma orgánica y dictaminar sabias medidas de auténtica reforma.

Lo que ahora urgía era llevar a la práctica los decretos. Ésta fue la misión de Belarmino. Toda su vida girará en torno a la órbita de Trento.

Ya su vocación a la Compañía de Jesús había nacido bajo el signo de la renovación espiritual. Sobrino del papa Marcelo II, cuando más en auge estaba el nepotismo pontificio, amante de la literatura, música, arte, se sintió atraído hacia las bellezas del mundo clásico. Virgilio constituía sus delicias desde los primeros años.

Por su familia, talento y aficiones estaba destinado al fausto y brillo de la corte pontificia. Parecía llamado para brillar en el firmamento del Renacimiento italiano. Pero su santa madre, Cintia Cervini, velaba por él. Le hizo ver lo peligroso de aquella dorada escala. El mismo joven, con su característica ingenuidad, nos descubre sus reacciones íntimas.

> «Estando durante mucho tiempo pensando en la dignidad a que podía aspirar, me sobrevino de modo insistente el pensamiento de la brevedad de las cosas temporales. Impresionado con estos sentimientos, llegué a concebir horror de tal vida y determiné buscar una religión en que no hubiera peligro de tales dignidades».

Misterios de Dios. La decisión firme de huir del episcopado y del cardenalato fue el móvil de la vocación religiosa del único santo jesuita obispo y cardenal.

Dios a este hombre sediento de humillaciones le deparó triunfos insólitos, como muy pocos hombres los han experimentado. Fue el ídolo de amplios sectores, recibió el aplauso frenético de la muchedumbre, que salía de sí por oír su palabra y devoraba sus libros con avidez.

Ya en Florencia, en Mondovi y sobre todo en Lovaina, antes todavía de ser sacerdote, se reveló como orador excepcional. Llegó a escribir el superior de Roma que «nunca hombre alguno había hablado como el joven Belarmino». Desde 1569 se convierte en el predicador nato de los universitarios. Profesores y estudiantes se apretujan en torno al púlpito del santo. La iglesia entera estaba llena de gente. Su predicación retórica y recargada

de metáforas al principio, conforme al gusto de la época, se transforma, gracias a un incidente fortuito —el extraordinario fruto que reportó de un sermón improvisado por fuerza—, en sencilla y eminentemente evangélica. Aun de naciones vecinas, e incluso de Inglaterra, venían herejes a oírle. Cada vez conseguía un fruto mayor. Conversiones, jóvenes que se retiraban a ejercicios o decidían abrazar la vida de perfección.

La predicación, con todo, no pasó de ser una de sus facetas. Pronto comenzó a descollar como teólogo, primero en la misma Lovaina y después en Roma. Las universidades principales de Europa, incluyendo la de París, se disputaban por contarle entre sus profesores. Pero los superiores juzgaron más conveniente que irradiase su saber desde el corazón de la cristiandad. Allá le esperaba su gran obra. Fundó la cátedra de controversias para pulsar el momento teológico y dar la verdadera doctrina sobre los errores que pululaban entonces por los centros universitarios.

El éxito provino principalmente del método que adoptó. Pasaba revista a los errores de los contemporáneos. Pero no se limitaba a refutarlos. Los herejes quedaban más bien, como en la *Suma* de Santo Tomás, de marco de encuadre, servían únicamente para delimitar el planteamiento vital del problema. Él iba derecho a la doctrina verdadera, exponía orgánicamente —siguiendo la estela del concilio de Trento— la verdad positiva, íntegra, total.

Belarmino no tenía carácter de polemista. Alma sencilla, casi ingenua, carácter compasivo, estaba hecho para la comprensión. El amor íntimo y apasionado a la Iglesia —supremo ideal de su vida— fue el gran motivo que le llevó a estudiar los errores de los heresiarcas.

Sus discípulos, que corrían a sus clases, como antes en Lovaina habían afluido a los sermones, le pedían insistentemente que diese a la imprenta su exposición. Llegó a editar hasta veinte veces en treinta años el libro de las *Controversias*. Penetró en todas las universidades europeas y llegó a los más apartados centros de enseñanza. San Francisco de Sales, en su gran campaña contra los calvinistas, subía al púlpito armado de la Biblia y de Belarmino, como se llamaba en todas partes al gran libro.

Se dice que uno de los corifeos luteranos exclamó: «Este libro nos ha perdido».

No se limitó el santo a instruir a los doctos. Su amor a la Iglesia le llevó a atender también al pueblo sencillo, tan ignorante en el campo religioso. Para ellos compuso la *Doctrina cristiana breve,* dirigida directamente a los niños, y acompañada de otra *Declaración más copiosa* para los maestros. Este pequeño libro alcanzó uno de los éxitos más sorprendentes, comparable al que han alcanzado los libros más leídos de la humanidad. Hasta casi nuestros días se ha ido editando sin cesar. Baste decir que se ha traducido a más de cincuenta lenguas y que las ediciones llegan a lo largo de tres siglos y medio a edición por año.

Las facetas de orador, profesor y escritor no agotaron la actividad de Belarmino. El general de la Compañía de Jesús, Claudio Aquaviva, quiso que los jóvenes jesuitas se beneficiaran de su consejo e influjo. Le designó para la dirección espiritual de los que estudiaban en el Colegio Romano y después para rector del mismo centro. Tuvo Belarmino la dicha de contar entre sus hijos espirituales a San Luis Gonzaga.

Iba creciendo de tal modo la estima del Papa para con el docto y santo jesuita, que el padre general comenzó a temer que le nombrase cardenal. Para conjurar este peligro decidió sacarle de Roma y designarle provincial de Nápoles. No le valieron al padre Aquaviva estas medidas. Clemente VIII le creó cardenal. «Le elegimos —dijo— porque no hay en la Iglesia de Dios otro que se le equipare en ciencia y sabiduría». Belarmino se negó al principio a aceptar la alta dignidad. Alegó la incompatibilidad de su voto. El Papa lo anuló con su suprema autoridad y le mandó aceptar el cardenalato «en virtud de santa obediencia y bajo pena de pecado mortal». Por obediencia cambió su hábito, pero no el tenor de su vida. Con el mismo desinterés y abnegación de antes se dedicó al trabajo de las comisiones cardenalicias. Intervino en las cuestiones más espinosas, como las de Galileo y la reforma del calendario. Trabajó febrilmente en la edición definitiva de la *Vulgata.* Asesoró al Papa en toda clase de negocios con plena franqueza. Llevado, sin duda, de su alma sencilla y recta, que no entendía de astucia diplomática y de dilaciones, expuso algunos pareceres con demasiada sinceridad.

Parece que por ello cayó en desgracia del Papa, quien decidió alejarle de Roma y nombrarle arzobispo de Capua.

El nuevo pastor se dio a sus diocesanos con celo sin igual. Allá pudo simultáneamente predicar, enseñar, escribir, organizar, explicar la doctrina cristiana. Abrazó toda clase de actividades. Realizó una reforma comparable, en pequeño, a la de San Carlos Borromeo.

Entró en tres conclaves. Llegó a tener en unos hasta 14 votos para Papa. Tal vez le habrían elegido si no hubiera sido jesuita. En esos momentos en que se hablaba de su ascensión al trono, su jaculatoria favorita y su oración ininterrumpida era: «Señor, elige al más apto y líbrame del papado».

Dios no le había hecho para el pontificado. Tenía el santo que realizar su última misión. Dar al mundo entero ejemplo de humildad y pobreza. Al recién elegido Gregorio XV le pidió como grande gracia el poderse retirar, al menos largas temporadas, al noviciado de los jesuitas. Tenía ya cerca de setenta y ocho años. Allá simultaneaba las actividades de cardenal con la vida de un novicio.

Desgastado en su lucha por la defensa de la Iglesia, sus fuerzas iban fallando. Con todo, le quedó todavía un arma: la pluma. La piedad que rebosaba de su alma fue impregnando sus últimos opúsculos espirituales, llenos de suave unción.

Así se consumó la vida de este gran héroe. Había amado a la Iglesia con amor de enamorado. Dios le llamó a sí el 17 de septiembre de 1621. El Sacro Colegio quiso dejar constancia de los méritos del difunto cardenal. Escribieron en las *Actas,* entre otros elogios: «Varón esclarecido, teólogo eminentísimo, defensor acérrimo de la fe católica, martillo de los herejes. Varón piadoso, discreto, humilde, extraordinariamente limosnero».

Pío XI le beatificó el 13 de mayo de 1923, le canonizó el 29 de junio de 1930 y le declaró doctor de la Iglesia el 17 de septiembre de 1931.

IGNACIO IPARRAGUIRRE, SI

Bibliografía

Art. en A. BAUDRILLART - R. AUBERT (dirs.), *Dictionnaire d'histoire et de géographie ecclésiastique.* VII: *Bavière-Benoist* (París 1934) cols.798s.

Art. en A. VACANT - E. MANGENOT - E. AMANN, *et al.* (dirs.), *Dictionnaire de théologie catholique.* II/1: *Baader-Buzetti* (París ³1932) cols.560s.
Autobiografía, escrita en 1613 a instancias de M. VITELLESCHI, junto con otros documentos importantes. Se halla en gran parte en X. M. LE BACHELET, *Bellarmin avant le Cardinalat* (París 1911).
BRODRICK, J., SI, *The life and work of blessed Robert Francis cardinal Bellarmin, SJ (1542-1621),* 2 vols. (Londres 1928).
FIOCCHI, A., *Vida de San Roberto Belarmino* (Santander).
LA SERVIÈRE, J. DE, *La théologie de Bellarmin* (París 1909).
LE BACHELET, X. M., *Auctarium bellarminianum* (París 1913).
RYAN, E. A., SI, *The historical scholarship of Saint Bellarmin* (Lovaina 1936).
• Actualización:
GALEOTA, G. (ed.), *Roberto Bellarmino, arcivescovo di Capua, teologo e pastore della riforma cattolica.* Atti del Convegno internazionale di studi, Capua 28 settembre-1 ottobre 1988, 2 vols. (Capua 1990).
GODMAN, P., *The saint as censor. Robert Bellarmin between inquisition and index* (Leiden 2000).
LUJAMBIO ARIAS, L., *Origen y destinación de la copiosa declaración de la doctrina cristiana de Roberto Bellarmino* (Roma 1987).

SAN PEDRO DE ARBUÉS

Presbítero y mártir († 1485)

De estirpe acrisolada y noble, según documentan las crónicas, hijo de Antonio y de Sancha, Pedro de Arbués nació en Épila en 1441. Es casi el tiempo de la toma de Nápoles por Alfonso V de Aragón. También cuentan los cronistas que era muchacho precoz en los estudios. Sigue la gramática con tanto provecho, que bien pronto se entrega a la filosofía. Se le sabe puntual en la asistencia a las lecciones. Es, además, asiduo en el seguimiento de la doctrina; brillante y vigoroso en su argumentación; afable con sus camaradas, que todos eran pronto amigos suyos.

Apenas mediadas sus clases en el estudio general, se abrió ante Pedro de Arbués un nuevo horizonte. Llegan a sus oídos los edictos por los cuales se publica como vacante una de las prebendas atribuidas a la Corona de Aragón por el reglamento del Real Colegio de España en Bolonia. La fundación albornociana seduce al joven Pedro. Éste explica a sus padres lo que el Colegio representa en el mundo de la cultura: es el archivo de la ciencia, la suma de la buena educación, la cantera de donde se sacan los fundamentos que dan estabilidad a la República. Dudan mucho los padres, que tratan de retenerle cerca de sí, pero

al fin ceden: una beca en el colegio de Bolonia es la prueba de que su vástago quiere ser hijo de su propio esfuerzo.

Aunque tengan que lamentar y que sentir la ausencia, al fin lo despidieron. Antonio sabe reconocer el servicio común, y así admite que la marcha de Pedro a Bolonia sirve para difundir el propio saber, para dominar sus propias acciones. Le aconseja que mire siempre a Dios, que sea amigo de los virtuosos, sin esquivar la conversación de los menos ajustados. Le tranquiliza saber que el modo de vivir de los colegiales es el de una verdadera comunidad seglar, donde se sigue una auténtica observancia religiosa. En ella quiere Antonio que Pedro sea devoto sin superstición, y practicante sin hipocresía; que condene la obscenidad y la indignidad antes con el semblante que con la boca.

Así, presentado por el arzobispo de Zaragoza, tal como exigen los viejos estatutos, y justificando ser de linaje limpio, sin antecedentes de conversos, judíos, moros, herejes ni reconciliados; como hijo legítimo, mayor de edad y con estudios superiores, es admitido al fin en el colegio de Bolonia. Allá se encuentra en el ambiente que apetecía. Sus compañeros son exactamente lo que deseaba. Entre ellos figura quien será luego su confesor, Martín García, bien pronto obispo de Barcelona.

Maestro en filosofía y en teología en 1468, alcanza la láurea en 1473, y el diploma firmado el 27 de diciembre subraya las calidades de su mente; llena de virtudes, especialmente levantada por el magisterio. No menos descuella en su personal trato. Cumplió perfectamente lo que su padre le aconsejara. Quienes le conocieron —y declararon en el proceso de su beatificación—, le evocan de una manera tan firme, que todavía trasciende en sus relaciones la huella de su paso como una ola de olor de santidad. Así, recuerdan que este hombre, tan alto en las ciencias, era tan humilde en la vida, que no quiso que los criados barriesen su aposento, ejercitándose él mismo en tales quehaceres.

Desde Italia volvió a su Aragón nativo, y pronto le encontramos en la comunidad de canónigos regulares de la santa iglesia catedral de Zaragoza. Elegido en el otoño de 1474, profesó como canónigo regular el 9 de febrero de 1476. Dentro del cabildo fue ejemplo de clérigos, como había sido en Bolonia

ejemplo de estudiantes. No sólo acudía, sin excusa ninguna aun cuando podía tenerla, a las horas del coro, sino que disponía de sus propias rentas para distribuirlas entre los pobres. Muy pronto también el cielo lo quiso distinguir de una manera muy particular. Él iba a ser, entre nosotros, un nuevo Tomás de Canterbury.

Ya en este tiempo se había conseguido la unidad de España, y bajo el cetro de los Reyes Católicos se buscaba la unidad en la fe, creándose la Santa Inquisición. En la nueva forma de este alto oficio, la Inquisición es establecida en Aragón en 1484. No se encuentra persona más indicada para regirla que Pedro de Arbués. Juntamente con el dominico fray Gaspar Inglar de Benabarre, Pedro tiene que cargar sobre sus hombros la tarea de establecer este nuevo organismo. En principio rehusó, juzgándose incapaz, pero no tiene más remedio que acceder al nombramiento, porque no se ve persona más preparada. Pero era muy conocido como estudioso; nadie como él podía distinguir las herejías y calificarlas revisando los libros de los concilios y repasando los antiguos índices.

Apenas designado, reúne a un grupo de escogidos oficiales, y les expone el quehacer que pesa sobre ellos. Van a guardar la ciudad como centinelas, van a vigilar el rebaño como pastores; tienen que realizar la parábola de la separación de la cizaña del trigo. El fruto colmado de la fidelidad no puede destruirse por la obstinación de los falsos conversos. Convoca a las autoridades en la iglesia de San Salvador, y recibe el juramento público del justicia Juan de Lanuza. Hace difundir edictos generales que obliguen a revelar delitos y a denunciar delincuentes. Mas asegura que es preciso unir a la justicia la misericordia, y considera que toda pena debe ser un cauterio. Aquel mismo año de 1484 se empiezan a celebrar los autos de fe. En los meses de mayo y junio fueron castigados muchos herejes y falsos conversos, aprovechando Pedro la oportunidad para predicar con toda claridad, con vehemencia.

La empresa no pudo desarrollarse pacíficamente. Los numerosos judaizantes influyentes iniciaron alteraciones so pretexto del quebrantamiento de los fueros. Se enviaron embajadas a la Corte, entonces en Córdoba, y a la Santa Sede romana. Al

pontífice se le señalaban reservas de carácter teológico; a los reyes se les proponían socorros en dinero para las luchas contra los musulmanes. No obteniendo éxito con sus propuestas, empezaban a conspirar, reuniendo conciliábulos. En uno de ellos, en la casa de un gran letrado y bajo la presidencia de un rabino, se acordó acabar con el inquisidor, utilizando, incluso, el acero. Así, en efecto, fue, porque muy pronto la reja de la casa de Pedro de Arbués, en la calle del prior, apareció en un primer intento rota, sin que el escalo acabase en asalto y muerte.

Pensóse luego esperar una oportunidad. Precisamente porque Pedro era muy cumplidor de sus deberes como canónigo, y porque, a pesar de estar exento por la función que ejercía, acudía al rezo de los maitines, parecía conveniente utilizar esta ocasión, aguardando la noche. Una noche en que, según cuenta Antonio Agustín, la famosa campana de Velilla sonó, y sonó tan fuerte que hizo pedazos la cuerda de su lengüeta. Era el miércoles 14 de septiembre de 1485, día en que se había celebrado el triunfo de la Santa Cruz. Mientras Pedro, con una linterna en la mano, acudía a la catedral, estaban allí apostados los sicarios de la judería, entrados unos por la puerta principal y otros por la puerta de la prebostía.

El inquisidor pasó del claustro a la iglesia, se encaminó hacia el coro y quedó arrodillado un momento al pie del púlpito de la izquierda; arrimado a una columna, rezando ante el Santísimo. En aquel momento se vio acometido por una gran cuchillada en la espalda, una estocada en el brazo y un puñal lanzado bajo la cabeza. Pedro se derrumba sobre el suelo, mientras dice: «Loado sea Jesucristo, que yo muero por su santa fe».

Los cronistas cuentan que la impresión de los asesinos fue tal, que desfallecieron seguidamente. Dicen también que en aquel instante el coro cantaba el invitatorio contra la pérfida obstinación judía, y que los canónigos que acudieron a las voces se encontraron tan perplejos que tardaron en ayudar al herido llevándole a curar. De la iglesia pasó a la sacristía, y de allí a la casa.

La ciudad entera se alteró. El arzobispo tuvo que recorrer las calles a caballo, para tranquilizar los ánimos. Se tomaron las medidas judiciales y policíacas convenientes, y muchas gentes

—importantes apellidos que sonaban y que sonaron como cristianos nuevos— se vieron complicadas.

Dos días estuvo moribundo Pedro de Arbués; dos días que pasó balbuceando jaculatorias. Al fin, en la medianoche del viernes 16 de septiembre, entregó su alma a Dios. Le asistía un médico catalán, que le decía: *Magister, vos anireu prest al cel* («iréis pronto al cielo»). *Laetatus sum in his,* respondió Pedro. Deseaba, en efecto, morir para acercarse a Dios, al que había querido servir siempre.

Las gentes empezaron a acudir al lugar santificado por la sangre del mártir, y ésta, como milagro que demostraba las virtudes de Pedro, se refrescaba y hervía como si acabara de derramarse. En el momento en que la catedral se vestía de luto, preparado el entierro, el lugar donde quedó sangre de Pedro fue cubierto con una alfombra, y fray Diego Morillo cuenta que todavía doce días después, al quitar esa alfombra, quedaba tal cantidad de sangre que se empaparon varios lienzos, que fueron conservados religiosamente.

Mosén Blasco Gálvez da testimonio de una aparición que poco después tuvo. Pedro se le presenta entre celestes resplandores, advirtiendo proféticamente futuros sucesos y permanentes urgencias: le pide que Fernando el Católico continúe la conquista de Granada, y que mantenga el Santo Oficio, pues estas dos empresas le darán la vida eterna.

Eran los tiempos de la batalla de Lucena y del pacto de Córdoba con Boabdil. Zaragoza veía repetirse el ejemplo del santo obispo de Canterbury, de aquel Tomás Becket asesinado —también en la catedral— trescientos años antes. El Colegio de España en Bolonia, fundación del cardenal Albornoz, tenía así un santo ya, apenas a los cien años de ser erigido. ¡Buena lección de lo que podía lograrse bajo su estrella!

JUAN BENEYTO

Bibliografía

BLASCO DE LANUZA, V., *Peristephanon seu de Coronis Sanctorum Aragonensium, vita, morte, miraculis Beati Petri Arbuensis* (Zaragoza 1624).

GARCÍA DE TRASMIERA, D., *Epitome de la gloriosa vida del venerable Pedro de Arbués* (Madrid 1664).

PÁRAMO, L. DE, *De origine et progressu Officii Sanctae Inquisitionis* (Madrid 1598).

• Actualización:
ALCALÁ GALVE, A., *Los orígenes de la Inquisición en Aragón. San Pedro de Arbués, mártir de la autonomía aragonesa* (Zaragoza 1984).
BLASCO DE LANUZA, V., *Historia de la vida, muerte y milagros del siervo de Dios Pedro de Arbués de Épila* (Zaragoza 1986). Reprod. facsímil de la ed. de Zaragoza 1624.

SAN FRANCISCO MARÍA DE CAMPOROSSO

Religioso († 1866)

La ciudad de Génova se enorgullece, y con razón, de haber tenido en sus calles y animando a sus gentes a un fraile franciscano, nacido en Camporosso, pero entregado de por vida a los genoveses. Durante muchos años le vieron pasar por calles y plazas con las alforjas al hombro, con intención de pedir limosna, pero a todos regalando sonrisas, consejos, promesas de oraciones y, a veces, dones misteriosos de salud, paz y amor, que les dejaba sorprendidos y convertidos en mejores cristianos. Por eso los habitantes solían fijar los ojos en él con religiosa veneración y le llamaban con simpatía el «padre santo». Extraño apelativo, con su parte de acierto y su parte de paradoja, pues Fray Francisco no era siquiera clérigo.

Después de su muerte, la ciudad agradecida por todos sus buenos ejemplos y dones de curación, le costeó un hermoso mausoleo de mármol donde depositaron su cuerpo. Sobre el monumento funerario grabaron unas bellas palabras para la posteridad:

> FRANCISCO DE CAMPOROSSO, lego capuchino,
> Pobrecillo de Cristo, más dichoso en dar que en recibir.
> Coronó su vida ofreciéndose
> como víctima de expiación en la epidemia de 1866.
> Las lágrimas y el agradecimiento del pueblo
> quisieron representarse en este monumento.

Fue este hombre un santo y humilde fraile capuchino, lego, limosnero, verdadero seguidor de San Francisco de Asís. Quiso ante todo que todos sus hermanos, los del convento capuchino y los de la ciudad, amaran y vivieran el Evangelio sin glosa, al margen de si eran sacerdotes o laicos, solteros o casados, ricos o pobres. Pobrecillo de Cristo, al igual que Francisco de Asís, fue más dichoso en dar que en recibir.

El pueblecito de Camporosso, en donde nació, es un lugar idílico dentro del extremo norte de Italia. Ventimiglia, ya en la frontera y en plena costa, es su principal referencia para poder localizarlo en el mapa. Los campos del pueblo se recuestan en las laderas de valle de Nervia y en las suaves y onduladas colinas del Valle Rojo. Sus poblados vecinos, Vallecrosia o San Biagio della Cima, Trinità, Brunetti y Balloi, cuentan con campos y terrazas que pueden elevarse hasta los 500 mts. y participan de la suavidad costera y de la bondad de su clima. Fue siempre región de habitantes sencillos, laboriosos y de dulce carácter. Fue la tónica vital de este muchacho, que primero se hizo franciscano y luego decidió ser capuchino.

En la bondad de este clima mediterráneo, cuando todavía Italia no era nación y en la región mandaban los franceses de Napoleón, nació Giovanni Croese, el 27 de diciembre de 1804. Camporosso cuenta hoy con 5.000 habitantes. Entonces no llegaba al millar. Sus padres eran humildes agricultores de las afueras del poblado. Se llamaban Anselmo Croese y María Antonia Gazzo. El niño se llamó Juan en el bautismo y resultó alto y fuerte de cuerpo, afable y noble de carácter, bondadoso y compasivo de sentimientos y, sobre todo, muy piadoso. Sabía mucho de amistad y a todos contagiaba con su gran religiosidad.

Tenía la familia un pequeño terreno en el cual había que trabajar, pero su oficio se entremezclaba con el pastoreo de un pequeño rebaño que pasaba el día pastando. El niño Juan creció entre trabajos y devociones, con el ejemplo del hogar humilde, con las exigencias de la época y el ejemplo de los vecinos.

Cuando fue algo mayor, tuvo que ir muchas veces con las ovejas y tuvo que trabajar duramente en el campo. No resultaba fácil para un pastorcito, que pasaba muchas horas con su rebaño, asistir a la misa de cada día. Pero ya desde muy pequeño Juan se arreglaba para lograrlo. Luego salía con su hatillo de animalitos al campo. La niñez y juventud del futuro santo transcurrieron en la oscuridad de aquella laboriosa familia de labriegos.

Era inevitable que su cultura resultara baja y que, como la mayor parte de sus paisanos, fuera analfabeto. Pero él pronto llegó a ser maestro de los demás, pues enseñaba el catecismo a

sus compañeros. Dotado de buena memoria y de mejor interés, lo aprendía con afecto cuando el sacerdote de la parroquia se lo enseñaba. Luego lo enseñaba a los demás menos capaces.

Un día de 1822 pasó por su lado un piadoso franciscano que le invitó a ir con él al convento. La invitación cayó en una tierra perfectamente preparada. Pronto los padres vieron un camino nuevo para su hijo y no vacilaron en darle autorización para seguir al que le invitaba. Así entró el 14 de octubre de ese año de 1822 en el convento de Hermanos Menores Conventuales, los franciscanos, en Sestri Ponente, en las cercanías de Génova. Allí recibió el hábito de terciario y el nombre de fray Antonio. Tenía entonces dieciocho años, baja cultura, grandes deseos de ser bueno y una intuición en su corazón que le decía que tal era la voluntad divina.

La experiencia fue hermosa para su piedad, pero no para su felicidad. Se encariñó con San Francisco, pero se desconcertó al ver que no todos los franciscanos vivían con la sencillez que los libros ensalzaban al hablar del Santo de Asís. No quedan datos de la razón última por la que pronto aspiró a cambiar de vida. Pero algo, o alguien, le dijo que la vida que había abrazado no era la suya. Él no había dejado las ovejas para vivir mejor en el convento. Tal vez aumentó su zozobra el idealismo juvenil que le era connatural o acaso el consejo le vino de fuera. El hecho es que sintió el ansia de mayor austeridad y pobreza y, cuando no habían pasado dos años de su vida franciscana, tal vez no completos, decidió dejarla para pasar a otra que conoció, admiró y deseó. Fue en el otoño de 1824 cuando, con la comprensiva anuencia de los superiores, pasó al noviciado de los capuchinos de Voltri.

Volvió en él a probar su vocación. Vivió como postulante unos meses. Y en las postrimerías del año 1825, el 17 de diciembre, inició su noviciado con la vestición del hábito en el convento de San Bernabé de Génova y lo hizo como hermano lego. Recibió el nombre de Francisco María de Camporosso. Al año siguiente, el 17 de diciembre de 1826, emitió su profesión religiosa.

Ya religioso capuchino, se entregó de inmediato a los primeros trabajos que los superiores le confiaron en el convento de la

Santísima Concepción de Génova, en el que iba a pasar toda su vida. Primero estuvo dedicado a los humildes trabajos de la cocina y de la enfermería. Los biógrafos coinciden en reconocer que, ya desde los primeros años jóvenes, la profunda piedad fue el rasgo que más sobresalió en su personalidad. Además, poseía exquisita delicadeza en el trato con sus Hermanos y con los enfermos. Y mostraba admirable austeridad, severa para consigo mismo pero tierna y benevolente para con los demás.

Hacia 1831 se le encargó la cuestación, o petición de limosnas, por el Valle Bisagno. Fue entonces cuando empezó a darse a conocer, pues dejaba tras su paso una estela de bondad, humildad y paz admirables. Los que alargaban una moneda a su mano tendida o algún alimento para su convento y para los pobres que en él se atendían se mostraban impresionados por su actitud de humilde agradecimiento. En 1834 se le indicó que debía encargarse también de la cuestación en la misma ciudad de Génova. Y por sus calles pasó otros seis años empleando las mismas formas y suscitando la misma admiración que antes había logrado en la zona rural de los valles.

En 1840 los superiores le designaron cabeza y orientador de todos los hermanos que se dedicaban a la función de las peticiones, tarea en la que con tanta humildad y acierto él había trabajado. Distribuía a los limosneros y recogía sus colectas. Su trabajo era importante, aunque fuera humilde. Por aquel entonces, el inmenso convento de Génova, con más de ciento cincuenta celdas, era residencia del P. provincial y de sus ayudantes. Acogía a docenas de sacerdotes dedicados a la predicación y de numerosos hermanos que ejercían la caridad en hospitales y asilos. Por si fuera poco, el gran convento era enfermería provincial con buen número de ancianos y residentes. Las entradas eran pocas y la pobreza mucha. Había que mendigar para sostener todas las buenas obras que el convento llevaba.

El «piadoso lego Francisco», aunque fuera del convento se le denominaba «el buen padre» sin más, encontró en su humilde trabajo campo amplio donde dar cauce a su espíritu de caridad y ocasión para hablar de Dios a todos los que pedía una limosna o a todos los que a él se la demandaban. En esta labor pasó nada menos que cuarenta años, los suficientes para hacerse un

gran santo. Pronto comenzó a resplandecer su virtud admirable y su sensatez al hablar de las cosas del cielo con todos los que se cruzaban en su camino.

Como buen capuchino, su figura era un mensaje de oración, de sencillez, de alegría, no menos que de humildad y pobreza. Él añadía un ejemplo hermoso de interés, generosidad y laboriosidad, pues se interesaba afectuosamente por todas las personas que iba conociendo, que eran muchas. Los que le trataban advertían que era un hombre de fe y un modelo de abnegación. A alguien, que le aconsejó una vez moderación en todos sus afanes y salidas, le dijo: «En mi casa, yo sufría y trabajaba por amor a mi familia; y ahora ¿no he de trabajar y fatigarme por amor de Dios y de los hermanos?».

Los tiempos que dedicaba al cuidado de los enfermos de la casa, cuando regresaba de sus trabajos en el exterior, eran muchos. Los que sufrían eran sus predilectos y todos quedaban consolados con sus tiernas palabras y sus referencias al cielo. Cuando se dedicaba por la ciudad a la petición de limosnas, no hacía otra cosa que sonreír a los que le daban algo y a los que no se lo daban. Y, cuando trabajaba con los enfermos, seguía sonriendo. Para todos era el mismo: amigo, modelo de respeto, cordial, mensajero de buenos deseos. Incluso sonreía a los que le lanzaban algún improperio anticlerical, que siempre los había. Pero las burlas sólo se dieron al principio, pues pronto se fueron acallando. Aquel fraile tenía algo de especial. Los sarcasmos se trocaron en veneración conforme los genoveses fueron percatándose de que el limosnero de los capuchinos era un auténtico y maravilloso hombre de Dios y era el que daba consuelo cuando a alguien le pedía limosna.

Los genoveses, después de algunos años de pedir limosna, terminaron llamándole «el buen padre». Muchas veces había personas que le paraban en la calle, no para darle dones, sino para pedirle consejo. Pero muchas se le acercaban para pedirle que rezara por ellas, pues sospechaban que era singular amigo de Dios y tenían en casa un enfermo, un acreedor que les acosaba y un miembro de la familia que estaba lejos. Su respuesta era con frecuencia, como dice uno de sus biógrafos, unas palabras de este estilo: «Está bien, hijo, está bien. Vete a rezar a la Virgen de las

Gracias, y dile que vas de mi parte; y que te conceda lo que pides. Yo también se lo pediré». Otro recordaba también lo que en una ocasión le dijo: «Vete a la Señora y pídeselo. Ella nunca deja de escuchar nuestros deseos si se los exponemos con amor».

También solía recomendar la oración a San Francisco o San Antonio. Él mismo iba todas las tardes a la cripta de la iglesia y pasaba largos ratos de oración recomendando al Señor y a su Madre todas las peticiones que durante la jornada le habían hecho. Y la Señora de las Gracias respondía muchas veces con favores y consuelos, que más de una vez se quedaron en los umbrales del milagro, si es que no lo traspasaron del todo. Es interesante recordar que muchos de los agraciados no sabían luego discernir si la gracia recibida después de la petición era fruto de sus propias plegarias o de las influencias celestes del capuchino.

Por la tarde, cuando se volvía para el convento, le agradaba pasar por la plaza central de la urbe, donde solían juntarse muchos mendigos a la espera de la limosna de algún caritativo pasajero. Se paraba un ratito a hablar con ellos. Con el paso del tiempo llegó a conocerlos a casi todos por su nombre y sus cualidades. A unos les reprendía un defecto, a otros les ofrecía un consuelo. Alguna vez, de manera delicada y prudente, sacaba alguna de las limosnas que llevaba y las compartía con el que era más pobre que él.

Especial afecto manifestaba a las gentes del puerto, los cargadores de barcos, los grumetes, sobre todo los rudos pescadores del mar, que tantas veces regresan a tierra sin haber tenido suerte en su trabajo. Muchos de ellos, pobres y toscos, pero no impíos, le escuchaban admirados. ¿Qué pensarían aquellas pobres gentes cuando oían cosas como éstas, que acredita un contemporáneo:

> «La voluntad de Dios siempre es justa, siempre es santa, siempre es amorosa y paternal con nosotros. Vale más una hora de sufrimiento que cien años de delicias. Nuestro ideal de vida debe ser silencio, mortificación, plegaria, tener paz con el Señor, paz con nosotros mismos y paz con todo el mundo?».

Esto, dicho a gentes del puerto, parece incomprensible. Sin embargo ellos le escuchaban y le pedían una oración para que

Dios les ayudase y el día siguiente fuera mejor que el que ya terminaba. Él se la prometía y siempre cumplía sus promesas. También les recomendaba que fueran ellos mismos a pedir la intercesión de la Santísima Virgen de las Gracias.

A pesar de su fortaleza física y de su jovialidad en los tiempos juveniles, los años no pasaron en vano. De tanto recorrer caminos y llamar a puertas, de aceptar en silencio negativas o, a veces, desprecios, de pasar muchos fríos y fatigas, sus piernas se debilitaron. En 1853 sufrió una dificultad grande en ellas, pues se volvieron varicosas. Empezó a tener fuertes dolores y agobios y muchos días ya no pudo salir de la casa. Su situación fue empeorando y fue ocasión para que sus hermanos en religión vieran cómo se puede armonizar el dolor con la alegría, la inactividad con la paciencia, como él mismo tantas veces había recomendado a los demás.

Los diez últimos años de su vida fueron ya de declive en lo físico y de elevación en lo espiritual. Las dichosas piernas ya no le dejaban caminar por la tierra. Pero en nada le impedían avanzar a pasos agigantados hacia el cielo. Y, ya que él no iba a las calles de Génova, comenzaron muchos devotos a acercarse al convento en su busca para convertirle en intermediario ante el cielo.

El último gesto de servicio de este «buen padre» se dio con motivo de una peste de cólera en la región, flagelo que de cuando en cuando hacía estragos en aquellos tiempos en grandes regiones de Europa. En el verano de 1866, la ciudad de Génova y sus alrededores se vieron azotados por la terrible epidemia del cólera. Muchos hogares se vieron invadidos por el mal y los muertos comenzaron a diezmar implacablemente la población, sin que nadie hallara remedio para el mal. Las rogativas tradicionales de la Iglesia en estos casos no parecían surtir efecto. Al convento capuchino y al santuario llegaban muchas turbas pidiendo a Dios misericordia. El «buen padre», el lego Francisco, sintió especial dolor ante los muertos, los huérfanos, las viudas, los miedos y las mismas medidas drásticas que las autoridades tomaban en estas ocasiones.

Fray Francisco multiplicaba sus ya gastadas energías, día y noche, en uno de los lazaretos, y oraba sin cesar por la desgra-

ciada ciudad. En cierto momento de sus plegarias tuvo una idea luminosa: entendió que la víctima expiatoria podía ser él mismo. Con todo el fervor y entrega de que era capaz, se postró ante un crucifijo, en la soledad de su celda, e hizo total oblación a Dios de su propia vida en favor de la ciudad. Rogó con lágrimas al Señor que le aceptara como víctima para obtener misericordia para la gente de la ciudad. Parece misterioso el hecho, pero son muchos los testimonios que lo certifican: apenas hizo la petición, la peste comenzó a manifestarse en él: fiebre, vómitos, dolores enormes. Desde su oferta generosa, sólo tardó tres días en morir del mismo mal que había pedido a Dios que liberara a los genoveses. Era el 17 de septiembre de 1866.

Es interesante, misterioso, pero real: los documentos que quedan y los registros serios de las autoridades sobre contagios, fallecimientos y entierros acreditan que, durante los días inmediatos, el número de registros descendió drásticamente y a la semana no quedaba ningún apestado en la ciudad. Los genoveses tuvieron por cierto que era el más grande favor que fray Francisco les había obtenido de Dios por medio de Nuestra Señora de las Gracias.

El cuerpo de fray Francisco fue llevado al cementerio de Staglieno, en Génova, donde fue colocado en un sepulcro especial. Pronto se construyó un monumento conmemorativo a la ofrenda que había hecho al Señor, pues muchos devotos se encargaron de extender el motivo de su muerte y ello hizo que su sepultura se convirtiera en centro de plegarias y de peticiones de nuevas gracias. Los rumores de nuevos milagros se encargaron de mantener viva esa costumbre en el pueblo sencillo. El 9 de agosto de 1896 se introdujo su causa de beatificación en Roma.

Antes de cumplirse los 50 años de su muerte, en 1911 sus restos fueron trasladados a la iglesia del convento, dedicada a la Inmaculada Concepción, donde reposarían en adelante. La causa de beatificación fue avanzando como fruto de la presión popular, pues las plegarias y los devotos no disminuyeron. Pío XI lo proclamó beato el 30 de junio de 1929 y Juan XXIII lo declaró santo en la clausura de la primera sesión del Concilio Vaticano II, el 9 de diciembre de 1962.

ta fue mirada como un martirio y se le dio culto como santo. Su muerte fue en Lieja el 17 de septiembre de 705.

SANTA COLUMBA

Virgen y mártir († 853)

Narra su martirio San Eulogio de Córdoba *(Memorial de los santos,* III, X). Era hermana del abad Martín, superior del doble monasterio, masculino y femenino, de Tábanos, fundado por Isabel, su hermana, y el marido de ésta, San Jeremías, que también fue mártir. Columba era la hermana más joven y se sintió fuertemente impactada por la piedad de su hermana y cuñado. Columba quería ingresar en el monasterio fundado por su hermana, pero por la oposición de su madre, mientras ésta vivió no le fue posible. Mas en cuanto murió ingresó en el monasterio. Aquí se dedicó al estudio de la Sagrada Escritura, en lo que salió muy aventajada, y tanto por esto como por la pureza de su vida y la austeridad de su conducta se ganó muy pronto un gran prestigio. Queriendo esmerar más aún su entrega a Dios, logró que se le permitiera hacer una celda en el jardín del monasterio donde vivir como reclusa, retirada del trato con las demás monjas y entregada a la contemplación de las cosas divinas. De este retiro la vino a sacar la persecución de Mohamed I que, al subir al trono y empezar a molestar a los cristianos, una de las medidas que tomó fue la de obligar a las monjas de Tábanos a dejar su monasterio. Las monjas se refugiaron junto a la basílica de San Cipriano. Estando aquí, al oír las confesiones espontáneas de los mártires, se sintió llamada en la oración a presentarse también ella al martirio. Se vistió de blanco, salió sigilosamente y, preguntando, pues no conocía las calles, llegó al palacio del cadí. Entró y pronunció su confesión de fe cristiana. El cadí la invitó a que la repitiera ante el consejo del juzgado, lo que ella hizo puntualmente. Se le advirtió que de no retirar sus palabras se vería abocada a la muerte y se le ofrecieron recompensas si se hacía musulmana. La monja perseveró en la fe y fue condenada a muerte. A la puerta de palacio y a espada consumó su sacrificio. Era el 17 de septiembre de 853. Su cuerpo fue colocado en un cesto y arrojado al Guadalquivir. Lo recogieron unos

monjes y lo sepultaron en la iglesia de Santa Eulalia, en el poblado de Flagellas.

SANTA HILDEGARDA

Virgen († 1179)

Esta santa, llamada la Sibila del Rin, nació en Bermesheim el año 1098 y en su niñez tuvo la influencia de la reclusa Juta de Diessenberg. Llegada a la juventud se decide por la vida religiosa y se hace monja benedictina en su pueblo natal, llegando luego a abadesa de su monasterio en 1136. Pese a vivir retirada en un convento, el tener el don de profecía le dio singularidad y personas muy señaladas de la sociedad, empezando por varios papas —uno de ellos el Beato Eugenio III, que sometió sus escritos al dictamen de una comisión teológica—, estuvieron en relación con ella. Hay que citar al rey Enrique II de Inglaterra y al propio San Bernardo de Claraval. Hacia el año 1150 trasladó su convento a Rupertsberg, y desde allí dio cuenta a la Iglesia de sus experiencias místicas y de las revelaciones que recibía del Señor, que muchos tenían por auténticas mientras que otros las denigraban como supercherías. No puede olvidarse los tiempos difíciles que la Iglesia pasaba por entonces. Dictaba sus experiencias interiores a unos monjes que las traducían al latín. Su escrito más largo es el titulado *Scivias,* lleno de alegorías y símbolos apocalípticos. Escribió también comentarios a los evangelios y una exposición de la Regla de San Benito. No dudó en salir de su monasterio y visitar diversos lugares exponiendo sus experiencias místicas. Murió en Rupertsberg el 17 de septiembre de 1179. El papa Juan XXII autorizó su culto público.

BEATO QUERUBÍN TESTA

Presbítero († 1479)

Perteneciente a una noble familia, nació en Avigliana, en el Piamonte, el año 1451. Muy joven ingresó en la Orden de Ermitaños de San Agustín en su propio pueblo natal y en su momento oportuno se ordenó sacerdote. Se distinguió en la co-

munidad por su espíritu de mortificación y penitencia, de obediencia y de piedad. Devotísimo de la Pasión del Señor, dedicaba muchas horas a su contemplación espiritual. Su vida fue breve pues murió a los 28 años, el 17 de septiembre de 1479, en su convento de Avigliana. Se le representa con una azucena saliéndole del corazón pues se dice que se halló esta flor en su cadáver cuando se hizo su traslación y que era una señal divina de la insigne pureza observada por el joven religioso. El papa Pío IX confirmó su culto el 21 de septiembre de 1865.

SAN MANUEL NGUYEN VAN TRIEU

Presbítero y mártir († 1798)

Este santo nació en To-Dhuc el año 1756, siendo su padre mandarín y jefe de la guardia real y su madre cristiana. En su juventud entró en la propia guardia real pero se salió de ella cuando en una revuelta murió su padre y se marchó al Tonkín oriental. Acogido por los dominicos, éstos le propusieron se hiciera sacerdote y él aceptó. Tras seis años de preparación se ordenó de presbítero y tras cinco años de servicio al Vicariato volvió a su tierra. Se llevó consigo a su madre y se dedicó al ministerio sacerdotal por completo. Pudo hacerlo durante 19 años, fomentando la vida cristiana y propagando con celo el evangelio. Tras el decreto persecutorio del 7 de agosto de 1798, llegó al pueblo una banda de perseguidores de cristianos, y Manuel, para que no molestaran a los fieles, se presentó a ellos voluntariamente. Llevado a Hué, fue encarcelado y maltratado. Lo visitó su madre y pudo recibir de manos de un sacerdote los sacramentos. Condenado a muerte, fue decapitado en Hué el 17 de septiembre de 1798. Los cristianos pudieron recoger sus restos.

Fue canonizado el 19 de junio de 1988 por el papa Juan Pablo II.

BEATO JUAN VENTURA SOLSONA

Presbítero y mártir († 1936)

Nació en Villahermosa del Río en el seno de una familia modesta cuyo padre era tejedor. Muerto cuando Juan era niño, quedó a cargo de su madre que pasó muchas necesidades para criar a sus once hijos. Juan sintió la vocación eclesiástica y logró una beca en el colegio de vocaciones eclesiásticas, de Valencia, donde hizo los estudios. Se adhirió a la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos y se ordenó sacerdote en 1901. Estuvo destinado en México, en el seminario de Cuernavaca, como vicerrector y profesor. En 1909 volvió a España y estuvo en los seminarios de Toledo y Cuenca hasta que fue enviado al Colegio Español de Roma (1911). Estuvo en Roma hasta 1919 y fue después destinado al seminario de Barcelona como director espiritual, donde estaría hasta 1923. En dicho año obtuvo licencia para dejar la Hermandad de Sacerdotes Operarios, y aunque quiso luego volver, su salud no se lo permitió. Fue destinado entonces a la parroquia de Nuestra Señora de los Ángeles, de El Cabanyal, donde estuvo diez años, mostrando un gran celo sacerdotal y una exquisita caridad con los pobres. En enero de 1936 fue destinado como párroco y arcipreste a su pueblo natal y pudo así vivir con su madre, ya octogenaria. Estaba en Valencia de viaje el 18 de julio de 1936. Detenido en El Cabanyal, fue liberado gracias a una persona de ese pueblo que dijo se encargaba de él y se le dio un salvoconducto y un traje de paisano para que se fuera a su pueblo. Clausurada la iglesia el día 2 de agosto, el día 10 se escondió en un pajar, donde el día 29 de agosto celebró la santa misa. Cambió de lugar de refugio pero, viendo que ponía en peligro a cuantos lo alojaban, decidió presentarse voluntariamente al Comité. Le prometieron que no le pasaría nada y trabajó en el campo seguidamente, hasta que el día 17 de septiembre llegó un comando que buscaba personas fichadas y se lo llevaron al término municipal de Castillo de Villamalefa donde pidió poder hablar antes de ser fusilado. Perdonó a quienes iban a matarlo y repitió las palabras de perdón del Señor en la cruz. Entonces lo fusilaron. Luego fueron a su casa, expulsaron a su madre y saquearon la vivienda.

munidad por su espíritu de mortificación y penitencia, de obediencia y de piedad. Devotísimo de la Pasión del Señor, dedicaba muchas horas a su contemplación espiritual. Su vida fue breve pues murió a los 28 años, el 17 de septiembre de 1479, en su convento de Avigliana. Se le representa con una azucena saliéndole del corazón pues se dice que se halló esta flor en su cadáver cuando se hizo su traslación y que era una señal divina de la insigne pureza observada por el joven religioso. El papa Pío IX confirmó su culto el 21 de septiembre de 1865.

SAN MANUEL NGUYEN VAN TRIEU

Presbítero y mártir († 1798)

Este santo nació en To-Dhuc el año 1756, siendo su padre mandarín y jefe de la guardia real y su madre cristiana. En su juventud entró en la propia guardia real pero se salió de ella cuando en una revuelta murió su padre y se marchó al Tonkín oriental. Acogido por los dominicos, éstos le propusieron se hiciera sacerdote y él aceptó. Tras seis años de preparación se ordenó de presbítero y tras cinco años de servicio al Vicariato volvió a su tierra. Se llevó consigo a su madre y se dedicó al ministerio sacerdotal por completo. Pudo hacerlo durante 19 años, fomentando la vida cristiana y propagando con celo el evangelio. Tras el decreto persecutorio del 7 de agosto de 1798, llegó al pueblo una banda de perseguidores de cristianos, y Manuel, para que no molestaran a los fieles, se presentó a ellos voluntariamente. Llevado a Hué, fue encarcelado y maltratado. Lo visitó su madre y pudo recibir de manos de un sacerdote los sacramentos. Condenado a muerte, fue decapitado en Hué el 17 de septiembre de 1798. Los cristianos pudieron recoger sus restos.

Fue canonizado el 19 de junio de 1988 por el papa Juan Pablo II.

BEATO JUAN VENTURA SOLSONA

Presbítero y mártir († 1936)

Nació en Villahermosa del Río en el seno de una familia modesta cuyo padre era tejedor. Muerto cuando Juan era niño, quedó a cargo de su madre que pasó muchas necesidades para criar a sus once hijos. Juan sintió la vocación eclesiástica y logró una beca en el colegio de vocaciones eclesiásticas, de Valencia, donde hizo los estudios. Se adhirió a la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos y se ordenó sacerdote en 1901. Estuvo destinado en México, en el seminario de Cuernavaca, como vicerrector y profesor. En 1909 volvió a España y estuvo en los seminarios de Toledo y Cuenca hasta que fue enviado al Colegio Español de Roma (1911). Estuvo en Roma hasta 1919 y fue después destinado al seminario de Barcelona como director espiritual, donde estaría hasta 1923. En dicho año obtuvo licencia para dejar la Hermandad de Sacerdotes Operarios, y aunque quiso luego volver, su salud no se lo permitió. Fue destinado entonces a la parroquia de Nuestra Señora de los Ángeles, de El Cabanyal, donde estuvo diez años, mostrando un gran celo sacerdotal y una exquisita caridad con los pobres. En enero de 1936 fue destinado como párroco y arcipreste a su pueblo natal y pudo así vivir con su madre, ya octogenaria. Estaba en Valencia de viaje el 18 de julio de 1936. Detenido en El Cabanyal, fue liberado gracias a una persona de ese pueblo que dijo se encargaba de él y se le dio un salvoconducto y un traje de paisano para que se fuera a su pueblo. Clausurada la iglesia el día 2 de agosto, el día 10 se escondió en un pajar, donde el día 29 de agosto celebró la santa misa. Cambió de lugar de refugio pero, viendo que ponía en peligro a cuantos lo alojaban, decidió presentarse voluntariamente al Comité. Le prometieron que no le pasaría nada y trabajó en el campo seguidamente, hasta que el día 17 de septiembre llegó un comando que buscaba personas fichadas y se lo llevaron al término municipal de Castillo de Villamalefa donde pidió poder hablar antes de ser fusilado. Perdonó a quienes iban a matarlo y repitió las palabras de perdón del Señor en la cruz. Entonces lo fusilaron. Luego fueron a su casa, expulsaron a su madre y saquearon la vivienda.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO TIMOTEO VALERO PÉREZ

Presbítero y mártir († 1936)

Nace en Villarejo de Terriente (Teruel) el 24 de enero de 1901 en el seno de una familia humilde. De niño ingresa en el asilo de San Nicolás, donde conoce a los religiosos terciarios capuchinos que lo regentaban. Decidida su vocación religiosa, ingresa en dicha congregación el 15 de septiembre de 1917 en el noviciado de Godella, haciendo su profesión religiosa dos años más tarde. La perpetua la hará el 15 de septiembre de 1925. Se ordena sacerdote el 16 de septiembre de 1928. Pasó por la Escuela de Reforma de Santa Rita, de Madrid, la Fundación Caldeiro, también en Madrid, para volver seguidamente a la primera casa. Era un sacerdote alegre y jovial, que hacía una espléndida labor entre los jóvenes, a cuyo servicio estaba consagrado con gran celo. Ocupada la casa por los milicianos el 22 de julio de 1936, el P. Timoteo se refugia en la casa de la costurera del colegio y pasa luego a la de su hermano Roberto, donde fue arrestado el 14 de septiembre y llevado a la checa de Fomento, de donde fue sacado y llevado a Vicálvaro y fusilado por su condición de sacerdote y religioso.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO SEGISMUNDO SAJNA

Presbítero y mártir († 1940)

Nació en Zurawlowka, Polonia, el 20 de enero de 1897 en el seno de una familia de terratenientes acomodados. A los 21 años decide su vocación sacerdotal e ingresa en el seminario de Varsovia, ordenándose sacerdote en febrero de 1924. Es enviado a Roma para que estudie derecho canónico en la Universi-

dad Gregoriana y tras licenciarse regresa a su patria porque ha enfermado del pulmón. Recuperado, ejerce su ministerio en varias parroquias de Varsovia, siendo nombrado en 1938 arcipreste de Gora Kalwaria. En todo su ministerio había mostrado un gran celo apostólico y una gran caridad con los pobres. Llegada la guerra es arrestado en enero de 1940, pasando por varias cárceles de Varsovia. El 17 de septiembre de ese año es llevado con doscientas personas a los bosques de Palmiry donde todos fueron fusilados.

Fue beatificado el 13 de junio de 1999 por el papa Juan Pablo II.

18 de septiembre

A) MARTIROLOGIO

1. En Nicomedia de Bitinia, San Océano (fecha desconocida), mártir.
2. En Prymnesso (Frigia), Santa Ariadna (fecha desconocida), mártir.
3. Junto a Vienne (Galia), San Ferreolo († s. III), mártir *.
4. En Milán (Liguria), San Eustorgio († a. 355), obispo.
5. En Avranches (Bretaña Menor), San Senario († s. VI), obispo.
6. En Limoges (Aquitania), San Ferreolo († 591), obispo.
7. En Gortina (Creta), San Eumenio († s. VII), obispo.
8. En Andlau (Alsacia), Santa Ricarda († 895), emperatriz y luego monja *.
9. En Ósimo, del Piceno (Italia), San José de Cupertino († 1663), presbítero, de la Orden de Menores **.
10. En Nam-Dinh (Tonkín), Santo Domingo Trach († 1840), presbítero, de la Orden de Predicadores, mártir *.
11. En Paimol (Uganda), beatos David Okelo y Gildo Irwa († 1918), catequistas y mártires **.
12. En Ciudad Real, Beato Carlos Eraña Guruceta († 1936), religioso marianista, mártir **.
13. Junto a Gandía (Valencia), beatos Fernando García Sendra y José García Mas († 1936), presbíteros y mártires *.
14. En Montserrat (Barcelona), beatos Ambrosio (Salvador) Chuliá Ferrandis y Valentín (Vicente) Jaunzarás Gómez, presbíteros, y Francisco (Justo) Lerma Martínez, Recaredo (José María) López Mora y Modesto

(Vicente) Gay Zarzo († 1936), todos ellos religiosos terciarios capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores y mártires *.

15. En el campo de concentración de Dachau (Baviera), Beato José Kut († 1942), presbítero y mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN JOSÉ DE CUPERTINO

Presbítero († 1663)

Por aquellas calendas agitábanse los pueblos con las convulsiones propias del nacimiento de una nueva época: la Edad Moderna.

El antes glorioso Imperio otomano estaba en decadencia; Rusia se regía por zares sedientos de grandezas; en Alemania se incubaban guerras intestinas; otro tanto ocurría en Inglaterra en los inicios de su hegemonía marítima; en Francia el «Rey Sol» deslumbraba con las fastuosidades de su Versalles; mientras que íbase declinando el poderío español.

En estos momentos históricos, siendo papa Clemente VIII y reinando en España y Nápoles Felipe III, plugo a Dios que viniera al mundo el niño José Desa, como para confundir con su ignorancia a los petulantes de aquel siglo.

Ni por razón de la patria, ni del hogar, puede decirse que resplandeciera este gran santo desde su infancia.

Vino al mundo en un establo de la pequeña aldea napolitana de Cupertino. Su madre, Francisca Panara, hubo de refugiarse en aquel escondrijo, para huir de los ejecutores de la sentencia de embargo, dictada contra el cabeza de familia, Félix Desa, por no poder pagar a sus acreedores.

Eran gente honrada, pero los escasos ingresos de un pobre carpintero de aldea no permitían vivir con desahogo económico, y como los agentes judiciales no suelen tener entrañas de misericordia...

En compensación de estas penurias económicas, abundaba aquella familia en caudales de fe tradicional y buenas costumbres, por lo que el pequeño fue educado en el santo temor de Dios y la mayor pureza de vida. Para ponerle bajo la protección

de la Santísima Virgen, le añadieron en la confirmación el sobrenombre de María, y así José María desde su infancia pudo contar con dos madres: la del cielo y la de la tierra.

Era ésta una ruda aldeana de carácter fuerte, que no le consentía el menor desliz o travesura, castigándole duramente, hasta el extremo de dejarle alguna noche fuera de casa, teniendo que refugiarse, para dormir, en el atrio de la iglesia parroquial, según cuentan algunos autores.

En lo que todos sus hagiógrafos coinciden es en afirmar que era de muy cortos alcances intelectuales, por lo que no pudo lograr casi ningún adelanto en la escuela rural, donde le matricularon sus padres.

En vista de que el estudiar era para él tiempo perdido, le sacaron de la escuela sin saber leer y, para que ayudase a aliviar las angustias domésticas, le pusieron sus padres como aprendiz en la zapatería del pueblo.

No era muy complicado este oficio de artesanía; mas la ineptitud de José para los estudios corrió pareja con la que mostraba en este aprendizaje, durante el que más de una vez tendría que experimentar las caricias del tirapié, para que se espabilase.

Desechado como inútil por el maestro zapatero, hubo de quedarse en su propia casa, cuyos problemas agrandó más, en vez de ayudar a resolverlos, porque le sobrevino entonces una larga y penosa enfermedad. Su cuerpo se le cubrió de postemas repugnantes y dolorosas, que le ocasionaban muchos sufrimientos, aunque supo soportarlos con ejemplar paciencia, hasta que un buen día la Santísima Virgen le devolvió la salud.

Una vez repuesto corporalmente, como para nada servía, se dedicó a una vida de oración y caridad, prestando a todos, con mejor gana que acierto, sus pobres servicios.

Para lo único que tenía gran habilidad era para orar y mortificarse. Se pasaba largas horas de hinojos en la iglesia, y ni se preocupaba de comer, siendo frugalísimo su alimento, cuando le obligaban a tomarlo.

Así fueron pasando los días de su adolescencia y, al frisar en los diecisiete años, sintióse llamado a la vida religiosa en la Orden de los franciscanos conventuales.

Para solicitar el ingreso en ella, acudió a un convento que le era conocido, por tener allí dos tíos suyos frailes. Gracias a la eficaz recomendación de éstos, fue admitido como lego, ya que, por su ineptitud para las letras, no podía aspirar al sacerdocio. Viéndose en la casa de Dios, se acrecentaron sus fervores, de tal modo que sólo se preocupaba de orar y hacer penitencia, pero descuidando y realizando mal los encargos que se le hacían. Todos reconocieron que era muy santo, pero inútil para la vida de comunidad, pues no servía ni para pelar patatas o fregar platos, por lo que hubieron de despedirle del convento, con gran pena de todos.

Fracasado este primer intento, pensó en pedir el hábito en otra Orden más austera y, en 1620, llamó a las puertas del convento que tenían los capuchinos en Martina.

El ambiente de pobreza y recogimiento de aquella casa encantó a José. Los religiosos también quedaron gratamente impresionados al ver su profunda humildad y oírle hablar de las cosas divinas con tanto fervor, por lo que, *ad experimentum,* le recibieron entre los hermanos legos. Pronto llegaron hasta allí rumores de que se trataba de un haragán histérico, inservible para todo. Las sencillas pruebas a que le sometieron confirmaron estas apreciaciones: la santidad de aquel postulante no parecía muy sólida, ya que lo que le sobraba de oración, le faltaba de obediencia, pues se olvidaba de los encargos o los hacía al revés. A su capacidad deficiente en lo intelectual, se le añadieron raras enfermedades en los ojos y las rodillas, por lo que hubieron de despedirle con pena por inservible.

Así plugo al Señor acrisolar a esta alma predilecta suya, llevándole por la penosa senda de las humillaciones y fracasos. Para colmo de desdichas, cuando retornó a su hogar, vio que había muerto su padre y los acreedores de éste quisieron poner en la cárcel al hijo, para saldar las cuentas familiares; pero ¿de dónde sacaría dinero, si para nada servía?

Como José supo que uno de sus tíos franciscanos estaba predicando en Vetrara, decidió encaminarse allá, para impetrar orientación y auxilio.

El buen franciscano, en vista del doble fracaso de su sobrino, le recibió con mal talante, reprendiéndole por su incons-

tancia e inutilidades; pero compadecido y edificado al ver su humildad, se animó a recomendarle a sus hermanos de la pequeña residencia de Santa María de Grotella, donde fue admitido, en 1621, como mero oblato, para ayudar en los servicios más ínfimos.

Aquellos padres conventuales, religiosos de mucho espíritu, supieron apreciar el oro de santidad, encubierto bajo la escoria de las deficiencias del joven oblato, y le admitieron como novicio en 1625, ciñéndole el glorioso cordón franciscano. ¡Todo se lo debía a su Madre del cielo!

El humilde fray José, al verse tonsurado y recibido entre los aspirantes al sacerdocio, henchióse de santo júbilo; pero no cesaron por eso sus amarguras, pues el nuevo género de vida le obligaba a dedicar largas horas al estudio y sus cortas facultades mentales no daban para tanto. Las letras no entraban en su cabeza y a duras penas logró aprender a traducir el sencillo lenguaje evangélico. Cada examen era para él un martirio y un fracaso.

Mas sus progresos en la virtud eran extraordinarios y compensaban este retardo mental; en vista de ello, sus superiores decidieron en 1626 concederle la profesión, al terminar su noviciado, y hasta le dispensaron de los exámenes, para que el señor obispo de Nardó, don Jerónimo de Franchis, le concediera las órdenes menores y el subdiaconado, que recibió el 30 de enero y el 27 de febrero respectivamente.

Al aspirar al diaconado, quiso el señor obispo examinarle personalmente, lo que puso a fray José en un trance peligroso. Temblando fue hacia la sede episcopal, después de haberse encomendado con todo fervor a su querida Virgen de la Grotella. Como de costumbre, presentó el prelado al ordenando los evangelios, para que picase, leyera e hiciese la exégesis del que le correspondiese. Abrió el libro, al azar, por el texto mariano: *Beatus venter, qui te portavit...*, y al punto lo tradujo con tal maestría y lo explanó con tan devota elocuencia, que a todos dejó prendados de su saber, por lo que pudo recibir el diaconado el 30 de marzo del mismo año.

Salvado así este difícil trance, prosiguió fray José sus estudios con igual tesón e idéntico resultado fatal en el aprovecha-

miento, hasta que, para aspirar al presbiterado, hubo de presentarse ante el tribunal que presidía el obispo de Castro, don Juan Bautista Detti. Presentóse con otros compañeros de claustro que tenían grandes dotes de talento, por lo que el contraste habría de resultarle muy bochornoso; pero la Santísima Virgen se valió de esto mismo para sacar con bien a su devoto; los primeros examinandos probaron su competencia con tal brillantez, que aquel prelado, aunque tenía fama de riguroso, creyendo que todos los condiscípulos estarían a la misma altura, suspendió la sesión, cuando le iba a tocar a fray José, y dio por aprobados a los restantes. Por tan extraordinario favor pudo recibir el 18 de marzo de 1628 los poderes sacerdotales.

Como reconocía que su ordenación era un singular favor de la Santísima Virgen de la Grotella, en este reducido santuario quiso celebrar su primera misa, para dedicar las primicias del sacerdocio a su celestial Madre.

Desde entonces se repitieron casi diariamente los éxtasis y comenzó a prodigar favores milagrosos a cuantos necesitados de auxilio recurrían al convento. Una vida tan extraordinaria y tales hechos taumatúrgicos originaron envidias, habladurías y rumores calumniosos, que llegaron hasta las oficinas curiales, por lo que cierto vicario se creyó obligado a delatar el caso de fray José al Santo Tribunal de la Inquisición, que funcionaba en Nápoles. Tremenda y afrentosa era esta prueba, ya que este Tribunal se cuidaba de extirpar la plaga de herejes y hechiceros. Los inquisidores tomaron cartas en asunto de tanta resonancia en la provincia de Bari y citaron a juicio al acusado.

Harto prolijo y a fondo debió de ser el examen, ya que duró dos semanas y le dedicaron tres largas sesiones, indagando su género de vida y arguyéndole sobre las cuestiones teológicas más debatidas entonces, a todo lo cual respondió con una seguridad y acierto asombrosos. Más aún, pues allí mismo verificó un milagro, ya que le mandaron leer en un breviario las lecciones históricas de Santa Catalina de Siena, que contenían un error histórico y, no viendo lo que tenía ante sus ojos, hizo por tres veces una lectura correcta y exacta. Nada encontraron aquellos doctos y ecuánimes jueces que fuera censurable o erróneo en fray José, por lo que proclamaron su inocencia y sabiduría, pues era evidente que tenía ciencia infusa.

Esta gracia gratis data se comprueba mejor en los atestados hechos para el proceso de su canonización. Pero aún hay otro testimonio de más valía, dado por la boca de un pequeñuelo que apenas sabía hablar. Cuando se le presentó su madre al santo, acarició éste, rogándole que repitiera: «Fray José es un pecador, que merece el infierno», y con voz clara el chiquitín dijo: «Fray José es un gran santo, que merece el cielo».

Como la fama de tales portentos se dilataba cada vez más, de todas partes acudían al convento donde residía el frailecito de Cupertino, por lo que el padre ministro general de los conventuales, fray Juan B. Berardiceldo, decidió llamarle a su residencia de Roma. Recibióle con cautela y dio órdenes para que se le aposentara en la más apartada celda de aquel convento.

Todo fue en vano. Los éxtasis y los milagros se multiplicaron, y las más altas dignidades eclesiásticas se preocupaban de ver al taumaturgo. Hasta el mismo Papa manifestó deseos de conocerle y, conducido por el padre ministro general, fue recibido en audiencia particular por el papa Urbano VIII; pero hete aquí que, nada más ver al vicario de Cristo, se quedó extático fray José y, en suave levitación, permaneció suspenso en el aire por largo rato, hasta que su superior le mandó que descendiera. Al terminar la audiencia, el Papa dijo al general: «Si este fraile muriese durante nuestro pontificado, Nos mismo daríamos testimonio de lo sucedido hoy».

Tan extraordinario fenómeno místico llegó a ser cosa corriente en la vida de fray José. Parecía como que su mortificada carne estaba ya exenta de las leyes ordinarias de la gravitación y, en cuanto una idea u objeto le recordaba algo divino, sus sentidos se enajenaban, y el cuerpo ascendía por los aires, a veces hasta unirse con la imagen, que le atraía como suave imán, pasando por encima de las velas encendidas, sin que sus llamas quemaran el pobre sayal.

En 1639 fue destinado al observante convento de Asís, donde le sobrevinieron graves crisis de aridez espiritual y lúbricas tentaciones, a lo que se juntaron otras penosas enfermedades y humillaciones; pero, cuando su general le volvió a trasladar a Roma en 1644, se le acabaron todas estas pruebas y comenzó otra serie de compensaciones gloriosas, que continuaron des-

pués, al retornar a vivir junto al sepulcro de su padre; allí prodigó los milagros, compuso discordias, purificó las costumbres y evitó una sangrienta revuelta, por todo lo cual llegó a merecer que las autoridades y el pueblo le proclamasen hijo adoptivo de aquella histórica ciudad, perla de Umbría.

Esta serie de éxitos ruidosos despertó otra de nuevas contradicciones y hasta de diabólicas venganzas.

En cierta ocasión, caminando a caballo de uno a otro convento, al pasar por un estrecho puente, la furia infernal espantó a la noble bestia y el jinete cayó al río; pero lo maravilloso fue que fray José salió del agua tranquilamente con el hábito seco. Contaba después este lance con su ordinaria sencillez, diciendo que fue el diablo quien le dio un empujón, exclamando: «¡Muere aquí, fraile hipócrita, abandonado de Dios!»; pero que él le había respondido: «En todo momento quiero esperar en el Señor, que siempre me ayuda, y no habrá quien me haga desconfiar de él...».

También debió ser otra diabólica trama la nueva persecución suscitada en Roma contra el Santo de Cupertino. Cuando subió al solio pontificio Inocencio X, decidió acabar de una vez con todas las disputas que había en torno a los hechos portentosos de fray José y, para esclarecer la verdad y evitar posibles amaños, mandó que se le recluyera en el escondido convento capuchino de Petra Rubra, para librar así a los conventuales de calumniosas maledicencias. Todo fue en vano; pues el ambiente aislador se trocó en nueva exaltación, y aquella recóndita casa convirtióse en centro de peregrinación y manantial de prodigios, creciendo más el frenesí de los fieles. Esto motivó un nuevo traslado a Fesonbrone, pero continuaron allí los éxitos del taumaturgo igual que antes.

Con el cambio de pontífice, pudieron lograr los conventuales que se permitiera al discutido fraile retornar a vivir entre sus hermanos de la primitiva Orden, y sus superiores le señalaron como residencia claustral a Osimo, en la región de Las Marcas.

Desde que llegó a la que iba a ser su última morada, hasta que enfermó en ella el 10 de agosto de 1663, puede decirse que pasó el ocaso de su vida en un continuado y dulcísimo rapto. Hubieron de separarle de la comunidad y señalarle un oratorio

interior, para que celebrase con sus extraordinarios fervores el santo sacrificio, que solía durar casi una hora.

El don de profecía, que había mostrado antes en favor de otros, sirvióle también entonces para conocer la proximidad de su muerte.

Preparóse para el trance final con singular fervor, y pidió él mismo que le administrasen los últimos sacramentos.

Aunque yacía consumido por la fiebre en su pobrísimo lecho, al sentir el toque de la campanilla que anunciaba la proximidad del viático, como impulsado por el resorte de su amor, dio su postrer vuelo para salir, de hinojos sobre el aire, al encuentro de Jesús, exclamando: «¡Oh, véase libre cuanto antes mi alma de la prisión de este cuerpo, para unirse con Vos!».

Después entró en suave agonía, fijos los ojos siempre en lo alto y repitiendo el *Cupio dissolvi*... ¿Qué contemplaría entonces quien durante su vida disfrutó de tan dulcísimos raptos?... ¡Misterios de la vida interior! Sólo sabemos que sus últimas palabras fueron: *Monstra te esse Matrem!*... Así entregó su espíritu a Dios este fino amante de María el 18 de septiembre de 1663. Aquel perfume milagroso y celestial, que tantas veces había descubierto su presencia en los recovecos de los conventos, se difundió por todas partes y duró en su celda más de trece años.

JOSÉ MARÍA FERAUD GARCÍA

Bibliografía

Acta sanctorum. Septembris (París 1866) t.V, p.992-1061.

Compendio della vita, virtù e miracoli del B. Giuseppe di Copertino... (Roma 1753).

FRANCIOSI, E. M., MC, *Vita di San Giuseppe da Copertino*... (Recanati 1925).

MONTANARI, G. I., *Vita e miracoli di San Giuseppe da Copertino* (Fermo 1851; Nápoles 1853).

PALATUCCI, G., *San Giuseppe da Copertino*... (Padua 1946).

PASTROVICCHI, A., *Vita del B. Giuseppe di Copertino* (Venecia 1753).

PIO MILESI, G., *Orazione panegirica in lode del B. Giuseppe da Copertino* (Lecce 1754).

POPOLIZIO, B., OFM CONV, *Il Santo che vola*... (Bari 1955).

ROBERTO NUTI, M., *Vita del Servo di Dio P. F. Giuseppe da Copertino* (Palermo 1678; Viena 1682).

ROSSI, D., *Compendio della vita... del B. Giuseppe di Copertino*... (Roma 1767).

VERDESCA, B., *Historia della beatificazione del V. S. di Dio Fra Giuseppe Desa di Copertino*... Manuscrito en dos tomos (1753).

- Actualización:

BERGADANO, E., *Giuseppe da Copertino* (Cinisello Balsamo 1994).

DE CONCINI, E., *Il frate volante. Vita miracolosa di San Giuseppe da Copertino* (Cinisello Balsamo 1998).
GIACCAGLIA, A., *San Giuseppe da Copertino, il santo dei voli* (Frigento [3]1988).
MIGLIORANZA, C., *San José de Cupertino, protector de los estudiantes* (Buenos Aires 1988).
PARISCIANI, G., *I tre diari (1645-1652) dell'abate Arcangelo Rosmi su San Giuseppe da Copertino* (Padua 1991).
PARISCIANI, G. - GALEAZZI, G. (eds.), *San Giuseppe da Copertino tra storia ed attualità* (Padua 1984).

BEATOS DAVID OKELO Y GILDO IRWA

Catequistas y mártires († 1918)

Se trata de dos jóvenes laicos, que se desvivieron en su labor de catequistas en el lugar llamado Paimol, en Uganda septentrional. Su acción apostólica se desarrolló ante los jóvenes y catecúmenos que les habían sido confiados por los misioneros combonianos que operaban en la zona los primeros decenios del siglo XX.

La Buena Noticia se difundía más y más en Uganda, cuando surgió la contradicción abierta por culpa de las supersticiones y ritos idolátricos y religiones paganas todavía imperantes. Todo ese mundo de contradicción se fue convirtiendo en odio cruel contra los cristianos.

David Okelo y Gildo Irwa se vieron envueltos en la persecución, pero

> «Fortificados con la fortaleza divina no sólo testimoniaron su fe, declarándola a ciencia y conciencia, sino que siguieron adelante cumpliendo valientemente con su misión. Prefirieron perder su vida antes que abandonar la catequesis, dando así testimonio de fidelidad hacia Cristo y hacia la Iglesia derramando su sangre» *(Decreto del martirio).*

Vamos a recoger algunos datos biográficos de ambos catequistas.

DAVID OKELO era hijo de padres paganos; nació hacia el 1902 en el pueblo de Ogom-Payira, junto al camino que une Kitgum y Gulu. Convertido a la fe cristiana, ingresó en el catecumenado de la misión de Kitgum. Se bautizó el 6 de junio de 1916 y se confirmó el 15 de octubre del mismo año.

Vuelto al seno de la familia, enterado de la muerte de su hermano Antonio, catequista en Paimol, se ofreció a tomar el

mismo puesto de catequista. Los misioneros le advirtieron acerca del peligro que entrañaba el oficio, pero él respondió con decisión: «No temo para nada la muerte; acaso ¿no murió Cristo por nosotros?». Bien metido en su labor catequética, se había ganado la estima de los habitantes del pueblo. Cayó víctima de la fe cristiana, atravesado por la lanza la mañana del 18 o 19 de octubre de 1918. Vida joven y entregada por la causa del Evangelio.

GILDO IRWA, hijo también de padres paganos, nació hacia el 1906 en Bar-Kitoba-Labongo. Todavía niño entró en el catecumenado, en el que se ganó la estima de todos por su bondad, ingenio y espíritu de servicio. Se bautizó el 6 de junio de 1916 y se confirmó el 15 de octubre del mismo año. Pasó a vivir con los misioneros y de vez en cuando visitaba a sus padres ayudándoles en los trabajos del campo. Trabajó con David Okelo en el oficio de catequista, sin ignorar el peligro que corría. Juntamente con su compañero Okelo fue coronado con la palma del martirio el 18 o 19 de octubre de 1918.

El pueblo cristiano los tuvo, a ambos catequistas, desde siempre como mártires de la fe. En abril de 1999 la Congregación para la Causa de los Santos reconoció la validez del proceso de la declaración del martirio. En marzo de 2002 se tuvo el congreso peculiar de los teólogos consultores. Los cardenales y obispos en abril de ese mismo año reconocieron que los siervos de Dios David Okelo y Gildo Irwa padecieron martirio por odio a la fe. El 23 de abril de 2002 el Papa declaró solemnemente que «consta del martirio y de la causa del mismo de los siervos de Dios David Okelo y Gildo Irwa, fieles laicos, muertos el año 1918».

La beatificación, junto con la de otros cuatro siervos de Dios, tuvo lugar en el día de la celebración del Domund de 2002, 20 de octubre. En la homilía el Papa, hablando en inglés, trazó la semblanza de estos dos valientes jóvenes:

> «Mi pensamiento, dijo, va en primer lugar a los dos jóvenes catequistas ugandeses David Okelo y Gildo Irwa. Estos dos valientes testigos aún eran muchachos cuando, con sencillez y fe, derramaron su sangre por Cristo y por su Iglesia. Con juvenil entusiasmo por su misión de enseñar la fe a sus compatriotas, se trasladaron en 1918 al norte de Uganda. Y en aquella región, cuya evangeliza-

ción por aquel entonces empezaba, prefirieron abrazar la muerte a abandonar la zona y con ella su deber de catequistas. En su vida y testimonio podemos ver que fueron auténticamente "amados de Dios y por él elegidos" (cf. 1 Tes 1,4)».

Y continuaba el Papa:

«David y Gildo son elevados hoy a la gloria del altar y propuestos a toda la comunidad cristiana como ejemplos de santidad y virtud y como modelos e intercesores de los catequistas del mundo entero, especialmente en aquellos lugares en los que los catequistas siguen sufriendo por la fe, afrontando a veces marginación social e incluso riesgo personal. Que la vida y testimonio de estos dos abnegados servidores del Evangelio inspiren a muchos hombres y mujeres de Uganda, de África, y del mundo entero para que respondan con generosidad a la llamada a ser catequistas, dando a conocer a Cristo a los demás y reforzando la fe de aquellas comunidades que han recibido recientemente el Evangelio de salvación».

Al principio de su homilía, antes de comenzar a hablar de los seis nuevos beatos, había dicho el Papa:

«Su beatificación en el contexto de la Jornada del Domund nos recuerda que el primer servicio que es menester prestar a la misión es la búsqueda sincera y constante de la santidad. No podemos testimoniar coherentemente el Evangelio si antes no lo vivimos fielmente».

JOSÉ VICENTE RODRÍGUEZ, OCD

Bibliografía

«Decreto del martirio»: *AAS* 94 (2002) 694-696.
«Homilía en la beatificación»: *Ecclesia* (2002) n.3126, p.22-23.

BEATO CARLOS ERAÑA GURUCETA Y COMPAÑEROS MARIANISTAS

Religiosos y mártires († 1936)

Tres son los mártires marianistas de la persecución religiosa de 1936 que la iglesia ha colocado en los altares el 1 de octubre de 1995: Carlos Eraña, Fidel Fuidio y Jesús Hita. Hoy se conmemora el martirio del primero de ellos, aunque haremos una semblanza biográfica de los tres.

CARLOS ERAÑA GURUCETA nace el 2 de noviembre de 1884 en Aozaraza (Guipúzcoa), núcleo de población que pertenece al municipio de Arechavaleta. Sus padres, Nicolás Eraña Lizarralde y Josefa Guruceta Arriola, forman una familia de acrisoladas virtudes cristianas; él, ejerce de veterinario, ella, de solícita madre, hecha a la dura brega del trabajo familiar. Recibe el bautismo dos días más tarde. «Y en cuanto le fue dado confesar y comulgar, acompañaba a su madre y hermanos a la recepción de los sacramentos». En este ejemplar ambiente surge su vocación religiosa, y la de sus hermanas Rosa y Ramona.

Desde los cinco años asiste a la escuela del pueblo, y ayuda al párroco en la santa misa. A partir de 1894, con diez años, acompaña a su madre cuando marcha al pueblo de Arechavaleta para vender los productos del caserío. Al año siguiente los marianistas adquieren el edificio y finca del balneario de Escoriaza, a dos kilómetros de Aozaraza, donde los superiores de la Compañía de María instalan el postulantado que tienen en Vitoria. La llegada del P. Chaminade a España, durante su exilio por las leyes antireligiosas del Gobierno galo, permite a la Compañía de María instalarse en España, y de ese modo se salda la «deuda de gratitud que nuestro Instituto tiene con España». El primer colegio se abre en San Sebastián (1887).

La curiosidad innata, primero, y el interés personal, después, le llevan a acercarse a Escoriaza, pues algunos de sus compañeros de colegio ingresan allí. En 1899 inicia un nuevo curso escolar con una novedad, acudirá a diario a los marianistas para recibir lecciones de lengua española. Al mismo tiempo la pedagogía marianista intentará aclarar su vocación. Cuatro cursos pasa como postulante participando en distintos trabajos de la comunidad, *con salud favorable, carácter firme y franco.* En septiembre de 1902 (va a cumplir 18 años) marcha al noviciado de Vitoria, donde opinan de él: «Novicio piadoso, de una piedad seria y sin excentricidades. Su trato amable, acompañado de una candorosa sonrisa. Tiene buen sentido práctico».

El 9 de septiembre de 1903 formula los primeros votos como religioso marianista. Regresa a Escoriaza para continuar el postulantado, y practica el deporte de su tierra como excelente pelotari. «Había algo en él que imponía, no obstante lo des-

madrado de su persona». Obtiene el título de maestro elemental y se le asigna la misión de enseñar en la escuela del postulantado. Una labor que realizará sin interrupción hasta su muerte, transmitiendo los valores humanos y las virtudes cristianas que él trataba de vivir. En 1905 pasa al colegio de Santa Ana (Ordizia), en el Goierri guipuzcoano, donde permanece hasta 1908 como *buen religioso, edificante y entregado.* Al terminar las vacaciones de 1906 obtiene el título de maestro superior en la Escuela Normal de Burgos, y el 15 de agosto de 1908 emite los votos perpetuos en la Congregación de María. Los superiores le destinan al nuevo colegio del Pilar de la calle de Goya de Madrid, recién inaugurado, donde *no hace acepción de personas, trajes o apellidos. Es pulcro y ordenado en su persona y en sus cosas,* y aquí permanece hasta el año 1916, en que se le nombra director del Instituto popular de la Concepción de Ciudad Real, un encargo que les ha ofrecido el obispo don Francisco Irastorza porque esta capital no dispone, hasta ese momento, de ningún colegio de religiosos.

En esta responsabilidad educadora se ponen a prueba su actitud de entrega y una buena disposición personal para resolver los conflictos, más o menos previsibles. Está abierto a todo. Con gran creatividad desea la formación humana y cristiana de sus alumnos, y se gana la confianza de todos: «En la población, gracias a Dios, gozamos de mucho prestigio, yo creo que demasiado». Promueve y organiza la congregación mariana, que se inaugura en 1922. Los domingos se celebran conferencias y círculos de estudio y su actividad se multiplica: «El pobre Carlos, como si fuera un cura, tiene que predicar. Seis horas diarias de clase, conferencias, predicar, ¿de dónde saca?». Recuerda que se trata de sembrar, no de recoger, y la mies es mucha. Su gran ilusión es lograr que algunos de sus mejores alumnos vayan al postulantado de Escoriaza.

Su cargo de director no le impide dedicar su atención a los enfermos de la comunidad marianista, a quienes ofrece tiempo y oración. Pero él mismo sufre también: «No puedo ni dormir, ni comer, ni nada por el dolor que esto ocasiona. ¡Miserias humanas!». Permanece once años en Ciudad Real, y al finalizar el curso escolar 1926-1927 es requerido por sus superiores como

director del colegio de Tetuán, capital del Protectorado Español de Marruecos. Toda la capital manchega se conmueve. Recuerdan su bondad extraordinaria, personalidad arrolladora y don de gentes. Había entregado su vida a los necesitados, a las clases más humildes, con una actividad desbordante.

El 20 de septiembre de 1927 llega a Tetuán y logra, en poco tiempo, alcanzar el favor y la confianza de todos, actuando con tal delicadeza que no da el más mínimo motivo de crítica. *Con su aire de asceta, sin apariencia exterior, pero modesto, de pocas palabras, con un gran corazón y sonrisa bondadosa en su rostro,* se preocupa del bienestar de la comunidad: «Los religiosos le reconocen una habilidad poco común para conducir a los niños, aceptan y solicitan sus consejos». En agosto de 1933 debe regresar a Madrid como director de los tres primeros cursos de bachillerato, en el colegio de segunda enseñanza. Están convencidos: «Donde caía don Carlos, se resolvían los problemas».

En 1935 tendrá que hacerse cargo también de la dirección de la primera enseñanza. Así lo retratan sus superiores:

> «Religioso dotado de una gran abnegación y celo; sigue de cerca el trabajo de los profesores; visita las clases frecuentemente y tiene la confianza de los padres y alumnos. Un excelente director, un religioso sincero y animado por miras sobrenaturales».

Todo un ejemplo. Hombre de Dios, de vida espiritual muy intensa, vive casi constantemente en su presencia. Devoto de María, a quien ofrenda especiales celebraciones en el mes de mayo. Cuando termina el curso 1935-1936 marcha a Segovia el 8 de julio para hacer el retiro anual. Los graves acontecimientos que se avecinan son motivo en estos días de reflexiones espirituales. Y lo tiene muy claro: al sacrificio de la propia vida si es preciso, por fidelidad a la vocación al servicio de la Iglesia.

La muerte para él puede que no sea siquiera un mal: «¡Qué más pueden hacerme! Matarme», le oirán decir. El día 16 de julio regresa a Madrid y el 18 del mismo mes comienza la guerra civil. El 20 de julio el consejo de la comunidad del colegio del Pilar de Madrid acepta la decisión de dejar a la libre elección de cada religioso el lugar más oportuno para ocultarse. El 24 de julio los milicianos se incautan del edificio, y registran toda la casa buscando armas. Se convertirá en Hospital de Sangre. Después

de comer, los milicianos alinean a todos los residentes del colegio en la calle, cara a la pared, mientras otros apuntan con sus armas. En un momento de confusión uno de los religiosos logra escapar. Al resto los detienen y llevan a declarar. Al poco tiempo, les dejan en libertad.

Después de varios intentos fallidos, pues nadie lo quiere recibir en su casa, es detenido de nuevo. En esta ocasión por dos milicianas armadas, que le registran y encuentran en uno de sus bolsillos un rosario. Lo conducen a la comisaría, pero como está identificado como maestro nacional lo ponen en libertad. Se refugia en casa del Dr. Ruigómez, insigne benefactor, donde ya se hallan otras personas acogidas. Cuando tiene noticias de que van a por él toma la decisión de ir a Ciudad Real, donde *esperaba que le salvaran los antiguos alumnos gratuitos.* En la noche del 26-27 de julio toma el tren, pero en Alcázar de San Juan le detienen los milicianos, le conducen a la alcaldía y encierran en una pequeña habitación. Obtiene la libertad y el 29 de julio llega a Ciudad Real, donde nadie le espera ni le quiere acoger. Permanece dos días en casa de un antiguo alumno. De aquí pasa a una pensión, la Fonda Gómez, donde permanece hasta el día 6 de septiembre, en que es detenido. Le facilitan un salvoconducto con el cual acude el 1 o 2 de agosto al Gobierno Civil, quiere indagar sobre sus religiosos. Nunca oculta su condición de marianista y está perfectamente localizable. El 6 de septiembre los milicianos le requieren que les acompañe para ir a declarar. Lo llevan al seminario, convertido en cárcel, dependiente del comité revolucionario. Aquí reconoce a varios antiguos alumnos suyos también encarcelados, y les da ánimos. Estaba preocupado, pero entero y digno. En la noche del 17-18 de septiembre le sacan de la celda. *Estaba sereno. Eran ocho detenidos e iban atados de dos en dos.* Suben a un camión, que toma la carretera de Valverde, en dirección a Alarcos. A unos veinte metros del puente sobre el río Guadalquivir los hacen descender, y allí mismo son asesinados. Los inhuman en una fosa común en el cementerio de Valverde. En 1939 son enterrados cristianamente en el cementerio de Ciudad Real. En 1962 el Ayuntamiento de la capital manchega le dedica el «Paseo de Carlos Eraña». El proceso diocesano de beatificación se desarrolla en

Ciudad Real entre 1962 y 1966. El 13 de junio de 1985 la Sagrada Congregación para las Causas de los Santos permite la reanudación del proceso. En 1993 se promulga el decreto de martirio y, finalmente, el papa Juan Pablo II lo proclama beato, junto a otros dos religiosos marianistas, Jesús Hita y Fidel Fuidio, el 1 de octubre de 1995.

FIDEL FUIDIO RODRÍGUEZ nace en Yécora (Álava) el 30 de septiembre de 1880. Postulante en Pontacq (1893) y novicio en Vitoria, donde profesa en 1897. Licenciado en Historia (1905) y Doctor en Historia (1932) por la Universidad Central de Madrid. Arqueólogo famoso. El año 1933 llega a Ciudad Real como profesor del colegio de Nuestra Señora del Prado, y del Instituto oficial de enseñanza media de Ciudad Real. Al incautarse los milicianos el 24 de julio del colegio marcha a la fonda La Paca, donde se hallan refugiados otros sacerdotes. El 28 de julio es detenido y le interroga el propio Gobernador Civil, quedando retenido en dichas dependencias. Al fin queda libre y regresa a la fonda, prohibiéndole que salga a la calle. El 7 de agosto es detenido junto con don Juan Herreros, depositario de los fondos diocesanos. Les llevan, de nuevo, al Gobierno Civil, donde quedan retenidos. El día 9 de octubre llega un nuevo gobernador a Ciudad Real, que constituye un tribunal para juzgar a los detenidos en dicho edificio. El día 15 de octubre es declarado inocente, pero decide permanecer aún esa noche allí. Al día siguiente, 16 de octubre, una patrulla de milicianos armados franquea a punta de pistola la vigilancia del Gobierno Civil y le sacan a él, junto con dos sacerdotes diocesanos y un seglar, y les encarcelan en el seminario, donde quedan incomunicados. A la media noche del 17-18 de octubre los cuatro son asesinados, junto a las tapias del cementerio de Carrión de Calatrava, y sus cuerpos arrojados al tristemente célebre «pozo de Carrión». Es beatificado por Juan Pablo II el 1 de octubre de 1995, junto con Carlos Eraña y Jesús Hita. (Cf. *Año cristiano. Octubre,* día 17).

JESÚS HITA MIRANDA nace en Calahorra (La Rioja) el 17 de abril de 1900. Postulante en Escoriaza (1913) y novicio en Vitoria (1918). Licenciado en Letras en la Universidad de Zaragoza, en 1930. En 1936 se halla en Madrid, y el 29 de junio se le pide que vaya a Ciudad Real para ayudar en los cursos de verano:

«Sea lo que Dios quiera. Si somos mártires, mejor». El 24 de julio los milicianos se incautan del colegio de Ciudad Real, y acepta ir a la pensión de la calle de Montesa, donde se encuentran un sacerdote diocesano y dos religiosos pasionistas. El día 27, llega un padre claretiano. También se hallan acogidas dos monjas dominicas y otras dos del servicio doméstico. Más que una pensión, esta fonda parece un convento. El día 25 de septiembre es detenido. Le llevan al seminario convertido en cárcel. Hacia las nueve de la noche le suben a un camión, con otros detenidos, que se dirige a Carrión de Calatrava. Contra las tapias del cementerio son martirizados, y sus cadáveres los arrojan al pozo de una noria cercana. Su Santidad Juan Pablo II lo beatifica el 1 de octubre de 1995, junto con Carlos Eraña y Fidel Fuidio. (Cf. día 25 de septiembre).

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

GASTAMINZA, F., SM, *El Beato Carlos Eraña, marianista* (Madrid 1995).
ORTEGA, E., SM, *Con la lámpara encendida. «Los beatos» Carlos Eraña, Jesús Hita y Fidel Fuidio, «marianistas»* (Madrid 1995).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN FERREOLO

Mártir († s. III)

Ciertamente San Ferreolo fue un mártir de Vienne, la antigüedad de cuyo culto no puede dudarse. Tuvo su tumba, primeramente, en una iglesita junto al Ródano, pero en 473 el obispo de la ciudad, San Mamerto, decidió su traslado a una nueva iglesia en el intramuros de la ciudad, hablándonos de esta traslación de sus reliquias San Gregorio de Tours. El *Martirologio romano* actual se hace eco de la *passio* de este mártir, de cuya veracidad histórica se han levantado dudas, y así nos dice que era tribuno, que se negó a arrestar a los cristianos, y que por ello fue detenido y sometido a tormentos y llevado a la cárcel, de donde se evadió, pero fue seguido, capturado y decapitado. Se dice que anteriormente a su negativa a arrestar a los cristianos no había hecho pública su profesión de la fe cristiana.

SANTA RICARDA

Reina († 895)

Nace hacia el 840 hija del duque de Alsacia, Ercanger, y su educación fue confiada a las monjas del monasterio de Santa Otilia. A los veintidós años contrae matrimonio con Carlos el Gordo, que sería rey de Francia y Alemania, y emperador en 881. Mujer llena de piedad y bondad, decidió desde su alto puesto hacer el bien. Particularmente fijó su atención en los monasterios, a los que hizo numerosos beneficios, y en 880, en un terreno de su propiedad, fundó el monasterio de Andlau. En 881 fue a Roma con su esposo y allí éste recibió la corona imperial de manos del papa Juan VIII. Se juntaron vastos territorios bajo el mandato de su marido, pero por su incompetencia no supo conservarlos y en 887 fue depuesto. Ella y su esposo se habían llevado siempre muy bien y habían vivido con gran armonía, pero al ser depuesto Carlos, se lanzó contra Ricarda la acusación de infidelidad. Ella y su supuesto amante fueron llamados a comparecer ante una asamblea imperial, donde bajo juramento ambos negaron los cargos. Ricarda apeló al juicio de Dios y anduvo indemne sobre el fuego. Pero decidió separarse de su esposo, que había creído la calumnia y murió al poco, y ella se retiró al monasterio de Andlau, integrándose en la vida de la comunidad religiosa y haciendo obras de misericordia a favor de los pobres. Murió piadosamente el 18 de septiembre parece que del año 895. El papa San León IX, que el año 1049 visitó el monasterio, mandó que sus reliquias fueran sacadas de la tierra y llevadas a la iglesia del monasterio para que los fieles pudieran venerarlas.

SANTO DOMINGO TRACH

Presbítero y mártir († 1840)

Nace en Ngai-Voi, Tonkín, el año 1792. En 1825 ingresa en la Orden de Predicadores donde hace la profesión religiosa. Ordenado sacerdote, ejercita su ministerio sucesivamente en Quam-Cong y en Luc-Thuy-Thuong, de cuyo seminario es nombrado director espiritual. Al estallar la persecución, se refu-

gia en Tra-Lu en casa de un amigo y en ella desarrolla cuanto trabajo apostólico puede, estando ya entonces muy debilitado por la tuberculosis. Fue a Nguong-Nhan a visitar a un sacerdote y allí fue arrestado y llevado a la cárcel de Nam-Dinh, donde convirtió a Santo Tomás Toán, que había tenido la debilidad de apostatar. Ni amenazas ni torturas lograron de él que apostatara y pisoteara la cruz, y por ello fue condenado a muerte. Confirmada la pena por el rey, el 18 de septiembre de 1840 fue llevado al campo de las Siete Yugadas y allí decapitado.

Fue canonizado el 19 de junio de 1988 por el papa Juan Pablo II.

BEATOS FERNANDO GARCÍA SENDRA Y JOSÉ GARCÍA MAS

Presbíteros y mártires († 1936)

Estos dos sacerdotes tenían en común el ser naturales del mismo pueblo, Pego, donde el segundo de ellos además ejercía su ministerio como capellán del santuario del Ecce Homo. El primero se había retirado a su pueblo al estallar la revolución, y allí ambos fueron detenidos, cada uno en su propia casa, y encarcelados. En la cárcel se encontraron con otros sacerdotes y un religioso, todos los cuales se dieron cuenta de que les esperaba la muerte y se decidieron a prepararse en la oración y santa fraternidad para afrontar la hora de dar la vida por Cristo. Procedieron con gran dignidad y abordaron el martirio con verdadera alegría espiritual. El día 18 de septiembre de 1936 les ataron las manos a la espalda, les sacaron e hicieron subir en una camioneta y les llevaron al término de Gandía, al lugar conocido como La Pedrera, y allí, a la una de la madrugada, les dispararon.

FERNANDO GARCÍA SENDRA había nacido en Pego el 31 de marzo de 1905. Fue monaguillo de la parroquia y alumno del colegio de los PP. Franciscanos, en cuyo estudiantado pasó unos años, para pasar luego al colegio de vocaciones eclesiásticas, de Valencia. Se ordenó sacerdote el año 1931. Estuvo destinado primero en Bolulla, pasando luego como párroco al pueblo de Sagra, donde se entregó por entero a su labor sacerdotal

en medio del difícil clima de entonces. Llegada la persecución se negó a esconderse, limitándose a irse a casa de sus padres a Pego, de donde lo sacaron catorce días antes de su martirio para llevarlo a la cárcel. Herido por los disparos, no murió sino que perdió el conocimiento y cuando horas más tarde lo recuperó estaba desangrándose. Tuvo fuerzas para levantarse, fue a una casa cercana y pidió agua y ayuda, pero no sólo no logró que lo auxiliaran sino que llamaron a los milicianos. Anduvo por el campo, cayó en una charca y luego se refugió en un cañaveral, donde le encontraron los milicianos que lo remataron con un tiro en la cabeza.

JOSÉ GARCÍA MAS había nacido en Pego el 11 de junio de 1896. Fue monaguillo y alumno de los PP. Franciscanos y estuvo en su colegio seráfico un tiempo, pasando luego al seminario de Valencia. Se ordenó sacerdote en 1923. Fue sucesivamente vicario de San Francisco de Borja, de Carroja, y párroco de Patró, pasando luego a su pueblo como capellán del santuario del Ecce Homo. Restauró la capilla, procuró que el culto fuera frecuente y esplendoroso, organizó las Marías de los Sagrarios y los Jueves Eucarísticos y se ofrecía a la parroquia para colaborar, especialmente en la atención a los pobres y a los enfermos y en el fomento de las vocaciones sacerdotales. Fue arrestado en su casa el 4 de septiembre de 1936. Había dicho a sus hermanos que si lo detenían y mataban, ellos perdonaran.

Ambos fueron beatificados el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATOS AMBROSIO (SALVADOR) CHULIÁ FERRANDIS, VALENTÍN (VICENTE) JAUNZARÁS GÓMEZ, FRANCISCO (JUSTO) LERMA MARTÍNEZ, RECAREDO (JOSÉ MARÍA) LÓPEZ MORA Y MODESTO (VICENTE) GAY ZARZO

Religiosos y mártires († 1936)

En el término del pueblo valenciano de Montserrat en la partida de La Mantellina, conocida también por Puchá d'Alt, fueron fusilados, en la noche del 17 al 18 de septiembre de

1936, un grupo de ocho sacerdotes y religiosos, entre los cuales se hallaban los cinco que conmemora hoy el *Martirologio,* y que eran miembros de la Congregación de Terciarios Capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores. Habían llegado hasta allí atados, y en el camino, el P. Ambrosio de Torrent les había animado al martirio. Bajados de los coches, los colocaron frente a la cuneta, los alumbraron con la luz de los faros y diez o doce milicianos dispararon sobre las víctimas. Sus cuerpos fueron sepultados en una fosa común en el cementerio del pueblo. Éstos son sus datos:

SALVADOR CHULIÁ FERRANDIS nació en Torrent (Valencia) el 16 de abril de 1866 en una familia cristiana. Hechos los estudios en el seminario diocesano de Valencia y cuando ya era diácono decide ingresar en la congregación de los terciarios capuchinos, fundada por el P. Luis Amigó. Ingresa en el noviciado el 17 de mayo de 1891, cambiando su nombre por el de fray Ambrosio María de Torrent. Es ordenado sacerdote el 4 de abril de 1892 y en junio emite su primera profesión religiosa. La perpetua la haría el 5 de junio de 1898. Durante su dilatada vida, desempeñó los cargos de maestro de novicios, vicesuperior, y consiliario, y su carisma era la dirección espiritual y el ministerio del confesionario. Pasó por las casas de Torrent, Santa Rita, de Madrid, Yuste, Fundación Caldeiro, de Madrid, y Godella. Su último destino fue Torrent. Al tener que dejar el convento tras el 18 de julio de 1936 se refugió con su familia, pero, al poco tiempo, fue llevado a la prisión llamada La Torre. Al bajar para ser fusilado pidió le desataran las manos para bendecir a los verdugos. No lo desataron y dio la bendición con las manos atadas.

VICENTE JAUNZARÁS GÓMEZ nació en Torrent el 6 de marzo de 1896 en el seno de una familia cristiana. Ingresa en la infancia en la escuela seráfica de los terciarios capuchinos de Torrent, y empieza su noviciado el 15 de octubre de 1911 tomando el nombre de fray Valentín María de Torrent. Hace su primera profesión el 15 de octubre de 1913 y la perpetua el 15 de octubre de 1919. Se ordena sacerdote en Madrid en 1920. Pasa por las casas de Burjassot, Santa Rita, de Madrid, Fundación Caldeiro, de Madrid, Zaragoza, y es destinado luego al asi-

lo de San Antonio, de Santafé de Bogotá, en Colombia. Vuelve a España y se marcha a Navarra, de donde pasa como superior a Godella. El 18 de julio de 1936 estaba accidentalmente en Torrent, y en la mañana del día siguiente es él quien acompaña a los milicianos cuando éstos registran el convento. Tuvo la sangre fría de consumir las hostias consagradas delante de los milicianos. Detenido con los demás y llevado al ayuntamiento, cuando son liberados se marcha a casa de su familia. El día 22 lo llevan a la casa de Godella unos milicianos pero el día 25 los religiosos de aquella casa-noviciado se dispersan y el P. Valentín vuelve a Torrent y acoge en su casa a varios religiosos. Con ellos es detenido el 28 de agosto y recluido en la prisión llamada La Torre. El día 17 de septiembre, fiesta de la «Impresión de las llagas de San Francisco», se le pudo oír desde la plaza cantar los gozos de las Llagas. Aquella noche fue su martirio. Era inteligente y culto, lleno de celo por la gloria de Dios, por el bien de las almas y por su congregación religiosa a la que amaba tiernamente.

JOSÉ MARÍA LÓPEZ MORA nace en Torrent el 22 de agosto de 1874. Recibe la influencia del sacerdote don José Méndez y es uno de los que van a la Cartuja del Puig a pedirle a este sacerdote que no abandone su puesto pastoral para hacerse religioso terciario capuchino. No lo consiguen pero surge en él la vocación a la misma congregación, ingresando en el noviciado el 21 de junio de 1889 con el nombre de fray Recaredo María de Torrent, haciendo su primera profesión el 8 de diciembre del año siguiente y la perpetua el mismo día de 1896 en calidad de hermano coadjutor. Pasa sucesivamente por las casas de Santa Rita, de Madrid, Dos Hermanas y Amurrio y desde 1932 está en Torrent. Funda escuelas gratuitas para niños y cuida mucho de la catequesis infantil. Tras cerrar su convento la revolución pasa a casa de una sobrina suya. El día 4 de agosto es internado en la cárcel La Torre, de donde saldría para el martirio. Fue un magnífico educador y maestro y un incansable buscador de ayuda para las obras sociales de su congregación. Consiguió reunir muchos jóvenes en la Pía Unión de San Antonio de Padua.

VICENTE GAY ZARZO nació en Torrent el 19 de enero de 1885 en el seno de una familia muy religiosa. Fue a la escuela

del convento de Monte Sión y perteneció a la Pía Unión de San Antonio. A los 14 años empezó a trabajar en el campo con su padre y por la noche iba a la escuela nocturna. Venciendo la resistencia paterna, viste el hábito de los terciarios capuchinos el 6 de enero de 1903 y hace su primera profesión el 6 de enero de 1905. Toma el nombre de fray Modesto María de Torrent. Deseaba hacer los estudios eclesiásticos pero la superioridad no se lo permitió. Luego de pasar por varios destinos, en 1916 es destinado a la casa de Torrent, donde pasará el resto de su vida dedicado a la enseñanza de las primeras letras y a la administración de la casa. Cuando la revolución cierra el colegio, se aloja en casa de su hermana Concha. Detenido el 8 de septiembre, es llevado a la prisión de La Torre, de donde sale para el martirio. Era un hombre trabajador, sencillo, de carácter bondadoso y de singular devoción a la Virgen María.

Los cinco fueron beatificados el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO JOSÉ KUT

Presbítero y mártir († 1942)

Nace en Slawin (Polonia) el 21 de enero de 1905. Hecho el bachillerato, ingresó en 1924 en el seminario diocesano de Poznan y se ordena sacerdote el 16 de junio de 1929. Es vicario, sucesivamente, de las parroquias de Chodziez y San Martín de Poznan, y en 1936 se le hace administrador de la parroquia de Goscieszyn. Llegada la guerra, su casa fue objeto de un brutal atentado por parte de un grupo de alemanes. Y como él no se retiró de la parroquia por ello, fue arrestado el 6 de octubre de 1941, siendo encarcelado y maltratado de forma indigna hasta su conducción al campo de exterminio de Dachau, donde fallecería de miseria y extenuación el 18 de septiembre de 1942. Había sido un sacerdote muy celoso y responsable.

Beatificado el 13 de junio de 1999 por el papa Juan Pablo II.

19 de septiembre

A) MARTIROLOGIO

1. San Jenaro, obispo de Benevento, martirizado en Pozzuoli, junto a Nápoles († s. IV) **.
2. En Sínada (Frigia), San Trófimo (fecha desconocida), mártir.
3. En Palestina, santos Peleo y Nilo, obispos en Egipto, Elías, presbítero, y Patermucio († 310), todos ellos martirizados con otros clérigos.
4. En Tours (Galia), San Eustoquio († 461), obispo.
5. En Segreste (Galia), San Secuano († 580), presbítero y abad.
6. En el territorio de Bourges (Aquitania), San Mariano († s. VI), ermitaño.
7. En Metz (Austrasia), San Goerico o Abbón († 642), obispo.
8. En Canterbury (Inglaterra), San Teodoro de Tarso († 690), obispo, anteriormente monje **.
9. En Córdoba (Andalucía), Santa Pomposa († 853), virgen y mártir *.
10. En Freising (Baviera), San Lantberto († 957), obispo.
11. En Gap (Provenza), San Arnulfo († 1079), obispo *.
12. En Barcelona (Cataluña), Santa María de Cervellón († 1290), virgen, de la Orden de la Merced **.
13. En Madrid, San Alonso de Orozco († 1591), presbítero, de la Orden de Ermitaños de San Agustín **.
14. En Seúl (Corea), San Carlos Hyon Song-mun († 1846), catequista y mártir **.
15. En Villefranche (Francia), Santa María Guillerma Emilia de Rodat († 1852), virgen, fundadora de la Congregación de Hermanas de la Sagrada Familia **.
16. En Ciempozuelos (Madrid), Beato Jacinto Hoyuelos González († 1936), religioso de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios *.
17. En Benifayó (Valencia), Beata Francisca Cualladó Baixauil († 1936), virgen y mártir *.
18. En Madrid, beatas María de Jesús de la Yglesia y de Varo, del Instituto de Hijas de María de las Escuelas Pías, María Dolores y Consuelo Aguiar-Mella y Díaz († 1936), vírgenes y mártires **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN JENARO

Obispo y mártir († ca. 305)

Hay santos de los que es más fácil conocer la misión que les cabe ejercer desde el cielo que la que cumplieron en la tierra.

En este caso están muchos de los antiguos héroes cristianos, de los cuales la historia nos ha guardado muy poco, la leyenda algo más, pero de los que la devoción popular, ancha como un río, ha escrito secularmente su cometido de valedores e intercesores a favor de un pueblo o una época de la cristiandad. La continua intervención sobrenatural de San Jenaro en la vida de las gentes de Nápoles nos recuerda al Jesús clemente y poderoso que acallaba las tempestades y se compadecía de las muchedumbres; que vivía con los hombres y para los hombres y era oprimido a veces por las avalanchas del fervor popular. Nápoles, uno de los pueblos más vivaces y expresivistas de la tierra, asentada en esa maravilla que es la bahía partenopea, tierna y alegre como un nido, ha vivido bajo la amenaza del Vesubio, el siniestro volcán vecino, el monstruo nunca muerto, aunque con frecuencia dormido o dormitante. Nápoles, cantora y jovial, donde la naturaleza es exuberante y muelle, la temperatura maravillosa, la vida humana fácil y cómoda, pertenece a esas ciudades cuya psicología ha sido moldeada por el secreto terror a la desgracia, que siempre se cierne sobre ellas en la lontananza. Ante los vestigios de las antiguas erupciones, ante el recuerdo de las ciudades vecinas desaparecidas bajo la lava, ante el «respiro» periódico del volcán que se corona con la clásica humareda o «fumata», era lógico que Nápoles buscara —como Tebas— un exorcismo de sus zozobras. Nápoles es una de las ciudades donde son más abundantes los *telesmata,* objetos mágicos que se enterraban al poner los fundamentos de las murallas o de las primeras edificaciones. La leyenda virgiliana encierra también un significado de protección de la ciudad. Nápoles cristiana encontró, por fin, el verdadero símbolo y sacramento en la sangre del mártir San Jenaro. La historia de la devoción a San Jenaro es la historia toda de Nápoles.

Es rigurosamente histórico el martirio de San Jenaro, hacia el año 305, así como que sus restos reposan en la catedral de Nápoles. San Jenaro era obispo de Benevento, ciudad de la Campania, como Nápoles, cuando se desencadenó la persecución de Diocleciano, la última que sufrió la Iglesia antes de la paz de Constantino. Pertenece, pues, San Jenaro a la misma «promoción» martirial que San Vicente, Santa Eulalia, San Seve-

ro, Santa Engracia y los «innumerables mártires de Zaragoza». Refiere la tradición que San Jenaro fue reconocido y apresado por los soldados del gobernador de Campania cuando se dirigía a la cárcel a visitar a los cristianos en ella detenidos. Según la misma tradición, Jenaro y sus compañeros habrían sido arrojados a un horno encendido del que salieron milagrosamente ilesos. De todos modos, pronto fueron conducidos a Puzol (*Puteoli,* en latín; *Pozzuoli,* en italiano), la primera tierra italiana que pisara San Pablo camino de Roma, y donde había desde antiguo una crecida comunidad cristiana. Refiérese que en el anfiteatro de esta ciudad fueron expuestos a las fieras, que, como anteriormente las llamas, también respetaron a los cristianos. El gobernador ordenó finalmente que fueran degollados. Eran los mártires, además del obispo Jenaro, los diáconos Sosio, Próculo y Festo; Desiderio, que había recibido el orden del lectorado, y Eutiquio y Acucio.

La leyenda cuenta que un anciano había pedido al obispo antes del martirio un recuerdo y que al día siguiente San Jenaro se le apareció ofreciéndole un lienzo ensangrentado: el pañuelo con que los verdugos solían vendar los ojos de las víctimas antes de descargar el golpe. Los cristianos recogieron, como tenían por costumbre, un poco de la sangre de los mártires para colocarla en unas ampollas o anforitas de cristal ante la tumba de éstos. Se sabe que los restos de San Jenaro recibieron sepultura primero en Puzol, en el Campo de Marte. Luego en Nápoles, y aquí, en las catacumbas (que después fueron designadas con el nombre del santo), hay documentos arqueológicos que atestiguan la existencia de una devoción antiquísima y singular. Entre ellos está la pintura de San Jenaro, que data del siglo V, en la que aparece el santo obispo con un nimbo en que figura el anagrama de Cristo y la inscripción: *sancto Ianuario.* A ambos lados, dos fieles cristianas, una adulta y la otra niña, las dos con los brazos levantados en actitud orante. En el siglo IX las reliquias fueron trasladadas a Benevento y más tarde a Monte de la Virgen (Montevergine). Pero en 1497 encontraron sepulcro definitivo en la catedral de Nápoles, en una capilla hermosísima que los napolitanos construyeron en 1608 en cumplimiento de un voto formulado por ellos casi un siglo antes, en 1527, con

ocasión de una peste que asoló a la región, pero de la cual el santo libró a la ciudad.

Si los napolitanos tardaron bastante tiempo en cumplir su promesa, la verdad es que, por fin, la cumplieron con munificencia y esplendidez. Debemos dedicar unas líneas a la descripción de esta capilla porque es, además, el marco adecuado e ideal para la devoción popular a las reliquias del mártir. Su planta tiene forma de cruz griega; las paredes están todas revestidas de mármol, y de mármol son también las 42 columnas que la decoran. Hay en ella siete altares, con cuadros pintados por el Dominiquino sobre cobre plateado y con muchos dorados y pinturas al fresco. Pero no sólo el célebre Dominiquino; todos los nombres del barroco de Campania parecen darse cita en ella, para honrar al santo patrón de Nápoles. El arquitecto de la capilla fue el religioso teatino Francisco Grimaldi; el altar mayor, todo de pórfido y con adornos de bronce dorado, fue diseñado por Solimena; Juliano Finelli es el autor de la mayor parte de las esculturas, y, entre los pintores, hay que nombrar, además del Dominiquino, a Lanfranco y al español Ribera. No es exagerado decir que este recinto es una de las más bellas muestras del arte del 700, y que su plástica guarda correspondencia perfecta con la espiritualidad a que sirve de expresión. A él acuden los fieles en sus necesidades espirituales ordinarias y en toda clase de calamidades públicas.

Ya quedó mencionada la peste de 1527, pero hemos de referirnos a otras dos ocasiones en que la protección del santo es recuerdo imborrable para los napolitanos. La primera es la erupción del Vesubio de 1631, una de las más espantosas de este volcán y que sólo puede compararse con la que destruyó las ciudades de Pompeya y Herculano en el año 79 de nuestra era. Durante tres días de fragor apocalíptico y tinieblas densísimas que sólo permitían ver las llamas rojizas y los torrentes de lava que descendían de la cumbre, los creyentes se apiñaron en torno al sepulcro de su Santo en oración incesante y concluyeron sacando en procesión el sagrado cuerpo. Muchas localidades vecinas quedaron destruidas, pero la ciudad, una vez más, se salvó. La segunda gran ocasión memorable tuvo lugar el año 1884, en que el cólera devastó muchas regiones. Pero también

en casos de guerras o desventuras entre las gentes de mar la fe de los devotos no ha conocido límites.

Ahora bien, si la devoción de San Jenaro es conocida en el mundo entero, ello no se debe —hay que confesarlo— a nada de lo dicho anteriormente, sino al portento de la licuefacción de la sangre del mártir. Todos los años el día de hoy, 19 de septiembre, y en otras varias ocasiones, la sangre de San Jenaro, que se conserva en dos ampollas o frasquitos de vidrio donde la recogieron los cristianos después del martirio y donde está seca, en estado sólido, de ordinario, tórnase líquida y de color rojo vivo, como si estuviera recién vertida por el mártir. La licuefacción tiene lugar dentro de una ceremonia brillantísima en la que se muestra a las autoridades eclesiásticas y civiles y luego a los fieles la teca o estuche donde se contienen las ampollas de sangre. Esta teca es de metal, con dos cristales transparentes y semeja a un viril para las exposiciones del Santísimo. La sangre entonces pasa al estado líquido sin precisar temperatura determinada, cambia de color y de volumen y de peso hasta alcanzar el doble y sin guardar proporción constante en el uno y el otro. La muchedumbre prorrumpe en aclamaciones y con entusiasmo delirante la teca es devuelta al tesoro de la catedral para su custodia hasta la próxima exhibición.

Naturalmente, el prodigio había de tropezar con la incredulidad de muchos, y las polémicas en torno a la naturaleza del fenómeno menudearon, sobre todo y como fácilmente puede suponerse, durante el siglo XIX. Más de veinte hipótesis se han formulado buscando una explicación natural, algunas de ellas por católicos, pero se ha de decir que ninguna resulta satisfactoria respecto de la totalidad de los fenómenos. Mucho menos se ha conseguido reproducirlo. El 15 de septiembre de 1902 el contenido de las ampollas fue sometido a examen espectroscópico ante testigos. Escribe el científico Sperindeo, que llevó a cabo la experiencia, que se vio «aparecer... detrás de la línea D, la banda obscura característica de la sangre, seguida de otra en el verde, y entre las dos una zona clara». No cabe duda de que se trata de sangre humana y que en ella se verifican los efectos antes descritos. Pero no cesarán, a buen seguro, los intentos de darle una interpretación que no rebase la esfera de lo natural. La

devoción, sin embargo, seguirá viendo un signo por el que San Jenaro testimonia su misión de representar ante el trono de Dios a sus fieles, y ante éstos, la misericordia y el perdón divinos. La sangre de San Jenaro es la sangre del sacerdote de Cristo, viva y fresca en el recuerdo de Dios, clamando mejor que la sangre de Abel, y viva también en el recuerdo de los hombres por los que fue derramada, porque sin sangre no se verifica redención ninguna. A esa sangre, que en cada época histórica sale de venas de los elegidos para juntarse con la de Cristo, se debe y se deberá que el ángel exterminador pase de largo envainando su espada muchas veces y el perdón se extienda a todo lo que ella ha rociado: las manos del verdugo lo primero.

ÁNGEL ZORITA

Bibliografía

Acta sanctorum. Septembris (París 1866) t.VI, p.761s.
ALFANO, G. F. - AMITRANO, A., «Il miracolo di San Genaro»: *La Scuola Cattolica* (1928) 171-195: en contra de la licuefacción.
ISENKRAHE, C., *Das neapolitanische Blutwunder* (Ratisbona 1912): a favor de la licuefacción.
SILVA, P., *Il miracolo di San Genaro* (Roma [4]1916).
SPERINDEO, G., *Il miracolo di San Genaro* (Nápoles [5]1908).

SAN TEODORO DE CANTERBURY
Obispo († 690)

Su epitafio nos da a conocer que tenía un nombre de origen griego *(lingua pelasga),* un nombre que significa «don de Dios».

Había nacido hacia el año 602 en Tarso de Cilicia, la patria de San Pablo; y he aquí que llega a morir en Inglaterra, como séptimo arzobispo de Canterbury. Hay que admirar el trasiego de la Iglesia antigua en lo que se refiere a la predicación del evangelio.

Teodoro fue un gran hombre de Iglesia que sirvió de lazo entre lo que nosotros llamamos la antigüedad y la alta edad media. Como se ha dicho, nacido hacia el 602, tenía unos dos años cuando San Gregorio Magno, el llamado «Cónsul de Dios», moría en Roma, y San Agustín de Canterbury estaba mediando su tiempo como apóstol de Inglaterra. Habían pasado 8 años

desde la ascensión de Heraclio al Imperio de Oriente y 20 de la Hégira de Mahoma, siendo ya 36 los transcurridos desde la toma de Jerusalén por el Islam.

Tarso tendría probablemente una Escuela donde se formó Teodoro. Siempre le acompañó el título y la fama de «filósofo» que ya no tenía nada de injurioso como lo había sido en los primeros siglos entre los cristianos, que lo tenían como algo parecido a «pagano». Aquella época era un mal momento para los jóvenes estudiosos y de vida tranquila. Asia Menor estaba inquieta ante los persas de Cosroes. Teodoro partió para Atenas, aunque ya hacía muchos años, en 529, que Justiniano había cerrado todas las escuelas de filosofía. Teodoro permaneció en la ciudad admirando la maravillosa y antigua ciudad del «Dios desconocido».

Aunque desconocemos prácticamente su vida durante casi cincuenta años, es probable que se hiciese monje ya en su patria griega. Pasados muchos años (667) lo encontramos en Roma ya convertido en monje. Algunos opinan que tal vez vino en el séquito del emperador Constante II que viajó a Roma en el año 663 y donde permaneció hasta su muerte el año 668. Y allí se encuentra a Teodoro, en el momento preparado por la Providencia. En efecto, era la época en que los reyes de Kent y de Nortumbria habían enviado a Roma al presbítero Wighard para que recibiese del papa la consagración como arzobispo de Canterbury. Pero Wighard murió inesperadamente. Dos de sus acompañantes recusaron hacerse cargo de tal empresa. Entonces se les ocurrió llamar a Teodoro que, como monje basilio, vivía en el camino de Nápoles en *Ad Aquas Salvias* pero que sólo tenía el subdiaconado. Teodoro aceptó la designación y en pocos meses se dispuso a «latinizarse» pasando del rito oriental al romano. Dejó la «tonsura de San Pablo» (cabeza totalmente rasurada) y dejándose crecer el pelo (tardó tres meses) pudo hacerse «la de San Pedro» (una tonsura cercada con una corona del propio pelo alrededor de la cabeza).

Por fin, tras conferírsele las órdenes del diaconado y sacerdocio, el papa Vitaliano pudo consagrarle obispo el 26 de marzo del año 668. El nuevo arzobispo partió el 27 de mayo para Bretaña en compañía de un sacerdote, Adriano, de origen napolitano, con el cargo de consejero-teólogo (al parecer se descon-

devoción, sin embargo, seguirá viendo un signo por el que San Jenaro testimonia su misión de representar ante el trono de Dios a sus fieles, y ante éstos, la misericordia y el perdón divinos. La sangre de San Jenaro es la sangre del sacerdote de Cristo, viva y fresca en el recuerdo de Dios, clamando mejor que la sangre de Abel, y viva también en el recuerdo de los hombres por los que fue derramada, porque sin sangre no se verifica redención ninguna. A esa sangre, que en cada época histórica sale de venas de los elegidos para juntarse con la de Cristo, se debe y se deberá que el ángel exterminador pase de largo envainando su espada muchas veces y el perdón se extienda a todo lo que ella ha rociado: las manos del verdugo lo primero.

ÁNGEL ZORITA

Bibliografía

Acta sanctorum. Septembris (París 1866) t.VI, p.761s.
ALFANO, G. F. - AMITRANO, A., «Il miracolo di San Genaro»: *La Scuola Cattolica* (1928) 171-195: en contra de la licuefacción.
ISENKRAHE, C., *Das neapolitanische Blutwunder* (Ratisbona 1912): a favor de la licuefacción.
SILVA, P., *Il miracolo di San Genaro* (Roma [4]1916).
SPERINDEO, G., *Il miracolo di San Genaro* (Nápoles [3]1908).

SAN TEODORO DE CANTERBURY
Obispo († 690)

Su epitafio nos da a conocer que tenía un nombre de origen griego *(lingua pelasga),* un nombre que significa «don de Dios».

Había nacido hacia el año 602 en Tarso de Cilicia, la patria de San Pablo; y he aquí que llega a morir en Inglaterra, como séptimo arzobispo de Canterbury. Hay que admirar el trasiego de la Iglesia antigua en lo que se refiere a la predicación del evangelio.

Teodoro fue un gran hombre de Iglesia que sirvió de lazo entre lo que nosotros llamamos la antigüedad y la alta edad media. Como se ha dicho, nacido hacia el 602, tenía unos dos años cuando San Gregorio Magno, el llamado «Cónsul de Dios», moría en Roma, y San Agustín de Canterbury estaba mediando su tiempo como apóstol de Inglaterra. Habían pasado 8 años

desde la ascensión de Heraclio al Imperio de Oriente y 20 de la Hégira de Mahoma, siendo ya 36 los transcurridos desde la toma de Jerusalén por el Islam.

Tarso tendría probablemente una Escuela donde se formó Teodoro. Siempre le acompañó el título y la fama de «filósofo» que ya no tenía nada de injurioso como lo había sido en los primeros siglos entre los cristianos, que lo tenían como algo parecido a «pagano». Aquella época era un mal momento para los jóvenes estudiosos y de vida tranquila. Asia Menor estaba inquieta ante los persas de Cosroes. Teodoro partió para Atenas, aunque ya hacía muchos años, en 529, que Justiniano había cerrado todas las escuelas de filosofía. Teodoro permaneció en la ciudad admirando la maravillosa y antigua ciudad del «Dios desconocido».

Aunque desconocemos prácticamente su vida durante casi cincuenta años, es probable que se hiciese monje ya en su patria griega. Pasados muchos años (667) lo encontramos en Roma ya convertido en monje. Algunos opinan que tal vez vino en el séquito del emperador Constante II que viajó a Roma en el año 663 y donde permaneció hasta su muerte el año 668. Y allí se encuentra a Teodoro, en el momento preparado por la Providencia. En efecto, era la época en que los reyes de Kent y de Nortumbria habían enviado a Roma al presbítero Wighard para que recibiese del papa la consagración como arzobispo de Canterbury. Pero Wighard murió inesperadamente. Dos de sus acompañantes recusaron hacerse cargo de tal empresa. Entonces se les ocurrió llamar a Teodoro que, como monje basilio, vivía en el camino de Nápoles en *Ad Aquas Salvias* pero que sólo tenía el subdiaconado. Teodoro aceptó la designación y en pocos meses se dispuso a «latinizarse» pasando del rito oriental al romano. Dejó la «tonsura de San Pablo» (cabeza totalmente rasurada) y dejándose crecer el pelo (tardó tres meses) pudo hacerse «la de San Pedro» (una tonsura cercada con una corona del propio pelo alrededor de la cabeza).

Por fin, tras conferírsele las órdenes del diaconado y sacerdocio, el papa Vitaliano pudo consagrarle obispo el 26 de marzo del año 668. El nuevo arzobispo partió el 27 de mayo para Bretaña en compañía de un sacerdote, Adriano, de origen napolitano, con el cargo de consejero-teólogo (al parecer se descon-

fiaba ya de la ortodoxia de los griegos), y de otro presbítero, Benito Biscop, que ya había estado varias veces en Roma. Los viajeros emprendieron su camino pasando por Marsella, Arles, París, donde se entrevistó con el obispo Agilberto, buen conocedor de los problemas de las Islas Británicas. Teodoro llegó a su sede de Canterbury un año exacto después de su consagración, el 27 de mayo de 669, tras un viaje rico en experiencias y nuevos conocimientos de los usos occidentales.

El nuevo pastor hijo de Atenas y de Roma tenía ya 67 años. Era un sabio y un asceta que se trasplantaba de un cálido sol mediterráneo a un cielo cubierto y enigmático como el inglés. Hacía poco que se había dado por zanjado el asunto de la Pascua, aunque quedaban ciertos rescoldos de resentimiento. El sistema diocesano estaba en peligro por la confusión que creaban las muchas sedes vacantes (sólo quedaban tres obispos y dos de ellos eran irregulares) y los conflictos entre los reinos. Los reyes de Kent y de Nortumbria estaban a favor del nuevo cambio «romano» de cosas pero no así los de Wessex y Mercie. Un campo inmenso se abría al «filósofo» oriental que debería reformar, organizar y administrar. Teodoro se mostró entonces como un soberbio hombre de acción lleno de santa energía. Comenzó por recorrer el vasto campo de la Iglesia que le había tocado en suerte. Los elementos celta-irlandeses se opusieron a su labor aun en las mismas casas de formación.

No se desanimó por eso Teodoro, sino que logró establecer y elegir buenos obispos, convocando a los cuatro años de su llegada, en 673, el Sínodo de Hertford, el primero realmente de la Iglesia de Inglaterra anglosajona, donde se decidieron bajo la inspiración de un Código de cánones, compilado y traducido al latín por su compatriota Dionisio el Breve, del que nunca se desprendía, las siguientes normas:

1) Todos deberían celebrar la Pascua el domingo siguiente al 14 del mes lunar de Nisán.

2) Ningún obispo se introducirá en el territorio de otro obispo.

3) Queda prohibido molestar y perturbar la paz de los monasterios.

4) Los monjes no podrían, a su voluntad, cambiar de monasterio.

5) Tampoco los clérigos podrían cambiar de obispo.

6) Los clérigos de viaje no podrían ejercer sus funciones ministeriales sin permiso del obispo del país.

7) Cada año, a primeros de agosto se celebraría un concilio regional.

8) El orden de la dignidad episcopal quedaba establecida por la fecha de la consagración de cada obispo.

9) Si los cristianos aumentan, se aumentará el número de los obispos y de las diócesis.

10) La separación de los matrimonios (separación de cuerpos) sólo será admitida en caso de adulterio de uno de los contrayentes; pero quedaba absolutamente prohibido que éstos pudiesen ser admitidos a nuevas nupcias.

En el año 678 Teodoro se dirigió al norte, a York, y allí entró en conflicto con Wilfrido al tomar parte de su gran diócesis y crear otras tres en ella. A Wilfrido no le sentó bien que no se le consultase en tales disposiciones, por lo que Teodoro aprovechándose de que había caído en desgracia ante el rey, logró que fuese apartado de su diócesis por muchos años. Hay que entender bien los registros de una época para juzgarla correctamente. El comportamiento de Teodoro con Wilfrido no parece que fuera totalmente correcto y de hecho, años más tarde, el arzobispo tuvo que pedirle perdón y reconciliarse exigiendo que fuera reinstalado en su sede de York. En el sur también su administración dejó huellas al reformar y fijar con todo detalle los confines de cada nueva diócesis. En 680 el papa Agatón llamó a Teodoro a Roma, «nuestro compañero en el ministerio y el episcopado, arzobispo de la gran isla de Britania y gran filósofo», pues era considerado por todos como una de las lumbreras de la Iglesia en la lejana y brumosa Albión. No pudo ir al concilio, quizá a causa de su edad, donde se debatió con energía el monotelismo. El papa, no obstante, le envió las disposiciones conciliares, que Teodoro transmitió a sus obispos sufragáneos en el concilio nacional de Hetfield.

Se le atribuye un *Penitencial* pero equivocadamente, pues en algunos puntos doctrinales está en contradicción con lo dispuesto en el sínodo de Hetford. La escuela que estableció junto a su catedral de Canterbury fue una de las más conocidas e ilus-

tres de su tiempo; San Beda cuenta que sus alumnos estaban preparados para hablar y entenderse correctamente en griego y en latín. Hasta los irlandeses que sentían ilusión por los estudios se allegaban a Canterbury pues en ninguna otra parte podían encontrar tan culta e insigne escuela eclesiástica; en ella se les instruía en Escritura, derecho romano, música, métrica y cálculo. Muchos de sus alumnos fueron elevados al episcopado.

Teodoro murió el 19 de septiembre del año 690 casi nonagenario, después de haber entregado 24 años de su vida a su nueva patria de adopción. Su epitafio en versos elegíacos alaba su límpida doctrina (dógmata), su teología y su claridad en establecer las normas canónicas.

Se puede decir que con él quedó establecida para siempre la organización de la Iglesia de Inglaterra, siendo el primer arzobispo que fue reconocido como tal por toda la nación. Con su obra dejó preparado el camino para la unidad de la patria inglesa. Supo favorecer los monasterios, las escuelas y el canto gregoriano por el que la belleza inmaterial avanzó tan prodigiosamente que superaba el de otras artes de la época tales como el de dibujo y la pintura. Trasplantó a las islas «del poniente» la cultura oriental y contribuyó a hacer eclosionar una civilización cristiana original en la que se formarían los monjes misioneros que inundarían la Europa central el siglo siguiente.

Nos gustaría conocer los rasgos personales de tan gran santo pero Beda en su *Historia eclesiástica* sólo nos cuenta de Teodoro un rasgo que nos permite intuir su carácter: se cuenta que el obispo Chad se había acostumbrado a hacer sus visitas episcopales a pie; su diócesis era enorme y Teodoro le animó a que las hiciese montado en cabalgadura; y como el obispo se hiciese sordo a sus consejos, fue y agarrándolo le puso, él mismo, encima de un caballo. El santo y sabio arzobispo quizá fue un hombre impetuoso, activo, organizador, tal vez menos atento a la estricta justicia que a la política, pero eso nunca fue óbice para ser biografiado; y sin embargo no tuvo ningún monje hagiógrafo que escribiese su vida, una de las más importantes de la Iglesia inglesa. Fue enterrado en la catedral de Canterbury, entonces llamada de San Pedro. Cincuenta años después de su muerte el papa Zacarías escribe de él: *Graeco-latinus ante philosophus et Athenis eruditus.*

Beda le consideró siempre como un santo. En el calendario su nombre quedó fijado, junto con el de San Willibrordo, en el martirologio del año 970. El monje de Wessex que escribía entre 995 y 1030 le da el nombre de «Beatus».

LUIS M. PÉREZ SUÁREZ, OSB

Bibliografía

AMANN, E., Art. en A. VACANT - E. MANGENOT - E. AMANN, *et al.* (dirs.), *Dictionnaire de théologie catholique.* XV: *Tabaraud-Trincarella* (París 1946) cols.229-231.

BAUDOT, J. - CHAUSSIN, L., OSB, *Vie des saints et des bienheureux...* IX: *Septembre* (París 1950) 401-404.

FARMER, H., Art. en *Bibliotheca sanctorum.* XII: *Stefano-Zuraire* (Roma 1969) cols.243-244.

SANTA MARÍA DE CERVELLÓN

Virgen († 1290)

María de Cervellón es conocida también como «María del Socós», es decir del Socorro, a causa de la ardiente caridad cristiana con que socorrió las necesidades de los pobres, de los enfermos, de los cautivos recién redimidos y que llegaban en lamentable estado. Ella inicia además la Orden de la Merced en su rama femenina, de la que aún hoy quedan numerosos monasterios que viven con profundidad la vida contemplativa y alcanzan de Dios con sus oraciones y sacrificios la gracia de la redención para el mundo.

María nace en Barcelona el 1 de diciembre de 1230 en la ilustre familia de apellido Cervellón, emparentada con los condes de Barcelona. Sus padres llevaban mucho tiempo anhelando un hijo y afirma la tradición que fueron los ruegos del insigne San Pedro Nolasco, fundador de la Orden de la Merced, los que alcanzaron de Dios la gracia de la fecundidad matrimonial y recibieron con gozo y entusiasmo esta hija, a la que llevaron a bautizar en la iglesia parroquial de Santa María del Mar y le pusieron el mismo nombre de la Virgen, llamándola María. Consagrada a Dios por el bautismo, María debería ser en el deseo de sus padres un alma consagrada a Dios por completo y a esa finalidad se dirigió la educación que dieron a la niña. Se encargó

de ella con especial cuidado su madre, calificada por las fuentes de señora de especial mérito, infundiendo con mucho empeño en su hija las máximas sagradas del evangelio. Y tuvieron los padres la satisfacción de comprobar que en cuanto hubo llegado la niña al uso de razón, empezó a corresponder a la educación cristiana que se le daba y asumía por propia voluntad las enseñanzas de vida que la madre con tanto fervor le transmitía. Su madre desde pequeña la llevaba consigo al templo y la hacía asistir con gusto a los divinos oficios y considerando que la caridad es el centro de la vida cristiana empezó a llevar a su joven hija a visitar los hospitales y aprender así a visitar y asistir a los pobres enfermos, de la misma forma que a la puerta de casa se atendía con limosnas a quienes carecían de medios de vida.

Llegada a la adolescencia se vio que María había aprendido a comportarse con recato, modestia y gravedad, y que era una joven verdaderamente cristiana. Ella empezó a plantearse cuál debía ser su papel en la vida y comenzó a pedir a Dios luz para que su elección fuese conforme con la voluntad divina. Perseveraba en sus ejercicios de piedad y en sus obras de misericordia. Y la primera luz como respuesta a sus oraciones le vino de escuchar las fervorosas predicaciones del P. Bernardo de Corbaria, mercedario, con quien ella venía teniendo la costumbre de confesar. Un día este religioso dio un inspirado sermón sobre las excelencias de la virginidad, alegando sin duda los ejemplos de Cristo y de María, la enseñanza de San Pablo, y lo mucho que los Santos Padres han dicho exaltando este estado propio de ángeles. María se sintió tocada en lo más profundo de su alma y se dio cuenta de que se estaba haciendo luz en su corazón. Terminado el sermón, María tuvo una conversación íntima con su madre. Le dijo que entendía que el predicador había hablado para ella y que Dios había movido su lengua para que ella se sintiese llamada a ser toda de Jesucristo, y que tomaba aquel día la resolución de serlo, declarándose esposa de Jesucristo y dispuesta a oponerse a cualquier pariente que quisiera hacerla cambiar de propósito.

Asesorada debidamente, María hizo voto de perpetua castidad, y así lo comunicó a sus padres, quienes estuvieron de acuerdo en que ella siguiera la inspiración divina. Acudieron

también al director espiritual de la joven, el citado P. Bernardo de Corbaria, y para que la resolución fuera pública y apartara de ella a cualquier pretendiente matrimonial, acordaron ella, sus padres y el director, que vistiera el hábito patente de Beata de la Merced. Así se hizo con gran consuelo de María, la cual llevó vida de religiosa en su casa, entregada por completo a la oración y a las obras de misericordia, siguiendo el espíritu de la Orden mercedaria y colaborando en las obras de caridad que la misma realizaba. Empezó a guardar los ayunos, disciplinas y silencios que se acostumbran en la Orden de la Merced y a vivir en su casa con la pobreza que corresponde a una religión aun en medio de la abundancia y hasta opulencia en que se vivía en su casa.

Pero llegó el año 1260 y el Señor llamó a sí a su amado padre, que murió rodeado del amor de su esposa y de su hija. Única hija de su padre, María y su madre entraron en posesión de la pingüe herencia que el difunto dejaba. Y entonces María hizo a su madre una propuesta singular: desprenderse de la mayoría de los bienes dejados por el padre y dedicarlos a obras de religión y caridad, singularmente a la redención de cautivos, contribuyendo así al fin de la Orden mercedaria. La madre, llena desde siempre de sincera religiosidad, acogió positivamente el deseo de su hija, y se desprendieron ambas de gran parte de sus bienes, incluyendo la espléndida casa en que vivían. Se fueron entonces a vivir en una casa modesta situada en las inmediaciones de la iglesia de Santa Eulalia, y madre e hija dieron en Barcelona un alto testimonio de piedad y santidad, edificando a toda la comunidad cristiana con su humildad, su pobreza voluntaria, su recogimiento y oración y sus obras de misericordia. Madre e hija, en íntima unión espiritual, vivieron así cinco años, hasta que en 1265 el Señor llamó también a la madre. Quedó María sola en el mundo, y esta soledad sería ocasión para que comenzase una útil obra de Dios en la Iglesia: la segunda Orden de la Merced, las monjas mercedarias.

En efecto, la fundación de las monjas mercedarias de clausura no se hizo a raíz de la fundación de la orden masculina, pues parecía que el cuarto voto hacía imposible que mujeres profesasen en esta Orden. Pues el cuarto voto obliga a los frai-

les a quedar personalmente en rehén, o aun en las mismas prisiones, si fuere necesario, para liberar y redimir a los cautivos que yacían bajo el yugo de los infieles. Pero con el tiempo personas del sexo femenino venían solicitando de los frailes mercedarios se estableciesen monasterios femeninos, ya que con sus oraciones y sacrificios las monjas podían colaborar a la obra redentora de la Orden. Ésta, reunida en capítulo general en 1260, estuvo de acuerdo en el establecimiento de estos monasterios, pero pasaron cinco años sin que el acuerdo se ejecutase, y llegado un nuevo capítulo general a comienzos de 1265 se decidió llevar lo acordado inmediatamente a la práctica. Así que lo supo, María se ofreció la primera para encabezar el nuevo monasterio, y por ello fue la primera que el 25 de marzo de 1265, fiesta de la Anunciación del Señor, recibió el santo hábito y comenzó el noviciado. Tenía María 35 años y hacía 47 del establecimiento de la Orden. Al año siguiente, reunidos muchos fieles, y entre ellos la principal nobleza de la ciudad de Barcelona, María pronunció su profesión religiosa en público, consagrándose a Dios con los votos religiosos y prometiendo orar y trabajar por la redención de los cautivos. Con destino a esta noble causa se desprendió aquel día de todo cuanto le quedaba de patrimonio heredado.

Con un grupo de compañeras María se retiró en el tipo de clausura que luego explicaremos a una casa y en ella se estableció un reglamento redactado por el P. Bernardo de Corbaria. Éste reunió a la comunidad y propuso que de entre las religiosas se eligiese una priora, encargada de velar por el buen orden de la comunidad. Y dado el prestigio de santa que tenía María en toda Barcelona y en la reciente comunidad, los votos recayeron en ella por unanimidad. Intentó María alegar razones para verse libre del cargo que se le ofrecía, pero las hermanas insistieron en que aceptara y, viendo la voluntad de Dios en ello, terminó por aceptar. María quiso ser priora ante todo con el ejemplo, y para ello se esforzó en ser la primera en el exacto cumplimiento de los deberes de religiosa, admirando todas sus compañeras la exactitud, discreción y caridad con que hacía todas las cosas y con la que alentaba a las demás a vivir en perfección la consagración hecha a Dios. No hubo modo de impedirle hacer los oficios más humildes de la casa.

La clausura implantada por entonces en la casa no era una clausura total. Las monjas no salían a la calle a cosas personales pero sí estaban facultadas a acudir a los hospitales a visitar y aliviar a los enfermos, lo que hacían tres veces en semana. Cuando llegaban cautivos traídos por los frailes, a quienes era menester atender en lavarlos, curarlos y procurarles alimentos y ropa, María y sus hermanas se empeñaban en esta obra de misericordia. En cuanto les era posible allegaban limosnas para la redención de cautivos. Acudían los pobres a solicitar la ayuda de María y, como ella procuraba llegar a todos, se la empezó a llamar María del Socorro, según quedó dicho. Oraba María de manera muy singular por los frailes que navegaban a tierras de infieles a redimir cautivos, pero extendió su caridad a todos los navegantes, y muchos de éstos solicitaban las oraciones de María. Y en este asunto de la oración por los navegantes se empezaron a contar de ella hechos prodigiosos.

María llevaba una vida de increíble austeridad. Ayunaba no solamente cuando lo tenían establecido las constituciones de su monasterio sino tres días a la semana regularmente, y además sentían las demás monjas que se disciplinaba diariamente y pudo saberse que llevaba de continuo una cadena pesadísima. Era también María un alma de altísima oración y meditaba con asidua frecuencia la pasión y muerte del Redentor, recreándola el Señor algunas veces con manifiestos éxtasis que edificaban a sus hermanas, edificación que se hacía aún mayor cuando María les hablaba a partir de la abundancia de un corazón por completo lleno de Dios.

Le llegó por fin a María la hora de pasar de este mundo al Padre. Para los años que se vivían entonces era ya una anciana, pues tenía 60 años. Preparada para la muerte con los sacramentos entregó su espíritu al Señor en su monasterio de Barcelona el 19 de septiembre de 1290. Su cuerpo permaneció tres días sin enterrar para satisfacer la devoción del pueblo de Dios que concurrió a venerar su cadáver. Su fama de santidad no hizo sino crecer con el tiempo y el mismo pueblo de Dios comenzó a darle culto como a santa. Por ello, llegado el siglo XVII, cuando la Iglesia reguló el culto que se venía dando a los siervos de Dios, se abrió el oportuno proceso que concluyó felizmente

cuando el papa Inocencio XII el 13 de febrero de 1692 confirmó el culto inmemorial que se le daba.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

Acta sanctorum. Septembris (Venecia 1762) t.XII, p.166-186.
Bibliotheca sanctorum. VIII: *Liadan-Mar* (Roma 1967) cols.1044-1045.
CROISSET, J., SJ, *Año cristiano, o ejercicios devotos para todos los días del año* (Barcelona 1853).

SAN ALONSO DE OROZCO

Presbítero († 1591)

He aquí un santo hoy prácticamente olvidado. Y, sin embargo, en el Madrid de Felipe II, de 1560 a 1591, cuando la Villa empezó a ser Corte, fue el hombre que más veneración suscitó entre los madrileños, del rey abajo, a pesar de que otros muchos llamaban la atención por entonces en este sentido entre aquellos religiosísimos españoles. Durante los treinta años últimos de su larga vida, el padre Orozco fue el santo de Madrid, «el santo de San Felipe» como le llamaban por el nombre del convento agustiniano en que vivía. Hoy es casi un desconocido en Madrid, y no digamos en el resto de España.

Había nacido, el 17 de octubre de 1500, en Oropesa, pueblo toledano de la diócesis de Ávila, de Hernando de Orozco y María de Mena. Su nombre de Alonso lo recibió por encargo del cielo. Cuenta el mismo Beato que su madre le refirió cómo estando ella encinta y pensando qué nombre pondría al hijo que naciera, oyó se le decía: «¿Cómo le has de llamar sino Alonso?». Entendiendo que la Virgen María le quería para especial capellán y devoto suyo, como lo había sido siglos antes el gran Ildefonso de Toledo.

De 1508 a 1514 pasa sus días en Talavera de la Reina (a donde vinieron a residir sus padres), y en Toledo, sirviendo de «seise» o niño de coro en la colegiata de la primera y luego en la Primada de la segunda. Su afición de por vida a la música debió nacer en estos años felices de su infancia. En 1514 marcha a «estudiar leyes» a Salamanca. Y allí, en 1522, se decide a pedir el

hábito de San Agustín juntamente con su hermano mayor Francisco. Es maestro de novicios el venerable padre Luis de Montoya, otra figura casi preterida de la España del XVI. Prior, fray Hernando de Toledo. En seguida lo será Santo Tomás de Villanueva, en cuyas manos hará su profesión el 9 de junio de 1523. Poco después será sacerdote, al mismo tiempo que seguirá sus estudios de artes y teología en la cada vez más floreciente universidad. Con todo, no llegó a recibir grados académicos, y nunca será «maestro» en el seno de su Orden. Pero sí le dedicarán a predicador. Y téngase en cuenta la importancia de este ministerio en aquellos tiempos. Suponía una preparación doctrinal y una habilidad nada comunes, dada la afición de las gentes, y la competencia inevitable de púlpitos que llevaba consigo. Toda la vida ejercitará este apostolado con un aplauso unánime, y con frutos espléndidos de conversión y mejora de vida entre sus oyentes. Es más, el 13 de marzo de 1554 Carlos V le nombrará predicador real, dadas las noticias que tiene del mismo, recibidas sin duda de su hija doña Juana, gobernadora de España en su ausencia. Ésta conoce por entonces al padre Orozco, que está de prior en Valladolid, donde ella reside.

Mientras tanto, en su Orden ha tenido que moverse bastante en cargos de gobierno. Enumeremos rápidamente sus etapas. De 1530 a 1537 es conventual en Medina del Campo. En 1538, prior de Soria. En 1540, prior de Medina. En 1541, definidor de la provincia de España. De 1542 a 1544, prior de Sevilla. De 1544 a 1548, prior de Granada, y entre tanto, además, desde 1545, visitador de Andalucía.

En 1548 se ofrece a ir a Méjico en ansias de evangelización y de martirio. Pero hubo de volverse desde Canarias a Sevilla, aquejado por la gota artrítica que ya otras veces había padecido. En 1550 reside en Montilla a ruegos de la marquesa de Priego. En 1551, de nuevo en Sevilla. En ese mismo año, prior de Valladolid. En 1554, definidor provincial. En calidad de tal preside en 1557 el famoso capítulo agustiniano de Dueñas. Para, finalmente, residir desde 1560 en Madrid, sin más cargos ya de su Orden, porque la Corte se ha trasladado a aquella villa. Y su condición de predicador real le obliga a estar allí junto a Felipe II, de quien será siempre apreciadísimo.

Su título de predicador regio le exenciona de los superiores de su Orden. Pero él vivirá siempre en el convento de San Felipe como el más sencillo y observante religioso. Sus «gajes» o paga de predicador la distribuirá por partes iguales (él podía disponer como quisiera de ella) entre el convento donde habita, las agustinas de Talavera por él fundadas, y los pobres.

Porque, después de varios años de preparación, ha logrado que se abra aquel monasterio de religiosas en 1576, así como el de agustinos de la misma ciudad. Años antes, 1570, ha conseguido también el de agustinas de la Magdalena de Madrid (hoy agustinas del Beato Orozco), y después, en 1588, el de agustinas de la Visitación en el mismo Madrid (hoy agustinas de Santa Isabel).

De 1560 a 1591 su vida se consume en Madrid de la manera más santa y fecunda que pueda imaginarse.

Predicar, ¡y con qué fuego y qué espíritu! ¡Almas! ¿Qué hacéis? Y se estremecían los oyentes... Aconsejar a todos: pobres, enfermos, pecadores... Era el hombre de Dios a quien todos recurrían. Desde el rey y los grandes a los últimos miserables... Todos le buscan, le rodean, le aman... Él es todo para todos. Hasta los prodigios y gracias se le caen de las manos pródigas de bendiciones y misericordias.

Escribir... Porque estando en Sevilla, 1542, la Virgen le ha dicho por dos noches en sueños: Escribe... Y lo hará hasta morir. Será uno de los escritores espirituales más fecundos del siglo XVI. Luego volveremos sobre sus obras espirituales.

Su vida personal se ha deslizado, entre tanto, entre virtudes, sufrimientos y gracias del cielo. Las enfermedades y trabajos le llovieron abundantes. Durante treinta años, de 1522 a 1551, los escrúpulos más terribles han macerado su pobre existencia. Solamente le dejan libre durante la confesión y misa diarias, que celebra devotísimamente. Desde 1551 la paz le acompaña. Su oración es cada vez más contemplativa y más incesante, a la par que trabaja, que se mortifica —según el estilo de la época—, que cultiva todas las virtudes en grado heroico, ante la admiración de los que le conocen y con él conviven. En medio del entusiasmo que le rodea, él vive la añoranza continua de poderse retirar al convento agustiniano de El Risco, soledad abandona-

da y abrupta de la serranía abulense, que nunca conseguirá. Un clavicordio, que toca gustosísimamente, le suavizará a ratos su nostalgia sin medida. Dios no le quiso ni misionero y mártir en América, ni ermitaño en El Risco. Le quiso santo y apóstol en Madrid, que nacía como capital de España.

En 1589 se retira a vivir con otros agustinos a las casas de doña María de Aragón, que ella quiere convertir en colegio. En aquel convento improvisado se acabará su largo vivir. Son casi dos años de enfermedades, de gracias del cielo, de resplandores vespertinos. Felipe II, Isabel Clara Eugenia, el cardenal Quiroga, todos le visitan.

Se extinguió dulcemente abrazado a su cruz y con su vela encendida en la mano, en el mediodía del 19 de septiembre de 1591, no sin antes haber predicado —¡santo vicio empedernido!— durante media hora a los que le rodeaban: *¡Óiganme, que quiero predicar...!*

Sus exequias y entierro fueron clásicos de multitudes y prodigios, como era de esperar. Luego se fue haciendo poco a poco el silencio. Y la beatificación, retardada, no llegó hasta el 15 de enero de 1882, en el pontificado de León XIII.

Alonso de Orozco es como una sombra bendita que se proyecta en el fondo y a lo largo del siglo XVI español. Suave, delicado, sencillo, se impuso por su acrisolada virtud. Su afición musical, su misma tendencia escrupulosa en la primera etapa de su vida, dicen de su temperamento y condición.

Sus libros son también reflejo de su alma. No es original ni profundo. Sencillo, algo medieval en el contenido y en la forma. Fecundo, seguro, práctico, moralista más que dogmático, aunque con todo el fundamento doctrinal necesario. Empapado de Sagrada Escritura. Cálido, ungido, suave como él... Particularmente insinuante al hablar de oración. Su estilo es lo mismo. Hay páginas de antología. Pero, en general, es demasiado humilde, aunque siempre digno. Él sólo quería hacer bien, que le entendieran todos, no se preocupaba mucho de lo demás. Ni quizá tenía formación ni habilidad para otra cosa. El hecho es que escribió y publicó sin cesar. Él mismo hizo en vida varias ediciones de algunas de sus obras. Nunca la Inquisición parece le inquietase por ello. Su seguridad doctrinal, su misma sencillez,

quizá también las dedicatorias a grandes personajes, le dejaron tranquilo.

Fue canonizado por el papa Juan Pablo II el 19 de mayo de 2002.

BALDOMERO JIMÉNEZ DUQUE

Bibliografía

Art. en A. BAUDRILLART - R. AUBERT (dirs.), *Dictionnaire d'histoire et géographie ecclésiastiques.* II: *Alcaini-Aneurin* (París 1914) cols.739-741.
Art. en *Dictionnaire de spiritualité, ascétique et mystique.* I: *AA-Byzance* (París 1937) col.394.
CÁMARA, T., *Vida del Beato Alonso de Orozco* (Madrid 1882).
FARIÑA, J. A., *Doctrina de oración del Beato Alonso de Orozco* (Madrid 1927).
Obras completas del Beato Alonso de Orozco, 7 vols. (Madrid 1736).
• Actualización:
APARICIO LÓPEZ, T., *Fray Alonso de Orozco, hombre, sabio y santo* (Valladolid 1991).
BURÓN ÁLVAREZ, C., *Vida del Beato Alonso de Orozco* (Madrid 1981).
MARTÍN ABAD, J., *Alonso de Orozco: 1500-1591. Agustino, predicador y santo* (Madrid [3]2002).
MORAIS ANTÓN, P. L., *Alonso de Orozco, un santo en la corte de Felipe II* (Madrid [2]2002).
RUBIO, L., *Beato Alonso de Orozco, O.S.A. Biografía* (Madrid 1991).

SAN CARLOS HYON SONG-MUN

Mártir († 1846)

Mañana, 20 de septiembre, se celebra la memoria litúrgica de los mártires coreanos, y este *Año cristiano* les dedica una biografía extensa narrando cómo fue el testimonio que estos ilustres atletas de la fe dieron de Jesucristo y que la Iglesia ha subrayado con la gloria de la canonización. En realidad cada mártir de Corea merecería una biografía extensa por la calidad extraordinaria de su fe, su paciencia, su fortaleza, su entrega generosísima a la causa del evangelio, escribiendo una epopeya absolutamente digna de los mártires cristianos de los primeros tiempos. En la imposibilidad de dedicar a cada uno una biografía extensa, hemos seleccionado al mártir San Carlos Hyon Song-mun para dedicársela, pues sin duda es uno de los más ilustres mártires de aquella tenaz persecución. También el día 22 ofrecemos una biografía extensa de San Pablo Chong Ha-sang, el cristiano empeñado en la llegada de misioneros, y que con San Andrés Kim Taegon encabeza la memoria litúrgica del día 20.

Carlos Hyon Song-mun nació en Seúl el año 1797, y era hijo del futuro mártir Pedro Hyon Kye-hum. Era el cuarto hijo y primer varón de su casa. Su padre, que pertenecía a la clase media y era intérprete oficial, había nacido en 1766. Entró en contacto con los primeros grupos que en Corea se interesaron por la religión cristiana y se adhirió a esta fe, siendo bautizado en 1795 por el P. Chu Munmo. Luego se instruyó en la fe cristiana su esposa, se bautizaron sus hijas y cuando nació Carlos en 1797 el mismo sacerdote le administró el sacramento del bautismo.

Carlos tenía sólo 5 años cuando su padre murió por la fe. En efecto, surgida la persecución anticristiana de 1801, Pedro fue arrestado y torturado en orden a conseguir su apostasía. Se mantuvo fiel, se negó a apartarse de Jesucristo y fue ejecutado en Seúl el 5 de noviembre de 1801 en la Pequeña Puerta del Oeste. La condena de Pedro como traidor y su ejecución trajeron no pocas dificultades a su familia, empezando por la necesidad de cambiar de residencia ya que su habitual entorno social no los habría aceptado. Se marchó la familia a vivir en Kumsong, en la provincia de Kangwon, y luego se fue a Tongnae, en la provincia de Kyongsan. En este tiempo y en plena juventud murieron sus dos hermanas mayores, quedando sólo la tercera, Benita Hyon Kyong-nyong. Esta estancia fuera de Seúl duró diez años, volviendo Carlos con su madre y hermana cuando tenía unos quince años. Carlos se colocó para ganarse la vida. Su hermana había contraído matrimonio con el hijo de otro mártir, Choe Changhyon. Pero ella no tuvo hijos y a los tres años quedó viuda, y logró permiso de su suegra para volver con su madre y su hermano. Ella quería ayudar a Carlos para que éste pudiera hacer los estudios que deseaba, y así fue. Los tres llevaban una vida intensamente cristiana, en la oración y la asidua atención a la doctrina católica. Los otros católicos, que los visitaban con frecuencia, se edificaban con la vida virtuosa y llena de piedad de aquella familia. Además de animar a muchos católicos a mantenerse firmes en la fe, instruyeron a otros no creyentes para poder llegar al bautismo, de modo que el hogar era un verdadero foco de evangelización. También prestaban a todos con mucha caridad la ayuda que podían. Por fin Carlos

pudo abrir la farmacia que tanto deseaba, habiendo aprendido a hacer las medicinas, y teniendo ya un medio de vida decidió contraer matrimonio y lo hizo con Teresa Kim, que moriría mártir también. Ambos tuvieron un hijo.

Carlos entró en contacto con los principales católicos de Seúl y con ellos trabajó para el desarrollo y la consolidación de la comunidad cristiana. Por ejemplo, él se encargó de recoger fondos para costear la ida de San Pablo Chong Hasang a Pekín a solicitar la llegada de sacerdotes a Corea, pues tras la persecución de 1801, en que fue martirizado el citado Padre Chu Munmo, la comunidad cristiana carecía de ellos. Tuvo estrecha amistad con Yi Kyongdo que moriría mártir en 1827 y que desde la prisión le envió una carta llena de palabras amistosas rogándole cuidara de su mujer y sus hijos. Carlos cumplió este encargo lo mejor que pudo.

Por fin, luego de mucho suplicar, un sacerdote entró en Corea, el P. Yu, que era chino, y que llegó en 1834. Recibido con alborozo por los católicos, Carlos y su hermana se esforzaron en ayudar al sacerdote en todo lo que pudieran, encargándose Benita del servicio de la casa del mismo. Al año siguiente Carlos viajó a Pekín con otros católicos a fin de entrevistarse con el obispo monseñor Bruguiere que por fin había nombrado la Santa Sede como pastor de los fieles de Corea. No ignoraba Carlos la dificultad que suponía el que el P. Yu era contrario a la llegada a Corea de misioneros occidentales. Carlos no estaba conforme con esta actitud del P. Yu y se lo dijo claramente al enviado del obispo, el cual esperaba en Mongolia la oportunidad de introducirse en Corea. Entendía Carlos que el P. Yu, de perseverar en su oposición, debería dejar Corea pero que no debía la comunidad coreana rechazar los misioneros enviados por la Santa Sede luego de haberlos pedido con tanta insistencia y durante tantos años. Y se ofreció a buscarle al obispo un sitio lo más seguro posible en la zona sur del país, cercana al Japón.

Pero en octubre de aquel año 1835 mons. Bruguiere fallecía de un derrame cerebral. San Pedro Filiberto Maubant, uno de los sacerdotes llamados a acompañarlo en el trabajo misionero, ofició el entierro del obispo y se decidió a entrar en Corea al siguiente mes de enero, llegando a Seúl el 25 de enero de 1836.

La situación con el P. Yu se puso muy tirante y éste decidió por fin volver a China, acompañándolo a la frontera, entre otros, Carlos (diciembre de 1836) y despidiendo allí a los tres jóvenes destinados por el P. Maubant al sacerdocio, entre ellos el futuro San Andrés Kim Taegon. Seguidamente volvió a Seúl, mientras que otros iban al encuentro de San Jaime Honorato Chastan, el otro misionero que llegaba a Corea. Ambos misioneros se repartirían el territorio para ir visitando los diferentes grupos cristianos, y Carlos se convirtió en el guía y el asistente del P. Chastan, compartiendo sus trabajos y penalidades. A fines de 1837 Carlos hubo de dejar al misionero porque se le dio el importante encargo de facilitar la entrada en Corea del segundo obispo, San Lorenzo Imbert. Con otros cuatro católicos se unió a la embajada que iba a Pekín y el día 16 de diciembre fue el encuentro con el obispo. El obispo quedó muy bien impresionado con la fe y la fortaleza espiritual de Carlos y sus compañeros. El 13 de enero llegaban sanos y salvos a Seúl. Carlos volvió a ser el asistente del P. Chastan.

Con los tres misioneros en Corea, atendidos solícitamente por sus asistentes, la Iglesia se abría nuevos horizontes de evangelización y buena organización. Pero empezó a haber síntomas de que se acercaba una nueva persecución. Dos familias se disputaban el poder en la minoría del rey Hon-jong y una de ellas creyó que persiguiendo a los cristianos aseguraría su influencia. A finales de 1838 se produjeron los primeros arrestos de cristianos. Carlos se encontraba por entonces con el P. Chastan de viaje por la zona asignada al misionero y naturalmente cuando supo la noticia de la nueva persecución empezó a temer por su familia, pero se dedicó a salvaguardar en cuanto de él dependiera la vida y el ministerio del P. Chastan. Las noticias que llegaban de la capital eran las de que los católicos resistían firmes en la fe pese a los tormentos y la muerte y que el santo obispo Imbert, emocionado ante la heroicidad de los mártires, había decidido se dejara noticia de los martirios para la posteridad. Y así se comenzó a tomar nota de ellos. Cuando el prelado se dio cuenta de que su propia detención no tardaría mucho, encomendó a otros cristianos que no dejaran de la mano esta labor. Pero éstos eran a su vez arrestados en julio, y la propia

hermana de Carlos, Benita, igualmente lo era, así como su mujer y su hijo Un-sok. La traición producía sus frutos. Benita fue torturada no sólo para que apostatara sino también para que dijera dónde andaban los misioneros. Sus tormentos fueron horribles. Pero ella mostró una heroica entereza. Cuando el obispo Imbert supo que la traición había descubierto su paradero, envió una carta a los misioneros y se entregó a las autoridades, que lo arrestaron. Los misioneros recibieron órdenes del obispo de entregarse, a ver si así se ahorraban sufrimientos a los cristianos, y obedecieron enseguida. Carlos sintió muchísimo la prisión de los misioneros y les dijo que estaba dispuesto a morir con ellos, pero recibió instrucciones en contrario. Le dijeron que los líderes seglares de la Iglesia debían velar por sus vidas para ellos a su vez velar por los fieles, lo cual era especialmente dirigido a Carlos ya que otros señalados dirigentes cristianos estaban ya presos. Y además el obispo le dio un encargo con mucho encarecimiento: seguir tomando nota de los mártires y los martirios. Carlos recibió el encargo como una orden, se escondió, como se le pedía, y ello resultó particularmente necesario toda vez que un mandamiento real mandaba nominalmente arrestarlo. La persecución se abatía como un vendaval sobre la Iglesia. Los católicos que no apostataban eran torturados hasta el extremo de morir en las torturas y si no morían eran ejecutados. La cárcel igualmente causó no pocas víctimas, una de ellas el propio hijo de Carlos, Un-sok. En la última decena de septiembre los tres misioneros y otros destacados cristianos fueron ejecutados. El obispo antes de morir dijo que confiaba la Iglesia coreana a la solicitud de Carlos. Benita sería martirizada el 29 de noviembre y su esposa Teresa sería estrangulada en la prisión el 1 de febrero de 1840.

Carlos, que había recibido con profunda emoción el encargo del obispo próximo a la muerte, recibió con la pena que es de suponer la noticia de la muerte de sus familiares, alegrándose de su perseverancia y de su triunfo como mártires. Apoyado en un árbol lloraba largamente pues había ofrecido a la causa de la fe los seres más queridos de su corazón, pero ofreció su soledad a Dios con la mayor entrega a su divina voluntad. Tuvo valor para dar gracias a Dios por haberles dado a sus familiares la

gracia del martirio y se animó a seguir trabajando por la Iglesia en la esperanza de ser también algún día mártir de Jesucristo. Comprendiendo la triste situación de la Iglesia, se daba cuenta de que era necesario hacer todo lo posible por animarla. Comenzó a usar un nombre falso y a moverse de un sitio a otro para contactar con los católicos e infundirles aliento. Consoló, alentó, animó. Así pasó tres años hasta que la persecución amainó.

Vuelto a la capital, reunió a los cristianos supervivientes y juntos se decidieron a reconstruir la comunidad. Se dividieron por áreas, pidieron limosnas para ayudar a los todavía presos y a los pobres y procuraron encontrar los cuerpos de los mártires y asegurarse de que estaban honrosamente enterrados. No se olvidó de la recomendación del obispo Imbert y se tomó nota cuidadosa de los mártires y los martirios. Carlos recogió las noticias que le llegaban y las puso ordenadamente por escrito. Invocando al Espíritu Santo y con muchas lágrimas él completó un libro que tituló *Diario de la persecución de 1839*. Guardó con mucho cuidado el libro y sacó de él varias copias que se repartieron para que los católicos pudieran leer la obra.

Carlos comprendía que, martirizados los misioneros, la necesidad primera de la comunidad cristiana coreana volvía a ser la de sacerdotes y para ello siguió mandando mensajes a Pekín. Más aún, en 1842 se disfrazó de comerciante y se unió a la habitual embajada de invierno a Pekín. En la frontera tuvo oportunidad de encontrarse con San Andrés Kim Taegon que estaba buscando una oportunidad para volver a Corea. Le hizo entrega de los mensajes que habían escrito los tres misioneros antes de morir y le informó de los martirios de la persecución de 1839, en la que había sido martirizado el propio padre de Andrés. Y le insistió en la súplica de los católicos para que se enviaran nuevos misioneros. Al año siguiente Carlos volvió a unirse a la embajada de invierno y así en enero de 1844 pudo encontrarse con mons. Ferreol, el nuevo obispo para Corea designado por la Santa Sede, el cual buscaba una oportunidad para entrar en el país pero no parecía que pudiera facilitarse por entonces. Fue posible, en cambio, facilitar la entrada de San Andrés Kim Taegon, a quien monseñor Ferreol había ordenado diácono el mes

de diciembre anterior. Carlos lo esperó en Pyongyang y lo acompañó hasta la capital. Seguidamente le ayudó en los planes que el joven clérigo tenía para poder traer al obispo a Corea. Su plan era ir en barco a recogerlo. Superadas las dificultades, por fin el 30 de abril de 1845 Andrés con once compañeros, entre ellos Carlos, salió en barco para Shangai. Con gravísimo peligro cruzaron el Mar Amarillo. Carlos llegó a estar aterrorizado, pero por fin y con no pocas peripecias llegaron a la costa china, y pudieron encontrarse con el obispo que, acompañado de San Antonio Daveluy, futuro obispo y mártir, había venido desde Macao. En un pueblo de las cercanías de Shangai el obispo ordenaba a Andrés de presbítero el 17 de agosto de 1845. Carlos tuvo la suerte de asistir a la ordenación sacerdotal y primera misa del primer sacerdote coreano. Era imposible olvidar cuánta sangre y cuántas lágrimas habían precedido a aquella ordenación. Reemprendieron seguidamente el viaje, esta vez de vuelta, y el 12 de octubre el obispo y sus acompañantes llegaban a Corea. Carlos acompañó al obispo y al padre Kim a la capital, le buscó al prelado una casa segura y registró a su propio nombre la casa para el P. Kim. Esto era un peligro para él, pero Carlos no dudó en hacerlo para utilidad de la Iglesia, a la que estaba entregado.

Llegó así el año 1846. Los intentos del P. Kim por encontrar un camino para poder facilitar la entrada de nuevos misioneros en el país a través del mar terminaron en el arresto del propio sacerdote, que narramos en la biografía de éste. Fue en mayo de 1846. Carlos estaba en la capital. Cuando supo la detención del P. Andrés, puso a salvo sacándolas en litera a las dos mujeres que cuidaban de la casa del sacerdote, se llevó de ella todos los objetos religiosos y se la alquiló a una persona no católica, y se fue a Saposo Dong. Aquí escondió una copia del Diario de la Persecución, y no se sabe si es ésta o no la copia que se conserva de aquel libro. Las medidas tomadas eran adecuadas, pero cuando llegaron los soldados e investigaron por las casas de los alrededores, dieron con el que había alquilado la litera que los llevó a la casa donde habían ido las mujeres. Solamente estaba allí una de ellas, que señaló que todos los demás se hallaban en la casa de Carlos, a donde condujo a los soldados. Se

produjo así la detención de Carlos y de otros más. Era el 19 de julio de 1846. Hubo disgustos con la que había delatado la casa pero Carlos puso paz, señalando que había llegado la oportunidad de morir por Dios.

Comenzó el martirio de Carlos. Primero vinieron los interrogatorios, que fueron seis entre el 16 y el 19 de julio, y en los cuales Carlos contó cuanto le preguntaron sobre su vida, reconoció haber ayudado a los seminaristas a salir del país para prepararse al sacerdocio y haber ayudado a Andrés a regresar. Declaró, pues, con toda claridad su condición de católico y su permanente ayuda a la causa del evangelio y de la Iglesia. Estas actividades fueron consideradas como constitutivas del delito de traición y por ello, junto con San Andrés Kim Taegon, fue condenado a muerte por decapitación. Llegado el 19 de septiembre de 1846, fecha fijada para la ejecución, Carlos fue sacado de la prisión y conducido a Saenamt'o. Iba sereno y lleno de dignidad, y levantaba sus ojos al cielo. Esperó con igual mansedumbre el golpe que separó su cabeza del tronco y le abrió las puertas del reino de los cielos. Su cabeza fue enseñada a la multitud que concurrió a su ejecución. Los católicos pudieron hacerse con su cuerpo y enterrarlo.

Junto con los otros mártires coreanos San Carlos Hyon Song-mun fue canonizado por el Santo Padre Juan Pablo II en Seúl el 6 de mayo de 1984.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 80 (1988) 1375s.
BAUMANN, E., *Les martyrs coréens (1838-1846). La légende dorée au delà des mers* (París 1930).
Bibliotheca sanctorum. Appendice prima (Roma 1987) cols. 383-370.
The korean martyr saints. Founders of a Church (Seúl 1996).
VÉRINAUD, J., *Lumière sur la Corée: les 103 martyrs* (París 1984).

SANTA MARÍA GUILLERMA EMILIA DE RODAT

Virgen y fundadora († 1852)

Si la Revolución Francesa hubiese sido solamente un movimiento político, habría que buscar otro ambiente histórico para encuadrar la vida de esta santa; pero a nadie se le oculta que si lo político tuvo verdadera importancia, lo social, económico y religioso no la tuvieron menor. Se derrocó, a costa de mucha sangre, una monarquía y un sistema de gobierno absolutista para dar lugar a una democracia que sería fuente e inspiración para muchísimos otros pueblos en todos los continentes; pero se derrumbaron asimismo multitud de murallas que separaban las distintas capas sociales de Francia. Subieron al poder los que antes eran súbditos. Socialmente se organizaron los estamentos de muy distinta forma, pero en medio de todo hubo una subversión enorme de valores que alcanzó desde lo más elementalmente humano hasta lo substancialmente sobrenatural. Para concretarlo de una forma que no deje lugar a dudas y discusiones, bastará decir que si la corona de los reyes fue sustituida por un gorro frigio en la cabeza de una mujer, esta misma mujer, en forma de razón, sustituyó al mismo Dios en los altares. En el discurrir histórico de esta revolución, la más completa que ha sufrido indudablemente el mundo civilizado, tuvo que sufrir la Iglesia católica en todos sus organismos, jerarquías y fieles una tremenda sacudida. Habrá podido haber revoluciones más sangrientas, de más largas y complejas consecuencias, en la Edad Moderna, no.

Y si la vida de la santa no la hemos de circunscribir a los años de su vida física, sino que debemos proyectarla en el desarrollo de su obra apostólica, es forzoso dar siquiera una idea del alcance que ha tenido la Revolución Francesa, aun después de terminar su primer período de violencias sangrientas y turbulencias callejeras. Si históricamente, en un sentido más estricto, empezó con la reunión de los Estados generales en 1789 y terminó diez años después, cuando Bonaparte da el golpe de Estado ayudado por el partido de los moderados y se apodera del poder, en su sentido de influencia ideológica y especialmente antirreligiosa no podemos olvidar que fue en 1900 cuando empieza el gran y definitivo ataque contra la religión con los de-

cretos sectarios del Ministerio Waldek-Rousseau, llevados por Combes hasta sus últimas consecuencias. Entre estas dos fechas, sintetizando, se declaran los derechos del hombre, la supresión de los derechos feudales y los diezmos eclesiásticos, se decreta la libertad de cultos, la secularización de los bienes eclesiásticos, se suprimen, poco a poco, todos los conventos religiosos, se prohíben los votos solemnes, se extinguen gran número de parroquias y diócesis, se ponen en manos del gobierno los nombramientos eclesiásticos, se obliga a todos a jurar la Constitución, se prohíbe el uso del hábito talar, son guillotinados, entre miles y miles de ciudadanos, el rey y la reina, se inventa un calendario civil, se prohíbe el culto católico y se proclama la divinidad de la razón. En dos años de terror, la guillotina no deja de funcionar diariamente, a la cual van a parar también algunos de los que la inventaron. Setenta y cinco obispos sufren el destierro. Después de un período de relativa calma, se reanuda la persecución, siendo el mismo Napoleón quien más vejámenes, aunque no sangrientos, impone a la Iglesia, atreviéndose incluso con la misma persona del romano pontífice, obligándole a actos humillantes y poniendo sobre su persona su mano. Aunque en su tiempo se llegó a un concordato, prácticamente no fue cumplido nunca.

Dentro de este cuadro tan poco halagador y propicio para la santidad de los individuos y la prosperidad de una obra apostólica, se desarrolló la vida de la santa y los primeros pasos de su congregación religiosa de la Sagrada Familia, con unas cuantas casas en nuestra Patria, pero muchísimas en Francia, sus colonias y otras en tierra de paganos e infieles, todas ellas con indudable prestigio, por el espíritu que anima a sus asociadas y la formación humana y sobrenatural que dan a sus alumnas, aparte del bien inmenso que realizan por sus fundaciones en bien de los pobres, los ancianos, niñas extraviadas y presos.

Nació nuestra santa el día 8 de septiembre de 1787 en la casa con aires de castillo que su padre poseía en el Aveyron, Francia, cerca del pueblo de Drouelles. En la fachada del edificio campea el escudo de los Rodat: de oro, encina plantada de sínople, aljefe de azul cargado de tres ruedas de plata. No menos nobles eran sus familiares maternos, los Pomairols, oriun-

dos del Delfinado, con residencias en Villafranca de Rouergue, señores del castillo de Ginals, situado en un montecillo rodeado de bosques y muy cerca de aquella población, con parientes a pocos kilómetros de distancia en distintos castillos repartidos por el mismo valle de Aveyron. No eran menos virtuosos. «Soy de familia de santos», pudo decir en verdad la santa, en la autobiografía que escribió por mandato de su confesor, ya que, con ella, algunos otros miembros de esta familia murieron en olor de santidad. Si en algunas de estas nobles residencias que la santa tuvo necesidad de conocer y frecuentar encontró ocasiones que pusieron en peligro su vocación religiosa, de nada de cuanto vio e hizo en ellas tuvo que arrepentirse como de menos honesto. Si de algo se lamenta es porque el tiempo allí pasado retrasó su total consagración a Dios y al apostolado. Pero fueron precisamente su abuela materna y dos tías, aparte de los ejemplos que en su propia casa pudo admirar, las que más le ayudaron en su primera infancia y luego en su juventud a conocer las delicias de la vida de piedad y los consuelos que reporta el cuidado de los pobres. Cuando se anunció en su casa, siendo ella muy pequeña, el nacimiento de un nuevo hermano, la abuela materna se la trajo a su castillo de Rouergue y a su casa de Villafranca, constituyéndose por espacio de largo tiempo en su madre y maestra, misión que realizó a la perfección desde todos los puntos de vista y que sólo interrumpió cuando, crecida ya la niña y despierta a las influencias del mundo, comprendió que era la propia madre quien debía asumir la responsabilidad en la decisión final que para encauzar definitivamente su vida debiera tomar Emilia.

Los trastornos de la Revolución Francesa, con la complejidad de sus consecuencias de que hemos hablado al principio, llegaron con más o menos violencia a todas partes, y especialmente a los hogares de los nobles. Aunque con menos violencia que otros muchos, las dos familias ascendientes de la santa sufrieron sus zarpazos en forma de registros, deportaciones de varones, expoliación de bienes, etcétera. Asimismo, las alternativas de orden político y social, consecuencias lógicas de toda revolución, con sus intermitencias de paz, turbulencias, intranquilidades y remansos, repercutían en el tono de vida que se de-

sarrollaba en aquellas mansiones señoriales. De una vida austera, de recogimiento y de miedo, se pasaba de pronto a una excesiva confianza, despreocupación y alegría. Todo ello, como es natural, debía influir en la infancia y juventud de la santa pasando de días de soledad y aislamiento a fiestas, saraos y diversiones; de no ver casi a nadie, a contemplarse rodeada y asediada de familiares y amigos de su abuela y tías. Así tuvo la fortuna de tener para sí sola a un padre dominico refugiado en aquellos alrededores que la pudo preparar a conciencia para recibir por primera vez la sagrada comunión; pero, por la misma razón, también tuvo que asistir a presenciar escenas que la abrieron los ojos a la vida mundana. Recibió las obsequiosas deferencias de jóvenes de su clase y edad, que se sintieron atraídos por su porte señorial, por la serenidad, velada por una pincelada de tristeza, de su rostro, la hermosura de sus ojos, el color de sus cabellos y la predisposición de su corazón a todo lo que era bueno y hermoso; pero Dios hizo que esos jóvenes, de la misma forma que aparecieron, se esfumaran luego sin volver a aparecer jamás.

Sus titubeos entre la piedad y el mundo, entre la vida religiosa y un posible matrimonio, con alternativas en que los dos espíritus se apuntaban avances y retrocesos, duraron hasta los dieciocho años, cuando, como hemos dicho antes, su abuela decidió que la joven regresara a su hogar paterno. Fue allí, en una especie de misión que tuvo lugar en su pueblo, y a la que nuestra santa asistía, más que por ganas de aprovechar, para no desentonar y dar un mal ejemplo, en un momento en que precisamente pasaba por un estado de pesimismo espiritual muy peligroso, cuando el Señor la llamó definitivamente para sí. Hizo una sincera y general confesión; se comprometió con propósitos firmes; reanudó su vida piadosa y vio la luz que debía iluminar para siempre toda su vida. Su vocación en favor del prójimo necesitado se le presenta ya como un imperativo al que no puede renunciar. Su vida debe transcurrir fuera de su propio hogar, pero ¿a dónde irá? ¿Al claustro?, ¿se dedicará a la enseñanza?, ¿cuidará de los pobres?, ¿ayudará a las jóvenes descarriadas?, ¿ingresará en alguna de las congregaciones religiosas existentes o creará una nueva?

Enterada su abuela del cambio operado en su nieta, la quiere otra vez consigo, y así como fue allí donde recibió por primera vez al Señor, también allí encontró al que, dirigiendo su alma, la llevaría, por un camino recto, al conocimiento de su santa voluntad. Frecuentaba el castillo el abate Marthy, hombre de santidad e inteligencia superior; bajo su dirección, ordenó su vida, disipó sus incertidumbres y fundó la congregación de la Sagrada Familia, que hermanaría la clausura con el apostolado vario y hermoso de la enseñanza, de la caridad, protección de jóvenes, cuidado de presos, etc.

Empezó su apostolado entre las jóvenes de su edad, compañeras que la Providencia le deparó, y entre las cuales echó las primeras simientes de su congregación; practicó la enseñanza de las niñas pobres alrededor de alguna enferma a la que iba a visitar; se compadeció de los sufrimientos y abandonos de los presos e influyó para que mejoraran de vida algunas jóvenes que se habían extraviado.

Mientras ejercía todas estas obras de apostolado no sabía qué congregación escoger, o si en definitiva debería ingresar en alguna Orden de clausura. Llamó a diversas puertas, se relacionó con distintas superioras, hasta que, finalmente, su director espiritual, viendo claro su camino, redactó los estatutos por los cuales debería regirse en el futuro la congregación de la Sagrada Familia.

Fueron treinta y tres años llenos de continuo caminar para fundar, abrir escuelas, levantar casas, inyectar esperanzas, formar hijas y dejar el arbusto de los primeros días convertido en frondoso árbol de raíces profundas y de exuberante vida, con ramaje majestuoso y tan amplio para dar sombra a todas las necesidades y con fuerzas sobradas para resistir todos los ataques del infierno.

No era nuestra santa ni robusta ni sobrada de salud. Varias, incómodas y dolorosas enfermedades la aquejaron durante esos treinta y tres años sin interrupción. Acudió a los médicos cuando se lo mandaron, descansó sólo cuando se vio necesariamente obligada a ello, pero nunca soñó con alargar un día más su vida, aunque alguien le insinuara la contrariedad que supondría para la congregación su ausencia. Sus dolencias de garganta y

nariz le impedían a veces respirar. Poco antes de morir quedó completa e incurablemente sorda; el estómago, durante mucho tiempo, apenas le toleraba los más ligeros alimentos, y la pérdida misteriosa de recetas que la aliviaban le imposibilitaba no raras veces el consuelo.

Tampoco se libró de las sequedades del espíritu tan frecuentes en los grandes santos, pues cuando menos lo esperaba renacían en su alma los titubeos y las dudas, acrecentadas especialmente por la división entre sus hijas de las dedicadas al apostolado y las de clausura. Un año largo le duró la noche obscura del alma.

Hemos aludido a un velo de tristeza que caracterizaba sus rasgos fisionómicos y que era, desde luego, manifestación de la inclinación de su espíritu. Ya tuvo que luchar contra ello su propia abuela, la cual, a veces, le cogía la barbilla y la obligaba a mirarla de frente hasta que se sonriera. La experiencia debió enseñarle cuán peligrosa es la tristeza para la vida religiosa, y por ello, insistía frecuentemente en sus casas de formación para que se educara a las novicias y a las niñas en la alegría espiritual. De haber sido abandonada, habría sido un tantillo perezosa, vicio que expone al hombre a todos los demás. Para combatirlo llenó todos los momentos del día en alguna ocupación. Era de natural fogoso y muy susceptible, pero los principios que vio en torno suyo y la experiencia de los desgraciados días de la revolución fueron suficientes para desterrar por completo todo lo que pudo parecer empaque y sentido de superioridad.

La oración y, en concreto, el ejercicio de la meditación, según ella misma confiesa, se apoderaron desde niña de las facultades de su alma, y para ello, sin la menor dificultad, se dio a tal ejercicio diariamente por espacio de media o de una hora. Tuvo también una especie de instinto en buscarse pronto amigas dotadas de espíritu parecido, de tal forma que dirá de aquellos días: «Tiempo bendito, tú fuiste para mi alma uno de los grandes beneficios de mi vida».

Entre sus devociones preferidas, junto con la oración de que hemos hablado, sobresalen en su juventud la práctica de la misa diaria y del viacrucis. «Tan penetrada estaba de Dios, decía, que siempre me hubiera quedado con Él, máxime en la iglesia;

allí su presencia me absorbía hasta el punto que nada veía y oía en torno mío». De esa práctica de pasar casi todo el día del domingo en la iglesia, junto con una de sus piadosas amigas, deriva el consejo y casi obligación que da a sus religiosas para que dediquen el domingo por completo a la oración y a los intereses del alma. Combate el espíritu jansenista que prohibía frecuentar los sacramentos bajo capa de una estúpida humildad. «El demonio, decía, comienza por hacernos descuidar una cosa, luego otra, y poco a poco haría que lo dejáramos todo si le escucháramos. Sólo Dios basta». Aunque prefería seguir los impulsos de la gracia, no ignoró nunca la utilidad de un director y rezó ininterrumpidamente hasta encontrar al abate Marthy. Llamaba a la Virgen la Divina Pastora, y bajo esta advocación dirigió especialmente toda una sencilla y completa teoría pedagógica para conquistarse la confianza de sus hijas.

Se sintió madre, y como tal, ni la desanimaban los defectos de las postulantes y novicias ni toleraba que se tomaran como indicios de falta de vocación. Enseñaba el catecismo por medio de ejemplos y grabados y hacía prácticas las visitas a los pobres, uniendo a la limosna y entrega de trapillos y enseres los consejos de orden espiritual.

> «Pertenecer a Dios, no tener más preocupación que agradarle, es la cosa mejor que se puede hacer; Dios es celoso, pero con celo amable, y así consuela a quienes mira, y con él no se teme la inconstancia».

Las contradicciones y las enfermedades no la abatieron nunca, y solía decir: «Atravesaré hasta por lo imposible, ya que la contradicción es el sello más auténtico de las obras de Dios».

A las que criticaban la falta de la imagen del Crucificado en la cruz que distingue su hábito, contestaba que «ahora eran ellas las que debían estar crucificadas».

Cuando se creyó que la enfermedad de la nariz y de la garganta podía degenerar en cáncer, dijo:

> «Aun cuando tuviera diez cánceres, no sería tanto como tener un solo pecado mortal [...] Cuando se padece una enfermedad, hay que estar dispuesta una a sufrir sus humillaciones».

Era humana y no carecía del sentido del humor. La primera noche pasada en la primera fundación, dice ella: «La pasamos

alegres, aun cuando con penuria de cosas terrenas, lo que no impidió que cenáramos con excelente apetito». Su noche obscura fue tan terrible que llegó a comprender, decía, «el suplicio del alma réproba, separada de Dios». Sin embargo, nunca la asediaron pensamientos impuros ni animosidad contra nadie.

> «Para alcanzar la gracia de conocer a Jesús pobre y humillado, practicaremos la pobreza y la humildad, y nunca seremos verdaderas hijas de este Divino Corazón si no nos ponemos en estado de víctimas».

La Sagrada Familia, bajo cuya advocación puso su congregación, es una trinidad en la tierra, imagen viva de la Trinidad del cielo. El alimento de sus hijas tiene que ser abundante y substancioso, pero no exquisito; sin embargo, quería en la práctica de la pobreza gran amplitud de espíritu, para no caer en otros vicios tan peligrosos como el afán de poseer. Muy aficionada a la mortificación interna, no impuso penitencia alguna corporal, pero las religiosas están facultadas para darse a ellas con los permisos de su confesor y superiora. No hay en el horario que prescribe a sus religiosas nada extraordinario, más bien un sentido de santa libertad, facilidad de ejercicios, seguridad de devociones y petición del patrocinio a muchísimos santos.

> «Hay que estudiar, decía, las ciencias profanas, como lo piden las necesidades de los fieles, pero después de haberse asimilado la religión. Es indispensable el conocimiento del Antiguo y Nuevo Testamento».

No era celosa, ni de que se abrieran casas de otras congregaciones religiosas ni de nuevas devociones que iban surgiendo en Francia. Amaba a su patria, por la cual lloraba y rezaba. Respetaba la libertad individual, por lo que ordenaba que no se hablara sino raras veces a las jóvenes de la vocación religiosa. Más que reprender, observaba. Era indulgente, hacía caso omiso de las diabluras sin consecuencias y prohibía a las religiosas que colaboraran con los trabajos de las alumnas, para que sus padres no las creyeran más instruidas de lo que en realidad fueran. Era, en suma, una perfecta pedagoga. Antes de despedir a una alumna, decía a la religiosa: «Bien, yo la autorizo, con tal, empero, de que me asegure que no se va a perder en el mundo». Su finalidad suprema era evitar las ofensas a Dios, llevarle almas o

preservarlas de las emboscadas. Cuidó a los presos y alivió a los ancianos. Se enamoró de la obra de la Santa Infancia, de la cual decía: «Quisiera que no hubiera nadie en el mundo que amara a la Santa Infancia más de lo que yo la amo».

A las novicias las formaba examinando primero con gran cuidado tales vocaciones, sin consideración alguna al talento, nacimiento o fortuna. Comprendía de tal forma a los corazones, que a una novicia desanimada y triste la obligó, hasta que todo pasara, a traerle diariamente flores a su celda, animándola cada día con su sonrisa.

Entre las virtudes humanas y divinas de sus religiosas destacan la sencillez, franqueza de corazón, obediencia, paz, puntualidad, devoción a los santos, frecuencia de sacramentos, oración por los sacerdotes, especialmente en tiempo de ordenaciones, prohibición de juzgarlos, poco locutorio, amor al trabajo, renuncia de los deseos de la naturaleza, no mirar nunca atrás, afición a los cantos sagrados, benignidad con las enfermas, desprecio por ciertas tentaciones, una flor diaria a la Virgen Santísima, amor a la vida oculta de San José, peregrinaciones espirituales a los santuarios principales de Francia y del mundo, conocimiento y amor de la liturgia, etc.

Entre enseñanzas y prácticas, santificarse y trabajar de forma tan ejemplar, es natural que entre ella y su Divino Esposo se estableciera una corriente mutua de atracción, que culminó en sus últimos instantes. Agotada por sus enfermedades, pero gigante de espíritu, el tránsito la encontró completamente despejada y en perfectas condiciones para pensar y amar. Cantaban sus religiosas la *Salve Regina* en la capilla de su casa matriz y ella besaba el crucifijo de su rosario. La sombra de tristeza de su rostro se convirtió en sonrisa de paz celestial. Cuando, en vida, la obligaron a posar para que un artista le hiciera su retrato, al intentar sonreír como se le aconsejaba, salieron de sus ojos abundantes lágrimas. Ahora, a la vista de su Esposo, sonrió sin esfuerzo. Era la primera hora de la tarde del 19 de septiembre de 1852.

Fue beatificada por Pío XII el 9 de junio de 1940 y canonizada por el mismo Papa el 23 de abril de 1950.

NARCISO TIBAU

Bibliografía

ALBERS, P., *Manuale di storia eclesiastica,* 2 vols. (Turín 1924).
AUBINEAU, L., *Vie de la Vénérable Marie Émilie de Rodat* (Lyón 1891).
RELIGIOSAS DE LA CASA MADRE, *Santa María Emilia de Rodat, fundadora de la Congregación de la Sagrada Familia* (Pamplona [6]1950).
RICARD, J. F. E., *La Vénérable Émilie de Rodat* (París 1921).
SAVIGNY-VESCO, M., *La Beata María Emilia de Rodat, fundadora del Instituto de la Sagrada Familia en Villafranca de Rouergue* (Madrid 1947).
• Actualización:
Autobiografía de la Madre María Guillermina Emilia de Rodat, fundadora de la Congregación de la Sagrada Familia (Madrid 1986).
BERNOVILLE, G., *Santa Emilia de Rodat, fundadora de la Congregación de la Sagrada Familia* (Villefranche-de-Rouergue 1976).
PEDRO RICOY, B. DE, *Santa Emilia de Rodat. El encanto de la sencillez* (Madrid 1999).
VESCO, J.-L., *Vie en Dieu et service des pauvres. Sainte Émilie de Rodat, fondatrice de la Sainte-Famille de Villefranche-de-Rouergue (1787-1852)* (Villefranche-de-Rouergue 1980).

BEATAS MARÍA DE JESÚS DE LA YGLESIA Y DE VARO, DOLORES Y CONSUELO AGUIAR-MELLA DÍAZ

Vírgenes y mártires († 1936)

Dolores y Consuelo, hijas muy queridas de unos esposos cristianos, español y uruguaya, son las primeras hijas de Dios y del Uruguay que han sido glorificadas por la Iglesia, como testigos de la fe y del amor sin límites, hasta la muerte, a Dios y al prójimo. Su adolescencia y juventud, su crecimiento y madurez, vividos en la adhesión consciente y ferviente a Cristo y a la Iglesia, culminaron en el martirio al que llegaron, en medio de un odio alocado y exterminador a la religión de aquel que dio la vida por la salvación del mundo. Murieron con la firme convicción del creyente que, profesando el amor más grande, da la vida por Aquel y por aquellos a quienes de verdad ama. Fueron pregoneras del Evangelio de la paz y del amor en medio del mundo y, con su mensaje, entregaron la propia vida (cf. 1 Tes 2,8). Consumaron el sacrificio de su vida junto a una de sus maestras, que las había ayudado a crecer en sabiduría y gracia, en el ambiente familiar y cristiano de un colegio de religiosas escolapias que les había transmitido «piedad y letras».

Dolores nació en Montevideo, el 29 de marzo de 1897, quinta de los hijos de Santiago Aguiar-Mella y López-Bailo, un

abogado nacido en Madrid que, con el financiero catalán Emilio Reus, había emigrado a la capital del Uruguay. En la catedral de esta ciudad contrajo matrimonio, el 9 de julio de 1892, con María Consolación Díaz Zavalla, de acaudalada familia de comerciantes y hacendados, de ascendencia española, gallega y vasca en concreto. Estos esposos, de profundas convicciones católicas, tuvieron ocho hijos, de los cuales seis sobrevivieron. En 1898, el 29 de marzo, nació la sexta hija, Consuelo. Ambas niñas recibieron las aguas bautismales en la catedral de Montevideo.

Santiago Aguiar-Mella decidió regresar a España en 1899, cuando la pequeña Consuelo contaba sólo un año, y dos había cumplido Dolores. La familia se estableció en Pozuelo, cerca de Madrid. Luego, por algún tiempo, residieron en Orense, tierra de donde era originario Santiago. Después fijaron su hogar en Madrid. El padre abrió bufete de abogado. Años más tarde fue nombrado asesor jurídico de los Ferrocarriles del Norte en el Ministerio de Fomento.

Una terrible desgracia, que sacudió el hogar cristiano y feliz y que condicionó su rumbo posterior, llegó con la enfermedad de María Consolación, la madre, que contrajo la tuberculosis en las visitas frecuentes a una amiga uruguaya de la infancia, residente en Madrid a causa de la misión diplomática de su marido. Ante la enfermedad de la madre, por miedo al contagio, Santiago decidió que sus hijos ingresaran en internados. Los tres hijos varones, Santiago, Teófilo y Jaime, marcharon al colegio de los Padres de los Sagrados Corazones en Barcelona, pues en ésta residía un amigo de su padre. Dolores y Consuelo, de 8 y 7 años respectivamente, permanecieron en Madrid y fueron admitidas en el colegio de las religiosas escolapias en Carabanchel, en 1905. La madre murió el 30 de marzo de 1907, llorada por sus hijos e hijas que siempre la recordaron como una mujer dulce, agradable y cariñosa, entregada a su marido y a sus hijos, a quienes tuvo que abandonar en su niñez, cuando sólo contaban entre 11 y 2 años. La pequeña se llamaba Trinidad y había nacido en Orense.

Entre 1905 y 1917 Dolores y Consuelo fueron alumnas internas de las escolapias de Carabanchel. En 1908 ingresó también en el colegio la pequeña Trinidad, a la edad de tres años.

Dolores se había iniciado en el hogar paterno, como hermana mayor, en el cuidado de sus hermanos pequeños. Continuó esta labor en el colegio escolapio.

El carácter de las dos hermanas, Dolores y Consuelo, era diferente en múltiples aspectos: la mayor era seria, reflexiva, prudente, responsable en los estudios y en las demás actividades; un poco autoritaria, acostumbrada a velar por los más pequeños de la casa. Pero Dolores era muy buena compañera para sus condiscípulas; era una colegiala modelo, que gozó enseguida del aprecio y afecto de sus educadoras, que descubrieron en ella unas aptitudes relevantes para ser religiosa del Instituto, fundado en el siglo XIX por Santa Paula Montal. Ayudaba cuanto podía a sus compañeras, que la querían y la amaban. Trabó con algunas una amistad que duró toda la vida.

Dolores perteneció a las diversas asociaciones piadosas y apostólicas florecientes en el colegio: hija de María, con el aval de su piedad y de su aprovechamiento académico; fue miembro de la asociación del Niño Jesús de Praga, de los Jueves Eucarísticos y del Apostolado de la oración. Cada día asistía a la santa misa del colegio, rezaba el rosario y participaba en los demás actos de piedad, elementos integrantes de la educación cristiana de las alumnas de las escolapias. La responsable de la formación de las alumnas internas en Carabanchel era una joven religiosa andaluza, de firme vocación y dotes singulares, la madre María de Jesús de la Yglesia (Cabra 1891- Madrid 1936), que ejercía la docencia de ciencias y matemáticas. María de la Yglesia ponía todo su fervor apostólico en la transmisión de la fe y de la piedad a sus alumnas; se esforzaba por conducirlas al amor a Jesucristo, a su santísima Madre y a la Iglesia. El itinerario hacia la santidad de Dolores y de su educadora María de la Yglesia transcurrió unido desde aquellos años de formación y estudio en Carabanchel.

Dolores fue madurando en sus convicciones y en sus actitudes ante la vida. Sus ideas eran claras y firmes, su adhesión a Cristo y a la Iglesia estaba arraigada en lo más profundo de su corazón; la manifestaba y la defendía con decisión y valentía.

De carácter muy distinto era Consuelo. Era, sí, inteligente y aplicada, pero también muy alegre y espontánea. Amante de los deportes, disfrutaba en los recreos, se convertía en el centro de

atención de las inocentes diversiones de las colegialas. En las fiestas y acontecimientos del colegio, protagonizaba la animación de compañeras, profesoras y religiosas, componiendo versos, canciones y letrillas que, con gracejo, humor y una punta de ironía, aportaban un clima de familia y compañerismo a las celebraciones compartidas con jolgorio infantil y juvenil. Cometía sus travesuras por su carácter vital e inquieto. Un verano la castigaron a pasar algún tiempo de las vacaciones en el colegio escolapio de Masnou y no en el hogar paterno. Aceptó el castigo con resignación y con buen talante. La separación de su padre y hermanos quedó compensada por el placer y disfrute de los baños todos los días en la playa.

Ingresó asimismo en la asociación de hijas de María, participaba en los rezos y demás ejercicios de piedad del colegio. Mantuvo toda su vida la relación de amistad con religiosas y compañeras, siempre agradecida de la formación y educación humana y religiosa que había recibido en el colegio escolapio.

A partir de 1915 se fue reorganizando el hogar de Santiago Aguiar-Mella, en la calle madrileña de la travesía de San Mateo. Aquel año regresaron de Barcelona los tres hijos mayores. En 1917 Dolores y Consuelo salieron del colegio de Carabanchel tras doce años de internado. Para todos fue una nueva etapa en la vida, en el goce de una vida de familia muy impregnada de amor y de vivencias cristianas.

Pero pronto Dolores quiso dar un nuevo rumbo a su vida. Hacía años que se sentía llamada a la vida religiosa. El buen ejemplo de sus educadoras la atraía hacia la consagración íntegra al Señor en el Instituto escolapio. Muchas veces había expuesto su propósito a la maestra de novicias, Madre Eusebia Sáez de Dallo, pues colegio y noviciado compartían edificio en Carabanchel. Llegó el momento de descubrir la vocación a su padre. A Don Santiago le contrarió tener que desprenderse de su hija mayor y predilecta, que podía ser el alma del hogar reconstituido; pero no quiso oponerse a la decisión de Dolores. Con dolor pero con la aceptación de la voluntad de Dios, propia de un padre cristiano, acompañó a Dolores, con todos sus hijos, la familia al completo, al noviciado de Carabanchel la tarde del primero de marzo de 1918.

Con la ilusión de entregarse a Dios totalmente, Dolores empezó el noviciado. Su resolución era firme, pero su salud flaqueó. Al poco tiempo de ingresar en el noviciado, contrajo una pulmonía que hizo temer por su vida y que le dejó una secuela incurable. Los médicos aconsejaron que saliera del noviciado y que desistiera, por lo tanto, de abrazar la vida religiosa. Dolores se sintió contrariada en lo profundo de su corazón, pero quiso reservarlo ya todo para Dios; su firme voluntad de consagración no se resquebrajó con la enfermedad: el amor a Dios y la entrega al bien del prójimo, a su padre y hermanos, a todos, y singularmente a la Congregación que la había educado y en la que quería profesar, llenarán en adelante toda su vida, hasta derramarla en holocausto, fiel a su vocación cristiana.

El mismo año de 1918 Dolores regresó al hogar paterno. Volvía a ser la hermana mayor, el ama de casa en la práctica. El padre podía descargar en ella parte de su responsabilidad. Los hermanos la querían y respetaban por su solicitud y bondad.

Tenía que abrirse camino en la vida y buscar un trabajo estable. Preparó oposiciones para Hacienda y logró un empleo en la Delegación de la misma. Ocupada ejemplarmente en su puesto, atenta a las necesidades de sus compañeros y compañeras, pasó Dolores casi veinte años, de 1918 a 1936, trabajando como funcionaria, pero sin dejar de cultivar su espíritu de piedad.

En su casa, los hermanos llamaban «la habitación del monje» a su cuarto, que más que un aposento de mujer de su categoría social, parecía la celda de un convento: una cama y dos sillas, un reclinatorio, un crucifijo y una imagen de la Virgen. Por la mañana, se levantaba temprano, hacía un rato de oración mental, asistía a misa; desayunaba y marchaba a la oficina hasta las dos de la tarde cuando regresaba a casa para el almuerzo. Por las tardes, solía acudir al colegio de las Escolapias, en Carabanchel, para conversar con la superiora, la Madre Cándida, o con la maestra de novicias, Madre Eusebia Sáez de Dallo, o con otras religiosas. Era feliz en este ambiente de oración y de recogimiento.

En 1929, murió el padre. Sus hermanos ya no la necesitaban pues cada uno había tomado su propia dirección en el camino de la vida, aunque mantuvo con ellos siempre una relación de

comunicación y ayuda fraternas. Entonces Dolores optó por vivir en un colegio de Escolapias. Lo pidió y se lo concedieron. Se fue a residir en el colegio que el Instituto tenía en Madrid, en la calle Evaristo San Miguel. Llevaba un ritmo de vida normal: por la mañana en la oficina de Hacienda, por la tarde ayudaba a las religiosas en todo cuanto la necesitaban.

Consuelo se reintegró asimismo al hogar después de sus estudios. Contaba 18 años. Con la circunspección propia de una muchacha cristiana, se complacía en las diversiones de una mujer normal de su época en Madrid: asistía al teatro, a conciertos, al cine, a los buenos espectáculos; vestía a la moda, era elegante y presumida, no rehusaba ni las joyas ni los perfumes. Consuelo optaba decididamente por el matrimonio. Poco después de salir del colegio, tuvo un novio dentista. Estaba ilusionada con él; pero, a espaldas suyas, el joven mantenía otra relación con otra muchacha con la que se casó en París.

Poco antes de morir su padre, consiguió un empleo en las oficinas del catastro en Toledo. De momento siguió residiendo en Madrid, pero, tras el fallecimiento de Don Santiago, trasladó su residencia a la ciudad imperial. Eran frecuentes sus visitas a Madrid donde se alojaba en casa de sus hermanos: Teófilo, casado con Valentina Serrano después de la muerte del padre, o Trinidad, que había contraído matrimonio con Enrique Fernández.

En Toledo, Consuelo conoció a un joven abogado que preparaba oposiciones para juez. Se enamoraron y tenían proyectado casarse cuando él sacara las oposiciones. Pero la tragedia del alzamiento militar y posterior guerra civil de 1936 truncaron sus planes. El joven, durante la contienda fratricida, perdió su vida en Valencia.

Una de las últimas prestaciones espirituales de Dolores a la familia fue la preparación de su sobrina Consuelito, hija de Trinidad, para la primera comunión, que recibió el 20 de mayo de 1936.

Corrían tiempos muy difíciles para la capital y las tierras de España. La proclamación de la II República española el 14 de abril de 1931 despertó en muchos ciudadanos ilusiones de democracia y de progreso en la justicia social y en una más justa

distribución de la riqueza, con un acceso más generalizado de la cultura. Con estos anhelos justos, se amalgamó y cuajó un resentimiento y revancha contra la religión, considerada por más de un sector izquierdista como «opio del pueblo», y contra la Iglesia, tenida por enemiga de todo progreso de la sociedad. Explotó en 1936, al iniciarse la sublevación militar protagonizada por generales de derechas, el polvorín de un resentimiento irracional, injusto las más de las veces y desproporcionado, contra todo lo que estuviera relacionado con el clero y las familias religiosas y contra los laicos comprometidos con la Iglesia y con sus representantes cualificados. La persecución religiosa, que en Madrid explosionó ya el 11 de mayo de 1931 en la quema de muchas iglesias y conventos, se generalizó y encarnizó después del citado alzamiento, en torno al 18 de julio de 1936, que se levantó desde diversos puntos de la geografía española contra el gobierno de la República. En las ciudades en que no triunfaron las tropas adheridas a la sublevación militar, la caza al clero, a las religiosas y a los católicos más cualificados fue implacable. Madrid fue ciudad pionera en la inmolación de mártires de la fe, mujeres y hombres que, en la mayoría de los casos, fueron asesinados sólo por su profesión religiosa, por el testimonio de la fe cristiana. A quienes, con pureza de ideales y con entrega generosa, derramaron su sangre, dieron su vida por amor al Crucificado, al primer mártir, la Iglesia los ha ido reconociendo como mártires, testigos que «en la gran tribulación han lavado sus vestidos en la sangre del Cordero. Por eso están ante el trono de Dios, le dan culto día y noche en su templo... Dios enjugará las lágrimas de sus ojos» (Ap 7,14).

En julio de 1936, Dolores contaba entonces 39 años, Consuelo uno menos. Sobre todo la mayor, en tiempos difíciles, nunca escondió sus convicciones cristianas y su vinculación con las escolapias. Con éstas estuvo firmemente unida en los amargos días de la contienda fratricida, de la persecución feroz contra todo lo religioso, del odio sin cuartel a la Iglesia, cuando el culto estaba prohibido y ser amigo, amiga, de religiosas o religiosos, protegerlos o esconderlos o auxiliarlos incluía el riesgo de la propia vida.

Al iniciarse la guerra civil, Dolores y Consuelo deciden ir a vivir con su hermano Teófilo, vicecónsul honorario del

Uruguay en Madrid. Éste les advierte del peligro que corren si siguen dando pruebas de afecto y auxilio a las escolapias. Las dos hermanas conservan sus documentos diplomáticos de ciudadanas uruguayas y ostentan en sus desplazamientos por la capital brazaletes que acreditan su nacionalidad.

Siguen ayudando a las religiosas en su cada día más crítica situación en medio del conflicto. Dolores sigue trabajando en Hacienda por las mañanas y, por las tardes, se dedica a distribuir a sus queridas escolapias en casas de familiares, exalumnas y amigos como refugio frente a la caza de religiosas; pone a salvo también la documentación del colegio. En tales cometidos, tiene a su lado a Consuelo. El 29 de julio, Dolores opta con valentía por el riesgo y la defensa y testimonio de su fe cristiana y de su amistad hacia las religiosas. Se va a vivir con ocho escolapias refugiadas en un piso de la calle Evaristo San Miguel. Su cuñado Enrique Fernández le advertía de que, al fin, la iban a descubrir: «Lola, le decía cariñosamente, te van a matar». Ella le respondía que, en aquellas circunstancias, moriría contenta por Dios, por su fe y por las religiosas.

Con semejante valor se comportaba Consuelo, siempre colaborando con su hermana mayor en las misiones arriesgadas de aquellos días. Salvó la vida a un sacerdote perseguido porque habían descubierto su escondite en casa de unos familiares; le procuró su salida de España hacia Argentina.

El 29 de julio el colegio de Carabanchel fue asaltado. Algunas escolapias fueron detenidas, otras expulsadas del colegio, las novicias dispersadas también. Las dos hermanas uruguayas trataron de buscar alojamiento para las novicias en casas de su confianza.

El 17 de agosto fue registrado el piso de la calle Evaristo San Miguel, donde se hospedaba Dolores. Ésta se encontraba trabajando en la Delegación de Hacienda. Los milicianos se llevaron de la casa cuanto quisieron. Dolores denunció el robo en la comisaría de Palacio. El 12 de septiembre tres milicianos llamaron a la puerta del piso preguntando por Dolores Aguiar-Mella. No la encontraron porque, acompañada de su hermana Consuelo, se hallaba en la cárcel tramitando la libertad de varias madres escolapias. Dolores estaba, pues, en el punto

de mira de los milicianos por su valentía en ayudar a sus queridas religiosas y en manifestar su fe católica. El sábado siguiente, 19 de septiembre, la detuvieron cerca de su residencia, en la calle de Ferraz. Habían seguido sus movimientos. En esta calle, estaban refugiadas un grupo de escolapias. Como todas las mañanas, la joven había acudido a llevarles la leche para el desayuno.

Las escolapias de la calle de Ferraz se dieron cuenta de la detención y avisaron a las de la calle Evaristo San Miguel; éstas pasaron la noticia a sus hermanos Consuelo y Teófilo. Éste fue a denunciar lo ocurrido en la embajada del Uruguay. Pero nada pudo conseguir. Consuelo, al tener noticia de la detención de su hermana, corrió hacia el piso de Evaristo San Miguel.

Dos horas más tarde, aquí se presentó el mismo miliciano que el anterior día 12 había tocado a la misma puerta preguntando por Dolores. Exhibió un papel escrito firmado por la detenida, en que reclamaba la presencia de la madre superiora, María de la Yglesia, para que prestara declaración con el fin de obtener su libertad. La M. María de la Yglesia era desde agosto de 1935 superiora del colegio de Carabanchel. Esta ejemplar religiosa se decidió a seguir al miliciano. Consuelo Aguiar-Mella, al oír tal requerimiento, marchó con la madre superiora confiando que su brazalete y pasaporte diplomático uruguayos ofrecerían garantías para liberar a las detenidas.

Pero los milicianos comunistas llevaron a las dos hermanas y a la M. María de Jesús de la Yglesia a la checa de la iglesia de San Miguel, llamada «del Puente», en el camino de Carabanchel. Las tres fueron asesinadas aquel mismo día junto al cementerio de San Isidro.

Dieron testimonio del amor más grande: manteniendo hasta el extremo su fidelidad al Señor, a la Iglesia; mostrando su fraternidad cristiana en los momentos críticos de una persecución irracional, inhumana. A Dolores, le hizo caer en el lazo de los cazadores su caridad cotidiana hacia las pobres escolapias refugiadas, a Consuelo su decisión de compartir la suerte —de beber el cáliz, que es el de Jesús, cf. Mc 10,38-39— de su hermana mayor, a la madre María de Jesús su afán de salvar a una antigua alumna suya o de comulgar con ella el mismo cáliz del martirio.

Valentina, la cuñada de Dolores y Consuelo, reconoció los cadáveres de las tres mártires en el depósito municipal de Madrid el día siguiente. Su martirio fue reconocido enseguida por las personas allegadas a la comunidad escolapia de Madrid y por cuantos habían conocido y apreciado las virtudes y el coraje cristiano de la madre María de la Yglesia y de las dos uruguayas. El asesinato de éstas provocó la ruptura de relaciones entre el Uruguay y otros estados latinoamericanos con la República española.

En el arzobispado de Madrid, la causa de canonización de las tres mártires se tramitó en los años 1986-1988. El 8 de marzo de 1988, esta causa se unió a la que se seguía en la curia de Valencia sobre otras cinco mártires de la Congregación escolapia, asesinadas en la playa del Saler, en los términos de aquel arzobispado, el 8 de agosto de 1936. La Congregación romana para las Causas de los Santos reconoció la validez de los dos procesos, de Valencia y de Madrid, con decreto de 26 de abril de 1991. Se preparó la *positio super martyrio* de estas siervas de Dios. El 20 de abril de 1999 los cardenales y obispos de la mencionada Congregación romana reconocieron que las seis religiosas escolapias y las dos mujeres seglares habían dado su vida como testigos fieles de Jesucristo al ser asesinadas por odio a la fe. Juan Pablo II, el 28 de junio del mismo año, declaró que constaba el martirio de las seis religiosas del Instituto de las Escuelas Pías y de las dos seglares Dolores y Consuelo; así se pudo proceder a su beatificación.

El domingo 11 de marzo de 2001, dentro de una impresionante celebración en la Plaza de San Pedro del Vaticano, Juan Pablo II declaró beatos a 233 mártires españoles, testigos de Cristo durante la terrible persecución que contra la Iglesia se levantó durante la guerra civil.

> «Hombres y mujeres de todas las edades y condiciones: sacerdotes diocesanos, religiosos, religiosas, padres y madres de familia, jóvenes laicos. Fueron asesinados —predicó el papa en su homilía— por ser cristianos, por su fe en Cristo, por ser miembros activos de la Iglesia».

Entre los nuevos beatos mártires, estaban las «seis religiosas escolapias con dos cooperadoras laicas provenientes estas

últimas del Uruguay y primeras beatas de ese país latinoamericano».

> «Los testimonios que nos han llegado hablan de personas honestas y ejemplares, cuyo martirio selló unas vidas entretejidas por el trabajo, la oración y el compromiso religioso en sus familias, parroquias y congregaciones religiosas [...] Los nuevos beatos que hoy suben a los altares no estuvieron implicados en luchas políticas o ideológicas, ni quisieron entrar en ellas... Murieron únicamente por motivos religiosos... La Iglesia quiere reconocer en estos hombres y mujeres un ejemplo de valentía y de constancia en la fe, auxiliados por la gracia de Dios. En diversas ocasiones he recordado la necesidad de custodiar la memoria de los mártires. Su testimonio no debe ser olvidado. Ellos son la prueba más elocuente de la verdad de la fe, que sabe dar rostro humano incluso a la muerte más violenta y manifiesta su belleza aun en medio de atroces padecimientos».

La valentía y la constancia en la fe de las beatas Dolores y Consuelo Aguiar-Mella Díaz son el legado de estas mártires: testigos de la fe en momentos difíciles, que no rehuyeron la prueba mayor, la cruz del amor a Cristo y a sus hermanas, sino que la abrazaron decididamente. Su amor fue más fuerte que la muerte misma. Por eso son miembros vivos de la Iglesia glorificada y ejemplo de coherencia entre fe y comportamiento en el mundo en todas las coyunturas, por duras que éstas fueren. Al odio que las rodeaba, opusieron sólo la resistencia de la perseverancia en sus convicciones cristianas y en su servicio y ayuda sacrificados a las religiosas que las habían educado en el seguimiento de Cristo y en la adhesión a la Iglesia. Son intercesoras y ejemplo para que «la Iglesia que camina en España viva una nueva primavera de cristianismo, bañada como ha sido y fecundada por la sangre de tantos mártires», predicó también el papa aquel 11 de marzo de 2001. Que las primeras beatas del Uruguay aporten asimismo a su país natal el empuje y la alegría de su fe y de su amor, testimoniados hasta el extremo.

PERE-JOAN LLABRÉS Y MARTORELL

Bibliografía

Bibliotheca sanctorum. Appendice seconda (Roma 2000) cols.6-8.

ARRARÁS, J., «Datos sobre MM. Escolapias», en ID. (dir.), *Historia de la cruzada española,* VIII (Madrid 1942).

JATO MIRANDA, J., *Madrid, capital republicana* (Barcelona 1976) 453-454.
LABARTA, M. L., *Dolores y Consuelo Aguiar-Mella Díaz, laicas, mártires y las primeras beatificadas del Uruguay* (Roma 2001).
— *María de la Yglesia y de Varo (1891-1936), profesora de ciencias y mártir* (Roma 2001).
L'Osservatore Romano (12/13-3-2001).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTA POMPOSA

Virgen y mártir († 853)

Era natural de Córdoba, donde nació en el seno de una familia cristiana, que la educó con esmero en los valores del evangelio. Era aún una niña cuando ofreció a Dios su virginidad. Sus padres y hermanos optaron todos por la vida monástica y emplearon sus bienes en la construcción del monasterio del Salvador, en Peñamelaria, de donde fue abad el monje Félix y capellán el mártir San Fándila. Ella había concebido el propósito de presentarse al martirio ya en la primera etapa martirial, los años 851-852. Pero fue estrechamente vigilada para impedirlo y no pudo abandonar el monasterio. Sus grandes prendas naturales y sus virtudes la hacían muy querida a todos. Pero cuando el capellán citado, San Fándila, se presentó al martirio y cuando supo que su amiga Santa Columba, monja de Tábanos, se había presentado también, decidió ella hacerlo sin pérdida de tiempo. En la madrugada del 18 al 19 de septiembre se acercó a la puerta del monasterio y sucedió que no tenía llave echada. Descorrió los cerrojos y salió, y anduvo toda la noche hasta llegar a Córdoba al amanecer, y se presentó al tribunal en cuanto éste estuvo abierto. Delante del cadí confesó a Jesucristo como Dios verdadero y execró a Mahoma como falso profeta. Esta valiente y osada confesión de fe le valió el inmediato martirio, pues a las puertas del palacio fue seguidamente degollada. Era el 19 de septiembre del año 853. Su cuerpo fue arrojado al Guadalquivir, pero lo hallaron unos barqueros y lo enterraron en la orilla. Lo supieron unos monjes y vinieron por él, lo recogieron y con toda solemnidad le dieron sepultura en la basílica de Santa Eulalia junto al cuerpo de su amiga Columba. Es San Eulogio quien nos cuenta este martirio.

SAN ARNULFO DE GAP

Obispo († 1079)

Arnulfo (Arnoux) nació en Vendôme y se educó en el monasterio de la Santísima Trinidad de esta ciudad. Se decidió por la vida religiosa y recibió allí mismo el hábito benedictino de manos del abad Oderico, el cual poco después se lo llevó consigo a Roma. La intención del viaje era la confirmación de su título de cardenal presbítero de Santa Prisca. En Roma se acreditó Arnulfo por sus cualidades naturales y morales. En 1063 el papa Alejandro II, que se servía de él como consejero, lo nombra obispo de Gap, en sustitución de un simoníaco que acababa de ser depuesto. El propio papa lo consagró obispo personalmente. Su gobierno de la diócesis fue ejemplar y santo y se prolongó hasta una fecha que oscila entre el 1070 y el 1079. Es el patrono de la diócesis de Gap.

BEATO JACINTO HOYUELOS GONZÁLEZ

Religioso y mártir († 1936)

Nació en Matarrepudio (Santander) el 11 de septiembre de 1914 en el seno de una familia humilde y cristiana. Desde pequeño dio señales de ser piadoso y caritativo, y alentado en la vocación religiosa por su párroco, optó por la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios. Hecho el noviciado, emitió la profesión religiosa el 8 de septiembre de 1935. Unos meses después, al tener que cumplir con sus obligaciones del servicio militar, fue a Ciempozuelos y allí le confiaron la enfermería de San Camilo. Era un joven de buena índole, humilde y dócil, que se sentía realizado asistiendo a los enfermos. Destinado en la clínica psiquiátrica militar, podía hacer la vida de comunidad simultáneamente con los religiosos. El día 7 de agosto los religiosos fueron detenidos, pero el Dr. Sloker, jefe de la dicha clínica militar, lo reclamó alegando que era un soldado a sus órdenes. Eso lo salvó de momento, pero los milicianos no lo olvidaban y continuamente lo zaherían con acusaciones y amenazas. Pero el hermano Jacinto no hacía caso de ellas y continuaba su servicio a los enfermos, retirándose al sótano para hacer sus rezos. En

confianza decía que no entendía por qué se perseguía a los hermanos si ellos no hacían daño a nadie. El día 18 de septiembre por la noche fue sorprendido en la clínica antes de acostarse y obligado a salir a prestar declaración ante el Comité. Fue sacado por la puerta de la despensa. Fue llevado al comité del pueblo y allí fue interrogado, mezclándose las preguntas políticas con las religiosas. El hermano ante estas preguntas guardó silencio. Lo llevaron entonces directamente al puente de la estación, llamado de San Cosme, y le querían obligar a que blasfemara y a que diera vivas a la República. El hermano se negaba a blasfemar a pesar de los golpes que le daban. Entonces le pusieron una cuerda al cuello, la ataron por el otro extremo al puente y lo arrojaron al vacío, ahorcándolo. Y además le dispararon varios tiros. Vestía el hermano un mono azul y alpargatas y tenía las manos atadas a la espalda. Al día siguiente su cuerpo colgando del puente y un gran charco de sangre en el suelo era un horroroso espectáculo. Llamado el juez, mandó llevar el cadáver al depósito, donde el forense reconoció que el cuerpo había sido ahorcado y tenía varias heridas de bala. Dijo que la muerte se produjo por asfixia en suspensión. Se cumplió así el deseo manifestado por él en alguna ocasión de morir mártir.

Fue beatificado el 25 de octubre de 1992 por el papa Juan Pablo II en el grupo de 71 Hermanos Hospitalarios de San Juan de Dios muertos durante los días de la revolución española.

BEATA FRANCISCA CUALLADÓ BAIXAUIL

Virgen y mártir († 1936)

Nació en el Molino de San Isidro, en el barrio valenciano de Ruzafa, el 3 de diciembre de 1890. Su vida discurrió en Massanassa, siendo educada cristianamente y trabajando desde su adolescencia como modista para colaborar en la economía familiar muy deteriorada por la muerte prematura de su padre y la enfermedad de su madre que quedó paralítica. Sus muchas horas de trabajo no le quitaron, sin embargo, la voluntad de hacer mucho apostolado, todo el que le fue posible como militante cristiana. Ella fundó los Jueves Eucarísticos en su parroquia y

asimismo colaboró en la fundación del Sindicato de la Aguja. Daba clases de corte y confección y hacía todo el bien que podía a las aprendizas. Preparaba con mucho celo a los enfermos a recibir los sacramentos. Estas cualidades y estas obras son las que provocaron que fuera odiada por los enemigos de la religión. El 19 de septiembre de 1936 fue fusilada en Benifayó, no sin antes haberle arrancado la lengua para que no siguiera dando vivas a Cristo Rey.

Fue beatificada el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

20 de septiembre

A) Martirologio

1. La memoria de los Santos Mártires de Corea: Andrés Kim Taegón, presbítero, Pablo Chong Ha-sang y compañeros, obispos, presbíteros y laicos: Simeón Berneux, Justo Ranfer de Bretenières, Luis Beaulieu, Pedro Enrique Dorié, Pedro Aumaître, Martín Lucas Huin, Juan Ni Youn Il, Andrés Chong, Esteban Min Kukka, Pablo Ho, Agustín Pak Chong-won, Pedro Hong Pyongjiu, Magdalena Son Sobyog, Águeda Yi Kiomg-I, María Yi Idog, Águeda Kwon Chini († 1840), Antonio Daveluy, Pedro Aumaître, Martín Lucas Huin, José Chang Chu-gi, Tomás Son Cha-son, Lucas Hwang Sok-tu, Damián Nam Myong Hyog, Lucía Pak Hui-sun, Magdalena Kim Obi, Pedro Kwon Tu-gin, Águeda Kim A-gi, Bárbara Han A-gi, Ana Pak A-gi, Águeda Yi Sosa, Agustín Yi Kwang-hon, José Chang Song-jib, Magdalena Yi Yong-hui, Teresa Yi Mae-im, Protasio Chong Kuk-ko, Carlos Hyon Song-mun, Lorenzo Imbert, Pedro Maubant, Santiago Castan, Lorenzo Han I-yong, Pedro Nam Kyong-mun, Teresa Kim Im-i, Juan Pak Hu-jae, María Pak Kun-agi Hui-sun, Bárbara Kwon-hui, Bárbara Yi Chong-hui, María Yi Yon-hui, Inés Kim Hyo-ju, Susana U Sur-im, Águeda Yi Kan-nan, Catalina Chong Chor-yom, José Im Chi-baeg, Agustín Yu Chin-gil, Sebastián Nam I-gwan, Ignacio Kim Che-jun, Carlos Cho Shin-chol, Columba Kim Hyo-im, Magdalena Pak Pong-son, Perpetua Hong Kum-ju, Julita Kim, Águeda Chon Kyong-hyob, Magdalena Ho Hye-im, Lucía Kim, Catalina Yi, Magdalena Cho, Águeda Yi, Teresa Kim, Bárbara Yi, Bárbara Kim, María Won Kwi-im, Lucía Kim, Pedro Yu Chongyul, Pedro Choe Hyong, Juan Bautista Nam Chong-sam, Juan Bautista Chong Chang-U, Marcos Chong Ui-bae, Alejo U Se-yong, Antonio Kim Song-U, Marta Kim Song-im,

Rosa Kim, Ana Kim Chang-gum, Juan Bautista Yi Kwang-nyol, Bárbara Yi, Pedro Yi Ho-yong, Pedro Son Son-ji, Pedro Yu Taechol, Pedro Cho Hwa-so, Pedro Yi Myong-so, Bartolomé Chong Mun-ho, José Pedro Han Chae-Kwon, Pedro Chong Won-ji, Pedro Choe Chang-hub, Benedicta Hyon Kuong-nyon, Isabel Chong Chong-hye, Bárbara Cho Chung-I, Magdalena Han Yong-i, Bárbara Ko Sun-i, Magdalena Yi Yong-dog, Cecilia Yu So-sa, José Cho Yun-ho, Pablo Hong Yongju, Juan Yi Munu, Bárbara Choe Yong-i, que con su sangre fecundaron los comienzos de la Iglesia en Corea. De cada uno de los mártires se dan los nombres en el día de su respectivo martirio, estando hoy todos conmemorados en una misma memoria litúrgica **.

2. En Roma la memoria de San Eustaquio (fecha desconocida), mártir **.

3. En Sínada (Frigia), San Dorimedonte, mártir († s. III).

4. En Constantinopla, santos Hipacio y Asiano, obispos, con Andrés, presbítero († 740), mártires por la defensa de las sagradas imágenes.

5. En Rovereto (Trento), San Adalpreto o Adelpreto († ca. 1173), obispo de esta última ciudad *.

6. En Londres (Inglaterra), Beato Tomás Johnson († 1537), presbítero y monje cartujo, martirizado bajo el reinado de Enrique VIII *.

7. En Córdoba (Andalucía), Beato Francisco de Posadas († 1713), presbítero, de la Orden de Predicadores **.

8. En Son Tay (Tonkín), San Juan Carlos Cornay († 1837), presbítero, de la Sociedad de Misiones Extranjeras de París, mártir **.

9. En Seúl (Corea), santos Lorenzo Han I-yong, catequista, y sus compañeros Pedro Nam Kyong-mun, catequista, Teresa Kim Im-i, virgen, Susana U Sur-im y Águeda Yi Kan-nan, ambas viudas; Catalina Chong Chor-yom y José Im Chi-baeg († 1846), todos ellos mártires, cuya pasión y memoria se celebra hoy **.

10. En Puebla (México), San José María de Yermo y Parres († 1904), presbítero, fundador de la Congregación de las Siervas del Sagrado Corazón de Jesús y de los Pobres **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTOS MÁRTIRES DE COREA
(† 1839-1867)

El día 20 de septiembre celebra la Iglesia la memoria litúrgica de los ciento tres mártires de Corea, a quienes el papa Juan Pablo II canonizó solemnemente el 6 de mayo de 1984 en la capital coreana, Seúl. Era la primera vez que una canonización tenía lugar en los tiempos modernos fuera de Roma. Se celebraba

el 200 aniversario de la introducción del cristianismo en Corea, una introducción marcada por la singularidad de que antes de que llegaran misioneros de fuera ya, por medio de seglares, el cristianismo había llegado al corazón de unas cincuenta mil personas. Esos ciento tres mártires eran hijos y nietos de los que habían introducido el cristianismo en el país y lo habían santificado con su sangre. Los mártires canonizados padecieron martirio a partir de 1839. Pero no eran los primeros en dejarse la vida en la profesión de la fe.

Corea significa el país del sereno amanecer. Y es un país no grande en una península vecina a China y que tiene enfrente al Japón. Desde el comienzo de su historia, que parece remontarse a dos mil años antes de Cristo, Corea es un pueblo de hondos sentimientos religiosos. Entre los siglos IV-V de nuestra era el Budismo se hace la religión oficial y da forma a los más variados aspectos de la vida. Cuando en el s. VII d.C. Corea se unifica se abre para el budismo una época dorada, pero entre los siglos X-XIII el confucianismo se introduce también en Corea, aunque sin desplazar la influencia mayoritaria del budismo, que se corrompe no obstante y ello hace que en un largo período de tiempo que va de los siglos XIII a comienzos del XX el confucianismo se haga predominante, y sea obligatorio el culto a los antepasados. Pero sobre todo en las clases sociales más altas, se echaba de menos una espiritualidad más profunda que el confucianismo y por ello seguía habiendo mucha gente adicta al budismo. Por su parte una corriente confucianista, llamada pragmatismo, pretendía colmar ese vacío igualmente.

El cristianismo se relacionó por primera vez con Corea durante la invasión japonesa de los años 1592-1598. Con el ejército expedicionario iban soldados cristianos y fue también el jesuita portugués P. Céspedes para su atención pastoral, y él fue quien el 29 de diciembre de 1593 celebró la primera misa en Corea. Naturalmente no tuvo contactos con la gente de Corea. Se habla de varios coreanos entre los mártires japoneses, pero se habían hecho cristianos en Filipinas o Japón, no en Corea. Más sólido vendría a ser el contacto resultante de los libros adquiridos en Pekín por los diplomáticos coreanos que viajaban hasta la capital china. Estos libros, proporcionados por los je-

suitas, hicieron impacto en sus lectores, al punto de establecerse en varias localidades coreanas grupos de estudio que comparaban la doctrina cristiana con el confucianismo vigente y cobraban una gran estima por el pensamiento cristiano. En 1783 el tema iba a dar un nuevo giro. Varios intelectuales y nobles coreanos que habían leído libros católicos designaron a uno de ellos para ir a Pekín a conocer con mayor profundidad el cristianismo. Este encargo lo recibió el joven Ri-Seung-hu-i en su viaje a Pekín acompañando a su padre que era diplomático. Conocía la lengua china y tenía interés por el cristianismo, cuyos héroes admiraba y trataba de imitar. Acompañó a su padre efectivamente a Pekín y en el mes largo de su estancia en la ciudad visitó la iglesia católica, se puso en contacto con el obispo mons. Gouvea y pidió al misionero Luis de Granmont que lo bautizara. Tras examinarlo decidió el sacerdote que estaba suficientemente instruido en la fe y lo bautizó dándole el nombre de Pedro (febrero de 1784). Volvió trayendo consigo libros, cruces, rosarios e imágenes y al llegar reunió en torno a sí a un grupo numeroso de personas interesadas en el cristianismo, a las que no dudó en bautizar. La nueva comunidad se reunía los domingos para las celebraciones religiosas. Abolieron entre sí la distinción de clases, dejaron de ofrecer sacrificios a los antepasados y difundieron la fe. Pero al poco tiempo las autoridades civiles detectaron la actividad de esta comunidad cristiana y les prohibieron volver a reunirse. Uno de los cristianos, Kim Bom-u, fue arrestado por permitir las celebraciones en su casa, fue torturado y mandado al exilio, donde murió al cabo de dos años.

En 1787 se volvió a reorganizar la comunidad y se permitieron por su cuenta designar a cuatro fieles como presbíteros, los cuales seguidamente se pusieron a decir misa y administrar los sacramentos. Pero pronto se les avisó y cayeron en la cuenta de que ello era irregular y prefirieron entonces mandar a uno de ellos a Pekín en 1789 para consultar con el obispo y solicitar la llegada de misioneros a Corea. Tras nuevas peticiones se designó un sacerdote que fuera a Corea pero que realmente no pudo entrar en el país. Y en 1791, al negarse un miembro de la nobleza a ofrecer sacrificios a los antepasados, el cristianismo fue denunciado como doctrina perversa y el citado noble, Pablo

Yun Chichung, fue sentenciado a muerte y ejecutado (7 de diciembre de 1791). Comenzaba una era de persecuciones, locales o nacionales, que producirá diez mil víctimas, de las cuales sólo los 103 santos de la memoria litúrgica de hoy han alcanzado el honor de los altares. Grandes persecuciones las hubo en 1801, en 1839, en 1846 y en 1866. No impidieron el crecimiento de la religión cristiana que para la última de las citadas fechas tenía 175.000 fieles. El primer misionero cristiano fue el sacerdote chino Chu Mun-mo, el cual moriría mártir en la persecución de 1801, decretada por la reina regente Kim Chong-sun, la cual quería arrancar de raíz el cristianismo y para ello sacrificó a 300 cristianos, muchos de ellos de la clase alta. Sólo después de repetidas súplicas a la Santa Sede fueron por fin enviados misioneros de la Sociedad de Misiones Extranjeras de París. En 1812 se dirigieron los cristianos al Papa pidiendo misioneros, petición que renovaron en 1827, pero sólo en 1831 se crea el vicariato apostólico de Corea, y se designa un primer vicario que muere antes de llegar a su destino. En 1837 en la ciudad china de Seu-Chuen es consagrado segundo vicario apostólico un misionero francés que ya estaba en China y serían él y otros dos misioneros franceses de su misma sociedad, que se adelantaron al obispo en su llegada a Corea, los que se introdujeran en el país. Pero cuando su presencia fue detectada empezó en 1839 una nueva persecución. Cayeron numerosos fieles, unos 200, de la clase media y los tres misioneros franceses, el obispo Lorenzo Imbert y los sacerdotes Pedro Maubant y Santiago Chastan (21 de septiembre de 1839). Setenta de los mártires venerados hoy padecieron martirio entonces. A la persecución de 1846 pertenece San Andrés Kim Taegón, cuya biografía tiene el lector en el día 16 de este mismo mes de septiembre, el cual encabeza la lista de los mártires, y ocho más de los santos de hoy fueron martirizados en este tiempo. La última gran persecución fue en 1866 y se ignora el número exacto de fieles inmolados pero consta que fueron varios miles. Veinticuatro mártires de este período, incluyendo dos obispos y siete sacerdotes franceses, se cuentan entre los canonizados. La persecución cesaba diez años más tarde, pero oficialmente no se decretó la libertad religiosa hasta 1882.

Digamos algo ahora del trato que se les daba a los mártires. Una vez arrestados eran sometidos a un juicio preliminar en el que eran interrogados y torturados. Si se les consideraba culpables eran llevados a un nuevo juicio, en el que se dictaba sentencia. Si se consideraba que su delito era contra el Estado, los juzgaba un tribunal supremo. Este tribunal fue el que juzgó a los misioneros. La prisión a donde eran llevados era una cabaña de madera rodeada de altas paredes. Tenía una pequeña entrada y no había ventanas. Era por tanto muy oscura, muy fría en invierno, muy calurosa en verano e incomodísima. Paja áspera y basta estaba esparcida por el desnudo suelo. A veces había tantos presos que éstos no podían al sentarse o echarse extender las piernas, y se les ataba con dos piezas de madera los tobillos. Se decía que la prisión era más dura y temible que la propia tortura. A las pocas semanas el estado de los presos era lamentable y la falta de higiene traía consigo que muchos murieran de tifus antes de que los ejecutaran.

Se han localizado hasta nueve tipos distintos de tortura. Algunos consistían en apalear al mártir con diferentes instrumentos. Otros se fijaban en algunas partes especialmente sensibles al dolor como las espinillas o los brazos. Otro era el de colgar al mártir en el aire y apalearlo entre varios... Hay que decir que las torturas eran sencillamente espantosas.

El día de la ejecución el mártir era llevado en una carreta de bueyes con una gran cruz de la que colgaba el preso por los brazos y el cabello y se le llevaba en el carro con toda prisa dando botes en los baches del suelo. Al llegar al sitio de la ejecución se le bajaba de la cruz, se le desnudaba y se le decapitaba.

En el grupo de mártires hay diez misioneros franceses, tres de ellos obispos y los demás presbíteros, y entre los mártires coreanos de nacimiento hay un sacerdote diocesano, cuarenta y cinco varones seglares y los demás mujeres de condición igualmente seglar, unas casadas, otras vírgenes y otras viudas, hasta completarse el número de 103 mártires. Sus nombres están reseñados en el *Martirologio* de hoy.

En la imposibilidad de dar aquí noticia de cada uno de los mártires hemos preferido dar una escueta semblanza de ellos en la sección de biografías breves, cada uno en el día de su

martirio, y a varios de ellos les hemos reservado una biografía extensa.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 17 (1925) 366s; 60 (1968) 657-661; 585-591; 80 (1988) 1375s.
BAUMANN, E., *Les martyrs coréens (1838-1846). La légende dorée au delà des mers* (París 1930).
Bibliotheca sanctorum. Appendice prima (Roma 1987) cols.363-370; 454-455; 591-592; 808-809; 1269-1270.
DALLET, C., *Histoire de l'Église de Corée* (París 1874).
DANTEM, G., *Seme di cristiani nel paese del mattino sereno: i 24 martiri di Corea 1866-1867* (Roma 1968).
ECHEVERRÍA, L. DE, «Beatos mártires de Corea», en L. DE ECHEVERRÍA - B. LLORCA, SI (dirs.), *Año cristiano,* III (Madrid 1959) 715-719.
The korean martyr saints. Founders of a Church (Seúl 1996).
VÉRINAUD, J., *Lumière sur la Corée: les 103 martyrs* (París 1984).

SAN EUSTAQUIO

Mártir (fecha desconocida)

Brotes de fe rompen en floración de mártires como manzano en primavera. El ejército romano es testigo de este retoñar cristiano; en las filas de sus legiones germina la fe. El orgulloso vencedor muere mansamente en la arena.

En la vida de San Eustaquio hay mucho de mano divina y no poco de piadosa invención humana. Muy extrañas coincidencias. Su nombre, Plácido, cortado a la medida para patricio circunspecto, morigerado, afable, crisol de virtudes humanas; el Eustaquio cristiano —fortaleza, solidez y firmeza—, predicción de una existencia movida bajo el signo de la cruz.

Algunas páginas de su crónica parecen arrancadas de la Sagrada Escritura: conversión con fulgores de camino de Damasco; Antiguo Testamento rememorado en pruebas, réplica de las de Job y escena de jóvenes del horno de Babilonia.

Que muchos detalles de la vida de nuestro santo —por más interesantes que parezcan— no tengan visos de realidad, no altera la substancia. Lo que no se puede negar, so pena de correr la aventura de enfrentarse con los hechos, es ese hilo de verdadero amor que, sin saber cómo ni dónde, salta de las pro-

fundidades del tiempo y marca toda una ruta devocional. Una ferviente e ininterrumpida, a veces vibrante y otras tenue, admiración por el soldado Eustaquio. En días de cristianismo heroico, martirial, brilla en Oriente y Occidente, en la aurora cristiana, como un símbolo de fortaleza y un estimulante del espíritu. Cuando la santidad andaba por el mundo cubierta de ornamentos rojos —días de mártires—, estos símbolos de fortaleza adquieren un valor de plena vigencia.

En dísticos latinos —poeta de empaque clásico— se nos presenta el varón —fuerza y vigor— de preclaras virtudes, esforzado soldado aureolado de esa majestad, prudencia y ecuanimidad evocada en su nombre.

Baronio, al hablar de nuestro santo, cita el Plácido de Flavio Josefo, jefe de la Legión X, en la guerra contra los judíos. Allá por el filo mismo de los siglos I y II se distingue como oficial de Vespasiano y Tito en el sitio de Jerusalén.

Su vida —como la de cualquier romano de entonces— la llenaba el quehacer de las armas, las ansias de conquista, el regusto del triunfo. En este ocaso de su grandeza la sociedad romana procuraba romper la monotonía de una vida fácil con ocios placenteros. A veces sus distracciones eran legítimas e inofensivas. Muchas llevaban el sello de un decadente paganismo. En el caso de nuestro soldado, le privaba la caza, deporte sano y ocupación honesta.

Salió al campo y aquel mismo día Cristo sale también de caza. Coincidieron los dos en el mismo recoveco de un monte escarpado. Ambos de acecho y a la espera.

Cuadro lleno de agreste misterio, divinos esplendores y humana poesía. La jornada era de auténtico éxito. A la vista, un verdadero ejército de ciervos; sobresale uno por su belleza. Plácido le sigue y se sitúa para dar con la presa codiciada. Pero la estrategia divina toma delantera, y nos dice ingenuamente la crónica que «el cazador fue cazado en las redes de la misericordia divina»: una luz fulgurante ilumina las astas del ciervo que, en forma de cruz, sostiene la figura humana del Salvador.

Un cuadro de auténtica remembranza bíblica: Dios pone sus palabras en boca de un animal: «Oh, Plácido, ¿por qué me sigues? Soy el Cristo que ignoras».

«Dame fortaleza y vigor para soportarlo...», humilde súplica a las palabras de Cristo.

Siguiendo la voz de Dios, busca un sacerdote que le instruya en la fe y vuelve a su rincón de luz a recibir nuevas instrucciones.

Un escenógrafo hubiera echado mano de este paraje para un decorado de milagro y de misterio: entre el Tibur y el Preneste, cerca de Guadagnolo, entre los pliegues caprichosos de unos montes; en un rincón, por techo el cielo. En Monterella, lugar próximo, apareció la tabla de dedicación de una iglesia por el papa Silvestre I en honor de San Eustaquio. En sugerentes miniaturas y xilografías de libros litúrgicos e históricos se conservan ingenuos recuerdos de la escena.

Fe de sentido militante. Había sido la milicia ocupación de su vida. Su esposa, la noble Taciana, cristiana Teopista, y sus hijos Agapito y Teopisto, son su primera conquista: un sueño, llamada de Dios, les presenta un cazador, un ciervo, un monte..., el signo de la cruz. Visión sublime que abre de par en par sus espíritus. Ven la luz de Dios calando en el alma del padre.

El presbítero Juan les lava con las aguas de la regeneración y les arma caballeros de Cristo con el escudo de la fe. Pasan a las filas de Cristo. Humilde, penitente, se acerca a la ciudad santa de Jerusalén, donde se asomara ambicioso soldado en busca de gloria. Ahora tras el signo de la cruz, siguiendo el rastro del Crucificado.

Buena conquista la de Plácido; Cristo puede contar con incondicional y valiente soldado. No olvidemos —es una división exacta de la fisonomía de los santos— que los mejores elementos son el hombre de piedra o el hombre de fuego, el que resiste o el que arde. Aquí tenemos un hombre de piedra.

No se hacen esperar las pruebas: esclavos y ganados mueren de contagio; pronto vendría el golpe sobre su esposa e hijos. De momento prefiere la soledad. Dejar el alma más libre y limpia para sumergirla totalmente, con más pureza, en Dios. Decide marcharse al desierto, a Egipto. La devoción cristiana acaso fabricara este dato con la asociación —salvando una valla de siglos— de la santidad que floreciera entre los santos eremitas. Se hace a la mar con su esposa e hijos, mas el patrón del navío,

prendado de Teopista, desembarca al padre e hijos y levando anclas, dueño de la presa codiciada, zarpa para Siria. Continúa sin interesarnos la geografía.

La leyenda tiene verdadero afán en decorar la vida de los santos. No cesa en su empeño. Ahora nos presenta a San Eustaquio atravesando el desierto y abocado de pronto a las márgenes de un río. Pasa sus hijos en hombros. Uno en cada orilla (el padre nadaba para ir a recoger al segundo), aparecen unas fieras y se llevan sus seres queridos. Todo parece dispuesto con precisión matemática, como por un resorte. La imaginación popular llegó a ver un león y una loba. La historia —y nosotros con ella— ve la soledad de un esposo y un padre. Sin especificar circunstancias. Son éstas las parcelas que la historia cede al cultivo de la leyenda.

Eustaquio solo en el mundo. Así pensarían quienes no sintieran el pulso de la mano de Dios. Para el mundo es una auténtica paradoja; para los santos, estos golpes y pruebas son indicadores puestos a lo largo del camino.

«Señor, que me habéis privado de la esposa y los hijos: Disponed ahora del padre según vuestra santa voluntad...»; sólo un alma de temple de santo responde así. El vendaval le llevaba al puerto, y en su arribada encuentra la felicidad. En una insignificante aldea, Badisa, sirve durante catorce años a un rico granjero. Pasa inadvertido. Sólo le ven los ojos de Dios.

En la vida de los santos Dios lleva el traspunte. A menudo sale el milagro a escena. Un buen día se ve, con sorpresa, incorporado, con todos los honores, al ejército. Sus hijos, libres de las fieras, alistados en aquellas mismas legiones. La voz de la sangre se reconoce. Llevada de la mano de Dios, aparece Teopista para completar aquel cuadro de hogareña felicidad. El criado, los jóvenes soldados y la sirviente Teopista, la familia del rehabilitado general.

Los mismos laureles con que Marte regalara al esforzado Plácido, se los depara la Providencia a Eustaquio. La santidad no anula las cualidades humanas. Les pone la etiqueta de su destino: Dios. Roma le espera para recibir los honores del triunfo. Se preparan festejos extraordinarios y número insustituible —el primero y fundamental—, sacrificar a los dioses. A Eustaquio, protago-

nista de la aclamación, le corresponde su turno. Ha de acercarse al altar y hacer su ofrecimiento. Pero no da un paso hacia el ara sagrada. Confiesa su fe y reserva el sacrificio cruento de su vida para Cristo. El índice de Dios le marca un camino que no es precisamente el de recibir el laurel que corone su cabeza.

Rubrica su nombre, fortaleza, con su propia sangre. Auténtico e infalsificable refrendo. La cárcel, las cadenas, las fieras..., incapaces de doblegar al soldado de Cristo. Se echa mano de los medios que con más refinamiento inventó la malicia humana. No faltó el martirio del corazón: su esposa e hijos serían compañeros. Pero Dios saca vida de la muerte misma; pasan los tormentos sin conseguir otra cosa que profundizar —como los temporales de invierno— las raíces de su fe profunda.

Nos dicen sus biógrafos que, como los jóvenes de Babilonia, fueron pasados por el fuego. Crisol de purificación. Encerrados en un toro de bronce candente, ni un cabello de su cabeza quedó chamuscado. Parece que nuestros santos —como niños grandes— sienten placer en burlarse de la maligna condición humana, riéndose de las leyes y desafiándolas y actuando contra naturaleza y contra corriente.

Aunque el fuego ni siquiera ahúma sus vestidos, milagrosamente, glorificando a la Santísima Trinidad y cantando himnos de alabanza, sus almas, como una angélica exhalación, vuelan al Señor, con la aureola del martirio. Dicen que el 20 de septiembre del año 130; los Bolandos el 128. Poco interesa la cronología. Lo cierto es que al final del primer tercio del siglo II estos insignes mártires dieron testimonio de su fe. La fecha se encuentra borrosa en los anales y crónicas.

Sus cuerpos fueron recogidos, como aliento de vida en los fragores y tempestades del naciente cristianismo. Su memoria, evocación de triunfo y fortaleza. Atraviesan la época gloriosa dejando una estela de luz, esperanza y optimismo. Esto explica la íntima y profunda devoción. Hasta la remota España llegan las venerandas reliquias y en el recoleto rincón del convento de Santa Clara de Madrid se guardan como un tesoro. Los fieles acudieron, confiadamente, en busca de fortaleza. Esa virtud que da un tono especial a la vida cristiana.

TOMÁS TERESA LEÓN

Bibliografía

Acta sanctorum. Septembris (Venecia 1757) t.VI, p.106-137.
Art. en *Analecta Bollandiana* 64 (1946) 161s.
Bibliotheca hagiographica graeca (Bruselas [3]1957) 89.
Bibliotheca hagiographica latina (Bruselas 1898) 414-415.
GEROULD, G. H., *Forerunners, congeners and derivatives of the Eustace legend* (Cambridge 1904) 335-448.
MONTEVERDE, A., «I testi della leggenda de S. Eustachio»: *Studi medievali* 3 (1908/1911) 392s.

BEATO FRANCISCO DE POSADAS

Presbítero († 1713)

Del padre Posadas se ha dicho que tenía la pobreza de San Francisco de Asís, la austeridad y poder taumatúrgico de San Francisco de Paula, la dulzura y sabiduría de San Francisco de Sales, el celo por la fe de San Francisco de Regis, la obediencia y temple de San Francisco Javier.

El padre presentado, fray Francisco de Posadas, es un personaje relativamente moderno: dejó esta vida cuando el siglo XVIII iba a cumplir tres lustros. Su biografía es simple, casi esquemática, aunque colmada de peripecias vocacionales y éxitos apostólicos. Por fortuna, su mismo confesor, el padre maestro fray Pedro de Alcalá, más tarde provincial de los dominicos de Andalucía, escribió al detalle la vida y milagros del nuevo «San Vicente Ferrer» —como le llamaba la gente— en un libro de tomo, lomo y más de 800 páginas; ésa es la fuente auténtica y gozosa de todos los biógrafos posteriores. Y en ella se ha inspirado directamente la semblanza que aquí pergeñamos.

Oriundos de Galicia, estirpe hidalga de sangre y de casa solariega con renombre —capitanes (un bisabuelo suyo conquistó Cheves y Monforte, rindiendo a fuerza de coraje las dos villas lusas), canónigos e inquisidores, eran honra y prez de la familia—, Esteban Martín Losada y María Fernández-Pardo y Posadas tuvieron una luna de miel amarga: los vasallos de Juan de Braganza arrasaron Lama de Arcos y, como desquite, cebaron el deseo de venganza contra viejas derrotas en la casa infanzona del joven matrimonio, que huyó, en busca de clima y economía más propicios, a Córdoba. Allí montaron una tienda de pañería. Ni les fue bien en el negocio ni en el matrimonio; aquél se

arruinó; éste vio malograrse reiteradamente las esperanzas de sucesión. Don Esteban Martín abre una nueva tienda de naranjas y limones y especiería en la plaza del Salvador, en una casa contigua a la puerta principal del convento de San Pablo, según se sale a mano derecha; María Fernández-Pardo y Posadas acude a la Virgen de la Fuensanta implorando fecundidad y ofreciendo de antemano el primer fruto de sus entrañas a la celestial Señora. Y el día 25 de noviembre de 1644 nace, en la casatienda, un niño a quien, el 4 de diciembre, en la parroquial de San Andrés, pusieron por nombre Francisco.

Cinco años más tarde, otra vez la desgracia vino a rondar el humilde hogar. Falleció don Esteban Martín Losada. Francisco saboreó el pan de la temprana orfandad. La pobreza había obscurecido totalmente el esplendor de la sangre hidalga; pero empezaba a florecer, en la tierra árida de la miseria, la hidalguía de la gracia. Madre e hijo forman un bloque natural y sobrenaturalmente irrompible; ella, fiel al voto; él, piadoso, bien dispuesto siempre a la obediencia y al amor. La viuda casó en segundas nupcias con Juan Pérez Cerezo; fue un padrastro con Francisco. No consintió que el niño fuese al colegio de la Compañía de Jesús; era un gran sacrificio, y el egoísmo del nuevo jefe de familia triunfó sobre el ideal —sangre y promesa— de la madre; cuatro años de oficial aprendiz de cordonero pasó el joven en un taller sito en las Casillas, en el campo de San Antón: cuatro años de galeras bajo el rigor de un hombre de «indigesta condición» que más parecía un cómitre que un maestro artesano. Francisco aprendió lo que es ganar el pan con el sudor de la frente y del alma. Impávido y fervoroso aguantó el rudo noviciado de la vida pobre, acrisolándosele el espíritu. Su madre seguía soñando. El maestro o cómitre se convenció de que el camino vocacional del aprendiz no iba por allí; era un hombre de Dios. Lo había demostrado hasta el heroísmo. Pero el padrastro no cede. Dios vino en ayuda de la madre y del hijo. El padre maestro fray Miguel de Villalón le buscó acomodo en San Pablo y le dio clases de latín. El «hijo de la vendedera», con dieciséis años al hombro, empezó a rumiar declinaciones y conjugaciones.

En este tiempo muere el padrastro, fracasa la tienda y Francisco retorna al hogar. La madre se dedica a recovera, es decir, a

revender huevos por las calles; sacar el hijo adelante, ofrecérselo a la Virgen. No piensa en otra cosa. Francisco siente también la ineludible llamada de la gracia. Pide el hábito; pero el convento dominicano de San Pablo de Córdoba es nido de águilas, fragua de sabios y crisol de sangre. La flor y nata de las familias cordobesas se glorían de tener allí hijos que son ya obispos o maestros en teología. Los estatutos de limpieza de sangre y el orgullo aristocrático velan por la ejecutoria del convento. No le faltaban a Francisco nobleza de sangre y nobleza de alma, pero era notoria su calidad de hijo de la «vendedera». Estaban cerradas las puertas de San Pablo para él; la madre apuró el contratiempo; buscó otro monasterio y fue admitido. Estaba todo a punto para la toma de hábito; Francisco acudió a despedirse de la Virgen del Rosario, en su capilla de San Pablo, como quien se ve obligado a decir adiós a una madre celestial; rompió en llanto y regresó al lado de la madre terrena que le había preparado ya el modesto hatillo para su nueva vida. Francisco estaba inconsolable; a pesar de todo, quería ser «fraile de la Virgen». El protector, padre Villalón, lo envió a Escalaceli, extramuros de la ciudad, convento dominicano pobre, donde San Álvaro de Córdoba empezó la reforma de la Orden a raíz de la Claustra, donde se santificó y escribió fray Luis de Granada; Escalaceli era una cuna de santos, mientras San Pablo era forja de sabios. Para Dios no hay racismos; fray Andrés Mellado, prior a la sazón, lo recibió de buen grado. Y el 23 de noviembre de 1672 le dio el hábito. Se enfureció el prior de San Pablo; ya era tarde: el novicio había salido muy de madrugada hacia Jaén, donde haría el noviciado. En el ínterin vacó el provincialato y el cargo recayó, por derecho, en el prior de San Pablo; dio órdenes de expulsión del novicio, pero los frailes de Jaén se opusieron con razones y con ruegos. Por prudencia tuvo que acceder a que el novicio profesase, pero le prohibió que, de regreso a Escalaceli, entrase en Córdoba, ni siquiera a dar un abrazo a su madre, «la vendedera».

El nuevo provincial lo destinó a San Pablo para hacer los cursos de artes, filosofía y teología. Ante la oposición del padre prior, enconado enemigo de fray Francisco, optó por enviarlo a Sanlúcar de Barrameda. Allí se granjeó una no común estima

por su talento y virtud. El padre Tirso González, andando el tiempo prepósito general de la Compañía de Jesús, conoció y admiró al joven dominico, cuando aquél estuvo en Sanlúcar predicando. Fray Francisco era su más entusiasta oyente. Por fin, a finales de 1678, se fue a Guadix; el obispo, fray Diego de Silva y Pacheco, le ordenó sacerdote el 22 de diciembre. Pocos días después cantó su primera misa en el altar de la Virgen de la Fuensanta, apadrinado por el padre Villalón y don Andrés Fernández de Córdoba, señor de Zuheros.

Retornó a Sanlúcar y empezó a predicar. Santidad y sabiduría brillaban en el joven predicador tanto que el padre Enrique de Guzmán, nombrado regente de la Minerva de Roma y luego vicario general de la Orden, quiso llevárselo consigo. No accedió al honor; era impiedad dejar para siempre a su anciana y bendita madre; era infidelidad a la vocación buscar cátedra en lugar de púlpito. La fama pregonaba maravillas de sus sermones; el prior de San Pablo, que no era ya el que le persiguió con tan malévola constancia, le invitó a predicar en la iglesia del convento; pero los aristócratas maestros en teología amenazaron con quemar el púlpito si ponía en él los pies el hijo de la «vendedera». Pero la gracia acabó por vencer al pecado; la humildad, a la obstinación. El padre Posadas fue destinado al hospicio u hospedería que en Córdoba tenía el convento de Escalaceli; un ángel lo recibió al llegar, diciéndole: «Ésta será tu cruz». Se dedicó a predicar con gran fruto. Una calumnia fue motivo para que le quitasen de allí y lo mandasen reintegrarse al convento de la sierra; falló, por grave enfermedad, un maestro de San Pablo encargado de dar unas misiones cuaresmales en Almadén y Chillón; el padre Posadas lo reemplazó en última instancia, pero con ventaja. Al regresar, el calumniador estaba arrepentido. Y el prior de Escalaceli pidió perdón al padre Posadas y volvió a encomendarle el hospicio, que en adelante será conocido con el nombre de «Hospitalico del padre Posadas».

Y aquí empieza la «vida pública», la vida del profeta en su patria, la vida del milagro y del sacrificio total. La hora de la acción apostólica. El mensaje misionero y espiritual del padre Posadas tiene dos facetas entrelazadas por un fin común: la del predicador y la del escritor.

Predicaba en las iglesias, en las calles y en las plazas. En plan de misionero infatigable. Cantaba el pueblo con él coplas devotas; recitaban la doctrina cristiana; rezaban en alta voz el rosario. Un crucifijo presidía siempre la procesión. Entraba en las cárceles, en los monasterios.

> «Poníase sobre una pequeña mesa, donde la piedad del que pasa a vista de la cárcel pone la limosna a los presos, y como no podía sobresalir para dominar a tanto auditorio, sacaron el púlpito de la inmediata iglesia de Nuestra Señora del Socorro [...]; oíanle muchedumbres; también los maestros en teología, incluso el anciano prior que tanto le persiguió, se había rendido, y no faltaba nunca a sus sermones, mezclándose entre la gente [...]; aseguraban muchos el lugar desde por la mañana [...] sin cuidar del alimento del cuerpo [...]; inquisidores, obispos y cardenales lo escuchaban atónitos lo mismo que las masas enfervorizadas».

Treinta años pasó predicando en Córdoba, salvo algunas temporadas breves en que misionaba por la provincia. Realmente, era un caso excepcional, extraordinario. Nadie se acordaba ya de su humilde origen; él, sí; lo repetía con exquisita humildad para acallar los elogios, para ahuyentar la tentación de los honores: prioratos y mitras, ambición de tantos humanos, fueron quedándose a sus pies. Renunciaba a todo lo que no fuese humildad: santidad. Ningún predicador había arrastrado las muchedumbres así desde tiempos de San Vicente Ferrer. Como ejemplo de la eficacia de su predicación, hay uno muy significativo: se empeñó en desterrar las comedias y cerrar el teatro y lo consiguió. Como es lógico, era una tarea difícil. Pero ahí está, después de una lucha de resistencias y tiras y aflojas, el decreto del ayuntamiento de Córdoba que decide suprimir y demoler el teatro público a 11 de octubre de 1694. Córdoba vio y vivió los mejores tiempos de su cristianismo con el padre Posadas.

El 20 de septiembre de 1713 celebró misa muy tempranico; se sentó luego en el confesionario; se despidió de sus confesandos; a las diez treinta se retiró diciendo adiós a todos; a las once treinta le dio un ataque de apoplejía, que muchos confundieron con uno de sus frecuentes raptos; a las siete treinta de la tarde expiró. Tenía sesenta y nueve años; lo trasladaron aquella misma noche al convento de San Pablo; no lo habían querido recibir vivo y lo recibieron —y con grandes honores— muerto.

Repicaron todas las campanas de la ciudad; el pueblo acudió en masa a venerarlo y se retrasó dos días el entierro; el Ayuntamiento le costeó una lujosa sepultura en el capítulo, revestida de seda, teniendo que sacar los restos de los dos padres maestros que más le habían perseguido para depositar en su lugar los restos mortales del padre Posadas; sobre su tumba se grabó un epitafio historiado.

Sobre su tumba siguen los cordobeses desgranando súplicas y lágrimas. Y el padre Posadas los escucha con la bondad de siempre. Desde el cielo.

El padre Posadas, extraordinario representante de la oratoria sagrada española en los últimos tiempos, fue también un gran maestro y escritor espiritual. Su biógrafo, padre Alcalá, se admiraba cómo podía tener tiempo para escribir un hombre que pasaba todo el día predicando, confesando y orando. Pero ahí están sus obras, que revelan un digno continuador de la gran escuela mística del siglo XVI. Cultivó el género biográfico, dejándonos tres biografías: una de Santo Domingo, muy alabada y reeditada; y otra del extremeño padre Cristóbal de Santa Catalina, presbítero y fundador del Hospital de Jesús Nazareno, dirigido espiritual suyo; y una tercera de la madre Leonor María de Cristo, monja dominica de Santa María de los Ángeles, de Jaén; cultivó, además, el género didáctico, escribiendo un bello libro contra Molinos, el maestro espiritual condenado; también ensayó el género poético en más de una ocasión, aunque sin insistencia; sólo algunos versos suyos vieron la luz, quedando inéditos otros muchos, como el que empieza: *En las aras de mi amor peno y gozo a un mismo tiempo...*

Pero, sobre todo, escribió muchos tratados espirituales en forma de sermones; cinco tomos de estos escritos publicó su confesor con el título de *Obras póstumas.*

«Crióle Dios naturalmente retórico». El alcance de este juicio, hecho por quien lo trató tantos años, puede descentrarse si se prescinde de la época en que actúa, de la constante dedicación a la predicación y de las dotes psicofísicas de que estaba adornado. Cuerpo robusto, carácter sanguíneo, incendiado en el amor de Dios y de la Virgen, incendiador de almas. Su estilo literario es barroco, viril, vital; pese a las metáforas —siempre

apropiadas, rebuscadas en las fuentes bíblicas las más de las veces, finas a lo Góngora siempre—, su estilo logra un contacto directo con la realidad cotidiana; es plástico, como conviene a un misionero; florido, para rendir tributo al gusto del tiempo; docto, como convenía a un ingenio doblemente feliz: por don de naturaleza y del arte. En el *Llanto de las virtudes* —sus tratados llevan siempre epígrafes metafóricos: *Silbos; Ladridos; Voces; La mano que abre la puerta del cielo; La mejor Rosa de Jericó; Místicas espigas de la mejor Ruth; Las casas del olvido; Horas de un reloj cristiano que despierta al alma del pecador dormido; Caminos para la conversión del alma; Devoto peregrino del cielo; Colirio; El sueño de la culpa; Las tradiciones del Alcorán del mundo;* etc.— finge que encuentra «unas doncellas ricamente vestidas y con honestidad adornadas»:

> «Estaba la una hincada de rodillas, el semblante devoto, y los ojos en el cielo; la otra tenía un compás en la mano, con que parece que medía o ajustaba; otra sustentaba un peso, con que repartía las cosas que pesaba a los circunstantes; otra estaba de pie en una columna, sin ladearse...».

A todas les va preguntando por los motivos de su llanto; y ellas responden que son las virtudes y que los motivos del llanto puede preguntárselos al profeta Jeremías... El diálogo, cabalgando en la metáfora, es encantador; los sermones sobre el pozo y la fuente de Samaria rezuman una frescura y un gracejo humanísimos, pero al mismo tiempo revelan ansias espirituales de la mejor ley. Análogos ejemplos nos ofrecen los *Silbos* o llamadas de Cristo a las ovejas, o la descripción de «las tradiciones» del Alcorán del mundo, donde analiza los principios o decires falsos por los que se rigen los hombres.

Escritor espiritual de talla, amén de predicador infatigable, docto y digno, enamorado de la Virgen, el padre Posadas dejó tras sí una estela de luz y de verdad que no se eclipsan; Pío VII lo beatificó solemnemente el 20 de septiembre de 1818.

ÁLVARO HUERGA, OP

Bibliografía

ALCALÁ, P. DE, *Vida del V. Siervo de Dios el M. R. P. Presentado Fr. Francisco Posadas de S. O. P., hijo del convento de Scalacoeli, extramuros de la ciudad de Córdoba* (Córdoba 1728; Madrid 1737).

— *Sermón en honras del V. P. F. de Posadas* (Cádiz 1713).

HUERGA, A., «El P. Posadas, maestro de la vida espiritual»: *Vida Sobrenatural* 60 (1958).
QUIRÓS, P., *Apuntes y documentos para la historia de la provincia dominicana de Andalucía.* I: *Biografías* (Almagro 1915) 26-40.
SAGREDO, J. J., *Bibliografía dominicana de la Provincia Bética, 1515-1921* (Almagro 1922) 124-126.
• Actualización:
MARTÍN RAMOS, N. E., *Beato Francisco de Posadas: misionero popular* (Madrid 1997).

SAN JUAN CARLOS CORNAY

Presbítero y mártir († 1837)

Fueron los rasgos peculiares de su carácter la sencillez y la alegría, y fue con sencillez y alegría como aceptó el martirio, luego de haber dedicado su vida al servicio de Dios y a la extensión del evangelio.

Era francés, y había nacido en Loudun, en el Poitou, el 27 de febrero de 1809, hijo de los dueños de una tienda de telas estampadas. Era la suya una familia cristiana y honesta que quiso dar a este hijo una buena educación. Fue primero alumno del colegio de Saumur y luego, cuando podía orientar su vida hacia los estudios liberales, se decidió por el seminario. La posición económica de sus padres era desahogada y él hubiera podido estudiar derecho o medicina por ejemplo, pero su carácter dulce y pacífico le llevó a elegir los estudios eclesiásticos, y así, al comenzar su adolescencia, ingresó en el Seminario Menor de Montmorillon. De ahí pasó, el 20 de octubre de 1827, al seminario conciliar de Poitiers. Todos le tenían gran aprecio por sus buenas costumbres, agradable trato y vida ordenada, estudiosa y devota.

Todo se desarrollaba normalmente en el curso de sus estudios cuando un misionero marista dio en el seminario una conferencia acerca de las misiones que llevaba adelante en varias partes del mundo la Congregación de Propaganda Fide por medio de varias congregaciones religiosas y sociedades misioneras. Y una luz se encendió en el corazón de Juan Carlos. Pensó que la tarea misionera era verdaderamente una forma estupenda de ocupar la vida y la perspectiva del martirio empezó a llenarle de santa ilusión. No dudó en comunicar sus sentimientos a su familia, recibiendo de casa una carta en la que su familia intentaba

disuadirle. Juan Carlos contestó a su madre que sentía mucho que su determinación le causase pena, pero que no dudara de que si su vocación se llegaba a afirmar él sentirá muchísimo separarse para siempre de ella, pero lo haría puesto que estaba dispuesto a hacer la voluntad de Dios antes que hacer la voluntad de su madre, porque Jesús en el evangelio señala que todo aquel que no deja a su padre y a su madre para seguirle cuando él lo llame, no puede ser su discípulo. Afirma que Dios sabe muy bien lo que es el corazón de una madre y que su negativa no es el signo de la divina voluntad. Perseveró, pues, en su propósito y en el otoño de 1830 salió para el Seminario de Misiones Extranjeras de París. Aquí se adhirió a la sociedad misionera y recibió el diaconado. En septiembre de 1831 fue destinado a la misión de Su Tchuen, en China, embarcándose para Macao, a donde llegó en marzo de 1832. No le fue posible de momento llegar hasta su puesto misional y hubo de pasar una larga espera de oportunidad de hacerlo en Hanoi, donde se ordenó sacerdote el 20 de abril de 1834. No mucho después se vio atacado por las fiebres y esto lo retuvo en el lecho, teniendo la sensación de ser inútil para la tarea misionera, pero dedicándose a la oración como apoyo a las misiones y ofreciendo al Señor con gran entereza su enfermedad y sus sufrimientos. En cuanto podía ejercitaba el ministerio sacerdotal y se sobreponía a su debilidad para dar a conocer a Cristo. Por fin fue destinado a un puesto misional en el pueblo de Bau-No con sus catequistas San Pedro Duong y San Pedro Truat.

Y le llegó la hora de dar el testimonio supremo de la vida. En Tonkín estaban en vigor los decretos persecutorios contra el cristianismo, bien que no siempre se urgían con la misma fuerza. Pero siempre era posible apelar a ellos para atacar a cualquier cristiano. El mandarín de donde vivía Juan Carlos conocía perfectamente la presencia del misionero, pero la disimulaba. Pero la mujer de cierto pirata que había sido expulsado de la parroquia de Bau No, acusó a Juan Carlos de ser el jefe de una insurrección, y para ello escondió armas que pudieran comprometerlo. El gobernador envió un general y 1.500 soldados para hacer la oportuna investigación, y, como el mismo Juan Carlos narra, llegaron a prenderle en el momento mismo en que se dis-

ponía a celebrar la santa misa. Un cristiano lo condujo a toda prisa a un espeso matorral, donde se escondió como pudo. Durante unas horas, que las pasó rezando el rosario, pudo esquivar la captura, pero a las cuatro de la tarde fue descubierto por los soldados, a los que él se entregó y que procedieron rápidamente a arrestarlo y a ponerle una canga, comenzando así sus sufrimientos. Lo tuvieron mucho tiempo expuesto a los rigores del sol, y el mártir decidió sentarse a esperar con paciencia qué harían con él. Pasado un tiempo, pidió al mandarín un poco de arroz pues no había comido nada en todo el día, y le dieron tres cucharadas de arroz. Llegada la noche le ofrecieron una estera rota, en la que se sentó cargado con la canga, como pudo, y pasó la noche sin pegar ojo. Mandó luego el comandante de las tropas construir una jaula de cañas y encerrar en ella al misionero. Como no había parado de recibir golpes desde su captura, la jaula vino a servirle de protección, aunque se sintió —dice él mismo— como un lobo capturado. Los guardias examinaron los ornamentos sagrados y sacaron también algunos libros que él pidió, junto con el crucifijo, y se los concedieron. Ocho hombres tomaron la jaula y emprendieron con el misionero dentro el camino hacia Son Tay, la capital de la provincia, que estaba a seis leguas de Bau No. Hubo muchas dificultades en el trayecto porque la jaula era más ancha que los caminos y hubo de ir a veces a campo través. La noche la pasaron al sereno. Al día siguiente prosiguieron la marcha, yendo delante 150 soldados y otros tantos detrás, siguiéndole mandarines en palanquín. Iban también, cargados con la canga, diez cristianos, que habían sido igualmente apresados. Multitud de gente salía a ver el espectáculo. Llegados a una de las prefecturas del país, el prefecto le obligó a que cantara pues había oído decir que tenía buena voz. Hubo de hacerlo y entonces le dieron de cenar. Siguieron el camino y llegaron a la capital de la provincia. Aquí el gobernador se limitó a examinarle detenidamente y se le comunicó que iría a la capital real para quedar al juicio del rey. Una vez se retiró el general, la turba lo rodeó curiosa y Juan Carlos aprovechó la curiosidad para decir que no tenía miedo. Era el primer europeo que veían muchos. Le preguntaban si estaba casado y él explicó que estaba soltero y por qué. No dejó de anunciarles a Cristo y de hablarles de la Virgen María.

Se le trasladó al mártir a otra jaula, cuadrada, de cinco pies de alta por cuatro de ancha, lo que impedía que pudiera ponerse de pie ni estirarse recostado, causándole la postura forzada de encogimiento no pocos dolores. Al cabo de ocho días se hallaba verdaderamente baldado. Él rezaba continuamente su breviario, se entregaba a la voluntad divina y ofrecía su situación por el perdón de sus pecados y la difusión del evangelio. Y estaba seguro de que era la muerte lo que le aguardaba, aceptándola y dando gracias a Dios por el martirio. Pudo escribir desde la jaula a sus familiares y les dijo a sus padres y hermanas que ofrecía sus sufrimientos también por ellos.

Enterado el rey Ming Mang por los mandarines de la captura del misionero europeo, al cabo de quince días, mandó a decir que dejaba la suerte del sacerdote en manos de los mandarines. Juan Carlos fue entonces interrogado y reconoció su condición de sacerdote y misionero. Se le exigió la apostasía del cristianismo, y al negarse, el misionero fue cruelmente apaleado, no saliendo un solo quejido de su boca sino soportándolo todo con paciencia heroica. Continuaron los interrogatorios e instancias a que apostatara pero se mantuvo firme en la fe. Entonces se dio orden de que le cortaran las extremidades. Desde la jaula pudo escribir a sus padres que ya su sangre se había derramado varias veces y que aún se derramaría varias veces más antes de que le fueran cortadas las extremidades y la cabeza. Les dijo a sus familiares que la pena que ellos experimentarían cuando supieran su muerte le había causado a él dolor y lágrimas pero el saber que para cuando leyeran la carta estaría él intercediendo por ellos en el cielo le había consolado. Les pedía que no señalaran con piedra negra el día de su martirio, porque iba a ser el día más feliz de su vida, término de sus sufrimientos y principio de su felicidad. Y les contaba su futuro martirio, diciéndoles que como la mutilación de sus extremidades sería simultánea, su dolor sería todo junto y en un instante. Esta carta la escribía el 18 de agosto de 1837.

El martirio fue un mes más tarde, el día 20 de septiembre. Era miércoles de Témporas en la liturgia romana de entonces, y se hizo la ejecución con el boato y la solemnidad acostumbrados en Oriente. Hubo el acompañamiento de trescientos solda-

dos que escoltaron la jaula del mártir hasta el lugar del suplicio. A los lados de la jaula se colocaron los verdugos con sables y hachas. Delante de la jaula un criado lleva una tablilla con la causa de la muerte escrita. Una multitud ve pasar el cortejo. En medio de ella estaba el sacerdote nativo Padre The, el cual, a la señal convenida y al pasar el mártir, le da la absolución sacramental. Tras veinte minutos de camino, el cortejo llega al campo. El mártir es obligado a salir de la jaula. Lo sientan y le quitan las cadenas. Clavan cuatro estacas en tierra. El mártir se despoja por sí mismo de su ropa y se echa en tierra boca arriba sobre la estera de su altar que le habían permitido tener en la jaula. Los verdugos le atan los pies y las manos en las estacas y con otras dos estacas le sujetan la cabeza. Sonó un tambor, y el verdugo cortó de un tajo la cabeza del mártir, la tomó por una oreja y la arrojó a un lado y llevándose a la boca la hoja del sable ensangrentado la lamió. Luego le fueron cortados al cadáver las extremidades. Debió haber sido al revés: cortarle primero las extremidades y luego la cabeza, pero el general mudó su orden y así se le ahorró sufrimiento al misionero. Luego despedazaron el tronco, le sacaron el hígado y se lo comieron para hacerse valerosos como el mártir. Los cristianos recogieron sus restos mortales y en un ataúd lo enterraron en el mismo lugar del suplicio aquella tarde. Al cabo de tres días los cristianos recuperaron también la cabeza que debía estar expuesta durante ellos.

El papa León XIII beatificó a Juan Carlos con otros mártires el 27 de mayo de 1900, y el papa Juan Pablo II lo canonizó el 19 de junio de 1988 junto con los 117 mártires de Vietnam, muertos por la fe entre los años 1745-1862, que habían sido beatificados a lo largo del siglo XX.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 83 (1991) 377-381.

Art. en *Bibliotheca sanctorum*. IV: *Ciro-Erifrido* (Roma 1964) cols.181-182.

LAUNAY, A., *Les cinquante-deux serviteurs de Dieu, français, annamites, chinois, mis à mort pour la foi en Extrême Orient de 1815 à 1856 dont la cause de béatification a été introduite en 1840, 1843, 1857* (París 1893) t.I p.237-264.

El santo de cada día. V: *Septiembre-octubre* (Zaragoza 1948) 201-209.

SANTOS LORENZO HAN I-YONG, PEDRO NAM KYONG-MUN, TERESA KIM IM-I, SUSANA U SUR-IM, ÁGUEDA YI KAN-NAN, CATALINA CHONG CHOR-YOM Y JOSÉ IM CHI-BAEG

Mártires († 1846)

Estos santos forman parte del grupo de los 103 mártires cuya memoria litúrgica se celebra hoy y a quienes el papa Juan Pablo II canonizó solemnemente el 6 de mayo de 1984 en la capital coreana, Seúl (cf. *supra)*. De estos siete mártires se conmemora hoy tanto su memoria como su pasión.

LORENZO HAN I-YONG nació en Doksan o Toksan, provincia de Chungchong, el año 1798. Cuando tenía 14 años llegó a la fe cristiana, y ya bautizado, meditaba frecuentemente delante del crucifijo con gran sentido de la penitencia y era muy asiduo a los oficios religiosos. A los veintiún años se casó con una joven católica y se hizo granjero en el pueblo de Uni, Yangju. Muy caritativo, se ocupaba mucho de los pobres y los trataba con gran fraternidad. Se le advirtió que se excedía en sus limosnas, pero él decía que todo era poco para servir al propio Jesucristo. Pasaba los domingos en oración, sin permitirse trabajar, y ayunaba cada día en Cuaresma. Cuando llegó a Corea, el obispo Imbert fue informado de la buena conducta de Lorenzo y lo puso al frente de la comunidad cristiana de su pueblo. Ejerció con gran celo su tarea de catequista. Todos se edificaban de su gran ejemplo de vida cristiana. Cuando el P. Andrés Kim fue arrestado, las autoridades creyeron que su casa pertenecía a un tal Yi Chae-yong. Ellos fueron a su tío y le preguntaron que dónde vivía su sobrino y les indicó que en Uni. Los soldados llegaron al pueblo y los católicos huyeron a los montes, pero Lorenzo se quedó y se hizo encontradizo con ellos. Dejando a un lado perseguir a los demás, los soldados se dedicaron a Lorenzo, al que ataron, maltrataron y vejaron, desnudaron y colgaron de una viga. Mientras lo maltrataban, le decían que apostatara del cristianismo y les dijera dónde estaban los otros católicos. En medio de la tortura, el mártir no pronunció una queja. Luego decidieron llevarlo a la capital, y cuando quisieron subirlo a un caballo él dijo que prefería ir andando, como andando fue Jesús al lugar de su suplicio. Llegados a la capital,

continuaron los golpes y las torturas, y a consecuencia de ellas murió. Era el 20 de septiembre de 1846.

PEDRO NAM KYONG-MUN nació en Seúl en 1797 en el seno de una familia de la clase media. Aunque su padre recibió el bautismo en la hora de la muerte, él se educó fuera de la Iglesia. Su primera profesión fue soldado, luego ejerció el comercio. A los 22 años se casó con una joven católica, Bárbara Ho, y un amigo católico lo trajo a la fe. Pero como se carecía de sacerdotes su instrucción cristiana era deficiente. Su encuentro con el sacerdote Yu Pang-che le hizo entrar en una vida cristiana más auténtica. Este sacerdote lo nombró catequista y él ejerció con celo este cargo. Escondido por sus hermanos durante la persecución de 1839 pudo conservar la vida. Y entonces tuvo lugar su venida abajo en el fervor religioso. Llegó a vivir varios años con unas cuantas concubinas. Pero la conciencia empezó a remorderle fuertemente. Su encuentro con San Andrés Kim Taegón le llevó a pedir la penitencia y la absolución, prometiendo un cambio radical de vida. Hizo penitencia por sus pecados y pensó que sólo el martirio lo purificaría plenamente. Llegada la hora de su arresto, manifestó con claridad su fe, se negó a apostatar pese a presiones y torturas, se negó a dar los nombres de los otros católicos y murió a consecuencia de las torturas.

TERESA KIM IM-I nació en 1811 en Seúl en el seno de una familia cristiana. A los 17 años decidió vivir en la virginidad y dedicarse a obras de caridad y solidaridad. Consiguió un trabajo como costurera en el palacio real, pero al cabo de tres años lo dejó y vivió en adelante en casa de amistades o de familiares, y a partir de 1840 con la madrastra del mártir Yi Mun-u, a la que atendió filialmente hasta que en 1845 se hizo cargo de la casa de San Andrés Kim Taegón. Una vez arrestado éste, lo fue ella asimismo y torturada en la prisión hasta que fue muerta a palos en la cárcel el 20 de septiembre de 1846.

SUSANA U SUR-IM nació en 1803 en Kwang-ju en la provincia de Kyonggi. A los 15 años contrajo matrimonio con un católico y por este medio llegó a la fe cristiana. Y se hizo también propagandista de su fe entre sus amistades y sobresalió por su celo y su caridad con los pobres. En 1827 ella fue arrestada bajo la acusación de ser cristiana y maltratada en la cárcel e incluso

condenada a muerte, pero el juez, teniendo en cuenta que estaba embarazada, le dio orden de no ser cristiana en adelante y la mandó liberar. Y a poco tuvo la pena de perder a su marido. Debió en adelante ganarse la vida como criada. Años más tarde se fue a vivir con Águeda Yi Kan-nan, que era también viuda. En julio de 1846 fue arrestada y torturada en la prisión. El 20 de septiembre de 1846 fue muerta a palos en la cárcel.

ÁGUEDA YI KAN-NAN nació en Seúl el año 1814 en el seno de una familia pagana. A los 18 años contrajo matrimonio con un joven igualmente pagano. A los dos años quedó viuda y volvió a su casa paterna, pero la abuela de su marido se puso muy enferma y ella acudió a cuidarla. La anciana moribunda no dejaba de invocar a Jesús y María y le pidió que repitiera estas palabras para ella. Intrigada por su significado, pudo por fin encontrar a una parienta de su madre que era creyente y se las explicó. De ahí vino su interés por el cristianismo y su bautismo en 1834 recibiendo el nombre de Águeda. Seguidamente logró que su madre y otros familiares se hicieran cristianos. Decidió no casarse más y se dedicó por entero a las obras de religión. Pero su padre se oponía a la conversión de la familia al cristianismo y hubo serios problemas. Ella tuvo que irse de nuevo a casa de su familia política. Aquí convirtió a una cuñada y a una tía y se fueron las tres a vivir en una casa, y entonces la arriba mencionada mártir Susana se fue con ella. Fue arrestada en julio de 1846 y torturada en la cárcel hasta que el 20 de septiembre de aquel año fue muerta a palos.

CATALINA CHONG CHOR-YOM había nacido en 1817 en Suwon, en la provincia de Kyonggi, en el seno de una humilde familia, y desde su juventud se vio obligada al servicio doméstico. Pasó mucho en una casa noble en la que se colocó. Porque a los 16 años conoció el cristianismo y se bautizó. Pero su amo, que era enemigo de la fe cristiana, la obligaba a preparar las ofrendas de los sacrificios paganos y quería obligarla a que ella misma los ofreciera, y como ella se negaba, la maltrataba físicamente y de forma cruel hasta el extremo que decidió ella escaparse de aquella casa, como efectivamente hizo yéndose a la capital. Aquí la acogieron caritativamente los católicos y vivió en la casa de una familia católica hasta que, desatada la persecución de

1839, se fue a vivir con Teresa Kim Im-i en un pueblo cercano. Luego se le encomendó que cuidara de la casa de San Andrés Kim Taegón. Arrestada en julio de 1846, fue maltratada y torturada en la cárcel y por fin muerta a palos el 20 de septiembre de 1846.

JOSÉ IM CHI-BAEG nació en Seúl el año 1804. Perdió a su madre cuando era un adolescente y su padre procuró suplir la ausencia de la madre rodeándolo de un cariño extraordinario. Llegado a la juventud contrajo matrimonio y se ganaba la vida como comerciante. Su esposa y sus hijos entraron en la Iglesia, siendo todos ellos a continuación católicos convencidos y practicantes. Le propusieron a él que igualmente se hiciera cristiano pero él dejó la decisión por entonces. En 1846 uno de sus hijos ayudó a San Andrés Kim y en consecuencia de ello fue arrestado con él. Im Chi-baeg no tuvo inconveniente en visitar a un oficial amigo suyo —él había sido también militar un tiempo— solicitando la libertad de su hijo y del sacerdote, pero no sólo no consiguió su objetivo sino que él mismo fue arrestado, y lo fue a continuación su familia. Estando en la cárcel tuvo oportunidad de tratar con San Andrés Kim Taegón, cuya actitud digna y firme le conmovió, y entonces le pidió que lo instruyera en la fe, como así hizo el joven sacerdote, recibiendo a continuación el bautismo con el nombre de José. En los interrogatorios confesó la fe y se mantuvo firme en ella, siendo condenado a muerte y azotado y estrangulado el 20 de septiembre de 1846.

El 5 de julio de 1925 fueron beatificados los tres primeros misioneros franceses con Andrés Kim Taegón y setenta y cinco seglares mártires. El 6 de octubre de 1968 fueron beatificados otros 24 hasta completar el número de ciento tres, y unificadas ambas causas es como se ha procedido a la canonización en el viaje apostólico de Su Santidad Juan Pablo II a Corea en la primavera de 1984.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 17 (1925) 366s; 60 (1968) 657-661; 585-591; 80 (1988) 1375s.

BAUMANN, E., *Les martyrs coréens (1838-1846). La légende dorée au delà des mers* (París 1930).

Bibliotheca sanctorum. Appendice prima (Roma 1987) cols.363-370; 454-455; 591-592; 808-809; 1269-1270.
DALLET, C., *Histoire de l'Église de Corée* (París 1874).
DANTEM, G., *Seme di cristiani nel paese del mattino sereno: i 24 martiri di Corea 1866-1867* (Roma 1968).
ECHEVERRÍA, L. DE, «Beatos mártires de Corea», en L. DE ECHEVERRÍA - B. LLORCA, SI (dirs.), *Año cristiano,* III (Madrid 1959) 715-719.
The korean martyr saints. Founders of a Church (Seúl 1996).
VÉRINAUD, J., *Lumière sur la Corée: les 103 martyrs* (París 1984).

SAN JOSÉ MARÍA DE YERMO Y PARRES

Presbítero y fundador († 1904)

Iba el padre Yermo un día por las afueras de León, en México, camino de su iglesita del barrio del Calvario, cuando de improviso vio una escena que marcaría para siempre la dirección de su vida. Contaba entonces 34 años de edad, y lo que presenció fue cómo una piara de cerdos devoraba a dos niños gemelos, recién nacidos, abandonados por su madre a la orilla del río. La honda impresión que le causaron al joven sacerdote estas horribles imágenes, le hizo cambiar de inmediato los planes pastorales que traía entre manos, como el proyecto de una casa de ejercicios para sacerdotes, y se entregó con tesón a construir una casa de acogida donde pudieran recibir atención los más pobres. Interpretó aquel suceso como una llamada urgente de la caridad para dar cobijo a los abandonados y necesitados. Puso manos a la obra y antes de terminar aquel año, el 13 de diciembre de 1885, pidió autorización a su obispo para abrir en la colina del Calvario el *Asilo del Sagrado Corazón de Jesús.* Quiso, en primer lugar, traer de Francia a las Hermanitas de los Pobres para que se ocuparan de la casa, pero no aceptaron debido a la animadversión religiosa que invadía México. Acudió entonces a cuatro jóvenes voluntarias, que se hicieron cargo del asilo, y aquel mismo día quedó fundada la congregación de las Siervas del Sagrado Corazón de Jesús y de los Pobres.

El impulsor de aquella casa de caridad, José María de Yermo y Parres, había nacido en la hacienda de Jalmolonga, municipio de Malinalco, en el estado de México, el 10 de noviembre de 1851. Hijo del abogado Manuel de Yermo y Soviñas y de María Josefa Parres, fue bautizado el mismo día de su nacimiento.

Cincuenta días después, y como consecuencia del parto, moría su madre y asumía la responsabilidad de su educación su tía Carmen de Yermo, hermana de su padre, que lo cuidó siempre como a un hijo y despertó en José María sentimientos filiales. La familia Yermo, de noble linaje burgalés, había emigrado a México en el siglo XVIII, razón por la cual el niño, cuando sólo tenía tres años, viajó a España con su abuela, su padre y su tía y permaneció durante cinco años en la tierra de sus antepasados.

José María recibió en México una esmerada educación cristiana y contó para su primera enseñanza con la dedicación de su familia y de unos maestros que le prepararon para los estudios posteriores, cursados en una escuela privada, donde sobresalió por su excelente rendimiento y se hizo acreedor en una ocasión a los elogios del propio emperador Maximiliano. Pronto sintió deseos de hacerse sacerdote y con este fin ingresó en la Congregación de la Misión. México fue su primer destino, al dejar la casa paterna a los 16 años; después Toluca, donde hizo su profesión religiosa en 1869; más tarde, los Paúles de París, en cuya casa generalicia estudió teología; y el colegio de Alhóndiga de Granaditas, en el que ejerció de formador al mismo tiempo que estudiaba derecho y moral. En estos lugares y otros varios transcurrió una etapa muy dura de su vida, inquietante a causa de la persecución religiosa del gobierno de Benito Juárez, pero sobre todo porque José María llegó al convencimiento de que no era la Congregación de la Misión el lugar idóneo para su vocación.

Esta dolorosa crisis interior le indujo a solicitar la dispensa de sus votos religiosos y a tomar la decisión —en 1877— de abandonar los Paúles para concluir su formación sacerdotal en el seminario diocesano de León (Guanajuato). En esta ciudad mexicana fue ordenado sacerdote el 24 de agosto de 1879 por el obispo José María Díez de Sollano y Dávalos y en su catedral celebró al día siguiente su primera misa ante la imagen de la Madre Santísima de la Luz, patrona de los leoneses, advocación de la que el padre Yermo era particularmente devoto.

Con grandes dotes para la predicación, estrenó su sacerdocio dedicándose por entero a la catequesis y a la dirección espiritual, mientras desempeñaba cargos de responsabilidad en la

curia diocesana y cumplía con sus obligaciones de maestro de ceremonias en la catedral. Su trabajo apostólico, después de superar un delicado estado de salud, se centró en la educación cristiana de los niños, los jóvenes y sobre todo de las mujeres. Impartió catequesis en la Casa de Loreto de León a partir de 1883 y publicó en 1884, en el diario *El Pueblo Católico,* varias cartas a las madres acerca de la educación familiar.

Cuando tomó posesión de la diócesis leonesa un nuevo obispo, monseñor Tomás Barón y Morales, el padre Yermo fue nombrado capellán del barrio del Calvario, un humilde territorio pastoral, en la periferia de León, con dos pequeñas iglesias, la del Calvario y la del Santo Niño. Este encargo cayó sobre el joven sacerdote como un jarro de agua fría, y no porque se resistiese a tratar con los pobres sino más bien porque sus amigos le hacían ver que desmerecía de su prestigio y suponía descender escalones en su estimación. Le decían que se trataba de una humillación y le aconsejaban que renunciase al nombramiento, pero un impulso interior le hacía resistirse a este consejo. Vivió una temporada dolorosa, pero se fue convenciendo de que éste era el camino que Dios le tenía preparado: vivir entre los más pobres y entregarse a ellos. En efecto, la voluntad de Dios era un camino seguro de santidad y la humildad el mejor cimiento del edificio espiritual.

Así pues, puso manos a la obra siguiendo los pasos de su antecesor. Continuó las obras materiales emprendidas, la construcción de la iglesia del Calvario y una casa de ejercicios para sacerdotes, y sin dejar sus cargos en la catedral, se entregó de lleno al pastoreo de sus feligreses, a promover el culto eucarístico y la devoción al Corazón de Jesús. Su contacto con los pobres que malvivían en la colina del Calvario se fue transformando en una opción preferencial por ellos, ya descubierta años atrás en la vida de San Vicente de Paúl, y trabajó incansablemente por su evangelización y promoción humana, de tal manera que se convirtió en el gran objetivo de su vida.

Aquel día en que, haciendo su recorrido hacia la iglesia del Calvario, se encontró con la terrible escena de los niños devorados, fue para el padre Yermo como la caída del caballo, su particular Damasco. Y empezó a descubrir su verdadera vocación

de fundador y de padre de los pobres. De hecho, aquellas primeras cuatro jóvenes que se encargaron del *Asilo del Sagrado Corazón de Jesús* para atender a sesenta pobres (mendigos, huérfanos y ancianos) serían el germen de una nueva familia religiosa que no nacía como consecuencia de largas meditaciones, sino por un flechazo de la caridad. El nombre de *Siervas del Sagrado Corazón y de los Pobres* que les impuso el padre Yermo en 1888 resumía la expresión del amor en su doble dimensión, vertical y horizontal. Pero como la caridad se foguea en las dificultades, este «gigante de la caridad» tuvo que probar la contrariedad tanto como el aprecio, eligió la humildad, la abnegación y el sacrificio, se entregó apasionadamente a los pobres con enérgico ímpetu evangélico.

El título de «gigante de la caridad» se lo ganó en dos días, con motivo del desbordamiento del río de Los Gómez. Durante la noche del 18 de junio de 1888 y la mañana del día siguiente cayó sobre León una imponente tromba de agua que provocó una inundación y arrasó una tercera parte de la ciudad. Allí estuvo el padre Yermo en primera fila salvando del naufragio a cientos de personas y poniendo su casa del Calvario a disposición de todos los damnificados. Pasó aquella noche desafiando la peligrosidad de las aguas y dio órdenes a las siervas para que distribuyeran entre los afectados todos los recursos alimenticios con que contaban.

Más de tres mil personas se refugiaron en aquella ocasión en el Calvario, en el hospicio en construcción, en la escuela y en la sacristía, y fue el padre Yermo el coordinador de todas estas ayudas. Así lo cuenta su biógrafa, Guadalupe Bertoglio:

> «En los momentos del conflicto dio ejemplo de inestimable valor arriesgando su vida por salvar la de sus semejantes y, pasado el riesgo, trabajando sin cesar, llevando el bálsamo del consuelo a todas las familias de los desvalidos, patrocinando la causa de los más infelices en la Junta de Socorros y procurando que los auxilios se distribuyeran de una manera efectiva. Con tan laudable objeto ha fundado una colonia en el nuevo barrio del Calvario perteneciente a la ciudad de León; y en esa colonia se alberga una multitud de artesanos que quedaron sin pan y sin hogar, y muchos otros indigentes».

Todos los periódicos de México se hicieron eco de la sobresaliente labor llevada a cabo por el padre Yermo, e incluso el

expresidente de la República y a la sazón gobernador del estado de Guanajuato, Manuel González, le llamó «gigante de la caridad», un nombre que lo definía sin ninguna exageración.

En aquella noche del 19 de junio de 1888 aún le quedó tiempo al padre Yermo para dar un paso más en el crecimiento de su familia religiosa. Después de aquel ejercicio de probada caridad en el que estuvieron tan implicadas las siervas, quiso fundar el noviciado de la congregación y dejarlo así vinculado a esta fecha inolvidable. Pero pronto, a los dos años de fundada la congregación en León, se traslada a Puebla de los Ángeles para regentar el *Asilo particular de caridad* y domiciliar allí su sede generalicia de mutuo acuerdo con los obispos de ambas diócesis.

Era el año 1889, abundaban las vocaciones, se abrieron orfanatos, hospitales y escuelas por todo el centro de la República Mexicana, sin embargo en Guanajuato, estado al que pertenecía León, surgían dificultades derivadas de la persecución religiosa. Incluso el padre Yermo, que durante unos meses permaneció en León, tuvo que soportar las acusaciones en que se vio envuelto su colaborador, el doctor Rosendo Gutiérrez, las incomprensiones de su obispo y varias complicaciones económicas debidas al empobrecimiento de la ciudad, la escasez de limosnas y la multitud de necesidades que a diario tenía que socorrer. En consecuencia, decidió incardinarse en la diócesis de Puebla, pero dejando en León una pequeña comunidad local al servicio de la casa cuna.

Ya en Puebla se comprometió a saldar las deudas que quedaban en León a base de grandes sacrificios y de un agotador trabajo pastoral —hasta siete sermones en un día llegó a predicar— que deterioró sensiblemente su salud. Escribió una carta al obispo leonés Barón y Morales, enviada desde Puebla, contándole sus dificultades:

> «Con respecto a mis deudas, sujetándome a muy grandes economías y merced a lo que voy reuniendo con mi predicación, en la que estoy casi matándome, he logrado pagar una buena parte y yo confiadamente espero que el Sagrado Corazón de Jesús me ayudará a cubrirlo todo, ya sea con mi propio trabajo, o ya con lo que me quede al concluir la liquidación de la testamentaría del señor mi padre, en lo que sigo trabajando y aunque con lentitud, marcha adelante».

Su vida en la diócesis de Puebla de los Ángeles transcurrió en medio de una relativa paz, bien acogido por los sacerdotes y por el obispo Vargas, y dedicado al asilo y a las religiosas. Fueron años de intensa entrega a la caridad y al ministerio sacerdotal, predicó tandas de ejercicios espirituales al clero y a distintas comunidades religiosas, se ocupó de la formación de las Siervas y logró la aprobación diocesana de la congregación en 1895. A partir de entonces convocó dos asambleas generales, en 1902 celebró el primer capítulo general y tramitó su aprobación pontificia, que quedó formalizada en 1907.

Durante los años de Puebla el nombre del padre Yermo se barajó entre los candidatos al episcopado, primero en 1891 para Tehuantepec y después en 1893 para Cuernavaca. Él se veía indigno, pero al mismo tiempo disponible. Bastaron unos informes reticentes de su antiguo obispo de León, junto a otros ciertamente positivos, para que fuese desestimada su candidatura. Le dolieron los informes, aunque al mismo tiempo se sintió liberado de la nueva responsabilidad que se le podía venir encima y con las manos expeditas para seguir sus obras de caridad y emprender con ahínco en 1894 la fundación de la casa de *La misericordia cristiana,* su gran obra en Puebla, destinada a la regeneración de mujeres extraviadas. Esta institución gozó de una general estima y contó con la generosidad de todo México. Se convirtió en foco de acogida para los pobres y abandonados de todo el país, pues se difundió su semilla de evangelización y de promoción a diversos lugares: en Yucatán abrió una escuela, otra en Chihuahua donde también se hizo cargo de la casa *Amiga de la obrera.*

Además de la fundación de *La misericordia cristiana,* impulsó el padre Yermo otras muchas iniciativas, a pesar de que la salud no le acompañaba. Seguía predicando, ocupándose de las tareas organizativas, haciendo de capellán de las Siervas y hasta encontró tiempo en 1896 para fundar y dirigir *El Reproductor Eclesiástico Mexicano,* una revista para la formación del clero. En la última etapa de su vida experimentó en carne propia una campaña de calumnias y la soportó con ejemplar humildad. Vio y aceptó, como expresión de la voluntad de Dios, la decisión del arzobispo Ibarra y González cuando llegó a sustituirle en la di-

rección espiritual de sus religiosas nombrando a otro confesor. Pudo, sin embargo, restañar en 1903 la división creada en la congregación tras el alejamiento espiritual de las religiosas que permanecieron en León.

Todas estas pruebas afinaron su espiritualidad y engrandecieron su vida, cuajada de dificultades, sufrimientos y obras florecientes de caridad. Al tiempo de su muerte existían doce instituciones de caridad atendidas por las *Siervas del Sagrado Corazón de Jesús y de los Pobres* en seis diócesis mexicanas. Y la número trece, establecida entre los indígenas de Tarahumara, en el norte de México, le costó al padre Yermo un fatigoso viaje, acompañado de cuatro religiosas, para colocar y bendecir la primera piedra, que sería en realidad la última de sus fundaciones pues moriría nueve meses después.

Poco más tarde, el 25 de agosto de 1904, José María de Yermo y Parres celebraba en su casa de Puebla, acompañado por las religiosas de su congregación, las bodas de plata sacerdotales. Fue una fiesta íntima que se convirtió en un gozoso agradecimiento, del que dejó constancia por escrito en una carta circular a las hermanas que constituye un himno de alabanza y de gratitud a Dios y a cuantos contribuyeron a su felicidad. Desde la celebración festiva de sus veinticinco años como sacerdote sólo transcurrieron otros veinticinco días hasta el de su muerte. Siempre delicado de salud, agotado por su trabajo, pero viendo que las obras por él fundadas crecían, murió tras una breve enfermedad, en la madrugada del 20 de septiembre de 1904, a los 52 años de edad. Enterados de su fallecimiento los sacerdotes y religiosas de Puebla, cantaron un *Te Deum* como acción de gracias por una vida sacerdotal tan cumplida.

Un periódico de Puebla ofrecía, al día siguiente, esta breve descripción de su quehacer:

> «Se había dedicado en cuerpo y alma a practicar el bien en una forma que lo hacía extraordinariamente fecundo, pues formaba los corazones, daba pan a la inteligencia y al cuerpo, corregía a los extraviados, labraba el porvenir de los desvalidos y preparaba así una legión de miembros útiles a la sociedad».

El padre Tomás Mas hizo de él este retrato:

«Era un hombre alto, de porte distinguido, mirada vivaz y penetrante, de voz agradable. En su trato con los demás era franco, leal y sencillo. Era metódico y ordenado. Genio organizador y de firmes decisiones, empeñado en el trabajo y muy tenaz en realizar lo que se resolvía hacer».

El papa Juan Pablo II, durante su segunda visita apostólica a México, lo beatificó el 6 de mayo de 1990 en la basílica de Nuestra Señora de Guadalupe; y diez años más tarde, el 21 de mayo de 2000, lo canonizó en la Plaza de San Pedro de Roma, junto a otros 26 beatos mexicanos. En la homilía, glosando el nombre de su fundación, dijo del nuevo santo que «en el Corazón de Jesús encontró la guía para su espiritualidad, y considerando su amor infinito a los hombres, quiso imitarlo haciendo regla de su vida la caridad».

JOSÉ ANTONIO CARRO CELADA

Bibliografía

AAS 79 (1990) 187s.
BERTOGLIO, G. L., *La fuerza de una entrega* (Roma 1989).
L'Osservatore Romano (21-5-2000) 5; (22/23-5-2000) 8-9.
L'Osservatore Romano (ed. en español) (26-5-2000) 5 y 7.
REPETTO BETES, J. L., *Santoral del clero secular* (Madrid 2000).
SÁNCHEZ OLIVAS, C. E., *Un hombre invadido por el Espíritu* (Puebla 2000).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN ADALPRETO

Obispo († ca. 1173)

Adalpreto o Adelpreto no se sabe exactamente dónde nació. Entra en la historia cuando el año 1157 es elegido obispo de Trento. Cuando al año siguiente pasaron por su diócesis los legados que enviaba el papa Adriano IV a Alemania, él los acompañó y atendió. Tenía buenas relaciones con el emperador y con el partido gibelino que lo apoyaba. Como tal pastor de su diócesis, fue verdaderamente un hombre ejemplar. Celoso de la libertad de la Iglesia, predicador fiel del evangelio y verdadero padre de los pobres y los huérfanos, dio un alto ejemplo de conciencia y responsabilidad pastorales. No se sabe con exactitud en qué

año entre 1173 y 1177 murió asesinado por un tal Adrigito, un noble que por algún motivo le odiaba y que cerca de Rovereto puso fin violentamente a su vida. Su diócesis lo tuvo por mártir al entender que su muerte violenta se había debido al cumplimiento fiel de sus deberes como obispo. Fue llevado a enterrar en la catedral de Trento donde recibió su tumba el culto de los fieles.

BEATO TOMÁS JOHNSON
Presbítero y mártir († 1537)

Tomás Johnson era monje en la Cartuja de Londres y es la novena víctima de los que fueron a la muerte por orden de Enrique VIII en represalia por haberse negado a suscribir el Acta de Supremacía que significaba la ruptura de la comunión con el Papa para reconocer al soberano inglés como cabeza de la Iglesia de Inglaterra. Mientras otros miembros de la comunidad cartuja prestaban el juramento de acatamiento a dicha *Acta* que se les pedía, diez se negaron. Fue llevado con los demás a Marshalsea, atado con cadenas y grilletes y dejado morir de hambre, lo que se produjo cuando ya fue imposible pasarle ayuda alguna desde fuera. Este monje murió el 20 de septiembre de 1537. Fue beatificado con los demás monjes mártires en 1886.

21 de septiembre

A) MARTIROLOGIO

1. San Mateo, apóstol y evangelista, llamado también Leví, autor del primero de los evangelios canónicos **.
2. La conmemoración de San Jonás, profeta **.
3. En Grecia, San Cuadrato, discípulo de los Apóstoles († s. II), apologista *.
4. En Roma, en la Via Salaria antigua, San Pánfilo (fecha desconocida), mártir.
5. En la Via Claudia, en el vigésimo miliario de Roma, San Alejandro (fecha desconocida), mártir.

6. En Gaza (Palestina), santos Eusebio, Néstabo y Zenón († 362), mártires bajo Juliano el Apóstata, y murió con ellos el mártir San Néstor.
7. En Apt (Provenza), San Castor († 420), obispo, a cuya petición escribió San Juan Casiano sus *Colaciones*.
8. En el monasterio de Llancarfan (Gales), San Cadoc († 580), abad *.
9. En el monasterio de Ettenheim (Friburgo), San Landelino († s. VII), monje.
10. En Tronchiennes (Flandes), San Gerulfo († 750), adolescente, mártir.
11. En Troyes (Galia), Santa Maura († 850), virgen.
12. En Pésaro, del Piceno (Italia), Beato Marcos Scalabrini de Mútina († 1498), presbítero, de la Orden de Predicadores *.
13. En Quang-Tri (Annam), santos Francisco Jaccard, presbítero, de la Sociedad de Misiones Extranjeras de París, y Tomás Tran Van Thien († 1838), mártires *.
14. En Sai-Nam-The (Corea), santos Lorenzo Imbert, obispo, Pedro Maubant y Santiago Castan († 1839), presbíteros, de la Sociedad de Misiones Extranjeras de París, mártires **.
15. En Benisoda (Valencia), beatos Vicente Galbis Gironés y Manuel Torró García († 1936), mártires *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN MATEO

Evangelista (Nuevo Testamento)

El encuentro de Jesús con Mateo, el publicano, fue piedra de escándalo para los escribas y fariseos que andaban ya espiando los pasos de Jesús para indisponerle con el pueblo. El territorio de Cafarnaúm era paso obligado para los traficantes de Mesopotamia y de las ricas regiones de Tiro y Sidón con Palestina y con Egipto. Por esa razón eran varios los pequeños publicanos o recaudadores de impuestos y contribuciones que tenían arrendada a los grandes recaudadores del Imperio la exacción de tributos en determinados puestos de la región. Estos publicanos o alcabaleros tenían entre sí cierta organización. San Lucas nos habla de Zaqueo, jefe de publicanos (19,2). Como pasa en todas partes, eran mal vistos del pueblo; pero de modo especial de los puritanos escribas y fariseos, porque consideraban humillante para el pueblo de Israel pagar tributos al Imperio romano y también porque los publicanos se veían obligados a tra-

tar con paganos y gente extraña a Israel, incurriendo con ello en impureza legal. De ahí que era corriente juntar en expresión estereotipada a publicanos con meretrices, pecadores y gentiles (Mt 18,17; 21,31-32; Lc 18,10; Mc 2,15, etc.).

Dado este descrédito popular, los evangelistas Marcos y Lucas, al narrar el llamamiento de Jesús a Mateo, le dan su segundo nombre de Leví el publicano, sin identificarle expresamente con Mateo, con cuyo nombre figurará siempre en la lista de los doce apóstoles (Mt 10,3; Mc 3,18; Lc 6,15). Sólo el humilde San Mateo, para resaltar más la bondad y misericordia de Jesús, se identifica a sí mismo con Leví y se da el nombre de Mateo el publicano.

Jesús rompe con aquellos prejuicios farisaicos y al pasar junto al puesto de recaudación de Leví-Mateo le invita a seguirle. Mateo, que sin duda había visto y oído predicar en varias ocasiones a Jesús, se decide a abandonar su puesto y a seguirle definitivamente, y gozoso, como hará en otra ocasión Zaqueo, le invita, junto con varios compañeros de recaudación, a comer a su casa. Desde entonces la casa de Mateo será la escogida por Jesús para descansar en Cafarnaúm de sus excursiones apostólicas en Galilea.

Pocos meses después, de entre sus varios discípulos Jesús escoge los doce apóstoles, a quienes dedica sus mejores cuidados en prepararlos para encomendarles su Iglesia y la conversión del mundo. San Mateo, uno de los doce, permanecerá siempre al lado de Jesús durante los dos años aproximadamente que le restan de ministerio.

Después de la resurrección y ascensión de Jesús, San Mateo permanece algún tiempo con los otros apóstoles en Palestina. Bajo la dirección de Pedro, Mateo con los demás apóstoles catequiza a los nuevos cristianos que por centenares y millares, recordando los milagros y las enseñanzas de Jesús, se presentan a pedir el bautismo y recibir orientación de nueva vida. Se agrupan entre sí formando el primer núcleo de la Iglesia alrededor de los apóstoles.

La fortaleza y decisión de éstos después de la venida del Espíritu Santo se comunica a los nuevos discípulos, que si un día, bajo la influencia de los pontífices y de los fariseos, habían

abandonado al Divino Maestro, ahora se le adhieren fielmente desafiando las iras de quienes le habían dado muerte, los cuales van quedando aislados y sin el apoyo del pueblo.

La predicación de los apóstoles toma forma de catequesis como explicación de la doctrina y de los hechos de Jesucristo y el relato de su muerte y resurrección. No pocos son los que ponen por escrito aquella predicación (cf. Lc 1,1-2). Entre ellos San Mateo, testigo inmediato del ministerio de Jesucristo. Acostumbrado a redactar esquemáticamente los datos de su antigua aduana, expone en estilo breve los hechos que él mismo había presenciado y con mayor detenimiento recoge las parábolas y discursos del Señor, especialmente los de Galilea. Su libro es el primer evangelio, escrito en hebreo, o mejor dicho en arameo, la lengua popular que usó Jesucristo, traducido muy pronto al griego y probablemente ampliado, que es el que hoy poseemos, reconocido por la Iglesia como inspirado por el Espíritu Santo.

Este evangelio, como los de San Marcos y San Lucas, con mayor o menor dependencia entre sí, contiene en realidad el resumen de la catequesis primitiva de San Pedro y demás apóstoles en Palestina. Su valor histórico y apologético es indestructible y definitivo.

Las circunstancias en que San Mateo escribió su libro y el destino inmediato que le dio dejaron impresas en él algunas características que le distinguen de los demás evangelios. Mateo escribe en Palestina para los primeros cristianos convertidos del judaísmo, en contacto inmediato con los demás judíos que alimentaban su espíritu con la lectura de los libros de la antigua ley, con su historia y sus profecías, y tenían puesta su esperanza en el Mesías prometido a Abrahán, a Moisés, a David, renovada la promesa a través de los siglos.

Mas desde años atrás, los dirigentes del pueblo de Israel, saduceos, pontífices, fariseos, humillados por haber perdido la independencia de Israel y verse subyugados por el Imperio romano, olvidándose de la misión espiritual del futuro Mesías, se fingen un Mesías temporal, poderosísimo, que les libere del yugo romano y que establezca en Jerusalén el imperio universal dirigido por los israelitas: una nueva era perpetua de prosperidad y de riqueza y bienandanza terrenal. Sin excluir al Dios ver-

dadero, que será reconocido y adorado por todas las naciones; pero será el Dios de Israel para honra y gloria de los israelitas.

En estas circunstancias expone San Mateo la predicación de Jesús en Galilea y explica por qué rehuye proclamarse públicamente el Mesías enviado por Dios, y cómo a través de su predicación, de sus parábolas, va cambiando paulatinamente el falso concepto popular del Mesías, sustituyéndole por el verdadero, que aún conservaban personas escogidas, como Zacarías e Isabel, el anciano Simeón, Ana la profetisa y otras varias.

Después de la ascensión de Jesús quedaba aún flotando en el ambiente palestinense la pregunta: ¿pero, al fin, era Jesús el verdadero Mesías prometido?

Además de la dificultad de comprender la misión espiritual del Mesías, bastardeada por los escribas y fariseos, se les hacía también difícil juntar en una sola persona los rasgos que en diversas ocasiones y épocas atribuían los profetas al que había de ser enviado por el Señor. Unas veces se anunciaba que había de ser el mismo Dios creador y protector de Israel quien había de realizar la obra que otras veces se atribuye al prometido hijo de David. Por otra parte, Isaías lo presenta como redentor que con su pasión y muerte satisface por los pecados de la humanidad y establece un nuevo reino de Dios que rebasa las fronteras de Israel. Jesús en su predicación da por supuesto que en él se realizan estas profecías y unas veces alude a un aspecto y otras a otro. En el último período de su ministerio ya habla abiertamente a los apóstoles y sólo a ellos de su pasión y muerte, añadiendo siempre que al tercer día había de resucitar. Los apóstoles, a pesar de su buena voluntad, quedan como desconcertados. Tienen fe en Jesús, confirmada con multitud de milagros y con la bondad y santidad del Maestro. Cuando les pregunta si también ellos quieren abandonarle, como los de Cafarnaúm, San Pedro rápidamente responde: «¿Y a quién iremos?: Tú tienes palabras de vida eterna». Sólo cuando captan la doctrina de la Encarnación del Hijo de Dios se hacen con la llave de estos misterios y aciertan a coordinar en la persona de Jesús los diversos aspectos de las profecías.

Todo ello explica por qué San Mateo, a diferencia de los otros evangelistas, escribiendo en Palestina para los israelitas

cristianos, pone especial empeño en hacer resaltar el carácter mesiánico de Jesús, anotando en multitud de pasajes de su vida, desde la genealogía y nacimiento virginal hasta su pasión y muerte, los lugares de los profetas en que ya lo anunciaban. Jesús es el verdadero Mesías prometido a los patriarcas y profetas. Los judíos no tienen ya por qué esperar otro Mesías salvador.

Ante la ausencia de datos históricos en que pudiéramos basar la semblanza del apóstol y evangelista Mateo, parece que debiéramos recurrir a su libro para captar los rasgos de su personalidad: mas ni él ni los otros evangelistas hablan nunca de sí mismos ni transparentan sus sentimientos. Si alguna vez hacen una levísima alusión a su persona lo hacen de modo velado y anónimo. Su única preocupación consiste en transmitirnos fielmente los hechos y la doctrina de Jesús. Esta «divina impasibilidad» nos impide hacer de San Mateo un análisis psicológico basado en su libro. Mas, si no sobre su persona, sí podemos entrever en qué aspecto de la predicación de Jesús se fijó San Mateo con preferencia a los otros evangelistas. El de San Mateo es el evangelio del reino de Dios, el evangelio de la Iglesia, que Jesucristo fundaba. En multitud de parábolas que recoge de labios de Jesús manifiesta las diversas facetas de este reino. No menos de cincuenta veces menciona el reino de Dios o reino de los cielos, expresión más acomodada al uso de los judíos.

Este reino de Dios se inicia ya en este mundo; lo inaugura Jesús al infundir a sus discípulos un nuevo espíritu. Es el nuevo pueblo con nuevo espíritu que sustituye al pueblo de Israel. Es la buena nueva, el evangelio del reino, que será anunciado a todas las naciones, invitándolas a entrar en él. Israel como pueblo escogido ha terminado su misión. Los israelitas, antes que nadie, son invitados individualmente a formar parte del nuevo reino, que será universal.

A este nuevo reino de Dios, de que hablan también los otros evangelistas, sólo San Mateo le da el nombre de Iglesia, constituida como cuerpo social, con sus autoridades (Mt 18,17), fundada sobre la roca que es Pedro, contra la cual nada podrán los poderes del infierno (Mt 16,18).

Esta doctrina de Jesús recogida por San Mateo será explanada por San Pablo en sus epístolas. Pero no ha sido San Pablo el

que inventó la eclesiología, como pretenden los protestantes liberales. Por San Mateo nos consta que fue Jesucristo quien fundó la Iglesia y enseñó explícitamente cuáles eran sus elementos constitutivos esenciales. En los Hechos de los Apóstoles nos describe San Lucas la puesta en marcha y primer desarrollo de este nuevo pueblo de Dios que es la Iglesia.

De la vida apostólica de San Mateo tenemos muy pocos datos ciertos. De entre la variedad de tradiciones y leyendas, la Iglesia escoge en el breviario las que cuentan con mayor apoyo tradicional, preferidas también por los Bolandistas.

Después de unos años de apostolado y catequesis en Palestina, San Mateo se trasladó a Etiopía de Egipto, donde confirmaba su predicación con multitud de milagros, entre los cuales sobresalió la resurrección de una hija de Egipo, rey de Etiopía. Movido el rey y su familia por este portento, abrazaron la religión cristiana, que se extendió rápidamente por todo el reino.

Después de la muerte del rey, su sucesor Hirtaco pretendió casarse con Epigenia, hija de su predecesor en el reino. Mas, habiendo ésta consagrado a Dios su virginidad por consejo de San Mateo, airado Hirtaco al no conseguir que el apóstol la persuadiera a acceder a sus deseos, ordenó dar muerte a San Mateo mientras celebraba el santo sacrificio, uniendo así el apóstol el sacrificio de su vida al de Cristo crucificado.

Las reliquias del santo apóstol fueron trasladadas a Salerno, donde se veneran con gran devoción.

FRANCISCO BARBADO VIEJO, OP

Bibliografía

Acta sanctorum. Septembris (Amberes 1757) t.VI, p.194-226.

LAGRANGE, J. M., *Évangile selon Saint Matthieu* (París 1923).

• Actualización:

BONNARD, P., *Evangelio según San Mateo* (Madrid 1975).

GONZÁLEZ PAZ, A., *La vocación de San Mateo* (Madrid ²1995).

LUZ, U., *El evangelio según San Mateo,* 3 vols. (Salamanca 1993-2004).

MATEOS, J. - CAMACHO, F., *El evangelio según San Mateo* (Madrid 1981).

MUÑOZ IGLESIAS, S., *Comentario al evangelio según San Mateo* (Madrid 1998).

SEGUNDO, J. L., *El caso Mateo. Los comienzos de una ética judeocristiana* (Maliaño, Santander 1994).

ZUMSTEIN, J., *Mateo el teólogo* (Estella, Navarra 1987).

SAN JONÁS

Profeta (Antiguo Testamento)

El *Martirologio romano* ha colocado a este santo profeta menor el día 21 de septiembre inmediatamente después de San Mateo, apóstol y evangelista, que va en primer lugar. La memoria y el breve elogio se expresa en estos términos:

> «Conmemoración de San Jonás, profeta, hijo de Amitay. Uno de los libros del Antiguo Testamento lleva su nombre. El evangelio refiere su célebre salida del vientre del cetáceo como signo de la resurrección del Señor» *(Martirologium romanum,* Città del Vaticano 2001).

También lo incluyen con anterioridad los menologios orientales griegos y coptos, así como el sinaxario de Constantinopla. Sobre el lugar de su sepulcro existen distintas tradiciones, unas lo sitúan en Galilea, otras en Asiria. Incluso algunos pueblos llevan su nombre, por ejemplo, en el Líbano y en Siria, testimonio de su popularidad.

Era natural de Gat-Jéfer, poblado cercano a Nazaret de Galilea. El pequeño profeta, uno de los doce llamados «menores», aparece en el libro II de los Reyes, en tiempos de Jeroboán II, rey de Israel, año 783-743 a.C. Es un corto pero significativo relato: «Fue él (Jeroboán) quien recuperó el territorio fronterizo de Israel desde la entrada de Jamat hasta el mar de la Arabá (el Mar Muerto), conforme a la palabra que Yahvé, Dios de Israel, había dicho por medio de su siervo el profeta» (2 Re 14,25).

Con el nombre de este profeta del siglo VIII, un autor anónimo posterior, probablemente ya del siglo V, escribió el *Libro de Jonás,* que en el canon de la Biblia hebrea figura en el quinto lugar de los doce profetas menores; y en la versión griega de los Setenta, va en sexto. De este modo, el profeta contemporáneo del rey Jeroboán II y de sus conquistas, se convierte en el protagonista del libro escrito probablemente después de la vuelta del destierro.

Los rasgos patrióticos y nacionalistas característicos de la misión del profeta le sirvieron de maravilla para crear el personaje simbólico de un relato teológico, una parábola en acción donde se ponen de relieve, hasta los límites de una caricatura bien humorada, las deformaciones y carencias de Israel, sobre todo la hostilidad hacia los extranjeros en vivo contraste con el

universalismo y la ternura misericordiosa de Dios que quiere la salvación de todos. Porque el *Libro de Jonás,* según todos los exegetas actuales, no es, ni pretende ser, un relato histórico, aunque tenga referencias geográficas concretas, y por más que esté citado profusamente en el Nuevo Testamento y por el mismo Jesús. Es una preciosa narración teológica, revestida de bellísima literatura, llena de gracia y de velada ironía.

Así lo pensaron ya en la antigüedad algunos Padres de la Iglesia como Clemente de Alejandría y Teofilacto. La figura histórica del profeta, que pasaba casi de puntillas como una sombra efímera de un episodio olvidado, crece en el *Libro de Jonás,* actualizada y viva. Se agranda y enriquece en la tradición bíblica con la carga de teología narrativa y simbólica, que se sobrepone a su pequeña biografía.

La «historia de Jonás» puede dar la falsa primera impresión de alejarnos de la realidad, huyendo a un mundo imaginario y fantástico. No es así. Lo que verdaderamente intenta es conducirnos a lo más esencial, a la historia concreta de Israel que está viviendo su fe de una manera contradictoria e incoherente. Por una parte, confiesa paladinamente en salmos y oraciones que Dios es clemente y misericordioso con todos los hombres, pero, por otra parte, de hecho lo niega y lo rechaza en la práctica con un judaísmo orgulloso, cerrado e intolerante.

En Jonás se encarna y simboliza la comunidad y la imagen transtemporal del creyente interpelado pacientemente por Dios para que madure en su fe. Nínive, la gran ciudad, cerca de la moderna Mossul, ya hacía mucho que estaba destruida (el año 612), pero quedaba en el recuerdo como símbolo del pecado y de la violencia del paganismo hostil. Su maldad había llegado hasta el cielo. El lamento de Nahúm (3,1) explica por qué se ha elegido su nombre en el relato: «Ay de la ciudad sanguinaria, toda llena de mentira, de violencia y de inexhaustas rapiñas». La parábola en acción se desarrolla en seis episodios o secuencias:

1) *Jonás rechaza la misión a los paganos.*

> «Yahvé habló a Jonás, hijo de Amitay, diciéndole: "Prepárate y vete a Nínive, la metrópoli, para anunciarle que su maldad ha llegado hasta mí". Jonás se preparó para huir a Tarsis, lejos de Yahvé» (Jon 1,1).

Se explica, aunque no se justifica, la reacción del pequeño profeta rebelde y obstinado. ¡Nada menos que a Nínive, la ciudad maldita! A meterse, como quien dice, en la boca del lobo. Parte rumbo a Tarsis, en dirección diametralmente opuesta, lo más lejos que puede del Señor. Huye de Dios como otrora Caín, y quiere refugiarse en Tarsis, que, a los ojos de los hebreos, aparecía como el extremo del mundo y de la que Is 66,19 afirmaba que allí no llega la palabra de Dios. «Bajó a Jope, donde encontró un barco que zarpaba para Tarsis; pagó su pasaje y se embarcó para ir con ellos a Tarsis, lejos de Yahvé» (Jon 1,3). Va huyendo, como Caín, pero la mano protectora de Dios se posa sobre él y, por caminos sorprendentes, le llevará a cumplir su misión aunque sea a pesar suyo.

2) *Dios y los paganos en la tempestad.*

> «Pero Yahvé desencadenó un viento tempestuoso sobre el mar, y se desencadenó una borrasca tan violenta que el barco amenazaba naufragar. Los marineros se asustaron y cada cual pedía auxilio a su dios; luego arrojaron por la borda la carga del barco para aligerarlo. En cambio, Jonás había bajado a la bodega del barco y dormía profundamente» (Jon 1,4-5).

Los marineros, de nacionalidades diferentes, tienen cada cual su dios, pero creen en el poder de los demás dioses. Era creencia difundida que la presencia de un culpable en el navío era un peligro para todos.

> «El capitán se acercó a él y le dijo: "¿Qué haces aquí durmiendo? ¡Levántate e invoca a tu dios! A ver si tu dios se apiada de nosotros y no perecemos". Luego propusieron entre todos: "Vamos a echar suertes para saber quién de nosotros es el culpable de este castigo". Echaron suertes y le tocó a Jonás. Entonces le preguntaron: "Dinos por qué nos sucede esto, cuál es tu oficio, de dónde vienes, cuál es tu país y de qué pueblo eres". Jonás respondió: "Soy hebreo y creo en Yahvé, Dios del cielo que hizo el mar y la tierra". Aquellos hombres se asustaron mucho y le dijeron: "¿Por qué has hecho esto?". Pues por lo que les había contado, dedujeron que huía de Yahvé, y le preguntaron: "¿Qué podemos hacer contigo para que el mar se nos calme?". Pues el mar seguía enfureciéndose. Jonás les respondió: "Arrojadme al mar, y el mar se os calmará. Reconozco que soy el culpable de esta gran borrasca que os amenaza". Los hombres remaban para llegar a tierra firme, pero no podían porque el mar seguía enfureciéndose en torno a ellos. Entonces gritaron a Yahvé, diciendo: "¡Ay, Yahvé, que no perezca-

mos por culpa de este hombre. No nos manches con sangre inocente, pues tú, Yahvé, has actuado según tu voluntad!". Luego cogieron a Jonás, lo arrojaron al mar y el mar calmó su furia. Y aquellos hombres creyeron firmemente en Yahvé, le ofrecieron sacrificios y le hicieron promesas» (Jon 1,6-16).

Los marinos se portan como paganos, pero no son ateos. En su paganía son más religiosos que Jonás, que se sabe y se reconoce culpable pero prefiere la muerte a la obediencia y no se advierte en él ninguna muestra de arrepentimiento ni de plegaria.

El autor inspirado insiste en la probidad de los marineros. Escandalizados de la rebelión de Jonás contra Yahvé, han temido ofender a Yahvé sacrificando a Jonás, y, una vez reconocido su poder con la tempestad calmada súbitamente, le rinden culto. Jonás, a su pesar instrumento de la conversión, se contradice existencialmente. Sabe que Dios está actuando en los acontecimientos. Pero ¿cómo puede decir «Soy un hebreo y adoro a Yahvé», si adorar y creer en Dios significa ante todo ponerse a su servicio? Obedecer es amar.

Jonás sigue obstinado en su rebelión contra ese Dios a quien confiesa con orgullo. Por contraste, los marinos se convierten al yahvismo más puro con sacrificios, votos y promesas. La contradicción interna de Jonás es la que le produce el tedio de vivir, como repite cuatro veces deseando la muerte: 1,12; 4,4; 4,8; 4,9. Esa contradicción entre la fe y la vida no afecta sólo sus actos externos, corrompe en él la misma fe que pretende confesar. La fe auténtica construye, unifica, robustece al creyente. La contradicción de la fe, mal asimilada y vivida, pone al hombre en guerra con su Dios y consigo mismo.

Sólo el santo y el ateo conocen la paz. Jonás no es ni santo ni ateo. Anda a vueltas con Dios. La crítica del autor inspirado es implacable para Jonás y para la comunidad que él simboliza y encarna: Se pinta con los rasgos de un pueblo díscolo y rebelde a las llamadas de los profetas, justiciero, pecador e inmisericorde que se niega a llevar la salvación a los paganos.

3) *Salvamento de Jonás.*

«Yahvé hizo que un gran pez se tragase a Jonás, y Jonás estuvo en el vientre del pez tres días y tres noches. Jonás oró a Yahvé, su Dios, desde el vientre del pez, diciendo: "En mi angustia clamé a Yahvé y él me respondió; desde el seno del abismo grité y tú me

respondiste. Me habías arrojado a lo más hondo en el corazón del mar; la corriente me arrastraba: todo tu oleaje me arrollaba. Y yo me dije: ¡Me has arrojado de tu presencia! ¿Cuándo volveré a contemplar tu santo templo? Las aguas me asfixiaban el aliento, el abismo me envolvía, las algas enredaban mi cabeza. Bajé hasta los cimientos de los montes, la tierra se cerró para siempre sobre mí. Pero tú sacaste mi vida de la tumba, Yahvé, Dios mío. Cuando mi aliento desfallecía me acordé de Yahvé y mi oración llegó hasta ti, hasta tu santo templo. Los que adoran falsos ídolos traicionan su lealtad. Y yo, en cambio, en tono de acción de gracias te ofreceré sacrificios y cumpliré los votos que te hice. ¡La salvación viene de Yahvé!". Entonces Yahvé ordenó al pez que vomitase a Jonás en tierra firme» (Jon 2,1-11).

Prescindimos, por ahora, del salmo, que tiene todos los visos de posterior interpolación, añadida intempestivamente y fuera de contexto, tal vez para que el libro pudiera ser aceptado en el canon judío.

Dios vuelve a «pescar» al profeta para ponerle de nuevo en el camino de Nínive. Dios es tenaz en sus designios, más tenaz aún que Jonás, a quien no le queda más remedio que obedecer.

4) *Misión renovada.*

«Por segunda vez Yahvé habló a Jonás diciéndole: "Prepárate y vete a Nínive, la metrópoli, para anunciarle el mensaje que yo te comunique". Jonás se preparó y marchó a Nínive, de acuerdo con la orden de Yahvé. Nínive era una gran metrópoli con un recorrido de tres días. Jonás comenzó a atravesar la ciudad y caminó un día entero proclamando: "En el plazo de cuarenta días Nínive será destruida"» (Jon 3,1-4).

Lo nuevo es que Jonás obedece. ¿Es que ya se habrá convertido? Las dimensiones de Nínive son desmesuradas y legendarias. En menos de media hora se podía atravesar la ciudad antigua de Jerusalén. Nínive es el símbolo del inmenso mundo pagano. La misión de Jonás es firme pero indeterminada. Portavoz de Dios, nada puede añadir el profeta por su cuenta.

5) *Episodio central: Jonás cumple su misión y Nínive se convierte.*

«Los ninivitas creyeron en Dios, organizaron un ayuno, y grandes y pequeños se vistieron de saco. El anuncio llegó hasta el rey de Nínive que bajó de su trono, se quitó su manto, se cubrió de saco y se sentó en la ceniza. Luego mandó proclamar en Nínive este decreto del rey y sus ministros: "Que hombres y bestias, gana-

do mayor y menor, no prueben bocado ni pasten ni beban agua. Que hombres y animales se vistan con sacos e invoquen a Dios con insistencia, y que cada uno se convierta de su mala conducta y de sus acciones violentas. A ver si Dios se arrepiente y se compadece, se aplaca el ardor de su ira y no perecemos". Cuando Dios vio lo que hacían, cómo se convertían de su mala conducta, se arrepintió del castigo que había anunciado contra ellos y no lo ejecutó» (Jon 3,5-10).

La liturgia penitencial de Nínive tiene un movimiento concéntrico en torno al decreto del rey que, con buena información teológica, acentúa lo esencial: el respeto a la justicia y la conversión. El ayuno es el signo de la sinceridad, no un modo de presionar a Dios. Todo lo fía de la misericordia divina.

La descripción es colorista. Hasta los animales ayunan y se visten de luto como los caballos en las carrozas fúnebres (!). Dios por su parte responde a las esperanzas de los penitentes. Se echa para atrás y renuncia al castigo que había anunciado por boca de Jonás. Se arrepienten los ninivitas y se arrepiente y se compadece Dios. Apartándose del mal consiguen que Dios les libre del mal.

Pero el autor evita cuidadosamente el verbo que se aplica a la conversión, porque Dios no tiene que cambiar sus verdaderas disposiciones. El castigo amenazador, era condicional. La liturgia penitencial de Nínive acaba con el triunfo de la misericordia y de la gracia. Dios no ejecutó su amenaza. Quedó anulada la proclama de Jonás.

6) *Dios retira su amenaza y provoca el enfado de Jonás.*

«Jonás sintió un gran disgusto, se enfureció y oró así a Yahvé: "¡Ay, Yahvé! Ya lo decía yo cuando estaba todavía en mi tierra y por eso me apresuré a huir a Tarsis, pues sabía que tú eres un Dios clemente, compasivo, paciente y generoso, que se arrrepiente del castigo. Así, Yahvé, quítame la vida, pues prefiero morirme a estar vivo". Pero Yahvé le dijo: "¿Te parece bien enfurecerte así?". Jonás salió de la ciudad y se instaló al Oriente. Allí se hizo una choza y se sentó a su sombra, para ver qué sucedía en la ciudad. Entonces Yahvé hizo crecer una planta de ricino por encima de la cabeza de Jonás para darle sombra y librarlo así de su malestar. Jonás se puso muy contento con aquel ricino. Pero, al día siguiente, al rayar el alba, Yahvé envió un gusano que dañó al ricino y éste se secó. Al salir el sol Dios mandó un sofocante viento solano. El sol atacó

a la cabeza, de que empezó a desfallecer y se deseó la muerte diciendo: "Prefiero morirme a estar vivo". Entonces Dios dijo a Jonás: "¿Te parece bien enfurecerte por el ricino?". Respondió: "¡Sí, me parece bien enfurecerme hasta la muerte!". Y Yahvé replicó: "Tú te compadeces de un ricino que no te ha costado hacer crecer, que al cabo de una noche apareció y al cabo de otra pereció. ¿Y no voy yo a compadecerme de Nínive, la metrópoli, donde viven más de ciento veinte mil personas que no distinguen el bien del mal y una gran cantidad de animales?"» (Jon 4,1-11).

¿Por qué se ha enfadado Jonás con una depresión que le hace desear de nuevo la muerte? A Jonás no le gusta que Dios sea misericordioso y bueno con Nínive. Lo admirable es que Dios acepta darle explicaciones. Primero, una lección de cosas, con el ricino; y después, con sus propias palabras interpretativas. Dios no recuerda el pecado ni la penitencia de los ninivitas sino sólo la multitud de niños y de animales que pueblan Nínive. ¿Cómo no va a cuidarse Dios de tantos seres vivos y mostrarse solícito y cariñoso con ellos, que son hechura suya?

La enseñanza del *Libro de Jonás* señala una de las más altas cimas del Antiguo Testamento. Rompiendo con una interpretación estrecha de las profecías, es patente la expresión de la voluntad misericordiosa de Dios que sólo espera alguna muestra de arrepentimiento para conceder el perdón.

El oráculo de Jonás no se cumple, pero es —nunca se insistirá bastante— porque los decretos de destrucción son siempre condicionales. Lo que Dios quiere es la conversión. Así dice Dios en Jer (18,7-8): «De pronto hablo contra una nación o reino, de arrancar, derrocar y perder, pero se vuelve atrás de su mal aquella gente contra la que hablé y yo también desisto del mal que pensaba hacerle».

Rompiendo con el particularismo en el que se veía tentada a encerrarse la comunidad postexílica, predica un universalismo extraordinariamente abierto.

En la historia de Jonás todo es simpático, los marineros paganos en la tempestad, el rey y los habitantes de Nínive, los niños y hasta los animales. Todo el mundo, excepto el único israelita, que queda en ridículo. Dios es indulgente con su profeta rebelde, pero, sobre todo, su misericordia se extiende hasta el enemigo más odiado de Israel.

Estamos a un paso del Nuevo Testamento. Dios no es sólo el Dios de los judíos; es también el de los paganos, porque no hay más que un solo Dios, como dice Rom 3,29-30: «¿Acaso Dios lo es únicamente de los judíos y no también de los paganos? Sí, por cierto, también de los gentiles; porque no hay más que un solo Dios que justifica a los circuncisos en virtud de la fe y a los incircuncisos por medio de la fe».

El salmo interpolado, más que oración de petición es de acción de gracias. Canta la liberación de quien ha conocido la experiencia de la muerte. Un náufrago en el sentido real o simbólico de la palabra. Puede estar inspirado en el salmo 69 que habla de «olas», «naufragio», «abismo». Y en el 30, con las imágenes de «la fosa», «el seol», la morada de los muertos, que no son más que sombras vivas.

El orante cautivo, impotente e irremediablemente perdido, pasa por la experiencia de la soledad y la muerte. Es exactamente lo contrario de su más alta experiencia religiosa, de la que siente nostalgia, la que se vive en el templo de Jerusalén, la presencia de Dios, que es gozo, luz y vida.

Jonás, prototipo del creyente, llamado personalmente por Dios, renacido en el agua y en la fe, zarandeado por su Señor y cuidado con mimo providente a pesar de su rebeldía, es venerado como santo en la Iglesia, si bien siguió un itinerario singular y sorprendente. Dios le va llevando a su pesar, a contrapelo, con paciencia infinita, a entrar dentro de su plan y ser instrumento de conversión y salvación.

La figura bíblica de Jonás es inmensamente popular y fecunda en el campo de la simbología del arte cristiano. Jesús, al utilizar en su predicación la historia de Jonás, dejó en la sombra el lado ridículo del personaje para hacerlo como una prefiguración de sí mismo. San Jerónimo llega a afirmar que el Señor es el verdadero Jonás.

> «Entonces le interpelaron algunos escribas y fariseos: "Maestro, queremos ver un signo hecho por ti". Mas él les respondió: "¡Generación malvada y adúltera! Un signo pide y no se le dará otro signo que el signo del profeta Jonás. Porque de la misma manera que Jonás estuvo en el vientre del cetáceo tres días y tres noches (Jon 2,1), así también el Hijo del hombre estará en el seno de la tierra tres días y tres noches. Los ninivitas se levantarán en el jui-

cio con esta generación y la condenarán; porque ellos se convirtieron por la predicación de Jonás (Jon 3,5s), y aquí hay algo más que Jonás" (Mt 12,38-41)».

La iconografía de las catacumbas reproduce profusamente estas escenas y es un curioso y fehaciente testimonio del impacto de Jonás en la Iglesia primitiva. Si la escena del Buen Pastor aparece 114 veces, la de Jonás la sigue en segundo lugar con 57 representaciones; y después, Lázaro con 53. Y las tres son alusivas a la resurrección.

Jonás aparece en distintas escenas secuenciales que guiaban las catequesis de los Padres, enseñando que la misericordia de Dios es uno de sus mayores atributos, para con todos sin distinción.

Jonás se convierte en uno de los símbolos más importantes de la Biblia: tipo de la resurrección, del bautismo, testigo de la llamada a los gentiles y del perdón de Dios a los pecadores arrepentidos.

No sólo aparece en el arte paleocristiano de los sarcófagos, sino también en los mosaicos, miniaturas, vidrieras, en las obras de maestros como el Beato Fra Angélico, Caravaggio, Miguel Ángel, Lorenzetti...

El alto valor simbólico que la Iglesia ha atribuido siempre a la historia de Jonás se expresa con entrañable ternura en el *Ordo commendationis animae,* ritual para la recomendación del alma, que el sacerdote recitaba junto a los moribundos: «Líbranos, Señor, como libraste a Jonás del vientre del cetáceo. Como libraste a Jonás del vientre del cetáceo, sácame de la muerte y llévame a la vida».

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

ALONSO SCHÖKEL, L., *Doce profetas menores: Oseas, Joel, Amós, Abdías, Jonás, Miqueas, Nahum, Habacuc, Sofonías, Ageo, Zacarías, Malaquías* (Madrid 1966).
Biblia de Jerusalén (Bilbao 1998).
FLECHA ANDRÉS, J. R., *Buscadores de Dios* (Madrid 1992).
MORA, M., *Jonás* (Estella, Navarra 1991).
VERGER, G., Art. en *Bibliotheca sanctorum.* VII: *Giustiniani-Louilier* (Roma 1966) 492-500.

SANTOS LORENZO IMBERT, PEDRO MAUBANT Y SANTIAGO CHASTAN

Mártires († 1839)

La comunidad católica de Corea había suspirado largamente por la llegada de misioneros cristianos que pudieran administrar los sacramentos a los que por contacto con otros fieles habían alcanzado el don divino de la fe. Pero cuando por fin le llegaron tres, enviados por la Santa Sede, el obispo Lorenzo Imbert y los presbíteros Pedro Maubant y Santiago Chastan, el odio anticristiano y la traición había provocado su detención y condena a muerte, y llegaba el día 21 de septiembre de 1839 destinado a ser el día de su ejecución. En medio de una multitud curiosa por ver la muerte de los occidentales, numerosos católicos se dispusieron a presenciar el martirio de sus pastores, pero la prudencia les exigía no dar señal alguna de su presencia, llevando en sus corazones el doble sentimiento de infinita pena por perder tan pronto a sus misioneros y de gracias a Dios porque coronaba con el martirio una entrega tan ejemplar como había sido la de aquellos espléndidos misioneros. El lugar designado era Sai-Nam-The, y allí fueron llevados los tres mártires.

Los tres misioneros fueron desnudados de cintura arriba. Se les ataron las manos delante del pecho y se les colocó un palo bajo sus sobacos. Se les taladraron las orejas y se les echó agua y argamasa en la cara. Los verdugos los arrastraron tomándolos por los palos de debajo de sus sobacos y acompañaron la tortura con insultos y malos tratos. Luego una bandera señaló la fase final y se obligó a los mártires a arrodillarse. No los mataron de uno sino de varios golpes de espada. El primero, el P. Chastan, instintivamente se puso de pie pero luego se arrodilló. Con heroica serenidad y paciencia los tres testigos de Cristo padecieron la muerte por amor de su Señor. Sus cuerpos no pudieron ser recogidos y enterrados hasta veintiún días más tarde y pasados a lugar sagrado sólo cuando la paz amaneció para la Iglesia de Corea.

LORENZO JOSÉ MARÍA IMBERT había nacido en Aix-en-Provence en 1794 en el seno de una humilde familia, tan pobre que no pudo siquiera enviar al chico al colegio. La familia vivía en Calais. A los ocho años se encontró en la calle una moneda de

un franco, y lo que hizo con ese dinero fue comprar una cartilla para aprender a leer y le pidió a una amable vecina que le enseñara. Aprendió muy pronto a leer y manifestó un gran interés por ampliar sus por entonces escasos conocimientos. La amable vecina viéndolo tan interesado le enseñó también a escribir. Cuando su párroco, el abate Armant, supo el interés del niño, lo puso en la escuela de los Hermanos del Retiro Cristiano. Pudo costearse sus libros y cuadernos con la venta de los rosarios que los religiosos le enseñaron a hacer. E igualmente empezó a ayudar en su casa.

Lorenzo quería ser sacerdote. Así lo expresó con toda claridad y recibió la ayuda precisa para ingresar en el seminario de Aix, donde tuvo una conducta ejemplar y donde progresó en los estudios, terminándolos antes de tener la edad suficiente para poder ser ordenado subdiácono. Y empezó a sentir una interior comezón que no le dejaba vivir: quería ser misionero entre los infieles. Hizo ejercicios espirituales en el monasterio trapense de Aiguebelle y lo consultó con el padre abad. Éste vio con claridad que la llamada venía de Dios y dirigió al muchacho al Seminario de Misiones Extranjeras de París. Aquí entraba el 8 de octubre de 1818. Los superiores apreciaron enseguida sus buenas cualidades y lo presentaron a las órdenes sagradas, ordenándose sacerdote el 18 de diciembre de 1819. Estaba listo para ir a las misiones.

Su primer destino iba a ser China, el inmenso Celeste Imperio donde su Sociedad tenía varios puestos misionales. Partió de Burdeos en barco el 1 de mayo de 1820 y meses después llegaba a China, empezando su tarea misionera en la ciudad de Seu-Chuen. Aquí desarrolló su trabajo apostólico con gran celo, se ganó enseguida el corazón de sus compañeros misioneros y de los fieles, demostrando una gran integridad de costumbres y un admirable respeto hacia China, su lengua, su cultura y sus habitantes. Le tocó vivir en China en tiempos de persecución y supo animar a los fieles a perseverar en la fe. Se le encomendó el establecimiento de un seminario en Moupin, en la frontera con el Tíbet. Lorenzo aprendió la lengua china y la hablaba con soltura. Igualmente había aprendido a escribir, conociendo miles de caracteres chinos.

Se trató de enviar misioneros a Corea y él no fue elegido. Se eligió a los dos futuros compañeros suyos de martirio y se nombró obispo-vicario apostólico de Corea a monseñor Bruguière. Éste se dispuso a entrar en su territorio misional pero murió el 20 de octubre de 1835 sin haber llegado a su destino. Y es entonces cuando la Sociedad de Misiones Extranjeras propone al papa Gregorio XVI que nombre a Lorenzo para el puesto vacante. Gregorio XVI llevaba, ya desde su etapa de cardenal, muy dentro del corazón el tema de la misión de Corea. Accedió a la propuesta que le hacía la Sociedad y le nombró a Lorenzo obispo titular de Capsa y vicario apostólico de Corea. De manos de monseñor Fontana recibió Lorenzo la consagración episcopal el 14 de mayo de 1837 en la ciudad china de Seu-Chuen. El obispo Fontana no dejó de señalar cuánto echaría de menos la misión china la presencia de un misionero tan eficaz como Lorenzo.

En noviembre el nuevo obispo empezó su largo viaje hacia Corea, despedido amablemente por los católicos chinos. Sabía Lorenzo que cristianos coreanos le esperaban para acompañarlo en su entrada en Corea. Finalmente y tras muchos días de viaje llegaron a Seúl. En carta a los fieles expresó su alegría y les dijo que se sentía en Corea como en el seno de su propia familia.

Mientras que el P. Chastan estaba predicando el evangelio por las provincias del sur del país, el P. Maubant acompañaba al obispo en sus primeras actividades apostólicas. Lorenzo se dedicó ante todo a aprender la lengua y sólo unos meses más tarde de su llegada ya era capaz de oír confesiones y predicar. Durante la Pascua de aquel año trescientos fieles recibieron la primera comunión. En mayo los tres misioneros se reunieron en Seúl y comenzaron a administrar el bautismo a todos cuantos estaban preparados. En noviembre lo habían recibido ya cerca de dos mil. Ninguno de los tres misioneros se daba descanso. Personas de toda clase social recibían el bautismo. A los tres seminaristas que había mandado el P. Maubant al extranjero añadió Lorenzo otros cuatro y él mismo se puso a enseñarles los rudimentos de la lengua latina.

Los cristianos intentaron mantener todo lo en secreto que les fue posible la llegada de los misioneros, pero dos apóstatas

hicieron llegar la noticia a la casa real. Los sucesos de febrero de 1839 devolvieron al poder personas apartadas tiempo atrás y dieron protagonismo a la reina viuda Kim. Y se propusieron castigar con severidad a los católicos arrestados y continuar los arrestos, como así fue. Los tres misioneros se daban cuenta de que, tras tantos años de desear recibir misioneros, no podían exponerse a la muerte sin defraudar a los católicos coreanos. Decidió Lorenzo por ello dejar Seúl y en junio se marchó a un pueblecito costero, bastante alejado, contando con la compañía de un cristiano leal. Allí fueron a buscarle los dos misioneros al terminar su periplo de evangelización. Abordaron la situación. Lamentaron que su llegada hubiera servido para un recrudecimiento de la persecución y los dos sacerdotes no estuvieron de acuerdo en que ellos se marcharan a China y sólo el obispo se quedara. Quedaron en permanecer los tres en Corea y ponerse en manos de Dios.

Pero el obispo vería claro poco más tarde que la única manera que tenía de proteger a los fieles era entregarse él mismo, y por ello el 11 de agosto de 1839 dijo por la mañana su última misa y mandó una carta a ambos misioneros en la que les decía que no podían ocultarse más; que el día anterior había sido un pobre cristiano el que había venido a buscarlo; que de todos modos se ocultaran hasta nuevas instrucciones. Seguidamente fue al encuentro de sus captores y aquella tarde llegó a Seúl. Los policías lo detuvieron y encadenaron. Interrogado, contestó que había venido a Corea a salvar almas, que había predicado personalmente a varios centenares y se negó firmemente a apostatar de su fe como se le pedía. Lorenzo les pidió entonces por carta a los dos sacerdotes que, si no habían dejado Corea, que acudieran a donde él.

Llevados los tres ante el juez, Lorenzo se negó a dar los nombres de los católicos, y entonces fueron enviados al Tribunal Supremo donde los interrogó el propio primer ministro. Lorenzo y sus compañeros fueron torturados y azotados. El 16 de septiembre se repitieron las torturas, quedando los mártires ensangrentados. Ninguno de los tres dijo un solo nombre de alguno de los católicos. Entonces se decidió su muerte. Y, como queda dicho, el día 21 de septiembre de 1839 fueron decapitados.

PEDRO FILIBERTO MAUBANT nació en Vassy, Francia, el 20 de septiembre de 1803. Tras hacer los estudios en el seminario de Bayeux, su diócesis nativa, se ordenó sacerdote y ejerció el ministerio pastoral en una parroquia, pero su anhelo era marchar a las misiones, y con licencia de su obispo, el 18 de noviembre de 1831 entraba en el Seminario de Misiones Extranjeras de París. Tras unos meses de estancia en este centro, el 5 de mayo de 1832 salía para China con la expresa misión de unirse al recién nombrado vicario apostólico monseñor Bruguière. Se dirigió con no poco valor a Pekín donde el obispo monseñor Gouvea lo ocultó durante varios meses. De allí marchó a Mongolia donde se reunió nuevamente con el vicario apostólico. Con sus instrucciones se puso en viaje hacia Corea pero el 1 de noviembre de 1835 se encontró con la noticia de que el obispo había fallecido. Y entonces decidió ir solo al encuentro de los fieles coreanos que le esperaban. Los encontró el 12 de enero de 1836 y con ellos por la frontera de Manchuria y disfrazado de persona que está de duelo se dispuso a entrar en Corea. Se dirigieron Maubant y sus acompañantes a Seúl. Se dedicó ante todo a aprender la lengua coreana, pero los fieles en cuanto supieron que estaba en el país empezaron a acudir a él en demanda de los santos sacramentos, utilizando algunos los caracteres chinos para entenderse con él en orden a la absolución sacramental. No tenía ni podía tener descanso. Impactado por el fervor de los cristianos, se dedicó a ellos por completo. Tras la Pascua visitó numerosas comunidades repartiendo los sacramentos, bautizando a más de doscientos catecúmenos y confesando a más de quinientas personas. Pensando ante todo en el futuro de la comunidad católica eligió tres jóvenes, uno de ellos el futuro mártir San Andrés Kim Taegón, y los mandó al extranjero a prepararse para el sacerdocio. Los que los guiaron hasta la frontera volvieron a Seúl trayendo al P. Chastan. Se dedicó entonces Maubant un tiempo a estudiar coreano y luego dio una gira apostólica por diversos sitios, evitando, para no ser descubierto, las vías principales. Pero en julio de 1837 se puso muy enfermo, fue llevado a Seúl y el P. Chastan le administró los últimos sacramentos, pero no murió. Mejoró y tres meses más tarde se reincorporaba a sus tareas misioneras. Su actividad

siguió siendo frenética: bautizó a unos mil doscientos catecúmenos, confesó a unos dos mil y dio la comunión a otros tantos.

Cuando el último día de 1837 llegó a Seúl el obispo Imbert, Maubant se puso a su entera disposición y con él ejerció aquel año 1838 su ministerio con tal eficacia que a finales del mismo el número de fieles había crecido hasta los casi nueve mil. Pero en 1839 llegaría la detención del obispo y posteriormente la ya contada orden del prelado de que se entregara también. De ahí, y con el obispo y su otro compañero, Chastan, pasaría al glorioso martirio.

SANTIAGO HONORATO CHASTAN nació el 7 de octubre de 1803 en Marcoux, Francia, hijo de un granjero. Su vocación misionera se despertó en él desde joven y, mientras estudiaba en el seminario de Digne, la llamada a las misiones la sentía cada vez con mayor urgencia. Visitó a su obispo, le manifestó su deseo y su obispo le negó la licencia para irse al Seminario de Misiones Extranjeras. Pero luego el prelado repensó su decisión y viendo que el joven tenía las cualidades necesarias para las misiones, le envió el permiso. Se ordenó entonces sacerdote el 23 de diciembre de 1826, se despidió de su familia y el 13 de enero de 1827 entraba en el dicho Seminario de Misiones. El 22 de abril dejaba Francia y se embarcaba en Burdeos para China. Estando aquí surge el tema de la misión de Corea y él se ofrece voluntario. Tras un largo viaje pudo entrar, con los que fueron a recogerle, en Corea. Se dedicó a aprender la lengua y poder cuanto antes oír confesiones. Se dedicó en cuanto pudo a visitar a los fieles dispersos por las varias provincias y organizó las fraternidades del Santo Rosario y el Santo Escapulario para estimular a los fieles con la devoción mariana. Hizo una gran labor y bautizó a unos tres mil catecúmenos. No pudo estar a la llegada del obispo Imbert pero luego se reunió con él en Seúl. Cuando se dio cuenta de que la persecución se proponía acabar con los misioneros extranjeros y recibió la orden de entregarse, escribió a sus padres y se despidió de ellos. Escribió también a los fieles manifestando su satisfacción por haber pasado entre ellos tres años de trabajo apostólico e invitándolos a perseverar y citándolos para el cielo. Llegado a Seúl comenzó su detención, confesión y glorioso martirio.

Estos tres campeones de la fe de Cristo fueron beatificados el 5 de julio de 1925 por el papa Pío XI y canonizados el 6 de mayo de 1984 en el viaje pastoral de Juan Pablo II a Corea, en la ceremonia conjunta de canonización de 103 mártires de Corea.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 17 (1925) 366s; 80 (1988) 117s.
DALLET, C., *Histoire de l'Église de Corée* (París 1874).
DANTEM, G., *Seme di cristiani nel paese del mattino sereno: i 24 martiri di Corea 1866-1867* (Roma 1968).
The korean martyr saints. Founders of a Church (Seúl 1996).
VÉRINAUD, J., *Lumière sur la Corée: les 103 martyrs* (París 1984).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN CUADRATO

Apologista († s. II)

Cuadrato es el primer apologista conocido. Entra en la historia por su *Apología* dirigida al emperador Adriano (117-138). El historiador Eusebio dice que él se dirigió al emperador cuando éste se detuvo en Atenas, de donde era Cuadrato, hacia el año 124. Dice Eusebio que Cuadrato le presentó un discurso en el que se hacía la defensa de nuestra religión. Eusebio tenía este escrito en su poder y para probar su antigüedad cita una frase del mismo en que dice que personas curadas o resucitadas por Jesús habían vivido hasta su tiempo. Eusebio dice que fue discípulo de los apóstoles, lo que es perfectamente verosímil. San Jerónimo añade que era obispo de Atenas y que había sido contemporáneo del obispo San Dionisio de Corinto, lo que no recoge el nuevo *Martirologio romano* que dice, en cambio, que él «con su fe y su empeño congregó a la Iglesia dispersa por el terror». Su libro no ha llegado hasta nosotros.

SAN CADOC

Abad († 580)

Las biografías existentes de este santo no son anteriores a finales del siglo XI y comienzos del XII, y es claro que están lle-

nas de datos legendarios. Es difícil determinar cuáles de esos datos son verdaderamente históricos. La tradición lo tiene por el fundador —otros lo discuten— del monasterio de Nant Carfan o Llancarfan, que es el nombre popularizado luego, monasterio del que sin duda fue monje y luego abad, y es obviamente uno de los principales santos galeses. Se asegura que Cadoc o Cadog o Catwg debió nacer a finales del siglo V, hijo del rey del sur de Gales, San Gundleo o Gwynllyw, y de Santa Gwladys. Parece igualmente seguro que visitó Cornualles y Escocia y que su influencia se extendió a Irlanda. También se ha hablado de su presencia en Bretaña, donde ha tenido culto.

BEATO MARCOS SCALABRINI DE MÚTINA

Presbítero († 1498)

Nace en el primer tercio del siglo XV en la ciudad italiana de Módena. Sintiendo la vocación religiosa, ingresa en el convento de dominicos de la misma ciudad, hace la profesión religiosa y se ordena presbítero. Muy pronto sobresale como gran predicador, que llamaba especialmente a los pecadores a la penitencia y conseguía mover muchos corazones al arrepentimiento y la conversión. Con la aureola de predicador apostólico recorrió muchas ciudades italianas, en todas las cuales su predicación tuvo un gran éxito de oyentes y de conversiones. Murió cargado de virtudes y méritos en Pésaro, de cuyo convento dominicano era prior, el día 21 de septiembre de 1498, y el papa Pío IX confirmó el culto que se le venía tributando el 10 de septiembre de 1857.

SANTOS FRANCISCO JACCARD Y TOMÁS TRAN VAN THIEN

Mártires († 1838)

El día 21 de septiembre de 1838 en Quang-Tri, Annam, fueron estrangulados los santos Francisco Jaccard, misionero, y Tomás Tran Van Thien, seminarista, a causa de la fe cristiana

que ambos profesaban y que además el misionero había ido a fomentar a aquel país.

FRANCISCO JACCARD había nacido en Onion, Francia, el 6 de septiembre de 1799. Comenzó sus estudios en el seminario de Melan, pasando luego al de Chambery. Estando en este centro de formación sintió la vocación misionera y pasó al Seminario de Misiones Extranjeras, en cuya Sociedad ingresó. Una vez ordenado sacerdote, fue enviado a la misión de Cochinchina, con el cargo de provicario general y residencia en Phuong-Rh. En 1827 fue arrestado y llevado a Hue, donde su cultura y bondad se granjeó la estima de los propios mandarines encargados de juzgarle y que lo dejaron en libertad, a condición de completar las traducciones que se le habían solicitado. No obstante no estaba seguro, porque numerosos paganos atizaban la ira anticristiana de las autoridades con calumnias contra los cristianos. Los habitantes de Cai-Lao acusaron al P. Jaccard de haber guiado a los cristianos de Duong-Son para saquearlos. Apresado por esta acusación, pasó por diferentes tribunales y finalmente fue desterrado a Ai-Lao y luego a Cam-Lo. Al rey le disgustó sobremanera la apertura de la escuela de Di-Loan y mandó averiguar si Jaccard había tenido parte en su apertura. Los mandarines encargados de la averiguación llegaron a la conclusión de que Jaccard no había tenido parte en ella pero le exigieron como prueba de su lealtad al rey que renunciase al cristianismo. El misionero se negó. Entonces fue llevado a la cárcel, cargado con la canga y encadenado. En la cárcel de Quang-Tri se encontró con el seminarista Tomás Thien que sería su compañero de martirio. Sufrió en diferentes ocasiones fortísimas flagelaciones que lo dejaron completamente exhausto. También se le dio el tormento de las tenazas ardientes, quemándole la carne hasta los huesos. Por fin fue estrangulado.

TOMÁS TRAN VAN THIEN había nacido en Trung-Quang en 1820, hijo de una familia cristiana. Decidida su vocación sacerdotal, ingresó en el colegio de Di-Loan, que había restablecido el P. Candalh. Pero llevaba allí muy poco tiempo cuando los alumnos fueron arrestados bajo la acusación de profesar una religión prohibida y fueron llevados a la cárcel de Quang-Tri. Mientras los demás compañeros, asustados por la perspectiva

de la cárcel, las torturas y la muerte, apostataron, Tomás se mantuvo firme en la fe. Le dieron cuarenta golpes con caña de bambú a ver si apostataba, pero recibió el tormento alegre de padecer por Cristo. A la espera de que Tomás también apostatara no les dieron libertad a los demás seminaristas pese a su apostasía, y por ello cuando Tomás fue devuelto a la cárcel los otros le insistían en que apostatara y lo maltrataban con ese motivo. No cedió Tomás, y fue de nuevo apaleado y con mayor crueldad. Perseveró el joven, no obstante, en su confesión de fe y por fin lo estrangularon al mismo tiempo que al P. Jaccard.

Fueron canonizados el 19 de junio de 1988 por el papa Juan Pablo II junto con los 117 mártires de Vietnam, muertos por la fe entre los años 1745-1862, que habían sido beatificados a lo largo del siglo XX.

BEATOS VICENTE GALBIS GIRONÉS Y MANUEL TORRÓ GARCÍA

Mártires († 1936)

En el cementerio de Benissoda en la noche del 21 de septiembre de 1936 fueron fusilados seis católicos, dos de los cuales son nuestros mártires de hoy, elevados por la Iglesia a la gloria de los altares. Mientras los llevaban al martirio rezaron en voz alta el santo rosario y al final del mismo todos recitaron la Salve, dando seguidamente vivas a Cristo Rey hasta que las balas callaron sus voces. Fueron todos echados a una fosa común, en la que estuvieron sus restos hasta su traslado posterior al cementerio de Onteniente.

VICENTE GALBIS GIRONÉS nace en Onteniente el 9 de septiembre de 1910. Se educa en el colegio de los PP. Franciscanos, pasa luego al Instituto Nacional de Murcia para estudiar el bachillerato y hace la carrera de derecho en la Universidad de Valencia. Milita en las filas de la Juventud Católica, de donde saldrían también otros mártires, y sigue en ella cuando se transforma en Juventud de Acción Católica. Fue también miembro de las Conferencias de San Vicente de Paúl y de la Adoración Nocturna, mostrándose siempre un católico convencido, activo y fervoroso. Terminada ya su carrera y ejerciendo como aboga-

do, contrajo matrimonio el 5 de septiembre de 1935 con María Desamparados Bonastre Oltra, que le dio un hijo en el mes de julio de 1936. Nunca se metió en militancia política alguna, pero sí se señaló como católico militante. Llegada la revolución de julio de 1936, su casa fue objeto de registros y le propusieron se hiciera abogado de organizaciones de izquierdas, a lo que se negó «porque no podía ser abogado de gentes que profanan imágenes y desvalijan templos». En la madrugada del 21 de septiembre fueron a por él, se dio cuenta de su destino y se despidió con plena conciencia de su esposa. Llevado a la cárcel, lo sacaron de ella a las dos horas para llevarlo a la muerte.

MANUEL TORRÓ GARCÍA nació en Onteniente el 2 de julio de 1902. Hizo en Valencia los estudios de perito aparejador, y ya de estudiante dio muestras de su espíritu sinceramente religioso. Fundó un turno de Adoración Nocturna y era miembro de varias asociaciones religiosas. El 26 de diciembre de 1926 contrajo matrimonio con Rosario Romero Almenar, con la que no tuvo hijos. Fue uno de los fundadores y el primer presidente de la Acción Católica en la parroquia de San Carlos, de Onteniente, siéndolo también de la Adoración Nocturna. Pertenecía a la Orden Tercera de San Francisco. Después de las elecciones de febrero de 1936, fue jefe de un grupo de vigilancia nocturna que intentaba impedir el saqueo o incendio de la parroquia de San Carlos, dejando de hacerlo cuando estalló la revolución del 18 de julio de 1936 por ser ya inútil cualquier vigilancia. Por entonces igualmente el párroco tomó el copón con las sagradas formas y lo llevó a casa de Manuel, desde donde todos los domingos lo llevaban a la casa de sus padres y, luego de leer los textos de la santa misa, Manuel, su esposa, sus padres y sus hermanos comulgaban todos. Se negó a esconderse, le dijo a su esposa que estaba dispuesto al martirio, y confesó el día de la Asunción. El día 21 de septiembre fueron a por él, les dijo que los perdonaba y a uno de ellos le dio su tabaco. Se puso un traje limpio consciente de que iba al martirio, en señal de la alegría con que recibía la muerte por Cristo.

Fueron beatificados el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

22 de septiembre

A) MARTIROLOGIO

1. En Roma, en la Via Ostiense, la conmemoración de Santa Emérita (fecha desconocida), mártir.
2. En Agaunum (Suiza), santos Mauricio, Exuperio, Cándido, militares, y sus compañeros de la legión Tebea, y el veterano Víctor († 302), mártires **.
3. En Roma, en la Via Salaria antigua, la deposición de Santa Basila († 304), mártir.
4. En Levroux (Bourges), San Silvano († s. V), ermitaño.
5. En el Monte Glonna, junto a Poitiers, San Florencio († s. VI), presbítero.
6. En el territorio de la Galia Constanciense, San Lautón o Laudo († d. 549), obispo.
7. En Laon (Neustria), Santa Salaberga († 664), abadesa.
8. En Ratisbona (Baviera), San Emmerammo († 690), obispo y mártir.
9. En el monasterio cisterciense de Morimond, Beato Otón († 1158), obispo de Frisinga y antes abad de dicho monasterio *.
10. En Turín (Italia), San Ignacio de Santhià († 1770), presbítero, religioso capuchino **.
11. En Rochefort (Francia), Beato José Marchandon († 1794), presbítero y mártir *.
12. En Seúl (Corea), santos Pablo Chong Ha-sang y Agustín Yu Chin-gil († 1839), mártires **.
13. En Montserrat (Barcelona), Beato Carlos Navarro Miquel († 1936), presbítero, religioso escolapio, mártir *.
14. En el mismo lugar, Beato Germán Gozalvo Andreu († 1936), presbítero y mártir *.
15. En Alzira (Valencia), beatos Vicente Pelufo Corts, presbítero, y Josefina Moscardó Montalvá, virgen († 1936), mártires *.
16. En Bolbaite (Valencia), Beato Vicente Sicluna Hernández († 1936), presbítero y mártir *.
17. En Corbera (Valencia), Beata María de la Purificación Vidal Pastor († 1936), virgen y mártir **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTOS MAURICIO, EXUPERIO, CÁNDIDO Y VÍCTOR

Mártires († 302)

En un primer plano hacia la derecha nos salen al encuentro los oficiales de la legión Tebea. Destacándose su figura en el fino gesto de su mano con un dedo en alto, San Mauricio, el caudillo de la tropa «rebelde». En conversación con él, hablando con las manos ya que no pueden hacerlo con las palabras, los otros oficiales que sostuvieran la resistencia: Exuperio, Cándido y Víctor. Un niño, siempre los pajecillos en sus lienzos, sostiene un yelmo, porque todas las figuras aparecen destocadas. Y a la derecha del protagonista, un grupo de cabezas que en este caso hablan con los ojos, atentos al diálogo de sus jefes.

Todo es aquí contenido, sereno, helénico, salvo en las nerviosas piernas desnudas de estos soldados que parecen arder. Porque la llama es más bien interior, y el agitarse de los espíritus está expresado con música de fondo, en ese flamear de la amplia bandera carmesí, en las lanzas erectas y en el cielo atormentado que los cobija.

Con más intencionalidad en la escena de la izquierda, disimuladamente descrita en todo su horror de carnicería. Allí está el tormento como esquivado en su representación somera; pero allí está a la vez la clave para entender el coloquio de las cuatro figuras principales y adivinar su heroísmo y santidad.

Aunque la santidad nos la explica mejor la escena de arriba. Porque Doménico Theotocópuli gusta de establecer zonas contrapuestas, la terrenal, en que recoge el hecho y anécdota, y la sobrenatural, donde un coro de ángeles músicos y una pareja de ángeles con palmas y coronas, aparte de hacer del lienzo un maravilloso poema cromático, nos dicen que aquellos mílites no son héroes de Homero, sino mártires cristianos.

En esta obra, que puede clasificarse entre las mejores del Greco, palpita un poderoso acento sentimental, si bien su autor, transido de brisas clásicas, ha querido diluir la emoción del conjunto desparramándola en los colores insólitos —azules y amarillos— nunca vistos en él, y en su opulencia decorativa.

El Cretense, con esta composición de su primera época española —1582—, quiso ofrecer a Felipe II, que se la encargaba en 1579 para una de las capillas de El Escorial, una prueba de sus posibilidades de gran artista, por encima de todos los «manierismos». Mas el lienzo, dice el padre Sigüenza, «no contentó al monarca», y no llegó a ser colocado nunca en la capilla, pasando a las salas capitulares, donde todavía se exhibe. El rey en cierto modo tenía razón, porque el cuadro, por su asimetría y lo tripartito de la composición, no es devocional, aunque capte maravillosamente la psicología de los personajes y narre las tres fases del tema. Lo cierto es que Theotocópuli cobró los 800 ducados del contrato, y se volvió a Toledo. Nunca Felipe II hizo mejor servicio a la ciudad imperial.

El joven artista encendió ya entonces la controversia. «Dicen (que el cuadro) es de mucho arte, y que su autor sabe mucho, y se ven cosas excelentes de su mano», vuelve a anotar el padre Sigüenza. El artista, para vengarse de sus émulos, firmó su obra en una hoja de papel que muerde una víbora, alusión patente a los envidiosos.

Si he traído aquí al pintor cretense es porque ha popularizado con aquel lienzo, que no gustó a Felipe II, el martirio de San Mauricio y sus compañeros.

Pues lo que el Greco expresó con sus pinceles lo narra en una prosa llena de colorido el obispo de Lyón, San Euquero, muerto a mediados del siglo V. Este santo es el autor de la *passio* de San Mauricio y la legión Tebea, donde pretendió recoger las tradiciones orales «para salvar del olvido las acciones de estos mártires».

Aunque cita testigos de su relato, ninguno de ellos puede ser contemporáneo, ni siquiera a través de tercero, de los hechos que narra, por haber transcurrido un hiato de siglo y medio.

Diocleciano había asociado a su Imperio a Maximiano Hércules. Ambos, feroces enemigos del nombre cristiano, decretaron la última y la más terrible de las persecuciones.

Maximiano hubo de acudir a las Galias para reprimir un intento de sublevación de aquellos pueblos, y entre las tropas que reunió se encontraba la legión Tebea, procedente de Egipto y toda compuesta de cristianos. Al ir a incorporarse a su destino,

Mauricio, comandante de dicha legión, visita en Roma al papa Marcelo. Llegados a Octadura, la actual Martigny en el Valais, junto a los desfiladeros de los Alpes suizos, Maximiano ordena un sacrificio a los dioses para impetrar su protección en la campaña que pensaba emprender.

Los componentes de la legión Tebea rehúsan sacrificar, apartándose del resto del ejército y yendo a acampar a Agauna, entre las montañas y el Ródano, no lejos del lado oriental del lago Lemán.

Maximiano monta en cólera cuando conoce el motivo de la deserción, dando orden de que los legionarios rebeldes sean diezmados y pasados a espada. Los sobrevivientes se reafirman en su fe y se animan a sufrir todos los tormentos antes que renegar de la verdadera religión.

Maximiano, cruel más que una bestia feroz, ordena diezmar por segunda vez a los soldados cristianos. Mientras se lleva a cabo la orden imperial, el resto de los tebanos se exhortan mutuamente a perseverar, sostenidos por sus jefes: Mauricio, a quien el narrador llama *primicerius,* o comandante en jefe de la legión, aunque en la terminología castrense romana no designara tal nombre esa función; Exuperio, *campidoctor* (término equivalente a lo que hoy llamaríamos un oficial de menor graduación), y Cándido, *senator militum,* también oficial. Encendidos con tales exhortaciones de sus jefes y oficiales, los soldados envían una delegación a Maximiano para exponerle su resolución.

Al describir tales incidentes, Euquero pone en las bocas de los protagonistas largos discursos, a la manera de Tito Livio y los historiadores clásicos. Los legionarios tebanos declaran que no pueden faltar al juramento prestado a Dios. Que obedecerán al emperador siempre que su fe no se lo impida, y que si determina hacerlos perecer, renuncian a defenderse, como tampoco lo hicieran sus camaradas, cuya suerte no temen seguir.

Viéndoles tan obstinados, Maximiano envía a sus tropas contra ellos, que se dejan degollar como mansos corderos. Corren arroyos de sangre como jamás se viera en las más cruentas batallas.

Víctor, veterano licenciado de otra legión, pasa casualmente por el lugar del suceso, mientras los verdugos festejaban su

crueldad. Inquiere la causa, y al informarse lamenta no haber podido acompañar a sus hermanos en la fe. Entonces los verdugos le sacrifican juntamente con los demás.

Según Euquero, toda la legión Tebea, compuesta de 6.600 soldados, fue pasada por las armas, si bien de entre tantos mártires sólo se conoce el nombre de Mauricio, Exuperio, Cándido y Víctor. «Los restantes nombres, que nosotros ignoramos, están inscritos en el libro de la vida».

De la lectura de la pasión se destaca un dato incontrovertible: En el siglo V y aun en el IV se daba culto en Agauna a unos soldados mártires, y esto representa un testimonio de la mayor importancia.

Las circunstancias del martirio aparecen ya menos claras, y el sincronismo establecido por Euquero no concuerda con la historia general que conocemos.

Sitúa el suceso durante la gran persecución de Maximiano, cuando ya la Galia estaba gobernada por Constancio Cloro, que no aplicó los decretos persecutorios. Además, resulta improbable que los soldados martirizados fuesen 6.600, pues ésta era la cifra teórica de los hombres de una legión, que por aquellas fechas se reducía en la práctica al millar de combatientes.

Sea lo que fuere de estos detalles, lo que no cabe dudar es que a finales del siglo III ocurrió en Agauna un martirio colectivo de soldados cristianos, hecatombe de la que existen casos parecidos, como los cuarenta mártires de Sebaste.

¿Procedían aquellos soldados de la Tebaida egipcia? Bien pudiera ser, aunque los legionarios tebanos no estuvieran normalmente de guarnición en la región del Valais. No veamos en ellos un puro simbolismo, como si hubieran sido calificados de tebanos por ser la Tebaida la tierra clásica de santos y ermitaños del primitivo cristianismo.

Acerca de los nombres de los oficiales que nos ha transmitido Euquero, corresponden perfectamente a soldados de entonces, y no hay por qué dudar de su autenticidad. Mauricio significa «negro» (moro), Cándido, «blanco»; Exuperio, «devantado en alto», y Víctor, «victorioso».

Ya en el siglo IX la fiesta de San Mauricio y de sus compañeros mártires de la *legio felix Agaunensis* era celebrada en Roma y

en toda la cristiandad. Merece destacarse el hecho de que el ceremonial de la coronación de los emperadores, compuesto hacia el siglo XI, determina que el Papa corone al emperador en la basílica de San Pedro, en el altar de San Mauricio, invocando su protección sobre el ejército «romano y teutónico».

Según refiere el citado Euquero, fue San Teodoro, obispo del Valais, quien hizo exhumar los restos de los mártires tebanos, levantando en su honor una pequeña basílica, de la cual se han encontrado huellas en excavaciones efectuadas en el pasado siglo, como también de otros santuarios levantados en aquellos parajes.

El 22 de septiembre del 515 pronunció San Avito, obispo de Viena, una homilía para la inauguración de la abadía de Agauna, fundada por el piadoso rey Segismundo.

El abad Alteo, pariente de Carlomagno, hizo levantar una iglesia mayor a fines del siglo VIII, conservada cuando se construyó otra nueva basílica en el siglo XI.

Los canónigos regulares se establecieron en Agauna el año 1128, y allí han perdurado siempre. La actual abadía fue reconstruida en el siglo XVII.

Los mártires de la legión Tebea fueron venerados por todas partes, y de ellos hay reliquias en infinidad de iglesias, como Viena del Delfinado, San Cugat del Vallés, El Escorial, catedral de Toledo, etc. En Francia sesenta y dos municipios llevan el nombre de Saint-Maurice.

Hasta las armas de este santo fueron objeto de veneración. Carlos Martel quiso servirse de la lanza de San Mauricio y de su morrión cuando presentó batalla a los sarracenos en Poitiers. Los duques de Saboya, en cuyo territorio está comprendido el lugar de su martirio, llevaron siempre el anillo de este santo como una de las más preciosas señales de su soberanía.

También hay una orden militar, fundada en 1434 por Amadeo VIII, primer duque de Saboya, que está encomendada a San Mauricio, gran protector de esta casa. Carlos Manuel la fundió posteriormente con la Orden de San Lázaro. La Orden del Toisón de Oro le tiene igualmente por patrono, lo que explicaría la devoción que le profesaba Felipe II.

Estos mártires gozaron de oficio con antífonas propias, de gran belleza musical literaria. He aquí algunas, aunque pierdan mucho color al ser traducidas:

«La santa legión de los mártires agaunenses, mientras resistía a los adversarios, merced a la intervención de San Mauricio, su general, alcanzó el premio de la inmortalidad».

«He aquí cómo por la intervención de estos santos se ha convertido Agauna en lugar sagrado que sirve de salud a los presentes y de defensa a los venideros».

En efecto, parece que la historia ha confirmado el voto de la liturgia, pues en la Alta Edad Media la abadía de Agauna se hizo famosa por la santidad de sus monjes.

CASIMIRO SÁNCHEZ ALISEDA

Bibliografía

Acta sanctorum. 22 septembris, t.VI, p.308-403; 895-926.
BERNARD DE MONTMÉLIAN, J. S., *Maurice et la légion thébaine* (París 1888).
BESSON, M., *Monasterium acaunense* (Friburgo 1913) 1-61.
PANTORBA, B. DE (ed.), *Los grandes pintores españoles: 70 obras maestras del Greco* (Madrid 1953).

SAN IGNACIO DE SANTHIÀ

Presbítero († 1770)

Nació el 5 de junio del año 1686 en la localidad de Santhià, Santa Ágata, provincia de Vercelli (Italia). Ese mismo día fue bautizado con los nombres de Lorenzo Mauricio. Era el cuarto de los siete hijos del matrimonio formado por Pedro Pablo Belvisotti y María Elisabetta Balocco.

Santhià es una localidad del Piamonte, en la provincia de Novara, cerca de Vercelli. En tiempos romanos se la denominaba *Vicus viae longae.* Era una villa muy antigua y de viejas tradiciones. La vida en ella resultaba sencilla, pero no cómoda. Muchos niños tenían que trabajar para ayudar en la marcha de sus hogares. El ir a la escuela era un lujo que no todos podían tener, no porque se pagara la enseñanza, sino porque no había escuela para todos. Pero la familia era de clase acomodada y sus miembros estaban emparentados con las mejores familias de Santhià y del condado. Por eso el niño Lorenzo pudo considerarse un privilegiado.

Tenía poco más de siete años cuando perdió a su padre. Al morir éste, su madre lo encomendó a un piadoso sacerdote pa-

riente suyo y muy competente, que se encargó de su formación intelectual y espiritual. Tal vez fue él quien le sembró los primeros gérmenes sacerdotales y el que le alentó a seguir el camino del servicio eclesial. Por eso ingresó como seminarista en la colegiata del pueblo. Allí creció desde los once doce años en cultura y piedad y maduró su vocación, además de lograr una formación literaria envidiable.

En 1710 terminó los estudios teológicos en Vercelli y, al estar vacante la sede episcopal, consiguió del papa Clemente XI un *Breve* que le autorizaba para recibir de cualquier obispo en comunión con la Santa Sede las órdenes menores y mayores, incluido el sacerdocio. El 26 de febrero de 1710, después de los trámites convenientes y de demostrar sus amplios conocimientos teológicos, fue ordenado sacerdote. Tenía 24 años.

Sus primeros fervores apostólicos se desarrollaron en diversos frentes: colaboró con algunas parroquias, al tiempo que cultivaba su vida de piedad y su formación cultural y teológica con lecturas frecuentes. Especial acierto manifestó con su colaboración en misiones populares organizadas por los jesuitas, entre los cuales escogió a su director espiritual, que lo fue el P. Cacciamala.

Para poder vivir aceptó el encargo de preceptor en la noble familia de los Avogadro, de Vercelli, que tenía el privilegio de nombrar a un sacerdote párroco de Casanova Elvo. Por eso fue también párroco del lugar y quedó así con la vida asegurada, aunque una voz le decía en su interior que algo le faltaba. En 1713 rehusó el cargo de canónigo rector de la colegiata de Santhià, que también se le ofrecía. Pero en 1715 intentó desempeñar el ministerio pastoral en otra parroquia para moverse con más libertad que en la anterior. Un debate jurisdiccional sobre el nombramiento para regirla resultó providencial para su futuro. Comenzó a pensar que los cargos humanos no iban con su ideal de vida y que era triste pleitear por intereses materiales.

Fue entonces cuando tomó una decisión valiente y novedosa. Se presentó a principios de mayo de 1716 al padre provincial de los capuchinos en el convento de «El Monte», en Turín, para decirle que quería ser de su familia religiosa. Fue acogido con asombro y en principio disuadido. Se le dijo que la Iglesia nece-

sitaba también sacerdotes piadosos que fueran seculares. Él no era ya un desconocido cura de aldea, sino que gozaba de cierta fama de buen orador por sus ejercicios y misiones predicadas con los padres jesuitas de Vercelli. Esa fama le había llegado también al superior que le recibía.

Por si se trataba de una ráfaga pasajera de fervor, o su decisión era fruto de un desengaño, el Provincial trató de disuadirle y le presentó las dificultades para ingresar en los capuchinos. Además le dijo que era un momento en el que las buenas vocaciones eran abundantes y los religiosos de esta Orden contaban en la provincia con más de 500 religiosos.

Le llegó a decir, según él mismo contaría más tarde:

> «¿Por qué va Vd. a romper su carrera de sacerdote y renunciar a hacer el bien espiritual que está haciendo?».

Ignacio respondió sin vacilar:

> «Padre, mi corazón no reposa en ningún triunfo. Siento en el fondo del alma una voz que me dice que yo sólo encontraré la paz en hacer la voluntad de Dios por medio de la obediencia a un superior».

Él era ya sacerdote y sabía lo que hacía. El gesto de humildad y las palabras de sabiduría cristiana y sacerdotal desarmaron al interlocutor.

Recibida de inmediato la aceptación, hizo una visita muy rápida a su parroquia y, sin pasar por Santhià para saludar a sus parientes y despedirse, se dirigió a Chieri, donde el 24 de mayo de 1716 comenzó su vida religiosa con el nombre de fray Ignacio de Santhià. Iba con conocimiento de causa y con total libertad. Abrazaba la Orden capuchina a la edad de 30 años para vivir la alegría de la obediencia. En la vestición del hábito capuchino recibió el nombre de Ignacio con el que pasaría a la posteridad. Su decisión no fue comprendida por muchos de sus conocidos, particularmente por sus parientes. Pero él tenía suficiente personalidad, libertad y madurez para tomar sus propias opciones y siguió su vocación y su camino.

Al año siguiente, recién profeso, fue enviado al convento del Saluzzo para dedicarse a tener la iglesia ordenada y cuidar el culto, como sacerdote que era. Su principal ocupación, además de la atención sacramental en el templo, se centró en la adora-

ción al Santísimo Sacramento y en promover la piedad de los fieles. Él mismo permanecía en adoración muchas horas y acogía a todos los que querían confesarse, pedir consejo o compartir las plegarias del templo. En lo que más destacó fue en su asiduidad en la administración del sacramento de la penitencia y en la dirección de las almas que acudían a su confesionario. La idea de que era un «Padre siempre disponible» se extendió pronto entre todos los que le iban conociendo.

Pronto pensaron los superiores en él para otras misiones. En 1718 fue enviado como profesor a la casa de Saluzzo y en 1721 fue destinado a Chieri, para que fuese ejemplo de los novicios. Ignacio era el «padre disponible», que los superiores podían mandar a su gusto a cualquier lugar en que se necesitara un apoyo. Había venido a la vida religiosa a obedecer y ése era su destino y su trabajo. Más que con las palabras, predicaba con su ejemplo. Al verle, todos entendían que la obediencia vuelve a los hombres alegres.

Su presencia y su disponibilidad incondicional eran siempre apreciadas y su ejemplo era tan eficaz que allí donde estaba reinaban el orden y la paz. Durante unos años fueron numerosos los lugares que recorrió: Bella, Pinerolo, Avigliana, Ivrea, Chivasso, Mondoví, Chieri y otros lugares. En todos los lugares irradió serenidad y amor a Dios y a los pecadores. Pasaba las horas administrando los sacramentos, visitando enfermos y moribundos, predicando cuando era necesario.

En 1727 fray Ignacio fue enviado a Turín, al convento de El Monte, para que terminara su formación teológica. Y luego fue destinado a Chieri otra vez para encargarse del culto y ordenar las acciones religiosas y sacramentales del templo, con el encargo de ser confesor de seglares, oficio que desempeñó con total acierto. En este ministerio resplandeció su orden interior y exterior. Es de cuando mejor queda relatada por los testigos el estilo y género de vida que solía llevar.

Rezaba los maitines a media noche y seguía la meditación con la comunidad. Al amanecer era el primero que estaba de nuevo en el coro para laudes. Luego celebraba la Eucaristía y quedaba largo rato dando gracias a Dios. Se ponía luego a disposición de los penitentes que le aguardaban junto al confesio-

nario hasta el mediodía o tal vez más tiempo. En los días laborables, tenía menos penitentes, pero no menos trabajo, pues siempre estaba disponible para ayudar a la misa a los 60 sacerdotes que entonces tenía el convento. Si por casualidad le quedaba algún pequeño rato libre, permanecía en oración inmóvil y piadoso.

Muy pronto la fama del buen director de espíritu atrajo a El Monte a religiosos, sacerdotes y fieles deseosos de un guía auténtico en el camino de la santidad. Y también le fueron llegando pecadores empedernidos y jóvenes libertinos, que oían hablar de su corazón compasivo y de cierto misterio persuasivo que acompañaba sus palabras de perdón. A todos los acogía con el mayor amor, sobre todo con dulzura, pues siempre veía en los pecadores arrepentidos la imagen del hijo pródigo que regresa a la casa paterna en busca de misericordia y no de castigos. Algunos de los contemporáneos le llamaban «padre de los pecadores y de los desesperados». Y así contribuían a divulgar la fama de su eficaz apostolado.

Refiere un testigo, hablando de su gran sensibilidad ante los pecadores, que un día, mientras estaba recogiendo leña en la selva de El Monte con unos jóvenes estudiantes, oyó que uno de ellos decía como ocurrencia: «Con toda esta leña se puede hacer una hoguera tan grande, que serviría para quemar a un ejército de pecadores». El padre Ignacio se molestó y, con tono de dolido reproche, exclamó: «Pero, hermano, ¿dónde está la caridad? Eso que dice no es el espíritu de Jesús... Hemos de tener caridad, mansedumbre, paciencia. Es necesario compadecerse de los pecadores, pedir a Dios que los convierta y los salve, no que los queme».

En 1731 el capítulo provincial le nombró encargado de novicios y le encomendó la formación de los candidatos a la vida capuchina en el convento de Mondoví. Allá marchó con humildad y temor por su parte. Fueron años de mucha actividad y responsabilidad, pues los candidatos eran muchos y había que discernir, junto con ellos, los que tenían vocación y respondían de verdad a los designios del cielo. Un capuchino de aquellos años escribía a un aspirante al noviciado: «Me lleno de alegría con usted por su suerte tan hermosa; va usted bajo la

dirección de uno que sabe y obra como verdadero maestro. Para mí es un santo religioso».

Su fama se extendió también entre la gente de la ciudad, de tal manera que los jóvenes que asistían a las escuelas superiores escogían a veces el convento como meta de su paseo, diciendo: «Vamos a ver al famoso santo». Y hubo muchos jóvenes, incluso algunos sacerdotes, que se hicieron capuchinos por su ejemplo atractivo más que por su palabra persuasiva.

Permaneció 14 años en la dirección del noviciado de Mondoví. Su objetivo primero fue que sus jóvenes fueran verdaderos discípulos de Jesucristo y descubrieran el ejemplo arrollador de San Francisco. Les quería amantes de Dios y verdaderos obedientes. Él mismo había venido a buscar en el convento obediencia y por eso, cuando decía a sus novicios: «¡Obediencia! ¡Obediencia! ¿Qué cosa más grata podemos ofrecer a Dios que nuestra obediencia?», sus frases no eran más que eco de su vida. Con sólo describir sus formas de actuar se podría escribir un buen tratado de pedagogía franciscana.

No era un místico, un sentimental, ni un piadoso fraile que se acobardara ante las dificultades. Su reciedumbre moral y espiritual respondía a su amor a Cristo. Preparaba a los jóvenes para la lucha, para la mortificación, para la penitencia. Al mismo tiempo les ofrecía y les reclamaba una sólida formación teológica y moral. Cuando corregía, sus palabras eran tan amorosas, que el áspero camino de la virtud se convertía en dulce. Lo más persuasivo de sus actuaciones es que ni una cosa de las que decía dejaba él mismo de cumplirla.

Sabía que, tratando con jóvenes, las palabras sin ejemplos son tiempo perdido. Y consideraba el tiempo de noviciado demasiado importante para perderlo en disimulos o en discursos estériles.

Su celda estaba abierta a cualquier hora del día o de la noche para los novicios necesitados de consejo o de un coloquio para superar una prueba o para esclarecer alguna duda. Y de allí salían los novicios tranquilizados. Uno de sus antiguos discípulos, que vivió y murió como santo, el padre Jacinto de Pinerolo, escribió de él en una ocasión: «Me edificaba el modo como el padre Ignacio nos mandaba... Con algunos trataba seriamente y

con otros prevalecía la suavidad. A todos, acompañaba, al débil y al fuerte. Usaba con todos el condimento de las buenas palabras». Y el autor de esta manifestación confesaba inocentemente que sólo debido a tan consumado maestro pudo perseverar en la vida capuchina.

Era emocionante cuando les pedía a los mismos discípulos que le señalaran sus errores y sus defectos para tratar de corregirlos. Les agradecía con humildad que le indicaran sus fallos. Luego les preguntaba si habían advertido mejoría. Había tres cosas franciscanas que el humilde maestro cuidaba con esmero: el amor a Cristo y al Evangelio, ideal de todo cristiano, y en lo que San Francisco tanto insistió; la práctica de la pobreza y de la sencillez de vida; y el amor a la Virgen María, sobre todo presente y testigo en la pasión de su divino Hijo.

Además de su cargo y su tarea, siempre estaba disponible para otras tareas que surgieran. Bastaba que el superior, instado por los apremios de personas que reclamaban asistencia, le insinuara algo, para que inmediatamente le dijera: «Padre, no piense en mis achaques, ni en mis años; con la obediencia lo puedo todo». Así se mantuvo hasta un año antes de su muerte, no obstante su hernia y sus venas varicosas, que a veces se le abrían y le producían intensos dolores.

Un día el padre provincial le expuso la triste situación del convento de Chivasso, donde todos los religiosos estaban en cama, atacados de una epidemia que hacía víctimas en toda la región. Todavía no había terminado de hablar y fray Ignacio se puso de rodillas para pedirle la bendición y poder acudir en ayuda de aquellos necesitados. Sin pensar siquiera en subir a la celda, bajó al Po, se embarcó y, después de tres horas, ya estaba en Chivasso consolando y asistiendo a los enfermos.

Los recuerdos al estilo de las «florecillas de San Francisco» estuvieron siempre presentes en cuantos pasaron por su sabia dirección. Por ejemplo un día en el que, en el bochorno del verano, un novicio le pidió permiso para ir a beber un poco de agua. Rápidamente le respondió: «¡Vaya!». Y al punto le detuvo: «¡Ah! Dígame: ¿Qué santo es hoy?». (Era el 10 de agosto de 1741). «San Lorenzo», respondió el novicio. «¡Qué manera de abrasarse en aquellas parrillas! Y sin un sorbo de agua!...

No obstante, puede ir a beber». El novicio comprendió el diálogo y renunció a la bebida inmediata.

En otra ocasión, apenas terminó la vestición de un joven de largo y hermoso cabello, tomó unas tijeras para convertir su cabeza en una silueta de tonsura franciscana. Antes de dar el primer corte, le preguntó a quemarropa qué le decía el corazón. A la respuesta de: *¡Bien!,* le indicó que fuera al sagrario a orar y por tres veces le repitió la pregunta y le envió ante el altar para que comprendiera que toda decisión debe brotar del contacto con Dios. Luego la vanidad del novicio quedó disminuida por la humildad franciscana.

Había un novicio que tenía pánico a la muerte y a los muertos, y huía cuanto podía para no pasar, sobre todo en la oscuridad, cerca del panteón que había en la iglesia. A éste le recomendó que al anochecer fuera a orar por los difuntos y aprendiera a vencer sus miedos para cuando tuviera un día que acompañar a un cadáver o ayudar a amortajar a un pobre fallecido en el abandono. Y le decía: «Hijito, no tenga más miedo a los difuntos que a los vivos, si su conciencia está en paz con Dios por estar limpia».

Durante un tiempo prestó, algunas horas al día, asistencia a un grupo de prisioneros alemanes, algunos de ellos enfermos. Se reclamó su presencia para ser capellán jefe. Durante dos años, incansable siempre, pasó días y noches con heridos y contagiados, sirviendo, consolando, preparando a los moribundos para el supremo paso, con una caridad y una solicitud que sólo una madre podría haber manifestado.

Después de 14 años, la vida del padre Ignacio tomó otro cariz. Entre sus primeros novicios había tenido un sacerdote secular que, después de la profesión religiosa, marchó como misionero al Congo: era el padre Bernardino de Vezza. Cuando su labor misionera estaba más en auge, le afectó una grave enfermedad en los ojos. Quedó ciego de uno de ellos y el otro se le debilitaba día tras día. Acordándose de su maestro, que ya en el noviciado había logrado curarle de otra grave enfermedad, le escribió una carta pidiéndole oraciones.

El padre Ignacio se conmovió y, repleto de generosidad, marchó al sagrario a presentar un heroico ofrecimiento a Dios:

«Señor, si a Vos os place, que el mal de este hijo mío pase a mí, hazlo...». Se levantó y subió a responder al padre Bernardino con una carta llena de esperanza, asegurándole haberle encomendado al Señor el asunto. Le decía: «Creo que pronto va a llegarle la respuesta del cielo».

En efecto, la respuesta llegó al misionero mucho antes que la carta del padre Ignacio. En cierto momento, el ojo ciego recobró de improviso la vista y el otro empezó a curar rápidamente. Cuando, al fin, le llegó la carta, el misionero pudo constatar que su curación había coincidido con la fecha de salida de la misiva y, por lo tanto, con la oración hecha por su maestro. Pero ignoró hasta mucho tiempo después que el padre Ignacio al mismo tiempo había experimentado un mal incurable en sus ojos, que le dolían y no le servían ya casi para nada. Sus hermanos religiosos y los médicos no acertaron a explicar ni a curar su mal, aunque aplicaron remedios dolorosos.

Así las cosas, al final del año 1744, el padre Ignacio tuvo que ir a Turín para fuertes tratamientos y aquello fue el adiós al noviciado, adonde, ya casi ciego, no pudo regresar. Había pasado 14 años formando corazones capuchinos. Por sus manos habían pasado 121 religiosos que profesaron instruidos por él y que aprendieron sus lecciones y ejemplos.

A pesar de su falta de visión, en agosto de 1744 fue enviado como capellán de las tropas del rey de Cerdeña durante la guerra contra las tropas franco-españolas. Allí estuvo tres años, hasta 1747. El Valle del Po había sido invadido por los soldados. Los capuchinos habían sido llamados por el rey Carlos Manuel III para socorrer a los heridos y enfermos, diseminados por varios hospitales. Él fue designado para acompañar a otros Padres en la tarea. Con gran caridad se dedicó a consolar y asistir a los pobres soldados en los hospitales de Asti, Alessandria y Vinovo.

Restablecida la paz, fue destinado al convento de El Monte de los Capuchinos, en Turín, donde residió veintidós años, hasta su muerte. En esta última etapa de su vida, con la limitación de su ceguera parcial, se dedicó a trabajar en lo posible por la gente que acudía a pedir su asistencia sacerdotal. Dividía su actividad entre el convento y la ciudad. Cada domingo explicaba

la doctrina cristiana y la regla franciscana a los Hermanos legos. Y cada año dirigía los ejercicios espirituales a su comunidad. Un año el tema de todas sus intervenciones fue el Padrenuestro. Todos recordarían lo hermosas que habían sido sus intervenciones sobre el pan que Dios da, sobre el perdón que pide, sobre el Reino que Dios ofrece. Veinte años dio estos ejercicios y sus hermanos del convento nunca quisieron buscar a otro predicador, pues su palabra era muy apreciada por ellos.

En la iglesia conventual pasaba muchas horas en el confesionario. Era el confesor más solicitado. También realizaba un apostolado fecundo bendiciendo en sus casas a las personas que ya no podían acudir a él hasta el convento. Era un trabajador infatigable y sacrificado. «El bello Paraíso, solía decir, no está hecho para los perezosos. ¡Trabajemos, pues!».

Los milagros también surgieron en su entorno o, al menos, se le atribuyeron. Y el pueblo lo bautizó como «el santo de El Monte». A su convento acudían innumerables personas, sencillas e ilustres, atraídas por su fama de santidad, entre ellas muchos miembros de la casa real de Saboya. Era conocido por las autoridades de la ciudad que muchas veces se cruzaban con él y le reclamaban también sus oraciones. El cardenal Carlos Victorio de Lanze, el arzobispo Juan Bautista Romero, los príncipes de la casa de Saboya, fueron de los que más le honraron con su admiración y devoción. Pero él se sentía mejor con los humildes y los pobres, para quienes siempre tenía una palabra de consuelo o de piedad.

Tenía especial interés en ser él quien atendiera a los enfermos que con frecuencia asediaban la portería del convento pidiendo una bendición, un aliento, una oración y, en ocasiones, un poco de pan. Hasta un año antes de su muerte, muchas veces a la semana bajaba con un hermano a la ciudad, entraba en las casas de los pobres y en los palacios de los ricos, para confortar, para buscar la caridad de éstos y la conversión espiritual de aquéllos. Al pasar por las calles, le alegraba que los niños se le acercaran a saludarle. Entonces aprovechaba para decirles algo sobre Jesús o sobre la Virgen María.

En el último año de su vida, ya no pudo salir a la calle ni acompañado por caritativos cirineos. Se le trasladó a la enfer-

mería, en donde pasó los últimos doce meses de vida. Se mantuvo fuerte en los dolores que le aquejaban. Y a todos admiraba por su alegría y por su espíritu de oración. Más que recibir consuelo de los demás, era el primero que estaba dispuesto a ofrecerlo a todos.

Después de tantas pruebas de obediencia, no es extraño que, cuando el enfermero avisó al Padre Guardián de que el buen padre Ignacio se moría, él dijera con toda paz: «Hay tiempo de llegar. El padre Ignacio me esperará; ha sido tan obediente en vida que no osará marcharse de nosotros sin la obediencia para el viaje». Acudió junto a su lecho y le dijo: «Padre Ignacio, mire, estoy aquí para desearle un buen viaje para la eternidad y debo deseárselo con la fórmula de la santa madre Iglesia». El padre Ignacio hizo una señal con la cabeza accediendo. Al término de la plegaria de los moribundos, y al decir *Proficiscere, anima christiana, de hoc mundo* («Sal, alma cristiana, de este mundo»), expiró con admirable placidez. Era el 22 de septiembre de 1770. Tenía 84 años.

Los admiradores del padre Ignacio pronto supieron su fallecimiento y decían convencidos: «Ha muerto un santo». Su fama le acompañó al sepulcro. Acudieron personas de toda clase, sacerdotes, nobles y pueblo, para despedir a quien durante tantos años les había edificado y beneficiado. Se agolpó tanta gente aquel día que el padre superior, temeroso de que hubiera confusión y tumultos, ordenó la sepultura muy temprano al día siguiente, cuando las puertas de la ciudad estaban aún cerradas. Solamente los habitantes de Borgo Po se hallaban presentes. Cuando la gente de la ciudad se congregó en la explanada del convento y se enteró de que el sepelio se había realizado ya, se llenó de consternación. La mayor parte, sin embargo, entró en la iglesia para rezar y pedir una reliquia.

Muchos devotos no acertaban a marchar de su proximidad y le solicitaban su intercesión y sus favores. El recuerdo y la devoción se mantuvo durante años. En 1782 la causa fue introducida en la Santa Sede, que ordenó los procesos apostólicos. El 19 de marzo de 1827 León XII declaró la heroicidad de las virtudes. Después de la aprobación de dos milagros, el 17 de abril de 1966 Pablo VI procedió a la beatificación.

La devoción al santo de Génova y de toda Saboya continuó. Fue canonizado por Juan Pablo II el día de Pentecostés, 22 de septiembre de 2002. Ese día decía a los peregrinos:

> «Ignacio de Santhià brilló por el amor a Cristo, por el deseo de perfección y por la voluntad de servir a los hermanos. Abrazó la pobreza y la austeridad de la Orden capuchina y supo acoger a las numerosas personas que se dirigían a él para que escuchara sus problemas y dificultades y les diera consuelo y perdón. No en vano fue llamado "padre de los pecadores y de los desesperados" [...] La Iglesia lo saluda hoy como religioso admirable en todos los aspectos de su vida franciscana. De él se ha escrito con agudeza que fue un religioso "dispuesto a todo", pues todos los momentos de su vida franciscana y todas las manifestaciones de su actividad apostólica demuestran esta diversidad en virtudes internas y externas que lo pueden hacer ejemplar para todos».

PEDRO CHICO GONZÁLEZ, FSC

Bibliografía

CONFERENCIA IBÉRICA DE CAPUCHINOS, *Biografías de santos, beatos y venerables capuchinos*, I (Sevilla 1993) 395-408.

SANTOS PABLO CHONG HA-SANG Y AGUSTÍN YU CHIN-GIL

Mártires († 1839)

Hemos dedicado en este *Año cristiano* la conveniente atención a los mártires de Corea. Repetimos que no es posible dedicar una biografía extensa a cada mártir, pero no hemos querido dejar de resaltar aquellas figuras verdaderamente relevantes que se dan entre ellos. Y así a la del día 19 (San Carlos Hyon Song-mun) y a las de los conmemorados el día 20 (San Andrés Kim y compañeros) unimos la de estos dos atletas de la fe, martirizados tal día como hoy, Pablo Chong Ha-sang y Agustín Yu Chin-gil, siendo el primero de auténtica magnitud espiritual y peso en la consolidación de la comunidad católica coreana.

PABLO CHONG HA-SANG nació el año 1795 en Majae, llamado ahora Neung-nae-ri, un pueblo de la provincia de Kyong-gi. Nace en el seno de la familia Chong, siendo sus padres Agustín Chong Yak-jong y Santa Cecilia Yu So-sa, cristianos de

la primera hora. Su padre, en la persecución de 1791, permaneció fiel pese a la presión de su padre y a la apostasía de sus hermanos. Fue catequista de la comunidad. En 1800 marchó con su familia a Seúl pero en 1801 él y su hijo mayor Carlos fueron decapitados por la fe. La viuda y los hijos debieron volver a su pueblo, donde les rodeó la frialdad y desconfianza de los vecinos, y donde conocieron la pobreza. Con mucha cautela Cecilia educó a sus hijos en la fe, que se mostraron receptivos a ella. Pablo por su parte no olvidaba nunca que era hijo y hermano de mártires. Al llegar a los 20 años se trasladó a Seúl para ver la situación de los creyentes, en casa de uno de los cuales se alojó y para aprender a leer y escribir marchó con uno de ellos a un pueblo de montaña, a Musan, cercano a la frontera china, a donde llegó tras un largo y accidentado viaje. Y en efecto, pudo aprender a leer y acceder así a los libros cristianos para mejorar su conocimiento de la fe. Y surge en él el deseo de buscar pastores para la desolada comunidad cristiana de Corea, y se decidió a volver a la capital y dedicarse a los intereses del cristianismo.

Los cristianos en octubre de 1811 se habían dirigido al papa Pío VII pidiendo sacerdotes, pero el Papa poco podía hacer por entonces, caído como estaba en las garras de Napoleón. Decide, tras su vuelta a la capital, viajar a Pekín para obtener misioneros. El amigo con el que vivía le buscó dinero y en octubre de 1816 y como criado de un diplomático viaja efectivamente a Pekín. Habla con el sacerdote portugués P. Ribeiro y le presenta la necesidad de sacerdotes en Corea, recibiendo buenas palabras pero volviendo en marzo de 1817 solamente con libros y objetos religiosos. A su vuelta se encuentra con que el amigo que lo hospedaba había sido descubierto como cristiano y arrestado el día anterior, y moriría decapitado en 1819. Avisado a tiempo, se alojó en otra casa. Los años siguientes él siguió haciendo su viaje a Pekín en solicitud de sacerdotes. Mientras tanto llega a catequista de la comunidad, y se dedica con todo celo a la instrucción de los catecúmenos.

Cada año llevaba consigo un grupo de éstos para que fueran bautizados en Pekín, siendo uno de ellos San Agustín Chin-gil en 1824, y que sería en adelante su leal y firme colaborador. Al

año siguiente desde Pekín enviaron otra carta al papa, ya para entonces León XII. En su quinta visita a Pekín se bautizó el futuro San Carlos Cho Shin-chol, y esa vez el administrador apostólico, P. Ribeiro, le prometió que enviaba dos misioneros, pero las nuevas difíciles circunstancias de la Iglesia china lo impidieron. En 1827 el obispo Pires le dijo claramente que no podía ayudarle y le habló también de que él debería atender a su madre y hermana. Él decidió entonces ir a su pueblo y traérselas a la capital, desistiendo de volver a Pekín en busca de misioneros, lo que los católicos sintieron muchísimo. Y como su situación de pobreza era la misma que en su pueblo, pasado un tiempo su madre y hermana decidieron volver a éste y dejar a Pablo libre para su dedicación a los intereses de la religión.

En Roma las cartas no habían sido echadas en saco roto y, aunque con lentitud, progresó su petición, y el cardenal Capellari (1827) primero pidió a la Sociedad de Misiones Extranjeras de París se hiciera cargo de las misiones en Corea, y llegado luego a papa como Gregorio XVI creó (9 de septiembre de 1831) el vicariato apostólico de Corea y nombró como primer vicario a monseñor Bruguiere. Buscaba compañeros y se ofrecieron los futuros mártires San Jaime Chastan y San Pedro Maubant. Pero el que entró primero fue el sacerdote chino P. Yu Pang-che (enero de 1834), y Pablo, que fue quien facilitó su entrada, se encargó asimismo de su acompañamiento y seguridad. Este sacerdote no estaba muy de acuerdo en que la Santa Sede hubiera nombrado como primer obispo de Corea a un europeo. No obstante, en enero de 1836, Pablo, junto con otros católicos coreanos, viajó a la ribera del río Yalu para recibir allí al obispo. Pero resultó que el obispo murió en el camino y en su lugar el que fue a su encuentro fue el P. Maubant, que en la noche del 12 de enero entró en Corea y fue recibido por Pablo y sus compañeros. A finales de enero llegaban a la capital. Aquí, en la casa de Pablo, se encontró con el misionero chino, que en diciembre de ese año volvería a China. El P. Maubant visitó las comunidades católicas, administró, con gran consuelo de todos, los santos sacramentos y eligió varios jóvenes para el estado sacerdotal, entre ellos Andrés Kim, y nuestro Pablo se dedicó a enseñarles chino a estos jóvenes y facilitó luego su viaje a Macao para estudiar y prepararse al sacerdocio.

Pablo siguió al P. Maubant fielmente en su trabajo pastoral y con un equipo de cristianos ilustrados le enseñó al P. Maubant la lengua y las costumbres coreanas. En enero de 1837 Pablo recibiría también en su casa, donde ya se alojaba el P. Maubant, al segundo misionero, el futuro San Jaime Chastan. Y en diciembre de aquel año podría ir Pablo con otros cristianos al encuentro del obispo, San Lorenzo Imbert, que venía a apacentar como sucesor de los apóstoles la cristiandad coreana. El obispo tomaría al año siguiente la decisión de preparar a diferentes cristianos para el sacerdocio, entre ellos a Pablo, pero éste recibiría el martirio antes de haber accedido a las sagradas órdenes. Los nueve mil cristianos que había ya en Corea nada necesitaban tanto como un clero nativo, que el obispo quería formar con rapidez, haciendo un plan de estudios de latín, filosofía y teología. Pero en 1839, cuando se hicieron con el poder los elementos más conservadores, aparece de nuevo el propósito de eliminar a la Iglesia católica y se decide muy pronto la muerte de Pablo, como cristiano altamente distinguido, y asimismo la del obispo Imbert y los dos misioneros extranjeros.

Pablo se llevó al obispo a una casa en el campo intentando ocultarlo, pero él se quedó en la capital y escribió una carta en apología del cristianismo dirigida al primer ministro y que fue el primer escrito apologético de la cristiandad coreana, afirmando la lealtad de los cristianos al país pero también su derecho a la libertad religiosa. Llegó entonces la denuncia formal contra Pablo y sus familiares por el cristiano apóstata Kim Yo-sam. El arresto se produjo el 1 de junio. Aun suponiendo que era en vano, Pablo presentó su dicha carta apologética. Fue torturado terriblemente hasta seis veces para que dijera el paradero de los misioneros extranjeros pero no los delató. Confesó abiertamente su fe ante el tribunal y confesó haberla transmitido a otros. Reconoció haber recibido a los tres misioneros y haber ayudado a los seminaristas a marchar al extranjero. La corte lo condenó a muerte por traidor a su país y por sostener y difundir una falsa religión. El gobierno dio la licencia para la ejecución. Y ésta tuvo lugar en la llamada Puerta Pequeña del Oeste el 22 de septiembre de aquel año 1839. Pablo tenía en sus labios una sonrisa cuando ofreció su cuello al verdugo. Junto con el de San Andrés

Kim su nombre ha encabezado la lista de los mártires canonizados por Juan Pablo II.

AGUSTÍN YU CHIN-GIL nació en Cho Dong, Seúl, el año 1791, pero vivió en Ipchong Dong, disfrutando de una buena posición económica. Fue un buen estudiante y se cualificó como intérprete de la lengua china, siguiendo así la misma profesión que su padre. Tenía inquietudes científicas y filosóficas, estudiando el confucianismo, el taoísmo y el budismo. Al no satisfacerle las respuestas de estas escuelas de pensamiento, se acordó del cristianismo, de cuyos mártires había oído hablar. Y encontró en su casa un antiguo libro católico, falto de páginas y deteriorado, que no podía responder del todo a su ansiedad pero le decidió a buscar a los católicos y hablar con ellos. Luego de buscarlos en vano, en un viaje a Majae por fin pudo encontrar a Pablo Yi Kyong-on, que moriría mártir en 1827. Ambos hablaron de Dios, como origen de todas las cosas y de la vida, hablaron del alma humana y de su destino eterno y hablaron de los diez mandamientos como camino moral del creyente en Dios. Pablo le enseñó el padrenuestro y el avemaría. Pablo le presentó a Pablo Chong Ha-sang, su futuro compañero de martirio, y a otros cristianos.

Instruido por Pablo, comenzó a tener fe en Cristo, a recitar diariamente las oraciones cristianas y a desear el bautismo. Logra ser incluido en la delegación diplomática de octubre de 1824 preparada para ir a China y se integra en ella llevando como criado a Pablo Chong Ha-sang. Llegados a Pekín, ambos lograron visitar a los sacerdotes católicos y Agustín pidió el bautismo. Lo examinaron y se maravillaron de que estuviera instruido en la fe cristiana y con grande entusiasmo de su alma recibió el bautismo. Su contacto con la misión católica, punto de encuentro de las culturas orientales y occidentales, les impactó muchísimo. Agustín expuso al obispo las dificultades de un cristianismo sin pastores y sin sacramentos, y el obispo sugirió que se dirigieran los coreanos directamente al Papa y les prometió ayudarles en cuanto pudiera. Se escribió la carta al papa León XII, que traducida al latín le fue enviada en diciembre de 1826. Volvieron a Corea, y contaron a los demás cristianos sus gestiones. Volvieron a Pekín al año siguiente y el obispo les pro-

metió enviar un sacerdote. Ellos hicieron entonces los adecuados preparativos para tenerlos y, entre ellos, el procurarse un encargado de caballos que les fuera fiel.

Agustín deseaba llevar a su familia a la religión cristiana. Su hijo Pedro sería el más joven de los mártires canonizados. En octubre de 1830 insistió Agustín nuevamente por carta ante el obispo de Pekín para el envío de un sacerdote, señalándole la posible ruta de entrada. En 1831 el obispo de Pekín decide el envío del P. Yu, que entraría en Corea en 1834 con la ayuda de Agustín y otros. Agustín se aprestaría a ayudar la entrada del obispo Bruguiere y quedó muy sorprendido cuando recibió una carta del mismo quejándose de que los católicos coreanos no hubieran acudido a recogerlo, carta a la que respondió Agustín, y escribió una nueva carta al Papa pidiendo más misioneros. El obispo Bruguiere murió en octubre de 1835. Agustín fue uno de los que recibieron al P. Maubant, y acompañó luego al P. Yu y a los seminaristas que iban a Macao cuando todos ellos entraron en China.

La situación económica de su familia empeoró por su atención a los asuntos religiosos. Su esposa se quejaba pero su hijo era cada día un cristiano más convencido. Llegada la persecución de 1839 y cuando supo que otros cristianos habían sido arrestados, se dio cuenta de que su arresto estaba cerca y se entregó por completo a la voluntad de Dios. En junio vinieron a arrestarlo. Su mujer y otros familiares le pedían que apostatara, pero él se mantuvo firme. Llevado a la cárcel se exigió su apostasía. Se negó él a prestarla. Atado y azotado cinco veces hasta el derramamiento de sangre, perseveraba fielmente en la fe. En la cárcel se encontró con el obispo Imbert, que también había sido arrestado. Se buscaba a los otros dos misioneros. Se le pidió a Agustín respondiera por qué habían entrado extranjeros en Corea, y él dijo que no traían propósito alguno político o militar sino religioso y dijo no saber dónde estaban. Llevado luego con los misioneros y otros cristianos a juicio, Agustín dio un espléndido testimonio de su fe, que no fue vencida por posteriores torturas. Su hijo Pedro también fue condenado a muerte, como lo fue Agustín, siendo ajusticiado con Pablo Chong Ha-sang el 22 de septiembre de 1839.

Ambos santos fueron canonizados el 6 de mayo de 1984 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de canonización de 103 mártires de Corea.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 17 (1925) 366s; 80 (1988) 1375s.
BAUMANN, E., *Les martyrs coréens (1838-1846). La légende dorée au delà des mers* (París 1930).
Bibliotheca sanctorum. Appendice prima (Roma 1987) cols.363-370.
DALLET, C., *Histoire de l'Église de Corée* (París 1874).
DANTEM, G., *Seme di cristiani nel paese del mattino sereno: i 24 martiri di Corea 1866-1867* (Roma 1968).
ECHEVERRÍA, L. DE, «Beatos mártires de Corea», en L. DE ECHEVERRÍA - B. LLORCA, SI (dirs.), *Año cristiano,* III (Madrid 1959) 715-719.
The korean martyr saints. Founders of a Church (Seúl 1996).
VÉRINAUD, J., *Lumière sur la Corée: les 103 martyrs* (París 1984).

BEATA MARÍA DE LA PURIFICACIÓN VIDAL PASTOR

Virgen y mártir († 1936)

Nace en Alzira (Valencia) el 14 de septiembre de 1892, hija de Joaquín Vidal, director de la oficina de Telégrafos, y Herminia Pastor. El 20 del mismo mes es bautizada en la parroquia de Santa Catalina mártir, donde recibe la primera comunión y es confirmada. Su familia es muy apreciada en la población por su profunda religiosidad. Decide afiliarse a la rama de Mujeres de Acción Católica, donde se distingue como miembro muy activo. Emprendedora, impetuosa en la defensa del nombre de Dios, favorece a los pobres con limosnas, y obsequia a las monjas agustinas de clausura del convento próximo a su casa. De piedad muy intensa, participa en la misa a diario. Su catolicismo sobresale en la ciudad. Celosa por la salvación de las almas, asiste y cuida a los enfermos. Da conferencias de propaganda católica. Pertenece a numerosas asociaciones piadosas: Hijas de María, de la que es tesorera, rosario perpetuo, Apostolado de la oración... Es ejemplar su devoción a Jesús Sacramentado y a la Iglesia. Después de una brillante carrera logra el magisterio, que utiliza en la enseñanza de las obreras en las escuelas noctur-

nas. Cada domingo imparte catecismo a los niños en la iglesia de Santa Lucía, del convento de agustinas ermitañas, situado enfrente de su casa. En tiempos difíciles su catolicismo es blanco de insultos y humillaciones que soporta mansamente. Defiende la enseñanza religiosa en las escuelas y al producirse el 11 de mayo de 1936 la quema de los templos de la ciudad de Alzira, protesta públicamente. Todo el patrimonio religioso y artístico es consumido por las llamas. Ante la persecución suele repetir: «Si he de morir por Dios, mi sangre lave los pecados de todos». Aunque estuvo un tiempo a finales de junio en Ontinyent, regresa a Alzira. El 20 de septiembre, a media tarde, cuatro milicianos se presentan en su casa, ella misma abre la puerta, y les dice: «¡Ah, sois vosotros! Está bien». Se despide de sus hermanas, que no quieren dejarla ir sola, y las arrestan también. Antonia, telefonista, de 67 años, y Emilia, profesora de piano, de 42 años. Las encarcelan en el edificio de las Escuelas Pías, convertido en prisión. Dos días más tarde, 22 de septiembre, las tres hermanas son asesinadas en la carretera de Corbera. María fue sepultada moribunda todavía. Sus restos se hallan en una fosa común en el cementerio de Alzira.

Juan Pablo II la beatifica el 11 de marzo de 2001, junto con otros mártires de la persecución religiosa de 1936 en España.

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, *Valentina,* «Beatificationis seu Declarationis Martyrii Servorum Amaliae Abad Casasempere et LXXIII sociorum Sacerdotum Dioecesanorum Laicarum et Laicorum ex Actione Catholica in odium fidei, uti fertur, interfectorum († 1936)» (Roma 1996).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

BEATO OTÓN DE FRISINGA

Obispo († 1158)

Nace en Neuburgo en 1112, hijo de San Leopoldo, margrave de Austria, y de su esposa, la princesa Inés, hija de Enrique IV de Franconia; fue hermano de madre de Conrado III y

tío del emperador Federico I Barbarroja. Destinado a la carrera eclesiástica, su padre lo hizo prior del monasterio de Klosterneuburgo, fundado por él mismo. Estudió en París y al terminar sus estudios se decidió por la vida monástica ingresando en 1132 en el monasterio cisterciense de Morimond, Borgoña. Pero muy poco después su hermano Conrado III lo hizo obispo de Frisinga. Se movió en la línea de la reforma gregoriana, siendo un obispo celoso y amante de la disciplina eclesiástica, no abandonando nunca su hábito monástico en todo el tiempo de su episcopado. Viaja a Italia en 1145 y se entrevista con el Beato Eugenio III, y atendiendo un llamamiento del propio San Bernardo, se embarca en la II Cruzada y va hasta Palestina. En 1154 acompañó al emperador Federico Barbarroja a Italia, intentando siempre mediar entre el emperador y el papa. Iba camino del capítulo general de su Orden que se iba a celebrar en Cîteaux cuando se sintió enfermó, se hospedó en el monasterio de Morimond y allí falleció el 22 de septiembre de 1158. Dejó varias obras que lo acreditan como ilustre historiador.

BEATO JOSÉ MARCHANDON

Presbítero y mártir († 1794)

Andrés José Marchandon es bautizado el 21 de agosto de 1745, no poniendo su partida de bautismo la fecha de su nacimiento. Nace en Bénévent (La Creuse). Su padre era el juez de aquel pueblo. En su familia había numerosos eclesiásticos. Hechos los estudios sacerdotales y ordenado sacerdote, se adhiere a la Compañía de San Sulpicio, pero no mucho después la deja y pasa al clero parroquial. En 1780 es nombrado párroco de Marsac, donde dio pruebas de ser un sacerdote muy responsable y celoso. Llegada la Revolución, se niega firmemente a prestar los dos juramentos que se exigieron al clero, y por ello perdió su parroquia. Se quedó en el mismo departamento de La Creuse y fue arrestado y el 23 de abril de 1793 fue condenado a la deportación, siendo encarcelado en Guéret. Aunque su salud hizo dudar de su aptitud para la deportación, por fin el 24 de marzo de 1794 parte para Rochefort. Embarcado en Les Deux Associés,

enfermó y murió el 22 de septiembre de 1794, siendo enterrado en la isla Madame.

Fue beatificado el 1 de octubre de 1995 por el papa Juan Pablo II.

BEATO CARLOS NAVARRO MIQUEL

Presbítero y mártir († 1936)

Nace en Torrente, Valencia, el 11 de febrero de 1911 en el seno de una familia muy cristiana que le proporcionó una esmerada educación religiosa. Sintiendo la vocación sacerdotal ingresó en el seminario de Valencia, pero en 1927 ingresaba en el postulantado de la Orden de las Escuelas Pías. Hizo luego el noviciado y la profesión simple, prosiguiendo los estudios y profesando solemnemente el 21 de diciembre de 1934 y recibiendo la ordenación sacerdotal el 4 de agosto de 1935. Fue destinado al colegio de su Orden en Albacete. Aquí trabajó con entusiasmo y celo. Llegada la guerra el 18 de julio, se escondieron los religiosos, pero el día 25 de julio salieron para sus casas y así el P. Navarro volvió a Torrente con su familia. Al conocer los saqueos e incendios de las iglesias, se preparó al martirio. A comienzos de septiembre fue arrestado y llevado a la cárcel donde halló a otros sacerdotes, con los que se preparó al martirio. A las 2 de la madrugada del 22 de septiembre lo sacaron, le ataron las manos, le amordazaron y fue sacado en coche hacia el pueblo de Montserrat con los otros dos sacerdotes. Éstos se animaban entre sí y perdonaron a los verdugos. En la carretera fue fusilado luego de poder gritar vivas a Cristo Rey.

Fue beatificado por Juan Pablo II el 1 de octubre de 1995 en el grupo de 13 escolapios martirizados en diversos días y en varios lugares en 1936.

BEATO GERMÁN GOZALVO ANDREU

Presbítero y mártir († 1936)

Nacido en Torrente (Valencia) el 30 de agosto de 1913 en una familia cristiana, a los 11 años ingresó en el colegio de San

José, de Valencia, para seguir los estudios sacerdotales. De ahí en 1930 pasó al real seminario de Corpus Christi, ordenándose sacerdote el 16 de julio de 1936, cantando misa al día siguiente en la parroquia de la Asunción de su pueblo natal. Quería dedicarse a la Acción Católica pero se lo impidió el estallido de la revolución. En su lugar administró los sacramentos clandestinamente a lo largo del mes de agosto, siendo arrestado en su casa el día 29 de dicho mes. Manifestó su disposición al martirio. Llevado a la cárcel, mostró ánimo y exhortó a sus compañeros de prisión a ser fieles y perseverar en la adhesión a Cristo. En la noche del 21 al 22 de septiembre fue sacado de la cárcel, llevado a un local sindical, donde se le dio una terrible paliza, y de ahí a la carretera de Montserrat donde fue fusilado.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATOS VICENTE PELUFO CORTS Y JOSEFINA MOSCARDÓ MONTALVÁ

Mártires († 1936)

El día 22 de septiembre de 1936 fueron martirizados en Alzira el sacerdote Vicente Pelufo Corts y la seglar Josefina Moscardó Montalvá, los cuales, detenidos por su condición de personas religiosas, permanecieron firmes en la fe y sellaron con su sangre su confesión de Cristo, mantenida a lo largo de sus vidas. Éstos son sus datos personales:

VICENTE PELUFO CORTS era natural de la propia Alzira, siendo la fecha de su nacimiento el 26 de febrero de 1868. Luego de hacer los estudios sacerdotales en el seminario de Orihuela, se ordenó sacerdote en 1894. Trabajó diez años en el ministerio parroquial, y en 1904 fue trasladado a su pueblo natal como capellán del Santo Hospital. Persona de alertada conciencia social, trabajó mucho en el Círculo Católico de Obreros, recorriendo los pueblos en esta actividad y pronunciando elocuentes discursos. Fue nombrado capellán del asilo de ancianos de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados. En enero de 1928 fue nombrado auxiliar archivero del ayuntamiento, tarea

que realizó con gran eficacia, mostrándose en este trabajo su gran cultura. Estallada la revolución, siguió viviendo solo y enfermo, y al volver a su casa el día 21 de septiembre de 1936 fue detenido y llevado a la checa; al día siguiente fue fusilado junto a un centenar de presos. Su cadáver fue echado al río Júcar y nunca más apareció.

JOSEFINA MOSCARDÓ MONTALVÁ era también natural de Alzira, donde nació el 10 de abril de 1880. Educada cristianamente, al llegar a la juventud perteneció a la Orden Tercera del Carmen y a otras asociaciones, colaborando en la Acción Católica de su parroquia con gran decisión. Llevaba una vida llena de piedad y de virtudes cristianas. Detenida con su hermana, animó y consoló a los demás detenidos e insistió que era una gloria morir por Cristo. Murió dando vivas a Cristo Rey.

Ambos mártires fueron beatificados el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO VICENTE SICLUNA HERNÁNDEZ

Presbítero y mártir († 1936)

Nace en Valencia el 31 de octubre de 1859, hijo de un guardia civil. Ingresó en el seminario de Valencia y además de los estudios sacerdotales hizo los de magisterio. Se ordenó sacerdote en 1884 y obtuvo la licenciatura en teología. Ejerció el ministerio parroquial en Cortes de Pallás, luego en Navarrés, primero como ecónomo y después como cura propio. En este pueblo estuvo desde 1902 hasta su muerte. Era un sacerdote muy responsable y celoso, buen predicador y buen profesor, pues daba clases particulares a los niños. Organizaba con mucho cuidado la catequesis, y estaba muy atento a la cuestión social. Llegada la revolución no quiso huir del pueblo sino que se refugió en casas particulares, y para no poner a nadie en peligro, pasó a una casa deshabitada donde fue arrestado el 22 de septiembre, a poco de consumir el Santísimo Sacramento. Al ser detenido, se encomendó al Cristo de la Salud en voz alta. Lo mataron de un tiro

en la nuca en el término de Bolbaite, pueblo por el que al día siguiente pasearon su cadáver en son de burla.

Fue glorificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de beatificación de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

23 de septiembre

A) MARTIROLOGIO

1. La conmemoración de los santos Zacarías e Isabel, padres de San Juan Bautista, Precursor del Señor **.

2. En Roma, la conmemoración de San Lino († s. I), papa, primer sucesor de San Pedro *.

3. En Miseno (Campania), San Sosio († 304), diácono y mártir.

4. En Ancona, del Piceno (Italia), la conmemoración de San Constancio († s. V), mansionario *.

5. En la isla de Iona (Escocia), San Adamnano († 704), presbítero y abad *.

6. En África, santos Andrés, Juan, Pedro y Antonio († d. 881), mártires.

7. En Venecia, Beato Pedro Acotanto († 1187), monje.

8. En Bolonia (Emilia), Beata Elena Duglioli († 1520), viuda *.

9. En Tlaxcala (México), beatos Cristóbal, Antonio y Juan († 1527-1529), mártires *.

10. En Kingston (Inglaterra), Beato Guillermo Way († 1587), presbítero y mártir, bajo el reinado de Isabel I *.

11. En Montreal (Canadá), Beata Emilia Tavernier († 1851), viuda Gamelin, fundadora de la Congregación de las Hermanas de la Providencia de Montreal **.

12. En Benisa (Valencia), Beato Vicente Ballester Far († 1936), presbítero y mártir *.

13. En Benicalap (Valencia), beatas Sofía Ximénez Ximénez, madre de familia, María de la Purificación de San José Ximénez Ximénez y María Josefa del Río Messa († 1936), vírgenes, de la Congregación de Carmelitas de la Caridad, mártires **.

14. En Gandía (Valencia), Beata Ascensión de San José de Calasanz Lloret Marco († 1936), virgen, de la Congregación de Carmelitas de la Caridad, mártir *.

15. En Cracovia (Polonia), Beata Bernardina (María) Jablonska († 1940), virgen, cofundadora de la Congregación de Hermanas Siervas de los Pobres **.

16. En Varsovia (Polonia), Beato José Stanek († 1944), presbítero, de la Sociedad del Apostolado Católico, mártir *.

17. En San Giovanni Rotondo (Italia), San Pío de Pietrelcina (Francisco Forgione) († 1968), presbítero, religioso capuchino **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTOS ZACARÍAS E ISABEL

Padres de San Juan Bautista

El *Martirologio romano* celebra unidos en el mismo día, como lo estuvieron en vida, a los padres de San Juan Bautista, Zacarías e Isabel. Están en el primer lugar de los recordados el 23 de septiembre, con este elogio:

> «Conmemoración de los Santos Zacarías e Isabel, padres de San Juan Bautista, Precursor del Señor. Isabel, cuando recibió en su casa a María su pariente, llena del Espíritu Santo la saludó como Madre del Señor y bendita entre las mujeres. A su vez Zacarías, sacerdote lleno de espíritu profético, en el nacimiento de su hijo, cantó las alabanzas del Dios Redentor y predijo ya próxima la venida de Cristo, Sol que nace de lo alto» *(Martirologium romanum,* Città del Vaticano 2001).

La única fuente fidedigna de información, pero verdaderamente privilegiada, es el evangelio de San Lucas que, desde su primer capítulo, nos habla tanto de Zacarías como de Isabel. Los dos esposos eran descendientes de familia sacerdotal. Zacarías pertenecía al grupo o clase de Abías, octavo entre los veinticuatro establecidos por David para el servicio del Santuario, tal como lo señala el libro 1 Crón 24,10.

Residían en Ain-Karim, a siete kilómetros de Jerusalén, en las montañas de Judea, que hoy visitan los peregrinos recordando la visita de María a Isabel. Eran los tiempos de Herodes el Grande, que reinó del año 37 al 4 antes de Cristo. Los dos eran piadosos, santos, «justos ante Dios», y caminaban sin tacha en todos los mandamientos y preceptos del Señor. «No tenían hijos, porque Isabel era estéril y los dos de avanzada edad», al de-

cir de Lc 1,6-7. Zacarías oraba ardientemente para obtener la gracia de un hijo. La esterilidad —como es sabido— era entonces tenida por maldición, en el pueblo de las promesas.

El episodio central en la vida de estos santos esposos, Zacarías e Isabel, se contiene en los relatos evangélicos de la infancia de Jesús, que nos transmite San Lucas. Son, como todo el evangelio, confesiones de fe, porque los hechos históricos que narran están ya traspasados por la luz pascual que los ilumina y transfigura en plenitud.

El anuncio del nacimiento de Juan el Bautista está inspirado en otras anunciaciones bíblicas de la tradición. San Lucas ve cristianizada la Biblia en los nuevos acontecimientos de la salvación en Cristo. Su relato es un tejido de expresiones bíblicas con las que se formulan los hechos del Nuevo Testamento, que él anuncia en su evangelio. De modo muy diferente al de los apócrifos o escritos no aceptados en el Canon de la Iglesia, que se pierden en curiosidades y prodigios maravillosos, los evangelios auténticos, dentro de su sobriedad y su finalidad teológica, nos ofrecen la garantía de su realidad histórica en el trasfondo.

«Sucedió que, mientras oficiaba delante de Dios en el grupo de su turno, le tocó en suerte, según el uso del servicio sacerdotal, entrar en el Santuario del Señor para quemar el incienso» (Lc 1,8-9). Dos veces al año debían acudir a Jerusalén los sacerdotes para ocuparse del servicio del Templo durante una semana. Unos trescientos sacerdotes, vestidos de blanco y descalzos, acudían desde la mañana y se reunían para echar a suertes las diferentes funciones. A unos tocaba la limpieza del espacio llamado «Santo» y la apertura de las puertas. Otros debían ofrecer el sacrificio de la mañana o de la tarde. Y uno, entre todos, era el designado por la suerte para la función más solemne: la ofrenda del incienso (cf. Éx 30,1s): por la mañana, antes de la ofrenda del holocausto, y por la tarde, hacia las tres. El sacerdote en quien había caído la suerte, es decir, el designado por Dios mismo, ya no podría, por regla común, volver a realizar esta función. Una sola vez, en la vida, era la norma según el Talmud (Tamid V,2).

Entró, pues, Zacarías, el sumo Sacerdote de aquel día, acompañado de dos asistentes. El primero de ellos llevaba en

sus manos una pala de oro con los carbones encendidos. El otro, el incienso. Y una vez puestos los carbones sobre el altar, dejó caer Zacarías el incienso sobre el fuego; y la nube de humo se elevó protegiéndole de la presencia divina tan próxima en el Santo de los Santos. Después de recitar una corta oración, cuando el sacerdote debía salir para bendecir al pueblo, sucedió lo que nos cuenta San Lucas:

> «Toda la multitud del pueblo estaba fuera en oración a la hora del incienso. Se le apareció el ángel del Señor, de pie, a la derecha del altar del incienso. Al verle Zacarías, se sobresaltó, y el terror se apoderó de él. El ángel le dijo: "No temas, Zacarías, porque tu petición ha sido escuchada; Isabel, tu mujer, te dará un hijo, a quien pondrás por nombre Juan; será para ti gozo y alegría y muchos se gozarán en su nacimiento, porque será grande ante el Señor; no beberá vino ni licor; estará lleno de Espíritu Santo ya desde el seno de su madre, y convertirá al Señor su Dios a muchos de los hijos de Israel e irá delante de él con el espíritu y el poder de Elías, para hacer volver los corazones de los padres a los hijos y a los rebeldes a la prudencia de los justos, para preparar al Señor un pueblo bien dispuesto". Zacarías dijo al ángel: "¿En qué lo conoceré? Porque yo soy viejo y mi mujer de avanzada edad". El ángel le respondió: "Yo soy Gabriel, el que está delante de Dios, y he sido enviado para hablarte y anunciarte esta buena noticia. Mira, por no haber creído mis palabras, que se cumplirán a su tiempo, vas a quedar mudo y no podrás hablar hasta el día en que sucedan estas cosas". El pueblo estaba esperando a Zacarías y se extrañaban de que se demorara tanto en el Santuario. Cuando salió, no podía hablarles y comprendieron que había tenido una visión en el Santuario; les hablaba por señas y permaneció mudo» (Lc 1,10-22).

La palabra de Dios y el mensaje transmitido por el ángel Gabriel, que se aparece a la derecha del altar, en el puesto de honor, junto al candelabro de los siete brazos, es la respuesta a la oración de Zacarías, que ha sido escuchada. La respuesta divina está cifrada y significada también en el nombre de Juan impuesto por Dios: Jo-hannan = Yahvé hizo gracia, Yahvé ha sido favorable. Dios da siempre más. Toda la atención se centra en el niño que va a venir, tan deseado como Samuel, esperado por Ana, su madre. Este niño va a traer la alegría a todo el pueblo con el anuncio de la buena noticia. Zacarías, incrédulo, pide un signo. La palabra que da fecundidad a Isabel encuentra su señal en la mudez de Zacarías. Es señal, más que castigo. Dios habla y el hombre queda sordomudo.

Y este mutismo asegura el secreto del nacimiento anunciado y de la gestación cuya noticia sólo conoce María. El inesperado y sorprendente alumbramiento de Isabel anunciado por Gabriel a María, le servirá de signo. El relato de la anunciación de Juan es la primera parte de un díptico cuyo paralelo de finalidad y plenitud es la anunciación del Señor.

> «Zacarías, una vez cumplidos los días de su servicio, se fue a su casa. Días después, concibió su mujer Isabel y estuvo durante cinco meses recluida diciendo: "Esto es lo que ha hecho por mí el Señor en los días en que se dignó quitar mi oprobio entre la gente"» (Lc 1,25).

«Ysabel» significa «Él ha jurado», o «Él es perfección». La madre del Bautista era pariente de María, la madre de Jesús (cf. Lc 1,36). El pasaje de la visitación a su prima sirve a San Lucas de puente entre los dos relatos paralelos. La Virgen María va a reconocer el signo que le había dado el ángel: «Mira, también Isabel, tu pariente, ha concebido un hijo en su vejez y éste es ya el sexto mes de la que decían que era estéril, porque no hay nada imposible para Dios» (Lc 1,36-37). La prisa de María es señal de su fe y de su entera disponibilidad:

> «En aquellos días se puso en camino María, y se fue con prontitud a la región montañosa, a una ciudad de Judá; entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. En cuanto oyó Isabel el saludo de María, saltó de gozo el niño en su seno, Isabel quedó llena de Espíritu Santo y exclamó a gritos: "Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu seno, y ¿de dónde a mí que venga a verme la madre de mi Señor? Porque apenas llegó a mis oídos la voz de tu saludo, saltó de gozo el niño en mi seno. ¡Feliz la que ha creído que se cumplirán las cosas que le fueron dichas de parte del Señor!"» (Lc 1,39-45).

Es la primera manifestación del Espíritu en Juan, que inaugura su misión profética en el seno de Isabel, y también en la Virgen cuyo espíritu se llenó de gozo. El niño salta inaugurando la alegría mesiánica y habla por boca de su madre, llena de Espíritu Santo. Así se cumplen los anuncios de Gabriel que había dicho: «Estará lleno del Espíritu en el seno de su madre». Isabel identifica a María como «la madre de mi Señor» y reconoce que este reconocimiento es fruto del Espíritu. «Señor», «Kirios», aparece por primera vez en San Lucas. La confesión de fe es

obra del Espíritu. Cuarenta veces va a utilizar San Lucas este nombre propio del Resucitado. Isabel reconoce el misterio de María y la presencia del Señor en ella.

En contraste con las vacilaciones de Zacarías, la fe de María interpelada por el saludo de Isabel, su prima, estalla en el cántico fervoroso del *Magnificat.* Preparando el nacimiento de Jesús, en paralelo, le precede, como en un díptico, el nacimiento y la circuncisión del Bautista, terminando con el cántico del *Benedictus.*

> «Se le cumplió a Isabel el tiempo de dar a luz y tuvo un hijo. Oyeron sus vecinos y parientes que el Señor le había hecho gran misericordia, y se congratulaban con ella. Al octavo día fueron a circuncidar al niño y querían ponerle el nombre de su padre, Zacarías, pero su madre, tomando la palabra dijo: "No; se ha de llamar Juan". Le decían: "No hay nadie en tu parentela que tenga ese nombre". Y preguntaban por señas a su padre cómo quería que se le llamase. Él pidió una tablilla y escribió: "Juan es su nombre". Y todos quedaron admirados. Y al punto se abrió su boca y su lengua, y hablaba bendiciendo a Dios. Invadió el temor a todos sus vecinos, y en toda la montaña de Judá se comentaban todas estas cosas; todos los que las oían las grababan en su corazón, diciéndose: "Pues ¿qué será ese niño?". Porque, en efecto, la mano del Señor estaba con él» (Lc 1,57-66).

Todos se alegraron como el ángel había anunciado. Y el día prescrito por la Ley (Lev 12,3; Fil 3,15) parientes y amigos van a casa de Zacarías para circuncidar al niño, y le quieren poner el nombre de su padre, aunque era más usual darle el del abuelo. El padre y la madre, sin haberse puesto de acuerdo, coinciden en el nombre que había dicho el ángel. Esto es lo que causa admiración. No lo habían tratado de antemano. La intención de San Lucas es clara: subrayar el origen divino del nombre y que todo va guiado por la Providencia. El interés de la narración se centra en la pregunta que ilusionaría a los padres: ¿qué será de este niño? Es el cumplimiento del mensaje del ángel.

Zacarías, al escribir en la tablilla de madera recubierta de cera el nombre de Juan, afirma su fe y se abren su boca y sus oídos. El salmo profético de Zacarías, lleno de Espíritu Santo como Isabel, quiere mostrar de manera más clara la identidad del precursor.

> «Zacarías, su padre, quedó lleno de Espíritu Santo y profetizó diciendo: Bendito el Señor, Dios de Israel, porque ha visitado y re-

dimido a su pueblo, y nos ha suscitado una fuerza salvadora en la casa de David, su siervo. Como había prometido desde antiguo, por boca de sus santos profetas, que nos salvaría de nuestros enemigos y de la mano de todos los que nos odian, teniendo misericordia con nuestros padres y recordando su santa alianza, el juramento que juró a Abrahán nuestro padre, de concedernos que, libres de manos enemigas, podamos servirle sin temor en santidad y justicia todos nuestros días. Y tú, niño, serás llamado profeta del Altísimo, pues irás delante del Señor para preparar sus caminos y dar a su pueblo el conocimiento de la salvación mediante el perdón de sus pecados por las entrañas de misericordia de nuestro Dios, te harán que nos visite una luz de lo alto, a fin de iluminar a los que habitan en tinieblas y sombras de muerte y guiar nuestros pasos por el camino de la paz» (Lc 1,67-79).

El cántico de Zacarías se compone de dos largas frases. La palabra «visitar» expresa la intervención de Dios para recompensar o para castigar. Aquí es visita de la salvación anunciada por los profetas, realizando las promesas en cumplimiento de la Alianza. Se centra después en la misión de Juan que es preparar los caminos del Señor. Así como los correos reales iban por delante del príncipe haciendo reparar las veredas y preparando albergue para el rey, así Juan irá preparando un pueblo apto bien dispuesto en el espíritu. Juan dará a conocer cómo Dios salvará a su pueblo por el perdón de los pecados (cf. Mal 1,2-3). La «luz mesiánica» iluminará a los que están en tinieblas y nos guiará por la senda de la paz. Al igual que el *Magnificat,* recoge antológicamente muchas expresiones de la Sagrada Escritura en el Antiguo Testamento, como hace San Lucas en todos sus cánticos.

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

FITZMYER, J. A., *El Evangelio según Lucas* (Madrid 1986).
LLIGADAS, J., *Isabel y Zacarías, los padres del precursor* (Barcelona 2004).

BEATA EMILIA TAVERNIER

Viuda y fundadora († 1851)

Émilie Tavernier nació en el lugar del actual número 4.572 de la Calle Jeanne-Mance, cerca de la Calle Mont-Royal, en

Montreal, Canadá, el 19 de febrero de 1800, de padres humildes pero virtuosos y trabajadores. Ella es la última de quince hijos nacidos del matrimonio formado por Antoine Tavernier y Marie-Josephte Maurice. Sus padres fallecieron cuando ella era una niña, pero dejaron a sus hijos una educación cristiana marcada por la presencia de la Providencia en sus vidas.

Los Sres. Perrault, tíos de Emilia, la adoptaron a la edad de cuatro años cuando falleció su madre. Ellos vivían en la Calle Saint-Vincent. Emilia pasó su infancia y adolescencia con ellos, que reconocían en la niña una sensible inclinación para con los pobres y desdichados. Emilia fue alumna del pensionado de las Hermanas de la Congregación Notre-Dame, en la Calle Saint-Jean-Baptiste. Este convento, fundado por Marguerite Bourgeoys, fue la primera escuela de Ville-Marie (antiguo nombre de Montreal).

A los 18 años, Emilia parte para ayudar desinteresadamente a su hermano que ha quedado viudo. Lo único que solicita es tener siempre una mesa para servir comida a los mendigos que se presentan; mesa que ella nombra con cariño: «La Mesa del Rey».

Emilia Tavernier se casó con Jean-Baptiste Gamelin el 4 de junio de 1823 en la Iglesia de Notre-Dame, donde bautizará a sus hijos. (Varias veces, la ya madre Gamelin se arrodilló en la barandilla de aquella iglesia y la golpeó suplicando al Señor porque no tenía más comida para sus pobres...). Jean-Baptiste Gamelin era un profesional en el cultivo de manzanas. En él, Emilia encuentra a un amigo de los pobres que comparte sus mismas aspiraciones. De esta unión nacen tres hijos, pero muy pronto la tristeza invade el hogar con el fallecimiento de los hijos a quienes ella se había dedicado con amor y abnegación. También fallece su esposo, con quien ha vivido años felices de fidelidad en el compromiso matrimonial.

En medio de todas estas pruebas, Emilia no se repliega sobre sus sufrimientos, sino que encuentra en la Virgen de los Dolores el modelo que orientará toda su vida. Fue su director espiritual el P. Jean-Baptiste Bréguier, quien le regaló, en 1828, un cuadro de la Dolorosa. Ante esta imagen, la Sra. Gamelin aprendió la compasión por las miserias humanas. Su oración y

su contemplación de la Virgen al pie de la cruz abren su corazón a una caridad compasiva por todas las personas que sufren. ¡Desde hoy en adelante, ellas serán su esposo y sus hijos! Madre Gamelin cantará este Himno a la Providencia en compañía de sus protegidas: «¡Oh, dulce Providencia, cuyo divino Don se derrama, abundante, en nuestro corazón! ¿Quién podría olvidar al Autor de este Don y no dar generoso su vida y su amor?».

Un pobre deficiente mental y su anciana madre son los primeros de una larga lista de pobres, que se benefician, no solamente con los recursos que le dejara su esposo, sino además con su tiempo, su dedicación, su bienestar, sus diversiones y hasta su salud. Su propia casa llega a ser la casa de todos ellos y multiplica los refugios para albergarlos.

Personas ancianas, huérfanos, presos, inmigrantes, desempleados, sordomudos, jóvenes o parejas con dificultades, impedidos físicos y enfermos mentales, todos conocen bien su casa, a la que dan espontáneamente el nombre de «Casa de la providencia», porque ella misma es una «verdadera providencia».

Emilia es bien recibida tanto en los hogares como en la cárcel, entre los enfermos y entre los que están bien, porque lleva consuelo y asistencia. Ella es verdaderamente el Evangelio en acción: «Lo que hacéis al más pequeño de mis hermanos, a mí me lo hacéis». En la cárcel Au-Pied-du-Courant, madame Gamelin visitaba a los presos con mucha amabilidad y nobleza, los guardianes de la cárcel la saludaban con respeto. Pronto la apodaron «el ángel de los presos». Traía a los encarcelados canastas de buenos alimentos o dulces además de aportarles noticias y mensajes de sus familiares. Familiares y amigas se reúnen alrededor de ella para ayudarla; mientras que otros no logran entender semejante dedicación y al ver que se abre otro refugio comentan: «Madame Gamelin no tenía suficientes locas. ¡Tuvo que buscarse otras!».

Durante quince años multiplicará sus gestos heroicos de dedicación, bajo la mirada de reconocimiento y aprobación del obispo Jean-Jacques Lartigue, al principio, y después de mons. Ignace Bourget, el segundo obispo de Montreal, quien piensa que una vida tan preciosa para sus feligreses no puede desaparecer sin que alguien tome el relevo.

En una de sus estancias en París, en 1841, mons. Bourget solicita el envío de Hijas de San Vicente de Paúl para la atención de la obra de la señora Gamelin, con el fin de establecer las bases para una comunidad religiosa. Al recibir una respuesta afirmativa, hace construir una casa nueva para acogerlas en Montreal. Pero, a última hora, las religiosas cambian de parecer. La Providencia tiene otros planes. ¡La obra de madame Gamelin sobrevivirá a todos los contratiempos!

Monseñor Bourget deseaba asegurarse de que la obra iniciada por la Sra. Gamelin perdurará. Dedicó su tiempo, fuerzas y energías a ello, motivado por el amor que tenía por su ciudad y por la Iglesia. Invitó a las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl a ir a Montreal. Pero, ya que éstas no fueron, él fundó una comunidad canadiense: las Hijas de la Caridad, Siervas de los Pobres. El 25 de marzo de 1843, Fiesta de la Anunciación, monseñor Ignacio Bourget celebró la misa en la *Casa de la Providencia,* el tercer refugio para los pobres de Emilia. Llamada, por su color, Casa Amarilla, fue regalada a la Sra. Gamelin por un montrealense, el Sr. Olivier Berthelet. Un día en que este hombre visitaba el segundo refugio de Emilia Gamelin, una de las ancianas impedidas le dijo: «Señor, usted que tiene muchas casas, si lo quisiera, bien podría regalarnos una». La cándida sencillez de esta anciana logró un éxito completo. Una casa de dos pisos, de color amarillo, fue entregada a la caritativa Sra. Gamelin. Madeleine Durand, una persona que había ofrecido sus servicios a la Sra. Gamelin en 1835, trabajó para instalar a las ancianas a partir de 1836. Fue en esta casa donde siete jóvenes mujeres, agrupadas en torno a Emilia, después de tres días de retiro, oraciones y reflexión, tomaron el hábito de las novicias de la Providencia, el 25 de marzo de 1843.

La construcción del Asilo de la Providencia comenzó en 1841 y acabó en primavera de 1843. Las novicias y la ¡todavía! madame Gamelin entraron en el Asilo el 24 de mayo de 1843. El Sr. Jean-Charles Prince era director de las novicias mientras que la Sra. Gamelin dirigía la obra. El 8 de julio, la novicia Delphine Payment dejó el noviciado. Esto espoleó a la Sra. Gamelin, que sentía cada vez más el llamamiento a la vida religiosa. Por fin, en septiembre de 1843, obtuvo de mons. Bourget el

permiso para entrar en el noviciado. Pero antes que entrara, Monseñor le pidió que visitara a las Hijas de San Vicente de Paúl en Emmitsburg, Maryland, para recoger copia de las reglas de esta comunidad. Las Sras. Nowlan, Gauvin y el Sr. Paul Lacroix la acompañaron. El viaje duró del 13 de septiembre al 6 de octubre de 1843. A su regreso, la Sra. Gamelin tomó el hábito de las novicias de la Providencia, el 8 de octubre de 1843. El obispo Bourget buscará en su propia diócesis candidatas que confiará a la ya madre Gamelin para que las forme para la obra de caridad compasiva que ella realiza con tanta dedicación, y para la misión de la Providencia que proclama con actos que hablan más fuertemente que las palabras. El 29 de marzo de 1844, siete novicias, incluyendo a la Sra. Gamelin, pronunciaron los tres votos religiosos de pobreza, castidad, obediencia, más un cuarto voto de servicio a los pobres, en la capilla del Asilo de la Providencia.

Las necesidades de los pobres, de los enfermos, de los inmigrantes, etc., no dejan de aumentar en la ciudad, inmersa en una sociedad en vías de desarrollo. La comunidad naciente conoce horas sombrías, cuando las hermanas disminuyen en número, debido a las epidemias mortales. Cuando el obispo Bourget duda de la buena voluntad de la superiora, influenciado por una religiosa muy negativa, la fundadora se mantiene de pie junto a la cruz, siguiendo el ejemplo de la Virgen de Dolores, su modelo a partir de las tristes horas de sus duelos. El mismo obispo Bourget reconocerá su grandeza de alma y su generosidad que llega al heroísmo.

La nueva comunidad crece para responder a las necesidades del momento: las Hermanas de la Providencia se multiplican, son 50 en 1851, cuando hace solamente ocho años que ha nacido la comunidad. Es entonces cuando la fundadora fallece, siendo una víctima más de la epidemia de cólera. Madre Gamelin murió en el Asilo Providencia el 23 de septiembre de 1851, con 51 años de edad. Había levantado obras de beneficencia para ancianos, huérfanos, sordos, sacerdotes ancianos e impedidos, víctimas de cólera y tifus, enfermas mentales y escuelas para niñas. Sus hijas recibieron el último testamento de labios de su madre: humildad, simplicidad, caridad; sobre todo, caridad.

A partir de estos humildes comienzos, miles de jóvenes han seguido el ejemplo de Emilia Tavernier Gamelin, llegando hasta Canadá, Estados Unidos, Chile, Argentina, Haití, Camerún, Egipto, Filipinas, El Salvador...

El 23 de diciembre de 1993, el papa Juan Pablo II promulgó las virtudes heroicas de Emilia Tavernier Gamelin, proclamándola Venerable. Después de reconocer oficialmente, el 18 de septiembre de 2000, un milagro atribuido a su intercesión (la curación de un niño de 13 años que padecía de una enfermedad mortal, en 1983), el mismo soberano pontífice proclamó su beatificación el 7 de octubre de 2001 y la propuso al pueblo de Dios como modelo de santidad, por su vida dedicada totalmente al servicio de sus hermanos más desprovistos de la sociedad. Se ha establecido como fecha de su fiesta litúrgica el 23 de septiembre, día del aniversario de su fallecimiento en 1851.

ALBERTO JOSÉ GONZÁLEZ CHAVES

Bibliografía

DUBUC, J.-G., *Madre Emilia Gamelin: la mejor amiga de los pobres* (Madrid 1999).
MITRI, A., OMI, *Mère Gamelin et sa cause de béatification* (Montreal 1978).
— *Madre Gamelin: una mujer de compasión* (Montreal 1984).
NADEAU, E., OMI, *La femme au cœur attentif: Mère Gamelin* (Montreal 1969).
ROBILLARD, D., *Emilia Tavernier-Gamelin Meridien* (Montreal 1992).

BEATAS SOFÍA XIMÉNEZ XIMÉNEZ, MARÍA DE LA PURIFICACIÓN DE SAN JOSÉ XIMÉNEZ XIMÉNEZ, Y MARÍA JOSEFA DEL RÍO MESSA

Mártires († 1936)

El 11 de marzo de 2001 fueron glorificadas por el papa Juan Pablo II, en la ceremonia conjunta de beatificación de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939, un grupo de veinticuatro Carmelitas de la Caridad de las comunidades de Cullera y Valencia. No todas murieron el mismo día y en el mismo lugar: las 9 hermanas de la «Comunidad de Cullera», el 19 de agosto en El Saler (cf. *Año cristiano. Agosto,* p.684-700); las 12 de la «Casa de la misericordia de Valencia», en el Picadero de Paterna el 24 de noviembre; otra en

Tabernes de Valldigna el 7 de septiembre (cf. *supra);* y dos más, junto a una madre de familia, el 24 de septiembre en el cruce Benicalap-Campanar. La calidad evangélica de sus vidas se puede sintetizar con las siguientes reseñas.

SOFÍA XIMÉNEZ XIMÉNEZ nace en Valencia el 15 de octubre de 1876, hija de Juan Ximénez, teniente coronel de Infantería y fiscal de la Plaza de Valencia, y de Sofía Ximénez. El 14 de enero de 1905 contrae nupcias con Carlos del Río Díez de Bulnes, que había enviudado, con tres niños pequeños. De este segundo matrimonio nacen cuatro hijos: Juan José, Sofía, Luis y Manuel. Debido a los distintos destinos de su marido, se avecina en varias ciudades. Entre 1916 y 1927 se encuentra en Toledo y actúa como secretaria del Apostolado Obrero que las Damas Catequistas tienen en esta ciudad. Su director espiritual es don Benito Muñoz de Morales, futuro canónigo de la catedral de Sevilla. También es presidenta de la Asociación y Visita de la Medalla Milagrosa. En 1927 fallece su esposo, y regresa a Valencia con su hijo Luis, que permanece soltero.

En la parroquia de San Nicolás participa en actividades caritativas, favoreciendo a los pobres, procura el bautismo de muchos niños y ayuda a legalizar muchas uniones conyugales. La Divina providencia la probó a lo largo de su vida, y ella supo sobrellevar esas pruebas con gran espíritu y entereza cristiana, sobre todo al tener que irse a vivir con una tía por el segundo matrimonio de su padre, al no ser queridas sus hermanas. Además, la falta de escrúpulos de su tutor le dilapidó una parte sustanciosa de su patrimonio.

Con afectuoso empeño atendió a los tres hijos de su marido, y tuvo que dar sepultura a dos de sus hijos. En todo ello la gracia de Dios confortó su espíritu. Durante la persecución religiosa contra la Iglesia acoge en su casa a varias religiosas. Se acerca a las checas para llevar dinero a las personas detenidas, que les ayude a sobrellevar su infortunio. Denunciada por la criada que tenía en su casa es detenida. En este trance los milicianos obligan también a que su hijo Luis, minusválido por vía de parálisis infantil, les acompañe. De camino al martirio, éste se tira de la camioneta, rompiéndose una pierna; vuelto al interior del vehículo, es asesinado antes que su madre, en el Picadero de Paterna, el día 23 de

septiembre, junto con su hermana M.ª de la Purificación Ximénez, religiosa carmelita de la Caridad (Vedrunas) del colegio de Tarragona, y su hijastra, María Josefa del Río.

El año 1997 los restos mortales de Sofía Ximénez son inhumados en la capilla del Sagrario de la iglesia parroquial de San Nicolás de Valencia.

Juan Pablo la beatifica el 11 de marzo de 2001, junto con otros mártires de la persecución religiosa de 1936 en España.

MARÍA DE LA PURIFICACIÓN XIMÉNEZ XIMÉNEZ nace el día 3 de febrero de 1871, hija de Juan Ximénez y Sofía Ximénez. Desde niña tiene una mirada penetrante de persuasión, con vocación de líder, y tiene que luchar entre temperamento y dulzura, liderazgo y libertad. Alumna del colegio del Sagrado Corazón de Jesús de las Hermanas Carmelitas de la Caridad (Vedrunas), se encarga de las aspirantes. Ingresa en este Instituto el año 1894, y profesa en 1896 en el noviciado de Vic (Barcelona). Su primer destino es en el colegio de La Unión (Murcia), donde la ignorancia religiosa es muy notoria. En 1906 regresa a Vic, como Maestra de novicias. Es dinámica, próxima a todas, con un corazón tiernísimo. Atrae delicadamente. Cinco años más tarde, superiora del colegio de Gandía (Valencia), donde suscita numerosas vocaciones. En 1917 pasa a Tarragona, donde permanece por espacio de diecinueve años. Dotada de excelentes cualidades y con un gran don de gentes, se desvive por testificar su fe entre las alumnas y el personal del colegio de Tarragona. Con gran ánimo sobrelleva las enfermedades e incomprensiones: «No nos hemos de avergonzar de que somos discípulos de Cristo». Entrada en años y enferma, la abrasa el celo de la gloria de Dios.

El día 22 de julio abandona el colegio de Tarragona, pues los milicianos se han incautado del edificio. Se refugia, primero, en casa de una familia muy adicta, pero para no comprometerlos se va a Barcelona, pero, finalmente, viene a casa de su hermana Sofía en Valencia. Denunciadas por la criada que les sirve, los milicianos las detienen y mueren asesinadas el 23 de septiembre en el cruce de Benicalap-Campanar.

MARÍA JOSEFA DEL RÍO MESSA nace en Tarragona el 29 de abril de 1895, hija de Carlos del Río Díez de Bulnes. Queda

huérfana de madre a los seis años, y su padre contrae nuevas nupcias. Siguiendo a su padre, en Barcelona es alumna de las Carmelitas de la Caridad (Vedrunas) y en León colabora con las Damas Catequísticas, en su apostolado dominical. Ingresa en las Carmelitas de la Caridad en 1917 en Vic (Barcelona), y viste el hábito el 10 de septiembre. Dos años después emite los votos temporales y es destinada al colegio de Terrassa, y al poco tiempo (1920) al de la calle mayor de Gràcia de Barcelona, donde permanece hasta el año 1936.

Era muy hábil y tenía mucho gusto para todo. Modelo de piedad, trabaja con entusiasmo por llevar las almas a Dios, ejercitando su celo con sus numerosas alumnas. Al iniciarse la persecución religiosa se refugia en casa de un primo hermano, residente en la ciudad condal, que puede conseguir un salvoconducto con el que pasó a la zona nacional, pero ella prefiere trasladarse a Valencia, a casa de su segunda madre, con quien, finalmente, será martirizada el día 23 de septiembre. Fue beatificada por Juan Pablo II el día 11 de marzo de 2001, junto a su segunda madre y la hermana de ésta.

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

LÓPEZ DE VICUÑA, M.ª D. - LÓPEZ RAMOS, M.ª C., *Cuando amanecía...* (Martirio de veinticinco HH. Carmelitas de la Caridad) (Madrid 1993).

SACRA RITUUM CONGREGATIONE, *Valentina.* «Beatificationis seu declarationis martyrii Servarum Dei Amaliae Abad Casasempere et XVIII sociorum, et odium fidei, uti fertur, interfectorum († 1936)» (Roma 1998).

SACRA RITUUM CONGREGATIONE, *Valentina.* «Beatificationis seu declarationis Martyrii... Sororum Carmelitarum a Caritate. In odium fidei, uti fertur, interfectorum. Tarracone, MCMLII», 45-66.

BEATA BERNARDINA (MARÍA) JABLONSKA

Virgen y fundadora († 1940)

La historia de la vida religiosa en la Iglesia de Cristo ha resplandecido con la imitación del divino Maestro, siempre atento a demostrar la misericordia hacia los más débiles y desamparados. Muchas han sido las congregaciones que han acogido y canalizado la misericordia de hombres y mujeres consagrados a

gastar su vida en la liberación espiritual y corporal de aquellos en cuyo rostro se descubre la faz de Cristo mismo, pobre, paciente y ultrajado (Mt 25).

La Beata Bernardina siguió heroicamente la predicación de Jesús en este evangelio del último juicio; dio la vida por aquellos a quienes amaba en Cristo. Nació el 5 de agosto de 1878 en la aldea polaca de Pizuny-Lukawica, hija de Gregorio Jablonski y de María Roman; a los dos días fue bautizada con el nombre de su madre en la iglesia parroquial de Lipsko, archidiócesis de Leópolis. Sus padres eran honrados agricultores y católicos sinceros. El 4 de mayo de 1893 murió la madre, y el padre contrajo segundas nupcias. Tales contrariedades afligieron a la joven, que se refugió en una vida de oración, día y noche, de ayunos y mortificaciones.

El 13 de 1886 había encontrado al santo hermano Alberto Chmielowski (1845-1916), cuya forma de vida y apostolado entre los más pobres y sin techo cautivó su espíritu. A los 20 años, dejó la casa paterna para afiliarse a la comunidad de las Siervas Pobres que dicho santo había establecido en Brusno para acoger a pobres, enfermos, ancianos y huérfanos. Fue una de las primeras vocaciones del nuevo Instituto. El 3 de junio de 1897 vistió el hábito religioso y cambió su nombre de María por el de Sor Bernardina. En la fiesta de San Francisco de Asís, el 4 de octubre de aquel mismo año, ingresó en la Tercera Orden franciscana, en cuyo seno han florecido tantos laicos y religiosos que han brillado por la misericordia hacia los menesterosos que resplandeció en la vida del *Poverello.* Una vez concluido el noviciado, a pesar de su juventud, San Alberto la designó superiora de la casa abierta en Cracovia. Sobresalió por sus virtudes, por su cultivo de la vida espiritual, por su perfección en el quehacer cotidiano y la observancia del recogimiento y del silencio. Pero la miseria de los pobres que atendía sacudió su ánimo y le provocó tal crisis espiritual que pensó en abandonar la congregación. Experimentaba, por otra parte, el atractivo de la vocación monástica y contemplativa. De estas crisis y dudas la sacó el santo fundador, quien le mostró que el camino elegido era el que le señalaba la voluntad de Dios. El hermano Alberto redactó para ella el llamado «acto de amor», que expresaba la sumi-

sión plena a la voluntad de Dios; sor Bernardina subscribió tal acto de amor y entrega: se consagró para siempre a Jesucristo Salvador.

Desde aquel momento, el Señor la condujo por un camino de sacrificio, de renuncia y de dedicación íntegra al servicio de los más pobres. Si antes la aterraba la contemplación de tanta miseria en los asilos de los ancianos, ahora sentía que su corazón se volcaba, con caridad y compasión, hacia los pobres y desgraciados. En tal actitud espiritual cimentó la fisonomía de su espiritualidad. Bien podía repetir la expresión del modelo de su consagración a Dios, Francisco de Asís, que dio testimonio de su conversión, en el testamento de 1226, con estas palabras:

> «Me concedió el Señor dar comienzo a mi vida de penitencia. Mientras me hallaba en los pecados, se me hacía muy amargo ver leprosos. Y el Señor mismo me condujo en medio de ellos, y yo practiqué la misericordia con ellos».

Así también el Señor convirtió el corazón de su hija Bernardina y la introdujo en el camino de la misericordia hacia los más desfavorecidos en la sociedad.

Desde el principio San Alberto había descubierto en sor Bernardina a la futura primera superiora general de las Siervas Pobres. La había preparado para tal misión y se la confirió el 7 de abril de 1902, a los seis años de su entrada en el Instituto, cuando sólo contaba 24 años. Formaban entonces el Instituto 30 hermanas distribuidas en seis casas. La nueva superiora general trabajó incansablemente para hacer efectivo en la Congregación el carisma propio que el Espíritu le había infundido: la confianza en la divina Providencia y el estilo de vida que había ejemplarizado San Francisco de Asís. Promovió asimismo la vida interior e impulsó un fuerte dinamismo en las obras asistenciales de las Siervas de los Pobres para que éstas vivieran una vida espiritual intensa y profunda y para que su apostolado y servicio a los necesitados fuera siempre más fiel y elocuente. Enderezó, por lo tanto, la vida religiosa de sus hermanas, lo que provocó que sólo permanecieran en el Instituto las que de veras aspiraban a la perfección cristiana y tenían la voluntad firme de seguir el espíritu franciscano del fundador, San Alberto. No en vano éste (canonizado por Juan Pablo II en 1989) ha sido consi-

derado como uno de los más perfectos seguidores de Francisco de Asís.

La joven superiora general se dedicó especialmente a formar a sus religiosas.

> «Madre y maestra de sus compañeras, cultivó su formación, inculcó la observancia de la regla y les enseñó la solicitud por los miembros pacientes de Cristo exhortándolas así: hacia nuestros pobres, enfermos, niños, sirvientes, familiares, en nuestro prójimo, las hermanas deben comportarse con afabilidad, con indulgencia, con misericordia; procuren consolarles en sus desgracias y atraer sus almas a Dios», escribió Juan Pablo II en las letras apostólicas de la beatificación.

En 1922 se celebró el primer capítulo general de la congregación, que la eligió o confirmó como superiora general. El 22 de junio de 1926 el arzobispo de Cracovia Adán-Esteban Sapieha aprobó las constituciones redactadas por la Beata Bernardina, por lo cual se la considera cofundadora de la Congregación de las Siervas de los Pobres. El año siguiente el Instituto fue agregado a la Orden de frailes menores capuchinos. La noche de Navidad de 1927, sor Bernardina emitió su profesión temporal y el mismo día, al año siguiente, pronunció sus votos perpetuos. En los capítulos generales de 1933 y de 1939, la madre Jablonska fue reelegida superiora general de las Siervas de los Pobres, llamadas también Albertinas, por su fundador San Alberto.

En el decreto que declaró sus virtudes heroicas, leemos:

> «Rica de amor de Dios, observó con diligencia sus mandatos, los preceptos y las normas de la Iglesia, los votos y la regla que había profesado; multiplicó los talentos naturales y sobrenaturales que le había dado la providencia, luchó contra el pecado, con serenidad llevó la cruz de cada día y se sacrificó por el bien de las almas, especialmente de las que estaban retenidas por las redes del vicio».

Su vida estaba conducida por la fe y por la obediencia a la voluntad de Dios, por el servicio a sus hermanas pobres y enfermas. Alimentó su vida espiritual con la meditación y ardiente piedad hacia el misterio eucarístico, la escuela del Sagrado Corazón le enseñó a ejercer la caridad universal, y supo descubrir el rostro del Crucificado en los menesterosos, enfermos y abandonados de la sociedad. La confortó la devoción a la Dolorosa

Madre del Redentor. Siguió con alegría y fidelidad los preceptos de la jerarquía eclesiástica: del papa, de los obispos, de los sacerdotes, aunque le costara en algunas ocasiones. «Amaos los unos a los otros como yo os he amado» (Jn 15,12): estas palabras del Señor fueron luz y guía de sus pasos en el servicio a los marginados. Demostró con su ejemplo que el Evangelio no sólo tenía que ser creído, sino seguido y practicado cotidianamente con fidelidad, generosidad y humildad.

Con admirable paciencia soportó los sufrimientos de diversas enfermedades que minaron su cuerpo; a pesar de ellas, no cejó en el cumplimiento de su cargo, en su dedicación a los trabajos propios del Instituto, sin lamentarse por nada, guardando constantemente un ánimo imperturbable, participando en la oración de su comunidad.

Rodeada de sus hijas, que tanto la amaban, entregó su espíritu al Creador y Padre providente el 23 de septiembre de 1940. Un gran número de religiosas y de fieles asistieron a los funerales celebrados en el cementerio de Cracovia.

Al cabo de unos años sus despojos fueron trasladados a la iglesia de la casa general de las Albertinas, junto al sepulcro del santo hermano Alberto. Entonces la Congregación contaba con unas 500 hermanas en Polonia, que atendían 55 casas; obtuvo el *decretum laudis* el 5 de septiembre de 1955. En 1987, el Instituto estaba formado por 618 religiosas, 43 novicias, distribuidas en 70 casas y 3 provincias, en Polonia, Italia, en los Estados Unidos de América y en Argentina.

El arzobispo de Cracovia inició su causa de canonización el 3 de agosto de 1983. El proceso diocesano se desarrolló entre 1984 y 1985. Este primer proceso fue aprobado el 30 de enero de 1987. En 1996 los consultores teólogos de la Congregación para las Causas de los Santos aprobaron la *Positio* sobre sus virtudes heroicas, aprobación que ratificaron el siguiente 15 de octubre los cardenales y obispos. El decreto, mandado publicar por el papa Juan Pablo II, lleva fecha de 17 de diciembre del citado año. El 8 de abril de 1997 fue aprobado un milagro atribuido a la intercesión de la venerable, acaecido en Zakopane.

Juan Pablo II tuvo el gozo de beatificarla en la patria de ambos, el viernes 6 de junio de aquel mismo año, en la solemnidad

del Sagrado Corazón de Jesús, a los pies de la cruz levantada en el monte Giewont que forma parte del impresionante conjunto montañoso de Zakopane. En estas montañas San Alberto Chmielowski había buscado su experiencia de desierto para cimentar la espiritualidad que transmitiría a la nueva beata. Con la Madre Jablonska, beatificó el papa a otra polonesa, la venerable Sor María Karlowska.

En su homilía, predicó Juan Pablo II:

> «El Corazón de Jesús fue la fuente del vigor de estas dos mujeres. Gracias a esta fuerza alcanzaron las cimas de la santidad. María Bernardina Jablonska —hija espiritual de San Alberto Chmielowski, colaboradora y continuadora de su obra de misericordia—, viviendo en la pobreza se consagró al servicio de los más pobres. La Iglesia pone ante nuestros ojos el ejemplo de esta piadosa religiosa, cuyo lema de vida eran estas palabras: "Dar, dar eternamente". Fijos sus ojos en Cristo, lo seguía fielmente, imitándolo en el amor. Quería satisfacer todas las demandas del prójimo, quería enjugar toda lágrima, consolar al menos con la palabra el alma que sufría. Quería ser siempre buena con todos, más buena aún con los más desafortunados. Solía exclamar: "El dolor del prójimo es mi propio dolor". Junto con San Alberto, fundaba asilos para los enfermos y para los sin techo a causa de la guerra. Este amor, grande y heroico, maduraba en silencio en el desierto vecino de Kalatówski, donde ella permaneció por un cierto tiempo. En los momentos más difíciles de su vida, se encomendaba al Sacratísimo Corazón de Jesús. Le ofrecía cuanto poseía, especialmente los sufrimientos interiores y los dolores físicos. *¡Todo por amor de Cristo!* Como superiora general de la Congregación de las Hermanas Siervas de los Pobres de la Tercera Orden de San Francisco, las Albertinas, daba incesantemente a sus religiosas el ejemplo de aquel amor que mana de la unión del corazón humano con el Sacratísimo Corazón del Salvador. El Corazón de Jesús era su fuerza en el heroico servicio a los más necesitados».

PERE-JOAN LLABRÉS Y MARTORELL

Bibliografía

AAS 89 (1997) 496-499; 749-751.

Bibliotheca sanctorum. Appendice prima (Roma 1987) col.693.

KLUZ, W., *Obraz Boga, St. B. Bernardina Maria Jablonska* (Cracovia 1985).

L'Osservatore Romano (7-7-1997).

STELMACH, A., «S. Bernardyna Jablonska», en A. SCHLETZ (dir.), *Nasza Przeszlosc. Studia z dziejów Kosciola i kultury katolickiej w Polsce*, X (Cracovia 1946s) 317-375.

SAN PÍO DE PIETRELCINA (FRANCISCO FORGIONE)

Presbítero († 1968)

Pietrelcina es un pueblo del Benevento italiano, famoso en el mundo por prestarle el apellido, como ha sido tradición entre los capuchinos, a uno de los santos más populares de nuestro tiempo, el padre Pío, San Pío de Pietrelcina, nacido el 25 de mayo de 1887. Este fraile, que nunca se desplazó a más de doscientos kilómetros de su pueblo natal, sin embargo logró poner en camino, mientras vivió, a miles y miles de personas procedentes de toda Italia y de muchos otros países para asistir a sus misas en San Giovanni Rotondo, recibir sus consejos espirituales y confesarse con él, para buscar en su vida ejemplar y en su obra alivio para el sufrimiento, atraídas sobre todo por el reclamo de los estigmas de la pasión de Cristo que él experimentó en su cuerpo durante muchos años. La riada de visitantes que iba a su encuentro se transformó a la hora de su beatificación y canonización en la Plaza de San Pedro de Roma en un récord de asistencia, lo que vino a confirmar que era santo de mucha devoción. Esta marca de popularidad había sido secundada con una rápida tramitación de su camino a los altares, pues sólo mediaron tres años de distancia entre su beatificación, que tuvo lugar el 2 de mayo de 1999, y su canonización, celebrada el 16 de junio de 2002.

Francisco fue el nombre bautismal que recibió el padre Pío, al día siguiente de su nacimiento, en la iglesia parroquial de Santa María de los Ángeles —hoy llamada de Santa Ana— de Pietrelcina. Francisco, como el hermano de Asís, el inseparable espejo en el que se miró a lo largo de su vida. De familia campesina y escasos recursos económicos, Francisco fue el cuarto hijo de los siete que tuvieron Grazio Forgione y María Giuseppa di Nunzio. Y aunque Pietrelcina conservaba el cíngulo amurallado de un viejo castillo, y la familia Forgione vivía en las proximidades de esa zona feudal, el pueblo era eminentemente agrícola y el modo de ser de sus gentes hospitalario, de trato sencillo y trabajador. También profundamente cristiano.

En aquel estratégico rincón transcurrió toda la infancia de Francisco Forgione, sin más novedades que una vida familiar tranquila, observando con curiosidad y detenimiento la natura-

leza durante las temporadas en que salió a pastorear la media docena de ovejas que servía para cubrir las necesidades de la casa. Como los recursos no eran precisamente muy abundantes para una familia tan numerosa, tomó el padre la decisión de embarcarse, como tantos otros italianos de la época, camino de los Estados Unidos en busca de mejor fortuna, y allí permaneció Grazio durante varios años.

Se incorporó tardíamente a la escuela, sin embargo los cuadernos que se conservan de aquella etapa de su vida reflejan una gran sensibilidad y sensatez. A los doce años recibió la confirmación y la primera comunión, pero muy pronto, a juzgar por lo que dicen algunos biógrafos, contaba con absoluta normalidad que quería «dedicarse enteramente a Dios». Cuando ya había cumplido los quince años, en diciembre de 1902, el joven Francisco tenía clara su decisión de irse a un convento, quería hacerse sacerdote, noticia que en su casa todos aceptaron con alegría. Fue sin duda el asiduo paso por el pueblo de un fraile limosnero con barba, el padre Camilo de Sant'Elia a Pianisi, con el que charló muchas veces el joven Francisco, lo que le dio el verdadero empujón. Quería ser capuchino como aquel fraile que tantos consejos le había dado. Dicho y hecho, el 6 de enero de 1903, después de asistir a misa, con la familia reunida, se despidió.

Se presentó en el convento de Morcone aquel mismo día de la Epifanía y allí se encontró con el hermano portero, que era precisamente el mismo fray Camilo que tantas veces había visto pasar por su pueblo natal. Fue acogido por todos los frailes y encomendado al maestro de novicios, fray Tomás de Monte Sant'Angelo, quien le mostró el plan de su futura vida entre aquellos muros. La celda asignada tenía escrita en el dintel de la puerta esta frase: «Vosotros estáis muertos y vuestra vida está escondida en Cristo». El silencio, el recogimiento y una sincera devoción a María fueron el guión de una vida austera que se inició con una semana de ejercicios espirituales, a cuyo término vistió Francisco Forgione el hábito capuchino de novicio y tomó el nombre de fray Pío de Pietrelcina. Era el 22 de enero de 1903 y empezaba a cumplirse el deseo que más tarde pondría por escrito con esta pregunta: «¿Dónde podré servirte mejor,

Señor, que en el claustro y bajo la bandera del pobrecito de Asís?». Fue, según decía el maestro de novicios, «un novicio ejemplar, puntual en la observancia y exacto en todo».

Un año después, el 22 de enero de 1904, hizo fray Pío su profesión religiosa en presencia de su madre, un hermano y un tío, y tres días más tarde iniciaba sus estudios de formación sacerdotal en el convento de Sant'Elia a Pianisi. Meses después los continuó en San Marcos la Cátola, donde conoció al que sería su director espiritual hasta 1922, el padre Benedicto de San Marcos in Lamis, y de regreso otra vez en Sant'Elia emitió sus votos perpetuos el 27 de enero de 1907. Recibe las órdenes menores y el subdiaconado en diciembre de 1908, pero en mayo de 1909, aquejado por problemas de salud, los médicos le aconsejan que vuelva a Pietrelcina, con su familia, y pueda allí recuperarse de unas persistentes dolencias estomacales. Poco después de volver a casa, en julio de 1909, es ordenado diácono en Morcone.

Aunque pensaba quedarse sólo una temporada en Pietrelcina, su convalecencia se prolongó durante siete años, hasta febrero de 1916. La situación resultaba sumamente incómoda, agravada por múltiples asechanzas, dolores físicos y tormentos espirituales, siempre ofrecidos a Dios como reparación por los pecadores. De vez en cuando lo reclamaban en el convento, a donde acudía obediente, mas pronto tenía que volver a su pueblo en busca de la mejoría que le reportaban los aires natales. Por fin, el 10 de agosto de 1910, recibe la ordenación sacerdotal en la catedral de Benevento y a los cuatro días celebra su primera misa solemne en la parroquia de Santa Ana, la misma en que había sido bautizado. Sólo faltaba su padre, emigrante ahora en Buenos Aires, el día del estreno de su sacerdocio en Pietrelcina.

Y esta pequeña iglesia de Santa Ana no fue sólo testigo de su primera misa sino de todas las misas que celebraría durante su estancia en Pietrelcina. Ayudaba al párroco, rezaba el breviario bajo un olmo, luchaba contra su enfermedad e iba experimentando unos misteriosos dolores en las manos y en los pies que no sabía explicar ni entender, al tiempo que vivía una vida ascética marcada por extraños signos tan consoladores como preocupantes. Pero la celebración de la misa era el momento

central de cada día, una misa larga, de más de una hora, en la que quedaba como absorto, inmerso en profunda oración. A veces, por una breve temporada, se trasladaba el padre Pío al convento, y entonces se atemperaban algunos malentendidos con sus superiores, quienes más de una vez pensaron en exclaustrarlo.

Cuando estalló la guerra del 14 todos los frailes de la provincia capuchina de Foggia fueron movilizados. El padre Pío se incorporó a filas en Benevento en noviembre de 1915 y lo destinaron a una Compañía de Sanidad de Nápoles donde se presentó el 6 de diciembre, pero doce días después ya le concedieron un año de permiso por enfermedad y fue devuelto a su casa. A todo esto, esa vida alejado de los conventos la pasó el padre Pío con tensiones y en medio de una noche del espíritu y de fuertes asechanzas que aceptó y soportó como una prueba. Por fin, en febrero de 1916 volvió a su vida de comunidad en el convento de Santa Ana de Foggia y ejerció su ministerio en el barrio pobre que lo circundaba. No era sin embargo un lugar ideal para su enfermedad, de tal manera que durante una visita que hizo al convento de San Giovanni Rotondo, a finales de julio, pudo experimentar lo bien que le sentaba aquel clima. Así que en el mes de septiembre ya estaba el padre Pío destinado temporalmente en la comunidad del monte Gargano, de donde nunca se iba a mover.

San Giovanni Rotondo era entonces un pueblo retrasado, sin los servicios más elementales, aislado por carretera, pobre en definitiva. El convento capuchino era también de los más pobres de Italia, pero estaba situado pintorescamente en lo alto de un promontorio. Allí experimentaría el padre Pío una vida espiritual intensa y una sucesión de fenómenos místicos cuyo conocimiento sobrepasaría las paredes del convento. Decir misa, confesar y dirigir almas fueron sus principales ocupaciones ministeriales, a las que dedicó por entero sus horas y una dedicación sin límites. «Me falta tiempo material —escribía—, las horas de la mañana se me pasan escuchando confesiones». Aconsejaba de palabra y por carta, transmitía a sus penitentes, que le buscaban por doquier, un fervor contagioso y un compromiso cristiano exigente, al tiempo que vivía en su interior

una tempestuosa lucha y se ofrecía como donación a Dios. Esa agitación se traslucía a veces en palabras como éstas, escritas el 4 de junio de 1918, en que parece no aguantar más: «De mi lecho de dolores y de mi cárcel expiatoria intento inútilmente salir al encuentro de la vida».

El «extremo martirio» que vivió el padre Pío los días 5 y 6 de agosto de 1918 se lo contó dos meses después, por obediencia, al padre Benedicto de San Marcos in Lamis, su director espiritual. Dice que estaba confesando en la tarde del día 5 cuando de improviso se sintió «colmado por un gran terror» al ver un personaje celestial.

> «Tenía en la mano —explica— una especie de lanza, semejante a una lámina de hierro muy larga, con la punta afilada, y daba la impresión de que de dicha punta saliera fuego. Ver todo esto y observar que este personaje descargaba su lanza sobre mi alma, fue todo simultáneamente. Apenas pude emitir un lamento y me sentía morir».

Se prolongó esta experiencia hasta la mañana del día 7 y le dejó «como herido de muerte». «Siento —añade— en lo más profundo del alma una herida que está siempre abierta y que me hace sufrir permanentemente». Ante sus dudas sobre el significado de esta transverberación, el padre espiritual le responde que es «un efecto del amor, una prueba, vocación a corredimir, y por tanto una fuente de gloria». Días más tarde el padre Pío volvería a insistir en este «intensísimo dolor» que no le permitía descansar ni un momento.

Hacía ya unos años, poco después de su ordenación sacerdotal, el padre Pío había notado unos primeros síntomas de estigmatización, un enrojecimiento en las palmas de sus manos y pies —«como si estuviesen traspasados por una espada»— que se le reproducía los martes y viernes, acompañado de una fuerte sensación de dolor. Pero el fenómeno de su «crucifixión» ocurrió en la mañana del 20 de septiembre de 1918, acabada la misa, en unos momentos de dulce reposo e «invadido por una gran paz».

> «Me encontré —escribe— delante de un misterioso personaje, semejante al que había visto en la tarde del 5 de agosto, pero que se diferenciaba de él en que tenía las manos, los pies y el costado manando sangre. Su vista me aterrorizó, y no podría explicar lo

> que sentí dentro de mí en ese momento. Me sentí morir y habría muerto si el Señor no hubiera intervenido sosteniendo mi corazón, que yo sentí saltar en mi pecho. La visión del personaje desapareció y vi que mis manos, pies y costado estaban perforados y sangraban. Imagínese el desgarramiento que experimenté entonces —se lo está confiando a su padre espiritual un mes después— y que continúo experimentando casi todos los días. La herida del corazón mana continuamente sangre, especialmente desde los jueves hasta los sábados».

Dolor y confusión es lo que sintió el padre Pío al comprobar estas señales de la pasión de Jesús que se le manifestaron a los tres días de la fiesta de la impresión de las llagas de San Francisco, en la que se recuerda cómo «fue distinguido con las sagradas llagas» del Señor estando en oración una mañana. Pero el padre Pío teme morir desangrado y pide a Dios que le libre de esta experiencia, o que al menos haga desaparecer las señales externas, ya que no el sufrimiento físico:

> «Alzaré con fuerza a él mi voz y no dejaré de apremiarle para que, por su misericordia, me quite no el desgarramiento ni el dolor, porque lo veo imposible y siento como si quisiera embriagarme de dolor, pero sí estas señales exteriores que me procuran una confusión y una humillación indescriptibles e insoportables».

Estos dolores que le tenían «en un estado permanente de enfermedad», por otra parte «agradable», los sufrió el padre Pío hasta su muerte, en que misteriosamente le desaparecieron las llagas. La experiencia le producía esta doble sensación:

> «¡Qué dulce y qué amargo al mismo tiempo este "hágase tu voluntad"! ¡Corta y sana, hiere y cura, provoca muerte y al mismo tiempo engendra vida! ¡Oh dulces heridas! ¿Por qué, si son tan dolorosas, derraman, al mismo tiempo, un bálsamo sobre mi alma?».

No fue posible mantener en secreto los signos de la estigmatización, que era justamente la gran preocupación del padre Pío. Lo supo el superior del convento y pronto también el Provincial, que se trasladó a San Giovanni Rotondo; y aunque durante unos pocos meses se guardó la noticia en relativo secreto, con el tiempo se fue sabiendo y extendiendo, de tal manera que la curiosidad se hacía irrefrenable y llegaban, atraídas por el hecho, oleadas de peregrinos que no querían perderse la misa del fraile y comprobar con sus ojos las huellas de la pasión. Se ente-

ró también la prensa, que desde entonces seguiría con interés el caso, y varios médicos y expertos recibieron el encargo de estudiarlo. El primer parecer, ya en 1919, lo dio el doctor Romanelli del hospital de Barletta, a petición del provincial; después el profesor Bignami, médico de patología clínica en la universidad de Roma y más tarde el doctor Giorgio Festa. Todos ellos atestiguaron el hecho, pero no se ponían de acuerdo en sus causas.

A todo esto el padre Pío seguía con su vida conventual, sus largas misas y sus prolongadas sesiones de confesonario, escribiendo cartas y dirigiendo almas. Llegaban a San Giovanni Rotondo cada vez más peregrinos, más curiosos, más devotos procedentes no sólo de Italia sino de todo el mundo. Entre los visitantes llegó un día de abril de 1920 el franciscano Agustín Gemelli, fundador de la universidad católica de Milán, con el deseo de ver las llagas del padre Pío, pero no se lo permitieron. Años después, escribiría un artículo polémico en el que hablaba de histerismo, en seguida desautorizado, pero no tardaría el Santo Oficio en tomar cartas en el asunto. En junio de 1922 pone cortapisas a la actuación del padre Pío: que no celebre la misa a hora fija y a ser posible sólo en privado, que no bendiga al pueblo ni enseñe las llagas. Era el anticipo del decreto que llegaría el 23 de mayo de 1931 en que se le pide al general de la Orden que «el padre Pío sea privado de todo ejercicio ministerial, excepto de la santa misa, que puede celebrar sólo en la capilla interna del convento y privadamente». Esta dolorosa situación, en que se vio, además, crucificado por la incomprensión, la aceptó el padre Pío con ejemplar obediencia durante varios años, sin que declinase un ápice su vida de oración. Por fin en 1933 le fueron levantadas las prohibiciones y pudo celebrar misa ante el pueblo y sentarse a oír confesiones. Todavía en los años sesenta se vería asediado por intolerables espionajes y calumnias que afrontó una vez más como «crisol de purificación», según afirmaba Juan Pablo II el día de la beatificación.

En la homilía de canonización subrayaba el Papa, además de la conformidad del padre Pío con el Crucificado, su conciencia de haber sido llamado a colaborar con la obra de la Redención, sus rasgos como dispensador de la misericordia divina «ofreciendo su disponibilidad a todos, a través de la acogida, la direc-

ción espiritual, y especialmente de la administración del sacramento de la penitencia». Este ministerio «atraía a innumerables muchedumbres de fieles al convento de San Giovanni Rotondo. Incluso cuando el singular confesor trataba a los peregrinos con aparente dureza, éstos, una vez tomada conciencia de la gravedad del pecado, y sinceramente arrepentidos, casi siempre regresaban para recibir el abrazo pacificador del perdón sacramental».

«Soy un pobre fraile que reza». Ésta es una de las frases que define mejor que ninguna otra su vida y a la vez explica la razón última de su fecundidad espiritual. La oración —decía— es la «llave que abre el corazón de Dios». Como consecuencia de este propósito de santificarse y de santificar, de tantas horas de íntima unión con Dios, movido por las llamadas de Pío XII en 1947 a orar en común, el padre Pío fundó los *Grupos de oración,* un «ejército de orantes, de personas que fueran levadura en el mundo con la fuerza de la oración», y tuvieran la misión de ser faros de luz y de amor. Pronto se fueron formando y difundiendo estos grupos, como apoyo a la *Casa para el alivio del sufrimiento* inaugurada el 5 de mayo de 1956 en San Giovanni Rotondo, un proyecto que venía madurando desde que en 1925 se ocupó del hospital de San Francisco. «Sin oración nuestra *Casa de alivio* —dijo en 1966— sería como una planta sin aire y sin sol», por eso los Grupos tienen que ser como «las posiciones avanzadas de aquella fortaleza de la caridad». Y a continuación, añadió este hermoso canto al poder de la oración:

> «Es la fuerza que une a todas las almas buenas, la que mueve el mundo, la que renueva las conciencias, la que sostiene la *Casa,* la que conforta a los que sufren, la que cura a los enfermos, la que santifica el trabajo, la que vela por la asistencia sanitaria, la que da fortaleza para soportar el sufrimiento, la que reparte sonrisas y bendiciones de Dios sobre el abatimiento y la debilidad».

Lo decía un hombre que hizo de su vida una constante oración.

Aquella *Casa para el alivio del sufrimiento,* que surgió de su experiencia de enfermo y del conocimiento de la soledad, le ocupó buena parte de su vida y le acarreó innumerables preocupaciones hasta que logró hacerla realidad. Nueve años pasaron entre la colocación de la primera piedra hasta el día de su inau-

guración en mayo de 1956. El papa Pío XII se había hecho presente con un telegrama destacando su «alto sentido evangélico y de caridad». Esta espléndida obra samaritana contaba un año después de su apertura con 300 camas y el día de la canonización del padre Pío con 1.200, más 300 médicos y cerca de 3.000 empleados, y financiado todo el complejo hospitalario por la generosidad de millones de fieles que acuden a San Giovanni Rotondo atraídos por la brasa de espiritualidad que caldea aquel lugar donde vivió y murió el santo de Pietrelcina.

Pocos rincones de peregrinación tan frecuentados como San Giovanni Rotondo. La estela de aquel fraile que se sentía como arrobado al celebrar la eucaristía, que pasaba largas horas en el confesonario y dirigía espiritualmente tantas almas, que vivió y contagió la sabiduría de la cruz, ha dejado una huella imborrable de la que dan testimonio todos los peregrinos que visitan el santuario de Nuestra Señora de las Gracias.

Para celebrar los cincuenta años de los estigmas, en septiembre de 1968, se habían concentrado en San Giovanni miles de personas pertenecientes a los *Grupos de oración*. Estaba el padre Pío muy débil de salud, de tal manera que no pudo decir la misa el día 21, pero al día siguiente, a las cinco de la mañana, algo repuesto, celebró la misa cantada ante aquella multitud. A la hora de la acción de gracias, seriamente agotado, el padre Pío tuvo que ser retirado a su habitación, pero aún quiso aquella tarde asomarse a la ventana de su celda para saludar con el pañuelo a los presentes en la plaza. La respuesta fue un mar de pañuelos agitándose. Vestido con su hábito de capuchino, sentado en un sillón, en presencia del superior del convento, de algunos médicos y de su confesor, que le administró la unción de enfermos, se apagaba la vida del padre Pío mientras repetía los nombres de Jesús y de María y sostenía en su mano el rosario. Eran las dos y media de la madrugada del 23 de septiembre de 1968 cuando murió.

Fue enterrado en la cripta del santuario de Nuestra Señora de las Gracias de San Giovanni Rotondo tres días más tarde, en presencia de las más de cien mil personas que asistieron conmovidas a sus funerales. La fama de santidad de aquel anciano fraile de las llagas, al que se atribuían también otros dones mís-

ticos, nunca declinó y muy pronto se pusieron en marcha los preparativos para su santificación oficial que, al menos por el tiempo transcurrido entre su beatificación y canonización, fue verdaderamente excepcional. A veces una simple frase es capaz de sintetizar con fortuna toda una vida. Así lo hizo Pablo VI cuando, tres años después de la muerte del padre Pío, se dirigió a los superiores generales de los capuchinos recordándoles su estilo de vida y proponiéndoles el ejemplo del padre Pío:

> «¡Mirad qué fama ha tenido! ¡Qué clientela mundial ha reunido en torno a sí! Pero, ¿por qué? ¿Tal vez porque era un filósofo? ¿Porque era un sabio? ¿Porque tenía medios a su disposición? Porque celebraba la misa con humildad, confesaba desde la mañana a la noche, y era, es difícil decirlo, un representante visible de las llagas de Nuestro Señor. Era un hombre de oración y de sufrimiento».

JOSÉ ANTONIO CARRO CELADA

Bibliografía

CHIRON, Y., *El padre Pío. El capuchino de los estigmas* (Madrid 1999).
Ecclesia (1999) n.2947, p.35-36; (2002) n.3107, p.20-21.
L'Osservatore Romano (16-6-2002) 1-28 (suplemento especial).
L'Osservatore Romano (17/18-6-2002) 12-15.
MEDINA ESTÉVEZ, J. A., «San Pío de Pietrelcina»: *L'Osservatore Romano* (ed. en español) (24-9-2004) 9-11.
MIGLIORANZA, C., *Padre Pío de Pietrelcina* (Buenos Aires 1997).
RAMÍREZ PERALBO, A., «San Pío de Pietrelcina, capuchino», en *Testigos del siglo XX, maestros del siglo XXI* (Córdoba 2003) 109-133.
RIESE, F. DA, *Padre Pío de Pietrelcina, un crucificado sin cruz* (Madrid 1989).
SÁEZ DE OCÁRIZ, L., *Pío de Pietrelcina, místico y apóstol* (Madrid 2004).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN LINO

Papa († s. I)

San Lino aparece en la historia de la Iglesia como el primer sucesor de San Pedro en la sede romana. Su nombre figura en los antiguos catálogos de los obispos romanos. San Ireneo de Lyón († 202) nos lo presenta así: «La tradición de los apóstoles manifestada en todo el mundo puede verse en cada iglesia por

todos aquellos que quieran ver la verdad. Y debemos enumerar a aquellos que por los apóstoles fueron instituidos obispos y sucesores suyos hasta nosotros [...] Pero como sería muy largo dar en este volumen la enumeración de las sucesiones de todas las iglesias, indicaremos la sucesión de obispos hasta hoy de la máxima y antiquísima y de todos conocida Iglesia, fundada y constituida por los dos gloriosísimos apóstoles Pedro y Pablo, la de Roma [...] a la cual Iglesia, por su más poderosa principalidad es necesario que convenga toda Iglesia, es decir todos los fieles de todas partes [...] Fundando e instruyendo los bienaventurados apóstoles la Iglesia, entregaron a Lino el episcopado para que administrara la Iglesia. A este Lino lo menciona Pablo en las cartas a Timoteo» *(Contra las herejías).*

Ésta es, pues, la tradición de la Iglesia romana: que fueron los santos apóstoles Pedro y Pablo quienes eligieron a Lino para que estuviera al frente de la comunidad cristiana de la Urbe. Sacrificados Pedro y Pablo por la persecución, le tocó a Lino presidir una Iglesia sacudida por el sacrificio de muchos cristianos, y alentar a todos a perseverar firmes en la fe y la adhesión a Jesucristo. La tradición lo presenta como hijo de Herculano y natural de Volterra. En su tiempo fue la dolorosa destrucción de Jerusalén que no pudo menos que repercutir en el ánimo de los cristianos de todas partes. El *Liber pontificalis* le atribuye la prescripción del velo para las mujeres en la oración litúrgica y le atribuye dos ordenaciones de quince obispos y dieciocho presbíteros. También señala el dicho *Liber pontificalis* que su pontificado duró once años, fija la fecha de su muerte el 23 de septiembre y le hace morir mártir, lo que la crítica histórica no avala. Como tal primer sucesor de San Pedro lo mencionan numerosos santos padres y escritores eclesiásticos antiguos. Su nombre figura en el *Canon romano de la misa.*

SAN CONSTANCIO

Sacristán († s. V)

Nos da noticias de este santo San Gregorio Magno en su libro de los *Diálogos.* Las noticias las tenía a su vez el papa de un obispo, que seguramente sería el de la propia Ancona, que fue

el teatro de la santidad de este hombre de Dios. Era un hombre de pequeña estatura y poco agraciado, que en hábito de monje servía como mansionario o sacristán a la iglesia de San Esteban, la primera catedral de la ciudad y en la que se veneraba, como recuerda el propio San Agustín en uno de sus sermones, una reliquia del santo protomártir. El sacristán era todo un hombre de Dios, lleno de espiritualidad y virtudes, y el Señor se dignaba realzar esta santidad concediéndole el don de milagros. Hombre humilde, una vez que un campesino lo injurió correspondió abrazándolo y dándole las gracias por sus palabras, edificando así a la comunidad cristiana con su conducta evangélica. Sin que se sepa por qué, sus reliquias fueron llevadas años después de su muerte a Venecia, donde se veneran.

SAN ADAMNANO

Presbítero y abad († 704)

Nació hacia el año 625 en Dromhome, Irlanda, en el seno de una noble familia, emparentada con San Columba, el fundador del monasterio de Iona. Adamnano entró muy joven en dicho monasterio y se acreditó por la observancia regular y la virtud que resplandecía en él. El año 679 fue elegido abad de dicho monasterio. En este monasterio se refugió el rey Alfredo cuando a la muerte de su padre el rey Oswy de Nortumbria fue perseguido por el usurpador Ecfredo, pero el príncipe en 685 pudo ver reconocidos sus derechos. Adamnano le pidió entonces la liberación de los prisioneros y para ello viajó a Gran Bretaña, de donde volvió con el objetivo cumplido. Nuevamente volvió a Inglaterra a visitar a Alfredo, lo que aprovechó para visitar numerosas iglesias y monasterios, siendo convencido de que llevara a Irlanda la celebración romana de la Pascua, lo que se hizo en 692. En 697 estuvo presente en el concilio de Birr, en que se dictaron medidas para preservar a las mujeres y los niños de los horrores de la guerra, y en 701 participó en el concilio de Tara. Murió en su monasterio el 23 de septiembre del 704.

BEATA ELENA DUGLIOLI

Viuda († 1520)

Nace en Bolonia en 1472, hija de un notario. Educada cristianamente, aspiraba ella a consagrarse al Señor pero su madre la obligó a casarse con Benito Dal'Olio, con quien se entendió muy bien, fue para ella un magnífico esposo y supieron ambos amarse y respetarse como perfectos esposos cristianos. Fueron treinta los años de su feliz vida matrimonial. Al cabo de este tiempo murió su marido, y entonces ella decidió dedicarse a las obras de caridad y religión, edificando con sus claras virtudes a toda la comunidad cristiana. A su muerte, sucedida en Bolonia el 23 de septiembre de 1520, el pueblo comenzó a darle culto como a santa, culto que la Iglesia confirmó el 26 de marzo de 1828.

BEATOS CRISTÓBAL, ANTONIO Y JUAN

Mártires († 1527-1529)

Estos tres jovencísimos beatos son las primicias del santoral mejicano, hoy muy nutrido tras siglos de presencia cristiana en tan noble tierra. Su martirio pertenece a los comienzos de la evangelización de Méjico. En 1524 los franciscanos llegaron a Méjico y se dividieron en cuatro grupos, uno de los cuales se establece en Tlaxcala, de cuya zona son los tres protomártires mejicanos. El martirio es obra de la reacción producida contra la implantación de la fe cristiana.

Cristóbal nació en Atlihuetzía, junto a Tlaxcala, h. 1514. Con diez años obtuvo licencia de su padre para asistir a la escuela de los franciscanos en Tlaxcala. Aquí se convierte al cristianismo y se bautiza con el nombre de Cristóbal y se dedica seguidamente a atraer a su padre a la religión y la moral cristianas. Este reaccionó con violencia a estos intentos y bajo pretexto de una fiesta familiar, llamó a sus hijos a que vinieran de la escuela franciscana y cumplió su propósito de abatir al muchacho a bastonazos, rompiéndole las piernas y los brazos, y en vista de que no moría lo echó a una hoguera. El joven se encomendó al Señor con confianza, mostró una gran mansedumbre y le dijo a

su padre que le había hecho un gran honor. El padre pagó con la vida su delito. Se calcula que fue en 1527.

Antonio nació en Tizatlán, junto a Tlaxcala, h. 1516 en una familia acomodada. Educado en la fe por los misioneros franciscanos de Tlaxcala y bautizado, como parece, por ellos, cuando se pidieron acompañantes para los padres dominicos destinados a Oaxaca, se ofreció Antonio con su criado Juan. Advertido del peligro de acercarse con el mensaje evangélico a gente posiblemente hostil al mismo, respondió que estaba dispuesto a dar la vida por Cristo.

Juan había nacido en Tizatlán h. 1516 en humilde familia y era criado de Antonio, frecuentando la escuela franciscana de Tlaxcala, donde llegó a la fe cristiana y se supone que fue bautizado.

Llegados ambos con los dominicos a Cuauhtinchán, ayudaban a los religiosos en la labor misionera, siendo los jóvenes los encargados de recoger y retirar los ídolos de las casas. Juan se quedaba a la puerta y Antonio entraba a retirar los ídolos. Estaba Juan haciendo esto cuando varios indios le propinaron con sus bastones tan fuertes golpes que lo mataron en el acto. Antonio acudió y reprendió a los indios su mala acción, siendo él entonces el objeto de la ira, recibiendo golpes hasta que murió. El martirio tuvo lugar en 1529.

La fama de martirio de estas tres muertes perseveró en la comunidad cristiana de Méjico, que por ello dio lugar a un proceso sobre martirio, coronado con la beatificación de los tres mártires por el papa Juan Pablo II en la basílica de Nuestra Señora de Guadalupe el 6 de mayo de 1990. Su memoria es el 23 de septiembre.

BEATO GUILLERMO WAY

Presbítero y mártir († 1587)

Guillermo nace en el condado inglés de Devonshire, en la población de Exeter, el año 1562. Decidida su vocación sacerdotal marcha al continente e ingresa en el seminario inglés de Reims, donde hace los estudios y se ordena sacerdote el 18 de septiembre de 1586. En diciembre de aquel año vuelve como

misionero a Inglaterra. Ejerció su ministerio con gran celo pero fue muy corto el tiempo que pudo ejercerlo pues a los seis meses de su llegada a Inglaterra es arrestado y acusado formalmente de ser sacerdote, siendo encerrado en la cárcel de Clink. A ella se llegó el obispo de Londres para intentar atraerlo al anglicanismo, pero el joven sacerdote se negó a cualquier compromiso en detrimento de su fe. Fue juzgado bajo la acusación de haberse ordenado en el extranjero y condenado a muerte como traidor. Su ejecución tuvo lugar el 23 de septiembre de 1587 en Kingston-on-Thames, siendo ahorcado, destripado y descuartizado. Llegó al patíbulo alegre porque había deseado con fervor la corona del martirio.

Fue beatificado el 15 de diciembre de 1929 por el papa Pío XI.

BEATO VICENTE BALLESTER FAR

Presbítero y mártir († 1936)

Este sacerdote valenciano había nacido en Benidoleig el 4 de febrero de 1888, y había hecho sus estudios en el seminario conciliar de Valencia hasta que pasó como titular de una beca al Real Colegio Seminario de Corpus Christi. Fue ordenado presbítero el año 1913. Su destino fue Xàbia, donde durante ocho años fue Capellán del Mar, cargo en el que hizo una gran labor social y apostólica entre los pescadores, cuyo aprecio se granjeó. Luego fue trasladado a la capellanía de las Agustinas Descalzas de la misma población. Tenía bien acreditada fama de sacerdote lleno de piedad y celo, austero, mortificado y pobre. Daba catecismo en el convento de las agustinas y atraía a los niños al estudio y conocimiento de la doctrina cristiana. Llegada la revolución, se refugió en su casa paterna en su pueblo natal, no siendo molestado hasta que el 23 de septiembre por la tarde unos milicianos de Xàbia alegaron que había que arreglar la contabilidad de un Sindicato Agrícola y el comité de Benidoleig les autorizó a ir por él. Llevado primero a prisión, aquella noche fue asesinado en la carretera de Teulada, siendo encontrado su cadáver con el rosario entre las manos. Agonizando había pedido perdón a Dios para sus asesinos.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATA ASCENSIÓN DE SAN JOSÉ DE CALASANZ LLORET MARCO

Virgen y mártir († 1936)

Nació en Gandía el 21 de mayo de 1879 en el seno de una familia cristiana. Llegada la juventud se decide por la vida religiosa e ingresa en la Congregación de Hermanas Carmelitas de la Caridad el 6 de diciembre de 1898. Hace el noviciado en Vich y allí profesa con el nombre de sor Ascensión de San José de Calasanz. Hecha su profesión religiosa, es enviada a la casa de Castellón de la Plana, y posteriormente al Colegio del Sagrado Corazón, de Valencia. Aquí se le confió la clase de niñas gratuita, cien chicas de la clase popular, a las que ella se dedicó con mucho amor y entusiasmo para formarlas, instruirlas y catequizarlas, mostrándose siempre como una religiosa trabajadora y humilde. En 1916 la destinan al colegio de Benejama (Alicante) para dirigir la clase de niñas mayores. Posteriormente le encargaron la clase de párvulos, poniendo en todos sus destinos un mismo celo. Contrajo una enfermedad de la vista que la llevaba a la ceguera, mostrándose resignada y confiada en Dios cuando el médico hubo de decírselo. Persona sumamente caritativa, cuando la comunidad fue intimada a dejar la casa, que iba a ser quemada, ella agradeció que no quemasen a las monjas dentro de la casa y se negó a recriminar o criticar a los asaltadores, diciendo expresamente que los perdonaba. Obligadas las religiosas a dejar el colegio de Benejama, se refugia con su familia en Gandía y se va a una casita de campo, considerada más segura. Pero allí fueron a buscarla y juntamente con su hermano religioso la asesinaron, enterrándola en lugar ignorado. El *Martirologio romano* la conmemora el 23 de septiembre.

Fue beatificada el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO JOSÉ STANEK

Presbítero y mártir († 1944)

José Stanek nació el 4 de diciembre de 1916 en Lapsze Nizne, diócesis de Cracovia. Quedó huérfano a los seis años. Hizo los estudios en el instituto de los P. Palotinos de Wadowice-Kopiec y en el año 1935 ingresó en el noviciado de esta Sociedad en Suchary, Pomerania. El 15 de agosto de 1937 pronunció la profesión y seguidamente hizo los estudios eclesiásticos, ordenándose sacerdote el 7 de abril de 1941. Clandestinamente hizo los cursos de sociología, impartidos por profesores de la Universidad de Varsovia. Sucedida la insurrección de Varsovia, él fue capellán de los insurrectos y se dedicó al cuidado de los menesterosos en los barrios de Sródmiescie y Czerniaków. Su intención, sabiendo la imposibilidad de que la insurrección alcanzase su propósito, fue el de salvar el mayor número posible de personas. Trató incluso con los alemanes, y se negó a dejar a los insurrectos y salvar su vida aun cuando pudo, porque quería prestarles hasta el final su asistencia religiosa. Arrestado por los alemanes cuando se acercó a ellos para tratar de la capitulación, al día siguiente, con la sotana puesta y delante de la gente, fue ahorcado.

Fue beatificado el 13 de junio de 1999 por el papa Juan Pablo II.

24 de septiembre

A) MARTIROLOGIO

1. En Milán, San Anatolio, obispo († s. II).
2. En Saulieu (Galia), santos Andoquio, Tirso y Félix (fecha desconocida), mártires.
3. En Auvergne (Aquitania), San Rústico († s. V), obispo.
4. En Lyón (Galia), San Lupo († d. 528), obispo.
5. En Marsella (Provenza), San Isarno († 1043), abad.
6. En Panonia (Hungría), San Gerardo Sagredo († 1046), obispo de Csanád y mártir *.
7. En Gerona (Cataluña), Beato Dalmacio Moner († 1341), presbítero, de la Orden de Predicadores **.
8. En York (Inglaterra), beatos Guillermo Spencer, presbítero, y Roberto Hardesty († 1589), mártires bajo el reinado de Isabel I *.

9. En Nagasaki (Japón), San Antonio González († 1637), presbítero, de la Orden de Predicadores, mártir *.
10. En San Severino Marche (Italia), San Pacífico de San Severino († 1721), presbítero, de la Orden de Menores **.
11. En Maribor (Eslovenia), Beato Antonio Martín Slomsek († 1862), obispo **.
12. En Roma, Beata Columba (Juana) Gabriel († 1926), abadesa, fundadora de la Congregación de Hermanas Benedictinas de la Caridad **.
13. En Albalat de la Ribera (Valencia), Beato José Ramón Pascual Ferrer Botella († 1936), presbítero y mártir *.
14. En Rotglá y Corberá (Valencia), Beato José María Ferrándiz Hernández († 1936), presbítero y mártir.
15. En Ollería (Valencia), Beata Encarnación Gil Valls († 1936), virgen y mártir *.
16. En Alzira (Valencia), Beato José Ramón Ferragud Girbés († 1936), padre de familia y mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

BEATO DALMACIO MONER

Presbítero († 1341)

El escenario: Santa Coloma de Farners, un insignificante recorte geográfico gerundense. Un puñado de humildes viviendas rurales en torno a una iglesia románica y muchas masías o casas de campo y no pocos molinos moteando la exuberante vegetación paisajística, surcada por la riera homónima. A una veintena de kilómetros de la capital de provincia.

Ambientación de época. Inicios de la última década del siglo XIII: cuando el expansionismo marítimo catalán, empujado por el crecimiento demográfico y económico, estaba en la cresta de la ola.

Cuando el mallorquín Ramón Llull, bautizado *el gran patriarca de las letras catalanas,* y Arnaldo de Vilanova, famoso médico de pontífices y reyes y profesor universitario en Montpellier, prestigiaban científica y literariamente la realidad cultural del país.

Cuando en la sociedad catalana, tradicionalmente religiosa, agrícola y feudal, privaba la condición campesina. Mayoritario el cultivo de cereales.

El actor: Dalmacio —*Dalmau,* en catalán— Moner, una figura —diríamos ahora— sin prensa, merecedora de mayor

atención informativa y de mayor volumen bibliográfico. En la pluma de un historiador del siglo XVI:

> «Uno de los santos más importantes de la Orden de Predicadores. Con un haber de servicios a casi todos los conventos catalanes de la época en calidad de estudiante, de organizador, de maestro de novicios o profesor de teología».

Dalmacio Moner vio la luz, en 1291, entre arrullos acuáticos encauzados y respirando polvo de harina en el *Molí del Mas Moner,* unas antiquísimas muelas que rodaron hasta la segunda mitad de la pasada centuria. Hijo de Arnaldo y de *Fresca* —presumible contracción de Francisca—, un matrimonio molinero que compartía diarios afanes e ilusión de vivir, con holgura de medios, a dos kilómetros del núcleo urbano de Santa Coloma.

Es verdad que no hay constancia documental sobre los primeros educadores del chaval. Sólo meras suposiciones amparando el recurso familiar a los benedictinos del vecino monasterio de Sant Pere de Cercades para la familiarización del hijo con las primeras letras.

Sí se sabe que, superada la instrucción primaria, el adolescente Dalmau fue enviado por sus padres a Girona. La ciudad, paralelamente al desarrollo del país, vivía una época brillante. Demográfica, urbanística, culturalmente.

Derivación de su creciente presencia comercial a camino entre las urbes de Barcelona y Perpiñán. Positiva también la realidad, en su haber municipal, del conocido hospital de Santa Catalina y del importante convento de los Carmelitas descalzos. Y la pletórica juventud de la iglesia y del claustro de Santo Domingo, prestigioso Estudio General. Y el nacimiento de barrios nuevos, agrandando la ciudad.

Un paréntesis histórico oscuro en cuanto al marco y a la duración escolar y al aprovechamiento académico del hijo de los molineros de Santa Coloma, cursante de las disciplinas previas a los estudios superiores. Alumno de Artes Liberales, que comprendían los llamados *Trivium et Quadrivium.*

Consta, sí, que Dalmau se autocosteaba la estancia. Adelantándose a los modernos tiempos, estudiaba y enseñaba; repartiendo instrucción elemental y catecismo entre las familias acomodadas locales. Primer educador, por ejemplo, del futuro afamado jurisconsulto catalán Pere Serra.

Y que periódicamente recuperaba el contacto personal familiar, pateándose la veintena de kilómetros curvados, polvorientos, moteados de masías, entre Gerona y el punto geográfico que le vio nacer. Ahí estuvo —desaparecida, con la reforma del terreno, años atrás— la llamada *roca dalmaua,* a la que la tradición popular venía atribuyendo funciones de descanso para el joven viandante.

Frecuentara o no las aulas dominicanas gerundenses, el hecho es que Dalmau Moner tuvo ocasiones sobradas para relacionarse con los frailes predicadores.

El historial académico del gerundense salta los Pirineos y nos traslada, en 1308, a Montpellier, una de las primeras escuelas de medicina de Europa —se le atribuye paternidad árabe, fundada por los médicos expulsados de España— y cuyo viejo Estudio General en 1289 se había convertido en universidad. Con la consiguiente concentración estudiantil mediterránea y preferida por el alumnado gerundense.

En Montpellier inició los cursos de Lógica, una disciplina muy apetitosa desde la segunda mitad del siglo XIII, emparentada con los estudios de Gramática. No sólo aprendió. Despertó a inquietudes intelectuales nuevas, soñando con las aulas de la Sorbona convertidas, con el respaldo de la presencia pontificia en Aviñón, en el primer centro teológico europeo, y prestigiadas con el protagonismo docente de Alberto Magno y de Tomás de Aquino. No consta que el sueño se tornara realidad.

Las crónicas, dos años más tarde, le sitúan nuevamente en la geografía de origen; en el molino, oliendo harina recién salida de la muela. Diecinueveañero. Con un envidiable bagaje intelectual de marcada influencia dominicana.

No es de extrañar.

Los monasterios —vida contemplativa retirada del mundo— abrieron camino a familias religiosas nuevas mendicantes —dominicos y franciscanos—, que, sin causar baja en la sociedad, combinando ascetismo y estudio, buscaban cómo cristianizarla.

Abanderados los primeros. En la preparación intelectual y en la presencia en los claustros universitarios. Verdaderos martillos de la herejía.

Nacidos en 1215 y presentes en Barcelona desde 1219. En Gerona desde 1252. Y ya en Lérida, Perpiñán y Tarragona, aunque no tenemos a mano referencias de la respectiva llegada.

Joven pero en plena madurez el convento gerundense, plantel de profesores y de predicadores. Famoso, en los albores del siglo XIV, por las históricas controversias, orales y escritas, entre el mentado Arnaldo de Vilanova y el fraile Bernardo de Puigcercós. Y, en 1310, sede del primer Capítulo provincial de la Orden de Predicadores, con asistencia de un centenar de dominicos en representación de los conventos de la Corona catalano-aragonesa y del reino de Navarra.

A propósito: las actas capitulares de la asamblea de referencia descubren la presencia de Dalmau Moner en la comunidad gerundense. Donde al bagaje intelectual, no común en la época, que le adornaba, sumaría los estudios pendientes de Lógica, estrenada en Montpellier, y dos años de teología.

Precisamente las bianuales actas capitulares retratarán la itinerancia del joven estudiante dominico.

En la ciudad por poco tiempo.

Que, en la reunión comunitaria de 1312, celebrada en Lérida, se le relaciona como profesor de Lógica en el convento de Tarragona.

Y dos años más tarde aparece en las listas de asistencia a la asamblea de Valencia, matriculado en la facultad de Filosofía del Estudio General.

De su estancia en la ciudad levantina sabemos más. Sabemos de su exagerada aplicación, de su pasión por los nuevos estudios, que le absorbían noches enteras, en detrimento de su salud.

Y presumimos que, coronados brillantemente aquéllos, según norma dominicana, recibiría el presbiterado y se ensayaría en la predicación.

La movilidad conventual, en 1317, le acerca nuevamente a los suyos. Ahora con destino a Castelló d'Ampuries. Cofundador y dos años de docencia.

No más, porque la obediencia, entre 1319 y 1321, le fija residencia en Barcelona. En los claustros de Santa Catalina, en cuyo Estudio General estallará a un verdadero entusiasmo por el estudio de la teología.

Ha llegado a la Ciudad Condal rondando la treintena de años, siendo predicador de fama, tras haber asesorado en no

pocas fundaciones conventuales y tras prestar servicios en distintas comunidades de la Orden.

Y una posterior y segunda etapa en las aulas universitarias de Montpellier convirtió a Dalmau Moner en flamante doctor en Teología, la ciencia básica de los frailes predicadores. Curiosa norma constitucional: *Conventus sine doctore non constituatur* («Que no haya ningún convento sin Doctor»).

Inquieto y andariego por obediencia, completaría la década coleccionando desarraigos, paseando conocimientos gramaticales, ciencia filosófica y teológica, experiencias y virtudes. Pateándose parte de las provincias de Barcelona y Lérida. Moviéndose entre Seo de Urgel, Manresa, Cervera y Balaguer.

Cuatro conventos jóvenes, nacidos entre 1317 y 1329, en los que Moner volcó estructuración y empuje fundacional, orientación y ayuda académica, pautas de vida consagrada.

Ideal. No hubo otro como el fraile de Santa Coloma para las respectivas puestas en marcha...

Pero sigamos al dominico itinerante.

Ahora peregrino en tierras del mediodía francés. Hasta llegar a la raya mediterránea; hasta Marsella, adonde le llevarán su ansia de soledad contemplativa y su afán penitencial.

No le tienta el boato, la naciente fastuosidad de Aviñón. La ciudad ahora papal, que se fortifica y gana residencias y palacios para los séquitos pontificio y cardenalicio. La ciudad que multiplica habitantes: eclesiásticos, representaciones diplomáticas y comerciantes atraídos por la riqueza derivada de la nueva condición social ciudadana.

No alarga la estancia con los frailes hermanos.

Que él persigue otro norte.

Va a lo suyo. Y precisamente no empujado por la obediencia.

Va, decididamente, rumbo al monasterio de San Maximino, fundado en 1295 por Carlos II de Anjou. Bueno, no propiamente al monasterio. Pretende concretamente llegar hasta la *Santa Bauma,* el covacho de la ciudad portuaria mediterránea, custodiado por los dominicos galos, donde, según piadosa tradición, María Magdalena con la oración y rigurosa penitencia lavó sus desvíos pecaminosos y sus escándalos.

Tras su voluntaria llamémosla cuaresma, el fraile gerundense, tragando polvo, sufriendo soles, repitiendo pausas y descansos y quemando etapas, deshace la larga cinta de kilómetros entre Marsella y Montpellier. Donde recoge sus libros, sus apuntes, sus objetos personales; se despide de maestros y condiscípulos y sale al camino que ha de guiarle a Gerona.

Con su joven doctorado en Teología, título académicamente muy honroso en la época. Y, sobre todo, hombre prestigioso por su virtud, sus conocimientos y su don de consejo.

Como anillo en el dedo apareció en la comunidad dominicana de Gerona cuyo austero y bello convento gótico de Santo Domingo, en la parte elevada de la ciudad, justamente vivía los estrenos de una primavera, esplendorosa académica y espiritualmente. Una irradiación sobre la capital y sus comarcas y sobre la antigua Corona de Aragón.

En el haber de Dalmacio Moner, que únicamente Dios conoce, restan diez años de vida.

Una década que el docto y virtuoso hijo de los molineros de Santa Coloma combinará repartiendo ciencia teológica desde la cátedra, virtud y consejos a los jóvenes novicios, doctrina sagrada desde el púlpito.

Dando y dándose. Más a Dios; santificándose con la oración, el estudio y la vida regular.

Repasemos.

Austeridad de vida. Según un historiador dominico, *más para admirar que para imitar.*

Austeridad. Buscando siempre la celda más humilde; la más pequeña, oscura y arrinconada.

Aunque en realidad escasamente la usufructuaba. Pues dormía poco y aún lo hacía tendiéndose en el duro suelo. Cuando no sentado en un banco de la iglesia.

¡Cuántas noches en vela en las azoteas o al descampado. Particularmente, en el transcurso de sus repetidas andaduras, extasiado contemplando la maravilla del cielo nocturno tachonado de rutilantes estrellas!

Y austero en la mesa comunitaria, aguando la comida, con el pretexto de enfriarla, para robarle sabor. Que, alimentándose a solas, pasaba con raíces, verduras endurecidas y legumbres hervidas.

Sobrio él en el vestir. Limpio, pero arropado con telas bastas, remendadas y deshilachándose en la parte inferior; humildes telas que ocultaban el cilicio sobre la carne. Exagerado en extremo. Pues sólo la obediencia lograba que estrenara hábito. Pero, hecha la ley, hecha la trampa. Que entonces aún convencía a algún fraile para que antes probara durante unos días la ropa.

Rechazo de toda dádiva.

Al respecto cuentan los cronistas medievales que, andante con otro dominico entre Barcelona y Tarragona, sin alforja al hombro, Dalmacio Moner se topó con una señora que le ofrecía confitura de miel y rosas. «Dios proveerá» —correspondió el fraile, agradeciendo pero no aceptando el regalo—. Siguieron adelante y, cuando ya sufrían cansancio, hambre y sed, les sorprendió una muchacha, también obsequiosa: «Tomad. Mi señora os lo ofrece». Era la misma conserva.

Las viejas referencias amplían que el acompañante del gerundense no vio a la joven oferente pero aceptando que la mermelada sabía a gloria.

Renuncia a los cargos y honores.

Exagerado hasta rechazar las visitas distinguidas. Incluso arriesgando la normal cortesía. Sólo aceptadas si mediaba la gloria de Dios o por obediencia.

Así con el infante don Pedro, conde de Ampurias e hijo del rey Jaime II de Aragón. Con don Bernardo, vizconde de Cabrera. Con don Pedro, obispo de Gerona.

Y aun entonces mínima la dedicación temporal.

Todos. Personas revestidas de autoridad y pueblo llano acudían a él...

Pero más extremado aún en sus relaciones con el personal femenino. Pues, gravemente enfermo, no toleró la presencia de sus hermanas junto al lecho...

Y humilde, sumamente humilde. Rehuyendo toda alabanza y fácil a la demanda de disculpas y al perdón.

Popular la estampa del religioso, mendicante, pateándose —breviario en mano y ayudado de un bastón— las comarcas gerundenses.

Y todo un maestro de teología con el pellejo del aceite a la espalda, librando del transporte al laico acompañante.

Y, por supuesto, amante del silencio y de la soledad. Siempre en busca de espacios de retiro.

Siempre ansioso de estar a solas con Dios.

Una fuerte, irresistible vocación contemplativa que abre paréntesis en la década que comentamos. Por tercera vez le hará anacoreta temporal en la *Santa Bauma* de Marsella. En el covacho de sus amores. En el refugio, en los acantilados boscosos que ponen barrera al Mediterráneo, donde presuntamente María Magdalena lloró, amó y se purificó.

Pero aquella ilusión no cuajó. Que, bien por motivos de salud o bien por necesidad de consejo, el caso es que hubo semáforo rojo señalando el obligado retorno al seno de la comunidad gerundense.

Volvió.

Pero, humildemente insistente, Moner consiguió parcial satisfacción a sus afanes de aislamiento e incomunicación.

Consiguió, cumplida la asistencia a la plegaria capitular y a la mesa, vivir el resto de la jornada, durante sus cuatro años últimos, en la pequeña y húmeda excavación agujereada en una de las laderas del cenobio catalán. Presunto escenario de disciplinas, férvidos rezos y levitaciones.

A propósito... Cuentan que en Castellar, una población cercana a Gerona, se hizo acompañar hasta una fuente por un chaval que luego despidió. Pero, curiosamente oculto, presenció cómo se desnudaba la espalda y cómo se azotaba hasta sangrar. Posteriormente cómo el fraile —que describen *seco de carnes,* pero *alegre de rostro*— se lavaba y se vestía, cumpliendo con la norma evangélica que aconseja máximo disimulo.

A propósito... Hay testimonios de que oraba tan intensamente que, en ocasiones, su cuerpo levitaba. Expresiones arrancadas de las crónicas medievales: se ausentaba y se elevaba del todo de tierra. Volando imperceptiblemente. Sin que sus pies tocasen en el suelo.

A propósito... Es fama que hablaba con los ángeles.

Curioso un conventual, en determinado momento le interrogó sobre el particular.

Moner, irónico pero con la sonrisa en los labios, asintió: «Sí, hablo todos los días, por la mañana, cuando rezo laudes. Pues

les suplico: "Benedicite, angeli Domini, Domino" ("Bendecid, ángeles del Señor, al Señor")».

Y ahí está, en la parroquia natal, la hermosa talla policromada del siglo XVI que le representa en compañía de un ángel.

Las crónicas, finalmente, le recuerdan también protagonizando dones proféticos. Y con poderes taumatúrgicos.

Contrariedades de la vida. Al fraile enamorado apasionadamente de la soledad y de la contemplación, al anacoreta frustrado, Dios le escenifica la muerte coincidiendo con la celebración de la asamblea capitular provincial de 1341. Justamente enmarcada en el convento de Santo Domingo.

Y, en consecuencia, Dalmacio Moner rinde a Dios la espiga granada, prometedora, de cincuenta pletóricos años antes que la dorara el sol de aquel 24 de septiembre.

Muere en la áspera cueva huertana que conoce de su soledad, de sus penitencias, de sus fervores.

Muere cuando la casa está saturada de hábitos religiosos: el delegado del provincial, exprovinciales, representantes de docena y media de conventos dominicanos de la demarcación aragonesa, teólogos, predicadores generales y más comisionados de las respectivas comunidades. Todo un centenar de religiosos aragoneses, catalanes, valencianos y baleares.

Nicolás Eimeric, de quien había sido maestro de novicios y su primer biógrafo, le describe: «De rostro alegre, claro y blanco, como si hubiera conseguido la gloria de la resurrección...».

Consiguientemente exequias funerarias solemnísimas. Como el humilde y sacrificado fraile, que huía de honores y distinciones, jamás hubiera podido soñar.

E itinerantes también sus despojos mortales. Inicialmente enterrados en el cementerio conventual. Posteriores ubicaciones sepulcrales en la iglesia monástica. Y sucesivamente venerados en el templo de los Carmelitas Calzados, en capilla propia del claustro dominicano, en la catedral. Desde 1951 reposan, en una urna de plata, bajo el altar mayor del templo del Sagrado Corazón, encargado a los dominicos.

Toda una cadena de traslados motivados por la creciente fama de santidad y el auge irrefrenable de la devoción popular, ciudadana y comarcal. Nacidos entre sus contemporáneos.

Que, sin tardanza, tras la desaparición del anacoreta —considerado *santo ya en vida*—, la cueva de la huerta de los dominicos se tornó centro de peregrinación.

Desde antiguo especialmente honrado por los gerundenses cuyo patronazgo comparte con San Narciso. Agradecida la ciudad por la liberación protagonizada por Juan de Austria en el asedio francés del 24 de septiembre de 1653. Cuando el enfrentamiento armado que ocasionó nuestra pérdida del Rosellón.

Santa Coloma de Farners le recuerda bautizando con su nombre un popular manantial de la población, en un relieve en bronce con la efigie y con un retablo en la ermita de la advocación local Nuestra Señora de Farners.

Y el papa Inocencio XIII, tras los procesos de rigor, el 13 de agosto de 1712, confirmó oficialmente el culto inmemorial que el pueblo cristiano le venía tributando.

JACINTO PERAIRE FERRER

Bibliografía

COLL, J. M., Arts. en *Anales del Instituto de Estudios Gerundenses* y *Boletín Santo Domingo* entre los años 1947 y 1964.

EIMERIC, N., *Vita viri Dei fratris Dalmacii Monerii Cathalani Praedicatorum ordinis et diocesis Gerundensis.* Manuscrito.

MAS, J. M., *Dalmau Moner, dominic itinerant* (Santa Coloma de Farners 1998).

MILLÀS, J. - RABASSA, F., *Historia de Santa Coloma de Farners y su comarca* (Santa Coloma 1950).

NÚÑEZ, I., *El Beato Dalmacio Moner.* Inédito.

SAN PACÍFICO DE SAN SEVERINO

Presbítero († 1721)

La Iglesia ofrece en su santoral modelos vivos y héroes admirables para todas las situaciones posibles en la vida de sus miembros. Y no se los brinda como adornos o como objetos de dulce curiosidad, sino como desafío para sus vidas personales. Los propone para ser imitados. En esas ofertas hay ejemplos admirables y sorprendentes ante hechos y situaciones tan frecuentes como es el dolor, la enfermedad, el sufrimiento convertido en motivo de santificación. Tal es el valor eclesial de la figura de San Pacífico, el hombre que hizo del dolor una plataforma de sublime santidad. Renovó el recuerdo del Santo Job y

por eso sirve de manera especial para nuestros días y para todos los que han sufrido, sufren o pueden sufrir en el porvenir, es decir para todos los mortales.

Desde la primera niñez solamente conoció adversidades y penas. Sin embargo supo convivir con ellas y dar gracias a Dios. Nació en San Severino de las Marcas, pequeña aldea a 24 kms. al suroeste de Macerata, en las laderas de los Apeninos romanos que dan al Adriático. Era muy pequeña población, situada en la ribera derecha del río Potenza. La región pertenecía entonces a los Estados Pontificios. Era territorio con capital en Ancona. La mayor parte de la población, situada en hermosa altura y con una vieja catedral, vivía en el siglo XVII del pequeño comercio o de la modesta agricultura. En los entornos se cultivaba también una sencilla ganadería. La gente rica del lugar no lo era tanto como para permitirse lujos, pues sus tributos, aunque fueran para el Papa, eran crecidos. Y la gente pobre, entre la que nació Pacífico, sobrevivía con indigencia y, con frecuencia, con mucha miseria.

En 1586 Sixto V, Papa de origen local y generoso en sus dones y concesiones, había concedido a San Severino el título de ciudad y lo había convertido en sede episcopal. Había señalado como catedral el «Duomo viejo», sobre el monte Nero, en el barrio medieval de la localidad. Con el tiempo, ya en el siglo XIX, la catedral pasaría a la iglesia de San Agustín, cerca de la plaza mayor. Pero en los años de Pacífico San Severino era sólo un pueblo más grande que los poblados vecinos y que tenía algunos comercios a los que venían a comprar los campesinos.

La vida espiritual de la localidad y de sus entornos estaba muy vinculada con el Santuario de Nuestra Señora de las Luces *(dei Lumi)*. Desde 1584 se conmemoraba en él un prodigio luminoso que tuvo lugar los días 16 y 17 de enero. El hecho de que unas luminarias embellecieran la imagen del santuario fue milagroso para los campesinos que lo contemplaron. La imagen de la Virgen se convirtió en centro de plegarias y peregrinaciones y el hecho se asoció espontáneamente en la piedad popular al no lejano santuario de Loreto, de donde decían los testigos que habían visto venir los resplandores.

La familia del niño Pacífico, que nació el 1 de marzo de 1653, vivía en aquel ambiente y trabajaba en un poco de tierra,

muy poco, y poseía un pequeño rebaño, muy pequeño. La pobreza fue su compañera de infancia. Su padre se llamaba Antonio M. Divini y su madre Mariangela Bruni. Por si era insuficiente ser pobres, los padres murieron con poca diferencia de meses y muy poco después de que su hijo recibiera la confirmación cuando tenía tres años. Cuando quedó así abandonado, fue recogido al amparo de un tío sacerdote, hermano de la madre, y de algunos piadosos familiares que le acompañaron en su primer crecimiento. Pero que muy pronto le pusieron a trabajar para que aportara algo a la casa que lo acogía, pues no era menos pobre que la que había perdido.

El niño Pacífico apenas frecuentó la escuela local, que en los Estados Pontificios se cuidaba ya desde antiguo. Fue el tío sacerdote el que le proporcionó los conocimientos religiosos que fueron su mejor riqueza. Su vida tuvo que discurrir en el trabajo que le indicaban sus protectores. Era lo que hacían todos los jóvenes del lugar y muchos niños desde sus primeros años. El pequeño rebaño que debía cuidar recorría los entornos del pueblo convertido en ciudad. Con el tiempo la región se llenaría de minas de carbón y de algunas fábricas. Pero a Pacífico sólo le llegó la vida para conocer los campos y guardar las ovejas y, a veces, para mirar las brumas del mar, que no quedaba muy lejos en el horizonte.

Las muchas estrecheces y con frecuencia el hambre del pobre, incluso el maltrato de algunos de los parientes que le acogieron y le exigieron prematuro trabajo, se suavizaron algo cuando en diciembre de 1670 un franciscano reformado, un capuchino, le invitó a seguir el camino de San Francisco. Pacífico, que no conocía entonces más que la soledad, se encariñó con aquel buen hombre que le hablaba de fraternidad, de caridad, de amor de Dios, que siempre es más seguro que el amor de los humanos.

A sus 17 años, en 1670, ingresó en el convento franciscano de los Hermanos Menores, en Forano, cerca de Osimo. Su camino se reorientó entonces, aunque no cambió de signo. Su cultura, que algo sí había aprendido en el poco tiempo que fue a la escuela y con su tío, no fue suficiente para pasar de Hermano lego al principio y de dedicarse a servir a los demás. Pero su piedad, que estaba reforzada por la sencillez de su carácter, y la ti-

midez nacida en la soledad de su infancia le facilitaron la serenidad de alma así como la modestia de su vida de servicio.

Pronto dio muestras de la delicadeza de espíritu y de la bondad natural que poseía. Y ello hizo que los superiores le alentaran a la mejora de su cultura con algunos estudios que pacientemente le fueron ayudando a desarrollar su inteligencia. Durante ocho años siguió estudiando y hasta mostró una capacidad admirable para entender y retener, una memoria fácil y una voluntad cada vez más fuerte. Al terminar ese período de formación pronunció sus votos religiosos.

Por eso los superiores, aunque le habían admitido para el trabajo de los hermanos legos, determinaron orientarle hacia el sacerdocio. Y el pobre pastorcito de San Severino terminó estudiando filosofía y teología. Y lo hizo tan bien que, al terminar unos años de preparación al sacerdocio, fue pronto dedicado a enseñar la Filosofía que ya sabía a los más jóvenes de sus compañeros. Comenzó a ejercer de lector o comentador de los temas y lecciones de lo que entonces se veía en las aulas y se explicaba en las cátedras. Con el trabajo de la filosofía parece que simultaneó el estudio de la teología.

El 4 de junio de 1678, a sus 25 años, fue ordenado sacerdote y encargado de seguir con su labor de lector o profesor de filosofía. Su ejercicio escolar estuvo presidido por el amor que manifestaba a aquellos a los que enseñaba y por el ardiente interés que se tomaba para que ellos tuvieran en sus primeros años lo que él había desconocido en su infancia y primera juventud. Se esforzaba sobre todo por infundir en sus jóvenes alumnos el espíritu franciscano, vital, práctico y teológico, tan diferente de los alardes críticos y racionalistas de los catedráticos universitarios.

Tal vez su espíritu y su estilo se encerraban en la frase que con frecuencia recordarían sus discípulos de entonces: «Para ser profesor de filosofía no se necesita ser doctor, sino apóstol». Porque la filosofía franciscana tuvo siempre más de vital que especulativa y nunca, desde San Buenaventura, dejó de ser ante todo un camino para conocer y amar mejor a Dios.

Con todo sólo estuvo en el ejercicio de la docencia cinco cursos, entre el 1680 y el 1683, aunque otros biógrafos apuntan a 1685 como el año en que los superiores le destinaron a otras

tareas apostólicas. Al menos fue desde ese año de 1685 cuando, durante otra media docena de años, estuvo destinado a la predicación por los pueblos y las aldeas. Y también le encargaron atender espiritual y pastoralmente a los peregrinos que acudían al santuario mariano que los capuchinos animaban en la localidad. Fueron años en los que trabajó como misionero sencillo, sin alardes oratorios, pues entendió que la gente sencilla que le escuchaba y que con él rezaba lo que buscaba era el Evangelio y no las predicaciones eruditas.

A esa labor de predicador y confesor de peregrinos fue añadiendo cada vez más firme fe, más persistente oración. Y le fueron apareciendo crecientes dolores corporales, que se le fueron presentando y a los que él respondía con paciente resignación. Tal vez eran sus sufrimientos silenciosos los que constituían la fuente secreta de la energía espiritual que infundía en todos aquellos con los que trataba. Porque muchos afirmaban que, después de confesarse con él, se sentían misteriosamente convertidos y fuertes en la virtud. El ser tan eficaz en el trato con las personas le fue creando una reputación de sabio maestro de almas que movía a otros a acudir a su dirección.

Arrancaba la conversión de las almas que se le acercaban con naturalidad. Las largas horas que pasaba en el confesionario atendiendo a los penitentes, el creciente prestigio que iba adquiriendo como consejero clarividente, la piedad que irradiaba cuando celebraba la Eucaristía o recitaba plegarias en el templo, le fueron atrayendo ingentes cantidades de dirigidos. Lo que nadie sabía era lo que corporalmente sufría en aquellas horas de inactividad física en la iglesia y en el confesionario y que, por cada uno que confesaba, él mismo se imponía duras penitencias para obtener de Dios la conversión del penitente y la ayuda divina.

Entre 1692 y 1693 se le confió el puesto de guardián del convento de María delle Grazie, en San Severino. Tenía 40 años. Pero sus limitaciones corporales ya no hicieron posible que se ocupara mucho de ese servicio a sus hermanos y al santuario, pues eran muchos más los días que no podía moverse del lecho que los que se encontraba disponible.

En cierto momento de su itinerario espiritual comenzó a verse sorprendido y favorecido por Dios con dones contempla-

tivos y con ocasionales éxtasis. Pero al mismo tiempo, de manera incomprensible e inexplicable, cuando más daba síntomas de grandes gracias divinas más sufría inesperadas parálisis que le fueron imposibilitando incluso su apostolado predicador y sus atenciones sacramentales. Si era en esos contactos divinos donde recibía mensajes para sus penitentes quedó siempre como un misterio. Pero los que recibían sus consejos notaban singulares dones celestiales. El hecho era que a muchos, antes de que abrieran la boca y el alma, ya les decía el camino que Dios esperaba de ellos.

Los treinta años finales de su vida los pasó predicando con su dolor, con su silencio, con su paz y resignación. Sufrió cojera, sordera, y ceguera cada vez más intensas y que le duraron hasta el final de su existencia. Al perder el oído, ya no pudo atender a los peregrinos que querían confesarse con él. Se daba cuenta de que estaba terminando el siglo XVII y que también a San Severino llegaban las nuevas corrientes intelectuales que surgían con el nuevo siglo. Sufría por no poder orientar a quienes le demandaban criterios y caminos para poder armonizar los nuevos tiempos con el Evangelio. Como predicador «ilustrado», le habría gustado hablar de Dios a las gentes descreídas. Pero hasta este apostolado le resultaba inasequible.

Le habría gustado atender también a los peregrinos que llegaban a la iglesia de los capuchinos. Pero apenas podía desplazarse por tener los pies hinchados y cubiertos de llagas. Y por si eran pocos sus dolores y sufrimientos, pronto le llegó una afección a los ojos que le dejó casi ciego del todo, de modo que ya ni celebrar la misa pudo sin ayuda.

Desde que quedó imposibilitado para las misiones pastorales, ya no le quedó otro apostolado que la plegaria y la contemplación. Cultivó una paciencia angelical y se entregó con amor fraterno a rezar por los que se lo demandaban. Fueron varios los milagros que se le atribuyeron y muchos los dones, éxtasis y fenómenos espirituales con que Dios adornó su alma, porque su cuerpo quedó inservible.

Dios permitió que hasta le fallara el consuelo de sus Hermanos en religión y hubo de resignarse al desamparo más completo, pues el sacristán y el enfermero le trataban como inepto,

perezoso y carga pesada en sus tareas. Se sintió inservible y arruinado. Así pasó las últimas décadas de su existencia terrena, hasta que llegó a su final cuando iba a cumplir los 70 años. Ejemplo de paciencia, desposeído de todo excepto del amor a Dios, siervo inútil y doloroso que se santificó por su misma obligada inutilidad, tuvo una muerte silenciosa y apenas notada. Simplemente se quedó dormido en el Señor. Era el 24 de septiembre de 1721.

Pero Dios no olvida a los suyos. Los mismos que le habían amargado con sus recriminaciones, le compararon con el Santo Job. Lo hicieron ya tarde para depositar una gota de miel en sus labios amargados. Y entonces comenzaron a brillar las riquezas que había tenido escondidas. Junto a su sepulcro comenzaron a surgir prodigios: gentes humildes y enfermas que marchaban curadas después de haber pedido con fe su ayuda; personas tristes que experimentaban un inexplicable consuelo y alegría después de haber tocado su sepultura; pecadores que se sentían arrepentidos y buscaban en el templo capuchino un confesor sólo con haber rozado su sepulcro.

Y por si sus testimonios y palabras no fueran suficientes, un signo sorprendente extendió su devoción entre las gentes de la región e hizo su sepulcro centro de peregrinaciones. Su cuerpo fue hallado incorrupto cuando se intentó trasladarlo de lugar años más tarde. Los restos de San Pacífico de San Severino habían sido enterrados sin ataúd y directamente en tierra según indica la regla y la tradición de la Orden franciscana. Inexplicablemente estaban en perfectas condiciones al exhumarlos. Ellos y la piedad de muchos fieles lograron que su causa de beatificación fuera iniciada en 1740.

Fue beatificado por Pío VI el 4 de agosto de 1786 y canonizado por Gregorio XVI el 26 de mayo de 1839.

PEDRO CHICO GONZÁLEZ, FSC

Bibliografía

DA GAJOLE, B., *Vita di San Pacifico da San Severino* (Prato 1898).
DIOTALLEVI, F., *Vita di San Pacifico divini, dei minori, da San Severino* (Quaracchi 1910).
MELCHIORRI, S., *Vita di S. Pacifico da San Severino, sacerdote professo del Sacro Istituto de PP. MM. Osserv. Riformati di S. Francesco* (Roma 1839).
San Pacifico da San Severino. Cenni biografici (Pesaro 1929).

BEATO ANTONIO MARTÍN SLOMSEK
Obispo († 1862)

El primer viaje de Juan Pablo II a Eslovenia tuvo lugar del 17 al 19 de mayo de 1996. Precisamente en aquella ocasión reconoció las virtudes heroicas del primer obispo de Maribor, Anton Martin Slomsek (1800-1862). El 19 de septiembre de 1999, el mismo Sumo Pontífice regresó a esa ciudad para beatificarlo. Era una peregrinación a una tierra «bisagra» entre Occidente y el mundo eslavo, un país con unos dos millones de habitantes y una historia de fe cristiana de 1.250 años. Durante siglos, a pesar de que defendió vigorosamente su identidad cultural, el pueblo esloveno quedó a la sombra de Estados más grandes. Ahora, en el centro de Europa, afrontaba los desafíos heredados por la dictadura comunista, que no son sólo de carácter económico y social, sino también moral.

Portador de un mensaje sumamente actual, en el siglo XIX, monseñor Slomsek, anticipándose a sus contemporáneos, defendió una Europa multiétnica y pacífica. Tras el final del conflicto de los Balcanes, el 88 viaje pastoral internacional del pontificado de Juan Pablo II sirvió para redescubrir estos valores proféticos tan importantes para Eslovenia, República mayoritariamente católica, cruce de caminos entre el Este y el Occidente europeos.

El Santo Padre venía a proponer a este pueblo el ejemplo de un obispo que vivió en el siglo XIX pero que sigue cobrando actualidad. Y lo haría en la ciudad en que monseñor Slomsek murió el 24 de septiembre de 1862; y en cuya catedral descansan sus restos. En la bella Maribor, segunda ciudad en número de habitantes de la nación alpina de dos millones de habitantes hacia su independencia de Yugoslavia en 1991, y capital económica y cultural del sur esloveno, tuvo lugar la ceremonia de beatificación ante unos 250.000 peregrinos de todas las diócesis eslovenas, y de varios países cercanos. El primer obispo de Maribor, Anton Martin Slomsek, era también el primer hijo de la nación eslovena en ser elevado a la gloria de los altares.

> «Él fue —dijo Juan Pablo II al beatificarlo— un sarmiento que dio frutos abundantes de santidad cristiana, de singular riqueza cultural y de notable amor a la patria. Por eso está hoy ante nosotros como espléndido ejemplo de vivencia concreta del Evangelio.

En el nuevo beato resplandecen, ante todo, los valores de la santidad cristiana. Siguiendo las huellas de Cristo, se hizo buen samaritano del pueblo esloveno. Atento a las exigencias de la formación del clero y de los fieles, con celo apostólico que sigue siendo hoy un ejemplo para nosotros, evangelizó incansablemente, animando las misiones populares, suscitando numerosas cofradías, predicando ejercicios espirituales y difundiendo cantos populares y escritos religiosos. Fue, en el sentido más genuino de la expresión, un pastor católico, al que los superiores eclesiásticos encomendaron importantes tareas pastorales, incluso en otras regiones del Estado de entonces.

Monseñor Slomsek, fiel y dócil a la Iglesia, estuvo profundamente abierto al ecumenismo y en Europa central fue uno de los primeros en trabajar por la unidad de los cristianos. Ojalá que su celo por la unidad estimule el compromiso ecuménico, para que los cristianos de esta Europa, a la que tanto amó, lleguen a cruzar el umbral del tercer milenio "si no del todo unidos, al menos mucho más próximos a superar las divisiones del segundo milenio" *(Tertio millennio adveniente,* 34).

Asimismo, fue grande la atención que el nuevo beato prestó a la cultura. Al vivir hacia la mitad del siglo pasado, era perfectamente consciente de la importancia que para el futuro de la nación tenía la formación intelectual de los habitantes, especialmente de los jóvenes. Por esto, además de la acción pastoral, se esmeró en promover la cultura, que es riqueza de una nación y patrimonio de todos. La cultura constituye el humus, del que un pueblo puede sacar los elementos necesarios para su crecimiento y desarrollo.

Convencido de ello, mons. Slomsek, por el bien de la juventud, abrió varias escuelas e hizo posible la publicación de libros útiles para la formación humana y espiritual. Reafirmaba que, si los jóvenes se corrompen, a menudo la culpa se ha de buscar en la falta de una formación adecuada. La familia, la escuela y la Iglesia —enseñaba— deben unir sus esfuerzos en un serio programa educativo, conservando cada una su propia esfera de autonomía, pero teniendo todas en cuenta los valores comunes. Sólo con una sólida formación se preparan mujeres y hombres capaces de construir un mundo abierto a los valores perennes de la verdad y el amor.

El nuevo beato estuvo animado también por profundos sentimientos de amor a la patria. Cultivó la lengua eslovena, promovió oportunas reformas sociales, impulsó la elevación cultural de la nación, trabajó con gran esmero para que su pueblo pudiera ocupar un lugar de honor en el concierto de las demás naciones europeas. Y lo hizo sin ceder jamás a sentimientos de miope nacionalismo o de egoísta contraposición frente a las aspiraciones de los pueblos vecinos.

El nuevo beato se os presenta como modelo de auténtico patriotismo. Sus iniciativas marcaron de modo decisivo el futuro de

vuestro pueblo y contribuyeron en gran medida a que lograra la independencia. Dirigiendo la mirada a la amada región de los Balcanes, desgraciadamente marcada en estos años por luchas y violencias, nacionalismos extremos, brutales limpiezas étnicas y guerras entre pueblos y culturas, quisiera señalar a todos el testimonio del nuevo beato. Nos muestra que es posible ser patriotas sinceros y con igual sinceridad vivir juntos y colaborar con personas de otra nacionalidad, de otra cultura y de otra religión. Ojalá que su ejemplo, y sobre todo su intercesión, obtengan solidaridad y paz auténtica para todos los pueblos de esta vasta zona de Europa.

Amadísimos hermanos y hermanas de la querida Eslovenia, seguid las huellas de este compatriota vuestro, íntegro y generoso, que anhelaba conocer la voluntad de Dios y cumplirla a toda costa. Su firmeza interior y su optimismo evangélico estaban arraigados en una sólida fe en la victoria de Cristo sobre el pecado y sobre el mal...

Me complace repetir aquí las palabras proféticas que monseñor Slomsek pronunció durante una misión popular: "Dicen que el mundo ha envejecido, que el género humano va a la deriva y que Europa se acerca a su fin. Pues bien, es verdad, si abandonamos la humanidad a su camino natural, a su orientación fatal. Pero no lo es, si la fuerza procedente de lo alto, que se conserva en la religión de Jesús, en su Iglesia, se derrama nuevamente en todos los miembros del género humano y les vuelve a dar la vida"».

Anton Martin Slomsek nació en Slom, en una familia de campesinos de Estiria, el día 26 de noviembre de 1800. Ordenado sacerdote el 8 de septiembre de 1824, fiesta de la Natividad de Nuestra Señora; el 26 de septiembre celebró su primera misa en Olimje. Comenzó su ministerio como capellán en Bizeljski y en Nova Cerkev, cerca de Vojnik. Fue trasladado después a Klagenfurt (Austria) donde, durante nueve años, fue director espiritual en el Seminario en que había estudiado. Con pasión juvenil, se sumergió como sacerdote en el apostolado hasta convertirse en un confesor sumamente requerido. En octubre de 1838 fue nombrado párroco de Vuzenica; en 1844, sin dejar el ministerio sacerdotal como párroco, recibió también el título de canónigo de la Catedral de San Andrés en el valle de Labot y, en 1846, fue nombrado párroco-abad en Celje. Tras algunos meses de ministerio en esa ciudad, al ser nombrado Obispo, escogió como lema de su episcopado las palabras *Ad maiorem Dei gloriam animarumque salutem,* «Para la mayor gloria de Dios y salvación de las almas». Recibió la consagración episcopal en Salzburgo el 5 de julio de 1846, fiesta entonces de San Cirilo y San Metodio.

Residió en San Andrés, en Lavantal (la actual Austria) hasta septiembre de 1859, en que reestructuró la diócesis, trasladando la sede episcopal a Maribor, en Eslovenia, con el objetivo de preservar a miles de eslovenos de la germanización. Este esfuerzo por rescatar la cultura de su gente se convertía también en una manera de afrontar conscientemente el liberalismo alemán, que según el obispo, podía inducir al alejamiento de la fe e incluso a la descristianización.

Gran orador, hombre de vasta cultura, su celo pastoral lo llevó a promover la prensa de calidad con muchísimas contribuciones personales de valor pedagógico, literario y espiritual. Considerado un gran pedagogo y catequista, fue también poeta y escritor de numerosos libros. El «Cicerón esloveno» le llamaban sus amigos al constatar el brío de su predicación en esloveno y en alemán.

Como educador del pueblo, despertó en él la conciencia cristiana, para afrontar los peligros y las falsas doctrinas de la época (jansenismo y liberalismo), y trabajó en pro del ecumenismo según el espíritu de los Santos Cirilo y Metodio, apóstoles de los eslavos. Fundó varias cofradías. Promovió la formación permanente del clero y fue celoso pastor de las almas, cuidando de la santificación de las familias y de la educación cristiana de la juventud. El papa Beato Pío IX le encomendó la misión de renovar la vida religiosa en los monasterios benedictinos del centro de Europa, servicio que desempeñó mediante las visitas apostólicas.

Monseñor Slomsek fue, sobre todo, un pastor de almas y un gran dispensador de la gracia sacramental; de este modo contribuyó a la santificación del pueblo de Dios. Vivía aquello que enseñaba. Su incansable actividad pastoral aún es hoy recordada como ejemplo típico de hombre de Dios. Falleció el 24 de septiembre de 1862, siendo sepultado en la catedral de Maribor.

Su profundo espíritu ecuménico y su sincera preocupación por la inculturación del Evangelio en su país, hacen de Slomsek un auténtico precursor del Concilio Vaticano II. Él encarnó la figura del hombre de Dios que, además de salvaguardar la fe de su pueblo, quiso salvar también la identidad nacional, comprometiéndose en la elevación cultural de las masas populares.

Compartiendo el destino de su pueblo, que había perdido la identidad política desde hacía un milenio y se encontraba expuesto a una rápida germanización, organizaba —cuando no era más que un estudiante de teología— cursos de esloveno para sus compañeros menos conscientes que él del deber de ser pastores cercanos a su gente.

Era un hombre de visión profética y, de hecho, se adelantó a su época fundando la Liga de la oración conocida con el nombre de «Confraternidad de los Santos Cirilo y Metodio». Esta institución se convirtió en un instrumento de diálogo entre las diferentes confesiones cristianas, en especial con los ortodoxos.

Un experto en cuestiones eslavas de la Universidad de Lubliana, Frank Kidric —masón declarado—, definió a Anton Martin Slomsek como «el fenómeno espiritual más relevante en la historia del cristianismo esloveno después de los santos Cirilo y Metodio».

ALBERTO JOSÉ GONZÁLEZ CHAVES

Bibliografía

L'Osservatore Romano (20/21-9-1999).
L'Osservatore Romano (ed. en español) (24-9-1999).

BEATA COLUMBA (JUANA) GABRIEL

Abadesa y fundadora († 1926)

Janina (Juana) Matylda nació en Stanislópoli, Polonia (entonces bajo dominio austríaco y ahora Rusia) el 3 de mayo de 1858. Fueron sus padres Rodolfo Gabriel e Inés Rawsky, ricos terratenientes de la región. El mismo día de su nacimiento fue bautizada. A su tiempo, y según los usos de la época, fue confirmada y recibió la primera comunión. Desde el primer momento de su uso de razón se le vio con ganas de ser cada día mejor y no sólo deseando su propia salvación sino la de los demás, como fue el caso de una amiguita judía por la que estaba dispuesta a ofrecer su vida con tal de lograr su conversión.

Su infancia y adolescencia transcurrió, pues, dentro de su familia perteneciente a la aristocracia polaca. En 1866 su familia se trasladó a Leópolis con sus padres y su hermano Estanislao. Y según costumbre del tiempo se confió su educación a las be-

nedictinas de aquella ciudad para que completase su educación cultural y moral. Janina, así se la llamaba habitualmente, puesta en contacto con las hijas de San Benito, comenzó a conocer y amar más y mejor a Cristo y empezó a notar que el amor por él era cada vez más pleno, único y absoluto de modo que se sintió llamada a consagrarle la vida para siempre. Su ideal vocacional se vio cumplido cuando pudo vestir el hábito benedictino cuando apenas contaba los 16 años de edad, cosa insólita en la Polonia de aquella época. Al entrar en el noviciado recibió el nombre de Columba.

En cuanto pasó un tiempo, preparada como estaba en sus estudios anteriores pudo diplomarse como maestra en materias tales como matemáticas, física, química y dibujo para poder enseñarlo a las alumnas, cosa a la que la dedicó inmediatamente la superiora. Columba destacó en este menester de una manera asombrosa dadas las peculiares dotes pedagógicas con que le dotó la divina Providencia. A estas cualidades se le añadía una caridad y cariño muy grande para cuidar de aquellas alumnas más atrasadas o más pobres.

La profesión monástica, que por las normas civiles de aquella revuelta época no se podía emitir hasta haber cumplido los 24 años, pudo emitirla en la fiesta de la Transfiguración del Señor el 6 de agosto de 1882; su acto de entrega a Dios en la vida monástica la confirmó en el fervor de caminar presurosamente por el camino de la santidad.

Durante los años que pasó al servicio de la enseñanza, destacó por su especial dedicación, según lo ya apuntado, en ayudar a los alumnos de familias pobres, proporcionándoles también, en la medida que podía y con permiso de la superiora, alimentos y vestidos.

Su vida, sumamente virtuosa, llevada con gran sencillez, no pudo menos de llamar más y más la atención de sus hermanas hasta el punto que pronto empezaron a pensar en ella como la más indicada para presidirlas en cargos importantes, que les ayudase en el buen gobierno y sobre todo en la vida espiritual y de perfección. Así pues, fue nombrada Priora en 1889, Maestra de novicias en 1894 y finalmente elegida abadesa en 1897. Llegaron días de dificultad y fueron numerosos los problemas

de la vida política y nacional y Columba se mostró con toda solicitud trabajando por todas, de modo que se mostró claramente que era una verdadera madre para todos los que estaban bajo su responsabilidad. Como buena responsable rodeada de una gran familia, todas hallaron en ella una observadora delicada y eficaz que animaba a las débiles y sabía reconducir los caracteres más difíciles para que todas se dirigieran hacia Dios con el corazón henchido de gozo.

Como buena benedictina, bebió e hizo que todas sus hermanas e hijas bebieran de la fuente de la liturgia de cada tiempo, de cada fiesta, de cada día, y no perdonaba sacrificio alguno para llevar a los mejores pastos a todas las almas que el Buen Pastor le había confiado, recordándoles todo lo que en la Regla de San Benito se señala como lo más apto para progresar individual y comunitariamente en el camino de la humildad, la obediencia a Cristo, el trabajo, y el desinterés por las cosas materiales.

La vida de Columba, llegado este momento, recibe del Señor el signo de los elegidos, la cruz de la contradicción y de las traidoras denuncias. Es el dedo de Dios en la conformación de su espíritu al Crucificado. Casi sin saberse cómo, la buena abadesa empezó a ser punto de mira de sospechas, de críticas, y de animadversiones por parte de algunas de las hermanas rebeldes a los avisos y normas disciplinares necesarios para corregir abusos y desvíos. Entre sus adversarios externos se pudieron contar hasta los eclesiásticos probablemente mal informados, lo que hizo sufrir mucho a Columba, que, al fin, imitando a San Benito contra cuya vida quisieron atentar los perversos monjes de Vicovaro, se vio obligada a dejarlo todo, menos su amor a Cristo.

Exiliada, sola, sin nada, con la espada de la calumnia y la sospecha sobre su persona, se presentó en Roma el 21 de abril de 1900. Su oración en aquellos momentos era ésta:

> «Jesús mío, tú sabes que tengo el corazón traspasado con muchas espinas, que soporto con paciencia y a veces hasta con alegría porque todo dolor está aliviado con la sangre de tu corazón. Sólo quiero que me libres de una espada que sería para mí la más dolorosa, verme privada de tu amor. Amado Jesús, todo lo tengo en nada, sólo quiero tenerte a ti».

En Roma, hospedada por la Beata Francisca Siedliska, sólo una cosa anhelaba, poder volver cuanto antes a su monasterio.

Y su dolor fue grande cuando el nuevo obispo de Leópolis le negó la posibilidad de reintegrarse en su comunidad y la remitió al Monasterio de Benedictinas de Subíaco para que probara suerte en él. Obedeció Columba, pero transcurrido un año, entre 1902-1903, llena de dolor por la noche oscura con que era probada su alma, sintió que de nuevo debía volver a Roma, sin saber que allí el Señor le preparaba su camino de luz y vida nueva.

En Roma no dejó de pedir luz y consejo a muchas personas interesadas por su bien espiritual. Entre ellas hay que destacar a la mencionada Beata Francisca Siedliska, al siervo de Dios Pyrro Scavizzi y algunos prelados de la Curia Romana. Entre esos consejos fue como empezó a ver que el camino que Dios le señalaba estaba trazado en sus cualidades y carismas ya demostrados en ella por la divina Providencia en su antiguo monasterio. Sería una ayuda cristiana para la sociedad cuidando de nuevo con solicitud y esmero de la educación de las niñas pobres. Nada tenía, pero confiando ciegamente en la caridad divina puso manos a la obra; se prodigó en ir a los barrios romanos de Prati y el Testaccio catequizando a los niños desarrapados que corrían casi abandonados por las calles. Pronto pudo abrir una casa, que llamó «Casa de familia», en la que poder acoger a las niñas de las familias más pobres y necesitadas y ofrecerles educación cristiana, sin olvidar otros menesteres sociales y caritativos como la asistencia a los enfermos y moribundos de la parroquia. Y de pronto todos empezaron a ayudarla, sin que faltara el auxilio caritativo del santo papa Pío X y más tarde el de Benedicto XV así como de los mismos reyes de Italia, cardenales, nobles romanos (la princesa Barberini presidió un comité de ayuda para la «Casa de familia») y simples sacerdotes y fieles, que, todos a porfía, entregaban sus donativos en ayuda de obra tan caritativa como necesaria.

La casa se llenó pronto de tantas niñas y jóvenes obreras a las que había que alimentar y aleccionar cristianamente, que pronto se vio que Madre Columba no podía con todo. Muchas señoritas y jóvenes atraídas por su ejemplo caritativo empezaron a prestarle su ayuda, incluso conviviendo en la misma casa. De ahí, poco a poco, fue naciendo la idea de fundar un nuevo Instituto femenino que diera solidez y estabilidad a obra tan ca-

ritativa. Con el tiempo y con las debidas aprobaciones de la autoridad eclesiástica quedó establecida, en 1908, la Congregación de Benedictinas de la Caridad, que no sólo llegó a extenderse por diversas diócesis de Italia sino que dio el salto para asentarse en las misiones de otros continentes.

Madre Columba experimentó en su vida la mano generosa de su Salvador a la que ella respondió siempre con prontitud y alegría, no perdonándose ningún trabajo por servir a los más abandonados de este mundo, amor que, cual buen olor de Cristo, se extendía a su alrededor y por toda Roma. Su firmeza, su inteligencia y sobre todo su gran fe en disponerlo todo para el bien de los pobres y de su propia Congregación estaban revestidas por su continuo deseo de ver en todos el rostro de su Señor Jesucristo.

Como es natural en todo camino de santidad, no faltaron los problemas; ante ellos solía decir: «Las obras de Dios nacen, crecen y florecen a la sombra de la cruz del Calvario». Enseñaba a sus jóvenes hijas este camino como el más seguro, tal como ella lo había experimentado en su propia vida para entregarse con toda libertad y sacrificio al bien de los enfermos, los abandonados y la educación de las jóvenes obreras; con ello servían a la Iglesia y a la sociedad en la que las había tocado vivir.

Madre Columba escribió una vez a sus hijas: «Tened un corazón de hijas para con Dios, un corazón de madre para con el prójimo y uno de juez para con vosotras mismas». Cuidaba de que todo se hiciera con discreción y prudencia, según establece la Regla de San Benito, y que en cada uno de los corazones de sus hijas brillara la contemplación, abundara el silencio y perseverase la vida de oración y de alabanza al Creador de todo bien y caridad, especialmente cuando más solicitadas estaban por los asuntos y trabajos de aquí abajo. Las animaba, pues, a que uniesen en su vida una insobornable oración interior y una caridad activa y magnánima. A todas manifestaba su alegría cuando observaba sus progresos y la corrección de sus propios defectos.

Su humildad y sencillez era proverbial, siempre alejada de honores y reconocimientos, queriendo siempre tener como fundamento de su obra la pobreza, la obediencia a los superiores, en los que siempre vio a Cristo como enseña la Escritura y la regla benedictina, y una confianza absoluta en la Providencia

revestida de una caridad sin dolo, por la que estuvo constantemente preparada para dejarlo todo, si era para gloria de Dios y bien de las almas.

El 5 de marzo de 1926 el Vicariato de Roma aprobó su Congregación, lo que fue para ella un don misericordioso de su Señor que la llenó de gozo agradecido.

Al fin de sus días madre Columba había demostrado que se podía vivir cumpliendo la divina voluntad y haciéndola cumplir; siguiendo el magisterio de la Iglesia y entregando su vida con alegría a pesar de sus pobres pero siempre dispuestas fuerzas. Pasó los últimos años de su vida aquejada de algunos problemas de salud, por lo que escribió para enseñanza de su congregación: «El tesoro del dolor, tolerado con amor, tendrá su fin y se convertirá en nuestra corona». Y a sus hijas, preocupadas por la salud de la Madre, las regañaba diciendo: «Rogad más bien a Dios para que tenga una santa muerte».

Por fin entregó su alma a Dios en la tarde del 24 de septiembre de 1926 rodeada de sus hijas y de algunos sacerdotes que siempre la habían ayudado espiritualmente, entre ellos el susodicho siervo de Dios Pyrro Scavizzi y el P. Vicente Ceresi.

Su fama de santidad, de la que ya gozaba en vida, se manifestó en el duelo multitudinario de sus exequias y en la progresiva difusión de su vida y sus obras en años sucesivos. Su proceso de beatificación se comenzó en Roma en 1983, para finalizar con la declaración de la heroicidad de sus virtudes por parte del papa Juan Pablo II el 10 de mayo de 1990.

Un milagro poco común ayudó a dar paso a la beatificación de madre Columba; un milagro efectuado en la persona de Albano Sguotto. En 1982, a sus 64 años, enfermo de artrosis, tuvo que ser operado de cadera en Citadella, cerca de Padua. Durante la operación sufrió un paro cardíaco y, aunque se hizo todo lo posible para reanimarlo, nada tenía efecto. Enteradas las Hermanas Benedictinas de la Caridad, radicadas en Praglia, de situación tan desesperada, se pusieron en oración con todos sus alumnos y familiares del enfermo encomendándole a la intercesión de la madre Columba. De forma asombrosa y cuando los médicos le daban por muerto después de casi 22 minutos de paro cardíaco, de pronto sin ninguna clase de estímulo, el cora-

zón comenzó a latir regularmente y sin problemas. El enfermo convaleció rápidamente, no constando ninguna secuela de tan accidentada operación. Los médicos que estudiaron el caso tuvieron que confirmar no hallar explicación científica alguna ante tal hecho que va más allá de los conocimientos y experiencias de la ciencia médica. El milagro fue aprobado el 21 de diciembre de 1992.

Y fue el 16 de mayo de 1993 cuando el papa Juan Pablo II la proclamó bienaventurada en pleno período pascual. Madre Columba Juana Gabriel, educada, pues, en la «escuela del servicio divino», según San Benito, creció en gracia y aprendió que ser obediente al Padre celestial es la fuente de toda paz y alegría. En María siempre contempló a la misma Iglesia y el mejor ejemplo de fe y caridad cristiana, y que el dolor, la humildad, el trabajo y la caridad para con los hermanos son las virtudes más necesarias para entrar en el reino de los cielos. La Beata Columba con su vida, ejemplos y escritos manifestó de tal modo su amor y fervor por Cristo, que hay que considerarla como una de las santas más esforzadas e insignes entre aquellas cristianas que han puesto su vida a disposición de los pobres y de los enfermos más afligidos.

LUIS M. PÉREZ SUÁREZ, OSB

Bibliografía

AAS 82 (1990) 1638-1643; 85 (1993) 617-619; 86 (1994) 23-25; 314-318.
ROCCA, G. - PELLICCIA, G. (dirs.), Art. en *Dizionario degli istituti di perfezione.* I: *Aa-Camaldoli* (Roma 1974) cols.1006-1007.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN GERARDO SAGREDO

Obispo y mártir († 1046)

Natural de Venecia, recibe en el bautismo el nombre de Jorge, y pertenecía a la familia dálmata de los Sagredo. Ofrecido por sus padres al Señor tras una grave enfermedad a los cinco años, se hizo benedictino en el monasterio de San Giorgio Maggiore, y al profesar tomó, en recuerdo de su padre ya difunto, el nombre de Gerardo. Elegido prior y luego abad, renuncia

a esta dignidad cuando decide peregrinar a Tierra Santa. Pero la nave lo deja en Zara, de donde se dirige a Hungría y aquí es designado preceptor del príncipe Emerico o Imre, heredero del rey San Esteban I, simultaneando este deber con el de la predicación. Posteriormente llevó vida eremítica en Bakonybel. Pero el rey le insistió en que aceptase el recién creado obispado de Csanád, y desde él intervino activamente en la gran obra de la evangelización de Hungría, siendo un obispo celoso y lleno de santidad, que animó a muchos a adherirse al cristianismo. Cuando se hizo cargo de su sede, eran muy pocos los cristianos de la misma, pero logró conformar una buena comunidad cristiana y educar a muchos en la nueva fe y hacerles firmes en la misma. Su muerte se debió a una reacción anticristiana por parte de elementos paganos, reacción desatada a la muerte de San Esteban. El santo obispo fue precipitado del Monte Kelen, que tomó desde entonces su nombre, en las cercanías de Pest el 24 de septiembre de 1046. En 1083 el papa San Gregorio VII autorizó su culto, como el de los otros santos que intervinieron en la conversión de Hungría al cristianismo.

BEATOS GUILLERMO SPENCER Y ROBERTO HARDESTY

Mártires († 1589)

El 24 de septiembre de 1589 fueron martirizados en York, Inglaterra, un sacerdote secular, Guillermo Spencer, y un seglar católico, Roberto Hardesty. Ambos fueron ahorcados, destripados y descuartizados, tras haber confesado ambos con gran valor y constancia su fe católica. El sacerdote pidió a los presentes que abrazasen la verdadera fe cristiana.

GUILLERMO SPENCER había nacido en Gisburn, en Yorkshire, en el seno de una familia acomodada. Obtuvo una bolsa en el Trinity College en 1573 y tres años más tarde alcanzó el grado de bachiller. En 1579 fue hecho miembro del Colegio, y al año siguiente admitido como maestro en artes (21 de abril de 1580). Llevaba una conducta ejemplar pero sus tendencias católicas eran manifiestas, lo que le causó gravísimas dificultades. Leía libros de controversias y difundía el pensamiento católico

entre sus jóvenes compañeros. El año 1582 dejó Oxford y marchó a Reims, acompañado de otros estudiantes, para ingresar en el seminario. Aquí ingresó formalmente en la Iglesia católica. Al año siguiente fue ordenado sacerdote en la catedral de Reims por el cardenal Guisa. En agosto de 1584 volvió a Inglaterra y pudo trabajar cinco años. Hizo primero apostolado entre su propia familia. Fue muy cauto en su visita a sus padres, a los que citaba en el campo para no despertar sospechas. Logró convertir a sus padres y un tío suyo sacerdote anglicano que renunció a su beneficio. Logra entrar en la cárcel del castillo de York y hacer un fecundo apostolado entre los católicos allí detenidos. Por fin, sir William Mallory lo denunció y fue arrestado, siendo procesado junto con el Beato Roberto Hardesty. No se presentó contra Guillermo ninguna prueba sino sólo su confesión de ser sacerdote, lo que le bastó al jurado.

De ROBERTO HARDESTY apenas se saben datos personales, sino que era seglar y, a lo que parece, criado del P. Spencer, y que por precaución andaba siempre doscientos metros detrás de éste. En la prisión se pasó el tiempo dedicado a la oración. Por una rendija de la celda confesó con el P. Spencer. Se le acusó simplemente de haber ayudado al sacerdote y se le aplicó la ley que prohibía tales ayudas e igualmente de haber ayudado a los católicos presos. El carcelero que le acusó, luego se arrepintió y le pidió perdón, que el mártir le concedió.

Ambos fueron beatificados el 22 de noviembre de 1987 por el papa Juan Pablo II.

SAN ANTONIO GONZÁLEZ

Presbítero y mártir († 1637)

Antonio González nació el año 1593 en la ciudad de León, y fue educado cristianamente en su casa. Decidió muy joven su vocación sacerdotal y empezó para ello sus estudios en el clero diocesano, pero muy pronto optó por la vida religiosa e ingresó en el convento de Santo Domingo de su ciudad natal. Emitió la profesión religiosa e hizo los estudios correspondientes hasta su ordenación sacerdotal. Se ofreció para las misiones de Oriente y en 1631 llegaba a Manila, donde se le destinaba a pro-

fesor de la universidad, alcanzando el cargo de rector de la misma. Pero al saber la gran persecución que padecían los cristianos en Japón y la gran necesidad que tenían de pastores, se ofreció voluntariamente a ir y arrostrar el peligro de una vida muy dura y de la propia muerte.

Hombre de gran espíritu, muy mortificado y piadoso, tenía gran crédito en su Orden. Por ello se le nombra Vicario provincial en Japón y se le autoriza a marchar a este país. Era el año 1636 cuando se embarcó secretamente, pero apenas había desembarcado cuando fue detenido en Lequios, sin que pudiera ejercer su ministerio apostólico. Fue sometido al tormento del agua por dos días seguidos, con más inhumanidad el segundo que el primero. Y dispusieron los verdugos que para darle padecimiento, delante de él unos paganos pisasen la imagen de la Virgen del Rosario. Pese a estar fuertemente amarrado, pudo echarse al suelo para venerarla, lo que le valió grandes bofetadas. Al segundo día de tormento le sobrevino una gran calentura y además arrojó mucha sangre con el agua. Llevado a la cárcel, su estado se agravó y se dio cuenta de que se moría. Se despidió de sus compañeros, encomendó su alma a la misericordia de Dios, y atado de pies y manos y con todo el cuerpo lleno de dolores, entregó su hermosa alma al Señor el 24 de septiembre en la ciudad de Nagasaki, a la que había sido llevado en espera de juicio. Era el 24 de septiembre de 1637. Su cuerpo fue quemado, y sus cenizas fueron arrojadas al mar, para impedir que los cristianos pudiesen tomar sus reliquias y venerarlas.

Fue beatificado el 18 de febrero de 1981 por el papa Juan Pablo II en Manila y canonizado por el mismo papa el 18 de octubre de 1987 en el grupo de quince mártires de Japón. La memoria litúrgica de todos ellos está fijada para el 28 de septiembre.

BEATO PASCUAL FERRER BOTELLA

Presbítero y mártir († 1936)

José Ramón Pascual nació en Algemesí el 9 de noviembre de 1894 en el seno de una familia cristiana, que se trasladó a Valencia cuando Pascual tenía 8 años. El niño entró como alumno

en las Escuelas Pías, y al sentir la vocación sacerdotal pasó al colegio de vocaciones eclesiásticas. Hechos los estudios, se ordenó sacerdote en 1913. Tras estar cinco meses de vicario en La Sarga (Alicante) pasó a Algemesí como capellán de la Iglesia de San Vicente Ferrer y agregado a la parroquia. Este templo era el de un antiguo convento de dominicos y se hallaba en situación lamentable. Su primera tarea fue adecentarlo, llenarlo de altares, restaurar la fachada, construir su sacristía, adquirir campanas y proveer de objetos litúrgicos y ornamentos al depauperado templo, al que seguidamente hizo centro de un culto muy cuidado y frecuente que atrajo a muchos fieles, con los que fundó diferentes asociaciones, todas ellas llenas de vitalidad religiosa. Tenía una escuela nocturna en el Patronato, en el que él mismo daba clases, y se ocupó mucho del apostolado con los jóvenes. Promovía con gran celo la comunión pascual. Promovía las obras de caridad, como la de dar pan cada día a los ancianos pobres, costearles el alquiler de las casas y adquirir ropa para ellos. Hacía también labor social y apostólica con los expresidiarios. Y se ocupaba mucho de los jóvenes pobres. Atrajo al matrimonio a numerosas parejas amancebadas y en todo procuraba atraer a todo el mundo a la fe y la vida cristiana. Los elementos anticristianos no dejaron de manifestarle su odio y hostilidad.

Llegada la revolución, fue arrestado la noche del 9 de agosto de 1936, y fue llevado al Monasterio Fons Salutis, convertido en prisión. Aquí recibió amenazas y se le hizo trabajar en diversos trabajos manuales. Mostró una gran serenidad de alma, invitó a todos los presos a acogerse a la voluntad de Dios y a rezar juntos, y llegaron a asegurarle que el pueblo lo quería pero que recibiría castigo por ser sacerdote. Informado de que todos iban a ser fusilados en la noche del 23 al 24 de septiembre, invitó a confesar a todos los presos y les infundió ánimos ante la muerte. Al subir aquella noche al coche, perdonó a todos. En la carretera de Albalat de la Ribera, en el sitio llamado Canets de Sueca, fue fusilado. Cayó herido y mientras se desangraba decía: Señor, abridme las puertas del cielo. Y también: Perdónalos, Señor, que no saben lo que hacen. Lo remataron dándole el tiro de gracia. Enterrado primero en una fosa común, luego su cuerpo fue trasladado a la iglesia de San Vicente Ferrer.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATA ENCARNACIÓN GIL VALLS

Virgen y mártir († 1936)

Nace en Onteniente el 27 de enero de 1888 en el seno de una familia cristiana que le proporcionó una esmerada educación. Quedó huérfana en su juventud y pensó entonces entrar en un monasterio, pero prefirió quedarse en el mundo para atender a su hermano Gaspar, sacerdote. Hizo los estudios de magisterio y ejerció en los pueblos de Albuixech y Beniarrés, procurando que su enseñanza estuviese encaminada a la formación integral de los niños. En Valencia tuvo contactos con las teresianas y con las reparadoras, a cuya congregación de Hijas de María perteneció. Ya en Onteniente, colaboró mucho con su hermano en las obras de apostolado, perteneciendo a la Acción Católica y a otras organizaciones católicas, colaborando en la fundación del Patronato de la Niñez y dirigiendo la Escuela Nocturna Femenina de la Orden Tercera Franciscana, a la que ella pertenecía. Hizo cuanto bien pudo con una gran dedicación y entrega. Llegada la revolución, permaneció al lado de su hermano, siendo ambos apresados y muriendo juntos fusilados en la noche del 24 de septiembre de 1936 en el Puerto de la Ollería.

Fue beatificada el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO JOSÉ RAMÓN FERRAGUD GIRBÉS

Padre de familia y mártir († 1936)

Nace en Algemesí el 10 de octubre de 1887 en una familia de condición modesta. Trabajaba en el campo. Contrajo matrimonio el 21 de enero de 1914 con Josefa Borrás Borrás, de la que tuvo seis hijos, siendo el suyo un hogar honesto y cristiano. Militante de Acción Católica, colaboró activamente en el Sin-

dicato de Obreros Católicos y pertenecía a varias asociaciones religiosas, siendo en todo un católico ejemplar. Se volcó en educar a sus hijos cristianamente, llevándolos consigo a las funciones religiosas. Por medio de lecturas se procuró una buena formación religiosa, que utilizó en defensa de la religión, tan atacada entonces. Cada día rezaba el rosario en familia. Se opuso con toda energía a las huelgas revolucionarias, que él consideraba contrarias por completo a los verdaderos intereses de los obreros. En 1931, proclamada la República, él fue el alma de la Junta de Obreros Católicos, logrando atraer a numerosos trabajadores a los ideales de la doctrina social católica. Fue asesor de la Confederación de Obreros Católicos de Levante y como tal dio numerosas charlas por los pueblos de la región. Difundía con gran celo la prensa católica. No dudó en hacer vigilancia nocturna para impedir el daño a los templos. Esto le trajo una primera detención el 20 de julio de 1936. Detenido por segunda vez al siguiente día 27 del mismo mes, estuvo detenido en varios sitios hasta que el 24 de septiembre de 1936 con otros compañeros fue sacado de la prisión y fusilado en el término de Alzira.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

25 de septiembre

A) Martirologio

1. La conmemoración de San Cleofás († s. I), discípulo del Señor *.
2. En Amiens (Galia), San Fermín (fecha desconocida), obispo y mártir.
3. En Damasco (Siria), santos Pablo y Tata, cónyuges, y sus hijos Sabiniano, Máximo, Rufo y Eugenio († s. IV), mártires.
4. En Chartres (Galia Lugdunense), San Solemne († a. 511), obispo.
5. En Soissons (Galia), San Principio († s. VI), obispo, hermano de San Remigio.
6. En Connaught (Irlanda), San Finbarro o Barr († s. VI), obispo.
7. En Auxerre (Neustria), San Aunacario o Anacario († 605), obispo *.

8. En el Monasterio de la Santísima Trinidad, de Moscú (Rusia), San Sergio de Radonez († 1392), hegúmeno **.

9. En Las Alpujarras (Granada), Beato Marcos Criado († 1569), presbítero, de la Orden de la Santísima Trinidad, mártir **.

10. En Carrión de Calatrava (Ciudad Real), beatos Juan Pedro de San Antonio (José María) Bengoa Aranguren, presbítero, y Pablo María de San José (Pedro) Leoz Portillo, religiosos ambos de la Congregación de la Pasión, y Jesús Hita Miranda, religioso marianista († 1936), todos ellos mártires *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN SERGIO DE RADONEZ

Abad y fundador († 1392)

El 4 de octubre de 1992, el papa Juan Pablo II en una de sus breves alocuciones dominicales antes del rezo del ángelus dirigió estas palabras a los fieles reunidos en la Plaza de San Pedro:

> «En estos días la Iglesia Ortodoxa rusa festeja el sexto centenario de la muerte de San Sergio de Radonez, considerado como el maestro del monacato ruso y protector de Rusia. San Sergio se preocupó no sólo de la propagación del monacato y de la perfección de la vida monástica sino que fue el heraldo de los valores cristianos en su tierra, entonces dividida en discordias por conflictos internos y externos. Compartimos el gozo de aquella amada Iglesia que conmemora a tan gran santo que tanta importancia ha tenido en el desarrollo de su historia».

Con estas palabras se puede decir que San Sergio ha dado el salto al *Martirologio romano.* En efecto, San Sergio, al ser un santo posterior al cisma católico-ortodoxo, ya de alguna forma configurado dos o tres siglos antes de su existencia, era poco conocido en occidente hasta hace poco tiempo; las palabras del Papa en clave de reconocimiento ecuménico de la santidad que no tiene fronteras ante la majestad divina, han dado el espaldarazo para que se reconozca en la Iglesia Universal, y especialmente en la Romana, la santidad y la importancia de San Sergio para la extensión del cristianismo en Rusia.

No se puede hacer en unas páginas la historia del monacato ruso, que tiene un desarrollo parecido al resto del monacato cristiano, especialmente al oriental, aunque, eso sí, con sus pe-

culiaridades. En los primeros tiempos, los grandes centros del monacato ruso se encontraban en las ciudades o cerca de ellas, pero las invasiones de los tártaros en el siglo XIII, que acabaron con la civilización urbana en la región sur del país, desquiciaron también, naturalmente, a los monasterios y su funcionamiento. Muchos de ellos se mantuvieron, pero su actividad se debilitó y degeneró, y los monjes que verdaderamente buscaban una vida perfecta, comenzaron a emigrar de los monasterios a la campiña, sobre todo a las vastas soledades de los bosques del norte. A aquellos ermitaños rurales se les llamó *pustínniky,* es decir, hombres de los bosques.

A San Sergio de Radonez se le considera como el iniciador de aquel movimiento. En realidad, la emigración de los monjes del sur, no fue más que la primera etapa de un movimiento general que se realizó simultáneamente en varios lugares y dio origen a un gran número de nuevos centros de vida monástica. Pero San Sergio descolló como el personaje más distinguido de aquel período, y muchos le consideran como la figura más brillante en el santoral ruso. Y no sólo fue un monje, sino también un magnífico civilizador. La imposición de la soberanía de los tártaros y las continuas oleadas de invasión, matanzas y saqueos (que se prolongaron durante un siglo, a partir de 1237) hundieron al pueblo ruso en las profundidades de la miseria y la desmoralización.

En aquel caos, un solo hombre, San Sergio, con las únicas armas de su influencia y su ejemplo, logró algo magnífico: unificar al pueblo ante el opresor, restablecer su respeto propio y su confianza en Dios. Un importante historiador como Kluchevsky admite decididamente que los rusos deben su liberación a la educación moral y a la influencia espiritual de Sergio de Radonez.

Alrededor del año 1315 vino al mundo este santo en el seno de una noble familia que residía cerca de Rostov, y en la pila bautismal recibió el nombre de Bartolomé. Entre los tres hijos varones del matrimonio de los boyardos Cirilo y María, Bartolomé, aun a pesar de que los primeros biógrafos se esmeran en dotarle de todos los signos de santidad en su gestación, lactancia, etc., propios de las leyendas doradas, hay un dato que no pueden esquivar: parecía el menos inteligente y continuamente se le echaba en cara su lentitud para aprender a leer, lo cual le

hacía sufrir mucho; así que, cierto día que paseaba por el campo, se encontró con un monje que mantuvo una larga charla con él; Bartolomé le propuso, lleno de confianza, que le enseñara a leer y escribir, con el propósito especial de estudiar la Biblia. Según nos dicen los cronistas y los biógrafos, el monje le dio al niño a comer un trozo de pan bendito *(prosferá)* y, desde aquel momento, Bartolomé pudo leer y escribir como una persona adulta y mucho mejor que sus hermanos.

Por aquel entonces comenzaba a formarse y crecer el principado de Moscú. Una de las primeras consecuencias de aquel crecimiento fue la desaparición del poder e influencia de Rostov; entre las víctimas de esta política estuvieron los padres de Bartolomé, Cirilo y María. Tenía catorce años Bartolomé cuando, con el resto de la familia, tuvo que huir hasta encontrar refugio en la pequeña aldea de Radonez, ciento ochenta kilómetros al noroeste de Moscú, donde los arruinados aristócratas de Rostov tuvieron que vivir de su trabajo como campesinos. Así entró Bartolomé en su juventud y, al ver que sus obligaciones se limitaban a cuidar de sí mismo, puesto que sus hermanos se bastaban solos y sus padres ya habían muerto, decidió realizar el proyecto, largamente acariciado, de vivir en la soledad. En 1335, abandonó su casa en compañía de su hermano Esteban, que acababa de quedar viudo.

El lugar que eligieron para construir sus ermitas era un prado llamado Makovec, en un claro del bosque, a varios kilómetros de distancia de cualquier sitio habitado y a treinta de Moscú. Ahí edificaron una cabaña y una capilla con troncos de árboles y, a solicitud de los hermanos, el metropolitano de Kiev envió un sacerdote para que bendijera la pequeña iglesia y la dedicara a la Santísima Trinidad, título o «patronazgo» que era muy raro en la Rusia de aquel entonces. Poco tiempo después, Esteban se fue a vivir a un monasterio de Moscú y, durante años, el solitario Bartolomé desapareció de la vista de los hombres.

Sus biógrafos se refieren a aquel período poco conocido y nos hablan de terribles asaltos del demonio victoriosamente rechazados, de ataques de fieras salvajes y hambrientas que fueron domesticadas con el signo de la cruz, de privaciones sin cuento y trabajo agotador, de noches enteras de plegaria y un constante progreso en el camino de la santidad. Todo lo que se

cuenta de aquella época, recuerda mucho las experiencias de los primeros padres del desierto. Sólo que hay una diferencia muy importante; en occidente se asocian las penurias de la vida eremítica con San Antonio y otros santos de Egipto y Siria, y pensamos enseguida en las extensiones de arena, en las rocas desnudas, el calor sofocante y la falta de agua. Para Bartolomé o Sergio, como será en adelante conocido, ya que cierto abad que le visitó en una ermita le impuso la tonsura y ese nombre en la fiesta del mártir San Sergio, el 7 de mayo de 1337, las penalidades eran de un tipo muy distinto: el hielo, la nieve, las tempestades, las lluvias torrenciales y las manadas de lobos hambrientos. La actitud de estos ermitaños ante la naturaleza salvaje se ha vinculado con la de San Francisco de Asís. Y así como Pablo de Obnorsk se hizo amigo de las aves, Sergio domesticó a los osos, a los que llamaba «hermanos», al fuego y a la luz. Pero en lo físico había una enorme diferencia entre la figura de San Francisco y la de San Sergio que, según se advierte en sus representaciones más antiguas, era un hombre alto y fornido, con una larga barba y gesto rudo, como cualquier campesino ruso.

Como ha sucedido con muchos personajes similares, llegó el momento en que la reputación de santidad del ermitaño de Makovka se extendió por todas partes y comenzaron a reunirse los discípulos en torno a él. Cada uno construyó su propia choza, y así nació el monasterio de la Santísima Trinidad. Cuando fueron doce, tras muchos ruegos, incluso los del obispo de la ciudad más próxima, Sergio accedió a ser el abad que gobernase aquella comunidad. Recibió las órdenes sacerdotales en Pereyaslav Zalesky, en 1354, y allí mismo ofreció su primera divina liturgia.

> «Hermanos —dijo durante su homilía, resumiendo un capítulo entero de las reglas de San Basilio y San Benito—, orad por mí. Soy un hombre ignorante y, si he recibido de lo alto la gracia para ser sacerdote y abad, debo rendir cuenta cabal de él y del rebaño que me ha sido confiado».

El monasterio floreció rápidamente, no tanto en bienes temporales como en los espirituales. Entre sus primeros reclutas figuró el archimandrita de un monasterio de Smolensk. El claro del bosque fue ampliado; en torno a las cabañas y la iglesia se construyeron otras casas; surgió una aldea y, no obstante las

protestas de Sergio, se abrió un camino real por donde comenzaron a llegar los visitantes. En el curso de todas aquellas tareas, el abad tenía siempre presente que él era el primero entre sus iguales y, en todo momento, ya fuera en el trabajo o en la iglesia, imponía el ejemplo de su conducta perseverante.

No tardó en presentarse el problema de elegir entre las dos formas de vida monástica que se observaban en el oriente, para seguirla en la Santísima Trinidad. Hasta entonces, los monjes habían observado la forma de vida que en occidente se había impuesto un par de siglos antes a los cartujos: ser «ermitaños en comunidad», donde cada uno tenía su propia cabaña y labraba su propia porción de tierra. Sin embargo, San Sergio estaba en favor de la vida en común cenobítica y, en 1354, impuso la deseada reforma, debido en parte a una recomendación hecha en este sentido por parte de Filoteas, el patriarca ecuménico de Constantinopla. Por desgracia, aquella reforma ocasionó trastornos. Algunos de los monjes, descontentos con el cambio, manifestaron sus protestas y, en su rebelión, encontraron un jefe en la persona de Esteban, el hermano de San Sergio, quien había dejado el monasterio de Moscú para ingresar en el de la Santísima Trinidad. El asunto se agravó de tal modo que hubo incidentes penosos y discusiones desagradables hasta que, cierto sábado después de las vísperas, para evitar mayores pendencias con su hermano, San Sergio partió calladamente de su monasterio de Makovec tal como lo hiciera San Benito de Vicovaro ocho siglos antes.

No tardaron en seguirle numerosos monjes de la Trinidad y, así, la casa madre comenzó a decaer, hasta el extremo de que el metropolitano Alexis de Moscú envió a dos archimandritas con apremiantes exhortaciones a San Sergio para que retornara a hacerse cargo de su puesto de abad. Al cabo de muchos ruegos, San Sergio accedió y, luego de nombrar un abad para su nuevo establecimiento de Kerzhach, volvió al monasterio de la Trinidad. Su ausencia había durado cuatro años y los monjes salieron a recibirle tributándole toda suerte de homenajes, «con tan sincero regocijo, que todos le besaron las manos, muchos se postraron en tierra para besarle los pies y otros besaban sus vestiduras».

Como había ocurrido con San Bernardo de Claraval dos siglos antes y con muchos otros santos monjes de Oriente y de

Occidente, antes y después, acudieron a consultar a San Sergio los más encumbrados personajes de la Iglesia y del Estado. Con frecuencia se le confiaron misiones para gestionar la paz o para que actuara como árbitro y, en más de una ocasión, se hicieron vanos intentos a fin de convencerle que aceptara el cargo de primado de la Iglesia de Rusia. Fue por aquel entonces, entre los años 1367 y 1380, cuando se produjo el gran conflicto entre Dimitri Donskoi, príncipe de Moscú, y el Khan Mamaí, jefe absoluto de los tártaros. Dimitri se vio obligado a lanzar un desafío en el que, si fracasaba, acarrearía a Rusia las mayores catástrofes de cuantas había conocido a lo largo de su historia. Antes de tomar cualquier decisión, el príncipe fue a pedir consejo a San Sergio. Éste bendijo a Dimitri y le advirtió: «Es vuestro deber, señor, cuidar del rebaño que Dios ha confiado en vuestras manos. ¡Dios permita que tornéis con bien para darle a Él la gloria de vuestra hazaña!».

De manera que el príncipe Dimitri partió a la guerra llevándose consigo a dos monjes de la Santísima Trinidad que habían sido soldados. Cuando se enteró del enorme poder de su enemigo, volvió a titubear y se hallaba a punto de retroceder y abandonar la empresa, cuando llegó un mensaje de San Sergio con estas palabras: «No temáis, señor; marchad armado de confianza en vencer la ferocidad del adversario. Dios estará a vuestro lado». Así, el 8 de septiembre de 1380, se libró la batalla de Kulikovo que, para Rusia, tuvo el mismo significado que tuvieron para Europa occidental las batallas de Tours o de Poitiers. Los tártaros fueron vencidos y huyeron en desorden. «Y en aquel preciso instante, dicen las biografías, el bendito Sergio, al frente de sus hermanos, oraba a Dios para pedir la victoria. Y, una hora después de que los enemigos habían sido expulsados del suelo de Rusia, a muchas leguas de distancia, el abad anunció a los monjes su derrota, porque San Sergio era vidente».

De esta manera, San Sergio de Radonez desempeñó un papel decisivo en la desaparición del poder de los tártaros en Rusia. Desde entonces, no se le dejó permanecer en paz en su monasterio y continuamente se requerían sus servicios para misiones políticas o eclesiásticas; las primeras, sobre todo, para establecer la paz y la concordia en las rivalidades entre los prín-

cipes rusos; las segundas, particularmente en relación con la fundación de nuevos monasterios. Se afirma que sus frecuentes viajes a través de enormes distancias los realizaba a pie.

Uno de los biógrafos habla en términos generales de los «muchos milagros inexplicables» que obró Sergio aunque sólo se detiene en algunas de las maravillas realizadas, en la misma línea que los que aparecen en la vida de San Benito: hacer brotar agua donde no la hay, resucitar un niño muerto, expulsar demonios, curar enfermos, aunque el biógrafo advierte que el propio santo recomendaba que se guardase silencio respecto a sus poderes sobrenaturales. Sin embargo, hace un relato muy detallado, claro y convincente sobre una visión que tuvo de la Madre de Dios (una de las primeras apariciones de la Santísima Virgen de las que se registran en la hagiografía rusa); María se presentó ante Sergio y otro monje, acompañada por los apóstoles Pedro y Juan, para asegurarle que su monasterio florecería extraordinariamente en un futuro no muy lejano. La objetividad de aquella visión es característica de la hagiografía de Rusia, donde rara vez ocurren raptos o éxtasis, pero en la que, en cambio, el Espíritu Santo desciende muy habitualmente sobre los elegidos y les permite ver auténticas apariciones, terrenales o celestiales, ocultas a los ojos de los menos santos.

Seis meses antes de su muerte, San Sergio supo que el fin se acercaba. Renunció a su cargo, nombró a un sucesor, dio a los hermanos sus últimas recomendaciones y su sumió en el silencio de su celda. Al fin vino la enfermedad, la primera vez en su vida, cuenta el biógrafo:

> «Cuando su alma estaba a punto de abandonar el cuerpo, recibió el cuerpo y la sangre de Cristo, sostenido en el lecho por los brazos de sus discípulos. Alzó sus manos al cielo, se movieron sus labios para musitar una plegaria y entregó su espíritu puro y santo en manos de su Señor, el 25 de septiembre de 1392, posiblemente a la edad de setenta y ocho años».

De acuerdo con algunos biógrafos, es difícil definir exactamente la razón por la cual se agrupó la gente en torno a San Sergio. No era un predicador elocuente ni un hombre de gran saber y, a pesar de que se registraron varias ocasiones en que algunas personas quedaron curadas por las oraciones del santo, no se le puede describir como un taumaturgo popular. Parece

ser que era su personalidad lo que atraía a la gente; el calor de su afectuosa atención, lo que le hacía indispensable para los demás. Poseía esos dones que rara vez se encuentran en las personas: una confianza ilimitada en Dios y en la bondad de los hombres, a quienes nunca dejó de consolar y alentar.

Lo mismo que otros muchos monjes, San Sergio consideraba como parte de su vocación monástica el servicio activo y directo para bien del prójimo. Por eso, la gente, tanto el noble como el plebeyo, lo consideró siempre como un maravilloso y magnífico médico del alma y del cuerpo, como un amigo de los que sufren, como el que da de comer al hambriento, defiende al desamparado y da buen consejo al que lo necesita. Una de las características de aquellos monjes era su amor por la pobreza personal y común y por la soledad, en cuanto lo permitieran sus deberes y sus atenciones a los necesitados.

> «Sergio instaba a sus hermanos a tener siempre presente el luminoso ejemplo de aquellos grandes monjes de la antigüedad, verdaderos portadores de la antorcha del cristianismo, que vivieron en este mundo como ángeles: Antonio, Eutimio, Sabas [...] Los príncipes y las gentes del pueblo acudían a ellos; curaban sus enfermedades y ayudaban al necesitado; alimentaban al hambriento y eran como la despensa de las viudas y los huérfanos».

El cuerpo de San Sergio, después de varios traslados en el mismo monasterio, fue sepultado en la iglesia mayor, donde permaneció hasta la Revolución de 1917. Los bolcheviques clausuraron el monasterio, y las reliquias del santo fueron exhibidas en el «museo ateo» que se estableció ahí. En 1945 se autorizó a los jefes de la Iglesia Ortodoxa rusa a reabrir el monasterio, y los restos de San Sergio volvieron a su sepultura y al culto y devoción de numerosísimos fieles, especialmente tras la caída del sistema comunista. Los rusos mencionan a San Sergio de Radonez en las oraciones preparatorias de la consagración, en la liturgia eucarística.

Retomando las palabras del papa Juan Pablo II el 4 de octubre de 1992, concluyamos:

> «Largas horas dedicadas a la oración, las victorias en las luchas del espíritu, la austeridad de vida, todo ello le conquistó una profunda madurez espiritual de la que enseguida se dio cuenta el pueblo, que pronto empezó a concurrir de todas partes para ponerse bajo su

dirección y hacerse como él en la total renuncia a los bienes materiales para seguir a aquel que, siendo rico, se hizo pobre para enriquecernos a todos con su pobreza. Prodigó sus fuerzas no sólo en bien de la Iglesia sino de toda la sociedad, oponiéndose a los egoísmos e intereses privados y difundiendo la paz y el amor a Cristo».

Hoy en el monasterio que él fundó se renueva la fe y la espiritualidad cristiana y se ha convertido en una escuela o facultad teológica de la Iglesia Ortodoxa rusa al servicio del Evangelio de la salvación.

LUIS M. PÉREZ SUÁREZ, OSB

Bibliografía

Art. en C. LEONARDI - A. RICCARDI - G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los Santos,* II (Madrid 2000) 2036-2039.
Art. en *Dictionnaire de spiritualité, ascétique et mystique.* XIV: *Sabbatini-System* (París 1990) cols.1594-1596.
Art. en G. PELLICCIA - G. ROCCA (dirs.), *Dizionario degli Istituti di Perfezione.* VIII: *Saba-Spirituali* (Roma 1988) col.1317.

BEATO MARCOS CRIADO

Presbítero y mártir († 1569)

En la historia de España son conocidas las llamadas rebeliones de los moriscos. La segunda de estas rebeliones de los moriscos granadinos, llamada también la segunda sublevación de Las Alpujarras, se inició en 1568 cuando los moriscos se hicieron con el dominio de Las Alpujarras. En marzo de 1569 Juan de Austria se hizo cargo del mando supremo del ejército cristiano y la rebelión fue vencida en 1571.

La vida de este mártir trinitario tiene que ver con esta situación geográfica e histórica, siendo considerado como apóstol y mártir de Las Alpujarras, de ese territorio montañoso que abarca parte de las provincias de Granada y Almería.

Marcos había nacido en Andújar (Jaén) el 25 de abril de 1522. Su padre se llamaba Juan Criado Notario y su madre María Guelamo Pasillas.

La familia frecuentaba la iglesia de los trinitarios que se encontraba muy cercana a su domicilio. Al morir su madre pidió el ingreso en la Orden de la Santísima Trinidad, en los Trinitarios

Calzados, y comenzó su noviciado en 1535, habiendo ingresado su padre en los franciscanos. Terminada su formación religiosa e intelectual, que, según parece, fue excelente, se ordenó sacerdote y comenzó a ejercer su ministerio sacerdotal: predicación, confesiones, celebraciones litúrgicas en su ciudad natal, en Úbeda y Jaén, en Ronda, etc.

> «Ante las provocaciones y el avance del Islam en Las Alpujarras, los obispos de Almería y Guadix escribieron al superior mayor de los trinitarios, solicitando cuatro religiosos de probada virtud para que recorrieran sus diócesis como auténticos misioneros de Jesucristo y así contrarrestar la influencia mahometana».

El provincial, Juan Hurtado de Mendoza, da parte a Marcos de esta petición episcopal y, haciéndolo conventual de Almería, lo destina al apostolado requerido por los obispos. Su campo de acción se extiende por las diócesis de Almería, Granada y Guadix, especialmente por Las Alpujarras. Se establece en La Peza (Granada) y desde allí excursiona apostólicamente por toda la zona: Órgiva, Torbiscón, Cádiar, Bérchules y Válor, Juviles, Trevélez, Ugijar, etc., predicando al aire libre lo mismo que en las iglesias y en las casas. Enamorado de Jesús, se empeña en propagar la devoción a su dulcísimo nombre por todas partes. Las injurias que tuvo que pasar fueron enormes. Al atravesar la sierra de los Filabres lo apresaron los moriscos y lo maltrataron, apaleándolo y teniéndolo atado a un árbol durante un par de días. Soltándolo del árbol, lo ataron a la cola de un caballo y lo arrastraron por las calles. Al fin, se recuperó de las heridas y continuó impertérrito su predicación en otras comarcas. «¡Cuántos insultos, pedradas, salivazos, palizas! Todo lo soportaba con alegría cristiana por amor de Jesús».

Por las Navidades de 1568 se encontraba en La Peza. Habiendo asesinado los moriscos al párroco del lugar, Marcos asumió el cuidado de la parroquia. Al año siguiente, el 22 de septiembre de 1569, mientras estaba predicando en la iglesia parroquial, un grupo de moriscos irrumpió en el templo, «lo tiraron del púlpito al suelo y lo sacaron arrastrándolo hasta la plaza. La algarabía convocó a mujeres y chiquillos, quienes lo patearon, escupieron y lo hubieran matado allí mismo si Marcos no hubiera decidido huir del pueblo. La gente siguió apedreándolo hasta la fuente de Belchite».

Iba a llegar su hora suprema; en su martirio lo sujetaron con cordeles y con sogas lo colgaron de una encina, y así atormentado lo abandonaron para que con el tiempo se muriera desangrado, de sed y de hambre.

> «Tres días permaneció con vida cantando salmos y predicando a Cristo cuando se le acercaban los moros o los cristianos. Al final, un morisco enfurecido le abrió el pecho con un puñal y le arrancó el corazón, viendo los asistentes, con verdadero asombro, que tenía impreso en él el anagrama de Jesús».

La apertura de la causa de la beatificación de este gran apóstol y mártir intrépido fue autorizada por el papa Clemente XII en 1766. León XIII lo declaró Beato el 24 de julio de 1899.

JOSÉ VICENTE RODRÍGUEZ, OCD

Bibliografía

ALIAGA, A., «Beato Marcos Criado», en J. A. MARTÍNEZ PUCHE (ed.), *Nuevo año cristiano. Septiembre* (Madrid [3]2002) 525-527.

CRUZ RODRÍGUEZ, T., *Beato Marcos Criado* (Andújar 1966).

FERNÁNDEZ DEL RINCÓN Y SOTODÁVILA, M., *Carta pastoral... con motivo de las ofensas inferidas al Sagrado Corazón de Jesús... y de la beatificación del Siervo de Dios Fray Marcos Criado* (Guadix 1899).

HITOS, F. A., *Mártires de la Alpujarra en la rebelión de los moriscos (1568)* (Granada 1993).

Positio sobre la confirmación del culto (Roma 1899).

RODRÍGUEZ, A., «Marcos Criado», en C. LEONARDI - A. RICCARDI - G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los Santos,* II (Madrid 2000) 1561-1562.

SILVESTRO DELL'ADDOLORATA, *L'apostolo dell'Alpujarras, ovvero Vita del B. Marco Criado, sacerdote professo e martire dell'Ordine della SS. Trinità per la redenzione degli schiavi* (Roma 1899).

VENTURA DEL PRADO, A., *Vida, martirio y culto del ilustre mártir fray Marcos Criado* (Madrid 1738; Granada [2]1876; [3]1900).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN CLEOFÁS

Discípulo del Señor

Según la narración del tercer evangelio (Lc 24,13-31), Cleofás fue uno de aquellos dos discípulos de Jesús que luego de haber asistido a los dramáticos acontecimientos del Viernes Santo iban de camino en la tarde del domingo de resurrección hacia la aldea llamada Emaús. Comentaban con tristeza la muerte de Jesús, y aunque conocían lo dicho por las mujeres acerca del

sepulcro vacío y el mensaje de los ángeles, pero sus corazones estaban llenos de pesimismo. Entonces se les acerca Jesús resucitado. Sus ojos no son capaces de reconocerle y a su pregunta responden si él es el único forastero que no ha oído hablar en aquellos días acerca de Jesús de Nazaret. Y a renglón seguido reciben ambos la explicación de las Escrituras que el propio Jesús les propone y que inflamaba sus corazones. Llegados a Emaús, instan al Señor a que se quede con ellos porque ya caía la tarde, y entonces, mientras cenaban, reconocen al Señor en la fracción del pan y el Señor desaparece a continuación. Cleofás y su compañero vuelven a Jerusalén en el acto y cuentan a los discípulos la experiencia maravillosa que habían tenido.

Desde antiguo se identifica a este Cleofás con el mencionado por el cuarto evangelio cuando cita a María de Cleofás entre las que estaban al pie de la cruz de Jesús (Jn 19,25) y a la que se suele identificar con la María madre de los hermanos de Jesús. También se le identifica con el llamado Alfeo (Lc 6,16).

Una tradición quiere que Cleofás culmine su vida con el martirio, al hacerse fervoroso testigo de la resurrección de Jesús, y dice San Jerónimo que la casa de Cleofás en Emaús era ya iglesia en el siglo IV. Su memoria es el 25 de septiembre.

SAN AUNACARIO DE AUXERRE

Obispo († 605)

Era natural de Orleáns y hermano de Austreno, que sería obispo de la misma ciudad, y hermano igualmente de Santa Austregilda, la madre de San Lupo de Sens. Pasó primero una temporada en la corte y luego marchó a Tours, pidiendo ingreso en el clero de Autun, cuyo obispo lo acogió. En 561 fue elegido obispo de Auxerre. Se estima que en su tiempo y en Auxerre se concluyó el Martirologio Jeronimiano, el cual da la elección de Aunacario pero no su muerte. Estuvo en el IV Concilio de París en el año 573 y asistió también a los de Mâçon. El papa Pelagio II le envió reliquias de los mártires y en su carta el papa se felicita del buen estado de la iglesia de Auxerre. Cuidó mucho la disciplina litúrgica y canónica de su diócesis, redactando normas que fueron aprobadas en un sínodo diocesano. Parece que murió el 25 de septiembre del 605.

JUAN PEDRO DE SAN ANTONIO (JOSÉ MARÍA) BENGOA ARANGUREN, PABLO MARÍA DE SAN JOSÉ (PEDRO) LEOZ PORTILLO, Y JESÚS HITA MIRANDA

Religiosos y mártires († 1936)

En Carrión de Calatrava (Ciudad Real) fueron fusilados el día 25 de septiembre de 1936 tres religiosos, de los cuales dos eran pasionistas y uno marianista. Los pasionistas pertenecían al convento de Daimiel (Mártires Pasionistas de Daimiel, grupo de Ciudad Real) que fue mandado evacuar en la noche del 21 al 22 de julio de 1936; luego de recibir la absolución y la sagrada comunión los religiosos abandonaron el convento y se dividieron en grupos. Uno de esos grupos lo formaron los dos pasionistas rememorados hoy, uno de los cuales era sacerdote. El resto de los pasionistas, hasta un total de 26, murieron en fechas diversas: 23 y 25 de julio, 25 de septiembre y 23 de octubre; y fueron todos beatificados por el papa Juan Pablo II el día 1 de octubre de 1989.

El día 24 de septiembre habían sido arrestados en la fonda de Ciudad Real donde vivían, les llevaron al seminario, convertido en checa, y de allí sobre las diez de la noche los sacaron y los llevaron a Carrión de Calatrava, donde entrada la madrugada los asesinaron. Fueron arrojados sus cuerpos a un pozo, y ha sido luego imposible identificarlos entre tantos fusilados. Ahora descansan en el Valle de los Caídos. Éstos son sus datos:

JOSÉ MARÍA BENGOA ARANGUREN nació en Santa Águeda de Guesatíbar, en Guipúzcoa, el 19 de junio de 1890 en el seno de una familia numerosa y cristiana, que tenía una buena amistad con el cura de Santa Águeda, a la que éste correspondía enseñándole a José María latín y perfeccionando su educación literaria y moral. Decidida su vocación religiosa, ingresó el 15 de agosto de 1907 en la congregación pasionista, y al tomar el hábito cambió su nombre por el de Juan Pedro de San Antonio. Emitió los primeros votos el 9 de noviembre de 1908. En el verano de 1910 fue destinado a México, a la comunidad estudiantil de Toluca. Al llegar la revolución carrancista en 1914 los estudiantes hubieron de huir y esconderse. Entonces el cónsul español les facilitó la salida del país y se fueron a los Estados Unidos, donde el 17 de junio de 1916 fue ordenado sacerdote.

A poco fue destinado a Cuba, y casi enseguida volvió a España, a Daimiel. Pero a comienzos de 1921 volvía a México como superior de la casa de Toluca. Aquí trabajó con gran celo. En 1923 volvió a España para el capítulo provincial. Quedó de vicario en Corella y se ocupó de la predicación por los pueblos cercanos. En 1926 fue destinado a Daimiel y a poco de rector de la nueva casa de Zaragoza. En 1932 volvía de vicario a Daimiel. Ya tenía la salud resentida pero no dejó de predicar por los pueblos del contorno. Llegada la revolución y al tener que dispersarse los religiosos, el P. Juan Pedro y su compañero el hermano Pablo María llegaron con gran trabajo a Ciudad Real, donde se hospedaron en una fonda, en la que hallaron al tercer mártir de hoy, el marianista Jesús Hita. Se levantaban a las cinco, hacían oración, rezaban el rosario completo y vivían en humildad y paciencia, esperando la voluntad de Dios. Cuando lo iban a fusilar, apretó el crucifijo contra el pecho y dio vivas a Cristo Rey.

PEDRO LEOZ PORTILLO nació en Leoz (Navarra) el 16 de febrero de 1882 en una familia que dio también otros hijos a la Iglesia y que los educó a todos en la fe cristiana con mucho esmero. Fue un niño y un joven de hermosas costumbres. A los 26 años optó por la vida religiosa en la misma Congregación Pasionista en la que ya tenía un hermano, renunciando a marchar a América en busca de fortuna como hasta entonces tenía pensado. Había rechazado también un matrimonio y había dejado de pensar en la Cartuja, a la que se sintió inclinado. Profesó el 8 de septiembre de 1909 como hermano coadjutor con el nombre de Pablo María de San José. Estuvo once años en Corella, luego pasó a Daimiel, de ahí a Zaragoza, y en 1929 vuelve a Daimiel como portero y luego limosnero, oficio éste en el que recibió muchos insultos, ante los que él callaba y sonreía. Llegada la revolución se fue con el P. Juan Pedro, a cuyo lado estuvo en la fonda, donde él hacía la cocina y ayudaba cuanto podía, y de ahí fue sacado para el supremo sacrificio.

JESÚS HITA MIRANDA, religioso marianista, murió en el mismo día y lugar que los dos mártires anteriores y estuvo con ellos en la fonda. Más datos sobre él los tiene el lector en la biografía de los mártires marianistas el día 18 de septiembre.

Los pasionistas fueron beatificados el 25 de octubre de 1992 y el marianista el 1 de octubre de 1995.

26 de septiembre

A) MARTIROLOGIO

1. En Cyro (Eufratesia), San Cosme y San Damián († s. III), mártires **.

2. La conmemoración de San Gedeón, juez de Israel **.

3. En Albano (Lacio), San Senador († s. III/IV), mártir.

4. En Bolonia (Emilia), la conmemoración de San Eusebio († s. IV), obispo *.

5. En Gaeta (Italia), San Esteban de Rossano († 1001), monje, socio de San Nilo el Joven.

6. En Frascati, junto a Roma (Italia), San Nilo el Joven († 1004), abad, fundador del Monasterio de Grottaferrata **.

7. En Salerno (Campania), Beata Lucía de Caltagirone († 1400), virgen, de la Tercera Orden Regular de San Francisco *.

8. En Seúl (Corea), santos Sebastián Nam I-gwan y sus compañeros: Ignacio Kim Che-jun, Carlos Cho Shin-chol, Columba Kim Hyo-im, virgen, Magdalena Pak Pong-son y Perpetua Hong Kum-ju, viudas; Julita Kim, Águeda Chon Kyong-hyob y Magdalena Ho Hye-im († 1839), todos ellos mártires *.

9. En Lyón (Francia), Santa Teresa (María Victoria) Couderc († 1885), virgen, fundadora de la Sociedad de Nuestra Señora del Cenáculo **.

10. En Gars (Baviera), Beato Gaspar Stanggassinger († 1899), presbítero, de la Congregación del Santísimo Redentor **.

11. En Lima (Perú), Beato Luis Tezza († 1923), presbítero, de la Orden de Clérigos Regulares, Ministros de los Enfermos, fundador de la Congregación de Hijas de San Camilo **.

12. En Valencia, beatas María del Amparo (Teresa) Rosat Balasch y María del Calvario (Josefa) Romero Clariana († 1936), vírgenes, de la Congregación de la Doctrina Cristiana, mártires *.

13. En la misma ciudad, Beato Rafael Pardo Molina († 1936), religioso dominico y mártir. Con él se conmemora al Beato José María Vidal Seguí, presbítero, de la misma Orden, igualmente martirizado en 1936 *.

14. En Puerto de Canals (Valencia), Beata Crescencia Valls Espí († 1936), virgen y mártir *.

15. En Benifairó de la Valldigna (Valencia), Beata María del Olvido Noguera Albelda († 1936), virgen y mártir *.

16. En Gilet (Valencia), Beato Buenaventura (Julio) Esteve Flors († 1936), presbítero, religioso capuchino y mártir *.

17. En Benifallín (Alicante), Beata María Jordá Botella († 1936), virgen y mártir *.

18. En Madrid (España), Beato León (Manuel) Legua Martí († 1936), presbítero, de la Congregación de Terciarios Capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores, mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTOS COSME Y DAMIÁN

Mártires († s. III)

Con los santos populares de los primeros siglos la leyenda ha hecho estragos. De tal manera ha embrollado sus vidas, que ahora nos resulta poco menos que imposible desenmarañar la madeja.

Si fueron santos que, además, tuvieron mucho culto, que vieron surgir en honor suyo numerosas iglesias, que favorecieron con el beneficio de sus milagros a los fieles que se encomendaban a ellos, entonces la cosa se complica, hasta el punto de que podamos encontrarlos sufriendo el martirio en poblaciones distantes o hallar sus cuerpos enterrados en santuarios diferentes.

Todo se comprende partiendo de la devoción popular, que pedía detalles, anécdotas, referencias concretas, y si eran prodigiosas, mejor.

Y nunca faltaban quienes se prestasen a saciar esta ansia de noticias. No con mala intención, sino simplemente para glorificar al santo bendito. Eran tiempos en que el concepto de lo histórico no tenía un significado tan riguroso como en nuestros días.

Por eso, al comenzar la semblanza de San Cosme y San Damián habremos de desbrozar primero el terreno para quedarnos con el hecho cierto de su existencia, atestiguado por la enorme extensión de su culto, que alcanzó de Oriente a Occidente.

Lo que refieren las *gesta Cosmae et Damiani* merece poco crédito. Queden como ejemplo típico de leyendas hagiográficas, a las que el padre Delehaye dio hace ya años el golpe de muerte. Es verdad que todavía las recoge el segundo nocturno de maitines de su oficio litúrgico. Eso quiere decir únicamente la penosa tarea que tiene delante la Comisión Histórica de la Sagrada Congregación de Ritos antes de proceder a una reforma del breviario. Actualmente nos sirven de resumen de las pasadas tradiciones, a través de las cuales se percibe lo fabuloso. Veamos lo que dice el martirologio romano de estos santos:

> «En Egea, ciudad del Asia Menor, los dos santos hermanos Cosme y Damián, que en la persecución de Diocleciano sufrieron diversos tormentos, pues como hubiesen sido cargados de cadenas, arrojados a la cárcel, pasados por el agua y por el fuego, crucificados y por fin asaeteados, sin experimentar daño alguno gracias al auxilio divino, acabaron siendo decapitados hacia el año 300».

Las lecciones del oficio dicen además que «eran médicos muy distinguidos, que tanto como por sus conocimientos en medicina curaban con la virtud de Cristo, aun aquellas enfermedades que se consideraban incurables».

La tradición constante los designa con el calificativo pasados por el agua y por el fuego, crucificados y por fin asaeteados, sin exigir honores por sus servicios.

Pero aquí surge otra vez la duda: ¿fueron médicos en el sentido profesional de la palabra, o fueron más bien médicos sobrenaturales en virtud de las sanaciones milagrosas debidas a su intercesión después de muertos?

Esto segundo parece más probable y contribuyó eficazmente a la asombrosa propagación de su culto. Ya San Gregorio de Tours, en su libro *De gloria martyrum,* escribe:

> «Los dos hermanos gemelos Cosme y Damián, médicos de profesión, después que se hicieron cristianos, espantaban las enfermedades por el solo mérito de sus virtudes y la intervención de sus oraciones... Coronados tras diversos martirios, se juntaron en el cielo y hacen a favor de sus compatriotas numerosos milagros. Porque, si algún enfermo acude lleno de fe a orar sobre su tumba, al momento obtiene curación. Muchos refieren también que estos Santos se aparecen en sueños a los enfermos indicándoles lo que deben hacer, y luego que lo ejecutan, se encuentran curados. Sobre esto yo he oído referir muchas cosas que sería demasiado largo de contar, estimando que con lo dicho es suficiente».

A pesar de las referencias del martirologio y el breviario, parece más seguro que ambos hermanos fueron martirizados y están enterrados en Cyro, ciudad de Siria no lejos de Alepo. Teodoreto, que fue obispo de Cyro en el siglo V, hace alusión a la suntuosa basílica que ambos santos poseían allí. Desde la primera mitad del siglo V existían dos iglesias en honor suyo en Constantinopla, habiéndoles sido dedicadas otras dos en tiempos de Justiniano. También este emperador les edificó otra en Panfilia. En Capadocia, en Matalasca, San Sabas († 531) trans-

formó en basílica de San Cosme y San Damián la casa de sus padres. En Jerusalén y en Mesopotamia tuvieron igualmente templos. En Edesa eran patronos de un hospital levantado en 457, y se decía que los dos santos estaban enterrados en dos iglesias diferentes de esta ciudad monacal.

En Egipto, el calendario de Oxyrhynco del 535 anota que San Cosme posee templo propio. La devoción copta a ambos santos siempre fue muy ferviente.

En San Jorge de Tesalónica aparecen en un mosaico con el calificativo de mártires y médicos. En Bizona, en Escitia, se halla también una iglesia que les levantara el diácono Estéfano.

Pero tal vez el más célebre de los santuarios orientales era el de Egea, en Cilicia, donde nació la leyenda llamada «árabe», relatada en dos pasiones, y es la que recogen nuestros actuales libros litúrgicos.

Estos santos, que a lo largo del siglo V y VI habían conquistado el Oriente, penetraron también triunfalmente en Occidente. Ya hemos referido el testimonio de San Gregorio de Tours. Tenemos testimonios de su culto en Cagliari (Cerdeña), promovido por San Fulgencio, fugitivo de los bárbaros. En Rávena hay mosaicos suyos del siglo VI y VII.

El oracional visigótico de Verona los incluye en el calendario de santos que festejaba la Iglesia de España.

Mas donde gozaron de una popularidad excepcional fue en la propia Roma, llegando a tener dedicadas más de diez iglesias. El papa Símaco (498-514) les consagró un oratorio en el Esquilino, que posteriormente se convirtió en abadía. San Félix IV, hacia el año 527, transformó para uso eclesiástico dos célebres edificios antiguos, la basílica de Rómulo y el *templum sacrum Urbis,* con el archivo civil a ellos anejo, situados en la Via Sacra, en el Foro, dedicándoselo a los dos médicos *anárgiros.*

Tan magnífico desarrollo alcanzó su culto, por influjo sobre todo de los bizantinos, que, además de esta fecha del 27 de septiembre, se les asignó por obra del papa Gregorio II la estación coincidente con el jueves de la tercera semana de Cuaresma, cuando ocurre la fecha exacta de la mitad de este tiempo de penitencia, lo que daba lugar a numerosa asistencia de fieles, que acudían a los celestiales médicos para implorar la salud de alma

y cuerpo. Caso realmente insólito, el texto de la misa cuaresmal se refiere preferentemente a los dichos santos, que son mencionados en la colecta, secreta y poscomunión, jugándose en los textos litúrgicos con la palabra *salus* en el introito y ofertorio y estando destinada la lectura evangélica a narrar la curación de la suegra de San Pedro y otras muchas curaciones milagrosas que obró el Señor en Cafarnaúm aquel mismo día, así como la liberación de muchos posesos. Esta escena de compasión era como un reflejo de la que se repetía en Roma, en el santuario de los *anárgiros,* con los prodigios que realizaban entre los enfermos que se encomendaban a ellos.

El texto de la misa que acabamos de referir, cuyas oraciones son del sacramentario Gelasiano, debió de ser el empleado en la dedicación de la iglesia de los gloriosos taumaturgos, como lo abona la lectura de la epístola, tomada de Jeremías, en que se reprende la actitud de los judíos, que sólo veían en su templo de Jerusalén una gloria nacional, sin percibir que la presencia divina se hace más cercana para aquellos que cumplen los mandamientos y practican sobre todo la caridad con el prójimo. Esta misa debió de ser la usada primitivamente el 27 de septiembre, transferida después a la estación cuaresmal del jueves de la tercera semana. La actual para hoy tiene también muy en cuenta el poder milagroso de los dos hermanos, pues la lectura del evangelio nos presenta a Cristo rodeado de las turbas, «que querían tocarle, porque salía de él una virtud que curaba a todos». A pesar de la restauración un tanto «bárbara» que llevó a cabo el papa Barberini, Urbano VIII, en 1631, la iglesia de San Cosme y San Damián en el Foro es una de las más hermosas de Roma. En la actualidad es título cardenalicio. En el ábside, un antiguo mosaico de fondo oscuro con nubes rojas nos presenta a Cristo «con unos ojos grandes, que miran a todas partes», como dice el epitafio de Abercio, llenando con su presencia toda la sala de la asamblea. A uno y otro lado están los hermanos médicos, prontos a escuchar las súplicas de sus devotos.

Cabría preguntarse: ¿Por qué hoy estos santos gloriosos no obran las maravillas de las antiguas edades? Tal vez la contestación podría formularse a través de otra pregunta: ¿Por qué hoy no nos encomendamos a ellos con la misma fe, con esa fe que arranca los milagros?

También podría entrar en la providencia divina el reservar cada época a determinados santos, y así tenemos que en el sepulcro del monje Charbel Makhlouf, muerto en 1898, vecino libanés de los médicos sirios, parecen renovarse los prodigios que de éstos nos refieren los historiadores.

Pero lo que conviene es que no se apague la fe, que la mano del Señor «no se ha contraído». Y si San Cosme y San Damián continúan siendo patronos de médicos y farmacéuticos, bien podemos seguirles invocando con una oración como ésta, de la antigua liturgia hispana:

> «¡Oh Dios, nuestro médico y remediador eterno, que hiciste a Cosme y Damián inquebrantables en su fe, invencibles en su heroísmo, para llevar salud por sus heridas a las dolencias humanas haz que por ellos sea curada nuestra enfermedad, y que por ellos también la curación sea sin recaída!».

CASIMIRO SÁNCHEZ ALISEDA

Bibliografía

Acta sanctorum. Septembris, t.VIII, p.128-278.

BARDY, G., «Cosme et Damien», en *Catholicisme (encyclopédie).* II: *Bethléem-Confrères de la Passion* (París 1949) cols.1334-1335.

DEUBNER, L. A., *Kosmas und Damian* (Leipzig 1907; reimp. Aalen 1980).

PARIS, M., *Nous souvenant donc, Seigneur* (París 1946) 503-508.

TILLEMONT, L. S. DE, *Mémoires pour servir à l'histoire ecclésiastique des six premiers siècles...,* I (Venecia) 175 y 652.

SAN GEDEÓN

Juez de Israel

Los episodios del sagrado libro de los Jueces, «cuando no había rey en Israel y cada cual obraba conforme a su albedrío», parecen todos calcados sobre este sencillo esquema: *pecaba* Israel y le *castigaba* Dios; Israel *se arrepentía* y Dios le *perdonaba,* levantando el castigo. El pecado era la idolatría, y el castigo, la opresión de Israel por las gentes de Canaán y sus alrededores. Movido, al fin, el Señor por la penitencia de su pueblo elegido, «de proporcionaba libertadores —llamados jueces— que le sacasen de las manos de sus opresores y le librasen de tan dura servidumbre».

Uno de tales jueces o libertadores, a continuación de Barac y Débora la profetisa, allá por los años de 1240 antes de la era cristiana —sin que la fecha pueda tenerse por rigurosamente exacta—, fue Gedeón, hijo de Joás, de la familia *(clan,* dicen los modernos) o tronco de Abiezer, de la tribu de Manasés. Acomodada primero esta familia en la región de Galaad (hoy el reino hachemita de Jordania) al otro lado del Jordán, emigró después, y pasando el río, vino a residir en Efra u Ofra (hoy *Et-Taiyibe),* a unos doce kilómetros de Beisán, muy cerca de Naím y Endor, al lado del monte llamado Pequeño Hermón.

En Efra, donde su solar paterno era uno de los principales, si no el principal, nació Gedeón, que significa «cortador». Llamósele también Yerubbaal, Yerubbescheth y Yerubboscheth, como *destructor* del ídolo ignominioso de Baal y *cortador* de su bosque. San Agustín y Procopio de Gaza insinúan que fue *jiliarjos* = capitán o jefe de mil soldados, fundándose en la palabra hebrea «elef», que, sin embargo, en este caso no significa *millar* sino *familia,* o estirpe.

Vimos al principio la situación tan lamentable social, política y religiosa del pueblo hebreo en tiempo de Gedeón. No era mejor la exterior, muy semejante a la que hoy atraviesa el nuevo Estado de Israel cercado por todas partes de naciones árabes que le odian a muerte y, si posible les fuera, le borrarían del mapa.

> «Pecaron nuevamente —dice el sagrado texto— los hijos de Israel delante del Señor, el cual los entregó en manos de los madianitas por siete años; quienes de tal manera los oprimieron, que los israelitas se vieron obligados a poner su morada en las grutas naturales de los montes, en cuevas artificiales y hasta en ruinas de antiguos castillos».

El hecho central y culminante de la historia de Gedeón es precisamente la victoria conseguida contra estos madianitas por un medio del todo inadecuado para tan resonante y decisivo triunfo militar. Sabido es cómo en la Edad Media había entre nuestras villas y ciudades comunidad de pastos, que permitían apacentar los rebaños mucho más lejos del propio territorio o jurisdicción municipal; cosa parecida ocurre hoy entre las tribus beduinas, a ratos nómadas, del Oriente; el terreno de cada clan es inviolable y se guardarán muy bien de penetrar los demás en

él en plan de dominio; otra cosa es, sin embargo, tratándose del pastoreo, pues se mezclan unas tribus con otras, aunque a veces se sirvan de este derecho para invadir en son de guerra el ajeno territorio.

Las tribus nómadas contemporáneas y vecinas de Gedeón, so pretexto de apacentar los rebaños, pasaron el río Jordán y en plan de conquista acamparon en la planicie de Jezrael (hoy *Zerajin)* en la extremidad oriental de la extensa y rica llanura de Esdrelón. Planeóse el ataque colocándose Madián al norte, Amalec al sur y los *Beni Qedem* = Hijos del Oriente, agrupación de diversas tribus nómadas, al este. Del número e importancia de esta invasión nos persuaden estos datos bíblicos:

> «Cuando venía la sementera, se presentaban los madianitas, los amalecitas y otros pueblos orientales [...] y no dejaban a los israelitas nada de lo necesario para la vida, ni ovejas, ni bueyes, ni asnos, desolándolo todo por donde pasaban [...] Es de advertir que las tiendas de campaña henchían el valle de Jezrael como espesa plaga de langostas y sus camellos eran innumerables como las arenas de las orillas del mar».

Dos reyes, Zebee y Salmana, y dos príncipes, Orez y Zeb, capitaneaban aquel ejército que, a juzgar por las cifras bíblicas, se componía de 135.000 hombres. Era ya el séptimo año de invasión.

Obediente Gedeón a la voz de Dios convocó a toda la cognación de Abiezer y a las tribus de Israel que tenía más cerca. Resonó en los montes el clarín de guerra y los emisarios esparcidos por todas partes intimaron órdenes de concentración. Reuniéronse 32.000 hombres de Manasés, Aser, Zabulón y Neftalí. Hubo Gedeón, indudablemente, de justificar su jefatura recordando primero la reprensión general hecha en nombre de Dios por aquel «varón profeta», que aparece sin saber dónde, ni cuándo; refiriendo después la visita del «ángel del Señor» que le ordenó ponerse al frente del ejército y probó su misión quemando con su báculo (presentóse como caminante) la oblación preparada; participando, finalmente, la íntima y continua comunicación con la que Dios le favorecía, mandándole destruir el altar de Baal, accediendo a la prueba del rocío y el vellocino, y revelándole la victoria por el diálogo de los centinelas madianitas escuchado por Gedeón y su criado Fara.

Nuevamente habló Dios a Gedeón para decirle que no quería que Israel le disputase la gloria del triunfo a causa del número, y así, hecha la primera prueba, abandonaron las filas 12.000 soldados, practicada la segunda, consistente en el modo de beber (en pie o arrodillados) en la fuente de Harad (hoy *Ain-Djalud,* en la montaña de Gelboé), quedaron sólo 300, quienes en tres grupos y armados de bocinas en la diestra y de ollas con teas encendidas dentro en la izquierda, irrumpieron de noche por tres sitios diferentes en el campamento y rompiendo las vasijas, sonando las trompetas y gritando: «Espada del Señor y de Gedeón», sembraron la confusión entre los orientales, haciendo que se matasen unos a otros y huyendo los demás. Cortando a éstos los de Efraím el paso del Jordán, completaron la gesta.

Disfrutó Israel de paz cuarenta años y sirvió a Dios toda la vida de Gedeón, quien murió y fue puesto en el sepulcro de su padre Joás en Efra, a donde se había retirado. Con el oro cogido al enemigo había fabricado un efod, o monumento conmemorativo, causa ocasional de prevaricación de Israel, después de su muerte, por lo que va Gedeón envuelto en la acusación bíblica como causa remota, aunque involuntaria. Respecto a la poligamia (tuvo 70 hijos de varias mujeres), ni es caso único en los santos del Antiguo Testamento, ni la ley evangélica estaba en vigor.

Completamos esta biografía, proclamando la santidad de Gedeón.

> «Loados sean también los Jueces, cada uno por su nombre —exclama el Eclesiástico—, cuyo corazón no fue pervertido, porque no se apartaron del Señor; a fin de que sea bendita su memoria y reverdezcan sus huesos allí donde reposan y dure para siempre su nombre y pase a sus hijos con la gloria de aquellos santos varones».
>
> «¿Y qué más diré todavía? —añade San Pablo a los Hebreos—: El tiempo me faltará, si me pongo a contar de Gedeón, de Barac, de Sansón, de Jefté, de David, de Samuel y de los Profetas; los cuales por la fe conquistaron reinos, ejercitaron la justicia y alcanzaron las promesas».

La Iglesia, en una epístola del *Común* de muchos mártires, llama *santos* a los citados por el apóstol en dicho texto y ha colocado a Gedeón en el *Martirologio romano* al día 1 de septiembre,

figurando su nombre en casi todos los demás martirologios, dándosele en algunos el título de profeta.

Califícanle varios Santos Padres de varón justo, amado de Dios, *santo, santísimo,* y le presentan como figura o tipo de Jesucristo.

Finalmente, aunque la frase que usa la Sagrada Escritura para referirnos su muerte —«murió en buena vejez»— signifique de suyo una edad avanzada, fundándose los exegetas en que también se aplica a otros varones conspicuos (Abrahán, David), la entienden asimismo de la salud, de la tranquilidad, de la fama, de la autoridad, de los méritos y virtudes, de la buena conciencia, de la amistad con Dios, en una palabra, de la santidad.

JULIÁN CANTERA ORIVE

Bibliografía

Jue c.6-9; 1 Re 12,11; 2 Re 11,21; Heb c.11 y comentarios correspondientes.
• Actualización:
IBÁÑEZ ARANA, A., *Josué. Jueces. (Texto y comentario)* (Madrid 1990).
LANG, J. M., *Gedeón y los jueces* (Barcelona 1998).
NAVARRO PUERTO, M., *Los libros de Josué, Jueces y Rut* (Barcelona 1995).

SAN NILO EL JOVEN

Abad y fundador († 1004)

San Nilo de Rossano (o el Joven) es un personaje prácticamente desconocido en nuestros lares, pero muy respetado en el ambiente ítalo-griego de las cercanías de Roma. Su fundación basiliana de Túsculo se mantiene próspera en el monasterio de Grottaferrata. Se tiene la suerte de conocer bien su vida gracias a una biografía escrita en griego por su discípulo Bartolomé de Rossano que le sucedió como higumeno o abad de su monasterio.

Nilo nace en el año 910, de una de las principales familias griegas de Rossano, la de Malena, en la actual provincia italiana de Cosenza, en Calabria. Las poblaciones del entorno son de cultura bizantina; el evangeliario griego conservado en Rossano, el buen griego del libro de Barthélemi atestiguan la influen-

a de Constantinopla. Pero la Calabria griega estaba constante-
ente amenazada y asustada por los vecinos musulmanes de
cilia.

El recién nacido fue bautizado con el nombre de Nicolás y
cibió una buena educación. Siendo un muchacho, serio e inte-
gente, amante de la lectura y fervoroso, pensó en hacerse clóri-
o o monje; y sin embargo en un momento de pasión juvenil,
o tuvo empacho (los ciudadanos «romanos» no podían casarse
gítimamente con doncellas de rango inferior) en tomar por
oncubina a una pobre joven de la que se había enamorado,
on la que al parecer tuvo una hija. La historia es algo confusa;
o se sabe bien si por razones jurídicas —el concubinato esta-
a prohibido por las leyes justinianas— o por otros motivos,
omo la muerte de la mujer que había amado hasta entonces,
npezó de nuevo a entrar en sí y a ver las cosas desde sus más
ntiguos e íntimos deseos; entonces un buen día, en 940, hizo
oto de renunciar al mundo ante la imagen *akeiropoiéte* (la no he-
na por mano de hombre) de la Virgen Santísima, en la catedral
e Rossano.

Era aquel tiempo un momento de relativa paz y, por lo de-
ás, Rossano tenía unas sólidas murallas. Pero fuera la época
a sombría. Guerras entre lombardos y bizantinos; razzias mu-
almanas en las costas. Los eslavos de los Balcanes, los «escla-
os» de la «Eslavona», vendían esclavos a los emires de Sicilia;
e este modo en una orilla del mar Adriático, al este, existían al-
macenes ignominiosos de carne humana y en la otra, la del po-
iente, no cejaban las guerras desastrosas. Para acrecentar su ar-
nada desigual e irregular, un general bizantino no dudaba en
educir a esclavitud a los habitantes de las colonias militares
musulmanas e incluso a las cristianas; aunque también es cierto
ue, embarcado posteriormente en Brindisi para marchar a
riente, los dejó sobre la orilla del mar.

Nicolás no alcanzó a hacerse monje sin dificultades. Era de-
arión de Rossano, es decir un recaudador de los impuestos, y
ra difícil hacerse monje en la propia Villa abandonando el car-
o sin un permiso difícil de obtener. Marchó, pues, en secreto al
monasterio de Mercurión, próximo a Palma cerca del Tirreno.
ero aquello era territorio imperial y el fisco o los tribunales po-

drían hacerle una mala pasada, ya que, además, estaba severamente prohibido dar el hábito de monje a los cargos públicos sin consentimiento gubernamental. Así pues, nuestro aprendiz de monje emigró al país del príncipe lombardo de Salerno, al monasterio basilio de San Nazario, cerca de Seminara. Puesto en camino, se encontró con un musulmán del que temió que le propinara los peores tratos, y de pronto se vio obsequiado con provisiones para el camino; el trance le pareció milagroso. En San Nazario se consagró de veras al Señor y Nicolás recibió el nombre de Nilo en honor del exprefecto de Constantinopla, discípulo de San Juan Crisóstomo y monje del Sinaí. Siendo ya monje pudo regresar al monasterio de Mercurión. Se había convertido en un monje obediente, humilde, mortificado, que sólo estaba dedicado a la contemplación de las cosas de Dios. Se decía que estaba hecho un nuevo Pablo, del mismo modo que su superior Fantino era un nuevo Pedro.

Entre tanto el califa Mansur atacó al emperador Constantino Porfirogeneta. Fantino huyó a refugiarse acompañado de algunos monjes a Tesalónica, donde murió santamente. Entonces Nilo rehusó sucederle; pidió a los monjes que eligiesen a Lucas, hermano del anterior abad, y obtuvo permiso para vivir como solitario en un bosque cercano junto a la montaña, y en cercanía de una capilla dedicada a San Miguel. Pronto se le unieron dos compañeros, Esteban y Jorge; este último también había sido decurión de Rossano, y llegará también a ser venerado como santo.

El año 951, un cuerpo expedicionario de Asán, el emir de Sicilia, desembarcó en Reggio, en el estrecho de Messina. Las tropas griegas pasaron a pillaje la Calabria; como después harán los cruzados con ellos. Pero fueron expulsados en la batalla del 8 de mayo de 952. El monasterio de Mercurión fue destrozado en medio de estas luchas. Nilo se había escondido en el bosque, y cuando pudo visitar las ruinas de su monasterio vio que no había quedado nada, ni siquiera su cilicio. Durante algún tiempo Nilo creyó que uno de sus compañeros había desaparecido para siempre, pero al fin un grupo de caballeros cristianos que recorrían los contornos disfrazados de musulmanes le dijeron que lo habían encontrado.

Nilo volvió a Rossano, a Santa María del Patir, donde fue elegido abad o higumeno. Mas hubo una nueva invasión en 956. El puerto de Reggio fue asediado. Pero esta vez el islam tuvo que retroceder. A estos conflictos bélicos siguió un período de gran paz, de más de doce años, e incluso griegos y árabes se aliaron para combatir al emperador Otón I de Sajonia.

Nilo organizó la paz monástica y es tradición que fundó una escuela de calígrafos que copiasen maravillosamente los mejores textos de la cultura y piedad antigua; él mismo poseía ese arte consumado y un amor extraordinario por el saber y los libros y así intentó siempre infundírselo a sus monjes y discípulos. Organizó también a las monjas. Para ellas arregló en Rossano el monasterio de Santa Anastasia fundado por un alto cargo imperial.

Nilo era ya entonces un personaje importante y un verdadero hombre de Dios. El *domesticós* León y el arzobispo de Reggio le venían a visitar para escuchar sus sabios consejos y su sabiduría a ejemplo de lo que hizo la reina de Sabá con Salomón. Nilo tomó una vez un pasaje de la Escritura en el que se habla de los pocos que son elegidos y no dudó en explicar: «Si vosotros no vivís santamente no escaparéis a los castigos eternos». Uno de los cortesanos acompañantes se atrevió a proponerle una pregunta llena de ironía: «¿Se salvó Salomón, o se condenó?». El anciano respondió con cortesía a aquel joven libertino:

> «Yo más bien quisiera saber que tú me contestases si tú te vas a salvar o por el contrario te vas a condenar, porque ¿qué es lo que nos importa a ti y a mí si Salomón se salvó o se condenó? No a él sino a nosotros se nos ha dicho: el que mira a una mujer codiciosamente ha cometido ya adulterio en su corazón. Y si alguno destruye el Templo de Dios, Dios le destruirá a él. De Salomón no hay rastro en la Escritura de que haya hecho penitencia de sus pecados como lo hizo Manasés, ¿quién puede asegurar que se haya salvado?».

El juez imperial a quien se debía el monasterio de Santa Anastasia se puso enfermo. Y se irritó contra Nilo porque no le había enviado «eulogias» o piadosos objetos tal como era costumbre en estas ocasiones. Estando a punto de morir el juez pidió el hábito monástico. Nilo le dijo: «tu profesión bautismal es suficiente. La penitencia no requiere dar nuevos pasos. Ten un

corazón contrito y un vivo deseo de cambiar de vida». Pero el otro insistió y obtuvo el hábito. La cosa obró como un milagro: el moribundo dio libertad a sus esclavos, repartió sus bienes entre los pobres y él alcanzó la vida eterna a los tres días.

El arzobispo de Rossano realizó un viaje al norte de África y volvió con muchos cristianos rescatados gracias a su hermana que era una de las favoritas del califa de Cairuán. Animado con tan buen éxito quiso volver a hacerse a la mar; Nilo quiso disuadirle pero no le hizo caso y partió; y nunca jamás se supo más de él.

De nuevo parecía que la guerra contra el Islam iba a recomenzar. Un *magistrós* ordenó a los habitantes de Rossano proveer de galeras a la ciudad. Sus ciudadanos rehusaron hacerlas e incluso se llegó a ir a las atarazanas del puerto e incendiar la madera allí preparada. Nilo tuvo que interceder por los amotinados, que fueron perdonados, pero no sin el pago forzoso de una fuerte multa. También intervino cerca de la comunidad judía, importante e influyente en la ciudad, para que no se ejecutase a un joven que había matado a un israelita. El gobernador de la ciudad quiso nombrar a Nilo como nuevo arzobispo de la ciudad, pero el anciano higumeno declinó el nombramiento.

Nilo avisó que pronto iba a haber guerra; y así fue y esta vez vencieron los agarenos. En la refriega tres monjes fueron hechos prisioneros y deportados a Sicilia. Nilo envió al emir cien monedas de oro y una carta para pedir su rescate. El emir quedó tan edificado por las palabras del hombre de Dios leídas en la carta que devolvió enseguida a los prisioneros, junto con las cien monedas y otros regalos, como un montón de pieles de cabra; les acompañaba un mensaje en el que decía a Nilo:

> «Si tus monjes han sufrido algo es por tu culpa, pues tú no tenías sino decirme una palabra y al momento te los hubiese devuelto [...] Si tú te dignas venir a verme, podrás vivir aquí libremente en mi región, en la que serás honrado y venerado por todos».

El 15 de junio de 982, en una batalla cerca de Stilo, provincia de Reggio, Otón II atacó a los griegos, aliados con los musulmanes en aquellas circunstancias; pero tuvo que ponerse en fuga y fortuitamente murió enseguida en Roma. El emir también había muerto y Bizancio volvió a apoderarse de todo el sur

italiano. En aquellos momentos Nilo había emigrado a Capua, en la que fue muy bien recibido por Pandulfo Capoferro. Este príncipe solicitó a Montecasino que cediese un monasterio a Nilo. El abad casinense, Aligerno, invitó a Nilo para que oficiara con sus monjes la liturgia oriental. Se cuenta que para aquella ocasión Nilo compuso un acróstico en honor de San Benito que los 60 monjes «griegos» cantaron con voz solemne y dulce al mismo tiempo. Sin embargo, aquella «tropa» barbuda, de largos cabellos mal recogidos, de costumbres tan extravagantes, sorprendió a los hijos de San Benito y Nilo tuvo que defender ante «occidente» sus tradiciones y normas. Al fin el higumeno Nilo recibió de sus hermanos los monjes benedictinos el monasterio de Valleluce, que él logró cambiar por el de Serperi cerca de Gaeta. A cambio Montecasino recibió las enseñanzas de aquellos maestros consumados en caligrafía, que dejaron escuela en la casa de San Benito y a la posteridad occidental.

En 998, Otón III bajó a Italia para restablecer al papa, alemán, Gregorio V. El patricio Crescencio lo había sustituido en la sede romana por un griego de Rossano, Juan XVI. Éste fue hecho prisionero por los agentes de Otón y, según las bárbaras costumbres de entonces, se le castigó arrancándole los ojos. Nilo, al enterarse, se presentó en Roma para que, al menos, se le perdonase la vida a aquel desgraciado. Se le otorgó la vida, pero a cambio de obligarle a hacer un paseo grotesco entre la burla del populacho, algo, a veces, más ignominioso que la misma muerte. Ante esta enorme irrisión de un hombre que había sido pontífice de Roma, Nilo no logró contener su indignación. El emperador le envió un mensaje presentándole vagas excusas. El santo anciano dijo entonces al mensajero:

> «Ve a decirle al emperador y al papa lo que este viejo loco dice: Habíais acordado entregarme a ese pobre ciego únicamente por amor de Dios. Pues bien, todo el daño que le habéis hecho de más, no es a él sino a mí mismo al que lo habéis hecho. Os habéis burlado de Dios. No habéis tenido piedad de aquel que había caído en vuestras manos. Sabed bien que el Padre celestial no os perdonará vuestros pecados».

El mensajero volvió a tartamudear excusas, pero Nilo inclinó su cabeza sobre el pecho y se hizo el desentendido del que continuaba hablando.

El papa Gregorio V murió enseguida y al año siguiente el emperador hizo una peregrinación penitencial a San Miguel en el monte Gárgano. Se detuvo en Serperi, donde pudo admirar aquellas cabañas de «los ciudadanos del cielo, de tránsito por la tierra»; eran los monjes de Nilo. El higumeno lo llevó hasta el oratorio y después conversaron un poco. Otón ofreció entonces a Nilo levantarle un gran monasterio, ricamente dotado. El venerable anciano le respondió:

> «Si los hermanos que viven conmigo son verdaderos monjes, Cristo, que ha velado siempre por ellos durante mi vida, tendrá mucho más cuidado de ellos cuando yo falte. Porque Dios no ama el poder del poderoso, ni el vigor del fuerte, sino a aquellos que esperan en su misericordia».

Entonces el emperador le dijo:

> «Pídeme lo que quieras, y yo, como un buen hijo, te lo daré con el mayor de los gustos».

El santo puso su mano sobre el pecho del emperador y le dijo:

> «No pido nada de tu poder, sólo quiero la salvación de tu alma. Tú has tenido a bien ser emperador, pero eres mortal y morirás. Vas a ser juzgado y deberás rendir cuenta de tus actos buenos o malos».

Entonces, el príncipe, con los ojos llenos de lágrimas, inclinó su coronada testa entre las manos del anciano monje y después de recibir su bendición, se alejó rápidamente. Esta entrevista fue plasmada en Grottaferrata por Domenichino en 1610.

Transcurridos diez años en Serperi, Nilo marchó a Túsculo. El señor del lugar, que tenía el trono pontificio como un bien de familia del que podía disponer a su voluntad, entregó al recién llegado un hermoso lugar solitario que había sido propiedad de Cicerón, situado cerca de la ciudad. Nilo falleció allí, en 1004 o 1005, a los 95 años de su edad. Los monjes lo trasladaron pronto al oratorio de Grottaferrata, más tarde convertido en una gran basílica, donde todavía hoy se veneran sus reliquias. De este monasterio su culto pasó a extenderse a todos los monjes ítalo-griegos y en las diócesis posteriormente latinas de Rossano, Gaeta y Frascati.

Se le llama a veces Nilo «el Joven» para distinguirlo de su santo patrón el monje sinaíta. Fue el cardenal Baronio quien introdujo a San Nilo en el Martirologio romano, en 1586.

LUIS M. PÉREZ SUÁREZ, OSB

Bibliografía

BAUDOT, J. - CHAUSSIN, L., OSB, *Vie des saints et des bienheureux...* IX: *Septembre* (París 1950) 536-541.
El santo de cada día. V: *Septiembre-octubre* (Zaragoza 1955) 261-269.

SANTA TERESA (MARÍA VICTORIA) COUDERC

Virgen y fundadora († 1885)

Santa Teresa Couderc, fundadora en Francia de las Hermanas del Retiro del Cenáculo, de extraordinaria humildad y caridad, siempre de cara a la cruz, ha sido una de las personas suscitadas por Dios para vigorizar la fe y el espíritu cristiano en el ambiente de abierto laicismo que siguió a la conocida Revolución Francesa. Sus 80 años de vida se desarrollaron a lo largo del siglo XIX, siendo un ejemplo vivo de sólida virtud y dando origen a una Obra que, mediante los Ejercicios Espirituales, se propone renovar el mundo y encender a los creyentes en el fuego del amor divino que él vino a traer a la tierra.

Nació el 1 de febrero de 1805 en Mas de Sablières, diócesis de Viviers (Francia), en una familia campesina honesta y cristiana, hija única de Claudio Miguel Couderc y Ana Mery. Fue bautizada con el nombre de María Victoria.

En los días difíciles de la Revolución, con evidente riesgo, este matrimonio había recibido en su propia casa a sacerdotes perseguidos y a religiosos expulsados de sus conventos, dando con ello prueba del vigor de su fe y de su fortaleza y caridad cristianas. En este ambiente familiar de sólida piedad y, a pesar de la distancia, acudiendo frecuentemente a la parroquia, regida por un celosísimo sacerdote, creció María Victoria. «¡Qué bien sabía el catecismo!», dicen quienes la conocieron de niña. El 15 de mayo de 1815, apenas cumplidos los 10 años de edad, recibió con gran fervor su primera comunión.

No era fácil conseguir una buena instrucción elemental en un momento en que el país acababa de salir de una violenta revolución, y menos en las zonas rurales. Por eso, cuando tenía 17 años, sus padres la llevaron a un colegio recién abierto en un pueblo cercano: el de las Hermanas de San José *aux Vans*. Allí completó su formación religiosa y destacó por su inteligencia. Pronto comenzó también a sentir deseos de «ser toda de Dios».

En 1825, cuando contaba 20 años, volvió a Mas de Sablières para asistir a una misión predicada por un misionero diocesano, el P. Terme, cura en Aps y fundador de una Congregación religiosa, las Hermanas de San Francisco Régis, dedicadas a la educación. Durante esta misión María Victoria confirmó su vocación de total entrega al Señor y se acogió a la dirección espiritual del aludido P. Terme, quien, en 1826, con el consentimiento de los padres, la envió a Aps, donde había reunido a algunas personas piadosas para formarlas en la vida religiosa. En Aps fue confiada a Sor Clara, una religiosa de la Presentación de María que preparaba a este grupo de jóvenes para la enseñanza de los niños. Pero María Victoria no había ido allí para aprender a dar clase, sino para recibir su primera lección de humildad. «Es preciso que seáis tan pequeñas —les decía el P. Terme— que todo el mundo pueda caminar sobre vosotras». Además, su maestra, Sor Clara, era extraordinariamente humilde y sencilla.

Convencida de su vocación a la vida religiosa, y destacando por su piedad, su observancia y su modestia, María Victoria tomó el hábito el día 27 de marzo del mismo año 1826, recibiendo el nombre de Sor Teresa.

En 1827 el P. Terme debía predicar una misión en *La Louvesc,* lugar donde solían acudir muchos peregrinos porque allí estaba el sepulcro de San Francisco Régis (1597-1640). Sintiendo la llamada del Señor a fundar una hospedería para las mujeres, que solían alojarse en pésimas condiciones, confió este encargo a tres Hermanas del grupo de Aps, entre ellas Sor Teresa Couderc. Había pensado en Sor Clara para superiora y Maestra de novicias, pero no fue posible por razones de salud, por lo que nombró para el primer cargo a Sor Inés y para el segundo a Sor Teresa Couderc. Pero a los pocos meses, por tener que atender a una escuela, Sor Inés debió abandonar *La Louvesc.*

Aunque en ese momento Sor Teresa sólo contaba 23 años de edad y el P. Terme consideraba que era demasiado joven para ponerla al frente de la pequeña comunidad, el 1 de mayo de 1828 la nombraba superiora, bajo su supervisión. Permaneció en este cargo algo más de diez años, hasta octubre de 1838. Sor Teresa hizo sus primeros votos religiosos el día 1 de noviembre de 1828 y la profesión perpetua en París, en manos del Obispo de Viviers, mons. Guibert, el 6 de enero de 1837.

Su gobierno fue verdaderamente religioso. «Sólo deseaba el reino de Dios», afirman sus contemporáneos, viviendo y favoreciendo una vida fraterna, de sencillez, de humildad y de puntual cumplimiento de todas las obligaciones. Allí reinaba el orden, la paz y la caridad. Esta «edad de oro» de la pequeña comunidad fue el germen de «El Cenáculo».

Muy pronto, en septiembre de 1829, consiguió que la inicial hospedería se convirtiera, además, en una casa de Ejercicios Espirituales, convencida de que ésta era la verdadera misión del grupo de religiosas que ella dirigía. Mientras tanto el P. Terme, que conoció los *Ejercicios de San Ignacio* a través de los Jesuitas de Vals-près-du-Puy, encaminó hacia esta espiritualidad a las Hermanas de S. Francisco Régis, transformadas después en «Damas del Retiro». Ambos, el P. Terme y Sor Teresa, estaban cooperando en una fundación ya comenzada por él cuando ella se incorporó, pero a la que la santa dotó de una organización definitiva, de una profunda vivencia religiosa y, sobre todo, de la idea original de dar amplio espacio a la oración y al retiro, que el P. Terme aceptó con mucho gusto.

La de enseñanza y la de ejercicios espirituales parecían dibujarse como dos ramas de una misma fundación. *La Louvesc* era considerada Casa Madre de la Congregación de S. Francisco Régis o Damas del Retiro, y desde allí se emanaban todas las directrices, aunque en ella no había enseñanza como en las demás. Su función continuaba siendo acoger a las numerosísimas peregrinaciones, favorecer y organizar cuidadamente los ejercicios piadosos y también, en la medida de lo posible, evangelizar a los pobres del entorno en escuelas rurales. El recogimiento y el silencio que reinaba en la casa era un verdadero testimonio para todos, atrayendo nuevas vocaciones.

Su calidad de fundadora se puso de manifiesto a la muerte del P. Terme, que tuvo lugar el 12 de diciembre de 1834. Su amor al recogimiento, al silencio, a la vida ordenada, hicieron de ella la verdadera iniciadora de una nueva congregación religiosa.

Para mantener la obra iniciada, el P. Terme había confiado al P. Bonnel, de la Compañía de Jesús, las «Damas del Retiro», nombre que parecía prevalecer al de «Congregación de San Francisco Régis». La M. Teresa Couderc lo visitó pronto en Viviers y éste encargó al P. Francisco Renault, provincial de los Jesuitas franceses, que redactara las Constituciones de la nueva fundación, basándose en un proyecto elaborado por el P. Terme. El 11 de mayo de 1836 mons. Bonnel, ya Obispo de Viviers, aprobaba la Regla de las «Damas del Retiro» y su nuevo hábito.

Para resolver el tema de las dos posibles ramas, sin hacer intervenir en ello a la M. Teresa, los Jesuitas convocaron en *La Louvesc* a todas las religiosas: las de la Congregación de San Francisco Régis y las Damas del Retiro, proponiendo a las primeras unirse a las Hermanas de San José, dedicadas a la enseñanza. No pareció oportuna la propuesta y la cuestión se zanjó con el reconocimiento de ambos grupos que, en adelante, seguirían por separado. Así, el 16 de junio de 1836 el P. Provincial de los Jesuitas obligaba a las «Damas del Retiro» a separarse de las «Hermanas de San Francisco Régis», afirmándose éstas en su inicial orientación hacia la escuela y con centro en Aps. Formularon todas un compromiso de mutua estima y caridad entre ambas familias religiosas, quedando en excelente relación.

La madre Teresa permaneció como superiora de las «Damas del Retiro» en *La Louvesc,* que fue la única casa dedicada a ejercicios espirituales; las otras se ocupaban de la enseñanza. «Las cosas no podían ir mejor», dicen los conocedores del momento. En *La Louvesc* reinaba «la unión de corazones, la caridad, el orden». En este ambiente de honda espiritualidad, la santa quiso realizar una consagración completa a Nuestra Señora de Ay el día 15 de agosto, nombrándola Superiora de su Casa. Abdicó «bajo condición» en sus manos, pidiendo «estar continuamente animada por el espíritu de Jesucristo», con el fin de «obedecer siempre a la voz de la gracia y nunca a la de la naturaleza». Esta

consagración, esta abdicación, esta oración fueron el principio de todo lo que vino después.

Dada la dureza del clima de *La Louvesc,* Sor Teresa intentó fundar una casa en Tournon, pero duró poco tiempo, quedando solamente una pequeña capilla. La novedad para ella fue que, después de diez años de haber dirigido con notable acierto, reciedumbre espiritual, sabiduría y prudencia la nueva fundación, entró en casi medio siglo de humillaciones y sufrimientos, que no hicieron sino poner de manifiesto la verdad evangélica de que «si el grano de trigo cae y muere, da mucho fruto», fortaleciendo así, como auténtica fundadora, las raíces más hondas de la obra que le había confiado el Señor.

Bien por la separación de las dos ramas, o porque los herederos de una benefactora la privaron de los recursos económicos prometidos, pronto comenzaron a presentársele las correspondientes dificultades y, sobre todo, tuvo que sufrir la acusación de no saber salir de ellas airosamente. Esto trajo como consecuencia que en octubre de 1838 el P. Renault, SI, valorando equivocadamente las cualidades de la condesa de La Villeurnoy, la colocara como «superiora fundadora» de la congregación. Era postulante desde hacía pocos días, muy rica, y desde el primer momento le habían confiado la administración, esperando que superara la situación económica y que atrajera nuevas vocaciones. En realidad no fue así, pero, perfectamente obediente y lúcida, sor Teresa la acató sin ninguna resistencia, pasando del primero al último lugar. Era un grave desaire respecto a ella en el ambiente social de la época, pero humildemente inclinó la cabeza, fiel a su regla de obediencia.

No había transcurrido todavía un año cuando ya resultaba evidente que la nueva «superiora» estaba llevando la Congregación a la ruina: el fervor se desvaneció como por encanto y también el silencio y el recogimiento, por lo que fue obligada a retirarse. Sor Teresa reaccionó como los santos: permaneció en el último lugar, pero indicó quién debería ocupar el primero. El 24 de septiembre de 1839, el P. Renault nombraba en el puesto de La Villeurnoy a la madre Contenet, una excelente superiora. Sin embargo, las pruebas no terminaron para sor Teresa, pues la M. Contenet no perdió ocasión de marginarla y de someterla

a dolorosas humillaciones durante sus más de doce años de mandato, que se prolongó hasta su muerte el 24 de febrero de 1852. Por ejemplo, su trabajo era supervisado por las novicias, que incluso tenían autorización para reprenderla. Sor Teresa Couderc aceptó todo con silencio y paciencia, soportando cruces semejantes durante todo el resto de su larga vida.

A lo largo de muchos años vivió ignorada por todos y, lejos de sentirse ultrajada, demostró que encontraba natural que se la tratase de ese modo. La verdadera fundadora aceptó humildemente esta situación, revelando su naturaleza mística al decir:

> «Cuando nuestro Señor quiere servirse de un alma para su gloria la hace pasar primero por la prueba de la contradicción, por la humillación y por el sufrimiento; no se puede ser un instrumento útil de otra manera».

En consecuencia, para servir al Señor como útil instrumento aceptó todas las pruebas. «Ella se conformaba con rezar y con dar continuamente ejemplo de obediencia», viendo con inconmovible fe y esperanza que se derrumbaba lo que con tanta dedicación y amor había ido construyendo espiritual y organizativamente. Pero no desfalleció ni vaciló nunca, manifestando una fuerza heroica para contener su naturaleza y permanecer en virtuoso silencio.

Poniendo responsablemente a contribución cuanto le era posible, el 27 de diciembre de 1842 consiguió adquirir una casa en Fourvières y en 1850 fundaba la de París. También fue consolador para ella que la M. De Larochenégly, elegida superiora el 7 de marzo de 1852, le testimoniara una estima y comprensión crecientes, con lo que experimentó cierta rehabilitación. Y gozó espiritualmente cuando el 25 de marzo de 1852 la Obra de las «Damas del Retiro» fue consagrada a la Virgen del Cenáculo. El 28 de mayo de 1854 se celebraba por primera vez la fiesta de dicha Virgen del Cenáculo, que había de identificar a la fundación.

En adelante, los acontecimientos continuaron presentando dificultades tanto para la obra como para nuestra santa. Confiando en su prudencia y virtud, el 7 de marzo de 1855 Sor Teresa fue enviada a la casa de París a causa de los problemas suscitados por la superiora local que, poco después, el 17 de junio,

rompía con la congregación llevando tras sí a cuatro hermanas. Sor Teresa Couderc quedó en París «como ejemplo de Regla viviente» hasta el 24 de noviembre de 1856, restableciendo plenamente la concordia.

Después, su vida continuó siendo un alternarse de servicios y responsabilidades, según lo demandaba la necesidad, pero siempre desde el más discreto silencio y humildad. Así, fue superiora de varias casas por espacios muy breves: dirigió la casa de Tournon, del 25 de noviembre de 1856 al 29 de abril de 1857; la de La Louvesc, del 29 de abril al 11 de junio de 1857, quedándose allí hasta el 29 de septiembre y volviendo luego a Tournon, que se debía vender, desde el 29 de septiembre de 1857 hasta el 14 de abril de 1858. Pasó luego a Lyón y participó en agosto de 1860 en la fundación de Montpellier, donde fue guardiana, o asistente, desde el 23 de febrero al 11 de marzo de 1861, del 13 de febrero al 25 de marzo de 1862 y del 17 de julio al 2 de agosto de 1865.

Dada su edad, ya no joven, y con precaria salud, el 18 de junio de 1861 recibió en Montpellier la unción de los enfermos. Algo después, en torno a 1865, estando aún en esta ciudad, hizo voto de no admitir cargo alguno, deseando ser únicamente una hostia viviente en continua súplica ante la majestad divina.

El 19 de marzo de 1867 partió hacia Lyón, pocos días antes de la clausura de la fundación de Montpellier. Desde ese año en adelante vivió en Fourvières, de modo muy ascético y ofreciéndose como víctima a Dios, con el propósito de «asumir todo, aceptar todo, someterse a todo». Allí fue asistente desde el 2 de abril al 1 de julio de 1867 y guardiana del 28 de octubre al 8 de noviembre.

Deseosa siempre de conformarse a la voluntad de Dios y, en su estado de continua humillación gozando hasta el final de su vida de una gran dulzura de unión divina, su progreso espiritual estuvo señalado por tres fechas principales.

El 20 de octubre de 1859, día en que tuvo lugar una confirmación del P. Maréchal, SI (1814-1867) sobre el espíritu de sacrificio y de inmolación, se ofreció como víctima a Dios, obedeciendo a una voz interna que le decía: «Tú serás víctima de holocausto». Se entregó de manera que todo en ella fuese para Dios.

El 26 de junio de 1864, estando en Montpellier, mientras se preparaba para la misa comprendió que «el gran medio para entrar en el camino de la perfección y de la santidad es entregarse por completo a nuestro buen Dios». O sea, superar incluso el abandono para «unirse a todo, aceptar todo, someterse a todo». En Fourvières, donde vivió desde 1874 hasta la muerte en 1885, rechazó ser «inundada de consolaciones» asociándose a los sufrimientos de Jesús en Getsemaní. En 1878 se quedó sorda, y el reumatismo la recluyó en su habitación o en una pequeña tribuna lateral de la capilla. Así, durante más de ocho años, recibió la gracia de participar en la agonía de Cristo, sufriendo su mismo pavor y afligida por su misma tristeza y dolor. En febrero de 1878 declaraba: «Tengo un temor continuo, estoy oprimida por el tedio, mi alma está reducida a la agonía». Pero jamás pidió a Dios ser liberada de estas penas, sino «solamente fuerza para sufrir y el amor a la Cruz que nos hace sufrir». Fue una etapa de inactividad externa, pero de extraordinaria fecundidad interior para ella misma y para todos aquellos a quienes alcanzó su oración y su testimonio.

Otra fecha importante para ella fue el 10 de enero de 1885, en que confió a su superiora que se veía como «rodeada de multitudes que rezan sin interrupción con un acento penetrante y cantan en un tono grave los himnos, los salmos y las oraciones litúrgicas». Pensaba que eran las almas del purgatorio.

Su muerte tuvo lugar el 26 de septiembre de 1885, y las hermanas que la asistieron entonaron un doble *Magnificat*. Su papel de superiora había sido corto: los diez años que van entre 1828 y 1838; pero el ejemplo continuo de su virtud y de víctima generosa y decididamente ofrecida al Señor, se había prolongado los 47 últimos años de su vida. Dios la condujo a la perfección a través de la humillación, asociándola místicamente a los padecimientos de su Hijo. Fue ésta su gran aportación, la que verdaderamente consolidó y lanzó hacia el futuro la obra naciente.

El «Cenáculo» fundado por ella recibió un decreto de alabanza por parte de la Santa Sede el 10 de marzo de 1863; la primera aprobación tuvo lugar el 18 de marzo de 1870; la aprobación definitiva, después de su muerte, en julio de 1886, y el papa León XIII ratificó esta Obra el 17 de marzo de 1891. Así, vivifi-

cado entonces y después por la profundísima humildad de Santa Teresa Couderc, ha llegado a tener un desarrollo mundial.

Se introdujo la causa de canonización de la M. Teresa en 1927; el 12 de mayo de 1935 el papa Pío XI proclamó la heroicidad de sus virtudes y el 17 de junio de 1951 Pío XII la declaró Beata. Fue canonizada solemnemente en la basílica de San Pedro de Roma por el papa Pablo VI el 10 de mayo de 1970.

MARÍA ENCARNACIÓN GONZÁLEZ RODRÍGUEZ

Bibliografía

BESSIÈRE, A., *La bienheureuse Thérèse Couderc, fondatrice du Cénacle (1805-1885)* (París 1956).

COMBES, A., *La mère Thérèse C. Fondatrice de la Société de N.-D. de la Retraite au Cénacle (1805-1885)* (Namur 1924).

DEHIN, J., *L'esprit de la vénérable Mère Couderc, fondatrice de l'Institut de Notre-Dame de la Retraite au Cénacle* (París 1947).

PERROY, H., *Una grande humble: Marie-Victoire-Thérèse Couderc, fondatrice du Cénacle (1805-1885)* (París [3]1941).

VERNION, P., *Le Cénacle et son message* (París 1948).

BEATO GASPAR STANGGASSINGER

Presbítero († 1899)

Gaspar Stanggassinger (1871-1899), beatificado el 24 de abril de 1988 por el papa Juan Pablo II, figura eminente en la gozosa proclamación de la fe y en formar con inquietud jóvenes para el sacerdocio; sacerdote redentorista él mismo, nació en Unterkälberstein, junto a Berchtesgaden, sur de Alemania (Baviera Alpina), el 12 de enero de 1871, pontificado del hoy Beato Pío IX. El mismo día de su nacimiento recibió las aguas bautismales con la consiguiente alegría para una familia toda ella temerosa de Dios. Desde muy temprana edad empezó a recibir una formación religiosa y cultural ajustada a esquemas de severa disciplina en el trabajo y en la oración, lo mismo en casa que en la iglesia.

> «Los santos —habría de escribir andando el tiempo— tienen intuiciones especiales, pero lo que para mí, que no soy un santo, es importante son simplemente las verdades eternas: la Encarnación, la Redención y la Santísima Eucaristía».

Segundo de dieciséis hermanos en el seno de una sencilla y bien acomodada familia de agricultores, distinguida por sus firmes costumbres cristianas, era su padre un campesino respetado por todo el mundo y poseía una cantera como principal fuente de ingresos en aquel hogar con tantas bocas a la hora de comer. Muchas de las facultades que adornaban a nuestro pequeño eran dádiva genética de los progenitores: de la madre Crescencia Amort heredó la filial devoción a la Virgen María, que aureoló su persona toda de por vida. Del padre, en cambio, él mismo llamado Gaspar, recibió la infatigable diligencia en los quehaceres familiares y la imprescindible prudencia a la hora de enfrentarse a dificultades, encarar contratiempos y resolver problemas.

Ya de niño, nueve años tendría sobre poco más o menos, durante la celebración de la Eucaristía sintió de pronto la vocación a la vida sacerdotal y religiosa, comprendido el matiz de las misiones. De tal suerte se mantuvo firme en dicho propósito que, llegada la juventud, hubo de vencer la fuerte resistencia de su padre a que abrazase la humilde y no menos gloriosa Congregación de San Alfonso María de Ligorio, desterrada entonces en Alemania, cuyo carisma no era otro que el de la formación de la juventud y, en concreto, de los jóvenes sacerdotes. De ahí el mimo con que Gaspar cuidó siempre, desde sus primeros estudios, a los muchachos que se le confiaba para el difícil arte de la formación, y ello explica también que fuese pronto conocido en los círculos íntimos de su entorno como el *scholasticorum pater.*

Deseó Gaspar desde niño, lo repetiré, ser sacerdote, y acertó además a manifestarlo cada día con una fuerza y una querencia infrecuentes, nada comunes en chavales de su edad. Prueba de ello es que, ya en los momentos de ocio y diversión de la tierna infancia, le gustaba jugar a «hacer de sacerdote» y «predicaba» breves pláticas a sus hermanos y hermanas; incluso los llevaba en procesión —con indudable instinto de líder— hasta una capilla que se alzaba en la cercana montaña, no lejos de casa. Acude a la escuela elemental el 17 de mayo de 1877: aquello le cuesta, pero su carácter indomable y perseverante, su tesón a toda prueba le ayudan a mantenerse firme en la brecha.

Su padre le ha dejado bien advertido que si no supera los exámenes, deberá abandonar la escuela, así que no sólo no hay tiempo que perder, sino precisamente que ganar. En su caso el tiempo es oro. Por fin, a fuerza de voluntad, con gran aplicación y entrega a la plegaria, se empiezan a notar pronto sus constantes progresos.

Nada extraño, pues, que un buen día, el 21 de noviembre de 1880 para ser exacto, mientras ayuda a misa —era monaguillo—, sienta irresistible la llamada: «Debes hacerte sacerdote». Con esta íntima y suave voz interior, superados los primeros estudios, llega el 23 de septiembre de 1881 a la sede arzobispal de Frisinga para continuar los superiores, primero como externo y más tarde como interno. Los de Frisinga le resultan, por cierto, particularmente difíciles, pero en 1884 se decide por el seminario.

Abre por el año 1887 un diario espiritual. Por entonces también, ya con dieciséis años a las espaldas, hace voto de castidad. Y al año siguiente profesa en la Orden Tercera de San Francisco bajo el nombre de Hermano Luis, en honor del santo que más amaba. En los años siguientes, se reúne durante las vacaciones con grupos juveniles a los que procura enfervorizar en la vida cristiana, les anima a que formen entre todos un solo grupo, por aquello de que la unión hace la fuerza, y se preocupa de ayudar a cada uno en la organización del tiempo libre. Consigue que todo el grupo asista diariamente a misa, organiza sus excursiones y peregrinaciones, les dedica su tiempo, es decir, a sí mismo, y en una ocasión incluso arriesga la vida por salvar a uno durante una escalada en la montaña. Su tierna devoción al Corazón de Jesús arranca del suyo expresiones piadosas, tiernas, reveladoras de su ardiente amor a Cristo, como ésta: «La perfección es la mayor semejanza posible a Jesucristo». O esta otra: «La imitación de Cristo es nuestra vocación» *(Christi imitatio est nostra vocatio,* solía repetir en sonoro latín).

A raíz de una confesión en un retiro del clero nace su particular gusto por la vida religiosa. Aquello tiene todas las trazas de una llamada más exigente del Señor, de modo que se plantea en serio ingresar en los Redentoristas. Pero una terrible fiebre tifoidea en 1889, ya él con dieciocho años, lo coloca al borde de

la muerte. Todos rezan al Corazón de Jesús para que salga pronto de peligro y pueda subir las gradas del altar. El 7 de agosto de 1890, terminados los estudios de Bachiller, obtiene el diploma en Humanidades o, como entonces decían por allí: *maturitatis classicae,* y se alista para ingresar en el seminario mayor, lo que ocurre el 25 de octubre. Muere por entonces su hermana menor Zinsi, de 14 años. Su entrada en el seminario diocesano de Múnich y Frisinga para comenzar estudios de teología data, efectivamente, de 1890.

Pronto empezó a descollar por su inteligencia, no muy aguda sólo unos años antes, ciertamente, o por mejor decir, no tan desarrollada, para el fácil aprendizaje de las ciencias teológicas. Ello le permitió hacerse pronto con el primer puesto. Sin competidores en piedad y perseverancia en el oficio, profesores y condiscípulos elogiaban sus eximias virtudes y afán de trabajar por la santidad. Serán estas razones más que suficientes para que se le llame candidato perpetuo *(candidatum perpetuum).* También entre los jóvenes, repito, padre de los escolásticos *(scholasticorum pater),* debido a que se había tomado la molestia de organizar con sus libros una biblioteca ambulante para la enseñanza de los más indigentes.

Y ya metidos en el capítulo de los apodos, se le llamaba igualmente guía o jefe, porque los inducía a ir a la iglesia para las cosas santas y sobre todo a los templos dedicados a la Bienaventurada Virgen María puestos sobre los montes, adonde subía con la juventud arrostrando dificultades y venciendo obstáculos sin cuento. Era también llamado, en fin, *Parrocoper* a causa de la costumbre en frecuentar la iglesia, amén de sus continuas exhortaciones al bien. Con la bella voz de la que el próvido y buen Dios lo había dotado alegraba al entorno, y el primer beneficiado de tan laudable menester no solía ser otro que su propio padre, viéndolo ya todo un presbítero en el altar. Sueño que pasó a ser dichosa realidad cuando Gaspar, en la catedral de Frisinga, el 2 de abril de 1892, recibió la tonsura y las cuatro órdenes menores. Mas no eran éstos los consejos de Dios, al menos no eran así, con esa carga ministerial de clérigo secular.

Ya de joven había sentido profunda inclinación por los consejos evangélicos, y muy concretamente por entregarse de men-

te y corazón, tan pronto como le fuera posible, a la saludable vida misionera, para salvar así muchas almas. Ello precisamente le había persuadido sobre la necesidad de ponerse en contacto con los padres de la congregación del Santísimo Redentor en *Dürrnberg,* confines de Austria y Baviera. A fin de mejor descubrir la voluntad divina, resolvió entregarse de lleno a un riguroso programa de oración. Poco le costó adivinar que el Señor lo quería para vivir cuanto antes la vocación religiosa. Así que, sin más dilaciones, a raíz de una visita a los Redentoristas, se reafirmó en la necesidad de materializar cuanto antes aquel deseo. Aspiración que acabará en el sometimiento y la generosa entrega de la *missio ad gentes.* De 1891 a 1892, con la lectura de un libro y sus anotaciones en los márgenes, se revela período corto, es verdad, pero decisivo en la madurez de aquel anhelo bifronte, a saber: religioso y misionero.

El 21 de septiembre de 1892 se alista en una excursión, acaso fuera más propio escribir peregrinación, y va a postrarse humildemente a los pies de la célebre imagen de la Virgen Milagrosa de Altotting, la ciudad alemana del reino de Baviera, en el Morren, no lejos del ferrocarril de Muhldorf-Burghausen. Altotting es tradicionalmente centro de peregrinación al que los católicos romanos, sobremanera de Austria, Baviera y Alemania en general, acuden masivamente a postrarse ante la celebrada imagen de la Virgen María en la capilla santa, llena de exvotos y corazones de algunos príncipes bávaros en ataúdes de plata. Gaspar siente dentro de sí una voz que le dice: «Vete a Gars, junto al río Inn, con los Redentoristas». Ni corto ni perezoso, allí se dirige y allí entra esa misma tarde en el noviciado redentorista de Gars (Alemania). La Congregación del Santísimo Redentor había sido fundada allá en el lejano 1732, en Scala (Costa de Marfil) por San Alfonso y sus compañeros y luego, como una segunda vez según ciertos historiadores en 1749, cuando Benedicto XIV aprueba el Instituto y sus Reglas, aceptadas por los congregados.

El permiso para dar este importante paso adelante lo obtiene, podríamos decir, sin dificultad, casi inmediatamente de su madre y del arzobispo, no así del padre, quien ofrece dura resistencia, tan dura que se hace cada día que pasa más firme y perti-

naz. Gaspar, desde luego, ni podía dejar de obedecer a Dios ni quería tampoco abandonar así, por las buenas, a sus padres. Pero acabó imponiéndose el Evangelio. A pesar de la oposición del padre, pues, entra según queda ya dicho en el noviciado redentorista de Gars el 6 de octubre de 1892. A sus amigos de Frisinga les explica por qué no puede volver, pero manda para todos un cordial saludo:

> «Toda hora en el convento es de máxima importancia y a Dios agrada la obediencia pronta y presente; por lo cual (el Señor) reprendió a quien quiso antes sepultar a su padre que seguirle a él».

Y luego se detiene en explicar a sus padres la ceremonia y en darles noticias de su vestición religiosa. ¡El santo hábito!, «hábito, dice, de gracia, de gloria, pero también de penitencia».

Cumplido el año del noviciado resplandeciente de virtud y fervor, emite los votos el 16 de octubre de 1893. El informe de los superiores inmediatos al Superior General no podía ser mejor. Poco a poco se fue preparando para la recepción de las órdenes mayores, conferidas en Ratisbona por este orden: subdiaconado, el 28 de diciembre de 1893; diaconado, el día 21 de septiembre del año 1894; presbiterado, el día 16 de junio del año 1895. Inició con verdadero júbilo el desempeño de su ministerio sacerdotal, que habría de durar sólo cuatro años, ejercido sobre todo intramuros de las escuelas de los pequeños misioneros, primero en la de Dürrnberg, y a partir de septiembre de 1889 en Gars, cerca de Múnich.

El 16 de junio de 1895 se ordenó sacerdote en Ratisbona: «Soy sacerdote por la misericordia de Dios», dirá. El 24 de junio celebra su primera misa en su pueblo natal. Había abrazado la vida religiosa en la congregación del Santísimo Redentor para ser misionero, sí, y para trabajar en la recién iniciada misión en Brasil, pero lo cierto es que su destino fue a la formación de futuros misioneros, como vicedirector del pequeño seminario de Dürrnberg, en las cercanías de Hallein. La madurez y buena disposición de ánimo de Gaspar hicieron el resto: se entregó completamente a lo que se le había encomendado.

Hijo de obediencia y practicante del voto de obediencia, cada semana, durante 28 horas, daba clase sobre diversas materias, lo que no le impedía estar siempre dispuesto y disponible

para la juventud. Ayudaba los domingos en las iglesias de los pueblos vecinos, sobre todo predicando. Actividad, como se ve, remecida, colmada, prieta, de bien cumplido programa, lo que no impedía el que cualquiera que lo intentase, y a cada momento, pudiera encontrarse en el dinámico Gaspar al religioso cabal, al formador celoso, a la persona incondicionalmente pronta en echar una mano y ayudar a los demás en sus necesidades, sobre todo a los estudiantes, los cuales veían en él más al amigo que al superior. Jamás se comportó con dureza, pese a lo riguroso del reglamento de formación entonces al uso, y si alguna vez creía haber podido ofender a alguien, se excusaba al punto con humildad.

Profundamente devoto del Señor en la Eucaristía, su invitación en los sermones a la gente pasaba siempre por acudir al Santísimo Sacramento en momentos de duda y necesidad. Animaba a ir a Cristo para adorarlo y para hablar con él como con un amigo. Su invariable recomendación era que se imponía tomar muy en serio la vida cristiana, crecer en la fe a base de oración y continua conversión. Era el suyo un estilo directo y convincente, sin amenazas de castigo, muy diverso del que acostumbraban los predicadores de la época. Los redentoristas abrieron en 1899 un nuevo seminario en Gars, cuya dirección encomendaron al P. Gaspar Stanggassinger. Tenía entonces nuestro religioso 28 años. Todo parecía enderezado por el buen camino, todo con horizontes esperanzadores y porvenir halagüeño, todo presagiando larga vida por delante y, sin embargo, sus días, que para todos están siempre contados, en su caso estaban tocando a su fin. Sólo tuvo el tiempo justo de predicar un retiro a los estudiantes y de participar en la apertura del año escolar. El día 22 de septiembre, de hecho, a los 28 años, dando unos ejercicios espirituales a los jóvenes, se siente de pronto cansado y sin fuerzas. Los médicos diagnostican apendicitis, que luego resulta ser peritonitis, la cual acaba con su vida a las 3 horas 45 minutos del 26 de septiembre de 1899, justo en Gars am Inn (Baviera).

Sencillo testimonio el suyo de una vida consagrada a Dios irradiando santidad desde la sencillez del quehacer cotidiano mediante generosa entrega a la obediencia en el amor. Divina

raíz de santidad la suya y sarmiento siempre unido a la cepa de Cristo. Su vida fue un canto de fe desde su experiencia de misericordia y de gracia del Señor. De ahí su total convicción en el poder sobrenatural de la gracia, en la fuerza del Espíritu Santo, fuente de su amabilidad, bondad y disponibilidad. La fama de santidad empezó a propagarse incontenible a raíz de la muerte hasta alcanzar muy pronto la curia arzobispal de Múnich, donde fueron instruidos los procesos ordinarios por los años 1935-36. La causa de canonización propiamente dicha empieza en 1935 con el traslado de sus restos a la capilla lateral de la iglesia de Gars.

A los procesos ordinarios siguieron el de los escritos, instruido en Múnich en 1937, y el rogatorial de Brasil. Todos ellos pasaron luego a la Sagrada Congregación de Ritos. El día 24 de julio de 1942 salió el decreto sobre los escritos. Llegaron después la *Positio* el 27 de abril de 1960 y el 29 de enero de 1962 el decreto de *non cultu*. Mientras tanto, fue abierto en Múnich, años 1961-64, el Proceso apostólico sobre las virtudes del Siervo de Dios. Posteriormente, ya en Roma, una vez elaborada la *Positio* sobre las virtudes, los teólogos consultores, moderando el Promotor de la Fe, aprobaron el 9 de julio de 1985 las virtudes heroicas. La misma sentencia dictaron en sesión plenaria habida el 8 de enero de 1986 los reverendísimos señores cardenales y obispos, siendo ponente o relator de la causa el cardenal Joseph Ratzinger. El papa Juan Pablo II dispuso el 16 de enero de 1986 que se hiciera público el decreto de virtudes.

En 1961 se había instruido en Múnich el proceso acerca del milagro atribuido en 1935 al Siervo de Dios. Tras el dictamen de los médicos y teólogos, Juan Pablo II dispuso por decreto del 12 de diciembre de 1987 que el rito de la beatificación fuera el 24 de abril de 1988, año mariano, como así fue. Su memoria se fijó para el 26 de septiembre. Hacer de su vida toda una humilde y alegre oblación al Padre por medio de Jesucristo su Hijo y en el Espíritu Santo, tratando de prolongar con ello la Redención de Cristo, he ahí el permanente propósito del Beato Gaspar Stanggassinger. Canta y provoca y convoca y aboca su mensaje a las incontenibles ansias de ser santos desde la propia vida mediante el seguimiento de Jesús, con humildad y generoso

amor. Ser santo, para él, no era sino «tener una intuición especial y sobre todo tener como importante las verdades eternas y sencillas de siempre: Encarnación, Redención y Santísima Eucaristía».

«Con una vida realmente evangélica, con mucha paciencia, con longanimidad, con suavidad, con caridad sincera» (AG 24), el venerable Siervo de Dios Gaspar Stanggassinger conformó en todo su voluntad a la de Dios por el bien de los hombres. Llevó hasta el fin con envidiable fervor la imitación de Cristo. Algunos años antes había escrito en su diario: «Puedo, quiero, debo hacerme santo». Con qué gozo no hubiera hecho suyo nuestro Beato, de haberlo conocido, este luminoso pensamiento del Concilio Vaticano II: «Entréguense (los fieles) con toda su alma a la gloria de Dios y al servicio del prójimo. Así, la santidad del Pueblo de Dios producirá abundantes frutos, como brillantemente lo demuestra la historia de la Iglesia con la vida de tantos santos» (LG 40).

PEDRO LANGA, OSA

Bibliografía

CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, «Decretum Canonizationis Servi Dei Gasparis Stanggassinger, Sacerdotis professi Congregationis SS. Redemptoris (1871-1899). *Super dubio* [16.1.1986: P. CARD. PALAZZINI, Praefectus]»: *AAS* 78 (1986) 473-478.

JUAN PABLO II, «Litterae apostolicae. I. Venerabilis Servo Dei Gaspari Stanggassinger Beatorum honores decernuntur [24.4.1988: A. CARD. CASAROLI, a publicis Ecclesiae negotiis]»: *AAS* 81 (1989) 1087-1089.

Kaspar Stanggassinger (1871-1899) in Selbstzeugnissen und im Urteil seiner Zeitgenossen (Bibliotheca Historica Congregationis SSmi. Redemptoris, vol. 16; Roma 1995).

Martyrologium romanum, o.c., 508, n.9*; 698.

MEIER, A., *P. Kaspar Stanggassinger, ein würdiger Sohn des heiligen Alfons M. von Liguori* (Mühldorf 1902; Cham ²1908).

Positio super causae introductione (Roma 1959).

Positio super virtutibus (Roma 1978).

TATARELLI, F., *Un canto sulle Alpi. Vita del servo di Dio P. Gaspare Stanggassinger, redentorista* (Roma 1963).

WEIß, O., «Stanggassinger, Kaspar», en F. W. BAUTZ (ed.), *Biographisch-bibliographisches Kirchenlexikon.* X: *Shelkov, Vladimir Andreyevich bis Sheldon, Charles Monroe* (Herzberg 1995) 1160-1161 (abundante bibliografía).

www.redentoristas.org.ar

BEATO LUIS TEZZA

Presbítero y fundador († 1923)

Jesús el Señor se acercó lleno de misericordia a los enfermos, y este acercamiento compasivo es una de sus notas características. El evangelio nos narra con cuánto amor y finura de alma el divino Maestro se dejaba buscar por los enfermos, los buscaba y a veces también, sin que se lo pidieran, él los curaba llevado de su caridad. Y no solamente curaba sus cuerpos sino que perdonaba también sus pecados y mostraba su atención a la situación de sus almas. El evangelista San Mateo nos dice que al actuar así, se cumplió en Jesús la profecía de Isaías que dice: «Él tomó nuestras flaquezas y llevó sobre sí nuestras enfermedades» (Mt 8,17). Los santos, en seguimiento de Jesús, se han mostrado siempre sensibles a la enfermedad, y a algunos les concedió el Señor el carisma de sentir la misericordia con los enfermos de manera particular y su carisma se ha proyectado en una comunidad religiosa que viviendo de ese espíritu continúa en el tiempo la obra misericordiosa de Cristo. Tal es el caso de San Camilo de Lelis, a quien el Señor llamó a seguirle por esa senda de atención integral al enfermo, y que dio vida a una nueva Orden religiosa para que practicara con toda diligencia la caridad del Señor Jesús.

En el seno de esa benemérita orden religiosa se santificó nuestro Beato Luis Tezza, y como muestra de la fecundidad espiritual de la Orden, a través de él el Señor creó una nueva congregación religiosa, esta vez femenina, que viviera en el espíritu de San Camilo la caridad de Nuestro Señor Jesucristo.

Luis nació en la población de Conegliano, Treviso, en Italia, el 1 de noviembre de 1841. Su padre era el médico Augusto Tezza y su madre era Caterina Nedwiedt. En 1843 su familia se trasladó a Dolo, Venecia, donde su padre ejerció su profesión médica hasta su muerte en 1850. Luis recibió de sus padres una buena educación cristiana. Cuando su padre murió, su madre se trasladó con Luis a Padua, donde el chico continuó sus estudios. Y sucedió que tanto el hijo como la madre sentían el atractivo de la vida religiosa. Luis lo pensó bien, y su madre igualmente. Y estaba él tan seguro de su vocación, y ella igualmente tan segura de la vocación de su hijo, que, cuando éste decide in-

gresar en la Orden de los Ministros de los Enfermos o camilos, la madre igualmente optó por la vida religiosa, y así, tras entrar Luis en el noviciado (8 de diciembre de 1856), ella ingresa en el Monasterio de la Visitación, de Padua. En él profesaría con el nombre de sor Francisca Camila y viviría hasta el 28 de agosto de 1880.

Luis ingresa en el noviciado de los camilos con ánimo de ser un verdadero religioso. Lo fue desde el principio. Dio pruebas de ello durante su noviciado y fue admitido a la profesión de los votos religiosos, que emitió el 8 de diciembre de 1858. Seguidamente se le manda prepararse al sacerdocio haciendo los oportunos estudios, durante los cuales mostró su decidida voluntad de vivir con intensidad la vida religiosa y de ser en el futuro un sacerdote entregado a su ministerio precisamente en la atención a los enfermos. Preparado en letras y en virtud llega al sacerdocio, que recibe el 21 de mayo de 1864.

Durante cuatro años estuvo dedicado a la formación y dirección de los religiosos jóvenes, donde ya mostró sus excelentes cualidades como formador. Seguidamente tiene lugar su adhesión al proyecto misionero de San Daniel Comboni († 1881), el cual organizaba a favor de África y su evangelización un proyecto misionero en el que se integraban también sacerdotes religiosos. Luis sentía un gran afán misionero y veía en el proyecto de Comboni una forma excelente de realizarse como sacerdote. Pero los superiores consideraron que Luis se debía a los fines de su Orden y le retiraron la licencia para seguir en el proyecto de Comboni. Luis obedeció y se puso enteramente a sus órdenes. Entonces se le manda a Roma como vicemaestro de novicios, dispensándole la edad. Y, aprovechando sus citadas magníficas cualidades como formador de los jóvenes, en agosto de 1871 se le envía a Francia. Aquí tenía que colaborar en la puesta en marcha de la nueva provincia de la Orden creada en este país, y el cargo que se le da es justamente el de maestro de novicios de esa nueva provincia camila. Se entregó a su labor por completo, superando todas las dificultades, y con su celo y empeño fomentó la vida común y el ministerio específico de los camilos: la asistencia corporal y espiritual de los enfermos.

En Francia estaría abiertamente hasta 1880, cuando, suprimidas las Órdenes religiosas, Luis es expulsado del país como

extranjero, y se vio obligado a volver a Italia. Pero consideró necesario pasar a la clandestinidad y regresó a Francia. Habían pasado solamente unos meses desde la expulsión. Pudo reunir a algunos religiosos dispersos y reemprender la marcha de la provincia francesa. La joven provincia resistió la represión y se pusieron las bases para su ulterior desarrollo. En 1881 fue nombrado por segunda vez viceprovincial y en 1885 provincial. En 1882 publicó su libro *Règles et prières communes des religieux de St. Camille* (Lille 1882). Durante su provincialato creció su crédito. Todos conocían su intensa vida interior, su caridad, celo apostólico y demás virtudes. Y por ello, cuando se concluyeron los cuatro años de provincial, la Orden decidió emplearlo en un puesto de mayor ámbito.

En efecto, en 1889 fue elegido primer consultor general, procurador y vicario general de su Orden. Llevó adelante su cargo con tanta competencia y tanto celo que en 1895 fue reelegido consultor general. Pasados los tres años de este nuevo mandato, fue enviado a Francia otra vez, ahora como superior de la casa de Lille, casa que por cierto había sido fundada por él. Aquí desarrolló su labor al tiempo que colaboraba con Camilo Feron Vrau († 1908) en la obra a favor de los trabajadores cristianos.

Antes de que hablemos de su obra en Hispanoamérica debemos decir que en 1892 había podido dar vida a un proyecto que llevaba de tiempo en su corazón. En la asistencia a los enfermos comprobó la utilidad de que al lado de los religiosos camilos hubiera religiosas del mismo carisma, cuyas tareas se complementarían mutuamente. Este pensamiento lo tenía de mucho tiempo y buscaba una oportunidad para poder realizarlo. La oportunidad se ofreció cuando conoció a la hoy Beata Josefina Judit Vannini. Ésta había nacido en Roma en 1859 y al quedar huérfana se había criado en el Conservatorio Torlonia, y en 1884 había entrado en el noviciado de las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl, pero por razones de salud hubo de dejar el noviciado. Quedó a la espera de lo que Dios quisiera de ella y en diciembre de 1891 conoce al P. Tezza. La oportunidad fue el acudir a unos ejercicios espirituales que el P. Tezza daba en la iglesia de las Hermanas de Nuestra Señora del Cenáculo.

Ella se acercó a abrir su alma al sacerdote y éste enseguida vio en ella el alma destinada por Dios a fundar con él la congregación de religiosas de su mismo carisma que anhelaba. Se lo propuso el sacerdote claramente y Judit aceptó. El 15 de enero de 1892 en unión con otras dos jóvenes Judit comunicó al P. Tezza que aceptaba ser la primera novicia de la proyectada congregación. El 2 de febrero de 1892 tenía lugar el acto fundacional de la futura congregación que se llamaría de Hijas de San Camilo, totalmente en la senda espiritual de este gran santo. El superior general de la Orden, P. Mattis, en la casa generalicia, teniendo a su lado al P. Tezza, dio el escapulario con la cruz roja de las terciarias camilas a las tres postulantes, afiliándolas a la Orden de los Ministros de los Enfermos. Un mes después, Judit, con el nuevo nombre de sor María Josefina, vistió el hábito de las hijas de San Camilo. En septiembre de ese año eran ya nueve las nuevas religiosas. El 19 de marzo de 1893 sor María Josefina pronunciaba los votos privados y se la nombraba superiora. Y ese mismo año se dieron a la imprenta las *Reglas y Constituciones de las Hijas de San Camilo.* El 24 de enero de 1894 el cardenal vicario de Roma aprobaba la fundación con el rango de Pío Conservatorio y el 8 de diciembre de aquel año sor María Josefina emitía su profesión religiosa perpetua. Antes de marchar a América, el P. Luis pudo ver la expansión del Instituto, pues se fundaron las casas de Cremona (1893), Mesagne (1894), Grottaferrata (1896) y Caprarola (1899). También antes de su muerte pudo ver el P. Luis la aprobación de las Reglas y la elevación del Pío Conservatorio a congregación religiosa de derecho diocesano por el cardenal vicario de Roma Pietro Respighi († 1913). También conocería el P. Luis la muerte de su fiel colaboradora, sor María Josefina, el 22 de febrero de 1911. Pero para entonces el P. Luis llevaba ya años en América.

El motivo de su ida en 1900 a Lima fue la necesidad que sentía la Orden de entroncar de nuevo con su centro natural la casa de los religiosos camilos de Lima que, por las dificultades de los tiempos, llevaba más de un siglo apartada de la comunión disciplinar con la casa central. Corría peligro de cerrarse. Había que salvarla reinsertándola en la Orden. El P. Luis obedeció al encargo y con el P. Angelo Ferroni († 1929) fue enviado, llevan-

do ambos el cargo de visitadores. Llegado a Lima, el P. Luis se puso en contacto con el arzobispo, el cual lo consideró un sacerdote ejemplar y enviado por la Providencia no sólo para salvar la casa de los camilos sino para hacer un bien enorme en la ciudad. El P. Luis había ido para una breve temporada, pero requerido por la autoridad diocesana, estimó conveniente escuchar su ruego, y su Orden pensó lo mismo. Así es que permaneció en Lima. Devolvió la casa de los camilos a la disciplina regular. Y sintiéndose hijo de San Camilo emprendió un activo apostolado: visitaba las casas de los enfermos, particularmente de los pobres, y los servía igualmente en los hospitales, a donde acudía para brindar sus servicios como sacerdote, consolando, animando, sirviendo. Igualmente se hizo presente en las cárceles como enviado del Señor a consolar a los presos en su triste situación. Confesor magnífico y director de conciencias sabio, fue llamado a serlo del seminario diocesano y de numerosas comunidades de religiosas. El nuncio apostólico lo requería como consejero y consultor apreciadísimo. Y todo su trabajo era tan inteligente, tan discreto, tan lleno de prudencia y de amor que a todos encantaba y se granjeaba el amor de todos. Ayudó a la sierva de Dios Teresa de la Cruz Candamo Álvarez Calderón († 1953) a la fundación de su congregación de las Canonesas de la Cruz.

A su muerte se dijo de él:

> «Fue querido como padre y venerado como santo. Él ya no vive entre nosotros pero desde su tumba nos hace oír sus enseñanzas. Su figura y su presencia eran la de un ángel. Su palabra era siempre la de un ministro del evangelio. Su corazón era depósito de nobilísimos sentimientos. Su amistad fue cadena de oro que unió sin violencia a miles de corazones y su misión fue siempre salvadora. Pasó en medio de nosotros como una visión celestial, siempre bondadoso y humilde, siempre cariñoso y caritativo. La fe era el principio de sus obras y la bondad le servía como manto y diadema».

El Señor lo llamó a sí en Lima el 26 de septiembre de 1923. Su beatificación tuvo lugar en Roma el 4 de noviembre de 2001.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 94 (2002) 324-326.
Bibliotheca sanctorum. Appendice prima (Roma 1987) cols.1368-1369.
«Cappella Papale presieduta dal Santo Padre Giovanni Paolo II per la beatificazione dei servi di Dio (...) Luigi Tezza, presbitero, dell'Ordine dei Chierici Regolari Ministri degli Infermi, fondatore delle Figlie di San Camillo. Piazza di San Pietro, 4 novembre 2001. XXXI Domenica del tempo per anno».
L'Osservatore Romano (ed. en español) (2-11-2001) 22-23.
PÉREZ, I., *El P. Luis Tezza* (Buenos Aires 1947).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN EUSEBIO DE BOLONIA

Obispo († s. IV)

Este santo fue obispo de Bolonia parece que entre 370 y 390. Estuvo unido en firme amistad con San Ambrosio de Milán y con él mantuvo íntegra la fe frente al arrianismo. Participó el año 381 en el concilio de Aquileya, en el que condenó con toda energía el arrianismo y concretamente a los herejes Paladio y Secundino, siendo la suya la tercera firma de las actas de aquel sínodo. Guió con sabiduría la iglesia local boloñesa y fomentó la consagración de las vírgenes al Señor, de las que tenía en Bolonia un nutrido plantel que atendía solícitamente. No tuvo culto en la antigüedad pero se le daba ya en el siglo XVI, y por eso Baronio lo incluyó en el *Martirologio romano.*

BEATA LUCÍA DE CALTAGIRONE

Virgen († 1400)

Nace en Caltagirone (Italia) el año 1364 en el seno de una familia acomodada que le brindó una cristiana educación. En su casa aprendió la intensa piedad con Dios y la misericordia con los pobres. Se dice que de niña cayó de un árbol y que una aparición de San Nicolás de Bari la libró de cualquier daño. A los trece años conoce a una terciaria franciscana que vestía el hábito y que la impactó, yéndose con ella secretamente a Salerno. Vive con ella, se deja guiar por su buen espíritu, toma también el hábito de terciaria franciscana, y cuando aquella buena mujer

fallece, Lucía toma la resolución de ingresar en la vida religiosa en el Monasterio de Santa María Magdalena, de la Tercera Orden Regular de San Francisco. Aquí vivió con radicalidad la consagración religiosa al Señor, dando ejemplo a sus hermanas religiosas de todas las virtudes y recibiendo del Señor dones sobrenaturales que atrajeron la mirada de muchas personas seglares sobre ella que acudían al locutorio a tratar con la humilde religiosa para aprovecharse de sus consejos, logrando ella convertir a numerosos pecadores. En sus últimos años sufrió una enfermedad que la hacía padecer mucho, entregándose ella con admirable paciencia a la voluntad de Dios y edificando a todos con su mortificación y vida interior. Murió el 26 de septiembre de 1400. El papa León X aprobó su culto el 30 de junio de 1514.

SAN SEBASTIÁN NAM I-GWAN, IGNACIO KIM CHE-JUN, CARLOS CHO SHIN-CHOL, COLUMBA KIM HYO-IM, MAGDALENA PAK PONG-SON, PERPETUA HONG KUM-JU, JULITA KIM, ÁGUEDA CHON KYONG-HYOB Y MAGDALENA HO HYE-IM

Mártires († 1839)

En la llamada Pequeña Puerta del Oeste, de la ciudad de Seúl, el día 26 de septiembre de 1839 fueron decapitados por su valiente y pertinaz confesión de fe cristiana diez cristianos coreanos, todos ellos seglares, los cuales se negaron firmemente a renegar de su fe con tal de salvar la vida, la que ofrecieron por Cristo y su evangelio. Igualmente celebra en este día la Iglesia la memoria de otras tres cristianas, las cuales fueron ciertamente martirizadas en el mes de septiembre de 1839 pero se ignora el día exacto. Éstos son sus datos:

SEBASTIÁN NAM I-GWAN nació el año 1780 en la población de Chungju, provincia de Chungchong, en el seno de una respetable familia de larga tradición. A los diez años perdió a su madre y se fue a vivir con un tío suyo a Taegam. Era un estudiante brillante y aplicado. Estando en casa de su tío oyó hablar por primera vez del cristianismo y comenzó a adherirse a él de corazón. Pasada la persecución surgida aquel año se fue con su pa-

dre a la capital y estudió literatura. Su padre le inculcó entonces la fe cristiana. A los 18 años contrajo matrimonio con la futura mártir Santa Bárbara Cho Cung-i, de 16 años de edad. El matrimonio fue muy bien avenido y muy feliz. Se les murió el primer hijo pero ellos se entregaron a la voluntad de Dios. Llegada la persecución de 1801 vio cómo su padre y hermano y su suegro eran martirizados y cómo su otro hermano era desterrado. Él con su esposa y su tía se marchó a Yanggun, donde fue arrestado y enviado al destierro a Tansong, en las montañas. Aquí debía estar incomunicado de su esposa. Llevó una vida dura y hubo de soportar las burlas de la gente. No había por allí ningún otro católico y sus mismas oraciones diarias tenía que hacerlas muy en secreto. Su fortaleza moral se debilitó. Se unió a una mujer y tuvo hijos de ella. Pero no por ello olvidaba a su esposa. Estuvo en el destierro treinta años. Enfermó muy gravemente y entonces se volvió a Dios. Buscó a un católico que supo había por allí y le pidió el bautismo en caso de peligro de muerte. Pero su salud mejoró. Por fin en 1832 le fue levantado el destierro y volvió a la capital. Aquí se reunió con su esposa que había vivido pobremente con su abuelo y su hermano, ganándose la vida con las horas de trabajo que echaba para otras familias. Estaba en continuo contacto con la comunidad cristiana, lo que le servía de mucho consuelo. Al encontrarse ambos esposos, no pudieron menos que derramar emocionadas lágrimas y decidir reemprender la vida juntos, sumándose a las actividades y esfuerzos de la comunidad católica. Al llegar el sacerdote chino Yu Pang-che, él fue uno de los que acudieron a recibirle y lo alojó con ellos. Como Sebastián había sido bautizado en peligro de muerte, el P. Yu suplió las demás ceremonias y le dio, tal como estaba autorizado, el sacramento de la confirmación y la eucaristía. Vuelto a China el P. Yu en 1836, Sebastián y su esposa acogieron a la hija que Sebastián había tenido en el destierro. Aceptó el encargo de visitar a los católicos de la región y animarlos a perseverar en la fe. Tenía reuniones de oración en la casa con otros fieles. Acogía igualmente en ella a católicos que venían a la ciudad. Llegada la persecución de 1839, Sebastián se marchó a Inchon. Su casa fue registrada, se le encontraron muchos objetos religiosos y se llegó a la conclusión de que Sebastián era un destacado católico. Reconocido en

Inchon por un traidor, fue arrestado y devuelto a la capital el 10 de agosto de aquel año y entregado al Ministerio de Justicia. Al día siguiente compareció ante el tribunal él y otros cristianos. Interrogado, reconoció su conversión al catolicismo cuando joven, su falta moral durante el destierro y su vuelta a la fe y la práctica cristianas cuando le fue levantado. Al día siguiente fue otra vez interrogado. Su constancia y lógica resplandeció en sus respuestas. Finalmente el 15 de agosto fue condenado a muerte.

IGNACIO KIM CHE-JUN nació en Myonchon, provincia de Chungchong, el año 1796. Aprendió la doctrina cristiana de un tío suyo, y fue bautizado con el nombre de Ignacio. Llegado a la juventud contrajo matrimonio con Úrsula Ko, y ambos fueron los padres de San Andrés Kim Taegón. Ignacio era catequista de la comunidad cristiana. En 1836, cuando llegó el padre Maubant, Ignacio dio su licencia para que su hijo marchara al extranjero a prepararse para sacerdote. Estando su hijo fuera del país, llegó la persecución de 1839. Ignacio fue arrestado, sometido a juicio y condenado a muerte como cristiano.

CARLOS CHO SHIN-CHOL nació el año 1795 en Hoeyang, provincia de Kangwon. Perdió a su madre a los 5 años pero él tenía la costumbre de recordarla cada día. Era un joven inteligente y maduro, que sufría por la adicción de su padre al alcohol, pero era muy respetuoso con él. Aunque no pudo ir a la escuela, procuró que algunas amistades le enseñasen a leer y escribir. Recogía setas en el monte para hacerse con algún dinero y contribuir así al sostenimiento de la casa. Un día en un camino se encontró con un monje que le invitó a ingresar en el monasterio. Él lo pensó mucho y decidió que se iría un tiempo al monasterio. Vivió aquí la vida de los monjes, trabajando de día y estudiando de noche. Así aprendió chino. Pero cuando llevaba ya unos años en el monasterio decidió volver al mundo. Se casó y trabajó en una granja. Luego se marchó a la capital, donde empezó una nueva vida y no rehusó ningún trabajo duro. Finalmente se colocó en el manejo de los caballos para las embajadas reales a Pekín de cada invierno. Pronto llegó a acompañar de manera regular la delegación anual. En este trabajo encontraría a San Pablo Chong Ha-sang y San Agustín Yu Chin-kil y por medio de ellos llegó a la fe. En Pekín recibió el bautismo y la confirmación y asimismo la eucaristía. Seguidamente él empezó

a querer transmitir su fe a su familia. Pudo convertir a su esposa, a la que perdió poco después. Cada día profundizó más su fe y se hizo persona de intensa oración. Él amplió su apostolado a sus conocidos, logrando atraer algunos a Cristo. Y entonces contrajo matrimonio con Bárbara Choe Yong-i, hija de mártires, llevada a la fe por ellos. Fueron un matrimonio feliz y bien avenido. De Pekín él traía numerosos libros religiosos y objetos sagrados que él repartía entre los cristianos, al tiempo que aprendía la lengua china en la que hizo progresos. Colaboró en la entrada del padre Maubant en el país y en su acomodo. Hizo cuanto pudo por la expansión de la Iglesia y la solución de sus problemas. A su vuelta de Pekín en la primavera de 1839 soñó que Jesús desde el monte de la Transfiguración le anunciaba la gracia del martirio. Al llegar a la capital se enteró de que había estallado una nueva persecución. Le contó el sueño a su esposa y ambos se decidieron a ser fieles a Cristo hasta la muerte, no obstante tener un hijo de dos años. Ellos no dudaron en continuar su trabajo apostólico. El 24 de mayo presenció un martirio y dejó de él una descripción escrita. No mucho después fueron arrestados su mujer y su hijo y otros familiares suyos refugiados en su casa. Cuando él vuelve a casa y se entera, corrió inmediatamente a la cárcel y se presentó a los guardias. Fue arrestado y torturado, preguntándosele por los libros y objetos religiosos traídos por él de China. No delató a los otros creyentes ni a los misioneros. Quedó muy malparado de las torturas. Se le condenó finalmente a muerte.

COLUMBA KIM HYO-IM nació en Bamsom, Seúl, el año 1814, y tuvo como hermana a Santa Inés Kim Hyo-ju. Su madre y todos sus hermanos recibieron el bautismo. Su padre en cambio no quería ni oír mentar el cristianismo. A poco de recibir el bautismo ella se consagró al Señor, prometiéndole guardar su virginidad y dedicándose a una vida intensa de piedad y caridad. Se fue a vivir con su hermano Antonio, que se había casado y vivía en Yongmori, Koyang, provincia de Kyonggi. Ella allí continuó su vida piadosa y tomó a su cargo la atención a los pobres, lo que hacía con mucha caridad. Llegada la persecución de 1839, su hermano Antonio fue denunciado como cristiano. No estando él en la casa, vinieron los soldados en

busca de cristianos. Columba trepó a una pared, pasó a casa de un vecino y se ocultó en una pila de leña. Los soldados arrestaron a su hermana Santa Inés y registraron también la casa en que estaba Columba y la arrestaron igualmente. Fue llevada a la capital con su hermana. Interrogadas, ambas confesaron la fe y explicaron por qué se negaban a realizar los sacrificios paganos. Se negaron firmemente a delatar a los demás católicos. Seguidamente ambas fueron atormentadas repetidamente, alternándose las amenazas de muerte y las ofertas de vida si apostataban. Se les escapaba alguna invocación a Jesús y María pero por lo demás las mártires oraban en silencio mientras eran maltratadas. A fuego les grabaron en la espalda la palabra «endemoniada» sin que ellas se quejaran. Fueron luego dejadas en la cárcel y al poco tiempo de nuevo llevadas a un interrogatorio. Se les preguntó por qué siendo adultas estaban solteras y ellas dieron razón de su voto de virginidad. Les dieron el terrible tormento llamado baile de la grulla. Como ellas perseveraron en la fe, decidieron atentar a su virginidad pero el Señor permitió que los destinados a hacerlo no lo osasen. Por fin el día 12 de mayo comparecieron ante el tribunal, donde volvieron a confesar la fe. Columba le advirtió al juez que si a tenor de la ley había que condenarla a muerte, que lo hiciera, pero que mandar ofender su virginidad no estaba contemplado en las leyes. El juez asintió y mandó que se investigara quién había querido atacar su castidad. Y en efecto los responsables fueron castigados con el destierro. Volvieron las torturas pero ambas se mantuvieron firmes. Dejadas varios meses en la cárcel, ambas estuvieron enfermas varias veces y curaron de manera admirable. Columba fue por fin llevada al martirio el día 26 de septiembre, cuando ya había alcanzado esta palma su hermana.

MAGDALENA PAK PONG-SON nació en Seúl en 1796 en el seno de una familia no católica, y a los 15 años contrajo matrimonio con un joven igualmente no cristiano. Ambos tuvieron dos hijos, y a poco de nacer el segundo murió el joven esposo y al poco también sus suegros, por lo que ella decidió volver a casa de su padre en Seúl. Aquí halló a su madrastra, Cecilia Kim, que era una católica fervorosa y que la atrajo a la fe cristiana, que caló hondo en su corazón. Se marchó a vivir a una casa

de un hermano de su madrastra en una zona humilde de la capital. Trabajaba en la limpieza de la casa y otras tareas modestas y procuraba vivir como una verdadera cristiana. Mostraba una gran amabilidad y caridad con todos. Cinco años antes de que empezara la persecución pudo recibir el bautismo. Supo que venían los soldados a arrestarla y no quiso huir. La hallaron rezando el rosario y pensando en la Pasión de Cristo. Era marzo de 1839. Fue interrogada por el magistrado, ante quien confesó la fe y se negó a apostatar. Fue torturada sin conseguirse de ella la apostasía. Llevada al Ministerio de Justicia se le volvió a ofrecer la libertad a cambio de la apostasía, pero ella rehusó. Detenida en la cárcel varios meses, por fin fue llevada al martirio el 26 de septiembre de aquel año.

PERPETUA HONG KUM-JU nace en Seúl el año 1804 en el seno de una familia cristiana. Pierde a sus padres en la niñez y queda a cargo de su abuela. A los 15 años contrae matrimonio con un joven no cristiano que no le impidió a ella vivir cristianamente. Perdió primero a su joven esposo y luego a su único hijo. El dolor la unió más al Señor y vivió desde entonces con mayor profundidad la vida de oración y de conducta cristiana. Se entregó a la ayuda y asistencia de los pobres y dijo a sus más íntimos lo mucho que deseaba el martirio. Llegada la persecución de 1839, ella se negó a esconderse o marcharse como la aconsejaban, y en abril fue arrestada. Llevada ante el magistrado, se negó a apostatar y a darle los nombres de los otros cristianos. Torturada, no exhaló una queja. Llevada a la cárcel, fue desnudada y apaleada y hecha objeto de burlas, pero ella conservó la serenidad acordándose de la Pasión del Señor. Llevada al Ministerio de Justicia, nuevamente se la torturó y al final se la condenó a muerte y se la llevó a la cárcel hasta que la sentencia fuera confirmada. Fue decapitada el 26 de septiembre.

JULITA KIM nace en las cercanías de Hanyang en 1784 en el seno de una familia católica. Cuando sus padres preparaban su matrimonio, se encontraron con que ella quería consagrarse al Señor, en señal de lo cual se cortó el cabello. En 1801, en plena persecución, ella entró como dama de la corte y estuvo dieciocho años en el palacio real, cumpliendo sus deberes pero sin ofender su fe, aunque tenía que presenciar los sacrificios paga-

nos. Finalmente dejó el servicio en el palacio real. Tomó una habitación en casa de unos católicos y se ganaba la vida con la costura. Pudo luego comprar una casa y vivir en ella la vida retirada que deseaba para estar lo más dedicada posible a la oración. Al estallar la persecución de 1839 ella permaneció en su casa a la espera de la voluntad de Dios y no quiso huir. En julio de ese año fue arrestada. Se negó a apostatar, sin que lo consiguieran las torturas a que fue sometida. Condenada a muerte, fue decapitada el 26 de septiembre.

ÁGUEDA CHON KYONG-HYOB nace en Seúl en 1790 en el seno de una familia no católica. Al morir su padre la recogió una dama de la corte y cuando llegó a la edad del matrimonio, ella prefirió quedar como dama de la corte, permaneciendo soltera. Por medio de una compañera llegó a conocimiento del cristianismo. Tenía algunas dudas pero las resolvió y decidió adherirse a Cristo. Y para no tener que participar en las ceremonias paganas de la corte, alegó estar enferma y dejó el palacio. Le esperaba una vida de pobreza, no teniendo tampoco buena salud, pero ella lo aceptó con tal de poder vivir libremente su fe. Oraba mucho tiempo, leía libros religiosos y no dudaba en atraer a sus amistades al cristianismo. Al llegar la persecución de 1839 fue arrestada. Interrogada por el magistrado, expuso su fe en el Dios verdadero. Pasó por otros varios interrogatorios en los que volvió a confesar sin titubeos su fe. Las amenazas no sirvieron para que renegara. Llevada al Ministerio de Justicia se le pidió que renunciara a su fe y delatara a los demás católicos, pero ella permaneció firme. Fue entonces torturada sin que se quebrantara su fortaleza, porque ella meditaba en la Pasión de Cristo cuando era atormentada. Su hermano, que había medrado hasta llegar a oficial por influencia de ella, le había insistido muchas veces que abandonara el cristianismo y una vez más acudió para que ella con su tenacidad no pusiera en peligro su propia situación social. Ella dijo sentirlo mucho pero que no podía abandonar su fe. Su hermano entonces le llevó pasteles envenenados para evitar que fuera condenada a muerte y públicamente deshonrada. Ella, sin saber que estaban envenenados, comió un trozo de uno de los pasteles y le dio inmediatamente tal fatiga que lo vomitó y no sufrió daño, dándose ella cuenta de

que estaba envenenado, y se negó a recibir en adelante ningún alimento de fuera. Su hermano se ganó entonces a los guardias para que la mataran a palos pero recibida la paliza no murió. Su hermano hizo lo que pudo para que al menos permaneciera indefinidamente en la cárcel. Pero el 26 de septiembre de aquel año fue sacada de la cárcel y decapitada.

MAGDALENA HO KYE-IM nació en 1773 en Yongin, provincia de Kyonggi, en una familia de labradores acomodados. Llegada a la juventud contrajo matrimonio con un joven de la familia Yi y fue su cuñada, la futura mártir Santa Teresa Yi Mae-im, que era católica, quien la atrajo a la fe cristiana. Su marido estaba disgustado con ella porque había tenido dos hijas pero ningún hijo. Y decidió adoptar un chico. Ella lo criaría y cuando contrajo matrimonio atraería a su esposa a la fe cristiana. Magdalena procuraba vivir su fe con toda intensidad, esquivando que su marido se enterara de sus prácticas religiosas. Y aprovechando la ausencia del marido, ella instruyó en la fe a sus dos hijas, las cuales se convirtieron y morirían igualmente mártires, Santa Bárbara Yi Chong-hui y Santa Magdalena Yi Chong-hui. Luego consideró que lo propio era decirle a su marido la verdad. Éste se fue de la casa lleno de cólera. Ella entonces se lo dijo a sus hijas y las animó a perseverar en medio de las dificultades. El marido volvió aún más colérico y la increpó a que no siguiera con sus prácticas cristianas o la mataría. Ella entonces le prometió no ir más a la iglesia. La cosa se serenó, pero ella no dejaba de pedir perdón al Señor por lo que había dicho y siguió con sus hijas practicando la fe. Su hija mayor, para evitar casarse con un pagano, se fingió enferma, y su hija menor, que se había consagrado al Señor, huyó a casa de su tía Teresa en la capital, haciendo parecer que la había matado una fiera en el bosque, pero meses más tarde mandó razón a su madre de que estaba a salvo. Ella entonces dejó su luto y comenzó a vivir normalmente, lo que hizo sospechar a su marido. Ella le confesó la verdad y el marido prometió no interferirse más en sus vidas. Ella pudo ir entonces a la capital a visitar a su hija. Su hija mayor quedó viuda y se fue a vivir con su hermana, que tenía ya casa propia en Haktari. Magdalena iba en Navidad y Pascua a la capital para recibir los sacramentos. En marzo de 1839 llegó la

persecución y las mujeres que vivían en la casa se animaron mutuamente a ser fieles al Señor hasta la muerte. Al saber que varios cristianos y sus familias habían sido arrestados y torturados, Magdalena y las otras cinco mujeres que estaban en la casa decidieron ofrecerse espontáneamente al martirio. Fueron a la casa de San Agustín Yi Kwang-hon, donde había soldados de guardia, y les dijeron que ellas eran cristianas, que las arrestaran. Los guardias de momento no las tomaron en serio pero cuando ellas les enseñaron sus rosarios las arrestaron. Interrogadas oficialmente al día siguiente, confesaron su fe. Volvieron los interrogatorios hasta que fueron llevadas al Ministerio de Justicia. Finalmente fueron condenadas a muerte. Magdalena lo supo el día antes de su muerte, fijada para el 26 de septiembre, y se lo mandó a decir a su hijastro que acudió a estar presente a la ejecución. Él tomaría el cuerpo de su madrastra y lo llevaría a la tumba familiar.

Las mártires cuya fecha exacta de martirio se ignora son éstas:

LUCÍA KIM nació en Seúl en 1769 y era jorobada de nacimiento. Católica desde sus años jóvenes, fue dada en matrimonio a un pagano, que no le permitió practicar la religión cristiana ni tratarse con católicos. Por este motivo ella terminaría separándose de su marido y entrando a trabajar en casa de una familia católica. Aunque carecía de cultura, era fina de alma y muy religiosa, y daba gran ejemplo con su conducta evangélica. Iba también a casa de otros católicos a hacer todo tipo de trabajos caseros, cuidar a los niños, atender a los enfermos, etc., siendo muy apreciada por todos. Logró atraer a algunas personas a la Iglesia. Arrestada en la persecución de 1839, confesó la fe valientemente, fue atormentada hasta el extremo de quedar baldada, de cuyas resultas, invocando a Jesús y María, murió en la prisión.

CATALINA YI nace en 1783 en Seúl en una familia católica campesina que, aunque de sentimientos cristianos, no pudo proporcionarle buenos conocimientos de la fe. Casada con un pagano, procuró ella infundir la fe cristiana a sus hijos y logró atraer a su marido a su religión, y tendría el consuelo de verle recibir el bautismo a la hora de la muerte. Muerto su esposo, si-

guió viviendo con la familia de éste, pero como era muy opuesta al cristianismo decidió dejarla y volver con su propia familia a fin de preservar la fe de sus hijos. Cuando su hija mayor Magdalena le manifestó su deseo de consagrarse a Dios en la virginidad, Catalina le hizo ver las dificultades sociales que ello entrañaba, pero al insistir la hija, le dio su licencia. Esta hija se fue a trabajar en varias casas pero cuando cumplió los cuarenta años volvió con Catalina. Cuando supo que venía la persecución, madre e hija se fueron a la capital sin tener medios de vida. El obispo Imbert supo su problema y pidió a los católicos les buscasen una casa para ellas, y fueron entonces a la casa de Bárbara Cho. Aquí estaban cuando, desatada ya la persecución, seis mujeres decidieron presentarse espontáneamente a los soldados. Catalina y su hija eran dos de ellas. Interrogada, confesó la fe, y fue apaleada hasta el extremo de quedar malherida. Devuelta a la cárcel, murió de resultas de los maltratos.

MAGDALENA CHO nace en Seúl en 1807, hija de la mártir anterior. Educada cristianamente por su madre, fue muy receptiva a la fe y a los sentimientos cristianos, y al llegar a la edad núbil, pidió a su madre con gran insistencia poder permanecer en el estado de la virginidad consagrada al Señor. Huyendo de las críticas de los vecinos, dejó su casa y se colocó como criada en varias casas sucesivamente hasta que, cumplidos los cuarenta años, volvió con su madre, llevando siempre una conducta ejemplar y viviendo con intensidad la religión. Al saber que venía la persecución se fue con su madre a la capital y aquí vino a hospedarse en la casa de Bárbara Cho, donde con las otras cinco mujeres tomó la resolución de autodenunciarse a los soldados. Interrogada y apaleada por ser cristiana, quedó tan maltratada que no pudo resistir las penalidades de la cárcel y murió casi al mismo tiempo que su madre en el mes de septiembre de 1839.

Todos ellos fueron canonizados el 6 de mayo de 1984.

MARÍA DEL AMPARO (TERESA) ROSAT BALASCH Y MARÍA DEL CALVARIO (JOSEFA) ROMERO CLARIANA

Vírgenes y mártires († 1936)

A las doce de la noche del 26 de septiembre de 1936 en Carlet fueron sacadas en una camioneta dos religiosas de la Congregación de la Doctrina Cristiana y otras siete personas y desde la cárcel llevadas a un lugar desconocido de las cercanías del pueblo y allí fueron fusiladas. Una de las religiosas, la Madre Amparo, antes de ser fusilada comunicó a los verdugos su perdón. Los restos de las dos mártires no han podido ser localizados.

TERESA ROSAT BALASCH nació en Mislata (Valencia) el 15 de octubre de 1873, hija única de un matrimonio cristiano, que la educó con todo esmero. En 1891 las religiosas de la Doctrina Cristiana abrieron un colegio en Mislata y esto dio oportunidad a Teresa para conocer la vida y el carisma de estas religiosas, sintiéndose inclinada a unirse a ellas. Vistió el santo hábito en Alginet el 15 de octubre de 1896 y tomó el nombre de sor Amparo. Hizo la primera profesión en 1898 y la perpetua en 1906. Por sus excelentes cualidades se acreditó muy pronto en la congregación, que le confió el cargo de superiora sucesivamente en las casas de Tabernes de Valldigna, Molins de Rey, Cabrera de Mataró, Cornellá del Llobregat y Carlet. Religiosa de profunda vida interior, daba ejemplo de muchas virtudes y tenía el amor de quienes la trataban. Al llegar la República, estaba en Carlet y las religiosas hubieron de dejar el hábito y estuvieron sin asistencia religiosa un tiempo hasta que ella reclamó la presencia de un sacerdote. En las elecciones de febrero de 1936 hubieron también de salir del colegio por un tiempo pero luego reanudaron las clases. Llegada la revolución de julio de aquel año las hermanas hubieron de buscar refugio en casas particulares. En una de ellas fue detenida el 19 de septiembre y llevada a la cárcel, donde quedó en una celda aislada hasta que la sacaron para fusilarla.

JOSEFA ROMERO CLARIANA nació en Carlet (Valencia) el 11 de abril de 1871 en una familia modesta y cristiana. Al llegar a la mayoría de edad consiguió su deseo de ser religiosa en la Congregación de la Doctrina Cristiana (17 de octubre de 1892), con

la oposición de su padre. Hizo la profesión el 17 de enero de 1895 y fue destinada a continuación como cocinera a varias casas sucesivamente. Tomó el nombre religioso de sor María del Calvario. Era una religiosa bondadosa, humilde y obediente. Llegada la revolución de julio de 1936, al disolverse la comunidad de Tabernes de Valldigna donde estaba destinada, se marchó a Carlet con su hermana, madre de dos religiosas que igualmente se refugiaron con su madre. Las tres fueron detenidas el 19 de septiembre de 1936. Luego del interrogatorio, fue devuelta a su casa pero para ser arrestada pocas horas más tarde, quedando en la cárcel mientras que las sobrinas eran dejadas libres. Consta que fue interrogada y no le valió su ancianidad, ni su estado delicado ni su falta de vista pues estaba ya casi ciega. En la noche del 26 de septiembre fue sacada de la cárcel y llevada a fusilar junto con la Madre Amparo y otras personas.

Fueron beatificadas el 1 de octubre de 1995 por el papa Juan Pablo II.

BEATOS RAFAEL PARDO MOLINA Y JOSÉ MARÍA VIDAL SEGUÍ

Religiosos y mártires († 1936)

Celebra hoy la Iglesia la memoria de dos dominicos que dieron su vida por la fe en el curso de la sangrienta persecución religiosa desatada en España en 1936. Del primero se conoce la fecha, que fue el 26 de septiembre de 1936, del segundo se sabe que fue aquel mismo verano.

RAFAEL PARDO MOLINA nace en Valencia el 28 de octubre de 1899 en una familia numerosa de la que él iba a ser el hijo mayor. Llegado a la adolescencia, ayuda a su padre en los trabajos de la huerta y dedica su tiempo libre a ser catequista en la Parroquia de San Valero, del barrio de Ruzafa. Se hace miembro de la Adoración Nocturna y de la Cofradía de San Felipe y va todos los domingos al hospital a visitar a los enfermos. Sintiendo la vocación religiosa, ingresa en la Escuela Apostólica de la Orden de Predicadores, de Solsona, pero se decide que no tiene capacidad de estudio. Vuelve a casa, madura su deseo de ser religioso y se ofrece para hermano lego, siendo admitido y profe-

sando los votos religiosos el 2 de enero de 1926. Seguidamente se le destina a Calanda, donde pasa seis años dedicado al trabajo de la huerta. Hecha la profesión solemne el 8 de enero de 1932, es destinado al convento de su Orden en Valencia como sacristán. Oculta en casas particulares los objetos de culto cuando ve que corren peligro, y al ser requisados, se presenta con un abogado a reclamarlos y logra que queden depositados en el ayuntamiento, lo que impidió su destrucción e hizo posible su devolución al final de la guerra. Llegado el 18 de julio de 1936 se refugia en una casa particular, pero en la tarde del 26 de septiembre es arrestado y unas horas más tarde fusilado en las afueras de Valencia.

JOSÉ MARÍA VIDAL SEGUÍ nace en Tarazona (Zaragoza) el 28 de octubre de 1905. Aún niño, se decide por la vocación sacerdotal e ingresa en el Seminario de San Gaudioso, donde cursa humanidades, filosofía y teología, ordenándose sacerdote en el clero diocesano en 1928. Se le destina sucesivamente a los cargos de coadjutor en Villalengua, cura regente de Purojosa y coadjutor en Novallas. Y en este tiempo madura la vocación que sentía al estado religioso, ingresando en la Orden de Predicadores en 1934 y emitiendo la profesión religiosa al año siguiente. Destinado en la comunidad de Calanda, huye cuando las milicias republicanas toman la población, yéndose a Torres Mazas en el camino de Alcañiz. El día 29 de julio se acerca a una masía de Castelserás para preguntar por el camino más directo para ir a Alcañiz. Entonces le encaminan a otra masía donde se encontraban elementos significados del Comité revolucionario, los cuales procedieron a darle muerte, quizás el 30 de julio de 1936. Como queda dicho, el *Martirologio* trae su memoria hoy.

Fueron glorificados el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de beatificación de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATA CRESCENCIA VALLS ESPÍ

Virgen y mártir († 1936)

Nace en Onteniente el 9 de junio de 1863 y recibió de su familia una esmerada educación cristiana. Desde joven llevó una intensa vida interior, afiliada a la Asociación de Hijas de María y militando en la Acción Católica. Pertenecía al Apostolado de la Oración y a la Sociedad de San Vicente de Paúl, por la que canalizaba su amor y servicio a los más pobres, pidiendo para ellos y socorriéndolos con mucha caridad. Daba catecismo a los niños de su parroquia y se prestaba a impartir clases en la escuela dominical para combatir el analfabetismo femenino. Llegada la revolución, no se miró su edad sino que fue detenida el 26 de septiembre y asesinada de un tiro en la nuca en el puerto de la Ollería.

Fue beatificada el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATA MARÍA DEL OLVIDO NOGUERA ALBELDA

Virgen y mártir († 1936)

Nació en Carcagente el 30 de diciembre de 1903, siendo educada cristianamente. Fue alumna del Colegio de María Inmaculada. Llegada a la juventud se mostró como una ardorosa militante cristiana, participando en la Acción Católica y en todas las actividades parroquiales. Llevaba una intensa vida de piedad y era muy compasiva con los pobres. Llegada la revolución de julio de 1936, ella fue objeto de persecución como destacada católica y al ser detenida decidieron violarla antes de darle muerte. Se defendió ella enérgicamente y entonces cuatro hombres la sujetaron para que seis pudieran violarla, y esto tuvo que contemplarlo su hermano atado a un árbol. Tras este ultraje ella aún tuvo fuerzas para gritar vivas a Cristo Rey. A su hermano lo mataron con ella.

BEATO BUENAVENTURA (JULIO) ESTEVE FLORS

Presbítero y mártir († 1936)

Nace Julio Esteve Flors en Puzol (Valencia) el 9 de octubre de 1897 en el seno de una familia numerosa. Sintió aún niño la vocación religiosa e ingresó en el Seminario Seráfico Capuchino, de donde pasó oportunamente a la vestición de hábito (15 de septiembre de 1913) tomando el nombre de fray Buenaventura de Puzol. Emitió la profesión temporal el 17 de septiembre de 1914 y la perpetua el 18 de septiembre de 1918. A fin de que perfeccionara sus estudios fue enviado a Roma al colegio internacional San Lorenzo de Brindis, alcanzando el grado de doctor en teología por la Universidad Gregoriana. El 26 de marzo de 1921 era ordenado sacerdote. Vuelto a España fue destinado como profesor de filosofía y derecho canónico en el Estudiantado Capuchino de la ciudad de Orihuela. Simultaneó este deber con el de la predicación, para la que estaba muy bien dotado y que acompañaba muy bien con su gran bondad y dulzura. Llegada la revolución de 1936, hubo de dejar el convento y refugiarse en su casa paterna en Carcagente. El 24 de septiembre de 1936 fue arrestado por orden del Comité de Puzol alegando que tenía que prestar declaración. Pero en la noche del día 26 fue llevado al cementerio de Gilet donde fue fusilado. Antes de morir avisó a sus verdugos que serían medidos con la medida que ellos entonces usaban, y en efecto estas palabras años más tarde se cumplieron, y las recordaron. Había otros trece presos que iban a ser fusilados con él. Con gran serenidad él se dirigió a ellos y les dio la absolución sacramental. Entre ellos estaban su padre y su hermano.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATA MARÍA JORDÁ BOTELLA

Virgen y mártir († 1936)

Nace en Alcoy el 26 de enero de 1905 y se bautiza con el nombre de María del Pilar, usando habitualmente el nombre de María. Alumna del colegio de San Vicente de Paúl, recibe en él

una esmerada educación cristiana. A los 11 años es admitida como Hija de María, cuyas obligaciones cumplía con gran cuidado. Pasa luego como interna al colegio de la Pureza, de Onteniente. Concluido el período de su formación, vuelve a su casa y lleva una vida ejemplar, militando en la Acción Católica y en otras asociaciones como el Patronato de las Obreras de San Mauro, en el que desplegó un gran celo apostólico y un magnífico sentido social cristiano, haciendo un gran bien a su alrededor. Llegada la revolución de julio de 1936, se trasladó a Madrid para vivir con un hermano suyo, pero aquí fue reconocida y arrestada y llevada por los milicianos a Alcoy, donde fue encarcelada en el colegio de las esclavas. Aquí estuvo hasta el 26 de septiembre. A la caída de la tarde fue trasladada a Benifallim y aquí martirizada.

Fue beatificada el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO LEÓN (MANUEL) LEGUA MARTÍ

Presbítero y mártir († 1936)

Manuel Legua Martí nació en Alacuás (Valencia) el 23 de abril de 1875 en el seno de una familia cristiana. Su padre tenía estrechas relaciones con los religiosos terciarios capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores, a quienes prestaba cuantos servicios podía. Y sin duda de este trato le vino a Manuel, joven de quince años, el pedir su ingreso en la congregación. Viste el santo hábito el 21 de julio de 1890 con el nombre de fray León María de Alacuás y en 1892 hace los votos temporales. Terminado el período de vigencia de éstos se ve obligado a dejar temporalmente el convento a cuenta de una enfermedad, y, superada ésta, pide de nuevo su ingreso en 1897. Hace las renovaciones oportunas de sus votos hasta que en 1904 emite la profesión perpetua en el convento de Monte Sión, de Torrente, y prosigue sus estudios sacerdotales, ordenándose presbítero el 15 de julio de 1906 en Valencia. Ejerció ejemplarmente su ministerio en las casas de Dos Hermanas, Yuste, Madrid, Amurrio, Madrid nuevamente, Alcalá de Guadaira y de nuevo en las varias casas de su congregación en Madrid. Fue también consejero general y

como tal acompañó al padre general en su visita a las casas de América. En Madrid estaba cuando estalla la guerra el 18 de julio, y se ve obligado a buscar refugio en varias casas particulares sucesivamente, hasta que el 17 de septiembre la casa donde estaba es registrada y él es detenido. No se sabe exactamente la fecha de su muerte, pero sí que su cadáver fue reconocido el día 29 de septiembre en el km. 25 de la carretera a Francia. En la Dirección General aparece fusilado el 26 de septiembre y hay una foto de su cadáver, aunque se duda si sus restos son los que estaban junto al de Edelmiro Feliu, fusilado con él.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

27 de septiembre

A) MARTIROLOGIO

1. La memoria de San Vicente de Paúl († 1660), presbítero, fundador de la Congregación de la Misión y de la Congregación de las Hijas de la Caridad **.
2. En Milán, San Cayo († s. III), obispo.
3. En Sémont (Galia), santos Florentino e Hilario († s. V), solitarios y mártires.
4. Junto a la abadía de Liessies, Santa Hiltrudis († 790), virgen reclusa.
5. En Córdoba (Andalucía), santos Adolfo y Juan († 824), hermanos, mártires *.
6. En Fara, junto a Cingoli, del Piceno (Italia), San Bonfilio († 1125), obispo de Foligno, anteriormente abad de Storace *.
7. En París (Francia), San Elzear o Eleazar de Sabran († 1323), conde de Ariano **.
8. En Pistoya (Toscana), Beato Lorenzo de Ripafratta († 1456), presbítero, de la Orden de Predicadores *.
9. En Rochefort (Francia), Beato Juan Bautista Laborier du Vivier († 1794), diácono y mártir *.
10. En Sagunto (Valencia), beatos José Fenollosa Alcayna, presbítero, y Fidel (Mariano) Climent Sanchís, religioso capuchino († 1936), mártires *.
11. En Gilet (Valencia), beatas Francisca Javiera (María) Fenollosa Alcayna, religiosa de la Congregación de Terciarias Capuchinas de la Sagrada Familia, y Herminia Martínez Amigó († 1936), madre de familia, mártires *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN VICENTE DE PAÚL

Presbítero y fundador († 1660)

Es el comienzo del siglo XVII en Francia, donde ha de actuar Vicente de Paúl, un hervidero de ideas, de pasiones religiosas y políticas, de ensayos doctrinales y organizados. El cardenal Bérulle introduce en Francia las carmelitas, funda la Congregación del Oratorio para formar una selección de sacerdotes, y «naturaliza» en Francia las corrientes místicas de Alemania, España e Italia. San Francisco de Sales pone al alcance de todos la «vida devota», ensalza las vías del amor de Dios e intenta la primera Institución de religiosas visitadoras fuera del claustro, que no consigue llevar a efecto. Vicente de Paúl aprovechará estas dos corrientes, mística y de acción, para renovar la teología de Jesucristo en el pobre y fundar el apostolado secular de la caridad, sin caer en el utópico quietismo de Fenelón, ni en el duro jansenismo, ni en el racionalismo cartesiano, sistemas que se fraguan en pleno siglo de San Vicente, y de los que él queda incontaminado.

Esta empresa no es para un hombre solo. Vicente de Paúl se sitúa entre sus contemporáneos, colabora con todos, recoge ideas y orientaciones en un ambiente de restauración espiritual que se ha consolidado en Trento: inspira a muchos, como gran director de almas; se rodea de asociaciones religiosas a las que da vida y continuidad, se apoya en los grandes para servir a los humildes. La poderosa familia de los Gondí, el poder casi absoluto de Richelieu, por medio de la sobrina duquesa de Ayguillon, dama de la Caridad, la española reina Ana de Austria, el mismo Mazarino y casi toda la nobleza giran en torno de este padre de los pobres y defensor de la Iglesia. Olier, fundador de San Sulpicio; Rancé, reformador de la Trapa; Bossuet, que pronunciará en 1659 el famoso sermón «de la eminente dignidad de los pobres en la Iglesia», y casi todos los grandes hombres de ese siglo y de los siguientes, se benefician de la suave influencia de Vicente. La preparación para esta misión grandiosa es larga y difícil. La acción de Dios en este hombre y la respuesta generosa forman una experiencia vital aleccionadora. Nace probablemente en las Landas en 1581, pero su ascendencia inmediata es

española, como se ha comprobado en una larga búsqueda en los archivos de la región oscense de La Litera, que nos dan una abundante genealogía de los apellidos Paúl y Moras, apellidos paterno y materno. Las migraciones eran muy frecuentes, y Ranquines, que es el lugar en que se sitúa su nacimiento, significa la «casa del cojo». Es el apelativo recibido al ocuparla el padre, que tenía ese defecto, y del que un día se llegó a avergonzar el hijo, estudiante en los franciscanos de Dax. Vicente llevará a todas sus empresas las características del aldeano, mezcla de aragonés y francés, en su tesón indomable, en su prudente lentitud, en su trabajo silencioso, de labrador que abre el surco y esconde su semilla con esperanza. Ya es un signo providencial que, en su origen, una en sí a dos pueblos tan diversos y encontrados a lo largo de estos siglos.

El niño Vicente, tercero de los seis hermanos, guarda durante un tiempo el pequeño rebaño de su casa. En muchas ocasiones se humillará ante los grandes manifestando este su oficio de la infancia. Por tradición local nos consta su devoción mariana y su pronta caridad.

Sus estudios continúan sin desmayo, primero en la Universidad de Tolosa, después en la de Zaragoza, como atestigua su primer biógrafo Abelly y una tradición ininterrumpida en España. Más tarde propondrá como modelos a las universidades españolas y a sus teólogos, tan fieles a la Iglesia.

Recibe el sacerdocio el 20 de septiembre de 1600 y dice su primera misa en una capilla de la Virgen, cerca de Bucet, sin la presencia de su padre, que había fallecido hacía dos años. Allí y en Tolosa se ayudó para los estudios con un pequeño pensionado de estudiantes que él cuidaba. Hasta 1605 prosigue sus estudios, que alterna con la enseñanza y un viaje a Roma, donde se emociona hasta derramar lágrimas.

El Señor purifica a su elegido, que por entonces buscaba cargos y honores eclesiásticos, con tres pruebas: el cautiverio en Túnez, cuando iba en busca de una herencia, y que duró casi tres años de continuos sufrimientos (1605-1607); la injusta acusación de robo al volver de Roma, donde esperó inútilmente una buena colocación del vicelegado Montorio, a quien había enseñado las curiosidades de alquimia que había aprendido en

el cautiverio (1608); y la terrible tentación contra la fe que aceptó sobre su alma para que se viera libre de ella un doctor amigo suyo. De esta «noche oscura» sale cuando, a los treinta años, pensaba pasar el resto de su vida en un modesto retiro, amargado por los desengaños humanos, según escribe, en la única carta que se conserva, a su buena madre. Cae a los pies de un crucifijo, se consagra a la caridad para toda la vida y la luz renace en su espíritu.

Este voto de servir a los pobres es la clave de toda su vida y la fuente de sus numerosas obras de caridad. Para terminar la purificación de sus aspiraciones terrenas y quitar los impedimentos de su actuación sacerdotal se retira una temporada al naciente Oratorio de Bérulle, se pone incondicionalmente bajo la obediencia de este gran mentor de almas, que le ha de conducir hasta que se ponga bajo la dirección del doctor Duval, piadoso catedrático de la Sorbona. Unos ejercicios en la cartuja de Valprofonde le libran de una tentación que tenía en sus ministerios, y una mortificación constante le hace cambiar el «humor negro» de su temperamento por una amabilidad semejante a la de San Francisco de Sales, con quien sostiene relaciones íntimas, cuyos libros lee ávidamente y del que recibirá más tarde la dirección de las Hijas de la Visitación.

Las experiencias apostólicas de estos años (1609-1626) le van marcando suavemente el camino definitivo de su vocación. Animado de una ferviente caridad, hace de capellán y limosnero de la reina Margarita de Valois, visita y sirve personalmente a los pobres enfermos en el hospital de la Caridad, que, en los arrabales de París, dirigían los hermanos de San Juan de Dios, y entrega a esta institución 15.000 libras que le habían donado.

Por dos veces es párroco del campo. En Clichy, cerca de París, donde se siente feliz, reedifica la iglesia que perdura hasta hoy. Ya en pleno París, establece la comunión mensual e intenta un pequeño seminario (1612).

En Chatillon les Dombes, en la frontera de Saboya, restaura espiritualmente la parroquia deshecha por la herejía y el abandono. Ante un caso de miseria familiar establece la Cofradía de la Caridad con un reglamento que aún hoy está en vigor. Es la primera cofradía de caridad para que las señoras asistan a los

enfermos abandonados en sus casas (1617). En ambas parroquias, que dejó por obediencia a Bérulle, tiene como sucesores a dos fervorosos vicarios: el señor Portail, en Clichy, que más tarde será su compañero de Misión, y el señor Girad.

Es Bérulle quien trae y lleva al señor Vicente y quien determina que sea el preceptor de los hijos de esta noble familia que llevaba lo que hoy se llama el ejército del mar, y en el orden eclesiástico gobernó durante mucho tiempo la diócesis de París hasta llegar al inquieto cardenal de Retz. En los extensos dominios rurales de los Gondí ejerce su ministerio con los pobres campesinos y funda las Cofradías de la Caridad —de mujeres, de hombres y mixtas—, siempre ayudado de la marquesa, cuya alma dirige espiritualmente. Llega a dominar en tal modo en sus almas que esta familia será, con la de Richelieu, el apoyo que la Providencia le depara para sus obras.

Se siente excesivamente incómodo en los palacios y cree que no cumple su voto de servir a los pobres. Por eso huye a Chatillon. Pero Bérulle le hace volver. Vicente reclama libertad de acción en los 8.000 colonos de las tierras. Allí encuentra al anciano que por vergüenza no ha hecho buenas confesiones y está en peligro de condenación, al hereje que no cree en la Iglesia porque no atiende a las gentes del campo, al sacerdote que no sabe la fórmula de la absolución. Voces de Dios que mueven al santo y a la marquesa para fundar una comunidad de sacerdotes que recorran los campos misionando, en ayuda de los párrocos. Al señor Vicente se unen el tímido señor Portail y otros varios. Reciben una ayuda económica y un colegio, el de los Buenos Hijos, donde nace humildemente la comunidad de sacerdotes seculares de la Misión, que es aprobada en 1626 por el arzobispo de París y en 1632 por el papa Urbano VIII, sin carácter de religiosos.

En estos seis años el santo ha recorrido todos los dominios misionando y fundando Caridades, ha sido nombrado capellán de las galeras reales y ha procurado misiones y ayuda material a los forzados del remo, creando un hospital para ellos; se ha hecho cargo de la dirección espiritual de las Salesas, de acuerdo con la madre Chantal, ha tomado la dirección de su gran colaboradora Santa Luisa de Marillac, y ha quedado en libertad de movimientos por haber fallecido la marquesa y haber tomado la decisión de hacerse sacerdote del Oratorio el señor Gondí.

En 1626, a los treinta y cinco años, San Vicente está plenamente centrado en su vocación. Bérulle no ha visto claro el Instituto de las misiones, pero Roma lo aprueba, gracias al tesón del santo, que ve el abandono del campo como una de las miserias mayores de la Iglesia. El sacerdote no está cuidando de las almas como prescribía el concilio de Trento. Su santificación era muy deficiente. Vicente ha meditado mucho, ha observado todos los movimientos místicos y apostólicos, ha trabajado con santa ilusión y ha sufrido crisis interiores fructíferas. Para la restauración del clero establece los ejercicios de ordenandos por espacio de diez días, en los que se une la parte ascética con la pastoral. Son cursillos intensivos que suplen algo la falta de seminarios. El obispo de Beauvais, el cardenal de París y más tarde la Santa Sede los declaran obligatorios para todos los que hayan de recibir las órdenes sagradas. De aquí brotan las conferencias ascético-pastorales (los martes para sacerdotes y los jueves para seminaristas). De su seno nacen los misioneros de las ciudades unidos a los misioneros de los campos, que había fundado y que trabajaban en hermandad con un reglamento preciso y sabio (1631).

Se ha trasladado con sus misioneros a la gran abadía de San Lázaro, que será el centro regenerador del clero y del pueblo con los ejercicios en tanda dados gratuitamente. Richelieu, que ha tomado las riendas de la nación en 1624, pide a San Vicente los mejores hombres para ponerlos al frente de las diócesis; pero falta el remedio definitivo, los seminarios tridentinos, que no acaban de realizarse. El santo hace la distinción de mayores y menores, reconoce que es muy difícil reformar al clero de edad y establece su primer ensayo para jóvenes con vocación en el colegio de los Buenos Hijos. Forma el seminario mayor de San Lázaro con ayuda de Richelieu (1642). Orienta a Olier en sus planes del seminario de San Sulpicio y trata de colaborar con el difícil señor Bourdoise, que ha establecido el seminario parroquial comunitario. En 1647 sus misioneros dirigen siete seminarios y el santo confiesa que «Dios bendice su obra» y que las misiones piden como complemento ayudar a la Iglesia en la formación del clero.

Las Cofradías de la Caridad pasan a la ciudad en sus incipientes suburbios. Luisa de Marillac ha salido de su ensimisma-

miento escrupuloso por obra de la gracia y de su firme director, y es llevada a la acción caritativa por campos y ciudades como una maternal inspectora de las Caridades, y de las escuelas rurales que el santo funda como fruto permanente de las Misiones en las parroquias. Da reglamentos adaptados a las necesidades de la ciudad y organiza totalmente la caridad en la ciudad de Beauvais, como antes (1621) lo había realizado en Majon.

El servicio personal al necesitado exige una vocación especial y las Caridades se resentían por falta de personal. El Señor vino en ayuda de su siervo. Un día que había misionado un pueblecito cercano a París, una joven pastora, Margarita Naseau, que había aprendido a leer por su cuenta, se presentó al santo para servir a los pobres. Es la primera hija de la Caridad. Margarita murió al poco tiempo víctima de la caridad, asistiendo a un apestado. Buen cimiento para la magna obra vicenciana de la Hija de la Caridad, la «religiosa» sin claustro que asiste al pobre a domicilio en unión de las damas de la Caridad, enseña en las escuelas del pueblo donde no hay maestro, llega a los campos de batalla, ya en los tiempos del santo, para atender a los heridos, cuida de los niños expósitos, obra ardua que sacó a flote San Vicente frente a todos los prejuicios de las damas de la Caridad; que acoge en sus casas a las mujeres ejercitantes, a las que el santo señala como libro de meditación el *Memorial* del padre Granada; que se hace cargo del Hospital General de París y del Asilo del Nombre de Jesús construido por el santo con un donativo de 100.000 libras (1642), a las que lleva por las regiones destrozadas por las guerras y hasta Polonia a servir, no a los grandes, aunque sean protectores, como la reina de Polonia, sino a los humildes.

«San Vicente defensor de la Iglesia», es un título que le cae muy bien en un siglo de errores y herejías. Primeramente en el Consejo de conciencia (1647-1652), donde se trata de la elección de obispos. ¡Qué labor más dura para evitar la subida de ministros indignos y promover la de los mejores! Aquí se fraguó la renovación del alto clero de Francia, que había de luchar con el error, con la corrupción y, más tarde, con el galicanismo ya latente en el reinado de Luis XIV. El santo aceptó este puesto delicadísimo para el bien del clero y de los religiosos (en cuya

reforma tomó parte muy activa) y para el bien de los pobres. Trabajaba en ello con la reina española Ana de Austria y se enfrentaba con Mazarino para evitar el favoritismo en los cargos.

El jansenismo, con la herejía de las dos cabezas, la lucha contra la frecuente comunión y la falsa mística de Port-Royal son el viento helado que sopla fuertemente sobre la vida católica en Francia, y desde ella en otras naciones de Europa. Vicente, que es amigo del abate Saint Cyran, de Arnauld y del monasterio de Port-Royal, se ve en una difícil tesitura; pero su fe, inquebrantable y luminosa, su prudencia admirable y siempre su tesón humano y sobrenatural, le hacen el principal campeón contra el jansenismo, aunque todavía se silencia en algunas historias de la Iglesia de este período. En la vida del santo —editada por la BAC— el libro VI está dedicado a esta actuación de San Vicente (p.512-591), donde, con documentación de primera mano, se manifiesta que él aunó a la mayoría de los obispos contra la herejía, alentó a los teólogos que la Sorbona envió a Roma, escribió cartas al Papa incluso e hizo la refutación doctrinal y práctica del jansenismo con sus obras de caridad, su reforma del clero y su mística optimista del alma. No es posible entrar en detalles en esta breve biografía.

Dilatando los espacios de la Iglesia, el señor Vicente es padre de misioneros de fieles y de infieles. Establece misioneros en Túnez y Argel para ayudar espiritualmente a los esclavos y promover su rescate (1645). Envía a Irlanda, perseguida en su catolicismo por Cromwell, a sus misioneros que sostienen la fe de los fieles. «Siente una devoción especial en propagar la Iglesia en países de infieles por las pérdidas que sufre en Europa» (1646), como Santa Teresa de Jesús, aunque «mujer y ruin». Manda y sostiene continuas expediciones, devoradas muchas veces por la peste, de misioneros a Madagascar (1648). Promueve las misiones en Arabia; hace que las damas de la Caridad de la Corte sufraguen los gastos de las misiones anticipándose a la obra de Paulina Jaricot.

Es un padre de la patria. Las guerras de la Fronda, parlamentaria (1648-1649), y de los príncipes (1650-1653) destruyen la vida de París y de sus alrededores y se unen a la de los Treinta Años, que no termina hasta la paz de Westfalia (1648) y de los Pi-

rineos (1658), con el triunfo político de los protestantes traído por la ambición nacionalista de Richelieu y de Luis XIV. Es un panorama desolador que la pluma se resiste a describir. En esta hora es San Vicente el que moviliza todas sus fuerzas —misioneros, damas e Hijas de la Caridad— y se aúna con la compañía secreta del Santísimo Sacramento y con todas las órdenes religiosas para aliviar el desastre material y moral de Francia. Recoge millones de libras haciendo la primera campaña nacional de caridad, editando los relatos de las miserias y de los medios necesarios, creando almacenes en París, dando misiones a los refugiados en su casa central de San Lázaro, buscando refugio para las religiosas y para los pobres vergonzantes, lo mismo que para los nobles huidos de Irlanda, creando para eso las conferencias de la caridad de hombres con el barón de Renty al frente. No es extraña la admiración de todos por el santo y sus huestes, que le proclamaban oficialmente: «Padre de la patria».

Su labor pacificadora es audaz. Por tres veces habla con la reina para que prescinda de su funesto ministro Mazarino, y se atreve a decírselo al mismo interesado el 11 de septiembre de 1652: «Que el rey entre con voluntad de apaciguar los ánimos y todo quede tranquilo. No obstante, es preferible que el primer ministro se quede cierto tiempo fuera». El joven rey entró el 21 de octubre y proclamó la amnistía general. Pocos meses después volvía Mazarino, que pagó la carta del señor Vicente con retirarle del Consejo de conciencia o Ministerio de cultos.

De 1650 a 1660 San Vicente dirige todas sus obras en pleno rendimiento desde el sencillo aposento del cuartel general de San Lázaro, luchando a la vez contra el jansenismo, organizando las dos comunidades de misioneros e Hijas de la Caridad, hasta que su modo secular de vida en común sea aprobado por Alejandro VII (1655). Recibe con inmenso gozo la bula que condena al jansenismo. Funda el asilo-taller para ancianos, comenta las reglas que ha dado a los misioneros y a las Hijas de la Caridad, proyecta establecer a los misioneros en Toledo de acuerdo con el cardenal Moscoso y Sandoval (1657), dicta de continuo cartas a sus dos secretarios, reúne en su casa central a los Consejos de las obras, orienta a los que de toda Francia acuden a pedirle consejo y hasta proyecta con el caballero Paúl la liberación de todos los esclavos de Argel, el paso de sus misioneros al Canadá, etc.

Su caridad es una llama que incendia a todos los que le rodean. «No es suficiente —exclama— que yo ame a Dios si mi prójimo no le ama». «Hemos sido elegidos como instrumentos de Dios, de su inmensa y paternal caridad, que quiere ver establecida en todas las almas». El santo proclama a todo el mundo: «Las cosas de Dios se hacen por sí mismas, y la verdadera sabiduría consiste en seguir a la Providencia paso a paso, sin adelantarse ni retrasarse». «Dios es amor y quiere que se vaya a él por amor». Vicente, que tiene las manos llenas de obras e instituciones, que se duerme de fatiga, dice a su fiel e inquieta colaboradora que «es preciso honrar el descanso de Dios» y que «debemos honrar particularmente a su Divino Maestro en la moderación de su obrar». «¡Qué dicha —dice— no querer más que lo que Dios quiere, y no hacer sino lo que la Providencia presenta, y no tener nada más que lo que Dios nos ha dado!».

La mística de la acción apostólica y la unión fraterna de todos en Cristo y en el Padre celestial: Éste es el mensaje que San Vicente proyecta a todos los siglos como un eco potente del Evangelio y de la Iglesia, desde su sillón, donde muere plácidamente en las primeras horas del 27 de septiembre de 1660, bendiciendo, como patriarca de la caridad, a todas las instituciones que habrán de irradiar de su orientación y cuyo patrocinio universal le confió la Iglesia con fiesta especial el 20 de diciembre.

VEREMUNDO PARDO, CM

Bibliografía

ABELLY, L., *La Vie du Vén. serviteur de Dieu Vincent de Paul* (París 1664).
COLLET, P., *La vie de S. Vincent de Paul* (Nancy 1748).
COSTE, P., *Le grand saint du grand siècle: Monsieur Vincent* (París 1931-1932).
DODIN, A., CM, *St. Vincent de Paul et la charité* (París 1959).
GIORDANI, G., *S. Vincenzo de Paoli, servo dei Poveri* (Roma 1959).
HERRERA, J. - PARDO, V. (eds.), *San Vicente de Paúl. Biografía y escritos* (Madrid ²1955).
PARDO, V., CM, *Mística de la acción y de la caridad, según S. Vicente* (Madrid 1961).
— *La caridad sin fronteras* (Madrid 1966).
• Actualización:
ABELLY, L., *Vida del venerable siervo de Dios Vicente de Paúl* (Salamanca 1994). Trad. de la edición francesa de 1664.
CALVET, J., *San Vicente de Paúl* (Salamanca 1979).
COSTE, P., *El señor Vicente: el gran santo del gran siglo,* 3 vols. (Salamanca 1990).
HÜNERMANN, W., *El padre de los pobres. Vida de San Vicente de Paúl* (Madrid 1995).
NOS MURO, L., *San Vicente de Paúl: persona, obra y pensamiento* (Madrid 1984).

ORCAJO, A. - PÉREZ FLORES, M. (eds.), *San Vicente de Paúl.* II: *Espiritualidad y selección de escritos* (Madrid ²1984).
ROMÁN, J. M.ª, *San Vicente de Paúl.* I: *Biografía* (Madrid ²1982).
VALLEJOS, G. X., *Don Vicente* (Salamanca 1982).

SAN ELZEAR DE SABRAN

Conde de Ariano († 1323)

Tengamos en cuenta, antes de entrar en la vida de este matrimonio santo (Elzear y Delfina), que también la santidad, como todas las cosas, sufre las influencias del ambiente. Muchas cosas hay en los santos enteramente acordes con las ideas del tiempo en que vivieron, y que hoy, o no resultarían imitables, o en algunos casos podrían llegar a ser perjudiciales. Esto no quita para que podamos leer con fruto su vida, porque aunque no podamos imitar detalladamente los ejemplos concretos que nos dieron, podemos y debemos, en cambio, sentir el estímulo que supone la contemplación de la generosidad con que ellos respondieron al llamamiento divino. Así, aunque en la vida de este santo matrimonio haya cosas que choquen con nuestra mentalidad actual, no podemos menos de reconocer que constituye un magnífico ejemplo de dócil entrega a los impulsos del Espíritu Santo y que en lo sustancial puede servir como actualísima lección de lo que ha de ser un hogar cristiano.

Catorce años tenía Delfina cuando le propusieron el matrimonio con Elzear, dos años más joven que ella. Y a sus catorce años, rechazó con energía aquella unión que le proponían. Sin embargo, y cediendo a los consejos de un franciscano, terminó por consentir, y dos años después se celebró el matrimonio. Los dos jovencitos así unidos, quedaron solos después de cuatro días de fiesta, y entonces tuvo lugar en realidad, históricamente demostrado, lo que tantas veces ha sido un elemento claramente legendario en la vida de los santos. Solos en su cámara nupcial, Delfina mostró a su esposo el gran deseo que tenía de quedar siempre virgen. Él consintió en ello, pero sin querer en manera alguna obligarse con voto, como ella se lo pedía. Entonces ella insistió una y otra vez en los ejemplos de San Alejo y de Santa Cecilia, en consideraciones sobre la brevedad de esta vida, lo despreciable del mundo, lo hermoso de la gloria eterna. Con todo,

Elzear no consentía en el voto, aunque continuaba respetando la virginidad de su esposa. Un día cayó ésta gravemente enferma y declaró de manera rotunda a su esposo que estaba persuadida de que sólo el doble voto de castidad la curaría. Entonces Elzear prometió satisfacerle. Ambos hicieron su voto ante un franciscano, que era su confesor, y entraron en la Tercera Orden.

Su santidad se inserta de lleno en la maravillosa corriente de espiritualidad franciscana que recorre toda la Edad Media. Ambos pertenecían a familias de la primera nobleza, y gozaban, por consiguiente, de gran abundancia de bienes de fortuna. Pero como San Luis de Francia, San Fernando de Castilla, Santa Isabel de Portugal y su homónima la de Hungría, supieron en medio de las riquezas conservar enteramente libre su corazón, y aplicar, a su vida de seglares, el admirable contenido evangélico de la regla de los terciarios franciscanos.

Marido y mujer llevaban la estameña bajo sus nobles vestidos. Por la noche se reunían para pasarla en oración y disciplinarse. Delfina no tocó nunca a su marido más que para hacerle pequeños servicios. Elzear había hecho un reglamento muy preciso y detallado para la buena marcha de la casa, que le exigía, entre otras cosas, la misa diaria y una especie de círculo de estudios familiar.

Pero todo esto se hacía sin abandonar la vida propia de un matrimonio seglar. Así vemos a Elzear abandonar a su esposa para marchar al reino de Nápoles, en el que había heredado el condado de Ariano. Allí brillaba, de una parte, la bondad, y de otra parte, la firmeza del joven señor provenzal. Encantador en el trato con los pobres, sabía, sin embargo, hacer frente con valentía a la turbulencia de sus vasallos italianos. Y al terminar el ejercicio de las armas, retirarse, después del combate, para disciplinarse. Su destreza en el manejo de las armas brillaba en la corte napolitana. Un día, Delfina se encontraba entonces con él, hubo una gran fiesta en Nápoles. Ambos cónyuges supieron hacer un magnífico papel. Elzear arrebató un anillo con su lanza, desde el caballo lanzado a todo galope, en pleno torneo. Horas después, en el baile, Delfina se mostraba encantadora, evolucionando con una gracia enteramente singular.

Su existencia venía repartiéndose entre la Provenza natal y aquellas tierras de Italia. Hacia 1317, Elzear ve aumentarse sus

responsabilidades, porque el rey Roberto I le encarga administrar justicia en el Abruzo citerior. Poco después el matrimonio tiene que marchar a París, nombrado Elzear embajador extraordinario por el mismo rey Roberto para negociar un matrimonio de príncipes. Pero sólo Elzear pudo hacer el viaje. Delfina se vio obligada a quedarse en la corte del rey Roberto, en Aviñón, lejos de pensar que aquella separación iba a ser definitiva.

En París, el 27 de septiembre de 1323, cuando sólo tenía treinta y ocho años, moría Elzear. El rey de Francia Carlos IV enviaba rápidamente un correo que diera la noticia a su esposa. Pero ya ella la había conocido misteriosamente. Sin vacilar un momento, abandonó la corte del rey y se volvió a sus tierras.

Elzear dejaba en pos de sí el recuerdo de una vida verdaderamente santa. Como el rey San Luis, se le había visto visitar los hospitales, atender a los leprosos, cuidarles con sus propias manos y besarles. Verdadero asceta en el mundo, había sido un constante abogado de los pobres, un mentor ejemplar del joven príncipe Carlos de Calabria, hijo de Roberto I, y un esposo modelo para su mujer, que confesaba que junto a él «sentía una constante invitación a crecer en la gracia divina, y veía a su esposo como a su ángel guardián».

Un año después de su muerte, Elzear se apareció a su esposa y le reprochó con dulzura la pena que mostraba por su muerte. «El lazo se ha roto, y ahora estamos libres», le dijo recordando las palabras del salmo 123 y la liturgia de los santos inocentes. Delfina sonrió en medio de sus lágrimas, volvió a su antigua alegría, y se dedicó de lleno a la tarea de santificarse más y más.

Fiel a la espiritualidad franciscana, quiso abrazarse con la pobreza. Pero eso no era fácil. Poco a poco fue despojándose de sus bienes. Abandonó sus tierras de Provenza y se fue a Nápoles. Aunque le ofrecieron alojamiento en la corte, ella prefirió vivir miserablemente y mendigando. Los chiquillos la injuriaban por la calle, y ella se gozaba en aquella humillación.

Pero he aquí que sobreviene algo imprevisto: la reina doña Sancha había quedado viuda del rey Roberto en 1343 y quería tener junto a sí alguien que la apoyara en su vida espiritual. Llamó a Delfina y la hizo su consejera. Por indicación de ella entró la reina en las franciscanas de Santa Cruz de Nápoles, donde murió el año 1345.

Delfina volvió a Apt, donde ya había vivido buena parte de la última fase de su vida, y allí pasó sus quince últimos años. Humilde y pobre, no desatendió, sin embargo, a sus conciudadanos. Cuando una guerra local amenaza arruinar el país, Delfina, aunque enferma, se interpone y consigue un apaciguamiento. Es hermoso también verla organizando una caja rural, en la que ella actuaba de secretaria y de fiadora. Prestando sin interés, conseguía resolver dificilísimas situaciones de los pobres labradores. La santidad, bien conocida por todos, de Delfina era la garantía que permitía que aquella interesante empresa funcionara.

Por fin, el 26 de noviembre de 1360, a sus setenta y ocho años, murió en Apt, donde se la enterró, juntamente con su marido, en la iglesia de los franciscanos.

El pueblo rodeó aquella tumba bien pronto de una espontánea y cariñosa veneración. Tres años después de la muerte de Delfina, los comisarios apostólicos enviaban al Papa un informe sumamente favorable a su causa. Pero el resultado no fue decisivo por el momento. Había temor de que Delfina, en su trato con la reina doña Sancha y los franciscanos «espirituales», rebeldes a la Santa Sede, se hubiera contaminado de algunos de sus errores. Sólo años después su nombre empieza a aparecer en los martirologios franciscanos, y su fiesta a ser celebrada el 9 de diciembre.

Por lo que hace a Elzear, fue canonizado solemnemente en la basílica de San Pedro de Roma por el papa Urbano V el 1 de abril de 1369. Se conserva su proceso de canonización, en el que, desgraciadamente, falta la declaración, que tan interesante hubiese sido, de su esposa Delfina. La fiesta de San Elzear se celebra en este día 27 de septiembre.

A propósito del caso de estos santos esposos escribió Blondel unas palabras, con las que terminamos esta semblanza:

«Asociarse (en el matrimonio) para ayudarse mutuamente en la caridad humana y divina o para realizar una especie de respetuosa inmolación doblemente meritoria, no es incompatible con la confianza en gracias excepcionales o en circunstancias impuestas por estados físicos y morales. Por eso ha sido posible canonizar vocaciones paradójicas y de una virtud singular,

como la de San Elzear y la Beata Delfina de Provenza, verdaderos esposos, pero unidos en una emulación virginal».

LAMBERTO DE ECHEVERRÍA

Bibliografía

Acta sanctorum, 27 septembris, t.7, p.501-555.
AIGRAIN, R., *L'hagiographie* (París 1953) 105; 230.
DUHAMELET, G., *Saint Elzéar et la bienheureuse Delphine* (París 1944).
DULONG, M., *La vie provençale de Sainte Delphine et le procès de sa canonisation: positions de thèses de l'École de Chartres* (París 1928) 31-35.
GIRARD, P., *Saint Elzéar de Sabran et la bienheureuse Delphine de Signe* (París 1912).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTOS ADOLFO Y JUAN

Mártires († 824)

Hijos de padre musulmán y de madre cristiana, llamada ella Artemia, y conocida por haber sido luego monja del monasterio cordobés de Cuteclara, eran hermanos de la futura mártir Santa Áurea. La familia era de origen sevillano, pero vivía en Córdoba, donde igualmente tuvo lugar su martirio. Éste fue al comienzo del reinado de Abderramán II y la causa fue que ambos profesaban, por influencia sin duda de su madre, el cristianismo, siendo así que legalmente y como hijos de padre musulmán tenían que ser musulmanes. Los jóvenes confesaron la fe cristiana y recibieron la muerte a causa de su persistencia en ser cristianos. San Eulogio se dispensa de dar mayores datos de ellos toda vez que había escrito su vida y martirio el abad Esperaindeo, obra que desgraciadamente no ha llegado a nosotros. El santo dice que «sus gestas brillan como astros en el cielo, para gloria de la santa Iglesia y ejemplo de los débiles». La archidiócesis hispalense celebra su memoria litúrgica.

SAN BONFILIO DE FOLIGNO

Obispo († 1125)

Bonfilio nació en el seno de una noble familia en la ciudad italiana de Ósimo hacia el año 1040. De joven siente la voca-

ción monástica e ingresa en el Monasterio de Nuestra Señora, de Storace, del cual con el tiempo y gracias al crédito adquirido entre los monjes fue elegido abad. Este crédito continuó siendo abad y por ello se le elige hacia 1070 para obispo de Foligno, cuya diócesis rigió santamente hasta que decidió acompañar a los participantes de la cruzada, partiendo para Tierra Santa el año 1096 y morando en ella nada menos que hasta 1104, conduciendo allí, en memoria de los misterios cumplidos en aquella tierra, vida de soledad y oración. Mientras tanto, al no saberse de él, la diócesis procedió a elegir otro obispo. Cuando él volvió a Italia y halló la sede ocupada, comprendió que era lo más conducente al bien de los fieles no reclamar su obispado sino retirarse a su anterior abadía. Pero aquí se encontró con la enemistad de algunos monjes y decidió pasar a otro monasterio, al de Santa María de la Fara, en la diócesis de Cíngoli, y aquí se dedicó a la oración y la penitencia, dando gran ejemplo de santidad. Murió el 27 de septiembre de 1125. Su vida la escribió en el siglo XIII San Silvestre Gozzolini, el cual le dedicó la primera iglesia de su Orden Silvestrina (1225). Sus reliquias se veneran en la catedral de Cíngoli.

BEATO LORENZO DE RIPAFRATTA

Presbítero († 1456)

Lorenzo nace en el castillo de Ripafratta, al pie del Monte Risano, cerca de Pisa, en el seno de una familia señorial. De joven siente la vocación religiosa e ingresa en el convento dominico de Santa Catalina de Pisa cuando sólo tiene 20 años. Su austeridad de vida, sus virtudes angélicas y su celo ardiente por la gloria de Dios y el bien espiritual de los fieles movieron al Beato Juan Dominci a elegirlo para la fundación de un convento en Cortona que, siendo independiente de los demás conventos, pudiera con toda seguridad practicar con la mayor exactitud la regla y constituciones de la Orden. Aquí, en calidad de maestro de novicios, se dedicó a formar un nuevo plantel de religiosos, completamente entregados a la más verdadera reforma de la vida religiosa. Además de esta tarea de formación de los jóvenes religiosos, Lorenzo desarrolló una amplísima labor evangelizadora, predicando sin cansancio la palabra divina por todos los alrededores de Cortona,

siendo mucho el fruto de vida cristiana que se cosechaba de sus predicaciones en los muchos que acudían a escucharlo. El futuro arzobispo de Florencia, San Antonino, no podía menos que alabar al santo predicador y dar gracias a Dios por su ministerio. Nombrado vicario general de la congregación de conventos reformados, fijó su residencia en Pistoya, donde continuó su labor apostólica, sobresaliendo por su caridad en la atención a los afectados por la epidemia de peste. San Antonino no aceptó el arzobispado florentino hasta que nuestro Beato, su antiguo maestro, no se lo mandó como voluntad de Dios. Llegado a la ancianidad, siguió ejerciendo su ministerio mientras pudo, y el Señor le prolongó la vida —entienden algunos— hasta los noventa y ocho años, muriendo santamente el 27 de septiembre de 1456. Su culto fue confirmado el 4 de abril de 1851.

BEATO JUAN BAUTISTA LABORIER DU VIVIER

Diácono y mártir († 1794)

Nació el 19 de septiembre de 1734 en Mâçon (Saône-et-Loire) en una familia de clase media. Habiendo optado por la vida clerical fue nombrado canónigo de la catedral de San Vicente de Mâçon. Como tal canónigo, podía haberse ordenado presbítero pero tenía un profundo sentido de humildad y le resultaba la del sacerdocio una dignidad demasiado alta para el concepto que él tenía de sí mismo y por ello prefirió quedarse de diácono. Como él no tenía obligación de prestar el juramento constitucional, una vez sobrevenida la Revolución y disueltos los cabildos catedrales se quedó con confianza en su propia ciudad. Pero, esto no obstante, fue arrestado el 8 de marzo de 1794 y encerrado en el exconvento de las ursulinas. No sirvió que un grupo de ciudadanos, alegando que no era sacerdote, quisieran evitarle la deportación. Fue enviado a Rochefort y embarcado en Les Deux Associés. Mostró una gran paciencia y humildad en todo el tiempo de su detención y murió piadosamente el 27 de septiembre de 1794.

Fue beatificado el 1 de octubre de 1995 por el papa Juan Pablo II.

BEATOS JOSÉ FENOLLOSA ALCAYNA Y FIDEL (MARIANO) CLIMENT SANCHÍS

Mártires († 1936)

El 27 de septiembre de 1936 fueron martirizados en la ciudad de Sagunto un sacerdote y un religioso que no habían dado motivo alguno para su muerte, pues se habían comportado siempre de forma decorosa y digna, y cuyo único crimen era el profesar el sacerdocio o la vida religiosa. La Iglesia ha colocado a ambos en los altares al beatificarlos el 11 de marzo de 2001.

Éstos son sus datos:

JOSÉ FENOLLOSA ALCAYNA nació en Rafelbuñol el 16 de marzo de 1903 en una modesta familia de labradores de la que recibió sólida educación cristiana. Sintiendo la llamada al sacerdocio, ingresó en el colegio de vocaciones eclesiásticas de San José, de Valencia, donde empezó los estudios sacerdotales, pasando luego al Colegio Mayor de la Presentación. Se ordenó sacerdote en 1926 y consiguió posteriormente el doctorado en teología. Primero fue párroco de Espadilla y encargado de Valdobrado, desarrollando una amplia labor apostólica y social; luego pasó de párroco a Gilet; luego pasó a la capellanía del Asilo de San Eugenio, de Valencia, catedrático del Seminario y vicecanciller de la Curia arzobispal y por último fue nombrado canónigo de la Colegiata de San Bartolomé, de Valencia. Humilde, sencillo, amable, laborioso, daba un ejemplo constante de buen sacerdote. Llegada la revolución de julio de 1936, pasó a su pueblo natal con sus padres y allí ejercía el ministerio a favor de los fieles que se acercaban a él. Arrestado el 23 de agosto, fue llevado a Massamagrell, y también a poco fue arrestada su hermana María, religiosa, que también moriría mártir y sería beatificada con él, estando ambos encerrados en la misma habitación. Sacados en coche, creyeron llegada la hora del martirio, pero se les devolvió a su casa. Como subsistía el peligro de detención, se escondió con otros sacerdotes en la bóveda de la iglesia, pero a los ocho días fueron de nuevo arrestados y obligados a realizar trabajos como barrer y regar las calles, etc., aunque se les permitía dormir en casa. Por fin el 27 de septiembre se lo llevaron con otras 17 personas, entre ellos dos sacerdotes, uno de ellos don Juan Fenollosa, tío suyo, y en las tapias del ce-

menterio de Sagunto fueron todos ellos fusilados. Él exhortó a sus compañeros a perdonar y murió gritando vivas a Cristo Rey.

MARIANO CLIMENT SANCHÍS nació en Puzol, diócesis de Valencia, el 8 de enero de 1856 en el seno de una familia cristiana. Al quedar huérfano de padre y madre en la infancia, se hizo cargo de él su tía Mariana Sanchís, que lo educó cristianamente. Al estar haciendo el servicio militar hubo de participar en la guerra carlista, y, terminada ésta, decide la entrada en la Orden capuchina. Hecho el noviciado profesó el 14 de junio de 1881 con el nombre de fray Fidel de Puzol y en calidad de hermano lego. En 1884 hizo la profesión perpetua. Era un hombre de profunda fe y piedad, manso, humilde, siempre sonriente, celoso cumplidor de su Regla y de sus obligaciones en el convento, daba un ejemplo de verdadero espíritu franciscano. Cuando en 1936 la revolución cerró su convento, él se refugió con unos parientes en su pueblo. Como tenía ya 82 años y estaba mal de la vista, no salía de la casa. El día 27 de septiembre los del Comité local fueron por él, dijeron que lo llevaban al asilo pero lo condujeron al cortijo «Laval de Jesús» y a la entrada lo mataron. Allí quedó insepulto dos días. Fue enterrado en fosa común del cementerio y sus restos no han podido ser identificados.

BEATAS FRANCISCA JAVIERA (MARÍA) FENOLLOSA ALCAYNA Y HERMINIA MARTÍNEZ AMIGÓ

Mártires († 1936)

Este día 27 de septiembre fueron martirizadas en Gilet (Valencia) la religiosa sor Francisca Javiera de Rafelbuñol, en el siglo María Fenollosa, y la seglar Herminia Martínez Amigó. La primera era hermana del mártir José Fenollosa, del que se habla en la biografía anterior, y era religiosa de la congregación de Terciarias Capuchinas de la Sagrada Familia, de las que tres mártires han sido beatificadas y cuya biografía y martirio tiene el lector en el día 23 de agosto —Beatas Rosario (Petra María Victoria) Quintana Argos y Serafina (Manuela Justa) Fernández Ibero— a donde remitimos. Damos aquí la semblanza biográfica de la otra mártir.

HERMINIA MARTÍNEZ AMIGÓ nació en Puzol el 31 de julio de 1887 en el seno de una familia cristiana que la educó en la fe del evangelio. El 24 de febrero de 1916 contrajo matrimonio con Vicente Martínez Ferrer, con el que no tuvo hijos. Militante de Acción Católica y de otras asociaciones católicas, se distinguió por su caridad y sus muchas obras de misericordia, visitando y recogiendo enfermos, y dando no poca parte de sus bienes para socorrerlos. Persona muy piadosa, llevaba con buen talante su escasa salud. Participó con mucho celo en las obras parroquiales y apostólicas. Detenida junto con su marido, confesó valientemente la fe y aceptó la muerte por ser católica. Junto con su esposo fue fusilada en Gilet tal día como hoy.

Fue beatificada el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

28 de septiembre

A) MARTIROLOGIO

1. En Stará Boleslav (República Checa), San Wenceslao († 938), duque de Bohemia y mártir *.
2. La memoria de los santos Lorenzo Ruiz de Manila y quince compañeros mártires en Japón: Domingo Ibáñez de Erquicia, Santiago Kyuhei Gorobioye Tomonaga, Antonio González, Miguel de Aozaraza, Guillermo Courtet, Vicente Shiwozuka, Lucas del Espíritu Santo Alonso Gorda, Jordán de San Esteban Jacinto Ansalone y Tomás Hioji Rokuzayemon Nishi, presbíteros, de la Orden de Predicadores; Francisco Shoyemon, Miguel Kurobioye y Mateo Kohioye, religiosos de la misma Orden; Magdalena de Nagasaki, virgen, de la Tercera Orden de San Agustín; Marina de Omura, virgen, de la Orden Tercera de Santo Domingo, y Lázaro de Kyoto, todos ellos mártires († 1633-1637) **.
3. En Calati (Pisidia), santos Alfeo o Alfio, Alejandro y Zósimo († s. IV), mártires.
4. En la Laura Antigua, junto a Belén (Palestina), San Caritón († 350), abad.
5. En Bolonia (Emilia), San Zamas († s. IV), primer obispo de la sede.
6. En Toulouse (Aquitania), San Exuperio († d. 411), obispo *.
7. En Belén de Judá, Santa Eustoquio († 419), virgen *.
8. En Ginebra (Suiza), San Salonio († d. 450), obispo.
9. En Riez (Galia), San Fausto († 490), obispo.

10. En Lyón (Galia), San Anemundo († 658), obispo y mártir.
11. En Salzburgo, santos Cunialdo y Gisilario († s. VIII), presbíteros.
12. En Maguncia (Renania), Santa Léoba († 782), virgen y abadesa *.
13. En Pavía (Lombardía), Beato Bernardino de Feltre († 1494), presbítero, de la Orden de Menores *.
14. En Madrid, San Simón de Rojas († 1624), presbítero, de la Orden de la Santísima Trinidad **.
15. En Nagasaki (Japón), beatos Juan Shozaburo, catequista, Mancio Ikizayemon, Miguel Tayemon Kinoshi, Lorenzo Hakizo, Pedro Terai Kuhioye y Tomás Terai Kahioye († 1630), mártires *.
16. En San Félix de Codinas (Cataluña), Beato Francisco Javier Ponsa Casallach († 1936), religioso de la Orden de San Juan de Dios, mártir *.
17. En Benillup (Alicante), Beata Amalia Abad Casasempere († 1936), madre de familia y mártir **.
18. En Valencia, Beato José Tarrats Comaposada († 1936), religioso de la Compañía de Jesús y mártir *.
19. En Karadzar (Kazastán), Beato Niceta Budka († 1949), obispo y mártir **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN WENCESLAO DE BOHEMIA

Mártir († 938)

San Wenceslao es hijo de Vratislao, prudente, fervoroso y bondadoso príncipe cristiano, y de Drahomira, princesa de genio fuerte, cruel y pérfido, de la pagana familia de Stodoronow, en Lutecia.

La dualidad de este matrimonio, cristiano-pagano, tuvo mucha trascendencia en la vida del santo duque. El joven príncipe vio, pues, en el seno de su familia los efectos de la lucha de una religión mixta; más tarde tuvo que enfrentarse con la misma en la vida de su propia nación. El problema se presentó más agudo cuando junto a las rivalidades religiosas se unieron los conflictos políticos.

Aunque las primeras semillas de la fe católica la recibieron los bohemios de Bizancio, sin embargo, la magna labor misionera fue fruto de los misioneros occidentales, y precisamente de los alemanes. Este hecho originó, primero, las competencias de los ritos: eslavo con el romano, y más tarde, el influjo de los alemanes en la vida pública de los bohemios.

Como efecto en contrario, surgió entonces la rebelión pagana, la persecución de los cristianos, acaudillada por Drahomira; la conspiración de Boleslavia y, finalmente, el funesto plan del martirio de San Wenceslao.

El panorama de aquella época era, por tanto, muy difícil y muy oscuro.

Para superar todas estas dificultades, el bien de la nación y de las misiones católicas exigía un príncipe ágil, prudente y santo.

Fue San Wenceslao quien mejor respondía a estas exigencias.

Dirigido por su abuela, Santa Ludmila, se mostró inteligente, dócil y con una extraordinaria inclinación a todo lo bueno. Más tarde, ya en el Colegio de los Nobles, bajo la dirección de un sabio maestro, estas virtudes brillaron aún más en el joven alumno. Intelectualmente se distinguía por su ingenio; espiritualmente, por su pureza de costumbres; por la devoción a Cristo en el Santísimo Sacramento y por su filial afecto a la Virgen Santísima. Mas la singular veneración que profesaba a la Virgen le hizo sentir un extremado amor a la pureza. Virtud que pareció ser la nota más sublime de su carácter. A pesar de vivir este ambiente de santidad, Wenceslao no se olvidó de adquirir también las cualidades de un señor futuro soberano de Bohemia.

En 925, tres años después de la repentina muerte de Vratislao, Wenceslao, considerándose preparado para el gobierno de su patria, dio un golpe de Estado y eliminó de la regencia a su madre pagana. Con ella eliminó también la lucha sin cuartel contra los cristianos y todos los privilegios que conquistaron en aquellos tiempos los paganos. Termina con las crueldades y salvajismo de aquellos idólatras y comienza una época de verdadera paz y labor constructiva.

Como señal externa de nuevo gobierno, Wenceslao hace un apoteósico traslado de las reliquias de su abuela, Santa Ludmila, a la catedral de Praga. Elige con gran cuidado a sus ministros y jefes militares y comienza una intensa labor de propagación de la fe.

En todo este ambiente es él mismo quien con su ejemplo realiza los altos ideales de Cristo.

Cumple exactamente con la ley de Dios y practica fervorosamente las virtudes cristianas. Lleva una vida casi monacal; consagra horas en fervorosas oraciones y en mortificaciones;

defiende a los oprimidos; ayuda con generosidad a los pobres; facilita la libertad a los cautivos y presos, etc. En todo el país organiza una política más humanitaria, elimina torturas y prohíbe la horca. Se puede decir que entre los soberanos fue el único que profesara una fe tan eficiente, caridad tan ardiente y virtudes tan escogidas.

Su culto a la sagrada Eucaristía no paraba en una mera veneración, sino que trascendía a los más pequeños detalles, como sembrar el trigo destinado al pan eucarístico y estrujar con sus mismas manos los racimos de uva que darían el vino para el santo sacrificio. Descalzo visitaba en noches frías y de nieve las iglesias para adorar al Santísimo.

Una devoción no menos fervorosa a la Virgen Santísima le llevó a entregarse a ella con voto de castidad para toda su vida.

Todo este modo de vivir —sin duda de verdadera santidad— causaba gran admiración tanto en Bohemia como en otras cortes soberanas de Europa; comúnmente le llamaban «el santo príncipe».

Nada de extraño es entonces que en torno de esta vida naciera el maravilloso misterio de muchas leyendas. Éstas fueron inmortalizadas por el historiador checo Pekarz. He aquí dos de ellas:

Drahomira, envidiando el florecimiento del cristianismo y el pacífico reinado de Wenceslao, incitó a una cruel guerra contra él al vecino príncipe de Gurima, Radislao.

Radislao, en verdad, invadió Bohemia, y a su paso sembró el pánico y la muerte. La guerra fue para todos una gran sorpresa. Wenceslao, sin embargo, quedó tranquilo, pues, como un verdadero seguidor de Cristo, no quería se derramase la sangre de los inocentes. Mandó, por tanto, una embajada para averiguar las causas de la invasión. Radislao, considerando la postura del duque como prueba de flaqueza, exigió como condición de paz la entrega total de Bohemia.

Estas circunstancias reclamaban una justa defensa de la patria. Wenceslao la preparó rápidamente y salió al encuentro de los invasores. Cuando se vieron los dos ejércitos, el duque, antes de empezar la batalla, pidió una entrevista personal con Radislao. Fiel a su fe católica persuadió a Radislao de que como la guerra era cosa de los dos, ellos debían de resolver el litigio, y

por ello invitó al invasor a un combate singular hasta la victoria. Radislao, seguro de su éxito, aceptó el duelo y salió contra el santo duque armado como Goliat. Wenceslao, por el contrario, la victoria la ponía en manos de Dios, y en nombre de Él dio la señal del combate. Se disponía Radislao a disparar su dardo, cuando de repente vio delante a dos ángeles y oyó una voz: «No le dispares». Momentos después, horrorizado, dejó sus armas y fue a postrarse a los pies de Wenceslao, pidiendo perdón y aceptando todas las condiciones de paz.

La celestial intervención en favor del duque de Bohemia se repitió de nuevo durante la Dieta de Worms, convocada por el emperador Otón I. Un día Wenceslao, por oír dos misas, llegó tarde a la asamblea. El emperador y los príncipes consideraron esta falta como una gran desatención. Acordaron entonces demostrar su enojo. Sin embargo, cuando apareció Wenceslao todos le recibieron con los debidos honores, incluso el mismo emperador, pues todos vieron con el mayor asombro que el duque de Bohemia entraba en la sala acompañado de ángeles, portando delante de él una gran cruz de oro.

La santidad de Wenceslao ganaba la estima de muchos. Sin embargo, la llama del odio se mantenía viva en el pagano corazón de Drahomira. Es más, existía también otra persona que meditaba cómo destituir y privar del trono al rey de Praga. Era su hermano menor, Boleslao.

La ocasión no tardó en presentarse. Con motivo del nacimiento de un hijo suyo, Boleslao organizó grandes fiestas e invitó a Boleslavia a su hermano Wenceslao. El santo duque aceptó esta invitación y acudió a Boleslavia, donde fue recibido con todos los honores reales. Sin embargo, estas galas fueron una falsedad creada por su hermano. En medio de la alegría reinante, cuando Wenceslao, durante la noche, se dirigía a la próxima iglesia para su acostumbrada adoración, Boleslao le agredió, y violando el sagrado derecho de hospitalidad, junto con sus ayudantes, dio muerte a su indefenso y egregio huésped.

El martirio ocurrió el 28 de septiembre de 938. Bohemia se llenó de dolor.

Los asesinos, después de un corto tiempo de júbilo, pronto recibieron su merecido castigo. Tanto Drahomira como Boleslao tuvieron una muerte miserable.

San Wenceslao quedó proclamado Patrono de todos los países de la corona de los bohemios.

El culto aumentaba constantemente, llegando, en los siglos XI y XII, su efigie a adornar el ducado, la moneda de Bohemia. Bajo la bandera de San Wenceslao lucha el ejército y con la invocación del santo se desarrolla la labor nacional. En el siglo XIII nace el himno *Svaty Vaclave, vevodo cesek zeme...* y en la época de Juan Hus, el himno súplica: «Tú eres el soberano de estas tierras, San Wenceslao; no nos abandones...».

La devoción es general, y las múltiples iglesias, como también los muchísimos monumentos dedicados al santo duque, testimonian el vivo amor hacia él de los checos.

MARIANO WALORECK

Bibliografía

Acta sanctorum, 28 septembris, t.VII, p.770-844.

Acta sanctorum. Octobris, t.XI, p.84-85; 235-236: «Annus ecclesiasticus graeco-slavicus».

Vita por el monje Cristián. Cf. *Analecta Bollandiana* 25 (1906) 512; 48 (1930) 219. Parece cierto que esta *Vita* no es del siglo X como se creía, sino del XIV (cf. *Martyrologium romanum*, Bruselas 1940).

SANTOS LORENZO RUIZ Y COMPAÑEROS

Miguel de Aozaraza, Guillermo Courtet, Vicente Shiwozuka, Lázaro de Kyoto, Domingo Ibáñez de Erquicia, Francisco Shoyemon, Santiago Kyuhei Gorobioye Tomonaga, Miguel Kurobioye, Antonio González, Magdalena de Nagasaki, Lucas del Espíritu Santo Alonso Gorda, Mateo Kohioye, Marina de Omura, Jordán de San Esteban Jacinto Ansalone y Tomás Hioji Rokuzayemon Nishi

Mártires († 1633-1637)

El 18 de febrero de 1981 el papa Juan Pablo II estaba de viaje pastoral por el Extremo Oriente, y en el parque de la Luneta de Manila beatificaba —primera beatificación fuera del Vaticano— a un grupo de dieciséis mártires, entre los que estaba el primer filipino que alcanzaba la gloria de los altares: Lorenzo Ruiz. Y con él eran beatificados nueve sacerdotes de la Orden

de Predicadores, tres hermanos profesos de la misma Orden, dos terciarias dominicas, y un guía intérprete. Nueve eran japoneses, cuatro eran españoles, uno francés y otro italiano. Sus nombres son: Domingo Ibáñez de Erquicia, presbítero, de la Orden de Predicadores; Santiago Kyuhei de Santa María, presbítero, de la Orden de Predicadores; Antonio González, presbítero, de la Orden de Predicadores; Miguel de Aozaraza, presbítero, de la Orden de Predicadores; Guillermo Courtet, presbítero, de la Orden de Predicadores; Vicente Shiwozuka de la Cruz, presbítero, de la Orden de Predicadores; Lucas del Espíritu Santo Alonso Gorda, presbítero, de la Orden de Predicadores; Jordán de San Esteban Jacinto Ansalone, presbítero, de la Orden de Predicadores; Tomás Hioji Rokuzayemon Nishi, presbítero, de la Orden de Predicadores; Francisco Shoyemon, Miguel Kurobioye y Mateo Kohioye, religiosos de la Orden de Predicadores; Magdalena de Nagasaki, virgen, terciaria agustina y dominica, y Marina de Omura, virgen, terciaria dominica; Lázaro de Kyoto, seglar.

Da gusto releer al cabo del tiempo y cuando ya estos dieciséis mártires han sido canonizados las bellas palabras pronunciadas por el Santo Padre con motivo de aquella beatificación. El Papa habló del ejemplo del Hijo de Dios, que se sacrificó a sí mismo por nosotros. Y añadió:

> «Esto es lo que hizo Lorenzo Ruiz. Guiado por el Espíritu Santo hasta su meta inesperada después de un viaje aventurado, él dijo al tribunal que era cristiano, que debía morir por Dios y que daría su vida por Él mil veces [...] Igual que la joven Iglesia de Jerusalén produjo su primer mártir por Cristo en la persona del diácono Esteban, así también la joven Iglesia de Manila, fundada en 1579, produjo su primer mártir en la persona de Lorenzo Ruiz, quien había servido en la iglesia parroquial de San Gabriel en Binondo. La parroquia local y la familia, iglesia doméstica, son, sin duda, el centro de la fe que es vivida, enseñada y testimoniada».

Se trataba por tanto de una fausta ocasión: el reconocimiento como beato y mártir a un hijo de la tierra filipina, tierra donde en el último tercio del siglo XVI el evangelio fue sembrado por los misioneros españoles y arraigó para echar frutos ubérrimos de vida cristiana.

Lorenzo Ruiz y sus compañeros mártires no recibieron el martirio en el suelo filipino sino en el suelo japonés. Filipinas se había convertido en antesala y plataforma de la acción misionera en Japón. Desde Filipinas salían los barcos que llevando misioneros fueron a parar a Japón. Primero lo hicieron en tiempos de paz para el cristianismo naciente del Japón, sembrado por San Francisco Javier, el gran apóstol del Extremo Oriente, y luego, a partir de desatarse una fiera persecución en 1614, lo siguieron haciendo porque hubo numerosos sacerdotes que, acompañados a veces de seglares, se decidían a ir a Japón exponiendo la vida pero queriendo continuar mientras pudieran la epopeya misionera. Los sacerdotes mártires de este grupo, todos ellos, incluyendo al japonés, volvieron desde Filipinas a Japón aun conociendo que su vida corría peligro y que era muy posible encontrarse con horrorosos tormentos y con la muerte. Los seglares japoneses, hombres y mujeres, unidos con firme amistad espiritual entre sí y con los misioneros dieron un ejemplo emocionante de vida cristiana. A resaltar la presencia de las dos primeras santas japonesas, Magdalena y Marina, ambas santificadas en la senda de una Orden tercera y ambas selladas con el sello del martirio, que las llevó derechamente al Reino de los cielos. Como dijo el Papa, la atractiva figura del primer mártir filipino no quedaría plenamente ilustrada en su contexto histórico sin encomiar el testimonio dado por sus quince compañeros, quienes sufrieron martirio en 1633, 1634 y 1637.

Todos ellos, cada uno en su concreta circunstancia y estado de vida, aceptaron la lucha y el esfuerzo que significó su fe y su quehacer cristiano. Aceptaron con fe y valentía duros viajes, privaciones de toda clase y terribles torturas, la traición de personas amigas y otras numerosas dificultades. También algunos de ellos sucumbieron a la debilidad pero recuperaron por la misericordia de Dios la fuerza y fueron capaces de ir finalmente al martirio. Les inspiró la pasión de Cristo, que todos ellos tuvieron ante los ojos del alma continuamente y que les sirvió de aliento y fuente de fortaleza, mirando en el Crucificado el verdadero modelo de paciencia y abrazándose a su cruz con verdadera ilusión espiritual y alegría. Igualmente les inspiró la Virgen María, en quien tenían puesto el corazón con amor filial entrañable y que invocaban de muchos modos, singularmente con el

santo rosario, del que eran todos singulares devotos, y que les servía de oración tan fácil como profunda y de venero de energía. Todos ellos fueron sometidos a dos torturas terribles: la del agua ingurgitada y la de la horca y la hoya. La primera consistía en hacerles beber grandes cantidades de agua y obligarles a arrojarla con violencia oprimiéndoles fuertemente el vientre. Esto causaba rotura de las entrañas y terribles hemorragias. El tormento de la horca y la hoya consistía en colgarles de una horca sobre un pozo fétido, siendo el pozo cerrado con tablas a modo de cepo ajustado a sus cinturas. Hasta morir era posible resistir así incluso durante varios días.

La tierra regada por la sangre de estos mártires fue Japón, el país que en 1549 se había abierto al evangelio gracias al esfuerzo apostólico de San Francisco Javier. Él vio con claridad las espléndidas cualidades del pueblo japonés, y vio cómo era posible que se estableciera una fácil y magnífica sintonía entre el alma japonesa y el evangelio del que el cristianismo es portador. Sembrado primero por los jesuitas, la labor de otras órdenes religiosas vino a complementar el trabajo de la Compañía de Jesús: franciscanos, dominicos y agustinos recalaron en las costas niponas para unirse al esfuerzo evangelizador. Aquel esfuerzo dio pronto óptimos frutos y hasta que la persecución logró reducir drásticamente el número de cristianos y reducirlos a la clandestinidad más espesa, de la que no saldrían sino bien avanzado el siglo XIX, la cristiandad japonesa fue viva y operante. El cristianismo logró llegar a una parte importante de la sociedad japonesa.

Si se pregunta por las causas de la persecución se verá que detrás de ella había malentendidos gravísimos, como el de que se trataba de una quinta columna para la penetración colonial española, por ejemplo, y el de que el cristianismo ponía en peligro la libertad y la identidad del alma nipona. El decreto persecutorio de 1614 estableció con toda claridad la hostilidad total y profunda de la autoridad japonesa al cristianismo, términos que se repitieron en los decretos de 1633 y 1638. Decía así el decreto, entre otras cosas:

> «Los seguidores de Cristo, llegados improvisamente al Japón, no solamente vienen trayendo mercancías sino que también, sin licencia alguna, han extendido y propagado su malvada ley, destru-

yendo la buena y legítima y conspirando para derrocar el poder en nuestro país. El Japón es un país shintoísta y budista, que venera a los dioses, honra a Buda y tiene en gran estima el Camino de la Benevolencia».

Y prosigue:

«Los seguidores de los Padres han desobedecido todas las órdenes dadas por el gobierno y despreciado la religión y destruido el bien. Viendo a los condenados a muerte se alegran y corren tras ellos espontáneamente; los adoran y los saludan. Tal es el supremo ideal de esta religión. Si no se la prohíbe inmediatamente, vendrán calamidades sin fin sobre el Estado. Que estos cristianos sean exterminados sin demora en todas las regiones del Japón, de forma que no tengan lugar donde poner sus pies o sus manos. Si alguno se atreviera a contravenir esta orden sea castigado con la muerte».

Hacia 1638 el Japón se cerró a todo lo europeo y cristiano, habiendo ahogado en sangre la vitalidad de la cristiandad floreciente. Para entonces, y como últimos de la fase persecutoria, habían ya sufrido martirio los santos que conmemoramos hoy.

Cada uno de estos mártires, canonizados en Roma por el mismo Papa que los beatificó en Manila, el 18 de octubre de 1987, tiene su biografía en el día correspondiente a su martirio. Aquí damos las del grupo que padeció martirio el 29 de septiembre y cuya memoria, englobando la de todos, se ha traído a hoy, al estar ocupado el día 29 por la de los Santos Arcángeles. La celebración de esta canonización se hizo coincidiendo con la celebración del «Sínodo de los laicos» y al mismo tiempo con la fecha del «Domingo mundial de la propagación de la fe», el popular *Domund,* que esta vez se adornó con la canonización de misioneros y de nativos cristianos mártires. El Santo Padre dispuso posteriormente que la memoria anual de estos mártires se recoja en el misal romano el día 28 de septiembre.

LORENZO RUIZ nace en 1600 en Binondo, arrabal de Manila, hijo de padre chino y de madre tagala, ambos cristianos, y recibe el bautismo de pequeño, educándose a la sombra de la Parroquia de San Gabriel, llevada por los padres dominicos y a la que sirve en su juventud. Adquiere una cultura media y puede colocarse como escribano. Opta por el estado del matrimonio y tiene tres hijos. Su vida discurría sin especiales sucesos. Era un hombre normal, inserto en la sociedad de su tiempo y su tierra, buen cris-

tiano y cumplidor de sus deberes religiosos y miembro de la Cofradía del Santo Rosario. Pero en 1636 tiene un grave problema: hubo un asesinato y él es acusado de complicidad. Parece que cuando se hablaba del caso él decía que había tenido una pendencia con un español. No es posible determinar cómo fue realmente el caso ni qué responsabilidad tenía realmente Lorenzo, pero todo indica que la perspectiva era la condena a muerte en la horca. Entonces se entera de que San Antonio González, religioso dominico, está organizando un viaje y decide enrolarse en él, como forma, al parecer, de escapar a la persecución de que era objeto por parte de la justicia real. No tenía conciencia, dado el secreto con que el viaje era preparado, de que escapaba de una muerte para ir a parar a otra. Se comprometió a acompañar al P. Antonio como servidor y a embarcar sigilosamente.

Pese a la prohibición del gobernador español, el provincial de los dominicos logró fletar una embarcación que llevase a los misioneros y sus acompañantes al Japón. Como piloto iba un hermano dominico, buen conocedor del Mar de China, ayudado por veinte marinos filipinos y chinos. Salen hacia el Japón el 10 de junio de 1637 y pasan en el trayecto una fuerte borrasca. Llegan a lo que se llama Okinawa (Islas Lequios) y desembarcan. Lorenzo no quiso desembarcar porque él creía que iban a Macao, pero cuando se dio cuenta de que el barco continuaba hacia Formosa, temiendo que allí le detuvieran las autoridades españolas, prefirió quedarse con los misioneros y correr su suerte. Tomaron todas las precauciones, pero muy poco después de desembarcar todos fueron apresados. Lorenzo es presionado para que abjure del cristianismo. Como se negaba, padeció terribles torturas pero permaneció fiel. El 21 de septiembre de 1637 era llevado a Nagasaki, donde ya estaban otros mártires, con el P. Antonio y otro seglar, San Lázaro de Kyoto. Atormentado, tuvo buen humor, no dejando de manifestar que estaba dispuesto a soportarlo todo por amor a Cristo. Llevado a la prisión, se reunió con los demás presos. El día 23 fue sometido de nuevo al tormento del agua, y Lorenzo se enfrentó públicamente con los magistrados, afirmando que por Dios estaba dispuesto a dar muchos miles de vida que tuviera. El 27 de septiembre, en presencia de un gran número de comerciantes por-

tugueses, se organizó una cabalgata en la que iban Lorenzo y sus compañeros. Media cabeza la llevaban afeitada y pintada con almagre, y asimismo la parte izquierda de la cara. Desde la cabalgadura saludaron a los portugueses. Llegados a la montaña donde se habían realizado tantos martirios, les aplicaron el tormento de la horca y la hoya, arriba descrito. Resistieron, animándose mutuamente y hasta cantando cánticos religiosos. El día 29, en vista de que parecían seguir vivos, mandaron los magistrados sacarlos y decapitarlos pero Lorenzo estaba ya muerto. Su cuerpo fue quemado y luego sus cenizas tiradas al mar. Cuando la noticia de su muerte y la de sus compañeros llegó a Filipinas, se echaron campanas al vuelo, porque Filipinas tenía un mártir y porque la muerte de todos ellos la tuvieron enseguida por verdadero martirio.

MIGUEL DE AOZARAZA era natural de Oñate (Guipúzcoa), donde había nacido en 1598. Tenía 17 años cuando opta por la vida religiosa e ingresa en la Orden de Predicadores, en el convento de Santo Domingo de Vitoria. En este convento era muy vivo el espíritu misionero y ello llevó a Miguel a ofrecerse para las misiones. Estuvo varios años en Madrid, donde se acreditó como excelente religioso y buen gestor de todos los asuntos que se le encomendaron, mostrando una gran capacidad de sacrificio y servicio. Cuando en 1634 se anunció una expedición misionera a Oriente, fray Miguel se ofreció enseguida y colaboró mucho en su organización. Llegado a Filipinas, fue enviado a la misión de Bataán, Luzón, aprendiendo con gran interés la lengua tagala para facilitar su obra evangelizadora, y con los ojos puestos en Japón, comenzó igualmente a aprender japonés. En 1636 fue designado para el viaje misionero a Japón que tan sigilosamente se preparó. Él accedió con gran voluntad y siguió la suerte de toda la expedición, como queda relatada. Resistió vigorosamente las invitaciones a apostatar y soportó con gran fortaleza los tormentos. El día 13 de septiembre de 1637, maniatado y metido en una jaula, llegó a Nagasaki y se le sometió a un interrogatorio que dirigían varios cristianos y un sacerdote apóstatas. Declaró que había ido al Japón de forma voluntaria, no enviado por el gobernador español de Filipinas sino en contra de su voluntad y que no tenía otra intención que la misione-

ra. El sacerdote apóstata se dirigió a él en latín para convencerlo de que apostatase, pero fray Miguel se mantuvo firme en la fe. Atormentado el 15 de septiembre con el tormento del agua ingurgitada, quedó muy maltrecho y fue llevado a la cárcel, donde animó a fray Vicente, que había apostatado, a arrepentirse. El 27 de septiembre fue llevado al lugar del suplicio. Luego de varios días de estar en el tormento de la horca y la hoya, fue sacado vivo del mismo y decapitado el día 29 de septiembre.

GUILLERMO COURTET nació en Serugnan (Francia) el año 1590, e ingresó en la Orden de Predicadores, pronunciando en Albi la profesión religiosa el 16 de agosto de 1608. Ordenado sacerdote, fue sucesivamente profesor de teología y prior del convento de Avignon, sobresaliendo por su celo en la observancia religiosa, encomendándosele asuntos que le dieron no pocos trabajos y disgustos. Deseando pasar a las misiones, obtuvo permiso para pasar a Madrid, tomando el nombre de fray Tomás de Santo Domingo. Aquí se preparó para su futura tarea misionera, saliendo en 1634 para Filipinas, a donde llegó el 24 de junio de 1635, siendo destinado como profesor al colegio de Santo Tomás. Austero, piadosísimo, trabajador infatigable, su vida era un ejemplo para todos. Fue elegido para la expedición a Japón de 1636. Compartió en todo la suerte de San Miguel de Aozaraza y, al igual que él, estaba vivo cuando fue sacado del tormento de la horca y la hoya, y fue decapitado el 29 de septiembre de 1637.

VICENTE SHIWOZUKA DE LA CRUZ era hijo de padres ya de antiguo cristianos y había nacido en Nagasaki, último de siete hermanos. Sus padres deseaban que se dedicara al servicio divino y con esa intención lo criaron en la mayor piedad. A los 9 años ingresó en el colegio jesuita de Nagasaki para prepararse como dóxico o catequista, cargo que ejerció con mucho celo. Pero en 1614, tras el decreto persecutorio, hubo de salir desterrado, llegando a Manila, viendo que eran vanas sus esperanzas de quedarse o regresar al Japón. Rechazó propuestas matrimoniales y aconsejado por los franciscanos se preparó al sacerdocio y se ordenó. Se hizo terciario franciscano. Su labor sacerdotal la ejercitó con los muchos japoneses que había en Filipinas y que se mostraban receptivos del evangelio. También daba clases

de japonés a los religiosos que se preparaban para entrar clandestinamente en el Japón. Entró por azar en contacto con San Antonio González, el cual le invitó a participar en la expedición misionera que preparaba. Vicente se entusiasmó y aceptó y, para no ir como sacerdote secular entre religiosos, pidió y obtuvo el ingreso en la Orden de Predicadores. Embarcado con los demás, corrió su suerte. El 13 de septiembre de 1637 era llevado a Nagasaki donde se le dio el tormento del agua ingurgitada, y ante él, horrorizado, Vicente apostató. Pero esperaban de él otras confesiones y siguieron atormentándolo. Llevado a la cárcel, los PP. Courtet y Aozaraza lograron atraerle a penitencia. Volvió a manifestar su fe y fue por ello condenado a muerte. El día 27 le fue aplicado el tormento de la horca y la hoya y cuando fue sacado el día 29 estaba aún vivo, por lo que fue decapitado.

LÁZARO DE KYOTO es el nombre con que ha subido a los altares este seglar mártir, que confesó la fe y por ello fue atormentado y muerto con los mártires que celebra la Iglesia hoy. No se sabe su apellido o nombre japonés. Tampoco se sabe si de verdad se llamaba Lázaro o le daban este nombre porque padecía la enfermedad de la lepra. Sí se sabe que era de la ciudad de Kyoto, y que en 1632 por el doble título de leproso y cristiano fue embarcado con otros ciento treinta enfermos cristianos de idéntica enfermedad y desembarcado en las playas de Manila. Era una muestra de disgusto por ser Manila el puerto de embarque de los misioneros. Recibidos y tratados con caridad los leprosos, Lázaro llevaba su destierro con amargura porque echaba mucho de menos su tierra. Por ello cuando supo la expedición que organizaba el P. Antonio González se ofreció para servirles de guía e intérprete y el santo aceptó el ofrecimiento. Embarcado con sus compañeros, corrió su suerte, pero cuando presenció cómo atormentaban al P. Antonio, se horrorizó y apostató. Pero llevado a la prisión, fue animado por los demás a arrepentirse y ser fuerte y en efecto se reconcilió. El día 23 de septiembre de 1637 fue sometido al tormento del agua y resistió. El día 27 fue llevado a la colina de los mártires y allí sometido al tormento de la horca y la hoya, y cuando lo sacaron el día 29 hallaron que ya estaba muerto.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 73 (1981) 583-588; 82 (1990) 217-220.

CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, *Dominici Ibañez de Erquicia O.P. et XV Sociorum in odium fidei, uti fertur, annis 1633-1637 interfectorum. Positio super introductione causae ex officio concinnata* (Roma 1979).

«Domund con sello español»: *Vida Nueva* (1987) n.1603.

GALMÉS MAS, L., OP, *Los dieciséis mártires del Japón* (Madrid 1987).

SAN SIMÓN DE ROJAS

Presbítero († 1624)

El Valladolid de 1552 fue el lugar del nacimiento del santo. Allí, joven, vistió el hábito trinitario, al que se acogió con decidida vocación en el convento de la Orden. Éste fue su primer peldaño en la escala hacia la santidad, si bien es verdad que su virtud se había delineado ya en aquellas sus aspiraciones en la adolescencia y en la niñez. Pero el anhelo de santidad cobra cuerpo cuando, joven, con plena responsabilidad, con valentía varonil, dispuesto a arrostrar y superar dificultades y contratiempos, se consagra a Dios en votos perpetuos, consagra su oblación en la primera misa y la reitera cada mañana en la subida diaria al altar del Señor que alegra su juventud, que es tanto como alegrar y sostener aquel primer y florido ofrecimiento de sus mejores años.

Versado en esta asignatura de la santidad, nada bueno ni grande extraña en él: cargos de responsabilidad superior en la Orden; correrías sin cuento en los puestos designados por la obediencia; apostolados ininterrumpidos dondequiera que la gloria de Dios o el bien del prójimo le colocaban. ¿Cómo nos va a extrañar nada de ello? ¿Cómo extrañarnos por sus milagros? Ni precisamos contarlos, tantos como se cuentan en sus biografías: si Dios estaba con él y con él guardaba Dios aquella amistad perfecta, lo extraño hubiera sido la apatía en el servicio del Señor, la indiferencia ante la indigencia del prójimo; extraño hubiera resultado que el Señor de los cielos no le hubiese ayudado con el milagro en todas aquellas coyunturas en que se ventilaba un mayor rendimiento de la gloria de Dios o un mejor remedio de apuros humanos.

Nada extraño se nos hace que, versado muy altamente en la práctica de las virtudes, pusiese su vista en él el rey Felipe III al objeto de que la compañía del Beato le resultase sedante piadoso entre los graves asuntos del reino y para que orientase la conciencia del futuro Felipe IV. Se explica su permanencia junto a los reyes y príncipes, y se explica el difícil equilibrio que supo guardar entre validos y palaciegos. Comprendemos, dada su virtud y santidad, se prestase a enjugar las lágrimas del de Lerma, caído en desgracia; supiese frenar la vanagloria del de Osuna, encumbrado, y consiguiese de don Rodrigo Calderón la aceptación resignada de la muerte en el cadalso ignominioso.

Todo, todo: milagros; difíciles y acertados asesoramientos; apostolados incansables e ininterrumpidos —el centro y sur de España fueron testigos de ellos—; conversiones de duros pecadores; lucro abundante de almas para Cristo... Todo se explica y comprende a la luz de la lámpara de santidad que brillaba en su persona. Todo es el resultante de su virtud eximia; de su trato de intimidad con Dios, que da omnipotencia al brazo humano y sagacidad superior a la inteligencia creada.

De por fuerza, el demonio le había de distinguir con preferencia particular de enemigo de talla excepcional y había de retarlo de continuo a singular batalla. Tampoco nos resulta extraño que demonio, mundo y carne se aliasen contra él, para contra él proceder en acción mancomunada: la tentación carnal, la intriga política, la sorna palaciega..., toda la gama de resortes de que el infierno dispone, se volcaron contra el santo. Encontramos lógico este esfuerzo infernal. Pero siguió nuestro Beato firme en su «todo lo puedo en Aquel que me conforta», y —lo dijimos— acertó con el bálsamo bendito que fortalece a los atletas de Cristo, restaña las heridas de gloriosas pasadas batallas y proporciona armas eficaces para las venideras.

«Hay demonios que no se lanzan sino con la oración y el ayuno», nos advirtió nuestro Señor Jesucristo; y a fe que nuestro santo supo esgrimir con destreza estas armas; fueron ásperos, muy ásperos, sus sacrificios, rígidas hasta el extremo sus penitencias; fue su cuerpo con frecuencia castigado por los duros golpes del cilicio, manejado por sus propios hermanos en religión, a quien él mismo impuso en virtud de obediencia aquella obligación. Fue rigurosa su observancia de la regla, austera su

vida; su humildad le hizo sentirse gran pecador e indigno de los episcopados que se le ofrecieron. Su fuego de amor de Dios y del prójimo le llevó a la más exacta y rígida interpretación del mandamiento máximo de Dios, entendiendo en toda su precisión el amor de Dios como santidad, y el amor del prójimo como apostolado en toda la extensión e intensidad que entenderse pueda y en toda la infatigabilidad que el organismo humano se pueda permitir. Fue eximia su castidad, garantizada con protección especial de María.

Conversión de los pecadores, santificación mayor de los justos, redención purificativa de las almas del purgatorio: he aquí el tríptico apostólico de Simón de Rojas.

Unos pocos, muy pocos, libros, encontramos en su biblioteca, la de su celda conventual, donde la cama era un mueble de lujo inservible —dormía en el suelo—: las obras de Santo Tomás, las de San Bernardo, santo de su especial devoción; el libro de Tomás de Kempis y su devocionario. No es dato pequeño: *Non multa sed multum,* nos legaron los antiguos: no muchas cosas, sino mucho; y de los libros reza el otro refrán que hay que temer al hombre de un libro.

Merece especial mención su acendrada devoción a María, devoción que he llamado arriba bálsamo que prepara eficazmente para la victoria, dulcifica las heridas, hace intrépida e invencible la virtud apostólica y fácil la misma santidad.

Reza que te reza siempre a María: ¿Qué importa la calle pública o la soledad? ¿Qué la intriga o la paz? ¿Qué la dificultad o el riesgo? ¿Qué el sudor o la fatiga? ¿Qué suponen las asechanzas humanas, la tentación diabólica o la prueba divina? No pasa de ser todo un crisol en que probar la excelsitud del tesoro de virtud que acaparaba. Si omnipotente fue para todo con la gracia, todo le resultó suave y fácil con María. Ni esto está en contradicción con las asperezas que he señalado de sus penitencias: éstas fueron el camino para llegar a la Madre y para en estrecha unión con ella mantenerse; éstas fueron el castigo a su cuerpo para completar en él lo que falta a la redención de Cristo, a fin de llevar su fruto salvador a otros.

Ave María, Ave María: cientos, cientos de veces cada día estas dos palabras estuvieron en su boca. Ni tenía otro saludo, ni otro pensamiento anidaba, ni otro anhelo suspiraba que la idea

y el nombre de María. Propagar a todos la devoción a la Virgen fue su empeño mayor y más decidido: «Mi mayor afán es fundar la Congregación de Esclavos del Dulce Nombre de María», dijo un día el santo al rey de España: «Préstele Su Majestad su anuencia y apoyo y haga la merced de escribir al Papa para que la apruebe y bendiga». Con fecha 27 de noviembre de 1601 quedó solemnemente fundada en Madrid la Congregación del Ave María, que tan grande y fructífero historial nos había de legar.

Simón de Rojas fue quien consiguió introducir el Oficio del Dulce Nombre de María, que había de rezarse primero en la Orden trinitaria, y que se extendió después a toda la Iglesia católica.

Discurrió su vida por esta trayectoria del acercamiento a Dios por medio de María, hasta que un 28 de septiembre, el del año 1624, cambió su lugar de residencia y, dejando en la tierra su cuerpo, fue su alma a habitar en el cielo.

Con su cuerpo quedó aquí el grato recuerdo de sus grandes hechos y virtudes; quedó su Orden trinitaria benemérita; quedaron los por él beneficiados testigos de su carrera en el mundo; se elevaron al Santo Padre de Roma continuadas peticiones y el día 13 de mayo de 1766 quedó Simón de Rojas proclamado beato por el papa Clemente XIII; y muchos años más tarde, el 3 de julio de 1988, fue canonizado por el papa Juan Pablo II.

Tratado de la oración y sus grandezas: éste es el libro que nos ha quedado del santo; escribió mucho más, pero no ha llegado a nosotros.

Visitó Simón de Rojas a Santa Teresa de Jesús en Alba de Tormes; y en la santa piensa el lector cuando repasa el tratado de Simón; piensa en ella sobre todo el lector cuando ve a San Simón explayarse en los altos conceptos de meditación y contemplación; cuando escribe el santo sobre la oración, «universal escuela en la cual se enseña y aprende toda virtud y bondad».

Además de en Santa Teresa piensa el lector, con el libro de San Simón de Rojas en la mano, en San Juan de la Cruz, contemporáneo suyo; piensa en el Beato Juan de Ávila, que, a la distancia de unos pocos años, le había precedido en su apostolado por Andalucía. Cuando en San Simón de Rojas se leen aquellas páginas sobre el amor divino «que dilata y ensancha el

corazón» y sobre «cómo toda criatura nos enseña a amar», salta a la memoria el recuerdo de San Francisco de Asís, tan observador de la naturaleza y fino cantador de ella. Cuando se medita sobre el amor de nuestro santo a los hombres, piensa el lector en San Juan de la Cruz, que moría cuando nacía aquél.

AGUSTÍN ARBELOA EGÜÉS

Bibliografía

ARCOS, F. DE, *Vida del Beato Simón de Rojas* (Madrid 1670; [2]1678).

ISLA, J. DE, «El Beato Simón de Rojas», en J. CROISSET, SJ, *Año cristiano, o ejercicios devotos para todos los días del año,* IX (Madrid 1854) 530s.

FRANCISCO DE SAN JUAN, *Ave María.* Canciones reales, con un romance fúnebre, dos sonetos y epitafios a la vida y muerte de nuestro Reverendísimo P. Maestro Fr. Simón de Roxas, Confesor de la Reina Nuestra Señora, Maestro que fue del Rey Nuestro Señor y sus hermanos, Fundador de la Real Congregación del Ave María, Visitador y Provincial de la Orden de la Santísima Trinidad (Madrid).

JESÚS DE LA VIRGEN DEL CARMEN, *Los trinitarios españoles en la espiritualidad cristiana* (Barcelona 1957).

RUIZ DE HUIDOBRO, J., *Vida y hechos del Beato Simón de Rojas, trinitario, Fundador de la Real Congregación de Esclavos del Dulcísimo nombre de María* (Madrid 1913).

VEGA, F. DE LA, *Vida del venerable siervo de Dios y finísimo capellán de María Santísima, P. Maestro Fr. Simón de Rojas* (Madrid 1760).

• Actualización:

FUENTES, M., OSST, *Simón de Rojas, esclavo de María y hermano de los pobres* (Córdoba 1988).

GAMARRA MAYOR, J., *San Simón de Rojas, maestro de oración* (Córdoba 2003).

VILLARTA, A., *Estampas de la vida de San Simón de Rojas y de su época* (Madrid 1994).

WITKO, A., *San Simón de Rojas* (Roma 2003).

BEATA AMALIA ABAD CASASEMPERE

Madre de familia y mártir († 1936)

Nace en Alcoy (Alicante) el 11 de diciembre de 1897, en el hogar cristiano formado por Vicente Abad y Teresa Casasempere. En el templo parroquial de Santa María es bautizada, recibe la primera comunión y será confirmada. Alumna de las Carmelitas de la Caridad (Vedrunas). En 1921 contrae matrimonio con Luis Maestre Vidal, capitán del Ejército, con quien procrea dos mellizas, de las que sobrevivirá María Luisa, y Amalia Lucía, que profesa en el Instituto de Misioneras de Cristo Jesús y misionará en Jubela (Congo Belga).

Tres años más tarde (1924), su esposo desaparece en combate en el desastre de Anual (Marruecos), razón por la que en 1927 se le concede una pensión de guerra. Este infortunio la llevará a vivir entregada a su vocación cristiana, y a formar adecuadamente a sus hijas en el temor de Dios. Mujer de fe profunda, participa diariamente de la santa misa y la comunión, reza el rosario y profesa una especial devoción al Corazón de Jesús y a la Virgen María. Una intensa vida de piedad que guiada por el Espíritu Santo la lleva al apostolado laical, asociándose a diversas agrupaciones parroquiales. Pero donde se distingue especialmente es en la Acción Católica de la real parroquia de San Mauro y San Francisco.

Apóstol social, se atrae las iras de los enemigos de la Iglesia, que la insultan por la calle y la llaman «la fanática». Dotada de temperamento fuerte y vivaz, decidida en las cosas de Dios, no tiene miedo a nada en cuanto se trate del bien de las almas. Cumple con sus deberes de esposa y madre porque es un alma de temple heroico. Ayuda a legalizar numerosas uniones en el sacramento del matrimonio, y se preocupa por cristianar a niños que no habían recibido las aguas sacramentales.

Despliega una actividad apostólica extraordinaria. Al expulsar a las Carmelitas de la Caridad en mayo de 1931 de su colegio, donde estudió, invita a un sacerdote primo suyo, don Rafael Monllor, a penetrar en la capilla de dicho centro escolar, para reservar el Santísimo Sacramento, mientras ella se lleva a su casa a dos religiosas carmelitas, a quienes animaba: «No se preocupen. Hemos salvado al Señor y se han salvado ustedes». En otra ocasión se encontró en la calle con el alcalde de la ciudad del Serpis, a quien acompañaba el director de un periódico local de izquierdas, y sin mediar palabra fue insultada groseramente, profiriendo, además, algunas blasfemias. Se defendió con coraje, y marchó llorando por las ofensas pronunciadas contra Dios.

Generosamente caritativa, no sólo entrega de lo suyo, pide ayuda a distintas familias acomodadas para llevar comida a los necesitados. A los encarcelados, les lleva alimentos. Acoge en su casa a dos religiosas Esclavas y, a pesar de que era hostigada, continúa con su vida de piedad. En 1935 hace un viaje a Roma; en el trayecto visita en Bollengo a su hermano jesuita el P. Antonio Abad, a quien confiesa:

> «Estoy dispuesta a llevar mi cruz hasta con alegría, pues Dios así lo exige de mí, y cuando lo exige es porque se lo puedo dar y quiero dárselo [...] Todo en manos de Dios y a confiar sin límites en su Providencia, también sin límites».

No se esconde. Al contrario, anima a todos los que la conocen a perseverar en la fe. La víspera de su detención se encontró en la calle con una amiga suya, que tenía a su esposo detenido en la cárcel, y le dice: «Si nos pasa algo, más pronto nos veremos en el cielo». El 21 de septiembre, hacia las ocho de la tarde, unos milicianos acuden a casa de una hermana suya, donde se encontraba, requiriendo que les acompañe para declarar. Se despide de su anciano padre, besa a sus dos hijas, que lloran desconsoladamente, y la llevan al Comité Revolucionario de la plaza de España. Irradia una gran serenidad, que contrasta con el visible acaloramiento del miliciano que la interroga. Concluido este procedimiento es encarcelada en el colegio de las esclavas, convertido en prisión, donde soporta malos tratos y vejaciones en una habitación situada bajo la escalera, donde guardaban las escobas y utensilios de limpieza. No le llevan alimento. Pasa luego a una celda del segundo piso, donde permanece del lunes al sábado de esa semana. Es repetidamente insultada y en una ocasión en que atrancó la puerta por dentro, para impedir que entraran, un miliciano le propinó una bofetada que la lanzó al suelo. El 26 de septiembre se la llevan en un automóvil por la carretera de Benillup, y en el límite con Almudaina la asesinan. Al día siguiente un miliciano que había participado en este asesinato se jactaba: «Era necesario matarla porque era un pájaro negro». En 1957 sus restos mortales fueron inhumados en el templo parroquial de San Mauro y San Francisco de Alcoy.

El 11 de marzo de 2001 Su Santidad Juan Pablo II la beatifica en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIÓ

Bibliografía

CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, *Valentina.* «Beatificationis seu declarationis martyrii Servarum Dei Amaliae Abad Casasempere et XVIII sociorum, in odium fidei, uti fertur, interfectorum († 1936)» (Roma 1998).

BEATO NICETA BUDKA

Obispo y mártir († 1949)

En la visita pastoral del Santo Padre Juan Pablo II a Ucrania beatificó en Lvov junto a otros mártires de la persecución soviética contra la Iglesia al obispo Niceta o Nykyta Budka, auxiliar de Lvov de los Ucranios, anteriormente el primer obispo de la Iglesia católica ucraniana en Canadá. Por este motivo y por su interesante curriculum vitae le dedicamos en este *Año cristiano* una biografía de las que llamamos extensas.

Nikita, en latín Niceta, y que al castellano seguramente como mejor se le traduciría sería Niceto, nació en el pueblo de Drobomirsti o Dobromirka, que con ambas grafías lo hallamos, en el distrito de Zbarazh, en la región occidental de Ucrania, el día 7 de junio de 1877, siendo sus padres Miguel y María. Era la suya una modesta familia de campesinos, que obviamente carecía de medios para poder proporcionarle estudios superiores. Pero una vez hubo acabado los estudios de bachillerato en 1897, se puso a dar clases a otros estudiantes y con lo que ganaba pudo proseguir estudios. Y es que para entonces ya había decidido su vocación sacerdotal, pues sentía que Dios lo llamaba. Pero la pobreza le surgía como una dificultad no pequeña para poder conseguir su objetivo. Pero él no perdió nunca la confianza en que si Dios le llamaba, Dios mismo le proporcionaría los medios para poder seguir su vocación, y en efecto, terminados los estudios en el Instituto de Enseñanza Secundaria de Ternopil, y hecho el servicio militar en las filas austríacas, logró ayuda eficaz para poder empezar en Viena y continuar en Innsbruck, Austria, sus estudios sacerdotales. Hizo estos estudios brillantemente con gran aplicación y tenacidad, y logró acreditarse como un joven de grandes cualidades y magnífica actitud. El 14 de octubre de 1905 alcanzaba su más deseada meta cuando el metropolitano Andrés Sheptytsky le ordenaba sacerdote.

Siete iban a ser los años que iba a ejercer Niceta como presbítero. Y pese a su juventud el metropolitano decidió darle un doble cargo, que era delicado y significaba una evidente confianza del prelado en él: lo nombró presidente del tribunal que entendía en las causas matrimoniales y asimismo coordinador de la atención pastoral a los ucranianos católicos inmigrantes.

La Iglesia católica ucraniana era sensible al tema de los emigrantes que se trasladaban a distintos países y regiones y necesitaban una atención pastoral específica, que parecía lo lógico estuviera a cargo del propio clero ucraniano. Niceta cumplió ambos cargos con su mejor voluntad. Para el primero le sirvió su excelente preparación cultural y para el segundo puso en acción sus excelentes cualidades naturales. Hombre agradable, ecuánime, libre de espíritu, atento a las singularidades de cada persona y capaz de hacerse cargo de las diversas situaciones, viajó por Europa en busca de los emigrantes ucranianos a fin de hacerles saber que la Iglesia ucraniana no los olvidaba y que estaba dispuesta a hacer por ellos cuanto pudiera, brindándoles consuelo y ayuda. Con este espíritu trabajó en Prusia y en Bosnia, acreditándose como un verdadero pastor de almas. Fue también prefecto del seminario mayor de Lvov.

Y llevaba solamente siete años como sacerdote cuando se tomó la decisión de elevarlo al orden episcopal para que atendiera pastoralmente a los inmigrantes ucranianos católicos de Canadá. En este país de tanto futuro habían empezado a llegar ucranianos a partir de 1890 pues en 1893 ya consta su presencia en algún periódico del país. Que se sepa, la primera visita de un sacerdote grecocatólico a los ucranianos de Canadá se produjo en 1897 cuando uno de ellos se trasladó desde Pennsylvania y visitó Alberta y Calgary. Dos años más tarde el sínodo de obispos católicos de la provincia eclesiástica de St. Boniface, reunido bajo la presidencia del arzobispo Langevin en Calgary, trató el tema de la adecuada atención pastoral a los inmigrantes ucranianos. En 1901 se designó como segundo capellán de los inmigrantes ucranianos católicos al reverendo Eugenio Zaklynsky.

Estos inmigrantes, gente pobre y de escasa cultura, estaban siendo atraídos por la propaganda ortodoxa o protestante, y no menos por la propaganda del radicalismo político marxista. No pocos inmigrantes hicieron caso a estas propagandas pero otros se mantenían fieles al catolicismo y era muy urgente darles una respuesta pastoral adecuada. El trabajo del sacerdote belga P. Delaere, que aprendió la lengua ucraniana y se cambió al rito oriental (marzo de 1906), fue un comienzo de una nueva etapa de atención a los inmigrantes ucranianos. Viendo cómo

los fieles respondían a su labor, él reclamó que se creara un ordinariato de rito grecocatólico para los ucranianos, y envió a Roma los correspondientes memoriales exponiendo la necesidad y utilidad de la medida reclamada. Él escribió a los obispos católicos del país rogándoles aceptasen la presencia de un obispo grecocatólico para los católicos ucranianos. También se llevó esta petición al metropolitano Andrés Sheptytsky, el cual entabló contactos al respecto con la Santa Sede, y estuvo en visita pastoral en Canadá, celebrando la Divina Liturgia en la iglesia de Santa María el año 1910.

Y así es como se llegó en 1912 a la creación por parte del papa San Pío X del ordinariato grecocatólico para los ucranianos de Canadá. El Santo Padre elegía para este puesto a Niceta Budka, con no poca sorpresa por parte del humilde y virtuoso sacerdote, el cual era ordenado obispo por el citado metropolitano de Lvov, Andrés Sheptytsky, el 14 de octubre de 1912. Consciente de la labor que le esperaba y de la necesidad de hacerlo con la máxima entrega, el nuevo obispo se embarcó para Canadá, llegando al puerto de Halifax, en Nueva Escocia, el 6 de diciembre de aquel mismo año. Aquí recibió la bienvenida del clero católico y de no pocos fieles ucranianos. Un día más tarde el barco siguió hasta St. John y el obispo llegó así a su eparquía. La Santa Sede había designado a Winnipeg como el sitio de la sede episcopal. El día 22 de diciembre siguiente fue el día de la recepción oficial del obispo, celebrando la Divina Liturgia por primera vez con la asistencia de los fieles.

El obispo Budka se dispuso enseguida a visitar a todos los católicos ucranianos de Canadá y a ello se dedicó en los meses siguientes. En la fiesta de San Esteban (día 26) estuvo en Brandon y el domingo siguiente a Epifanía del año 1913 visitó Ethelbert. El 1 de febrero comenzó la visita de las parroquias de Saskatchevan. A primeros de marzo llegó a Alberta y visitó las parroquias de Edmonton, Mundare y otras poblaciones y continuó así la visita a todas las comunidades de católicos ucranianos a lo largo y ancho de todo Canadá. No sólo orientó la labor pastoral y coordinó la acción de las parroquias, sino que quiso personalmente administrar los santos sacramentos, incluyendo la penitencia, sentándose para oír las confesiones de los fieles. Escuchó con

gran interés y atención a cuantos quisieron hablar con él, exponerle sus problemas y sugerirle propuestas y peticiones, solicitando su consejo para sus vidas en lo espiritual y en lo temporal.

Esta gira pastoral fue de muy dura realización, sirviéndose de trenes, coches, caballos, etc., con frío o calor, vientos, tempestades, chaparrones y numerosas incomodidades. El obispo se hizo a todo en su afán de atender a todos los fieles encomendados a su cuidado. Pero su salud se resintió y comenzó a padecer del estómago. Vuelto a su sede, debió responder a una abultada correspondencia y dedicarse a la composición de su primera carta pastoral, que lleva la fecha de 20 de abril de 1913. En ella hacía frente a los problemas surgidos de la propaganda anticatólica y manifestaba su voluntad de organizar congregaciones basadas en las leyes de la Iglesia grecocatólica y procedió a la fundación de escuelas y de seminario. Daba las gracias a la ayuda y comprensión del clero latino.

Al mes siguiente publicó lo que llamó «Dorohovkaz» (sendero o camino), regulando la vida de las parroquias de su eparquía. Después contestar a todas las cartas recibió a numerosos grupos religiosos y representaciones políticas que deseaban intercambiar impresiones con él. Su labor sirvió para una buena organización y cooperación de todas las parroquias, y se hicieron iglesias en Calgary, Saskatoon, Regina, Sydney, Montreal, Toronto, Hamilton, Kitchner, Bradford, Sudbury, Melville y Transcona. Los católicos ucranianos en Canadá eran unos trescientos mil. Muy pronto comprobó el obispo que estaban asistidos por un clero escaso, pues apenas eran treinta los sacerdotes que pudieran atender a los fieles. De ellos unos treinta mil habían abandonado ya el catolicismo y otros veinte mil estaban en camino de abandonarlo. Las posibilidades de atracción que ejercían otras comunidades cristianas —arriba citadas— eran muchas, con sus parroquias, escuelas, hospitales y organizaciones sociales. Urgía fundar escuelas y seminarios. En 1916 se funda la Academia del Sagrado Corazón, al frente de la cual queda el citado padre Delaere. En 1917 se funda el Instituto Metropolitano Sheptytsky en St. Boniface, Manitoba. Y en 1919 se fundaba el espléndido St. Joseph's College, que será un venero de magníficos sacerdotes y de seglares comprometidos con la Iglesia.

La I Guerra Mundial le traería no pocos problemas. Al estallar esta guerra, concretamente las hostilidades entre Austria-Hungría y el gobierno de los zares, el obispo Budka invitó a los ucranianos de Canadá a volver y defender su vieja tierra en la Galizia del este. Pero cuando el conflicto afectó a Gran Bretaña, el obispo Budka cambió inmediatamente de posición y dijo que los ucranianos de Canadá tenían que ser leales con su país de adopción. Una carta pastoral llevaba a los fieles su pensamiento. En ella les decía que no hacía mucho que todos se habían sentido impactados por la declaración de guerra entre Austria y Serbia, que los demás Estados habían adoptado una actitud paciente, y que especialmente Inglaterra había intentado que la guerra se localizara y no se generalizara, y por ello él había invitado a los rutenos de Canadá a atender las llamadas del Imperio austro-húngaro para defender sus vidas y propiedades. Pero que ahora, en el curso de pocos días, las relaciones políticas habían cambiado por completo.

> «Hoy —decía— la guerra engloba a toda Europa e Inglaterra y el Estado Británico se ven atacados por sus enemigos, y llama Canadá, nuestra nueva tierra, a sus ciudadanos a enrolarse en la defensa del país. Añadió el obispo que no hubiera duda de que era bajo las banderas del país de adopción bajo las que había que militar. Hay que defender a Canadá, hay que defender la libertad del Imperio Británico».

Y quería que sobre esto no hubiera malentendidos. Por tanto, concluía él mismo, dejaba sin efecto su anterior declaración. Esto no impidió que se acusara al obispo de deslealtad con Canadá. El obispo entonces fue atacado abiertamente desde muchas instancias, incluyendo algunos sectores ucranianos, y llamándosele traidor a Canadá. La administración de la provincia de Manitoba, de color político liberal, fue la más empeñada en que fuera deportado. Fue arrestado y encartado varias veces, y entonces entendió monseñor Budka que había que acudir al juzgado y pedir se declarara oficialmente su lealtad al país. El obispo presentó toda la documentación necesaria y la declaración de testigos acerca de su actividad. El juez Paterson reconocía que no podía ponerse en duda la lealtad del obispo a Canadá. Quedó así sin respaldo judicial la prensa sensacionalista y la opinión pública creada por ella. Se le ha echado la culpa de que

el gobierno canadiense decidiera internar a algunos ucranianos como sospechosos de ser extranjeros enemigos del país.

El obispo Budka padeció mucho por estas acusaciones y su salud, especialmente su estómago, se resintió mucho, hasta el punto de que debió atender a cuidarse y guardar un cierto reposo que le retiró de actividades públicas. En cuanto pudo volvió a sus actividades, pero se convenció de que no estaba lo sano que debiera para un puesto que requería un trabajo tan duro, y entonces solicitó ser exonerado de su cargo en Canadá y volver a su país nativo. Así se le concedió, nombrándosele entonces obispo auxiliar de Lvov, y dejando Canadá, donde tanto bien había hecho y a la que había amado con todo su corazón sacerdotal, en 1928 regresó a Lvov. Aquí se dedicó a las tareas pastorales que su metropolitano le indicaba y su labor fue predicar el evangelio y administrar los santos sacramentos. Llegada la II Guerra Mundial, no consideró adecuado hacer uso de su ciudadanía canadiense para dejar Ucrania sino que permaneció en su sitio, aun viendo venir la persecución contra los grecocatólicos.

Terminada la guerra y decretada la supresión de la Iglesia uniata, el obispo Budka, junto con los demás obispos grecocatólicos, fue arrestado el 11 de abril de 1946. Encarcelado instantes después de su arresto, fue llevado a juicio, donde se le acusó de enemigo del país, y fue condenado a ocho años de trabajo forzado en un campo de concentración de Siberia. Aquí padeció muchísimo y su salud fue empeorando progresivamente hasta que se vio claro que su muerte era inevitable. Entonces se le ofreció recibir una inyección mortal que le evitara los muchos sufrimientos que estaba padeciendo. Él rehusó y anunció que moriría antes de que amaneciera el día siguiente, como así fue. Aunque aparece en varios sitios su muerte como sucedida el 1 de octubre de 1949, el *Martirologio romano* recoge su memoria el 28 de septiembre. Su muerte tuvo lugar en Karadzar junto a Karaganda en el Kazastán. El cuerpo muerto y desnudo del obispo Niceta Budka fue dejado en los bosques para que se lo comieran las fieras.

Niceta Budka fue declarado oficialmente mártir el 24 de abril de 2001, y como queda dicho, fue beatificado con veinticinco compañeros mártires el 26 de junio del mismo año en Lvov en el curso de la visita pastoral de Su Santidad Juan

Pablo II a Ucrania, cuya Iglesia grecocatólica se ha recuperado una vez pasado el régimen soviético.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 93 (2001) 864s; 95 (2003) 570s.
Bibliotheca sanctorum. Appendice seconda (Roma 2000) col.202.
GOA, D. J., *The ukrainian religious experience* (Edmonton 1989).
KORDAN, B. S. - LUCIUK, L. Y., *A delicate and difficult question: documents in the history of ukrainians in Canada, 1899-1962* (Kingston 1986).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN EXUPERIO DE TOULOUSE
Obispo († 411)

Es desconocida su vida anteriormente a su elección como obispo de Toulouse para suceder a Silvio. Llevó a buen término la construcción de la basílica dedicada a San Saturnino y colocó en ella las reliquias del santo. Escribió al papa San Inocencio I una carta con diferentes consultas a la que contestó oportunamente el santo pontífice en el 405. Su buen gobierno y santa vida, llena de caridad y austeridad, le granjeó gran crédito en toda la Galia, como consta por una carta de San Paulino de Nola. Estuvo en relación con San Jerónimo, que elogia sus muchas obras de caridad y le dedicó su *Comentario al profeta Zacarías.* En 407 y 408 defendió su ciudad contra la incursión de los bárbaros. Su memoria se celebra desde antiguo el 28 de septiembre.

SANTA EUSTOQUIO
Virgen († 419)

Eustoquio (en latín *Eustochium),* no Eustoquia, nació en Roma hacia el año 367, hija del senador Tosocio y de su esposa Santa Paula, una familia de la aristocracia romana. Vivió una vida correspondiente a su clase social hasta que, muerto su padre (379), comenzó a frecuentar con su madre el grupo de da-

mas piadosas que se reunían en torno a Santa Marcela en el Monte Aventino. Llegado San Jerónimo a Roma (382) muchas personas acudieron a él para que dirigiera sus espíritus y para escuchar sus sublimes lecciones bíblicas que daba en casa de la dicha Santa Marcela. San Jerónimo le escribió su carta XXII, en la que le habla de las excelencias de la virginidad. Posteriormente San Jerónimo deja Roma y decide ir a vivir en Tierra Santa. Santa Paula toma a su vez la decisión de irse allí para seguir bajo la dirección espiritual del gran santo y entonces Eustoquio toma la resolución de irse con su madre. Se embarcaron en el otoño de 385 y San Jerónimo las esperó en Antioquía de Siria. Visitaron las regiones de Oriente, incluyendo Egipto, llevando al santo por guía. Finalmente se fueron todos a Belén donde Santa Paula construyó dos monasterios, uno para mujeres y otro para hombres. Eustoquio se dedicó al estudio del hebreo para poder acceder directamente a los textos bíblicos. San Jerónimo le dedicó algunos de sus trabajos escriturísticos. Muerta su madre en 403, Eustoquio tomó el gobierno del monasterio, brillando por sus muchas virtudes. San Jerónimo tradujo para ella la Regla de San Pacomio. Murió el año 419, siendo muy sentida por San Jerónimo. El *Martirologio* la recuerda tal día como hoy.

SANTA LÉOBA

Virgen († 782)

Léoba o Lioba era pariente de San Bonifacio, el gran apóstol de Alemania, que solicitó como ayuda de su obra misionera no sólo monjes sino también religiosas, cuya oración y cuyo ejemplo él estaba seguro de que contribuirían grandemente al enraizamiento del evangelio recién plantado en los pueblos alemanes. Lioba, anglosajona de nacimiento, había profesado la Regla benedictina en el monasterio de Wimborne, y se mostró particularmente receptiva a la llamada misionera de su pariente. El año 748 con un grupo de monjas se decidió a dejar su patria y acudir junto al santo misionero, el cual le encomendó la abadía femenina de Tauberbischoffsheim, en Baden, y la supervisión de todos los conventos de monjas establecidos en el área. Ella

hablaba bien el latín y tenía las cualidades necesarias para la misión que se le confiaba y pudo desempeñarla adecuadamente. Mantuvo frecuente contacto epistolar con San Bonifacio. Éste se encomendó a sus oraciones cuando partió a la misión en la que hallaría el martirio, y, sucedido éste, Léoba obtuvo licencia para poder salir de la clausura e ir a Fulda a venerar las sagradas reliquias del insigne mártir. Ella continuó su misión con plena dedicación y fruto, y se ha podido decir que sus conventos fueron poderosos factores en la conversión de Alemania. Murió en Schornsheim, junto a Maguncia, el 28 de septiembre del 782 o quizás el año antes. Tal como había sido su deseo, su cuerpo fue enterrado en Fulda cerca del cuerpo de San Bonifacio. Tuvo muy pronto culto litúrgico como santa.

BEATO BERNARDINO DE FELTRE

Presbítero († 1494)

Martín Tomitani nace en Feltre, ciudad perteneciente entonces a la República de Venecia, el año 1439. Educado con esmero, hizo sus estudios de humanidades con gran aprovechamiento y pasó ya adolescente a Padua a estudiar filosofía. Estando aquí escuchó en la Cuaresma de 1456 a San Jaime de la Marca, el cual con su palabra encendida de fuego apostólico causó un fuerte impacto en el alma del joven estudiante. Martín se replanteó el sentido de su vida y se decidió por la vocación religiosa. En mayo de ese mismo año pidió el hábito franciscano a San Jaime, el cual al dárselo le impuso el nombre de Bernardino en memoria de San Bernardino de Siena, y se llamó desde entonces fray Bernardino de Feltre. Antes de profesar los votos, hubo de vencer el joven novicio dificultades interiores (tentaciones, sequedades, etc.) y exteriores, singularmente la tenacidad de su padre en hacerlo volver a casa. Bernardino supo salir vencedor de las pruebas y se mantuvo firme en su vocación. Hizo la profesión religiosa y los estudios teológicos y se ordenó sacerdote. Su inclinación era la predicación pero se le objetaba que tenía un defecto de pronunciación. Los superiores no obstante lo destinan a este ministerio y con la ayuda de Dios supera las dificultades y se convierte en un eximio sembrador de la pa-

labra divina por los pueblos de Italia. Llega a atraer tantos oyentes que, no cabiendo el auditorio en los templos, deben darse los sermones en las plazas y descampados. Fustiga los vicios, defiende a los débiles, estimula a todos a la virtud, llama a penitencia. Cuando se le dijo que fuera prudente, contestó que él era predicador, no adulador.

Su tarea apostólica estuvo ligada a la obra de los montes de piedad, pensados como medio de sacar a los pobres de las garras de la usura. Instituyó también en muchos sitios las llamadas «Cuarenta horas en honor del Santísimo Sacramento», siendo también muy notable su devoción a la Sagrada pasión del Señor y la Virgen María. Su ejemplo personal avalaba su predicación y su ministerio: humilde, mortificado, alma de altísima oración, brillaban en él todas las virtudes cristianas y atraía a todos a Cristo con dulzura y eficacia. Agotado de veinticinco años de apostolado sin tregua, vino a morir santamente en el convento de Pavía el 28 de septiembre de 1494. El culto que se le dio enseguida lo confirmó el papa Inocencio X el 13 de abril de 1654.

BEATOS JUAN SHOZABURO, MANCIO IKIZAYEMON, MIGUEL TAYEMON KINOSHI, LORENZO HAKIZO, PEDRO TERAI KUHIOYE Y TOMÁS TERAI KAHIOYE

Mártires († 1630)

Al lado del trabajo misionero de los religiosos agustinos que tan admirablemente sembraron el evangelio en Japón y regaron la siembra con su sangre, el laicado imbuido del espíritu agustiniano también concurrió a la palestra de la difusión y la defensa de la fe cristiana, y también seglares agustinos fueron coronados con el martirio. Un grupo de ellos fue martirizado tal día como hoy, 28 de septiembre, del año 1630 en Nagasaki. Fueron beatificados por el papa beato Pío IX el 7 de julio de 1867. Éstos son sus datos personales:

JUAN SHOZABURO (o Cochumbuco) era natural de Omura, donde nació en 1612. Sus mismos padres lo presentaron al Beato Bartolomé Gutiérrez, OSA para que fuera su catequista, y el joven se esforzó en ser digno de este honor, perseverando junto al misionero en sus trabajos y siendo con él arrestado y encarce-

lado el 1 de noviembre de 1629. Se le presionó en la cárcel de Nagasaki para que apostatara y se le amenazó con la muerte, pero el joven fue firme en su fe y prefirió la muerte a la apostasía. Para que no hablara a los presentes a su martirio, le amordazaron, y, decapitado, entró en la gloria de Cristo.

MANCIO IKIZAYEMON (o Xixizoiemon) profesaba la fe católica con gran entereza y había sido admitido por los misioneros en la Orden Tercera de San Agustín. Fue arrestado en Khizu el 10 de septiembre de 1629 y llevado a la cárcel de Nagasaki. Se negó firmemente a apostatar y prefirió la sentencia de muerte. Llegado el día de su ejecución, se le amordazó para que no pudiera dar testimonio verbal de Cristo, pero lo dio con su sangre cuando fue decapitado por la fe.

MIGUEL TAYEMON KINOSHI era natural de Conga. Fue compañero y catequista del citado Beato Bartolomé Gutiérrez con el que estaba cuando a principios de noviembre de 1629 fue arrestado. Resistió las presiones y amenazas de muerte y no apostató, prefiriendo la muerte antes que renegar de Cristo. Cuando lo sacaban para la ejecución, comenzó a hablar de la religión cristiana a los presentes y provocó que él y otros mártires fueran amordazados para que no pudieran hablar. Llegado al lugar de la ejecución, fue decapitado.

LORENZO HAKIZO (o Fakizo) era un fervoroso cristiano que se había ofrecido como catequista y en calidad de tal acompañaba al Beato Vicente Carvalho, OSA. Con él fue arrestado el 25 de noviembre de 1629 y llevado a la cárcel de Nagasaki. Se negó a apostatar y fue condenado a muerte. Llevado al lugar del suplicio, no fue decapitado sino que su cuerpo fue cortado en dos a golpes de espada, teniendo una muerte dolorosísima, que él ofreció al Señor con admirable mansedumbre y amor a Cristo.

PEDRO TERAI KUHIOYE (o Cufioje) había nacido en 1600 en Mayezawa y recibió la fe de su madre que era cristiana. Se ofreció como catequista al misionero agustino P. Francisco de Jesús, el cual lo admitió en la Orden Tercera de San Agustín. Estando con el misionero en Jokinura fue arrestado el 18 de noviembre de 1629 y llevado a la cárcel de Nagasaki. No hubo modo de hacerle apostatar y fue condenado a muerte. Como no dejaba de confesar su fe cuando era llevado al martirio, se le amordazó. Fue decapitado.

TOMÁS TERAI KAHIOYE (o Cufioje) había nacido en 1605 y era catequista del Beato Bartolomé Gutiérrez, que lo admitió en la Orden Tercera de San Agustín. Arrestado a comienzos de 1629, pasó a la cárcel de Nagasaki y rechazó todos los intentos de que apostatara. Se le amordazó camino del suplicio para que no confesara la fe, y murió decapitado.

BEATO FRANCISCO JAVIER PONSA CASALLACH

Religioso y mártir († 1936)

Había nacido en Moyá, diócesis de Vich y provincia de Barcelona, el 28 de junio de 1916. En la adolescencia siente la vocación religiosa y se decide por la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios. Su padre se opone pero el joven persevera en su propósito y el padre llega a echarlo de casa. Él entonces ingresa en la Orden, hace su noviciado y pronuncia los votos religiosos el 3 de junio de 1936, estando presente su padre que había cambiado por completo su actitud de año y medio antes. Destinado a la comunidad religiosa del sanatorio de San Baudilio de Llobregat. Llegada la revolución de julio de 1936, los 52 hermanos de la comunidad de San Baudilio pasaron por momentos de gran tribulación, con ultrajes y amenazas y prisión, primero en la propia casa y luego en la jefatura de policía, hasta que pudieron salir por barco a Marsella. Pero al joven Francisco Javier, pensando en su mayor seguridad, los superiores le aconsejaron que se fuera a su propia casa. Se ocultó en una casa de campo. Llevaba vida de oración y espera en la voluntad de Dios. El 27 de septiembre entre insultos y amenazas fue arrestado y llevado a prisión y al día siguiente por la tarde fue conducido a San Feliu de Codinas. Cuando vio que lo iban a matar pidió un tiempo para rezar, que le fue concedido, y, estando de rodillas, recibió las descargas que acabaron con su vida. Rociaron su cuerpo con gasolina y le prendieron fuego para evitar su identificación, pero ésta fue perfectamente posible.

Fue beatificado el 25 de octubre de 1992 por el papa Juan Pablo II en el grupo de 71 Hermanos Hospitalarios de San Juan de Dios muertos durante los días de la revolución española.

BEATO JOSÉ TARRATS COMAPOSADA

Religioso y mártir († 1936)

Este religioso era hermano coadjutor de la Compañía de Jesús. Había nacido en Manresa, población tan ligada a la memoria de San Ignacio de Loyola, el 29 de agosto de 1878, en el seno de una familia muy cristiana, y al despertarse en él la vocación religiosa, luego de haber sido acólito en su parroquia y congregante de la Inmaculada y San Estanislao, puso los ojos en la Compañía, en la que pidió y obtuvo ingreso el 28 de agosto de 1895. Hizo el noviciado y profesó los votos religiosos —la última profesión sería el 2 de febrero de 1910—, siendo destinado a enfermero, encargo que realizaría con gran dedicación toda su vida religiosa, junto con los de portero y compañero. Destinado primero en la casa de Tortosa, fue luego a la casa profesa de Valencia donde prestó su servicio religioso como portero y encargado de la enfermería, desempeñando sus oficios con mucho espíritu religioso. Llegada la disolución de la Compañía por la República, cuidó primero de un padre jesuita anciano y luego pasó al Asilo de los Ancianos Desamparados para servir de enfermero a los jesuitas allí acogidos. Tras el 18 de julio de 1936 buscó refugio pero no lo halló y volvió al asilo, donde finalmente fue arrestado y fusilado en Valencia el 28 de septiembre de 1936. Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

29 de septiembre

A) MARTIROLOGIO

1. Fiesta de los Santos Miguel, Gabriel y Rafael, arcángeles **.
2. En Heraclea de Tracia, San Eutiquio († s. III), obispo y mártir.
3. En Valeroctista (Armenia), santas Ripsimis, Gayana y compañeras († s. IV).
4. En Auxerre (Galia), San Fraterno († 450), obispo.
5. En Palestina, San Quiríaco († 557), anacoreta *.

6. En Mettlach (Renania), San Liudwino o Ludwino († 713), abad y luego obispo de Tréveris.

7. En la isla de Ufnau, en el lago de Zúrich (Suiza), San Adelrico o Alarico († 970), presbítero y ermitaño.

8. En la Bretaña Menor, San Mauricio († 1191), abad cisterciense *.

9. En el monasterio cisterciense de Longpoint, Beato Juan de Montmirail († 1217), monje.

10. En Auray (Bretaña Menor), Beato Carlos de Blois († 1364), duque de Bretaña **.

11. En Roma, Beato Nicolás de Forca Palena († 1449), presbítero, de la Orden de Ermitaños de San Agustín *.

12. En Lvov (Polonia), San Juan de Dukla († 1484), presbítero, de la Orden de Menores **.

13. En Nagasaki (Japón), santos Miguel de Aozaraza, Guillermo Courtet, Vicente Shiwozuka, presbíteros, de la Orden de Predicadores, Lázaro de Kyoto y Lorenzo Ruiz de Manila, padre de familia († 1936), todos ellos mártires, cuya memoria litúrgica se celebró el día de ayer.

14. En Ossernenon (Canadá), San Renato Goulpil († 1642), mártir *.

15. En Gilet (Valencia), Beato Santiago Mestre Iborra († 1936), presbítero, religioso capuchino, mártir *.

16. En Valencia, beatos Pablo Bori Puig, presbítero, y Vicente Sales Genovés († 1936), religiosos jesuitas, mártires *.

17. En el Picadero de Paterna (Valencia), Beato Darío Hernández Morató († 1936), presbítero, de la Compañía de Jesús, mártir *.

18. En Lérida, Beato Francisco de Paula Castelló y Aleu († 1936), mártir **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN MIGUEL
Arcángel

Nunca podríamos imaginar un ángel guerrero, con su rodela al brazo, la cota bien ajustada, abierta la espada en orden de combate. Pero tampoco ciertos ángeles de una estatuaria dulzona, con muchas cintas y bucles mujeriles, en un porte impropio de criaturas tan excelsas. Eugenio d'Ors, en sus *Glosas que se escriben los lunes,* concebía muy varonil al ángel: musculado y poderoso, como para entendérselas toda una noche con Jacob a brazo partido. Pero, al mismo tiempo, leve y sutil, asomada a sus ojos de luz toda la sabiduría de un espíritu celeste. No son apetecibles los ángeles de Denís, ni siquiera los de Beuron, y mucho menos los que Rohault inscribe sombríamente en feos

Rouault?

dramas humanos. Sólo en las ventanas de algunas abadías y catedrales hay ángeles vivos, que al trasluz del sol arden en un fuego de oro y se hacen llama encendida y adorante al Altísimo. Y, sobre todos, aquel ángel que hay en la Toscana anunciando la encarnación a María. Pues, a pesar de los lujos que le pintó Fra Angélico en la túnica, y en la pedrería que le transfigura las alas, está allí, digno y sereno, delante de la *Señora,* angelizando su embajada, la turbación de la *Doncella* y los nardos que crecen entre la ternura del paisaje. Pero un ángel guerrero, ¿cómo?

Fueron creados de la nada, puros espíritus —inteligentes, amorosos, libres—, domésticos del trono de Dios, en funciones de una alabanza incesante. Distribuidos según una arcana jerarquía —querubines y serafines, dominaciones, potestades y tronos, virtudes, arcángeles y ángeles—, componen muy hermosamente la grande escenografía del cielo. San Juan, desde Patmos, ha visto este cielo como una ciudad deslumbrante, la Jerusalén nueva, ataviada de esposa para sus nupcias con el Cordero de la vida. Semejante traducción resulta demasiado corpórea y sensible, ya que nos alucina imaginar tanta abundancia de oro, del que viene fabricada, y los chispazos irresistibles de infinitos zafiros, diamantes y rubíes, que adornan las doce puertas, con doce ángeles, que son las doce tribus de Israel. No hay sol ni luna, día ni noche en esa celeste Jerusalén, porque la inviste toda una claridad eterna, cuya luz es el Cordero, a quien aclaman, con los ángeles, los felices ciudadanos de Dios: aquella turba innumerable de vencedores que rinden sus palmas en adoración infinita. Sin embargo, este mural del cielo sanjuanista nos ofrece su belleza y una tranquilidad de gozo inamisible, muy cercana al verdadero cielo, y que consiste en ver cara a cara a Dios y en amarle beatíficamente. ¿Cómo concebir dentro de tan sacra armonía el dolor de una guerra?

San Pablo nos define una vez a la divinidad diciendo que es «la luz indeficiente e inaccesible». Pues en ese mundo de los ángeles destaca uno que tiene nombre de luz. «Lucifer: el-que-lleva-la-luz». Hijo y oriente de la aurora. (Os aviso que esta criatura extraordinaria puede perturbar toda la hermosura del cielo, hasta los horrores de un espantoso combate. En el horizonte de su libre albedrío, el orgullo dibuja alocadas capitanías, idolatrías

febriles, quiere ser dios. Y vamos a comprobar teológicamente que existe esa inaudita paradoja de un ángel y un cielo guerreros.) Porque había sido adornado por el Señor con tantas excelencias, Lucifer le debía un servicio generoso y dócil. Lo menos que se le podía pedir. No estaba aún confirmado en gracia, sino en estado de prueba. Y entonces, al contemplar, con sensuales deleites, su poder y su luz, se alza contra el Creador. «Subiré a los cielos —grita— y pondré mi trono sobre las estrellas. Sobre la cima de los montes me instalaré en el monte santo. Seré igual a Dios. No le quiero servir». Un colosal choque de tinieblas y de luz estremece la cúpula de los cielos.

Ángeles contra ángeles, divididos por la rebeldía de Lucifer. Todo es sobrecogedor, vertiginoso, instantáneo. Hasta que un grito de fidelidad y de acatamiento en la boca de un arcángel desconocido, restablece la armonía de la victoria. Y así queda bautizado con la misma divisa del combate: «¿Quién como Dios?», que quiere decir «Mi-ka-el». Y mientras Lucifer cae a los abismos de su infierno como una llama de fuego y de odio, Miguel asciende a la capitanía de todos los ángeles fieles, príncipe y custodio, alférez de Dios.

Después surge el tema del hombre, cuando se alza del limo de la tierra, creado como una síntesis misteriosa de todo el universo. Y, en torno al tema del hombre, el demonio y el ángel, Satanás y Miguel, porque, en la gobernación divina del mundo, a todas las criaturas preside un orden, una ley, una medida. En el paraíso vence Satanás al hombre. Entré los brillos suculentos de la manzana, sopló la serpiente su misma rebeldía del cielo: «Si coméis de ese fruto prohibido, se abrirán vuestros ojos, seréis como dioses». Tenemos dura experiencia de este pecado de origen en las limitaciones de nuestro entendimiento, en las llagas del corazón y de la carne, en la helada agonía que da en la muerte. El hombre, aun redimido por el sacrificio de Jesús, permanece aquí abajo en una actitud militante. Debe merecer la corona peleando sus concupiscencias y los enemigos externos del demonio y del mundo. Somos el eje de aquellas dos «economías» de que nos habla San Pablo: la de Jesucristo y la de Satanás. Los dos nos quieren. Y, en nuestro combate hasta el fin, además de las armas decisivas de la gracia, contamos con el socorro y la custodia de los ángeles. Cada uno tenemos nues-

tro ángel doméstico y acaso nuestro demonio familiar también, según disputaban las teologías escolásticas. Pero encontraréis justo que a este príncipe del cielo, el arcángel Miguel, correspondan ministerios universales y eminentes, por la fidelidad y bravura de su comportamiento.

Es el ángel que tutela la fe de la Sinagoga judía y de la santa Iglesia de Cristo. En los testimonios de la revelación aparece muy tardíamente. Hasta Daniel, nadie le cita por su nombre. Pero este profeta, al relatarnos las luchas del pueblo elegido para liberarse de la servidumbre de los persas, le invoca en su favor, ya que nadie vendrá a socorrerle «si no es Miguel, vuestro príncipe». Y añade: «Entonces se alzará Miguel, el gran defensor de los hijos de tu pueblo, y serán días de amargura como jamás conocieron las naciones». La carta de San Judas nos lo representa altercando con el demonio sobre el cuerpo de Moisés. Satanás quería descubrir su sepulcro para que los israelitas le adoraran idolátricamente, en apostasía del culto verdadero al Señor. Y San Miguel se lo impide velando por la fe. Así, su personalidad nos queda bien dibujada. Es el custodio fuerte de Israel, militante y guerrero, con su coraza de oro, su espada invencible y un airón de luz, que le angeliza el brillo de las alas y toda su celeste figura.

Tan guerrero, que después, en la santa Iglesia de Cristo, los piadosos monjes medievales no vacilan en revestirle de una poderosa y muy labrada armadura, donde no falta el detalle de la espuela impaciente ni la lanza que destruye al demonio, vencido a sus pies, como le vemos en las ingenuas miniaturas de los breviarios corales. Claro que toda esta iconografía no es inventada o soñada, sino que traduce fielmente los testimonios de la tradición y de la historia.

El *Sacramentario* Leoniano y el *Martirologio* de San Jerónimo consignan en este día de su fiesta: *Natale Basilicae Angeli in Salaria.* Ésta es la verdadera y primitiva solemnidad que Roma dedica al arcángel, con una basílica, perfectamente localizada en el séptimo miliario de la Via Salaria, y con la consagración de cinco misas en su memoria. En el 611, el papa Adriano IV le construye, sobre el *Castel di Santangelo,* un oratorio, que sella la tradición antigua de haberse aparecido allí, librando a las gentes

romanas de la mortandad de una peste. Es muy suyo este ministerio de medicinal tutela. Ana Catalina Emmerich ha visto al demonio soplar vientos huracanados, ensoberbecer las aguas de los océanos, perturbar el buen aire inocente con pestilencias y cóleras. Se entrega a tan malignas extravagancias porque tiene el triste y deslucido empeño de destruir toda la hermosura creada, como adversario de Dios, enemigo del hombre y dragón.

Por ser dragón, el demonio habita espeluncas enmarañadas, montes áridos y solitarios, donde urde sus sorpresas y sus trapacerías. Y así el arcángel no tiene más remedio que descender a esas moradas infernales para abatirle y vencerle. Os quiero referir dos estupendas apariciones en esos escenarios rurales, que además nos perfilan datos muy luminosos de su augusta persona.

El templo de su nombre, sobre el monte Gárgano, conmemora cierta victoria de los longobardos del Siponto, atribuida a su intervención, un 8 de mayo de 663. Pero las lecciones históricas del Breviario unen el triunfo castrense con un suceso de gusto medieval, muy conectado con estas espeluncas del demonio de que os hablaba. Y fue que un toro se desmanda de su manada, y se le busca día y noche por los pastores. Le encuentran, al fin, en una escondida gruta, pero inmóvil, como poseído por el maligno. Un arquero, más audaz, le dispara su flecha para removerlo del embrujo. Y entonces el prodigio de retornar la flecha al que la disparó, malhiriéndole. Lo sobrenatural del caso acongoja de miedo a estas sencillas gentes montañesas. Ayunos, plegarias, procesiones penitenciales. Y al tercer día, San Miguel se aparece al obispo, declarándole que se edifique, en la cueva, un templo al Señor y en memoria de sus ángeles. Cuando los sipontinos alcanzan la espelunca, crece el asombro, pues encuentran allí dispuesto ya un edículo como oratorio, donde el prelado inicia el culto a San Miguel, que luego corre por todo el mundo creyente y fervoroso de la Edad Media.

Pero en la serranía navarra de Aralar encontraremos al arcángel, definido en toda su dimensión militante, a la defensa del hombre. No precisan los historiadores por qué bajó a la guerra de Pamplona el muy esforzado y noble caballero don Teodosio de Goñi. Pudo coincidir con el asedio de los judíos, aliados con los árabes; las incursiones de la morería o acaso las luchas con-

tra los godos, porque el suceso acontece en los días del rey Witiza, a los principios del siglo VIII. Por su casamiento con doña Constanza de Butrón, acreció el caballero riquezas y pergaminos. Era mujer de muy cuidada honestidad y hermosura, al punto que hizo venir a los padres de don Teodosio al palacio de Goñi para velar amorosamente la ausencia, concediéndoles, incluso, la propia cámara nupcial. Cuando retorna de su campaña el caballero, dando al amor sus triunfos y a los odios de la guerra olvido, se le cruza, en la noche, un piadoso ermitaño, que es el mismísimo demonio, con máscara de «ángel de luz». En aquel paraje fluvial de «Errota-bidea» le detiene y le habla una trifulca por su honra: que su mujer ha holgado con un mozo de servicio mientras él se partía el pecho en las duras batallas. «Este mismo plenilunio lo puedes comprobar, si te aceleras», le dice.

Y encendida su sangre hasta cegarle los ojos, pica a su caballo, que trota jadeante por la val de Goñi hasta el palacio, hasta la cámara. Tienta su mano fuerte dos personas en el lecho. El corazón se le rompe en una locura de latidos. Secamente gime don Teodosio, sin amor y sin lágrimas, por la limpieza de su nombre nada más. Y con furor de loco descarga golpes febriles de su espada sobre los adúlteros, hasta que los resplandores de la sangre caliente le hacen volver en sí. La amanecida cuelga de los tejados del caserío una brazada de rosas, que picotean alegres las golondrinas; y lloran los ángeles, asomados a las nubes, la perdición del caballero. Don Teodosio huye delatado por la luz. Pero allí, en la pradería, se topa con doña Constanza, que se le echa a los brazos, sobre el corazón, gritándole el gozo de su regreso. ¡Qué dramático instante, que le revela, de un golpe, toda la magnitud de su parricidio! Porque es navarro el caballero, creyente y piadoso, se hace camino de Roma, con larga contrición de leguas, de hambre y sed, de limosneo penitencial y humillante, para alcanzar indulgencia del Pontífice. Tres papas pudieron oír la confesión de don Teodosio —Juan VII, Sisinio y Constancio I—, porque no están de acuerdo las cronologías. Como penitencia pública de su pecado, se le impuso portar una grande cruz, ceñida la cintura de una cadena de argollas de hierro, que, al quebrarse, señalarían, al fin, los perdones del Altísimo.

La serranía de Aralar fue el escenario que eligió el penitente entre las nevascas que silban, por el invierno, espantables sinfonías, ciudadano de las águilas, de los buitres y de los lobos, en una soledad alucinante. Y, a los siete años, otra vez el demonio. Ahora tal como es. Como dragón que, desde su madriguera, salta rabioso para devorar al penitente. Ya tenía el caballero la carne domada y llagada por el cilicio, el alma pura, el corazón endiosado. Y en aquella suprema angustia, se vuelve al arcángel, con un grito de su fe, que rompe la cúpula del cielo: «¡San Miguel me valga!». Y Miguel desciende con su espada infinita para vencer al dragón y romper las argollas de su cintura, regalándole, con su celeste presencia, una curiosa imagen para recuerdo del prodigio y para su culto. El santuario de «San Miguel in Excelsis» es, desde entonces, alma militante de Navarra, que de ahí le viene guerrear las batallas del Señor, con su «ángel» de oro revestido de armadura, pero que no lleva espada, sino que sostiene, con sus manos sobre la frente, la cruz redentora de Cristo.

Nos guarda y nos defiende en todas las incursiones del demonio, a lo largo de nuestra navegación por la vida. Como un símbolo es patrono de todos los mareantes desde que se apareció a San Auberto de Avranches sobre Mont-Saint-Michel, donde los normandos le hicieron una de las más bellas abadías del gótico, que tiene torres de castillo y fortaleza. Y no nos abandona hasta después de la muerte. Cuando la Iglesia oficia su sacrificio por los difuntos, invoca a San Miguel, en su impresionante ofertorio, para que él presente las almas a la luz estremecida del juicio de Dios. Es el instante aterrador del recuento: de pesar las malas y las buenas obras que hicimos en el mundo. Como a Baltasar en su pagana cena, puede sorprendernos su *Tecel* sombrío si nos falta el peso de la caridad. Pero los devotos de San Miguel confían, porque le saben «Pesador de las almas» en la balanza de la justicia de Dios, que él sostiene en sus manos, atento a las acusaciones finales del demonio, para enfilar el platillo hacia la gloria del cielo.

El cardenal Schuster pensó que el arcángel no pertenece a la hagiografía, sino a la teología cristológica, porque «después del oficio de Padre legal de Jesucristo, que corresponde a San José, no hay en la tierra ningún ministerio más importante y más su-

blime que el conferido a San Miguel, como protector y defensor de la Iglesia». Madura en nuestro tiempo, agitado de sangrientas convulsiones, aquel «misterio de iniquidad» que conmovía a San Pablo. El dragón de las siete cabezas coronadas repta descaradamente para afligir el Cuerpo místico de Cristo, en su Iglesia, con muy sutiles asechanzas y persecuciones. Masonería, comunismo. Desde los días de León XIII, el pueblo cristiano cierra todas sus misas con aquella súplica al arcángel, para que humille a los abismos del infierno a todas las inicuas potestades de demonio, que vagan por el mundo, satanizándolo, porque Miguel es príncipe de las celestes milicias.

Y cuando se acerque el fin, un relámpago de fuego cruzará de oriente a occidente mientras los ángeles del Apocalipsis derraman sobre el mundo sus cálices sombríos de destrucción. En una postrera acometida, el dragón con sus ángeles negros trabará la batalla: pero San Miguel ha de arrojarle a los abismos eternos después de la última victoria. Entonces será el cielo infinito. Aquel cántico de alabanza de todos los ángeles y bienaventurados, que ha de resonar luminoso y feliz para siempre: «¿Quién como Dios? ¡Nadie como Dios! Amén».

FERMÍN YZURDIAGA LORCA

Bibliografía

ARIGITA Y LASA, M., *San Miguel in Excelsis* (Pamplona 1904).

Breviarium romanum. Pars Verna, die 8 maii.

TOMÁS DE AQUINO (STO.), «De Angelis», en *Summa Theologiae.* I. *Pars prima* (Madrid [3]1961) 1 q.50-64: p.359-453.

SCHUSTER, I. A., OSB, *Liber sacramentorum. Estudio histórico-litúrgico sobre el Misal romano* (Barcelona).

— vol. VII: *Los santos en el misterio de la Redención: las fiestas de los santos desde la cuaresma hasta la octava de los príncipes de los apóstoles* (1947).

— vol. VIII: *Los santos en el misterio de la Redención: las fiestas de los santos desde la octava de los príncipes de los apóstoles hasta la dedicación de San Miguel* (1948).

• Actualización:

ARIGITA Y LASA, M., *Historia de la imagen y santuario de San Miguel de Excelsis* (Pamplona 2003). Repr. de la ed. Pamplona 1904.

ASINS ROMAGUERA, A., *San Miguel Arcángel. Sus excelencias* (Valencia 1973).

GALACHE, G. C., *Los ángeles* (Valencia 2003).

SUTTER, A. DE, «Ángeles», en E. ANCILLI, *Diccionario de espiritualidad.* I: *Abad-esperanza* (Barcelona 1987) 119-122.

TOMÁS DE AQUINO (STO.), «Tratado de los ángeles», en *Suma de Teología.* I. *Parte primera* (Madrid [4]2001) 1 q.50-64: p.489-600.

SAN GABRIEL
Arcángel

Dios es el único ser que no tiene historia. Todos los seres creados son, en mayor o menor medida, seres históricos: nacen, evolucionan, mueren. Sólo que la historia de cada uno tiene un signo diferente, según el lugar que ocupe en la jerarquía ontológica. A medida que se asciende de lo inerte a lo sensitivo y de lo irracional al mundo del espíritu, la historia va enriqueciéndose y entrañándose en la esencia misma del ser. Por eso el hombre es el ser más histórico de todos los que pueblan la tierra. Sobre el cimiento de unas pocas tendencias universales y permanentes de su naturaleza, cada hombre participa en la historia general de la humanidad desde un ángulo propio e irrenunciable. Del hombre, y sólo del hombre, cabe hacer biografía. Una piedra, como tal, no tiene biografía, aunque las piedras, en su conjunto, tengan también historia.

Pero ¿y los ángeles? Hay, ciertamente, una historia universal de los ángeles, criaturas de Dios; una historia que ha quedado escrita en los Libros Sagrados, desde el Génesis hasta el Apocalipsis. Los ángeles nacieron de una palabra de Dios. Pronto, rebeldes unos, fieles otros, se bifurcó para siempre su historia colectiva en dos inmensos bloques, de luz y de sombras, de odio y de amor. La inmensa mayoría de los ángeles, espíritus puros, han quedado sin nombre y sin hazañas extremas. Sólo Dios sabe sus nombres y sus papeles en el gran teatro del mundo. Para nosotros son como anónimas estrellas fugaces, que de vez en cuando cruzan el firmamento del espíritu. Así los que se aparecieron a los pastores de Belén, anunciando la paz a los hombres de buena voluntad; el ángel de Getsemaní, que confortó a Cristo en su agonía; el que traspasó de una lanzada el corazón de Santa Teresa; tantos otros, que pusieron un momento de luz en la vida de algunos elegidos de Dios y se desvanecieron para siempre.

Mas hay unos ángeles, muy pocos, que tienen, además de esa historia anónima y colectiva, algo así como una biografía personal. Entre esos pocos, San Miguel, el capitán de las huestes angélicas contra Luzbel, San Rafael, el compañero de peregrinación de Tobías, ocupa puesto preeminente el arcángel San Gabriel.

Por de pronto, San Gabriel tiene uno de los nombres más bellos que ha podido troquelar el lenguaje humano: «Hombre de Dios, hombre en que Dios confía»; o también, como San Gregorio glosa, «el fuerte de Dios».

Cuando Dios va a hacer uso de su poder sobre el mundo, en su manifestación más excelsa, la de la Redención, elige como mensajero, como su embajador y plenipotenciario, a este soberano arcángel. Tres veces le vemos surgir corpóreamente en la historia de la humanidad. Se aparece en primer lugar a Daniel —allá en el año tercero del reinado del rey Baltasar— para revelarle el sentido de la visión del combate entre el carnero y el macho cabrío. Lo hace en figura de varón y sobrecoge al profeta, que, de bruces y espantado, le contempla con un estremecedor anuncio para días lejanos: «Entiende, ¡oh hijo del hombre!, esta visión, que es para el tiempo final» (Dan 8,15s). Pero aún recibirá Daniel una nueva visita del celestial mensajero, al iniciarse el imperio de Darío; y en ese encuentro se traslucirá la inmensa profundidad de la misión que Dios confía al arcángel. Mientras el profeta está postrado ante Yahvé, en ayuno, saco y cenizas, al caer la tarde, rogando y confesando sus pecados y los pecados de su pueblo y presentando su oración al Señor «grande y terrible», irrumpe Gabriel en raudo vuelo y silueta de hombre, y le anuncia las setenta semanas decretadas por Dios sobre el pueblo y su ciudad santa para expiar la iniquidad, traer la justicia eterna y ungir al Santo de los santos: «Siete semanas y setenta y dos semanas hasta la llegada del Mesías príncipe» (Dan 9,1s).

Cuando ese plazo de Dios se cumple, el arcángel San Gabriel vuelve a la tierra con perfil de mancebo, penetra en el gran templo de Jerusalén y llega a Zacarías, el sacerdote del turno de Abías, desposado con Isabel, la hija de Aarón. El temor sobrecoge y turba al venerable sacerdote mas el arcángel le tranquiliza y anuncia que su oración ha sido escuchada: su mujer le dará un hijo, a quien pondrán por nombre Juan, y será gozo y alegría para él y para muchos, grande a los ojos del Señor y lleno del Espíritu.

Santo desde el seno de su madre. Un hijo precursor del Señor de Israel que volverá a los rebeldes a la prudencia de los justos y preparará al Señor un pueblo debidamente dispuesto. Zacarías no acierta a comprender cómo le llegará ese regalo, en

que se cifra la ilusión de toda su vida. Él ya es viejo y su mujer estéril y avanzada en sus días. Pero el ángel le abre la inmensa perspectiva del misterio: «Yo soy Gabriel, que asisto ante Dios y he sido enviado para hablarte y darte estas buenas nuevas». Desde ahora Zacarías permanecerá mudo hasta el día en que se verifique el prodigio, por no haber dado fe a las palabras del enviado, que se cumplirán a su tiempo. Escasos meses tendrán que transcurrir para que la familia de Zacarías se alegre con la realización de la promesa y para que un más extraordinario acontecimiento conmueva al pueblo de Israel (Lc 1,5ss).

Va a sonar la hora que el arcángel anunció al profeta Daniel. Y en esa hora retornará por tercera vez Gabriel a Palestina para consumar la más alta embajada que jamás conocieron los siglos; el anuncio de la encarnación del Verbo a la Virgen María.

Tres rastros de luz nos permiten vislumbrar la suprema hermosura de ese momento; uno, en los lienzos de Fra Angélico; otro, en las páginas evangélicas de San Lucas; un tercero, en el pensamiento teológico de Santo Tomás.

Estos tres rastros son *palabra hecha luz;* luz que es calor y perfil de amanecer, Verbo encarnado y verdad de salvación. Porque el arcángel Gabriel es el portador de la palabra omnipotente, el gran mensajero, el primer embajador de Dios a los hombres.

Contemplemos la escena de su mensaje con nuestros ojos del cuerpo, poniéndolos sobre la tabla del Angélico. A la izquierda, entre el verde follaje del paraíso perdido, Adán y Eva, la primera pareja humana, que se aleja bajo la pesadumbre de su culpa. Arriba, sobre una ráfaga de oro, el Espíritu divino, y a la derecha, bajo una tenue y transparente luz de amanecer, el inefable espectáculo de la reconciliación entre Dios y la naturaleza humana, que se anuncia en el saludo del ángel, bajo la bóveda azul, tachonada de estrellas de oro, sin más testigo que la golondrina silenciosa sobre la barra de hierro entre las esbeltas columnas. El arcángel se inclina reverente ante la Virgen con sus brazos cruzados. Hay en él una armonía de amapolas y de trigo maduro; hay en ella un juego de rosas y azul. La ráfaga luminosa del Espíritu toca apenas las alas y la aureola del arcángel y besa el pecho inmaculado de la doncella, que acepta el mensaje.

Todo es elegancia, suprema elegancia de cuerpo y de espíritu, que es el signo de lo angélico.

Para poner sonido en este mudo cuadro de colores divinos, se nos acerca San Lucas y nos repite con sobrecogedora sencillez las palabras del arcángel.

Gabriel, enviado por Dios a Nazaret de Galilea, está ante María, la Virgen desposada con José, el varón justo de la casa de David. Y entrando a ella le dice: «Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo». Se turba la Doncella al oír estas palabras y busca el significado de la desconcertante salutación. Y el ángel la serena: «No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios, y concebirás en tu seno y darás a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. Él será grande y llamado Hijo del Altísimo, y le dará el Señor Dios el trono de David, su padre, y reinará en la casa de Jacob por los siglos, y su reino no tendrá fin».

María, suavemente, pregunta: «¿Cómo podrá ser esto, pues yo no conozco varón?». Y el ángel descorre el velo del inmenso enigma: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra, y por esto el hijo engendrado será santo, será llamado Hijo de Dios. E Isabel, tu parienta, ha concebido un hijo en su vejez, y éste es ya el mes sexto de la que era estéril, porque nada hay imposible para Dios». María, rendida y humildemente, acepta: «He aquí a la sierva del Señor; hágase en mí según tu palabra». El ángel parte. La Redención ha comenzado. La misión del embajador ha quedado soberanamente cumplida (Lc 1,26ss).

Pero a los hombres —a estos pobres seres que somos los hombres— nos quedan, atenazantes, unas cuantas preguntas. Para que Dios viniera al mundo a redimirnos, ¿era necesario este insólito anuncio a la Santísima Virgen, a través de un arcángel? ¿No había sido ya objeto de una profecía de predestinación el misterio de la Encarnación del Mesías en el seno de una Virgen? Y si la Virgen María tenía esa fe en la Encarnación y creía en ella con invencible certeza, como indiscutiblemente creía, ¿para qué el anuncio a través de un ángel? Aún más: si concebir en el espíritu es algo superior a concebir en el cuerpo, y son muchas las almas santas que conciben espiritualmente, ¿para qué era necesario y cómo fue posible que la Virgen de las vírge-

nes recibiera esa noticia de boca de una criatura, aunque fuera arcángel? La mente, a la vez poderosa y angélica, de Santo Tomás de Aquino se hace problema de estos misterios y nos abre perspectivas de luz (*Summa Theologica* 3 q.30). La anunciación a María era necesaria, no con necesidad absoluta, pero sí con necesidad relativa, de conveniencia, porque la unión del Hijo de Dios a María debía hacerse gradualmente y porque antes que concibiera a su Hijo en la carne, el espíritu de la Virgen tenía que estar advertido de la insondable maravilla. Con razón San Agustín ha podido decir que María fue más feliz al abrazarse a la fe en el Cristo que se le anunciaba que al concebirlo en su carne. Pero, además, al ser instruida por Dios del gran misterio a través del ángel, se transformaba la Virgen Madre en el testigo más seguro y podía ofrecer a Dios, sin demora, el don voluntario de su ofrenda, de su entrega y servicio, que dejaba sellado, externa y solemnemente, el matrimonio espiritual entre el Hijo de Dios y la naturaleza humana entera.

Pero ¿por qué ese anuncio tenía que hacerse a través de un ángel? Si Dios se revela directamente, sin intermediario, a los ángeles supremos y si María está por encima de todos los ángeles, ¿por qué no le haría Dios directamente a ella la revelación del misterio? De otro lado, si en el orden humano establecido por Dios, las mujeres, como enseña San Pablo, deben ser instruidas de las realidades divinas por sus esposos, ¿por qué el misterio de la Encarnación no fue anunciado a la Virgen bienaventurada a través de San José, en vez de serlo por mediación del arcángel? Y aún más: Si Dios eligió a un ángel para transmitir su palabra, ¿no debía haber sido uno de los ángeles de la jerarquía suprema, la de los serafines? Sin embargo, el texto revelado de San Lucas es inequívoco: Dios eligió precisamente a un arcángel, al arcángel Gabriel, para ser su mensajero en la Anunciación a María. Y convenía que así fuese por tres razones principales, que desgrana el genio teológico de Santo Tomás.

Dios, en su plan de gobierno del universo, reveló los misterios a los hombres por medio de los ángeles. El arcángel Gabriel dio a conocer a Zacarías el próximo nacimiento de su hijo, el profeta Juan, y el mismo arcángel completaría el anuncio revelando a María el misterio por excelencia de la Encarnación del Verbo.

En segundo lugar, la humanidad debía ser regenerada por Cristo. Si un ángel de oscuridad, bajo forma de serpiente, causó la perdición de la primera mujer, convenía que un ángel de luz restaurara la paz entre la humanidad y Dios a través de otra mujer: la Virgen María.

Por último, esa virginidad misma de la Madre de Dios requería que fuese un ángel el que le anunciara la Encarnación porque la vida de las vírgenes es como una vida de ángeles sobre la tierra y aunque la que había de ser Madre de Dios era ya superior a los ángeles por la dignidad a la que había sido divinamente elegida, sin embargo, su estado de vida presente, de vida corpórea, la hacía inferior a ellos y entraba dentro de la armonía de los planes divinos que fuese un ángel quien se acercase a ella para anunciarle la Buena Nueva. Y ese ángel no tenía por qué pertenecer a la jerarquía suprema de los serafines, sino ser el primero del orden de los arcángeles, porque a los arcángeles les corresponde la misión de intermediarios, de mensajeros entre Dios y los hombres. Y Gabriel —recordemos— es, por su nombre mismo, «el fuerte de Dios». ¿Quién mejor que él para anunciar a una criatura humana que llegaba a la tierra el Señor de todo poder y de toda verdad?

Todavía puede asaltarnos una duda o reproche: ¿por qué Gabriel, el ángel anunciador, tomó forma corpórea para aparecerse a la Virgen? ¿No habría sido más alta una visión espiritual o, a lo más, una visión imaginativa, como la de San José durante su sueño? ¿No se habría evitado así la turbación que, según el Evangelio mismo de San Lucas, produjo a la Virgen la aparición corporal del ángel? Sin embargo, la revelación no nos permite dudar de que el arcángel Gabriel se apareció en forma corpórea a la Virgen María, con rostro rutilante, vestido resplandeciente, en actitud admirable, según le describe San Agustín: *Facie rutilans, veste coruscans, incessu mirabilis.*

Podía, en verdad, haberse dado una visión espiritual o imaginativa, pero había, según el Doctor Angélico, poderosas razones de conveniencia para que la aparición fuese bajo forma corpórea. Primero, por el mensaje mismo, ya que lo que el ángel venía a anunciar era la encarnación de un Dios invisible y esta idea se hacía más clara y rotunda si una criatura invisible, como

un arcángel, tomaba forma visible al acercarse a la mujer elegida entre todas las mujeres para ser Madre de Dios.

Segundo, por la dignidad misma de la Virgen Madre que había de recibir al Hijo de Dios no sólo en su seno corporal, sino también en su espíritu; y para ello importaba que sus sentidos exteriores fuesen reconfortados, al mismo tiempo que su espíritu, por una aparición angélica.

Finalmente, para que el extraordinario mensaje lograra el necesario grado de certeza, era conveniente que llegara al espíritu por vía de los sentidos, ya que el ser humano capta con mayor seguridad lo que ven sus ojos que lo que forja su imaginación.

Y no importa que esa aparición corpórea produjera turbación en la Virgen. Siempre que una fuerza superior del espíritu actúa sobre nuestras vidas, sea a través de visiones imaginativas o de apariciones sensibles, experimentamos turbación. Pero esto es motivo de honor y no de humillación, porque ese estremecimiento en las potencias inferiores tiene precisamente por causa el hecho de la elevación del espíritu a un plano más alto. Y, además, en el caso de la Virgen María, la turbación no fue de duda —como la de Zacarías frente al mismo arcángel Gabriel—, sino de humildad y pudor, y mereció la inmediata palabra tranquilizadora del mensajero: *Ne timeas,* «No temas», y la plena revelación del misterio. Santo Tomás subraya agudamente —glosando a San Lucas— que lo que turbó a la Virgen no fue la vista del ángel corpóreo, sino el insondable mensaje que brotaba de sus labios; un mensaje que el arcángel cumplió en un orden perfecto, consecuente con la triple finalidad de su misión. Gabriel tenía que poner al espíritu de la Virgen en actitud de expectativa ante una gran realidad; y por ello la saluda con un saludo nuevo e insólito, al llamarla «llena de gracia», y al decir que el Señor está con ella y que es bendita entre todas las mujeres. Además, el ángel debía instruir a la Virgen en el misterio de la Encarnación que iba a tener lugar en ella, y lo hace con las delicadas palabras de que «concebirá en su seno» y de que «el Espíritu Santo vendrá sobre ella». Y, por último, el ángel debía obtener del corazón de la Virgen una palabra de consentimiento, y para lograrla, evoca el ejemplo de su prima Isabel, grávida en su ancia-

nidad, y, sobre todo, descorre el velo del misterio de la omnipotencia divina.

Ésta es la breve y divina historia del arcángel Gabriel. Su *palabra* vence al tiempo y nos llega viva a nosotros cada vez que releemos el relato evangélico o que rememoramos la figura del enviado del Señor. Una palabra que nos abre los oídos del espíritu al ser último de todas las cosas; *palabra de fe* en el Dios omnipotente. Una noticia que nos abre, como a la Virgen María, los ojos del alma a la belleza de la patria que no vemos; *palabra de esperanza* en la promesa, que garantiza con su sacrificio y con su redención el Verbo encarnado, el Hijo de Dios hecho hombre en las entrañas de María. Un mensaje, por último, que nos abre el corazón, nuestro duro corazón de piedra, al latido del amor; *palabra de caridad* enardecida por el Espíritu, que liga al cielo y la tierra, al hombre con Dios.

¡Oh tú, arcángel San Gabriel, embajador de Dios, patrono de todos los embajadores y mensajeros de la tierra, de todos los que tienen que cumplir misiones cerca de los hombres; tú a quien contemplamos amorosamente en silencio, empújanos a ser incansables heraldos de la pureza y de la humildad de María y de la realeza y la magnanimidad de Dios!

JOAQUÍN RUIZ JIMÉNEZ

Bibliografía

Act. SS. Boll., 26 de marzo.

Art. «Gabriel», en *Enciclopedia Cattolica.* V: *Ea-Gen* (Ciudad del Vaticano 1950) cols.1833s.

Dan 8,15ss; 91ss; Lc 1,5ss.

BARDENHEWER, A., «Mariä Verkündigung»: *Biblischen Studien* 10 (1905) 48s.

TOMÁS DE AQUINO (STO.), «De Angelis», en *Summa Theologiae.* I. *Pars prima* (Madrid [3]1961) 1 q.50-64: p.359-453.

WICKENHAUSER, A., «Gabriel», en W. KASPER *et al.* (eds.), *Lexikon für Theologie und Kirche.* IV: *Franca bis Hermenegild* (Friburgo 1930-1938; [3]1995) cols.252s.

• Actualización:

GALACHE, G. C., *Los ángeles* (Valencia 2003).

SUTTER, A. DE, «Ángeles», en E. ANCILLI, *Diccionario de espiritualidad.* I: *Abad-esperanza* (Barcelona 1987) 119-122.

TOMÁS DE AQUINO (STO.), «Tratado de los ángeles», en *Suma de Teología.* I. *Parte primera* (Madrid [4]2001) 1 q.50-64: p.489-600.

SAN RAFAEL
Arcángel

Divisar desde las sombras del destierro las cimas celestes coronadas de luz, y hallar allí quien interceda por nosotros ante el Altísimo y quien descienda para llevarnos de la mano hacia las alturas, será siempre entre los cristianos una fuente de consuelos y esperanzas. Venimos de Dios y a Dios caminamos, pero no solos, sino en compañía de ángeles que nos guardan e iluminan. El Apocalipsis los describe incensando el trono de Dios y poniendo sobre el altar de oro las *oraciones de todos los santos* (Ap 8,3). Las cuales, en olor de suavidad y de incienso, suben entremezcladas con las oraciones de Aquel que, según la frase de San Pablo, *vive siempre para rogar por nosotros* (Heb 7,25).

¿Quiénes son estos ángeles? Uno de ellos, San Rafael, nos lo va a revelar, al mismo tiempo que contemplamos su paso visible y su paso invisible por la tierra. Situemos estas páginas mirando a la remota lejanía. Setecientos veinte años antes de Jesucristo. Reinan en Nínive Salmanasar V y después Sargón II. San Rafael acompaña a Tobías en el viaje; nosotros le acompañaremos a él muy de cerca, porque las huellas de sus pies y los pliegues de su manto han quedado prendidos en uno de los libros sagrados más deliciosos que han leído los hombres.

En el libro de Tobit pensaría, sin duda, San Pablo cuando escribió: «¿No son todos los ángeles espíritus ministrantes, enviados para el servicio en favor de aquellos que han de alcanzar la herencia de la salud?» (Heb 1,14).

¡Cuán maravillosamente realiza el arcángel San Rafael este ministerio del espíritu! Sobre todo en lo referente a la piedad, a la caridad, a la pureza del matrimonio y a la santificación de la familia.

Al despedirse San Rafael revelará en casa de Tobit el misterio de su misión. Y el joven Tobías traza este resumen del ministerio angélico: «Porque él me llevó y me trajo sano, él cobró el dinero de Gabaelo, él hizo que yo tuviera mujer, y él alejó de ella el demonio, ocasionó gozo a sus padres, y a mí mismo me liberó de ser devorado por el pez; a ti, además, hizo ver la luz del cielo y por él hemos sido colmados de todos los bienes. En correspondencia a esto, ¿qué le podemos dar que sea digno?» (Tob 12,3).

Los «bienes» derramados sobre los dos Tobías corren paralelos y tienen un fundamento común: premiar una familia santificada, preparar un matrimonio santificador. San Rafael desciende del cielo para premiar la virtud del anciano Tobías, sobre todo su heroica caridad, para aliviarle en su tribulación y curarle su ceguera. Él es la «medicina de Dios». A Tobit le descubre el secreto de la muerte de los siete maridos de Sara, le enseña la pureza y fecundidad del matrimonio, y tapa una fosa preparada para enterrar las rosas de la cuna la misma noche de las bodas (Tob 8,11-15).

Tobit pertenece a la tribu de Neftalí, vive los días aciagos de la ruina de Israel, sufre la invasión de los enemigos de su pueblo y marcha cautivo a Nínive bajo el vasallaje de los asirios. Pierde la anchura de la libertad, pero día a día recorre los caminos de la verdad y de la justicia (1,3).

Era niño, y ninguna niñería se descubría en sus obras; sonreíale ante Dios la vigorosa y lozana juventud. Mientras vive en su patria sube a Jerusalén, visita el Templo, adora al Señor Dios de Israel y le ofrece sus décimas con entera fidelidad. Ya casado, tiene un hijo y le impone también el nombre de Tobías, y le enseña desde la infancia el santo temor de Dios (1,4-10).

Las virtudes de Tobit se abrillantan entre las inclemencias del destierro. No se contamina con la impiedad de los ninivitas. Mientras soplan vientos favorables en tiempo del rey Sargón, favorece a sus hermanos de cautiverio, los visita, los socorre y les presta dinero, como a Gabaelo, según veremos pronto. De sus manos brotan continuamente los alimentos, los vestidos, las medicinas y el dinero en favor de los necesitados. Entierra a los muertos, incluso jugándose la vida, porque, muerto Sargón, Senaquerib le persigue a muerte (1,11-23). Mas, si arrecia el ciclón, arrecia también su caridad; y Tobit, temiendo más a Dios que al rey, recoge cadáveres de sus hermanos de patria y de destierro, los oculta en su casa y durante la noche los entierra (2,9).

No tardó en llegar de nuevo la hora de la «tentación», permitida por Dios para dejar a la posteridad admirables ejemplos de paciencia. Tobit se queda completamente ciego de una manera inesperada. En pos de la ceguera vienen los insultos, la incomprensión, las burlas. Mas ni se queja de la ceguera ni se enoja con la fea conducta de parientes y de amigos (2,11-23).

Acude al Señor, ora con lágrimas en su acatamiento y exclama: «Justo eres, Señor, y justos son tus juicios; hágase conmigo tu voluntad, porque más me conviene morir que vivir» (3,1-6).

¡Cerrados estaban los ojos de la cara de Tobit, pero muy abiertos los de su espíritu! En éstos se estaba mirando desde el cielo el arcángel San Rafael, y muy pronto, como médico enviado por Dios, se miraría también en la luz de aquéllos.

Pero ¿moriría Tobit? Ante la posibilidad de un desenlace inminente llama Tobit a su hijo Tobías, encargándole que vaya a Ecbatana —la Ragés de la Vulgata—. Vivía allí su pariente Gabaelo, a quien hacía tiempo había prestado Tobit diez talentos de plata. Había llegado, pues, el momento de cobrar la suma prestada, antes que se echasen encima las sombras de la noche.

Al recibir Tobías el encargo replica: «Haré, padre mío, cuanto me mandas. Mas no conozco a Gabaelo ni tengo idea del camino» (4,1; 5,1-4).

No lo recorrería él solo fácilmente. Ecbatana distaba de Nínive 700 kilómetros. ¿No se prestaría algún «varón fiel» a acompañarle mediante la merecida recompensa?

Apenas ha dado los primeros pasos Tobías le sale al encuentro un joven «espléndido», ceñido de su manto y en actitud de caminante. No cae en la cuenta Tobías de hallarse ante un ángel de Dios —San Rafael en persona—, como lo revelará más tarde. Desde el primer momento roba todas las simpatías del joven. Es el compañero ideal de viaje.

—¿De dónde procedes, simpático joven? —pregunta Tobías.

—De los hijos de Israel.

—¿Conoces el camino de Media?

—Lo conozco, lo he recorrido muchas veces, y he vivido con Gabaelo, «nuestro hermano».

Salta de júbilo Tobías, y sin poderse contener le dice a San Rafael:

—Aguarda un momento; voy a comunicárselo a mi padre.

El cual, no menos gozoso que el hijo, llama al ángel, que le saluda así:

—Alegría siempre para ti.

—¿Qué alegría puede haber para mí, si vivo en tinieblas y no veo la luz del cielo? —replica el ciego Tobit.

Anúnciale entonces el ángel que curará, que cobrará la deuda a Gabaelo, que acompañará a su hijo, y se lo devolverá sano y salvo. A las preguntas de Tobit sobre su persona y su linaje, San Rafael responde con piadosas evasivas, hasta terminar este diálogo con la frase, tan inocentemente expresiva, de Tobit: «Buen viaje, Dios os guíe en vuestro camino, y su ángel os acompañe» (5,5-21).

Avanzaba bordeando las orillas del Tigris. Bañándose cierto día en sus aguas, un enorme pez se abalanza sobre Tobías para devorarle. Asustóse, y entonces San Rafael le indica que, sin miedo ninguno, agarre al pez (6,4-6): «Desentráñalo, y guarda su corazón, la hiel y el hígado, pues son cosas muy útiles para medicinas» (6,5).

¿Cuál sería su aplicación? San Rafael responde:

> «Si pusieres sobre las brasas un pedacito del corazón del pez, su humo ahuyenta todo género de demonios, ya sea del hombre, ya de la mujer, con tal eficacia que no se acercan más a ellos. La hiel sirve para untar los ojos que tuvieren alguna mancha o nube, con lo que sanarán».

Los acontecimientos sellarán más tarde el acierto de estas observaciones.

Era necesario hacer un alto en el camino. ¿En dónde? Todo lo tiene previsto el ángel, y, al contestar, entra de lleno en el asunto que más había de interesar a Tobías. Oigamos sus palabras:

Aquí hay un hombre, llamado Ragüel, pariente tuyo, de tu misma tribu, el cual tiene una hija llamada Sara; ni tiene otro varón ni hembra fuera de ésta.

> «Pero he oído —replica Tobías— que se ha desposado con siete maridos y que han fallecido todos; y aún he oído decir que un demonio los ha ido matando. Temo, pues, no sea que también me suceda a mí lo mismo, y que, siendo yo hijo único de mis padres, precipite su vejez al sepulcro con la aflicción que les ocasione».
>
> «Oyeme —añade el ángel Rafael—, escúchame, que yo te enseñaré cuáles son aquellos sobre los que tiene potestad el demonio. Los que abrazan con tal disposición el matrimonio, que apartan de sí y de su mente a Dios, entregándose a su pasión como el caballo y el mulo, que no tienen entendimiento, ésos son sobre los que tiene poder el demonio. Mas tú, cuando la hubieres tomado por esposa, entrando en el aposento no te llegarás a ella en tres días; y no te ocuparás en otra cosa sino en hacer oración en compañía de ella. En aquella misma noche, quemado el hígado del pez, será ahuyentado

el demonio. En la segunda noche serás admitido en la unción de los santos patriarcas. En la tercera alcanzarás la bendición, para que nazcan de vosotros hijos sanos. Pasada la tercera noche te juntarás con la doncella en el temor del Señor, llevado más bien del deseo de tener hijos que de la concupiscencia, a fin de conseguir en los hijos la bendición propia del linaje de Abrahán».

En casa de Ragüel reciben a los viajeros con alborozo; corren lágrimas de alegría y se les prepara el banquete. Antes de comenzarlo indica Tobías su firme propósito de casarse con Sara. Hay estupor general en los asistentes, y el padre de Sara no acierta con la respuesta. Interviene entonces el ángel y le dice: «No temas dar a tu hija por esposa de Tobías, puesto que con este joven temeroso de Dios es con quien debe casarse, y no hay otro que la merezca».

Convencido Ragüel con estas palabras, accede gustoso a las bodas. Juntan, pues, los jóvenes sus diestras, firman el acta matrimonial, celebran un banquete y se piden para ellos las bendiciones del Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob (7,1-17).

Correspondía ahora a Ana preparar la habitación de los nuevos esposos. Cuando entró en ella su hija Sara, la madre rompió a llorar. ¿Qué suerte correría aquella noche su hija? ¿Cómo terminará Tobías, después del desastrado fin de los siete maridos anteriores? Afortunadamente no se había olvidado de los consejos de Rafael, y, sacando de su arforjilla el pedazo de hígado y corazón, púsolo sobre unos carbones encendidos. Entonces el ángel Rafael cogió al demonio y le confinó en el desierto del Egipto superior.

Con esta protección tan visible de la divina Providencia, por ministerio de San Rafael, quedan aseguradas la felicidad y santidad de los nuevos esposos. Tres noches pasan en oración. Tobías dice: «Tú sabes, Señor, que no me he casado con Sara por lujuria, sino por amor de una posteridad en la cual será bendito tu nombre por los siglos de los siglos».

Y Sara oraba así: «Compadécete, Señor, compadécete de nosotros, y haz que lleguemos sanos a la ancianidad» (8,4-10).

Hay una escena encantadora y de un patético realismo. Cerca del canto de los gallos, Ragüel y sus criados preparan, no lejos del lecho de bodas, la tumba. Una muchacha se encarga de asomarse y ver si ha muerto ya el octavo marido. Comprobado

que duermen tranquilamente, el suegro ordena que se tape la tumba antes que amanezca (8,11-16).

Ragüel y Ana entonan un himno de acción de gracias al Señor Dios de Israel. No ha muerto el esposo, como se temían, y ante tanta misericordia todas las gentes confesarán que el Dios de Israel es el solo Dios en toda la tierra.

Siguen los convites para la familia y los amigos; en pos del convite los espléndidos donativos de los padres y las cariñosas porfías para que permanezcan con ellos los esposos dos semanas. Mas el viaje no ha terminado. ¿Cómo llegar hasta Ecbatana y cobrar la deuda de Gabaelo?

Para el ángel del Señor no existen dificultades. Rafael, acompañado de cuatro criados, se encarga de ir a Ecbatana; y no sólo realiza cumplidamente el encargo y cobra la suma prestada, sino que, además, convida a Gabaelo, por encargo de Tobías, a regresar con él y acompañar a los nuevos esposos en la felicidad de sus bodas (c.9).

Entretanto pasan días y los nuevos esposos no regresan. Ana y Tobit se ponen en lo peor y llegan a sospechar si Gabaelo habrá muerto y tal vez el mismo Tobías. ¿A qué obedece tanta tardanza? Ambos lloran con lágrimas irremediables. La madre no se consuela con nada, sino que a diario corre los caminos por donde algún día había de regresar su hijo. Sus *ayes* los escuchan todos los vecinos:

> «¡Ay, ay de mí, hijo mío!; ¿para qué te dejamos marchar, oh lumbre de nuestros ojos, báculo de nuestra ancianidad, consuelo de nuestra vida y esperanza de nuestra prosperidad?».
>
> Esta amargura e impaciencia ya la preveía Tobías. Por eso no accede a la proposición de su suegro, que insistía en el retraso de la vuelta. Por tanto, se concierta el viaje y se entregan a los recién casados cuantiosos bienes como dote de matrimonio. A Sara le recomiendan sus padres, entre ósculos de despedida, que «honre a sus suegros, ame a su marido, cuide de la familia, gobierne la casa y permanezca en todo irreprensible».
>
> «Que el ángel santo del Señor —dice Ragüel— os acompañe en el camino y os conserve incólumes» (c.10).

Caminan delante San Rafael y Tobías; éste, por consejo del ángel, lleva consigo la hiel del pez. La necesitarán muy pronto. Oigamos ahora a Rafael hablando con Tobías en el camino:

«Apenas entres en tu casa adora al Señor tu Dios, y, dándole gracias, acércate a tu padre y dale un ósculo. E inmediatamente unge sus ojos con la hiel del pez; y sábete que entonces se abrirán sus ojos y verá tu padre la luz del cielo y se gozará contemplándote con sus ojos».

Realizóse todo esto al pie de la letra. Al ciego Tobit se le enredan los pies y tropieza al salir al encuentro de su hijo. Se abrazan, besan, lloran y bendicen al Señor. Tobías unge en seguida con la hiel del pez los ojos de su padre y poco después recobra Tobit la vista, exclamando lleno de alegría: «Te bendigo, Señor Dios de Israel, porque Tú me has probado y Tú me has salvado; y he aquí que ya veo a Tobías, mi hijo» (c.11).

No es para descrito el júbilo de toda la familia a lo largo de siete días de fiestas familiares, en las que participaron padres e hijos por tan venturosos acontecimientos. ¿Qué parte tomó en las alegrías de la familia el providencial acompañante de Tobías en el camino? ¿Quién era el misterioso personaje?

Cuantos le han tratado estímanle por un santo varón e insuperable amigo. No pasan de ahí. Habrá, pues, que preparar una recompensa digna de su persona y de sus servicios. Pero ¿cuál? Se lo preguntan mutuamente padre e hijo y no dan con la solución. Toda recompensa les parece pequeña. Al fin insinúa Tobías a su padre la necesidad de rogar a San Rafael que acepte la mitad de los bienes que ha traído.

Y diciendo y haciendo, llaman aparte al gentil acompañante y le proponen la idea.

He aquí la deliciosa respuesta:

«Bendecid al Dios del cielo y glorificadle delante de todos los vivientes, porque ha hecho brillar en vosotros su misericordia. Porque así como es bueno tener oculto el secreto confiado por el rey, es cosa muy loable el publicar y celebrar las obras de Dios. Buena es la oración acompañada del ayuno, y el dar limosna mucho mejor que tener guardados los tesoros de oro; porque la limosna libra de la muerte y es la que purga los pecados y alcanza la misericordia y la vida eterna. Mas los que cometen el pecado y la iniquidad son enemigos de su propia alma. Por tanto, voy a manifestaros la verdad, y no quiero encubriros más lo que ha estado oculto. Cuando tú orabas con lágrimas y enterrabas a los muertos y te levantabas de la mesa a medio comer, y escondías de día los cadáveres en tu casa, y los enterrabas de noche, yo presentaba al Señor tus oraciones. Y, por lo mismo que eras acepto a Dios, fue

necesario que la tentación o aflicción te probase. Y ahora el Señor me envió a curarte a ti y a libertar del demonio a Sara, esposa de tu hijo. Porque yo soy el ángel Rafael, uno de los siete espíritus principales que asistimos delante del Señor» (12,6-15).

Caen trémulos de emoción los dos Tobías a los pies del ángel, que se despide de ellos con las siguientes palabras:

«La paz sea con vosotros; no temáis. Pues que, mientras he estado yo con vosotros, por voluntad o disposición de Dios he estado; bendecidle, pues, y cantad sus alabanzas. Parecía, a la verdad, que yo comía y bebía con vosotros; mas yo me sustento de un manjar invisible y de una bebida que no puede ser vista de los hombres. Ya es tiempo de que me vuelva al que me envió; vosotros, empero, bendecid a Dios y anunciad todas sus maravillas» (12,17-20).

Y pronunciando estas frases desapareció de su presencia... Mas para continuar siendo la medicina de Dios en la historia de las almas de una manera eficacísima, aun cuando invisible. Las cofradías se honran con su patronato, Córdoba le recuerda en cada una de sus páginas cristianas, muchos fieles emprenden los viajes bajo su protección, San Juan de Dios apoya su caridad en la caridad del arcángel.

En el cántico de cisne de Tobit, en su visión de la ruina de Nínive y restauración de Jerusalén, en su pía ancianidad de ciento dos años, en su testamento espiritual, exaltando la justicia del Señor y las excelencias de la limosna, y en la última mirada de sus ojos se reflejó con arreboles de gloria la figura angélica de San Rafael.

RAFAEL GARCÍA Y GARCÍA DE CASTRO

Bibliografía

Seguimos en nuestra exposición con la máxima fidelidad el relato bíblico, puntualizando las citas según la numeración de la Vulgata. De las múltiples disquisiciones críticas no juzgamos prudente ocuparnos en este sitio; aun cuando, por otra parte, es fácil formarse de ellas una idea teniendo a mano obras de escriturarios españoles —para no citar extranjeros—, como:

GALDÓS, R., *Commentarium in librum Tobit* (París 1930).

PARDO, J., *Tobías* (Madrid 1950) y los estudios publicados en *Sefarad* (1947 y 1949).

- Actualización:

GALACHE, G. C., *Los ángeles* (Valencia 2003).

SUTTER, A. DE, «Ángeles», en E. ANCILLI, *Diccionario de espiritualidad.* I: *Abad-esperanza* (Barcelona 1987) 119-122.

TOMÁS DE AQUINO (STO.), «Tratado de los ángeles», en *Suma de Teología.* I. *Parte primera* (Madrid [4]2001) 1 q.50-64: p.489-600.

BEATO CARLOS DE BLOIS

Duque de Bretaña († 1364)

Carlos de Blois, duque de Bretaña, nació el año 1320. Era hijo de Guido de Chatillon y de Margarita de Valois, hermana del rey de Francia, Felipe VI. Por tan noble cuna le correspondió una esmerada educación cristiana. Desde pequeño dio muestras de una gran inclinación a la piedad y a las buenas obras.

Muy joven todavía, en 1337, fue dado por esposo a Juana de Penthièvre, sobrina del duque de Bretaña y su presunta heredera. Muerto Juan III de Bretaña el 30 de abril de 1341, tuvo que tomar las armas para defender sus derechos al ducado de Bretaña, disputado por Juan de Monfort, hermanastro del difunto, que lo reivindicaba para sí. Esta lucha por la sucesión fue un capítulo más de la Guerra de los Cien Años, que convirtió Bretaña en un campo de batalla donde se enfrentaron Francia e Inglaterra, aliadas de los dos partidos contrarios.

Una situación que obligó a Carlos a combatir, contra los sentimientos interiores de su conciencia, que le llamaban a la vida de oración y contemplación.

En un primer período, entre 1341 y 1347, la guerra le fue favorable. Juan de Monfort es vencido y se apodera de la ciudad de Nantes en 1341, haciendo prisionero a su competidor. Durante esos años entró en contacto con los franciscanos de Guingamp para quienes hizo construir una capilla real dedicada al obispo San Luis de Anjou. Y fue en esa misma iglesia donde se hizo de la Tercera Orden Franciscana Seglar, cuya regla trató de cumplir hasta el final de sus días.

Pero la guerra seguía y él mismo cayó prisionero de los ingleses el 20 de junio de 1347 en la batalla de la Roche-Derrien. Durante unos diez años estuvo preso en la torre de Londres, desde 1348 a 1356, cuando se firmó un armisticio. A pesar de la dureza y de las vejaciones fue todo un ejemplo de paciencia y piedad durante su cautiverio. Lo aprovechó, incluso, para escribir la vida de su santo predilecto, San Ivo de Bretaña, muerto el 19 de mayo de 1303, cuya canonización él mismo había solicitado del papa.

Liberado de la prisión trató de vivir en paz y tranquilidad preocupándose de su alma. Sería por poco tiempo, porque en 1363 volvió a surgir la guerra, a pesar de la que parecía una pac-

tada tranquilidad. El 29 de septiembre de 1364, Carlos murió en la batalla de Auray, cuando apenas contaba con cuarenta y cuatro años de edad.

Recogido su cuerpo, apareció cubierto de cilicios. Vestido con el hábito franciscano fue inhumado en la iglesia franciscana de Guingamp.

Su vida fue todo un ejemplo según el ascetismo de su época. Le favoreció, además, la ayuda de su esposa Juana, mujer virtuosa y caritativa que «tenía convertido su castillo ducal en refugio seguro de pobres y de los injustamente perseguidos».

En el *Solar franciscano* se dice, además:

> «Tuvo siempre devoción especial por la santa misa, y oía cuantas se celebraban en la iglesia de su castillo por sus capellanes, que fueron siempre Frailes Menores; y a éstos se unía con mucha devoción en el rezo diario del oficio divino, cuyo recitado es fama que nunca omitió ni aun en sus campañas guerreras [...] Hizo prosperar en sus estados las artes y las ciencias y procuró con ahínco que todos sus súbditos estuviesen gobernados según las leyes fijadas por la justicia y la equidad; y para todos tenía abiertos a todas horas los tesoros de su corazón magnánimo» (p.699).

Inmediatamente después de su muerte comenzó a ser venerado como santo. A los siete años su propia esposa, Juana de Penthièvre, comenzó las diligencias para su canonización. Pero su causa se vio interrumpida por el Cisma de Aviñón. Su beatificación no llegó hasta el siglo pasado, el 14 de diciembre de 1904, por San Pío X, quien lo propuso como modelo de caballero cristiano, buen esposo y buen gobernante, adicto a la justicia y a la misericordia.

Él mismo había dejado escrito:

> «Mejor hubiera sido si yo fuera hermano menor, porque el pueblo de Bretaña no puede tener paz a causa de nuestras luchas y sin embargo yo no puedo hacer nada sin el consejo de los barones».

JOSÉ SENDÍN BLÁZQUEZ

Bibliografía

CLAUDE, H., Art. en *Bibliotheca sanctorum.* IV: *Ciro-Erifrido* (Roma 1964) 794.

GONZALO DE CÓRDOBA, OFM cap, *Del Solar franciscano. Santoral de las tres Órdenes* (Madrid 1957).

SAN JUAN DE DUKLA
Presbítero († 1484)

Nace en Dukla (Polonia), población situada al pie del monte Cergowa (Cárpatos), en torno al año 1414. En un ermitorio cercano se entrega totalmente a Dios, en el silencio y en medio de luchas espirituales, «donde Dios lo conquistó», permaneciendo unido a Él por siempre. En aquel lugar tan agreste aprende a orar con intensidad y a vivir los misterios de Dios. Crece, día a día, en su fe y su amor se va fortaleciendo. Decide ingresar en la Orden franciscana, y poco tiempo después pasa al convento de los bernardinos, unos frailes menores que intentan cumplir con mayor rigor la Regla seráfica. En el convento de San Bernardo pasa el último período de su vida.

Ordenado sacerdote, sobresale por su celo y prudencia. Los superiores advierten en él sus grandes cualidades como sabio predicador y celoso confesor, a quien acuden numerosas personas que buscan la doctrina evangélica y a quienes instruye con sus predicaciones, aconseja en sus desconsuelos y ayuda en sus necesidades. Se convierte en prudente consejero de muchos y guía espiritual de quienes aspiran a la perfección. Toda su vida apostólica y misionera se afianza en la fe en Dios, la fuerza que le guiaba para dedicarse totalmente a él, rechazando lo material y temporal. La fe da sentido a todos sus esfuerzos pastorales.

Varias veces fue guardián y superior del convento franciscano de Krosno, y luego en Leópoli, donde también fue custodio de todos los conventos de aquella provincia, especialmente importante, dado el carácter misionero de estos conventos, vecinos a los territorios ortodoxos, razón por la cual fue uno de los más celosos religiosos en la defensa de la fe de la Iglesia. Al quedar ciego, lo que soporta con gran serenidad, y no pudiendo preparar las predicaciones, se sirve de un novicio que le lee algunos textos sagrados, sobre los cuales prepara la predicación. Acude a tientas al confesonario, para convertir a las almas y llevarlas a Dios.

Pasa la mayor parte de su vida en la ciudad de Lvov, unida a Polonia por vínculos muy estrechos, especialmente desde los tiempos del rey Casimiro el Grande. Su nombre y la gloria de su santidad han quedado unidos a esta gran capital, de la cual es

patrono. Sus contemporáneos le llaman «Heraldo de la paz y de la unión fraterna». El 29 de septiembre de 1484, contando setenta años, expira plácidamente, mientras recita los salmos penitenciales. Su fama y la devoción que le dispensan los fieles permite en 1615 iniciar el proceso de beatificación. El 21 de enero de 1733 el papa Clemente XII confirma su culto. El mismo Santo Padre el año 1739 lo proclama especial protector de Polonia y Lituania.

Interrumpido el proceso de canonización por la repartición de Polonia, se reanuda en 1948. El 10 de junio de 1997 Juan Pablo II lo proclama santo durante su viaje a Polonia.

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

Art. en *Bibliotheca sanctorum.* VI: *Galena-Giustiniani* (Roma 1965) 749.
L'Osservatore Romano (11-6-1997).

BEATO FRANCISCO DE PAULA CASTELLÓ Y ALEU

Mártir († 1936)

El papa Pío XI, con los ojos humedecidos y en las manos los papeles que le reclamaba Eugenio Pacelli, el cardenal secretario de Estado, correspondió: «No. No puedo desprenderme de ellas. Las cartas de este hijo ha de guardarlas su padre».

Acababa de leer:

> «Estimada Mariona: Nuestras vidas se unieron y Dios ha querido separarlas. A él ofrezco con toda la sinceridad posible el amor que te tengo; mi amor intenso, puro y sincero. Siento tu desgracia, no la mía. Debes estar orgullosa: dos hermanos y tu prometido. ¡Pobre Mariona mía!
>
> Me acontece una cosa extraña. No puedo sentir aflicción alguna por mi muerte. Una alegría extraña, interna, intensa, fuerte, me invade todo. Me siento envuelto en ideas alegres como un presentimiento de la Gloria. Quisiera hablarte de lo mucho que te he amado y de la ternura que te reservaba, de lo felices que hubiéramos sido. Pero para mí todo eso es secundario. He de dar un gran paso.
>
> Una sola cosa he de decirte: cásate si puedes. Yo desde el cielo bendeciré tu unión y tus hijos.
>
> No quiero que llores, no lo quiero. Debes estar orgullosa de mí. Te amo. No tengo tiempo para más. Francisco».

También saboreó el Papa:

«Estimadas: Acaban de leerme la pena de muerte. Nunca he estado más tranquilo que ahora. Tengo la seguridad que esta noche estaré con mis padres en el Cielo. Allí os espero a vosotras.

La providencia de Dios ha querido escogerme [...] He tenido una suerte inmensa que no sé cómo agradecer a Dios [...] Voy con gusto a la muerte [...] No quiero de ninguna manera que me lloréis. Es lo único que os pido. Estoy muy y muy contento...

Teresina: Sé valiente. ¡No llores! Yo soy el que ha tenido una suerte inmensa que no sé cómo agradecer a Dios [...] Perdona las penas y sufrimientos que te he causado involuntariamente. Yo siempre te he querido mucho. No quiero que llores, ¿sabes?

María: ¡Pobre hermanita mía! Tú también serás valiente y no te herirá este golpe de la vida. Si Dios te da hijos dales un beso de mi parte, de su tío que los querrá desde el cielo. A mi cuñado un fuerte abrazo. De él espero que será vuestra ayuda en esta vida y sabrá sustituirme.

Tía: En este momento siento un agradecimiento profundo por todo lo que usted ha hecho por nosotros. Dentro de unos años nos encontraremos en el cielo...».

Y finalmente:

«Querido Padre: Le escribo estas letras estando condenado a muerte y faltando unas horas para ser fusilado. Estoy tranquilo y contento, muy contento. Espero poder estar en la Gloria dentro de poco rato...».

Tan sereno el reo que, en su comunicación epistolar al condiscípulo profesor, que es su director espiritual, el jesuita Román Galán, llega a entretenerse ilustrando el texto con el croquis de un proyecto que había madurado, posiblemente listo para patentar; señalándole la entrada del hidrógeno en el compresor y no sé qué sobre «válvulas» y «circuitos cerrados...».

Fueron las cartas de despedida —reproducidas íntegramente la primera y parcialmente las otras— del joven profesional y militante católico leridano Francisco Castelló Aleu; un muchacho que puso bravura en sus ideales y se jugó todo, heroicamente, por amor a Cristo, en el ensangrentado verano español de 1936. Manuscritas, en la mazmorra municipal, tras la sentencia a la pena capital, momentos antes de su ejecución.

Despedidas, respectivamente, de su prometida, de la familia y del religioso que le había dirigido espiritualmente.

Emotivamente estremecedor, rebosante de delicadeza y de generosidad de sentimientos, el tierno adiós a Mariona. Para una antología.

El firmante de tales escritos contaba sólo veintidós años. No más.

Espléndidos mozos años. Enmarcando un cuerpo fuerte y deportivo, un físico elegante y una espontaneidad comunicativa, simpática, arrolladora. Intelectualmente brillantes. Con la licenciatura en Ciencias Químicas, políglotas y apasionados por la ciencia, la literatura, la música y toda manifestación artística. Moralmente limpios. Y enamorados del trabajo, como antes fueron amantes del estudio y ahora aman el mundo, la vida y el hombre. Espiritualmente ejemplares. Protagonistas de una fe profunda vivida interiormente y encarnada en una generosa dedicación al prójimo necesitado. Humanamente apetitosos. Sin brillos ni riqueza, pero socialmente bien relacionados...

Veintidós años que dieron para una normal infancia estudiantil, para la forja de un profesional y de un apóstol y para un admirable, heroico testimonio de fe.

Francisco de Paula Castelló Aleu, venido al mundo en Alicante —29 de abril de 1914—, fue el último fruto del matrimonio formado por José Castelló Salué, obrero industrial, y Teresa Aleu Andreu, maestra, excelente y ejemplar educadora, que proyectará su dinamismo cristiano sobre las vidas retoñadas en sus entrañas.

Francisco compartirá inmediata orfandad paterna y, desde el 21 de marzo de 1929, total con sus hermanas Teresina y María.

En Lérida, en las aulas de los hermanos maristas, entre 1924 y 1930, cursará Enseñanza Media.

El prestigioso Instituto Químico de Sarriá, en Barcelona, será el marco académico de su brillante formación profesional. Coronada en 1934, aún no cumplidos los diecinueve años. Y reconocida oficialmente por la Universidad de Oviedo en fecha 6 de febrero de 1936...

A la par con el cuatrienio estudiantil barcelonés fraguaba el apóstol, ya ensayado en el ambiente de la Congregación Mariana leridana. Fraguaba en el escenario suburbial sobre cuyo suelo rústico nacían las gigantescas y singulares torres de Gaudí, el extravagante arquitecto auténtico poeta de la piedra.

Cuajaría, nuevamente a orillas del río Segre, con la militancia en la «Federación de Jóvenes Cristianos de Cataluña». Entre otros cauces institucionales confesionales. Y, a título individual, repartiendo pan y catecismo en el «Canyeret», cinturón de miseria leridano.

«El Canyeret»... Escenario predilecto de su dedicación generosa.

Recortamos de la biografía *Cantando hacia la muerte:*

> «Donde desbordaba su altruismo apostólico, abierto a los humildes, a los niños, a los obreros y a los pobres. Visiblemente repartiendo cultura y formación religiosa. Y, a escondidas, pan. Entiéndase reparto de alimentos, pago de un alquiler, entrega de una prenda de vestir, dinero...».

«El Canyeret», urbanísticamente una madeja de empinadas y tortuosas callejuelas, hambrientas de luz y de sol y hartas de abandono y de olvido ciudadanos. Humanamente un mundo hostil, anticlerical, semiapóstata.

«El Canyeret», donde el joven químico y militante fejocista se mueve apostólicamente, supliendo o apuntalando la instrucción catequística y la formación de un puñado de muchachos que pretende más hombres y cristianos.

Y donde reparte anónimamente generosidad. Personalmente y, a veces, buscando suplencia a sus piernas.

Repetimos recorte:

> «En dos o tres ocasiones, por lo menos —declaró el joven obrero ayudante de Castelló en el laboratorio—, me mandó al barrio del "Canyeret" con sobres cerrados dirigidos a familias humildes. En el interior iba dinero, porque, algunas veces, los destinatarios los abrían delante de mí y lo veía».

Testimonio directo de la sigilosa, limpia labor caritativa personal de Francisco, sumada a su colaboración en la iniciativa apostólico-social de una joven maestra, un alma de Dios, secundada por un puñado de cristianos comprometidos.

1936, tiempos difíciles...

Recuperamos la fuente informativa:

Auténtico heroísmo se necesitaba para hacer frente a la tremenda campaña de amenazas, anónimos, insultos, asaltos, robos... Para resistir los sistemáticos y organizados apedreamientos contra la puerta de acceso, dificultando el cierre del local...

Para aguantar las serias gamberradas de los alumnos instigados y comprados... Para ignorar las amenazas de muerte...

Dándose generosamente en «El Canyeret»...

Y desbordándose caritativamente entre los obreros necesitados de la industria química «Cros». Donde fue jefe de sección. Donde despreció el chalé adjunto a la fábrica, que por su categoría profesional le correspondía. Donde no aceptó la oferta de un traslado que le convertía en máximo ejecutivo de una factoría sevillana.

Porque le tiraba con fuerza la docencia. Paralela a la atracción de la dedicación apostólica, con mayor proyección desde la soñada cátedra que desde un gabinete de investigación científica...

Desbordando una caridad inagotable, en cada momento y sobre cualquier necesidad. Eran la atención personal, la ayuda solidaria —cultural, moral y económica—, la relación amistosa, el trato fraterno...

El detalle de un biógrafo amigo. Volvemos a las páginas de *Cantando hacia la muerte:*

> «Por la noche, testifican los empleados, nos reunía en su gabinete de trabajo a varios obreros y nos daba lecciones de química, física, matemáticas y otros conocimientos y de cuyas explicaciones procuraba sacar siempre alguna moraleja o finalidad apologética».

Sebastián Puig, uno de los aludidos, explica:

> «Su preocupación por el mejoramiento cultural y social de todos sus compañeros de empresa fue extraordinaria. Organizó una clase nocturna a la que yo mismo asistía».

Es notorio que a los obreros más necesitados les ayudaba generosamente. Recuerdo el caso del ayudante de laboratorio, bastante pobre, a quien ayudó eficazmente cuando hubo de contraer matrimonio.

Consta que, entre otras cosas, le compró el traje...

No es de extrañar que el sueldo de Castelló normalmente llegara a casa recortado. Y, en alguna ocasión, no hizo ni acto de presencia. Quedó todo por el camino...

Sigue la cita, que es una aportación testimonial:

Al otro que era ayudante de laboratorio le daba clases preparándole para que pudiera alcanzar el peritaje químico.

Total, en 1936, veintidós años de Francisco Castelló Aleu que resumían un pasado y un presente fecundos y presagiaban un futuro cargado de promesas. Tiempos difíciles para vivir y sembrar la fe. Arriesgada la militancia cristiana.

Pero él voceador de prensa confesional, en la vía pública leridana, en hora punta, en la mañana del 29 de junio de 1936, festividad litúrgica de los santos Pedro y Pablo, jornada institucional católica de la Buena Prensa.

Su entusiasmo correspondido con más desdén que interés de los transeúntes.

Desprecio máximo por parte del individuo, osado, que alarga el brazo, recibe la revista, la rasga, la escupe y la arroja al suelo.

El gesto hirió al acompañante de Castelló, que juzgó prudente retirarse. Pero él, rebelde al desaliento, le estimuló y siguieron voceando lecturas católicas. Convencido el militante fejocista que no sembraban en balde.

Arriesgado, en el cuartel, en su llamada de atención al oficial instructor, que le ha herido en las fibras del alma. Le duele. Sangra.

Por ahí no pasa. Y, rápido, espontáneo, reacciona: «Ruego al señor oficial que se limite a su obligación y se abstenga de herir los sentimientos de los creyentes. Se lo ruego en virtud de las propias leyes de la República. Yo soy católico y me siento ofendido».

Respetuosamente valiente. Y también bravo el muchacho, en el patio del acuartelamiento, en el momento en que aproximadamente un centenar de ciudadanos voluntarios «nacionales», desarmados, frente a dos ametralladoras que esperan órdenes, son cacheados e increpados por la soldadesca, enardecida, enloquecida, vociferante; exigiendo la inmediata ejecución masiva.

Heroica la rápida actuación pacífica y convincente del soldado Castelló Aleu, frenando y haciendo entrar en razón a sus compañeros de armas.

Teresina, su hermana menor, evoca la arriesgada intervención del soldado: «¿Qué vais a hacer? ¿Vais a dar un espectáculo de sangre? Es mejor que los llevéis a la prisión y que sean juzgados y así pagará el realmente culpable».

Sigue el testimonio:

Después de machacar estas ideas, consiguió su heroico propósito; hasta el punto de que, gracias al arrojo de aquel momento, hoy viven entre nosotros algunos de los que entonces hubieran muerto. Superheroico Francisco. Y haciendo frente a todo riesgo, en el calabozo, frente al hipotético ofrecimiento de libertad.

Tiene un familiar, destacado e influyente militante revolucionario, que repetidamente le ha visitado, insinuándole una puerta de salvación.

Finalmente la oferta fue descarada. A cambio, eso sí, de firmar la simulación de las creencias, la renuncia a la militancia católica de primera fila, la inmadurez de su edad. Es decir, una apostasía velada. Pero, al fin y al cabo, apostasía. Propuesta que fue rechazada de plano: «Si has venido para que dé un paso atrás pierdes el tiempo».

Y advirtiendo que se negará cien veces si cien veces se repite la invitación.

Nada de improvisaciones. Compromisos (confesiones) cristianos en cascada fruto de una fidelidad y de una valentía cultivadas. Con un listón muy alto encarándose al Tribunal Popular que administra iniquidad; no justicia. A los hombres que le harán mártir.

Nuevo recurso a las páginas de *Cantando hacia la muerte:*

> — Presidente: ¿Qué respondes a las pruebas que te acusan de fascista?
>
> — Francisco: Yo no soy fascista. Nunca he militado en partido político alguno.
>
> — Fiscal: Tenemos pruebas. En tu casa y en el despacho de la fábrica donde trabajas se han encontrado libros que demuestran tu contacto con dos naciones fascistas.
>
> — Francisco: En mi casa y en los laboratorios de la fábrica no habéis podido encontrar otra cosa que libros de estudio. Por mi condición de químico estudiaba el italiano y el alemán, imprescindibles en esta ciencia. Como quiera que en Lérida no hay profesores que enseñen estos idiomas, seguía lecciones por radio. Las emisoras respectivas, a semejanza de otras, me enviaban folletos y textos. No me movía otro afán que el de perfeccionarme en mi profesión.
>
> — Fiscal: En fin, terminemos: ¿eres católico?
>
> — Francisco: Sí, eso sí. ¡Soy católico!
>
> Estas palabras —sigue el testigo— las pronunció nuestro héroe con voz clara y concisa, sereno y con el rostro transfigurado [...]

> El fiscal pidió la pena de muerte que Francisco escuchó con la sonrisa en los labios y sus ojos despedían una luz rebosante de felicidad, como si le hubieran anunciado la gloria; desde luego lo era para él.
>
> Al decirle el presidente que podía defenderse, contestó: No hace falta. ¿Para qué? Si el ser católico es un delito, acepto muy a gusto ser delincuente, ya que la mayor felicidad que puede encontrar una persona en este mundo es morir por Cristo. Y si mil vidas tuviera las daría, sin dudar un momento, por él. Agradezco, por consiguiente, la posibilidad que me ofrecéis de asegurar la eterna salvación...

Tanta gallardía, tanta entereza, el inédito coraje, no conocidos en la sala, provocaron un estallido rumoroso solicitando benignidad y clemencia.

Deja constancia escrita el historiador y biógrafo Lladonosa:

Los rostros del público mostraban que la valentía del joven y su sinceridad no les era indiferente. Francisco permanecía en medio de la sala y por momentos se iba ganando el respeto de la gente que, poco a poco, derivaba en simpatía. De muchos labios brotaron las palabras «inocente», «libertad» y «perdón».

Y del salón de actos municipal al lúgubre subterráneo, eventual calabozo. Destacando la serenidad y la presencia de ánimo de Francisco sobre el indescriptible abatimiento de otros cinco compañeros compartiendo circunstancias. Ellos llorando, exclamándose, desesperándose. Y él con himnos religiosos en los labios, atronando la grosura de los muros medievales, hundidos en el suelo, y después aconsejando:

—Bueno, chicos; lo que hemos de hacer cada cual es prepararnos y encomendar nuestra alma a Dios, pues el tiempo se hará corto y aún falta despedirnos de la familia.

Sacó lápiz y papel y, sirviéndole de mesa el banco de piedra adosado al muro del calabozo, inició la escritura.

Son los textos que ya conocemos.

¡Los textos que dieron a conocer al mundo tanta fortaleza, tanta generosidad, tanta serenidad y tanta alegría, inéditos desde los tiempos de las persecuciones romanas! ¡Cuando los cristianos también rezaban y entonaban melodías y desbordaban alegría esperando el martirio!

Las cartas triunfales que, en copias manuscritas y ciclostiladas, corrieron clandestinamente desde el primer momento, leídas con fervor en las cárceles y en ambientes religiosos y socia-

les extrapenitenciarios y guardadas con veneración en aquellos duros días.

Hasta llegar a manos del papa Pío XI que, tras su lectura, había apostillado:

—Será este joven uno de los primeros mártires de España y el modelo de los jóvenes de Acción Católica del mundo. Así saben morir nuestros hijos de la noble España.

Y, al rato, salida hacia el calvario. Para coronar el vía crucis.

También cantando a pleno pulmón su fe, su esperanza y su amor a Dios, sobre la camioneta de la muerte, camino del cementerio. Nuevamente desbordando entereza y enardeciendo a los condenados con él.

Con las sombras de la noche del recién estrenado otoño, frente al paredón del cementerio leridano, el 29 de septiembre de 1936 nació el mártir.

Previamente, quebrando el denso y conmovido silencio, había suplicado: «¡Un momento, por favor! Os perdono a todos. Hasta la eternidad!».

Aquella misma tarde, en fervorosa confesión, el ministro del perdón, clandestinamente, había completado la absolución sacramental con una emocionada despedida, al tiempo que le daba a besar el crucifijo: «Vete tranquilo y confiado, hijo mío. Un ángel como tú no puede estar en la tierra».

El papa Juan Pablo II reconoció canónicamente la heroicidad cristiana de Francisco Castelló Aleu el 11 de marzo de 2001. En la enfervorizada y emotiva liturgia de beatificación colectiva martirial de la Plaza de San Pedro.

JACINTO PERAIRE FERRER

Bibliografía

DÍAZ, R., *Francisco de P. Castelló Aleu, servidor de Dios hasta la muerte* (Barcelona 1992).

ESPASA, R., *Artículos para Causa de Beatificación o sobre la fama de martirio del siervo de Dios Francisco Castelló Aleu, miembro del Consejo Diocesano de Acción Católica de Lérida* (Lérida 1958).

LLADONOSA, J., *Un alma transparente* (Lérida 1952).

MONTERO MORENO, A., *Historia de la persecución religiosa en España (1936-1939)* (Madrid [2]2004).

PERAIRE, J., *Cantando hacia la muerte. Heroico testimonio martirial del joven Francisco Castelló Aleu* (Madrid 2001).

SALVOLDI, V. - PERAIRE, J., *Apuntes de fe. Testigos de vida* (Madrid 2002).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN QUIRÍACO
Anacoreta († 557)

Quiríaco o Ciriaco nació en la ciudad griega de Corinto hacia el año 449. Siendo joven, emigró a Palestina donde recibe el hábito religioso de manos de San Eutimio el Grande. Luego se hizo discípulo de San Gerásimo y vivió nueve años en las inmediaciones del Mar Muerto, pasando luego a otros monasterios y eremitorios, en todos los cuales brilló por sus virtudes, siendo extraordinario su espíritu de oración y mortificación. Su sitio preferido fue una cueva en los alrededores de Belén, donde vino a morir pasados los cien años en 557. Había defendido con gran tesón la ortodoxia frente a los errores origenistas, mostrándose muy firme en la profesión de la verdadera fe. Su vida, escrita por Cirilo de Escitópolis, circuló ampliamente en los ambientes más piadosos. Tiene mucho culto en Oriente.

SAN MAURICIO DE CARNOËT
Abad († 1191)

Nace en el seno de una familia campesina el año 1115 en Croixanvec (Francia), pero crece en la población de Loudéac y aquí empieza sus estudios. Terminados éstos es ordenado sacerdote y ejerce como profesor. Pero deseaba dedicarse a una vida retirada y contemplativa y decidió por ello tomar el hábito cisterciense en la abadía de Langonnet. Aquí se acreditó por sus buenas cualidades y vida ejemplar y los monjes lo eligieron abad en 1150. Cumplió este oficio con toda entrega y dedicación, consiguiendo muchos beneficios espirituales y materiales para su abadía, pero en el fondo de su alma él deseaba poder llevar una vida retirada y oculta dedicada a la oración. Por ello presentó la dimisión como abad. Llevaba sin embargo poco tiempo en su género favorito de vida cuando se le pidió que dirigiera una fundación, la de Carnoët, en un espacioso lugar ofrecido por el duque de Bretaña. Hubo de tomar de nuevo el báculo abacial y puso lo mejor de sí mismo en la consolidación de la nueva aba-

día, en la que daba el ejemplo de sus muchas virtudes. El Señor le concedió también el don de milagros. Murió en Carnoët el 29 de septiembre de 1191. Su culto se extendió rápidamente y acudieron muchos fieles a su tumba.

BEATO NICOLÁS DE FORCA PALENA

Presbítero († 1449)

Nace Nicolás en Forca Palena, en los Abruzos, en 1349 y recibe en su casa una esmerada educación. Opta luego por los estudios eclesiásticos y completados éstos se ordena sacerdote. Vive muchos años en su pueblo natal con gran edificación de los fieles por la vida austera y devota que llevaba y por su admirable caridad con los pobres. Pero él deseaba una vida de pleno recogimiento y dedicación a la contemplación, y entonces marcha a Roma donde reúne compañeros que con él empiezan vida eremítica. Pasa luego a Nápoles y se une a los ermitaños de San Juan de Sperlonga que lo hacen su superior, y erige entonces el eremitorio de Santa María de las Mayores Gracias. En un viaje a Roma conoce al Beato Pedro Gambacorta, fundador de una congregación de monjes jerónimos, y decide unir a ésta su propia congregación, lo que efectúa, viviendo desde entonces retirado en el Janícolo romano. El papa Eugenio IV lo envía a Florencia como reformador de varios monasterios, labor que cumple y regresa a Roma. Aquí construye en el citado Janícolo el convento e iglesia de San Onofre, donde vivió santamente en retiro, oración y austeridad hasta cumplir los cien años. El Señor lo llamó a su reino el 29 de septiembre de 1449. Su culto ininterrumpido fue confirmado por el papa Clemente XIV el 27 de agosto de 1771.

SAN RENATO GOULPIL

Mártir († 1642)

Este santo, francés de nacionalidad, era un ayudante de las misiones jesuitas del Canadá como cirujano y enfermero y había intentado ser jesuita pero había debido interrumpir su noviciado, pero San Isaac Jogues le permitió hacer privadamente los

votos religiosos antes del cautiverio. Cada año se dirigía un misionero en alguna flotilla hurona a Quebec para informar sobre el estado de la misión. En 1642 el viaje presentaba visos muy peligrosos pero el P. Jogues se ofreció para hacerlo y se embarcó con otros compañeros, y se produjo el temido ataque de los iroqueses, quedando presos veintidós con los que los iroqueses volvieron a su territorio. Los iroqueses les hicieron padecer muchísimo. Vivieron cautivos en la aldea iroquesa de Ossernenon, hoy Auresville, en el Estado de Nueva York. Un día salió con el P. Jogues por las afueras. Los siguieron dos salvajes aparentemente sin miras sospechosas, pero de repente cayó silbando un hacha de combate sobre la cabeza del joven. La causa de su muerte fue que el iroqués a cuyo servicio había sido asignado lo vio enseñar a los niños a hacer la señal de la cruz y entonces mandó a un sobrino suyo que matase al rostro pálido. Era el 29 de diciembre de 1642. Fue canonizado el 29 de junio de 1930 por el papa Pío XI.

BEATO SANTIAGO MESTRE IBORRA

Presbítero y mártir († 1936)

Nace en Rafelbuñol (Valencia) el 10 de abril de 1909 en el seno de una familia de nueve hijos que morirán todos en la persecución religiosa de 1936. Era un chico piadoso y ejemplar. A los doce años decidió su vocación religiosa e ingresó en la escuela seráfica de los Capuchinos. Vistió el santo hábito el 6 de junio de 1924 con el nombre de fray Santiago de Rafelbuñol. Hizo la profesión temporal el 7 de junio de 1925 y la solemne el 21 de abril de 1930, cuando ya estaba en Roma. Aquí había sido enviado para estudiar en la Universidad Gregoriana, donde se doctoró en teología. Se ordenó sacerdote en Roma el 26 de marzo de 1932. Vuelto a España fue nombrado vicedirector del colegio seráfico de Massamagrell. Persona humilde, sencilla y bondadosa, dio mucho ejemplo de virtud en sus cortos años de vida religiosa. Cuando llegó la persecución de julio de 1936 su afán fue salvar a los seminaristas, y luego se marchó a su pueblo. El Comité revolucionario local lo obligó a cumplir trabajos manuales. Cuando supo que sus hermanos habían sido todos

arrestados, concibió la idea de ofrecerse él a ver si libraban a sus hermanos, pero sólo logró ser preso él también el 26 de septiembre de 1936. Llevado a la cárcel, escuchó a los presos en confesión, prodigándoles los consuelos del evangelio. En la noche del 28 al 29 de septiembre fueron todos sacados y llevados a Gilet y aquí fusilados. Nuestro mártir dio vivas a Cristo Rey antes de caer fusilado. Con él murieron sus otros hermanos.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATOS PABLO BORI PUIG Y VICENTE SALES GENOVÉS

Religiosos y mártires († 1936)

En la ciudad de Valencia el día 29 de septiembre de 1936 fueron martirizados estos dos religiosos jesuitas, sacerdote el primero y hermano coadjutor el segundo. Ninguno había cometido otro crimen que el de ser religiosos.

PABLO BORI PUIG nació en Vilet de Maldá, en la provincia de Tarragona, el 12 de septiembre de 1864. Luego de estudiar en el seminario de Tarragona es ordenado sacerdote el 22 de septiembre de 1888, y pasados tres años en el ministerio parroquial, decide su vocación religiosa e ingresa en la Compañía de Jesús (7 de septiembre de 1891) en la que hizo la última profesión religiosa el 2 de febrero de 1904. Estuvo destinado en las casas de Barcelona, Veruela y de Gandía, ejerciendo con mucho celo su ministerio. Fue procurador del Sanatorio de Fontilles y, llegada la República y la expulsión de los jesuitas, fue el espiritual de los jesuitas dispersos. Se quedó a vivir en Valencia, dando ejercicios espirituales y haciendo cuanto bien podía. Llegada la revolución de julio de 1936 se refugió en el Asilo de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados pasando por un anciano más. Pero denunciado por uno de los asilados fue sacado para el martirio.

VICENTE SALES GENOVÉS había nacido en Valencia el año 1881. Cuando maduró su vocación religiosa ingresó en la Compañía de Jesús en 1915 e hizo la profesión religiosa en calidad

de hermano coadjutor. Sus últimos votos los hizo el año 1926. Estuvo de portero en el noviciado de Gandía y luego pasó a la casa profesa de Valencia. En esta ciudad fue arrestado y llevado a la muerte. A la hora de morir gritó vivas a Cristo Rey.

Fueron beatificados el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO DARÍO HERNÁNDEZ MORATÓ

Presbítero y mártir († 1936)

Era natural de Buñol, provincia de Valencia, donde nació el 25 de octubre de 1880. Se traslada su familia a Valencia, y allí se educa Darío en el colegio de San José, de los PP. Jesuitas, siendo admitido en la Congregación Mariana. Con dieciséis años decide su vocación religiosa e ingresa el 28 de septiembre de 1896 en la Compañía de Jesús, donde hizo el noviciado y la profesión religiosa, siguiendo los estudios y ordenándose sacerdote. Sus últimos votos los emitió en 1915. Estuvo en Veruela, Barcelona, Valencia, Palma de Mallorca y por fin fue prepósito de la Casa Profesa de la Compañía de Jesús en Valencia y operario en la misma casa, sobresaliendo por su trabajo apostólico. Llegada la República y disuelta la Compañía, la comunidad se dividió en dos grupos o «caetus», a los que el P. Hernández dirigió y apoyó con toda diligencia, dedicándose como sacerdote principalmente al ministerio del confesionario y la dirección espiritual. Tras el 18 de julio de 1936 pasó de un refugio a otro porque era expresamente buscado, hasta que a comienzos de septiembre fue tomado preso y llevado a la cárcel. Él procuró dar ánimo y consolar a los demás sacerdotes presos con él. El 29 de septiembre de 1936 fue llevado al Picadero de Paterna y allí fusilado.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

30 de septiembre

A) MARTIROLOGIO

1. La memoria de San Jerónimo († 420), presbítero y doctor de la Iglesia **.
2. En Piacenza (Emilia), San Antonino (fecha desconocida), mártir.
3. En Soleure (Suiza), santos Urso y Víctor († 320), mártires.
4. En Armenia, San Gregorio el Iluminador († 326), obispo, apóstol de los armenios **.
5. En Marsella (Provenza), Santa Eusebia († 497), virgen.
6. En Canterbury (Inglaterra), San Honorio († 653), monje y obispo *.
7. En Roma, San Simón († 1082), monje.
8. En Nusco, junto a Nápoles, San Amado († 1093), obispo.
9. En Die (Galia), San Ismidón († 1115), obispo.
10. En Pésaro, del Piceno (Italia), Beata Felisa Meda († 1444), abadesa clarisa *.
11. En Roma, San Francisco de Borja († 1572), presbítero, de la Compañía de Jesús, cuya memoria se celebra en España el día 3 de octubre **.
12. En Rochefort (Francia), Beato Juan Nicolás Cordier († 1794), presbítero, antiguo jesuita, mártir *.
13. En Lanzo (Piamonte), Beato Federico Albert († 1876), presbítero, fundador de la Congregación de Hermanas de San Vicente de Paúl de la Inmaculada Concepción **.
14. En Lisieux (Francia), Santa Teresa del Niño Jesús († 1897), virgen, doctora de la Iglesia, cuya memoria se celebra el 1 de octubre.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN JERÓNIMO

Doctor de la Iglesia († 420)

La Iglesia ha reconocido a San Jerónimo como Doctor Máximo en exponer las Sagradas Escrituras. Tampoco se le puede negar el título de Doctor de los ayunos. Fue admirado ya por sus contemporáneos como el varón trilingüe, por sus conocimientos del latín, del griego, del hebreo. La Edad Media se entusiasmó con sus cartas ascéticas a clérigos, monjes, vírgenes y viudas, en las que trataba el ideal de la cristiana perfección. Hoy mismo, más que sus trabajos bíblicos, superados por el incesan-

te avance de la ciencia, siguen deleitándonos sus epístolas y sus polémicas, sus vidas de Pablo, Malco e Hilarión, es decir, aquellos escritos en que se revela más espontáneamente —el estilo del hombre— el temperamento y la personalidad de San Jerónimo. Y aquí, precisamente, es donde radica la dificultad para tejer su semblanza crítica, no su panegírico.

Ya en el siglo XVI, el gran escritor español Juan José de Sigüenza, en su *Vida de San Jerónimo* —la primera escrita en castellano—, tuvo que defenderlo de quienes reparaban en «que tiene mucha libertad en el decir, que es muy desenvuelto para santo». Por otra parte, se ha llegado a decir en nuestros días que algunos pasajes de sus obras completas quizá no hubieran sido aprobados en un proceso moderno de canonización.

Ciertamente, la vida de Jerónimo, seguida paso a paso a través de los abundantes fragmentos autobiográficos de su obra escrita, nos da la clave para interpretar su santidad de la mejor ley. En sus escandalosas invectivas, así como en sus críticas mordaces y sus polémicas ofensivas, había mucho de «literatura», esto es, «adornos retóricos» para impresionar a los lectores. Si esto se juzga defecto o sombra, error o debilidad, habrá que achacarlos al «hombre viejo», al literato ciceroniano que pugnaba por salirse a través de su pluma. En todo caso, su entusiasmo por la Iglesia y por la ciencia, su tenaz lucha por alcanzar la perfección monástica, su entrega total a las tareas bíblicas, renunciando a su innata vocación a la literatura profana, hacen de Jerónimo un santo extraordinario, único en su género, tal vez más admirable que fácilmente imitable.

Había nacido, en la primera mitad del siglo IV, en Stridón (Dalmacia). Su padre, Eusebio, gozaba de buena posición. Pudo, pues, enviar a su hijo a Roma para que estudiara allí con los mejores maestros. Jerónimo, casi un niño, destacó entre los alumnos del célebre gramático Elio Donato. Luego estudió retórica y filosofía. A medida que avanzaba en los saberes, crecía en él la afición a los libros. Comenzó entonces a formar su propia biblioteca; unas veces compraba los códices y otras era él mismo quien se los copiaba. Iba así aumentando su rica colección de autores profanos, su tesoro, como él reconocerá más tarde.

Durante esta época de estudiante romano, Jerónimo no estaba bautizado; era solamente catecúmeno y le gustaba visitar,

con sus amigos, las catacumbas. Nada, empero, tiene de extraño que, lejos de las paternas miradas, se dejase arrastrar también, en alguna ocasión, por las malas influencias del ambiente. Las cenas entre amigos jóvenes, bien rociadas con vino, hacían peligrar la castidad de los ebrios.

> «Jamás juzgaré casto al ebrio —escribía Jerónimo desde Belén—; dirá cada cual lo que quiera; yo hablo según mi conciencia: sé que a mí la abstinencia omitida me ha dañado, y recobrada me ha aprovechado».

Al terminar sus estudios, recibió en Roma el bautismo. Comenzó entonces una etapa viajera. Fue a Francia y entró en contacto con la colonia monástica de Tréveris. Estuvo luego en Aquilea. Súbitamente, se le ocurrió peregrinar a Jerusalén. Cortó de un tajo todos los lazos que le unían a Occidente: casa, padres, hermana, parientes; y —lo que aún le costó más— dejó la costumbre de una alimentación variada, para trocarla por una dieta de ayuno cotidiano. Sólo se llevó consigo sus libros, «la biblioteca que con enorme esfuerzo y trabajo logré reunir en Roma».

Fue precisamente en Antioquía de Siria, a mitad de la Cuaresma, cuando una gravísima avitaminosis —un beriberi— estuvo a punto de poner fin a su vida. Durante el delirio de su enfermedad, soñó que le azotaban por ser ciceroniano. Al despertar, sintió el dolor de las heridas y sus espaldas acardenaladas. Y él mismo se las había causado, en la agitación del ensueño, al chocar su piel adelgazada y ser comprimida entre el duro suelo y sus costillas. Juró Jerónimo en aquella ocasión no volver a leer más los códices paganos. Comprendió que era necedad ayunar para estudiar a Marco Tulio. Su vocación innata de escritor estaba en crisis. Había que renunciar a los caminos de la gloria humana que le brindaba su dominio de los clásicos latinos. Era preciso, para ser fiel a la nueva llamada, entregarse al estudio de la divina palabra. La decisión de Jerónimo fue inquebrantable: el literato en ciernes se transformaría en filólogo. Profundizó el estudio del griego y, más tarde, en la soledad del desierto, con un esfuerzo sobrehumano, aprendió el hebreo con un maestro judío. La gracia había venido en ayuda de la naturaleza. La literatura profana podía despedirse de contar un clásico entre sus filas; ganaban, en cambio, el cielo, al santo pe-

nitente; la Iglesia, al Doctor Máximo de las Escrituras; la literatura cristiana, al hombre más culto y erudito de su siglo.

Apenas repuesto de su beriberi, en la misma Antioquía, comenzó Jerónimo a escribir para el público de Occidente.

Fueron al principio cartas dirigidas a los amigos, pero destinadas a la publicidad. Poco después se trasladó al desierto de Calcis, donde hizo vida de anacoreta. Los primeros días, entregado de lleno a la oración y el ayuno, se vio envuelto en un mar de tentaciones. Su cuerpo, débil por las abstinencias y convaleciente de la avitaminosis, se estremecía con el recuerdo de las danzas romanas. La temperatura subnormal, típica del hambre, enfrió su cuerpo. Sin embargo, seguían hirviendo en su mente los incendios libidinosos. Esto indignaba al eremita y provocaba sus golpes de pecho, una noche tras otra, sin dormir apenas. Aquel fugaz episodio ha servido de inspiración para toda la iconografía jeronimiana. Lienzos y estatuas en iglesias y museos nos presentan al santo semidesnudo, sarmentoso, golpeando con una piedra su pecho, el león a sus pies, la cueva por habitación, la soledad por paisaje. Sin embargo, aquellas vehementes tentaciones desaparecieron pronto; tan pronto como Jerónimo comenzó en serio el estudio del hebreo. Le costó, se desesperó, lo echó a rodar y, por la porfía de aprender, volvió a comenzarlo de nuevo. Reanudó, pues, sus tareas intelectuales; mandó buscar los libros que necesitaba; se rodeó de copistas, siguió escribiendo. De esta época son la *Carta a Heliodoro,* donde canta las excelencias de la vida solitaria, así como la *Vida de Pablo,* el primer ermitaño, en la que la fantasía del autor suplió maravillosamente la falta de información de las fuentes.

Poco más de treinta años contaría Jerónimo cuando se dejó ordenar sacerdote por el obispo Paulino de Antioquía, pero a condición de seguir siendo monje, esto es, solitario, y no dedicarse al servicio del culto. Después trató en Constantinopla con San Gregorio Nacianceno e hizo también amistad con San Gregorio de Nisa.

Hacia el año 382, invitado por el papa San Dámaso, Jerónimo se trasladó a Roma. Llegó a ser secretario del anciano Papa y hasta se habló de que sería su sucesor. Recibió el encargo de revisar el texto de la Sagrada Escritura. Ya no cesó de ocuparse

de trabajos bíblicos. Hasta que se extinga su vida, en el retiro de Belén, irá acumulando códices, cotejando textos, para darnos su versión del hebreo.

Tres años duró esta estancia de Jerónimo en Roma y durante ella pasó un verdadero calvario. Al principio, con fama de sabio y de santo, todos se inclinaban respetuosamente a su paso. Pero quiso extender su apostolado a un grupo de damas pertenecientes a la nobleza romana. Ayunar diariamente, abstenerse de carne y de vino, dormir en el suelo, es decir, el más severo ascetismo oriental implantado en el corazón de Roma. Tal era el programa de las penitencias exteriores a las que se sometieron gustosas las viudas Marcela y Paula, así como la hija de ésta, Eustoquio. Por otra parte, llevado de su amor a las Escrituras, Jerónimo dio a sus discípulas lecciones bíblicas; les enseñó el hebreo para que pudieran cantar los Salmos en su lengua original; les aconsejó que tuvieran día y noche el libro sagrado en la mano. Las murmuraciones fueron surgiendo solapadamente. Jerónimo, ajeno a la tempestad que le rodeaba, quiso corregir los escándalos que veía a su alrededor. En la *Carta sobre la virginidad,* que escribió a su discípula Eustoquio, lanzó críticas mordaces sobre los abusos del clero romano. La tormenta estalló cuando murió la joven Blesila, otra hija de Paula. Era una viuda muy joven, y cuando todos esperaban que se volvería a casar, fue convertida por Jerónimo. Su noviciado, por decirlo así, sólo duró tres meses, porque murió apenas iniciada su vida ascética. En sus funerales, el público gritó contra «el detestable género de los monjes» y le acusó de haber provocado con los ayunos la muerte de la amable y noble joven.

Jerónimo, consternado, tuvo que abandonar Roma y emprender el camino de Jerusalén. Poco después, se reunía en Oriente con Paula y Eustoquio, «quiera o no el mundo, mías en Cristo». Juntos visitaron los Santos Lugares; llegaron a Alejandría, al desierto de Nistria. Hacia el año 386 se establecieron definitivamente en Belén. Con el rico patrimonio de Paula pudieron construir tres monasterios femeninos y uno de hombres, dirigido por Jerónimo. Se agregó más tarde una hospedería para los peregrinos y una escuela monacal, en la que Jerónimo explicaba los autores clásicos.

Aquellos siete lustros pasados en el retiro de Belén fueron de incansable actividad literaria. Rodeado de una magnífica biblioteca, el sabio penitente seguía leyendo y escribiendo día y noche. Sólo cuando las repetidas enfermedades, avitaminosis ocasionadas por sus abstinencias, le impedían escribir, dictaba a vuela pluma a sus taquígrafos, sin retocar el escrito. Junto a sus trabajos bíblicos sobre el texto de la Sagrada Escritura, que culminaron en la versión del hebreo, hay que señalar sus *comentarios a los profetas,* a San Pablo, al evangelio de San Mateo. Fue también traductor excelente de Orígenes, de la Crónica de Eusebio, de Dídimo el Ciego, de las reglas de Pacomio. Las polémicas en que se vio envuelto Jerónimo no tienen parangón en la literatura cristiana. Escribió contra Elvidio, que negaba la perpetua virginidad de María; contra Joviniano, que negaba la superioridad del estado virginal sobre el matrimonio y proclamaba la inutilidad de las prácticas ascéticas; contra Vigilancio, que atacaba el culto de los santos y de las reliquias; contra los pelagianos; contra su antiguo amigo Rufino y contra Juan de Jerusalén, en aquella desdichada controversia origenista. En esas páginas polémicas es donde abundan las invectivas que ensombrecen los escritos del monje de Belén.

He aquí una muestra en el libro *Contra Joviniano:*

> «Sólo nos resta —escribía Jerónimo al fin de la polémica— que nos dirijamos a nuestro Epicuro, metido en su jardín, entre adolescentes y mujerzuelas. Te apoyan los gordinflones, los de reluciente cutis, los que visten de blanco...; a cuantos viere guapetones, a cuantos se rizan el cabello, a los que vea con cara sonrosada, de tu rebaño serán, o mejor, gruñen entre tus puercos [...] Tienes también en tu ejército muchísimos que añadir a la centuria...: los gordos, los peinados y perfumados, los elegantes, los charlatanes, que te pueden defender con sus puños y sus patadas. A ti te ceden el paso en la calle los nobles; los ricos besan tu cabeza. Porque, si tú no hubieras venido, los borrachos y los que eructan no podrían entrar en el paraíso».

Cierto que en estos insultos personales hay mucho de retórica para desarmar con el ridículo al hereje; es verdad también que el tono oratorio se prestaba a exagerar las frases para que produjeran mayor efecto en los lectores. Muchos enemigos se creó, empero, el erudito por aquellos desahogos de su cáustica pluma. Lo que no podemos dudar un momento es de la buena

intención con que Jerónimo luchó siempre en defensa de la ortodoxia, de la virginidad, del ascetismo.

Precisamente en sus cartas de Belén y en las homilías que predicaba a sus monjes se nos aparece un Jerónimo menos impulsivo, menos irónico, más moderado, más humano, más deseoso de vivir en paz que lo que muestran sus polémicas. La bella *Epístola a Nepociano* sobre los deberes de los clérigos, los panegíricos de sus amigos difuntos, sobre todo el de la viuda Paula; las cartas de dirección a monjes y vírgenes, forman una corona de prudentes consejos, de sabias enseñanzas, de cálidas exhortaciones a la virtud y a la perfección.

> «Me pides a mí, carísimo Nepociano, en carta de la otra parte del mar, que redacte para ti, en un pequeño volumen, los preceptos del vivir y con que proceder aquel que, abandonada la milicia del siglo, tratare de ser monje o clérigo, debe ir por el recto camino a Cristo para no ser arrastrado a los apartaderos de los vicios».

Y líneas más abajo:

> «Imponte solamente el modo de ayunar que puedas tolerar»... «Por experiencia he aprendido —dice en otra de sus cartas— que el asnillo, cuando se fatiga en el camino, busca el pesebre».

Y en la *Carta a Demetríades:*

> «No te imperamos, en verdad, los ayunos inmoderados ni las enormes abstinencias de los alimentos, con las cuales se quebrantan en seguida los cuerpos delicados y empiezan a enfermar antes de que echen los fundamentos de la santa conversión...; el ayuno no es la perfecta virtud, sino el fundamento de las demás virtudes».

Con idéntica moderación va señalando Jerónimo, en esos escritos de dirección de las almas, los peligros de la vida solitaria, la necesidad de un director experto, del vencimiento del orgullo, de las buenas obras, sin las cuales las mismas vírgenes, según la parábola del Evangelio, son excluidas, por tener sus lámparas apagadas.

Las invasiones de los bárbaros, la ruina del Imperio, el asalto de su propio monasterio por los herejes, la repentina muerte de su cara Eustoquio, fueron dejando huella en el anciano septuagenario. Murió hacia el 20 de septiembre del año 420. Así fue, en efecto, la vida y la obra de aquel dálmata fogoso, que logró domeñar sus pasiones con las más severas abstinencias y acertó

a encauzar su ambición literaria convirtiendo su pecho en la biblioteca de Cristo.

JOSÉ JANINI

Bibliografía

CAVALLERA, G., «Saint Jérôme. Sa vie et son oeuvre», en *Spicilegium sacrum Lovaniense,* I (Lovaina-París 1922).

GRÜTZMACHER, G., *Hieronymus. Eine biographische Studie zur alten Kirchengeschichte,* 3 vols. (Leipzig 1901; Berlín 1906-1908).

JANINI, J., «Pathos y dieta de San Jerónimo»: *Archivos Iberoamericanos de Historia de la Medicina* 1 (1949) 299-366.

JOSÉ DE SIGÜENZA, *Vida de San Jerónimo* (Madrid 1595; [2]1853).

PENNA, A., *S. Girolamo* (Turín-Roma 1949).

• Actualización:

Epistolario de San Jerónimo, 2 vols. (Madrid 1993).

San Jerónimo. Obras completas. Nueva ed. en 8 vols. (Madrid 2000-2005).

SORSOLI, C., «Jerónimo (San)», en E. ANCILLI, *Diccionario de espiritualidad.* II: *Espíritu Santo-Oficio divino* (Barcelona 1987) 371-374.

SAN GREGORIO EL ILUMINADOR

Obispo († 326)

San Gregorio el Iluminador es el apóstol de Armenia, el que atrajo definitivamente a ese pueblo a la fe, mantenida a lo largo de los siglos. Parece que nace en Armenia hacia el año 260, hijo del parto Anak, y que se educó cristianamente en Cesarea de Siria. Llegado a la juventud contrajo matrimonio con la joven Julita y fue padre de los santos Aristaques y Verdanes. Ordenado sacerdote posteriormente, acompañó al príncipe armenio Tirídates cuando éste fue repuesto en el trono paterno por las tropas del emperador Diocleciano. Pero cuando el nuevo rey quiso ofrecer sacrificios a la diosa Anahita, Gregorio se negó a participar en el sacrificio, siendo por ello torturado con intensidad y recluido en una cisterna a modo de calabozo a lo largo de quince años. De aquí según la tradición sale en 313 cuando la hermana del enfermo rey tiene un sueño en el que se le dice que el encarcelado Gregorio es el único que puede curar a su hermano. Una vez dejado en libertad y llevado a la corte, curó efectivamente al rey Tirídates III. El soberano agradecido se dejó catequizar por el sacerdote y se convirtió al cristianismo, siendo bautizado por el propio Gregorio. Hizo destruir los ídolos y de-

cretó la abolición del paganismo, siendo así Armenia el primer pueblo que aceptó oficialmente el cristianismo.

Elegido obispo *(catholicós,* es decir pastor de todos) de la nueva comunidad cristiana fue enviado a Cesarea, a donde marchó acompañado de numerosos caballeros que velaran por su seguridad. El obispo Leoncio de Cesarea convocó un sínodo de veinte obispos, donde propuso la ordenación episcopal de Gregorio, que efectivamente tuvo lugar. El obispo Leoncio pidió al obispo Pedro de Sebaste que acompañara a Gregorio a Astisat, ciudad de Armenia, donde debía entronizarlo. No sin tener que usar la fuerza pudo tomar posesión Gregorio de su sede, que parece ser una sede por entonces vacante pero que había estado ocupada en tiempos anteriores, y a la que se llama *sede apostólica.* Gregorio ordenó a quince obispos que puso al frente de diferentes nuevas iglesias por el país. Su hijo Aristaques fue su obispo coadjutor y le ayudaba con amor y le suplía en las ausencias, pues Gregorio hacía viajes de evangelización. Muerto este hijo, consagró obispo al otro, que sería luego su sucesor. Acompañado del rey viajó a Roma para visitar a Constantino y se entrevistó también con el papa San Silvestre, del que se dice que lo confirmó como patriarca del Oriente. Cuenta la tradición que antes de morir se retiró a una cueva en las orillas del Éufrates, donde murió en paz el año 326 más o menos.

En realidad son muy antiguos los orígenes del cristianismo en Armenia, y la tradición hace remontar a los apóstoles San Judas Tadeo y San Bartolomé la primera evangelización del país. La crítica histórica ha podido encontrar trazas de predicación cristiana en Armenia ya a partir de la segunda mitad del siglo II y esa misma crítica ha fijado el año 301 como el de la conversión del rey Tirídates o Trdat III, lo que obligaría a modificar la cronografía que hemos dado en la biografía de San Gregorio el Iluminador, pero quedan críticos que estiman que la verdadera fecha es la que hemos dado en la biografía. Pero en el Vaticano y en Armenia las celebraciones del XVII centenario del bautismo del pueblo armenio han tenido lugar en 2001.

La Iglesia armenia mantiene una antigua liturgia, en la que se quieren encontrar fuertes influjos jerosolimitanos. El rito armenio está cercano a la familia antioquena y está considerado

como una rama con características propias dentro de la liturgia oriental, siendo muy tardíos los influjos bizantinos y no digamos los occidentales. Al no tener la lengua armenia un alfabeto propio, la lengua primitiva fue el siríaco y el griego, pero San Mesrop llevó adelante la idea de dotar al armenio de un alfabeto propio. Este santo varón tuvo la categoría de vardapet o maestro, figura aún existente en el clero armenio.

Una parte de la Iglesia armenia está en comunión con Roma. El 10 de noviembre de 2000 el papa Juan Pablo II en la basílica vaticana recibió al catholicós de todos los armenios, Karekim II, en una celebración ecuménica y le hizo entrega de una reliquia de San Gregorio el Iluminador. El domingo 18 de febrero de 2001 el Santo Padre presidió la celebración de una Divina Liturgia en rito armenio, celebrada por el patriarca de Cilicia de los Armenios, Nerses Bedros XIX Tamouni. Concelebraron con el patriarca doce obispos procedentes de Armenia, Siria, Líbano, Israel, Francia, Turquía, Irán, Irak y de América y numerosos sacerdotes procedentes de esos mismos países y también de Egipto, Brasil, Australia y Siria, cantando en la misa el coro *Groung,* del patriarcado armenio católico de Beirut. Al final de la celebración el Santo Padre Juan Pablo II entregó una reliquia de San Gregorio el Iluminador al patriarca de Cilicia de los Armenios y bendijo numerosas imágenes representando el bautismo del rey Tirídates III, según cuadro que se halla en el monasterio de Bzommar, Líbano, destinadas a las iglesias armenias esparcidas por el mundo.

El Santo Padre en la homilía expresó cómo los años oscuros del ateísmo no pudieron ahogar la luz de Cristo en Armenia. Dijo el Papa:

> «Estamos hoy aquí para deciros gracias. Gracias no sólo por aquellos inicios gloriosos sino también por toda una historia impregnada de cristianismo y casi identificada con él. El Obispo de Roma se hace intérprete de esta gratitud y os la expresa como el don más hermoso y apreciado...».

Y añadió:

> «Al repasar la historia de los armenios, como de otros pueblos cristianos, no podemos dejar de notar que la fe cristiana ha marcado las fibras más íntimas de su sentir común. El mismo alfabeto armenio nació para dar voz y difundir el evangelio, para traducir la

Biblia, la Liturgia y los escritos de los Padres. El arte, la vida social y familiar, e incluso las instituciones públicas han encontrado en la fe en Cristo un punto de referencia seguro. En el mundo moderno, al aumentar cada vez la influencia de la secularización, a menudo resulta difícil seguir manteniendo firme este patrimonio espiritual que ha hecho de vuestra nación una nación cristiana».

Para concluir:

«Pueblo armenio: mantén fija tu mirada en Cristo, camino, verdad y vida. Él es la esperanza que no defrauda, la luz que disipa las tinieblas del mal. Cristo guía tus pasos: no temas».

Y con fecha 2 de febrero de 2001 el Santo Padre Juan Pablo II firmó una carta apostólica en el XVII centenario del bautismo del pueblo armenio. En ella el Papa recuerda la historia del pueblo armenio y su íntima unión con el cristianismo y hace ver cómo esta unión ha estado sellada con el testimonio de la sangre:

«El martirio constituye un elemento constante en la historia de vuestro pueblo. Su fe permanece indisolublemente unida al testimonio de la sangre derramada por Cristo y por el evangelio. Toda la cultura e incluso la espiritualidad de los armenios están impregnadas de un sano orgullo por el signo supremo del don de la vida por el martirio».

En el año 451 el sasánida Tazdegerd II quería imponer al pueblo la religión mazdeísta pero los armenios supieron morir por Cristo. Y añade el Papa:

«Desde entonces episodios análogos se han repetido muchas veces, hasta las matanzas sufridas por los armenios en los últimos años del siglo XIX y primeros del siglo XX que culminaron en los trágicos acontecimientos de 1915, cuando el pueblo armenio sufrió violencias inauditas, cuyas dolorosas consecuencias son aún visibles en la diáspora a la que se han visto obligados muchos de sus hijos...».

Por fin, debe mencionarse aquí que en el mes de septiembre de 2001 el Santo Padre Juan Pablo II realizó su deseado viaje apostólico a la República de Armenia. El día 25 de septiembre llegó al aeropuerto de Ereván y fue recibido por las autoridades civiles y religiosas de la nación. Visitó la catedral donde oró junto con el *catholicós* Karekin II y luego lo visitó en el palacio apostólico. Al día siguiente el Papa visitó al presidente de la República y luego visitó el monumento a las víctimas armenias de 1915, donde rezó por todas las víctimas de la nación armenia. Por la

tarde visitó la catedral de San Gregorio el Iluminador en Ereván donde se tuvo una celebración ecuménica. El jueves 27 celebró misa en rito latino en el altar externo de Echmiadzin, y que fue precisamente misa de San Gregorio el Iluminador, y en la homilía calificó a Armenia de «siempre fiel». Fue luego al centro armenio-católico de Kanaker en Ereván. Visitó posteriormente el monasterio de Khor Virab al pie del Monte Ararat donde está el pozo en el que estuvo prisionero tantos años San Gregorio el Iluminador. Este monasterio es meta de peregrinaciones de armenios de todo el mundo. A las 20 horas tomó el avión de vuelta a Roma.

Esta peregrinación fue un gran homenaje al pueblo armenio y a su evangelizador San Gregorio el Iluminador. Sus palabras de despedida concluyeron así:

> «San Gregorio el Iluminador y el gran número de mártires y santos armenios velen por vuestro presente y vuestro futuro. La Madre de Cristo, arca de la nueva Alianza, guíe a Armenia a la paz que va más allá del diluvio, la paz de Dios, el cual hizo surgir su arco iris entre las nubes como signo de su amor que no tiene fin».

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

Acta sanctorum. Septembris (Amberes 1762) t.8, p.295-409.

ANANIAN, P., Art. en *Bibliotheca sanctorum.* VII: *Giustiniani-Lhuilier* (Roma 1966) cols.180-190.

CAPPELLA PAPALE. *Divina Liturgia in Rito Armenio, presieduta da Sua Santità Giovanni Paolo II, celebrata da Sua Beatitudine Nerses Bedros XIX, patriarca di Cilicia degli Armeni, in occasione del 1700.° anniversario del Battesimo del Popolo Armeno. Terza Domenica di «Araciavor» (Quinquagesima). Basilica Vaticana, 18 Febraio 2001.*

L'Osservatore Romano (ed. en español) (2-3-2001; 28-9-2001; 5-10-2001).

SAN FRANCISCO DE BORJA

Presbítero († 1572)

San Francisco de Borja, ejemplo de desprecio de las grandezas del mundo, de la humildad más profunda y del espíritu de oración y penitencia, era hijo de una de las familias más nobles de aquel tiempo. Por su padre, tercer duque de Gandía, descendía de los Borja, a los que pertenecían los papas Calixto III

(1455-1458) y Alejandro VI (1492-1503) y que tanto se distinguía entonces en España y en Italia. Por su madre pertenecía a la familia de don Fernando de Aragón. Sin embargo, con su santidad de vida quiso Dios que reparara las inmoralidades que, tanto por parte de su padre como de su madre, habían contribuido a darle la vida.

Nació, pues, en Gandía, provincia de Valencia, el 10 de octubre de 1510, y, aunque educado en medio del regalo, ya de niño se entretenía jugando a celebrar misa; pero bien pronto tuvo que abandonar estos juegos, dedicándose de lleno a los deportes caballerescos, en los que salió particularmente adiestrado. Al mismo tiempo recibió una formación literaria acomodada a su estado y sobresalió en el culto y gusto por la música.

Contando dieciocho años de edad, y siendo ya un joven aventajado en las costumbres caballerescas de su tiempo, es presentado en la corte de Castilla. Carlos V y su esposa Isabel de Portugal se complacían en la destreza y buenas maneras de Francisco; pues, a diferencia de tantos otros cortesanos, elegantes por fuera mas corrompidos en su interior, daba claras muestras del candor e inocencia de su alma. Por esto, ya en 1529, creado marqués de Lombay, se desposó con la camarera favorita de la emperatriz, la portuguesa Leonor de Castro, modelo de elegancia y de recato, y fue colmado de cargos y distinciones.

Carlos V concede a Francisco la más absoluta confianza. De este modo el novel caballero se hace íntimo amigo del joven príncipe Felipe II. Más aún: entra en la intimidad de la emperatriz Isabel, de la que le encarga expresamente el emperador durante sus frecuentes ausencias. En los ratos libres gusta de leer a San Pablo, el Evangelio y las homilías de San Juan Crisóstomo. Da a Carlos V lecciones sobre cosmografía y otras materias. Compone algunas obras de música religiosa, que alcanzaron bastante resonancia, si bien sólo se nos han conservado algunos motetes y una misa. Su vida, ordenada y tranquila, constituye el ideal de un cortesano cristiano que goza de la más completa confianza de sus señores. Para colmo de felicidad, Dios ha bendecido su matrimonio, y en 1538 nace en Toledo su octavo hijo.

Pero el año 1539 introduce en su vida un elemento de desengaño y desilusión. La ocasión fue la inesperada muerte de la

emperatriz Isabel en la flor de los años y en la plenitud de la grandeza humana. Si el dolor por la muerte de la emperatriz Isabel sume a Carlos V en un estado vecino a la desesperación, produce igualmente en Francisco de Borja una tristeza que le quita el gusto para todo.

Encargado por el emperador, tuvo que acompañar al féretro hasta Granada en unión con un buen número de prelados y grandes del reino, con el fin de depositar a la emperatriz en el sepulcro de los reyes. El entierro tuvo lugar el 17 de mayo; pero, al echar su última mirada al rostro de aquella mujer, dechado en otro tiempo de encanto y belleza humana, experimentó Francisco una profundísima sensación de la vanidad de las grandezas de este mundo, y desde aquel momento se propuso vivir con el corazón separado por entero de ellas y puesto sólo en Dios.

Sin embargo, Dios tenía sobre él, por el momento, otros designios. Precisamente entonces, el 26 de junio de 1539, Carlos V nombró a Francisco de Borja virrey de Cataluña, cuya capital era Barcelona. Francisco desempeñó este importante cargo con admirable acierto. Acabó con el desorden y organizó en tal forma la seguridad en todo el territorio que su gobierno llegó a ser proverbial. Pero, en realidad, se sentía completamente transformado y era otro hombre. Dedicábase mucho más a la oración, según se lo permitían las obligaciones de su cargo y de su familia. Al morir su padre en 1543, Francisco, heredero de su título de duque de Gandía, obtuvo el permiso para retirarse allá con su familia, y durante los tres años siguientes se entregó de lleno al trabajo de ordenar sus propios estados y realizar en Gandía y en Lombay diversas obras de piedad y beneficencia.

Esta vida tranquila y ordenada fue interrumpida en 1546 por la muerte inesperada de su esposa, Leonor de Castro, cuando Francisco se encontraba en la flor de la vida, contando treinta y seis años de edad. Esta circunstancia colocaba al santo duque en una situación completamente nueva. Aunque hasta aquí había sido modelo de esposos durante los diecisiete años que había vivido en la más completa compenetración con doña Leonor, y aunque estaba dispuesto a cumplir, como buen padre, las obligaciones que tenía con los ocho hijos que Dios le había

dado de su cristiano matrimonio, pensó inmediatamente en la realización de su plan de renunciar a todas las dignidades y grandezas del mundo y entregarse al servicio de Dios.

Ahora bien, ¿cómo debía realizar este ideal, que entonces más vivamente que nunca se ofrecía a su espíritu, dispuesto a los mayores sacrificios? Dios mismo, durante los años anteriores, había ido ilustrando su inteligencia y preparando su corazón para que en tan críticos y decisivos momentos pudiera tomar una decisión conforme con sus designios. En efecto, ya durante su virreinato en Cataluña había tratado en Barcelona al padre Araoz, y sobre todo al Beato Fabro, primer compañero de San Ignacio de Loyola, y por su medio había conocido a este santo, por el cual y por la Orden por él fundada experimentó desde entonces una simpatía extraordinaria. Por esto, al establecerse poco después en Gandía, preparó inmediatamente la fundación de un colegio de la Compañía de Jesús, que pudo abrirse el 16 de noviembre de 1546.

Pues bien: en los momentos críticos en que se encontraba Francisco después de la muerte de su esposa presentóse en Gandía el padre Pedro Fabro, y, después de una larga conversación con él y hechos los ejercicios espirituales, pronunció el voto de entrar en la Compañía de Jesús. Pocos días después volvía Fabro a Roma y entregaba a San Ignacio un escrito del duque de Gandía, en el que éste le pedía formalmente su admisión en la Compañía de Jesús. San Ignacio ratificó su voto, admitiéndolo oficialmente en la Orden; pero en la carta que a continuación le escribió le decía estas palabras: «El mundo no tiene orejas para oír tal estampido», por lo cual añadía que conservase en secreto su propósito mientras arreglaba los asuntos domésticos y procuraba sacar el grado de doctor en teología.

Francisco siguió al pie de la letra el consejo de Ignacio; pero bien pronto se vio en un grande aprieto, pues fue requerido instantemente para asistir a las Cortes de Aragón. Para evitar estas dificultades obtuvo San Ignacio del papa Paulo II dispensa especial para Francisco de Borja, y, conforme a ella, el 2 de febrero de 1548 hizo el duque la profesión solemne en la Compañía de Jesús, mientras permanecía algún tiempo en medio del mundo en traje secular.

Arregladas, pues, las cosas de su casa, casados convenientemente sus hijos y obtenida la borla de doctor en teología, el 31 de agosto de 1550 daba el adiós definitivo al mundo y se dirigía a Roma, acompañado de su hijo mayor y un gran séquito de la nobleza. En la Ciudad Eterna fue acogido con grande aparato por los representantes del Papa, del emperador y de las más significadas personalidades; pero bien pronto se hizo pública, ante el estupor de todo el mundo, su determinación de vestir la sotana de la Compañía de Jesús, y, en efecto, dejando los suntuosos palacios que todos le ofrecían, se retiró a la pequeña residencia de los jesuitas, cerca de Santa María de la Estrada. De extraordinario fruto para su alma, hambrienta de Dios y de perfección, fueron las largas conversaciones que tuvo entonces durante cuatro meses con Ignacio de Loyola, tan consumado maestro de la vida espiritual. Por esto decía el santo después de ellas que Ignacio se le representaba como un gigante, al lado del cual todos los demás, incluyendo al mismo Fabro, eran como unos niños.

Preparado Francisco de este modo, y bien orientado para la nueva vida que iba a emprender, salió el 4 de febrero de 1551 de Roma en dirección a España, donde se retiró algún tiempo en Oñate, cerca de Loyola, con el fin de prepararse convenientemente para recibir las órdenes sacerdotales. Habiendo, pues, recibido el permiso del emperador, realizó aquí la renuncia a sus estados en su hijo Carlos, hízose luego rapar la cabeza y cortar las barbas, y se puso definitivamente la sotana de la Compañía de Jesús, después de lo cual fue ordenado sacerdote el 23 de mayo de 1551. Movido por la gran veneración y afecto que profesaba a San Ignacio, quiso celebrar en privado su primera misa en la capilla del castillo de Loyola, pero luego celebró otra con gran solemnidad en Vergara, para la cual el Papa había concedido indulgencia plenaria. Y fue tal la aglomeración de público, calculado en unas veinte mil personas, que se hizo necesario celebrarla al aire libre. Tal era, en efecto, la resonancia que había alcanzado la renuncia del duque de Gandía, que todo el mundo deseaba contemplar con sus propios ojos al duque jesuita, al duque santo.

Y con esto comienza la nueva etapa, fecundísima y definitiva, de San Francisco de Borja. Los tres años siguientes signifi-

can en él la práctica y ejercicio de la renuncia que acababa de realizar. Desde un principio fue para todos, superiores y súbditos, el más perfecto modelo de humildad y de todas las virtudes. Entregóse con toda su alma a los más bajos oficios de barrer, limpiar, acarrear leña y ayudar en la cocina. Por otra parte, comprendiendo Ignacio, con certera visión, el inmenso fruto que podría hacer Borja con su ejemplo, no quiso asignarle ninguna casa como residencia y le dio la orden de ir por diversas ciudades del Norte predicando al pueblo y dando algunas misiones. Francisco siguió esta indicación de la obediencia y, en efecto, su predicación obtuvo durante este tiempo un efecto extraordinario. Grandes muchedumbres acudían en todas partes a escuchar sus ardientes exhortaciones, y, ante el ejemplo viviente de su renuncia a todas las grandezas del mundo y de las heroicas virtudes que ejercitaba, se resolvieron muchísimos a realizar, a su vez, un cambio de vida. Por esto no es de sorprender que fuera designado al poco tiempo como apóstol de Guipúzcoa.

Después de este aprendizaje de la vida religiosa entra Francisco de Borja en un segundo estadio de la misma. En efecto, conociendo Ignacio, por su parte, las dotes de gobierno de Francisco, de las que tan claras pruebas había dado en el virreinato de Cataluña y en la administración de sus estados, y, por otra, la necesidad que tenía la Compañía de Jesús en España de un hombre de gran prestigio que la acreditara e introdujera entre los círculos de la más elevada sociedad, nombró a Francisco, en 1554, comisario general, con autoridad superior para toda España y Portugal, que más adelante extendió a todos los dominios de la Península en Ultramar. Para el humilde Borja, que, después de renunciar a todas las grandezas, no deseaba otra cosa que ponerse a los pies de todos y predicar humildemente a Cristo en todas partes, este cargo significaba la mayor contrariedad y mortificación; mas, con la sumisión que sentía hacia San Ignacio, se abrazó desde el principio con la cruz que la obediencia le imponía. De lo pesada que fue para él esta cruz es buen indicio lo que, diez años después, escribía: «Diez de junio. Hoy, décimo aniversario de la cruz que me impusieron en Tordesillas».

Mas, por otra parte, sus dotes de hombre fuerte, rectilíneo, ordenado, emprendedor, que se captaba las simpatías de todos

y dominaba fácilmente con la superioridad de su persona, y juntamente el prestigio de que gozaba en todas partes y el ascendiente que le daba el sublime heroísmo de su renuncia y de todas sus virtudes religiosas, todo esto fue produciendo en todas partes un efecto arrollador. Por esto puede decirse que Francisco de Borja fue prácticamente el verdadero fundador de la Compañía de Jesús en España. Su intensa acción en los viajes realizados entre España y Portugal, dio como resultado el rápido florecimiento de la Compañía de Jesús en España. En las principales ciudades se solicitaba a la Orden para que se hiciera alguna fundación. A los siete años se había duplicado el número de colegios y de miembros de la Orden.

Sin embargo, como sucedió a San Ignacio y sucede siempre a los grandes apóstoles, no pudo faltar la contradicción.

Los prejuicios o celos de algunas personas contra él fueron alimentando cierto ambiente desfavorable. Es cierto que Borja tuvo algunas intervenciones notables entre los elementos más elevados. Así, asistió en 1555 en los últimos momentos a la reina doña Juana la Loca, y al año siguiente visitó a Carlos V en su retiro de Yuste, adonde acudió algunas veces durante los dos años siguientes, y, aunque no pudo asistir a la muerte del emperador en 1558, hizo poco después su elogio fúnebre en Valladolid. Pero, esto no obstante, llegó a tal extremo en este mismo año la animosidad contra el santo, que el padre general, Diego Laínez, se sintió obligado a hacerle ir a Roma, como lo realizó en agosto de 1558.

Esta tempestad duró todavía algún tiempo. Al volver a España Felipe II en 1559, influido por algunos enemigos del santo, mostró alguna frialdad contra su antiguo amigo de la infancia. Por esto, en inteligencia con el general de la Orden, pasó Francisco los años 1559 y 1560 en Portugal, donde realizó un importante trabajo de estabilización y reajuste de la Compañía de Jesús, y finalmente, en agosto de 1561, fue llamado a Roma por el padre Laínez a instancias del papa Pío IV (1559-1565). En Roma fue acogido con el mayor afecto, y durante algún tiempo permaneció allí al lado del padre general, Diego Laínez. Ante todo, dedicóse a la predicación, y consta que entre sus más asiduos oyentes contaba al cardenal San Carlos Borromeo

y al cardenal Ghisleri, el futuro papa San Pío V. Pero bien pronto comenzó a utilizarlo el padre Laínez en asuntos de gobierno, que prepararon poco a poco a Francisco para el cargo de general de la Orden, para el que la Providencia lo destinaba. Más aún: cuando, en 1562, el general Laínez tuvo que partir para Trento en calidad de teólogo pontificio, donde permaneció hasta el final del concilio en diciembre de 1563, nombró a Francisco de Borja vicario general de la Compañía de Jesús. Finalmente, al fallecer Laínez en 1565, Francisco fue elegido para sucederle en la dirección general de la Orden.

Ahora bien, durante los siete años en que Francisco de Borja gobernó como general a la Compañía de Jesús podemos afirmar que cumplió plenamente su cometido, contribuyendo de tal manera al perfeccionamiento y crecimiento de la Orden que con razón puede ser considerado como su segundo fundador. Sus dotes de hombre de gobierno, sus conocimientos y amistades con los principales hombres de Estado y dirigentes de su tiempo, el prestigio de que en todas partes disfrutaba, y, junto con esto, su espíritu de trabajo y sacrificio y las heroicas virtudes que ejercitaba, todo esto contribuía a dar una eficacia decisiva a todas las obras y trabajos que emprendía.

Su actuación como general de la Compañía de Jesús se extendió realmente a todos los campos de su actividad, y en todos ellos dejó bien marcada la huella de su eficacia, sirviendo de complemento de la obra de Ignacio. Uno de sus primeros cuidados fue organizar un movimiento en toda forma en Roma, y, tras él, otros semejantes en otras partes. De este modo dio la forma definitiva a los noviciados. Por otra parte, convencido de que, para asegurar el espíritu religioso, era necesario infundir y practicar el espíritu de oración, procuró fomentarlo en todas las formas posibles y señaló una hora para la oración diaria, así como también el tiempo destinado a las demás prácticas de piedad.

Francisco de Borja fue asimismo organizador y promotor de los estudios. Al ir por vez primera a Roma, quince años antes, había mostrado sumo interés por la fundación del Colegio Romano, proyectado por San Ignacio, y con la limosna que entonces dio puede ser considerado como su primer fundador.

Como general, contribuyó eficazmente a su organización definitiva, que le confirmó en aquel título. Además, construyó la iglesia de San Andrés del Quirinal, donde habían de distinguirse novicios tan insignes como San Estanislao y San Luis Gonzaga, y asimismo comenzó la del Gesù.

De gran eficacia fue la labor de San Francisco de Borja en la propagación de la Compañía de Jesús y la extensión de su actividad en todo el mundo. Empleó el influjo que tenía en la corte francesa para obtener una acogida más favorable a los jesuitas en Francia, donde se fundaron en su tiempo ocho colegios. De un modo semejante se fundaron tres en Alemania, cuatro en Italia, once en España y otros varios en diversas partes de Europa. Pero su predilección se manifestó por las misiones. Por esto dio nuevo impulso y reorganizó las del Lejano Oriente y comenzó nuevas empresas en América, constituyendo las provincias de México y Perú, y sobre todo la del Brasil. Su actividad se extendió a otros campos. Así, publicó una nueva edición de las reglas, terminada en 1567, y protegió constantemente a los escritores que comenzaban a dar gran renombre a la nueva Orden.

Pero, aun en el campo de la Iglesia universal, tuvo Francisco un influjo extraordinario. Al lado de San Pío V y de San Carlos Borromeo, puede ser considerado como uno de los grandes promotores de la renovación católica. En 1568 él fue quien movió a San Pío V, con quien tenía gran ascendiente, para que nombrara una comisión de cardenales encargada de promover la conversión de los herejes e infieles.

En estas circunstancias, en junio de 1571, Pío V envió al cardenal Bonelli a una embajada a España, Portugal y Francia, y suplicó a Borja que le acompañara. De hecho, no se obtuvo con ella gran cosa en los preparativos de una liga contra los turcos; pero mostró el gran prestigio y la eximia virtud de Francisco. En todas partes acudían a su encuentro las turbas, ávidas de contemplar a un santo. Olvidados los antiguos prejuicios, el mismo Felipe II le recibió con muestras visibles de satisfacción. Pero su salud ya quebrantada, se resintió notablemente con las fatigas del viaje. La vuelta a Italia se fue haciendo cada vez más fatigosa. Pasó el verano de 1572 en Ferrara, donde su primo, el duque Alfonso, trató de rehacerlo; pero al fin lo tuvo que llevar

a Roma en litera. El 3 de septiembre llegó a Loreto, donde descansó ocho días, y finalmente llegó a Roma el 23; pero, después de unos días de fatigosa enfermedad, en la que dio los más sublimes ejemplos de piedad, humildad y paciencia, descansó en el Señor durante la noche del 30 de septiembre al 1 de octubre de 1572.

De este modo se nos presenta la figura de San Francisco de Borja como uno de los santos más sublimes y atractivos de la Iglesia: como ejemplo precioso de la más profunda humildad y desprecio de las vanidades del mundo, y juntamente como el hombre providencial en la constitución definitiva de la Compañía de Jesús. En 1617 sus restos mortales fueron trasladados a Madrid, donde se conservaron con gran veneración hasta 1931, en que, en el incendio de la iglesia de la Compañía de Jesús, desaparecieron casi por completo. Lo poco que pudo salvarse entre las cenizas se conserva todavía en la actualidad.

BERNARDINO LLORCA, SI

Bibliografía

Act. SS. Boll., 10 de octubre.
Art. «St. Franciscus Borgia», en *Monumenta historica Societatis Iesu* (Madrid 1894-1911).
ASTRAÍN, A., *Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España.* II: *Laínez-Borja* (Madrid 1905).
BRODRICK, J., *The origin of the Jesuits* (Londres 1940).
— *The progress of the Jesuits, 1556-1579* (Londres 1946).
KARRER, O., *Der heilige Franz von Borja* (Friburgo 1921).
SUAU, P., *Histoire de Saint François de Borgia* (París 1910).
— *St. François de Borgia* (Les Saints; París 1905).
YEO, M., *The greatest of the Borgias* (Milwaukee 1936).
• Actualización:
GARCÍA HERNÁN, E., *Francisco de Borja, grande de España* (Valencia 1999).
DALMASES, C. DE, *El padre Francisco de Borja* (Madrid 2002).

BEATO FEDERICO ALBERT

Presbítero y fundador († 1876)

Han sido muy numerosos, en los últimos siglos, los sacerdotes, hijos de familias poderosas en lo social y en lo económico, que han renunciado a un futuro prometedor de prestigio o de riqueza al encontrar la perla de la vocación sacerdotal (Mt

13,45-46), la que han preferido a todos los tesoros de esta tierra para fijar su corazón en el Reino de Dios (Lc 12,34), al que han dedicado todas sus fuerzas y toda la vida para ofrecer el Evangelio de este Reino, juntamente con sus propias personas, a sus hermanos, especialmente a los más débiles y desposeídos de este mundo. Voluntariamente se han hecho pobres, como Cristo (2 Cor 8,9), para enriquecer a muchos con su apostolado y servicio, asumidos desde la pobreza espiritual y material, en un compromiso de amor sin límites, hasta el extremo (Jn 13,1).

Federico Albert fue hijo primogénito de un alto oficial del Estado Mayor del ejército sardo. Aun escogiendo el estado eclesiástico, entró como capellán real en la Corte de los reyes del Piamonte. Tenía abierta ante sí una vía ancha de honores, prebendas y prestigio. A todo renunció para seguir a Cristo, pastor humilde, que cuida de las más pequeñas y humildes ovejas de su rebaño. De capellán palaciego pasó a párroco de una humilde feligresía y servidor de los pobres.

Federico había nacido en Turín, cuna y escenario de muchos santos, el 16 de octubre de 1820. Su padre se llamaba Juan-Luis, comandante militar del reino de Cerdeña. Éste inclinó la voluntad del hijo a seguir la carrera de las armas. Cuando lo tenía todo a punto para entrar en la Academia Militar, sintió la vocación sacerdotal cuando oraba ante un altar del Beato Sebastián Valfrè. Cursó en Turín los estudios de humanidades, de filosofía y teología, y obtuvo el doctorado en teología por la universidad de la misma ciudad.

Al acceder al estado clerical, y en consideración al abolengo de su familia, el rey Carlos Alberto lo adscribió al clero de la capilla de su palacio. Recibió la ordenación sacerdotal de manos del heroico mons. Franzoni el 10 de junio de 1843. Fue nombrado entonces capellán real. En el ejercicio de su ministerio se granjeó la simpatía y aprecio de los príncipes y de toda la corte por su conducta ejemplar y por el ejercicio fiel de su ministerio sacerdotal. Era muy valorado por su predicación y por su pericia en la dirección espiritual. Un sermón cuaresmal suyo, predicado en el Castillo de Moncalieri en 1852, en presencia del rey Víctor Manuel II, de la familia real y de toda la corte, tuvo una resonancia especial. Predicaba sobre el Evangelio de la mujer

adúltera, perdonada por Jesús. Explicó el texto evangélico con valentía y claridad, sin temor a la presencia del rey, cuyas aventuras y deslices en tal materia eran conocidos de todos. Mientras los cortesanos murmuraban del sermón del joven capellán, el rey dio pruebas de apreciar la sinceridad apostólica de Don Federico. Al despedirse, le dijo: «Gracias; usted siempre me ha dicho la verdad».

Corrían entonces malos vientos para la Iglesia en la naciente unificación de Italia, que se gestaba especialmente desde la corte y gobierno de Víctor Manuel II. Leyes revolucionarias y expoliaciones entorpecían el ejercicio normal del ministerio eclesiástico. Albert consideró que su puesto de sacerdote no estaba en el palacio de los reyes del Piamonte. Se marchó a la parroquia de San Carlos, en el mismo Turín, de la que habían sido expulsados los Siervos de María y en la que por algún tiempo ejerció su ministerio. El 18 de abril de 1852 consiguió que le enviaran como vicario parroquial al pueblo de Lanzo Torinese. Era ésta una parroquia de montaña, populosa y nada fácil, que exigía mucho espíritu de sacrificio. En ella permanecería hasta el final de sus días.

En su parroquia, empezó por restaurar la iglesia trabajando con sus propias manos, llevando sobre sus espaldas gruesas piedras que recogía del lecho de un torrente, encabezando largas procesiones de feligreses que aportaban asimismo material de construcción.

Predicador elocuente, se dedicó a dirigir ejercicios espirituales para el clero y para seglares, a misiones populares, en las que prodigaba todo su celo apostólico, olvidándose de sus propias necesidades, trabajando todo el día y toda la noche, como escribió el arzobispo Gastaldi, íntimo amigo suyo.

Federico Albert compartió con otros santos turineses la gloria de iluminar a su Iglesia local con su santidad de vida y su fecundo apostolado. Fue contemporáneo de San José Benito Cottolengo, que socorrió a los más pobres y marginados de la sociedad; de San José Cafasso, apóstol de los encarcelados y de los condenados a muerte; de San Juan Bosco, apóstol de la juventud que llamó a Albert para que dirigiera ejercicios espirituales a sus jóvenes del Oratorio de Valdocco; de San Leonardo

Murialdo, promotor de la acción cristiana social en Turín y de centros de educación laboral para los jóvenes.

El motor de su múltiple actividad era la «caridad pastoral», que el Vaticano II propuso como virtud distintiva de los sacerdotes y guía de su dedicación a la grey que tienen encomendada. Don Federico colocaba la unidad y congruencia de su vida sacerdotal como fundamento de su piedad y de su afán por la salvación de las almas. De esta caridad pastoral, surgieron asimismo sus obras de misericordia a favor de los más débiles en la sociedad.

Para acoger a huérfanas y niñas abandonadas, construyó en 1859 en Lanzo el Hospicio de María Inmaculada, que confió en 1869 a la Congregación, por él mismo fundada, de Hermanas Vicentinas de María Inmaculada, que recibieron el nombre de «Albertinas», por el apellido del fundador. Inspirado en el celo de San Vicente de Paúl y en su servicio a los más abandonados, dirigió la actividad de sus religiosas a obras de misericordia. Con la expansión de la congregación, las Albertinas abrieron hospitales, escuelas, orfelinatos y residencias para ancianos. En 1866 también había erigido, junto al Hospicio, una escuela para formación de futuras maestras.

En 1873 el papa Pío IX lo eligió obispo de Pinerolo. Con ruegos y lágrimas, Don Federico imploró que se le dispensara de asumir tal responsabilidad; quiso empero ratificar su veneración y fiel devoción al bienaventurado pontífice y, en consecuencia, proyectó acudir a Roma para agradecerle la distinción con que le había honrado. Pero su confesor le disuadió de tal decisión pues le dijo que un párroco no podía alejarse de su parroquia sólo por el consuelo espiritual de ir en peregrinación a Roma. A partir de esta renuncia al episcopado, se dedicó con más fervor a sus deberes parroquiales.

El bienaventurado párroco había comprendido la importancia de la cuestión obrera en su tiempo. En Lanzo conectó profundamente con los anhelos y esperanzas de los problemas agrarios. Para frenar la emigración a la ciudad, decidió establecer una colonia agrícola para jóvenes; ellos habrían podido ponerse al servicio de los párrocos para cultivar las fincas de la Iglesia.

Mientras iba configurando este proyecto, y estaba levantando la capilla de la colonia, se subió a un andamio con el objetivo de pintar el techo. Para evitar el accidente del joven que lo ayudaba, puso un pie en falso y cayó desplomado al suelo. Sus amigos acudieron enseguida a auxiliarlo: Juan Bosco mismo, el siervo de Dios Don Miguel Rua, otros sacerdotes y sus religiosas, pero ni la solicitud de cuantos le querían ni los cuidados médicos pudieron detener su fallecimiento que ocurrió el 30 de septiembre de 1876, tras dos días de agonía.

En ocasión de su muerte, el arzobispo de Turín se dirigió al clero con estas palabras: «De este pastor, no es fácil saber qué virtud debemos admirar más: su piedad, fe, humildad, paciencia, su mortificación espiritual y corporal, el desprendimiento de sí mismo y sus sacrificios cotidianos, su actividad, inteligencia, prudencia, doctrina y, ante todo, su caridad».

Apenas transcurrido un año de su piadosa muerte, en 1878, el Señor ya manifestó que quería la glorificación de su siervo con la realización de un milagro. Causas externas, como la regulación de sus obras y el régimen jurídico de las Hermanas Vicencianas de la Inmaculada Concepción, retrasaron el inicio de su causa de beatificación. Sólo fue introducida cincuenta años después de su muerte, en 1926. Pío XI aceptó la causa el 13 de junio de 1934. Pío XII, el 16 de enero de 1953, reconoció sus virtudes heroicas. El 25 de marzo del mismo año, Dios obró el prodigio de una curación por intercesión del venerable Federico. El 7 de abril de 1984, Juan Pablo II reconoció tal milagro y procedió a la beatificación del humilde párroco y fundador el siguiente 30 de septiembre, día natalicio del nuevo beato.

Fueron elevados aquel día a los altares dos sacerdotes de la archidiócesis de Turín, Federico Albert y Clemente Marchisio; el hermano pasionista Isidoro de Loor, belga, y la española sor Rafaela Ybarra de Villalonga, fundadora de las Hermanas de los Ángeles Custodios. El Santo Padre empezó y concluyó su homilía con referencias a Cristo, Buen Pastor, modelo supremo de los pastores de la Iglesia, como lo fue a lo largo de su vida parroquial y apostólica el Beato Federico:

> «Ministro de Dios, entregado totalmente al bien de las almas que le habían sido confiadas y a las necesidades de los pobres. Habiendo madurado su vocación al sacerdocio ya adulto, se preparó

para ser sacerdote y modelo cabal para los sacerdotes. Éstos pueden admirar en él la profundidad de la vida espiritual, alimentada con una constante comunión con Cristo, y el generoso esfuerzo por adquirir una sólida formación cultural que hizo que se pudiera presentar como guía seguro del Pueblo de Dios.

Su espíritu de fe, su obediencia incondicional al papa y al obispo, su caridad sacerdotal hicieron de él un elemento equilibrador entre los miembros del presbiterio y un pastor celoso, atento a los jóvenes y a los pobres. Contemplando al nuevo beato, nos damos cuenta con singular evidencia cómo es posible responder a las exigencias concretas del hombre, precisamente cuando somos fieles servidores de Cristo y de la Iglesia».

PERE-JOAN LLABRÉS Y MARTORELL

Bibliografía

AAS 77 (1985) 8-12; 1020-1023.
ALBERT, M. P., *Il teologo Federico Albert* (Lanzo Torinese 1926).
Art. en *Bibliotheca sanctorum.* I: *A-Ans* (Roma 1961) cols.672-674.
COTTINO, J., *Il venerabile Federico Albert* (Turín 1954).
L'Osservatore Romano (1-10-1984).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN HONORIO DE CANTERBURY

Obispo († 653)

Era monje en el monasterio de San Andrés en el Monte Celio, en Roma, cuando fue elegido por el papa San Gregorio Magno para misionero en Inglaterra. No se sabe si marchó con San Agustín de Canterbury o con el segundo grupo de misioneros, en el que iban también San Justo, San Melitón, etc.

Muerto San Justo, arzobispo de Canterbury, el 10 de noviembre de 627, fue elegido Honorio para sucederle. Marchó a Lincoln donde fue consagrado obispo por San Paulino de York. Cuando este santo se vio obligado a huir de su sede, halló refugio junto a Honorio, el cual le pidió que apacentase la comunidad cristiana de Rochester, donde moriría.

Honorio recibió el palio del papa Honorio I, y conforme a las disposiciones pontificias, a la muerte de San Paulino en 644 eligió y consagró obispo a San Itamaro, primer anglosajón que alcanzó esta dignidad. Envió a San Félix a evangelizar a los an-

glos del este, el cual estableció su sede en Dunwich en la costa de Suffolk en 631. Honorio consagró también obispo en 648 al sucesor de San Félix, Tomás. Honorio murió en Canterbury el año 653, y su memoria se celebra el 30 de septiembre.

BEATA FELISA MEDA

Abadesa († 1444)

Nace en Milán en 1378 en una familia acomodada. Recibe una adecuada educación en valores morales y en letras, y era considerada una joven culta y brillante cuando apenas había llegado a la adolescencia. Pero entonces tiene la desgracia de perder a sus padres y eso la lleva a meditar en la vanidad de las cosas terrenas y a desear consagrarse a Dios por completo, haciendo voto de virginidad. Un poco más adelante considera que lo mejor es encuadrar su voto en una comunidad religiosa. Se desprende de todos sus bienes, que van a parar a obras de caridad, no olvidando a sus parientes pobres a los que dejó dotados con suficiencia. Y desasida de todo lo terreno recibe el hábito de monja clarisa en el monasterio de Santa Úrsula, de la propia ciudad de Milán. Era el año 1400. Comienza a recorrer animosa el camino de la vida religiosa, resistiendo no pocas tentaciones que la asaltaron y que sirvieron para hacerla madurar en la vida interior y la mortificación cristiana. En 1425, ya madura humana y espiritualmente, es elegida abadesa del monasterio, al que rige con prudencia y santidad admirables. Esto llevó a la princesa de Montefalco a pedirla como abadesa cuando funda un nuevo monasterio de clarisas en Pésaro, y aunque las monjas de su convento se resistían, hubo que ceder a la obediencia, pues el papa Eugenio IV le pidió que aceptara la propuesta de la princesa, y Felisa se rindió a la voluntad del Papa. Aquí ejerce su misma labor que en Milán, siendo muchas las jóvenes que ingresaron en el nuevo monasterio dispuestas a seguir la vida religiosa bajo la autoridad de Felisa. Su fama corre por fuera del monasterio y los enfermos se encomiendan a sus oraciones, siendo muchos los que decían que habían logrado la salud por este medio. Completada su peregrinación, pasó al Padre en su monasterio de Pésaro el 30 de septiembre de 1444. Su cuerpo

reposa hoy en la catedral de Pésaro. Su culto fue aprobado por el papa Pío VII el año 1810.

BEATO JUAN NICOLÁS CORDIER

Presbítero y mártir († 1794)

Nace en Saint-André, cerca de Souilly, en La Meuse, el 3 de diciembre de 1710, hijo de un carpintero. Con 18 años decide su vocación religiosa e ingresa en el noviciado de la Compañía de Jesús, de Nancy (28 de septiembre de 1728). Estudia en la Universidad de Pont-à-Mousson. Estuvo destinado en el colegio de Nancy, en el de Dijon y también en Auxerre y en Autun, y ya doctor en teología, es profesor en Laon. Hace su profesión religiosa el 2 de febrero de 1746 y seguidamente enseña en Estrasburgo, Pont-à-Mousson y Reims. Ya sacerdote, estaba de superior en la residencia de Saint-Mihiel cuando es suprimida la Compañía de Jesús. Entonces se queda en la dicha ciudad como capellán de las Anunciatas hasta 1790. Entonces vive con un amigo canónigo en Verdun. Opuesto con toda claridad a la constitución civil del clero, pese a su ancianidad y enfermedades es arrestado el 28 de octubre de 1793 y encarcelado en Bar y enviado a la deportación en abril del año siguiente. Llegado a Rochefort y embarcado en el Washington, su salud no resistió tantas privaciones y miserias y murió el 30 de septiembre de 1794 en una de las tiendas del hospital de isla Madame tras padecer no pocos maltratos, soportados por él con admirable paciencia cristiana. Fue beatificado el 1 de octubre de 1995.

APÉNDICE

7 de septiembre

NUESTRA SEÑORA DE LA PEÑA

Las manifestaciones divinas del amor de Dios a María son también manifestaciones de la misericordia del Señor para con los hombres en las épocas de grandes crisis sociales, que piden para su solución especial auxilio de la piedad divina.

Sufría en el siglo XV una de estas crisis el reino de Castilla, cuando los hijos de aquel noble caballero llamado D. Fernando de Antequera, a quien los compromisarios de Caspe otorgaron la corona de Aragón, se propusieron poner el reino a la sombra de un monarca menos capaz de lo que pedían las circunstancias históricas por las que el reino atravesaba.

Pues para remedio de los males que estas revueltas causaban, no menos perjudiciales a la vida cristiana que a la civil, quiso el Señor establecer en el corazón de Castilla este santuario de la Peña de Francia. Forma esta peña parte de la cordillera que separa las provincias de Salamanca y de Cáceres. El nombre «de Francia» tiene, sin duda, su origen en la colonia que contribuyó a la repoblación de Salamanca en el siglo XI. Se eleva la peña a una altura de 1.720 metros sobre el nivel del mar y unos mil sobre la meseta castellana, y, por hallarse destacada y sin abrigo alguno de otras montañas, está más expuesta a la violencia de los elementos meteorológicos.

Una tradición, que fue consignada por escrito por primera vez el año 1544, en la historia que entonces se publicó, nos dice que en el año 1434, reinando en Castilla D. Juan II, el 19 de mayo, miércoles infraoctava de Pentecostés, fue hallada, en lo más alto de la peña, una imagen de María con el Niño en los brazos de la Madre, y que desde el principio comenzó a distinguirse con multitud de gracias celestiales, que atraían al lugar in-

numerable multitud de fieles. La tradición detalla el suceso, atribuyendo el hallazgo a cinco hombres del vecino pueblo de San Martín, movidos por un personaje que había llegado aquellos días allí llamado Simón Vela. Éste, según la referida historia, era francés y había recorrido toda su nación buscando una imagen que estaba escondida en un lugar llamado Peña de Francia, y cuyo hallazgo a él estaba reservado. Su apellido no sería otra cosa que la orden del cielo que continuamente resonaba en sus oídos diciéndole: «Simón, vela, no duermas, busca en la Peña de Francia el tesoro que te tiene reservado el cielo». Cansado de recorrer en vano las tierras de Francia, vino a Salamanca, esperando que entre los estudiantes de la Universidad hallaría quien le diese noticias de la Peña de Francia, donde, según la voz del cielo, se hallaba oculta la imagen que buscaba.

Al fin, en la plaza del Corrillo, de Salamanca, oyó hablar de la Peña de Francia, y con esta noticia se vino a San Martín del Castañar, donde comunicó su secreto y encontró a los hombres decididos que le ayudaran a dar con la imagen tan deseada. Hallada ésta, Simón se constituyó en el abnegado servidor de la imagen, y procuró, con ayuda de los devotos que venían, construir una ermita. Allí perseveró en compañía de los religiosos dominicos, que a su muerte le dieron sepultura en la misma ermita. La cabeza se guardaba más tarde en la sacristía en una urna, y hoy está en el santuario de Robledo, en Sequeros. Estos hechos nos prueban la historicidad del personaje, aunque no que su apellido, tan castellano o portugués, sea la traducción de la orden celestial que sonaba de continuo en sus oídos.

En la villa de Sequeros se venera la memoria de una joven que diez años antes había anunciado el hallazgo de la imagen y los orígenes del santuario de la Peña de Francia.

Los primeros agraciados de la Virgen fueron los obreros que hallaron la imagen, a quienes curó de diversos males que padecían. Con esto comenzó a concurrir al sitio multitud de fieles, atraídos por los favores que recibían del cielo. Cuántos serían éstos, nos lo demuestra el hecho de que, un par de años más tarde, la Orden de Santo Domingo se sintió llamada a convertir aquel naciente santuario en un centro de apostolado mariano, y por medio de Fr. Lope Barrientos, maestro y confesor

del príncipe D. Enrique, acudió al rey, que, a su vez, recurrió al obispo de Salamanca, y éste el 19 de septiembre de 1436, en Vitigudino, expedía estas letras:

> «Sepades que, por cuanto en nuestra diócesis y obispado, por devoción de las gentes y milagros grandes que Dios ha mostrado en honor de la Virgen, nuestra Señora, se ha comenzado a fundar una ermita, que llaman Santa María de Francia, a do muchas gentes concurren, y por cuanto nuestro señor el Rey, codiciando que la devoción de la Virgen María sea acrecentada en los pueblos cristianos y ella mejor servida, afectuosamente nos envió a rogar que Nos ficiésemos donación de la dicha ermita a la dicha Orden de Predicadores; por ende, por la presente Nos damos e traspasamos perpetuamente la dicha ermita de Francia, con todas sus pertenencias, para fundar un convento de la Orden de Santo Domingo».

Y como, por razón del sitio en que la ermita se había levantado, no fuera tan claro que pertenecía al obispado de Salamanca, el 26 de abril de 1437 el cabildo de Coria, sede vacante, expidió un documento en todo semejante al del prelado salmantino.

En virtud de esto, el rey despachó en Illescas, el 19 de noviembre de 1436, una real cédula a favor de Fr. Lope Barrientos, cuyas son estas palabras:

> «Por cuanto a mi noticia ha venido que en la Sierra de Francia, que es cerca de La Alberca e cerca de Granadilla, se ha descubierto una imagen de nuestra Señora, por la que se dice que nuestro Señor hace muchos milagros, lo cual podemos creer que así ha sucedido, y porque en la Sierra el servicio de la dicha Señora, la Virgen María, nuestra abogada, sea acrescentado y asimismo la devoción de las gentes, así por la más acrescentar, delibero y ordeno que, a reverencia de Nuestra Señora, sea fecha una casa o monasterio de la Orden de Santo Domingo de los frailes predicadores».

Y, mirando a las condiciones del sitio, que pudiera resultar poco habitable, añade la facultad de fundar casa «en amor de la dicha Sierra de Francia que fuese lugar continuamente habitable, o al pie de la dicha Sierra, si en invierno no fuese lugar habitable en las alturas de la dicha Sierra». Por la misma fecha, el provincial de Santo Domingo, Fr. Lope de Gallo, aceptaba la donación con el propósito de fundar un convento, y el 11 de junio de 1437 Fr. Juan de Villalón, confesor de la reina, tomó posesión con todas las solemnidades de uso, y asimismo recibió las cuentas de los mayordomos que hasta entonces habían ad-

ministrado el santuario. Cuatro meses más tarde tenía lugar la erección canónica del convento, uno de los seis que Fr. Luis de Valladolid había obtenido del papa Martín V en el concilio de Constanza, el año 1418.

Tales son los orígenes del santuario y convento de Nuestra Señora de la Peña de Francia. Pero bajo estas escuetas noticias hemos de ver la mano de Dios, que por medio de la Virgen derramaba sus gracias sobre las almas, y asimismo la generosidad de éstas, que ofrecen largas contribuciones, con las cuales se hizo posible la construcción de los edificios que forman el santuario en la cima de la peña.

Cuando el P. Villalón tomó posesión de la ermita, era ésta muy poca cosa, lo que hoy es presbiterio de la iglesia. A ella se agregó ésta, de estilo gótico, que aún subsiste; la hospedería, el convento, las capillas; todo esto levantado en gran parte con materiales subidos del llano. Y lo más difícil no era la construcción, sino la conservación de lo construido, lo que significa una lucha constante contra la fuerza de los elementos, que durante el invierno arruinan lo que en el verano se levantó. Entre los prodigios que la Virgen ha obrado en la Peña de Francia es preciso contar este de la persistencia del santuario. Pero la atracción de las almas hacia la áspera montaña era desde el principio extraordinaria. De los reinos de Castilla y de Portugal era continuo el concurso de los fieles con grande espíritu de penitencia. Muchos venían contando las gracias que habían recibido a la invocación de la Virgen de la Peña de Francia, y los padres capellanes de la Virgen desde el principio se impusieron el deber de tomar acta jurídica, con todas las formalidades de derecho, de semejantes gracias, que luego vinieron a ser los principales documentos de la historia del santuario. En ellos tenemos el eco de toda la historia militar de España, pues bien sabido es que las guerras traen consigo muchas calamidades, y en ellas quienes las sufren aprenden a levantar el corazón a Dios para pedir el socorro necesario. Esto aparte de la infinidad de tantos males como afligen a la pobre humanidad, por los que el Señor enseña a los hombres a humillarse y orar.

La Virgen de la Peña, desde lo alto de su asiento en que se descubre su santuario, era el consuelo de las almas afligidas des-

de las provincias norteñas de Galicia, Asturias y Vascongadas hasta las de Andalucía, extendiéndose también al reino de Portugal. Testimonio de esta devoción son los altares que en las iglesias se dedicaban a Nuestra Señora de la Peña de Francia y los santuarios que como filiales se erigían en muchas partes. Entre éstos se distingue el de La Cañiza, en la provincia de Pontevedra, del que tuvo origen el más célebre de Lisboa. Cuando en el siglo XVI los dominios de España y Portugal se extendieron por las tierras recientemente descubiertas y evangelizadas por ellos, se dilataba también la devoción de la Virgen de la Peña, así como la fundación de santuarios del mismo nombre, entre los que se distingue el de Naga, en la antigua provincia de Nueva Cáceres, en las Filipinas, cuya imagen fue coronada solemnemente el año 1924.

Durante cuatro siglos subsistió el santuario de la Peña, siendo fuente de gracias para las almas que a él acudían, sin otras alteraciones que las que trajeron las tropas napoleónicas, que por dos veces le visitaron. Pero el año 1835 los religiosos hubieron de abandonar la casa que con tantos esfuerzos habían levantado y conservado en lo alto del risco, y los bienes del santuario fueron vendidos, igual que gran parte de los de la Iglesia en España. Apenas el santuario quedó abandonado de sus antiguos moradores, los feligreses de Sequeros, con su párroco a la cabeza, subieron a la peña y, tomando la imagen, la instalaron en su santuario de Robledo, donde permaneció durante veinte años. En 1854 los albercanos obtuvieron de las autoridades que se les entregase la imagen, a la que se creían con más derecho, y en su iglesia parroquial estuvo hasta que dos años más tarde, volviendo los de Sequeros a reclamar lo que creían precioso tesoro, las autoridades civil y eclesiástica resolvieron restituir la imagen a su santuario. Hallábase éste en gran manera arruinado, y para ponerlo en condiciones de recibir la imagen y reanudar el culto se nombró una junta mixta de eclesiásticos y seglares encargada de recoger limosnas y ejecutar las obras necesarias. Con esto, el 8 de septiembre de 1859 la imagen de la Virgen fue restituida a su santuario y la tradicional fiesta de la Peña se celebró solemnemente. La imagen fue por entonces colocada en la capilla llamada de la Blanca, en el sitio de su invención. Por esta fecha, el

santuario, que había sido hasta entonces *nullius dioecesis,* fue atribuido a la de Salamanca, y desde entonces los prelados de la misma desarrollaron gran actividad por fomentar la devoción de la Virgen, a lo que los pueblos de la sierra correspondían generosamente. Pero ya la Virgen de la Peña no era la devoción del antiguo reino de Castilla y de Portugal. Éste se había olvidado de la peña desde que logró separarse de España. Entonces la piedad portuguesa se volvió a su santuario de Lisboa.

El año 1872, el día 17 de agosto, ocurrió en la peña un suceso que conmovió hondamente toda la región de la sierra. Unos individuos se presentaron en el santuario y con amenazas al ermitaño se llevaron la imagen y desaparecieron con ella. La impresión producida por el robo sacrílego fue hondísima. Cuáles serían los motivos del robo, no es fácil precisarlos. Probablemente creyeron los autores que era la imagen de gran valor material, engañados por la estima en que los fieles la tenían. Los ladrones no fueron habidos, y tampoco la imagen fue recobrada, no obstante los esfuerzos del Excmo. Sr. Lluch y Garriga, obispo entonces de Salamanca, y del Excmo. Sr. Martínez Izquierdo, que le sucedió. Para ocupar su lugar se llevó otra de la misma advocación que se veneraba en la iglesia de San Esteban, de Salamanca. El año 1889 aparecieron los restos de la antigua imagen, que fueron devueltos al P. Cámara por el superior del convento de San Esteban, P. Mateo Cifuentes, el cual los había recibido bajo secreto de confesión. Pero no era ya la antigua imagen, sino los restos de ella, que habían estado muchos años expuestos a la acción del agua. Comprobada la autenticidad de los mismos, el Sr. Obispo encargó a un artista de Madrid otra imagen, en la que embutió la porción hallada como preciosa reliquia. Con una vibrante pastoral, el Sr. Obispo anunció a la diócesis el hallazgo y la conducción de la nueva imagen al santuario que había ocupado la antigua.

En todos estos años, el servicio del santuario estuvo encomendado a un sacerdote como capellán y a una familia, que con el título de ermitaños asistían al sacerdote. Pero en 1900 el P. Tomás Cámara, OSA, hizo entrega de la administración del santuario al convento de San Esteban como único representante de la Orden de Santo Domingo en la diócesis, y el P. Francis-

co J. Valdés, de la misma Orden, ratificó el acto de su predecesor haciendo donación perpetua del santuario al convento de San Esteban.

La vida del santuario podemos decir que se reduce a los meses de verano, en los que es fácil la subida al risco y la estancia en él. Durante esos meses, los padres que desempeñaban el oficio de capellanes trabajaban en la restauración de las ruinas del santuario y en fomentar la devoción de los fieles. Mas para la obra de la restauración los recursos eran escasos, y el invierno deshacía lo que el verano había edificado. Sin embargo, siempre se podían notar los progresos fuera de la antigua hospedería, en la que éstos eran progresos de ruinas. Pero el año 1946 el capítulo provincial, celebrado en San Esteban de Salamanca, encomendó al P. Constantino Martínez la obra heroica de la restauración del santuario de la Peña de Francia. Era la hora de la Virgen, que había escogido a su servidor. El P. Constantino comenzó por convertir a la Virgen en misionera. Con su imagen recorrió los pueblos de la provincia, que la recibían como bajada del cielo. Esto avivaba la fe y la devoción y a la vez facilitaba recursos para la obra ingente de la restauración. Por este medio y otros que su devoción e ingenio le sugerían, logró en pocos años restaurar las ruinas de la hospedería, que vemos hoy convertida en un buen albergue de montaña; renovó la iglesia en gran parte, el convento y las capillas. El camino, que había sido construido por la Diputación de Salamanca, y cuya conservación hoy corre a cargo del Ministerio de Obras Públicas, ofrece fácil acceso a los coches, y con esto el concurso de los fieles crece, y también el de los aficionados a contemplar los grandes panoramas de la naturaleza que desde la cima del risco se descubren.

La obra de la restauración recibió su remate con la coronación solemne de la santa imagen, realizada el 3 de julio de 1952 por manos del cardenal Tedeschini, que, como legado de Su Santidad Pío XII, había presidido el Congreso Eucarístico de Barcelona, y con la proclamación por Su Santidad Pablo VI de la Virgen de la Peña por patrona canónica de la provincia civil de Salamanca, efectuada en 1966.

ALBERTO COLUNGA CUETO, OP

Bibliografía

COLUNGA CUETO, A., *Historia del Santuario de Ntra. Sra. de la Peña de Francia* (Salamanca 1944).

Hystoria y milagros de Nuestra Señora de la Peña de Francia: con las indulgencias concedidas a las personas que visitaren la dicha ymagen (Salamanca 1544).

• Actualización:

NIETO DE SILVA, F., *Historia de la invención y milagros de Nuestra Señora de la Peña de Francia. Memorias* (Madrid 1973).

RAIMUNDO SIERRA, A., *A los pies de mi patrona. Historia de la imagen de Nuestra Señora de la Peña y avatares de su santuario* (Zaragoza 1983).

SORIA HEREDIA, F., *El Santuario de Nuestra Señora de la Peña de Francia* (Salamanca ^{2}1988).

8 de septiembre

NUESTRA SEÑORA DE COVADONGA

Desde la creación del mundo preparó el Señor este rincón de la cordillera Cántabra para cuna de España. Picos que suben y suben, valles angostos, simas en vertical, bosques impenetrables, perenne verdor, riachuelos que se desploman de lo alto de las peñas. Aquí llegaron, antes del nacimiento de Cristo, los romanos, no sin haber dejado tendidas en los pasos de los puertos las más aguerridas de sus legiones; y apenas se atrevieron a asomarse a este laberinto de montañas los visigodos.

En la parte oriental de Asturias hay un recinto más selvático y más bravío. Son las peñas más altas y los valles más angostos: remolinos, repliegues y desgajaduras de un cataclismo geológico. La Geografía llama a estos lugares *Picos de Europa,* paraíso de cinegetas y alpinistas. En ellos trepan los osos y triscan las cabras salvajes y los rebecos y vigilan desde la altura las águilas reales. Hay lagos puros como el cristal y bosques vírgenes que no ha mancillado el hacha del leñador. Aún hoy, que la civilización humana ha roto el secreto de aquellos parajes, forzando el paso de puertos y cañadas con carreteras atrevidas, sólo penetran en parte de aquel círculo de Peñascos decididos escaladores o pastores nativos.

No es, por tanto, extraño que, ya de antiguo, se considerasen las montañas astures como murallas colocadas por la mano

de Dios. Los viejos cronicones comparan la solidez defensiva de estos riscos con los muros inexpugnables de la imperial Toledo. Por ello a estas breñas se acogieron los residuos godos del Guadalete, y en ellas encontraron seguridad y refugio, cuando a los comienzos del siglo VIII quedaron las gentes godas barridas por los ejércitos africanos.

Hundidas la monarquía y las instituciones, un cronista medieval nos transmite así el dolor de España:

> «Fincaba toda la tierra, vacía de pueblo, bañada de lágrimas, complida de apellido, huéspeda de los extraños, engañada de los vecinos, desamparada de los moradores, viuda e asolada de sus fijos, confundida de los bárbaros, desmedrada por llanto e por llaga, fallescida de fortaleza, flaca de fuerza [...] toda la tierra astragaron los enemigos, e las casas hermaron, los omes mataron, las cibdades robaron e tomaron».

Huyendo de la catástrofe, llegó a Asturias Pelayo, de la estirpe real de los godos. En Asturias reunió un pequeño grupo de guerreros cristianos y en los montes asturianos, propicios para emboscadas, vivió algún tiempo. La historia y la leyenda se mezclan para relatarnos los primeros años de Pelayo entre los repliegues cántabros. De él se dice que penetró un día, persiguiendo a un malhechor, en la gruta de Covadonga, que allí encontró un altar dedicado a la Virgen María, y a un ermitaño que daba culto a la imagen en aquella soledad. Pelayo perdonó en honor de la Virgen Santísima al fugitivo y, en cambio, el ermitaño predijo a Pelayo que sería el salvador de España en aquel mismo lugar.

Cronistas cristianos y árabes nos hablan de la batalla de Covadonga, y acaso los infieles puntualicen mejor que los cristianos y nos transmitan detalles más en consonancia con los hechos ocurridos. Unos y otros nos aseguran que en Covadonga hubo una gran lucha entre las aguerridas y numerosas tropas árabes, mandadas por Alkamán, y un grupo de cristianos acosados en una cueva, cuyo número los cronistas árabes calculan en trescientos, mientras que algunos cristianos los hacen llegar hasta tres mil. Se dio la batalla, con la derrota y destrozo de los mahometanos, y en aquel lugar comenzó el reino cristiano de Asturias, siendo Pelayo declarado rey del incipiente reino.

Cuando Pelayo se encerró en la cueva de Covadonga, aún la naturaleza se mostraba en toda su selvática soledad y fiereza que después había de transformar un tanto la industria del hombre, rellenando las simas y destrozando las estalactitas y haciendo el lugar cómodamente accesible, cuando, hasta bien entrado el siglo XVI, el sendero de peaje que conducía a Covadonga ni siquiera era practicable para las cabalgaduras.

A ochenta kilómetros, hacia oriente, de la capital asturiana, siguiendo la margen izquierda de un pequeño riachuelo, por el fondo de un valle apretado, parte de Cangas de Onís el camino de Covadonga. A medida que se avanza el valle se estrecha y las montañas suben. De pronto, se cierra el horizonte con peñas tajadas y cubiertas de boscaje. A la vuelta de una pequeña colina aparece el monte Auseva, desnudo su tercio inferior, cortado en talud y avanzando hacia afuera, donde se abre la cueva o «natural ventana» de que nos hablan las crónicas. Del fondo de la cueva se despeñan torrentes de agua, el Chorrón, que dicen los naturales. Es el único desagüe del río Orandi, que busca el valle a través de la roca del Auseva, llenando la cueva de rugidos y salpicando la montaña de espuma.

En esta cueva se encerró Pelayo con sus guerreros, alimentándose con la miel de las abejas silvestres que cuelgan sus panales en las hendiduras de la roca. Esta noticia nos la transmite la crónica árabe del *Ajbar Machmu'a,* y las abejas, laborando a través de los siglos, han llegado hasta hoy con sus panales por las grietas, y rubricando así la veracidad de las crónicas.

Según las cristianas, que, en lo substancial y en muchos de los detalles, van de acuerdo con las árabes, Tarik, caudillo de los mahometanos cordobeses, al conocer la rebeldía de Pelayo mandó contra él un ejército de 187.000 guerreros a las órdenes de Alkamán. Acompañaba al ejército agareno el arzobispo Opas, traidor a su patria y a su fe.

Al llegar el ejército musulmán frente a la cueva, se adelanta el arzobispo para hacer desistir a Pelayo de sus propósitos. Nada consiguió Opas con sus parlamentos y, ante el fracaso del emisario, manda el jefe árabe avanzar a los honderos y saeteros.

> «Los cristianos de la cueva —dice la crónica— no cesaban de suplicar día y noche a la Virgen María que hasta el día de hoy allí se venera. Y entonces se vio que las piedras mezcladas con los dardos

se volvían desde la cueva contra los mismos que las enviaban, a manera de densísimas nubes, impulsadas por el viento del Norte».

Al verse los árabes así confundidos, retrocedieron desbaratándose, al tiempo que cargaba Pelayo sobre ellos con sus cristianos. «Alkamán y Opas fueron muertos con ciento veinticuatro mil caldeos». Los setenta y tres mil restantes remontaron, huyendo, los Picos de Europa, hacia la Liébana y, al pasar por un valle del Deva, se desgajó un monte sepultándolos a todos.

La histórica batalla suele fecharse en el año 718 y, cuando escribía nuestro cronista, a los comienzos del siglo XII, casi todos los años daba señales el Deva de este desastroso final agareno, al crecer el río y descubrir y arrastrar despojos del sepultado ejército. La leyenda popular supone aún hoy petrificado al traidor Opas en un peñasco, un poco más arriba de Cangas.

La tradición siempre atribuyó al auxilio de la Madre de Dios este magnífico triunfo cristiano. Y es presumible que en Covadonga recibiese culto la Santísima Virgen antes de llegar Pelayo fugitivo a aquel lugar.

La etimología de Covadonga todavía no está determinada con exactitud. Quizá sea la más segura, y es, desde luego, la que abonan científicos de mayor peso, aquella que afirma que Covadonga originariamente se decía *Covadomna* o *Covadominica,* lo que vale tanto como *Cueva de la Señora.* Lo cierto es que, ya desde los primeros tiempos de la Reconquista, los reyes asturianos fundaron allí un monasterio para que los monjes que lo habitasen diesen constante culto a la Señora, madrina de España. Después fueron canónigos regulares de la Orden de San Agustín los encargados del culto mariano, y hoy son un cabildo secular, dos institutos femeninos y los niños de un seminario menor los que tributan a la Señora el obsequio que España le debe.

En los comienzos, fue en un simple altar de la cueva donde recibía la Madre de Dios el homenaje de sus devotos, en medio de aquella soledad. Después se fijaron unas vigas salientes y sobre ellas se levantó un templo de madera de regular capacidad —iglesia que se llamó *del milagro* por lo atrevido de su estructura— y se construyó una escalinata de piedra para llegar hasta la gruta.

A los pies de la montaña se levantó la colegiata, residencia de los canónigos, con una pequeña iglesia para el culto, mien-

tras arriba, en la cueva, tenía su habitación el ermitaño. Al final del siglo XIX se edificó, en un montículo cercano, una espléndida basílica. Otros edificios, religiosos y profanos, han ido ocupando el lugar que quedó cubierto con los 124.000 cadáveres de mahometanos.

De la Covadonga de aquellos tiempos ya casi no queda más que la roca, con el fácil acceso de un túnel que los hombres horadaron, el torrente que ruge, las abejas y sus panales, los árboles milenarios que han sido capaces de resistir las embestidas de la civilización. Hoy Covadonga ya no es lugar temeroso e inaccesible. Al santuario llegan a millares los devotos y los turistas, los amantes del deporte y de la naturaleza bravía.

La imagen venerada en la gruta ya no es la del ermitaño que Pelayo encontró. Un incendio destruyó, el 17 de octubre de 1777, todo *el templo del milagro.* Pereció la imagen sagrada, las reliquias, las alhajas que la piedad había ido acumulando en la santa cueva. No se salvó nada. Sólo quedaron los muros ennegrecidos y los sepulcros de Pelayo y Alfonso I que allí descansan acompañados de sus esposas, y seis arrobas de plata y oro fundidos que aparecieron en el Pezón, cavado por el torrente al pie de la gruta, procedentes del tesoro derretido por las llamas.

La imagen actual, la Santina de Covadonga, es relativamente moderna, pero hereda directamente de la primitiva el afecto de los asturianos y el agradecimiento de los españoles, porque allí, en Covadonga, en el chorro que ruge a sus pies, bautizó a España la Virgen María. Para valorar esta imagen hay que prescindir del arte y de las joyas. Su valor arranca de ese algo indefinible que de ella irradia y que sólo allí se puede sentir y que más que nadie sienten los asturianos. Por eso canta la copla:

La Virgen de Covadonga
es pequeñita y galana.
Aunque bajara del cielo
no hay pintor que la pintara.

Además, la imagen actual fue la canónicamente coronada en 1918, centenario de la batalla.

Cuando la cruzada, la Santina tuvo que dejar su cueva y se la llevaron a Francia. Fue un rojo asturiano, empleado de la Embajada de Madrid en París, quien custodió la venerada ima-

gen. Después la Santina volvió a España y recorrió Asturias triunfalmente. A su llegada repicaron todas las campanas del Principado. Los valles y los picos asturianos se llenaron con los ecos de los vivas dados a la Santina. Desde el alto de Valgrande, en el Pajares, hasta el Auseva, pasando por las cuencas mineras, Oviedo y Gijón, la marcha fue un acontecimiento nunca conocido. A hombros, entre masas humanas, con los ojos húmedos, iba pasando la grácil y diminuta figura de la Madre de España, al compás del estruendo de la dinamita. Iba más galana que nunca con el fajín de capitana y el bastón de general que le había concedido el Estado español. Entró en la cueva a hombros de cuatro generales. Y allí se quedó en la gruta restaurada.

Hasta ella siguen llegando los peregrinos que, con frecuencia, suben de rodillas los cien peldaños de la escalera que comunica el rellano con la gruta. Llegan peregrinos todos los días, pero especialmente el día 8 de septiembre, dedicado a la Virgen de Covadonga, de precepto en todo el Principado, si bien la conmemoración litúrgica se celebra al día siguiente. Vienen de todas las clases sociales y de todas las edades y, acaso con más devoción que nadie, las muchachas asturianas, a beber los siete sorbos de la *fuente del matrimonio,* un pequeño hilo de agua que mezcla su escaso caudal con el del *Chorrón.*

La novena que precede a la fiesta de la Santina es de las de rango. Llegan los asturianos a millares, muchos de ellos descalzos, con los pies sangrando, después de haber recorrido docenas de leguas. Y tienen que dormir a la estrella, arropados por la caricia del *orbayu,* porque, si no es debajo del manto de la Virgen, no hay posibilidad de proporcionar cobijo a tanto peregrino.

El día 8 de septiembre llegan las autoridades asturianas, sin faltar ninguna. Los Concejos asturianos, por turno anual, llevan ese día una espléndida ofrenda a la Santina. La Virgen sale de la cueva y recorre la explanada delante de la basílica, mientras el Auseva se estremece bajo las cargas de dinamita. Esto un año y otro año.

A la cueva han llegado todos los reyes de España de los últimos siglos; santos, como San Antonio María Claret... Un día llegó también un cardenal patriarca y se llevó consigo una reproducción de la imagen de Covadonga, para presidir su oratorio

patriarcal de Venecia, y luego aquella imagen ocupó en el Vaticano el lugar preferente de la capilla privada de la santidad de Juan XXIII. Todo se lo merece la Santina, madre y madrina de la Hispanidad, que le canta: «Bendita la Reina de nuestra Montaña, que tiene por trono la Cuna de España»...

ANTONIO VIÑANO

Bibliografía

CANELLA Y SECADES, F., *De Covadonga. Contribución al XII centenario* (Madrid 1918).
CAVEDA Y NAVA, J., *Examen crítico de la restauración de la Monarquía visigoda en el siglo VIII* (Memoria de la Real Academia de la Historia, 9; Madrid 1876).
CONDE DE CAMPOMANES, *Noticia de la antigüedad y situación del Santuario de Santa María de Covadonga en el principado de Asturias* (Madrid 1918).
LÓPEZ GARCÍA JOVE, L., *La batalla de Covadonga e historia del Santuario* (Oviedo [5]1945).
MENÉNDEZ PIDAL Y ÁLVAREZ, L., *La cueva de Covadonga, Santuario de Nuestra Señora la Virgen María* (Oviedo 1958).
• Actualización:
CANELLA Y SECADES, F., *De Covadonga. Contribución al XII centenario* (Oviedo 1998). Reprod. facsímil de la ed. de Madrid 1918.
PUENTE, R., *Covadonga. La historia, el santuario, los Picos de Europa* (León 2004).
SENDÍN BLÁZQUEZ, J., *Enigmas, historias y leyendas religiosas* (Madrid 2004).

NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE

Sucedió, según cuenta el hecho una sencilla leyenda rimada, allá mediado el siglo XIII. Nos hallamos en una región agreste, corazón de Extremadura, en los repliegues de los montes de Toledo vecinos al pico de las Villuercas, en la aldea de Alía. Un pastor, recontando el ganado a la hora del encierro, echó de menos una vaca. Partió a buscarla. Internóse por aquellos montes, robledales bravíos, buenos para la caza de osos en verano al decir del libro de *La montería,* hasta llegar a un riachuelo de arábigo nombre, el Guadalupejo (río escondido). Remontóle. A la derecha, desviándose de su curso y siguiendo probablemente los restos de una calzada romana, encontró, luego de pasados tres días, la vaca, muerta, pero intacta, respetada por las fieras. Sacó de la vaina un cuchillo de monte y se dispuso a desollarla. Comenzó, según costumbre, haciéndole en el pecho dos incisiones en forma de cruz. Y entonces...

El pastor vio a la Señora. La Señora Santa María le dijo:

> «Ve a comunicar a los clérigos de Cáceres que en el sitio donde yace tu vaca hay enterrada una gloriosa imagen mía. Quiero la desentierren, le erijan una capilla y le tributen el culto debido, porque mediante ella yo derramaré misericordias. Vendrán gentes de todas las tierras y haré innumerables milagros. Que se dé a todos cuantos vengan a visitarme comida y hospedaje gratuitos. Y será edificado un pueblo».

Desaparecida la visión y preso de la emoción consiguiente, contempló el pastor con asombro que la vaca, resucitada, pacía quieta a la sombra de un roble, conservando entre las patas delanteras una cicatriz en forma de cruz.

Marchó a la ciudad. La Virgen quiso confirmar su mensaje resucitando a un hijo del pastor que acababa de morir. Con ello consiguió persuadir a los clérigos, que se encaminaron en algún número al lugar del prodigio. Allí efectivamente encontraron enterrada una antiquísima imagen. Le construyeron con premura una capilla de ramaje y cortezas de alcornoques.

Dice la leyenda que junto a la imagen se conservaba un pergamino declarando su procedencia.

Había pertenecido al papa San Gregorio, quien le profesaba suma devoción. Un día la peste asoló a Roma, y el papa determinó sacarla en procesión de rogativas. Durante ella el papa vio aparecer un ángel sobre el sepulcro de Adriano (llamado luego por esto castillo de Sant'Angelo) envainando una espada ensangrentada y un coro de ángeles cantando, como señal de que el azote de Dios cesaba por la intercesión de María, la antífona *Regina caeli, laetare.*

El papa envió la imagen a San Isidoro de Sevilla por medio de su hermano San Leandro para que presidiera los destinos de la España recién convertida y unificada. Y, cuando la invasión sarracena amenazó Sevilla, los cristianos huyeron, llevándose nuestra imagen con las reliquias de aquella familia de santos para enterrarla en lugar seguro, como hicieron cerca del Guadalupejo en el lugar que mejor les pareció.

Inmediatamente comenzaron los milagros y el afluir de las gentes. Ya en 1329 consta históricamente de la existencia de una capilla dotada con algunas tierras, junto a la que se levantaban hospitales para peregrinos y enfermos. Entre aquellas gentes piadosas no era el menos devoto Alfonso XI, rey de Castilla.

Viendo este rey que la ermita amenazaba ruina, mandó construir el hermoso templo que hoy se conserva (1330-1335). Poco después, habiéndose encomendado a Nuestra Señora en la batalla del Salado, le atribuyó su victoria, y en agradecimiento declaró al monasterio de patronato real y lo constituyó en priorato. Como dice un historiador, «desde entonces quedó consagrada esta santa casa como santuario real, y las glorias españolas, lo mismo que sus desgracias, comenzaron de consuno a girar en torno del hermoso trono de la reina de Altamira, de la Morenita de las Villuercas».

En 1346, el segundo prior del monasterio lo transforma en un impresionante castillo a fin de protegerlo de las incursiones de las ciudades vecinas. Y ya en 1383 es tan grande la afluencia de peregrinos procedentes de todas partes, que el arzobispo de Toledo, Pedro Tenorio, se ve compelido a construir el famoso puente sobre el Tajo que lleva su nombre («Puente del Arzobispo») con objeto de facilitarles el paso.

Pocos años después, en 1389, viendo el rey que la importancia del santuario crecía sin cesar y que la afluencia de los peregrinos y el correr de los milagros aumentaban continuamente, comprendió la necesidad de una comunidad religiosa que lo sostuviese y se dedicara exclusivamente al culto de Nuestra Señora. Así en el año 1389 llegaron al monasterio 31 monjes de la recién nacida Orden de San Jerónimo, llevando al frente a uno de sus cofundadores, el P. Yáñez, a quien Enrique III quiso para arzobispo de Toledo, sin poderlo recabar de su modestia.

Desde estos momentos, la Virgen no parece cansarse de prodigar sus gracias desde el monasterio. A sus pies encontraron los grandes hombres y mujeres de la España de oro el aliento y el espíritu cristiano y caballeresco que les impulsó en sus empresas. Todas las grandezas de España se forjaron a sus pies.

Sería imposible enumerarlas. Recordemos solamente algunos de los nombres más ilustres y hechos más significativos:

La casa de Trastámara tuvo extraordinaria devoción a la Virgen. Para ayudar a Juan I en la batalla de Aljubarrota se vendió su primer trono. Juan II se buscó entre los monjes del monasterio un consejero a la muerte del valido D. Álvaro de Luna. Doña María de Aragón y Enrique IV (enterrados en el monas-

terio) tuvieron por confesor al extático P. Cabañuelas, de quien se cuenta uno de los milagros eucarísticos más célebres de España.

La vida de los Reyes Católicos dice estrechísima relación con Guadalupe. En 1464, teniendo Isabel trece años, se celebra en el santuario su primer concierto matrimonial con el portugués Alfonso V, y el segundo en 1469. Más de veinte veces vino ella al monasterio con diversos motivos, y siempre en busca de la sombra de la Virgen, ordenando por último que su testamento fuese conservado siempre en el monasterio. Yendo a Guadalupe, visitó la muerte a su esposo D. Fernando, quien ya había sido librado, por intercesión de la Virgen, del atentado que sufrió en Barcelona el 1492.

Bien sabido es que durante el reinado de Fernando e Isabel se realizan dos gestas que van a definir para siempre el perfil y la misión histórica de España en el mundo: la integración nacional y unidad religiosa por la toma de Granada y la conquista y cristianización de América.

Devotamente se encomendó a Nuestra Señora la reina Isabel, mediante las oraciones de los monjes, cuando la guerra de Granada. Una vez conquistada la ciudad, en el mismo día se apresuró a enviar la siguiente carta, que se conserva en el archivo de la casa:

> «Devoto Prior: Ya sabéis cómo vos hice saber muchas veces la entrada del Rey mi Señor a conquistar el reino de Granada, por que rogásedes a Dios Nuestro Señor le diese la victoria de aquellos enemigos de nuestra Santa Fe Católica. Agora vos hago saber cómo ya, bendito Nuestro Señor, le plugo dar al Rey mi Señor esta victoria que hoy, dos días de este mes de enero, se nos entregó la ciudad de Granada con todas sus fuerzas y sus tierras. Lo que vos escribo solamente para que hagáis gracias a Dios Nuestro Señor que tuvo por bien de vos oír, y dar en esto el fin deseado.— De la ciudad de Granada, dos días de enero de 492 años. Yo, la Reina».

Y el 9 de junio vinieron los dos reyes a dar personalmente gracias a la Virgen, trayéndole innumerables trofeos de la batalla.

En Guadalupe se firmaron en 20 de junio de 1488 las cartas reales a Juan de Peñalosa, dándole facultades para que «constriñades a los maestres y gentes dellas (las carabelas) que fueren

menester, que vayan con él (Colón) para que las puedan llevar a donde por Nos le ha sido mandado».

Si por la Virgen pudo comenzarse el viaje, por la Virgen se pudo terminar, porque, cuando al regreso les asaltó durísima tempestad en las islas Azores, se encomendaron a Santa María de Guadalupe, prometiendo ir aquel a quien designare la suerte a llevarle un grueso cirio a su casa, siendo el mismo Almirante el designado para traerlo. Por eso en el segundo viaje puso el nombre de Guadalupe a la primera isla descubierta —Turuqueira— y a los pies de la imagen (29 de julio de 1496) consagró las primicias espirituales del Nuevo Mundo, ya que hizo bautizar a los dos primeros indios que recibieron este sacramento en España.

Si a ello añadimos que los grandes conquistadores de América, nacidos al amparo de la Virgen de Guadalupe en la región extremeña (Pizarro, Cortés, Ovando, etc.), aprendieron desde niños a encomendarse a ella, no nos extrañará que llevasen su devoción al Nuevo Mundo y acudiesen a ella en sus momentos difíciles, como hizo señaladamente Cortés, quien, cual prenda de agradecimiento, le envió en una ocasión una hermosa lámpara y un alacrán de oro. Así encontramos el nombre de la Virgen de Guadalupe extendido por toda la geografía americana: desde el Tepeyac, en México, hasta Lima, pasando por Guápulo (Quito).

Potosí, Sucre, Pacasmayo, Ica, Chuquiabo, Misque, Trujillo, Cochabamba y Oruro.

Cuando el rey de España Alfonso XIII le ciñó hermosísima corona como representante de tantos antecesores suyos en el trono y en la devoción, pudo leerse en ella: *Regina Hispaniarum, ora pro nobis* (Reina de las Españas, ora por nosotros); reconocimiento de esta atribución suya de realeza sobre toda la Hispanidad.

Porque no fue solamente América, sino todo lugar donde lo español puso su planta. El Gran Capitán, su devotísimo, la llevó por Nápoles, Palermo, Mesina. Ella ayudó a Cisneros en la conquista de Orán, y Cisneros, en buena ley de caballería andante a lo divino, le envió 300 cautivos por él libertados para que le dieran gracias, viniendo luego también él para hacerlo personalmente.

Estuvo presente en Lepanto con D. Juan de Austria; con Felipe II en la guerra contra los moriscos de Granada; con D. Sebastián de Portugal en la guerra de Marruecos (precisamente fue en Guadalupe donde Felipe II le negó ayuda militar y la mano de su hija Isabel Clara); y presidió las negociaciones que llevaron a la unidad ibérica en tiempo de este rey.

La invocó el conde-duque de Olivares en la batalla de Fuenterrabía; Álvarez de Sotomayor en la batalla de Budapest contra los turcos (1686), y le envió su corazón para que yaciera siempre a sus pies; el conde de Alcaudete en las batallas de Temeswar (1716) y de Belgrado (1717). La llevaron a Flandes el duque de Alba e Isabel Clara Eugenia; a Hungría el emperador Fernando; Carlos V a Alemania; a Inglaterra la desgraciada María Tudor. Y le rodeó todo el esplendor de la España de los Austrias, cuyos reyes la visitaron innumerables veces, le ofrecieron sus mejores exvotos, propagaron su devoción por el mundo. Hasta Polonia, el Congo, Grecia, conocieron y rezaron al Señor por intercesión de la Virgen de Guadalupe; hasta la lejana India, adonde la llevaron los portugueses.

Brilló peculiarmente el poder de Nuestra Señora en la liberación de cautivos, de forma tal que a sus devotos se les daba trato de especial vigilancia en los mercados de esclavos de Berbería por la presteza con que alcanzaban libertad. Cautivo insigne que supo esto por experiencia fue Miguel de Cervantes, quien vino a ofrecerle sus cadenas después del cautiverio de Argel. Ya en el siglo XV daba testimonio un viajero alemán de que colgaban de las paredes del templo cadenas de cautivos libertados en cantidad tal, que no se podrían transportar ni con 200 carros. Muchos de ellos servían, como agradecimiento, a las obras del monasterio. Hubo quienes, imitados luego por gentes de toda condición y estilo, se consagraban al servicio de la Virgen de por vida mediante voto de esclavitud perpetua, primera forma de esclavitud mariana conocida en la Iglesia.

Y fue San Juan de Dios quien escuchó en Guadalupe de labios de la Virgen la orden de consagrarse al cuidado de los enfermos, que eran atendidos, por otra parte, en el monasterio con tanto esmero, que llegaron a ser mundialmente famosas sus escuelas de medicina, donde se practicó por vez primera en Europa la autopsia.

La casa de Borbón, menos afecta al santuario, recibió también muchos beneficios de la Virgen. El monasterio ayudó mucho a Carlos III en la guerra contra Inglaterra; a Carlos IV contra la revolución francesa; a Godoy contra Inglaterra. Y cuando la invasión francesa asoló España, el monasterio se volcó exhaustivamente en ayuda de los patriotas, empeñando todas las alhajas de la Virgen.

Luego vinieron los años negros. En 1835 la exclaustración terminó con lo poco que dejaron los franceses, y poco a poco la inmensa mayoría de los españoles olvidaron a la Virgen de Guadalupe. Su monasterio fue en gran parte destruido; sus riquezas, aventadas; sirvió hasta de cuartel.

En 1908 comenzó su restauración material y espiritual. Se hicieron cargo de la empresa los hijos de San Francisco de Asís, que tanto habían propagado su devoción por América. Alfonso XIII y el primado de las Españas quisieron reparar tanta ingratitud coronándola solemnemente en 1928. Luego Ella volvió a proteger a sus hijos, y de nuevo tornó a difundirse su devoción y sus milagros. Fue decisiva su milagrosa intervención en la guerra de 1936, y desde entonces su culto fue aumentando más y más, porque ella es aquí, en Guadalupe, reina y madre de misericordia, sanadora de almas y cuerpos.

No cabe duda de que la Virgen se ha manifestado en Guadalupe como reina de las grandezas de España, «reina de la Hispanidad». Ella templó espíritus para obras grandes —Reconquista, unidad hispana político-religiosa, conquista de América, Imperio español, lucha contra los turcos—, imprimiendo a los momentos más esplendorosos de nuestra historia un sello espiritual, católico, mariano. Ahora bien, el recuerdo de las glorias pretéritas sólo debe servirnos para incitarnos al hacer.

Pensar lo que significa la Virgen de Guadalupe en la historia espiritual de España y del mundo, debe enseñarnos a acudir a ella para adquirir a sus plantas ese espíritu caballeresco y cristiano indispensable a la gran tarea que llama a nuestros corazones. Cada uno de nosotros debe ser un conquistador, un misionero. Y todos podemos serlo si confiamos en su ayuda y nos apoyamos en su intercesión. No se trata de que volvamos a soñar con pasadas grandezas imperiales estilo siglo XVI —la historia no

suele volver—. Hemos de ser más generosos, más espirituales, vivir nuestra hora; se trata de un quehacer más amplio y de mayor ambición: ganar el mundo —el mundo de hoy, el mundo del porvenir sobre todo— para Cristo.

PEDRO DE ALCÁNTARA MARTÍNEZ SENDEROS, OFM

Bibliografía

ÁLVAREZ, A. - SARRABLO, E. - CORREA, A., *Inventario del Archivo del Real Monasterio de Guadalupe* (Madrid 1958).
FLORIANO, A., *Guadalupe. Guía histórico-artística del Monasterio* (Cáceres 1953).
GRACIA VILLACAMPA, C., *La Virgen de la Hispanidad* (Sevilla 1942).
Libro de la invención de la Virgen de Guadalupe (Cáceres 1953).
RUBIO, G., *Historia de Nuestra Señora de Guadalupe* (Barcelona 1926).
— *Grandezas de Guadalupe* (Madrid 1924).
• Actualización:
CARRANZA, A., *Los misterios de la Virgen de Guadalupe* (Barcelona 1992).
CODESAL MARTÍN, A., *La Virgen de Guadalupe* (Sevilla 1987).
SENDÍN BLÁZQUEZ, J., *Enigmas, historias y leyendas religiosas* (Madrid 2004).

9 de septiembre

NUESTRA SEÑORA DE ARÁNZAZU

A 50 kilómetros de Vitoria por carretera, escondido en las estribaciones fragosas que separan a las dos provincias hermanas de Guipúzcoa y Álava, se halla situado el célebre santuario mariano de Nuestra Señora de Aránzazu, patrona de Guipúzcoa. El lector que quiera conocer con más exactitud su emplazamiento geográfico no tiene más que trazar sobre el mapa una circunferencia que atraviese las localidades alavesas de Salvatierra y Araya, las navarras de Ciordia y Alsasua, y las guipuzcoanas de Cegama, Legazpia, Oñate, Mondragón y Salinas de Léniz, para venir a cerrarla otra vez en Salvatierra. En el centro aproximadamente de esta circunferencia, en terreno de Guipúzcoa y jurisdicción de la villa de Oñate, se encuentra el santuario de la Virgen de Aránzazu. El escenario es de una orografía impresionante: verdadero dédalo de montañas, peñascales y barrancos. La fábrica del santuario está literalmente colgada al

borde del precipicio, cual nido de águilas. Al sur corta el horizonte la ondulante línea de la sierra de Elguea. Al norte y nordeste se prolongan en cadena los macizos de Aloña y del Aizgorri. Entre este último monte y el santuario, a 1.200 metros sobre el nivel del mar, se despliega, a manera de gracioso regazo, la idílica meseta de Urbia, estación prehistórica y zona de pastoreo durante el verano. A pocos kilómetros del santuario discurrían antaño las tres vías o arterias principales por las que Guipúzcoa hacía su comercio con Castilla, a saber: la que pasaba por el túnel natural de San Adrián, muy cerca del punto donde se juntan las tres provincias de Guipúzcoa, Álava y Navarra; la llamada calzada de Calahorra, abierta al socaire del monte de San Juan de Artía, y la del alto de Arlabán, en Salinas de Léniz. Excepto esta última, las otras dos quedaron abandonadas al construirse las modernas carreteras. Mejor dicho, la primera se ha desplazado unos pocos kilómetros al este, y convertida en carretera nacional Irún-Madrid, es la que pasa actualmente por el puerto de Echegárate.

Para el que quiera conocer los orígenes históricos del santuario de Aránzazu, el informador y guía insustituible es el historiador mondragonés Esteban de Garibay y Zamalloa, que en 1571 publicó en Amberes su monumental *Compendio historial* de los reinos de España, dividido en 40 libros. Esta obra es la primera historia general de todos los reinos que integraban la monarquía española. Dieciocho años antes, en 1553, un incendio había reducido a pavesas el monasterio de Aránzazu con todas sus dependencias, salvo la iglesia, y con este desgraciado accidente se destruyeron las Memorias y documentos relativos al principio y fundación, que, sin duda, existirían.

Garibay es, pues, hoy por hoy, la fuente más antigua que poseemos para conocer los principios de Aránzazu. En su *Compendio historial* dedica un capítulo entero a este santuario: el capítulo 25 del libro XVII. Si a primera vista puede parecer un tanto chocante el que en una historia general de España se haga una mención tan detenida de Aránzazu, la extrañeza se disipará al saber que Garibay era natural y vecino de Mondragón, y descendiente de Oñate, villas ambas muy cercanas al santuario y muy vinculadas al mismo, y que un hijo del propio historiador, de nombre Crisóstomo, fue religioso del monasterio de Aránzazu.

Garibay, pues, al historiar el reinado de Enrique IV de Castilla, informa lo que sigue:

> «En estos tiempos de tanta calamidad y miseria, la Virgen María, Madre de Dios y Señora nuestra, tuvo por bien de visitar a la región de Cantabria [sabido es que Garibay creía que la antigua Cantabria que tuvo en jaque a las legiones de Augusto estuvo situada en Guipúzcoa] con una santa y devota imagen suya, que por divina providencia apareció en un profundo e inhabitable yermo del término de la villa de Oñate, en las faldas de la grande montaña, llamada Aloya [sic, hoy decimos Aloña], que pasó, de esta manera, según tengo relación cierta de un viejo de ciento siete años, que al tiempo que la santa imagen se halló, era mozo de diez años, y de otros de a noventa y más años. En este año de 1469, uno más o menos, un mozo, que guardaba ganado, llamado Rodrigo de Balzátegui, hijo de la casa de Balzátegui, de la vecindad de Uribarri, jurisdicción de la dicha villa de Oñate, guardando las cabras de su casa en las faldas de la dicha montaña de Aloya, un día sábado, que es dedicado a la Virgen María, descendió por sus vertientes abajo, guiado por la mano de Dios, a lo que piadosamente se debe creer. Cuya inmensa Majestad siendo servido, que dende en adelante, fuese en aquel desierto perpetuamente loado y ensalzado su nombre y el de la Reina de los Ángeles, Madre suya y Protectora nuestra, siendo de los fieles cristianos de diversas partes aquel lugar visitado y reverenciado, permitió que a este mozo pastor se le apareciese en aquel profundo sobre un espino verde, una devota imagen de la Virgen María, de pequeña proporción, con la figura de su hijo precioso en los brazos, y una campana, a manera de grande cencerro, al lado. Esto sucedería en tiempo de verano, pues a tal lugar, ajeno de pastos de invierno, llevaba su ganado. De este caso tan impensado, se admiró el pastor, y juzgándolo por cosa de Dios, rezó la Ave María y otras oraciones que sabía, y luego con grande reverencia, cubriendo la santa imagen con ramas y otras cosas, que a mano pudo haber, ya que vino la noche, volvió con el ganado a su casa. Donde refiriendo el caso, y siendo después avisada la villa y regimiento de Oñate, con la justicia concurrió mucha gente del clero y pueblo, guiándolos el pastor, y con harto trabajo, llegados al lugar, hallaron la santa imagen, puesta en el espino verde. Entonces con grande hervor y devoción, hincándose todos de rodillas, dieron muchos loores y gracias al omnipotente Dios, y a la Virgen y Madre suya, porque con tan preciosa joya, y en semejante lugar puesta, que no carecía de grande misterio, los había querido visitar del cielo».

Éste es el relato que hace Garibay de la misteriosa aparición o hallazgo de una imagen de la Virgen por el pastor Rodrigo de Balzátegui, sobre un espino, árbol que en vasco se llama *arantza*,

de donde parece que vino el llamar a este santuario con el nombre de Aránzazu. Este mismo relato, más o menos exornado con detalles y aditamentos legendarios, ha sido ampliamente cantado y difundido por la poesía popular vasca de carácter oral.

Cabe preguntarse si es todo historia o si hay mezcla de leyenda en este relato recogido a cien años de distancia de los sucesos. No deja de ser curioso —y ello más bien acredita su historicidad— que Garibay, después de habernos dado esta versión, nos dice que existen también otras variantes del relato. Dice, por ejemplo, que, según otros, la imagen fue hallada por una pastora, llamada María de Datuxtegui, de la misma vecindad de Uribarri, «y otros refieren otras cosas»; pero el concienzudo historiador da como única versión auténtica la arriba transcrita y dice haber sido testificado de ello «por hombres muy viejos y ancianos y fidedignos [...] después de mucha diligencia». Dice también que los primeros religiosos que habitaron el santuario «solían hacer muchas caricias y honra al Rodrigo, como a persona a quien la santa imagen fue revelada». De hecho, hasta el día de hoy subsiste la casería de Balzátegui en el dicho barrio de Uribarri. Y el sagaz historiador de nuestros días, padre Adrián de Lizarralde, ha hallado entre los papeles del archivo de Oñate dos Rodrigos de Balzátegui, padre e hijo, que en 1489 dieron el uno treinta maravedíes y el otro dos maravedíes para ayudar a la reconstrucción de la rúa nueva de Oñate, que se había incendiado ese año. El primero de dichos Rodrigos muy bien puede ser el afortunado pastor que halló la imagen.

El momento histórico en que tuvo lugar la misteriosa epifanía de la Virgen de Aránzazu queda harto insinuado con las palabras de Garibay: «En estos tiempos de tanta calamidad y miseria». Es de sobra conocido el estado de Castilla, y de España en general, por los años de Enrique IV. Años de anarquía, turbulencias y feroces desórdenes. Eran los últimos coletazos de una nobleza de tipo feudal, levantisca, que se insolentaba ante un rey débil y tenía a la nación en perpetuo desasosiego y luchas intestinas. En las provincias vascongadas hallamos el mismo fenómeno: los llamados parientes mayores, especie de nobleza a imitación de la de Castilla, asolaban el país con sus luchas de

banderizos. Con la subida de Isabel al trono de Castilla, todo esto acabará para siempre. Los municipios vascos se unen entre sí para defenderse contra las pretensiones de los caciques y consolidan su autonomía. Únicamente Oñate, feudo del conde de Guevara, conocerá aún, por excepción, una anacrónica prolongación y supervivencia del régimen de vasallaje, que duró hasta el siglo XIX.

Cuando Garibay escribía, las luchas de bandos que habían ensangrentado el país a fines de la Edad Media ya habían pasado a la historia, pero su recuerdo estaba aún fresco y vivo, y Garibay relata con cierta delectación y morosidad muchos episodios de ellas, pues él mismo pertenecía a una de las más ilustres familias, que había tomado parte activa en aquellas luchas. Y no olvidemos que Ignacio de Loyola, el santo fundador de la Compañía, es otro vástago de aquellas familias rudas y altivas, que tanta guerra dieron con sus turbulencias.

La manifestación de la Virgen de Aránzazu, coincide, pues, de hecho cronológicamente con la finalización de la luctuosa época de las guerras de bandos y con el inicio de una nueva era de paz y prosperidad bajo el signo de un más auténtico cristianismo. Y por esto, sin duda, la Virgen de Aránzazu ha sido considerada tradicionalmente como la pacificadora de los odios y discordias y el símbolo de la nueva época. El advenimiento de la Andra Mari de Aloña clausura la Edad Media con sus restos de paganismo y su secuela de odios y luchas fratricidas, y abre la puerta a la Edad Moderna, edad de paz, de prosperidad, de un robusto y acendrado cristianismo, la edad, en fin, de las grandes empresas en Europa y ultramar.

En 1686 el padre Juan de Luzuriaga publicará en México la primera historia de la Virgen de Aránzazu con el pomposo título de *Paraninfo celeste. Historia de la mística zarza, milagrosa imagen y prodigioso Santuario de Aránzazu.* Cuatro años más tarde, o sea en 1690, la obra se reeditó en San Sebastián. Su autor, que era alavés, había vivido largos años como religioso del santuario. Desplazado luego a México, concentrados y avivados por la lejanía sus recuerdos, escribe y publica allí su historia. En su relación figuran ya muchas estructuras metahistóricas y en todo el libro se respira un pesado ambiente de maravillosismo y alegoría,

muy del gusto de la época. Para el padre Luzuriaga es incontestable que la imagen de la Virgen de Aránzazu ha sido hecha por el mismo Dios; si ya no es que a sus palabras se deba dar el valor de un puro género literario. En realidad, la imagen de la Virgen de Aránzazu, según los entendidos, es del siglo XIII, y por su estilo, traza y características entra de lleno en el género de las llamadas imágenes góticas o *Andra Maris,* que el padre Lizarralde ha descrito conforme al consabido esquema. La Madre aparece sentada en su trono, con atuendo y diadema de Reina; su actitud, un tanto hierática, está dulcificada por la belleza y perfección de sus formas humanas. Sobre su rodilla y mano izquierda descansa el Niño, desnudo, y mucho más toscamente logrado que la Madre. En su mano derecha la Virgen ostenta una bola, que no se sabe si es símbolo del mundo o de la realeza, o una alusión a la manzana del paraíso. La efigie es sumamente diminuta, pues sólo mide 36 centímetros de largo. Otro detalle digno de mención es la materia de que está hecha, ya que la Virgen de Aránzazu es de piedra, cuando todas las otras tallas de alguna antigüedad en la región son de madera. Complemento esencial de la imagen de la Virgen de Aránzazu es la campana, a manera de grande cencerro, con que la halló el pastor. Ambas piezas, la imagen y la campana, se han conservado hasta el presente. Desde el siglo XVII la imagen se presenta a la veneración de los fieles revestida de mantos y telas que en realidad la ocultan y desfiguran su verdadera traza y proporciones reales.

A todo esto, ya se sabe cuál es la primera pregunta que espontáneamente viene a los labios: ¿Quién puso la imagen en aquel abrupto lugar donde la halló Rodrigo y qué es lo que con ello pretendía? Vana pregunta, para la que no se halla respuesta. Se ha pensado en algún penitente que se habría retirado a aquellas soledades a llevar vida ermitaña y que sería el dueño de la imagen y de la campana, pero todo ello no pasa de ser una pura conjetura. Evidentemente los contemporáneos vieron algo de milagroso o de providencial en las circunstancias que rodearon al misterioso hallazgo. Considerando que era voluntad del cielo que la imagen fuera venerada allí mismo donde se había manifestado, se le construyó una humilde ermita en el lugar, y pron-

to empezaron a afluir los devotos y peregrinos. De nuevo es Garibay quien tiene la palabra:

> «Las villas más cercanas que este santo lugar tiene, siendo Oñate y Mondragón, no tardaron, unánimes ambos pueblos, en instituir una cofradía. Los benaqueros de Mondragón, que son gentes que por causa de su oficio (que es de sacar debajo de tierra metales de acero y hierro) son diestros en romper peñas y cosas fragosas, comenzaron, siendo ayudados de los tenaceros de la misma villa (que son los que labran el acero), a romper y allanar los caminos. En lo cual, siéndoles grande ayuda los de Oñate, trabajaron tanto, que no pararon hasta hacer senda y camino por toda aquella fragosidad y aspereza, de modo que los peregrinos pudiesen con menos trabajo andar».

Muy luego se pensó en traer a Aránzazu una comunidad de religiosos varones, que estuviesen al servicio de la imagen y de los peregrinos. Y vinieron, en efecto, los mercedarios, procedentes de Burceña (Vizcaya). Pero para cuando éstos llegaron había ya en el lugar unas piadosas mujeres o señoras. Y sea que éstas no quisieron ceder sus derechos sobre la ermita y la imagen, sea por otras causas, lo cierto es que los mercedarios abandonaron pronto el lugar. Tras los mercedarios surge, por una especie de generación espontánea, una comunidad de tercerones franciscanos, cuyo jefe, fray Pedro de Arriarán, había pertenecido a la comunidad de mercedarios y se había negado a seguir a éstos en su éxodo. Dicho fray Pedro era hijo de una de las beatas más principales y adictas a la Virgen de Aránzazu, llamada doña Juana de Arriarán. Cuando el cardenal Cisneros acometió la reforma de las Órdenes religiosas de España, y singularmente de la franciscana, los tercerones de Aránzazu se pasaron a los dominicos, y éstos se posesionaron del lugar. Después se siguió un pleito enojoso, que se substanció en la Rota Romana, entre la Orden dominicana y la franciscana, pues esta última reclamaba sus derechos sobre la casa de Aránzazu. El pleito se falló a favor de los franciscanos, quienes se posesionaron definitivamente del lugar en 1514.

Siete años después subía a Aránzazu el peregrino más ilustre que el santuario ha conocido en su historia casi cinco veces secular: San Ignacio de Loyola. En 1520 los navarros se habían sublevado contra el rey de Castilla, ayudados de los franceses que penetraron en Navarra y coincidiendo con la revuelta de los

Comuneros. Íñigo de Loyola voló a prestar sus servicios al rey de Castilla. Pero en la defensa de Pamplona cayó herido y la ciudadela hubo de capitular. Portado sobre parihuelas, el valiente capitán fue trasladado a su casa de Loyola. El itinerario más probable que la comitiva siguió, y que el padre Recondo, SI, ha descrito en *Razón y Fe* (1956, t.153, p.205ss), pasa por el alto de San Juan de Artía, casi rasante con Aránzazu. Desde allí el enfermo pudo divisar, al entrar de Álava en su tierra nativa de Guipúzcoa, el aún reciente santuario, que ya gozaba de relativa celebridad en la región.

Después de pasar largos meses en Loyola luchando entre la vida y la muerte, Íñigo es visitado por la gracia y decide trocar el servicio del rey temporal por otro más alto servicio a un más alto Rey. Y su primera salida de Loyola es para subir a postrarse a los pies de la Virgen de Aránzazu, ante cuya imagen veló una noche y probablemente hizo su voto de castidad. Después traspuso nuevamente el alto de San Juan de Artía y se dirigió a Navarrete a despedirse del duque de Nájera. De aquí se encaminó a Montserrat y a Manresa. La visita de San Ignacio a la Virgen de Aránzazu fue a principios de 1522. De ella habla el propio fundador de la Compañía en una carta dirigida a San Francisco de Borja y fechada en Roma en 1554.

No vamos a seguir narrando las vicisitudes ulteriores del santuario mariano de Aránzazu: su vinculación con personajes célebres de Guipúzcoa, como Legazpi, el conquistador de las Filipinas; Elcano, primero que realizó el viaje de circunnavegación a través del globo; el almirante Oquendo, etc. Aunque el santuario de Aránzazu se halla metido tierra adentro, alejado de la costa, ya Garibay hacía notar que los más devotos de esta Virgen y los que más experimentan su protección eran los *mareantes*. Nada diremos tampoco del arraigo de la devoción a esta Virgen en toda la región vasco-navarra y su irradiación en ultramar. Ni de los tres incendios generales que el santuario ha padecido, uno en el siglo XVI, otro en el XVII y otro en el XIX, seguido este último de la exclaustración y supresión de los religiosos en España. Iniciada la restauración en el último cuarto del siglo XIX, a poco fue la Virgen de Aránzazu coronada canónicamente (1886), y en 1913 declarada patrona de Guipúzcoa. Actualmente Aránzazu es el convento principal que posee la

provincia franciscana de Cantabria, el lugar donde ella tiene instalado su Estudio de Teología y su Escuela Seráfica, vivero en que se forman las vocaciones franciscanas y plantel de futuros misioneros, que desde aquí parten a todos los territorios encomendados a dicha provincia: a Cuba, Paraguay, Uruguay, Argentina, Bolivia y —desde que el comunismo cerró las puertas de China— también al Japón.

Para el pueblo fiel, Aránzazu sigue siendo lo que siempre fue: un lugar de peregrinación, un centro espiritual, adonde acude a renovarse espiritualmente mediante la recepción fructuosa de los sacramentos de penitencia y comunión y la intensificación de su piedad mariana. En consonancia con esta finalidad de renovación espiritual, funciona desde hace algunos años una casa de ejercicios espirituales, por la que desfila toda clase de personas. En 1951 se inició la edificación de una nueva basílica, más capaz y más apta para las actuales necesidades. Esta valiente y austera construcción es obra de los señores arquitectos Saiz Oiza y Laorga, cuyo proyecto fue premiado en concurso nacional de Arquitectura previamente convocado al efecto.

En resumen, Aránzazu es un caso más, una cuenta del larguísimo e interminable rosario de santuarios marianos diseminados por toda la extensión de la cristiandad. Y ¿qué son los santuarios marianos, si atendemos a su sentido profundo? Otras tantas muestras fehacientes de que María no olvida la encomienda sagrada que le diera el Redentor. Desde que Jesús, moribundo, le dirigiera aquellas misteriosas palabras: «He ahí a tu hijo», una llama inextinguible de amor materno hacia el género humano arde en sus entrañas, y nunca, a lo largo de todos los siglos y en todas las latitudes, ha cesado ella de cumplir su misión de venir en ayuda del hombre caído para guiarle al logro de su destino eterno.

LUIS DE VILLASANTE, OFM

Bibliografía

LIZARRALDE, A. DE, *Historia de la Virgen y del Santuario de Aránzazu* (Aránzazu 1950).
PASTOR Y RODRÍGUEZ, J. DE, *Historia de la imagen y santuario de Ntra. Sra. de Aránzazu* (Madrid 1880).
• Actualización:
GARRIDO, J., *Arantzazu* (Oñate 1987).
INTXAUSTI, J. (dir.), *Arantzazu. Un santuario vasco en el siglo XX* (Oñate 2001).

10 de septiembre

SAN PEDRO DE MEZONZO
(† 1003)

Tiempo de señores y de siervos, nació, con el signo de la servidumbre, en Curtis (Coruña), al pie del palacio en donde servían sus padres: Martín y Mustacia, allá por los años de 930.

Y vivió siempre bajo ese mismo signo de servidumbre; pues sirvió a sus amos, don Hermenegildo y doña Paterna, como «capellán»; sirvió a los monjes benedictinos en Mezonzo, Sobrado y Antealtares, como abad; sirvió a la diócesis compostelana como obispo, y sirvió a Dios como fiel cristiano. Porque fue siervo toda su vida, terminó como terminan los humildes, señor de sí y de los demás: santo.

Grabó en el recuerdo de sus coetáneos cuatro imágenes vivas de su figura santa: imagen de cortesano santo; imagen de monje santo; imagen de abad santo; imagen de obispo santo.

Hasta los veintidós años vivió con los señores de sus padres. Y su fidelidad, su honradez y su piedad debieron ser muy acendradas, puesto que a sus dieciocho abriles los infantes le nombraron su «capellán» para que custodiase sus tesoros, y sus alhajas, y sus vasos sagrados, y sus vestiduras sacerdotales... En ese oficio de cortesano fiel mereció la gracia del llamamiento divino y puso los cimientos de su santidad monacal.

Cuando don Hermenegildo y doña Paterna ingresaron en el monasterio de Sobrado, fundado por ellos, Pedro vistió la cogulla en Santa María de Mezonzo, a unas dos leguas de Curtis. Contaba entonces veintidós años. Lejos del ruido del mundo y de las comodidades de los castillos, se dedicó de lleno al estudio y a la oración. De su aprovechamiento en las letras y en las ciencias nos dejó constancia el *Cronicón Iriense* al llamarle: *Monasterii mosonti sapientem monachum* (monje sabio del monasterio de Mezonzo). De su espíritu de oración nos habla el hecho de que el abad le eligiese para el presbiterado (el 9 de julio del 959 ya firma: *Petrus Presbyter).*

A sus treinta y seis años empuñó el báculo abacial de Sobrado. El estudio y la oración de Mezonzo le habían hecho acree-

dor a tal dignidad. Y su gobierno no debió defraudar a los monjes, puesto que, a los pocos años, su fama le llevó a la abadía de Antealtares, el Montecasino medieval en el noroeste de España. En Antealtares fue confidente de San Rosendo, obispo de Compostela por aquel entonces. Y dirigido por él, se hizo un padre para los monjes, un maestro para los sabios y un modelo para todos.

Tenía cincuenta y cinco años cuando todos los *Seniores Loci Sancti* —canónigos de Santiago— le eligieron obispo. Fue el mejor elogio a su prelacía en Antealtares. Y el mejor acierto en aquellos días en que Compostela precisaba un obispo sabio, celoso y santo. De su episcopado nos quedan como recuerdo la salvación de las reliquias del Apóstol y del mobiliario litúrgico compostelano cuando la invasión de Almanzor, la edificación de la iglesia de San Martín Pinario, la reedificación de la de Curtis —su pueblo natal—, la restauración de la catedral y la paz que logró para Galicia entera con su oración, con su sacrificio y con su predicación.

El temor: San Pedro de Mezonzo explicó su primera lección desde la «Cátedra del Hijo del Trueno» sobre el primero de los doce grados de humildad que San Benito exige a sus monjes: el temor de Dios. Lección verdaderamente oportuna. Pues los normandos amenazaban por el norte. Por el sur llegaban rumores de que los moros codiciaban las riquezas de la ciudad del Apóstol. Doctos e indoctos interpretaban falsamente el Evangelio, creyendo que el año 1000 acontecería el fin del mundo. Reinaba un pánico general. Un pánico terrorífico que despoblaba las ciudades y villas y abarrotaba los monasterios. Un pánico que multiplicaba los cilicios, y los sayales, y la ceniza... En ese medio ambiente se oyó la voz del nuevo obispo, recomendando y bendiciendo el temor, pero desaconsejando y condenando el miedo al castigo, presentando a Dios como un Padre que ama a sus hijos y quiere premiarlos, y del que sólo hay que temer la pérdida de su amor o la pérdida de sus premios; no como un juez vengador y sin entrañas que acecha a sus súbditos para castigarlos sin motivo.

Ese temor, alimentado por el deseo sincero de agradar a Dios, por la confianza filial de su paternidad y por la esperanza

de la recompensa, fue el temor que animó a San Pedro de Mezonzo. El que le obligó a firmar sus órdenes y escrituras: *sub pondus timoris Dei* (bajo el peso del temor de Dios). El que le condujo a esa santidad que sancionó la opinión pública y que aprobó la Iglesia al inscribirle en el catálogo de los santos.

La tradición ha registrado dos pruebas fehacientes de lo reverencial, y de lo filial, y de lo confiado de su temor: la leyenda del monje solitario y la Salve.

La leyenda del monje solitario la relata así López Ferreiro en su *Historia de la S. A. M. Iglesia de Santiago:*

> «Los muslimes seguían avanzando, y el 10 u 11 de agosto (del año de 997) dieron vista a los muros de Compostela. Se acercan cautelosos, pero advierten con sorpresa que las torres y las almenas se hallan desiertas, y que no ofrecen la menor señal de resistencia (San Pedro había juzgado más prudente evacuar la ciudad con todo cuanto de precioso y digno de estimación se encerraba en ella y guarecerse en el interior del país, al abrigo de una áspera sierra, en donde sería más fácil burlar al enemigo, gastar sus fuerzas, agotar sus recursos y obligarle a la retirada). Penetran en la ciudad y notan la misma quietud, la misma soledad, el mismo silencio. Se dirigen al templo del Apóstol, y lo ven también abierto y abandonado. Únicamente al pie de la tumba de Santiago hallan postrado a un anciano monje en actitud de orar.
>
> —¿Qué haces aquí? —le interroga Almanzor.
>
> —Estoy orando ante el sepulcro de Santiago —contestó el monje.
>
> —Reza cuanto quieras —replicó Almanzor—. Y prohibió que nadie le molestase; y aún se añade que puso guardias cerca del sepulcro para impedir cualquier desmán y atropello».

Los comentarios huelgan. San Pedro no tiene miedo a enfrentarse con el Señor. En vez de escapar como todos, baja a la catedral, se pone en la presencia de Dios, le adora de rodillas, le cuenta su tragedia como a Padre, le pide remedio, pone por intercesor al apóstol... y confía. Ése era su temor de Dios.

La otra prueba de la santidad de su temor es la Salve. Porque la Salve —esa oración mariana compuesta por San Pedro— es el canto del temor. Pero el canto del temor reverencial, del temor filial, del temor confiado... Del temor santo. Su autor se retrató en ella. Veámoslo.

La violencia furiosa y pagana de los normandos y la avaricia sanguinaria y antirreligiosa de los musulmanes obligaron a las

gentes a buscar y esperar la tumba y la ultratumba entre las peñas de las montañas (temor servil). San Pedro, en vez del camino de la fuga, cogió el camino del altar de la Virgen. Y, ante él, la saludó: «Dios te salve». Reconoció su realeza y su poder: «Reina». Excluyó de ella todo espíritu de castigo y de venganza: «Madre de misericordia». Le hizo una reverencia en tres tiempos y con tres piropos: «Vida, dulzura y esperanza nuestra». Y la volvió a saludar: «Dios te salve» (temor reverencial).

La peste, el hambre y la guerra que cundían por Europa, y el recuerdo de los desastres privados, familiares y sociales ocasionados por los normandos y los moros, condujeron a los gallegos al caos popular y al miedo a Dios (temor servil). Sólo San Pedro no perdió el control de sus nervios y la serenidad de su espíritu. Oró a Dios cabe el sepulcro del apóstol, como vimos arriba. Y expuso sus cuitas a la Madre de Dios, cabe su altar, de esta manera:

> «El arcángel nos arrojó del paraíso terrenal, al arrojar a nuestros primeros padres, Adán y Eva, y, errantes, andamos por el mundo: "A ti llamamos los desterrados hijos de Eva". El mundo sólo nos brinda cardos y abrojos, trabajo y dolor: "A ti clamamos gimiendo y llorando en este valle de lágrimas". Eres Reina y Madre de misericordia. Como Reina puedes poner remedio. Como Madre de misericordia quieres hacerlo: "Vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos" (temor filial).
>
> La hecatombe del país, el relinchar de los caballos y el chirriar de los carros de batalla, los sueños con armas y el olor a muerto hicieron que la generalidad de los hombres viese anticristos por todas las esquinas, creyese encima el fin del mundo, desesperase de la salvación (temor servil). El obispo santo fue el único que no se dejó arrollar por las circunstancias. Al contrario, se aprovechó de esas mismas circunstancias para pedir a su "Esperanza": "Y después de este destierro, muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre"» (temor confiado).

Ése fue San Pedro de Mezonzo. Un santo amante de su patria chica. Un santo defensor de su patria grande.

Un santo religioso cien por cien. Un santo apóstol a lo Hijo del Trueno. Un santo con temple de su tiempo. Un santo, santo de verdad.

CESÁREO GIL

Bibliografía

ARIAS, P., OSB, *Novena biográfica al glorioso San Pedro de Mezonzo* (La Coruña 1942).
GARCÍA ÁLVAREZ, R., *San Pedro de Mezonzo. El origen y el autor de la «Salve Regina»* (Madrid 1965).
LÓPEZ FERREIRO, A., «San Pedro de Mezonzo», en *Historia de la S. A. M. Iglesia de Santiago de Compostela,* II (1899) 381-431.
MARTÍNEZ BARBEITO, C., *Vida y leyenda de San Pedro de Mezonzo* (Madrid 1968).

23 de septiembre

SANTA TECLA

En el año 48 llegaron a Iconio San Pablo y San Bernabé, en su segundo viaje misional. Iconio, ciudad floreciente todavía, tenía en el comienzo del cristianismo una importante colonia judía. Un poco antes de entrar en ella —dice una de las más antiguas leyendas hagiográficas del cristianismo—, los dos apóstoles encontraron un hombre que se postró delante de ellos y los invitó a hospedarse en su casa. Se llamaba Onesíforo. Pablo le siguió, y al llegar a la puerta, todos le recibieron con este saludo: «Bienvenido seas, servidor del Dios verdadero». El apóstol entró, rompió el pan, dobló las rodillas y habló acerca de la continencia y la resurrección. Este relato no tiene nada de inverosímil, puesto que Onesíforo pudo conocer a San Pablo en sus años de Tarso.

Diariamente —continúa la leyenda— Pablo predicaba en la casa de un amigo con las puertas abiertas. Y había enfrente una casa grande y rica, y en la casa una joven hermosa, que no se cansaba de escuchar su palabra. Día y noche se la veía clavada a la ventana, sin pestañear, sin comer, sin moverse un instante. Tenía el nombre de Tecla, vivía con su madre Teoclia y con frecuencia iba a visitarla un joven, llamado Tamiris, a quien había sido prometida en matrimonio. Alarmada por la actitud de su hija, que seguía junto a la ventana en actitud de éxtasis, Teoclia llamó a Tamiris con urgencia, pero ni la venida del joven pudo sacarla de aquel extraño arrobamiento. En consecuencia, Pablo fue denunciado como embaucador y hechicero. Se le condenó y

se le llevó a la cárcel. Tecla entonces salió de su casa, y soltando los aros de oro que rodeaban sus brazos, se los dio al portero. A la puerta de la cárcel se acordó de que llevaba un espejo de plata para comprar al carcelero. Entró rebosante de alegría, y sentada a los pies del prisionero, escuchaba horas y horas las grandezas de Dios. El amor de Tamiris se trueca en odio, la misma madre se hace acusadora de su hija delante del gobernador; Pablo es flagelado y desterrado; en la playa se enciende una inmensa hoguera para castigar a su discípula, pero Tecla se salva milagrosamente, huye en busca del hombre que le había enseñado la ciencia de la vida, e iluminada por la promesa de las bienaventuranzas, recorre el mundo presa de una embriaguez divina.

¿Qué hay de verdad en todo esto? Es difícil contestar, pero es un hecho que la figura de la virgen de Iconio ilumina y perfuma las primitivas comunidades cristianas. Se relatan sus visiones, sus raptos, sus viajes; se habla de su belleza y su sabiduría; se la presenta como la personificación viviente de la doctrina predicada por San Pablo. No obstante, parece como si la realidad se perdiese en el laberinto de la fábula. Desde principios del siglo II corre la novela de *Los viajes de Pablo y Tecla,* urdida con piadosos discursos, esmaltada de prodigios extravagantes, henchida de sucesos inverosímiles. Se dice que San Juan, que dirigía aún las iglesias asiáticas, protestó; y Tertuliano asegura en su libro *De baptismo,* c.17, que su autor, un sacerdote, fue despojado de su dignidad. Más tarde, San Jerónimo coloca entre los apócrifos los viajes de Pablo y Tecla y toda la fábula del «león bautizado» *(De viris illustribus,* c.7). No obstante, el apócrifo recorre el mundo en todos los lugares orientales, y la imagen de Tecla sigue brillando esplendorosa en el amanecer del cristianismo. Los mártires la invocan en las llamas, su sabiduría es celebrada en todo el Oriente, y los Padres de la Iglesia griega cantan sus virtudes y sus triunfos. «A ella —dice San Metodio en el *Banquete de las diez vírgenes*— la más bella y florida de las coronas, porque brilló sobre todas en el heroísmo de la virtud», y el mismo San Jerónimo, que catalogaba su leyenda entre los apócrifos, cree que había en ella algo de verdad, puesto que, al terminar su carta a Eustoquio, evoca el día de la partida, «en que María avance hacia el alma triunfadora y Tecla se apresure radiante para abra-

zarla», y en su *Crónica,* en el año 376, recuerda que Melania llegó a Jerusalén, «donde sus virtudes hicieron de ella una nueva Tecla». Por la vida de San Martín sabemos que el santo recibía frecuentemente la visita de Inés, Tecla y María, así como de los apóstoles Pedro y Pablo.

El centro del culto de la «protomártir semejante a los apóstoles» estaba en Meriamlik, cerca de Selefkie o Seleucia. La basílica de la santa, uno de los más concurridos santuarios de la antigüedad, era una construcción monumental, magníficamente decorada. Bajo el templo se encontraba la gruta en que Tecla habría terminado su vida antes de desaparecer tras de la roca, que se cerró para ocultar su cuerpo. Lo propio de este culto es que en él falta la tumba. San Basilio, en el *Libro de los milagros,* nos habla de las impresiones de los peregrinos del siglo V.

> «Uno ensalza el esplendor de las fiestas, otro la inmensa multitud de los visitantes, otro el gran número de los obispos, otro la elocuencia de los oradores, otro la belleza de la salmodia, otro la concurrencia de los fieles a los oficios de la noche, otro la magnificencia de las ceremonias, otro la piedad de los asistentes, o los apretujones de la multitud, o el calor sofocante, o el oleaje de los que entran y salen, los gritos, las disputas, el desorden y hasta las disputas por ocupar los primeros puestos durante la celebración de los santos misterios».

Entre los milagros que nos cuenta el obispo de Seleucia hay algunos que nos recuerdan casos parecidos de los templos paganos, como este que antaño se había atribuido a Asclepios:

> «Una madre presenta ante la Santa a su hija, que estaba a punto de perder un ojo; la lleva al parque de las aves, y mientras la niña juega con ellas, un ganso le pica en el ojo enfermo. Hubo gritos y lamentos, pero pronto pudo verse que el ave había hecho reventar un abceso, con lo cual la paciente sanó rápidamente».

El poder de la santa atraía peregrinos de todas las regiones del Imperio. Allí se postró Gregorio de Nacianzo; allí se presentó muchas veces Tarasio, corresponsal de San Isidoro de Pelusio; allí llegó también, en 415, la monja española Eteria, que oró junto al *martyrium,* y mandó luego que la leyesen las actas de la santa. Jerusalén tenía también su iglesia de Santa Tecla, situada en Bethfagé; la tenían también Antioquía y Constantinopla, y en Chipre había cinco localidades con el nombre de Hagia-The-

kla, con ferias el 24 de septiembre, que era, según los calendarios orientales más antiguos, el día de su fiesta. En 1320, el brazo de la santa, lo único que había quedado al desaparecer detrás de la roca, fue trasladado de Armenia a Tarragona, cuya catedral está consagrada a su memoria. De aquí el culto que se le rinde en el Levante español. Un primitivo de la escuela levantina, tal vez Jacomart, representa a San Martín hablando con Nuestra Señora, con Santa Tecla y Santa Inés, inspirándose en el relato de Sulpicio Severo.

JUSTO PÉREZ DE URBEL, OSB

Bibliografía

Art. en F. CABROL - H. LECLERCQ (dirs.), *Dictionnaire d'archéologie chrétienne et de liturgie*, XIII (París) cols.2666-2692, con excelente documentación bibliográfica.

CABROL, F., «La légende de Ste. Thècle», en L. HERIOT-BUNOUST, *Gethsemani et le monde* (París 1895).

QUETIN, H., *Les martyrologes historiques du Moyen Âge. Étude sur la formation du Martyrologe romain* (París 1908) 725, nos da a conocer que fue Beda quien introdujo a Santa Tecla en los martirologios occidentales, hacia el año 735.

RAY, A., *Étude sur les Acta Pauli et Theclae et la légende de Thecla* (París 1890).

VOUAUX, L. (ed.), *Les Actes de Paul et ses lettres apocryphes* (París 1913).

• Actualización:

Apología histórica legal por la Invictísima protomártir Santa Tecla... (Tarragona 1984). Reprod. facsímil de la ed. de Barcelona 1684.

DOMÈNECH I CIRCUNS, J., *Vida de la protomártir Santa Tecla, patrona de Tarragona y de todo el Principado de Cataluña* (Tarragona 1993). Reprod. facsímil de la ed. de Tarragona 1847.

MISSER, S., *El libro de Santa Tecla* (Barcelona 1977).

SANTOS DE LAS DIÓCESIS ESPAÑOLAS

1 de septiembre

SANTOS VICENTE Y LETO

Mártires (fecha desconocida)

En la diócesis de Albacete se celebra el día 1 de septiembre la memoria de los santos Vicente y Leto, mártires. El antiguo *Martirologio romano* los conmemoraba este día 1 de septiembre simplemente indicando que su martirio había sido en España, pero sin indicar en qué ciudad concreta de nuestra geografía. La noticia estaba tomada del *Breviario mozárabe* de Cisneros y de otros calendarios mozárabes, en ninguno de los cuales se les da un sitio concreto a su martirio. El nuevo *Martirologio romano* ha prescindido de su memoria.

A la *Bibliotheca sanctorum,* en artículo firmado por Justo Fernández Alonso, le parece que se trata de mártires venerados en Dax, en cuyo breviario diocesano se contenía una *passio* de carácter claramente legendario. El *Martirologio Jeronimiano* conmemora solamente a San Vicente como mártir en Dax, dándole la dignidad de obispo.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

Acta sanctorum. Septembris, t.1, p.200-203.
Art. en *Bibliotheca sanctorum.* XII: *Stefano-Zuraire* (Roma 1969) col.1176.
Breviario mozárabe: PL 86, col.1341.
Martirologio romano. Versión española ajustada a la edición vaticana de 1948, por el P. V. M. SÁNCHEZ RUIZ SJ (Madrid 1953) 238.

SAN GIL DE CASAYO

Ermitaño († 1213)

Vivió en los dos últimos tercios del siglo XII y murió a comienzos del siglo XIII. No se conoce la patria ni el monasterio donde originariamente tomó el hábito monástico. Lo que sí se sabe es que fue monje en el Monasterio de San Martín de Castañeda, diócesis de Astorga. Este monasterio no abrazó la reforma del Císter hasta 1245, y por tanto San Gil, todo el tiempo de su profesión monástica, practicó la Regla benedictina según la antigua observancia y no según la interpretación cisterciense; no obstante lo cual, se ocupan del santo el *Menologio* y los *Anales cistercienses.*

Cuando ya llevaba años viviendo en el Monasterio de San Martín de Castañeda, se sintió llamado a la vida solitaria y decidió retirarse a ella, lo cual hizo con la debida licencia de la superioridad de su monasterio o de la comunidad si es que en verdad era abad del mismo, como quieren algunos. Buscó entonces un sitio en un valle junto a Casayo, en Orense, que le pareció un lugar apto para dedicarse por completo a la contemplación de las cosas divinas, debido a su soledad y alejamiento de las vías de comunicación. En una ermita cercana hacía oración y allí fue enterrado cuando alrededor de 1213 murió santamente. La fama de santo y el culto popular rodearon enseguida su memoria. Aunque se ha dicho que el 11 de marzo de 1746 el papa Benedicto XIV confirmó su culto, lo sucedido en esa fecha fue que el Papa declaró altar privilegiado el dedicado al santo en la parroquia de Casayo por la hermandad de su título.

La diócesis de Astorga celebra su memoria el 1 de septiembre.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

Acta sanctorum. Septembris, t.1, p.308-309.
Art. en *Bibliotheca sanctorum.* IV: *Ciro-Erifrido* (Roma 1964) col.961.
HENRÍQUEZ, C., *Menologium cistertiense* (Amberes 1630) 295.
HIDALGO, A., *España, tierra de santos* (León 1975).

SAN LICERIO

Obispo († h. 540)

La diócesis de Lérida celebra en este día 1 de septiembre la memoria litúrgica de San Licerio, obispo. Sin duda, el día natalicio de este santo es el 27 de agosto en que lo conmemora el *Martirologio romano,* pero ese día está ahora ocupado por la memoria de Santa Mónica y ello ha hecho aconsejable la traslación de la memoria a este día 1 de septiembre.

Baronio en su *Martirologio* lo conmemoró así: «En Lérida, de la España Tarraconense, San Licerio, obispo». Y en nota justifica la inclusión de la memoria del santo diciendo que lo celebra la Iglesia de Lérida y que se halla recogido entre los santos españoles. En cambio el nuevo *Martirologio romano* cambia por completo el sitio del santo diciéndonos: «En Couserans, Aquitania, San Licerio, obispo, el cual, español de nacimiento y discípulo de San Fausto de Riez, libró con sus oraciones la ciudad de ser asaltada por los visigodos». Este cambio se justifica porque en efecto San Licerio, obispo de Couserans, diócesis suprimida en 1801, es un personaje conocido, de cuyo episcopado en dicha ciudad consta, siendo segura su asistencia al concilio de Agde en 506 y su anterior discipulado de San Fausto de Riez, a cuya muerte se fue a Rodez, donde San Quinciano lo ordenó sacerdote. Le tocó ser obispo en tiempos de las contiendas entre francos y visigodos, de cuyo asalto se dice haber librado su ciudad con sus insistentes plegarias, siendo así uno de los santos obispos defensores de ciudades. Su muerte parece haber sido el 27 de agosto del 540. Su culto se difundió en el sur de Francia y en el norte de España, y consta que era venerado en Lérida al menos desde el siglo XII. Siendo español, podría suponerse que se tratara de un ilerdense que había pasado a Francia, y esto es lo que creen más probable los benedictinos de Ramsgate en su *The book of saints,* pero presentándolo como obispo de Couserans, no de Lérida. Por su parte también la *Bibliotheca sanctorum,* en artículo de Gérard Mathou, entiende que su relación con Lérida es, no la de ser obispo de la ciudad, sino la del antiquísimo culto que en ella se le tributa.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

Acta sanctorum. Augusti, t.6, p.45-49.
Art. en *Bibliotheca sanctorum.* VIII: *Liadan-Marzi* (Roma 1967) cols.36-37.
BENEDICTINE MONKS OF ST. AGUSTINE'S ABBEY, Ramsgate, *The Book of the Saints* (Londres 1989).
CALPENA Y ÁVILA, L., *La luz de la fe en el siglo XX. Libro de la familia cristiana,* VIII (Madrid 1912-1916) 508.
CROS, J. B., *Saint-Lizier, ses monuments, ses cathédrales, ses évêques* (Toulouse 1912).
Martyrologium romanum ad nouam kalendarij rationem & ecclesiasticae historiae veritatem restitutum. Gregorii XIII Pont. Max. iussu editum (Roma 1598).
VILLEGAS, A. DE, *Flos sanctorum nuevo y historia general de la vida y hechos de Iesu Christo... y de todos los sanctos de que reza y haze fiesta la Iglesia Catholica* (Zaragoza 1578).

11 de septiembre

SANTOS VICENTE, RAMIRO Y COMPAÑEROS

Mártires († 630)

En el tomo del mes de marzo de este *Año cristiano* (día 11, p.229-230) dimos una reseña sobre la memoria en León de San Vicente, abad de San Claudio, que ese día conmemora el nuevo *Martirologio romano.* El anterior *Martirologio* señalaba su memoria el 11 de septiembre, añadiéndole la cualidad de mártir, como ya dijimos, cualidad que el nuevo *Martirologio* omite. Y ya dijimos allí que la memoria de San Vicente se había asociado a algunos compañeros de martirio, de los cuales nada dice ni el nuevo ni el antiguo *Martirologio* pero sí la tradición local de la Iglesia de León. Como ya quedó dicho, la tradición relativa a San Ramiro, prior del monasterio, y a otros doce monjes mártires se basa en documentos tardíos y legendarios.

La tradición relativa a este martirio es que Vicente fue martirizado por los arrianos que no lograron atraerlo a su fe y que luego fueron asesinados también Ramiro y otros doce monjes mientras recitaban el Credo niceno, del que no querían de ningún modo apartarse. La Iglesia de León sigue celebrando en el 11 de septiembre tanto a Vicente como a Ramiro y sus compañeros mártires.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

Acta sanctorum. Martii, t.2, p.60-63.
Art. en *Bibliotheca sanctorum.* XII: *Stefano-Zuraire* (Roma 1969) cols.1186-1187.
El santo de cada día. II: *Marzo-abril* (Zaragoza 1947) 119.
VILLEGAS, A. DE, *Flos sanctorum nuevo y historia general de la vida y hechos de Iesu Christo... y de todos los sanctos de que reza y haze fiesta la Iglesia Catholica* (Zaragoza 1578).

24 de septiembre

NUESTRA SEÑORA DE LA MERCED

Las murallas les apretaban.

Las viejas murallas, del siglo tercero, que tenían boquetes de acceso llamados Regomir, en la vía homónima; norte, en la actual Plaza Nueva; Mercadal, junto a la moderna Plaza del Ángel; Call, en la conservada calle Boquería.

Las murallas asfixiaban a los aproximadamente cuarenta mil barceloneses metidos en el angosto entramado urbano, sin sol y sin luz, formando un abanico que se abría en la catedral y en las iglesias parroquiales de Santos Justo y Pastor, San Miguel Arcángel y San Jaime.

Que no más habitantes tenía Barcelona en los albores de la decimotercera centuria. Ni más templos.

Precisamente, huyendo del ahogo, la ciudad estaba ensayando la prolongación urbanística más allá de los muros romanos de seguridad. Donde los nacientes arrabales darían vida a nuevos templos, predominantemente de dedicación mariana.

Por cierto, muy laboriosos los barceloneses, mayoritariamente comerciantes; con presencia activa en el levante y el sur español, en todos los puertos del Mediterráneo.

Familias en gran porcentaje adineradas. Y amantes de la cultura, que procuraban a sus hijos enviándoles al aula donde había sentado cátedra Raimundo de Penyafort, docto canónigo de la catedral, que fue alumno de la universidad de Bolonia.

Del mar, en los últimos siglos del medioevo, le venían no pocas pesadillas a Barcelona. Más que pesadillas.

Del mar donde la repetida piratería turca y sarracena ponía en jaque la floreciente expansión catalano-aragonesa.

Del mar, de donde llegaban noticias precisamente alarmantes. Información con protagonismo en labios de los mercaderes que regresaban a puerto hablando de vivencias dolorosas, dramáticas, escenificadas en el sur y en el levante español, en Mallorca y norte de África. De escalofriantes escenas de esclavitud.

Eran comentarios en la calle.

Y eran realidades testimoniales; a la vista. En carne viva. En el cuerpo aún dolorido y en el espíritu aún estremecido, de ciudadanos comentando públicamente la experiencia de la cautividad, afortunadamente ya historia.

Una cautividad de resultas de una batalla o de una incursión fronteriza o de un acto de piratería.

Lamentablemente siempre había quienes, durante el obligado y doloroso exilio, abrazaban la fe coránica y se integraban en la civilización musulmana. Ya no tenían problema. O era menor.

Pero mayoritariamente no era el caso. Mayoritariamente los hombres y las mujeres privados de libertad vivían penosamente el arbitrario castigo musulmán.

Pendientes del rescate.

Un sueño fácil y de rápida consecución para el adinerado. De inmediato negociable. Efectiva la compra o válido el canje por prendas temporales humanas —criados o algún hijo— hasta reunir el liberado la estipulada cantidad en metálico. Una solución también era el intercambio de prisioneros musulmanes y cristianos. Y no raras las redenciones logradas con aportaciones caritativas anónimas.

Total que Barcelona, en las postrimerías del medioevo, sangraba en sus hijos sin libertad en territorio sarraceno, auténtico purgatorio. Protagonistas de las penalidades y del desespero propio de la cautividad. Más el riesgo de la apostasía.

Sangraba la Ciudad Condal y sangraba el mundo cristiano. Que la redención de cautivos, naciendo el siglo XIII, era una urgencia social. Una necesidad vital.

En este momento entra en escena Pedro Nolasco, que será bautizado «cónsul de la libertad». Un hombre providencial, en

tiempos difíciles, padre de una audacia socio-religiosa que devendrá eficaz y creará familia; derivando en una especial devoción mariana de rápida propagación nacional e hispanoamericana.

Pedro Nolasco. Unos dicen que francés, oriundo de Languedoc; según otros, nacido en Barcelona o, como mínimo, en tierras de Cataluña. Igualmente en desacuerdo la naturaleza familiar: nobleza, comercio o ambas cosas. Dan igual, tanto la procedencia como la condición social.

Completa el cronista mercedario Juan Devesa:

> «En los documentos notariales, en las cartas reales, en las constituciones antiguas de la Orden [...] se descubre un hombre sencillo, recto, sereno, emprendedor, valiente, providencialista, humilde, rebosante de bondad, profundamente piadoso, hábil para los negocios, creyente al modo medieval, imitador del divino Redentor, devoto de María, sumiso al rey terrenal y servidor de los cautivos para defensa de la santa fe católica».

Indiscutiblemente también herido en el alma, profundamente, por los ayes lastimeros de la esclavitud. El caso es que vino inicialmente aportando voluntad e ilusión a los ensayos del conde Borrell, de determinadas cofradías de seglares y de algunas órdenes militares. Todos con dedicación a la «obra de merced», que apellidará Alfonso el Sabio. «Sacar a los hombres de captivo —escribirá— es cosa que place mucho a Dios, porque es obra de la Merced».

Pedro Nolasco, de entrada, congrega simpatías y colaboraciones, reúne dinero propio y extraño y recorre Aragón, Cataluña, Valencia y Mallorca. Después alargará brazos hasta alcanzar el norte africano.

Estupenda profesión la suya y benditas relaciones derivadas de la misma que le facilitan la presencia en tierra de moros, negociando redenciones. Comprando libertades con dinero y con mercaderías. Rescatando centenares de esclavos.

Cuando él y el puñado de seguidores, que se tomaron muy en serio la aventura, han gastado el patrimonio personal, recurren a la implicación ciudadana.

Rechazan la mendicidad de puerta en puerta. Que optan por hacerse presentes en los templos, promoviendo la creación de cofradías que les nutran de limosnas.

Todo sobre ruedas hasta la aparición del cansancio y del desánimo. Fatiga física y moral de los donantes y de los mendicantes. Que vino.

Normal. Pues Pedro Nolasco y su cuadrilla de colaboradores, en definitiva, no eran más que unos simples y entusiastas ciudadanos laicos. Sin aval alguno ni título que garantizara la continuidad de su caritativa audacia.

Es el caso que el promotor se toma un período de reflexión y de plegaria. Para madurar si procede dar cuerpo a una institución religiosa que formalice la inquietud compartida con el puñado de seguidores o si debe entregarse a la vida contemplativa, dejando que Dios tenga en cuenta el empeño que protagonizan...

En dicha pausa histórica la tradición sitúa la intervención mariana. La supuesta visión nocturna del 2 de agosto de 1218. Cuando la Virgen urge al audaz redentor *la creación de una sagrada orden dedicada a librar a los infelices cristianos cautivos de los moros.*

El vidente —amplía la voz popular— dio cuenta a su confesor y confesor real, el jurista Raimundo de Penyafort, y al monarca.

La urgencia celestial —fuera en persona, fuera más bien un simple y fuerte impulso interior—, sumada al ya existente entusiasmo de la cuadrilla abanderada por el comerciante barcelonés, fructificaron de inmediato.

Había llovido sobre mojado. Llovió en un momento en que el afán de liberación estaba maduro. Interesados el clero, la nobleza, el rey. Y la ciudad. Todos...

Y ocho días más tarde, en el marco de la entonces catedral románica barcelonesa, formalizaron su compromiso los futuros mercedarios. Una agrupación exclusivamente seglar, bendecida eclesiásticamente y con el decidido y explícito amparo y protección de la casa real.

Estrenaron oficialmente andadura, en presencia del obispo Berenguer de Palou y de Jaime I el Conquistador, Pedro Nolasco y trece gentilhombres de ilustre ascendencia catalana y aragonesa.

Vestían hábito blanco, luciendo en su escapulario el escudo con la cruz —titular de la seo barcelonesa—, también blanca, sobre el conocido fondo rojo cuatribarrado.

Y se habían domiciliado en el hospital de Santa Eulalia, un edificio pegado a la residencia palaciega; aproximadamente donde hoy se abre la Bajada de la Canonja. Unas instalaciones que, en manos de los conocidos como «frailes de Santa Eulalia», de momento seguirán acogiendo indiscriminadamente a toda una gama de indigentes y, a no tardar, serán de atención exclusiva a los ciudadanos redimidos que no tienen donde caerse.

Los miembros de la nacida «Orden de la Misericordia de los Cautivos» empalmaron con la presencia en los templos, iniciada por su maestro general Pedro Nolasco; normalmente acompañados de excautivos, temporalmente obligados en justa correspondencia a su liberación.

Presencia de concienciación social y mendicante. Cara a la anual expedición redentora.

Una audacia que suponía ayuda, visita y redención.

Una aventura arriesgada, realmente heroica. Pues comportaba un serio compromiso.

Nada menos que jugarse el pellejo. Nada menos que la inevitable condición de rehén —el canje personal del redentor por el redimido—, cuando coincidieran la realidad de un cautivo religiosamente en peligro y la carencia económica del mercedario interesado en comprar su libertad.

Claro que se dieron casos. Protagonista, por ejemplo, San Pedro Armengol, un noble tarraconense que decidió esta modalidad de penitencia en expiación de sus pecados de juventud.

Eximia caridad mercedaria...

Huyendo de la asfixia urbana, según quedó escrito, entre la vieja muralla y el Mediterráneo había nacido un barrio que vivía de los frutos del mar y de la industria naval. Un puerto donde fondeaban buques mercantes y barcas de pesca. Pronto la expansión caritativa de la Orden hizo chiquito el Hospital de Santa Eulalia. Urgían unas instalaciones con una superficie más generosa, más espaciosas. Y estalló la generosidad.

En el corazón de Raimundo de Plegamans que, en la fecha 5 de agosto de 1234, va y compra, extramuros, un arenal que permitirá, copiando titularidad y dedicación, una realidad arquitectónica asistencial nueva. Más el natural añadido, engendrado quince años más tarde. Cuando fray Pedro de Centelles, titular

de la diócesis de Barcelona, autorice la construcción de un templo gótico, pegado al humilde convento. Ciertamente una construcción lenta, frenada por mil problemas de vecindad, económicos y de personal; iniciada en 1249 y no coronada hasta el final de la primera década del 1400. Ubicada donde más o menos se yergue la actual basílica. Nuevo centro hospitalario, nuevo templo. Faltaba la residencia mercedaria. Y vino. Sin hacerse esperar.

Vino la necesaria construcción de unas instalaciones conventuales adjuntas. Abiertas a la calle Ancha, también modestas, comunicándose con las dependencias asistenciales a través de unos puentes sobre la vía pública. Reemplazadas, permitiendo la ampliación de la iglesia, a mediados del siglo XVII, por el soberbio inmueble que acabaría siendo la sede administrativa militar que ha llegado a nuestros días.

Y, a corto plazo, sustituida la aún insuficiente primitiva construcción gótica —en la que entronca el culto a Nuestra Señora de la Merced— por el aludido inmueble de nueva planta, inaugurado el 9 de septiembre de 1775.

(Un paréntesis para la constancia de la significación de «merced» en el lenguaje de la época. No precisamente «dádiva» o «gracia». Que la acepción correcta era «misericordia», «perdón». Y, en la realidad que venimos historiando, el vocablo correspondía a obra de misericordia sublime. Por antonomasia. De ahí la pronta denominación de la redentora Orden real y militar, aprobada en 1235 por el papa Gregorio IX. En el primer documento constitucional, de 1271, ya se lee:

> «El Padre, Hijo y Espíritu Santo [...] por su misericordia y su gran piedad, determinaron fundar y establecer esta Orden, llamada Orden de la Virgen María de la Merced de la redención de los cautivos de Santa Eulalia de Barcelona».

De ahí el calificativo de «mercedarios» a los audaces seguidores de Pedro Nolasco...).

Fue el paréntesis.

Empalmamos volviendo al templo conventual mercedario; parroquial, desligado de la familia religiosa originaria tras la exclaustración, en 1823. Honrado con la distinción basilical por Benedicto XV, en 1918.

Se trata de una estructura predominantemente neoclásica, externamente de una singular nobleza de líneas y barroca en su ornamentación interior. A la vista también los grandes sillares de Montjuich de cuyas canteras es en gran parte deudor el embellecimiento urbano barcelonés.

Con triple puerta frontal; más un acceso a la calle Ancha. Abierta a la moderna plaza de la Merced, frente a una decena de caños que escupen agua rumorosa en un pequeño estanque; fuente y agua quieta a la sombra de un joven arbolado. Y una vistosa cúpula cubriendo la intersección de la nave —única, con ocho capillas laterales intercomunicadas y altas tribunas laterales con celosía— con el crucero. Coronada por una colosal estatua en bronce de la Virgen liberadora, con el Niño, sobre la rodilla izquierda; Madre e Hijo extendiendo la mano protectora sobre la ciudad.

El presbiterio, elevado sobre el pavimento, comunicante con la sacristía y con la doble escalera de acceso al camarín, cuya imagen mariana centra la piedad barcelonesa. Una preciosa y singular talla de madera policromada, gótica, de metro cuarenta de altura; parece ser que obra de un tal Pedro Moragues, escultor barcelonés del siglo XIV, salvada cuando la barbarie iconoclasta de 1936. De estilo sedente, como las románicas; con un trono similar a la «silla del rey Martín el Humano», guardada en la catedral, que sirve de peana a la custodia en la procesión del Corpus.

Josep Lligades ha escrito:

> «Realmente aparece como una dama barcelonesa de la época. El escultor indudablemente tenía en la mente o ante los ojos la fisonomía, el porte y la manera de vestir de las mujeres de aquella ciudad que, tan rápidamente, hizo propia la advocación de María liberadora de los cautivos».

Ante esta imagen se han postrado obispos, clérigos, reyes, príncipes, infantes, nobles, autoridades, gente sencilla.

Quienes, en el inicio de su andadura episcopal barcelonesa.

Quienes, abriendo ilusionados la vida nupcial u otras significadas celebraciones de fe familiares.

Quienes, en cualquier necesidad, implorando amparo.

Quienes, presentando gozosos sus galardones y trofeos deportivos.

Todos en circunstancias históricas de angustia: asedio, epidemia, peste, plaga, sequía. Haciendo memoria...

Cronológicamente, en primer plano, cuando la conocida como peste negra de 1665 que recuerda el *Dietari* de la ciudad.

En 1680, extenuados los campos de la comarca, pidiendo el beneficio de la lluvia, que no se hizo esperar...

Jubilosos festejos populares, siete años después, agradeciendo la implorada desaparición de la plaga de langostas que se comía las cosechas...

Solemnísimas plegarias, en las postrimerías del siglo XVII, impetrando la salud de Carlos II, el último de los Austrias.

Fervorosa la asistencia barcelonesa al templo, abierto día y noche, cuando el asedio francés de 1697...

Emotiva la procesión popular, en 1820 y tantos, a través del barrio marítimo de la Merced, a manos despiadadas de la fiebre amarilla, cantando el *Monstra Te esse Matrem* («Demuestra que eres Madre»).

Memorable el paseo procesional desde la Merced a la catedral, el 8 de noviembre de 1914, con motivo de la epidemia tifoidea. Suficiente el muestrario. Y significativa, por otra parte, la rica exhibición de ofrendas y recuerdos atesorados en las vitrinas y en las paredes del camarín.

Total una devoción estallada en el corazón de un noble, un eclesiástico y un rey, sucesivamente crecida. Contagiada a Castilla, a Vascongadas, a Andalucía, a Portugal y, tras el descubrimiento de América, a ultramar. Y popularizada a través de los «gozos» y de las «auques» o relatos —pareados— ilustrados, una curiosa modalidad literaria catalana.

Hay constancia de la presencia en el Mediterráneo, en la segunda mitad del siglo XIV, de una galera barcelonesa bautizada con el nombre de *Santa María de la Merced.*

Una advocación mariana honrada con distinciones eclesiásticas y municipales. Aunque su clara oficialidad puede que le haya robado tipismo en su arraigo.

El papa Inocencio XII, en 1696, universalizando el culto; nuevamente local desde la reforma litúrgica del Concilio Vatica-

no II. Pío IX, el 2 de agosto de 1868, instituyendo canónicamente el patronazgo diocesano de Nuestra Señora de la Merced, a nivel municipal proclamado el 25 de septiembre de 1687. Y Benedicto XV, en 1908 y diez años después, respectivamente, restaurando el perdido carácter preceptivo local de la fiesta y dando categoría basilical al templo.

Singular conmemoración mercedaria la del 24 de septiembre de 1918, honrada con la presencia de la familia real y de varios prelados y autoridades españoles. Impresionante la riada humana; miles y miles de creyentes inundando el centro urbano. Espontánea Isabel de Borbón, impactada, comentándole al gobernador: *Esto sólo puede hacerlo Barcelona.*

Pero el enorme estallido de la devoción mercedaria barcelonesa sería en el verano de 1888. En fecha 21 de agosto. En pleno bullicio festivo de la *Exposición Universal.* Y con motivo de la coronación canónica de la imagen.

Una solemnísima liturgia enmarcada en la catedral. Con protagonismo del obispo Jaime Catalá, quien, con la corona en las manos mostrándola a los fieles, pronuncia en latín: «Así como por estas manos sois coronada en la tierra, así podamos merecer que por las vuestras seamos coronados en el cielo».

Y, al compás de la marcha real, confundiéndose con el volteo plural de las campanas parroquiales de la urbe y el ronco estruendo de las salvas de artillería, el prelado ciñó las sienes de María. *Princesa de Barcelona,* como la proclamó el poeta Verdaguer y como aún la cantan los populares «gozos»:

> De los cautivos Madre y Patrona [...]
> ¡Princesa de Barcelona,
> proteged nuestra ciudad!...

Hoy el santuario-basílica de Nuestra Señora de la Merced cumple las funciones de simple parroquia. Una más, pero metida en el corazón de la Barcelona marginal. Desvinculada, como quedó escrito, de la familia religiosa que le dio origen.

Con no pocos devotos locales y diocesanos de la advocación mariana mercedaria, periódicos visitantes. Presencia muy espesada y desbordando parroquialmente con motivo de las anuales celebraciones patronales y fiesta mayor de la Ciudad Condal.

Sigue siendo marco singular para uniones matrimoniales cristianas.

Y vitrina de trofeos deportivos locales...

Relicario, en definitiva, del cariño filial de tantos y tantos ciudadanos creyentes que la proclaman madre y patrona.

JACINTO PERAIRE FERRER

Bibliografía

BATALLA, S., *María en los pueblos de España* (Madrid 1988).
FERRANDO, J., *La basílica de la Merced* (Barcelona 1941).
GAZULLA, F., *La patrona de Barcelona y su santuario* (Barcelona 1918).
LLIGADAS, J., *La Mare de Déu de la Mercè* (Barcelona 1998).

26 de septiembre

SAN ORENCIO

Obispo († s. III/IV)

La diócesis de Huesca celebra el 26 de septiembre la memoria litúrgica de San Orencio, obispo, hermano de San Lorenzo. Ya en el tomo del mes de mayo de este *Año cristiano* (p.806-807) nos ocupamos de los santos Orencio y Paciencia, a quienes se presenta como padres de San Lorenzo y padres de nuestro santo de hoy. Allí dijimos algo del valor histórico que puede darse a la tradición relativa a estos santos.

Según esa tradición, Orencio, hijo del matrimonio de Orencio y Paciencia, nace en Huesca y una vez que su hermano Lorenzo ya estaba en Roma, marcha con su padre al valle de Lavedan en la diócesis de Tarbes, donde se acredita por sus cualidades y bondad y es elegido obispo de Auch *(Augusta Ausciorum)* en Aquitania. Aquí ejerció santamente su ministerio episcopal.

En honor a la verdad hay que decir que efectivamente hubo un obispo de Auch llamado Orencio, que anteriormente a su episcopado había sido ermitaño en el valle de Lavedan junto a Tarbes, pero que no pudo ser hermano de San Lorenzo toda

vez que vivió en la primera mitad del siglo V, y no en el siglo III en que vivió y padeció martirio San Lorenzo. De este santo existe una *Vida* que parece remontarse al siglo VI, cien años después de la vida del santo, y que recoge la tradición referente a él, elogiándose sus esfuerzos por extirpar las costumbres paganas y por conseguir paz entre los visigodos y el Imperio Romano, lo que hizo el santo a petición de Teodorico cuando los romanos cercaron Toulouse. La memoria de este santo obispo Orencio de Auch la recoge el *Martirologio romano* actual el 1 de mayo.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

Acta sanctorum. Maii, t.1, p.61-65.
Art. en *Bibliotheca sanctorum.* IX: *Masabki-Ozanam* (Roma 1967) cols.1223-1224.
BENEDICTINE MONKS OF ST. AGUSTINE'S ABBEY, Ramsgate, *The Book of the Saints* (Londres 1989).
CALPENA Y ÁVILA, L., *La luz de la fe en el siglo XX. Libro de la familia cristiana,* III (Madrid 1912-1916) 265.
CROISSET, J., SJ, *Año cristiano, o ejercicios devotos para todos los días del año,* V (Barcelona 1853) 15-18.
DURÁN GUDIOL, A., *Los santos altoaragoneses* (Huesca 1957).

CALENDARIO ESPAÑOL

MEMORIAS QUE CELEBRAN LAS DIÓCESIS ESPAÑOLAS

Día 1	En Astorga, San Gil de Casayo, ermitaño.
	En Albacete, santos Vicente y Leto, mártires.
	En Lérida, San Licerio, obispo.
Día 2	En Palencia, San Antolín, mártir.
	En Pamplona, Beato Francisco Dardán y compañeros, mártires.
Día 3	En Córdoba, San Sandalio, mártir.
Día 4	En Palencia y en Toledo, Beato Francisco de Jesús, mártir.
	En Ciudad Real, Beato José Pascual Carda y compañeros, mártires.
Día 6	En Jerez, Beata Carmen Moreno, virgen y mártir.
Día 7	En Albacete, Beato Alonso Pacheco, mártir.
Día 9	En Cataluña y Mallorca, San Pedro Claver, presbítero.
	En Huesca, beatos Florentino Felipe y compañeros, mártires.
Día 10	En Huelva, Beato Vicente de San José, religioso y mártir.
	En Galicia, San Pedro de Mezonzo, obispo.
	En Alcalá, Beato José de San Jacinto y compañeros, mártires.
	En Barcelona, beatos Domingo Castellet y Luis Eixarc, presbíteros y mártires.
	En Madrid, beatos Francisco Morales y José de Salvanés, mártires.
	En Tortosa, Beato Jacinto Orfanell, mártir.
	En Bilbao y San Sebastián, Beato Francisco Gárate, religioso.
Día 11	En Burgos, Calahorra-La Calzada-Logroño y Osma-Soria, Santo Domingo de Silos, abad.
	En León, santos Vicente, Ramiro y compañeros, mártires.
	En Tarazona, santos Félix y Régula, mártires.
	En Tarragona, Beato Buenaventura Gran, religioso.
	En Vitoria, Beato Tomás del Espíritu Santo, mártir.
	En Oviedo, San Vicente, abad y mártir.
Día 12	En Toledo, Beata María de Jesús López Rivas, virgen.

En Valladolid, Beato Apolinar Franco, presbítero y mártir.
En Barbastro-Monzón, San Poncio, obispo.

Día 16 En Mérida-Badajoz, San Juan Macías, religioso.
En Córdoba, santos Rogelio y Servideo, mártires.

Día 17 En Córdoba, Santa Columba, virgen y mártir.
En Osma-Soria, San Martín de Finojosa, obispo.
En Zaragoza, San Pedro de Arbués, presbítero y mártir.

Día 18 En Ciudad Real, beatos Carlos Egaña y compañeros, mártires.

Día 19 En Córdoba, Santa Pomposa, virgen y mártir.

Día 20 En Córdoba, Beato Francisco de Posadas, presbítero.

Día 22 En Vitoria, beatos Antonio Gosens y María Campillo, mártires.
En Barbastro-Monzón, beatos Dionisio Pamplona y compañeros, mártires.
En Pamplona-Tudela, beatos Mártires Navarros.
En Zaragoza, beatos Manuel Segura y compañeros, mártires.
En Valencia, beatos José Aparicio Sanz y compañeros, mártires.

Día 23 En Tarragona, Santa Tecla, virgen y mártir.

Día 24 En León, San Antonio de León, mártir.
En Jaén, Beato Marcos Criado, presbítero y mártir.

Día 25 En Córdoba, santos Émila y Jeremías, mártires.
En Vich, San Bernardo Calvó, obispo.

Día 26 En Huesca, San Orencio, obispo, hermano de San Lorenzo.

Día 28 En Valladolid, Madrid, Getafe y Santander, San Simón de Rojas, presbítero.
En San Sebastián, santos Domingo de Erquicia y compañeros, mártires.
En Sevilla, santos Adolfo y Juan, mártires.
En Lérida, Beato Francisco Castelló, mártir.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

1. Santos y beatos

Adalpreto, San († ca. 1173), día 20, 611-612.
Adamnano, San († 704), día 23, 699.
Adán Bargielski, Bto. († 1942), día 8, 248.
Adolfo (de Córdoba), San († 824), día 27, 821.
Agrícola de Aviñón, San († 700), día 2, 38.
Águeda Chon Kyong-hyob, Sta. († 1839), día 26 (memoria: día 20), 791-800.
Águeda Kim A-gi, Sta. († 1839), día 20 (memoria), 578-583.
Águeda Kwon Chini, Sta. († 1840), día 20 (memoria), 578-583.
Águeda Yi Kan-nan, Sta. († 1846), día 20 (memoria: día 20), 600-604.
Águeda Yi Kiong-I, Sta. († 1840), día 20 (memoria), 578-583.
Águeda Yi Sosa, Sta. († 1839), día 20 (memoria), 578-583.
Águeda Yi, Sta. († 1840), día 20 (memoria), 578-583.
Agustín Pak Chong-won, San († 1840), día 20 (memoria), 578-583.
Agustín Yi Kwang-hon, San († 1839), día 20 (memoria), 578-583.
Agustín Yu Chin-gil, San († 1839), día 22 (memoria: día 20), 656-662.
Albeo, San († 526), día 12, 353.
Alberto de Jerusalén, San († 1214), día 14, 392-395.
Alejandro Carlos Lenfant, Bto. († 1792), día 2, 39-44.
Alejo Saburi Sanbashi, Bto. († 1622), día 10, 308-310.
Alejo U Se-yong, Sto. († 1866), día 20 (memoria), 578-583.
Alfonso Sebastiá Viñals, Bto. († 1936), día 1, 24-25.
Alonso de Mena, Bto. († 1622), día 10, 308-310.
Alonso de Orozco, San († 1591), día 19, 542-546.
Amado de Remiremont, San († 629), día 13, 365-368.
Amalia Abad Casasempere, Bta. († 1936), día 28, 844-846.
Ambrosio (Salvador) Chuliá Ferrandis, Bto. († 1936), día 18, 523-526.
Ambrosio Agustín Chevreux, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Ambrosio (Eduardo) Barlow, San († 1641), día 10, 310-318.
Ana Eugenia (Eugenia María Ángela) Picco, Bta. († 1921), día 7, 175-185.
Ana Kim Chang-gum, Sta. († 1839), día 20 (memoria), 578-583.
Ana Pak A-gi, Sta. († 1839), día 20 (memoria), 578-583.
Andrés Angar, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Andrés Chong, San († 1840), día 20 (memoria), 578-583.
Andrés Grasset de Saint-Sauveur, Bto. († 1792), día 2, 30-34.

Andrés Kim Taegón, San († 1846), día 16 (memoria: día 20), 464-469.
Ángel Orsucci, Bto. († 1622), día 10, 308-310.
Antonino, San († s. IV), día 2, 35-36.
Antonio, San († 1529), día 23 (memoria), 700-701.
Antonio Carlos Octaviano de Bouzet, Bto. († 1792), día 2, 39-44.
Antonio Daveluy, San († 1866), día 20 (memoria), 578-583.
Antonio de San Buenaventura, Bto. († 1628), día 8, 239-243.
Antonio de Santo Domingo, Bto. († 1628), día 8, 239-243.
Antonio González, San († 1637), día 24 (memoria: día 28), 733-734 831-840.
Antonio Hamanomachi Coreano, Bto. († 1622), día 10, 308-310.
Antonio Ixida, Bto. († 1632), día 3, 54-62.
Antonio Kim Song-U, San († 1841), día 20 (memoria), 578-583.
Antonio Kiuni, Bto. († 1622), día 10, 308-310.
Antonio María Schwartz, Bto. († 1929), día 15, 420-428.
Antonio Martín Slomsek, Bto. († 1862), día 24, 721-725.
Antonio Sanga, Bto. († 1622), día 10, 308-310.
Antonio Vom, Bto. († 1622), día 10, 308-310.
Apolinar Franco, Bto. († 1622), día 12, 353-355.
Apolinar Juan Santiago Morel, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Apolonia (de Nagasaki), Bta. († 1622), día 10, 308-310.
Armando Chapt de Rastignac, Bto. († 1792), día 2, 39-44.
Armando de Foucault de Pontbriand, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Arnulfo, San († 1075), día 19, 575.
Ascensión de San José de Calasanz Lloret Marco, Bta. († 1936), día 23, 703.
Augusto Nézel, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Aunacario de Auxerre, San († 605), día 25, 749.
Aurelio María (Bienvenido) Villalón Acebrón, Bto. († 1936), día 13, 378-379.
Autberto de Avranches, San († 709), día 10, 321.

Bárbara Cho Chung-i, Sta. († 1839), día 20 (memoria), 578-583.
Bárbara Choe Yong-i, Sta. († 1840), día 20 (memoria), 578-583.
Bárbara Han A-gi, Sta. († 1839), día 20 (memoria), 578-583.
Bárbara Kim, Sta. († 1839), día 20 (memoria), 578-583.
Bárbara Ko Sun-i, Sta. († 1839), día 20 (memoria), 578-583.
Bárbara Kwon-hui, Sta. († 1839), día 3 (memoria: día 20), 85-89.
Bárbara Yi Chong-hui, Sta. († 1839), día 3 (memoria: día 20), 85-89.
Bárbara Yi, Sta. († 1839), día 20 (memoria), 578-583.
Bartolomé Chong Mun-ho, San († 1866), día 20 (memoria), 578-583.
Bartolomé Gutiérrez, Bto. († 1632), día 3, 54-62.
Bartolomé Kawano Shichiemon, Bto. († 1622), día 10, 308-310.
Beata Toribia, cf. Santa María de la Cabeza.

Benedicta Hyon Kuong-nyon, Sta. († 1839), día 20 (memoria), 578-583.
Benito (Manuel) Ferrer Jordá, Bto. († 1936), día 16, 476-477.
Benjamín (Alejandro) Cobos Celada, Bto. († 1936), día 1, 19-24.
Berardo (José) Bleda Grau, Bto. († 1936), día 4, 118.
Bernardina (María) Jablonska, Bta. († 1940), día 23, 682-687.
Bernardino (Pablo) Martínez Robles, Bto. († 1936), día 16, 476-477.
Bernardino de Feltre, Bto. († 1494), día 28, 855-856.
Bernardo Francisco de Cussac, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Bertino de Sithiu, San († 698), día 5, 119-124.
Bertrán de Garrigue, Bto. († 1230), día 6, 149-157.
Bonfilio de Foligno, San († 1125), día 27, 821-822.
Bonifacio I (papa), San († 422), día 4, 95-101.
Brígida de Jesús Morello, Bta. († 1679), día 3, 62-66.
Brocardo, Bto. († 1231), día 2, 27-30.
Buenaventura (Julio) Esteve Flors, Bto. († 1936), día 26, 805.
Buenaventura de Barcelona (Miguel) Bautista Gran, Bto. († 1684), día 11, 323-325.

Cadoc, San († 580), día 21, 634-635.
Camilo Constanzo, Bto. († 1622), día 15, 434-435.
Cándido (Legión Tebea), San († 302), día 22, 640-645.
Canuto (José) Franco Gómez, Bto. († 1936), día 1, 19-24.
Carlos Cho Shin-chol, San († 1839), día 26 (memoria: día 20), 791-800.
Carlos de Blois, Bto. († 1364), día 29, 884-885.
Carlos Eraña Guruceta, Bto. († 1936), día 18, 514-520.
Carlos Hyon Song-mun, San († 1846), día 19 (memoria: día 20), 546-553.
Carlos Jeremías Bérauld du Pérou, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Carlos Luis Hurtrel, Bto. († 1792), día 2, 39-44.
Carlos Navarro Miquel, Bto. († 1936), día 22, 665.
Carlos Regis Mateo de la Calmette, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Carlos Spínola, Bto. († 1622), día 10, 308-310.
Carmelo (Isidoro) Gil Arano, Bto. († 1936), día 1, 19-24.
Catalina (de Nagasaki), Bta. († 1622), día 10, 308-310.
Catalina Chong Chor-yom, Sta. († 1846), día 20 (memoria: día 20), 600-604.
Catalina Fieschi, Sta. († 1510), día 15, 409-415.
Catalina Mattei, Bta. († 1547), día 4, 115.
Catalina Yi, Sta. († 1839), día 26 (memoria: día 20), 578-583.
Cecilia Yu So-sa, Sta. († 1839), día 20 (memoria), 578-583.
Cecilio (Enrique) López López, Bto. († 1936), día 1, 19-24.
Cesáreo (Mariano) Niño Pérez, Bto. († 1936), día 1, 19-24.
Cipriano de Cartago, San († 258), día 16, 441-448.
Clara Yamada, Bta. († 1622), día 10, 308-310.
Claudio Antonio Radulfo de Laporte, Bto. († 1792), día 2, 30-34.

Claudio Bernabé Laurent de Mascloux, Bto. († 1794), día 7, 190-191.
Claudio Cayx o Dumas, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Claudio Chaudet, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Claudio Colin, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Claudio Dumonet, Bto. († 1794), día 13, 378.
Claudio Fontaine, Bto. († 1792), día 2, 39-44.
Claudio Francisco Gagnière des Granges, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Claudio Laplace, Bto. († 1794), día 14, 400-401.
Claudio Rousseau, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Clemente Vom, Bto. († 1622), día 10, 308-310.
Cleofás (discípulo), San († s. I), día 25, 748-749.
Clodoaldo, San († 560), día 7, 185-186.
Columba (Juana) Gabriel, Bta. († 1926), día 24, 725-731.
Columba Kim Hyo-im, Sta. († 1839), día 26 (memoria: día 20), 791-800.
Columba, Sta. († 853), día 17, 498.
Constancio, San († s. V), día 23, 698-699.
Consuelo Aguiar-Mella Díaz, Bta. († 1936), día 19, 563-574.
Corbiniano, San († 725), día 8, 236-237.
Cornelio (papa), San († 252), día 16, 437-440.
Cosme (Simón Isidro Joaquín) Brun Arará, Bto. († 1936), día 1, 19-24.
Cosme, San († s. III), día 26, 753-757.
Crescencia Valls Espí, Bta. († 1936), día 26, 804.
Cristino (Miguel) Roca Huguet, Bto. († 1936), día 1, 19-24.
Cristóbal, San († 1527), día 23 (memoria), 700-701.
Cuadrato, San († s. II), día 21, 634.

Dalmacio Moner, Bto. († 1341), día 24, 705-714.
Damián Nam Myong Hyog, San († 1839), día 20 (memoria), 578-583.
Damián Yamichi Tanda, Bto. († 1622), día 10, 308-310.
Damián, San († s. III), día 26, 753-757.
Daniel de Bangor, San († 584), día 11, 339-340.
Daniel Luis Andrés de Pommerayes, Bto. († 1792), día 2, 39-44.
Darío Hernández Morató, Bto. († 1936), día 29, 900.
Dativo (de Cartago), San († 257), día 10, 319-320.
David Okelo, Bto. († 1918), día 18, 512-514.
Deiniol Wyn, cf. Daniel de Bangor, San.
Diego Llorca Llopis, Bto. († 1936), día 6, 158-159.
Dominga Ogata, Bta. († 1622), día 10, 308-310.
Domingo Castellet, Bto. († 1628), día 8, 239-243.
Domingo de Nagasaki, Bto. († 1628), día 8, 239-243.
Domingo del Rosario, Bto. († 1622), día 10, 308-310.
Domingo Higaski, Bto. († 1628), día 8, 239-243.
Domingo Ibáñez de Erquicia, San († 1633), día 28 (memoria), 831-840.

Domingo Magoshichi, Bto. († 1622), día 12, 353-355.
Domingo Nakano, Bto. († 1622), día 10, 308-310.
Domingo Shobioye, Bto. († 1628), día 16, 474.
Domingo Tomaki, Bto. († 1628), día 8, 239-243.
Domingo Trach, Sto. († 1840), día 18, 521-522.
Domingo Yamada, Bto. († 1622), día 10, 308-310.
Donaciano (de África), San († s. V), día 6, 157-158.
Dositeo (Guillermo) Rubio Alonso, Bto. († 1936), día 1, 19-24.

Edith, Sta. († 984), día 16, 472.
Elena Duglioli, Bta. († 1520), día 23, 700.
Elzear de Sabran, San († 1323), día 27, 817-821.
Émila (de Córdoba), Sta. († 852), día 15, 433.
Emilia Tavernier, Bta. († 1851), día 23, 674-679.
Encarnación Gil Valls, Bta. († 1936), día 24, 736.
Enrique Augusto Luzeau de la Mulonnière, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Enrique Hipólito Hermès, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Escipión Jerónimo Brigéat de Lambert, Bto. († 1794), día 4, 115-116.
Esteban de Die (o de Châtillon) († 1208), día 7, 186.
Esteban Francisco Deusdedit de Ravinel, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Esteban Min Kukka, San († 1840), día 20 (memoria), 578-583.
Esteban Pongracz, San († 1619), día 7, 161-165.
Eufemia, Sta. († 304), día 16, 469.
Eusebio de Bolonia, San († s. IV), día 26, 790.
Eustaquio, San (fecha desconocida), día 20, 583-588.
Eustoquio, Sta. († 419), día 28, 853-854.
Eutimio (Nicolás) Aramendia García, Bto. († 1936), día 1, 19-24.
Evencio Ricardo (Eusebio) Alonso Uyarra, Bto. († 1936), día 8, 244-246.
Exaltación de la Santa Cruz, día 14, 380-384.
Exuperio (Legión Tebea), San († 302), día 22, 640-645.
Exuperio de Toulouse, San († d. 411), día 28, 853.

Faustino (Antonio) Villanueva Igual, Bto. († 1936), día 1, 19-24.
Febe, Sta. († s. I), día 3, 66-67.
Federico Albert, Bto. († 1876), día 30, 921-926.
Federico Ozanam, Bto. († 1853), día 8, 210-216.
Felisa Meda, Bta. († 1444), día 30, 927.
Félix (de Cartago), San († 257), día 10, 319-320.
Félix [otro] (de Cartago), San († 257), día 10, 319-320.
Félix, San (fecha desconocida), día 11, 338.
Fernando García Sendra, Bto. († 1936), día 18, 522-523.
Ferreolo, San († s. III), día 18, 520.
Fidel (Mariano) Climent Sanchís, Bto. († 1936), día 27, 824-825.
Florencio Dumontet de Cardaillac, Bto. († 1794), día 5, 140-141.
Francisca Cualladó Baixauil, Bta. († 1936), día 19, 576-577.

Francisca Javiera (María) Fenollosa Alcayna, Bta. († 1936), día 27, 825-826.
Francisco (Justo) Lerma Martínez, Bto. († 1936), día 18, 523-526.
Francisco Balmain, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Francisco César Londiveau, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Francisco Choe Kyong-hwan, San († 1839), día 12 (memoria: 20 septiembre), 356-357.
Francisco d'Oudinot de la Boissière, Bto. († 1794), día 7, 190-191.
Francisco Dardan, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Francisco de Borja, San († 1572), día 30, 912-921.
Francisco de Paula Castelló y Aleu, Bto. († 1936), día 29, 887-895.
Francisco de Posadas, Bto. († 1713), día 20, 588-595.
Francisco de San Buenaventura, Bto. († 1622), día 12, 353-355.
Francisco Dumasramabaud de Calandelle, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Francisco Gárate Aranguren, Bto. († 1929), día 9, 283-295.
Francisco Higaski, Bto. († 1628), día 8, 239-243.
Francisco Jaccard, San († 1838), día 21, 635-637.
Francisco Javier Ponsa Casallach, Bto. († 1936), día 28, 858.
Francisco José de la Rochefoucauld, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Francisco José Pey, Bto. († 1792), día 2, 39-44.
Francisco Lafranc, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Francisco Luis Hébert, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Francisco Luis Méallet de Fargues, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Francisco María de Camporosso, San († 1866), día 17, 488-496.
Francisco Mayaudon, Bto. († 1794), día 11, 341.
Francisco Morales, Bto. († 1622), día 10, 308-310.
Francisco Sendra Ivars, Bto. († 1936), día 4, 117-118.
Francisco Shoyemon, San († 1633), día 28 (memoria), 831-840.
Francisco Takeya, Bto. († 1622), día 11, 340-341.
Francisco Terrero, Bto. († 1632), día 3, 54-62.
Francisco Urbano Salins de Niart, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Francisco Vareilhe-Duteil, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Fúsculo (de África), San († s. V), día 6, 157-158.

Gabriel (arcángel), San, día 29, 868-875.
Gabriel de la Magdalena, Bto. († 1632), día 3, 54-62.
Gabriel Desprez de Roche, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Gabriel Taurino Dufresse, San († 1815), día 14, 395-399.
Gaspar Claudio Maignien, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Gaspar Koteda, Bto. († 1622), día 11, 340-341.
Gaspar Stanggassinger, Bto. († 1899), día 26, 776-784.
Gedeón (juez de Israel), San, día 26, 757-761.
Gerardo Sagredo, San († 1046), día 24, 731-732.
Germán (de África), San († s. V), día 6, 157-158.
Germán Gozalvo Andreu, Bto. († 1936), día 22, 665-666.
Gil de Casayo, San († 1213), día 1, 968.

Gil, San († s. VI/VII), día 1, 17-18.
Gildo Irwa, Bto. († 1918), día 18, 512-514.
Gonzalo Fusai, Bto. († 1622), día 10, 308-310.
Gregorio el Iluminador, San († 326), día 30, 908-912.
Gregorio Magno (papa), San († 604), día 3, 46-54.
Guala, Bto. († 1244), día 3, 68-69.
Guidón de Anderlecht, San († 1012), día 12, 350-352.
Guillermo Antonio Delfaut, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Guillermo Brown, Bto. († 1605), día 5, 140.
Guillermo Courtet, San († 1636), día 29 (memoria: día 28), 831-840.
Guillermo Spencer, Bto. († 1589), día 24, 732-733.
Guillermo Way, Bto. († 1587), día 23, 701-702.

Herminia Martínez Amigó, Bta. († 1936), día 27, 825-826.
Hildegarda, Sta. († 1179), día 17, 499.
Honorio de Canterbury, San († 653), día 30, 926-927.

Ida de Herzfeld, Sta. († 825), día 4, 113.
Ignacio Casanovas, Bto. († 1936), día 16, 475.
Ignacio de Santhià, San († 1770), día 22, 645-656.
Ignacio Jorge, Bto. († 1622), día 10, 308-310.
Ignacio Kim Che-jun, San († 1839), día 26 (memoria: día 20), 791-800.
Inés Kim Hyo-ju, Sta. († 1839), día 3 (memoria: día 20), 85-89.
Inés Takeya, Bta. († 1622), día 10, 308-310.
Ingrid Elofsdotter, Bta. († 1282), día 2, 38-39.
Irmengarda, Sta. († 1085), día 4, 113-114.
Isaac, San († 438), día 8, 235-236.
Isabel (madre de San Juan Bautista), Sta., día 23, 669-674.
Isabel Chong Chong-hye, Sta. († 1839), día 20 (memoria), 578-583.
Isabel Fernández, Bta. († 1622), día 10, 308-310.
Ismael Escrihuela Esteve, Bto. († 1936), día 8, 247-248.

Jacinto (de Oaxaca), Bto. († 1700), día 15, 416-420.
Jacinto (de Roma), San († s. III), día 11, 337.
Jacinto Hoyuelos González, Bto. († 1936), día 19, 575-576.
Jacinto Orfanel, Bto. († 1622), día 10, 308-310.
Jáder (de Cartago), San († 257), día 10, 319-320.
Jenaro, San († s. IV), día 19, 527-532.
Jeremías (de Córdoba), San († 852), día 15, 433.
Jerónimo Jo, Bto. († 1632), día 3, 54-62.
Jerónimo, San († 420), día 30, 901-908.
Jesús Hita Miranda, Bto. († 1936), día 25, 750-751.
Jonás (profeta), San, día 21, 619-627.
Jordán de San Esteban Jacinto Ansalone, San († 1634), día 28 (memoria), 831-840.
Jorge Douglas, Bto. († 1587), día 9, 296-297.

José Bécavin, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
José Cecilio (Bonifacio) Rodríguez González, Bto. († 1936), día 8, 244-246.
José Chang Chu-gi, San († 1866), día 20 (memoria), 578-583.
José Chang Song-jib, San († 1839), día 20 (memoria), 578-583.
José Cho Yun-ho, San († 1866), día 20 (memoria), 578-583.
José de Cupertino, San († 1663), día 18, 504-512.
José de San Jacinto de Salvanés, Bto. († 1622), día 10, 308-310.
José Fenollosa Alcayna, Bto. († 1936), día 27, 824-825.
José García Mas, Bto. († 1936), día 18, 522-523.
José Goizet, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
José Hoang Luong Canh, San († 1838), día 5, 141-142.
José Im Chi-baeg, San († 1846), día 20 (memoria: día 20), 600-604.
José Kut, Bto. († 1942), día 18, 526.
José Marchandon, Bto. († 1794), día 22, 664-665.
José María de Yermo y Parres, San († 1904), día 20, 604-611.
José María Segura Penadés, Bto. († 1936), día 11, 336-337.
José María Vidal Seguí, Bto. († 1936), día 26, 802-803.
José Pascual Carda Saporta, Bto. († 1936), día 4, 116-117.
José Pedro Han Chae-Kwon, San († 1866), día 20 (memoria), 578-583.
José Ramón Ferragud Girbés, Bto. († 1936), día 24, 736-737.
José Ramón Pascual Ferrer Botella, Bto. († 1936), día 24, 734-735.
José Stanek, Bto. († 1944), día 23, 704.
José Tarrats Comaposada, Bto. († 1936), día 28, 859.
José Tomás Pazery de Thorame, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Josefa de San Juan Ruano García, Bta. († 1936), día 8, 230-234.
Josefina Moscardó Montalvà, Bta. († 1936), día 22, 666-667.
Josué, San (Antiguo Testamento), día 1, 4-7.
Juan, San († 1529), día 23 (memoria), 700-701.
Juan (de Córdoba), San († 824), día 27, 821.
Juan Andrés Capeau, Bto. († 1792), día 2, 39-44.
Juan Antonio Bernabé Seguin, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Juan Antonio de Savine, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Juan Antonio Guilleminet, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Juan Antonio Hacinto Boucharene de Chaumeils, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Juan Bautista Chong Chang-U, San († 1866), día 20 (memoria), 578-583.
Juan Bautista Claudio Aubert, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Juan Bautista de los Ángeles (de Oaxaca), Bto. († 1700), día 15, 416-420.
Juan Bautista Jannin, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Juan Bautista Laborier du Vivier, Bto. († 1794), día 27, 823.
Juan Bautista María Tessier, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Juan Bautista Mazzucconi, Bto. († 1855), día 7, 165-175.
Juan Bautista Miguel Pontus, Bto. († 1792), día 2, 30-34.

Juan Bautista Nam Chong-sam, San († 1866), día 20 (memoria), 578-583.
Juan Bautista Nativelle, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Juan Bautista Yi Kwang-nyol, San († 1839), día 20 (memoria), 578-583.
Juan Bono de Siponto, Bto. († s. XII), día 5, 139.
Juan Carlos Cornay, San († 1837), día 20, 595-599.
Juan Charton de Millon, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Juan Chugoku, Bto. († 1622), día 10, 308-310.
Juan Crisóstomo, San († 407), día 13, 358-365.
Juan Duckett, Bto. († 1644), día 7, 188-189.
Juan de Dukla, San († 1484), día 29, 886-887.
Juan Enrique Luis Samson, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Juan Felipe Marchand, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Juan Francisco Bosquet, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Juan Francisco Burté, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Juan Gabriel Perboyre, San († 1840), día 11, 325-335.
Juan Hamanomachi, Bto. († 1622), día 10, 308-310.
Juan Imamura, Bto. († 1628), día 8, 239-243.
Juan José Rateau, Bto. († 1792), día 2, 39-44.
Juan Lacan, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Juan Luis Guyard de Saint-Clair, Bto. († 1792), día 2, 39-44.
Juan Macías, San († 1645), día 16, 460-464.
Juan Maki, Bto. († 1627), día 7, 187-188.
Juan María de Lau d'Allemans, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Juan Ni Youn Il, San († 1867), día 20 (memoria), 578-583.
Juan Nicolás Cordier, Bto. († 1794), día 30, 928.
Juan Norton, Bto. († 1600), día 8, 238-239.
Juan Pak Hu-jae, San († 1839), día 3 (memoria: día 20), 85-89.
Juan Pedro Bangue, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Juan Pedro de San Antonio (José María) Bengoa Aranguren, Bto. († 1936), día 25, 750-751.
Juan Pedro Simón, Bto. († 1792), día 2, 39-44.
Juan Roberto Quéneau, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Juan Shozaburo, San († 1630), día 28, 856-858.
Juan Talbot, Bto. († 1600), día 8, 238-239.
Juan Tomaki, Bto. († 1628), día 8, 239-243.
Juan Ventura Solsona, Bto. († 1936), día 17, 501-502.
Juan Yi Munu, San († 1840), día 20 (memoria), 578-583.
Juana Soderini, Bta. († 1367), día 1, 19.
Julián Poulain-Delaunay, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Juliana de Collalto, Bta. († 1262), día 1, 18-19.
Julio Honorato Cipriano Pazary de Thorame, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Julita Kim, Sta. († 1839), día 26 (memoria: día 20), 791-800.
Justo de Lyón, San († d. 381), día 2, 37.

Justo Ranfer de Bretenières, San († 1866), día 20 (memoria), 578-583.

Ladislao Bladzinski, Bto. († 1944), día 8, 248-249.
Ladislao Miegon, Bto. († 1942), día 15, 436.
Lamberto de Maastricht, San († 705), día 17, 497.
Laureano (Salvador) Ferrer Cardet, Bto. († 1936), día 16, 476-477.
Lázaro de Kyoto, San († 1636), día 29 (memoria: día 28), 831-840.
Léoba, Sta. († 782), día 28, 854-855.
León Aybara, Bto. († 1628), día 8, 239-243.
León de Satsuma, Bto. († 1622), día 10, 308-310.
León (Manuel) Legua Martí, Bto. († 1936), día 26, 806-807.
Leto (de África), San († s. V), día 6, 157-158.
Leto, San (fecha desconocida), día 1, 967.
Liberato de Lauro, Bto. († 1258), día 6, 158.
Licerio, San († h. 540), día 1, 969-970.
Lino (papa), San († s. I), día 23, 697-698.
Liteo (de Cartago), San († 257), día 10, 319-320.
Lope Thomas o Bonnotte, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Lorenzo (Laurent), Bto. († 1792), día 2, 39-44.
Lorenzo de Ripafratta, Bto. († 1456), día 27, 822-823.
Lorenzo Hakizo, San († 1630), día 28, 856-858.
Lorenzo Han I-yong, San († 1846), día 20 (memoria: día 20), 600-604.
Lorenzo Imbert, San († 1839), día 21 (memoria: día 20), 628-634.
Lorenzo Ruiz, San († 1636), día 29 (memoria: día 28), 831-840.
Lorenzo Yamada, Bto. († 1628), día 8, 239-243.
Lucas del Espíritu Santo Alonso Gorda, San († 1633), día 28 (memoria), 831-840.
Lucas Hwang Sok-tu, San († 1866), día 20 (memoria), 578-583.
Lucía de Caltagirone, Bta. († 1400), día 26, 790-791.
Lucía de Freitas, Bta. († 1622), día 10, 308-310.
Lucía Kim, Sta. († 1839), día 20 (memoria), 578-583.
Lucía Kim, Sta. († 1839), día 26 (memoria: día 20), 791-800.
Lucía Luisa, Bta. († 1628), día 8, 239-243.
Lucía Pak Hui-sun, Sta. († 1839), día 20 (memoria), 578-583.
Lucio (de Cartago), San († 257), día 10, 319-320.
Ludmila, Sta. († 921), día 16, 471.
Luis Alejo Matías Boubert, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Luis Barreau de la Touche, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Luis Beaulieu, San († 1866), día 20 (memoria), 578-583.
Luis Benjamín Hurtrel, Bto. († 1792), día 2, 39-44.
Luis d'Alleman, Bto. († 1450), día 16, 456-460.
Luis Francisco Andrés Barret, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Luis Higaski, Bto. († 1628), día 8, 239-243.
Luis Kawara, Bto. († 1622), día 10, 308-310.
Luis le Danois, Bto. († 1792), día 2, 39-44.

Luis Longuet, Bto. († 1792), día 2, 39-44.
Luis Lorenzo Gaultier, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Luis Maki, Bto. († 1627), día 7, 187-188.
Luis Mauduit, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Luis Remigio Benoist, Bto. († 1792), día 2, 39-44.
Luis Renato Nicolás Benoist, Bto. († 1792), día 2, 39-44.
Luis Tezza, Bto. († 1923), día 26, 785-790.
Lupo de Sens, San († 623), día 1, 18.

Magdalena Cho, Sta. († 1839), día 26 (memoria: día 20), 790-791.
Magdalena de Nagasaki, Sta. († 1634), día 28 (memoria), 831-840.
Magdalena Han Yong-i, Sta. († 1839), día 20 (memoria), 578-583.
Magdalena Ho Hye-im, Sta. († 1839), día 26 (memoria: día 20), 791-800.
Magdalena Kim Obi, Sta. († 1839), día 20 (memoria), 578-583.
Magdalena Pak Pong-son, Sta. († 1839), día 26 (memoria: día 20), 791-800.
Magdalena Sanga, Bta. († 1622), día 10, 308-310.
Magdalena Son Sobyog, Sta. († 1840), día 20 (memoria), 578-583.
Magdalena Yi Yong-dog, Sta. († 1839), día 20 (memoria), 578-583.
Magdalena Yi Yong-hui, Sta. († 1839), día 20 (memoria), 578-583.
Mancio de Santo Tomás, cf. Mateo de Santo Tomás Chiwiato, Bto.
Mancio Ikizayemon, San († 1630), día 28, 856-858.
Mansueto (de África), San († s. V), día 6, 157-158.
Manuel Nguyen Van Trieu, San († 1798), día 17, 500.
Manuel Torró García, Bto. († 1936), día 21, 637-638.
Marcelino (de Cartago), San († 413), día 13, 376-377.
Marcos Chong Ui-bae, San († 1866), día 20 (memoria), 578-583.
Marcos Criado, Bto. († 1569), día 25, 746-748.
Marcos Crisino o Körösi, San († 1619), día 7, 161-165.
Marcos Luis Royer, Bto. († 1792), día 2, 39-44.
Marcos Scalabrini de Mútina, Bto. († 1498), día 21, 635.
María Coreano, Bta. († 1622), día 10, 308-310.
María de Cervellón, Sta. († 1290), día 19, 537-542.
María de Jesús de la Yglesia y de Varo, Bta. († 1936), día 19, 563-574.
María de Jesús López de Rivas, Bta. († 1640), día 13, 369-376.
María de la Cabeza, Sta. († s. XII), día 9, 296.
María de la Purificación de San José Ximénez Ximénez, Bta. († 1936), día 23, 679-682.
María de la Purificación Vidal Pastor, Bta. († 1936), día 22, 662-663.
María de Santa Cecilia Romana Dina Bélanger, Bta. († 1929), día 4, 102-113.
María de Santa Eulalia Puig Bonany, Bta. († 1936), día 8, 230-234.

María del Amparo (Teresa) Rosat Balasch, Bta. († 1936), día 26, 801-802.
María del Calvario (Josefa) Romero Clariana, Bta. († 1936), día 26, 801-802.
María del Carmen Moreno Benítez, Bta. († 1936), día 1, 8-17.
María del Olvido Noguera Albelda, Bta. († 1936), día 26, 804.
María del Refugio Carbonell Muñoz, Bta. († 1936), día 1, 8-17.
María Dolores Aguiar-Mella y Díaz, Bta. († 1936), día 19, 563-573.
María Dolores de Santa Eulalia Puig Bonany, Bta. († 1936), día 8, 230-234.
María Eutimia (Emma) Üffing, Bta. († 1955), día 9, 260-263.
María Guillerma Emilia de Rodat, Sta. († 1852), día 19, 554-563.
María Jordá Botella, Bta. († 1936), día 26, 805-806.
María Josefa del Río Messa, Bta. († 1936), día 23, 679-682.
María Pak Kun-agi Hui-sun, Sta. († 1839), día 3 (memoria: día 20), 85-89.
María Shoun, Bta. († 1622), día 10, 308-310.
María Tanaka, Bta. († 1622), día 10, 308-310.
María Tanaura, Bta. († 1622), día 10, 308-310.
María Tokuan, Bta. († 1622), día 10, 308-310.
María Won Kwi-im, Sta. († 1839), día 20 (memoria), 578-583.
María Yi Idog, Sta. († 1840), día 20 (memoria), 578-583.
María Yi Yon-hui, Sta. († 1839), día 3 (memoria: día 20), 85-89.
Marina de Omura, Sta. († 1633), día 28 (memoria), 831-840.
Marino Blanes Giner, Bto. († 1936), día 8, 246-247.
Marta Kim Song-im, Sta. († 1839), día 20 (memoria), 578-583.
Martín de Huerta, San († 1213), día 16, 448-456.
Martín Lucas Huin, San († 1866), día 20 (memoria), 578-583.
Martín Lucas Huin, San († 1866), día 20 (memoria), 578-583.
Mártires de la Abadía de Saint-Germain-des-Près, Btos. († 1792), día 2, 39-44.
Mártires de «La Force» y seminario de San Fermín, Btos. († 1792), día 3, 69-85.
Mártires «de los Carmelitas», Btos. († 1792), día 2, 30-35.
Mártires Hospitalarios de Carabanchel Alto (Madrid), Btos. († 1936), día 1, 19-24.
Mártires Pasionistas de Daimiel (Grupo de Ciudad Real), Btos. († 1936), día 25, 749-751.
Mateo (evangelista), San, día 21, 613-618.
Mateo Álvarez, Bto. († 1628), día 8, 239-243.
Mateo de Santo Tomás Chiwiato, Bto. († 1622), día 12, 353-355.
Mateo Kohioye, San († 1633), día 28 (memoria), 831-840.
Materno de Colonia, San († s. IV), día 14, 399.
Matías Agustín Nogier, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Maturino Legué, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Maturino Víctor Deruelle, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Mauricio (Legión Tebea), San († 302), día 22, 640-645.
Mauricio de Carnoët, San († 1191), día 29, 896.

Maurilio de Angers, San († 453), día 13, 377-378.
Melchor Grodziecki, San († 1619), día 7, 161-165.
Miguel (arcángel), San, día 29, 860-867.
Miguel Czartoryski, Bto. († 1944), día 6, 142.
Miguel de Aozaraza, San († 1636), día 29 (memoria: día 28), 831-840.
Miguel Kurobioye, San († 1633), día 28 (memoria), 831-840.
Miguel Shumpo, Bto. († 1622), día 10, 308-310.
Miguel Tayemon Kinoshi, San († 1630), día 28, 856-858.
Miguel Timonoya, Bto. († 1628), día 16, 474.
Miguel Tomaki, Bto. († 1628), día 8, 239-243.
Miguel Yamada, Bto. († 1628), día 8, 239-243.
Miguel Yamichi, Bto. († 1622), día 10, 308-310.
Modesto (Vicente) Gay Zarzo, Bto. († 1936), día 18, 523-526.
Moisés, San (Antiguo Testamento), día 4, 90-95.

Natividad de la Bienaventurada Virgen María, día 8, 193-203.
Nemesiano (de Cartago), San († 257), día 10, 319-320.
Nemesio, San († 251), día 10, 318-319.
Niceta Budka, Bto. († 1949), día 28, 847-853.
Nicolás Clairet, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Nicolás de Forca Palena, Bto. († 1449), día 29, 897.
Nicolás de Tolentino, San († 1305), día 10, 302-308.
Nicomedes, San (fecha desconocida), día 15, 432-433.
Nilo el Joven, San († 1004), día 26, 761-768.
Niniano, San († 432), día 16, 470.
Notburga de Eben, Sta. († 1313), día 14, 400.
Nuestra Señora de Aránzazu, día 9, 949-957.
Nuestra Señora de Covadonga, día 8, 936-942.
Nuestra Señora de Guadalupe, día 8, 942-949.
Nuestra Señora de la Merced, día 24, 971-980.
Nuestra Señora de la Peña, día 7, 929-936.
Nuestra Señora de los Dolores, día 15, 402-409.

Oglerio, Bto. († 1214), día 10, 321-322.
Orencio, San († s. III/IV), día 26, 980-981.
Otón de Frisinga, Bto. († 1158), día 22, 663-664.

Pablo Bori Puig, Bto. († 1936), día 29, 899-900.
Pablo Chong Ha-sang, San († 1839), día 22 (memoria: día 20), 656-662.
Pablo de Santa Clara, Bto. († 1622), día 12, 353-355.
Pablo Ho, San († 1840), día 20 (memoria), 578-583.
Pablo Hong Yongju, San († 1840), día 20 (memoria), 578-583.
Pablo Manna, Bto. († 1952), día 15, 428-432.
Pablo María de San José (Pedro) Leoz Portillo, Bto. († 1936), día 25, 750-751.

Pablo Nagaishi, Bto. († 1622), día 10, 308-310.
Pablo Sadayu Aybara, Bto. († 1628), día 8, 239-243.
Pablo Tanaka, Bto. († 1622), día 10, 308-310.
Pablo Timonoya, Bto. († 1628), día 16, 474.
Pablo Tomaki, Bto. († 1628), día 8, 239-243.
Paciente de Lyón, San († 480), día 11, 339.
Pacífico de San Severino, San († 1721), día 24, 714-720.
Pafnucio, San († s. IV), día 11, 339.
Pascual Ferrer Botella, Bto. († 1936), día 24, 734-736.
Pascual Fortuño Almela, Bto. († 1936), día 8, 216-230.
Pascual Penadés Jornet, Bto. († 1936), día 15, 435.
Pascual Torres Lloret, Bto. († 1936), día 6, 159.
Pedro Aumaître, San († 1866), día 20 (memoria), 578-583.
Pedro Bonhomme, Bto. († 1861), día 9, 263-272.
Pedro Cho Hwa-so, San († 1866), día 20 (memoria), 578-583.
Pedro Choe Chang-hub, San († 1839), día 20 (memoria), 578-583.
Pedro Choe Hyong, San († 1866), día 20 (memoria), 578-583.
Pedro Chong Won-ji, San († 1866), día 20 (memoria), 578-583.
Pedro Claver, San († 1654), día 9, 249-260.
Pedro de Alcántara (Lorenzo) Villanueva Larráyoz, Bto. († 1936), día 11, 342.
Pedro de Arbués, San († 1485), día 17, 483-488.
Pedro de Ávila, Bto. († 1622), día 10, 308-310.
Pedro de Chavanon, San († 1080), día 8, 237.
Pedro de Mezonzo, San († 1003), día 10, 958-962.
Pedro de Tarantasia, San († 1174), día 14, 385-392.
Pedro Enrique Dorié, San († 1866), día 20 (memoria), 578-583.
Pedro Francisco Pazary de Thorame, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Pedro Gauguin, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Pedro Hamanomachi, Bto. († 1622), día 10, 308-310.
Pedro Hong Pyongjiu, San († 1840), día 20 (memoria), 578-583.
Pedro Jaime María Vitalis, Bto. († 1792), día 2, 39-44.
Pedro Kwon Tu-gin, San († 1839), día 20 (memoria), 578-583.
Pedro Landry, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Pedro Luis de la Rochefoucauld, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Pedro Luis Gervais, Bto. († 1792), día 2, 39-44.
Pedro Luis Verrier, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Pedro Maubant, San († 1839), día 21 (memoria: día 20), 628-634.
Pedro Miguel Guérin, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Pedro Nagaishi, Bto. († 1622), día 10, 308-310.
Pedro Nam Kyong-mun, San († 1846), día 20 (memoria: día 20), 600-604.
Pedro Nguyen Van Tu, San († 1838), día 5, 141-142.
Pedro Nicolás Psalmon, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Pedro Plonquin, Bto. († 1792), día 2, 30-34.

Pedro Rivera Rivera, Bto. († 1936), día 1, 25-26.
Pedro Sampo, Bto. († 1622), día 10, 308-310.
Pedro Sikiemon, Bto. († 1622), día 11, 340-341.
Pedro Son Son-ji, San († 1866), día 20 (memoria), 578-583.
Pedro Sulpicio Cristóbal (Roger) Faverge, Bto. († 1794), día 12, 355-356.
Pedro Terai Kuhioye, San († 1630), día 28, 856-858.
Pedro Yi Ho-yong, San († 1838), día 20 (memoria), 578-583.
Pedro Yi Myong-so, San († 1866), día 20 (memoria), 578-583.
Pedro Yu Chongyul, San († 1866), día 20 (memoria), 578-583.
Pedro Yu Taechol, San († 1839), día 20 (memoria), 578-583.
Perpetua Hong Kum-ju, Sta. († 1839), día 26 (memoria: día 20), 791-800.
Pío de Pietrelcina (Francisco Forgione), San († 1968), día 23, 688-697.
Poliano (de Cartago), San († 257), día 10, 319-320.
Pomposa, Sta. († 853), día 19, 574.
Presidio (de África), San († s. V), día 6, 157-158.
Proceso (Joaquín) Ruiz Cascales, Bto. († 1936), día 1, 19-24.
Próspero de Tarragona, San († s. VIII), día 2, 36-37.
Protasio Chong Kuk-ko, San († 1839), día 20 (memoria), 578-583.
Proto (de Roma), San († s. III), día 11, 337.
Pulqueria, Sta. († 453), día 10, 298-301.
Querubín Testa, Bto. († 1479), día 17, 499-500.
Quiríaco, San († 557), día 29, 896.

Rafael (arcángel), San, día 29, 876-883.
Rafael Pardo Molina, Bto. († 1936), día 26, 802-803.
Ramiro, San († 630), día 11, 970-971.
Randulfo Corby, Bto. († 1644), día 7, 188-189.
Recaredo (José María) López Mora, Bto. († 1936), día 18, 523-526.
Régula, Sta. (fecha desconocida), día 11, 338.
Rénato Goulpil, San († 1642), día 29, 897-898.
Renato Julián Massey, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Renato Nativelle, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Renato Nicolás Poret, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Ricarda, Sta. († 895), día 18, 521.
Ricardo de Santa Ana, Bto. († 1622), día 10, 308-310.
Rimágilo, San († h. 676), día 3, 67-68.
Roberto Belarmino, San († 1621), día 17, 478-483.
Roberto Hardesty, Bto. († 1589), día 24, 732-733.
Roberto Le Bis, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Rogelio, San († 852), día 16, 470-471.
Rolando de Médicis, Bto. († 1386), día 15, 433-434.
Román Aybara, Bto. († 1628), día 8, 239-243.
Rosa Kim, Sta. († 1839), día 20 (memoria), 578-583.

Rosalía de Palermo, Sta († s. XII), día 4, 114-115.
Rufino (Crescencio) Lasheras Aizcorbe, Bto. († 1936), día 1, 19-24.
Rufo Ishimoto, Bto. († 1622), día 10, 308-310.

Salomón Guillermo Nicolás Luis Leclerq, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Salvio de Albi, San († 584), día 10, 320.
Sandalio, San († s. IV), día 3, 67.
Santa María de la Cabeza († s. XII), día 9, 296.
Santiago Agustín Robert de Lézardière, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Santiago Alejandro Menuret, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Santiago Chastan, San († 1839), día 21 (memoria: día 20), 628-634.
Santiago Desiderio Laval, Bto. († 1864), día 9, 272-283.
Santiago Esteban Felipe Hourrier, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Santiago Francisco de Lubersac, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Santiago Friteyre-Durvé, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Santiago Gabriel Galais, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Santiago Gagnot, Bto. († 1794), día 10, 322.
Santiago Hayashida, Bto. († 1628), día 8, 239-243.
Santiago José Lejardinier Deslandes, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Santiago Juan Lemeunier, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Santiago Julio Nonnaud, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Santiago Kyuhei Gorobioye Tomonaga, San († 1633), día 28 (memoria), 831-840.
Santiago Mestre Iborra, Bto. († 1936), día 29, 898-899.
Santino Huré, Bto. († 1792), día 2, 39-44.
Santísimo Nombre de María, día 12, 343-350.
Sátiro, San († 379), día 17, 496-497.
Sebastián Kimura, Bto. († 1622), día 10, 308-310.
Sebastián Nam I-gwan, San († 1839), día 26 (memoria: día 20), 791-800.
Segismundo Sajna, Bto. († 1940), día 17, 502-503.
Serafina Sforza, Bta. († 1478), día 8, 237-238.
Sergio de Radonez, San († 1392), día 25, 738-746.
Sergio I (papa), San († 701), día 8, 203-206.
Servideo, San († 852), día 16, 470-471.
Severino Jorge Girauld, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Simeón Berneux, San († 1866), día 20 (memoria), 578-583.
Simón de Rojas, San († 1624), día 28, 840-844.
Sofía Ximénez Ximénez, Bta. († 1936), día 23, 679-682.
Susana U Sur-im, Sta. († 1846), día 20 (memoria: día 20), 600-604.

Tecla Nagaishi, Bta. († 1622), día 10, 308-310.
Tecla, Sta. (s. I), día 23, 962-965.
Teodardo de Maastricht, San († ca. 670), día 10, 321.
Teodomiro Joaquín (Adrián) Sainz Sainz, Bto. († 1936), día 8, 244-246.
Teodoro de Canterbury, San († 690), día 19, 532-537.
Teresa (María Victoria) Couderc, Sta. († 1885), día 26, 768-776.

Teresa de Calcuta (Gonhxa Inés Bojaxhiu), Bta. († 1997), día 5, 124-139.
Teresa Kim Im-i, Sta. († 1846), día 20 (memoria: día 20), 600-604.
Teresa Kim, Sta. († 1840), día 20 (memoria), 578-583.
Teresa Yi Mae-im, Sta. († 1839), día 20 (memoria), 578-583.
Timoteo Valero Pérez, Bto. († 1936), día 17, 502.
Tomás Akahoshi, Bto. († 1622), día 10, 308-310.
Tomás de San Jacinto, Bto. († 1628), día 8, 239-243.
Tomás de Villanueva, Sto. († 1555), día 8, 206-209.
Tomás de Zumárraga, Bto. († 1622), día 12, 353-355.
Tomás del Rosario, Bto. († 1622), día 10, 308-310.
Tomás Hioji Rokuzayemon Nishi, San († 1634), día 28 (memoria), 831-840.
Tomás Johnson, Bto. († 1537), día 20, 612.
Tomás Juan Monsaint, Bto. († 1792), día 2, 39-44.
Tomás Nicolás Dubray, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Tomás Palaser, Bto. († 1600), día 8, 238-239.
Tomás Renato Dubuisson, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Tomás Sichiro, Bto. († 1622), día 10, 308-310.
Tomás Son Cha-son, San († 1866), día 20 (memoria), 578-583.
Tomás Terai Kahioye, Sto. († 1630), día 28, 856-858.
Tomás Tomaki, Bto. († 1628), día 8, 239-243.
Tomás Tran Van Thien, San († 1838), día 21, 635-637.
Tomás Tsuji, Bto. († 1627), día 7, 187-188.

Urbano Lefèvre, Bto. († 1792), día 2, 30-34.

Valentín (Vicente) Jaunzarás Gómez, Bto. († 1936), día 18, 523-526.
Vicente Abraham, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Vicente Ballester Far, Bto. († 1936), día 23, 702-703.
Vicente Carvalho, Bto. († 1632), día 3, 54-62.
Vicente de Paúl, San († 1660), día 27, 808-817.
Vicente de San José, Bto. († 1622), día 10, 308-310.
Vicente Galbis Gironés, Bto. († 1936), día 21, 637-638.
Vicente José le Rousseau de Rosencoat, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Vicente Pelufo Corts, Bto. († 1936), día 22, 666-667.
Vicente Sales Genovés, Bto. († 1936), día 29, 899-900.
Vicente Shiwozuka, San († 1636), día 29 (memoria: día 28), 831-840.
Vicente Sicluna Hernández, Bto. († 1936), día 22, 667-668.
Vicente, San († 630), día 11, 970-971.
Vicente, San (fecha desconocida), día 1, 967.
Víctor (de Cartago), San († 257), día 10, 319-320.
Víctor (Legión Tebea), San († 302), día 22, 640-645.
Víctor III (papa), Bto. († 1087), día 16, 472-473.

Vital de Savigny, San († 1122), día 16, 473-474.

Wenceslao de Bohemia, San († 938), día 28, 827-831.

Zacarías (profeta), San, día 6, 143-148.
Zacarías (padre de San Juan Bautista), San, día 23, 669-674.

2. Colaboradores

Andrés Martín, M. 46-53.
Arbeloa Egües, A. 840-844.

Barbado Viejo, F. 613-618.
Beneyto, J. 483-487.

Calderón, C. 441-447.
Cantera Orive, J. 4-7 757-761.
Capánaga, V. 302-307.
Carro Celada, J. A. 210-216 604-611 688-697.
Castro Albarrán, A. de 358-364.
Chico González, P. 420-428 488-496 645-656 714-720.
Colunga Cueto, A. 929-935.

Díaz Fernández, J. M.ª 308-310 350-352.

Echeverría, L. de 395-399 817-821.
Enrique de Salamanca, C. 193-203.

Feraud García, J. M.ª 504-511.
Ferri Chulio, A. de S. 216-230 323-325 336-337 514-520 662-663 679-682 844-846 886-887.

García Cordero, M. 90-95.
García y García de Castro, R. 876-883.
Gil, C. 958-961.
González Chaves, A. J. 102-112 325-335 674-679 721-725.
González Rodríguez, M.ª E. 124-139 175-185 768-776.

Huerga, A. 588-594.

Iparraguirre, I. 478-482.

Janini, J. 901-908.
Jiménez Duque, B. 542-546.
Jobit, P. 30-34.

Langa, P. 54-61 165-174 263-271 776-784.
Lhomann Villena, G. 460-464.
Llabrés y Martorell, P.-J. 62-66 563-573 682-687 921-926.
Llorca, B. 365-368 912-921.

María de la Eucaristía 343-349.
Martín Abad, J. 283-295 409-415.
Martínez Goñi, F. 402-408 437-440.
Martínez Senderos, P. de A. 942-949.
Mazo Zuazagoitia, A. del 149-157.

Núñez Uribe, F. 161-165 230-234 260-263.

Pardo, V. 808-816.
Peraire Ferrer, J. 8-17 272-283 705-714 887-895 971-980.
Pérez de Urbel, J. 962-965.
Pérez Suárez, L. M. 310-318 532-537 725-731 738-746 761-768.

Repetto Betes, J. L. 17-26 35-44 66-89 113-118 119-124 139-142 157-159 185-191 235-249 296-297 318-322 337-342 353-357

376-379 399-401 416-420 428-432 432-436 456-460 464-469 469-477 496-503 520-526 537-542 546-553 574-577 578-583 595-599 600-603 611-612 628-634 634-638 656-662 663-668 697-704 731-737 748-751 785-789 790-807 821-826 831-839 847-853 853-859 896-900 908-912 926-928 967-970 980-981.
Rodríguez, J. V. 27-29 369-376 392-395 512-514 746-748.
Romero, A. 448-455.
Ruiz Jiménez, J. 868-875.

Sánchez Aliseda, C. 640-645 753-757.
Sendín Blázquez, J. 203-206 298-301 884-885.
Tellechea Idígoras, J. I. 206-209.
Teresa León, T. 583-587.
Tibau, N. 554-562.

Valtierra, A. 249-259.
Valverde, J. M.ª 380-384.
Velado Graña, B. 95-101 143-148 619-627 669-674.
Villasante, L. de 949-957.
Viñano, A. 936-942.

Waloreck, M. 827-831.

Ximénez de Sandoval, F. 385-392.

Yzurdiaga Lorca, F. 860-867.

Zorita, A. 527-532.

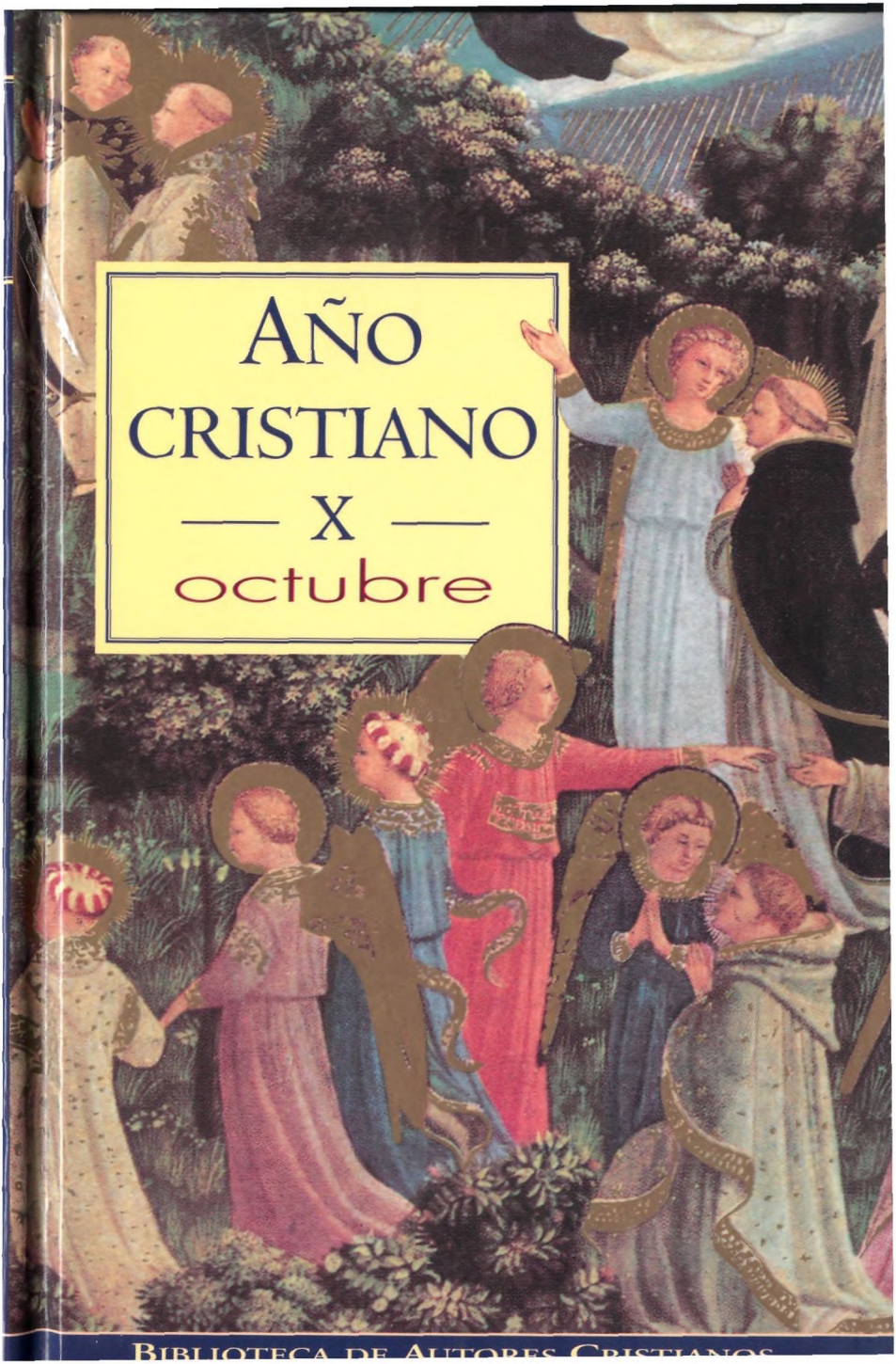

AÑO CRISTIANO

X

octubre

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS

AÑO CRISTIANO

X

Octubre

COORDINADORES
Lamberto de Echeverría (†)
Bernardino Llorca (†)
José Luis Repetto Betes

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS
MADRID • 2006

Ilustración de portada: *Juicio final* (detalle), Fra Angelico.

Guardas: *El juicio universal* (detalle), Giovanni di Paolo.

Diseño: BAC

© Biblioteca de Autores Cristianos
Don Ramón de la Cruz, 57, Madrid 2006
Depósito legal: M. 51.998-2002
ISBN: 84-7914-629-X (Obra completa)
ISBN: 84-7914-833-0 (Tomo X)
Impreso en España. Printed in Spain.

ÍNDICE GENERAL

	Pags
COLABORADORES	IX
PRESENTACION	XI
NOTA INTRODUCTORIA	XV
Santoral de octubre (martirologio, biografías extensas y biografías breves)	1
APENDICE	781
SANTOS DE LAS DIOCESIS ESPAÑOLAS	791
CALENDARIO ESPAÑOL: MEMORIAS QUE CELEBRAN LAS DIOCESIS ESPAÑOLAS	801
ÍNDICE ONOMASTICO	803

COLABORADORES

A) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

ALCANTARA MARTÍNEZ, Pedro de
ALDEA VAQUERO, Quintín, SI
ALONSO HERNÁNDEZ, Manuel
ASENSIO, Félix, SI
CARRO CELADA, José Antonio
BEITIA ALDAZÁBAL, Eugenio
BILBAO ARÍSTEGUI, Pablo
BORGES MORÁN, Pedro, OFM
CHICO GONZÁLEZ, Pedro, FSC
CREYTENS, Raimundo, OP
DIAZ FERNÁNDEZ, José María
DIONISIO DE FELIPE, CSSR
ECHEVERRÍA, Lamberto de
FERRI CHULIO, Andrés de Sales
GARCÍA HERNANDO, Julián
GADULF BLASCO, Vicente, OP
GONZALEZ CHAVES, Alberto José
GONZÁLEZ RODRIGUEZ, M.ª Encarnación
GONZALEZ Y MARTÍNEZ DE OLAGUÍBEL, Antonio
HUERGA, Álvaro, OP
JIMÉNEZ DELGADO, José, CMF
JIMENEZ DUQUE, Baldomero
LANGA, Pedro, OSA
LLABRÉS Y MARTORELL, PERE-JOAN
LLORCA, Bernardino, SI
MAÑARICÚA, Andrés E. de
MARTÍN ABAD, Joaquín
MARTÍN ARTAJO, Alberto
MARTÍN NIETO, Evaristo
MARTÍNEZ, José Julio, SI
MORTA FIGULS, Ángel
MUNERA, José, SI
NUÑEZ URIBE, Félix
PALACIO ATARD, Vicente
PAULINO ALONSO DE LA DOLOROSA, CP
PEDROAERENA, José Antonio X., OSB (Leyre)
PERAIRE FERRER, Jacinto
PEREZ SUÁREZ, Luis M., OSB (Leyre)

PORTERO, Luis
REPETTO BETES, José Luis
RODRÍGUEZ, José Vicente, OCD
SÁINZ RODRÍGUEZ, Pedro
SENDÍN BLÁZQUEZ, José
TABERA ARAOZ, Arturo
TARRAGÓ, Jaime
VACA, César, OSA
VELADO GRAÑA, Bernardo
YZURDIAGA LORCA, Fermín

B) BIOGRAFÍAS BREVES

REPETTO BETES, José Luis

PRESENTACIÓN

Tras largos años de total *agotamiento editorial* vuelve ahora felizmente al catálogo de la BAC una obra que ocupaba en él un puesto relevante y que fue, durante décadas, alimento espiritual seguro y sabroso para infinidad de lectores: el AÑO CRISTIANO.

Quede, ante todo, constancia de la satisfacción con que la BAC devuelve al público lector —y en cierto modo a toda la Iglesia de habla española— esta obra preciada que tanto se echaba de menos y que nos era requerida con insistencia por muchos lectores y amigos. Larga ha sido la espera. Pero la BAC se complace ahora en relanzar un AÑO CRISTIANO compuesto y acicalado como lo piden las circunstancias eclesiales y articulado en doce volúmenes que irán apareciendo sucesivamente y que ofrecerán al lector la variedad y la riqueza del entero santoral de la Iglesia católica.

Las razones del dilatado eclipse que ha sufrido el AÑO CRISTIANO a pesar de su notorio éxito editorial de antaño son pocas y escuetas. Y muy fáciles tanto de explicar cuanto de entender.

El proceso de aceleración en canonizaciones y beatificaciones que ha experimentado la Iglesia después del Vaticano II —y muy singularmente en el pontificado del Papa Wojtyla— obligaba obviamente a complementar, corregir y ajustar el venturoso descalabro que el tiempo iba originando en los bosques y jardines de la hagiografía cristiana del pasado. Se imponían una poda y una plantación de renuevos cuya envergadura queda ahora patente en el estirón —de cuatro a doce— que ha experimentado este AÑO CRISTIANO.

Semejante tarea de revisión y actualización la hubiera emprendido la BAC. Era su obligación y su deseo. Pero su efecto habría sido precario. El pontificado de Juan Pablo II estaba ya demostrando con creciente evidencia que la santidad cristiana es una realidad de cada día y de cada latitud; que, por consiguiente, el martirologio o santoral, lejos de ser memoria fosili-

zada, es un caudal fresco y abundante que riega generosamente el hoy de la Iglesia. ¿Cómo intentar la actualización de algo que cambia y crece sin cesar?

Por otra parte, es sabido que el Concilio Vaticano II, en su constitución *Sacrosanctum Concilium,* ordenó la revisión y adaptación de todos los libros litúrgicos. El mandato alcanzaba también al Martirologio o Santoral, libro litúrgico de pleno derecho y de peculiar significación y complejidad dadas sus implicaciones históricas que requerían estudios críticos minuciosos y especializados. La tarea de su revisión podía resultar dilatada. ¿Cómo arriesgarse como editorial responsable a componer un AÑO CRISTIANO sin contar con la referencia obligada del Martirologio romano ya autorizadamente puesto al día? ¿No había que sacrificar las prisas editoriales o comerciales a la firmeza histórica y a la seguridad doctrinal que ofreciera la edición posconciliar? ¿No era ésa la mejor forma de servir a los intereses de los lectores?

El proceso de reforma y adaptación del martirologio romano ha durado desde 1966 hasta 2001, año en que apareció finalmente la llamada «edición típica». Una espera que ha otorgado al Martirologio romano una mayor credibilidad histórica, un orden hagiográfico más acorde con la doctrina y las reformas derivadas del Vaticano II y, en consecuencia, mayor fiabilidad para la vida litúrgica y la piedad cristiana.

Contando ya con la pauta insoslayable del martirologio reformado y renovado, se imponía ponerlo cuanto antes al servicio de los lectores y usuarios de habla castellana, tanto en España como en Hispanoamérica. Es un reto que la BAC ha asumido con responsabilidad editorial y que trata ya de cumplir con prontitud y rigor.

Estoy seguro de que nuestros lectores compartirán con la BAC la impresión de que la larga y obligada espera que ha tenido que observar nuestro AÑO CRISTIANO no le priva de sentido ni de oportunidad. Todo lo contrario. El momento presente, con sus grandezas y miserias, con sus luces y sombras en la parcela de lo religioso, hace especialmente atinada la publicación de un santoral serio y documentado de la Iglesia católica.

Son tiempos, los nuestros, de secularización que quiere decir, lisa y llanamente, de descristianización. A su sombra, las verdades de la fe y los juicios de la moral cristiana pierden vigencia y hasta significado. Algo que ocurre también en el terreno de la hagiografía. No es que haya desaparecido el culto a los santos, pero sí se ha nublado en buena parte su relevancia para la vida cristiana. Con la ignorancia ha sobrevenido la confusión. La cantera del santoral para dar nombres de pila a las personas está en declive. El conocimiento de las vidas de los santos se ha reducido hasta confundirlos con héroes o dioses de los martirologios paganos. Se ha acentuado, aun entre los que se profesan devotos de advocaciones concretas, la brumosidad de los contornos y de los conceptos.

En paralelo con el desconocimiento correcto de las hagiografías, han proliferado las supersticiones y las desviaciones de lo que debería ser una auténtica veneración de los santos. Se observa una notoria reducción de la piedad al utilitarismo. A los santos se los mete cada vez más en la zambra de los videntes, los adivinos, las cartas, la superchería y las voces de ultratumba. Ahora hay santorales para agnósticos y santorales de puro humor a costa de los santos que pueden alcanzar cotas notables de acidez o de impiedad. ¿No es el caso, nada infrecuente, de anuncios y montajes publicitarios a cargo del santoral y al servicio de cualquier producto en el mercado?

El servicio que la BAC pretende prestar con este renovado AÑO CRISTIANO a sus lectores y a la Iglesia tiene perfiles muy precisos.

Principalmente, la mejora de los recursos didácticos para una sabia y atinada catequesis. Los santos, sus vidas y ejemplos, son fuente inagotable para la educación cristiana. No es su utilidad terapéutica o milagrera lo que de ellos nos interesa, sino la enseñanza cristiana que se deriva de sus virtudes y conductas como testigos de Jesucristo, como reflejos de su vida y como *caminos* que nos llevan al *Camino* por excelencia, que es Él.

Este AÑO CRISTIANO no pretende, por tanto, fomentar la *santería* en detrimento de la *cristería,* dicho en términos populares. Muy al contrario, es una contribución a la *Cristología* a través de la *hagiografía.*

Algunos pastores y pastoralistas han alertado sobre el peligro de que el culto a tantos santos y beatos, la proliferación de tantas devociones particulares, pudiera difuminar, como *efecto colateral,* el aprecio central e irremplazable de Jesucristo. Sería aquello de que los árboles no dejaran ver el bosque.

Ni el peligro ni la advertencia son sólo de hoy. Léanse si no las constituciones conciliares *Lumen gentium* y *Sacrosanctum Concilium.* También la introducción que figura en la edición típica del Martirologio romano.

En cualquier caso, la BAC pone ahora en circulación esta nueva edición de su AÑO CRISTIANO como homenaje a Jesucristo, cumbre de la santidad y modelo de todos los santos y beatos que la Iglesia ha reconocido a lo largo de los siglos como seguidores e imitadores del Maestro. «Por la hagiografía al Cristocentrismo» podría ser el lema de ese propósito editorial.

Perfiladas las circunstancias y las intenciones de esta obra, nada he de decir sobre su articulación, ni sobre los criterios metodológicos o redaccionales que se han seguido en su elaboración. Tanto estos como otros particulares técnicos que ayudarán en su utilización figuran en la *nota introductoria* preparada por el coordinador de la edición.

Con laudes o elevaciones solían cerrar sus páginas los santorales antiguos. La BAC se suma al amén, así sea, que venía después. Y se permitirá a la vez (no podía ser de otra manera) confiar el buen fruto de esta obra a la intercesión de todos los santos y beatos que —sin distinción de grado, sexo o condición— poblarán las páginas de este AÑO CRISTIANO renacido en los umbrales todavía del tercer milenio.

JOAQUÍN L. ORTEGA

NOTA INTRODUCTORIA

Definido el propósito de reeditar el AÑO CRISTIANO, empezamos por fijar criterios que sirvieran de guía para la nueva edición, y que ahora exponemos para información del lector y facilidad de su uso.

En primer lugar se fijó el criterio de que, con muy escasas excepciones, se reeditaría todo el conjunto de artículos que componía la segunda edición, la de 1966. Su texto no ha sufrido revisión ni variación. Va tal cual lo escribieron en su tiempo los diferentes y acreditados autores que lo firman. En el fondo no han tenido más añadidura que la referencia a la canonización de aquellos santos que entonces eran solamente beatos. Y esas excepciones son sobre todo las debidas a las variaciones introducidas por el nuevo Misal de Pablo VI, de 1969, que tiene algunos cambios en la denominación de fiestas, como la del 1 de enero, o en el santoral.

Pero no se quería simplemente reeditar, sino que se quería también completar y poner al día. Para completar, hemos añadido santos o beatos importantes anteriores a las últimas canonizaciones y beatificaciones y que en su día no se biografiaron en las primeras ediciones. Para poner al día, hemos añadido los nombres de muchos santos y beatos que en estos últimos tiempos han sido declarados tales por la Iglesia, y cuyo número, como es bien sabido, es grande.

Nos pareció que saldría una obra demasiado abultada si a cada uno de todos estos santos o beatos les señalábamos una nota biográfica de la misma extensión que las de las ediciones anteriores. Y para evitar ese tamaño demasiado crecido pero para no pasarlos tampoco en silencio hemos dividido las biografías en *extensas* y en *breves*. El criterio seguido para asignar a un santo o beato una biografía extensa o breve ha sido el de su importancia en el santoral: por ser más o menos conocido, por ser significativo de un tiempo o una situación, o por ser intere-

sante al público de habla hispana, o por ser fundador o fundadora de una comunidad religiosa, a todos los cuales fundadores o fundadoras hemos tomado el criterio de dedicar una biografía extensa. Y naturalmente hemos tenido en cuenta el cada día mayor santoral de las Iglesias iberoamericanas.

Hemos añadido también artículos referentes a los tiempos litúrgicos, por ejemplo *Cuaresma,* ya que son parte importante y vital de lo que se llama el año cristiano.

Y hemos añadido a cada día su martirologio o lista de los santos y beatos que para esa fecha señala el Martirologio romano. De esta forma, cada día puede saber el lector cuáles son los santos que la Iglesia conmemora, y de la mayoría de ellos tiene una nota biográfica, extensa o breve.

Esta obra sigue el nuevo *Martirologio romano* que, como edición típica, ha sido publicado el año 2001. Este seguimiento ha hecho que no demos entrada en el *Año cristiano* sino a los santos y beatos que en dicho Martirologio se recogen, enviando al Apéndice las notas biográficas de otros que no están incluidos en él pero que pueden resultar interesantes, por ejemplo, por celebrarlos, en su propio de los santos, alguna diócesis española. De todos modos son muy pocos. Igualmente ha obligado el seguimiento del nuevo Martirologio romano a resituar no pocas biografías que en las ediciones anteriores se encontraban en otras fechas y que han sido pasadas al día que ahora se les asigna.

Nos parece que este criterio de seguir el nuevo Martirologio no necesita defensa. Pues aunque se le hayan encontrado al texto del mismo algunos fallos de detalle, sustancialmente es un texto definitivo. No olvidemos que el Martirologio es un libro litúrgico, editado por la Congregación del Culto Divino y de la Disciplina de los Sacramentos, promulgado por la autoridad del Romano Pontífice, cumpliendo una determinación del Concilio Vaticano II. Se trata del registro oficial de santos y beatos que hace para su uso la Iglesia Romana y que tiene vigencia en todo el ámbito, tan mayoritario dentro de la Iglesia, del rito romano. Hay que decir que en su actual edición se ha hecho una grande e inmensa labor, verdaderamente meritoria, y que con ella se ha cumplido el objetivo conciliar de máxima historicidad, y el de

poner al día esta lista oficial con la añadidura no solamente de los nuevos santos sino también de los beatos, ya que, aunque en distintos niveles, unos y otros reciben legítimamente culto público en la Iglesia.

Con respecto a la bibliografía digamos que hemos seguido el criterio que se usó en las ediciones anteriores. Se ofrece en el primer volumen una bibliografía general actualizada. En ella se indican las obras que se refieren a todo el calendario o a una parte de él, por ejemplo, el santoral de una nación, el de una congregación u orden religiosa, el de los mártires de una persecución, etc. La bibliografía específica de cada santo o beato de las biografías extensas va al final de cada una de ellas.

Hemos pensado que con estos criterios volvemos a darle al lector el ya clásico AÑO CRISTIANO de la BAC pero con ampliaciones y mejoras que esperamos merezcan su atención.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES
Coordinador

AÑO CRISTIANO

X

Octubre

1 de octubre

A) MARTIROLOGIO [1]

1. La memoria de Santa Teresa del Niño Jesús († 1897), virgen y doctora de la Iglesia, de la Orden de Monjas Descalzas de Nuestra Señora del Carmen, cuyo natalicio fue ayer **.

2. En Seclin (Galia), San Piatón († s. III/IV), presbítero y mártir.

3. En Lisboa (Portugal), santos Verísimo, Máxima y Julia († s. III/IV), mártires.

4. En Constantinopla, San Román († 550), diácono, llamado el Meloda *.

5. En Tréveris (Renania), San Nicecio († 566), obispo *.

6. En Gante (Flandes), San Bavón († 654), monje *.

7. En Condé (Austrasia), San Wasnulfo († s. VII), monje.

8. En Canterbury (Inglaterra), beatos Eduardo Campion (Geraldo Edwards), presbítero, y sus compañeros Roberto Wilcox y Cristóbal Buxton, presbíteros, y Roberto Widmerpool († 1588), mártires bajo el reinado de Isabel I *.

9. En Chichester (Inglaterra), beatos Rodolfo Crockett y Eduardo James († 1588), presbíteros y mártires bajo el reinado de Isabel I *.

10. En Ipswich (Inglaterra), Beato Juan Robinson († 1588), presbítero y mártir en la persecución de Isabel I *.

11. En Nagasaki (Japón), beatos Gaspar Hikojiro y Andrés Yoshida († 1617), mártires *.

12. En Saronno (Italia), Beato Luis María Monti († 1900), fundador de los Hijos de la Inmaculada Concepción **.

13. En Rotglá y Corbera (Valencia), Beata Florencia Caerols Martínez († 1936), virgen y mártir *.

14. En Villena (Valencia), Beato Álvaro Sanjuán Canet († 1936), presbítero, religioso salesiano y mártir *.

15. En el campo de concentración de Dachau (Baviera), Beato Antonio Rewera († 1942), presbítero y mártir **.

[1] Los asteriscos que aparecen en el martirologio hacen referencia a las biografías que siguen a continuación, que serán extensas (**) o breves (*).

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTA TERESA DEL NIÑO JESÚS

Virgen y doctora de la Iglesia († 1897)

Alençon, 1873. El 2 de enero ha nacido en aquella ciudad normanda una niña; el día 4 se la bautiza en Nuestra Señora. Es el primer encuentro misterioso con Jesús. Se trata de la última hija de Luis Martín y de Celia Guérin, un matrimonio ejemplar, cristianísimo, sencillamente heroico en el conjunto de sus virtudes sinceras. Con su estilo fin de siglo un poco cerrado, un poco romántico, un poco burgués. Él había trabajado como relojero y joyero. Ella dirigía una pequeña artesanía de encajes de Alençon. Es familia modesta, pero acomodada. A la pequeña precedieron otros ocho hermanos, de los cuales murieron cuatro de corta edad. Quedan: María, Paulina, Leona y Celina. A mediados de marzo hubo que enviar a la pequeña a Semallé para que la criase Rosa Taillé, y no volverá al hogar familiar hasta abril del año siguiente. Lo exigió así la debilidad de la niña y la falta de salud de la madre.

En casa se vive una intimidad entrañable y encantadora. La educación de las hijas se realiza cálida, exquisitamente, pero sin mimos. El ambiente es de intensa piedad y de una cultura relativa, pero apropiada a las condiciones de la familia y de los tiempos.

Por cierto, que Teresita ofrece síntomas de nerviosismo exagerado a ratos. De pródromos de amor propio muy significativos. Y de cabeza despierta y de corazón nobilísimo también. Pero el cuidado de los suyos, su esfuerzo despierto desde muy pronto y, sobre todo, la gracia de Dios, han logrado que aquellos defectos queden perfectamente superados y las cualidades magníficas orientadas hacia el bien. Ella podrá afirmar de sí misma con toda verdad esta frase tremenda: «Desde los tres años no he negado nada a Dios.» Es un caso de precocidad sobrenatural pocas veces igualado.

El 28 de agosto de 1877 moría madame Martín. De años venía soportando una dura enfermedad cancerosa. Su muerte fue la de una santa. Teresita, de cuatro años y medio, captó la emoción de aquellos días y de aquel trance. Pero su sensibilidad

quedó afectada: durante diez años padecerá demasiado las impresiones pequeñas de la vida, aparecerá tímida, llorosa por cualquier pequeñez que le acaezca.

Al quedar huérfanas las dos hermanas pequeñas escogieron por madre a las mayores. Celina, a María; Teresa, a Paulina. La influencia de ésta en Teresita será enorme e indeleble, tanto en el mundo como después en el Carmelo.

Por noviembre de aquel año la familia Martín se trasada a Lisieux. Vive allí un hermano de la difunta madre, con su esposa y sus hijas, y así podían estar las cinco jóvenes un poco a la sombra de los tíos y más relacionadas. Don Luis compró una casita con jardín en las afueras casi de Lisieux: los «Buissonnets». Un rincón delicioso y tranquilo, donde transcurrió la juventud de Teresa hasta su entrada en el Carmen. De 1877 a 1888.

Vida intensa familiar. Sin ser mimada será la «reinecita» de la casa, sobre todo para su padre, con quien pasea, a quien adora. Con su hermana Celina la unión es constante. Viven identificadas en ideales, en gustos, en detalles. También intima mucho con su prima María Guérin. Con Paulina... no hay que decir. Algunos viajes con los tíos o con su padre y hermanas a Trouville, a Alençon, a Deauville... En 1879 la primera confesión. Y hacia 1880 una visión misteriosa en el jardín: un hombre como su padre, con el rostro tapado. Proféticamente anunciaba el porvenir.

Desde octubre de 1881 empieza a frecuentar como mediopensionista la abadía de las benedictinas de Lisieux para recibir instrucción más completa, esa formación general que las jóvenes de su clase media recibían por entonces. Pero el 2 de octubre del año siguiente Paulina entraba en el Carmelo. Fue una segunda orfandad para Teresa, suplida en parte por los cuidados de la hermana mayor, María.

Y es entonces cuando surge la extraña enfermedad. Primero dolores continuos de cabeza, luego, desde el 25 de marzo de 1883, la virulencia del mal: obsesiones, ataques violentos, dolores y síntomas que no se saben calificar. Estuvo en peligro de morir. Pero el 13 de mayo, Pentecostés aquel año, se realizó el prodigio: la Virgen, desde la estatua que presidía su estancia, sonrió a Teresita y ésta quedó milagrosamente curada.

El 8 de mayo del año 1884 la primera comunión, que recibe en el colegio. Su preparación fue esmeradísima. Y el suceso íntimamente impresionante.

> «¡Ah, qué dulce fue el primer beso de Jesús a mi alma! Fue un beso de amor, me sentía amada, y le decía también: "Yo os amo, me entrego a Vos para siempre [...]" Este día no fue sólo una mirada, sino una fusión, ya no eran dos; Teresa había desaparecido, como la gota de agua que se pierde en el Océano».

Cuando el 14 de junio del mismo año, recibe la confirmación de manos de monseñor Hugonin, obispo de Bayeux, su comunión del Espíritu Santo, fue tan fervorosa como había sido la del Verbo encarnado.

En 1885 y 1886 sufre un largo período de escrúpulos, que maduran su alma. María es su sostén. Pero ésta entra también en octubre en el Carmelo. Y entonces sus hermanitos del cielo, invocados por ella, le obtienen la paz.

Más aún, el 25 de diciembre de aquel año 1886 recibe la gracia que ella llama de su conversión: su hipersensibilidad queda instantáneamente dominada. Para siempre vivirá bajo este aspecto en la más equilibrada normalidad.

Más gracias. En julio de 1887, ante una estampa del Crucificado, se despierta en su alma el deseo de salvar las de sus Hermanos los hombres. Esta sed no hará más que crecer a lo largo de su vida. Con ella morirá abrasada. Ahora desde el cielo la sacia en una lluvia de conversiones maravillosas. La primera por la que se interesa es por la del criminal Prancini, que morirá en el cadalso besando el crucifijo.

El Carmelo. Desde los dos años empezó a sentir la llamada. Ahora ya es apremiante. Es allí, enclaustrada, contemplativa, como siente que Dios la pide ser misionera, ganarle almas, vivir en el Carmelo teresiano el ideal que la gran reformadora española le había consignado. Teresita iba a encarnar el ideal de la madre Teresa como nadie después de ella lo había realizado. «He venido (al Carmen) para salvar las almas y sobre todo a fin de rogar por los sacerdotes».

Pero tenía entonces ¡quince años! Las dificultades no se hicieron esperar. Heroicamente se dispuso a vencerlas. El 29 de mayo de 1887 pide el permiso a su padre, que lo concedió emo-

cionado. Sin embargo, no pudo entrar en el Carmen hasta el 9 de abril de 1888. Los superiores eclesiásticos resistieron. Viajes a Bayeux, a Roma... Porque del 4 de noviembre al 2 de diciembre irá con su padre y Celina en peregrinación a Roma para pedir al Papa el anhelado permiso. El día 20 fue la audiencia papal. Se ha prohibido decir nada al Papa, pero ella habla, insiste, hasta que la arrancan de los pies de León XIII. Éste sólo pudo dejarle caer unas vagas palabras de aliento... Pero el obispo, monseñor Hugonin, daba el 28 de diciembre la deseada autorización. Con todo, hasta el abril siguiente no fue recibida en «el arca santa».

Nueve años en el Carmelo de Lisieux. Después... el cielo. Las fechas de los actos oficiales de su vida monástica son las siguientes: entrada como postulante el 2 de abril de 1888. Toma de hábito (preside monseñor Hugonin) el 10 de enero de 1889. Por cierto que aquella mañana, inesperadamente, nevó, porque la Esposa tuvo aquel capricho y el Esposo, delicadamente, se lo concedió. El 8 de septiembre de 1890 profesión (se la retardaron varios meses porque sí, quizá por sus pocos años todavía). El 24 de septiembre del mismo mes toma del velo negro.

El Carmelo de Lisieux era en conjunto, por aquellos años, mediocre nada más. No relajado, pero tampoco modélicamente fervoroso. Vive aún una de las fundadoras, la madre Genoveva de Santa Teresa, alma santa, pero ya retirada. Es priora la madre María de Gonzaga, mujer corriente y vulgar, susceptible, envidiosa, autoritaria, cambiable. Pero no exageremos. Todo ello en un tono como suele darse con frecuencia en muchas mujeres, al mismo tiempo virtuosas. A Teresita la trató con cierta severidad, e hizo bien, para que así no resultase la niña bonita de la comunidad. En los últimos años de la santa supo estimarla y hasta ponía en ella confianza, lo cual no ha de admirarnos, dada la delicadísima caridad de la hermanita. A Teresita la envolvió un poco, sin ser personalmente contra ella, la animosidad que un grupo de religiosas (las de la madre Gonzaga) abrigaba contra las hermanas Martín, que por sus cualidades estupendas empezaron a pesar en la vida de la comunidad.

La vida externa de Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz en el convento se resume en pocas líneas: observancia perfecta y amorosa de las reglas y constituciones de la Orden. Generosi-

dad hasta en los más mínimos detalles en la obediencia y en la caridad con sus hermanas religiosas. Pobreza delicada y minuciosa. Sonrisa en los labios siempre. Alegría en la recreación. Igualdad de trato con todas. Allí están tres de sus hermanas carnales (Celina entrará en septiembre de 1894). Pero Teresita no concederá ni lo más mínimo a su naturaleza. Y sus hermanas llegarán casi a extrañarse de la aparente indiferencia de su hermanita. Es más: cuando su «madrecita» Paulina, ahora Inés de Jesús, sea priora (1893-1896), Teresa será la religiosa que menos disfrute del trato y conversación de la misma.

A poco de la entrada de Teresa en el monasterio comienza la enfermedad que repercutía en el uso de las facultades mentales de su padre, tan amado. Morirá el 29 de julio de 1894 entre sus cuñados y atendido por Celina, que se ha quedado siempre con él. Todos esos años Teresita sufrió terriblemente con las diversas alternativas. La misión profética, habida en su infancia, se cumplía ahora dolorosamente.

Cuando, en febrero de 1893, fue elegida priora su hermana Inés, ésta nombró maestra de novicias a la madre Gonzaga, pero la dio como ayudante a sor Teresita. Y cuando, en marzo de 1896, vuelve la madre Gonzaga a ser priora, reteniendo el cargo de maestra a la vez, siguió sirviéndose de la santa igualmente. Hasta la confió prácticamente el noviciado. Fue así, sin título, maestra efectiva de novicias hasta morir. En ese cargo delicado dio muestras de una prudencia extraordinaria y sobrenatural.

Poco más puede añadirse si no es la enfermedad y la muerte. El 2 y 3 de abril de 1896 las primeras hemoptisis que denunciaban la tuberculosis pulmonar. Lentamente avanzará ésta hasta quitarle la vida el 30 de septiembre del año siguiente. Luego volveremos sobre ello.

Pero estos datos, ¿no podrían contarse poco más o menos de otras muchas religiosas fervientes? ¿Por qué Teresita de Lisieux es una santa? ¡Una santa! La más célebre de los tiempos modernos, y quizá de toda la historia de la cristiandad. La que ha provocado un «huracán de gloria» como ninguna otra. La de los milagros y conversiones sin número. La de los millones de ejemplares de su autobiografía, vertida en docenas de idiomas, el libro más leído y multiplicado en el siglo actual...

Es un misterio de lo sobrenatural. Pero esta monjita fue enviada por Dios al mundo trayendo en sus manos un mensaje del cielo Así, por este medio tan humanamente humilde Son .. ¡cosas de Dios!... Ese mensaje nos lo ha entregado ella en unas páginas sencillas, literariamente abandonadas: unos cuadernos que la madre Ines de Jesús y la madre María de Gonzaga le hicieron escribir Algunas cartas, sobre todo una de septiembre de 1896, a su hermana María del Sagrado Corazón. También algunos dichos recogidos por las que la rodeaban. Y unas cuantas poesías para los recreos y fiestas de las monjitas. Y todo ello hecho vida en su vida, encarnación de su propio mensaje, la idealidad pura del mismo hecho en ella realidad transparente y maravillosa. Resumirlo aquí y ahora es de una extrema dificultad.

Mensaje de amor. En la carta antes aludida, Teresita ha trazado en unas páginas sublimes su llameante aspiración de amor, alma de su vida Por su vocación de carmelita ella se siente esposa de Jesucristo y madre de las almas Pero eso se explicita en ella en una multitud de vocaciones que le queman el alma: vocacion de guerrero por Cristo, de sacerdote, de apóstol, de doctor, de mártir... Era imposible vivirlo externamente todo. Pero los capítulos 12 y 13 de la Carta primera a los Corintios le dieron la solución.

> «Por fin encontre el descanso Analizando el Cuerpo mistico de la santa Iglesia, no me veia incluida en ninguno de los miembros citados por San Pablo, o mas bien pretendia reconocerme en todos La caridad me dio la clave de mi vocacion Entendia yo que, si la Iglesia posee un cuerpo compuesto de diferentes miembros, no podia faltarle el mas necesario, el mas excelente de todos los organos pensaba que ella tenia un corazon y que este corazon ardia en llamas de amor Veia claro que solo el amor pone en movimiento sus miembros, porque, si el amor se apagaba, los apostoles no anunciarian el Evangelio, los martires rehusarian verter su sangre [ ] Comprendi que el amor abarca todas las vocaciones, que el amor lo es todo, que el amor trasciende todos los tiempos y lugares porque es eterno Entonces, delirante de gozo, exclame Mi vocacion es el amor Si, he encontrado mi lugar en el seno de la Iglesia, y este lugar, ¡oh Dios mio!, es el que Vos me habeis señalado en el corazon de la Iglesia, mi madre, yo sere el amor [ ] Asi seran realizados mis ensueños»

¡El amor! A ese amor, a esa caridad misericordiosa del Señor, se había ella consagrado como víctima. Fue el 9 de junio de

1895. Fue una verdadera inspiración: consagrarse no precisamente a la justicia, como otras almas han hecho, sino al amor... Pocos días después —el 14 de junio—, al hacer el ejercicio del vía crucis en el coro, sintió su alma herida, abrasada, sumergida totalmente en el amor. Fue una gracia mística de valor inestimable.

Pero esta vocación Teresa la ha vivido según una fórmula que ella ha hecho universalmente famosa: la de la infancia espiritual. El secreto es viejo como el Evangelio. Pero Teresa ha recibido la misión de llamar la atención en nuestros días sobre ese caminito, que es, en definitiva, el de todos. Reconocernos como niños ante Dios, nuestro Padre. Y, por tanto, ser humildísimos, sencillos, y confiar sin límites en su bondad y misericordia infinitas. Esa infancia espiritual es la pobreza de espíritu de la Sagrada Escritura: es la doctrina de las nadas de San Juan de la Cruz. En el Evangelio y en San Juan de la Cruz —su padre y su maestro preferido— bebió ella a raudales su doctrina del amor y de la humildad perfecta, que con su gracia personal ha ofrecido a nuestro siglo, el cual, con razón ha reconocido allí la quintaesencia de la perfección cristiana en su más pura y exquisita sencillez. Sin accidentalidades, ni extraordinarios, ni nada raro. Solamente lo substancialmente sobrenatural a secas, con toda su belleza y enorme fuerza vital. Y nuestros tiempos, atormentados y en angustia, se han impresionado hondamente ante esa bocanada de aire sano de confianza y de amor que les venía de Lisieux...

Teresita recibió esa misión. Y la vivió en su vida. Su entrega de amor la hizo víctima de amor. Su marco externo será maravillosamente sencillo, humilde, desconocido, nazaretano: un pobre monasterio carmelita sin relieve especial. Allí será ella una monjita perfecta, ideal, que hará por amor purísimo de Dios todas sus acciones sencillas, pero así maravillosamente valiosas. Sufrirá siempre mucho, porque su rica sensibilidad de alma y de cuerpo la han hecho apta para sufrir.

Sin embargo, los últimos años serán terribles de dolor siempre envolvente. Tenía que sufrir para hacer fecundo su mensaje. Tenía que morir el grano para que diese mucho fruto. Tenía que ser corredentora de millares y millares de almas. La tuberculosis

apareció en abril de 1896. Poco a poco, todo lo invadió. Sufrió calladamente cuanto pudo. Llegó en los últimos meses al último extremo Todo estaba herido: pulmones e intestinos Las curas de botones de fuego, la sed abrasadora («¡Cuando bebo agua es como si vertiese fuego sobre fuego!»), la fiebre asfixiante... La consumación llegó al término de perforar los huesos la piel hecha llagas. El cuido ., el de entonces, y la priora más bien fue corta en ello, no, desde luego, por mala intención, sino por criterio miope.

Pero, además, pocos días después de las primeras hemoptisis su alma se vio sumergida en una prueba mística atroz: desapareció de ella todo sentimiento de fe y surgio avasallador el contrario. . Fueron dieciocho meses (hasta morir) de un verdadero martirio La santa de la confianza sin medida se sentía como si tal realidad no existiera. Lo sentía..., porque su fe y su confianza fueron cada día más grandes y esforzadas. En su angustia la sonrisa florecía en su rostro. Y la intención apostólica de tal prueba la alentaba a sufrir. Las páginas en que ella describe su tormento son realmente impresionantes. Y la finalidad heroica expresada del mismo:

> «Pero, Señor, vuestra hija ha comprendido vuestra divina luz, ella os pide perdon por sus Hermanos, ella acepta comer todo el largo tiempo que Vos querais el pan del dolor y no quiere levantar se de esta mesa llena de amargura donde comen los pobres peca dores antes del dia que Vos habeis señalado [ ] ¡Oh Jesus!, si es necesario que la mesa manchada por ellos sea purificada por un alma que os ame, yo quiero comer sola el pan de la prueba hasta que os plazca introducirme en vuestro reino luminoso La sola gra cia que os pido es la de no ofenderos jamas»

Así, deshecha, crucificada en cuerpo y alma, pero rebosando amor y paz, la encontró la muerte. Su alma vivía y comulgaba al misterio de la Santa Faz, su devoción predilecta. Y se abría proféticamente a los inmensos horizontes de su fecunda futura misión.

> «Yo no he dado a Dios mas que amor Él me devolvera amor Despues de mi muerte hare caer una lluvia de rosas [ ] Amar, ser amada, y volver a la tierra para hacer amar al amor [ ] Presiento que mi mision va a comenzar la mision de hacer amar a Dios como yo le amo, de enseñar mi caminito a las almas [ ] Quiero pasar mi cielo haciendo bien en la tierra »

Así hasta el final. En el repecho del Calvario ella, que, comentando el salmo 22, había dicho: «Allí estaba toda mi alma!», recorría ahora su senda de la infancia espiritual, de la confianza y del total abandono... El 29 de septiembre pudo exclamar: «Lo he dicho todo [...] Todo está cumplido. ¡Sólo cuenta el amor!»

El 30 fue una larga agonía. «No me explico cómo puedo sufrir tanto si no fuese por mi ardiente deseo de salvar almas [...] No, yo no me arrepiento de haberme entregado al amor...» La Virgen de la sonrisa velaba junto a su hijita. ¡Cuánto y qué delicadamente había ella amado a María! Ahora la miraba con un ansia especial... A las siete y minutos de la tarde el postrer grito: «¡Oh..., le amo! ¡Dios mío..., os amo!» Luego un éxtasis maravilloso, celestial... Duró poco más de un credo. El último golpe ¡lo daba el amor!

Después, la publicación de sus escritos. La lluvia de rosas, de milagros, de gracias de todo género. La beatificación en 1923. La canonización en 1925. El patronato sobre todas las misiones en 1927. La apoteosis universal.

BALDOMERO JIMÉNEZ DUQUE

Bibliografía

CELINA GENOVEVA DE LA SANTA FAZ, *Sainte Thérese de l'Enfant-Jésus. Conseils et souvenirs* (Lisieux 1952); ed. castellana: *Santa Teresita del Niño Jesús. Consejos y recuerdos* (Burgos 1953).

INES DE JESUS, *Novissima verba* (Lisieux 1927).

TERESA DE LISIEUX, *Histoire d'une âme* (Lisieux 1957), ed. castellana: *Historia de un alma* (Burgos 1958).

— *Lettres de sainte Therèse de l'Enfant-Jésus* (Lisieux 1948); ed. castellana: *Cartas de Santa Teresita del Niño Jesús* (Burgos 1952).

• Actualización:

MARTINEZ GONZALEZ, E. J. (coord.), *Teresa de Lisieux. Profeta de Dios, doctora de la Iglesia.* Actas del Congreso internacional. Centro Internacional Teresiano-Sanjuanista 1998 (Salamanca 1999).

— *La ternura es el rostro de Dios. Teresa de Lisieux* (Madrid 1997).

OLEA, A., *Creer amando o El mensaje de Teresa de Lisieux* (Burgos 1996)

PARAJON, M., *Santa Teresa de Lisieux* (Madrid 1987).

TERESA DE LISIEUX, *Historia de un alma. Manuscritos autobiográficos* (Madrid 1997).

— *Obras completas* (Burgos [2]1997).

VAZQUEZ BORAU, J. L., *Teresa de Lisieux. Un camino evangélico para el siglo XXI* (Madrid 2003).

BEATO LUIS MARÍA MONTI

Fundador († 1900)

El beato Luis María Monti es un religioso italiano del siglo XIX, fundador de los Hijos de la Inmaculada Concepción, dedicados al ejercicio de la caridad en el cuidado de los huérfanos y los enfermos, cuya vida entera, madurada entre dificultades e incomprensiones, es un verdadero ejemplo de celo apostólico, realizado con simpatía, creatividad, competencia profesional y audacia, al servicio siempre de los más necesitados.

Nació el 24 de julio de 1825 en Bovisio, un pequeño pueblo agrícola y de artesanos de la madera cercano a Milán, pobre de recursos pero muy rico en valores religiosos, donde era notoria la devoción a la pasión del Señor y a la Virgen María. Desde 1754, un siglo antes de la proclamación del dogma, se celebraba el 8 de diciembre la fiesta de la Inmaculada y estaba establecida en la iglesia una cofradía «de la Concepción de la Bienaventurada Virgen María». La zona lombardo-véneta en que se enclavaba Bovisio estaba sometida entonces al dominio del Imperio austro-húngaro, integrándose después en el proceso de unificación de Italia concluido en Roma en 1870, cuando Luis María Monti vivía ya en esta ciudad. La diócesis de Milán, gobernada durante más de treinta años por un arzobispo austriaco, el cardenal Carlos Cayetano Gaisruck, contaba con grandes santos y gloriosas tradiciones, que habían renacido después del período napoleónico. Sin embargo, la situación socioeconómica era preocupante: años sucesivos de malas cosechas habían sumido en la pobreza a gran parte de la población.

Luis María fue el octavo de los once hijos del matrimonio formado por Ángel Pancracio Monti y María Teresa Monti, una familia de campesinos que vivía en una casa modesta a las afueras del pueblo. Los padres pertenecían a la Cofradía del Santísimo Sacramento bajo la advocación de la Inmaculada Concepción de María Virgen y educaron a su numerosa prole en las verdades de la fe y en la piedad cristiana. Fue bautizado el mismo día en que nació y le impusieron los nombres de Luis Cayetano. En 1830, cuando aún no tenía 5 años de edad, siguiendo

la costumbre ambrosiana lo llevaron a Milán para ser confirmado por el arzobispo Gaisruck.

Recibió buena formación cristiana de sus padres. Se sabe que de niño era espabilado e ingenioso. Tenía carácter ardiente, imaginación viva y corazón generoso. Su modelo era San Luis Gonzaga, del que colocó una imagen en su casa y a quien veneró siempre. Frecuentó la escuela con provecho hasta el tercer curso elemental, último grado que se impartía en el pueblo, continuando después algunas lecciones privadas con el párroco don Carlos Ciceri.

A los 12 años quedó huérfano de padre y lo enviaron a trabajar con un ebanista a la localidad cercana de Cesano Maderno. Allí encontró en 1843 al sacerdote don Luis Dossi, que tuvo una parte determinante en su formación espiritual y que le señaló la misión para la que le había elegido el Señor. El año anterior, con 17 de edad, había participado en una misión en el pueblo cercano de Varedo, dirigida por el P. Taglioretti, muy estimado por su párroco don Carlos Ciceri, quedando impresionado por algunas de sus palabras. Luis Monti formó entonces el propósito de consagrarse a Dios y de hacerse santo y se puso a vivir como las personas consagradas, agrupando en torno a sí a algunos compañeros para entretenerles después del trabajo con lecturas piadosas, oraciones y meditaciones, haciendo de su taller de artesano el centro de una verdadera comunidad local. Poco después fue con cuatro de estos compañeros al Santuario de Rho a visitar al P. Taglioretti, quien le estimuló a aumentar el grupo. Monti pensó formar en su propia casa un lugar de encuentro y reunión: leerían vidas de santos o las obras de San Alfonso María de Ligorio y luego comentarían sobre ello.

En julio de 1946 murió la madre por deficiente nutrición, el mismo motivo por el que en 1837 había fallecido su esposo. Luis volvió a la casa y, como había pasado ocho años de aprendizaje, instaló su propio taller de ebanistería, con el que pensaba sostener a la familia. También continuó reuniéndose con el grupo de amigos, al que en el pueblo comenzaron a llamar la «Compañía de Hermanos» por la piedad, el celo apostólico y las obras de voluntariado a favor de los pobres que realizaban.

El 8 de diciembre de 1846, aun permaneciendo en su profesión de ebanista, hizo voto perpetuo de obediencia y de castidad según el ceremonial de las antiguas órdenes monásticas en las manos de don Luis Dossi, su director espiritual, acordando con él organizar una verdadera congregación religiosa para la protección de la juventud.

Muerto el párroco de Bovisio, Luis Monti fue llamado por el coadjutor, don Antonio Perrelli quien, por no comprender el espíritu de la Compañía, le sugirió ir dejándola desaparecer. Aquí comenzaron las dificultades, que desde este momento se sucedieron una tras otra. Desconcertado, Monti acudió al Santuario de Rho, donde encontró al P. Angelo Ramassotti, que lo confirmó en su acción apostólica.

Pero la Compañía de Hermanos estaba siendo ultrajada, además, por algunas personas de Iglesia del mismo pueblo, que no dudaron en presentarla calumniosamente a las autoridades austriacas como sociedad secreta y, acusada en 1851 de conspiración carbonaria, a pesar de que el alcalde les defendió, sus miembros fueron arrestados, encarcelados y sometidos a proceso en la Pretura de Desio.

Reconocido inocente y liberado sin ningún proceso después de 72 días de cárcel, Luis Monti fue a Quinto Romano, donde estaba don Luis Dossi. Allí retomó su trabajo y reactivó la Compañía de los jóvenes y, animado por él, el 7 de agosto de 1852, se trasladó con ellos a Saiano para entrar todos en la Congregación de los Hijos de María, fundada hacía poco por Ludovico Pavoni (1784-1848) con los mismos objetivos de elevación moral y buena educación de la juventud pobre y obrera que ellos tenían. En esa fecha se incorporó también don Luis Dossi.

En el noviciado de los Hijos de María, Monti se dedicó intensamente a la vida de piedad. Escribía en 1852: «¡Oh Jesús mío! Os seré fiel. Es más: con vuestra gracia quiero hacerme santo y, si queréis, un gran santo».

El 8 de diciembre de 1852 tomó el hábito en el Instituto San Bernabé de Brescia, casa madre de la congregación. Continuó allí y estudió nociones de cirugía y de farmacia, formándose como enfermero, cualidad que enseguida puso a disposición de

los afectados por el cólera en 1854, dando óptima prueba de su gran caridad en el trato con los enfermos.

En 1857 fue llamado a Bussolengo (Verona) por don Luis Dossi, que continuaba en la idea de iniciar con Monti una obra hospitalaria para la asistencia a los enfermos, inducido por la palabra y por el ejemplo de Santa María Crocifissa Di Rosa (1813-1855), fundadora de las Siervas de la Caridad de Brescia, quien le había presentado, como posible colaborador, al joven enfermero cremonés Cipriano Pezzini. La nueva obra había de establecerse en el Hospital del Espíritu Santo de Roma, y deseaba poner al frente de ella a Luis María Monti. Éste, que llevaba seis años con los Hijos de María, desilusionado porque la vida en el Instituto no respondía como él deseaba a las Constituciones de Pavoni, aceptó la propuesta de Dossi, tratando con Pezzini de la nueva fundación, que en marzo de 1857 llamaron «Hijos de la Inmaculada Concepción». Pío IX aprobó el proyecto presentado por Pezzini diciendo: «Cuando se trata de mejorar las condiciones de los pobres enfermos, es completo nuestro placer».

El 8 de septiembre de 1857 Luis María Monti, que estaba desconcertado sobre su porvenir y por el prolongado silencio de Pezzini, recibió el consuelo de una aparición de Jesús y de María que le infundieron seguridad para el resto de su vida. Consideró esta fecha la inicial del nuevo Instituto y en abril de 1858 dejaba Busssolengo para trasladarse al Hospital del Espíritu Santo de Roma, donde ya estaba Cipriano Pezzini.

Los papas habían mostrado siempre predilección por este Hospital. En él se atendía gratuitamente a los enfermos, los médicos eran de alto nivel científico, el cuidado espiritual estaba confiado a los capuchinos desde 1856 y las Hijas de la Caridad atendían a los huérfanos. El punto débil eran los enfermeros seglares, a los que deseaban sustituir por la nueva fundación religiosa. Por eso Pío IX había aprobado el plan de Monti y Pezzini: una fundación autónoma de Hermanos enfermeros para el servicio corporal de los pacientes, de espiritualidad mariana y dependiendo del Ordinario del lugar. Pero éstos se encontraron allí con una Orden Tercera formada por los capellanes capuchinos quienes, dueños en la práctica del Hospital, expulsaron a

Pezzini, porque deseaba actuar con cierta libertad respecto a ellos, y se retiró a un Hospital de Bérgamo. Monti, sin embargo, decidió permanecer en Roma, fiel a la misión recibida de Dossi.

Convencido de la tarea que debía realizar, en 1859 declaraba ante mons. Narducci, comisario del Hospital del Espíritu Santo, y ante sus directores, que él había sido enviado a Roma para establecer allí a los Hijos de la Inmaculada Concepción, sus hermanos, y difundir después la obra por Lombardía y otros lugares. Pezzini insistía en desistir, por lo que Monti se separó definitivamente de él.

Mientras tanto, entre todas estas dificultades, el nuevo Instituto iba prosperando y cambiando el rostro del Hospital, pero Luis María Monti, reducido a simple miembro del Instituto fundado por él y encargado de trabajos de enfermería y farmacia, cayó enfermo y tuvo que retirarse a Bovisio, con su familia, donde permaneció cuatro meses. Cuando pensaba volver, Dossi lo llamó a Bussolengo y Vicenza, donde él estaba, por no considerarlo aún restablecido para las fatigas de Roma.

Favorecidos por el Papa, los Hijos de la Inmaculada Concepción iban afirmándose en el Hospital, de modo que el 4 de octubre de 1862 obtenían el *Decretum laudis* pontificio, siendo aprobados definitivamente el 10 de mayo de 1865. Convencido de su misión, Luis María Monti insistía en regresar a Roma, donde llegaba de nuevo a comienzos de octubre del mismo año 1865, siendo muy bien acogido por la comunidad y haciéndose cargo de las tareas que tenía cuando partió.

Los siguientes fueron años difíciles para él. Ya desde 1860 lo habían indicado los hermanos para superior general del nuevo Instituto pero, por instigaciones de los capellanes del hospital romano, el Capítulo había nombrado a otro. En 1866 Luis María Monti pasó a ser superior del hospicio de la Inmaculada Concepción para enfermos crónicos en Villa Corsini, a las afueras de Roma, pero a los seis meses fue llamado para dirigir la comunidad del Hospital del Espíritu Santo de Roma.

Las difíciles relaciones entre el comendador y los capellanes y de los capellanes entre sí repercutían en los hermanos, que sentían el peso de muchas autoridades y ningún apoyo de ellas, además de la dureza del servicio y la insalubridad de la vivienda.

Aunque Pío IX mostraba su deseo de que continuara como superior de la comunidad del Espíritu Santo, seguros de su virtud, en pro de la concordia a los pocos meses depusieron a Monti, enviándolo de nuevo a Villa Corsini como el último de todos y apartándolo prácticamente de la vida del Instituto. Allí atendía a los enfermos crónicos y daba clase, comida y medicinas a los niños del entorno. Después de 18 meses de marginación, a los 43 años de edad, estaba dispuesto a permanecer en aquel estado hasta la muerte, con tal de no traicionar su vocación, a la vez que pedía consejo a los hombres de Dios de Roma sobre el camino a seguir. Pero cuando se preparaba para ir a misiones, creyendo que era ésta la voluntad del Señor, fue invitado por el ministro general de los capuchinos, P. Nicolás de Marignano, a abrir un hospital en Orte, al norte de Roma, y a asumir su dirección. Después de 17 años, es decir, desde la «Compañía de Hermanos», volvía a recuperar la libertad de acción.

En Orte pasó Monti una etapa muy fecunda de su vida, realizando plenamente su ideal de trabajador sanitario consagrado a Dios a favor de los enfermos, pobres de Cristo. Fueron más de ocho años en los que brilló su profesionalidad y su entrega.

A la hora de rehacer el hospital no olvidó que había sido carpintero, como demostró restaurando el edificio, viejo monasterio agustino que había pasado al Estado en tiempo napoleónico. También restauró la iglesia del hospital, convertida en centro de oración a María y punto de encuentro de la juventud. Y mostró dotes no comunes de administrador. En cuanto a su gestión, cuatro meses bastaron para que el P. Nicolás pudiera decir que la obra había cambiado de aspecto y los hermanos eran objeto de la simpatía de todos. Se les consideraba como quienes hacían todo lo posible para el bien de la población; acudían a Monti de todos los sitios, seguros de su buen hacer y de su simpatía. Pero su gran popularidad no cambió su modo de comportarse: era un hombre de fe, entregado a todos, que hacía los oficios más humildes junto con el ejercicio de la enfermería y aún de la medicina. En Orte completó sus estudios de flebotomía obteniendo el título en 1870 en la Universidad de Roma. Tampoco le faltaba el buen sentido del humor. Esta era una de sus recetas:

«Para gozar de buena salud de alma y de cuerpo tomad raíces de fe, hojas verdes de esperanza, rosas de caridad, violetas de humildad, lirios de pureza, ajenjo de contrición y madera de la Cruz Atadlo todo en un haz con el hilo de la resignación, hacedlo hervir con el fuego del amor en la olla de la oración junto con el vino de la santa alegría y el agua mineral de la templanza, bien cerrada con la tapadera del silencio Dejadlo por la noche al sereno de la meditación y tomad una taza por la mañana y otra por la tarde Así gozaréis de buena salud, que de todo corazón os deseo

De la Farmacia, tan acreditada, del amorosísimo Corazón de Jesús, nuestro Salvador»

Monti, hombre muy espiritual, tenía también mente creadora, como puso de manifiesto en todas sus actividades. Su buena formación humana, religiosa, y profesional, sus variadas experiencias y sus prolongados sufrimientos estaban dando sus frutos En realidad, su apostolado iba más allá de los enfermos: tenía gran celo por expandir el Instituto, por lo que quería atraer a los jóvenes a la vida religiosa, iniciándoles en la oración y en el servicio.

El P. capuchino Nicolás de Marignano, a pesar de las graves o injustas decisiones tomadas algunas veces respecto a él, lo amaba sinceramente y también al Instituto. En realidad, le daba la facultad de aceptar novicios y de fundar casas, como si fuera un superior general. El punto de divergencia era la aspiración de Monti a mayor autonomía.

Al retirarse del Hospital de la vecina Civilta Castellana los religiosos de San Felipe Neri que lo atendían, con la complacencia de sus dirigentes en 1871 Monti se hizo cargo de él «primero —son sus palabras— por la gloria de Dios; segundo por el bien de la humanidad doliente; tercero por los pobres Hermanos que, necesitando cambiar de aire para no perder la vida y la vocación, podría venirles bien tener más casas. Por tanto, debemos alabar a Dios». En aquella pequeña comunidad también palpitaba gran vida religiosa.

Sin embargo, continuaba teniendo grandes dificultades con los dirigentes del Hospital del Espíritu Santo de Roma. Monti había sido invitado al Capítulo del Instituto celebrado en 1872, pero no acudió por no haberle llegado la carta. Esto le trajo graves consecuencias pues consideraron su ausencia como una insubordinación. Así las cosas, el nuevo comendador del hospi-

tal mons. Luis Fiorani lo llamó a Roma con la intención de deponerlo como superior de la comunidad de Orte, pero los hermanos, el clero e incluso el obispo de la ciudad se manifiestan a favor de Monti. Este mostró ante el comendador una actitud serena y digna, seguro de haber cumplido con su deber y de haber trabajado y sufrido sólo por amor al Instituto. No obstante, mons. Fiorani sugirió a Pío IX una visita apostólica a Orte, que tuvo lugar, por mons. Perilli y mons. Biffoli, en noviembre de 1874. Conocedor el Papa de que el superior de los Hijos de la Inmaculada Concepción estaba sometido al ministro general de los capuchinos y al comendador del Hospital del Espíritu Santo, en las nuevas Constituciones que se estaban elaborando, él mismo anuló estas dependencias y escribió a mano: «Superior, como en las demás Órdenes». Pero quedó en letra muerta, porque los capellanes capuchinos obtuvieron un decreto de la Congregación de Religiosos que negaba la autonomía del Instituto. Estos pidieron ayuda al Papa quien encargó a don Bosco «dar mejor organización al Instituto de los Concepcionistas». Pero tampoco esta fue la solución, porque éste propuso fusionar el Instituto con los salesianos, quedando los hermanos como cooperadores de la Obra de don Bosco. Finalmente, después de muchas conversaciones y de la intervención directa del Papa, mons. Fiorani y don Bosco se pusieron de acuerdo para designar a Luis M. Monti superior general del Instituto de los Hijos de la Inmaculada Concepción. En consecuencia, en marzo de 1877 Monti dejaba Orte para instalarse en Roma, en el Hospital del Espíritu Santo.

Un paso muy importante para la afirmación del nuevo Instituto fue tener noviciado propio, instalado en una casa mandada construir con este fin por el papa Pío IX el mismo año 1877, independiente de los hospitales que servían los hermanos. No obstante, las dificultades no habían concluido para Monti, ya que siguieron las creadas por el nuevo visitador apostólico mons. Turricia. El virtuoso modo de defenderse ante el cardenal Ferrieri puso de manifiesto el temple espiritual de Luis María Monti, a la vez que en 1878 el nuevo papa León XIII le confirmaba en su cargo y decretaba que el nuevo Instituto, aunque presidido por dicho cardenal, fuera libre como los otros.

Hechos como haber cedido sus colchones 53 hermanos, bajo el ejemplo de Monti, a los enfermos del Hospital del Espíritu Santo en una emergencia, las numerosas vocaciones que se iban agregando o los nuevos hospitales que asumían los hermanos, fueron consolidando la vida del Instituto, que en 1881 se planteó la posibilidad de introducir el sacerdocio. Además, la circunstancia de que un cartujo de Roma les confiara a cinco sobrinos suyos que se habían quedado sin padres, hizo volver a Monti a la idea primera de asociar el cuidado a los enfermos con la acogida a los huérfanos y la atención a la juventud. El 19 de abril de 1882 recibía en la casa romana de la congregación a los primeros huérfanos. Todo ello fue aprobado en el Capítulo general de 1883, que también reconocía la obra realizada por Monti como superior del Instituto. Finalmente, en 1884, el cardenal Ferrieri concedió plena autonomía al Instituto: de presidente, pasaría a ser cardenal protector.

Mientras tanto se desarrollaba la vida del Instituto. Una epidemia de cólera puso de manifiesto que los hermanos estaban realmente dispuestos a ofrecer caritativamente su salud, o su vida, por los enfermos, dando evidentes pruebas de la honda espiritualidad del Instituto. Se asumió el servicio en nuevos hospitales, como el de Nepi, con lo que las actividades se ampliaron. Pero lo más nuevo fue que en 1896 se abrió en Saronno la primera casa dedicada sólo a los huérfanos. «Tenemos que trabajar nosotros para darles de comer a ellos», decía Monti a los hermanos. Le parecía que la Comunidad tenía que estar abierta para acoger a los niños sin hogar, lo cual repercutiría en el bien de todos. En el hospicio de Saronno se favorecía el crecimiento integral de estos niños cultivando en ellos la fe cristiana, la vida de familia y el estudio, y se les preparaba para insertarse en el mundo del trabajo, haciéndoles tipógrafos, carpinteros, encuadernadores, etc. A este hospicio de Saronno solía acudir Luis M. Monti durante el verano en los últimos años de su vida para recuperar su salud. Sin embargo ni la Congregación de Religiosos ni el Papa aceptaron la introducción del sacerdocio en el Instituto. Aunque a él se le llamaba «Padre Luis M. Monti» como fundador y en reconocimiento a su persona, nunca fue ordenado presbítero.

En 1889 el padre Monti recibió con digna firmeza la orden de expulsión de la comunidad del Hospital del Espíritu Santo de Roma después de 32 años de servicio, decretada por los dirigentes, afines a la masonería. Pero mientras tanto el Instituto iba creciendo y era solicitado en muy distintos lugares.

De todos era conocida la extraordinaria virtud del P. Monti que, aún siendo superior general, no dejó los cuidados de enfermería ni de ocuparse de los servicios más sencillos. Hacía turnos de noche, repartía comidas, acompañaba a los más jóvenes o arriesgaba su vida atendiendo a enfermos contagiosos. Dado que era diplomado en flebotomía, también solía dar algunas lecciones de esta materia, enseñando la teoría y la práctica de la misma.

El padre Monti conquistaba a los jóvenes no sólo por su santidad, sino por su seguridad profesional. Se cuenta, por ejemplo, que con su solicitud y sabiduría consiguió que, a pesar de los diagnósticos médicos, a un hermano de 29 años no le amputaran un brazo curándoselo él con acierto y paciencia.

Como evangelizador, estaba convencido de que las tres dimensiones de la pastoral: el anuncio, la celebración de los sacramentos y el servicio de la caridad se unen en una sola finalidad: hacer presente al Señor en cada circunstancia y lugar. La oración, la catequesis e incluso la actividad profesional bien realizada debían alcanzar un gran valor testimonial. Así lo vivió y lo enseñó él desde sus primeros trabajos apostólicos con la «Compañía de Hermanos» y más aún en el Instituto fundado por él, lo mismo siendo uno de los Hermanos que, al final de su vida, como superior general.

A partir de 1892 se resintió la salud del P. Monti, por lo que pasaba algunas temporadas en el hospicio de Saronno donde, como un padre, recibía el afecto de niños y mayores. No obstante su decadencia física, fue confirmado en su cargo de superior general de los Hijos de la Inmaculada Concepción, e incluso en 1899 lo confirmó nuevamente el Papa, aun sin celebración de Capítulo general.

En julio de 1900 dejó Roma para no volver más a esta ciudad. Estaba físicamente muy desgastado por graves sufrimientos hepáticos, por una hernia y por una aguda enfermedad en

los ojos, que con frecuencia le obligaba a estar en la oscuridad. El 15 de agosto, fiesta de la Asunción de nuestra Señora, quiso recibir la profesión de algunos jóvenes religiosos, y poco después mantuvo su promesa de acompañar a los novicios a Bovisio, su pueblo natal. Fue su última salida de casa.

En septiembre cayó gravemente enfermo, siendo él completamente consciente de su situación. «Mi esperanza es ir al cielo», decía al Dr. Negris, su médico y amigo que trataba de ocultarle la enfermedad. El día 23 recibió el santo viático y el 24 sufrió una operación. El lunes 1 de octubre moría santamente en Saronno. Según su voluntad, fue enterrado muy modestamente en el cementerio local, aunque durante toda su enfermedad y en este último momento gozó de la compañía y del afecto de las numerosas personas que se hicieron presentes. Obreros, artesanos, profesionales, parientes, amigos y conocidos venidos de cerca y de lejos se acercaron a visitarle o a rendirle su último homenaje, atraídos por el afecto hacia él y por su fama de santidad.

> «Dios ha recibido en su paz a su fiel siervo —escribía el director de un periódico católico—; tiene el premio de la caridad ejercitada con bondad admirable: la bondad de los santos que no tienen pretensiones».

El 22 de septiembre de 1940 se trasladaron sus restos a la Iglesia del hospicio de Saronno, y en 1941 se instruyó su causa de canonización en la curia de Milán, desarrollándose los procesos pertinentes hasta 1950. La necesidad de estudiar más profundamente sus escritos detuvo la causa en 1963, reanudándose treinta años después. Fue beatificado por el papa Juan Pablo II el 9 de noviembre de 2003.

MARIA ENCARNACION GONZÁLEZ RODRÍGUEZ

Bibliografía

BOSSI, F., *Cronistoria della Congregazione dei Figli di Maria Immacolata, Milano 1980* (Trento 1985).

GIORDANI, I., *Un apostolo della carità, Padre Luigi Maria Monti* (Milano 1963).

PERNIOLA, E., *Storia della Congregazione dei Figli dell'Immacolata Concezione,* 2 vols. (Saronno 1976)

— *Luigi Monti, fondatore dei Figli dell'Immacolata Concezione,* 2 vols. (Saronno 1983)

SPREAFICO, E., *Il servo di Dio padre Luigi Maria Monti nella sua vita e nelle sue opere,* 2 vols. (Saronno 1947)

BEATO ANTONIO REWERA

Presbítero y mártir († 1942)

Desde el campo de concentración de Auschwitz fue llevado al de Dachau el 3 de junio de 1942 un prisionero que venía ya maltrecho y delicado de salud a cuenta del trato recibido hasta entonces desde su detención. Este prisionero era el sacerdote monseñor Antonio Rewera, prelado doméstico de Su Santidad. Llegaba a un campo en el que, como decían los propios presos, todo estaba concebido aposta para atormentar a las víctimas indefensas. Los jefes de presos de cada uno de los bloques del *lager,* reclutados ordinariamente entre personas procedentes de ambientes criminales, eran completamente libres para atormentar a los prisioneros. Tenemos la relación de la muerte del beato Antonio Rewera en la declaración del sacerdote Valentín Zasada, que fue compañero suyo en aquel terrible campo:

> «Un día del mes de septiembre de 1942 monseñor no recibió los productos alimenticios de la cantina del dormitorio como le correspondían según su turno [ ] No habiendo obtenido lo que esperaba según su turno el P Rewera se quejó de forma muy pacífica al funcionario del bloque del IV dormitorio. Éste en un cierto sentido critico el comportamiento irregular de su subordinado, y esto indujo al loco y sádico del jefe del dormitorio a pinchar al P Rewera en el lavabo y a volcar sobre él algunos cubos de agua helada. Los sádicos alemanes con tales experimentos castigaban las presuntas o verdaderas faltas de los prisioneros. Después de este bárbaro baño la salud de monseñor empeoró. Y como los días de otoño eran fríos se resfrió A mis continuas preguntas sobre la salud, monseñor respondía primero con una sonrisa, pero luego reconocio que estaba peor y que se habia resfriado. Y tuvo luego una parálisis Se debilitó de pronto Fue preso de coma. Una vez al mediodía me acerqué a su lecho en el primer piso y lo encontré durmiendo profundamente. Aunque se me apetecio despertarlo y preguntarle por la salud y ayudarlo si era el caso en cualquier cosa, me limité a mirar al enfermo desde lejos. No me gustaba interrumpirle el sueño, consciente de que el sueño para nosotros los prisioneros, especialmente para los más debiles, es la mejor medicina, el alimento y la tranquilidad. Pues sólo durmiendo no se advierte la miseria del campo Por la mañana al alba eché una ojeada al lecho del enfermo. Estaba en la misma posición, parecía dormir. Cuando iba a acercarme, me dí cuenta de que el jefe del dormitorio y los enfermeros, como los buitres, descosían la casaca a listas del vene-

rando P. Rewera. Y comprendí entonces que el P. Rewera estaba muerto».

Antonio Rewera había nacido el 6 de enero de 1869 en Samborzec, junto a Sandomierz, en Polonia, hijo de Wawrzyniec Rewera y de Rosalía Sapielak. Educado cristianamente en su casa, frecuentó en su pueblo la escuela elemental y luego hizo el bachiller. Durante este tiempo fue ya un muchacho tranquilo, bueno y religioso y muy atento y dedicado a sus estudios. Al término del bachillerato, en 1884, entró en el Seminario Eclesiástico de Sandomierz. Aquí estuvo cinco años y luego pasó a la Academia Teológica de Petersburgo, donde consiguió la licencia en 1893. El 2 de julio de ese mismo año se ordenaba sacerdote.

El comienzo de su ministerio sacerdotal tuvo como campo la parroquia de la catedral de Sandomierz, a donde fue enviado como coadjutor. Pero enseguida se le hizo profesor del seminario eclesiástico y un tiempo después vicedirector de este centro. Se acreditó no solamente por su cultura sino sobre todo por su sincera piedad y por sus muchas virtudes, de modo que el obispo, monseñor Zwierowicz, pensó que no tenía un sacerdote mejor para nombrarlo director espiritual de los alumnos, pese a su juventud. Estaría en este cargo hasta 1908. Sobre su trabajo como director espiritual de los alumnos dejó un testimonio el obispo Piotr Golebiowski († 1980) que fue administrador apostólico en la diócesis de Sandormierz y murió con fama de santidad, y que, ordenado sacerdote en 1924, estuvo destinado en el mismo centro:

> «Fue nombrado confesor de los alumnos, y por este motivo tuve la posibilidad de ver con frecuencia a monseñor. Venía puntualmente todas las semanas. Se le había asignado un confesionario, en el que siempre había penitentes esperándolo. Había un conspicuo grupo de alumnos que se servían de su guía espiritual. Monseñor confesaba largamente. En efecto, luego del seminario eclesiástico se iba a la catedral. Se interesaba mucho en el penitente. En aquel momento ya no le importaba nada más. Por muchas que fueran las personas que esperaban, se volcaba en el penitente actual. Era y debía ser —decía monseñor— todo penitente servido en condiciones".

Mientras tanto, el obispo le había mostrado su confianza haciéndolo canónigo en 1903. Dentro del cabildo llegaría con el

tiempo a tener la dignidad de deán. El papa Benedicto XV, en 1916, lo nombró a petición del obispo diocesano de Sandomierz prelado doméstico de Su Santidad. Con este cargo de canónigo simultaneó, a partir de 1912, la administración de la parroquia de San Pablo en la capital diocesana y en 1934 fue hecho párroco de San José, cargo que conservaría hasta su arresto.

Los testigos que han depuesto en su causa de beatificación lo califican con elogiosos epítetos: hombre de fe profunda, sacerdote de alma cristalina y de carácter verdaderamente bello y noble, el colmo de la sencillez, muy humilde, recogidísimo en la oración, con el alma toda vuelta a Dios, asiduo orante, misericordioso con el prójimo, muy sensible a las necesidades de los desgraciados y de los pobres, volcado en la ayuda de los pobres, con la que compartía de buena gana cuanto tenía, gentil, paciente, comprensivo, tranquilo siempre y sonriente, nunca triste sino siempre sereno, modesto y muy activo. Se le llama, igualmente, muy atento a sus deberes sacerdotales y se hace hincapié en su asiduidad al confesionario, de forma que la gente de los contornos venía adrede para confesarse con él, y sobre todo los que querían confesar luego de muchos años de no hacerlo sabían que en el P. Rewera había un confesor acogedor y comprensivo.

Vivía en la casa rectoral con su hermano y una religiosa, sor Elena Kasiel, que hacía los trabajos domésticos. Ella no ocultaba que mucha gente necesitada acudía a él y que él procuraba ayudar a todos, de forma que la casa era algunas veces como un jubileo, en el que unos iban y otros venían.

Como declaró sor Leonor Stec, religiosa, para ella el P. Rewera representaba un modelo de devoción y de figura sacerdotal:

> «Escuchaba yo sus predicaciones que, aunque algo monotonas, eran profundas y trataban sobre la fe, la fidelidad a Dios, la pureza de costumbres, la necesidad de la oracion, el amor a la Madre de Dios, y la familia buena [ ] Nuestra maestra de novicias, sor Bronislava Rozciszewa, aconsejaba a toda candidata que se aprestaba a hacer los votos confesarse con el P Rewera como modo de hacer los votos con una conciencia limpia, libre de todo pecado Entraba en el corazon, subrayaba particularmente la pureza de corazon, la fidelidad a los votos hasta la muerte, la bondad, la disponibilidad, el amor por los pobres, la benevolencia con el projimo»

Y otra testigo, la señora Irene Borzecka, que era dirigida espiritual del P. Rewera, da un testimonio elocuente acerca de su escrupulosidad como párroco:

> «El siervo de Dios desempeñaba con cuidado los deberes de sacerdote. Todos los años visitaba las familias de la parroquia de modo que conocía a todos los feligreses, como él mismo subrayaba. Escuchaba las quejas y disgustos, mitigaba las controversias entre familias. Era muy consciente en el cumplimiento de sus deberes. Puntual en las celebraciones religiosas. Disponible siempre para oír confesiones, se le encontraba casi siempre en el confesionario. Y aunque no siempre hubiera mucha gente para confesar, pero nunca faltaba alguien que quería hacerlo. La gente se confesaba con gusto con él. Yo era dirigida suya».

Subrayan otros testigos la devoción con que decía la misa y su continua invitación a los fieles a participar en la eucaristía. Aconsejaba a todos ofrecer al Señor desde la mañana todas las acciones del día. Confesaba de la mañana a la noche sin importarle el frío o el cansancio. Se olvidaba de comer si había que confesar, y en su casa le calentaban y recalentaban la comida a ver si salía por fin del confesionario, y cuando llegaba no daba señales de cansancio ni se quejaba sino que se sentaba a comer sereno. Y es que no quería hacer esperar a gentes que venían a confesarse con él de pueblos algo distantes como Samborzec, Zlota y Dwikozy.

Vivía con sencillez y amor la pobreza evangélica. El dinero se lo daba a su asistenta Elena Kasiel y a su hermana terciaria de forma que pudieran ellas dar a los pobres. Especialmente los viernes venían los pobres y se les daba comida o dinero. No mostraba preocupación alguna por los intereses materiales y cuando alguien no tenía para pagar algún servicio religioso él decía que no importaba. En su casa todo era muy modesto, no estando bien arreglado sino el recibidor por respeto a quienes venían a recibirle, pero su estancia personal era sumamente modesta y sin más mobiliario que el estrictamente preciso.

En el despacho parroquial estaba siempre dispuesto a recibir y escuchar a todos, no rehuyendo a las personas pesadas o difíciles. Se mostraba muy amable, muy acogedor y muy interesado en cuanto querían contarle o compartir con él. Era todo

un párroco, se ha dicho de él. Y era muy consciente de que se debía del todo a las ovejas de Cristo que se le habían confiado.

Dedicaba mucho tiempo a la oración y tenía en su dormitorio un reclinatorio en el que se pasaba horas en oración. Y tenía muy vivo el deseo de ser santo pero lamentaba mucho sus faltas y defectos y por ello decía que sólo el martirio le llevaría a la santidad: Así declaró Elena Stepien:

> «Una vez yo le dije que él era muy devoto, y me respondió: Querida mía, desearía ser santo, pero me falta mucho para serlo. Para asemejarme a Cristo le pido obtener la corona del martirio. Lo dijo como reflexionando y era evidente que deseaba el martirio. Y al recordar estas palabras es cuando me he decidido a comparecer como testigo».

Una acción sobresaliente del P. Rewera fue la fundación de lo que llegaría ser la Congregación de Hijas de San Francisco Seráfico. Fue en 1928 cuando monseñor Rewera comenzó a poner por obra una iniciativa que se le había ocurrido y que evolucionaría a ser la actual Congregación de Hijas de San Francisco Seráfico. No puede pasarse por alto su devoción personal a San Francisco de Asís y asimismo su labor pastoral con la venerable Orden Tercera Franciscana. Se fijó el P. Rewera en que había muchas personas solas, mujeres solteras que habían renunciado al matrimonio, personas que al no casarse se quedaban con el resto de la familia sin poner casa propia y no encontrando suficiente tranquilidad. Entonces le vino la idea de reunirlas en una comunidad de terciarias franciscanas que, haciendo votos privados, además de acompañarse mutuamente, podrían acudir a acompañar a las personas solas y prestar servicio doméstico a los sacerdotes sin familia. Encontró una casa donde empezar su proyecto y reunió personas que se adhirieron a su iniciativa. Organizó la «Asociación de la casa del pueblo de San Francisco», que evolucionaría a congregación religiosa y luego de su muerte se llamaría Congregación de las Hijas de San Francisco Seráfico. Él escribió las primeras constituciones y se volcó en dirigir y cuidar la nueva institución. La congregación fue reconocida por el obispo de Sandomierz, monseñor Jan Kanty Lorek, el 3 de octubre de 1959, y continuó desde entonces su ascensión en número de miembros y buenas obras. Actualmente la superiora general es sor Joanna Wróbel y tienen su casa gene-

ralicia en Sandomierz. Esta fundación fue un particular testimonio de su devoción a San Francisco y de su comprensión de la espiritualidad franciscana. Organizando este instituto él quería también difundir la espiritualidad franciscana en el ámbito de las tareas cotidianas y ofrecer a los sacerdotes una ayuda para que pudieran dedicarse de modo más libre y fructuoso al trabajo pastoral.

Son dignos también de notarse los trabajos que publicó. Algunos fueron trabajos bíblico-históricos en *Przeglad Katolicki.* Otros opúsculos trataron de los sacramentos de la penitencia y eucaristía. En 1925 tuvo un discurso en la Academia Papal de Sandomierz, que fue publicado en el periódico diocesano, y que trataba de la teología del primado y de las relaciones de Polonia con la sede romana desde su comienzo como nación. Apoyó con dos artículos la «Cruzada por los moribundos», una acción emprendida en el marco de la «Pía Unión por la salvación de los moribundos», fundada en 1908 por el P. Luis Guanelli. Acudía a la prensa a publicar artículos porque estaba convencido del valor de la prensa y de su influencia. Publicó en 1930 el *Calendario católico de la parroquia catedral de Sandomierz,* con datos muy útiles sobre la liturgia y la pastoral en dicha iglesia. Publicó también un opúsculo titulado *Conversación del sacerdote con el ladron* en que trata la necesidad de guardar el séptimo mandamiento de la Ley de Dios. En el periódico diocesano el P. Rewera publicó una relación muy precisa sobre la participación del grupo polaco en el XXIII Congreso Eucarístico Internacional de Viena (1912). Y, además de publicar numerosos artículos de signo ascético, publicó también sobre San Estanislao, obispo, San Estanislao de Kostka, el Beato Vicente Kadlubek y Santa Eduvigis, canonizada por Juan Pablo II muchos años más tarde, etc. Pero la parte más consistente de sus publicaciones fue la parte histórica. En la citada publicación *Przeglad Katolicki* y en otras partes publicó interesantes y documentados artículos sobre la historia de la Iglesia polaca en diferentes aspectos. Y fue suyo el tomo XVIII de la *Historia universal de la Iglesia católica,* que es la parte final y muy apreciada de la obra del cardenal J. Hergenrother, editada por la «Biblioteca de Obras Cristianas». Los editores debían tener una gran consideración por la cualificación histórico-científi-

fica de mons. Rewera cuando decidieron confiarle este tomo de 245 páginas (Varsovia 1905).

Monseñor Antonio Rewera fue uno de los sacerdotes arrestados a raíz de la invasión nazi. Su arresto se produjo el 16 de marzo de 1942. Tenemos noticia de cómo se produjo. Estaba en la sacristía revestido para la misa. Todos buscaron las puertas de salida, pero se encontraron con que en todas estaban ya apostados miembros de la Gestapo. Dos de ellos entraron en la sacristía. Uno de los dos sacó de la manga un papel y en correcto polaco preguntó: «¿Quién es monseñor Antonio Rewera?» El sacerdote estaba en el reclinatorio y al oírlo se levantó y dijo tranquilamente: «Soy yo». El policía le dijo: «Quítese la casulla y venga conmigo». El sacerdote preguntó: «¿Puedo llevarme mi breviario?» Uno de la Gestapo se lo quitó de la mano y lo tiró sobre la cajonera. Inmediatamente cogieron al sacerdote y fueron a la casa rectoral. En su presencia registraron todas las habitaciones; después se lo llevaron junto con su hermano. Kazimiierz Gajewski, organista de la parroquia, contó también el arresto en la causa de beatificación puntualizando que cuando vio que lo detenían se acercó al P. Rewera y le besó la mano y lo abrazó lleno de terror y hubo de irse por mandato de la Gestapo.

Fue llevado a la cárcel y aquí interrogado. Durante el interrogatorio se le preguntó si había visto los boletines clandestinos de la resistencia antinazi que circulaban. Hubiera bastado decir que no para haberse salvado, pero como era verdad que los había visto, se negó a mentir y respondió que sí. Y añadió: «Todo pueblo tiene derecho por voluntad de Dios a la libertad de prensa y de pensamiento». No hizo falta más, se decretó su inmediata retención en la cárcel. Luego se le preguntó aquella vez y otras muchas veces si sabía quiénes eran los autores y propagadores de los boletines clandestinos. Y dijo que guardaría absoluto silencio al respecto: «Tengo setenta y tres años y no me queda mucho sobre esta tierra. Podéis hacer de mí lo que os plazca. Mis feligreses han puesto en mí su confianza y yo no daré sus nombres». La feligresía quedó admirada de su sacrificio, porque sabían lo que habría ocurrido si hubiese dado nombres. Una testigo de su causa de beatificación, María Prokopowicz, declaró:

> «Estaba al servicio de la gente, trataba a todo el mundo como amigos íntimos, incluso si cometían pecados Sabía que iba a la muerte pero no quiso decir quien le había dado los boletines Si hubiera dado los nombres, habrían muerto tantas personas Yo en tre ellas, porque preparaba la matriz del boletín»

En la prisión empezó a pasar muchas penalidades e incomodidades que acabarían con su vida Debían dormir los presos con la luz encendida, estando siempre un gendarme a la puerta y no faltaron presos que perdieron la vida sólo por hablar entre ellos. Él conservó siempre la tranquilidad que se derivaba de su fe en la providencia divina y se acogió a su rosario para rezarlo continuamente y para confesar a cuantos quisieron recibir el sacramento, confortando y consolando a todos los allí detenidos. Estaba prohibido confesar pero él se arriesgaba, nunca fue soprendido ni nadie sufrió represalia alguna tras haber confesado con él. Lo cambiaron de habitación y en la nueva siguió haciendo su mismo apostolado.

Dos semanas después de su arresto y retención en los calabozos del castillo de Sandomierz fue llevado en un convoy de presos al campo de concentración y exterminio de Auschwitz, tan tristemente famoso. Un compañero de campo, el P. José Natorski, capuchino, dio de él este testimonio:

> «El P Rewera era un hombre extremadamente pacífico y silencioso En el barracón lleno a rebosar de presos el se estaba si lencioso en un rincon Cuando distribuían la comida, mientras todos se abalanzaban, el se quedaba tranquilamente esperando Los compañeros lo apreciaban por su silencio y dominio de si mismo Una vez le robaron el pan pero no dijo nada a los guardias Otro fue y lo dijo y le preguntaron que por que no había dicho nada y el dijo que lo había tomado por una broma Y sin embargo la falta de pan en aquellas circunstancias era una cuestion vital, no una broma»

Cuenta José Stepien, sacerdote que fue arrestado al mismo tiempo que el P. Rewera pero que fue puesto en libertad cuando al P. Rewera lo llevaron a Auschwitz, que el segundo día de su llegada al campo (30 de marzo de 1942) un prisionero amigote del jefe de los presos le pinchó y lo insultó. Pero que él no se deprimía y estaba siempre sereno, aunque estaba convencido de que no volvería a Sandomierz. A los más jóvenes les decía que lo sentía por ellos que eran el futuro de Polonia. Y cuando en la

Pascua lo felicitaron otros prisioneros les dijo que él no saldría del campo pero que ellos resistieran porque eran necesarios a la causa de Dios y de Polonia. Y el seglar Wlodomierz Wachiwicz depuso en la causa de beatificación que él en el campo se preguntaba de dónde le venía al P. Rewera toda aquella energía que mostraba en soportar las terribles condiciones del campo, particularmente para los sacerdotes católicos. Siempre con la sonrisa en un rostro sereno dando ánimo a los que se encontraban débiles física y moralmente. Estuvo primero en el bloque 22 pero luego fue trasladado al bloque 23, donde tenía breves conversaciones sobre temas morales con su compañero de dormitorio. El día 3 de junio fue transferido al campo de Dachau, que sería el de su muerte. Konrad Szweda, sacerdote, compañero del P. Rewera en ambos campos de concentración, declaró como testigo de vista que él vio la compasión que el P. Rewera mostraba por los prisioneros más atormentados, por los condenados a muerte, por los torturados. Oraba sin descanso y ofrecía sus sufrimientos por ellos y los invitaba a aceptar la voluntad de Dios y a ofrecer sus dolores por la salvación del mundo.

Muerto el P. Rewera el 1 de octubre de 1942 en las condiciones arriba descritas, su cuerpo fue llevado al horno crematorio. Pero sucedió algo singular. Irena Borzecka cuenta que el año 1969 hizo un viaje a Dachau. Delante del horno crematorio dijo a su amiga Paulina Michta: «Aquí murió mi párroco, padre Antonio Rewera». El guía lo oyó y dijo: «El cuerpo de aquel sacerdote no se quemó. Cuando abrieron el horno crematorio se dieron cuenta de que el cuerpo no estaba carbonizado. Los alemanes estaban consternados y decían: *Heilige* (santo). Y entonces el cuerpo fue enterrado». A mi pregunta de dónde lo enterraron el guía respondió que no lo sabía.

Terminemos esta semblanza biográfica del eximio sacerdote con las palabras que pronunció el 20 de marzo de 1949 Franciscek Jop, obispo luego de Opole, en la parroquia natal del P. Rewera cuando se descubrió una lápida que lo recordaba:

> «Hubiera sido muy dificil encontrar otro sacerdote, otro parroco, capaz de atenerse tan estrictamente a las ordenes y a las recomendaciones de la Iglesia en el cumplimiento de sus deberes, en la formacion de su voluntad y en su comportamiento El P Rewera vivia para Dios, para la Iglesia, para el projimo, a quien deseaba

santificar y éste era el fin de su vida [...] Tenía un corazón que se distinguía por la dulzura, el afecto y la misericordia con que trataba a su prójimo. Ofrecía siempre su ayuda a los necesitados y compartía con ellos cuanto tenía [...] Sobre las cenizas de la buena persona de monseñor Rewera brilla la luz dorada del martirio que anuncia a los hombres un futuro mejor y que está alimentada del amor que este sacerdote tenía para con los hombres y por añadidura para sus carceleros. Este amor sobrevive a todo y es una victoria en el curso universal de las cosas humanas. Anuncia para él y para nosotros la gloria eterna».

Fue beatificado el 13 de junio de 1999 por el papa Juan Pablo II.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM P.N. 1844. *Vladislavien. Et aliarum. Beatificationis seu declarationis Martyrii servorum et servarum Dei Antonii Juliani Nowowiejski [...] atque centum trium sociorum, in odium fidei, uti fertur, interfectorum, annis 1939-1945. Positio super martyrio. Vols. I-IV* (Roma 1997).

INTERNATIONAL DACHAU COMMITTEE, *The Concentration Camp at Dachau, 1933-1945* (Bruselas 1978)

KACZMAREK, T. - PELOSO, F., *Luci nelle tenebr I 108 martiri della Chiesa in Polonia· 1939-1945* (Varsovia 1999).

REPETTO BETES, J. L., *Santoral del clero secular. Del siglo XIII al siglo XX* (Madrid 2000) 587

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN ROMÁN EL MELODA

Diácono († 550)

Nacido a finales del siglo V en Emesa, Siria, era de raza y religión judía, pero se convirtió al cristianismo. Marchó al Líbano y allí hizo los estudios pertinentes como para que se le ordenara diácono. Hacia el 510 se trasladó a Constantinopla y fue asignado a la iglesia de La Blanquerna, dedicada a la Madre de Dios. Muy pronto tuvo fama como excelente compositor de himnos litúrgicos, estilo que él perfeccionó inspirándose en la tradición poética y musical de su Siria natal. Se conservan aún muchos de los himnos compuestos por él. Se cuenta que en la vigilia de Navidad se le apareció la propia Virgen María y le dio un escrito

para que él se lo comiera, y como resultado de esta aparición compuso el bello himno que comienza: «En este día la Virgen dio a luz al que es trascendente», que aún se usa. Igualmente se le atribuye el famoso himno *Akátistos,* uno de los más famosos de la liturgia bizantina, y que ha sido también cantado en San Pedro del Vaticano en fechas recientes como homenaje a la Madre de Dios. Muerto durante el imperio de Justiniano no antes del 548, recibe culto en la Iglesia oriental.

SAN NICECIO DE TRÉVERIS

Obispo († 566)

Conocido sobre todo por los escritos de San Gregorio de Tours, que tomó las noticias de testigos directos, se sabe de él que era de origen galorromano y su lugar de nacimiento parece haber sido Limoges. Se educó en un monasterio de su ciudad natal y de ahí le vino la vocación religiosa. Años después y cuando se había acreditado entre los monjes fue elegido abad. El rey Teodorico I lo tenía en gran estima y a ello se debió su elección como obispo de Tréveris en torno al año 525. Hizo una amplia labor pastoral, reglamentando la vida del clero, impulsando el monacato y reconstruyendo numerosas iglesias, entre ellas la propia catedral, que se había arruinado. No tuvo empacho en echar en cara al príncipe Teodeberto sus vicios y en excomulgar al rey Clotario I, que se vengó enviándolo al destierro (561), pero muerto el monarca aquel mismo año, su sucesor, Sigeberto, lo devolvió a su sede. Participó en diferentes sínodos, y se preocupó de los asuntos generales de la Iglesia llegando a escribirle al emperador Justiniano para pedirle que no se excediera en su celo antiherético persiguiendo a verdaderos católicos. Según San Gregorio de Tours fue «fuerte en la predicación, terrible en la argumentación, constante en la enseñanza». Su muerte se calcula hacia el año 566, aunque hay autores que piensan que vivió una veintena más de años.

SAN BAVÓN DE GANTE

Monje († 654)

Nace hacia el 589 en Brabante, en el seno de una familia acomodada de la que recibe tierras en Hesbaye. Llegado a la juventud contrae matrimonio con la hija del conde Adilión, de la que tiene una hija llamada Agletrudis. Lleva una vida disoluta y ajena al buen camino, de la que sólo sale cuando fallece su esposa y se sumerge en una profunda crisis espiritual. Decide preguntar a San Amando, el gran misionero que estaba evangelizando la región de Gante, sobre la orientación que darle a su vida y se le contesta que deje el mundo y se entregue por completo al servicio de Dios. Se desprende de sus bienes e ingresa en el monasterio de Gante, fundado por San Amando, que con el tiempo llevaría el nombre de San Bavón, y profesa en él la vida religiosa. Pasó una temporada acompañando a San Amando en sus correrías apostólicas pero luego, sintiéndose llamado a la contemplación de las cosas divinas, regresa a su monasterio y obtiene licencia para vivir retirado en una celda. La iconografía lo presenta haciendo oración en el hueco de un tronco de árbol. Tres años más tarde moría santamente.

BEATOS EDUARDO CAMPION (GERALDO EDWARDS), ROBERTO WILCOX, CRISTÓBAL BUXTON Y ROBERTO WIDMERPOOL

Mártires († 1588)

El día 1 de octubre de 1588 fueron ejecutados en Canterbury, Inglaterra, en el sitio llamado Oatren Hill, cuatro católicos como traidores, tres de ellos sacerdotes. Lejos de ser traidores, eran auténticos mártires, a quienes llevaba a la muerte la fidelidad a su fe católica y a su conciencia, en medio de la furibunda persecución anticatólica que llevaba adelante la reina Isabel I. Sus nombres son Eduardo Campion, Roberto Wilcox y Cristóbal Buxton, los tres sacerdotes, y el seglar Roberto Widmerpool. Los cuatro fueron ahorcados, destripados y descuartizados.

EDUARDO CAMPION, en realidad se llamaba Geraldo Edwards y había nacido en Ludlow, en Shropshire, el año 1552, en el seno de una familia protestante de posición acomodada. Recibió una buena educación e hizo estudios superiores en el «Jesus's College» de Oxford, pasando luego al servicio de lord G. F. Drake, haciéndose católico cuando entró en contacto con algunos católicos. Tenía 34 años cuando en febrero de 1586 dejó Inglaterra y marchó a Reims para ingresar en el Colegio Inglés, pues deseaba ser sacerdote. Su admiración por San Edmundo Campion le llevó a dejar el nombre suyo originario y a llamarse Eduardo Campion. Solamente un año más tarde, a comienzos de la cuaresma de 1587, fue ordenado sacerdote. Parte entonces, el 18 de marzo, para Inglaterra, pero lleva solamente un mes en el país cuando es arrestado en Sittinbourne, en el condado de Kent, y llevado a un primer examen en el mes de abril. Reconoció haberse convertido al catolicismo y haberse ordenado de sacerdote fuera de Inglaterra, en contra del conocido estatuto de la reina Isabel. No dudó en proclamar herética la religión del Estado inglés y en señalar que la Reina no era la cabeza de la Iglesia, no perteneciendo a su jurisdicción sino las cosas temporales. Tuvo oportunidad de escaparse de la prisión con otros presos pero dijo que no quería perder la corona del martirio. Al conocerse el envío por parte de España de la Armada Invencible, el Consejo Privado de la Reina ordenó que los presos fuesen interrogados. El 15 de agosto de 1588 el P. Campion fue sometido a interrogatorio. Contestó a todo y dijo que era tan traidor como San Edmundo Campion. No respondió directamente a la pregunta sobre su actitud en caso de colisión entre los intereses temporales del reino y la actuación del Papa. Fue declarado traidor al serle aplicado el citado estatuto 27 de Isabel. Su posterior juicio en Canterbury fue una pura formalidad. A la hora de la muerte mostró una gran serenidad.

ROBERTO WILCOX había nacido en Chester en 1558, y se carece de noticias acerca de su familia y su juventud. Es conocido a partir del 12 de octubre de 1583 en que con 25 años llegó al Colegio Inglés de Reims. Dos años más tarde, el 20 de abril de 1585, fue ordenado sacerdote en la catedral de Reims. El 7 de enero de 1586 partía para la misión inglesa. Muy poco después

era arrestado y llevado a la cárcel de Marshalsea por orden del Consejo Privado. Aquí se le hizo el examen preliminar el 15 de agosto de 1588 y seguidamente enviado a Canterbury para el proceso formal, siendo claro ya que se le aplicaba el citado estatuto 27 de Isabel. Confesó que era sacerdote católico y por ello fue condenado a muerte. Fue el primero en subir al cadalso y les dijo a sus compañeros que él diría en el cielo que venían otros detrás de él. Murió con gran serenidad.

CRISTOBAL BUXTON había nacido en el Derbyshire en 1562. Fue alumno en Tideswill del Beato Nicolás Garlick, por cuyo medio vino al catolicismo. Luego decide su vocación y marcha a Reims, donde recibe las órdenes menores el 23 de septiembre de 1583. A continuación es enviado a Roma para que allí prosiga sus estudios sacerdotales. Se ordena sacerdote el 1 de noviembre de 1586. El 12 de septiembre de 1587 deja Roma para ir a Dieppe, desde donde se embarca para Inglaterra, y aquí comienza su tarea misionera. Pero llevaba solamente dos meses de actividad cuando es arrestado en Halowtide, en el condado de Kent. Enviado por orden del Consejo Privado a la cárcel de Marshalsea, estuvo un año en la cárcel, y se dedicó a escribir un Ritual, manuscrito que se conserva. Examinado en orden a obtener una confesión que lo comprometiera, fue interrogado el 15 de agosto de 1588. Llevado a Canterbury, aquí fue procesado y condenado a muerte. Se le ajustició el último en la esperanza de que viendo el horrible suplicio de sus compañeros abjurara de su catolicismo. Pero se mantuvo firme y recibió la corona de la gloria.

ROBERTO WIDMERPOOL nació en Widmerpool el año 1560. Estudió en el Gloucester Hall de Oxford, y fue luego ayo de los hijos de la condesa de Northumberland, y estando desempeñando este puesto fue arrestado en 1588 bajo la acusación de haber acogido a un sacerdote en casa de la condesa y de haber dado hospitalidad a otros varios sacerdotes. Preso en Marshalsea, fue enviado a Canterbury donde fue juzgado y condenado a muerte. Al llegar al patíbulo, besó la escalera y la cuerda y dio gracias a Dios por la gloria del martirio y recordó que en aquella misma ciudad había derramado su sangre por la gloria de Dios Santo Tomás Becket. La gente le impidió continuar hablando y

él entonces se encomendó a las oraciones de los católicos que estuvieran allí presentes, y sufrió la atroz muerte que le estaba destinada.

Estos mártires fueron beatificados el 15 de diciembre de 1929 por el papa Pío XI.

BEATOS RODOLFO CROCKETT Y EDUARDO JAMES

Presbíteros y mártires († 1588)

Hacia el mediodía del 1 de octubre de 1588 fueron llevados en un zarzo a Brayle Heath, a pocos pasos de la Puerta Norte de la ciudad de Chichester, en Inglaterra, dos insignes campeones de la fe: los beatos Rodolfo Crickett y Eduardo James, acompañados de un tercero que abandonaría el catolicismo al pie de la horca. Los esperaban varios ministros protestantes, pero ambos mártires se negaron a tratar con ellos. Al pie de la horca, Crockett dio la absolución a James, y éste a su vez se la dio a Crockett. Crockett subió primero por la escalera y bendijo al pueblo y dijo que moría por la religión y por haber venido como sacerdote al reino con la única misión de ejercer su ministerio sacerdotal. Se le prohibió seguir hablando, y se le quitó la escalera, quedando así ahorcado. James había permanecido de rodillas en oración. Subió a la escalera y se encomendó a las manos del Señor. Mientras el martirio de ambos sacerdotes, el tercer condenado conferenció con los ministros protestantes y abandonó el catolicismo. Los cuerpos de los mártires, tras ser ahorcados, fueron destripados y descuartizados.

RODOLFO (RALPH) CROCKETT había nacido en Barton on the Hill, en el Cheshire, en 1552. Estudió en el Christ College de Cambridge y luego pasó al Gloucester Hall de Oxford. Fue luego maestro y ejerció como tal en Tibnam y luego en Ipswich. Convertido ya al catolicismo, viajó en 1584 hasta Reims e ingresó en el Colegio Inglés. En la cuaresma de 1585 se ordenó sacerdote y al año siguiente en primavera partía para Inglaterra, encontrándose en Dieppe con el P. James.

EDUARDO JAMES había nacido en Beston, en el Derbyshire, hacia 1559. Estudió durante cuatro años en el St. John's College de Oxford y no se graduó porque tenía mucho escrúpulo en re-

conocer la supremacía religiosa de la Reina. Encontró en Londres un amigo católico, Bradley, que le decidió a abrazar el catolicismo. Partió con otros diez compañeros hacia el Colegio Inglés de Reims el 4 de agosto de 1580; estudió primero, por falta de recursos, como alumno externo, pero luego su amigo Bradley le costeó los estudios y se ordenó de sacerdote en octubre de 1583. Fue a Roma, y de allí salió para Inglaterra en septiembre de 1585, luego de haber sido recibido en audiencia por el Papa que lo bendijo a él y también a los compañeros que partían con él. Después de varios meses en Reims, el 7 de febrero de 1586 partió para Dieppe donde encontró al que iba a ser su compañero de martirio, Rodolfo Crockett.

Aquí, ambos, con otros dos sacerdotes, se arreglaron con el dueño de un barco, llamado Daniell, para que los llevara a Inglaterra y, fuera con la intención de entregarlos, porque hubiera descubierto su condición sacerdotal, fuera por accidente, el caso es que el barco encalló frente a la playa de Littlehampton, en el condado de Sussex, el 16 de abril de 1586. El lugar estaba muy vigilado en orden a detectar la llegada de sacerdotes y luego de que Daniell hubiera ido a la población, y no se sabe si por denuncia suya, el hecho es que el juez Shelley subió a bordo el martes 19 de abril, descubrió a los sacerdotes y los arrestó. Enviados a Londres y detenidos en la cárcel de Marshalsea, fueron interrogados el 30 de abril. Como, propiamente hablando, no habían sido arrestados en tierra sino en un barco, literalmente aún no habían violado el estatuto 27 de la reina Isabel, pero Crockett no dejó de decir que su intención era ejercitar su ministerio en Inglaterra si tenía ocasión. James, por su parte, declaró que venía a cumplir su juramento misionero. En vista de ello Crockett fue enviado de nuevo a Marshalsea y James a Clink. Ambos permanecerían detenidos hasta el 30 de septiembre en que tuvo lugar su proceso en Chichester, proceso cuyas actas se conservan. El juez Thomas Bowyer dijo al jurado que, aunque los presos estaban detenidos en virtud del estatuto 27 de Isabel, éste no era propiamente una nueva ley de traición, pues los acusados eran reos de traición a tenor del estatuto 5 de Eduardo III del año 1352, ley según la cual eran reos de traición los enemigos de Su Majestad. Y subrayó con mucha fuerza que

no habría salvación para Inglaterra si se permitía entrar a los emisarios del Papa. Es claro que negar la supremacía religiosa del rey, establecida por Enrique VIII, no estaba contemplada en la legislación de Eduardo III. El obispo de Chichester se dirigió también al tribunal para hacerle ver que los presos estaban engañados en su religión y que ésta no era más que un manto para encubrir su traición. Los reos se negaron a reconocer ser traidores a la Reina o a Inglaterra. La sentencia del jurado fue a muerte.

Los mártires fueron beatificados el 15 de diciembre de 1929 por el papa Pío XI.

BEATO JUAN ROBINSON

Presbítero y mártir († 1588)

Nació en Ferrensbyre, en el condado de Yorkshire, hacia 1530. Llegado a la juventud se casó y tuvo hijos de su matrimonio y parece que nunca perdió su inicial fe católica. Cuando ya era mayor se quedó viudo y entonces decidió ordenarse sacerdote. Marchó a Reims y tras hacer los pertinentes estudios, se ordenó presbítero el 20 de abril de 1585. El 14 de junio de ese año partió para la misión inglesa. Desembarcó, seguramente en Sussex, y luego volvió a embarcarse, siendo arrestado a bordo en el puerto de Suffolk. Enviado a la prisión Clink, pasó luego a Londres donde se le juzgó y condenó a muerte, pero fue devuelto a la cárcel y allí estuvo hasta que, con motivo de la llegada de la Armada Invencible, el gobierno inglés decidió ejecutar a los sacerdotes católicos que estuvieran en las cárceles. Él había manifestado su deseo ardiente de dar la vida por Cristo para compensar, muriendo por Cristo, lo poco que como sacerdote había podido hacer. Fue enviado a Ipswich y allí tuvo lugar su martirio por ahorcamiento que abordó con notable sinceridad; fue destripado y descuartizado. Su hijo Francisco siguió las huellas del padre y se ordenó sacerdote y trabajó en Inglaterra como tal.

Fue beatificado el 15 de diciembre de 1929 por el papa Pío XI.

BEATOS GASPAR HIKOJIRO Y ANDRÉS YOSHIDA

Mártires († 1617)

El 21 de septiembre de 1617 fueron apresados estos dos mártires y llevados a la cárcel de Nagasaki. Aquella primera noche de su detención lograron entrar en la cárcel varios misioneros, quienes los animaron con palabra evangélica y les administraron el sacramento de la penitencia que les sirvió de mucha confortación. Fueron condenados a muerte, pero la noche anterior al martirio logró entrar a animarlos el P. Juan de Rueda, dominico. A la mañana siguiente fueron llevados en barca a una isla situada en la boca del puerto llamado Bocabeo o Tabuco. Fueron rezando por el camino las letanías y otras oraciones y, llegados al sitio, ofrecieron mansamente sus cuellos al verdugo que los degolló.

GASPAR HIKOJIRO O FICOYORO era un cristiano intrépido que alojaba en su casa a los sacerdotes sin miedo a las terribles represalias que esta acción traía consigo. Los acompañaba y los dejaba con la mayor seguridad posible en manos de otros cristianos. Avisado de que su actitud era peligrosa, había dicho que vería como una gran gracia el martirio.

ANDRÉS YOSHIDA O YOXIDA era natural de Tavaxima, en el reino de Fixen, era un cristiano maduro y convencido, que con gran arrojo alojaba y defendía a los sacerdotes. Era cofrade del Santo Rosario y de la Correa de San Agustín. Había acompañado en sus correrías apostólicas a los beatos Fernando de San José y Alfonso Navarrete, a quienes visitó en la cárcel, no resguardándose de decir que él también era cristiano. Poco antes de ser degollado se quitó del cuello una cruz y pidió se la dieran al Beato Francisco de Morales.

Ambos mártires fueron beatificados el 7 de julio de 1867 por el papa Pío IX en la ceremonia de beatificación de 205 mártires de Japón.

BEATA FLORENCIA CAEROLS MARTÍNEZ

Virgen y mártir († 1936)

Esta obrera católica dio un válido testimonio de Cristo con su vida y con su muerte. Había nacido en Caudete (Albacete) el 20 de febrero de 1890 en el seno de una familia modesta. Su vida discurrió primero en su pueblo natal y luego en Alcoy. Al llegar a la juventud se colocó en la industria textil y las personas que fueron sus compañeras de trabajo pudieron apreciar en ella sus magníficas cualidades y gran servicialidad. Era muy piadosa: cada día acudía a la santa misa y recibía la sagrada comunión y tenía una sólida devoción a Santa Teresita del Niño Jesús. Estuvo inscrita, y era una verdadera militante, en varias organizaciones católicas, como el Sindicato Católico Femenino, que presidió desde 1927 hasta su muerte, la Orden Tercera Franciscana, el Apostolado de la Oración, las Marías de los Sagrarios, la Congregación de Hijas de María y la Vela del Santísimo. En todas las asociaciones esta militante de Acción Católica mostró su temple de verdadera seguidora de Jesucristo. Un trabajo apostólico que llevó adelante en Alcoy con todo celo fue el de catequista en el Patronato de San Mauro. Su apostolado tuvo éxito, logrando el matrimonio de numerosas parejas no casadas por la Iglesia, el bautismo de muchos niños, la recepción de los últimos sacramentos etc., y fomentó con mucho interés la consagración de las personas y las familias al Sagrado Corazón de Jesús, que logró también en la fábrica en la que trabajaba. Por otro lado, se mantuvo al margen de cualquier partidismo político. Llegada la revolución de 1936 fue arrestada el 23 de septiembre y detenida en el antiguo convento de las Esclavas. El 28 de dicho mes fue llevada a la cárcel del partido judicial. Sacada de la misma el día 1 de octubre, fue llevada a Rotglá y Corbera. Ella, al ver que iban a fusilarla, se encomendó al Corazón de Jesús y perdonó a sus asesinos, siendo seguidamente fusilada.

Fue beatificada el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO ÁLVARO SANJUAN CANET

Presbítero y mártir († 1936)

Nace en Alcocer de Planes, diócesis de Valencia y provincia de Alicante, el 26 de abril de 1908 en el seno de una familia modesta. Esta modestia de medios económicos le resultaba una dificultad para entrar en el seminario diocesano y, por ello, un sacerdote amigo lo encaminó a la vida religiosa, y así ingresó en el seminario salesiano de El Campello. Profesó en 1925 y prosiguió sus estudios en el Centro Internacional Salesiano de Turín-Crocetta, ordenándose sacerdote en Barcelona en 1934. Fue destinado al colegio salesiano de Alcoy, donde ejerció con mucho celo su apostolado. Llegada la revolución de julio de 1936 estuvo varios días en una casa con otros salesianos, luego pasó a Concentaina con su familia. Pudo pasar con ella, sin mayores sobresaltos, los meses de agosto y septiembre hasta que hubo un bando del Comité mandando que se presentaran todas las personas llegadas a la población con posterioridad al 18 de julio y así lo hizo Álvaro. El día 27 dos milicianos se presentaron en su casa. Él se despidió de su madre y se fue con ellos. Estuvo detenido en el antiguo convento de las Esclavas del Sagrado Corazón. El día 1 de octubre pudo visitarle una hermana suya, a la que aseguró que estaba seguro de que iban a matarle y le pidió que velara por sus padres. Aquel mismo día fue fusilado por su condición de sacerdote.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

2 de octubre

A) MARTIROLOGIO

1. La memoria de los Santos Ángeles Custodios **.
2. En Nicomedia de Bitinia, San Eleuterio, mártir († s. III/IV).
3. En Soria, San Saturio († 568), ermitaño *.

4. En la región de Arrás, San Leodegario o Leger († 679), obispo de Autun y mártir, y su hermano San Gerino, mártir *.

5. En Andage (Las Ardenas), San Beregiso († 725), abad.

6. En Retia, San Ursicino († 760), obispo de Chur, fundador y primer abad del monasterio de Disentis.

7. En Constantinopla, San Teófilo († 795), monje, martirizado por defender las sagradas imágenes.

8. En Nagasaki (Japón), beatos Luis Yakichi y Lucía, su esposa, y sus hijos Andrés y Francisco († 1622), mártires *.

9. En Rochefort (Francia), Beato Jorge Edmundo René († 1794), presbítero y mártir *.

10. En Lyón (Francia), Beato Antonio Chevrier († 1879), presbítero, fundador de la Obra de la Providencia del Prado **.

11. En Fianarantsoa (Polonia), Beato Juan Beyzym († 1912), presbítero, religioso de la Compañía de Jesús **.

12. En Castellón, beatos Francisco Carceller Galindo, religioso escolapio, e Isidoro Bover Oliver († 1936), de la Hermandad de Operarios Diocesanos del Sagrado Corazón de Jesús, presbíteros y mártires *.

13. En Sax (Alicante), beatos Elías y Juan Bautista Carbonell Mollá († 1936), presbíteros y mártires *.

14. En Silla (Valencia), Beata María Guadalupe (María Francisca) Ricart Olmos († 1936), religiosa servita y mártir **.

15. En Stanislawów (Polonia), Beata María Antonina Kratochwil († 1942), virgen, de la Congregación de Hermanas Escolásticass de Nuestra Señora, mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTOS ÁNGELES CUSTODIOS

«La existencia de los ángeles está atestiguada casi por cada una de las páginas de la Sagrada Escritura». Así habla San Gregorio Magno, a quien se da el título de «Doctor de la milicia celeste». Podemos añadir nosotros que el mismo alto origen ha de reconocerse para el culto de estos celestiales espíritus. La devoción a los ángeles aparece casi con espontaneidad en los primeros años de nuestra vida y ya no nos abandona jamás. En una inscripción del cementerio de San Calixto se lee: *Arcessitus ab angelis,* que viene a decir: «Fue llamado por los ángeles» para presentarle al Señor. «Salid al encuentro suyo, ángeles del Señor, para ofrecer su alma en la presencia del Altísimo», canta la Iglesia en el oficio de difuntos.

La fiesta de los ángeles custodios tiene ya existencia multisecular. Se ha recordado que ya en el siglo V se celebraba en España y en Francia, como fiesta particular. Suprimida por San Pío V, fue restablecida por un decreto de Paulo V el año 1608, fijándola para el primer día libre después de San Miguel. Clemente X fue quien la introdujo definitivamente en la liturgia de toda la Iglesia, determinando que se celebrara el día 2 de octubre.

El nombre de «ángel» significa mensajero. Es nombre que significa ministerio y oficio. Pero la perfección de su naturaleza va de acuerdo con ese sublime oficio, que ellos ejercen de una manera más permanente que los demás seres de la creación. Son los «mensajeros» de Dios, por excelencia. Son seres creados, intelectuales, superiores a los hombres, dotados por el Señor de especial virtud y poder.

La humana filosofía apenas había columbrado, de una manera borrosa, la existencia de los ángeles. La fuente primera de nuestra devoción es la Revelación divina, contenida en la Sagrada Escritura. Con ella en la mano evitamos el primer error en que cayeron algunos teólogos combatidos por Orígenes, que, influidos por la filosofía pagana, tuvieron a los ángeles por «dioses». Están al servicio de Dios, pero son seres creados por su omnipotencia. Merecen nuestra veneración por su grandeza sobrenatural, por la gracia que les adorna, por su amor al Señor, demostrado en la prueba, que no supieron superar Lucifer y sus secuaces, los cuales, por su soberbia, fueron convertidos en demonios y padecen las penas eternas del infierno, que fue creado para ellos.

En la vida de Cristo Nuestro Señor y en la vida de la Iglesia primitiva los ángeles ejercen su misión de mensajeros con frecuencia. A veces se designa a los ángeles por su nombre, como a San Gabriel, San Rafael, San Miguel; a veces simplemente se les designa con el genérico apelativo de «el ángel del Señor»; a veces cumplen su misión individualmente, como el ángel que bajaba a la piscina de Betzata, en la puerta Probática, para agitar el agua y comunicar una virtud maravillosa de curación de cualquier enfermedad que tuviere el primero que descendía a sus ondas. Otras veces son dos los ángeles enviados, como los que

vio la Magdalena, vestidos de blanco, sentados uno a la cabecera y otro a los pies del lugar donde había estado el cuerpo de Jesús muerto, antes de la resurrección. Otras veces la Escritura alude a legiones de ángeles, como aquellas «doce legiones» que hubiera enviado el Padre celestial si Cristo hubiera formulado tal petición. Y no falta alguna ocasión en que la Escritura habla de «millares de millares», como aquellos que aparecen en el Apocalipsis alrededor del trono triunfal del Salvador del mundo. Dada la armonía perfecta del mundo, como obra del Creador, podemos pensar en la escala ascendente que va del maravilloso mundo físico que nos va descubriendo en su portentosa complejidad la física nuclear, al mundo de los vivientes, más perfecto aún, siguiendo por esa misteriosa unión de lo somático y lo psíquico, lo material y lo espiritual, representado por la persona humana. Los ángeles son las criaturas que colman esta ascensión hacia el cielo. Por eso decimos que son superiores a los hombres. La Escritura los llama «estrellas de la aurora e hijos de Dios».

Dice fray Luis de León que se les llama «estrellas de la aurora porque sus entendimientos, más claros que estrellas, echaron rayos de sí, saliendo a la luz del ser en la aurora del mundo. Y se les llama hijos de Dios porque, entre lo que él crió, es lo que más se le parece en la perfección de su naturaleza».

Los ángeles han sido creados por Dios, como el universo entero, para su gloria. Es decir, «para alabar, hacer reverencia y servir» al Creador. Cumplen esta finalidad siendo la corona gloriosa del Señor, como le vieron tantos artistas, capitaneados por Lucas della Robbia, el escultor florentino, autor del grupo más delicioso de los ángeles cantores. Estas representaciones artísticas no son arbitrarias, sino que siguen la línea de los libros santos, como el del Apocalipsis, donde se lee:

> «Vi y oí la voz de muchos ángeles en rededor del trono, y de los vivientes y de los ancianos; y era su número miríadas de miríadas, y millares de millares, que decían a grandes voces: Digno es el Cordero, que ha sido degollado, de recibir el poder, la riqueza, la sabiduría, la fortaleza, el honor, la gloria y la bendición. Y todas las criaturas que existen en el cielo, y sobre la tierra, y debajo de la tierra, y en el mar, y todo cuanto hay en ellos, oí que decían: Al que está sentado en el trono y al Cordero, la bendición, el honor, la gloria y el imperio por los siglos de los siglos».

Por ello decimos que los ángeles forman la corte celestial, que primariamente mira al honor de Dios creador y redentor.

Y precisamente porque todo su anhelo es alabar, hacer reverencia y servir a Dios Nuestro Señor, los ángeles se convierten, por disposición divina, en ángeles custodios. Cuando tengamos el concepto exacto de la religión, que no se ha hecho primariamente para nuestra felicidad, sino para la gloria del Señor, comprenderemos por qué cumplen las criaturas angélicas con este oficio de mensajeros de Dios cerca de nosotros, y de custodios de nuestra pobre vida, destinada, como la suya, «para alabar, hacer reverencia y servir» al Creador. Quieren los ángeles que formemos a su lado en la corte celestial, que conservemos y aumentemos la gracia, que nos da derecho a cantar en sus coros; a repetir, por toda la eternidad, la melodía inefable de los que son gloriosos porque supieron buscar la gloria de Dios.

En el libro del Éxodo, cuando se acaba de promulgar la ley santa, el Señor, que habla en estilo directo a cada uno de los israelitas, anuncia solemnemente la asistencia de los ángeles custodios con estas palabras «Yo mandaré a mi ángel ante ti, para que te defienda en el camino y te haga llegar al lugar que te he dispuesto». Para los israelitas este texto significa la asistencia y la custodia de los ángeles en la peregrinación por el desierto hasta llegar a la tierra prometida. Significa también la asistencia y la custodia de los ángeles para el viaje de esta vida terrenal y la llegada a la gloria del cielo. El acontecimiento histórico del paso de Israel por el desierto fue la ocasión para que el Señor promulgara su Ley y para que se nos anunciara este auxilio de los ángeles custodios en las dificultades que la vida terrena entraña.

Por lo demás, la tutela de los ángeles se anuncia en muchos otros pasajes de la Escritura, pero quizá en ninguno con tanta fuerza expresiva como en el salmo 90, donde dice: «Te encomendará a sus ángeles, para que te guarden en todos tus caminos. Y ellos te llevarán en sus manos para que no tropieces en las piedras. Pisarás sobre áspides y víboras, hollarás al león y al dragón».

San Bernardo comenta así este pasaje bíblico, exponiendo la custodia de los ángeles en la doctrina general de la providencia de Dios para la salvación de los hombres:

> «Aplicas al hombre, ¡oh Señor!, tu corazón y solícito lo cuidas. Le envías tu Unigénito, diriges a él tu Espíritu, le prometes tu gloria. Y para que nada haya en el cielo que deje de participar en nuestro cuidado, envías a aquellos bienaventurados espíritus a ejercer su ministerio para bien nuestro, los destinas a nuestra guarda, les mandas que sean nuestros ayos. Poco era para ti haber hecho ángeles tuyos a los espíritus: háceslos también ángeles de los pequeñuelos, pues escrito está: Los ángeles de éstos están viendo siempre la cara del Padre. A estos espíritus tan bienaventurados háceslos ángeles tuyos para con nosotros y nuestros para contigo».

Los Santos Padres de la Iglesia han predicado esta doctrina, aplicando a los ángeles de la guarda distintos títulos en los que se expresa la importancia de su ministerio. Eusebio de Cesarea les llama «tutores» de los hombres; San Hilario, «mediadores»; San Basilio, «compañeros de nuestro camino»; San Gregorio Niseno, «escudo protector», Simeón Metafrastes, «muralla que rodea por todas partes la fortaleza de nuestra alma, defendiéndola de los asaltos del enemigo»; San Cirilo Alejandrino, «maestros que nos enseñan la adoración y el culto de Dios». No es posible seguir. Hacemos notar solamente que San Agustín y San Gregorio Magno no han perdido ocasión para exaltar el valor de la intervención angélica en nuestra vida. Y la sagrada liturgia en este día de su fiesta les ha saludado con las siguientes palabras:

> «Cantamos a los ángeles custodios de los hombres, que puso el Padre, junto a nuestra frágil naturaleza, como celestiales compañeros para que no sucumbiéramos ante las insidiosas acometidas de los enemigos».

Si consideramos atentamente la letra de la Escritura divina, observaremos que se habla en sus páginas de diversos órdenes de ángeles. Isaías ve a los «serafines» cantando, y uno de ellos purifica los labios del profeta con un carbón encendido. El Génesis nos dice que un «querubín» fue puesto por Dios como guardián del paraíso, y el Éxodo que fueron dos los «querubines» que estaban en el arca santa desde donde promete el Señor hablar a su pueblo. San Pablo nombra a los «principados, potestades y dominaciones», así como los «tronos, virtudes y arcángeles». Existe, pues, una jerarquía celeste con ángeles de orden y oficio superior y ángeles de orden y oficio inferior. Todos, cier-

tamente, excelsos y muy superiores a nuestra humana naturaleza.

Ante esto se han preguntado los teólogos si entra en la providencia ordinaria de Dios destinar para custodia de los hombres a los ángeles de las categorías superiores o se encomienda este oficio a los ángeles de las categorías inferiores. La lectura de los textos sagrados nos persuade que ángeles de todas las categorías, aun de las superiores, San Gabriel, San Rafael, San Miguel, los serafines y querubines, han cumplido misiones cerca de los hombres, como se comprueba con la vida de la Santísima Virgen y San Juan Bautista, el pueblo de Israel, el profeta Isaías, el santo patriarca Tobías, por no citar sino los pasajes más salientes. Pero es posible que los ángeles de los órdenes inferiores sean los que normalmente se designan para ejercer la custodia de los hombres, y así se puede creer que en las jerarquías angélicas unas cumplen la misión de asistir ante el trono del Señor y otras se destinan para la custodia del universo creado, en el que sobresalen los hombres como primero y principal objeto de esa cuidadosa guardia. Los primeros son ángeles «asistentes» al trono celestial; los otros, «ejecutores» de la Providencia en el auxilio a la humanidad caída. Las misiones y disposiciones más destacadas, como la de la encarnación del Verbo anunciada por San Gabriel y otras semejantes, saldrían fuera de la regla ordinaria y general.

Cuando se habla de los ángeles custodios nos referimos primariamente a los que ejercen la salvadora tutela de las personas individuales. Cada uno de nosotros tiene su ángel de la guarda. Dios quiere que todos los hombres se salven y que lleguen al conocimiento de la verdad. Al decir todos los hombres no excluimos a ninguno. Tenemos, por tanto, por más congruente a esta voluntad salvífica de Dios el extender con la misma universalidad el ministerio tutelar de los ángeles. Todas las almas han sido redimidas por Cristo, todas están en el camino de la salvación, todas son defendidas y protegidas por los ángeles. Y muchas almas, nacidas en la paganía y misteriosamente salvadas por la iluminación de la fe, deben esto a los ángeles de su guarda. Lo sabremos el día en que se haga la cuenta universal del paso de los hombres por la tierra. Pero lo columbramos ya des-

de ahora, siguiendo el pensamiento de los teólogos sobre la salvación de los infieles negativos, que guardan la ley natural. El ministerio de los ángeles juega en ellos un papel principal. Este ángel nuestro nos acompaña siempre, no nos abandona jamás en esta vida. En la otra, para quienes hayan alcanzado la gloria, aún quedan vinculados a su triunfo.

Hemos aludido a las narraciones de la Biblia para fundamentar nuestra doctrina sobre los ángeles. Ahora transcribimos una referencia de los Hechos de los Apóstoles, donde, al mismo tiempo, podemos ver a un ángel en acción y palpar la fe de la Iglesia primitiva en la custodia de los ángeles.

San Pedro estaba custodiado en la cárcel y Herodes pensaba exhibirlo al pueblo. La noche anterior a este día del triunfo del perseguidor, San Pedro se hallaba dormido entre dos soldados, sujeto con dos cadenas y guardada la puerta de la prisión por centinelas.

> «Un ángel del Señor se presentó en el calabozo, que quedó iluminado, y, golpeando a Pedro en el costado, le despertó diciendo: "Levántate pronto"; y se cayeron las cadenas de sus manos. El ángel añadió: "Cíñete y cálzate tus sandalias". Hízolo así y agregó: "Envuélvete en tu manto y sígueme". Y salió en pos de él. No sabía Pedro si era realidad lo que el ángel hacía; más bien la parecía que fuese una visión. Atravesando la primera y la segunda guarda llegaron a la puerta de hierro que conduce a la ciudad. La puerta se les abrió por sí misma y salieron y avanzaron por una calle, desapareciendo luego el ángel. Entonces Pedro, vuelto en sí, dijo: "Ahora me doy cuenta de que realmente el Señor ha enviado su ángel y me ha arrancado de las manos de Herodes y de toda la expectación del pueblo judío". Reflexionando, se fue a la casa de María, la madre de Juan, por sobrenombre Marcos, donde estaban muchos reunidos y orando. Golpeó la puerta del vestíbulo [...] Cuando le abrieron y le conocieron quedaron estupefactos [...] Entonces ellos dijeron: "Será su ángel"» (Hch 12,7-15).

Así vivió la Iglesia primitiva esta verdad alentadora de la custodia de los ángeles, que reclaman también su parte en la feliz difusión del mensaje evangélico.

Todos los hombres tienen su ángel custodio. Pero, además, lo tienen los reinos y comarcas. De San Miguel, como ángel del pueblo de Dios, se habla en el libro del profeta Daniel. Y el pueblo gentil de los persas tenía su ángel. Así podemos aceptar la doctrina de San Jerónimo, que nos dice que, «cuando el Altí-

simo separaba a las razas y se constituían los términos de cada pueblo, numeraba los ángeles que les habían de custodiar». Y si esto se dice de los pueblos, lo diremos, con tanta mayor razón, de la Iglesia católica, difundida de Oriente a Occidente, y de las Iglesias particulares, de las diócesis y colectividades religiosas. Y de esto tenemos un ejemplo patente, según toda la tradición de los Santos Padres griegos, en las cartas que se escriben a los ángeles de las siete Iglesias del Asia proconsular en el libro del Apocalipsis. Los ángeles aparecen aquí unidos en su suerte y en sus aspiraciones a las mismas Iglesias, a los obispos y a los fieles. Ellos reciben y transmiten las alabanzas y las reprensiones que forman parte de los mensajes. Salvando siempre todas las distancias, podemos decir que, como Cristo quiso aparecer como vestido de nuestras flaquezas, así los ángeles de estas Iglesias de Asia, y lo mismo diremos de todas las demás del mundo, parecen ante el Señor unidos a las circunstancias de aquellas cristiandades que en tantas cosas eran dignas de alabanza y en otras habían caído de su primitivo esplendor. Dice a este propósito el gran obispo de Milán, San Ambrosio: «No solamente destinó Dios a los obispos para defender su grey, sino también a los ángeles». Y añade San Gregorio de Nacianzo: «No dudo que los ángeles son rectores y patronos de las iglesias, como nos enseña el Apocalipsis de San Juan».

Los ángeles custodios deben ser venerados e invocados. «Acátale, escucha su voz, no le resistas», dice el libro del Éxodo. Tres frases de San Bernardo resumirán adecuadamente esta doctrina:

> «Anda siempre con circunspección —dice el santo—, como quien tiene presente a los ángeles en todos los caminos».
>
> «Amemos afectuosamente a sus ángeles como a quienes han de ser un día coherederos nuestros, siendo ahora abogados y tutores puestos por el Padre y colocados por él sobre nosotros».

Así amar a los ángeles es amar a Dios mismo. Al amor se añade la confianza.

> «Aunque somos tan pequeños y nos queda tan largo y tan peligroso camino, ¿qué temeremos teniendo tales custodios? Fieles son, prudentes son, poderosos son. Siempre, pues, que vieres levantarse alguna tentación, amenazar alguna tribulación, invoca a tu guarda, a tu conductor, al protector que Dios te asignó para el

tiempo de la necesidad y de la tribulación. No duerme, aunque por breve tiempo disimule alguna vez; no sea que con peligro salgas de sus manos si ignoras que ellas te sustentan».

He aquí la oración propia del día: «¡Oh Dios, que con inefable providencia te has dignado enviar a tus santos ángeles para nuestra guarda!, concede a los que te pedimos el vernos defendidos por su protección, gozar eternamente de su compañía Por Cristo nuestro Señor. Así sea».

EUGENIO BEITIA ALDAZABAL

Bibliografía

BERAZA, B., *Tractatus de Deo Creante* (Bilbao 1921).

DUHR, J., «Anges», en *Dictionnaire de spiritualité, ascétique et mystique.* I: *AA-Abyzance* (París 1937) cols.580-625.

PATRES SOCIETATIS IESU FACULTATUM THEOLOGICARUM IN HISPANIA PROFESSORES, *Sacrae Theologiae Summa,* II (Madrid [4]1964).

RIGHETTI, M., *Historia de la liturgia,* 2 vols. (Madrid 1955-1956).

SUAREZ, R. - MARTINEZ, A., «Introducción al "Tratado de los ángeles"», en TOMAS DE AQUINO (STO.), *Suma teológica,* III (Madrid 1950) 3-16.

• Actualización:

BANDERA GONZALEZ, A., «Introducción a las cuestiones 50 a 64 del "Tratado de los ángeles"», en SANTO TOMAS DE AQUINO, *Suma de teología,* I (Madrid [4]2001) 489-499.

BERZOSA MARTINEZ, R., *Angeles y demonios. Sentido de su retorno en nuestros días* (Madrid [2]2002).

BEATO ANTONIO CHEVRIER

Presbítero y fundador († 1879)

El ministerio sacerdotal, a lo largo de la historia de la Iglesia, ha dado ejemplares de santidad a la comunidad cristiana en muy diversas situaciones y de múltiples estilos, que salían al encuentro de necesidades del pueblo fiel y a la sensibilidad cambiante de la sociedad. En los albores del proletariado industrial, en la Francia agitada, desde el siglo XVIII, por revoluciones de diverso género y con pretensiones dispares, surgió un sacerdote excepcional en la antigua Iglesia de Lyón, cuyo ideal, seguido radicalmente hasta las últimas consecuencias, fue Jesús de Nazaret, pobre y humilde, aquel que no tenía donde reclinar la cabeza (Lc 9,58), solidario con los más pobres y desheredados.

Nació Antonio en Lyón el 16 de abril de 1826, hijo de Claudio Chevrier, empleado municipal de arbitrios, y de Margarita Fréchet, responsable de una pequeña fábrica de seda. Fue bautizado el siguiente día 18 en la parroquia de San Francisco de Sales. Claudio, de carácter suave y bondadoso, dejaba los asuntos domésticos en manos de su esposa, mujer laboriosa y de carácter fuerte, madre autoritaria y más bien severa en la educación de su único hijo.

El muchacho asistió a una escuela de los Hermanos de la Doctrina Cristiana hasta los catorce años. Un coadjutor de la parroquia de San Francisco de Sales propuso al adolescente ser sacerdote, propuesta que el muchacho aceptó, decisión que no debió satisfacer a Margarita. Siguió tres cursos en la escuela parroquial, al cabo de los cuales ingresó como interno en el Seminario menor de l'Argentière. Entre 1846 y 1850 cursó estudios de teología en el Seminario mayor de San Ireneo de Lyón. Durante estos años sintió vocación misionera y quiso ingresar en la Sociedad de Misiones Extranjeras de París, decisión a la que se opuso resueltamente su madre.

Lyón había presenciado y sufrido las revoluciones obreras, luchas armadas y sangrientas de 1831 y 1834, cuando Antonio aún era un niño, pero en 1848, cuando estalla la revolución que echa del trono al rey Luis Felipe, era ya seminarista mayor y en el seminario tuvo contacto con los clubes populares que se organizaron en aquella ocasión, uno de los cuales se instaló en el seminario mismo. Al joven estudiante le causó una impresión favorable aquella gente del pueblo, que él consideraba no hostil a la Iglesia, engañados muchas veces, proclives al sentimiento religioso si se les sabía amar. No compartía el juicio desfavorable y resentido de gran parte del clero de su época sobre las expoliaciones sufridas a partir de la gran revolución de 1789: con éstas —decía— Dios nos fuerza para practicar la pobreza, ya que no queremos abrazarla voluntariamente. Antonio no sintió miedo del pueblo en aquellos tiempos en que fueron frecuentes los levantamientos obreros, sino que inclinó su corazón a ser un verdadero amigo del pueblo. Del Seminario, siempre le repugnó que indujera un estilo de vida aburguesado en los futuros sacerdotes.

El 25 de mayo de 1850 el Beato Chevrier recibió la ordenación sacerdotal de manos del arzobispo de Lyón, el cardenal De Bonald. Entonces ya se sintió llamado a ser enviado de Jesucristo, como éste lo fue del Padre. Al cabo de tres días, fue nombrado coadjutor de la parroquia de San Andrés en el pueblo, o suburbio popular de Lyón, de la Guillotière, en la orilla izquierda del Ródano. Era una parroquia de reciente creación ante el constante aumento de población que, en aquel momento de la primera industrialización de Francia, experimentaban los suburbios de las grandes ciudades. El nuevo sacerdote constata enseguida cómo los obreros de su parroquia están alejados de la Iglesia y están sumidos en una profunda ignorancia. Empieza a notar y a sufrir la gran diferencia de nivel de bienestar entre el clero y la clase obrera; comprende que la gente lo considera un «señor», extraño para los habitantes normales del barrio. El coadjutor de San Andrés cree que debería eliminarse todo lo que huele a burgués y a bien vivir en la casa de los curas. Él vive en contacto con la gente, conoce sus penalidades y estrecheces. Ve cómo crece la pobreza, cómo disminuye el trabajo, cómo los patronos frecuentemente no pagan los salarios.

En mayo de 1856 las inundaciones en la ribera izquierda del Ródano sumergen aún más en la pobreza el barrio de la Guillotière. El joven coadjutor se distingue por su actividad a favor de los damnificados, por salvar sus vidas de perecer en la riada. Empieza a gozar de cierta popularidad. Esta actividad exterior hace surgir en su interior una sobreabundacia de caridad apostólica.

El gran cambio o conversión se realiza en la Navidad de aquel año. Delante del pesebre, Antonio medita estas palabras del Evangelio de Juan: «El Verbo se ha hecho carne y ha habitado en medio de nosotros». Comprende entonces que Cristo lo llama a una vida más perfecta, más evangélica, más apostólica. Decide seguir a Jesucristo en su caridad infinita hacia los hombres, en su humildad y en su amor a la pobreza. Aquella noche de Navidad, Antonio resuelve dejar instalaciones y comodidades para vivir lo más pobremente posible. El misterio de la Encarnación lo ha cambiado interiormente, lo ha convertido. Desde entonces Antonio recibe el carisma especial de vivir al

lado de los pobres, de vivir pobre como ellos, imitando a Jesucristo, para evangelizar a Jesucristo.

A partir de 1857, el Beato Chevrier emprende el estudio de Cristo, en su vida mortal, en el sacrificio de la cruz, en su vida eucarística, estudio que va a durar toda su vida, del cual sacará las enseñanzas que va a transmitir a sus discípulos en el libro que para ellos va redactando: *El sacerdote según el Evangelio o el verdadero discípulo de nuestro Señor Jesucristo.*

Por aquellos años se encuentra con Camilo Rambaud, un burgués de Lyón, fabricante de seda, muy sensible y preocupado por la miseria de los obreros. Había abandonado su profesión para enseñar catecismo a los niños pobres y desamparados. Para niños enfermos incurables abre la casa del Niño Jesús en 1854; en ella se enseñaba catecismo. Tras las inundaciones de 1856, funda la ciudad del Niño Jesús, para facilitar casas a los obreros que habían quedado sin hogar.

A partir de enero de 1857, Antonio recibe la influencia de San Juan María Vianney. Éste le enseñó el camino de abandono en la divina Providencia. En el anciano cura de Ars (que murió en 1859) Antonio encontró el modelo de un sacerdote pobre, que convivía con sus lugareños sin convencionalismos ni formalidades.

El comportamiento de Antonio, de renuncia y pobreza, choca con la conducta de sus colegas sacerdotes en la parroquia. Al joven coadjutor le repugna sobre todo exigir dinero por los servicios religiosos prestados. Deja la parroquia en agosto de 1857 cuando es nombrado capellán de la ciudad del Niño Jesús, no muy distante de San Andrés. Como sacerdote, va a dirigir la obra social de la ciudad y la catequesis en la casa del Niño Jesús. Aquí le empiezan a llamar «padre», ya que su predecesor había sido un capuchino. En diciembre de 1858, Rambaud y Chevrier viajan juntos a Roma. Aquí el Beato Antonio ingresa en la Orden Tercera de San Francisco, con cuyo ideal de desprendimiento y pobreza comulga íntimamente.

Como la ciudad del Niño Jesús llevaba sus quebraderos de cabeza materiales, Antonio decidió salir de su gestión para entregarse de lleno a su ministerio espiritual: la catequesis y la preparación de los niños para la primera comunión.

El 10 de diciembre de 1860, el padre Chevrier alquiló una casa, llamada «Baile del Prado», que compraría diez años más tarde, donde fue realizando, con total dedicación, su obra personal y carismática de apostolado. La antigua sala de baile y diversión, de dudosa reputación, se convirtió en la «Providencia del Prado», centro de formación para niños y adolescentes pensionistas muy pobres. Desde un principio Chevrier se propone «buscar compañeros de buena voluntad, a fin de que, asociándonos para vivir juntos la misma vida de pobreza y de sacrificio, trabajemos más eficazmente en nuestra salvación y en la de nuestros hermanos». Nace la obra del Prado, que en pocos años va a albergar a doscientas personas. Como predicó Juan Pablo II en la beatificación del fundador:

> Eran niños y adolescentes «no escolarizados y no instruidos en la fe, incapaces de prepararse en otro sitio para la primera comunión. Estaban abandonados, frecuentemente menospreciados, explotados; como él decía, "máquinas de trabajo hechas para enriquecer a sus amos". Hay también toda clase de miserables, de marginados, que son conscientes de no tener nada, de no saber nada, de no valer nada. Los enfermos, los pecadores forman parte de estos pobres».

En el mundo de pobreza de la Guillotière, se había sumergido el Beato Antonio. Conocía a este pueblo, sus valores, su generosidad y también sus miserias, su incredulidad. Ama y aprecia a este pueblo y comparte sus aspiraciones a la justicia.

El P. Chevrier quería asegurar la continuidad de su obra. Quiere reclutar y formar a seminaristas, entre los alumnos del Prado, para que fueran sacerdotes pobres para evangelizar a los pobres. Estaba convencido de que en los seminarios, los alumnos, aunque provinieran de familias obreras y pobres, salían de su clase social, se aburguesaban, encontraban un nivel de vida más alto y acomodado. Chevrier quería que los futuros apóstoles de los obreros se formaran junto a los pobres pensionistas del Prado y que junto a ellos y con ellos maduraran su vocación, para ser sacerdotes pobres que pudieran anunciar el Evangelio a los medios proletarios. Este proyecto, lo irá realizando gradualmente, tras vencer dificultades y resistencias del arzobispado de Lyón.

En septiembre de 1864, Chevrier acude por segunda vez a Roma, donde Pío IX aprueba las intenciones de la empresa del sacerdote lionés y bendice a las personas del Prado; hay que dejar pasar los años para aprobar formalmente la obra del Prado.

En 1865 se crea la escuela clerical del Prado. Sus alumnos siguen las clases en la parroquia de San Buenaventura, en la orilla derecha del Ródano; pero en octubre del año siguiente ya reciben la instrucción en el Prado mismo.

En 1867 el P. Antonio es nombrado párroco de Moulin à Vent, diócesis de Grenoble, pero en el límite de la diócesis de Lyón. Sigue residiendo en el Prado; un colaborador suyo lleva directamente la parroquia. Allí madura su *Obra de los sacerdotes pobres para las parroquias.* Pero en 1871 es cesado como párroco y es sustituido por su colaborador, sin previo aviso.

Por aquellos años sor María Boisson echa los cimientos de lo que será la comunidad religiosa de Hermanas del Prado. El bienaventurado fundador conocía a sor María desde 1857 cuando entró en la ciudad del Niño Jesús, donde esta antigua obrera de la seda trabajaba en la catequesis de los niños.

El padre Chevrier, mientras tanto, prosigue su labor insistiendo en la forma de vida y en los ideales de pobreza y transmisión del Evangelio. Lo que gratis se ha recibido, gratis tiene que ser dado; nada debe exigirse a los fieles por los servicios sacerdotales. Los muchachos no deben trabajar a bajo precio para sostener la casa; han venido para ser educados e instruidos en la religión. Es el sacerdote, no el libro, el que instruye; hay que asimilar el Evangelio para transmitirlo. Por eso la predicación se prolongaba tanto en el Prado, especialmente los domingos.

En 1873 los cuatro primeros seminaristas del Prado entraron en el Seminario teológico de Lyón; antes firmaron un compromiso de adhesión al estilo de vida evangélico que habían conocido y practicado durante su permanencia en la casa; también ingresaron en la tercera orden franciscana. Forman el germen de la «Obra de la primera comunión».

Mientras tanto la obra del padre Chevrier tiene otros centros: Moulin à Vent, Saint Fons, Limonest. Son centros de catequesis y lugares de retiro, para la reflexión y la plegaria.

Entre marzo y mayo de 1874, el fundador del Prado se retira tres meses a Limonest para curar su grave enfermedad. En no-

viembre se instalará allí, en la campiña de Lión, una comunidad de un sacerdote y cuatro hermanas con unos veinte muchachos del catecismo.

Viaja nuevamente a Roma en mayo de 1875 con el fin de obtener la aprobación del Prado como congregación religiosa, pero no recibe el apoyo del arzobispado de Lyón.

Entre julio y agosto de 1876 pasa una temporada en Vichy, por orden de su médico.

En octubre de este año, los cuatro diáconos del Prado van a Roma para terminar sus estudios. Formarán una pequeña comunidad, bajo la dirección del padre Chevrier. Éste acude a visitarles el 19 de marzo de 1877. Durante cuatro meses, el fundador les va explicando sus pensamientos que va recogiendo en el *Verdadero discípulo.* Los cuatro diáconos reciben la ordenación presbiteral el 26 de mayo. Les escribe el Beato Antonio recordándoles que deben ser otros «Jesucristos» en la tierra; deben representar el pesebre, el calvario, el sagrario: «Ser los últimos, los servidores de todos, los esclavos de los demás por la caridad, los últimos de todos por la humildad. Qué hermoso, pero qué difícil».

El 20 de junio regresa a Lyón. El arzobispo le deja los cuatro nuevos sacerdotes para su obra. El 25 de enero de 1878 tuvo el gozo de acoger la primera visita a la casa del cardenal arzobispo Caverot; aprobó el reglamento de vida para los sacerdotes del Prado.

El 6 de enero de 1879 nombra al presbítero Francisco Duret, uno de los ordenados en 1877, superior del Prado. No sin conocer amarguras que ponen en peligro la perseverancia de su obra, el padre Chevrier pasa los últimos meses de su vida en la cama, en Limonest. Pero, cuando ve acercarse la hermana muerte, expresa su deseo de morir entre su gente de la Guillotière: en su pobre barraca, donde había querido estar con los pobres, vivir con ellos, morir junto a ellos. Más de veintinueve años había formado parte de este pueblo. El 2 de octubre de 1879 confió su último aliento en las manos del Padre. Todo el barrio de la Guillotière agradece en sus funerales al sacerdote que se había encarnado tan decididamente en el pueblo pobre: cerca de diez mil personas estaban presentes viendo el cortejo

fúnebre entre la iglesia de San Luis de la Guillotière y la actual calle del padre Chevrier. El «San Francisco de la era industrial» recibió sepultura en la capilla del Prado, donde aún hoy son venerados sus restos, cerca del pesebre de Belén que inspiró el carisma del bienaventurado sacerdote.

Tras la muerte del fundador, la historia del Prado no es una trayectoria triunfal. Sólo sostenida por la fuerza de Dios, sus frutos humildes según las bienaventuranzas de los pobres, de los limpios de corazón y de los misericordiosos, perseveran hasta el día de hoy en la Iglesia de Jesús.

Su fama de santidad motivó la introducción de su causa, iniciada el 11 de junio de 1923. Pío XII aprobó sus virtudes heroicas el 16 de enero de 1953. El 5 de julio de 1986 el papa Juan Pablo II aprobó el milagro que abría las puertas de la beatificación, que el mismo pontífice ofició en Lyón el 4 de octubre de ese mismo año, fiesta de San Francisco de Asís, ante una gran multitud de fieles.

El Papa en su homilía predicó:

> «San Francisco de Asís, con sus compañeros, reveló el amor de Cristo en el corazón del pueblo de las ciudades italianas. El cura de Ars, solo con Dios en su iglesia rural, despertó la conciencia de sus feligreses y de las multitudes ofreciéndoles el perdón de Dios. El P. Chevrier, sacerdote secular en un medio urbano, ha sido, con sus compañeros, el apóstol de los barrios obreros más pobres de los suburbios de Lyón en el momento en que surgía la gran industria. Ha sido este afán misionero que le ha estimulado a adoptar un estilo de vida radicalmente evangélico, a buscar la santidad [...] Viviendo humildemente, con los medios más pobres, es testigo del misterio escondido en Dios, testigo del amor que Dios acerca a las multitudes de los "pequeños" semejantes a él. Él ha sido su servidor y su apóstol».

La herencia espiritual y apostólica del Beato Antonio Chevrier ha sido recogida por numerosos sacerdotes, religiosas y laicos que hoy, en todo el mundo, están comprometidos en ser testigos del amor de Cristo a los pobres. En 1924 el arzobispo de Lyón aprobó la *Obra de la primera comunión,* que el padre Chevrier había iniciado con cuatro sacerdotes. En 1986 los sacerdotes del Prado eran cerca de mil, todos ellos sacerdotes diocesanos. La mayoría de ellos ejercía su ministerio en barrios y entre obreros de las grandes ciudades de Francia, Italia, Espa-

ña y del Tercer Mundo. En 1925 fue aprobado el estatuto de Hermanas del Prado, como sociedad de vida apostólica de derecho diocesano. Congrega unas trescientas hermanas en 64 comunidades presentes en diez países. También están los Hermanos del Prado, laicos que viven en los ambientes populares de Lyón, París y Marsella. Partícipe del espíritu del Beato Chevrier, también existe el Instituto femenino del Prado.

PERE-JOAN LLABRÉS Y MARTORELL

Bibliografía

AAS 78 (1986) 1067-1069; 79 (1987) 301-310.
ANCEL, A., *Le Prado. La spiritualité apostolique du père Chevrier* (París 1982); trad. castellana: *El Prado. La espiritualidad apostólica del padre Chevrier* (Bilbao 1986).
«Les points essentiels de la spiritualité pradosienne»: *La Vie Spirituelle* 44 (1935) n.1-2, p.53-64.
— «Les degrés de la vie spirituelle d'après le P. Chevrier»: *La Vie Spirituelle* 45 (1935), n.4, p.45-64.
— «L'apostolat sacerdotal d'après le P. Chevrier»: *La Vie Spirituelle* 70 (1944) n.6, p.17-28; 71 (1944), n.1, p.42-60.
ANTONIO CHEVRIER (BTO), *Le véritable disciple* (Lyón 1968).
BERTHELON, P., *Antoine Chevrier, prêtre selon l'Évangile (1826-1879)* (París 1986).
Bibliotheca sanctorum. III: *Bern-Ciro* (Roma 1963) cols.1198-1200.
CHAMBOST, C., *Vie nouvelle du vénérable P. Chevrier* (Lyón-París 1920).
— *L'esprit et les vertus du vénérable A. Chevrier* (Lyón 1926).
DELASERRE, M. *Vie du P. Chevrier, fondateur de la Providence du Prado à Lyon* (Lyón 1892).
LESTRA, *Le P. Chevrier* (París 1934).
L'Osservatore Romano (5-10-1986).
SIX, J. F., *Un prêtre, Antoine Chevrier, fondateur du Prado* (París 1965).
VILLEFRANCHE, M., *Vie du père Chevrier, fondateur de la Providence du Prado à Lyon* (Lyón-París [20]1919).
WALTZ, H., *Le P. Chevrier* (París 1942).

BEATO JUAN BEYZYM

Presbítero († 1912)

Juan Beyzym había nacido en Polonia en 1850. Era jesuita. Fue educador de jóvenes durante muchos años en los colegios de la Compañía de Jesús en Tarnopol y Chyrow. Pero en 1898 se le ocurrió ir a cuidar a los leprosos de Madagascar.

El padre Damián ya había hecho su aventura en Molokai 21 años antes, en 1877, de forma que esta idea ya tenía suficiente fundamento como para seguirle la pista al gran apóstol de los

leprosos. Y con estos antecedentes, Juan Beyzym dejó su tierra y se fue a cuidar a estos enfermos absolutamente marginados por la sociedad. Tenía 48 años.

El primer puesto de trabajo lo tuvo en la isla Roja, donde había 150 enfermos en total abandono de sus familiares. Vivían en barracones indecentes, sin ventanas, ni piso ni muebles. Así no podían vivir ni los animales. Con este panorama se encontró Juan cuando llegó a Madagascar. Cuando llovía, los enfermos se hundían hasta los huesos y muchos tenían que dormir en el barro. Naturalmente, muchos morían de enfermedades y de hambre.

Al año siguiente de llegar Juan escribía:

> «El Gobierno no los considera seres humanos, sino desechos de la humanidad. Los expulsan a las aldeas y pueblos. Muchos de estos desgraciados deambulan por lugares desiertos mientras son capaces de hacerlo, hasta que, extenuados, caen muertos de hambre. Otros piden limosna por los caminos, pero pocas personas les dan algo; todos los rehuyen».

Pero Juan tenía un corazón de hierro y no se desanimaba ante tan terrible situación. Pedía dinero para los enfermos, les buscaba vestidos, arreglaba las chozas para que tuvieran lo más elemental. Y discurría: no había medicinas para aquellos enfermos; no existía nada para ellos; pero Juan observaba que una sana alimentación, una higiene apropiada, una atención esmerada lograba que la enfermedad no avanzara con tanta celeridad. Y con este tipo de atenciones, buscando arroz por todas partes, logró que de siete fallecimientos semanales, se rebajara la cifra a cinco en todo el año.

Por fin decidió construir un hospital para estos enfermos. El padre superior de la Compañía, P. Martín, explicaba en 1903 que «aquel hospital era una obra grande emprendida para mejorar la vida de aquellos desgraciados, entre los que se hallan quizá los más infelices del mundo».

El P. J. Loiselet, doctor en medicina, decía el 16 de agosto de 1911:

> «Ha sido un trabajo colosal construir y equipar este magno hospital en un país que carece de todo. Aquí llegó sin un céntimo, pero ha encontrado el modo de recoger en Europa, sobre

todo en Polonia, Austria y Alemania, miles de francos para una obra tan lejana».

Juan moría el 2 de octubre de 1912. La prensa recogía la noticia de esta manera: «El mejor elogio de este hombre se halla en este hecho: por amor a Jesucristo pidió y obtuvo estar al servicio de los leprosos a perpetuidad. He aquí un tipo de "trabajos forzados" que jamás elegirían para sí los criminales. El P. Beyzym los ha amado con todo el corazón».

Ad maiorem Dei gloriam. Ése era el lema de San Ignacio para los jesuitas. Para el Padre Juan no había otro motivo de actuación que la gloria de Dios.

«Tengo siempre ante los ojos dos ansias: la mayor gloria de Dios y el bien de las almas y de los cuerpos de los leprosos que me han sido confiados» (28 de marzo de 1902).

La eucaristía era el centro de su vida espiritual. Cuando proyectó el hospital, no soñaba con otra cosa que con abrir en su habitación una ventana que diera a la capilla:

«Yo me gozaba con esa ventana y pedía a la Santísima Virgen llevara a buen fin la adquisición del terreno» (13 de junio de 1901).

Algo específico de los jesuitas era la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Era una imagen plástica de la figura de Jesús, el Salvador. Él se alegra por todas las oraciones que se han dirigido al Divino Corazón pidiendo ayuda ante el peligro de expulsión de los misioneros de Madagascar.

Y ¿cómo no? No podía faltar una ferviente devoción a María. Todos los logros de sus actividades los atribuía a ella y se consideraba cono un indigno instrumento suyo:

«Pertenezco totalmente a la Madre de Dios. De nuevo me he ofrecido a ella y me he puesto a su disposición para cuanto quiera hacer de mí».

Sacaba de la oración la fuerza para trabajar sin descanso. Se podía decir de él que era un contemplativo en la acción. Al P. provincial le cuenta así sus penas:

«Hay que estar en continua unión con Dios y orar sin cesar. Poco a poco uno se debe habituar al hedor, pues aquí no se huele el perfume de las flores, sino la putrefacción de los cuerpos producida por la lepra. Tampoco es muy atrayente la vista de esa putre-

> facción. Después de tres o cuatro horas de curas a los enfermos, entro en mi casa, me lavo, me asperjo con ácido fénico y sigo sintiendo que todo huele mal en mí» (18 de abril de 1901).
>
> «Por mi parte, pido a la Santísima Virgen me conceda una buena lepra y muy virulenta, para implorar mejoría para mis enfermos y expiar un poco mis pecados» (13 de mayo de 1900).

La fe de este hombre se transmitía, sin querer, a los enfermos. Se puede decir que, si la enfermedad era contagiosa, más lo era la fe del P. Juan. Al verle a él, los leprosos no tenían más remedio que hacerse unos fervorosos cristianos. Dirigió la enseñanza religiosa según los métodos de San Ignacio. Incluso les daba retiros anuales.

> «Preparo a mi buena gente para la confesión y comunión pascual. Procuro por todos los medios ponerme a su nivel. Espero en el Señor que se aprovechen aunque sea un poco» (26 de junio de 1905).

Todos los miércoles elegía a un enfermo para que ofreciera la comunión y el rosario por el bien de los demás. Los viernes rezaban todos por los bienhechores vivos y difuntos. Los sábados por los compañeros difuntos. Se confesaban y comulgaban todos los meses. El escapulario y el Apostolado de la oración se propagaban entre todos los enfermos. Es decir, la imaginación del P. Juan llegaba a todos los momentos del día. A sus oyentes les llama «mis teólogos»: «No es fácil explicarles las cosas. Todos escuchan y dicen haber entendido, pero ¿es así realmente? Ésta es la cuestión».

Tenemos el testimonio de la hermana Ana María, colaboradora del P. Juan en el hospital de Marana:

> «Nuestros pobres enfermos vienen casi todos a la santa misa por la mañana, no obstante el frío que tanto les hace sufrir en esta estación. Algunos vienen a espaldas de algún compañero menos enfermo que él; a otros los traen en una silla portátil, de la cual el mismo Padre ha hecho el modelo; comulgan casi todos los días; se confiesan varias veces por semana; algunos, que no son capaces de acercarse al comulgatorio, se quedan en el primer banco y nuestro Padre les lleva la comunión».

El P. Lioselet resume el trabajo de Juan Beyzym en una frase: «Deseaba hacer santos a sus leprosos. Era su idea fija».

El papa Juan Pablo II tuvo mucho gusto en beatificarle en Cracovia el día 18 de agosto de 2002.

FÉLIX NÚÑEZ URIBE

Bibliografía

DRAZEK, C., SJ, *El beato Juan Beyzym, apóstol de los leprosos,* en Biblioteca electrónica cristiana: www.multimedios.org/docs.

BEATA MARÍA GUADALUPE (MARÍA FRANCISCA) RICART OLMOS

Religiosa y mártir († 1936)

El 23 de febrero de 1881 el matrimonio formado por Francisco Ricart Garcés y María Olmos Dalmau, vecinos de Alba (Valencia), se vio favorecido con el nacimiento de una niña, a quien se le impuso el nombre de Francisca. La familia, unos modestos labradores, mantenían la práctica de las costumbres cristianas que singularizaban a las buenas gentes de esta localidad. Fue la segunda de cuatro hijos que, desgraciadamente, quedaron muy pronto huérfanos de padre, al fallecer éste durante la epidemia de cólera del año 1885, que produjo una gran mortandad en tierras valencianas. Desde los once años comienza a destacar por su carácter vivo e inquieto, que irá suavizando con los consejos maternos y la práctica de ejercicios piadosos.

Su espontaneidad y viveza de genio quedan de manifiesto el día de la primera comunión de los niños, cuando el párroco les recuerda que deben cumplir siempre los mandamientos de Dios, y de pronto, una niña se pone en pie y en voz alta exclama: «¡Yo siempre seré fiel al Señor!» Quien así hablaba era Francisca Ricart. En su adolescencia se inscribe en las cofradías parroquiales, donde sobresale como una de las jóvenes más piadosas y decididas. Sus compañeras se dejan dirigir por ella, sobre todo en la asociación de Hijas de María. Forma parte también del coro parroquial que dirige la sierva de Dios, Trinidad Peneli Ferreres, más tarde religiosa Esclava de María Inmaculada, que también sufrirá el martirio el 2 de octubre de 1936, en cuyo tiempo ejercía de organista en el monasterio carmelitano de La Encarnación de Valencia.

Sus familiares de desplazan regularmente a la capital del Turia, visitando en el Monasterio de Nuestra Señora al Pie de la Cruz, de Siervas de María, a sor María Carbonell, cuya familia era muy apreciada por los familiares de Francisca Ricart. Aquí encuentra su auténtica vocación religiosa como monja servita de clausura. Obtenido el permiso materno, ingresa en este monasterio el 11 de junio de 1896, contaba entonces con quince años; le acompañan su madre y hermanos y don Vicente Pastor, párroco de Albal, y director espiritual suyo. Durante el trayecto, un transeúnte repara en la comitiva, se dirige a la joven y le dice: «A esta muchacha la llevan engañada», respondiéndole ésta con su proverbial jovialidad: «Sé muy bien lo que hago, y sigo la voz de Jesús que me llama». Al tomar el hábito elige el nombre de María Guadalupe. Nada extraordinario hay en su noviciado donde observa con regularidad ejemplar la regla monástica. El 19 de junio de 1900 hace la profesión solemne. Su aptitud para el trabajo y el progreso en la perfección espiritual hacen de ella una religiosa auténtica.

Por su fuerte e innata iniciativa se le confían los cargos de procuradora (1926), maestra de novicias (1928-1931 y 1934-1936) y priora (1931-1934), dejando siempre testimonio de caridad, atención a las religiosas enfermas y un particular interés en el rezo del oficio divino. Estos encargos, asumidos en la plenitud de su madurez, confirman la estima y el respeto que se había granjeado en la comunidad. Dotada, además, de buena voz y predisposición al canto, instruye a la comunidad para solemnizar las funciones religiosas. Tiene especial devoción al ejercicio del Vía Crucis, la corona de la Dolorosa y otros actos de piedad, siendo observante, hasta rayar en el escrúpulo.

Al proclamarse, en el mes de abril de 1931, la Segunda República, comienza una etapa de miedos y sobresaltos en toda la nación. El 12 de mayo, grupos de incontrolados incendian y saquean distintos edificios religiosos en la ciudad de Valencia, aunque las monjas servitas «no han tenido que lamentar otra cosa desagradable que la salida precipitada del convento en la noche trágica [...] y luego la pena de vivir más de dos meses diseminadas entre sus familias». En esta oportunidad, algunos sobrinos suyos acuden al convento con el deseo de llevarla a

Albal, cosa que finalmente logra su hermana Filomena. Durante el tiempo que pasa en su pueblo natal, anima a sus paisanos a soportar pacientemente las contrariedades que se les presentan a los creyentes. Restablecida la comunidad a su monasterio, tiene lugar en la primera semana de agosto de 1931 la elección de priora, cargo que recae en la M. Guadalupe, como animadora de la comunidad en momentos de incertidumbre:

> «Respecto a las tribulaciones que nos rodean estamos tranquilas, que nos sucederá lo que Jesús permita y no más, y estamos tranquilas y confiadas [...] El Señor nos asista y que ninguna de nosotras (se) vuelva atrás en las promesas hechas [...] Primero morir que ser infieles a su vocación».

Durante estos años prosiguen en España las leyes contra la religión, y la campaña anticlerical no amaina. En estas especiales circunstancias la curia diocesana aconseja a las religiosas dejar la clausura, como así ocurre en varias ocasiones, durante las cuales se acogen en domicilios favorables a las religiosas. La M. Guadalupe y otras dos hermanas permanecen en un piso situado enfrente del convento, donde llegan a estar más de un mes. La vivienda era propiedad de un matrimonio que las favorecía mucho, y éstas bajaban únicamente al piso principal para comer con el matrimonio: «Era excepcional. Tenía una unción que no podía ser sino de Dios». Los tristes acontecimientos que se repetían no le hicieron perder la serenidad y el buen ánimo, que transmitía a la comunidad, hablando a las novicias de la gracia del martirio para la gloria de Dios: «Si Dios nos tiene destinadas para el martirio, él nos dará la fuerza para seguirlo».

Esta fortaleza de ánimo es un bálsamo en aquellas circunstancias, pero los acontecimientos contra la Iglesia se van acrecentando. En febrero de 1936 se suprime la enseñanza religiosa en los colegios, pero lo peor aún está por venir:

> «Desde el 17 de febrero hemos tenido que abandonar nuestro amado claustro tres veces, por las revueltas y amenazas [...] probaron a incendiar nuestra casa [...] gracias al Señor que el incendio no fue nada [...] El Señor nos asista y aumente en nosotras la fe y constancia en nuestra vocación».

En la comunidad servita de este monasterio quedó el recuerdo memorable del Viernes Santo del año 1936, cuya pia-

dosa memoria le duró a la M. Guadalupe tres horas, junto con las penitencias y el uso de cilicios, con los cuales expresa la profundidad de su amor a Dios, a quien se ofrece como víctima.

El 18 de julio la visitan y hablan con ella dos vecinas muy afines al convento, y al manifestarle el miedo de no poder mantenerse fieles en la persecución, les dice: «Yo, por mí, tendría miedo, pero como no me fío de mí, sino de Dios, si él me quiere mártir, me dará lo que necesito para serlo». Es Cristo quien la fortalece. Dos días más tarde, el 20 de julio, las monjas servitas tienen que abandonar definitivamente el claustro, refugiándose en casa de un antiguo portero, que las acoge como un verdadero padre. Aquí permanecen hasta que los milicianos las obligan a marcharse a sus pueblos respectivos. La M. Guadalupe se dirige a Albal, hospedándose en casa de una sobrina suya, desde donde pasa al domicilio de su hermana Filomena, a finales del mes de julio. Aquí permanece hasta el día de su martirio, y durante este tiempo no sale de casa. Reza a diario el oficio divino, practica los ejercicios de piedad habituales y ayuda en los quehaceres de la casa. A sus sobrinos, que la visitan asiduamente, les anima a permanecer fieles en la fe, señalando el valor del martirio como supremo testimonio de amor. Así transcurren los meses de agosto y septiembre. Nunca quiso esconderse ni alejarse de Albal. El día 2 de octubre, hacia la una de la madrugada, un coche se detiene ante su casa, y los milicianos golpean con fuerza en la puerta. El esposo de su hermana, José Muñoz, les franquea la entrada, y una vez dentro, comienzan a registrar toda la casa, buscando armas.

La M. Guadalupe se viste rápidamente, se encomienda a la Virgen y con gran tranquilidad, sale de su habitación:

> — «¿Es usted la monja?», le preguntan.
> — «Sí», les responde; «soy monja y lo sería mil veces».
> — «Pues es preciso que se venga con nosotros», le indican los enemigos.
> Y con ánimo fuerte les dice: «Vamos, entonces».

Sin mostrar resistencia se despide de su hermana y cuñado, a quien le agradece cuanto ha hecho por ella, y sube a un camión:

«No lloréis por mí, pues me llevan para matar y dar la vida, por aquél que primero la dio por mí. Así se me abrirán las puertas del cielo».

Dicho esto a los suyos, se dirige a los milicianos:

«¿Me queréis matar porque soy monja? Vosotros ignoráis el bien que me hacéis: en un instante se me abren las puertas del cielo. Siempre os lo agradeceré rezando por vosotros».

Estas palabras producen una gran impresión en los milicianos, admirados por su serenidad y valentía. Viéndoles dudar una miliciana les grita: «¡Cobardes! Si no la matáis vosotros, lo haré yo». La camioneta recoge a otras tres religiosas, todas ellas naturales de Albal, y toma la dirección a Silla, y cerca de la caseta de Sarión, en donde concurren los términos de Silla y Picassent, se detienen y allí mismo martirizan a la M. Guadalupe, que muere al grito de «¡Viva Cristo Rey!» Eran las cuatro de la madrugada. El doctor Delfino Martí, mandado de oficio para verificar estos asesinatos por el comité popular de Silla, certificó que el cuerpo de la M. Guadalupe se hallaba boca arriba, descubierta de la cintura para abajo y presentaba un disparo de fusil en la zona de los genitales. Atrocidades que no sabemos si se cometieron estando en vida o como insultos o escarnios a su cadáver. Las otras tres religiosas sufrieron el martirio en lugar próximo, enterrando los cuatro cuerpos en una fosa común del cementerio de Silla. Al día siguiente, un sobrino de la mártir hizo gestiones para averiguar el paradero de la M. Guadalupe, conociendo que las cuatro monjas habían sido sepultadas en el cementerio indicado. Concluida la Guerra Civil, en el mes de marzo de 1940, los restos de la M. Guadalupe fueron inhumados en el monasterio servita, pero al tener que trasladarse la comunidad al nuevo edificio construido en Mislata, localidad muy próxima a Valencia, se depositaron en el cementerio conventual del nuevo emplazamiento.

El día 24 de enero de 1958 comenzó el proceso diocesano de declaración de martirio, quedando concluido el 21 de junio del mismo año. Los restos de M. Guadalupe se llevaron a la iglesia del convento el 21 de junio de 1959. El 28 de junio del año 1999, y en presencia del papa Juan Pablo II, tuvo lugar la firma del decreto de martirio y, junto con otros mártires valen-

cianos, el Santo Padre Juan Pablo II la beatificó el 11 de marzo de 2001.

> «Su primordial dedicación fue mantener viva la mutua caridad y para lograrlo enriqueció su relación con las hermanas con tal humildad, que no temía pedir perdón, cuando en el cumplimiento de su deber retenía haber sobrepasado la justa medida. Es la primera mártir de la fe en la Orden de los Siervos de María. Tuvo presente la angustia por los trágicos momentos que vivía España, y la necesidad de ser de Cristo y de dar testimonio de él hasta el derramamiento de su sangre si necesario fuera. Y por encima de todo, el conocimiento de su propia debilidad y miseria, la evidente conciencia de que la fuerza viene de Dios, y con él, todo es posible. Incluso morir por serle fiel».

Las otras tres religiosas martirizadas el mismo día 2 de octubre de 1936, junto con la Beata Guadalupe Ricart Olmos, sor Encarnación y sor Refugio Asencio Vila, hermanas, monjas clarisas del monasterio de la Puridad de Valencia, y sor Trinidad Peneli Ferreres, religiosa Esclava de María Inmaculada, todas ellas nacidas en Albal, tienen incoado proceso de beatificación para la declaración de martirio (31 de mayo de 2003).

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

LORENTE PEREZ, V. - BOLUDA MUD, A. M.ª, *A nuestra amada Orden. Cartas inéditas de la Beata María Guadalupe Ricart Olmos, monja Sierva de María, al prior general de los Siervos de María (1931-1934)* (Valencia 2002).

SARTORI, T. M.ª, *Esplendor de una víctima. El martirio de sor María Guadalupe Ricart Olmos* (Valencia 2001).

Vida de la Sierva de Dios madre María Guadalupe Ricart Olmos, monja sierva de María (Valencia 1959).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN SATURIO

Ermitaño († 568)

San Saturio es venerado en Soria como patrono de la ciudad. Se le tiene por natural de esta ciudad en la que había nacido hacia el año 493. En su juventud eligió la vida eremítica en una elevada montaña contigua al río Duero, donde labró un

oratorio y donde llevó una vida de total entrega a la divina contemplación y a la penitencia, alimentándose de frutas silvestres y de raíces. Se dice que admitió como discípulo a San Prudencio para introducirlo en la vida contemplativa y que lo tuvo siete años junto a sí. Estando en compañía de este santo le llegó la muerte el año 568 cuando llevaba ya treinta años de vida eremítica. Su memoria se celebra el 2 de octubre.

SANTOS LEODEGARIO Y GERINO

Mártires († 679)

Leodegario o Leger era alsaciano, nació hacia el 615 en el seno de una familia aristocrática y se crió en Poitiers, de cuyo obispo era sobrino. Aquí maduró su vocación eclesiástica y ya ordenado sacerdote estuvo al cargo de la abadía de Saint-Maxence, donde introdujo una profunda reforma al hacer que los monjes aceptaran la Regla de San Benito. Aunque era persona severa y exigente, todos reconocían que era un hombre de conducta intachable y ejemplar. Luego de haber prestado servicios en la corte regia fue elegido obispo de la sede de Autun en 663. La gobernó con su conocida firmeza, se propuso la reforma del clero, la edificación de nuevas iglesias para la atención pastoral de los fieles y organizó el socorro a los pobres, por cuya situación velaba con mucho celo. Cuidó la buena regularidad de los monasterios y su dedicación a la vida de oración. Aunque mostró inicialmente una leal adhesión al rey Childerico II, no dejó de mostrarle su oposición a su irregular situación matrimonial, lo que le atrajo la enemistad del rey y del famoso Ebroino, el cual sitió la ciudad de Autun. Leger se rindió para no causar más derramamiento de sangre y al ser asesinado el rey se le acusó de ser cómplice de esta muerte, siendo arrestado y torturado hasta el punto de perder un ojo. También lo fue su hermano Gerino, que murió lapidado, y es tenido por mártir. Leodegario ofreció de ello un perdón generoso. Dos años más tarde Ebroino, mayordomo del rey Teodorico, volvió a arrestarlo y esta vez no le perdonó la vida sino que lo mandó asesinar. El pueblo lo tuvo por santo y veneró su tumba en Saint-Maxence. No puede extrañar que se le haya tenido por mártir, pero el

nuevo *Martirologio* no le da expresamente este título, que sí se lo otorga a San Gerino, su hermano.

BEATOS LUIS YAKICHI, LUCÍA DONZAI, ANDRÉS YAKICHI Y FRANCISCO YAKICHI

Mártires († 1622)

En Nagasaki, en la «Colina de los mártires», el día 2 de octubre de 1622, año tan pródigo en martirios, dieron la vida por la fe los cuatro miembros de una misma familia: los padres y dos hijos. La esposa, Lucía, y los dos niños, Andrés y Francisco, fueron decapitados ante los ojos del padre, y seguidamente éste, Luis, fue quemado vivo, todos ellos martirizados por su ardiente fe en Jesucristo.

Luis era un cristiano ejemplar y fervoroso, dueño de una barca y no dudó en ponerla al servicio de una causa evangélica: la de alejar al Beato Luis Flores, religioso dominico, de la cárcel de la que acababa de escapar. Llegó Luis con su barca, el P. Flores escapó de la prisión, como estaba preparado, y se montó en la barca de Luis, que a toda prisa dirigió la misma hacia mar dentro. Pero su acción fue descubierta y muy pronto los guardias, en otras barcas, le dieron alcance y lo rodearon. El misionero fue devuelto a la prisión, y Luis arrestado y sometido a tortura para que delatara a los instigadores de su acción. Padeció terribles torturas que lo dejaron maltrecho pero no delató a nadie. Lo amenazaron entonces con matar a su familia y ésta en efecto fue arrestada. Le dijeron que la matarían en su presencia si no hablaba. Luis mantuvo su silencio y fue condenado a presenciar la muerte de sus seres queridos y luego fue quemado vivo.

Lucía, la esposa, mostró gran serenidad cuando fue arrestada. Quisieron los jueces a todo trance que apostatara pero ella se negó con gran entereza, no viniéndose abajo ante la amenaza de que matarían a sus hijos.

Andrés, el hijo mayor, tenía ocho años, y se le quiso hacer apostatar del cristianismo, pero el chico se negó a hacerlo. Francisco tenía cuatro años y fue asesinado por ser un niño cristiano.

Estos cuatro mártires fueron beatificados el 7 de julio de 1867 por el papa Pío IX en la ceremonia conjunta de beatificación de 205 mártires de Japón.

BEATO JORGE EDMUNDO RENÉ

Presbítero y mártir († 1794)

Jorge Edmundo René nació en Vezelay (Francia) el 16 de noviembre de 1748, era hijo de un abogado. Habiendo decidido su vocación eclesiástica, entró en el clero y obtuvo en su propia ciudad un puesto de canónigo. Llegada la revolución y suprimidos los cabildos, él no dejó Vezalay por ser su propia ciudad. Como se negó a prestar el juramento constitucional, se le condenó por incivismo el 21 de febrero de 1793, siéndole confiscados sus bienes, y arrestado y confinado como preso en el antiguo seminario a partir del 4 de abril. Fue condenado a la deportación y salió para Rochefort, donde fue llevado a bordo del Washington el 19 de junio de 1794. A primeros de septiembre se le trasladó a la isla Madame, para entonces su estado de salud era ya desastroso. Prometió al Señor que si sobrevivía se dedicaría por entero a obras de celo apostólico, pero se dio cuenta de que moría y pidió se le recitaran las oraciones de la recomendación del alma. Murió el 2 de octubre de 1794 a las cinco de la mañana, dejando a todos edificados por su santa muerte.

Fue beatificado por el papa Juan Pablo II el 1 de octubre de 1995.

BEATOS FRANCISCO CARCELLER GALINDO E ISIDORO BOVER OLIVER

Presbíteros y mártires († 1936)

El 2 de octubre de 1936 fueron llevados al cementerio de Castellón de la Plana estos dos mártires y allí, ante las tapias, fueron fusilados. Su único delito fue el de ser sacerdotes.

FRANCISCO CARCELLER GALINDO había nacido en Forcall, en la diócesis de Tortosa, provincia de Castellón, el 3 de octubre de 1901 en el seno de una familia muy religiosa. Dos her-

manos suyos fueron religiosos agustinos, otros dos fueron escolapios y una hermana fue religiosa dominica. Desde pequeño tuvo mal una pierna y terminó quedándose rígida. En el seno de esta familia surgió su vocación religiosa y eligió la Orden de las Escuelas Pías, en la que tras hacer la profesión religiosa temporal (10 de agosto de 1919) y la perpetua (8 de diciembre de 1922) y los pertinentes estudios se ordenó sacerdote (19 de septiembre de 1925). Destinado a varios colegios escolapios de Barcelona: el de San Antón, de 1924 a 1930; y el de Nuestra Señora, de 1930 a 1936, se entregó por completo al ideal de su Orden de transmitir a los jóvenes la piedad y la cultura y fue muy estimado por los alumnos que comprendían su gran talla como hombre y como sacerdote. Cuando llegó la revolución, estaba en Forcalla con su familia, supo que lo buscaban y se negó a esconderse y afirmó que la mayor gracia que podía Dios hacerle era la del martirio. Era el 29 de agosto y se despidió con entereza de sus padres y familiares. Llevado a la cárcel de Castellón, allí estuvo hasta el día de su martirio.

ISIDORO BOVER OLIVER nació el 4 de mayo de 1890 en Vinaroz, era hijo de una familia muy religiosa. Fue hermano suyo el jesuita P. José María Bover, célebre por sus trabajos bíblicos. Isidoro pasó su infancia con su tío, el párroco de Benicasim. Ingresó con diez años en el colegio de San José, de Tortosa, se integró en la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos el 12 de agosto de 1910. Estudió teología en Tarragona mientras era prefecto de filósofos. Se ordenó sacerdote en Vinaroz el 8 de septiembre de 1912. Seguidamente fue destinado a México, concretamente al seminario de Cuernavaca, trasladado luego a Tacubaya. Expulsado, como los demás operarios de México en octubre de 1914, es destinado a Tortosa, donde estuvo de prefecto hasta 1934 y luego como director espiritual hasta su muerte, escribiendo mientras tanto mucho en las revistas de su Hermandad y dirigiendo *El Correo Josefino.* En 1928 se doctoró en teología. Llegada la revolución de 1936 marchó a su pueblo el 22 de julio, donde fue arrestado y llevado a la cárcel de Castellón. De allí salió para el martirio.

Juan Pablo II los beatificó el 1 de octubre de 1995 en el grupo de 13 escolapios y 9 sacerdotes operarios diocesanos martirizados en diversos días y en varios lugares en 1936.

BEATOS ELÍAS Y JUAN BAUTISTA CARBONELL MOLLÁ

Presbíteros y mártires († 1936)

Estos dos mártires eran hermanos, ambos sacerdotes y juntos recibieron la palma del martirio en Sax (Alicante) el 2 de octubre de 1936.

Elías nació en Concentaina el 20 de noviembre de 1869 y su hermano Juan nació en la misma población el 6 de junio de 1874, hijos de un médico, José, y de su esposa, Milagros, que dieron a sus hijos una buena educación cristiana. Fueron confirmados en 1878. Elías hizo los estudios de bachillerato y en 1890 ingresó en el seminario conciliar de Valencia, mientras que Juan ingresaba primero en el seminario de Orihuela y sólo más tarde pasaba también al de Valencia.

Elías hizo el doctorado en teología y se ordenó sacerdote en marzo de 1893, siendo seguidamente nombrado coadjutor de El Salvador, de Concentaina y, un tiempo después, obtuvo el mismo cargo en la iglesia arciprestal de Santa María, desempeñando también el cargo de administrador del hospital y asilo de los Desamparados. También colaboró con la casa-retiro de las hermanas trinitarias y sobresalió como orador sagrado.

Juan, por su parte, se ordenó sacerdote en diciembre de 1898 y siguió los pasos de su hermano: primero coadjutor en El Salvador, de Concentaina, y luego en la iglesia de Santa María. Era un notable organista, lo que utilizó para su apostolado, y se debió a él el esplendor de la Orden Tercera del Carmen, que dirigía con mucho celo. Llegada la revolución de 1936 se le ofreció ir a vivir a una casa que tenía fácil salida para la huida, pero él respondió que no había hecho mal a nadie y que permanecería en su sitio.

Ambos hermanos fueron arrestados el 1 de octubre de 1936 y llevados al convento de clarisas convertido en cárcel y de él, al día siguiente, fueron sacados para ser fusilados en la carretera, en el término de Sax (Alicante). No hubo otro motivo para su fusilamiento que su condición de sacerdotes.

Fueron beatificados el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATA MARÍA ANTONINA KRATOCHWIL

Virgen y mártir († 1942)

María Ana Kratochwil nació el 21 de agosto de 1881 en Ostrava-Vitkovice, Moravia. Como su padre murió muy pronto, la niña fue internada en el orfanato de Bielsko, regentado por las Hermanas Escolásticas de Nuestra Señora, donde fue muy bien educada. Hizo los estudios de magisterio y en 1906 pudo colocarse como maestra en la escuela de Karwin. Tres años más tarde decidía su vocación religiosa e ingresaba en la dicha congregación de hermanas escolásticas, pronunciando los votos el 27 de septiembre de 1910 con el nombre de sor María Antonina.

Ejerció como maestra en los colegios de Karwin, Lvov y Tlumacz, pasando luego a Lvov como maestra de las candidatas a religiosas de su congregación. Cuando estalló la Segunda Guerra Mundial, quedó en la zona sometida a Rusia, soportando las restricciones que se pusieron a los colegios católicos, pero al poco tiempo fue nombrada superiora de la casa de Mikuliczyn, y aquel mismo año las hermanas eran privadas de su casa. Cuando en junio de 1941 las tropas de Hitler ocuparon la zona, las hermanas pudieron volver a su casa de Mikuliczyn, pero en condiciones sumamente difíciles. El 9 de julio de 1942 sor María Antonina y las demás hermanas fueron arrestadas por la Gestapo a causa de una delación falsa presentada contra ellas. Fue llevada a la cárcel de Stanislawów, allí el feroz maltrato que le dieron los guardias, las duras condiciones de la prisión y la enfermedad del tifus que contrajo la llevaron a un lamentable estado. Se le dio libertad y hubo de ser ingresada en el hospital de aquella ciudad, donde murió una semana más tarde, el 2 de octubre de 1942. Todos habían admirado en ella su profunda piedad, su entrega plena a su tarea como religiosa y su entereza y ánimo en la tribulación.

Fue beatificada por el papa Juan Pablo II el 13 de junio de 1999.

3 de octubre

A) MARTIROLOGIO

1. La conmemoración de San Dionisio Areopagita, discípulo de San Pablo y primer obispo de Atenas († s. I) **.
2. En Roma, en la Vía Portuense, Santa Cándida, mártir (fecha desconocida).
3. En Alejandría (Egipto), la conmemoración de los santos Fausto, Cayo, Pablo, Eusebio, Queremón, Lucio y otros dos que confesaron la fe, y de los cuales Fausto murió mártir († s. III/IV) *.
4. En Mayuma (Palestina), San Hesiquio († s. IV), monje
5. La conmemoración de San Maximiano († 410), obispo de Bagai (Numidia), que confesó la fe y padeció mucho por parte de los herejes *.
6. En Toulón (Provenza), San Cipriano († ca.546), obispo *.
7. Entre los sajones, los dos santos Ewaldos, el Negro y el Blanco († 695), presbíteros y mártires *.
8. En el monasterio de Metten (Baviera), Beato Utón († 829), fundador y primer abad del mismo *.
9. En el territorio de Namur (Lotaringia), San Gerardo († 959), primer abad de Progne *.
10. En Chur (Suiza), San Adalgoto († 1165), obispo, y anteriormente, monje cisterciense.
11. En la orilla del río Uruaçu (Brasil), los beatos Ambrosio Francisco Ferro, presbítero, y sus compañeros Antonio Baracho, Antonio Vilela Cid, Antonio Vilela el joven y su hija, Diego Pereira, Manuel Rodrígues Moura y su mujer, la hija de Francisco Díaz el joven, Francisco de Bastos, Francisco Mendes Pereira, Juan de Silveira, Juan Lostau Navarro, Juan Martín y siete jóvenes, José de Porto, Mateo Moreira, Simón Correia, Esteban Machado de Mirando y sus dos hijas, Vicente de Souza Pereira († 1645), mártires *.
12. En Madrid, Beato Crescencio García Pobo († 1936), presbítero, de la Congregación de Terciarios Capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores, mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN DIONISIO AREOPAGITA

Discípulo de San Pablo († s. I)

Hoy se da ya en Occidente por superada la interesada confusión que se dio a partir del siglo IX entre tres personajes diferentes, dos de ellos ciertamente con el nombre de Dionisio, y el

tercero llamado así también por confundirlo con el primero. Estos tres personajes son: el ateniense convertido por San Pablo, del que nos habla el Libro de los Hechos de los Apóstoles, el obispo de París del siglo III y el autor de unas obras teológicas del siglo V, a quien hoy se le conoce como el Pseudo-Dionisio.

La confusión procedió así: primero se confundió, basándose en ellas, al autor de las obras teológicas con el Areopagita; luego se confundió, en Occidente, al Areopagita con el obispo de París. Y así de tres personajes salió uno solo.

Ya la confusión no es posible: el malentendido ha quedado despejado, y el propio *Martirologio romano* distingue entre Dionisio de Atenas y Dionisio de París. Al primero se le ha fijado la memoria en el día 3 de octubre, como lo hace la Iglesia Oriental, y al segundo se le ha mantenido la fecha del 9 de octubre, que era la tradicional. Ninguno de los dos, uno del siglo I y otro del siglo III, es el autor de los dichos escritos, evidentemente posteriores en el tiempo.

Digamos lo que de San Dionisio Areopagita sabemos por el Nuevo Testamento y por la tradición oriental, y veamos también lo que la leyenda oriental le atribuye sobre la base de dichas obras.

En el Nuevo Testamento sale una sola vez el nombre de Dionisio el Areopagita, y de paso. El capítulo 17 del Libro de los Hechos nos cuenta que el apóstol San Pablo llegó a Atenas y contempló la multitud de altares y de dioses que había por la ciudad y que significaban el hondo sentido religioso de la población: «Los que conducían a Pablo lo llevaron hasta Atenas y se volvieron con el encargo para Silas y Timoteo de que fueran donde él cuanto antes. Mientras Pablo los esperaba en Atenas se consumía su espíritu viendo la ciudad llena de ídolos» (Hch 17,15-16) Para Pablo la ciudad de Atenas era, como todas las demás, una ciudad a evangelizar, y no quería evangelizar solamente a la comunidad judía que allí hubiera sino también a la población mayoritariamente gentil. Por eso —añade el texto sagrado— «disputaba en la sinagoga con los judíos y con los prosélitos, y cada día en el ágora con los que le salían al paso» (ibíd., 17). Se mostró, pues, Pablo dispuesto a transmitir la fe cristiana a los habitantes de la ciudad, no dudando en entablar conversa-

ciones de tipo religioso con quien quisiera escucharle en plena plaza, y aquella fue sin duda la oportunidad de que un grupo de filósofos epicúreos y estoicos conversasen con él. Se ha anotado con razón que ésta es la primera oportunidad en que el naciente cristianismo entabla diálogo con la filosofía clásica, un diálogo que más tarde se mostrará tan fecundo. A algunos, Pablo les pareció un charlatán. A otros, en cambio, el predicador de dos divinidades extranjeras, Jesús y Anástasis, es decir la resurrección. Esto sólo puede proceder del empeño de Pablo en anunciar que Jesús había resucitado. Y entonces fue cuando ese mismo grupo de filósofos decidió llevar a Pablo al Areópago, uno de cuyos componentes era Dionisio.

El Areópago era el nombre de una colina rocosa, dedicada a Ares, el dios de la guerra, y de ahí su nombre, y era, también, el nombre de un salón en el mercado de la alfarería donde los areopagitas o miembros de la institución Areópago se reunían. Originariamente era un consejo de nobles que había privado gradualmente al rey de todos sus poderes, cambiando el régimen político de Atenas en una oligarquía. Se elegían nueve arcontes para regir la Ciudad-Estado. Sus poderes oscilaron según los tiempos. Pero en 462 el dirigente Efialtes privó al Areópago de casi todos sus poderes dejándolo en tribunal encargado de velar por el derecho a la vida y juzgar los homicidios. ¿Por qué aquel grupo de filósofos llevó a Pablo al Areópago? Hay diversas opiniones. Se ha pensado que se llevó a Pablo a este tribunal porque era el único que podía darle licencia para predicar en Atenas su doctrina. Otros han pensado que sencillamente era un mejor espacio para poder oírlo. Pero el texto de Hch 17,22 da a entender muy claramente que los que escuchan a Pablo son los propios areopagitas. La razón que dan los que llevan a Pablo al Areópago es la novedad de la doctrina de Pablo, doctrina que les causaba una gran extrañeza. Y el autor del Libro de los Hechos añade que los atenienses y los no atenienses residentes en Atenas eran sumamente aficionados a escuchar la última novedad. Es en ese clima en el que Pablo habla en aquella institución. En sus labios se pone un discurso bien distinto del que es habitual en él. Como bien se ha dicho, si en Listra Pablo hubo de vérselas con una religiosidad popular politeísta muy primiti-

va y en Filipos con el hecho del ocultismo y la magia, en Atenas su reflexión toma otros vuelos y, buscando la aprobación de sus interlocutores, intenta provocar en sus oyentes una nueva actitud de fe y conversión al Dios vivo. Es un discurso muy bien elaborado, y contiene un tema que estaba presente en las disputas de los judíos helenistas con los paganos, pero que Pablo quiere repensar desde el cristianismo. Acepta el parentesco del hombre con la divinidad, tema en el que se sitúa cerca de las convicciones estoicas, y afirma la capacidad del hombre para llegar a Dios aunque sea a tientas. Aprovecha aquella *divinidad desconocida* a quien se daba culto en Atenas para anunciarles al Dios vivo, el que resucita a Jesucristo. Se ha anotado que no está presente en este discurso la habitual teología de la cruz. Pero no puede olvidarse que como se indica en 1 Tes 1,9-10 en la evangelización de los paganos Pablo partía de anunciarles al Dios vivo para que se alejaran de los dioses muertos, es decir, de los ídolos, y seguidamente les anunciaba a Cristo Resucitado:

> «Pues ellos mismos cuentan de nosotros cuál fue nuestra entrada a vosotros y cómo os convertisteis de los ídolos a Dios para servir al Dios vivo y verdadero y esperar de los cielos a su Hijo Jesús, a quien resucitó de entre los muertos, y quien nos libra de la ira venidera».

No se pase por alto que anunciar la resurrección supone anunciar la cruz que la precede.

De todos modos parece claro que Pablo no pudo terminar su discurso pues cuando dijo *resurrección,* unos se echaron a reír y otros, más corteses, sencillamente dijeron que lo oirían en otra ocasión. Pero el discurso no fue en vano. Pues Pablo logró la adhesión de algunos que dieron el paso a la fe, y entre ellos se encuentra nuestro Dionisio Areopagita. Por su nombre sólo se cita a otra persona: una mujer llamada Dámaris.

Y éste es el dato escueto que nos transmite el texto sagrado sobre Dionisio: era un areopagita, escuchó a Pablo en aquella ocasión histórica y dio el paso trascendental de abrazar la fe cristiana. Su nombre Dionisio significa perteneciente o consagrado al dios Dionisos, el dios del vino, a quien estaban dedicadas las fiestas dionisíacas.

San Juan Crisóstomo alega la conversión de Dionisio como una prueba de la fuerza de la palabra paulina, queriendo convencer a sus lectores de que Pablo no había sido glorioso sólo por sus milagros sino también por su palabra:

> «Y el Areopagita, originario de aquella ciudad sumamente aficionada a las supersticiones, ¿no lo siguió junto a una mujer solamente a partir del discurso pronunciado ante el pueblo?» (*Sobre el sacerdocio,* IV,7).

¿Qué más sabemos sobre Dionisio? Se le ha querido hacer esposo de Dámaris, pero ello no tiene fundamento alguno. Dionisio, obispo de Corinto, en carta que escribe a los atenienses alrededor del año 175 y de la que nos habla Eusebio (*Historia eclesiástica,* III,4,10; IV,23,3) señala a Dionisio Areopagita como primer obispo de Atenas, noticia ésta que como puede verse tiene antigüedad y peso como para poder considerarla seriamente. Posteriormente se le ha dado el título de mártir, y en el *Menologio* de Basilio se señala este martirio como el de haber sido quemado vivo en Atenas bajo la persecución de Domiciano.

Hacia fines del siglo IV o comienzos del siglo V aparece por primera vez en la historia del pensamiento cristiano una obra original y poderosa que, para darle crédito, el autor la atribuyó a un discípulo de los apóstoles, que se identificaría con Dionisio Areopagita y que estaba llamada a ejercer una enorme influencia en toda la Edad Media, en la que recibiría una veneración sólo superada por la propia Sagrada Escritura. Esta obra es un conjunto de libros y cartas, que hoy se conocen como del Pseudo-Dionisio, pues a nadie le cabe la duda de que estos escritos no se remontan al siglo I en que el Areopagita vivió sino que son una obra difundida por primera vez cuando la Iglesia se debatía en las controversias cristológicas. Los libros son: *Sobre la celeste jerarquía; Sobre la teología mística; Sobre la jerarquía eclesiástica* y *Sobre los nombres divinos,* y diez cartas, de las que tres sólo se conservan en latín. Según la carta VII, Dionisio y el sofista Apolófanes vieron el eclipse solar de la tarde del Viernes Santo, lo que ha tenido repercusión en la iconografía del santo, y según *De los nombres divinos* Dionisio habría asistido a la dormición de la Virgen María (III, 2). Se dice que el primero en afirmar

que se trataba de obras del Areopagita fue el patriarca Severo de Antioquía, monofisita, en una disputa con los ortodoxos de Constantinopla, a comienzos del siglo VI, y que el portavoz ortodoxo, Hipatios, le contestó que si estos escritos fueran del Areopagita auténticamente, no los habrían ignorado los grandes Santos Padres.

Hasta aquí simplemente se había hecho al Areopagita autor de unas obras que evidentemente no pertenecen al siglo I en que el Santo vivió. Pero en el siglo IX llegaría una confusión buscada adrede y que haría fortuna, engendrando un gran error histórico. El abad Hilduino, de la abadía de San Dionisio o St. Denis, de París, publica una *Vida de San Dionisio de París* y lo confunde, basado en un escrito entonces reciente, con San Dionisio Areopagita, lo que le daba origen antiquísimo y semiapostólico a la Iglesia parisina. Como se ha dicho, basada esta vida en materiales espurios e indignos de crédito, es difícil creer en la buena fe del autor y parece que estamos ante la presencia de fábulas interesadas.

A causa de esta confusión, a San Dionisio se le introduce en el *Martirologio romano* con este elogio:

> «En París, el triunfo de los santos mártires Dionisio Areopagita, obispo, Rústico, presbítero, y Eleuterio, diácono. Dionisio, bautizado por el Apóstol San Pablo, fue ordenado primer obispo de Atenas; después pasó a Roma, y de allí el papa San Clemente lo envió a evangelizar a las Galias; llegado a dicha capital y habiendo por algunos años desempeñado fielmente la labor que se le había confiado, por último, de orden del prefecto Fescenino, después de diversos y gravísimos tormentos, junto con sus compañeros pasado a cuchillo consumó el martirio».

No solamente, pues, se introducen falsedades en la biografía del Areopagita, también se las introduce en la del obispo parisino, que en su día reseñaremos.

El nuevo *Martirologio,* restituida la verdad histórica a ambos santos, ha señalado así la memoria del santo Areopagita:

> «La conmemoración de San Dionisio Areopagita, que se adhirió a Cristo, predicado por San Pablo en el Areópago, y fue constituido primer obispo de los atenienses».

Acepta, pues, aparte del dato del Libro de los Hechos, el episcopado ateniense del santo, y no menciona su martirio. Ca-

reciendo Occidente de una fecha para San Dionisio Areopagita distinta de la del santo parisino, el nuevo *Martirologio* ha tomado la del 3 de octubre, en que celebran al santo las Iglesias bizantina y siria. Pero es claro que donde se venía celebrando al santo Areopagita esta celebración se fijaba en el 9 de octubre.

San Dionisio Areopagita es patrono de la ciudad andaluza de Jerez de la Frontera, patronato confirmado por la Santa Sede en 1891 y, debido a que el 9 de octubre de 1264 la ciudad fue conquistada definitivamente a los musulmanes, y como el apelativo Areopagita acompañaba las menciones del Santo, al distinguirse del de París, se ha optado por el ateniense, pero conservando la fecha del 9 de octubre, día festivo en la ciudad.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

Acta sanctorum. Octobris, IV, p.696-767.
ATTWATER, D., Art. en *A dictionnary of saints* (Londres 1965) 104-105.
Bibliotheca sanctorum. IV: *Ciro-Erifrido* (Roma 1964) cols.634-637.
Butler's lives of Saints. New full edition, rev. por T. Rodrigues (Minnesota 1998) 53-55.
DUCHESNE, L., *Fastes episcopaux de l'ancienne Gaule,* II (París 1907-1915) 469s.
LOENERTZ, R. I., «La légende parisienne de S. Denys l'Areopagite. Sa genèse et son premier témoin»: *Anallecta Bollandiana* 69 (1951) 217-237.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTOS FAUSTO, CAYO, PABLO, EUSEBIO, QUEREMÓN, LUCIO

Confesores de la fe († s. III/IV)

Según narra el propio San Dionisio, obispo de Alejandría, la persecución contra la Iglesia en aquella gran ciudad se adelantó un año al propio decreto persecutorio de Decio. Y, resumiendo lo que fue aquella persecución, dice el santo prelado que de modo general hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, doncellas y ancianas, soldados y civiles, todo sexo y toda edad, fueron al combate y salieron vencedores de él, padeciendo los tormentos de azotes, fuego, espada, etc.

Dionisio y otros cristianos, Cayo, Fausto, Pedro y Pablo, fueron también arrestados, pero cuando la guardia les llevaba

prisioneros, unos campesinos de la Mareotis los arrebataron de la guardia a su pesar y los llevaron consigo a la viva fuerza, quedándose el obispo con Cayo y Pedro en el desierto de Libia. Pero otros presbíteros se quedaron escondidos en Alejandría para visitar a los fieles. Después de los que murieron en la isla, sólo quedaron supervivientes como los diáconos Fausto, Eusebio y Queremón. Eusebio tomó sobre sí el encargo de visitar osadamente a los encarcelados y sepultar a los mártires. El historiador Eusebio de Cesarea, que es quien transcribe la carta de San Dionisio, nos informa de que el diácono Eusebio fue luego obispo de Laodicea, y que el presbítero Máximo fue el sucesor de San Dionisio, y Fausto por su parte sobrevivió hasta la persecución de Diocleciano en que fue decapitado. Por ello el *Martirologio* sólo a Fausto lo califica como mártir, siendo los demás confesores de la fe.

SAN MAXIMIANO DE BAGAI

Obispo († 410)

El *Martirologio romano* incluye hoy la memoria del obispo San Maximiano, prelado de la sede de Bagai en Numidia, hoy conocida como Ksar Bagai y ya en ruinas. Su figura nos es conocida por los escritos de San Agustín. Maximiano era obispo de la secta donatista, pero cayó en la cuenta de que su confesion de fe no era verdadera y se reconcilió con la Iglesia católica. Presentó su dimisión ante el concilio de Milevi (27 de agosto de 402), el cual se la aceptó pero para encomendarle seguidamente que dentro de la Iglesia católica fuera el pastor de los catolicos de la misma ciudad. Es sabido que las relaciones con los donatistas se hicieron muy difíciles por las violencias a que éstos apelaban y, en efecto, en el 404 los donatistas incendiaron una basílica y cuando Maximiano reclamó la propiedad de otra, fue objeto de un atentado personal. Intentó refugiarse junto al altar y los católicos intentaron protegerlo pero los donatistas se hicieron con la persona del prelado y, luego de apalearlo salvajemente, aquella noche lo arrojaron desde una torre y pensaron que lo habían matado, por lo que lo abandonaron. Recogido por los católicos, pudo sanar a duras penas de sus heridas. Mar-

chó a Roma y se presentó al emperador Honorio, que vio con dolor las cicatrices de aquel confesor de la fe; entonces fue cuando se decidió a dicta medidas muy firmes contra los donatistas. No consta que luego Maximiano muriera mártir ni su nombre figura en los antiguos martirologios. Lo introdujo en el *Martirologio romano,* movido de la autoridad de San Agustín, el cardenal Baronio.

SAN CIPRIANO DE TOULÓN

Obispo († ca.546)

En la lucha de la Iglesia por hacer valer la verdadera doctrina acerca de la gracia de Dios, frente a los errores del pelagianismo y del semipelagianismo, intervino con firmeza y prestancia este San Cipriano, discípulo de San Cesáreo de Arlés y obispo de Toulón. No es seguro si era natural del propio Arlés o quizás de Marsella, pero sí es cierto que desde muy joven estuvo al lado del gran prelado arelatense, de quien tomó su magnífica formación religiosa y teológica. San Cesáreo lo ordenó diácono de su Iglesia, a la que sirvió lealmente hasta que en torno al 515 es elegido y consagrado obispo de Toulón.

Se sumó valerosamente a la lucha contra el semipelagianismo y asistió por ello a numerosos concilios, siempre en defensa de la ortodoxia. En 529 participó en la reunión que los obispos de la provincia eclesiástica de Vienne celebraron en Valence y en la que examinaron las famosas definiciones del concilio de Orange sobre el tema de la gracia y el libre albedrío. A esta reunión acudió como representante de San Cesáreo y logró convencer a los obispos reunidos de que la doctrina del concilio de Orange era la doctrina recta y verdadera. Nueva ocasión de defender esta doctrina tendría cuando Provenza fue incorporada al reino franco y tuvo lugar el concilio nacional de Orleáns (541), en el que se confirmó la enseñanza de San Cesáreo.

Muerto este santo, Santa Cesárea, abadesa del monasterio femenino de Arlés, le pidió que escribiera la *Vida* del prelado difunto, como así lo hizo, pidiendo colaboración a quienes mejor podrían informarle. Queda de él una carta escrita al obispo de Ginebra, Máximo. Es seguro que ya en 549 había un sucesor

en la sede tolonesa, por lo que se supone su muerte en torno al 546.

SANTOS EWALDO EL NEGRO Y EWALDO EL BLANCO

Presbíteros y mártires († 695)

A San Wilibrordo en su viaje misionero a Frisia le acompañaron dos sacerdotes ingleses, llamados ambos Ewaldo, a los que se les distinguía con los sobrenombres de «el rubio» y «el moreno», por el color de sus cabellos, frecuentemente traducidos como «el blanco» y «el negro». Procedían de Nortumbria y habían estado una temporada como desterrados en Irlanda «por causa del reino de los cielos». Ellos predicaron el evangelio a los sajones continentales en Westfalia. Su martirio tuvo lugar en Aplerbeke, junto a Dortmund. Pidieron al jefe local los recibiese y mientras los recibía se dedicaron a rezar y celebrar los divinos oficios, lo que hizo al pueblo temer que venían a cambiar su religión y costumbres y que ello enfurecería a los dioses, por lo que los mataron. A uno lo mataron en el acto y al otro lo torturaron primero. Sus cuerpos fueron arrojados al Rhin, de donde fueron sacados y sepultados honrosamente, atribuyéndoseles luego muchos milagros. Son los patronos de Westfalia. Es San Beda el Venerable quien nos habla de su martirio y su culto.

BEATO UTÓN

Abad († 829)

Nace en Milán a mediados del siglo VIII. Lo apadrina en la pila bautismal el Beato Gamelberto de Baviera, párroco de Michaelsbruch, que estaba de paso en su peregrinación a Roma. A su vuelta, pasó otra vez por Milán y pidió a los padres que educasen bien al muchacho y se lo enviasen cuando estuviese en la adolescencia. Así se hizo, y Gamelberto lo enderezó al sacerdocio y, a la muerte de éste en 802, lo sucedió en la parroquia de Michaelsbruch. Fue un buen párroco y se ocupó adecuadamente del cuidado pastoral de sus feligreses. Pero no terminaba de

ver todo el fruto que él esperaba de sus fieles y, además, detestaba la situación de continuas contiendas que había en Baviera; por ello decidió dedicarse a la vida contemplativa. Se marchó a una selva a la orilla del Danubio junto a una fuente que por él se llamó Uttobrunn, se construyó una celda y pasó años entregado a la oración y la penitencia. Pero aunque quiso esconderse a las miradas del mundo, se descubrió su presencia y su fama de santidad empezó a difundirse.

Su encuentro con Carlomagno, que le indicó le pidiese lo que deseara, le llevó a la construcción de un monasterio en Metten, cerca de Daggendorf, bajo la Regla de San Benito, y el propio Carlomagno lo estableció en él como abad. Lo presidió lleno de celo religioso y dando un admirable ejemplo de virtud, confirmándose su fama como santo continuamente. Murió el 3 de octubre de 829, siendo su tumba enseguida objeto de la veneración de los fieles.

El papa San Pío X confirmó su culto el 25 de agosto de 1909.

SAN GERARDO DE BROGNE

Abad († 959)

Gerardo nace en la región de Namur a fines del siglo IX en el seno de una noble familia. Lleno de piedad y devoción, se ordena sacerdote y luego se pone a la construcción de un monasterio en sus posesiones de Borgne, de cuya comunidad es elegido abad. Tras un tiempo de ejercer este cargo, se retira a vivir vida eremítica en una celda, de donde lo sacarán para que reforme la abadía de Saint-Ghislain, lo que hizo introduciendo en ella la Regla de San Benito. El éxito de esta reforma hizo que le llamaran de otros monasterios en el condado de Flandes para implantar allí la necesaria reforma; pero no todos los monjes estaban de acuerdo y algunos de ellos se marcharon. Se ha dicho que sus reformas duraban poco tiempo porque carecían de adaptación a los tiempos y más bien volvían a modelos de tipo eremítico. Hecha su labor reformadora, él se volvió a su celda en Brogne, donde vivió con enorme austeridad entregado por completo a la meditación y dando un ejemplo vivo de santidad.

Murió el 3 de octubre de 959 y su tumba enseguida fue objeto de veneración por parte de los fieles.

BEATO AMBROSIO FRANCISCO FERRO Y BEATOS MÁRTIRES DE URUAÇU

Mártires († 1645)

El martirio de estos bienaventurados protomártires de la Iglesia en Brasil está narrado junto con el del Beato Andrés de Soveral y los beatos mártires de Cunhaú el día 16 de julio, a donde remitimos al lector (cf. *Julio,* p.452-460).

BEATO CRESCENCIO GARCÍA POBO

Presbítero y mártir († 1936)

Nace en Celadas (Teruel) el 15 de abril de 1903, y al quedar huérfano de padre con cuatro años, es internado en el asilo de San Nicolás de Bari, de Teruel, regentado por los religiosos terciarios capuchinos. Aquí nació su vocación religiosa, por lo que ingresó en esa congregación el 15 de septiembre de 1919, en el noviciado de Godella. Dos años más tarde hace su profesión temporal y pasa a Madrid para hacer los estudios pertinentes, tras los cuales se ordena sacerdote en Valencia el 16 de septiembre de 1928 de manos del fundador de la congregación mons. Luis Amigó y Ferrer. Es enviado, sucesivamente, a los reformatorios de Santa Rita y Príncipe de Asturias, ambos en Carabanchel Bajo (Madrid) y, en 1935, pasa a la casa de Sograndio en Asturias.

A comienzos de julio de 1936 regresa al reformatorio Príncipe de Asturias, de Madrid, donde le sorprende el estallido de la guerra. Asaltada el día 20 la casa religiosa, debe dejarla y se queda en Madrid en una pensión. El día 23 es arrestado en la calle e ingresado en la cárcel de Ventas. Se le interroga e invita a renunciar a su fe, a lo que se niega, y recibe malos tratos. Destinado al departamento carcelario, conocido como «de los intelectuales», comparte prisión con Ramiro de Maeztu. Por fin, el

3 de octubre es sacado con otros presos y llevado a Paracuellos de Jarama donde es fusilado.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

4 de octubre

A) MARTIROLOGIO

1. En Asís, San Francisco († 1226), fundador de la Orden de Hermanos Menores **.
2. En Bolonia (Emilia), San Petronio († ca.445), obispo *.
3. En el territorio de Tours (Galia), San Quintín († s. VI), mártir.
4. En París, Santa Áurea († 666), abadesa *.
5. En Nueva Orleáns (Estados Unidos), Beato Francisco Javier Seelos († 1867), presbítero, de la Congregación del Santísimo Redentor **.
6. En Xeraco (Valencia), Beato Enrique Morant Pellicer († 1936), presbítero y mártir *.
7. Junto a Gandía (Valencia), Beato José Canet Giner († 1936), presbítero y mártir *.
8. En Bellreguart (Valencia), Beato Alfredo (Jaime) Pellicer Muñoz († 1936), religioso franciscano, mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN FRANCISCO DE ASÍS

Fundador († 1226)

«¿Por qué a ti? ¿Por qué a ti? ¿Por qué todo el mundo viene en pos de ti?» Así le preguntaba cierto día a San Francisco uno de sus discípulos, intrigado por la irresistible atracción que ejercía un hombre externamente tan despreciable como el Pobrecillo de Asís.

Fray Maseo, que tal era el nombre del que preguntaba, se planteó hace ya siete siglos un problema que todavía hay sigue intrigando a cuantos reflexionan sobre él. Prescindiendo de los innumerables simpatizantes que San Francisco tiene, tanto en-

tre los católicos como entre los que no lo son, miles de religiosos, religiosas y terciarios franciscanos están atestiguando que todavía subsiste, actualmente, el hecho observado por fray Maseo. Nuestra sabiduría popular lo ha reflejado en el adagio de que «o por fraile o por hermano, todo el mundo es franciscano». Y esto viene sucediendo así desde hace ochocientos años. ¿Qué tendrá San Francisco para ejercer esta atracción? Cuanto más se estudia la personalidad del santo más claras aparecen estas tres cosas: humanamente considerado, San Francisco poseía una riqueza de dotes intelectuales, morales y psicológicas que hacen atrayente su figura, estas cualidades humanas, lejos de quedar sepultadas, adquirieron bajo el manto de la santidad un matiz nuevo y le infundieron a ésta un carácter extraordinariamente amable; la unión de las cualidades humanas y de la santidad hicieron de San Francisco un santo eminentemente moderno.

La riqueza de sus atractivos humanos se nos presenta desbordante ya en su misma juventud Y es que, además de poseer excelentes cualidades, dispuso también de medios para manifestarlas.

Nacido en Asís entre 1181 y 1182, tuvo la fortuna de poseer una madre piadosa, Madonna Pica, de la que recibió una honda educación cristiana Su padre, Pedro Bernardone, era un rico mercader en telas De carácter jovial, altruista, soñador, caballeresco, Francisco amaba la vida y se entregó a ella Por eso lo encontramos constituido en jefe de la juventud, en organizador de holgorios y bullanguerías, en alma de todas las fiestas juveniles. Le gustaba vestir con elegancia, cultivar el cabello, aparecer limpio, comportarse con finura y cortesía Los historiadores nos lo presentan, también, como generoso hasta el derroche leal con los amigos y liberal para con los pobres. Era un auténtico juerguista, pero no un disoluto. Sus fiestas juveniles eran bulliciosas, pero se mantenían siempre dentro de lo correcto. Se nos dice que nunca perdió la gracia santificante.

Este carácter alegre, jovial, desprendido, volverá a manifestarse con mucha frecuencia a lo largo de su vida. En medio de sus enfermedades cantaba. A sus frailes los quería ver siempre alegres, con esa sana y honda alegría que nace del saber que se

tiene a Dios. En medio de su pobreza daba cuanto tenía a otro tal vez menos pobre que él. A su Orden le imprimió ese sello característico de alegría y de pobreza que se ha hecho proverbial. Pero de una pobreza que, cuando no tiene que dar, se da a sí misma de una manera alegre por amor de Dios.

A los veinte años le sobrevino una crisis. En su ciudad natal se declararon la guerra los nobles y los plebeyos. Aquéllos, aliados con la vecina ciudad de Perusa, vendieron a éstos y Francisco, que había luchado en las filas de los humildes tuvo que soportar en Perusa un año de prisión. Al poco tiempo de verse libre, en 1203, se apoderó de él una fiebre gravísima. Durante la convalecencia se percata, con gran sorpresa suya, de que las fiestas juveniles ya no le llenaban el alma y, entonces, sediento de aventuras, en 1205 emprendió viaje hacia el sur de Italia para luchar contra el Imperio al lado de las fuerzas de Inocencio III. Inesperadamente, desde Spoleto, regresa a Asís cuando apenas había hecho otra cosa que iniciar el viaje. Y es que la mano de Dios había comenzado a trabajarlo de una manera definitiva. Poco a poco va perdiendo el gusto por las diversiones bulliciosas. Poco a poco se va dando cuenta de que algo quiere Dios de él. ¿Qué será?

Años cruciales y difíciles fueron para Francisco los transcurridos entre 1205 y 1208. Abandonado de sus amigos, distanciado de su mismo padre, a quien en presencia del obispo de Asís le entregó hasta los vestidos que llevaba puestos, inició amistad con los pobres y con los leprosos. Su carácter dinámico y resuelto le impulsó a restaurar tres ruinosas ermitas de Asís una vez que en la de San Damián le pareció oír del crucifijo la voz de que restaurase su casa. El nuevo comportamiento del joven no podía menos de parecer absurdo a quienes lo habían conocido antes. Pero lo grave para Francisco no era tanto el hecho de que sus conciudadanos comenzasen a mirarlo como un lastimoso enajenado, cuanto la angustiosa incertidumbre en que vivía respecto de la voluntad de Dios.

Después de tan larga crisis, el 24 de febrero de 1208 le vino la luz repentinamente. Al oír las palabras del Evangelio en que Jesucristo enviaba a sus apóstoles por el mundo a hacer bien a todos, desprovistos de todo y expuestos a cualquier trato que

quisieran darles, Francisco, súbitamente iluminado por Dios, comprendió que esto mismo era lo que el Señor pedía de él. A su característico dinamismo le faltó tiempo para llevar a la práctica el programa evangélico. No importaba que sus conciudadanos se mofasen de él. Descalzo, vestido de túnica y capuchón aldeanos, y ceñido con una cuerda, apareció por las calles de Asís predicando, con el entusiasmo y vigor que le eran propios, la paz, la pobreza y la caridad cristianas.

Si una obra es de Dios, tarde o temprano termina por triunfar. Francisco experimentó muy pronto que la suya era obra divina. Mientras la mayor parte de los habitantes de Asís esperaban que el nuevo apóstol fracasase en su empeño, a los dos meses de su decisión se le comenzaron a unir hombres tan sensatos y respetados en la ciudad como el rico y sesudo Bernardo de Quintaval, el pobre pero honrado Gil de Asís y el noble e ilustrado canónigo de la catedral Pedro Cattani. Incomprensiblemente a los ojos de los prudentes del mundo, estos hombres abandonaron la sabiduría y riqueza humanas para, al igual que Francisco, dedicarse a predicar a los demás el Evangelio viviéndolo ellos personalmente de la manera más radical.

Cuando a estos tres discípulos de la primera hora se le sumaron otros ocho, el santo experimentó la necesidad de trazar para los doce un único programa de vida. Recopiló con este fin varios textos del Evangelio, aquellos precisamente que hablan de la renuncia a todo y del seguimiento decidido de Jesucristo, y con sus discípulos se presentó a Inocencio III para que le aprobase el nuevo modo de vida. La iniciativa de someter previamente al Papa la breve regla de una naciente Orden religiosa era inusitada entonces. Pero más llamativo que este gesto original de Francisco era el contenido de la regla misma. Nadie, ni incluso Inocencio III, creían posible vivir como Francisco y sus compañeros se proponían. ¿Es que entonces, objetaba el santo, era imposible vivir el Evangelio? El Papa comprendió que Francisco tenía razón y aprobó verbalmente su programa de vida. Era el año 1209. El año del nacimiento de la Orden franciscana.

Constituido en padre de una familia religiosa, San Francisco en adelante ya no es sólo él, sino también sus hijos. Pero ni él ni sus hijos se pueden comprender si las cualidades humanas del

padre las seccionamos del elemento divino que comenzó a intervenir a raíz de su crisis.

La gracia no cambia la naturaleza. A sus veintiséis o veintisiete años, Francisco seguía conservando su espíritu idealista y caballeresco de años atrás. Se trataba de aquel espíritu caballeresco de la Edad Media que lo arriesgaba todo por el honor o por la gloria de depositar los laureles a los pies de la amada, y que Francisco no pudo saciar cuando, de camino hacia el sur de Italia para participar en la guerra, la gracia divina le hizo regresar a Asís. Esta misma gracia es la que ahora, apoderándose de su espíritu caballeresco inicialmente contrariado, lo proyectó hacia nuevos ideales. Francisco y sus compañeros se convirtieron en caballeros andantes del Evangelio, porque sin un quijotismo espiritual como el suyo, a nadie se le hubiera ocurrido lanzarse a la conquista de las almas, desprovistos de todo, renunciando a todo, descalzos, burdamente vestidos, dependiendo de la benévola caridad de los demás.

Sorprendentemente, este género de vida obtuvo un éxito que nadie hubiera podido pronosticar. La Iglesia necesitaba entonces de reforma y todos anhelaban un cristianismo más impregnado de Evangelio, sobre todo en el aspecto de la pobreza. Este ambiente dio origen a una verdadera pululación de sectas heréticas que se proclamaban las restauradoras del cristianismo evangélico o apostólico como entonces se llamaba. Reflejando los deseos de todos y oponiéndose a las desviaciones heterodoxas, Francisco ofreció con su Orden la verdadera solución a los problemas de la Iglesia. De aquí que las gentes se volcaran sobre él: a los doce años de su fundación, en 1221, la Orden contaba ya con el sorprendente número de más de tres mil frailes; en 1212 fundó, con Santa Clara de Asís, la rama femenina de las clarisas; en 1221, para dar cabida en la fraternidad a los muchos que lo solicitaban, pero que por diversas circunstancias no podían hacerse religiosos, instituyó la Orden Tercera, es decir, la de los terciarios franciscanos.

La pobreza es lo que externamente resalta más, tanto en San Francisco como en sus frailes, aun actualmente. Incluso, no se puede negar que es un elemento de gran importancia lo mismo en la espiritualidad del fundador que en la de su Orden. Pero se

equivocaría quien sólo, o principalmente, considerase a Francisco en función de esta virtud. Por debajo de la pobreza late otro elemento, el más fundamental de todos: un incondicional amor a Jesucristo, que llevó a Francisco y a sus frailes a identificarse lo más posible con el Salvador. Repercusión inmediata de este amor incondicional, llamémosle caballeresco, es la vivencia del Evangelio de una manera literal, incluso bajo el aspecto de no poseer absolutamente nada, es decir, de la más estrecha pobreza.

Aquí es donde reside el secreto de San Francisco y lo que impulsa todos sus movimientos. Se trata de una proyección espiritual, en cuanto usufructuado por la gracia, de las grandes cualidades afectivas que poseía el santo.

Un ejemplo de esto lo tenemos en el amor que Francisco sentía por la naturaleza. La hermana agua, la hermana alondra, el hermano lobo, el hermano sol, las hermanas aves, los hermanos menores (sus frailes), no son sino modos de expresarse, adoptados por el santo, reveladores de la capacidad y necesidad humanas de amar que encerraba su alma. Sólo que estas cualidades psíquicas estaban ahora espiritualizadas por la gracia.

Enfocada esta capacidad de amar hacia Jesucristo con el nuevo impulso de la gracia, no es extraño que llegara a donde llegó. «¡El Amor no es amado! ¡El Amor no es amado!», repetía frecuentemente el santo, herido en su fina sensibilidad de amante, al comprobar la fría indiferencia de los cristianos ante las amorosas finezas del Redentor.

Este amor a Jesucristo será el resorte mágico que le impulsará a realizar acciones que un hombre superficial tal vez considere como niñerías. Cada vez que oía pronunciar el nombre de Jesús se relamía los labios. Deseaba que sus frailes recogiesen del suelo los fragmentos de pergamino que hallasen porque en ellos podía encontrarse escrito el nombre del Señor. En cierta ocasión se desnudaron él y su compañero para vestir a un mendigo, porque los pobres eran hermanos de Jesucristo. En la Sagrada Escritura se alude al Redentor como a un leproso, razón suficiente para que Francisco reservase para estos desgraciados, a quienes llamaba los hermanos cristianos, sus más finas atenciones. La fidelidad incondicional a la Iglesia y la devoción al papado, una de las grandes virtudes del santo, no frecuentes en una

época minada por pequeñas pero múltiples heterodoxias, obedecía a su firme persuasión de que la Iglesia era la esposa de Jesucristo, y el Papa su vicario en la tierra.

Dotado de una imaginación viva y enemigo de lo abstracto, en el santo este amor iba dirigido a Jesucristo, considerado sobre todo en sus misterios de sabor humano. Para vivir plenamente la fiesta de Navidad, Francisco representó plásticamente en Greccio, en 1223, el nacimiento del Niño Jesús, primera representación origen de nuestros belenes. La Pasión y la Eucaristía constituían el centro de sus pensamientos. San Francisco tiene el mérito de haber introducido en la Iglesia de una manera definitiva la devoción a la humanidad de Jesucristo.

Fue también el amor al Salvador lo que le infundió una sed insaciable de almas, que le condujo a él y a sus frailes a lanzarse desde el primer momento a la predicación, de la misma manera que quería Jesucristo lo hicieran sus apóstoles: «No poseáis oro, ni plata, ni dinero en vuestras fajas, ni alforja para el camino, ni dos túnicas, ni zapato, ni cayado» (Mt 10,9-10).

A partir de la fundación de la Orden el santo apenas tendrá un momento de reposo (tampoco lo tendrán sus frailes), acuciado por llevar almas a Jesucristo. Esta será en los doce años que siguen su ocupación más frecuente, y la Italia central su preferido campo de acción. En 1210 lo encontramos evangelizando la Umbría y estableciendo la paz entre los nobles y plebeyos de Asís. Luego pasa a Toscana y pacifica, asimismo, la ciudad de Arezzo, ensangrentada por luchas fratricidas. En 1217 quiere pasar a Francia, pero se vio obligado a detenerse en Florencia. Todavía en 1222, cuando ya sus enfermedades le hacían sufrir no poco, lo encontramos predicando y ofreciendo un testimonio viviente del Evangelio en la parte oriental y meridional de Italia. Sus pláticas eran sencillas, salpicadas de vivas imágenes, de tono cálidamente familiar y al aire libre. Poseía una oratoria personalísima e inconfundible, que ofrecía un marcado contraste con la vigente en aquellos tiempos. Sus historiadores nos aseguran que, atraídos por ella, «hombres y mujeres, clérigos y religiosos, corrían ansiosos de ver y escuchar al hombre de Dios». Y añaden, refiriéndose a la región de Umbría: «Así se vio entonces transformarse en breve tiempo la faz de toda la

comarca y aparecer risueña y hermosa la que antes se mostraba cubierta de máculas y fealdades». Su deseo de dar a conocer a Jesucristo le indujo en cierta ocasión a pararse en mitad del camino y dirigir la palabra a sus hermanas aves, que, solícitas y silenciosas, acudieron a escucharle.

De entre sus viajes apostólicos merecen destacarse dos por el especial significado que entrañan. Como los anteriores a que nos acabamos de referir, también éstos proceden de su insaciable amor a Jesucristo, pero adquieren una expresión nueva, prácticamente inédita hasta entonces. La atracción que sentía hacia la humanidad del Salvador le hizo concebir en 1212 el propósito de llegarse hasta Palestina para visitar los lugares santificados por el Señor. La nave tenía todas las plazas ocupadas y entonces Francisco se arriesga con su compañero a viajar ocultamente en calidad de polizón. Una tempestad impidió al barco llegar a su destino, y el santo tuvo que regresar a Italia. Ante esta contrariedad, su fértil imaginación le sugirió un nuevo proyecto, que tenía la ventaja de ofrecerle una ocasión probable de morir, como buen caballero, por el objeto de sus amores. En 1213 se encamina hacia España, visita el sepulcro de Santiago e intenta trasladarse a Marruecos para anunciar a Jesucristo entre los musulmanes. Tampoco en esta ocasión puede realizar su programa. Pero no ceja. En 1219 consigue, por fin, embarcarse hacia Siria y revivir en Palestina, sobre el mismo terreno que los presenció, los hechos de la vida del Salvador.

Con esta visita a los Santos Lugares, Francisco se convierte en el iniciador de esa epopeya heroica y sangrienta que sus hijos han venido realizando desde hace seis siglos y medio por defender la tierra santificada por Jesucristo. Tanto este viaje a Tierra Santa como el que proyectó a Marruecos significan el primer intento de evangelización pacífica entre los musulmanes, que es también una de las más preciadas herencias que los franciscanos han conservado siempre de su fundador.

Sin embargo, esto no es todo. Desde su regreso de Tierra Santa, es decir, desde 1221, Francisco tendrá que ocuparse preferentemente de los asuntos de la Orden, que iba adquiriendo un rápido desarrollo. Y así como los viajes apostólicos por Italia son la expresión del deseo que le roía de dar a conocer a Jesu-

cristo, su labor de estos años consistirá, sobre todo, en trabajar por mantener dentro de la Orden la pureza de los ideales evangélicos. En los capítulos generales de 1221 y 1223, en las exhortaciones a los frailes, en sus contactos con el cardenal Hugolino, protector de la fraternidad, la meta que perseguía era siempre la observancia estricta del Evangelio. Esto ya era nuevo. Pero aún dio un paso más adelante. Si en el Evangelio se dice que Jesucristo envió a sus apóstoles por todo el mundo, ¿por qué los franciscanos se iban a arredrar ante esto? A imitación del Maestro, Francisco envió también sus frailes a predicar entre los no cristianos, fundando de esta manera las modernas misiones entre infieles. Expuesta era en aquella época esta clase de apostolado, pero el amor no conoce límites, y si gana la muerte, la sufre con alegría.

La correspondencia suprema y tangible por parte del Salvador al amor que Francisco le profesaba sobrevino en la mitad de septiembre de 1224. Encontrándose en el monte de La Verna, Jesucristo se aparece al santo en forma de serafín y lo identifica humanamente consigo imprimiéndole sus cinco llagas. Francisco quedó convertido en un Cristo viviente. Con razón se le ha llamado «el Cristo de la Edad Media».

Enfermo, casi ciego, con el agudo dolor de las llagas, pero siempre alegre (precisamente en esta época compuso y cantaba frecuentemente el hermoso *Cántico de las criaturas* o *del hermano sol),* el santo expiró en Asís el atardecer del 3 de octubre de 1226, junto a su amada capilla de la Porciúncula, centro de todo el movimiento franciscano y testigo, mediante la indulgencia obtenida del Papa por el santo, del oculto retorno a Cristo de tantas almas descarriadas.

Con su atractivo personal, su altísima y austera pero agradable santidad, sus intuiciones y geniales innovaciones en la Iglesia, San Francisco termina siempre ganándose la simpatía de cuantos se acercan a él.

Aun bajo el aspecto puramente humano, su nueva manera de ver las cosas obliga a los historiadores a considerarlo como el primer hombre moderno y el forjador, mediante su Orden, del humanismo cristiano.

PEDRO BORGES MORÁN, OFM

Bibliografía

Acta sanctorum. Octobris, II, p.683-723.
BUENAVENTURA (SAN), *Vita o Legenda maior* (Quaracchi 1898).
CHESTERTON, G. K., *San Francisco de Asís. Biografías* (Barcelona [4]1953; nueva ed. Madrid 2005).
CUTHEBERT DE BRITGHTON, *Vida de San Francisco de Asís* (Barcelona [2]1944).
ENGLEBERT, O., *Vida de San Francisco de Asís* (Buenos Aires 1949).
FACCHINETTI, V., *San Francisco de Asís en la historia, en la leyenda y en el arte,* 2 vols. (Barcelona 1942).
HILARINO FELDER O DE LUCERNA, *Los ideales de San Francisco* (Barcelona 1926).
JORGENSEN, L., *San Francisco de Asís* (Madrid 1916).
SARASOLA, L., *San Francisco de Asís* (Madrid 1929).
SELVANESCHI, N., *El juglar de Dios. San Francisco de Asís* (Madrid 1957).
• Actualización:
GUERRA, J. A. (ed.), *San Francisco de Asís. Escritos. Biografías. Documentos de la época* (Madrid [2]2003).
KUSTER, N., *Francisco de Asís, el más humano de todos los santos* (Barcelona 2003).
REDONDO, V., *De profesión hermano: Francisco de Asís* (Madrid 2004).
VAIANI, C., *Ver y creer. La experiencia cristiana de Francisco de Asís* (Oñate 2004).

BEATO FRANCISCO JAVIER SEELOS

Presbítero († 1867)

A lo largo de la historia humana, las migraciones han sido una constante en la vida de los pueblos, desplazamientos de personas y de grupos étnicos, motivados por circunstancias políticas o de simple subsistencia. Emigrantes e inmigrados se han sentido tantas veces a la intemperie en el aspecto material, cultural y espiritual. En principio, la emigración coloca al sujeto en una situación débil, que a veces arrastra de su lugar de origen. En la historia de la Iglesia, desde la antigüedad hasta el día de hoy —tiempo el nuestro tan afectado por este fenómeno—, muchos cristianos, llevados de su caridad y de su vocación apostólica, han sabido estar cerca de los emigrantes y les han salido al encuentro en el país donde han arribado como inmigrantes. En esta solicitud fraterna, ha brillado la santidad heroica de muchos discípulos de Jesús, cuya familia tuvo que emigrar desde Palestina a Egipto, cuyo pueblo, el de Israel, tiene por padre a un emigrante, Abrahán, cuya descendencia fue también forastera en la tierra de los faraones. El siglo XIX fue espectador del fenómeno de las migraciones, que transformaron el rumbo de muchos países. Mujeres y varones de vida apostólica estuvie-

ron a la vera de estas personas, sumidas frecuentemente en problemas terribles de índole diversos, entre los cuales no faltaba el del desarraigo cultural y religioso.

Uno de estos misioneros, enviados por Cristo y por la Iglesia, a socorrer a los emigrantes europeos que llegaban a una tierra de promisión para ellos, los jóvenes Estados Unidos de América del Norte, fue un sacerdote religioso, que de su natal Baviera, en Alemania, emigró con hermanos suyos europeos al Nuevo Mundo para acoger y confortar en el cuerpo y en el espíritu a connacionales suyos y de otros países que llegaban a aquel floreciente territorio en busca de trabajo y mejoras sociales.

Su nombre cristiano fue el del gran misionero jesuita, San Francisco Javier, cuyo celo apostólico quiso imitar toda su vida. Había nacido en Füssen, un pueblo bávaro de Alemania, el 11 de enero de 1819, hijo de un modesto tejedor, llamado Magno, y de Francisca Schwarzenbach, que tuvieron once hijos más. El mismo día de su nacimiento fue bautizado en la parroquia local de San Magno.

La piedad del niño floreció en su propia parroquia donde su padre, desde 1830, servía como sacristán. Un sacerdote le ayudó a proseguir sus estudios después de la escuela elemental y así entró en 1832 en el gimnasio de San Esteban de Augsburgo; en 1839 inició un bienio de filosofía en la Universidad de Múnich y el 19 de setiembre de 1842 ingresó en el seminario de San Jerónimo de Augsburgo como alumno de teología.

Desde niño albergaba en su corazón ser sacerdote y, también, misionero. En el seminario decidió ser otro Francisco Javier y, para ello, entrar en una congregación misionera. Conoció entonces la vida apostólica de los redentoristas, la congregación de San Alfonso M.ª de Ligorio, dedicada a la evangelización de los más abandonados y, en aquellos momentos, de los emigrados a Estados Unidos de América. En un periódico católico, *Sion,* había leído cartas de los misioneros redentoristas en que describían la falta de asistencia espiritual a los miles de emigrantes de lengua alemana; fue el testimonio que inclinó definitivamente su vocación. Pidió ser admitido en dicha congregación para trabajar como misionero en Estados Unidos.

Fue aceptada su súplica el 22 de noviembre de 1842. El 17 de marzo del año siguiente ya se embarcaba en el puerto francés de El Havre, sin haberse despedido ni siquiera de sus padres. El 20 de abril llegaba a Nueva York. El 16 de mayo entró en el noviciado de los redentoristas en Baltimore (Maryland). El mismo día del año siguiente emitía los primeros votos religiosos en la iglesia de San Jaime de la misma ciudad. El 22 de diciembre de 1844 recibió la ordenación presbiteral en la misma iglesia.

Pocos meses después de la ordenación fue enviado a la parroquia de Santa Filomena de Pittsburgh, en Pensilvania. Permaneció nueve años en esta parroquia. Fue coadjutor, primeramente, del párroco y superior de la comunidad, San Juan Neumann; los últimos tres años él fue el superior de la casa. Con San Juan Neumann, su guía espiritual y confesor, se dedicó también a la predicación de misiones populares. Su fama de disponibilidad y afabilidad para acoger a todos hizo que acudieran a él desde los pueblos cercanos. Con razón lo llamaban el misionero de la constante sonrisa, del corazón generoso, siempre inclinado a los más necesitados y marginados.

Su ministerio de confesor proporcionaba a los penitentes un cálido encuentro con Cristo misericordioso: oía las confesiones en alemán, inglés y francés; atendía por igual a blancos y negros. Confesarse con el padre Seelos no infundía temor. Sus palabras no eran ásperas ni recriminatorias. Sabía cómo infundir confianza en sus penitentes, les invitaba a reconocer sus pecados y a arrepentirse de sus culpas. Era para todos una imagen del Salvador lleno de amor. Fuera del confesionario se pasaba horas y horas dirigiendo espiritualmente a cuantos buscaban guía y aliento en el seguimiento del Señor. Para él, la dirección espiritual consistía en ayudar a las personas a responder al Espíritu en su propia vida. Muchas de sus 175 cartas que de él conservamos son testimonio de este ministerio en bien del progreso espiritual de cuantos le abrían su espíritu.

En el bienio 1847-1849, el noviciado de los redentoristas se trasladó a Pittsburgh. Francisco Javier fue nombrado su maestro. Entre 1854 y 1857 fue párroco de San Alfonso en Baltimore. De 1857 a 1863 fue sucesivamente maestro de novicios y prefecto de los estudiantes. Alternó su residencia entre Anná-

polis y Cumberland, donde ejerció también su ministerio en parroquias. A los jóvenes de la congregación, les transmitía alegría, espíritu de sacrificio, afán apostólico y sólida doctrina.

Pero su ocupación principal fue la de misionero popular. Urgía entonces construir iglesias, escuelas, asilos, insistir en la instrucción catequética a pequeños y adultos y proporcionar a los inmigrantes, que variaban frecuentemente de domicilio, instrucción y apoyo en la fe católica.

Entre sus obras de apostolado, daba prioridad a la instrucción catequética de niños y jóvenes, que consideraba fundamental para el crecimiento y formación de la comunidad eclesial.

El estilo de su predicación era el propio de su congregación, sencilla y afable para acercarse a las masas populares. Sus sermones estaban impregnados de Palabra de Dios, abundaban en ellos las citas bíblicas, la gente lo escuchaba con agrado, todos, aun los ignorantes, lo entendían.

Tanta era su fama de predicador apostólico y de pastor solícito, que fue presentado al papa Pío IX como candidato a la sede episcopal de Pittsburgh. Pero el Beato Seelos se resistió firmemente a aceptar: prefería trabajar en la viña del Señor como el último de los jornaleros.

Entre 1863 y 1866, pudo dedicarse de lleno a las misiones parroquiales. Desplegó su celo misionero en las inmensas regiones del norte, entre el Atlántico y el Pacífico, capitaneando grupos de predicadores populares: en inglés y alemán predicó en Connecticut, Illinois, Michigan, Missouri, Nueva Jersey, Nueva York, Ohio, Pensilvania, Rhode Island y Wisconsin.

Después de un breve tiempo de actividad parroquial en Detroit, en 1866 fue enviado a Nueva Orleáns como párroco de Santa María Asunta. Otra vez brilló su caridad hacia los más pobres y abandonados. Pero en el mes de septiembre, agotado por las visitas a los enfermos de fiebre amarilla que se había declarado en la ciudad, cayó víctima de esta enfermedad. Con paciencia, serenidad y alegría soportó sus dolores. Descansó de sus trabajos el día 4 de octubre, a la edad de 48 años, en plena madurez espiritual y humana.

Todo el pueblo lo lloró. Cuantos se acercaban a él, escribe un testigo ocular, tenían la impresión de que estaban ante un

santo viviente. Alemanes, ingleses, franceses, criollos, negros, mulatos, todos lo admiraban y amaban. Recorrían largas distancias y esperaban horas ante su confesionario. Con el transcurso de los años, volvíase más celestial. Se consumió en la actividad, en el trabajo y en la mortificación: con todo, siempre fue el más alegre y divertido de la comunidad.

Su sepultura en Santa María Asunta se convirtió en meta de devota peregrinación. Creció de día en día su fama de santidad. Entre los años 1900 y 1903 se desarrollaron los procesos ordinarios en las curias episcopales de Nueva Orleáns, Baltimore y Pittsburgh. Se incoó, asimismo, en Augsburgo. En 1912 fueron aprobados sus escritos. El 27 de enero de 2000 Juan Pablo II lo declaró venerable al aprobar el decreto de virtudes heroicas. El mismo día el Papa aprobó también el milagro obrado por la intercesión del P. Seelos en Nueva Orleáns. El siguiente 9 de abril el venerable redentorista recibió en la plaza de San Pedro del Vaticano los honores de la beatificación. Así presentó el perfil del nuevo beato Juan Pablo II:

> «En su ministerio sacerdotal y en su apostolado misionero, el padre Francisco Javier estaba muy atento para discernir las exigencias espirituales de las comunidades que servía y su dedicación a la predicación y a la celebración de los sacramentos condujo muchas personas a Cristo».

PERE-JOAN LLABRÉS Y MARTORELL

Bibliografía

AAS 93 (2001) 741-743.

Bibliotheca sanctorum. Appendice prima (Roma 1987) cols.1253-12544; *Appendice seconda* (Roma 2000) col.1308.

CURLEY, M., *Cheerful ascetic. The life of Francis Xaver Seelos C.SS.R.* (Nueva Orleans 1969).

HOGERL, C. W. - STAMWITZ, A. VON, *A life of Blessed Francis Xavier Seelos, redemptorist, 1819-1867* (Liguori, MO 2000).

L'Osservatore Romano (9 y 10-4-2000).

SCHLEINKOFER, J., *Eine Blume aus den Garten des heiligen Alphonsus. Leben des ehrw. Diener Gottes P. Franz Xaver Seelos aus der Congregation des allerheiligsten Erlösers* (Insbruck 1901).

ZIMMER, P., *Leben und Wirken del hochwürdigen P. Franz Xaver Seelos aus der Congregation des Allerheil Erlösers* (Nueva York 1887).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN PETRONIO DE BOLONIA

Obispo († h. 445)

Petronio era hijo de otro Petronio que había servido a Roma en las Galias como prefecto del pretorio y él también, antes de decidirse por el sacerdocio, entró en la política y sirvió al Imperio consiguiendo cargos importantes. No se sabe si había nacido en Italia o en las Galias ni si era pariente de otros Petronios que habían tenido altos cargos en la administración romana. Es probable que sí. Debió pasar largo tiempo en las Galias, siguiendo los diversos grados de la magistratura civil, pero se decidió por la vocación eclesiástica. Pertenecía seguramente al clero diocesano de Bolonia cuando, en torno al 432, fue elegido octavo obispo de dicha ciudad como sucesor de San Félix. Se le ha atribuido la reconstrucción de la ciudad, arruinada por orden de Teodosio I, y también la construcción de la catedral de San Esteban y su adjunto monasterio; así como de las reproducciones de los Santos Lugares que él habría visitado en un viaje a Tierra Santa, complejo llamado la nueva Jerusalén. Se le han atribuido diferentes escritos y se entiende que su episcopado duró hasta el 445 aproximadamente, siendo ahora el santo patrón de la ciudad. Hizo una hermosa estatua de él el gran Miguel Ángel.

SANTA ÁUREA

Abadesa († 666)

Se llamaban sus padres Maurino y Quirina y entra en la historia cuando el año 633 San Eloy la pone como abadesa de un monasterio femenino que él mismo había fundado en París. El monasterio estaba muy poblado de religiosas, que llegaban a las trescientas, y seguían, al parecer, la regla de Luxeuil. Áurea rigió santamente el monasterio por espacio de treinta y tres años. Su muerte se debió a una epidemia que se llevó a más de ciento cincuenta religiosas. La fecha que se tiene de su muerte es la del

año 666, pero pudo ser el año anterior. Sus reliquias fueron dispersadas y casi perdidas del todo en la Revolución Francesa.

BEATO ENRIQUE MORANT PELLICER

Presbítero y mártir († 1936)

Enrique nace en el seno de una familia muy cristiana en Bellreguart el 13 de octubre de 1908. Estudia el bachillerato en las Escuelas Pías de Gandía y a su término comienza en Madrid los estudios de arquitectura, pero se decide por el sacerdocio. Terminados los estudios, y tras mostrar durante ellos no sólo una gran aplicación sino un fervoroso espíritu apostólico, se ordena sacerdote el año 1933. Es destinado a la parroquia de Barig, a la que procuró infundir su mismo espíritu de religiosidad y fervor. Formó la biblioteca parroquial y el coro; se cuidó mucho de la catequesis de niños y jóvenes y fomentó ampliamente la participación de los fieles en la liturgia. Su magnífico ejemplo personal animaba mucho a los feligreses en la práctica religiosa. Fundó la Acción Católica para infundir espíritu apostólico en los jóvenes, a los que llamó a mayor vida interior en los ejercicios espirituales de 1935.

Tras las elecciones de febrero de 1936 las autoridades le hicieron la vida imposible; fue trasladado de la parroquia y hubo de ejercer como director del Patronato del Grao de Valencia. Llegada la revolución estaba en Serra, en la residencia veraniega del Patronato, y marchó a su pueblo natal tras tres días de detención en Alcira. Pasó el verano con sus familiares hasta que el día 3 de octubre, a las once de la mañana, fue arrestado. Llevado al Comité, confesó a los allí detenidos, y luego fue devuelto a su casa. Pero al anochecer volvieron a arrestarlo, lo llevaron al término municipal de Jaraco y allí lo fusilaron.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO JOSÉ CANET GINER

Presbítero y mártir († 1936)

Nace en Bellreguart el 24 de agosto de 1903 en el seno de una familia modesta. Estudia en el colegio de vocaciones eclesiásticas y, después, en el seminario de Valencia hasta que es ordenado sacerdote el 23 de diciembre de 1930. Fue destinado como vicario a Catamarruch y, al mismo tiempo, encargado del pueblo de Margarida. Dio ejemplo de humildad, celo apostólico y pobreza evangélica. Fomentó la catequesis, la vida interior de los feligreses y la devoción mariana, así como la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Al llegar la revolución de 1936 hubo de dejar el pueblo y volvió con sus padres a su pueblo. Con ellos estuvo hasta el 4 de octubre cuando lo arrestaron y lo llevaron como si fuera un criminal dándole mal trato. Lo trasladaron al cuartel de las milicias revolucionarias de Gandía y, en el lugar llamado La Pedrera, fue fusilado.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO ALFREDO (JAIME) PELLICER MUÑOZ

Religioso y mártir († 1936)

Jaime Pellicer Muñoz nació en Bellreguart el 10 de abril de 1914 en el seno de una familia muy cristiana. Tras estudiar en la escuela nacional ingresó en el seminario menor franciscano de Benisa (Alicante), donde estudió el bachillerato. A los 16 años, el 25 de agosto de 1930, tomó el hábito franciscano en el convento del Santo Espíritu del Monte, en Gilet, tomando el nombre de fray Alfredo. Estaba haciendo el noviciado cuando se proclamó la República, con los consiguientes problemas para la Iglesia, y los franciscanos decidieron en mayo suspender el noviciado y enviar a los novicios a sus casas, pero un mes más tarde se reanudaba en dos diferentes sitios. El joven fray Alfredo lo hizo en Pego (Alicante). Allí hizo la primera profesión religiosa el 27 de septiembre de 1931. Se fue luego a Onteniente y estudió filosofía y un curso de teología, haciendo la profesión

solemne el 5 de julio de 1936. De carácter alegre y abierto, religioso humilde y caritativo, todos esperaban de él que fuera un buen sacerdote.

Llegada la revolución de 1936, los religiosos de Onteniente fueron obligados a dejar el convento y fray Alfredo se marchó a su pueblo con su familia. Aquí estuvo con serenidad y buen ánimo, previendo y aceptando el posible martirio, y negándose a abandonar su vocación franciscana. El 4 de octubre, día de San Francisco, estaban todos sus familiares reunidos para comer, como modo de subrayar la fiesta, pero llegaron los milicianos que entraron preguntando quién era el fraile. Antes de que sus hermanos pudieran intentar defenderlo, él se presentó y se identificó. Consoló a su familia y se fue con los milicianos que lo llevaron a La Pedrera y lo fusilaron.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

5 de octubre

A) MARTIROLOGIO

1. En Tréveris (Galia), los santos mártires que padecieron bajo Diocleciano († 303).
2. En Corico (Cilicia), Santa Caritina († 304), mártir.
3. En Persia, la conmemoración de Santa Manlaca († 343), mártir.
4. En Valence (Galia), San Apolinar o Aiplonay († 520), obispo *.
5. La conmemoración de los santos Mauro y Plácido († s. VI), discípulos de San Benito Abad.
6. En Nevers (Neustria), San Jerónimo († 816), obispo.
7. En Paderborn (Sajonia), San Meinulfo († 857), diácono.
8. En León, San Froilán († 905), obispo, anteriormente ermitaño **.
9. En Zamora, San Atilano († 919), obispo, anteriormente monje **.
10. En Florencia (Toscana), Beato Pedro de Ímola († 1320), caballero de la Orden de San Juan de Jerusalén *.
11. En Beaulieu (Galia), Santa Flora († 1347), virgen, de la Orden de San Juan de Jerusalén *.

12. En Cora (Lacio), Beato Santos († 1392), presbítero, de la Orden de Ermitaños de San Agustín *.

13. En Nuremberg (Baviera), Beato Raimundo de Capua († 1399), presbítero, de la Orden de Predicadores, director espiritual de Santa Catalina de Siena **.

14. En Vigebano (Lombardía), Beato Mateo (Juan Francisco) Carreri († 1470), presbítero, de la Orden de Predicadores *.

15. En Londres (Inglaterra), beatos Guillermo Hartley y Juan Hewett, presbíteros, y Roberto Sutton († 1588), mártires bajo el reinado de Isabel I *.

16. En Mindelstetten (Ratisbona), Beata Ana Schäffer († 1925), virgen **.

17. En Pompeya (Nápoles), Beato Bartolomé Longo († 1926), fundador de las Hermanas del Rosario de Pompeya **.

18. En Tepatitlán (México), San Tranquilino Ubiarco Robles († 1928), presbítero y mártir *.

19. En Cracovia (Polonia), Santa María Faustina (Elena) Kowalska († 1938), virgen, de la Congregación de Hermanas de Nuestra Señora de la Misericordia **.

20. En Plonkowo (Polonia), Beato Mariano Skrzypczak († 1939), presbítero y mártir *.

21. En Rímini (Italia), Beato Alberto Marvelli († 1946), joven seglar **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

DÍA DE ACCIÓN DE GRACIAS Y DE PETICIÓN

Feria mayor

Ya antes de la reforma conciliar los liturgistas estaban casi seguros de la poca incidencia pastoral de las Cuatro Témporas. Así, pues, en la reforma del año litúrgico fueron muy prudentes a la hora de establecer de nuevo esos días; mas bien podría decirse que algo irresolutos en la materia, y no queriendo suprimirlas del todo, se contentaron con dar una normativa general a las conferencias episcopales a fin de que ellas viesen, atendiendo a la peculiaridad de cada región o nación, cómo y de qué manera convendría que se celebrase.

En España se determinó que fuese el 5 de octubre el día en que se celebrase como «Feria mayor» (sinónimo de obligatoriedad) las «Témporas de acción de gracias y de petición», como así se las tituló, dejando a la pastoral de cada parroquia o iglesia

la libertad de extender las Témporas a uno dos o tres días. Por lo que se sabe, a nivel de lo usual y cotidiano dicha «feria mayor» no tiene especial incidencia en la pastoral parroquial, ni siquiera en los pueblos alejados de la urbe. Y no parece ser que haya un ánimo decido de hacer revivir el sentido de las Témporas, que, como se ha dicho, ya estaba muy mermado hace más de cuarenta o cincuenta años. De todas formas, he aquí unos datos históricos que explican el origen, historia y sentido de estas celebraciones, y alguna que otra reflexion pastoral.

Según algunos las Cuatro Témporas no son sino un rigor especial del ayuno semanal del miércoles y viernes, prolongado el sábado para realzar la vigilia del domingo. Esta afirmación general es ciertamente válida, pero exige explicación: ¿Por qué motivo y en qué fecha se instauraron esos cuatro tiempos característicos? Las opiniones a este respecto son divergentes.

Según unos, la Iglesia, solemnizando ciertos tiempos de ayuno, habría querido guardar el justo equilibrio entre dos posiciones extremas: la de Joviniano, que al fin del siglo IV atacaba el ayuno; y por otro, la de San Jerónimo, que exigía de todos los cristianos el ayuno semanal, varios días a la semana, casi a lo largo de todo el año. El papa Siricio (384-399) habría, pues, conservado el ayuno, pero reduciéndolo a cuatro tiempos o semanas durante el año. Estas fechas podrían ser inciertas por el hecho de que San Agustín, entre el 397-399, considera todavía el ayuno de los cristianos en Roma los miércoles, viernes y sábados, como una costumbre observada todo el año (*Ep* 36,8).

En cuanto a la elección de «cuatros tiempos», probablemente fue determinada por el comienzo de las estaciones. Un benedictino, dom Morin, intentó explicar más bien el origen pagano de nuestras Cuatro Témporas. Éstas serían una simple cristianización de celebraciones paganas. Los romanos conocían tres tiempos de súplica especial para obtener la protección de los dioses sobre los frutos de la tierra: la estación de la sementera *(sementinae);* la estación de la siega *(messis)* o recolección de trigo, y la estación de la vendimia *(vindemiales).* Pero no todos, y especialmente la tradición, están de acuerdo con esa explicación: J. Jungmann se muestra bastante inclinado a admitir su origen apostólico y judío. En efecto, hablando del ayuno, ya San León

había afirmado su origen apostólico: «Se ha de observar con mayor atención ese ayuno, porque fue consagrado por tradiciones apostólicas, tales como nosotros las hemos recibido». Y otras tradiciones, aunque no seguras, tienen el acierto de hacer alusión a una costumbre análoga en el judaísmo precristiano, lo que mostraría, una vez más, que los cristianos, en materia de culto, se inspiraban en el judaísmo con preferencia al paganismo.

En cuanto a la evolución histórica de las Témporas, lo primero que hay que señalar es la introducción de un nuevo ayuno. En Roma, hacia el final del siglo VII, se fijó ese ayuno en marzo en el comienzo de la cuaresma (primera semana). En el siglo XI Gregorio VII impuso esa práctica fuera de Roma. Así se llegó a los cuatro tiempos.

La adopción de esa costumbre de las Cuatro Témporas fuera de Roma tiene una historia de resistencia. Los Papas proponen a los obispos esa costumbre penitencial, pero en vano. Ni siquiera en Italia tienen éxito. Sin embargo, en los siglos VII-VIII, se hallan las Cuatro Témporas en Inglaterra, probablemente gracias a los misioneros enviados por el papa San Gregorio. Los monjes de Inglaterra, llegados para convertir el continente, introducen el ayuno de las Cuatro Témporas, pero no sin dificultades, en Galia y en Germania San Bonifacio insiste en la obligación y, en 769, Carlomagno la recuerda a los países del Imperio franco: ayuno hasta la hora de nona y abstinencia: de ello sólo dispensan las enfermedades.

En Italia, sólo a partir del siglo X se hallan vestigios fuera de Roma. En Milán habrá que esperar al siglo XII; y todavía ese ayuno de las Cuatro Témporas no entraña celebración litúrgica especial. Bajo Gregorio VII, en el siglo XI, España adopta con la liturgia romana el ayuno romano de las Témporas. El gran mérito del papa Gregorio VII consistirá en unificar en este punto la disciplina en la Iglesia romana y en fijar definitivamente las semanas de las Cuatro Témporas.

El significado de las Témporas puede resumirse en tres puntos principales. Las Témporas se presentan como un período de religioso recogimiento durante el cual la Iglesia se renueva con el ayuno, la oración y la limosna; consideradas más par-

ticularmente en relación con las estaciones, ofrecen la ocasión de agradecer a Dios los frutos de la tierra y de pedir su bendición.

La Iglesia necesita tiempos densos de recogimiento y de renovación. Pueden los fieles hacer penitencia individualmente en cualquier época, y esa penitencia contiene ya cierto valor eclesial, pero está bien que la Iglesia entera tenga un tiempo de penitencia. Las Témporas intentaban realizar en la Iglesia una «movilización espiritual del ejército de Cristo».

Tradicionalmente, las grandes prácticas son la oración, el ayuno y la limosna. La oración, que eleva el alma a Dios y la recoge en él, le hace hallar el centro de su equilibrio. El ayuno, al desprendernos de lo creado, nos dispone a buscar el único bien necesario. La limosna por la que el cristiano da sus bienes a los demás, le lleva a olvidarse de sí mismo y a «encarnar» su ofrenda personal a Dios. Así se ve cómo esas tres prácticas contribuyen a centrar al hombre en Dios. Ese recogimiento periódico le orienta de nuevo hacia el término de su viaje terrestre. Puesto que el hombre se deja fácilmente sorprender por las inclinaciones del hombre viejo, era preciso «que la ley de la abstinencia fuera asignada a todas las estaciones».

De esas tres prácticas tradicionales la que más sorprende es sin duda el ayuno. Sin embargo, son las otras dos prácticas, la oración y la limosna, las que aseguran su verdadero sentido al ayuno. Este sólo cobra todo su valor si manifiesta el don de sí mismo a Dios mediante el don hecho a los otros. Así contribuye a perfeccionar el amor de Dios y del prójimo, centro de la espiritualidad cristiana.

A este sentido general de retiro espiritual reconocido a las Témporas hay que añadir el sentido más particular de acción de gracias por la recolección de los frutos de la estación.

> «Es muy conveniente, dice San León, que tras haber disfrutado de la abundancia de la recolección demos gracias al Señor mediante el sacrificio de nuestra liberalidad y la inmolación de nuestro ayuno».

La alegría natural se cambia así en alegría sobrenatural; por el hecho mismo se cristianizan las fiestas paganas.

«Dichosos porque los pobres se aprovechan de nuestra abundancia, nos regocijamos sobre todo de ver reconocida la bendición divina: "Tú pones en mi corazón una alegría mayor que la del tiempo de copiosa cosecha de trigo, vino y aceite" (Sal 4, 8)».

En esta actitud de gozoso reconocimiento y de desprendimiento es como se puede pedir la bendición de Dios sobre los frutos de la tierra. El acento penitencial, al mismo tiempo oración de súplica y acción de gracias por una buena cosecha, pone el acento sobre todo en la acción de gracias a la que se dirige la petición. Con todo, la una y la otra, por encima de su objeto propio, tienden a obtener las bendiciones sobrenaturales.

Las Témporas de septiembre intentaban santificar la fiesta pagana de las vendimias: tal aparece la primera intención de ese ayuno. El otoño es un momento importante del año agrícola, e importa hallar el sentido divino de las cosechas. La de la uva, con la que se hará el vino, tiene una significación particular y profunda para el cristiano. El vino es la bebida de la alegría y de la fiesta que «regocija el corazón del hombre» (Sal 104,15), pero que sólo se obtiene con el trabajo, simbolizado en «la sangre del racimo» (Dt 32,14). La Eucaristía realiza plenamente ese sentido natural y bíblico del vino: «El cáliz de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo?» (1 Cor 10,16).

Así se penetra perfectamente en el sentido litúrgico de las Témporas. La idea de la fecundidad de un año de gracia viene a sublimar la de la fecundidad del año agrícola y nos invitan a terminarlo con espíritu de alegre reconocimiento por la abundancia de gracias recibidas, con espíritu de expiación por las gracias desaprovechadas, con espíritu de esperanza por razón de la gloria que nos está prometida. De esta manera nuestro pensamiento nos lleva hacia la Parusía gloriosa de Cristo que vendrá a consumar su manifestación de Señor, realizada ya en el momento de su encarnación redentora. Esta, en efecto, es ya una Parusía: año tras año se manifiesta Cristo como Señor de la gloria y nos asocia anticipadamente a su resurrección gloriosa renovando sin cesar en su Iglesia la celebración de sus misterios. El ciclo termina para empezar de nuevo, perpetuamente fundado en el tema único de la epifanía del Señor, en un progreso constante

hacia la Parusía final. La antigua fecundidad prepara la nueva, y la fiesta de otoño las enlaza a ambas.

> «Se deja la vertiente soleada de la liturgia que sucede a la primavera pascual y a los fuegos de Pentecostés y del Corpus, para abordar esa nueva pendiente, no menos rica tal vez en perspectivas y en esperanza de recolección, que ha de conducirnos insensiblemente a los temas del Adviento y de Navidad».

Las Témporas ofrecen también una oportunidad pastoral para reflexionar sobre la santificación de los tiempos de la vida humana: ¿A dónde nos conduce el tiempo? ¿Hacia qué destino se dirige la historia? Tal es la cuestión que se plantean todos los hombres. Pocos sistemas se atreven a dar respuestas realmente convincentes. Únicamente la Revelación aporta una respuesta, que da al mismo tiempo sentido y valor a toda la Historia como a todos los instantes que componen la vida del hombre. No hay más historia que la de la salvación de todo el hombre, de todos los hombres y también de todas las cosas.

Ahora estamos en la historia sagrada del Nuevo Testamento, en la historia de la Alianza que el Padre, por el Hijo, en el Espíritu Santo, realiza con los hombres. Nuestra historia es, en efecto, la de una intención divina a nosotros revelada: la reunión de todos los hombres en Cristo, por la fuerza del Espíritu, a fin de introducirlos en la vida divina trinitaria. Digamos, en resumen, que la historia está hecha de las intervenciones del amor de Dios que viene sin cesar al mundo para salvar, y de las respuestas del hombre que acepta ese amor o lo rechaza. Está constituida más por las relaciones que se establecen entre Dios y los hombres que por la serie de alianzas y de guerras entre los pueblos o por los grandes acontecimientos registrados por las ciencias históricas.

No hay una historia sagrada yuxtapuesta a una historia profana. Efectivamente, el Padre obra por su Hijo, en el Espíritu, en toda la historia, para conducir a cada hombre a la salvación, y nadie queda fuera de esa economía redentora. Ciertamente, hay en la trama de la historia universal acontecimientos privilegiados que constituyen la historia sagrada en el sentido concreto del término: la del Antiguo y la del Nuevo Testamento. Las intervenciones particulares de Dios, revelando y realizando su plan salvífico, constituyen sus acontecimientos.

El Antiguo Testamento recibe su calificación de historia sagrada porque todo en ella conduce a Cristo. Y todo el tiempo después de Cristo, el nuestro, por consiguiente, es, en su totalidad, el tiempo de la Misión; en otros términos, de la extensión a todos los hombres de la salvación otorgada en Jesucristo: tiempo de la Iglesia, de la reunión de la humanidad en el Hijo de Dios.

Así toda la historia humana aparece como la historia de esa salvación. Profana bajo uno de sus aspectos, en cuanto es objeto de la historiografía, e historia de salvación, porque da cuenta del designio de salvación que Dios realiza en el mundo. Por tanto, no ha de concebirse el tiempo como una línea recta, que se prolongara en un antes y un después indefinidos, y en la que personas o cosas vinieran sucesivamente a ocupar su puesto. No se debe situar la eternidad después del tiempo, pues cada instante es la proyección de la misma en el tiempo.

Nuestro tiempo tiene un valor sagrado. Cada instante tiene valor divino, se integra en la historia Santa que Dios construye con nuestra colaboración. En otras palabras, santificamos el tiempo respondiendo a los mandatos de Dios en la Historia. Dios viene a nosotros en el tiempo. Nosotros respondemos a Dios en el tiempo, y cada instante puede y debe ser sacramento de un encuentro con el Señor. Debemos santificar el tiempo según el consejo del Apóstol: «Puesto que somos cooperadores suyos, os exhortamos a no recibir en vano la gracia de Dios [...] Este es el día de la salud» (2 Cor 6,1s). Todo instante es así santo y santificador.

Y la historia está sometida a dos ritmos: uno, regular, el de las horas, de los días, de las estaciones, de los años; el otro, más amplio, el de nuestra propia evolución: nacimiento, infancia, adolescencia, madurez, vejez, muerte. Cada tiempo de esos dos ritmos conjugados tiene un valor propio. Cada uno es «acontecimiento», es decir, momento privilegiado del encuentro con el Señor. Por la fe debemos descubrir la significación espiritual de esos tiempos, todos, a su manera, llamadas de Dios. En todos y por medio de todos debemos dar nuestra respuesta.

La liturgia no conoce nuestra denominación de los días: lunes, martes, etc., que son de origen pagano, sino únicamente la

de «feria», que se contenta con numerar. Distingue los días en ferias, días de fiesta, días de redención, días de gracias. La celebración litúrgica reactualiza cada día el misterio de Cristo. Cristo se hace presente a sus fieles por su Palabra.

Además, la Iglesia experimenta la necesidad de reencontrar a su Señor y de vivir su misterio, en todas las horas del día, porque todas, a título de «sacramentos» de su venida bienhechora, deben convertirse en oración. Por eso la Iglesia ha instituido una oración o liturgia de las horas. Cada mañana, la hora de laudes es una alabanza a Cristo que viene como Salvador. En esa hora estamos en la aurora de un nuevo día de Redención en la que Cristo se presenta al mundo para salvarlo.

Por la tarde, al término de una jornada de gracias, la liturgia nos manda elevar el incienso de nuestra oración y nos hace volver los ojos hacia María, de quien tomamos su *Magnificat* para cantar nuestra acción de gracias por la redención verificada, por las «grandes cosas que el Todopoderoso ha realizado en nosotros y por nosotros». Entre esos dos puntos extremos de la jornada, la hora intermedia destaca la significación de todos los momentos importantes del día.

La noche tiene su misterio: tiempo del reposo confiado, del abandono, evoca el más allá de la muerte por ella simbolizado. Las completas, al comienzo de la noche, nos hacen entrar en ese misterio del reposo y de la muerte, como Simeón que, al atardecer de su vida, canta su acción de gracias, porque ha visto la salvación.

Resumiendo: viviendo en una civilización agrícola, los primeros cristianos eran muy sensibles al ritmo de las estaciones. Por eso la Iglesia instituyó muy pronto oraciones de acción de gracias y de súplica para santificar esos grandes momentos del año. Las Témporas, días de ayuno y de oración más intensa con sus misas propias, «gozan de una presencia especial de Cristo mediador, y disfrutan, por lo mismo, de una fecundidad espiritual propia».

Pero ahora, viviendo en una civilización industrial y técnica, somos menos sensibles a los cambios de estaciones. Quizá deberíamos recordar que la Iglesia consagra menos el ciclo natural de las estaciones —sin descartarlo, sin embargo— que la histo-

ria. El cristiano vive siempre en las fiestas litúrgicas el misterio pascual de Cristo presente en nuestra historia. «Es significativo, escribe dom Casel, que los Padres no vean en la sucesión de las estaciones la expresión de la vida de la naturaleza, sino el símbolo de la resurrección».

Esas horas, esos días y esas noches, esos tiempos de reposo y de trabajo, esas estaciones y esos años tejen nuestra propia historia que, por su parte, se desarrolla según un ritmo enteramente personal. Niño, adolescente, adulto, anciano, franqueamos diferentes etapas, todas las cuales revisten una significación espiritual particular. Cada etapa de la vida del hombre posee un sentido propio que condiciona una espiritualidad apropiada.

La infancia, tiempo del despertar de la conciencia y de la formación de la personalidad, se preocupa de adquirir cosas nuevas. Es también un tiempo esencialmente proyectado hacia el porvenir. El enriquecimiento de su haber con los estudios, el aprendizaje y las experiencias; el enriquecimiento de su ser mediante la lucha contra sus tendencias egoístas y mediante el don de sí, preparan el hombre de mañana que quiere llegar a ser, y, sobre todo, el hombre que Dios y la sociedad esperan. Así se puede definir su manera propia de convertir en oración su tiempo.

El adulto es el hombre o mujer de la acción y de la creación, que quiere realizaciones concretas. Padre o madre de familia, descubre las riquezas del amor y sus exigencias. Tiene el sentido social y quiere hacerse útil en la sociedad. Asume responsabilidades y adquiere compromisos. Su sentido de la historia le hace descubrir bastante pronto que está llamado a desempeñar un papel en la historia de la humanidad, en su puesto, naturalmente, y a su nivel. Sin duda, puede ofrecer a Dios toda esa actividad y santificarla con la oración. Esa actividad es santa y santificadora por sí misma, si sabe captar su sentido profundo y darle la orientación querida por Dios. Mediante su trabajo profesional humaniza la naturaleza, poniéndola al servicio de sus hermanos; mediante sus intervenciones en lo temporal trabaja por instaurar más justicia y más caridad entre los hombres; mediante su acción apostólica colabora más directamente a la obra de salvación realizada por Dios en el mundo. Con todo eso, pone al mundo en estado de acoger a Cristo al fin de los tiempos; prepara activamente la Pa-

rusía, el remate de la historia. Ora verdaderamente. Santifica esa edad que se le concede para la acción.

El anciano, por su parte, siente que disminuye su ardor y puede sufrir por ello. Sin embargo ese tiempo, para quien sabe considerarlo con los ojos de la fe, se presenta rico de significación espiritual y se revela como una fuente abundante de santificación. Considerar la vejez como el tiempo en que se espera la gracia del cielo, es hacer de esa pasividad una oración. El cristiano contempla con serenidad la muerte, consumación de su vida como encuentro definitivo con el Señor; y se abandona a Dios, Dueño de la Historia, sabiendo que Él transfigurará toda su vida pasada, reparará sus faltas, colmará sus omisiones. Tiempo del retiro, tiempo de la esperanza, tiempo del nuevo descubrimiento del primado de la contemplación.

Concluyendo: la celebración de las Témporas podrían hallar su lugar si se convirtieran en uno, dos o tres días de retiro espiritual en el que la oración y cada uno de los temas que el misal propone, apoyándose en la tradición de las antiguas Cuatro Témporas se desarrollaran y se vivieran interior e íntimamente: *a)* Acción de gracias; *b)* celebración penitencial; *c)* petición por las actividades humanas. Y todo ello vivido en el tiempo que hay que santificar tal como se ha expuesto extensamente más arriba.

LUIS M. PÉREZ SUÁREZ, OSB

Bibliografía

ABAD IBAÑEZ, J. A. - GARRIDO BONAÑO, M., *Iniciación a la liturgia de la Iglesia* (Madrid 1988) 799-800.

COFFY, R., en *Asambleas del Señor: catequesis de los domingos y fiestas.* LXXII: *Cuatro temporas...* (Madrid 1966).

PASCHER, J., «Las témporas de otoño», en ID., *El año litúrgico* (Madrid 1965) 340-349.

TAMPERE, P B., en *Asambleas del Señor: catequesis de los domingos y fiestas.* LXXII: *Cuatro témporas...* (Madrid 1966) 89-103.

SAN FROILÁN

Obispo († 905)

San Froilán fue uno de los hombres que forjaron la España medieval en las difíciles horas del siglo IX. Dos grandes tareas

se imponían a los hombres de aquella época para librarse del angustioso aniquilamiento que les amenazaba: la reconquista del suelo patrio de manos de los árabes y la inmensa obra de colonización que a la Reconquista seguía. Era preciso entonces hacerlo todo. Al recobrarse la yerma y asolada geografía hispánica había que imprimir sobre ella, como sobre tabla rasa, el espíritu, el carácter, la cultura y la pasión de la España cristiana, que renacía con sello nuevo tras los montes cántabros. La acción fecunda de Froilán, su vida y su espíritu, lleno de afanes de superación, quedaron tejidos en la trama de la historia de aquella España.

¿Quién era San Froilán y cuál fue la trayectoria de su vida?

Por fortuna, se conserva una corta biografía del ortodoxo varón Froilán, obispo legionense, copiada en elegante minúscula visigótica por el diácono Juan, contemporáneo suyo. Esa copia es del año 920, quince años después de la muerte del santo obispo (905). Ignoramos quién fue su autor. A pesar de su estilo lacónico y de sus adherencias legendarias, podemos reconstruir los rasgos fundamentales de su vida y carácter.

Nace el año 833 en los arrabales de Lugo. Allí recibe durante sus primeros años la enseñanza que los concilios exigían a los candidatos para el sacerdocio. Al llegar a los dieciocho años su vida interior entró en crisis. Dudó entre la vida retirada del desierto o la actividad apostólica. El futuro fundador de cenobios y gran predicador de muchedumbres opta por la soledad de los montes. Los espíritus superiores toman personalmente la iniciativa de su vida y Froilán quiso consagrarla totalmente a la familiaridad íntima con Dios. Buscaba a Dios en aquellos montes y lo encontraba en todas las criaturas, que le hablaban de una belleza arcana y superior. Él podía cantar dulcemente aquellos versos de Berceo:

> Yaciendo a la sombra perdí todos cuidados;
> odí sones de aves dulces e modulados.
> Nunca udieron omnes órganos más temprados,
> nin que formar pudiesen sones más acordados.

Mientras él gozaba de los encantos de la soledad estallaba en la España musulmana una violenta persecución contra los cristianos. El año 850 comenzó a florecer de nuevo con el rito

solemne de la sangre el martirologio cordobés. Rosas purpúreas de esta larga primavera martirial fueron, entre otros, el sacerdote Perfecto, degollado el día de la Pascua mora; el erudito monje Isaac, decapitado y colgado de un palo; el joven Sancho, crucificado; las dos vírgenes Columba y Pomposa, y el más famoso de todos, el bienaventurado Eulogio, «aquel hacedor anhelante de mártires», cuya cabeza cortó el alfanje de un solo golpe, a las tres de la tarde del sábado 11 de marzo del año 859.

Tal vez la voz poderosa de esta sangre inocente retumbó entre los montes donde Froilán se escondía y le empujó a organizar una cruzada. Tal vez en el diálogo familiar con Dios sintió la invitación a la vida activa. Nos cuenta su biógrafo, con la ingenuidad de nuestros cantares de gesta y, sin duda, imitando los inicios de la predicación de Isaías, que al joven eremita le acuciaba la duda de si debía permanecer por más tiempo en aquellas soledades. Para liberarse de ella se sometió a la prueba del fuego. Si Dios suspendía las leyes, era señal evidente de su voluntad divina. Froilán introdujo unas brasas encendidas en su boca. El fuego no le causó la más mínima quemadura. Dios había hablado. De los montes se lanzó a los poblados a propagar entre los hombres otro fuego que le ardía dentro. Su vida nos dice escuetamente que recorría las ciudades predicando sin cesar la palabra divina con gran aplauso de todos.

En sus triunfos pastorales sentía irresistiblemente el atractivo de la soledad para reponer sus energías. Acompañado del sacerdote Atilano torna a su retiro. Ambos se escondieron en los montes de Curueño (León). Pero los pueblos en masa le seguían a su celda solitaria. Con las muchedumbres iban magnates y obispos que anhelaban oír su palabra. Entre sus oyentes se despertaron numerosos seguidores cautivados por sus ejemplos. Ante los ruegos insistentes se ve forzado a bajar a la ciudad de Veseo. Allí erige su primer monasterio, que llenará pronto con 300 monjes. Es el comienzo de una nueva etapa: fundador de cenobios. Su fama salta los montes de León y llega a oídos de Alfonso III en Oviedo. El rey le envía mensajeros ordenándole venir a su corte. Honda impresión causó en Alfonso la presencia de aquel monje. Se fija en él para la gigantesca obra de repoblación que había comenzado su padre,

Ordoño I. Las fronteras del reino asturleonés llegaban por el sur hasta la línea del Duero. De Castilla se podía decir lo del poeta: «Harto era Castilla menguado rincón i cuando Amaya era corte, Hitero el moyón». Zamora, Toro y Simancas eran fortalezas que espiaban posibles asaltos árabes al reino cristiano. Las zonas fronterizas a ambos lados del río estaban despobladas y devastadas por los reyes asturianos. Lo exigía así la táctica militar. Pero había que ir empujando la frontera más abajo. Para eso, en la zona norte del Duero era necesario levantar los poblados destruidos y poner en explotación las tierras abandonadas. Ninguna fuerza más cohesiva para dar vida a estas preocupaciones regias que la acción colonizadora de los monasterios. Esto lo comprendió cabalmente Alfonso III y concedió al santo amplias facultades para visitar todos sus dominios y levantar cenobios a cuyo amparo se acogiesen los nuevos poblados. Estas agrupaciones humanas, así formadas, constituían una unidad política cuyo jefe era el abad, y sus agentes y maestros los monjes, que enseñaban las artes de la paz e infundían el espíritu de cruzada en la guerra de reconquista. Froilán puso en juego de nuevo su capacidad de iniciativa y se dio a recorrer las tierras del reino alfonsino. Su beligerante actitud le llevó a fundar dos grandes monasterios cerca de la frontera, a pocos kilómetros de Zamora. El primero fue el de San Salvador de Tábara. En él se congregaron 600 monjes de ambos sexos. Era uno de esos monasterios llamados dúplices, donde las monjas, aunque rigurosamente separadas, tenían la ventaja de la asistencia sacerdotal y de la defensa en caso de invasión.

Fue éste, en el siglo X, uno de los más famosos monasterios por el arte refinado de su escritorio. La pesadumbre del tiempo, insensible a los afanes del hombre, no nos ha permitido ver en su realidad de piedra la arquitectura de esta fundación. Pero, afortunadamente, un códice de su escritorio nos la conserva parcialmente. En el último folio aparece la torre del monasterio, «alta y lapídea», de sillería policroma, con ventanales de arcos de herradura. Sobre el tejado, dos airosas torrecillas con sendas campanas. A los lados de los últimos ventanales, dos balcones voladizos se asoman al horizonte. Tres hombres suben a la torre por unas escaleras de mano y otro hace sonar las campanas

tirando de una cuerda. Adosado a la torre está el escritorio. Un pergaminero aparece sentado en un taburete cortando el pergamino con grandes tijeras. En un aposento inmediato están el monje Senior, copista, y Emeterio, escriba y pintor, discípulo predilecto de Magio. Fue Magio la gloria cultural más notable del monasterio tabarense. Contemporáneo en su niñez de Froilán, elevó a alturas maravillosas el arte de la miniatura, ese arte «casto, espiritual y apacible a los ojos, y que mueve el ánima a altas consideraciones». Son todos los datos que poseemos de esta espléndida fundación. Del segundo monasterio tenemos aún menos noticias. Según el citado biógrafo, lo levantó en un emplazamiento alto y ameno junto a las aguas del Esla, al parecer cerca de Moreruela (Zamora). Sólo una frase añade a este laconismo: «Se reunieron allí 200 monjes consagrados a la ascesis de la vida regular».

Aquellos cronistas medievales, avaros del tiempo, no nos cuentan nada de los métodos de dirección espiritual del santo cenobiarca ni del ambiente de perfección que, sin duda, reinaba en estos monasterios. Pero se siente palpitar en estas breves páginas biográficas la dinámica incontenible de Froilán, su temperamento emprendedor, su espíritu sobrenatural lleno de ardorosa elocuencia, su recia personalidad de caudillo espiritual. Esa era la fama que corría de pueblo en pueblo y de comarca en comarca y que cada día ganaba más admiradores. Por eso no es extraño que, al quedar vacante la sede de León, se alzase unánime la voz del clero y del pueblo, reclamando por obispo al abad Froilán. El rey, que no había logrado convencerle para que aceptase el oficio pastoral, se alegró sobremanera. Vencida su resistencia, fue consagrado obispo de León el día de Pentecostés, 19 de mayo del 900. Ese mismo día recibía también la consagración episcopal para la sede de Zamora su inseparable y santo amigo Atilano. Estas dos lumbreras, dice emocionado el autor anónimo, puestas sobre el candelero, iluminaron con la claridad de su luz eterna todos los confines de España.

La Iglesia de León, que estaba dedicada, según una donación de la época, «a los señores, santos, gloriosos y, después de Dios, fortísimos patronos Santa María Virgen, Reina celeste, y San Cipriano, obispo y mártir», recibía ahora clamorosamente

por obispo al que había de ser su patrono hasta el día de hoy. Sólo la gobernó cinco años, pero el heroísmo de sus virtudes y el triunfo de su santidad la aureolaron para siempre.

QUINTIN ALDEA VAQUERO, SI

Bibliografía

Acta sanctorum Octobris, III, p 228-235
FLOREZ, E , *España sagrada,* XXXIV *Vita,* p 422 425, 159-203
GONZALEZ FERNANDEZ, J , *San Froilan de Leon* (Leon 1946)
LOPEZ PELAEZ, A , *San Froilan de Lugo (siglo IX)* (Madrid 1910)
— *Vida postuma de un santo (El culto de San Froilan)* (Madrid 1911)
• Actualizacion
PRADO REYERO, J DF, *Siguiendo las huellas de San Froilan* (Salamanca 1994)
— *Santoral leones* (Leon 1991)
XIZ RAMIL, X , *San Froilan* (Santiago de Compostela 1999)

SAN ATILANO

Obispo († 919)

Del que fue grandioso monasterio de Santa María de Moreruela, en Zamora, enriquecido con privilegios de Alfonso VII, Fernando II y aun de sumos pontífices, como Alejandro III; de aquella ilustre abadía junto al Esla caudaloso; de todo aquello que en el siglo XII fue cuna de la Orden del Císter en España, hoy no queda sino desolación y ruina. Aún están en pie algunos paredones del templo gigantesco y la sala capitular. La iglesia, de tres naves, conserva casi intacta la girola, la capilla mayor con su ábside, siete absidiolas y dos aún menores a los costados del crucero.

Esto, y poco más, es cuanto queda de aquel monumento insigne, en el que quizá se inspiró el arquitecto de la bellísima catedral leonesa.

El monasterio de Moreruela está íntimamente ligado a las vidas de San Atilano y San Froilan, prior y abad de aquella fundación de Alfonso III para consolidar la línea defensiva del Esla y del Duero contra los árabes. Las ruinas actuales, dignas de mejor trato, son recuerdo, aunque triste, de la primitiva fundación de los dos santos, al lado opuesto tal vez del mismo río.

De la vida de San Atilano existen muy pocos datos, y algunos improbables; pero los que son ciertos bastan para destacar

la personalidad eminente de uno de los grandes obispos españoles de los años difíciles de nuestra Reconquista.

Había nacido en Tarazona de Aragón, hacia el año 850, y, al parecer, de noble familia. Joven de quince años hace ya vida religiosa en un monasterio benedictino cercano a Tarazona. Es posible que viviese después algunos años en Sahagún, si es cierto que Ambrosio de Morales vio allí un códice de San Ildefonso de Toledo que fue copiado por «Atilano, monje de Domnos Santos (por San Facundo y San Primitivo) y después obispo de Zamora».

Desde Tarazona, en la Villa de los Fayos, o desde Sahagún, el joven mozárabe busca un guía experimentado para su vida de perfección. Él, inexperto, amante de las virtudes y de la ciencia, ha sido ordenado sacerdote y, dedicado a la predicación hasta entonces, desea retirarse a un lugar solitario para hacer oración y penitencia.

Son tiempos difíciles aquellos para la vida anacorética. En la segunda mitad del siglo IX es muy peligroso aquel género de vida, y especialmente para un joven. Odilón de Samos, por mandato de Ordoño I, inspeccionó la vida eremítica en Galicia y demostró la existencia de «muchos monjes sanguimistos, latrones, réfugas, mágicos». No eran pocos los anacoretas que, aparentando religión, cometían toda clase de crímenes y supercherías, eran viciosos, y frecuentemente hasta vulgares espias al servicio del mejor postor, fuera cristiano o fuera moro.

San Atilano acierta en su elección, y, con la bendición de los superiores, busca a un monje que, en expresión de su coetáneo y biógrafo Juan Diácono, «recorría las ciudades, predicando la palabra de Dios; se retiraba a lugares inaccesibles [...]; huía de los favores y alabanzas humanas [...] para hacer vida retirada». El monje solitario se llamaba Froilán, había nacido en Lugo y no era sacerdote. San Atilano no duda en ponerse bajo su cuidado y dirección, viviendo con él en la montaña leonesa. Juntos seguirán ya muchos años, hasta ser elevados en el mismo día a la dignidad episcopal.

Buscaron un lugar solitario para entregarse a la penitencia y a la oración. En el monte que el hagiógrafo contemporáneo llama «Cucurrino», y actualmente se denomina Curueño, cerca de

Valdorria, en la zona norteña de León, ambos santos hallaron el sitio ideal para sus ansias de soledad, que vieron muy poco tiempo satisfechas.

Se extendió pronto el rumor de su vida por toda la comarca. Hombres y mujeres de todas las clases sociales llegaban hasta ellos para escuchar la palabra divina. Los cortesanos que acompañaban al rey cuando estaba en León no se desdeñaban de acercarse a los dos anacoretas del Curueño. Su fama fue el peor enemigo de sus anhelos de retiro y soledad. Ante la piadosa insistencia del pueblo tuvieron que levantar un monasterio en el lugar de Veseo, que posiblemente estaba situado al norte de La Vecilla, y que hoy es solamente un recuerdo, aunque fue tan famoso cenobio que llegó a contar en la época de nuestro santo hasta trescientos monjes, que seguirían quizá la regla monacal de San Fructuoso o de San Isidoro. Número es éste de religiosos que prueba la fama de virtud de San Froilán y San Atilano, fama que llegó a toda España, y, aunque tarde, a la corte de Oviedo, al mismo rey Alfonso III el Magno, que no dudó un momento en colmar de honores al abad Froilán, a quien facultó para construir monasterios en su reino.

Cerca de Zamora o de Benavente, en batalla de cronología dudosa (hacia el año 878), que se denomina de Polvoraria o de Polvorosa, Almondhir, jefe árabe, sufre una fuerte derrota, que nos ha sido recordada en la carta de fundación del monasterio de San Bernardo de Benavente. La línea del Duero quedaba así fortificada, y la Tierra de Campos asegurada contra los moros. Zamora empieza a ser reedificada y repoblada. Es entonces cuando San Froilán y San Atilano fundan el monasterio doble de Tábara, no lejos de Zamora, donde se reunieron hasta seiscientos religiosos, hombres y mujeres, que, en separación completa, estaban sometidos a una severa disciplina.

Era labor colonizadora y cultural, además de religiosa la de ambos santos. En Tábara (su torre es famosa) trabajarían calígrafos y copistas destacados, como Maio y Emeterio. Los campos se roturan y se pueblan, al abrigo del monasterio. Acaso entonces fundaran ambos también varios pequeños cenobios en las riberas del Esla, antes o después de la nueva fundación o restauración de Moreruela, aquel gran monasterio que, cons-

truido en lugar alto y ameno, iba a ser, con sus doscientos monjes, gloria del abad San Froilán y de San Atilano, prior de tan numerosa comunidad.

El pueblo de nuevo pide al rey que eleve aún a más alta dignidad a los dos, siempre unidos en su vida apostólica. Venciendo su humildad, son consagrados obispos en el mismo día de Pentecostés del año 900: el abad será obispo de León y el prior será obispo de la ciudad recientementete repoblada de Zamora. Dos luceros (dice el biógrafo) sobre el candelero, que alumbrarían a España predicando la palabra divina. Con el honor creció la santidad, y recibieron del cielo doble gracia para instruir y enseñar a los fieles de todos los estados: monjes, clérigos y laicos.

Los años del episcopado de San Atilano son oscuros y ciertamente difíciles, en continua repoblación de su sede episcopal y de su diócesis. En julio del 901 Ahmed ben Moaviah (Abul Cassim) pretende destruir la ciudad de Zamora. Alfonso III acude en su socorro y provoca aquella gran derrota de los árabes que ha pasado a la historia con el nombre de «Día de Zamora».

La leyenda ha rodeado, como a casi todos los santos medievales, la figura de San Atilano. Después de afirmar que en su consagración episcopal se hizo visible el Espíritu Santo en forma de paloma, y que, huyendo de los árabes, a su paso se hundió el viejo puente romano sobre el Duero, pereciendo sus perseguidores, ha hecho extraordinariamente popular el sencillo anillo que veneran todos los años los zamoranos en la parroquia arciprestal.

Es vieja tradición que San Atilano peregrinó a Jerusalén, en penitencia por algunos pecados de su juventud. Cruzando el puente, arrojó su anillo episcopal al Duero, con la esperanza de recuperarlo algún día como prenda segura del perdón obtenido. A los dos años, inspirado por Dios, vuelve de incógnito a Zamora y recibe hospedaje muy cerca, en la ermita de San Vicente de Cornu. Preparando su comida, abre un pez recibido de limosna y dentro encuentra su anillo. Las campanas de la ciudad repicaron solas, y ante los zamoranos que acudieron a recibirle jubilosos, avisados por tal prodigio, apareció revestido milagrosamente con los ornamentos episcopales.

Rigió algunos años más su obispado y descansó en la paz del Señor hacia el año 919, el día 5 de octubre.

Sus reliquias, defendidas largos siglos, son muy veneradas en la parroquia arciprestal de San Pedro y San Ildefonso, de Zamora, que lo declaró patrono de su diócesis, de la que fue restaurador ilustre, o acaso fundador, y el único santo de su glorioso episcopologio.

En Milán y en una de las primeras declaraciones de santidad heroica hechas por un Papa, fue canonizado, junto con el mártir San Herlembardo, por Urbano II.

La vida penitente de San Froilán y de San Atilano como eremitas, su labor cultural y colonizadora, su celo pastoral, su espíritu de fundadores, y todas las virtudes de que estuvieron adornados hicieron decir al gran cardenal Baronio que, «por ser dignos de los honores debidos a los santos, estaban justamente inscritos en su catálogo».

MANUEL ALONSO HERNÁNDEZ

Bibliografía

Acta sanctorum. Octobris, III, p.235-245.
FLOREZ, E., *España sagrada,* XIV: *Vita,* p.244-346; 408-410.
GONZALEZ FERNANDEZ, J., *San Froilán de León* (León 1946).
LAMERT, A., «Attilan», en A. BAUDRILLAT - R. AUBERT (dir.), *Dictionnaire d'histoire et de géographie ecclesiastique,* V: *Athéisme-Azzon* (París 1931) cols.169-170.
Vida de San Ildefonso y de San Atilano (inédita), en el Archivo Arciprestal de Zamora, n.43.
• Actualización:
BECARES BOTAS, V., *Los patronos de Zamora San Ildefonso y San Atilano* (Zamora 1990).

BEATO RAIMUNDO DE CAPUA

Presbítero († 1399)

El 15 de mayo de 1899 el papa León XIII aprobaba, con el título de Beato, el culto que durante cinco siglos se había venido tributando a Raimundo de Capua, confesor y director de Santa Catalina de Siena.

Era el refrendo con que la Iglesia avalaba la veneración de que venía rodeada su memoria desde el día de su muerte y la

fama de santidad de que justamente gozaba fuera y dentro de la Orden, de la que fue durante diecinueve años maestro general.

Nació en Capua hacia el 1330, de la noble familia Delle Vigne. Joven todavía entra en la Orden de Santo Domingo y hace sus estudios en las Universidades de Bolonia y Nápoles. Recién terminados éstos, dirige espiritualmente por espacio de más de tres años a las monjas dominicas del monasterio de Santa Inés de Montepulciano.

Después de un tiempo de prior del convento de Santa María de la Minerva, de Roma, es destinado a Siena hacia el 1374 con el cargo de maestro de Sagrada Escritura y regente de estudios de aquel floreciente convento dominicano. Es ésta la época de sus primeros contactos con la humilde terciaria Catalina Benincasa, quince años más joven que él y cuya fama llenaba el convento y rebasaba ya los muros de la ciudad de Siena.

El capítulo general de la Orden de Predicadores, celebrado en Florencia este mismo año, que examinó y aprobó el espíritu y modo de vida de Santa Catalina, confió su dirección espiritual a Raimundo. Su experiencia y ponderación en la dirección de las almas y su sólida preparación científica eran para los superiores garantía suficiente en el caso extraordinario de aquella *mantellata,* asidua feligresa de la iglesia de Santo Domingo.

Desde este tiempo ya no puede considerarse la vida del Beato Raimundo independientemente de Santa Catalina. Ella le llamará «el padre de mi alma, que me ha dado la dulce Madre María», y el Beato Raimundo de Capua confiesa, con ejemplar humildad y reiteración, haber encontrado en Catalina el acicate más eficaz hacia la santidad y el más constante ejemplo de vida virtuosa.

Por dicha nuestra, al escribir Raimundo de Capua, con minuciosa escrupulosidad de cronista, la extensa biografía de su santa dirigida, no pudo hacerlo sin trazar su propio perfil espiritual y hasta psicológico.

¡Qué revelador resulta, por ejemplo, que Raimundo de Capua, preocupado por la naturaleza de los fenómenos extraordinarios y de la misma virtud de Catalina, pusiera como prueba el que la santa le consiguiera de Dios una contrición de los propios pecados mucho mayor de la que hasta entonces había tenido!

Él mismo lo cuenta con un acento de sincera autenticidad difícilmente superable:

> «Tuve una visión de mis pecados con una claridad sorprendente [...], que me puse a derramar sobre mis pecados torrentes de lágrimas; mi dolor era tan profundo que me pareció que me iba a morir.»

Fue Raimundo de Capua infatigable en su celo, no sólo cuando trabajaba junto a Santa Catalina en el tiempo de la peste de Siena, en sus estancias en Pisa, Montepulciano, Aviñón, o en la gran misión que transformó espiritualmente la Val d'Orcia, sino cuando estaba, por su fidelidad inconmovible a la Santa Sede, por su prudencia y ascendiente extraordinarios, al servicio directo de los pontífices Gregorio XI, Urbano VI, Bonifacio IX. Urbano VI le llamaba a menudo, y con ternura agradecida, «su cabeza, sus ojos, su boca, su lengua, sus manos, sus pies».

Hijo humilde de la Iglesia, renunció reiteradamente los honrosísimos cargos y dignidades con que pretendían distinguirle los papas. Vivió entregado, a costa de grandes sacrificios y enormes peligros, a la causa de una verdadera reforma en el seno de la Iglesia misma.

Cuando los piratas que infestaban el Mediterráneo le detuvieron en Ventimiglia, truncando el viaje impuesto por Urbano VI para influir sobre el ánimo del emperador Carlos V de Francia en orden a la aceptación del verdadero papa, Raimundo de Capua dio gracias a Dios por haber escapado providencialmente de la muerte. Santa Catalina creyó más bien que había sido poco valiente y que, por desdicha suya, Dios no le había encontrado digno todavía de un martirio que habría sido mucho más valioso que su vida para la causa de la Iglesia. En realidad, ambos reflejaban un matiz distinto de la santidad: el que correspondía al carácter y a la misión propios en el Cuerpo místico de Cristo.

El ardor y la tenacidad de Raimundo tuvieron magnífica ocasión de ponerse a prueba cuando se trató de llevar a cabo junto a los pontífices, y como general de la Orden —al poco de morir Santa Catalina—, el programa de reforma que la misma santa había inspirado y alentado constantemente.

El Beato Raimundo lo empezó en la propia Orden, con los frailes considerados más o menos directamente discípulos de Santa Catalina primero, y extendiéndola después —en viajes agotadores— a varios conventos de Italia, España, Alemania e Inglaterra. Su tacto y sabiduría sobrenaturales en el gobierno evitaron que se produjera en la Orden de Predicadores la escisión entre observantes y claustrales en que iban desembocando los movimientos reformistas de otras familias religiosas. Con entera justicia se le ha tributado en la historia el título de segundo fundador de la Orden de Santo Domingo.

Los sufrimientos incontables que su pertinaz lucha por la reforma le proporcionaron fueron su martirio, Dios sabe si más fecundo o no que el que le querían proporcionar los piratas a sueldo de los partidarios del antipapa, en aguas del Mediterráneo. A los cincuenta y un años de vida religiosa y sesenta y nueve de edad voló al cielo en el convento observante de Nuremberg, el 5 de octubre de 1399. Allí reposó su cuerpo hasta que, para evitar su profanación por parte de los luteranos, fue trasladado a Nápoles, a la iglesia de Santo Domingo Mayor, en la que actualmente se venera.

ÁNGEL MORTA FIGULFS

Bibliografía

CAPECELATRO, A., *Storia di Santa Caterina de Siena e del papato del suo tempo* (Florencia [3]1863).

CORMIER, H. M., *Raymundi Capuani opuscula et litterae* (Roma 1895); trad. española: *El Beato Raimundo de Capua* (Sevilla 1900).

D'URSO, G., «Il B. Raimondo da Capua», en RAIMUNDO DE CAPUA (Bto.), *Legenda maior,* ed. de G. TINAGLI (Siena [2]1952) 7-21; nueva ed. 1994.

LECLERCQ, J., *Santa Catalina de Siena* (Madrid 1955) 223-246.

MORTIER, A., *Historie des maîtres généraux de l'Ordre des Frères Prêcheurs,* III (París 1905) 491-686.

RAIMUNDO DE CAPUA (Bto.), *Vita Sanctae Catherinae de Senis* (Colonia 1553).

• Actualización:

FORCADA, V., *Beato Raimundo de Capua. Maestro general y reformador* (Madrid 2003).

BEATA ANA SCHÄFFER

Virgen († 1925)

Pocos casos como el de esta laica alemana han suscitado tan amplio consenso y tan gran resonancia sobre su vida de santidad. No sólo es conocida y venerada en su Baviera natal y en los países de lengua alemana, sino en un buen número de Estados europeos, en América del Norte y del Sur, en África e incluso en Australia.

La vida de Ana Schäffer, sencilla y breve, puede dividirse en dos etapas principales. La primera transcurrió en su casa y sirviendo a algunas familias; la segunda, enferma en cama con terribles dolores, acompañada de su madre y querida por todos, en su pueblo natal.

Ana Schäffer nació el 18 de febrero de 1882, en la pequeña localidad de Mindelstetten, diócesis de Ratisbona, distrito de Riedenburg, provincia del Palatinado Superior, en el entonces reino de Baviera, al sur de Alemania. Su pueblo estaba enclavado en el típico paisaje bávaro: un valle de colinas en la cuenca del Danubio, rodeado de bosques e incluso selva. Mirando desde los altiplanos que lo rodean, podían verse las casas, bastante confortables, agrupadas en torno a la parroquia. Allí fue bautizada el mismo día de nacer por el párroco don Benno Steiger. Fue su madrina, de la que recibió el nombre, Ana Schäffer, mujer del guardabosque del príncipe Sarching y cuñada del padre de Ana.

Ana era hija del carpintero Miguel Schäffer y de la campesina Teresa Forster, que habían contraído matrimonio en 1879. El padre era también aficionado a la música, lo cual le procuraba algunos ingresos complementarios. En 1880 habían adquirido una casa y había instalado en ella su carpintería. Parece que Miguel, buen trabajador, era algo aficionado a la bebida, lo cual traía consigo algunos disgustos familiares. La madre era tranquila, silenciosa, profundamente cristiana, de gran piedad, laboriosa, diligente, seria, llena de solicitud por los suyos y buena educadora de sus hijos. Ana la amó siempre entrañablemente.

El ambiente familiar era muy humilde pero digno y gozaban de buena fama en Mindelstetten. Vivían casi en la pobreza, pero con admirable espíritu religioso, alimentado por el no común

sentido de piedad que caracterizaba a la madre y que quedó indefectiblemente impreso en Ana, persona muy sensible y receptiva de los verdaderos valores de la vida.

Ana fue la tercera de seis hijos. Sus padres tuvieron también otros dos, que murieron al poco de nacer. De sus dos hermanos mayores, Leopoldo murió el 24 de septiembre de 1914, al comienzo de la I Guerra Mundial, y Miguel heredó la casa paterna. De los tres menores que ella, Juan también fue gravemente herido en la guerra; Catalina, casada con el señor Veith, fue modista y la última, Crescencia, casó con Ruffer. Todos ellos eran buenas personas.

Se sabe poco de la infancia de Ana. Parece que era una joven tranquila, sobria, serena, inclinada a portarse bien en cualquier situación, especialmente en la escuela, donde resultó una alumna muy diligente. Salía poco y solía rezar en una de las habitaciones de su casa. A pesar de que era alta y robusta, resultaba una niña tímida y pasaba desapercibida.

En mayo de 1888 comenzó sus estudios primarios en la escuela elemental del pueblo. Superó brillantemente todo el ciclo, que duraba siete años, concluyendo el 22 de abril de 1895 con los exámenes de licenciatura elemental, en los que obtuvo la máxima calificación en todas las materias. A pesar de las carencias derivadas de la pobreza de la familia, demostró ser una de las mejores alumnas.

Estando todavía en la escuela, cuando tenía 11 años, el 12 de abril de 1893 recibió la primera comunión. Parece que ya entonces se ofreció completamente al Señor: «Yo quiero, Jesús —escribió—, ofrecerte la expiación y, si tú lo quieres, ¡déjame ser una víctima de expiación! Haz conmigo lo que tú quieras». Al año siguiente, el 16 de julio de 1894, con doce de edad, fue confirmada, junto con su hermana Crescencia, por el obispo de Ratisbona mons. Ignacio Senestréy. Para entonces, aún siendo tan joven, Ana Schäffer había orientado ya su vida en una dirección bien precisa: en 1892, con sólo 10 años, había hecho voto privado de castidad.

En 1895, cuando contaba 13 años de edad, Ana dejó su familia para ir a trabajar como empleada doméstica. Parece que esta decisión la tomó ella misma, porque quería ganarse la dote

para que la recibieran en un Instituto religioso: su intención era ser monja misionera. Su primer trabajo fue en Ratisbona, al servicio de la doctora Antonia Eickermann, médica homeópata. Debía atender la casa y a la consulta de los enfermos, y la trataban con gran severidad, tanta que ni siquiera podía ir a verla su hermano, que también vivía en Ratisbona. Su única consolación era que todos los días, de madrugada, podía asistir a la santa misa en una capillita muy cerca de la casa.

Sólo permaneció un año en este trabajo. Fue llamada a casa porque el padre estaba gravísimo y, en efecto, murió el 25 de enero de 1896, a la edad de 40 años, dejando a su mujer y a sus hijos en un estado de extrema pobreza.

Ayudada por el párroco de Mindelstetten, don Carlo Rieger, Ana fue a servir a diversos lugares, pero siempre durante poco tiempo. Estuvo primero con una familia de Ratisbona, luego en Landshut con el juez Cornelio, después en casa del administrador del castillo de Sandersdorf hasta el verano de 1898 y, finalmente, con la familia del señor Kirschbaum, inspector forestal bávaro en Stammham.

Tres años antes de sufrir un gravísimo accidente que la dejó inválida para siempre, estando en Landshut, Ana tuvo un *sueño* que le anunció cuanto había de sucederle. Lo narraba ella de este modo:

> «En el mes de junio de 1898 he tenido un sueño muy extraño. Lo llamo sueño porque no sé expresarme de otro modo. No me había acostado todavía y la luna entraba en mi habitación iluminándola bastante. Rezaba mi oración de la noche y eran cerca de las 10. Apenas había concluido la oración, de repente todo se quedó oscuro en torno a mí y tuve mucho miedo.
>
> De repente todo se puso claro como por un relámpago y ante mí había una persona. Esta persona tenía un vestido azul y un manto rojo encima, como los apóstoles, o como las imágenes que yo había visto de Jesús, el Buen Pastor. Tenía en las manos un rosario. Habló del rosario y dijo que antes de cumplir los veinte años, y después, yo sufriría mucho, mucho. Aquella figura hablaba de que yo sufriría mucho y durante muchos años [...]. Yo tenía entonces 16 años».

El gran cambio en la tranquila vida de Ana tuvo lugar el 4 de febrero de 1901. Tenía 19 años y estaba al servicio del inspector forestal de Stammham. Aquel día, mientras lavaba la

ropa con una compañera de servicio, Wally Kreuzer, le sucedió el accidente que le hirió irreparablemente las piernas: subió a un muro bajo al borde de la caldera donde hervía el agua con lejía para el lavado con el fin de colocar bien el tubo que alimentaba el calor cuando, por tener nieve en los zuecos, resbaló, perdió el equilibrio y cayó dentro de la caldera. Su compañera, aterrorizada, en vez de ayudarla inmediatamente, corrió en busca de ayuda. Cuando llegó con un cochero, Ana tenía las piernas quemadas hasta la rodilla. Ninguna cura pudo librarla de sus horribles heridas.

La llevaron primero en carreta al hospital de Kösching, el más cercano, a unos siete kilómetros. Allí pasó semanas tremendas de fortísimos dolores, con frecuente peligro de muerte y sin ninguna mejoría. A los tres meses concluyó la ayuda del seguro médico y la llevaron a Mindelstetten con su madre, que no podía pagar los gastos del hospital. El 3 de mayo de 1901 comenzó a ocuparse de ella el doctor Wäldin de Pförring, médico local. Intentó curarle las heridas de varias formas: incisiones, cauterizaciones, raspados, transplantes cutáneos y pomadas. A pesar de las anestesias que, cuando podía, le aplicaba, Ana sufrió tremendos dolores.

Después de otros tres meses de martirio, por influencia de su médico una institución para inválidos aceptó ocuparse de Ana y en diciembre de 1901 la internaron en la clínica universitaria de Erlangen, cerca de Nuremberg, que gozaba de excelente fama en el mundo de la medicina. Permaneció allí hasta mayo de 1902, sufriendo también horriblemente por las curas que le realizaban y sin lograr mejoría alguna.

Volvió de nuevo a su casa de Mindelstetten y, al saberlo sus antiguos señores de Stammham, decidieron llevarla con ellos para ofrecerle su ayuda. Pudo asumir algún pequeño trabajo en la cocina, pero fue un intento inviable, que pronto tuvo que ser interrumpido.

Regresó nuevamente con la madre, postrándose en cama para no levantarse ya. Pero se daba la circunstancia de que la casa familiar había sido cedida por la madre a su hijo Miguel que, igual que el padre, era carpintero, y había dejado para ella solamente una habitación muy pequeña. En ella tuvieron que

colocarse la madre y la hija. Además, pronto comenzaron las dificultades, porque el poco dinero que tenía la madre, o que habría ahorrado Ana, se les fue acabando. Crescencia y Catalina, que trabajaban en el servicio doméstico, ayudaban cuanto les era posible, pero la situación era muy precaria, porque la asistencia a Ana, aunque el médico cobrara muy poco, para ellas era demasiado.

Este período se extendió desde mayo de 1902 hasta finales de 1904 o comienzos de 1905. Ana estuvo muy ayudada por el párroco don Carlo Rieger: todos los días le llevaba la comunión, le facilitaba alimentos y consiguió que tuviera una pequeña pensión. A Ana le preocupaba mucho no poder valerse por sí misma, pero poco a poco comenzó a hacer algún trabajo de costura junto con su hermana Catalina, con lo que podían ir pagando, aunque fuera en pequeñas cantidades, las deudas contraídas con el médico.

Como tenían problemas con el hermano Miguel, algo aficionado a la bebida y, además, el espacio de que disponían la madre y Ana era insuficiente para ambas, alquilaron una habitación más amplia en el mismo pueblo, en la casa de los Forchhammer.

Los veinte años que van desde 1905 hasta su muerte continuaron siendo de grandes sufrimientos para Ana Schäffer. Quien más la atendió fue el Dr. Wäldin, que le realizó más de treinta intervenciones quirúrgicas, muchas de ellas, injertos fallidos. También la visitó el médico del distrito de Riedenburg, pero pudo hacer muy poco. Al fin, viendo que ni con pomadas, aguas, o transplantes conseguían curarle las heridas, decidieron vendarle las piernas con gasas estériles impregnadas en una medicina, cura que en adelante le realizaban cada semana, hasta su muerte en 1925. Esto le procuró algún alivio, pero no la curación.

Ana no podía levantarse de la cama. Con ello, la joven vivaz y vigorosa se fue dando cuenta de que debía prescindir de sus planes de futuro, como era el de hacerse religiosa, y asumir el sufrimiento y la cruz, que se prolongarían durante un cuarto de siglo. No le fue fácil aceptar la situación: intentó curarse, gritó por el dolor como cualquier otra joven. Sólo lentamente, en la

dura escuela del sufrimiento, consiguió reconocer la voluntad de Dios y la aceptó con alegría. Poco a poco llegó a percibir que el amor de Dios la había destinado a asemejarse con Cristo doliente y que podría colaborar así a la salvación de los hombres, a la gloria de Dios y a la propagación de la fe más que con cualquier otro género de vida o de trabajo. A medida que iba asumiendo la situación, aprendió incluso a dar gracias a Dios por los sufrimientos y a pedirle el perfeccionamiento de este género de gracia. Ella quería soportar cada vez mejor sus padecimientos unida a Cristo, como Cristo y por Cristo, para salvar su propia alma, para completar el número de los mártires y para servir de este modo a la realización del Reino de Dios.

Este intensísimo sufrimiento corporal, vivido en unión al de Cristo Redentor, se veía atenuado por las íntimas alegrías espirituales derivadas de su relación mística con el Señor, con la Madre de Dios, con los ángeles y con los santos. Ella misma llegó a confesar:

> «Si alguien me hubiera dejado elegir entre estar completamente sana y poder gozar de todas las alegrías inimaginables, pero sin la Santa comunión; o sufrir día y noche los más agudos dolores, sin poder cerrar los ojos, pero recibir cada día la Santa comunión, yo elegiría esto último, porque todos los sufrimientos terrestres nunca podrían llegar a compensar, a equilibrar, o a sopesar lo que yo habría debido sufrir si hubiera tenido que permanecer sin la Santa comunión. Unida con Jesús estoy siempre feliz. E incluso si los dolores convulsionaran todo mi cuerpo, siento, no obstante esto, tal beatitud en mi corazón que no sería nunca capaz de expresarla».

Los sufrimientos externos y la alegría interior mantenían la balanza en equilibrio. Ningún ser humano hubiera podido soportar durante tanto tiempo solamente el sufrimiento y el dolor. De hecho, para quien sufre unido al Señor, los mismos padecimientos se transforman en un profundísimo gozo interior.

Como afirmaba don Carlo Rieger, párroco de Mindelstetten, que le había llevado la sagrada comunión todos los días y la había ayudado espiritualmente, Ana sufrió con la fuerza de una fe heroica; ofrecía sus terribles dolores por toda la Iglesia y particularmente por los moribundos y por cuantos se habían encomendado a su voluntad de sacrificarse. Para ella, ser un alma inmolada en continuo sacrificio constituía una gran alegría.

En sus *Apuntes* espirituales escribe Ana Schäffer:

> «El Buen Dios aprecia más una sola alma que nosotros conducimos a Él con nuestro sufrimiento, oración, penas, fatigas y sacrificios, que todos los otros servicios que podamos ofrecerle. Cuando ante el Santísimo Sacramento y en la Santa comunión le encomendamos fervorosamente un alma perdida y después rezamos y nos sacrificamos por ella, yo creo que tal alma no se perderá, aunque a veces parezca imposible su conversión. Ésta llegará en el momento oportuno, porque ninguna oración y ningún sacrificio se pierde jamás. El amado Salvador no defraudará nunca por toda la eternidad nuestra confianza en él».

Los años de la I Guerra Mundial trajeron consigo para ella una enorme tarea de reparación y de expiación. Escribía, por ejemplo, el 12 de diciembre de 1914:

> «Personalmente, siempre igual. En total, 32 llagas que se encuentran en estado de fuerte supuración y desde el estallido de la guerra forman todavía más pus. Ofrecemos nuestros sufrimientos también por los pecados cometidos en los campos de batalla y para obtener una bendita hora de la muerte para los soldados moribundos».

La espiritualidad de Ana Schäffer se apoyaba en los sólidos pilares de la devoción al Corazón de Jesús y a la Eucaristía, que vivía intensamente en la comunión frecuente. Lo expresaba de este modo:

> «De día y de noche mis pensamientos se entretienen inseparablemente con Aquel a quien yo amo, y que incluso con frecuencia durante el día y la noche, al recibirlo en la Santa comunión espiritual, toma consigo mi corazón. Y muchas veces después de una hora me doy cuenta de que todavía me encuentro en este pobre mundo».

Ana estuvo siempre con el Señor y deseó ardientemente que todos estuvieran con él. Escribía el 19 de marzo de 1917:

> «Con cuánto gusto quisiera sufrir el martirio sólo por este motivo: que el amado Jesús en el Santísimo Sacramento sea más conocido y amado y que verdaderamente muchas almas se inflamen en el deseo del Bien más sublime. Yo no tengo más deseo en esta tierra que el de ser consumida por las llamas de tu Sacratísimo Corazón. Quisiera estar muerta para el mundo, del todo y completamente».

Ana perteneció siempre al Señor, como lo prueba que, junto a sus atroces sufrimientos físicos, recibiera extraordinarias gra-

cias espirituales. Tuvo, ciertamente, una relación esponsalicia con el Señor, fraguada en el misterio de la cruz. Así, el 4 de octubre de 1910 recibió los estigmas de la pasión de modo muy visible y, aunque poco después obtuvo que se le ocultaran, le permanecía el dolor. El 1 de enero de 1915 celebró su matrimonio místico con Jesús y un año después, el 2 de enero de 1916 se consagraba completamente a él. Más tarde, en 1918 experimentó los dolores de la coronación de espinas y en 1920 comenzaron los éxtasis de la pasión. La clave de la espiritualidad de Ana Schäffer es, sin duda, la maravillosa e indisoluble conjunción entre alegría y cruz, sufrimiento y bienaventuranza, armonía de aparentes contrarios —signo de santidad— que se fue haciendo más sólida, fuerte y madura en la medida en que crecían los sufrimientos y el amor.

Con esta intensísima vida interior, Ana llegó a convertirse en polo de atracción para todos los habitantes de Mindelstetten. Era como una fuente de maravillosos ejemplos de amor que fascinaban a los jóvenes, deseosos sólo de estar cerca de ella. Éstos, en principio, se le acercaban para procurarle algún consuelo y, sin embargo, eran ellos quienes salían confortados después de un encuentro con Ana. Su serenidad, su confianza en Dios, su caridad con los niños, la alegría con que soportaba el dolor, su visión religiosa de la vida, hacían de ella un luminoso testimonio para todos.

En los momentos más tranquilos solía hacer labores de punto, bordado o ganchillo, excepto en los tres últimos años de su vida. También solía escribir notas personales y cartas. Sus días pasaban, junto a su madre, en la amplia habitación alquilada desde una de cuyas ventanas veía la iglesia, acompañada por los niños de la casa, recibiendo visitas de personas que más admiraban que lamentaban sus sufrimientos, trabajando cuando podía y dedicando el mejor tiempo a la oración. Todos los días rezaba el rosario y el ángelus. A pesar de los terribles dolores en las piernas y pies, llenos de heridas purulentas que no se le cerraron nunca, Ana estaba siempre de buen humor y en una actitud tranquila. Muchos acudían a ella en busca de consuelo y todos salían fortalecidos de la visita.

En todo momento recibió notable ayuda del párroco, no sólo espiritual, sino también material. Le enviaba diariamente la

comida y le consiguió una pequeña pensión de invalidez de la mutualidad bávara, que cobró desde 1903 hasta su muerte.

Sin moverse de la cama, en el único ambiente de la habitación alquilada que servia de todo, seguía con extraordinaria atención los acontecimientos del entorno y, en particular, la vida litúrgica.

A finales de 1922 todos veían que la vida de Ana iba apagándose. El obispo Rieder de Salzburgo, que la había visitado una vez y con quien mantenía correspondencia, le escribía por estas fechas: «Resiste todavía un poco más, porque tienes preparada la corona de la victoria».

A principios de 1923 se le presentó un nuevo y terrible sufrimiento: atroces convulsiones varias veces al día, que afectaban hasta a sus piernas paralizadas. Era porque la enfermedad estaba llegando a la médula. A ello se añadió una penosa forma de cáncer en el intestino recto, que no pudieron operarle a causa de su debilidad. Todo ello le provocaba aún más fuertes y habituales dolores. «¡Dios mío, no puedo soportarlo más!», se le oía decir alguna vez. Y añadía: «¡Jesús mío, misericordia! ¡Todo por ti, Sacratísimo Corazón de Jesús! Jesús mío, yo quiero sufrir de buena gana todo lo que quieras mandarme aún más doloroso; quiero sufrir bien incluso eso. ¡Solamente dame la fuerza de poder soportar todo para tu gloria!»

Dos meses antes de morir, el 1 de agosto de 1925, fue víctima de una caída del lecho, y se le produjo una lesión cerebral que le afectó al lenguaje.

La muerte le llegó al anochecer del día 5 de octubre de 1925, de modo tranquilo y sereno. Aunque la debilidad suma de las últimas semanas no le permitía expresarse, parece que participó silenciosamente en las oraciones del entorno, hasta que plácidamente descansó en el Señor. Tenía 43 años y 8 meses de edad. Algunos testigos del momento manifestaron que con la muerte desaparecieron del rostro de Ana los signos del sufrimiento, quedando en actitud apacible y serena.

Fue revestida con el hábito de la Orden Tercera Franciscana a la que había pertenecido, y recibió sepultura el día 8 de octubre en Mindelstetten, con grandísima asistencia de fieles, particularmente jóvenes. Se decía que nunca había ocurrido algo se-

mejante pues, al difundirse la noticia de la muerte de Ana, llegaron muchos de todo el entorno, e incluso desde Berlín, hasta el pequeño pueblo de Mindelstetten, deseosos de rezar, procurarse alguna reliquia o encomendarse a la que consideraban santa. Dada la enorme afluencia de gente, para garantizar el orden, las fuerzas de seguridad aconsejaron sepultarla pronto.

Un funeral como el de Ana Schaffer no se había visto nunca en el pequeño pueblo de Mindelstetten, no solo por la grandísima participación de gente, sino por el ambiente festivo que se respiraba

Dada la fama de santidad de que seguía gozando Ana Schaffer, el 26 de julio de 1972 se trasladaron sus restos a la iglesia parroquial de Mindelstetten, y fue beatificada por Juan Pablo II el 7 de marzo de 1999. Refiriéndose a ella, dijo el Papa en esta ocasión:

> «Ciertamente no le fue ahorrada la lucha para abandonarse a la voluntad de Dios Pero sí que se le concedió comprender cada vez mas que la debilidad y el sufrimiento son, precisamente, las páginas en las que Dios escribe su Evangelio Su lecho de enferma se ha convertido en la cuna de un apostolado que se ha extendido al mundo entero»

MARIA ENCARNACION GONZALEZ RODRIGUEZ

Bibliografía

BLUML H , *Mit Jesus vereint Beten im Geiste der seligen Anna Schaffer* (Regensburg 1999)
RITTER, E H, *Im leiden habe ich Dich lieben gelernt Die Schriften Anna Schaffer* (Regensburg 1999)
SCHWAGER, G F X (ed), *An sonnigen Gnadenquellen Eucaristichen Gedanken, Betrachtungen und Gedichte der seligen Anna Schaffer* (Regensburg 2000)
— *Schau in das Antlitz Christi! Predigten und Ansprachen am Grab Anna Schaffer* (Regensburg 1999)
WEIGL, A M , *La storia di un amore* (Altotting [8]1973)
— *Serenita di spirito e consolazione accanto alla tomba di Anna Schaffer* (Altotting 1975)

BEATO BARTOLOME LONGO

Seglar y fundador († 1926)

Bartolomé Longo nació el 11 de febrero de 1841 en Latiano (Brindis), casi a mitad del trayecto que une Brindis con Tarento, de mar adriatico a mar jónico, justamente en el centro de la pe-

queña península que forma el «tacón de la bota» de la gran península italiana. Sus padres Bartolomé Longo, que era médico, y Antonia Luparelli, familia bien situada económicamente, lo educaron desde niño cristianamente. De niño rezaba en familia el Rosario todas las noches. Se preocuparon también, y mucho, por su formación académica.

Realizó sus estudios humanísticos en el Real Colegio Fernandino, de los padres escolapios, en Francavilla Fontana, la población más grande vecina a Latiano. Destacaba en literatura, oratoria y música. Hasta fue capaz de dirigir la banda de música y la *schola cantorum* del colegio. Cuando terminó la enseñanza media, en vez de acudir a la famosa Universidad de Nápoles —que entonces estaba agitada por revueltas políticas— se fue a Lecce, todavía más al sur de Latiano y, con la ayuda de profesores privados, comenzó estudios de derecho.

Era un joven inquieto y quería probar de todo, hasta se inscribió en lecciones de esgrima y de baile. Le apasionaba la música y, como su familia no le hacía llegar suficiente dinero para poder comprarse una flauta y un piano, estuvo comiendo en esos años siempre patatas —sin que le importara su salud— para ahorrar y así poderlos adquirir.

Cuando el reino de Nápoles se unió a Italia, la ley académica Casati no reconocía valor alguno jurídico a la enseñanza privada, por eso en 1863, con su hermano menor Alceste que era estudiante de medicina, se inscribió en la Universidad de Nápoles. El espíritu anticlerical que dominaba en ella lo conquistó poco a poco y entró en una profunda crisis espiritual. Hasta llegó a tomar parte en manifestaciones contra el Papa y la Iglesia católica.

Atormentado por la duda sobre sus convicciones religiosas, su espíritu insaciable e inquieto se dejó atraer por el espiritismo, que entonces se practicaba en Nápoles incluso con templos y ritos propios, llegando a hacerse consagrar lo equivalente a «sacerdote» espiritista y celebrar ceremonias que imitaban a las de la Iglesia. También buscó una solución a su ansiedad existencial en el ocultismo y el magnetismo. Se dice que hasta tuvo contactos con el demonio, que se le presentaba bajo forma de arcángel San Miguel.

Al verlo así su familia sufría mucho, lo mismo que sus amigos, que querían sacarlo de aquel derrotero por el que iba cayendo. Se valieron de Vicente Pepe, profesor universitario, un paisano suyo y a la vez católico profundamente religioso, con quien trabó amistad. Al comprobar los pasos extraviados que Bartolomé venía dando le sugirió e impulsó para que se confiara a un dominico ejemplar, el padre Alberto Cadente. Gracias a éste, Bartolomé volvió a la fe y a la práctica religiosa que había abandonado.

El 12 de diciembre de 1864 consiguió el doctorado en derecho. Vuelto no sólo a la fe sino también a su familia, llevó desde entonces una vida de piedad sincera y de obras caritativas que él mismo promovía. Comenzó incluso, con los conocimientos que había adquirido, a tener encuentros y conferencias con estudiantes para desenmascarar el ocultismo, el espiritismo y el satanismo y, a la vez, con la ayuda del padre Alberto Cadente fundó un «voluntariado» entre aquellos jóvenes para que, por amor a Dios y por caridad fraterna, atendieran a los pobres de su propia sociedad. En este momento de experiencia espiritual y apostólica comenzó a tener la intuición inspirada de que el Rosario era su clave para la vida cristiana, la caridad fraterna y la acción apostólica.

En 1871, el día 25 de marzo, Bartolomé fue admitido como terciario en la Orden tercera dominicana eligiendo el nombre tan significativo para él de «Hermano Rosario» y aquella intuición por la que había tenido del Rosario como clave de la vida cristiana comenzó a extenderla apostólicamente de diversas formas.

Por dos veces había estado a punto de contraer matrimonio, pero renunció atendiendo a las palabras que un día le dijo el padre redentorista Manuel Ribera: «El Señor quiere de ti cosas grandes; estás destinado a cumplir una misión alta». En consecuencia, decidió abandonar su profesión de abogado, hizo voto de castidad perpetua y quiso volver a Nápoles para dedicarse a promover obras de beneficencia.

Por consejo del franciscano, también beato, Luis de Casoria (Arcángel Palmentieri), fundador de los Hermanos de la Caridad y de las Hermanas Grises Isabelinas de la Tercera Orden de

San Francisco, y por medio de Catalina Volpicceli, trabó una profunda amistad espiritual con Mariana Farnararo, condesa de Fusco.

Este encuentro con Mariana fue decisivo para su futuro, puesto que, además de compañero inseparable en las distintas actividades benéficas de la condesa, llegó a ser encargado por ella como instructor de los hijos y administrador de sus bienes.

Mariana tenía propiedades en el territorio de Pompeya y Bartolomé, siendo administrador, había tenido ocasión de visitar frecuentemente aquellos lugares. Dándose cuenta de la ignorancia religiosa de los campesinos, comenzó a darles lecciones de catecismo, a enseñarles a rezar y especialmente a recitar el Rosario.

María Concepción de Litala le regaló una imagen muy deteriorada de Nuestra Señora del Rosario pintada sobre lienzo. Se trata de un óleo adquirido en 1875 a un anticuario de Roma y restaurado varias veces entre el ochocientos y el novecientos. En él está la Virgen María con el Niño Jesús en su brazo, con Santo Domingo al lado izquierdo y Santa Catalina al derecho, los dos de rodillas. Santo Domingo está en actitud de recibir el Rosario de la mano del Niño y Santa Catalina en la misma actitud de recibir el Rosario de mano de la Virgen.

Nuevamente restaurado el cuadro el 13 de febrero de 1876, fue puesto en un altar de la iglesia parroquial del Valle de Pompeya. La Señora comenzó enseguida a responder a las oraciones sencillas y humildes de los que la invocaban con las gracias solicitadas y la fama se extendió por toda la zona comenzando a peregrinar a Pompeya devotos y peregrinos, progresivamente no sólo de la región sino también de Italia y de otras partes del mundo.

Longo, dándose cuenta del valor evangelizador de la peregrinación y de la oración a la Virgen María, pensó en la conveniencia de edificar un templo más amplio dedicado a la Señora y animado por el obispo de Nola, mons. José Formisano, diócesis a la que pertenecía entonces el territorio pompeyano, el 9 de mayo de 1876 se puso la primera piedra del santuario.

El hecho de una amistad tan cercana con la condesa de Fusco dio origen a distintas habladurías, pero los dos, Bartolomé y

Mariana, confortados por el arzobispo de Nápoles, cardenal Sanfelice, prosiguieron en su camino sin preocuparse de los malos juicios de quienes los calumniaban. Después de algunos años, sin embargo, tuvieron que deshacer aquellas calumnias que podían obstaculizar las obras emprendidas por Bartolomé, como la de la construcción del santuario de Pompeya y, siguiendo el consejo que el papa León XIII en persona les dio en una audiencia particular que mantuvieron con él, se decidieron a casarse, y se casaron en abril de 1885, pero con el propósito de vivir castamente al igual que habían vivido hasta entonces.

En 1887 se concluyó el santuario y el cardenal Monaco La Valletta consagró el altar mayor y la prodigiosa imagen de la Virgen del Rosario, restaurada, fue colocada en un espléndido trono y coronada con una diadema de oro adornada con más de setecientas piedras preciosas habiendo sido bendecida por León XIII.

En poco tiempo el santuario se hizo célebre. Bartolomé quiso que la oración estuviera acompañada de la caridad. Para ello, con la creatividad e inventiva que procede del amor cristiano decidió salir a remediar una necesidad que hasta entonces no estaba atendida ni por la sociedad ni por instituciones de Iglesia, como atender a los hijos e hijas de presidiarios.

Instituyó un Hospicio para hijos de encarcelados. Para su educación pidió a los Hermanos de las Escuelas Cristianas, de La Salle, que se encargaran de la dirección del centro.

Hizo lo mismo también creando otro centro femenino para hijas de presos. Para su educación, fundó un instituto religioso femenino, las «Hijas del Rosario de Pompeya», que pidió fuera agregado a la Orden de Predicadores. Siendo, pues, seglar, fue fundador de un instituto religioso femenino de vida religiosa.

Con estas dos instituciones trataba además de desmentir con los mismos hechos las teorías que entonces estaban muy extendidas de los que aseguraban que los hijos o hijas de criminales están marcados por el mismo destino, pues por descendencia serían instintivamente incorregibles. Quería salir al paso de esa necesidad y a la vez mostrar la confianza en la persona humana y en la educación de la infancia y de la juventud.

Para difundir la devoción mariana, en 1877 editó un libro titulado: *Quindecim sabbata* con una práctica de piedad de quince sabatinas seguidas. También promovió un periódico, bajo el mismo título de *El Rosario* y, después, la *Nueva Pompeya* y otras publicaciones, constituyéndose en «abogado» y «caballero» de María. Glosaba las glorias de la «Reina de las Victorias» en el santuario de Pompeya impulsando a los peregrinos a la recitación del Rosario mientras que con todas esas publicaciones trataba también de explicar la doctrina de la fe y defenderla de los ataques más extendidos en su tiempo.

En 1893 ofreció a León XIII la propiedad del santuario con todas las obras e instituciones que allí había fundado y el mismo Papa lo nombró administrador de todo ese complejo; en 1901 otorgó el título de basílica pontificia al santuario de Pompeya. Más tarde, Bartolomé renunció humildemente ante Pío X a la administración del santuario y obras anejas para que la institución se consolidara por sí misma.

Pompeya, famosa por las ruinas que atestiguan la catástrofe de la erupción del Vesubio, cuando se inició el santuario era un valle medio desierto y, poco a poco, fue convirtiéndose en una nueva ciudad bajo el manto y la protección de la Virgen María, de tal forma que actualmente es un santuario con fama no sólo nacional sino también internacional.

En una empresa tan grande a Bartolomé Longo no le faltaron dificultades, incomprensiones de gentes de buenas intenciones y envidias de otras de no tan buenas. Unos pensaban que estaba loco, otros que era un aprovechado y hasta le tildaron de ladrón. Él, a pesar de esas maledicencias, continuaba trabajando día y noche para la gloria de Dios a la que unía la gloria a la Madre de Dios.

Pero la Santa Sede le mantuvo siempre su apoyo y confianza de tal forma que el 30 de mayo de 1925, en la sala de reuniones del «Hospicio de los hijos de los encarcelados», presente el cardenal Augusto Sili, delegado pontificio para el santuario de Pompeya, tuvo lugar un homenaje a Bartolomé Longo para hacerle entrega de una distinción pontificia significativa y de sus insignias correspondientes como «Caballero de la Gran Cruz del Santo Sepulcro».

En esa ocasión dijo:

> «Hoy en presencia de esta corona de personajes y de mis hijos queridísimos de adopción, quiero hacer mi testamento, sintiendo que se avecina la hora extrema. He recogido y distribuido millones para fundar la basílica pompeyana y las obras de beneficencia, la nueva ciudad de María. No poseo nada, soy pobre. Me quedan las insignias caballerescas, los testimonios de benevolencia de los sumos pontífices y también éstas quiero entregar. A las huérfanas les dejo en recuerdo la "Encomienda de San Gregorio Magno". A los queridos Hijos de los encarcelados la "Espada de la Orden de San Gregorio Magno", símbolo de fortaleza, que a vosotros, mis queridos hijos, recordará el deber de ser fuertes en la virtud y en la religión. A las Hijas de los Encarcelados, último voto viviente y sueño más querido de mi corazón, dejo la "Gran Cruz del Santo Sepulcro" que hoy me da Pío XI».

Y, dirigiéndose al cardenal:

> «Eminentísimo príncipe, a Vos, que sois el jefe del santuario y de las obras fundadas por mí, dejo mis huesos con la petición de que los haga reposar en el santuario al pie del gran trono de mi dulce Reina, servida por mí por más de cincuenta años».

Al año siguiente 1926, el 5 de octubre a consecuencia de una neumonía, entregaba su alma a Dios, a los ochenta y cinco años de edad, con el crucifijo en su mano derecha y el santo rosario entre los dedos de la izquierda. Su cuerpo fue sepultado en la basílica bajo la imagen del Rosario de Pompeya, junto a su esposa.

Por su fama de santidad se inició el proceso informativo en la curia diocesana pompeyana entre los años 1934 y 1935. En 1967 Pablo VI decretó que se podía introducir la causa de beatificación en la Santa Sede y el mismo Papa reconoció las virtudes heroicas del venerable siervo de Dios el 3 de octubre de 1975. Después del proceso sobre el milagro realizado por intercesión de Bartolomé Longo en Carmela Rocco, concluido el 13 de julio de 1979, Juan Pablo II dio el decreto correspondiente sobre ese milagro y fue beatificado por el mismo Papa el 26 de octubre de 1980.

Juan Pablo II en su magisterio se ha referido varias veces al Beato Bartolomé Longo, siempre en relación con la devoción a la Virgen y a la recitación del santo Rosario.

En la carta apostólica *Rosarium Virginis Mariae* escribía a toda la Iglesia, en el «Año del Rosario»:

«Un especial carisma como verdadero apóstol del Rosario tuvo también el Beato Bartolomé Longo. Su camino de santidad se apoya sobre una inspiración sentida en lo más hondo de su corazón: "¡Quien propaga el Rosario se salva!" Basándose en ello, se sintió llamado a construir en Pompeya un templo dedicado a la Virgen del Santo Rosario colindante con los restos de la antigua ciudad, apenas influenciada por el anuncio cristiano antes de quedar cubierta por la erupción del Vesuvio en el año 79 y rescatada de sus cenizas siglos después, como testimonio de las luces y las sombras de la civilización clásica. Con toda su obra y, en particular, a través de los "Quince sábados", Bartolomé Longo desarrolló el meollo cristológico y contemplativo del Rosario, que ha contado con un particular aliento y apoyo en León XIII, el "Papa del Rosario"» (n.8).

Y en la visita que hizo al santuario de Pompeya, como clausura del «Año del Rosario», dijo: «La Virgen santísima me ha concedido volver a honrarla en este célebre santuario, que la Providencia inspiró al beato Bartolomé Longo para que fuera un centro de irradiación del santo rosario [...]. Estaba convencido de ello el beato Bartolomé Longo, apóstol del rosario, que prestó especial atención precisamente al carácter contemplativo y cristológico del rosario. Gracias a este beato, Pompeya se ha convertido en un centro internacional de espiritualidad del rosario [...]. El beato Bartolomé Longo tuvo una intuición profética cuando, al templo dedicado a la Virgen del Rosario quiso añadir esta fachada como monumento a la paz. Así, la causa de la paz entraba en la propuesta misma del rosario. Es una intuición cuya actualidad podemos captar al inicio de este milenio, ya azotado por vientos de guerra y regado con sangre en tantas regiones del mundo».

JOAQUÍN MARTÍN ABAD

Bibliografía

AULETTA, G., *Il Beato Bartolo Longo* (Pompeya 1980).

JUAN PABLO II, Carta apostólica *Rosarum Virginis Mariae* (16-10-2002).

— «Discurso durante la peregrinación al Santuario mariano de Pompeya», 7 de marzo de 2003.

— «Venerabili Servo Dei Batholomaeo Longo, Beatorum honores decernuntur»: AAS 73 (1981) 529-532.

LO PICCOLO, S., *Bartolo Longo, l'uomo della valle* (Nápoles 1980).

ORAZIO, B. D', «Longo, Bartolo, servo di Dio», en *Bibliotheca sanctorum*. VIII: *Ladan-Marzi* (Roma 1967) 96-99.

SANTA MARÍA FAUSTINA (ELENA) KOWALSKA
Virgen († 1938)

En su camino espiritual, caracterizado por un progreso constante, sor Faustina aparece como un alma consumada en el deseo del amor de Dios, del celo por su gloria y su misericordia. De esta misericordia se sentirá invadida desde los primeros años de su infancia. Cuando su confesor y padre espiritual, don Miguel Spocko, doctor en Teología, profesor de Pedagogía y hombre de profunda vida interior, le ordena escribir su impresionante diario espiritual, Santa Faustina lo intitula: *La misericordia de Dios en mi vida.*

Nació el 25 de agosto de 1905, la tercera de los diez hijos de Mariana y Estanislao Kowalska, pobres y piadosos campesinos de la aldea de Glogowiec, en el condado de Lodz, en la Polonia central, entonces bajo la dominación zarista. En el bautismo, celebrado dos días después en la iglesia parroquial de Swinice Warckie, diócesis de Wloklawek, se le impuso el nombre de Elena. Desde pequeña se destacó por el amor a la oración, la laboriosidad, la obediencia y una gran sensibilidad ante la pobreza humana. A la edad de siete años la pequeña Elena escuchó la llamada del Señor en su alma invitándola a una vida más perfecta. A los nueve recibió la Primera Comunión. La vivió muy profundamente y, consciente de la presencia del Huésped Divino en su alma, experimentó una fusión íntima con Jesús Eucaristía. Desde entonces, fueron los momentos más dulces los que pasaba en adoración y tras recibir la Comunión. Su educación escolar duró apenas tres años. Al cumplir 16 años abandonó la casa familiar para, trabajando de empleada doméstica en casas de familias acomodadas de Aleksandrów, Lódz y Ostrówek, mantenerse a sí misma y ayudar a los padres.

Aunque desde muy joven sintió la llamada a la vocación religiosa, ante la oposición de sus padres empezó a tratar de acomodarse a las cosas del mundo. A los dieciocho años, una experiencia marcó su vida. Invitada a una fiesta junto con su hermana Josefina, mientras bailaba tuvo una visión de Jesús que, cubierto de heridas y con sus vestiduras rasgadas, se dirigió a ella con estas palabras: «¿Cuánto tiempo aún debo esperarte? ¿Hasta cuando seguirás engañándome?» Al oír esto, Elena no

pudo seguir bailando y lo disimuló con un dolor de cabeza. Se dirigió a la iglesia de San Estanislao de Kostka y, postrada ante el altar, escuchó estas palabras: «Ve a Varsovia, allí entrarás en el convento». Al día siguiente se despidió de sus tíos, con quienes vivía entonces, y con toda determinación se dirigió a Varsovia, llevando únicamente lo puesto. Pidió a la Santísima Virgen que la guiara y le hiciera saber adónde dirigirse. Así llegó a la iglesia de Santiago en las afueras de Varsovia y, al finalizar las misas, habló con un sacerdote que la envió a la piadosa señora Lipzye, que la hospedó con ella. Durante su estancia allí, Elena visitó varios conventos, pero todas las puertas le fueron cerradas, mientras ella pedía al Señor con gran confianza que no la dejara sola. Hallaría respuesta su oración...

Elena llamó a las puertas del convento de las Hermanas de Nuestra Señora de la Misericordia, donde la superiora general la interrogó. Madre Micaela le dijo que fuera a preguntarle al Señor de la casa si él la aceptaba. Elena se dirigió a la capilla y escuchó en su corazón: «Yo te acepto; tú estás en mi corazón». Al decirle a la madre general lo que había oído, ésta repuso: «Si el Señor te acepta, yo también te acepto, esta es tu casa». Pero Elena necesitaba ahora recoger dinero para el ajuar. La superiora le sugirió que siguiera trabajando un año como doméstica. Durante ese tiempo tuvo muchos obstáculos, pero se mantuvo firme en su decisión. Entonces, en la Octava del Corpus Christi, el 25 de junio de 1925, hizo voto de castidad perpetua.

Por fin, el 2 de agosto de 1925, fiesta de Nuestra Señora de los Ángeles, entró en la congregación como postulante. Pocas semanas después tuvo la tentación de irse del convento. Fue en busca de la madre superiora y al no encontrarla se fue a su celda, donde tuvo una visión de Jesús con el rostro destrozado y cubierto de llagas. Al preguntarle: «¿Jesús quién te ha herido tanto?», él le contestó: «Esto es el dolor que me causarías si te vas de este convento. Es aquí donde te he llamado y no a otro; y tengo preparadas para ti muchas gracias». Ella comprendió que Dios realmente la quería allí, como a la mañana siguiente le confirmó su director espiritual.

Como postulante, además de sus ejercicios espirituales, fue encargada de la cocina, de limpiar el cuarto de la madre Barkie-

wez y de cuidarla durante su enfermedad. A causa de sus conflictos interiores, su gran fervor espiritual, y el cambio de vida, la salud de aquella joven postulante empezó a decaer. Las superioras, alarmadas por el agotamiento que manifestaba, la enviaron a Skolimow, a la casa de descanso, en compañía de dos hermanas.

Estando allí, casi al final de su postulantado, preguntó al Señor por quién debía orar más, y la noche siguiente...

> «Vi a mi ángel de la guarda, quien me pidió que lo siguiera. En un momento me vi en un lugar lleno de fuego y de almas sufrientes. Estaban orando fervientemente por sí mismas pero no era válido, solamente nosotras podemos ayudarlas. Las llamas que las quemaban no podían tocarme. Mi ángel de la guarda no me dejó sola ni un momento. Yo pregunté a las almas qué es lo que más las hacía sufrir. Ellas me contestaron que era el sentirse abandonadas por Dios [...] Vi a Nuestra Señora visitando a las almas del Purgatorio, la llamaban Estrella del Mar. Luego mi ángel guardián me pidió que regresáramos. Al salir de esta prisión de sufrimiento, escuché la voz interior del Señor que decía: "Mi misericordia no quiere esto, pero lo pide mi justicia"».

A comienzos de 1926 fue enviada al noviciado en Cracovia para terminar su postulantado, y el 30 de abril tomó el hábito de novicia y su nuevo nombre: sor María Faustina del Santísimo Sacramento. Durante la ceremonia le fue revelada la magnitud de sus sufrimientos futuros y a lo que se estaba comprometiendo. Esto duró poco; luego el Señor la llenó de una gran consolación. Sus hermanas recuerdan que Faustina fue una grata compañía durante el noviciado; su conducta al orar provocaba en las otras novicias una gran reverencia a la majestad de Dios.

En 1928, sor Faustina emite su primera profesión religiosa y en 1933, la profesión perpetua. Debido a su gran debilidad, ciertas tareas se le dificultaban cada día más como por ejemplo la de escurrir las patatas, que empezó a eludir, lo que al poco tiempo se empezó a notar. La madre superiora no comprendía que, a pesar de su deseo, sor Faustina no podía por su poca fuerza. Un día, cuando ésta hizo su examen de conciencia se quejó al Señor de su debilidad, y escuchó estas palabras: «Desde hoy tendrás más facilidad, pues yo te fortaleceré». A la noche, confiada por lo que el Señor le había prometido, se apresuró a tomar la olla. La levantó con facilidad y la escurrió perfecta-

mente. Cuando levantó la tapa para dejar salir el vapor, en vez de patatas, vio ramos de rosas increíblemente hermosas. Tratando de comprender esta visión escuchó estas palabras: «Yo cambié tu trabajo tan duro en un ramillete de las más bellas flores, y su perfume sube a mi trono». Después de esto, buscaba hacer este trabajo diariamente, aun cuando no le tocara, comprendiendo que le agradaba al Señor.

Faustina sufrió la mayor parte de su noviciado constantes combates interiores. No podía meditar ni sentir la presencia de Dios. Sufrió fuertes tormentos y tentaciones, aun estando en la capilla. En más de una ocasión, estando en la santa misa, sintió incluso tentaciones de blasfemia; no sentía contento con nada. Hasta las verdades más simples de la fe le eran difíciles de creer. Durante todo este tiempo Faustina no estuvo sola, tuvo la ayuda de su maestra de novicias, sor Joseph Brzoza, quien veía en ella grandes gracias de Dios. Cuando sor Faustina se sentía totalmente abandonada por Dios, sor Joseph le decía: «Sepa, querida hermana, que Dios quiere tenerla bien cerca de él en el cielo. Tenga gran confianza en Jesús».

Durante su tercer año de noviciado le fue revelado lo que era ser «alma víctima». Anotará en su diario:

> «El sufrir es una gracia grande; a través del sufrimiento el alma se hace como la del Salvador; en el sufrimiento el amor se cristaliza, mientras más grande el sufrimiento más puro el amor».

Durante una hora particular de adoración, Dios le reveló todo lo que ella tendría que sufrir: falsas acusaciones, la pérdida del buen nombre, y mucho más. Cuando la visión terminó, un sudor frío baño su frente. Jesús le hizo saber que ella se salvaría y él no disminuiría Sus gracias y seguiría manteniendo una relación íntima con ella. Faustina consintió libremente al sacrificio en completo uso de sus facultades. Luego escribió lo siguiente en su diario:

> «De repente, cuando había consentido hacer el sacrificio con todo mi corazón y todo mi entendimiento; la presencia de Dios me cubrió, me parecía que me moría de amor a la vista de su mirada».

En Cuaresma de ese mismo año, 1933, experimentó en su propio cuerpo y corazón la Pasión del Señor, recibiendo invisi-

blemente los estigmas. Únicamente su confesor lo conoció. Ella lo narra así:

> «Un día durante la oración, vi una gran luz y de esta luz salían rayos que me envolvían completamente. De pronto sentí un dolor muy agudo en mis manos, en mis pies, y en mi costado, y sentí el dolor de la corona de espinas, pero esto fue sólo por un tiempo bien corto».

Más tarde, cuando enfermó de tuberculosis, experimentó nuevamente los sufrimientos de la Pasión del Señor repitiéndose todos los viernes y algunas veces cuando se encontraba con un alma que no estaba en estado de gracia. Aunque esto no era muy frecuente; los sufrimientos duraban poco, pero eran dolorosos, y no los hubiera soportado sin una gracia especial de Dios.

Durante un retiro de ocho días en octubre de 1936, se le mostró a sor Faustina el abismo del infierno con sus tormentos. Jesús le pidió que describiera lo que se le permitió ver:

> «Hoy fui llevada por un Ángel al abismo del infierno Es un sitio de gran tormento. ¡Cuán terriblemente grande y, extenso es! Las clases de torturas que vi· La primera es la privación de Dios; la segunda es el perpetuo remordimiento de conciencia; la tercera es que la condición de uno nunca cambiará, la cuarta es el fuego que penetra en el alma sin destruirla —un sufrimiento terrible, ya que es puramente fuego espiritual— prendido por la ira de Dios. La quinta es una oscuridad continua y un olor sofocante terrible. A pesar de la oscuridad, las almas de los condenados se ven entre ellos; la sexta es la compañía constante de Satanás; la séptima es una angustia horrible, odio a Dios, palabras indecentes y blasfemia. Estos son los tormentos que sufren los condenados, pero no es el fin de los sufrimientos. Existen tormentos especiales destinados para almas en particular. Estos son los tormentos de los sentidos. Cada alma pasa por sufrimientos terribles e indescriptibles, relacionado con el tipo de pecado que ha cometido. Existen cavernas y fosas de tortura donde cada forma de agonía difiere de la otra. Yo hubiera fallecido a cada vista de las torturas si la Omnipotencia de Dios no me hubiera sostenido Estoy escribiendo esto por orden de Dios, para que ninguna alma encuentre una excusa diciendo que no existe el infierno, o que nadie ha estado ahí y por tanto, nadie puede describirlo». El Señor preparaba a Santa Faustina para que por su intercesión se salvaran muchas almas.

El 27 de noviembre de 1936, cuando la debilidad la postró en cama, escribió la siguiente visión del cielo:

> «Hoy día, estuve en el cielo en espíritu, y vi sus bellezas incomparables y la felicidad que nos espera para después de la muerte. Cómo todas las criaturas alaban y dan gracias a Dios sin cesar [...] Esta fuente de felicidad es invariable en su esencia, pero es siempre nueva, derramando felicidad para todas las criaturas. Dios me ha hecho entender que hay una cosa de un valor infinito a Sus ojos, y eso es, el amor a Dios; amor, amor y nuevamente amor, y nada puede compararse a un solo acto de amor a Dios. Dios en su gran majestad, es adorado por los espíritus celestiales, de acuerdo a sus grados de gracias y jerarquías en que son divididas, no me causó temor ni susto, mi alma estaba llena de paz y amor; y mientras más conozco la grandeza de Dios, más me alegro de que Él sea Él que es. Me regocijo inmensamente en Su grandeza y me alegro de que soy tan pequeña, ya que siendo tan pequeña, Él me carga en Sus brazos y me aprieta a Su corazón».

Los años de su vida en el convento abundaron en gracias extraordinarias: revelaciones, visiones, estigmas ocultos, la participación en la Pasión del Señor, el don de bilocación, los dones de leer en las almas, de profecía, y los desposorios místicos. Un contacto vivo con Dios, con la Santísima Virgen, con ángeles, santos y almas del purgatorio: todo el mundo extraordinario no era para ella menos manifiesto que el que percibía a través de los sentidos. Colmada de tantas gracias extraordinarias sabía, sin embargo, que éstas no determinan la santidad:

> Ni gracias, ni revelaciones, ni éxtasis, ni ningún otro don concedido al alma la hace perfecta, sino la comunión interior de mi alma con Dios. Estos dones son solamente un adorno del alma, pero no constituyen ni la sustancia ni la perfección. Mi santidad y perfección consisten en una estrecha unión de mi voluntad con la voluntad de Dios.

Trabajó en distintas casas de la congregación. Pasó los períodos más largos en Cracovia, Plock y Vilna desempeñando los oficios de cocinera, jardinera y portera. Viéndola desde fuera, nada desvelaba su singular intensa vida mística. Cumplía sus deberes con fervor, observaba fielmente todas las reglas del convento, era recogida y callada, pero a la vez natural, llena de amor benévolo y desinteresado al prójimo. Su vida, aparentemente ordinaria, monótona y gris, se caracterizó por la extraordinaria profundidad de su unión con Dios.

Pasó por la escuela del sufrimiento durante gran parte de su vida, por su larga enfermedad de tuberculosis, inicialmente no

comprendida por los médicos, que no acertaban a descubrir el origen de aquellos espantosos dolores internos que hacían a la enferma perder el conocimiento. Según la confesión de María Faustina, eran dolores «en reparación a Dios por los niños asesinados en el vientre de sus madres». Los últimos diez años de su vida fueron un largo calvario. El 5 de octubre de 1938 volvió a susurrar lo que ya había predicho: «Hoy el Señor me llevará». Expiró poco antes de las once de la noche, consciente de que su misión sólo había empezado... Su funeral tuvo lugar dos días mas tarde, en la fiesta de Nuestra Señora del Rosario, que aquel año fue primer viernes de mes. Sus restos yacen en el santuario de la Divina Misericordia de Cracovia-Lagiewniki.

En 1935, Santa Faustina escribía a su director espiritual:

> «Llegará un momento en que esta obra que Dios tanto recomienda parecerá como en ruina completa, y entonces, la acción de Dios seguirá con gran poder, que dará testimonio de la verdad. Esta obra será un nuevo esplendor para la Iglesia».

De hecho, esto sucedió así. El 6 de marzo de 1959, la Santa Sede, por la información errónea que le fue presentada, prohibió la divulgación de imágenes y escritos que propagan la devoción a la Misericordia Divina en la manera propuesta por Faustina Kowalska. Como resultado, pasaron casi veinte años de silencio total. El 15 de abril de 1978, la Santa Sede, tras un examen cuidadoso de algunos de los documentos originales previamente indisponibles, cambió totalmente su decisión y de nuevo permitió la práctica de la Devoción. El primer responsable de la revocación de esta decisión fue el cardenal Karol Wojtyla, arzobispo de Cracovia, la diócesis en que nació Faustina. El 16 de octubre de 1978, Wojtyla, elevado a la Sede de San Pedro, se convertía en papa Juan Pablo II. Durante su pontificado, el 7 de marzo de 1992, se declararon las virtudes heroicas de sor Faustina; el 21 de diciembre de 1992, una curación por medio de su intercesión fue declarada milagrosa; y el 18 de abril de 1993, Juan Pablo II declaraba beata a sor Faustina Kowalska.

El 10 de marzo de 2000 se anunció la fecha para la canonización tras ser aceptado el segundo milagro obtenido por su intercesión: la curación del padre Pytel de una enfermedad congénita del corazón, después de las oraciones hechas por fieles

de su parroquia el día aniversario de la muerte de Faustina, 5 de octubre de 1995. Por fin, en la primera canonización del nuevo milenio, la «secretaria de la misericordia de Dios» fue propuesta como modelo de santidad para la Iglesia universal por el primer Papa polaco, el 30 de abril del 2000, domingo *in albis,* declarado ahora por Juan Pablo II «Domingo de la Divina Misericordia».

El Señor recordaba frecuentemente a Faustina su deseo de establecer la fiesta de la Divina Misericordia. Ella ofreció una novena por esta intención y el 23 de marzo de 1937, martes santo, el séptimo día de la novena, Faustina tuvo la siguiente visión:

> «De pronto la presencia de Dios me invadió e inmediatamente me vi en Roma, en la capilla del Santo Padre y al mismo tiempo estaba en nuestra capilla [...] Yo tomé parte en la solemne celebración, simultáneamente aquí y en Roma [...] Vi al Señor Jesús en nuestra capilla, expuesto en el Sacramento de la Eucaristía en el altar mayor. La capilla estaba adornada como para una fiesta, y ese día todo el que quisiera, podía entrar. La multitud era tan grande que la vista no podía alcanzarla toda. Todos estaban participando en las celebraciones con gran júbilo, y muchos de ellos obtuvieron lo que deseaban. La misma celebración tuvo lugar en Roma, en una hermosa iglesia, y el Santo Padre, con todo el clero, estaba celebrando esta Fiesta, y entonces súbitamente yo vi a San Pedro, que estaba de pie entre el altar y el Santo Padre [...] Entonces de repente vi cómo los dos rayos, como están pintados en la imagen, brotaron de la hostia y se extendieron sobre todo el mundo. Esto duró sólo un momento, pero pareció como si hubiese durado todo el día, y nuestra capilla estuvo repleta todo el día, y todo el día abundó en júbilo. Luego, vi en nuestro altar, al Señor Jesús vivo, tal como luce en la imagen. Luego, en un instante me encontré de pie cerca de Jesús, y me paré en el altar junto al Señor Jesús, y mi espíritu estuvo lleno de una felicidad tan grande [...] Jesús se inclinó hacia mí y dijo con gran bondad: "¿Cuál es tu deseo, hija mía?" Yo contesté: "Deseo que toda adoración y gloria sean dadas a Tu Misericordia". "Yo ya estoy recibiendo adoración y gloria por la congregación y la celebración de esta Fiesta: ¿Qué más deseas?" Entonces yo miré a la inmensa multitud que adoraba la Divina Misericordia y le dije a Jesús, "Jesús, bendice a todos aquellos que están reunidos para darte gloria y venerar Tu infinita misericordia". Jesús hizo la señal de la cruz con su mano y esta bendición fue reflejada en las almas como un rayo de luz».

En esta visión Jesús mostraba a su apóstol los frutos de sus trabajos y sufrimientos.

El Señor Jesús escogió a Santa Faustina por secretaria y apóstol de su Misericordia para, a través de ella, transmitir al mundo su gran mensaje.

> «En el Antiguo Testamento —le dijo— enviaba a los profetas con truenos a mi pueblo. Hoy te envío a ti a toda la humanidad con mi misericordia. No quiero castigar a la humanidad doliente, sino que deseo sanarla, abrazarla con mi Corazón misericordioso» *(Diario 1588).*

La misión de Faustina fue acercar y proclamar al mundo la verdad revelada en la Sagrada Escritura sobre el amor misericordioso de Dios a cada persona, alcanzando la misericordia de Dios para el mundo entero, y especialmente para los pecadores, a través de la práctica de las nuevas formas de culto a la Divina Misericordia, presentadas por el Señor. A estas formas de devoción y a la propagación del culto a la Divina Misericordia, Jesús vinculó grandes promesas bajo la condición de confiar en Dios y practicar el amor activo hacia el prójimo.

La imagen de la Divina Misericordia con la inscripción: Jesús, en ti confío

> «Prometo que el alma que venere esta imagen no perecerá». «A través de esta imagen concederé muchas gracias a las almas». «Los dos rayos significan la Sangre y el Agua. El rayo pálido simboliza el Agua que justifica a las almas. El rayo rojo simboliza la Sangre que es la vida de las almas [...] Ambos rayos brotaron de las entrañas más profundas de Mi misericordia cuando Mi Corazón agonizante fue abierto en la cruz por la lanza. Estos rayos protegen a las almas de la indignación de Mi Padre. Bienaventurado quien viva a la sombra de ellos, porque no le alcanzará la justa mano de Dios». «De todas Mis llagas, como de arroyos, fluye la misericordia para las almas, pero la herida de Mi Corazón es la Fuente de la Misericordia sin límites, de esta fuente brotan todas las gracias para las almas».

La fiesta de la Divina Misericordia

> «Deseo que haya una Fiesta de la Misericordia. Quiero que esta imagen que pintarás con el pincel, sea bendecida con solemnidad el primer domingo después de la Pascua de Resurrección; ese do-

mingo debe ser la Fiesta de la Misericordia». «Hija mía, habla al mundo entero de mi inconcebible misericordia. Deseo que la Fiesta de la Misericordia sea refugio y amparo para todas las almas y, especialmente, para los pobres pecadores. Ese día están abiertas las entrañas de Mi misericordia. Derramo todo un mar de gracias sobre las almas que se acercan al manantial de Mi misericordia». «Deseo conceder el perdón total a las almas que se acerquen a la confesión y reciban la Santa Comunión el día de la Fiesta de Mi Misericordia». «Hija Mía, di que esta Fiesta ha brotado de las entrañas de Mi misericordia para el consuelo del mundo entero». «Deseo que los sacerdotes proclamen esta gran misericordia que tengo a las almas pecadoras. Que el pecador no tenga miedo de acercarse a Mí». «Di a Mis sacerdotes que los pecadores más empedernidos se ablandarán bajo sus palabras cuando ellos hablen de Mi misericordia insondable, de la compasión que tengo por ellos en Mi Corazón».

La coronilla a la Divina Misericordia

El mismo Jesús dictó esta oración a Santa Faustina: «Padre Eterno, Te ofrezco el Cuerpo y la Sangre, el Alma y la Divinidad de Tu Amadísimo Hijo, nuestro Señor Jesucristo, por nuestros pecados y los del mundo entero. Por su dolorosa Pasión, ten misericordia de nosotros [...] Esta oración es para aplacar Mi ira, la rezarás durante nueve días con un rosario común, de modo siguiente: primero rezarás una vez el Padre nuestro y el Ave María y el Credo, después, en las cuentas correspondientes al Padre nuestro, dirás las siguientes palabras: Padre Eterno, Te ofrezco el Cuerpo y la Sangre, el Alma y la Divinidad de Tu Amadísimo Hijo, nuestro Señor Jesucristo, como propiciación de nuestros pecados y los del mundo entero; en las cuentas del Ave María, dirás las siguientes palabras: Por su dolorosa Pasión, ten misericordia de nosotros y del mundo entero. Para terminar, dirás tres veces estas palabras: Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal, ten piedad de nosotros y del mundo entero». «Reza incesantemente esta coronilla que te he enseñado. Quienquiera que la rece recibirá gran misericordia a la hora de la muerte». «A las almas que recen esta coronilla, Mi misericordia las envolverá en vida y especialmente a la hora de la muerte». «Oh, qué gracias más grandes concederé a las almas que recen esta coronilla; las entrañas de Mi misericordia se enternecen por quienes rezan esta coronilla». «Escribe: cuando recen esta coronilla junto a los moribundos, Me pondré entre el Padre y el alma agonizante no como el Juez justo sino como el Salvador misericordioso».

La hora de la Misericordia (las tres de la tarde)

> «A las tres, ruega por Mi misericordia, en especial para los pecadores y aunque sólo sea por un brevísimo momento, sumérgete en Mi Pasión, especialmente en Mi abandono en el momento de Mi agonía. Esta es la hora de la gran misericordia para el mundo entero. Te permitiré penetrar en Mi tristeza mortal. En esta hora nada le será negado al alma que lo pida por los méritos de Mi Pasión [...] Te recuerdo, hija Mía, que cuantas veces oigas el reloj dando las tres, sumérgete totalmente en Mi misericordia, adorándola y glorificándola; suplica su omnipotencia para el mundo entero y especialmente para los pobres pecadores, ya que en ese momento se abrió de par en par para cada alma. En esa hora puedes obtener todo lo que pides para ti y para los demás. En esa hora se estableció la gracia para el mundo entero: la misericordia triunfó sobre la justicia».

* * *

En su encíclica sobre la Misericordia Divina, *Dives in misericordia,* del 30 de septiembre de 1980, Juan Pablo II subraya como función principal de la Iglesia proclamar, practicar y pedir la Misericordia. Poco después, el 22 de noviembre de 1981 el Papa dijo en el Santuario del Amor Misericordioso de Collevalenza (Italia):

> «Desde el principio de mi pontificado he considerado este mensaje como mi cometido especial. La Providencia me lo ha asignado».

En 1997, Juan Pablo II, peregrino a la tumba de la Beata Faustina en Polonia, la llamó «Gran apóstol de la Misericordia en nuestros días», diciendo:

> «El mensaje de la Divina Misericordia siempre ha estado cerca de mi como algo muy querido [...] en cierto sentido forma una imagen de mi pontificado».

En 2002 Juan Pablo II bendijo la Basílica de la Divina Misericordia de Cracovia-Lagiewniki (Polonia). También en ese año se publicó el decreto de la Santa Sede concediendo indulgencias por actos de culto en honor de la Misericordia divina.

ALBERTO JOSÉ GONZÁLEZ CHAVES

Bibliografía

La devoción a la Misericordia Divina (Stockbridge, MA 1993).
MARÍA FAUSTINA KOWALSKA (STA), *Diario: la Divina Misericordia en mi alma* (Stockbridge, MA 1996).
MICHALENKO, S., *Biografía de sor Faustina* (Quito 1987).
L'Osservatore Romano (18 y 19/20-4-1993); (30-4-2000); (1/2-5-2000).
URRUTIA, J. L., *Santa María Faustina Kowalska* (Madrid ³2000).

BEATO ALBERTO MARVELLI

Seglar († 1946)

Copia de Jorge Pedro Frassati, a quien tiene y presenta como modelo, que le ha precedido en la veneración eclesial: también joven; también atraído profesionalmente por la ingeniería; también pletórico de vida, alegre, simpático, bullicioso, divertido, fácil a la amistad; también casto, generoso, caritativo; también decidido, dinámico, emprendedor; también enamorado del mar y de la montaña; también extraordinario deportista: natación, remo, vela, fútbol, tenis, atletismo; también apasionado por la bicicleta; también enamorado de una moza, a quien sueña reina de un hogar como Dios manda y madre de sus hijos; también militante cristiano...

Son recortes de la semblanza de Alberto Marvelli, honrado por el papa Juan Pablo II con la beatificación el 5 de septiembre de 2004, en la loretana explanada serrana de Montorso (Italia).

Comparte liturgia de beatificación con Pedro Tarrés y Pina Suriano, integrando tres glorias —consiliario y militantes— de la Acción Católica. Con la evocación pontificia de la misión seglar en el mundo:

> «A los laicos os corresponde testimoniar la fe mediante las virtudes que son específicas de vosotros: la fidelidad y la ternura en la familia, la competencia en el trabajo, la tenacidad al servir al bien común, la solidaridad en las relaciones sociales, la creatividad al emprender obras útiles para la evangelización y la promoción humana. A vosotros os corresponde también mostrar —en íntima comunión con los pastores— que el Evangelio es actual, y que la fe no aleja al creyente de la historia, sino que lo sumerge más a fondo en ella».

Alberto Marvelli Mayr había estallado a la vida, en Ferrara, aún sangrantes Italia y Europa, cuando la primavera estrenaba sonrisas —21 de marzo de 1918— sobre los campos de la Emilia. Hijo de Alberto y de María. Y segundo de seis hermanos.

Vino al mundo y creció en un ambiente familiar cristiano, sucesivamente, y por exigencias laborales paternas, en escenarios de Mantua, Macerata, Ancona. Hasta anidar definitivamente en Rímini, donde padres e hijos, en 1930, dejaron de ser asiduos veraneantes y fijaron domicilio; en la zona residencial que, saltando murallas, buscaba la proximidad de las amplias playas del Adriático.

Alberto, doceañero, es un chaval de voluntad firme, buen corazón, carácter impetuoso, simpático. Robusto, con una vitalidad exhuberante gracias a los pacientes desvelos maternos que acabaron con la inapetencia, corrigiendo la naturaleza inicialmente débil del chico. Sumamente piadoso. Y solidario.

Ha aprendido de papá, un hombre de ideas firmes, bueno, amable; un cristiano recio, honesto, sacrificadamente generoso, con quien pronto por la mañana acude a la iglesia. Oyen misa y comulgan.

Ha copiado de mamá —según confesión filial— el amor a la verdad, la justicia, la lealtad. Extremadamente caritativa, hasta recortar la ración alimenticia familiar en beneficio del hambriento que, justamente en el momento de la comida, llamara a las puertas de la casa.

En fecha 12 de septiembre de 1939 la retrata en la intimidad escrita:

> «Siguiendo el ejemplo de Cristo lo es todo para todos: familiares, extraños y pobres. No hay nadie que haya llamado a nuestra puerta y se haya ido con las manos vacías [...] Para los pobres siempre encontraba algo. Su lema podría ser la frase de San Pablo: "Charitas Christi urget nos"».

Los salesianos también tendrán parte en la formación humana y religiosa de Alberto, asiduo del oratorio festivo donde pronto adquiere responsabilidades de animación, catequísticas, litúrgicas y recreativas. Distrae a los pequeños, canta y se divierte con ellos; juega al fútbol, hace teatro... Pero siempre dispuesto a ceder el lugar en el campo o en el escenario.

Un reflejo espiritual del apóstol que se insinúa es la anotación, el 8 de diciembre de 1934, en las páginas de su *Diario:*

> «Esta mañana en la Comunión he consagrado mi corazón a María Inmaculada, a fin de que lo mantenga puro e inmaculado como el suyo y me ayude a ser bueno, paciente, caritativo [...] Que donde me encuentre confiese con humildad y firmeza de carácter la fe católica, con el ejemplo, las palabras y las acciones. Que me aleje de los miramientos humanos, que no tienen sentido y limitan mi libertad, que defienda y testimonie mi fe con actos externos sabiendo que esto no es vanidad ni ostentación sino íntima y completa adhesión al programa de vida católica, con el que se corrobora que Cristo está presente en el mundo».

Colaboradora en la formación de Marvelli, aparte los hijos de Don Bosco, es la Acción Católica. En 1936 será presidente del centro parroquial de María Auxiliadora. Cuando ya había cerrado un dramático paréntesis familiar...

Fue el dolor en carne viva. En tres días papá vivo y muerto, fulminado por una meningitis sin piedad. Alberto, en la ocasión quinceañero, se derrumbó. Material y moralmente. Seriamente tambaleada su fe. Momentos sumamente difíciles. Cuando a la espina en el joven corazón vinieron a sumarse un naciente zarandeo pasional y una mayor dureza en la defensa de la fidelidad cristiana.

Pero el muchacho acudió a Dios...

Y, viviendo entonces la necesidad de volcarse interiormente, estrena *Diario.* Páginas nacidas sin periodicidad fija. Y sin espacio para la referencia histórica. Más bien meras impresiones, simple reflejo de una sensibilidad íntima.

Páginas que retratarán una diaria intensa realidad espiritual: oración matinal, frecuencia de sacramentos, visita al Santísimo Sacramento, rezo del rosario, plegarias, meditación y examen de conciencia vespertinos...

Se agarró a la oración y salió espiritualmente curtido de las circunstancias.

Descabezada la familia y el primogénito, Adolfo, en la academia militar de Turín, Alberto vive la responsabilidad de una mayor colaboración doméstica, ayudando a mamá, y de mayor preocupación por los hermanos, menores que él.

Coincidentes sus estudios de enseñanza media, que cursa con brillantez.

Precisamente es cuando florece su sentido de la justicia. Cuando desborda en la sana diversión, en las aficiones deportivas. Cuando brotan tantas amistades...

A propósito se interrogará en sus notas íntimas:

> «¿Qué cosa son las diversiones del mundo en comparación con la alegría que Tú das a quien te ama? ¿Qué es el placer, qué la diversión ficticia en comparación con el puro y sublime bienestar que uno experimenta contemplándote y recibiéndote en su corazón?»

El acceso a la universidad fue traumático. Las aulas de Bolonia —donde compartirá mesa y techo con familiares— constituían un mundo nuevo, impensable. Una realidad moralmente pestilente que Alberto simplemente sufría; no juzgaba ni condenaba. Reaccionó apostando por la personal presencia testimonial cristiana. Decidido a tomarse en serio el ideal de perfección: «Mi programa de vida se resume en una palabra: santidad».

En otras palabras:

> «Una meta me propongo alcanzar, a toda costa, con la ayuda de Dios. Meta alta, sublime, preciosa, deseada desde hace tiempo, pero hasta ahora nunca perseguida: ser santo, apóstol, estudioso, puro, fuerte; no conceder ni un instante a la ociosidad.
>
> Quiero llegar a esta meta no para ser mejor que los demás, no para mirar con menosprecio a los pecadores. Sólo para tu mayor gloria, Señor; para ser humilde siervo de las almas, para llevarlas a Ti; para ser, como San Francisco, juglar de Dios y hacer algo de bien con ayuda de la Virgen y Madre, tan bondadosa».

A su alcance, empujando favorablemente los propósitos, una mayor vida de oración y sacramental, la intensificación del contacto con los suyos y la frecuencia de ambientes favorables.

Nuevamente paso a sus propias palabras:

> «Para realizar mi programa son necesarias la oración, la acción y el sacrificio. Nosotros los jóvenes de Acción Católica tenemos una doble responsabilidad ante Dios y ante el mundo, pues nos vinculan a la Iglesia el bautismo y la Acción Católica, que es la misma Iglesia.»

Y aún el recorte de una referencia a la Eucaristía:

> «Cuando me acerco a comulgar, cuando Jesús con su divinidad y humanidad se pone en contacto con mi alma, ella se enciende en santos propósitos. Noto como si un fuego abrasador penetrara en mi corazón, una llama que arde y consume pero me da felicidad. Una felicidad intensa, solamente empañada al pensar que no soy digna de tanto honor.»

Favorable, en definitiva, la trasplantada militancia apostólica y caritativa a Bolonia. Más ambiciosa. Ahora también miembro de la FUCI —Federación Universitaria Católica Italiana—, esplendorosa y prometedora, bajo la sombra alargada de Juan Bautista Montini, y abrigando en sus banderas a futuras grandes figuras de la cultura y de la política católica italianas; por ejemplo, La Pira, Moro...

Pero años de dureza académica. Más otra dureza. Veraniega. La vivencia laboral, con jornadas de doce horas, en una industria azucarera para ayudar a la economía familiar, ahora no precisamente boyante. Y, aún, el rigor de la vida cristiana, a la que vive abrazado.

Anota en 1938:

> «Abatir la soberbia y el orgullo [...] Alejar la hipocresía, el falso celo, la mentira; decir siempre la verdad [...] Fidelidad a la palabra dada, a cualquier precio [...] Responsabilidad en las promesas, no mentir ni en broma. Ayudar a los pobres y desamparados, material y espiritualmente. La caridad ha de ser otro eje de mi programa de vida [...] Aceptar el dolor como enviado del Señor para probar nuestra fe y purificar nuestra virtud.

Marvelli universitario —insistimos— estudia a conciencia, se nutre espiritualmente, vive la militancia católica, cultiva amistades y las conocidas aficiones deportivas. Protagoniza una actividad frenética que pasa factura al merecido descanso nocturno.

Particularmente desfrenada su pasión por la bicicleta. Fácilmente desplazándose a Florencia, a Rovigo, a Arezzo, para verse con familiares o amigos. Cien kilómetros de pedaleo en una jornada no son sacrificio para él.

Es un gran lector de prensa confesional. Devora publicaciones de Acción Católica y libros, particularmente modernas hagiografías, cuyas páginas llena de subrayados, comentarios al pie y notas marginales. Prácticamente cautivado por las lecturas

con protagonismo o de referencia al militante católico piamontés Pedro Jorge Frassati, muerto en 1925 en olor de santidad, a quien concede honores de modelo personal y de ideal de juventud.

En 1936 deja constancia en sus páginas manuscritas:

> «Mañana cumplo 18 años [...] Me esforzaré en imitar a P. G. Frassati [...] Estoy leyendo su vida que tanto me ayuda. Quisiera poder imitarle en la pureza, bondad, caridad, piedad. Verdaderamente cierta la afirmación: "El mundo no era digno de él". Supo imitar y seguir a Cristo».

En contraste con tantas lastimosas realidades juveniles, a ras de tierra, pegadas al fango, sin ideal. Escribe:

> «Jóvenes sin fe y sin alegría. Almas sin alas. Juventud sin ideales nobles. Hay muchos jóvenes, legión, que no sienten la necesidad de elevar el espíritu, salir del vicio y del pecado, liberarse de los cepos terrenos, para abrazarse a Dios, luz y vida infinitas. Terriblemente triste una juventud sin la pasión de las alturas.»

Toda la juventud, la que vuela y la que se arrastra, obligada por egoísmos y sinrazones humanos a guerrear; sembrando destrucción, sangre y cadáveres sobre Europa en el loco verano de 1940. Cuando Alberto Marvelli llega a Milán.

La referencia en la intimidad de su *Diario:*

> «Esta guerra podía y debía evitarse. ¡Cuántas vidas sacrificadas, cuánta sangre joven derramada, cuánto dolor! Es un castigo por nuestras maldades, por nuestra falta de amor a Dios y a los hombres. No hay espíritu de caridad en el mundo y por eso nos odiamos como enemigos en lugar de amarnos como hermanos, todos redimidos por Cristo [...] Es necesario fundamentar el Derecho nacional e internacional sobre bases cristianas. El Evangelio y las encíclicas pontificias deben ser la norma de vida no sólo de cada individuo, sino también de los pueblos, de las naciones, de los gobiernos, del mundo».

Alberto se hace presente en tierras lombardas para apuntalar, ocasionalmente, la economía doméstica. Como en años anteriores. Pero en el presente habiéndose decidido por una actividad laboral complemento práctico de las disciplinas académicas. De perlas para la tesis en perspectiva...

Vive, en una fundición a escasos kilómetros de la capital, una intensa jornada laboral de nueve horas. Inaugurada con la

misa y la comunión matinales y en la que suma larga dedicación al estudio y espacios para la oración, la caridad y la correspondencia epistolar con los amigos.

Admirado y prestigiado por su intachable profesionalidad, por su gran sentido de la justicia, por su ejemplar compañerismo. Cualidades que le hacen merecedor del respeto y de la confianza y amistad del patrono y de los obreros, predicando a entrambos, ecuánimemente, derechos y deberes y arbitrando en determinada difícil situación empresarial.

Desde Milán, llenando ocios, Alberto viajó al lago de Como y protagonizó algunas otras salidas alpinas, maravillándose con las excelencias de la montaña, descubriéndola personalmente más seductora que el bullicio playero adriático.

Un deseo íntimo, manuscrito:

> «Descienda pronto la paz con justicia para todos los pueblos, desaparezca la guerra para siempre de la faz de los pueblos»

Pero como la pacificación no estalla, ya flamante licenciado en ingeniería mecánica, Marvelli es llamado a filas. Destinado a Trieste. Enrolado en el ejército, él, que juzgaba la mili como una pérdida de tiempo, un paréntesis familiar perjudicial, y condenaba con lucidez y firmeza los conflictos armados. No importa. Sacará tajada. Nada de vagancia ni de lamentos inútiles.

Manos a la obra en aquel ambiente moral y religiosamente enfangado. Manos a la obra a la caza de posibles militantes necesitados de estímulo, desplazándose para oír misa los domingos, desbordándose caritativa y testimonialmente.

Acabará acompañado en sus piadosas salidas festivas y poco menos que llorado cuando, a primeros de diciembre, abandone el cuartel. De baja legal en el ejército por coincidencia de tres hermanos en el frente...

Se va a Turín, empleándose en la FIAT. Es su intención, provisionalmente. Recortada la estancia por culpa de una decepcionante realidad profesional y de la añoranza familiar. No puede soportar tanta lejanía y tanta separación.

Bien es verdad que en la capital del Piamonte sumará buenas relaciones con la militancia católica local y tratará a Luis Gedda, importante figura en la historia contemporánea de la Iglesia italiana... Total que, aún no transcurridos dieciocho me-

ses, tras el hundimiento del fascismo y la ocupación alemana del territorio nacional, se planta en Rímini donde comparte despacho y enseñanza. Donde le responsabilizan de las actividades asistenciales del apostolado seglar, convirtiéndose en auténtico profesional de la caridad.

En 1943, formaliza su condición de laico cristiano en la fundación del profesor Gedda. Un institucionalizado propósito de evangelización del mundo sin salirse del mundo y a través de apóstoles con chaqueta y pantalón. Magnífica ocasión para ensayarse es su segundo llamamiento a filas, en el mismo año.

Ahora con destino en el hospital militar de Treviso, donde se deshace en atenciones y cuidados a los cuerpos rotos llegados del frente. Al menos vivos. Que su hermano Lello —Rafaello— abandonado herido, se ha desangrado sobre la helada estepa rusa...

Coincidentes la muerte de Rafael y la presencia de Carlos en un campo de prisioneros egipcio. A quien epistolarmente estimula:

> «Coraje, Carlos mío; coraje y fe en el Señor. Sólo Él puede darnos serenidad, resignación y tranquilidad en la tierra y felicidad en la otra vida. Lello, que nos ha precedido en el Reino de los cielos y en la posesión de la vida eterna, debe ser nuestro ejemplo y nuestro guía. Roguemos a fin de que en el momento del desconsuelo, de la prueba, de la duda, del dolor, obtengamos del Señor la fuerza necesaria para superar la crisis».

El 8 de agosto de 1943 italianos y angloamericanos pactan la suspensión de hostilidades y nace en Rímini un «Comité de Liberación Nacional». Alberto Marvelli abandona el uniforme y sorprende, con la inesperada presencia, a los suyos.

La capital de Forli, en la Emilia, queda sobre la línea divisoria del país partido. En la geografía bajo bandera alemana. Un desgraciado emplazamiento despiadadamente castigado por la aviación estadounidense. Con la particularidad de que siempre, tras las bombas, corre Alberto en bicicleta, valiente y corajudo, brindando corazón y brazos. Entre las ruinas aún polvorientas, actúa, organiza, decide, va de acá para allá, afronta peligros. Porque, son sus palabras: «Cuando hay necesidad es obligado arriesgarse».

Es la primera persona en ayudar a los heridos, animar a los supervivientes, asistir a los moribundos y desenterrar a los sepultados vivos. Pero, aparte los terribles ataques aéreos, la población sufre los zarpazos de la pobreza y del hambre. Tremendos.

Él y su gastada bicicleta no paran; gestionando, visitando campesinos y comerciantes, adquiriendo alimentos y ropa, transportando la compra. Luego distribuye colchones, mantas, pan, pasta, utensilios de cocina... No raramente regresa al hogar descalzo o sin chaqueta o a pie, sin la bicicleta. Porque se encontró con quienes estaban más necesitados. Y, por otra parte, sólo Dios sabe la de jóvenes salvados de la deportación, durante la dolorosa ocupación alemana, gracias a la bravura del joven ingeniero. Botón de muestra su heroica actuación abriendo los vagones de un tren, estacionado en la ciudad, y liberando la carga humana de hombres y mujeres destinados a los campos de concentración nazis.

Liberada Rímini, el 23 de septiembre de 1945 —destrucción, cosechas sin recoger, cadáveres abandonados, vagabundos desamparados configuran la tremenda realidad ciudadana— Marvelli se ha hecho merecedor de la confianza de sus conciudadanos. Particularmente por su decidida y eficaz actuación a favor de los sin techo.

Difícil papeleta. Ardua la empresa que ha de sacar a flote...

El municipio le responsabiliza nada menos que del hospedaje de quienes perdieron su hogar. Pone también en sus manos el capítulo de la reconstrucción de viviendas.

Aunque sus escasos veintiséis años no restarán al ingeniero militante católico competencia en la concreción y solucion de los problemas ni coraje en las situaciones más difíciles. Dinámico él, puntual y riguroso en la administración, racional, hábil en la organización y con capacidad de decisión. Asequible a todo el mundo. Atento mayormente a los más pobres a quienes, cuando se da la necesidad, avala personalmente. Con una generosidad sin límites.

Total, una maravilla. Nada extraño. Más bien comprensible. Pues se lee, fechado en aquel momento histórico, en su cuaderno íntimo: «Servir es mejor que hacerse servir. Jesús sirve».

Siempre en primera línea de la caridad. Como, cuando la epidemia de tifus, logra ayudas del norte de Italia. Como, cuando descubriendo pobres y enfermos, no para hasta lograr su hospitalización...

Siempre sembrando amor sobre los yermos del rencor, del odio y de la venganza, heridas frescas de la guerra...

Y estalló la paz. En Italia, en Europa y en el mundo.

Alberto Marvelli recupera con renovada ilusión y con entusiasmo nuevo la plenitud de la militancia confesional. Apostólicamente ambicioso, cofunda la ACLI —Asociación Católica de Trabajadores Italianos— que pretende la evangelización del mundo laboral, donde el marxismo ha mordido y propaga la herida. Y aún sueña y estructura una cooperativa para los empleados en la construcción, la primera católica en la zona de Rímini.

No es todo. Pues, encargado por el obispo de la dirección apostólica de los profesionales católicos, sintetiza su compromiso en dos palabras· cultura y caridad. Cultura al abasto de todos. Y, en consecuencia, crea una universidad popular. Justificando que «no es necesario llevar la cultura sólo a los intelectuales sino a todo el pueblo».

Caridad:

> «El campo inagotable da la caridad es una magnifica escuela de perfeccion y de apostolado, nos ayuda a considerar los verdaderos valores de la vida, nos aparta de las cosas materiales, confirmando el dicho evangelico "Da mayor felicidad dar que recibir", nos urge la urgencia de resolucion de los problemas de la justicia social, de acuerdo con las palabras del Maestro "Buscad primero el Reino de Dios y su justicia"»

Abre un comedor para pobres, a quienes invita a misa y con quienes reza. Después les sienta a la mesa, les alimenta y atiende a sus cuitas y necesidades. Dinámico, incansable, tesonero.

La resurrección de los partidos le tienta y baja a la arena política De la mano de Benito Zacagnini estrena militancia en la Democracia Cristiana. Vive ilusionadamente su compromiso como un servicio a la sociedad organizada. Como la expresión más alta de su fe, de los valores morales que siempre ha pregonado. «Convencido —predicará Juan Pablo II en la misa de bea-

tificación— de la necesidad de vivir plenamente como hijo de Dios en la historia para transformarla en historia de salvación».

Es candidato en las elecciones administrativas del 6 de octubre de 1946. La víspera había sido una jornada dura. Dura y apretada, tras su consabida inauguración piadosa matinal. Apurada la tarde, llegó a casa, cenó apresuradamente, dio un par de besos en las mejillas de mamá y salió precipitadamente. Salieron él y su castigada e inseparable bicicleta. Se hacía la hora de su postrera intervención electoral y el amigo, con el que habían quedado, no llegaba.

No pudo aguardar más. Va solo... Ha corrido aproximadamente unos doscientos metros cuando un camión militar le alcanza, sacudiendo violentamente contra la pared al joven cuerpo y a la escacharrada máquina. Mortal el encontronazo...

Le lloraron la familia, los amigos, la ciudad. Lamentaron la pérdida incontables anónimos ciudadanos secretamente beneficiados por el finado...

La fama de santidad del joven apóstol de Rímini, cuyos restos mortales reciben veneración en la iglesia parroquial de San Agustín, desbordó sin tardanza los límites diocesanos.

Juan Pablo II en el 50 aniversario de «Società Operaia», la fundación de Luis Gedda, punto de referencia en el último período de la vida de Alberto Marvelli, proclamó:

> «Numerosos miembros de vuestra asociación —recuerdo especialmente al ingeniero Alberto Marvelli, apóstol ejemplar en la vida religiosa y en la civil— demuestran cómo, en los distintos momentos y situaciones, los laicos cristianos saben dedicarse sin reserva a la construcción del reino de Dios en la familia, en el trabajo, en la cultura, en la política, poniendo el Evangelio en el corazón de la sociedad».

JACINTO PERAIRE FERRER

Biliografía

ARCO, A., L', *Alberto Marvelli: exalumno salesiano beato* (Madrid 2004).

AZIONE CATOLICA ITALIANA, *Beatificazione* (Montorso di Loreto 2004).

LANFRANCHI, F. - FIORINI, P., *Alberto Marvelli, un beato che resta amico* (Cinisello Bálsamo 2004).

MASSANI, M. (ed.), *Diario di Alberto Marvelli* (Rímini 1996).

L'Osservatore Romano (5 y 6/7-9-2004).

C) BIOGRAFIAS BREVES

SAN APOLINAR DE VALENCE

Obispo († 520)

Era hijo del senador San Isicio, más tarde arzobispo de Vienne, y era hermano mayor de San Avito, igualmente obispo de la misma ciudad, miembro por tanto de una ilustre familia. Nació en Vienne hacia el 453. Su formación eclesiástica la recibió de San Mamerto, el gran prelado viennense, y fue elegido obispo de Valence hacia el 490, con lo que se puso fin a una larga vacante. Mantuvo correspondencia epistolar con su santo hermano y asistió a los concilios de Êpaone (517) y Lyón (516). Se cuenta que estuvo exiliado por orden del rey Segismundo cuando los dichos concilios excomulgaron al oficial real Esteban. Fue un excelente obispo, acompañado de la fama de santidad y milagros. Murió hacia el 520 y su memoria se celebra desde antiguo el 5 de octubre. Sus reliquias se conservaron hasta que las dispersaron los hugonotes.

BEATO PEDRO DE ÍMOLA

Caballero de Malta († 1320)

Nace en Ímola de la noble familia de los Pattarini, señores de Linaro, hijo de Giacomo di Antonio, el año 1250 aproximadamente. Su familia pertenecía al bando gibelino. Dedicado a la carrera jurídica, consta que fue juez (1289) y árbitro de la paz entre güelfos y gibelinos (1299) en la Romaña. Al ser expulsados de esta región los gibelinos en 1311, Pedro se fue a Florencia y aquí se dedicó a las obras de caridad. Ingresó como caballero en la Orden de San Juan de Jerusalén, llamada posteriormente Orden de Malta, y fue elegido gran prior de Roma. Pero luego volvió a Florencia y dirigió la encomienda de San Giacomo in Corbolino. Su vida estuvo dedicada por entero a las obras de caridad y de acogida a los enfermos, dando un alto ejemplo de piedad y amor fraterno. Murió el 5 de octubre de 1320.

SANTA FLORA DE BEAULIEU

Religiosa († 1347)

Nació en Maurs en el seno de una numerosa familia, en la que recibe educación cristiana y que aprueba su ingreso a los 14 años entre las monjas del Hospital de Beaulieu luego de haber intentando inútilmente que la muchacha contrajera matrimonio. Este hospital había sido fundado en 1240 por Guillermo de Thémines y, desde finales del siglo XIII, se observaba por su comunidad de religiosas la Regla de la Orden de San Juan de Jerusalén, llamada posteriormente Orden de Malta. Tuvo ya profesa una profunda crisis interior pues le parecía que no vivía su comunidad en la debida pobreza y que su estancia en ella no le iba a llevar a la salvación. Pero un sacerdote le hizo ver que dependía de ella el saber contentarse con lo necesario y no hacer uso de nada superfluo. Igualmente padeció fuertes tentaciones respecto a la validez del estado religioso ya que en la Biblia manda Dios al hombre que crezca y se multiplique. A lo que se unió la prueba de que sus hermanas de comunidad la tuvieran por loca y la trataran francamente mal. Ella perseveró en su vocación religiosa, procuró cumplir con entrega todos sus deberes, esmerándose en la caridad con los pobres, y el Señor la recompensó con dones místicos, como visiones, la levitación, el discernimiento de espíritus y la profecía. Se hizo muy devota de la Pasión del Señor.

Muerta en 1347, su tumba fue enseguida objeto de la veneración del pueblo, que empezó a decir que Dios ilustraba el sepulcro de la religiosa con muchos milagros. El culto se hizo oficial a partir del 11 de junio de 1360, cuando se levantó su cuerpo de la tierra y se le empezó a tratar como el cuerpo de una santa. Su vida fue escrita por su propio confesor. Desde el siglo XVIII empezó a tener culto litúrgico en la diócesis de Cahors, permitido expresamente por la Santa Sede en 1852.

BEATO SANTOS DE CORI

Presbítero († 1392)

Santos era natural de la población italiana de Cori, diócesis de Velletri, donde nace el año 1339. Llegado a la juventud opta por la vida religiosa e ingresa en la Orden de Ermitaños de San Agustín, en la que profesa y se ordena sacerdote. Sus grandes dotes como predicador movieron a sus superiores a dedicarlo a la tarea de la predicación asidua del evangelio, lo que llevó a cabo con gran celo y éxito apostólico, logrando muchas conversiones.

Murió el año 1392 y su culto popular fue aprobado por la Santa Sede el 1 de febrero de 1888.

BEATO MATEO (JUAN FRANCISCO) CARRERI

Presbítero († 1470)

Juan Francisco Carreri nació en Mantua en el seno de una noble familia. Desde niño dio pruebas de una gran bondad y piedad. Llegado a la juventud optó por la vida religiosa y tomó el hábito dominico, asumiendo el nombre de fray Mateo. En el noviciado se distinguió por su espíritu de fervor y mortificación. Ordenado sacerdote, sobresalió por su observancia regular y gran celo por la salvación de las almas y el socorro de los menesterosos, pidiendo limosnas que luego repartía a manos llenas a los pobres. Excelente predicador, se acreditó tanto en este ministerio que la Santa Sede le pidió recorriera toda Italia predicando. Empezó por Lombardía, donde inculcó a los fieles la observancia de los días festivos y convirtió a numerosas personas, fustigando las costumbres disolutas y atrayendo a muchas almas a una más firme vida cristiana. El maestro general de su Orden le confió la tarea de reformar los conventos de Soncino y Vigebano, donde logró restaurar la observancia regular. Empezó a rodearle la fama de taumaturgo. Devotísimo de la Pasión del Señor, se dice que recibió el carisma de la estigmatización. Murió en Vigebano, rodeado de gran fama de santidad, el 5 de octubre de 1470, recibiendo enseguida culto popular.

Sixto IV concedió a Vigebano la celebración de su fiesta y el 2 de diciembre de 1625 su culto fue confirmado por la Santa Sede.

BEATOS GUILLERMO HARTLEY, JUAN HEWETT Y ROBERTO SUTTON

Mártires († 1588)

El *Martirologio romano* conmemora hoy a tres mártires que en el mismo día —5 de octubre de 1588— dieron su vida por la fe católica. Dos de ellos eran sacerdotes y el tercer o seglar.

GUILLERMO HARTLEY había nacido en Wilne el año 1557 en una familia campesina que aceptó el protestantismo cuando llegó al trono Isabel I. Estudia en Oxford y opta por el ministerio pastoral, ordenándose en la Iglesia anglicana, y recibiendo una capellanía. Pasa al continente y conoce el catolicismo, que le atrae y se convierte, y se queda en Reims en el Colegio Inglés hasta su ordenación sacerdotal. Vuelto a Inglaterra, colabora activamente con San Edmundo Campion, cuya obra escrita difunde con mucho celo. Estaba en la imprenta clandestina cuando fue arrestado y llevado a la Torre de Londres. Aquí se convirtió en apóstol de los otros presos y aun de los visitantes, logrando la conversión de algunos al catolicismo. Acudió a discutir con él el obispo de Londres y al no lograr convencerle le dio un bofetón y logró que la prisión se le hiciera más dura. Al cabo de tres años fue juzgado y enviado al destierro (1584). Sin temor a la muerte, volvió a Inglaterra y en 1588 era nuevamente arrestado y juzgado. Se hizo correr la voz de que había apostatado. Pero perseveró realmente en la fe y por ella fue condenado a muerte y ejecutado en Shoredith junto al teatro. Asistió al suplicio su propia madre que rogaba por él y lo tuvo por mártir.

JUAN HEWETT nació en Tollerton, en el Yorkshire, hacia el año 1555, hijo de un comerciante de tejidos. Estudió en Cambridge, en el Caius College. Él, sin embargo, se sintió llamado al estado sacerdotal y decidió entregar su vida a la causa de la Iglesia católica en Inglaterra. Marchó al Colegio Inglés de Reims y llegó a ordenarse de diácono. Pero entonces enfermó y volvió a su casa. Estando aquí fue arrestado y llevado al calabozo del

castillo de Kingston-upon-Hull el 23 de agosto de 1585, terminando su detención en castigo de destierro. De esta forma volvió a Reims y continuó sus estudios, ordenándose de sacerdote el otoño de dicho año. En enero de 1586 volvió a Inglaterra con el nombre falso de John Weldon y durante todo ese año pudo ejercer con fruto su ministerio pastoral. En enero de 1587 era nuevamente arrestado y desterrado. Marchó a Holanda y aquí el conde de Leicester ordenó su detención y lo envió a Inglaterra preso. Acusado de ser sacerdote católico, afirmó que eso no era un crimen y que propagar el catolicismo era un hecho religioso y no traición política. Condenado a muerte, la sentencia se cumplió en Mile End Green.

ROBERTO SUTTON nació en Kegwell, en Leicestershire, en el seno de una familia protestante. Fue maestro de escuela en Londres, donde tenía un centro docente en Paternoster Row. Llegó al catolicismo no se sabe por qué medio. El hecho trascendió y fue denunciado y arrestado. Llevado a juicio se le ofreció la vida y la libertad si volvía al protestantismo, pero él se negó firmemente, siendo condenado a muerte. Cuando estaba en Clerkenwell a punto de subir al patíbulo le volvieron a ofrecer la libertad y la vida si se conformaba a la religión oficial. El mártir manifestó que sería católico hasta la muerte. Entonces fue ahorcado, destripado y descuartizado.

Los tres fueron beatificados por el papa Pío XI el 15 de diciembre de 1929.

SAN TRANQUILINO UBIARCO ROBLES

Presbítero y mártir († 1928)

Nació en Ciudad Guzmán el 8 de julio de 1899 en una familia modesta que, a la muerte del padre, pasó por muchas estrecheces. Su madre viuda luchó valerosamente para sacar adelante sus cuatro hijos. A los diez años ingresó en el seminario auxiliar de su pueblo natal y cuando éste se cerró recibió clases particulares de un sacerdote. Por fin pudo ingresar en el seminario de Guadalajara, donde completó sus estudios y se ordenó sacerdote el 5 de agosto de 1923. Enviado primero como coadjutor a Moyahua, hizo una gran labor social con los círculos obreros y

las escuelas dominicales, y organizó la catequesis de niños por todas las rancherías. Trasladado a Lagos de Moreno hizo alguna obra similar y fundó el periódico *Orión*. Empezada ya la persecución fue destinado a Tepatitlán como párroco, donde el movimiento cristero era muy fuerte, pero él no lo alentó. Puso su interés en las obras sociales y logró abrir un comedor de campesinos a fin de paliar la difícil situación económica. Aunque deseaba el martirio, no se expuso de forma imprudente y procuraba no poner en peligro a las familias que lo acogían. Llamado por una familia católica para que bendijera un matrimonio, pernoctaba en ella la noche anterior a la boda cuando fue arrestado (4 de octubre de 1928). Fue llevado a la municipalidad donde se unió a otros presos a los que consoló y animó, confesó a algunos y rezó con ellos el santo rosario. Vino por él un coronel y se lo llevó, rodeado de soldados, a la calzada de acceso a la población. Preguntó con qué arma lo iban a matar y le enseñaron la soga. Él bendijo la soga, y seguidamente lo ahorcaron. Eran las doce de la noche, justo al empezar el 5 de octubre. Cortaron la soga y cayó el cadáver al suelo. Vino su hermana Teodora y lo acompañó desconsolada toda la noche pero al propagarse la noticia, vinieron los soldados al amanecer y se lo llevaron al cementerio. Sin embargo, una feligresa obtuvo licencia para llevárselo a su casa y velarlo unas horas. Temiendo un tumulto, los soldados recibieron orden de disparar contra la multitud y se llevaron de nuevo el cuerpo antes de la hora fijada. Una feligresa lo enterró en una tumba de su propiedad. En 1978 sus reliquias fueron llevadas a la parroquia. Se conservan también como reliquias la soga con que fue ahorcado, la rama de la que pendió y algunas de sus ropas.

Fue canonizado con los otros mártires de México el 21 de mayo de 2000 por el papa Juan Pablo II.

BEATO MARIANO SKRZYPCZAR

Presbítero y mártir († 1939)

Nace en Janowiec (Polonia) el 15 de abril de 1909 en el seno de una familia acomodada. Se traslada con sus familiares a Gniezno, donde hace la enseñanza primaria y el bachiller. En

1930 ingresa en el seminario diocesano. Hechos todos los estudios, se ordena sacerdote el 15 de junio de 1935. Es enviado como auxiliar del párroco de Rugowo que estaba enfermo y a poco se le confía la cura de almas de la parroquia de Glinno, donde debió construir la casa parroquial. Cuando estalla la guerra mundial y ve que los sacerdotes estaban siendo perseguidos, se esconde en las cercanías de Inowroclaw, pero a las pocas semanas volvió a su parroquia y se encontró que el templo había sido incendiado y la casa ocupada por los alemanes. Se fue a Plankowo donde lo acogieron los familiares del párroco que se había visto obligado a huir. Y aquí estaba cuando un grupo de alemanes, alineados con los nazis, asaltó la casa parroquial y lo asesinó. Había sido un buen sacerdote, sensible a las necesidades de los pobres y atento al mejor desempeño de su ministerio.

Fue beatificado el 13 de junio de 1999 por el papa Juan Pablo II.

6 de octubre

A) MARTIROLOGIO

1. En el monasterio de La Torre (Calabria), San Bruno († 1001), presbítero, fundador de la Orden de la Cartuja **.
2. En Laodicea de Frigia, San Sagar († ca.170), obispo y mártir.
3. En Agen (Aquitania), Santa Fe († s. III), mártir.
4. En Sorrento (Campania), San Renato († s. V), obispo.
5. En Auxerre (Neustria), San Román († 564), obispo.
6. En Venecia, San Magno († 670), obispo.
7. En la Bretaña Menor, San Ywio († 690), diácono y monje.
8. En Azogeraia (Creta), San Juan Xenos († s. XI), monje.
9. En Guèret, Limoges (Aquitania), San Pardulfo († 738), abad.
10. En Lambach (Baviera), San Adalberón († 1090), obispo de Würzburgo **.
11. En la cartuja de Arviéres-en-Valromey (Saboya), San Arnoldo o Artaud († 1206), obispo de Belley y monje cartujo *.
12. En Nápoles (Campania), Santa María Francisca de las Cinco Llagas (Ana María) Gallo († 1791), virgen, de la Orden Tercera de San Francisco **.

13. En Rochefort (Francia), Beato Francisco Hunot († 1794), presbítero y mártir *.

14. En Longueuil (Canadá), Beata María Rosa (Eulalia) Durocher († 1849), virgen, fundadora de la Congregación de Hermanas de los SS. Nombres de Jesús y María **.

15. En An-Hoa (Annam), San Francisco Phan Van Trung († 1858), mártir *.

16. En Kortrijk (Bélgica), Beato Isidoro de San José de Loor († 1916), religioso de la Congregación de la Pasión del Señor **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN BRUNO

Presbítero y fundador († 1101)

Fue el siglo XI uno de esos siglos que presentan en la historia de la humanidad una caracterización bien determinada de lucidez e inquietud, de afán de renovación y de reforma.

Se había extendido el vaticinio de que el año mil señalaba el fin del mundo; el año apocalíptico y terrible en el que el mundo se desplomaría bajo el juicio de Dios. La humanidad temblaba ante la llegada de aquel año, en el que el tiempo daría su último latido y la eternidad comenzaría su decurso inacabable.

No sucedió nada de eso. La humanidad respiró a sus anchas ante el augurio fallido. Un nuevo impulso de vitalidad sacudió a las gentes: un afán de creación y de reforma, un loco deseo de sumirse en el gozo y en el placer. Ahuyentado el fantasma del fin del mundo, un reguero de frivolidad, de violencias, de crueldad y hasta de movimientos heterodoxos, que entraban ya de lleno en la herejía y el cisma, invadieron a la sociedad medieval. Añadamos a ello la codicia y la simonía, la venalidad y ligereza de muchos elementos del clero y de las órdenes monacales, que relajaban sus costumbres y la rigidez de sus primeras observancias.

Fue entonces, también, cuando voces poderosas y enfervorizadas por el amor a Cristo y a su Evangelio clamaron por la reforma de las costumbres, por la dignidad eclesiástica, por la libertad e independencia de la Iglesia frente a la codicia y a las intromisiones de los poderes públicos. Fue el siglo del gran Gre-

gorio VII, de Pedro Damiano y de San Norberto. Fue también el de San Bruno, restaurador de la vida solitaria en el Occidente, fundador de una de las más antiguas y santas religiones de la Iglesia de Dios: la Orden cartujana, que desde sus principios hasta hoy ha dado abundantes y óptimos frutos de santidad.

En la ciudad de Colonia, en el lugar donde Agripina, madre de Nerón, había establecido la que se llamó «Colonia Agripina», nació, hacia el año 1030, Bruno, de la noble y esclarecida estirpe de los Ubior. Cristianamente educado, agudo de ingenio y de inteligencia pronta y clara aprendió las primeras letras en su ciudad natal, pasando muy joven, a proseguir sus estudios en las escuelas de Reims, y luego en las de París, famosas en su tiempo. Vuelto a su patria, recibió la dignidad sacerdotal. Fue nombrado canónigo de la colegiata de San Cuniberto, en la que residió hasta que fue llamado por el arzobispo de Reims, que le hizo profesor y maestro de los estudios de aquella metrópoli, de la que poco tiempo después fue nombrado canciller.

Estando allí entró a ocupar la silla arzobispal Manasés, hombre de carácter ambicioso, que, abusando de su autoridad, comenzó a despojar a la Iglesia y a los monasterios de sus bienes en provecho propio, no respetando ni aun los ornamentos ni vasos sagrados. Por oponerse Bruno, valientemente, a los vicios y abusos del indigno arzobispo, denunciándolos ante el Papa, hubo de sufrir las represalias de aquél, que, desobedeciendo al legado pontificio, se resistió a abandonar su puesto hasta que el pueblo, cansado de sus abusos, se amotinó contra él, arrojándolo de la ciudad.

Bruno, que poseyó la virtud de la esperanza, sufrió la persecución, honrado con padecer por la gloria de Dios y de la Iglesia, y esperó el triunfo de la justicia.

Una piadosa tradición, que la Orden de la Cartuja ha conservado siempre entre las suyas, hace partir la vocación de San Bruno al estado religioso del siguiente suceso: celebrábanse en la Universidad de París los funerales de un famoso doctor llamado Raimundo, muy estimado por su saber y apreciado por su gran fama de virtud y santidad. Al llegar a cantarse la cuarta lección del oficio de difuntos, de labios del cadáver, allí presente, salió esta terrible confesión: «Por justo juicio de Dios he sido

acusado». Espantados los circunstantes, resolvieron aplazar la fúnebre ceremonia para el siguiente día. Al llegar, en el oficio, al mismo pasaje volvió a gritar el cadáver con voz más terrible: «Por justo juicio de Dios he sido juzgado». Suspendido el acto y celebrado de nuevo por tercera vez, la muchedumbre, cada día más numerosa, quedó horrorizada al oír de boca del difunto la tremenda sentencia de su eterna condenación: «Por justo juicio de Dios he sido condenado».

Tal impresión causó en Bruno este hecho que le decidió a abandonar el mundo. Comunicó su pensamiento a algunos amigos y compañeros que también lo habían presenciado, y seis de ellos se decidieron a seguirle: Lauduino, doctor teólogo, natural de Luca, en Toscana; Esteban de Bourg y Esteban de Die, ambos canónigos regulares de San Rufo, en Aviñón; Hugo, llamado el Capellán, y dos piadosos seglares llamados Andrés y Guerino.

Sea cual fuere el valor histórico de esta tradición, lo cierto es que el temor a los inapelables juicios de Dios, los atropellos y los abusos que había presenciado y el deseo de huir de las humanas grandezas le movieron a abandonar totalmente el mundo para entregarse todo a Dios.

A través de Colonia, París y Reims, entre los elevados cargos que su bondad y sabiduría le depararon en la Iglesia y en la enseñanza, el ansia de una sabrosa soledad embargaba de continuo su alma ascética y contemplativa. Aspiraba a la vida de unión con Dios en la oración y en el silencio. La vida del mundo, con sus pasiones y luchas, rencillas y locuras, le entristecía y conturbaba. Y un día, juntándose con sus compañeros, y después de haber repartido sus bienes entre los pobres, abandonó la ciudad de Reims donde el clero, de acuerdo con el legado del Papa, quería elevarlo a la dignidad arzobispal. Primero se retiran a la abadía benedictina de Molesmes, en la que, bajo la dirección de San Roberto, hacen sus primeros ensayos de la vida religiosa. Pasan luego a «Seche-Fontaine», dependencia más retirada del mismo monasterio. Pero, deseando Bruno y los suyos buscar un lugar más desierto y totalmente apartado de la vista de los hombres, se dirigen al macizo montañoso del Delfinado, en la diócesis de Grenoble.

No podía explicarse San Hugo, obispo de aquella diócesis, discípulo y amigo de Bruno, aquel misterioso sueño en el que vio descender siete estrellas sobre el desierto llamado de la Cartuja, en los confines de su diócesis, y a unos ángeles que levantaban en medio de él un templo. Se lo explicó, al día siguiente, cuando vio postrarse a sus pies a Bruno y a sus seis compañeros, que venían a pedirle licencia para retirarse a un lugar apartado donde darse de lleno a la oración y a la penitencia.

Su sueño quedaba explicado. Y el día de la Natividad de San Juan Bautista del año 1084, guiados por el santo prelado, partieron Bruno y sus discípulos a tomar posesión de aquellos bosques y quebradas peñas, hasta entonces sólo frecuentados por las fieras, donde levantaron unas celdillas de madera y una pequeña capilla dedicada a Nuestra Señora. Junto a la capilla hizo brotar el Santo, de la sequedad de la tierra, una fuente copiosa y reidora para alegrar la umbría del bosque, dar de beber al sediento y colmar de milagros, años después, a los devotos cartujanos. Así nació la Orden cartujana.

La historia tuvo un gesto de sorpresa y asombro. ¿Quiénes eran aquellos hombres? ¿Qué pretendían aquellos anacoretas que hacían renacer en los montes de la Cartuja la vida solitaria, llena de recogimiento y austeridades de los antiguos padres de la Tebaida? ¿Qué silencio era aquel que buscaban con tanto afán aquellos seres singulares, mezcla de ermitaños y cenobitas, entre los riscos y los bosques casi impracticables de la Cartuja?... Un silencio hondo, maravilloso, los envuelve entre sacrificios y austeridades increíbles. Su abstinencia es rigurosa; el sueño, breve; sus vigilias, prolongadas; las disciplinas con que castigan sus cuerpos, frecuentes y dolorosas. Vestidos con ásperos sayales blancos, exponentes de la blancura y de la pureza de sus almas, alternan con la oración el trabajo manual y se consagran a las más altas contemplaciones...

La vida de San Bruno se hace más angélica que humana. Vive en este mundo como si no viviese en él, porque su unión con Dios por el amor es íntima y continua, y, rebosando su corazón la santa alegría que Dios le comunica, se le oye repetir constantemente aquella tan dulce y para él familiar jaculatoria: *Oh Bonitas!* (¡Oh bondad de Dios!). Y como el amor de Dios y el

amor al prójimo, ramas nacidas de un mismo tronco, están tan íntimamente relacionadas, Bruno, que tuvo el primero en tan alto grado, en el mismo poseyó y ejercitó el amor para sus semejantes. Su caridad se dió a todos: su trato fue siempre dulce y apacible, modelo de desprendimiento de sí mismo y de amor a los demás.

Pero la luz no debe ocultarse bajo el celemín. Conocedor el papa Urbano II, que había sido discípulo suyo en las escuelas de Reims, de las altas dotes de virtud y santidad de Bruno, le llama a Roma. Necesita de su consejo y de su colaboración para solventar dificultades que pesan sobre su pontificado. Los tiempos son duros y la nave de Pedro sufre las sacudidas de los temporales, que dificultan su rumbo.

Bruno, obediente a la voz del Papa, tuvo que dejar el desierto y trasladarse a Roma, adonde le siguen algunos de sus discípulos. Asiste a diversos concilios, preside embajadas pontificias cerca de los príncipes normandos establecidos en las costas meridionales de Italia, y hasta es nombrado arzobispo de Reggio. Pero la vida y ocupaciones de la gran ciudad le desazonan. Entre el azacaneo de la corte de Roma su pensamiento vuela de continuo hacia el silencio y la soledad de su Cartuja, adonde han vuelto ya sus compañeros. Él, por obediencia al Papa, permanece en Roma, hasta que, rechazado humildemente el honor de la mitra, logra que el Papa le permita volver a la soledad, pero en la misma Italia, en Calabria, donde funda el monasterio de Santa María del Yermo o de la Torre. Crecen sus discípulos en número y santidad, y se hace preciso levantar otro monasterio, no lejos de allí, bajo el título de San Esteban del Bosque. Ambos reciben pingües dotaciones del conde Roger, a quien el santo, por extraordinaria visión, avisó del peligro que corría su vida, librándole de una segura muerte que le tenían preparada unos soldados de su guardia. Muchedumbres de devotos acuden al Santo solicitando su protección y ayuda. Una nueva luminaria brilla con luz inmarcesible en el cielo de la Iglesia. En las nuevas fundaciones se observan rigurosamente las austeras enseñanzas del fundador, que, en 1127, recopilará Guigo, quinto prior de la Cartuja, dando a su trabajo el nombre de «Costumbres».

La soledad y el silencio forman el ambiente propio en el que se desenvuelve la vida de la Cartuja. Un silencio único en el que sólo se oyen los latidos de la naturaleza y el susurro de las oraciones, el canto de los pájaros y la salmodia de los monjes, y en donde la campana conventual llama constantemente a los montes y a los ocasos a cantar las alabanzas de Dios y de María.

Rodeado de uno de esos silencios maravillosos muere el santo fundador de la Cartuja el 6 de octubre del año 1101. Fue enterrado en su monasterio de Santa María del Yermo, en Calabria, el año decimoséptimo de su vida religiosa, y trasladado, al año siguiente, a la iglesia de San Esteban. Y el agua, que tantas veces dio música a sus soledades con el murmullo y la risa de sus espumas, quiso también acompañarle en su sepulcro, brotando milagrosamente a su lado, en una fuente que tenía la virtud de curar a los enfermos que invocaban al santo.

El papa León X, en 1514, autorizó el culto público de San Bruno, y Gregorio XV, en 1623, mandó incluir su rezo en el *Breviario romano,* extendiendo su culto a toda la cristiandad.

> «Rogámoste, Señor, que nos auxilie la intercesión de tu santo confesor Bruno; y pues gravemente hemos ofendido a tu Majestad con nuestras culpas, por sus méritos y súplicas consigamos el perdón de nuestros pecados. Por Nuestro Señor Jesucristo»

Así dice la oración de la misa del santo fundador de la Cartuja. Que él nos ayude, en todo momento, a perseverar en la vida de la gracia y que nos haga amar, como él amó, la soledad y el silencio, en los que florece la vida interior que conduce a las almas a las cimas de la santidad.

ANTONIO GONZÁLEZ Y MARTÍNEZ DE OLAGUÍBEL

Bibliografía

Acta sanctorum. Octobris, III, p.736-763.
Art. en A. VACANT - E. MANGENOT - E AMANN, *et al.* (dirs), *Dictionnaire de theologie catholique.* II/1 *Baader Buzetti* (París [3]1923) cols 2279-2282
Vita: PL 152,553-605.
WILMART, A., OSB, «La chonique des premiers chartreux»· *Revue Mabillon* 16 (1926) 77-142.
• Actualización:
JIMENEZ HERNANDEZ, E., *San Bruno: melodía del silencio* (Baracaldo 2003)
RAVIER, A., *San Bruno, primer cartujo (1030-1101)* (Burgos 2001).
UN CARTUJO, *Maestro Bruno, padre de monjes* (Madrid [2]1995).
UN CARTUJO, *San Bruno: biografía y carisma* (Madrid 2001).

SAN ADALBERÓN

Obispo († 1090)

Nace en torno al año 1010 en el seno de la poderosa familia de Lambach-Wels sul Traun (Austria), hijo de Arnoldo, conde de Wells y de Lambach, y Regina. Su infancia transcurre en Wurzburgo (Franconia) de donde era oriunda su madre, pasando posteriormente a estudiar a París. Al concluir su estancia en la capital francesa regresa a Wurzburgo, cuya sede episcopal ocupa su tío Bruno, y obtiene una canongía en la catedral. En 1040, a la muerte de su tío, es elegido nuevo obispo de dicha diócesis, consagrándose a la restauración de la disciplina eclesiástica y a la renovación espiritual en los monasterios. En 1047 promueve la llegada de monjes loreneses reformados de Ricardo de Saint-Vanne al convento de Schawrzbach, en la Baja Franconia, y en 1056 introduce monjes benedictinos en la abadía que en 1040 había fundado su padre Arnoldo, en Lambach, con clérigos regulares.

El año 1073 la relación de Gregorio VII —uno de los grandes papas de la Iglesia— con el joven rey de Alemania, Enrique IV, es bastante tensa. El monarca, poco dócil al cumplimiento de la voluntad del Papa, es amonestado y se intenta, con gran prudencia, que reconozca los abusos cometidos. En estas circunstancias el obispo de Wurzburgo marcha a Roma en 1074, donde se entrevista con el Papa, quien, a su vez, le informa de la reforma que está preparando mediante veintisiete proposiciones sobre la nueva concepción de la Iglesia y del papado. Se trata de defender la primacía de la Iglesia sobre cualquier otro poder, señalando el excesivo poder del Estado que pretende controlar la vida civil de los súbditos y, también, la vida espiritual. Para Gregorio VII se trata no solo de una cuestión de poder, sino de la reforma de la Iglesia, que debe liberarse del opresor influjo de reyes y patronos de iglesias, y actuar con las disposiciones canónicas, dejando lugar para la acción divina. Durante unos tres siglos los emperadores, reyes y señores feudales han otorgado obispados y abadías con toda libertad, un poder que pertenece a la Iglesia y cuya autoridad suprema pertenece al Papa. Había que actuar con energía y severidad para librar al poder espiritual de toda tutela, y así se dio inicio a la ex-

presión escolástica: *lucha de las investiduras,* entre el papado y el Imperio.

Esta valiente decisión de Gregorio VII le ocasiona una protesta general. La ruptura con Enrique IV, rey de Alemania, es inevitable porque el monarca no tiene propósito de llevar a la práctica los deseos reformadores del Papa, como queda demostrado al reunir a los prelados alemanes en la dieta de Worms, donde el 24 de enero de 1076 rechaza los *Dictatus papae,* se niega a aceptarlos, se reserva el derecho de poder nombrar todas las dignidades eclesiásticas que había tenido hasta ese momento e intima al Papa a renunciar a su cargo. En el sínodo de Maguncia, celebrado este mismo año, declara al Papa indigno de su autoridad suprema y promueve la elección de un nuevo Papa, declarando a Gregorio VII inepto. En este momento se le abren los ojos al obispo Adalberón, partidario de Enrique IV, rompe con él, se declara contrario al rey y, fiel al Papa, participa en la defensa de la ortodoxia y en la deposición del monarca. Junto con Ermanno de Metz, defiende una protesta contra la abierta violación jurídica que se estaba perpetrando y Gregorio VII, por su parte, responde con la excomunión, excluyendo a los súbditos de Enrique IV del juramento de obediencia. Un acto que no tiene precedente en la historia pontificia, pues nadie antes de él había reclamado el derecho de deponer a un rey, y de eximir a sus súbditos del juramento de fidelidad.

Por todas partes surgen enemigos de la corona y la fuerza moral de la Iglesia queda de manifiesto. La situación en Alemania se agrava y Enrique IV, aconsejado por los suyos, al ver la declarada oposición de los obispos y príncipes se decide a realizar el acto más humillante que recuerda la historia del Imperio. Vestido de peregrino marcha a Italia y llega a Canosa, un castillo inexpugnable de la condesa Matilde, aliada fidelísima del papado donde Gregorio VII ha encontrado refugio. El 25 de enero de 1077 Gregorio VII perdona a Enrique IV y levanta la excomunión. Mientras, en Forchheim, los príncipes de Sajonia y los del sur de Alemania promueven la elección de Rodolfo de Rheinfelden, duque de Suabia, como nuevo rey de Alemania. Los acontecimientos se precipitan. Enrique IV regresa a Alemania y pone asedio a Wurzburgo, donde el obispo Adalberón

defiende con integridad la autoridad del Papa, solivianta a los ciudadanos que se rebelan contra su obispo, lo deponen y es obligado a abandonar la sede diocesana.

En 1080 el Papa reconoce a Rodolfo de Suabia como soberano legítimo de Alemania y las represalias no tardan en llegar. Enrique IV promueve una asamblea de prelados alemanes en donde se depone a Gregorio VII, y eligen, para reemplazarlo, a Guiberto, obispo de Rávena (a quien había excomulgado Gregorio VII en 1076 y depuesto dos años más tarde), partidario incondicional de Enrique IV, que toma el nombre de Clemente III. El 31 de marzo de 1084 Enrique IV es coronado emperador en Roma por el antipapa elegido por él. Ante este desafío, Gregorio VII se refugia en el castillo de Sant'Angelo, aunque tiempo después abandona Roma, camino del exilio, terminando, finalmente, en Salerno, donde muere en 1085. Enrique IV está dispuesto a llegar al final, aunque sea por las armas, y pretende que los alemanes reconozcan a Clemente III como nuevo papa y le obedezcan como pastor de la Iglesia.

La derrota del ejército imperial en Pleichfeld permite a Adalberón regresar a Wurzburgo, aunque por poco tiempo, pues Enrique IV consigue recuperar la ciudad y apresa a su obispo. Por todos los medios intenta lograr su voluntad a cambio de algunas concesiones, pero el anciano prelado permanece fiel al Papa. Su decidida defensa del Papa, la negativa a reconocer la autoridad del emperador en asuntos eclesiásticos y la heroicidad de sus virtudes, le convierten en un campeón del papado en Alemania. Sus amigos, Altmann de Passau y Gebhard de Constanza, más jóvenes que él, influirán activamente en el desarrollo de los posteriores acontecimientos. Es recluido en la abadía de Lambach.

El año 1088 renuncia a la dignidad episcopal y bendice e monasterio de Komburgo (Wurtenberg). Al año siguiente pro mueve la fundación de la abadía de Zwiefalten con monjes de Hirschau, y concluyen las obras de la iglesia del monasterio benedictino de Lambach, que consagra el 15 de septiembre de 1089. Fallece en olor de santidad el 6 de octubre de 1090. En 1205 un monje de Lambach redacta una biografía del obispo Adalberón, relacionando numerosos milagros según su extendida fama de santidad.

Su culto fue aprobado por León XIII el año 1883, reconociéndose sus restos el año siguiente.

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

Bibliotheca sanctorum. I: *A-Ans* (Roma 1961) cols.175-177.
Dictionnaire d'histoire et de géographie ecclésiastiques. I: *Aach-Albus* (París 1912) cols.439-440.
FLICHE, A. - MARTIN, V., *Historia de la Iglesia.* VIII: *Reforma gregoriana y reconquista* (Valencia 1976) 137-176.

SANTA MARÍA FRANCISCA DE LAS CINCO LLAGAS (ANA MARÍA) GALLO

Virgen († 1791)

Esta santa napolitana, que vivió a lo largo del siglo XVIII y fue canonizada a mediados del XIX, se caracteriza por una intensa vida de penitencia y de ferviente oración y por las abundantes gracias místicas recibidas del Señor. Era una mujer seglar, terciaria franciscana, sencilla y muy austera, que se dedicó siempre al trabajo en las tareas del hogar dentro del ambiente familiar. Aunque su condición de consagrada al Señor en la vida secular la colocaba ante el riesgo de evidentes incomprensiones e incluso de una frecuente marginación, sin embargo fue muy libre para influir positivamente en la familia y en la sociedad que le circundaba.

Santa María Francisca de las Cinco Llagas, nombre que recibió al ingresar en dicha Orden Tercera, nació en Nápoles el 25 de marzo de 1715, fiesta de la Anunciación de Nuestra Señora, cuando este reino aún no formaba parte de Italia, ya que la unificación de la península tuvo lugar casi un siglo después de su muerte. El territorio estaba sometido al señorío de los Habsburgo desde 1707, hasta que en 1734 volvió al trono de Nápoles la dinastía española de los Borbones con el rey Carlos III. Era una época caracterizada por la intensa religiosidad popular, no exenta de sincretismo con algunas creencias y supersticiones. Fue momento también de grandes santos y predicadores que influyeron decisivamente, y de modo muy notable, en la fe

y en la vivencia auténticamente cristiana del pueblo de Dios. Es cuando, por ejemplo, San Alfonso María de Ligorio, doctor de la Iglesia, con la solicitud siempre cercana de San Genaro María Sarnelli, fundó la Congregación del Santísimo Redentor (Redentoristas), dedicada a la evangelización del pueblo sencillo por medio de frecuentes misiones. Una de las familias que gozó de los benéficos contactos con varios santos fue la de María Francisca, y ella misma, de modo muy particular.

Era hija de Francisco Gallo y de Bárbara Basinsi, comerciantes, en discreta situación económica. Él, con un carácter bastante violento, era propenso a la ira, creando un ambiente difícil para la convivencia. Ella padecía resignadamente esta situación, sin poder influir en mejorarla. Aunque en la familia no era intensa la vida de piedad, María Francisca fue bautizada pronto, recibiendo los nombres de Ana María Rosa Nicolasa.

Bárbara, la madre, parece que de no muy buenas costumbres, sufrió mucho antes del nacimiento de la niña a causa de los malos tratos de su marido y por unos sueños que la atormentaban. En su situación desesperada, buscó ayuda en dos santos: el P. franciscano San Juan José de la Cruz y el jesuita San Francisco de Jerónimo. Ambos la escucharon con atención, la atendieron caritativamente, la reconfortaron, la desaconsejaron abortar y profetizaron la santidad de la niña que iba a nacer. Narran los primeros biógrafos que fray Juan José de la Cruz, franciscano de la Orden de los Descalzos de San Pedro de Alcántara, rezó por esta niña aún no nacida y, haciendo un signo de la cruz sobre el vientre de la madre, le dijo: «Ánimo, no tengas miedo; cuida bien a esta niña que está para nacer, porque será una gran santa». Estas, o semejantes palabras, se atribuyen también al célebre predicador de su tiempo San Francisco de Jerónimo, que encomendó a la Santísima Virgen a la criatura. Otros dicen que la predicción fue hecha con estas palabras: «Ten cuidado, porque vas a dar a luz a una niña que será una gran santa».

Las primeras biografías de Ana María Gallo dicen también que, siendo todavía muy niña, se interesaba visiblemente por la práctica religiosa y sentía vivísimo deseo de acercarse a la Eucaristía. La recibió muy temprano, a la edad de siete años.

También fue muy precoz su devoción a la Pasión del Señor, en la que solía meditar con frecuencia, lo cual afectaba bastante a sus sentimientos llegando a veces a derramar abundantes lágrimas. Aún siendo todavía muy niña, de tal modo se hizo ostensible en su entorno su intensa vida de piedad y de práctica de las virtudes cristianas, que comenzaron a llamarla «la santita».

También Ana María tuvo que sufrir bastante a causa del iracundo y violento carácter de su padre. Ávido, además, de mayor bienestar económico, cuando su hija iba a cumplir 16 años, intentó casarla con un pretendiente de buena familia, que se había enamorado de la belleza y de la virtud de la joven. Pero Ana María, decidida a consagrarse a Dios a pesar de la oposicion del padre, rechazó este matrimonio tan ventajoso. Se han transmitido estas palabras suyas:

> «Padre mio, no tengas pena ni te preocupes por mi respecto a este punto, porque no quiero saber nada del mundo Hace tiempo que deseo vestir el habito religioso de San Pedro de Alcantara, y ya desde ahora os pido autorizacion para ello»

No se trataba de asumir la vida religiosa propiamente dicha, sino de llevar el hábito de la Tercera Orden Franciscana seglar, sin abandonar la vida de familia ni retirarse a un convento. No obstante, como ello suponía en Ana María la consagracion personal e íntima a Dios, dejándose llevar de su carácter brutal, Francisco Gallo golpeó a su hija y la encerró en su habitación a pan y agua. Ella aprovechó con gran gozo esta ocasión de sufrir por el Señor.

La madre hacía cuanto podía para persuadir a su marido de que permitiese a Ana cumplir su deseo e ingresar en dicha Tercera Orden de San Francisco. Para ello acudió a un fraile de la Observancia, llamado Teófilo, quien logró hacer ver a Francisco que su conducta era injusta y poco razonable, hablándole de este modo:

«El diablo que tienes en tu casa eres tú mismo, porque quieres impedir a tu hija la vocación santa y perfecta con que él la está llamando».

El padre, conmovido, desistió de obligarla a contraer matrimonio y, según los biógrafos, dijo a Ana María:

«Hija mía, el Señor me ha iluminado. No quiero ser obstáculo para ti por más tiempo; toma el estado de vida que a ti te agrada y al que te llama el Señor. Sobre esto, te dejo en plena libertad».

El 18 de septiembre de 1731, cuando la joven contaba a penas 16 años de edad, delgada y pálida por las penitencias a que voluntariamente se sometía, tomó el hábito de la Orden Tercera en la iglesia de los franciscanos de la Reforma de San Pedro de Alcántara, en Nápoles, siendo aceptada por el P. fray Félix de la Concepción, definidor de la Orden en la provincia de Nápoles. Ana María Gallo pronunció los votos prescritos de pobreza, castidad y obediencia y, como hemos indicado, cambió su nombre de bautismo por el de María Francisca de las Cinco Llagas de Nuestro Señor Jesucristo, por ser tan devota de la Pasión del Señor. Al hacerse terciaria franciscana asumió la regla y la dirección de los Hermanos Menores o de la Reforma de San Pedro de Alcántara, los cuales habían encontrado un ejemplo y un padre en el anciano San José de la Cruz, del convento de Santa Lucía del Monte. Según se acostumbraba, la joven continuó viviendo en su casa, dedicada a la oración y al trabajo, pero practicando la más estricta observancia de la Regla franciscana.

María Francisca solía acudir a la iglesia para las celebraciones litúrgicas y para el rezo del Vía crucis, que tan profundamente la conmovía. Su vida era sencilla, dedicada a las tareas cotidianas, a la oración y a la penitencia. No obstante haberla permitido seguir su vocación, mientras vivió su padre la acompañaron siempre los sufrimientos debidos al difícil carácter que solía mostrar. A ello se añadían su mala salud y la pena que le causaban su padre y otros miembros de su familia con su actitud tan agresiva. Además, como si esto no fuese suficiente, María Francisca se imponía severas penitencias y pedía a Dios que le permitiese compartir las penas de las almas del purgatorio y las de sus vecinos enfermos. Ella oró y se sacrificó por su padre, cuando este murió. A pesar de cuanto la había hecho sufrir por agresividad e iracundia, no dejó de sentir profundamente su ausencia, «consolándose con fervorosas oraciones y pidiendo al Señor que se dignara librarlo de las penas del purgatorio». Durante los últimos 38 años, exactamente la mitad de su vida, junto con una compañera suya, María Felisa de la Pasión, fue ama de casa de un sacerdote secular llamado Juan Pessiri.

María Francisca experimentó una serie de fenómenos místicos extraordinarios. Cuando rezaba el Vía crucis, especialmente los viernes de cuaresma, sufría los diferentes dolores de la pasión del Señor: la agonía en el huerto, la flagelación, la coronación de espinas, etc. Cada semana se veía sometida a una tortura diferente, en el mismo orden en que las sufrió Cristo, y el último viernes de cuaresma entraba en un trance semejante a la muerte. También se dice que tenía grabados en su carne los estigmas de la pasión.

Pero los hechos más extraordinarios estuvieron relacionados con la comunión, que recibía diariamente con el permiso de su confesor. Dicen sus primeros biógrafos que en tres ocasiones la hostia voló a posarse en los labios de la santa: una se escapó de las manos del sacerdote en el momento en que esta rezaba el *Agnus Dei,* otra salió desde el copón y, en la tercera ocasión, llegó a ella la partícula que el sacerdote se disponía a depositar en el cáliz durante la misa. Además, el religioso barnabita San Francisco Javier María Bianchi, impresionado por la vida de María Francisca y difusor de las gracias que recibía, dio testimonio de otros milagros aún más sorprendentes, relacionados con su don de profecía, con los Santos Ángeles o con la Preciosa Sangre del Señor.

En la Navidad de 1741, María Francisca llegó a las alturas del matrimonio místico, sintiendo esta gracia cuando se hallaba en oración considerando el nacimiento de Jesús. Esta experiencia le produjo una ceguera que le duró hasta el día siguiente. Las visiones y éxtasis de la santa eran tan frecuentes —dicen sus biógrafos— que sería imposible enumerarlos.

Favorecida, además, con varios carismas sobrenaturales, como el don de profecía y de visión, la sorprendieron con frecuencia arrobada en éxtasis. Gozó, además, de la familiaridad con almas santas contemporáneas suyas, como sor Magdalena Sterlicco y el barnabita Francisco Javier María Bianchi, al cual predijo María Francisca el honor de los altares.

Precisamente a causa de esta vida extraordinaria, no le faltaron pruebas y contrastes de todo género: tentaciones del demonio y persecuciones y calumnias por parte de las personas. Fue incomprendida y difamada en cuanto a sus éxtasis y arrobamientos, y, tratada como visionaria, la sometieron a exáme-

nes las autoridades eclesiásticas. Soportó todo con inalterada mansedumbre.

Para probar su virtud, el cardenal arzobispo de Nápoles José Spinelli la confió durante siete años a la dirección espiritual del párroco de Santa María Ignacio Mostillo, que al parecer era de tendencia jansenista. En alguna ocasión debió decirle: «Deja tantas penitencias y ayunos y, en cuanto a la comunión, ya veré yo cuando te la mereces». También se cuenta que, con la misma finalidad de probar su virtud, el día de Jueves Santo la colocó delante del Tabernáculo representando a María Magdalena, de modo que era insultada por los que salían y entraban a visitar el Monumento. Aunque, naturalmente, se trataba de una ficción, dada su exquisita sensibilidad espiritual, no podía dejar de ser humillante para ella. María Francisca confesaba después al P. Cayetano Laviosa, provincial de los teatinos, que había sufrido en su vida cuanto se podía sufrir. Por su parte, el párroco Mostillo no dudaba en afirmar que era «una gran sierva de Dios, una santa viviente»

Los sacerdotes, los religiosos y los laicos acudían a ella en busca de ayuda y consejo. También se cuenta que en varias ocasiones se le aparecieron personas que habían fallecido, para pedirle que orase por ellas. Un día, su confesor le dijo que él se preguntaba algunas veces si había realmente almas en el purgatorio, dada la cantidad de sufragios y penitencias que María Francisca ofrecía por ellos.

Por su parte, sus humillaciones y sufrimientos habían cultivado en ella una gran libertad de espíritu y profunda sensibilidad hacia los demás. Prueba de ello es que en cierta ocasión dijo la santa a San Pedro Bautista, franciscano de la Reforma de San Pedro de Alcántara:

> «Tened cuidado de no fomentar los celos en vuestras penitentes. Nosotras, las mujeres, somos muy inclinadas a ello, como lo sé por propia experiencia. Yo me vi atacada de celos, ya que me ordenó que me confesase después de todos los otros penitentes y, cuando me acercaba yo al confesionario, me decía bruscamente: "Id a comulgar". Entonces el diablo me metió en la cabeza la idea de que mi confesor no me apreciaba y de que no se daba cuanta de lo que me hacían sufrir mi padre y mis hermanas cuando volvía yo a casa de la iglesia. Pero lo que más me angustiaban eran los comentarios de las vecinas, porque me confesaba yo con demasiada

frecuencia Os cuento esto para que seais amable y bondadoso y tambien para que sepais tratar con cierta severidad a quienes lo necesiten»

Santa María Francisca vivio hasta el principio de la Revolucion francesa y predijo claramente el desarrollo general de los acontecimientos. Mas de una vez afirmó:

«Lo unico que veo son desastres en el presente y desastres todavia mayores en el porvenir Pido a Dios que no permita que yo los presencie»

Aunque, como hemos dicho, permaneció siempre en el mundo siendo una de las llamadas «monjas en casa», vivió en la más fiel observancia de la estricta Regla franciscana alcantarina, sometiendo su cuerpo, exhausto por el continuo trabajo, a ayunos, vigilias y otras privaciones, y dando testimonio de extraordinaria vida de piedad cristiana. Además de su conocida devoción a la pasión del Señor, María Francisca fue devotísima de la Santísima Virgen, con el título de «Divina Pastora», difundiendo su conocimiento y su culto

En mayo de 1791 enfermó gravemente, sin cesar por ello en su vida de austeridad. El sacerdote diocesano D. Juan Pessiri, cuya casa atendía ella, no dudaba en afirmar:

«Si toda su vida fue un continuo martirio de voluntarias mortificaciones en cuanto a ayunos, disciplinas y cilicios, en los ultimos tiempos, no contenta con cuanto sufria su cuerpo a causa de las enfermedades, se apresuraba a mortificarlo con otras torturas»

Por su parte, María Francisca, agradecida a quienes la acompañaban, solía repetir:

«Rezad por mi, miserable pecadora, a la Virgen Santisima, para que me obtenga misericordia de su Santisimo Hijo y fortaleza en este sufrimiento»

Y también, dirigiéndose al Señor, el día anterior a su santa muerte:

«Esposo mio, haced lo que querais Vos sois el Dueño, haced lo que querais»

Asistida por muchos religiosos fieles, entre ellos D. Antonio Cervellino, su confesor, fortalecida por la Eucaristía que recibió como viático, murió serenamente el 6 de octubre de 1791 a los

76 años de edad. Con gran fama de santidad ya en vida, según los testimonios de la época decía la gente:

> «Vamos a ver a la Santa, a la bienaventurada Francisca, a la Santa viva que ha muerto; ¡la monja santa ha muerto! Ha muerto la Sierva de Dios sor María Francisca. ¡Oh!, qué vida santa ha llevado esta Sierva de Dios. ¡Dichosa ella que, con la paciencia, ha sabido conquistar el Paraíso!»

Su cuerpo fue sepultado en la iglesia de Santa Lucía del Monte, en Nápoles, donde es venerada al lado del sepulcro de San Juan José de la Cruz.

Los prodigios continuaron después de su muerte. María Francisca había prometido a San Francisco Javier Bianchi que se le aparecería tres días antes del fallecimiento de éste, y así lo hizo, el 28 de enero de 1815. Este santo religioso barnabita había sido el principal promotor de la causa de canonización de María Francisca y desde 1802 el primer postulador.

La terciaria franciscana fue beatificada el 12 de noviembre de 1843 por Gregorio XVI y canonizada el 29 de junio de 1867 por Pío IX. Su culto permanece muy vivo en Nápoles, donde junto a su casa ha surgido un pequeño santuario y un Instituto de Hermanas Terciarias Franciscanas.

MARÍA ENCARNACIÓN GONZÁLEZ RODRÍGUEZ

Bibliografía

ADAMI, M. P., *S. Maria Francesca delle Cinque Piaghe di N. Signore* (Bari 1957).
— *Visse l'amore e la croce* (Nápoles 1975).
BUTLER, A., *Vidas de los santos,* traducida y adaptada al español por W. Guinea, SJ (México [3]1969).
FERRINI, G., OFM - RAMIREZ, J. G., OFM, *Santos franciscanos para cada día* (Asís 2000).
LAVIOSA, B., *Vita della B. Maria Francesca* (Nápoles [8]1864).
— *Vita di Santa Maria Francesca delle Cinque Piaghe di Gesù Cristo* (Nápoles 1866).
NERI, F., *Vita di santa Maria Francesca delle Cinque Piaghe di Gesù Cristo, terziaria professa alcantarina* (Nápoles 1895).

BEATA MARÍA ROSA (EULALIA) DUROCHER

Virgen y fundadora († 1849)

El 21 de mayo de 1982, en la Plaza de San Pedro, beatificaba Juan Pablo II a cinco siervos de Dios, entre ellos a María Rosa

Durocher. En la homilía al referirse a ella, la calificaba de «muy apostólica». Nació en el pueblo de St. Antoine-sur-Richelieu (Québec, Canadá), de la diócesis de Montreal, el 6 de octubre de 1811. Bautizada el mismo día de su nacimiento se le impuso el nombre de Eulalia-Melania, nombre que cambió más tarde por el de María Rosa. De familia profundamente cristiana es la última de diez hijos, tres se hicieron sacerdotes y una de sus hermanas religiosa.

Educanda en las Hermanas de Nuestra Señora a los diez años, allí se formó y aprendió el amor a la Virgen y a la eucaristía. Después de dos años en el internado volvió al seno de la familia, y puso todas sus energías a disposición de sus hermanos con toda humildad. Por dos veces entró en Montreal en el colegio de las Hermanas de Nuestra Señora, pero no pudo perseverar a causa de su falta de salud. Llamaba al pensionado «su aprendizaje de la vida religiosa». Todavía hizo un tercer intento de hacerse religiosa en el Hospital Mayor de Québec, pero sin poder lograrlo.

Cuando tenía 18 años murió su madre y toda la responsabilidad de la casa cayó sobre ella. Uno de sus hermanos sacerdote, Teófilo, párroco de Beloeil, la llamó para que le ayudase en sus trabajos; en la parroquia tenía una casa de acogida de sacerdotes enfermos y seminaristas convalecientes. Aquí tuvo que sufrir no poco de las personas de servicio más ancianas. Pero su caridad y paciencia atrajeron junto a ella a numerosas jóvenes. Durante diez años bajo la dirección espiritual del sacerdote J. Odelin vivió entregada a una vida heroica de perfección. Próximo a morir este su director dio un testimonio precioso acerca de su dirigida: «No conozco a nadie que sea más capaz que ella de llevar a los demás a la perfección». Su nuevo director espiritual, después de la fundación de los Oblatos de María en Saint-Hilaire, le permitió emitir los votos religiosos en privado. María Rosa entró en el movimiento de las «Asociaciones de las Hijas de María» que habían difundido los oblatos en Francia. El 26 de mayo de 1842 aceptó la presidencia de la primera Asociación de las Hijas de María, nacida en Canadá. En aquel momento había sólo dos congregaciones religiosas en Canadá que se ocupasen de la educación de las jóvenes: las ursulinas y las Herma-

nas de Nuestra Señora. La experiencia que iba teniendo María Rosa le hacía ver la falta de instrucción religiosa de las jóvenes del ambiente rural. Su director espiritual P. A. Telmon habló al obispo de esta situación. La idea de fundar una nueva congregación en Canadá pareció demasiado audaz, y se optó por hacer venir de Francia, en concreto de Marsella, la congregación de las Hermanas de los Santos Nombres de Jesús y María.

No se llegó a ningún acuerdo sobre el particular y en 1843 se decidió abrir una primera casa en Longueuil con personal de Canadá. A la profesión en los oblatos de Eusebio Durocher, hermano de Eulalia, estuvo presente el obispo. Y, allí mismo, ordenó a Eulalia que fundase en aquella localidad las Hermanas de los Santos Nombres de Jesús y María, adoptando el hábito y las reglas de las de Marsella. Para realizar la obra que se le pedía se asoció con otras dos compañeras. El 28 de octubre de 1843 asumieron la direccion de la escuela de Longueuil. Bajo la dirección de los oblatos se prepararon a la profesión religiosa, que emitieron en diciembre de 1844. «Eulalia, convertida en Madre María Rosa, fue reconocida como fundadora y superiora general de la congregación que aquel mismo día erigió canónicamente monseñor Bourget». Enseguida se entregó en cuerpo y alma a la nueva obra, buscó maestros competentes en toda la línea, envió dos hermanas todavía novicias a informarse bien de los temas pedagógicos y educativos al colegio de los Hermanos de las Escuelas Cristianas en Montreal.

No habían pasado cinco años de la fundación cuando ya contaba con 29 hermanas, 7 novicias, 7 postulantes y 3 casas filiales. La espiritualidad de la congregación era la de San Ignacio de Loyola. Uno de los sacerdotes, que más tarde apostataría, levantó un monte de acusaciones calumniosas e indispuso al párroco contra los oblatos y contra las hermanas, retirándoles también las ayudas económicas. María Rosa, así robada, siguió adelante con su obra en medio de una grande pobreza. Monseñor Bourget, que conocía bien la virtud de la madre, salvó el Instituto y siguió favoreciéndolo.

Murió el 6 de septiembre de 1849, a la edad de 38 años. El obispo Bourget dijo de ella en 1870:

«La invoco como a una santa y confío en que el Señor la glorificará ante los hombres, haciendo que la Iglesia le tribute los honores de los beatos».

Sus restos mortales reposan en la capilla de la casa generalicia del Instituto en Outremont (Montreal). En 1927 se abrió el proceso diocesano de la beatificación y canonización. Terminadas todas las investigaciones en la causa entregada a la sección histórica de la Congregación de los Santos, María Rosa fue beatificada por Su Santidad Juan Pablo II en 1892. En la homilía, después de dar unas breves pinceladas biográficas, se pregunta el Papa:

«¿Qué espíritu ha presidido su apostolado, tan bien conjugado con las necesidades de la Iglesia en el momento del "renacimiento católico" en Canadá, en los comienzos del siglo pasado?»

Y se respondía el Papa:

«Sobre todo la disponibilidad total a seguir los compromisos que le pedía su fe en Jesús, su amor a la Iglesia, el cuidado de los más abandonados. Fueron por otra parte los responsables de la Iglesia quines discernieron sus capacidades y le confiaron su misión: el apostolado auténtico, hoy como ayer, no es sólo cuestión de carisma personal, sino llamada de la Iglesia e inserción en su pastoral. María Rosa Durocher obró con sencillez, con prudencia, con humildad, con serenidad. No se detuvo en sus problemas personales de salud ni en las primeras dificultades de su obra naciente. Su secreto residía en la oración y en el olvido de sí misma que alcanzaba, según las apreciaciones de su obispo, la verdadera santidad».

María Rosa Durocher es un testigo más de la providencia divina que suscita en su Iglesia personas como ella que siembran el Evangelio encarnándolo en el mundo de la pedagogía y del acercamiento a los más necesitados de la sociedad.

JOSÉ VICENTE RODRÍGUEZ, OCD

Bibliografía

«Decreto de la beatificación»: *AAS* 74 (1982) 1208-1210.
DUCHAUSSOIS, P., *Rose du Canada* (Tours 1932).
«Introducción de la causa de beatificación»: *AAS* 65 (1973) 447-450.
JUAN PABLO II, «Homilía en la beatificación»: *AAS* 74 (1982) 824-825.
PESANT, «Durocher, Eulalie-Mèlanie», en G. PELLICCIA - G. ROCCA (dirs.), *Dizionario degli Istituti di Perfezione,* III (Roma 1973) cols.1000-1002.
PRETOT, J. H., *Vie de mère Marie-Rose* (Montreal 1895).

BEATO ISIDORO DE SAN JOSÉ DE LOOR

Religioso († 1916)

«¡No, papá; no lo hagas, pues creo que yo no estaré mucho con vosotros!»

Adiós sueños de Alois y de Camila.

Alois de Loor y Camila Hutsebaut, un matrimonio campesino de Vrasane —una aldea flamenca belga cercana a Saint Gillis-Waas, a un tiro de piedra de la frontera holandesa—, que proyectaba la ampliación de la granja y de la finca familiar. Una propiedad de la que vivían austeramente ellos y sus hijos Isidoro, Frans y Estefanía.

El primogénito, veintiañero, les hería mortalmente la ilusión.

El primogénito —nacido el 18 de abril de 1880— que, con catorce años de edad, había envidiado santamente a un primo hermano; despidiéndole cuando abandonó el pueblo para hacerse religioso: «¡Dichoso tú!...»

Pero Isidoro aún estaría con ellos otras cuatro primaveras y otros cuatro veranos arando, cavando, plantando, segando, recogiendo y cargando heno.

Y, a temporadas, en los periódicos descansos anuales del campo, trabajando de peón a las órdenes de un tío materno contratista de obras viales. Aunque, a decir verdad, era una ocupación que no le resultaba satisfactoria. No le agradaba porque no le permitía las pausas piadosas que intercalaba en su dedicación agrícola; parando a orar al tiempo que descansaba a los bueyes.

Le disgustaba el ambiente laboral. Al respecto la observación de un primo con quien compartía trabajo:

> «Teníamos que comer con los trabajadores en un bar [...] Los descargadores de carbón también se alojaban allí. Nosotros hacíamos, como de costumbre, la señal de la cruz antes de la comida. Los demás se mofaban de nosotros y yo le dije a Isidoro: "Somos el hazmerreír de todos". Él me replicó: "No importa. Cada cual hace libremente lo que quiere. Nosotros seguiremos nuestra costumbre sin tener en cuenta lo que hagan los demás"».

Eran mofas y más. También atrevidas provocaciones femeninas... No le llenaba, pero trabajaba como el que más e, indiscutiblemente, era el mejor operario de la cuadrilla...

También durante cuatro años madrugador en las mañanas domingueras. Combinando cultos y dedicaciones catequísticas en Vrasene y en Saint Gillis. Y aún le sobraba tiempo para estar en familia o pasear y saborear una cerveza en compañía de su hermano.

Cuatro años practicando la misericordia. Por ejemplo, con la viuda enferma y los hijos gandules y dados a la bebida, cuya granja atendía. O con el vagabundo que acomodó en casa y al día siguiente despidió dándole el postre que su madre guardaba para el almuerzo... Un derroche de bondad que, entre sus conocidos, le hizo merecedor del calificativo de «Isidoro el bueno».

Y, entretanto, el amor no correspondido de una muchacha vecina que se le ofreció en matrimonio: «Mi deseo es conservar mi corazón sólo para Dios».

Cuatro años de espera, amante de la oración silenciosa y del trabajo sacrificado, viviendo calladamente ansias de perfección...

Expectantes los padres. Expectante particularmente Isidoro. Todos pendientes de la mili de Frans. El servicio a la patria que no fue porque la rueda de la fortuna favoreció a la familia, evitando el desgarro temporal. Beneficiado el hijo menor, con la exención. Y el primogénito, con la apertura del camino hacia Dios. Pero hasta el último momento en el tajo. Roturando un terreno rebelde, fatigoso.

Recordaría Frans:

> «Habíamos empezado a roturar a azada un prado, próximo a nuestro huerto, y yo era demasiado joven para terminar el trabajo. Papá era viejo y se sentía indispuesto. Era una labor particularmente penosa ya que antes había habido allí una granja deshabitada, ahora demolida. Por todas partes surgían morrillos de piedra. Cada golpe de azada chocaba con un cascote. Ciertamente era un trabajo duro y difícil que Isidoro terminó, sin embargo, el mismo día de su partida».

La separación fue dolorosa. Aún siendo Alois y Camila «las mejores personas de la comarca [...] nadie más religioso que ellos», vivieron momentos dramáticos.

Él, sin ánimos para despedir al hijo.

Ella... De la bíblica mujer fuerte que era Camila escribirá el hijo menor:

> «Mamá, llorosa, iba y venía no sabiendo qué hacer. A papá nadie le vio en el momento de la partida; la pérdida del primogénito le emocionaba demasiado. Un último adiós y un apretón de manos a la madre y a la hermana.»

Camila le advirtió: «Isidoro, hijo mío, si no te encuentras a gusto en el convento vuelve a casa».

En correspondencia: «Espero, mamá, que eso no suceda jamás».

Sigue el cronista fraterno:

> «Yo mismo le llevé hasta la estación de Saint Nicolás, a poco más o menos de hora y media de nuestra casa. A duras penas pudimos ambos, entre dos o tres paquetes de ropa, acomodarnos en la estrecha carreta tirada por un asnillo que habíamos pedido a unos vecinos. Isidoro no quiso de ninguna forma que reveláramos la finalidad del viaje.»

También iba con el corazón sangrando. Como, días después, confesará por carta: «Me resultó muy duro desprenderme de vuestro amor y de vuestro cálido afecto.»

Total que, mediada la tarde del lunes 15 de abril de 1907 —sumando esperas, doble trayecto ferroviario y una buena caminata, con los bultos a cuestas—, el primogénito de Alois y de Camila llegaba al convento de Ere, en la geografía despoblada de Tournai, casi fronterizo con Francia.

Llegaba siguiendo el norte marcado por el redentorista padre Buckaert, predicador de una reciente misión en Vrasene, con quien Isidoro había confidenciado. Y quien había adelantado al provincial de los pasionistas:

> «Acabo de tropezar con un joven excelente (26 años) que desearía entrar en vuestra congregación como Hermano. Irá a presentarse por Pascua o cualquier otro día a vuestra conveniencia».

El postulante Isidoro estrenó, miedoso y desconcertado, la vida claustral.

Grandote él, hombre hecho y derecho, de cuidado bigotillo, recibido como un bicho raro por los imberbes novicios dieciséis añeros. La primera cena, en silencio y aburridísima porque no comprendió nada de la lectura en francés acompañante. En el mismo idioma la comunicación comunitaria... Y las plegarias comunes en latín... Total ni una palabra de flamenco.

Terrible primera jornada conventual. A los cinco días escribe a la familia:

> «Al principio todo me parecía extraño. Se hacen aquí muchas penitencias y actos de humildad. Con suavidad ya empiezo a hacer lo que los demás, pero el primer día sentí miedo».

En la misma misiva abundará:

> «Querida mamá, debería haberte dado las gracias antes de mi partida, pero me faltaron las fuerzas. Tengo que agradecerte todo lo que has hecho por mí en el aspecto material, pero principalmente por cuanto te esmeraste para hacerme digno de ser llamado por Dios a la vida religiosa. Es verdad que fuiste una madre severa, pero doy gracias a Dios por haberte comportado así conmigo».

Afortunadamente a las cuatro semanas el nubarrón se había esfumado y, recobrada la paz interior, confesará a los suyos:

> «¿Cómo no sentirme enteramente feliz y contento aquí, sintiéndome capaz de esto y contando con la gracia de Nuestro Señor?»

Esto: hora y media de oración comunitaria, más otra a medianoche, más la formación específica cultural y religiosa y más la dedicación a la cocina y a la huerta...

El 8 de septiembre Isidoro se afeita el bigote, se despoja el traje seglar y viste el hábito de los pasionistas. Inicia la andadura del noviciado, pidiendo oraciones a sus familiares porque «no abrigo más ardiente deseo que el de consagrarme a Dios, llegando a ser un buen religioso».

Serán doce meses de prueba. Un rosario de duras pruebas, con la particularidad de que resultará un noviciado compartido. A distancia. La madre del aspirante a pasionista, de fe viva y profunda, pero tierna la herida en el corazón, también protagoniza una dolorosa etapa espiritual. Pero sin dejar de importunar al Señor pidiendo la perseverancia de Isidoro.

Protagonista ella del, en comunicación epistolar, reconocido «noviciado de ausencia».

Recibe por respuesta:

> «El hecho de que pienses tanto en mí demuestra a las claras cuánto amas a tus hijos. El que me haya separado de ti produce ciertamente pena, tanto a ti como a mí. Pero no cabe hacer otra cosa, sino abandonarnos plenamente a la voluntad de Dios».

No tan fácilmente. Que, pese a su buena disposición, madre e hijo lo pasaron francamente mal cuando la fugaz visita de Isidoro a Vrasene, en mayo de 1908, para acudir a las urnas en circunstancias de urgencia del voto católico. ¡Qué encuentro! y ¡qué despedida! Peor el desgarro de ahora que cuando la marcha al claustro. ¡Sólo Dios sabe cuánta violencia aquellas dos almas protagonizaron!...

Pero sereno el encuentro del 13 de septiembre de 1908, con motivo de la profesión de Isidoro, feliz, comprometiéndose a vivir en pobreza, castidad y obediencia.

Fechas antes había escrito a la familia:

> «Aprobado por mi director espiritual, por convicción propia y a causa de la dicha y de la paz verdaderas que encuentro en esta forma de vida, daré este importante paso del que depende mi existencia terrena.»

El flamante pasionista seguirá en Ere; formándose, santificándose, encarnando el triple compromiso canónico entre los pucheros de la cocina, las lechugas y las acelgas del huerto y las atenciones al público en la portería. Ocupadísimo, pero sus sanos y robustos veintisiete años daban abasto.

Comunicándose por escrito con la familia comenta:

> «No tengo gran cosa: sólo un crucifijo, un rosario, un cortaplumas y un lapicero. Cuando escribo una carta voy a la sacristía a buscar tintero y pluma. No sé cómo expresar lo que siento. ¡Qué gran comodidad estar desprendido de todo y no tener aficionado el corazón a nadie fuera de Dios Nuestro Señor!»

Pobre, casto, obediente y supermortificado...

Prescindiendo de las dispensas personales del hortelano en la austeridad comunitaria. Simulando extender mantequilla sobre el pan —los mendrugos ajenos— pero comiéndolo solo, sin aditivo alguno. Privándose de beber —dejado para un «más tarde» que no llegaría— el vino que le trae el superior cuando lleva largo rato de siega...

Es cierto que el hombre propone y Dios dispone. El hortelano-cocinero-portero de Ere se había encariñado con la granja. Incluso había llegado a presumirse imprescindible.

Pero la obediencia religiosa es la obediencia. La obediencia en fecha 2 de diciembre de 1910 le ordena traslado, estrenando nuevo destino al día siguiente.

Al otro día informa a los padres y hermanos:

> «Os escribo esta carta para comunicaros que el viernes por la noche (día 2) recibí imprevistamente la orden de partir el sábado para Wezembeek-Oppem. Podéis imaginaros cómo empezó a darme vueltas la cabeza de manera extraña. Apenas pude comer ni dormir por la noche. Nuestro Señor ha visto sin duda que empezaba a aficionarme a la granja de Ere. Incluso llegué a pensar a veces: difícilmente podrán aquí prescindir de mí. Tenía todo previsto para los trabajos de después del invierno, pero de golpe todo ha caído por tierra».

El nuevo cocinero de los pasionistas de Wezembeek-Oppem, en tierras de Flandes, celebra:

> «El convento es más grande y hermoso que el de Ere. Es totalmente nuevo y la iglesia muy bonita [...] Y lo que también me gusta mucho es que aquí todo es en flamenco [...] No me habituaré tan fácilmente a hacer la cocina. Pero estoy persuadido de que Nuestro Señor y mi ángel custodio me echarán una mano. Lo que falte a mi arte culinario intentaré completarlo con mi buena voluntad.»

Mayor ayuda del cielo necesitaría para vivir la humildad, para cargarse de paciencia a lo largo de dos años y ocho meses, el período más penoso de su existencia. Paciencia indecible con el superior, su antiguo vicemaestro en el noviciado. Paciencia con los cinco jóvenes aspirantes a hermanos, teóricamente ayudantes culinarios, que le juegan mil pasadas. Temporada dura, moral y físicamente sacrificada.

En la primavera de 1911, el superior observa que el bondadoso Isidoro a menudo se lleva la mano al ojo derecho, frotándolo como para evitar molestias. Y se interesa.

¿Qué le ocurre, hermano?

Desde un mes atrás me escuece el ojo.

Y es enviado a Bruselas donde un especialista certifica la pérdida de visión, admirándose del espíritu de sacrificio del paciente, protagonista de cuatro semanas de auténtico martirio. Tras nueve días de hospitalización, a plena oscuridad, sin ya esperanza de mejoría, el oftalmólogo considera imprescin-

dible la extirpación a fin de evitar el contagio del órgano ocular izquierdo.

En la pluma de Isidoro enterando a los suyos:

> «La mañana de la operación en la santa comunión ofrecí a Dios el ojo en expiación de mis pecados, por nuestro bienestar espiritual y corporal y por otras muchas intenciones. Me abandoné alegremente a la voluntad de Dios y sin entristecerme por ello [...] A las 11 fui a la sala de operaciones y yo mismo me preparé y me tendí. No sentía el menor temor. [...] Al principio pensé no escribiros para no alarmaros, pero "pienso que esto no estaría bien. No sois unos niños. Y no es para que os inquietéis. Si Nuestro Señor permite esto, yo me someto sin lamentaciones ni gemidos. También entre vosotros debe ser así".»

El Señor ha permitido nada menos que la pérdida del ojo derecho, canceroso, sustituido por uno de cristal inicialmente molesto, doloroso. Admirándose nuevamente el médico oftalmólogo de la heroica capacidad de sufrimiento del paciente, comenta:

> «Forzosamente tiene que ser un santo. Ni un lamento ni un suspiro se le ha escapado de los labios. Su dolor, sin embargo, es insoportable».

Personalmente explicaba: «Por mí solo no podría soportar este dolor, pero sí con la gracia de Nuestro Señor».

Ya con la cruz a cuestas. Tiene 31 años. Fuertes, robustotes, optimistas. Eso sí; condenados a la muerte. El interesado está enterado. Sabe que el cirujano habló de metástasis, alertando sobre la más que probable invasión cancerosa del vientre, preludio de un doloroso e inmediato final.

Un testimonio:

> «El santo religioso recibió la noticia con su calma habitual. Sencillo, rebosando bondad, inteligente, puntual, continuó cumpliendo los deberes de su oficio lo mismo que antes, así como los encargos que le hacían los superiores. Nunca reveló a nadie que sabía que iba a morir en plena flor de la vida».

Comunicándose epistolarmente con los suyos:

> «Me encuentro estupendamente. Tengo buena salud y sigo fuerte [...] Espiritualmente me siento muy feliz y contento de mi estado. No tengo otro deseo ni otro anhelo que el de sacrificarme totalmente por el bien de las almas [...] por la oración y el trabajo.

Aconsejando, en otro envío postal, sabedor que Estefanía estaba enferma y que todos andaban preocupados:

> «Tienen que rezar al buen Dios para que recupere pronto la salud, si es bueno para ella. De lo contrario, que podamos aceptarlo todo abandonándonos a la santa voluntad de Dios [...] Estefanía, sé muy paciente y no te lamentes. Di: "Es Nuestro Señor quien me da esto". Es estupendo ver a un enfermo siempre resignado y abandonado a la voluntad de Dios».

Sólo para eso vivía Isidoro, cerrando cualquier comentario del prójimo a su mala salud: «¡Qué se le va a hacer! Aceptemos la voluntad de Dios».

La aceptó, una vez más, cuando el 12 de agosto de 1912 recibe el destino de Courtrai, también claustro flamenco. Sacrificadamente, pues hay constancia escrita de uno de los religiosos convivientes:

> «Uno de los primeros días de su estancia en Courtrai le pregunté, durante la recreación del mediodía, si no prefería volver a Wezembeek-Oppem. Él nada me respondió, pero vi que una lágrima empañaba sus ojos».

Nuevamente en la cocina pero ahora con más trabajo, pues ha de alimentar a la comunidad religiosa y al centenar de colegiales del centro educativo anejo al convento. Y sin ayuda alguna.

En carta familiar contrasta con los tiempos de hortelano en Ere:

> «Antes mi vida transcurría labrando y cavando; ahora, cocinando, calentando comida, asando sin interrupción [...] Estoy ocupado todo el tiempo en calentar, cocer, freír, fregar y secar, según los momentos de la jornada.

Así todo un año hasta que, en el verano siguiente, la obediencia le releva de la cocina.

Comunica a Vrasene:

> «Desde agosto no estoy en la cocina, sino en la portería. Tengo un trabajo más agradable y apenas tengo que fatigarme, sólo andar de un lado para otro todo el día. Viene mucha gente y hay que atender además a la iglesia. No raramente suenan los dos timbres a la vez.»

Clarines de guerra también sonaron. Era el verano de 1914. A renglón seguido, sucesivamente, fueron la invasión alemana de Bélgica, la incautación del convento, la movilización de algunos religiosos como capellanes, el traslado de otros a Holanda...

El hermano Isidoro figura entre los pocos que han quedado, por propia voluntad, para atender la casa. Voluntariamente abrazado, durante más de dos años, a la incomunicación familiar, a las inevitables molestias derivadas del paso de los soldados y de la cercanía del frente, a la penuria...

El superior le hace mendicante. De puerta en puerta, humildemente; con los pies desnudos y sin más defensa que las sandalias. En pleno mes de noviembre pide no sólo para los religiosos, sino también, y principalmente, para alivio del continuo desfile de hambrientos en la portería.

Reparte gozoso cuanto sacrificadamente ha cosechado. Muy dadivoso el buen hermano, hasta el extremo que, en algunas ocasiones, merece censura su gran generosidad... Significativamente, en un momento dado, sorprendidos por la presencia de otro portero, los mendigos suplicarán: «queremos que salga el "hermano bueno"».

Al «hermano bueno» el cáncer, que no respeta a los santos, le ha apartado de la atención al público. Y, por mucho que disimulara, el mal color y la creciente pérdida de carnes, de energía y de brillo en el ojo sano, delataban un calvario vivido calladamente. Hasta que, en septiembre de 1916, el superior nota que el sufrido religioso tiene dificultades en el rezo comunitario, que ha de descansar tres y cuatro veces para completar una avemaría y que respira fatigosamente.

Isidoro reconoce que, tiempo atrás, le estallaron dolores intestinales rebeldes a la medicación y que realmente se siente muy mal. Consulta de urgencia y diagnóstico: pleuresía líquida. Viene la extracción. Y vienen nuevas investigaciones médicas. Alarmantes. Certificando la realidad de un cáncer intestinal, galopante.

El superior estimó conveniente sincerarse con el enfermo. Comentaría:

> «No sorprendí en su cara el menor gesto ni una palabra en sus labios que pudiera reflejar temor o disgusto. A mi pregunta sobre

si deseaba recibir los santos sacramentos me respondió sencillamente: "Padre, cuando a usted le parezca mejor"».

Fue confortado espiritualmente en la tarde del 26 de septiembre, pidiendo perdón «por los malos ejemplos que he dado a la comunidad».

Avisada telegráficamente la familia, incomunicada desde dos años atrás, en la zona ocupada por los alemanes. Se presentó Frans, quien relatará:

> «Al vernos ninguno de los dos pronunció palabra. Sin embargo fue desapareciendo nuestro embarazo y nos pusimos a hablar de nuestros padres y de nuestra hermana. Él me dijo: "Pronto habrá terminado todo para mí. Es la voluntad de Dios"».

La voluntad divina le mantenía sentado en una silla, con un cojín apoyándole la cabeza y las piernas muy hinchadas. En fase terminal. Sólo cuatro días para compartir los dos hermanos recuerdos, vivencias, ilusiones, añoranzas... Las autoridades militares no autorizaron más al visitante y éste regresaría a Vrasene con un mensaje de consuelo al afligido hogar. Es un escrito del superior donde los familiares leen:

> «Puedo decirles que si el H. Isidoro llega a morir, pueden estar seguros de que irá al cielo. Ha dado en todas partes el más hermoso ejemplo de todas las virtudes. Sólo ha tenido un objetivo: servir y amar a Dios [...] Me atrevo a llamarles padres dichosos por tener un hijo tan bueno y santo. Nosotros nos sentimos también dichosos de contar con un compañero tan santo. Si la voluntad de Dios es que Isidoro deje este mundo será nuestro intercesor ante el Señor».

Fue voluntad divina. Sin tardanza de fechas. A primera hora de la madrugada del viernes 6 de octubre el hermano Isidoro de San José hizo la ofrenda de sus treinta y cinco años, cinco meses y diecisiete días.

Conducido con prisas —el cadáver había entrado en descomposición— al cementerio, más allá de las alambradas que cercaban la ciudad. Era territorio de guerra. Triste sepelio, sin acompañamiento alguno, sin la presencia del capellán, sin plegarias. Más tarde un sacerdote bendeciría la tumba con los despojos mortales de Isidoro de Loor Hutsebaut, en junio de 1952 trasladados a la iglesia de los pasionistas.

El superior de Courtrai telegrafiaría a la comunidad de Wezembeek-Oppem: «Ha muerto el santo Hermano Isidoro».

Virtudes sobrenaturales le reconocieron, desde el primer momento de su desaparición, cuantos le habían tratado; y le reconoce, también, la devota riada anual de peregrinos a su sepulcro; y le atribuyó canónicamente el papa Juan Pablo II, en fecha 30 de septiembre de 1984. De su homilía en la liturgia de la beatificación de «Isidoro el bueno» recortamos:

> «Nos invita a cada uno de nosotros a postrarnos a los pies de Cristo muerto por amor, exhortándonos a unir nuestras fatigas y nuestros sufrimientos a los de Cristo, a fin de encontrar así el sentido salvífico y constructivo del trabajo, del dolor y de las fatigas y recibir respuestas válidas a los interrogantes de la existencia.
>
> Para nuestra época, afectada de independencia, equívoca a veces, el nuevo beato Isidoro de Loor es ciertamente un ejemplar fascinante y providencial de conformidad creciente con la voluntad del Padre celestial en el seguimiento de Cristo Jesús».

JACINTO PERAIRE FERRER

Bibliografía

HEMELEN, C. VAN, *El beato Isidoro de Loor, pasionista* (Bilbao 1984).
LIZARRAGA, C., *Beato Isidoro de Loor* (Bilbao 1984).
PIELAGOS, F., *«Isidoro el bueno». Vida del Beato Isidoro de Loor, pasionista* (Zaragoza 1987).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

BEATO ARTOLDO DE BELLEY

Obispo († 1206)

Llamado también Artaldo o Artaud y calificado como santo por los cartujos, nació en una noble familia en Valromey hacia el año 1101, sirvió primero en la corte de Amadeo III de Saboya pero en 1120 decidió ingresar en la cartuja de Portes, siendo prior de ella el venerable Bernardo. Llevó con gran devoción su vocación de oración y silencio. Hizo la profesión religiosa y se ordenó de sacerdote. Los monjes admiraban en él su intensa vida interior y lo encontraron, a veces, como en éxtasis en su celda.

Acreditado en la comunidad como monje ejemplar, el prior de la Gran Cartuja, dom Guigo, lo designó para presidir la fundación del nuevo monasterio cartujano de Arvieres-en-Valromey, Saboya, en cuya fundación tenía mucho interés el obispo de Ginebra, Humberto de Grandson. Esta fundación tuvo lugar el año 1140 y vivieron allí Artoldo y un pequeño número de monjes con gran pobreza y retiro hasta que intervino el nuevo obispo de Ginebra, Guillermo de Faucigny, y se pasó a la formación de unas nuevas instalaciones del monasterio en sitio más adecuado, favoreciendo las autoridades civiles y religiosas al monasterio. Aquí pasó muchos años dedicado a la divina contemplación y a guiar a los monjes por el camino de la perfección cristiana hasta que un suceso inesperado vino a sacarlo de su retiro. Habiendo muerto el obispo Rainaldo de Balley, que era cartujo, el clero y el pueblo quisieron como sucesor a otro monje cartujo y eligieron a Artoldo que era ya un octogenario. Hizo cuanto pudo por estorbar esta elección pero hubo de someterse a ella al final.

Consagrado obispo, comenzó a regir con su mejor voluntad la diócesis dándole sobre todo ejemplos de gran virtud. Pero su ancianidad era mucha y comprendía que no tenía salud para la labor que requería el episcopado y, por ello, a los dos años de ser elegido se dirigió al papa Clemente III y le rogó que lo dispensara de esta tarea y le permitiera volver a su retiro en la cartuja. Accedió el Papa y el obispo se sometió a la regla monástica como un monje más. Aquí perseveró en su santo género de vida hasta su muerte, ya centenario, el 6 de octubre de 1206.

Su culto fue confirmado por el papa Gregorio XVI el 2 de junio de 1834.

BEATO FRANCISCO HUNOT

Presbítero y mártir († 1794)

Nace en Brienon-l'Archevêque el 12 de febrero de 1753 y al llegar a la juventud se decide por la vocación eclesiástica. Se sabe que se ordenó de subdiácono en 1775 pero se ignora la fecha de su ordenación sacerdotal. El 13 de abril de 1766, ya tonsurado, había tomado posesión de un canonicato en la iglesia

colegial de su población natal. Llegada la hora de la Revolución, prestó el juramento constitucional (30 de enero de 1791) pero alegando que entendía que con ello no se separaba de la Iglesia católica y, por eso, cuando el papa Pío VI condenó la constitución civil del clero retractó su juramento, fue el 15 de julio de 1792. Esta retractación lo convirtió en objeto de la continua vigilancia de la municipalidad y se le impuso la obligación de devolver sus sueldos. Lo hizo, y a continuación fue presionado y amenazado acerca de lo que le esperaba, de forma que tuvo la debilidad de volver a decir que se atenía a su primer juramento. Sin embargo, era ya demasiado tarde pues la máquina de la represión estaba en marcha contra él. El 16 de abril de 1793 dictó sentencia contraria a él un tribunal de lo criminal alegando que su conducta era inconsecuente y que tenía que ser privado de sus medios de subsistencia. Fue llevado a la casa de reclusión de Auxerre el 30 de octubre de 1793. Desde ella pide se le paguen sus sueldos, lo que se le deniega, y se le tiene por refractario. El 27 de abril se fija su marcha para Rochefort. El 19 de junio está ya a bordo del Washington. Consumido por la fiebre y el escorbuto murió el 6 de octubre de 1794, no sin antes haber recibido con gran fervor el sacramento de la penitencia y haber manifestado de forma persistente que quería morir en plena comunión con la Iglesia católica y, para ello, retractaba de la forma más absoluta el juramento de adhesión que hiciera a la constitución civil del clero. Sus primos Juan y Sebastián compartieron su detención y también morirían en Rochefort, siendo beatificados con él.

Fue beatificado el 1 de octubre de 1995 por el papa Juan Pablo II.

SAN FRANCISCO PHAN VAN TRUNG

Mártir († 1858)

Francisco Phan Van Trung (o Francisco Tran) era cabo del ejército real y tenía 28 años al tiempo de su martirio. Fue arrestado no por ser cristiano sino por intentar sobornar a quien tenía que examinarlo en orden a su ascenso. No se le dio mayor importancia pero se le exigió que reafirmara su fidelidad al rey

Tu-Duc, siendo una de las pruebas la de pisar la cruz en señal de que se estaba de acuerdo en la política anticristiana del soberano. Francisco dijo entonces que él era cristiano, que no pisaba la cruz y que estaba dispuesto a pelear por su soberano pero no a renegar de su religión. Se le amenazó, se le halagó, se le torturó en orden a conseguir su apostasía, pero todo fue en vano. El joven militar mostró una admirable constancia y se negó a renegar de Jesucristo, entonces fue condenado a muerte. La condena fue confirmada por el rey y el mártir de Cristo fue decapitado en An-Hoa el 6 de octubre de 1858.

Fue canonizado el 19 de junio de 1988 por el papa Juan Pablo II junto con los 117 mártires de Vietnam, muertos por la fe entre los años 1745-1862, que habían sido beatificados a lo largo del siglo XX.

7 de octubre

A) MARTIROLOGIO

1. La memoria de Nuestra Señora del Rosario **.
2. En Capua (Campania), San Marcelo († s. III/IV), mártir.
3. En Padua, Santa Justina († s. III/IV), virgen y mártir *.
4. En Rosafa (Siria), santos Sergio y Baco († 303), mártires.
5. En Roma, San Marcos († 336), papa *.
6. En Bourges (Aquitania), San Augusto († 560), presbítero y abad *.
7. En Saintes (Aquitania), San Paladio († ca.596), obispo.
8. En el monasterio de Belofonte, del reino de León, Beato Martín Cid († 1152), abad cisterciense **.
9. En Rochefort (Francia), Beato Juan Hunot († 1794), presbítero y mártir *.
10. En Benaguacil (Valencia), Beato José Llosá Balaguer († 1936), diácono, religioso de la Congregación de Terciarios Capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores, mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

Fangeaux está en un alto, dominando la inmensa llanura de Lauregais. Es un paisaje impresionante, en especial por la inmensidad del horizonte que se descubre. Precisamente Dios Nuestro Señor lo eligió para abrir los ojos de Santo Domingo de Guzmán a otro paisaje más dilatado aún, el de la inmensidad de las almas que estaban esperando quien les mostrara el camino de la auténtica vida cristiana.

Un discreto y sencillo monumento, llamado la Seignadou, marca el lugar en que, estando en oración, recibió el Santo una gracia extraordinaria. Pocos detalles sabemos de ella. Es muy fácil que, como suele ocurrir tantas veces en las vidas de los santos, ni el mismo Santo Domingo percibiera desde el primer momento toda la trascendencia de lo que entonces se le revelaba. Parece cierto que Dios le confirmó en su idea de fundar una Orden de Predicadores, que le confirmó también que eran aquellas tierras del mediodia de Francia el más adecuado escenario para dar comienzo a la tarea, y que la Santísima Virgen mostró mirar con especial predilección este apostolado dominical.

¿Ocurrió entonces la revelación del Santísimo Rosario? Ya hemos dicho que es poco lo que nos queda de fehaciente sobre aquella visión. El santo no fue nunca explícito, pero la tradición unánime hasta tiempos muy recientes ha hecho a Santo Domingo de Guzmán fundador del rosario. Oigamos, por ejemplo, al papa Benedicto XV:

> «Y así —dice hablando de Santo Domingo—, en sus luchas con los albigenses que, entre otros artículos de nuestra fe, negaban y escarnecían con injurias la maternidad divina de María y su virginidad, el Santo, al defender con todas las fuerzas de su alma la santidad de estos dogmas, imploraba el auxilio de la Virgen Madre. Con cuánto agrado recibiese la Reina de los cielos la súplica de su piadosisimo siervo, fácilmente puede colegirse por el hecho de haberse servido de él la Virgen para que enseñase a la Iglesia, Esposa de su Hijo, la devoción del Santísimo Rosario: es decir, esa fórmula deprecatoria que, siendo a la vez vocal y mental (pues al mismo tiempo que se contemplan los principales misterios de la religión

se recita quince veces la oración dominical con otras tantas decenas de avemarías), es devoción muy a propósito para excitar y mantener en el pueblo el fervor de la piedad y la práctica de todas las virtudes. Con razón, pues Domingo de Guzmán manda a sus hijos que, al predicar a los pueblos la palabra de Dios, se dedicasen constantemente y con todo empeño a inculcar en los ánimos de sus oyentes esta forma de orar, cuya utilidad práctica tenía él harto experimentada».

Este es, por consiguiente, según el parecer unánime de la tradición, robustecida por los documentos pontificios, el celestial origen del Santísimo Rosario. La moderna crítica pone, sin embargo, no pocos reparos a este sentir. Las trazas del rosario como devoción popular son muy posteriores, y aparecen con independencia de la actuación de Santo Domingo.

No es éste el lugar de discutir una cuestión histórica. Como suele suceder en estas ocasiones, hay un desenfoque inicial en la actitud de los críticos: una idea, una institución, una devoción, no nacen nunca enteramente hechas. Piénsese en la devoción al Corazón de Jesús, elaborada durante siglos por el amor hacia la humanidad de Cristo que iba en aumento. O piénsese en la serie de vicisitudes por que pasa una idea, antes de plasmar en una realización práctica, poniendo ante los ojos, por ejemplo, las diversas tentativas y ensayos que precedieron a la configuración jurídica de la Compañía de Jesús. Que Santo Domingo de Guzmán concibió su apostolado y el de sus hijos con un matiz eminentemente mariano no hay quien lo discuta. Que ya en los primeros tiempos de la Orden dominicana encontramos la recitación frecuente del avemaría, utilizando incluso cuerdas con nudos, también parece cierto. Recuérdese el ejemplo de Romeo de Livia, OP († 1261): el de Delfín Humberto, OP († 1356), el de la Beata Margarita Ebner, OP († 1351); el de Juan Taulero, OP († 1361), y otros muchos personajes eminentes de la Orden de Predicadores en los que encontramos elementos que luego han de servir para dar la estructuración definitiva al rosario. Esto sólo puede explicarse, o al menos se explica muy fácilmente, teniendo presente una tradición que arrancara del fundador y que perseverase dentro de la Orden.

A base de estos elementos comienza la devoción del rosario a extenderse en el siglo XV por obra principalmente de dos in-

signes dominicos: Alano de Rupe, forma latinizante de su apellido De la Roche, y Santiago Sprenger. El primero prefería la fórmula «salterio de la Virgen» más que la de rosario, que le parecía un tanto paganizante, y trabajó no poco en los Países Bajos por extenderlo. Sprenger no sólo consiguió extender grandemente el rosario por Alemania y los países del centro de Europa, sino que escribió un folleto de propaganda y consiguió la primera aprobación por parte de la autoridad apostólica el 10 de marzo de 1476, otorgada por el papa Sixto IV. No fue ésta sola la aprobación que obtuvo, sino que antes de morir logró nuevos documentos pontificios y la confirmación de todo lo actuado por parte del maestro general de la Orden. Por eso aunque algunas veces no se valore suficientemente su influencia en la difusión del rosario, es necesario tenerle por uno de los más destacados artífices de la difusión de la misma.

Ya desde entonces puede decirse que la marcha del rosario por todo el mundo es verdaderamente triunfal. Pronto salta de los países de la Europa central a los países latinos, y las concesiones papales se encuentran ya en abundancia. En España mismo vemos cómo el cardenal Gil de Viterbo, legado para España y Portugal, después de definir el rosario en su forma actual, concede gracias en 1519 a la cofradía que se había fundado en Tudela. En Vitoria, en el convento de Santo Domingo, había una capilla y altar bajo la advocación del rosario, a la que Adriano VI concede amplias indulgencias el 1 de abril de 1523, confirmadas luego por Clemente VII y dos veces por Paulo III. Algo parecido se encuentra ya por todas partes, no sólo en Europa, sino también en América, a la que la devoción del rosario es llevada por los dominicos. No se piense solo en el rosario como una devoción exclusivamente dominicana: San Ignacio de Loyola, por ejemplo, y los primeros jesuitas fueron extraordinariamente afectos a ella.

Los papas continuaron alabando esta devoción y cargándola de indulgencias. Pero quien verdaderamente aparece como eminente en la historia del rosario es San Pío V. Tras algunos actos de carácter más bien particular, el día 17 de septiembre de 1569 daba la solemne bula *Consueverunt romani pontífices,* en la que no sólo definía ya con exactitud el rosario, sino que además resu-

mía y ampliaba todos los privilegios e indulgencias unidos a esta devoción. Continúa durante todo su pontificado trabajando por la difusión del rosario. Y el 5 de marzo de 1572 promulga la bula *Salvatoris Domini,* en la que, recordando la victoria obtenida en Lepanto el 7 de octubre, permite a la Cofradía del Rosario de Martorell (Barcelona) que ese día celebren todos los años una fiesta bajo la advocación de la Virgen del Rosario, según lo había pedido don Luis de Requesens, señor de Martorell, que había estado presente en Lepanto. No parece que pueda decirse que fue San Pío V el que insertó en las letanías la invocación *Auxilium christianorum,* sino que tal invocación parece haber tenido origen en sus tiempos en Loreto mismo, por donde pasaron no pocos de los que habían participado en la batalla de Lepanto.

Su sucesor Gregorio XIII, el 1 de abril de 1533, extiende la fiesta del Rosario a todas las iglesias y capillas en que estuviera erigida la cofradía. Clemente XI, en 1716 extendió la solemnidad a la Iglesia universal, unida al primer domingo de octubre. Sólo en 1913, como consecuencia de la reforma litúrgica que quiso descargar de fiestas los domingos, quedó fijada en el calendario de la Iglesia universal esta fiesta en el 7 de octubre, conservando la Orden dominicana el privilegio de celebrar la fiesta el mismo primer domingo de octubre.

Todos estos datos cronológicos y eruditos no son al fin y al cabo más que una manifestación del unánime sentir del pueblo cristiano, que ama extraordinariamente esta devoción. Con el certero instinto que le caracteriza, adivina lo grata que es a la Santísima Virgen. Por eso en cuantas circunstancias, agradables o tristes, se presentan en la vida del cristiano, espontáneamente sube a sus labios esta hermosa oración. Ya se encuentre velando un cadáver, ya se acerque en peregrinación a un santuario famoso, ya trate de ofrecer algo por el éxito de unos exámenes o la resolución de un asunto difícil... en cualquier circunstancia el cristiano recurre al rosario, seguro de hallar en él un obsequio verdaderamente grato a la Santísima Virgen.

Y que tal sentir no es erróneo nos lo demuestra claramente la actitud de la Iglesia. Puede decirse que no hay devoción que de manera tan continuada haya sido recomendada e inculcada

por los Romanos Pontífices. Es más, hay un hecho bien significativo: la devoción al rosario es para los Papas un refugio providencial en las circunstancias difíciles que se presentan a la Iglesia. Ya se trate, como en tiempos de San Pío V, del peligro turco, ya se trate de los espinosos problemas que plantea la fermentación intelectual del siglo XIX, como en tiempos de León XIII, hacia esta devoción se vuelven los ojos de los Papas.

¿En qué está el secreto de la eficacia? Precisamente los mismos Papas nos lo dicen: en tratarse de una devoción que, siendo sencilla, esta, sin embargo, llena de contenido. Sencilla, porque hartos estamos de ver cómo la más humilde mujercita sabe rezar su rosario. Llena de contenido, puesto que sistemáticamente nos obliga a recorrer los principales misterios de la vida de Jesucristo y de su Santísima Madre.

Buena prueba de ello la tuvieron los misioneros que en 1865 descubrieron, viva aún, la fe de no pocos japoneses que ocultamente habían continuado, aislados del resto del mundo, siendo cristianos. La fiesta de Nuestra Señora de Japón, que se celebra allí el 17 de marzo, recuerda precisamente ese descubrimiento. Pues bien, una de las armas que habían servido para mantener viva la fe, había sido el rosario, recitado por aquellos que sobrevivieron a las persecuciones y por sus descendientes, que de ellos lo habían aprendido.

Trabajar, por consiguiente, en el conocimiento y en la difusión del Santísimo Rosario es hacer obra muy grata a Dios Nuestro Señor y contribuir al arraigo y difusión de nuestra santa fe. La aparición de la Santísima Virgen en Lourdes y Fátima, así nos lo confirma. Como nos confirma también la admirable adaptación de esta forma de devoción a los tiempos modernos la asombrosa acogida que ha tenido la cruzada del rosario en familia, nacida en Estados Unidos y difundida por todo el mundo.

LAMBERTO DE ECHEVERRIA

Bibliografía

Acta sanctorum Augusti, I, p 422-436, *Octobris,* I, p 787-788
FAUCHER, X , *Les origins du Rosaire* (Paris 1923)
Monumenta Ordinis Fratrum Praedicatorum historica (Roma 1896s)
WALZ, A , OP, *Compendium historiae Ordinis Praedicatorum* (Roma ²1948)

— *De Rosario Mariae a Sixto IV ad S. Pium V* (Roma 1959).
WILLIAM, F. M., *Geschichte und Gebetsschule des Rosenkranzes* (Viena 1948).
• Actualización:
BURGOS VELASCO, A. - MARTÍNEZ CARAZO, R., *El rosario que ama Dios. Historia, rezo y contemplación del rosario* (Valladolid 2000).
FUERTES, M. A., *El rosario, oración de ayer y de hoy. Formas renovadas de culto y devoción* (Salamanca 1993).
JUAN PABLO II, *El rosario de la Virgen María. Carta apostólica «Rosarium Viriginis Mariae»* (Madrid 2002).
LAFRANCE, J., *El rosario. Un camino hacia la oración incesante* (Madrid 2001).
III Congreso nacional del Rosario. Avila, 11 y 12 de mayo de 1996. PP. Dominicos (Burjassot 1997).

BEATO MARTÍN CID

Abad († 1152)

El *Martirologio romano* lo llama beato, pero los santorales antiguos unánimemente lo llaman santo. Fue en su tiempo un abad estimado y querido por sus monjes y por el pueblo de Dios, con gran prestigio en la corte castellano-leonesa y a quien el propio San Bernardo acogió en su Orden junto con sus compañeros cuando supo de la vida santa y caritativa que llevaba.

Martín se llamaba de apellido Cid y se dice que o bien descendía del famoso Campeador o era de su familia. Había nacido en la ciudad de Zamora en la segunda mitad del siglo XI y era la suya una familia ilustre y acomodada. No hay dudas de que fue criado en las máximas de la religión cristiana pero no se conocen detalles particulares de su infancia, que discurriría en su propia patria y se conformaría a lo que era el uso de los tiempos.

Llegado a la adolescencia se abría ante él el doble camino que por entonces se presentaba a los jóvenes de su clase social: o bien dedicarse como caballero a la profesión de las armas, sirviendo al reino leonés, empeñado en la reconquista de España, o bien la vida religiosa, fuera en el sacerdocio diocesano, donde situarse con algún beneficio, fuera en la vida religiosa, para lo cual la región contaba con acreditados monasterios. Sin que sepamos con qué estudios previos y con qué concreta preparación, pero, como pudo verse luego, con recta intención de servir al Señor, el hecho seguro es que Martín optó por la vida eclesiástica y, pasando por las diferentes órdenes, alcanzó el sa-

cerdocio, desconociéndose cuándo y dónde se ordenó sacerdote, aunque presumiéndose que fue en la propia ciudad de Zamora. ¿Fue párroco o beneficiado de alguna iglesia? No lo dicen así de explícitamente las historias, limitándose a contar que daba magnífico ejemplo a todos con su conducta sacerdotal y que se le tenía por ornamento de la clerecía.

Pero él sentía en su interior la llamada a vivir su sacerdocio en un medio ambiente de retiro y austeridad, ajeno a cualquier comodidad que le pudiera ofrecer la casa de sus padres en la que quizás aún vivía, y por ello maduró la decisión de hacerse solitario y vivir en adelante entregado a la contemplación de las cosas divinas en la soledad de algún monte, guareciéndose en alguna cueva. Supo que era notoria la existencia de una cueva en las cercanías de Paleas, pueblo del obispado de Zamora, en la cual cueva habían tenido su refugio unos bandidos, y se le ocurrió que era buena idea convertir en casa de oración y cristiana la que había sido refugio de ladrones y malhechores. Y así un día abandonó su casa y su ciudad y en seguimiento de los padres del yermo se fue a vivir en la gruta de Paleas. Aquí le faltaba toda comodidad; el frío era muy riguroso, como suele serlo en aquellas tierras; para comer no tenía sino las hierbas y raíces que le ofrecía el suelo del monte; su vida no podía ser sino una continua mortificación y un continuo sacrificio. Martín se decidió a servir al Señor en aquellas circunstancias de tanta austeridad, feliz de haberse desprendido de todo por amor del reino de los cielos.

Pero justo porque vivía una vida tan pobre o más que la de los pobres, comenzó a acordarse de lo que sufren los menesterosos y especialmente si son enfermos, pues la enfermedad impide ganarse el pan a los que la padecen. Y su corazón sensible a los valores evangélicos comenzó a pensar en cuán útil sería a la comunidad cristiana que en aquel retiro suyo junto a la cueva él erigiera un asilo y hospital para los enfermos pobres y cuán conforme era con su dedicación a Dios que en ese hospital se prestaran los servicios de curar, atender y velar a los enfermos para que el bálsamo de la caridad sirviera de consuelo al dolor de la enfermedad. Este santo pensamiento se vio reforzado cuando otros jóvenes acudieron a él a querer compartir su vida

de soledad y retiro y aceptaron su iniciativa de servir a Dios en la persona de los pobres. Allegó Martín los medios suficientes para la edificación del asilo-hospital y éste se construyó para consuelo de los pobres. En cuanto estuvo el asilo abierto, los enfermos pobres se acogieron a él y pudieron ver quienes lo visitaban con qué delicadeza y amor Martín y sus compañeros atendían a los acogidos y cómo estos eran servidos con aquel amor que merece la propia persona sagrada de Jesucristo.

Martín no dejó de reflexionar en que la comunidad reunida en torno a su persona era una comunidad informal: estaban ciertamente unidos por el vínculo de la caridad fraterna y de la voluntad de servir a los enfermos pero no profesaban los votos religiosos y carecían por ello del mérito de la vida religiosa formalmente instaurada. Entonces pensó que lo propio era convertir su familia espiritual en una comunidad monástica. Y pensó: ¿bajo qué regla? No dudaba que la Regla de San Benito se prestaba a una perfecta vida común, pero había oído decir que había una nueva manera de seguir esta regla, y esta nueva manera la practicaban los cistercienses. Se había pasado a cisterciense el monasterio de Moreruela. Este monasterio se había afiliado al del Císter y había adaptado sus formas concretas de vida. No hay duda de que Martín visitó el monasterio y pudo ver por sí mismo el clima de interioridad y regularidad que reinaba en él, apeteciéndosele poder seguir él también con sus compañeros este régimen de vida. ¿Cómo lograrlo? Él no disimuló el destino caritativo de su fundación ni dejó de manifestar que quería seguir ejerciendo la caridad con los enfermos, pero era la comunidad entera del hospital la que quería aprender y profesar las costumbres cistercienses. No fue el abad de Moreruela sino el obispo de Zamora el que se dirigió a San Bernardo recomendando la petición de Martín. Era el año 1145 y San Bernardo respondió afirmativamente enviándole cuatro religiosos que instruyesen a Martín y sus compañeros y los aceptasen en el interior del Císter tras las debidas pruebas. Martín recibió a los monjes con suma alegría y con todos sus compañeros empezó el camino de la vida religiosa, profesando todos cuando llegó el momento oportuno. Organizada la vida monacal, era preciso nombrar un abad y fue elegido Martín para este ministerio, que

él intentó enseguida cumplir con la mayor dedicación y esmero, acreditándose en el cargo abacial como se había acreditado en su servicio a los enfermos.

Y fue entonces cuando pudo poner por obra un proyecto que le era posible desde que en 1137 el rey Alfonso VII de Castilla y León le había hecho donación de las villas de Cubo y Cubeto. Erigió en efecto Martín un monasterio que dedicó a Santa María y que se llamó de Bello-fonte, a causa de una cristalina fuente que había en sus cercanías. A él se trasladó como abad Martín y lo presidió con santidad y pastoral vigilancia hasta su santa muerte el 7 de octubre de 1152. Su cuerpo fue depositado en aquel monasterio de Bello-fonte y su tumba comenzó a ser objeto de visitas por parte de los fieles que invocaban la misericordia de Dios por la intercesión del santo abad y recibían respuesta divina en los muchos favores que se conseguían.

Por concesión del rey San Fernando III, extendida en Ávila el 2 de noviembre de 1232, el monasterio se mudó a otro sitio llamado Valparaíso, y con este motivo se trasladó el cuerpo del bienaventurado Martín a una capilla de la iglesia del nuevo monasterio, capilla puesta bajo su advocación. Allí estuvo hasta que el 7 de octubre de 1619 fue trasladado a un magnífico tabernáculo cerca del altar mayor. Presidió la ceremonia el obispo de Zamora, don Juan de Zapata y Osorio, y asistieron a ella muchos abades y eclesiásticos, y muchos fieles del pueblo de Dios de todas las clases sociales.

La fiesta litúrgica del Beato Martín comenzó a celebrarse en Valparaíso desde 1534, cuando en la dicha capilla se le hizo una nueva tumba, y a partir de 1540 se celebró en todos los monasterios cistercienses de España. En 1870 su nombre fue inscrito en el *Menologio* de toda la Orden cisterciense.

JOSE LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

Acta sanctorum Octobris, III, p 947-954
Bibliotheca sanctorum VIII *Liadan Marzi* (Roma 1967) cols 1299 1300
CALPENA Y AVILA, L , *La luz de la fe en el siglo XX Libro de la familia cristiana,* X (Madrid 1912-1916) 107-110
CROISSET, J , SJ , *Año cristiano, o ejercicios devotos para todos los dias del ano Octubre* (Barcelona 1854) 128-131
HIDALGO, A , *España, tierra de santos* (Leon 1975) 268 270

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTA JUSTINA DE PADUA

Virgen y mártir († s. III/IV)

De esta santa han dicho los bolandistas que es muy conocido su culto pero muy desconocidos sus verdaderos datos personales. Lo que puede decirse de ella es que fue una virgen y mártir que en las persecuciones romanas, probablemente en la de Diocleciano, padeció por Cristo en Padua, donde se ha conservado su memoria y su culto. Ya de fines del siglo V consta la existencia de su basílica y de idéntica fecha es la inscripción de su nombre en el canon de la misa del rito ambrosiano. Desde Padua su culto se difundió por otras zonas de Italia, quedando atestiguado este culto en Como y en Rímini en los siglos VI-VII. La basílica primitiva duró hasta el siglo XII en que se arruinó a causa de un terremoto y adjunto a ella había ya un monasterio benedictino quizás desde el siglo VIII. Se reconstruyó entonces y en ella tuvo su origen la congregación benedictina llamada precisamente de Santa Justina, quien, a lo largo del siglo XVI, construyó un nuevo monasterio y basílica, en cuyo altar mayor quedó depositado en 1627 el cuerpo de la santa. Esta congregación benedictina contribuyó grandemente a la difusión de su culto y devoción por toda Europa, pero singularmente en la República de Venecia que, tras la victoria de Lepanto, sucedida en el día de Santa Justina, la tomó como patrona. Suprimido el monasterio en 1810 pudo reabrirse en 1919.

SAN MARCOS

Papa († 336)

Sucediendo al papa San Silvestre, fallecido el 31 de diciembre del año 335, el papa San Marcos ejerció el ministerio pontifical de enero a octubre del año 336. El *Liber Pontificalis* lo hace romano, hijo de Prisco, y le atribuye la norma de que tenga el palio el obispo de Ostia por ser el encargado de consagrar a los elegidos para el pontificado romano. Igualmente según el mismo libro él edificó la basílica que lleva su nombre y a donde se-

rían llevados finalmente sus restos mortales. En este pontificado, opinan algunos, vieron la luz los famosos documentos *Depositio episcoporum* y *Depositio martyrum*. Su tiempo estaba marcado por la controversia relativa a San Atanasio, el gran defensor del dogma niceno. Inicialmente fue enterrado en el cementerio de Santa Balbina, en la Vía Ardeatina, cementerio localizado en 1867 por De Rossi.

SAN AUGUSTO

Presbítero y abad († 560)

Cuando era un joven enfermo acudió a la tumba de San Martín de Tours y, habiendo alcanzado la salud por intercesión del gran santo, abrazó la vida monástica. Habiendo fundado un monasterio, dedicado a San Sinforiano, el obispo Probiano de Bourges en las cercanías de esta ciudad, nombró como abad del mismo a Augusto, que rigió el monasterio con gran sabiduría y virtud. En su tiempo tuvo lugar el hallazgo de la tumba de San Ursino, primer obispo de la ciudad, y este hallazgo se debió a una visión que tuvo el santo abad. La fecha de su muerte se sitúa en torno al año 560.

BEATO JUAN HUNOT

Presbítero y mártir († 1794)

Juan Hunot nació el 21 de septiembre de 1742 en Brienon-l'Archevêque (Francia) en una familia muy religiosa. Su hermano Sebastián y su primo Francisco también fueron sacerdotes, canónigos como él, de la colegiata de su pueblo y mártires los tres en los pontones de Rochefort. A los 15 años recibió la tonsura y al año siguiente obtenía su canonicato en la citada iglesia colegial. Se ordenó sacerdote el 20 de septiembre de 1766. El cabildo lo nombró tesorero el año 1782 y a su muerte era el párroco de la dicha iglesia colegial. El 30 de enero de 1791 prestó el juramento constitucional pero, una vez condenada la Constitución civil del clero por Roma se volvió atrás de su juramento (15 de julio de 1792). Comenzaron para él los

problemas y no le sirvió el que volviera a expresar su primer juramento pues no le valió y fue enviado a Rochefort tras haber sido arrestado. Consta que el 19 de junio de 1794 estaba ya a bordo del Washington. Su muerte tuvo lugar el 7 de octubre de aquel año 1794.

Fue beatificado con los otros mártires de Rochefort el 1 de octubre de 1995 por el papa Juan Pablo II.

BEATO JOSÉ LLOSÁ BALAGUER

Diácono y mártir († 1936)

Nació el 23 de agosto de 1901 en la población valenciana de Benaguacil. Hecha la enseñanza primaria ingresa en la escuela apostólica de la Congregación de Terciarios Capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores en Torrente, donde cursa las humanidades. Al término de las mismas ingresa en el noviciado de Godelleta el 15 de octubre de 1917 y a los dos años emite la profesión religiosa. Luego estudia filosofía en Godelleta y en Teruel y en julio de 1923 pasa a Madrid, a la Escuela de Reforma de Santa Rita, donde emite la profesión perpetua el 15 de septiembre de 1925. Posteriormente es enviado a Dos Hermanas, debe hacer también el servicio militar. Vuelve a Madrid para cursar el último año de teología y recibe la ordenación de diácono el 16 de septiembre de 1928. Y entonces vino su decisión de no ordenarse sacerdote porque se creía absolutamente indigno de ello. Destinado a Madrid, aquí estaba cuando la revolución de julio de 1936. Arrestado y llevado a la Dirección General de Seguridad, consigue ser liberado y obtener un salvoconducto y llegar a su pueblo natal. Luego se va a Meliana (Valencia) a casa de un alumno, pero luego se refugia en un molino de su pueblo natal, de donde pasó a Torres de Quart, siempre en busca de seguridad. Pero reconocido el 1 de octubre es denunciado y detenido, interrogado y conducido a un calabozo del Gobierno Civil de Valencia. Confesó allí con el P. Luis Payá y a la mañana siguiente fue llevado a la cárcel celular. Varios días después supo que el comité de su pueblo lo reclamaba para fusilarlo. En efecto, el 7 de octubre los milicianos lo asesinaron en las cercanías del cementerio de Benaguacil.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

8 de octubre

A) MARTIROLOGIO

1. En Antioquía (Siria), Santa Pelagia († 302), virgen y mártir *.
2. La conmemoración de Santa Reparata, que es venerada como virgen y mártir († s. IV).
3. En Como (Liguria), San Félix († ca.390), obispo *.
4. En Ruán (Galia Lugdunense), San Evodio (s. V), obispo.
5. En el monasterio de Denain (Hainaut), Santa Ragenfredis († s. VIII), abadesa *.
6. En Génova (Liguria), San Hugo († h. 1233), religioso, de la Orden de San Juan de Jerusalén **.
7. En Londres (Inglaterra), beatos Juan Adams, Roberto Dibdale y Juan Lowe († 1586), presbíteros y mártires bajo el reinado de Isabel I *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN HUGO DE GÉNOVA

Religioso († 1233)

Las noticias llegadas a nosotros sobre Hugo, comúnmente San Hugo de Génova, comendador que fue de la Orden de San Juan de Jerusalén y, en condición de tal, rector que también fue de San Juan en Génova, se remontan a una leyenda cuyos datos resultan harto difíciles de controlar. G. Bosio, en cuya obra incluye una breve biografía del santo, afirma que se limita a reproducir en compendio una relación atribuida al arzobispo genovés Otón Ghiglini († 1239), quien, por encargo de Gregorio IX, habría ordenado hacer una investigación de los testimonios sobre virtudes y milagros de nuestro santo, relación ésta de la que hoy no se tienen más noticias.

Algunos escritores lo han considerado francés. Más probable parece, sin embargo, siquiera sea ello debido a la tradición literaria y biográfica, su origen alejandrino, de la italiana provincia de Alessandria concretamente, de la noble familia de los Canefri. Nacido hacia 1168, lo adscribieron a la Orden de los Caballeros Hospitalarios de San Juan en pleno fervor de las cruzadas y combatió, luego veremos cómo y hasta qué punto, por los intereses cristianos de Tierra Santa. Destinado a regir en calidad de maestre, preceptor o comendador, la encomienda de San Juan en Génova, allí se ejercitó con celo en los elevados oficios de gobierno y de caridad a favor de los menesterosos acogidos al hospital anejo, así como de los peregrinos que hacían en Génova un alto en la marcha antes o después de los viajes por mar a Tierra Santa.

Pese a que algún historiador lo afirme, no parece haber estado adornado del carácter sacerdotal. Las biografías, en cambio, concuerdan en atribuirle varios milagros de considerable resonancia taumatúrgica en su tiempo y, se miren como se miren, de indudable remembranza bíblica siempre. El más conocido, sin duda, es el de haber hecho brotar una fuente de agua de la roca de un pequeño valle cercano al monte de la Encomienda (ahora via S. Ugo); milagro tan popular a la postre que llegó a ser incluso musicalizado en una opereta juvenil de B. Strozzi (cf. Gortari, p.126). Acerca del confesor del siglo XIII, así es conocido también San Hugo, refieren las crónicas, en efecto, un milagro muy similar al de Moisés, cuando éste, golpeando con su bastón una roca en el desierto, hizo que de ella brotase agua para un Israel torturado de sed tras su acampada en Refidim (cf. Éx 17,1-7). «Aquel lugar se llamó Massá y Meribá, a causa de la querella de los israelitas, y por haber tentado a Yahvé» (Éx 17,7). San Hugo de Génova, en cambio, con un matiz no menos caritativo tal vez y, desde luego, sin querella alguna intemperante que le obligara a intervenir, dio rienda suelta al agua para que las lavanderas de un hospital pudiesen lavar la ropa de los enfermos pobres.

Vivió San Hugo en Génova a lomo de los siglos XII y XIII. Era capellán de la Orden religiosa y caballeresca de San Juan de Jerusalén, fundada un siglo antes con intenciones sobre todo

militares, en concreto combatir contra los infieles musulmanes. En realidad los Caballeros de la Orden de San Juan de Jerusalén fueron repelidos por los musulmanes y obligados a dejar el Oriente, refugiándose primero en la isla de Rodas, y después en la de Malta. La célebre Orden de los Caballeros de Malta surgió, pues, en dicha isla mediterránea precisamente de esta emigración de los antiguos combatientes cristianos.

Como capellán de la Encomienda genovesa nuestro diligente San Hugo, en realidad, jamas llegó a empuñar las armas ni para defender ni para atacar Los combates que él libró fueron de muy otro signo, siempre bajo el estandarte de la caridad. Se cuenta que una vez sus oraciones consiguieron salvar del naufragio una nave en peligro por aguas de la costa genovesa Otra vez su milagro volvió a tener como protagonista el líquido elemento, cambiado en vino durante un convite. Si el milagro de la fuente prodigiosa ya señalado lo hacía asemejarse a Moises, con esta conversión del agua en vino claramente nos traslada el santo a la célebre estampa evangélica de la boda en Caná de Galilea (cf. Jn 2,1-11, 4,46), donde «dio Jesus comienzo a sus señales» (Jn 2,11).

Pequeño de estatura, flaco de complexión, con un cilicio sobre la carne, San Hugo era conocido y querido de los genoveses además por su espíritu de mortificación y gran modestia, que venía justo a contrastar con el talante autosuficiente y la soberbia del siglo, de cuyo virus ni se libraban siquiera los Caballeros aquellos de la Orden por él abrazada, casi siempre de origen aristocrático, y para cuyo adelanto en la virtud y señalado valimiento en las luchas de la gracia era él ahora su celoso capellán. A pocos pasos del puerto de Genova existe todavía la iglesia de San Juan de Prè, sobre la plazuela de la Encomienda, junto a la logia de los Comendadores jerosolimitanos *(Commendatori Gerosolimitani),* antiguo templo sagrado junto al cual vivió el capellán de la Orden caballeresca, y donde se le dio cristiana sepultura a raíz de su muerte, que los biógrafos datan por los años 1230-1233. Con nuestro victorioso protagonista en la más meritoria de las batallas, es a saber, la difusión de la fe apostólica y la humilde disponibilidad al amor evangélico, los Caballeros de Jerusalén conquistaban para su blasón un título de gloria más

claro y duradero que el de tantas inciertas empresas militares y políticas, por más que ellas fueran guerras libradas por la fe e inspiradas por el deseo de convertir los infieles a la verdad.

La diócesis de Génova celebró su culto por muchos años, según el *Proprium genuense* de 1645, el 19 de octubre. En el ceremonial de la iglesia mayor conventual de San Juan Bautista en Malta, en cambio, figura el 8 de octubre, la misma fecha del actual *Martirologio romano.* En cualquier caso, siempre como referente y paradigma de la mencionada Orden de San Juan de Jerusalén. De ahí que San Hugo figure representado en litografías y cuadros con las insignias de caballero. Sus cenizas reposan en la iglesia a la que sirvió, cerca de las dependencias donde vivió y a un paso no más de la estancia desde la que voló hasta la casa del Padre. Recientemente fue restaurado un lienzo suyo que bien valía la pena.

> «Como sieneses y como miembros de la Orden —afirmó el padre Humberto Rufino, capellán de la Soberana Orden Militar de Malta el día de su presentación al público— no podemos sino alegrarnos de que su belleza sea de nuevo ofrecida al turista y al ciudadano entre las joyas de esta ciudad y de la antigua iglesia de la Magione in Camollia. Se lo agradecemos a quienes han promovido su restauración y su colocación».

La pintura representa en el centro a nuestro personaje, célebre por haber sido rector de la encomienda genovesa de San Juan de Prè y haber hecho varios milagros, de los que dos figuran representados al fondo del cuadro, a saber: a un lado, salvando una nave del naufragio; y al otro, haciendo brotar el agua de una roca.

> «La expresión de Hugo —explicaba Gabriel Fattorini el día de la reposición del cuadro— es extática y los ojos miran a lo alto, hacia un cielo esplendente de una luz dorada circundada por un grupo de mofletudos angelotes».

La restauración salió adelante gracias al interés de las autoridades eclesiásticas y civiles de Génova, bien dispuestas y sensibles a la iniciativa, pero sobre todo por el párroco mons. Floriano Vassalluzzo y el Grupo Juvenil Sienés de la Soberana Orden Militar de Malta. La tela pudo volver así como nueva al interior de la iglesia de San Pedro alla Magione. La mejora del lienzo, en

resumen, vino a convertirse de esta suerte en acabado testimonio de una estrecha afinidad entre economía, cultura y arte.

Mons. Daniel Ferrari, obispo emérito de Chiavari, capellán *ad honorem* de la Orden de Malta, expuso en su homilía con ocasión de la investidura de nuevos miembros de la Orden de Malta el sábado 29 de enero de 2000, unas ideas que reflejan el espíritu del que estuvo animado en su día nuestro santo. Dijo entre otras cosas:

> «Reflexionar sobre el significado y valor de la pertenencia a la Orden de Malta, que de la Cristiandad nació y en la Cristiandad vive desde siglos, portando una inconfundible nota de fe y de caridad, ni es ocioso ni está fuera de lugar. Diré más aún, es obligado. Pertenecer a la Orden de Malta comporta ya de suyo una nota de honor y distinción. La Orden de Malta, única que comparte esta singular característica jurídica con la Santa Sede, es reconocida en el ordenamiento internacional como sujeto de derecho, habilitado para mantener regulares relaciones diplomáticas con los Estados. El Estado Italiano, a su vez, reconoce, sin ulteriores formalidades, los títulos de pertenencia a la Orden. También la Orden de Malta tiene, como es bien conocido, características exquisitamente religiosas. Desde el vértice de su estructura jurídica de hecho, a partir del Gran Maestre, nosotros tenemos superiores que emiten los votos de consagración. El hábito reservado a los ritos religiosos está en evidente similitud con el benedictino. Y en fin, la Orden mantiene también estrechos lazos con la Santa Sede a través de una estable Representación diplomática. Por tanto, quien pretenda ser digno de su pertenencia a tal Orden, comprenda que asume un compromiso que va mucho más allá de una plena honorabilidad adquirida en el mundo de las profesiones o del arte. Se hace deudor a la Iglesia de un mandato de honor hacia lo sagrado y de devoción hacia los pobres y los últimos de la sociedad. A cada uno de sus miembros va encomendado el programa que tan magníficamente expresa, en su concisión latina, el emblema de la Orden: *Tuitio fidei, obsequium pauperum* (defensa de la fe, obsequio de los pobres)».

La Orden arraiga en este *humus* altamente cristiano, a saber: la defensa de la fe en aquellos siglos en que el corazón de la cristiandad, Palestina, peligraba con irse al garete y acabar en tierra extranjera y prohibida para el mundo cristiano. Pero si la espada se convirtió en la extrema defensa durante aquellos siglos de violencia, la constante y generosa ayuda al peregrino y al menesteroso expresaba, por otra parte, secundar de lleno el pri-

mer precepto de Cristo, que se identificó y sigue identificándose con el pobre y el humillado: «En verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis» (Mt 25,40). No se nos pase por alto, pues, qué trato y qué nobleza de sentimientos le vienen impuestos a la Orden en su relación con los pobres.

El emblema, ciertamente, no habla de *protectio pauperum,* ni *auxilium pauperum:* adopta más bien el término *obsequium.* Lo cual implica que se debe servir a los pobres como si fuesen los superiores a venerar en la Orden, en cuanto destinatarios de un obsequio de mente y de corazón, antes que de obras. San Vicente de Paul decía a sus hermanas, por él fundadas, «los pobres son nuestros señores». Algo semejante ha de ocurrir aquí.

El ingreso en la institución supone la entrega y fidelidad a unos compromisos que instalan al candidato en esa aristocracia del espíritu que Cristo inauguró, y en la cual el único título de grandeza es el escuchar la Palabra de Dios y ponerla en práctica. Y bien, especial protector es San Juan Bautista, que afirmó la fidelidad a su misión con el martirio, víctima de la despótica sensualidad del Tetrarca de Galilea. El Bautista es el santo sobre quien está modelada la espiritualidad melitense (cf. N. Capponi). Pero la espiritualidad de los miembros también descansa, claro es, sobre otros santos propios de la Orden durante su plurisecular andadura, y de modo especial, y ya en concreto, San Hugo, capellán de la Encomienda genovesa, maestro de caridad, noble de aquella virtud que, haciéndonos adherir a Dios, nos permite formar un solo espíritu con él.

Rigió San Hugo la Encomienda genovesa, justo delante del puerto, donde todavía se levanta la iglesia de San Juan de Prè. Ella y el edificio contiguo de la Encomienda constituyen hoy un conjunto arquitectónico bastante relevante en el panorama del románico genovés. Construida hacia el final del siglo XII por maestranzas lombardas de «maestros Antelami», Caballeros Hospitalarios de Jerusalén, la iglesia presenta una singular estructura sobre dos pisos, originariamente comunicados con niveles correspondientes de la Encomienda, y un bello campanario con cinco agujas del *Duecento.* Entre el complejo pictórico figura un «Sant'Ugo» de Lorenzo De Ferrari. Construida junto

a las dos iglesias está la Encomienda, adherida al convento y hospital, cuya fábrica desarrolló funciones de acogida para los peregrinos que se dirigían a Tierra Santa. Con ocasión de las celebraciones colombinas del 1992 fue completamente restaurada para ser destinada a fines expositivos.

Más recientemente aún, entre los días 30 de septiembre y 3 de octubre de 2004, tuvo lugar allí un Convenio acerca de los temas relativos a la historia de la Orden de San Juan y a los asentamientos sanjuanistas. Génova posee todavía hoy, en el centro de su puerto antiguo, el más grande hospital para peregrinos del mundo occidental, gestionado por la Orden de San Juan de Jerusalén que hizo de Génova el punto focal de su organización capilar de asistencia irradiada en toda Europa: convergían sobre dicho puerto, valga recordarlo una vez más, peregrinos y hombres de armas que se detenían en el Hospital de San Juan de Prè antes de partir rumbo a Tierra Santa. Las nuevas investigaciones, por tanto, destacaron particularmente la centralidad de la ciudad en la historia del Occidente europeo y la importancia de su puerto en el sistema político y económico medieval. Un Convenio que abundó también en la figura de nuestro santo, como no podía ser menos.

Fueron los francos quienes llevaron a Italia el nombre Hugo, de origen alemán, derivado de Hugu, cuyo significado es «pensamiento, sabiduría». Hugo significa, pues, en sentido traslaticio, «hombre sabio, prudente». Pasó después al latín medieval como Hugo, que en el genitivo se convirtió en Hugonis, del cual derivó el ya raro Ugone. También el alterado Ugolino tuvo una discreta fortuna, de modo que hasta en la *Divina Comedia* figura. El Hugo santo más famoso, desde luego, fue el abad de la abadía benedictina de Cluny. Ahora bien, si se quiere dar con un santo italiano se puede elegir entre nuestro San Hugo de Génova, cuya memoria celebra la Iglesia este 8 de octubre, o el 17 de noviembre con San Hugo abad de Calabria, enviado por San Bernardo para instituir allí la Orden cisterciense (cf. *Martyrologium,* p.705).

El problema de las falsas órdenes de Malta o de San Juan es de un tiempo a esta parte vivamente sentido también en Escandinavia, por no decir en todo el centro de Europa, donde proli-

feran de hecho grupos sin escrúpulos, que no vacilan a la hora de usurpar el verdadero nombre de tan beneméritas instituciones de la Iglesia. Recientemente tales abusos han cobrado pujanza a base de emprender actividades proselitistas en los países bálticos. El daño, como cabe deducir, es grave. La presencia activa de la orden de Malta en Escandinavia, a medida que prenda y se consolide, así servirá también para que dicho peligro quede cuando menos neutralizado hasta conseguir su total desaparición.

En realidad, los santos de estas órdenes militares, a pesar de su antigüedad, de su contexto tal vez elitista y barroco, de una aureola que puede antojarse con frecuencia punto menos que desfasada, no dejan de ofrecernos su encanto y su mensaje para esta sociedad posmoderna que nos envuelve. En el fondo, y si bien se mira, uno comprende luego que el suyo es un espíritu que arraiga en lo más genuino de la eclesialidad y de la cristología, y muy concretamente que se ajusta a las estampas más bellas y evangélicas de la caridad. He aquí la magnífica lección del lejano San Hugo en nuestros días.

PEDRO LANGA, OSA

Bibliografía

Acta sanctorum. Octobris, IV, p.362 364.

BARGELLINI, P., *Mille Santi del giorno* (Brescia 1977).

BOSIO, G., *Dell'historia della Sacra Religione e illustrissima Milizia di San Giovanni Gierosolimitano* (Roma 1594)

CAPPONI, N., «Why Saint John the Baptist»: *Traditio melitensis* [Boletin de la Asociación escandinava de la Soberana Orden Militar de Malta] 2 (2000) [fascículo cuidado por Luigi G. de Anna]

GALLIZIA, P. G., *Atti dei Santi che fiorirono nei dominii della Real Casa di Savoia,* V (Turín 1757) 18.

GORTARI, L., *Bernardo Strozzi* (Roma 1966) 126.

LANGASCO, C. DA, «Ugo», en *Bibliotheca sanctorum.* XII: *Stefano-Zuraire* (Roma 1969) cols.774-775.

LYTZ, B., «Den heliga Hugo av Genua»: *Traditio melitensis* 2 (2000).

Martyrologium romanum, o c , 530, n.6*, 705.

PERSOGLIO, V., *S. Ugo cavaliere ospitaliere di San Giovanni Gerosolimitano* (Genova 1874).

SEMERIA, G. B., *Secoli cristiani della Liguria, ossia, Storia della metropolitana di Genova, delle diocesi di Sarzana, di Brugnato, Savona, Noli, Albenga e Ventimiglia scritti di Gio,* I (Turín 1843) 127-128.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTA PELAGIA
Virgen y mártir († 302)

El nuevo *Martirologio romano* sitúa en este día 8 de octubre la memoria de Santa Pelagia de Antioquía, virgen y mártir, señalando que es aquella mártir a la que dedicó grandes elogios San Juan Crisóstomo. Con ello el *Martirologio* deja de situar en esta fecha, como hacía el martirologio anterior, a una Santa Pelagia, penitente en Jerusalén, que no menciona ya en ningún otro día sino que simplemente omite. Seguramente esta Santa Pelagia de Antioquía es la misma que anteriormente conmemoraba el día 19 de octubre pero acompañada de San Beronico y otros cuarenta y nueve mártires, santos que ahora ya tampoco menciona. Nos quedamos, pues, con una Santa Pelagia, virgen y mártir en Antioquía, y a la que San Juan Crisóstomo dedicó sus elogios. La existencia histórica de esta santa está fuera de toda duda.

Dos homilías atribuidas a San Juan Crisóstomo hablan de esta santa. La primera homilía está considerada auténtica, la segunda es objeto de dudas. Según la narración del insigne doctor de la Iglesia, Santa Pelagia era una jovencita cristiana de quince años, de clase social alta, residente en Antioquía, a la que en el imperio de Numeriano (283-284) se le acusó oficialmente de ser cristiana, lo que, como es bien sabido, estaba prohibido por la ley. El gobernador mandó detenerla y para impedir cualquier huida los soldados rodearon la casa. A quienes entraron a intimarle la orden de detención, Pelagia dio una acogida cortés, y con la misma cortesía les pidió que le permitieran ponerse un mejor traje a fin de acompañarles a comparecer ante el gobernador. Le dijeron que sí y entonces ella, pensando en los posibles ultrajes que a manos de su detentores podía padecer su virginidad, se encomendó a la misericordia de Dios, y subiéndose a la terraza más alta de la casa, se precipitó a la calle, huyendo con una muerte voluntaria a las tropelías obscenas de que hubiera podido ser objeto. La Iglesia de su tiempo, como la posterior —ahí está el testimonio de Eusebio de Cesarea— consideraría no suicidio pecaminoso sino verdadero martirio el gesto

de Pelagia, que no sería la única virgen cristiana en huir del deshonor dándose la muerte. El *Martirologio siríaco* (siglo IV) y el *Jeronimiano,* como asimismo los sinaxarios bizantinos, ponen la memoria de esta santa el 8 de octubre, como hace ahora el nuevo *Martirologio romano.* Respecto a la fecha, hay que advertir que el imperio de Numeriano fue en los años 283-284. El nuevo *Martirologio,* no obstante, señala este martirio el 302.

SAN FÉLIX DE COMO

Obispo († ca.390)

Fue el primer obispo de Como, que tomó a su cargo la evangelización de la ciudad, y por una carta de San Ambrosio sabemos que le faltaban los oportunos ayudantes para llevar a cabo su obra. Naturalmente al principio eran pocos los que abrazaron el evangelio, pero San Ambrosio le anima a confiar que con la ayuda de Dios conseguirá evangelizar a muchos más. Todo indica que Félix le era muy conocido y querido a San Ambrosio y que éste le había conferido la ordenación episcopal, seguramente el 1 de noviembre de 386. Lo había enviado a Lodi a consagrar la basílica de los Santos Apóstoles, edificada por San Basiano, obispo de la ciudad, el cual anhelaba la presencia de Félix. En una carta, posiblemente del año 387, San Ambrosio da gracias a Félix por un regalo que le ha enviado y le dice que echa de menos que lo visite con frecuencia. Se le atribuye la apertura de la primera iglesia cristiana de Como, dedicando a San Carpóforo, un antiguo templo pagano dedicado al dios Mercurio. En esta iglesia fue enterrado, conservándose ahora sus reliquias en la iglesia de Santa Brígida y donde sigue teniendo culto popular.

SANTA RAGENFREDIS

Abadesa († s. VIII)

Ragenfredis o Ragenfreda fue la fundadora y primera abadesa del monasterio de Denain, en la diócesis de Cambrai, y consta su culto en el siglo IX. Según la tradición más antigua ella

habría fundado el monasterio a orillas del río Escalda en un terreno del que ella misma era la dueña. Pero otra tradición posterior la hace una de las diez hijas del conde Adalberto de Ostrevant y de su esposa Santa Regina, los cuales serían los verdaderos fundadores del monasterio, en el que ingresaron sus hijas. Esta tradición segunda carece de verdadero fundamento histórico. En el convento de Denain al principio se observó la regla benedictina, y ésta sería la observada por Ragenfredis, pero tras el concilio de Aquisgrán (816) el monasterio benedictino se convirtio en convento de canonesas de San Agustín. El *Martirologio romano* ha recogido su memoria el 8 de octubre, día en que la conmemoran los martirologios benedictinos.

BEATOS JUAN ADAMS, ROBERTO DIBDALE Y JUAN LOWE

Presbíteros y mártires († 1586)

El futuro mártir jesuita San Roberto Southwell escribió el 21 de diciembre de 1586 al preposito general de la Compañía de Jesús, P. Claudio Acquaviva, que «una bella corona de gloria ha sido felizmente ganada por el P. Juan Lowe y por los sacerdotes Dibdale y Adams, los cuales aquí en Londres han sufrido el martirio con constancia».

Y, en efecto, el 8 de octubre de 1586 estos tres sacerdotes seculares, que habían estado juntos en la cárcel y habían sufrido juntos el mismo inicuo juicio, habiendo sido condenados a muerte por delito de lesa majestad al haberse ordenado sacerdotes en el extranjero por la autoridad del Papa, fueron llevados a la plaza londinense de Tyburn y allí ahorcados, destripados y descuartizados, prefiriendo perder la vida temporal antes que ser infieles a la Iglesia de Jesucristo, y abriéndoseles por ello la puerta de la vida eterna

JUAN ADAMS había nacido en Martinstawn, en el condado de Dorset, y había estudiado en Oxford. Cuando se decidió a hacerse católico, optó tambien por el sacerdocio y marchó a Reims, en cuyo Colegio Inglés ingresó el 7 de diciembre de 1579. Recibió las órdenes previas durante el año 1580 y el 15 de diciembre de ese mismo año recibió el sacerdocio. Seguidamen-

te marchó a Inglaterra y pudo trabajar un tiempo en la obra de la Iglesia en medio de los peligros de aquel tiempo hasta que fue arrestado el 7 de marzo de 1584 y encerrado en la prisión de Marshalsea. Año y medio más tarde, el 15 de septiembre de 1585, era condenado al destierro, y en efecto volvía a Reims, a donde llegaba el 14 de noviembre. Pero no se había ordenado sacerdote para ejercer el ministerio en el continente sino en Inglaterra y con gran ánimo volvió al poco a su país. Aquí pudo trabajar apostólicamente hasta el 19 de septiembre de 1586 en que fue arrestado y llevado a la prisión de Clink hasta el tiempo de su juicio y condena a muerte.

ROBERTO DIBDALE nació en una familia católica en el condado de Worcestershire hacia 1560. Siendo un muchacho peregrinó a Roma en 1579 y lo aprovechó para ingresar el 29 de diciembre de aquel año en el seminario inglés de Reims. Aquí hizo los estudios y se ordenó sacerdote el 31 de marzo de 1584. El 2 de agosto de aquel año partía para Inglaterra, trabajando apostólicamente en Londres y sus alrededores. Autorizado a hacer exorcismos sobre personas que se consideraban posesas, este ministerio provocó no pocas diatribas entre los católicos y también los protestantes. Como diría él en los interrogatorios a los que lo sometió Topcliffe, no hizo los exorcismos por engaño del demonio sino en el nombre y con el poder de Cristo y debidamente autorizado. De todos modos cesó en sus exorcismos en el verano de 1586, verano en el cual fue arrestado con anterioridad al 25 de septiembre en que ya ciertamente lo estaba. Encerrado primero en Gatehouse, pasó muy pronto a Newgate, donde estuvo preso hasta su juicio y condena.

JUAN LOWE nace alrededor de 1553 parece que en Londres o en sus cercanías. Tenía 28 años cuando en 19 de noviembre de 1561 entró en el Colegio Inglés de Roma. Se ordenó sacerdote en septiembre de 1582 y continuó un año más los estudios, marchando a Inglaterra en septiembre de 1583, llegando a su patria a finales de diciembre. Aquí trabajó apostólicamente hasta que fue arrestado, detenido en la cárcel, juzgado y condenado a muerte.

Los tres mártires fueron beatificados el 22 de noviembre de 1987 por el papa Juan Pablo II.

9 de octubre

A) MARTIROLOGIO

1. Junto a París San Dionisio, obispo, y los santos Rústico, presbítero, y Eleuterio († 258), diácono, mártires **.
2. En Roma, San Juan Leonardo († 1609), fundador de la Orden de Clérigos Regulares de la Madre de Dios **.
3. La conmemoración de San Abrahán, patriarca **.
4. En Laodicea (Siria), santos Diodoro, Diomedes y Dídimo, mártires (fecha desconocida).
5. En Borgo San Domnino (Parma), San Domnino († s. IV), mártir.
6. En Antioquía (Siria), Santa Publia († s. IV), monja, confesora de la fe bajo Juliano el Apóstata *.
7. En Barretaine (Jura), San Sabino († s. V), ermitaño.
8. En Città di Castello (Umbría), San Domnino († 610), solitario.
9. Junto a Mons (Henao), San Gisleno († 680), abad.
10. En el monasterio de Montecasino, San Diosdado († 834), abad *.
11. En Brevnov (Bohemia), San Guntero († 1045), ermitaño *.
12. En el monasterio de Montsalvy (Francia), de canónigos regulares, San Bernardo de Rodez († 1110), abad.
13. En Valencia, San Luis Beltrán († 1581), presbítero, de la Orden de Predicadores **.
14. En Turón (Asturias), santos Inocencio de la Inmaculada (Manuel) Canoura Arnau, presbítero, de la Congregación de la Pasión, Cirilo Bertrán (José) Sanz Tejedor, Marciano José (Filomeno) López López, Victoriano Pío (Claudio) Bernabé Cano, Julián Alfredo (Vilfrido) Fernández Zapico, Benjamín Julián (Vicente) Alonso Andrés, Augusto Andrés (Román) Martín Fernández, Benito de Jesús (Héctor) Valdivieso Sáez y Aniceto Adolfo (Manuel) Seco Gutiérrez, religiosos de la Congregación de Hermanos de las Escuelas Cristianas, mártires en 1934 **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN ABRAHÁN

Patriarca, padre de los creyentes

El *Martirologio romano* actual señala el 9 de octubre la memoria del patriarca Abrahán con este elogio:

> «Conmemoración del Santo Patriarca Abrahán, el padre de todos los creyentes. Siguiendo la llamada del Señor, salió de su patria, la ciudad Ur de los Caldeos, y caminó errante a través de la tierra

prometida por Dios, a él y a su descendencia. Manifestó, además, su total confianza en el Señor, esperando contra toda esperanza, cuando no se negó a ofrecer en sacrificio a su unigénito, Isaac, regalo del Señor, siendo Abrahán ya anciano, y su mujer, estéril» (*Martyrologium romanum,* p.530).

Abrahán es una de las más grandes figuras bíblicas; posee perenne actualidad y merece perpetua gratitud. No en vano es el modelo y «padre de los creyentes» (cf. Rom 4,11), a quien apelan las tres grandes religiones monoteístas, el judaísmo, el cristianismo y el Islam, como a su antepasado común.

Y, para todos los hombres, es el paradigma del peregrino. Encarna la espiritualidad del viaje, de lo transitorio y de la constante adaptación a las circunstancias imprevistas, caminando diariamente en compañía de lo desconocido y provisional. Lo definitivo está sólo al final del camino, y nadie sabe con exactitud de qué se trata. La única certeza y convicción verdadera es que el viaje debe continuar cueste lo que cueste. La salvación está en el propio camino; y la única tentación verdadera sería detenerse.

Ahora que es tan necesario como difícil el diálogo ecuménico interreligioso, será muy conveniente prestar atención a este personaje, cuyo retrato nos ofrece el Antiguo Testamento y al que se refiere repetidas veces el Nuevo.

¿Cuáles son los rasgos más acentuados de este anciano que, en el atardecer de su vida se lanza a una aventura de la que no puede conocer el final: lo que otros emprenden al alba de su juventud?

Los textos del Génesis 11,10 y 25,10 recogen las tradiciones del ciclo de Abrahán, redactadas escalonadamente, de los siglos X a V a. C. Si pensamos que al personaje hay que situarlo al menos ocho siglos antes (hacia 1850 a. C. se calcula la llegada de Abrahán a Canaán), podremos apreciar la fuerza y el destino singular de este hombre cuya historia se pierde en la noche de los tiempos y sigue siendo para centenares de hombres y mujeres que creemos en un solo Dios, el antepasado y el modelo de la fe. Y este reconocimiento es la herencia de docenas de siglos de tradición religiosa.

Es cierto que judíos, cristianos e islámicos interpretamos de modo particular y diferente la vida del modelo, añadiendo cada

uno sus tradiciones propias; pero un fondo común es innegable y útil para el diálogo.

Por lo que se refiere a los cristianos, el Nuevo Testamento cita a Abrahán 75 veces; sólo cinco veces menos que a Moisés. Y Jesús se refirió explícitamente a él cuando exclamó:

> «Vuestro padre Abrahán se regocijó pensando en ver mi día; lo vio y se alegró». Entonces los judíos le dijeron: "¿Aún no tienes cincuenta años y has visto a Abrahán?" Jesús les respondió: "En verdad, en verdad os digo: antes de que Abrahán existiera, Yo Soy"» (Jn 8,56-58).

Abrahán vio el «Día del Señor» desde lejos, en un acontecimiento, en el nacimiento de Isaac. Jesús se declara el verdadero objeto de la promesa hecha a Abrahán, la verdadera causa de su alegría, el Isaac espiritual.

Y en otra ocasión, en diálogo con los saduceos que negaban la resurrección, les interpeló:

> «¿No habéis leído lo dicho por Dios?: "Yo soy el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob" (cf. Ex 3,6). No es un Dios de muertos sino de vivos» (Mt 22,32).

Abrahán, hijo del semita Téraj, hermano de Najor y de Harán, vivía con su clan nómada en la Media Luna fértil de Mesopotamia entre los ríos Tigris y Eufrates, solar de una de las más antiguas y adelantadas civilizaciones, de la que han quedado notables huellas hasta nuestros días. En un primer movimiento emigratorio, su padre, con todo el clan familiar se trasladó de Ur a Jarán, donde Téraj murió.

Es Abrahán el primero y principal de los patriarcas, antepasados del pueblo de Dios: «Reparad en Abrahán, vuestro padre que os dio a luz», clama Isaías (51,2).

El ciclo de Abrahán en el Génesis es el más amplio de las historias patriarcales, y está formado por la yuxtaposición de las tradiciones yahvista, eloísta y sacerdotal. Los episodios se suceden a partir de la vocación:

> «Yahvé dijo a Abrán: "Vete de tu tierra, de tu patria y de la casa de tu padre a la tierra que yo te mostraré. De ti haré una nación grande y te bendeciré. Engrandeceré tu nombre, y sé tú una bendición. Bendeciré a quienes te bendigan y maldeciré a quienes te maldigan. Por ti se bendecirán todos los linajes de la tierra".

Marchó, pues, Abrán, como se lo había dicho Yahvé, y con él marchó Lot. Tenía Abrán setenta y cinco años cuando salió de Jarán. Tomó Abrán a Saray, su mujer, y a Lot, hijo de su hermano, con toda la hacienda que habían logrado, y el personal que habían adquirido en Jarán y salieron para dirigirse a Canaán.

Llegaron a Canaán y Abrán atravesó el país hasta el lugar sagrado de Siquén, hasta la encina de Moré. Por entonces estaban los cananeos en el país. Yahvé se apareció a Abrán y le dijo: "A tu descendencia he de dar esta tierra".

Entonces él edificó allí un altar a Yahvé que se le había aparecido. De allí paso a la montaña, al oriente de Betel, y desplegó su tienda, entre Betel al occidente y Ay al oriente. Allí edificó un altar a Yahvé e invocó su nombre. Luego Abrán fue desplazándose por acampadas hacia el Negueb» (Gén 12,1-9).

Obediente a la llamada de Dios, rompiendo todos sus vínculos terrenos, Abrahán sale para un país desconocido, con su mujer estéril (cf. 11,30), porque Dios se lo ha ordenado y le ha prometido una posteridad. Primer acto de fe de Abrahán que volverá a expresarse cada vez en las múltiples ocasiones en que se reafirma la promesa de Dios.

«"No temas, Abrán. Yo soy para ti un escudo. Tu premio será muy grande". Dijo Abrahán: "Mi Señor, Yahvé, ¿qué me vas a dar, si me voy sin hijos...? No me has dado descendencia, y un criado de mi casa me va a heredar". Pero Yahvé le dijo: "No te heredará ése, sino que te heredará uno que saldrá de tus entrañas". Y sacándole afuera, le dijo: "Mira al cielo, y cuenta las estrellas, si puedes contarlas". Y le dijo: "Así será tu descendencia". Y creyó él en Yahvé, el cual se lo reputó por justicia» (Gén 15,1-6).

Abrahán, nacido en ambiente idolátrico politeísta, está en diálogo con Yahvé, el Dios único y verdadero, y le ofrece el obsequio de la fe en esa promesa humanamente irrealizable, dada su ancianidad y la infertilidad de su esposa.

La doble promesa divina: la descendencia y el don de la tierra, son los dos ejes centrales de la vida de Abrahán y el hilo conductor de la esperanza mesiánica de Israel. Y todo está envuelto en bendiciones que se repiten con insistencia en Gén 12,3; 18,18; 22,18; 26,4; 28,14. Todas las gentes se harán eco: «Bendito seas como Abrahán»; «En ti serán benditas todas las naciones».

La biografía de Abrahán está erizada de dificultades. A la paradoja de la aventura emprendida a edad avanzada, se añade la del anciano que ha de buscar una tierra y necesita encontrar

un heredero. La tierra señalada por Dios es Canaán, pero está ocupada por los cananeos. Abrahán solo conseguirá ocupar, por cuatrocientos siclos de plata, la cueva de Macpelá para sepulcro de Sara (cf. 23,16s) y la finca frente a Mambré.

Sólo mucho más tarde, sus descendientes, a duras penas, podrán considerar esta tierra como verdaderamente suya. El antepasado de Israel cambia su propia tierra, no por otra, sino por la «promesa» de una tierra; y se ve obligado a errar y vivir aislado en medio de extranjeros.

El itinerario de Abrahán es tambien atipico en la búsqueda de heredero, a una edad en que todos esos problemas suelen estar resueltos. Tiene que ir descartando varios candidatos. Lot, el sobrino, elige separarse e ir al valle del Jordán. Dios mismo descarta al siervo Eliecer y también a Ismael, el hijo habido de Agar, la esclava, solución propuesta por Sara, su esposa y excluida también por Dios, Gén 21,12.

El encuentro de Abrahán con Melquisedec después de su victoria contra los reyezuelos que habían hecho prisionero a su sobrino Lot, está lleno de sugerencias simbólicas que la tradición cristiana y los comentarios de los Padres, así como las representaciones artísticas se han encargado de interpretar con horizontes eucarísticos.

> «A su regreso despues de batir a Quedorlaomer y a los reyes que con el estaban, le salio al encuentro el rey de Sodoma en el valle de Save (o sea, el valle del Rey) Entonces Melquisedec, rey de Salem, presento pan y vino, pues era sacerdote del Dios Altisimo, y le bendijo diciendo "¡Bendito sea Abran del Dios Altisimo, creador de cielos y tierra, y bendito sea el Dios Altisimo, que entrego a tus enemigos en tus manos!" Y Abran le dio el diezmo de todo» (Gen 14,17 20)

Por este pasaje interpretado a la luz del Salmo 110,4 y de la Carta a los Hebreos, vemos que Abrahán reconoce su inferioridad con respecto a Melquisedec. Tipo y figura del sacerdote eterno que es Cristo, el único mediador, superior al sacerdocio levítico.

Uno de los episodios más bellos e interesantes en la vida de Abrahán es el de la teofanía de Mambré, llena de encanto y de simbolismo, representada en el arte por Rublev con el icono de la Trinidad:

«Se le apareció Yahvé en la encina de Mambré estando él sentado a la puerta de su tienda en lo más caluroso del día. Levantando los ojos vio que había tres individuos parados a su vera. Inmediatamente acudió desde la puerta de la tienda a recibirlos, se postró en tierra y dijo: "Señor mío, si te he caído en gracia, no pases de largo cerca de tu servidor. Que traigan un poco de agua, os laváis los pies y os recostáis bajo este árbol, que yo iré a traer un bocado de pan, y repondréis fuerzas. Luego pasaréis adelante, que para eso habéis acertado a pasar a la vera de este servidor vuestro". Dijeron ellos: "Hazlo como has dicho".

Abrahán se dirigió presuroso a la tienda, adonde Sara, y le dijo: "Apresta tres arrobas de harina de sémola, amasa y haz unas tortas". Abrahán, por su parte, acudió a la vacada, apartó un becerro tierno y hermoso y se lo entregó al mozo, que se apresuró a aderezarlo. Luego tomó cuajada y leche, junto con el becerro que había aderezado, y se lo presentó, manteniéndose en pie delante de ellos bajo el árbol".

Así que hubieron comido, le dijeron: "¿Dónde está tu mujer Sara?" "Ahí, en la tienda", contestó. Dijo entonces aquél: "Volveré sin falta a ti pasado el tiempo de un embarazo, y para entonces tu mujer Sara tendrá un hijo". Sara lo estaba oyendo a la entrada de la tienda a sus espaldas.

Abrahán y Sara eran viejos, entrados en años, y a Sara se le había retirado la regla de las mujeres. Así que Sara rió para sus adentros y pensó: "Ahora que estoy pasada, ¿sentiré el placer, y además con mi marido viejo?"

Dijo Yahvé a Abrahán: "¿Por qué se ha reído Sara, pensando: Seguro que voy a parir ahora de vieja? ¿Hay algo difícil para Yahvé? En el plazo fijado volveré al término de un embarazo, y Sara tendrá un hijo". Sara negó: "No me he reído", y es que tuvo miedo. Pero aquel dijo "No digas eso, que sí te has reído"» (Gén 18,1-15).

Con los tres enigmáticos personajes, en los que encontró a Yahvé, lució Abrahán todas las galas de la proverbial hospitalidad de los jeques del desierto. A la carrera el anciano se multiplicó en obsequios sin perderse la celestial compañía y el diálogo sabroso.

Yahvé reitera su promesa del hijo que nacerá. Y, en un juego ingenioso con la palabra «risas», le da el nombre al heredero. Es una de esas etimologías populares que tanto abundan para poner nombres a personas y lugares en los relatos patriarcales.

«Yahvé visitó a Sara como había dicho, e hizo por ella lo que había prometido. Concibió Sara y dio a Abrahán un hijo en su vejez, en el plazo predicho por Dios. Abrahán puso al hijo que le había nacido y que le trajo Sara el nombre de Isaac. Abrahán circun-

cidó a su hijo Isaac a los ocho días, como se lo había mandado Dios. Abrahán tenía cien años cuando le nació su hijo Isaac. Dijo Sara: "Dios me ha dado de qué reír; todo el que lo oiga reirá conmigo". Y añadió: "¿Quién le habría dicho a Abrahán que Sara amamantaría hijos?; pues bien, yo le he dado un hijo en su vejez"» (Gén 21,1-7).

El nombre de Isaac vuelve a jugar con la risa y la alegría, pues significa «sonría Dios», «sea propicio» o «ha sonreído», «se ha mostrado propicio». La primera risa de Abrahán y de Sara (cf. 17,17), expresa un tanto la incredulidad y sobre todo la extrañeza ante la novedad sorprendente de la promesa. Finalmente, ante el nacimiento de Isaac, se trueca en risa de alegría (21,6).

La intimidad y la confianza mutua de Abrahán con Yahvé, Dios, hablando con él como un amigo con otro amigo, se expresa de manera encantadora en esta escena en la que se atreve casi a regatear con él, en torno al castigo de Sodoma y Gomorra:

«Partieron de allí aquellos hombres en dirección a Sodoma, y Abrahán los acompañó de despedida. Dijo entonces Yahvé: "¿Cómo voy a ocultar a Abrahán lo que voy a hacer, siendo así que Abrahán ha de ser un pueblo grande y poderoso, y se bendecirán por él los pueblos todos de la tierra? Porque yo le conozco y sé que mandará a sus hijos y a su descendencia que guarden el camino de Yahvé, practicando la justicia y el derecho, de modo que pueda concederle Yahvé a Abrahán lo que tiene apalabrado".

Dijo, pues, Yahvé: "El clamor de Sodoma y de Gomorra es grande; y su pecado gravísimo. Así que voy a bajar personalmente, a ver si lo que han hecho responde en todo al clamor que ha llegado hasta mí, y si no, he de saberlo".

Partieron de allí aquellos individuos camino de Sodoma, en tanto que Abrahán permanecía parado delante de Yahvé. Abrahán le abordó y le dijo: "¿Así que vas a borrar al justo con el malvado? Tal vez haya cincuenta justos en la ciudad. ¿Vas a borrarlos sin perdonar a aquel lugar por los cincuenta justos que hubiere dentro? Tú no puedes hacer tal cosa: dejar morir al justo con el malvado, y que corran parejas el uno con el otro. Tú no puedes. El juez de toda la tierra ¿va a fallar una injusticia?"

Dijo Yahvé: "Si encuentro en Sodoma a cincuenta justos en la ciudad perdonaré a todo el lugar por amor de aquéllos". Replicó Abrahán: "¡Mira que soy atrevido de interpelar a mi Señor, yo que soy polvo y ceniza! Supón que los cincuenta justos fallen por cinco, ¿Destruirías por los cinco a toda la ciudad?" Dijo: "No la des-

truiré si encuentro allí a cuarenta y cinco". Insistió todavía: "Supón que se encuentran allí cuarenta". Respondió: "Tampoco lo haría, en atención de esos cuarenta". Insistió: "No se enfade mi Señor si le digo: Tal vez se encuentren allí treinta". Respondió: "No lo haré si encuentro allí a esos treinta". Volvió a decirle: "¡Cuidado que soy atrevido de interpelar a mi Señor! ¿Y si se hallaren allí veinte?". Respondió: "Tampoco los destruiré en atención a los veinte". Insistió: "Vaya, no se enfade mi Señor, que ya sólo hablaré esta vez: ¿Y si se encuentran allí diez?". Dijo: "Tampoco los destruiría, en atención a los diez". Partió Yahvé así que hubo acabado de conversar con Abrahán, y éste se volvió a su lugar» (Gén 18,16-33).

Plantea Abrahán el problema de todos los tiempos: ¿Han de sufrir los buenos con los malvados a causa de éstos? Era tan fuerte en el antiguo Israel el sentimiento de la responsabilidad colectiva que la pregunta no se refiere a la liberación individual de los justos. De hecho Dios salvará a Lot y a sus hijas (19,15-16), pero el principio de la responsabilidad individual se formula mucho más tarde en la época del Deuteronomio y los profetas.

Ya que todos han de sufrir la misma suerte, Abrahán pregunta si acaso algunos justos no llegarán a conseguir el perdón de muchos culpables. Las respuestas de Yahvé confirman el papel salvador e intercesor de los justos en el mundo. Pero, en su regateo, Abrahán no se atreve a bajar de diez justos.

En Is 53, el sufrimiento del único siervo es el que ha de salvar a todo el pueblo, pero este anuncio no será comprendido hasta que Cristo lo haya realizado. Más injusticia hay en castigar a algunos inocentes, que en absolver a una multitud de culpables (cf. Rom 3,6).

Lo que nos da la medida sin medida de la fe, el episodio cumbre en la vida de Abrahán que da el perfil definitivo a su espiritualidad, la prueba de fuego de su auténtica confianza y entrega en las manos de Dios, esperando contra toda esperanza, es el sacrificio de Isaac, figura espléndida del sacrificio de Jesús:

«Después de estas cosas, Dios tentó a Abrahán. Le dijo: "¡Abrahán, Abrahán!" Él respondió: "Aquí estoy". Después añadió: "Toma a tu hijo, a tu único, al que amas, a Isaac, vete al país de Moria y ofrécelo allí en holocausto en uno de los montes, el que yo te diga".

Abrahán se levantó de madrugada, aparejó su asno y tomó consigo a dos mozos y a su hijo Isaac. Partió la leña del holocausto y se puso en marcha hacia el lugar que le había dicho Dios. Al tercer día levantó Abrahán los ojos y vio el lugar desde lejos. Entonces dijo Abrahán a sus mozos: "Quedaos aquí con el asno. Yo y el muchacho iremos hasta allí, haremos adoración y volveremos donde vosotros".

Tomó Abrahán la leña del holocausto, lo cargó sobre su hijo Isaac, tomó en su mano el fuego y el cuchillo y se fueron los dos juntos. Dijo Isaac: "¡Padre!" Respondió: "¿Qué, hijo mío?" "Aquí está el fuego y la leña, pero ¿dónde está el cordero para el holocausto?" Dijo Abrahán: "Dios proveerá el cordero para el holocausto, hijo mío". Y siguieron andando los dos juntos.

Llegados al lugar que le había dicho Dios, construyó allí Abrahán el altar y dispuso la leña, luego ató a Isaac, su hijo, y lo puso sobre el ara, encima de la leña. Alargó Abrahán la mano y tomó el cuchillo para inmolar a su hijo.

Entonces le llamó el ángel de Yahvé desde el cielo diciendo: "¡Abrahán, Abrahán!" Él dijo: "Aquí estoy". Continuó el ángel: "No alargues tu mano contra el niño, ni le hagas nada, que ahora ya sé que eres temeroso de Dios, ya que no me has negado tu hijo, tu único".

Alzó Abrahán la vista y vio un carnero trabado en un zarzal por los cuernos. Fue Abrahán, tomó el carnero y lo sacrificó en holocausto en lugar de su hijo. Abrahán llamó aquel lugar "Yahvé provee", de donde se dice hoy en día: "En el monte Yahvé se aparece".

El ángel de Yahvé llamó a Abrahán por segunda vez desde el cielo y le dijo: "Por mí mismo juro, oráculo de Yahvé, que por haber hecho esto, por no haberme negado tu hijo, tu único, yo te colmaré de bendiciones y acrecentaré muchísimo tu descendencia como las estrellas del cielo y como las arenas de la playa, y se adueñará tu descendencia de la puerta de sus enemigos. Por tu descendencia se bendecirán todas las naciones de la tierra, en pago de haber obedecido tú mi voz"» (Gén 22,1-18).

La petición divina es incomprensible. Abrahán se ve obligado a entrar en la noche profunda del olvido definitivo. Después de haber roto con su antepasado, no le queda sino despedirse de su futuro. Morir sin descendientes en el Antiguo Testamento significa morir dos veces, morir sin dejar huella.

Cuando el patriarca parecía llegar al final de sus tribulaciones, este dramático relato pone en cuestión el centro de todas las promesas. Los acontecimientos cruciales no han perdonado a Abrahán. En cada encrucijada Abrahán ha reaccionado con

matizadas respuestas no exentas de preguntas, pero siempre sobresale la audaz y heroica docilidad de Abrahán.

En esa actitud fundamental, por encima de fallos humanos inevitables y progresivamente vencidos, está la base firme del modelo en que se convierte Abrahán para las futuras generaciones. A pesar de las dudas que le asaltan, expresa su fe en las promesas divinas (cf. Gén 15,6) y en la mayor parte de los casos, brilla su docilidad singular, obedeciendo sin titubear las órdenes divinas, aunque sean desconcertantes.

Donde aparece más clara es en los acontecimientos más dramáticos de su existencia: la salida de su patria y el sacrifico de su hijo. La dialéctica de la fe —luz y oscuridad— alcanza el punto culminante en este episodio, paradigma simbólico de todo itinerario de fe para los que caminan con Abrahán. Tres largos días hacia el país de Moria entre el silencio absoluto de Dios y la atadura de Isaac en el altar para el sacrificio. Es una *sublime representación de la fe en su estadio más puro, sin apo*yos humanos.

En apariencia la promesa se revuelve contra sí misma desmintiéndose, sacrificando al hijo. Pero Abrahán está dispuesto a renunciar a todo, confiando únicamente en Dios. El hijo, recibido de nuevo al fin de la prueba, ya no es sólo aquel que había nacido de su semilla, sino en sentido pleno, perfecto y exclusivo, el hijo de la promesa, don absoluto y gratuito de Dios.

La narración implica la condena, repetidas veces pregonada por los profetas, de los sacrificios humanos de niños (Lev 18,21) y justifica el rescate de los primogénitos que, como todas las primicias, pertenecen a Dios, pero no deben ser sacrificados sino rescatados (cf. Éx 13,11).

A la figura gigante y universal de Abrahán, alude con frecuencia toda la tradición judía del Antiguo Testamento declarándola y convirtiéndola en el perfecto modelo del judío piadoso, cumplidor escrupuloso de la Ley, ya antes de Moisés.

El Sirácida, autor del libro del Eclesiástico, hace este retrato:

> «Abrahán fue padre insigne de una multitud de naciones, no se halló quien le igualara en su gloria. Él guardó la ley del Altísimo, y con él estableció una alianza. En su carne selló esta alianza y en la prueba fue hallado fiel. Por eso Dios le prometió con juramento bendecir a las naciones por su descendencia, multiplicarle como el

polvo de la tierra, exaltar su estirpe como las estrellas y darle una herencia de mar a mar, desde el Río hasta los confines de la tierra» (Eclo 44,19-21).

En la tradición cristiana del Nuevo Testamento Abrahán es el «creyente modelo», pero su paternidad va a mas allá de la carne y la sangre; se extiende por la fe al Israel de Dios. No se contenta el Nuevo Testamento con hacer de Abrahán un modelo de comportamiento cristiano anticipado. Va mucho más allá.

La salvación ya no es un privilegio del pueblo elegido y de los hijos de Abrahán. El verdadero Padre es Dios, el único que salva; y el pueblo, más que de Abrahán, nació por un acto salvador de Dios en el momento del Éxodo libertador. Los lazos de sangre no bastan para asegurar la salvación. Hace falta la fe y la conversión.

El Bautista proclamaba:

> «No creáis que basta con decir en vuestro interior: "Tenemos por padre a Abrahán"; porque os digo que puede Dios de estas piedras suscitar hijos de Abrahán» (Mt 3,9).

Jesús da el paso definitivo cuando afirma ante el centurión romano que le pide la curación de su hijo:

> «Os aseguro que en Israel no he encontrado en nadie una fe tan grande. Y os digo que vendrán muchos de Oriente y Occidente y se pondrán a la mesa con Abrahán, Isaac y Jacob en el reino de los cielos; mientras que los hijos del Reino serán echados a las tinieblas de fuera» (Mt 8,10-12).

En el banquete de la era mesiánica, los que no hayan creído en Cristo serán suplantados por los paganos. Es más importante y decisivo creer en Jesús, que pertenecer al pueblo elegido.

Sobre esa base, la fe de Pablo, tanto en sus cartas a los Gálatas como a los Romanos, asegura que el principio de la salvación es la fe y no la observancia de la ley de Moisés.

La Carta a los Hebreos (11,8-19) elogia a Abrahán entre los grandes modelos de fe en las historia de la salvación:

> «Por la fe, Abrahán, al ser llamado por Dios, obedeció y salió para el lugar que había de recibir en herencia, y salió sin saber a dónde iba. Por la fe, peregrinó hacia la Tierra prometida como extranjero, habitando en tiendas, lo mismo que Isaac y Jacob, coherederos de las mismas promesas. Pues esperaba la ciudad asentada

sobre cimientos, cuyo arquitecto y constructor es Dios. Por la fe, también Sara recibió, aun fuera de la edad apropiada, vigor para ser madre, pues tuvo como digno de fe al que se lo prometía. Por lo cual también de uno solo y ya marcado por la muerte, nacieron hijos, numerosos como las estrellas del cielo, incontables como la arena de las playas.

En la fe murieron todos ellos, sin haber conseguido el objeto de las promesas: viéndolas y saludándolas desde lejos y confesándose peregrinos y forasteros sobre la tierra. Los que así hablan, claramente dan a entender que van en busca de una patria; pues si pensaban en la que habían abandonado, podían volver a ella. Por el contrario, aspiran a una mejor, a la celestial. Por eso Dios no se avergüenza de ser llamado su Dios, pues les tenía preparada una ciudad.

Por la fe, Abrahán, sometido a la prueba, ofreció a Isaac como ofrenda, y el que había recibido las promesas, ofrecía a su único hijo, respecto del cual se le había dicho: Por Isaac tendrás descendencia. Pensaba que poderoso era Dios aun para resucitarlo de entre los muertos. Por eso lo recobró como símbolo» (Heb 11,8-19).

«Estos fueron los días de vida de Abrahán: ciento setenta y cinco años. Expiró, pues, Abrahán y murió en buena ancianidad, viejo y lleno de días, y fue a juntarse con su pueblo. Sus hijos, Isaac e Ismael lo sepultaron en la cueva de Macpelá, al borde de la finca de Efrón, hijo de Sójar, el hitita, en frente de Mambré [...] Allí fue sepultado Abrahán con su mujer Sara» (Gén 25,7-10).

(La semblanza de Abrahán que nos ofrece el Génesis, no disimula sus equivocaciones, ni sus errores y pecados: no idealiza su figura como hacen después los escritos extrabíblicos: el Testamento, el Midrash, el Libro de los Jubileos y otros apócrifos, que se ocupan de rellenar las lagunas sobre la infancia y juventud del gran Patriarca. Pero la Iglesia no canoniza los defectos, sino las virtudes y éstas, heroicas).

Herodes el Grande, edificó un santuario sobre el lugar donde se creía estaba la tumba de Abrahán y los patriarcas, visitado por judíos, cristianos y musulmanes.

En la liturgia cristiana, desde el siglo IX, está en los martirologios el 9 de octubre. Desde San Dámaso, se hace mención de Abrahán en el canon de la misa; y se le invoca en la recomendación del alma. Un pontifical romano del siglo XIII le llama *seminarium fidei nostrae,* «semillero de nuestra fe». En Milán se celebra la realización de las promesas, en el «Domingo» llamado «de Abrahán». La liturgia hispánica evoca la figura de Abrahán a pro-

pósito de Cristo, piedra angular que hace de los judíos y gentiles un solo pueblo. En la misma liturgia se pide que los nuevos bautizados sigan el itinerario glorioso de la fe de Abrahán.

En los dos pulmones de la Iglesia, oriental y occidental, se repite la plegaria pidiendo que los difuntos sean acogidos «en el seno de Abrahán», expresión del lugar donde «esperamos la resurrección» (cf. Lc 16,22) como el pobre Lázaro.

La iconografía cristiana de Abrahán es abundantísima. Invade la historia del arte desde el paleocristiano de las catacumbas donde aparece como orante en el siglo III, y Dura Europos, pasando por los sarcófagos, mosaicos y frescos, por los iconos bizantinos como el de Rublev, las obras maestras del Renacimiento, hasta las geniales de Rembrand, Rouaul y Chagal, de nuestros días.

La iconografía más repetida es la alusiva al sacrificio de Isaac y la del encuentro con Melquisedec, comentados profusamente por las homilías de los Santos Padres. Es incontable la referencia de la literatura universal.

En Mambré, Constantino edificó una basílica; y según el historiador Sozomeno, allí se celebraba la fiesta anual en memoria de las teofanías; reunía a judíos, árabes y cristianos.

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

«Abrahan», en P ROSSANO G RAVASI - A GIRLANDA (dirs), *Nuevo diccionario de teo logia bíblica* (Madrid 1990) 24-31

COLLIN, M , *Abrahan* (Estella, Navarra 1987)

CROCE, E , «Abramo nella teologia e nelle arti figurative», en *Bibliotheca sanctorum* I *A Ans* (Roma 1961) cols 106 111

SIRA, J L , *Abrahan y sus huespedes El patriarca y los creyentes en el Dios unico* (Estella, Na varra 2004)

SPADAFORA, F , «Abramo (en la Escritura, en la tradicion judia, en la liturgia y en el culto, en la tradicion cristiana, en el Islam)», en *Bibliotheca sanctorum* I *A Ans* (Roma 1961) cols 89 106

SANTOS DIONISIO DE PARÍS, RÚSTICO (DE PARÍS) Y ELEUTERIO (DE PARÍS)

Mártires († 258)

La existencia histórica de este San Dionisio está mucho mejor atestiguada que la de sus compañeros; sin embargo el nuevo *Martirologio romano* que ha optado, como no podía ser menos, por diferenciar plenamente a este santo obispo del homónimo Areopagita, como exponemos en su biografía del día 3 de este mes (cf. *supra*), ha decidido mantener la memoria de sus dos compañeros mártires.

No es hasta el siglo VI cuando por diversas fuentes sabemos de la existencia de un San Dionisio, asentado como misionero en París. Habla de él el autor de la *Vida de Santa Genoveva,* compuesta en la primera mitad del siglo VI y que asegura que la santa levantó una capilla el año 475 en honor de San Dionisio. Por su parte el conocido poeta Venancio Fortunato († 600) habla de la iglesia dedicada en París a San Dionisio. Y poco antes, San Gregorio de Tours († 594), en su *Historia de los francos* cuenta que San Dionisio (conocido como Denis o Denys en Francia) era un italiano —bien que con nombre griego— que fue enviado por el Papa con otros seis a misionar en las Galias, los cuales se afincaron en diferentes sitios: Gaciano en Tours, Trófimo en Arlés, Pablo en Narbona, Saturnino en Toulouse, Austremonio en Auvernia, Marcial en Limoges y Dionisio en París. Pero solamente el último de estos autores habla del martirio de San Dionisio, que aparece, pues, inicialmente como el miembro de un equipo o grupo de evangelizadores enviados por el Papa a las Galias, y que establecido en París predica el evangelio y rubrica esta predicación con su sangre, seguramente en la persecución de Valeriano. En el año 250 en que se supone datado este envío misionero, el papa era San Fabián, que muere ese mismo año y le sucede el papa San Cornelio († 253), y éste es sucedido por San Lucio I († 254) y éste por San Esteban I († 257). Si colocamos la muerte de San Dionisio en 258, cualquiera de estos papas ha podido ser el que envió estos misioneros.

Es a fines del siglo VI cuando aparece un documento que asocia al trabajo y la pasión de San Dionisio a dos compañeros, un presbítero y un diácono. Y este documento es la recensión

galicana del *Martirologio jeronimiano.* En este documento al sacerdote se le llama Eleuterio y al diácono Rústico, pero un documento del siglo VIII, la *Passio Sancti Dyonisii,* invierte los nombres y llama Rústico al presbítero y Eleuterio al diácono, y ésta será la versión que llegará a prevalecer. Modernamente se ha pensado que en realidad Eleuterio (que significa libre) y Rústico (que significa perteneciente al campo) eran nombres alternativos o epítetos del dios Dionisos o Baco, y que se hayan tenido por tres personas los nombres equivalentes de una sola.

Por su parte el rey Dagoberto († 639) funda en París un monasterio en honor de San Dionisio, donde se custodian las reliquias del santo, monasterio que progresará en todos los aspectos en las centurias siguientes. De este monasterio era abad a comienzos del siglo IX Hilduino, el cual aceptó la reforma de los monasterios acordada en la asamblea general de Aquisgrán (818), pero no contaba con el apoyo de la corte, y esto trajo consigo su deposición en el 830 y su marcha del monasterio. No obstante pudo volver más tarde y él comenzó a traducir al latín las obras del Pseudo-Dionisio Areopagita y procedió a componer una tercera vida o *Passio Sancti Dyonisii* en la que interesadamente acepta y hace suya la identificación del parisino con el Areopagita que años antes había hecho la que llamamos segunda *Passio,* y se ha dicho que esta identificación de Hilduino, suficientemente culto como para poder distinguir ambos personajes, no fue hecha sin una intención interesada. Parte de ahí la identificación del santo de París con el de Atenas y con el autor de las obras que llamamos del Pseudo-Dionisio. Sitúa la pasión del santo en Montmartre y dice que, decapitado el mártir, su cuerpo tomó la cabeza en las manos y así fue hasta la sepultura. Leyenda ésta que ha tenido muchísima presencia en la iconografía, siendo representado el santo como cefalóforo o portador de su propia cabeza, con la cabeza en las manos o sobre un libro, como lo representó Alberto Durero. Por otra parte el martirio se ha situado también en Catiliacum, aldea próxima a París y que hoy lleva el nombre de St. Denis y es un centro industrial.

Pipino y Carlomagno sustituyeron la iglesia de Dagoberto por una nueva basílica de la que hay vestigios en la cripta de la

iglesia gótica que la sustituyó en los siglos XII-XIII. Esta abadía fue elegida por la dinastía de los Capetos como sitio de su sepultura. La abadía fue suprimida en la Revolución francesa pero su iglesia fue devuelta al culto por Napoleón. Popularmente San Dionisio ha sido tenido por el patrón de Francia y los ejércitos franceses lo invocaban en las batallas, al modo que los españoles invocaban a Santiago.

La fecha tradicional de la fiesta de San Dionisio es la del 9 de octubre en la que el actual *Martirologio* la mantiene. Esta memoria figura en el *Misal romano* no por la importancia del personaje en sí mismo sino sin duda por deferencia a la larga historia cristiana de Francia.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

Acta sanctorum. Octobris, IV, p.865-887.
BAUDOT, J. - CHAUSSIN, L., OSB, *Vie des saints et des bienheureux...,* X (París 1952) 270-288.
Bibliotheca sanctorum. IV: *Ciro-Erifrido* (Roma 1964) cols.650-661.
BOSSUAT, R., «Traditions populaires relatives au martyre et à la sepulture de S. Denys»: *Le Moyen Âge* 62 (1956) 479s.
DUCHESNE, L., *Fastes episcopaux de l'ancienne Gaule,* II (París 1907-1915) 469s.
The Oxford Dictionary of the Christian Church (Oxford 1974) 405.

SAN JUAN LEONARDO

Fundador († 1609)

San Juan Leonardo pertenece, por la cronología y por su obra, al período de la reforma católica. Nace el año 1541 en Diécimo, pueblo cercano a Lucca, la pequeña república llamada en otro tiempo «religiosísima», y agitada ahora por la crisis protestante.

A la edad de doce años, sus padres, modestos industriales, le enviaron a casa del párroco de Villa Basílica, donde adquirió una cultura elemental e inició su formación religiosa. Hubiera sido tal vez ésta la ocasión para elegir el estado eclesiástico, pero el padre de Leonardo cambió, por ahora, el rumbo de su vida mandándole a Lucca a estudiar farmacia. La profesión de «farmacéutico» o «droguero» en aquellos tiempos bordeaba los límites de la medicina y de la alquimia, de la magia y de la filoso-

fía. En este ambiente moldeó Leonardo su recia personalidad de cristiano seglar militante, cuya característica no fue la de hechos asombrosos, aureolados de milagrosos «golpes de gracia», sino la de una progresiva ascensión hacia el ideal de santidad. Intensifica la frecuencia de sacramentos y la práctica de la mortificación, realiza el apostolado en el ambiente en que vive y se adhiere al grupo de piadosos seglares llamados «colombinos» para asegurar su perseverancia, madurando así su capacidad de entrega a una intensa vida sacerdotal que había de ser su decidida vocación.

Efectivamente, después de la muerte de su padre, a pesar de que la madre le instaba para que se instalase en Diécimo como farmacéutico, inicia sus estudios eclesiásticos. Tiene ahora veintiséis años. Aprobado el latín en las escuelas públicas de Pisa, aprende lógica y teología con el padre dominico Paolino Bernardini que, por prescripción médica, residía en una casa de campo perteneciente a la Orden.

El contacto directo con el maestro dominico produjo en Juan Leonardo cierta preocupación científica, que manifestó luego en los ensayos, inéditos, que escribió sobre diversos tratados teológicos. La perfección que pudiera faltar en su elemental plan de estudios era suplida por la madurez humana y espiritual que Leonardo había adquirido en sus treinta y dos años de vida seglar. Fue ordenado sacerdote en Pisa, el año 1572.

Instalado en Lucca como capellán de la iglesia de San Giovanni dalla Magione, Juan Leonardo comienza su apostolado y su obra de proselitismo, que había de cristalizar en la fundación de los Clérigos Regulares de la Madre de Dios. Característica relevante del apostolado de Juan Leonardo es la enseñanza del catecismo, que revela el espíritu eminentemente parroquial que había de diferenciar a su Institución. Juan Leonardo es «sacerdote de parroquia», atento siempre a las necesidades concretas e inmediatas de los fieles.

Habiendo conocido el obispo de Lucca su actividad catequística, le encargó realizarla en otras iglesias y parroquias de Lucca. Para sistematizar esta actividad San Juan Leonardo escribió un *Manual de doctrina cristiana,* que estuvo durante mucho tiempo en uso en alguna región de Italia. Queriendo asegurar la

continuidad de este movimiento renovador de la enseñanza del catecismo formó la Compañía de la Doctrina Cristiana, integrada por elementos seglares, y que muy pronto había de extenderse a Siena, Pistoia, Nápoles y Roma. Los pontífices Gregorio XIII, Clemente VIII y Paulo V concedieron a esta Compañía especiales privilegios.

La personalidad de este sacerdote de «vocación tardía» comenzaba a destacarse en la Iglesia briosamente, paralela a la de los coetáneos San José de Calasanz y San Felipe Neri, a quienes especialmente estará muy unido en el andar de su vida de fundador y de apóstol.

A los dos años de actividad sacerdotal, Juan Leonardo había formado un grupo de colaboradores parroquiales íntimos a los que fue preparando para el sacerdocio y con los que inicia su fundación el año 1574.

En realidad, sus proyectos de fundador no eran ambiciosos en cuanto a la organización. La pequeña comunidad de sacerdotes surgía limitada al ámbito de la parroquia. El ideal de Juan Leonardo era hacer de sus colaboradores santos sacerdotes dedicados al ministerio parroquial. Su obra se puede encuadrar en la trayectoria ascendente de movimientos de renovación del clero diocesano.

La nueva Congregación encontró una férrea oposición por parte de las autoridades civiles de Lucca. La pequeña república, celosa de su independencia, seguía con recelo la actividad del santo, a quien comenzó a considerar aliado de potencias extranjeras y posible colaborador de la Inquisición. Sin ninguna responsabilidad personal, Juan Leonardo fue tratado durante toda la vida como un enemigo irreconciliable de su patria.

Tal enemistad ocasionó a los noveles religiosos una precaria situación económica, hasta tal punto que el mismo fundador se vio obligado a pedir limosna.

Estas dificultades, sin embargo, no desalentaron a Juan Leonardo en sus tareas apostólicas. Intensificó en su iglesia el culto al Santísimo Sacramento con la función de las «cuarenta horas» y organizó continuamente ejercicios de reparación y penitencia, con una técnica que se acerca mucho a ciertas «misiones populares» de la actualidad. Los fieles recorrían de noche procesio-

nalmente las calles de Lucca, visitando las iglesias principales, entonando himnos penitenciales, disciplinándose y gritando: «¡Perdón, Señor, misericordia!» El devoto espectáculo ocasionó ruidosas conversiones, no siempre coronados con una fiel perseverancia, y que proporcionaron al celoso predicador algún fracaso apostólico.

Tal fue el de la Compañía de la Paz —agrupación formada con cincuenta bandidos convertidos en masa— que el santo debió disolver a los pocos meses de existencia porque algunos de los conversos habían vuelto a las andadas; los que perseveraron ingresaron en los capuchinos.

Mas afortunado fue con la fundación de las Monjas de los Ángeles, religiosas dedicadas a las muchachas pobres, de las cuales, no obstante, Juan Leonardo se desentendió muy pronto, porque era radicalmente opuesto a los apostolados femeninos, aun los de clausura.

A la sazón el santo andaba preocupado con el traslado de su comunidad de clérigos a la nueva casa de Santa María Contelandini, en Lucca, lo que no se llevó a cabo sin graves disturbios, ocasionados por los fieles de esta parroquia, que llegaron a decir al obispo en señal de protesta: «¡Monseñor, ¿qué hacéis? ¿Habéis alejado de vos aquellos diablos y nos los habéis metido en medio de nosotros?» A pesar de todo San Juan Leonardo tomo posesión de la nueva sede. Era el año 1580. Al año siguiente la congregación recibía la aprobacion oficial del obispo de Lucca, llamándose Clérigos Regulares de la Madre de Dios.

Con razón, Juan Leonardo había ya ganado también la confianza de la Santa Sede y fue nombrado varias veces por Clemente VIII comisario apostólico con la mision de reformar algunas de las órdenes monásticas decadentes. El santo realizó siempre con gran celo y notable éxito esta tarea de reformador, pero la impronta de su personalidad está más grabada en aquellas catequesis y aquella actividad pastoral de Juan Leonardo en las iglesias de Lucca.

Con no menor intensidad el santo se dedica ahora a solidificar su fundación. Aunque no era ideal del fundador multiplicar las nuevas casas, quiso, sin embargo, fundar una en Roma. Lo consiguió gracias al apoyo de algunos cardenales, principalmen-

te el cardenal Baronio, que le estimó y protegió siempre con especial predilección. La nueva comunidad se instaló definitivamente, el año 1662, en Santa María in Campitelli, que aún hoy día es la Casa generalicia de la congregación. Durante su estancia en Roma Juan Leonardo realizó una de las más importantes actividades de su vida: la colaboración con el cardenal Vives en la organización del «Colegio de Propaganda Fide». Durante los últimos siete años de su vida se dedicó con ardor a la naciente Institución misionera, cuyo ideal él había acariciado desde hacía tiempo. Este mérito fue premiado por León XIII, que por especial privilegio le inscribió, siendo aún beato, en el *Martirologio romano,* poniendo de relieve la obra misional realizada por San Juan Leonardo.

Antes de morir, Juan Leonardo tuvo la alegría de ver aprobadas en 1603, por Clemente VIII, las constituciones de la nueva Congregación de Clérigos Regulares. No pudo llegar a verla florecer y brillar pero guardó en su corazón la alegría de una vida entregada al servicio de la Iglesia. Murió entre los suyos, en Lucca, el año 1609.

Fue beatificado por Pío IX en 1861 y canonizado por Pío XI en 1938. Sus restos se veneran en Santa María in Campitelli, de Roma.

San Juan Leonardo encarnó el ideal de un santo sacerdote, que no deslumbra por la magnitud de sus empresas, sino por el perseverante ejercicio de la caridad pastoral.

MANUEL USEROS CARRETERO

Bibliografía

AAS 30 (1938) 369-380; 441.

BONGI, S., *Compendio cronológico della vita de Giovanni Leonardi* (Monza 1909).

ERRA, C., *Vita del venerabile padre Giovanni Leonardi. Fondatore della Congregazione dei Chierici Regolari della Madre di Dio* (Roma 1758).

LAZZARESCHI, E., *L'insegnamento della doctrina cristiana in Lucca* (Lucca 1909).

MARRACCI, L., *Vita del venerabile padre Giovanni Leonardi Lucchese. Fondatore della Congregazione dei Chierici Regolari della Madre di Dio* (Roma 1673).

San Giovanni Leonardi. Fondatore dei Chierici Regolari della Madre di Dio (Roma 1938).

• Actualización:

COMUZZI, A., *San Giovanni Leonardi. Un uomo per tutte le vocazioni* (Cinisello Balsamo 1988).

GORDINI, G. D., «Giovanni Leonardi», en F. CARAFFA (dir.), *Enciclopedia dei Santi.* VI: *Cale-Giust* (Roma ²1996).

PASCUCCI, V., *Giovanni Leonardi. Una scelta radicale per il vangelo* (Lucca 1991).

SAN LUIS BERTRÁN

Presbítero († 1581)

Entre la variedad y multiplicidad de santos que da España a la Iglesia durante nuestro glorioso Siglo de Oro, pocos encarnan tan a lo vivo, con sus virtudes y sus defectos, el espíritu de nuestra raza como el santo valenciano Luis Bertrán.

El carácter aventurero e inconstante, pero noble y ganoso de nobles hazañas del español de entonces; su impetuosidad y arrojo; su religiosidad y temor de Dios, frente a la valentía y hasta temeridad con los hombres; su inquebrantable voluntad en el camino emprendido, su rectitud y firmeza en el cumplimiento del deber y su innata vocación de conductor de hombres, que hace de cada soldado un capitán, virtudes son y defectos que quedan bien patentes en la vida de San Luis, quien vive y muere en pleno Siglo de Oro español.

En Valencia, madre fecunda de santos, nace San Luis el 1 de enero de 1526, reinando en Roma Clemente VII y en España el invicto césar Carlos I, y cuando nuestros teólogos enseñan en Trento, nuestros capitanes se imponen en Europa y corren de boca en boca las noticias maravillosas del fabuloso mundo descubierto por Colón.

Hijo de su siglo, pronto prende en él el ansia de aventura. Asiduo lector de las vidas de los santos, pretende imitarlos. Y un día, a la temprana edad de diecisiete años, abandona la casa paterna —como ha leído de San Roque y de San Alejo— «para servir a Dios donde nadie le conozca». Naturalmente, esta fuga queda en tentativa, porque los criados de su padre le alcanzan antes de trasponer los límites del reino.

Pero él no ceja en su empeño. Ha oído la voz del Señor, que le llama a un estado más perfecto, y un día, contra la voluntad de sus padres, ingresa en el convento de Santo Domingo que los frailes predicadores tienen en Valencia. Pero su padre, don Juan Bertrán, notario del reino, anula esta nueva tentativa. Habla con el padre prior y, exponiéndole la salud precaria y el natural enfermizo de su hijo, le convence para que no le vista el hábito en todos los años de su priorato.

Vano intento. Tres años más tarde está ante el nuevo prior: fray Juan Micó. Éste conoce sobrenaturalmente su vocación, y

le admite. Como ha vuelto a escapar sin permiso, determina presentar los hechos consumados. Y le viste el hábito. Cuando se entera su padre intenta sacarlo del convento por todos los medios. Pero tiene que rendirse ante la inquebrantable voluntad de su hijo y ante las pruebas fehacientes de su vocación. Años más tarde le confesará en el lecho de muerte: «Hijo mío, una de las cosas que en esta vida me han dado más pena ha sido verte fraile; y lo que hoy más me consuela es que lo seas».

Y comienza a recorrer con pasos agigantados el camino de la santidad. Los más ancianos religiosos tienen que reconocer que aquel joven novicio les aventaja en la práctica de la virtud. Y comienza también la vida de austerísima penitencia, que será, a través de los años, el sello distintivo de su santidad, repitiendo constantemente aquellas palabras de San Agustín: «Señor, aquí quema, aquí corta, aquí no perdones, para que me perdones en la eternidad». Y Dios cumple su deseo largamente, pues no vio un día sano desde que entró en la Orden, siendo su existencia un lento y cruel martirio.

Ya sacerdote, y a la inverosímil edad de veintitrés años, le hacen maestro de novicios. Pero eso le parece poco para sus ansias apostólicas. Ha oído que en Trento se está dilucidando el porvenir religioso de Europa, y él también quiere tomar parte en la vanguardia de apóstoles que se aprestan a combatir la incipiente herejía protestante. Y decide ir a estudiar a Salamanca. De nada sirven ruegos, lágrimas, consejos, amonestaciones de superiores, hermanos, amigos y familiares. Con una asignación del padre general en el bolsillo emprende un día el camino de Salamanca. Y tiene que ser Dios quien le salga al paso para anunciarle que su misión está en el convento de Valencia y en el cargo de maestro de novicios.

Se somete. Pero por poco tiempo. Cierto día llega a las puertas del convento de predicadores un joven de pómulos salientes, mirada indecisa, cabellos crespos y el color de su tez fuertemente aceitunado, que indica claramente su procedencia de allende los mares, de aquel mundo nuevo y maravilloso que algunos años antes descubriera Colón. Quiere ser dominico. Pero pasan los días y los religiosos observan que aquel indio no tiene vocación. Sin embargo, el joven maestro de novicios le de-

fiende contra todos, él que es tan riguroso que basta la menor trasgresión para quitarle el hábito a un novicio. ¿De qué hablan en esas misteriosas conversaciones que frecuentemente sostienen el maestro y su extraño novicio?

Pronto se sabe. Meses más tarde se presentan en el convento dos padres misioneros que vienen de las lejanas Indias en busca de voluntarios para evangelizar aquel nuevo mundo. El indio le ha tenido entusiasmado hablándole de su lejano y misterioso país, y, sobre todo, de la multitud de hombres que lo pueblan y que no conocen a Cristo. Ha prendido en su alma de apóstol la llama misionera y, por eso, a nadie extraña que, al conocer la embajada de los misioneros, se presente al día siguiente en la celda del padre prior como primer voluntario.

Tampoco entonces logran ruegos, lágrimas, consejos y amonestaciones disuadirle de su propósito. Y es tanto lo que insiste que el padre prior, mal de su grado, tiene que darle la bendición. Y parte camino de Sevilla para embarcar en la flota que le conducirá a las misiones de América. Es el año 1562.

Siete años dura su misión entre los indios que habitaban la actual Colombia, de los que convierte a la fe de Cristo a muchos millares, hablándoles siempre en su nativa lengua valenciana. Incontables milagros se escapan de sus manos, y Dios tiene que asistirle continuamente porque está solo y entre innumerables peligros. Por dos veces le envenenan y otras cuatro están a punto de acabar con él entre insultos y amenazas. Pero él busca con avidez el martirio y les desafía con intrepidez apostólica. Sin embargo, no será mártir. Dios le reserva para la alta misión que tiene que llevar a cabo allá en su lejana y amada Valencia.

San Luis es un nato conductor de hombres. Toda su vida ocupa cargos de responsabilidad, los máximos dentro de un convento, que son los de prior y maestro de novicios. Como prior, su ideal, que logrará plenamente, es implantar la reforma que propugna la Iglesia y que nace a raíz del concilio de Trento. Tendrá que afrontar situaciones difíciles y padecer innumerables contratiempos, hasta verse destituido temporalmente de su cargo, para llevarla a cabo. Pero, decidido y tenaz como siempre, no temerá poner un letrero en la puerta de su celda con estas palabras de San Pablo, que son un reto y un desafío a la

inobservancia de algunos religiosos: «Si quisiera agradar a los hombres no sería siervo de Cristo». Tres veces será prior y en tres conventos distintos, y en los tres elevará, con su palabra y su ejemplo, a sus hombres a la plenitud de la vida religiosa.

Pero donde culmina su figura es en su misión de educador y formador de la juventud. Nada menos que siete veces es nombrado maestro de novicios. Centenares de jóvenes pasan por su noviciado, para los que San Luis será el maestro sabio y experimentado, forjador de recios caracteres y de santos religiosos. Y tan cumplida será esta formación, tan acabada la obra que realiza en los espíritus su dirección, que sus numerosos discípulos, con su vida santa y ejemplar, llenan un capítulo hermosísimo de la historia de la provincia dominicana de Aragón.

Muchos de aquellos novicios tienen introducida la causa de beatificación. Y de la santidad que alcanzaron habla muy alto este pasaje del padre Antist, que fue novicio suyo y su primer biógrafo:

> «Cierta noche alborotáronse los vecinos de Valencia al ver que altísimas lenguas de fuego salían por las ventanas y tejado de la casa de novicios. A los gritos de "¡Fuego, fuego!" penetraron en el convento. Y cuál no sería su estupor cuando comprobaron que no había tal fuego material. ¡Eran San Luis y sus novicios que estaban en oración!»

Sus discípulos formaron escuela y hoy todavía se la conoce como «Escuela de San Luis». Y tanta fue su labor, y tan perdurable, que la Orden dominicana le ha elegido como patrón de todos sus noviciados.

Dios no se repite en sus santos. Su gracia no necesita destruir su naturaleza para santificarlos. Su genio, su carácter, sus cualidades, en nada estorban su acción. Antes bien, se conjuga maravillosamente con ellas, hasta conseguir esa variedad y riqueza de matices tan patente en la hagiografía cristiana. En cada santo también resplandece de modo peculiar uno de los dones del Espíritu Santo.

En San Luis no podía faltar este don. Es el del temor de Dios. Y hasta tal punto encuadra y define su figura, que el resumen de su vida podía ser esta frase: «El hombre que temió a Dios y no temió a los hombres».

A este propósito dice su primer biógrafo:

> «No tenía cuenta de contentar a los hombres, sino a Dios y Santo Domingo. Jamás tuvo tanta amistad con un religioso que por ella le disimulase defecto alguno. Decía que no quería ir al infierno ni al purgatorio por sus amigos».

O sea, que su temor a Dios está en razón inversa con su temor a los hombres. Cuanto más teme al uno, menos teme a los otros; cuanto mayor es el obstáculo que se opone a cumplir su voluntad, menor el miedo de exponerse al peligro para cumplirla; cuanto más teme desagradar al criador, tanto menos le importa no ser grato a las criaturas.

San Luis, pues, es el santo del temor de Dios. Y este don explica la proyección ascética y terriblemente penitencial de su alma y de su cuerpo a través de toda su vida.

Clemente X le canonizó noventa años después de su muerte, y la Iglesia, por la maravillosa extensión y santidad que alcanzó en todas sus actividades, le proclama en el *Breviario* como idea, cifra y resumen de toda la Orden de Predicadores.

VICENTE GALDUF BLASCO, OP

Bibliografía

ANTIST, V. J., OP, *Verdadera relación de la vida y muerte del padre fray Luis Bertrán* (Valencia 1582). Fue novicio del santo y su primer biógrafo. Su obra tuvo varias reimpresiones. Se encuentra traducida al latín en: *Acta sanctorum. Octobris,* V, p.305-366.

«Proceso de canonización de San Luis Bertrán», mss. en el archivo del convento de Predicadores de Valencia.

VIDAL Y MICO, F., OP, *Historia de la prodigiosa vida de San Luis Bertrán* (Valencia 1743).

WILBERFORCE, B., *Life of S. Lewis Bertrand* (Londres 1882).

• Actualización:

GALDUF BLASCO, V., *Luis Bertrán, el santo de los contrastes* (Barcelona 1961).

GALMES, L., *San Luis Bertrán. Un forjador de hombres y misionero* (Valencia 1982).

PRECIADO MEDRANO, C., *San Luis Bertrán. Patrono de los «Noviciados dominicanos»* (Madrid 1997).

SANTOS INOCENCIO DE LA INMACULADA (MANUEL) CANOURA ARNAU, CIRILO BERTRÁN (JOSÉ) SANZ TEJEDOR, MARCIANO JOSÉ (FILOMENO) LÓPEZ LÓPEZ, VICTORIANO PÍO (CLAUDIO) BERNABÉ CANO, JULIÁN ALFREDO (VILFRIDO) FERNÁNDEZ ZAPICO, BENJAMÍN JULIÁN (VICENTE) ALONSO ANDRÉS, AUGUSTO ANDRÉS (ROMÁN) MARTÍN FERNÁNDEZ, BENITO DE JESÚS (HÉCTOR) VALDIVIESO SÁEZ Y ANICETO ADOLFO (MANUEL) SECO GUTIÉRREZ

Religiosos y mártires († 1934)

La revolución de Asturias de octubre de 1934 fue un intento de los grupos políticos de izquierdas de establecer en España una república socialista soviética al estilo de la URSS. Por eso eligieron el mes de octubre, con el fin de emular aquel «octubre rojo» que sustituyó el absolutismo del zar ruso por la dictadura del proletariado de cuño marxista. Y fue la respuesta utópica de los que en España creían representar la bandera de la liberación proletaria, aprovechando la pobreza y el malestar intelectual y social que impregnaba la vida de la nación a los tres años de establecerse la República.

Los protagonistas soñaban con un sistema social nuevo. En sus esquemas mentales no entraban los valores espirituales ni tenía lugar la Iglesia cristiana. Tampoco estaban dispuestos a compartir ningún tipo de poder, para cuyo objetivo estorbaba cualquier confesión religiosa, sobre todo si tomaba en serio la educación moral y espiritual de los ciudadanos. Era normal esta pretensión, pues su lenguaje era el odio y no podían tolerar un sistema de pensamiento basado en el amor. Sentían hambre de venganza por su ignorancia y pobreza y no podían tolerar que en las escuelas se enseñara a perdonar a los enemigos. Pensaban, con Marx, que la religión era el opio del pueblo y aspiraban a destruir todo símbolo y todo programa orientado a resaltar los valores espirituales del hombre. Para ellos no había otra justicia que la proletaria ni otro dios que la libertad de los obreros.

Su enfrentamiento con los ideales cristianos resultó frontal y sangriento. Quienes no aceptaban sus consignas debían ser exterminados sin más. Y por defender ideas contrarias al ateís-

mo y al materialismo dialéctico habría que pagar un precio de sangre. Los educadores cristianos de Turón, pertenecientes a una institución centenariamente educadora como era la de Juan Bautista de La Salle, entraron en ese torbellino y pagaron con su vida el ser de otra manera, el enseñar a los niños con otros lenguajes, el vivir el Evangelio sin aceptar otro mesías que Jesucristo. El misterioso designio de la Providencia que toleró su sacrificio es la única razón de aquella sinrazón que con ellos se cometió.

El movimiento revolucionario fue preparado con minuciosidad por las fuerzas políticas del socialismo izquierdista de entonces, inspirado en la lucha de clases de Lenin y en la dictadura del proletariado de Stalin. Incluso es seguro que desde el mundo soviético se aportó todo lo necesario para que España fuera el segundo país de Occidente convertido a los sistemas comunistas. Fue una revolución de odio, pórtico de una guerra posterior en la que se cometerían los desmanes más aberrantes y las más sacrílegas matanzas. Con todo, la Revolución del 1934 sólo tuvo un eco sangriento en Asturias, en las cuencas mineras en las que abundaba la dinamita, porque en los demás sitios de España fue rápidamente sofocada por las autoridades republicanas de la nación.

Y sólo triunfó por unos días entre los mineros del carbón, ya que la rápida intervención militar desde el resto de la Península hizo imposible la aventura. Con todo, los desmanes en el principado fueron muchos, las muertes demasiadas y crueles, la saña muy violenta y los resentimientos que quedaron luego resultaron dolorosos. Los combates que los revolucionarios sostuvieron con las tropas que intentaron restablecer el orden fueron violentos y en Turón tuvieron repercusiones de heridos y muertos que irritaron a los dirigentes del momento. En Oviedo el bombardeo de la catedral destruyó la «cámara santa» y los signos sagrados que en ella se conservaban.

Sobre todo, fue en las cuencas mineras donde la violencia fue enorme. Más de mil muertos llevaron el luto a la región. Entre ellos, fueron asesinados de forma rencorosa 34 sacerdotes y seminaristas, algunos tan inocentes como el estudiante pasionista de 18 años, Amadeo Andrés Celada, en Mieres; o como

el padre Eufrasio del Niño Jesús, carmelita de Oviedo. Ni al primero salvó su juventud y su mirada inocente, ni al segundo las múltiples obras de caridad que durante años había promocionado desde su convento. Los dos habían sido alumnos de centros de La Salle y los dos preanunciaron con su muerte el sacrificio de toda la comunidad de Turón, dedicada a educar cristianos de elevados ideales.

La muerte de los educadores de la cuenca minera fue fruto de la represalia rencorosa de los dirigentes revolucionarios «por haber enseñado religión a los niños y haberlos llevado a misa a la parroquia en filas». Antes habían existido las amenazas y las órdenes para que estas prácticas desaparecieran. Desde que la República sectaria inaugurada en 1931 había prohibido en el artículo 26 de su Constitución que los religiosos se dedicaran a la educación del pueblo, en muchos lugares, como fue el caso de Turón, había gran resentimiento al ver que nuevos religiosos con trajes seglares habían sustituido a los ensotanados «Hermanos» anteriores. «Los mismos perros con distinto collares», había dicho mucha gente al ver el modo hábil como se había burlado medida tan injusta dada a un país en el que la mitad de la población era analfabeta. Los centros de la Iglesia eran acusados de ser nidos de fascistas y la idea latente de que era necesario exterminarlos bullía en los más exaltados.

Los desórdenes revolucionarios se iniciaron en la madrugada del día 5 de octubre con el bombardeo de todos los cuarteles de la Guardia Civil. En las cuencas mineras unos cayeron antes y otros después, pero pronto los revolucionarios se hicieron dueños de la situación y proclamaron una república particular y autónoma, por supuesto socialista y comunista. El mismo día 5 los Hermanos de Turón fueron detenidos al amanecer. Junto a ellos lo fue el pasionista P. Inocencio, que se hallaba en su casa por haber venido desde Mieres a confesar a los alumnos. Los Hermanos le habían pedido quedarse para celebrar la eucaristía, pues al día siguiente era «primer viernes de mes». El padre Inocencio había accedido a la demanda.

Al amanecer los Hermanos recibieron aviso de que había estallado la revolución y el consejo de que huyeran, pues iban a venir a detenerlos. Fue la criada del párroco la que trajo la noti-

cia. De acuerdo con el padre Inocencio, y mientras se aclaraba lo que estaba pasando en la calle, cambiaron los planes y decidieron celebrar el santo sacrificio en la capilla de la comunidad a fin de consumir las especies sagradas y evitar profanaciones si algo sucedía Estaban en el ofertorio cuando sonaron gritos en la calle y golpes violentos en la puerta. Mientras el hermano Marciano, que era bastante sordo, bajaba a abrir, el P. Inocencio rogo a los Hermanos le ayudaran a consumir las sagradas formas, lo que hicieron rapidamente

Apenas se abrio se la puerta, una turba irrumpió arrollando al asustado hermano. Uno de los asaltantes lanzó un disparo contra el techo para amedrentar a los otros habitantes de la casa. Los demás intrusos reprendieron tan peligrosa acción, que a ellos mismos podía haber herido. Comenzaron a registrar el colegio y entraron en las habitaciones de los Hermanos y en las aulas y salones. En un armario encontraron una lista de los miembros de la Juventud Católica, que funcionaba en el colegio Celebraron mucho tal hallazgo, pues consideraron que era una lista de espias y de personas de derechas que habría que localizar y detener.

Los Hermanos y el padre Inocencio fueron obligados a salir al patio bajo la amenaza de las armas que les apuntaban. No les permitieron recoger ninguna cosa personal. Alguien les dijo con sorna que no iban a necesitar nada en adelante. Les llevaron a la Casa del Pueblo, que habían habilitado como prisión. Estaba a unos ocho minutos carretera abajo. Al llegar vieron que había varias personas ya detenidas. Entre ellas estaban los tres sacerdotes del valle: el párroco, el coadjutor y el capellán de la empresa Hullera.

Junto con ellos y otros prisioneros quedaron encerrados en la improvisada prisión y en ella tuvieron que pasar, de manera incómoda y con los vigilantes apostados en el entorno, desde aquel amanecer del cinco hasta la noche del ocho al nueve, es decir, cuatro largas jornadas. El edificio del colegio fue requisado y se destinó a sede del Comité revolucionario. En él desvalijaron todo lo que había sido de los Hermanos y a él llevaron todo lo que requisaron en el economato de la empresa.

Lo que conocemos del martirio de los Hermanos se debe al párroco, José Fernández, que redactó días después un precioso

documento. Las conversaciones de los Hermanos versaron sobre el riesgo de muerte y sobre su significado, caso que se produjera. Sabían que sólo por haber sido educadores cristianos serían asesinados. Alguno de los Hermanos se hallaba muy nervioso, pero la serenidad y resignación de los demás pronto se le contagió. El hermano Marciano, con su escoliosis molesta, lo pasaba muy mal al tener que dormir en el suelo. Pidieron un colchón, que uno de los vigilantes, el llamado «El Casín», se negó a conceder. Este personaje fue el más cruel con los detenidos, pues intentaba amedrentar a todos exhibiendo el arma y afirmando que pronto sería usada.

En una de las habitaciones tenían preso al director de la empresa, D. Rafael del Riego. En otras había, bajo especial vigilancia, dos guardias de asalto que habían cogido prisioneros en uno de los combates de Oviedo. Estos presos eran significativos e iban morir al igual que los Hermanos, aunque de momento no lo sabían. El primer día nadie se acordó de darles de comer o de beber. Se enteró de ello el director D. Rafael y exigió que, a cuenta suya o de la empresa, les trajeran lo necesario. Los otros días les sirvieron la comida desde un bar cercano.

Su conversación se fue haciendo cada vez más espiritual y la palabra muerte se les fue haciendo familiar. En la tarde del día 7 se presentaron dos miembros del Comité. Su empeño fue asegurarse que el hermano Marciano, el encargado de la cocina y de las compras, era religioso o sólo asalariado, puesto que era cocinero. Quedaron satisfechos cuando averiguaron la verdad. Los detenidos intuyeron lo que se avecinaba por el tono del interrogatorio. Pensaron que había que estar preparados. Se confesaron con los sacerdotes detenidos y se sintieron aliviados e incluso alegres.

Mientras tanto, en el Comité revolucionario formado en el pueblo se discutió ese día sobre la conveniencia de la ejecución para escarmiento. Su dirigente Silverio Castañón, joven y arrogante, determinó su muerte por su cuenta, ya que el comité no terminaba de decidir la extrema medida. Junto con él, otro exaltado revolucionario, Fermín García (El Casín), tenía prisa por ejecutar la sentencia. No pudieron hacerlo el mismo día 7, por estar el cementerio ocupado por gente que velaba a un joven

muerto en los combates de Oviedo. La muerte de ese joven y de otros revolucionarios en los diversos lugares donde se luchaba con las tropas que avanzaban por Pajares y con las que provenían del desembarco militar que ya había tenido lugar en Gijón y caminaban hacia Oviedo, agrió enormemente los ánimos de los más exaltados.

Varias personas intentaron imponer sensatez, entre ellas los dos médicos de la localidad, varias madres de alumnos y el mismo jefe de la logia masónica que había en la localidad, Leoncio Villanueva. Creyeron haberlo conseguido. Pero en la noche del 8, Silverio Castañón, a falta de voluntarios en Turón, reclutó con sigilo en Mieres y Santullano gente que formara el piquete de ejecución. El párroco, que fue apartado en el último momento del grupo que iba a ser llevado al cementerio, relató luego cómo fueron los emocionantes momentos finales de aquellos educadores.

> «Serían poco más de la una del día 9. Repentinamente se abrió la puerta. Penetraron Silverio Castañón y otro, apodado "El Casín", empuñaban sendas pistolas. Les acompañaban otros dos escopeteros. Dormían todos, excepto el director y el sr. cura, que conversaban en voz baja. Al entrar los del Comité, dijeron: "Aquí hay dos". Ordenaron al director que se quitara el abrigo y entregara todo.
>
> A los demás los despertaron, exigiéndoles hacer lo mismo. Todo se lo quitaron. A los seglares no les molestaron. El pasionista estaba sentado en una silla. Tenía la cabeza tapada con una manta y seguía durmiendo. Los ojos de Silverio Castañón se fijaron en el que dormía. "¿Quién es ése?", preguntó. Le contestamos: "Un pasionista de Mieres, que vino aquí la víspera del movimiento".
>
> Dio orden de despertarle. Descubrió su rostro el padre, en el cual se dibujaba una amplia sonrisa, pues sin duda soñaba con el cielo. Puesto en pie, permaneció sereno, a pesar de tener ante su vista y a hora tan intempestiva unos visitantes semejantes. Fue obligado a entregar todo lo que tenía. Por la tarde había estado escribiendo algo que había guardado en la cartera y que sin duda eran su última voluntad. También le quitaron un relicario de la Santísima Virgen que llevaba siempre consigo y tuvo que entregar ante la amenazadora insistencia de los visitantes.
>
> Agrupados al extremo de la sala y separados de los demás, que no habían sido requeridos, nos preguntaron: "¿Qué armas saben Vds. manejar?" Les contestamos que ninguna. Y entonces nos preguntaron: "¿No han hecho Vds. el servicio militar?" A ello contestaron unos que sí, pero como religiosos enseñando en las acade-

mias militares. Otros contestaron que no. Sólo D. Román (el hermano Augusto) respondió que él había aprendido a manejar el mosquetón. A esto irónicamente respondió "El Casín": "¡Buen arma, buen arma!"

Después de esto nos mandaron formar de tres en tres, diciendo a los Hermanos: "Esto lo sabrán hacer Vds. muy bien" (se refería Castañón al modo como llevaban a los niños a misa a la iglesia del pueblo).

Cumplida la orden y ya en fila, nos dijeron: "¿Saben Vds a dónde van?" Aunque nuestros labios contestaron que no, nuestros corazones intuyeron que íbamos a dar la vida en aras de nuestra fe. A nuestra respuesta negativa, respondió "El Casín" en tono oratorio (para que lo oyeran los otros detenidos): "Van Vds a la línea de fuego a ver si, reconocidos por nuestro enemigos, dejan de disparar al verles a Vds."

Ante esta contestación y después de haber pedido permiso para hablar, cosa que le fue concedido, preguntó el Sr. cura: "Entonces, ¿se nos dejará a los sacerdotes vestir el traje talar? Pues, de seglar, no seremos reconocidos y, por tanto, no se cumplirán sus deseos".

Después de haberlo pensado, respondió "El Casín": "No, eso no, pues creerían que estamos en una monarquía, cuando estamos en una república".

Entonces los del comité se apartaron un poco y cambiaron algunas frases en voz baja. Añadieron después de habernos contado: "Once y los dos carabineros trece. Estos no pueden quedar, pues irán a lo más recio de la pelea. Por tanto sobran dos, pues la camioneta no tiene sitio para tantos y han de ir acompañándoles algunos de los nuestros". A continuación dijeron: "Salgan aquí los dos curas de la parroquia".

Obedecimos y, después de hacernos algunas preguntas como que cuánto tiempo llevábamos detenidos, nuestro nombre, etc. nos dijeron: "Bueno, Vds. quédense". Y añadieron: "Tomen nota de lo que les quitamos para devolvérselo". Dirigiéndose al padre y a los Hermanos, les dijeron: "¡En marcha!"

Nuestras diestras, entonces, se alzaron y nuestros labios pronunciaron sobre ellos la absolución —tan convencidos estábamos de que les llevaban al martirio—. Se dirigieron luego al escenario los del Comité. Se apoderaron de los dos carabineros, del teniente coronel y del comandante, no sin antes despojarles de los correajes y demás objetos que llevaban sobre sí y los unieron a los Hermanos. Así marcharon los once».

El relato es minucioso, pero real. Después de más de medio siglo, no existen palabras más claras que éstas del último sacerdote con el que los mártires hablaron y que jamás pudo olvidar los pormenores de aquella angustiosa despedida. Los demás da-

tos se fueron completando con interrogatorios y suposiciones. Pero lo que pasó en la sala sólo un superviviente pudo convertirlo en testimonio.

Los sacaron al exterior. Los de dentro se quedaron en silencio plomizo y los mártires pudieron ver, a la luz de la única lámpara que iluminaba la fachada, a los 20 escopeteros que les apuntaban con sus armas. Comprendieron que toda la conversación había sido un engaño: ni iban al frente ni había una camioneta. Con una misteriosa valentía que impresionó a los mismos verdugos, atravesaron por medio de las dos filas de aquellos forajidos, que sólo les dejaban un camino: la vereda que subía por la ladera de la montaña hacia el cementerio, que era el camino de la eterna patria de los que mueren por Dios. Los dos guardias carabineros podrían haber tenido algún intento de resistencia. Seguramente quedaron impresionados por la serenidad de sus nueve compañeros de martirio y, con un pensamiento postrero a sus familias, se resignaron ante lo inevitable.

Los revolucionarios del pelotón no eran del pueblo, pues los luchadores locales se habían negado a asesinar a los profesores de sus hijos o Hermanos. Castañón los había traído de lejos y es probable que aquella noche los del pueblo ignoraran la matanza que se preparaba. De lo que sucedió a continuación apenas si quedan referencias seguras. Los que intervinieron en la ejecución confesaron algo después. Pero lo suficientemente confuso para que no les comprometiera con la gente de la localidad, ya que ellos en ese momento no pensaban que su macabra hazaña y su cobarde traición serían luego juzgadas por tribunales especiales, una vez que la acción revolucionaria quedara aplastada por las fuerzas el orden.

En el patio, Silverio Castañón les preguntó con frío cinismo, cuando ya no podían oírles los otros presos: «¿Saben Vds. a dónde van?» El hermano Augusto Andrés, de carácter decidido y de elegante porte, le respondió resueltamente y mirándole a los ojos: «Adonde Vds. quieran. Ya nada nos importa. Estamos preparados para todo». «Pues van Vds. a morir». Fue lo único que se le ocurrió decir.

Oyeron en silencio la sentencia. Sus temores se confirmaban. Pero llevaban preparándose para este momento durante

cuatro días y ni uno solo vaciló. Contagiados por su serenidad, los dos carabineros, el teniente coronel Arturo Luengo Varea y el comandante Norberto Muñoz, se mantuvieron impasibles. Rodeados de escopeteros, pusieron a los militares al frente. Los ocho Hermanos iban después. Luego, el padre Inocencio.

No hubo resistencia en los ocho o diez minutos que tardaron en subir la estrecha senda de cementerio por la vereda de la ladera. Castañón, una vez detenido, confesaría al párroco:

> «Los Hermanos y el padre oyeron tranquilamente la sentencia; fueron con paso firme y sereno hasta el cementerio, sin pronunciar una queja, tanto que yo, que soy hombre de temple, me emocioné por su actitud. Sabiendo dónde iban, fueron como ovejas al matadero».

Los mártires fueron conscientes del momento supremo que estaban viviendo. Rezaban con emoción contenida. Con toda seguridad ninguno de ellos acababa de creer lo que estaban viviendo. Incluso les parecería mentira ver a 200 metros los ventanales del colegio iluminados y la gente dentro, que se movía y celebraba algo. Si eran del pueblo, seguro que no era el asesinato que se iba a cometer en pocos minutos. Si eran de fuera, tal vez bebían para acallar cualquier oposición a la asesina decisión que se había tomado a espaldas de la gente del lugar.

Luego se echó la culpa al jefe de la logia masónica, más bien «triángulo», que funcionaba en Turón. Nada parece comprometer a Leoncio Villanueva, que era de temperamento pacífico y regentaba una ferretería en el lugar. La decisión parece que fue algo personal de Silverio Castañón. El sí tenía una cuenta pendiente con la escuela. Los miembros de la Juventud Católica que funcionaban en los locales del colegio habían tenido fuertes disputas con el Comité socialista que animaba este dirigente local. Con él mismo se habían enfrentado en alguna ocasión, pues no reconocían su autoridad de alcalde pedáneo de la localidad. Joven y presumido, herido en su amor propio, aprovechó para una venganza personal y pasional. Por otra parte, los Hermanos anteriores a los que ahora llevaba al cementerio, se le habían también enfrentado. El director precedente, hermano Isidoro Nicolás, se habían negado a acatar la orden de que los niños no fueran en filas al templo parroquial cuando les llevaban a misa.

El director se había negado a obedecer y el mismo Castañón le había detenido en una ocasión. El director de la empresa Hullera, D. Rafael del Riego, que todavía estaba preso y sería asesinado en el mismo cementerio cuatro días después, había respondido ante la consulta que el citado director le había hecho: «Es cosa de Vds. Tienen confiada la educación de los alumnos. Y lo que Vds. hagan en ese punto deben decidirlo Vds.»

Silverio Castañón vio la Revolución como una ocasión de venganza. Con frialdad y espíritu mezquino buscó el desquite, demasiado sangriento para lo que las polémicas de aldea habían significado en la vida local. Mientras subía con las víctimas por la vereda, debió vacilar ante lo que iba a hacer. Pero ya no tuvo marcha atrás ante el grupo de «valientes asesinos» que había reclutado y ante la zanja ya abierta en el cementerio.

Al llegar a la puerta, el grupo tuvo que esperar unos 10 minutos. Estaba cerrada, pues el enterrador no había llegado. Se quedaron junto a la tapia en silencio y rezando. Castañón envió un conocedor del terreno y en pocos minutos el enterrador llegaba y abría.

El cementerio, en la ladera del monte y en rampa descendente, era nuevo. Prácticamente era una explanada inhóspita. Alguien había abierto durante la tarde una zanja en el pedregoso suelo de tierra, lo que significaba que la acción estaba muy preparada. «El Casín» y Castañón empujaron a las víctimas ante la zanja. Les obligaron a ponerse en fila y, ante las pistolas que llevaban en la mano, obedecieron. Se apartaron del grupo y Castañón dio la orden de fuego. Lo último que vieron los mártires, de espaldas al monte y de cara al valle, fue el colegio abajo, en línea recta. El postrer pensamiento de cada uno sólo Dios lo sabe, pero seguramente todos pensaron en los niños que desde aquel colegio habían salido muchas veces hacia la iglesia en filas y para asistir a misa.

Dos descargas sonaron de inmediato y los cuerpos se desplomaron sangrantes. Varios, que quedaron sólo heridos, se retorcieron o quejaron. Fueron rematados con un tiro de gracia en la cabeza o con un mazazo, pues una maza de hierro emplearon para terminar la carnicería. Silverio dio orden a los asesinos de marchar inmediatamente. El enterrador, que había quedado,

según él, fuera de la tapia por orden de Castañón, quedó encargado, luego que salieron los verdugos por la otra puerta para no ser reconocidos por él, de cubrir con tierra los cuerpos amontonados en la zanja. Cumplió la orden antes de abandonar precipitadamente la escena del crimen.

Pero no todo terminó con los disparos. A menos de medio kilómetro estaba la prisión donde habían pasado el tiempo de detención y donde, insomnes y oprimidos, habían quedado los demás presos. El sonido lejano de las descargas les sacudió con espanto. Un silencio sepulcral que duró hasta el amanecer llenó la estancia carcelaria. Sin embargo, el sonido que retumbó en el valle, que al despuntar la aurora se fue convirtiendo en gemido entre los conocidos y amigos de los Hermanos, entre los padres de los alumnos, entre los mismos niños que supieron el asesinato nocturno de sus profesores, se fue transformando con el tiempo en himno de gloria y admiración.

Comenzaron a preguntarse quiénes eran esos mártires que así despertaban el gesto respetuoso de la gente y por qué habían tenido que venir a Turón a morir.

El hermano CIRILO BERTRAN era el director de la comunidad y de la escuela. Era un capitán sereno y tranquilo. Se llamaba José Sanz Tejedor. Tenía 46 años al morir. Había nacido el 20 de marzo de 1888 en la noble ciudad de Lerma, en Burgos. Su familia era de humildes trabajadores. Desde pequeño fue cariñoso, serio, muy responsable y reservado. A los 17 años ingresó en la casa de estudios de los Hermanos, en Bujedo. Una idea le persiguió toda la vida: dar gracias a Dios por la vocación recibida y hacer que otros la siguieran. Comenzó su apostolado educativo en Deusto, cerca de Bilbao. Luego fue enviado a Madrid, en donde trabajó en tres Centros. Recorrió otros lugares: Badajoz, Sanlúcar de Barrameda, etc. En 1918 se le nombró director de la Escuela de Isla, en Santander, luego de Riotuerto, cerca de La Cavada. Lo fue luego de Anaz y en 1930 de la es cuela de la Sagrada Familia de Valladolid. Si ser profesor le agradaba, ser director le costaba mucho. Fue destinado en 1933 a la Escuela de Turón. Allí estaba aquel comienzo de curso de 1934.

El hermano MARCIANO JOSÉ era el siguiente en edad. Era un educador en retaguardia. Se llamaba Filomeno López López.

Tenía 33 años. Había sido modelo interesante de amor a la vocación. Había nacido en El Pedregal, cerca de Molina de Aragón, en Guadalajara, el día 15 de noviembre de 1900. Sus padres eran sencillos labradores, muy cristianos. Un hermano suyo, Julio, se hizo escolapio. Él prefirió ir a Bujedo con los Hermanos de La Salle. Una prematura sordera por una infección le incapacitó para la clase, pero se mantuvo en su vocación a pesar de todo. Los primeros diez años los pasó en Bujedo en trabajos auxiliares de la casa. En 1928 fue enviado a diversos centros como ayudante o como cocinero: Terán en Santander, Caborana en Asturias, Valladolid, Colunga en Asturias, Gallarta en Vizcaya, Mieres en Asturias. A Turón llegó sólo cinco meses antes de la revolución.

El hermano JULIÁN ALFREDO era un catequista ilusionado. Su nombre era Vilfrido Fernández Zapico. Tenía 31 años. Nació en Cifuentes de Rueda, en León. Su familia, humilde y piadosa, contaba con un tío sacerdote que le orientó hacia los capuchinos de León. En la casa de estos religiosos pasó algún tiempo. Llegó a ir al noviciado de Bilbao, pero cayó enfermo y tuvo que regresar a la casa de los padres. Luego conoció a los Hermanos de La Salle e ingresó en el noviciado de Bujedo cuando ya tenía 22 años. Se entusiasmaba con la catequesis de primera comunión. A ella y a su clase se dedicó los cinco años que pasó en la cercana Caborana. En 1934 le mandaron a Turón.

El hermano VICTORIANO PÍO era un entusiasta animador de grupos cristianos. Su nombre era Claudio Bernabé Cano. Tenía 29 años y había nacido en San Millán de Lara, en Burgos, el 7 de julio de 1905. Sus padres eran labradores piadosos. Llegó a Bujedo a los 13 años, en 1918. Hizo el noviciado y desde el principio resaltaron sus cualidades excelentes para la música, el canto, el dibujo y para la literatura. Tuvo diez años de vida apostólica, todos ellos pasados en el colegio La Salle de Palencia. Sus dotes le servían para granjearse el afecto de los alumnos, a los cuales entusiasmaba con su dedicación y disponibilidad. Llegó a Turón en el último minuto. Fue a reemplazar a otro Hermano que, asustado por el ambiente, se había empeñado en marchar de allí. Sólo llevaba quince días en la cuenca.

El hermano BENJAMIN JULIAN, sembrador de alegría, se llamaba Vicente Alonso Andrés. Tenía 25 años al morir. Había nacido en Jaramillo de la Fuente, cerca de Burgos, el 27 de octubre de 1908. Tenía 12 años cuando llegó a la casa de Bujedo en octubre de 1920. Desde niño fue alegre, noble, valeroso, de carácter sociable. Cuando terminó su formación, fue enviado al colegio La Inmaculada, en Santiago de Compostela. Pronto se ganó el corazón de sus escolares y la admiración de las familias. Siempre dispuesto, caminó con paz hacia Turón en el verano de 1933. Allí le esperaba el sacrificio un año después.

El hermano AUGUSTO ANDRÉS era sin duda el más elegante del grupo. Se llamaba Román Martínez Fernández. Tenía 24 años. Poseía singulares dotes de valentía y de simpatía. Había nacido en Santander el 10 de mayo de 1910. Era expresivo y muy agraciado por su mirar risueño. Al querer ir a Bujedo, halló enorme oposición por parte de su madre. El padre, militar de profesión, había fallecido siendo pequeño. Una enfermedad, que estuvo a punto de costarle la vida, hizo que la madre cambiara de actitud. Hecha su formación en Bujedo, en el verano de 1929 fue destinado al colegio de Lourdes de Valladolid. Se hizo apreciar por su capacidad para atraer a los alumnos. Un año pasó luego en Palencia, mientras realizaba su servicio militar. Más tarde, en el curso de 1933, fue a Turón.

El hermano BENITO DE JESUS estaba destinado a ser el primer mártir de Argentina. Merecería con el tiempos en la nación hermana la gloria de un culto singular, al inaugurar el santoral patrio. Se llamaba Héctor Valdivielso Sáez. Tenía 24 años. Nació en Buenos Aires el 31 de octubre de 1910. Sus padres procedían de La Bureba, en Burgos. Habían emigrado a Argentina, donde nacieron sus hijos. Pronto regresaron a España. El padre optó por ir de nuevo a México para mejorar su situación. Frecuentó la escuela municipal y la que llevaban las Hermanas de la Caridad. En 1931 ingresó, con su hermano José, en la cercana casa de Bujedo. Los estudios le fueron bien, pues era despejado. Se ofreció voluntario para ir a la casa misionera de Lembecq-lez-Hall. Sus fibras internacionales bulleron con fulgor. Sus padres le autorizaron el viaje. Él pensó que así podría ir pronto a «mi patria Argentina», como decía en sus cartas. En

1935 regresó a Bujedo para hacer el noviciado con la idea de marchar para América. Después estudió allí Magisterio. Y el 24 de agosto de 1929 fue destinado al colegio de Astorga. Se granjeó el aprecio de los escolares y de los padres. También se entregó a los grupos apostólicos del colegio y a trabajar como promotor de la buena prensa. En 1933 fue destinado a Turón. Llevaba un año cuando su camino misionero quedó truncado.

El hermano ANICETO ADOLFO era un ángel, modelo de inocencia. Su nombre era Manuel Seco Gutiérrez. Fue el más joven de los martirizados en Turón. Tenía 22 años al morir. Era de ojos limpios, piadoso, lleno de bondad. Había nacido el 4 de octubre de 1912, en Celada Marlante, en Santander. Quedó huérfano de madre muy niño. Su padre era un hombre bueno. Daba todos los días un catecismo a sus hijos. Llegó a la casa de Bujedo siguiendo los pasos de su hermano mayor, Maximino. Manuel fue el segundo que llegó al centro. Y a él mismo le seguiría el pequeño, que se llamaba Florencio. Lo más significativo de su vida fue su amor al trabajo y su piedad admirable. Sólo pudo estar un curso en Valladolid y otro en Turón, en su corta vida de catequista, labor que le entusiasmaba y por la que siempre suspiraba.

El padre INOCENCIO DE LA INMACULADA, educador de almas, cayó en la brecha de Turón por casualidad, aunque es mejor hablar de designios de la Providencia. Se llamaba Manuel Canoura Arnau. Tenía 47 años. Fue un verdadero apóstol y un catequista consumado por medio de sus eucaristías y con el sacramento de la penitencia. Acaso por ello Dios le unió al grupo de Hermanos de Turón. Su convento estaba en Mieres. Toda su vida había estado dedicada al ejercicio de la docencia. Había sabido conjugar la labor de profesor con una intensa actividad sacerdotal y litúrgica. Nació en Santa Cecilia y San Acisclo, en el Valle de Oro, en la provincia de Lugo. Cuando tenía 15 años inició su formación religiosa en Peñafiel, Valladolid, y luego siguió en Deusto, Vizcaya. El 26 de julio de 1905 hizo sus primeros votos y fue ordenado sacerdote el 20 de septiembre de 1913. Se dedicó a la docencia en diversas casas: en Daimiel, Ciudad Real; en Corella, Navarra; en Peñaranda de Duero, en Burgos; y en la casa de Mieres, donde residía en 1934. El día

que estalló la revolución estaba en Turón por haber ido a confesar a los alumnos, a petición de los Hermanos. Al día siguiente pensaba celebrar para ellos la misa del primer viernes. La empezó en la capilla de los Hermanos y la terminó en la patria eterna.

Estos eran los nueve mártires de Turón. Desde el primer momento se tuvo la certeza de que la muerte de los Hermanos de La Salle y del P. Inocencio había sido un martirio auténtico, por ser un atentado a la libertad religiosa y un ataque frontal a la educación de signo cristiano. Nada más terminar la contienda, se exhumaron los cadáveres y se colocaron en dignos ataúdes. Se depositaron de momento en nichos del cementerio y a los pocos meses, en febrero de 1935, se trasladaron: al P. Inocencio se le llevó al cementerio de Mieres; a los Hermanos se les llevó, en viaje apoteósico que cruzó León, Palencia y Burgos, al cementerio de la casa central de formación que desde 1891 el Instituto de La Salle tiene en Bujedo, en Burgos.

Una vez superada la guerra civil que, con su barbarie hizo pequeña la revolución asturiana, se inició el proceso de beatificación de los mártires. El 29 de abril de 1990 el papa Juan Pablo II beatificaba a la comunidad mártir y el 21 de noviembre de 1999 el mismo Papa declaraba santos a los nueve y los proponía como modelos a todos los educadores cristianos.

PEDRO CHICO GONZÁLEZ, FSC

Bibliografía

CHICO GONZALEZ, P., FSC, *Testigos de la escuela cristiana. Mártires de la revolución de Asturias* (Valladolid 1989)

GONZALEZ, N., CP, *Hasta dar la vida... Beato Inocencio de la Inmaculada* (Madrid 1990).

GONZALEZ RODRIGUEZ, M., *San Inocencio Canoura Arnau. Mártir en Asturias, 1934* (Madrid 1999).

JUAN PABLO II, «Homilía en la beatificación»: *Ecclesia* (1990) n.2476, p.15-17.

VALDIZÁN, M., *Mártires de Turón* (Valladolid 1984).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTA PUBLIA

Diaconisa († s. IV)

Publia era una dama antioquena, que había estado casada y tenía un hijo, y había quedado viuda. Mientras ella optaba por la vida religiosa y, con el título de diaconisa, era puesta al frente de un monasterio, su hijo, de nombre Juan, se hacía sacerdote. Se acreditó en el clero y se le ofreció el episcopado pero Juan rehusó. Su madre ha pasado a la posteridad por su sonora resistencia a la política paganizante de Juliano el Apóstata. Este emperador pasó en Antioquía los meses que van de junio del 362 a marzo del 363, ya que le pareció el mejor lugar para dirigir las operaciones contra los persas. Publia tomó la determinación de que cada vez que sabía que el emperador pasaba por la casa de las religiosas, éstas cantaran el salmo 108 («Los dioses de los gentiles son oro y plata») y el salmo 67 («Sean semejantes a los ídolos los que los fabrican»). Juliano veía que era una forma de reprocharle su apostasía y su adhesión al paganismo y, pese a intentarlo, no podía conseguir que las religiosas guardaran silencio. Entonces decidió dar un escarmiento y mandó que Publia, la superiora responsable, fuera abofeteada y maltratada. Publia murió años más tarde y su valiente confesión de fe le ha valido ser incluida en los sinaxarios bizantinos. Su historia la cuenta Teodoreto de Ciro en su *Historia eclesiástica.*

SAN DIOSDADO DE MONTECASINO

Abad († 834)

Diosdado o Deusdedit era un monje de Montecasino que por su vida santa y por su cultura religiosa fue elegido como sucesor del abad Apolinar en 828. Gobernaba bien y ejemplarmente la abadía cuando tuvo un conflicto con Sicardo, duque de Benevento, empeñado en apropiarse de bienes del monasterio, cosa que el abad en conciencia no podía dar por buena. Entonces el duque procedió a apoderarse de la persona del abad y a encerrarlo en la cárcel, pasando a deponerlo como tal

abad. En la cárcel lo dejó languidecer de hambre y miseria hasta que falleció. Era el 9 de octubre del año 834. Enterrado en Montecasino, su tumba se convirtió en objeto de veneración de los fieles y corrió la voz de que se obraban milagros con los enfermos en ella. El monasterio comenzó a darle culto como santo.

SAN GUNTERO

Ermitaño († 1045)

Guntero era hijo de una noble familia de Turingia, en cuya población de Käfernburg nació hacia el año 955. Pasó en el siglo los primeros cuarenta años de su vida no precisamente en el camino de la santidad, hasta que Dios le dio la gracia de ver claro el estado de su espíritu e hizo un viaje a Roma, con claro sentido penitencial, y a su vuelta en febrero de 1006 decidió fundar un monasterio en sus posesiones, pero luego decidió entrar como monje en el monasterio de Niederaltaich al tiempo que renunciaba sus bienes temporales a favor del monasterio de Göllingen. Su huida del mundo y abandono de su posición social y sus riquezas causó honda impresión entre sus conocidos. Profesó la regla benedictina y empezó a vivir ejemplarmente como monje. Por consejo del abad Gotehardo pasó al poco al monasterio de Göllingen. Aquí no terminaba de encontrar la paz interior que buscaba pues se sentía llamado no a la vida común sino a la soledad o al menos a un tipo de vida común en la que primase el eremitismo. Obtuvo licencia en 1008 para retirarse a vivir en un bosque de Baviera y en 1011 se estableció en las cercanías de Rinchnach. Muy pronto le llegaron hombres que querían compartir su género de vida, y en efecto con ellos estableció un monasterio de corte eremítico, en el que cada monje vivía en una celda aparte reuniéndose en la iglesia para la oración común. Entendió que este género de vida cabía dentro de la Regla de San Benito que la tenían sus monjes como base, y dedicó la iglesia, bendecida el año 1029, a la Santa Cruz, a la Virgen María y a San Juan Bautista. Su deseo de vida solitaria no le quitó la actividad apostólica. Su prima la reina Gisela, esposa de San Esteban de Hungría, lo llamó para que interviniese

en la evangelización de su reino, lo que hizo en efecto en varios viajes a aquel reino, donde estableció un monasterio eremítico similar al suyo. Tuvo la amistad de Conrado II y Enrique III, y su amistad con los monarcas estuvo dirigida a conseguir siempre la paz y la justicia. Luego de una vida llena de buenas obras pidió pasar los últimos años de su vida en plena soledad y se retiró a Dobravada donde murió el 9 de octubre de 1045, siendo enterrado en el monasterio de Brevnon, junto a Praga.

10 de octubre

A) MARTIROLOGIO

1. La conmemoración de San Pinito († ca.180), obispo de Knosos, Creta.

2. En Nicomedia de Bitinia, los santos Eulampio y Eulampia, hermanos († s. IV), mártires.

3. En Colonia (Alemania), santos Gereón y compañeros († s. IV), mártires.

4. En el territorio de Colonia, los santos Victor y Maloso († s. IV), mártires.

5. En Bonn (Alemania), santos Casio y Florencio († s. IV), mártires.

6. En Nantes (Galia Lugdunense), San Claro († s. IV), primer obispo de la sede.

7. En Populonia (Toscana), San Cerbonio († 575), obispo *.

8. En el territorio de Troyes, Santa Tanca († s. VI/VII), virgen y mártir.

9. En Rochester (Inglaterra), el tránsito de San Paulino († 644), obispo de York, y anteriormente monje **.

10. En el monasterio de Jouarre, junto a Meaux, Santa Telquilde o Teodiquilde († 677), abadesa *.

11. En Ceuta (África), santos Daniel, Samuel, Ángel, León, Nicolás y Hugolino, presbíteros, y Donnino († 1227), religiosos franciscanos, y mártires **.

12. San Juan († 1379), presbítero, prior del monasterio de canónigos regulares de San Agustín *.

13. En Jartum (Sudán), San Daniel Comboni († 1881), obispo, fundador de las congregaciones de Misioneros del Corazón de Jesús y de las Hermanas Misioneras Pías Madres de la Negritud **.

14. En Cracovia (Polonia), Beata María Ángela (Sofía Camila) Truszkowska († 1899), virgen, fundadora de la Congregación Franciscana de San Félix de Cantalicio **.

15. En Dzialdowo (Polonia), Beato León Wetmanski († 1941), obispo auxiliar de Plock y mártir *.

16. En Linz (Austria), Beato Eduardo Detkens († 1942), presbítero y mártir *.

17. En España se celebra hoy la memoria de Santo Tomás de Villanueva, obispo, cuya biografía puede verse en su día natalicio, el 8 de septiembre.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN PAULINO DE YORK

Obispo († 644)

Paulino fue el primer misionero cristiano de Nortumbria, que, a finales del siglo VII, era el más extenso de los reinos de Inglaterra. Con él se inaugura la lista de los arzobispos de York.

Alcuino lo llamó «ciudadano romano». Era monje en San Andrés del Monte Celio. San Gregorio lo envió a Inglaterra como refuerzo a los monjes misioneros de San Agustín, junto con Melito —futuro obispo de Londres—, Justo —que le sucederá en Rochester—, y otros compañeros, en 601. Eran los encargados de llevar el palio arzobispal a Agustín de Cantorbery además de muchos otros objetos litúrgicos para tantas necesidades de aquellos misioneros que debían levantar por todas partes capillas e iglesias, aunque fuesen de madera.

Paulino misionó en Kent y quizá, también, en el oeste de Inglaterra. Acompañó a Etelberga, hermana del rey Edbaldo de Kent, cuando marchó a la corte de Nortumbria para casarse con Edwin (Eduino), todavía pagano. San Justo, arzobispo de Cantorbery, había previamente conferido la ordenación episcopal a Paulino. La conversión de aquel reino es el hecho más relevante de la vida de Paulino y un acontecimiento clave en la difusión del cristianismo en Inglaterra.

San Beda con todo detalle nos narra aquella misión evangelizadora. Subraya Beda la amplitud del territorio y la condición impuesta por el rey de Kent para que su hermana, la princesa Etelberga, pueda practicar su fe cristiana. El nuevo obispo, aun-

que había iniciado su camino como confesor y capellán de la futura reina, nunca tuvo dudas de que Dios le enviaba providencialmente a conquistar para Cristo aquellas regiones, tal como había sucedido con la princesa Berta —del país de los francos— que enviada a desposarse con el rey de Kent, Etelberto, logró su conversión y la de todo su pueblo. Beda no deja de afirmar que Paulino «estaba decidido a llevar a toda la nación de Nortumbria al conocimiento de la verdad cristiana».

La Providencia se mostró de parte de Paulino; sucedió primero que, al cabo de unos meses, el propio rey sale indemne de un atentado el mismo día de Pascua y ese mismo día da a luz su mujer una niña, Enfleda, que sería bautizada, con otros neoconversos, el día de Pentecostés. Paulino hace ver al rey que se ha librado milagrosamente de aquel intento de asesinato y que le ha sido otorgado el don de un primer hijo. El rey promete entonces renunciar al paganismo aunque los temores de la superstición no le abandonan ni aun cuando, después de su promesa, sale vencedor en algunas batallas.

En ayuda del rey llegan dos carta del papa Bonifacio, una para él y otra para la reina, a fin de que se decida a dar el paso con la ayuda de su esposa. Las dudas persisten hasta que un día, en una reunión del consejo del rey, uno de los presentes, sabia y prudentemente expuso ante Paulino la siguiente reflexión:

> «Nosotros somos como el pajarillo que, en una noche invernal, atraviesa la sala iluminada y caliente del banquete y regresa a la oscuridad helada; ¿que hay antes de nuestra corta vida? ¿Qué hay después? Si la nueva doctrina que tú traes puede aclararnos esto, estamos dispuestos a seguirla».

Ni que decir tiene que las explicaciones de Paulino aclararon y convencieron. Aquel que había hecho la pregunta fue el primero en lanzar su jabalina contra el templo pagano.

Paulino tuvo el gozo de convertir a Edwin, que fue bautizado en la Pascua de 627. Muchos otros le siguieron imitando a su rey. Con el apoyo de Edwin, Paulino estableció su sede en York y puso manos a la obra para levantar una iglesia, esta vez de piedra. Paralelamente a las conquistas reales, que terminaron con la fundación de Edimburgo en el norte (burgo de Edwin), las misiones de Paulino fueron conquistando para Cristo pueblos y

regiones. Se cuenta que el diacono Santiago, que era un excelente cantor, ayudó mucho atrayendo a las gentes con su voz y su arte, cantado las cantilenas romanas de una liturgia bien celebrada.

En Bernicia, al norte del condado de Nortumberland, Paulino pasó más de un mes catequizando y finalmente bautizó un gentío a orillas del río Glen. Lo mismo hizo en Deira junto al Swale. También el río Yore se convirtió en baptisterio y aún existen numerosas localidades que atestiguan, incluso toponímica o arqueológicamente, el paso de Paulino.

Pero también llegaron las horas de las dificultades. El rey pagano Penda de Mercia entró en lucha contra Edwin y lo mató el 12 de octubre de 633 en Heathfield. Paulino se llevó a Kent a la reina y a sus hijos, perseguidos por la crueldad del rey Penda. Mas viendo que aun allí corrían peligro, viajó por mar a Cantorbery y de allí a Rochester. Las conversiones obtenidas por el poder constituido tienen la fragilidad de que, cambiando el poder, pueden perder su constancia. Así sucedió en la East-Anglia hasta que, años mas tarde, fue reconquistada para el cristianismo por Sigeberto que regresando de su exilio en Francia, y ya cristiano, devolvió a la fe a su pueblo, gracias a la ayuda de Félix, un obispo borgoñón que estableció su sede de Dunwich.

Entretanto, el papa Honorio, sucesor de Bonifacio, desconocedor de todo el drama, le envío el palio como arzobispo de York; pero el caso es que dicho palio nunca cubrió los hombros de Paulino como arzobispo de York. Ese palio trasformó en arzobispado a Rochester donde Paulino murió el 10 de octubre de 644. Discuten los autores posteriores sobre la legitimidad de esa trasformación: un palio arzobispal para York que, *proprio motu* Paulino lo convierte en palio arzobispal de Rochester. San Beda el Venerable lo da por bueno siguiendo una pauta pastoral que da San Gregorio: «Cuando no es posible realizar un trabajo fructífero porque solo hay malas personas que lo rechazan, hay que ir a donde se pueda trabajar con provecho».

Beda, gracias a relatos de personas que le conocieron y que él mismo escuchó, describe a Paulino «como alto y delgado, algo encorvado, con un rostro moreno, de cabellos negros y nariz aguileña. Inspiraba respeto y también temor», tal como su-

giere la palabra inglesa *awe* (temor reverencial) que suele aplicársele. Fue enterrado en la catedral de Rochester y cuando muchos siglos más tarde, se construyó una nueva catedral gótica, sus restos fueron depositados en una urna de plata que se conservó hasta el tiempo de la reforma anglicana. Ya Beda lo inscribió en su martirologio el 10 de octubre.

LUIS M. PÉREZ SUÁREZ, OSB

Bibliografía

BAUDOT, J. - CHAUSSIN, L., OSB, *Vie des saints et des bienheureux...* X: *Octobre* (París 1950) 318-320.
FARMER, H., Art. en *Biblioteca sanctorum.* X: *Pabai-Rafols* (Roma 1968) 163-164.
PEZZINI, D., Art. en C. LEONARDI, - A. RICCARDI - G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los santos,* II (Madrid 2000) 1841, 1849.

SANTOS DANIEL DE BELVEDERE, ÁNGEL Y SAMUEL (DE CASTROVILLARI), LEÓN (DE CARIGLIANO), NICOLÁS (DE SAXOFERRATO), HUGOLINO (DE CERISANO), DONNINO (DE MONTALCINO)

Religiosos y mártires († 1227)

Los siete eran frailes jóvenes y deseosos de la misma evangelización entre musulmanes.

DANIEL FASANELLA nació en Belvedere hacia el año 1200, de una familia noble del reino de Nápoles proveniente de Salerno que se había establecido en Calabria.

Había oído predicar a San Francisco de Asís en Amalfi y en Agropoli y se decidió a seguir su vocación en la Orden franciscana recibiendo el hábito de manos del mismo santo en 1219, quien lo confió para su formación al ministro provincial de Calabria, que lo destinó al noviciado de Corigliano con otros tres frailes. Después de unos años allí, fue enviado, con otros dos padres, por orden de fray Bernardino Puglisi, a fundar otro convento en Santa María del Socorro en un lugar llamado «El Lago» y, posteriormente, a fundar otro, el de Gerace Superior. En 1224 fue elegido ministro provincial de Calabria y en su servicio tuvo que superar toda clase de dificultades, también las

económicas que vivía la Orden desde el momento de su fundación.

Fue ordenado sacerdote y, probablemente, fue párroco de la antigua parroquia de San Nicolás el Grande, en Belvedere, de tal forma que después fue pintado en su iglesia con hábito talar. Predicó no sólo en Calabria sino también en Cerdeña.

San Francisco de Asís, desde la cima del monte de Poggio Bustone, había enviado a siete frailes a predicar el evangelio por todas partes. También él quiso ir a tierras donde pudiera recibir el martirio por la fe, y por eso vino a España y fue también a Siria. Entre 1217 y 1219 envió en una primera misión a Berardo y otros cuatro compañeros que morirían mártires en Marruecos el 16 de enero de 1220; por el mismo tiempo envió a una segunda misión, para evangelizar a los musulmanes del reino de Valencia, a los beatos Juan de Perusa y Pedro de Saxoferrato, que fundaron en Teruel un convento donde reposan sus reliquias y de cuya ciudad son copatronos y santos locales, pues murieron mártires en Valencia el 29 de agosto de 1228. Las misiones de franciscanos tomaron el mar desde Italia hasta el reino de Aragón para llegar luego a tierras de dominación árabe.

Muerto San Francisco el 3 de octubre de 1226, Daniel de Belvedere, y otros seis compañeros, queriendo continuar las misiones de San Francisco y los ejemplos de sus hermanos que habían ido anteriormente a tierras de musulmanes, solicitaron a fray Elías de Cortona, que entonces era vicario general de la Orden de Frailes Menores, la obediencia de ser enviados a Marruecos para anunciar el evangelio. También ellos esperaban poder recibir el don del martirio por el testimonio de la fe.

Por sus dotes, cultura e inteligencia, por su fe ardientemente apostólica y su espíritu de sacrificio, Daniel Fasanella de Belvedere fue nombrado responsable de este tercer grupo compuesto, con él, por Ángel Tancredi y Samuel Ianittelli de Castrovillari, León Sorna de Carigliano Calabro, Nicolas Abenante de Saxoferrato, Hugolino de Cerisano, todos ellos presbíteros, y Donnino (o Dónulo) Rinaldi de Montalcino, religioso laical.

Los siete eran frailes jóvenes y deseosos de la misma evangelización entre musulmanes, pues querían llevar a las tierras de

África la fe de Cristo que da la paz del alma y el bienestar social. Entre todas las regiones de África les había parecido que en Marruecos era mayor la necesidad.

Se reunieron en Belvedere Marítimo desde donde partieron para Livorno en los primeros días de diciembre de 1226 y, desde allí, por el Arno, llegaron a Florencia, donde permanecieron hasta la primavera de 1227, pues fray Elías no quería que corrieran riesgos en un viaje durante el invierno.

En abril de ese año, y desde la Toscana, llegaron al reino de Aragón arribando a Barcelona y después viajaron hasta Tarragona, donde permanecieron algunos meses hasta que se les presentase la ocasión de embarcarse para Ceuta. Lo hicieron en dos expediciones, en la primera viajaron Daniel, Ángel y León, desembarcando en Ceuta el 26 de septiembre de 1227 y alojándose en casas de comerciantes portugueses, franceses e italianos. Allí comenzaron a atender espiritualmente a los cristianos marineros y comerciantes que permanecían o que iban y venían desde el continente europeo. Ocho días después llegaron sus compañeros en otra embarcación desde Tarragona con la alegría de reencontrarse y comenzar la misión con un coraje enorme, pues las autoridades del norte de África habían prohibido cualquier actividad apostólica cristiana.

Durante la noche del 1 de octubre, que pasaron en oración y preparando la predicación del día siguiente, después de haberse confesado y de celebrar la Eucaristía, comenzaron su predicación en medio de plazas y calles entre los musulmanes, en latín y en italiano, ya que no conocían la lengua local.

Aunque los nativos no entendían la lengua ni la mínima parte de todo lo que predicaban, sin embargo, comprendieron que aquel anuncio apasionado y explícito de Jesucristo —Hijo de Dios, Dios y hombre verdadero, el único salvador del mundo— y su mensaje evangélico contrastaban plenamente con las doctrinas mahometanas.

Ante tal osadía las gentes los apresaron y llevaron al gobernador Arbaldo (Mahamet Enazer) quien, pensando que estaban locos los mandó encarcelar. Ocho días estuvieron en prisión y, en distintos interrogatorios, fueron obligados a la vez a renunciar a su fe cristiana y a profesar el Islam.

Primero los halagaron, pero como no consiguieron nada, luego los azotaron. Como, firmes en su fe, fueron fieles a Jesucristo, los condenaron a muerte. La noche anterior a su martirio permanecieron también en oración de alabanza a Dios y Daniel escribió una carta a los cristianos de Ceuta en la que decía:

> «Bendito sea Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo, que nos consuela en toda tribulación. Él preparó la víctima para el holocausto del patriarca Abrahán. Éste por mandato del Señor había salido de su tierra sin saber a dónde iba. Tal cosa le fue atribuida a justicia, por lo cual fue llamado amigo de Dios. Así el que es sabio hágase tonto para ser sabio, porque la sabiduría de este mundo es tontería ante Dios. Tened presentes las palabras de Jesús, "Id y predicad el evangelio a todas las criaturas", y, "No es el siervo más grande que su amo"; como también: "Si me han perseguido a mí, también os perseguirán a vosotros". Él ha dirigido nuestros pasos por sus caminos para la alabanza, para la salvación de los creyentes, para el honor de los cristianos y para la condena de los infieles, como dice el apóstol: "Somos el buen olor de Cristo", para algunos olor de vida, para otros olor de muerte para la muerte».

El 10 de octubre de 1227 en la llamada «Playa de la Sangre» de Ceuta, después de que Daniel bendijera a sus hermanos para darles fortaleza y morir como cristianos, fueron decapitados. Entregados sus cuerpos a la multitud, fueron destrozados aunque los comerciantes cristianos del continente europeo que los habían conocido pudieron recoger sus restos y sepultarlos, primero, en los suburbios de Ceuta y, más adelante, trasladar sus huesos a España y distribuirlos por distintas regiones no sólo de España sino también de Portugal y de Italia.

En la catedral de Ceuta un relicario guarda reliquias de estos santos mártires y una iglesia de los franciscanos está dedicada a San Daniel. En el lugar donde fueron decapitados fue edificado más tarde un colegio con el nombre del mismo santo.

En Belvedere, en la casa natal de San Daniel, convertida en capilla en 1953, también existen fragmentos de los huesos del santo como consta en una lápida de 1480 puesta por el cardenal don Juan de Aragón, hijo de Alfonso II, rey de Nápoles.

León X, por decreto de 22 de enero de 1516, permitió el culto a estos santos mártires. Se celebra su memoria el 10 de octubre aunque en las diócesis de donde son originarios San Da-

niel y sus compañeros mártires la conmemoran en el día 13 de octubre.

Fueron declarados patronos de la ciudad de Ceuta donde, cada mes de octubre, se vienen celebrando sus fiestas patronales.

JOAQUÍN MARTÍN ABAD

Bibliografía

CORREA DE FRANCA, A., *Historia de Ceuta,* mss. Biblioteca Nacional, anterior a 1750, c.15: «Martirio de los santos Daniel y sus compañeros, patronos de Ceuta», fue publicada una copia de José de la Rosa Alcaraz, por el Ayuntamiento de Ceuta en 1946.

GORDINI, G. D., «Daniele e compagni, santi, martiri a Ceuta», en *Bibliotheca sanctorum.* IX: *Ciro-Erifrido* (Roma 1964) cols.469-470.

SAN DANIEL COMBONI

Obispo y fundador († 1881)

Empezaba la colonización de África, poco después unos cuantos exploradores se interesarían románticamente por el África negra y en diversos países europeos prosperaban las sociedades contra la esclavitud, que a lo largo de todo el siglo quedaría abolida, aunque en la costa occidental africana aún se realizasen ventas de negros. Todo esto sucedía en el siglo XIX, mientras vivía Daniel Comboni, el apóstol de la negritud, a quien se ha llamado el «Francisco Javier de África». Este misionero italiano, uno de los más grandes de la historia de la Iglesia, que dedicó su vida a la misión *ad gentes* en el África central, fue beatificado y canonizado por Juan Pablo II el 17 de marzo de 1996 y el 5 de octubre de 2003, respectivamente. En su ceremonia de santificación, celebrada en Roma y compartida con los santos misioneros Arnoldo Janssen y José Freinademetz, el Papa pidió para África un futuro de esperanza y encomendó este logro a la intercesión de San Daniel Comboni, «insigne evangelizador y protector» del continente.

En la localidad de Limone del Garda (Brescia), entonces bajo dominio austríaco, nació el 15 de marzo de 1831 Daniel Comboni, en el seno de una familia campesina que servía en las

posesiones de un hacendado de la zona. Fue bautizado al día siguiente de su nacimiento y recibió el nombre de Antonio Daniel. Era el cuarto hijo del matrimonio formado por Luis y Dominica, pero pronto se convirtió en hijo único al morir sus otros hermanos en edad temprana. Esta situación contribuyó a unir aquel hogar en el que, pese a sus pocos recursos materiales, se vivía una fe arraigada y unos valores humanos profundos. El caso fue que esta pobreza familiar y las excelentes cualidades intelectuales que despuntaban en el joven Daniel lo llevaron a Verona, primero al seminario diocesano en 1842 y al año siguiente a una escuela, fundada por el sacerdote Nicolás Mazza, que abría sus puertas a muchos estudiantes de clara inteligencia, buenas cualidades y exiguos recursos materiales. Allí aprendió Comboni las principales lenguas europeas, también el árabe. Bajo la influencia cultural austríaca y las peculiaridades de la Italia norteña fue naciendo y fogueándose, con muy buenas relaciones europeas, su carisma misionero.

Durante sus años como alumno en esta institución de Verona, conoce Comboni, en 1846, al fundador de la Obra del Rescate, el sacerdote genovés Nicolás Olivieri, que había solicitado a don Mazza la acogida de unas cuantas chicas africanas rescatadas de la esclavitud. La sensibilidad de Mazza por estos problemas maduró y aceleró al mismo tiempo su antiguo proyecto, que consistía en abrir una misión en África central. Ya el 6 de enero de 1849 juró Daniel Comboni entregarse de por vida a las misiones africanas. Con el tiempo explicaría en su diario que «estudiando filosofía, a la edad de 17 años, juré ante mi venerado superior don Mazza consagrar toda mi vida al apostolado del África central». Eran los tiempos en que el misionero Angel Vinco, a su vuelta de África para buscar refuerzos misioneros, contaba a los alumnos noticias sobre la situación del continente negro y encendía en todos ellos el deseo de sacrificarse por la evangelización de la negritud.

En esta atmósfera misionera fue creciendo la personalidad juvenil de Comboni, su «primer amor», descubriendo su vocación sacerdotal y adquiriendo una preparación teológica y cultural muy completa. Culminó sus estudios eclesiásticos en Verona y fue ordenado sacerdote en Trento el 31 de diciembre de 1854,

por monseñor Juan Nepomuceno Tschiderer, beatificado por Juan Pablo II en 1995. Don Mazza, después de la muerte prematura de don Vinco en el Sudán, envía a otros dos sacerdotes de su institución con el fin de traer a Verona negros rescatados de la esclavitud, formarlos y devolverlos instruidos para implantar con ellos centros de animación cristiana y de promoción humana. Por fin, el 4 de septiembre de 1857, con sólo veintiséis años, sale Daniel Comboni de Verona, acompañado por otros cuatro sacerdotes y un colaborador laico, y tras un largo viaje lleno de fatigas e incomodidades llega a Jartum el 14 de febrero de 1858. Comboni había emprendido la marcha con el regusto de lo que le había dicho su madre en la despedida: «Vete, Daniel, y que el Señor te bendiga».

El encuentro con la realidad africana fue tremendo. Tuvieron que aprender la lengua y las costumbres, a la vez que se daban de bruces con la pobreza y el abandono de los nativos. Pronto comprobaron que el clima, las fatigas de su tarea y la malaria hacían mella en la salud de algunos jóvenes misioneros, mas no por ello Comboni se desanimaba, más bien estas dificultades las asumía como un desafío evangelizador. Así se lo había anticipado, por carta, a sus padres:

> «Tendremos que fatigarnos, sudar, morir; pero al pensar que se suda y se muere por amor de Jesucristo y la salvación de las almas más abandonadas de este mundo, encuentro el consuelo necesario para no sucumbir en esta gran empresa».

Habían muerto tres misioneros de su expedición y los demás estaban enfermos, incluso el propio Comboni se vio afectado por la disentería. Obligado a regresar, antes de que terminase el año 1859, renueva su compromiso misionero con el encargo de luchar contra la trata de esclavos y prepararlos como colaboradores de la misión.

En 1860 Mazza le encomienda que vaya a la costa de Arabia al encuentro de un barco inglés que trasladaba jóvenes, rescatados de la esclavitud, y traiga cuantos pueda para Verona. Más adelante escribiría, a propósito de su lucha contra la esclavitud, esta resuelta decisión:

> «A todos los esclavos que se refugien en mi misión, los protegeré, y a todos los esclavos que encuentre en mi camino, los llevaré conmigo y nunca los devolveré a sus amos».

A propósito de este viaje contaría Comboni, años después, que ya le había anticipado al provicario apostólico su nueva estrategia misionera.

Todo había empezado por un chispazo, una intuición, una «inspiración» experimentada un día mientras rezaba ante la tumba de San Pedro de Roma. Era el 15 de septiembre de 1864. Esa iluminación cuajó en la redacción de un ambicioso *Plan para la regeneración de África,* un proyecto misionero que insistía y se resumía en este lema tan difundido: «Salvar África por medio de África». Quería comprometer a toda la Iglesia en su misión evangelizadora, y sobre todo proponía confiar en las capacidades humanas y religiosas de los pueblos africanos creando centros de formación de los negros en la costa africana. El *Plan* fue presentado al papa Pío IX y a Propaganda Fide el 18 de septiembre, que lo vieron con muy buenos ojos, aunque le sugieren darlo a conocer a las Sociedades Misioneras de Francia, Austria y Alemania para que lo examinen y le presten el necesario apoyo.

El *Plan* resultaba novedoso y, a la vez, realista, bien articulado y meditado, fruto de una contrastada experiencia misionera, llena de dificultades y de una sólida convicción: que los africanos, a cuya formación había prestado tanta entrega en la institución de don Mazza, pudieran ser protagonistas de su propia historia, portadores de fe y de civilización. Se trataba de contar con los propios africanos, redimirlos de su abandono y explotación. Había que abrir en la costa africana escuelas de artes y oficios, factorías y talleres de artesanía, colegios y universidades, tanto de teología como de ciencias humanas, con la finalidad de formar sacerdotes y laicos nativos que no fueran sólo simples receptores del evangelio, sino verdaderos evangelizadores. Además, los misioneros europeos, aclimatados a aquella realidad y debidamente inculturados, podrían avanzar hacia el interior del continente, primero en un rápido reconocimiento y después en fundaciones estables. El *Plan* de Comboni se distinguía por su dimensión católica, interpelaba a toda la Iglesia y no a un determinado instituto misionero de un país concreto. Pasaba del objetivo de la mera «conversión» al objetivo más global de la «regeneración» y apoyaba la promoción humana de la negritud

valorando a la mujer. Los misioneros, blancos y negros, debían transmitir no sólo la moral católica sino también enseñar a «leer, escribir, hilar, coser, tejer, cuidar a los enfermos y adiestrarse en las artes domésticas más útiles», tal y como enumeraba Comboni.

Cuando don Mazza conoció el proyecto de Comboni quedó admirado y perplejo pues superaba los límites de su institución. El sacerdote veronés escribió al cardenal Bernabó ofreciendo su ayuda a Propaganda Fide y dando a entender que don Comboni ya estaba fuera de su instituto. Este comunicado ocasionó algunos malentendidos, de tal manera que el 15 de febrero de 1865, en un encuentro a solas, Comboni le pide una explicación a Mazza: que le confirme por escrito que no pertenecía a su instituto. Por toda respuesta, don Mazza le abrazó mientras le decía: «Tu eres mi hijo», es decir «tu has interpretado fielmente mi utopía y a lo grande; por mi parte te encomiendo la responsabilidad de la misión centroafricana». Y firmó este mandato el 25 de junio de 1865, el último que firmaría don Mazza, pues murió el 2 de agosto de aquel mismo año. Unos días antes, Comboni había explicado por carta al cardenal Barnabó que, aclarado todo con Mazza, seguía siendo miembro de su instituto y que tenía preparado un grupo de sacerdotes mazzianos dispuestos a partir para África, conseguidos ya los medios económicos necesarios para la expedición misionera.

Daniel Comboni emprende viaje a Roma el 27 de junio para entrevistarse con el prefecto de Propaganda Fide, el cardenal Alejandro Barnabó, que se muestra partidario de dividir el vicariato centroafricano entre los franciscanos de Luis de Casoria y los mazzianos de Verona, pero al fallecer don Mazza pronto su institución abandona sus proyectos misioneros en África. Por tanto, Comboni debe actuar por si solo, pero cuenta con las ayudas de la Sociedad de Colonia y otras y con el reconocimiento de su obispo diocesano. No tardará en fundar, el 1 de junio de 1867, con la aprobación del obispo de Verona, monseñor Luis Di Canossa, el Instituto para las Misiones de África, en el marco de la Obra del Buen Pastor, asociación de carácter internacional. De aquí derivaría el instituto de Misioneros Combonianos del Corazón de Jesús, cuyo primer superior fue el propio

Comboni y primer rector Alejandro del Bosco, un misionero que sobrevivió a la expedición enviada por el instituto Mazza en 1857.

Mas adelante, el día primero de año de 1872, Daniel Comboni funda en Verona las Pías Madres de la Negritud, más conocidas como Misioneras Combonianas, a las que quería «verdaderamente santas, pero no con el cuello inclinado, pues en África se necesita tenerlo erguido; de alma ardiente y generosa, que sepan padecer por Cristo y por los negros», mujeres serias, buenas y de juicio. La iniciativa misionera había dejado de ser mazziana para convertirse en comboniana. El hijo de Mazza es ahora, a su vez, fundador y con plena autonomía se dedica a la realización de su plan. La empresa era temeraria, sobre todo considerando la enorme distancia entre los desafíos africanos y los escasos recursos humanos y económicos. A pesar de ello, en diciembre de 1867, ya había fundado en El Cairo un colegio masculino y otro femenino, el primero con la colaboración de los camilos y el segundo confiado a religiosos franceses de San José de las Apariciones. Se concretaba así el plan de catolicidad contenido en su gran proyecto. En esta etapa la vida de Comboni se convierte en un ir y venir entre Italia y Africa y en una enfebrecida animación periodística en la prensa europea y en su revista *Nigrizia*.

Al hacerse pública la convocatoria del Concilio Vaticano I, en 1869, se hallaba Comboni organizando su fundación misionera en Egipto. Entonces se le ocurre que podría ser aquella la ocasión idónea para hacer un llamamiento en favor de los pueblos de África utilizando el resonador conciliar. En 1870, cuando comienzan las sesiones, se encuentra en Roma dispuesto a participar como teólogo asesor del obispo de Verona, monseñor Canossa. A propósito de esta experiencia eclesial escribiría más tarde que una noche, estando ocupado y preocupado por la evangelización de los negros, se le pasó como un relámpago el pensamiento de aprovechar el Concilio para dirigir a todos los obispos del mundo católico una *carta* sobre la responsabilidad misionera de toda la Iglesia y presentar en el aula un *Postulatum* en favor de la evangelización de África central. Consiguió que el Papa y más de doscientos obispos participantes en el concilio

avalasen, el 18 de julio de 1870, su *Postulatum pro Nigris Africae Centralis,* un texto que ha pasado a la historia como un hito misionero.

> «Procuren —les decía a los obispos— que algunos de los sacerdotes más jóvenes de su diócesis que estén animados del Espíritu de Dios se unan a nosotros para llevar la Buena Nueva de Cristo al África negra. Hagan que los demás fieles que se sientan movidos por el amor de Cristo presten su ayuda a esta excelsa obra de redención».

El año de 1871 fue muy importante para la institución de Daniel Comboni, pues logró el reconocimiento canónico del obispo de Verona y escribió la *Regla* por la que se regirían sus fundaciones y ya, al comienzo de 1872 —como se ha dicho— crearía el instituto de las misioneras combonianas. Pocos meses después, en mayo de 1872, el papa Pío IX lo nombra provicario para el África central y confía la responsabilidad de este extenso tajo misionero a su fundación. El 2 de julio de 1877 será nombrado vicario apostólico del África central y el 2 de agosto recibirá la consagración episcopal de manos del cardenal Franchi, entonces prefecto de Propaganda Fide. En diciembre del mismo año parte para África con sus misioneros y misioneras, pero aquejado por unas fiebres se ve en la necesidad de regresar a Italia en 1879 para someterse a un tratamiento de aguas termales. Con todo, viaja continuamente y se ocupa de sus fundaciones veronesas, siempre con dificultades, aunque se ve compensado por la cantidad de sacerdotes, de muy diversos países, que quieren alistarse en su tarea misionera.

Intensifica su lucha contra la esclavitud denunciando la política de explotación colonial, la ambigüedad misionera de algunos comportamientos eclesiales de aquel momento, y especialmente la falta de lo que hoy se llama «inculturación». Esto movió numerosas acciones de los esclavistas que lanzaron contra Comboni todo género de difamaciones, una verdadera campaña. Sus últimos años fueron un verdadero calvario, de modo que cuando dice en su epistolario que se refugiaba en el corazón de Cristo traspasado, no estaba aludiendo a una actitud puramente devocional, sino a una vivencia espiritual profunda: en este horno ardiente de caridad encuentra la fuerza para trabajar por la evangelización de la negritud. «La cruz —escribió— tie-

ne la fuerza de transformar a África en tierra de bendición y de salud». En el verano de 1881, mientras hace su último recorrido por las nuevas misiones —en realidad sus expediciones a África, de 1857 a 1881, fueron ocho— abiertas en su inmenso vicariato, se halla pronto para emprender su último viaje.

Una noche del mes de octubre de 1881, en el camino de El Obeid a Jartum (la actual capital de Sudán), le sorprende una lluvia torrencial que afecta gravemente a su salud, ya quebrantada. El 10 de octubre entra en agonía y a las 10 de la noche muere en la sede del vicariato de Jartum. En el momento de su despedida, fatigado por los muchos trabajos y cruces de la misión, quiso tranquilizar a sus misioneros anticipándoles que su obra no acabaría con él, y les animó a continuarla: «Yo muero —decía— pero mi obra no morirá». Tenía 50 años de edad cuando falleció.

Y así se ha cumplido porque la familia comboniana es un árbol frondoso y de tal vitalidad que, cuando Daniel Comboni fue canonizado, su obra se extendía por 40 países de Europa, África, América y Asia, contaba con más de tres mil seiscientos religiosos, entre misioneros y misioneras, y con otros nuevos esquejes nacidos a la sombra de su plan misionero y de su espiritualidad, como los Misioneros Seculares Combonianos y los Laicos Misioneros Combonianos. Muchas otras congregaciones religiosas también se han inspirado en su carisma.

Daniel Comboni, el «apóstol de la negritud», fue enterrado en el jardín de la misión el 11 de octubre de 1881. Pero ni siquiera después de su muerte los enemigos lo dejaron en paz, pues en 1885 su tumba fue profanada por los mahdistas. Cuando, tras la revuelta, los combonianos volvieron a Jartum, recuperaron parte de sus restos, trasladados, primero, a Egipto y, posteriormente, a la casa madre de Verona.

JOSE ANTONIO CARRO CELADA

Bibliografía

AAS 86 (1994) 984; 87 (1995) 1152.
AGUILAR, J. J., *San Daniel Comboni, el defensor de los africanos* (Madrid 2003).
DANIEL COMBONI (SAN), *Gli scritti* (Bolonia 1991).
Ecclesia (2003) n.3175, p.28-29.
LOZANO, J. M., *Daniel Comboni, misionero y profeta* (Madrid 1995).

Mundo Negro (1996) marzo, 1-26; (2003) septiembre, 25s.
L'Osservatore Romano (6/7-10-2003) 8-9.
L'Osservatore Romano. Supplemento speciale (5-10-2003) 2-8
SCHIAFFINO, M.ª T., *Destino África. Daniel Comboni (1831-1881), misionero de Cristo en favor de los pobres* (Madrid 1981).

BEATA MARÍA ÁNGELA (SOFÍA CAMILA) TRUZSKOWSKA

Virgen y fundadora († 1899)

La suya fue una espiritualidad arraigada en el amor. En la oración y la humildad encontró la fuerza para dedicarse a los últimos, implantando en la Iglesia un carisma basado sobre la penitencia y la pobreza evangélicas.

Nacida el 16 de mayo de 1825 en Kalisz (Polonia), María Angela fue la hija mayor de José Truzskowski y Josefa Rudzinska. Fue bautizada con los nombres de Sofía Camila. Su padre era hombre de leyes; su madre estaba totalmente dedicada a la educación de los hijos. Eran ambos muy católicos, conjugando la religiosidad con la cultura y con un activo amor al prójimo. El profundo espíritu cristiano de la familia formó el ánimo de la pequeña.

Su familia se trasladó a Varsovia en 1837. Desde su infancia demostró una piedad profunda: participaba todos los días en la misa, recibía con frecuencia los sacramentos, realizaba vigilias de oración y visitaba con asiduidad el Santísimo Sacramento: todo esto desarrolló en ella una espiritualidad intensa.

A los dieciséis años, Sofía, amenazada por la tuberculosis, pasó un año en los Alpes suizos. La majestuosa belleza de aquellas montañas produjo una profunda impresión en el ánimo de Sofía, que comenzó a buscar la soledad y la contemplación. Poco a poco, esto despertó en ella el deseo de consagrarse a Dios.

Regresó de Suiza una Sofía más sana y madura, que se dedicó de lleno al estudio y a la oración. Cada vez más atraída por la vida religiosa, hablaba a menudo de ello con su prima, Clotilde Ciechanowska, que también deseaba entregarse a Dios. En 1848, a sus 23 años, experimentó un gran cambio en su vida espiritual, que ella definió como su «conversión».

Convencida de estar llamada a la vida contemplativa, ya estaba determinada a entrar en la Orden de la Visitación. Sus planes estaban todavía obstaculizados por la enfermedad de su padre, al que ella acompañó a las termas de Salzbrunn en Alemania. Durante el viaje que realizó al volver de Alemania, Sofía, iluminada por el Señor, durante un rato de oración en la catedral de Colonia, intuyó su vocación a estar entre los pobres y necesitados y a servir en ellos a Cristo con la oración y el sacrificio: Dios no la llamaba, pues, a ser salesa. Entonces, ¿qué?

De vuelta en Varsovia, su confesor le aconsejó renunciar a la vida religiosa, al menos, en tanto su padre viviese, porque José Truszkowski no podría soportar la pérdida de aquella hija queridísima. Por tanto, permanecería en su casa cuidando a su padre enfermo. De día trabajaba sin descanso por los pobres y por la noche oraba constantemente, buscando la voluntad de Dios en ella. Por fin, como el padre se diese cuenta de que su hija estaba realmente llamada por Dios a la vida religiosa, le dio su bendición y su permiso para que siguiese su vocación.

La situación social y política de Polonia ocupada por Rusia provocó la pobreza y el abandono de los necesitados. En 1854, a la edad de 29 años, Sofía iba a descubrir su camino. Su deseo de ayudar a los más pobres la llevaría a hacerse miembro de la sociedad de San Vicente de Paúl, que trabajaba sobre todo con la clase obrera de la ciudad, que empezaba a ser industrializada. En su afán de aliviar la pobreza del prójimo, comenzó a buscar y a ayudar a los niños abandonados de los barrios bajos de Varsovia y a las ancianas sin casa.

Después de ferviente oración, escuchando la inspiración divina, con la ayuda económica de su padre y el apoyo de su prima Clotilde, comenzó a hacerse cargo de seis niños en un apartamento alquilado de dos habitaciones, en Varsovia. De esta forma atrajo a muchas voluntarias y floreció el Instituto fundado por la señorita Truszkowska. Sofía, solícita por proveer las necesidades materiales y las actividades educativas, era el alma de la obra, para la que redactó un Reglamento.

Una profunda motivación espiritual acompañó el crecimiento de la actividad externa. Sofía se hizo miembro de la Tercera Orden de San Francisco en la iglesia de los capuchinos, y tomó el nombre de Ángela.

Cuando el año siguiente el Instituto fue trasladado a un local más grande, Sofía y Clotilde resolvieron dejar sus casas para vivir junto a los asilados. Así iniciaron una vida de total entrega a Dios. El 21 de noviembre de 1855, fiesta de la Presentación de Nuestra Señora, ante el icono de la Virgen de Czestochowa, Sofía y su prima se consagraron a hacer la voluntad del Hijo de María. En este día fue el comienzo de la nueva comunidad. La ya madre Ángela determinó como ideal de su congregación: que en todo y por todo Dios sea conocido, amado y glorificado. Pronto un buen número de jóvenes se unieron a las dos fundadoras en su misión caritativa. El superior provincial de los capuchinos, P. Benjamín Szymanski, observaba con interés el creciente grupo. Conociendo su deseo de una vida de total consagración, las ayudó a organizarse como comunidad religiosa. Tras obtener la aprobación eclesiástica, nombró a un capuchino, el P. Honorato Kozminski —hoy Beato— director de la naciente comunidad para atender a su formación.

El 10 de abril de 1857, viernes santo, Ángela y nueve de sus compañeras, que eran también terciarias, tomaron el hábito franciscano. Clotilde comenzó a llamarse sor Verónica. Enseguida, por la gran devoción de la congregación a la Santísima Virgen, cada hermana añadió al suyo el nombre de María.

Las hermanas no pensaron, en principio, dar nombre a aquella comunidad; fue la gente de Varsovia, que las veía a menudo rezando con los niños ante el altar de San Félix de Cantalicio, comenzó a llamarlas hermanas Felicianas, o de San Félix de Cantalicio. Ellas aceptaron con gusto el nombre y adoptaron como patrono a este santo, capuchino italiano del siglo XVI. Con la ayuda del Beato Honorato, director espiritual de la congregación, María Ángela comenzó a troquelar el espíritu de la joven congregación, por la que más tarde tuvo que sufrir tanto, que llegaría a decir:

> «Hay que haber elevado la Congregación con las propias manos, hay que haber nacido espiritualmente en ella, hay que amarla como se ama la propia alma, hay que estar unida a ella como el alma está unida al cuerpo, para poder comprender lo que se siente al asistir al quebrantamiento de una la Orden que se ha hecho nacer y al contemplar la ruina de lo que se había levantado».

Cuando en 1860, en la comunidad feliciana emergió un grupo que deseaba sólo la vida contemplativa, madre Ángela, pese a su profundo espíritu de contemplación, se mantuvo convencida de que la vocación de las hermanas felicianas se realizaba manteniendo una perfecta armonía entre la oración y el trabajo apostólico, y no tras los muros de un monasterio. Trasladado al convento de las Hermanas Bernardinas de Lowicz, hoy la rama monástica es un grupo independiente conocido como «Hermanas Capuchinas de Santa Clara».

Las religiosas dirigían a las laicas terciarias, instruían a los convertidos, visitaban las prisiones, y administraban también centros sociales rurales. Después del fracaso de la insurrección del pueblo polaco ante los opresores rusos, en 1863, muchos de estos centros se convirtieron en hospitales, donde las religiosas curaban a los heridos, polacos y rusos, indistintamente. La comunidad fue suprimida por el gobierno ruso en 1864, pero continuó en secreto bajo la guía espiritual de la fundadora. Un año después, el emperador Francisco José concedió el permiso para restablecer la Congregación Feliciana en la Polonia austriaca, a condición de que las hermanas se hicieran ciudadanas austriacas.

Madre Ángela, aun deseando formar parte de la comunidad restablecida en Cracovia, no pudo hacerlo hasta 1866, en que, gravemente enferma, obtuvo el permiso de expatriación. En Cracovia comenzó a mejorar, aunque quedando con una salud muy precaria. Aunque fundadora, teniendo siempre en la Congregación diversos cargos de gobierno, siendo sucesivamente directora del Instituto, maestra de novicias, superiora general, y siempre madre espiritual de la nueva comunidad, sólo en 1868, María Ángela emitió sus votos perpetuos. En el año siguiente, 1869, a causa de la enfermedad, a sus 44 años, durante su tercer mandato como superiora general, en el vértice de sus capacidades, la fundadora se retiró a la sombra, dejando la congregacion en otras manos. En sus últimos treinta años, María Ángela llevará una vida reservada, perfumando la comunidad con el aroma silencioso de sus virtudes.

Pasaba su jornada en oración, en el jardín, cultivando las flores para el Señor, o en su celda cosiendo sotanas para los

sacerdotes. Su humildad le dictaba no interferirse jamás en el gobierno de aquella congregación que ella misma había fundado, aunque seguía con sus plegarias, y con interés de verdadera madre, todo lo que sucedía.

El decreto de aprobación de la Santa Sede llegó el 1 de junio de 1874; la apertura de la primera misión en América, para trabajar entre los emigrantes polacos, en el mismo año; el privilegio de la exposición diaria del Santísimo Sacramento en la casa madre de la congregación, en 1882; el decreto de aprobación de las Constituciones y la aprobación definitiva de la congregación, en 1889. En 1893, cinco hermanas partieron a Kenia para ayudar a los pobres y necesitados con la educación, la asistencia sanitaria y los servicios sociales.

Después de 30 años de sufrimiento y atroces dolores, siempre soportados con el rosario en la mano, madre María Ángela murió en la paz del Señor, devorada por el cáncer, el 10 de octubre de 1899, a sus 74 años, en presencia de las religiosas.

La pequeña semilla plantada por su mano había de producir el gran árbol de una congregación de más de 4.000 (hoy unas 2.500) religiosas repartidas por cuatro continentes, con más de 300 casas: escuelas, hospitales, ambulatorios, asilos, orfelinatos, centros de catequesis y de retiros, oficinas diocesanas o parroquiales... En una palabra: están donde hay necesidad de trabajar con fe, amor y piedad. Como quiso madre Ángela, identifican su carisma feliciano con los cuatro aspectos fundamentales de la espiritualidad franciscana: El espíritu evangélico, eclesial, eucarístico y mariano.

Introducido el proceso apostólico para su canonización el 7 de julio de 1966, madre María Ángela Truszchowska fue beatificada el 18 de abril de 1993 por Juan Pablo II quien, en la homilía de la misa de beatificación, oró así a la nueva beata de su amada Polonia:

> «Te saludo, madre María Ángela Truszkowska, madre de la gran familia feliciana. Fuiste testigo de acontecimientos difíciles de nuestra nación polaca y de la Iglesia que allí cumplía su misión. Tu nombre y tu vocación están unidos a la figura del beato Honorato Kozminski, gran apóstol de las comunidades secretas, que hicieron renacer la vida de la sociedad atormentada y alimentaron la esperanza de la resurrección.

Hoy voy en peregrinación espiritual hasta tus reliquias, en mi amada Cracovia, donde se ha desarrollado la familia feliciana y desde donde se ha difundido más allá del océano, para servir a las nuevas generaciones de inmigrantes y americanos.

Cristo condujo a la madre Ángela por un sendero verdaderamente excepcional, impulsándola a compartir íntimamente el misterio de su cruz. Cristo formó su espíritu mediante muchos sufrimientos, que aceptó con fe y sumisión realmente heroica a su voluntad: en recogimiento y soledad, a través de una enfermedad larga y dolorosa, y en la noche oscura del alma.

Su mayor deseo fue el de llegar a ser "víctima de amor". Entendió siempre el amor como entrega libre de sí misma. "Amar significa dar. Dar todo lo que el amor pide. Dar inmediatamente, sin reservas y con alegría, con el deseo de que se nos pida cada vez más". Con esas palabras resume ella misma el programa de toda su vida.

Fue capaz de encender ese mismo amor en el corazón de las religiosas de su congregación. Ese amor constituye la levadura siempre viva de las obras, con las que las comunidades de Felicianas sirven a la Iglesia en Polonia y más allá de sus fronteras.»

ALBERTO JOSÉ GONZÁLEZ CHAVES

Bibliografía

BRONISLAWA DMOWSKA, S., *Matka Maria Angela Truzskowska* (Búfalo 1949).
CEGIELKA, F. A., *The pierced heart. Tthe life of the mother Mary Angela Truzskowska, foundress of the Congregation of Sisters of Saint Felix* (Milwaukee 1955).
GORSKI, A., *Angela Truzskowska i Zgromadzenie SS. Felicianek na tle dziejow mysli religijnej w Polsce XIX w.* (Poznan 1959).
NARUSZEWICZ, P., «Truzskowska, Angela», en *Bibliotheca sanctorum.* XII: *Stefano-Zuraire* (Roma 1969) cols.689-692
L'Osservatore Romano (ed. en español) (16 y 23-4-1993).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN CERBONIO DE POPULONIA

Obispo († 575)

Cerbonio era uno de los varios obispos africanos que a causa de la persecución de los vándalos se vieron obligados a dejar África y exiliarse en Italia. Aquí se estableció en Populonia, actualmente Piombino, en la Toscana. Aquí se acreditó por sus virtudes y fue elegido obispo de la población. Guiaba santamente a su nuevo rebaño cuando los lombardos invadieron la

zona y un nuevo exilio lo llevó a la isla de Elba, en la que años más tarde tuvo lugar su muerte. Su cuerpo fue llevado a Piombino a enterrar y dio comienzo su culto. San Gregrio Magno lo menciona en sus *Diálogos* diciéndonos que cuando el rey de los ostrogodos se apoderó del obispo, quiso castigarlo por haber ayudado a los soldados imperiales, y lo echó a un oso, pero la fiera no le hizo daño. Se cuenta de él que vivió en comunidad con su presbiterio.

SANTA TELQUILDE

Abadesa († 667)

Telquilde o Teodelquilde o Telequilde era originaria de la diócesis francesa de Meaux, hija de una noble familia. Su hermano Agilberto fue obispo de París y su tía Balda vivió una vida ejemplar como reclusa en su propia casa. Entra en la historia como abadesa del monasterio femenino de Jouarre, en el que se seguía la Regla de San Columbano. Este monasterio conoció un gran desarrollo bajo el mandato de la santa, saliendo del monasterio varios grupos de monjas para otros conventos. Muerta el 10 de octubre de 667, su hermano Agilberto le dedicó un sarcófago con una inscripción en que la llama virgen sin mancha, de noble origen, luminosa de méritos, ejemplar en sus costumbres, amante de la verdad, madre del monasterio y maestra de las consagradas al Señor.

SAN JUAN DE BRIDLINGTON

Presbítero († 1379)

Juan era natural de Thwing, junto a Bridlington, condado de York, donde nació en el primer tercio del siglo XIV. Con veinte años siguió la vocación eclesiástica e ingresó en el monasterio de canónigos regulares de San Agustín en Bridlington. Ordenado sacerdote, prestó sus servicios con gran ejemplaridad en su monasterio, siendo maestro de novicios, limosnero y subprior. Por su gran celo apostólico y sus buenas cualidades se le confió también el cargo de predicador. En 1361 se le eligió prior de la

casa, y pudo verse cómo a su conocida piedad y vida interior unía una gran aptitud para gobernar la comunidad y ocuparse con eficacia de todos sus asuntos. Bajo su mandato el convento conoció un período de evidente florecimiento. Murió el 10 de octubre de 1379, dejando tras de sí una estela memorable de santidad. Ello llevó a que se dieran los pasos necesarios para su colocación oficial en los altares. Se hizo a partir de 1386 una recogida de información sobre los milagros que se le atribuían y en 1400 uno de los canónigos fue enviado a Roma para procurar su canonización. Concluidos los trámites oportunos, el papa Bonifacio IX procedió a canonizarlo el 24 de septiembre de 1401. Su tumba fue objeto de peregrinaciones y a ella acudió el rey Enrique V tras la victoria de Azincourt (1415).

BEATO LEÓN WETMANSKI

Obispo y mártir († 1941)

Nace en Zuromín (Polonia) el 10 de abril de 1886, siendo sus padres Adán y Cordula. Tras los estudios primarios, se decidió por el magisterio y comenzó los estudios oportunos, pero sintió la llamada al sacerdocio y con veinte años ingresó en el seminario diocesano de Plock. Aquí hizo los estudios oportunos hasta su ordenación sacerdotal el 23 de junio de 1912. Entonces se le envía a la Academia Eclesiástica de Petersburgo, donde hace los estudios del doctorado en teología. Llegada la guerra mundial mostró su interés por los heridos de la guerra y en 1917 se le nombró director espiritual del seminario. Este mismo cargo tuvo en su diócesis al volver a la misma, al tiempo que desarrollaba una apreciable actividad pastoral y caritativa. En esta actividad se acreditó como sacerdote ejemplar y capaz. Por ello la Santa Sede lo nombró obispo auxiliar de Plock, para que prestara su colaboración al obispo diocesano, beato Antonio Julián Nowowiejski. Se comportó de manera ejemplar, estando siempre disponible para lo que el prelado le indicara y realizando todos sus servicios con gran escrupulosidad y dedicación.

Llegada la invasión alemana, tras la declaración de la II Guerra Mundial, ambos obispos perseveraron en su puesto sirvien-

do con gran entrega a su comunidad en tan difíciles circunstancias. Esto provocó su arresto el 28 de febrero de 1940, siendo llevado al campo de concentración de Slupno y dando comienzo a su calvario. El 8 de marzo de 1941 era transferido al campo de extermino de Dzialdowo. Aquí recibió muchos malos tratos y soportó tantas miserias que enfermó a consecuencias de ellas y murió el 10 de octubre de 1941. Hombre ascético en su vida personal, de gran vida interior e intensa espiritualidad, se había volcado como sacerdote y obispo en los más pobres. A él se debió la fundación de Cáritas Diocesana. Se sabe que había deseado la gracia del martirio. Animó mucho a sus compañeros de prisión a aceptar los sufrimientos con espíritu de entrega a la voluntad de Dios.

Fue beatificado el 13 de junio de 1999 por el papa Juan Pablo II.

BEATO EDUARDO DETKENS

Presbítero y mártir († 1942)

Nace en Varsovia el 14 de octubre de 1885 en el seno de una familia acomodada. Decidida su vocación eclesiástica, estudia en el seminario de Varsovia y se ordena sacerdote en 1913. Se gradúa en teología en la Universidad de Varsovia. Su campo pastoral serían las escuelas y el profesorado. En 1934 es nombrado rector de la iglesia de Santa Ana. Apóstol de la juventud, promotor de la pedagogía cristiana y cultivador de la cultura católica, era un hombre de profunda oración, abierto y alegre de carácter. Llegada la guerra mundial fue arrestado, era el 4 de octubre de 1939 y, con otros muchos sacerdotes, pasa cuatro meses en la cárcel de Pawiak. Poco después es dejado libre, pero por poco tiempo. Nuevamente es arrestado y esta vez se le envía al campo de concentración de Sachsenhausen y de éste pasaría al de Dachau, donde las miserias y padecimientos arruinan su salud. Declarado inválido, es asesinado en la cámara de gas de Linz el 10 de octubre de 1941.

Fue beatificado el 13 de octubre de 1999 por el papa Juan Pablo II.

11 de octubre

A) MARTIROLOGIO

1. La conmemoración de San Felipe, uno de los siete primeros diáconos († s. I) **.
2. En Anazarbo (Cilicia), santos Taraco, Probo y Andrónico († 304), mártires.
3. En Vexin (Galia Lugdunense), santos Nicasio, Quirino, Escubículo y Piencia (fecha desconocida), mártires.
4. En Verdún (Galia), San Santino († s. IV), obispo.
5. La conmemoración de San Sármata († 357), abad en la Tebaida y mártir.
6. En Uzés (Galia Narbonense), San Fermín († 553), obispo.
7. En Ossory (Irlanda), San Cánico o Cainnech o Kenneth († 600), abad de Aghaboe.
8. En la fortaleza de Esquemaris (Cáucaso), San Anastasio († 666), apocrisiario de la Iglesia romana, muerto en el destierro *.
9. En Lierre (Brabante), San Gummaro o Gomer († 774).
10. En Colonia, San Bruno el Grande († 965), obispo **.
11. En Gniezno (Polonia), San Gaudencio o Radzim († ca.1012), obispo *.
12. En Riga, a la orilla del Báltico, San Meinardo († 1196), obispo *.
13. En Bolonia (Emilia), Beato Santiago Griesinger de Ulma († 1491), religioso dominico *.
14. En Calosso (Lombardía), San Alejandro (María) Sauli († 1592), obispo de Pavía, de la Congregación de Clérigos Regulares de San Pablo **.
15. En Hanoi (Tonkín), San Pedro Le Tuy († 1833), presbítero y mártir *.
16. En Madrid, Santa María Soledad (Manuela) Torres Acosta († 1887), virgen, fundadora de la Congregación de Siervas de María **.
17. En Barcelona, Beato Ángel Ramos Velázquez († 1936), religioso salesiano y mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN FELIPE

Diácono († s. I)

El *Martirologio romano,* en su elogio del 11 de octubre resume la vida de San Felipe en estos términos:

«Conmemoración de San Felipe, uno de los siete diáconos elegidos por los Apóstoles. Convirtió a los samaritanos a la fe de Cristo, bautizó al eunuco de Candace, la reina de los etíopes, y evangelizó todas las ciudades por las que pasó hasta llegar a Cesarea donde, según la tradición, murió» (*Martyrologium Romanum,* p.534).

La primitiva predicación cristiana a partir de Pentecostés suscita numerosas y sorprendentes conversiones en cadena que culminaron en la de San Pablo. Ésta era la misión confiada por Cristo a los apóstoles: «Seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y en Samaría y hasta los confines de la tierra» (Hch 1,8).

La persecución desatada a raíz de la muerte de San Esteban, el protomártir, no hizo más que favorecer la expansión fuera de Jerusalén. Y, así, pasando por los rodeos de la historia humana, es como Dios quiso conducir el desarrollo de su plan universal de salvación.

Uno de estos «testigos» fue San Felipe, íntimamente vinculado a los apóstoles, que le eligieron diácono —uno de los siete con Esteban, Prócoro, Nicanor, Timón, Pármenas y Nicolás (cf. Hch 6,5)— para servir a los pobres mientras los apóstoles se dedicaban plenamente a la oración y al ministerio de la palabra.

A Felipe, el segundo después de Esteban, lleno de carismas y poderes taumatúrgicos, le correspondió evangelizar a los samaritanos, cosa a primera vista muy difícil porque aunque hermanos en raza y religión estaban separados de la comunidad de Israel y caídos en la herejía.

«Los que se habían dispersado fueron por todas partes anunciando la Buena Nueva de la palabra. Felipe bajó a una ciudad de Samaría y les predicaba a Cristo. La gente escuchaba con atención y con un mismo espíritu lo que decía Felipe, porque ellos oían y veían los signos que realizaba: pues de muchos posesos salían los espíritus inmundos dando grandes voces, y muchos paralíticos y cojos quedaron curados. Hubo una gran alegría en aquella ciudad» (Hch 8,4-8).

Con naturalidad y sencillez San Lucas narra este paso trascendental en la historia de la Iglesia, que comienza a desprenderse del judaísmo para extender su acción por todo el mundo. Este primer paso, dado por Felipe, va preparando la evangelización del mundo gentil.

Probablemente fue el mismo diácono quien informó a San Lucas. Éste, en los Hechos, cuenta con tantos detalles el ciclo de Felipe que todo hace pensar que ha recibido muy directamente la información, pues no sólo le conocía sino que residió algún tiempo en su casa de Cesarea, en compañía de Pablo.

Así consta por su afirmación expresa en 21,8s, cuando narra la subida a Jerusalén después de los viajes misioneros de Pablo:

> «Al día siguiente partimos (de Tolemaida) y llegamos a Cesarea; entramos en la casa de Felipe, el evangelista, que era uno de los Siete, y nos hospedamos en su casa. Tenía éste cuatro hijas vírgenes que profetizaban» (Hch 21,8-10).

Es claro que se trata de Felipe, no el apóstol sino el diácono, a quien se le da el merecido título de «evangelista», por su predicación. No está claro cuál era la ciudad concreta. Más bien se trata de la región cuya capital era Sebaste, a la que Herodes el Grande había dado el título de «Augusta» en homenaje al Emperador. La mayor parte de sus habitantes eran helenistas paganizados. Y en el versículo 25 del mismo capítulo 8, se nos dice que evangelizó muchos pueblos samaritanos.

Algunos señalan como posible la ciudad de Sicar que tan favorablemente recibió a Jesús en el pasaje de la Samaritana (cf. Jn 4,39-42).

Uno de los convertidos más notables fue Simón el Mago, que tenía gran prestigio entre los samaritanos por sus magias y sortilegios y los tenía a todos embaucados.

> «Sin embargo, ya de tiempo atrás había en la ciudad un hombre llamado Simón que practicaba la magia y tenía atónito al pueblo de Samaría y decía que él era alguien importante. Y todos, desde el menor hasta el mayor, le prestaban atención y decían: "Éste es la Potencia de Dios llamada la Grande". Le prestaban atención porque les había tenido atónitos por mucho tiempo con sus artes de magia.
>
> Pero cuando creyeron a Felipe que anunciaba la Buena Nueva del Reino de Dios y el nombre de Jesucristo, empezaron a bautizarse hombres y mujeres. Hasta el mismo Simón creyó y, una vez bautizado, no se apartaba de Felipe; y estaba atónito al ver los signos y grandes milagros que se realizaban.
>
> Al enterarse los apóstoles que estaban en Jerusalén de que Samaría había aceptado la palabra de Dios, les enviaron a Pedro y a Juan. Éstos bajaron y oraron por ellos para que recibieran el Espíritu Santo; pues todavía no había descendido sobre ninguno

de ellos; únicamente habían sido bautizados en el nombre del Señor Jesús. Entonces les imponían las manos y recibían el Espíritu Santo.

Al ver Simón que mediante la imposición de las manos de los apóstoles se daba el Espíritu Santo, les ofreció dinero diciendo: "Dadme a mí también ese poder: que reciba el Espíritu Santo aquel a quien yo imponga las manos".

Pedro le contestó: "Que tu dinero sea para ti tu perdición; pues has pensado que el don de Dios se compra con dinero. En este asunto no tienes tú parte ni herencia, pues tu corazón no es recto delante de Dios. Arrepiéntete, pues, de esa tu maldad y ruega al Señor, a ver si te perdona ese pensamiento de tu corazón; porque veo que tú estás con la amargura de la hiel y encadenado por la maldad". Simón respondió: "Rogad vosotros al Señor por mí para que no venga sobre mí ninguna de esas cosas que habéis dicho".

Ellos, después de haber dado testimonio y haber predicado la palabra del Señor, se volvieron a Jerusalén evangelizando muchos pueblos samaritanos» (Hch 8,9-25).

No parece que la conversión de Simón el Mago fuera del todo auténtica, pues se le ve interesado en comprar con dinero los carismas apostólicos de Pedro y Juan con la imposición de las manos que Felipe no podía dar. De ahí el nombre de «simonía» para designar el comercio con las cosas santas. Algunos códices, sin embargo, añaden su petición de oraciones liberadoras del castigo con la expresión «y no deja de llorar copiosamente». Algunos escritores antiguos lo señalan como jefe de una de las principales sectas gnósticas. Tal vez ya era esa su mentalidad, considerándose como emanación privilegiada del ser supremo, uno de aquellos eones intermediarios entre Dios y la materia, no viendo en los apóstoles más que una magia superior a la suya.

El episodio ofrece dos aspectos importantes: la dirección suprema de la marcha y desarrollo de la predicación cristiana y la expansión de la Iglesia que llevan los apóstoles desde Jerusalén con Pedro a la cabeza. Por eso se presentan Pedro y Juan en Samaría, para ver de cerca las cosas y completar la obra del diácono Felipe. El otro aspecto es la separación entre el bautismo que administra Felipe y la imposición de las manos que hacen los apóstoles para el don del Espíritu. Con mucha razón la exégesis tradicional cristiana ha visto en esta imposición de manos,

los primeros vestigios de la existencia de un sacramento que, desde el siglo V, se llamó «de la confirmación».

Otro paso adelante en el camino de la universalidad del evangelio, que ha de llevar la Buena Noticia de la salvación sin fronteras de razas ni lenguas, es la que da Felipe llevado por el Espíritu Santo. El episodio es encantador, tal como lo narra San Lucas:

> «Un ángel del Señor habló a Felipe: "Levántate y marcha hacia el sur por el camino que baja de Jerusalén a Gaza. Es desierto". Se levantó y partió. Y he aquí que un etíope eunuco, alto funcionario de Candace, reina de los etíopes, que estaba a cargo de todos sus tesoros, y había venido a adorar en Jerusalén, regresaba sentado en su carro, leyendo al profeta Isaías.
>
> El Espíritu Santo dijo a Felipe: "Acércate y ponte junto a ese carro". Felipe corrió hasta él y le oyó leer al profeta Isaías, y le preguntó: "¿Entiendes lo que vas leyendo?" Él respondió: "¿Cómo lo puedo entender si nadie me hace de guía?" Y rogó a Felipe que subiese y se sentase con él.
>
> El pasaje de la Escritura que iba leyendo era éste: "Fue llevado como una oveja al matadero; y como cordero, mudo delante del que lo trasquila, así él no abre la boca. En su humillación le fue negada la justicia; ¿quién podrá contar su descendencia? Porque su vida fue arrancada de la tierra".
>
> El eunuco preguntó a Felipe: "Te ruego me digas de quién dice eso el profeta: ¿de sí mismo o de otro?" Felipe entonces tomó la palabra y, partiendo de este texto de la Escritura, se puso a anunciarle la Buena Nueva de Jesús.
>
> Siguiendo el camino llegaron a un sitio donde había agua. El eunuco dijo: "Aquí hay agua; ¿qué impide que yo sea bautizado?" Y mandó detener el carro. Bajaron ambos al agua, Felipe y el eunuco, y lo bautizó; y al subir del agua, el Espíritu del Señor arrebató a Felipe y ya no le vio más el eunuco, que siguió su camino. Felipe se encontró en Azoto y recorría evangelizando todas las ciudades hasta llegar a Cesarea» (Hch 8,26-40).

Después de la conversión de los samaritanos, ahora es un extranjero, alto funcionario de la corte de la reina Candace, que regresa a su país por el camino que desciende a Egipto. No se trata de la Etiopía actual, sino de Nubia, situada entre la primera y la sexta catarata del Sur de Egipto, con capital en Meroe. Hoy pertenece al Sudán. El nombre de Etiopía que está en el texto, proviene de la versión de los LXX que traduce con este nombre la región designada por los judíos como Kush.

¿Era un pagano, o más bien un prosélito del judaísmo que tenía numerosas colonias en ese país? Existía cierta tolerancia entonces para recibir a los eunucos, cuya admisión prohibía Dt 23,1. A veces en los documentos el apelativo significaba únicamente funcionario de palacio.

Los rabinos aconsejaban al que viajaba solo, la lectura de la Biblia, que en la antigüedad se leía en alta voz. Por eso oyó Felipe la lectura. El pasaje era difícil. La traducción de los LXX era poco clara, de un texto hebreo oscuro y alterado. Ciertamente mesiánico y alusivo al Siervo de Yahvé en el tema espinoso de la pasión de Isaías.

Sin duda, la catequesis de Felipe fue extensa a lo largo del viaje. Tratándose de un lugar desierto en Oriente, es normal que dos viandantes que se encuentran, aunque sean desconocidos, traben enseguida conversación. Probablemente fue un bautismo por inmersión. Según el texto bíblico de la *Vulgata clementina* y de bastantes códices, el etíope, antes de ser bautizado, hizo una espléndida confesión de fe explícita en la divinidad de Cristo: «Felipe dijo: "Si crees de todo corazón, bien puedes". Y respondiendo dijo: "Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios"» (Hch 8,26.27).

Aunque, probablemente, sea una glosa posterior como nota marginal inspirada en la liturgia del bautismo, pasó más tarde al texto.

San Ireneo refleja este versículo, ignorado por toda la tradición oriental, cuando comenta: «El eunuco, al creer y pedir enseguida ser bautizado, repetía: "Creo que Jesús es el Hijo de Dios"» (*Adv. haer.,* 3,12,8).

El eunuco, según la tradición, se convirtió en apóstol; pero el cristianismo no penetró en su país hasta el siglo IV. En la leyenda del pseudo Epifanio, se le atribuye la evangelización de la Arabia feliz y de Eritrea muriendo allí mártir. Ciertamente se le ha dado culto entre los griegos, con la fiesta el 27 de agosto (cf. *Menologion).*

Felipe, una vez cumplida su misión con el etíope, milagrosamente es traladado a Azoto y de allí, dirigiéndose al Norte, evangelizando las ciudades costeras hasta llegar a Cesarea, en la que parece fija su residencia (cf. Hch 21,8).

Azoto, hoy Esdud, está a 37 km al norte de Gaza. Las llanuras de Secela y Sarón se convirtieron en rutas del evangelio. En Cesarea, la primera de las ciudades construidas por Herodes el Grande, a 115 km de Jerusalén, lugar de la antigua torre de Estratón, vivía Felipe con su mujer y sus cuatro hijas vírgenes, que tenían el don de profecía.

La tradición apócrifa lo hace obispo de Tralle, junto al río Meandro en Libia y le da nombre a sus hijas: Ermione, Caritina, Iraide y Eutiquiana.

En tiempo de San Jerónimo se señalaba en Cesarea la casa de Felipe con las habitaciones de sus hijas. A ella peregrinó Santa Paula.

Los martirologios de Adón y Usuardo ponen su fiesta el 6 de julio. Los abisinios la celebran el 14 de octubre, en memoria de la conversión del etíope. En el arte cristiano, algunos sarcófagos reproducen la escena del bautismo.

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

BERTOCCHI, P., «Eunuco, Etiope», en *Bibliotheca sanctorum*. V: *Erizzo-Galdino* (Roma 1964) cols.228-229.

EQUIPO «CAHIERS ÉVANGILE», *Los Hechos de los Apóstoles* (Estella 1979).

FLICHY, O., *La obra de Lucas* (Estella 2003).

PLOTINO, R., «Filippo», en *Bibliotheca sanctorum*. V: *Erizzo-Galdino* (Roma 1964) cols.719-721.

PROFESORES DE SALAMANCA, *Biblia comentada*. VI: L. TURRADO, *Los Hechos de los Apóstoles y epístolas paulinas* (Madrid 1965) 76-82.

SAN BRUNO EL GRANDE

Obispo († 965)

Digno hermano del emperador alemán Otón I el Grande, Bruno, arzobispo de Colonia, jugó un papel considerable en la historia de su país y en el de la Iglesia de su tiempo. Un día Otón podrá decirle a su hermano:

> «La conformidad de sentimientos que ha existido siempre entre nosotros es mi único consuelo en medio de las intrigas y miserias del palacio. Bendigo la piedad divina, que se ha dignado dar a

mi Imperio el sostén de un obispo como tú. Nunca te he visto hacer otra cosa que el bien, y nuestros mismos enemigos no podrían encontrar en ti cosa alguna que censurar».

Bruno, tercer hijo de Enrique I y de Santa Matilde, nació el año 925. Su calidad de benjamín de la familia le permitía una libertad que él aprovechó para instruirse con el estudio pasando cuatro años en la escuela episcopal de Utrech bajo el cuidado del obispo Balderico; y cuando regresó a la corte de su hermano Otón, constituido como rey de Germania en 936, pudo de nuevo concentrase en sus estudios con ardor juvenil; fueron sus maestros el obispo irlandés Israel y Raterio de Verona. Aprendió a hablar el latín y el griego y había leído todos los libros que hasta entonces habían podido llegar a sus manos. Haciendo notar diferencias, se sabe que el emperador, su hermano, no sabía latín y hablaba muy mal tanto el eslavo como el francés. Otón se apercibió entonces de las ventajas que le podía suponer tener junto a sí a su instruido hermano, pues, como Augusto y Carlomagno, a quienes quería imitar, gozaba viéndose rodeado de sabios y poetas, y cifraba la mayor gloria de su Imperio en procurar un renacimiento literario.

Bruno, pues, «era —dice su biógrafo— un vaso que Dios había llenado de inteligencia y de sabiduría». Su poeta favorito, su maestro, como él solía decir, era Prudencio, el cantor inmortal de los mártires. A través de él se introdujo en la literatura clásica de Roma y de Atenas. «Este gran vate hispano-romano —decía Bruno a sus amigos—, no sólo encanta por su elegancia en el decir, sino también por la seguridad y profundidad de su doctrina». No se asustaba, sin embargo, de leer las obras de los escritores paganos. Buscaba con avidez el sentido íntimo de las cosas, amaba la filosofía y todo conocimiento que le pusiese por encima de los sentidos.

Bruno, además de instruido, era un cristiano comprometido y piadoso, asiduo a los oficios litúrgicos, y amante del orden y de la claridad en las cuentas. Otón lo nombró abad comendatario de Lorsch, cercano a Worms y Corvey en la Westfalia. Fue, esta vez, un nombramiento excelente. Amaba el saber, pero no por vanagloria, sino porque se dolía de ver los males que la ignorancia había originado en la Iglesia y en la sociedad. Su modestia era tal, que más de una vez, cuando tenía que hablar en las sesiones lite-

rarias de la corte, se negaba a continuar a causa de los aplausos con que eran recibidas sus palabras. Nunca los negocios le tenían tan ocupado que no tuviese tiempo para recibir las audiencias de los pobres y desvalidos. En él, dice un contemporáneo suyo, se juntaron cualidades con frecuencia inconciliables: el lustre del nacimiento real, el prestigio de la dignidad, la plenitud de la ciencia, con la humildad de corazón, la dulzura de carácter y una modestia tal, que pocas veces se habrá visto otra semejante.

Es cierto que, por todo lo dicho, Bruno era un joven de precoz madurez. A sus quince años lo vemos ya firmando un documento en calidad de canciller, cargo que ocupará hasta el 953. Entre 941-942 fue ordenado diácono. Se tomó en serio su promoción eclesiástica y sin dejar de atender con rigor la cancillería del reino a la que organizó con todo detalle, comenzando por estructurar los estudios de los jóvenes que aspiraban a la clericatura, dotándoles de una seria formación intelectual y moral. Fue un restaurador de las letras. Volvió a poner en uso el estudio de las siete artes liberales, que en su infancia había encontrado olvidadas. Recogió con avidez todo lo grande y nuevo que pudo hallar de los historiadores, poetas, oradores y filósofos antiguos. A pesar de sus muchas ocupaciones, no se desdeñaba de enseñar en las escuelas del palacio y de escribir sus eruditos y elegantes «Comentarios» del Pentateuco y de los Evangelios. Gracias a estos esfuerzos, la corte se convirtió en una especie de Academia, donde, bajo la dirección de Bruno, se discutía con elegancia y competencia de toda suerte de disciplinas. Allí estaban el historiador Luitprando, Raterio de Verona, teólogo y moralista, cuyos escritos son fiel espejo de la sociedad de aquel tiempo, y otros sabios que hablaban lo mismo en griego que en latín. De cuando en cuando aparecía el monje de Corwey, Widukindo, historiador, miniaturista y escultor, y la monja-poetisa Roswlta, el ruiseñor de Gandersheim.

> «Bruno —dice su biografo— gustaba de leer las comedias y tragedias que nos dejo la antiguedad, aunque nunca le vimos reir con sus jocosas invenciones, sin duda porque lo que ante todo le preocupaba era la belleza del estilo»

Tan orgulloso estaba el sabio prelado de aquella escuela por él formada, que no podía separarse de ella.

> «Aunque la corte se desplazaba constantemente, él no quiso cambiar su modo de vivir. Quieto con el espíritu, aunque no con el cuerpo, llevaba consigo su escuela ambulante, así como su biblioteca, la cual era para él como el arca del Señor. El emperador miraba todo esto complacido, dando gracias a Dios, que si en lo exterior había fortalecido su reino con el consejo y la fortaleza, en lo interior lo vestía con esta nueva gloria».

Posteriormente recogería los frutos de tales esfuerzos y solicitudes, porque muchos de sus discípulos llegarían a ser sus compañeros en el episcopado.

En el año 951, Bruno viajó con su hermano hacia el sur, hacia Italia, para liberar a la reina Adelaida de Borgoña y ceñir la corona real. Otón se casó con Adelaida que le dio un hijo, con gran descontento de Liudolfo su hijo mayor, duque de Suabia, nacido del primer matrimonio de Otón y que veía así escapársele el imperio de las manos. El enfado le hizo rodearse de todos los descontentos, especialmente del duque de Lorena, Conrado el Rojo, marido de Lutgarda, hermana del rey, y del arzobispo de Maguncia, Federico, que no había perdonado a Otón haber preferido a Bruno como canciller en lugar de elegirle a él. El año 953, Conrado fue desposeído de su ducado y buscó refugio en Maguncia atrayendo las iras del emperador que vino a sitiar la ciudad acompañado de sus dos hermanos, Enrique de Baviera y Bruno. Sucedió en aquellos momentos que el arzobispo de Colonia, Wicfrido, murió el 9 de julio, y el cabildo, mostrándose dócil a los deseos del emperador eligió a Bruno como su nuevo prelado. Fue consagrado el 25 de septiembre de aquel año 953. Trató en seguida de reconciliar a los miembros de su real familia y casi lo logra; pero dolorosas circunstancias avivaron las discordias y provocaron una la guerra civil que llegó a extenderse por toda Alemania y que no se calmó hasta que, al año siguiente, todos se vieron obligados a desistir para defenderse de los húngaros, enemigo común de todos.

Otón confió el ducado de Lorena a Bruno, que dirigió su administración hasta su muerte. Supo conducir una gran actividad política al mismo tiempo que no descuidó en ningún momento las actividades pastorales propias de su cargo como arzobispo.

Bruno, pues, se ocupó en primer lugar de la continua reforma de la disciplina del clero, comenzada ya hacía algún tiempo

antes de él, pero todavía necesitada de un gran impulso. Fundó en Colonia la abadía benedictina de San Pantaleón y la colegiata de San Martín que después de su muerte fue entregada a los monjes escotos. Su ascendencia religiosa y eclesiástica sobrepasó con mucho los límites de su vasta diócesis y supo además conciliar los intereses de la política con el bien de la Iglesia. En 962 hizo elegir como obispo de Reims a un canónigo de Metz, Oudrí, que por su inteligencia, piedad y energía era digno de tan alto ministerio y que además podría ser de gran ayuda para la política germana.

Intervino también, Bruno, en la política francesa que, de alguna forma, él dirigió durante algunos años, desde 966, al ser llamado por su hermana Gerberga que había quedado viuda del rey Luis IV. No están de acuerdo los franceses con la política llevada a cabo por Bruno que, al repartir poderes entre la familia real y los hijos de su otra hermana Eudovigis, viuda de Hugo el Grande, no buscaba el bien de Francia sino mantener apartadas las mentes de su ducado de Lorena, que Lotario III reivindicaba justamente para si. Quien al fin recogió los beneficios de tales operaciones fue Hugo Capeto.

Cuando en 961 Otón volvió a descender a Italia, confió el cuidado de su hijo Otón y el gobierno de Alemania a su hermano Bruno y a su sobrino Guillermo, arzobispo de Maguncia. A su vuelta en el año 965, ya emperador del Sacro Imperio Romano, fue recibido como tal por su hermano Bruno en Worms. Los dos hermanos se dirigieron entonces a Ingelheim para celebrar las fiestas de Pascua y posteriormente recalaron en Colonia donde se encontraba su madre Matilde y sus hermanas Gerberga y Eudovigis y el rey carolingio Lotario III.

De la vida de San Bruno hay que manifestar sus deseos de soledad dentro del ambiente de trabajos y negocios. Fue siempre su aspiración como intelectual y como devoto eclesiástico, que, como pocos, supo hermanar el *otium et negotium*. Jamás se notó en él un movimiento de altivez o brusquedad; sus palabras, lo mismo que sus acciones, respiraban una cortesanía y una dulce gravedad que parecían innatas en él. Después de la comida, su recreo consistía en una lectura piadosa o en una meditación. Eterno madrugador, la aurora nunca le sorprendió en

el lecho. Tenía el raro don de abstraerse de todas las cosas exteriores y de estar solo en medio de la muchedumbre. Ni los estudios ni los negocios le arrebataron un solo instante aquel fondo de piedad que era la base de toda su vida. Desde sus años mozos había renunciado a todas las vanidades del mundo. Lloraba con frecuencia de verse separado de Cristo, y sus servidores le oían sollozar en el silencio de la noche.

> «Yo mismo —dice Ruotgero, su biógrafo— le oí decir más de una vez: "¡Quién me diera escapar de la mar tempestuosa de este mundo al puerto bienaventurado de la eternidad!" Otras veces le vi retirarse de los festines suntuosos sin haber probado los más exquisitos manjares».

Entre los cortesanos, vestidos de púrpura y de seda, se le distinguía por sus vestidos de lana grosera; y la misma sencillez libre siempre de toda afectación, quería en sus alimentos, en sus muebles y en todo el equipo de su casa. Sólo Dios sabe los esfuerzos que hubo de hacer para llegar a tan alta perfección.

A finales del verano Bruno retomó el camino de Francia, donde acordó una avenencia entre sus sobrinos Lotario III y Hugo, duque de Francia, tronco de la dinastía de los Capetos. De camino a Colonia fue presa de unos desfallecimientos y tuvo que detenerse en Reims y allí le sorprendió una grave enfermedad. «Es la deseada liberación», dijo él a los suyos; y, en medio de su dolencia, seguía leyendo, rezando y meditando. En los primeros días de octubre dictó su testamento, dejando todos sus bienes a los pobres, a las iglesias y a los monasterios. Poco después, empezando a sentir grandes dificultades en la respiración, aprovechó las fuerzas que le quedaban para recibir públicamente, con todos los ritos, el sacramento de la penitencia. Recibió de rodillas la comunión, y quedó luego largo rato postrado en tierra en adoración silenciosa y profunda. Al volver en sí, viendo a los que le rodeaban deshechos en llanto, les dijo:

> «No os aflijáis de ese modo, hermanos. Es la condición inexorable de las cosas. A las luchas de este mundo suceden las alegrías inmortales. Yo espero estar pronto en la sociedad de los elegidos, en el seno de las misericordias de mi Dios».

Quedó luego sumido en la oración, y poco antes de expirar hizo aún un ligero movimiento, para decir a un obispo que estaba a su lado: «Reza, hermano».

Murió el 11 de octubre de 965 —y la serenidad cristiana de su muerte hace todavía más bella su vida—, cuando apenas contaba con cuarenta años, pero muy trabajados por las muchas fatigas en bien de los suyos y por las asperezas de una vida realmente austera. Según sus deseos su cuerpo fue trasladado a Colonia y depositado en la abadía de San Pantaleón.

Su personalidad es la de un hombre humanista y ecléctico con todo tipo de cualidades positivas. Son también significativas sus actividades como pacificador con un arte inmejorable en dotes persuasivas puestas de manifiesto especialmente con su díscola familia y por la que será denominado con el apelativo de *pacificus.* Supo moderar sus ambiciones y dominar sus cóleras. Los rebeldes encontraban en él un intercesor piadoso para volver a la gracia de su señor, y su lealtad, nunca desmentida, no le impedía hablar a su hermano con la libertad de los hijos de Dios. El monje Ruotgero hace hincapié en sus cualidades humanas de un hombre sabio, prudente, amante del silencio y de las costumbres monásticas. Quiere explicitar que para ser un santo no se necesitan los milagros, sino tener un corazón repleto de interés y afecto para con todos los que le rodean. Bajo esta perspectiva es como el hagiógrafo tilda la muerte de Bruno de *cruel,* pues rompe el afecto y el cariño entre dos hermanos, Otón y Bruno, que tanto se querían.

Si bien Bruno, desde el primer momento fue considerado como un varón santo y recibió los títulos de beato y santo, su culto quedó restringido a la abadía fundada por él en Colonia. A partir de 1870 Roma concedió a toda la diócesis que pudiera celebrarlo públicamente con misa y oficio propios. Su tumba fue abierta y sus restos reconocidos el 23 de enero de 1892. La primera iglesia puesta bajo la advocación de San Bruno de Colonia fue levantada en 1923 en Klettenberg, uno de los nuevos barrios de Colonia.

LUIS M. PÉREZ SUÁREZ, OSB

Bibliografía

BAUDOT, J CHAUSSIN, L, OSB, *Vie des saints et des bienheureux* X *Octobre* (Paris 1950) 365 368

DELUGSU, I, Art en C LEONARDI A RICCARDI G ZARRI (dirs), *Diccionario de los Santos,* I (Madrid 2000) 1849, 1841

PEREZ DE URBEL, J, *Año cristiano* IV *Octubre Diciembre* (Madrid 1940) 72 77

SAN ALEJANDRO (MARÍA) SAULI

Obispo († 1592)

Después de la disolución moral, social y eclesial del medioevo y de la reacción radical de la reforma luterana, aunque con tardanza y sin grandes osadías —sin duda no podía ser de otra forma— llegó la reforma católica —o contrarreforma—, impulsada por el Concilio de Trento (1545-1563). La reforma era necesaria, reclamada *in capite et in membris:* comenzando por los pastores de la Iglesia para que llegara a todas las ovejas. El Concilio tridentino promovió sobre todo la reforma en la jerarquía eclesiástica. Tal reforma dio el fruto de una pléyade de obispos que, en la vieja cristiandad, la que permaneció unida a la sede romana, restauraron en profundidad la vida cristiana en sus diócesis y, en sí mismos y en muchos fieles, sembraron y cultivaron frutos de santidad que remozaron la faz de la Iglesia, afeada por la decadencia medieval y por nuevos brotes de costumbres paganizantes y de comportamientos contrastantes con el Evangelio, que brotaban en la modernidad. La reforma tridentina proporcionó a la Iglesia católica un grupo numeroso de santos pastores del pueblo de Dios, como Carlos Borromeo, Gregorio Barbarigo, Juan de Ribera y el santo obispo de Aleria y Pavía.

De antigua e ilustre familia genovesa, nació Alejandro en Milán el 15 de febrero de 1534, hijo de Domenico Sauli y de Tommasina Spínola. El niño Alejandro creció en el ambiente de debate religioso que agitaba aquella época con ansias de reforma y modernidad; no se dejó cautivar por el fasto y la mundanidad del ambiente que le rodeaba. Demostró enseguida su inclinación a la piedad y a la vida sacrificada, al amor a la pureza y a la humildad, con una devoción filial a la Virgen María, a la que consagró su virginidad.

Cursó los primeros estudios, literarios y jurídicos, en la Universidad de Pavía. Regresó a Milán con el firme propósito de abandonar la carrera jurídica a la que le destinaba su padre, y de abrazar una vida más perfecta. Rehusó entrar en la corte del emperador Carlos V y pidió ser admitido en el convento de San Bernabé, cuna de la recién fundada Orden de los clérigos regulares de San Pablo, llamados «barnabitas». Era el Instituto de cuño tridentino fundado por San Antonio-María Zacarías, un noble sacerdote de Cremona, aprobado en 1533 por Clemente VII. Los padres barnabitas impusieron una dura prueba de humildad y obediencia a aquel joven noble de 17 años que pedía la admisión en la Orden: el domingo de Pentecostés de 1551, ordenaron a Alejandro que cargara con una pesada cruz y la llevara por las calles de Milán, predicando en público el amor de Dios y el desprecio del mundo. Vestido de paje, el joven postulante se dirigió con su cruz a cuestas a la plaza del mercado y subió al palco de un saltimbanqui. Ante el asombro de la gente, soltó su sermón. Fue tal el impacto en la Orden de aquel acto de humildad, que se introdujo la costumbre en el noviciado de rememorar y de reproducir cada año aquel gesto de Alejandro por parte de quienes deseaban profesar la regla de los barnabitas.

Después de su profesión religiosa, el joven milanés se decidió a recorrer con decisión y coraje el camino de la perfección, cultivando especialmente la caridad fraterna. En la Universidad de Pavía cursó filosofía y teología. Profundizó en la *Summa theologica* de Santo Tomás de Aquino y en los escritos de San Buenaventura; se aficionó al estudio de las obras de los Santos Padres, especialmente de San Juan Crisóstomo y de San Gregorio Magno. En el ámbito universitario, gozó de merecida fama por la agudeza de su ingenio, su prodigiosa memoria y sus dotes oratorias. Superó, sin inmiscuirse en ella, la crisis de la naciente Orden, que en los años 1551-1552 provocaron dos «místicos» censurados por la Santa Sede. El 29 de setiembre de 1554 emitió los votos solemnes.

Fue ordenado presbítero el 21 de marzo de 1556. Al año siguiente, fue destinado al nuevo colegio de estudios de Santa María de Canepanova en Pavía. En 1563 obtuvo el grado de

doctor en teología e ingresó en el colegio de teólogos de la universidad. Así, pues, ejerció su ministerio sobre todo en la predicación y en la enzeñanza, en las que desplegó todo su celo. Extendió la devoción de las Cuarenta Horas, que surgía entonces con fervor; promovió la comunión frecuente, explicó —según el carisma de su Orden— las cartas del apóstol Pablo; abrió escuelas de doctrina cristiana; organizó y dirigió una academia universitaria, cuyos miembros, antes de estudiar los textos griegos de Aristóteles, recibían los sacramentos «para hacerlo todo en el nombre del Señor».

Fue nombrado teólogo del obispo de Pavía y decano de su Facultad de teología, censor de obras bíblicas, maestro de moral del clero Para éste reimprimió el *Confessionale* de Savonarola. Uno de sus proyectos fue el de compilar en un texto el derecho canónico que, en el ámbito eclesiástico, hiciera las veces que, en el campo civil, cumplían las Instituciones de Justiniano. Participó en el concilio provincial de Milán, en 1564, convocado y presidido por San Carlos Borromeo.

Tenía sólo 33 años cuando fue elegido prepósito general de su Orden, el 9 de abril de 1567. En otras dos elecciones fue votado por sus hermanos religiosos. Su familia religiosa vivía aún en el fervor de los orígenes. Para sus hermanos de religión fue un padre, un legislador, un modelo. Era muy afable con los jóvenes, los formó con periódicas conferencias espirituales, con ejercicios públicos de humildad, con su ejemplo constante de paciencia, bondad, de piedad y sincera unión con Dios. Para los novicios, escribió una Regla especial que ha sido seguida sustancialmente hasta la actualidad. Estableció un nuevo plan de estudios eclesiásticos y profanos, dio sabias normas para los confesores y predicadores. Disminuyó la abundancia de las oraciones vocales y abolió el canto figurado en la salmodia coral y en las misas solemnes.

Gozó de una gran amistad con San Carlos Borromeo: éste lo eligió como su confesor y consejero, lo tuvo por colaborador en los trabajos sinodales, en la reforma de los conventos de religiosas y en el gobierno de su gran archidiócesis. También fue director espiritual de Nicoló Sfondrati, el futuro papa Gregorio XIV, de varios cardenales y obispos, de prelados y miembros de la nobleza lombarda.

Le ofrecieron la unión de los barnabitas con los «Humillados». Esta Orden singular, formada por frailes, monjas y laicos, surgió en la Italia septentrional a fines del siglo XII; estuvo infeccionada de herejía, pero Inocencio III, a principios del siglo XIII, logró encauzarla. En el siglo XVI estaba muy decaída. Poseía entonces 94 conventos. San Carlos Borromeo fue encargado por la Santa Sede de su reforma. El P. Sauli no aceptó el ofrecimiento de los numerosos conventos de «Humillados» que se le ofrecían, temeroso de que esta unión perjudicara el espíritu propio de los clérigos de San Pablo. En 1571 San Pío V suprimió los frailes de aquella orden medieval.

El P. Salvi abrió nuevas casas de barnabitas en el Piamonte, en el Véneto y en Roma. Aquí gozaban ya de la buena amistad de San Felipe Neri y de San Ignacio de Loyola, pero con la nueva casa podrían establecer relaciones más fluidas con la curia romana.

Por sus grandes cualidades apostólicas y religiosas, el papa San Pío V lo nombró en 1570 obispo de Aleria, en Córcega. San Carlos Borromeo quiso conferirle personalmente la ordenación episcopal.

La diócesis del nuevo pastor no era fácil. No tenía sede estable, pues Aleria, una ciudad episcopal de la antigüedad cristiana, había sido capital de la isla hasta el siglo IX; tras invasiones y saqueos, estaba deshabitada en 1252. La diócesis era sufragánea de Pisa desde 1092. Como tantas otras de Occidente en la época anterior a Trento, había sufrido el absentismo de los obispos titulares. En junio el nuevo obispo llegó a Córcega y fue estableciendo su sede en varias ciudades: Tallone, Bastia, Algaiola y Corte. En 1578 logró construir una modesta residencia episcopal en Cervione. Tuvo que enfrentarse a un ambiente de terrible decadencia. Decidió empezar por la reforma del clero, que malvivía en condiciones morales e intelectuales deplorables. Siguiendo las decisiones tridentinas, realizó las visitas pastorales a través de la abrupta geografía de la isla. En ellas, predicaba al pueblo, explicaba el catecismo a niños y a adultos, administraba los sacramentos, distribuía limosna a los menesterosos, visitaba a los enfermos, ofrecía generosa hospitalidad a los esclavos liberados, a los náufragos, a los peregrinos.

En estas visitas pastorales, él mismo asumía el oficio de párroco y catequista, para instruir y formar a los sacerdotes, tantas veces impreparados para su ministerio y a los feligreses. Personalmente enseñaba teología a los clérigos y a los sacerdotes ancianos; para ellos escribió sabias instrucciones que dieron oportunamente sus frutos. Convocó tres sínodos y publicó sus constituciones para introducir los decretos del Concilio de Trento. Edificó desde los cimientos el seminario, la catedral y la residencia episcopal. Con razón fue aclamado como el segundo fundador de la Iglesia de Aleria.

En una sociedad erizada de conflictos familiares y sociales, fue ministro de paz: aplacó odios y venganzas familiares. Extirpó abusos, escándalos y supersticiones. Obró conversiones de apóstatas y de judíos, promovió cofradías, organizó procesiones de penitencia.

El clima duro, las enfermedades, peligros de diversa índole, las privaciones, amenazaron su delicada salud. El santo obispo era el buen Pastor siempre dispuesto a dar la vida por sus ovejas. Lo demostró su caridad en la carestía y la peste de 1580. Emuló la heroicidad de San Carlos Borromeo en iguales circunstancias. Alejandro mereció ser llamado en aquel trance «ángel tutelar, padre de los pobres, apóstol de Córcega».

Su pobreza y austeridad eran admirables. No tenía medios —afirmaba— ni siquiera para construirse una celda de capuchino.

Sus biógrafos le atribuyen el don de obrar milagros, por su firme fe, según la promesa del Evangelio. Imponiéndoles las manos, curó apestados y enfermos afectados de fiebre; con la señal de la cruz, calmó una tempestad; salvó la isla de incursiones piráticas; sació multitudes hambrientas.

Brilló aún más por sus cualidades espirituales, por el don de la contemplación, de la profecía, del discernimiento de espíritus. Manso e intrépido a la vez, logró el perdón para un desgraciado que atentó contra su vida y, para evitar un derramamiento de sangre, tuvo el coraje de lanzarse en medio de dos facciones que se enfrentaban con armas.

Para instrucción de sacerdotes y fieles escribió y publicó un *Catecismo romano,* muy alabado y recomendado por San Francisco de Sales.

Sus méritos y logros pastorales motivaron que fuera propuesto para ocupar las sedes episcopales de Tortona y de Génova. San Alejandro se opuso a tales candidaturas. Pero cuando subió al solio pontificio su confidente Gregorio XIV, tuvo que aceptar por obediencia el obispado de Pavía. La ciudad que lo había acogido como estudiante, sacerdote y profesor universitario, lo recibió con inmensa alegría y con grandes festejos el 20 de octubre de 1591.

A pesar de sus debilitadas fuerzas, aunque sólo contaba 57 años, se dispuso enseguida a aplicar los decretos tridentinos y vigilar su observancia, referentes a la predicación, catecismo, seminario, formación del clero, religiosidad popular, reforma de las costumbres, visita pastoral. Precisamente mientras estaba realizando la primera visita pastoral a su nueva diócesis, cayó gravemente enfermo. Atacado de una fiebre violenta, vio acercarse su fin. Hizo leer a su confesor la narración evangélica de la Pasión de Cristo. Escuchándola, murió santamente en Calosso d'Asti el 11 de octubre de 1592. No había cumplido su primer año de pontificado en Pavía. Él ya lo había profetizado en su triunfal entrada: «No pasará un año sin que esta manifestación de alegría se convierta en luto». El buen pastor de Aleria y Pavía recibió sepultura en esta su última catedral.

En torno a su sepulcro, creció la fama de santidad y la devoción popular. También sus antiguos diocesanos de Córcega veneraban a su bienaventurado obispo, suplicaban su intercesión y le atribuían favores. El Consejo municipal de Pavía hizo recoger, de acuerdo con el tribunal episcopal, testimonios sobre la vida y los milagros del santo obispo. En 1625 finalizaron estos trabajos. En 1629 se inició en Roma un largo proceso canónico que no terminó hasta 1732 con la convalidación, por Clemente XII, de los procesos canónicos de Pavía y Aleria. En 1741 la Congregación de Ritos aprobó dos de las cuarenta curaciones milagrosas que se le atribuían.

El santo religioso y obispo fue beatificado por el papa Benedicto XIV el 23 de abril de 1741. Este mismo pontífice, gran admirador del beato Alejandro, ordenó la reanudación del proceso apostólico para su canonización, que no llegó hasta el 11 de diciembre de 1904, celebrada por San Pío X.

Numerosas obras, impresas o conservadas en manuscritos, atestiguan la sabiduría y las virtudes pastorales del santo pastor del pueblo de Dios, entre las cuales, además de las citadas, está un comentario sobre los oficios y conducta de los obispos (Roma 1886). Lecciones de filosofía, de teología dogmática y moral, de Sagrada Escritura, explicaciones de evangelios dominicales, guiones de homilías, consideraciones ascéticas, documentos autobiográficos, etc.

PERE-JOAN LLABRÉS Y MARTORELL

Bibliografía

Bibliotheca sanctorum. I: *A-Ans* (Roma 1961) cols.808-812.
BARELLI, F. L., *Vita del venerabile servo di Dio Aledssandro Sauli* (Bolonia 1705).
BOFFITO, G., *Biblioteca barnabitica,* III (Florencia 1934).
FRIGERIO, D., *Alessandro Sauli, vescovo e santo di ieri e di oggi, 1534-1592* (Milán 1992).
GABUZZIO, G. A., *Vita beati Alexandri Sauli* (Milán 1748).
GALLICIO, A., *Alexandri Sauli vita et gesta* (Roma 1661).
MOLTEDO, F. T., *Vita di San Alessandro Sauli* (Nápoles 1904).
PAGANO, S., «Alejandro Sauli», en C. LEONARDI - A. RICCARDI - G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los santos,* I (Madrid 2000) 124-126.
PREMOLI, O. - MANZINI, L. - BARZAGHI, C. - BOFFITO, G., *Alessandro Sauli. Note e documenti* (Milán 1905)

SANTA MARÍA SOLEDAD (MANUELA) TORRES ACOSTA

Virgen y fundadora († 1887)

El 5 de febrero de 1950 hay una bulliciosa y singular animación en la vaticana Basílica de San Pedro. Multitud de personas esperan impacientes la aparición del entonces reinante papa Pío XII para la solemne ceremonia de beatificación de una monja española: Soledad Torres Acosta, madrileña de nacimiento y fundadora de las Siervas de María.

La entrada de la comitiva papal reviste la emoción y el esplendor de siempre: la Guardia Noble *abre* paso y da escolta a la silla gestatoria, desde donde Su Santidad bendice sonriente a los presentes, mientras los altos dignatarios que van a tomar parte en la solemne función cierran la marcha.

Allí muchas de sus hijas religiosas esperan ansiosas el momento del magno acontecimiento y, aunque invisible, la do-

liente humanidad se encuentra también presente en prueba de gratitud a la principal artífice de un instituto exclusivamente a ella dedicado. Siglo y medio ha pasado desde aquella otra fecha en que, con una procesión bien diferente, comenzaba su existencia.

Existe, a mediados del siglo XIX, en la capital de España, un barrio extremo que carece de iglesia y donde trabaja como coadjutor, dependiente de la parroquia de San José, un sacerdote llamado don Miguel Martínez. Por su ministerio sabe cuánta es la indigencia y miseria a que están sometidos la mayoría de los enfermos y cuántos son los que mueren sin sacramentos. Ante este desolador cuadro decide reunir unas cuantas mujeres piadosas para asistir a los enfermos en su propio domicilio y ayudarles a prepararse a bien morir. Animado por muchas personas que ven lo caritativo de su obra, escoge las siete primeras y emprende el difícil camino que supone toda nueva fundación.

Una soleada mañana del agosto madrileño la curiosa comitiva formada por un clérigo con cruz alzada, seguido de siete mujeres y un sacerdote cerrando la marcha, emprende su camino por la calle Recoletos hacia el barrio de Chamberí. Son malos días para manifestaciones religiosas en la real villa, donde los sueños de libertad, revolución y progreso apasionan a los hombres y las luchas dinásticas penden como una amenaza sobre sus habitantes. El no muy lucido desfile prosigue su marcha por diversas calles madrileñas hasta llegar a una casa junto al paseo de Santa Engracia.

Sólo una de las siete mujeres se halla en plena juventud, Viviana Antonia Manuela Torres Acosta, desde entonces sor María Soledad. De físico no muy agradable, poseía, en cambio, unas dotes nada comunes de prudencia y tesón. Dos cualidades que han de llevarla pronto a regentar la nueva comunidad y levantarla en los momentos en que parecía definitivamente acabada.

Porque las vicisitudes para la naciente congregación comienzan bien pronto. Su creación ha sido un poco precipitada y la formación religiosa de las nuevas hermanas un tanto superficial para la nueva vida. Así, casi inmediatamente, surgen los abandonos ante la disciplina y mortificación que suponen sus

diarias obligaciones. Solamente María Soledad, dedicada por entero al cuidado de enfermos, no parece sentir estos desmayos. Sus grandes dotes de laboriosidad y carácter la sostienen a cada momento. Tampoco ella había tenido ese período de preparación o noviciado necesario a toda religiosa, pero su vida en la casa paterna, donde imperaba la obediencia y el trabajo, suplieron esta falta y le hicieron familiar el sometimiento a un reglamento y una vida sin comodidades.

Había nacido en la calle Flor Baja, el 2 de diciembre de 1826, y era hija de un modesto matrimonio dedicado a la pequeña industria. Toda su infancia transcurre pendiente de su precaria salud y en medio de una sencilla atmósfera familiar, donde va aprendiendo los quehaceres propios de la casa. Únicamente los domingos pierde su vida un poco de monotonía cuando sale con sus padres a pasar la tarde a los parques frondosos que entonces rodean la capital: el Campo del Moro, la Casa de Campo, El Pardo, son frecuentes escenarios de estas horas felices.

Su educación cristiana va a fortalecerse en la escuela donde desde muy pequeñita la envían sus padres. Es una que en la calle Amaniel tienen las hijas de San Vicente de Paúl para las niñas pobres. Allí perfecciona su saber en las artes caseras y su carácter va templándose en la disciplina y el orden.

Su juventud transcurre en medio de ese ambiente alegre y bullanguero que posee el Madrid de mitad de siglo, solar luminoso de majas y chisperos. Contemporáneas suyas, viven también en la ciudad otras jóvenes que, cuando mujeres, han de honrarla ante la faz del mundo: María Micaela del Santísimo Sacramento, Vicenta López Vicuña, Rafaela Porras y varias más son un exponente de la comunidad en santos de Castilla.

Es a los veinticinco años cuando oye hablar del proyecto del coadjutor de Chamberí y decide presentarse a él para ayudarle en tan meritoria labor. Mas la primera reacción del sacerdote al verla es francamente desfavorable, impresionado por su, al parecer, delicada salud. Supone que no le permitirá resistir el trabajo de asistencia a los enfermos y sobrellevar las nuevas obligaciones, por lo que la despide bastante fríamente, aconsejándola que piense bien lo que ha de hacer.

Pero ella está decidida a dedicar su vida a fines caritativos. Ya de pequeña, en su período escolar, asistía a algunas señoras que se encontraban solas y enfermas, encontrando en ello gran satisfacción. Así, pues, vuelve a presentarse ante don Miguel y, junto con otras seis compañeras, toma el hábito del nuevo Instituto de Siervas de María el 15 de agosto de 1851. Sus constituciones estipulan que su finalidad es la asistencia totalmente gratuita y a domicilio a los enfermos que lo soliciten.

Poco tiempo después la peste colérica invade Europa y también hace su aparición en Madrid. Los hospitales y establecimientos públicos sanitarios se encuentran totalmente abarrotados de enfermos, y muchos apestados deben ser atendidos en sus domicilios, donde muchas veces son abandonados por temor al contagio. Las nuevas monjas son las que han de acudir en su ayuda y deben multiplicarse para poder atender a tantos necesitados.

Mas todos estos trabajos no bastan para santificar la nueva congregación. Las pruebas se suceden ininterrumpidamente. Hay dentro de la comunidad muchas defecciones e incluso alguna escisión que la debilitan enormemente. Las primeras expansiones al hospital de la Orden Tercera de San Francisco y al hospitalillo de Getafe terminan en un fracaso. El Gobierno se muestra reacio a la aprobación de los estatutos y pone todas las trabas posibles a su posible extensión. Su fundador, don Miguel Martínez, las abandona para marchar a Fernando Poo a evangelizar en aquellas islas. En su lugar queda un joven sacerdote carente de la madurez necesaria para regir una fundación naciente, y su labor no puede ser más desatinada.

Aparte de esto, María Soledad ha de sufrir otras vejaciones. Es depuesta de su cargo de superiora general y apartada de la casa madre y su gobierno. La maledicencia se levantará contra ella en bastantes ocasiones y ha de soportar no pocas incorrecciones aun dentro de la misma comunidad.

Todo ello da lugar a que el Instituto vaya de mal en peor, llegando hasta tal extremo que está a punto de ser firmada su disolución por las autoridades eclesiásticas. No obstante, el nombramiento de un nuevo director, el padre Gabino Sánchez, y la reposición de María Soledad como superiora general, vuelven

poco a poco a consolidar la primitiva obra, que ya marchará en adelante con firmeza. La reina Isabel II las toma bajo su protección, y el 11 de noviembre de 1859 la Junta de Beneficencia de Madrid las encarga del cuidado de todas las casas de socorro del primer distrito. El gobierno aprueba sus constituciones, aunque no así la Iglesia, que no lo hará hasta 1898.

En 1881 varias hermanas embarcan para La Habana y Santiago de Cuba, cuando ya son en España más de 40 las casas fundadas. Casi todas ellas lo han sido personalmente por la madre Soledad, que al mismo tiempo ejerce los más bajos oficios en la casa madre. No le importa en momento alguno lavar, barrer y atender a las hermanas enfermas de cualquier dolencia.

Así transcurre su vida en medio de un trabajo y un ajetreo constante, hasta que, después de una no muy larga, pero sí penosa enfermedad, que la retiene en cama, muere en Madrid el año 1887, a los sesenta y un años de edad.

Cuando ya saben de su caridad más profunda en varios continentes, la Iglesia declara en grado heroico sus virtudes y la eleva al honor de los altares.

Al terminar la ceremonia en la gran Basílica de San Pedro, las sonoras voces del órgano lanzan, llenas una vez más de júbilo, el sacro himno del *Te Deum*. Allá, en el fondo, la figura de sor María Soledad Torres Acosta resalta brillante en la *Gloria* de Bernini.

LUIS PORTERO

Bibliografía

PIO XII, «Discurso en la beatificación»: *AAS* 42 (1950) 182-261.
PRADO, G., *Madre Soledad* (Madrid 1953).
ZUGASTI, J. A., *La madre Soledad Torres Acosta y el Instituto de las Siervas de María. Estudio histórico,* 2 vols. (Madrid 1916).
• Actualización:
JAVIERRE, J. M.ª, *Soledad de los enfermos Soledad Torres Acosta* (Madrid ²1973).
ZUGASTI, J. A., *La madre Soledad Torres Acosta y el Instituto de las Siervas de María* (Salamanca 1978).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN ANASTASIO
Apocrisiario († 666)

Anastasio era un discípulo de San Máximo el Confesor con quien condividió los esfuerzos, trabajos y penalidades por el mantenimiento de la verdadera fe. Cuando San Máximo fue procesado en Constantinopla en la primavera de 662, compareció con él ante el prefecto y también ante un sínodo convocado para proteger los intereses de la herejía. Pese a su edad octogenaria, San Máximo se negó a aceptar el Typos, que sostenía era contrario a la recta fe, y con sus discípulos fue azotado y les fue cortada una mano a cada uno de ellos. Seguidamente fueron condenados a exilio perpetuo en las costas orientales del Mar Negro, en la Cólquide, más concretamente en la fortaleza de Esquemaris. Allí el 13 de agosto del 662 asistió a la santa muerte de San Máximo. Perseveró Anastasio en su vida de desterrado, con gran paciencia, piedad y fortaleza espiritual, y el día 11 de octubre de 666, cuando celebraban la santa liturgia, dijo: «Lo santo para los santos» y exhaló el espíritu.

SAN GAUDENCIO DE GNIEZNO
Obispo († ca.1012)

Hijo del señor de Libice (Bohemia) nace hacia el año 970 y era hermano de San Adalberto de Praga, obispo y mártir. En 988 acompañó a su hermano a Roma en lo que pensaba era prólogo de una peregrinación a Tierra Santa, pero estando allí ingresó en el monasterio benedictino de San Alejo en el Aventino y parece que allí recibió el sacerdocio. Fiel acompañante de su hermano Adalberto, fue con él a Praga y Polonia, le acompañó en la obra evangelizadora junto al Báltico y fue testigo de su martirio (23 de abril de 997). Ese mismo año vuelve a Roma donde colabora en la redacción de la vida de su santo hermano y en 999 es consagrado obispo de Gniezno, donde llega en la primavera del año siguiente, rigiendo la diócesis con santidad y

fortaleza hasta su muerte el 11 de octubre de un año entre 1012 y 1019.

SAN MEINARDO

Obispo († 1196)

Meinardo era canónigo regular de San Agustín en un convento de Sigeberg, en el Holstein, y siendo ya un anciano se sintió en el deber de irse a evangelizar el país de los letones. Se embarcó como capellán en una nave de mercancías de Lúbeck y desembarcó en el golfo de Riga. Aquí pidió permiso al príncipe Vladimiro de Polotzk para su proyectada obra evangelizadora. Construyó en 1184 la primera iglesia en Yxkill e hizo sus primeras conversiones. Dos años más tarde iba a dar cuenta de su obra al obispo de Bremen, el cual decidió consagrarlo obispo de los letones. Seguidamente el obispo se dirigió al papa Clemente III quien —el 25 de septiembre de 1188— confirmó a Meinardo como obispo de los letones y lo hizo sufragáneo de Bremen. Pero pronto se manifestaron las dificultades de la empresa: imposibilidad de que Meinardo solo o casi solo llevara adelante la obra evangelizadora de todo un pueblo, la falta del necesario apoyo del obispo de Bremen, expulsado de su diócesis, y la desconfianza que se había creado hacia el grupo de los alemanes. Meinardo acudió al papa Celestino III en petición de ayuda y el papa estaba dispuesto a dársela pero Meinardo murió en Yxkill el 11 de octubre de 1196. La sede episcopal fue fijada luego en Riga.

BEATO SANTIAGO GRIESINGER DE ULMA

Religioso († 1491)

Santiago nació en la región alemana de Suabia, en la ciudad de Ulma, el año 1407, en una familia acomodada y piadosa, que le brindó una buena educación cristiana, aunque, como era común en muchas familias de su tiempo, no lo pusieron a estudiar. Con permiso de sus padres, a los veinticinco años hizo una peregrinación a Roma donde pasó varios meses visitando los

lugares santos de la Ciudad Eterna. Luego pasó a Nápoles y se enroló en el ejército del rey Alfonso V el Magnánimo. No perdió nada de su virtud en medio de la milicia y las burlas de que era objeto por su bondad le llevaron a abandonar su milicia. Se acomodó entonces en Capua como mayordomo de un magistrado, cuyo afecto se ganó en los cuatro años que allí estuvo. Se decidió finalmente por la vuelta a Ulma y en el camino llegó a Bolonia. Aquí visitó el sepulcro de Santo Domingo y estando orando frente a él sintió la llamada a la vida religiosa. Lo consultó con el prior del convento dominico y éste le aseguró que tenía vocación y le dio el santo hábito. Comenzó a vivir la vida religiosa con entrega total, practicando ya en el noviciado todas las virtudes propias del verdadero religioso. Puesto que tenía aptitud para ello, le encomendaron hiciera las vidrieras de la iglesia. Devoto de la Pasión del Señor, de la Virgen María y del Ángel de la Guardia, tenía una gran vida interior, otorgándole el Señor carismas místicos. El Señor lo llamó a su seno a los 84 años, habiendo recibido con mucho fervor los santos sacramentos.

Su culto inmemorial fue confirmado por el papa León XII el 3 de agosto de 1825.

SAN PEDRO LE TUY

Presbítero y mártir († 1833)

Este sacerdote mártir vietnamita había nacido en la población de Banh-So hacia 1770. Estudió en el seminario de Vinh-Tri y se ordenó sacerdote. Fue primero coadjutor de Dong-Thanh y luego de Chan-Loc, pasando luego como párroco a Nam-Duong. Trabajó en los tres sitios con mucho celo, edificando a los fieles. Estaba en el pueblo de Thanh-Trai administrando los sacramentos a un enfermo cuando fue delatado y arrestado. Los cristianos intentaron, sin conseguirlo, obtener su liberación. El detenido fue enviado a Hanoi, recluido en la cárcel y cargado con la canga, lo que llevó con gran paciencia y humildad. Quedó claro que la única posibilidad de salvarlo era ocultar su condición de sacerdote, pero cuando a los tres meses fue juzgado, él no quiso ocultar su ministerio sacerdotal. El juez

no cargó las tintas en su relación al rey Minh-Manh, pero éste, al saber que era sacerdote, confirmó su pena de muerte. Fue decapitado en Hanoi el 11 de octubre de 1833, primera víctima de este reinado. Su cuerpo pudo ser luego enviado a París, al Seminario de Misiones Extranjeras.

Fue canonizado el 19 de junio de 1988 por el papa Juan Pablo II junto con los 117 mártires de Vietnam, muertos por la fe entre los años 1745-1862, que habían sido beatificados a lo largo del siglo XX.

BEATO ÁNGEL RAMOS VELÁZQUEZ

Religioso y mártir († 1936)

Nació en la ciudad de Sevilla el 9 de marzo de 1876. Primero fue colaborador de los salesianos, entrando en las Escuelas profesionales de Barcelona-Sarriá en 1894, atraído por el Beato Felipe Rinaldi, y mostró sus magníficas cualidades como maestro decorador, que le hizo ser muy apreciado. En 1897 se decidió por la vida religiosa e ingresó en la congregación salesiana en la que hizo la profesión religiosa. Alegre, piadoso, sacrificado, humilde y muy trabajador, supo poner sus cualidades de artista al servicio de los fines de la congregación. Cuando llegó la revolución de julio de 1936 buscó refugio en varias pensiones, pero un antiguo alumno lo vio por la calle y lo denunció. El religioso le dijo al denunciante que si le había hecho algún daño, y el joven le dijo que se lo habían hecho otros y que él pagaría por ellos. El religioso le dijo que deseaba que Dios lo perdonara como lo perdonaba él. Seguidamente se lo llevaron y ya no se supo más de él. Era el 11 de octubre de 1936.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

12 de octubre

A) MARTIROLOGIO

1. En Roma, en la Vía Laurentina, San Hedisto (fecha desconocida), mártir.
2. En Anazarbo (Cilicia), Santa Domnina († 304), mártir.
3. La conmemoración de los santos Cipriano y Félix († 483), obispos, y otros cuatro mil novecientos sesenta y seis entre obispos, presbíteros, diáconos y fieles martirizados en África en la persecución de los vándalos *.
4. En Piacenza (Emilia), San Opilión († s. V), diácono.
5. En Roma, el papa San Félix IV († 530).
6. En Cilli (Estiria), San Maximilano († 684), obispo de Lorch.
7. En Pavía (Lombardía), San Rotobaldo († 1254), obispo.
8. En Áscoli del Piceno, San Serafín de Montegranaro (Félix de Nicola) († 1604), religioso capuchino **.
9. En Londres (Inglaterra), Beato Tomás Bullaker († 1642), presbítero, religioso franciscano, mártir en el reinado de Carlos I *.
10. En Ribarroja de Turia (Valencia), Beato José González Huguet († 1936), presbítero y mártir *.
11. En Masamagrell (Valencia), Beato Pacífico (Pedro) Salcedo Puchades († 1936), religioso, de la Orden de Menores Capuchinos, mártir *.
12. En el campo de concentración de Darlewitz (Polonia), Beato Román Sitko († 1942), presbítero y mártir *.
13. En España se celebra hoy la fiesta de Nuestra Señora del Pilar **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN SERAFÍN DE MONTEGRANARO (FÉLIX DE NICOLA)

Religioso († 1604)

La Orden franciscana se propuso desde su comienzo seguir las huellas del Serafín de Asís por el camino de la máxima humildad; y se mostró plenamente consecuente al correr de los años logrando la canonización de algunos de sus frailes aparentemente más insignificantes y hasta despreciables a los ojos del mundo: tales los hermanos legos, contemporáneos entre sí, San Pascual Bailón, San Félix de Cantalicio y San Serafín de Montegranaro, los dos últimos pertenecientes a la familia capuchina.

Los tres, por cierto, ni siquiera llegaron a saber leer ni escribir, pero guardando rebaños desde la infancia en la soledad de los campos supieron ver las huellas de Dios en la naturaleza y elevar sus almas a Dios.

El apellido paterno de nuestro santo era Rapagnano. Lo cambió, conforme a la *praxis* de los capuchinos, por el de Montegranaro (Áscoli Piceno), lugar donde nació, de padres muy humildes y fervorosos cristianos, el año 1540, recibiendo en el bautismo el nombre de Félix.

Niño aún, trabajó a las órdenes de un campesino cuidando sus ganados. Al morir su padre, el hermano mayor ya ejercía el oficio de albañil. A él se asoció Félix como peón. Un día mientras trabajaban en una mansión de Loro Piceno escuchó lo que leía en voz alta la hija del dueño. Era una lectura altamente espiritual que lo cautivó desde el primer momento. La joven lectora se convirtió en su mejor ayuda. Siguiendo sus orientaciones y consejos, se encaminó a Tolentino y llamó a la puerta del convento de capuchinos de esta ciudad: sólo tenía 18 años.

Parece que el ingreso en la Orden no le fue del todo fácil. Acogido para profesar un día como hermano lego, hizo el noviciado en la ciudad episcopal de Jesi. Ya en la toma del hábito cambió su nombre de bautismo por el de Serafín. En adelante se había de llamar Serafín de Montegranaro.

¿Cuál fue su vida de fraile profeso? Un continuo ir destinado de convento en convento hasta los 50 años. No se dudaba de su diligencia y buena voluntad, pero en todos partes llegaban a la convicción de su ineptitud para cuantos oficios se le encomendaban: cocinero, portero, hortelano, recaudador de limosnas... Fue objeto frecuente de humillantes reprensiones, pero los superiores se sentían desconcertados por su reacción siempre humilde, cada vez más reafirmado en la bondad, la pobreza, la pureza y la mortificación. Algunos biógrafos desvelan el motivo oculto por el que algunos frailes insistían excesivamente en lo de su ineptitud: fray Serafín resultaba muy incómodo en los conventos por la mucha gente que a él acudía intuyendo su santidad. Su cruz de palo se vio sustituida en sus últimos veinte años por un crucifijo de bronce regalo de otro capuchino que había estado como capellán militar en la batalla de Lepanto.

Este era el libro en que *leyó* horas y horas el fraile analfabeto hasta adquirir la ciencia suprema de la cruz. Bañado con sus lágrimas lo daba a besar y con él bendecía a los enfermos: no raras veces floreció el milagro. Sus devociones se inscriben desde el comienzo en la más genuina tradición de la Orden: la Pasión del Señor y la Eucaristía. Su devoción mariana se cifró especialmente en la Virgen Dolorosa. El Señor le regaló con el don de lágrimas. En fray Serafín hablaba habitualmente el silencio en contraste con algunos frailes tan palabreros como carentes de sustancia. A ellos se dirigía con santa libertad, mostrándoles el crucifijo: «Este es el verdadero libro que hay que estudiar para predicar al pueblo con fruto».

Habida cuenta de esta actitud íntima, fácilmente se comprende la alegría y la paz de San Serafín, peregrino de un convento a otro «por no valer para nada».

Al fin, en 1590, cumplidos los cincuenta años, llegó a su lugar definitivo: Áscoli. Pasados doce años, quisieron mandarlo a otra parte, pero su fama de santidad y el fervor popular eran tales que entraron en juego las autoridades locales. Los superiores de la Orden cedieron, y en Áscoli permaneció hasta la muerte.

De la figura demacrada de fray Serafín dimanaba una inefable paz: endulzaba las situaciones más difíciles, arreglaba conflictos familiares, reducía al amor corazones dominados por el odio. Para la reforma de costumbres y el acrecentamiento de la piedad queridos por el Concilio de Trento, vino a resultar el pobre lego un incomparable artífice en la ciudad de Áscoli. No por ello experimentó el menor apego. Precisamente en estos años estuvo decidido a marchar de misionero a tierras de infieles, alimentando el deseo del martirio. Sin saberlo, había recorrido la escala ascendente que San Buenaventura, el Doctor Seráfico, nos describe en su *Itineratio mentis ad Deum:* el deseo del martirio marca el último escalón. Llegada a él, nos dice, ya el alma descansa en pura paz a la sombra de Cristo crucificado. El pleno descanso le llegó con la hermana muerte el 12 de octubre de 1604. Toda la ciudad se sintió conmovida, sin distinción de clases, acudiendo a venerar sus restos. Y se repitió entonces lo que había sucedido en Siena, siglos antes, a la muerte de San Bernardino: todos querían algún recuerdo de fray Serafín.

«Los señores *ancianos* hablarán esta mañana con el P. guardián de los capuchinos significándole esta resolución. Y se escriba por el primer correo al cardenal Monopoli y al general de los capuchinos dándoles cuenta del dolor de la ciudad por la muerte de este padre [...] y del concurso de gentes que en esta ocasión ha habido en la iglesia y de la determinación de nuestra ciudad para conservar el cuerpo de quien vivo y muerto ha sido considerado como santo.»

La fama de santidad se extendía sin cesar, registrándose cada día extraordinarias gracias y milagros. En seguida el papa Pablo V tuvo conocimiento del fervor popular y autorizó que ardiera continuamente una lámpara sobre su tumba. Así, no se pudo por menos de instruir (1611) el proceso de beatificación cuando sólo habían transcurrido siete años de su fallecimiento. Como sucedió con tantos otros procesos, la celeridad inicial dio paso a largas demoras, sobre todo por la especial normativa impuesta por Urbano VIII. Al fin, el 18 de julio de 1729 el papa Benedicto XIII lo incluía en el índice de beatos. El 16 de julio de 1767 fue canonizado por el papa Clemente XIII, estableciendo su fiesta el 12 de octubre, fecha de su muerte.

Su sepulcro, verdaderamente glorioso, sigue en la iglesia de Santa Maria in Solestà de los padres capuchinos, hermoseada con sucesivas restauraciones hasta comienzos del siglo XX.

Con motivo del IV centenario de la muerte de San Serafín, el papa Juan Pablo II dirigió una carta apostólica al obispo de Áscoli Piceno, el 3 de junio de 2004. De ella ofrecemos los siguientes párrafos:

«San Serafín de Montegranaro forma parte, con pleno derecho, de la multitud de santos que han enriquecido desde el inicio la Orden capuchina. Había asimilado tan profundamente la exhortación evangélica de "orar siempre sin desfallecer" (cf. Lc 18,1; 21,36), que su mente permanecía habitualmente inmersa en las cosas del espíritu, hasta tal punto que a menudo se abstraía de lo que le rodeaba. Se detenía a contemplar la presencia divina en la creación y en las personas, y sacaba de ello inspiración para una unión constante con Dios.

Su oración se prolongaba durante horas en el silencio de la noche a la trémula luz de la lámpara que ardía delante del tabernáculo de la iglesia conventual. ¡Con qué devoción participaba el humilde fraile en la celebración eucarística! ¡Y cuánto tiempo permanecía en estática adoración ante el Santísimo Sacramento, dejando que su oración se elevara como incienso agradable al Señor!

Animado por un intenso amor a la pasión de Cristo, meditaba largamente en los sufrimientos del Señor y de la Virgen santísima. Le gustaba repetir el *Stabat Mater* y, recitándolo, se deshacía en lágrimas en medio de la conmoción de los que lo escuchaban. Llevaba siempre consigo el crucifijo de bronce, aún hoy conservado como preciosa reliquia; con él solía bendecir habitualmente a los enfermos, implorando para ellos la curación física y espiritual».

JOSÉ MARÍA DÍAZ FERNÁNDEZ

Bibliografía

PELISSANNE, C. DA, *Vita di S. Serafino da Montegranaro laico professo dei frati minori cappuccini, grande taumaturgo del secolo XVI* (Loreto 1940).

SANTARELLI, G., *Vita di San Serafino da Montegranaro* (Ancona 2003).

SVAMPA, D., *Vita di S. Serafino da Montegranaro, laico cappuccino* (Bolonia 1904).

TRAINI, V., *Agiologia storico-critica di S. Serafino da Monte Granaro «Felice Pianpiani»* (Áscoli Piceno 2003).

NUESTRA SEÑORA DEL PILAR

Iba el Almirante navegando aquella incertidumbre de sesenta vacías singladuras, mudo y ensimismado en su paisaje interior de aguas y de estrellas. Estaba ungido. Y el Señor se complacía en descubrirle el misterio de aquella geometría de números y de luz en que fueron creadas todas las cosas al principio. ¡Qué riesgo marear los océanos cuando aún no concierta la bitácora con la Polar, los caminos seguros donde resoplan su gozo los ángeles del viento y las sirenas! Pero la corazonada del Almirante le ardía, asomada a los ojos, como un fuego rusiente, para conducir los navíos. ¿No parecían las carabelas, entre el turpial salobre de las olas, tres conchas peregrinas desprendidas del bordón de Santiago? Sí. Después de andar siglos y siglos la dura tierra española, en holocausto de sangre y de batallas, por la unidad de la fe, esta aventura extraordinaria en la inmensidad desconocida de los océanos.

Los Pinzones, grandes capitanes y ambiciosos, tejen, con la fatiga y el descontento de la tripulación, trampas y trifulcas al Almirante: pero él se recoge, con la seguridad de su fe iluminada, en el regazo de la Biblia. Se navega hacia la desesperación. Y, detrás de cada ola, crece el designio del retorno a La Rábida.

De pronto, los pájaros. Inesperadamente, un vuelo de papagayos y de grullas enhebran, con las agujas de los mástiles y el hilo de oro del sol, un soneto de luz a la esperanza. El anochecer de vísperas se cierra, como boca de lobo, sin estrellas, abrasado de vientos tropicales que enloquecen la pasión y la sangre. El mar, en calma. Y rompe la «Salve, Regina» marinera, tan impetuosa, que arranca el milagro al corazón de Dios, en el nombre de María Santísima. ¡Qué prodigio entonces! El Almirante, vestido de negra ropilla penitente, agarra entre sus manos el gobernalle. Quiere rezar, y no puede, porque sus labios se aferran a una palabra sólo: «Tierra». Después se pone a temblar, él, tan endurecido de infinitas navegaciones. Una lágrima de amor enturbia el poder de sus pupilas, que adivinan allí, en la lejana frontera del cielo con las aguas, el resplandor parpadeante de un fuego. ¿Se alucinan aún? El reloj que criba las arenas del tiempo, entre aquellas ampollas que parecen dos corazones de cristal, apunta las dos de la madrugada. Un morterazo y un grito: «¡Tierra a la vista!» Y Rodrigo de Triana, como el bello arcángel de la Anunciación, certifica el milagro del Descubrimiento.

Algarabía, abrazos y canciones; los tamboriles vascongados rizan vítores de gloria al Almirante; y una oración: «Bendita sea la luz; bendita la santa cruz; y el Señor de la verdad; y la Santa Trinidad; bendito sea este día; y el Señor, que nos lo envía». Y allí van solemnes las carabelas españolas, escoltadas de una orla de indios que saltan y juegan, como delfines, con el poder del mar.... y parece el cortejo de los tres Reyes Magos que rinden su homenaje a un nuevo mundo recién nacido para la mayor gloria de Dios. En el diario del Almirante hay esta noticia que resume todos los designios del Descubrimiento:

> «Yo, para que los indígenas nos tuvieran mucha amistad, porque conocí que era gente que mejor se libraría y convertiría a nuestra santa fe más por el amor que por la fuerza, les di bonetes colorados y cuentas de vidrio, que se ponían al cuello, con lo que habían mucho placer y quedaron tan nuestros que era maravilla».

Está fechada un 12 de octubre de 1492, el mismo día que allí la España distante, católica y misionera, honra a su patrona de los cielos, Santa María del Pilar. ¿Coincidencia? Pero ésta es otra historia de un estupendo prodigio, en el escenario de las

aguas del Ebro, acaecido un amanecer original, catorce siglos antes.

Os lo quiero referir con todo el perfume intacto de una primera relación, escrita por mano anónima, en las últimas páginas del códice de *Los Morales,* de San Gregorio Magno, según puede leerse en los archivos de Zaragoza. Tiene la suave fragancia espiritual de los *scriptorios* medievales, donde los monjes hilaban la historia, con aquel gozo de oros, azules y bermellones, según los abecedarios de una fe pura y pacífica. Se la creía contemporánea del obispo Tajón, hacia el 631, pero la crítica le ajustó la edad aproximada entre finales del XIII y principios del XIV.

Y fue que Santiago el Mayor, hermano de Juan el Evangelista, vino a España para anunciar la nueva ley de Jesucristo. Cumplía el mandamiento que el Señor les hiciera a los Doce, en su última aparición de resucitado: «Predicad el Evangelio a todas las gentes del mundo». El escritor anónimo inicia su narración dramatizando un coloquio de despedida entre la Virgen y el apóstol, que resulta poco verosímil; y después nos describe la llegada a España, por Asturias; sus viajes misioneros en Galicia; siguiéndole todo su itinerario hasta la España Menor, que es el reino aragonés, que se llama Celtiberia. Dos videntes extraordinarías, las venerables María de Jesús de Ágreda y Ana Catalina Emmerich, coinciden en ver a Santiago partir desde Jaffa, tocar Cerdeña en la ruta del mar Mediterráneo y desembarcar, más lógicamente, en Cádiz o Cartagena, para la evangelización de Andalucía. La madre Agreda coloca en Granada un aprieto de muerte para el apóstol, acorralado por sus enemigos, del que le salva la Virgen María viniendo personalmente en su socorro.

Pero situémosle ya, con el códice gregoriano, en Zaragoza, donde no le acompaña la fortuna en sus trabajos apostólicos. «Aquí predicó muchos días, logrando convertir para Cristo a ocho hombres». ¡Menguada pesca para aquel marino del mar de Tiberíades que había tocado con sus manos las redes abarrotadas de Pedro en aquella pesca milagrosa! Y, cosa muy natural, le rinde el desaliento a Santiago. «Con estos convertidos se entretenía en dulces enseñanzas sobre el reino de Dios, y por la noche iba a una era, cerca del río, donde se echaba en la paja». Ya se presiente el prodigio. Porque, en una de esas largas noches

desveladas por la amargura y la oración instante, percibe en los cielos un camino de luz, sonoro de canciones y de arcángeles. Ave María, *gratia plena.* ¿Es una alucinación de la fatiga o del viento ululante que baja del Moncayo? No. Es una evidencia estremecedora, en sus claridades celestes. La humilde Virgen María, tierna Madre de la Iglesia, que él dejara en Jerusalén, está allí, palpitante, viva, hermosísima, bendiciéndole, hablándole de esta manera: «He aquí, hijo mío Jacobo, el lugar de mi elección. Mira este pilar en que me asiento, enviado por mi Hijo y Maestro tuyo. En esta tierra edificarás una capilla. Y el Altísimo obrará, por Mí, milagros admirables sobre todos los que imploren, en sus necesidades, mi auxilio. Este pilar quedará aquí, hasta el fin de los tiempos, para que nunca le falten adoradores a Jesucristo». Y la cabalgata angélica toma reverente a su Reina, y por un camino de luceros, que será para siempre el Camino de Santiago, le devuelve a su retiro de Jerusalén. Así, tan sencillamente termina el relato de la aparición de María, en su carne mortal, al apóstol Santiago, en Zaragoza.

¿Historia o leyenda?

Cuando, en nuestro tiempo, aquel reducido oratorio, edificado por los primeros creyentes, se ha convertido en un suntuoso templo de la Hispanidad, abrir este interrogante de duda suena a herejía intolerable. Pero acaso sea mejor que la crítica de dentro y de fuera de España haya cribado rigurosamente tan entrañable suceso. Si se niega la evangelización de nuestra Patria por Santiago el Mayor, nada puede quedar de esta prodigiosa venida de la Virgen, ni de su celeste regalo de la columna. Veamos.

Los adversarios argumentan en dos direcciones: una teológica; la otra, científica. Y dicen: No parece honorable a la santidad y seriedad de María este andar funambulesco por los aires, ni tampoco coherente con su carácter humildísimo el pedir, en vida aún, que el apóstol edifique un oratorio a su dedicación y culto. Pues, en respuesta, os abro la teología de la Virgen, en aquella Pentecostés, cuando preside a los Doce, la mañana elegida por el Santo Espíritu para introducir a la Iglesia públicamente en la historia del mundo. Sobre todos caen las llamas misteriosas de fuego, que los transforma, de hombres, en consagrados «testigos del Señor Jesús». Aquí, en este ardiente ce-

náculo, lo veis, se realiza aquella maternidad de gracia —sin estrenar aún— anunciada al mundo por las palabras de agonía de Cristo, en la mutua entrega de su Madre y Juan. Toda maternidad tiene exigencias inviolables y derechos augustos, de sacrificio, de ternuras, de tutelas y socorros cerca de los hijos. Y María, Madre de este pequeño Colegio apostólico y de toda la Iglesia universal. Pues bien; de otro lado, no se pueden negar teológicamente a Nuestra Señora gracias, carismas y dones que hayan sido concedidos a simples mortales, sino que deben atribuírsele en grado eminente. Según la luminosa dialéctica de Santo Tomás de Aquino, María alcanza, en funciones de su divina maternidad, «una grandeza y un poder, de alguna manera, infinitos», pues vive, como si dijéramos, en las mismas fronteras de la deidad. Tanto, que el bello arcángel de la Anunciación la saluda: «Salve, la llena de gracia». Pues la consecuencia será que este don de las traslaciones o bilocaciones, ya concedido a muchos siervos de Dios, hay que reconocérselo realmente a María, que pudo venir a Zaragoza, sin indecoro circense, sino empujada por un amoroso apego que profesaba a Santiago, sin duda porque el apóstol, en su rostro y en su porte, era una estampa viva de su Hijo Jesucristo. Y como Madre de todos los apóstoles.

El tema de la dedicación de un oratorio a su nombre y culto puede plantearse, salvando su exquisita humildad. Las relaciones del prodigio nos aseguran que ella trajo una columna, de origen celeste, como testimonio y signo de fortaleza. Entonces, ¿por qué no pensar que este templo que la Virgen pide a Santiago sea como el Arca de la Alianza antigua, el joyel que guarde el tesoro divino de su pilar? Nos promete una intercesión de gracias, milagros y bendiciones muy acorde con los principios dogmáticos de su maternidad divina. Porque, desde el instante de la Encarnación, para que su consentimiento a la empresa redentora de Cristo fuese racionalmente libre, fue necesario que conociera todo el ámbito de obligaciones y derechos de esa su maternidad, es decir, su condición de corredentora, de intercesora y medianera de todas las gracias. La madre Ágreda describe así el encargo al apóstol: «Hijo mío Jacobo, este lugar ha señalado y destinado el altísimo y todopoderoso Dios del cielo para que en

la tierra le consagres y dediques un templo y casa de oración, donde debajo del título de mi nombre, quiere que el suyo sea ensalzado y engrandecido». Y así, la humilde «esclavita» de Nazaret, María, busca primero el honor y la gloria del que la hizo grande con su poder, porque es el Altísimo

El argumento científico de crítica histórica procede por meras vías de negación. Sin presentar nada positivo, se contenta con calificar de sospechoso que hasta el siglo IX no se encuentran pruebas escritas del prodigio. Más: juzgan inexplicable que los escritores clásicos primitivos omitan su consignación en absoluto: así Idacio, Orosio, San Isidoro de Sevilla, San Julián de Toledo. Y, lo que es más grave, tratadistas aragoneses como San Braulio y Prudencio. Añádase aún el silencio de las liturgias mozárabes, que acostumbran consignar, en sus calendas, las clásicas conmemoraciones de las iglesias españolas, y estará completo todo lo que hay que oponer a esta gloriosa venida de la Virgen del Pilar a España. Bien.

Pero comienzan a enfriarse los quilates del argumento si tenemos en cuenta que Diocleciano mandó destruir, por el fuego, todos los archivos de la Iglesia primitiva. Por otra parte, si examinamos las obras de todos los escritores citados, veremos que ninguna de ellas trata temas en los que lógicamente haya lugar para introducir noticias del suceso Y, entonces, no es demasiado sospechoso que las omitan, máxime, cuando se trataba, sin duda, de un hecho perfectamente conocido y en la conciencia profunda del pueblo fiel. ¿Pueden asegurar honradamente los adversarios de la venida de la Virgen que los naturales testigos del suceso —estos escritores religiosos citados— no se ocuparon del tema porque él no aparece en las obras escritas que conocemos? ¿Y las que se pudieron perder entre la intemperie de los siglos?

Desde el 855 la prueba en favor de la venida y del templo de Zaragoza es abrumadora. Piadosas donaciones que se hacen «a Santa María la Mayor de Zaragoza». La bula del papa Gelasio II concediendo indulgencias para reconstruir el templo, derruido por el musulmán, Inocencio I, Eugenio III y Alejandro III, que acogen advocación y culto bajo su papal amparo Los Alfonsos y los Jaimes, reyes aragoneses; Sancho el Fuerte de Navarra; los

Berengueres, condes de Barcelona; multitud de obispos y fieles distinguidos, todos tuvieron a honra extender privilegios y legados, cubrir de magníficos dones esta angélica capilla, raíz y decoro de España.

Por último, la actitud oficial de la santa Iglesia. En las lecciones del *Breviario romano* para este día acepta «como piadosa y antigua tradición» la visita de María a Santiago. Clemente XII concede el rezo de su oficio litúrgico, señalando la fecha del 12 de octubre. Pío VII lo eleva al rango de «primera clase con octava» para el reino de Aragón. Pío IX extiende a todas las diócesis de España el privilegio del oficio y de la misa del Pilar. Y Pío XII, en una comunicación de la Sagrada Congregación de Ritos —fecha 14 de febrero de 1958—, concede a todas las iglesias y oratorios de España, Iberoamérica e islas Filipinas «la misa propia de la Bienaventurada Virgen María del Pilar». Para nosotros, creyentes y españoles, tiene un peso específico y un orgullo santo este proceder litúrgico de la Iglesia de Roma, como testimonio de reconocimiento, en torno a la venida de la Virgen a nuestra patria.

Pero hay otra congruencia de filosofía de la historia. Los pueblos, en la armonía del mundo, como cada uno de los hombres, tienen asignado un destino en la providencia de Dios. Poniendo a Santiago como raíz de España, ya que él siembra lo permanente del hombre, toda nuestra historia se articula maravillosamente. Apóstol de la verdad del Evangelio como una temperatura «militante», él derrama en la sangre española de nuestro cuerpo nacional aquellos ardores que el mismo Cristo define como «Hijo del Trueno». Vendrá la Reconquista para contrastar ocho siglos de un temple y de constancia aterradores, en holocausto de la unidad de nuestra fe. Y en las más dramáticas ocasiones el «Señor Santiago Caballero» combatirá la victoria de nuestros soldados. Y el mar: la definición de España como una unidad católica universal, adelantada de la fe de Cristo, que bautiza veinte naciones americanas para que recen, en castellano, el padrenuestro, el avemaría, el «Gloria al Padre», en un rosario colosal de alabanzas a la Trinidad, por Cristo Redentor, en el nombre de María Santísima. Y así es.

Iba el Almirante, ensimismado en su paisaje interior de aguas y de estrellas, pero seguro. Allí, en las lejanías originales

de España, gemía Santiago su misionar como inútil, con los pocos creyentes que le siguen. Pero aquella siembra de amarguras y de sangre florece con ímpetu milagroso de fecundidad. Es la hora del premio, la fe de este Almirante, que marca lo imposible en un navío que tiene nombre de Virgen: Santa María. Y así ella, que junto a las aguas del Ebro bautizó el alma de España, ahora arranca del sueño milliario estos millones de indios inocentes, como recién nacidos que España cristianiza a mayor gloria de Dios. Y este 12 de octubre bandean a victoria todas las campanas de las dos orillas, y hay un triunfo de banderas, un murmullo de espumas, un gran vuelo de condores andinos, que cantan, bajo la Cruz del Sur, la gran antífona agradecida de la Hispanidad, con toda la cristiandad arrodillada: Bendita y alabada sea la hora en que la Virgen Santísima vino en carne mortal a Zaragoza. Bendita sea por siempre y alabada. Amén.

FERMIN YZURDIAGA LORCA

Bibliografía

Breviarium romanum Pars autumnalis, 12 de octubre en los propios de España
GARCIA VILLADA, Z., *Historia eclesiastica de España,* I (Madrid 1929) primera parte
HOLBEN, H. H., *De la leyenda al Descubrimiento* (Barcelona 1942)
LLORCA, B., *Historia de la Iglesia catolica,* I (Madrid ²1955)
MARIA JESUS DE AGREDA, *Mistica ciudad de Dios Vida de Maria* (Madrid 1970) p 3ª 1 7 16 y 17
MENENDEZ PELAYO, M., *Historia de los heterodoxos espanoles,* I (Madrid 1956)
MOURRET, F., *Historia general de la Iglesia,* I (Barcelona 1918) nota del traductor
RISCO, M., OSA, Art en E FLOREZ, *La España sagrada,* XXX, c 6
• Actualizacion
GOMEZ, M C., «Pilar, Virgen del (Zaragoza)», en Q ALDEA VAQUERO T MARIN MARTINEZ J VIVES GALETI (dirs.), *Diccionario de historia eclesiastica de España,* IV (Madrid 1972) 2316 2317
GUTIERREZ LASANTA, F., *Historia de la Virgen del Pilar,* 11 vols (Zaragoza 1971 1985)

C) BIOGRAFIAS BREVES

SANTOS MÁRTIRES DE LA PERSECUCIÓN DE LOS VÁNDALOS
(† 483)

Desde que el año 428 los vándalos, procedentes de España, invadieron el norte de África, la Iglesia en esa región pasó de

una situación próspera a una situación de decadencia. El quebranto sufrido por el paso de Genserico no pudo ser adecuadamente superado, máxime por el apoyo prestado a todos los heterodoxos. Pero en los últimos años de este reinado hubo un poco más de libertad para la Iglesia. El siguiente rey, Hunerico, fue al principio tolerante con el catolicismo, pero al final de su reinado persiguió abiertamente a los católicos y se produjeron numerosos mártires. El *Martirologio* conmemora hoy a los 4.966 mártires y confesores de la fe que fueron o exiliados o sacrificados, y entre los que además de fieles había obispos, sacerdotes y diáconos. No faltaban niños, ancianos e incluso ciegos e inválidos. Fueron convocados en Mustis a medio camino entre Cartago y la Numidia y de aquí en dos grupos a Sicca Veneria, y a Larium Colonia, ambas a más de treinta millas de distancia. Uno de los convocados era San Félix, obispo de Abbi, que por ser muy anciano y no poder caminar, hubo de ser llevado a cuestas por otros. Se intentó hacerles suscribir una fórmula arriana y al negarse se les desterró o vendió como esclavos. El obispo Cipriano de Unizibirena compró a los guardias para obtener un poco de sosiego. Algunos de los vendidos como esclavos murieron o fueron muertos en el camino hacia su destino y de otros no se supo nada más.

BEATO TOMÁS BULLAKER

Presbítero y mártir († 1642)

Nació de padres católicos en el condado de Sussex, en la ciudad de Chichester, el año 1604. Decidido por el sacerdocio, pasó a St. Omer en 1622 y de ahí al colegio de Valladolid. Estando aquí sintió la vocación religiosa e ingresó en la Orden franciscana, en la provincia de la Concepción, en el convento del Abrojo. Hizo el noviciado y la profesión religiosa y tras los oportunos estudios se ordenó sacerdote. Pidió ser enviado a las Indias pero su Orden le dijo que era preferible fuese a Inglaterra. A poco de desembarcar en Plymouth fue arrestado y encarcelado en Exeter, pero por influencias pudo ser liberado tras un tiempo de prisión en Londres. Se dedicó a su ministerio y, estando preparándose para volver a España, vio que empezaba de

nuevo la persecución contra los católicos y entonces decidió quedarse en Inglaterra, pasándose, en 1638, a la provincia inglesa de su Orden donde fue nombrado dos años más tarde guardián titular de Oxford. Cuando supo que otro franciscano había sido arrestado, pidió licencia para establecerse en Londres y trabajar allí apostólicamente. Así lo hizo, pero al poco de llegar, el 11 de septiembre de 1642, cuando estaba a punto de celebrar la misa, fue arrestado y encerrado en Newgate. En el proceso confesó ser sacerdote y católico y negó con energía que ello fuera traición. El jurado dudaba en condenarlo pero el juez dictó sentencia de muerte que el mártir recibió con alegría, rezando el *Tedeum* y dándole las gracias al tribunal. Fue ahorcado, destripado y descuartizado en Tyburn el 12 de octubre de 1642.

Fue beatificado el 22 de noviembre de 1987 por el papa Juan Pablo II.

BEATO JOSÉ GONZÁLEZ HUGUET

Presbítero y mártir († 1936)

Este sacerdote valenciano nació en Alacuás el 23 de enero de 1874 e hizo los estudios eclesiásticos en el seminario conciliar de Valencia, acreditándose por sus buenas cualidades morales y magnífica conducta. Obtuvo el doctorado en teología. Se ordenó sacerdote el 26 de marzo de 1898. Fue sucesivamente coadjutor en Sueca y Paterna, luego, cura regente de Puzol y, más tarde, párroco de Cheste donde estuvo veinticinco años, hasta su martirio. Llevaba cuatro años en la parroquia cuando se incendió el templo y con gran riesgo de su vida salvó de las llamas el Santísimo Sacramento, y a base de limosnas logró reconstruir la parroquia. El 19 de marzo de 1936, tras las elecciones en que se alzó con la victoria el Frente Popular, fue conminado a abandonar la parroquia y hubo de hacerlo el 6 de abril tras ser ésta asaltada. Luego de un tiempo refugiado en la Masía de Baló, se escondió en una casa de la feligresía. Pero el 5 de julio de 1936 pudo celebrar misa rodeado de sus feligreses. Llegada la Revolución, hubo de esconderse pero, amenazada la familia que lo escondía, el párroco se presentó voluntariamente a la autoridad. Encerrado en la cárcel y liberado al poco a condición

de no ausentarse, fue posteriormente detenido de nuevo y llevado ante el Comité. Paseó por toda la población mientras lo insultaban, le rasgaban los vestidos y las carnes y lo pinchaban con navajas. Le cortaron las orejas y lo sometieron a otras torturas en la plaza mayor del pueblo. Él, mientras tanto, callaba y oraba. En la madrugada del 12 de octubre de 1936 junto a la vía del tren le dispararon dieciocho tiros y llevaron su cadáver al cementerio de Ribarroja.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO PACÍFICO (PEDRO) SALCEDO PUCHADES

Religioso y mártir († 1936)

Pedro Salcedo Puchades nace en Castellar (Valencia) el 24 de febrero de 1874 en el seno de una familia modesta de hondos sentimientos cristianos. Educado religiosamente por sus padres, desde niño frecuentaba el convento capuchino de Masamagrell, siendo muy pacífico y piadoso. Tenía 25 años cuando se decidió por la vida religiosa e ingresó en el convento capuchino de Ollería, empezando el noviciado el 21 de julio de 1899 con el nombre de fray Pacífico de Valencia. El 25 de junio de 1900 hizo la profesión temporal en las manos del venerable padre Luis Amigó y el 21 de febrero de 1903 hizo la profesión perpetua en calidad de hermano lego. Destinado al convento de Masamagrell, aquí perseveraría hasta su martirio. Era un religioso observante y ejemplar, muy austero y amante de la santa pobreza y se sabe que hacía muchas obras de penitencia. Sus hermanos religiosos lo estimaban mucho así como los fieles que frecuentaban el convento. En julio de 1936 hubo de dejar el convento y se fue a vivir con un hermano. En la noche del 12 de octubre unos milicianos lo reclamaron y se lo llevaron a empujones y golpes de las culatas de los fusiles. Él empezó a rezar su rosario. Lo sacaron fuera de la población y lo fusilaron.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO ROMÁN SITKO

Presbítero y mártir († 1942)

Román Sitko era un sacerdote polaco, de la diócesis de Tarnów, creada en 1783 con parte del territorio del arzobispado de Cracovia. Había nacido en 1880. Una vez ordenado sacerdote estuvo dedicado al ministerio pastoral en el que fue un fervoroso pastor de almas hasta que el obispo le confió el cargo de rector del seminario, en el que supo ser un excelente formador de los jóvenes aspirantes al sacerdocio. La Santa Sede lo había honrado con el título de prelado doméstico de Su Santidad. Al ocupar los nazis Polonia su seminario fue cerrado, pero él siguió en la clandestinidad las actividades propias del seminario, lamentando mucho la prisión de tantos hermanos sacerdotes por cuya liberación decía él que ofrecía su vida. La policía nazi lo arrestó el 22 de mayo de 1941. Fue sentenciado a prisión en el campo de concentración de Darlewitz donde se comportó como ángel de consuelo de los otros presos, animando a los que sacaban para ser ejecutados. Incapaz de seguir realizando los duros trabajos forzados que desempeñaba, el 12 de octubre de 1942 cayó al suelo exhausto; al verlo, un guardia del campo lo pisó con su bota, le partió el cuello y le produjo la muerte.

Fue beatificado el 13 de junio de 1999 por el papa Juan Pablo II.

13 de octubre

A) MARTIROLOGIO

1. La conmemoración de San Teófilo († s. II), obispo de Antioquía *.
2. En Córdoba, santos Fausto, Jenaro y Marcial († s. III/IV), mártires **.
3. En Tesalónica (Macedonia), San Florencio († s. III), mártir.
4. En Kobern, junto al Mosela, San Lubencio († s. IV), presbítero.
5. En Matuziano, en la Riviera, San Rómulo († 641), obispo de Génova.
6. En Tours (Galia Lugdunense), San Venancio († s. V), abad.

7. En Salagnac, junto a Limoges, San Leobono (s. VI/VII), solitario.
8. En el monasterio de Iona (Escocia), San Comgán († s. VIII), abad *.
9. En Augsburgo (Alemania), San Simberto († 809), obispo, abad de Murbach.
10. En Saint-Cirgues (Auvernia), San Geraldo de Aurillac († 909), conde *.
11. En Subiaco (Lacio), Santa Quelidonia († 1152), virgen.
12. En Trino, junto a Vercelli, Beata Magdalena de Panatieri († 1503), virgen, terciaria dominica **.
13. En Balasar (Portugal), Beata Alejandrina María da Costa († 1955), virgen **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

BEATA MAGDALENA DE PANATIERI

Virgen († 1503)

Nace, según una tradición familiar, el año 1443 en Trino Vercellesi, perteneciente en aquel tiempo al marquesado de Monferrato, en el seno de la familia Panatieri-Fondazucca, en donde se la educa en el santo temor de Dios. Siendo aún niña está decidida a consagrarse y en su adolescencia visita asiduamente el convento de monjas de Santa Catalina. Por amor a la perfección renuncia a la vida mundana y recibe el hábito de terciaria seglar del Orden de Penitencia de Santo Domingo de Guzmán, mediante un voto reconocido por la Iglesia. Esta nueva institución eclesiástica —aunque no lo sea su programa penitencial— será el germen en donde arraigará la vida común en algunos grupos de terciarias seglares que se dedican, principalmente, a la educación de las jóvenes. Formando los conocidos beaterios, tan integrados en la vivencia religiosa en la centuria siguiente.

Bajo la vigilante orientación del director espiritual a quien obedece con singular modestia, practica el apostolado, dedicándose a las obras de misericordia espiritual y corporal, donde sobresale con señalada maestría. Ofrece su vida en una constante ofrenda para que la misericordia divina conceda la salvación a todos sus hijos. Los pecadores y los alejados de Dios le producen una inmensa piedad, que vuelca en su oración, pidiendo

que se conviertan de su mala vida y regresen a la comunión eclesial. Numerosas son las conversiones que obtiene, al seguir sus enseñanzas. Algunos alcanzan el consuelo en el propio lecho de muerte, gracias a sus constantes desvelos y continuas oraciones.

Atenta a las necesidades del prójimo, su intimidad con Dios es el manantial que le nutre y le alimenta, animándola a amar a todos los que sufren, en el cuerpo y en el espíritu. Alma contemplativa, se entrega a una dinámica actividad: amar a Dios y al prójimo. Frecuentemente lleva a su casa a los pobres, a quienes sirve su propia comida y les obsequia con grandísima caridad; visita a los enfermos, a quienes conforta y anima a conformarse con la voluntad divina, asistiéndoles a bien morir, logrando que antes se reconcilien con Dios. Con inmensa caridad busca la paz en las familias, alcanzando la dicha de la unidad y el perdón entre hermanos.

Vive en continua entrega a Cristo, a quien ofrece grandes mortificaciones, creciendo en la vida interior. Ejemplar en sus penitencias y en su vida de oración, alcanza la gracia de la contemplación y goza de visiones beatificas, que dejan en suspenso sus sentidos y le unen íntimamente al amor divino. Gracias extraordinarias que recibe a lo largo de su vida. Duerme en el suelo o sobre una tabla, y ciñe su cuerpo con áspero cilicio. En el secreto ámbito de su casa Dios le regala con reflejos del amor divino, pero cuando goza de estos éxtasis en el templo parroquial, sus paisanos quedan absortos, divulgándolos con admiración y señaladas referencias.

La gracia divina le infunde conocimientos sobrenaturales que expresa con sencillas palabras, pero con tan elevados embelesos que causan la admiración de los clérigos, sorprendidos por esos conocimientos teológicos que expone en sus coloquios. El propio maestro de novicios de los dominicos la lleva a sus jóvenes aspirantes para que les edifique en la vocación y en la piedad a los consejos evangélicos. Son famosas sus profecías y numerosos los milagros que se le atribuyen, y predice las desastrosas consecuencias que, años después, tendrán lugar durante la invasión de Italia por las tropas españolas y francesas, durante la cual tuvo lugar el desgraciadamente célebre *saco de Roma.*

Nada deja de regalarle la bondad divina, generosísima con sus almas escogidas, y comparte con ella intimidades espirituales que le confortan y consuelan.

Sufre con paciencia los ataques del enemigo diabólico, que con astucia le provoca numerosas tentaciones, pretendiendo alejarla de la senda de la superación espiritual con crueles golpes, que maceran su cuerpo, y espantosas apariciones, pero le vence con la fuerza del amor divino al invocar el Santísimo Nombre de Jesús. Enamorada de la Eucaristía obtiene la gracia, singular en aquel tiempo, de poder comulgar a diario, disfrutando de suaves experiencias con su amado Señor, y creciendo en la intimidad del amor divino. Devotamente sigue el ejemplo de Cristo humillado y paciente, reviviendo en los días de la Semana Santa los santos lugares de la pasión y muerte de Cristo, acompañando los dolores y sufrimientos del Redentor con renovadas penitencias por su ansia de padecer con él, ofreciéndose por la salvación del mundo.

Tal y como le fue anunciado y colmada de méritos, el día 13 de octubre de 1503, contando sesenta años de edad, pide perdón a sus hermanas terciarias por el mal ejemplo que les hubiera dado, y confortada con una sublime visión celestial, muere santamente con admirable ejemplo de vida. Su cuerpo estuvo expuesto tres días en la iglesia del convento dominicano de su ciudad natal, debido a la gran cantidad de fieles que pasaron a venerarlo, embargando a todos la fragancia de un suave olor.

Entre 1620-1644 desapareció su cuerpo misteriosamente, conservándose sólo una mano. El papa León XII confirmó su culto el 25 de agosto de 1827. Es aclamada patrona de Trino, donde murió en olor de santidad. Uno de sus biógrafos refiere del siguiente modo una de sus numerosos intervenciones con gran misericordia:

> «Fue un religioso a predicar la cuaresma a una ciudad cercana y le hospedaron en casa de un señor considerado como buena persona. El ama de casa tan pronto como pudo expuso al fraile la perversa conducta de su marido, quien compadecido de la mujer encargó a su compañero que fuera a Trino, y encomendara a Magdalena la gracia de la conversión de aquel hombre malvado. Antes de que le fuera expuesto el caso, el fraile oyó con claridad como lo que iba a solicitar ya se había concedido, aunque no le fue revelado el nombre de la infortunada mujer ella la nombró, y al regresar di-

cho religioso a aquella localidad, encontró todo como se le había anunciado».

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

ÁLVAREZ, P., OP, *Santos, bienaventurados, venerables de la Orden de Predicadores,* II (Vergara 1920) 246-249.
Bibliotheca sanctorum, X: *Pabai-Rafols* (Roma 1968) cols.77 78.

BEATA ALEJANDRINA MARÍA DA COSTA
Virgen († 1955)

Este nombre femenino, diminutivo del griego Alejandro, significa «vencedora de los hombres» (1904-1955). Alejandrina, laica, cooperadora salesiana, vence porque vive la cruz. Paralítica a los 14 años por preservar su virginidad, desde su cama llevó un maravilloso apostolado como alma víctima de oración, reparación y como consejera espiritual para muchos que la visitaban.

Al este de Balasar, provincia de Oporto y archidiócesis de Braga (Portugal), se encuentra la iglesia de Santa Eulalia, donde el 2 de abril de 1904 fue bautizada Alejandrina María, nacida de campesinos devotos y trabajadores el 30 de marzo, aquel año —todo un presagio...— Jueves Santo. Su padre muere poco tiempo después de su nacimiento. Alejandrina fue educada cristianamente por su madre, junto con su hermana mayor Deolinda, en un ambiente de rústica sencillez y piedad. Disfrutaba sobre todo con las procesiones religiosas, tan llenas de colorido, que atravesaban la aldea en días de gran celebración. Alejandrina permaneció en familia hasta los siete años, después fue enviada a Póvoa do Varzim donde se alojó con la familia de un carpintero, para poder asistir a la escuela primaria que no había en Balasar. Allí hizo la primera comunión en 1911, y el año siguiente recibió el sacramento de la confirmación que le administró el obispo de Oporto. Después de dieciocho meses volvió a Balasar y fue a vivir con su mamá y su hermana en la localidad de Calvario, donde permanecerá hasta su muerte.

A los tres años de edad, cuando reposaba una tarde junto a su madre, vio un frasco de pomada en una mesa cercana. Cuidadosamente, para no despertar a su madre, se levantó para agarrar el frasco y justamente en ese momento su madre la llamó. El frasco entonces cayó al suelo, rompiéndose en muchos pedazos. Perdiendo el equilibrio, Alejandrina también cayó al piso, lastimándose el borde de la boca, donde le quedó una cicatriz el resto de su vida. La niña fue llevada al dispensario clínico más cercano. Mientras su madre, María Ana, ansiosamente limpiaba la sangre que brotaba por su boca, una gentil asistente se acercó para calmar a la niña con una bolsa de dulces, a lo que Alejandrina respondió con patadas, gritos y golpes. «Esta fue mi primera ofensa», escribió años mas tarde en su autobiografía, dictada a su hermana Deolinda, por orden de su director espiritual. Alejandrina fue una niña muy alegre, atractiva y llena de vida, pero sin comprometer jamás, con su jovialidad y espontaneidad, su precoz espiritualidad. Una de sus experiencias más formativas fue vívidamente descrita por ella años después:

> «Al morir nuestro tío, Deolinda y yo nos quedamos en la casa de su familia por siete días después de su muerte para asistir a las Misas de funeral. Una mañana se me pidió que fuera a buscar una bolsa de arroz en la habitación donde se encontraba el cuerpo de mi tío. Cuando llegué a la puerta no tenía el coraje para entrar. Estaba aterrorizada, por lo que mi hermana tuvo que buscar el arroz. Esa misma noche me ordenaron que fuera y cerrara la ventana de ese cuarto. Mientras me acercaba a la puerta, sentí mis rodillas temblar y, nuevamente, no pude entrar. Así que me dije a mi misma: Tengo que luchar en contra de esto, tengo que sobrepasar este miedo, abrí la puerta y lentamente caminé por el cuarto donde yacía mi tío. Desde ese día, y con la ayuda de Dios, he sido capaz de manejar mis miedos».

Para el tiempo de hacer su primera comunión, a los siete años de edad, Alejandrina ya había adquirido un profundo amor a la eucaristía, visitando el Santísimo Sacramento con inusual frecuencia y haciendo comuniones espirituales cuando no le era posible asistir a misa diaria. En una ocasión, una tía suya que sufría de cáncer le pidió que se acordara de ella en sus oraciones. La niña respondió con tal perseverancia y fervor, que el hábito de la oración echó raíces desde entonces en su tierna alma.

> «Siempre he tenido gran respeto por los sacerdotes —escribirá más tarde—. Algunas veces me sentaba sobre las escalinatas en la entrada del pueblo y veía a los sacerdotes caminar por la calle [...] Acostumbraba a levantarme con respeto cuando ellos pasaban frente a mi. Ellos se quitaban el sombrero y decían el tradicional "¡Que Dios te bendiga!" Me di cuenta que las personas me miraban por lo que algunas veces me sentaba en el mismo lugar, a propósito, para poder levantarme en el momento apropiado y mostrar mi reverencia por los sacerdotes».

Debido a las privaciones de la vida rural de aquellos días y después de solo 18 meses asistiendo a la escuela, Alejandrina, a sus nueve años, fue enviada a trabajar en el campo. Era un trabajo forzoso y estaba expuesta al mal comportamiento y el vocabulario penoso de quienes compartían sus labores. Su constitución robusta le permitía tener a raya a los hombres y ganar tanto como ellos. Su adolescencia fue muy vivaz: dotada de un temperamento feliz y comunicativo, era muy amada por las compañeras. Sin embargo a los doce años se enfermó: una grave infección (quizá una tifoidea) la llevó a un paso de la muerte.

Al cabo de tres años, un empleado del lugar trató de atacarla y acosarla, lo que el Señor impidió dotándola de una fuerza inexplicable mientras ella sostenía su rosario.

Después de este serio incidente, la niña fue llevada de regreso a su casa. Esto le dio la oportunidad de renovar su amor y devoción al Santísimo Sacramento. Mas adelante, ese mismo año, enfermó peligrosamente de tifoidea. Una de las veces que su madre le daba el crucifijo para que lo besara, Alejandrina inmediatamente movió su cabeza y murmuró: «Quiero a Jesús en la eucaristía». Finalmente se recuperó y fue trasladada a un sanatorio de Povoa, en la costa Atlántica. Superó el peligro, pero después de esto su salud quedará marcada para siempre; como al regresar a Balasar todavía se encontraba débil y virtualmente inválida, Alejandrina se dedicó a la costura en compañía de Deolinda.

Como una nueva María Goretti, la mártir italiana de la pureza, también Alejandrina se expone a la muerte antes de ceder al pecado. Fue en el aniversario de su bautismo, Sábado Santo de 1918, cuando ocurrió este acontecimiento que marcó su vida para siempre. Se encontraba en una habitación de la planta alta de su casa en compañía de Deolinda y otra joven; tres hombres

se acercaron y exigieron con voz sugestiva que les dejaran pasar. Alejandrina, asomándose por la ventana reconoció a uno de los hombres: era quien la había acosado años atrás cuando trabajaba en el campo. Rápidamente cerró la puerta, pero los hombres lograron entrar por una puerta de escape que había en el techo. Deolinda y la otra joven pudieron escapar pero Alejandrina quedó acorralada por el malvado en la esquina de la habitación. Ella gritaba: «¡Jesús, ayúdame!», azotándolo con su rosario. Detrás de ella había una ventana, a cuatro metros de altura sobre la planta baja. Era su única salida, y prefirió lanzarse a una posible muerte antes que consentir a la pasión baja de aquel hombre.

El golpe de la caída fue terrible. Rechinando sus dientes de dolor, agarró un trozo de madera y se arrastró hacia la casa. Su columna vertebral había sido lastimada irreparablemente. Alejandrina tenía 14 años. Fueron largos los años de un dolor que aumentaba incesantemente, la incapacidad y la depresión se incorporaron, pero jamás consintió la desesperación o el desfallecimiento.

Hasta los diecinueve años pudo aún arrastrarse hasta la iglesia, donde, totalmente contrahecha, permanecía gustosa, con gran maravilla de la gente. Después la parálisis fue progresando cada vez más, hasta que los dolores se volvieron horribles, las articulaciones perdieron sus movimientos y ella quedó completamente paralítica. El 14 de abril de 1924 quedó postrada en cama de por vida, a los 20 años de edad. Su familia, desconsolada, oraba por ella todas las noches. Alrededor de su cama, encendían dos velas ante la estatua de la Santísima Virgen y rezaban el rosario de rodillas. Alejandrina pasaba el día meditando, orando y clamando a la Madre de Dios por su sanación; le pedía a Jesús «su bendición desde el cielo y desde todos los tabernáculos del mundo».

Creció en ella el amor a la oración, y abandonó sus distracciones. Empezaba a añorar una vida de mayor unión con Jesús y así fue orientando toda su incapacidad y enfermedad al amor de Jesús. La idea de que el sufrimiento fuera su vocación no tardó en suscitarse. Al final de ese mismo año, Alejandrina se encontraba consumida por el deseo de ofrecerse a Dios como alma víctima por la conversión de los pecadores. Nuestro Se-

ñor la estaba llamando a vivir una vida de amor y reparación, ofreciéndole voluntariamente todos sus sufrimientos al Amado. Como San Pablo, Alejandrina podía decir: «Ahora me alegro por los padecimientos que soporto por vosotros, y completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo, en favor de su Cuerpo, que es la Iglesia» (Col 1,24).

Comenzaron a llegar a la aldea las noticias de la aparición de la Santísima Virgen en Fátima, al sur de Balasar. Había muchas curaciones milagrosas en aquel lugar. Se organizó una peregrinación en Balasar. Alejandrina, deseosa de estar completamente segura de la voluntad del Señor en relación a su vocación al sufrimiento, le pidió a Nuestra Señora que le permitiera acompañar a los peregrinos. Pero el párroco y su médico insistieron en que el viaje sería suicida debido a sus condiciones, y tuvo que renunciar a ir. Cuando los peregrinos habían partido hacia Fátima, Alejandrina cerró sus ojos y comenzó a orar, ofreciendo al Señor el sacrificio de su abandono y desolación. Mientras oraba se transportó en espíritu junto al Santísimo Sacramento en la iglesia de Santa Eulalia, cercana a su aposento. Entendió entonces que Nuestro Señor también se encontraba prisionero en el tabernáculo, y le dijo: «Jesús, tú estás prisionero en el Sagrario y yo en mi lecho por tu voluntad. Nos haremos compañía», iniciando desde entonces una vida de gran unión con Jesús en los Sagrarios, por medio de María Santísima. Comenzó así su primera misión: ser como una lámpara viva del Sagrario. Pasaba sus noches como peregrinando de Sagrario en Sagrario. En cada misa se ofrecía al Eterno Padre como víctima por los pecadores, junto con Jesús y según Sus intenciones, visitándole en espíritu y permaneciendo constantemente en Su presencia, amándole incesantemente, orando, ofreciéndose como víctima de inmolación para consolar su Sagrado Corazón y obtener la conversión de los pecadores. Sumamente conmovida y sobrecogida en lágrimas, Alejandrina suplicó a Nuestro Señor le permitiera sufrir hasta el límite de su resistencia para librar a los pecadores del fuego del infierno. Crecería en ella más y más el amor al sufrimiento, conforme su vocación de víctima se hacía sentir de manera más clara. Hizo el voto de hacer siempre lo más perfecto.

No había podido ir a Fátima, pero María consiguió para ella poder entender y vivir en la forma más perfecta sus mensajes, uniéndose estrechamente con el deseo de la Virgen expresado en aquel lugar. Alejandrina, ofreciendo así su pasión se convierte en alma víctima por amor a la eucaristía y la consagración al Inmaculado Corazón de María, mensajes fundamentales de Fátima. Hasta el año 1928 ella no había dejado de pedirle al Señor, por intercesión de la Virgen, la gracia de la curación, prometiendo que, si se curaba, se haría misionera. Pero, en cuanto comprendió que el sufrimiento era su vocación, la abrazó con prontitud. Decía: «Nuestra Señora me ha concedido una gracia aún mayor. Primero la resignación, después la conformidad completa a la voluntad de Dios, y en fin el deseo de sufrir».

En respuesta a su valiente petición, los dolores se empezaron a agudizar hasta convertirse en casi insoportables. Noche tras noche, con fiebre muy alta, Alejandrina permanecía despierta, recostaba la cabeza sobre su almohada y con sus manos apretaba fuertemente el rosario como exprimiendo alivio de sus cuentas: «Oh, Jesús —exclamaba en sollozos repitiendo la oración enseñada por Nuestra Señora en Fátima— es por tu amor, por la conversión de los pecadores y en reparación por las ofensas al Inmaculado Corazón de María».

«Amar, sufrir, reparar» fue el programa que le indicó el Señor. Desde 1934 —por mandato del padre jesuita Mariano Pinho, que la dirigió espiritualmente, hasta 1941— Alejandrina ponía por escrito todo lo que cada vez le decía Jesús. En 1936, por orden de Jesús, ella pidió al papa Pío XII, por medio del P. Pinho, la consagración del mundo al Corazón Inmaculado de María. Esta súplica fue varias veces renovada hasta 1941, por lo que la Santa Sede interrogó por tres veces al arzobispo de Braga sobre Alejandrina. El 31 de octubre de 1942 Pío XII consagró el mundo al Corazón Inmaculado de María con un mensaje transmitido a Fátima en lengua portuguesa. Este acto lo renovó en Roma en la Basílica de San Pedro el 8 de diciembre del mismo año.

Del viernes 3 de octubre de 1938 al 24 de marzo de 1942, por 182 veces, vivió cada viernes los sufrimientos de la Pasión. Alejandrina, superando su estado habitual de parálisis, bajaba

del lecho y con movimientos y gestos acompañados de angustiosos dolores, reproducía los diversos momentos del Vía Crucis, por tres horas y media. Con diálogos que recuerdan los de la mística italiana Santa Gemma Galgani, a fines del siglo XIX, los éxtasis de Alejandrina eran precedidos por muchas horas de terror que se hacían sobrecogedoras a medida que el mediodía del Viernes Santo se acercaba. El miedo era generalmente acompañado por una inmensa tristeza, náusea y una sensación de terrible aislamiento. Por siete años no pudo olvidar su primera crucifixión. Escribe: «Todo parecía estar presente frente a mi, sentía el miedo y el horror de esas horas amargas, la ansiedad de mi director espiritual a mi lado y las lágrimas de mi familia aterrorizada».

Minutos después del mediodía del 3 de octubre, de 1938, Nuestro Señor la invito a sumergirse en su pasion: «Ves hija mía, el Calvario está listo, ¿aceptas?» Alejandrina valientemente aceptó. Los testigos aguantaban la respiración mientras ella entrando en éxtasis y recobrando el uso de sus miembros paralizados, casi levitando de la cama, reproducía los movimientos de Jesus en su agonía, de Getsemaní al Calvario. Los éxtasis de la Pasion fueron filmados y las imágenes han formado parte del proceso de su beatificación.

Al terminar uno de los extasis a las 3.00 p. m., Alejandrina levantó sus brazos en accion de gracias e inmediatamente, agotada y horrorizada, lloro:

> «¡¡No Jesus, no Jesus, crucificame!! ¡¡¡Perdon, perdon, perdon!!! Ellos tienen el mismo derecho que tengo yo, porque tu moriste en la cruz por ellos, como lo hiciste por mi Jesus, no quiero que ningun alma vaya al infierno Te amo por ellos Perdonalos, Jesus, acuerdate de mi en mi crucifixion El infierno es la mas terrible bajeza»

Días después, Alejandrina sufrió dolores atroces, empezó a vomitar sangre y fue torturada por una sed tan fogosamente intensa que el agua no la saciaba, no podía ni siquiera tragar una gota. Empezó a percibir, literalmente, el «fuerte olor del pecado»:

> «Eran olores increíblemente repugnantes —recuerda en su autobiografia— Me traian violetas y perfumes para acercarlos a mi

nariz, pero los apartaba porque todavía estaba atormentada por ese vil olor. Sólo el recuerdo de estas cosas me hace sufrir».

Un día escuchó la voz del Señor que le decía:

«No te alimentarás más con comida en la tierra. Tu comida será mi carne, tu bebida será mi divina sangre, tu vida será mi vida. Tú la recibes de Mí cuando uno mi Corazón al tuyo. No tengas miedo, ya no serás más crucificada como en el pasado, ahora te esperan nuevas pruebas que serán las más dolorosas. Pero al final yo te llevaré al cielo y la Santísima Madre te acompañará».

Su último éxtasis de la pasión ocurrió el 27 de marzo de 1942, viernes de Dolores. Se atestigua que, a partir del 27 de marzo de 1942 y hasta su muerte —los últimos trece años de su vida—, no comió ninguna bebida ni alimento aparte de la Eucaristía diaria. Su sed sólo podía ser saciada por Dios mismo. Fue sometida a muchos estudios médicos, el último firmado por el profesor João Marques, maestro de ciencias médicas en la Universidad de Pernambuco, conferenciante cualificado para la facultad de dicha institución, profesor de la rama de nutrición de la Escuela de Servicio Sociales y presidente de la Sociedad de Gastroenterología y Nutrición en Pernambuco. En 1943 por cuarenta días y cuarenta noches fueron estrictamente controlados por excelentes médicos su ayuno absoluto y su anuria, en el hospital de la Foz do Douro cerca de Oporto.

Alejandrina compartió a su director espiritual lo que Nuestro Señor le había dicho:

«Estás viviendo solo de la Eucaristía porque quiero mostrarle al mundo entero el poder de la Eucaristía y el poder de Mi vida en las almas».

Durante su larga agonía escuchó la voz del Señor que le decía:

«Dame tus manos porque quiero clavarlas con las mías. Dame tu cabeza porque quiero coronarla con mis espinas como me hicieron a Mí. Dame tu corazón porque quiero traspasarlo con una lanza, como me traspasaron el Mío. Abandónate completamente en mí [...] Ayúdame en la redención de la humanidad».

En 1944 su nuevo director espiritual, el salesiano padre Humberto Pasquale, animó a Alejandrina para que siguiera dictando su diario, después que constató la altura espiritual a la que

había llegado; lo que ella hizo con espíritu de obediencia hasta la muerte. En el mismo año 1944 Alejandrina se inscribió a la Unión de los Cooperadores Salesianos. Quiso colocar su diploma de cooperadora «en donde pudiera tenerlo siempre a la vista», para colaborar con su dolor y con sus oraciones a la salvación de las almas, sobre todo juveniles. Rezó y sufrió por la santificación de los cooperadores de todo el mundo:

> «Me siento muy unida a los salesianos y a los cooperadores de todo el mundo ¡Cuantas veces reafirmo mi testimonio de pertenencia y ofrezco mis sufrimientos, unida a todos ellos, por la salvacion de la juventud! Amo a la congregacion y no la olvidare jamás, ni en la tierra ni en el cielo»

A pesar de sus sufrimientos, ella seguía además interesándose e ingeniándose en favor de los pobres, del bien espiritual de los parroquianos y de otras muchas personas que recurrían a ella. Promovió triduos, cuarenta horas y ejercicios cuaresmales en su parroquia. Especialmente en los últimos años de vida, muchas personas acudían a ella aun de lejos, atraídas por su fama de santidad; y no pocas atribuían a sus consejos su conversion.

En 1950 Alejandrina festeja el XXV aniversario de su inmovilidad. El 7 de enero de 1955 se le anuncia que éste será el año de su muerte. El 12 de octubre quiso recibir la unción de los enfermos. Poco después de recibir la sagrada eucaristía, a las 19,30 del 13 de octubre de 1955, en el 38 aniversario de la última aparición de la Virgen de Fátima y del milagro del sol, Alejandrina expiró. Sus últimas palabras, como un susurro antes de morir, fueron: «No lloren por mí, hoy soy inmensamente feliz... por fin me voy al cielo». Y a los sacerdotes, peregrinos y periodistas que abarrotaban el lugar, les dio un mensaje que debe mover a toda la humanidad: «No pequen más. Los placeres de esta vida no valen nada. Reciban la Comunión; recen el Rosario todos los días. Esto, lo resume todo». En Oporto aquella tarde de octubre las floristerías se vieron privadas de rosas blancas: todas fueron vendidas para llevarlas a Alejandrina, la rosa blanca empurpurada en la Sangre de Jesús.

Poco antes de morir, Alejandrina pidió se le enterrara mirando hacia el tabernáculo de la Iglesia, diciendo:

> «En la vida siempre deseé estar unida a Jesús en el Santísimo Sacramento y mirar hacia el tabernáculo cuantas veces me fuera posible, después de mi muerte quiero seguir contemplándole, teniendo por siempre mi mirada fija en Nuestro Señor Sacramentado».

También dictó a su hermana Deolinda su epitafio, el que actualmente se encuentra grabado sobre su tumba:

> «Pecador: Si las cenizas de mi cuerpo pueden ser útiles para salvarte, acércate. Si es necesario pisotéalas hasta que desaparezcan pero no peques nunca más. No ofendas más a Nuestro amado Señor. Conviértete. No pierdas a Jesús por toda la Eternidad. ¡¡Él es tan bueno!!»

Era la síntesis de su vida gastada exclusivamente para salvar las almas.

En 1978 sus restos fueron trasladados del cementerio a una capilla lateral de la iglesia parroquial de Balasar, donde hoy reposa el cuerpo de Alejandrina. El proceso para su canonización fue solemnemente abierto por el arzobispo de Braga, en 1973. Completado exitosamente, tuvimos el gozo de asistir en Roma, el 25 de abril de 2004 a la beatificación de Alejandrina, de cuya preciosa vida Juan Pablo II, también inmolado y sufriente, aseveró que se podía resumir como un permanente diálogo de amor entre el Señor y ella.

Jesús, que se complace en las almas sencillas y humildes, tantas veces ignoradas, olvidadas y despreciadas por los hombres, se dignaba así exaltar a su sierva Alejandrina, que siempre ardió en deseos de vivir escondida del mundo y ajena a sus grandezas y alabanzas. El Señor ofrece así a nuestros tiempos, infectados de materialismo, la lección heroica de la santidad, que es la realización plena de toda vocación humana y cristiana, la elevación de la criatura a la suprema belleza moral.

ALBERTO JOSÉ GONZÁLEZ CHAVES

Bibliografía

PASQUALE, H., SDB, *Venerábel Alexandrina* (Portugal 1973).

— *Fátima e Balasar, duas terras irmãs* (Portugal 1975).

— *La passione di Gesù in Alexandrina M. da Costa, una mistica del nostro tempo* (Leumann, Turín 1977).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN TEÓFILO DE ANTIOQUÍA

Obispo († s. II)

Nace probablemente en Mesopotamia hacia el año 120 en el seno de una familia pagana acomodada, que pudo darle una excelente educación literaria. Era ya un adulto cuando alguien le dio las Sagradas Escrituras y por su lectura llegó a la fe, convirtiéndose al cristianismo. El año 169 es elegido obispo de Antioquía de Siria, sexto sucesor de San Pedro y cuarto de San Ignacio. Por sus obras sabemos que vivía a la muerte de Marco Aurelio, el año 180, calculándose que moriría unos años más tarde, hacia el 185. Se nos ha conservado sólo su obra *Los tres libros a Autólico* pero por ella sabemos que escribió otras, y aluden a esas obras otros escritores antiguos como Eusebio y San Jerónimo. En su obra aparece el obispo, el pastor de almas, testigo de la tradición de la Iglesia. No tuvo en mucho aprecio la filosofía pagana y se basa en la Escritura para su enseñanza. Su obra es apologética. En el primer libro insiste en las condiciones subjetivas de la fe, afirmando la influencia de la pureza del corazón sobre la fe. Insiste en que Dios es invisible pero se le conoce por sus obras, y afirma con mucho énfasis la esperanza de la resurrección. En el segundo libro pretende demostrar la puerilidad de las creencias paganas y en el capítulo 15 usa por primera vez la palabra Trinidad para señalar las tres personas en Dios. En el tercer libro refuta las acusaciones de antropofagia e inmoralidad que se lanzaban contra el cristianismo e insiste en la antigüedad de las tradiciones bíblicas. Incluida su memoria en el *Martirologio de Adón,* de ahí pasó al *Martirologio romano.*

SANTOS FAUSTO, JENARO Y MARCIAL

Mártires († s. III/IV)

No hay duda de la antigüedad del culto a estos tres santos mártires de la ciudad de Córdoba, mencionados por Prudencio como «las tres coronas» y que tenían en Córdoba una basílica titulada de los Tres Santos, mencionada por San Eulogio en sus

obras. Existe una «passio» que Ruinart no descalifica como fabulosa bien que no parezca ser contemporánea de los santos. Según ella los confesores de la fe fueron primero atormentados y al no renegar del cristianismo fueron quemados vivos. Probablemente se trata de mártires de la persecución de Diocleciano.

SAN COMGAN

Abad († s. VIII)

Comgan era hijo del príncipe Kelly, gobernante de la provincia de Leinster, al que sucedió pero hubo de defenderse del ataque armado de varios príncipes enemigos, contra los que presentó batalla, que perdió. Herido en la batalla, huyó a Escocia con siete compañeros más su hermana y sobrinos, uno de ellos el futuro San Filano, abad. Se decidió entonces por la vida religiosa y levantó un monasterio en Lochals, en el que ingresaron como primeros monjes sus siete compañeros. Puesto al frente del monasterio como abad, dio a todos los monjes el ejemplo de una vida austerísima y llena de grandes penitencias, granjeándose fama de santo. Después de su muerte, empezó su culto enseguida y se le dedicaron numerosas iglesias.

SAN GERALDO DE AURILLAC

Conde († 909)

Geraldo nace en el condado de Aurillac, en Auvergne, hacia el año 855. Educado como correspondía a su nobleza, la enfermedad le impidió empuñar por sí mismo la espada. Desde joven floreció en él el espíritu de piedad y de caridad con los pobres. Habiendo sucedido a su padre en el condado de Aurillac, ejerció su autoridad con un gran sentido de la justicia, procurando en todo el bien de las personas. Llevaba una vida ordenada y piadosa, modesta y frugal, evitando toda violencia y toda injusticia. Tras hacer una peregrinación a Roma, erigió una iglesia en honor de San Pedro y le adjuntó un monasterio (ca.890), donde a él le hubiera gustado tomar el hábito y profesar, pero la propia autoridad de la Iglesia le dijo que su sitio estaba en el

mundo y que allí haría mayor bien. Los últimos siete años de su vida los pasó ciego, llevando esta desgracia con gran paciencia, muriendo en Saint-Cirgues el año 909. Su vida fue escrita por San Odón de Cluny.

14 de octubre

A) MARTIROLOGIO

1. La deposición de San Calixto († 222), papa y mártir **.
2. En Capua (Campania), San Lúpulo (fecha desconocida), mártir.
3. En Rímini (Emilia), San Gaudencio († s. IV), primer obispo de la ciudad.
4. En Brujas (Bélgica), San Donaciano († 389), obispo de Reims.
5. En Todi (Umbría), San Fortunato († s. V), obispo.
6. En Champaña (Galia), Santa Manequilde († 490), virgen.
7. En Luna (Liguria), San Venancio († s. IV), obispo.
8. En Beauvais (Neustria), Santa Angadrisma († 695), abadesa *.
9. En San Severino, del Piceno (Italia), Santo Domingo Loricato († 1060), presbítero, de la Orden Camaldulense **.
10. En Angers (Francia), Beato Santiago Laigneau de Langellerie († 1794), presbítero y mártir *.
11. En el Picadero de Paterna (Valencia), Beata Ana María Aranda Riera († 1936), virgen y mártir *.
12. En el campo de concentración de Dachau (Baviera), beatos Estanislao Mysakowski y Francisco Rosalaniec († 1942), presbíteros y mártires.
13. En Lvov (Ucrania), Beato Román Lysko († 1949), presbítero y mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN CALIXTO

Papa y mártir († 222)

El papa San Calixto es, indudablemente, uno de los romanos pontífices que más sobresalieron a fines del siglo II y principios del III, en un tiempo en que multitud de corrientes más o menos peligrosas trataban de desviar a la Iglesia del verdadero

camino de la ortodoxia y del justo medio de la disciplina eclesiástica. Por desgracia, la mayor parte de las noticias que sobre él poseemos nos han sido transmitidas por su apasionado enemigo y contrincante, San Hipólito. Sin embargo, combinando estas noticias con las que nos transmiten el *Liber Pontificalis* (o historia oficial de los Papas) y otras fuentes, podemos estar bastante seguros de la objetividad de nuestra información.

Según el *Liber Pontificalis,* Calixto nació en Roma, y su padre, llamado Domicio, residía en el barrio denominado Ravennatio. Era de condición esclavo; mas, dotado, como estaba, de extraordinarias cualidades, supo levantarse poco a poco hasta llegar a ser obispo de Roma, rigiendo con notable acierto a la Iglesia durante los cinco años que duró su pontificado (217-222).

De su actuación durante los primeros años de su vida nos comunica Hipólito algunos datos, que justamente podemos poner en duda, pues, siendo Hipólito tan apasionado, y tratando de denigrar en lo posible a Calixto, pudo inventar, o al menos exagerar, las noticias que sobre la vida de Calixto conocía. Ante todo, se complace en ponderar su condición de esclavo. Según él, en efecto, era esclavo de un cristiano, llamado Carpóforo, y, habiendo dado pruebas de sus cualidades naturales, su amo puso toda su confianza en él y le encargó de algunos asuntos comerciales o financieros de particular importancia. El resultado fue que, habiendo perdido él gran cantidad de dinero, se encontró en grande apuro frente a su amo Carpóforo. Naturalmente, Hipólito supone que esto sucedió por malversación o mala administración de Calixto; pero no existe ningún indicio que lo confirme; antes, por toda su conducta posterior, debemos más bien admitir que las pérdidas sufridas no se debieron a ninguna causa deshonrosa para Calixto.

Perseguido, pues, por su amo, logró Calixto escapar de Roma; pero fue alcanzado en Porto cuando intentaba huir por mar, y poco después se le impuso un denigrante castigo, propio de esclavos, obligándole a mover la rueda de un molino. Pero entretanto, como insistieran los acreedores para que se le pusiera en libertad, con la esperanza de poder recobrar sus pérdidas, hizo Carpóforo que le levantaran el castigo, y así intentó Calixto entablar negocios en una sinagoga de judíos; pero, temiendo és-

tos ser envueltos en sus engaños, reales o supuestos, le llevaron ante el prefecto de Roma, el cual le hizo azotar y le sentenció luego a ser deportado a las minas de Cerdeña.

Dejando a un lado, como sospechoso, todo lo que signifique mala conducta en Calixto, podemos afirmar, en conclusión, que durante estos años, como sucedía a veces con los esclavos que se mostraban particularmente inteligentes y bien dotados, le encomendó su amo Carpóforo algún asunto delicado, y, habiendo salido mal, fuera de quien fuera la culpa, fue castigado a las minas de Cerdeña.

Y aquí comienza una nueva etapa en la vida del esclavo Calixto. Como en Cerdeña se encontraban multitud de cristianos condenados a los trabajos forzados de las minas, Calixto fue considerado como uno de ellos. Por esto, cuando, por el año 190, Marcia, la favorita del emperador Cómmodo, que era de corazón cristiana, obtuvo la libertad para los cristianos castigados en las minas de Cerdeña, vencidas algunas dificultades, consiguió también ser librado Calixto, y, al ser conducido a Roma, recibió la orden del papa Víctor (189-199) de permanecer en Ancio.

No se sabe con toda seguridad si ya desde un principio, siendo esclavo del cristiano Carpóforo, era cristiano, o si abrazó después el cristianismo, tal vez por el contacto con los deportados de Cerdeña. En todo caso, desde este momento aparece como cristiano, a las órdenes de los Romanos Pontífices. Tampoco aparece cuándo dejó de ser esclavo, recobrando públicamente su libertad. Si es que en realidad fue esclavo, como lo afirma Hipólito, a partir de su vuelta de Cerdeña, se presenta como cualquier otro hombre libre, desarrollando una actividad cada vez más intensa. Tampoco conocemos el motivo por el que el papa Víctor, al volver Calixto de Cerdeña hacia el año 190 ó 191, le ordenó que se retirara a Ancio. De hecho, allí se detuvo Calixto hasta el principio del pontificado de San Ceferino (199-217), aprovechando este tiempo de retiro para intensificar más y más su formación religiosa, preparándose para los grandes problemas para los que le destinaba la Providencia.

El papa Ceferino fue quien puso finalmente a Calixto en situación de poder realizar una obra positiva en beneficio de la

Iglesia y dar claras pruebas de sus extraordinarias cualidades. Efectivamente, conociendo sus dotes naturales y los inagotables recursos de su ingenio, apenas elevado al solio pontificio llamó a Calixto a Roma y le encargó de la catacumba de la Vía Appia, que posteriormente recibió el nombre de San Calixto. Entonces, según suponen algunos, recibió oficialmente la libertad, entregándose con toda su alma a la organización y embellecimiento de aquella catacumba, lo que constituye la primera de las importantes obras en que intervino este gran Papa.

Su principal empeño consistió en unificar las diversas partes iniciales, como eran la cripta de Lucina y otras existentes en sus proximidades, dando a todo el conjunto una extensión mayor y convirtiéndolo en el principal cementerio cristiano. Sobre todo, fue obra suya el destinar una de las partes principales de esta catacumba para sepultura de los Papas. Es lo que, desde entonces, se designó como Cripta de los Papas, donde fueron sepultados, durante todo el siglo III, todos los romanos pontífices, excepto Cornelio y el mismo Calixto. No es, pues, de maravillar que posteriormente este cementerio o catacumba fuera designado como cementerio o catatumba de San Calixto. De hecho fue el primero que pasó a ser plena propiedad de la Iglesia. El mismo papa San Ceferino ordenó de diácono a Calixto y le tomó como su principal auxiliar y secretario.

Teniendo, pues, presentes las extraordinarias dotes personales de Calixto, a la muerte de San Ceferino, el año 217, fue elevado al solio pontificio como su sucesor. Y, por cierto, las circunstancias eran bien difíciles para la Iglesia, por lo cual constituye un mérito muy especial de San Calixto el haber resuelto, con su autoridad pontificia, algunos problemas sumamente agitados durante su pontificado.

Dos fueron las cuestiones, a cuál más importante, en las que intervino el nuevo Papa, a las que va unido su nombre en la historia de la Iglesia: la cuestión dogmática sobre la Trinidad, representada por el sabelianismo, que afirmaba una unidad exagerada en la esencia divina y destruía la distinción de personas, y la cuestión del rigorismo exagerado de los montanistas o los defensores de Tertuliano. En ambos problemas tomó Calixto importantes decisiones, que marcaron el punto medio de la verda-

dera ortodoxia católica. Pero también en ambas cuestiones se aprovecha su rival Hipólito para calumniarlo y desacreditarlo ante la Iglesia universal.

Por lo que se refiere al problema del sabelianismo, es bien conocido el hecho de que, a fines del siglo II y principios del III, los discípulos de Noeto y Práxeas, y sobre todo Sabelio, defendían obstinadamente la teoría de la absoluta unidad de la sustancia o esencia divina, de tal manera que no admitían en la Trinidad otra distinción que la meramente modal. Así, según Sabelio, el Hijo y el Espíritu Santo no eran más que diversas modalidades o, como él decía gráficamente, diversos rostros *(prósopa)* de la esencia divina, con lo cual destruía por completo la Trinidad. Frente a un error tan craso y estridente levantáronse en África Tertuliano y en Roma Hipólito; pero, al refutar éste aquellos errores, insistía de tal modo en la distinción del Hijo respecto del Padre, que parecía hablar de dos dioses o dos divinidades. Por eso los sabelianos le echaban en cara que, al quererlos refutar a ellos, defendía un biteísmo igualmente reprensible.

Así se explica que durante el pontificado del papa San Ceferino había reinado gran confusión en esta materia. Por esto se vio Calixto obligado a intervenir con decisión; pero en su impugnación del sabelianismo tomaba el término medio de la ortodoxia, sin aceptar la doctrina de Hipólito. Por esto, con su acostumbrado apasionamiento, le acusa éste de defender la doctrina sabeliana. En realidad no fue así, sino que rechazaba por un lado a Sabelio y por otro a Hipólito, sin determinar explícitamente en qué consistía la verdadera doctrina. Por esto Hipólito se levantó contra Calixto como antipapa y luchó tenazmente contra él: pero al fin, desterrado él mismo por la fe cristiana, reconoció su error, se reconcilió con el sucesor de San Calixto y murió mártir.

Entretanto San Calixto, bien informado de la peligrosa propaganda de los sabelianos, llamados también monarquianos o modelistas, lanzó la excomunión contra Sabelio y sus partidarios, pero al mismo tiempo, sin condenar propiamente a Hipólito, rechazó las teorías que tendían a subordinar al Logos, es decir, a Cristo, a Dios, con lo cual favorecían cierto dualismo en la

divinidad, y juntamente se exponían al peligro de un verdadero subordinacianismo que niega la igualdad del Hijo con el Padre y, por consiguiente, su divinidad. Precisamente de esta tendencia se derivó despues el arrianismo.

Con semejante visión certera de las cosas, y con idéntica prudencia y energía, el papa San Calixto intervino en las cuestiones disciplinares y prácticas, suscitadas en este tiempo por el rigorismo de los montanistas, a los que se juntó luego el fogoso Tertuliano desde Cartago. Efectivamente, esta secta de fanáticos y rigoristas, capitaneada por Montano desde mediados del siglo II, so pretexto de aspirar a la mayor perfección y pureza de los cristianos ante la próxima venida o parusía del Señor, defendían el principio de que los que cometían ciertos pecados mayores, llamados capitales (apostasía, homicidio, fornicación o adulterio), no podían obtener perdón y por lo mismo dejaban de pertenecer a la Iglesia, pues estos pecados eran imperdonables, ya que la Iglesia no tenía poder para perdonarlos.

Pues bien: estos y semejantes principios rigoristas, que, por una parte, por su apariencia de mayor perfección, fascinaban a muchos incautos, y por otra eran fatales para la verdadera doctrina cristiana, adquirieron gran extensión e intensificaron su propaganda a principios del siglo III, en que, con su apasionada y arrolladora elocuencia, se puso de su parte el gran escritor Tertuliano. Por esto el papa San Calixto se vio obligado a intervenir en favor de la misericordia de Dios para con los pecadores y del poder de la Iglesia de perdonar los pecados. Precisamente en este punto su contrincante y mortal enemigo Hipólito acusa a Calixto de un laxismo exagerado, llegando a lanzar contra él la calumnia de que admitía sin distinción a todos los tránsfugas de las sectas; que admitía entre los clérigos a los bígamos o casados por segunda vez, a los fornicarios, etc.

Despojando estas acusaciones de todo lo que es evidentemente exagerado y calumnioso, la realidad era que San Calixto trató de oponerse con toda energía a aquella corriente de extremado rigorismo que todo lo invadía, propugnando con decisión los principios de la verdadera misericordia e indulgencia cristiana. En la práctica defendió con todo empeño la doctrina ortodoxa, tan claramente expresada en el Evangelio, sobre el

poder de la Iglesia de atar y desatar, es decir, conceder o no conceder el perdón de todos los pecados sin excepción, y, por consiguiente, estableció el principio de admitir a penitencia a los reos de apostasía o de pecados contra la carne que, verdaderamente arrepentidos y cumplidas las condiciones impuestas, acudieran en demanda de absolución.

Contra esta práctica, establecida, o mejor dicho, renovada por el papa Calixto, se levantó Tertuliano con su acostumbrada vehemencia, designándola como «decreto perentorio» del Papa, por el que se perdonaba a todos los adúlteros y fornicarios, En realidad, esto era sacar de quicio las cosas. No consta que Calixto publicara ningún edicto propiamente tal. Pero, fuera lo que fuera, lo que ordenó y la manera como creyó conveniente restablecer la práctica cristiana, en realidad, la disciplina que estableció, era la que respondía a la verdadera doctrina de la Iglesia. Por otra parte, al restablecer esta práctica, Calixto insistió siempre en que era la observada por la Iglesia desde un principio.

Tal fue, en conjunto, la actuación del gran papa San Calixto. El *Liber Pontificalis* le atribuye un decreto sobre el ayuno, pero no tenemos noticias ulteriores que confirmen o aclaren esta disposición pontificia. Su gloria descansa, por tanto, en el hecho de que, siendo un simple esclavo de nacimiento, por sus propios méritos se elevó a los más encumbrados cargos y aun al mismo Pontificado, y, además, en su extraordinario acierto en la organización de la catacumba que por lo mismo es conocida como de San Calixto, y en haber defendido el dogma católico frente a los sabelianos antitrinitarios, y la disciplina cristiana del perdón de los pecados contra el rigorismo montanista y de Tertuliano.

Dios premió los grandes méritos que había contraído con su Iglesia concediéndole el honor de la palma del martirio, si bien no tenemos noticias ciertas sobre él. De hecho, la tradición, desde la más remota antigüedad, lo venera como mártir. Murió probablemente durante el reinado del emperador Alejandro Severo (222-235), el año 222; pues, aunque este emperador no persiguió a los cristianos, pudo originarse su martirio por algún arrebato popular promovido por los fanáticos paganos.

En torno a su muerte existen algunas tradiciones o leyendas antiguas que han dado ocasión a algunos monumentos, todavía existentes en nuestros días. Las actas de su martirio, compuestas en el siglo VII, transmiten la leyenda de que, por efecto de la furia popular, fue arrojado por una ventana a un pozo en el Trastevere y su cuerpo sepultado con todo secreto en el vecino cementerio de Calepodio. Tal vez esto explique el hecho sorprendente de que el papa Calixto no fuera sepultado en el cementerio de su nombre, cuya «cripta de los Papas» él mismo había preparado y donde fueron enterrados los demás romanos pontífices del siglo III. Los cristianos, en medio de la revuelta producida con su martirio, lo enterraron en el lugar más próximo.

Muy pronto se levantó la preciosa Basílica de Santa María in Trastevere, iuxta Calixtum, atribuida al papa Julio I (337-352). Según De Rossi, es el primer ejemplo de una basílica construida junto al sepulcro de un mártir. La memoria de este Papa se conserva asimismo en aquel lugar por el Palacio de San Calixto.

BERNARDINO LLORCA, SI

Bibliografía

Acta. SS. Boll., 14 octubre: *Auctar,* 81s; 179.
ALES, A. d', *L'édit de Calliste. Étude sur les origines de la pénitence chrétienne* (París 1914).
DUCHESNE, L. (ed.), *Liber pontificalis,* I (París 1886) 92s.
— *Histoire ancienne de l'Église,* I (París [3]1908) 294s; 314s.
LEBRETON, J., Art. en FLICHE, A. - MARTIN, V. (dirs.), *Historia de la Iglesia.* II: *La Iglesia en la penumbra* (Valencia 1976) 101s; 106s.
— *La théologie de saint Hippolyte* (París 1906).
GALTIER, P., «Le véritable édit de Calliste»: *Revue d'Histoire Ecclésiastique* 23 (1927) 465s.
• Actualización:
SINOUE, G., *La pourpre et l'olivier ou Calixte 1er le pape oublié* (París 1992).

SANTO DOMINGO LORICATO

Presbítero († 1060)

«La severidad con que este fervoroso penitente emprendió la penitencia por un pecado o falta en que había incurrido engañado, es una increpación justísima de aquellos que, después de haber ofendido a Dios con pleno conocimiento y por mera malicia, se

atreven todavía a esperar un fácil perdón sin atender a las circunstancias que requiere el verdadero arrepentimiento».

Con estas palabras introduce el P. Juan Croisset la vida de Santo Domingo, quien va a pasar al martirologio como un modelo de arrepentimiento vivido en grado heroico, durante toda su existencia, acompañado además de espantosas penitencias. Por una de ellas, la más prolongada y quizás la más dolorosa, recibe el sobrenombre de «loricato» o «encorazado» y se le recuerda en el año cristiano, como Domingo Loricato, traducido del latín y que significa enmallado, vestido de coraza, pero de una coraza o malla de puntas aceradas, que aplicaba directamente a su cuerpo, como si se tratara de una camisa que no se quitaba sino para darse disciplina.

Domingo, nacido de unos padres cristianos que ambicionaban para su hijo una brillante carrera eclesiástica y en la línea bastante frecuente de la época, regalaron al obispo varios presentes, entre ellos una piel de cabra, para que lo ordenase.

Cuando el joven sacerdote se enteró del hecho castigado por las leyes divinas y eclesiásticas, llevando incluso anejas penas y censuras muy severas de la Iglesia, se sintió acometido de tan graves remordimientos que se creía indigno de celebrar la eucaristía. No quiso volver a celebrar la misa ni ejercer los ministerios sacerdotales, a pesar de no ser él quien había cometido los hechos sino solamente el beneficiado.

En tal situación anímica tuvo noticias de que en un desierto llamado Montfeltre o Montefeltro, perdido entre las fragosidades de los montes Apeninos, un santo varón llamado Juan de Montefeltro vivía acompañado de dieciocho fervorosos discípulos, recluidos en sus celdas y dedicados a la penitencia y la contemplación. Era una vida de subido ascetismo: ninguno bebía vino, ni comía carne, ni siquiera laticinios. Ayunaban todos los días a excepción de los jueves y domingos. Guardaban silencio excepto en las máximas necesidades y sólo los domingos, entre vísperas y completas, podían relajarse comunicándose entre sí. Estaban obligados a tomar penitencias de flagelaciones o disciplinas. Un régimen penitencial que hoy nos parece imposible. Y, sin embargo, era la vida propia y normal de esos eremitas.

Domingo pidió ser admitido en la comunidad y Juan de Montefeltro lo aceptó gustoso. Allí se entregó en alma y vida a tan rigurosas penitencias.

Pasados algunos años, hacia 1042, con permiso de su superior, se retiró al desierto, al eremitorio de Fontavellano o Fuente Avellana, a los pies del Apenino en Umbría, gobernado por San Pedro Damián, donde se seguía la regla de San Benito, que se sustituyó después por la de los camaldulenses en el siglo XVI.

El abad, a pesar de estar acostumbrado a ver ejemplos de virtudes y penitencias heroicas, quedó atónito con el fervor del nuevo penitente. Domingo llevaba incrustada en sus carnes la túnica de malla trenzada con alambre acerado, que jamás se quitaba sino para recibir la disciplina o voluntaria flagelación. A todo esto añadía el alimentarse de pan, hierbas y agua. Dormía de rodillas. Y acostumbraba a permanecer con los brazos en cruz hasta que se agotaba su resistencia.

Estando enfermo tuvo que mezclar un poco de vino con agua a modo de reconstituyente, pero no fueron capaces de persuadirlo de que siguiera cuando ya se hallaba restablecido.

En su última enfermedad, lejos de abatirse el espíritu penitencial, parecía haber recobrado mayor vigor. En la última noche de su vida rezó maitines y laudes con sus hermanos y expiró mientras cantaba la prima del oficio divino. Era el 14 de octubre del año del Señor de 1060.

Es una pena que no conozcamos mucho de su vida. Prácticamente todo lo que sabemos de un tan excepcional santo se lo debemos a San Pedro Damián, que escribió su vida. Aunque luego Tarchi, en 1751 y en Roma publicó otra más extensa y con disertaciones. Estos datos se hallan publicado también en el *Acta sanctorum* y en los *Anales camaldulenses.*

No olvidemos que San Pedro Damián consideró siempre la vida eremítica como el vértice y culminación de la experiencia monacal y que el ejemplo penitencial de Santo Domingo se sublima si tenemos en cuenta que durante ese siglo la Iglesia luchó con todas sus fuerzas contra las intromisiones simoníacas.

JOSÉ SENDÍN BLÁZQUEZ

Bibliografía

Acta sanctorum. Octobris, IV.
Annales camaldulenses, II.
Biografía universal, IV (Madrid 1851) 104-105.
CROISSET, J., SJ, *Año cristiano, o ejercicios devotos para todos los días del año,* IV (Madrid) 99.
ZIMMERMANN, A. M., *Kalendarum benedictinum,* III (1937) 178-181.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTA ANGADRISMA

Abadesa († 696)

Nace en las primeras décadas del siglo VII en Thérouanne hija de Roberto, refrendario del rey Clotario II. Le buscó su padre un ventajoso matrimonio, pero ella deseaba consagrarse a Dios y se cuenta que entonces le vino la enfermedad de la lepra y por ello se deshizo el compromiso matrimonial. El novio ingresó luego en un monasterio y llegó a obispo. Ella, curada milagrosamente de la lepra, pudo ingresar en el monasterio del Oratorio, en Beauvais, del que por su piedad y altas dotes sería elegida abadesa. Este monasterio se le llamaba del Oratorio porque tenía varios sitios de oración donde se alababa a Dios continuamente. Se le atribuyeron muchos milagros, entre otros el de haber apagado las llamas de un incendio con la reliquia de San Ebrulfo, el fundador del monasterio. Murió hacia el año 695. Es patrona de Beauvais.

BEATO SANTIAGO LAIGNEAU DE LANGELLERIE

Presbítero y mártir († 1794)

Nació en La Flèche (Francia) el 19 de abril de 1747 en una familia de clase media. Decidido por el sacerdocio, fue enviado tras su ordenación a Bailleul donde estuvo como vicario durante diez años. Posteriormente ejerció de párroco en La Breyère, pero su salud no era muy buena y consiguió que le dispensaran de cargos directamente pastorales y lo trasladaran, en 1789, a la propia capital diocesana, Angers, como capellán segundo de las carmelitas. Llegada la Revolución, al no ser funcionario público,

no estaba propiamente obligado a prestar el juramento constitucional, pero eso no le evitó ser detenido y recluido en el seminario el 17 de junio de 1792. De ahí fue llevado a Nantes y se libró de momento de la deportación y de haber terminado en los pontones de Rochefort porque los médicos certificaron su mal estado de salud. Siguió en prisión hasta que logró escaparse el 27 de julio de 1793. Se hizo pasar por carretero y así volvió a Angers donde hizo cuanto bien pudo. Reconocido el 11 de octubre de 1794 cuando llevaba los sacramentos a un enfermo, hubo de comparecer ante el Comité que lo reenvió al tribunal de lo criminal, que lo sentenció a muerte alegando como causas no haber prestado el juramento constitucional y haberse escapado cuando estaba designado para la deportación. Subió con serenidad las escaleras del cadalso y recordó que era la víspera de Santa Teresa. Fue guillotinado en la plaza de Angers el 14 de octubre de 1794.

Fue beatificado el 19 de febrero de 1984 por el papa Juan Pablo II.

BEATA ANA MARÍA ARANDA RIERA

Virgen y mártir († 1936)

Nace en Denia el 24 de enero de 1888 en el seno de una familia acomodada que cuidó mucho su educación. Recibió la enseñanza primaria en el colegio de las Hermanas Carmelitas. Piadosa desde joven, militó con mucho celo en las Hijas de María, en la Acción Católica y en el Ropero de San Vicente de Paúl. Era muy devota de la eucaristía y de la Virgen María y asistía a la misa y comulgaba diariamente. No le había hecho daño a nadie ni había dado motivo alguno para que nadie la odiase y fue sólo su acendrado catolicismo y su decidida defensa de los derechos de la Iglesia lo que provocó su detención en la cárcel de mujeres de Valencia cuando llegó la revolución de 1936. Lo llevó con gran paciencia y humildad y se dedicó a la oración y al consuelo de sus compañeras de prisión, con las que diariamente rezaba el santo rosario. Fue fusilada en el Picadero de Paterna el 14 de octubre de 1936.

Fue beatificada el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO ROMÁN LYSKO

Presbítero y mártir († 1949)

Nace en Horodok (Lvov) el 14 de agosto de 1914, hijo de un sacerdote greco-católico que lo educó con esmero. Sintiendo el muchacho la vocación sacerdotal, estudió en la Academia Teológica de Lvov en la que se graduó en teología. En 1938 contrajo matrimonio con Neonila Hunioska, joven de 16 años, con la que tuvo tres hijos. El 28 de agosto de 1941 se ordenó sacerdote en la archieparquía de Lvov de los ucranios. En 1944 fue nombrado párroco de Belzets. Terminada la guerra el gobierno soviético exigió a los greco-católicos que se pasasen a la ortodoxia. El padre de Román asistió al llamado sínodo que acordó este pase, negándose él a pasarse a la ortodoxia, por lo que fue condenado a diez años de trabajos forzados en Siberia. Román igualmente se negó a abandonar su catolicismo y continuó ejerciendo su ministerio en la clandestinidad. Bautizaba en el patio de su casa, celebraba bodas en el bosque, decía misa en los pueblos en las casas de los fieles con las ventanas cerradas simulando que era una fiesta de amigos por si llegaba la policía. El 9 de septiembre de 1949 Román fue arrestado sin que se le dieran explicaciones, en medio de las lágrimas de su esposa e hijos. Fue llevado a la cárcel de Lvov destinada a presos políticos, situada en la calle Lontskoho. En la cárcel se dedicó a la oración y cantaba en alta voz los salmos, pareciéndoles a los guardias que había perdido la cabeza. Su esposa le llevaba cada quince días un paquete con comida, y se le daba un recibo firmado por Román como garantía de que había recibido el envío. Pero en la primavera de 1950 ella se dio cuenta de que la firma estaba falsificada. No se le dio noticia oficial de la muerte de su esposo hasta seis años más tarde y se le dijo que había muerto de paro cardíaco. Circularon diversas noticias sobre su muerte, fechada el 14 de octubre de 1949. Algunos prisioneros dijeron que los guardias lo golpearon brutalmente. Y otras voces que corrieron

aseguraban que fue colocado sobre una rejilla ardiente y encerrado vivo entre cuatro paredes de cemento.

El papa Juan Pablo II beatificó a este joven sacerdote de 35 años, fiel a la Iglesia, como mártir, el 27 de junio de 2001 en su viaje pastoral a Ucrania. A la emotiva ceremonia asistió su esposa octogenaria.

15 de octubre

A) MARTIROLOGIO

1. En Alba de Tormes, Santa Teresa de Jesús († 1582), virgen, doctora de la Iglesia, reformadora de la Orden del Carmen **.
2. En Edesa (Siria), San Barsén († 379), obispo y mártir.
3. En Tréveris (Galia), San Severo († ca.455), obispo *.
4. En Kitzingen (Alemania), Santa Tecla († 790), abadesa, de la Orden de San Benito *.
5. En el monasterio de Trebnitz (Silesia), Santa Eduvigis († 1243), religiosa, anteriormente duquesa de Polonia, cuya memoria se celebra mañana.
6. En Torres Vedras (Portugal), Beato Gonzalo de Lagos († 1422), presbítero, de la Orden de Ermitaños de San Agustín **.
7. En Nagasaki (Japón), Santa Magdalena († 1634), virgen y mártir **.
8. En Valencia, Beato Narciso Basté y Basté († 1936), presbítero, religioso jesuita, mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTA TERESA DE JESÚS

Doctora de la Iglesia († 1582)

¿Qué tiene esta mujer que, cuando nos vemos ante su obra, quedamos avasallados y rendidos? ¿Qué fuerza motriz, qué imán oculto se esconde en sus palabras, que roban los corazones? ¿Qué luz, qué sortilegio es éste, el de la historia de su vida, el del vuelo ascensional de su espíritu hacia las cumbres del amor divino? Con razón fundada pudo decir Herranz Estables que «a

Santa Teresa no acaba de conocerla nadie, porque su grandeza excede de tal suerte nuestra capacidad que la desborda, y, como los centros excesivamente luminosos mirados de hito en hito, deslumbra y ciega».

Teresa de Cepeda nace en Ávila, el 28 de marzo de 1515. En el admirable *Libro de la Vida,* escrito por ella misma, nos refiere cómo fueron sus primeros años en el seno de su hidalga familia. Sabemos, además, por testimonio de quienes la trataron, que Teresa de Cepeda era una joven agradable, bella, destinada a triunfar en los estrados del mundo, y, como ella confiesa, amiga de engalanarse y leer libros de caballería; y aún más, son sus palabras, «enemiguísima de ser monja» (*Vida,* II,8). Pero el Señor, que la había creado para lumbrera de la cristiandad, no podía consentir que se adocenara con el roce de lo vulgar espíritu tan selecto, y así, la ayudó a forjarse a sí misma. Venciendo su natural repugnancia, Teresa se determinó, al fin, a tomar el hábito de carmelita en la Encarnación de Ávila. «Cuando salí de casa de mi padre para ir al convento —nos dice ella— no creo será más el sentimiento cuando me muera» (*Vida,* IV,1).

¡Qué emoción tiene, al llegar este punto, ese capítulo octavo del *Libro de la Vida,* en que ella relata los términos por los que fue perdiendo las mercedes que el Señor le había hecho! Teresa de Jesús, ya monja, quería conciliar lo inconciliable, vida de regalo con vida de oración, afición de Dios y afición de criaturas, que, como más tarde diría San Juan de la Cruz, no pueden caber en una persona a la vez, porque son contrarios, y como contrarios se repelen.

Nuestro Señor, que vigilaba a esta alma, no había ya de tardar en rendirla por entero a su dominio. Y acaeciole a Teresa que, cierto día que entró en el oratorio, vio una imagen que habían traído a guardar allí. Era de Cristo, nos dice ella, muy llagado, un lastimoso y tierno *Ecce Homo.* Al verle Teresa se turbó en su ser, porque representaba muy a lo vivo todo lo que el Señor había padecido por nosotros. «Arrojéme cabe él —nos cuenta— con grandísimo derramamiento de lágrimas» (*Vida,* IX,1). ¿Cómo no había de ser así, si aquel corazón generoso, magnánimo de Teresa estaba destinado a encender en su fuego, a través de los siglos, a miles y miles de almas en el amor de Cristo?

Y ya, desde este trance, el espíritu de Teresa es un volcán en ebullición, desbordante de plenitud y de fuerza Su alma, guiada por Jesucristo, entra a velas desplegadas por el cauce de la oración mental. ¿Qué es la oración para Teresa? ¿Será un alambicamiento de razones y conceptos, al estilo de los ingenios de aquel siglo? No, mucho más sencillo: «No es otra cosa oracion mental, a mi parecer, sino tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama» (*Vida,* VIII,5). En ese «tratar de amistad» vendrán a resolverse todos los grados de oración que su alma y su pluma recorran, hasta las últimas «moradas», hasta el «convite perdurable» que San Juan de la Cruz pone en la cima del «Monte Carmelo». ¿Y quién no se siente con fuerzas para emprender el camino de la oración mental? Teresa esgrimirá el argumento definitivo para alentar a los irresolutos: «A los que tratan la oración el mismo Señor les hace la costa, pues, por un poco de trabajo, da gusto para que con él se pasen los trabajos» (*Vida,* VIII,8).

Esta es la oración de Santa Teresa, elevada, cordial, enderezada al amor, porque, son sus palabras, «el aprovechamiento del alma no está en pensar mucho, sino en amar mucho» (*Fund.,* V,2). ¿Quién se imagina que el fruto de la oración son los gustos y consolaciones del espíritu? En otro lugar nos avisará Santa Teresa que «no esta el amor de Dios en tener lágrimas [...] sino en servir con justicia y fortaleza de ánima y humildad» (*Vida,* XI,13).

Es el año 1562. Teresa de Jesús, monja de la Encarnación de Ávila, siente dentro de sí la primera sugestión del Señor que ha de impulsarla a la gran aventura de la reforma carmelitana. ¿Por qué no volver al fervor y rigor de la regla primitiva? Y, desde este punto, Teresa de Jesús pone a contribución todas sus fuerzas en la magna empresa. Ella ha comprendido muy bien el mandato del Señor y el sentido de aquellas palabras del salmista: «obra virilmente», y se lanza con denuedo a la lucha.

Una marea de contradicciones va a oponerse al tesón de su ánimo esforzado. No importa. Ella seguirá adelante, porque es el mismo Jesucristo quien le dirá en los momentos críticos: «Ahora, Teresa, ten fuerte» (*Fund.,* XXXI,26). No importa el parecer contrario de algunos letrados, la incomprensión de sus

confesores, el aborrecimiento, incluso, de sus hermanas en religión, todo un mundo que se levanta para cerrarle el paso. No importa. Es Santa Teresa la que escribe para ejemplo de los siglos venideros esta sentencia bellísima: «Nunca dejará el Señor a sus amadores cuando por sólo él se aventuran» (*Conceptos,* III,7).

Espoleada por esta convicción, Teresa de Jesús vence todos los obstáculos y sale, por fin, de la Encarnación para fundar, en la misma Ávila, el primer palomar de carmelitas descalzas. Se llamará «San José», pues de San José es ella rendida devota. ¿Sabéis cuál es el ajuar que de la Encarnación lleva a la nueva casa, y del que deja recibo firmado? Consiste en una esterilla de paja, un cilicio de cadenilla, una disciplina y un hábito viejo y remendado.

«Andaban los tiempos recios» (*Vida,* XXXIII,5), cuenta la fundadora. Las ofensas que de los luteranos recibía el Señor en el Santísimo Sacramento le impelían a levantar monasterios donde el Señor fuese servido con perfección. Y así, desprovista de recursos, «sin ninguna blanca» (*Vida,* XXXIII,12; *Fund.,* III,2), como ella dice donosamente, fiada sólo en la Providencia y en el amor de Cristo que se le muestra en la oración, funda e irán surgiendo como llamaradas de fe que suben hasta el cielo los conventos de Medina del Campo, Malagón, Valladolid, Toledo, Pastrana, Salamanca, Alba de Tormes, Segovia, Beas, Sevilla, Caravaca, Villanueva de la Jara, Palencia, Soria, Granada y Burgos. «Para esto es la oración, hijas mías —apunta la madre Teresa a sus descalzas—; de esto sirve este matrimonio espiritual: de que nazcan siempre obras, obras» (*7 Moradas,* IV,6). Paralelamente, su encuentro con San Juan de la Cruz, a quien gana para la reforma del Carmelo, señala un jalón trascendental en la historia de la espiritualidad. Estas dos almas gigantes se comprenden en seguida, las dos que, más tarde, habrán de ser los reyes de la teología mística, gloria de España.

Teresa de Jesús desarrolla una actividad enorme, asombrosa, tan asombrosa como lo variado de su personalidad. No hay más que asomarse a la fronda de su incomparable epistolario —cuatrocientas treinta y siete cartas se conservan— para calibrar el talento y fortaleza excepcionales de esta mujer, que, en

un milagro de diplomacia y de capacidad de trabajo, lleva sobre sus frágiles hombros el peso y la responsabilidad de un negocio tan vasto y dilatado como es el de la incipiente reforma del Carmelo.

Su diligencia se extiende a los detalles más nimios. A sí misma se llama «baratona y negociadora» (*Epist.,* I,52), porque llega hasta entender en contratos de compraventa y a discutir con oficiales y maestros de obras.

Por pura obediencia, sólo por pura obediencia, escribe libros capitales de oración, ella, que, de sí misma, dice «cada día me espanta más el poco talento que tengo en todo» (*Fund.,* XXIX,24). Y, mientras escribe páginas inimitables, confiesa —y no podemos por menos de leer estas palabras con honda emoción—: «me estorbo de hilar por estar en casa pobre, y con hartas ocupaciones» (*Vida,* X,7). Sus obras quedan ya para siempre como monumentos de espiritualidad y bien decir. El castellano de Santa Teresa es único. En opinión de Menéndez Pidal, «su lenguaje es todo amor; es un lenguaje emocional que se deleita en todo lo que contempla, sean las más altas cosas divinas, sean las más pequeñas humanas: su estilo no es más que el abrirse la flor de su alma con el calor amoroso y derramar su perfume femenino de encanto incomparable».

Santa Teresa de Jesús, remontada a la última morada de la unión con Dios, posee, además, un agudísimo sentido de la realidad, el ángulo de visión castellano, certero, que taladra la corteza de las cosas y personas, calando en su íntimo trasfondo. En relación con el ejercicio de la presencia de Dios, adoctrina a sus monjas de esta guisa: «Entended que, si es en la cocina, entre los pucheros anda el Señor, ayudándoos en lo interior y exterior» (*Fund.,* V,8).

¡Ay la gracia y donaire de la madre Teresa! En cierta ocasión, escribiendo al jesuita padre Ordóñez acerca de la fundación de Medina, dice estas palabras textuales: «Tengo experiencia de lo que son muchas mujeres juntas: ¡Dios nos libre!» (*Epíst.,* I,109). Otra vez, en carta a la priora de Sevilla, refiriéndose al padre Gracián, oráculo de la santa y puntal de la descalcez: «Viene bueno y gordo, bendito sea Dios» (*Epist.,* II,87). Y en otro lugar, quejándose de algún padre visitador, cargante en

demasía, escribe a Gracián: «Crea que no sufre nuestra regla personas pesadas, que ella lo es harto» (*Epist.,* I,358). Con sobrado motivo el salero de la fundadora ha quedado entre el pueblo español como algo proverbial e irrepetible.

Teresa de Jesús ya ha consumado su tarea. El 4 de octubre de 1582, en Alba de Tormes, le viene la hora del tránsito. Su organismo virginal, de por vida asendereado por múltiples padecimientos, ya no rinde más. «¡Oh Señor mío y Esposo mío —le oyen suspirar sus monjas—, ya es llegada la hora deseada, tiempo es ya que nos veamos. Señor mío, ya es tiempo de caminar!» Muere, como los héroes, en loor de muchedumbre, porque muchedumbre fueron en España los testigos de sus proezas y bizarrías, desde Felipe II y el duque de Alba hasta mozos de mulas, posaderos y trajinantes. Asimismo la trataron, asegurando su alma, San Francisco de Borja, San Pedro de Alcántara, San Juan de Ávila y teólogos eminentes como Báñez.

> «Yo no conocí, ni vi, a la madre Teresa de Jesús mientras estuvo en la tierra —escribiría años después la egregia pluma de fray Luis de León—, más agora, que vive en el cielo, la conozco y veo casi siempre en dos imágenes vivas que nos dejó de sí, que son sus hijas y sus libros».

Cinco siglos más tarde, sin perder un ápice de su vigencia, muy bien podemos hacer nuestras las palabras del insigne agustino.

El cuerpo de Santa Teresa y su corazón transverberado se guardan celosamente en Alba. No hay más que decir para entender que, por derecho propio e inalienable, señala Alba de Tormes una de las cimas más altas y fragantes de la geografía espiritual de España.

PABLO BILBAO ARÍSTEGUI

Bibliografía

OTILIO DEL NIÑO JESÚS, OCD - EFREN DE LA MADRE DE DIOS, OCD - STEGGINK, O., O CARM, *Obras completas de Santa Teresa de Jesús.* Nueva revisión del texto original con notas críticas. 3 vols. (Madrid 1951-1959).

RIBERA, Fr. DE, SI, *La Vida de la Madre Teresa de Jesús, fundadora de las Descalzas y Descalzos, compuesta por el Doctor F. de R., la Compañía de Jesús, y repartida en cinco libros* (Salamanca 1590).

SILVERIO DE SANTA TERESA, OCD, *Vida de Santa Teresa de Jesús,* 5 vols. (Burgos 1935-1937).

YEPES, D. DE, *Vida, virtudes y milagros de la Bienaventurada Virgen Teresa de Jesus, Madre y Fundadora de la nueva Reforma de la Orden de los Descalços y Descalças de Nuestra Señora del Carmen* (Zaragoza 1606).

• Actualización:

ALVAREZ, T. (dir.), *Diccionario de Santa Teresa de Jesús* (Burgos 2001).

EFREN DE LA MADRE DE DIOS, OCD - STEGGINK, O , O CARM, *Tiempo y vida de Santa Teresa* (Madrid [4]1996).

JAVIERRE, J. M ª, *Teresa de Jesús Aventura humana y sagrada de una mujer* (Salamanca 1982).

MARTINEZ BLAT, V , *La andarrega Biografia intima de Santa Teresa de Jesus* (Madrid 2005).

SANTA TERESA DE JESUS, *Obras completas.* Transcripción, introducciones y notas de EFREN DE LA MADRE DE DIOS, OCD y O. STEGGINK, O CARM (Madrid [9]2003)

BEATO GONZALO DE LAGOS

Presbítero († 1422)

Gonzalo de Lagos vino al mundo en el turístico reino del Algarve, sur de Portugal, concretamente en la villa de su apellido, hoy ciudad principal de aquella región. Corría el año 1360. Desconocemos el nombre de sus padres, de quienes sí consta, en cambio, que eran marineros, pescadores, fervorosos cristianos y, como tales, los encargados de educar al pequeño en el santo temor de Dios y en las letras y artes que a esa madrugadora edad ocupan la escuela, pero de modo especial en la escritura, vocación deliciosa y apasionante que luego, de religioso, habría de practicar mucho con libros para el servicio del coro. Altamente dotado, pues, en buenas costumbres y en piedad cristiana, Gonzalo, pese a ello, hubo de sufrir ya de adolescente los fieros embates del enemigo, que siempre contrarrestó a base de fiarse del buen Dios, al que no cesaba de pedir ayuda con poderoso clamor y lágrimas y duros ejercicios ascéticos. Gracias a esa comunicación con el cielo fue saliendo adelante sin jamás perder, ni exterior ni interiormente, la pureza de alma recibida cuando el santo bautismo.

Y es que Gonzalo nunca bajó la guardia, consciente de los peligros que en el mundo corría. Determinó, pues, redoblar ayunos, oraciones y disciplinas, pero al propio tiempo no dejar de pedir al Dios de las luces ayuda para encontrar el camino de su futuro. El próvido auxilio divino le ganó pronto el corazón. En efecto, durante un viaje a Lisboa, ciudad entonces con mu-

chos monasterios y religiosos donde probar, el Espíritu Santo encaminó sus pasos hacia la benemérita Orden de San Agustín. Impulsado por tan extraña fuerza y resplandeciente de tan divina luz, se llegó hasta una iglesia agustiniana de la capital con ánimo de hacer la visita. Allí sintió de repente la llamada interior: era la iglesia del monasterio de Nuestra Señora de Gracia, de la mencionada Orden agustiniana. Fue en el año 1380 cuando el hijo de pescadores y pescador él mismo, nuestro simpático protagonista, tomó el hábito dentro de aquellos silenciosos muros. Bien pronto empezó a sobresalir por su entrega al estudio. Gran teólogo al fin, llegado el momento rehusaría, humilde de espíritu como él era y pese a su indudable capacidad intelectual, el título de maestro en teología. Se ejercitó mucho, eso sí, ya antes de ser ungido sacerdote, en practicar la sencillez evangélica y el espíritu interior, virtudes de las que llegó a ser eminente figura.

Ordenado sacerdote, se dio pronto al incansable ejercicio del ministerio, lo que le valió ganarse a la gente lo mismo de predicador que de pastor: su caridad con las almas parecía no tener límites. Altamente dotado para la oratoria, le encantaba no obstante llevar la religión a los humildes, y sobremanera el catecismo a los niños, obreros e ignorantes. Extraordinariamente virtuoso en el desempeño de su cargo, según permite deducir su gestión en las grandes causas que hubo de acometer, cultivó con denuedo la oración y la contemplación, y fue depurando con progresiva dedicación el alma hasta acabar engolfado por completo en la mística de los santos misterios. Quería que su vida fuera, y lo fue, un surtidor de espiritualidad sacerdotal, y que sus manos hechas a la diaria celebración eucarística irradiaran por doquier, y lo consiguieron, sencillez y bondad. Con tal recogimiento y fervor celebraba la santa misa, tal era el afecto y unción que en ella ponía, que mientras el santo sacrificio más parecía estar entre ángeles en el cielo que ser hombre mortal en la tierra.

Por toda cama tenía en el suelo sarmientos secos y un humilde cobertor, y su celda no pasaba de ser estratégico y secreto campo de adiestramiento en las rigurosas penitencias. Pasaba la mayor parte del día en el coro, bien haciendo oración, bien en-

tregado a otros ejercicios piadosos, y el resto lo invertía en escribir libros corales, menester que los prelados le encomendaban a menudo por ser consumado especialista en ese oficio. Mucho se alegraba Gonzalo con tan singular ocupación de escritor, copista o amanuense, contento de poner en ella elevado espíritu y devota entrega, ávido siempre de grabar dentro del alma o de la mente, como si de una invisible grafía se tratara, el sentido de las palabras que la pluma iba luego plasmando en el pergamino. Alegría indecible la suya de acertar a servir para que los demás alabasen a Dios. Muchos de estos libros, de hecho, alcanzaron considerable difusión por Salamanca, Santarem, Lisboa y tantas otras ciudades. En esta actividad literaria ocupaba las horas dichas del día: las de la noche, en cambio, discurrían entre oración, lágrimas, suspiros y disciplinas, cuando no macerando su carne con áspero cilicio. Todo lo cual iba haciendo de sí un claro ejemplo de penitencia y mortificación.

Su fama de santo crecía de día en día, lo que terminó por atraer las miradas de la Orden para encomendarle oficios de gobierno. Su gran capacidad para administrar la vida monástica con mano firme no exenta de caridad, hizo que se pusieran sucesivamente bajo su dirección los conventos de Lourinan, Lisboa, Santa Irene (Santarem) y Torres Vedras. Se empleó a fondo en educar a los niños y en la instrucción de los campesinos, a los que tanto amaba. Citan sus hagiógrafos el milagro en vida de la curación de un niño ciego, y muchos otros después de muerto, como luego diré. La verdad es que no buscaba en ello sino servir con amor a los hermanos en humildes servicios comunitarios: lo mismo hacía de portero, que de enfermero y, llegado el caso, hasta de cocinero. Bien aleccionado por el divino Maestro, «que no vino a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos» (Mt 20,28), le pareció a Gonzalo no diré ya lo más natural del mundo, porque el mundo sabe poco o nada de esas cosas y tiene el paladar del alma estragado para dichos menesteres, sino lo más sublime y ajustado a la caridad evangélica el ejercer tan sencillos oficios conventuales con el estilo del propio Jesús de Nazaret. Y como en este tiempo los conventos de la provincia eran pobres y padecían necesidades sin fin, él mismo procuraba remediarlas en lo posible echándo-

se al hombro las alforjas y haciendo leguas por donde fuera, si el tiempo y otros amargos desmanes no lo impedían. Había que pedir para el sustento de sus frailes.

Recibía con sencillez y reconocida gratitud las limosnas que buenamente le daban, considerándose indigno de aquel pequeño bien, y con santo gozo festejaba los pedazos de pan que iban cayendo en las alforjas. Era tan de buen conformar que con bien poco se contentaba, volviéndose al convento como si consigo llevase las riquezas todas del mundo. Aconteció siendo prior de Torres Vedras: tenía que celebrarse allí, en su convento, el capítulo provincial, y él, viendo la suma pobreza de la casa, falta de todo lo necesario para el mantenimiento de los capitulares, no vaciló en acercarse a Lisboa en busca de auxilio ante su viejo amigo el arzobispo, el cual, naturalmente, mandó que se le diese todo lo necesario, es decir, cuanto Gonzalo pidiese. El siervo de Dios se limitó a cuanto podían admitir sus alforjas, y se volvió a Torres Vedras, siete leguas de tortuoso camino, cantando alegre las alabanzas del Señor en acción de gracias porque podía subvenir con ello a las necesidades del convento. El arzobispo, claro es, por no herir la sencillez del religioso, le dejó hacer, pero luego mandó un montón de acémilas cargadas de pan, vino, aceite, carnes y demás útiles necesarios para el capítulo, ofreciéndose con generosa liberalidad a correr incluso con los gastos capitulares a la vez que se encomendaba a las oraciones de los religiosos, en especial las de su devoto fray Gonzalo.

No sólo en vida, también después de muerto acudió no pocas veces aquel hombre de Dios en socorro de sus religiosos. Se prodigó en el de Santarem y en otros conventos a base de portentos cuya sola relación alargaría demasiado esta semblanza. Siendo prior de Torres Vedras, por ejemplo, se propuso dedicar el tiempo después de las completas en el coro, antes del reposo nocturno, a catequizar a la gente que pasara por delante del convento camino de casa: hombres, mujeres, labradores, todos eran objeto de paternal solicitud, a todos sabía servir, a todos exhortar para la vida eterna. Torres Vedras acabó así convertido en un pueblo con gente obrera y trabajadora tan pendiente del Evangelio, tan entregada y dispuesta, que más parecían religio-

sos de retiro que trabajadores volviendo del trabajo. Y esto mismo que muchas veces hacía a la puerta del convento, lo practicaba también a menudo por caseríos y aldeas, a veces en el umbral de la casa, otras dentro con la familia. Tan ardiente deseo por salvar almas le impulsaba de igual manera a rebajarse hasta los pequeñuelos con el propósito de enseñarles la sana doctrina y las buenas costumbres. Solía rebajarse a ellos haciéndose uno más, alegre, juguetón, cercano, comunicativo, con mucha familiaridad para aficionarles a Dios. Y cuando alguien quería impedir que los pequeños se le acercasen, sus palabras eran infaliblemente las mismas que el Señor Jesús pronunció rodeado de los apóstoles: «Dejad que los niños vengan a mí, y no se lo impidáis porque de los que son como éstos es el Reino de los Cielos» (Mt 19,14).

No sólo por sus obras y ejemplos era la santidad del humilde religioso Gonzalo conocida y celebrada, contribuían a ello también las incontables maravillas que Dios hacía por él. A título de muestra, valga citar, dentro de los muchos casos dados, el de una pobre anciana desde muchos años atrás al servicio de la iglesia del convento, la cual, debido a una misteriosa enfermedad, había terminado ciega y así llevaba ya años. Oídas las buenas nuevas que el siervo de Dios obraba en las personas, le dijo un día como quejándose:

> «Padre fray Gonzalo, con quienes os lo piden hacéis maravillas, a todos curáis, a todos remediáis, sólo a mí, que soy vieja y pobre y que desde tanto tiempo sirvo en vuestra casa, no me queréis devolver la salud, no me queréis poner las manos en estos ojos y darme la vista en ellos».

Compadecido de aquella buena mujer y lleno de honda pesadumbre, nuestro siervo de Dios respondió:

> «Hermana, estáis engañada; yo no hago maravilla alguna de las que vos decís; no las puedo hacer; soy siervo sin provecho y el mayor pecador de todos. Es Dios quien hace los milagros a quienes tienen fe viva y verdadera y con un corazón contrito y humilde y confiado se unen a él. No es cosa de que yo ponga las manos en los ojos, que mis manos son manos de pecador, no poderosas para bien alguno, mas si tuviereis fe viva y verdadera y confiareis en Dios, podéis ir a lavaros los ojos con agua de sardinas, con eso sanaréis y volveréis a ver».

Aquella respuesta le pareció a la anciana como venida de un ángel del cielo. Así que no bien hubo vuelto a casa, obediente a cuanto el siervo de Dios le había dicho, se lavó los ojos con agua de unas pocas sardinas saladas, pero lo hizo con tal fervor pidiendo al Señor la gracia de la curación por los merecimientos de fray Gonzalo, resignada ella a lo que Dios dispusiera y fuese servido hacer, que fue todo cosa repentina: de pronto se le abrieron los ojos y empezó a ver y a dar gracias a Dios por la merced recibida a ruegos de su siervo, quien atribuía tales maravillas a la fe de los agraciados.

Los años habían pasado, como suelen, de forma vertiginosa. Ya él muy mayor, lleno de fatigas y consumido por las mortificaciones y el desgaste de las disciplinas, después de haber corrido también él «al alcance de la justicia, de la piedad, de la fe, de la dulzura» (1 Tm 6,11), luego de haber combatido largamente «el buen combate de la fe» (1 Tm 6,12), era tiempo de viajar al santo descanso, de conquistar la vida eterna, objeto de su vocación bautismal, y de la que también él había hecho aquella solemne profesión delante de muchos hermanos. Era llegada la hora del premio a tanto servicio. Y así, el 1 de octubre de 1545, en efecto, se puso malo de una grave dolencia, lo que le hizo presentir próximo el momento de su partida para celebrar con Jesús la Pascua eterna. Recibió los sacramentos de la Eucaristía y de la Unción tan lleno de confianza en Dios que no parecía sino que estuviera gozando ya en la tierra de la gloria que de allí a poco había de recibir en el cielo.

Tras haberse despedido de él, uno por uno, todos los religiosos, y luego de haberles recomendado encarecidamente amar a Dios y guardar la santa *Regla de San Agustín,* les impartió la bendición como buen padre y comenzó a rezar con ellos la recomendación del alma, según acostumbra la Orden con los que están al borde de la muerte. Con sano juicio y perfectos sentidos interiores, entre salmos y versos de los religiosos junto a su lecho, dejándolos de pronto con la palabra en la boca, con mucha quietud, el 15 de octubre de 1422, se fue a gozar del Señor, a quien con tanta fidelidad y amor había servido. Recibió cristiana sepultura en la iglesia conventual de Torres Vedras, llamada de Nuestra Señora de Gracia. Venerado ya en vida como

santo, su culto rompió a divulgarse con inusitada rapidez nada más morir. La gente empezó a recabar su protección visitando el sepulcro, y el Señor a obrar milagros lo mismo en las personas que hacían dicha visita que en quienes se llevaban tierra y reliquias de su siervo.

Su entrega en lo social, religioso y pedagógico había sido admirable, igual que su cariño a los pobres, llenos de filial afecto por su persona. De ahí el afán de visitar sus restos, trasladados en 1492 junto al sitio del evangelio de la iglesia, dado el multitudinario fervor de los peregrinos: los religiosos aprovecharon esta circunstancia para meterlos en una caja cerrada con llave. Mas en vista de que aquello, lejos de venir a menos, iba en aumento y la gente no cesaba de acudir en busca de tierra de la sepultura, fueron devueltos a en 1518 a un pequeño sepulcro de piedra en su anterior enterramiento, con la imagen y figura del santo esculpida en la piedra, y con un orificio en la misma sepultura por donde meter los enfermos cabeza, brazos y manos y tirar de la tierra para sus enfermedades.

Tantos milagros continuó el Señor obrando en el nuevo sepulcro, tanto abundaron los exvotos y las ofrendas ya de la comarca, ya del reino del Algarve, que los traslados fueron sucediéndose acompañados de nuevos prodigios. Especial relieve merece el obrado con uno de los criados de don Gaspar, obispo de Santo Tomé, religioso de la Orden, el cual, herido de la peste de Lisboa, encontró curación visitando el sepulcro. El 18 de diciembre de 1580, día de la «Expectación de Nuestra Señora», llegaron las reliquias en solemne procesión al nuevo monasterio, donde están depositadas con la debida reverencia, obrando el Señor cada día muchas maravillas y nuevos prodigios. Cuentan los biógrafos incluso apariciones del Beato Gonzalo muy parecidas a las de Jesús en el Evangelio: calmar una tempestad en el mar, verbigracia, aparecerse a devotos en trance de extrema necesidad o riesgo al límite, curaciones de la vista, de gota, de numerosas otras dolencias, en fin.

Un renovado interés por el Beato Gonzalo de Lagos floreció en escritos sobre su persona y su obra por los años 1957-62, aprovechando el VI centenario de su nacimiento. Varios estudiosos portugueses y escritores de la religión algarvina publica-

ron por entonces aportaciones monográficas considerables, y su recuerdo se mantiene muy vivo todavía hoy entre sus paisanos, para quienes no es el Beato, sino San Gonzalo, «su santo», protector de la gente del mar y patrono de la juventud. Un grupo de agustinos de visita en Lagos a primeros de junio de 2000 así lo pudieron comprobar venerando su imagen en la iglesia parroquial, cuyo cuidado y apertura corre a cargo de un grupo de señoras que se turnan en tan laudable oficio. El papa Pío V confirmó su culto el 2 de mayo de 1778, y sus reliquias reposan hoy en la mencionada iglesia ex-agustiniana de Nuestra Señora de Gracia.

Gonzalo es nombre germánico, cuyas formas antiguas serían *Gundisalvus* o *Gonzalvus*. Los etimologistas convienen en hacerlo derivar de *Gundi* (lucha), más *all* (todo), más *vus* (dispuesto), es decir, «totalmente dispuesto a la lucha». Lo importaron a la Península Ibérica los visigodos y muy pronto se extendió sin límite de fronteras a juzgar por las ramificaciones del apellido González, patronímico de Gonzalo. Actualmente es nombre que aprecian mucho quienes aman la herencia cultural del pasado. Los Gonzalo celebran su onomástica, según el nuevo ordenamiento del *Martirologio romano* (cf. p.702) el 10 de enero, 6 de febrero, 15 de julio, 4 de agosto, 10 de septiembre, 15 de octubre, día de nuestro Beato Gonzalo de Lagos, y 10 de diciembre, fechas todas con un Gonzalo adornando los cielos azules del santoral. En nuestro caso, hasta el ditirambo estrófico ha reconocido su grandeza en estos versos: «Mostrando su valor, esfuerzo y arte, / con Gonzalo de Lagos el valiente / honor y gloria de su ilustre gente». Las palabras del Concilio Vaticano II en la constitución *Lumen gentium* suministran la clave para interpretar con acierto su exquisita espiritualidad:

> «El divino Maestro y Modelo de toda perfección, el Señor Jesús, predicó a todos y cada uno de sus discípulos, cualquiera que fuese su condición, la santidad de vida, de la que Él es iniciador y consumador: *Sed, pues, vosotros perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto* [Mt 5, 48]» (LG 40).

PEDRO LANGA, OSA

Bibliografía

Acta sanctorum. Octobris, IX, p.421-427.
Bibliotheca sanctorum. VII: *Giustiniani-Lhuilier* (Roma ²1988) cols.101s.
ALONSO, C., OSA, «Vida del Beato Gonzalo de Lagos por Alejo de Meneses, OSA, arzobispo de Goa»: *Archivo Agustiniano* 72 (1988) n.190, p.275-298.
ASUNCION, J. DE LA, OSA, *Martyrologium augustinianum,* II (Lisboa 1749) 393; 396; 426-428.
Comemoraçoes do VI Centenário do Sao Gonzalo de L. I Coloquio Gonçalino. Discursos e comunicaçoes (Lagos 1962).
GIORGI, T., «Bto. Gonzalo de Lagos († 1422)», en F. ROJO (ed.), *La seducción de Dios. Perfiles de hagiografía agustiniana* (Roma 2001) 103s.
GUTIÉRREZ, D., OSA, *Historia de la Orden de San Agustín.* I/2: *Los agustinos en la Edad Media, 1357-1517* (Roma 1977) 130-131.
MARTÍNEZ, H., OSA, *Sao Gonzalo de Lagos* (Braga 1992).
Martyrologium romanum, o. c., 541, n.6*; 702.
MEIJER, A. DE, OSA - SCHRAMA, M., OSA, «Bibliographie historique de l'Ordre de Saint Augustin, 1945-1975»: *Augustiniana* 16 (1976) 186-187.
NOBRE, A., *Algunas peças do processo de beatificaçao de S. Gonzalo de Lagos* (Lagos 1962).
— *O Pescador que quis ser monge e foi santo [S. Gonzalo de L.]* (Tavira 1957).
PURIFICACIÓN, A. DE LA, OSA, *Cronología monastica lusitana* (Lisboa 1642) 101-102.
SACRA RITUUM CONGREGATIO, *Ulyssiponenensis beatificationis et canonizationis ven. Servi Dei Gundisalvi de Lagos. Positio super introductione causae* (Roma 1777).
— *Ulyssiponen. Super cultu immemorabili* (Roma 1778).
— *Ulyssiponen. Super approbatione offitii* (Roma 1779).
TORELLI, S., *Secoli Agostiniani,* VI (Bolonia 1680) 531-538.

SANTA MAGDALENA DE NAGASAKI

Virgen y mártir († 1634)

A finales del siglo XVI budistas y confucionistas empezaron a recelar del favor que el pueblo nipón dispensaba a los católicos. Instigado por su médico el exbonzo Seyakuin Zenso, furibundo enemigo, el sogún Hideyoshi, favorable al principio, dicta el 27 de enero de 1614 un edicto que se hace público el 14 del mes siguiente proscribiendo «sin pérdida de tiempo a todos los cristianos, de manera que no tengan lugar donde poner los pies». Cuantos resistan lo pagarán con la muerte. Los misioneros extranjeros deberán abandonar inmediatamente el país. Tiene Japón entonces 116 jesuitas, 14 franciscanos, 6 dominicos y 3 agustinos. Tras la salida a Macao y Manila, quedan escondidos 42. Sigue luego la destrucción de iglesias, cruces, cementerios y toda clase de símbolos cristianos. En 1644 sólo quedaba un misionero: más de 200.000 cristianos habían sido torturados o expoliados de sus bienes, y no menos de 4.000 degollados, decapi-

tados, crucificados, quemados a fuego lento, o eliminados con el tormento de la horca y hoya. La diabólica prueba, pese a todo, no pudo con el cristianismo, y hoy Japón constituye una esperanza para la Iglesia gracias, entre otros, a Santa Magdalena.

Nagasaki, parte occidental de la isla de Kiu-shiu, hoy ciudad moderna surgida de las cenizas de la destrucción atómica, con más de 500.000 habitantes, industria floreciente, universidad, astillero de primera y febril actividad, no pasaba de ser en el siglo XVI una pequeña aldea de pescadores con pocas casas, todas de madera y paja. En 1567 la visitó por primera vez el hermano jesuita Luis de Almeida: ofrecía óptimas condiciones para construir un puerto de naves comerciales portuguesas, y ciudad refugio para los cristianos. El también jesuita padre Cosme de Torres, antiguo compañero de San Francisco Javier, se lanza a la difícil aventura de la nueva Nagasaki. En pocos años su puerto se habrá convertido en el principal centro comercial entre Portugal y Japón.

A Nagasaki afluyen los cristianos desterrados. Es ciudad abierta, centro cultural y, sobre todo, de expansión misionera. Conocida como «La pequeña Roma», surgen en su casco urbano iglesias y conventos, se instituyen cofradías, se abren parroquias y un gran hospital. Goza de cierta independencia y tiene floreciente comercio. Por sus calles, alegres y bulliciosas, pululan comerciantes portugueses, españoles y japoneses. Crece a ritmo vertiginoso, aunque en 1587 pierde su independencia y pasa a la administración central, a resultas de lo cual los cristianos empiezan a conocer las primeras trabas. No obstante, los católicos pasarán de 50.000 en 1609. El cristianismo se siente seguro y una gran paz reina en la ciudad hasta la mencionada expulsión de 1614: es el principio de las desventuras. La pequeña Magdalena forjará su espíritu afrontando aquellos amargos y desoladores días con asombrosa fortaleza.

Nació probablemente el año 1611 en un pueblecito cercano a Nagasaki. Sus padres, de alto linaje, se desvelaron por darle buena educación —contaban con grandes extensiones de tierra en Arima— y la niña respondió a sus desvelos. Era bella, afectuosa, de mirada dulce, inteligencia precoz, amiga de rezar y asistir al culto. Pronto aprendió a leer en caracteres latinos. Le

gustaban las vidas de santos, mártires sobre todo: en Japón había obras de espiritualidad que ella habría de conservar hasta el momento de su prisión. Su niñez discurrió serena dentro de la familia. Pero aquello duró poco.

Con la predicha deportación Nagasaki se queda muerta. Sólo aguantan en pie cuatro templos, objeto pronto de expolios y abandono. Un silencio abrumador invade a los cristianos: son un rebaño sin pastor. Hasta la imprenta se han llevado, y se ha echado el cerrojo al grandioso hospital, al seminario y al colegio de los jesuitas. No faltan espías por la ciudad. Más de 20.000 cristianos, temerosos de otra inmediata persecución, han preferido huir a los campos o a otras regiones. Mientras este paréntesis de relativa calma, la familia de Magdalena instruye a los hijos frente al peligro. Los preciosos consejos de las *Exhortaciones para el martirio,* libro de lectura, suenan oportunos en Magdalena:

> «El martirio es una gloria. No puede haber excusas para apostatar de la fe. Cuando el martirio es inminente, debes prepararte por medio de la confesión [...] Nunca abrigues malos pensamientos hacia los oficiales que comunican la sentencia de muerte, o hacia los verdugos, sino ruega a Dios que sean conducidos al camino de la verdad, ya que son sus acciones las que te llevan por la vía del Paraíso [...] Mientras eres torturado, visualiza la Pasión de Jesús, piensa atentamente que la Virgen María y muchos ángeles y bienaventurados están contemplando tu combate desde el cielo. Di cualquier cosa que pueda beneficiar a las almas de los espectadores. Dios ciertamente te guiará sobre lo que tienes que decir y hacer, y así encomiéndalo todo a su dirección».

Rompe por fin la tormenta en agosto de 1616 llevando a Nagasaki el luto, el llanto y la desolación. Pelotones policiales registran las casas y hacen redadas de misioneros y cristianos. En una caen el 19 de diciembre de 1619 dos jesuitas, dos dominicos y todos los miembros de las familias anfitrionas. Llenas las prisiones, grupos de cristianos son conducidos a la ejecución, maniatados y con el correspondiente cartel a las espaldas: «por haber escondido a un misionero»; «por predicar el evangelio»; «por conservar cosas de culto». Magdalena suele acompañar con sus padres a esos cristianos hasta el lugar del suplicio. El acceso es libre y asisten miles de cristianos entonando, a una con los mártires, cantos al Señor, mientras las víctimas son de-

capitadas, crucificadas o quemadas a fuego lento. La crucifixión y la muerte a fuego duran a veces muchas horas, tiempo que las pías mujeres, Magdalena entre ellas, aprovechan para confortar, animar, rezar.

Un aciago día los esbirros se llevan a toda su familia menos a ella, tal vez ausente de casa en esos momentos, o quizás por muy pequeña todavía. Lo cierto es que se queda llorando desconsolada: niña como quien dice, también ella quiere morir por Cristo. ¿Por qué ha elegido Dios a toda su familia y no a ella? ¿Indigna del martirio acaso? Sabe que el martirio es un don de Dios, a quien no cesa de pedírselo insistente, convencida de que su hora, de momento, no ha llegado pero llegará. Jamás olvidará la horrible escena del martirio de los suyos, aquella última sonrisa, aquellos cánticos mientras subían al patíbulo... Una vez huérfana, sólo desea consagrarse al Señor y derramar un día la sangre por él. Hace penitencia, practica la caridad y pasa muchas horas en alta contemplación de la pasión de Cristo; sus ojos entonces son un mar de lágrimas.

Pese a la estrecha vigilancia de las costas, el 20 de junio de 1623 logran desembarcar en Ichiki once nuevos misioneros. Vienen de Filipinas. El 14 de octubre del mismo año entran en Nagasaki vestidos de comerciantes. Entre los recién llegados llaman pronto la atención Francisco de Jesús, 33 años, de Villamediana (Palencia), fuerte y fornido, y Vicente de San Antonio, portugués, de la misma edad, pequeño y delgaducho. Son los primeros agustinos recoletos que llegan a Japón. Se rigen por la *Forma de vivir los frailes agustinos descalzos,* escrita por el famoso fray Luis de León. Vicente se queda en Nagasaki. Francisco, por el contrario, sigue hasta la isla de Hiroshima para aprender la lengua, desde la que volverá a Nagasaki en septiembre de 1624.

La joven Magdalena, ganada por la espiritualidad de aquellos frailes, se hace terciaria recoleta. Encuentra con ello consuelo y ánimo en el camino hacia la santidad. Ya no está sola. Otros terciarios y terciarias van engrosando las filas, y ella va a servir de enlace entre aquellos religiosos y los cristianos. Su buena formación religiosa, su natural simpatía, su ardiente amor a Cristo la convierten en catequista ideal, mensajera

de paz, ángel de Dios. Pero el sogún Dietada quiere acabar con lo que él entiende como pesadilla de Nagasaki y en 1625 nombra gobernador a Minuzo Kawachi (1625-29), uno de los más feroces perseguidores, cuya tarjeta de presentación será quemar vivos a nueve misioneros jesuitas y a un buen número de cristianos.

Para evitar que los atrapen juntos, Vicente y Francisco deciden separarse en 1626. Magdalena se queda en Nagasaki, junto al primero: visitan a sus bienhechores y comerciantes portugueses. Magdalena lleva su hábito negro ceñido con una luciente correa, regalo del padre Vicente. Así la recordarán cuando declaren en el proceso. El 17 de agosto de 1627 el fuego acaba con diez prisioneros y los ocho restantes son degollados. Y 1628 no será mejor, pues Kawachi condena a muerte a los irreductibles, y el 8 de septiembre de 1628, por ejemplo, Magdalena asiste de nuevo al atroz espectáculo que presencian impasibles Kawachi con sus satélites. Pero ni las torturas, ni las amenazas, ni la diabólica saña de Kawachi logran erradicar el cristianismo de la ciudad. La principal ocupación de Magdalena será dar ánimo a los condenados. Sus palabras son ascuas encendidas en el brasero de aquellos corazones, y bálsamo cauterizador para tantas heridas sin sentido. Con la constante ayuda de la incansable Magdalena, los padres Vicente y Francisco, venido éste del norte a finales de 1628 para echar una mano, logran sostener a la dispersa cristiandad nagasakiense y enrolar a cientos de terciarios y de cofrades en la cofradía de la correa, consiguen incluso que varios hermanos emitan los tres votos religiosos ante el padre Francisco en la cárcel de Omura.

En la primavera de 1629, el cerco es prácticamente total. El sogún Iemitsu nombra en su lugar a Unemedono Takenaka, cuyo solo nombre hace que muchos cristianos huyan despavoridos a los montes antes de su llegada: no en vano es conocido como el «demonio encarnado». El padre Vicente entiende algo de medicina: cura a los enfermos y asiste a los moribundos. La inseparable Magdalena hace de enfermera. Sus blancas y delicadas manos, su tierna sonrisa, su serenidad facilitan el ejercicio de tan caritativa misión. Como medida de prudencia, los padres Francisco y Vicente deciden separarse de nuevo. El día de San

Agustín, 28 de agosto, después de celebrar la fiesta en compañía de los íntimos, de Magdalena y de algunos terciarios, se despiden para siempre. Entre incesantes sobresaltos pasan Magdalena y el padre Francisco los meses de septiembre y octubre de aquel 1629. Esta vez no podrán escapar de los rabiosos perseguidores.

La situación en noviembre de 1632 es insostenible. Los esbirros de Unemedono recorren palmo a palmo los montes cercanos a Nagasaki. Debidamente autorizados, pasan los límites de la provincia y baten también los montes de Ómura y de Arima. Rastrean cuevas, registran cavidades excavadas en rocas del mar, escalan riscos inaccesibles, talan o queman la maleza cuando esta obstruye su paso. Durante la batida capturan al padre Francisco, y pocos días después a Vicente, el padre espiritual e inseparable compañero de fatigas de Magdalena. El rastreo se cobra también 100 cristianos, casi todos terciarios o cofrades agustinos recoletos. Tan negras noticias llenan de infinita pesadumbre y amargura a la pobre Magdalena, completamente sola en las montañas de Nagasaki, desde las que le corresponderá asistir a la última y más cruel embestida de la persecución. Los conocimientos de medicina aprendidos junto al padre Vicente, van a serle ahora muy útiles para curar enfermos, aunque presiente muy cercano el fin.

En efecto, el sogún Iemitsu, en la primavera del 1633 destituye al gobernador Unemedono, acusado de negligencia en el exterminio de los cristianos y los nuevos gobernadores traen el terrible tormento de la horca y hoya. Han generalizado el *efumi,* es decir, la práctica de pisar el crucifijo o la imagen de la Virgen María. En los montes nagasakienses no es posible hallar ya a sacerdote alguno. Magdalena, cual si fuera una sacerdotisa, trata de suplir su falta. Mientras, la persecución arrecia hasta límites increíbles. Durante el suplicio de la horca y hoya las apostasías se multiplican. No basta ya la palabra encendida de Magdalena; es preciso una víctima que devuelva la fortaleza a los pusilánimes, y esa víctima va a ser ella. Su ejemplo podrá contribuir a poner freno en tanta claudicación. Quiere además humillar a los tiranos, ella, que no logra borrar de su recuerdo a la familia, ni a sus padres espirituales, ni a tantos terciarios que están gozando

ya de la dulce compañía de Dios. Una extraña fuerza interior parece empujarla irresistiblemente hacia Cristo.

Así es como un buen día de septiembre, a primera hora de la mañana, se viste de terciaria, se arregla como quien va de fiesta, y, tras despedirse de terciarios y cristianos, baja decidida a la ciudad. En su mano lleva un hatillo con el que va a presentarse, en un verdadero alarde de provocación, a los guardias. Estos no tendrán más remedio que apresarla. Dicen, temerosos, «que es mujer moza y flaca, y no puede sufrir tan terribles tormentos», pero Magdalena no se da por vencida. También ella tiene derecho a derramar su sangre por Cristo. Así que se presenta directamente a los jueces. Alega que es cristiana, que los guardias no han querido apresarla y ella, en cambio, quiere ser juzgada. Los jueces registran el misterioso hatillo y dan con «un libro espiritual escrito por fray Luis de Granada [seguramente *Guía de pecadores,* publicada pocos años antes en Nagasaki] y un calendario para saber las fiestas de precepto». Le hacen ver que todo aquello está prohibido por las leyes y se lo confiscan. Esa misma mañana ordenan meterla en una de las jaulas.

Las autoridades tienen sumo interés en hacer apostatar a la joven. A las promesas siguen las amenazas y las torturas, que van recrudeciéndose hasta el tormento más terrible de las «cañas tostadas entre las uñas de los dedos de las manos, ordenándole que con los dedos así clavados y acañaverados are o arañe la tierra». Los verdugos pierden la paciencia y una y otra vez la introducen boca abajo en una tinaja llena de agua, hasta dejarla extenuada y sin respiración. Acto seguido le aplican el tormento del agua ingurgitada. Le hacen beber grandes cantidades de agua, introduciéndosela a presión con un embudo, hasta que queda «como una pipa llena». Después presionan saltando sobre su vientre. El agua vuelve a salir teñida de sangre, según refiere un cronista, «por boca, oídos, ojos y narices».

A principios de octubre de 1634 recibe Magdalena la sentencia: es condenada a morir en el terrible tormento de la horca y hoya. Y con ella, sus compañeros de prisión. En una mañana fresca de octubre sacan los soldados a los condenados a muerte y los colocan cada uno en un caballo. Las víctimas llevan una soga al cuello y las manos atadas. Como es costumbre, abre la

comitiva un alguacil, proclamando a voz en grito el bando de la sentencia de muerte. Sigue Magdalena, encabezando el grupo «como una capitana», vestida con su hábito negro y la correa de las terciarias agustinas recoletas. De sus espaldas cuelga un letrero: «condenada a muerte por no querer renegar de la ley de Cristo». Su juventud y belleza, su intrepidez, sus encendidos discursos a los verdugos y a los cristianos que han acudido a ver pasar la comitiva, atraen la mirada de todos. Llegada la comitiva al lugar del martirio, los verdugos cuelgan en la horca a Magdalena cabeza abajo y con los brazos atados contra el cuerpo, como si de una momia se tratase. Medio cuerpo hasta la cintura queda introducido en el pozo que está debajo de la horca. Con un cuchillo le hacen unas incisiones en la sien, para que no muera enseguida por congestión. Tapan el pozo para dificultar la respiración y la sangre empieza a fluir hacia la cabeza. Los ojos y la nariz están para estallar. Los verdugos esperan inútilmente alguna señal. No se oyen sino los débiles suspiros de la víctima, que «invoca a la Virgen María, madre de Dios, y a Jesús». Pasan las horas y los días y allí sigue, viva, sumida en oración, incluso con humor para decir a los verdugos: «¿Queréis oír una cantiga?» Y canta en lengua japonesa las alabanzas del Señor.

Como a Jesús en la cruz —refiere otro testigo—, se le oyó decir: «Tengo sed». Los soldados, compadecidos, le acercaron un vaso de agua. Ella respondió «que su sed no era de esa agua, y que Cristo nuestro Señor le daría del agua que ella deseaba». Pasados trece días, los gobernadores, nerviosos y sospechando de los verdugos, prohibieron prestar ningún auxilio a la víctima. Estaban todos maravillados de tanta resistencia. Para los cristianos era un prodigio de Dios. Dicen documentos antiguos que los verdugos, para evitar las sospechas de las autoridades, le dieron aquel día por la tarde un golpe en la cabeza y, para que todo se pareciese más a la muerte de Cristo, el cielo se llenó de oscuros nubarrones. Esa noche —añaden testigos del proceso— un fuerte aguacero inundó el pozo y Magdalena murió ahogada. Los soldados quemaron el cuerpo y esparcieron las cenizas por el mar, para impedir que cayesen en manos de los cristianos.

La muerte de Magdalena causó profunda impresión no sólo en los cristianos, sino también en los paganos de Nagasaki. Un sentimiento de temor se apoderó de las autoridades, y los soldados de guardia durante el martirio empezaron a contar, llenos de estupor, el sorprendente comportamiento de la joven. Hablaron incluso de prodigios ocurridos durante aquellos interminables trece días. El martirio de la terciaria agustina recoleta siguió recordándose por mucho tiempo, y en la colonia portuguesa deportada a Macao no se hablaba de otra cosa. Todos empezaron a encomendarse a su intercesión. Los agustinos recoletos misioneros por Filipinas no podían permitir que tanta heroicidad y tanto derramamiento de sangre por Cristo, cayese en el olvido. Así que, corriendo 1637, hicieron llegarse hasta Macao al entonces postulador de la Orden, padre Agustín de Jesús María. Muchos soldados y comerciantes portugueses y japoneses en Macao habían asistido a diversos martirios en Japón, desde donde una gran colonia portuguesa había sido deportada en 1636. Oídos cientos de testigos directos, el postulador comprendió la conveniencia de hacer un capítulo aparte con el martirio de Magdalena. Todos hablaban de ella impresionados aún y enamorados de su figura.

Así que, no bien hubo concluido a finales de 1637 el proceso general sobre los diversos mártires agustinos (terciarios y religiosos), se instruyó uno especial sobre la joven catequista. Lo contado por quienes la habían conocido y habían asistido a su martirio era tan excepcional que merecía tratarse por separado. Con ello podría quizás obtener más rápidamente su beatificación. Hasta se pidió al entonces administrador de la diócesis de Macao, el dominico Pedro de San Juan, que, «dada la gravedad de la causa», asistiese personalmente al interrogatorio de los testigos. El postular padre Agustín se contentó con interrogar a 41 testigos directos, pero advirtiendo que había tenido que renunciar a más de 200.

Con gran solicitud discurrió el proceso desde el 1 de febrero hasta el 20 de marzo de 1638 en el convento de los dominicos de Macao. Pudieron declarar los 41 testigos dichos, asistentes a su martirio. Todos recordaban a Magdalena vestida con el hábito negro y correa de las terciarias agustinas recoletas. La habían

visto muchas veces en compañía del padre Vicente, pues era su catequista. También prestaron declaración importantes gentes de negocios y militares de rango residentes en Nagasaki. Muchos afirmaron haberla visto personalmente mientras era conducida al lugar del martirio, y algunos contaron detalles interesantísimos sobre su apostolado. Dijeron, entre otras cosas, que andaba predicando el Evangelio por los montes, que «no conoció varón», que era una especie de sacerdotisa, que se entregó voluntariamente a los jueces, así como las promesas de los tiranos para que renegase de la fe, y los tormentos con tal fin, y las circunstancias de su prisión y martirio. Se oyó asimismo decir que estaba alegre y contenta en la cárcel; que iba al lugar del martirio «capitaneando» al grupo de mártires y cantando salmos de alabanza a Dios; que pidió a los cristianos la encomendasen al Señor; que, metida cabeza abajo en el pozo, invocaba a la Virgen y a Jesús y entonaba cánticos al Señor. Tampoco se pasó por alto, en fin, que durante su martirio muchos testigos habían presenciado maravillas; que duró en el tormento, sin desfallecer, 13 días largos; y que murió ahogada en una noche de grandes aguaceros.

Entre los dieciséis mártires del Japón canonizados el 18 de octubre de 1987 destaca, pues, nuestra simpática joven Magdalena de Nagasaki, terciaria agustina recoleta de 23 años, a quien Juan Pablo II había beatificado en Manila el 18 de febrero de 1981. Joven, virgen y mártir, murió entre los horribles tormentos referidos, entonando con melodiosa y delicada voz bellos cánticos al Señor. Durante siglos fue inspiración de poetas y pintores, aunque su vida, en realidad, tenga muy poco de legendaria. Consta que era grácil y delicada, dulce y atractiva por su hermosura, pero todo ello no era, en verdad, sino el porte externo de un espíritu interior recio e indomable, hecho a la lucha y a los sufrimientos. Fe profunda la suya, herencia de familia, igual que su encendido amor a Cristo, que ella luego acreció con la meditación y sus vivas ansias martiriales.

Por Cristo murió Magdalena en Nagasaki un luminoso día de octubre de 1634. En medio de un ambiente hostil, de persecución y exterminio, colmó su existencia de caridad e inundó su alegre trato de luz, y hoy su tierna figura brilla como lucero col-

gado del firmamento de la historia, pregonando incansable al mundo todo que «la predicación de la cruz es una necedad para los que se pierden; mas para los que se salvan —para nosotros— es fuerza de Dios» (1 Col 1,18). Con Santa Magdalena de Nagasaki el carisma agustiniano floreció prodigiosamente en las remotas tierras del Japón para gloria de Dios y corona de la Iglesia. En ella se cumplió una vez más la inmortal doctrina de San Agustín sobre los mártires:

> «Mucho amaron a Dios nuestros mártires. Como poseían la caridad perfecta, no temieron la crueldad del perseguidor. La caridad perfecta, por tanto, hizo que no temieran nada. Por doquier se ensañaban contra ellos los perseguidores. Por doquier sufrían las tormentas y tempestades de este mundo. Eran fuertes en Dios y en Cristo. Más los perseguían quienes lloraban por ellos que los enemigos que se encolerizaban contra ellos [...]. Honremos, pues, dentro de la Iglesia católica a los mártires, que tienen la gracia, no la audacia; la piedad, no la temeridad; la constancia, no la pertinacia; que recogen, no que dispersan» (*Sermón* 335 G).

PEDRO LANGA, OSA

Bibliografía

CONGREGATIO DE CAUSIS SANCTORUM, *Nagasakien. Seu Macaonen. Seu Manilen. Beatificationis seu declarationis martyrii Servorum Dei Dominici Ibade Erquicia, O. P. et XVI sociorum. Positio super introductione causae et martyrio* (Roma 1979).

GONZÁLEZ TEJERO, P., «Mártires de Japón», en C. PUEBLA PEDROSA, *Testigos de la fe en Oriente* (Madrid 1987) 97-126.

GONZÁLEZ VALLES, J., Art. en C. LEONARDI - A. RICCARDI - G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los santos,* I (Madrid 2000) 646.

HERRERA, A., *Alphabetum Augustinianum,* II (Madrid 1644; reimp. Roma 1989) 69.

IOANNES PAULUS II, «[Homilia I] In foro Sancti Petri habita ob decretos ven. Servo Dei Laurentio Ruiz et Sociis eius Beatorum Caelitum honores [Die 18 m. Octobris a. 1987]»: *AAS* 80 (1988) 586-591.

JESÚS, L. DE, OAR, *Historia general de los religiosos descalzos del Orden de San Agustín,* 2 (Madrid 1681) 271-276.

Martyrologium romanum, o. c., 541, n.7; 726.

RODRIGO, R., OAR, *Una mártir japonesa. Santa Magdalena de Nagasaki, terciaria agustina recoleta* (Roma 1987).

— «Santa Magdalena de Nagasaki (1611-1634)», en: F. ROJO (ed.), *La seducción de Dios. Perfiles de hagiografía agustiniana* (Roma 2001) 203s.

RODRIGO, R. - MARTÍNEZ CUESTA, A., OAR, *Beata Magdalena de Nagasaki, terciaria agustina recoleta* (Salamanca 1981).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN SEVERO DE TRÉVERIS

Obispo († ca.455)

Anteriormente a su ascensión al episcopado Severo, discípulo de San Lupo de Troyes, viajó a Inglaterra con San Germán de Auxerre en la lucha contra la herejía pelagiana. También sabemos de él que fue misionero en la zona de Maguncia donde hizo labor evangelizadora. Elegido obispo de Tréveris hacia 447 dejó clara estela de santidad en el régimen de su diócesis, que no ocupó por mucho tiempo, pues murió hacia el 455.

SANTA TECLA DE KITZINGEN

Abadesa († 790)

Tecla era monja en el monasterio de Wimborne, en Essex, cuando fue elegida por su abadesa Tetta para que marchara a Alemania para ayudar a San Bonifacio en su trabajo misionero. Estuvo en el monasterio de Bischofeim, siendo abadesa del mismo Santa Lioba. Fue el mismo San Bonifacio el que puso a Santa Tecla como abadesa del monasterio de Ochsenfurt, y luego la transfirió con idéntico cargo al de Kitzingen. Muy pronto tanto las monjas como el pueblo tuvo de ella una excelente opinión debido a su humildad, caridad y demás virtudes. San Bonifacio solicitaba con mucha confianza sus oraciones como apoyo a su trabajo misionero. Murió hacia el 790.

BEATO NARCISO BASTÉ Y BASTÉ

Presbítero y mártir († 1936)

Este celoso sacerdote jesuita, muy comprometido con la causa de los pobres, había nacido en la provincia de Barcelona, en San Andrés de Palomar, el año 1866. Tenía 24 años cuando en 1890 decidió su vocación religiosa e ingresó en la Compañía de Jesús, realizando con gran fervor su noviciado y pronunciando los primeros votos religiosos al término del mismo.

Continuó los estudios y en 1899 era ordenado sacerdote, siendo admitido a la profesión perpetua el año 1901. Desempeñó ejemplarmente su ministerio y estuvo destinado como director del Patronato de la Juventud Obrera, que hacía un enorme bien entre los muchachos trabajadores de la capital valenciana. Su interés y entrega a la juventud obrera no le libraron del odio de los revolucionarios de 1936, que lo asesinaron en Valencia el 15 de octubre de 1936.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

16 de octubre

A) MARTIROLOGIO

1. Santa Eduvigis, religiosa, anteriormente duquesa de Polonia, cuyo tránsito fue ayer **.
2. En Paray-le-Monial (Francia), Santa Margarita María de Alacoque († 1690), virgen, de la Orden de la Visitación de Nuestra Señora, cuyo tránsito fue el día de mañana **.
3. En Jerusalén, la conmemoración de San Longinos, al que se tiene por el soldado que abrió con la lanza el costado de Jesús *.
4. En Toul (Francia), San Elifio, al que se tiene por mártir († s. IV).
5. La conmemoración de los santos Martiniano y Saturiano, con dos hermanos suyos, martirizados todos ellos por los vándalos; y Santa Máxima, virgen, que los atrajo a la fe cristiana y murió en un monasterio († s. V) *.
6. En territorio de Limoges (Aquitania), santos Amando y Juniano († s. VI), ermitaños.
7. Junto a Bregenz (Alemania), San Galo († ca.645), presbítero y monje **.
8. En Noyon (Neustria), San Mummolino († 686), obispo.
9. En el monasterio de Hersfeld (Franconia), San Lulo († 786), obispo *.
10. En el territorio de Retz, junto a Nantes, San Vital († s. VIII), ermitaño.
11. En el territorio de Mirepoix, en los Pirineos, San Gauderico († 900), labrador *.
12. En Brioude, junto a Alvier (Aquitania), Santa Bonita, virgen († s. IX/XI).
13. En Doydes (Francia), San Anastasio († 1085), monje *.

14. En Comminges, en los Pirineos, San Bertrán († 1123), obispo *.
15. En el monasterio de Igny (Francia), Beato Gerardo de Claraval († 1177), abad.
16. En Muro Lucano, San Gerardo Mayella († 1755), religioso redentorista **.
17. En el campo de concentración de Auschwitz, beatos Aniceto Koplinski, religioso capuchino, y José Jankowski († 1941), palotino, presbíteros y mártires *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTA EDUVIGIS
Religiosa († 1243)

Esta maravillosa mujer nació en Baviera (Alemania) y era hija del conde Bertoldo de Andechs, marqués de Moravia (en la actual República Checa) y de Inés. Eduvigis tuvo una hermana, Santa Gertrudis, y ésta fue madre de Santa Isabel de Hungría. O sea, que entre santos andaba la familia.

Cuando era pequeñita, sus padres enviaron a Eduvigis al convento de Kintingen, en Franconia. Se trataba de que la chica tuviera una educación esmerada. No se pretendía que se hiciera monja. Tan es así, que cuando sólo tenía 12 años la destinaron en matrimonio a un joven de 18, para que formara con él un hermoso matrimonio. Se llamaba Enrique, duque de Polonia. Estamos ya en el año 1186. Y Dios los bendijo con tres hijos y tres hijas.

Inmediatamente después de la boda, Eduvigis convenció a su esposo para que levantara un gran monasterio en Trebnitz, a cinco kilómetros de Breslau. Y se dice que a todos los presos de Silesia que desearon los llevó a las obras de este monasterio para que, con sus trabajos, redimieran las penas de cárcel que tenían.

Y no sólo fundaron este monasterio de Trebnitz, sino otros muchos; por medio de ellos propagaron la vida religiosa y la cultura germana por todo el país. Eran monasterios cistercienses, de canónigos de San Agustín, y también de dominicos y franciscanos.

El esposo fundó el hospital de Breslau y ella hizo una leprosería en Neumarkt, donde atendía a los enfermos personalmente.

La familia iba creciendo, los hijos se hacían fuertes y sanos; en 1209, después de nacer el último hijo, toman la decisión de hacer voto de continencia perpetua. Siguieron después 30 largos años en este estilo voluntario de vida en castidad perfecta.

¿Qué fue de los hijos? Éstos hicieron sufrir mucho a sus padres. En 1212, el esposo repartió sus bienes entre sus hijos Enrique y Conrado, pero ninguno estaba contento con el reparto. Y cosas que suelen ocurrir en las familias también ocurrieron en ésta.

Empezaron a discutir, llegaron a las manos y montaron una guerra. Eduvigis hizo todo lo que pudo por evitar el conflicto, pero no logró nada. Ellos se liaron en una tremenda batalla y ganó Enrique. Esto supuso para nuestra santa una enorme decepción.

Pensó que los bienes de este mundo no valían para nada si no servían para hacer el bien. Fue una experiencia durísima que le marcó para toda la vida. Quizá por ello tomó más tarde resoluciones drásticas con respeto al uso de los bienes materiales de este mundo.

Todos tenemos la sensación de que los años en que vivió Eduvigis fueron inmovilistas, atrasados y cavernícolas. Era la Edad Media. Sí es verdad que la velocidad con que el mundo avanzaba era muy lenta; no había medios de comunicación ni de transporte ni de propaganda. Pero eso no significa que en los tiempos de esta santa el mundo estuviera parado.

San Francisco de Asís (1181-1227) funda la Orden de los franciscanos (1210).

Santa Clara vive entre 1194-1253.

Santo Domingo de Guzmán (1171-1221) crea la Orden dominicana (1216).

San Pedro Nolasco (1180-1250) funda la Orden de la Merced (1218).

Se organizan tres cruzadas para conquistar Tierra Santa. La tercera (1189-1192), la cuarta (1202-1204) y la quinta (1217- 1221).

Inocencio III (1198-1216) pone al pontificado en el apogeo del prestigio mundial.

El papa Honorio III confirma a los carmelitas en 1226 como una orden de carácter eremita.

Hemos visto que en 1209 hicieron voto de castidad perpetua estos dos piadosos esposos. Y entonces, ella fijó su residencia, casi constante, en el convento de Trebnitz.

Al principio se acercaba en plan de visita; acudía a aquellas mansiones que ella misma había levantado. Más tarde, casi de forma seguida, pasaba grandes retiros entre las religiosas que estaban allí acogidas. Y empezó a vivir de la forma más austera que uno se puede imaginar.

Dormía con las monjas en la sala común. Observaba la misma distribución horaria que todas las demás mujeres del convento. Usaba una túnica y un manto en invierno y en verano. Sobre sus carnes llevaba una camisa de pelo que le mortificaba constantemente; pero le ponía mangas de seda para que nadie se enterara de su mortificación.

Iba por la calle con los pies descalzos, lo mismo en verano que en invierno. Y, para que nadie se enterara de su sacrificio, llevaba siempre unos zapatos en su alforja para ponérselos si se encontraba con alguien en el camino.

Un día le regalaron unos zapatos. Cuando le llamaron la atención porque no se los ponía, los sacó de su manto y dijo: «Siempre los llevo conmigo».

En 1227 su esposo Enrique se alió con Ladislao de Sadomir para defenderse del rey de Pomerania. Éste se lanzó por sorpresa contra los dos y Enrique apenas pudo salvar la vida. Su esposa acudió en su ayuda, pero, cuando llegó hasta él, se encontró con que el marido ya había salido a defender a su aliado, que murió en la batalla. Luchando a brazo partido venció al rey de Pomerania y se estableció en Cracovia.

Poco duraban las paces en aquellos tiempos y sobrevino una nueva guerra: Conrado de Plock cogió prisionero a Enrique. Y de nuevo acudió Eduvigis para proteger a su esposo. Logró que ambos contendientes llegaran a un acuerdo.

La solución vino con un par de matrimonios: dos nietas de Enrique se casarían con dos hijos de Conrado. Asunto concluido.

En 1238, cuando Eduvigis tenía 64 años, murió Enrique. Fue sucedido por su hijo Enrique, que fue apodado «el bueno». Eduvigis estaba en el monasterio de Trebnitz.

Cuando llegó al convento la noticia de la muerte del esposo, todas las monjas lloraron estrepitosamente. Sólo Eduvigis les daba valor: «¿Por qué os quejáis de la voluntad de Dios? Nuestras vidas están en sus manos. Todo lo que él hace está bien hecho, lo mismo si se trata de nuestra muerte como de la muerte de nuestros seres queridos». La única que tenía serios motivos para llorar era el paño de lágrimas de todas las demás mujeres del monasterio.

Entonces, la santa tomó el hábito religioso de Trebnitz; se hizo religiosa de verdad. Pero no hizo de momento los votos para poder repartir entre los pobres todos los bienes que tenía. Y se dedicó con cuerpo y alma a atender a los más necesitados de todo el contorno.

El año 1240, los tártaros invadieron Ucrania y Polonia. El hijo de Eduvigis, Enrique II, les presentó batalla. Murió entre los gases venenosos que lanzaban los enemigos. Tres días antes de que el joven duque muriera, ella tuvo la sensación de ver que iba a morir. Y le dijo a una amiga suya llamada Demudis: «He perdido a mi hijo; se me ha escapado de las manos como un pajarito y jamás volveré a verle». Llegó la noticia y, de nuevo, Eduvigis tuvo que consolar a su hija Gertrudis y a Ana, la esposa del Enrique II.

Dicen que hizo milagros. Por ejemplo, que curó a una religiosa ciega, la cual recobró la vista cuando Eduvigis hizo sobre ella la señal de la cruz. También se dice que hizo diversas profecías, entre ellas la de su propia muerte.

Murió en octubre de 1243 y fue sepultada en su querido Trebnitz. Tenía 69 años. Fue beatificada en 1267 por Clemente IV (1265-1268), veinticuatro años después de su muerte. Los polacos le tienen una gran devoción.

FÉLIX NÚÑEZ URIBE

Bibliografía

CROISSET, J., SJ, *Año cristiano, o ejercicios devotos para todos los días del año. Octubre* (Madrid 1867).

MARTÍNEZ PUCHE, J. A., «Santa Eduvigis», en ID. (dir.), *Nuevo año cristiano. Octubre* (Madrid 2001) 382-384.

VILLANUEVA, J. de la C., *Santa Eduvigis, princesa de Polonia* (Caravaca de la Cruz 1972).

www.ewtn.com/spanish/Saints/Eduvigis.htm

SANTA MARGARITA MARÍA DE ALACOQUE

Virgen († 1690)

La primera comunión de una niña de nueve años pasó inadvertida en aquel mundo francés del siglo XVII, deslumbrado por la creciente majestad de Luis XIV, que se había hecho declarar mayor de edad y había comenzado a reinar a los catorce años.

El nacimiento de este rey, 1638, coincidía con la muerte del holandés Cornelio Jansenio, obispo de Yprès, cuya obra principal, el *Augustinus,* había de producir en Francia una revolución contra la piedad debida a Dios, contra la obediencia debida al Papa.

Frente al mundo del poder, del placer y de las herejías, aquella primera comulgante de 1656 iniciaba una cadena de comuniones y visitas íntimas con el Señor sacramentado, que habían de repercutir en toda la Iglesia y habían de contribuir a llenar muchos comulgatorios.

Era hija del notario real Claudio Alacoque, que desempeñaba su cargo en la ciudad de Lhautecour, actual diócesis de Autun. Nació el 22 de julio de 1647, la quinta entre sus hermanos, y fue bautizada con el nombre de Margarita.

Su primera infancia transcurrió en el placentero castillo de su madrina. Prevenida por la gracia de Dios, se sentía como obligada a repetir: «Dios mío, te consagro mi pureza y te hago voto de perpetua castidad». Perdió a su padre cuando tenía ocho años. Su madre la llevó interna con las clarisas urbanistas de Charolles, que la permitieron comulgar a los nueve años, y esta comunión le puso amargor en las diversiones mundanas. Le encantaba la vida religiosa.

Imitaba los buenos ejemplos que veía en las clarisas, y muy gustosa se hubiera quedado con ellas para siempre. Pero el Señor manifestó su voluntad iniciándola en el misterio de la cruz. A los diez años fue presa de una enfermedad que le duró hasta los catorce, produciéndole la impresión de que los huesos le perforaban la piel. Tuvo que volver a casa de su madre y prometió a la Virgen Santísima ser una de sus hijas si recobraba la salud.

La Madre de Dios atendió a sus ruegos, y en el corazón de Margarita se entabló entonces el combate de la juventud: la ale-

gría de verse curada, su temperamento muy afectuoso y las atracciones del mundo, por un lado; por otro, el recuerdo de su promesa y los interiores atractivos de la gracia...

Los planes de Dios se hicieron más definidos, y sus invitaciones más apremiantes. Un día, después de comulgar, respondió a su Señor que, aunque hubiese de costarle mil vidas, sólo sería religiosa. Luego declaró, resueltamente, este deseo a sus familiares, pidiéndoles que despidieran a todos los pretendientes. Tenía veintidós años. El obispo de Chalons la confirmó en sus deseos y, por devoción a la Santísima Virgen, solicitó y obtuvo de este prelado permiso para añadir al suyo propio el nombre de María.

Dudaba qué instituto religioso había de escoger; mas el 25 de mayo de 1671 visitó a las religiosas salesas, en su monasterio de Paray-le-Monial, y enseguida oyó a su divino esposo que le aseguraba: «Aquí es donde te quiero».

Una vez en el noviciado pidió a su maestra que le enseñase cómo había de hacer oración. «Id a poneros ante nuestro Señor como un lienzo delante del pintor». Hízolo así Margarita María, y Nuestro Señor Jesucristo le dio a entender que quería reproducir la imagen de su propia vida terrestre en el alma de la nueva religiosa: los rasgos principales serían el amor a Dios y el amor a la cruz.

Tomó el hábito el 25 de agosto de 1671, y en las conversaciones del noviciado la hermana Margarita María contaba con cándida sencillez los grandes favores que su Señor le dispensaba. Las superioras temieron por el bien de toda la comunidad ante una novicia de caminos tan extraordinarios y decidieron probarla, imponiéndole faenas humillantes y penitencias muy opuestas a su extremada sensibilidad. Margarita María temió desfallecer antes de llegar a su profesión religiosa. Pero Nuestro Señor la sostuvo y la animó a vencer las propias debilidades y repugnancias, buscando por sí misma ocasiones de humillarse y sufrir más.

El 6 de noviembre de 1672 hace su profesión: ya es religiosa en la Orden de la Visitación de Nuestra Señora, y ya le ha descubierto el divino esposo la mayor parte de las gracias que disponía para ella, sobre todo las que se refieren a su amable

corazón, en cuya llaga le ha prometido una mansión actual y perpetua.

Cuatro se consideran como principales entre aquellas maravillosas comunicaciones de Jesucristo a Santa Margarita María: en la primera le descubrió el abismo de su amor a los hombres (día de San Juan, 1673). En la segunda, al año siguiente, el Corazon de Jesús se le mostró herido por las espinas de nuestros pecados, que lo rodeaban y oprimían. El mismo año 1674, cuando la hermana Margarita María se hallaba ante el Santísimo Sacramento expuesto solemnemente, el Señor se deja ver y le pide que comulgue siempre que se lo permita la obediencia, especialmente todos los primeros viernes. Le pide además la hora santa en la noche del jueves al viernes, «para acompañarme en la humilde oración que hice entonces a mi Padre en medio de todas mis congojas...»

Absorta Margarita en su larga oración, la tienen que hacer volver en sí, y la llevan a la superiora. Esta responde negativamente a las peticiones que ella le hace de parte del Señor: hora santa, comunión más frecuente, comunion especial de los primeros viernes...

La superiora se pregunta ansiosa qué espíritu será el que guía a esta hermana tan singular, y hace que la examinen algunas personas doctas. El resultado es deplorable: la tienen por visionaria, condenan su gusto por la oración, prohíben a la hermana y a la superiora hacer caso de esas maravillas y dan la orden de obligarla a comer sopa.

La heroica religiosa se somete a la obediencia, mas persevera en su deseo de cumplir lo que con toda certeza considera designios de Dios. Esta es la gran cruz interior de su vida. Cuando parece que humanamente no podía resistir más, Jesucristo le anuncia formalmente: «Yo te enviaré a mi siervo. Descúbrete a el por completo y él te dirigirá según mis designios».

Este escogido del divino corazón era un padre jesuita, el Beato Claudio de la Colombière, que llegó a Paray-le-Monial el año 1675, como superior de la residencia que allí tenía la Compañía de Jesús. Poco después visitó el monasterio de las salesas para dar ejercicios espirituales. Confortó a la confidente del Sagrado Corazón y reanimó su confianza, después de oírla bondadosamente.

Así llegó la gran revelación del Corazón de Jesús a su mensajera. Mientras ella adoraba al Santísimo Sacramento en uno de los días de la infraoctava del Corpus (junio de 1675), Nuestro Señor se le apareció mostrándole su divino corazón y le dijo:

> «Mira este corazón que tanto ha amado a los hombres y que nada ha perdonado hasta consumirse y agotarse para demostrarles su amor; y, en cambio, no recibe de la mayoría más que ingratitudes, por sus irreverencias, sacrilegios y desacatos en este sacramento de amor. Pero lo que me es todavía más sensible es que obren así hasta los corazones que de manera especial se han consagrado a mí. Por esto te pido que el primer viernes después de la octava del Corpus se celebre una fiesta particular para honrar mi Corazón, comulgando en dicho día y reparando las ofensas que he recibido en el augusto sacramento del altar. Te prometo que mi corazón derramará en abundancia las bendiciones de su divino amor sobre cuantos le tributen este homenaje y trabajen en propagar aquella práctica».

Santa Margarita María entiende bien el mensaje que debe transmitir a toda la Iglesia de parte de su divino Salvador.

«Entonces yo —cuenta la misma santa en la carta 103— postrándome en tierra, le dije con Santo Tomás: "¡Señor mío y Dios mío!"» Era la profunda humildad que aceptaba sin condiciones los planes divinos; era la generosidad heroica que se entregaba a realizarlos.

En lo exterior aparecía la hermana Margarita María como una religiosa inteligente, flexible, buena para todo y apta para desempeñar cualquier cargo que se le confiara. Fue sucesivamente enfermera, profesora del grupo de alumnas procedentes de familias distinguidas que vivían en el convento, maestra de novicias, otra vez enfermera, por segunda vez con las pensionistas, asistente de la comunidad y propuesta para superiora.

Mas presintiendo todas las actividades de esta vida exterior, animada siempre por su ardentísima caridad hacia el Corazón de Jesucristo, triunfa por todas partes su incontenible deseo de darlo a conocer y hacerlo amar. Es abrumadora la actividad apostólica que revelan sus escritos, especialmente sus cartas, abundantes y algunas larguísimas. En ellas lo mismo atiende a las pequeñas propagandas de estampas y cuadritos del Corazón de Jesús que procura se conceda la misa propia del Sagrado Corazón; lo mismo escribe al capellán de Luis XIV para que éste le

consagre su persona y su palacio, que comunica los ardores de su devoción con varios sacerdotes jesuitas; lo mismo repite cómo se siente apremiada a promover el reinado de su único amor que anuncia increíbles gracias de salvación y santificación a los que se entreguen a él; lo mismo refiere los favores y carismas celestiales con que la regala el Hijo de Dios, nunca oídos hasta ahora, que expone el sincerísimo convencimiento de su propia nulidad o su anhelo insaciable de sufrir por imitar a Jesús.

El mensaje de Margarita suscitó explosiones de entusiasmo, efluvios de santidad, y al mismo tiempo tempestades de contradicción, ataques enconados. Lo mismo que el mensaje de Jesús en el Evangelio, del que era copia fiel y renovación viviente.

El libro *Augustinus* había sido solemnemente condenado el 31 de mayo de 1653. Poco antes de morir su autor había declarado: «Me someto a lo que ordena la santa Iglesia, en la que he vivido hasta mi última hora». Pero la muerte impidió a Jansenio retractar los errores contenidos en el libro, y espantarse ante los daños que causaban sus afirmaciones y las de sus fanáticos discípulos.

El Dios de los jansenistas es un Dios que no ha amado tanto a los hombres como para morir por todos: un Dios que contempla impasible cómo la voluntad del hombre obra irresistiblemente el bien o el mal; un Dios alejado, un Dios juez más que un Dios padre. ¡Qué distinto del Dios que Santa Margarita ha visto en la Hostia Santa, con un corazón incontenible de bondad y de amor para todos: un Dios tan cercano a los hambres que pide amor, frecuencia de comuniones, entrega personal! Y pide consuelo en su agonía de Getsemaní.

Jesús, no sólo en cuanto Dios, sino también en cuanto hombre por medio de su ciencia infusa, preveía durante su vida mortal todos los pecados de los hombres, todas sus tragedias, todas las sentencias de eterna condenación... Y esto le hacía sudar sangre por la fuerza de la pena interior, ya que amaba tanto a esos mismos hombres que iba a morir por ellos. Pero preveía también las obras buenas, las horas santas. Las comuniones, las obediencias, los sacrificios voluntarios de sus amigos, y esto le hacia sentirse acompañado, le consolaba. Nuestros pecados de

hoy le hicieron sufrir entonces; nuestras buenas obras de hoy le consolaron entonces. Participar en las penas y alegrías de un amigo es el gran recurso que fomenta la verdadera amistad. Por eso los consagrados al Corazón de Jesús desarrollan toda su vida espiritual y tal vez sin darse cuenta, que es lo más bello en ese ambiente santificador de la familiar amistad con Jesús.

Mas la consideración de Dios ofendido por los pecados suscitaba también en Santa Margarita una reacción menos sentimental si se quiere, pero más torturante y más purificadora: más espiritual y más difícil de comprender; un dolor insufrible por las ofensas de Dios y la perdición de los hombres con un anhelo nobilísimo de tributar gloria a Dios, en compensación de la deshonra que tiende a infligirle el pecador, y de salvar a los hermanos.

Este anhelo explica el heroísmo que alcanzó Santa Margarita María en orar, en trabajar, en obedecer, y, compendio de todo, en sufrir por amor. Se consagra al Corazón de Jesús en una entrega absoluta de todo, exceptuando la voluntad «de estar por siempre unida a este divino Corazón y amarle puramente por amor de él». Graba sobre su propio corazón con un cortaplumas el nombre sacrosanto de Jesús. Hace el voto de inmolarse perfectamente al Sagrado Corazón de Jesucristo, escribiendo una fórmula de 19 puntos, cuya sola lectura aterra a la pobre naturaleza humana.

Sufre con dulce paciencia la marcha a Inglaterra de su director espiritual, el Beato Claudio de la Colombière, y, cuando regresa, le anuncia con perfecta sumisión: «Él me ha dicho que quiere aquí el sacrificio de vuestra vida». Acepta el martirio de pedir a la comunidad, de parte de su divino Maestro, que se corrija de algunas faltas. Y vive muriendo en deseos de hacerse pedazos para glorificar a Dios y salvar a los hombres, contrarrestando la obra destructora del pecado.

Jesucristo Nuestro Señor tributó a Dios la suma gloria, al mismo tiempo que redimía y salvaba a los hombres. Pero sólo en la cruz, como víctima divina, consumó su obra. También Margarita María será víctima, esta es su vocación especial.

La devoción al Corazón de Jesús es para todos: mas cada uno la practicará según los dones de gracia y naturaleza que Dios le haya comunicado. Santa Margarita ha sido llamada para

ser víctima al mismo tiempo que mensajera. Por eso lo acepta todo, se inmola en todo, con tal de glorificar a su rey y pasar ella completamente inadvertida, «gozándose en su inutilidad».

Precisamente de esta inutilidad se sirvió Nuestro Señor Jesucristo para demostrar al mundo que el establecimiento de la devoción a su Corazón Sagrado no se funda en cualidades humanas, sino en la Providencia divina.

Salida de Paray-le-Monial, se extiende primero por las comunidades salesas de Dijon, Moulins y Saumur; llega enseguida a Lyón y Marsella; salta hasta Inglaterra, avivando los gérmenes allí sembrados por el Beato Claudio. Una circular de la superiora de Dijon lleva la buena nueva a ciento cuarenta y tres monasterios de la Visitación. El fuego divino va conquistando Francia, Saboya, Italia, Bolonia, Borgoña, Canadá... Varios obispos permiten en sus diócesis la misa propia. Circulan algunos libros y miles de estampas. Aquellas recatadas confidencias del Divino Corazón a Margarita María, y de ésta a su director, han salvado las distancias y resuenan en muchos oídos cristianos. La primera fiesta del Corazon de Jesus (21 de junio de 1075, viernes siguiente a la infraoctava del Corpus), en la que se consagraron fervorosamente al Divino Corazón Santa Margarita y el Beato Claudio, empieza a repetirse a lo largo de los años siguientes. El primer cuadro del Corazon de Jesús, dibujado a tinta en un papel por Santa Margarita María para la fiesta de 1685, es la semilla de miles de cuadros, a los que seguirán miles de estatuas, monumentos, templos ..

Las contradicciones habían sido fuertes, sobre todo de los jansenistas, mas también de buenos católicos recelosos ante cualquier devoción nueva. Pero Jesucristo cumple la promesa que hiciera a su santa confidente: «Reinaré a pesar de mis enemigos». Las ansías de este reinado consumen la vida mortal de la fidelísima mensajera.

En junio de 1690 la nueva superiora le prohíbe la hora santa y todas sus austeridades. Margarita María se somete dulcemente como siempre; pero dice: «Ya no viviré mucho, porque ya no sufro».

El 2 de julio, fiesta de la Visitación, comienza un retiro interior que ha de durar cuarenta días, porque quiere «estar prepara-

da para comparecer ante la santidad de Dios». El 8 de octubre se siente acometida por una fiebre que la obliga a guardar cama, aunque el médico no le da importancia especial. Ya había confesado otras veces que para las enfermedades de Margarita, ocasionadas por la fuerza del divino amor, no encontraba remedio.

Pasan pocos días. Una de las hermanas conoce que Margarita María sufre extraordinariamente y muestra deseos de aliviarla.

> «Muchas gracias —responde la santa enferma— pero son muy cortos los instantes de vida que me restan para desperdiciarlos. Sufro mucho; mas no lo bastante para satisfacer mis ansias de padecer».

Pasan dos días más. Pide a su superiora el Viático; mas no se lo conceden, por creer todos que no se trata de enfermedad grave. Margarita María no insiste; pero el 16 por la mañana, estando aún en ayunas, manifiesta deseos de comulgar y hace intención de recibir a Jesús como viático para el gran viaje. Al atardecer empeora, y deciden velarla por la noche. Así hubo testigos de las jaculatorias, oraciones y coloquios que le inspiraban su impaciente deseo por abismarse en el Corazón de Jesucristo.

Persevera hasta el fin en su función de victima. A la mañana siguiente parece sentir por unos instantes el peso abrumador de la santidad de justicia, ofendida por los pecados. Es un pavor de Getsemaní: ¿Me salvaré, me condenaré? Las miradas a Jesús crucificado, el clamor: ¡Misericordia, Dios mío!, la confianza en los méritos del Corazón de Jesús le devuelven la paz.

Y horas después, rodeada de la comunidad, mientras el capellán le administra la santa unción, pronuncia en un supremo esfuerzo de amor el nombre de Jesús, y en ella se cumple lo que tantas veces había repetido: ¡Qué dulce es morir, después de haber tenido una tierna y constante devoción al Corazón de Aquel que nos ha de juzgar!

Era el 17 de octubre de 1690. Pronto corrió por la pequeña ciudad, con inmensa conmoción y edificación de todos, la noticia de que había muerto la santa.

Fue canonizada por Benedicto XV el 13 de mayo de 1920. Este Papa, en la bula de canonización, consigna la promesa de la perseverancia final hecha por el Corazón de Jesús a Santa

Margarita en favor de los que comulguen nueve primeros viernes de mes seguidos. León XIII consagra todo el género humano al Corazón de Jesús. Pío XI reproduce en la encíclica *Miserentissimus* la doctrina de Santa Margarita acerca de la reparación y de la consagración personal. Pío XII, en la *Haurietis aquas,* vuelve a presentarla como confidente del Divino Redentor para divulgar la devoción a su Corazón Sagrado.

No hay santo cuyas revelaciones privadas hayan ejercido en toda la Iglesia influencia tan profunda y tan bienhechora como las de Santa Margarita María de Alacoque.

JOSÉ JULIO MARTÍNEZ, SI

Bibliografía

GAUTHEY, L., *Vie et oeuvres de la bienheureuse Marguerite-Marie Alacoque,* 4 vols. (31915-1918).
HAMON, A., *Vie de la bienheureuse Marguerite-Marie d'après les manuscrits et les documents originaux* (París 1908).
— «Coeur (Sacré)», en *Dictionnaire de spiritualité, ascétique et mystique.* II: *Cabasilas-Cyrille de Scythopolis* (París 1953) cols.1023-1051.
Vie de Sainte Marguerite-Marie Alacoque, écrite par elle-même. Texte authentique (Paray-le-Monial 1920).
Vie de Sainte Marguerite-Marie Alacoque, de l'ordre de la Visitation Sainte-Marie (Paray-le-Monial 1947).
• Actualización:
DARRICAU, R. - PEYROUS, B. (eds.), *Sainte Marguerite-Marie Alacoque et le message de Paray-le-Monial* (París 1993).
DESCOULEURS, B. - GAUD, Ch., *A corazón abierto. Margarita María de Alacoque* (Bilbao 1999).
LE BRUN, J., «Marguerite-Marie Alacoque», en *Dictionnaire de Spiritualité Ascétique et Mystique.* X: *Mabille-Mythe* (París 1977) cols.349-355.
SAENZ DE TEJADA, J. M.ª, *Vida y obras principales de Sta. Margarita M.ª de Alacoque* (Madrid 1977).
Vie et oeuvres de sainte Marguerite-Marie Alacoque (París 1990-1993).

SAN GALO

Presbítero y monje († ca.645)

No resulta nada fácil escribir la vida de San Galo, entre otras razones porque conservamos los datos biográficos derivados generalmente de las noticias de una biografía del santo muy mezcladas con los milagros obrados en su sepulcro. Una vida además que no se escribió de una sola vez sino que fue amplia-

da y mezclada a medida que avanzaba la popularidad, más que del santo, de los milagros que se obraban en su sepulcro. Y, para remate, unas hagiografías conservadas fragmentariamente, con noticias unidas a las de su maestro San Columbano, normalmente centradas en noticias escuetas y lapidarias que se vienen repitiendo desde hace siglos. Por otro lado, existen algunos que piensan, además, en otro San Galo o simplemente en un tal Galo que presta sus hechos a nuestro santo, posibilidad que rechazamos de plano.

Galo fue irlandés de familia distinguida, nacido hacia la segunda mitad del siglo VI, entregado ya en su primera infancia al monasterio de Bencor, situado en el país de Ultonia, para que fuera educado por San Columbano, quien gozaba de un prestigio excepcional como maestro y educador. Aquí adquirió profundos conocimientos de la Sagrada Escritura. Era abad de ese monasterio San Congal, quien prendado de las virtudes del joven quiso que recibiera las órdenes sagradas. Sin embargo, Galo sólo aceptó el diaconado para preparase así, con lentitud, al sacerdocio.

En esta situación San Columbano concibió la idea de pasar al continente para potenciar allí las grandes virtudes de penitencia, soledad, oración que providencialmente florecían generosas en Irlanda. Para ello, con el beneplácito del abad San Congal, Columbano seleccionó doce monjes para que lo acompañaran, entre los que se hallaba como muy predilecto Galo.

Pasaron a Inglaterra y desde allí a Francia por los años 589, recalando en los Estados de Childeberto II rey de Austrasia, que deseaba tener en sus dominios este tipo de religiosos.

Los recién llegados, fieles a su vocación, pidieron y encontraron un lugar apartado en el monte Vosga, que separa la Lorena de la Borgoña y de la Alsacia, en los confines de los obispados de Toul y Besançon. Dos años permanecieron en este lugar casi desértico. La fama de los penitentes se popularizó entre el pueblo hasta el punto de que Agnoaldo, padre de San Ayl y otras personas virtuosas les rogaron que pasasen al territorio de Borgoña, ofreciéndoles una casa vieja llamada Luxeu, en la diócesis de Besançon, situada al otro lado del monte Vosga. En ella fundó San Columbano un monasterio y Galo fue de los primeros en seguirlo y abrazar todas sus reglas y dictámenes.

En tan dulce soledad pasó Galo muchos años junto a los suyos hasta que Thierry, rey de Borgoña y sucesor de Childeberto, excitó contra Columbano y sus monjes toda su animadversión a instancias de Brunequilda, la esposa, irritada porque Columbano afeaba al rey los desórdenes que la misma reina autorizaba. Llegaron las cosas a tal extremo que Columbano fue sacado por la fuerza de su monasterio y desterrado a Nantes para, desde allí, hacerlo volver a Irlanda.

En esta situación Galo no se sentía seguro, dada su popularidad y la intimidad con San Columbano. Por eso, acompañado de San Eustaquio, amigo y monje también en Luxeu, no considerándose seguros contra las insidias de la princesa, se refugiaron en Austrasia, bajo la protección del rey Teodoberto.

En la corte de este príncipe encontró a su maestro Columbano que, arrojado por una tempestad a las costas de Flandes, había venido a buscar refugio en ella. Teodoberto, a pesar de que el propósito de sus protegidos era marchar a Italia, no quería perder para sus Estados la presencia de tan virtuosos varones y les rogó encarecidamente que eligiesen el lugar de su territorio que más les agradase para servir en paz al Señor. Aceptaron los huéspedes y se dirigieron a las orillas del Rhin, entraron en las tierras que ahora pertenecen a Suiza y siguiendo las márgenes de Limat llegaron al término del lago de Zúrich y allí, en el territorio de Zug, encontraron el sitio que les pareció más adecuado para vivir en soledad.

Estas regiones eran aún paganas y sus habitantes se resistieron a su evangelización, incluso intentaron arrojarlos de su lado. Ellos persistieron en sus ideales de evangelización. En un arrebato de santa indignación Galo, para demostrar que sus dioses y sacrificios eran falsos, destruyó ofrendas e ídolos. Una acción que irritó a los paganos de tal manera que concibieron el propósito de quitarle la vida. Enterado San Columbano de aquellas intenciones, obligó a Galo y a sus compañeros a marchar a otro lugar más propicio.

Llegaron así a un sitio llamado Arbon, donde encontraron a un sacerdote por nombre Willimar, quien informado de su situación, les dio noticias de la existencia de un desierto, donde se conservaban unas ruinas que les podrían servir de celdas. Allí,

en aquel desierto, muy desierto, encontraron una capilla dedicada a San Aurelio, que los nativos paganos habían profanado colocando en ella sus ídolos. Asentados en el lugar estaban convencidos de que se preparaban más que nada para un martirio posible. Sin embargo, Galo entendía que era el lugar adecuado para sus propósitos ya que conocía la lengua de los naturales. Y allí, otra vez Galo con su intrepidez santa volvió a estimular a los suyos, a comprometerse con sus predicaciones y muy pronto el lugar se transformó en un verdadero monasterio. Se arreglaron celdas, se limpió la capilla, los gentiles comenzaban a aceptar su doctrina y San Columbano pudo bendecir la capilla y celebrar el santo sacrificio de la misa.

Fue en esta situación cuando San Columbano obligó a Galo a que aceptara el sacerdocio y, como tal, le confirió las órdenes sagradas, cobrando así el recién ordenado nuevos bríos para sus compromisos apostólicos. San Columbano pasó a Italia y San Galo quedó allí en Bregentz, pero una grave enfermedad le obligó a ordenar que lo llevasen a Arbon, a la casa del virtuoso sacerdote Willimar.

Cuando se sintió reconfortado, habiendo oído de uno de los diáconos que lo acompañaban —Hiltibod— que existía un desierto aún más solitario que el de Bregentz, se retiró a él, para comenzar en solitario otra nueva andadura penitencial.

Sus primeros pasos en el nuevo desierto fue levantar una cruz e idear una iglesia dedicada a la Santísima Virgen, a quien profesaba una especial devoción. Mas a pesar de la soledad las gentes llegaron a enterarse de la presencia del penitente y pronto se le juntaron algunos seguidores.

La fama de su santidad creció hasta el extremo de que el duque de Cunzon, señor del país, tenía una hija poseída del demonio, quien conociendo la virtud de Galo la llevó ante él para que la aplicara los exorcismos, algo que el santo consiguió con admirable eficacia. Un hecho que el duque tomó por milagroso, venido de la mano de un santo. Por eso, cuando quedó vacante el obispado de Constancia el noble quiso que Galo lo sucediera. Pero quien se consideraba indigno del sacerdocio, mucho más indigno se creía del obispado. Como no pudo conseguirlo, le rogó que, al menos, le señalara alguno de

sus discípulos y Galo le propuso al diácono Juan, a quien el santo había tomado de su mano. Galo sería el predicador en el día de su consagración.

Todavía permaneció unos días con el nuevo obispo, pero luego volvió a su amada soledad, erigió la iglesia concebida, levantando a su alrededor doce celdas para sus discípulos. Éste fue el origen del famoso monasterio o abadía de San Galo, actual Sank Gallen, tan celebrado siempre en el país de los suizos, donde incluso surgió un poblado. La regla aplicada fue la de San Columbano, de quien siempre se sintió discípulo.

Habiendo muerto San Eustaquio, el abad de Luxeu, todos los monjes reclamaron a Galo por abad, pero el que se distinguía por rechazar dádivas eclesiales ahora lo repitió una vez más.

Murió algunos años después de San Columbano, en Arbon, el 16 de octubre del año 645 o quizás en el 650. Se calcula que tendría unos 95 años. Fue enterrado en el monasterio que él mismo había construido. Todos desde los primeros momentos lo aclamaron como santo.

Durante la época carolingia el monasterio de San Galo se convirtió en uno de los más importantes centros de espiritualidad de su época y hasta se afirma que ante el sepulcro de San Galo se realizaban numerosos milagros.

La iconografía posterior lo ha consagrado como monje, vistiendo el hábito benedictino y portando en la mano el bastón abacial. A veces aparece acompañado por un oso ya que, según la leyenda, este animal le ayudó en las obras de su primer monasterio. Hoy se le conoce como el evangelizador de Suiza.

Hemos seguido en nuestro relato fundamentalmente la historia del P. Juan Croisset, porque nos ha parecido la más fiable y lógica, rechazando leyendas muy poco fundadas, encontradas incluso en medios de comunicación moderna. Tampoco hemos hecho caso de quienes hablan de formales y profundas discrepancias con su maestro San Columbano. Se comprenderá fácilmente que todo hay que interpretarlo bajo la renuncia expresa que actuaba siempre en el alma de quien, ante todo, estaba guiado por la humildad, amaba la soledad y tenía en las profundida-

des de su alma el gran espíritu de los monjes, que tanto bien ha hecho en la Iglesia.

JOSÉ SENDÍN BLÁZQUEZ

Bibliografía

CROISSET, J., SJ, *Año cristiano, o ejercicios devotos para todos los días del año,* IV (Madrid 1853) 108s.

SAN GERARDO MAYELA

Religioso († 1755)

San Gerardo Mayela es uno de los más extraordinarios taumaturgos del siglo XVIII. Nació el 6 de abril de 1726 en la pequeña ciudad de Muro Lucano, provincia de Potenza, en el reino de Nápoles. Su vida fue muy breve: vivió exactamente veintinueve años, seis meses y siete días, según su primer biógrafo, el padre Tannoia, que descontaría los días incompletos del nacimiento y de la muerte. Pero en tan poco tiempo este buen obrero de Dios levantó un grandioso edificio de santidad.

Su padre, Domingo Mayela, tenía una humilde sastrería de barrio que sacaba la casa adelante; la madre, Benita Galella, ayudaba trabajando en el campo las horas que le dejaban libre las faenas domésticas.

Gerardo fue a la escuela desde los siete años hasta los doce; por su aplicación y buen ejemplo era el preferido del maestro: la doctrina cristiana se la sabía perfectamente, casi antes de comenzar a ir a la escuela.

Cuando tenía doce años perdió a su padre; Benita se quedaba viuda con Gerardo y tres hijas. Había que trabajar para ayudar a la madre; por eso le sacó ésta de la escuela y le puso de aprendiz de sastre con el maestro Martín Pannuto, con vistas a que pudiera establecerse por sí mismo en la que fue sastrería de su padre.

Pannuto era bueno, pero tenía un oficial que era una cosa mala; mal encarado, brutote y de mala entraña. En cuanto se percató que el chiquillo era bueno, manso y que «olía» a beato se le revolvió la bilis: con cualquier motivo le injuriaba, le abo-

feteaba y hasta le golpeaba con la vara de medir. Con razón se lee en una lápida de mármol puesta encima de lo que fue sastrería de Pannuto: «Aquí estuvo el taller de Pannuto, del cual hizo Gerardo escuela de virtudes».

Debió de estar hasta los quince años de aprendiz de Pannuto. A esa edad los milagros y las virtudes habían dado al muchacho fama de algo extraordinario: unos decían que era un santo; otros que era un loco. Como en tiempo de Cristo y... como siempre.

El primer milagro conocido es el que tuvo lugar varias veces en la pequeña iglesia de Capodigiano, dedicada a la Virgen de las Gracias.

No tendría Gerardo más de seis años: iba solito a rezar en aquella iglesita de las afueras; el Niño Jesús se bajaba de los brazos de su Madre y jugaba al escondite con el hijo de Benita: ¡cosas de niños! Luego, al despedirse, le daba un pan blanquísimo que puso en la pista a la madre y las hermanas para comprobar el hecho. Ahora la iglesia de Capodigiano es parroquia; la Virgen no es artística, pero tiene una gracia campesina propia del ambiente rural en que vive...

La afición de Gerardo a la oración, al ayuno, a la soledad y a los dolores de la pasión despertaron en él desde niño y cada día iban en aumento. La madre se desesperaba al ver que casi no comía y lo poco que tomaba lo mezclaba con hierbas amargas.

A los siete años, sin encomendarse a nadie más que a su amor a Jesús Sacramentado, se acercó a comulgar, pero el cura le puso mala cara y pasó de largo. Gerardo se quejó a Jesús y por la noche le dio la primera comunión nada menos que el arcángel San Miguel. La primera comunión oficial no la pudo hacer hasta los doce años, según costumbre de la época.

Cuando estuvo de aprendiz con Pannuto, el tiempo que no podía dar a la oración por el día lo daba por la noche. Era tío suyo el llavero de la catedral y se lo ganó para que le dejara las llaves, y se pasaba las noches enteras algunas veces. Allá oraba, se disciplinaba, cantaba y dormía; y hasta luchaba con los demonios que le querían asustar. Desde el sagrario le dijo Jesús: «¡Loquillo, loquillo!» Gerardo le respondió: «Más loco eres tú, que estás ahí encerrado por mi amor».

Tuvo la santa obsesión de reproducir en su cuerpo los tormentos de la pasión: tomaba disciplinas de sangre, hacía que otros le azotaran y que le arrastraran los mozalbetes por las calles empedradas de Muro. Lo más difícil era que le crucificaran; pero también lo logró con motivo de representarse en la catedral el Viernes Santo cuadros vivos de la Pasión: a los verdugos les rogó que le ataran fuerte para que resultara más al natural.

Su ilusión era hacerse religioso; pero le rechazaban por su aspecto enfermizo, hasta los capuchinos, donde tenía cierta esperanza por ser provincial un hermano de su madre, fray Buenaventura de Muro.

A falta de convento aprovechó la oportunidad para ponerse a servir al obispo de Lacedonia, monseñor Albini, que era muy bueno, pero tenía un genio que no había quien resistiera en palacio más de dos meses. Gerardo, encantado, con tal de huir del mundo y tener una capilla con su Amigo encarcelado, como llamaba a Jesús sacramentado. Y estuvo unos tres años, hasta la muerte de su señor. Fue célebre el milagro que hizo cuando, al ir a sacar agua del pozo público, se le cayó la llave de palacio dentro del pozo. Para que no se enfadara monseñor descolgó a un Niño Jesús con la cuerda del pozo y el Niño le hizo limpio el mandado, subiendo del pozo con la llave en la mano: todavía se llama aquel pozo el Pozo de Gerardito.

Se puso otra vez a trabajar en varias partes y por fin pudo abrir la sastrería; pero los impuestos se la echaron abajo cuando la Real Cámara, con nuestro Carlos III, impuso un régimen implacable de tributación.

El año 1749 se le presentó ocasión de forcejear de nuevo por entrar en un convento: fue la misión de Muro predicada por 15 misioneros de los recientemente fundados por San Alfonso María de Ligorio, dirigidos por el venerable padre Cafaro. Gerardo se pegó a los misioneros con idea de ganárselos para que le admitieran; el padre Cafaro, austero y de voluntad férrea, le dio una rociada de negativas tajante. Avisada por él la madre encerró a Gerardo el día de la marcha de los misioneros para que no se fuera con ellos; pero saltó por la ventana y los alcanzó y logró su intento. Para quitárselo de encima el padre Cafaro lo mandó al convento de Deliceto, convencido de que no duraría una semana.

Pero se engañó. Creían que, como estaba siempre en oración o en éxtasis, no valdría para trabajar; pero trabajaba por cuatro. Lo cual no le impedía escalar las alturas de la contemplación y de todas las experiencias místicas.

Su obsesión de copiar la pasión de Cristo se hizo más impresionante: eran espantosas las disciplinas de sangre y la crucifixión, ayudado por los criados del convento, a los que convencía para que hicieran de verdugos diciéndoles que no le dolía, sino que sentía mucho gusto.

El teatro de estas escenas solía ser una gruta, o mejor una chabola, que todavía se conserva, aunque casi inaccesible, y que ya en el siglo XV sirvió para los mismos menesteres al Beato Félix Consano.

A pesar de su altísima oración desempeñaba a la perfección todos los oficios, aunque la sastrería fue siempre su oficina propia. Sobre todo fue el recadista ideal que recorrió los pueblos sembrándolos de milagros, de ejemplos de santidad y de celo de apóstol.

Por amor a la obediencia adivinaba las órdenes o los deseos de sus superiores; la llevaba tan a la letra que había que andar con cuidado; un día en que un superior le dijo la expresión: «Ande y métase en un horno», se metió en el horno del pan y se hubiera achicharrado allí si no le levantan la obediencia.

Simple lego como era se lo disputaban los párrocos, los conventos y los obispos para que fuera a arreglarles los asuntos de las almas. A veces iba con los misioneros ligorianos y confesaban éstos que hacía él con sus oraciones y con sus palabras y sus virtudes a veces con sus milagros más que todos los misioneros juntos. En los ejercicios que se predicaban en las residencias, Gerardo era un elemento decisivo; descubría con frecuencia las conciencias y no había pecador que se le resistiera. Fue una especialidad suya el enfervorizar los conventos de monjas, a veces bastante relajados, y ganar a muchas doncellas para esposas del Señor. Hay quien ha llamado a esta actividad de su celo su segunda vocación. En una ocasión llevó él mismo de una vez siete doncellas al convento. Con ocasión de sus salidas, para recados, para la postulación o para las misiones, a todas las jóvenes que podía las encaminaba a los conventos como medio para llevarlas a la perfección.

En mayo de 1754 fue víctima de una calumnia por parte de una joven; San Alfonso le llamó y, pareciéndole que la acusación presentaba indicios de verdadera, le impuso severos castigos; el más doloroso, privarle de la comunión. Hasta entonces había estado en residencia en Deliceto; con este vendaval de la calumnia fue de casa en casa sometido a encierro y vigilancia. Cuando, al mes y medio aproximadamente, apareció la verdad por retractación de los autores de la calumnia, le volvió a llamar San Alfonso y le preguntó con emoción: «¿Pero por qué no defendió su inocencia?» Gerardo replicó con dulzura: «Es que la regla prohíbe excusarse cuando reprende el superior». Aquella respuesta conmovió al santo fundador hasta las lágrimas y, entonces, más que por la fama de los milagros, comprendió que tenía un hermanito entre los suyos que era un santo de cuerpo entero.

Del paso por las casas en esta época dejó recuerdo indeleble por sus virtudes y por sus continuos éxtasis y milagros; fue célebre el que hizo en Nápoles metiéndose en el mar con capote y todo, para traer hasta el puerto una barca de la mano, como a una criatura, cuando ya la daban por perdida en un galernazo imponente.

Su última residencia fue Materdómini, levantada en un alto sobre el pueblo de Caposele. Inmortalizó la portería con su caridad, que le valió el título de padre de los pobres, que le daban en toda la comarca. Entraba a saco por la despensa, la panadería y la cocina del convento; y cuando los encargados se iban a quejar al superior se encontraban con que había más abundancia que antes. Parecía que jugaba con Dios y su providencia a los milagros; así que el superior, padre Caione, le dejó seguir los vuelos de su caridad. Delante de los pobres se extasió mientras un ciego tocaba la flauta y cantaba una letrilla piadosa. Todavía hoy se conmemora el milagro en la comida a los pobres en Materdómini, servida con frecuencia por algún prelado.

Murió víctima de la obediencia, saliendo a la postulación en pleno verano y con fiebre hética. Tuvo en un pueblo una hemoptisis y volvió a Materdómini deshecho; para morir. Esto era en la segunda mitad de agosto de 1755: el 16 de octubre entregó su alma a Dios. Su enfermedad fue una serie de prodigios; dieron entonces su más vivo resplandor sus grandes amores: la pasión, la eucaristía, la Santísima Virgen.

Después de su muerte siguió prodigando los milagros. Su sepulcro es un imán de peregrinaciones. La del año 1955, segundo centenario de su muerte, doy fe de que fue... una locura. Aun cuando la abundancia de milagros hacía esperar su pronta canonización, por circunstancias adversas no llegó hasta el año 1904.

Aunque sin tener una aprobación oficial, se le llama patrono de las madres; ya las primeras imágenes, luego de morir, llevaban la inscripción: *Insignis parturientium protector* (Insigne protector en el trance de la maternidad).

Para terminar debo declarar que esta semblanza de San Gerardo está sacada de mi *Vida de San Gerardo Mayela,* documentada y crítica, publicada con motivo de los jubileos gerardinos de 1954 y 1955. Allí puede ver el lector la abundante bibliografía y los archivos consultados en Roma y Nápoles. Por no pasar los límites de esta semblanza, no traslado la nota bibliográfica y el detalle de los archivos consultados, además del abundante de su canonización, guardado en el Archivo de la postulación de la Congregación del Santísimo Redentor, en la casa generalicia de Roma. Pero por ahí puede deducir el lector que todo está basado en documentación auténtica y abundante, y que esta semblanza no es una florecilla franciscana, aunque la figura del santo es una tentación para pergeñarla.

DIONISIO DE FELIPE, CSSR

Bibliografía

DIONISIO DE FELIPE, CSSR, *Vida de San Gerardo Mayela* (Madrid 1954).
LEON XIII, *Acta,* III (Roma 1893) 314-322.
PIO X, *Acta,* II (Roma 1907) 229-245.
SAINT-OMER, E., *Le thaumaturge du XVIIIe siècle, ou la vie, les vertus et les miracles de S. Gérard Majella, frève servant* (Lille 1905).
TANNOIA, A. M., CSSR, *Vita del venerabile servo di Dio Fr. Gerardo Majella, laico della Congregazione del Santissimo Redentore* (Nápoles 1811).
Vita del Beato Gerardo Majella, laico professo della Congregazione del SS. Redentore scritta da un padre della medesima congregazione (Roma 1893).
• Actualización:
GALVIN, J., CSSR, *The story of St. Gerard Majella CSSR* (Nueva York 1981).
GARCIA BLANCO, M., *San Gerardo Mayela. Semblanza biográfica y novena en su honor* (El Prat de Llobregat 2001).
RIO, J. M. DEL, *San Gerardo Mayela: «amigo de los niños, amigo de Cristo». Patron de las madres gestantes y de los niños* (Madrid 1994).
TELLERIA, R., *Un santo popular. San Gerardo María Mayela, hermano redentorista* (Madrid 1993).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN LONGINOS

Soldado († s. I)

Según el cuarto evangelio (19,34), una vez muerto el Señor y antes de ser descendido de la cruz, vinieron los soldados y rompieron las piernas de los dos crucificados con Jesús pero a él como lo hallaron ya muerto no le rompieron las piernas sino que «uno de los soldados con la lanza le atravesó el costado, y al punto salió sangre y agua». Es a este personaje al que conmemora el *Martirologio* en el día de hoy, situando la memoria en Jerusalén. ¿Era este soldado el mismo que, muerto el Señor, dijo de él: «Verdaderamente este hombre era justo» (Lc 23,47), o «Verdaderamente este hombre era hijo de Dios» (Mc 15,39) o hacía esta confesión en compañía de los que con él guardaban a Jesús (Mt 27,54)? Este segundo personaje era centurión, según los tres evangelios, lo que no se dice del soldado que abrió con la lanza el costado de Jesús. Tanto a uno *(Actas de Pilatos)* como al otro se le ha dado el nombre de Longinos. Mientras la tradición oriental se ha fijado más en el centurión que confesó a Jesús como hijo de Dios, en la occidental se ha insistido más en el traspaso del costado. Una tradición que ya en el siglo IV recoge San Gregorio Niseno hace de Longinos posteriormente un obispo que evangelizó Capadocia, pero esta tradición no siguió adelante. También se le ha presentado como mártir en Cesarea de Capadocia. Y se encuentra su nombre en diversos martirologios antiguos.

SANTOS MARTINIANO, SATURIANO CON SUS DOS HERMANOS Y MÁXIMA

Mártires (s. V)

Los cinco eran esclavos de un rico propietario vándalo del norte de África. Máxima era una bella joven a la que su amo casa con Martiniano, pero ella logra convencerlo de que guarde castidad y, asimismo, sus hermanos se deciden por una vida enteramente devota. Los cinco decidieron huir. Los hombres se

fueron al monasterio de Thabraca y Máxima a un convento de monjas. Pero el dueño los buscó y encontró, y los llevó cautivos con intención de obligarles a pasarse al arrianismo, y el rey Genserico, que supo el episodio, animó al propietario a torturarlos hasta que abjurasen. No abjuraron y, además, salieron milagrosamente ilesos de la tortura. Muerto el propietario, su viuda los regaló primeramente a otro dueño y luego el rey Genserico los envió al rey de Mauritania. Aquí hicieron apostolado con éxito y llegaron a pedir a Roma misioneros. Pero al saberlo Genserico los mandó torturar y matar. Máxima había sido dejada libre y llegó a abadesa de un monasterio.

SAN LULO

Obispo († 786)

Había nacido en Essex hacia el 710 y profesó como monje en el monasterio de Malmesbury. Se unió a su pariente San Bonifacio como misionero en Alemania. Lo ordenó de presbítero San Bonifacio y lo envió a Roma a evacuar ciertas consultas con el papa San Zacarías. Vuelto de Roma, fue consagrado obispo el año 752 y dos años más tarde se le asignó la sede de Maguncia. Al año siguiente tuvo lugar el martirio de Bonifacio, y Lulo se encargó de ir por el cuerpo del mártir y traerlo a Fulda para enterrarlo en el monasterio que el propio santo mártir había fundado. Precisamente con este monasterio y a cuenta del tema de exención del mismo tendría no pocos problemas San Lulo. Como tal obispo, fue un pastor excelente. Tenía un gran empeño en la formación cultural y espiritual de su clero y por la promoción de la vida monástica, fundando él varios monasterios en la diócesis. Amante de la corresponsabilidad episcopal, no se dispensaba de asistir a los concilios que se celebraban en Francia y Alemania para la salvaguarda de la fe y la toma de normas disciplinares comunes. El año 781 su sede adquirió de nuevo la categoría de metropolitana y el Papa le envió el palio. Sintiéndose anciano se retiró al monasterio de Hersfeld, fundado por él, y allí esperó la muerte con gran piedad y espíritu de humildad. Murió el año 786. Su culto se difundió por toda Alemania.

SAN GAUDERICO

Seglar († 900)

Gauderico fue un seglar que vivió en la segunda mitad del siglo IX como trabajador del campo en una aldea de la zona de Mirepoix, en la diócesis de Carcasona, y que dejó fama de santidad por sus virtudes, adquirida en el desempeño humilde de su trabajo manual. Se conocen pocos detalles de su vida pero su culto está bien atestiguado en las diócesis del mediodía de Francia, donde los campesinos lo invocaban en tiempos de sequía, y el pueblo se encomendaba a él en las epidemias.

SAN ANASTASIO DE CLUNY

Monje († 1085)

Anastasio era natural de Venecia, donde nace a comienzos del siglo XI en el seno de una familia acomodada que le proporciona la oportunidad de estudiar y hacerse una persona culta. Era ya adulto cuando entró en la abadía de Mont-Saint-Michel. Pero cuando el abad del monasterio fue acusado de simonía, Anastasio dejó el monasterio y se fue a vivir como ermitaño a una isla de las costas de Normandía. Fue San Hugo de Cluny el que logró atraerlo a que viviera en este monasterio, y estando allí el papa Gregorio VII lo envió a España, seguramente con el tema de la abolición del rito mozárabe y su sustitución por el romano. Hizo otros varios intentos de vida eremítica que alternó con estancias en el monasterio. Allí estaba cuando murió en 1085. Enseguida se le dio culto como santo.

SAN BERTRÁN DE COMINGES

Obispo († 1123)

Pariente de los condes de Toulouse nace en l'Isle-Jourdain hacia 1050. Su padre esperaba de él que fuera militar pero él sentía la vocación eclesiástica y se hizo sacerdote, obteniendo por sus méritos una canonjía en la catedral de Toulouse de la que llegó a ser dignidad de arcediano. En 1075 fue elegido obis-

po de Comminges, ciudad entonces con muchas ruinas, y que él procuró ante todo que fuera restaurada convenientemente. Construyó la catedral y él mismo la consagró, poniéndole a Nuestra Señora como titular. Partidario de la reforma gregoriana intentó, con gran fortaleza, imponerla en su diócesis, hallando resistencia en los menos fervorosos. Predicó por sí mismo en toda la diócesis, sin exceptuar las zonas más montañosas y alejadas. Estableció en la catedral una comunidad de canónigos regulares de San Agustín, cuya vida él compartía cuando estaba en la ciudad. Se le atribuyeron numerosos milagros. Murió en 1123, y enseguida se le dio culto. Le tuvo devoción el papa Clemente V, que se llamaba Bertrán de Got, y que había sido obispo de Comminges. Parece que lo canonizó el papa Honorio III.

BEATOS ANICETO KOPLINSKI Y JOSÉ JANKOWSKI

Presbíteros y mártires († 1941)

En el tristemente famoso campo de concentración de Auschwitz murieron por la fe el día 16 de octubre de 1941 dos sacerdotes ejemplares que habían soportado con entereza la persecución con que la autoridad nazi les había oprimido y subieron aquel día juntos al reino de los cielos.

Uno de ellos era el religioso capuchino P. ANICETO KOPLINSKI. Su nombre de pila era Alberto Antonio y había nacido en Debrzno, hijo de un polaco y una alemana, aquél católico, ella luterana, el 30 de julio de 1875. Tuvo una buena educación católica. Llamado familiarmente Adalberto, a los 18 años entró en la Orden capuchina, en la provincia de Renania-Westfalia. Hizo el noviciado con el nombre de fray Aniceto y pronunció los primeros votos el 24 de noviembre de 1894. Tres años más tarde hacía la profesión solemne. Hechos los pertinentes estudios, se ordenó sacerdote el 5 de agosto de 1900. Los superiores le indicaron que se ocupara pastoralmente de los polacos que había en Renania y Westfalia. Llegada la guerra mundial se le encargó atender a los prisioneros y los heridos. En 1918 fue trasladado a Varsovia, pero sin dejar de pertenecer a su provincia alemana ni de tener la ciudadanía alemana, pero logró hablar el polaco de forma suficiente como para no tener problemas en

su apostolado. Se ocupó mucho de los pobres para los que pedía asiduamente limosnas. Los vagabundos y los parados eran sus preferidos. La noche del 26 de julio de 1941 la Gestapo rodeó su convento y arrestó a 22 religiosos, entre ellos fray Aniceto. Llevados primero a la cárcel de Pawiak en Varsovia, luego, el 4 de septiembre, pasaron al campo de concentración de Auschwitz. No pudo resistir las terribles condiciones del campo y cayó agotado, siendo llevado a la cámara de gas en el citado día. No había querido alegar su nacionalidad alemana para salvarse, y ofreció su vida por la causa de la Iglesia.

El otro era JOSÉ JANKOWSKI, que había nacido en Pomerania, en la localidad de Czyczkowy, el 17 de noviembre de 1910. Alumno de los padres palotinos de 1924 a 1929, en este año ingresó en esta congregación, la Sociedad del Apostolado Católico. Luego de hacer el noviciado en Oltarzew, pasó a Wadowice para terminar el bachillerato. El 5 de agosto de 1931 hizo la primera profesión y el 2 de agosto de 1936 se ordenó sacerdote en Suchary. Su dedicación fundamental tras ordenarse fue la catequesis en Oltarzew y sus contornos. Estallada la II Guerra Mundial, continuó su apostolado, siendo elegido en marzo de 1941 maestro de novicios. El 16 de mayo de aquel año era arrestado y llevado a la cárcel Pawiak de Varsovia, de donde fue llevado a Auschwitz. El 16 de octubre de ese mismo año lo mataba la guardia del campo. Sacerdote humilde y celosísimo, dejó una clara estela de santidad.

Ambos fueron beatificados el 13 de junio de 1999 por el papa Juan Pablo II.

17 de octubre

A) MARTIROLOGIO

1. La memoria de San Ignacio († 107), obispo de Antioquía y mártir en Roma **.
2. La conmemoración de San Oseas, profeta **.
3. La conmemoración de los santos Rufo y Zósimo († 107), mártires.

4. En el África Proconsular, los Mártires Volitanos († s. III).
5. En Licópolis (Egipto), San Juan († s. IV), ermitaño.
6. En Agen (Aquitania), San Dulcidio († s. V), obispo.
7. En Orange (Provenza), San Florencio († 524), obispo.
8. En Toulouse (Francia), San Gilberto († 1167), abad del Císter *.
9. En Binasco (Lombardía), Beato Baltasar Ravaschieri de Chiavari († 1492), presbítero, religioso franciscano *.
10. En Wrexham (Gales), San Ricardo Gwyn († 1584), mártir bajo el reinado de Isabel I.
11. En Roma, Beato Pedro de la Natividad de María Casani († 1647), presbítero, religioso escolapio **.
12. En Paray-le-Monial (Francia), Santa Margarita María de Alacoque, cuya memoria fue ayer.
13. En Petit-Coudray de Champgeneteux, junto a Laval (Francia), Beato Santiago Burin († 1794), presbítero y mártir **.
14. En Valenciennes (Francia), beatas María Natalia de San Luis (María Luisa Josefa) Vanot y sus compañeras: María Lorenza de San Estanislao (Juana Regina) Prin, María Úrsula de San Bernardino (Jacinta Agustina Gabriela) Bourla, María Luisa de San Francisco (María Genoveva) Ducrez y María Agustina del Sagrado Corazón (María Magdalena) Déjardin, religiosas de la Orden de Santa Úrsula, mártires en 1794 *.
15. En Hué (Anam), San Francisco Isidoro Gagelin († 1833), presbítero, de la Sociedad de Misiones Extranjeras de París, mártir *.
16. En Suna (Italia), Beato Contardo Ferrini († 1902), seglar, de la Tercera Orden Franciscana **.
17. En Ciudad Real, Beato Fidel Fuidio Rodríguez († 1936), religioso marianista, mártir *.
18. En La Nucia (Alicante), Beato Ramón Esteban Bou Pascual († 1936), presbítero y mártir *.
19. En Algemesí (Valencia), Beata Társila Córdoba Belda († 1936), madre de familia y mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN IGNACIO DE ANTIOQUÍA

Obispo y mártir († 107)

Si pudiera hablarse de patronazgos en el martirio o se tratara de elegir un modelo perfecto, como símbolo del testimonio máximo del cristiano, habría que proponer para ocuparlo a San Ignacio de Antioquía. Su amable figura, amasada de dulzura, de mística y de valentía que desconoce el miedo al dolor y a la muerte, resplandece, desde los tiempos apostólicos, como un

faro y una invitación a cuantos tienen que sufrir por ser fieles a Jesucristo. Su estampa está envuelta en luz celestial, no por lo extraordinario de los milagros o de cualquiera forma de prodigios, sino por la sobrenatural sencillez de su conducta, moviéndose totalmente en el mundo de la fe, desde el cual adquiere una lógica incontrastable lo que, a nuestros ojos humanos, parecen aterradoras perspectivas de dolor.

Además de esto, San Ignacio es, sin pretenderlo, el cantor de su propio martirio. Sus cartas apasionadas, de estilo único, siguen vivas, estremeciendo al lector, que percibe en ellas el rugido de las fieras, el zarpazo sangrante, el crujir de los huesos triturados, todo el horror del circo romano, en el que perecían las primicias del cristianismo, convertidas en simiente de sangre, cuya espléndida cosecha recogió la historia. Pero estos horrores pierden en San Ignacio sus tonos repulsivos, para convertirse en canto de gloria. No es la muerte cruel, sino el martirio por Jesucristo; no es el sufrimiento, sino la ofrenda de una hostia pacífica lo que allí se retrata. La crueldad queda sepultada en la caridad, la muerte es entrada triunfal en la vida eterna, la ignominia de la condenación queda convertida en apoteosis de inmortalidad. Las cartas del santo obispo de Antioquía, que hoy nos conmueven, ciertamente constituyeron, para los cristianos de los siglos de persecución, para aquellos que se sabían destinados a la muerte violenta, una arenga de combate, una fuente pura de fortaleza y de esperanza, porque en ellas estaba presente la eternidad, iluminando el tránsito tenebroso de esta vida hacia la otra.

Ignacio lleva como sobrenombre *Theophoros,* portador de Dios. El *Martyrium* que relata su vida atribuye al santo obispo, al presentarse voluntariamente en Antioquía a Trajano, orgulloso por su triunfo militar sobre los dacios, el siguiente diálogo, que, si históricamente no parece genuino, refleja la verdad de su vida.

> «Trajano le pregunta:
>
> ¿Quién eres tú, demonio mísero, que tanto empeño pones en transgredir mis órdenes y persuades a otros a transgredirlas, para que míseramente perezcan?
>
> Respondió Ignacio:
>
> Nadie puede llamar demonio mísero al portador de Dios, siendo así que los demonios huyen de los siervos de Dios. Mas, si por

ser yo aborrecible a los demonios, me llamas malo contra ellos, estoy conforme contigo, pues teniendo a Cristo, rey celeste, conmigo, deshago todas las asechanzas de los demonios.

Dijo Trajano:

¿Quién es el *Theophoros* o portador de Dios?

Respondió Ignacio:

El que tiene a Cristo en su pecho...»

Nada sabemos con certeza de los primeros años de Ignacio. La leyenda, sin embargo, aureolando su figura, vio en él aquel niño que cuenta San Mateo:

> «En aquel momento se acercaron los discípulos a Jesús, diciendo: ¿Quién será el más grande en el reino de los cielos? Jesús, llamando a sí a un niño, le puso en medio de ellos y dijo: En verdad os digo, si no os mudáis haciéndoos como niños, no entraréis en el reino de los cielos. Pues el que se humillare hasta hacerse como un niño de éstos, ése será el más grande en el reino de los cielos, y el que por mí recibiere a un niño como éste, a mí me recibe; y al que escandalizare a uno de estos pequeñuelos que creen en mi, más le valiera que le colgasen al cuello una piedra de molino de asno y le arrojaron al fondo del mar» (Mt 18,1-6).

San Juan Crisóstomo, que cantó en Antioquía las glorías del mártir, ante sus reliquias, afirma que convivió con los apóstoles. Tampoco esto parece cierto. Pero nada estorba la rigurosa crítica histórica a la realidad espiritual de nuestro Santo: su fe sencilla y vigorosa es la fe de niño que el Evangelio exige para el seguidor de Cristo, y el alma de San Ignacio es apostólica en la máxima pureza primera, bebida en la fuente fresca de Pentecostés. El evangelista San Juan, el apóstol de la caridad, y San Pablo, el batallador ardiente de Jesucristo, se aúnan en el espíritu que llenó el alma de San Ignacio. Sus cartas están dictadas como glosa y fruto de ambas doctrinas entrelazadas. El amor joanístico inspira su holocausto de hostia viva. Cristo y su Iglesia constituyen el *leitmotiv* de sus exhortaciones a los cristianos, a quienes dirige sus cartas.

La fe en San Ignacio es completa, con formulaciones de un credo que preludia ya el símbolo de Nicea:

> «Así, pues, cerrad vuestros oídos, escribe a los trallenses, cuandoquiera se os hable fuera de Jesucristo, que es del linaje de David e hijo de María; que nació verdaderamente y comió y bebió: fue verdaderamente perseguido bajo Poncio Pilato y verdaderamente

> crucificado y muerto, a la vista de los moradores del cielo y de la tierra y del infierno. El cual verdaderamente también resucitó de entre los muertos por virtud de su Padre, quien, a semejanza suya, nos resucitará también a nosotros que creemos en Él. Sí, su Padre nos resucitará en Jesucristo, fuera del cual no tenemos la vida verdadera» (*Trall.* IX).

Sus cartas pueden considerarse como la «segunda formulación doctrinal cristiana»; en ellas se refleja lo que pensaban los cristianos de la segunda generación, la inmediatamente posterior a los apóstoles. Hay en ellas toda la doctrina evangélica y paulina, elaborada, profundamente compartida y aceptada, matizada ante los ataques de las primeras desviaciones heréticas deseosas de romper la unidad, tanto jerárquica como doctrinal. La semejanza de doctrina no es tanto una repetición de textos cuanto un espíritu idéntico, del cual brotan las fórmulas sin citas, pero con la coincidencia exacta de quien vive en el alma la misma fe y las mismas verdades, todas emanadas de la misma fuente, Jesucristo.

Por eso, el pensamiento de San Ignacio está centrado en la unión con Cristo dentro de la Iglesia:

> «Como el amor no me consiente callar acerca de vosotros, de ahí que he determinado exhortaros a que corráis a una hacia el pensamiento de Dios. Y, en efecto, al modo de Jesucristo, vida nuestra inseparable, es el pensamiento del Padre, así los obispos, establecidos por los confines de la tierra, están en el pensamiento de Jesucristo» (*Eph.* III,3).

Él es el inventor de la palabra *católica* aplicada a la Iglesia:

> «En las cartas de Ignacio —escribe Grandmaison— se enlaza por primera vez el epíteto glorioso de católica al nombre de la Iglesia: "Donde apareciere el obispo, allí está también la muchedumbre, al modo que, donde estuviere Jesucristo, allí está la Iglesia católica"» (*Smyrn.* VIII,2). De esta manera, el obispo encarna su iglesia particular, absolutamente como la gran Iglesia es la encarnación continuada del Hijo de Dios. ¿No creeríamos estar leyendo uno de los campeones de la unidad eclesiástica de nuestro tiempo, a un Adán Moehle, un Jaime Ralmes, un Eduardo Pie?» (*Jésus Chist,* II p.634).

Nos demuestra así San Ignacio que en su tiempo, fines del siglo I, la estructura y el pensamiento sobre la Iglesia es completo y maduro. Obispos, presbíteros y diáconos constituyen la je-

rarquía tripartita, sobre la cual se apoya toda la realidad del cristianismo. Es preciso permanecer unidos a esta jerarquía para vivir dentro del espíritu de Cristo.

> «Por consiguiente, a la manera que el Señor nada hizo sin contar con su Padre, hecho como estaba una cosa con él —nada, digo, ni por sí mismo ni por sus apóstoles—; así vosotros nada hagáis tampoco sin contar con vuestro obispo y los ancianos; ni tratéis de colorear como laudable nada que hagáis a vuestras solas, sino reunidos en común; haya una oración, una sola esperanza en la caridad, en la alegría sin tacha, que es Jesucristo, mejor que el cual nada existe» (*Mag.* VII,1).

Sin esta jerarquía no existe la Iglesia:

> «Por vuestra parte, escribe a los trallenses, todos habéis también de respetar a los diáconos como a Jesucristo. Lo mismo digo del obispo, que es figura del Padre, y de los ancianos (presbíteros), que representan el senado de Dios y la alianza o colegio de los apóstoles. Quitados éstos, no hay nombre de Iglesia» (*Trall.* III,1).

Ignoramos los años que rigió la iglesia de Antioquía, como segundo sucesor de San Pedro, lo mismo que los motivos concretos que provocaron su detención y condenación a muerte, Nerón había puesto a los cristianos fuera de la ley. Cualquier delación o el capricho de un gobernador bastaba para hacerles sufrir el rigor de la persecución: la acusación de ser cristiano era suficiente para ello. Plinio el Joven, gobernador, por aquellos años, de Bitinia, escribía a su amo Trajano: «A los que fueron delatados les interrogué si eran cristianos; si confesaban que sí, los sometía a nuevo interrogatorio, con amenaza de suplicio. A los que aun así perseveraban los mandé ejecutar».

San Ignacio fue detenido y condenado a ser devorado por las fieras en Roma. Oída la sentencia, el santo contesta:

> «Te doy gracias, Señor, porque te dignaste honrarme con perfecta caridad para contigo, atándome, juntamente con tu apóstol Pablo, con cadenas de hierro» (*Mart.* II,8).

No hay en esta actitud nada parecido al orgullo del revolucionario o al tesón del rebelde. No existe la menor partícula de protesta contra los poderes temporales, ni siquiera contra las leyes. La disposición del mártir cristiano es algo inédito y único en la historia. Es la serenidad y el valor mantenidos por una vi-

sión sobrenatural interna, en la conciencia de cumplir una misión: la de ser testigos —eso significa mártir— de Jesucristo, haciéndose semejantes a él en su sacrificio. Así lo afirma nuestro obispo escribiendo a los fieles de Éfeso:

> «Apenas os enterasteis de que venía yo, desde la Siria, cargado de cadenas, por el nombre común y nuestra común esperanza, confiando que, por vuestras oraciones, lograré luchar en Roma contra las fieras para poder de ese modo ser discípulo, os apresurasteis a salirme a ver» (*Eph.* I,1).

Desde el momento de su detención, podemos seguir paso a paso los de San Ignacio, gracias a la preciosa colección de sus siete cartas auténticas, escritas durante su peregrinación encadenada. Con Zósimo y Rufo, otros dos cristianos condenados como él, y custodiados por un pelotón de soldados, embarcan en Seleucia, puerto de Antioquía, para arribar a las costas de Cilicia o Panfilia, siguiendo desde allí el viaje por tierra. Estos ásperos caminos del Asia Menor, pocos años antes recorridos por San Pablo, haciendo sementera de cristiandades, serían para San Ignacio nuevas pruebas de su ansiada semejanza con el gran apóstol. Las fervorosas comunidades de aquellas tierras convierten el viaje en ronda triunfal de admiración y de caridad.

Al llegar a Esmirna, toda la comunidad cristiana, presidida por su obispo San Policarpo, discípulo personal de San Juan Evangelista, sale a recibirle y le rinde homenaje como si fuera el mismo Jesucristo. Por este recibimiento les escribirá más tarde:

> «Yo glorifico a Jesucristo. Dios, que es quien hasta tal punto os ha hecho sabios; pues muy bien me di cuenta de cuán apercibidos estáis de fe inconmovible, bien así como si estuvierais clavados, en carne y en espíritu, sobre la cruz de Jesucristo, y qué afianzados en la caridad por la sangre del mismo Cristo. Y es que os vi llenos de certidumbre en lo tocante a nuestro Señor» (*Esm.* I).

Otras comunidades vienen a saludarle y ayudarle con máxima caridad. Algunas de ellas quedan enriquecidas con sus cartas: Efeso, Trales, Magnesia. Desde la misma Esmirna las escribe, junto con la enviada a los fieles de Roma. Esta carta, documento único e impresionante de la literatura universal, merece mención aparte.

Tuvo San Ignacio conocimiento de que los romanos trataban de interponer toda su influencia para salvarle la vida y se

alarma profundamente, porque esa caridad es apartarle de su martirio, de su anhelada meta. Para conjurar esta posibilidad escribe la famosa carta, Renán mismo se vio obligado a escribir:

> «La más viva fe, la sed ardiente de la muerte, no han inspirado jamás acentos tan apasionados. El entusiasmo de los mártires, que fue, por espacio de doscientos años, el espíritu dominante del cristianismo, ha recibido del autor de esta pieza extraordinaria su expresión más exaltada» (*Les huangiles,* p.489, cit. por D. Ruiz Bueno, *Los Padres apostólicos,* p.425).

Sería necesario transcribir la carta entera, pero, no siendo posible, unos párrafos darán idea de su altura celestial.

Después de saludar a la Iglesia de Roma, testimoniando su jerarquía, al decirla que «preside en la capital del territorio de los romanos y puesta a la cabeza de la caridad», títulos preciosos para probar que la Iglesia de Roma era considerada ya como cabeza de la cristiandad, dice:

> «Por fin, a fuerza de oraciones a Dios, he alcanzado ver vuestros rostros divinos, y de suerte lo he alcanzado, que se me concede más de lo que pedía. En efecto, encadenado por Jesucristo, tengo esperanza de iros a saludar, si fuere voluntad del Señor hacerme la gracia de llegar hasta el fin. Porque los comienzos, cierto, bien puestos están, como yo logré gracia para alcanzar sin impedimento la herencia que me toca. Y es que temo justamente vuestra caridad, no sea ella la que me perjudique. Porque a vosotros, a la verdad, cosa fácil es hacer lo que pretendéis; a mí, en cambio, si vosotros no tenéis consideración conmigo, me va a ser difícil alcanzar a Dios [...] El hecho es que ni yo tendré jamás ocasión semejante de alcanzar a Dios, ni vosotros, con sólo que calléis, podéis poner vuestra firma en obra más bella. Porque, si vosotros calláis respecto de mí, yo me convertiré en palabra de Dios; mas, si os dejáis llevar del amor a mi carne, seré otra vez una mera voz humana. No me procuréis otra cosa fuera de permitirme inmolar por Dios, mientras hay todavía un altar preparado, a fin de que, formando un coro por la caridad, cantéis al Padre por medio de Jesucristo, por haber hecho Dios la gracia al obispo de Siria de llegar hasta Occidente después de haberle mandado llamar de Oriente. ¡Bello es que el sol de mi vida, saliendo del mundo, trasponga en Dios, a fin de que en él yo amanezca!
>
> Por lo que a mí toca, escribo a todas las iglesias, y a todas las encarezco que yo estoy pronto a morir de buena gana por Dios, con tal que vosotros no me lo impidáis. Yo os lo suplico: no mostréis para conmigo una benevolencia inoportuna. Permitidme ser pasto de las fieras, por las que me es dado alcanzar a Dios. Trigo

soy de Dios, y por los dientes de las fieras he de ser molido, a fin de ser presentado como limpio pan de Cristo. Halagad más bien a las fieras, para que se conviertan en sepulcro mío y no dejen rastro de mi cuerpo, con lo que, después de mi muerte, no seré molesto a nadie. Cuando el mundo no vea ya ni mi cuerpo, entonces seré verdadero discípulo de Jesucristo. Suplicad a Cristo por mí, para que por esos instrumentos logre ser sacrificio para Dios. No os doy mandatos como Pedro y Pablo. Ellos fueron apóstoles; yo no soy más que un condenado a muerte: ellos fueron libres; yo, hasta el presente, soy un esclavo. Mas si lograre sufrir el martirio, quedará liberto de Jesucristo y resucitará libre en ti. Y ahora es cuando aprendo, encadenado como estoy, a no tener deseo alguno.

Desde Siria a Roma vengo luchando ya con las fieras, por tierra y por mar, de noche y de día, atado que voy a diez leopardos, es decir, un pelotón de soldados, que hasta con los beneficios que se les hacen, se vuelven peores. Ahora que, en sus malos tratos, aprendo yo a ser mejor discípulo del Señor, aunque no por esto me tengo por justificado.

¡Ojalá goce yo de las fieras que están para mí destinadas y que hago votos por que se muestren veloces conmigo! Yo mismo las azuzaré para que me devoren rápidamente, y no como algunos, a quienes, amedrentadas, no osaron tocar. Y si ellas no quisieren al que de grado se les ofrece, yo mismo las forzaré. Perdonadme, yo sé lo que me conviene. Ahora empiezo a ser discípulo. Que ninguna cosa, visible ni invisible, se me oponga, por envidia, a que yo alcance a Jesucristo. Fuego y cruz, y manadas de fieras, quebrantamientos de mis huesos, descoyuntamientos de miembros, trituraciones de todo mi cuerpo, tormentos atroces del diablo, vengan sobre mí, a condición sólo de que yo alcance a Jesucristo.

Porque ahora os escribo vivo con ansias de morir. Mi amor está crucificado y no queda ya en mí fuego que busque alimentarse de materia; sí, en cambio, un agua viva que murmura dentro de mí y desde lo íntimo me está diciendo: "Ven al Padre". No siento placer por la comida corruptible ni me atraen los deleites de esta vida. El pan de Dios quiero, que es la carne de Jesucristo, del linaje de David; su sangre quiero por bebida, que es amor incorruptible».

¿Qué se puede añadir a estas expresiones sublimes? Cualquier glosa las empobrecería: son para meditar en silencio, con sobrecogida consideración de lo que es el amor sobrenatural llevado hasta las cumbres de la mística más pura.

Partiendo de Esmirna, toca en Alejandría de Troas, desde donde escribe a los filadelfios, a los esmirniotas y a Policarpo, su obispo. Sigue su viaje, parándose también en Filipos; atraviesan Macedonia. Vuelven a embarcar en Dirraquio, rodean el sur de Italia, desembarcando en Ostia.

En Roma tocaban a su fin unas fiestas nunca vistas, para conmemorar el triunfo de Trajano sobre los dacios en el año 106. Duraron ciento veintitrés días y en ellas murieron diez mil gladiadores y doce mil fieras. El 18 de diciembre del año siguiente, 107, fueron arrojados a las fieras Zósimo y Rufo, los dos compañeros de San Ignacio, y a los dos días siguientes, el 20 de dicho mes, el santo obispo de Antioquía.

Sus pocas reliquias corporales fueron enviadas a Antioquía. Pero sus verdaderas reliquias inmortales fueron sus cartas, de las cuales escribe el padre J. Huby:

> «Ignacio, entregado a las fieras bajo Trajano, es el tipo del pontífice entusiasta y el modelo del mártir Es la realización viva de las palabras apostólicas: *Vivo, pero no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí... Deseo ser disuelto* y *estar con Cristo.* Sus acentos no conmovieron a la Iglesia menos que los de San Pablo, y en ciertas frases, mil veces citadas, parece estar concentrado todo el espíritu de los mártires» (*Christus,* p.1031-1032).

CÉSAR VACA, OSA

Bibliografía

Act. SS. Boll., 1 de febrero, diversas *Actas.*
FUNK, F. X. (ed.), *Patres apostolici,* 2 vols. (Tubinga 1901-1913).
HUBER, S., *Los Padres apostólicos* (Buenos Aires 1949).
LIGHTFOOT, J. B., *The Apostolic Fathers.* II: *S. Ignatius. S. Polycarp,* 3 vols. (Cambridge [2]1889).
MONTAÑA, I., *San Ignacio mártir y sus cartas* (Madrid 1934).
RUINART, T., *Acta primorum martyrum sincera* (París 1689).
RUIZ BUENO, D., *Padres apostólicos* (Madrid 1950) 375s.
YABEN, H., *Cartas camino del martirio* (Madrid 1947).
• Actualización:
AYAN, J. J. (ed.), *Ignacio de Antioquía. Policarpo de Esmirna. Carta de la Iglesia de Esmirna a la Iglesia de Filomeno* (Madrid 1999) 33-189.
— *Padres apostólicos* (Madrid 2000).
LLOPIS, J., *Ignacio de Antioquía, testigo de Jesús* (Barcelona 2004).
RUIZ BUENO, D., *Padres apostólicos y apologistas griegos* (Madrid 2002) 305-465.

SAN OSEAS

Profeta (Antiguo Testamento)

Oseas (en hebreo «Yahvé salva») es el profeta del amor esponsal; probablemente el primero en utilizar esta imagen para hablar de las relaciones de Dios con Israel. Su mensaje, más allá

de todos los reproches y amenazas, en definitiva es el del cariño eterno y la misericordia entrañable.

Especial relieve expresivo cobran las imágenes proféticas y poéticas, porque están tomadas de su propia existencia, vivida con enorme intensidad, trascendiendo sus peripecias conyugales y convirtiéndolas en bellísimos símbolos teológicos que nos descubren el rostro de Dios.

En la línea de las acciones simbólicas de los profetas, es aquí la vida misma de Oseas, por extraña y sorprendente que parezca, la que revela el misterio de los designios de Dios.

Nada sabemos de la fecha y del lugar de su nacimiento ni de su muerte, pero su libro nos precisa el momento histórico en que vivió: cuando reinaba en Israel, al Norte, Jeroboán II (782-753) y en el reino de Judá, al Sur, Ozías, Jotán, Ajaz y Ezequías. Su actividad profética se desarrolló en el reino del Norte hasta que desapareció, reinando su homónimo y contemporáneo el rey Oseas (731-722).

Su padre se llamaba Beerí y su esposa, Gómer, hija de Dibláyim. Sus tres hijos, dos niños y una niña, reciben nombres simbólicos. El primero, Yizreel, que significa «Dios siembra»; la niña «No-compadecida»; y el tercero, «No-mi-pueblo».

Aunque algunos han pensado que el matrimonio de Oseas, por orden de Dios, con una prostituta, fue puramente simbólico, hoy la mayor parte de los exégetas lo interpretan no como una parábola sino en sentido real, por las expresiones inequívocas de «tomar mujer», dar su nombre y apellido, e incluso el precio pagado por Oseas.

Además, los relatos de acciones simbólicas en los profetas siempre son reales, no meras parábolas. Oseas ha amado y ama todavía apasionadamente a una mujer que no ha respondido a este amor más que con la infidelidad y la traición.

Pero ¿quién es realmente este profeta, casado con una prostituta para obedecer las órdenes de Dios? ¿Cuáles son sus raíces? ¿Cuál su itinerario? ¿Cómo se explica su rigor violento al desvelar el pecado de Israel, con el amor al pueblo a quien transmite la esperanza? ¿De qué modo respondió a los desafíos de su tiempo como enviado del Señor? Y, por encima de todo, ¿el mensaje de Oseas, tiene actualidad y vigencia para nosotros? ¿Su teología profética, sigue influyendo?

El ambiente político y religioso en el que se desarrolló su actividad profética nos ayudará a comprenderlo mejor. Estamos en el reino del Norte, el de Israel, desgajado dos siglos antes del de Judá. Es contemporáneo del profeta Amós, «el cultivador de higos», que ha sido recientemente expulsado del reino por su valiente predicación.

El reinado de Jeroboán II es uno de los pocos períodos de esplendor y prosperidad material del reino del Norte, desde que se rompió la unidad con el de David y Salomón, con Jeroboán I (753). En la política exterior Jeroboán II restableció las fronteras nacionales desde el paso de Hamat hasta el Mar Muerto, reconquistado el reino trasjordánico de Moab; y, en las relaciones con Damasco, Asiria y Egipto, salió airoso.

Con la paz y la abundancia de bienes, crecieron las diferencias sociales, el lujo y la corrupción de costumbres. Pero también florecieron las artes. En este siglo se abre una nueva edad de oro en la literatura, con páginas maestras: una época clásica que culmina con Isaías.

Oseas no es ajeno a este florecimiento. Su obra se comprende y sintetiza en dos poemas sublimes: Israel, la esposa, Israel el hijo: Dios como esposo fiel y padre solícito.

A Oseas le tocó también vivir el reverso de la medalla, pues al morir Jeroboán (753), después de treinta años de reinado, se amontonaron durante otros treinta las violencias y las catástrofes, con tragedias de guerras civiles.

Zacarías, hijo de Jeroboán, es asesinado, tras seis meses de gobierno, por Salún, que a su vez es asesinado un mes más tarde por Menajén (cf 2 Re 15,8-16). Hay datos escalofriantes: Menajén castigó a Tifsaj y su comarca pasando a cuchillo a todos sus habitantes, porque no le abrieron sus puertas. La ocupó y abrió en canal a las mujeres embarazadas.

La guerra civil subdividió el reino del Norte en dos territorios que Oseas llama Israel y Efraín. Y el horizonte internacional se pobló de rebeliones. El año 745 subió al trono de Asiria Tijlatpileser II, gran caudillo que impulsó la formación de un gran imperio. Israel hubo de pagar un enorme tributo: mil pesos de plata, en 742. La crisis se agudiza. Pecajías, hijo de Menajén, será asesinado a los dos años de gobierno por su oficial, Pe-

caj (740-731) que lo suplanta en el trono y se lanza a la absurda aventura de declarar la guerra a Judá en unión con Damasco, no sabemos por qué motivo.

El caudillo asirio acude en ayuda de Judá, arrasa Damasco y arrrebata gran parte de Israel, deportando a Asiria a sus moradores. La decepción fue enorme. Oseas, hijo de Elá, tramó una conspiración y asesinó a Pecaj y le sucedió en el trono (cf. 2 Re 15,29-30). Este Oseas, contemporáneo y homónimo del profeta, que vio todas estas calamidades fue el último rey de Israel (731-722). Se había negado a pagar el tributo y con ello provocó el asedio de Salmanasar V. Samaria cae en manos de los sitiadores en 722 y desaparece de la historia el reino de Israel.

Todas estas circunstancias calamitosas, contempladas por el profeta explican su visión amarga de la monarquía y de sus alianzas con los extranjeros.

En la dimensión religiosa de la vida, el panorama era más que preocupante, desolador. Tanto en la prosperidad material como en las desgracias, Israel acudía más a Baal, el dios de los cananeos, que a Yahvé.

Cuando eran pastores nómadas, el culto se dirigía exclusivamente a Yahvé, el Dios de los padres que los guiaba y protegía y acompañaba en la peregrinación, aunque siempre estuvieron asediados por los extranjeros de Egipto y las tentaciones de la idolatría.

Pero al asentarse en Canaán y hacerse agricultores, rudos como eran, no acertaban a concebir que ese Dios de pastores pudiese ayudarles a cultivar la tierra, proveerles de lluvia y garantizarles unas estaciones propicias. Entonces se vuelven al culto del Dios cananeo, importado, Baal. Es el Dios de la tempestad, de la lluvia, y por tanto, el Dios de la fertilidad y la fecundidad, el engendrador por excelencia, simbolizado, de ordinario, por un toro.

El culto a Baal implicaba prácticas inmorales como la prostitución sagrada, que míticamente expresaba y aseguraba la comunión con el poder divino y la fertilidad. Baal aparece en muchos lugares de la Biblia (aquí en Oseas siete veces: 2,10.15.19; 9,10; 11,27; 13,1, y otras alusiones; extensamente en los ciclos de Elías y Eliseo), como el enemigo número uno del Dios de

Israel, como su competidor más formidable. Por algo Oseas ataca repetidas veces al toro de Samaria (Os 8,5-6; 13,2).

Aunque Yahvé seguía siendo el Dios de Israel, los israelitas acudían a Baal en la prosperidad y en la adversidad, porque él concedía el pan y el agua, el vino y el aceite, etc., era la solución de todas las necesidades primarias.

Si de otros pueblos y dioses se trataba, no habría problema, pues el eclecticismo politeísta e irénico se hubiera mostrado tolerante con ambos cultos en connivencia pacífica. No así en el caso de Israel y Yahvé, que es intransigente y celoso. No permite competencia de ninguna clase.

Este es el mensaje que proclama Oseas con imágenes clarísimas y expresivas, proféticas y pletóricas de poesía, a la vez. Dios es el esposo y marido enamorado y fiel. Israel, la esposa infiel que le ha abandonado por irse con otro, Baal; o con otros: Asiria y Egipto.

Por eso, los pecados del pueblo son calificados como adulterio, fornicación, prostitución. El amor de Dios es apasionado como el de un esposo capaz de perdonarlo todo y de volver a comenzar. Así ama siempre Yahvé a su esposa infiel, y tras haberla probado, le devolverá las alegrías del primer amor, hará que el amor de su esposa sea fiel e indefectible (cf. Os 1-3).

Además de tener que soportar su tragedia matrimonial, Oseas chocó también con la oposición frontal de sus oyentes que lo tachaban de necio y ridículo (Os 9,7), pero nadie le prohibió hablar, ni fue expulsado como Amós.

Su predicación se desarrolló en Samaria, probablemente en Betel y Guilgal. Sólo habla de ciudades del Norte, nunca de Jerusalén ni de ciudades judías. Sin embargo, en Judá hallaron eco sus oráculos y creció su prestigio al ver cumplidas muchas de sus premoniciones. Allí se hizo la redacción definitiva del libro.

Probablemente ya antes de Oseas se denunciaba el culto que los cananeos daban a sus ídolos como «prostitución» aludiendo a las prácticas inmorales que llevaba consigo (cf. Ex 34,15-16). Sin embargo Oseas es el primero en representar bajo la imagen de la unión conyugal las relaciones de Yahvé con su pueblo desde la alianza del Sinaí; y en calificar la traición idolátrica de Israel no sólo como prostitución sino como adulterio.

Después de él recogen el tema y lo desarrollan los profetas Isaías (1,21) y Jeremías 2,2; 3,1.6-12. Ezequiel lo amplia con dos grandes alegorías, c.16 y 23. La segunda parte de Isaías (c.50s.), presenta la restauración de Israel como la reconciliación de una esposa infiel.

En esa perspectiva han de verse también las relaciones amorosas de Yahvé y de Israel bajo las imágenes nupciales del Cantar de los Cantares y el salmo 45, un verdadero epitalamio real: «Un bello tema bulle en mi corazón [...] Prendado está el rey de tu belleza» (Sal 45,1.12).

El Nuevo Testamento presenta la era mesiánica como «era de nupcias» (Mt 22,1-14; 25,1-13). Cristo es el esposo (Mt 9,15; Jn 3,29), mientras que la alianza nupcial entre Yahvé y su pueblo se realiza en su misma persona.

San Pablo sigue la misma línea temática: «Os tengo desposados con un solo esposo» (2 Cor 11,2), que recogerá finalmente el Apocalipsis 21,2: «Y vi la ciudad santa, la Nueva Jerusalén, que bajaba del cielo, de junto a Dios, engalanada como un novia ataviada para su esposo». Y en 19,7 y 8: «Alegrémonos y regocijémonos dándole gloria, porque han llegado las bodas del Cordero, y su Esposa se ha engalanado y se le ha concedido vestirse de lino deslumbrante de blancura, el lino son las buenas acciones de los santos».

Es un gran mérito de Oseas el haber abierto esa corriente que ya no se abandona en la tradición bíblica cristiana y llega a inspirar la mística de todos los tiempos.

El mensaje de Oseas denuncia las injusticias y la corrupción reinante, con toda valentía: «No hay fidelidad ni amor, ni conocimiento de Dios en la tierra; sino perjurio y mentira, asesinato y robo, adulterio y violencia, sangre y más sangre» (Os 4,1-2).

Critica duramente el culto por lo que tiene de superficial y falso: «Vuesto amor es como nube de mañana, como rocío matinal que pasa [...] porque yo quiero amor, no sacrificio, conocimiento de Dios, más que holocaustos» (Os 6,4.6).

Ante todo condena con toda la fuerza la idolatría en sus dos vertientes, la cultual y la política: la adoración de Baal con sus ritos de fertilidad y la del becerro de oro instalado por Jeroboán en el año 931, cuando Israel se separó de Judá.

Símbolo de la presencia de Dios, al principio no planteó problemas, pero más tarde fue causa de equívocos confundiendo a Yahvé con el toro, quedándose en una religión naturista, la de Baal. Con ello se quebrantaba el primer mandamiento, pues Yahvé no tolera rivales. Y el segundo, que prohibía fabricar imágenes de la divinidad, precisamente por el peligro de caer en la idolatría, que pretende sustituir o dominar a Dios.

La vertiente política de la idolatría está en buscar la salvación fuera de Dios, en las alianzas con las grandes potencias militares del momento, Egipto y Asiria. A los ojos del Profeta se presentan como nuevos falsos dioses que pretenden salvar.

Es Oseas original en la visión crítica del pasado. Desmitifica la historia y los grandes personajes. Dios intenta siempre salvar, pero encuentra siempre la oposición del pueblo y de las instituciones con sus pecados (cf. 9s). Considera el mismo origen de la monarquía como fruto de ira de Dios (Os 13,11: «Rey te doy en mi cólera y te lo quito en mi furor»).

El poema del capítulo 2,4-25 indica tres reacciones ante la infidelidad persistente de la esposa:

a) Ponerle obstáculos para impedirle ir en busca de sus amantes:

> «Por eso, yo cerraré su camino con espinos, la cercaré con seto y no encontrará más sus senderos; perseguirá a sus amantes y no los alcanzará, los buscará y no los hallará. Para que diga: "Voy a volver a mi primer marido, que entonces me iba mejor que ahora"» (Os 2,8-9).

b) Castigarla públicamente y con dureza:

> «No sabía ella que era yo quien le daba el trigo, el mosto y el aceite virgen, ¡yo le multiplicaba la plata. Y el oro lo empleaban en Baal! Por eso volveré a tomar mi trigo a su tiempo y mi mosto en su estación, retiraré mi lana y mi lino con que cubría su desnudez. Y ahora descubriré su vergüenza a los ojos de sus amantes, y nadie la librará de mi mano. Acallaré todo su alborozo, sus fiestas, sus novilunios, sus sábados, y todas sus solemnidades. Arrasaré su viñedo y su higuera, de los que decía: "Ellos son mi salario, lo que me han dado mis amantes": los convertiré en matorral y los devorará la bestia del campo. La visitaré por los días de los Baales, cuando les quemaba incienso, cuando se adornaba con su anillo y su collar y se iba detrás de sus amantes, olvidándose de mí —oráculo de Yahvé—» (Os 2,10-15).

c) Perdonarla por puro amor:

> «Por eso voy a seducirla; voy a llevarla al desierto y le hablaré al corazón. Allí le daré sus viñas, convertiré el valle de Acor en puerta de esperanza; y ella responderá allí como en los días de su juventud, como el día en que subía del país de Egipto. Y sucederá aquel día —oráculo de Yahvé— que ella me llamará "Marido mío", y no me llamará más "Baal mío". Retiraré de su boca los nombres de los Baales, y nunca más serán invocados por su nombre. Sellaré un pacto en su favor aquel día con la bestia del campo, con el ave del cielo, con el reptil del suelo; arco, espada y guerra, los quebraré lejos de esta tierra, y los haré reposar en seguro. Yo te desposaré conmigo para siempre; te desposaré conmigo en justicia y en derecho, en amor y en compasión, te desposaré conmigo en fidelidad y tú conocerás a Yahvé. Y sucederá aquel día que yo responderé —oráculo de Yahvé— responderé a los cielos, y ellos responderán a la tierra; la tierra responderá al trigo, al mosto y al aceite virgen, y ellos responderán a Yizreel. Me la sembraré en la tierra, me compadeceré de "No-compadecida" y diré a "No-mi-pueblo": tú eres "Mi pueblo", y él dirá: "¡Dios mío!" (Os 2, 16-25).

«Seducir», en su fuerte sentido, es la actitud de quien aparta a otro del camino que debería haber seguido. La vida en el desierto aparece como un ideal perdido. El de Israel cuando era joven y no conocía los dioses extranjeros, sino que seguía fielmente a Yahvé. El paso de «Baal mío», dueño mío, a «marido mío», pone el acento más en el vínculo conyugal, que en la subordinación de la esposa.

«Yo te desposaré conmigo para siempre» utilizado en la Biblia siempre a propósito de una joven virgen, suprime así el pasado adúltero de Israel, que se convierte en un criatura nueva. La dote que el novio ofrece a la novia, lo que Dios da a Israel en estas nupcias nuevas, no son ya los dones materiales de la alianza antigua sino las disposiciones interiores requeridas para que el pueblo sea en adelante fiel a la alianza nueva y eterna con un corazón nuevo, que dirá Ezequiel.

«La fidelidad de Dios» crea en el hombre la confianza, el abandono, la ternura, la piedad, el amor que se traduce en amistad con Dios y caridad con el prójimo.

«El conocimiento de Yahvé» no es puramente intelectual. Así como Dios se da conocer por una alianza manifestada en amor con sus beneficios, así conocer a Dios implica la fidelidad

a la alianza y el reconocimiento de sus beneficios, el amor verdadero.

Oseas emplea veinte veces la expresión «conocimiento de Dios», y en su contexto conyugal significa quizá la rúbrica del desposorio, el amor y fidelidad absoluta de un matrimonio-alianza que será ya único y definitivo porque habrá logrado ese conocimiento íntimo de total entrega y posesión recíprocas.

El amor de Dios va a cambiar los nombres simbólicos, presagio de desgracias, de los hijos de Oseas. «Me la sembraré», alude al nombre de Yizreel. «Me compadeceré» alude al de «No-compadecida». Y diré a «No-mi-pueblo» es lo contrario de «Tú eres mi pueblo». Y él dirá: «¡Dios mío!» (cf. 2,1 y 3).

Junto a la imagen de Israel, la esposa, Oseas pone la paralela y complementaria: Israel, el hijo. Después de la parábola del amor conyugal despreciado y recreado en el amor, viene ahora la del cariño y desvelo paterno, no reconocido:

> «Cuando Israel era niño, lo amé, y de Egipto llamé a mi hijo. Cuanto más los llamaba, más se alejaban de mí: ofrecían sacrificios a los Baales e incienso a los ídolos. Yo enseñé a caminar a Efraín, tomándole por los brazos, pero ellos no sabían que yo los cuidaba. Con cuerdas humanas los atraía, con lazos de amor; yo era para ellos como los que alzan a un niño contra su mejilla, me inclinaba hacia él y le daba de comer» (Os 11,1-4).

La elección de Israel se debe al amor de Dios. Para Oseas, con la liberación de Egipto comienza la verdadera historia del pueblo elegido. Evoca la edad de oro del desierto a donde condujo también a la esposa (cf. 2,16). La pedagogía divina educando a Israel. Dios como padre ama, llama, enseña a andar, mira, atrae, se inclina para dar alimento.

Pero Israel, el hijo, se aleja, no le comprende, no confía en su padre, sino en los amigos. Es el prototipo del hijo rebelde que, según la ley, debe morir (Dt 21,18-21). Ante la inminencia del castigo paterno, Israel pide auxilio a Baal, pero sin éxito. Y cuando parece que la situación es totalmente desesperada, Dios lucha consigo mismo. Y la misericordia vence a la cólera:

> «Pues volverá al país de Egipto, y Asur será su rey, porque se han negado a convertirse. La espada hará estragos en sus ciudades, aniquilará sus cerrojos y devorará por sus maquinaciones. Mi pueblo está acostumbrado a apostatar de mí; cuando invocan a lo alto,

nadie los levanta. ¿Cómo voy a entregarte, Efraín, cómo voy a soltarte, Israel? ¿Voy a entregarte como a Admá, y a tratarte como a Seboín? Mi corazón se convulsiona dentro de mí, y al mismo tiempo se estremecen mis entrañas. No daré curso al furor de mi cólera, no volveré a destruir a Efraín, porque soy Dios, no hombre; el Santo en medio de ti, y no volveré con ira» (Os 11,5-9).

Ni en la imagen de la esposa ni en la del hijo se habla de la conversión previa y necesaria. El acento recae con toda su fuerza sobre el amor gratuito de Dios. Lo mismo hace Oseas en el poema final:

«Vuelve Israel a Yahvé tu Dios, pues tus culpas te han hecho caer. Preparaos unas palabras, y volved a Yahvé. Decidle: "Quita toda culpa; acepta lo bueno; y en vez de novillos ofrecemos nuestros labios, Asiria no nos salvará, no montaremos a caballo, y no diremos más 'Dios nuestro' a la obra de nuestras manos, oh tú, en quien halla compasión el huérfano".

Yo sanaré su infidelidad, los amaré graciosamente; pues mi cólera se ha apartado de él, seré como rocío para Israel: florecerá como el lirio, y hundirá sus raíces como el Líbano. Sus ramas se desplegarán, su esplendor será como el del olivo y su fragancia como la del Líbano. Volverán los que habitaba a su sombra; harán crecer el trigo, florecerán como la vid, su fama será como la del vino del Líbano. Efraín [...] ¿qué tengo yo que ver con los ídolos? Yo respondo y lo protejo. Yo soy como un ciprés siempre verde, y de mí procede tu fruto» (Os 14,2-9).

La exhortación del profeta a la conversión auténtica no sigue la lógica de la liturgia penitencia: pecado-conversión-perdón. La gran novedad de Oseas, que prepara para la plena revelación del Nuevo Testamento, es que invierte sorprendentemente el orden: el perdón antecede a la conversión. Dios perdona antes de que el pueblo se convierta; aunque no se haya convertido.

En esta línea escribe Pablo a los Romanos 5,8: «La prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros». Y la carta primera de Juan 4,10: «En eso consiste el amor, no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y nos envió a su Hijo como víctima de expiación por nuestros pecados». La conversión, siempre necesaria, se produce como respuesta al amor reconocido de Dios, no como previa condición.

El lenguaje de Oseas, de gran calidad literaria, se caracteriza ante todo por su magistral empleo de las imágenes, no sólo para describir las actitudes del pueblo sino también la acción y hasta el ser de Dios. Son innumerables, tomadas de las relaciones humanas y del mundo animal o vegetal. Israel es la esposa y el hijo, pero también una cándida paloma, una novilla domesticada, una viña, unos racimos...

Los jefes políticos se comparan a un horno; la conversión del pueblo, con el rocío del amanecer, la niebla de la mañana.

En las imágenes aplicadas a Dios, Oseas es innovador, pero subraya que no hay que confundir la imagen con lo que pretende significar. Dios no puede reducirse a imágenes. Si Dios reacciona finalmente en favor de su pueblo rebelde en contra de lo que cabría esperar, se debe a que él es Dios y no hombre, mucho más que el mejor de los hombres y el más perfecto de los padres. Dios es la fuente de todos los frutos (Os 4,9). Pero el profeta lo compara con un ciprés, que no da frutos comestibles. Él mismo es el fruto.

La predicación de Oseas es teológica, un discurso sobre Dios con el lenguaje creativo, no gastado, de la experiencia y del ambiente contemporáneo. Su mensaje es actual y nos recuerda la necesidad de proclamarlo en los términos de nuestros días, con valiente fidelidad.

Un santuario y un monte recuerdan a Oseas en la Transjordania, cerca de Es-alt. Su fiesta se celebra en distinta fecha entre los coptos y los palestino-georgianos. Su iconografía aparece en manuscritos parisinos del siglo XIII.

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

ASURMENDI, J. M., *Amós y Oseas* (Estella 1989).
ALONSO SCHOKEL, L. - SICRE DIAZ, J. L., *Profetas. Comentario,* 2 vols. (Madrid 1980) 859-921.
STRAMARE, T., «Osea», en *Bibliotheca sanctorum.* IX: *Masabki-Ozanam* (Roma 1967) cols.1278-1281.
MONLOUBOU, L., *Los profetas del Antiguo Testamento* (Estella 1983).

BEATO PEDRO DE LA NATIVIDAD DE MARÍA CASANI

Presbítero († 1647)

El padre Pedro de la Natividad de María fue, y sigue siendo, una de esas figuras legendarias de las Instituciones religiosas que no se olvidan con el paso de los siglos. Cuatro han pasado hasta nuestros días y su recuerdo sigue vivo en quienes aman el apostolado de la educación. Su eco histórico hilvana con una ráfaga refrescante de fraternidad a las dos familias religiosas a las que perteneció y que tuvieron la suerte de tenerlo como emblema y estímulo de piedad, de pobreza y celo apostólico.

Nació en Lucca, en el centro de la Toscana, el 18 de septiembre de 1572. Era hijo de un hombre bueno, Gaspar Casani, descendiente de antigua nobleza, que se quedó viudo al poco de nacer el niño. Ese hombre, piadoso, serio, muy responsable y entusiasmado con el único hijo que le dejó su amada esposa, nunca quiso nuevo matrimonio al quedar sólo en el mundo con su pequeño niño. Se dedicó a la educación de Pietro y le proporcionó todo el calor de su corazón tierno. Le consagró sus modestas posesiones y su excelente cultura. Por eso la piedad sincera y el amor al estudio fueron los rasgos comunes del padre y del hijo.

Quedan pocos datos acerca de la infancia y de la juventud de Pedro Casani. Pero se sabe que Lucca, la capital de la zona en los años renacentistas, era bulliciosa en todos los sentidos. A 16 kilómetros de Pisa y en la ribera derecha del Arno, estaba llena de afanes culturales y de vida. La noble y bella catedral gótica, remozada en los años anteriores, y el Palacio ducal, ostentosamente concebido por B. Ammannati y terminado en el año 1581, eran los ejes religiosos y políticos de la patriarcal comarca. La infancia y la juventud de Pietro se impregnó del amor al arte y de la fidelidad a la Iglesia en esos elementos de referencia. Las galas de la convivencia, afición típica de los jóvenes urbanos del renacimiento, fueron pronto menospreciadas por Pietro. La alegría de su carácter y su serena personalidad impulsaron su nave por otros derroteros más importantes.

A nadie sorprendió que, a los 22 años, con la base de piedad y de seriedad que su padre supo inculcarle, se volviera muy sen-

sible a los valores espirituales y a los reclamos divinos. Y todos vieron como natural que, cuando un hombre excepcional se cruzó en su camino, una ráfaga ardiente de amor apostólico le invadió con naturalidad. Ese hombre fue San Juan Leonardi (1541-1609), el fundador de los Clérigos Regulares de la Madre de Dios en 1592 y el cofundador del colegio romano de Propaganda Fide. Había nacido también en las cercanías de su Lucca y casi toda su vida actuó en aquella noble capital.

Algo singular debió brillar en el joven Pedro que atrajo la atención de Leonardi. Desde su entrada en el grupo religioso recién fundado, sintonizó perfectamente con el celoso Fundador, que para entonces tenía ya 52 años y estaba en la plenitud de su arrolladora vida apostólica. Pedro se entregó en cuerpo y alma a colaborar con tan singular personaje desde su ingreso en 1594. Y con el vigor de su juventud, se dedicó de lleno a las obras de catequesis, de asistencia a enfermos y pobres y todo lo que su admirado maestro le hacía resplandecer ante sus ojos.

Su mismo padre se sintió contagiado por el celo de su hijo. No tardó en seguirle por el mismo camino. Y también ingresó en 1610 en la misma Institución de los Clérigos de la Madre de Dios, como lego. Pasó el resto de sus días, que ya no fueron muchos, en las obras humildes de este Instituto benemérito.

San Juan Leonardi tuvo desde el principio una intuición asombrosa para ver en el joven Pedro sus cualidades: su carácter hábil para la negociación, su recto sentido de la justicia en los compromisos, su prudencia para lograr la avenencia en los pleitos, y el prudente trato con los hombres más diversos. Al mismo tiempo supo ver, y en ocasiones alabar, su austeridad de vida y su amor a la pobreza, que fueron los signos que intentó imprimir en sus obras y en sus servicios apostólicos. Por eso le tomó pronto como compañero, más que como secretario y amanuense, en las diversas misiones delicadas y complejas que le confiaron sucesivos pontífices. Incluso, antes de ser ordenado sacerdote, le hizo su compañero de viajes y de negociaciones diplomáticas delicadas y difíciles.

Pedro llevaba el registro escrito de cuantas visitas y conversaciones tenía su maestro. Lo hacía con claridad y sobre todo con singular delicadeza y discreción. Tal fue el caso de la ave-

nencia que hubo de buscar por encargo de Clemente VIII con la congregación de benedictinos de Montevergine, en el Reino de Nápoles, que se negaban a reformar sus abadías en la línea de los decretos tridentinos. Y algo semejante aconteció cuando Leonardi tuvo que mediar en diversos pleitos y rebeldías o cuando fue nombrado visitador de la Orden de los servitas de Montesenario. Hasta en una ocasión entre ambos tuvieron que pacificar una diócesis entera, que fue la Aversa, cuyo obispo mons. Morroa se la confió durante unos meses para que la pusiera en paz y en orden. El fiel compañero Pedro Casani observaba, discernía, oraba, aconsejaba, silenciosamente intervenía, para que todo saliera conforme al espíritu del Evangelio y a la reforma de los santuarios o de las congregaciones religiosas según el Concilio de Trento había decretado unos años antes.

Al consolidarse el instituto de los clérigos al que pertenecía, fue también Pedro Casani el que ayudó al fundador a redactar las Constituciones y el que escribió materialmente el documento. Después lo presentó al papa Clemente VIII, quien lo aprobó el 24 de junio de 1604.

San Juan Leonardi falleció el 9 de octubre de 1609 en la casa de Santa María del Pórtico, en la epidemia de peste que azotó Roma en el otoño de este año. Y con esa muerte culminó la primera etapa de la vida de Casani. Durante 23 años fue un seguidor fiel y dinámico de su maestro y fundador. Sin embargo, una medida no acertada de la curia pontificia iba a cambiar su vida a la mitad de su fecunda existencia terrena.

En 1614 el Papa determinó la fusión de su Instituto con el de las Escuelas Pías fundado por San José de Calasanz (1588-1648) y cuya primera escuela databa de 1597 en Roma. Aparentemente ambos estaban orientados al mismo objetivo que el perseguido por los Clérigos de la Madre de Dios y la unificación parecía una medida prudente para reforzar la acción benéfica de ambos. Se centraban los dos en la catequesis y en la educación religiosa de los niños y jóvenes. Pero el Papa, mal aconsejado por los miembros de su curia romana, no supo ver las diferencias.

Los seguidores de San Juan Leonardi tenían más espíritu clerical y se preparaban casi todos para el sacerdocio. Miraban

con preferente interés la vida de la parroquia. Sin embargo, los nacidos al amparo del celoso San José de Calasanz, sacerdote español residente en Roma, caminaban más por las vías de los centros escolares, de las «escuelas de piedad». Era el eco de la gracia fundacional, pues Calasanz, conmovido por los niños abandonados de Roma, había elegido el templo de la escuela para orar, el púlpito de las aulas para predicar, los libros de las ciencias profanas como los mejores guiones para el sermón de la vida.

Vivían ambas instituciones en admirable austeridad y fecunda pobreza, pero no era suficiente para considerarlas iguales. Los clérigos de las Escuelas Pías preferían el trabajo escolar como emblema de pobreza y dejaban la predicación de los templos para los demás. La fusión no podía dar buenos resultados. Y ello a pesar de que ambos Institutos se movían con sinceridad en la línea de la reforma de la Iglesia que se vivía en la cristiandad después del Concilio de Trento (celebrado entre 1545 y 1569). La fusión que se le impuso por una bula pontificia no triunfó, pues el espíritu de ambos era diferente y las tensiones que se originaron entre los que querían escuelas de piedad y los que preferían catequesis y predicaciones parroquiales fueron ahondándose hasta hacer difícil la convivencia de las personas y de los grupos.

A los cuatro años, la curia romana dio marcha atrás y un nuevo documento pontificio determinó que cada uno volviera a sus orígenes y que los escolapios se orientaran hacia la instrucción escolar y los Clérigos de la Madre de Dios se abrieran cada vez más a las obras de Iglesia. En 1617 se volvieron a formar dos grupos separados y cada miembro pudo elegir con libertad el mejor camino según su espíritu y preferencia.

Pedro Casani participó como persona influyente en la empresa. Era incluso soñador, como se refleja en algunos de sus proyectos de reforma, al estilo de uno que escribió con el título de *Pussilis gregis idea*. Este escrito refleja una especie de programa para la reforma de la Iglesia. En él se armonizaba cierta radicalidad espiritual y el reclamo a la exigencia ascética. Rezumaba fuerte sabor evangélico, pero acaso olvidaba las limitaciones reales de los destinatarios.

Las dificultades que por aquellos años experimentaban los seguidores de Calasanz eran fuertes, hasta el punto de que abundaban las deserciones. Por ejemplo, de los primeros 80 maestros que habían iniciado las escuelas pías con el fundador, sólo 4 ó 5 quedaban un decenio después en la obra. La mayor parte había huido ante lo arduo y lo humilde, en ocasiones humillante, de aquellas escuelas de caridad para niños pobres. Acaso fue la dureza y la dificultad lo que impulsó a Casani a quedarse al lado del sacerdote aragonés, firme en sus ideales y aferrado al rigor del Evangelio.

En 1614 Casani fue designado rector del colegio romano de San Pantaleón, que llegó a tener más de un millar de escolares. La confianza que había tenido con San Juan Leonardi quedó renovada ampliamente con San José de Calasanz. Cuando el 6 de marzo de 1617 el papa Pablo V autorizó con documento pontificio de nuevo el grupo calasancio como congregación autónoma, la denominó «Congregación Paulina de los pobres de la Madre de Dios de las Escuelas Pías». Pedro Casani fue uno de los primeros que tomaron el nuevo hábito religioso designado por el fundador. Adoptó el nombre de Pedro de la Natividad de María. Dejó de llamarse Clérigo de la Madre de Dios y se entregó a su tarea docente y directiva como escolapio, con humildad de santo, prudencia de gobernante y celo de gigante espiritual.

No se asustó por las dificultades por las que atravesó en aquellos años en el ambiente clerical de Roma y de Italia. Estaba curtido en la lucha, en las negociaciones y era, por naturaleza, sembrador de la paz, promotor del trabajo, experto en la convivencia. La obra calasancia no era entendida por todos. La inestabilidad de los maestros obstaculizaba la empresa. Los desasosiegos suscitaban deserciones y condenas en las oficinas romanas. Casani, hábil en el trato, fiel en las promesas, diplomático por sus experiencias anteriores y persuadido del bien que se hacía a los escolares, fue el soporte que José de Calasanz encontró en las dificultades y hasta en las persecuciones que no cesaban en ningún momento, a pesar de promover una obra tan necesaria para la Iglesia y para la sociedad entera.

Los más cercanos colaboradores de la obra siempre creyeron que su permanencia sólo era posible bajo la dirección de

San José de Calasanz. La fidelidad de muchos, desconcertados por la calumnia, se debió al amor de Casani al trabajo y a la pobreza, junto con la austeridad de vida de que siempre dio sorprendentes muestras con hechos más que con palabras. Esa fue la causa de que, al iniciarse el primer noviciado del Instituto, el fundador le designara como maestro de novicios y que durante años ejerciera ese cargo con eficacia y con verdadera riqueza espiritual. La obediencia a su segundo fundador, San José de Calasanz, se hizo el distintivo de su vida. La fidelidad a la obra escolapia y la disponibilidad que hasta su muerte manifestó como escolapio hizo que pronto entre los miembros del Instituto se le designada como «Pedro el santo» o «Pedro el pobre».

Su actividad como formador de novicios fue prudente, humana, moderada, pero muy sincera, evangélica y espiritual. A él se le atribuye *La Regla de los novicios de las Escuelas Pías,* que inspiró durante muchos decenios los noviciados escolapios que fueron surgiendo en diversos lugares en que el Instituto abrió «sus escuelas de piedad».

En 1623 San José de Calasanz le nombró Provincial del norte de Italia. Visitó las casas con espíritu abierto, con grandes dotes para el trato con las personas. Pero pronto Calasanz le destinó al sur y le encargó la obra recién inaugurada en Sicilia, donde le esperaba una amarga desilusión. Los jesuitas se le opusieron cuando intentó iniciar en Ísola una casa nueva con algunos novicios y hubo de retirarse en bien de la paz. En Messina hizo un segundo intento fundacional, pero no obtuvo mejores resultados, pues no logró la autorización de la curia romana, a pesar de sus grandes dotes para tratar con las personas y los organismos eclesiásticos.

Por ello el 14 de abril se dirigió a Nápoles. En la capital de aquel reino el mismo San José de Calasanz había acudido y abierto una obra escolar en el barrio de la Duchesca. Cuando estuvo iniciada, para consolidarla y extenderla, reclamó la presencia del padre Pedro Casani y le designó primer provincial de la Provincia calasancia napolitana. Esta elección de la ciudad partenopea para otra excelente obra fue providencial, pues resultó el origen de un hermoso renacimiento de la piedad en muchas personas de la ciudad, tanto de la gente sencilla que escuchó algunos de sus sermones, como de los personajes nobles

de la localidad. El tema de la pobreza y la necesidad de atender a los pobres atrajeron a muchas personas distinguidas que se pusieron en disposición de ayudarle.

Ejerció el cargo de rector de aquella «Casa de la Duchesca». Las ayudas y los dones llovieron con abundancia y la obra quedó suficientemente dotada y consolidada para la acción escolar y para la atención incluso recreativa de los acogidos a ella. Luego se edificaría en la casa la hermosa iglesia de la Anunciación y de Santa Ana. Nada menos que 30 religiosos y 600 escolares llegó a tener la obra durante los años que él actuó como Provincial en la región napolitana.

Diversas obras se fueron abriendo y consolidando en Nápoles durante su gobierno. Tal fue el caso de la «Casa de Bisignano», abierta en 1627, la de «Campoi Salentina» en 1628 y las diversas congregaciones juveniles abiertas en Nápoles con el fin de acoger a seglares que querían practicar la caridad con los necesitados. La Congregación de la Purificación de María para los comerciantes fue de las más hermosas. Pero también promovió otras para artistas, para jóvenes, para nobles.

Desde 1625 la Orden calasancia se había comenzado a extender por los países de Europa Central. Calasanz pensó que, como buen diplomático, Casani era el más indicado para acudir a estas regiones. Le nombró su representante personal y visitador de los centros que se fueron abriendo. Por orden suya ordenó su primer viaje a Viena, aunque hubo de demorarlo por las circunstancias. La primera casa abierta en 1631 surgió en Nikolsburg. En ella se conservan las primeras cartas de Casani.

En 1638 hizo un viaje por toda la Europa Central. Tenía ya entonces 68 años, pero fue nombrado visitador general de todos los centros. Con su espíritu juvenil intacto, organizó noviciados, se entrevistó con personajes influyentes, alentó a todos los miembros destacados que iban a iniciar las diversas empresas. Aconsejó hablar a todos el latín sencillo, para que polacos, germanos, bohemios y moravos se entendieran con facilidad y fraternidad. En una de las cartas escribía a San José de Calasanz entonces:

> «Hablé con todos y les di consejos saludables en público y en privado. Los encontré a todos, según me pareció, alegres, tranquilos, humildes, modestos, asiduos en la oración, deseoso de perfec-

ción religiosa, con excepción de uno que, por ser muy niño y de débil complexión, vacilaba un poco en su vocación. Me dieron grandes esperanza y bendije a Dios».

Su eficaz consejo y sus sabias normas de gobierno consolidaron la obra en estos lugares del Instituto. Su espíritu observador y diplomático fue causa del fortalecimiento de las personas y de las tareas educadoras. De manera especial consolidó el noviciado, para que las vocaciones fueran propias de cada lugar. Aquel primer noviciado fuera de Italia, sería al poco tiempo la salvación de la obra calasancia, pues determinados elementos rebeldes y ambiciosos pretendieron descaminarla y hasta destruirla. En su estancia en las tierras centroeuropeas se dedicó también al ejercicio de la docencia, explicando a los jóvenes estudiantes filosofía y teología con admirable competencia y con sorprendente profundidad.

Cuando el 18 de noviembre de 1621 Gregorio XV reconoció y aprobó como Orden religiosa el Instituto por la bula *In supremus apostulatus solio* eran 500 los religiosos, 40 las obras en funcionamiento y 70 los novicios. Sin embargo, todo se vino abajo en un triste y desafortunado proceso. Casani había sido el principal soporte de la naciente obra calasancia, no sólo en Italia, sino también en Germania. Regresado a Italia, se mantuvo cerca del fundador como consejero humilde, silencioso y eficaz, incluso cuando la hora de la prueba llegó para el Instituto.

En 1642 el rebelde y ambicioso padre Mario Sozzi promovió contra el gobierno de San José de Calasanz diversas acusaciones y calumnias. El llamado Santo Oficio ordenó la prisión del fundador y la destitución de todo el consejo del Instituto. También el padre Pedro Casani fue víctima de la intriga y destituido de su cargo de consejero y de asistente. El Instituto y todos sus miembros quedaron bajo la vigilancia de un visitador apostólico, que lo fue el jesuita Silvestre Pietrasanta. Pedro Casani aceptó con humildad la deposición y la humillante vigilancia a la que fue sometido. Recomendó a todos: fe, paciencia y confianza en la Providencia. Permaneció fiel al fundador y al espíritu del Instituto en medio de los amargos acontecimientos, incluso cuando llegó la prueba más dolorosa, reservada para el día 17 de marzo de 1646, en que el papa Inocencio X, por el decreto *Ea quae pro felici* disolvió el Instituto como Orden y la re-

dujo a una asociación piadosa. En ese momento estaba constituido ya por 57 casas en 6 provincias. Los escolapios eran 600 y los novicios 120.

Las últimas penas acompañaron a Pedro Casani en el lecho de muerte, después de un año en el que conoció las amarguras de la supresión de la obra y las intrigas que se fueron desarrollando. El 17 de octubre de 1647 moría pacíficamente en la casa en que había sido rector años antes. El mismo San José de Calasanz le ayudó en su último trance con palabras de consuelo y con la certeza de que la Providencia no dejaría que se perdiera una obra que tantos sacrificios había costado. Calasanz, le seguiría un año después, cuando el 25 de agosto de 1648 entregó su alma a Dios anunciado la pronta restauración de la Orden escolapia. Los restos de ambos recibirían piadosa sepultura en la misma casa romana, quedando unidos en el sepulcro, ellos que con mutuo amor y fraternal generosidad habían vivido durante 30 años de forma inseparable.

Su recuerdo quedó latente y vivo entre sus hermanos, como el del más fiel colaborador y compañero del fundador. Teólogo y consejero, venerable en virtud y admirable en sus juicios, modelo de pobreza y ejemplo de fidelidad y de oración, su modesto sepulcro fue frecuentemente visitado por piadosas personas que solicitaban su intercesión ante Dios. Hasta 24 fueron los hechos considerados milagrosos en los días posteriores a su fallecimiento y a su inhumación, a la que asistió una enorme cantidad de personas que le habían conocido y narraban maravillas de él.

Contribuyó a su fama de santidad la difusión popular de las plegarias contra el demonio y contra los males por él compuestas, o al menos a él atribuidas. Muchos fieles acudían ante su sepulcro para recitarlas y para pedirle que elevara a Jesucristo y a su Santa Madre aquellos deseos en ellas expuestos.

Su recuerdo no se extinguió a pesar de que los siglos pasaron lentamente, como pasan sin prisas todas las cosas divinas y humanas en la Ciudad Eterna. Tuvo que venir el final del siglo XX para que su causa de beatificación se reavivara entre los legajos polvorientos de las oficinas romanas y el papa Juan Pablo II, el 1 de octubre de 1995 lo elevara a los altares y señalara

su recuerdo litúrgico para el 17 de octubre de cada año. La ceremonia celebrada en la Plaza de San Pedro del Vaticano constituyó la más numerosa de este tipo, pues fueron 106 los beatificados, muchos de ellos testigos de la fe que dieron su vida, como el padre Pedro Casani, por la Iglesia y por la educación de la juventud. ¡Digno cortejo celeste de este beato, que tan bello recuerdo dejó en la Iglesia con su fidelidad, su amor a la educación cristiana y su entrega incondicional a los pobres!

PEDRO CHICO GONZALEZ, FSC

Bibliografía

CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM *«Romana seu Lucana». Beatificationis et canonizationis servi Dei Petri Casani a Nativitate Beatae Mariae Virginis sacerdotis professi Ordinis Clericorum regularium pauperum Matris Dei scholarum piarum († 1647). Positio super virtutibus* (Roma 1982).

Discípulos de Calasanz (Roma 2002).

Epistolario del Beato Pedro Casani de las Escuelas Pías (Madrid 1995).

PERRONE, A. M.ª, *Pedro Casani «Pobre». Una opcion radical por la educación* (Madrid 1995).

BEATO SANTIAGO BURIN

Presbítero y mártir († 1794)

La Revolución francesa, con su sañuda persecución a la Iglesia católica, a la que quería ahogar en un baño de sangre, obligó a numerosos sacerdotes que no se quisieron sumar al cisma formalizado por la Constitución civil del clero y el juramento con que había que ratificarla, a vivir en la clandestinidad y desde ella apacentar a las ovejas de Cristo, a los fieles que se negaron a mantener comunión con los sacerdotes juramentados, a los que no se podía calificar de otro modo que de cismáticos. Uno de esos sacerdotes fue el bienaventurado Santiago Burin, el cual en el curso de su trabajo pastoral encontró la palma del martirio. Ésta es su gloriosa historia.

Jacques Burin nació el 6 de enero de 1757, en la villa de Vermon, en la parroquia de Betton, en el antiguo deanato de Fresnay. Era hijo del matrimonio cristiano formado por Jean Bourin, labrador, y Marie Louise Paris. Tras hacer los estudios pertinentes se ordenó sacerdote el 23 de septiembre de 1780.

Anteriormente había recibido la primera clerical tonsura el 29 de marzo de 1777, las órdenes menores el 20 de marzo de 1779, el subdicaconado el 18 de septiembre de 1779 y el diaconado el 11 de septiembre de 1780.

Su primer destino fue en la parroquia de Lamnay, del antiguo deanato de Ferté-Macé como coadjutor. Se distinguió en este cargo por la práctica de las virtudes sacerdotales y su aplicación continua al estudio de la teología. Se acreditó como sacerdote piadoso y lleno de celo, y por ello no extrañó que, llegado el concurso a parroquias de 1786, fuera nombrado párroco de Saint-Martin-de-Connée, parroquia de la que tomó posesión el 6 de enero de 1787, antes del canto de vísperas, contando solamente con treinta años. La parroquia pertenecía a la presentación del obispo de Le Mans, que lo era entonces monseñor François Gaspard de Jouffroy de Gonssans. Unos días más tarde el párroco de Montmirail, abate Daveau, escribía a su ahijado el abate Chauveau, acerca del nuevo párroco:

> «Tratad de tener en el cielo un buen apoyo como el sr. Burin; San Martín fue su protector desde el vientre de su madre; él lo mandó a hacer su aprendizaje en Lamnay de donde él lo llama a St. Martin-de-Connée para trabajar como maestro en la viña del Señor [...] Tendréis un buen vecino que nosotros echaremos de menos aquí y no hay duda de que él se dejará amar de sus feligreses y de todos aquellos que lo conozcan».

Y dos días después de su llegada a la parroquia, cuando se tuvo el funeral por el párroco anterior, el abate Souvré, el orador, abate Pierre du Prat, párroco de Rouez-en-Champagne dijo:

> «Se dice de su sucesor que es amigo de la virtud, distinguido por el mérito y amante de hacer el bien. Es de usted, señor Burin, que sucede al abate Souvré, de quien estas cosas se dicen. La esperanza de los pobres afligidos no será confundida y bajo su ministerio el pueblo que se le confía podrá secar sus lágrimas».

El abate Burin no tardó en cumplir estas esperanzas, porque ejerció el santo ministerio con tanto celo y caridad que muchos años más tarde, y aparte su muerte martirial, sería recordado con gratitud por los fieles. Incluso quienes en la Revolución se le mostraron hostiles reconocieron luego su bondad. Predicador fuera de lo común y magnífico orador sagrado, se encontra-

ba feliz sin embargo de catequizar a los niños, mostrándoles una particular predilección y no cediendo por entero esta tarea catequética a los vicarios sino participando en ella con toda dedicación. Tenía como vicarios a los abates Louis Hellouin y Julien Blanche.

Al entrar en su parroquia halló que había trescientos pobres, pero su caridad no los desilusionó. Todas las semanas repartía pan a todos. En una ocasión cayó en la cuenta de que los hijos de uno de sus jornaleros estaban muy mal vestidos. Se lo advirtió al padre, el cual le respondió que tenía diez hijos que vestir, y entonces el párroco mandó hacerle una pieza de sarga con la lana de sus diezmos. Y así era con todos los pobres, para los que todo le parecía poco y estaba siempre dispuesto a ayudarles.

Llegó la hora de la Revolución francesa. Se decretó por la Asamblea Nacional el 12 de julio de 1790 la Constitución civil del clero, y el 27 de noviembre siguiente se decretó asimismo que todos los obispos y curas que no hubieran prestado el juramento de acatar la Constitución en el espacio de ocho días fueran privados de sus títulos como si hubieran dimitido voluntariamente. Este decreto comenzó a ser ejecutado pero en Saint-Martin-de-Connée a causa de la muerte del alcalde no se le intimó al párroco Burin y a sus vicarios hasta el 26 de febrero del año siguiente. Ese día en la misa mayor el párroco subió al púlpito para prestar el juramento prescrito a la vista de los fieles y de las autoridades municipales, cuyo texto se conserva:

> «Yo, cura de Saint-Martin-de-Connée, abajo firmante, para satisfacer el decreto del 27 de noviembre de 1790 concerniente al juramento cívico que deben prestar los eclesiásticos funcionarios públicos, juro: 1.° Ser fiel a la Nación, a la ley y al rey; 2.° Velar con celo por los fieles de la parroquia que me está confiada; 3.° Mantener con todas mis fuerzas la Constitución decretada por la Asamblea Nacional y sancionada por el rey en todo aquello que no se oponga al régimen espiritual de la Iglesia y a la ley de la Iglesia católica, apostólica y romana en la que yo quiero vivir y morir. Yo declaro que yo anunciaré siempre a mis feligreses la doctrina del Evangelio en toda su pureza, que yo predicaré siempre dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios, la sumisión a la ley, de lo que yo daré ejemplo siempre, y que no participaré jamás en ningún complot o federación que tienda a sublevar a los pueblos y a excitar riñas o divisiones, que haré todo lo posible para procurar

a todos mis feligreses en general y a cada uno en particular el mayor bien tanto espiritual como temporal».

Seguidamente juraron los dos vicarios.

Como bien se ha dicho, hay que comprender que la publicación de la Constitución civil del clero puso en problemas de conciencia a muchísimos obispos y sacerdotes. Para una mitad de ellos era claro desde el principio que la Constitución era un texto contra el cual había fortísimas objeciones teológicas y canónicas y que por tanto no podía jurarse con segura conciencia, y entendían que de todos modos antes de prestarlo debía pronunciarse la autoridad papal para orientar con su supremo magisterio a los colocados en tan difícil alternativa. Otros en cambio pensaron que era posible prestar el juramento con tal de que se dijera que ese juramento era condicionado a que la Constitución no estuviera en contra de la doctrina y de la ley de la Iglesia católica, bajo la cual se quería morir. El abate Burin y sus vicarios fueron de estos últimos. Pero resulta que el papa Pío VI habló y habló claro, condenando como heréticas y cismáticas no pocas de las disposiciones de la dicha Constitución, y entonces ya no cabía prestar de buena fe el juramento. La intervención papal llenó de furor a los revolucionarios franceses, dispuestos a crear una Iglesia nacional, del todo independiente de Roma, y por ello la Asamblea Nacional dio un decreto el 9 de junio de 1791 que prohibía publicar cualquier documento proveniente de la curia Romana sin previo consentimiento de la autoridad civil. Seguramente Burin no conocía este decreto, no sancionado por el monarca sino el día 17 de junio, y el domingo de Pentecostés, 12 de junio de 1791, dio pública lectura en la iglesia a la bula del papa Pío VI con la que se condenaba la Constitución civil del clero. Quedaba claro ante el pueblo de qué parte estaba Burin: de parte del Papa y de la Iglesia. Cualquier escándalo que hubiera causado a alguien su juramento quedó aquel día contrarrestado por la valiente actitud de la lectura pública de la bula.

Esta lectura trajo consigo que inmediatamente Burin fuera denunciado. Y entonces se alegó que aquella lectura era la última de una serie de pronunciamientos en los que Burin venía insistiendo. Según el texto de esta denuncia, además de leer la

bula papal el domingo de Pentecostés, Burin había dicho en la misa que los representantes en la Asamblea Nacional eran ladrones y usurpadores de los bienes del clero, y que los eclesiásticos que reemplazaban a los verdaderos pastores eran lobos rapaces que conducían al infierno aunque vinieran con piel de cordero, que el juramento introducía en Francia un cisma, y que habiéndosele preguntado si quería leer la instrucción de la Asamblea Nacional sobre la Constitución civil del clero, él respondió que no leería nunca tal instrucción y que si los empleados municipales la leían desde el púlpito, él lavaría el púlpito porque quedaría manchado. Y le achacaban haber expresado la esperanza de que habrá una contrarrevolución que reponga las cosas en su sitio.

Se decidió proceder formalmente contra Burin. El primer juez del tribunal de distrito de Évron, Julliot Morandière, mandó que comparecieran testigos. Compareció Luis Vauchelle, juez de paz del cantón de Connée, de 33 años, y ratificó todas las acusaciones expresadas. Hizo lo mismo el alcalde Pierre Boré. Declaró lo mismo Madeleine Le Mée, de 21 años. Repitió igual declaración la testigo Marie Guitet, y lo mismo los testigos Vincent Blanche, Louis Launay y Sebastien Parent. Esta deposición de los testigos fue el 2 de julio de 1791. Dos días más tarde se mandaba arrestar a Burin y se hizo el arresto el día 11 de julio. Fue llevado a la cárcel de Sainte-Suzanne. El día siguiente tuvo lugar el interrogatorio. Reconoció haber leído el domingo de Pentecostés la bula papal. Dijo que le llegó la bula de París y no sabía quién se la había enviado. Preguntado si la bula declara como herejes y cismáticos a todos los juramentados, dijo que así formalmente no viene en la bula. Preguntado si la dicha bula declara falsos pastores a los curas juramentados, contestó que así no lo dice la bula. Sí dice que no son legítimos los que sustituyen a los no juramentados. Interrogado si la bula declara ilegal todo nombramiento hecho en virtud de la Constitución y que los juramentados quedan suspensos e incapaces de cumplir las funciones ministeriales, contestó que sí. Preguntado quién firmaba la bula dijo que Pío VI. Preguntado por orden de quién la había publicado dijo que por su propia voluntad. Preguntado con qué intención leyó la bula respondió que no tenía que res-

ponder a esa pregunta. Preguntado si había pasado la bula a los curas vecinos dijo que solamente a sus vicarios. Preguntado si había declarado usurpadores a todos los diputados de la Asamblea Nacional lo negó. Preguntado si había dicho algo parecido dijo que su intención era pedir respeto a los demás sacerdotes. Interrogado si ha dicho que los sacerdotes sustitutos son intrusos, lo negó. Preguntado si ha dicho algo parecido dijo que los sacerdotes sustitutos carecen de jurisdicción al no tenerla por vía canónica. Preguntado por el contenido de varios sermones suyos negó haber dicho lo que se le imputaba y afirmó haber hablado de la necesidad de la penitencia. Negó haber dicho que lavaría el púlpito si desde él se leía la Constitución del clero. Preguntado por qué no leía la instrucción de la Asamblea contestó que sólo era obligatorio hacer referencia a las leyes. Interrogado si había dicho que las absoluciones de los juramentados eran nulas e igualmente los matrimonios, dijo que había hecho referencia a un libro donde tales cosas se dicen sin haber manifestado su punto de vista. Preguntado si había pedido ayuda en caso de que lo persiguiera la justicia, lo negó. Interrogado si había dicho que no reconocía al obispo de su departamento, negó haberlo dicho.

Tras esta declaración, el defensor de Burin le hizo firmar una súplica en la que hacía presente que él no podía conocer que estaba prohibido leer documentos pontificios sin licencia de la autoridad civil y que él se sometía al decreto del 9 de junio, ya para entonces confirmado por el rey, y pedía por ello ser descargado de las acusaciones. Se ha hablado si fue una treta de su defensor, firmada sin mirarla por Burin, o un acto de debilidad por parte del preso. Pero el acusador público insistió en sus acusaciones y petición de sanciones, y por su parte el Comisario del Rey excusó a Burin de las acusaciones. Por fin el 19 de agosto de 1791 el tribunal lo condenó a perder su pensión durante dos años, y a alejarse de su parroquia de tres a diez leguas de distancia.

Había llegado para Burin la hora de la clandestinidad. Ni iba a presentarse para ser deportado, como dispondría más tarde la legislación persecutoria ni prestaría el nuevo juramento de Libertad-Igualdad, ni se quedaría en su villa natal esperando que

la Revolución pasara. Decidió exponer su vida para proporcionar a los fieles la ayuda espiritual de su ministerio. Con bellas palabras se expone su testimonio en una crónica conservada en su parroquia. Mientras que los sacerdotes infieles con sus escándalos ayudaron a la impiedad a destruir la religión de Jesucristo, los sacerdotes fieles por su parte combatieron con peligro de su vida para sostener la fe de los fieles y relevar a los caídos. Ellos se condenaron a muerte por amor a Jesucristo y la salvación de las almas, y sufrieron hambre, sed, pobreza, desnudez y finalmente tantos de ellos la muerte, renovando lo que de los antiguos testigos dice la carta a los Hebreos (11,37-38). Lejos de abandonar a sus feligreses, se puso Burin al servicio de ellos, disfrazándose de vendedor ambulante y tomando el nombre de Sebastián. Cuántos sacrificios, cuántas penalidades, cuántos peligros continuos de ser descubierto hubo de pasar. Recorría las parroquias de Saint George-sur-Seine, Saint Thomas de Courceriers, Trana, Champgenteux, Villaines, Loupfougères y la suya propia. Decía misa, confesaba, bautizaba niños, orientaba, consolaba, animaba, y se mostraba en todo el buen pastor dispuesto siempre a dar la vida por las ovejas. Fueron tres años intensos de entrega total, en absoluta obediencia al Señor Jesús que le había dado participación en su sacerdocio y por ello mismo en su sacrificio.

Sobre las circunstancias de su muerte se conserva una relación original de Augustin Rouland, niño entonces de nueve años, y que fue testigo presencial de su muerte. Él cuenta que su familia vivía en Petit-Coudray de Champgenéteux y que los sacerdotes que se escondían en aquella zona paraban con frecuencia en su casa.

> «El señor Burin —dice— prestaba grandes servicios a la religión por su piedad y su celo por la salvación de las almas, visitando alternativamente las parroquias de Champgenéteux, Loupfougéres, Trans, Villaine-la-Juhel, Saint-Thomas-de Courceriers, etc. Pero fue víctima de una cobarde traición. Y como yo entonces no tenía más que nueve años, pero se lo he oído contar cientos de veces a mi padre y mi madre».

La cobarde traición funcionó así: Había en Courcité tres hermanas de apellido Lemaire, las cuales, como toda su familia, habían caído en las garras de la Revolución. Su hermano era

jefe en la columna móvil de Évron. Ellas lamentaban la presencia de sacerdotes ocultos en la zona e idearon una forma de poder cazar a alguno. Se dirigieron a una católica, Jeanne Tréton, que había sido la criada del abate Michel René Bruneau, cura de Trans, y para entonces exiliado. Le preguntaron si ella sabía de algún cura católico (no juramentado) escondido en la zona para poder confesarse con él. Aunque era piadosa y sencilla, Jeanne guardó reserva al respecto diciendo que no sabía de ninguno. Ellas insistieron y Jeanne contestó lo mismo pero prometió que haría lo que pudiera. Y en efecto se dirigió al abate Burin y le dijo cómo las hermanas Lemaire querían confesarse. El sacerdote recibió con alegría el anuncio de esta futura conversión y contestó que el miércoles 17 de octubre él se encontraría en Petit-Coudray de Champgenéteux para oírlas en confesión. Jeanne les dijo entonces a las Lemaire que ese día fueran a dicho pueblo a la casa de Rouland, donde se encontrarían con el sacerdote. Cuando ese día el abate Burin llegó a la casa de Rouland, venía de decir misa en Loupfougéres, donde la buena gente quiso retenerlo temiendo por su vida pero el sacerdote repetía: «Ardo en deseos de ir a Petit-Coudray». Cuando llegó a la casa de Rouland, éste le dijo que circulaba el rumor de que la columna móvil de Évron, que estaba entonces en Courcité, debía venir a hacer revisiones por la zona y que por ello sería prudente que se fuera por unos días. Fue inútil. Burin dijo que no se iba porque tenía la ocasión de salvar algunas almas. Rouland, ante esta actitud del abate Burin, le mostró una salida disimulada para que saliera por ella en caso de necesidad. Pero sucedió que en muy poco tiempo el pueblo y la casa de Rouland estaban rodeados de soldados de Évron, que venían de Courcité, y al darse cuenta de ello el abate Burin comprendió que estaba en peligro de muerte y acórdandose de la salida que le había sido indicada, salió por ella e intentó huir. Iba ya hacia el camino de Loupfougères, por donde había venido, cuando uno de los soldados, un tal Terre, antiguo sochantre de Évron, lo derribó de un tiro. Burin hizo un esfuerzo para levantarse apoyándose en el codo, pero recibió un segundo tiro y cayó muerto. Corrieron hacia él los soldados y empezaron a mirar el cadáver que llevaba consigo el cáliz y algunos papeles. Al mismo instante su alegría llegó al col-

mo, y el que lo había abatido besó su arma por haber hecho —dijo— tan buen tiro. Entonces desnudaron el cuerpo del mártir y, desnudo, lo tiraron en un estercolero.

Los soldados se fueron seguidamente a saquear la casa de Rouland donde profanaron el cáliz haciéndolo servir para sus orgías. En medio de aquella confusión Rouland, temiendo por su vida, se escondió con su hermana y su hijo en un campo, desde el que se podía oír todo el tumulto. Y la esposa de Rouland, con gran presencia de ánimo, tuvo valor para echar basura encima de la bolsa que contenía los ornamentos del abate Burin y que, pese a estar en medio de la casa, nadie había reparado en ella. Los soldados, ávidos de botín, arramplaron hasta con las camas de la casa, pero no se fijaron en aquella bolsa. Al marcharse los soldados, Rouland no tuvo ánimo para dar sepultura al mártir. Pero un cuñado suyo llamado Béas y un tal Lenoir se hicieron cargo de este deber. Colocaron el cuerpo en un pequeño cercado entre el camino de Trans y el patio de la casa de Rouland. Posteriormente el abate Ripault pedirá a los que le habían enterrado que colocaran sobre la fosa una losa de pizarra con una inscripción, que sirviese para saber dónde se encontraba enterrado el confesor de la fe.

En la parroquia no dejó de saberse que el abate Burin había muerto en el ejercicio de su ministerio, dando la vida por las ovejas del rebaño de Cristo, a las que servía con tanta dedicación en medio de penalidades y peligros. Su memoria no se perdió, pero pasarían cincuenta años hasta que un sacerdote, el abate Agustín Bressin, se decidió a localizar también su tumba así como a rescatar del todo su recuerdo. Este abate ejercitó por más de cuarenta años el ministerio pastoral en la misma parroquia del mártir, en Saint-Martin-de-Connée. Estuvo primero como coadjutor (1840-1847) y luego como párroco (1847-1882). En 1844 recibió de monseñor Bouvier, obispo de Le Mans, la orden de escribir una crónica local de la parroquia, en concordancia con una orden general que el mismo obispo había dado en 1835. Estando muy mayor el párroco, se le confió en 1844 al coadjutor que escribiera él la crónica, y que en ella se recogiera todos los hechos históricos que de forma más particular sean concernientes a la parroquia. Era obvio que uno

de los hechos más sobresalientes de la pequeña historia de la parroquia era el ministerio y el martirio del abate Burin. Y por ello en esa crónica se incluyeron los datos relativos al mismo, todos ellos atestiguados con documentos auténticos. Para la muerte se sirvió del testimonio de Agustín Rouland que, como queda dicho, había sido a sus 9 años testigo de vista de la misma. Y por fin contó cómo habían sido encontrados los restos mortales del mártir siguiendo las indicaciones de Rouland. Luego de varios días de trabajo, el 17 de febrero de 1846 uno de los trabajadores, al mediodía, con el pico arrancó la anhelada losa que, aunque mutilada un tanto por el golpe, dejó sin embargo que se leyera la inscripción que contenía y en la que podía leerse que allí yacía Santiago Burín, párroco de Connée, martirizado por el escuadrón de Évron el 17 de octubre de 1794. Se le mandó enseguida aviso al decano o arcipreste de Villaines, como éste había pedido en caso de encontrarse la tumba, y en su presencia y la de varias otras personas se procedió a la exhumación de sus restos. El esqueleto estaba perfectamente conservado. Recogidos todos los huesos en una caja, seis sacerdotes los llevaron a la iglesia del deanato de Villaines, donde se celebró un solemne servicio funeral. Luego fueron llevados a la parroquia de Trans.

Entablada la causa de beatificación de los mártires de Laval, se unió a ella la de este mártir, y todos estos siervos de Dios fueron solemnemente beatificados por el papa Pío XII el 19 de junio de 1955.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 47 (1955) 445-451.

POTTIER, P. A., *M. Jacques Burin* (Laval 1918).

SACRA RITUM CONGREGATIONE, *E.mo ac Rev.mo Domino Cardinali Clemente Micara, Praefecto Relatore. Valleguidonen. Beatificationis seu Declarationis Martyrii servorum Dei Joann.-Bapt. Turpin du Cormier [...] et Jacobi Burin, parochi, in dioecesi Valleguidonensi in odium fidei, uti fertur, anno 1794 interfectorum. Positio super Introductione Causae* (Roma 1950).

BEATO CONTARDO FERRINI

Seglar († 1902)

Nos lo ha descrito el papa Pío XI:

> «Era de estatura media, llena de solidez, de armonía, de elegancia de líneas; el paso rápido, pero firme; paso de un caminante que tiene costumbre y sabe adónde va; la pluma, siempre presta y llena de sabiduría; la palabra, cuidada y persuasiva; en su rostro, un aire de simpatía siempre igual, y que jamás le abandonó hasta la misma víspera de su muerte; pero ante todo, sobre ese rostro brillaba un resplandor de pureza y de amable juventud. Su mirada tenía toda la dulzura de la bondad, excelente corazón; sus ojos, su amplia frente, llevaban consigo el reflejo de una inteligencia verdaderamente soberana».

Los retratos que de él conservamos añaden a esta descripción hecha por el Papa una barba densa, un bigote bien poblado y un pelo corto y fuerte.

Como Federico Ozanam, iba a morir muy joven. Si Federico muere a los cuarenta años, Ferrini muere a los cuarenta y tres. Sin embargo, su corta vida resulta maravillosamente densa.

Para explicarnos todo su valor es necesario hacernos cargo primero del ambiente de tensión religiosa y de fermentación intelectual que atravesaba Italia en la segunda mitad del siglo XIX. Planteada la unidad italiana, puesto en difícil conflicto el católico, que de una parte debía desear la unificación de su patria, y de otra, el triunfo de la Santa Sede; abiertas las inteligencias y los corazones a las corrientes ideológicas más avanzadas, una vida católica normal, no digamos revestida de heroica santidad como la de Contardo, resultaba extraordinariamente difícil. Y mucho más cuando tenía que desarrollarse en el cargadísimo ambiente de las universidades.

Y, sin embargo, Contardo, de naturaleza tímida, de carácter retraído, va a pasar largos años de profesorado universitario viviendo con tal intensidad su catolicismo que llegamos a verle en los altares. Es verdad que había nacido en una familia cristianísima el 4 de abril de 1859, un año exactamente después del casamiento de sus padres Rinaldo Perrini y Luigia Buccellati. Pero la educación allí recibida pudo muy bien malograrse. Al menos ocasiones no faltaron. Contardo resultó desde el primer mo-

mento un superdotado, alumno de memoria prodigiosa, hábil versificador, inteligencia agudísima para captar las cosas más abstractas. Cuando aún estaba haciendo la enseñanza media se presentó un buen día a monseñor Ceriani, prefecto de la célebre biblioteca Ambrosiana, para pedirle lecciones de hebreo. Aprendido el hebreo, comenzó con el siríaco. Y después continuó con el sánscrito y el copto. Esta preparación llevaba cuando a los diecisiete años acudía a la Universidad de Pavía, en 1876, para emprender la carrera de derecho.

Le esperaban duras pruebas. El ambiente del colegio Borromeo, en el que se iba a hospedar, era un ambiente difícil. Sus compañeros vivían, continuamente, entre conversaciones impuras, a las que él tenía horror. Contardo prefería quedarse solo, en su celda helada, antes que bajar a las salas de estudio a compartir la conversación con sus compañeros. El invierno es frío y húmedo en Pavía, y parece que lo fue de una manera especial en aquella ocasión. Pero la delicadísima virtud de Contardo, que en muchas ocasiones llegó hasta el escrúpulo, prefería pasar por todo antes que poner en peligro su pureza o su fe. En el verano de 1881, previo el consejo de su director espiritual, hizo voto de castidad. Muchísimas veces durante su vida se le ofrecerían partidos brillantes y espléndidas ocasiones de casarse. Pero él murió soltero y fiel al voto hecho entonces.

Su carrera científica fue impresionante. Desde el primer momento prefirió no los estudios fáciles y brillantes, sino los difíciles y pesados. Por influencia de su tío, el abate Buccellati, que enseñaba Derecho penal, tuvo esta ciencia sus preferencias. Su tesis doctoral, defendida brillantemente en junio de 1870, versó sobre la importancia de Homero y Hesiodo en la historia del derecho penal. Le concedieron una beca, con la que pudo proseguir sus estudios en Berlin. El papa Pío XII destacó, en el discurso pronunciado con motivo de su beatificación, lo que para Contardo supuso el contacto con los grandes pandectistas alemanes. La ciencia germana del derecho romano alcanzaba entonces su más alta cúspide: Mommsen, Voigt, Pernice... se dieron cuenta de la extraordinaria capacidad de aquel joven italiano y le ayudaron. Es curioso que fuese un luterano, Von Lingenthal, el que más íntimamente influyera sobre él en el aspecto científico.

Al morir este sabio, Contardo publicó una breve biografía, en la que se deshace en elogios de la ciencia y religiosidad de su antiguo maestro. Alaba en él un sentimiento vivísimo de la naturaleza y un sentimiento religioso muy acendrado.

Sin embargo, el juicio de Contardo sobre el protestantismo es severísimo:

> «Ciertamente hay virtud entre los protestantes, hay sinceros admiradores del hombre-Dios, hay flores que se embellecen con el rocío celestial y que Dios no rechazará; pero cuanto de bueno hay queda imperfecto, privado de aquella eficacia que tendría del Dios vivo a la sombra de los altares católicos. El protestantismo nos da personas honradas, que en nuestra religión inmaculada serían santos».

Disfrutó, en cambio, inmensamente en su contacto con los católicos alemanes. Era un catolicismo serio, lleno de coraje y de entusiasmo, depurado por las pruebas del *Kulturkampf*. Características todas ellas que iban muy bien con su manera de ser.

En 1881 emprende una edición crítica de la paráfrasis griega de las *Instituciones* de Justiniano atribuida a Teófilo, para la que hubo de buscar manuscritos en Copenhague, Paris, Roma, Florencia y Turín. Y en octubre de 1883, a los veinticuatro años, se encarga en la Universidad de Pavía de la cátedra de exégesis de las fuentes del derecho y de un curso de historia del derecho penal romano. Iniciaba así sus tareas docentes. Poco después concursa a una cátedra de Bolonia, que no se le dio por motivos políticos. En 1887 pasa a enseñar a Mesina, y en 1890 a Módena. Por fin, en 1894, volvía a su amada facultad de Pavía, en la que había de perseverar hasta la muerte.

Hizo de su consagración al estudio y a la enseñanza un verdadero sacerdocio. Al principio sus clases eran pesadas, llenas de referencias y citas. Con el tiempo fueron aclarándose y simplificándose, hasta llegar a ser verdaderos modelos de pedagogía. Los alumnos sabían que podían contar con él a todas las horas, seguros de encontrar siempre un consejero leal y un profesor amigo de ayudarles. Independientemente del cumplimiento escrupuloso de sus deberes de catedrático, llevó toda su vida en lo más íntimo de su corazón un apasionado amor a la investigación científica. En veinte años publicó cerca de doscientos trabajos. Pero no se trataba de fáciles improvisaciones, ni de es-

critos ligeros de vulgarización. Una vez más escuchemos a Pío XI describir su obra de investigador:

> «¡El trabajo! Un trabajo científico en sumo grado; un trabajo de investigación, de reflexión, de enseñanza. Un trabajo que Ferrini realizaba con celo apasionado, pero que puede muy bien clasificarse entre los más áridos, por desarrollarse casi por entero sobre textos antiguos, sobre escrituras difíciles de descifrar y más difíciles aún de comprender. Nos mismo le hemos visto más de una vez puesto al trabajo con su inteligencia soberana. Leía a primera vista los textos embrollados, ocultos bajo las escrituras indescifrables de los siglos antiguos: en latín, en griego, en siríaco, porque él pasaba con la mayor facilidad de una lengua a otra. Leía los textos, y al primer golpe de vista captaba su sentido y a vuela pluma, daba la traducción latina o italiana. Labor fatigosísima, esencialmente difícil y ardua, y que sólo puede apreciar el que tiene la experiencia de ella; una labor que asemeja a un verdadero y largo cilicio llevado durante toda la vida».

Aún hoy tropezamos con su nombre, después de tantos descubrimientos y de tantos avances en el Derecho romano, en las monografías y estudios que actualmente se publican. Algunas de sus obras pueden considerarse verdaderamente definitivas. Son el fruto de larguísimas horas de trabajo, de una vida de recogimiento y de laboriosidad.

Ocasiones hubo, sin embargo, en que debió salir de su aislamiento. Así, por ejemplo, en 1895, fue elegido concejal del Ayuntamiento de Milán. Y en verdad que sus contemporáneos hubieron de reconocer que su actuación resultaba ejemplar. Supo luchar como bueno en los difíciles problemas planteados en aquel tiempo contra el divorcio, por la salvación de la infancia abandonada. Pero en este mismo terreno de la política se mostró fiel hijo de la Iglesia. Eran tiempos verdaderamente difíciles, en que católicos de buenísima voluntad resbalaron a veces. Contardo se mantuvo siempre fiel a las directivas pontificias.

Es lástima que no podamos recoger rasgos encantadores de su vida que se han conservado. Su modestia excesiva, sin consentir nunca que alabaran en su presencia algunas de sus obras científicas: su vivo sentido de la liturgia y su amor apasionado por la santa misa; su encantadora sumisión a sus padres, a los que obedecía como un niño, siendo ya catedrático respetable; su figura de excepcional alpinista; su devoción a

San Francisco de Asís, de quien era terciario; su espíritu de pobreza, verdaderamente extraordinario; su irradiación apostólica, dentro de la que muy bien puede englobarse otra figura, posterior, pero también muy importante del catolicismo italiano: Vico Necchi.

Resulta encantador verle regresar por la noche a casa de su hermana, a tres kilómetros de Pavía, cenar allí con el matrimonio, jugar, por complacerles, una partida de cartas, rezar el rosario en familia, y acostarse para emprender al día siguiente, a las cinco y media de la madrugada, su nueva jornada universitaria.

Así hasta el 17 de octubre de 1902. Una fiebre tifoidea le llevó rápidamente al sepulcro en Suma (Novara). La fama de santidad le rodeó muy pronto. Su causa fue introducida en 1924, y en 1947 Pío XII realizaba uno de los deseos más queridos de su antecesor en el solio pontificio: su solemne beatificación.

Su tumba se encuentra hoy en la Universidad Católica del Sagrado Corazón, de Milán, que no llegó a conocer, pero que sí podemos decir que presintió y amó anticipadamente. En aquella recogidísima capilla, profesores y alumnos aprenden, frecuentándola, a vivir el auténtico ideal del universitario católico.

LAMBERTO DE ECHEVERRÍA

Bibliografía

GIODANI, I., *Contardo Ferrini. Un santo fra noi* (Milán 1949).
PELLEGRINI, G., *Vida de Contardo Ferrini* (Buenos Aires 1948).
PORTALUPPI, A., *El alma religiosa de Contardo Ferrini, 1859-1909* (Vich 1947).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN GILBERTO EL GRANDE

Abad († 1167)

Había nacido en Inglaterra a finales del siglo XI o comienzos del XII, y había entrado en su juventud en el convento de Claraval. Aquí se acreditó por su erudición y santidad, y fue enviado

al monasterio de Ourscamps en 1143 como abad. Rigió santamente esta abadía cisterciense y veinte años más tarde era reclamado por la abadía madre del Císter como abad. Tomó partido claramente por el papa Alejandro III en contra del antipapa Octaviano. En 1166 el capítulo general de su Orden le encomendó que con otros abades y prelados fuera a Pontigny a entrevistarse con Santo Tomás Becket, que había tenido que exiliarse de Inglaterra. Se trataba de hablar con el santo arzobispo el tema de las amenazas del rey Enrique II a los cistercienses ingleses si sus hermanos franceses continuaban hospedando a Tomás. Éste, como fruto del diálogo, tomó la resolución de dejar Pontigny. La muerte le sorprendió en Toulouse el 17 de octubre de 1167, siendo llevado su cuerpo a enterrar en Citeaux, pero lo reclamaron los tolosanos.

BEATO BALTASAR RAVASCHIERI DE CHIAVARI

Presbítero († 1492)

Nace en Chiavaso en 1420 en el seno de una familia noble. Pero, llegado a la juventud, renuncia a todo para entrar en la Orden franciscana observante. Ordenado sacerdote, sale a predicar con el Beato Bernardino de Feltre, siendo de gran eficacia su predicación, tanto que conmovía a pobres y ricos, a sabios e ignorantes, y al término de sus sermones se sentaba en el confesonario donde cosechaba una gran afluencia de almas penitentes. Pasados unos años en este ministerio, quedó muy agotado y se redujo a estar sentado en un sillón, desde el que sólo podía orar y oír confesiones. Purificado por la enfermedad y lleno de méritos fue al encuentro del Señor el 17 de octubre de 1492 en el convento de Santa María del Campo, de Binasco. El culto que se le venía dando lo confirmó el papa Pío XI el 8 de enero de 1930.

MARÍA NATALIA DE SAN LUIS (MARÍA LUISA JOSEFA) VANOT, MARÍA LORENZA DE SAN ESTANISLAO (JUANA REGINA) PRIN, MARÍA ÚRSULA DE SAN BERNARDINO (JACINTA AGUSTINA GABRIELA) BOURLA, MARÍA LUISA DE SAN FRANCISCO (MARÍA GENOVEVA) DUCREZ, MARÍA AGUSTINA DEL SAGRADO CORAZÓN (MARÍA MAGDALENA) DÉJARDIN

Vírgenes y mártires († 1794)

Estas cinco religiosas pertenecían a la comunidad de ursulinas de Valenciennes, Francia. Su convento había sido fundado en 1654 y estaba dedicado a regentar clases de enseñanza para la infancia y a socorrer a los pobres. Llegada la revolución de 1789, el convento fue suprimido y las monjas se fueron a otro convento de su Orden, el de Mons, en la actual Bélgica, dominio imperial entonces. Cuando los austriacos invadieron Francia y tomaron Valenciennes, las monjas volvieron y se establecieron de nuevo en su convento y reabrieron las escuelas. Pero las tropas francesas reconquistaron Valenciennes y las monjas no quisieron huir sino que se quedaron ejerciendo su apostolado. En septiembre de 1794 fueron arrestadas y estuvieron detenidas en diversos lugares durante todo el mes y la mitad del siguiente, recibiendo malos tratos por parte de sus detentores, hasta que el 17 de octubre cinco de ellas hubieron de comparecer ante el tribunal que las acusó de haber emigrado y luego vuelto y de enseñar la doctrina católica. Esto fue suficiente para declararlas reas de traición a la República. Fueron condenadas a muerte.

Estos son sus datos:

MARÍA LUISA JOSEFA VANOT, nacida en Valenciennes el 12 de junio de 1728. Ingresó en el monasterio de las ursulinas y profesó el 31 de agosto de 1749 con el nombre de sor María Natalia de San Luis. Fue una religiosa ejemplar que llevó adelante con gran celo su labor pedagógica durante muchos años.

JUANA REGINA PRIN, nació en Valenciennes el 9 de julio de 1747 y profesó en las ursulinas el 28 de abril de 1767 con el nombre de sor María Lorenza de San Estanislao. No tenía mucha salud pero sí mucha voluntad para cumplir todos los ejerci-

cios de la vida común y ser útil en todo a la comunidad como maestra.

JACINTA AGUSTINA GABRIELA BOURLA nació el 6 de octubre de 1746 en Condé y profesó en las ursulinas el 28 de abril de 1779 con el nombre de sor María Úrsula de San Bernardino. Sencilla, humilde y angelical, ofreció su vida por la fe con gran entereza.

MARIA GENOVEVA DUCREZ nació el 27 de septiembre de 1756 en Condé, e hizo su profesión religiosa en las ursulinas el 28 de abril de 1779 tomando el nombre de sor María Luisa de San Francisco. Al ser cerrado su monasterio se marchó a Condé con su familia, pero luego volvió con sus hermanas religiosas.

MARIA MAGDALENA DEJARDIN nacio en Cambrai el 11 de junio de 1760. Tomó el hábito de las ursulinas el 22 de agosto de 1769 con el nombre de sor María Agustina del Sagrado Corazón de Jesús. Era una religiosa de mucha virtud.

La sentencia de muerte contra ellas fue ésta:

> «Nosotros hemos juzgado en nuestra alma y conciencia y por unanimidad que estas cinco religiosas supradichas merecen la pena de muerte como culpables del crimen de emigracion En consecuencia ordenamos que ellas sean en las veinticuatro horas siguientes sometidas a la ejecucion de la justicia para ser llevadas a la muerte»

Una vez dada la sentencia de muerte las víctimas bendijeron al Señor por el don del martirio y volvieron a la cárcel. Aquí, llenas de lágrimas, las recibieron las demás hermanas. Ellas rodearon a la superiora y lo mismo las demás religiosas presas. La superiora las felicitó de haber preferido morir antes que ofender a Dios con una mentira, y exhortó a las demás a imitar su ejemplo. Todas se dedicaron durante la noche a hacer oración, recitaron el oficio de difuntos y las preces de los agonizantes, diciéndoles la superiora cuánto sentía no poder ir ella la primera al cadalso para animarlas con su ejemplo. La puerta de la celda donde estaban las religiosas estaba abierta y todos los presos pudieron por ello ver a distancia la escena que se desarrollaba entre las religiosas, llenándose de admiración y emoción. Cada una de las religiosas condenadas se tendió sucesivamente en una mesa como si estuviera agonizante y las demás recitaban en favor de ella las preces acostumbradas en la agonía de los cris-

tianos. Llegada la hora del suplicio se hicieron presentes un verdugo, cuatro fusileros y dos oficiales municipales y uno de ellos les leyó la sentencia a las religiosas. Ellas se postraron ante un crucifijo, pidieron la bendición a la superiora, se abrazaron mutuamente y con gran calma se pusieron a disposición de quienes venían por ellas. Extendieron sus manos, que fueron atadas, se dejaron cortar los cabellos que salían por debajo de la cofia que se habían hecho expresamente para esta ocasión, y no rompieron su silencio sino para pedirles al verdugo que no les abriera la camisa sino que se diera cuenta de que estaba suficientemente escotada como para que la guillotina hiciera su tarea. Por el camino ellas cantaron el *Miserere*. Llegadas al lugar del suplicio el ejecutor tomó la lista y las fue llamando. Subían e iban cayendo sus cabezas bajo la guillotina.

Fueron beatificadas el 13 de junio de 1920 por el papa Benedicto XV.

SAN FRANCISCO ISIDORO GAGELIN

Presbítero y mártir († 1833)

Francisco Isidoro Gagelin, llamado usualmente Isidoro, nació en Francia, en la población de Montpertreux el 10 de mayo de 1799. Llegado a la juventud optó por la vocación sacerdotal e ingresó en el seminario diocesano de Besanzón, pero sintió la vocación misionera y en 1819 pasó al Seminario de Misiones Extranjeras. Aquí se le ordenó de subdiácono y se le envió enseguida a las misiones anamitas donde debería proseguir los estudios. Así lo hizo y el año 1822 era ordenado sacerdote. Profesor del colegio de Phuong-Ru, su trabajo pastoral más directo estuvo dedicado a los grupos cristianos que habían perdido el fervor religioso. Cuando el rey Minh-Manh llamó a los misioneros a la corte para aprovechar sus conocimientos occidentales, Isidoro fue uno de los que debió acudir. Cuando se le quiso premiar haciéndolo mandarín, Isidoro prefirió obtener la licencia de volver a su trabajo misionero. Llegada la persecución de 1833, los misioneros se refugiaron en las montañas, lo que trajo consigo que las comunidades cristianas se quedasen sin su ministerio. Empezaron las apostasías en medio de las muchas des-

gracias caídas sobre los fieles. Isidoro, entonces, pensó que lo mejor era entregarse, y que las autoridades entretenidas con él diesen respiro a los demás misioneros. Así lo hizo. Se presentó el 23 de agosto de 1833 al mandarín de Nong-Song. Fue inmediatamente arrestado y cargado con la canga y enviado a Hué. Fue condenado a muerte y estrangulado en el suburbio de Bai-Dan el 17 de octubre de 1833. Tres días más tarde el rey mandó sacar su cadáver para comprobar que no había resucitado como Jesús. Sus reliquias fueron trasladadas en 1846 al Seminario de Misiones Extranjeras de París.

Fue canonizado el 19 de junio de 1988 por el papa Juan Pablo II junto con los 117 mártires de Vietnam, muertos por la fe entre los años 1745-1862, que habían sido beatificados a lo largo del siglo XX.

BEATO FIDEL FUIDIO RODRÍGUEZ

Religioso y mártir († 1936)

La vida y el martirio de este religioso marianista está narrada en la biografía de los beatos Carlos Eraña Guruceta y compañeros marianistas, el día 18 de septiembre, a donde remitimos al lector (cf. *Año cristiano. Septiembre,* 514-520).

BEATO RAMÓN ESTEBAN BOU PASCUAL

Presbítero y mártir († 1936)

Expósito en un árbol de Polop de la Marina (Alicante) fue encontrado el 12 de octubre de 1903 y adoptado por el matrimonio Bou-Pascual en 1912. Este matrimonio vivía en Benimantell. Sintiendo la vocación al sacerdocio ingresó en el seminario conciliar de Valencia, y se ordenó de sacerdote el 22 de junio de 1930. Estuvo de coadjutor en Almusafes y fue capellán de las Religiosas de Cristo Rey de Benifayó, y en diciembre de 1931 fue nombrado cura regente de Planes. Eran tiempos difíciles pero él no se echó atrás en el ejercicio de su ministerio, cuidando con gran celo de la catequesis. Llegada la revolución de julio de 1936, el día 22 fue saqueada y cerrada su parroquia y,

ante el peligro evidente de seguir en Planes, se fue a Catamarruch y, poco después, a Benimantell, a casa de una tía suya. Aquí estuvo hasta que el 15 de octubre supo que los milicianos venían por él y escapó al campo. Pidió albergue en algunas casas pero le fue negado y por fin volvió a su casa, donde supo que su padre y su hermano estaban presos. Entonces decidió entregarse y así lo hizo. En la madrugada del día 17 lo llevaron junto a las tapias del cementerio y allí lo acribillaron a balazos. Antes de morir perdonó a sus asesinos. En carta escrita días antes, había señalado que no cabe mayor honra que el martirio.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATA TÁRSILA CÓRDOBA BELDA

Viuda y mártir († 1936)

Nacida en Sollana el 8 de mayo de 1861 y educada cristianamente, contrajo matrimonio el 3 de julio de 1884 con Vicente Girona Gozalbo, con el que tuvo tres hijos. Permitió el Señor que en su vida familiar pasara por duras pruebas: su marido enfermó de la mente y falleció tras largos años de enfermedad el 26 de marzo de 1922. Y a sus tres hijos los perdió sucesivamente, estando ya su hija casada y dejando una niña pequeña. Pero ella lo sobrellevó todo con gran paciencia y espíritu religioso. Llevaba una vida de gran piedad, comulgaba diariamente, pertenecía a varias asociaciones de piedad, y se contaba con ella para las obras de caridad (Acción Católica, Conferencias de San Vicente), siendo una fervorosa colaboradora de los cultos parroquiales. Encarcelada por el Comité de su pueblo a causa de su posicionamiento religioso, confortó a sus compañeros de prisión y exhortó a todos a entregarse a la voluntad de Dios con confianza. Detenida el 10 de octubre estuvo en prisión en el exconvento de mercedarios hasta el día 17 en que fue sacada de madrugada y fusilada en la tapia del cementerio de Algemesí.

Fue beatificada el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

18 de octubre

A) Martirologio

1. Fiesta de San Lucas, evangelista **.
2. En Antioquía (Siria), San Asclepiades († 218), obispo.
3. En Pozzuoli (Campania), santos Próculo, diácono, Euticio y Acucio († s. IV), mártires.
4. En Riom (Auvernia), San Amable († 475), presbítero *.
5. En Nassogne (Brabante), San Monón († 645), ermitaño y mártir *.
6. En Arenas de San Pedro (Castilla), San Pedro de Alcántara († 1562), presbítero, de la Orden Franciscana, cuya memoria en España se celebra mañana **.
7. En Ossernon (Canadá), San Isaac Jogues († 1646), presbítero, de la Compañía de Jesús, mártir, cuya memoria se celebra mañana con los otros mártires del Canadá.
8. En Roma, San Pablo de la Cruz († 1775), presbítero, fundador de la Congregación de la Pasión, cuya memoria se celebra mañana.

B) Biografías extensas

SAN LUCAS

Evangelista († s. I)

Con sencillez impresionante da entrada el tercer evangelio a una escena donde lo humano va poco a poco cediendo paso a lo divino. Era el día de la resurrección de Cristo y, buscando salida a las fuertes y encontradas emociones de toda aquella jornada, «dos de los discípulos de Cristo se dirigían aquel mismo día a una aldea llamada Emaús, distante de Jerusalén ciento sesenta estadios» (Lc 24,23). Junto al nombre de Cleofás, uno de «los dos», sólo una alusión que deja en la penumbra al compañero. Silencio «intencionado», sin duda, sobre el nombre del «otro» discípulo, que por lo mismo habría que identificar con el propio San Lucas, autor del relato. Así lo creyó San Gregorio Magno, apoyado, por lo demás, en el testimonio de «algunos» estudiosos de entonces (PL 75,517), y así después de él lo aceptó un grupo de autores antiguos y modernos. Cuestión al parecer sin importancia, pero que la tiene en el fondo

Si el «otro» discípulo, compañero de Cleofás, fuese el autor del tercer evangelio, habría que pensar en un Lucas no de origen gentil, sino judío y discípulo en vida del Señor, como, entre otros, lo apuntó San Epifanio (PG 41,280.908). Es un testimonio que queda muy solo frente al origen del nombre griego *Lukas, Lukanos* o *Lukios* y frente a las explícitas afirmaciones de los célebres *Prólogos* (antiguo y monarquiano) de Ireneo, del *Fragmento Muratoriano,* de Eusebio, de Jerónimo... Discípulo, sí, de Cristo, pero no de aquellos «que desde el principio fueron testigos oculares y ministros después de la palabra» (Lc 1,2), sino a través de Pablo.

Al cristianismo, acaso ya hacia el año 40, llega San Lucas sin haber tenido contacto directo con Cristo, como tampoco lo había tenido San Pablo. En Antioquía probablemente, y por aquella fecha, el futuro evangelista e historiador se encuentra por vez primera con el gran apóstol-escritor: desde entonces Lucas es al lado de Pablo un incansable misionero, sembrador del mensaje de Cristo entre los gentiles. Con Pablo le vemos partir primero a Filipos de Macedonia, más tarde a Jerusalén y por fin a Roma (Hch 16,20-21.27-28). Fiel al misionero de las gentes, su maestro, no le abandona en las amargas horas de su primera cautividad. A su lado, como uno de «sus auxiliares», mientras Pablo desde su prisión romana escribe su densa carta a los colosenses y su delicado billete a Filemón, está «Lucas el médico, el muy querido» (Col 4,14; Flm 24).

Es un hecho que el Lucas evangelista-historiador ha hecho, acaso un poco injustamente, pasar a segundo término al Lucas misionero, de quien Pablo, el apóstol de las gentes, escribía desde su prisión de Roma: Lucas solo queda conmigo (2 Tim 4,11). Como escribe San Juan Crisóstomo, «incansable en el trabajo, ansioso de saber y sufrido, Lucas no acertaba a separarse de Pablo» (PG 62,656). Sólo la muerte le podrá separar de su maestro: con él había misionado hasta entonces y, misionero incansable, seguirá por los campos de Acaya y Bitinia, Dalmacia y Macedonia, Galia, Italia y Egipto, hasta morir, mártir como el maestro, en Beocia o Bitinia, y reposar definitivamente en Constantinopla.

Año tras año en intimidad de discípulo con el gran predicador de los gentiles, Lucas iba asimilando poco a poco el evange-

lio de Pablo. Su evangelio ofrecerá, por lo mismo, tantos puntos de contacto literarios y doctrinales con los escritos del apóstol que podrá hablarse de «Pablo iluminador de Lucas» en frase de Tertuliano (PL 2,365). Luz literario-doctrinal de Pablo, a la que, con su cultura griega, su trato con los «testigos oculares» de la vida de Cristo, su conocimiento de los diversos relatos evangélicos existentes y su vocación de «investigador escrupuloso», Lucas supo dar cuerpo y proyectar definitivamente en el complejo armónico del tercer evangelio.

Predicador incansable al lado de Pablo, Lucas siguió también como escritor las huellas del maestro: la tradición en bloque le atribuye la composición del tercer evangelio, cuyo contenido, por otra parte, responde tan de lleno a las cualidades del griego Lucas, del «compañero» y del «médico querido» de Pablo. Fruto de años, la redacción del evangelio de Lucas debió de recibir el empujón definitivo durante las largas horas de cariñosa vela junto al prisionero Pablo, y, ya antes de la muerte del apóstol, pudo correr de mano en mano, primero entre los cristianos de Roma y más tarde entre los de Acaya, Egipto, Macedonia...

Aunque lo dedique a Teófilo y no se trate de un mero nombre simbólico, Lucas apunta con su evangelio a un objetivo mucho más amplio que la simple formación cristiana, segura y a fondo, de su discípulo o amigo. Con miras de universalismo, herencia de Pablo, Lucas compone su evangelio de cara al mundo gentil, cuyo movimiento en masa hacia el cristianismo se veía amenazado por las exigencias legales y sueños judíos, las fábulas de los herejes, la frivolidad peligrosa del ambiente pagano. Pablo, con insistencia machacona, había dado la voz de alerta de palabra y por escrito, y Lucas, una vez más, se hace eco del maestro.

Lucas, griego y gentil de origen, «hace gracia de su evangelio a los gentiles», como observa Orígenes (PG 20,581). Antiguos hermanos en el paganismo y hermanos nuevos en la fe cristiana, como a hermanos les trata. Conoce sus errores, y busca instruirles en cuanto la religión judía conserva de esencial y permanente, pero sin exigencias inútiles de lo transitorio, ha vivido su ambiente, y señala con acierto sus vacíos y sus plagas morales:

cae en la cuenta de sus naturales prevenciones y susceptibilidades de raza, cultura... y con delicadeza va ladeando escenas que pudieran herirles, o recalcando las que habrían de halagarles. Silencio sobre el aparente desprecio de Cristo ante la mujer cananea, sobre las befas de los soldados romanos junto a la cruz, sobre el mandato con que Cristo restringe provisionalmente la predicación del Evangelio a los gentiles; apología del bondadoso samaritano, del entero centurión, del agradecido leproso de Samaria; gozo no disimulado ante la buena acogida dispensada por el Bautista a los soldados gentiles; insistente presentación de las «mujeres del Evangelio» junto a la Mujer por excelencia, como abriendo camino a la dignificación de la mujer entre los gentiles.

Espontáneas filigranas de delicadeza por parte de quien, como su maestro, había escogido, como lema «hacerse todo a todos para ganarlos a todos». Lucas el evangelista sigue la linea del Lucas misionero. Su evangelio se abre en un ambiente de suavidad y dulzura humano-divina, que parece como el despliegue de aquellas profundas y sentidas afirmaciones de San Pablo cuidadosamente recogidas en la liturgia navideña: «Se ha manifestado la gracia salvadora de Dios para todos los hombres [...] pues quiere que todos se salven [...] por la aparición de nuestro gran Dios y Salvador Cristo Jesús» (1 Tim 2,4; 2 Tim 1,10; Tit 2,11-13). Lucas, el evangelista de la Encarnación y de la infancia de Cristo, saluda el alborear de esa gracia de cara al Sol naciente que desde lo alto baja a iluminar a los sentados en tinieblas y sombra de muerte, de cara al Niño de Belén, Hijo de María, que, sin distinción entre israelitas y gentiles, trae paz a la tierra, paz a los hombres de buena voluntad (Lc 1,78-79; 2,14).

Evangelista-misionero, Lucas señala la trayectoria universalista de la luz salvadora que es el *gran Dios y Salvador Cristo Jesús* desde el seno de María, desde la cuna de Belén, desde los brazos de Simeón en el templo. Siente llegada la hora de la *luz de las naciones* profetizada de antiguo, y gozoso recoge el anuncio primero de Juan Bautista, poco después de labios del mismo Cristo; al Precursor le oye clamar con la vista hundida en las naciones: *Y verá toda carne la salvación de Dios;* a Cristo le sorprende en su primera predicación pública como al enviado del Padre a las

naciones «para evangelizar a los pobres, para anunciar liberación a los cautivos y vista a los ciegos, para libertar a los oprimidos, para anunciar un año de gracia del Señor» (Lc 4,18-19).

Como Pablo, siente Lucas en el corazón que la ceguera voluntaria cierre a la masa del pueblo judío la puerta del Evangelio; pero, también como Pablo, no puede disimular su alegría ante la llegada torrencial de los pueblos a las puertas del reino: «Y vendrán del oriente y del occidente, del norte y del mediodía, y serán admitidos al banquete en el reino de Dios» (Lc 13.29). Sabe que es palabra de Cristo y con ella cierra su relato evangélico: «Y les dijo: "Así está escrito: Que [...] se había de predicar en su nombre penitencia y remisión de los pecados a todas las naciones, comenzando por Jerusalén"» (Lc 24,46-47).

El antiguo médico de los cuerpos, que en su estilo y en los detalles de sus narraciones evangélicas refleja tantas veces la técnica de su antigua profesión, desemboca finalmente en el misionero y evangelista-médico de las almas. Su psicología profesional, psicología de misericordia ante el enfermo y desgraciado, se robustece y espiritualiza ante el pecador-enfermo del alma. El paso era lógico, y Lucas, que, como los otros evangelistas, ha sabido transmitir la actividad de Cristo en la tierra como médico divino de los cuerpos, mejor que ninguno ha logrado vibrar al unísono con la misericordia de Cristo ante las miserias del alma.

El evangelio de Lucas, «el médico carísimo» de Pablo, es el evangelio de la misericordia de Cristo, médico incorregible de los cuerpos y de las almas, «que pasó por todas partes haciendo el bien y sanando a todos los tiranizados por el diablo» (Hch 10,38). Como al acecho de este «misericordioso samaritano», Lucas recoge cuidadosamente las palabras con que Zacarías anuncia su próxima llegada y le proclama campeón de «misericordia y perdón de los pecados por el amor entrañable de nuestro Dios» (Lc 1,72; 77,78).

Trabajado por la misericordia y compasión, el médico de antes y el misionero-médico de más tarde sigue incansable en su evangelio las huellas del Cristo médico compasivo de las almas enfermas. De su corazón y de sus labios recoge el perdón sin condiciones: de la «mujer pecadora» (Lc 7,36-50), la llamada ta-

jante de Zaqueo, «el publicano y hombre pecador» (Lc 19,1-10); la respuesta al ataque farisaico, «ése acoge a los pecadores y come con ellos», en las tres parábolas de la misericordia: la de la oveja descarriada y otra vez vuelta al redil en brazos del pastor, la de la dracma perdida y encontrada de nuevo tras búsqueda trabajosa, la del hijo pródigo y de nuevo en la casa paterna entre los brazos del padre, siempre en espera. Cantor de la misericordia de Cristo y del gozo en el cielo ante el pecador a quien el médico divino cura (Lc 15).

Como a Médico compasivo Lucas le sigue paso a paso hasta el Calvario, para poder consignar en su evangelio los últimos latidos de un corazón que desde la cruz perdona-cura: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen [...] Hoy estarás conmigo en el paraíso» (Lc 23,34-43). Es la herencia de misericordia-perdón que Cristo deja a los suyos antes de separarse definitivamente de ellos (Lc 24,47).

Con esta línea de salvación universal y de misericordia sin límites por parte de Cristo frente a miserias de cuerpo y de alma, Lucas ha reflejado también en su evangelio los más íntimos repliegues de su alma de evangelista, médico frente al mundo enfermo y alejado de Dios. En el libro de los Hechos de los Apóstoles, incontestablemente suyo según el testimonio de las diversas iglesias primitivas, sigue acentuando esta linea confirmada por la propia experiencia y el contacto directo con apóstoles y discípulos. Escrito seguramente en Roma años antes del 70, y dedicado también a Teófilo, mira en último término al mundo cristiano de la gentilidad y en torno a él gira desde el principio. En su primera página repite el último mandato de Cristo, el Salvador del mundo, a los apóstoles el día de la Ascensión: «Seréis mis testigos en Jerusalén, en Judea y en Samaria, y hasta el último confín de la tierra» (Hch 1,8).

Auras de salvación universal desde el día de Pentecostés. En él, junto a los judíos y prosélitos, todo el mundo oriental, desde Frigia y Egipto hasta Mesopotamia y Elam, se agrupa en torno a los apóstoles y recoge admirado de labios de Pedro la profecía de Joel: «Derramaré mi Espíritu sobre toda carne [...] Todo el que invocare el nombre del Señor se salvará» (Hch 2). A golpes de misericordia, Lucas ve derrumbarse el antiguo muro de se-

paración entre Israel y las naciones, y hace suyas las palabras con que el propio Pedro anuncia inminente la plena realización de la promesa divina a Abrahán: «En tu descendencia serán bendecidas todas las familias de la tierra» (Hch 3,25). Después de la evangelización de los samaritanos, Felipe abrirá paso a la antigua promesa con la evangelización del eunuco de Etiopía y de todas las ciudades costeras a lo largo del país filisteo y de la llanura de Sarón (Hch 8).

Es el momento escogido por Lucas para volcarse como historiador del universalismo cristiano. Biógrafo de Pablo, pero no su interesado apologista, le presenta, desde el momento de su conversión-vocación al apostolado, como «vaso de elección para llevar hasta las naciones el nombre de Dios» (Hch 9,15), como «heraldo de luz y libertad, de perdón de pecados y fe santificadora (Hch 26,17-18), como testigo ante los hombres todos de cuanto en sus comunicaciones con Jesús ha visto y oído» (Hch 22,25).

A este Pablo, caballero andante del Evangelio, acompañó Lucas como misionero auxiliar en activo de Palestina y Asia Menor a Grecia e Italia. El libro de los Hechos ofrece algunos textos-clave de estas andanzas misionales del evangelista con el apóstol (Hch 16,20-21.27,28). Y cuando Pablo recuerda a su «colaborador» en el ministerio y evoca al «médico carísimo, compañero único» en algunas horas amargas, hace pensar en un Lucas que como él sufre hambre y sed, desnudeces y persecuciones, como él se preocupa por la suerte de las diversas comunidades cristianas, como él muere al servicio del Evangelio.

Su psicología de médico de los cuerpos ha ganado las alturas psicológicas del divino Médico de los cuerpos y las almas: en sus escritos y en su vida apostólica se ha esforzado por hacer suyo aquel lema de Cristo de que no *son los sanos quienes tienen necesidad del médico, sino los enfermos.* Sin excluir a los fieles de Israel, muestra sus preferencias por la conversión de los pueblos gentiles: a ellos dedicó su evangelio y su libro de los Hechos, y a ellos, como Pablo y los compañeros de Pablo y suyos, consagró su vida y su muerte.

Gracias principalmente a él conocemos en parte la historia de la Iglesia en sus primeros esfuerzos y en sus primeras realiza-

ciones de expansión por Oriente y Occidente. Pablo y los suyos entran con ello en la órbita misionera de salvación universal trazada por Cristo y oficialmente sancionada por Pedro con la admisión en la Iglesia del centurión Cornelio y los gentiles. Lucas, una vez más evangelista de alma misionera, transmite el hecho y la declaración oficial del Príncipe de los Apóstoles: «A la verdad entiendo ahora que no es Dios aceptador de personas, sino que en toda nación le es acepto el que le teme y obra justicia». En marcha incontenible la evangelización del mundo gentil, los apóstoles y fieles israelitas «glorificaron a Dios, porque también a los gentiles había concedido la penitencia para alcanzar la vida» (Hch 11).

Cuadro de misericordia, de perdón de pecados, de salvación universal. Lucas es una de sus figuras en activo y el autor de su trazado. Artista de la pluma, fue también, según una tradición antigua, artista del lienzo y del pincel. A él se le atribuyen algunas imágenes de María que se conservan principalmente en Bolonia y Roma. Ciertamente ofrece en su evangelio como una galería de cuadros maestros de la Virgen: a su pluma se deben los cuadros de la Anunciación y de la Visitación de María, del nacimiento y de la circuncisión de Jesús en los brazos maternos, de la Purificación de la Madre y de la Presentación del Hijo en el Templo, de Jesús entre los doctores y en diálogo con María. Espíritu de artista mariano que Lucas vuelca por última vez en aquella pincelada final del día de la Ascensión: «Los apóstoles perseveraron unánimemente en la oración juntamente con las mujeres y con Maria, la Madre de Jesús, y con sus hermanos» (Hch 1,19). Junto a la imagen de Jesús, el Salvador y médico compasivo, la imagen de María, la Madre de misericordia.

FÉLIX ASENSIO, SI

Bibliografía

BICKERSTETH, C., *The Gospel of an artist and physician* (Londres 1930).
CELLINI, P., *La Madonna di S. Lucas in S. Maria Maggiore* (Roma 1943).
HARNACK, A., *Lukas der Arzt, der Verfasser des Dritten Evangeliums und der Apostelgeschichte* (Leipzig 1906).
HUBY, J., «St. Luc»: *Études* (1918) 5-34.
ISIDORO (SAN), «De ortu et obitu Patrum»: PL 83.154.
JERONIMO (SAN), «Liber de vivis illustribus»: PL 23,650-651.
KLEIN, D., *St. Lukas als Maler der Maria* (Berlín 1933).

McLachlan, H., *St. Luke, the manss and this work* (Manchester 1920).
Pölzl, F. X., *Die Mitarbeiter des Weltapostels Paules* (Regensburg 1911) 171-203.
Simeon Metafrastes, *Vita Lucae:* PG 115,1130 1139.
• Actualización:
Bovon, F., *El evangelio según San Lucas,* 3 vols. (Salamanca 1995-2004).
Fitzmyer, J. A., *El evangelio segun Lucas,* 3 vols (Madrid 1986-1987).
Flichy, O., *La obra de Lucas* (Estella 2003).
Laconi, M., *San Lucas y su iglesia* (Estella 1987).
Lligadas, J., *San Lucas, la gran noticia* (Barcelona 2002).

SAN PEDRO DE ALCÁNTARA

Presbítero († 1562)

Era el año del Señor de 1494 cuando en la Extremadura Alta, en la villa de Alcántara, nacía del gobernador don Pedro Garabito y de la noble señora doña María Villela de Sanabria un varón cuya vida había de ser un continuo milagro y un mensaje espiritual de Dios a los hombres, porque no iba a ser otra cosa sino una potente encarnación del espíritu en cuanto ello lo sufre la humana naturaleza. Ocurrió cuando España entera vibraba hasta la entraña por la fuerza del movimiento contrarreformista. Era el tiempo de los grandes reyes, de los grandes teólogos, de los grandes santos. En el cielo de la Iglesia española y universal fulgían con luz propia Ignacio, Teresa, Francisco de Borja, Juan de la Cruz, Francisco Solano, Javier... Entre ellos el santo de Alcántara había de brillar con potentísima e indiscutible luz.

Había de ser santo franciscano. La liturgia de los franciscanos, en su fiesta, nos dice que, si bien «el Seráfico Padre estaba ya muerto, parecía como si en realidad estuviese vivo, por cuanto nos dejó copia de sí en Pedro, al cual constituyó defensor de su casa y caminó por todas las vías de su padre, sin declinar a la derecha ni hacia la izquierda». Todo el que haya sentido alguna vez curiosidad por la historia de la Orden de San Francisco se encontrará con un fenómeno digno de ponderación, que apenas halla par en la historia de la Iglesia: iluminado por Dios, se apoderó el Santo de Asís del espíritu del Evangelio y lo plasmó en una altísima regla de vida que, en consecuencia, se convierte en heroísmo. Este evangelio puro, a la letra, es la cumbre de la espiritualidad cristiana y hace de los hombres otros tantos Cris-

tos, otros tantos estigmatizados interiores; pero choca también con la realidad de la concupiscencia y pone al hombre en un constante estado de tensión, donde las tendencias hacia el amor que se crucifica y hacia la carne que reclama su imperio luchan en toda su desnuda crudeza. Por eso ya en la vida de San Francisco se observa que su ideal, de extraordinaria potencia de atracción de almas sedientas de santidad, choca con las debilidades humanas de quienes lo abrazan. Y las almas, a veces, ceden en puntos de perfección, masivamente, en grandes grupos, y parece, sin embargo, como si el espíritu del fundador hubiese dejado en ellas una simiente de perpetuo descontento, una tremenda ansia de superación, y constantemente, apenas la llama del espíritu ha comenzado a flaquear, se levanta el espíritu hecho llama en otro hombre y comienza un movimiento de reforma. Nuestro Santo fue, de todos esos hombres, el más audaz, el más potente y el más avanzado. Su significación es, por tanto, doble: es reformador de la Orden y, a través de ella, de la Iglesia universal.

San Francisco entendió la santidad como una identificación perfecta con Cristo crucificado y trazó un camino para ir a él. El itinerario comienza por una intuición del Verbo encarnado que muere en cruz por amor nuestro, moviendo al hombre a penitencia de sus culpas y arrastrándole a una estrecha imitación. Así introduce al alma en una total pobreza y renuncia de este mundo, en el que vivirá sin apego a criatura alguna, como extranjera y peregrina; de aquí la llevará a desear el oprobio y menosprecio de los hombres, será humilde; de aquí, despojada ya de todo obstáculo, a una entrega total al prójimo, en purísima caridad fraterna. Ya en este punto el hombre encuentra realizada una triple muerte a sí mismo: en el deseo de la posesión y del goce, en la propia estima, en el propio amor. Entonces ha logrado la perfecta identificación con el Cristo de la cruz. Esto, en San Francisco, floreció en llagas, impresas por divinas manos en el monte Alvernia. Y, cuando el hombre se ha configurado así con el Redentor, su vida adquiere una plenitud insospechada de carácter redentivo, completando en sí los padecimientos de Cristo por su Iglesia: se hace alma victima y corredentora por su perfecta inmolación. Cuando el alma se ha unido así con

Cristo ha encontrado la paz interior consumada en el amor y sus ojos purificados contemplan la hermosura de Dios en lo creado; queda internamente edificada en sencilla simplicidad; vive una perpetua y perfecta alegría, que es sonrisa de cruz. Es franciscana.

Por estos caminos, sin declinar, iba a correr nuestro santo de Alcántara. Nos encontramos frente a una destacadísima personalidad religiosa, en la que no sabemos si admirar más los valores humanos fundamentales o los sobrenaturales añadidos por la gracia. San Pedro fue hombre de mediana estatura, bien parecido y proporcionado en todos sus miembros, varonilmente gracioso en el rostro, afable y cortés en la conversación, nunca demasiada; de exquisito trato social. Su memoria fue extraordinaria, llegando a dominar toda la Biblia; ingenio agudo, inteligencia despejadísima y una voluntad férrea ante la cual no existían los imposibles y que hermanaba perfectamente con una extrema sensibilidad y ternura hacia los dolores del prójimo. Es de considerar cómo, a pesar de su extrema dureza, atraía de manera irresistible a las almas y las empujaba por donde quería, sin que nadie pudiese escapar a su influencia. Cuando la penitencia le hubo consumido hasta secarle las carnes, en forma de parecer según testimonio de quienes le trataron un esqueleto recién salido del sepulcro: cuando la mortificación le impedía mirar a nadie cara a cara, emanaba de él, no obstante, una dulzura, una fuerza interior tal, que inmediatamente se imponía a quien le trataba, subyugándole y conduciéndole a placer.

Sus padres cuidaron esmeradamente de su formación intelectual. Estudió gramática en Alcántara y debía de tener once o doce años cuando marchó a Salamanca. Allí cursó la filosofía y comenzó el derecho. A los quince años había ya hecho el primero de leyes. Tornó a su villa natal en vacaciones, y entonces coincidieron las dudas sobre la elección de estado con un período de tentaciones intensas. Un día el joven vio pasar ante su puerta unos franciscanos descalzos y marchó tras ellos, escapándose de casa apenas cumplidos los dieciséis años y tomando el hábito en el convento de los Majarretes, junto a Valencia de Alcántara, en la raya portuguesa, año de 1515.

Fray Juan de Guadalupe había fundado en 1494 una reforma de la Orden conocida comúnmente con el nombre de la de

los descalzos. Esta reforma pasó tiempos angustiosos, combatida por todas partes, autorizada y suprimida varias veces por los Papas, hasta que logró estabilizarse en 1515 con el nombre de Custodia de Extremadura y más tarde provincia descalza de San Gabriel. Exactamente el año en que San Pedro tomó el santo hábito.

La vida franciscana de éste fue precedida por larga preparación. Desde luego que nos enfrentamos con un individuo extraordinario. De él puede decirse con exactitud que Dios le poseyó desde el principio de sus vías. A los siete años de edad era ya su oración continua y extática; su modestia, sin par. En Salamanca daba su comida de limosna, servía a los enfermos, y era tal la modestia de su continente que, cuando los estudiantes resbalaban en conversaciones no limpias y le veían llegar, se decían: «El de Alcántara viene, mudemos de plática».

Claro está que solamente la entrada en religión, y precisamente en los descalzos, podía permitir que la acción del espíritu se explayase en su alma. Cuando San Pedro, después de haber pasado milagrosamente el río Tiétar, llamó a la puerta del convento de los Majarretes, encontró allí hombres verdaderamente santos, probados en mil tribulaciones por la observancia de su ideal altísimo, pero pronto les superó a todos. En él estaba manifiestamente el dedo de Dios.

Apenas entrado en el noviciado se entregó absolutamente a la acción de la divina gracia. Fue nuestro Santo ardiente amador y su vida se polarizó en torno a Dios, con exclusión de cualquier cosa que pudiese estorbarlo. El misterio de la Santísima Trinidad, donde Dios se revela viviente y fecundo; la encarnación del Verbo y la pasión de Cristo; la Virgen concebida sin mancha de pecado original, eran misterios que atraían con fuerza irresistible sus impulsos interiores. Ya desde el principio más bien pareció ángel que hombre, pues vivía en continua oracion. Dios le arrebataba de tal forma que muchas veces durante toda su vida se le vio elevarse en el aire sobre los más altos árboles, permanecer sin sentido, atravesar los ríos andando sin darse cuenta por encima de sus aguas, absorto en el ininterrumpido coloquio interior. Como consecuencia que parece natural, ya desde el principio se manifestó hombre totalmente muerto al

mundo y al uso de los sentidos. Nunca miró a nadie a la cara. Sólo conocía a los que le trataban por la voz; ignoraba los techos de las casas donde vivía, la situación de las habitaciones, los árboles del huerto. A veces caminaba muchas horas con los ojos completamente cerrados y tomaba a tientas la pobre refacción.

Gustaba tener huertecillos en los conventos donde poder salir en las noches a contemplar el cielo estrellado, y la contemplación de las criaturas fue siempre para su alma escala conductora a Dios.

Como es lógico, esta invasión divina respondía a la generosidad con que San Pedro se abrazara a la pobreza real y a la cruz de una increíble mortificación. Esta fue tanta que ha pasado a calificarle como portento, y de los más raros, en la Iglesia de Cristo. Ciertamente parece de carácter milagroso y no se explica sin una especial intervención divina.

Si en la mortificación de la vista había llegado, cual declaró a Santa Teresa, al extremo de que igual le diera ver que no ver, tener los ojos cerrados que abiertos, es casi increíble el que durante cuarenta años sólo durmiera hora y media cada día, y eso sentado en el suelo, acurrucado en la pequeña celda donde no cabía estirado ni de pie, y apoyada la cabeza en un madero. Comía, de tres en tres días solamente, pan negro y duro, hierbas amargas y rara vez legumbres nauseabundas, de rodillas; en ocasiones pasaba seis u ocho días sin probar alimento, sin que nadie pudiese evitarlo, pues, si querían regalarle de forma que no lo pudiese huir, eran luego sus penitencias tan duras que preferían no dar ocasión a ellas y le dejaban en paz.

Llevó muchísimos años un cilicio de hoja de lata a modo de armadura con puntas vueltas hacia la carne. El aspecto de su cuerpo, para quienes le vieron desnudo, era fantástico: tenía piel y huesos solamente; el cilicio descubría en algunas partes el hueso y lo restante de la piel era azotado sin piedad dos veces por día, hasta sangrar y supurar en úlceras horrendas que no había modo de curar, cayéndole muchas veces la sangre hasta los pies. Se cubría con el sayal más remendado que encontraba; llevaba unos paños menores que, con el sayal, constituían asperísimo cilicio. El hábito era estrecho y en invierno le acompañaba

un manto que no llegaba a cubrir las rodillas. Como solamente tenía uno, veíase obligado a desnudarse para lavarlo, a escondidas, y tornaba o ponérselo, muchas veces helado, apenas lo terminaba de lavar y se había escurrido un tanto. Cuando no podía estar en la celda por el rigor del frío solía calentarse poniéndose desnudo en la corriente helada que iba de la puerta a la ventana abiertas; luego las cerraba poco a poco, y, finalmente, se ponía el hábito y amonestaba al hermano asno para que no se quejase con tanto regalo y no le impidiese la oración.

Su aspecto exterior era impresionante, de forma que predicaba solamente con él: la cara esquelética; los ojos de fulgor intensísimo, capaces de descubrir los secretos mas íntimos del corazón, siempre bajos o cerrados; la cabeza quemada por el sol y el hielo, llena de ampollas y de golpes que se daba por no mirar cuando pasaba por puertas bajas, de forma que a menudo le iba escurriendo la sangre por la faz; los pies siempre descalzos, partidos y llagados por no ver dónde los asentaba y no cuidarse de las zarzas y piedras de los caminos.

San Pedro era victima del amor de Dios más ardiente y su cuerpo no había florecido en cinco llagas como San Francisco, sino que se había convertido en una sola, pura, inmensa. Su vida entera fue una continua crucifixión, llenando en esta inmolación de amor por las almas las exigencias más entrañables del ideal franciscano.

No es de extrañar, claro está, que su vista no repeliese. Juntaba al durísimo aspecto externo una suavidad tal, un profundo sentido de humana ternura y comprensión hacia el prójimo, una afabilidad, cortesía de modales y un tal ardor de caridad fraterna que atraía irresistiblemente a los demás, de cualquier clase y condición que fuesen. Es que el santo era todo fuerza de amor y potencia de espíritu. Aborrecía los cumplimientos, pero era cuidadoso de las formas sociales y cultivaba intensamente la amistad. Tuvo íntima relación con los grandes santos de su época: San Francisco de Borja, quien llamaba «su paraíso» al convento de El Pedroso donde el santo comenzó su reforma; el Beato Juan de Ribera, Santa Teresa de Jesús, a quien ayudó eficazmente en la reforma carmelitana y a cuyo espíritu dio aprobación definitiva. Acudieron a él reyes, obispos y grandes. Car-

los V y su hija Juana le solicitaron como confesor, negándose a ello por humildad y por desagradarle el género de vida consiguiente. Los reyes de Portugal fueron muy devotos suyos y le ayudaron muchas veces en sus trabajos. A todos imponía su espíritu noble y ardiente, su conocimiento del mundo y de las almas, su caridad no fingida.

Secuela de todo esto fue la eficacia de su intenso apostolado. San Pedro de Alcántara es un auténtico santo franciscano y su vida lo menos parecido posible a la de un cenobita. Como vivía para Dios completamente no le hacía el menor daño el contacto con el mundo. A pesar de ello le asaltaron con frecuencia graves tentaciones de impureza, que remediaba en forma simple y eficaz: azotarse hasta derramar sangre, sumergirse en estanques de agua helada, revolcarse entre zarzas y espinas. Desde los veinticinco años, en que por obediencia le hacen superior, estuvo constantemente en viajes apostólicos. Su predicación era sencilla, evangélica, más de ejemplo que de palabra. En el confesionario pasaba horas incontables y poseía el don de mover los corazones más empedernidos. Fue extraordinario como director espiritual, ya que penetraba el interior de las almas con seguro tino y prudencia exquisita: así fue solicitado en consejo por toda clase de hombres y mujeres, lo mismo gente sencilla de pueblo que nobles y reyes; igual teólogos y predicadores que monjas simples y vulgo ignorante. Amó a los niños y era amado por ellos, llegando a instalar en El Pedroso una escuelita donde enseñarles. Predicó constantemente la paz y la procuró eficazmente entre los hombres.

Dios confirmó todo esto con abundancia de milagros: innumeras veces pasó los ríos a pie enjuto; dio de comer prodigiosamente a los religiosos necesitados; curó enfermos; profetizó; plantó su báculo en tierra y se desarrolló en una higuera que aún hoy se conserva; atravesó tempestades sin que la lluvia calara sus vestidos, y en una de nieve ésta le respetó hasta el punto de formar a su alrededor una especie de tienda blanca. Y sobre todas estas cosas el auténtico milagro de su penitencia.

Aún, sin embargo, nos falta conocer el aspecto más original del Santo: su espíritu reformador. No solamente ayuda mucho a Santa Teresa para implantar la reforma carmelitana; no se con-

tenta con ayudar a un religioso a la fundación de una provincia franciscana reformada en Portugal, sino que él mismo funda con licencia pontificia la provincia de San José, que produjo a la Iglesia mártires, beatos y santos de primera talla. Si bien él mismo había tomado el hábito en una provincia franciscana austerísima, la de San Gabriel, quiso elevar la pobreza y austeridad a una mayor perfección, mediante leyes a propósito y, sobre todo, deseó extender por todo el mundo el genuino espíritu franciscano que llevaba en las venas, cosa que, por azares históricos, estaba prohibido a la dicha provincia de San Gabriel, que sólo podía mantener un limitado número de conventos. Con muchas contradicciones dio comienzo a su obra en 1556, en el convento de El Pedroso, y pronto la vio extendida a Galicia, Castilla, Valencia; más tarde China, Filipinas, América. Los alcantarinos eran proverbio de santidad entre el pueblo y los doctos por su vida maravillosamente penitente. Dice un biógrafo que vivían en sus conventos diminutos, desprovistos de toda comodidad una vida que más bien tenía visos de muerte. Cocinaban una vez por semana, y aquel potaje se hacía insufrible al mejor estómago. Sus celdas parecían sepulcros. La oración era sin límites, igual que las penitencias corporales. Y si bien es cierto que las constituciones dadas por el Santo son muy moderadas en cuanto a esto, sin exigir mucho más allá que las demás reformas franciscanas conocidas, no se puede dudar que su poderosísimo espíritu dejó en sus seguidores una imborrable huella y un extremo de imitación. Y es sorprendente el genuino espíritu franciscano que les comunicó, ya que tal penitencia no les distanciaba del pueblo, antes los unía más a él. Construían los conventos junto a pueblos y ciudades, mezclándose con la gente a través del desempeño del ministerio sacerdotal, en la ayuda a los párrocos, enseñanza a los niños, siempre afables y corteses, penitentes y profundamente humanos.

El 18 de octubre de 1562 murió en el convento de Arenas.

La Santa de Ávila vio volar su alma al cielo y la oyó gozarse de la gloria ganada con su excelsa penitencia. El santo moría en paz. Dejaba una obra hecha: una escuela de santos, un colegio de almas intercesoras y víctimas por las culpas del mundo. Sus penitencias llegaron a parecer a algunos «locuras y temeridades

de hombre desesperado»: las gentes le tuvieron muchas veces por loco al ver los extremos a que le llevaba su vida de contemplación. Sólo que, como muy gentilmente aclaró a sus monjas Santa Teresa, aquellas locuras del bendito fray Pedro eran precisamente locuras de amor. Cuando Cristo ama intensamente a un alma no descansa hasta clavarla consigo en la cruz. Cuando un alma ama a Cristo no desea sino compartir con Él los mismos dolores, oprobios y menosprecios. La vocación franciscana es, recordémoslo, una vocación de amor crucificado y San Pedro supo vivirla con plenitud. Su penitencia venía condicionada por su papel corredentivo en la Iglesia de Dios y, si no a todos es dado imitarla materialmente, sí es exigido amar como él amó y desprenderse por amor, y al menos en espíritu, de las cosas temporales, abrazándose a la cruz.

PEDRO DE ALCÁNTARA MARTÍNEZ

Bibliografía

ANCONA, J. M.ª DE, OFM, *Annales Minorum seu trium ordinum a s. Francisco institutorum ab anno MDLIII usque ad annum MDLXIV*, t.19 (Roma 1745).

JUAN DE SAN BERNARDO, OFM, *Chronica de la vida admirable, y milagrosas haçañas de... S. Pedro de Alcantara...* (Nápoles 1667).

JUAN DE SANTA MARIA, OFM, *Chronica de la provincia de San Ioseph, de los Descalços de la Orden de los Menores de nuestro Seraphico Padre S. Francisco...* (Madrid 1619).

— *Vida, excelentes virtudes y obras miraculosas del santo Fray Pedro de Alcantara fundador de la prouincia de San Ioseph de los Descalços de la Orden de... San Francisco en España* (Madrid 1616).

MARTIN DE SAN JOSÉ, OFM, *Historia de las vidas y milagros de nuestro beato Padre Frai Pedro de Alcantara... que ha hauido en la Reforma de Descalços... en la Orden de nuestro Seraphico Padre San Francisco...* (Arévalo 1644).

MARTINEZ, P. de A., «La reforma alcantarina»: *Ciencia y Santidad* 30 (1948) 18-35.

MOLES, J. B., *Memorial de la provincia de San Gabriel, de la Orden de los frayles Menores de Obseruancia* (Madrid 1584).

PEREZ, L., OFM, «La provincia de San José fundada por San Pedro de Alcántara»: *Archivo Iberoamericano* 17 (1922) 145-175.

• Actualización:

BARRADO MANZANO, A., *San Pedro de Alcántara (1499-1562). Estudio documentado y crítico de su vida* (Cáceres [2]1995).

GONZÁLEZ RAMOS, V., *Biografía de San Pedro de Alcántara, apoyo de la reforma Teresiana* (Cáceres 1982).

JIMENEZ DUQUE, B., *San Pedro de Alcántara en el V centenario de su nacimiento* (Madrid 1999)

San Pedro de Alcántara, hombre universal. Congreso de Guadalupe (1997) en el V centenario de su nacimiento (Guadalupe 1998).

SANZ VALDIVIESO, R. (ed.), *Místicos franciscanos españoles.* I: *Vida y escritos de San Pedro de Alcántara* (Madrid 1997).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN AMABLE

Presbítero († 475)

Es poco lo que se sabe de este sacerdote, que menciona San Gregorio de Tours en su libro *De gloria confessorum*. Era el párroco de Riom en Aquitania y se le llama varón de admirable santidad que sobresalió por sus grandes virtudes y a quien el Señor adornó con el don de milagros. Su vida se sitúa en la primera mitad del siglo V. Tiene culto en la diócesis de Clermont-Ferrand.

SAN MONÓN

Ermitaño y mártir († 645)

Según la tradición era irlandés, nacido en una familia noble y rica. Tomó la decisión, siguiendo una visión recibida, de hacer vida eremítica en las Ardenas, pero antes quiso peregrinar a Roma. Por el camino halló al obispo de Lieja, quien le dijo que había olvidado en Roma su palio. Monón tras hacer su peregrinación a Roma se lo trajo y surgió así una viva amistad entre ambos. El obispo quiso retenerlo junto a sí pero surgieron envidias y entonces Monón se marchó, hizo su ermita en Nassogne y se entregó a la vida de oración y penitencia. Mucha gente comenzó a acudir hasta la ermita para escuchar los consejos del piadoso ermitaño. Esta presencia molestaba a los ladrones que se refugiaban de sus correrías en el desierto y decidieron asesinar al ermitaño, matándolo a pedradas. El obispo de Lieja mandó hacer allí mismo un oratorio, que siguió siendo objeto de peregrinaciones. Esta es la tradición relativa a este santo, al que Nassogne venera como patrono.

19 de octubre

A) MARTIROLOGIO

1. Los santos mártires del Canadá, Juan de Brebeuf, Isaac Jogues, presbíteros, y Juan de la Lande, religiosos jesuitas, martirizados en Osser-

nenon, territorio canadiense entonces, donde años antes había sido martirizado San Renato Goupil; y se celebra la memoria de los santos Gabriel Lalemant, Antonio Daniel, Carlos Garnier y Noel Chabanel, martirizados mientras evangelizaban a los hurones en territorio canadiense († 1642-1649) **.

2. San Pablo de la Cruz, presbítero, fundador de la Congregación de los Clérigos Regulares de la Cruz y Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, cuyo tránsito en Roma fue ayer **.

3. La conmemoración de San Joel, profeta **.

4. En Roma, la conmemoración de los santos Tolomeo, Lucio y otro compañero († 160), mártires *.

5. En Ostia Tiberina, San Asterio († 303), mártir.

6. En Sens (Galia Lugdunense), santos Sabiniano y Potenciano († 300), mártires.

7. En Egipto, San Varo († 307), militar y mártir.

8. En Oloron, en los Pirineos (Aquitania), San Grato († s. VI), obispo *.

9. En Bretaña Menor, San Etbino († s. VI), monje.

10. En Cavaillon (Provenza), San Verano († 590), obispo.

11. En Evreux (Galia), San Aquilino († 695), obispo.

12. En Oxford (Inglaterra), Santa Frideswida († ca.735), virgen, abadesa *.

13. En Biville (Normandía), Beato Tomás Helyas († 1257), presbítero *.

14. En Londres (Inglaterra), San Felipe Howard († 1595), conde de Arundel, padre de familia y mártir **.

15. En Nagasaki (Japón), santos Lucas Alonso Gorda, presbítero, y Mateo Kohioye († 1633), religiosos ambos de la Orden de Predicadores, mártires *.

16. En Langeac (Francia), Beata Inés de Jesús Galand († 1634), virgen, de la Orden de Predicadores **.

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SANTOS JUAN DE BREBEUF, ISAAC JOGUES, JUAN DE LA LANDE, RENATO GOUPIL, GABRIEL LALEMANT, ANTONIO DANIEL, CARLOS GARNIER, NOEL CHABANEL

Mártires († 1646-1649)

La evangelización del Canadá comienza en los primeros años del siglo XVII. Llegó entonces a aquellas tierras —y las exploró en sucesivos viajes— Samuel de Champlain, seguido de

un tropel de aventureros, con el propósito de fundar un establecimiento permanente bajo la soberanía francesa para dedicarse al lucrativo comercio de pieles. Así se fundaron, primeramente, Port-Royal (Annápolis) en Nueva Escocia y Québec en las orillas del río San Lorenzo; poco más tarde, Trois-Rivières y Montreal.

Aquellos aventureros del primitivo Canadá francés eran, en su mayoría, de confesión calvinista. No obstante, en 1615, Champlain hizo venir algunos franciscanos recoletos, que comenzaron a predicar el Evangelio, y uno de ellos, fray José Le Caron, adentrándose por las enormes selvas deshabitadas que cubrían la región de los lagos, alcanzó el país de los indios llamados hurones. De este modo iba a quedar señalado el primer objetivo de las misiones canadienses.

Las tierras de la orilla meridional del San Lorenzo y del Ontario estaban habitadas por las temibles tribus iroquesas. Los algonquinos vivían en la otra orilla, En medio de estas dos grandes familias indígenas rivales se hallaban aisladas otras tribus de pieles rojas, numéricamente menos importantes; entre ellas, los hurones. Todos los indígenas de aquellos parajes practicaban la vida nómada, como corresponde a los pueblos cazadores. Los hurones, aunque sin abandonar la vida errante, cultivaban temporalmente algunas parcelas y se hallaban iniciados en la evolución al sedentarismo, propio de la vida agrícola. Por eso, ellos parecieron el objetivo inmediato más propicio a la obra misional.

Cuando en 1623, llamados por los misioneros franciscanos, llegaron al Canadá los primeros jesuitas, uno de los cuales era el gran apóstol San Juan de Brebeuf, se aplicaron con todo ardimiento a la misión de los hurones, región que Brebeuf alcanza en 1626, después de vencer incontables dificultades que oponían el clima, la tierra y los indios.

Entre tanto, Richelieu había decidido quebrantar el poderío de los hugonotes en Francia, que se sublevaron y resistieron con las armas en La Rochela y en Provenza, hasta ser sometidos por la fuerza (1627-1629). Un apéndice de esta lucha tocaba al Canadá. En 1627 Richelieu anuló los privilegios comerciales de los hugonotes de Québec y fundó la Compañía de los Cien

Asociados, para la explotación colonial de Nueva Francia. Los calvinistas de La Rochela habían llamado en su auxilio a Inglaterra, que, en efecto, hizo la guerra al Gobierno de Luis XIII. De tal manera, una expedición militar inglesa se apoderó de Québec en 1629 e hizo prisioneros, sin distinción, a católicos y hugonotes. Entre los prisioneros se hallaban los padres jesuitas de la misión.

Pero en 1632 Francia recobra el Canadá (tratado de Saint-Germain-en-Laye). Los jesuitas vuelven a la obra interrumpida y ahora con mayor denuedo, dirigidos por el padre Paul Le Jeune, primero, y luego por los padres Jerónimo Lalemant y Paul Ragueneau, como superiores. Se abre en Québec un «seminario» para la formación cristiana de los niños y jóvenes indígenas, que serían allí reunidos: intento vano o prematuro, porque los niños pieles rojas huyen pronto al campo, incapaces de acomodarse a la vida sedentaria y ordenada de aquel centro escolar. Se diseminan los misioneros por las tierras de los hurones, fundándose una serie de «casas» o bases de actividad apostólica (San José, San Ignacio, San Luis, Santa María, esta última cuartel general de la misión en plena selva). Allí pondrán de relieve el temple y celo misionero un grupo de jesuitas, que tienen que vencer los obstáculos de la naturaleza inclemente y sobreponerse a la animosidad de los indios hostiles y al recelo de los que se titulan amigos.

En este medio se acrisolan y fortalecen las almas heroicas del padre Brebeuf, el fundador de la misión huronesa, y de sus compañeros. Día a día, oscuramente, sin actos ostentosos que exhibir, aislados en las inmensidades de bosques y praderas que el hombre blanco ignora (porque están lejanas las factorías de los traficantes), ellos cumplen el mandato divino del apostolado con espíritu ignaciano. Cientos de kilómetros recorridos de poblado en poblado, de campamento en campamento, para llevar a todas las gentes la voz del Evangelio, tras ardua preparación. Ha sido preciso estudiar sobre el terreno las costumbres de los indígenas, adaptarse a ellas, conocer su lengua y modos de expresarse, el mundo de sus representaciones mentales, para que disciernan la nueva religión que se les predica y los ritos mágicos o supersticiones que practican. El sentido de la eficacia de

la Compañía de Jesús está presente en los métodos misionales. Se trata de reducir a los salvajes a la vida sedentaria; para convidarles a ello habrá que derrochar paciencia y generosidad. El padre Le Jeune, en su *Relación* de 1634, advirtió cuán inútil era intentar la conversión de los nómadas y cuán impensable la sedentarización de los indígenas sin un gran esfuerzo de caridad, ayudándoles a trabajar la tierra.

El sufrimiento físico, las epidemias y la muerte violenta acechan a los misioneros a toda hora; pero la muerte no puede acobardar a quienes han de tener talla de mártires. En uno de aquellos días de su continua azarosa existencia, el padre Brebeuf ha hecho voto formal y ofrenda de su vida: «Dios mío y salvador mío, ¿qué podré ofrecerte a cambio de todo lo que Tú has sufrido por mí? Quisiera alejar de Ti el cáliz e invocar tu nombre [...] Mi Señor Jesús, yo hago voto solemne de no rechazar de mi parte la gracia del martirio si, en tu bondad infinita, un día cualquiera me la llegaras a conceder a mí, tu indigno servidor [...] Y en consecuencia, Jesús mío, yo te ofrezco alegremente desde hoy mi sangre, mi cuerpo y mi alma, de suerte que yo pueda morir sólo por Ti, si Tú me concedes esta gracia, Tú que te has dignado morir por mí. Hazme capaz de vivir de tal manera que Tú puedas finalmente otorgarme esta muerte».

Eran éstos los deseos más sublimes del padre Brebeuf y de los otros compañeros de la Compañía de Jesús, deseos que un día no lejano se verían cumplidos. *Sentio me vehementer impelli ad moriendum pro Christo.* También el padre Isaac Jogues había suplicado: «Señor, dame a beber abundantemente el cáliz de tu pasión»; y una voz interior le advirtió que su súplica había sido escuchada. Jesús, su amigo, aceptó pronto la oblación ofrecida, juzgó digna de coronarse con la palma del martirio la vida de aquellos soldados de su milicia, que no sólo habían probado virtudes heroicas en la resistencia al sufrimiento del cuerpo, sino también en la práctica de la humildad, de la obediencia y de la caridad.

Cuando la hora trágica del exterminio llegó para el pueblo de los hurones, a su lado pereció un grupo de jesuitas que no quiso rehuir el peligro anunciado, ni abandonar a sus ovejas. Precisamente esa hora terrible se descargó sobre las misiones del país hurón cuando su estado, en apariencia floreciente, hacía concebir lisonjeras esperanzas a los misioneros.

Los iroqueses habían desencadenado desde 1642 una guerra implacable, armados por los colonos holandeses establecidos en Nueva Ámsterdam, la factoría de la desembocadura del río Hudson (mas tarde Nueva York). Las tribus algonquinas y huronesas, aliadas de los franceses, padecieron un feroz ataque. Bajo la amenaza que se cernía, el padre Jogues se ofreció a llevar un mensaje a Québec desde la misión de Santa María. La flotilla en que viajaba fue capturada por los iroqueses y el padre Jogues y el hermano Renato Goupil, que le acompañaba, quedaron prisioneros. Goupil perdió la vida el 29 de septiembre de 1642, a manos de un indio enfurecido, al verle cómo predicaba a sus verdugos; Jogues soportó un cautiverio de trece meses, durante los cuales padeció bárbaras crueldades, verdadero primer martirio no consumado entonces con la entrega de la vida, pero sus manos mutiladas constituyeron vivo testimonio del sacrificio exigido a aquellos apóstoles. Rescatado en 1643 por un capitán holandés y tras una corta estancia en Francia, el padre Jogues vuelve en 1644 al Canadá, donde prosigue su labor de misionero en Montreal. Dos años después se le pide que lleve a cabo una gestión de paz entre los iroqueses. El recuerdo de las torturas sufridas no le hizo vacilar: «Sí, reverendo padre —escribe a su superior—, yo quiero únicamente lo que Dios quiere, aun a riesgo de mil vidas».

Pero no era aquella su hora. El martirio le aguardaba más tarde, cuando fue destinado a tantear, con el hermano Juan Lalande, la evangelización de los iroqueses, aprovechando la transitoria calma conseguida aquel año. El padre Jogues se llenó de alegría: "Me tendría por feliz si el Señor quisiere completar mi sacrificio en el mismo sitio en que comenzó". Allí, en efecto, le fue dado sufrir en su cuerpo torturas salvajes, hasta que el 18 de octubre de 1646 era degollado. Al día siguiente se consuma el martirio de La Lande, ejemplo de vida humilde y callada al servicio de la obra misional.

Los iroqueses habían aniquilado primeramente a los algonquinos. Tras la pausa de 1646, volvieron a la guerra. En 1648 alcanzaron el país hurón. El 4 de julio de aquel año arrasaron la misión de San Jose, donde el padre Antonio Daniel, el dulce amigo de los niños, sufrió la muerte; asaeteado por las flechas

de los indios, fue rematado a tiros de arcabuz. En la primavera del siguiente año el paso desolador de los iroqueses arrollaba las misiones de San Ignacio, San Luis y Santa María. El padre Brebeuf y el padre Gabriel Lalemant, hechos prisioneros por los salvajes, padecieron atroz martirio, cuyos detalles espeluznantes se resiste a describir la pluma. Por fin, el 7 de diciembre de 1649 le tocaba el turno a la misión de San Juan Bautista, donde el padre Carlos Garnier fue muerto en la refriega, mientras exhortaba a los cristianos a recibir la muerte con alegría Su compañero de misión, el padre Noel Chabanel, había dejado poco antes San Juan Bautista para dirigirse a San José. Las últimas palabras que de él sabemos son éstas: «Esta vida vale poco; en cambio, la felicidad del cielo no me la podrán arrebatar los iroqueses». Pero no fueron los indios enemigos y feroces los que consumaron su martirio. Al padre Chabanel le fue dado probar, junto al dolor físico de la agonía, la hiel amarga del «martirio del corazón», porque fue precisamente un hurón apóstata quien le ocasionó la muerte.

La corona de aquellos héroes de la fe se adornó luego con la veneración de las gentes del Canadá y con los celestiales favores alcanzados por su mediación. De este modo, el 29 de junio de 1930 estos ocho santos mártires de la primitiva Iglesia canadiense fueron solemnemente canonizados.

VICENTE PALACIO ATARD

Bibliografía

BESTERMAN, TH., *Saint Jean de Brébeuf. Les rélations de ce qui s'est passé au Pays des Hurons (1635-1648)* (Ginebra 1957).

FOURQUERAY, H. - BECDELIEVRE, A. DE, *Martyrs du Canada* (París 1930).

GOBILLOT, R., *Les premiers martyrs du Canada* (París 1936).

HEINEN, A., *Entre los pieles rojas del Canadá. Historia de la misión de los hurones y de sus misioneros, los ocho santos mártires canadienses de la Compañía de Jesús* (Madrid 1946).

ROCHEMONTEIX, E. DE, *Les jésuites et la Nouvelle France au XVIIe siècle d'après beaucoup de documents inédits,* 3 vols. (París 1895-1896).

ROUVIER, F., *Les bienheureux martyrs de la Compagnie de Jésus au Canada* (Montreal 1925).

TALBOT, F. X., *Un santo entre hurones: vida de Juan de Brebeuf* (Barcelona 1951).

TESTORE, C., *I santi martiri canado-americani della Compagnia di Gesú* (Isola del Liri 1930).

THWAITES, R. G., *The Jesuit Relations and allied documents,* 73 vols. (Cleveland 1896-1901). (Contiene los textos de primera mano más importantes sobre las primitivas misiones jesuíticas del Canadá).

SAN PABLO DE LA CRUZ

Presbítero († 1775)

Pablo Danei, el futuro San Pablo de la Cruz, nació en Ovada el 3 de enero de 1694. Después de haber pasado la juventud en los lares paternos ayudando a su padre en el comercio, a los veintiséis años inició una vida de total entrega a Dios, vistiendo el hábito de la futura congregación de los pasionistas en la forma que le había mostrado visiblemente la Virgen Dolorosa. Retirado durante cuarenta días en un oscuro tugurio de la iglesia parroquial de Castellazzo, entre la oración y la penitencia compuso las primeras reglas.

Ordenado sacerdote en 1727 por Benedicto XIII, se estableció definitivamente en el Monte Argentario, en las cercanías de Orbetello (Toscana). En esta soledad maduró su vocación de apóstol de la Pasión, recibiendo de Dios luces e inspiraciones para la solución de los grandes problemas hacia los que debería orientar su vida y su obra.

Ante todo, San Pablo de la Cruz procuró plasmar esta vocación en sí mismo, transformándose en viva imagen de Jesús crucificado, identificándose con él y convirtiendo su Pasión santísima en el principio regulador de su vida espiritual. La unión de su alma con Dios hasta alcanzar las más altas cimas de la mística no fue más que un efecto de la contemplación asidua de Jesús crucificado y de sus esfuerzos por reproducir hasta en su mismo cuerpo al mártir del Gólgota.

Apartado de todo lo que hasta remotamente pudiera distraerle, pasaba los días y las noches en comunicación con su Dios. El altísimo espíritu de oración del apóstol del crucifijo, frecuentemente acompañado de fenómenos místicos, fue una de las gracias más señaladas con que Dios le favoreció.

En este ejercicio su conocimiento y su amor a Jesús crucificado alcanzaron tal grado de perfección, que hicieron de él uno de los santos que más profundamente han comprendido el misterio de la cruz.

Pero no se limitó a la contemplación de las penas del Redentor. Hambriento, según su expresión, de cruces y sufrimientos, intentó asemejarse a Jesús crucificado, imprimiendo en su inocente cuerpo las llagas del crucifijo. Convencido que Dios

quería de él grandes penitencias, e influido por la educación materna y el ambiente de la época, se impuso un régimen de vida tan austero y penitente que hasta parece imposible que alguien pudiera soportarlo.

A las prolongadas vigilias, ayunos y abstinencias, a los cilicios, disciplinas y demás penas con que voluntariamente se mortificaba, debemos añadir las desolaciones y aflicciones de espíritu, las luchas y tentaciones del demonio, con que Dios mismo quiso purificarlo poniendo a prueba su virtud. El abandono de la cruz lo sufrió Pablo en su realidad más viva, y con tan prolongada y angustiosa sequedad, que pudo confesar no haber pasado durante cincuenta años un solo día sin estos sufrimientos y en casi continua aridez.

Todo ello no fue en manos de la Providencia más que un medio eficaz y poderoso para uniformar sus sentimientos a los de Jesús crucificado con un total abandono a la voluntad de Dios, tanto más meritorio cuanto tuvo que superar dificultades de todo género.

Dotado de un carácter jovial, abierto y sobremanera sensible, de trato ameno, exquisitamente social y delicado, sus austeras penitencias y las amarguras interiores de su espíritu en nada disminuyeron la amable suavidad de sus modales, que daban a su acción apostólica y a su gobierno un equilibrio constante y una armonía espiritual perfecta.

Pero San Pablo de la Cruz debía ser, además del santo contemplativo, el apóstol infatigable de los sufrimientos del Redentor. De importancia decisiva en la orientación espiritual de su vida fue la clara investidura recibida del cielo de recordar al mundo la memoria de la pasión y muerte de Jesús crucificado.

En su programa espiritual Pablo de la Cruz proponía a Cristo crucificado como el divino modelo de nuestra vida cristiana, de absoluto valor y de infinita fecundidad, y la meditación de sus sufrimientos como el medio más seguro y eficaz para una rápida transformación y elevación de las almas. Toda la espiritualidad del Santo se inspira en esta verdad inmutable y eterna anunciada por San Pedro: Cristo sufrió por nosotros para que sigamos sus pisadas. La santidad que se inspira en la cruz es la más grande, la más genuina, la más preciosa, la deseada por

Dios, segura y secreta en su maravilloso desarrollo. El supremo ideal del cristiano debe ser, según él, dedicar su vida a glorificar la locura de la cruz, y sumergirse en lo más profundo de este mar sin orillas, participando lo más posible de las penas del Redentor.

Para perpetuar en la Iglesia este su programa de renovación y progreso espiritual, ideó la Congregación de los pasionistas. Fundando el primer convento, que él llamó «retiro», en 1737, obtuvo la aprobación solemne de la congregación en 1769 y la cuarta aprobación de las reglas en 1775.

Estableciendo su congregación sobre las bases austeras de un marcado espíritu de soledad, pobreza y oración, quiso que los religiosos pasionistas fuesen con su palabra y su ejemplo auténticos apóstoles de Jesús crucificado, obligándose con voto particular a propagar la devoción a sus dolores. El emblema que el pasionista lleva sobre el pecho debe recordarle a él y a los demás que no hay medio más seguro de salvación y santificación que la pasión de Cristo bien grabada en el corazón. En 1771, con la inauguración del primer monasterio femenino, completó su acción como fundador. Las monjas pasionistas serán, en la soledad de sus claustros, el complemento y la savia fecunda que alimentará el apostolado de sus religiosos.

Combinó con el gobierno de la familia religiosa su actividad apostólica, trazando el camino y constituyéndose en el primer misionero de la Congregación. Durante más de cuarenta años recorrió especialmente las ciudades y pueblos de Toscana y Lazio, predicando misiones y dando ejercicios espirituales. El paso del padre Pablo suscitaba un entusiasmo incontenible en el pueblo cristiano, granjeándose la admiración y veneración no sólo de los fieles, sino también de los sacerdotes, obispos, cardenales y hasta de los mismos romanos pontífices.

La misión predicada en 1769 en la basílica de Santa María del Trastévere, en el centro de la cristiandad, por orden del mismo Clemente XIV, fue el coronamiento glorioso de una vida que se había consumido por la salud eterna de sus hermanos redimidos con la sangre divina.

Como en la soledad del «retiro» su única ocupación era la contemplación de su amor crucificado, durante las misiones se

dedicaba con un ardor y empeño tal al apostolado, que terminaba completamente extenuado de fuerzas.

La elocuencia del Santo era ardiente, viva, rica de afectividad, que a veces se manifestaba en sollozos y gemidos, como la del amante que se ve imposibilitado de manifestar lo que siente en su corazón.

Alimentando su dinamismo apostólico en la contemplación de las llagas del Redentor, el argumento central de la misión era la pasión de Jesucristo. Cuando San Pablo de la Cruz hablaba de los sufrimientos del Hijo de Dios, se transformaba visiblemente, haciendo descripciones tan patéticas, tan llenas de fuerza y colorido que el auditorio, profundamente impresionado, prorrumpía con frecuencia en llanto y gritos de perdón y misericordia.

Si, por una parte, su espíritu apostólico era fuego abrasador e impetuoso que deseaba destruir hasta la raíz misma del pecado si le fuera posible, por otra se hacía dulce y suave abriendo las puertas a la más consoladora esperanza, haciendo ver que la muerte del Redentor es un acto de misericordia infinita hacia los pecadores y una garantía del perdón aun a los más obstinados.

La intención del santo en sus misiones no era solamente la conversión del pecador. Los sufrimientos de Jesús crucificado debían inducirle al arrepentimiento, pero no debía limitarse a sólo eso su eficacia: debían producir la perseverancia en el bien y la consecución de todas las virtudes cristianas.

Elemento esencial de su método apostólico era capacitar toda clase de personas a meditar por sí misma la pasión de Jesucristo, facilitando con el esfuerzo personal de cada uno la acción santificadora de la gracia. Para conseguirlo más fácilmente, al terminar sus ministerios buscaba alguna persona, con preferencia sacerdotes, que durante su ausencia siguiesen cultivando la devoción a la pasión de Jesucristo, dirigiendo la meditación todos los días por la mañana mientras se escuchaba la santa misa.

En tantos años de actividad apostólica cientos de almas de la más variada condición social y de formación cultural y espiritual más diversa, le escogieron por guía y maestro, alcanzando

bajo su dirección firme y suave las más asombrosas ascensiones en las vías del espíritu.

Si bien el magisterio de San Pablo como director de almas fue principal y sustancialmente oral y apostólico, lo continuó y completó con sus cartas, llenas de tal sabiduría celestial y divina, que le colocan a la altura de uno de los mayores místicos de la hagiografía cristiana.

Para introducir un alma a la vida interior comenzaba por habituarla a la meditación de la Pasión. La oración, en general, y la meditación de la Pasión, en particular, la consideraba como la puerta de acceso a los secretos de la vida interior, del trato íntimo y amigable con Dios. Se proponía que el alma llegase a conseguir un profundo silencio interior en el que, con absoluta abstracción de las criaturas, sólo se oyese la voz de la sangre del Cordero inmaculado, que sube hasta el cielo pidiendo misericordia, o cae sobre las almas para purificarlas de sus imperfecciones y hermosearlas con el traje rozagante y perfumado de todas las virtudes.

El alma que bajo su dirección se daba a la vida interior debía ser acompañada del continuo recuerdo de las penas del Redentor. Con tal modelo y ejemplo debía morir a todo lo creado para nacer a nueva vida, donde Jesús crucificado sería su única riqueza y tesoro.

Estas enseñanzas las difundía San Pablo de la Cruz no sólo entre personas religiosas, sino que las inculcaba a las del mundo, convencido de que son incompatibles la vida mística y la contemplación más elevada con el ejercicio de las ocupaciones del propio estado.

Los últimos años, reducido a la inactividad por las enfermedades y los achaques de la vejez, fueron caracterizados por la veneración de los hombres, incluidos los romanos pontífices, y de grandes y extraordinarias gracias místicas por parte de Dios. Era como la anticipación del paraíso. Quien tanto se había asemejado a Jesús paciente merecía que aún en vida comenzase a gustar los frutos del triunfo de la cruz y a contemplar su gloria final.

El 18 de octubre de 1775 San Pablo de la Cruz terminaba su existencia recordando al mundo un mensaje siempre actual y de

permanente vitalidad, como actual y vital es el objeto que lo constituye: transformarnos en otros Cristos crucificados para cooperar con Dios a la redencion del mundo.

PAULINO ALONSO DE LA DOLOROSA, CP

Bibliografía

ALMERAS, CH, *St Paul de la Croix le fondateur de Passionistes Une action fille de contemplation* (Paris 1957)
BROVETTO, C, *Introduzione alla spiritualita di S Paolo della Croce Morte mistica e divina Nativita* (Teramo 1955)
Diario di S Paolo della Croce (Turin 1929)
Lettere di S Paolo della Croce fondatore dei Passionisti, 4 vols (Roma 1924)
GAETAN DU SAINT NOM DE JESUS, *St Paul de la Croix et l'Institut des Passionistes* (Tirlemont 1933)
GAETANO DELL ADDOLORATA, *Gigante della Croce* (Alba 1952)
LUIS TERESA DE JESUS AGONIZANTE, *Vida de San Pablo de la Cruz* (Santiago de Chile 1914)
STRAMBI, V M, *Vita del venerabile servo di Dio P Paolo della Croce* (Roma 1786)
• Actualizacion
ARTOLA, A M ª, CP, *Vivencia de Cristo paciente Diario espiritual, Muerte mistica, Epistolario selecto de San Pablo de la Cruz* (Madrid 2000)
BIALAS, M, *Pablo, carismatico de la cruz* (Estella 1979)
CALABRESE, A, *Maestro e mistico San Paolo della Croce* (Roma 1993)
LIPPI, A, *San Pablo de la Cruz, mistico y evangelizador* (Salamanca 1994)
PIELAGOS, F, *Testigo de la pasion San Pablo de la Cruz* (Madrid 1979)

SAN JOEL

Profeta (Antiguo Testamento)

El *Martirologio* actual indica brevemente los dos mensajes mas relevantes de Joel, fecha 19 de octubre:

> «Conmemoracion del santo profeta Joel, que anuncio el gran dia del Señor y el misterio de la efusion de su Espiritu sobre toda carne, misterio que la divina Majestad se digno realizar admirablemente en Cristo el dia de Pentecostes» (*Matyrologium romanum,* 548)

Efectivamente, la actividad profética de Joel, tal como reflejan los pocos capítulos de sus oráculos, se centró en ese tema trascendental del «Gran día del Señor».

Joel, uno de los doce profetas menores, significa «Yahvé es Dios». Era hijo de Petuel, y, al parecer, de familia sacerdotal, dado el interés que muestra por el culto.

La cronología es muy dudosa porque el autor se esfuma totalmente detrás de su mensaje; y nada sabemos de él salvo lo que podamos deducir de sus oráculos que, por añadidura, ofrecen pocas pistas personales. Sólo en una ocasión, su angustiosa plegaria ante la plaga desoladora, revela en sus exclamaciones que se vio muy angustiado por las desgracias catastróficas de su pueblo:

> «A ti clamo, Yahvé, porque el fuego ha devorado los pastos de la estepa, las llamas han abrasado todos los árboles del campo, hasta las bestias del campo jadean tras de ti porque están secos los cauces de agua y el fuego ha devorado los pastos de la estepa» (Jl 1,19-20).

Pero, a través de todos los oráculos, el pronombre de primera persona «Yo» lo pronuncia Yahvé. El profeta repite una y otra vez: «Oráculo de Yahvé», «Lo ha dicho Yahvé».

Por su libro podemos deducir con claridad que es judío, que predicó en Jerusalén y que es buen conocedor de la vida campesina, como lo demuestra su descripción de la plaga de la langosta, casi técnica. Pero no era, precisamente, un campesino dedicado a la tareas agrícolas. Por el contrario, sus grandes cualidades literarias y aliento poético, así como su conocimiento de los profetas que le precedieron, aconsejan situarlo en un ambiente cultural elevado con notable preparación.

Es amigo del culto y del templo. Muy distinto de aquellos profetas que miran siempre ese mundo con ojos críticos.

Sin que se pueda afirmar con certeza, su predicación y la composición del libro fue después del destierro y de la restauración del templo (año 515), no se alude ya a la monarquía.

Cuanto menos podamos conocer de la persona del autor, más hemos de centrarnos en su obra. En ella está el hombre y su mensaje. En el libro se refleja su personalidad. La profecía de Joel es una poderosa creación literaria en la que se proclaman mensajes de validez permanente y universal con gran eco en el Nuevo Testamento. Y sigue teniendo gran vigencia en la vida de la Iglesia. El punto de partida es la impresionante plaga de langosta que arrasó las cosechas en los campos de Judá, con oleadas sucesivas de los insectos invasores:

> «¡Escuchad esto ancianos, prestad oído, todos los habitantes del país! ¿Sucedió algo semejante en vuestros días, o en los días de

vuestros antepasados? Contádselo a vuestros hijos, vuestros hijos a sus hijos, y sus hijos a la siguiente generación. Lo que dejó la oruga lo devoró la langosta, lo que dejó la langosta lo devoró el pulgón, lo que dejó el pulgón lo devoró el saltamontes» (Jl 1,2-4).

El poeta, por elevación poética, transforma la nube de langostas devoradoras en un ejército en orden de batalla:

«Su aspecto es de corceles, de jinetes que galopan. Su estrépito es de carros que saltan por las cimas de los montes, como el crepitar de las llamas de fuego que consume la hojarasca, ¡como un ejército poderoso en orden de batalla! A su vista tiemblan los pueblos, todos los rostros mudan de color. Corren como valientes, como guerreros escalan las murallas; cada uno avanza en su puesto sin descomponer las filas. Nadie tropieza con su vecino, cada cual sigue su ruta; entre las saetas arremeten sin perder la formación. Asaltan la ciudad, escalan la muralla, suben hasta las casas, a través de las ventanas entran como ladrones» (Jl 2,4-9).

A esta catástrofe, se une otra no menor, la terrible sequía:

«Se han secado las semillas bajo los terrones; los graneros han sido devastados y los silos arruinados, porque falta grano. ¡Como muge el ganado, cómo vagan sin rumbo las vacadas, porque no tienen pastos! ¡Hasta los rebaños de ovejas lo pagan!» (Jl 1,17-18).

Estas calamidades acumuladas hacen pensar en un futuro todavía peor «porque está cerca el Día de Yahvé», del que son signo y premonición.

Ante estas estremecedoras catástrofes, Joel invita a una actitud de conversión sincera y profunda que se manifiesta externamente en una jornada litúrgica de ayuno y penitencia para implorar la compasión divina:

«"Mas ahora —oráculo de Yahvé— volved a mí de todo corazón, con ayuno, con llantos y con duelo". Desgarrad vuestro corazón y no vuestros vestidos, volved a Yahvé, vuestro Dios, porque él es clemente y compasivo, lento a la cólera, rico en amor, y se retracta de las amenazas. ¡Quién sabe si volverá y se compadecerá, y dejará a su paso bendición, ofrenda y libación para Yahvé, vuestro Dios!

¡Tocad la trompeta en Sión, promulgad un ayuno, convocad la asamblea, congregad al pueblo, purificad la comunidad, reunid a los ancianos, congregad a los pequeños y a los niños de pecho! Que salga el esposo de su alcoba y la esposa de su lecho. Entre el atrio y el altar lloren los sacerdotes, ministros de Yahvé, y digan: "¡Perdona, Yahvé, a tu pueblo, y no entregues tu heredad a la des-

honra y a la burla de as naciones! Que no se diga entre los pueblos: ¿Dónde está su Dios?"» (Jl 2,12-17).

Estos rasgos descriptivos de la religiosidad israelita se presentan con sencillez. Sin elevaciones poéticas Pero todo culmina en el oráculo con que Yahvé responde anunciando la liberación de la plaga, el fin de la sequía y las bendiciones tradicionales que retornan.

> «Respondió Yahvé y dijo a su pueblo: "Yo os voy a enviar el trigo, el mosto y el aceite hasta saciaros, y no os entregaré más a la deshonra de las naciones. Alejaré de vosotros al que viene del Norte, lo arrojaré hacia una tierra desolada y desértica; su vanguardia hacia el mar oriental, hacia el mar occidental su retaguardia. Y subirá su mal olor, se extenderá su fetidez". (¡Porque él hace proezas!)
>
> No temas, suelo, regocíjate y salta de júbilo, porque Yahvé hace proezas. No temáis, bestias del campo, porque los pastos de la estepa reverdecen, los árboles producen su fruto, la higuera y la vid dan su riqueza. ¡Habitantes de Sión, regocijaos, alegraos en Yahvé, vuestro Dios! Porque él os envía la lluvia de otoño en su medida y hace caer para vosotros los aguaceros de otoño y primavera, como antaño. Las eras se llenarán de trigo, los lagares rebosarán de mosto y aceite.
>
> Yo os compensaré de los años en que os devoraron la langosta y el pulgón, el saltamontes y la oruga, el gran ejército, que envié contra vosotros. Comeréis en abundancia hasta hartaros, y al alabaréis el nombre de Yahvé, vuestro Dios, que hizo maravillas con vosotros. (Mi pueblo no volverá a ser avergonzado).
>
> Y sabréis que yo estoy en medio de Israel; ¡Que yo soy Yahvé, vuestro Dios, y no otro! ¡Y mi pueblo no volverá a ser avergonzado!» (Jl 2,19-27).

En este ambiente litúrgico y cultual, con fuerte elevación poética, Joel transforma todo el acontecimiento y lo alza a la categoría teológico-bíblica del «Día del Señor». Es la clave principal y el eje de su predicación y de su mensaje.

Hay momentos de la historia en los que Dios interviene solemnemente usando como instrumentos los fenómenos atmosféricos y los hechos humanos. En ellos Dios hace juicio público castigando, perdonando o salvando.

La predicación de Joel, partiendo de unas terribles calamidades y previendo otras mayores, mantiene un tono optimista y esperanzador que invita a levantar al ánimo del pueblo. El

tono de su profecía es más coherente con el tiempo después del destierro.

La caída de Jerusalén y la desaparición de la monarquía, ya está lejos. Quedan en pie promesas pendientes de Dios. Han pasado los años y todavía no se ha respirado el cambio definitivo que ha de producir la efusión de Espíritu anunciada por Jeremías y Ezequiel, la irrupción de un mundo nuevo, el manantial que ha de brotar del templo para engrosar el torrente vivificante de las Acacias.

El tema del «Día de Yahvé» llega a Joel en la última etapa de su evolución. Si antes del destierro ese Día se presentaba en forma negativa para Israel, como un castigo por la rebeldía de su dura cerviz y su infidelidad a la alianza, salvado sólo en el «resto fiel», durante el destierro, después de la caída catastrófica de los dos reinos, el día terrible de Yahvé, el día de su ira encolerizada, el día de las tinieblas, se ha trocado. Ya no va contra Israel, que está hundido en la derrota y la ruina, sino contra las naciones y los poderes que la han destruido. Mientras que para el pueblo de Dios, ese día se convierte en el comienzo de la restauración definitiva ante el que la esperanza renace.

Ante el «Día de Yahvé», descrito con toda la riqueza de imágenes apocalípticas, acompañado profusamente con los signos y prodigios cósmicos, se amplían los horizontes de universalidad más allá de los estrechos límites de Israel y de su marco histórico para extenderse a la perspectiva, al ámbito universal de la humanidad:

> «Y realizaré prodigios en el cielo y en la tierra, sangre, fuego y columnas de humo. El sol se convertirá en tinieblas y la luna en sangre, ante la llegada del Día de Yahvé, grande y terrible (Jl 3,3-4).

Dios es invencible, domina la historia y el caos y llegará el gran Día del tiempo de los justos. Sólo es terrible para Israel cuando se alía con los pecadores y olvida la alianza.

La salvación y el «Día de Yahvé» suponen el cumplimiento de una de las promesas más fascinantes, la efusión del Espíritu, tema el más sugestivo y fecundo de Joel:

> «Después de esto yo derramaré mi espíritu sobre todo mortal y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas, vuestros ancianos ten-

drán sueños, vuestros jóvenes verán visiones. Y hasta sobre siervos y siervas derramaré mi espíritu en aquellos días» (Jl 3,1-2).

El profeta ha acentuado el énfasis para el oráculo de esta efusión universal, sin distinciones de razas ni edades ni sexos. El Espíritu de Yahvé es una fuerza divina que transforma y renueva a las personas en las que se infunde. Si en los profetas, antes del destierro, se subrayaba su acción en cada persona, en los posteriores se insiste en la acción sobre todo el pueblo. Pero puede quedar paralizada por la resistencia de los individuos que se rebelan, indóciles, y resisten y entristecen al Espíritu (cf. Is 63,10).

San Pedro, en su discurso de Pentecostés, cita expresamente el texto del profeta para señalar que la promesa anunciada se ha cumplido y con la efusión del Espíritu comienza la nueva era (cf. Hch 2,16-21).

En la segunda parte de sus profecías, Joel señala los elementos característicos de una escenografía escatológica: el «Día de Yahvé», el acompañamiento cósmico de la teofanía, el gran juicio de las naciones, la liberación del pueblo y la instauración de un orden nuevo. Toda una utopía esperanzadora, apoyada en la fe inquebrantable del cumplimiento infalibe de las promesas de Dios. Y lo más original de esta cosmovisión escatológica es la generosa efusión del Espíritu.

Cuando Moisés se quejó (Núm 11) del peso del gobierno, Dios le respondió repartiendo su Espíritu entre los setenta ancianos que le ayudaron. Y cuando un muchacho llevó a Josué la queja de que otros dos profetizaban en el campamento, Moisés replicó: «¡Ojalá todo el pueblo de Dios fuera profeta!»

Por fin, uno de los contenidos más notables de la predicación y las profecías de Joel, es el referente al juicio de las naciones:

> «Pues mirad: en esos días, en aquel tiempo, cuando cambie la suerte de Judá y Jerusalén, reuniré a todos los pueblos, los haré bajar al Valle de Josafat y allí los juzgaré, porque dispersaron entre las naciones a Israel, mi pueblo y mi heredad, y se repartieron mi tierra. Sortearon a mi pueblo, cambiaron al niño por un prostituta, y vendieron a la niña por un trago de vino [...] Que se movilicen y suban las naciones al Valle de Josafat, pues allí me sentaré yo para juzgar a todos los pueblos vecinos [...] Sabréis entonces que

yo soy Yahvé, vuestro Dios, que habito en Sión, mi monte santo. Jerusalén será lugar santo y los extranjeros no volverán a pasar por ella» (Jl 4,1-3.12.17).

Los judíos solían celebrar los juicios a la puerta de la ciudad. Ante una convocatoria tan populosa, Joel finge un valle al que pone un nombre simbólico, «de Josafat», que significa «Dios juzga». En otros versículos le llama el Valle de la decisión (cf. 4,14), o utiliza la imagen de la trilla. Es el lugar de la audiencia inapelable de Dios. Fantasías posteriores lo han identificado con el torrente Cedrón, en la parte sudeste, extramuros de la Jerusalén antigua. Y allí se multiplicaron las tumbas judías, cristianas y musulmanas, pretendiendo localizar el sitio donde se realizaría el juicio universal.

En conjunto, el mensaje de Joel (a pesar de sus tintes de exacerbado nacionalismo, explicable, por otra parte, ante los sufrimientos de su pueblo, pero en contraste con el universalismo que se va abriendo paso en la Biblia), a pesar del sorprendente silencio que guarda frente a las injusticias sociales, posee un vigor y una perenne actualidad.

Baste recordar como ejemplo y testimonio el uso tradicional que, de sus textos, se hace en la liturgia, el miércoles de Ceniza, al comienzo de la Cuaresma. También en las lecturas de la misa durante el Adviento, y en lecciones, responsorios y antífonas de la Liturgia de las Horas. Y en Pentecostés.

La iglesia latina lo honraba el 13 de julio. En el nuevo calendario ha quedado su fiesta el 19 de octubre, fecha en la que le veneraba la Iglesia griega.

La iconografía toma sus atributos de las profecías: un enjambre de langostas, alusivo a la plaga; el cuerno de la abundancia recuerda sus anuncios de restauración y prosperidad. Se le presenta como el profeta de Pentecostés. Otra señal de sus imágenes es la trompeta que convoca al juicio. Suele llevar inscripciones tomadas de los oráculos y sirven para identificarlo.

Para el lector de hoy, el libro de Joel presenta luces y sombras. Sorprende un tanto su xenofobia y exagerado nacionalismo.

El llamamiento a la conversión se concreta casi exclusivamente en actos rituales con el peligro de que sea rutinaria y vacía de compromiso. Pero los aspectos positivos son muy claros

e importantes: la absoluta confianza en la bondad de Dios, que podrá salvar a su pueblo, es una invitación a la esperanza. La llamada a la penitencia y, sobre todo, la generosa efusión del Espíritu que se derramará sin fronteras, anticipando lo que sucederá en Pentecostés; y la permanente y vivificante presencia del Espíritu en la Iglesia.

También es interesante la interpelación del profeta a las comunidades cristianas de hoy, tan remisas a la penitencia sacramental y tan poco sensibles a las mociones del Espíritu, cuando pretenden encerrarlo en los estrechos límites de la edad, el sexo o la posición dentro de la Iglesia.

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

ALONSO SCHOKEL, L. - SICRE DIAZ, J. L., *Profetas. Comentario,* 2 vols. (Madrid 1980) 923-949.

AMSLER, S., *Los últimos profetas* (Estella 1996).

MORALDI, L., «Joel», en P. ROSSANO - G. RAVASI - A. GIRLANDA, *Nuevo diccionario de teología bíblica* (Madrid 1988) 904-906.

RAGI, A. H. M., «Iconografía», en *Bibliotheca sanctorum.* VII: *Giustiniani-Lhuilier* (Roma 1966) col.489.

SISTI, A., «Gioele», en *Bibliotheca sanctorum.* VI: *Galena-Giustiniani* (Roma 1965) cols.486-489.

SAN FELIPE HOWARD

Mártir († 1595)

El domingo 25 de octubre de 1970 Pablo VI canonizaba en la Basílica Vaticana a cuarenta mártires de Inglaterra y del País de Gales pertenecientes a los siglos XVI y XVII. La Iglesia católica procedía con ello, por boca del sucesor de Pedro, a inscribir conjuntamente en el catálogo de los santos mártires a estos intrépidos ingleses y galeses que habían sabido perseverar en la fe católica hasta el martirio durante las persecuciones decretadas por diversos monarcas, la reina Isabel I sobre todo, desde que Enrique VIII se apartó de la obediencia de Roma. Una época la de entonces, como se ve, negra y atemorizadora, cuando la tolerancia y el *fair play* aún no se reconocían como «virtudes» británicas. Ser católico entonces suponía una traición a la Corona, y

estos súbditos de toda clase y condición social, que sólo por el hecho de sus creencias eran ya considerados traidores en cuanto conspiradores contra la paz del reino, tenían que pagar tamaña osadía con la vida muriendo en la horca por desleales, como así ocurrió. Cuarenta mártires, al fin, representantes de otros muchos ingleses fieles a Roma.

Entre ellos hay madres de familia como Margaret Clitherow, viudas como Anne Line, nobles como nuestro Philip Howard, conde de Surrey, modestos y sencillos seglares como el maestro galés Richard Gwyn, y sacerdotes como Cuthbert Mayne, John Payne, John Almond o John Kemble. Hay también una larga lista de religiosos en la que figuran cartujos, agustinos, benedictinos, franciscanos y jesuitas, orden acaso la más comprometida en defender y mantener lo que oficialmente se llamaba la antigua fe: Robert Southwell, Henry Walpole, Nicholas Owen, Thomas Garnet, Henry Morse y el más célebre de todos, Edmund Campion (1540-1581), cuya vida escribió Evelyn Waugh. Apellidos todos, bien se echa de ver, muy ingleses y galeses, una prodigiosa constelación de obstinados a lo divino, que resistieron firmes en su fe cuando el poder civil decidió por puro capricho que había que dejar de creer en aquello que era su fe desde niños para empezar a creer en otra cosa, porque así lo mandaban las autoridades.

La solemne ceremonia de canonización empezó a prepararse cuidadosamente en Roma no bien se hubo aceptado y aprobado en la Congregación para las Causas de los Santos la *Positio* del relator. Desde el esbozo de los textos para la homilía pontificia, habitual competencia del postulador, hasta la música, oficio de la Capilla Sixtina, todo pasó por un minucioso proceso de estudio en previsión de la masiva afluencia de peregrinos, muchos de ellos anglicanos. Los católicos ingleses se empeñaron esta vez en enviar para el acto su propio coro, y el P. Molinari hubo de encargarse de convencer al director de la Sixtina para que, por esta vez, cediese su puesto en la función. Asimismo, si en la Edad Media ser santo había sido hacer milagros en abundancia —también los milagros eran *gesta Dei per sanctos*— y si hoy cuesta no poco presentar los dos exigidos, algo sobremanera difícil para canonizaciones numerosas, los cuarenta márti-

res ingleses iban a ser canonizados por dos milagros atribuidos al grupo y debidamente examinados y contrastados en la Congregación. Las connotaciones ecuménicas de la ceremonia, y no en último término, sobre todo por las susceptibilidades del anglicanismo, a cuyo credo pertenecieron en su día los verdugos de estas víctimas, eran evidentes, no se olvide.

San Felipe Howard, vigésimo conde de Arundel, había nacido en la palaciega mansión arundeliana de Londres el 28 de junio de 1557, y murió en la Torre de Londres el 19 de octubre de 1595. Los 38 años que vivió hicieron de él uno de los cuarenta mártires de la Iglesia de Inglaterra y de Gales. Hijo mayor de Tomás Howard, cuarto duque de Norfolk, y de Mary Fitzalan, hija de Henry Fitzalan, décimonoveno conde de Arundel, fue bautizado como católico por el arzobispo de York en la capilla del Palacio Whitehall, presente la familia real, pero educado en el protestantismo. El rey Felipe II de España era uno de sus abuelos. Como a su padre lo mandó decapitar la reina Isabel en 1572 por imputarlo involucrado en el asunto de María, reina de Escocia, Felipe su hijo, a causa de tal sentencia, se vio privado de la sucesión al ducado de Norfolk, aunque heredó de la madre en 1580 los condados de Arundel y Surrey.

Juan Fox y el Dr. Gregorio Martin se encargaron de la educación del niño, pero la influencia protestante fue, insisto, más fuerte y Felipe pasó dos años en la Universidad de Cambridge «con no poco detrimento», dicen algunos biógrafos. De hecho, durante algunos años fue indiferente a la fe. A la temprana edad de 12 ó 14 años contrajo matrimonio con Ana Dacres, hija de lord Dacres de Guilleslant. Muerto su padre de la trágica manera dicha, se convirtió, no obstante, en uno de los favoritos de la reina Isabel. Llevó en la corte una vida disipada y frívola, y sufrió todavía mayores daños con los halagos de la vida palaciega, ya que llegó a olvidarse de su admirable esposa y a descuidar sus dominios.

Años más tarde cayó en la cuenta de que necesitaba reformar sus costumbres y cambiar de vida. En 1581, muy impresionado por una discusión que llegó a oir en la Torre de Londres entre el beato Edmundo Campion, jesuita, fray Ralph Sherwin, sacerdote, y otros, frente a algunos teólogos protestantes fieles

a la reina Isabel, decidió volver al buen camino, que en este caso era el de Arundel, su casa, y le volvió a cobrar cariño a su esposa. El P. Guillermo Weston, jesuita, se encargó de reconciliar a ambos con la Iglesia católica el 30 de noviembre de 1584. El cambio de vida no tardó en filtrarse por los muros de la Corte. Así que, cuando la reina se enteró, puso inmediatamente bajo arresto a su mujer Ana Dacres y a Felipe lo envió prisionero a la Torre de Londres.

Las sospechas habían venido recayendo sobre uno y otro desde tiempo atrás, de modo que éste llegó a quedar algún tiempo bajo vigilancia en su propia casa. Su manifiesto cambio de conducta no hizo sino que se redoblaran las intrigas de sus enemigos. El ambiente se volvía irrespirable, de modo que Felipe determinó huir en 1585 con su familia y hermano Guillermo y muchos católicos a Flandes por el Canal de la Mancha. En larga carta escrita a la reina el 14 de abril de 1585 para explicar su conducta, antes de embarcarse en Sussex, le decía que había llegado al punto «en que se veía obligado a escoger entre la pérdida de los bienes materiales y la pérdida de su alma».

Pero la nave rumbo a Flandes fue al parecer capturada el 25 de abril: el capitán le traicionó y de nuevo fue a parar con los huesos en la Torre de Londres. Al cabo de un año, y puesto que sus enemigos habían sido incapaces de probar los cargos de traición, fue juzgado por otros delitos de menor importancia. Los jueces le sentenciaron a pagar 10.000 libras de multa y a permanecer prisionero hasta que la reina dispusiese otra cosa. En la época de la aventura de la Armada Invencible, fue nuevamente juzgado por los pares del reino, pues se le acusaba de haber cometido el delito de alta traición, favoreciendo a los enemigos de la reina. Aunque las pruebas eran falsas y sin peso alguno (los testigos habían confesado por miedo a la tortura), Felipe fue condenado a muerte en 1589. Sin embargo, la sentencia, se ignora el porqué, no fue ejecutada. El hecho es que nuestro santo permaneció prisionero en la Torre de Londres durante seis años más y allí acabó sus días el 19 de octubre de 1595. No faltan biógrafos afirmando que fue envenenado, pues habría muerto de disentería. Lo que sí se sabe con certeza es que, por haber rehusado asistir a un servicio protestante, se le

denegó el permiso de ver en el lecho de muerte a su esposa y a su hijo, a quien, por cierto, no conocía.

Felipe Howard tenía 38 años al morir y había estado prisionero diez consecutivos. Su paciencia y conducta en la prisión fueron no ya sólo ejemplares sino heroicas. Su conversión había sido muy sincera, y el conde pasaba la mayor parte del tiempo escribiendo y copiando libros devotos. A él se debe, en efecto, la primera traducción inglesa del *Carmen de doctrina,* poema en forma de diálogo que servía de final a la *Institutio.* Compuso en prisión también poemas espirituales, himnos y la traducción completa del místico alemán Johann Landsberger. El poema de Marulic, al que nuestro santo había dado nuevo título *(A dialogue between a Christian and Jesu Christ hanging on the crosse),* sigue el texto latino de Marulic, donde cada dístico es traducido por una cuarteta.

Luciendo al comienzo de la obra, el poema estaba ilustrado por un muy bello grabado en madera que representaba la crucifixión, y al pie de la cruz, María, Juan y Magdalena. Seguramente San Felipe Howard llegó a disponer, en la Torre, del libro de Marulic. Este poema, cuya primera edición anónima data de 1595, impreso en los sótanos del castillo de Arundel, apareció en los años siguientes con el nombre de su autor. Constituye probablemente una de las más bellas traducciones del poema de Marulic. Da testimonio, en efecto, no sólo de la calidad del poeta, sino sobre todo de la profundidad de su piedad y del amor que lo inspira. Una decena de páginas ilustran el destino admirable de esta conversación entre Jesús en la cruz y un cristiano, que no dejó de ser ilustrado y utilizado por los más grandes autores espirituales, como fray Luis de Granada, y hasta por mártires como nuestro San Felipe, lo que provocó un número impresionante de traducciones a idiomas europeos.

Como si el confinamiento solitario no fuese pena suficiente, solía él ayunar, mientras se lo permitió la salud, tres veces por semana y todos los días se levantaba a las cinco de la madrugada para orar. En particular, hacía penitencia por la forma en que había tratado a su fiel esposa. En una carta al Beato Roberto Southwell, le decía: «Nuestro Señor es testigo de que ninguno de mis pecados me hace sufrir tanto como el haber ofendido a

mi esposa». A ésta le escribía: «Aquél que todo lo ve, sabe que lo sucedido es como un clavo en mi corazón y constituye la carga más pesada que llevo en la conciencia; tengo la intención de hacer toda la penitencia que me permitan mis fuerzas». San Felipe murió «del modo más apacible, sin sufrir ni quejarse; simplemente volvió un poco la cabeza, como quien se queda dulcemente dormido». En una declaración que había escrito cuando esperaba la ejecución, decía: «En cuanto sé, la única razón por la que he sido arrestado y por la que estoy pronto a morir es mi fe». En la torre Beauchamp de la Torre de Londres pueden verse todavía dos inscripciones grabadas por el propio santo en junio de 1587 y otra conmemorativa de su muerte en 1595, grabada por un prisionero católico llamado Tucker. Sus reliquias reposan desde 1971 en la capilla Fitzalan, de la catedral de Arundel. La frase por él escrita en latín el 22 de junio de 1587 dice: *Quanto plus afflictiones pro Christo in hoc saeculo, tanto plus gloriae cum Christo in futuro* (cf. Rom 8). El visitante de la Torre de Londres la puede leer en ingles: *The more affliction we endure for Christ in this world, the more glory we shall obtain with Christ in the next.*

Los documentos publicados en el volumen 21 de la *Catholic Record Society,* y la narración publicada en 1857 con el título del manuscrito original, *Lives of Philip Howard, Earl of Arundel, and of Anne Dacres his Wife,* dan más clara idea de su vida y carácter que del de cualquier otro mártir del reinado de Isabel. La biografía del conde y la condesa fue escrita en 1635, cinco años después de la muerte de lady Arundel. El autor fue un jesuita capellán de la condesa, del que ignoramos su nombre.

Beatificado en 1929 por el papa Pío XI, la canonización llegó con el papa Pablo VI en 1970 y es considerado uno de los 40 mártires de Inglaterra y Gales. Padre de familia de la nobleza inglesa, preso que acabó sus días en la terrible Torre dicha, conde de Arundel, seglar y mártir. Etimológicamente su nombre parece derivar del griego, y significaría, segun los filólogos, «amante de los caballos». Los Padres de la Iglesia, buenos conocedores de las primeras comunidades cristianas, solían afirmar que donde está la Iglesia, también está el Espíritu de Dios, y donde el Espíritu de Dios, también la Iglesia y toda gracia. No importa mucho, pues, la categoría social de nuestro santo, relacionado

con reyes y reinas; lo que de veras importa es su condición de creyente. Su patrocinio, por eso, comprende de modo especial las víctimas de traición, los matrimonios con problemas, quienes se ven acusados en falso y hasta los esposos que viven separados.

Evento histórico, es cierto, para la Iglesia universal de nuestro tiempo, tan necesitada de mártires, el de tan masiva canonización. En su bellísima homilía Pablo VI empezó por precisar la relación del grupo con las radiantes palabras de Jesús a su Iglesia: «Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos» (Jn 15,13). Recordó luego las célebres de Tertuliano acerca de la sangre de los mártires, semilla de cristianos: *Semen est sanguis christianorum* (*Apol.,* 50: PL 1,534). Y las del Vaticano II:

> «El martirio, en el que el discípulo se asemeja al Maestro, que aceptó libremente la muerte por la salvación del mundo, y se conforma a Él en la efusión de su sangre, es estimado por la Iglesia como un don eximio y la suprema prueba de amor» (LG 42).

Ninguna expresión más grande ni signo de amor más sublime que el martirio, ya no sólo porque el mártir permanece fiel hasta la última gota de su sangre, sino ante todo porque tal sacrificio viene completado por el amor más alto y noble que pueda existir, o sea el de Aquel que nos ha creado y redimido, que nos ama como sólo Él sabe amar. Tras calificar a la Gran Bretaña como *isla de santos,* el papa Montini subrayó que una lectura atenta de las actas de su martirio deja evidente que los del grupo canonizado eran

> «los dignos émulos de los más grandes mártires de épocas pasadas, por su gran humildad, valentía, sencillez y serenidad, con las que aceptaron su sentencia y su muerte, más aún, con un gozo espiritual y con una caridad admirable y radiante» (*Ecclesia,* p.2040).

Dieron todos, según revelan sus propios testimonios, sobradas pruebas de lealtad y acatamiento: «No puedo dejar de repetir que muero por Dios y por causa de mi religión, y me considero tan feliz que si acaso pudiese tener otras muchas vidas, estaría dispuesto en sumo grado a sacrificarlas todas por una causa tan noble», había dicho San Felipe Evans. Y nuestro San Felipe Howard: «Me molesta tener solamente una vida que

ofrecer por esta noble causa». Y Santa Margarita Clitherow, con una conmovedora simplicidad y síntesis del sentido de su vida y muerte: «Muero por amor de mi Señor Jesús». Y San Alban Roe: «Bien pequeña cosa es esto si se compara con la muerte extremadamente cruel que Cristo sufrió por mí».

El drama de estos bienaventurados mártires consistió precisamente en que, por un lado, igual que les ocurrió a tantos connacionales suyos que supieron dar la vida en parecidas circunstancias, querían ser y fueron hasta el fondo leales a su patria, por ellos amada de corazón; quisieron ser y fueron de hecho fieles súbditos del poder real que todos —sin excepción— reconocieron hasta el fin como legítimo en cuanto perteneciente al orden civil y político; pero de otro lado, su honesta y sincera lealtad hacia las autoridades civiles vino, sin ellos quererlo, a darse de bruces con la fidelidad a Dios. Ante la prueba, no vacilaron en ir a la muerte antes que renegar de su fe; se abrazaron a Dios y gozosamente afrontaron el martirio. Pero tan grande era su espíritu, tan nobles sus sentimientos, tan cristiana la inspiración de su existir, que muchos murieron rezando por su amada patria, sus reyes e incluso los directos responsables de su captura, tormentos y muerte atroz. Las últimas palabras y oración de San John Plessington, verbigracia, son reveladoras en este sentido: «Dios bendiga al Rey y a su familia y se digne conceder a su majestad un reinado próspero en esta vida y una corona de gloria en la otra. Dios conceda la paz a sus súbditos permitiéndoles vivir y morir en la verdadera fe, en la esperanza y en la caridad». Y las palabras San Alban Roe, antes de ser ahorcado, recuerdan las de Cristo en la Cruz (cf. Lc 23,34): «Perdona, Dios mío, mis innumerables ofensas, al igual que yo perdono a mis perseguidores».

Impresionan las actas de estos mártires por tanta riqueza de datos trascendiendo los siglos y, por eso mismo, tan actuales ellas. Aceptaron su fe, suprema norma de vida, con gran presencia de ánimo y profunda alegría de espíritu, claro ejemplo del cristiano que vive de veras su consagración bautismal, haciendo de la religión la esencia misma de su ser y obrar, de suerte que la caridad divina se convierta en la fuerza inspiradora y fáctica de una existencia, toda orientada hacia la unión de amor

con Dios y los hombres todos de buena voluntad. La Iglesia y el mundo de hoy tienen suma necesidad de hombres y mujeres así, de toda condición y estado de vida, sacerdotes, religiosos y laicos, porque sólo personas de tal santidad serán capaces de cambiar una sociedad atormentada como la nuestra, volviendo a darle, junto a la paz, aquella orientación espiritual y verdaderamente cristiana que todos los hombres anhelan y necesitan.

De ahí el auspicio papal porque también hoy florezcan y se desarrollen centros de estudio, de formación y de plegaria, aptos, en las condiciones actuales, para la preparación de sacerdotes santos y misioneros, como fueron, en aquellos tiempos, los Venerables Colegios de Roma y Valladolid y los gloriosos Seminarios de Omer y Douai, de cuyas aulas salieron justamente muchos de los cuarenta mártires canonizados, de modo que según decía uno de ellos, San Edmundo Campion: «Esta Iglesia no se debilitará mientras haya sacerdotes y pastores que puedan atender a su rebaño» (*Ecclesia,* p.2041). Buen antídoto, pues, el de estos mártires para los tiempos modernos, de indiferentismo religioso y materialismo teórico y práctico cada vez más avasallador. Ojalá su ejemplo e intercesión nos conforten en la fe y consoliden nuestro auténtico amor por Dios, por su Iglesia y por los hombres todos.

Pablo VI, gran ecumenista él, no podía desaprovechar la circunstancia de tener delante a la representación oficial del arzobispo de Canterbury, el reverendo Dr. Harry Smithe, con numerosos miembros de la Iglesia anglicana llegados para la ceremonia. Así que, tras saludar a todos respetuosamente al principio de la homilía, tuvo la deferencia de concluirla con este largo texto en inglés:

> «Pueda la sangre de estos mártires ser capaz de curar la gran herida infligida a la Iglesia de Dios a causa de la separación de la Iglesia anglicana de la Iglesia católica. ¿No es una —nos dicen estos mártires— la Iglesia fundada por Cristo? ¿No es éste su testimonio? Su devoción hacia su país nos da la seguridad de que un día, cuando —con la ayuda de Dios— la unidad de la fe y de la vida cristiana sea restaurada, ya no será inferida ninguna ofensa al honor y a la soberanía de un gran país como Inglaterra. No se perderá el prestigio legítimo y el digno patrimonio de piedad y costumbres propios de la Iglesia anglicana cuando la Iglesia católica romana —este humilde "siervo de los siervos de Dios"— esté en

condiciones de abrazar a esta su siempre amada hermana en una auténtica comunión de la familia de Cristo: una comunión de origen y de fe, una comunión de sacerdocio y de gobierno, una comunión de los santos en la libertad y amor del Espíritu de Jesús. Posiblemente deberemos continuar esperando y esperando en oración, a fin de merecer este día bendito. Pero ahora nos sentimos ya fortalecidos en esta esperanza por la celestial amistad de los cuarenta mártires de Inglaterra y Gales que han sido canonizados hoy» (*Ecclesia,* p.2041).

A los conceptos antes señalados del posible patrocinio de nuestro Santo Felipe Howard, pues, bien puede añadírseles el del movimiento ecuménico, gracia de Dios para su Iglesia en esta hora de *Millennio ineunte.*

PEDRO LANGA, OSA

Bibliografía

«Arundel [*Philip Howard,* 1st earl of Surrey]»: *Encyclopædia Britannica* (2-9-2004).

BAIER, R., «Howard, Philipp», en *Biographisch-bibliographisches Kirchenlexikon (BBK)* 21 (2003) cols.681-687 (abundante bibliografía).

CARAMAN, Ph., SJ, *St. Philip Howard* (Londres 1985).

HOWARD, H. G. F., (ed.), *The lives of Philip Howard and Annes Dacres his wife* (Londres 1857; [2]1868).

HUME, B., OSB, «Homily of cardinal Basil Hume on the 25th anniversary of the canonisation of the 40 Martyrs of England and Wales and the 400th anniversary of St Philip Howard's martyrdom. Arundel Cathedral, 25 october 1995», en http://www.dabnet.org/hume_1.htm.

KERR, C., *The life of the Venerable Philip Howard, Earl of Arundel and Surrey* (Green 1926).

Martyrologium romanum, o.c., 549, n.14; 750.

NEWDIGATE, P., Art. en *The Month* (1931) marzo, p.247.

PABLO VI, «In solemne canonizatione Beatorum Quadraginta Martyrum Angliae et Cambriae, die XXV mensis octobris a. MCMLXX, in Basilica Vaticana peracta»: *AAS* 62 (1970) 745-753.

PABLO VI, «El mundo actual necesita el testimonio heroico de los santos. Pueda la sangre de estos mártires acelerar la unión de la Iglesia anglicana con la Iglesia de Roma. Homilía durante la canonización de los 40 mártires ingleses»: *Ecclesia* (1970) n.1.516, p.2039-2041.

POLLEN, J. H., SJ - MACMAHON, W., SJ (ed.), «The Venerable Philip Howard, Earl of Arundel»: *Catholic Record Society* 21 (1919) número monográfico.

WALSH, J., SJ, *Forty Martyrs of England and Wales* (Londres 1997).

WAUGH, M., *Blessed Philip Howard, Courtier and Marty* (Londres 1961).

BEATA INÉS DE JESÚS GALAND

Virgen († 1634)

Nace el 17 de noviembre de 1602 en el seno de una familia modesta y de buenas costumbres, en Puy (Francia), una ciudad que gozaba en el siglo XVII de un gran fervor mariano, simbolizado en la famosa imagen negra de la Virgen María venerada en el santuario de la Anunciación. Punto de partida para los peregrinos que se dirigen a Santiago de Compostela. Una imagen que, según una piadosa tradición, había traído San Luis, rey de Francia, el año 1254 de Palestina.

Su padre, modesto artesano, pertenecía a la Congregación de la Santa Virgen, y a los cinco años la encomienda a un maestro de dicha asociación, para que la educara. A los ocho años recibe la primera comunión. Sus cualidades naturales se fueron afianzando con el honrado ejemplo de sus padres, de reconocida vida piadosa, creciendo en un ambiente de sano afecto, donde destaca su fuerte personalidad. Anima a sus compañeras de juegos a practicar la caridad en favor de los pobres, y a visitar frecuentemente el santuario de Nuestra Señora de Puy, a quien se había consagrado desde niña. Durante su juventud son muchas las mujeres que a la hora del parto solicitan su asistencia, de modo discreto y eficaz. Desean contar con su oración para obtener un feliz nacimiento de su hijo. En la pureza de su corazón aquellas madres encuentran la garantía de su anhelada maternidad, y ella comparte una generosa compasión, fruto del amor a los hombres, con las parturientas.

Desea consagrarse a Dios, debiendo superar y vencer las numerosas dificultades que se le presentaron, que supo unir a la gloriosa pasión del Señor. Su familia vivía muy cerca del convento dominicano de Puy, fundado en 1221 por el Beato Bertrand de Garrigues, y allí nace su vocación en la orden dominicana. El año 1621 se inscribe en la tercera orden de penitencia de Santo Domingo de Guzmán y el 4 de octubre de 1623, a los veintidós años, es admitida en el convento de Santa Catalina de Siena de Langenc, siendo una de las fundadoras. A pesar de su humilde reticencia, al año siguiente las monjas la admiten como religiosa de coro, emitiendo la profesión el 2 de febrero de 1625. Su admirable ejemplo de virtud permite que se le nombre

muy pronto como maestra de novicias (1625), y dos años después (1627) es elegida priora, por decisión unánime de toda la comunidad. Esta unanimidad no la exime de tener que adoptar decisiones en momentos difíciles, que culminan con su deposición como priora, sacrificándose en bien de la comunidad, porque supo superar con los ojos de la fe las miserias humanas.

Durante ocho años lleva a la cintura una pequeña cadena de hierro para demostrar su entrega a María. Quiere depender de ella, dejándose guiar por su materna presencia y obedecerla por amor, como madre amorosa de la fe y del puro amor. Durante los seis años en que el padre Panassilère, religioso dominico, fue su confesor, se afianza en el recogimiento y en la oración, perfeccionándose, más y más, mientras aumentaba el deseo de la formación de los futuros sacerdotes. Dios la favorece con la presencia habitual y manifiesta de su ángel custodio que le ayuda a unirse a su único amor, Cristo, su esposo, su fiel amigo, a quien contempla a diario en el misterio de su agonía en el huerto de Getsemaní. El Señor la regala con largos éxtasis en donde se manifiesta su dolorosa pasión por los pecados de los hombres, a quienes redime y salva en la cruz.

Mantiene, además, una extraordinaria familiaridad con el mundo divino, recibiendo, entre otras gracias, los estigmas de la pasión, invisibles para los fieles, y la curación corporal y espiritual. Responde sin reserva a la llamada del amor misericordioso, y coopera en la salvación de las almas según la voluntad de Dios. Llena de gozo, se olvida de sí misma, liberándose del egoísmo porque «la santidad a la cual se nos llama no es cuestión ni de edad ni de carácter, sino de generosidad y de amor». Rezar es importante y de ese modo convierte lo humilde y cotidiano en un canto al amor de Dios: «La oración es el alma de todo apostolado». Y así nos ayuda a encontrar el camino a seguir, alcanzando la santidad con la entrega total y definitiva a Cristo. El secreto de la fecundidad espiritual reside en una meditación constante de la Palabra de Dios, y en una contemplación amorosa de Cristo crucificado y glorificado. De aquí procede el influjo que tuvo en la Iglesia y la decisiva y profunda influencia espiritual que produjo en el abate Oliver, que funda en diciembre del año 1641 el seminario de San Sulpicio —el

primero de tantos—, siguiendo sus indicaciones. Consciente de deberle su conversión, el mencionado sacerdote guardó siempre una agradecida veneración a su persona.

La relación espiritual entre ambos, que se produjo entre los meses de junio y septiembre del año 1634, le marcó de tal modo, que el padre Oliver la llamaba su «madre espiritual». Fue ella quien le animó a profundizar en la persona humana de Jesús, a trabajar en la reforma eclesiástica que se le encargaba y acrecentar su amor a la cruz de Jesús y a María Santísima. Muy unida al misterio de Cristo sufriente, le animaba a tomar su parte: «He pedido a nuestro buen Dios la cruz desnuda [...] pero me parece que me ha dado solo una pequeña parte y muy ligera, viendo el poco amor y la poca constancia que tengo», guiando al joven y brillante sacerdote por el mismo camino, cumpliendo eficazmente el encargo que en 1631 le manifestó la Virgen María: «Reza por mi hijo, el abate de Pébrac», a quien no conocía, y por quien ofrece durante tres años oraciones y sacrificios. Misteriosamente la M. Inés se le aparece al mencionado presbítero, durante un retiro que dirige en París San Vicente de Paúl. La madre Inés, con el rostro bañado en lágrimas, le presentaba la cruz y el rosario, y en su primer encuentro, la religiosa dominica le reveló los secretos de la unión con Dios que ella vivía intensamente, encargándole de abrir los primeros seminarios para la formación de los futuros sacerdotes en el reino de Francia. Su corazón se abrasaba en amor a la Iglesia, la esposa de Cristo, y en ser testigo de la misericordia divina a los hombres. Pedía «cruces auténticas y verdaderas, porque se requiere mucho amor para ser favorecida con la cruz, porque Dios ama siempre».

El padre Juan Olier funda la Sociedad de San Sulpicio después de haberse convertido en el célebre santuario de Loreto (Ancona), y promueve la deseada reforma del clero mediante la organización de los seminarios en la Compañía de Sacerdotes de San Sulpicio.

La dichosa muerte de la madre Inés tiene lugar el 19 de octubre de 1634, al poco tiempo de haber sido reelegida priora de nuevo. A pesar de su corta vida, el renombre de su santidad se propagó por Francia entera, debido, sobre todo, a sus grandes

éxtasis. A finales del siglo XVIII se la consideraba la madre espiritual de los seminarios franceses. El año 1652 el superior sulpiciano del seminario de Puy emprende la redacción de una vida de esta admirable mística, reuniendo informaciones de su confesor y director espiritual, una biografía que fue reeditada muchas veces, traduciéndose a varios idiomas aún en 1889. Su fama de santidad promovió el inicio del proceso para su beatificación por voluntad de Luis XIV de Francia el año 1697.

A nivel popular era venerada desde muy antiguo, como demuestra que en 1676 la diócesis de Saint-Flour recogiera el testimonio de numerosas gracias obtenidas por su intercesión: Luis XV y la Asamblea Nacional del Clero piden en 1725 al papa Benedicto XIII el adelanto de la causa de beatificación, aunque por distintos motivos tuvo que interrumpirse en diferentes ocasiones. El 19 de marzo de 1808, Pío VIII proclama la heroicidad de sus virtudes y, finalmente, el papa Juan Pablo II la beatifica el 20 de noviembre de 1994:

> «La madre Inés, monja de Langeac, sintió muy pronto la sed de Dios en su familia. Cristo, que nos ama, la condujo por los caminos de la perfección, haciéndola sentir desde su infancia el poder de su amor redentor, la fuerza de su perdón y la luz que le destinaba [...] supo entrar sin la menor reticencia en el proyecto que Dios tenía para ella, y ofrecer su inteligencia, su voluntad y su libertad al Hijo del hombre: "Todo lo que te complazca", y Cristo llegó a ser verdaderamente el rey de su existencia [...] Fue un alma apasionada de Dios».

El milagro para la beatificación

La señora Aline J. a punto de parir su tercer hijo el 19 de abril de 1951 presenta unas complicaciones tan graves que el médico diagnostica que para salvar su vida, deberá sacrificar el feto debido a la difícil situación en que se encuentra en el vientre de la madre. Una cesárea, único remedio, sólo puede efectuarse a unos 100 kilómetros de distancia. El médico aconseja a la paciente encomendarse a la madre Inés, a quien se reza insistentemente. El día 21 de abril, a la primera hora del día nace normalmente una hermosa niña, completamente normal, con la natural alegría de sus padres. Este portentoso suceso fue objeto

de una investigación diocesana (1987) y, por unanimidad de votos, la consulta médica reconoció que este parto puede reconocerse como sobrenatual. El papa Juan Pablo II aprobó estas conclusiones y ordenó la promulgación del decreto (1992).

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

BAUDRILLAT, A. - AUBERT, R. (dirs.), *Dictionnaire d'histoire et de géographie ecclésiastique*, XXII (París 1988) cols.980-981.
L'Osservatore Romano (18 y 25-11-1994).
RESCH, A. (ed.), *Miracoli dei beati*. II: *1991-1995* (Ciudad del Vaticano 2002) 333-338.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTOS PTOLOMEO, LUCIO Y COMPAÑEROS

Mártires († 160)

El martirio de estos santos lo narra San Justino mártir en su segunda *Apología,* dirigida a Marco Aurelio. Según ella Ptolomeo era un cristiano que atrajo a la fe a una mujer que llevaba dentro del matrimonio, y acompañada en ello por su marido, una vida disoluta. La mujer, conversa al cristianismo y apartada ya de toda lascivia, quiso atraer a su marido a una conducta limpia pero éste se negó. Entonces ella pensó en pedir el divorcio pero le aconsejaron que tuviera paciencia y la tuvo. Marchó su marido a Alejandría y supo ella que allí llevaba una vida aún más licenciosa, y entonces se divorció de él. El marido, despechado, la acusa ante los tribunales de ser cristiana. Y ella dirige un memorial al emperador rogando que antes de ser encausada se le permita disponer de sus bienes. El emperador accedió y ella dispuso de sus bienes, perdiendo el marido la esperanza de poder acceder a ellos. Entonces, en nuevo despecho, acusó a Ptolomeo. Se presenta un centurión a arrestarlo y tiene para él la sola pregunta de si es cristiano. Contesta Ptolomeo que sí y entonces es arrestado, cargado de cadenas, atormentado y encarcelado. Presentado ante el tribunal de Urbico, el prefecto de la Urbe, éste igualmente se limitó a preguntarle si era cristiano, y al recibir respuesta positiva, sin ulterior averiguación lo condenó a

muerte. Y entonces un tal Lucio, que estaba presente, increpó al prefecto diciéndole que era inicuo condenar a muerte a una persona a la que no se le había probado ningún crimen sino que simplemente había confesado su cristianismo. Y le dijo que semejante sentencia era indigna del emperador y del senado. Urbico le preguntó entonces a Lucio si él también era cristiano, a lo que respondió afirmativamente, y esto sirvió para que el prefecto le condenara igualmente a muerte, de lo que Lucio le dio las gracias pues así iría al Padre y rey de los cielos. Y añade San Justino que otro tercero que sobrevino, y del que no da el nombre, también fue condenado a muerte. Este martirio debió ser hacia el año 160, antes de la segunda apología de San Justino.

SAN GRATO

Obispo († s. VI)

Grato fue obispo de Oléron u Oloron, en los bajos Pirineos, a comienzos del siglo VI. Esta sede episcopal duró hasta la Revolución francesa. Se ha conservado la memoria de este obispo como santo, bien que se sepan pocas noticias de su vida, salvo que asistió al concilio de Agde en el 506. Su ciudad estaba entonces bajo el dominio del rey arriano Alarico que, sin embargo, permitió la celebración de este concilio de obispos católicos. La tumba de este santo obispo se conservó en la catedral de la ciudad hasta que en 1542 se impuso en la sede un obispo protestante y las reliquias del santo fueron puestas a salvo llevándolas a Jaca. Pero en 1620 fueron devueltas a Oléron, cuando las iglesias de la zona fueron devueltas al catolicismo por orden de Luis XIII. Sigue siendo venerado en dicha ciudad.

SANTA FRIDESWIDA

Virgen († ca.735)

Es la patrona de la ciudad y universidad de Oxford. Se sabe poco en realidad de esta santa aparte su condición de religiosa, no siendo anteriores al siglo XII las narraciones de su vida. El

Martirologio romano acepta que fuera de estirpe real y que fundara un doble monasterio en Oxford, uno de monjas y otro de monjes y ella rigiera ambos como abadesa. En el sitio en que estuvo su monasterio surgió más tarde la Christ Church, luego de haber sido desde el siglo XII un priorato agustino. En tiempos de Enrique VIII la iglesia se convirtió en catedral de Oxford. La tumba de la santa se conserva pero las reliquias fueron sacadas a raíz de la Reforma.

BEATO TOMÁS HELYAS

Presbítero († 1257)

Nace en Biville (Francia) hacia el año 1200. Siendo aún seglar, ejerció como maestro de escuela. Era una persona piadosa y honesta. Hizo un viaje a Roma en peregrinación y maduró que su vocación era el sacerdocio. Marchó a París para hacer los estudios de teología, y se ordenó sacerdote en 1236. No está probado, pese a que se haya dicho repetidamente, que fuera capellán del rey San Luis. Sí consta en cambio que, dedicado a las misiones populares, predicó con mucho fruto y durante años por las diócesis de Avranches y Coutances, acreditando su predicación con el ejemplo de su vida austera y virtuosa. Murió en Coutances el 19 de octubre de 1257, y a poco se empezó su causa de canonización, que no prosperó. Pero como el pueblo lo veneraba como santo, el papa Pío IX confirmó su culto el 14 de julio de 1859.

SANTOS LUCAS ALONSO GORDA Y MATEO KOHIOYE

Mártires († 1633)

El 19 de octubre de 1633 fueron martirizados en Nagasaki dos religiosos dominicos, uno de ellos sacerdote y el otro novicio, el primero español, el segundo japonés. Habían sido prendidos el 8 de septiembre de aquel año. Cuando se vio descubierto, el sacerdote, padre Lucas del Espíritu Santo, tomó su hábito dominico y dio gracias a Dios con el Tedeum. El 14 de septiembre fueron sometidos al tormento del agua ingurgitada

para que declarasen el paradero de los otros misioneros. Al novicio, Mateo Kohioye del Rosario, le ofrecieron además dinero y bienestar si apostataba y decía el sitio de los demás religiosos. Ambos mártires sobrellevaron el tormento con gran fortaleza. Con maderos enganchados a los pies y amarrados por el cuello fueron llevados a Nagasaki, y el Padre aprovechó el camino para hablarles de Cristo a todos los que presenciaban su paso. El 16 de octubre llegaban a la cárcel. Desde allí el P. Lucas escribe una carta a los frailes de Manila despidiéndose de ellos. El día 18 fueron sometidos al tormento de horca y hoya, en el que perecieron.

LUCAS ALONSO GORDA había nacido en Carracedo de Vidriales (Zamora) el 18 de octubre de 1594. Tomó el hábito dominico en el convento de Benavente con 16 años y se puso el nombre de Lucas del Espíritu Santo. Se ofreció para las misiones de Oriente y en 1617 partió para México donde, a comienzos de diciembre, se ordenó de sacerdote. Llegado a Filipinas, primero trabajó apostólicamente en Luzón, luego fue destinado a Manila como lector de Artes. En 1623 se le invita a ser miembro de una peligrosa expedición misionera a Japón, a lo que él asiente aun sabiendo el riesgo tan grande que corría. Pudo quedarse en Japón clandestinamente. Se dedicó primero a aprender el idioma y luego comenzó su trabajo apostólico, escondido de día y activo de noche. Cuando no quedaron otros misioneros más que los PP. Erquicia y Alonso, ambos decidieron separarse y que el primero trabajase por el norte y el P. Lucas por el sur. En 1628 intercambiaron los sitios de trabajo. En 1632, aprovechando que ya había nuevos misioneros, decidió hacer un largo recorrido por las islas de Honshu, teniendo como auxiliar a Mateo Kohioye. Como queda dicho el 8 de septiembre de 1633 era arrestado.

MATEO KOHIOYE DEL ROSARIO había nacido en Arima el año 1615. Vive con fervor su fe religiosa y siente la inclinación a hacerse dominico. Es aceptado en la Orden como novicio y es destinado acomo auxiliar del P. Lucas del Espíritu Santo, con el que compartió el martirio con sólo 18 años.

Fueron beatificados en el grupo de 16 mártires de Japón, el 18 de febrero de 1981 por el papa Juan Pablo II en Manila; ca-

nonizados por el mismo Papa el 18 de octubre de 1987. La memoria litúrgica de todo el grupo se celebra el 28 de septiembre.

20 de octubre

A) MARTIROLOGIO

1. La conmemoración de San Cornelio, centurión, al que bautizó el apóstol San Pedro **.
2. En Agen (Aquitania), San Caprasio († 303), mártir.
3. En Aussonce, junto a Reims, San Sindulfo († 660), ermitaño.
4. En Salzburgo, San Vital († 730), obispo *.
5. En Constantinopla, San Andrés Calibita († 767), monje, martirizado en defensa de las sagradas imágenes *.
6. En Samblières, junto a Troyes, San Aderaldo ó Alderaldo († 1004), *arcediano de Troyes*.
7. En Savigny (Normandía), Santa Adelina († 1125), primera abadesa de Mortain.
8. En Lvov (Rutenia), Beato Santiago de Strepa o Rukem de Waldonna († 1411), obispo de Halitz, de la Orden de Menores *.
9. En Treviso (Italia), Santa María Bertila (Ana Francisca) Boscardin († 1922), virgen, de la Congregación de Hermanas de Santa Dorotea de los Sagrados Corazones **.
10. En Viena (Austria), Beato Santiago Kern († 1924), presbítero, religioso premonstratense **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN CORNELIO

Centurión

Se ha dicho que para escribir la biografía de un santo hay que participar de su mismo espíritu en cordial sintonía. No todos los santos han tenido la fortuna de Cornelio, cuya semblanza está diseñada nada menos que por el evangelista San Lucas, el primer historiador de la Iglesia, en los Hechos de los Apóstoles.

Cornelio entra en escena cuando la narración de San Lucas describe la actividad misionera de San Pedro. La primera comunidad cristiana de Jerusalén, formada a raíz de la venida del

Espíritu Santo en Pentecostés, va tomando conciencia de que tiene que abrirse a la universalidad del mundo sin fronteras.

Juan Bautista lo había predicado: «Y todos verán la salvación de Dios» (Lc 3,6,) como un eco de Isaías 40,35. Es el mandato y misión dada por Jesús: «Id, pues, y haced discípulos de todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado» (Mt 28,19-20).

Y el libro de los Hechos se cierra con estas concretas palabras de San Pablo recogidas por el historiador: «Sabed, pues, que esta salvación de Dios ha sido enviada a los gentiles; ellos sí que la oirán» (Hch 28,28).

Estas últimas palabras de Pablo solemnemente atestiguan que ya se ha hecho realidad después de sus viajes misioneros. No fue nada fácil la empresa a causa de los prejuicios del ambiente en el que nació la Iglesia. Para algunos era necesario hacerse judíos antes de hacerse cristianos.

La figura del centurión, Cornelio, el primer pagano que recibe el bautismo después de la catequesis de San Pedro, adquiere un singular relieve y significación. Por eso es precedido en San Lucas por toda una cadena de centuriones a los que alude en el evangelio.

El primero es el de Cafarnaún, el oficial del ejército romano que acude a Jesús pidiéndole la curación de su siervo y demuestra una confianza tan grande en el poder curativo del Señor, seguro de la autoridad de su palabra, que suscitó la admiración del Señor:

> «Una vez concluidas todas estas palabras al pueblo, entró en Cafanaún. Se encontraba enfermo y a punto de morir, un siervo de un centurión muy querido de éste. Habiendo oído hablar de Jesús, le envió unos ancianos de los judíos para rogarle que viniera y salvara a su siervo. Éstos, llegando ante Jesús, le suplicaban insistentemente, diciendo: "Merece que se lo concedas, porque ama a nuestro pueblo y él mismo nos ha edificado la sinagoga".
>
> Iba Jesús con ellos y estando ya no lejos de la casa, envió el centurión a unos amigos a decirle: "Señor, no te molestes, porque no soy digno de que entres bajo mi techo, por eso ni siquiera me consideré digno de salir a tu encuentro. Mándalo de palabra y quede sano mi criado. Porque también yo, que soy un subalterno, tengo soldados a mis órdenes, y digo a éste: 'Vete, y va'; y a otro: 'Ven y viene', y a mi siervo: 'Haz esto, y lo hace'".

> Al oír eso, Jesús quedó admirado de él, y volviéndose dijo a la muchedumbre que le seguía: "Os digo que ni en Israel he encontrado una fe tan grande". Cuando los enviados volvieron a la casa hallaron al siervo sano» (Lc 7,1-10).

El mismo San Lucas nos presenta en el Calvario, junto a la Cruz, el testimonio del centurión romano que «al ver lo sucedido, glorificaba a Dios diciendo: "Ciertamente este hombre era justo"» (Lc 23,47).

Con estas anticipaciones de personajes paganos en cadena, prepara poco a poco el acontecimiento decisivo y señero del centurión Cornelio, último eslabón de la serie narrativa de los centuriones paganos que acogen favorablemente el evangelio tal como lo había anunciado Jesús. La realidad histórica vivida y comprobada por San Lucas es la decidida apertura del evangelio y de la Iglesia en la persona de Pedro al mudo pagano en contraste con la resistencia y la cerrazón de Israel.

La conversión de Cornelio es el punto culminante de los Hechos. Su significado en la historia de la Iglesia lo subraya San Lucas, que no lo ve como un hecho aislado sino de dimensión universal como lo confirmará después el concilio de Jerusalén (cf. Hch 15,7.14).

La semblanza de Cornelio la diseña San Lucas con trazos elogiosos de sus virtudes:

«Había en Cesarea un hombre llamado Cornelio, centurión de la cohorte Itálica, piadoso y temeroso de Dios como toda su familia; daba muchas limosnas al pueblo y continuamente oraba a Dios. Vio claramente en visión, hacia la hora nona del día, que el ángel de Dios entraba en su casa y le decía: "Cornelio". Él le miró fijamente y lleno de espanto dijo: "¿Qué pasa, señor?" Le respondió: "Tus oraciones y tus limosnas han subido como memorial a la presencia de Dios. Ahora envía hombres a Jope y haz venir a un tal Simón, a quien llaman Pedro. Éste se hospeda en casa de un tal Simón, curtidor, que tiene la casa junto al mar". Apenas se fue el ángel que le hablaba, llamó a dos criados y a un soldado piadoso de entre sus asistentes, les contó todo y los envió a Jope» (Hch 10,1-8).

Las correrías apostólicas de Pedro, que visitaba las comunidades, su predicación y sus milagros, la curación del paralítico

Eneas en Lida y la resurrección de Tabita en Jope, habían llegado sin duda a los oídos del centurión.

Cesarea había sido edificada por Herodes el Grande en honor de Augusto. Situada a unos cien km de Jerusalén en la costa del Mediterráneo, era entonces la sede oficial del procurador romano. Pero no se ha de confundir con la otra Cesarea, llamada «de Filipo», que está en las faldas del monte Hermón y fue el lugar donde Jesús entregó a Pedro el primado en su Iglesia.

La cohorte llamada «Itálica» a la que pertenecía Cornelio, estaba formada por unos seiscientos voluntarios de origen itálico, lo que le daba el nombre. No hay ninguna razón positiva para identificar a Cornelio, como algunos sugieren, con el centurión del Calvario, aunque está en el terreno de lo posible, pero sería extraño que Lucas no lo señalara aquí.

Los rasgos lo definen como simpatizante con el judaísmo, pues, aunque no prosélito ni circuncidado, oraba, según la costumbre judía, a la hora del sacrificio vespertino.

> «Al día siguiente, mientras ellos iban de camino y se acercaban a la ciudad, subió Pedro a la terraza, sobe la hora sexta, para hacer oración. Sintió hambre y quiso comer. Mientras se lo preparaban le sobrevino un éxtasis, y vio el cielo abierto y que bajaba hacia la tierra una cosa así como un gran lienzo, atado por las cuatro puntas. Dentro de él había toda suerte de cuadrúpedos, reptiles de la tierra y aves del cielo. Y una voz le dijo: "Levántate, Pedro, sacrifica y come". Pedro replicó: "De ninguna manera, Señor; porque jamás he comido nada profano e impuro". La voz le dijo por segunda vez: "Lo que Dios ha purificado no lo llames tú profano". Esto se repitió tres veces, e inmediatamente la cosa aquella fue elevada hacia el cielo.
>
> Mientras estaba Pedro perplejo pensando qué podría significar la visión que había visto, de pronto los hombres enviados por Cornelio, después de preguntar por la casa de Simón, se presentaron en la puerta, llamaron y preguntaron si se hospedaba allí Simón, llamado Pedro. Estando Pedro pensando en la visión le dijo el Espíritu: "Ahí tienes unos hombres que te buscan. Baja, pues, al momento y vete con ellos sin vacilar, pues yo los he enviado". Pedro bajó hacia ellos y les dijo: "Yo soy el que buscáis; ¿por qué motivo habéis venido?" Ellos respondieron: "El centurión Cornelio, hombre justo y temeroso de Dios, reconocido como tal por toda la nación judía, ha recibido de un ángel santo el aviso de hacerte venir a su casa y de escuchar lo que tú digas". Entonces les invitó a entrar y les dio hospedaje» (Hch 10,9-23).

Unos cincuenta km de distancia hay de Cesarea a Jope, donde Pedro residía. Salieron los mensajeros por la tarde y llegaron al día siguiente hacia la hora de sexta, es decir, hacia mediodía. A esa misma hora Pedro, en casa de Simón, el curtidor, mientras oraba según la costumbre de los judíos, cayó en éxtasis y tuvo una extraña visión, algo relacionada con el hambre que entonces sentía: el lienzo o mantel con multitud de animales en mezcolanza completa de puros e impuros, según la distinción de la ley mosaica. A la voz que le ordenaba levantarse, matar y comer respondió Pedro como Ezequiel en parecida circunstancia (cf. Ez 4,14) tajantemente: «De ninguna manera».

Meditaba Pedro, pensativo y dudoso sobre el sentido de la visión y la voz repetida por tres veces. No era nada fácil comprender que el Señor le ordenara violar una ley por la que se prohibían alimentos impuros (cf. Lv 2,1-47). Por su observancia habían sufrido el martirio Eleazar y los siete hermanos Macabeos (Mc 6,18-7,42).

Estaba siendo la cuestión de los alimentos el caballo de batalla y el nudo gordiano de las diferencias y dificultades que parecían insalvables exigiendo ser primero judíos para poder hacerse cristianos. La respuesta estaba llamando a la puerta. El Espíritu Santo, cuando estaban los enviados de Cornelio llegando a la casa de Simón, el curtidor, sacó a Pedro de sus pensamientos y le dio la interpretación abierta dirigiendo visiblemente toda la escena hasta el punto de que Pedro, ante las críticas que recibe por su proceder no da otra respuesta sino la exclamación: «¿Quién era yo para poner obstáculos a Dios?» (Hch 11,17).

> «Al día siguiente se levantó y se fue con ellos, le acompañaron algunos hermanos de Jope. Al siguiente día entró en Cesarea. Cornelio los estaba esperando. Había reunido a sus parientes y a los amigos íntimos. Cuando Pedro entraba, salió Cornelio a su encuentro y cayó postrado a sus pies. Pedro le levantó diciendo: "Levántate que también yo soy un hombre". Y conversando con él entró y encontró a muchos reunidos y le dijo: "Vosotros sabéis que le está prohibido a un judío juntarse con un extranjero o entrar en su casa; pero a mí me ha mostrado Dios que no hay que llamar profano o impuro a ningún hombre. Por eso, al ser llamado he venido sin protestar. Os pregundo, pues, por qué motivo me habéis enviado a llamar". Cornelio respondió: "Hace cuatro días, a esta misma

hora, estaba yo haciendo la oración de nona en mi casa y de pronto se presentó delante de mí un varón con un vestido resplandeciente y me dijo: 'Cornelio, tu oración ha sido oída y se han recordado tus limosnas ante Dios, envía, pues, alguien a Jope y haz venir a Simón, llamado Pedro, que se hospeda en casa de Simón, el curtidor, junto al mar'". Al instante mandé algunos a tu casa, y tú has hecho bien en venir. Ahora, pues, todos nosotros, en la presencia de Dios, estamos dispuestos para escuchar todo lo que te ha sido ordenado por el Señor» (Hch 10,23-33).

Aunque incompletos, según el cómputo judío, eran cuatro los días desde la visión de Cornelio. Pedro quiso llevar consigo algunos hermanos para que fuesen testigos de vista en todo momento ante la comunidad cristiana de Jerusalén en un paso tan trascendental. Eran seis concretamente (cf. Hch 11,12).

Por su parte Cornelio le recibió como al enviado de Dios con su familia y sus amigos a quienes había invitado. La reverencia tradicional (cf. Gén 33,3) no tenía peligro de idolatría, como les pasó a Pablo y a Bernabé en Licaonia, donde quisieron ofrecerle sacrificios como a dioses (cf. Hch 14,18).

Quedan, eso sí, abolidas las distancias puestas por los hombres y sus instituciones. Pedro, por encima de sus repugnancias y costumbres, entra en la casa de un pagano y se hospeda allí porque Dios se lo ha ordenado. Ya no hay animales impuros por ley y menos hombres manchados por leyes discriminatorias. Está claro que la visión del mantel y de los alimentos era un símbolo que el Espíritu Santo iba clarificando con los acontecimientos.

Quedaban abolidas las prescripciones legales propias del judaísmo para que no fueran obstáculos a la difusión del evangelio entre los paganos.

Es muy interesante observar el procedimiento que adopta San Lucas en la cuádruple repetición narrativa de la visión que tuvo Cornelio. En visión sinóptica se aprecian matices que la van enriqueciendo gradual y pedagógicamente cada vez: poniéndola en boca del mismo Lucas narrador (cf. 10,1-8); después, en boca de los mensajeros de Cornelio (10,22). Más tarde, la cuenta el mismo protagonista (10,30-33); Y, por fin, en labios de Pedro (11,11-14).

Poco a poco se va precisando lo que espera Cornelio de Pedro: primero, se ignora por qué debe enviar a buscar a Pedro;

después se añade que se trata de escuchar sus palabras; luego se precisa qué es lo que a Pedro ha sido encargado por el Señor, y por fin se dice que Pedro revelará las palabras que traen la salvación a él y a su familia. Paulatinamente pasa Cornelio a segundo plano y se acentúa el papel de San Pedro y el significado del acontecimiento trascendental para la Iglesia.

Frente a un acontecimiento inaudito y sorprendente, los verdaderos actores de la historia sólo pueden ver e interpretar el significado cuando Pedro, dando cuenta a la Iglesia, adquiere la certeza de haber obrado conforme a la voluntad de Dios.

> «Entonces Pedro tomó la palabra y dijo: Verdaderamente comprendo que Dios no hace acepción de personas sino que, en cualquier nación, el que le teme y practica la justicia le es grato. Él ha enviado su palabra a los hijos de Israel anunciándoles la Buena Nueva de la paz por medio de Jesucristo, que es el Señor de todos. Vosotros sabéis lo que sucedió en toda Judea, comenzando por Galilea, después que Juan predicó el bautismo; cómo Dios a Jesús de Nazaret le ungió con el Espíritu Santo y con poder y cómo él pasó haciendo el bien y curando a todos lo oprimidos por el diablo porque Dios estaba con él; y nosotros somos testigos de todo lo que hizo en la región de los judíos y en Jerusalén, a quien llegaron a matar colgándolo de un madero; a éste, Dios le resucitó al tercer día y le concedió la gracia de manifestase, no a todo el pueblo, sino a los testigos que Dios había escogido de antemano, a nosotros que comimos y bebimos con él después que resucitó de entre los muertos y nos mandó que predicásemos al Pueblo y que diésemos testimonio de que él está constituido por Dios juez de vivos y muertos. De esto todos los profetas dan testimonio: que todo el que crea en él alcanzará, por su nombre, el perdón de los pecados» (Hch 10,34-43).

El discurso de San Pedro es una catequesis adaptada a sus oyentes comenzando por dejar claro el principio de que para Dios todos los hombres son iguales; y presentando en síntesis la persona y la vida de Jesús, su muerte y resurrección. De quien los apóstoles son testigos y que es el único salvador de vivos y muertos.

> «Estaba Pedro diciendo estas cosas cuando el Espíritu Santo cayó sobe todos los que escuchaban la palabra. Y los fieles circuncisos que habían venido con Pedro quedaron atónitos al ver que el don del Espíritu Santo había sido derramado también sobre los gentiles, pues les oían hablar en lenguas y glorificar a Dios. Entonces Pedro dijo: "¿Acaso puede alguno negar el agua del bautismo a

éstos que han recibido el Espíriu Santo como nosoros?" Y mandó que fueran bautizados en el nombre de Jesucristo. Entonces le pidieron que se quedase algunos días» (Hch 10,44-48).

Todavía no había terminado Pedro de hablar cuando descendió el Espíritu Santo sobre Cornelio, sus parientes, servidores y amigos. Esta escena ha sido parecida al Pentecostés de los gentiles, el primer Pentecostés. Los judeocristianos que vinieron con Pedro no salían de su asombro al contemplar cómo Dios derramaba su Espíritu sobre los paganos sin que pasaran por la circuncisión y la ley de Moisés. Y antes del bautismo, que es la puerta de entrada en la Iglesia, se manifestó el Espíritu de modo solemne y expresivo para que pudieran comprobarlo y ver la universal voluntad salvífica de Dios.

San Pedro, ante tal testimonio ordena bautizarlos, lo que hace pensar que los apóstoles encargaban a otros este ministerio: bautizar en el nombre de Jesucristo. Este modo de hablar, tal vez, más que a la fórmula ritual del bautismo («en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo», Mt 28,19) atiende a la significación del rito mismo: profesión de fe en Cristo, toma de posesión por Cristo de los que en adelante le estarán consagrados.

La noticia del acontecimiento, la entrada de Cornelio y su grupo de gentiles en la Iglesia, causó enorme revuelo en Jerusalén:

> «Los apóstoles y los hermanos residentes en Judea oyeron que también los gentiles habían aceptado la palabra de Dios. Cuando Pedro subió a Jerusalén los de la circuncisión se lo reprochaban, diciéndole: "Has entrado en casa de incircuncisos y has comido con ellos". Pedro entonces se puso a explicarles punto por punto diciendo: "Estaba yo en oración..."» (cf. Hch 11,1-17).
>
> «Al oír esto se tranquilizaron y glorificaron a Dios diciendo: "Así pues, también a los gentiles les ha dado Dios la conversión que lleva a la vida"» (Hch 11,18).

Nada nos debe extrañar la reacción de los de la circuncisión dada la mentalidad de privilegio tan arraigada en Israel. A Pedro le reprochan, sobre todo, el haber tratado y comido con los incircuncisos, humillante para un judío que se precie. Y por haberles dado el bautismo sin purificarles antes con la circuncisión.

La defensa de San Pedro no tuvo réplica, porque en todo se mostró guiado por el Espíritu Santo y él mismo tuvo que superar su propia y arraigada mentalidad judía.

Poco a poco, con intervenciones del Espíritu Santo como las que vinieron sobre Cornelio y los suyos, con ese grupo de gentiles de Cesarea se fue abriendo camino la universal llamada a la salvación que trajo Jesucristo.

Por eso, Cornelio, San Cornelio es un buen testimonio actualísimo para que las comunidades de nuestro tiempo no recaigan nunca en las tentaciones de encerrarse en el egoísmo narcisista y en el monopolio de los dones recibidos, y no olviden que la salvación del mundo entero es su misión y razón de ser.

Este hecho de capital importancia señala el comienzo oficial de la evangelización de los gentiles y de su admisión en la Iglesia, no como huéspedes y forasteros sino como ciudadanos de la familia de Dios (cf. Ef 2,19).

Tanto los bolandistas como Tillemont, añaden noticias extrabíblicas, tomadas de los sinaxarios y menologios griegos, de los martirologios latinos y de Simón Matafraste, y señalan su carácter legendario. Pero su culto se ha celebrado el 13 de septiembre entre los griegos, junto con los santos mártires Demetrio, su mujer Evancia y su hijo Demetriano, que habían sido convertidos por Cornelio en Skepsi, de Nisia.

La Iglesia latina lo celebraba, a él solo, el 12 de febrero. En varios documentos litúrgicos se le califica de obispo o de mártir, pero no existen pruebas suficientes. Los martirologios latinos de Usuardo y Notker lo hacen obispo de Cesarea en Palestina.

El *Martirologio romano* actual hace este elogio el 20 de octubre:

> «Conmemoración del centurión Cornelio a quien bautizó el apóstol San Pedro en Cesarea de Palestina como primicia de los gentiles en la Iglesia» (*Martyrologium romanum,* p.549).

Ha suprimido la alusión al episcopado porque resultaba sospechosa, dado el silencio de Eusebio de Cesarea y de Orígenes. Los griegos le atribuyen, no el episcopado, pero sí una prefectura eclesiástica en Skepsi. Un códice 89,III (siglo XII) del conde de Léicester, citado por los bolandistas, conmemora el 13 de septiembre «al gran mártir Cornelio, el centurión santo y glorio-

so». Pero, a veces, la palabra «martirio», en los documentos, se refiere al testimonio de la predicación y a los trabajos padecidos, aun sin llegar a la efusión de la sangre.

Los padecimientos infligidos por el prefecto de Skepsi Demetrio a Cornelio, se suspendieron cuando, al ver los milagros obrados por el centurión en favor de su mujer y de su hijo, se convirtió con toda su familia, y no sólo lo libró de la cárcel sino que lo colmó de honores. Murió, pues, en la paz, como dice Tillemont.

Su casa, señalada por la tradición, fue convertida en iglesia y a fines del siglo IV la visitó Santa Paula en su peregrinación a Tierra Santa, como lo cuenta San Jerónimo en su *Epithaphium Paulae* (*Ep.,* VIII: PL LXXII,882).

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

DOMINGUEZ, I., *Los apóstoles de Jesucristo* (Madrid 1988).

FLICHY, O., *La obra de Lucas* (Estella 2003)

GARCIA DE ORBISO, T., «Cornelio il Centurione», en *Bibliotheca sanctorum.* IV: *Ciro-Enfrido* (Roma 1964) cols.189-192.

PROFESORES DE SALAMANCA, *Biblia comentada.* VI: L. TURRADO, *Los Hechos de los Apostoles y epístolas paulinas* (Madrid 1965) 92-103.

SANTA MARÍA BERTILA (ANA FRANCISCA) BOSCARDIN

Virgen († 1922)

Ana Francisca Boscardin nació el 6 de octubre de 1888 en Gioia di Brendola, pequeño pueblo de la diócesis de Vicenza, hija de Ángel Boscardin y María Teresa Benetti, agricultores y analfabetos. Fue bautizada, con esos dos nombres de Ana y Francisca, a los diez días.

En su casa, donde había mucho trabajo, su madre no descuidaba educarla en la piedad y en las buenas costumbres de tal forma que, desde niña, dedicaba buen tiempo a la oración y no se lo impedía ni siquiera el trabajo que, desde adolescente, prestaba a su padre trabajando en los campos y, a la vez, ocupándo-

se de las tareas domésticas tanto en casa como sirvienta en las de otras familias.

Siendo niña tuvo que sufrir mucho en casa, pues su padre, cuando se daba al vino y se dejaba llevar por los celos, maltrataba a su madre psíquica y físicamente. Anita tenía que refugiarse en casa de los vecinos y se acurrucaba en un rincón de la cocina tapándose los ojos con las manos. Otras veces se abrazaba al regazo de su madre para protegerla de su padre. Una noche tuvieron que salir las dos andando de casa hasta Vicenza para refugiarse en los pórticos del santuario de Monte Berico y pasarla rezando a la Virgen.

No era malo su padre, pero cuando se embriagaba perdía los estribos. Cuando él mismo fue testigo en el proceso para la causa de canonización de su hija, declaró que, a veces, al ver a su niña de rodillas en un rincón de la casa rezando, con las manos juntas, le venía como un nudo en el corazón casi para desmayarse y se sentía impulsado también a rezar algún Padrenuestro. Sus padres la sorprendían frecuentemente rezando de rodillas en su habitación.

Hizo su primera comunión el 15 de marzo de 1897, a una edad más temprana de lo acostumbrado —ocho años y medio cuando lo normal eran los once— con el debido permiso del párroco, concedido por la gran bondad y preparación que ella mostraba. Durante su niñez y adolescencia asistió a la escuela primaria, pero con un rendimiento escaso debido al sufrimiento que experimentaba en casa por las actitudes de su padre, y hasta tuvo que repetir el primer curso de los tres elementales. A veces ni le corregían los deberes hechos en casa y cuando las compañeras le mostraban esa crueldad que a veces puede surgir en los niños, ante una cosa y otra ella respondía que no pasaba nada, sin rabia y sin rencor.

Era muy fiel y le gustaba muchísimo asistir al catecismo en la iglesia. Su párroco le regaló un ejemplar de catecismo que leía todos los días. Participaba diariamente en la celebración de la Eucaristía aunque tenía que hacer un largo camino y acudía también a escuchar los sermones de la parroquia. Cuando oía hablar de la pasión del Señor siempre se echaba a llorar. A sus doce años, y eso que la edad de entrada era a los catorce, co-

menzó a pertenecer a las «Hijas de María» cumpliendo fielmente con las obligaciones y devociones de aquella «Pía Unión» y, voluntariamente, se ofreció también para ser catequista en la parroquia.

A sus quince años le dijo a su párroco que quería consagrarse a Dios, que no le importaba el instituto, que escogiera él. Cuando él le espetó que no sabía hacer nada y por eso qué iban a hacer las religiosas con ella, le respondió que era verdad. El párroco pensó que sería mejor que permaneciera en casa y echara una mano en el trabajo a sus padres pero, después de rezar, volvió a preguntarle si seguía decidida a entrar en un convento y, cuando le contestó que al menos sabía pelar patatas, decidió buscar un instituto para ella.

A los diecisiete años, y según la elección de su párroco, pidió su ingreso en las Hermanas Maestras de Santa Dorotea, Hijas de los Sagrados Corazones, de Vicenza, fundadas por Juan Bautista Farina, obispo de esa misma diócesis, con la espiritualidad y misión de dar gloria a Dios y servir a los necesitados viviendo en perfección con toda humildad. Entró en el convento con la convicción de que recibía un gran favor y que ella no era digna más que del último puesto, que eso sería siempre lo justo. «Me tendré siempre admitida en la casa por gracia, y todo lo que me sea dado lo recibiré como si no lo mereciera», había escrito en un cuaderno de apuntes espirituales. Fue su mismo padre quien, llevándole el ajuar en una carretilla, la acompañó al convento. Habituada como estaba al trabajo del campo, en el noviciado no tuvo inconveniente alguno en comenzar a trabajar en la cocina, el horno y el fregadero y hacer de su trabajo un medio práctico de santificación y de unión con Dios.

A una connovicia le confiaba: «Cuando somos humilladas no debemos perder el tiempo en pensar en eso, más vale decirle al Señor: "Que yo te conozca a ti y me conozca a mí"». Y a su maestra le confesaba: «No soy buena. Soy un pobre pato, pero quiero ser santa. Enséñeme cómo». También durante este tiempo había escrito: «Jesús mío, te suplico por tus santas llagas que me hagas morir mil veces antes que permitir que yo cumpla una sola acción para ser vista».

Transcurrido el año de noviciado, recibió el velo y emitió sus votos, con el nombre de María Bertila, el 8 de diciembre de

1907. Después fue enviada a seguir los cursos del hospital de Treviso, donde sus hermanas prestaban su colaboración y allí permaneció después atendiendo a los enfermos consiguiendo un diploma de enfermera con el fin de adquirir la suficiente idoneidad para realizar su tarea. Era un hospital con problemas, sin personal preparado, con luchas políticas y sindicales, y todo recaía sobre los hombros de las Hermanas. Ella, infatigable, con frecuencia se adjudicaba también las velas nocturnas supliendo a sus Hermanas o reemplazándolas en los trabajos más pesados. Decía: «Yo lo hago, me toca a mí». Con discreción y sabiduría facilitaba a los enfermos el cumplimiento de sus deberes religiosos. Fue destinada, por la urgencia que había, a la atención de niños contagiados de difteria.

En su diario había escrito:

> «Quiero ser la sierva de todos, convencida de que eso es justo, quiero trabajar, sufrir y dejar todas las satisfacciones para los demas [ ] Debo considerarme la ultima de todas, y estar contenta de ser pospuesta, indiferente a todo tanto a las reprobaciones como a las alabanzas, es mas preferir las primeras, siempre condescendiente a las opiniones de los demas, jamas excusarme aunque me parezca que tengo razon, nunca hablar de mi misma, los oficios mas bajos seran siempre los mios, porque los merezco»

Pedía, pues, recibir el don de los últimos puestos.

Después de haber sido operada —tan sólo a sus veintidós años— de un tumor, volvió a asumir sus ocupaciones habituales. La guerra, desde 1915 hasta 1918, puso al hospital en un trabajo intenso y continuo, sobre todo con ocasión de los repetidos bombardeos que sufrió Treviso y con la dedicación que había que prestar a los soldados heridos en los frentes. María Bertila trabajaba entonces día y noche, sin interrupción, hasta quedar exánime.

En estos momentos había escrito: «En este tiempo de guerra y de terror, pronuncio mi *Ecce venio!* Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad para cualquier aspecto que se presente de vida, de muerte y de terror». Durante los bombardeos, cuando todos bajaban a los refugios, ella permanecía con los enfermos, para darles ánimo con su presencia y para repartirles a los más asustados una copita de «marsala». Estaba tan impresionada y asustada como los demás, pero allí que permanecía serena. Su

superiora le preguntaba si no tenía miedo y ella contestaba: «No se preocupe, madre, el Señor me da tanta fuerza que ni siento el miedo». La enviaron al «Lazareto», un edificio del mismo hospital más próximo al nudo ferroviario de la ciudad y, por tanto, con mayor probabilidad de bombardeo. A su responsable, que había tomado esa decisión, la tranquilizaba: «No se preocupe por mí, madre, me basta poder ser útil».

En 1917, después de la invasión del Friuli, el hospital de Treviso tuvo que ser evacuado en tres grupos. Durante un año sor María Bertila acompañó a doscientos enfermos que fueron evacuados a Villa Raverio en Brianza, donde le encomendaron los enfermos de tifus, y después, en 1918, a Viaggù en Como donde le encomendaron los soldados tuberculosos.

Un teniente capellán, recuperado en el hospital, se sintió con el deber de escribir una carta a la superiora general para agradecer el bien que las hermanas realizaban en aquella casa hospital. Y escribió:

> «Entre todas se distingue sor Bertila. Ocupada de los soldados tuberculosos que estaban en el último piso del albergue convertido en hospital, se deshacía en cuidados y caridad, como haría una madre con su hijo, una hermana con su hermano. Eran muchas las exigencias de los pobrecillos, comprensibles por su enfermedad inexorable, y la racionalización del hospital hacía difícil la distribución de lo que resultaba necesario. Sor Bertila, que para encontrar alivio para un enfermo hubiera andado sobre el fuego, no se concedía descanso y no se sabe cuántas veces subía y bajaba en un día la larga escalera de cien escalones para acercarse a la cocina y traer una cosa u otra».

En otra ocasión en que el médico responsable del hospital había dado la orden de que las ventanas estuvieran abiertas y casualmente se había estropeado la caldera de la calefacción, María Bertila tuvo la paciencia de calentar en el patio agua suficiente para llevar a cada enfermo una bolsa de agua caliente.

Pero no le faltaron incomprensiones por parte de la superiora de la comunidad de Viaggù, a quien le pareció mejor —al ver tantos cuidados de su hermana con los soldados— alejarla de los enfermos y adscribirla a la lavandería, para que desinfectara y adecentara la ropa de los soldados contagiados. María Bertila sufrió mucho por ser alejada del trato directo con los enfermos y hasta lloraba a escondidas, pero jamás dijo una sola

palabra de protesta sino que asumió con todo amor aquel trabajo más duro, a solas y sin atender directamente a los enfermos. Lavaba los platos o limpiaba la ropa diciendo: «Jesús mío, lavad mi alma y preparadla para la comunión de mañana». En su diario espiritual —lleno de faltas de ortografía pero a la vez de palabras nobles y de suma belleza— había escrito que no había sufrido todavía todo lo que hubiera deseado padecer por amor a Jesucristo y que desearía unirse en esta tierra a Cristo crucificado por su mismo amor que ya gozaría con él después en el cielo. Nunca se sentía ofendida.

Llamada a Vicenza en 1919, para su profesión, a pesar de que la superiora de Viaggu quería expulsarla del instituto porque creía que María Bertila era incapaz para todo, ella, postrada de rodillas ante la superiora general, mostró su dolor con lagrimas y manifestó humildemente que se sentía inútil para cualquier oficio y para cualquier servicio a los demas. Solía decir: «Soy una pobre ignorante pero creo todo lo que cree la Iglesia». A una hermana que le preguntaba sobre su vida espiritual le había respondido: «No sé lo que es "gustar al Señor". Me basta con ser buena, lavar los platos y ofrecer a Dios mi trabajo. De vida espiritual yo no entiendo. El mío es el "camino de los carros"». Con ello quería decir —ella que tenía en la imagen los carros y carretas que había visto por los caminos de los campos y campiñas— que su camino era el más común, que en su espiritualidad no se salía de la senda ordinaria y transitada por todos.

Al comprobar su humildad y su actitud, la superiora general como premio la destinó por un tiempo a cuidar de los seminaristas en Monte Berico que estaban infectados también de una epidemia de fiebre. Así pudo curar a los jóvenes que un día serían sacerdotes.

Escribía entonces en su diario dirigiéndose a la Virgen María:

> «Oh querida Señora, no te pido visiones, ni revelaciones, ni gustos, ni placeres ni siquiera espirituales [ ] Aqui abajo no quiero otra cosa sino lo que tu quisiste en el mundo, creer plenamente, sin ver nada o gustar algo, sufrir con alegria sin consolacion [ ] Trabajar por ti hasta la muerte»

Restablecida en su salud, quebrada por su dedicación a tanto trabajo, volvió a Treviso a los cinco meses. Al principio, aquella

superiora al vérsela otra vez allí la envió a la cocina pero, como había necesidad de una asistente para enfermos y no quedaba otra que María Bertila, su superiora, pidiendo perdón a Dios por la irresponsabilidad que iba a cometer, le encargó que reemprendiera su habitual asistencia hospitalaria durante otros tres años a los niños enfermos.

A su cuidado tenía niños intubados con traqueotomía, algunos cianóticos con asfixia progresiva, otros con septicemia, la mayoría contagiosos pues tenían difteria, necesitados todos de una atención minuciosa y continua. Su horario era, por tanto, ininterrumpido, ni podía salir del hospital más que en contadísimas ocasiones ni siquiera, más de una vez, podía abandonar la sala para participar en la eucaristía diaria. Sin embargo no perdía la paz, como los mismos médicos atestiguaron, se mantenía dulce y tranquila, serena y sagaz. Y eso que algunas veces se le amontonaban seguidas varias noches de insomnio por tener que permanecer en vela. Los médicos residentes que comenzaban su andadura, veían en la hermana Bertila no sólo experiencia sino tal serenidad que a ellos les daba confianza cuando tenían que estrenarse en alguna cura o intervención.

Sabía hacerse con los niños de tal forma que, al poco tiempo, aquellos que pegaban puñetazos o se retorcían de dolor, quedaban en calma con los cuidados que recibían de María Bertila como si recibieran la atención de su madre. Cuando se marchaba de la sala, los niños la echaban en falta de manera sensible y notable. Cuando un niño moría, ella sabía dar la noticia a sus padres con las palabras justas.

Su vida espiritual, que le impulsaba al servicio a los enfermos, se centraba cada vez más en Cristo separándose cada vez más de ella misma, y escribía:

> «No tengo nada propio más que mi propia voluntad y, con la gracia de Jesús, estoy dispuesta y decidida a toda costa de no querer hacer mi voluntad, y todo eso por puro amor a Jesús, como si no existiera infierno o cielo, y tampoco para tranquilidad de la buena conciencia».

Estando a la mesa, cuando llegaba alguna enferma llena de parásitos o tuberculosa, y alguna hermana entraba en el comedor, informaba así: «Ha llegado una enferma para sor Bertila».

En 1919, participando en un triduo de acción de gracias por la beatificación de sor Ana de San Bartolomé, la secretaria de Santa Teresa de Jesús, dijo a unas hermanas que la acompañaban: «Hagámonos santas también nosotras, pero de paraíso, no de altar».

Había escrito en su diario:

> «Yo y Dios solo, recogimiento interno y externo, oración continua, ésta es el aire que respiro; trabajo continuo, asiduo, pero con calma y buen orden. Yo soy ser de Dios, Dios me ha creado y me conserva, razón por la que quiere que sea toda suya. Busco la felicidad, pero la felicidad verdadera la encuentro sólo en Dios [...] Debo hacer la voluntad de Jesús sin buscar otra cosa, sin querer nada, con alegría y buen humor [...] Suplicar a Jesús que me ayude a vencerme a mí misma, a comprender lo que es bien y lo que es mal, que me ayude y me inspire a hacer a toda costa Su santa voluntad, sin buscar ninguna otra cosa».

Aunque era visible el esfuerzo que tenía que realizar porque se le había reproducido el tumor, nunca se quejó ni rehusaba el trabajo ni solicitaba descanso. Si alguien le preguntaba por su salud, respondía que se encontraba bien y se ofrecía como víctima a Dios en humilde silencio. Su espíritu estaba siempre pronto pero su carne continuaba enferma.

El 16 de octubre de 1922 no se podía tener en pie. Tuvo que ser examinada por los médicos quienes le diagnosticaron un sarcoma del que había que operarla cuanto antes. No se inmutó al oírlos y, después de la operación quedó desahuciada sin esperanza de curación. Había que operarla al día siguiente. Le extirparon un tumor que ya había invadido la cavidad abdominal y comprendieron que no podría ya recuperarse. Cuando la noticia de que se moría corrió entre el personal del hospital, los médicos y el personal sanitario desfilaron por su habitación mostrando preocupación y gratitud. Algunos de ellos lloraban al verla sufrir con tanta suavidad y era ella la que trataba de consolarlos: «No debéis llorar. Si queremos ver a Jesús es necesario morir. Yo estoy contenta». Hablaba en su dialecto, como había hecho siempre: «Que digan a las hermanas para que le digan a la Madre general que se trabaja sólo por el Señor, que todo es nada, que todo es nada».

Era consciente de su situación extrema y, cuando la visitaban sus hermanas, mirando al cielo hacía suyas las palabras de

Jesús: «Hágase tu voluntad». Pidió los sacramentos y los recibió invocando a Cristo, el Señor, y a la Santísima Virgen María. A pesar de tantos dolores como debía padecer, murió plácidamente manifestando antes a su Superiora general que no tenía bien alguno de este mundo, el 20 de octubre de 1922.

El doctor Zuccardi Merli, librepensador y de quien se aseguraba que pertenecía a la masonería, sintió cambiar su corazón al verla morir. Declaró:

> «Puedo afirmar que la aurora de mi conversión espiritual comenzó en el momento de ver a sor Bertila cuando estaba para morir. Para ella, a quien besé la mano antes de que expirase, morir fue una alegría comprobada por todos. Murió como yo nunca vi morir a otra persona, como quien está ya en un estado mejor de vida [...] Oprimida por un mal dolorosísimo, exangüe, segura de que tenía que morir, en ese estado en el que ordinariamente el enfermo se agarra al médico y le pide: "sálvame", oírla pronunciar con una sonrisa que yo no sabría describir: "Estad contentas, hermanas, voy con mi Dios" fue algo que me sugirió una especie de autocrítica y que ahora guardo como el primer milagro de sor Bertila. Me dije a mí mismo: "Esta criatura está como fuera de nosotros, estando viva todavía. En ella hay una parte material, la que queda con nosotros, que agradece, que consuela a los que la rodean; pero hay una parte espiritual fuera, sobre nosotros, más evidente y dominante: la parte espiritual que ya goza de aquella felicidad que fue el suspiro de su vida"».

En el bolsillo del hábito encontraron que llevaba el ejemplar de catecismo que le había regalado su párroco cuando era niña. Esta religiosa joven, que murió a los treinta y cuatro años, había vivido la mitad, diecisiete, en su pueblo y la otra mitad, los otros diecisiete años, en su instituto de vida consagrada.

La participación del pueblo en las exequias, las manifestaciones de devoción a su sepulcro en el cementerio de Treviso, las gracias obtenidas por su intercesión, revelaron a muchos la grandeza espiritual de esta joven que había tratado de pasar inadvertida en la fatiga y en la humildad y, por su patente fama de santidad, se inició la causa de canonización ya en 1925, a tan sólo tres años, en esa misma diócesis.

Después, por decisión de Pío XI en 1935 se introdujo la causa en la Congregación de Ritos. Con dispensa de Pío XII por no haber transcurridos cincuenta años, se tuvo la congregación antepreparatoria en 1947, la preparatoria dos años más tar-

de y el 13 de julio de 1949 el mismo Papa dio el decreto sobre las virtudes vividas en grado heroico. El respectivo proceso sobre dos milagros por intercesión de María Bertila: uno, la instantánea y perfecta curación de Sebastián Fasan de osteoperiostitis aguda del maxilar superior izquierdo y, otro, la curación de una meningitis traumática, fue concluido en enero de 1952.

Pío XII con ocasión de la beatificación de María Bertila, en la Basílica de San Pedro de Roma, realizada el 6 de junio de 1952, quiso recordar el amor que María Bertila tenía al catecismo, su libro más querido, que llevaba siempre consigo. Dijo de ella: «Es un modelo que no asusta [...] En su humildad ella definió su camino como "el camino de los carros", el más común, el del catecismo».

Realizado otro proceso sobre otros dos milagros por intercesión de la Beata María Bertila, el primero a Verónica Frigo, quien había tomado un veneno mortal confundido con una medicina, y el segundo a Cesárea Fasolato quien había permanecido enferma grave en sus pulmones, vísceras y vértebras desde sus diecinueve a sus treinta y tres años, sanó habiendo invocado a la beata en el intervalo de una sola noche el 4 de marzo de 1953.

El 13 de abril de 1961 Juan XXIII sometió la canonización de María Bertila a consistorio público. Fue canonizada por el mismo papa Juan XXIII, en la Basílica de San Pedro, el 11 de mayo de 1961, estableciendo que su memoria litúrgica se celebrara el 20 de octubre.

Sus reliquias reposan en una capilla de la casa madre de su Instituto en Vicenza.

JOAQUÍN MARTÍN ABAD

Bibliografía

SACRUM CONSISTORIUM, *Consistorium semipublicum,* XIII Aprilis MCMLXI: *AAS* 53 (1961) 243-244.

JUAN XXIII, «In sollemni canonizatione Beatae Mariae Bertillae Boscardin, Virginis ex Instituto Sororum Magistrarum a S. Dorothea Filiarum Sacrorum Cordium, XI Maii a. MCMLXI,... peracta»: *AAS* 53 (1961) 289-295.

— «Litterae decretales Beatae Bertillae Boscardin, Virgini, Sanctarum honores decernuntur»: *AAS* 53 (1961) 705-713.

SICARI, A. M.ª, *Ritratti di santi* (Milán 1988).

PROJA, G. B., «Maria Bertilla Boscardin, santa», en *Bibliotheca sanctorum.* VIII: *Liadan-Marzi* (Roma 1966) cols.1041-1042.

BEATO SANTIAGO KERN

Presbítero († 1924)

Viena, 21 de junio de 1998, en Heldenplatz, el lugar donde sesenta años antes una multitud enfebrecida aclamaba a Adolfo Hitler con motivo de la anexión de Austria al III Reich. En esta misma plaza vienesa, también llena de gente hasta los topes, Juan Pablo II inscribía solemnemente en el libro de los beatos al sacerdote premonstratense Santiago Kern, junto al religioso Antón María Schwart y a la religiosa Restituta Kafka, tres cristianos ejemplares de la tierra austríaca. El Papa quiso contraponer, en su homilía, frente a los «héroes del mundo» a estos tres «héroes de la Iglesia», y fue evocando la fibra del testimonio cristiano de cada uno de ellos. A Santiago Kern lo presentó como un «testigo de la fidelidad al sacerdocio».

Y es que Santiago Kern, por nombre de pila Francisco Alejandro, parece como si hubiera nacido nada más que para ser sacerdote. Fue un hijo muy deseado por su madre, que lo orientó ya desde su infancia a la vida religiosa; y así poco después de su nacimiento en Viena, el 11 de abril de 1897, lo ofreció y consagró al Señor, igual que hicieron algunas grandes mujeres de la Biblia. De tal manera que, con la ayuda de su modesta familia, de la comunidad parroquial, del ambiente escolar y de sus mejores amigos, el niño Francisco Kern fue encontrando abonado el terreno para responder con generosidad al don temprano y firme de su vocación sacerdotal. Haciendo de monaguillo en la misa, dispuesto siempre a participar como voluntario en las tareas de la parroquia, se le fue manifestando una indiscutible llamada para seguir a Cristo. No se veía en el futuro de otra manera que como sacerdote.

Dicho y hecho, decide entrar en el seminario diocesano de Hollanbrunn, no muy lejos de Viena. Pronto manifestó un fervor especial por la adoración al Santísimo Sacramento y una vibrante devoción por Jesucristo, que le llevó a pertenecer a la Hermandad de la Expiación del Corazón de Jesús, fundamentales columnas para el crecimiento de su vocación. No todo fue sobre ruedas en el internado, pues mientras existen muchos testimonios de que se comportaba como un seminarista piadoso, de intensa oración, en cambio desde el punto de vista académi-

co no sobresalió como brillante alumno, fue más bien del montón y con algunas dificultades escolares, a juzgar por la cartilla de notas que se conserva de sus estudios, aunque siempre aplicado.

Poco después, en junio de 1914, tras el asesinato del archiduque Francisco Fernando en Sarajevo, se desencadena la I Guerra Mundial. El joven Kern es llamado a filas en 1915, con 18 años, para participar en una contienda de la que nunca pudo entender sus motivaciones. Respondió al reclutamiento y en el frente consiguió mantener una buena amistad con los compañeros de campaña, que siempre respetaron sus convicciones y comprendieron que nada ni nadie sería capaz de distraerle en su empeño de hacerse sacerdote. Ni siquiera cuando el 11 de septiembre de 1916 cayó gravemente herido, con sus pulmones e hígado perforados por la metralla, se enfriaron sus deseos. Iba a comenzar, eso sí —como dejó escrito— su particular «semana santa», porque la herida no curaba, aunque sus momentos más críticos en el hospital, de verdadera lucha contra la muerte, pudo superarlos gracias a su ilusión por ser sacerdote.

Durante aquellos restantes años de guerra pudo continuar con los estudios de teología en el seminario sacerdotal de Viena, e incluso formó parte de una asociacion de estudiantes cristianos conocida por el nombre de *Amelungia*. Pese a su delicado estado de salud no decaía ni su alegría ni su sentido del humor. Aún tuvo que incorporarse de nuevo a la guerra, en calidad de lugarteniente, hasta el final del conflicto en 1918. Regresó otra vez al seminario vienés, pero ahora, tras la dolorosa experiencia de sufrimiento vivida como consecuencia del conflicto, descubre que la llamada sacerdotal le exigía un seguimiento de Cristo más estrecho y comprometido.

Sucede entonces que el joven Francisco Alejandro Kern se entera de algo que ha sucedido en un monasterio premonstratense de la región checa. Con la terminación de la guerra, algunos Estados nacionales decidieron fundar una Iglesia nacional, dándole la espalda a Roma. Y ocurrió que uno de los más beligerantes defensores de esta escisión fue el religioso premonstratense Isidoro Zahradnik, que se exclaustró de su monasterio de Strahov junto con otros hermanos de vida religiosa para mi-

litar en una Iglesia nacional checa. Este comportamiento del monje llegó a oídos del seminarista vienés e inmediatamente le indujo a tomar el relevo del religioso checo, a tratar de sustituirlo. Con el permiso y beneplácito de sus superiores logra el joven Kern que le dejen ingresar en el monasterio premonstratense de Geras durante un año, a modo de prueba, si es que esa era la voluntad de Dios, con la finalidad de dedicarse por entero a la vida monástica.

Geras era una abadía vienesa muy antigua y de gran solera, fundada en 1153. Entrar a formar parte de su comunidad vistiendo el hábito de San Norberto le permitía a Kern, debido a la fragilidad de su salud, seguir su vocación, aceptar sus limitaciones, pero también ofrecer por los demás todos sus dolores y transformarlos en «semilla de Dios». Y en realidad los soportó siempre como un héroe, pues fue sometido a dos operaciones de costilla, sin auxilio de la anestesia debido a que su corazón no la resistiría, y su actitud fue la de quien acepta compartir sus sufrimientos con los de la pasión del Señor.

Entra en el monasterio en 1920 y cambia su nombre de bautismo por el de Santiago, el nuevo nombre de su vida religiosa. Tras hacer el noviciado, vio cómo se cumplía el gran deseo de toda su vida al poderse ordenar de sacerdote en 1922. Pero aun así se ve probado con un nuevo e inesperado sobresalto en su salud, ya que durante la víspera del día fijado para celebrar su primera misa, en aquella esperanzadora tarde, le sobrevino una grave hemorragia, y todos los que le rodeaban creyeron que celebraría su primera misa en el cielo. Más tarde confesaría él mismo que cuando distribuía la comunión a los enfermos era, al mismo tiempo, su propio viático. Una vez más sus deseos de ser sacerdote parecían mas fuertes que su misma enfermedad. Incluso se hacía verdad aquella frase del apóstol Pablo a los Corintios: «Cuando soy débil, entonces soy fuerte» pues «reside en mí la fuerza de Cristo».

Por fin, Santiago Kern hace su profesión religiosa como monje premonstratense, ante el abad Emiliano Greisi, el día 20 de octubre de 1924. Al día siguiente moría en el monasterio de Geras, con sólo 27 años de edad. Fue su vida muy breve, pero con una larga respuesta a la voluntad de Dios. Entre los rasgos

expuestos por Juan Pablo II en la semblanza que hizo de Santiago Kern en aquella Plaza de los Héroes de Viena, durante su tercer viaje apostólico a Austria, subrayó ante los jóvenes la ejemplaridad del nuevo beato al «acoger generosamente la llamada al sacerdocio para seguir a Cristo» y valoró la maduración de su entrega con estas palabras: «Mediante la purificación del dolor apareció el hondo significado de su vocación sacerdotal: unir su vida al sacrificio de Cristo en la cruz y ofrecerla en sustitución por la salvación de los demás».

JOSE ANTONIO CARRO CELADA

Bibliografía

ANGERER, J., «Una chiara testimonianza di amore a Cristo offerta nel fiore degli anni»: *L'Osservatore Romano,* suplemento especial sobre la visita pastoral de Juan Pablo II a Austria (18-6-1998) 16
Ecclesia (11-7-1998) n.2.901, p.30-32
L'Osservatore Romano (22/23-6 1998) 8-9.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN VITAL DE SALZBURGO

Obispo († 730)

Era el abad de la iglesia de San Pedro y fue discípulo y compañero de San Ruperto, el primer obispo de Salzburgo y era de origen irlandés. Consagrado obispo como segundo sucesor de San Ruperto, evangelizó el Pinzgau, fundando pequeños centros religiosos y culturales, llamados *Cellae.* No se sabe mucho más de su vida y actividad, pero es muy claro que dejó una gran estela de santidad y que, muerto hacia el año 730 y enterrado en la iglesia de San Pedro, su tumba fue objeto de peregrinaciones, donde los fieles decían encontrar alivio a sus enfermedades y problemas y alcanzar de Dios muchos milagros.

SAN ANDRÉS CALIBITA

Monje y mártir († 767)

Nace en Creta al comenzar el siglo VIII y desde su juventud se dedica a la vida ascética, viviendo en una choza, de donde le vino el nombre de Calibita. Parece que fue también monje. El año 767 se llegó a Constantinopla, entró en el palacio en donde Constantino V Corpónimo vivía y lo apostrofó por su persecución a quienes veneraban las sagradas imágenes, alegando que las imágenes no son adoradas sino veneradas y que por ello no pueden confundirse con los ídolos. Constantino no aceptó la discusión dogmática y mandó que el monje fuese flagelado y encarcelado. Al día siguiente se le mandó comparecer ante el emperador que lo invitó a adherirse a su actitud religiosa y como no lo consiguieron ni promesas ni amenazas, lo entregó a la furia de la plebe. Por las calles le fueron atormentando hasta el Foro del Buey donde fue linchado, siendo sus restos mortales enterrados primero en una fosa común, pero luego fueron recogidos y sepultados en el lugar llamado «Crisis», y de ahí le vino el sobrenombre de San Andrés en Crisis. Posteriormente surgió allí un monasterio que llevó su nombre.

BEATO SANTIAGO DE STREPA

Obispo († 1411)

Santiago de Strepa o Strzemic o Rukem de Waldonna era polaco y debió nacer hacia 1340 en el seno de una noble familia. Muy joven opta por la vida religiosa e ingresa entre los franciscanos conventuales. Destinado a lo que se llamaba la misión rusa, dio pruebas de gran espíritu misionero. Nombrado superior del convento de Lvov, entonces bajo la corona polaca, la Santa Sede lo hace también superior de todas las misiones rusas. Desempeña este encargo por espacio de diez años y da nuevo impulso a la «Sociedad de Peregrinos por Cristo», integrada por dominicos y franciscanos, y dedicada a la tarea de la evangelización de Rusia, Polonia, Lituania y Valaquia, obteniendo grandes éxitos en su labor misionera. Muerto el arzobispo de Kalitz o Halicz, el papa Bonifacio IX lo designa para aquella sede, que en 1414 se traslada a Lvov. Se resistía el elegido pero

la obediencia le obligó a aceptar regentar una diócesis tan vasta. No deja en el episcopado su hábito franciscano y lleva una vida en todo acorde con la pobreza franciscana, empleando las rentas del arzobispado en construir nuevas iglesias, casas religiosas, hospitales y asilos y en el socorro de los pobres. Recorría a pie su diócesis y por todas partes iba fomentando la vida religiosa, especialmente el amor a la Eucaristía y la devoción a la Virgen María. Como senador del reino, dio sabios consejos acerca de la gobernación del reino y fueron estos tan oportunos y eficaces que se le llamó «salvaguarda del reino».

Muerto el 20 de octubre de 1411 en Lvov, fue sepultado en la iglesia de los franciscanos para dos siglos más tarde ser trasladado su cuerpo incorrupto a la catedral. Pío VI confirmó su culto inmemorial el 11 de septiembre de 1790.

21 de octubre

A) Martirologio

1. En Nicomedia (Bitinia), santos Dasio, Zótico y Cayo († 303), mártires.
2. En Colonia (Alemania), la conmemoración de las santas vírgenes martirizadas donde luego se edificó la basílica en honor de la joven Santa Úrsula († s. IV), virgen *.
3. En Chipre, San Hilarión († 371), abad **.
4. La conmemoración de San Malco († s. IV), monje.
5. En Burdeos (Aquitania), San Severino († s. V), obispo.
6. En Laón (Galia), Santa Cilinia († 458), madre de los santos Principio y Remigio.
7. En Lyón (Galia), la conmemoración de San Viator († 481), lector *.
8. En Traer (Austrasia), San Wendelino († 607), ermitaño.
9. En Marsella (Provenza), San Mauronto († 780), obispo y abad.
10. En Cortona (Toscana), Beato Pedro Capucci († 1445), presbítero, de la Orden de Predicadores *.
11. En Seúl (Corea), San Pedro Yu Taechol († 1839), joven de trece años, mártir *.
12. En Belencito, junto a Medellín (Colombia), Beata Laura de Santa Catalina de Siena Montoya y Upegui († 1949), virgen, fundadora de la Congregación de Hermanas Misioneras de María Inmaculada y Santa Catalina de Siena **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN HILARIÓN
Abad († 371)

La primera edad de la Iglesia fue la de las persecuciones que se desataron contra ella, suscitadas principalmente por el Imperio romano durante tres siglos. A ésa sucedió una era de paz iniciada por el emperador Constantino, que en el año 313 declaró lícito el culto cristiano y él mismo se convirtió al cristianismo. Si en la primera floreció principalmente la fe heroica de los mártires, que ornaron a la Iglesia con la púrpura de su sangre, en la segunda viéronse pulular ejemplos de virtudes sólidas y perfectas, como frutos propios del árbol de la Iglesia.

El día 21 de octubre celebra ésta la fiesta de San Hilarión, abad, nacido en Tabatha, cerca de la ciudad de Gaza, en Palestina. Su vida es admirable por resplandecer en ella la supremacía del espíritu y la fidelidad en seguir los movimientos de la gracia, que ora le lleva al desierto, viviendo largos años en la contemplación y desasimiento de todo lo que halaga a la carne y a las pasiones, ora le hace dedicarse a hacer el bien a aquellos que, subyugados por su ejemplo, le piden que les deje imitar su vida bajo su dirección, y a socorrer milagrosamente con actos de caridad espiritual y corporal a las gentes afligidas que acuden a él implorando su socorro.

La fecha de su nacimiento no consta abiertamente, pero podemos deducirla por el aserto de San Jerónimo, de que a la muerte de San Antonio (en el año 356), tenía Hilarión sesenta y cinco años de edad.

Llamó poderosamente la atención, en todos los países por donde discurrió, por sus grandes virtudes de abstinencia, recogimiento, oración, humildad, caridad y estupendos milagros, y liberación de espíritus impuros.

Aunque era palestinense, no era judío, pues los israelitas tenían sus confines muy delimitados. Era, pues, la suya una familia pagana, de posición acomodada. Según lo describe San Jerónimo, cuando salió de su casa para ir a cursar los estudios a Alejandría, emporio entonces del saber humano, era un jovencito de quince años, rubio, de complexión delicada, pero dotado

de un alma noble, una voluntad férrea y hambriento de la verdad, cualidades todas que se adaptaban a maravilla para recibir la fe cristiana, la cual, de hecho, recibió en Alejandría. No tenemos pormenores de su conversión; podemos suponer que entre sus condiscípulos los había cristianos, que no serían los peores en su conducta ni los menos distinguidos por su aplicación y aprovechamiento en aquella sede fundada por San Marcos, ilustre por el martirio de Santa Catalina y cuna del gran doctor de la Iglesia San Atanasio.

Características de los grandes santos es el conformar su vida con su fe, yendo hasta las últimas consecuencias mientras que el vulgo se contenta con una medianía, no negando la fe y, en lo moral, cayendo y levantandose, gracias a la segunda tabla de salvación después del bautismo, el sacramento de la penitencia

Hilarión oyó hablar de aquel anacoreta que en el desierto de Egipto llevaba una vida de ángel sobre la tierra, que lo había renunciado todo por imitar más de cerca a Cristo, y no por curiosidad, sino con sincero deseo de aprovecharse, se fue en busca del abad Antonio y lo halló en la Arcadia, extenso territorio desierto en el delta del Nilo. Dice San Jerónimo que, cuando San Antonio vio a San Hilarión, le dirigió este saludo: *Bene venisti, Lucifer, qui mane oriris* («Bienvenido, Lucifer, que te levantas al amanecer»), que es la frase que en el profeta Isaías se refiere al ángel caído y que San Antonio la aplica en sentido contrario a Hilarión.

> «Dos meses —dice el padre Van Bruck— permanecio con el santo anacoreta, para observar sus costumbres, guardai en su corazon sus palabras y conformar después su vida con aquella»

Cuando a los veintiséis años volvió al hogar paterno se encontro con dos acontecimientos: habían muerto sus padres y quedaba constituido dueño de una pingue herencia. Lo primero, claro está, le causó dolor; pero, en cuanto al propósito que llevaba en su corazón, le libraba de los lazos que pudieran impedírselo. Cuanto a lo segundo, al contrario, de suyo, era algo que podía aprisionarlo por el amor a las riquezas y a las comodidades. Pero tenía presente el ejemplo de San Antonio, que, joven como él, había seguido el consejo divino: «Ve, vende cuanto tienes y dalo a los pobres, y ven y sígueme» (Mt 10,21), y así

lo realizó. Se estableció en el desierto de Majuma, cerca de Gaza, y allí observó un género de vida similar al de San Antonio. Vestía una camisa de pelo de camello; una túnica exterior tejida de lo mismo y una cogulla.

Es la de la abstinencia la virtud de que le convierte en uno de los más notables santos de la Iglesia, no porque no lo sea también en otras virtudes, ni porque sea esa virtud la que sobresalga entre las demás, sino porque él se señaló como nadie en dicha virtud.

He aquí cómo la puntualiza el padre Van Bruck, tomándolo de San Jerónimo: de los veintiuno a los veintitrés años tomó un plato de lentejas al día, de los veintitrés a los veinticinco, sólo pan con sal; de los veintisiete a los treinta inclusive se alimentó de hierbas; de los treinta y uno a los treinta y cinco tomó al día seis onzas de pan; de los treinta y seis a los sesenta y tres años añadió aceite a su alimento, y de los sesenta y cuatro a los ochenta se abstuvo del pan. Esto constituye ya un verdadero milagro, pues no lo pueden realizar las solas fuerzas naturales, emprendiendo, como emprendió, largas jornadas y conservando su claro juicio, por lo cual fue apreciado por gente conspicua como San Epifanio, obispo de Salamina (Chipre); Dracontius, obispo de Hermópolis; Philor, obispo cirenense, y Siderio, obispo de Palebiscenum. Además evangelizó el país de los nabateos, dejando muy bien dispuesto a su jefe Elusates para su ingreso en la Iglesia.

A un hombre que así castigaba su carne para rendirla al espíritu no es de admirar que Cristo le diese poder sobre los demonios y sobre la naturaleza, como en el milagro de las cuadrigas de las ciudades de Gaza y Majuma, donde haciendo rociar con un vaso de agua los carros, caballos y auriga de los de Majuma, hizo que vencieran en velocidad a aquellos. Ese poder estupendo fue lo que, no queriendo admitir escritores positivistas, optaron por negar su historicidad.

El deseo de huir del aura popular que lo admiraba, así por su virtud como por sus milagros en curar las dolencias del cuerpo y las posesiones del demonio, le hacía ansiar la soledad, y, finalmente, la amenaza de Juliano el Apóstata, que había ya destruido su monasterio de Majuma el año 362, le obligó a embar-

carse en el puerto de Alejandría en la primera nave que partiera y que fue con rumbo a Sicilia. Sus milagros le delataban siempre, y así hubo de salir de Sicilia, desde donde pasó a la Dalmacia, estableciéndose en Epidaurum, con Hesiquio: allí le hizo célebre un gran milagro destruyendo por el fuego un dragón que hacia allí gran estrago. Deseoso de vivir desconocido, partió para Chipre juntamente con Hesiquio, al que envió a Palestina para visitar a los hermanos y ver las cenizas de su antiguo monasterio. Establecióse en un lugar fragoso llamado Bucolia, donde no había cristianos, sino gente feroz, pero los amansó su virtud y la curación de uno de sus jefes. Cinco años permaneció en aquella soledad, al cabo de los cuales, sintiéndose morir a sus ochenta años, dejó escrito brevemente a Hesiquio que le dejaba su Evangelio, su túnica, su cogulla y un pequeño manto. Corrió la voz de que moría el Santo y acudieron a él algunos cristianos de Pafos, que pudieron oírle: «Sal, sal, alma mía ¿Por qué temes? ¿Ya cerca de setenta años que sirves a Cristo y temes?» Y con esto expiró. Llegó la noticia a Hesiquio en Palestina, que partió al punto para Chipre, personándose en el lugar de la sepultura y, simulando querer vivir allí, trasladó ocultamente las reliquias del Santo, que con avidez fueron recibidas en Chipre, en Palestina y en toda el Asia Menor.

Algunos han negado su historicidad, creyéndolo un engendro de la imaginación de los primeros siglos cristianos; pero eso es insostenible ante el testimonio concorde de los escritores más autorizados. San Jerónimo, sobre todo, en su *Vita Patrum* (PL 3,29,54); San Atanasio, San Epifanio, Sozomeno (que dice que él mismo estaba emparentado con Hilarión), Surio, Metafrastes, Lipomano, Hesiquio (discípulo e íntimo de Hilarión), cuyas citas pueden verse en *Acta sanctorum* compiladas por el padre Víctor van Bruck, SI, el cual reproduce la *Vita S. Hilarionis,* de San Jerónimo, tomada de varios códices de Bruselas. Y, últimamente, el profesor Juan Pedro Kirsch, catedrático de Arqueología de la Universidad de Friburgo, da cuenta de un ejemplar descubierto por Papadopoulos-Kerameus, de una vida de San Hilarión, escrita en griego *(The Catholic Enciclopedia,* VII [Nueva York 1920] 347-348).

JOSE MÚNERA, SI

Bibliografía

Acta sanctorum. Octobris, IX, p.37s.
HEIMBUCHER, M., *Die Orden und Kongretationen der katholischen Kirche* (Paderborn 1907).
SERVIERES, J., *Histoire de S. Hilarion* (Rodez 1884).
WINTER, P., *Der literarische Charakter der vita Beati Hilarionis des Hieronymus* (Zittau 1904).
• Actualización:
JERONIMO (SAN), «La vida de Hilarión»: *Cuadernos monásticos* 29 (1994) 108-111.

BEATA LAURA DE SANTA CATALINA DE SIENA MONTOYA Y UPEGUI

Virgen y fundadora († 1949)

El siglo XX ha significado un avance espectacular en el reconocimiento de los derechos de la mujer, mientras se valoraba más y más su intervención en la gestión de los asuntos públicos. Tal fenómeno ha afectado sin duda a la Iglesia. El papel de la mujer, religiosa o laica simplemente, ha avanzado asimismo en la valoración de la jerarquía, aunque reticencias de antaño pesan aún en este campo. La misión de ser testigo y de anunciar el Evangelio de ninguna forma puede ser tarea exclusiva de varones. El primer apóstol de los apóstoles, como justamente se la ha llamado, María Magdalena, fue la primera que evangelizó la Buena Nueva de la resurrección del Señor. La bienaventurada religiosa que hoy celebramos fue una pionera en la promoción misionera de la mujer en las tierras de frontera, en la selva, entre aborígenes a quienes no había llegado aún el mensaje de Cristo Salvador de todos los pueblos y razas. La Iglesia ha reconocido la santidad y la obra evangelizadora de esta gran mujer que en su país natal fue apóstol y maestra de misioneras.

Nació en Jericó (Antioquía), un pequeño pueblo de Colombia, la segunda de tres hermanos, el 26 de mayo de 1874, en el hogar cristiano de Juan de la Cruz Montoya y de Dolores Upegui. Cuatro horas después de su nacimiento, fue regenerada en las aguas bautismales por un sacerdote que le impuso los nombres de María Laura de Jesús.

Cuando sólo contaba dos años, murió su padre en la guerra civil y religiosa que asolaba el país. Sus bienes fueron confiscados por los enemigos y la familia quedó reducida a extrema po-

breza. La madre se vio obligada a llevar a Laura a casas de parientes y luego, con sus hijos, buscó cobijo en la casa de sus padres en Amalfi. La niña siguió estudios elementales en Aná y Amalfi.

A los siete años, Laura, inesperadamente, tuvo un encuentro muy íntimo con Dios: su corazón ya nada más ambicionó que centrarse totalmente en el Señor. Empezó a subir hacia las cumbres de la contemplación.

Ingresó a los 16 años como interna en la «Normal de Institutoras» de Medellín. Sobresalió por su aprovechamiento en los estudios y también por su piedad. Comulgaba cada día en la vecina iglesia de los jesuitas, frecuencia no común en aquellos tiempos.

Obtenido el título de maestra, ejerció la docencia en varios pueblos: Amalfi, Fredonia y Santo Domingo. Dejó siempre en sus alumnas un recuerdo excelente. Como maestra cristiana, les inculcaba los valores y las virtudes cristianas, les exponía la Palabra del Evangelio y las atraía especialmente al amor de la Eucaristía. Muchos padres de sus alumnas se sintieron atraídos por las lecciones de la joven maestra y quisieron seguirlas ellos también. Por su influencia, algunas jóvenes pasaron del espiritismo a la profesión de la fe católica.

En 1897 se incorporó al colegio de la Inmaculada, fundado por su prima Eleonor Echevarría en Medellín para alumnas de clases acomodadas. Tuvo que soportar entonces una violenta persecución por parte de los padres de sus alumnas ya que fue acusada, calumniosamente, de obligar a sus discípulas a entrar en religión. El colegio tuvo que cerrar ya que los padres retiraron a sus hijas. Laura tuvo entonces que sufrir marginación y pobreza; se propuso no defenderse y pasar esta prueba y humillación en silencio. Más tarde el vicario general de Medellín le ordenó escribir una «carta abierta» para reivindicar su inocencia. Tras la publicación de esta carta, el colegio volvió a abrir sus puertas; pero por breve tiempo. Tuvo que cerrar de nuevo por acusaciones no de los seglares sino del propio arzobispo de la ciudad, quien acusó a Laura de pertenecer a la masonería y aconsejó a los padres que quitaran a sus hijas del colegio.

No se dejó abatir por estas pruebas. Desde la infancia Laura había sentido la vocación religiosa. Su espíritu contemplativo la

inclinaba a la Orden de las carmelitas descalzas. Pero, en su discernimiento, otra opción le robó mente y corazón. Sus conocimientos del país, su geografía e historia, le habían hecho descubrir el estado de abandono y marginación en que vivían innumerables tribus indígenas, esparcidas por la selva. Entonces su decisión de consagrarse a Dios osciló entre la celda y la selva. En 1907, cuando se encontraba en Marinilla, recibió una revelación de la paternidad de Dios:

> «He conocido profundamente —más de lo que pueden expresar las palabras— la generación del Verbo eterno y cómo Dios es intensamente Padre de todos los hombres [...] Me vi en Dios y vi cómo me arropaba con su paternidad haciéndome madre, del modo más intenso, de los infieles. Me dolían como verdaderos hijos».

Entoces se sintió fuertemente llamada a realizar lo que ella llamaba «la Obra de los indios». En 1908 realizó el primer viaje apostólico y misionero entre los indios con dos compañeras y un sacerdote. El primer fruto de esta empresa fue el bautizo colectivo de 72 indígenas. Animada por este éxito en años sucesivos repitió esta misión.

En 1912 volvió a sentir la vocación carmelitana; pero el santo obispo de Medellín, mons. Rafael Pardo Vergara, la urgió a anunciar la Buena Nueva de Cristo a las multitudes de indios. Lo mismo le indicó el jesuita P. Dueñas: «Dios te llama no sólo a la perfección en el convento del Carmelo, sino también a la empresa heroica entre los infieles. Estás obligada a optar por esta última. Puedes decir a las madres carmelitas que dispongan libremente de tu celda».

Laura tuvo el coraje de replicar: «Durante veinte años he bañado con mis lágrimas aquella celda». Pero el padre jesuita le insistió: «Dios te llama a otra empresa heroica».

Ante la imagen de María Inmaculada, va madurando su obra de maestra de los indios. Reza:

> «Madre, yo no soy huérfana porque te tengo a ti: tú eres más que una madre. Pero los pobres indios son huérfanos y ello me rompe el corazón. ¿No quieres ser tú su madre?»

El mismo año de 1912 halló la respuesta en el encíclica de San Pío X: *Lacrymabilis status indum,* en la que el pastor universal

invitó a los otros pastores de la Iglesia a hacer algo por los indígenas americanos, en peligro de exterminación.

En 1914 el obispo de Santa Fe de Antioquia, mons. Maximiliano Crespo, aceptó «con alma, vida y corazón» la obra de evangelización que Laura le proponía y se ofreció a ser su guía.

Acompañada de su madre, María Dolores Upegui, y de sus cinco primeras compañeras, con la bendición del obispo Maximiliano, sale de Medellín el 5 de mayo de 1914. Parten apoyando su debilidad de mujeres en la fuerza de la cruz, sostenidas por el amor a María Inmaculada. Las primeras misioneras de los indios, tras diez días de penoso viaje atravesando la cordillera andina central hacia las orillas del Riosucio, llegan al pequeño pueblo de Dabeiba. El trayecto, aún hoy, es difícil y erizado de toda clase de peligros, pero nada hizo menguar el impulso evangelizador de Laura y de sus primeras religiosas.

En 1916 la congregación de las Misioneras de María Inmaculada y Santa Catalina de Siena, formada por Laura, recibió la primera aprobación eclesiástica. Bajo la protección maternal de la Madre del Señor y de la intrépida mujer de Siena que tanto trabajó en su tiempo por la Iglesia y que compaginó la vida contemplativa y la activa, Laura emitió sus primeros votos el primero de enero de 1916 y el 8 de diciembre de 1924 hizo su profesión perpetua. En su *Autobiografía* madre Laura describió así el perfil de sus discípulas: «Tenía necesidad de mujeres intrépidas, osadas, inflamadas del amor a Dios, capaces de asimilar su vida a la de los pobres habitantes de la selva, para elevarlos a Dios».

En las Constituciones que redactará para sus misioneras, inculca en el progreso de la vida interior del espíritu mientras llevan vida de nómadas para hacer llegar a los indios la bondad de la fe católica: «Nuestra plegaria se ambienta en la realidad histórica del pueblo, integrando en la vida la acción y la contemplación».

En la región de Urabá, en la prefectura de Dabeiba, Laura y sus hermanas de congregación iniciaron sus trabajos apostólicos entre los indios *embera-catios*. Diez años permanecieron evangelizándolos. Por imperativo de las autoridades que desaprobaban su comportamiento como religiosas misioneras, pasaron a la diócesis de Santa Rosa de Osos. Aquí Laura estableció

la casa general de su Instituto y el noviciado, pero tuvo que abandonar pronto este emplazamiento. Pasó luego a la diócesis de Santa Fe de Antioquia y, finalmente, en 1940, Medellín le abrió sus puertas para que la congregación tuviera su sede definitiva.

Laura Montoya planteó su obra misionera entre los indios como una gran empresa de inculturación y de evangelización. Es mujer de vanguardia. Su estilo de vida como mujer y como misionera rompe moldes. Por ello tiene que soportar la incomprensión de muchos, de algunos prelados también, que no aciertan a entender la obra de aquellas «religiosas-cabras» —como la fundadora misma llama a sus hijas—, que dejan atrás esquemas tradicionales y son punta de lanza en la evangelización de América Latina por parte de mujeres misioneras, consagradas del todo a la predicación del Evangelio y a la promoción de la desgraciada situación de los indios. Laura se empeñó en hacer superar la idea de la inferioridad y de la debilidad femeninas. Con su vida y con su acción educadora y evangelizadora demostró que la mujer podía llevar a cabo obras de gran envergadura social y religiosa.

La madre Laura tuvo siempre un elevado concepto de la dignidad de los pobres, de los humildes, de los indígenas. Normalmente los indios eran considerados seres peligrosos, ladrones, asesinos, por las personas «civilizadas» de los Estados americanos. Eran tratados como mulos, rechazados como animales peligrosos. Sometidos a malos tratos como bestias, humillados y perseguidos, reaccionaron con una desconfianza total hacia todo lo que fuera «civilización», enseñanza, gobierno, etc. Ellos mismos se consideraban inferiores a los blancos y temerosos de cuanto procedía de los blancos. Muchas autoridades civiles y eclesiásticas los consideraban irreducibles. Madre Laura y sus compañeras se integraron plenamente en la comunidad de los indios; aprendieron la lengua indígena, respetaron sus tradiciones.

> «No faltan quienes piensan que la catequización deba iniciarse con la radical y forzosa transformación de los usos y de las tradiciones auctóctonas, y con la abolición de la lengua aborigen para sustituirla por la castellana; esto es imposible y cruel y causaría la ruína total de la raza. ¿Quién no ama la propia lengua? ¿Quién no

siente las tradiciones de los antepasados como trozos del propio corazon?»

Juntamente con su cultura ancestral, madre Laura defendió los derechos de los indios, sus propiedades de las que habían sido despojados por los conquistadores y «civilizadores», devolvió a los indígenas la conciencia y la posesión de su dignidad humana. Con su acción cultural y apostólica, hizo todo lo posible para derribar el muro de discriminación racial que mantenían muchos líderes civiles y religiosos de su tiempo.

La ternura femenina, animada por la oración y la caridad, fue la fórmula feliz de un método nuevo y audaz, basado en la abnegación y en la delicadeza, en el conocimiento perspicaz de la psicología de los indios y de su situación sociologica. «La pedagogía del amor» fue el instrumento que Laura utilizó para atraer mente y corazón de sus catequizados al crisianismo.

> «Los tratabamos —escribe la fundadora— como seres importantisimos, como hijos del alma Hasta los mas reacios, encontraban en nosotras compasion, ternura y apoyo»

Este lenguaje resultó más comprensible que la palabra misma.

Madre Laura albergaba en su corazón el afán por difundir la gloria y el conocimiento de Dios por toda la tierra; por eso quería ir en busca del indígena, del negro, del mestizo abandonado, de cuantos, en su obscuridad interior, no podían encontrar a Dios. Éste era el anhelo que movía sus largas horas de oracion. Esta exigencia del alma impregnaba su plegaria, sus sacrificios y privaciones, sus numerosos escritos. Feliz y sonriente en su tarea misionera, se la vio recorrer las selvas del Murrí, del golfo de Urabá, de la selva Sarare en la fronterza de Venezuela.

Tenía sed: «Sitio» («Tengo sed»), las palabras del Crucificado (Jn 19, 28), que hizo grabar sobre el hábito, a la altura del corazón, de sus misioneras. Escribió:

> «¡Cuanta sed tengo! ¡Sed de saciar la vuestra, Señor! Al comulgar nos hemos juntado dos sedientos. Vos de la gloria de vuestro Padre y yo de la de vuestro corazon eucaristico. Vos de venir a mi y yo de ir a vos»

Son palabras de una contemplativa que, llevada por su sed de propagar la gloria del Padre y el conocimiento de Cristo, ha-

bía preferido la selva de los indios a la celda carmelitana. Pero sintió arder siempre en su espíritu el carisma de la contemplación, como ampliamente lo demuestra su *Autobiografía* y en *Voces místicas,* inspirada en la contemplación de la naturaleza. De ésta nos dan prueba las manifestaciones de su piedad eucarística, vivida en el corazón de la selva. Ésta será su celda; como sagrario elige la naturaleza andina, los bosques y cañadas, la exuberante vegetación en donde encuentra a Dios. De sus hermanas, decía:

> «No tienen un sagrario, pero tienen una naturaleza; aunque la presencia de Dios es distinta, en las dos partes está y el amor sabe buscarlo y hallarlo en donde quiera que se encuentre».

Su unión con María y con la Iglesia alcanzó rasgos místicos en esta expresión:

> «En cierto sentido existen dos Vírgenes que son fecundas y conciben por obra del Espíritu Santo: María y la Iglesia. María ha parido a Jesús y la Iglesia a los santos, que son como el reflejo de Jesús y sus imágenes vivas».

Por eso su mente y corazón tuvieron horizontes verdaderamente universales.

> «¡Oh santo Evangelio, fórmula pedagógica de Jesús, mi gran Maestro! ¡Cuánto os amo y cuánto quisiera llevaros como una antorcha sagrada hasta los confines más remotos del mundo!»

Es lo que también expresó en noviembre de 1930, orando en la basílica de San Pedro de Roma:

> «Tuve fuerte deseo de tener tres largas vidas: una para dedicarla a la oración, otra para pasarla en las humillaciones y la tercera para las misiones; pero al ofrecerle al Señor estos imposibles deseos, me pareció demasiado poco una vida para las misiones y le ofrecí el deseo de tener un millón de vidas para sacrificarlas en las misiones entre infieles».

Esta infatigable misionera, alma mística de altos vuelos, pedagoga y escritora castiza, pasó los nueve últimos años de su vida en una silla de ruedas, pero nunca abandonó su apostolado de la palabra y de la pluma. Entre sus obras, además de las dos citadas, cabe recordar sus *Cartas misionales, Aventura de Dabeiba,*

Campos de Luz, Proyecciones de un corazón humano-divino, Visitas eucarísticas, Manual de oraciones...

Después de una larga y penosa agonía, fue a recoger el premio de sus trabajos desde Belencito (Medellín), el 21 de octubre de 1949.

A su muerte, su congregación de misioneras contaba con 467 religiosas, residentes en 90 casas, distribuídas entre Colombia, Ecuador y Venezuela. Actualmente las misioneras de la beata Laura Montoya trabajan en 19 países de América, África y Europa.

El 4 de julio de 1963 se inició su causa de canonización en la curia archidiocesana de Medellín. El 1967 su causa fue introducida en la Congregación de los Santos. Los procesos apostólicos se desarrollaron entre 1976 y 1979 y fueron validados el 22 de enero de 1988. El 7 de julio de 2003 el Papa emitió el decreto de beatificación, la cual fue oficiada en la plaza de San Pedro del Vaticano por Juan Pablo II el 25 de abril de 2004.

> «Esta beata colombiana —predicó el Santo Padre— se sintió madre espiritual de los indígenas a los que quiso mostrar el amor de Dios. Sus tiempos no fueron fáciles, pues las tensiones sociales ensangrentaban su noble patria. Inspirándonos en su mensaje pacificador, le pedimos hoy que la amada Colombia goce pronto de paz, de justicia y de progreso integral».

PERE-JOAN LLABRÉS Y MARTORELL

Bibliografía

Autobiografía de la Madre Laura (Medellín 1971).

BEAUDOIN, I. (ed.), *Index processuum beatificationis et canonizationis qui in Archivo Secreto Vaticano et in Archivo Sacrae Congregationis pro Causis Sanctorum asservantur (1588-1982)* (Roma 1982) 261.

Bibliotheca sanctorum. Appendice prima (Roma 1987) 934-935.

L'Osservatore romano (25/26-4-2004).

SACRA CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, *Index ac status causarum* (Roma 1985) 120.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTA ÚRSULA Y COMPAÑERAS

Vírgenes y mártires († s. IV)

El *Martirologio romano* nos informa de que en Colonia, Alemania, se hace la conmemoración de algunas santas vírgenes que consumaron su martirio allí donde luego se edificó una basílica en honor de Santa Úrsula, virgen, tenida como la primera de dichas vírgenes. Y en realidad esto es todo cuanto puede decirse si nos atenemos a los datos de la historia y dejamos a un lado la antigua y largamente difundida leyenda de la que ha sido objeto la memoria de estas santas. Digamos que una inscripción en piedra hallada en Colonia señala la reedificación por un tal Clemacio de una iglesia dedicada a la memoria de unas vírgenes martirizadas allí. No se da nombre de ninguna de estas vírgenes. Esta piedra garantiza que en Colonia hubo una iglesia memorial del martirio de algunas doncellas, y en este aspecto el dicho martirio debe considerarse histórico. Esta inscripción pertenece a finales del siglo IV o comienzos del siglo V. Siglos más tarde aparece la leyenda, con el nombre de Santa Úrsula capitaneando once mil vírgenes que fueron masacradas por los hunos al no querer abandonar la fe católica. Inicialmente las compañeras eran once y de ahí la leyenda evoluciona a los miles. El culto a Santa Úrsula y sus compañeras así como falsas reliquias de las mismas se extendieron por todo Occidente. Varias congregaciones religiosas llevan el título de Santa Úrsula y unas veintinueve congregaciones titulan a sus miembros ursulinas.

SAN VIATOR

Lector († 481)

Lo que sabemos de Viator es que era lector en la Iglesia de Lyón y que decidió acompañar a su obispo, San Justo, cuando éste, acuciado por problemas de conciencia, decidió dejar su diócesis y meterse en un convento de Egipto. Aunque su retiro fue descubierto se negó a volver a Lyón y pasó el resto de su vida en el monasterio hasta su muerte, ocurrida hacia el año

390. Le sobrevivió San Viator que igualmente estuvo en el monasterio hasta su santa muerte. Los cuerpos de ambos santos fueron luego llevados a Lyón, donde ya el *Martirologio jeronimiano* nos asegura que se les daba culto. En 1831 el abate Luis Querbes († 1859) fundó la «Congregación de Clérigos de San Viator». Se llama «Congregación de Clérigos Parroquiales» o «Catequistas de San Viator». Fue fundada el 3 de noviembre de 1831 y aprobada el 27 de septiembre de 1838 y su finalidad es la de la enseñanza de la doctrina cristiana y el servicio de los altares. Y tiene su casa generalicia en Roma.

BEATO PEDRO CAPUCCI

Presbítero († 1445)

Nace Pedro en Tiferno, llamada también Cittá di Castello, hacia 1390. Con sólo quince años pide el hábito religioso en el convento dominico de su ciudad natal y tras profesar pasa al convento de Cortona, donde estaría el resto de su vida. Pese a estar ordenado de sacerdote, no tenía empacho en ejercer a favor de la comunidad menesteres humildes como el de limosnero. Era muy austero, piadoso y celoso, y predicaba con gran interés a los fieles que tuvieran siempre presente el pensamiento de la muerte como medio para evitar los pecados, pues entendía que quien tiene presente la muerte temporal evitará la muerte eterna. Se dice que convirtió a muchos pecadores que acudieron a su confesonario para abrirle sus almas y solicitar de él dirección espiritual. Se le atribuyeron muchos milagros. Murió el 21 de octubre de 1445. Su culto fue confirmado el 11 de marzo de 1816.

SAN PEDRO YU TAECHOL

Mártir († 1839)

Hijo del mártir San Agustín Yu Chin-gil (cf. 22 de septiembre), nació en Ipjong-dong, Seúl, en 1826. En su casa pudo ver la firme fe de su padre y sus esfuerzos en pro del cristianismo coreano, pero al mismo tiempo pudo ver la resistencia de su

madre a abrazar la fe católica. Era un chico amable, obediente y bondadoso. Cuando supo que su padre estaba ya en la cárcel y estaba sufriendo mucho, decidió él también ofrecerse al martirio. Su madre le prohibió formalmente manifestarse como cristiano y le apretó alegando que tenía que obedecer, pero él replicó que en materia religiosa la obediencia fundamental se debe a Dios. Se presentó en la cárcel y le dijo a los guardias que él era cristiano. Los guardias le dijeron que se dejara de decir tal cosa y que si era católico lo que tenía que hacer era abjurar de su religión. Pero él se negó firmemente. Entonces lo apalearon, pero él no cedía. Siguieron apaleándolo hasta que le partieron la ropa y le causaron numerosas heridas. El muchacho persistía en su confesión de fe. Metido en la cárcel le avisaron que le esperaban tormentos mayores. Pero el chico seguía firme. Y lo mismo cuando volvieron a torturarlo. Los interrogatorios fueron más de cuarenta y las torturas catorce, hasta que se le cayeron pedazos de carne. Condenado a muerte no se le decapitó por ser menor de edad sino que se le estranguló en la cárcel el 21 de octubre de 1839. Tenía sólo 13 años. Es el benjamín de los mártires coreanos.

Fue canonizado el 6 de mayo de 1984 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de canonización de 103 mártires de Corea que sufrieron martirio entre 1839 y 1846.

22 de octubre

A) MARTIROLOGIO

1. La conmemoración de San Marcos († s. II), obispo de Jerusalén.
2. En Hierópolis (Frigia), San Abercio († s. III), obispo **.
3. En Adrianópolis (Tracia), santos Felipe, obispo de Heraclea, y Hermes, diácono († 303), mártires *.
4. En Ruán, San Malón († s. IV), obispo.
5. En territorio de Besançon, San Valerio († 408), diácono de Langres, mártir.
6. En Ponthion (Neustria) San Lupenzio († 684), abad de Saint-Privat de Javols, mártir.
7. En Auch (Aquitania), San Leotadio († s. VII), obispo *.

8. En el monasterio de Terceto (Lombardía), San Moderano o Moran († 730), abad, anteriormente obispo de Rennes *.

9. En territorio de Nantes (Bretaña Menor), San Benito († 845), ermitaño en Macerac.

10. En Huesca (Aragón), santas Nunilo y Alodia († 846), vírgenes y mártires **.

11. En Fiésole (Toscana), San Donato Escoto († 874), obispo *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN ABERCIO

Obispo († s. II)

La vida y milagros de San Abercio no son hoy muy conocidos del pueblo cristiano. Y, sin embargo, es este santo una figura gigante de la primitiva Iglesia, con una aureola de hechos y milagros que le mereció el título de «isapóstol», igual a los apóstoles.

Tal vez el mismo esplendor de sus portentos contribuyó a eclipsar la gloria de su nombre en siglos poco amigos de lo sobrenatural. Son, efectivamente, tantos y tan ruidosos los prodigios que se le atribuyen, que algunos han puesto en tela de juicio la misma realidad histórica del personaje, buscando en ello armas contra la Iglesia católica, que lo venera en el catálogo de sus santos desde remota antigüedad. ¿Pero es que acaso no pudo Dios suscitar a fines del siglo II de nuestra era un taumaturgo de la talla de tantos otros que han destacado antes y después a lo largo de la historia? ¿Es que se había agotado ya la omnipotencia divina con la acción carismática de los apóstoles? ¿No se hacía sentir la necesidad de una intervención especial de Dios precisamente en momentos en que arreciaba la persecución contra la Iglesia? ¿Habían, tal vez, perdido su virtualidad aquellas palabras del Salvador (Mc 16,17-18), que dijo: «A los que crean les acompañarán estas señales: en mi nombre echarán los demonios, hablarán lenguas nuevas, tomarán en las manos las serpientes, y, si bebieren una ponzoña, no les dañará; pondrán las manos sobre los enfermos, y éstos recobrarán la salud». ¿No prometió también el Señor (Lc 17,5) que quien tuviera fe

como un grano de mostaza diría a un sicómoro: «Desarráigate y plántate en el mar», y el árbol obedecerá?

No es que hayamos de admitir ciegamente todos los relatos fabulosos de los antiguos biógrafos. Posiblemente la fama y el tiempo han ido envolviendo los hechos con el ropaje y las mallas de lo mítico. Mas ¿cómo ahora, a la distancia de tantos siglos, descarnar los hechos en su realidad histórica y discernir lo verdadero de lo legendario? No cabe aquí otra actitud que la adoptada por el gran historiador romano Tito Livio, cuando dice, refiriéndose a los orígenes de Roma:

> «Aquellos hechos antiguos que aparecen embellecidos con el ropaje de la fantasía no es mi intención ni afirmarlos ni negarlos Hay que perdonar a la antiguedad ese afan de mezclar lo divino con lo humano, porque así realza con caracteres mas augustos el origen de los pueblos» (Liv, *Praef*, 6)

En realidad, el historiador no debe por sistema rechazar toda leyenda antigua. Pertenecen al tesoro de la humanidad y, bajo el oropel de fantásticas adherencias, contienen un tuétano de verdad, que muchas veces vienen a confirmar con el tiempo modernas investigaciones o hallazgos arqueológicos.

Así ha sucedido con el milagroso San Abercio. Obispo de Hierápolis en la segunda mitad del siglo II y principios del III, fue objeto de veneración desde muy antiguo en la Iglesia griega, propagándose luego su culto a la Iglesia latina, que lo incorporó al martirologio romano. Y cuando precisamente más se ensañaba con él la crítica racionalista, se producen, a fines del siglo pasado, los descubrimientos del arqueólogo W. M. Ramsay cerca de Esmirna y en el lugar del emplazamiento de la antigua Hierápolis. Estos descubrimientos vienen a autentificar el epitafio con que todos los biografos cierran la vida de San Abercio. El epitafio ha sido objeto de una extensa literatura. Y la autenticidad del epitafio ha sido la base para reivindicar la figura y la vida del santo.

Hoy su vida, que se nos había trasmitido en diversas versiones por el cauce de múltiples códices, ha sido incorporada por Nissen a la edición teubneriana, la colección de escritores griegos y latinos mas acreditada en el mundo.

Los biógrafos nos presentan al santo en el apogeo de su gloria, triunfando sobre la idolatría pagana. El escenario es su sede

de Hierápolis. El momento histórico, la llegada del decreto imperial mandando ofrecer sacrificios a los dioses. El decreto viene firmado por Marco Antonio y Lucio Vero. El encargado de su ejecución es Publio, gobernador de Frigia.

Abercio no puede contenerse al ver la profanación y la apostasía de su pueblo. Los días y las noches los pasa en continua vigilia y oración.

> «"Dios de las misericordias —dice entre gemidos—, criador y conservador providente del mundo, guarda a mis ovejas fieles a la voz del divino Pastor y líbralas de los peligros del lobo que amenaza devorarlas". Pasaron así muchos días. Mas he aquí que una noche vio en sueños un joven que, entregándole una vara, le decía: "Levántate, Abercio; ve y castiga en mi nombre las apostasías de este pueblo". El santo despierta sobresaltado y, convencido de que Dios guiaría sus pasos, se lanza como el huracán hacia el foro, lleno de ira como Moisés al bajar del monte, y, arremetiendo contra los dioses, los destroza y desmenuza contra el suelo. Después, volviéndose contra los sacrílegos profanadores, que, mudos de pavor, contemplaban la escena, les dice con todo énfasis: "Id al Senado y decid a vuestros jefes que los dioses, borrachos de la orgía de esta noche, han entablado una batalla campal y se han deshecho unos a otros"».

La reacción popular no se hizo esperar. Las gentes, azuzadas por los sacerdotes y ministros de los ídolos, deciden poner fuego a la casa de Abercio. Quieren que en ella perezca el obispo con sus fieles. El Senado les hace desistir, ante el temor de que el fuego se corra por toda la ciudad. Ponen el caso en manos del gobernador Publio, rogándole que dé al culpable su merecido.

Los cristianos corren a llevar la noticia a su obispo y le suplican que se ponga a salvo con la huida. El santo responde decidido: «¿Cómo huir, cuando los apóstoles iban alegres al martirio por amor de su Señor?», y lleno del espíritu de Dios sale inmediatamente con los suyos, atraviesa la ciudad y comienza a predicar en medio del foro la doctrina de Cristo.

Al punto llega la multitud enardecida, clamando furiosa contra Abercio y sus seguidores. Cuando ya se disponía a descargar su ira contra ellos, se presentan inesperadamente tres jóvenes posesos, que, acometiendo furiosamente a dentelladas y golpes, alejan de allí la multitud, y en seguida ellos, como corderillos, caen postrados a los pies del santo. Abercio se pone en

oración, golpea suavemente a los tres posesos y los libra del demonio. La multitud, al darse cuenta del milagro, se acerca al santo pidiendo a gritos la iniciación y el bautismo. Allí mismo comienza Abercio su catequesis. Hasta el anochecer estuvo el Santo obispo instruyendo al pueblo sobre la necesidad de la penitencia y la misericordia de Dios. Cuando, terminado el día, el santo se retira a su casa, la gente le iba acompañando insistiendo en su demanda. Allí continúan horas y horas en actitud suplicante, sin que por un momento se acallaran los gritos, hasta que, al fin, vencido Abercio al filo de la medianoche, salió fuera y, movido de divina inspiración, comenzó a administrar el santo bautismo. Rápidamente creció el número de los fieles. El catecumenado de Hierápolis se vio incrementado por gentes que venían de toda el Asia Menor. Frigia, Lidia, Caria, suministraban grandes contingentes de neófitos. Abercio no se cansaba de catequizar y bautizar. La fama de su doctrina y la gloria de sus milagros corría de boca en boca.

Un día, mientras se ocupaba, como de costumbre, en instruir a los catecúmenos, se acercó al santo una noble matrona. Se llamaba Frigela. Era madre de Eugeniano, privado del emperador. Venía conducida del brazo por su servidumbre, pues había perdido completamente la vista. Frigela, llena de fe y confianza, se echó a los pies del santo y le suplicaba diciendo:

«"¡Oh tú, el más respetable de los mortales!, apiádate de mí y devuélveme la vista. Que pueda ver otra vez la luz radiante del sol. Tengo muchas riquezas, familia, bienes de fortuna, posesiones inmensas. Pero soy la más miserable del mundo. ¡Ojalá que sólo viera, aunque careciera de todo lo demás! Socórreme, por favor. Tengo un hijo que puede mucho ante el emperador. Pero, ¡ah!, no me es posible verle con estos ojos apagados tanto tiempo ha".

"Mujer —contestó el Santo— yo no soy más que un gran pecador. Sólo Dios puede hacer lo que me pides". Pero, hecha una pausa, el santo se pone en oración y, fijando luego su vista en la afligida matrona, le dice: "Si de verdad crees en el Señor, él te puede curar, como curó al ciego de nacimiento". Y ella: "Creo que Cristo es el verdadero Dios. En su nombre tócame los ojos y cúralos". Las lágrimas confirmaban la sinceridad de su fe. El santo entonces, movido por Dios, dijo:

"Ven, luz verdadera Jesucristo, y abre esos ojos a la luz. Si de verdad cree en Cristo, que recobre al punto su vista y que esta vista corporal sea prueba de la interior iluminación".

Al instante la ciega vio. La multitud quedó estupefacta ante el milagro. Todos dieron gracias a Dios. Se ausentó Frigela, profundamente reconocida al santo. Luego Abercio, como la cosa más natural, continuó su catequesis».

La curación de Frigela tuvo gran resonancia. Por Eugeniano, su hijo, llegó la noticia a oídos de la familia imperial. El hijo, gozoso, voló a abrazar a su madre y a agradecer al santo la curación. La fama de Abercio crecía como la espuma. De todas partes acudían los enfermos y lisiados en demanda de salud. Los milagros se multiplicaban a la voz del santo obispo. Pero en lo que más se puso de relieve su poder fue en echar los demonios de los cuerpos.

Una vez, despechado el maligno contra el siervo de Dios, le dijo amenazador: «Ya me lo pagarás, Abercio. Quieras que no, te voy a hacer ir a Roma, mal que te pese».

Aquella misma noche el Señor consoló al santo y confirmó su misión: «Sí, irás a Roma —le dijo—, yo te ayudaré. Allí tu presencia contribuirá a difundir mi nombre y mi doctrina» El santo se tranquilizó y contestó sumiso: «Hágase, Señor, tu voluntad».

Así fue, en efecto. La hija del emperador, llamada Lucila, cayó en posesión diabólica. Daba pena ver a aquella muchacha, joven de dieciséis años, que antes eclipsaba con su hermosura a todas las de su edad, lanzarse ahora por el suelo y gritar con rabia, mientras se desgarraba a mordiscos manos y piernas y se retorcía en contorsiones dantescas. Faustina, su madre, y el emperador lloraban inconsolables su desgracia. En vano imploraban la ayuda de los sacerdotes y arúspices de todas las religiones de Italia. El demonio cada día iba haciendo mayores estragos en su hija.

Afortunadamente el emperador supo por Eugeniano el poder taumatúrgico del obispo de Hierápolis. Le hace venir a Roma. El camino fue una siembra de prodigios. La emperatriz Faustina le recibe complacida. Su marido había tenido que ausentarse rápidamente de Roma para contener el avance de los bárbaros, que acababan de pasar las fronteras del Imperio. Faustina, al verle, quedó prendada del hombre de Dios y, llena de confianza, le rogó con lágrimas en los ojos que librara a su hija del demonio.

Abercio pidió que le presentaran la muchacha. Ella, al encontrarse en presencia del Santo, contra su costumbre, comenzó a dar muestras de jubilosa alegría. Por su boca habló el demonio, diciendo, triunfador, al santo: «¿Ves, Abercio? ¿Ves cómo has venido? He salido con la mía». El santo contestó sereno: «Sí, es verdad, he venido; mas para tu ruina, porque Dios está conmigo».

Después ordenó que llevaran a Lucila al hipódromo. Dios inspiró a su siervo dar gran publicidad al milagro, y para eso el hipódromo era un escenario muy a propósito. La multitud acudió allí de todas partes. El demonio, presagiando su derrota, extremó su tortura en los últimos momentos. Daba lástima ver a la hija del emperador en aquel estado de furiosa posesión diabólica. Pero pronto se acabará el poder del maligno.

El santo, puesto en oración, intimó al demonio y le dijo: «Sal de esta joven. Yo te lo mando en el nombre de Cristo». A esta voz la joven cayó como muerta a los pies del santo. Su madre y la multitud que la acompañaban prorrumpió en un clamoroso llanto. Abercio calmó a la multitud y, dirigiéndose de nuevo al demonio, le dijo: «Pues que tú te empeñaste en traerme a Roma contra mi voluntad, ahora, en nombre de Jesucristo, yo te mando que cargues esta ara y la lleves a cuestas hasta Hierápolis y la coloques allí junto a la puerta austral». El demonio, obediente como un corderillo, cargó con la piedra y fue a dejarla donde el santo le mandó. Mientras tanto la joven Lucila, vuelta en sí, se arrodilló con su madre a los pies de Abercio, en actitud de profundo agradecimiento.

Se sabe que, en recompensa al santo, la emperatriz mandó embellecer la ciudad de Hierápolis dotándola de baños públicos y lugares de culto para los cristianos.

En cuanto a Abercio es notorio que, a su vuelta, fue recibido por su pueblo con grandes manifestaciones de entusiasmo y que conservó siempre vivo e imperecedero recuerdo de su viaje a Roma y de las cristiandadas por él visitadas. Él mismo se preparó el sepulcro y personalmente redactó su epitafio fúnebre. En él quiso perpetuar las impresiones de su viaje. Todos consideran este epitafio como un monumento de valor histórico, teológico y arqueológico incalculable. Dice así, traducido del original griego:

«1. Ciudadano de una ciudad ilustre, yo hice en vida este monumento, a fin de tener en él un lugar de reposo para mi cuerpo. Mi nombre es Abercio. Soy discípulo de un pastor casto que apacienta su rebaño de ovejas por montes y llanuras.— 5. Sus ojos son grandes y ve con ellos todas las cosas. Él es el que me ha enseñado las palabras de la vida cristiana; Él quien me envió a Roma, a contemplar la magnificencia de aquella ciudad y ver a su emperatriz engalanada con vestidos y calzado de oro. Allí vi un pueblo que llevaba en su mano brillantes anillos.— 10. Vi también la llanura de Siria y todas las ciudades y Nísibe al otro lado del Éufrates. Por todas partes desde Oriente me encontré con hermanos en la fe. La fe me acompañó a todas partes y ella fue la que me procuró para comida un pez muy grande y puro, que pescó una virgen inmaculada.— 15. Ella misma lo dio a comer entero a sus amigos; ella, que tiene un vino delicioso y lo ofrece mezclado con pan. Yo, Abercio, a la edad resptable de setenta y dos años, he mandado grabar esto. Que ruegue por mí el hermano que lo entienda.— 20. Que nadie se atreva a colocar otro túmulo encima de mi tumba; de lo contrario tendrá que pagar dos mil piezas de oro al fisco romano y mil a mi querida ciudad de Hierápolis».

Con este epitafio, muchos de cuyos fragmentos han sido hallados por Ramsay, la arqueología da un mentís rotundo a los que quisieron impugnar a la Iglesia basándose en la no historicidad de San Abercio. Desmiente también la teoría de ciertos sabios que le quisieron hacer sacerdote de Cibeles y de Atis, o de otros cultos del sincretismo religioso de su tiempo, y confirma el sentir de la Iglesia griega y romana, que han registrado el nombre del gran obispo de Hierápolis en el catálogo de sus héroes y de sus santos.

JOSÉ JIMÉNEZ DELGADO, CMF

Bibliografía

NISSEN, TH., *S. Abercii Vita* (Leipzig 1912).
Vita: PL 115,1211-1247.
Acta sanctorum. Octobris, IX, p.480-491.
LECLERCQ, L., «Abercius», en F. CABROL - H. LECLERQ (dirs.), *Dictionnaire d'archéologie chrétienne et de liturgie.* I: *Amende-Azymes* (París 1907) cols.66-87.
BATIFFOL, P. - BAREILLE, G., «Abercius», en A. VACANT - E. MANGENOT - E. AMANN, et al. (dirs.), *Dictionnaire de théologie catholique.* I/1: *Aaron-Angelus* (París 1908) cols.57-66.
DIETERICH, A., *Die Grabschrift des Aberkios* (Leipzig 1896).
• Actualización:
EMMI, B., OP, *La testimonianza mariana dell'epitaffio di Abercio* (Roma 1970).
GUARDUCCI, M., «L'iscrizione di Abercio e Roma»: *Ancient Society* 2 (1971) 174-203.

SANTAS NUNILO Y ALODIA

Vírgenes y mártires († 846)

El relato de la vida, proceso, martirio, traslación y culto de las santas vírgenes y mártires Nunilo y Alodia, constituye una de las más bellas páginas del martirologio, uno de los testimonios martiriales más edificantes y uno de los mayores timbres de gloria que pueden ostentar la villa de Adahuesca y la diócesis de Huesca, patria y lugar de su martirio respectivamente, y el Real Monasterio de Leyre (Navarra), como sepulcro multisecular y centro de devoción e irradiación. Además, diversas entidades y cofradías diseminadas por la Península, consideran a las santas como un grandísimo regalo del cielo, hasta tal punto que las han hecho oriundas de diversas localidades que no han dudado en ofrecerles suelo patrio. La historia, en el caso que nos ocupa, es clara y contundente: por lo que respecta a la patria, al proceso y al martirio, o sea, el punto geográfico, es la Huesca del siglo IX; en lo tocante a la traslación, sepultura y culto multisecular y espléndido, lo son los venerables muros del Real Monasterio Benedictino de San Salvador de Leyre, cuna del Reino de Navarra y panteón de sus primeros reyes. Estos dos polos, pues, constituyen el escenario de cuanto aquí vamos a exponer.

Son varias las fuentes que se ocupan de narrar los hechos históricos relacionados con las Santas Nunilo y Alodia. Gozamos por ello de una abundante fuente de información. Todas las obras al respecto coinciden en lo esencial y apuntan algunas divergencias. Las más importantes son, sin duda, las tres siguientes:

— El *Memorial de los santos* de San Eulogio de Córdoba, cuya fuente directa fue Venerio, obispo de Alcalá.

— El *Pasionario de Cardeña,* interesante códice del siglo XI y copia de otro del siglo X procedente de Córdoba.

— El *Breviario de Leyre,* ejemplar de rito romano de los siglos XIII-XIV, que narra principalmente el descubrimiento y la traslación de los cuerpos de las santas Nunilo y Alodia al monasterio de Leyre.

Antes de proseguir conviene señalar que el nombre de Nunilo es diminutivo de Nunia o Nuña. Alodia en cambio es una variante latinizada de un nombre gótico de mujer: Al = todo y

Od = cosa preciosa. También se ha interpretado así: Alod = herencia. Era un término germánico utilizado por los francos para designar su propiedad, conquistada a los galo-romanos.

La panorámica histórica y los personajes reinantes entonces en Huesca y que dominaban en dicho territorio, eran los Banu Qasi. Sus relaciones con los reyes pamploneses eran abiertas y amistosas. Los Banu Qasi eran amigos de los cristianos, pero como mahometanos exigían fidelidad a las leyes musulmanas. En el proceso de nuestras santas, no se palpa ambiente de persecución, sino que se trata de un proceso judicial por incumplimiento de las leyes musulmanas. De no haberse interpuesto una delación, probablemente no se habría entablado este proceso.

Partiendo, pues, de las fuentes antes citadas, podemos reconstruir así cuanto sabemos de la vida y martirio de nuestras santas, añadiendo el bello relato de la traslación y culto que han recibido en Leyre por espacio de un milenio:

Las hermanas Nunilo y Alodia, naturales y residentes siempre en Adahuesca (Huesca), eran hijas de padre muladí y madre cristiana. Entre los suyos había gente de abolengo. Se distinguían por la nobleza de su cuna y brillaban por la alta luz de su dignidad. Siendo aún muy niñas murió su padre y la madre, a pesar de que la ley mahometana lo prohibía, educó a sus hijas en la religión cristiana. Algunas fuentes señalan que la madre contrajo segundas nupcias con un gentil. Lo cierto es que pocos años después moría también esta buena mujer, quedando las niñas en la casa paterna, a merced del paganismo imperante, cuando la menor estaba todavía en la niñez y la mayor en la adolescencia. Por todas partes se esparció el perfume de la fe que profesaban y alcanzado el uso de razón, ambas progresaban en la fe y, dando al olvido los ritos paganos, pasaban las noches de las solemnidades de los santos en diligentes velas, ayunos, oraciones y vigilias. De ahí que era de general admiración que entre los abrojos hubiese brotado la hermosura de aquellas dos rosas.

Uno de sus parientes con quien convivían comenzó a instigarlas repetidamente para que, dejando la fe de Cristo, tornaran a la creencia paterna. Fue inútil; Nunilo y Alodia, sólidamente educadas por su madre, se mantuvieron siempre firmes y va-

lientes. El pariente, temiendo comprometerse teniendo en casa dos cristianas; y también por hacerse con los cuantiosos bienes de las jóvenes y hacerse merecedor del premio que se daba a los delatores, acusó a las hermanas ante el juez. Llamadas por Galaf, mostraron la decisión de permanecer firmes y fieles en la fe de Cristo hasta la muerte. El juez, al ver su perseverancia, sintió lástima de su juventud y ordenó regresaran a su casa sin causarles ningún daño, si bien encargó a dos mujeres musulmanas que procurasen hacerlas abjurar del cristianismo. Las santas hermanas, exhortándose mutuamente, se fortalecían y rogaban a Cristo noche y día para mantenerse en la fidelidad a su propósito.

Descontento de la decisión del juez, el impío pariente llevó la denuncia hasta Zimael, reyezuelo árabe de Huesca. Llamadas por él, acudieron las santas con los pies descalzos, para acostumbrar su cuerpo al sufrimiento. Una vez allí fueron nuevamente interrogadas y por medio de intérpretes intentó persuadirlas con halagos y amenazas: Si se convertían a su fe recibirían a cambio oro, plata, vestidos y joyas, además de nobles y ricos esposos. Si se obstinaban, las mandaría degollar.

La respuesta de las vírgenes fue heroica:

> «Cadí, no te empeñes en apartar del culto de Dios a dos vírgenes que, por su gracia, han llegado a conocer que no hay riqueza alguna fuera de Cristo. Con Cristo está la vida y sin él la muerte. Permanecer a su lado y vivir en él, es la verdadera alegría; separarse de él, la perdición eterna. En cuanto a nosotras, tenemos el propósito de no abandonarle; le hemos consagrado la santidad de nuestro cuerpo. Las ventajas de esas cosas perecederas que nos propones, las despreciamos. No nos acobardan los suplicios que terminan pronto; y por lo que se refiere a la muerte con que nos amenazas, la recibiremos muy contentas, sabiendo que ella nos abre las puertas del cielo y nos lleva a los brazos de Cristo».

Cuando Zimael, por medio del intérprete, conoció estas palabras, dispuso que ambas hermanas fueran separadas en dos casas distintas bajo diligente custodia, con el fin de que, al no poderse comunicar y ver, fueran más fácilmente persuadidas. En este trance transcurrieron 40 días, al cabo de los cuales volvieron a encontrarse; unidas de nuevo, ambas se animaron mutuamente para el combate final. Tras un nuevo interrogatorio en el que se les propuso que, al menos, declarasen aparente-

mente que se acomodaban a la ley musulmana y una vez salvadas las apariencias podrían vivir como cristianas, las santas vírgenes respondieron:

> «Dinos: ¿hemos de morir algún día? Entonces, preferimos morir ahora por Jesucristo para ir con él a la vida eterna, que vivir ahora y caer después en la muerte eterna del infierno. Haz pronto lo que gustes; nunca negaremos a Cristo».

A la vista de tal constancia, Zimael ordenó al verdugo: «Golpea con la espada y córtales la cabeza». Por tres veces tuvo que repetir la orden, mientras instaba a la mayor a presentar el cuello. Entonces Nunilo, animando a su hermana a seguir su ejemplo y habiendo recibido de ella promesa de hacerlo, se ofreció al verdugo, recibiendo el golpe mortal. Y como al caer se le descubriesen las piernas, su hermana diligentemente se las cubrió.

Aún espera otra prueba a la valerosa Alodia. Zimael se dirige a ella y le dice: «¿Qué ganas con morir cruelmente? Obedéceme y vivirás con toda clase de placeres». Ella respondió: «No te obedeceré. Manda degollarme... Espera un poco, hermana, ya voy». Seguidamente desata la cinta de sus cabellos y ata con ella el borde de su túnica, para que al caer no sufra su honestidad virginal y se ofrece al verdugo que de un tajo corta su cuello. Era el jueves 21 de octubre del 846 aproximadamente.

Abandonados sus cuerpos en el lugar del suplicio para ser pasto de los perros y las aves de rapiña, éstos no se atrevieron a tocarlos, pues la divina fuerza velaba sobre ellos. Al ver esto los infieles, fueron arrastrados fuera de la ciudad y arrojados en un lugar llamado Las Horcas, hasta que los cristianos les dieron allí mismo sepultura. Y como durante la noche se observaran divinas luces y resplandores en el lugar de la sepultura, Zimael ordenó fueran desenterrados y traídos a la ciudad, en donde fueron arrojados en un profundo pozo cubierto después con tierra y piedras.

Pronto comenzaría su glorificación. A Navarra llegó rápidamente la noticia del martirio de las heroicas vírgenes; la reina Oneca se impresionó vivamente y en seguida ardió en deseos de traer a su reino los cuerpos de las mártires. El ejemplo y el coraje de las dos jovencitas le enterneció vivamente y comenzó

a profesarles gran devoción. Era una empresa difícil y arriesgada buscar los cuerpos, por lo que recurrió a la oración, en demanda de luz y ayuda, a la vez que encargaba al abad de Leyre Dom Fortún, que tanto él como los monjes legerenses dirigieran apremiantes instancias a Dios en sus oraciones. Escribe el P. Moret en los Anales del Reino de Navarra:

> «Oraba al cielo la piadosa reina por la noticia cierta y segura. Y para alcanzarla, encargó al abad del monasterio Dom Fortuño, su pariente, ordenase que todos los monjes hiciesen muy apretadas instancias a Dios en sus oraciones, pidiéndole la noticia y buen suceso de aquel intento. A ruegos de muchos y en causa tal, no suele ser sordo el cielo».

Un día se presentó en el monasterio un vecino de un pueblecito cercano llamado Casas, que el P. Moret identifica con Casarés de Lerda, sito entre Javier y Undués. Una noche, en sueños oyó una voz con este mensaje: «Auriato, corre presto a la ciudad de Huesca y allí, con el favor divino, encontrarás los cuerpos de las mártires Nunilo y Alodia escondidos en un profundo pozo». Auriato se apresuró a exponer su visión al abad Fortún. Este, después de consultar y de informar a la reina, dispuso que Auriato fuese a Huesca, disfrazado de mercader. Una vez allí, se rodeó de cristianos que prometieron ayudarle. Una noche, provistos de los utensilios necesarios, se dirigieron al lugar donde se creía estaban escondidos los cuerpos. El *Breviario de Leyre* señala que a los primeros trabajos, todos sintieron un agradable aroma, que animó a todos a proseguir con gran ímpetu la búsqueda de los cuerpos. Poco después hallan el suspirado tesoro. Auriato, después de dar gracias al cielo, carga los sagrados cuerpos y emprende su huida a tierras de cristianos. Pasadas las fronteras, envía emisarios a la reina para anticiparle el gozo y continúa más despacio su camino, dando lugar a que las sagradas reliquias sean veneradas por los pueblos que atraviesa.

Mientras tanto, en Leyre se organizaba la gran solemnidad para el día del recibimiento. A Leyre vino el obispo de Pamplona Wilesindo, los reyes con sus cortesanos. Todos acudieron al monasterio tras el gentío de los pueblos comarcanos. Por fin, el 18 de abril de hacia 880 Auriato llegaba con su preciado tesoro al Real Monasterio. En Leyre hubo una gran explosión de ale-

gría; fue una fiesta solemnísima, con una gran asistencia de nobles y magnates y gran multitud devota y ferviente.

A partir de este momento, comienza la devoción más típica de Leyre; comienza también la historia documental del monasterio, pues poseemos un interesante documento de donación del rey y del obispo Wilesindo. Desde ahora, los caminos que conducen al ilustre cenobio, se llenarán de romeros y peregrinos que vienen a venerar los sagrados cuerpos de las Santas Nunilo y Alodia. Los testimonios de devoción por parte de los monjes, de los reyes y de los pueblos limítrofes al monasterio son abundantes. Todo ello contribuyó sobremanera a que Leyre se constituyese en el más importante de los centros monásticos de Navarra, refugio de la monarquía y del obispado y centro floreciente de vida espiritual. Los reyes navarros lo convirtieron en su corte, su templo y su sepulcro. Y unas veces agradecidos y otras implorando la protección de las Santas, otorgan al monasterio pingues posesiones. Es digno de recordar el milagro que en el año 1051 realizaron las santas al rey Don García, gravemente enfermo. Sus fuerzas decaen notablemente, los médicos de la Corte no comprenden su mal, se siente grave. Entonces, viendo que no tiene remedio en este mundo, manda que lo lleven a Leyre. Allí llega el rey febricitante, llevado en una litera por sus siervos. Se encomienda con todo fervor a las santas Nunilo y Alodia y el Señor le devuelve la salud. El 18 de noviembre de 1051, vuelve gozoso a agradecer a las santas la salud recuperada y hace una donación espléndida. La práctica totalidad de los diplomas de donación, nombran a las santas vírgenes, incluso llega un momento en que solamente nombran a ellas, mientras que de los demás santos venerados en el cenobio, hacen mención general.

Leyre ha sido depositario celoso durante casi diez siglos de los sagrados despojos. Se puede decir que el culto de las santas se convierte en historia de Leyre y que, a la inversa, diez siglos de historia de Leyre, se confunden con el culto de las Santas. Diversos historiadores afirman que estas santas son uno de los más espléndidos regalos que el cielo ha deparado al monasterio y las califican como joyas y gloria de esta casa de Leyre, mediante las cuales, Dios ha llenado de protección y bendición a sus moradores.

Los monjes instituyeron dos fiestas en su honor: la del 18 de abril para conmemorar la traslación y la del 21 —más tarde y por exigencias litúrgicas se cambió al 22— de octubre para conmemorar el martirio. La primera tenía más bien un carácter de devoción popular. Era el día de las romerías de los pueblos limítrofes al monasterio. La segunda era la fiesta monástica por excelencia y siempre se celebró con extraordinaria solemnidad. Así lo confirman los diversos calendarios de Leyre que han llegado hasta nosotros. Andando el tiempo, esta fiesta fue enriquecida con la concesión de indulgencias por el papa Clemente XII, el 20 de septiembre de 1730, a cuantos visitaren la iglesia abacial de San Salvador de Leyre, desde las primeras vísperas de la fiesta de las santas vírgenes hasta después de las completas del día litúrgico. Así lo expresa en una bula que recientemente pudo ser recuperada y devuelta por la parroquia de Sanguesa y hoy se guarda en el tesoro de reliquias legerense.

Las santas, por su parte, siempre correspondieron generosamente a la fe de sus devotos. No puede omitirse el milagro popular del campo, que convirtió a las santas en celestiales patronas de las cosechas. Lo describen el padre Yepes en su *Crónica general de la Orden de San Benito;* el padre Moret en sus *Anales del Reyno de Navarra;* el Padre Ramón de Huesca en su *Teatro crítico del Reyno de Aragón.* Los bolandistas recogen el contenido del acta que se levantó del acontecimiento ante don Martín Vendrell, notario público. Es como sigue: En 1638 la sequía se cernía amenazante sobre los campos. Numerosos pueblos del contorno deciden subir en romería a San Salvador, para suplicar, por intercesión de las santas Nunilo y Alodia, agua para sus campos sedientos.

Llegados al monasterio, se organiza una solemne procesion con las santas reliquias de las mártires hasta la llamada *Fuente de las vírgenes.* Una vez allí, el oficiante que era el P. prior de Leyre dom Antonio de la Reque, extrajo de la urna de marfil que guardaba las reliquias, uno de los huesos que introduce por tres veces en el agua, para que a su contacto, las santas se acuerden que lo que les piden es agua. A la tercera vez el hueso comienza a destilar gotas de sangre; el lienzo que el Prior llevaba entre sus manos, quedó salpicado de manchas rojas. El hecho fue inter-

pretado por todos como prodigioso: las santas interponían ante Dios el mérito de su sangre derramada para remedio de la calamidad. Poco después, lluvias torrenciales saciaron abundantemente los campos y se salvaron las cosechas. El paño salpicado de sangre se guardó reverentemente. Dice Moret que en las mordeduras de animales rabiosos es el remedio más buscado de toda la comarca. Hoy se guarda en el tesoro del monasterio, recuperado de entre las urnas que se guardaban en la catedral de Pamplona. Aquellas buenas gentes quisieron dejar constancia del hecho y se construyó como exvoto el precioso retablo que hoy puede contemplarse en la capilla del Santísimo de la iglesia abacial legerense, obra del maestro sangüesino Juan de Berroeta.

Otras gracias seguirían al milagro de la fuente. Los monjes vieron en todo ello la mejor recomendación para que las Santas fueran nombradas patronas del monasterio y así las veneraron y siguen venerándose en la actualidad.

Pero a Leyre le llegó su ocaso. El siglo XIX fue funesto para las órdenes religiosas. En tres ocasiones —1809, 1821 y 1836— los monjes tuvieron que abandonar su amado monasterio. Una de las principales víctimas lo constituyó sin duda el rico tesoro de reliquias que los siglos y el fervor de los monjes habían acumulado. En 1672 los monjes concedieron a la villa de Adahuesca dos reliquias insignes de sus hijas, mientras que los sagrados cuerpos seguían venerándose en el cenobio. En 1821, al ser expulsados los monjes, los vecinos de Adahuesca solicitan y obtienen del obispo de Pamplona D. Joaquín Úriz y Lasaga las tan ansiadas reliquias. Pero poco pudieron disfrutarlas, pues repuestos en sus conventos los regulares, en Leyre se inicia la recogida de cuanto salió y muy en especial del tesoro de reliquias. En 1826 y tras la celebración de un proceso ganado por los monjes, las reliquias retornan al monasterio. Pocos años también pudieron disfrutarlas los monjes. En 1836, se declara la desamortización de Mendizábal que cierra definitivamente las puertas de Leyre. Los vecinos de Adahuesca renuevan la petición al obispo de Pamplona, que esta vez era D. Cirilo Úriz y Labayru, si bien no en su totalidad, pues en la sacristía de la parroquia de Santiago de Sangüesa, en donde se habían deposita-

do previa y provisionalmente, se produce un altercado, al negarse el ayuntamiento sangüesino a entregar el precioso cofre de marfil hispano-árabe, que hasta el momento había contenido las reliquias. Éstas se trasladan, pues, a Adahuesca, en tanto que aquél queda en la parroquia de Santiago, siendo posteriormente depositado en el museo diocesano. Adquirido más tarde por el Gobierno de Navarra, se puede contemplar hoy en el museo provincial de Pamplona, siendo la mejor joya del mismo y la mejor joya de su estilo y arte de que se tenga noticia.

En el año 1954, Leyre renace de sus ruinas y una nueva colonia de monjes benedictinos procedentes de Santo Domingo de Silos, reanuda la vida monástica en sus restaurados muros. Pocos años antes había retornado al monasterio el precioso retablo de las Santas, antes mencionado, que había sido llevado a la parroquia de Burgui, en el valle del Roncal. Los nuevos moradores del Leyre restaurado, han recuperado las tradiciones y sobre todo, el culto multisecular a las santas, vírgenes y mártires, Nunilo y Alodia, patronas del monasterio. Durante muchos años, los monjes no poseen ni la más pequeña reliquia. ¡Qué ironía!

El 21 de octubre de 1980, tiene lugar un acontecimiento histórico: el arzobispo de Pamplona y el cabildo catedral se trasladan en cuerpo de comunidad al histórico monasterio, para en una ceremonia solemne, hacer entrega a la comunidad benedictina de dos reliquias insignes, que la catedral se reservó para sí en el año 1821, así como de la urna de madera, conteniendo diversas telas y el lienzo del milagro de la sangre.

Algunos años después, el 25 de agosto de 1984, tras largas gestiones, la parroquia de Adahuesca devolvía a San Salvador de Leyre, diversas reliquias insignes de las santas, en el primer día de las fiestas patronales de la localidad. Esta vez, la historia se repetía a la inversa. Así Adahuesca y Leyre, hermanados por las dos santas, comparten el rico tesoro de sus cuerpos, de su devoción y amor por Nunilo y Alodia, seguros todos ellos de la intercesión de las santas ante Dios.

Los monjes han recuperado igualmente los oficios propios de los antiguos cantorales de su biblioteca en honor de sus santas y la diócesis de Pamplona las ha dotado de misa propia, a la

vez que ha incluido sus nombres en el calendario de Navarra. Muchas niñas han recibido en el sacramento del bautismo el nombre de Alodia, como signo de protección de las santas de Leyre.

Los monjes benedictinos, dirigen constantemente sus plegarias a sus Santas, mientras besan, emocionados, sus insignes reliquias que la Providencia de Dios ha hecho retornar al Leyre restaurado. He aquí una de las más bellas antífonas, sacadas de los antiguos cantorales:

> «Vírgenes consagradas a Cristo, elegidas por el Supremo Artífice para ser piedras vivas de la Jerusalén celeste, por Él colocadas en tan maravilloso edificio. Pedid a Dios que también nosotros merezcamos ser agregados a vuestro premio».

JOSÉ ANTONIO X. PEDROARENA, OSB

Bibliografía

HUESCA, R. DE, OFM, *Historia de las santas vírgenes y mártires Nunilo y Alodia, naturales de la villa de Adahuesca* (Barbastro 1850).
LOPEZ C. M., OSB, *Apuntes para una historia de Leyre* (Pamplona 1964).
— *Leyre. Historia, arqueología, leyenda* (Pamplona 1962) 29-35; 190-192.
— *Más sobre la problemática en torno a las santas Nunilo y Alodia* (Pamplona 1970).
MOLINA PIÑEDO, R., *Nunilo y Alodia en la «Crónica Legerense»* (Pamplona 1972).
MONER DE JOAQUIN, M., *Biografía de las santas Nunilo y Alodia, hermanas mártires de Adahuesca* (Zaragoza 1896).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTOS FELIPE DE HERACLEA Y HERMES

Mártires († 303)

En la persecución de Diocleciano, el obispo de Heraclea, Felipe, y su diácono, Hermes, fueron arrestados. Al primero se le pidió, por parte del presidente Baso, que clausurase la iglesia y entregara los libros litúrgicos y los vasos sagrados. A ello se negó el obispo diciendo que se le pedía una cosa inconveniente, porque ni él podía dar lo que se le pedía ni el presidente tenía por qué tenerlo. Su resistencia a seguir las órdenes imperiales provocó que ambos fueran llevados a Adrianópolis y quemados vivos.

SAN LEOTADIO DE AUCH

Obispo (s. VII)

Leotadio era monje de Fontenelle y sucedió en 670 como abad de este monasterio a San Ansberto. Como era de familia noble, logró las ayudas precisas para engrandecer su abadía y durante el reinado de Teodorico III recibió una donación de dieciocho pueblos. El año 691 fue elegido obispo de Auch por Eudo, duque de Aquitania y Gascuña. Estaba formando parte de una legación a Carlos Martel cuando murió en Borgoña. Sus reliquias fueron llevadas luego a la catedral de Auch.

SAN MODERANO DE RENNES

Obispo († 730)

Hacia el año 703 fue elegido Moderano obispo de Rennes. Persona llena de profunda espiritualidad, llevaba ya años rigiendo la diócesis cuando decidió hacer una peregrinación a Roma para visitar las tumbas apostólicas. Así lo hizo y estando en esta peregrinación concibió el propósito de dejar la vida pastoral y dedicarse por completo a la vida contemplativa. Maduró la decisión y presentó la renuncia a su sede, y entonces se decidió por entrar en la abadía de Berceto, donde vivió y murió santamente, siendo enterrado en la iglesia del monasterio y teniendo desde entonces culto en la misma. Parece que murió el 730 pero la fecha no es segura.

SAN DONATO ESCOTO

Obispo († 877)

Nace en Irlanda, a finales del siglo VIII, en una familia cristiana de posición acomodada. Hizo estudios literarios con mucho provecho y luego entra en un monasterio, y en 816 decide hacer peregrinaciones por varios santuarios hasta que finalmente, y cuando llevaba ya años de peregrinación pobre y ascética, llega a Roma con gran espíritu de piedad. Volvía a su tierra cuando pasó por Fiésole justo en el momento en que la ciudad

estaba eligiendo nuevo obispo. Movidos por extraña inspiración, que la tradición dirá basada en hechos asombrosos, los fesulanos eligieron al humilde peregrino, que intentó rehusar el cargo alegando su indignidad, lo que sirvió para que con más instancia se lo pidieran. Consagrado obispo, se dedicó a ser un pastor bueno y celoso. Procuró la instrucción del clero, la buena educación de la juventud, la defensa de los bienes y derechos de su iglesia, conservando buena relación con los soberanos de su época y participando con espíritu de pastor en los asuntos políticos de su tiempo. Estuvo en Roma en la coronación de Luis II en 850 y volvió a Roma en 861 para asistir a un sínodo. Escribió algunas obras, pero se conserva poco de ellas. Murió en Fiésole hacia el año 877.

23 de octubre

A) Martirologio

1. En Ujlak (Hungría), San Juan de Capistrano († 1456), presbítero, de la Orden de Menores **.
2. Junto a Cádiz (Andalucía), santos Servando y Germán († 303), mártires *.
3. En Persia, santos Juan, obispo, y Santiago, presbítero († 344), mártires bajo el reinado del rey Sapor II.
4. En Antioquía (Siria), San Teodoreto († 362), presbítero y mártir.
5. En Colonia (Alemania), la conmemoración de San Severino († 400), obispo.
6. En Pavía (Liguria), San Severino Boecio († 524), mártir **.
7. En Siracusa (Sicilia), San Juan († 609), obispo.
8. En Ruán (Neustria), San Román († 644), obispo.
9. En territorio de Herbauge, junto a Poitiers (Aquitania), San Benito († s. IX), presbítero.
10. En Constantinopla, San Ignacio († 877), patriarca **.
11. En Rumsey (Inglaterra), Santa Etelfleda o Elfleda († s. X), abadesa.
12. En Campugliano (Toscana), San Alucio († 1134), fundador de un hospital.
13. En Mantua (Toscana), Beato Juan Buoni († 1249), fundador de una congregación de ermitaños agustinos *.

14. En Milán (Lombardía), Beato Juan Angel Porro († 1506), presbítero, de la Orden Servita *.

15. En York (Inglaterra), Beato Tomás Thwing († 1680), presbítero y mártir bajo el reinado de Carlos II *.

16. En Valenciennes (Francia), beatas María Clotilde Ángela de San Francisco de Borja (Clotilde Josefa) Paillot, María Escolástica Josefa de Santiago (María Margarita) Leroux y María Córdula Josefa de Santo Domingo (Juana Luisa) Barré, de la Orden de las Ursulinas; Josefina (Ana Josefa) Leroux, de la Orden de las Clarisas; María Francisca (Maria Lievina) Lacroix y Ana María (María Agustina) Erraux, de la Orden de las Brigitinas, vírgenes y mártires en la Revolución francesa en 1794 *.

17. En Tho Duc (Anam), San Pablo Tong Viet Buong († 1833), mártir *.

18. En Reims (Francia), Beato Arnoldo (Julio Nicolás) Rèche († 1890), hermano de las Escuelas Cristianas **.

19. En Ciudad Real, beatos Ildefonso de la Cruz (Anatolio) García Nozal y Justiniano de San Gabriel de la Virgen Dolorosa Cuesta Redondo, presbíteros, Eufrasio del Amor Misericordioso de Celis Santos, Honorino de la Virgen Dolorosa Carracedo Ramos, Tomás del Santísimo Sacramento Cuartero Gascón y José María de Jesús Cuartero Gascón († 1936), religiosos todos ellos de la Congregación de la Pasión, mártires *.

20. En El Saler (Valencia), Beato Leonardo Olivera Buera († 1936), presbítero y mártir *.

21. En Benimaclet (Valencia), beatos Ambrosio León (Pedro) Lorente Vicente, Florencio Martín (Álvaro) Ibáñez Lázaro y Honorato (Andrés) Zorraquino Herrero († 1936), religiosos de las Escuelas Cristianas, mártires *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN JUAN DE CAPISTRANO

Presbítero († 1456)

Los cuarenta años de vida activa del fraile franciscano Juan de Capistrano transcurrieron casi exactamente en la primera mitad del siglo XV, puesto que ingresa en la Orden a los treinta años de edad, en 1416, y muere a los setenta, en 1456. Si recordamos que en este medio siglo se dan en Europa sucesos tan importantes como el nacimiento de la casa de Austria, el concilio, luego declarado cismático, de Basilea y la batalla de Belgrado contra los turcos, y añadimos después que en todos estos acontecimientos Juan de Capistrano es, más que partícipe, pro-

tagonista, se estimará justo que le califiquemos como el santo de Europa.

Juan de Capistrano, ya en su persona, parecía predestinado a su misión europea, pues, más que de una sola nación, era representativo de toda Europa.

Es europeo el hombre: italiano de nación, porque la villa de Capistrano, donde nace, está situada en los Abruzos, del reino de Nápoles; francés, si no por familia, como algunos autores creen, al menos por adopción, pues su padre era gentilhombre del duque de Anjou, Luis I; por la estirpe procedía de Alemania, según las *Acta sanctorum* de los bolandistas, que sigo fundamentalmente en este escrito; por ciudadanía, hablando lenguaje de hoy, podría decirse español, al menos durante un tiempo, como súbdito del rey de Nápoles, cuando lo era Alfonso V de Aragón; por sus estudios y vida seglar, ciudadano de Perusa, a la sazón ciudad pontificia; húngaro también, pues los magiares lo tienen por héroe nacional y le han alzado una estatua en Budapest, y por su muerte, en fin, balcánico, pues falleció en Illok, en Eslovenia.

En cuanto al santo, esto es, el hombre que se santificó en el apostolado, era, si cabe, aún más europeo, ya que se pasó la vida recorriendo Europa de punta a punta. A pie o en cabalgadura hizo y deshizo caminos; por el norte, desde Flandes hasta Polonia; por el sur, desde España, aunque su paso por nuestra patria fuera fugaz, hasta Servia.

La fama de su santidad fue también universal. Corría de una a otra nación y en todas partes se le conocía con el nombre de «padre devoto» y «varón santo». Fue popular en toda Italia, en Austria, en Alemania, en Hungría, en Bohemia, en Borgoña y en Flandes, visitando no una, sino varias veces todas las grandes ciudades europeas.

Fue también intensamente europea la época del santo. El año culminante de su vida, aunque ya en avanzada senectud, es el mismo que abre la Edad Moderna de la historia de Europa: aquel 1453 en que los turcos toman Constantinopla, amenazando seriamente la existencia misma de la cristiandad.

Divide esta trágica fecha en dos períodos, aunque muy desiguales, la vida de nuestro andariego fraile; pero llena ambos pe-

ríodos un mismo afán: la salvación de esa cristiandad en peligro. Peligro, en la primera fase, para la unidad católica de Europa, por la descristianización del pueblo, las discordias intestinas de los príncipes y los brotes crecientes de herejía y de cisma; peligro, en la segunda, por la embestida de los ejércitos del Islam. Por eso dedica el santo su primer apostolado a reconciliar entre sí y con la sede apostólica a los príncipes, a restaurar el espíritu cristiano del pueblo, debelar herejías, cortar el paso al cisma y reformar la Orden franciscana, y consagra sus últimos años a predicar, con la palabra y con el ejemplo, la cruzada contra el turco, con el ejemplo, también, porque el buen fraile en persona toma parte decisiva en la famosa batalla de Belgrado, de julio de 1456, en que es derrotado el ejército de Mohamed II, que ya remontaba el Danubio con la ambición de dominar el occidente europeo.

Dotó Dios a Juan de Capistrano de prendas singularmente adecuadas a su misión de universalidad. Para ganarse al pueblo, no importa en qué nación, poseía las cualidades que suele el pueblo cristiano pedir a sus santos. Ya fraile y anciano, según nos lo describen sus coetáneos, era de figura ascética: pequeño, magro, enjuto, consumido, apenas piel y huesos, y su gesto austero, pero a la vez dulce y caritativo. Vibraba su palabra en la predicación de las verdades eternas; pero hablaba, sobre todo, con el semblante luminoso y encendido; con los ojos centelleantes, magnéticos, con el ademan sobrio y a la vez cálido y acogedor. Esto explica que en sus correrías transalpinas, predicando las más de las veces en latín, aun antes de que el intérprete hubiera traducido sus palabras, ya andaban sus oyentes pidiendo a gritos confesión y prometiendo cambiar de vida, y muchos rompían en llanto y hacían hogueras con los objetos de sus vanidades: dados, naipes, afeites y arreos de lujo, y otros le pedían ser admitidos a la vida religiosa: por un solo sermón, al decir de un cronista, 120 escolares, en Leipzig, y, por otro, 130, en Cracovia, tomaron hábitos.

Llegado a una villa predicaba por las plazas, porque en los templos no había cabida para la muchedumbre que le seguía. Hablaba durante dos o tres horas sin que la gente desfalleciera y siempre fustigando la corrupción de costumbres e incitando a

penitencia; terminada la predicación visitaba sin descanso a los enfermos, haciendo innúmeras curaciones prodigiosas.

No sólo por su celo apostólico era hombre santo, sino también por su vida de oración y por su penitencia, que no en vano tuvo por maestro de espíritu y por su mejor amigo al gran San Bernardino de Siena. Dormía dos horas, comía apenas, y andaba con frecuencia enfermo, renqueaba siempre, padecía del estómago y estaba mal de la vista. Pero a todas sus flaquezas se sobreponía su espíritu gigante.

A tan extraordinarias dotes para el apostolado popular unía Capistrano otras nada corrientes cualidades que le hacían apto para la diplomacia, arte que ejerció con acierto a lo largo de toda su vida. Era sabio y prudente en juicio y en palabra; había sido en su mocedad un buen jurisconsulto y probado dotes de gobierno cuando ejerció autoridad de juez en Perusa. Era, además, hombre muy docto en las ciencias sagradas y escritor fecundo: sus manuscritos, coleccionados en el siglo XVIII por el P. Antonio Sessa, de Palermo, suman diecisiete grandes volúmenes. Siempre fue muy dócil a la sede apostólica y entre sus muchos escritos canónicos sobresalen los que dedica a la defensa de las prerrogativas pontificias.

Por gozar de tales prendas fue elevado en la Orden, por dos veces, al cargo de vicario general de la observancia, lo que le permitió emprender la reforma de muchos monasterios y extenderlos por toda Europa, y cuatro Papas —Martín V, Eugenio IV, Nicolás V y Calixto III— le confiaron misiones delicadas: la detracción de los Fraticelli, la lucha en Moravia contra la herejía hussita, las negociaciones para la incorporación de los griegos a la Iglesia romana, la vigilancia de los judíos, la contención del cisma de Basilea, etc.

Su fama de virtud y de ciencia no libró al santo de contradicción. Túvola Capistrano, y la que más puede afligir a un corazón magnánimo y sensible: la que proviene de parte de los afines. Algunos minoristas «conventuales», y el más sobresaliente de ellos, el sajón Matías Doering, descontentos de la reforma de los «observantes» que el santo llevaba al interior de los conventos, se opusieron a sus innovaciones, acusando al vicario de inquieto y revoltoso, y otros, celosos acaso de su inmensa popu-

laridad, le imputaban ambición de honra y vanagloria; injustísima acusación hecha a un hombre que por dos veces había declinado la mitra episcopal: la de Chieti, que le brindó el papa Martín V, ya en 1428, a quien contestó, por cierto, que no quería verse «encarcelado» en el episcopado, y la de Aquila, su diócesis natal, que le ofreció, más tarde, Eugenio IV.

Tampoco le faltaron críticas por parte de personas más autorizadas, tales como el cardenal español Carvajal y aun el propio Piccolomini, en razón de las cuales, sin duda, hubo más tarde dificultades para su canonización, que no culminó hasta 1690, siendo pontífice Alejandro VIII.

Pero, huelga decirlo, el mayor número de sus detractores y los más violentos se encontraban en las filas de los enemigos del pontificado, sea entre los políticos laicistas de la época, como aquel Jorge de Podebrad, que pertinazmente le cerró las puertas de la Bohemia, sea entre los herejes, como el arzobispo de Praga Rokytzana, cabeza de los hussitas, o bien entre los judíos, como aquellos de las comunidades italianas que llamaban al de Capistrano «el nuevo Amán» perseguidor del pueblo elegido.

Las grandes empresas apostólicas de San Juan de Capistrano al servicio de la Europa cristiana podrían resumirse en estas seis: restauración de la vida cristiana del pueblo mediante la predicación; reforma de la Orden franciscana implantando la observancia; impugnación de la herejía hussita, que resultó ser el primer brote de la gran apostasía luterana; represión de los abusos del judaísmo, que se hallaba enquistado en los pueblos cristianos; contención del cisma incubado en el concilio de Basilea, que minaba la autoridad del Papado, y cruzada contra el turco, que amagaba sobre la cristiandad.

Dejando a un lado, como menos propias de una hagiografía, aquellas empresas del santo que presentan un tinte político o diplomático, me detendré en las que ofrecen un carácter enteramente apostólico y misionero.

Por aquel tiempo, la Orden de los frailes menores, más o menos recluida hasta entonces en el interior de sus conventos, se echó a peregrinar por pueblos y ciudades, predicando en calles y plazas las verdades eternas y excitando a la reforma de las

costumbres. Esta empresa no fue obra de un hombre solo, fue obra de un equipo de hombres excepcionales, a cuya cabeza figuraba el gran San Bernardino de Siena y en el que formaron en seguida otros dos santos: Juan de Capistrano y Jacobo de la Marca; dos beatos: Alberto de Sarteano y Mateo de Girgente, y los egregios minoristas Miguel de Carcano y Roberto de Lecce, por no citar sino las figuras más descollantes. Fue la época clásica de los grandes predicadores peregrinos y el origen de las misiones populares.

Cada uno de estos grandes misioneros, acompañado de un grupo de seis u ocho frailes de su Orden, tomó por un camino y corrió por su cuenta su aventura apostólica. Pero la mayor parte de ellos se mantuvieron en los límites de la península italiana, en la que consiguieron una verdadera renovación de la vida moral y religiosa de su pueblo. Mérito singular de Capistrano es haber acometido por sí solo, más allá de los Alpes, lo que sus hermanos de Orden hicieron en el interior de Italia, consiguiendo él resultados pariguales en los principados alemanes, en Polonia, en Moravia y hasta en la Saboya, en la Borgoña y en Flandes.

Grandes fueron los frutos de este vasto e intenso movimiento religioso. El pueblo cambiaba de vida, corrigiendo innúmeros abusos: el juego, el lujo, la embriaguez, la usura, el concubinato, la profanación de las fiestas, y los príncipes, los consejeros de las ciudades y los jueces se veían compelidos a usar de su autoridad con equidad y clemencia.

Cierto que no todos estos frutos fueron durables, acaso por no guardar proporción con estas misiones populares extraordinarias la cura pastoral ordinaria llamada a mantener el fervor despertado por aquéllas, pero también puede tenerse por cierto lo que el mismo Capistrano habría de escribir después, refiriéndose a la predicación de sus hermanos de Orden en Italia: «Si no hubiera sobrevivido la predicación, la fe católica habría venido a menos y pocos la hubiesen conservado». Importante aportación del capistranense a la renovación religiosa y moral de su tiempo, en sus cuarenta años de actividad apostólica, fue su labor como cabeza del movimiento por la observancia en lucha contra el conventualismo, empresa que repercutió no sólo en

favor de su Orden, sino también en la reforma misma de toda la Iglesia. San Juan sembró la Europa central de nuevos conventos franciscanos y, mediante la reforma de los antiguos, devolvió su primitivo celo a la Orden a la sazón más popular e importante de la Iglesia católica. Y no fue pequeño servicio a la cohesión europea haber tejido por toda la haz de la Europa de entonces esta apretada red de conventos que unían en santa familia a los frailes observantes de todas las naciones.

Pasemos ya a relatar la participación personal del santo en la cruzada contra el turco, recordando primero lo más esencial de este histórico suceso.

Corría el año 1453, último del pontificado de Nicolás V, cuando Mohamed II conquista Constantinopla, somete la Tracia al señorío turco, afianza en el Asia Menor el imperio del Islam sobre las ruinas de la Iglesia oriental y amenaza a la suerte de la cristiandad en Occidente.

Grave momento para el mundo católico y aun para la propia Iglesia. Porque si bien desde un siglo antes pisaban los turcos tierra europea y tenían sojuzgada una parte de la península balcánica, mientras quedó a sus espaldas la fortaleza de Constantinopla, Europa no se sintió verdaderamente amenazada de dominación y por eso desoyó el llamamiento a cruzada del papa Eugenio IV, ya en 1444. Pero ahora, cuando cayó la capital del viejo Imperio bizantino, toda la cristiandad comprendió que había perdido mucho más que una plaza fortificada.

Consciente del peligro, el papa Nicolás V, cuatro meses después de aquel nefasto día, publica una bula contra los turcos, que enciende en Occidente el antiguo entusiasmo de las cruzadas. En ella amonesta el pontífice a hacer la paz entre sí, bajo pena de excomunión, a las potencias cristianas y singularmente a los Estados italianos, que, al decir de un cronista, «se despedazaban como canes»: Milán contra Venecia, Génova contra Nápoles... La paz en Italia se consiguió en parte, pero no la alianza para la cruzada.

San Juan toma la decisión de marchar a la amenazada Hungría ante el temor de que su gobierno pactara un acuerdo con los turcos, como lo hicieron, poco después, con escándalo de todos, los venecianos. Por el camino predicó la cruzada en Nu-

remberg, ciudad libre del Imperio y bien armada, en Viena, donde levantó unos cientos de universitarios que tomaron la cruz, y en Neustadt, corte del emperador.

Sobreviene entonces la muerte del papa Nicolás y en la elección del nuevo pontífice, la Providencia, valiéndose de un juego de factores dentro del cónclave, al parecer ajenos a esta inquietud, suscita la elección del pontífice español Calixto III, que luego probó ser la figura indicada para hacer frente a una situación de tan tremendo riesgo.

Capistrano, que desde la Estiria había escrito al Papa incitándole a que confirmase la bula de Cruzada, marcha a Györ a fin de asistir a la dieta imperial de Hungría, expresamente convocada para tratar de la guerra contra el turco. Aquí las cosas de la cruzada iban mejor, porque el país se sentía directamente amenazado por el sultán y ponían espanto las noticias que llegaban de Servia sobre los atropellos de la soldadesca turca. Juan de Hunyades, el caudillo húngaro, traza un plan que el de Capistrano comunica al Papa, pidiéndole su apoyo. San Juan se aplica durante los meses siguientes a deshacer enemistades entre los caudillos y se reúne en Budapest con Hunyades y con el cardenal español Juan de Carvajal, nombrado legado del Papa para la cruzada en Alemania y en Hungría, de cuyas manos recibe el Santo el breve pontificio que le concede toda clase de facultades para predicar la bula. Los tres Juanes: el legado, el caudillo y el fraile llevarán de ahora en adelante la preparación de la cruzada.

Estando reunida la dieta húngara en Budapest, corría el mes de febrero, se recibe la terrible noticia de que Mohamed II se acercaba ya con un poderoso ejército hacia las fronteras del sur de Hungría. Hunyades acude a Belgrado. A partir de este momento cifra el de Capistrano todas sus ilusiones en marchar con el ejército cristiano al encuentro de los infieles, sacrificando en la lucha, si es preciso, su propia vida. Parte para el sur y recorre en predicación todas las regiones meridionales de Hungría, llamando al pueblo a cruzada, hasta que recibe el mensaje apremiante de Juan de Hunyades de que suspenda inmediatamente la predicación y reuniendo los cruzados que pueda los conduzca aprisa a Belgrado.

Es fascinante el relato que hace de la batalla del Neudorfehervar uno de los frailes compañeros del santo, fray Juan de Tagliacozzo, testigo presencial del suceso. Él describe con expresivos pormenores la llegada del ejército turco, su bien abastecido y pertrechado campamento de tierra, con más de doscientos cañones, y camellos y búfalos, la fuerte flota turca sobre las aguas del Danubio, el asedio de la amurallada ciudad, la tremenda desproporción de las fuerzas en presencia —sólo los jenízaros eran cincuenta mil—, que hace vacilar al propio Juan de Hunyades, el gran luchador de años contra el turco, hasta el punto de pensar en una retirada, y las provocaciones del sultán, que anunciaba a gritos que había de celebrar en Budapest el próximo ramadán. Describe, asimismo, la batalla naval sobre el Danubio, que, contra toda previsión, ganan los cruzados, el asalto de la ciudadela por los jenízaros, que obliga a los caudillos militares a iniciar la evacuación de la ciudad, y, por último, la increíble y casi milagrosa victoria obtenida por los defensores, con la retirada final del ejército turco en derrota.

La intervención del santo en la batalla fue decisiva y sin ella la ciudad de Belgrado hubiera caído sin remedio en manos de los turcos. Él aportó la legión popular de cruzados, que sostuvieron lo más duro de la lucha, y enardeció con su palabra y con su ejemplo no sólo a ese ejército popular, sino también a los naturales, poniendo en tensión su resistencia.

Juan de Capistrano salvó a Belgrado por tres veces· la primera, cuando indujo a Hunyades a lanzar su escuadra contra la flota turca, la segunda, durante el asedio de la ciudad, cuando se negó a la propuesta de evacuarla, y la tercera, en la hora del asalto turco, cuando, al dar por perdida la plaza, los caudillos militares Hunyades y Szilágyi intentaron abandonarla, juzgando la situación insostenible, y él se aferró a la resistencia.

Dominado el santo por una confianza sobrenatural en la victoria, condujo a la batalla a los cruzados con ardor y coraje sobrehumanos. Cuenta el cronista allí presente cómo durante la acción naval, ganó el fraile capitán una altura visible a todos los combatientes y desplegando la bandera cruzada y agitando la cruz, vuelto el semblante al cielo, gritaba sin descanso el nombre de Jesús, que era el lema de sus cruzados. Y cómo, durante

los días del asedio, vivía en el campamento con los suyos, sosteniendo su espíritu religioso como única moral de guerra. Y cómo, en fin, en el asalto de la ciudadela, corría de una a otra parte de la muralla, cuando la infantería turca escalaba ya el foso, gritando él a lo más granado de los defensores: «Valientes húngaros, ayudad a la cristiandad».

Jamás esgrimió armas el de Capistrano; las suyas eran espirituales. El campamento de los cruzados, más que un cuartel militar, parecía una concentración religiosa. Él mismo daba ejemplo En diecisiete días durmió siete horas, no se mudó de ropa y comía sólo sopas de pan con vino. Él y sus frailes celebraban a diario la misa y predicaban, y los combatientes en gran número recibían los sacramentos. «Tenemos por capitán un santo y no podemos hacer cosa mal hecha», decían entre sí sus gentes. «Si pensamos en el botín y en la rapiña seremos vencidos». Y todos le obedecían «como novicios». El fraile tenía sobre sus cruzados, al decir de los testigos, mayor poder que hubiera tenido sobre ellos el propio rey de Hungría.

En la lucha secular de la Europa cristiana contra el islamismo, la victoria cruzada de Belgrado es un hecho importante, pero no debe exagerarse su trascendencia. Como tampoco la del heroico episodio de la intervención del Santo en ese hecho de armas, aunque el triunfo fuera mérito suyo incontestable. Pero en éste como en los anteriores sucesos de su vida, importa más que los hechos mismos y más que su trascendencia en el campo militar, en el político y aun en el religioso, el valor ejemplar de su propia conducta; su santidad y su heroísmo puestos al servicio de tan noble causa: la unidad cristiana de Europa. En este terreno presentamos a nuestro héroe a la admiración de nuestros contemporáneos y le proponemos como ejemplo.

La cristiandad había seguido angustiada la lucha y de entonces viene la tradicion del rezo del ángelus al toque de campana del mediodía, la «campana del turco», que mandó el Papa tañer en todas las iglesias de Europa para que el pueblo cristiano sostuviera con su oración a los cruzados.

Cuando, una semana después de la victoria el cardenal legado, el español Carvajal, entró con un ejercito verdadero en la ciudad liberada, era la gran ilusión del capistranense proseguir

la guerra y anunciaba en público que para la fiesta de la Navidad celebraría misa en la iglesia del Santo Sepulcro. No eran estos, sin embargo, los planes de la cristiandad, ni hubiera podido tampoco emprenderlos nuestro Santo, pues la peste, terrible compañera de la guerra, pocos días después de la victoria, tomó posesión de su cuerpo y lo entregó en brazos de la muerte, aunque ese pobre cuerpo parecía entonces, al decir de un coetáneo, la muerte misma: un esqueleto sin carne y sin sangre, unos pocos huesos cubiertos de piel. Sólo el rostro, sereno y sonriente, expresaba la interior satisfacción de una misión histórica cumplida.

Con la vida de nuestro héroe debe terminar también este relato. Séame permitido, sin embargo, insistir en una conclusión piadosa: a Juan de Capistrano puede, en justicia, llamársele el «Santo de Europa».

Él fue europeo por su persona, de parte que hoy diríamos internacional; lo fue por el ámbito geográfico en que desenvolvió su vida, siempre corriendo de una a otra parte de la cristiandad de entonces; fue europeo, también, porque sirvió —y con qué fidelidad— al Papado y al Imperio y a la unión de uno y otro, que hubiera sido la salvación de Europa; lo fue por la hora europea que vivía a la sazón el mundo y fuelo, en fin, por las grandes empresas de unidad europea a que se consagró con fe y con coraje: unidad religiosa, unidad política y, sobre todo, apretada defensa contra el enemigo común de la cristiandad.

Sea, pues, Juan de Capistrano nuestro intercesor cuando pidamos a Dios por la unidad europea.

ALBERTO MARTÍN ARTAJO

Bibliografía

Acta. SS. Boll., 28 de marzo: Vitas, de Nicolás de Fara, Cristóbal de Varese y Jerónimo de Udina.

GUERARD, P., *Saint Jean de Capistran et son temps* (Bourges 1865).

HOFER, J., *Johannes von Capistrano* (Insbruck 1936).

KERVAL, L. de, *Saint Jean de Capistran. Son siècle et son influence* (París 1887).

— *Un frère mineur d'autrefois* (Roma 1908).

LEON DE CLARY, OFM, *L'aureole seraphique. Vie des saints et des bienheureux des trois ordres de Saint-Francois,* III (París 1883) 388s.

SAN SEVERINO BOECIO

Mártir († 524)

Anicio Manlio Torcuato Severino Boecio nació en Roma hacia el año 470 de la noble y poderosa familia de los Anicios, de la que probablemente también descendía el papa San Gregorio Magno. Su padre desempeñó por tres veces consecutivas la dignidad de cónsul. Como correspondía a su rango fue educado en su ciudad natal bajo la dirección de excelentes preceptores. Luego se trasladó a Atenas para completar su formación, sobre todo en la dimensión filosófica. De regreso a su patria fue declarado patricio por consideración al rango de su familia.

Severino perdió muy pronto a sus padres, quizás a los diez años, quedando al cuidado del virtuoso e ilustre Aurelio Símaco, con quien estrechó una íntima amistad hasta el punto de casarse con su propia hija Rusticiana.

Cuando Teodorico verificó su entrada solemne en Roma y conoció al joven Boecio, quedó tan prendado de sus cualidades que lo nombró mayordomo de palacio, uno de los cargos de mayor autoridad de la corte y el más allegado al trono.

Boecio entonces se formó un plan de política fundado en la virtud. Impidió que Teodorico, arriano, persiguiese a los católicos, incluso consiguió que los tomase bajo su protección. Entre las dimensiones estrictamente políticas logró que se rebajasen los impuestos, que se adaptase la economía a las rentas y que un cuerpo bien disciplinado de tropas militares garantizase la paz.

Trabajó para que se desarrollaran las ciencias, las artes y el saber, protegiéndose a quienes las cultivasen con éxito. Hombre de corazón grande y generoso pretendía que todos fuesen como él mismo. Se convirtió en un verdadero oráculo de Teodorico y en ídolo de la nación de los godos.

Por tres veces consecutivas nombrado cónsul, la primera en 510. Incluso sus dos hijos fueron también elevados al consulado en el año 522, privilegio que sólo se concedía a los hijos de los emperadores. Se recuerda el día triunfal en que el padre con sus dos hijos cónsules a los lados recorrían las calles de la ciudad aclamados por la multitud. En ese mismo día Severino pronunció el panegírico de Teodorico en el Senado y fue tan gran-

de la elocuencia y el impacto producido que lo proclamaron príncipe de la elocuencia.

Mientras Teodorico siguió los consejos de Boecio su reinado pudo servir de modelo a las demás naciones. Pero la veleidosa fortuna cambió radicalmente. El mismo príncipe comenzó a tener celos, hasta el extremo de llenarse de recelos hacia Boecio, llegando a depositar su confianza en dos godos, avaros y pérfidos, que le cambiaron el espíritu y las formas de gobernar.

La situación de necesidad y miseria en que sumieron al pueblo obligó a Boecio a llevar ante Teodorico sus quejas. Incluso se atrevió a defender al Senado cuando lo culpaban de conspirar contra el emperador, sobre todo en la persona del senador Albino, a quien se acusaba de esperar la liberación del pueblo romano. Boecio lo defendió hasta el punto de pronunciar aquella famosa frase: «Si ese es un delito, tanto yo como todo el Senado somos reos de él».

Aquí comenzaría la persecución y se le acusaría de haber enviado una carta a Justino, emperador de Oriente, excitándole para que viniera a librar a Roma de la dominación ostrogoda. Fue encarcelado en Pavía junto con su suegro Símaco por orden personal del propio Teodorico y encerrado en el castillo que aún se visita. Después lo trasladaron a un paraje oculto donde le dieron muerte en unas circunstancias que llenan de horror: atáronle a la cabeza una soga que sujeta a una rueda le oprimió de tal manera que le hizo saltar los ojos. Lo extendieron después en el potro, al mismo tiempo que lo apaleaban y viendo que aún respiraba le cortaron la cabeza. Era el día 23 de octubre de 526. Poco tiempo después decapitaron también a su suegro.

Los católicos recogieron los restos de Boecio y los enterraron religiosamente en Pavía. Doscientos años después fue depositado en la iglesia de San Agustín por orden del rey Luitprando, quien mandó erigir un magnífico mausoleo. Otón III, más tarde, dispuso que se le levantase otro, donde hizo esculpir honrosas inscripciones. Su nombre fue inscrito como santo en el calendario de Ferrario y en otras iglesias de Italia. Hasta los bolandistas le dieron el título de santo. Sus reliquias se encuentran actualmente en la iglesia de San Pedro en Cielo de Oro de Pavía.

En la enciclopedia Espasa se resume esta situación:

> «Una muy antigua tradicion presenta a Boecio como un santo martir, viendo un motivo de defensa de la fe catolica en la determinacion de su muerte por el arriano Teodorico, en el siglo VIII habia tomado ya forma definitiva esta creencia, venerandose su memoria en varias partes el 23 de octubre, la Sagrada Congregacion de Ritos confirmo en 1883 la costumbre en Pavia de darle culto el citado dia» (*Letra B,* p 1285)

Más allá de su obra humana política, ya de por sí excepcional, sobresalen sus escritos, principalmente los filosoficos.

Su obra más destacada, obra maestra, es su *De consolatione philosophiae,* «La consolación de la filosofía», compuesta en la prisión de Pavía, posiblemente sin la ayuda de ningún libro, durante los nueve meses allí encerrado. Es un diálogo entre el autor y la sabiduría increada sobre la verdad de una Providencia probada por la razón. Un pequeño tratado que destaca entre los mejores de la antiguedad cristiana, con una nobleza de sentimientos y una elevación de ideas en materias tan abstractas, superior a la de todos los escritores de su epoca Los versos que van mezclados con la prosa nos demuestran que nos hallamos ante uno de los genios del pensamiento y de la expresión de su época.

Algunos han echado de menos en la obra un pensamiento y un recurso mayor a lo evangélico o cristiano, creyendo con esto que el autor había abdicado de sus creencias. Los que así piensan se equivocan porque Boecio lo que pretende es solamente una obra totalmente filosófica sin más profundidades que las de la razón. Por lo demás todos los tiempos la han aceptado como un hito del más recto pensar y así ha sido traducida a todos los idiomas cultos. Cualquier intento de digresión para querer descristianizar a Boecio nos parece carente de sentido.

Con anterioridad había compuesto otras obras, pues emprendió, ya en su juventud, las traducciones de las mejores obras de Aristóteles, Platón, Tolomeo, Arquímedes, Cicerón, Euclides, Nicómaco, etc. Un empeño que demuestra la gran capacidad de un hombre que conocía e intentaba dar a conocer todas las ciencias en un siglo bárbaro y bajo la tiranía de los godos. Son muchos los títulos concretos sobre filosofía, física, música, matemáticas, teología... Llegó, incluso, a construir ins-

trumentos matemáticos, cuadrantes solares, composiciones musicales...

Uno de los elogios que mejor resumen su vida lo encontramos en estas palabras del libro *Biografía universal* que citamos al final:

> «La piedad de Boecio, su admirable constancia en medio de los más grandes suplicios, que miraba como un favor del cielo, y su celo por la religión han hecho su memoria querida de todos los amigos de la virtud, mientras que sus obras le han granjeado el mayor aprecio de los literatos de todos los siglos» (p.810).

JOSÉ SENDÍN BLÁZQUEZ

Bibliografía

BOECIO, *La consolación de la filosofía.* Traducción y notas de Pedro Rodríguez Santidrián (Madrid 1999).

Enciclopedia Espasa. Tomo letra B, p.1283.

SEBASTIÁN, B. (dir.), *Biografía eclesiástica completa. Vidas de los personajes del Antiguo y Nuevo Testamento, de todos los santos... papas y eclesiásticos célebres... en orden alfabético,* II (Madrid 1849) 807s.

SAN IGNACIO DE CONSTANTINOPLA

Obispo († 877)

El siglo IX, tan marcado por las sombras en el Occidente cristiano (nada brilla tanto en él como la estrella de Santiago), se muestra especialmente agitado en Constantinopla. Cubre casi del todo esta centuria la figura de su patriarca San Ignacio (798-877). Su biografía resulta altamente representativa de las convulsiones que le tocó sufrir. Estamos, ante todo, ante la figura de un monje, arrancado de su retiro repetidas veces, para morir finalmente en su sede patriarcal. Se le yuxtapone adversamente el famoso patriarca Focio, lo que le confiere especial relieve histórico.

Nacido en Constantinopla en el 798, recibió en el bautismo el nombre de Nicetas. Era del linaje más ilustre. Su padre, el patricio Miguel, fue luego emperador de 811 al 813. Su madre, Procopia, era hija de otro emperador, Nicéforo I, al que sucedió Miguel. El reinado de éste fue muy breve. El 11 de julio de 813 fue depuesto por el usurpador León V el Armenio, que recluyó

a Nicetas en un monasterio, sometiéndolo a castración, para que nunca pudiera aspirar al trono. Tenía entonces 14 años. Luego abrazó con convicción la vida monástica, tomando el nombre de Ignacio. Su encuentro con San Basilio, obispo de Paros, heroico confesor de la fe en la lucha iconoclasta, marca su escala ascendente en las sagradas órdenes hasta llegar al sacerdocio, obteniendo muy pronto la dignidad abacial. A su actividad se debe la fundación de varios santuarios y monasterios en islas del Archipiélago de los Príncipes. A la muerte del emperador Teófilo el año 841 le sucede su hijo Miguel III, niño todavía, desempeñando la regencia su madre, la emperatriz Teodora, que inmediatamente se acordó de Ignacio: a ella se debió que se convirtiese en patriarca de Constantinopla en el 847, cuando iba a cumplir los cincuenta años, con la anuencia, al menos tácita, de los demás obispos del patriarcado.

Las complicaciones llegaron pronto por obra, sobre todo, de Bardas, tío materno de Miguel. Tenía éste 16 años cuando lo tomó por primer ministro, y pronto empezó a ejercer en él nefasta influencia. Teodora era un estorbo para el joven emperador, ya licencioso como Bardas. Ambos quisieron que el patriarca persuadiese a Teodora a entrar en un monasterio, asumiendo el emperador todos los poderes. Al fin, Teodora se hizo monja, pero Ignacio ni siquiera se prestó a la bendición del velo monacal. Además, reprendió enérgicamente a Bardas, por haber repudiado a su esposa, uniéndose incestuosamente con su nuera, que acababa de enviudar. En el día solemne de la Epifanía de 858 se negó a darle la comunión y lanzó el entredicho en la basílica de Santa Sofía. Ignacio, naturalmente, cayó en desgracia. Calumniosamente acusado por Bardas, el emperador lo desterró a la isla de Terebintos. Allí acudieron sucesivos emisarios intentando forzarlo a la renuncia del patriarcado.

El candidato de la corte para sucederle era Focio, un laico de grandes dotes y pocos escrúpulos. Inmediatamente recibió todas las órdenes sagradas desde el lectorado hasta el episcopado, prometiendo respetar la legitimidad de la elección de Ignacio y del clero ordenado por éste. No mantuvo sus promesas. Los obispos se dividieron en focianos e ignacianos. Focio depuso a Ignacio y éste, con los suyos, depusieron a Focio en un sí-

nodo reunido en la iglesia de Santa Irene. En marzo del año 858 Focio renovó con solemnes anatemas la deposición de Ignacio y de sus partidarios. Pronto se produjo la represión imperial: destierro a la isla de Hieria, traslado a Prometon, encarcelamiento en Constantinopla, destierro a Mitilene. Suerte parecida tuvieron sus fieles seguidores. La situación empeoraba de día en día. Quedaba la posibilidad de acudir a Roma. El emperador y Focio mandaron emisarios a Roma el año 860 para notificar al papa Nicolás I la elección de Focio, con el ruego de que acudiese a Constantinopla una legación pontificia dispuesta a presidir un sínodo que devolviera la paz a la Iglesia de Bizancio. El sínodo se reunió en Santa Sofía en abril de 816. Allí compareció Ignacio con gran humillación, acrecentada por el hecho de ser nuevamente depuesto y anatematizado con la aprobación de los enviados por el Papa. Ignacio se negó a suscribir la inicua sentencia. Se vio encarcelado y sometido a tormento hasta que logró fugarse y hubo de vagar de un lugar a otro disfrazado de siervo...

Pero el gran pontífice Nicolás I se había reservado la última palabra y en carta dirigida a Focio se negó a ratificar la sentencia. A él apeló Ignacio a finales del 862 con escrito que con él firmaron 16 arzobispos, 15 obispos y numerosos sacerdotes y monjes, que llevó a Roma el monje Teognosto. Nicolás terminó anatematizando a sus legados y condenando el sínodo fociano. En el gran sínodo occidental convocado en la basílica de San Pedro en 861, canon IV, se le devuelve a Ignacio su dignidad patriarcal y son rehabilitados todos los que le habían permanecido fieles.

Sabida es la reacción de Focio: él continuó en su cátedra e Ignacio en su monasterio. Más aún: en septiembre del 867 reunió en Constantinopla a los patriarcas orientales y unos trescientos obispos para decretar la deposición de Nicolás I. Y se desencadenaron los sucesos con rapidez: el 24 de septiembre Miguel III era asesinado por Basilio el Macedonio, que inmediatamente recluyó a Focio en un monasterio, haciendo que regresase Ignacio y fuese entronizado en Santa Sofía el 23 de noviembre.

Pronto se vio Roma informada de la nueva situación. El papa Adriano II renovó la sentencia del 863 el mismo año de su

elección, 867. Parece que se debió a una petición del patriarca Ignacio que el papa Adriano convocase el octavo concilio ecuménico el 5 de octubre de 869. Todos los participantes debieron suscribir un documento corroborando la acción papal de restituir a Ignacio y deponer a Focio.

A Ignacio le quedaban aún diez años de gobierno pastoral. No le faltaron tribulaciones por parte de los focianos. Pero parece calumniosa una acusación del ultraignaciano Estiliano, como si Focio, reconciliado con el emperador, hubiera intentado asesinar a Ignacio. Todo lo contrario: ambos terminaron reconciliándose seguramente en el 876, un año antes de la muerte de Ignacio, el 23 de octubre del 877, a los ochenta años. Su cuerpo, depositado primeramente en la iglesia de San Mennas, fue luego trasladado a la costa asiática, al monasterio de San Miguel de Satiro por él fundado hacia el año 873.

Focio volvió a ocupar la sede de Constantinopla y no tardó en tomar la llamativa determinación de canonizar a Ignacio. Esta fue la gran sorpresa que se llevó una nueva embajada enviada a Constantinopla por el papa Juan VIII, con carta del 16 de abril de 878, amenazando con excomulgar a Ignacio si no retiraba de Bulgaria al clero bizantino, dejando el campo libre a los evangelizadores de rito latino. En vida del santo había habido tensiones con Roma por este motivo. Ello no impidió que la Iglesia de Roma lo incluyera en el catálogo de los santos fijando su fiesta el 23 de octubre, la misma en que lo celebra la Iglesia bizantina.

JOSÉ MARÍA DÍAZ FERNÁNDEZ

Bibliografía

DVORNIK, F. *Lo scisma di Fozio. Storia e leggenda* (Roma 1953).

NICETAS DE PAFLAGONIA, «Vita sancti Ignatii archiepiscopi Cp.», en J.-P. MIGNE, *Patrologia graeca,* CV (Brepols ²1995) 488-574.

STIERNON, D. «Ignazio, patriarca di Constantinopla», en *Bibliotheca sanctorum.* VII: *Giustiniani-Lhuilier* (Roma ²1996) 665-672.

BEATO ARNOLDO (JULIO NICOLÁS) RÈCHE

Religioso († 1890)

El Beato Arnoldo, nombre que recibió al ingresar en la vida religiosa y con el que pasó a la historia espiritual de Francia, se llamaba en su familia Julio Nicolás. Sus apellidos eran Rèche y Clausset. Nació el 2 de septiembre de 1838 en una hogar pobre de Landroff, poblado a unos 40 km de Metz, en la Lorena tan disputada entre Francia y Alemania. El ambiente de trabajo de su infancia estuvo presidido por la lucha contra la pobreza y por la acendrada piedad familiar. Sus padres, Ana Clausset y Claudio Rèche, tuvieron 6 niños y 3 niñas. Al fallecer el primer nacido, Julio ocupó el lugar de primogénito. Y ello le obligó a responder de la numerosa familia, puesto que su madre quedó imposibilitada muy pronto por la enfermedad.

El padre, valiente cristiano, además de sacar adelante a su prole numerosa, tenía tiempo para devociones y para servicios en la parroquia. Era un obrero sencillo y tuvo que resignarse a que su hijo mayor dejara la escuela al cumplir los 10 años, como solía acontecer en los ambientes más humildes. Sólo la frecuentó lo justo para aprender a leer y para adquirir algunos conocimientos elementales que le sirvieron de germen para sus inquietudes posteriores. Luego se colocó como criado de una familia cercana, la del Sr. Gueber, a fin de contar con su pequeño salario para incrementar algo el pan del hogar. A los 11 años ya estaba haciendo todo lo que mandaban sus señores: cuidar los ganados, trabajar las tierras, ayudar en labores domésticas.

Este estilo de vida infantil y la piedad contagiosa del cabeza de familia, que tenía en casa tantos niños que cuidar además de proteger con ternura a su esposa enferma, curtieron en el primogénito Julio un espíritu sufrido y silencioso, luchador, propenso a pensar las cosas mucho ante las responsabilidades tan prematuras que le había llegado. A los 16 años actuaba y juzgaba ya como un hombre maduro.

En su infancia y adolescencia influyó también el recio y austero cura parroquial, el abate Gregorio, que rigió la pequeña comunidad cristiana entre 1846 y 1888. Con sus enseñanzas y sus avisos supo imprimir en sus parroquianos, además del respeto al trabajo y la fidelidad a los deberes religiosos, la sobriedad en

la vida, la confianza en la Providencia, la valentía en las dificultades y la caridad para con los prójimos, sobre todo con los más necesitados. Julio fue su ayudante predilecto. Cuidaba el templo. Seguía sus sermones dominicales con atención. Ayudaba sobre todo en la catequesis, pues él mismo, de memoria prodigiosa, retenía las explicaciones del sacerdote y se las transmitía más claras a los compañeros, sobre todo a los que se preparaban para hacer la primera comunión y temían las reprimendas del sacerdote si no respondían luego como él quería.

Hizo su primera comunión el 11 de mayo de 1851. El 12 de junio de 1854, también en la parroquia, recibió la confirmación. Es probable que fuera en esta vida parroquial y mediante ese enlace entre el párroco y los grupos de niños de la parroquia a los que día a día preparaba para cuando llegara el interrogatorio catequístico, donde tuvo el primer deseo de ser maestro, idea que siempre le persiguió aunque la consideraba un sueño irrealizable.

A los 18 años el mismo párroco quiso mejorar la situación de su ayudante y le recomendó como cochero en el cercano castillo de Raville-Fouligny, aunque su servicio no duró mucho, pues antes de un año lo dejó por la frivolidad que encontraba entre los demás domésticos y las frecuentes fiestas mundanas a las que había de asistir como mudo testigo de los devaneos ajenos. Dejó el oficio y regresó al hogar paterno, aunque al poco tiempo fue contratado como transportador de carretas por el Sr. Bourguignon, que se ocupaba de llevar materiales para la construcción de edificios y de templos. Su servicio de transportista comenzó en 1859 en la ciudad de Charleville y duraría tres años, tiempo que le permitió ganar el dinero suficiente para mejorar la situación de su padre y de sus hermanos y abrir su vida por otros derroteros. Además tuvo suerte, pues se albergaba en la misma casa de su nuevo señor y se granjeó la confianza de toda su familia por su honradez, su piedad y el empeño que ponía en el trabajo.

Incluso en este tiempo ofreció a las hijas de la familia y a otros trabajadores relacionados con la empresa de los transportes, además del ejemplo de su vida honesta, las explicaciones de catecismo que había aprendido en su parroquia y otros conocimientos que él se empeñaba en adquirir en sus pocas horas li-

bres. En la nueva ciudad, a 200 km de su casa, tuvo algunas vacilaciones en su piedad anterior, por el ambiente de jóvenes que conoció como recién llegado. Pero pronto reaccionó y volvió a su intensa vida de oración y de renuncias. Se asoció, el 18 de agosto de 1961, a sus 23 años, a la «Unión de oraciones perpetuas de Nuestra Señora de la Esperanza», quienes se dedicaban a animar la vida cristiana de los jóvenes.

Y fue en Charleville, con motivo de su inquietud por aprender más cosas, donde conoció a los Hermanos de las Escuelas Cristiana, que tenían diversas actividades juveniles en su colegio. Se apuntó a unos cursos nocturnos que ellos organizaban para mejorar la situación de los obreros y trabajadores. Quedó prendado de la sencillez y de la disponibilidad de sus profesores. Se despertó su latente deseo de ser maestro. Y se le ocurrió la idea de ser como ellos y pidió ingresar en la congregación. No lo hizo por impulso, sino pensando bien en su padre y hermanos, que tanto le habían necesitado pero que, gracias a su trabajo y aportación, ya habían quedado en mejor situación. Por otra parte, sus hermanos ya iban siendo mayores y podrían aportar al hogar sus energías y salarios, ya que todos ellos iban saliendo, ante el ejemplo del mayor de la familia, como esforzados operarios y muy apreciados por sus virtudes.

A su padre, a quien expuso su deseo, le dijo con claridad: «Dios no necesita de nuestro trabajo para salir adelante. Se basta con su Providencia. Él os cuidará en adelante y os dará mucho más de lo que yo os he aportado». Le entregó todos los ahorros que aún conservaba y sólo se quedó con una pequeña cantidad para aportar a la casa que iba a recibirle.

Él mismo relataría después la interesante conversación con el H. Pancré, a quien expuso su deseo de ingresar en el Instituto educador que había conocido, y lo que el prudente director de Reims le respondió y le preguntó:

— Mi querido amigo, con los Hermanos hay que rezar mucho. ¿Os gusta rezar?

— Me parece que yo rezo con mucho gusto cuando lo hago y que me agradan desde siempre todos los ejercicios de piedad.

— Nosotros no solamente rezamos. Para ser Hermano hay que tener deseo de educar a los niños y buscar su mejor formación. ¿Pensáis que es una misión que os conviene?

— Hace mucho que yo enseño el catecismo a los niños con los que me encuentro y siempre aprovecho las ocasiones para hacerlo

— Pensad que lo importante no es entrar con nosotros, sino perseverar Muchos postulantes se presentan en el noviciado y se marchan enseguida Y hay muchos jovenes religiosos que se desalientan a los pocos años de vivir en comunidad

— Pues yo tengo intencion de quedarme hasta la muerte, si es que se me recibe en el noviciado

Al H. Pancré no le quedó otra opción que allanarle el camino, persuadido de que se encontraba ante un joven de valor singular. De hecho ya no era tan joven aquel carretero que llevaba en su carreta la imagen de San Arnoldo, obispo de Metz, que pertenecía a una «Asociación de oraciones» y que decía haber dado catequesis a niños desde hacía mucho tiempo. Tenía casi 25 años cuando respondía de la manera dicha a quien exploraba la realidad de su vocación religiosa.

En la información que los Hermanos recabaron sobre aquel joven desconocido supieron que era serio, piadoso, responsable y que sus compañeros de trabajo le admiraban por su austeridad y su autodisciplina. El 13 de noviembre de 1862, después de haber arreglado todas sus cosas, de haber regresado a su pueblo para despedirse de los suyos y haber disgustado a su patron, que perdía con su decisión al mejor y más fiel de los obreros de su empresa, se presentó en el noviciado de Beauregard, a dos kilómetros de Thionville, en el valle del Mosela.

Siguió los ejercicios del noviciado con pronta adaptación y con ascética actitud de hombre maduro. Tomó el hábito de Hermano de las Escuelas Cristianas el 23 de diciembre de 1862 en la localidad de Beauregard-Thionville. Con la sotana y el cuello de Hermano, recibió el nuevo nombre, con el que se le iba a conocer, el de Arnoldo. Pasó el año sin dificultades especiales. Pronto se hizo admirar por su madurez y su entrega a todos los actos piadosos y estudios de esta etapa. Y al terminar el año que solía durar el proceso de formación, en noviembre de 1863, dio por terminada su etapa de prueba

Dada su edad ya un poco adelantada, fue destinado al pensionado de San José, situado en la calle Venecia, en Reims. Sus compañeros del noviciado, más jóvenes, pasaron a otro período de formación llamado «escolasticazo». Para él se pensaron otros

caminos más personales. El centro al que iba enviado estaba animado por unos quince Hermanos y atendía a unos 500 escolares. Fue dedicado a la enseñanza, más por las dotes de su carácter espontáneo y responsable, que por la cultura que no había tenido tiempo ni oportunidad de conseguir en medio de sus trabajos juveniles. Había que ver qué daba de sí este joven que se acercaba a la edad ya madura. Y lo que fue capaz de hacer resultó sorprendente: en lo espiritual se encaminó decidido hacia la santidad. En lo profesional fue capaz de desarrollar una cultura desahoga y obtener un título académico que empezaba entonces a exigirse para ejercer la docencia. Y todo ello, por su cuenta. Claro, con la gracia de Dios.

Desde los primeros años de comunidad cuidó con esmero su profunda vida de oración y se entregó a una intensa actividad apostólica con los alumnos. Al mismo tiempo hacía esfuerzos gigantescos para mejorar su cultura, pues las actividades docentes exigen saber mucho para enseñar mejor. Durante cuatro años enseñó a los alumnos pequeños del pensionado. A pesar de las ocupaciones de un tiempo plenamente dedicado a sus clases, logró estudiar diversas materias por su cuenta. Al cabo de pocos años de intensas lecturas y trabajos disciplinados, llegó a ser muy entendido en teología, matemáticas, ciencias y agricultura. Daba sus clases, pero también dedicaba muchos tiempos a pequeños grupos de alumnos más adelantados que debían presentarse a ciertos exámenes oficiales.

En 1865 emitió sus primeros votos religiosos, según las costumbres de entonces de dejar un tiempo entre los fervores del noviciado y las realidades de la vida. El 17 de septiembre de 1868 formuló ya los votos trienales. Su regularidad y su sentido del orden llamaban la atención de sus compañeros de comunidad. Los Hermanos de Reims tenían una casa a unos 6 km de la ciudad, en una pequeño poblado llamado Thillois, para que fueran de paseo los alumnos. El poblado era pacífico y silencioso y la casa estaba solitaria. De cuando en cuando pedía permiso para ir a pasar un día de silencio, oración y retiro. Sobre todo se aficionó a la casa desde el momento en que en ella se instaló el noviciado debido a la guerra contra Prusia de 1970.

Es que la guerra, tan desgraciada y negativa para Francia, afectó mucho al H. Arnoldo y a su familia. La rivalidad entre

Francia y Prusia, que duró de 1869 a 1871, fue efecto del mal gobierno del emperador francés Napoleón III y de la astucia del emperador austriaco Guillermo I, manipulado por su canciller Bismarck. La misma casa de los Hermanos de Reims fue requisada por el ejército francés primero, y los triunfadores alemanes después. Fue convertida en hospital de campaña y los Hermanos tuvieron que actuar como sanitarios para atender a los soldados franceses heridos al principio. Luego, cuando las tropas germanas invadieron la ciudad y 80.000 soldados alemanes llegaron el 4 de septiembre de 1870, los heridos fueron soldados prusianos a los que hubo que dedicar las atenciones de los enfermeros.

El H. Arnoldo fue uno de los Hermanos que más se distinguieron por su caridad y su amabilidad con los heridos, sin diferenciar bandos y haciendo lo posible por aliviar a las víctimas de aquella insensata contienda, en la que el imperio germano quiso oprimir a la entonces decadente monarquía francesa, la cual cayó para siempre con motivo de la guerra, dejando paso definitivo a la República.

Él era originario de una población de cultura, de lengua y espíritu franceses, como era la región de Metz en la Lorena del Norte. Tuvo la pena de ver su tierra natal pasar al dominio germano y someterse a los vencedores. Estrasburgo y Metz, la Alsacia y la Lorena, dejaron de ser francesas y se convirtieron en germanas por la fuerza de las armas. Cuando llegó el momento de registrarse como natural y ciudadano de una zona que pasaba a la soberanía germana, él se declaró de lengua francesa y se acogió a la nacionalidad gala, según el principio de libre elección que se había estipulado en el Tratado de Fráncfort, el cual regularizó la situación de los ciudadanos de esas regiones disputadas. Su opción y declaración de ciudadanía francesa fue firmada el 26 de agosto de 1872. Su familia quedó en el territorio germano, lo cual le produjo mucha pena y le imposibilito visitarla en adelante, pues no obtuvo visado para acudir a su pueblo. Ello le originó temores, a juzgar por las cartas que todavía se conservan dirigidas a su padre y a sus hermanos.

Su vida religiosa y espiritual fue más cuidada y exigente cada vez. El 6 de agosto de 1871, en plena guerra cuyos combates se

desarrollaban muy cerca de Reims, había formulado sus votos perpetuos. Su oración comenzó a ser objeto de comentario por parte de los Hermanos, pues se sospechaba que era intensa y que había llegado a cierto estado de contemplación. Sus conversaciones y reacciones rezumaban espiritualidad. La sonrisa era la única respuesta que él ofrecía cuando se escarbaba en su interior. Solo cuando su director le interrogaba sobre sus necesidades espirituales, él mismo, con sencillez de niño, polarizaba sus respuestas en tres frente: el impresionante respeto que mostraba a la Pasión de Jesús, el misterioso efecto que sentía al entregarse al Espíritu Santo, la ternura inexpresable que manifestaba a la Santísima Virgen. Eran, tal vez, los tres ejes de su dinámica interior.

Pero, según las consignas de su fundador, Juan de La Salle, él no hacía «diferencia entre los deberes de su estado y el negocio de su santificación». La actividad de la clase le cautivaba y la responsabilidad por dar bien las materias que se le iban confiando le exigían muchas horas de vigilia y preparación. Fueron años de eficacia juvenil. Él, que había sido carretero y había entrado sin ninguna base cultural debido a sus trabajos, tuvo que responder en diversos cursos de materias tan dispares como «lengua alemana», «arte», «ciencias generales» y «agricultura». Esta última es la que más le agradaba, pues la repitió de año en año. Los alumnos eran mayores, hijos de familias de agricultores, con frecuencia más rústicos que rurales. Tuvo que esforzarse mucho para granjearse su interés, su respeto y su amistad. Y lo hizo con ejercicios prácticos y cultivos directos, es decir, empleando un metodo activo que a los demás profesores les admiraba Hasta se presentó con ellos a exposiciones y concursos, Mas de una medalla y diversos premios fueron aliciente para los escolares, cuya creatividad supo desarrollar con habilidad. Cuando los Hermanos y amigos le felicitaron por una medalla de oro que se le concedio en una exposicion en Reims, respondió con una evasiva. «El mérito es de Dios que hacer crecer las plantas. Nosotros sólo las hemos trasladado allí».

Al mismo tiempo se seguía cultivando a sí mismo cultural y académicamente, a fin de estar más capacitado para sus tareas docentes. Los estudios personales le cogieron ya un poco ma-

yor, pues su ingreso en el noviciado se había hecho a los 25 años. Pero nunca es tarde para quien siente una responsabilidad intensa por ser cada día mejor profesor, que es lo que este hombre de Dios experimentaba en su interior. Hasta se presentó a un examen oficial para obtener el título profesional que le habilitara para la docencia de forma oficial. Tuvo un fracaso en 1873, como era de esperar, pues no obtuvo en los exámenes buenos resultados debido a sus lagunas culturales anteriores y a que no había tenido tiempo suficiente para prepararse. Cualquier otro se hubiera desanimado y abandonado la carrera hacia esa meta del título oficial. Pero el H. Arnoldo no era de ese tipo de personas que se frustran por un fracaso. Asumió el rechazo con paciencia y humildad y no se acobardó por ello. «Tendremos que prepararnos mejor», fue su único comentario al dar cuenta de su fracaso. Siguió preparándose por otros dos años, al tiempo que continuaba dedicando la mayor parte de su esfuerzo a preparar sus clases. Y en 1876 obtuvo el título deseado.

Más que la materia que impartía, era el estilo amable, interesado, generoso como la daba. Siempre estaba disponible. En su vida todo giraba alrededor de los jóvenes, comprometido con ellos por vocación y entusiasmado por lo que había descubierto en el Instituto que le había abierto las puertas. Vino curtido por el trabajo recio de campesino y esperando enseñar un poco de catecismo. Pero pronto se transformó en profesor competente, en aras de un mejor servicio a los niños y a los jóvenes, que pronto le comenzaron a llamar con el apelativo cariñoso de «el buen hombre», del «amigo» y de «Arnoldo el santo».

Sus frases a los alumnos se fueron haciendo lemas de vida. Las repetía con frecuencia para que les quedaran grabadas. «Sean santos y tendrán luz y fuerza para decisiones grandes». «Perdonen a todos para ser perdonados por Dios». «El Evangelio es para vivirlo, no sólo para conocerlo». Éstas y otras consignas están tomadas de lo que algunos de sus compañeros de comunidad y acción apostólica recordaban con preferencia.

Tenía enorme paciencia como educador, aun cuando era de carácter fuerte y le rondaba el amor propio cuando tenía que hacer las cosas, pues exigía que todo le saliera bien. Pero su tra-

to con todos era siempre amable, cortés y fino. Mostraba bondad e interés por las personas con dificultades. Estaba siempre pendiente de las necesidades de los demás, especialmente de los pobres y de aquellos escolares que iban mal en los estudios. «Los inteligentes ya se bastan por ellos mismos», solía decir. A los torpes siempre estaba dispuesto a ofrecer ayudas, complementos y tiempos suplementarios.

Las relaciones con su padre Claudio y sus numerosos hermanos nunca quedaron interrumpidas. Las cartas y los buenos consejos fluyeron con naturalidad y discreta frecuencia. Especiales muestras de unión y de fraternidad ofreció a sus hermanos y hermanas cuando en 1871 falleció su hermana Julia, que era la hija mayor y la que cuidaba el hogar ante la enfermedad de su madre. Había ido a Metz a visitar a su hermano José, que llevaba meses prisionero de los alemanes, y no pudo resistir a sus 31 años las fatigas de la caminata. Y singulares sentimientos él expresaba a sus hermanos a finales de 1873, cuando el patriarca Claudio cayó gravemente enfermo y murió antes de terminar el año. Se conservan las cartas espirituales, afectuosas, llenas de referencias a la Providencia, con las que pretendía elevar el estado de ánimo de los suyos, a los cuales no pudo ir a visitar por quedar ya «en el extrajero».

Su propia vida espiritual estuvo regida por la total docilidad al Espíritu de Jesús que dio en él frutos abundantes. Sin hacer nada de especial, con solo cumplir su deber de cada día, amando profundamente la oración y practicando moderadas austeridades de vida, su espíritu se fue acrisolando. Se manifestaba siempre ecuánime, fuerte, sereno y cuantos con él hablaban sentían que irradiaba una fuerte vida interior. Tenía sed insaciable de encuentro con Dios en la oración y en la eucaristía. Sobresalía por su amor sencillo y sólido hacia la Santísima Virgen María. Y al mismo tiempo derrochaba buen humor, simpatía, alegría y cordialidad de trato

En el otoño de 1877, el superior de los Hermanos de su Provincia religiosa tuvo la feliz idea de poner al H. Arnoldo como director del noviciado. Llevaba en ese momento 14 años en Reims impartiendo clases y cultivado ejemplares vegetales modélicos para que los alumnos aprendieran mejor las leccio-

nes de agricultura. Quedó de momento un tanto desconcertado por la propuesta, pero reaccionó con la obediencia y fidelidad que siempre le habían caracterizado. Fue la intensidad de su vida de oración y su amor por las prácticas de penitencia lo que decidió al superior a confirmarle esta nueva labor en su vida y nombrarle para aquel cargo.

De forma inmediata tuvo que trasladarse a la sede del noviciado en Thillois, que se hallaba cerca de Reims y a donde habían ido los novicios en 1871, cuando la casa del noviciado anterior en Beauregard, quedó en la parte anexionada por Alemania y cercana Metz. Fue persuadido de que él no valía para la empresa. «No sirvo para gobernarme a mí mismo y me mandan dirigir a los demás», le había dicho a su superior. Pero recibió la respuesta de que Dios haría lo restante, si él se sometía a su voluntad. Pasó un mes en otro noviciado para ver cómo se hacía y apareció por su nueva casa con el rostro lleno de alegría y sin pronunciar una queja que se reflejara ante los espectantes novicios que le esperaban. Le había precedido cierta fama de santo. Lo supo y lo primero que les dijo a los jóvenes fue lo siguiente:

> «Les mandan a Vds. un pobre hombre que vale muy poco. Pero, no se preocupen. Dios suplirá las limitaciones. Yo sólo sirvo para estropear las obras de Dios. Mas ya saben todos que Dios suele arreglar las obras que nosotros estropeamos con su inmensa bondad».

Fue la nueva etapa en la que a sus 39 años continuó su vida de austeridad y de plegarias, siendo modelo de vida y convirtiéndose en perpetuo intercesor de sus dirigidos ante Dios. Cambió el riego de plantas por el cultivo de almas, implorando la protección divina para su delicada labor que, como él decía, «era más sutil y responsable que la de cultivar plantas y la de instruir inteligencias, que era lo que hasta entonces había hecho».

Desde el día de su llegada, un 16 de noviembre de 1877, su disponibilidad para los novicios fue total. Pronto se ganó el corazón de los que había en la casa y de todos aquellos que se relacionaban con él. Se propuso actuar más orando por los novicios que cansándolos con buenos consejos. De hecho, el ejemplo fue su mejor predicación, conforme luego reconocerían los que por sus manos espirituales pasaron en esos años

para ingresar en la vida religiosa y para preparase para la vida apostólica. La conferencia instructiva diaria era su mejor instrumento de formación. Si dio 365 conferencia al año y estuvo 13 años y a ello añadimos las diversas charlas y exhortaciones en los múltiples retiros para Hermanos que los Superiores le encargaron, hallamos que preparó cerca de 4.500 charlas, de muchas de las cuales se conservan sus esquemas y sus apuntes.

Su actitud espiritual y piadosa, que no dejaba ser natural y espontánea, llamaba la atención. Al cabo de pocos años de director de novicios, cierta aureola de «santo» le fueron colocando en el recuerdo los que se relacionaron con él. Se encomendaban a sus plegarias cuando una necesidad les acuciaba y él siempre las prometía y ¡las cumplía! Le pedían consejo quienes no iban bien en su vida interior y él aconsejaba, muchas veces antes de que los visitantes le expusieran su problema o su desconcierto. Parecía tener una luz interior que le permitía leer las conciencias. Hasta se comenzó a hablar de pequeños milagros de curación, con consuelo, o «adivinación». Al menos son diversos los relatos de hechos inexplicables que sucedieron con su intervención, sin que se sepa si eran luces singulares concedidas por Dios o efectos de una experiencia de los cuerpos y de las almas que iba almacenando, dado su espíritu observador.

Cuando Thillois quedó pequeño para los 25 o 30 novicios que solían poblar el noviciado, el H. Arnoldo hizo lo posible para que aumentaran las vocaciones, a fin de poder cultivar más flores vocacionales. Se preparó una casa más grande en un barrio de Reims. Él mismo trabajó en la empresa y logró que se aceptara poner la casa bajo la advocación y protección del Sagrado Corazón de Jesús. La casa nueva estaba en el barrio de Courlancy. Ella sería la última plataforma de su apostolado. Desde el 16 de julio de 1885 en que se trasladó a ella con sus 31 novicios de entonces, hasta su muerte, allí permaneció.

Una de las celebraciones hermosas que el H. Arnoldo preparó con inmenso cariño fue las fiesta de la beatificación de San Juan Bautista de La Salle, por León XIII, el 9 de febrero de 1888. Además de ser el propio padre y fundador de su Instituto, el H. Arnoldo tenía especial devoción a sus escritos y de modo preferente a la *Colección de varios trataditos,* la síntesis de la ascética lasa-

liana, y al *Método de oración,* escrito por el nuevo beato para enseñar a orar a los novicios. Solemnes actos se celebraron en la catedral, donde el fundador había sido canónigo y, allí, estuvieron emocionados todos los Hermanos de la villa. El H. Arnoldo dio tal sentido espiritual y religioso a los acontecimientos celebrativos que los novicios nunca pudieron olvidar las enseñanzas y consignas que de tan entusiasta director recibieron.

Pero aquellas fiestas para él tan entrañables ya fueron las últimas que celebró con salud y con regocijo. A partir de aquellos días un cansancio mortal inexplicable se fue apoderando de su cuerpo y de su mente. El médico que, contra su deseo, fue avisado, le prescribió reposo absoluto, pues diagnosticó que algo grave se incubaba en él con todos los síntomas de pleuresía. A principios de 1889 pareció mejorar algo y hasta pudo levantarse. Pero su fortaleza y decisión ya no eran las mismas. El retiro largo que dirigió para Hermanos en el verano de ese año le agotó grandemente. Se renovaron los síntomas de su pleuresía y la asfixia le atenazaba en los movimientos.

Su ausencia del noviciado no era conveniente para la marcha de los jóvenes. Él mismo pidió que pusieran otro director más capaz y presente. Los superiores lo entendieron así, pero a él le designaron como director de la comunidad llamada Sagrada Familia, que se encargaba del mantenimiento de la casa. Fue entonces cuando un Hermano de la casa, aficionado a la incipiente fotografía que entonces estaba en boga le pidió un día, sin esperanza alguna de obtener su permiso, un regalo:

> — Hermano director, quiero pedirle un favor, que me haría muy feliz.
>
> — Si es por hacerle más feliz y puedo hacerlo, se lo prometo.
>
> — Que me deje hacerle una fotografía para ver si funciona la máquina.

Vaciló un momento. Pero terminó diciendo, como gesto magnífico de un santo que sabe ser humano y de hombre que es capaz de ser santo:

> — Bueno, si es para hacerle más feliz y me promete Vd. ser mejor, se lo autorizo.

El Hermano corrió en busca de la máquina ya preparada. Dispuso los entonces complicados enseres y disparó la placa

que hizo posible para la posteridad tener el verdadero rostro del que un día subiría a los altares. Pero no es fácil discernir cuál de las dos fue la mejor fotografía: si la del rostro agradable y pacífico del H. Arnoldo o la del alma sencilla de quien es capaz de posar ante un fotógrafo para hacer más feliz a un Hermano.

Como su salud no mejoraba, se le ordenó que viajara a Mont-Dore, lugar bueno para una cura de aguas termales. Tuvo que aceptarlo por obediencia. Pero algo le decía que su carrera terrena llegaba a su fin. Su fatiga ya no le dejaba hacer muchas cosas, salvo orar y ofrecer al Crucificado sus propios sufrimientos corporales y morales. De regreso a su comunidad, ya tuvo que guardar cama. El 23 de octubre de 1890 fue su último día de vida. A duras penas se levantó y bajó a la capilla para despedirse de Jesús. Ya no pudo volver a su habitación sin ayuda. Perdió el conocimiento nada más tenderse en el lecho. Lo recobró y se confesó con el capellán que había acudido junto a él. Volvió a perder la conciencia y horas más tarde, mientras se le administraba la unción de los enfermos, su alma voló hacia la eternidad.

Tenía 52 años. Su fama de santidad no era sólo el recuerdo de un hombre austero y piadoso. Era la sensación de que su vida se había quemado por entero por los jóvenes y por Dios. Todos sintieron que aquel «carretero de Dios» se había dado del todo a los hombres: a sus numerosos hermanos, mientras estuvo en su hogar; a sus alumnos, mientras estuvo encargado de explicar agricultura; a sus novicios, mientras cumplía con ellos la voluntad de Dios.

La devoción que se le tuvo en los primeros años después de su muerte, nunca se extinguió del todo. Fue enterrado en el cementerio y luego trasladados sus restos a la iglesia de la casa del Sagrado Corazón. Las flores nunca desaparecían de su sepultura. Los testimonios sobre sus ayudas materiales y espirituales a quienes las solicitaban no cesaban. El proceso diocesano y luego el romano para declararle beato se inició por la presión popular el 24 de marzo de 1938. Los milagros, oficiales y no oficiales, se multiplicaron. Fue beatificado por Juan Pablo II el 1 de noviembre de 1987, al terminar el sínodo de los laicos. El cardenal Marty de París dijo de él en aquella ocasión: «El testi-

monio del H. Arnoldo es un signo luminoso en la senda espiritual y apostólica de todos los cristianos».

PEDRO CHICO GONZÁLEZ, FSC

Bibliografía

JUAN PABLO II, «Homélie pour la béatification du F. Arnould Rèche et des soeurs Ulrika Nisch et Blandine Merten»: *La Documentation Caholique* (1987) n.1.951, p.1117-1119.
LANDE, A. DE, *Frère Arnold, l'ami des jeunes* (Metz s.d.).
RIGAULT, G., *Un ascète lasallien: Frère Arnould* (París 1956).
VALLADOLID, J. M.ª, *Hermano Arnoldo, el carretero de Dios* (Madrid 1987).

BEATO LEONARDO OLIVERA BUERA

Presbítero y mártir († 1936)

Leonardo Olivera Buera nació el 6 de marzo de 1889 en Campo, pueblo de la provincia de Huesca y de la diócesis de Barbastro. Se santificó siendo párroco de pueblo, capellán de colegio y mártir de Cristo. Fue un hombre bueno, un sacerdote sereno y valiente, un mártir elegido misteriosamente por el mismo Señor al que él tanto había amado y hecho amar a sus feligreses y a los miles de jóvenes a quienes ayudó a caminar en la vida.

Sus padres fueron José Olivera y Paula Buera, honestos y modestos trabajadores, aunque el cabeza de familia cambió varias veces de oficio, probablemente dedicándose a trabajos ambulantes, lo que provocó a la familia varios cambios de residencia. La madre era muy piadosa y sabía educar a los hijos en la seriedad, en el trabajo y en el orden.

El pueblo de Campo es pequeño en extensión y en población. Siempre lo fue. Pero es un pueblo alegre y solidario. Hasta el día de hoy conserva un «Museo del juego» y en él se muestran instrumentos lúdicos para niños, jóvenes, mozas, adultos, ancianos, con hermosos juguetes antiguos, sobre todo del siglo XIX, cuando nuestro mártir nació y vivió en la localidad. La superficie es de 22,9 km^2. Está a una distancia de 111 km de Huesca, a una altura de 691 m. Pertenece a la comarca de Ribagorza. A orillas del río Esera, en un valle enmarcado por las altas cimas

del Turbón (2.492 m) y el Cotiella (2.912 m), ofrece un paisaje hermoso y sugestivo. Desde él se puede mirar a lo lejos. Sobre todo, se puede pensar en el cielo. Tenía 400 habitantes cuando Lorenzo nació.

Recibió el bautismo en la parroquia del pueblo al día siguiente de su nacimiento, el 7 de marzo. Se sabe que recibió los nombres de Leonardo Tomás Joaquín. Creció con sencillez y aportando al hogar lo que pudieron sus manos infantiles. Cuando tenía unos ocho años, la familia se trasladó y Leonardo frecuentó la escuela de Castrejón de Sos. También visitó con más frecuencia la parroquia, pues pronto entró como monaguillo. Se granjeó la confianza y la amistad del párroco, que tanto le ayudaría en su crecimiento espiritual y cultural.

Su familia, sencilla y laboriosa, le enseñó a trabajar desde los primeros años. El ambiente era muy bueno. Un tío sacerdote daba el tono de compromiso eclesial y el ejemplo vocacional. Tuvo una hermana, Aurelia, y un hermano, Leovigildo, quienes luego recordarían con nostalgia los datos humanos de los primeros años del futuro mártir. El padre murió prematuramente y la familia vivió en grandes necesidades y en estrecheces durante algún tiempo. Tal vez por eso Leonardo convivió largas temporadas con su tío sacerdote, que le ayudó a desarrollar las virtudes cristianas. No necesitó excesivos impulsos para ser bueno, pues era serio, piadoso, de sanos sentimientos. Desde sus más tiernos años fue aficionado a la lectura. Por eso su vida fue siempre tranquila y sus buenos impulsos le llevaron a una frecuente oración.

El párroco, D. Cruz Plana, protegió siempre a Lorenzo y le encargó muchas de las tareas propias de un acólito. Incluso quiso llevarle pronto al Seminario, pero el padre se opuso al principio y ello le demoró el seguir una vocación eclesial para la que sin duda había nacido. Y ello a pesar del interés que la piadosa madre ponía en que su hijo fuera, como el tío, seguidor especial del mismo Jesucristo. Parece que su primer estudio de seminarista lo hizo en Barbastro, como recordaría su hermana, sin que se pueda precisar los cursos que pasó en esta patriarcal ciudad.

Pero el mismo párroco, que tanto le protegía y apoyaba, fue quien le ayudó a instalarse en Zaragoza, a fin de que le resultara

posible el sustentarse sin gastos para la madre, cuando ella quedo viuda y al frente del hogar. Le recomendó como sacristán de las religiosas de Jerusalén, cercanas al Pilar. Ello le proporcionó una casa y un sueldo, aunque modesto. Las religiosas se dieron pronto cuenta de que aquel muchacho, joven y con vocación sacerdotal, era una buena ayuda para su iglesia y por eso le acogieron y le apreciaron durante los años de su formación sacerdotal. Con la ayuda de ese pequeño oficio y con lecciones particulares, que daba a estudiantes que lo demandaban, pudo sufragarse los estudios en el seminario de Zaragoza hasta llegar a su ordenación.

En los años juveniles ingresó en la Tercera Orden Franciscana y cultivó siempre una tierna devoción a San Francisco. En ocasiones firmó en sus cartas y en algunos artículos que escribiría como «terciario franciscano». Los estudios del seminario los realizó como externo. Le condujeron sin especiales dificultades hacia el sacerdocio. Según los testimonios recogidos con motivo de su proceso de beatificación, es seguro que su piedad y su decidida vocación nunca tuvieron vacilaciones. Sobresalió ya desde joven por su amor a la Virgen María y por su responsabilidad en el cumplimiento de sus deberes.

Como excelente seminarista, supo armonizar la piedad y los estudios con diversas actividades apostólicas. Fue trabajador, reflexivo y en ocasiones hasta audaz. Llegó a ser director del periódico carlista *La Lucha,* que se publicaba en Zaragoza. Publicó en el periódico nacional *El Debate* algunos artículos, aunque firmaba con el pseudónimo «León Ardo». Luego escribiría también hermosos artículos en la revista del colegio del que sería abnegado capellán en Barcelona.

Se ordenó sacerdote el 17 de junio de 1916. Y quedó luego como párroco de Movera, en Puente Gallego, Zaragoza. Allí estuvo doce años como sacerdote apostólico y ejemplar. Construyó el cementerio. Cuidó la antigua iglesia parroquial, que era de 1774 y estaba dedicada a Santa María de Movera. Era una iglesia de estilo neoclásico, con edificio adjunto en ladrillo, con ventanas típicas del siglo XVIII El pueblo era pequeño, sencillo y muy zaragozano, a unos 11 km del centro de la ciudad del Pilar y en la margen izquierda del Ebro. Tuvo sus dificultades,

pues era serio y cumplidor y sus parroquianos, por ser una población muy dispersa, tenían dificultades para los actos religiosos. Los niños, empleados prematuramente en los trabajos del campo, apenas si acudían a las catequesis. Y muchas veces el trabajo de los domingos estorbaba seriamente la vida religiosa de los parroquianos. El sufría por ello e hizo todo lo que pudo por cambiar la situación con un trato personal y agradable, que después los campesinos recordarían con agradecimiento.

La cercanía con Zaragoza le permitía ir con frecuencia a la capital y enlazarse en diversos apostolados que su espíritu juvenil de sacerdote celoso le demandaban. Así fue como conoció a los Hermanos del colegio La Salle, del Instituto de las Escuelas Cristianas, pues frecuentó, como confesor de los alumnos, su colegio urbano.

La seriedad, la fidelidad, la puntualidad y el celo que D. Leonardo manifestó movieron un día a los superiores de los Hermanos a invitarle a ir a Barcelona, para ser el capellán del gran centro que en la ciudad condal animaba esta Institución, el colegio de Bonanova. Le desagradó la idea al principio, pues estaba muy encariñado con su parroquia y con su ambiente. Pero algunas voces amigas le aconsejaron aceptar la propuesta, pensando en algunas nuevas posibilidades apostólicas y otras consideraciones.

Aceptó el fin el traslado y en atención a su anciana madre que vivía en su compañía hizo el traslado en los comienzos del curso de 1928. En Barcelona y en el colegio, en la hermosa casa del capellán que entonces tenía el centro, estuvo 6 años como director espiritual y capellán del millar largo de alumnos que el colegio educaba. La seriedad y el celo, orden y la puntualidad, la disponibilidad y la piedad fueron sus notas más significativas.

Además de los actos de culto y de las horas de confesionario, tuvo tiempo para diferentes apostolados complementarios. Escribía con frecuencia en la revista del colegio de Bonanova sobre temas de espiritualidad y animación de jóvenes. Escribió en esos años los artículos editoriales con los que comenzaba la publicación. Incluso se dedicó a ayudar a otros centros en las tareas sacerdotales, como la atención sacramental que semanalmente ofrecía en el colegio cercano de adoratrices.

Llevó unos años de vida casi monacal. Dedicaba por la mañana una hora de oración y tres cuartos de hora por la tarde. Todo el dinero que ganaba, diría después un sacerdote amigo, lo gastaba en libros, pues era un asiduo lector. Su biblioteca era la envidia de los sacerdotes y amigos que le visitaban. En Barcelona vivió con su madre y, algunas temporadas, le acompañaba su hermana, que había quedado viuda y tenía un hijo. En casa tenía una sirvienta muy piadosa. Era la que atendía a la familia con abnegación.

La vida se había estabilizado y podía haber durado muchos años en una actividad fecunda, silenciosa y hermosa, pues pronto los alumnos descubrieron en él un auténtico consejero y eran muchos los que frecuentaban su conversación. También los Hermanos del colegio, que eran unos 35 en su mayor parte jóvenes, sintonizaron con él y le consultaban muchos de sus problemas. El capellán don Leonardo llegó a ser protagonista de una actividad apostólica enormemente fecunda, como la de todo el que se dedica a las tareas de ayudar cada día a los jóvenes estudiantes y a las personas que necesitan consejeros serios y amables. Se prometía D. Leonardo, a sus 47 años de edad, servicio eclesial largo y felices días de apostolado con la juventud. Sin embargo Dios tenía otros planes.

El 18 de julio de 1936 surgieron acontecimientos que iban a cambiar durante años el rostro de la nación española. La guerra civil que se comenzó iba a segar muchas vidas y entre ellas las de 6.000 sacerdotes y religiosos en España. Uno de los destinados al sacrificio era el capellán de Bonanova. D. Leonardo conoció los sucesos por la emisora de radio que asiduamente escuchaba. Al día siguiente llegó a su hogar el dolor y el calvario. Se quedó en su casa vestido con su sotana, aunque los Hermanos del colegio comenzaron a dispersarse y le aconsejaron buscar otro lugar más seguro. El día 19 de julio los revolucionarios de la ciudad, movidos por los más extremistas dirigentes de los sindicatos obreros, asaltaron el colegio hacia las doce del mediodía. Cinco Hermanos trataron de refugiarse en la casa de D. Leonardo, que estaba al extremo de los patios colegiales y tenía acceso independiente desde la calle. Otros que quedaron en el centro fueron detenidos y algunos lograron esconderse en otros lugares de la ciudad.

Los asaltantes saquearon el colegio y un grupo de ellos rodeó la casa del capellán. Llamaron a la puerta y D. Leonardo y los que estaban dentro trataron de disimular su presencia sin bajar a abrir. Alguien dijo que acaso era otro Hermano del colegio que pedía asilo. Ante la sugerencia, el capellán, inquieto por la suerte de la comunidad, abrió la puerta vestido como estaba, es decir con su sotana sacerdotal.

«Un cura, un cura», gritó la turba desde fuera. Uno de los asaltantes disparó una ráfaga de metralleta, al tiempo que uno de los Hermanos se abalanzaba sobre D. Leonardo y le retiraba del punto de mira de los escopeteros. La acción del intrépido salvador no impidió que una bala le atravesara el brazo izquierdo y que la sangre comenzara a brotar. Ante el hecho, los asaltantes no se empeñaron en entrar, tal vez por la prisa en regresar al colegio y participar en el saqueo.

La reacción del herido fue decir al Hermano que le había empujado: «Me han herido, estoy herido... Pero no diga nada a los Hermanos para que no se asusten». Le subieron a una habitación del piso superior y trataron de hacer una primera cura ante la dificultad de salir al exterior por lo que estaba aconteciendo en la calle. Los hermanos Ciriaco Domingo y Venceslao Juan le intentaron contener la hemorragia y le hicieron una cura primera. Lograron extraerle una bala, que le había perforado el brazo. Le limpiaron con agua oxigenada. La bala cayó al suelo. D. Leonardo la cogió y la besó diciendo: «Que Dios les perdone. No saben lo que hacen... Es mi instrumento de sufrimiento».

Al poco rato, los que estaban con el herido lograron llegar a la cercana clínica particular del doctor Rabaza para pedir que atendiera al herido. Mientras tanto los que quedaban, con el herido, se trasladaron a una casa cercana, donde unos buenos vecinos alemanes les acogieron y escondieron, pues esperaban que los asaltantes regresaran en su búsqueda sin tardar mucho, como así aconteció ya sin encontrarles. A D. Leonardo le proporcionaron un traje civil y le obligaron a desprenderse de la sotana, lo que hizo con mucho sentimiento y por prudencia, a fin de evitar incluso comprometer a los mismos protectores.

Obtenida la autorización, le trasladaron ya por la tarde al centro sanitario. Apenas llegó, el doctor le hizo la cura conve-

niente y le inmovilizó el brazo, después del tratamiento adecuado. En la clínica quedó internado, dado que la herida era grave. Su estancia en ella se prolongó 40 días.

Los Hermanos sólo se retiraron para buscar su propia protección cuando llegó su hermano Leovigildo, que fue oportunamente avisado, y quedo al cuidado de D. Leonardo. Pero los milicianos, que habían seguido la pista del sacerdote herido, se presentaron en la clínica al día siguiente y el herido fue detenido y llevado al hotel Colón. Este era el lugar requisado por la revolución y convertido en lugar de interrogatorios por los militantes del POUM. Ante los interrogadores, D. Leonardo se declaró sacerdote.

En este desplazamiento al lugar de interrogatorios le acompañó un alumno del colegio, que en ese momento había acudido a visitarle y auxiliarle. Era Enrique Guilera Sansó, que luego relataría el tono valiente de las respuestas del sacerdote ante las insolentes preguntas de los milicianos. Según este testimonio, en ningún momento negó ser sacerdote y afirmó su labor de dedicación a los alumnos y a los jóvenes. Dejó en claro su misión de capellán. Y dio cuenta de dónde era y de qué iglesia había sido párroco antes de llegar a Barcelona.

Las varias horas que estuvo en el centro fueron duras. Pero al fin, ante el requerimiento de que debía ser sometido a otra inmediata e inaplazable intervención quirúrgica, le dejaron partir de nuevo hacia la clínica.

A los pocos días, a pesar de su situación delicada y de su herida preocupante, se sometió al ruego de sus hermanos y de los miembros de la comunidad de Bonanova, que pudieron mantenerse en relación con él. Huyó de Barcelona y con él marcharon también varios Hermanos que llegaron a Valencia. Los Hermanos se instalaron en fondas y casas amigas. Al conocer el lugar donde D. Leonardo vivía con su hermana Aurelia, se pusieron discretamente en contacto con él para continuar sus conversaciones espirituales y animarse mutuamente en aquellas difíciles circunstancias. Fue precisamente en esa casa donde quedo escondido un par de meses. Incluso dio acogida en su compañía a otro Hermano, Bertrán Dionisio, mientras que los demás se albergaron en pensiones cercanas a la espera de que la situación mejorara algo.

En aquellos aciagos días, los jóvenes Hermanos encontraron en D. Leonardo un hombre fuerte y sereno en las adversidades. Siempre les decía palabras de consuelo y fortaleza. No mostraba miedo por lo que pudiera suceder. Animaba a todos con su sola presencia y con la tranquilidad de su rostro. Un día, el 22 de septiembre, dos de ellos, los hermanos Honorato Andrés y Florencio Martín, fueron interceptados por los milicianos en la calle. Se habían atrevido a pedir trabajo en la enseñanza pública para poder vivir y habían demandado su certificado académico a Barcelona. En el documento constaba su calidad de Hermanos de las Escuelas Cristianas y ello fue suficiente para ser detenidos. Bien por las confesiones que con malos tratos les arrancaron los milicianos, bien por haber sido objeto de seguimiento anterior, dieron la pista de dónde se hallaban escondidos el H. Ambrosio, que hubo de sumarse a la comitiva que inmediatamente les condujo al sacrificio, y en dónde vivía el capellán D. Leonardo.

Los tres Hermanos fueron asesinados esa misma noche en un basurero de la calle Sagunto de Valencia. A don Leonardo le llevaron por separado. Tenía puesto un pijama de color rosa cuando entraron en la casa los perseguidores. No le permitieron que se pusieran otra cosa ni que recogieran sus enseres o medicinas. Mientras uno de ellos vigilaba y contenía las protestas de su hermana, los otros dos del piquete se dedicaron a registrar y saquear las cosas de valor que había en la vivienda.

Eran tres pistoleros que hacían alarde de sus armas y con ellas amedrentaban a los indefensos observadores de la casa. Los datos recogidos después coinciden en que D. Leonardo quedo sereno, valeroso y resignado. Eran las cuatro de la tarde cuando fue detenido. Le ordenaron subir a un vehículo que se hallaba frente a la puerta.

No se supo más de él ni del otro grupo que había llevado a los Hermanos. Al día siguiente el cadáver fue encontrado a unos 8 km de Valencia, en el camino que lleva a El Saler. Probablemente el crimen tuvo lugar hacia las 6 de la tarde. En el momento de su detención, un médico que hacía visita a los enfermos de su demarcación y le había atendido a él mismo, observó a los que le llevaban detenido. Cuando a la mañana siguiente

este doctor atravesaba el paraje llamado «El Pinedo», vio el cadáver que todavía tenía el brazo sujeto al cuello por el cabestrillo y que llevaba puesto el pijama de color rosa. Él mismo identificó al sacerdote asesinado por una ráfaga de balas. Luego de dar aviso a sus familiares y su testimonio, llegó uno de los sobrinos que también realizó la identificación. Era el 23 de octubre de 1936. Un crimen impune se había cometido y un mártir más había volado al cielo.

Su cuerpo fue enterrado por sus hermanos en el cementerio de Valencia. Los horrores posteriores de la guerra y la abundancia de enterramientos de aquellos días fue causa de que su cuerpo se perdiera en aquel torbellino de muertes, venganzas y atropellos que ensangrentaron los días de la guerra e incluso los tiempos posteriores.

Iniciada la causa de beatificación martirial después de la guerra, el proceso de beatificación siguió su curso lento, uniendo su figura sacerdotal con el grupo de Hermanos que fueron asesinados en Valencia. El proceso culminó el 20 de diciembre de 1999 en la sala del consistorio y en presencia del Santo Padre, de los miembros de la Congregación para las Causas de los Santos y de los postuladores, cuando se promulgó el decreto que autorizaba a la beatificación. El mismo el Papa los beatificó el 11 de marzo de 2001 con sus tres Hermanos de huida a Valencia y otros dos que murieron en lugares cercanos por los mismos días en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

En una de las revistas colegiales del colegio Bonanova, don Leonardo escribía poco antes de terminar el último curso que pasó en el colegio:

> «¡Qué tendrá Cristo bendito que con una palabra de paz suscita la guerra más encarnizada! Hablando sólo palabras de amor, levanta tempestades de odio; y, bendiciendo a todos, muchos le maldicen. Y ¡qué tendrá, sobre todo en sus ojos, que mira a uno, por enemigo que sea, por rebelde que sea, aunque le haya negado, aunque le haya blasfemado, aunque le haya perseguido, y lo gana, lo rinde, lo convierte y cambia su corazón por entero, atrayéndolo a la vida divina de su gran Corazón! Porque Cristo mira a veces para herir, con herida que da salud».

PEDRO CHICO GONZÁLEZ, FSC

Bibliografía

MONTERO MORENO, A., *Historia de la persecución religiosa en España (1936-1939)* (Madrid ²2004).

SACRA CONGREGATIO DE CAUSIS SANCTORUM, *Positio super martirio. Leonardi Olivera Buera sacerdotis et sociorum* (Roma 1992).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTOS SERVANDO Y GERMÁN

Mártires († 303)

El *Martirologio romano* anterior se hacía eco de la *passio* de estos santos, que no parece ser anterior al siglo VIII, pero parece que hubo una más antigua en la que se inspiraron los textos litúrgicos mozarábicos que celebran la memoria de Servando y Germán. El culto de ambos en la diócesis asidonense consta por las inscripciones conservadas en las dedicaciones de sendas basílicas en Alcalá de los Gazules y en Vejer, una del año 662 y otra del 674. No puede por ello negarse su culto ya en el siglo VII, que no tiene por qué ser el primer siglo en que se les dio. La nueva redacción del *Martirologio romano* se limita a situar el martirio de estos santos en Cádiz y en tiempos de la persecución de Diocleciano. Los conmemora el *Martirologio de Adón* e igualmente los martirologios mozárabes. Se les presenta como soldados, quizás en dependencia de su condición de «soldados de Cristo», y mientras unas veces se hace sepultado en Cádiz a Servando y a Germán en Mérida, otras se sitúa la primera sepultura de Servando en Sevilla. Igualmente se les hace a ambos no ciudadanos de Cádiz sino naturales de Mérida. Su culto continúa, y Cádiz los tiene por patronos, celebrando también su memoria el arzobispado de Mérida-Badajoz.

BEATO JUAN BUONI

Ermitaño y fundador († 1249)

Juan Buoni o Juan el Bueno, natural de Mantua y nacido hacia 1168, parece haber pertenecido a la familia Buonuomini. A los 15 años perdió a su padre y entonces se ganó la vida como

bufón en casas ricas, dejando mucho que desear su moralidad. Su madre rezaba incesantemente por él, dolorida del tipo de vida que llevaba su hijo. Pero vivió así hasta que con 40 años ya contrajo una enfermedad que le llevó a las puertas de la muerte y que le sirvió de motivo de reflexión acerca del sentido de la vida y le llevó a proponer un completo cambio. Tras consultar con el obispo de Mantua, se estableció como ermitaño en las cercanías de Cesena, donde no dejó de sentir la tentación de dejar una vida tan austera. Perseveró en la piedad y en la penitencia y pronto su ejemplo cundió y no faltaron quienes querían unirse a él en su género de vida. Por fin se decidió a construir una casa religiosa en la que, por indicación del papa Inocencio IV, se empezó a seguir la Regla de San Agustín. En esta comunidad observó una vida ejemplar, siendo notorio su espíritu de austeridad y mortificación, observando tres cuaresmas de ayuno cada año y no ofendiéndose cuando algunos de sus primeros compañeros comenzaron a expresar quejas de él. Se corrió la voz de que hacía milagros y muchas personas venían a visitarlo, tantas que tuvo la intención de volver a la vida eremítica, pero comprendió que no era ésa la voluntad de Dios. Murió en Mantua el año 1249, siendo su tumba objeto de veneración enseguida. Su congregación fue unida por el papa Alejandro IV a otras varias y con ellas se formó en 1256 la Orden de Ermitaños de San Agustín.

BEATO JUAN ÁNGEL PORRO

Presbítero († 1505)

Nació en Barlassina, en el ducado de Milán, en 1451, y con diecisiete años perdió a su padre. Unos tres años más tarde se decidió por la vida religiosa e ingresó en la Orden de los Siervos de María en el convento de Milán, donde hizo el noviciado y la profesión religiosa. En el verano de 1474 es destinado al convento de la Santísima Annunciata de Florencia donde pasa tres años, termina sus estudios y se ordena sacerdote. Sintiendo la inclinación a la vida contemplativa, lo expuso a la superioridad de la Orden que lo destinó al convento eremítico de Monte Senario, donde estuvo hasta 1484, año en que volvió al convento

de Florencia para ser prior hasta 1487, de allí se trasladó a Santa María de las Gracias en Chianti, también de carácter eremítico. Parece que es en 1498 cuando vuelve a tierra milanesa, donde su Orden abordaba problemas derivados de la cuestión de la observancia. Él vivió en una humilde celda, con mucha atención a la vida contemplativa, aunque ejerciendo de prior, y ocupándose también los días de fiesta de reunir a los niños y enseñarles la doctrina cristiana. Murió el 23 de octubre de 1505. Dejó una larga estela de santidad: austero y pobre, humilde y sencillo, de gran vida interior y piedad, y muy caritativo con los pobres, lleno de caridad y fraternidad hacia los demás religiosos. Su cuerpo se conserva incorrupto en la iglesia de su Orden en Milán. Su culto inmemorial fue confirmado por la Santa Sede el 15 de julio de 1737.

BEATO TOMÁS THWING

Presbítero y mártir († 1680)

Tomás Thwing o Thweng nació en Heworth (Yorkshire), el año 1635, y era pariente de sir Thomas Gascoigne, barón de Barnbow, eminente católico de Yorkshire. Decidido por la vocación sacerdotal, marchó a Douai donde se ordenó sacerdote y en 1665 volvió a Inglaterra donde pudo ejercer su ministerio hasta que fue detenido y condenado a muerte en 1680. Al tiempo del pretendido complot papista denunciado por Titus Oates, sir Thomas Gascoigne había despedido a dos de sus criados, Roberto Bolton y Lorenzo Mawbray. Estos dos, sabiendo la recompensa en dinero recibida por Oates y por otros perjuros, y deseando vengarse de su antiguo amo y de su familia, inventaron un complot en la línea del señalado por Oates. Acusaron a sir Thomas, a su hija lady Tempest, a su sobrino el P. Thwing, a Carlos Nigleby y a sir Miles Stapleton, vecinos de sir Thomas, a María Preswick, una de las damas del servicio de la casa y a otros. La acusación era que todos se habían conjurado para matar al rey y restablecer el catolicismo, y para ello habían celebrado una reunión en Barnbow. Sir Thomas, de 85 años, fue procesado en Londres pero logró que lo juzgara un jurado de York y salió absuelto. Los demás fueron procesados en los juicios de

York del verano siguiente, y a excepción del P. Thwing y de María Preswick, todos los demás fueron juzgados en julio y absueltos. El P. Thwing y la dicha María fueron procesados juntos y resultó ella absuelta, pero el P. Thwing, por ser sacerdote, fue condenado. El sacerdote alegó que siendo todos los demás inocentes y habiéndose presentado contra ellos los mismos testigos que contra él era una inconguencia creerlos en lo que se refería a él y no en lo que se refería a los demás. Pero el juez Dolben, muy amigo de atender en sus sentencias a la opinión pública, sabiendo el odio contra el sacerdote sólo por serlo, estuvo por la pena de muerte y a ella lo condenó el 2 de agosto de 1680. Cuando oyó la sentencia, el P. Thwing protestó de su inocencia. Informado el rey, suspendió de momento la sentencia, pero el Parlamento, reunido en octubre, lo presionó para que se cumpliera y así el P. Thwing fue ahorcado, destripado y descuartizado el 23 de octubre de 1680. Antes de ser ejecutado puso a Dios por testigo de su inocencia y negó rotundamente la acusación de que había sido objeto, pero perdonó a todos los que habían intervenido en su condena a muerte.

Fue beatificado el 22 de noviembre de 1987 por el papa Juan Pablo II.

MARÍA CLOTILDE ÁNGELA DE SAN FRANCISCO DE BORJA (CLOTILDE JOSEFA) PAILLOT, MARÍA ESCOLÁSTICA JOSEFA DE SANTIAGO (MARÍA MARGARITA) LEROUX, MARÍA CÓRDULA JOSEFA DE SANTO DOMINGO (JUANA LUISA) BARRÉ, JOSEFINA (ANA JOSEFA) LEROUX, MARÍA FRANCISCA (MARIA LIEVINA) LACROIX, ANA MARÍA (MARÍA AGUSTINA) ERRAUX

Vírgenes y mártires († 1794)

El 23 de octubre de 1794 fueron guillotinadas en Valenciennes seis religiosas, tres de ellas ursulinas, otra clarisa y dos brigidinas pero acogidas con las ursulinas, acusadas de ser emigradas vueltas al país y enemigas de la Revolución. Ya las primeras ursulinas fueron guillotinadas el día 17 y remitimos al lector a la biografía que ese día les hemos dedicado, y la completamos hoy

con los datos de las religiosas sacrificadas en esta fecha. El día antes las religiosas habían podido recibir clandestinamente la santa eucaristía de manos de un sacerdote que corría este peligro y que poco después sería a su vez guillotinado. Ese 23 de octubre seis religiosas ursulinas junto con cuatro religiosos fueron llamadas a las nueve de la mañana para que comparecieran ante el comité militar. Salieron de la prisión, continuaron por la calle Cardon y llegaron a la Gran Plaza, donde se elevaba el cadalso, y entraron en el Hôtel de Ville o ayuntamiento. Aquí estaba reunido el temible tribunal. La primera en ser interrogada fue la superiora, madre María Clotilde, y tras ser escuchada la superiora, todas fueron condenadas a muerte. Volvieron a la cárcel y dedicaron las horas que les quedaban de vida en prepararse para la muerte. Mutuamente se cortaron los cabellos para impedir que lo hiciera el verdugo. A mediodía los oficiales de la República vinieron a buscarlas para conducirlas al cadalso, los demás detenidos en la cárcel se echaron abiertamente a llorar y sus sollozos se oían en toda la prisión. Pero las ursulinas no dieron la sensación de marchar a la muerte sino al triunfo. Pareció la suya una marcha triunfal. Entonaron el *Te Deum* y las letanías lauretanas. Llegadas a la Gran Plaza mandaron subir primero a la superiora y luego a las demás y se fue consumando su sacrificio.

CLOTILDE JOSEFA PAILLOT nació en Bavay el 2 de noviembre de 1739. Entró con 27 años en el monasterio de las ursulinas de Valenciennes e hizo los votos el 23 de octubre de 1756 con el nombre de sor María Clotilde Ángela de San Francisco de Borja. Acreditada en la vida religiosa, en 1789 fue elegida consejera y el 13 de febrero de 1790 fue elegida superiora, y confirmada como tal el 26 de noviembre de 1793, y sobresalió por su prudencia, su dulzura y su observancia regular, sirviendo su ejemplo de atractivo para que muchas jóvenes eligieran la vida religiosa. Llegados los tiempos difíciles de la Revolución se vio cómo a su prudencia unía una gran fortaleza y entereza de ánimo, exhortando a sus hermanas a ser fieles y a recibir con alegría la corona del martirio. Llegadas al tribunal, la M. María Clotilde dijo:

> «Yo, como superiora de las ursulinas de Valenciennes, tenía el derecho de mandar a mis religiosas, y ellas el deber de obedecer. Fui yo quien les intimo la orden de marchar a Mons y la de volver

de esta ciudad a Valenciennes Si mis hermanas se han reunido aqui para vivir en comunidad ha sido en virtud de la obediencia que me deben Yo sola soy la responsable de este crimen si es que lo es Vosotros podeis condenarme, pero mis hermanas son inocentes Vosotros no teneis derecho a pronunciar contra ellas una sentencia de muerte»

La firmeza con que hablaba impacto al tribunal y a los presentes, y uno de los oficiales dijo que más parecía un hombre que no una mujer quien hablaba. Pero no sirvió de nada. Fueron todas condenadas a muerte, como queda dicho. La M. María Clotilde dio ejemplo de fortaleza diciendo:

«Yo se que debo morir por ser fiel a mi deber Pero yo no muero por la Republica, yo muero por la religion catolica, apostolica y romana, que yo he enseñado porque fue con este fin con el que se fundo mi Instituto»

Subió la primera y puso su cabeza a disposicion del verdugo.

MARIA MARGARITA LEROUX había nacido el 14 de julio de 1749 en Cambrai, y profesó en el convento de Santa Úrsula el 9 de agosto de 1775 con el nombre de sor María Escolástica Josefa de Santiago. Fue arrestada la noche del 31 de agosto al 1 de septiembre de 1794. El 20 de octubre habia escrito así a las religiosas de su congregacion en Mons·

«Os escribo desde el fondo de mi calabozo al cabo ya de siete semanas de prision en diferentes lugares en que hemos estado detenidas por el crimen de habernos refugiado junto a vosotras Es esta falta la que nos a va a llevar a la gloria del martirio No nos compadezcais sino decid Ay hermanas ¿que habeis hecho para merecer esta favor? Yo lo digo con vosotras, queridas amigas, los males que hemos sufrido despues de nuestra partida de entre vosotras ¿pueden compararse con las delicias que el Divino Esposo prepara a sus esposas privilegiadas? Hijas de Santa Ursula y de sus compañeras, como ellas nosotras vamos dentro de pocos dias a dar nuestra vida por amor de Dios y defensa de nuestra fe»

JUANA LUISA BARRE habia nacido el 23 de abril de 1750 en Sailly-en-Ostrevent, diocesis de Arrás, y profesó como hermana conversa entre las ursulinas el 20 de enero de 1777 con el nombre de sor María Córdula Josefa de Santo Domingo Cuando las primeras ursulinas fueron llamadas para el martirio, sor Cordula se lamentaba vivamente de no haber sido elegido ella. Se puso de rodillas y pidio al Señor ardientemente la gracia del martirio.

ANA JOSEFA LEROUX era hermana de la mártir del mismo apellido, y había nacido el 23 de enero de 1747 en Cambrai, y había profesado en el convento de las clarisas urbanistas de Valenciennes el 10 de mayo de 1769 con el nombre de sor Josefina. Cerrado su monasterio en la Revolución se fue con su hermana a Mons y aquí tomó el hábito de las ursulinas y con ellas volvió a Valenciennes lo que, bajo la acusación de emigrada, será la causa oficial de su muerte. Cuando fueron a arrestarla, el mismo día que a su hermana, les dijo a los soldados que no hacía falta tanto aparato para detener a una pobre muchacha. Les dio licor a los soldados y del brazo de uno de ellos entró en la prisión. Manifesto su enorme felicidad al saberse desunada al martirio.

MARIA LIEVINA LACROIX había nacido en Pont-sur-Sambre el 24 de marzo de 1750. Muy joven sintió la vocación religiosa e ingresó en la Orden de Santa Brígida, en la que profesó con el nombre de sor Livia. Cuando la Revolución cerró su convento, se pasó a las ursulinas que la recibieron con el nombre de sor Francisca. Hizo una gran labor con las alumnas externas y se mostró en todo llena de una gran caridad.

MARIA AGUSTINA ERRAUX había nacido en Pont-sur-Sambre el 20 de octubre de 1762, y profesó en la Orden de Santa Brígida con el nombre de sor Ana María. Religiosa fervorosa, cuando cerraron su convento, se acogió a las ursulinas y compartió su suerte, llena de los mismos sentimientos religiosos que las demás.

Fueron beatificadas por el papa Benedicto XV el 13 de junio de 1920.

SAN PABLO TONG VIET BUONG

Mártir († 1833)

Nacido en la zona oriental de Vietnam, los misioneros de la Sociedad Extranjera de Misiones lo atrajeron a la fe y siempre agredeció mucho que le hubieran inculcado el cristianismo. Opto por la vida militar y llegó a ser capitan de la guardia personal del rey Minh Manh, observando una conducta intachable en su profesión. Pero cuando el rey se decidió a perseguir nueva-

mente a los cristianos y depurar su ejército, dio orden de que todos los militares cristianos apostataran y Pablo se negó. Por ello fue arrestado en 1832 y paso un año entero en la cárcel, sufriendo interrogatorios y torturas a fin de que apostatara, pero el no lo hizo, firme en la fe y la adhesión a Cristo. Por fin fue juzgado y se le condenó a ser degradado de su rango militar, ser expulsado del ejército y finalmente a muerte. Fue decapitado en Saigón el 23 de octubre de 1833.

Fue canonizado el 19 de junio de 1988 por el papa Juan Pablo II junto con los 117 martires de Vietnam, muertos por la fe entre los años 1745-1862, que habían sido beatificados a lo largo del siglo XX.

BEATOS MÁRTIRES PASIONISTAS DE DAIMIEL (SEGUNDO GRUPO DE MANZANARES)

Ildefonso de la Cruz (Anatolio) García Nozal, Justiniano de San Gabriel de la Virgen Dolorosa Cuesta Redondo, Eufrasio del Amor Misericordioso de Celis Santos, Honorino de La Virgen Dolorosa Carracedo Ramos, Tomas del Santísimo Sacramento Cuartero Gascón, José María de Jesus Cuartero Gascon

Martires († 1936)

Los religiosos pasionistas de Daimiel fueron expulsados de su casa religiosa el 21 de julio de 1936, y marcharon en grupos hacia diversos sitios. Un grupo de doce esperó el tren en los alrededores de El Campillo y tomaron el primer tren que pasaba, a las 9,30 horas de la mañana. Pero alguien avisó que en el mismo iban algunos religiosos Al llegar a Manzanares les hicieron bajar del tren y les esperaba el Comite Ferroviario que los escolto hasta el Ayuntamiento. Se les encerró en la perrera y se les tuvo hasta las cinco de la mañana cuando los llevaron a la estacion escoltados por los carabineros. Uno de los religiosos entró a adquirir un billete hasta Alcázar de San Juan pero un revolucionario se lo impidió y los milicianos armados que merodeaban por la estación se juntaron, se les agregaron otros elementos extremistas y decidieron fusilar a los religiosos. Obligaron a estos a andar por la vía del tren y de pronto y sin aviso les dispararon. Murieron cinco de ellos en el acto y los otros siete

quedaron malheridos. La Cruz Roja vino y los llevó al hospital donde uno de ellos falleció, y los otros, heridos, fueron atendidos. Los médicos se hicieron renuentes a darles el alta conforme mejoraban, conscientes de que el alta iba a significar la señal de su nuevo fusilamiento, cosa con la que fueron amenazados. Pero el 23 de octubre vinieron por ellos, los hicieron subir en una furgoneta conducida por personas que no eran de Manzanares, los llevaron a Ciudad Real y aquí consultaron al gobernador que dijo que era un asunto del respectivo comité. La furgoneta tomó de nuevo la dirección a Manzanares y en el camino los mandaron descender y los fusilaron. Esta vez murieron los seis (cf., además, *Año cristiano. Julio,* p.782-784; 632-636).

Estos son sus datos:

ANATOLIO GARCÍA NOZAL nació en Becerril del Carpio (Palencia) el 15 de marzo de 1898, el menor de once hermanos. Murió su madre cuando aún no tenía dos años y por ello creció al cuidado de una hermana. Tenía 14 años cuando conoció a los padres pasionistas porque predicaron una misión en su pueblo. Se sintió atraido por esta congregación y el 12 de diciembre de 1912 ingresaba en el estudiantado de Corella. Al cumplir los 15 años ingresó en el noviciado y hacía la profesión religiosa el 25 de mayo de 1914 con el nombre de Ildefonso de la Cruz. Estudió humanidades y filosofía y para la teología lo destinaron a Roma a donde llegó el 15 de diciembre de 1920, y aquí haría la profesión perpetua el 6 de enero de 1922. Aquel año, en noviembre, regresaba a España y era destinado a Corella y luego a Daimiel. El 7 de diciembre de 1924 se ordenó sacerdote. Recibió varios destinos, entre ellos el de superior de la casa de Daimiel (1932), ejercitándose mucho en la predicación y el confesonario. Terminado su rectorado, solicitó ser destinado a América y, en efecto, se le asignó para la casa de Valencia, en Venezuela, pero la revolución española torció estos planes y lo llevó al martirio.

JUSTINIANO CUESTA REDONDO había nacido en Alba de los Cardaños (Valencia) el 19 de agosto de 1910. Por uno tío suyo, novicio pasionista, conoció esta congregación y decidió unirse a ella, ingresando el 29 de septiembre de 1920. Inició su noviciado el 28 de septiembre de 1925 y un año más tarde hacía la pri-

mera profesión con el nombre de Justiniano de San Gabriel de la Virgen Dolorosa. Hizo los estudios en Daimiel y pasó luego a Zaragoza para estudiar teología. El 12 de septiembre de 1931 hacía la profesión perpetua. Se ordenaba sacerdote el 15 de abril de 1934. Permaneció en Zaragoza hasta el 24 de agosto de 1935 en que se trasladó a Daimiel como profesor. Aquí le llegaría la oportunidad del martirio.

EUFRASIO DE CELIS SANTOS había nacido en Salinas de Pisuerga (Palencia) el 13 de marzo de 1915. Asiduo a la parroquia y piadoso desde muy niño, ingresa en la congregación pasionista el 26 de febrero de 1927 en Zaragoza. Al proclamarse la República, en abril de 1931, hubo de volver a su pueblo, pero el 12 de septiembre estaba de nuevo en Zaragoza y empieza el noviciado el siguiente 4 de octubre, superada una crisis vocacional. El 23 de octubre de 1932 pronunció los votos religiosos con el nombre de Eufrasio del Amor Misericordioso. Siguió en Corella y en agosto de 1934 fue trasladado a Daimiel. Pasadas las elecciones de febrero de 1936 escribió una carta a su casa en la que manifestaba su disponibilidad para el martirio.

HONORINO CARRACEDO RAMOS había nacido en La Lastra (Palencia) el 21 de abril de 1917 en una familia muy cristiana. Por contacto con un padre pasionista ingresó en la congregación en Zaragoza el 13 de septiembre de 1928. Debió volver a su casa cuando se proclamó la República pero regresó a principios de septiembre. Un año más tarde —22 de octubre de 1932— tomaba el santo hábito y al año siguiente hacía los votos religiosos con el nombre de Honorino de la Virgen Dolorosa. Prosiguió un año en Corella y luego marchó a Daimiel el 18 de septiembre de 1934, donde prosiguió sus estudios. En su última carta a sus familiares pedía oraciones para seguir fiel a su vocación. Cuando fue llevado al hospital de Manzanares tras el primer fusilamiento, animó a quienes temían hacerle sufrir al curarle las heridas con esta afirmación: «Soy pasionista».

TOMÁS CUARTERO GASCÓN había nacido en Tabuenca (Zaragoza) el 22 de febrero de 1915 en una familia cristiana. En 1927 ingresó el seminario de Belchite, pero en 1930 cuando vio el efecto espiritual que había causado en su parroquia la predicación de los padres pasionistas, optó por esta congregación,

ingresando el 28 de septiembre de ese año. Hubo de regresar a su casa cuando la proclamación de la República pero en septiembre volvió a Zaragoza. Tomó el santo hábito en Corella el 22 de octubre de 1932, y el 19 de octubre del año siguiente hacía los santos votos con el nombre de Tomás del Santísimo Sacramento. Permaneció otro año en Corella y en 1934 pasaba a Daimiel para proseguir los estudios. Aquí encontraría el camino del martirio.

JOSÉ MARÍA CUARTERO GASCÓN era hermano del mártir anterior, naciendo en la misma población, el 29 de abril de 1918. Ingresó con su hermano en la congregación, volvió a casa con él en abril de 1931 y regresó en septiembre. Admitido al noviciado en octubre de 1934, pronunciaba sus votos religiosos el 23 de octubre de 1935 con el nombre de José María de Jesús. Estando en Daimiel recorrió con su hermano el camino del martirio con el doble fusilamiento. Sólo tenía 18 años.

Estos religiosos mártires fueron beatificados el 1 de octubre de 1989, por Juan Pablo II, junto con los otros mártires de Daimiel.

BEATOS AMBROSIO LEÓN (PEDRO) LORENTE VICENTE, FLORENCIO MARTÍN (ÁLVARO) IBÁÑEZ LÁZARO, HONORATO (ANDRÉS) ZORRAQUINO HERRERO

Religiosos y mártires († 1936)

Estos tres religiosos eran miembros de la congregación de las Escuelas Cristianas, de San Juan Bautista de La Salle. Tres de ellos estaban destinados en el colegio de Nuestra Señora de Bonanova, de Barcelona. La mañana del 19 de julio de 1936 hubieron de huir precipitadamente del centro escolar ante la llegada de las turbas ávidas de sangre de curas y frailes, como proclamaban por las calles. Cada uno buscó refugio donde pudo y luego de andar vagando varios días por la ciudad determinaron marchar a su tierra, que era Aragón. Para ello lo mejor era dirigirse a Valencia. Carentes de recursos, comenzaron a caminar a pie. Una piadosa familia acogió a uno, y luego se le juntó otro, y el tercero, el H. Ambrosio León, residió en otro domicilio.

Puestos en relación los tres, solicitaron una de las muchas escuelas que carecían de maestros. Como no tenían documentación, indicaron que había que pedirla a la Normal de Barcelona, la cual acreditó que eran ciertamente maestros pero además Hermanos de La Salle. El 23 de octubre un grupo de milicianos detuvo a dos en su domicilio y los llevaron a la checa del seminario en espera de hallar al otro, al que de momento no encontraron en su casa pero al que localizaron luego. Hacia las seis de la tarde los tres fueron asesinados en una escombrera de la calle Sagunto, de Valencia.

Estos son sus datos:

PEDRO LORENTE VICENTE era natural de Ojos Negros (Teruel), donde nació el 7 de enero de 1914. Educado en el seno de una familia muy cristiana, tuvo el gozo de ver sacerdote a su hermano mayor. Entró en el aspirantado lasaliano de Monreal del Campo y pasó a Cambrils para hacer el noviciado menor. Empezó el noviciado el 1 de febrero de 1930 recibiendo el nombre de hermano Ambrosio León. Mostró muy buenas cualidades morales en todo tiempo y fue un excelente religioso. En 1932 se le destinó al internado de Bonanova, donde daba clases de bachillerato. La víspera de su detención y muerte encontró a un hermano religioso que logró huir al extranjero y le dijo: «Cada día me encuentro más desengañado del mundo y de sus vanidades. Esta terrible prueba sirve a mi alma como un retiro, pues me hace sentirme unido al Señor y a nuestro amado Instituto».

ÁLVARO IBAÑEZ LÁZARO nació en Godos (Teruel) el 12 de junio de 1913, en una familia muy cristiana, debiendo sobre todo a su madre su esmerada educación religiosa. Decidido por la vocación lasaliana, fue uno de los que estrenaron el edificio noviciado de Cambrils. Vistió el santo hábito el 15 de agosto de 1929 tomando el nombre de hermano Florencio Martín. Vivió dos años en el escolasticado y luego fue enviado al barrio de la Barceloneta, para ser destinado en 1933 al colegio de Bonanova. Refugiado primero en casa de un primo que fue asesinado, se unió luego al H. Honorato Andrés hasta que fue asesinado.

ANDRÉS ZORRAQUINO HERRERO había nacido en Bañón (Teruel) el 18 de abril de 1908. Atraído al noviciado lasaliano por dos compañeros que le habían precedido, ingresó el 27 de

julio de 1920. Desde joven era muy maduro. El 15 de agosto de 1924 tomó el santo hábito en el noviciado de Hoslaets (Gerona) tomando el nombre de hermano Honorato Andrés. Hechos los votos fue enviado una breve temporada al escolasticado y luego al colegio de Tortosa, donde se le confió una clase elemental. Luego fue destinado a la casa de Bonanova de Barcelona. Se hizo querer de todos por su bondad. Consiguió el diploma de catequista y el título de profesor y se encargó del curso preparatorio al bachillerato.

Fueron beatificados el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

24 de octubre

A) MARTIROLOGIO

1. En Fontfroide (Francia), San Antonio María Claret († 1870), obispo, fundador de la Congregación de Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María y de la Congregación de Hijas de la Inmaculada Concepción **.
2. En Hierápolis (Frigia), santos Ciriaco y Claudiano (fecha desconocida), mártires.
3. En Constantinopla, San Proclo († 446), obispo **.
4. En Najran (Arabia), San Aretas († 523) y trescientos cuarenta compañeros mártires *.
5. En Tours (Neustria), San Senoquio († 576), presbítero.
6. En el monasterio de Vertou (Francia), San Martín († 601), diácono y abad.
7. En Tonares (Brabante), San Evergislo († 590), obispo de Colonia y mártir.
8. En la Bretaña Menor, San Maglorio († 575), obispo de Dol y luego ermitaño *.
9. En Coutances (Neustria), San Fromundo († 690), obispo.
10. En Hué (Anam), San José Le Dang Thi († 1860), mártir *.
11. En Como (Italia), Beato Luis Guanella († 1915), presbítero, fundador de la Congregación de los Siervos de la Caridad y de la de las Hijas de la Providencia **.
12. En Ronco all'Adige, Verona (Italia), Beato José Baldo († 1915), presbítero, fundador de la Congregación de Pequeñas Hijas de San José **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN ANTONIO MARÍA CLARET

Arzobispo y fundador († 1870)

No sería difícil encontrar quien, ignorando la vida portentosa del santo que conmemora hoy la Iglesia, se sintiera asaltado por la duda de si Antonio Claret, a quien se oye llamar de mil modos, suficiente cada uno para encarnar y cincelar toda una personalidad maciza y exuberante, existió en realidad o fue una fantasía. El modelo de obreros, el misionero apostólico, el taumaturgo, el escritor inagotable, el gran director de almas, el fundador, el organizador genial, el intuitivo «precursor de la Acción Católica, tal como es hoy» (Pío XI), el catequista célebre, el prudente confesor real, el abanderado de la infalibilidad pontificia y primer santo del concilio Vaticano, el sagrario viviente, el apóstol cordimariano de los tiempos modernos, el gran apóstol del siglo XIX, y también el gran calumniado, existió y fue San Antonio María Claret.

Nació en Sallent (Barcelona) el día 23 de diciembre de 1807, de padres auténticamente cristianos, que, al día siguiente, le llevaron al bautismo.

> «Me pusieron por nombre —nos dirá en su autobiografía— Antonio Adjutorio Juan; pero yo, después, añadí el dulcísimo nombre de María, porque María Santísima es mi Madre, mi Madrina, mi Maestra y mi todo, después de Jesús».

A los cinco años de edad aparecieron ya en la precoz inteligencia y en el corazón naturalmente compasivo del niño Antonio las primeras señales y gérmenes de su vocación al apostolado:

> «Las primeras ideas de mi niñez de que yo tengo memoria son que, cuando tenía unos cinco años de edad, estando en la cama, en vez de dormir, pues siempre he sido poco dormilón, pensaba en los bienes del cielo y en las penas eternas del infierno, es decir, pensaba en aquel "siempre" que no tiene fin; me figuraba distancias enormes; a éstas añadía otras y otras, y, no alcanzando el fin de ellas, me estremecía por la desgracia de aquellos que tendrán que padecer penas eternas [...]; esta idea quedó tan grabada en mí que, sea por lo temprano que empezó, sea por las muchas veces que en ella he pensado, lo cierto es que nada tengo más presente».

Son éstos los primeros aleteos del misionero en ciernes:

> «Esta idea de la eternidad desgraciada es la que me ha hecho, hace y hará trabajar, mientras viva, en la conversión de los pobres pecadores, procurándola en el púlpito, en el confesonario, por medio de libros, estampas, hojas volantes, conversaciones, etc.»

Ha brotado la semilla del apóstol, del misionero que, en un siglo calamitoso para la Patria, luchará con su espíritu magníficamente universal, abierto, eminentemente apostólico y práctico. Su programa de vida y actuación quedó escrito de su puño y letra:

> «Trabajando constantemente y aprovechando todas las circunstancias para dar gloria a Dios y atender a la salvación de las almas, valiéndome de todos los medios».

El programa, en su ambiciosa sencillez, debía ser una obra perenne, porque, casi con las mismas palabras, se lo dejó en las constituciones a la codicia apostólica de sus misioneros.

La infancia de Antonio transcurre apacible entre la escuela, su casa, los juegos y la iglesia. Los tiempos eran malos y revueltos, y las circunstancias de la familia no consentían los gastos de pensión en el seminario. El muchacho hubo de incorporarse de lleno a los trabajos del telar paterno, en espera de tiempos mejores. Golpe duro y definitivo, al parecer, para las ilusiones de Claret. Acató resueltamente y con todo amor la orden de su padre, pasando por todas las ocupaciones y labores de la fábrica de tejidos, propiedad de su familia, y trabajando como el que más en cantidad y calidad. Así, hasta que llega un momento en que el trabajo de la fábrica paterna no tiene ya dificultades ni secretos para él. Por eso,

> «deseoso de adelantar, dije a mi padre que me llevase a Barcelona. Se extendió por aquella ciudad la fama de la habilidad que el Señor me había dado para la fabricación. De aquí que algunos señores quisieran formar compañía con mi padre. Me excusé [...] Y, a la verdad, fue esto providencial. Yo nunca me había opuesto a los designios de mi padre. Fue ésta la primera vez, y fue porque la voluntad de Dios quería de mí otra cosa. Me quería eclesiástico. El continuo pensar en máquinas y talleres me tenía absorto. Era un delirio lo que tenía por la fabricación. En medio de esto me acordé de aquellas palabras del Evangelio que leí de muy niño: "¿De qué le aprovecha al hombre ganar todo el mundo si finalmente pierde

su alma?" Esta sentencia me causó profunda impresión. Fue una saeta que me hirió en el corazón. Pensaba y discurría qué haría».

Hay en su alma una inquietud que no le deja sosegar y que va aumentando su tensión con varios episodios sucedidos en pocos meses, a propósito para desengañarle del mundo y avivar el interés por los negocios del alma. Fueron los siguientes:

> «Un día que fui a la Mar Vieja, que llaman, hallándome en la orilla, se alborotó de repente el mar y una grande ola se me llevó y, de improviso, me vi mar adentro. Después de haber invocado a María Santísima me hallé en la orilla, sin saber nadar y sin haber entrado en mi boca ni una sola gota de agua».

Un amigo le llenó de amarguras el alma. Había condescendido a tener con él compañía de intereses; pero, cediendo este desventurado a los atractivos del juego, le estafó muchos miles de pesetas y se complicó después en otras acciones delictivas, hasta parar en un presidio. Antonio, aunque libre de toda complicidad, sintió hondamente el percance.

> «Iba alguna vez a visitar a un compatricio mío. Un día la dueña de la casa, que era una señora joven, me dijo que le esperase, que estaba para llegar. Luego conocí la pasión de aquella señora, que se manifestó con palabras y acciones. Habiendo invocado a María Santísima, y forcejeando con todas mis fuerzas, me escapé de entre sus brazos».

Tenía veintidós años. Llevaba cuatro en Barcelona. Durante ellos había llenado el ideal que pudiera proponerse, aun en nuestros días, cualquier trabajador especializado: aptitud para la fabricación, perito en dibujo, en el que consiguió repetidos premios; conocedor del francés y del inglés, que hablaba con soltura; diestro en el manejo de las matemáticas; hábil en la técnica textil, que no tenía secretos para él; propuesto con insistencia para director de fábricas, y, en medio de todo, piadoso, honrado, de bello porte y de un carácter tan amable y alegre que era las delicias de sus compañeros, de sus superiores y de sus subalternos. La vida le sonríe cuando abandona la esperanza de un porvenir brillante y decide ingresar en la Cartuja. Pero, cuando se encamina al cenobio de Montealegre, una deshecha tempestad puso a prueba la poca robustez de sus pulmones, fatigados por la marcha y heridos por el trabajo, hasta expeler sangre. Por

lo visto, Dios no lo quería así Una vez restablecidas sus fuerzas marcha a sentarse entre los niños en el banco de un Seminario. Es lo que hoy se llama —con frase no tan inexacta— una vocación tardía.

Y pasan los años. Estudia filosofía y teología en el viejo pero glorioso caserón del Seminario de Vich, con Balmes de compañero, y, por fin, el día 13 de junio de 1835 se ordena sacerdote, después de un mes de ejercicios.

Ahora ya es mosén Claret. Tiene veintisiete años cumplidos. Se conserva su retrato de esta época. Bajo de estatura, un tinte amarillento colorea su rostro; ojos grandes y tiernos, que tienden a cerrarse bajo unos párpados carnosos, que naturalmente le inclinan a la modestia; pero cuando miran la lejanía y las multitudes desde la altura del púlpito se abren claros, animados por el alma fogosa de un apóstol, y le brillan como dos brasas.

La parroquia de Sallent fue testigo de los primeros ardores de su celo sacerdotal, de la ejemplaridad intachable de su vida, de sus virtudes y de sus milagros. Pero este campo era demasiado reducido para el corazón grande de mosén Antón. Buscando horizontes más amplios para su celo se encamina a Roma, con el fin de ingresar en el Colegio de Propaganda Fide. Los oficiales encargados no pueden decretar la admisión sin la aprobación del cardenal prefecto, que, por aquellos días, disfrutaba las clásicas vacaciones romanas de la Ottobrata. Frente a este conjunto de dificultades decide Claret hacer los ejercicios espirituales en una casa profesa de la Compañía de Jesus, en espera de que las Congregaciones pontificias reanudaran sus trabajos. El mismo religioso que le dirigió los ejercicios, viendo en él cualidades no comunes, le propuso e insistió que ingresase en la Compañía. Tanto le animaron y tan fácilmente se solucionaron todas las dificultades, que, como él mismo nos dice, «de la noche a la mañana me hallé jesuita. Cuando me contemplaba vestido de la santa sotana de la Compañía casi no acertaba a creer lo que veía, me parecía un sueño».

Pero los designios de Dios son muy distintos:

> «Me hallaba muy contento en el noviciado cuando he aqui que un día me vino un dolor tan grande en la pierna derecha que no podia caminar Se temieron que quedaria tullido El padre rector me dijo "Esto no es natural Me hace pensar que Dios quiere otra

cosa de usted; consultaremos al padre general". Éste, después de haberme oído, me dijo sin titubear, con toda resolución: "Es la voluntad de Dios que usted vaya pronto a España. No tenga miedo. Ánimo". El padre Roothan tenía razón».

Regresa a España y, al desembarcar en Barcelona, Claret deja de ser el mosén Antón que partió a Roma para convertirse en el misionero padre Claret. Exonerado de todo cargo parroquial, sus superiores le envían «como nube ligera que, empujada por el soplo del Espíritu Santo, llevase la lluvia bienhechora de la palabra divina a regiones secas y estériles».

El ambiente político no es nada propicio. Hace poco que ha concluido la primera guerra carlista, guerra civil tenacísima y dura, que se ha prolongado siete años, y precisamente Cataluña ha sido uno de los principales teatros de la contienda. Esto no arredra al padre Claret. Más de cien páginas de su autobiografía nos narran sus correrías apostólicas y los estímulos que le movían a predicar incansablemente: «Siempre a pie de una población a otra, por muy apartadas que estuviesen, a través de nieves o de calores abrasadores, sin un céntimo siempre, pues nunca cobraba nada», predicando seis y ocho horas diarias y, el restante tiempo, confesando a miles de personas y, por las noches, en lugar de descansar, la oración, las disciplinas, el escribir libros y hojas volanderas, y sin comer apenas, lo que tenía maravilladas a las gentes. Era un milagro del Señor el que sostenía aquella naturaleza. Las muchedumbres se agolpaban para oírle y el fruto era enorme. El demonio, por su parte, le hacía una guerra sin cuartel: en esta iglesia era una piedra que se desprendía del techo; en aquel pueblo, un violento fuego que se declaraba mientras predicaba el misionero. Pero éste descubría todas las astucias del enemigo.

«Si era grande la persecución que me hacía el infierno, era muchísimo mayor la protección del cielo. Conocía visiblemente —dice él mismo— la protección de la Santísima Virgen. Ella y sus ángeles me guiaron por caminos desconocidos, me libraron de ladrones y asesinos y me llevaron a puerto seguro sin saber cómo. Muchas veces corría la voz de que me habían asesinado. Yo, en medio de estas alternativas, pasaba de todo: tenía ratos muy buenos, otros muy amargos. Habitualmente no rehusaba las penas, al contrario, las amaba y deseaba morir por Cristo; yo no me ponía temerariamente en los peligros, pero sí me gustaba que el superior

me enviase a lugares peligrosos, para poder tener la dicha de morir asesinado, por Jesucristo».

Puede decirse que recorre todas las capitales y pueblos del nordeste de España. Su fama es grande; su predicación produce auténticas manifestaciones de entusiasmo. El fruto es cierto y copioso. Son muchas las conversiones sinceras. Menudean los milagros. El padre Claret, incansable, tiene constantemente a flor de labios esta oración: «¡Oh Corazón de María, fragua e instrumento del amor, enciéndeme en el amor de Dios y del prójimo!»

De este modo pasaron siete años, hasta que, en 1848, fue enviado a Canarias para misionar en aquellas islas. Allí todavía más que en la Península, las multitudes se desbordan, las iglesias son insuficientes para contener a los que quieren escuchar la palabra del «Padrito santo», como cariñosamente le llaman, y el misionero se ve obligado a predicar bajo la bóveda azul del firmamento, en las plazas públicas o a las orillas del mar.

El padre Claret acarició toda su vida, como un bello ideal, la fundación de una congregación de sacerdotes que se dedicasen a la evangelización, según él la comprendía y practicaba. Más, por oposición de la política y de las guerras, parecía todo un sueño que nunca habría de tener realidad. A mediados de 1849 regresó a España. El ambiente nacional había evolucionado mucho; los cielos de la política se serenaban; la persecución ahogaba en la lejanía sus últimos rugidos. A favor de todo esto las ilusiones claretianas volvieron a reverdecer. El santo misionero adivinó llegada la hora y, después de vencer no pocas dificultades, el día 16 de julio de este mismo año reúne a seis jóvenes sacerdotes en el seminario de Vich y queda echada la semilla de la Congregación de los Misioneros Hijos del Corazón de María.

Poco tiempo, sin embargo, pudo vivir con aquella incipiente comunidad.

«El día 4 de agosto —nos dice—, al bajar del púlpito, me mandan ir a Palacio. Y, al llegar allí, el señor obispo me da el nombramiento para arzobispo de Santiago de Cuba. Quedé muerto con tal noticia. Dije que de ninguna manera aceptaba. Espantado del nombramiento, no quise aceptar, por considerarme indigno y por no abandonar la Congregación que acababa de nacer. Entonces el

nuncio de Su Santidad y el ministro de Gracia y Justicia se valieron de mi prelado, a quien tenía la más ciega obediencia. Este me mandó formalmente que aceptara».

Mientras que se tramitaba su consagración y preparaba el viaje a América, el celo del padre Claret continúa incansable y devorador; sigue sus correrías apostólicas; escribe libros; funda la Librería Religiosa, interviniendo personalmente en el montaje de las máquinas. Recibida la consagración episcopal, nada cambió de su método de vida: el mismo trato sencillo y humilde, el mismo vestido, la misma comida pobre y escasa, y, sobre todo, el mismo celo apostólico. Es su pasión. El gran fuego que le arde en las entrañas. Ninguna frase mejor que la escogida por él para su sello episcopal: *Caritas Christi urget nos.* Como otras muchas páginas de la autobiografía que nos dejó escrita, esta que transcribirnos puede darnos una idea de su actividad misionera y apostólica:

«Arreglados mis negocios en Madrid, me volví a Cataluña. Al llegar a Igualada prediqué. Al día siguiente fui a Montserrat, en que también prediqué Luego pasé a Manresa, en que se hacía el novenario de animas: por la noche les prediqué y, al día siguiente, di la sagrada comunion. Por la tarde pasé a Sallent, mi patria, y todos me salieron a recibir, por la noche les prediqué desde un balcon de la plaza, porque en la iglesia no hubieran cabido; al día siguiente celebramos una misa solemne y, por la tarde, salí para Sanmartí, donde prediqué. Al día siguiente por la mañana pasé a la ermita de Fusimaña, a la que había tenido tanta devoción desde pequeño, y en aquel santuario celebré y prediqué de la devocion a la Virgen Santísima De allí pasé a Artés, en que también prediqué, luego a Calders, y también prediqué, y fui a comer a Moyá, y por la noche prediqué. Al día siguiente pasé por Collsuspina, y también prediqué, y después fui a Vich, y tambien prediqué Pasé a Barcelona, y prediqué todos los días en diferentes iglesias y conventos, hasta el día en que nos embarcamos».

En Cuba se mantiene el mismo ritmo misionero: persecuciones, puñales, incendios, calumnias, que las fuerzas del mal desencadenaron contra el arzobispo; pero éste siguió manteniéndose intrépido en la misma línea. Con celo infatigable recorrió a caballo cuatro veces, en visita pastoral, toda su diócesis, que era aproximadamente de 60.000 kilómetros cuadrados. Las conversiones fueron innumerables. Los terremotos, la peste y el cólera que azotaron la isla sirvieron al arzobispo para arrancar

infinitas almas al diablo, arreglar innumerables matrimonios de amancebados, más de 10.000, y hasta para calmar las revueltas populares. Durante su pontificado los americanos del Norte sirviéndose de elementos revolucionarios, hicieron tres tentativas contra la isla y las tres las desbarató el arzobispo con sólo predicar el amor y el perdón. Los enemigos de España llegaron a pensar muy en serio quitar la vida al que les hacía más daño que todo el ejército. Muchos intentos fallaron. Por fin, uno acertó. El día 1 de febrero de 1856 el arzobispo era herido gravemente en Holguín.

> «Cuando salimos de la iglesia —es el propio padre Claret quien nos lo cuenta— se me acercó un hombre, como si quisiera besarme el anillo; pero, al instante, alargó el brazo armado con una navaja de afeitar y descargó el golpe con todas sus fuerzas.»

Lo que menos importó al herido fue la gravedad de aquellos momentos; a pesar de su presencia de ánimo, estaba muy lejos de su cuerpo: «No puedo explicar el placer, el gozo que sentía mi alma, al ver que había logrado lo que tanto deseaba: derramar mi sangre por Jesús y María».

Restablecido milagrosamente, consiguió el indulto para su desgraciado verdugo y todavía le pagó el viaje para que pudiese regresar a su patria.

También para el santo había llegado la hora de retornar a España, y con ella el período que constituye la plenitud de su vida. El día 13 de marzo de 1857, estando predicando en una misión, recibió un comunicado de la reina de España, Isabel II, que le llamaba a Madrid, sin expresarle el motivo. El arzobispo termina apresuradamente las obras de mayor envergadura que tenía iniciadas, como la Granja agrícola de Puerto Príncipe y el recién fundado Instituto Apostólico de María Inmaculada para la Enseñanza. Llega a Madrid y se entera en la primera entrevista con Isabel de que ésta le había llamado para hacerle su confesor. El padre Claret, siempre reacio a aceptar dignidades y grandezas humanas, no otorgó su consentimiento sino después de haber consultado a varios prelados y, aun entonces, con la expresa condición de no vivir en Palacio y de quedar libre para dedicarse al ministerio. Ahora iba a ser apóstol de España entera. Efectivamente, no tiene explicación humana lo que hizo en los

diez años que fue confesor real; misionó por todas las capitales y provincias de España, aprovechando los viajes de los reyes: las tandas de ejercicios al clero, religiosos y seglares fueron ininterrumpidas; predica incansable: en una sola jornada llega hasta doce sermones; en el confesonario emplea diariamente unas cinco horas; recibe por término medio una correspondencia diaria de cien cartas, a las cuales responde personalmente; publica libros y opúsculos; es presidente de El Escorial, que restaura y donde funda un seminario modelo; da vida fecunda a la Academia de San Miguel, anticipo de la Acción Católica de hoy. Todo esto sin contar su asistencia obligatoria a los actos oficiales de Palacio y el trabajo que tenía como protector del hospital e iglesia de Montserrat. Una labor, como se ve, capaz de abrumar las fuerzas de muchos hombres.

Además, estaba al corriente del movimiento teológico, filosófico y cultural de Europa. Es ridícula la afirmación de los que presentan al padre Claret como «un hombre que sólo sabía rezar y hablar sin grandes pretensiones, hasta su aire era popular, por no decir pueblerino.» La historia demuestra lo contrario y Pío XII ha podido afirmar del padre Claret que era «un hombre singular, nacido para ensamblar contrastes». Ya desde los primeros años, en la escuela y en la Lonja de Barcelona, y posteriormente en el seminario, sus calificaciones fueron siempre máximas. A pesar de su vida de actividad sorprendente y extensísima, es un lector empedernido. Quedan datos y muestras en su biblioteca particular, que constaba de más de 5.000 volúmenes de última hora, y que es una de las mejores y más completas de su tiempo. Voz corriente en los sectores eclesiásticos contemporáneos era que la ciencia del padre Claret parecía infusa. Tal vez, pero él mismo nos levanta un poco el velo cuando escribe: «A mí me consta que lo poco que sabe ese sujeto (Claret) lo debe a muchos años y muchas noches pasadas en el estudio». Lo que pasaba es que su vocación al ministerio activo no le pedía ni el escribir como científico ni el dedicar horas y horas a investigaciones eruditas, aunque se haya encontrado entre sus papeles alguna lucubración sobre la posibilidad de los vuelos dirigidos. Su misión providencial era de más importancia y trascendencia.

Tiene Claret casi cincuenta años. Durante los diez que estuvo en la Corte la actualidad religiosa de España quedó centrada en la persona del santo arzobispo. Su equilibrio humano se manifiesta ante las delicadas circunstancias personales de su regia penitente. La prudencia sobrenatural le mantiene alejado de todos los manejos políticos. Claret tiene una influencia decisiva para el catolicismo español de toda una época. Se ha dicho que su residencia en Madrid fue una verdadera catástrofe para el movimiento revolucionario español, influencia tan decisiva precisamente porque Claret no hizo nunca política. Ante los frutos que reportaba la obra del confesor real no podía Satanás dejar de ensañarse contra el, tratando de inutilizar su ministerio por todos los medios. La persecución se desencadena de manera metódica y perfectamente calculada: periodicos, libros, teatros, hasta en tarjetas y cajas de fósforos se le calumnió de la manera más baja y soez, se escribieron biografias que no eran sino noveluchos indecentes, se falsificaron escandalosamente algunos de sus libros más importantes, publicándolos con su nombre Todo se ensayó, con el fin de inutilizar su celo. Pero también todo resultó inútil, pues el Señor tomó por su cuenta defender a su enviado e hizo redundasen en bien de las almas los mismos medios que los sicarios ponían en juego para impedirlo. Hasta doce veces intentaron asesinarle y, en no pocas de estas ocasiones, los mismos iniciadores del crimen eran los primeros en experimentar, por una sincera conversión, la benéfica influencia de las virtudes y santidad del calumniado arzobispo.

La conducta del santo padre Claret no puede juzgarse como la de un estoico presuntuoso, sino como venida del don divino de la fortaleza. Se irguió sereno, imperturbable ante la calumnia. No quiso defenderse. Tuvo escrita una defensa sobria, verídica; pero se arrodilló ante el crucifijo y prefirió callar, recordando las palabras del Evangelio: *Iesus autem tacebat,* «Jesús, empero, se mantenía callado» (Mt 26,63). Es que desaparece el hombre para dejar paso al santo, a quien se exigió el sacrificio de su reputación y de su buen nombre, no sólo durante su vida, sino por largos años posteriores, tantos que, todavía en 1934, cuando Pío XI le beatifica, hay una pluma famosa en las letras patrias que, en son de arrepentimiento, escribe:

> «Existen dos Claret uno el forjado por la calumnia, otro el real y efectivo Aquel es totalmente inexistente Este, Antonio María Claret, es, sencillamente, un santo de la traza y pergeño de los activos, infatigables, emprendedores»

En esta época de su estancia en Madrid, cuando el trabajo ministerial acapara todas sus horas, es precisamente cuando el padre Claret llega a la cumbre de su vida espiritual, a la unión mayor que se puede dar: la transformación total. Humildemente nos lo refiere el Santo:

> «El día 26 de agosto, hallándome en oración en la iglesia del Rosario, de La Granja, a las siete de la tarde, el Señor me concedió la gracia de la conservación de las especies sacramentales y así tener siempre día y noche al Santísimo Sacramento en el pecho»

¡Admirable consumación de amor, expresión manifiesta de la unión íntima, transformante de un alma con el Divino Verbo! La revolución de septiembre, que él había profetizado muchas veces, destronó a la reina y arrojó a ella y a su confesor a un país extraño. Desterrado de la madre patria, por la que tanto había trabajado, anciano, cansado, consumido y enfermo, pero indomable, marcha a Francia y, poco después, a Roma, para asistir al concilio Vaticano. Cuando se discute la candente cuestión de la infalibilidad pontificia habla con palabras que conmueven a toda la asamblea. Insinúa proféticamente algunas escisiones en la Iglesia, por causa de esta cuestión, que tuvieron exacto cumplimiento, y, después, señalando las cicatrices que el atentado de Holguín dejó en su rostro y repitiendo la frase del apóstol: «Traigo en mi cuerpo los estigmas de mi Señor Jesucristo» (Gál 6,7); declara que está dispuesto a morir en confirmación de esta gran verdad: «Creo que el Sumo Pontífice romano es infalible».

Es la última llamarada de una lámpara que se extingue. Vuelve a Francia y, camino de París, se detiene, casi moribundo, en Fontfroide, una recoleta y tranquila abadía cisterciense, cerca de Carcasona.

Ni en su agonía le dejan tranquilo las fuerzas del mal. Sólo la muerte le libró de nuevas persecuciones y pesquisas policíacas. Su cuerpo se desmoronaba: pero él, con el pie en las playas de la patria eterna, escribía con pulso a un tiempo inseguro y vigoroso, esta definitiva y para él obsesionante afirmación: «Quiero

verme libre de estas ataduras y estar con Cristo (Flm 1,23), como María Santísima, mi dulce Madre».

Así fue, el día 24 de octubre de 1870. Después, sus funerales, entre el rumor del canto de los monjes y el revoloteo de un misterioso pajarillo sobre el féretro arzobispal, colocado en la severa iglesia cisterciense. Sobre su tumba escribieron las palabras de San Gregorio Magno: «Amé la justicia y odié la iniquidad; por eso muero en el destierro». Bajo aquella losa descansaron los restos del padre Claret durante veintisiete años, hasta que los misioneros los trasladaron, con afecto filial, a su iglesia de Vich (Barcelona). El cerebro y el corazón habían resistido la acción devoradora de la humedad y de la cal.

El 25 de febrero del año 1934 el papa Pío XI le declaraba beato y el 7 de mayo de 1950 Pío XII le elevaba al supremo honor de los altares. Su mejor semblanza, la que de él hizo Su Santidad Pío XII en unas palabras pronunciadas horas después de la canonización:

> «Alma grande, nacida como para ensamblar contrastes; pudo ser humilde de origen y glorioso a los ojos del mundo; pequeño de cuerpo, pero de espíritu gigante; de apariencia modesta, pero capaz de imponer respeto incluso a los grandes de la tierra; fuerte de carácter, pero con la suave dulzura de quien conoce el freno de la austeridad y de la penitencia; siempre en la presencia de Dios, aun en medio de su prodigiosa actividad exterior: calumniado y admirado, festejado y perseguido. Y entre tantas maravillas, como luz suave que todo lo ilumina, su devoción a la Divina Madre».

ARTURO TABERA ARAOZ

Bibliografía

ANTONIO MARÍA CLARET (SAN), *Autobiografía* (Madrid 1951).
BRUNET, M., *Actualidad del padre Claret* (Vich 1953).
CORZO, J. M., CM, *Fundamentos teológicos de la espiritualidad seglar en San Antonio María Claret* (Roma 1957).
FERNANDEZ, C., *Vida del padre Claret* (Madrid 1942).
— *Flores claretianas* (Madrid 1942).
PEMÁN, J. M.ª, «Hay una actualidad histórica en torno a la figura de San Antonio M. Claret». Conferencia en el Ateneo de Madrid (1952).
• Actualización:
ANTONIO MARÍA CLARET (SAN), *Cartas selectas* (Madrid 1996).
— *Escritos autobiográficos* (Madrid 1981).
— *Escritos espirituales* (Madrid 1985).
— *Escritos pastorales* (Madrid 1997).

CLOTET, J, *Vida edificante de San Antonio María Claret, misionero y fundador* (Madrid 2000)
LEBROC MARTINEZ, R, *San Antonio María Claret, arzobispo misionero de Cuba* (Madrid 1992)
LOZANO, J M, *Una vida al servicio del Evangelio Antonio María Claret* (Barcelona 1985)
SANZ TOBES, V, *El padre Claret y Madrid Crónica de un desamor* (Madrid 1999)

SAN PROCLO DE CONSTANTINOPLA

Obispo († 446)

Nació probablemente en Constantinopla hacia el año 390. Frecuentó algunas de las escuelas renombradas de su patria, apasionándose por la oratoria. Admitido en el entorno familiar del arzobispo Ático (407-425) lo hizo su secretario, lo ordenó de diácono y de sacerdote sucesivamente. A la muerte de este su protector, una parte del clero trabajó para que el sucesor en la sede fuera Proclo. La propuesta no prosperó. Poco después, el nuevo arzobispo designó a Proclo para la sede metropolitana de Cizico. Pero no pudo tomar posesión de su obispado; se quedó en Constantinopla, dedicándose a la predicación. De nuevo a la muerte del arzobispo Sisinio (24-12-427), se presentó la candidatura de Proclo. Tampoco prosperó, pues el emperador Teodosio II designó a Nestorio, que fue entronizado en abril de 428. Proclo era contrario abiertamente a las tesis cristológicas del nuevo patriarca y en su presencia proclamó la maternidad divina de María, a la que llamó *Theotokos,* la unidad del Verbo, Hijo de Dios y de María.

Nestorio fue depuesto y una vez más reapareció la candidatura de Proclo a ocupar la sede de Constantinopla. Algunos influyentes objetaron que no podía ser, pues un canon del Concilio de Nicea prohibía el traslado de los obispos a otra sede y Proclo era obispo de Cizico. Elegido un viejo sacerdote, llamado Maximino, en octubre de 431; muerto éste en 434, una parte de la población pedía la reposición de Nestorio. Entonces, rápidamente el emperador Teodosio II hizo entronizar a Proclo.

Sus años de arzobispo de Constantinopla están caracterizados por sus frecuentes intervenciones en los asuntos eclesiásticos de los obispos orientales, tratando de extender la

autoridad patriarcal desde Capadocia hasta el Ilírico. Proclo aparece siempre como hombre pacífico y pacificador. Murió hacia el 12 de julio del año 446. Su fiesta se celebra el 24 de octubre en la Iglesia oriental y el 20 de noviembre en las iglesias greco-eslavas.

Los escritos de Proclo «están casi todos comprometidos doctrinalmente en el contexto de la controversia cristológica en sentido antinestoriano». Se reconocen como suyos varios discursos, más de veinte.

En su obra homilética figuran títulos como éstos: *De las alabanzas de Santa María.* Ya en esta homilía pronunciada en la Navidad de 430 delante de Nestorio llama a la Virgen por dos veces *Théotokos* (Madre de Dios); igualmente *De la Encarnación del Señor,* fechada el 26 de diciembre de 426; habla del misterio de la Encarnación, de la unión de la naturaleza divina y humana, un solo Hijo, a la vez Dios y hombre. Otro par de piezas sobre la virginidad y maternidad de María, exaltando a Nuestra Señora por encima de todo lo creado y de todas las mujeres.

Muy notables sus escritos sobre la Epifanía y el bautismo, sobre el Domingo de Ramos y otros días de la Semana Santa, la crucifixión del Señor, sobre la Pascua, la Ascensión, los santos Inocentes, la mistagogía bautismal, etc.

Además de su obra homilética abundante se conservan un buen número de cartas, tales como *Tomus ad Armenios,* donde exhorta a vivir las virtudes teologales, insiste sobre la unidad de persona en Jesucristo, Dios y hombre. En otra de sus cartas a los obispos de Occidente encierra una profesión de fe sobre la Santísima Trinidad, la Encarnación. Habla también de la eficacia del bautismo, el libre albedrío, etc.

Uno de los mejores conocedores de la vida y escritos de Proclo resume así su parecer:

> «Proclo no es, evidentemente, un gran teólogo, no tiene el genio especulativo de Cirilo de Alejandría o de Teodoreto de Ciro, contemporáneos suyos. Expone solamente la doctrina que ha recibido con firmeza y con un estilo brillante, pero sin originalidad. Su mérito está en haber mantenido ante todo la ortodoxia contra Nestorio, en los discursos teológicos en torno al concilio de Éfeso y antes del de Calcedonia».

Así se erigió San Proclo en trasmisor de la fe, por cuya pureza luchó valientemente, haciendo de su teología una escuela de vida cristiana y mariana.

JOSÉ VICENTE RODRÍGUEZ, OCD

Bibliografía

FRITZ, G., «Proclus, archivêque de Constatinople», A. VACANT - E. MANGENOT - E. AMANN *et al.* (dirs.), *Dictionnaire de théologie catholique.* XIII/1: *Préexistence-Puy* (Paris 1936) cols.662-670.

SIMONETTI, M., «Proclo de Constantinopla», en *Diccionario patrístico y de la antigüedad cristiana,* II (Salamanca 1992) 1.837.

SOLIGNAC, A., «Proclus (Saint) évêque de Constantinople», en *Dictionnaire de spiritualité, ascétique et mystique.* XII/2: *Piatti-Quodvultdeus* (París 1986).

BEATO LUIS GUANELLA

Presbítero y fundador († 1915)

Nació Luis Guanella Bianchi en Fraciscio di Campodolcino, una hermosa aldea de los Alpes italianos, recostada sobre las laderas del Valle de San Giacomo (Sondrio), el 19 de diciembre de 1842. Era el noveno hijo de los trece que tuvieron Lorenzo Guanella y su esposa María Bianchi. El niño recibió las aguas bautismales al día siguiente de su nacimiento en la parroquia de San Juan Bautista de Campodolcino.

Bajo la mirada exigente de su padre, alcalde de Campodolcino durante casi un cuarto de siglo, y sobre todo de la dulzura de su madre, aprendió a dar, ya de pequeño, los primeros pasos en la fe cristiana, en el aprecio al trabajo y a los más pobres. En aquel rincón, entre montañas de más de mil metros de altura, aprendió también a amar la naturaleza, y sobre todo aquella naturaleza, que se le acabaría convirtiendo con los años en una nostalgia natal.

Con una sencilla educación cristiana, pero sólida, recibida en la familia, abandonó su casa y su pueblo, a los doce años, para estudiar humanidades, como becario, en el Colegio Gallio de la ciudad de Como. A partir de 1859, cuando Italia ardía en deseos de unificación, continuó sus estudios de filosofía y teología en las aulas del seminario diocesano. En aquellos momentos de tanta trascendencia histórica, el seminario fue para el jo-

ven Luis, de carácter sensible y emprendedor, un verdadero cenáculo de fe y un balcón donde meditar los entusiasmos y decepciones sociales de la realidad italiana. Desde el punto de vista académico los estudios teológicos de entonces no brillaban a gran nivel, pero en cambio se le daba mucha importancia a la vertiente pastoral y a la formación personal de los seminaristas, muy en consonancia con la religiosidad del pueblo. Precisamente, los contactos con la vida campesina y con las dificultades de sus paisanos los fue manteniendo Luis durante sus vacaciones estivales: veía y vivía de cerca la pobreza de la región, acompañaba a los enfermos, echaba una mano caritativa a los más desamparados y afinaba cada día más su conciencia social.

Por fin, el día 26 de mayo de 1866, fiesta de la Santísima Trinidad, recibió la ordenación sacerdotal de manos del obispo de Foggia, Bernardino María Frascolla, confinado por un tiempo en la prisión de Como a causa de las relaciones hostiles que mantenía el nuevo Estado con la Iglesia. Quiso celebrar su primera misa solemne, el día del Corpus Christi y en la parroquia de Prosto, donde se había ensayado auxiliando a un anciano párroco y se había estrenado como diácono.

Con una conciencia samaritana, de predilección por los más pobres e incapacitados, comenzó Don Guanella su ministerio en la misma parroquia donde había cantado misa y donde había colaborado siendo seminarista como ministro de la palabra y de la caridad. Seguía, pues, ayudando al cura de Prosto, a quien sucedió poco después, pero muy pronto, en 1867, le nombraron párroco de Savogno, un pueblo de aquella comarca de Valchiavena. Entonces, valiéndose de su diploma de maestro, abrió una escuela que se atestó de alumnos y se convirtió en un vivero de apostolado que avivaba, con nuevo entusiasmo, la Acción Católica juvenil fundada poco antes por Juan Acquaderni y Mario Fani. Pero este auge logrado por su escuela se encontró al poco tiempo con una zancadilla dolorosa que, en aquel ambiente anticlerical y para cortar de raíz su éxito apostólico, acabó con su cierre oficial por parte de unas autoridades más o menos locales. En el fondo, la preocupación pastoral de Don Guanella en Savogno consistía en instruir a jóvenes y adultos, formarlos religiosamente y también desenmascarar las asechanzas políticas en

contra de la misión de la Iglesia o defender su ministerio cuando la autoridad civil lo ponía en entredicho.

Con la escuela cerrada parecía que se le cerraban a Don Guanella otras puertas, entre ellas su ilusionante entrega a la juventud mediante la enseñanza y la pedagogía, por las que se sentía tan atraído, sobre todo desde que conoció la experiencia de Don Bosco y la obra del Cottolengo. Sin pensárselo más, se marchó a Turín en 1875 no sólo a encontrarse con Don Bosco, sino a seguirle los pasos en el camino de la santidad y a colaborar en su obra pedagógica con la juventud. Quiere esto decir que tomó la decisión de hacerse salesiano, hizo los primeros votos y perteneció a esta sociedad al menos tres años. Durante su estadía en Turín conoció y se relacionó con la obra caritativa de José Benito Cottolengo. Le dejó tan profunda huella, que más adelante, cuando Don Guanella fundó sus primeras casas las quiso llamar, a imitación de la del Cottolengo, Casas de la Providencia.

Al cabo de esos años de obediencia salesiana y de residencia en Turín, en 1878 lo llama el obispo de Como para que se reincorpore a su diócesis. Le confía la parroquia de Traona. Quiso allí abrir de nuevo otro colegio, de estilo salesiano, destinado a la instrucción de niños pobres, pero acabó cerrándoselo también la autoridad civil en 1881. Sólo unos pocos meses al frente de la parroquia de Olmo y en seguida le encargan de la parroquia de Pianello Lario, cerca de Como, donde acababa de morir el sacerdote Carlos Coppini, quien se había ocupado de fundar y atender una casa para niños huérfanos y un asilo para ancianos, en que colaboraban unas cuantas chicas aspirantes a la vida religiosa.

Se hizo cargo Don Guanella de aquella institución socio-caritativa de Pianello Lario. Al cabo de cinco años, con algunas de aquellas jóvenes y la colaboración de sor Marcelina Bosatta y de la hermana Beata Chiara, fundó en Como la primera casa de una nueva congregación que tomó el nombre de Hijas de Santa María de la Providencia, conocidas más tarde por *guanelianas*. La comunidad comenzaba su larga travesía como una humilde navegación por las plácidas aguas del lago de Como. Salieron en un bote, de Pianello Lario rumbo a Como, dos reli-

giosas y cuatro chicas huérfanas. Era la noche del 5 de abril de 1886. Con aquellas pasajeras iba también la semilla de lo que sería el equipo fundador de la Casa de la Divina Providencia. Cuando empezó a crecer la institución no faltaron ayudas y manos generosas, colaboradores dispuestos a seguir una vida religiosa volcada en la caridad. Fue educando y cuidando aquellas vocaciones, pero quiso acercarse a Turín en 1887 para recibir el consejo de Don Bosco sobre la conveniencia de fundar una congregación para sacerdotes y hermanos. Nacieron, pues, los Siervos de la Caridad, los *guanelianos,* y recibieron muy pronto tanto las bendiciones como el apoyo económico del obispo Andrea Ferrari. La obra de Don Guanella se fue extendiendo con rapidez más allá de Como: en 1891 ya está en Milán y en 1903 llega a Roma, pero fuera de Italia se abrió camino en Estados Unidos en 1912. Una vez erigida canónicamente la rama masculina, en la que colaboraron de manera decisiva Aurelio Bacciarini y Leonardo Mazzucchi, el propio Don Guanella formó parte de la congregación e hizo los votos en 1908.

Contó la obra guaneliana con el aprecio de mucha gente, fue muy popular en la Italia de su época, y como su fundador llegó a ser un buen amigo del papa Pío X, el santo pontífice propuso a Don Guanella que creara una parroquia cerca del Vaticano, en la zona llamada *Porta trionfale,* habitada por personas de extrema pobreza y espiritualmente desasistidas. Accedió Don Guanella a la solicitud del Papa comprando un terreno, un granero y una casa de labranza. A comienzos de 1908 acondicionó unas casas para dar cobijo a diecisiete familias que hasta entonces malvivían en tugurios. Limpió los inmuebles y el granero lo convirtió en una iglesia —el altar se lo regaló el Papa— que los parroquianos llamaban humorísticamente la *basilichetta.* Esta presencia en Roma y la simpatía con la que el papa Sarto veía la obra guaneliana, colaboraron a que la congregación se extendiera con gran empuje en otros países, como Suiza o Estados Unidos. Pero sobre todo porque la caridad era la virtud que presidía todas las realizaciones de Don Guanella.

Gran admirador de San Francisco de Asís, se hizo terciario franciscano y encarnó el espíritu de pobreza y de alegría del *Poverello,* su confianza en Dios y su amor por los más pobres:

huérfanos, deficientes, ancianos, enfermos. Y también por los emigrantes que, en gran número, viajaban a otras zonas de Europa y a América. Tanto le preocupó esta desbandada social, su desamparo y desarraigo, que quiso conocer de cerca sus modos de vida, razón por la que en 1912 se embarcó a los Estados Unidos y se comprometió a enviar sacerdotes y hermanas de su congregación para que asistieran a los emigrantes, siguiendo la misma trayectoria y entrega que otras instituciones eclesiales de la época.

Sus destinatarios pastorales pertenecían a un grupo intermedio que no era ni el de los oratorios de Don Bosco ni el de las casas del Cottolengo, pero se alimentaba de ambas experiencias. Su misión caritativa se fundaba en Dios y en su Providencia. Nada, pues, le era indiferente y ajeno cuando una persona o una colectividad necesitaba de su ayuda. Por eso, además de superar con fe y caridad las injusticias y persecuciones que le propinó el anticlericalismo militante de aquel momento, acudió en primera línea a socorrer a los damnificados de los terremotos de Calabria, Marsica y Mesina y prestó asistencia a los heridos durante la Guerra Mundial de 1914.

Entre sus obras, también hay que citar los abundantes escritos que dejó, unos de carácter pastoral, hagiográfico, histórico o de formación cristiana, otros de gran interés para la constitución y expansión de su obra, así como las más de tres mil cartas donde se autorretrata su vivo carácter, su enérgica voluntad, pero también su sentido profético y su particular amor a los pobres y abandonados. Llegó a publicar una revista mensual con el título de *La Divina Providencia* para dar cauce y difusión a numerosos escritos sobre su carisma como anunciador de la paternidad de Dios.

Una de las iniciativas más populares de Don Guanella fue la asociación para ayuda de los moribundos, aprobada por Pío X en 1913 con el nombre de Pía Unión del Tránsito de San José. Su preocupación por una buena muerte queda recogida en esta motivación fundacional:

> «Existe una necesidad de vivir bien, pero hay mayor necesidad de morir bien. Una buena muerte lo es todo, especialmente en la actualidad cuando las personas sólo piensan en las cosas materiales y en divertirse aquí en la tierra, rechazando la eternidad».

A Don Guanella le llegó esa buena muerte el 24 de octubre de 1915 en la Casa de la Divina Providencia de la ciudad de Como, a los 73 años de edad. El primer aviso de que le llegaba el final lo tuvo un año antes cuando le sobrevino una parálisis mientras comía con algunos sacerdotes de su congregación. Sus restos se veneran en el santuario del Sagrado Corazón de Como. Un año antes de que se cumpliera el medio siglo de su muerte fue beatificado por el papa Pablo VI, quien, aquel 25 de octubre de 1964, con las sesiones del Concilio Vaticano II en plena ebullición, recordó en su discurso una frase de Don Guanella que esclarece la fuente de su energía sobrenatural: «Es Dios el que actúa en nosotros».

JOSÉ ANTONIO CARRO CELADA

Bibliografía

AAS 56 (1964) 967-972.
Ecclesia (14-11-1964) n.1.218, p.9-10.
LUCARELLI, V., *Un contemporaneo affascinante, don Guanella* (Milán 1991).
LUIS GUANELLA (SAN), *Le vie della Providenza. Memorie autobiografiche* (Roma 1988)
MAZZUCCHI, L., *La vita, lo spiritu e le opere di don Luigi Guanella* (Como 1920).
L'Osservatore Romano (26/27-10-1964) 1-2.

BEATO JOSÉ BALDO

Presbítero († 1915)

Quienes han visto Verona, en Italia, se han conmovido ante aquel balcón adonde se subió Romeo en busca de los labios de Julieta. Han pasado muchos años desde que Shakespeare escribió su leyenda para el teatro y aquella hermosa ciudad sigue siendo punto de atracción para cualquier enamorado feliz. Debajo del balcón hay que sacarse una foto junto a la estatua de Julieta. Han sido tantas las parejas que lo han hecho, que la estatua está desgastada en una de las partes más sugerentes de la imagen.

En aquella ciudad llena de ensueño vivió nuestro santo de hoy: José Baldo. Había nacido en Puegnano el 19 de febrero de 1843.

Siendo aún muy pequeño le contó a su madre los deseos que sentía de ser sacerdote. Aquella santa mujer le contestó redondamente: «O buen sacerdote, o nada». Cuando nosotros éramos seminaristas pequeños, nuestro director espiritual, en aquellas meditaciones que nos daba por las mañanas, nos decía a voz en grito la misma frase, pero en versión más clara: «O santos, o por la ventana».

En este clima de santidad sacerdotal se crió José, convencido que, de ser sacerdote, más valía ser santo que dar un paso en falso. Y de esta forma, se ordenó sacerdote el 15 de agosto de 1865, cuando tenía 22 años.

¿Qué ocurría en el mundo en aquellos años? No es una pregunta vana porque ocurrieron hechos que cambiaron el mundo. Fue la época de los inventos. En la vida de José influyeron del todo. Veremos luego por qué.

Un mundo nuevo:

— 1863: Nace Henry Ford.

— 1865: Nichaux hace una bicicleta con una rueda delantera grande.

— 1867: Carlos Marx publica el primer volumen de *El capital.*

— 1876: Alexander Graham Bell inventa el teléfono.

— Se crea el teléfono de dos piezas.

— 1877: Edison inventa el fonógrafo de cilindro y el micrófono de carbón.

— Muere Talbot, inventor del negativo para la fotografía.

— 1878: Edison crea el gramófono.

— 1879: Edison inventa la bombilla.

— 1882: Edison inaugura la luz eléctrica para la ciudad de Nueva York.

— 1883: Muere Carlos Marx en Londres.

— 1885: Invento del automóvil.

— 1887: Comienza a construirse la torre Eiffel.

— 1889: Exposición internacional de París, con la torre Eiffel. Está presente Edison.

— 1890: Primer hombre volador. El francés Clement Ader construye un aparato y le pone por nombre «avión». Sube a 50 metros de altura.

— 1891: *Rerum novarum* de León XIII.

— 1893: Millet pone motor a la bici.

— 1894: Guillermo Marconi, con 20 años, hace las primeras pruebas de radio en su casa.

— 1895· Marconi transmite a 1.700 metros de distancia

— 1897: Marconi transmite a 15 kilómetros de distancia

— 1900: Alberto Santos Dumont, ingeniero brasileño, construye dirigibles pequeños movidos por motores de petróleo.

— Primer vuelo de un dirigible Zeppelin, del conde Von Zeppelin, alemán. Entre 1900-1914 hace 25 zeppelines.

— 1902: Primera fábrica de coches Ford.

Esta lista de novedades tecnológicas nos coloca en un mundo nuevo, con grandes repercusiones sociales. Todo ello influyo decisivamente en la vida de José Baldo.

En 1865, para comenzar su apostolado, el obispo le encomendó la formación de la juventud en la propia Verona; labor delicada siempre, pero tratándose de un apóstol joven, el trabajo no le resultaba difícil. Y así estuvo durante doce años.

Luego le encomendaron la parroquia de Rondo all'Adige, y allí estuvo hasta su muerte. En este su segundo destino estuvo 38 años.

Ser párroco es una labor complicada porque éste tiene que tocar todos los instrumentos de la orquesta: desde dar catequesis hasta atender a los moribundos, pasando, si es preciso, por fundar una congregación de religiosas. O sea, todo lo que haga falta.

Atendió a la juventud fundando para ellos un gimnasio parroquial que garantizaba a las familias una educación religiosa segura para sus hijos.

Con tanta revolución industrial, era el tiempo de la cuestión social. León XIII promulgaba en Roma la *Rerum novarum,* el 15 de mayo de 1891, en el año catorce de su pontificado. Todo el clero se tomó muy serio esta consigna y los sacerdotes se metían en cuestiones sociales porque así lo exigían los tiempos. A José le tocó también tocar este aspecto del apostolado moderno.

Decia el Papa con angustia:

> «Una vez despertado el afan de novedades que hace tanto tiempo agita a los Estados, necesariamente habia de suceder que el deseo de hacer mudanzas en el orden politico se extendiese al economico, que tiene con aquél tanto parentesco Efectivamente, los

aumentos recientes de la industria y los nuevos caminos por donde van las artes, el cambio obrado en las relaciones mutuas de amos y jornaleros, el haberse acumulado las riquezas en unos pocos y empobrecido la multitud, en los obreros la mayor opinion que de su propio valer y poder han concebido, la union mas estrecha con que unos a otros se han juntado, y finalmente la corrupcion de costumbres, han hecho estallar la guerra»

«Vemos claramente, y en esto convienen todos, que es preciso dar pronto y oportuno auxilio a los hombres de la infima clase, puesto que inicuamente se hallan la mayor parte de ellos en una condicion misera y calamitosa»

Otra cuestion importante fue la formacion de la mujer. José Baldo trabajó en serio por este problema social que denunciaba el Papa. Trabajó por la promoción de este sector de la sociedad tan importante para la Iglesia.

Llegó tambien a preocuparse de la marginacion. Para solucionar este problema en la medida de sus fuerzas, fundó en 1894 la congregación de las pequeñas Hijas de San José. Su carisma era educar a los niños más desfavorecidos y atender a los ancianos y enfermos de su tiempo.

Era un sacerdote de una vida religiosa profunda, unido perfectamente a la Iglesia, a la cual veneraba con obsesion. Como todos los santos, la Eucaristía era la fuente de todas sus energias.

El futuro Pío X, siendo cardenal de Venecia, se enteró de la labor que hacía este sacerdote. No tuvo inconveniente en estimular su labor y ponerlo como ejemplo ante todos los sacerdotes de su diócesis.

No es extraño que José se emocionara como un hijo fiel, cuando vio que aquel humilde sacerdote, pasando por obispo y cardenal, llegaba a la silla de San Pedro para engrandecer a la Iglesia de su tiempo.

Veneró a su papa, Pío X, y murió como él, lleno de dolor, al comprobar que había comenzado la Primera Guerra Mundial. Fallecio en Ronco all'Adige el 24 de octubre de 1915.

Juan Pablo II lo beatificó el 31 de octubre de 1989 Aquel dia, el Papa lo calificó como hombre inteligente y abierto, que supo apreciar los conceptos de libertad, democracia, unidad nacional y justicia social. Un hombre que no perdió el tiempo en lamentaciones estériles, sino que aprovechó sus energías para crear obras meritorias.

El beato solía decir: «No tenemos delante enemigos que aplastar, sino hermanos que convertir». Y con ese lema lleno de fe, transcurrió por esta vida dando frutos de amor y de misericordia.

FÉLIX NUÑEZ URIBE

Bibliografía

AAS 84 (1988), 85 (1989).
L'Osservatore Romano (5 11-1989).
REPETTO BETTES, J. L, *Santoral del clero secular. Del siglo XIII al siglo XX* (Madrid 2000) 480.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTOS ARETAS Y COMPAÑEROS

Mártires († 523)

Al comienzo del siglo VI los etíopes atravesaron el Mar Rojo e impusieron su dominación a una zona de lo que ahora es el Yemen, habitada por judíos y tribus arábigas. Como reacción a este dominio Dun'an o Dhu Nuwas, rey de los homeritas, convertido al judaísmo, inició una conquista de la zona gobernada por los etíopes y cuyos habitantes eran cristianos muchos de ellos. Tomó primero la ciudad de Zafar donde masacró a sus habitantes y luego se dirigió a Negrán o Najran que resistió bravamente el sitio. Cuando la ciudad se vio muy apurada concertó condiciones de su entrega y una de ellas era la amnistía para todos sus habitantes. Pero cuando la ciudad se entregó se conminó a todos los cristianos a abandonar su religión. Banu Harith o Aretas que había sido el jefe de la resistencia, y a quien el *Martirologio* llama príncipe de la ciudad, se negó firmemente a abjurar el cristianismo. Él y los miembros de su tribu fueron decapitados mientras que el clero, los diáconos y las vírgenes consagradas eran quemados vivos. El *Martirologio* da como número de mártires el de 340. Enseguida que esta masacre se supo, el pueblo fiel tuvo a las víctimas como verdaderos mártires. Era el año 523.

SAN MAGLORIO
Obispo († 575)

Maglorio o Maelor era de origen irlandés y fue educado por San Iltido en Llanilltyd Fawr (Gales). Ingresó en la vida monástica e hizo los estudios necesarios para que se le considerara apto para ser ordenado diácono. Con San Sansón, del que quizás era pariente, marchó a Bretaña, donde ambos realizaron una amplia labor misionera y, mientras Sansón era abad del monasterio de Dol, Maglorio lo era del de Lammeur. Cuando a Sansón lo hicieron obispo de Dol, le sucedió Maglorio en la abadía de esta población y cuando a su vez Sansón murió (565), parece que Maglorio lo sucedió en la sede. De todos modos —sea este último dato verdadero o falso— mucho no duró en la sede pues se retiró a hacer vida solitaria en la costa de Bretaña, aunque no logró la soledad que quería pues acudían a él en busca de dirección y consejo una multitud de personas. Por fin obtuvo un terreno en la isla de Sark donde edificó un monasterio, y donde se cuidó de los problemas del pueblo como el hambre, las epidemias o las razias de los piratas. Parece que murió hacia el año 575.

SAN JOSÉ LE DANG THI
Mártir († 1860)

Este joven cristiano vietnamita, de 31 años al tiempo de su martirio, había nacido en el pueblo de Ke-Van hacia el año 1829. Cristiano fervoroso y convencido, seguía la carrera militar y había obtenido el grado de capitán. Llegó el año 1859 y estaba destinado en el destacamento de Nghe-An. Se prohibió formalmente a todos los miembros del ejército la profesión del cristianismo. El gobernador, amigo suyo, le aconsejó que renegase del cristianismo para no perder su carrera militar, pero como José no quería, le propuso que pidiera su licencia del ejército alegando que no estaba muy bien de salud, lo cual era cierto. José pidió la licencia y se marchó a su pueblo natal, donde empezó a construir una casa para su familia. Y no se había trasladado aún la familia al pueblo cuando José fue denunciado como cristiano y arrestado, siendo ingresado en la cárcel de Quang-Tri. Era

enero de 1860. Interrogado, se negó a apostatar, y por ello fue cargado con una canga al cuello y se le pusieron grilletes y cadenas en manos y pies. Trasladado a la cárcel de An-Hoan empeoró mucho de salud y llegó a temer que moriría antes de recibir la corona del martirio. Pero no fue así. El 24 de octubre de 1860 fue estrangulado por su condición de cristiano.

Fue canonizado el 19 de junio de 1988 por el papa Juan Pablo II junto con los 117 mártires de Vietnam, muertos por la fe entre los años 1745-1862, que habían sido beatificados a lo largo del siglo XX.

25 de octubre

A) MARTIROLOGIO

1. En Roma, en la Via Salaria nueva, santos Crisanto y Daría († 253), mártires *.
2. En Soissons (Galia), santos Crispín y Crispiniano († s. III), mártires *.
3. En Florencia (Toscana), San Miniato († s. III), mártir *.
4. En Perigueux (Aquitania), San Frontón († s. III), evangelizador.
5. En Constantinopla, San Martirio, subdiácono, y San Marciano, cantor († 351), mártires.
6. En Brescia, del Véneto, San Gaudencio († 410), obispo *.
7. En el territorio de Gavallus (Galia), San Hilario († 535), obispo de Mende.
8. En el territorio de Segovia, San Frutos († 715), ermitaño **.
9. En Pécs (Hungria), San Mauro († 1070), obispo y abad de San Martín.
10. En Vich (Cataluña), San Bernardo Calvó († 1243), obispo, anteriormente abad cisterciense **.
11. En Borgo San Antonio (Italia), Beato Tadeo Machar († 1492), obispo de Cork y Cloyne en Irlanda *.
12. En Nules, junto a Tortosa, Beato Recaredo Centelles Abad († 1936), presbítero, de la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos del Sagrado Corazón de Jesús, mártir *.
13. En Alzira (Valencia), beatas María Teresa Ferragut Roig y sus hijas: María de Jesús (Vicenta), María Verónica (Joaquina), María Felicidad y Josefa de la Purificación (Ramona) Masiá Ferragut, vírgenes, las tres primeras monjas capuchinas y la última agustina descalza, mártires todas ellas en 1936 **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN FRUTOS

Ermitaño († 715)

San Frutos tiene dos caminos. Ambos florecen de devotos el 25 de octubre de cada año. El primero desemboca en el trascoro de la catedral de Segovia, donde reposan los restos de su santo patrono. Allí, en la mañana de su fiesta, se dan cita en polícroma multitud los segovianos. Hombres y mujeres, mayores y chicos, se apiñan en el arranque de la nave central de la «dama de las catedrales góticas». Y con el pueblo se mezcla la clerecía. Entre los hábitos corales de los canónigos y los roquetes de los seminaristas emerge la mitra preciosa del prelado, quien, teniendo como telón de fondo el rico retablo que trazara Ventura Rodríguez para el Palacio Real de Riofrío y donara Carlos III a la catedral segoviana, hace un compás de espera en la procesión de las reliquias del Santo para que los cantores le entonen un villancico.

A vino rancio y a frescor primaveral les sabe siempre a los segovianos su himno pajarero. No sé por qué lo llaman de este modo, si por ser demasiado juguetón, ingrávido de contenido, con una letra de espuma que huye perseguida por unas notas transidas de barroquismo, o por alguna vinculación especial de San Frutos con las aves. Algo debe de haber cuando son muchos los cazadores que madrugan aquella mañana otoñal para aprovecharse de «la caza milagrosa» que tradicionalmente tiene lugar en ese día.

El otro camino conduce a lo que primeramente fue ermita del Santo; luego priorato benedictino, más tarde parroquia con reducido vecindario en torno, y hoy simple iglesia medieval, aunque cabeza de arciprestazgo.

El lugar es pintoresco en extremo. Nunca creí que los romeros de Castilla explayaran su devoción por otros caminos que los pedregosos que la tierra da. Pero yo fui a San Frutos por vía fluvial. Y esto, no por espíritu deportivo, sino por ser el camino más corto y accesiblemente menos dificultoso. Media hora de barca desde la presa del Barquillo hasta los cimientos mismos que la naturaleza preparó para la obra de la gracia. Sobre el

tranquilo embalse con más de veinte metros de profundidad deslizábase lenta la barquilla, conducida por un experto remero portugués. Mientras sus brazos se balanceaban en monorrítmico ademán, sus ojos se poblaban de recuerdos. Contaba y contaba sin cansarse sus historias, como los gondoleros de Venecia desgranan al turista sus leyendas. Más de treinta años llevaba bebiendo las mismas escenas. El colorido y tipismo de la fiesta de San Frutos, cuando las laderas circundantes se visten de peregrinos que trepan por los riscos agarrándose a los matorrales para no caer al precipicio; cuando los caminos sin trazar florecen de canciones que confluyen en la ermita.

Contemplado desde la barca el paisaje es de una belleza salvaje y bravía. El río Duratón corre encañonado entre muros naturales de más de sesenta metros de altura, de extraordinario interés geológico y prehistórico. Al lado izquierdo se yergue imponente, como nido de cigueñas y atalaya del espíritu, una iglesia románica, levantada sobre roca viva, cortada a pico sobre el abismo en un alarde de valentía y circundada en su totalidad por la corriente, excepto una pequeña lengua de tierra, y aun ésta, separada del resto en unos cuantos metros de profundidad y segada a tajo, según refiere la historia, por la mano taumaturgica del Santo en un momento de extremado peligro.

San Frutos tuvo dos hermanos menores que él: Valentín y Engracia. Gemelos en el espíritu y en la virtud, los tres eran hijos de un matrimonio segoviano de noble alcurnia, a quien la tradición hace descender de patricios romanos. En cualquier ocasión hubieran podido trocar sus nombres, como las carmelitas se cambian sus cosas una vez al año. Los tres fueron valientes en las batallas que les tocó luchar; dieron frutos de auténtica santidad. Y la gracia de Dios les previno abundantemente. Empujados por ella, vendieron su rico patrimonio para entregarlo a los pobres. Corrían turbias las aguas del reino visigodo, allá por la segunda mitad del siglo VII, y ellos quisieron alejarse del fango. Atrás quedó la ciudad con su soberbio acueducto, con sus iglesias y también sus vicios.

Los gritos de la molicie silbaban en sus oídos. Pero el atractivo de la soledad les empujaba hacia el retiro. No descansarían hasta poner su nido en la hendidura de la roca, como la tórtola del Cantar de los Cantares.

tranquilo embalse con más de veinte metros de profundidad deslizábase lenta la barquilla, conducida por un experto remero portugués. Mientras sus brazos se balanceaban en monorrítmico ademán, sus ojos se poblaban de recuerdos. Contaba y contaba sin cansarse sus historias, como los gondoleros de Venecia desgranan al turista sus leyendas. Más de treinta años llevaba bebiendo las mismas escenas. El colorido y tipismo de la fiesta de San Frutos, cuando las laderas circundantes se visten de peregrinos que trepan por los riscos agarrándose a los matorrales para no caer al precipicio; cuando los caminos sin trazar florecen de canciones que confluyen en la ermita.

Contemplado desde la barca el paisaje es de una belleza salvaje y bravía. El río Duratón corre encañonado entre muros naturales de más de sesenta metros de altura, de extraordinario interés geológico y prehistórico. Al lado izquierdo se yergue imponente, como nido de cigueñas y atalaya del espíritu, una iglesia románica, levantada sobre roca viva, cortada a pico sobre el abismo en un alarde de valentía y circundada en su totalidad por la corriente, excepto una pequeña lengua de tierra, y aun ésta, separada del resto en unos cuantos metros de profundidad y segada a tajo, según refiere la historia, por la mano taumatúrgica del Santo en un momento de extremado peligro.

San Frutos tuvo dos hermanos menores que él: Valentín y Engracia. Gemelos en el espíritu y en la virtud, los tres eran hijos de un matrimonio segoviano de noble alcurnia, a quien la tradición hace descender de patricios romanos. En cualquier ocasión hubieran podido trocar sus nombres, como las carmelitas se cambian sus cosas una vez al año. Los tres fueron valientes en las batallas que les tocó luchar; dieron frutos de auténtica santidad. Y la gracia de Dios les previno abundantemente. Empujados por ella, vendieron su rico patrimonio para entregarlo a los pobres. Corrían turbias las aguas del reino visigodo, allá por la segunda mitad del siglo VII, y ellos quisieron alejarse del fango. Atrás quedó la ciudad con su soberbio acueducto, con sus iglesias y también sus vicios.

Los gritos de la molicie silbaban en sus oídos. Pero el atractivo de la soledad les empujaba hacia el retiro. No descansarían hasta poner su nido en la hendidura de la roca, como la tórtola del Cantar de los Cantares.

Guiados por San Frutos llegaron al desierto. Como a tal lo consideran las lecciones del *Breviario,* que lo comparan al de Libia. Tierra aquélla inhóspita y ceñuda, aledaña de la Sepúlveda gloriosa que conociera Fernán González y Almanzor. Tierra de lastras, excepcionalmente yerma y de una impresionante austeridad. Ralos enebros rompen la monotonía pardusca de su piel y alternan con mortificantes canchales. ¡Magnífica invitación a la penitencia!

Hicieron alto en el camino. Habían encontrado, por fin, lo que deseaban. En adelante se alimentarían de soledad y de silencio. Bajo la grandiosa majestad de los peñascos, en las grietas naturales del terreno, encontrarían reposo para la oración y acomodo para sus espíritus. Levantaron tres ermitas a una distancia conveniente para defender mutuamente su soledad y empezaron a vivir a lo santo.

> «Allí donde todo era rigor aun a la vista, sin que ningún sentido tuviese ni los deleites que son lícitos: era el ayuno continuo; la vigilia, incesante; el sueño, limitado, el lecho eran las peñas; el vestido, cilicio; el alimento, hierbas; la bebida, mezclada con lágrimas; ningún trato ni memoria del mundo» (Flórez).

Pero San Frutos buscó las cumbres. En ellas plantó su tienda «para espiar mejor la gracia que baja del cielo». Arriba su espíritu se sentía más libre para los arrebatos de la oración, en que ocupaba la mayor parte del día. Oración armonizada por el silencio y coreada a trechos por el graznido silvestre de los grajos y el murmullo sonoro del río que se deslizaba en la hondonada. Locamente enamorado, como buen místico, de la naturaleza, en ella encontraba temas abundantes para sus penitencias.

Lo que más me llama la atención en San Frutos es esa adecuación maravillosa, esa rima aconsonantada entre las calidades de su espíritu y el tono del paisaje que escogió para escenario de su santidad. La tierra aquella no es montañosa. No se empina sobre el horizonte con aires de turgente soberbia. Tiene la sencillez del páramo, la austeridad del desierto, la hosquedad flagelante de la pedriza, y se arruga en sí misma agrietándose en barrancos de profunda humildad para dar paso a la acción modeladora de las aguas. Cuadro natural que puede exponerse como una réplica exacta del retrato moral de Frutos: sencillo,

humilde, austero, sobrio y penitente. Hasta su rostro, decorado con abundosa barba aaronítica, lleva los surcos de la penitencia como le soñó Carmona en una talla bien lograda que se conserva en la iglesia del seminario de Segovia.

El tiempo le fue madurando para el milagro y aromándolo con fama de santidad. Mientras él se empapaba de silencio se rompía la paz de España con la invasión de los moros. Un día el griterío de los infieles rebota en aquellos riscos patinados de tranquilidad multisecular. Un destacamento musulmán persigue a un puñado de cristianos, que huyen despavoridos, como los pájaros y las flores, a refugiarse bajo el manto pardo del Santo. Frutos, con su bastón cargado de sobrenaturalismo, traza una línea frontera entre las dos religiones. La roca le obedece. Se raja en dos mitades, quedando el prodigio bautizado para siempre con el nombre de «la cuchillada de San Frutos»

Desposado con la naturaleza, como San Francisco con la pobreza, se le torna sumisa a sus deseos. Otra vez quiere regalar a su hermana una fuente para que no se lastime demasiado teniendo que bajar, para apagar su sed, hasta el lecho del río, y brota el manantial cerca del eremitorio de Santa Engracia.

Y así un año tras otro, haciendo penitencia por los pecados de su patria, hasta que un día, cargado de frutos, presenta su nombre en la taquilla del paraíso. Acostumbrados sus ojos al vuelo de las aves, él de un brinco romontó el cielo. Fue en el 715 de la era cristiana. El reloj de su vida marcaba el número 73.

JULIÁN GARCÍA HERNANDO

Bibliografía

Acta sanctorum. Octobris, XI, p.692-704.

CALVETE, L., *Historia del glorioso San Frutos* (Valladolid 1610).

CASTRO, C. de, *Historia de los tres Frutos segovianos,* ms.

COLMENARES, D. de, *Historia de Segovia* (Segovia 1847).

FEROTIN, M., OSB, *Historie de l'Abbaye de Silos* (París 1897).

PANTIGOSO, J. de, *Memorial histórico.* Ms. Archivo Catedral de Segovia.

• Actualización:

PALENZUELA, A., «Religiosidad en torno a San Frutos», en A. GALINDO GARCÍA, *Monseñor Palenzuela, obispo, pensador y teólogo* (Segovia 1995) 465-474.

QUINTANILLA, M., «Los milagros de San Frutos» (Un texto de Diego de Colmenares): *Estudios Segovianos* 6 (1954) n.16-17, p.277-294.

SAN BERNARDO CALVÓ

Obispo († 1243)

Ya entrada la segunda mitad del siglo XII, después de la reconquista de Tortosa de manos de los árabes, uno de los caballeros repobladores del campo de Tarragona, de aquellos que contribuyeron en la obra de la Reconquista, recibe una masía (manso) no lejos de Reus, conocida aún hoy con el nombre de Calvó, que perpetúa el de la familia de un santo. En esa masía, e hijo del caballero Calvó y de su mujer Beatriz, nacía en 1180 un tercer hijo varón, Bernardo. Eso ocurre bajo el reinado de Alfonso II el Casto, hijo de los que han vinculado Aragón y Cataluña, Ramón Berenguer IV el Santo y Petronila. Tiene tres hermanos y una hermana, y la situación familiar de abolengo de caballeros ha permitido a Bernardo estudiar leyes, posiblemente en la Universidad de Bolonia, muy frecuentada por estudiantes catalanes. Su compatricio y contemporáneo Raimundo de Peñafort verificará allá sus estudios de Derecho. Con ello reconocemos en él, hecho ya un mozo, ese doble carácter, el de caballero, que heredó de su padre, y el de jurista. No es extraño, pues, que lo encontremos ejerciendo funciones jurídicas y administrativas en la curia del arzobispo de Tarragona, junto a su baile y acompañado también de su escudero. Eso refleja el alerta constante con que vive un hombre de las condiciones de Bernardo, y más aún en ese territorio tarraconense, cercano al peligro amenazador de los árabes. La victoria de las Navas de Tolosa (1212) viene a atenuar la tensión de ese alerta, cerrando el paso a los almohades y cambiando la faz de la dominación árabe en España.

Bregado en el quehacer jurídico se ve en Bernardo a un hombre que entra a menudo en litigio con otras personas y que deja entrever la conciencia poco lúcida en su ajetreo administrativo. En él se descubre al hombre de pocos escrúpulos. Sin embargo, un acontecimiento va a señalarle a ese mozo, que ha cumplido ya los treinta y dos años, una nueva senda en su vida. Pedro II de Aragón acababa de morir en la batalla de Muret (12 de septiembre de 1213), cuando Bernardo caía, a fines del mismo año, gravemente enfermo. El frente a frente con la muerte, que atestigua una disposición testamentaria de Bernardo, cambió el rumbo de su vida. Ha descubierto los planes del Señor y

ha visto en el claustro cisterciense de Santes Creus (Tarragona) el nuevo hogar para su alma. Allí entró el 30 de marzo de 1214, festividad de Pascua de Resurrección. Su madre, Beatriz, presencia esa transformación de su Bernardo, pero su padre ha muerto ya. En ese momento de su retiro al claustro Francisco de Asís pasa por las veredas del campo de Vich y del Vallés como peregrino, camino de Santiago de Compostela. La capilla de Sant-Francesc Salmuniá (popularizada con la expresión *s'hi moría,* es decir, «allá moría») recuerda aún hoy, en el llano de Vich, uno de los éxtasis que experimentó el *poverello* de Asís.

Pasa Bernardo un año de noviciado bajo la regla de los cistercienses y en ella bebe aún el frescor del nuevo espíritu reformador que ha dejado la obra de San Bernardo de Claraval entre esos benedictinos blancos. Con un nuevo testamento fechado el 21 de junio de 1215 atestigua el desprendimiento definitivo de sus bienes y propiedades, entregado de lleno al espíritu de pobreza de la regla cisterciense. Con ese despojo de sí y de los suyos va a ir al encuentro y en pos de Jesús, el Maestro. En la soledad y en el silencio transcurre la vida monástica de Bernardo en Santes Creus. La lectura del abad de Claraval, San Bernardo, puede forjar su alma cisterciense. La teología de la caridad, que San Bernardo crea, se centra en la explicación del capítulo séptimo de la regla de San Benito. Para San Bernardo la ley del Señor es la caridad, aquella caridad que «mantiene el lazo de unión substancial en la Trinidad de las Personas divinas», y en el puede leer el monje Calvó, ahora que cala hondo por doquier el espíritu de reforma del Císter, estas consideraciones sobre el amor:

> «Cuando Dios ama no quiere mas que una cosa, ser amado, y solo ama para ser amado, sabiendo que el amor hara dichosos a cuantos le amen» (*In Cant*, I,11)

Unos doce años de vida austera en el claustro vienen a imponer la figura del monje Bernardo, por su rectitud y ejemplaridad, como futuro abad del monasterio de Santes Creus.

Cuando, pues, allá por 1225, la muerte del abad Ramón deja huérfana la comunidad de Santes Creus, Bernardo es elegido para dirigir e impulsar con el espíritu del abad de Claraval aquella comunidad monástica cisterciense. Ese espíritu se revela en

su obra de cofundador y director espiritual de las monjas cistercienses de Valldonzella, en Barcelona. Su labor profunda y paternal contribuye a que aquella comunidad de religiosas conozca un florecimiento de vida y de vocaciones. Esa fecha de 1225, que marca un punto de avance para la expansión en Cataluña de las tres Ordenes mendicantes, dominicos, franciscanos y mercedarios, es la de la fundación de las bernardas cistercienses de Vallvidrera, que dará origen al monasterio de Valldonzella. Llevaba Bernardo apenas tres años de abad en Santes Creus cuando en 1228 tuvo una entrevista larga y tendida con los señores Montcada, que partían para la conquista de Mallorca y serán dos figuras célebres en aquella empresa contra los árabes y muy estimados de Jaime I el Conquistador. Fue un adiós al *benamat* («muy amado») abad, con el que se entretuvieron varias horas en coloquio íntimo para dejar en paz su conciencia antes de emprender la campaña. De ese encuentro con Bernardo salieron los Montcada con «el rostro pálido y el corazón conmovido», después de haber recibido de él un abrazo «efusivo». Uno de los Montcada, Guillermo, iba a dirigir el primer navío de las fuerzas de Jaime I que zarpó de Salou para Mallorca. Desembarcados ya en la isla llevan los Montcada el combate contra la sierra del puerto de Portopí, y allá encuentran la muerte. Cuando a Jaime I le llega la noticia de que los Montcada han muerto «derrama abundantes lágrimas», según atestigua su misma Crónica, ante el cadáver de los dos héroes. El abad Bernardo recibirá los restos de los Montcada para darles sepultura en la tumba que tenían ya preparada bajo la bóveda acogedora del monasterio de Santes Creus.

La sobriedad, disciplina y el silencio cisterciense no reinan en todos los monasterios. El espíritu de reforma de San Bernardo sigue vitalizando la observancia en el claustro, y el abad Calvo, que lo convive, viene encargado de aportar e infundir ese espíritu en la comunidad de la abadía cisterciense de Ager (Lérida). La observancia estricta de la regla y de la clausura para guardar la castidad y el silencio en el alma, morada de la gracia, viene propugnado por Bernardo, y por eso afirma que, «siendo como es el silencio la salvaguardia de la vida de un religioso, lo exhortamos y lo mandamos en el Señor». En noviembre de

1230 el abad Bernardo viene a formar parte del grupo de varones «buenos» que deben escoger con el arzobispo de Tarragona al obispo de la sede de Mallorca, recién conquistada. Rasgos de caridad paternal se van recogiendo al observar el cuidado que reserva a las viudas y a los hijos de aquellos caballeros que van cayendo en las campañas de la Reconquista. Además, su caridad se refleja en el gobierno del convento que él rige, por el cuidado esmerado que prodiga a los enfermos. Mientras el abad de Santes Creus despliega esa caridad pastoral queda vacante la sede episcopal de Vich. El cabildo de aquella sede ha visto en el abad Bernardo «al varón prudente y discreto, tanto en los asuntos espirituales como en los temporales, a quien la madurez de edad, la honestidad de su conducta, una formación teológica competente y su exquisito trato le hacen idóneo con creces para asumir tan santa dignidad», a saber, la de obispo y pastor de la grey vicense. El abad se resiste a aceptar la nueva carga, ya que el retiro del claustro enmarca su afán de mantener viva la conversación con Dios. Sin embargo, al reconocer que era voluntad del Señor, deja el claustro por el báculo de obispo y pastor. Antes de tomar ese báculo podía recordar el abad las advertencias y recomendaciones que San Bernardo dirigía a su discípulo, el papa Eugenio III, en un tratado que le había dedicado:

> «Vas a presidir para velar, para atender, para cuidar, para servir [ ] Ademas no dejes de considerar que tu debes ser la figura de la rectitud, el que afirma la verdad, el defensor de la fe, el guia de los cristianos, el pastor de la grey, el maestro de los ignorantes, el refugio de los oprimidos, el vicario de Cristo» (*De considerat*, 1 4 c 7)

El espíritu benedictino comunitario que Bernardo vivía en Santes Creus dejó huella profunda en su vida. Aquel ambiente cisterciense le acompaña en su palacio episcopal de Vich. Junto al obispo Bernardo vive una pequeña comunidad de unos cuatro monjes cistercienses de Santes Creus, que permanece a su lado hasta su muerte. Aquellos monjes le acompañan en sus tareas pastorales por la diócesis y en las funciones litúrgicas, siendo testimonio del espíritu monacal y apostólico de Bernardo. En ello reflejaba el cumplimiento de aquella recomendación de San Bernardo cuando decía al obispo de Roma:

> «No te entregues siempre a la actividad, sino que debes reservarte tiempo para la consideración de aquello que toca a tu interés espiritual» *(De considerat.*, 1.1 c.7).

Por eso, llevado por un elevado sentido de la vida sobrenatural, jerarquiza sus funciones episcopales: primero y sobre todo la misión espiritual y pastoral, y luego la función de administrador temporal en lo que concierne al uso de sus prerrogativas feudales. Tanto en lo espiritual como en lo temporal aquellos monjes son los testigos de sus virtudes y de su caridad.

La presencia del nuevo obispo, Bernardo, aporta en la diócesis un mensaje de paz efectivo, ya que la aversión que reinaba entre algunas familias señoriales y la ciudad va extinguiéndose gracias a su tacto personal, unido al atractivo de su persona. En él aparece el hombre adoctrinado por la «ciencia» del bien común. En aquella doble fisonomía religioso-política que tiene el obispo en esa plena Edad Media aparece como el que vela por el bien de cuantos forman su grey. Su primer cuidado está dirigido al culto divino y a la administración de los sacramentos; para ello vela por la buena formación del sacerdote y por la dignidad de los templos. Al sacerdote le exige la sencillez en el vestir y la ejemplaridad en su conducta, y para mantener firme ese su carácter obra paternalmente, pero de un modo enérgico cuando se trata de salvaguardar la dignidad del sacerdocio. Facilita un complemento de la formación sacerdotal a quien lo merece, abriendo camino para que algunos la completen en universidades del extranjero, sobre todo en la de Bolonia. Los numerosos templos consagrados durante su episcopado atestiguan el fruto de su labor pastoral. Al lado de eso participa Bernardo, al igual que Raimundo de Peñafort, del entusiasmo que ha levantado Jaime I en pro de la conquista de Valencia y acude a las Cortes de Monzón (1236), en que se determina aquella empresa. Fiel al compromiso allí contraído y a la bula del papa Gregorio IX (2 de febrero de 1237), que estimulaba a prestar auxilio al rey «que había ya tomado la cruz contra los infieles de Valencia», estimula la cruzada en la diócesis y son numerosos los caballeros que toman parte en ella. El mismo obispo Bernardo parte para Valencia el 31 de mayo de 1238; actúa allá en su doble misión de consejero y pastor, y junto al rey, y con otros signatarios, firma el 3 de octubre de 1238 en el acta de capitula-

ción de Valencia. Con ello ha convivido dos acontecimientos históricos del reinado de Jaime I: la toma de Mallorca y la de Valencia.

Como antes en Santes Creus, una nota singular señala el pontificado de Bernardo en la sede de Vich: el ejercicio de su caridad. Lo profesa su testamento, que viene a ser un legado de espíritu de desprendimiento. En su quehacer cotidiano tuvo en cuenta aquella recomendación de San Bernardo:

> «Considera ante todo que tú eres quien debes cuidar de los pobres, tú eres la esperanza de los que sufren la miseria y el tutor de los huérfanos» *(De considerat.,* 1.3 c.3).

El obispo Bernardo Calvó «entregó felizmente su alma al Señor» el día 26 de octubre de 1243 y canceló su vida con un testamento propio del pastor y del padre de los suyos. Bernardo de Claraval (1090-1153), que le precedió casi un siglo, creó la fisonomía que tomaría la vida religiosa en muchos monasterios de Europa y la vida de piedad popular en la segunda mitad de la Edad Media. Bernardo Calvó vino a ser uno de sus hijos que difundirá aquella fisonomía de la vida monástica en Cataluña y aquella forma de piedad popular en su diócesis de Vich, sellándolo todo con el título de apóstol de la caridad.

Esos trazos que hemos entresacado de los documentos y crónicas van tejiendo la semblanza de un «hombre justo», bueno y prudente, que en la rectitud de su vida y en su obra de pastor refleja aquel «hombre santo» aclamado por el juicio popular de los fieles. No habían transcurrido los seis meses de su muerte cuando ya estaba creada una comisión de canónigos destinada a recopilar y examinar los hechos prodigiosos que había obrado el santo obispo. No han pasado veinticinco años de la muerte del obispo Bernardo cuando uno de sus sucesores, al dirigirse a los fieles para restaurar la catedral, pone la obra bajo su advocación, recordando que en ella «está sepultado el cuerpo del Beato Bernardo, por mediación del cual el Señor obra muchos milagros», y unos quince años más tarde el cabildo catedral recuerda a Bernardo y lo designa como «varón santo y beato de santa memoria», que fue «columna firme que cumplió las obras que le eran propias del amor y de la caridad»; por ello reclama que se levante un altar en «honor y reverencia de dicho

santo» y que se celebre su fiesta todos los años el día 26 de octubre.

No ha pasado el siglo de la muerte de San Bernardo cuando el abad de Santes Creus escribe al obispo de Vich que «el Beato Bernardo, oriundo de la masía Calvó, de la diócesis de Tarragona, es tenido en gran devoción y reverencia por la gente debido a los muchos milagros que el Señor Jesucristo obra allí gracias a sus méritos», y para que él mismo pueda comprobar la verdad de algunos de esos hechos milagrosos extrae el abad «un cuaderno papiráceo antiguo» de un libro de sermones sobre la Virgen y se lo envía. Finalmente, un breve apostólico de Clemente XI (26 de septiembre de 1710) coloca la festividad de San Bernardo Calvó entre las fiestas propias del Císter.

JAIME TARRAGÓ

Bibliografía

Acta sanctorum. Octobris, XII.
GUDIOL, J., «La vida de Sant Bernat Calvó pel P. Relles»: *Revista Catalana* 4 (1919-1920).
JUNYENT, E., *Diplomatari de Sant Bernat Calvó, abat de Santes Creus, bisbe de Vich* (Reus 1956).
MONTCADA, J. L. de, *Episcopologio de Vich,* I (Vich 1891).
VILLANUEVA, J., *Viaje literario a las iglesias de España,* VII (Valencia 1821).

BEATAS MARÍA TERESA FERRAGUT ROIG Y SUS CUATRO HIJAS: MARÍA DE JESÚS (VICENTA), MARÍA VERÓNICA (JOAQUINA), MARÍA FELICIDAD Y JOSEFA DE LA PURIFICACIÓN (RAMONA) MASIÁ FERRAGUT

Mártires († 1936)

El día 14 de enero de 1853 nace, en la entonces villa de Algemesí, María Teresa Ferragut Roig, hija del matrimonio formado por Vicente Ferragut y María Teresa Roig, de profunda raigambre cristiana. En este hogar creció en el afecto a sus progenitores y en el amor a Dios, acompañada siempre con el trabajo y sincera piedad. A los veintiún años contrae matrimonio con Vicente Masiá Ferragut (23 de noviembre de 1872), avecin-

dandose la nueva familia en la calle de Valencia n.º 54, en donde nacieron sus hijos, formando una prolífica descendencia: María Teresa (1873-1927), María Felicidad (1876-1927), María Celestina (1879-1927), María Vicenta (1882-1936), María Joaquina (1884-1936), Josefa Ramona (1887-1936), María Felicidad (1890-1936), María Purificacion (1893, contrajo matrimonio) y, Vicente, el unico hijo varon (1895, fraile capuchino).

Esta numerosa prole crece bajo la atenta vigilancia de la madre, abnegada y siempre cariñosa, quien, temerosa de Dios y responsable de la educacion y formación de sus hijas, las lleva a la escuela de perfección que dirige en su propio domicilio, y con admirable empeño, la Beata Josefa Naval Girbés «la señora Pepa», como se la llama cariñosamente. Una admirable mujer totalmente entregada a la evangelización de las jóvenes cristianas, cuyas ejemplares virtudes la elevan al honor de los altares al beatificarla el papa Juan Pablo II el año 1988. Por este hogar-escuela, donde se inculca en las almas de las muchachas la presencia y el amor de Dios, pasaron numerosas jóvenes de la mencionada población que eligieron, bien el matrimonio, bien la vocación religiosa, en distintos institutos religiosos de vida activa y contemplativa.

El matrimonio Masiá-Ferragut estaba considerado como verdaderamente ejemplar, asistían a la santa misa todos juntos, donde se admiraba el respetuoso comportamiento de las jóvenes que también acompañaban asiduamente a su madre participando en los actos de piedad en el templo parroquial, como novenas y rosarios La madre, ejemplo reconocido de mujer fuerte, estaba dotada de dotes naturales, destacando su gran mansedumbre. En la parroquia de Sant Jaume preside la Conferencia de San Vicente de Paúl, para atender a las familias necesitadas, reconociendo todos su gran caridad con las constantes limosnas que les entregaba. Insigne benefactora de los padres escolapios desde el momento en que se instalaron en la localidad, costeando los gastos del altar mayor de la iglesia del colegio. El sábado lo dedicaba a visitar a los enfermos, favoreciéndoles, además, con donativos que dejaba debajo de la almohada.

Tenía en su casa el depósito de alimentos de la mencionada Conferencia de San Vicente de Paúl, especialmente sacos de

arroz, legumbres y verduras, repartiendolo todo con gran amor de Dios. Las monjas cistercienses del monasterio de Fons Salutis inaugurado el año 1927, contaron siempre con su generosa colaboración. Parca en el hablar y justa en sus apreciaciones, mantenía ardiente la llama del amor de Dios en su maternal corazón, convencida de que darle un hijo a Dios era para ella una dichosa alegría. Y Dios la colmó de inmenso agradecimiento. Decidida la vocación de cinco de sus hijas, las acompañó al monasterio que habían elegido para consagrarse a Dios. Las cinco habían recibido la confirmación el año 1899 de manos del arzobispo de Valencia, monseñor Herrero y Espinosa de los Monteros.

La primogénita, María Teresa Masiá Ferragut, eligió el monasterio de San Julián de Valencia, donde tomó el hábito de agustina ermitaña. Falleció el año 1927, con general sentimiento de sus hermanas religiosas.

La primera en profesar con el hábito de las capuchinas de Agullent fue la Beata María Vicenta Masiá Ferragut (1900), a la que siguió la Beata María Joaquina (1903) y, finalmente, la Beata María Felicidad, el año 1909. Las tres hermanas supieron serlo tambien en el mencionado monasterio, entregándose a la comunidad como si fueran desconocidas. Ocuparon diversos cargos en el servicio a las religiosas. La menor de las tres hermanas Masiá Ferragut, sor Felicidad, tuvo que salir del convento en el año 1936, marchándose al domicilio de su madre en Algemesí, para recuperar su maltrecha salud. Según el testimonio de una monja:

> «Jamas habia oido critica alguna sobre la actuacion de estas religiosas Sus vidas habian sido ejemplares [ ] No se llego a conocer que eran las tres hermanas carnales Supieron ser hermanas, pero dandose a todas por igual»

El 2 de febrero de 1905, por su parte, la Beata Josefa de la Purificación Masiá Ferragut, toma el hábito de agustina descalza en el monasterio de Benigánim, donde moró con admirables virtudes y ejemplos de vida, alabados y reconocidos por sus innumerables devotos, la Beata Josefa M.ª de Santa Inés, a quien Su Santidad León XIII elevo a los altares el año 1885. Muy hábil para las labores y dotada con grandes prendas espirituales,

fue elegida priora de la comunidad, cargo al que renunció por su humildad, viéndose obligada a aceptar, pues las monjas la volvieron a elegir para desempeñar dicho cargo. Su gran temple le hizo permanecer en el monasterio durante los tristes desmanes contra la Iglesia del año 1931, con motivo de la proclamación de la Segunda República, cuando algunas religiosas lo abandonaron, temiendo un asalto de las turbas. Años después, cuando se hacían patentes los ataques de los enemigos y la posible persecución religiosa, decía a sus hermanas: «Si vienen otra vez a echarnos, nos emparedamos y pasamos como podamos, pero nosotras no dejamos nuestro monasterio».

Por su parte, Vicente Masiá Ferragut, el único hijo varón, ingresa el año 1911 en el convento capuchino de Masamagrell, donde recibe el orden del presbiterado en 1921. En 1948 marcha como misionero a Colombia, y allí fallece el año 1978

Vicente Masiá, el esposo de la Beata María Teresa Ferragut Roig, muere el año 1916 y ella soporta todo con buen ánimo confiando en la divina providencia. Durante su viudedad es modelo de recato y modestia, y se refugia en el inmenso amor de Dios que la acompañó durante toda su vida.

En el mes de julio de 1936 la comunidad de capuchinas de Agullent aún permanecía en el convento, aunque la Beata Josefa Masiá Ferragut se hallaba ya en Algemesí con su madre, por tener quebrantada la salud. Pero al declararse la persecución religiosa las otras dos hermanas Masiá Ferragut se acogieron en casa de los padres de la priora, muy próxima al edificio del monasterio, pero enterada la madre de este hecho acudió personalmente a Agullent y se las llevó a Algemesí. En el domicilio familiar también se hallaba la monja agustina descalza del convento de Benigánim. Ninguna se escondió, ni admitieron la propuesta que les hizo un familiar muy próximo de contraer matrimonio con una de las hermanas. La admirable madre las defendió con indomable voluntad: «Tanto tiempo esperando la persecución, ¿y ahora la despreciaremos? Adelante». El padre Vicente Masiá escribe a su madre: «Y si hay que sufrir algo se ofrece a Dios, que serán los únicos méritos que nos servirán en el momento decisivo».

En Algemesí el hogar familiar se convierte en un convento, en donde las religiosas se entregan a la oración, conformadas con

la voluntad de Dios, pero con la incertidumbre de lo que les depara el futuro. Alma de una piedad extraordinaria, reza a diario el santo rosario por la salvación eterna de sus hijos, y lee asiduamente *El cuarto de oración,* abriendo su espíritu al Corazón de Jesús y a la Virgen de la Salud, celestial patrona canónica de la ciudad.

En este recogimiento las cuatro hermanas oran juntas, recitan el oficio divino y están ejemplarmente unidas a Dios. Su oración la ofrecen por la Iglesia, por España y por el cese de la guerra civil. El día 19 de octubre de 1936, a las cuatro de la tarde un pelotón de milicianos armados llaman a la puerta, preguntando por las religiosas y las detienen. La madre, una anciana mujer de 83 años, dice con admirable temple: «¡Coraje, hijas mías, que en el mundo estamos sólo un instante, y en el cielo por toda la eternidad!» No las deja solas un instante: «Iré a donde vayan mis hijas, y las acompañaré hasta el monasterio de Fons Salutis», convertido ahora en cárcel. Sus enemigos quedan impresionados por su gran valor. En la mencionada prisión van a permanecer juntas una semana. A la madre la interrogan sobre las pertenencias de la Conferencia de San Vicente de Paúl que presidía, y a las hijas, les preguntaron por los bienes de los conventos en donde moraban. Durante estos siete días la oración y el sacrificio en las cinco mujeres es el gran ejemplo de su bondad, y altísimo espíritu sacrificial. En aquellos muros se preparan todas para la muerte, siempre resignadas asombrando a sus perseguidores. Pero el verdadero asombro es el temple de la madre, admiran su fortaleza de ánimo al no querer abandonar nunca a sus hijas, a pesar de las reiteradas propuestas de sus captores. Según el testimonio de un miliciano, cuando más les repetían que gritasen «¡Viva la República!», más fuerte gritaban: «¡Viva Cristo Rey!» Rezaban en voz baja, y cuando oían pasos o voces interrumpían el rezo. Un vigilante se apiadó y les llevo sillas para todas, y unas mantas, pero otro les escarnecía en ocasiones, asustándolas con sus bravuconadas.

Ni en el trance de la muerte quiere separarse de sus hijas, y les infunde aliento para que permanezcan fieles hasta el último momento. Por eso les pide a los revolucionarios: «Quiero que me fusiléis a mí la última». Velará por sus hijas hasta el final, y las cuatro mueren al grito de: «¡Viva Cristo Rey!» De nuevo los

milicianos la invitan a subir al coche, pero ella insiste: «Ahora con mis hijas». «¡Viva Cristo Rey!» Muere por amor a sus hijas. Muere amando a sus hijas en el amor Misericordioso de Dios. Sus cuerpos reciben sepultura en el cementerio de Alzira, y sus muertes se consideraron desde el primer momento un verdadero martirio. El 2 de julio de 1939 sus restos fueron inhumados en la ermita del Cristo de la Agonía de Algemesí, quedando la fama de su martirio grabada en el corazón de sus paisanos.

En distintas ocasiones los milicianos insistieron a la madre que dejara a sus hijas, y regresara a su casa, pero siempre se negó. Asombra en María Teresa Ferragut la serenidad con que citó a la muerte, siguiendo voluntariamente a sus hijas inocentes, a pesar de que los enemigos intentaron salvarla, compadecidos de sus años. No las dejó en manos de sus verdugos. El día 25 de octubre, fiesta de Cristo Rey, en torno a las diez de la noche, los milicianos fueron a buscar a las cuatro religiosas. La esforzada madre no quiso separarse de sus hijas: «Donde esten mis hijas, debo estar yo». Las hacen subir a un camión, que se dirige a Alzira, y en el lugar conocido como la Creu Coberta descienden las cinco mujeres. Los enemigos invitan a las religiosas a casarse, perdonándoles la vida, pero la madre interviene: «Hijas mías, sed fieles a vuestro esposo celestial. No temáis. Esto es cuestión de un momento, y enseguida al cielo». Porque las ama tanto desea para ellas la vida eterna, sufrir y morir por amor a Cristo y a su Iglesia.

El 30 de septiembre de 1955 el Consejo Diocesano de Mujeres de Acción Católica de Valencia acordó nombrar a don Baltasar Argaya, postulador de la causa en el proceso de declaracion del martirio de Amalia Abad y 18 compañeras mártires, que dieron su vida por Dios en la persecución de 1936. El proceso diocesano quedó concluido el 20 de abril de 1956. El 29 de junio del mismo año el papa Pío XII recibe el «Libro de las mártires», memoria histórica de cada una de la heroínas de la diocesis valentina en la defensa de la fe. En 1961, el proceso de martirio de las 19 mujeres de Acción Católica de Valencia es entregado en el Vaticano, y el 16 de abril de este mismo año se realiza el solemne traslado de los restos de las Siervas de Dios María Teresa Ferragut Roig y sus cuatro hijas, religiosas de clau-

sura, desde el monasterio de Fons Salutis al templo parroquial de San Pio X de Algemesí. El día 16 por la tarde, los cinco féretros salían del monasterio cisterciense de donde salieron el día de Cristo Rey del año 1936 hacia el martirio. El Ayuntamiento de Algemesí las declaró «Hijas predilectas de la ciudad», y este traslado lo presidió don Marcelino Olaechea, arzobispo de Valencia, quien en su intervención dijo:

> «La sierva de Dios María Teresa Ferragut fue hasta el último momento pastora de sus hijas, a las que acompañó hasta ser martirizada con ellas [...] modelo de madre y almas escogidas, rodeada ahora por una imponente comitiva».

Después de un intervalo recomendado por el papa Pablo VI, el año 1983 el santo padre Juan Pablo II autoriza la reanudación de las causas de quienes testimoniaron en 1936 en España su fe con el martirio. El año 1966 monseñor García-Gasco, arzobispo de Valencia, reactiva los tres procesos de canonización por causa de martirio que se refieren a 37 sacerdotes seculares diocesanos, 19 mujeres y 18 hombres y jóvenes de Acción Católica. La Congregación de las Causas de los Santos por decreto del día 2 de junio de 1998, reconoce la validez del proceso de beatificación de las 19 mujeres de Acción Católica de la archidiócesis de Valencia, y el día 20 de diciembre de 1999 se lee el decreto de martirio de las hermanas Masiá Ferragut en presencia de Juan Pablo II, quien el 11 de marzo de 2001 proclama beatas a la madre y sus cuatro hijas mártires (en la ceremonia conjunta de beatificación de 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939), dedicándoles estas hermosas palabras:

> «Los testimonios que nos han llegado hablan de personas honestas y ejemplares, cuyo martirio selló unas vidas entretejidas por el trabajo, la oración y el compromiso religioso en sus familias, parroquias y congregaciones religiosas [...] ¿Cómo no conmovernos profundamente al escuchar los relatos de su martirio? La anciana María Teresa Ferragut fue arrestada a los ochenta y tres años de edad junto con sus cuatro hijas religiosas contemplativas. El 25 de octubre de 1936, fiesta de Cristo Rey, pidió acompañar a sus hijas al martirio y ser ejecutada en último lugar para poder así alentarlas a morir por la fe. Su muerte impresionó tanto a sus verdugos que exclamaron: "Esta es una verdadera santa"».

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

Boletín Oficial del Arzobispado de Valencia (1961 y 2001).
CONGREGATIO DE CAUSIS SANCTORUM. P.N. *Valentina. Positio super martyrio. Summarium voluminis III (Amalia Abad Casasempere et XVIII sociarum)* (Roma 1999).
L'Osservatore Romano (12, 3 y 16-III-2001).
MUDARRA BLANCO, C., *Al final triunfó el amor. Familia Masiá Ferragut* (Alicante 2002).
PANEDAS, P., OAR, *Agustinas descalzas. 400 años (1597-1997)* (Valencia 1998; 284-285.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTOS CRISANTO Y DARÍA

Mártires († 253)

Su martirio está recordado en los antiguos martirologios occidentales (Jeronimiano, mozárabes) y sinaxarios orientales. El calendario en mármol de Nápoles los recuerda el 25 de octubre en que los ha incluido el *Martirologio romano.* Su culto es, pues, antiguo y difundido por toda la Iglesia. Pero se carece de noticias fidedignas sobre ellos. La *Passio* que se conserva carece de valor histórico pese a ser del siglo VI o quizás anterior. Estaban enterrados en la Vía Salaria nueva. Su martirio se sitúa en Roma en la persecución de Decio.

SANTOS CRISPÍN Y CRISPINIANO

Mártires († s. III)

Ya el *Martirologio jeronimiano* los recordaba como mártires de Soissons, donde en el siglo VI existía una basílica dedicada a ellos, de la que nos habla San Gregorio de Tours en su *Historia francorum.* Su culto, muy difundido en la Edad Media y posteriormente, se ha debido al hecho de serles atribuido el oficio de zapateros, lo que hizo que los gremios de zapateros los tomaran como patronos. Se dice de ellos que eran romanos y que habían ido a las Galias, donde tuvo lugar su martirio a finales del siglo III.

SAN MINIATO
Mártir († 250)

San Miniato es el titular de la famosa abadía en las cercanías de Florencia, llamada San Miniato al Monte, y que ha sido el foco del culto al santo en muchos otros sitios. La verdad es que no hay noticias muy antiguas acerca del santo. El anterior *Martirologio romano* lo calificaba de soldado que en tiempos del emperador Decio había peleado como bueno por la fe de Cristo y había sido coronado con noble martirio. El nuevo *Martirologio* en cambio se abstiene de calificarle de soldado y simplemente lo señala como mártir. La tradición de que fue soldado no está tampoco avalada por la más antigua iconografía. En realidad hasta el siglo VIII no hay noticia segura de la existencia de la basílica del mártir en Florencia. Incluso se ha lanzado la hipótesis de que en realidad sea un santo egipcio, San Menas, del que habría reliquias en Florencia y al que luego se convirtió en un santo local.

SAN GAUDENCIO DE BRESCIA
Obispo († 410)

Gaudencio recibió su educación del obispo San Filastrio de Brescia y sus cualidades le acreditaron cuando aún era joven. Peregrinó a Jerusalén y al pasar por Cesarea de Capadocia unos familiares de San Basilio le dieron reliquias de los mártires de Sebaste. Muerto San Filastrio fue elegido para sucederle, a lo que él se resistió pero hubo de ceder cuando los demás obispos de la zona le amenazaron con negarle en adelante la comunión eclesial. Accedió por fin y San Ambrosio de Milán lo consagró obispo en 390. Acreditado por su piedad y su cultura, el papa Inocencio I y el emperador Honorio lo eligieron en 406 como cabeza de una delegación occidental que en Oriente defendiera la causa de San Juan Crisóstomo. Hubo de pasarlo muy mal, pues la delegación fue maltratada, arrestada y presionada para que condenara al Crisóstomo. Por fin fueron devueltos todos los delegados en mala nave a Italia y Gaudencio pudo regresar a su diócesis, falleciendo en 410. Se conservan de él una veintena

de tratados. Construyó una hermosa iglesia en Brescia, a la que procuró enriquecer con reliquias de santos, cuyo valor exalta.

BEATO TADEO MACHAR
Obispo († 1492)

El 26 de agosto de 1895 el papa León XIII confirmaba el culto popular que se le venía dando al obispo Tadeo Machar en la catedral de Ivrea, Piamonte, donde se veneraban desde su muerte las reliquias de este obispo. Su ascensión a la categoría de santo es verdaderamente curiosa: los canónigos de San Urso, de Aosta, tenían un hospicio, llamado de los Veintiuno, en una localidad vecina a Ivrea, llamada hoy Borgo San Antonio. A ese hospicio llegó un peregrino que venía de Roma y que pidió hospitalidad sin identificarse. La tarde anterior había estado orando con mucho fervor en la catedral. Por la mañana no se levantaba y fueron a despertarlo y se encontraron con que estaba muerto. Entonces registraron su bolsa de viaje y hallaron en ella los ornamentos episcopales así como los documentos que lo acreditaban como obispo de Cork y Cloyne en Irlanda. Un obispo en traje de peregrino, viviendo en pobreza y oscuridad, acogiéndose a la caridad de los hospicios y silenciando su dignidad para ser tratado como cualquier pobre, hizo pensar enseguida en alguno de aquellos santos misioneros y obispos que partiendo de Irlanda habían evangelizado en siglos anteriores a Europa. Acudieron muchos fieles, empezaron a encomendarse a él y empezó a decirse que Dios oía las oraciones que se hacían por su intercesión. Se le hicieron solemnes funerales, con gran concurso de fieles, se le enterró en la catedral bajo el altar de San Eusebio, y a partir de entonces los fieles siguieron venerando la tumba del *obispo peregrino.* Más tarde sus reliquias se trasladaron al altar mayor de la catedral. El culto no decayó y pudo probarse ante la Santa Sede su carácter secular.

La historia de aquel humilde peregrino está hoy perfectamente documentada. Se llamaba Tadeo McCarthy o Tadhg Machar y había nacido en Cork, Irlanda, en 1455. Por parte de padre y madre pertenecía a familias nobles. Educado por los franciscanos de Kilcrea, pasó luego a hacer estudios superiores

a París, donde se graduó, y se ordenó sacerdote. Viajó a Roma, se dio a conocer a la curia romana, y el papa Sixto IV, creyendo que estaba vacante la sede de Ross, lo nombró para la misma el 29 de marzo de 1482, recibiendo en Roma la ordenación episcopal. Pero en realidad la sede no estaba vacante ya que hacía nueve años que la ocupaba, por designación de la propia Roma, el obispo Otón O'Driscoll, al que se nombró en la creencia de que el obispo dimisionario vivía, pero en realidad estaba muerto. Y esta irregularidad ya había sido subsanada por la Santa Sede el año 1474. Tadeo, al llegar a su sede y encontrarla ocupada, acudió al brazo secular para que obligara a irse al ocupante, y esto posibilitó que Tadeo entrara efectivamente en la diócesis como obispo. Pero el metropolitano de Cashel, los demás obispos sufragáneos y el propio cabildo catedral de Ross acudieron a Sixto IV haciéndole ver que Otón era obispo legítimo. El papa Sixto no tuvo más remedio que declarar nulo el nombramiento de Tadeo (3 de agosto de 1483). Pero Tadeo no se dio por vencido, pues alegaba que el nombramiento de Otón se basaba en un error que lo invalidaba, y pretendió seguir ejerciendo el ministerio episcopal. Las quejas de Otón y de los demás obispos provocaron que se prohibiera a Tadeo ejercer como obispo de Ross bajo pena de excomunión (21 de julio de 1488) y para compensarle se le nombraba abad comendaticio de Maure en el condado de York (29 de diciembre de 1488), y como nueva compensación se nombraba a Tadeo obispo de Cork y Cloyne en Irlanda. Esto lo consigue Tadeo en un viaje a Roma en el que logró hablar personalmente con el papa Inocencio VIII. Pero vuelto a Irlanda se encuentra con que el clan de los Fitzgerald, al que pertenecía el anterior obispo de Cork y Cloyne, de ningún modo quería que se sentara en esta sede un McCarthy, clan enemigo suyo. Y los vecinos de Cork y la Universidad de Cloyne se sumaron a los Fitzgerald. El papa Inocencio VIII lo acoge favorablemente y expide una bula por la que excomulgaba a cuantos se opusieran a que Tadeo se sentara pacíficamente en la sede de Cork y Cloyne (18 de julio de 1492). El Papa invitaba a todos los partidos a atenerse a su resolución. Pertrechado con esta bula volvía Tadeo de Roma hacia su país con la modestia y humildad que queda relatada y le sorprendió la muerte en

el camino el 25 de octubre de 1492. Celebran su memoria la catedral de Ivrea y las diócesis irlandesas de Ross, Cork y Cloyne.

BEATO RECAREDO CENTELLES ABAD

Presbítero y mártir († 1936)

Nace en Vall de Uxó, provincia de Castellón y diócesis de Tortosa, el 23 de mayo de 1904. Educado cristianamente en su casa y en la escuela de su pueblo, era un chico de muy buena índole que muy pronto se decidió por el sacerdocio e ingresó en el colegio de San José, de Tortosa, donde tuvo como compañero y amigo al futuro cardenal Vicente Enrique y Tarancón. Fue un seminarista y un estudiante modelo. Sacó el doctorado en teología. El 12 de agosto de 1928, siendo ya clérigo, decidió ingresar en la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos del Sagrado Corazón de Jesús. Se ordenó sacerdote el 25 de mayo de 1929. Tras estar un tiempo en Tarragona como prefecto del seminario, volvió a Tortosa donde fue vicedirector de la casa de formación, prefecto del colegio de San José y rector del seminario menor, cargo que desempeñaba cuando le llegó el martirio. En cuanto estalló la guerra el 18 de julio de 1936 procuró, ante todo, que los alumnos marcharan con seguridad a sus casas. Sus familiares vinieron por él, lo llevaron a su pueblo y lo ocultaron en casa de un hermano, donde se dedicó a la oración, preparándose para el posible martirio y animando a las monjas clarisas, allí refugiadas también. El día 2 de octubre fue asesinado su hermano Vicente, que pudo enviar antes una emocionante carta que Recaredo pudo leer y animarse con ella a ser también mártir. Preparó a la familia para la fiesta de Cristo Rey con un triduo. Y el día de Cristo Rey, 25 de octubre, llegaron por él y como no abrieron en el acto echaron abajo la puerta, dispararon contra su cuñado y se los llevaron a los dos. Salió de la casa recogido y sereno y con otras personas más fue llevado al cementerio nuevo de Nules y fusilado. No cayó muerto y uno de los milicianos, al ir a darle el tiro de gracia, le dijo que los bendijera. Como había caído sobre el brazo derecho pidió le dieran la vuelta. Pudo entonces bendecirles con la mano derecha y seguidamente recibió un tiro en un ojo que acabó con su vida.

Juan Pablo II lo beatificó el 1 de octubre de 1995 en el grupo de 13 escolapios y 9 sacerdotes operarios diocesanos martirizados en diversos días y en varios lugares en 1936.

26 de octubre

A) Martirologio

1. En Nicomedia (Bitinia), santos Luciano y Marciano († 250), mártires *.
2. En Cartago, la conmemoración de San Rogaciano († s. III), presbítero, que junto con San Felicísimo padeció por Cristo cárcel y persecución *.
3. En Estraburgo (Germania), San Amando († s. IV), al que se tiene por primer obispo de la ciudad.
4. En Carbona (Galia), San Rústico († 461), obispo *.
5. En Angulema (Aquitania), San Aptonio († 567), obispo.
6. En Lastingham (Northumbria), San Cedda († 664), obispo de los Sajones orientales **.
7. En Hexham (Northumbria), San Eata († 686), obispo y abad *.
8. En Metz (Austrasia), San Sigebaldo († 741), obispo.
9. En el monasterio de Hersfelden (Alemania), San Witta o Albino († 760), primer obispo de Buraburg *.
10. En Escocia, San Bean († 1012), obispo de Mortlach.
11. En Pavía (Lombardía), San Fulco († 1229), obispo *.
12. En Reggio Emilia (Italia), Beato Damián Furcheri († 1484), presbítero, de la Orden de Predicadores **.
13. En Ravello, junto a Amalfi (Campania), Beato Buenaventura de Potenza († 1711), presbítero, religioso franciscano conventual **.

B) Biografías extensas

SAN CEDDA

Obispo († 664)

Tras el abandono de las legiones romanas replegándose a las Galias, sobre el año 410, fue el asalto. Britania, bocado apetitoso, a merced de ambiciones migratorias e invasoras que empujaron sobre ella corrientes isleñas y, predominantemente, conti-

nentales. Afanosos se abalanzaron pictos, irlandeses, anglos, sajones, frisios y jutos. Pictos e irlandeses, irrumpiendo desde el norte insular. Frisios y jutos, desplazados respectivamente desde Holanda y Dinamarca. Los anglos y los sajones, venidos de Alemania. Mayoritarios. De manera que, rondando el nacimiento del siglo VII, controlarán la mayor parte de la actual geografía inglesa. Acabarían borrando las huellas célticas. Total una confluencia de intereses políticos y sociales.

Esa realidad histórica —que en el siglo VI historiará el monje Tildas—, es escenario de nuestra breve referencia religiosa. Protagonista un tal Cedda, que estalla a la luz solar en las postrimerías de la sexta centuria. Venido al mundo en el marco paisajístico de Northumbria; extensa geografía montañosa y lacustre en la parte septentrional de Inglaterra, tierras de leyenda y de magia y, a no tardar, centro de irradiación cristiana. En el seno de una familia generosa con la fe que daría hombres ilustres al país; santos, monjes y prelados a la Iglesia.

Instruido religiosamente por los misioneros irlandeses, al igual que sus hermanos Cynibil, Celín y Ceada o Chad Todos celosos propagadores de la nueva evangélica. Los dos primeros, religiosos conventuales; Ceada y Cedda, obispos.

Poco sabemos de Cedda. Tan poco que incluso ignoramos la fecha de su nacimiento. Y las breves referencias históricas hay que beberlas en la insustituible fuente informativa de San Beda el Venerable, autor de viejas crónicas cercanas en su redacción a la realidad histórica que reflejan.

San Beda le hace discípulo de San Aidano, pastor que abandono el cayado, el zurrón y el ganado para abrazarse a la vida conventual; fundador y primer abad del monasterio de Lindisfarne. El cronista medieval de referencia también deja constancia de la inicial andadura misionera del monje sacerdote en la parte central de Inglaterra. La geografía de sus orígenes, que despertaba generosamente a la fe. Una fe irradiada desde las tierras irlandesas, en plena eclosión monastica., ya mamada por el joven monarca Peada y no pocos de sus cortesanos y militares, que la protegían y estimulaban. Fue una evangelización compartida con otros tres eclesiásticos.

Total, una labor apostólica fecunda, admirada y legítimamente envidiada por el rey de los sajones orientales —Sigiber-

to—, que no paró hasta lograr la presencia del celoso Cedda en sus dominios predicando la doctrina cristiana entre sus súbditos.

Justamente, sus virtudes, su entrega apostólica y sus éxitos pastorales le hicieron merecedor de una mitra, accediendo al episcopado —consagrado por San Finan— en el año 654. Continuó siendo un eclesiástico vital, dinámico, desbordante de actividad pastoral. Sacerdote celebrando la Eucaristía, catequizando al pueblo, administrando sacramentos. Obispo ordenando diáconos y presbíteros y entregado en cuerpo y alma a la construcción de templos y a las fundaciones claustrales. Estimulante de la fe en cualquier ocasión y momento.

Dio vida a los históricos monasterios de Ythancester y Tillaburg —ahora Tilbury— reglamentados a tenor de la severidad disciplinaria de San Columbano, y destruidos por los daneses que no dejaron piedra sobre piedra. El primero, en la antigua Othona, a orillas del río Froshwell —antiguo Pante— sepultada por el progresivo avance del mar. Es posible que el asentado en las aguas del Támesis, en la actual Tilbury, ofreciera permanentemente mesa y techo a nuestro biografiado. Hay quien lo defiende, avalado por la usual residencia de los primeros obispos ingleses en las abadías. Aunque tampoco faltan quienes domicilian a San Cedda en Londres, de cuya sede le hacen titular, colocándole segundo en el catálogo episcopal de la capital del Reino Unido. Bien es verdad que el referido cronista Beda, contemporáneo del protagonista, jamás le atribuyó tal servicio pastoral.

Pero no hay divergencia histórica alguna sobre la eventual presencia del mitrado en Northumbría mediado el siglo VII. Un fructífero retorno temporal al país de origen donde, precisamente, su hermano Celín desempeñaba la capellanía de palacio, circunstancia favorecedora de un normal estreno de relaciones entre Etelberto y Cedda. Quienes se vieron, hablaron y acabaron admirándose mutuamente. El rey, asombrado de las virtudes y la formidable actividad pastoral del prelado. El eclesiástico, encantado de la inquietud y la disponibilidad cristianas del monarca.

En definitiva, generoso el soberano, va y ofrece terreno y propiedades agrícolas para levantar y mantener un monasterio.

Un lugar santo donde acudir personalmente para institucionalizar el agradecimiento y la impetración del favor divino y donde, en su momento, dejar los restos mortales.

El obispo debía optar por la ubicación. Y eligió, sorprendentemente, un paraje, por supuesto, solitario. Entre remotos escarpados montañosos; más propios para brindar refugio a los ladrones, para un nido de águilas o para el escondrijo de animales salvajes, que para adecuar espacio residencial humano. Precisamente aquella soledad y aquel silencio, casi inaccesibles, le cautivaron.

Empezó por sacralizar la ubicacion. Y, curiosamente, nada menos que protagonizando una cuaresma enmarcada en el lugar. Ayuno riguroso durante cuarenta días con único refrigerio diario, vespertino, a tenor de las normas monacales de Lindisfarne, donde San Columba había sustituido la carencia de legumbres, que imponían los cánones penitenciales, por un huevo, una poquita de leche aguada y una pequeña porción de pan. Alimentación para veinticuatro horas. Seis días a la semana. Los domingos, libres.

Total que, en el año 658, iniciaba andadura el cenobio de Lastingham de la mano de su fundador y primer superior, San Cedda. Quien, no residente pero al tanto de la vida monacal y periódicamente visitante, compaginaba la voluntaria responsabilidad abacial con los deberes y la carga episcopales.

En el año 664 el obispo Cedda jugó protagonismo activo en el concilio de Whitby, en el condado de North Yorkshire, donde también acudió su hermano Ceada, que le sucedería en la silla abacial de Lastingham. Whitby era un importante puerto pesquero medieval e influyente centro cristiano en la década inmediata a la celebración de referencia a raíz del nacimiento, en el año 656, del famoso cenobio femenino —actualmente ruinoso— fundación de una tal Hilda.

Y, en el año de referencia, cita asamblearia católica bajo la presidencia del rey de Northumbría. En la joven abadía de Whitby estuvieron sobre el tapete puntos de vista y criterios dispares sobre usos y costumbres locales en disciplina eclesiástica. Concretamente centrados en la fecha de la celebración de la Pascua y la tonsura de los clérigos. De vital impor-

tancia, en la época, el primer tema. Menor el del rasurado capilar eclesiástico.

Dos corrientes: la tradicional romana y universal y la irlandesa, a su aire. Fiel a su distinto cómputo pascual y seguidora del «estilo San Juan»: pelada la parte delantera de la cabeza, con una colgante larga melena trasera. Ya conocemos la llamada «moda San Pedro», observada en el resto de occidente: la cabeza rasurada, con una corona cabelluda circundante. Cuentan que hubo discusiones dramáticas. Pero el caso es que Cedda aceptó, humildemente, la decisión mayoritaria, favorable al calendario y al costumbrismo continentales.

No sólo él. Todos los prelados seguidores de la tradición local compartieron docilidad con él. Los católicos británicos, de resultas de la celebración conciliar de Whitby se tornaron la comunidad confesional católica más romana de Europa, iniciando la andadura de frecuentes peregrinaciones a la sede vaticana.

Valiente mitrado el sajón. Hasta plantar cara al monarca, cuando fue necesario. Hubo ocasión, según cuentan, a raíz de la unión matrimonial incestuosa de cierto noble emparentado con la casa real. Es el caso que al obispo no le tembló el pulso y, a tenor de la disciplina eclesiástica de la época, decretó la excomunión. Con la consiguiente prohibición, extensiva a todo cristiano, de frecuentar la vivienda o de sentarse a la mesa con los pecadores públicos.

Naturalmente también obligado el rey. Quien, aprovechando la ausencia episcopal, saltándose la normativa canónica, compartió banquete con los susodichos. Posteriormente, remordido, se acercaría a San Cedda implorando perdón. Perdonado. Pero advertido: «Majestad: dado que habéis obrado mal y dado mal ejemplo, acudiendo al domicilio del excomulgado, moriréis en él.»

Profecía cumplida. Difunto en el 661, víctima de la propia ira familiar castigándole —tonto pretexto— su excesiva bondad con los enemigos.

También al prelado le llegaría la muerte. Y sin tardanza. La peste, que no respeta condiciones ni dignidades, le alcanzó. Implacable. En Lastingham. El 26 de octubre del año del Señor 664. Provisionalmente, los restos mortales del santo obispo

Cedda descansaron en cementerio abierto hasta su honrosa ubicación, a la derecha del altar mayor, en la bella construcción que vino a sustituir a la original iglesia de madera.

Popularmente estimado y venerado desde muy antiguo. Es uno de los santos de la Iglesia primitiva inglesa.

JACINTO PERAIRE FERRER

Bibliografía

BEDA EL VENERABLE (SAN), *Historia ecclesiastica gentis Anglorum*, III y IV (Londres 1838)
CAPGRAVE, I, *Nova legenda Angle* (Oxford 1901)
MALMESBURY, G, «Gesta pontificum» PL 179
STENTON, F M, *Anglo Saxon England* (Oxford 1950)

BEATO DAMIÁN FURCHERI

Presbítero († 1484)

Quizás si se examinan con ánimo crítico los escasos datos concretos que tenemos de este santo, alguien pueda decir que su biografía cabe en muy pocas líneas Y sin embargo queremos dedicarle varias páginas Porque se trata de un santo del que tiene que decirse que llenó plenamente las exigencias de su carisma de fraile dominico. Y la fidelidad al carisma es obviamente una forma de ir alcanzando la santidad, la unión con Dios, y esa fidelidad lo convierte en un ejemplo para todos los cristianos.

Damián Furcheri nace en Finale Ligure a comienzos del siglo XV. Yendo de Niza a Génova se halla esta población, dividida en tres barriadas, en una de las cuales, Perti, nació Damián Su familia, de apellido Furcheri, era de posición acomodada y en el seno de ella aprendió Damián a vivir según los preceptos del evangelio. Su bondad, acreditada cuando adulto, les pareció a todos venirle ya desde niño y así podemos hablar de que Damian fue un chico bondadoso, que al crecer y llegar a la edad de tomar decisiones sobre la propia vida, se planteó la posibilidad de hacerse religioso. De su infancia se conserva una anécdota: un loco lo secuestro y lo escondió, pero fue hallado, porque luego de buscarlo sus padres largo tiempo, una señal divina manifestó su paradero. En su pueblo natal había un convento, el de

Santa Catalina, de la Orden de Predicadores. Este convento había sido fundado en 1359 y sus frailes se dedicaban a lo que es el carisma de la Orden, la predicación de la palabra divina.

La juventud de Damián, dicen sus biógrafos, fue inmaculada. Y así cuando decidió pedir el hábito dominicano fue aceptado en el convento de su pueblo y en él hizo el noviciado y la profesión religiosa. Hay constancia de que seguidamente hizo los estudios con gran dedicación y gran provecho, convencido de que el ideal de su Orden de transmitir lo contemplado, obliga a empaparse de la doctrina evangélica antes de pretender predicarla. Consta que Damián estuvo muy bien versado en la teología y de ello la señal fue que además del gusto con que se oyeron sus sermones se le solicitó los pusiera por escrito, como así hizo, recordándose sus *Sermones de tempore et de sanctis* y sus *Piae meditationes.*

Damián quiso ser un perfecto religioso. Entregado a Dios mediante los votos de pobreza, castidad y obediencia, él entendía que había que ser muy riguroso en la guarda fiel de la vida común y de las constituciones de la Orden, disgustándole las interpretaciones laxas y adhiriéndose a los movimientos de reforma y rigor que hubo en aquel tiempo en su Orden. Y así fue seguidor fiel del maestro general Marcial Auribelli cuando éste le pidió a la Orden la más austera y rígida observancia. Esta invitación se siguió particularmente en Lombardía. Todos los que lo conocieron dieron testimonio de la fidelidad plena de Damián a la observancia religiosa: fue amable, afable, dulce, bondadoso, humilde, obediente, compasivo, paciente y lleno de una modestia que le hacía querido de todos. Así literalmente dijeron de él los religiosos del convento donde murió.

Preparado en piedad y en letras, Damián fue ordenado sacerdote y a partir de entonces su corazón pudo dejar expandirse el enorme celo apostólico que llevaba dentro. Los superiores estuvieron de acuerdo en que Damián se dedicara a la predicación y que éste fuera el específico ministerio a que se dedicara, pero no atado a un solo convento en el que debiera residir sino peregrinando de ciudad en ciudad, de población en población, sembrando a voleo como el sembrador de la parábola la palabra divina. Damián estaba muy bien dotado para este

ministerio, porque tenía una palabra fácil y convincente, se expresaba en términos al mismo tiempo apropiados y sencillos, de modo que la gente del pueblo pudiera entender, y al mismo tiempo su modo de hablar era atractivo, se expresaba con figuras atrayentes, ponía los ejemplos que más pudieran mover a los oyentes y estos no se cansaban de escuchar a un predicador que a la palabra predicada sumaba tal ejemplo de vida cristiana que sus palabras quedaban muy acreditadas. Su fervor religioso, su convicción profunda, su vivencia honda de los sagrados misterios que exponía alentaban a los oyentes a prestar su asentimiento cordial a la palabra divina predicada y a entrar por el camino del evangelio que el predicador proponía.

Como se deduce de los frutos obtenidos, Damian se proponía tres objetivos fundamentales con su asidua predicacion. Primero, quería instruir a los hombres y mujeres que le escuchaban en la doctrina cristiana. Partía de un hecho triste que seguimos comprobando siglos más tarde, y es el de que hay mucha gente bautizada pero no evangelizada y que por ello necesita ser instruida en los rudimentos de la fe. Su falta de vida cristiana procede no de la malicia sino de la ignorancia y es solamente curando ésta con la exposición de la doctrina cristiana como se puede pedirles seguidamente que vivan como verdaderos discípulos de Jesucristo. En segundo lugar quería Damián llamar a los pecadores a penitencia, es decir lanzar el mensaje de reconciliacion que Dios confía a sus sacerdotes para que quienes han manchado su alma por debilidad o por malicia regresen a la casa del Padre y purifiquen sus almas con la penitencia. Damian recordó la misericordia divina siempre dispuesta a acoger a los hijos pródigos y atrajo infinitas almas a una vida cristiana purificada. Insistió en las verdades eternas para despertar en las conciencias el sentido de la responsabilidad, y logró que en muchos corazones surgiera el horror al pecado y el aprecio y la estima por la divina gracia. En tercer lugar Damián quería llamar a los buenos cristianos a una vida más perfecta, haciéndoles crecer en la unión con Dios. Para ello en sus sermones aconsejaba que las almas practicaran la meditación y la oración personal, intensificaran así su vida interior y profundizaran en la unión con Dios A este fin se dirigía su libro conteniendo meditaciones

piadosas que ofreció precisamente a este tipo de almas en quienes había suscitado el deseo de correr por el camino de la perfección cristiana.

Los biógrafos no nos dan noticia pormenorizada de las giras apostólicas de Damián, limitándose a decir que recorrió predicando muchas regiones italianas, y por lo que podemos saber recorrió no sólo las regiones del norte cercanas a su convento de profesión sino también otras, bajando hasta Emilia y propalando por ella el mensaje evangélico de salvación. Se dice además que en esta predicación apenas tenía descanso, y que su día estaba dedicado por entero a estos menesteres: orar largamente, predicar varias veces en el día, atender a las almas en el confesonario para reconciliarlas con Dios y escribir sus sermones y tratados.

El mucho trabajo que su género de vida significaba y la penitencial abstinencia que practicaba terminaron por afectar a su salud corporal, que se resintió de tanta peregrinación e incomodidad así como de la asidua mortificación y penitencia corporal con que acompañaba su actividad, y de ahí le vinieron los achaques de que hablan sus biógrafos para a continuación señalar que no fueron óbice a su actividad, pues ofreciendo a la causa de Dios sus debilidades físicas perseveraba firme en su servicio a la palabra divina.

Sus biógrafos citan estas palabras de Taegio en su *Monumenta Ordinis Praedicatorum* referentes a nuestro bienaventurado:

> «Era el bienaventurado Damián un religioso de caridad ferviente, de una rara abstinencia, de un celo ardentísimo por las almas, de mucha oración, en una palabra, de vida muy santa, realzada con el brillo de su sabiduría y la pureza de sus costumbres. Después de haber recorrido muchos lugares y por mucho tiempo predicando con un fuego todo apostólico, y después de haber traído al los caminos de la justicia a un número considerable de descarriados, hallándose de paso en Reggio, se desligó su alma santísima del peso de la carne, fortalecida con los sacramentos y tomó el vuelo al reino de Dios».

El convento de Reggio Emilia era uno de los que se habían adherido a la observancia regular practicada por la congregación dominicana de Lombardía. Se obtuvo esta gracia de la bondad del papa Pío II, y había sido el duque Borso d'Este el

que la había solicitado. Damián no estaba destinado a este convento al tiempo de su muerte. Estaba de paso, y así en plena faena evangélica le llegó la muerte mientras estaba hospedado en este convento. Se puso enfermo de gravedad, vio venir la muerte y solicitó los sacramentos de la Iglesia, y así, confortado con la gracia divina, entregó su alma de apóstol al Creador. Los frailes de Reggio decidieron enterrarlo en la iglesia de su convento y el pueblo, que había oído sus predicaciones y se había edificado con su celo apostólico, empezó a invocarlo como santo y a darle culto como tal. La Orden de Predicadores presentó en 1847 la preceptiva *Positio* para que su culto fuera confirmado, y pudo probar que en efecto venía dándosele desde su muerte un culto ininterrumpido, y por ello el beato papa Pío IX el 4 de agosto de 1848 firmó el decreto que lo confirmaba.

La muerte de este bienaventurado fue el año 1484 y la fecha de su memoria en el *Martirologio romano* es la del 26 de octubre.

JOSE LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

Acta sanctorum Octobris, XII, p 102 105
ALVAREZ, P , OP, *Santos, bienaventurados, venerables de la Orden de Predicadores,* II (Vergara 1920) 222-223
Bibliotheca sanctorum V *Enrizzo Galdino* (Roma 1964) cols 1320-1321

BEATO BUENAVENTURA DE POTENZA

Presbítero († 1711)

El 4 de enero de 1651 nacía Buenaventura en Potenza, a 150 kilómetros de Nápoles, a medio camino entre el Mediterráneo y el Adriático. Sus padres se llamaban Lelio y Catalina.

Sus primeros años fueron tranquilos y llenos de religiosidad. No fue extraño que a los 15 años quisiera entrar en la Orden franciscana; tomó los hábitos el 4 de octubre de 1666 en Nocera dei Pagani. Esta población está a 50 kilómetros de Nápoles.

Con los pocos medios que había en su época, Buenaventura vivió toda su vida en esa esquina de Italia que está mirando al mar Mediterráneo: Napoles y sus alrededores.

En estos años estaba en la silla de Pedro el papa Alejandro VII (1655-1667). Eran años de grandes luchas de los pontifices con los reyes de Francia. Para empezar, el cardenal Mazarino se opuso a la elección de este Papa. Consiguió que el Papa no significara nada en Europa, sobre todo cuando se trataba de arreglar conflictos.

Por ejemplo, se mostró claramente este desprecio cuando Francia y España firmaron el Tratado de los Pirineos, en 1659. Lo normal era que, en las guerras de Europa, el Papa diera su veredicto y estuviera presente en los tratados de paz. Pero el cardenal Mazarino no consintió que hubiera en la firma del Tratado ningún representante del Papa.

Aquello era una anécdota nada más, pero su sentido estaba manifestando con claridad que el Papa empezaba a ser relegado en el poder temporal del mundo. Pero tuvo otros triunfos, como la admisión de los jesuitas en Venecia y la conversión de la reina Cristina de Suecia. Fue mecenas de grandes obras de arte. Bernini hizo magníficos trabajos en Roma gracias a su protección y se puede decir que este Papa fue el creador del barroco romano. Canonizó a San Francisco de Sales.

Buenaventura, después del noviciado hizo sus estudios eclesiásticos en Aversa, Madaloni y Amalfi, donde fue ordenado sacerdote. Y en Amalfi estuvo durante ocho años trabajando apostólicamente con toda su capacidad de entrega, que era grande.

La Iglesia, especialmente en Roma, estuvo luchando en varios frentes. Por ejemplo, el jansenismo. Ésta era una doctrina iniciada por Cornelio Jansen, obispo de Yprés, autor de un libro *Augustinus* editado en 1640. Decía que la conciencia del hombre había perdido libertad como consecuencia del pecado original. Por tanto, era incapaz de obrar el bien. El jansenismo despreciaba toda autoridad, incluso la del Papa y los obispos.

Veamos algunas actuaciones de los papas de este tiempo. Clemente X (1670-1676) canonizó a Santa Rosa de Lima, primera santa americana y a San Francisco de Borja. Y beatificó a San Juan de la Cruz.

Inocencio XI (1676-1689) se vio amenazado por el absolutismo de Luis XIV de Francia. El regalismo de la corona, el do-

minio de rey sobre el Papa, fueron en toda esta época las luchas de la Iglesia frente al poder civil. Otro peligro fue el que venía por parte de los turcos Luis XIV les apoyaba en todas las ocasiones. El Papa tuvo que pedir ayuda a Leopoldo I de Austria y a Juan Soblewski de Polonia. En 1683 se acabó la amenaza turca con la victoria de Kohlengerge. Además, Inocencio XI tuvo que condenar 65 tesis laxistas, el molinismo y el quietismo, doctrinas que exageraban la interpretación rigorista de la fe cristiana.

Inocencio XII (1691-1700) publicó en 1692 una bula *Romanum decet Pontificem* que prohibía el nepotismo en todos sus sucesores. Consistía esta costumbre en que cualquier Papa pudiera poner a sus parientes en los puestos más importantes del Estado Vaticano. Con esta práctica, aparte de montar grandes fortunas, se convertía a la Iglesia en propiedad privada de familias concretas.

Buenaventura, en octubre de 1703, con 52 años de edad, fue nombrado maestro de novicios. Así se trasladó a Nocera dei Pagani, donde él había sido formado en el espíritu franciscano. Durante cuatro años se ocupó de la formación espiritual de los jóvenes. Ocurrió que en 1707 sobrevino una peste de cólera en Vomero. Buenaventura se desvivió por atender a los enfermos, en aquella peligrosa labor en que podía caer fulminado cualquiera que se acercara a un enfermo. El 4 de enero de 1710 fue destinado al convento de Ravello para hacerse cargo de la formación espiritual de los monasterios de Santa Clara y de San Cataldo.

A estas alturas de la vida de Buenaventura, estaba en el pontificado Clemente XI (1700-1721) quien se vio metido de lleno en la guerra de sucesión de España. Tuvo que admitir al pretendiente Carlos, en contra de Felipe, luego Felipe V, el cual nunca le perdonó la opción que anteriormente había tomado. Clemente XI era señor feudatario de Nápoles, donde vivía Buenaventura, y Nápoles era dependiente del rey de España. Lo cual hacía que, continuamente, aquella zona de Italia estuviera en conflictos con España y con el Papa.

Clemente XI prohibió los ritos chinos que fomentaban los jesuitas. El peligro no estaba en las costumbres chinas, sino en que

aquella forma de actuar dejaba el cristianismo en constante confusión con las demás religiones. A eso se le llama sincretismo, una mezcla de muchos ritos donde no se sabe dónde empiezan las costumbres chinas y dónde queda una eucaristía católica.

Buenaventura, como hijo fiel de Francisco de Asís, guardó con fidelidad la santa pobreza. Llevaba un hábito lleno de remiendos y su celda era la expresión viva de que se puede vivir sin nada. Dicen que tenía mal genio, pero su dominio sobre su impetuosa naturaleza acabó siendo tal que parecía hecho de algodón en rama. Cuando se le reprochaba por alguna mínima cosa, su rebelde espíritu se enfurecía como un tigre, pero nadie se lo notaba por fuera. Tal fue el dominio que adquirió sobre sí mismo.

Era muy austero. Los viernes se flagelaba hasta derramar sangre, sin compasión, recordando la pasión de Jesús. Atendía a los pobres y enfermos con esmerada predilección. Cuando predicaba, las gentes, al oírle, se quedaban estremecidas. Le bastaba una sola sesión para convertir a muchos pecadores. Iba a su casa, para buscarla, cuando sabía que alguna persona necesitaba de su consejo y amonestación.

Su confesonario estaba abarrotado de fieles que querían desahogarse con él para pedir perdón de sus pecados. Hubo veces en que estuvo todo el día entero sentado en el confesonario, como el cura de Ars, que nació once años después de la muerte de Buenaventura.

Amaba con veneración a María, la madre de Jesús. Hacia ella dirigía a todos sus oyentes cuando les hablaba de las cosas de Dios. Y no emprendía ninguna acción apostólica sin encomendarse fervorosamente a ella. Aún no estaba definido el dogma de la Inmaculada Concepción. Tardaría 150 años en que esto sucediera. Sin embargo, para Buenaventura, ese dogma era una verdad tan clara que no se podía ni poner en duda.

Dicen que su vida estuvo llena de milagros. Se puede creer que fue verdad. Estuvo enfermo ocho días, al cabo de los cuales, con el nombre de María en sus labios, expiró en Ravello (1711) cuando tenía 60 años.

El papa Pío VI lo beatificó el 26 de noviembre de 1775.

FELIX NÚÑEZ URIBE

Bibliografía

Butler's lives of the Saints, rev. y refun. por H. THURSTON Y D. ATTWATER, IV (Londres 1964).
LLORCA, B., SI - GARCIA VILLOSLADA, R., SI - LABOA, J. M.ª, *Historia de la Iglesia Católica*, IV: *Edad Moderna* (Madrid ²1991) 48-84.
www.franciscanos.net/teologos/santoral/b.htm

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTOS LUCIANO Y MARCIANO

Mártires († 250)

El *Martirologio romano* asigna estos dos santos mártires a Nicomedia de Bitinia y señala que según tradición fueron martirizados en el imperio de Decio por orden del procónsul Sabino. Esta mención difiere de la que anteriormente daba el mismo *Martirologio* en la edición de Baronio, ya que allí se señala a los mártires Luciano, Florio y compañeros, también en Nicomedia, y no mencionando por tanto a Marciano. La noticia de estos santos procede de antiguos martirologios.

Pero, frente a esta tradición que señala a Nicomedia como el lugar de martirio de estos santos, está la tradición local de Vich que los celebra como propios. La asignación de estos santos a Vich se remonta al siglo XIII y ya entonces se decía que sus reliquias se hallaron en dicha ciudad en 1050. Un breviario del siglo XII expresa ya la existencia de reliquias de estos santos en Vich. Se ha pensado que a partir de la posesión de reliquias se desarrolló la tradición de que eran de Vich y de que allí fueron martirizados. La Iglesia de Vich celebra su memoria litúrgica el 26 de octubre como memoria obligatoria en la ciudad y libre en la diócesis.

SANTOS ROGACIANO Y FELICÍSIMO

Confesores de la fe († s. III)

En el anterior *Martirologio romano* se calificaba de mártires a estos santos, como si hubieran dado la vida por la fe, pero ello no parece ajustarse a los datos históricos y por eso el nuevo

Martirologio se abstiene de darles el título de mártires. Los menciona San Cipriano en su carta 81, cuando dice a la comunidad cristiana: «Vosotros seguiréis en todo al sacerdote Rogaciano, glorioso anciano que para gloria de nuestro tiempo nos muestra el camino, gracias a su fe vigorosa y a la bondad divina. Y juntamente a nuestro hermano Felicísimo, siempre sereno y sabio, sosteniendo el asalto del pueblo furioso, él os ha preparado un sitio en la cárcel y os precede». Rogaciano, junto con otros, estuvo al frente de la Iglesia de Cartago mientras San Cipriano estaba ausente. Supo hacer frente a los graves problemas por los que pasaba la comunidad y seguir atendiendo a los necesitados. Estuvo preso pero fue liberado. La memoria de estos confesores de la fe ya se encuentra en Usuardo, Adón y Floro.

SAN RÚSTICO DE NARBONA

Obispo († 461)

Este obispo galo había nacido hijo de quien a su vez era obispo, Bonoso, y marchó a Roma a estudiar. A su vuelta a las Galias se hizo monje. Y el año 427 fue elegido obispo de Narbona. La situación de su diócesis era bien triste: dividida en diversas facciones, por un lado, y acosada por la presencia arriana que los godos habían traído consigo, necesitaba un ánimo fuerte para afrontar las dificultades. Rustico lucho bravamente pero sin conseguir todos sus objetivos. Edificó una nueva catedral, ya que la anterior había sido destruida por el fuego. Y dedicó también a San Félix de Gerona otra basílica edificada por él. Su intenso trabajo y su limpio testimonio de fe le valió la estima de los demás obispos galos. Llegó a escribirle al papa San León Magno contándole sus dificultades e incluso insinuando que estaba dispuesto a dejar su sitio a alguien que lo hiciera mejor. El Papa no acepto que el obispo dimitiera y le mandó una carta animándolo a que pusiera toda su confianza en Cristo y siguiera adelante. Estuvo en el sínodo de Arlés, donde se aceptó el tomo dogmático de San León Magno contra los monofisitas. Murió hacia el año 461.

SAN EATA DE HEXHAM

Obispo y abad († 686)

Eata fue uno de los doce compañeros que San Aidano llevó consigo para la evangelización de Northumbria. Posteriormente fue nombrado abad del monasterio de Melrose, en el sur de Escocia, donde recibió como aspirante a la vida religiosa al futuro San Cutberto. Luego de haberse acreditado como abad por sus excelentes cualidades y muchas virtudes, recibió como presente regio un terreno en Ripon para construir allí un monasterio, y de la fundación del mismo se hizo cargo él personalmente, llevando consigo entre otros al mencionado San Cutberto, para regresar luego a su abadía. Cuando en el sínodo de Whitby (664) se estuvo por la costumbre romana de la celebración de la Pascua y San Colmano abandonó Lindisfarne al estar en desacuerdo, Eata fue llamado para sucederle al frente de los monjes. Al dividirse, en 678, la diócesis de San Wilfrido de Northumbria, a Eata se le hizo obispo de Bernicia, la zona norte, que a su vez fue dividida en 681 y a San Eata le nombraron obispo de Lindisfarne, que posteriormente cambió por Hexham, pero un año más tarde, en 686, murió. Compatibilizó, como tantos otros de su tiempo, las tareas de abad con las de obispo. Muy pronto se le dio culto como santo.

SAN WITTA

Obispo († 760)

Witta fue uno de aquellos monjes anglosajones que acudió hacia el año 730 a la llamada de San Bonifacio para la evangelización de Alemania. Witta, que en el continente se llamó Albino o Albuino, tenía magníficas cualidades como predicador y las puso al servicio de la obra evangelizadora. El año 741 el propio San Bonifacio lo consagró obispo y le confió la nueva sede episcopal de Bürgberg, confirmando el Papa el nombramiento el 1 de abril de 743. Parece que estuvo presente en el concilio de Leptimes (744) y en el primer concilio nacional germánico, convocado por Carlomán (21 de abril de 742). Durante su episcopado tuvo lugar la devastación de la región al paso de los sajones. Hacía un viaje

en compañía de San Lulo, el sucesor de San Bonifacio, cuando murió repentinamente al término de la misa. Su memoria se viene celebrando el 26 de octubre que, probablemente, no es la fecha de su muerte sino la de una traslación de sus reliquias.

SAN FULCO
Obispo († 1229)

Fulco era natural de Piacenza, Italia, donde nace en 1164, al parecer en una familia de origen irlandés. Con veintidós años opta por la vida religiosa e ingresa en la comunidad de canónigos regulares de San Agustín que llevaban la parroquia de Santa Eufemia. Hace los estudios teológicos en París y a su vuelta a Piacenza, ya ordenado sacerdote, es elegido preboste de su comunidad. Se acredita como sacerdote íntegro y culto y el obispo Grimerio le pide varios servicios que él presta con entrega y eficacia. En 1208 el mismo obispo lo nombra canónigo de la catedral y al poco tiempo se le da la dignidad de arcipreste de la misma, al tiempo que dirige el estudio teológico de la diócesis. A la muerte de Grimerio en 1210 fue elegido para sucederle en la sede placentina pero el papa Inocencio III no daba la confirmación y se produjo un *impasse* de seis años hasta que el nuevo papa Honorio III accedió a confirmar la elección episcopal de Fulco y éste pudo consagrarse obispo por el mismo Papa el 11 de septiembre de 1216. Pero ese mismo año la diócesis de Pavía lo solicitaba como obispo a Honorio III, el cual estuvo de acuerdo en el traslado. Fue un excelente pastor. Se preocupó mucho de la instrucción religiosa y cultural de los niños y jóvenes abriendo escuelas para ellos. Igualmente se ocupó mucho del socorro a los pobres abriendo para ellos comedores gratuitos. Se preocupaba por la vida regular de los monasterios y exigía en todos ellos las reformas necesarias para que se observasen las respectivas reglas. Defendió los derechos de la Iglesia con vigor y puso mucho énfasis en que una sociedad cristiana debía vivir en paz y por tanto combatió cuanto pudo las facciones y bandos. Su santa vida fue de edificación para todos.

Murió el 16 de diciembre de 1229 pero su memoria se celebra el 26 de octubre y en esta fecha la recoge el *Martirologio romano.*

27 de octubre

A) MARTIROLOGIO

1. En Roma, San Evaristo († 108), papa *.
2. En Esmirna (Asia), San Traseas († 170/180), obispo de Eumenia en Frigia y mártir.
3. En Auvergne (Aquitania), San Namacio († 460), obispo.
4. En Nápoles (Campania), San Gaudioso († 452), obispo *.
5. En la isla de Iona (Escocia), San Oterano († s. VI), monje.
6. En Vicenza, del Véneto, la conmemoración del Beato Bartolomé de Bragancia († 1271), obispo **.
7. En Paterna (Valencia), Beato Salvador Mollar Ventura († 1936), religioso franciscano, mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

BEATO BARTOLOME DE BRAGANCIA
Obispo († 1271)

Nace, probablemente, el día 8 de septiembre del año 1200, y por tradición se le tiene de la familia de los condes de Bragancia, señores del castillo del mismo nombre, próximo a la ciudad italiana de Vicenza. Su familia lo envía a la Universidad de Padua, en donde los dominicos tenían fundado convento desde el año 1217, y toma el hábito en la Orden de Predicadores de manos del propio fundador, Santo Domingo de Guzmán (1218-1220). Intuyendo el santo las grandes dotes del novicio lo lleva consigo a Bolonia, ingresando en la escuela del célebre Rolando de Cremona en el gran convento de San Nicolás delle Vigne, adonde en el mes de agosto de 1219 llega Santo Domingo, al término de su viaje apostólico por España, Francia y Milán. Al acabar el noviciado recibe el presbiterado: «Fue un buen hombre, discreto y honesto, que hizo mucho bien».

Durante algún tiempo enseñó Sagrada Escritura, dedicándose seguidamente a la predicación, con excelente oratoria y grandes dotes de mansedumbre, pacificando el corazón. Alcanzada en 1230, por fin, la paz entre el Papa y el emperador de Alemania, los franciscanos y dominicos participan en la llamada

«Gran devoción», un movimiento espiritual que duró tres años, y en el que participaron dominicos y franciscanos predicando la palabra de Dios, alternando con plegarias penitenciales. El Beato Bartolomé predicó en Padua, mientras San Pedro de Verona lo hizo en Milán. Su fama crecía en Parma, y en 1231 los magistrados lo eligen como árbitro en una controversia entre Génova y Alejandría, sobre a quién pertenecía una propiedad situada en Capriata d'Orba. La sentencia no gustó a todos y el maestro general de los dominicos, fray Jordán de Sajonia, le convoca en Milán el 27 de febrero de 1232. Consciente de no haber sido íntegramente fiel a la Regla dominicana, reconoce que no debía haber aceptado ninguna comisión de arbitraje sobre asuntos humanos. Esta prueba purificó aún más su espíritu, señalando su profunda humildad. El año 1233 establece en Parma la *Militia Christi,* fundada unos años antes en el Languedoc francés. Se trataba de una orden caballeresca de carácter militar, de la cual podía —incluso— haber redactado su regla. Se consideraba algo distinto a una confraternidad, pero primaba la formación espiritual, la disciplina penitencial de obediencia al ministro general, elegido por los caballeros y aprobado por el Papa. Su principal misión era defender la libertad de la Iglesia y defender a los indefensos. Gregorio IX aprobó la Milicia en 1234, y la regla al año siguiente, auque tuvo una vida breve, y en 1261 se integró en la *Milicia de la Virgen Gloriosa.*

Su reconocido prestigio le hizo acreedor a la llamada del papa Gregorio IX, que le nombró capellán y penitenciario apostólico, encargándole, además, como regente de la Facultad Teológica de la Curia romana, cargo conocido tiempo después como «Maestro del Sacro Palacio». Siempre mostró una gran preocupación por las difíciles relaciones entre la Iglesia y Federico II. La decidida apuesta del emperador por enfrentarse al papado motivó que Gregorio IX huyera a Lyón, donde en 1225 convocó un concilio contra el emperador, y en donde éste fue excomulgado.

Inocencio IV, el 9 de febrero de 1252, le concede el obispado de Nemosia (Limasol, Chipre). Esta población era muy importante y contaba con el principal puerto del reino chipriota, etapa obligatoria para los mercaderes, peregrinos y cruzados

que iban a Tierra Santa. Para la Iglesia representaba el baluarte del occidente cristiano frente al Islam. En esta diócesis, donde permanece tres años, 1252-1255, podrá ofrecer un gran testimonio en las misiones internacionales que le confiará la Santa Sede. Cuando el rey de Francia, San Luis IX, emprende la VII cruzada para rescatar los Santos Lugares, le conforta y auxilia. El monarca galo permanece durante ocho meses en Chipre, estableciéndose una sólida amistad entre ambos. Volverán a encontrarse en Siria, afrontando siempre las dificultades y fatigas de su ministerio pastoral con gran empeño.

El 18 de diciembre de 1255 el papa Alejandro IV le nombra obispo de Vicenza, en donde, según algunos, había nacido. El Papa le encomiaba «sin excusas y sin perder tiempo a emprender con ánimo viril la nueva misión». Había necesidad de reconstruir espiritual y materialmente la diócesis, habida cuenta de lo ocurrido durante el dominio del tirano Erzelino da Romano, yerno del emperador, que en 1249 había exiliado al obispo Manfredo dei Pii, que murió en 1255 sin haber regresado a su sede. Durante estos años la herejía de los cátaros se había extendido por la Italia septentrional, especialmente en la ciudad de Vicenza. No permitió el tirano Erzelino el desempeño pastoral del nuevo prelado, a quien amenaza de muerte si toma posesión del obispado. Durante cinco años estuvo en el exilio, pero la muerte de Federico II (1250) precipita los acontecimientos, pues Inocencio IV excomulga a Erzelino, que conquista Brescia, pero es traicionado, y no consigue conquistar Milán como pretendía. Hecho prisionero, muere el año 1259 en Soncino. Libre de su enemigo, puede tomar posesión de su sede de Vicenza, aunque reside un tiempo en Padua. Alejandro IV el mismo año lo envía como legado pontificio a la corte del rey Enrique III, a Inglaterra. De regreso, pasa por París, donde San Luis IV, rey de Francia, le obsequia con una reliquia de la cruz y una espina de la corona de Cristo, en cuyo honor ordena la construcción del hermoso templo de la Santa Corona en Vicenza, que encarga a los dominicos. Desea una apostólica reevangelización de los vicentinos, después de los años heréticos de los ezelinos, y funda un convento de Predicadores donde se predica la verdad evangélica, frente al poder herético que llega a

contar con dos obispos cátaros en la ciudad. Establece escuelas públicas para resolver la ignorancia generalizada, organiza la pacificación con Padua y Venecia, defiende los bienes del clero, invita a religiosos de ejemplar vida a colaborar en este noble empeño. Restaura la catedral, devastada por la herejía y construye el hospital de San Juliano conocido como «Casa de Dios».

El año 1267 tiene lugar la tercera traslación del cuerpo de Santo Domingo de Guzmán al espléndido mausoleo de Nicola Pisano, pronuncia en tal ocasión un elocuente panegírico, y redacta el documento que guarda perenne memoria de este acontecimiento. Despliega en sus últimos años una actividad prodigiosa y agotado por su entregada voluntad al servicio de la iglesia, fallece en el mes de noviembre del año 1270, y es enterrado en la iglesia de la Santa Corona. De inmediato, sus diocesanos le distinguen como especial intercesor, obteniendo muchos milagros. En 1351, al restaurarse el coro, se procede a trasladar su cuerpo, que encontraron incorrupto, arraigándose la profunda devoción a este santo prelado. Pio VI recomendó en 1781 abrir el proceso de beatificación, son reconocidos sus restos nuevamente, y el 31 de agosto de 1793 confirma el culto ininterrumpido que los fieles de Vicenza siempre le dispensaron, reconociendo el título de beato.

Dotado de vasta cultura, como refrenda la importante biblioteca que deja a su muerte al convento dominicano de Vicenza, podemos valorar la competencia y el amor por la ciencia sagrada de quien siempre buscaba la verdad a través de sus escritos, en los cuales se comprueba la profundidad de su doctrina y un claro conocimiento de la Biblia, señal de la profundidad de su pensamiento. Se le atribuyen diversos comentarios sobre la Sagrada Escritura y la jerarquía celeste del Pseudo Dionisio, y algunos tratados de teología mística, entre los cuales se hallan los libros *De Venatione divini amoris, Expositio Cantici Canticorum* y diversos sermones. Otras obras suyas se han perdido. Fue devotísimo de la Virgen María: «Lo que fui, soy y me hace vivir, todo lo debo a la Virgen María».

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

BAUDRILLAT, A. - AUBERT, R. (dir.), *Dictionnaire d'histoire et de géographie ecclesiastique.* VI: *Baader-Baviàre* (París 1932) col.1036.

PASCHINI, P. (dir.) *Enciclopedia cattolica.* II: *Arn-Bra* (Ciudad del Vaticano 1949) cols.880-881

PILASTRO, P., OP, *B. Bartolomeo da Breganze, domenicano, vescovo di Vicenza* (Arcugnano, Vicenza 1999).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN EVARISTO

Papa († 108)

Evaristo fue el cuarto sucesor de San Pedro en la sede romana y se calcula su muerte el año 108. El *Liber Pontificalis* lo hace natural de Belén e hijo de un judío, y le atribuye un pontificado de nueve años, diez meses y dos días. Dice igualmente que distribuyó los sacerdotes romanos en veinticinco títulos y que ordenó que siete diáconos ayudasen al Papa en la predicación de la recta doctrina. Su nombre ciertamente figura en todas las listas antiguas de los pontífices romanos.

SAN GAUDIOSO DE ABITINE

Obispo († 452)

Séptimo Celio Gaudioso era obispo de Abitine, en el África proconsular, y fue uno de aquellos eclesiásticos a quienes el rey Genserico en 439, tras la toma de Cartago, metió en débiles naves y los lanzó al mar, dejándolos a su suerte, junto con San Quodvultdeus, el obispo de Cartago. Providencialmente, algunas de estas naves llegaron a las costas de Campania. Y así es como llegó Gaudioso a Nápoles, donde fue acogido con respeto y caridad. Aquí, junto a los muros de la ciudad, en la zona llamada Marmorata, fundó un monasterio que duraría siglos. Aquí vivió santamente y a su muerte, el 27 de octubre de 452, como parece, fue enterrado en la catacumba que tomó su nombre. Figura en el calendario marmóreo y sus reliquias se veneran en la catedral napolitana.

BEATO SALVADOR MOLLAR VENTURA

Religioso y mártir († 1936)

Nace en Manises (Valencia) el 27 de marzo de 1896 y se bautizó con el nombre de Juan Bautista. Era la suya una familia modesta y cristiana, donde recibió una excelente educación. Luego de estudiar en la escuela pública, hubo de empezar muy pronto a trabajar, y se acreditó enseguida como un joven piadoso, responsable y caritativo. Todos los años hacía ejercicios espirituales en el convento franciscano del Santo Espíritu del Monte en Gilet. Y del contacto con los religiosos franciscanos observantes surgió su vocación. Vistió el hábito franciscano el 20 de enero de 1921 tomando el nombre de fray Salvador. Hizo los primeros votos el 22 de enero de 1922 y la profesión solemne el 25 de enero de 1925 en calidad de hermano lego. Estuvo destinado en los conventos de Santo Espíritu del Monte y de Benisa, y una breve temporada la pasó en Madrid. Era de carácter jovial y optimista, y sobresalió por su humildad, modestia y gravedad. Puso mucho empeño, cuando tuvo el encargo de sacristán, de que todo lo relativo al culto divino estuviera limpio y ordenado. Era muy devoto de la Virgen María.

Llegada la revolución de 1936 hubo de dejar su convento de Benisa y se refugió en una casa amiga, pero para no comprometerla, decidió irse a Manises y buscar refugio entre sus familiares. Aquí hizo vida retirada ayudando a su familia en las tareas domésticas y todos lo vieron entregado a una gran vida de oración y recogimiento. Presentía su martirio y lo aceptaba entregado a la voluntad de Dios. El día 13 de octubre de 1938 se presentaron unos milicianos en casa de su hermana, donde se encontraba fray Salvador, y lo detuvieron. Lo llevaron al convento de las carmelitas convertido en cárcel y lo encerraron en el pequeño cuarto que servía a las monjas de confesonario y donde no se podía tender sino sólo sentar. Una persona le llevaba todos los días la comida y la cena pero no podía hablar con él. Parece que fue sometido a torturas y malos tratos. Desde la cárcel y escondida en un pedazo de pan pudo enviar a sus familiares esta nota:

> «Queridas hermanas, cuñadas y sobrinas, yo estoy bien y muy conformado con la voluntad de Dios. Espero me diréis cómo lo

pasáis por ésa. No padezcáis por mí, pero orad mucho por mí, pues necesito mucho de vuestras oraciones. Queridos míos, os pido perdón de todas las ofensas y ejemplos que os haya dado. Yo también perdono de todo corazón a todos mis enemigos, pues quiero que Dios me perdone de todos mis pecados. Encargo mucho a Auxiliadora, a Consuelín y a Salvador que sean muy honestos y piadosos. Queridas mías, puede ser que dentro de pocos días me encuentre en la eternidad. Acordaos de mí como me acordaré de vosotras. Y no temamos, que Dios fue por el mismo camino y sin culpa propia. Bautista Mollar».

El 27 de octubre de 1936 le llevaron al llamado «Picadero de Paterna» donde por su sola condición de religioso fue fusilado.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

28 de octubre

A) MARTIROLOGIO

1. Fiesta de los santos Simón y Judas, apóstoles **.
2. En Mainz (Alemania), San Ferrucio († 300), mártir.
3. En Como (Italia), San Fidel († s. IV), mártir.
4. En Ávila, santos Vicente, Sabina y Cristeta († 305), mártires *.
5. En Thiers (Aquitania), San Ginés († s. IV), mártir.
6. En Amiens (Neustria), San Salvio († 625), obispo.
7. En Meaux (Neustria), San Farón († 670), obispo *.
8. En Annecy (Saboya), San Germán († s. XI), abad.
9. En Fokién (China), santos Francisco Serrano, obispo, Joaquín Royo, Juan Alcober y Francisco Díaz del Rincón († 1748), presbíteros, religiosos dominicos todos ellos y mártires **.
10. En Cho Rat (Tonquín), San Juan Dat († 1798), presbítero y mártir *.
11. En Ejutla (México), San Rodrigo Aguilar Alemán († 1927), presbítero y mártir **.
12. En Alcira (Valencia), Beato Salvador Damián Enguix Garés († 1936), mártir *.
13. En Gilet (Valencia), Beato José Ramón Ruiz Bruixola († 1936), presbítero y mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN SIMÓN Y SAN JUDAS

Apóstoles († s. I)

El apóstol es un enviado de Jesucristo. Un hombre llamado por Jesucristo para ser un testimonio vivo de su mensaje redentor en el mundo. Así estos dos hombres: Simón y Judas.

Bien poco sabemos de Simón. Unos le identificaron con Simón el Cananeo, o el Zelotes, uno de los doce apóstoles del Señor. Otros aseguran que fue obispo de Jerusalén, sucesor del apóstol Santiago el Menor (hacia el año 62; cf. EUSEBIO, *Historia eclesiástica,* 11 t.20 col.245). En esta última hipótesis hubiera sellado con su sangre la fe cristiana en la persecución del emperador Trajano, hacia el año 107. Pero esto resulta insostenible, puesto que el Simón obispo de Jerusalén fue, según Eusebio, hijo de Cleofás y no hermano de Santiago.

En la lista de los apóstoles le suelen llamar siempre Simón el Cananeo, o el Zelotes, dos términos que se identifican. Son, en efecto, dos traducciones de un mismo vocabla hebreo, qanná, que quiere decir zelotes o celoso. Así Simón, apóstol fiel de Jesucristo, encarna en su persona el gran celo del Dios omnipotente; «de hecho, el Dios de Israel se muestra como un ser "celoso" de sí mismo, que no puede en manera alguna tolerar cualquier atentado contra su trascendente majestad» (Éx 20,5; 34,14).

En los albores ya de la era mesiánica los romanos toman definitivamente en sus manos las riendas de la administración palestinense. Los judíos, agobiados por el peso aplastante de la opresión extranjera, se esfuerzan desesperadamente por abrirse un resquicio de libertad y de esperanza. Quieren crear una fuerza de resistencia que los libere. A impulsos de Judas de Gamala y del fariseo Sadduk se organiza un partido de oposición. Los miembros que integran el partido toman el sobrenombre de zelotes.

El partido se ampara en un sentido eminentemente religioso. Quieren ser en medio de la dominación extranjera corrompida por el paganismo, un monumento vivo a la fidelidad a la ley mosaica.

Una gran preocupación mesiánica invadía el sentimiento nacional de estos hombres. La espera incontenida del gran Libertador se vivía en el partido con el alma en tensión, siguiendo la línea de los grandes profetas de Israel.

La impotencia humana para quebrar, por fin, la esclavitud, les empuja irresistiblemente a un patriotismo exaltado y zozobrante, que culmina en la guerra judía.

Simón pertenecía evidentemente a este partido, en el que se habían enlazado indisolublemente la religión y la política. No podemos olvidar que en la historia del pueblo elegido la preocupación social, religiosa y política iba siempre de la mano. Simón fue un zelotes. Es verdad que en su vida pesaba, sobre todo, el matiz religioso. El celo ardiente por la Ley le quemaba el centro de su alma israelita. Como San Pablo, es Simón un judío entregado plenamente al cumplimiento de las tradiciones paternales. Rozando en su persona el formulismo asfixiante y agobiador de los fariseos.

Pero un día, venturoso para él, se encontró con la mirada del Maestro y se convirtió sinceramente al Evangelio (Hch 21,20).

Perdido en su humildad, la Providencia ha querido dejarle olvidado en un casto silencio. De todos los apóstoles, él es el menos conocido. La tradición nos dice que predicó la doctrina evangélica en Egipto, y luego en Mesopotamia y después en Persia, ya en compañía de San Judas.

En la lista de los apóstoles aparece ya al final, junto a su compañero San Judas (cf. Mt 10,3-4; Mc 3,16,19; Lc 6,13; Hch 1,13).

Simón es el Zelotes para distinguirle de Simón Pedro, el príncipe del colegio apostólico; Judas es llamado Tadeo (Lebbeo en algunos manuscritos de San Mateo) para distinguirle de Judas el traidor. San Juan le llama expresamente «Judas, no el Iscariote».

San Judas aparece también en el Evangelio con un gran celo apostólico. En la última cena, Jesucristo hace de sí mismo causa común con su Padre. El que le ame a él, será amado de su Padre celestial. Acaba el Señor de proclamar el mandamiento nuevo. Y Judas siente que se le quema el alma de caridad al prójimo, y

no puede aguantarse: «Señor, ¿cómo ha de ser esto, que te has de mostrar a nosotros, y no al mundo?» (Jn 14,22). La inefable dulzura del amor a Jesucristo, el testimonio caliente de la revelación del Verbo, tenía que penetrar el mundo entero. A través de estas palabras tímidas, pero selladas con el marchamo inconfundible de un apóstol, descubrimos la presencia de un alma grande y un corazón ancho.

Los evangelios no nos conservan de él ni una palabra más. La tradición, recogida en los martirologios romanos, el de Beda y Adón, y a través de San Jerónimo y San Isidoro, nos dicen que San Simón y San Judas fueron martirizados en Persia.

Afirma la leyenda que los templos de la ciudad de Suamir estaban recargados de ídolos. Los santos apóstoles fueron apresados. Simón fue conducido al templo del Sol y Judas al de la Luna, para que los adoraran. Pero ante su presencia los ídolos se derrumbaron estrepitosamente. De sus figuras desmoronadas salieron, dando gritos rabiosos, los demonios en figuras de etiopes. Los sacerdotes paganos se revolvieron contra los apóstoles y los despedazaron. El azul sereno de los cielos se enluteció de pronto. Una horrible tempestad originó la muerte a gran multitud de gentiles. El rey, ya cristiano por la predicación de los santos apóstoles, levantó en Babilonia un templo suntuoso, donde reposaron sus cuerpos hasta que fueron trasladados a San Pedro de Roma.

El nombre de Judas es muy frecuente en el Nuevo Testamento y en la Iglesia primitiva (cf. Mt 13,55; Mc 6,3). San Clemente de Alejandría, influenciado, sin duda, por el protoevangelio de Santiago, cuenta a Judas entre los hijos del primer matrimonio de San José. San Lucas le llama «Judas de Santiago» (6,13.16). Aquí se suelen apoyar no pocos exegetas para decir que Judas era hermano de Santiago. Así lo afirmaban los escritores eclesiásticos de los primeros siglos testificando al propio tiempo que era «hermano», es decir, «pariente» del Señor, aunque luego no se pongan de acuerdo al darle el título de apóstol. Y así se viene invariablemente repitiendo en la exégesis católica. Y, sin embargo, el genitivo suele indicar siempre relación de paternidad, más que de fraternidad. El mismo San Lucas, en el mismo contexto, habla de «Santiago de Alfeo», es decir, hijo de Alfeo.

Cuando San Judas se presenta a sí mismo en su carta apostólica, parece que no se incluye en el número de los doce. Se llama humildemente «un siervo de Jesucristo». Y hasta da la sensación que se excluye positivamente del grupo apostólico (v.17).

Esto, tal vez, concordaría más con la actitud de Jesucristo, que no elige a sus familiares para ser apóstoles de su doctrina. De hecho, los hermanos del Señor se colocan fuera de los doce (cf. Hch 1,13-14).

Pero los católicos han proclamado siempre para San Judas el apostolado apoyados en Mc 6,3, donde Santiago y Judas son llamados «hermanos de Jesucristo».

A través de la breve carta, escrita con un claro sentido de polémica, contra las primeras herejías nacientes, descubrimos en San Judas un escritor de mentalidad semita, con un conocimiento exquisito de la lengua griega. El clasicismo griego alterna en él con alguna influencia popular del estilo

Desprecian ya estos herejes primeros del cristianismo la divinidad de Jesucristo, imbuidos indudablemente por las ideas gnósticas. Quieren propalar una doctrina esotérica, con una clara tendencia al iluminismo. Se creen con el monopolio de la santidad y no vacilan en llamarse «pneumáticos» o espirituales, mientras menosprecian a los demas con el nombre de «psíquicos» o carnales. Contra ellos levanta San Judas su voz, llena de un santo celo.

La fuente de inspiracion es para él el Antiguo Testamento, donde descubre una serie de sentidos típicos en orden al Nuevo Testamento. Tiene San Judas un gran conocimiento de documentos extrabíblicos. Hace referencia a los *Apocrifos de Henoc* y a la *Asunción de Moisés.*

Este uso que el apostol hace en su predicación de la Biblia y de la tradición judaica tenía, sin duda, un valor extraordinario para los convertidos del judaísmo. La fe, según San Judas, constituye el fundamento de la vida cristiana. Pero esta fe, cálida y viva, va necesariamente unida a la caridad El cristianismo es en él una aventura. Hay que jugárselo todo por el amor de Dios y del prójimo. Así la predicación de San Judas evoca la doctrina del cuarto evangelio. Como San Juan, predica el la confianza

plena en el día del juicio, como una consecuencia obligada de haberse refugiado en la misericordia de Jesucristo.

La misericordia, la paz, la caridad, son una maravillosa expresión del ritmo ternario de la epístola y de su doctrina apostólica, La doxología final tiene una gran influencia doctrinal en la literatura cristiana de los primeros tiempos, comenzando por San Pedro y San Pablo. San Policarpo, igual que San Judas, desea a los filipenses la misericordia, la paz, la caridad en abundancia.

El hecho de llamarse a sí mismo «hermano de Santiago», nos indica que San Judas se dirige a cristianos que tenían en gran estima a aquel apóstol. Y estas comunidades hemos de buscarlas en Palestina, Siria y Mesopotamia, donde, como hemos dicho, señala la tradición el campo de actividades al apóstol.

San Judas, tal vez, perteneció a la humilde clase de los trabajadores. Eusebio cuenta que fueron acusados ante el emperador Domiciano unos nietos de Judas, por ser parientes del Señor. Pero el emperador los dejó en libertad, al ver sus manos encallecidas por el trabajo.

EVARISTO MARTIN NIETO

Bibliografía

Acta sanctorum. Octobris, XII, p.421-427; 437-467
Bibliotheca hagiographica latina: antiquae et mediae aetatis, ediderunt Socii Bollandini (Bruselas 1898-1911) n.7749-7753
CHAINE, J., *Les epîtres catholiques* (París 1939).
CERFAUX, L., *La communauté apostolique* (París 1943).
LECONTRE, R., *Dictionnaire de la Bible. Supplément,* IV (París 1940) col.1285-1298.
STAFFELBACH, J., *Die Briefe der Apostel Jakobus und Judas, Petrus und Johannes* (Lucerna 1941).
• Actualización:
CIPRIANI, S., «Simón», en C. LEONARDI - A. RICCARDI - G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los santos,* II (Madrid 2000) 2070-2071
— «Judas Tadeo», en ibíd., 1409-1410.
GASCA SALO, J., *El apostol olvidado: San Judas Tadeo* (Zaragoza [3]1990).

SANTOS FRANCISCO SERRANO, JOAQUÍN ROYO, JUAN ALCOVER, FRANCISCO DÍAZ DEL RINCÓN

Presbíteros y mártires († 1748)

En pleno siglo XX se ven aún llegar a España unos hombres de barbas venerables, cansados de años y de fatigas; sobre el hábito blanco llevan, a veces, cruces pectorales, símbolo de una vida enteramente crucificada que ha sabido de renuncias más que de honores. Dijeron, desde la cubierta de un barco, adiós a su patria y a sus deudos, mientras la mirada se les perdía en un horizonte sobrenatural y difícil; veinticinco años al hombro de su juventud contaban entonces, más o menos; época dorada para empezar heroísmos; cuarenta o cincuenta han gastado en países de Oriente, luminosos de sol y seda, ciegos de cielo, sembrando el trigo de Dios, sembrando el Evangelio. Ahora retornan, cumplida la tarea, a los lares para morir en paz. La aventura misional de estos hombres, puro asombro y acicate del proselitismo abnegado del catolicismo, no puede medirse por el rasero de lo humano, porque lo humano ha sido trascendido. Hay que valorarla en la balanza de los heroísmos más limpios. Esos heroísmos que son posibles para la manquedad eficiente del hombre cuando la aúpa la gracia y le da cuerda la vocación apostólica.

Para la Iglesia de retaguardia, para la Iglesia de cada día, esos hombres que retornan con la vida gastada en la línea de combate, llenos de cicatrices físicas, el alma aún en primavera, son ejemplar lección. Pero no olvidemos a los que no volvieron, a los que cayeron en el campo de la misión. A los mártires. Su último acto de servicio, su última palabra, fue su misma sangre. Semilla y verdad, testimonio irrefutable de amor a Dios y a la Iglesia.

Los cristianos debemos meditar un poco más, desde nuestro cómodo vivir la fe, ese vivir arriesgado, tenso, y ese morir envidiable de los misioneros. Hoy nos brinda la liturgia la lección de cuatro mártires dominicos que encendieron con su sangre cuatro estrellas en el vasto imperio de la China. Sus nombres pudieran ser muy bien los nuestros: Francisco Serrano,

Juan Alcover, Joaquín Royo y Francisco Díaz. Nombres y apellidos de auténtica cepa española.

La misión dominicana de China fue siempre una misión zarandeada de contratiempos. Pero, como está regada con sangre generosa, es una misión que no puede morir. La sangre de los mártires germina siempre. En la primera mitad del siglo XVIII la misión atravesó uno de los períodos más espinosos. Y, también, más bellos. La milenaria cultura china es reacia a cualquier reeducación cultural o religiosa de procedencia extraña. Esta dificultad radical se vio aumentada con dolorosa frecuencia por los decretos imperiales que proscribían la labor evangelizadora de los misioneros. El 17 de diciembre de 1706 fue crucial para la misión: el emperador dictó un decreto por el que los misioneros quedaban en una disyuntiva: o aceptar el *piao* —admisión y enseñanza de los ritos sínicos— o salir del gran imperio. Lo primero era imposible, porque Roma había hablado de un modo categórico en el sentido de condena de tales ritos; lo segundo era lacerante, porque significaba abandonar el rebaño, privarlo de pastores. Sólo quedaba un resquicio o una salida: quedarse allí, a sombra de tejados, a correr la aventura de vivir «fuera de la ley» imperial y morir por la fe. La provincia dominicana de Filipinas comprendió que éste era el único camino para salvar una cristiandad que necesitaba ayuda y amparo en momentos tan cruciales. Las actas de los capítulos provinciales de 1712 y 1714 recogen esta inquietud y esta honda pena cristiana. El general de la Orden, reverendísimo padre Cloche, insta al padre provincial para que no se deje vencer por el desaliento: «La misión de China es la que en todos tiempos ha dado mayor lustre a la provincia, es la niña de sus ojos» misioneros. Por ese único y empinado camino, la misión iba a coronarse de gloria. Cinco españoles correrán la aventura hasta el final. Cuatro mártires. Cuatro santos. Medio siglo de historia misional se llenará casi exclusivamente con su gesta heroica; los otros misioneros dominicos cayeron antes en la brecha o se vieron precisados a dejar la misión.

La ficha biográfica de estos cuatro paladines es sencilla:

FRANCISCO SERRANO nace en Huéneja, obispado de Guadix y provincia de Granada, el 4 de diciembre de 1695; lo bauti-

zó su abuelo Pedro Frías, quien, habiendo enviudado, se hizo sacerdote; en 1713 tomó el hábito en Santa Cruz la Real de Granada; allí se hizo amigo de fray Juan Alcover, que le acompañará en la hora de la sangre; terminados los estudios con brillantez, fue nombrado lector de artes; artes y libros dejó zarpando de Cádiz el 13 de julio de 1725, con su amigo el padre Alcover, para Filipinas; casi tres años duró la travesía. Pronto emprendió otra más: zarpó para el gran imperio. En realidad, allí empezaba su aventura: la del martirio.

JUAN ALCOVER vino al mundo el 21 de diciembre de 1694 en Granada, en la parroquia de la Virgen de las Angustias, patrona de la ciudad; en 1709 se hace dominico; la ordenación sacerdotal la recibe a fines de 1718; intentó irse a las misiones, pero fracasó el intento por causas ajenas a su intención; en el ínterin se dedicó a la predicación en Lorca y sus contornos; y, finalmente, zarpó de Cádiz el 15 de julio de 1725; naufragó la nave capitana y en ella el presidente de la misión; la elección de nuevo jefe recayó en el padre Alcover, quien la llevó hasta Manila. El 4 de octubre de 1728 sale de Manila para China, disfrazado de capitán, logrando incorporarse al grupo de los misioneros.

JOAQUÍN ROYO vio la luz en Hinojosa (Teruel) en el otoño de 1691; era hijo de Joaquín Royo y Mariana Pérez; el 24 de marzo de 1709 ingresó como novicio en Nuestra Señora del Pilar, de Valencia; empezó los estudios eclesiásticos en el convento de Predicadores; pero antes de terminarlos sintió la llamada de las misiones y allá se fue, embarcando en Cádiz el 16 de septiembre de 1712; en Puebla de los Ángeles se ordenó de subdiácono; prosiguió el viaje a Manila, y de allí a China, cuando tenía nada más que veintitrés años.

FRANCISCO DÍAZ era natural de Ecija (Sevilla), donde nació el 2 de octubre de 1713; fueron sus padres Juan Díaz Fernández e Isabel María Rincón y Rico. El 11 de septiembre de 1730 tomó el hábito, y cinco años más tarde, a los veintidós de edad, zarpó de Cádiz a fines de noviembre de 1735: un año después estaba ya en Filipinas continuando los estudios. En 1739 arribó a la misión.

Estos cuatro intrépidos misioneros aguantaron el vendaval de las más crudas persecuciones. En contacto unos con otros,

sin perder el temple de su fortaleza heroica, huyendo de villa en villa, consagrados por entero a su labor apostólica, mantuvieron encendida la llama de la fe en la provincia de Fokién. Una y otra vez se embravecía la tormenta; pero ellos no conocían el miedo. Las relaciones que periódicamente enviaban a sus superiores y las cartas a sus amigos son un estupendo testimonio del espíritu con que evangelizaban, desafiando a la muerte con una alegría divina. La misión había sido fundada en 1556 por el padre Gaspar de la Cruz; las persecuciones la habían sacudido con furia diabólica; en 1643 se apuntaló espiritualmente con la muerte del protomártir de China: Beato Francisco Fernández Capillas. Pero nunca había atravesado una época de tanta hostilidad como en estos años del siglo XVIII. Según narra el Beato Alcover, era un milagro continuar viviendo; pero estaban todos embargados de gozo en medio de las tribulaciones. En 1735 falleció el emperador Yung-Ching y le sucedió Kien-Lung. La tregua de los días de la sucesión fue corta; los misioneros se distribuyeron entre Fogán, Focheu, Moyang y Kan-Kiapán. El padre Sanz había sido nombrado vicario apostólico y consagrado obispo titular de Mauricastro en 1730. Al padre Alcover le ofreció el padre provincial el cargo de procurador de las misiones, con residencia en la colonia portuguesa de Macao, pero renunció, rogando que le dejase en campaña; más tarde aceptó el nombramiento de vicario provincial.

El nuevo emperador prohibió la práctica de la religión católica en sus anchurosos dominios. El ministerio se complicó de tal manera que los misioneros tenían que salir de noche a ejercerlo y disfrazarse con trajes y oficios humildes y guarecerse en los montes para huir de la enconada búsqueda de los mandarines, que habían puesto a precio sus cabezas. Las escenas más emocionantes se suceden como en una novela de aventuras a lo divino. El padre Alcover cuenta que andaba de un lugar para otro con sólo el breviario y una estampa de la Virgen de las Angustias, sin poder decir misa casi nunca. No se veían unos a otros más que de año en año. Una noche se subió a un árbol en un bosque para huir de las alimañas, y tuvo que atarse para sostenerse; creyó que había llegado su hora y entonó el *Miserere;* con sorpresa oyó que le respondían a coro; era el padre Serrano

que había hecho lo mismo; esperaron al alba por temor a las fieras, se abrazaron y volvieron a despedirse.

Por fin, en 1746, el virrey de Focheu, Cheu-Kio-Kien, organizó la caza de los valerosos misioneros utilizando los informes de un apóstata. El 25 de junio, entre once y doce de la noche, cayó prisionero el padre Alcober; el 27, los padres Serrano y Díaz; y el 3, el padre Royo. El 5 de julio están ya los cuatro en la cárcel de Fogán; custodiados de soldadesca, el 10 llegan a Focheu. El 19 empieza un primer proceso; los jueces dictan sentencia absolutoria, pero el virrey monta en cólera, depone a los jueces y nombra un nuevo tribunal, que empieza a actuar el 27 de agosto. De antemano estaba dada la sentencia de muerte. Mientras Cheu-Kio-Kien es galardonado con el cargo de jefe de los virreyes en la corte imperial; le sucede Coc, tan Herodes como él.

El 26 de mayo de 1747 la catana siega, en las afueras de la ciudad, la vida madura del padre Sanz; los otros cuatro esperan contentos que les llegue la hora; el padre Serrano es nombrado vicario apostólico y obispo titular de Tipasitania. No sueñan con honores, sino con martirios. Los cuatro son herrados en la cara con los caracteres *Chan-Fan,* es decir, «reo de muerte». Y el 28 de octubre de 1748, al atardecer, los cuatro prisioneros fueron degollados en sus respectivos calabozos. En el suelo, cuatro cadáveres; pero sus almas, con palmas recién estrenadas, se juntaron en la gloria con el coro de los testigos de la verdad.

El ejemplo de aquellos campeones de la fe llenó de asombro y admiración a toda la Iglesia militante. El rey católico Fernando VI escribió al provincial de los dominicos a Manila manifestándole que era un gran «honor a estos mis dominios de España el que hayan sido de su misma nación los religiosos que ofrecieron gustosos sus vidas, rubricando con su sangre la infalible verdad de nuestra religión». El padre provincial envió al padre Juan de Santa María, natural de aquel país, a rescatar los restos de los mártires. Tras mil peripecias, logró recoger los huesos calcinados, que fueron objeto de un apoteósico recibimiento en Manila. Benedicto XIV, que había seguido con desvelo la aventura, en dos alocuciones a los cardenales encomió su fortaleza inconmovible; en la primera los llamó «mártires designados»,

cuando aún vivían en aquella tierra áspera de Focheu; después de su martirio, en la segunda alocución, los calificó de «mártires consumados», reservando a sus sucesores el que los declararan «mártires vindicados», o sea, que los elevasen a la gloria de los altares.

El proceso canónico para la beatificación fue introducido en Roma en tiempos de Pío VI y se llevó a feliz término en el pontificado de León XIII, que quiso celebrar su jubileo episcopal bajo los auspicios de los protagonistas de aquella emocionante epopeya del cristianismo. El 14 de mayo de 1893 fueron inscritos en el catálogo de los bienaventurados. Fue relator de la causa el cardenal Zigliara, y entre los ilustres personajes que asistieron a la beatificación estaban el reverendísimo padre José María Larroca, general de los dominicos, y el embajador de España, señor Merry del Val.

Fueron canonizados el 1 de octubre de 2000 por el papa Juan Pablo II, junto con otras víctimas de varias persecuciones en China entre los años 1648 y 1930. La memoria litúrgica de todos se celebra el 9 de julio.

ÁLVARO HUERGA, OP

Bibliografía

ALCOVER, J. J., *Vida del venerable padre fray Juan de Alcocer y epítome de las de sus cuatro compañeros, de la Orden de Predicadores* (Madrid 1804).

CIENFUEGOS, C., *Reseña histórica de la vida y martirio de los VV. Sres. Sanz y Serrano y PP. Alcover, Royo y Días* (Madrid 1893).

FERNÁNDEZ ARIAS, E., *El beato Sanz y compañeros mártires* (Manila 1893)

GONZALEZ, J. M., *Misiones dominicanas en China, 1700-1750* (Madrid 1952).

Héroes dominicanos. Los cinco mártires dominicos españoles beatificados (artículos biográficos) (Barcelona 1893).

HUERGA, A., *El Beato Alcover, un granadino en los altares* (Granada 1958).

TAN KIEN-GIANG, *Vida de los mártires de Focheu* (Hong-Kong 1950) (en chino).

SAN RODRIGO AGUILAR ALEMÁN

Presbítero y mártir († 1927)

El mexicano Rodrigo Aguilar Alemán subió al altar colectivamente. Del brazo de no pocos hermanos de nacionalidad y

de fe, palma martirial en mano, en el marco de una geografía, por motivos religiosos, modernamente ensangrentada.

Canónicamente glorificado. Anónimamente ensalzado, a la faz del mundo, por el papa Juan Pablo II, en San Pedro de Roma, en la mañana primaveral jubilar del 21 de mayo del año 2000.

Remitimos al lector a nuestras páginas del título en sus manos correspondientes al mes de mayo donde se ofrece más amplia referencia del furor anticlerical, antirreligioso y persecutorio de los aciagos tiempos aztecas de 1920 (cf. *Año cristiano. Mayo,* p.460-468). Cuando Carranza y, sobre todo, Plutaco Elías Calles, protagonistas de la —en labios de Pío XI— «persecución diocleciana» que provocó el estallido «cristero» popular. Cuando la insurrección religioso-patriótica, abanderada por los estandartes de Cristo Rey y de la Virgen de Guadalupe, en defensa del culto católico, en abierta oposición a la clausura de los templos. Cuando el joven presbítero Rodrigo Aguilar fue uno de los que *no abandonaron el valiente ejercicio de su ministerio,* según proclamación del papa Juan Pablo II en la liturgia de la canonización.

El jalisciense Rodrigo Aguilar Alemán, hijo de Buenaventura y de Petra, había nacido en la ciudad de Sayula, que cuenta con portales y templos históricos, el 13 de marzo de 1875. Regenerado por las aguas bautismales, dos fechas más tarde, y robustecido en la fe, con la gracia sacramental, el 3 de abril de 1877.

En el Seminario Auxiliar de Ciudad Guzmán, adonde en sus años mozos le llevó la llamada del Señor, fue alumno modelo. Brillante por su talento —coleccionista de sobresalientes y de distinciones honoríficas— por su aplicación. Muy responsable. Con reconocidas aptitudes literarias, tanto en prosa como en verso; no raramente merecedoras de atención y de espacio en la prensa local. Autor del título *Mi viaje a Jerusalén,* impresiones y vivencias de una visita a Tierra Santa en sus años ministeriales...

Treintañero, el 4 de enero de 1905, el arzobispo José de Jesús Ortiz le impuso las manos, confiriéndole el presbiterado, justamente en el santuario de Guadalupe donde, en fecha primero de año de 1903, había recibido el diaconado.

Y, de inmediato, metido de lleno en la vida parroquial. Bregando limpia, ejemplar, apostólicamente. Sacerdote las veinticuatro horas del día. Formador de juventudes, gran catequista y fervoroso predicador. Paciente, humilde y caritativo. Siempre atento a las necesidades de sus fieles de cuyos simpatía y cariño, en correspondencia, disfrutó en todo momento. Una densa y edificante hoja de servicios la suya, con múltiples anotaciones ministeriales —coadjutor, capellanías, párroco—, estrenada en San Pedro de Analco, en Yesca. Y, sucesivamente, enmarcada en Lagos de Moreno, Atotonilco el Alto, Cocula, Sayula, Zapotiltic. Coronando su larga y fecunda experiencia pastoral en la demarcación de Unión de Tula.

De la mítica ciudad jalisciense, con enorme protagonismo «cristero», hubo de escapar a todo correr el 20 de enero de 1927 sorprendido por el terrible vendaval persecutorio. Puso la piel a salvo en un vecino rancho. Sólo momentáneamente protector, hasta pasada la noche pues, al otro día, el hombre que le había asilado, va y le delata. Entonces, él corre a Ejutla, donde en fecha 26 del mismo mes y año, en el colegio de San Ignacio, vive la inquietud propia del refugiado que se sabe blanco de odios mortales. Cuidándose espiritualmente y, a la vez, pidiendo a Dios fortaleza para sus cristianos, también perseguidos.

Rodrigo oraba, celebraba la Eucaristía, predicaba, administraba sacramentos. Podía haberse quedado quieto. Pero no. No quiso, contra todo consejo. Prefirió el riesgo apostólico, teniendo en cuenta que los fieles le necesitaban mas que nunca. Fuera miedos.

Y —eso sí, prudentemente disfrazado, inadvertido de las miradas y de las balas— protagonizaba encuentros clandestinos y a escondidas auxiliaba a heridos y moribundos, confortaba, estimulaba. No paraba. Incansable. Dándose generosamente. No paraba...

Mediada la mañana del 28 de octubre del año que comentamos una columna militar —unos seiscientos federales callistas— al mando del general de brigada Juan Izaguirre, se hizo ama y dueña de Ejutla. Fue la desbandada del vecindario. En busca precipitada de la montaña, de los recónditos rincones campestres y de las cuevas. Aunque no todo el mundo fue afor-

tunado, hubo, no pocos, fracasados en su intento, que, atrapados por los agraristas, que venían detrás, acabaron prisioneros.

Privado de libertad, entre ellos, el presbítero Rodrigo Aguilar. Fue sorprendido, formando parte de un tribunal de exámenes a seminaristas, en el convento de las religiosas adoratrices. Otros tres sacerdotes y los examinandos lograron escapar por la parte trasera del edificio, abierto al campo. Pero nuestro protagonista perdió tiempo ocupado en la busca de unos documentos.

Sonaron disparos. Persecución a tiro limpio contra los que huían. Cuando, acompañado por uno de los estudiantes, que le había esperado, apareció en la puerta al descampado, se topó con las fuerzas armadas. Entonces despidió al aspirante al sacerdocio: «Ha llegado mi hora. Déjame solo». Los soldados, groseramente, se interesaron por su identidad. Fueron correspondidos: «Soy sacerdote».

Seguidamente, el eclesiástico, el seminarista y algunas religiosas fueron prisioneros, previa una ración también común de insultos e injurias verbales. Luego, el presbítero fue apartado del grupo, encarcelado aparte. Despidiéndose: «Nos veremos en el cielo».

Breves horas de espera, en capilla. En los pasillos del seminario, custodiado por varios hombres y el jefe de los agraristas, armados. El mandamás —un tal Donato Arechiga— profesaba odio personal al eclesiástico. Resentido porque se había negado a bendecir canónicamente su relación con una segunda mujer —viva aún la legítima—. Y, revanchista, solicitó del general Izaguirre que acabara con él.

En capilla —sabremos por dos adoratrices, autorizadas a visitarle— amable, sereno y feliz. Pese a los insultos, a las procacidades, a las vejaciones, a las amenazas. En capilla, orante. Gozoso, imaginando el inmediato encuentro con Dios.

Sobre la primera hora de la madrugada será la ejecución. Sin un simulacro de juicio. Arbitrariamente. Bueno, sí; por puro odio a la fe católica. En plena plaza mayor, arbolada, de Ejutla. Dramáticos momentos.

Llegada la ocasión los verdugos ciñen con una soga, que forma lazo en la punta, la resistente rama de un grueso mango. La víctima toma en las manos el instrumento de su inmediata

ejecucion y lo bendice, regala el rosario que lleva en el bolsillo a uno de los verdugos y ofrece público perdón a todos. Éstos le anudan la cuerda al cuello, al tiempo que, altaneramente, bromean: «¿Quién vive?» Una voz firme, decidida: «Cristo Rey y Santa María de Guadalupe». Carcajadas irónicas. Mas la advertencia: «No le colgaremos si grita "¡Viva el Gobierno supremo!"». Una prueba...

Tensión de músculos, tirando con rabia y ferocidad. Y el cuerpo del eclesiástico se hace colgante, en divertido balanceo para los verdugos, insistentes: «¿Quién vive?» Idéntica correspondencia, sin brizna de tiempo para la vacilación. Respuesta dificultosa, jadeante: «Cristo Rey y Santa María de Guadalupe».

Súbitamente los bárbaros destensan los brazos y el cuerpo condenado cae como una masa de plomo sobre el suelo. Pausa y va la tercera. Ya en serio. La soldadesca tensa por segunda vez la soga hasta dejar en alto, columpiándose, los cincuenta y tantos años del sacerdote, cuyos manos y brazos se contorsionan. Nunca mejor dicho: su vida pendiente de un hilo; de un grueso y tosco hilo.

El consabido interrogante: «¿Quién vive?» Apenas perceptible, la voz amordazada asfixiándose: «Cris... Cris...to Rey... San... ta Ma...ría... Guada... lupe». Cuentan que algunos en ese momento observaron una especial claridad en el cielo.

El cadáver amaneció entre el ramaje y la tierra, casi, casi rozando el suelo, en la solitaria plaza. Con sombrero, camisa, pantalones y calcetines pero sin zapatos, colgado del mango. A la vista pública hasta casi las cinco de la tarde. Entonces, unos piadosos vecinos, autorizados, corrieron el telón del macabro espectáculo. Descolgaron al mártir y le dieron sepultura en el panteón municipal.

Mientras los soldados protagonizaban el saqueo de la población, poco menos que abandonada. Profanaban sacrílegamente el convento de las adoratrices y también en la plaza quemaban imágenes sagradas, ornamentos religiosos y mobiliario del templo.

Cinco años después fue la exhumación, siendo trasladados al templo parroquial de Union de Tula donde, desde el primer momento, el pueblo privadamente ha venerado a Rodrigo Aguilar Alemán como a verdadero mártir de la fe. Ahora, tras el re-

conocimiento canónico de la heroicidad de sus virtudes, ya oficial el culto.

Testimonio de oro.

Hoy como ayer. Cuando la penetración evangélica en los ambientes romanos, estallada en sangre, escribió páginas maravillosas en la historia del Pueblo de Dios.

JACINTO PERAIRE FERRER

Bibliografía

CONFERENCIA DEL EPISCOPADO MEXICANO, *Mártires de la Iglesia de México.* V centenario del descubrimiento y evangelización de América (México 1991)
http://es catholic.net/sacerdotes.
http://www.aciprensa.com/testigosdefe.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTOS VICENTE, SABINA Y CRISTETA

Mártires († 305)

Estos santos son celebrados en Ávila con rango de solemnidad y allí tienen dedicada la espléndida iglesia del siglo XII, que testimonia el culto que en la ciudad se les viene tributando desde hace tantos siglos. Sobre este culto hay que decir que lo atestigua un antiguo himno anterior a la conquista musulmana de España y en el que no se dan muchos particulares de cómo fue el martirio. La *passio* parece compuesta a finales del siglo VII. No los mencionan los martirologios de Adón y Jeronimiano y sí el de Floro, constando que a mediados del siglo IX ya estaba su memoria inserta en la liturgia general hispánica. Las reliquias en parte fueron trasladadas en el reinado de Fernando I al monasterio de San Pedro de Arlanza. La tradición los hace procedentes de Talavera de la Reina, llegados a Ávila para escapar de la persecución, pero descubiertos y martirizados aquí. Sus restos mortales, abandonados a las fieras, fueron defendidos por una serpiente, la cual atacó a un judío que quería profanarlas. Éste, convertido al cristianismo, sería el constructor del primer templo dedicado a su memoria.

SAN FARÓN DE MEAUX

Obispo († 670)

Hermano de San Cainoaldo o Cagnoaldo y Santa Burgundófora, Farón nace en Borgoña en el seno de una familia noble. Pasa su juventud en la corte del rey Teodoberto II. Contrajo matrimonio con Blidequilda. Pero tras conversar con su hermana acerca del ideal de una vida consagrada sólo a la causa de Cristo, siente el atractivo de la vida clerical y obtiene para ello licencia de su esposa, que toma el velo religioso y se retira a sus posesiones donde murió unos años más tarde. No era más que simple tonsurado cuando, habiendo quedado vacante la sede de Meaux, hacia el 628, es elegido obispo de esta diócesis. El nuevo rey, Dagoberto, le hizo su canciller, y es claro que aprovechó su cargo para proteger a los pobres y para salir siempre en defensa de la justicia. Como obispo, puso mucho celo en convertir a los paganos que aún quedaban en la diócesis. Fundó un monasterio en los arrabales de Meaux, dedicado a la Santa Cruz. Cuando iban de Roma a Inglaterra, él hospedó a San Teodoro y San Adrián. Tras muchos años de un episcopado ejemplar, en el que de sus propios bienes fundó parroquias y dotó las iglesias, murió en 670.

SAN JUAN DAT

Presbítero y mártir († 1798)

Este santo tonquinés nace en Dong-Chuoi el año 1765 y se cría en la misión católica de su pueblo. Se cualifica luego como catequista y opta finalmente por el sacerdocio, ordenándose en 1798. Su ministerio iba a ser muy breve, de sólo cuatro meses. En agosto de ese mismo año era arrestado luego de que inicialmente huyera a las montañas cuando supo que lo buscaban, pero volvió luego pensando que su sitio estaba entre sus feligreses. Al entrar en la casa no lo encontraron los soldados, pero empezaron a maltratar a la familia y entonces Juan, para impedir este maltrato, salió de su escondite. Cargado con cadenas y con la canga al cuello compareció ante el tribunal y se le conminó en vano a que pisara la cruz. Custodiado por soldados cuyo

capitán era cristiano, era dejado libre de día y encerrado solamente por la noche, lo que aprovechaba para animar a los demás presos cristianos a perseverar. Pudo visitarlo un sacerdote y darle la absolución sacramental. Llevado de nuevo al tribunal el 25 de octubre, fue condenado a muerte, y en las inmediaciones de Trinh-Ha, se dispuso su ejecución. Permitió el mandarín que los cristianos asistiesen a su muerte y lo saludasen por última vez. Los cristianos colocaron bajo él una estera. El mártir se sentó en ella, cruzó los brazos sobre el pecho y se puso en oración, y entonces fue decapitado. Era el 28 de octubre de 1798.

Fue canonizado el 19 de junio de 1988 por el papa Juan Pablo II junto con los 117 mártires de Vietnam, muertos por la fe entre los años 1745-1862, que habían sido beatificados a lo largo del siglo XX.

BEATO SALVADOR DAMIÁN ENGUIX GARÉS

Mártir († 1936)

Nace en Alcira el 27 de septiembre de 1862. Estudió la carrera de veterinario y en su matrimonio tuvo cinco hijos, de cuya crianza y educación hubo él de encargarse en solitario pues su esposa murió muy joven. Desde 1926 era veterinario municipal de Alcira. Era un católico fervoroso. Contribuyó a la fundación de la Adoración Nocturna, de la que fue primer presidente, y pertenecía a las Conferencias de San Vicente de Paúl, así como a la Acción Católica. Demostró su caridad en las epidemias y riadas y era asiduo al hospital, cuyos enfermos visitaba, y al asilo de ancianos, a cuyo aseo colaboraba. Iniciada ya la revolución, el 31 de julio de 1936 presentó su dimisión como veterinario municipal, aceptada al día siguiente. Fue detenido el 6 de agosto y puesto en libertad a las pocas horas. A su hija, que le manifestó su miedo ante las circunstancias, la animó recordándole el valor del martirio. Volvieron a detenerle en los días finales de octubre y le llevaron a las Escuelas Pías, que hacían de cárcel. El día 27 lo llevaron a las tapias del cementerio y lo fusilaron, pero no murió, y creyéndole muerto lo dejaron. Al día siguiente, cuando fueron a enterrarlo y no lo hallaron, lo buscaron por los alrededores y lo encontraron en una casa de

su propiedad cercana al cementerio. Entonces dispararon contra él hasta causarle la muerte.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO JOSÉ RAMÓN RUIZ BRUIXOLA

Presbítero y mártir († 1936)

Este sacerdote valenciano había nacido en Foyos el 30 de marzo de 1857 en una familia de labradores, de la que recibió un profundo sentido cristiano. En 1878 ingresó en el seminario conciliar de Valencia donde cursó brillantemente los estudios sacerdotales y dio un magnífico ejemplo como seminarista. En 1882 se ordenó de presbítero. Coadjutor de Cuart de Poblet, al poco tiempo estuvo encargado de la parroquia. Luego obtuvo un beneficio en la parroquia de San Nicolás Obispo y San Pedro Mártir de Valencia. Se adhirió a la congregación misionera que misionaba por los pueblos y dio numerosas misiones. Pasó luego a la parroquia de Santa Catalina y San Agustín como ecónomo y sobresalió por su cuidado de los pobres. Pasó posteriormente a la Parroquia de San Esteban Protomártir, y levantó la iglesia de la llamada «Escuela de Cristo», a la que él pertenecía y que fomentaba por su utilidad para la vida cristiana. En 1923 participó en el concurso a parroquias y fue nombrado párroco de San Nicolás. Procuró la mejora del templo, el esplendor del culto, y su trabajo pastoral se centró en la catequesis y la promoción del apostolado seglar, fundando la Acción Católica. Visitador asiduo de los enfermos y volcado en los pobres, tuvo el amor sincero de su feligresía. Llegada la revolución, hubo de irse a su pueblo, donde clandestinamente continuó el ejercicio de su ministerio. En octubre fue arrestado con otras personas y llevado a un chalet de su mismo pueblo, levantando él el ánimo de los demás detenidos para que aceptasen el martirio. Se confesaron todos y rezaron el rosario, que no había concluido cuando se lo llevaron. Llegados al cementerio de Gilet a las doce de la noche, pidió como gracia que mataran primero a los demás para estar exhortándoles y animándoles. Así fue y mien-

tras continuaba rezando el rosario fue fusilado, no sin que antes les dijera a sus verdugos que los perdonaba.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

29 de octubre

A) MARTIROLOGIO

1. En Cartago, San Feliciano († s. III), mártir.
2. La conmemoración de San Narciso († 222), obispo de Jerusalén **.
3. En Vercelis (Liguria), San Honorato († 415), obispo *.
4. En Sidón (Fenicia), San Zenobio († s. IV), presbítero y mártir.
5. En Edesa (Mesopotamia), San Abrahán († 366), anacoreta *.
6. En Sarug (Siria), San Santiago († 521), obispo **.
7. En el territorio de Vienne (Galia), San Teodario († 575), abad *.
8. En Kilmacduagh (Irlanda), San Colmán († 632), obispo.
9. En Faigne (Neustria), San Dodón († 750), abad del monasterio de Wallers *.
10. En Secondigliano (Italia), Beato Cayetano Errico († 1860), presbítero, fundador de los Misioneros de los Sagrados Corazones de Jesús y María **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN NARCISO DE JERUSALÉN
Obispo († 222)

La Iglesia de Jerusalén conservaba amorosamente la memoria de los santos pastores que habían estado a su frente luego de que Santiago, el hermano del Señor, la hubiera regido hasta el día de su martirio. Los fieles jerosolimitanos tenían plena conciencia de que su ciudad era en verdad la Ciudad Santa no solamente para los fieles del Antiguo Testamento sino muy especialmente para los del Nuevo. En ella habían tenido lugar los acontecimientos trascendentales de la pasión, muerte y resu-

rrección de Jesús, de su gloriosa Ascensión a los cielos y de la Venida del Espíritu Santo, y desde ella había comenzado la difusión del evangelio por el mundo.

Uno de esos santos pastores cuya vida y virtudes perseveraban en la memoria de la Iglesia de Jerusalén es San Narciso, que fue obispo de la ciudad entre el 180 y el 220 aproximadamente. Los recuerdos que Jerusalén conservaba de San Narciso los recogió el historiador Eusebio de Cesarea en su *Historia eclesiástica,* y aunque los martirologios más antiguos no recogían su memoria, ya Adón lo incluyó en el suyo y de ahí pasó a los demás occidentales, como el de Usuardo, y de él pasó al *Martirologio romano,* conservándose en el actual, cuyo elogio de Narciso dice así:

> «La conmemoración de San Narciso, obispo de Jerusalén, laudable por su santidad, paciencia y fe, el cual estando de acuerdo con el papa San Víctor en la fecha de la celebración de la Pascua cristiana, afirmó que el misterio de la Resurrección del Señor no debe celebrarse sino en domingo, y siendo un anciano de ciento dieciséis años, marchó felizmente hacia el Señor».

No afirma, pues, el *Martirologio* que el 29 de octubre sea el día del tránsito de San Narciso sino el día de su conmemoración, porque en realidad ninguna de las fuentes antiguas señala el día de su muerte, y sencillamente la fecha del 29 de octubre la puso Adón, sin que se sepa el motivo, y se ha llegado a decir que arbitrariamente.

Recojamos los datos que nos proporciona Eusebio. No dice el historiador de la Iglesia que Narciso fuera de Jerusalén, pero al menos debía vivir allí de tiempo y ser bien conocido, toda vez que, siendo ya un hombre mayor fue elegido para obispo de Jerusalén. Era el decimoquinto obispo de Jerusalén luego de la catástrofe de los hebreos al tiempo de Adriano (134-135) y el trigésimo desde el tiempo de los apóstoles. Sucede al obispo Doliciano. Esto debió ser en algún año de la década 180-190.

Narciso interviene y, por cierto haciendo valer su autoridad de obispo, en el tema de la fecha de la celebración de la Pascua. Esta celebración se había generalizado en todas las iglesias de Oriente y Occidente, pero en la designación de la fecha exacta en que los cristianos debían celebrarla hubo discusión. En la mayor parte de las iglesias, sobre todo de Occidente y en Ale-

jandría, era celebrada siempre el domingo siguiente al 14 de nisan, que era la luna 14 o luna llena luego del equinoccio de primavera. Según este sistema, el viernes anterior se celebraba la muerte de Cristo. En cambio, en Asia Menor la fiesta acostumbraba a celebrarse el propio día 14 de nisán, con independencia de qué día de la semana caía, y ese día se celebraba la muerte del Señor (llamada «Pascua de la cruz») y dos días después se celebraba la resurrección del Señor («Pascua de la Resurrección»). Por esta fijación en el día 14 a los partidarios de esta fecha se les llama los cuartodecimanos. Estos partidarios del día 14 apelaban a que esta tradición suya se remontaba a los apóstoles. Esta diferencia introducía confusión y profundas diferencias de fechas, pues de unas a otras iglesias la Pascua podría celebrarse con diferencia de varias semanas. A mediados del siglo II trataron este asunto en Roma el obispo San Policarpo de Esmirna y el papa San Aniceto, pero sin acuerdo. El papa San Víctor I († 199), y a él alude el elogio del *Martirologio,* tomó el tema con mucha decisión y mandó que se solucionara mediante sínodos de los obispos en Roma, las Galias, Ponto y Palestina. Y fue precisamente en un sínodo de Palestina en el que tomó parte San Narciso, siendo otro de los participantes Teófilo de Cesarea. Este sínodo sintonizó con el sentir del papa San Víctor y determinó que la celebración de la fiesta de la Pascua fuera siempre en domingo y por consiguiente negó la razón a los cuartodecimanos. Como es sabido, éstos mantendrían su opinión tenazmente hasta que el Concilio ecuménico I de Nicea mandó que en todas partes la Pascua se celebrara en domingo. Narciso y Teófilo se manifestaban así de acuerdo con la Iglesia de Alejandría, a su vez de acuerdo con la Iglesia romana.

La memoria de Narciso está unida a la de diversos milagros, y esta fama de taumaturgo no deja de traerla a primer plano Eusebio. Muy notable es el milagro de las lámparas. Sucedió que en la celebración de la Vigilia Pascual vino a faltar el aceite para las lámparas y esto lleno de inquietud a la multitud de los fieles. Narciso con gran serenidad dijo a los que cuidaban de las lámparas que trajeran agua y se la echasen. Con la debida obediencia los ministros trajeron el agua y entonces el obispo pronunció sobre ella una bendición y con confianza plena en la

protección del Señor mandó al agua que se convirtiera en aceite. Y sucedió que Dios escuchó la plegaria del santo obispo y el agua en efecto se convirtió en aceite. Maravillados los fieles del prodigio, terminada la Vigilia, tomaron aceite de las lámparas y lo conservaron consigo durante mucho tiempo en recuerdo del milagro.

Narciso gobernaba santamente la Iglesia y era recto en su conducta personal y en su línea de actuación pastoral, y esta rectitud suya causó la envidia y mala voluntad de algunos que no tuvieron empacho en levantarle una horrenda calumnia. Se trataba —dice Eusebio— de tres individuos malvados que, mal pudiendo soportar su rectitud y firmeza, para no pagar sus propios delitos, se decidieron a calumniar al prelado, y para darle credibilidad a su aserto juraron ser verdad lo que decían, y pidieron que si no lo era le vinieran estas desgracias: uno dijo que muriera quemado, otro que le viniera la lepra y otro que se quedara ciego. Aunque la pureza y la conducta virtuosa del prelado hacía increíble la calumnia, él se sintió incapaz de seguir ejerciendo su ministerio con aquella acusación encima y decidió entonces poner en práctica un deseo que tenía de mucho tiempo y era el de llevar una vida ascética y apartada. Abandonó el trato con la gente y la dirección de su Iglesia y durante años vivió en lugares desiertos y desconocidos.

Cuando la ausencia de Narciso comenzó a durar y se vio que no volvía, los obispos de la zona pensaron que la Iglesia de Jerusalén no podía estar permanentemente privada de pastor, y procedieron por ello al nombramiento de otro obispo, al que impusieron las manos y consagraron. Se llamaba Dio este nuevo prelado que, muerto al poco tiempo, fue sustituido por Germanión, y a éste a su vez lo sucedió Gordio. Pero entonces tuvo lugar el castigo divino a los autores de la horrenda calumnia. Cada uno de aquellos tres malvados que la pronunciaron recibieron exactamente aquello que pidieron si era mentira su alegato. Y el uno ardió junto con su casa, el otro contrajo la lepra y el otro, espantado ya de lo sucedido a sus compañeros, de tal forma lloraba y se lamentaba que de tantas lágrimas perdió la vista.

Estaba Gordio rigiendo la Iglesia jerosolimitana cuando de pronto y sin previo aviso aparece de nuevo Narciso en Jerusa-

lén. No parece que él reclamara su sitio de obispo, pero los hermanos —dice Eusebio— le rogaron que volviera a ocupar la sede, teniendo todos para con él la más alta admiración por su escondite, su vida ascética y sobre todo porque Dios lo hubiera vindicado. Sin que sepamos qué pasó con Gordio, pero suponiendo algunos que murió, lo cierto es que Narciso otra vez se sentó en la sede de Jerusalén, siendo ya para entonces muy entrado en años. Y por este motivo se ideó un obispo que ahora llamamos coadjutor, y que fue Alejandro, hasta entonces obispo en Flaviada, de Capadocia, el cual lo ayudó en el ministerio episcopal. Por una carta suya a los habitantes de Antínoe en la Tebaida, Egipto, sabemos que por entonces tenía Narciso 116 años. La muerte del santo obispo la retrasa San Epifanio en su tratado Contra las herejías al imperio de Alejandro (222-235) pero en realidad no se sabe con exactitud. Su memoria la recogen los menologios bizantinos el día 7 de agosto.

JOSE LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

Acta sanctorum. Octobris, XII, p.782-790

Bibliotheca sanctorum. IX: *Masabki-Ozanam* (Roma 1967) cols.719-721.

CROISSET, J., SI, *Año cristiano, o ejercicios devotos para todos los días del año,* X (Barcelona 1854) 527-532.

LLORCA, B., SI, - GARCIA VILLOSLADA, R., SI, - LABOA, J. M.ª, *Historia de la Iglesia católica.* I: *Edad Antigua: la Iglesia en el mundo grecorromano* (Madrid ⁸2001).

SAN SANTIAGO DE SARUG

Obispo († 521)

Santiago Sarug o Mar Yakub, que también se le conoce por este nombre, está considerado como uno de los grandes doctores de la Iglesia siria. «Cítara del Espíritu Santo» le llamaron los jacobitas, y sus himnos litúrgicos son apreciados por caldeos, maronitas y melquitas como verdadera «arpa de la Iglesia ortodoxa». Nacido en Kurtam, en las riberas del río Éufrates, hacia el año 451, su fiesta la celebran los sirios el 29 de noviembre, los maronitas el 5 de abril y la Iglesia latina el 29 de octubre.

Los escasos datos, no siempre muy concordes, que se saben de su vida contrastan en cambio con el amplio conocimiento que se tiene de su obra y de su doctrina, aunque también ésta se haya visto sometida a controversia por determinadas afirmaciones, en las que algunos intérpretes han descubierto una cierta inclinación a un monofisismo moderado. El corpus de sus escritos ofrece un recorrido completísimo por el ancho mundo de la teología, comentarios exegéticos de la Biblia, mariología, liturgia y moral cristiana. Gran escritor, de poderosas imágenes poéticas, es una de las plumas más fecundas de la literatura siria.

Santiago de Sarug pasó su infancia y juventud en Hawra, en el distrito de Sarug, en Siria. Cuenta su discípulo y panegirista Georges que su padre era sacerdote y que el niño fue presentado en el templo a los tres años. No faltan leyendas relacionadas con esa tierna infancia en las que ya se busca la fuente de su futura sapiencia como infundida por el espíritu divino. Pero fuera de estos panegíricos más cercanos a la veneración que a la biografía contrastada, difundidos por algunos de sus discípulos y otros cronistas de la época para exaltar el prodigio de sus cualidades y de su ejemplaridad, la vida de Sarug se fundamenta y sostiene en unos pocos datos y en la huella que ha dejado en su producción literaria, sobre todo en su epistolario.

Por su primera carta a los monjes de Mar Bass se sabe que estudió sagrada escritura en la escuela de Edesa y que tradujo del griego al siríaco los escritos de Diodoro de Tarso y de Teodoro de Mopsuestia. Pero añade también que descubrió en estos autores el error de Nestorio, y a partir de entonces se transformó en un firme luchador contra esta herejía. Llegó Santiago Sarug a esta prestigiosa escuela de tendencia nestoriana con veinte años, hacia el 470, y coincidió allí con Narsai, que sería exiliado en el 471, aunque terminó rompiendo con aquellas tendencias. Pero también allí adquirió no sólo un importante bagaje teológico sino también filosófico y linguístico. En lo tocante a sus cualidades para la elocuencia y la poesía, cultivadas con brillantez desde los años de estudiante, nos cuenta un biógrafo suyo de la época que en cierta ocasión Sarug fue sometido en Batnan a un examen durante el cual se le pedía exponer homiléticamente la visión del «Carro de Yavé» descrita por Ezequiel.

Los cinco obispos asistentes a la prueba quedaron admirados ante la belleza de su expresión, sus dotes para repentizar y la imaginación conceptual de su discurso.

Cuando contaba 22 años ya era monje, pero nada se sabe de su vida monástica. Posteriormente fue ordenado de presbítero. Y hacia el año 502, con los cincuenta cumplidos, lo vemos en Hawra de Sarug, donde había transcurrido parte de su niñez, ejerciendo el oficio eclesiástico de corepíscopo, delegado episcopal para una determinada jurisdicción, y escribiendo cartas de ánimo a distintas poblaciones de Mesopotamia que temían al rey persa Qawad. Esta prolongada funcion de inspectoría le obligó a visitar durante muchos años numerosos monasterios de la región y a tomar contacto con los monjes y eremitas, a los que supo ganarse con sus cualidades de hombre bondadoso y espiritual.

Al final de su vida, en el 518, y ya con 67 años de edad, al mismo tiempo que sus amigos Severo, Filoxeno y Juan de Tella eran enviados al exilio, fue elegido obispo de Batna, ciudad que tras la invasión musulmana recibió el nombre de Sarug, de donde le viene a este «doctor y columna» de la Iglesia siria el apelativo. Murió dos años y medio más tarde, en noviembre del 521, a los 70 años de edad. El pseudo Dionisio certifica que «en el año 833 murió el santo Mar Jakub, el doctor, obispo de Batna de Sarug». Por supuesto que este año mencionado corresponde al calendario seléucida. Su fama de santidad lo situó muy pronto en el calendario de los santos con liturgia propia y recibió culto entre los jacobitas, los maronitas y los armenios.

Santiago Sarug fue un prolífico y excelente escritor en lengua siríaca. Llegó a componer no menos de 763 homilías métricas, poemas escritos en verso dodecasílabo y de contenido homilético, así como otras muchas piezas para uso litúrgico muy apreciadas por su belleza literaria y por su doctrina teológica. Se le ha comparado en su estilo poético con San Efrén, Isaac el Grande y Filoxeno de Mabbug y siempre fue considerado por las Iglesias ortodoxas como uno de sus escritores más inspirados poética y espiritualmente.

Nacido Sarug cuando el concilio de Calcedonia (451) había puesto fin a una controversia cristológica, aún pervivía años

después en su escuela de Edesa la polémica sobre algunas cuestiones fronterizas con la heterodoxia o dudosamente ortodoxas. Los estudiosos de su obra se han preguntado por la ortodoxia de su doctrina, y se han planteado si habría coqueteado con el monofisismo, asunto que preocupó a los analistas del siglo XVIII, pero hoy se piensa, con criterios muy acordes con su temperamento, que no participó en esa controversia, sino que se dedicó a explicar los textos bíblicos, a exponer los dogmas, a escribir sobre la Virgen María y los santos. Precisamente por su alejamiento de las intrigas, aun doctrinales, de su época mereció el reconocimiento

De su fecundidad como escritor no podía esperarse más que una obra de largo recorrido teológico, de temática amplísima, en la que brilla sobre todo un lenguaje imaginativo que, a veces, preocupado por su aliento poético y devocional, deja en la sombra algunos perfiles de su doctrina. Sus famosas homilías métricas o *memrè,* de las que se han conservado más de 300, comentan pasajes del Antiguo Testamento, como la creación, los patriarcas, las figuras mesiánicas; o del Nuevo Testamento exponiendo la vida de Jesús, sus milagros, discursos y parábolas; sobre la Virgen María a la que dedica no sólo homilías sino también hermosos himnos que cantan sus virtudes; sobre los apóstoles, algunas leyendas, santos sirios, virtudes y vicios, sobre los novísimos, los sacramentos y determinadas fiestas litúrgicas. Muchos fragmentos de sus homilías métricas han pasado a formar parte de los textos litúrgicos maronitas, sirios, jacobitas, siro-malabares y siro-malankares. Más aún, todas las Iglesias orientales, incluida la Iglesia armenia, lo tienen por un maestro indiscutible de la himnología.

Pero si causa impresión el volumen y la variedad de los temas tratados, sorprende también la concreción de sus enseñanzas. La doctrina de Santiago Sarug enseña, por ejemplo, la presencia real de Cristo en la eucaristía, utiliza fórmulas que implican la infalibilidad del primado de Pedro y afirma la eternidad de las penas del pecador. Pero, sobre todo, expone una completa mariología fundada en la maternidad divina de María, fuente de toda su grandeza. Defiende su perfecta virginidad, su santidad, su cooperación a la Redención, su muerte y Asunción,

su dignidad de reina Y, aunque afirma que el Espíritu Santo había cubierto a María con su sombra para santificarla, no incluye la exención del pecado original ni, por tanto, la Inmaculada Concepción, pero en cambio sí establece el paralelismo entre Eva y María.

Valga este parrafo final, tomado de una de sus homilías marianas, como excelente ejemplo de los hermosos cantos que Santiago Sarug escribio sobre la «belleza inenarrable» de María, a la que llama «sede de todas las gracias». El texto se refiere a la humildad de María, y a su elección («porque para Dios es fácil morar entre los humildes») para ser Madre del Hijo de Dios:

> «Nuestro Señor, queriendo descender a la tierra, busco entre todas las mujeres, y solo a una escogio la que era bella sin par Se fijo en ella y solo encontro humildad y santidad, buenos pensamientos y un alma enamorada de la divinidad, un corazon puro y deseos de perfeccion, por eso Dios escogio a la pura y a la llena de belleza Descendio de su lugar y moro en la bienaventurada entre las mujeres, porque no habia en el mundo quien compararsele pueda Solo existia una doncella humilde, pura, bella y sin mancha, que fuera digna de ser Madre suya»

JOSE ANTONIO CARRO CELADA

Bibliografia

BERARDINO, A di (dir), *Diccionario patristico y de la antiguedad cristiana,* II (Salamanca 1992) 1142

Enciclopedia dei Santi Le Chiese Orientali, I (Roma 1998) cols 1027 1028

GRAFFIN, F , Art en *Dictionnaire de spiritualite, ascetique et mystique* VIII *Jacob Kyspen ning* (Paris 1974) cols 56 60

PASCHINI, P (dir), *Enciclopedia cattolica* VI *Geni Inna* (Ciudad del Vaticano 1948) col 331

VACANT, A MANGENOT, E AMANN, E , *et al* (dirs), *Dictionnaire de theologie catholique* VIII/1 *Isaac Jeûne* (Paris 1924) cols 300 305

BEATO CAYETANO ERRICO

Presbitero († 1860)

Él quería ser un humilde y santo sacerdote, entregado por completo a la vida interior y al ministerio sacerdotal. No tenía ninguna aspiración humana, ni siquiera en su sacerdocio. No aspiró a párroco ni a arcipreste ni a canonigo o a cualquier puesto

eclesiástico. Aspiró primero a ser religioso y no fue admitido, luego optó por el sacerdocio secular, y si llegó a fundador y padre general de una congregación religiosa fue porque una experiencia mística inesperada lo metió por ese camino. Su vida fue verdaderamente ejemplar. Sigamos su curriculum.

Nació en Secondigliano, una antigua aldea, a 4 km al norte de Nápoles. Nació en el seno de una modesta familia. Trabajaban su padre y su madre pero aun así no tuvieron suficientes ingresos para costearle al hijo la estancia como interno en el seminario. El día de su nacimiento fue el 19 de octubre de 1791 y fue el tercero de los diez hijos de Pascual Errico y María Marseglia. Su padre dirigía una pequeña fábrica artesanal para la producción de pasta y la madre tejía felpa. Al día siguiente fue llevado a bautizar a la parroquia local, dedicada a los Santos Cosme y Damián, y por ello sin duda al niño además del nombre de Cayetano se le pusieron los de Cosme y Damián.

Recibe en su hogar una cristiana educación porque sus padres tenían netos sentimientos religiosos, y a los seis años es puesto como alumno en la escuela comunal. Aquí daban clase dos sacerdotes, Don Tagliamonte y Don Vitagliano. Ambos dejarán huella profunda en la formación humana y religiosa de Cayetano, y al segundo lo tendrá durante años por director espiritual. Con sólo siete años es admitido a la sagrada comunión y comienza así su contacto que será tan fructuoso con Jesús Eucaristía, y a los 11 años recibe el sacramento de la confirmación. Es un niño bueno, que se porta magníficamente en su casa y que da claras señales de religiosidad sincera. Esta religiosidad, alentada por sus maestros, evoluciona hacia la vocación religiosa.

Piensa en una concreta orden religiosa y busca una que sea al mismo tiempo penitente y apostólica, como es la rama franciscana de los capuchinos. Lo habla con sus padres. Estos no ponen reparo. Su párroco da los informes positivos necesarios, pero Cayetano recibe una respuesta negativa. Motivo: sólo tiene catorce años. Es muy pronto para admitirlo al noviciado. Cayetano podría haber dicho que esperaría, pero sentía tan fuerte la llamada a hacerse religioso que prefirió dirigirse a la Congregación del Santísimo Redentor, tan ligada a Nápoles, y solicita ser admitido. Su decepción es grande: también es rechazado por

ser demasiado joven. ¿Dónde encontrar un sitio en que lo reciban pese a su juventud? Lo halló por fin en el Seminario Arzobispal de Nápoles, donde consigue ser admitido para el curso siguiente. Y así en 1807, con dieciséis años, es admitido entre sus alumnos. A Cayetano sin duda le hubiera gustado la vida común del seminario, pero sus padres no podían permitirse, teniendo tantos hijos, costearle el internado. Hubo de contentarse con ser alumno externo.

Cayetano se andaba en ida y vuelta todos los días los 4 km de su aldea a Nápoles. No le arredró el frío ni el calor ni la lluvia. Iba y venía todos los días. Y tuvo una conducta admirable en sus años de seminario. Luego de oír misa al alba y recibir la sagrada comunión, se iba a Nápoles al seminario. A su vuelta, ayudaba en lo que podía a las tareas de la casa. Los jueves, en que no había clase, los empleaba en visitar a los pacientes del hospital de los incurables de Nápoles. Hacía los ahorros que podía con tal de poderles llevar algún regalo a los enfermos hospitalizados. Los domingos, en que se quedaba en el pueblo, recorría las calles con un crucifijo y llamaba a los niños a que acudieran al catecismo y aprendieran la doctrina cristiana. En enero de 1808 se le viste con el traje talar, que llevó siempre dignamente como signo de su vocación al ministerio eclesiástico.

Llegado su momento comenzó a recibir las órdenes menores y luego las mayores hasta que le llegó la hora del sacerdocio. Con el corazón abrasado de fervor religioso se acercó la mañana del 23 de septiembre de 1815 a la catedral napolitana. Y allí, en la capilla de Santa Restituta, el cardenal Ruffo Scilla lo ordenó de presbítero. Su sueño se cumplía: era sacerdote. Se le indicó que se quedara en su pueblo natal y ayudara en la parroquia. Así empezó a hacerlo, atendiendo sobre todo el catecismo. Igualmente comenzó a visitar con gran celo a los enfermos, para los que era solaz y consuelo por su finura espiritual y su caridad. Y comenzó también a pasarse las horas en el confesonario, ministerio al que sería tan asiduo que el breve de beatificación lo llama «mártir del confesonario», por las innumerables horas que empleó durante su vida en atender a los fieles e impartirles el sacramento de la reconciliación. Su palabra llena de

unción e instrumento de luz evangélica comenzó a guiar a muchas almas por el camino de Dios, logrando con eficacia que los pecadores superaran sus faltas y entraran por el camino de la perfección cristiana. Y al lado de este ministerio le llegó la oportunidad de realizarse como sacerdote enseñando a los niños y procurando su formación cultural, humana y religiosa. Fue nombrado maestro comunal. Este cargo lo ejerció casi veinte años. Cientos de niños pasaron por sus manos y él dejó en ellos una impronta indeleble de religiosidad y de honestidad humana.

En el desempeño de su ministerio Cayetano se granjeó un gran crédito y el amor de los fieles. Pero su llamada constante a la vida moral y su advertencia pastoral a quienes iban por mal camino le suscitó el odio de algunos. En alguna ocasión del odio cordial y de la mala lengua pasaron a la acción. Lo esperaron en sitio solitario y por sorpresa cayeron sobre él y le dieron una regular paliza. En otra ocasión se libró por poco de caer asesinado. Pero estos riesgos no apartaron al buen sacerdote del ejercicio limpio y leal de su ministerio.

Cayetano era un asiduo y prestigioso predicador de la palabra de Dios. Su confesonario era una fuente de perfección moral y vida cristiana. Sus asiduas visitas a los enfermos llenaban de consuelo a los más tristes y deprimidos. Y sus manos eran liberales y generosas en socorrer a los más pobres. Y a ello se unía una vida interior profunda y una penitencia continua y austera. No tenía casa propia. Vivía en su casa con su familia, y su madre podía comprobar cómo sus camisas se llenaban de sangre a causa de las disciplinas con que afligía su cuerpo, sobre el cual llevaba además un áspero cilicio. Sacaba tiempo del sueño para pasar horas y horas de intensa oración y diálogo con Dios.

El cuidado de su vida interior le llevaba a ir a pie cada año a Pagani para recogerse en un retiro espiritual de una semana en la casa de los padres redentoristas, los cuales le recibían con mucho agrado. Era el año 1818. Estaba rezando en el coro cuando de pronto vio frente a sí a San Alfonso María de Ligorio, el fundador de la congregación redentorista. El santo le habla y le dice que Dios lo tiene destinado a fundar una congregación religiosa, y que la señal de esta vocación será la construc-

ción en su pueblo de una iglesia dedicada a la Virgen Dolorosa. Cayetano avisa a los fieles del proyecto de construir la iglesia de la Dolorosa. Los fieles reciben el proyecto con gran alegría. Algunos enemigos se oponen firmemente, pero don Cayetano va venciendo todas las dificultades, y la iglesia se pone en construcción. Luego de superadas todas las dificultades, la iglesia se inaugura y bendice el 9 de diciembre de 1830. A continuación encarga al escultor Francesco Verzella que hiciera una imagen de la Virgen Dolorosa. El artista se puso a ello y el sacerdote visitaba la obra. Varias veces le dijo al artista que cambiara la faz de la imagen. Al final dijo que así era. Y todos intuyeron que había tenido una visión de la Virgen, que ahora quería plasmar en la estatua. La sagrada imagen llegó a la iglesia en mayo de 1835, y la iglesia se convirtió desde entonces en meta de peregrinación y devoción de numerosísimos fieles, lo que sigue sucediendo hoy día.

El piadoso sacerdote tuvo entre tanto otro aviso del cielo. Se le dijo en un nuevo retiro espiritual que la congregacion debería estar dedicada a los Sagrados Corazones de Jesús y María. Cayetano desde entonces centra su espiritualidad en los Sagrados Corazones, cuyo amor le lleva a entregarse sin descanso ni medida a la búsqueda del pecador, y a la obra de misericordia con los más desprotegidos, enfermos, obreros, artesanos, campesinos, analfabetos, muchachas sin dote y extraviadas, presos, etc. Para todos ellos fue testigo fiel de la inmensa misericordia de Dios nuestro Padre.

Terminada la iglesia, construye Cayetano al lado de ella una casita, a donde él se traslada a vivir junto con un laico que atiende la iglesia. Luego empieza la casa para la futura congregacion. Cuando la concluye funda en ella el «Retiro Sacerdotal de los Sagrados Corazones», destinado a sacerdotes dispuestos a empeñarse sobre todo en el trabajo de las misiones populares. Esta institucion del «Retiro» es legalizada por el rey Fernando II, que mucho estimaba a Cayetano, el 14 de marzo de 1836. El 1 de octubre de aquel año abre el noviciado en el que admite nueve jóvenes. La Congregación de Misioneros de los Sagrados Corazones es legalizada por el citado monarca el 13 de mayo de 1839.

Concibió su congregación con un profundo sentido apostólico. Además de los tres votos de pobreza, castidad y obediencia, sus religiosos hacían el voto de perseverancia y el de no aceptar cargos fuera de la comunidad. De esta forma estarían siempre disponibles para las misiones, retiros, ejercicios espirituales y largas horas de confesonario en que se empeñaban. Cayetano fue a Roma en la primavera de 1838 para pedirle al papa Pío IX el decreto de alabanza para sus reglas como proemio de una posterior aprobación. Encontró algunas dificultades, e incluso hubo de ver que se presentaban contra él burdas calumnias, que con facilidad se desbarataron. En mayo de dicho año el decreto de alabanza se extendió por la Congregación de Religiosos y Regulares.

La Congregación de los Sagrados Corazones tuvo enseguida vocaciones y se extendió con prontitud. En 1842 se abrió la casa de Roccasecca, y en los años siguientes las de Sandonato, Andretta, Ascoli Satriano, Ceriñola, Bari y Otranto. Cayetano regresa a Roma para pedir la aprobación y el 7 de agosto de 1846 se dio el decreto de aprobación de la regla, que el papa Pío IX confirmó el 15 de septiembre siguiente con un breve en el que quedaba autorizada la Pía Unión de los Sagrados Corazones. Reunido en Secondigliano el capítulo general ese mismo año 1846, Cayetano quedó elegido superior general. En 1849 el papa Pío IX, que se encontraba en su destierro de Nápoles, concedió a la Congregación los mismos privilegios que a las demás congregaciones. Vuelto Pío IX a Roma, en 1854 invitó a Cayetano a que fundara una casa en Roma, que quedó finalmente aneja a la iglesia de Santa María in Publiculis. En 1858 el rey Fernando II le confió el santuario de la Madonna della Civita.

Cayetano perseveró hasta el final en el ejercicio fiel del ministerio, en las predicaciones al pueblo, en los ejercicios espirituales a religiosas y en la asidua presencia en el confesonario. La muerte le llega en Secondigliano el 29 de octubre de 1860. Perseverando su fama de santidad, el cardenal Riario Sforza abrió su causa en 1866 y el 18 de diciembre de 1884 se introdujo su causa en Roma. El 4 de octubre de 1974 el papa Pablo VI declaró heroicas sus virtudes. El 24 de abril de 2001 se declaró mila-

grosa la curación de Salvatore Cacciapoli, obtenida por la intercesión de Cayetano, y el 14 de abril de 2002 el papa Juan Pablo II procedió en la plaza de San Pedro de Roma a su beatificación.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 95 (2003) 173s.
ANGELINI, N., *Vita del venerabile Caetano Errico* (Nápoles 1908).
Bibliotheca sanctorum. V: *Erizzo-Galdino* (Roma 1964) cols.76-78.
L'Osservatore Romano (ed. en español) (12-4-2002) 9.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN HONORATO DE VERCELIS
Obispo († 415)

Honorato era natural de Vercelis, y fue discípulo del santo obispo Eusebio, en cuyo cenobio diocesano se integró y donde recibió las órdenes sagradas. Siguió al venerable prelado en su destierro a Escitópilis y con él viajó por Capadocia, Egipto y el Ilírico. Vuelto de Oriente con San Eusebio, continuó su servicio a la Iglesia y se ganó la estima de todos. Cuando murió el obispo Limeno, en 396, hubo graves discordias en la comunidad cristiana de Vercelis que impidieron una elección tranquila y rápida de nuevo obispo, lo que provocó la enérgica intervención epistolar de San Ambrosio de Milán, intervención que para algunos había sido contraproducente. Debió entonces hacerse presente el propio San Ambrosio en Vercelis y logró que se acordase una elección episcopal unánime en la persona de Honorato, que mostró de forma plena su gratitud y afecto a San Ambrosio. Cuando éste se puso enfermo en la primavera siguiente, Honorato marchó a Milán, estuvo al lado del enfermo, le dio personalmente el viático y lo asistió a la hora de la muerte. Honorato, siguiendo las huellas de San Eusebio, quiso ser en la cátedra episcopal, ante todo, el testigo de la verdadera fe frente al arrianismo, entonces todavía tan vivo. Su vida santa

sirvió de apoyo a su doctrina. Murió el 29 de octubre del 415 y enseguida la iglesia de Vercelis lo celebró como santo.

SAN ABRAHÁN

Anacoreta († 366)

Se hace eco de las obras de este San Abrahán el propio San Efrén Siro que nos narra cómo gozaba de fama de santidad en la Iglesia siria. Había nacido Abrahán en una familia acomodado, desde pequeño se le buscó una prometida y, llegada la juventud, se celebró el matrimonio, pero a la semana de celebrado Abrahán eligió la vida anacorética y para ello se hizo una choza donde vivió diez años de intensa penitencia. Pero cuando resultaron vanos los intentos de convertir a los habitantes de Beyth Qidona, un lugar cercano a Edesa, y de donde le vendría a Abrahán el sobrenombre de Kidunaia o Qidonaia, el obispo pensó que lo mejor sería ordenar a Abrahán y encargarlo de la tarea misionera en dicho pueblo. Obedeció Abrahán y se dispuso a procurar la conversión de los habitantes de Beyth Qidona, lo que al principio le fue cuesta arriba pero, finalmente, con su bondad, mansedumbre y celo lo consiguió. Abrahán volvió entonces a su amada soledad. Estos datos se mezclaron con otros a los que los historiadores no conceden historicidad. Su muerte se sitúa el año 366. Su memoria la registraba el anterior *Martirologio romano* el día 16 de marzo, pero el actual se ha adptado al *Sinaxario constantinopolitano* que lo recuerda el 29 de diciembre.

SAN TEODARIO

Abad († 573)

Teodario o Teuderio o Teudar o, menos exactamente, Teodoro es una figura del siglo VI que llega a nosotros por los escritos del obispo Adón de Vienne, el cual escribió su vida para los monjes del monasterio del que el santo había sido abad y que era conocido también como cenobio de San Teuderio. Adón lo presenta como hijo de una familia acomodada de la población de Arcisse, cercana a Vienne. Siguió la vocación monástica

ingresando en el monasterio de Lérins, pero luego se sintió atraído por San Cesáreo y marchó a Arlés, donde recibió la ordenación sacerdotal. Vuelve a Vienne donde construye el monasterio de San Eusebio y la basílica de San Sinforiano y, posteriormente, en Alarona construye otra iglesia dedicada a San Pedro. Marcha entonces a su pueblo natal y aquí edifica una basílica dedicada a la Virgen María. Pero, llamado a Vienne por el obispo Felipe, ejerce el cargo de presbítero penitenciario en la iglesia de San Lorenzo, acreditándose por su vida ejemplar. Aquí moriría el 29 de octubre del año 573.

SAN DODÓN
Abad († 750)

Dodón era natural de Vaux, junto a Fague, y su educación fue encomendada a San Ursmaro, abad de Lobbes. Aquí recibió una magnífica formación y al término de la misma optó por la vida monástica. Pasado un tiempo fue puesto al frente del monasterio de Wallers que era filial del de Lobbes. Pero él se sentía llamado a la vida eremítica y eligió un sitio retirado al norte de su abadía, donde actualmente se levanta Moustiers-en-Fagne. Aquí perseveró viviendo en el ascetismo y la oración hasta su santa muerte hacia el año 750.

30 de octubre

A) MARTIROLOGIO

1. En Siracusa (Sicilia), San Marciano († s. II), primer obispo de la ciudad.
2. La conmemoración de San Serapión († 211), obispo de Antioquía.
3. En Alejandría (Egipto), Santa Eutropia († s. III), mártir.
4. En Tánger (Mauritania), San Marcelo († 298), centurión, mártir **.
5. En León, santos Claudio, Lupercio y Victorio († 303/304), mártires *.

6. En Cuma (Campania), San Máximo, mártir († 303).
7. En Capua (Campania), San Germán († 540), obispo.
8. En Potenza (Lucania), San Gerardo († 1122), obispo.
9. En Cividale del Friuli (Véneto), Beata Bienvenida Boiani († 1292), virgen, terciaria dominica *.
10. En Winchester (Inglaterra), Beato Juan Slade († 1583), mártir bajo el reinado de Isabel I *.
11. En Limerick (Irlanda), Beato Terencio Alberto O'Brien († 1651), obispo, de la Orden de Predicadores, mártir bajo el régimen de Oliver Cromwell *.
12. En Acri (Calabria), Beato Ángel de Acri († 1739), presbítero, religioso capuchino **.
13. En Angers (Francia), Beato Juan Miguel Langevin († 1794), presbítero y mártir *.
14. Junto a Viena (Austria), Beata María Restituta Elena Kafka († 1943), virgen, de la Congregación de las Hermanas Franciscanas de la Caridad, mártir *.
15. En Dolinka (Kazajstán), Beato Alejandro Zaryzkyj († 1963), presbítero y mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN MARCELO DE TÁNGER

Centurión y mártir († 298)

El códice 11 del archivo de la catedral de León refiere que el rey Ramiro I (842-850) «restauró la iglesia de San Marcelo junto a la Puerta Cauriense, extramuros de la ciudad». Junto a esta iglesia se edificó un monasterio en el que, por cierto, habitó el insigne teólogo leonés del siglo XII, San Martino. Es, pues, un hecho indiscutible la devoción a San Marcelo con anterioridad a la reconquista en la ciudad de León, que hizo de él su principal patrón.

Se le creía natural de la misma ciudad, pero nadie sabía donde podían hallarse sus restos. Cuando la toma de Tánger por el rey de Portugal se halló, entre los vestigios cristianos de la ciudad islamizada, la tumba del mártir San Marcelo. La noticia conmovió especialmente a la ciudad de León, que se apresuró a reclamar las sagradas reliquias. Al fin, el 29 de marzo de 1493, llegaban transportadas por el rey Fernando el Católico, siendo

colocadas en la iglesia de su nombre. Nunca en León se había producido un recibimiento igual.

Habrá que decir que los devotos leoneses del siglo XV no sentían las necesidades probatorias que hoy imperan. Para nuestro caso son dignos de especial consideración los datos atinentes al cristianismo norteafricano y, especialmente, los que se refieren a distintas forma de persistencia cristiana aun después de la implantación del Islam.

Interesa aquí mayormente lo que se refiere a la vida y martirio del santo. Como ha sucedido tantas veces, lo histórico obtuvo en el correr del tiempo abundante arropamiento legendario. San Marcelo pertenece a la Iglesia norteafricana y ha pasado a la historia como un centurión romano que sufrió el martirio en Tánger el 30 de octubre del año 298. Su *passio* ha llegado hasta nosotros en dos recensiones conservadas en distintas bibliotecas europeas, entre ellas la Biblioteca Nacional de Madrid.

El núcleo original es reconocido como auténtico: dos interrogatorios a los que Marcelo se vio sometido en dos tribunales distintos. Según la *passio,* el 21 de julio de 298, día en que se celebraba la fiesta de los emperadores, el centurión Marcelo arrojó las armas ante toda la tropa reunida, renunciando así al servicio militar para incorporarse a la milicia de Cristo. Una semana después, el 28 de julio, compareció ante el presidente Fortunato, el cual, considerando la gravedad del delito, lo remitió a Tánger para que compareciera ante su superior jerárquico, Aurelio Agricolano. Aquí fue nuevamente interrogado y condenado a muerte el 30 de octubre.

Estamos, pues, ante un auténtico mártir africano de finales del siglo III. Con esto debiera bastar. Pero allá por el siglo XI la *passio* sufre una serie de interpolaciones: se le asigna a Santa Nonia como esposa, con la que resulta padre de doce hijos: Claudio, Lupercio, Victorico, Facundo, Primitivo, Emeterio, Celedonio, Servando, Germán, Fausto, Genaro y Marcial. Es la leyenda brotada precisamente en León y, a no dudarlo, contribuyó no poco a hacer de San Marcelo un vecino muy familiar. ¿En qué pudo basarse tal apropiación? En el falso fundamento de considerar a Marcelo como perteneciente a la *Legio Traiani,* la que presuntamente fundó la ciudad de León. En el siglo XVI

hasta se mostraba la casa en que supuestamente había nacido, llegándose incluso a afirmar que se le había dedicado una iglesia no más producirse la *pax constantiniana.*

El arte vino a consolidar y hacer más atractiva la leyenda. Hoy en la iglesia de tres naves a él dedicada, inaugurada en 1628, se ve visualizada entrañablemente la numerosa familia. La imagen del santo, obra nada menos que de Gregorio Fernández, se ve acompañada de las de su esposa y los doce hijos. Lo principal, claro es, sigue siendo el arca de plata que contiene los restos del mártir africano traídos de Tánger a finales del siglo XV.

JOSÉ MARÍA DÍAZ FERNANDEZ

Bibliografía

DE GAIFFIER, S., «S. Marcel de Tanger ou de Léon? Évolution d'une légende»: *Analecta Bollandiana* 61 (1943) 116-139

GONZALEZ LEON, J., *Vida de San Marcelo* (León ²1993).

LANATA, G., «Gli atti del processo contro il centurione Marcello»: *Byzantion* 42 (1972) 509-522.

MARTINEZ ÁNGEL, L., «El culto a San Marcelo como fuente para el estudio del cristianismo norteafricano medieval»: *Iacobus* 15/16 (2003) 15-24

MASAI, F., «Pour une édition critique des Actes du centurion Marcel». *Byzantion* 35 (1965) 277-290.

RODRIGUEZ, R., «San Marcelo de León»: *Archivos Leoneses* 2 (1948) 141-147.

BEATO ÁNGEL DE ACRI

Presbítero (1739)

El bienaventurado Ángel nació el 19 de octubre de 1669 en Acri, pequeña ciudad de Calabria, en el antiguo reino de Nápoles. Sus padres, Francisco Falcone y Diana Henrico o Errico, lo bautizaron al día siguiente, dándole los nombres de Lucas Antonio. A los tres años, o tal vez antes, el obispo de Bisignano le administró el sacramento de la confirmación.

Era un niño muy especial, naturalmente inclinado a la piedad, lo que daría pie, *a posteriori,* a magnificar ciertos episodios de su infancia. Dicen que cuando apenas contaba cinco años, le sorprendió su madre rezando con fervor angelical, arrodillado sobre unas molestas piedrecillas ante una imagen de María San-

tísima. En otra circunstancia, Diana quedaría maravillada al ver que de la imagen de la celestial Señora salían unos rayos resplandecientes que iban a iluminar el rostro de su hijo, que le pareció arrobado en contemplación.

Se empeñan asimismo los primeros biógrafos, como para avalar así la santidad de nuestro personaje, *a nativitate,* en que, contra lo que es común en los niños de corta edad, sentía profundo desvío por los juegos de la infancia, y únicamente hallaba gusto en hacer altares, en los que colocaba imágenes de santos que luego adornaba con flores. Según este mismo estilo hagiografico —que, confesemoslo sinceramente, nos cuesta hoy trabajo asumir, tal cual...— el niño pasaba la mayor parte del día entregado a la oración y meditación, y, a veces, salía furtivamente de la casa paterna para irse a la puerta de la iglesia, donde permanecía muchas veces hasta bien entrada la noche elevando a Dios sus tiernas plegarias. Por la mañana, lo primero que hacía era ir otra vez tempranito a la iglesia para ayudar la misa primera. Era uno de esos niños de los que no extrañaba que el día de mañana abrazase el estado eclesiástico.

Por aquel tiempo vino a dar una misión en Acri el famoso predicador capuchino, P Antonio de Olivati. El pequeño Lucas no necesitaba mas: quedó prendado de aquel estilo austero y evangélico de los hijos de San Francisco Confesó con el padre misionero, que quedó también encantado del muchacho. Sin embargo, ¡era aún tan joven para abrazar una vida tan estrecha como la de los capuchinos!, que el mismo padre Antonio le recomendó un poco de paciencia, y le aconsejó que, mientras llegaba el momento de hacerse religioso, meditase con asiduidad la pasion del Señor y comulgase todos los domingos. Lucas seguiría estas recomendaciones al pie de la letra.

Entro al fin en el noviciado en 1687 Pero... cosa extraña. Aquel muchacho que parecía tener sojuzgadas todas las veleidades humanas, nos enseña a estar siempre en guardia sobre nosotros mismos sin considerar las buenas inclinaciones y santidad de vida como garantía de perseverancia, sino mirando nuestra propia flaqueza y confiando sólo en la gracia. Porque por dos veces iba a lograr el enemigo de las almas vencer al piadoso joven representándole los halagadores placeres del mun-

do, frente a las prolongadas austeridades de la vida religiosa... Se cuenta que incluso, simulando la voz de su madre, le dijo el demonio: «Lucas Antonio, ven, que estoy enferma». El asalto fue tan tremendo que el inexperto novicio estrenó las primeras armas con una derrota, pues abandonó el convento para volver al mundo.

Avergonzado de su cobardía y para calmar los remordimientos de su conciencia, volvió al noviciado en 1689, pero para abandonarlo al poco tiempo por segunda vez. Dios, sin embargo, le preservó, y aunque un tío suyo quiso decidirle a contraer un ventajoso matrimonio, el joven Lucas Antonio se negó a ello resueltamente, sintiendo renacer en su corazón el deseo de volver a abrazar la vida religiosa.

Esta victoria sobre el mundo le atrajo nuevas gracias y bendiciones del cielo, porque al año siguiente (1690) entró en el noviciado capuchino de Belvedere, y vistió el hábito por tercera vez. El tentador volvió a presentar batalla exagerándole los rigores de la vida monástica, pero ya escarmentado el novicio, corrió a postrarse a los pies de un crucifijo, suplicando a Cristo redentor, entre sollozos y lágrimas: «¡Sálvame, Señor, que perezco!» Oyó entonces una voz que le decía: «Imita al hermano Bernardo de Corleón». Era éste un santo lego, capuchino como él, fallecido en 1667. A ejemplo suyo, nuestro novicio castigó su cuerpo todas las mañanas. Así fortificado con la oración y la penitencia, el hermano Ángel —por tal nombre mudó el suyo de Lucas Antonio— permaneció inquebrantable; y, ¡al fin!, una vez terminado el noviciado, pronunció los votos solemnes en 1691.

«Si alguien quiere venir en pos de mí —dijo el Señor—, tome su cruz y sígame». Fray Ángel estaba dispuesto a abrazarse a la cruz resueltamente, sin parar mientes en las austeridades que asustan al cuerpo, pero que tanto benefician al alma. Todos los viernes se frotaba la lengua con hiel y acíbar, para sentir amargor durante el día. Diariamente se disciplinaba sin compasión, y bajo el hábito introducía ortigas, según decía, «a guisa de calmantes», además del cilicio que constantemente llevaba. Estas mortificaciones no le impedían estar siempre sonriente y satisfecho; incluso parecía que su habitual alegría era efecto de sus austeridades.

En cuanto hubo profesado, fue enviado por los superiores a diferentes conventos para cursar filosofía y teología, ciencias en que hizo rápidos progresos, pero sus humildes y fervorosas plegarias se encaminaban sobre todo a obtener la verdadera sabiduría y la ciencia de los santos. Un fraile hubo que en cierta ocasión creyó ver que la celda del hermano Ángel se iluminaba con maravilloso resplandor y que aquella luz llenaba la casa.

Tras una preparación de once años de estudios y mortificaciones, fray Angel fue llamado al sacerdocio. Ordenado presbítero a fines de 1701, dio este paso con temor y temblor, después de haberse preparado con muchas oraciones y prometiendo trabajar con todas sus fuerzas en la difusión del reino de Dios. Su amor a Jesucristo se alimentaba diariamente en el fuego inextinguible de la Sagrada Eucaristía; tan íntima llegó a ser su unión con Jesucristo, que era frecuente verle arrobado en éxtasis después de la consagración; entonces su cuerpo aparecía como inflamado. No subía al altar sin haberse entregado antes a la oración y a la penitencia por espacio de una hora; para él no había cosa más dulce que hablar del Santísimo Sacramento; le bastaba decir unas palabras sobre la Sagrada Eucaristía para caer en éxtasis. El amor divino encontraba estrechos los límites de su corazón; tanto amenazaba con salir de él que a las veces tenían que derramar agua fría sobre su pecho para templar los ardores que le abrasaban. Era, sí, el amor que le consumía, un amor no distinto del que en otro tiempo consumiera el corazón del Serafín de Asís, haciéndole exclamar como un loco, por los bosques de la Umbría: «¡El amor no es amado!»

Jesús, en retorno, le favoreció con varias apariciones, especialmente en el convento de Rossano, y en 1722 en Paterno. Aparecía en forma de niño y conversaba familiarmente con él. Sin embargo, en cierta ocasión observó el santo que del semblante del Niño salían rayos de majestad que le hacían estremecer. «¡Dios mío, Dios mío! —exclamaba—, si, con ser tan grande vuestro amor, os mostráis así, ¿cómo seréis cuando, sentado en vuestro tribunal, nos juzguéis?»

Al amor a Nuestro Señor, juntó el padre Ángel una ternísima devoción a la Santísima Virgen, por la que el Hijo de Dios —como canta Santo Tomás en el himno *Verbum suprenum*— se

hizo «nuestro hermano, nuestro alimento, nuestro rescate y nuestra recompensa». Cuando oía el nombre de la bendita Madre, o veía alguna de sus imágenes, hacía una profunda reverencia. Como buen franciscano, sentía particular placer en hablar de la Purísima Concepción.

Logró hacer de su vida una oración continua; acudía antes que nadie al Oficio divino y salía el último del coro; en los caminos, en las plazas públicas, en las casas particulares, en todas partes oraba. De su corazón salían inflamados suspiros de amor. Como le preguntasen cierto día la razón de aquellos suspiros, respondió: «No puedo pensar en Dios sin que sienta mi corazón a punto de romperse».

Hubiera querido no tener más ocupación que rezar, y no salir de su celda más que para ir a la iglesia; pero los superiores, que conocían sus virtudes y talentos, le dedicaron al ejercicio de la predicación. Comenzó su labor apostólica en la Cuaresma de 1702, en San Jorge; se preparó con gran esmero para salir airoso de su cometido, y escribió puntualmente todos sus sermones; pero, a pesar de su prodigiosa memoria, a poco de subir al púlpito advirtió que perdía el hilo de sus ideas, y aun llegó al extremo de tener que descender de la sagrada cátedra sin acabar su sermón. Como es de suponer, regresó a su convento lleno de tristeza; rogó al Señor le diera a conocer la causa de aquella repentina incapacidad, que él juzgaba un obstáculo para el bien en las almas, y escuchó una voz: «Nada temas; yo te daré el don de la palabra». «¿Quién sois?» —preguntó el misionero—, y en aquel momento se conmovieron las paredes de su celda a impulsos de un misterioso temblor... Cual otro Moisés en el monte, oyó esta respuesta: «"Yo soy el que soy", y te ordeno que prediques en estilo sencillo para que todos puedan entenderte».

Destruyó entonces los sermones que con tanta elegancia de estilo había escrito, y se prometió no consultar en adelante otros libros que la Biblia y el crucifijo. No tuvo que arrepentirse de su determinación, porque poniendo a contribución el don de sabiduría que había recibido del cielo, sacaba de la Sagrada Escritura tan sabias enseñanzas y aplicaciones tan oportunas que uno de los hombres más sabios de su época, monseñor Perimezzi, obispo de Oppido, decía lleno de admiración: «No se-

ría yo quien me atreviera a explicar un texto de la Biblia delante del padre Ángel».

La suya fue, en adelante, una predicación simple y ardiente, despojada de retórica y acompañada de milagros, que tuvo un grande y benefico influjo especialmente entre el pueblo del campo de la Italia meridional. En recuerdo de sus misiones, dadas continuamente, solía erigir un Calvario formado por tres cruces. Cuando estaba en el púlpito las ideas le venían sugeridas en abundancia como por inspiración divina. Las primeras diócesis por él evangelizadas fueron: Cosenza, Rossano, Bisignano, San Marco, Nicastro y Oppido Lucano. Mientras predicaba en esta última ciudad apareció sobre su cabeza una estrella luminosa que fue admirada por todos los presentes. Otras veces, mientras predicaba, fue visto elevado sobre la tierra, o rodeado de luz celestial. Otras, se vio una blanca paloma posarse sobre su cabeza

Los frutos de su predicación fueron admirables Asombra el número de conversiones que logró; pero aún son más asombrosas las circunstancias que a muchas de aquellas conversiones acompañaron. La marquesa de Bisignano, dama de vida demasiado mundana, conmovida oyendo predicar al padre Ángel, se disciplinó en público para expiar sus pasados extravíos. Los más terribles blasfemos, al oírle exponer la malicia del pecado, se postraban en tierra pidiendo misericordia, y los disolutos se presentaban a él cubiertos de ceniza y en habito de penitentes. El padre Ángel los acogía con bondad y los despedía con la gracia de Dios en el alma y la alegría en el corazón.

El demonio, envidioso de estos éxitos, varias veces intentó hacerlo interrumpir las tandas de predicación. Pero... sus planes fracasaban. Como en Nápoles, el año 1711, cuando un incidente contribuyó a multiplicar los frutos de la misión. El cardenal arzobispo llamó al célebre capuchino para la predicación cuaresmal en la iglesia de San Eloy. El lenguaje llano y sencillo del misionero decepcionó a los napolitanos, que esperaban de él mayor elocuencia, por lo cual poco a poco dejaron de acudir a las pláticas; la iglesia quedó casi desierta desde el tercer día. Poco satisfecho el cura del escaso exito del orador, le despidió con mucha política. El siervo de Dios tomó su bastón de viajero y salió de Napoles sin decir una palabra; mas enterado el cardenal de su partida, despachó a un mensajero para que le hiciera

volver a la ciudad. El santo predicador obedeció al prelado con la misma prontitud que al párroco. Por mandato del cardenal subió de nuevo al púlpito. Ahora la iglesia estaba llena de fieles, quizá porque la noticia de su inesperada partida y el empeño que mostraba el cardenal en que siguiera predicando, picó la curiosidad de las gentes, si es que no se arrepintieron de su descortesía. Aunque... no pocos acudieron al templo saboreando también el insano placer de burlarse del predicador. Éste, sin dar muestras de acordarse de su fracaso, predicó en el estilo llano que acostumbraba, y cuando acabó el sermón, hizo a su auditorio la recomendación siguiente: «Hermanos míos, os pido que recéis un *Padrenuestro* y un *Avemaría* por el alma del que al salir de la iglesia ha de ser víctima de un terrible accidente». La mayoría le tachó entonces de fanático y visionario. Algunos, muy pocos, dieron fe a la amenaza del misionero. Entretanto comenzó el público a salir del templo, y todos vieron caer a un hombre en medio de la plaza como herido por un rayo. Era uno de los que, alardeando de despreocupación, se había entretenido en glosar con groseras burlas los sermones del padre Ángel, y que había ido a la iglesia para mofarse del predicador. A partir de aquel día, toda la ciudad acudió en masa a los sermones con muestras de gran compunción. Las conversiones fueron muchísimas.

En 1738 recibió el encargo de predicar en San Germano, territorio de la abadía del Monte Casino. La ciudad daba a la sazón el repugnante espectáculo de la más desenfrenada lujuria. En vano el misionero habla de Dios, apela a su justicia, recuerda la fealdad del vicio y amenaza con los tormentos del infierno, porque nadie le escucha. Ante un endurecimiento tan pertinaz, nuestro Beato exclama al trasponer sus muros: «¡Oh, ciudad maldita! ¡No quieres convertirte, pero en castigo de tu contumacia, perecerás esta noche como Sodoma y Gomorra!» Y así fue, pues la aurora del siguiente día alumbró los escombros de la ciudad, destruida en pocas horas por un violento incendio. El padre Ángel obtuvo de Dios el fin de aquel azote con la oración fervorosa y la penitencia; presenciaron el milagro el abad y numerosos testigos.

Se conmovía ante los dolores y tribulaciones que Jesús había pasado para salvar a los hombres. El mismo Redentor se le ma-

nifestó algunas veces clavado en la cruz cubierto de heridas y sangre. Un día, meditando en la Pasión en el convento de Acri, sintió repentinamente en el corazón un dolor agudísimo, como si se lo hubieran atravesado con una espada, y no pudo reprimir los sollozos. Entonces vio a Jesucristo con el cuerpo ensangrentado y desgarrado por la flagelación.

—¿Qué deseas?, le preguntó el Maestro.

—Señor, mi voluntad es la vuestra, respondió el discípulo.

Desapareció la visión, pero desde entonces el beato sintió con variaciones de intensidad el mismo agudo dolor en su corazón.

De 1717 a 1720, el padre Ángel fue ministro provincial de Cosenza. Regla viva de sus inferiores, en todo daba ejemplo de la más completa abnegación. Barría la cocina, hacía las camas de los enfermos, curaba sus llagas, y servía a los huéspedes del convento. Sobre todo, exhortaba a sus hijos espirituales a entregarse confiados en brazos de la Providencia; y, para que mejor entendieran sus enseñanzas, daba a los pobres cuanto le parecía superfluo, sin preocuparse por el porvenir.

Se creía obligado a servir a los Hermanos, se llamaba a sí mismo «él último de todos, el más ignorante de los hombres, y un miserable, dos veces desertor del convento». Aceptaba las afrentas con la mayor alegría. Cuando un villano le insultó en la plaza pública llamándole «ignorante», no acertó a vengarse de otra manera que echándose a sus pies para besarlos. Y si alguna vez le apedreaban, daba gracias a Dios. De 1727 a 1729 vivio el padre Ángel, con el consentimiento del papa Benedicto XIII, en casa del príncipe de Bisignano, y cuando éste le daba muestras de respeto, decía el humilde capuchino: «Acuérdate de que soy hijo de un cabrero».

Pero cuanto más se humillaba a sí mismo, tanto más le engrandecía Dios. De todas partes, incluso del extranjero, acudía la gente a pedirle consejo, los obispos se encomendaban en sus oraciones; las muchedumbres besaban sus manos y cortaban pedazos de sus vestidos para guardarlas como reliquias.

Dios le otorgó el don de milagros. Nada resistía a su fervorosa oración: ni el demonio, ni el fuego, ni el agua, ni los insectos dañinos, ni las enfermedades cualesquiera que fueran. Libró

del demonio a muchos posesos, entre otros a una persona atormentada del espíritu maligno desde hacía diez años. Tuvo también el don de profecía: muchas personas murieron en gracia de Dios por haber dado fe a las palabras con que el padre Ángel les anunciaba su próximo fin.

El día en que las tropas del príncipe Eugenio de Saboya —16 de agosto de 1717— libraban del dominio turco la ciudad de Belgrado, salió el Padre de su celda exclamando: «Echad las campanas a vuelo, cantemos el *Te Deum,* demos gracias a Dios, que merced a la intercesión de la Santísima Virgen, los cristianos han derrotado a los turcos en Belgrado». La victoria —se supo después— había sido justamente a esa hora.

Seis meses antes de su muerte le sobrevino la ceguera; pero, inexplicablemente, recobraba la vista para rezar el Oficio divino y celebrar el santo Sacrificio de la Misa. Finalmente, unos días antes de entregar su bendita alma al Criador, dijo al religioso lego que le servía: «Hermano, saldré de este mundo el viernes por la mañana al despuntar el alba». El día 24 de octubre de 1739 cayó enfermo y recibió la Extremaunción. Ante un supremo esfuerzo del maligno para vencerle, el moribundo, sacando fuerzas de su debilidad, exclamó con severo acento: «Retírate, Satanás». Expiró el 30 de octubre, a sus setenta años, sellando sus labios los dulces nombres de Jesús y de María.

Su cuerpo, que exhalaba suave olor, fue inhumado el primero de noviembre en la iglesia del convento. León XII lo beatificó el 18 de diciembre de 1825; su oficio propio, aprobado en 1833, se insertó en el *Breviario de los Hermanos Menores Capuchinos.*

ALBERTO JOSÉ GONZÁLEZ CHAVES

Bibliografía

BONAVENTURA DA ARENZANO, OFMCap, «Angelo da Acri», en *Bibliotheca sanctorum.* I: *A-Ans* (Roma 1961) 1234-1235.

GIACOMO DA BELMONTE, OFMCap, *Il beato Angelo e la Vergine Addolorata* (Roma-Nápoles 1884).

— *Compendio della vita del Beato Angelo* (Roma 1894).

LECHNER, P., *Leben der Heiligen aus dem Ordern der Kapuziner,* II (Múnich 1864) 119-182.

Ricordo del II Centenario della morte del B. Angelo (Cosenza 1940).

El santo de cada día, V (Zaragoza 1955).

ZACCARIA DA SICIGNANO, OFMCap, *Vita del Beato Angelo, scritta dal procuratore generale dell'Ordine* (Roma 1825).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTOS CLAUDIO, LUPERCIO Y VICTORIO

Mártires († 303/304)

Estos mártires dieron su testimonio en la ciudad española de León, cuya diócesis sigue celebrando su memoria. La *passio* más antigua, que debe datarse en el siglo XI, los muestra como soldados que dieron la vida por la fe siendo presidente Diogeniano. Otra *passio* más reciente los hace hijos de San Marcelo, hecho a su vez natural de León. Fernando I de Castilla y León hizo trasladar sus reliquias a León, a la basílica de San Isidoro, y en 1173 fueron llevadas al altar mayor de una iglesia dedicada a su memoria. En 1834 pasaron a la iglesia de San Marcelo.

BEATA BIENVENIDA BOLANI

Virgen († 1292)

Nace en Cividale de Friuli el 4 de mayo de 1255, hija del señor de la ciudad, que esperaba un hijo varón pero tuvo en ella su séptima hija. Pero la recibió bien y la llamó Bienvenida. Criada en un ambiente cristiano, dio desde pequeña señales de su inclinación religiosa. A los 11 años hizo voto de virginidad y se dedicó a Dios por completo, pero no ingresó en un monasterio sino que se quedó en casa e hizo en ella los deberes ordinarios. Ingresó en la Tercera Orden de Santo Domingo, y habiendo estado muy enferma acudió al sepulcro del santo en Bolonia y volvió curada. Tuvo vida de altísima oración y espíritu de penitencia y le concedió el Señor señaladas experiencias místicas. Tuvo una larga enfermedad en la que se purificó y adhirió por completo al Señor. Murió el 30 de octubre de 1292 y su culto fue confirmado el 6 de febrero de 1765.

BEATO JUAN SLADE

Mártir († 1583)

Este mártir inglés nació en Ewlss en el seno de una familia católica en 1549. Estudia en el «New College», de Oxford, don-

de llegó a ser miembro perpetuo, pero como su religión le causaba dificultades se marchó a Douai y allí estudió derecho, volviendo a Inglaterra en 1578 y ejerciendo como maestro de escuela. En 1580 fue acusado de ser católico y, por ello, detenido y encarcelado. El tribunal lo condenó a muerte, pero fue dejado en la cárcel sin ejecutar. Hubo entonces un segundo proceso, en el que tuvo una discusión, que se hizo célebre, con el deán de Winchester. Condenado nuevamente a muerte, se le dejó en la cárcel los años siguientes hasta que se fijó un día para su ejecución en Andover. Se mostró sereno, invocó el nombre de Jesús y recibió el martirio, siendo ahorcado, destripado y descuartizado.

Fue beatificado el 15 de diciembre de 1929 por el papa Pío XI.

BEATO TERENCIO ALBERTO O'BRIEN

Obispo y mártir († 1651)

Nació en Cappamore (Irlanda) el año 1601. Era descendiente de la antigua casa real irlandesa. En 1621 ingresó en la Orden de Predicadores en el convento de Limerick y pasó a España para hacer los estudios en Toledo. Estando en España se ordenó de sacerdote en 1627. Recibió una magnífica formación en teología y cánones así como en el espíritu misionero y ascético de su Orden. Volvió a Irlanda y se acreditó entre sus compañeros de hábito que lo eligieron prior de varias casas y, repetidamente, provincial. Por serlo marchó a Roma y asistió al capítulo general de 1644, donde recibió el título de «Maestro en teología». Acreditado ante el papa Urbano VIII, que conocía su magnífica preparación y celo apostólico, el pontífice lo designó obispo de Emly, consagrándose el año 1648. Volvió a Irlanda y con toda valentía y entereza se entregó al cumplimiento de sus deberes pastorales, conquistando el amor de sus fieles.

Estaba en Limerick cuando Luis Ireton cercó la ciudad, que hubo finalmente de rendirse. El obispo fue hallado en el lazareto prestando sus servicios a los enfermos. Fue arrestado y se le ofreció dinero para que se marchara de la ciudad, pero él se negó. Entonces fue condenado a muerte por la corte marcial.

Con serenidad y prudencia habló al pueblo palabras de exhortación antes de ser ejecutado. Padeció martirio el 30 de octubre de 1651.

Fue beatificado el 27 de septiembre de 1992 por el papa Juan Pablo II.

BEATO JUAN MIGUEL LANGEVIN

Presbítero y mártir († 1794)

Nació en Ingrandes-sur-Loire (Francia) el 28 de septiembre de 1751. Se decidió de joven por la vocación sacerdotal y se ordenó de sacerdote, sirviendo a la Iglesia como párroco de Briollay. Se negó a jurar la constitución civil del clero, por lo que fue separado de su parroquia. Optó por la clandestinidad y ejerció el ministerio valientemente hasta que fue liberado por los vandeanos. Pero vencidos éstos y, llegada la época del terror, fue arrestado, condenado a muerte y guillotinado en la plaza de Angers el 30 de octubre de 1794.

Fue beatificado el 19 de febrero de 1984 por el papa Juan Pablo II.

BEATA MARÍA RESTITUTA ELENA KAFKA

Virgen y mártir († 1943)

Según el *Index* de la Congregación de las Causas de los Santos (1999, p.542), y asimismo según el breve de su beatificación (*AAS* 91 [1999] 603), el martirio de esta religiosa tuvo lugar el 30 de marzo, y por ello en dicho día dimos su biografía y a ella remitimos (cf. *Año cristiano. Marzo,* 552-553). Pero el *Martirologio romano* sitúa su memoria el 30 de octubre. Creemos, modestamente, que por error.

BEATO ALEJANDRO ZARYCKYJ

Presbítero y mártir († 1963)

Nace el 17 de octubre de 1912 en la región de Lvov, en el pueblo de Bilche, en una familia uniata. Se decide por el sacer-

docio y, tras los oportunos estudios, se ordena como presbítero de la archieparquía de Lvov el 7 de junio de 1936. A continuación ejerció el cargo de párroco en Strutyn y luego en Zarvanytsia, siendo un sacerdote lleno de piedad y celo. Durante la II Guerra Mundial fue trasladado a la población de Riasna Ruska (Lvov), donde las autoridades lo arrestan el año 1948 acusándolo de actividades contra el Estado. Fue condenado a ocho años de exilio que hubo de pasar en Karaganda (Kazajstán). El 10 de abril de 1956 fue excarcelado gracias a una amnistía general, y entonces se dedicó a la organización y atención de comunidades católicas clandestinas, que, pese a la prohibición oficial de la existencia de la Iglesia uniata, seguía habiendo, y su zona de trabajo pastoral fue Halychyna y Karaganda. El 9 de mayo de 1962 lo arrestaron nuevamente y lo volvieron a condenar, esta vez por *vagabundeo,* a dos años de cárcel. Llevado al campo de concentración de Dolinka murió en el hospital del campo el 30 de octubre de 1963.

Fue beatificado el 27 de junio de 2001 por el papa Juan Pablo II en su viaje apostólico a Ucrania.

31 de octubre

A) MARTIROLOGIO

1. En Alejandría (Egipto), San Epímaco Pelusiota († 250), mártir.
2. En Vermand (Galia), San Quintín († s. III), mártir.
3. En Fosses (Brabante), San Foilano († 655), presbítero y abad *.
4. En Milán (Lombardía), San Antonino († 661), obispo *.
5. En Ratisbona (Baviera), San Wolfgango († 994), obispo **.
6. En Cahors (Aquitania), Beato Cristóbal de Romagnola († 1272), presbítero, de la Orden de Menores *.
7. En Rieti (Sabina), Beato Tomás Bellaci de Florencia († 1447), religioso franciscano *.
8. En Youghal (Irlanda), Beato Domingo Collins († 1602), religioso jesuita, mártir *.
9. En Palma de Mallorca, San Alonso Rodríguez († 1617), religioso jesuita **.
10. En Piotrków Kujawski (Polonia), Beato León Nowakowski († 1639), presbítero y mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN WOLFGANGO

Obispo († 994)

Curiosa portada para una filiación. Que *Wolfgango* más que a nominación cristiana sonaba a mote. A identificación insultante. Raro nombre de pila. Natural. Pues la etimología germánica, en versión española, proclama: *que camina como un lobo.*

Cuentan que, de pequeño, los compañeros se le reían. Que fue motivo de mofa entre sus condiscípulos. Y es posible que el niño viviera no pocos enfados y disgustos.

Pero, molesto o no el nombre, el caso es que el protagonista de nuestra mini historia llegaría a agradecerlo. Pues, graciosamente, parangonándose con el feroz animal, contrastaba en comentarios familiares: «Sólo que yo corro detrás de las ovejas para alimentarlas y no para matarlas». ¡Y quién podía soñar que acabaría prestigiando y popularizando *Wolfgango.* Lo llevaron Goethe, Mozart y tantos.

Leyendas y fábulas aparte, Wolfgango Pfullingen se abrió a la vida, en el seno de una familia condal de la hermosa Suabia, en la geografía sureña alemana; digamos que rebasado el primer cuarto del siglo X. En torno al 930. Más concretos no podemos ser, pues el año de nacimiento, en las crónicas de la época, baila entre 924 y 937.

Despertó con una inteligencia precoz. Y brillante. Ya estallada en la tierna infancia. Y con cuidado atendida familiarmente. Que los padres, naturalmente, quisieron lo mejor para su hijo.

Indiscutiblemente la primacía entre las opciones escolares de la época, en el normal marco geográfico, la ofrecía la llamada «isla monástica de Richenau». La famosa superficie sólida en el lago de Constanza, aguas compartidas por Alemania, Suiza y Austria; con mayor tajada ribereña germánica. Con sus tres famosas iglesias románicas. Y aún ahora, resistentes al sol, a la lluvia, a los vientos, en pie restos del histórico cenobio benedictino medieval —erigido en 724—; espiritual, intelectual y artísticamente prestigiado en sus tiempos, semillero de doctos y santos pastores evangélicos.

Los monjes, en consecuencia, fueron los encargados de la educación del muchacho, iniciado en el conocimiento y la familiarización con las primeras letras por un virtuoso y culto eclesiástico de la región. ¡Felices años de Wofgango en Reichenau! Alumno aprovechado. Esmerado en la piedad y en el estudio, formándose intelectual y espiritualmente. Allí tuvo la oportunidad de conocer, paladear y amar el retiro y el silencio monacales. Y gozándolos justamente estaba cuando una amistad le mudó de aulas y de centro docente. Le arrastró Enrique de Babenberg. Cuando el entrañable condiscípulo, a instancias de su hermano el obispo Poppo, titular de la sede de Wurzburgo, dejó la abadía para hacerse cargo de la escuela diocesana local. Sus sueños por los suelos.

Es verdad que costó convencer a Wolfgango. Hubo que empeñarse mucho. Pero dio el brazo a torcer.

Wurzburgo, cuya fortaleza, reinante majestuosa en la colina de Marienberg, era residencia del obispo príncipe, a la sazón tenía cátedra un tal Esteban de Novara. Un italiano de singular erudición pero muy pagado de sí mismo y no muy afortunado en la claridad y en la precisión de sus exposiciones académicas. Al menos a juzgar por el comportamiento de no pocos alumnos. Quienes frecuentemente, necesitados de mayor y más exacta explicación, acudían al condiscípulo Wolfgango, y ahí estaba él. Pues era de dominio público escolar que el aventajado suabo solucionaba tales apuros. Intelectualmente capacitado y siempre dispuesto a echar una mano al prójimo.

Naturalmente aquella no intencionada competencia podía molestar. Desagradó y molestó al tal maestro Novara. A quien, profundamente herido en su amor propio, no le tembló la voz para dictar la expulsión del alumno. Wolfgango, el mejor de sus discípulos, expulsado de clase. Y no por un día o una semana. Ausencia académica definitiva. Diríase que por «sabiondo»; pero, en absoluto, nada de presunciones ni de honrillas. Simple compañerismo escolar. Menos mal que el castigado tenía facultades de sobra para seguir por su cuenta los estudios.

Total que Enrique de Banberg había logrado robarle a la paz isleña y monacal de Reichenau, sentándole en los pupitres diocesanos, que resultarían más que incómodos, de Wurzburgo, donde nuevamente juega la amistad.

En el año 956, cuando la promoción del director escolar diocesano a la sede episcopal de Tréveris, Enrique volvió a instar. Y Wolfgango reincidió en el seguimiento. A la ciudad cortesana y cuna de electores imperiales, posiblemente la más antigua de Alemania. Convertido en flamante deán catedralicio y encargado del colegio episcopal o, modernamente, seminario conciliar. Responsable, consiguientemente, de la formación del clero diocesano

Pero la honra, el ambiente académico, la docencia, la relación social no le iban. No le llenaban espiritualmente. Con todo, aguantó ocho años. Posiblemente hubiera soportado más de no ocurrir, en el año 964, la muerte del prelado amigo, víctima de una epidemia. Inesperada, brutalmente roto el lazo de la amistad se sintió plenamente libre y no resistió la tentación de la huída del mundo.

Levantó el vuelo y movió alas hasta llegar a la abadía suiza de Einsiedeln, que fue una enorme derivación benedictina del antiguo eremitorio de San Meinrado.

Einsiedeln, pintoresca población helvética, una treintena de kilómetros al sureste de Zurich, donde se abrazan los dos ramales acuáticos que integran el Rin alpino, línea fronteriza entre Suiza y Alemania. Casualmente el curso de la historia la convertiría en campo pastoral del reformador Zuinglio. Y bello e impresionante centro de peregrinación mariana que actualmente estira a suizos, italianos, austríacos y más devotos europeos de la popular «Virgen Negra».

De Tréveris, pues, a Einsiedeln donde Wolfgango vistió la cogulla benedictina. Donde, sobre todo, recuperó el sosiego interior. Aquella golosa paz de espíritu saboreada en los claustros de Reichenau, tan añorada. Y donde, en 971, el obispo Ulrico le ungió las manos, confiriéndole la potestad de consagrar y de perdonar.

Sí. Ocho años de gozada espiritual en la amada soledad y en el querido silencio de las montañas. Pero aún no había alcanzado la meta. El camino de Dios seguía. Siguió guiándole hasta internarle, en 972, en la Panonia; en el corazón de las estepas húngaras. Misionero, en mal momento histórico, entre los feroces y temibles paganos magiares.

Apostolado difícil, osado. Poniendo alma y cuerpo. Por poco tiempo pues al obispo, monseñor Pilgrim, le tentó el convencimiento de que la iniciada dedicación misionera era más que ingrata. En realidad era una labor en terreno yermo e incultivable. Y —cuenta el cronista Othlo— «le dolía que un varón de semejante talla consumiera sus fuerzas y se fatigase en un terreno estéril». Total, que lo habló con el monarca.

De sus comentarios con Otón II derivó, en las Navidades del 972, la consagración episcopal de Wolfgango. Por cierto, no fácilmente lograda. Que nuevamente costó los consabidos Dios y ayuda lograr que el joven presbítero, de vida limpia, todo menos amigo de dignidades y prebendas, aceptara la mitra. No fue débil empeño sentarle en la vacante sede episcopal de Ratisbona.

Ratisbona o Regensburg, la *Castra Regina* de los romanos, milenaria, con sus maravillosos centenares de metros de piedra volando el Danubio, la ciudad medieval alemana mejor conservada.

Volvemos a la vieja referencia: «En principio le costó mucho a Wolfgango aceptar el elevado cargo; mas luego [...] consagró a su obispado todo su amor y su solicitud».

Pastor celoso, con incontenible afán apostólico, entregado en cuerpo y alma a Dios y al prójimo. No sé cómo se las arreglaba pero, sorprendentemente, tenía tiempo para todo. Para impulsar la formación del clero secular. Para restaurar la docilidad monástica a la regla benedictina, particularmente en el cenobio de San Emerano, pero también en otras comunidades monásticas. Para cortar abusos y corregir costumbres en la disciplina eclesiástica. Para organizar. Para vitalizar la fe diocesana. Para corresponder a las demandas de consejo de los prelados vecinos. Para atender personalmente a la educación del futuro rey Enrique II o *el santo.* Para iluminar —compartiendo liderazgo con San Ulrico y San Conrado— la realidad social europea del siglo X. Y... para santificarse. Sumamente importante.

Empalma la tradición escrita:

> «Al clero regular y al secular les daba ejemplo de una piedad sólida y perseverante y de un santo celo por la cura de almas. ¿De

qué sirve la túnica de la santidad —decía a los frailes— si faltan las obras?»

Reformista y caritativo, el obispo de Ratisbona predicaba y ejemplarizaba. Continúa el cronista:

> «Wolfgango fue para los pobres un verdadero padre. Llamábales señores y hermanos suyos. Todos los días daba de comer en su propia mesa a multitud de personas necesitadas. En cierta ocasión en que la plaga del hambre se cebaba terrible en el país, mandó abrir los graneros episcopales y hacer distribuciones de trigo entre los pobres sin cobrar precio alguno».

Y más:

> «Un día se introdujo un mendigo en el interior de su morada y le robó las ropas de la cama, en cuya operación fue atrapado. Los servidores del obispo, llenos de indignación, le llevaron a presencia de éste, quien ordenó que le soltaran, alegando que sólo la pura necesidad le había empujado a cometer aquella acción».

Sí; comprensible e indulgente, preferentemente, hacia los más desvalidos; los más necesitados de comprensión e indulgencia, de cariño humano.

Total que el obispo Wolfgango dejó huella. Huella en la transformación de la vida clerical y de la realidad monástica diocesanas y más allá. Y eso que hubo de capear difíciles y complicadas circunstancias políticas. Participante en no pocas dietas imperiales y acompañante de Otón II, en el otoño de 978, en su campaña de París. Decididamente abanderado con el monarca frente a los enemigos exteriores. Metido en serio apuro cuando las discusiones entre el rey y el ambicioso duque Enrique de Baviera, apodado *el pendenciero,* se pusieron al rojo vivo; al borde de la guerra civil.

Compromiso mayúsculo que le puso en fuga, buscando refugio eremítico en una cueva, en la soledad rocosa y abrupta de Mendsee. En la región lacustre de los Alpes austríacos. No lejos de la ciudad. Donde se extienden las aguas del lago de San Wolfgango, moderna cita turística.

Fuera problemas. Soledad eremítica viviendo en oración y austeridad.

Cuentan, cuentan... que, descubierto por unos cazadores, hubo de regresar a la sede. Y, restaurada la paz entre los conten-

dientes, se hizo cargo de la educación de Enrique II. Quien —nieto de Carlomagno, apóstol pacificador y destacado promotor de la civilización occidental— ceñiría digna y santamente la corona en vano perseguida por su padre y su abuelo.

En otoño del 994 ignoraba el obispo de Ratisbona que estaba llegando al fin de sus días. Emprendió viaje y, fuera de casa, enfermó. Se sintió pero que muy mal en Peppingen, cerca de Linz, donde, sin fuerzas, se hizo acompañar a la iglesia. Tendido sobre el pavimento, al pie del altar, recibió la extremaunción. Sin intimidad. A la vista pública.

Como su gravedad había sido noticia local, los lugareños se agolpaban curiosos, y el clero, empeñado en impedirlo, ordenó cerrar la puerta. Entonces, Wolfgango, logrando incorporarse, suplicó:

> «Abrid y dejad que entre esta buena gente. El morir no es ninguna deshonra. La deshonra la trae sólo una mala vida. Mi Señor murió en la cruz, descalzo y desnudo, ante los ojos de todo el mundo».

Y, a la vista de eclesiásticos y pueblo, entregó su alma a Dios. Era la tarde del 31 de octubre del año de referencia. Sus restos mortales descansan en el convento de San Emerano, en Ratisbona.

Goza de popular devoción en la ciudad y en la geografía lacustre austríaca. Donde la pintoresca población homónima es precisamente la perla turística de la región. Con una pequeña iglesia de la segunda mitad del siglo XV, engastada en las dormidas aguas, que monumentaliza la vivencia eremítica y la memoria del prelado que fue lumbrera medieval europea.

Un templo que guarda, cual rico tesoro, un magnífico retablo obra de Michael Pacher. Una plasmación gótica artística del afamado maestro tirolés, combinando con maestría protagonismos históricos y legendarios de San Wolfgango. Representado distribuyendo trigo entre los pobres durante una hambruna, exorcizando a una posesa, calmando durante un sermón a los oyentes asustados porque el demonio ahumaba el templo, construyendo un edificio religioso.

Una vieja veneración correspondida canónicamente por León IX, en 1050, con la inscripción de Wolfgagno Pfullingen

en el santoral católico. Merecedor el obispo medieval de figurar entre los cristianos de primera división.

JACINTO PERAIRE FERRER

Bibliografía

El santo de cada día (Zaragoza 1948).
HUNERMANN, W., *El coro de los santos* (Barcelona 1955).
REAU, L., *Iconografía del arte cristiano. Los santos* (Barcelona 2002).
VILARRASA, E. M., *La leyenda de oro* (Barcelona 1847).

SAN ALONSO RODRÍGUEZ

Religioso († 1617)

Desaparecida su partida de bautismo, discuten los modernos biógrafos del Santo la fecha de su nacimiento, pareciendo casi seguro que éste tuvo lugar en Segovia el año 1533. Fue hijo de Diego Rodríguez y de María Gómez, dedicados al comercio de paños, y fue el segundo de los once hijos, siete varones y cuatro hembras, nacidos de este matrimonio. Cuando Alonso tenía doce años llegaron a Segovia dos de los primeros jesuitas, que se hospedaron en casa de Diego Rodríguez y, después de practicar su apostolado en la ciudad, se retiraron a una casa de campo. Durante todo el tiempo que estuvieron en Segovia tuvo el niño Alonso verdadera intimidad y trato con ellos, y los padres le enseñaron la doctrina cristiana, a rezar el rosario, a ayudar a misa y a confesarse.

Uno de estos padres era nada menos que el padre Fabro, y, aunque San Alonso olvidó sus nombres, recordó toda su vida y evocaba en su ancianidad estas enseñanzas recibidas en la niñez. Su padre envió a Alonso y a su hermano mayor a estudiar a Alcalá en el colegio de jesuitas allí fundado por el padre Francisco Villanueva, amigo de la familia, y a quien fueron encomendados los dos hermanos. No estuvo allí Alonso mas que un año, pues, fallecido su padre, la madre decidió que el primogénito continuase los estudios y Alonso regresase a Segovia para ponerse al frente del negocio paterno. Parece que el Santo no reunía grandes condiciones para el comercio, y el negocio iba cada día peor. Por consejo de su madre se casó con una joven

montañosa llamada María Juárez, que poseía algunos bienes de fortuna. De este matrimonio nacieron dos hijos, pero la desgracia perseguía a Alonso, que perdió primeramente a uno de los hijos y a su mujer. Ya viudo, se murieron el otro hijo y la madre del Santo, que así quedo solo.

Se produce entonces en su alma una profunda crisis, decidiendo entregarse a una nueva vida, que inicia con una confesión general hecha con el padre Juan Bautista Martínez, predicador de la Compañía. Después pasó tres años de rigurosa penitencia con disciplinas cotidianas, cilicio, ayunos, cuatro horas y media diarias de oración y comunión cada ocho días. En una de sus memorias escrita en 1604 (*Obras,* I, p.15-17) nos explica el santo cómo en esta época fue ascendiendo de la oración vocal a la oración extraordinaria y sobrenatural, iniciándose ya las visitas de Jesucristo y la Virgen, tan constantes durante el resto de su vida. Después de seis años de esta vida hace en 1569 cesión a sus hermanas de sus bienes y se va a Valencia en busca de su confesor, el padre Luis Santander, rector del colegio de la Compañía en esta ciudad, y con el propósito de ingresar en la misma. Para esto se presentaron dificultades casi insuperables: su edad, su falta de estudios, su poca salud.

El padre Santander lo colocó primero en casa de un comerciante, después de ayo de un hijo de la marquesa de Terranova. Vistas las dificultades para ingresar en la Compañía, y obedeciendo a la sugestión de un conocido en quien el Santo creía ver después una influencia diabólica, formo el propósito de dedicarse a la vida eremítica. Se produce entonces una crisis decisiva para su futura vida espiritual, pues, cuando dio cuenta al padre Santander de su proyecto, éste le dijo: «Me temo, hijo, que os perdéis, porque veo que queréis hacer vuestra voluntad». Ante estas palabras la conmoción de Alonso fue extraordinaria, haciendo allí mismo firme propósito de no realizar nunca su voluntad en los restantes días de su vida. Esto explica una de las notas características de la espiritualidad del Santo: la obediencia ciega y absoluta.

Finalmente, todas las dificultades para el ingreso de Alonso en la Compañía fueron vencidas por la decisión del padre Antonio Cordeses, uno de los grandes espirituales jesuitas y provin-

cial a la sazón, que dijo que «quería recibir a Alonso Rodríguez en la Compañía para que fuese en ella un santo y con sus oraciones y penitencias ayudase y sirviese a todos». Fue admitido en 31 de enero de 1571. En este mismo año, el 10 de agosto, llegaron a Palma, enviados desde Valencia para ingresar en el colegio de Monte Sión, dos padres y un hermano. Era éste el hermano Alònso Rodríguez, que desde este momento residió en Monte Sión, desarrollándose allí todos los acontecimientos de su vida religiosa. En 5 de abril pronunció sus votos del bienio o votos simples. Doce años más tarde, en 1585, también en 5 de abril, hizo sus últimos votos de coadjutor.

En este lapso de tiempo entre los dos votos hay que situar el período más duro y doloroso de su vida espiritual: los siete años llenos de sufrimiento y de terribles tentaciones, que el Santo nos relata en sus escritos. A partir de 1572 se hizo cargo del puesto de portero, que desempeñó sin interrupción durante más de treinta años, hasta mediados de 1603. Según nos relata el padre Colín, habiendo pasado ya de los setenta y dos años:

> «Consumida su salud con la lucha perpetua de su carne y espíritu, y quebrantadas las fuerzas [...], advirtiendo los superiores que no tenía sujeto para tanto trabajo ni pies para tantos pasos, habiéndole eximido primero de subir escaleras y otras cargas pesadas del oficio, se lo hubieron finalmente de quitar todo y encomendaron otros más llevaderos [...] Y esto hasta el año 1610, que los siete restantes ni para esto estuvo».

Un conjunto de enfermedades le obligó en el año 1617 a guardar cama, no levantándose ya más, falleciendo en medio de acerbos sufrimientos en 31 de octubre de 1617 con el nombre de su amado Jesús en los labios.

En la manuscrita Historia de Monte Sión se nos cuenta cómo desde 1635 se inició con limosnas la construcción de una capilla de traza y arquitectura «curiosa y magnífica» para, además de a otros servicios religiosos, destinarla a guardar en ella el cuerpo del venerable hermano Alonso Rodríguez. Esto no se realizó sino mucho después. Hasta 1760 no declaró Clemente XIII heroicas sus virtudes. La causa de beatificación del hermano Alonso fue interrumpida en razón de las vicisitudes sufridas en esta época por la Compañía con las persecuciones, que

culminaron en la supresión, llevada a cabo por el papa Clemente XIV. El proceso se activó cuando en 1816 Pío VII restableció la Compañía y los padres volvieron al colegio de Palma en 1823. El 25 de mayo de 1825 León XII le proclamaba beato y, finalmente, León XIII, en 15 de enero de 1888, canonizó al Beato Alonso Rodríguez al mismo tiempo que a su amado discípulo San Pedro Claver, el apóstol de los negros esclavos.

El conjunto de los opúsculos de San Alonso no obedece a un plan sistemático, pero pueden clasificarse en tres grupos, conforme a los fines para que fueron escritos: *a)* consejos espirituales, que el Santo daba por escrito, unas veces espontáneamente, otras atendiendo peticiones, y estos papeles fueron tan solicitados que los superiores llegaron a prohibir su salida del convento sin su autorización; *b)* notas en las que el santo recogía sus inspiraciones para tenerlas presentes y conseguir su progreso espiritual, denominándolas *Avisos para mucho medrar; c)* la cuenta de conciencia, que, obedeciendo a sus superiores, debía dar periódicamente por escrito, de las gracias recibidas de Dios, de su espíritu, de sus sentimientos. Así se formó su *Memorial* o *Autobiografía,* que, empezada en mayo de 1604, llega hasta junio de 1616. El conjunto de los escritos reproducidos en la edición del padre Nonell está constituido por trece cartapacios en cuarto y cinco en octavo. Los elementos antes indicados están agrupados formando algunos trataditos. Por ejemplo: *Tratadito de la oración, Tratado de la humildad..., Amor a Dios..., Contemplación y devoción a la Virgen, Avisos para imitar a Cristo,* etc. Si a esto añadimos las cartas, tenemos el panorama de la producción literaria del Santo. La manera de escribir, que hemos indicado, dio ocasión a numerosas repeticiones de conceptos e ideas, como puede comprobarse en la copiosa edición del padre Nonell. Para remediar este inconveniente elaboró el padre Borrós su *Tesoro ascético,* donde en solas 183 páginas recoge lo fundamental de la producción del santo. Finalmente, su doctrina ha sido plenamente sistematizada en la obra del padre Tarragó.

San Alonso, que escribió por estricta obediencia sus confesiones más íntimas, nunca habla de sí, refiriéndose siempre a una cierta persona, cuyas vicisitudes espirituales se relatan. Dentro de la Compañía la obra de San Alonso puede ser

considerada como el símbolo y modelo de la espiritualidad de los hermanos coadjutores, que, alcanzando la santidad con sus trabajos humildes y obscuros, representan una especial faceta del apostolado y espiritualidad del organismo a que pertenecen.

Aunque ningún aspecto de las etapas y manifestaciones de la vida espiritual dejan de tener su representación en el conjunto doctrinal de los escritos del santo, creo que tres notas principales se destacan como las más características y personales de esta espiritualidad: el ejercicio permanente para lograr la constante y auténtica familiaridad con Dios, la ciega obediencia y profunda abnegación de sí mismo, el amor y deseo de la tribulación, que el santo consideraba el mayor bien que se puede recibir de Dios. Desde aquella promesa que hizo al confesarse en Valencia con el padre Santander, el santo consideró la ciega obediencia como el primer deber. Él mismo, hablando de sí dice: «Lo que le pasa a esta persona con Dios sobre esta materia de la obediencia es que era tan cuidadosa en obedecer a ciegas que un padre le dijo que obedecía a lo asno». Se cuentan de él sucedidos que recuerdan por su ingenua simplicidad los relatos referentes a los humildes compañeros de San Francisco de Asís. En una ocasión, hallándose enfermo, el enfermero le lleva la comida, ordenándole de parte del superior que coma todo el plato. Cuando regresa el enfermero le encuentra deshaciendo el plato y comiéndoselo pulverizado.

Los beneficios de la tribulación los expuso San Alonso en un encantador escrito titulado *Juegos de Dios y el alma.* Un breve texto nos explica las ganancias del alma beneficiándose con la tribulación.

> «Y el juego es de esta manera: que juega Dios con el alma, su regalada y querida, y el alma con su Dios, al cual ama con amor verdadero, y juega con él a la ganapierde. Y es que, perdiendo en esta vida, según el uso del mundo, gana ella; y es que permitiendo Dios que sea maltratada, perdiendo, gana, callando y sufriendo el mal tratamiento, no se vengando, como se venga el mundo».
>
> «Pasa adelante el juego, y es que el alma va siempre perdiendo de su derecho, según su carne y el mundo le enseña; y así, perdiendo, gana, porque, si ganase según el mundo y la carne le enseña, quedaría perdida. ¡Oh juego enseñado por Dios al alma, cuan digno sois de ser ejercitado!»

El santo escribe en el sabroso castellano popular y corriente de la época y sin pretensiones literarias. A veces logra páginas de verdadera belleza, cuando expone doctrinas por las que siente apasionado entusiasmo: tal ocurre al explicar los frutos que se obtienen con el Ejercicio de la presencia de Dios:

> «Pues así como todas las plantas y criaturas de la tierra, con la comunicación y presencia del sol reciben de él gran virtud y las causa que crezcan y den fruto, así las almas que andan siempre en la presencia de Dios reciben de este Señor gran virtud y es causa que crezcan y den gran fruto de virtudes y buenas obras, enseñándolas grandes cosas de perfección. Y si las flores, y rosas, y los árboles reciben de parte del sol con su presencia y comunicación tanta hermosura y lindeza, y si él les faltase pondrían luto, como si fuesen sensibles. Como se ve en algunos géneros de rosas o flores, que cuando el sol quiere salir dan muestra de alegría descubriendo su hermosura y belleza con la venida y presencia del sol, que parece que le salen a recibir alegres; y cuando el sol se va de su presencia parece que ponen luto, porque luego cubren su hermosura, que parece a nuestra tristeza, por su ausencia, hasta que vuelva y le salgan a recibir con su acostumbrada hermosura y alegría; así, ni más ni menos, el alma que no reside y anda delante de su Dios, ¿cómo vivirá con tanta tristeza? ¿Quién alegrará su corazón? ¿Quién dará luz a su entendimiento? ¿Quién la encenderá en el amor divino?» (*Obras,* III p.493).

Pero la verdadera influencia espiritual no la ejerció San Alonso Rodríguez con sus obras, que permanecieron inéditas hasta el siglo XIX. El humilde y santo portero de Monte Sión fue durante su vida un foco radiante de espiritualidad. Dentro del convento los superiores, so pretexto de poner a prueba su obediencia, le obligaban a pronunciar pláticas en el refectorio y a contestar a consultas sobre temas arduos de doctrina, que eran siempre esclarecidos por la luminosa experiencia de su vida espiritual. Mediante su correspondencia con personalidades de Palma y de España entera ejerció un verdadero magisterio: pero aún sería mas importante la lista de cuantos recibieron directamente su enseñanza, desde los padres superiores del colegio hasta los novicios que por él pasaban.

Representativa de esta influencia del humilde portero es la gran figura de San Pedro Claver. Cuando llegó como novicio tuvo San Alonso la revelación de que aquel joven había de ser santo por los merecimientos de su apostolado en las Indias. Es

uno de los episodios más conmovedores de la historia de la espiritualidad española esta profunda y tierna intimidad entre los dos santos. Cuando el joven Pedro Claver partió de Monte Sión consiguió licencia para poder llevarse el cuadernito de avisos espirituales que le había dado el hermano portero Alonso. Estas hojas, que hoy se conservan piadosamente en el Archivo de Loyola, acompañaron al santo en todas las tremendas vicisitudes de su vida. Su última gran alegría fue recibir en Cartagena de Indias, poco antes de su muerte, la *Vida de San Alonso Rodríguez*, publicada por el padre Colín. Paralítico y clavado en un sillón escuchaba la lectura de este libro, que evocaría en su mente recuerdos de su juventud en el colegio de Monte Sión, haciéndole sentir la nostalgia de aquellas tierras y de aquellos mares impregnados del recuerdo de Raimundo Lulio, que marcó a la cristiandad aquella ruta de apostolado heroico en cuya práctica consumió su vida abnegada el santo apóstol de los negros esclavos.

Finalmente San Alonso Rodríguez es uno de los grandes santos de la Compañía de Jesús. Hombre de pocas letras, aunque muy dado a piadosas lecturas, su doctrina no es producto de una cultura libresca, sino el resultado de una experiencia espiritual, que logró elevarse a las más altas cimas de la vida mística. Como hemos visto, por circunstancias que parecen providenciales, toda su formación estuvo vinculada desde la niñez a la Compañía de Jesús, viniendo a ser este humilde hermano portero una de las pruebas vivientes de que se equivocan los que sostienen que la espiritualidad jesuítica es casi exclusivamente ascética.

PEDRO SÁINZ RODRÍGUEZ

Bibliografía

COLÍN, F., *Vida y hechos y doctrina del venerable hermano Alonso Rodríguez, religioso de la Compañía de Jesús* (Madrid 1652).

GALMES, J., SI, *Jugando a la ganapierde. Perfiles ascéticos de San Alonso Rodríguez* (Barcelona 1955).

JANIN, L., *Vita venerabilis Fratis Alphonsi Rodríguez* (Lyón 1644).

MARIMON, J. M., *Relación de la vida y virtuales del hermano Alonso Rodríguez, religioso de la Compañía de Jesús,* ms. del Archivo del Colegio de Monte Sión.

NONELL, J., SI, *Obras espirituales del Beato Alonso Rodríguez,* 3 vols. (Barcelona 1885-1887).

— *Vida de San Alonso Rodríguez* (Barcelona 1888)
TARRAGO, J., SI, *Magisterio espiritual, ascético y místico de San Alonso Rodríguez* (Barcelona 1935).
• Actualización:
SABORIDO, J. L., *San Alonso Rodríguez* (Bilbao 1998).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN FOILANO
Abad († 655)

Foilano fue hermano de San Furseo y San Ulanano, y como ellos, dejó su nativa Irlanda para irse a misionar a la isla de Gran Bretaña. Procedía de una familia noble y pensó que nada mejor podía hacer que extender las fronteras del evangelio. El rey Sigberto les dio en la Iglaterra del Este una tierra donde fundaron los tres hermanos un monasterio, en Burg Castle, y desde este monasterio se organizaron continuas y esforzadas actividades misioneras. Pero cuando los mercios destruyeron el monasterio, Foilano con su hermano Ultano pasó a Francia y fue bien recibido por el rey Clodoveo II. Se estableció en Nivelles, donde la Beata Ida le dio un terreno y allí fundó un monasterio en Fosses.

SAN ANTONINO DE MILÁN
Obispo († 661)

Antonino fue elegido obispo de Milán a comienzos del año 660 y estuvo poco menos de dos años en la sede milanesa, dando ejemplo de santidad y celo apostólico, pero pudiendo en realidad hacer poco en un tiempo tan corto. De todos modos, tras fallecer el 31 de octubre de 661, fue enterrado en la iglesia de San Simpliciano y le acompañó la fama de santidad. Su cuerpo fue hallado en dicha iglesia el año 1515 y por fin colocado en 1582 en un nuevo altar, donde se conserva.

BEATO CRISTÓBAL DE ROMAGNOLA

Presbítero († 1272)

Nace, seguramente, en la Romaña, en el pueblo de Cesenatico, el año 1172. Optó por el ministerio sacerdotal y fue nombrado párroco de su propio pueblo natal. En 1216 pasó por él San Francisco de Asís y el párroco quedó cautivado por la palabra y el ejemplo arrolladores del santo y decidió irse con él. Lo acepta San Francisco y le da el hábito de su Orden. Se le encomienda ir con otros religiosos a Aquitania para difundir allí la Orden y el espíritu franciscano. Su vida personal estaba calcada de la de San Francisco: el amor a los pobres y enfermos, la sencillez y sinceridad de palabras y obras, el amor a la naturaleza, la devoción eucarística y la mariana y la altísima vida de oración. Predicador infatigable, hizo una gran labor en la ciudad de Cahors, que fue el sitio preferido de su residencia, logrando atraer a numerosos albigenses. Asistió al capítulo de Arlés y oyó en él predicar a San Antonio de Padua. Se le atribuyeron numerosos milagros. Murió centenario el 31 de octubre de 1272. Su culto fue confirmado por el papa San Pío X el 4 de abril de 1904.

BEATO TOMÁS BELLACI DE FLORENCIA

Religioso († 1447)

Nace en Florencia en 1370, y aunque recibe una buena educación cristiana, de joven estropea su conducta y cae en no pocos vicios. Entra en una crisis de desesperación, pero acude la gracia de Dios en su socorro y animado por buenas personas se convierte al Señor. Se decide por la vida religiosa y toma el hábito franciscano en el convento de Fiésole, en el que profesa, y se entrega a una vida ejemplar de penitencia y oración. A partir de 1420 acompaña al Beato Antonio de Stroncone en sus correrías apostólicas y es su colaborador en la reforma e institución de nuevos conventos. En 1439 se une a fray Alberto de Sartiano en su misión por Oriente visitando Siria, Mesopotamia, Etiopía y Egipto. Apresado, pasa por numerosos trabajos y tormentos, y estaba ya con otros religiosos condenado a muerte

cuando llegó el rescate enviado por la Santa Sede. Vuelve a Italia y pasa los últimos años de su vida en el convento de Monte Plano, en los Abruzos, hasta que el Señor lo llama a sí el 31 de octubre de 1447. Su culto fue confirmado el 30 de agosto de 1771.

BEATO DOMINGO COLLINS

Religioso y mártir († 1602)

Domingo Collins nació en Youghal, en el condado de Cork, Irlanda, el año 1566, hijo del *mayor* de la ciudad. El niño fue llevado a la escuela que en aquel pueblo llevaron por un tiempo los jesuitas. Irlanda pasaba por el delicado momento de la expansión del dominio inglés en la isla y la consiguiente presión para que su población aceptara el protestantismo. Ello contribuyó a que, como muchos otros, Domingo se marchara de Irlanda, y con veinte años se estableciera en Bretaña buscando un futuro mejor. Se colocó de criado en una hostería de Nantes e hizo algún dinero. Entonces se alistó en las filas de la Liga católica y luchó en Francia durante nueve años en las guerras de religión, obteniendo el grado de capitán. Luego se marchó a La Coruña, donde pudo vivir con una buena pension real.

Sintió la llamada a la vida religiosa y se presentó al provincial jesuita de Castilla pidiéndole la admisión en la Compañía de Jesús. Luego de retrasarle la admisión por unos meses, el provincial lo admitió el 8 de diciembre de 1598, empezando su noviciado en Santiago de Compostela. Demostró su espíritu religioso no sólo en el cumplimiento de sus deberes sino también en su asistencia libre a los jesuitas afectados por una epidemia y a los que no quiso abandonar para ponerse a salvo. Por fin, y en calidad de hermano coadjutor, hizo sus votos el 4 de febrero de 1601. Entonces se le pidió acompañara a Irlanda al P. James Archer, un jesuita irlandés, que tenía una misión que cumplir en su país. Se alegró mucho el hermano Domingo de que se le pidiera eso. El sacerdote y él viajaron por separado y se encontraron ya en Irlanda. La misión del P. James era prestar ayuda a la rebelión de dos jefes irlandeses contra Isabel I. Producida la derrota, el P. James pudo evadirse pero el hermano Domingo fue

capturado el 17 de junio de 1602. No fue ejecutado inmediatamente como lo fueron los demás apresados. Llevado a la cárcel, hubo de comparecer ante una corte marcial que le interrogó acerca de su participación en la rebelión. Se negó a responder. Se le ofrecieron numerosas ventajas si se hacía protestante y colaboraba, y algunos miembros de su familia para salvarlo le pidieron lo hiciera. Pero él se mantuvo firme en la fe católica y leal con sus amigos. Esto trajo su condena a muerte. Fue llevado a su pueblo natal para ser allí ejecutado. Llegado al sitio y viendo la muchedumbre asistente, dijo: «He venido a Irlanda a predicar la fe católica y estoy dispuesto a morir mil veces por ella». No pudo terminar de hablar porque fue ahorcado. Se dejó su cuerpo colgar hasta que se partió la soga, cayendo el cadáver y quedando de rodillas. Por la noche vinieron unos católicos y lo enterraron.

Fue beatificado el 27 de noviembre de 1992 por el papa Juan Pablo II.

BEATO LEÓN NOWAKOWSKI

Presbítero y mártir († 1939)

Nació en Byton (Polonia) el 28 de junio de 1913. En su adolescencia opta por la vocación eclesiástica, ingresa en el seminario diocesano de Wloclawek y, terminados los estudios, se ordena sacerdote el 20 de junio de 1937. Enviado a Roma, hace estudios en la Universidad Gregoriana, donde obtiene la licenciatura en teología. Vuelve a Polonia el verano de 1939 para pasar las vacaciones, aquí le sorprende el estallido de la II Guerra Mundial que le impide volver a Roma. Se queda en su parroquia colaborando con el párroco y lo sustituye cuando éste es arrestado. Pero el 24 de octubre de aquel año 1939 él es arrestado también, y con otros detenidos llevado a Piotrków Kujawski, donde estuvo una semana, al cabo de la cual fue sacado con otros sacerdotes y fusilado en las inmediaciones de la población.

Fue beatificado el 13 de junio de 1999 por el papa Juan Pablo II.

APÉNDICE

11 de octubre

MADRE DE DIOS DE BEGOÑA

Como una puebla de pescadores, marinos y mercaderes nació Bilbao, en días remotos que la historia no los revela, entre montañas, allá donde su ría no admite ya el remontar de los navíos y los caminos de tierra, rutas de traficantes y arrieros, comienzan a adentrarse trabajosamente hacia tierras de Castilla. Fue el año 1300, cuando don Diego López de Haro, quinto señor de Vizcaya, que tal nombre ostentara, le otorgó, «en el nombre de Dios e de la Virgen bienaventurada Santa María», y «con placer de todos los vizcaínos», el título de villa. Mas don Diego no fundó Bilbao. La puebla existía ya y su caserío se apretaba —¿desde cuándo?— a orillas del Nervión, en las tierras de Begoña que se asomaban a la ría. Bilbao había nacido en Begoña. Ahora se emancipaba. Y en la carta-puebla, en el acta de emancipación ya que no de nacimiento, dos nombres hacen para nosotros su primera aparición, juntos entran en la historia y hermanados continuarán a través de los siglos: Santa María de Begoña y Bilbao.

También el «monasterio» de Santa María de Begoña existía ya. Tampoco sabemos desde cuándo. Si Bilbao, la puebla de cabe el río, tenía una iglesia dedicada a Santiago —recuerdo indudable del peregrinaje compostelano—, Santa María era el templo de la anteiglesia. Bilbao apiñaba su caserío en torno a Santiago; pero Bilbao con Santiago se asentaba al pie de la colina en que presidía sus destinos la Madre de Dios de Begoña. Begoña dominaba geográficamente a Bilbao; su Virgen reinaba en el corazón de sus hijos.

Cuando sus navíos, cansados de surcar los mares del mundo, retornaban a Bilbao y, vencido el paso peligroso de la barra

de la desembocadura, enfilaban la ría y la remontaban —todavía sus márgenes no estaban cuajadas de industria como hoy y conservaban la amenidad de una naturaleza frondosa, siempre verde—, iban dejando a los lados la villa de Portugalete, las anteiglesias de Guecho, Sestao, Baracaldo, Erandio, Deusto, Mando... Bilbao no se dejaba descubrir fácilmente escondido entre sus montes. El barco avanzaba. Una vuelta más de la ría y se divisarían las casas de Bilbao; pero, antes de doblarla, en la nave se hacía el silencio y las miradas se dirigían a la altura: acababa de aparecer el santuario de Begoña.

«Aquí se reza la salve», decían unos letreros a la orilla. Y marinos en las aguas y viandantes en la tierra rezaban la salve.

Hoy ya no existen los letreros. Las orillas han sacrificado su amenidad y belleza en aras del progreso. Varias de las anteiglesias han perdido su personalidad ante el empuje de un Bilbao siempre creciente. Ya el marino tropieza con sus casas sin necesidad de tanto navegar. Pero al llegar al último recodo, cuando va a asomarse al corazón de Bilbao, sigue viendo en la altura la casa de la Madre de Dios de Begoña y el paraje sigue llamándose la «Salve».

Begoña presidió el ir y venir de los barcos por la ría y, con él, el movimiento comercial e industrial de Bilbao. Un único cabildo servía a Santa María de Begoña y a las parroquias de Bilbao, pregonando que, si la villa pudo emanciparse de la anteiglesia, su alma religiosa continuaba vinculada a la Madre de Dios de Begoña. Begoña era el santuario mariano de Bilbao cuando éste era Begoña y cuando dejó de serlo; hoy, al cabo de los siglos, cuando la hija ha absorbido en su seno a la madre y Begoña es Bilbao, su santuario sigue siendo el santuario por antonomasia de los bilbaínos. Más aún: de todos los vizcaínos.

La Madre de Dios de Begoña. Tal es el nombre tradicional de la patrona de Vizcaya. Su imagen es la imagen de la Madre de Dios, animada por hondo sentido teológico. Es la tradicional y clásica imagen medieval de María. Ha superado las rigideces románicas, se ha humanizado su figura y su expresión, la sonrisa florece hermosa en sus labios, el Hijo es auténtico niño con graciosa cara de gitanillo travieso..., pero continúa siendo una talla hondamente teológica y religiosa. Es la Madre de Dios que sonríe a los hijos de los hombres.

¿Desde cuándo veneran los vizcaínos a Santa María de Begoña en las alturas de Artagan? No lo sabemos. El templo antiguo fue derribado a principios del siglo XVI, sin dejar rastro, para ser sustituido por otro más amplio y no sabemos si más hermoso. La escultura puede bien remontar a fines del siglo XIII o comienzos del XIV; pero nada nos autoriza a pensar que antes de ella no existiera, quizá, otra imagen que centrara la devoción de los fieles bajo la misma advocación. El año 1300 existía ya Santa María de Begoña. No sabemos más.

Cuando dicho año fundó don Diego la villa de Bilbao, el propio señor de Vizcaya era el patrono de la iglesia de Begoña. Y siguió siéndolo hasta 1382, en que don Juan, que por herencia uniría el señorío de Vizcaya y la corona de Castilla, la donó al conde de Mayorga, hijo del difunto señor de Vizcaya Juan Núñez de Lara y de doña Mayor de Leguizamón. Desde entonces Begoña quedó vinculada al primer linaje de Bilbao.

Mas la prosperidad de Begoña nada debe a sus ilustres patronos. La historia del santuario es severa con ellos. La fama, todo su esplendor a través de los siglos, se debe a la devoción de los vizcaínos, begoñeses y bilbaínos en primer lugar. Y cuando decimos vizcaínos pensamos en el pueblo, en todo el pueblo, en que se confunden ricos y pobres, linajes ilustres y vidas humildes.

Fue el pueblo —y no un magnate— quien con sus limosnas levantó piedra a piedra, en el siglo XVI, el templo que hoy existe. Fueron los mercaderes bilbaínos los que costearon la erección de pilares y muros, y en ellos dejaron, no blasones nobiliarios, sino las marcas mercantiles con que señalaban sus mercancías. Aún hoy las podemos divisar en las alturas del templo, pregonando que es hijo de la devoción y del trabajo.

Ya en el siglo XVI encontramos la devoción a la Virgen de Begoña derramada por Vizcaya y expresándose en multitud de exvotos y dones que el rigor de los tiempos y las guerras han hecho desaparecer por completo, pero de muchos de los cuales conservamos memoria.

Y es en el siglo XVI cuando dos grandes figuras de nuestra historia eclesiástica —San Ignacio de Loyola y el obispo de Calahorra don Juan Bernal Díaz de Luco— fijan su mirada en Be-

goña para convertirla en un centro de irradiación religiosa y reformador. El obispo se la ofreció con insistencia al fundador y logró vencer sus primeros reparos para que algunos miembros de la naciente Campañía fundaran en ella. Todo quedó en proyectos, a pesar de sus deseos y de las gestiones de San Francisco de Borja; quizá a causa de los pleitos que envolvían a Begoña por razón del patronato.

Los siglos XVII y XVIII son espléndidos para nuestro santuario. Los vizcaínos desparramados por diversas regiones de España, por América y otros países, conservan la devoción a su Virgen y de lejos la obsequian con sus presentes. Los navegantes surcan los mares en navíos que se engalanan con el nombre de la Madre de Dios de Begoña. Y aun extranjeros que pasaron por Bilbao, al volver a sus tierras, se acuerdan en ocasiones de nuestra Virgen.

A Begoña llegan diariamente los vizcaínos a confiar a la Virgen sus cuitas y a agradecerle sus alegrías. Son nuevos sacerdotes que quieren celebrar su primera misa en su altar o vizcaínos ilustres, como el almirante de la Armada Invencible, Juan Martínez de Recalde, que quieren celebrar su matrimonio ante la imagen venerada. Terminada la fábrica del templo se preocupan de adornarlo y alhajarlo. Numerosas lámparas de plata cuelgan de su bóveda, en especial ante el retablo principal, que es tallado a mediados del siglo XVII por Antonio de Alloitiz sobre diseños de Pedro de la Torre. La Virgen señorea desde su santuario. La sobria monotonía de sus muros es rota por no pocos lienzos que conmemoran favores extraordinarios concedidos por la Virgen a sus devotos. Se habla de auténticos milagros, que un párroco diligente recogerá en su historia manuscrita, y de algunos de ellos se instruirán procesos con todas las exigencias del derecho. Rara vez sale la Virgen de su santuario, y ello en ocasiones en que urgen necesidades graves, tales las inundaciones de Bilbao. De éstas fue memorable la ocurrida en 1737. Conservamos la información jurada de testigos que se llevó a cabo por mandato de la autoridad diocesana; de ella resulta claramente que el retirarse de las aguas coincidió con la bajada de la Virgen, a pesar de que era la hora de la pleamar. La devoción a la Virgen crecía sin cesar; en 1699 se publicó por primera vez su historia y al año siguiente era necesaria una nueva edición.

El siglo XIX es de historia triste para el santuario. No es que descienda la devoción, antes al contrario; sino que sobre Begoña se abaten las desgracias que van a atribular a Vizcaya. Se ha escrito con razón que la historia de Begoña es el reflejo en sus alegrías y tristezas de las de Vizcaya. El siglo XVIII había agonizado bajo el signo de la guerra. En 1794 perdió Begoña toda su plata, sacrificada a los gastos de la guerra contra los revolucionarios franceses que llegaron a ocupar Bilbao. Nos dicen los documentos que Begoña entregó 1.905 marcos de plata; con ella se fundieron todas sus lámparas y perdimos uno de los apreciados recuerdos del pasado.

La guerra de la Independencia continuó la triste tarea de empobrecimiento: todas las alhajas desaparecieron en el saqueo, y el párroco, don Domingo Lorenzo de Larrinaga, fue asesinado.

No repuesto el santuario de estos reveses, se cierne de nuevo la guerra sobre él. En la primera guerra civil carlista queda situado en la misma línea del frente. Los obuses arruinan su torre y dañan seriamente al templo; la soldadesca desmandada asola el interior y destruye cuanto puede, incluidos el retablo y gran parte del archivo. A tal estado quedó reducido el templo que un contemporáneo lo comparó con «un establo para ganado». En 1832, y según consta de papeles oficiales, el santuario no tenía lo absolutamente necesario. La imagen de la Virgen se había salvado en la iglesia de Santiago de Bilbao, a la que fue llevada en los momentos difíciles.

Trabajosamente había restañado las heridas de su iglesia, cuando, a fines de 1873, ve retornar el fatídico azote de la guerra. Una vez más en la línea del frente entre carlistas y liberales. De nuevo forcejean los primeros por conquistar Bilbao. En vano. El santuario de Begoña, convertido en defensa avanzada de la villa, es duramente trabajado por las tropas sitiadoras. La imagen de la Virgen peregrina fuera del santuario. Para evitar la profanación el cabildo acordó trasladarla al monasterio del Refugio; los carlistas, para evitar que fuera bajada a Bilbao, la llevaron a la ermita de los Santos Justo y Pastor, en el monte de Santa Marina, y de allí al convento de los padres carmelitas de Larrea, en Amorebieta. Terminada la guerra, y

acompañada por las autoridades civiles y militares de Bilbao y Begoña, fue repuesta en su trono. Nuevamente se impone la labor restauradora.

El 8 de septiembre de 1900 la imagen de la Virgen fue coronada con gran solemnidad por el obispo de Vitoria, don Ramón Fernández de Piérola, delegado para ello por la Santa Sede. Aquel año celebraba Bilbao el sexto centenario de su villazgo.

Poco tiempo después, el 21 de abril de 1903, la Sagrada Congregación de Ritos declaró a la Virgen de Begoña patrona de Vizcaya. Era la consagración canónica de una realidad ya histórica.

Fue en 1738 cuando, a propuesta del párroco del santuario, las Juntas Generales de Guernica proclamaron a nuestra Virgen patrona de Vizcaya, en atención a «la suma devoción y profunda veneración que siempre y en todo tiempo ha demostrado y manifestado este noble Señorio a la Virgen Santísima de Begoña». Este acuerdo de las Juntas era consecuencia de una realidad vizcaína con respecto a la Virgen. Exponente de esta devoción, incluso oficial, había sido el grabado que el mismo Señorío publico en 1672, con su escudo al pie de la imagen de la Señora, a la que denominaba «especial protectora y abogada» del Señorio.

Pero, adoptado el acuerdo en 1738, ningún paso se dió para la confirmación canónica del mismo hasta 1903. La Diputación Provincial en corporación proclamó el patronato de la Virgen sobre Vizcaya, en Guernica, bajo el árbol que antaño cobijara las Juntas, el 9 de septiembre. En días sucesivos los arciprestazgos de Vizcaya fueron llegando en peregrinación a Begoña. Los actos debían de culminar el 11 de octubre con la peregrinación de Bilbao.

Las izquierdas trataron de impedirla. El ministro de la Gobernación, García Alix, hizo una gestión cerca del obispo de Vitoria para que la suspendiera. Monseñor Piérola, desde su lecho de muerte, escribio al ministro: «La peregrinación tiene exclusivamente fines religiosos; si la autoridad civil no dispone de fuerzas suficientes para mantener el orden, sea ella quien la suspenda».

El ministro no se atrevió; pero sus promesas de garantizar el orden fueron vanas. No sintiéndose suficientemente fuertes, los

elementos antirreligiosos de Bilbao fueron reforzados por un contingente de desalmados traídos de una provincia cercana. Contando con la pasividad, por no decir complicidad, del gobernador civil, ellos atacaron con tiros y piedras a la peregrinación que, pacífica y compacta, subía a Begoña. No pudieron impedir que unos 20.000 peregrinos llegaran al santuario. En las calles quedó tendido el cuerpo de un peregrino con el pecho atravesado por dos balas.

Bilbao había demostrado que sabía llegar al trono de la Madre a pesar de la violencia. En el pasado del santuario de Santa María de Begoña no escasean las páginas hermosas, pero hay sobre todas ellas una especialmente bella y glóriosa, la que el pueblo vizcaíno recuerda con el nombre sencillo y elocuente del *Once de Octubre.*

Y la Providencia ha querido que, tras de varios traslados de fecha, sea hoy, el 11 de octubre, festividad de la maternidad de la Santísima Virgen, la fiesta litúrgica de la patrona de Vizcaya.

ANDRÉS E. DE MAÑARICÚA

Bibliografía

ECHEVERRIA, S. F. de, *Historia del santuario e imagen de Nuetra Señora de Begoña* (Tolosa 1892).

MAÑARICUA, A. E. de, *Santa María de Begoña en la historia espiritual de Vizcaya* (Bilbao 1950).

LUCÍA BARTOLINI

Virgen († 1520)

Lucía Bartolini, terciaria dominica, es poco conocida de nuestros contemporáneos. La voz pública la llamó «beata», y como tal entró en las colecciones de vidas de los santos y beatos florentinos, desde la de Serafín de Razzi (1577), hasta la de G. M. Brocchi (1761). Nace en Florencia el 16 de octubre de 1465, de Francisco Bartolini-Davanz y de Ermelina Corbinelli. El 13 de julio de 1484 se casó con Rodolfo de Felipe Rucellai, perteneciente a una de las familias más importantes e influyentes de la ciudad de Florencia en los siglos XV-XVI. Nacido el 8 de noviembre de 1453, Rodolfo fue recibido entre los *priori*

de la ciudad en 1486, y en 1487 pasó como condestable a la torre en Livorno. Como toda la familia, Rucellai fue de índole religiosa y competía en piedad con su primo Pandolfo de Juan Rucellai, discípulo ferviente de Savonarola, como lo habían sido dos hermanas de Pandolfo, Magdalena y Marieta. Pandolfo Rucellai, uno de los «diez» de Florencia, habiendo sido designado en 1494 como embajador ante Carlos VIII, rey de Francia, para felicitarle por sus triunfos, renunció a la honrosa embajada y se retiró al silencio del claustro de San Marcos, de Florencia, donde el 2 de junio de 1495 vistió el hábito dominico, tomando el nombre de fray Sante, para morir allí bien pronto —el 23 de mayo de 1497—, consumido por las más austeras mortificaciones.

No fue el único a quien la palabra ardiente de Savonarola convirtió a la vida dominicana en este tiempo. Muchos le habían precedido y muchos le seguirían de entre los principales ciudadanos, de cualquier edad y calidad, nobles y hombres de reputación, cautivados todos por la fama y la veneración del gran profeta de San Marcos. Entre ellos hay que contar también a Rodolfo de Felipe Rucellai, esposo de nuestra Beata; ésta se llamaba en el siglo, antes de tomar el hábito religioso, Camila Bartolini. Después de un sermón de Savonarola en Florencia, en 1494, y quizá influido por el ejemplo de su primo Pandolfo, decidió hacerse fraile en San Marcos. Camila, su esposa, accedió y se separo de él en un acto solemne el 8 de marzo de 1496.

Rodolfo recibió poco después el hábito dominicano de manos de Savonarola y tomó en religión el nombre de fray Teófilo. Por su parte, Camila Rucellai-Bartolini, que estaba en buena relación con Savonarola —en 1492 habia profetizado, para consuelo del reformador, que Pico de la Mirándola vestiría el hábito de su Orden; esto sucedió en los últimos años de Pico, en 1494—, se agregó a la Orden dominica, abrazando el estado de terciaria de la Penitencia en Santo Domingo, cambiando su nombre por el de sor Lucía. Se retiró a vivir en una casita cercana a San Marcos, en la calle del Cocomero, que pertenecía a las tres hijas de Cosme Rosellini, quienes quisieron vivir con ella. Pero entretanto fray Teófilo, poco estable en su resolución, volvió al siglo e instigo a su esposa a hacer lo mismo y a reanudar

la vida conyugal. En vano. Sor Lucía no accedió a ello, y fray Teófilo, de nuevo Rodolfo Rucellai, debió de seguir la vida civil él solo hasta su muerte, en 1517. Entonces maduró en la mente de sor Lucía la idea de fundar un convento de terciarias dominicas de vida común, como existían ya en todas partes. En estos días había conocido la fama de santidad de dos terciarias dominicas, sor Beatriz y sor Dorotea, fundadoras del monasterio de Santa Catalina de Siena, en Ferrara, monasterio donde las terciarias vivían en comunidad siguiendo la regla de la Orden Tercera de Santo Domingo. Calcada sobre esta última, la nueva fundación comenzó el 31 de septiembre de 1500 con la bendición de la primera piedra por el prior de San Marcos, fray Mateo de Marco-Strozzi, previa la autorización de fray Joaquín Torriani, maestro general de la Orden. Monseñor Benedicto Pagagnotti procedió a la consagración de la iglesia el 3 de febrero de 1506. En este tiempo fray Jerónimo de Savonarola había muerto, pero las hermanas guardaban una gran veneración por él, considerándole como fundador indirecto de su monasterio. Conservan de él con esmero muchos recuerdos, entre ellos su breviario.

Esta gratitud se tradujo, sobre todo, en su fidelidad a la vida regular y observante, en el anhelo ferviente de una vida siempre más perfecta. En efecto, poco tiempo después pensaron consagrar su vida a Dios de una manera más absoluta que la prevista por la regla de la Orden Tercera y quisieron emitir los tres votos de religión: el de pobreza, el de castidad y el de obediencia. El papa Julio II se lo otorgó con su breve de 1509 y ordenó al maestro general de la Orden, Tomás de Vío Cayetano, que las admitiese a la profesión. Así, de simples terciarias pasaron a ser hermanas de la Orden Tercera regular. Al mismo tiempo, y justamente el 14 de octubre de 1509, recibieron de Roberto Ubaldini, el famoso cronista del convento de San Marcos, prior entonces del convento de Santa María del Sasso, una especie de regla, o más bien un «directorio», que debía adaptar más de cerca la vida de las hermanas a la de los hermanos de Santo Domingo; este documento recibió la aprobación del maestro Cayetano, que se encontraba de paso en aquella fecha por el convento de San Marcos de Florencia. En 1513 el papa León X

renovó los privilegios concedidos por su antecesor Julio II, informado de las loables cualidades de esta comunidad religiosa; le era tanto más afecto cuanto que entre las hermanas se encontraba sor Agustina, hija del conde de los Médicis, que perteneció a su casa. Para mayor firmeza y decoro les concedió más tarde, 13 de mayo de 1521, el privilegio de llevar también el escapulario blanco a la usanza de las hermanas de la Orden Segunda de Santo Domingo. Pero sor Lucía no pudo gozar de este último privilegio; murió poco antes, en 29 de octubre de 1520.

En este cuarto de siglo en que sor Lucía vivió en el monasterio de Santa Catalina de Florencia fue un modelo de todas las virtudes y dirigió con su edificante vida y ejemplo a sus 70 hermanas. A pesar de sus méritos en la fundación del monasterio y en su acrecentamiento, no quiso nunca ser priora; prefirió vivir en la sencillez y en la humildad. Servía al Señor con abstinencias y vigilias. Dicen los cronistas que dormía sobre tablas y que bajo su cabeza tenía un saco de paja. Tuvo también el espíritu de profecía y predijo, entre otras cosas, a su esposo todo lo que iba a sucederle a él en su vida. El pueblo, después de su muerte, la inscribió inmediatamente entre las «beatas» de la ciudad de Florencia. Sus imágenes tuvieron culto público —su cuerpo fue sepultado entre los de otras monjas— en las iglesias de las hermanas de Santo Domingo, especialmente en las de las hermanas de Santa Catalina de Siena, en Florencia, donde murió y fue sepultada. Su culto como *ab immemorabili* fue confirmado por Benedicto XIV. Si su memoria no conoce hoy la veneración de los siglos pasados, debe atribuirse, sin duda, a la profanación del monasterio, acaecida en 1808.

RAIMUNDO CREYTENS, OP

Bibliografía

BROCHI, G. M., *Vite de santi e beati fiorentini* (Florencia 1761) 2.ª parte.
PASERINI, L., *Genealogía e storia della famiglia Rucellai* (Florencia 1861) 130-131; 151.
RICHA, G., *Notizie istoriche delle chiese fiorentine,* VIII (Florencia 1759).
RIDOLFI, R., *Vita di Girolamo Savonarola* (Roma 1952).
RUCELLAI, F. M., *Memorie e notizie istoriche del vener., insigne monistero di S. Caterina da Siena della città di Firenze fondato dalla beata suor Lucia Rucellai, con vari documenti riguardanti gli uomini illustri della medesima nobilissima famiglia de Rucellai,* mss. Biblioteca Nacional de Florencia.
SER, R., *Vite dei santi e beati del s. Ordine dei frati Predicatori* (Florencia 1577; Palermo 1605).

SANTOS DE LAS DIÓCESIS ESPAÑOLAS

3 de octubre

SAN VIRILA DE LEYRE

Abad († s. X)

En el navarro monasterio benedictino de Leyre, se venera con piadoso y cariñoso recuerdo la figura señera de un santo abad, salido de entre sus filas y que rigió sus destinos allá por el siglo X. Como tantos otros santos, de su vida ignoramos casi todo y conocemos lo principal: su santidad, sus virtudes, su culto. Durante años se ha desconfiado de su existencia, creyéndolo una creación fantasmagórica y medieval. Esta figura es San Virila, a quien dedicamos estas páginas con sumo cariño y piadosa veneración. ¿Qué menos podemos hacer quienes nos hemos beneficiado siempre de su figura, de sus reliquias y de su intercesión?

Hoy nadie duda de su historicidad y con todo orgullo podemos afirmar que San Virila es un personaje real, perfectamente situado en tiempo y espacio. Fue abad del monasterio de San Salvador de Leyre (Navarra) y su culto, como confesor, público y continuado desde su muerte hasta nuestros días. En este aspecto, pocos santos del medioevo superan los testimonios de autenticidad que goza nuestro santo. Se ha escrito que negar su historicidad equivale a dejar sin efecto las bases más sólidas que dispone la crítica histórica para sus deducciones, así como tirar por tierra muchas verdades admitidas sin reserva.

Al igual que acontece con otros muchos santos inscritos en el *Martirologio romano,* de San Virila se ignoran los detalles más esenciales de su vida, pero se nos presenta un santo a la veneración y un sepulcro concreto donde se guardan sus huesos en culto público. San Virila, pues, tiene garantizada su veracidad con pruebas muy solventes.

Lo que le ha ocurrido a San Virila es que su nombre ha ido siempre ligado a una encantadora leyenda que ha paseado su nombre por todos los confines de Europa y que ha sido recogida en casi todos los libros de ejemplos piadosos y narraciones. Veamos, pues, ante todo, el contenido de esta leyenda, tal y como se ha expuesto desde siempre en el Monasterio de Leyre:

> Eran los primeros años del siglo X. Un viejo abad regía los destinos de la abadía: Dom Virila. Un alma sencilla, sin complicaciones. Solamente una duda atormentaba su espíritu. Él no podía comprender el misterio de la eternidad, ese camino interminable de días y días y años y siglos sin fin. Y ese coro de bienaventurados cantando: Santo, Santo, Santo [...] con un martilleo obsesionante de miríadas de siglos. No. No era posible que los santos estuviesen toda la eternidad en el paraíso alabando a Dios sin aburrirse.
>
> Una mañana de primavera, después del oficio de vigilias, salió al bosque a meditar el viejo abad. Caminaba despacio por los senderos del monte, pensando en la eternidad. De pronto, entre las frondas de los encinos, oye los trinos melodiosos de un ruiseñor. Sus arpegios le dejan ensimismado. El ruiseñor va saltando de rama en rama y el viejo abad lo sigue hipnotizado. Se internan en lo más enmarañado del bosque. Allí hay una fuente cristalina, una pequeña roca y un rincón delicioso donde crecen los bojes gigantes, el acebo, los robles y encinas milenarias que arañan con sus raíces descarnadas las grietas de las piedras. Allí crecen los tilos y las plantas parasitarias de los muérdagos se abrazan a las ramas de los árboles. El viejo abad se sienta fatigado. El ruiseñor sigue arpegiando sus melodías. Dom Virila cae en un profundo sueño y sigue oyendo los cantos del pájaro encantado. Después, al cabo de un rato, el abad despierta del extraño éxtasis. Todo le parece que ha cambiado; se ha debido perder. No encuentra el sendero de la abadía. Apartando con su báculo las ramas de los bojes y los espinos, sale penosamente del bosque y desciende despacio por la ladera, camino del viejo monasterio. Pero... debe estar soñando: la pequeña iglesia se ha convertido en un gran templo con sus bóvedas y su torre. El monasterio ha crecido misteriosamente. El abad llama al portalón de la abadía:
>
> —Deo gratias, responde desde dentro la voz del monje ostiario.
>
> Y en seguida se recorta en la oscuridad del portal la silueta blanca de un monje cisterciense.
>
> — ¿Qué deseáis, padre?
>
> Dom Virila cree despertar de un sueño; no puede comprender lo que ven sus ojos.
>
> — Pasad, padre, debéis estar fatigado. ¿Venís de muy lejos?
>
> — Pero... yo... soy el abad... de este monasterio.

— Debéis estar equivocado de camino. Pasad, padre; nuestro abad es dom fray Domingo.

— No puedo comprender; yo soy el abad Virila. Salí hace un momento al bosque a meditar. Yo no sé lo que ha pasado; la iglesia era más pequeña, el monasterio más pobre, los monjes vestían de negro...

El monje marcha corriendo a buscar al abad.

— Padre, un monje peregrino que acaba de llegar dice que es el abad del monasterio, que se llama Virila, que...

En el archivo del monasterio un sabio monje hojea febrilmente los documentos de los antiguos abades: Dom Félix..., Dom Fortún..., Dom Sancho Gentúlez. ¡Dom Virila! ¡Eh, Dom Virila! El abad que desapareció una mañana en el bosque... ¡hace trescientos años!

El monje sale del archivo monacal gritando: ¡Milagro, milagro!

Todos los monjes se reúnen en el templo para dar gracias a Dios. Y mientras están cantando en el coro el salmo que dice: «Mil años ante tus ojos son como el día de ayer, que ya pasó», entra en la iglesia un ruiseñor con un anillo abacial en el pico y lo coloca en el dedo de Dom Virila.

El Señor se aparece al viejo abad. «Mira, hijo, es infinitamente mejor ver a Dios cara a cara, que recrearse con la avecilla y oír su canto».

Esta deliciosa leyenda ha recorrido toda la Europa medieval. Casi todos los libros de ejemplos y narraciones a partir del siglo XIII, han recogido el apólogo del monje que estuvo 300 años oyendo el canto de un pajarito. La primera localización que se conoce es en el monasterio belga de Afflighem, entre 1122-1195. Se trata de la famosa *Vissio Fulgentii.* En Francia fue traducida por Maurice Sully, obispo de París. Alfonso X el Sabio dedicó una ingenua *Cantiga en honor de Nuestra Señora,* al monje devoto de la Virgen que quiere conocer las delicias del Paraíso. Jacobo de Vitry († 1240) el ilustre prelado de las cruzadas, hace también una deliciosa narración: «Del abad que pensaba de qué modo podía estar en el Paraíso sin tedio».

El dominico Jacobo Varaggio (1230-1290) en su *Leyenda aurea,* recoge también el ejemplo, que luego se difundió por todas las naciones a través de *Alphabeta exemplorum, Alphabeta Nationum, Disciplina clericorum* de Rabí Maseh Sephardí, judío converso de Huesca.

En el siglo XIV, el monje Félix en Alemania, se hace ya eco del apólogo de San Virila.

En España se ha localizado en varias partes, especialmente en los monasterios gallegos de Samos y Armenteira. En este último se trata del relato del fabuloso abad San Ero.

Sin embargo hay que admitir que la tradición de Leyre no resulta una localización más; data del siglo XIII. Probablemente se trata de la localización más antigua y, desde luego, la más difundida.

Según una antiquísima tradición, no corroborada documentalmente, San Virila nació en la villa aragonesa de Tiermas, hoy casi desaparecida y sumergida en buena parte bajo las aguas del pantano de Yesa. En su juventud ingresó en el monasterio de San Salvador, muy próximo y vinculado a su pueblo natal. Sus cualidades de emprendedor, prudente, virtuoso, hicieron que a la muerte del abad Sancho Gentúlez, fuera elegido abad del monasterio. Por el único texto viriliano anterior al siglo XI que ha llegado hasta nosotros, el *Libro gótico del monasterio de San Juan de la Peña,* conocemos algún hecho o intervención de San Virila. En el año 928 —algunos lo adelantan al 924— el obispo de Pamplona Don Galindo lo llama como testigo en un litigio que ha de dirimir entre los pueblecitos de la falda de la montaña de Leyre, Benasa y Catamesas. Este dato denota que Virila debía ser un hombre prestigioso y de un sentido estricto de la justicia. La fama de sus virtudes y su prudencia debieron ser notables.

Asimismo la figura de San Virila ha pasado a la historia como un formidable campeón de la reforma monástica en el siglo X. Varios son los monasterios en los que deja notable huella como restaurador. Poco después del litigio entre Benasa y Catamesas, lo encontramos en el monasterio de San Juan del señorío de Peña, cerca de Sangüesa, organizando la vida monástica. Allí recibe a unos emisarios del rey Ordoño II de León, que le piden venga a Galicia a dirigir la restauración del monasterio de San Julián de Samos. San Virila parte para Galicia. Lleva a cabo con éxito la restauración del monasterio Samonense. Se granjea la amistad de los reyes de León, que le encargan la restauración de la vida monástica en la región gallega. Uno de los monasterios reorganizados por él, debe ser el de San Pedro y San Pablo de Triacastella. En un acto solemne se encuentra entre los con-

firmantes de una donación a este monasterio, el nombre del abad Berila.

En medio de todos estos avatares, Virila no olvida su amado monasterio de Leyre. Y así reúne a los monjes para que elijan un abad. Él, determina marchar en peregrinación a la ciudad santa de Roma y después de muchas aventuras y sufrimientos retorna, ya muy anciano, a su viejo cenobio legerense. La gente de los pueblos colindantes que le ve de nuevo entre ellos después de tantos años, deja correr el piadoso rumor de que ha estado 30 años perdido en el bosque, oyendo el canto misterioso de un ruiseñor. La fantasía medieval se encarga después de abultar la cuenta de los años y enriquecer con detalles encantadores la leyenda.

El culto de San Virila, si bien nunca ha sido confirmado por Roma, es uno de los más venerables de Navarra. Poco más de medio siglo después de su muerte, ya hay constancia de él en la diplomática legerense y no se ha interrumpido hasta hoy. El P. Argáiz nos ofrece detalles interesantes y ciertos al respecto, cuando afirma que los monjes de Leyre tienen pintado y esculpido en diferentes partes de la iglesia, claustros y piezas públicas el milagro: en unas el santo elevado entre los árboles y la avecilla cantando junto a él; en otras delante de los monjes y el ave trayéndole el anillo de la dignidad en el pico, declarándolo todo a los huéspedes que van a ver las grandezas del monasterio.

De capital importancia para probar su culto, son las referencias al santo contenidas en los diplomas regios con ocasión de concesiones, donaciones y prebendas y que garantizan la historicidad y el culto público de San Virila en la abadía de San Salvador.

Hasta la desamortización de 1836 los monjes conmemoraron su fiesta el día 1 de octubre, así como en la villa de Tiermas. Los cistercienses le nombraban en el Oficio después de San Roberto, fundador del Císter y varios de ellos adoptaron su nombre en la profesión monástica. El abad Dom Alderico Álvarez de Eulate, poco después de su nombramiento el 18 de enero de 1725, dedicó un altar a San Virila en el que colocó el precioso lienzo del santo del siglo XVII, que desde 1836 hasta 1979 figuró

en el museo de Navarra en Pamplona y hoy se puede contemplar en la escalera principal del monasterio.

Asimismo ha recibido culto solemne en la catedral de Pamplona, en donde se guardaron sus reliquias desde 1836 hasta 1979; en el pueblo de Tiermas (Zaragoza) hasta su desaparición y en el monasterio de Samos (Lugo).

Con motivo de la reinstauración de la vida benedictina en Leyre en el año 1954, el culto al santo abad Virila pudo ser restituido. Al principio de manera más bien un tanto discreta. Pero diversos acontecimientos posteriores, hicieron aumentar la simpatía y el culto al santo legerense: el 7 de mayo de 1964, al desaparecer la antigua villa de Tiermas, víctima del progreso, se recibía en el monasterio con toda solemnidad la escultura del santo, del siglo XVII, y la reliquia insigne del brazo, que los fervorosos vecinos de Tiermas guardaron y veneraron en su iglesia parroquial desde el 7 de junio de 1825, por concesión del entonces abad de Leyre Dom fray Manuel Zubiri. Poco antes de esta fecha, San Virila fue declarado Patrono de la Asociación «Amigos de Leyre». Otras fechas señaladas irían jalonando el recuerdo y la devoción hacia San Virila; en el año 1979, tras largas y prósperas gestiones, se cumplieron dos grandes y sonadas realidades: el retorno desde el museo de Navarra del precioso lienzo que representa el éxtasis del santo abad, obra del siglo XVII y poco después, el arzobispo y cabildo catedral de Pamplona devolvían personal y honoríficamente, la urna con los restos del santo abad, llevada a la catedral en el año 1836, al quedar definitivamente abandonado el monasterio. Ello supuso un nuevo timbre de gloria y de gozo, por ver nuevamente entronizado a San Virila en su casa, intercediendo por sus intereses espirituales y temporales y prosiguiendo la ya gloriosa y multisecular historia legerense. Poco después, la diócesis de Pamplona y la abadía de Leyre reorganizaron sus propios calendarios y se dotó de oficios y misas propios a los respectivos santos. En este sentido San Virila resultó muy beneficiado.

Su fiesta, definitivamente fijada para el 3 de octubre, se presenta con formularios propios tanto en la misa como en el oficio. Los vecinos de la antigua villa de Tiermas, patria del santo, repartidos hoy por diversas localidades navarro-aragonesas, se

dan cita cada primer domingo de octubre, en torno a su santo paisano, seguros de su intercesión y rememorando tiempos pasados. Para los monjes benedictinos legerenses y para cuantos deseen profundizar en el misterio de la eternidad, la encantadora figura de San Virila les servirá de estimulo y ejemplo. Así lo expresa la hermosa oración colecta de la misa del santo con la que concluimos el presente trabajo:

> «Oh Dios, Padre Todopoderoso y eterno, que diste a San Virila, abad, la gracia de habitar en tu casa para la contemplación de las cosas divinas; concede a tus hijos, mientras peregrinamos, sentir tu presencia amorosa en nuestra mente y corazón y, después, gozarla cara a cara eternamente».

JOSÉ ANTONIO X. PEDROARENA, OSB

Bibliografía

LOPEZ, C. M., OSB, *La aventura de los santos* (Pamplona 1969) 11-14.
—*Leyre. Historia, arqueología, leyenda* (Pamplona 1962) 154-165.
MORAL CONTRERAS, T., *Mil años en tu presencia... Evocación de San Virila* (Estella 1991).
PEREZ GOYENA, A., SI, *La santidad en Navarra* (Pamplona 1947) 14-18.
VALLEJOS, J. X., *Viñetas antiguas* (Madrid 1926) 173-185.

26 de octubre

SANTOS VALENTÍN Y ENGRACIA

Mártires († 715)

La diócesis de Segovia celebra el 26 de octubre la memoria de los santos Valentín y Engracia, mártires, pero el *Martirologio romano* engloba esta memoria en el día de hoy con la de San Frutos, ermitaño, a quien se presenta como hermano de ambos mártires. La biografía de San Frutos la tiene el lector entre las biografías extensas del día 25 (cf. *supra);* señalemos algunos datos referentes a los otros dos santos. En esa biografía extensa se señala cómo los tres hermanos renunciaron a todas las comodidades del mundo para vivir en la soledad cada uno en una ermita distinta entregados por completo a la meditación de las cosas divinas, hasta que llegó la fecha de la invasión musulmana de

España. Muere Frutos hacia el 715 y sus hermanos lo entierran en su misma ermita y ese mismo año los dos hermanos supervivientes son hallados por los invasores musulmanes que los decapitan. Sus cuerpos fueron tomados por los fieles y enterrados junto al de San Frutos. Como dice Rafael Jiménez Pedrajas en *Bibliotheca sanctorum* (t.XII, col.902-903), los martirologios mozárabes no señalan la memoria de estos mártires, siendo por consiguiente muy tardía la tradición que asegura su existencia. En 1076 el rey Alfonso VI encomendó la ermita con la reliquia de los tres santos a la abadía de Silos, que construyó allí un priorato. Una parte de las cuales fue llevada luego a la catedral de Segovia, y tras haberse perdido su memoria, se encontraron hacia 1461, un 25 de noviembre, invención que tuvo luego memoria litúrgica. Ahora los tres santos figuran en el *Martirologio romano,* como queda dicho, bien que Segovia celebre a Frutos el 25 de octubre como solemnidad por ser el patrono, y el día 26 a los otros dos santos como memoria.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

29 de octubre

SAN NARCISO

Mártir († s. IV)

El día 29 de octubre celebra la ciudad de Gerona la fiesta de San Narciso con rango de solemnidad. Ese día celebra el *Martirologio romano* a San Narciso, obispo de Jerusalén y no a un San Narciso, obispo de Gerona. Pero el anterior *Martirologio* sí contenía la reseña de San Narciso, obispo de Gerona, y lo conmemoraba el 18 de marzo. Decía así el antiguo *Martirologio romano:*

> «En Augsburgo, San Narciso, obispo, el primero que predicó el evangelio a los pueblos de Recia; pasó después a España, y, convertidos en Gerona muchos infieles a la fe de Cristo, allí mismo, en la persecución del emperador Diocleciano, juntamente con el diácono Félix recibió la palma del martirio».

Este elogio y aun la propia conmemoración de este San Narciso han desaparecido del nuevo *Martirologio.* Esto puede deberse a que no es hasta el siglo VIII en el documento llamado *Conversio sanctae Afrae* cuando se habla de un San Narciso en relación con ella, no diciéndose que fuera obispo de Gerona, lo que se dijo sólo posteriormente. Tenido hoy por apócrifo el sermón de Oliva, obispo de Vich y abad de Ripoll, sobre el santo, la primera noticia cierta del culto de San Narciso en Gerona es la petición del abad de los santos Ulrico y Afra, de Augsburgo, solicitando al obispo Berenguer Wifredo de Gerona una reliquia del santo (año 1087). Se conserva el texto de la respuesta del obispo. Esta carta demuestra que ya en el siglo XI había culto a San Narciso en Gerona y se conservaba allí su cuerpo. Contesta el obispo que la reliquia que puede mandarle procede del vestido y estola con que está cubierto en su sepulcro su gloriosísimo padre y obispo San Narciso, mártir de Cristo, pero que no puede enviarle nada del cuerpo porque éste se encontraba entero e incorrupto. Se ve claro que ya entonces el culto al santo era antiguo y completamente consolidado y que el santo estaba tenido como el iniciador de la fe en aquella comunidad cristiana. ¿Cómo se conservó el santo cuerpo durante la invasión musulmana? Se ha respondido a eso que fue escondido y que se encontró luego durante el episcopado de Mirón (970-984), pero no parece que esto tenga verdadero fundamento histórico. Desde luego los antiguos martirologios que conocemos no mencionan a un obispo Narciso de Gerona.

El cardenal Baronio, en nota a la mención de San Narciso entre los santos del 18 de marzo de su *Martirologio,* habla de cómo en relación con la conversión de Santa Afra se ha confundido al obispo de Jerusalén con el obispo Narciso que convirtió a la pecadora en una mujer sinceramente cristiana, pero señala igualmente que esta conversión también se ha atribuido a un San Narciso, obispo de Augsburgo, y que a este San Narciso unos lo confunden y otros lo distinguen del San Narciso de Gerona, y cuenta la tradición que cuando los franceses asaltaron Gerona en tiempos de Pedro III de Aragón (8 de septiembre de 1286), y profanaron el sepulcro del santo, de este sepulcro salieron moscas que atacaron a los profanadores. Este llamado mila-

gro de las moscas se dice que vuelve a repetirse en otras ocasiones bélicas, incluyendo la Guerra de la Independencia. Una nueva profanación del sepulcro tuvo lugar en 1936.

La tradición más general lo presenta como obispo de Gerona a finales del siglo III, donde animaba a los fieles a permanecer firmes en la fe hasta el martirio. Por una revelación del Señor, marchó a Augsburgo a evangelizar, convirtiendo a la meretriz Afra y a otras personas. De allí volvió a Gerona por orden de Dios, y luego de haber sabido el martirio de Afra y de otros cristianos, él mismo fue martirizado el 29 de octubre del 307 con el diácono San Félix.

La ciudad de Gerona lo tiene desde muy antiguo por su patrono principal. El rey Carlos II obtuvo que su fiesta se celebrase en todos los reinos de su corona. La Junta Superior del Principado de Cataluña, reunida en congreso en la ciudad de Manresa, con todos los representantes de los corregimientos y partidos de Cataluña, con unánime voto el 24 de noviembre de 1809 aprobaron el nombramiento que había hecho Gerona el año anterior de Generalísimo y Protector. En el pontificado de Pío IX se obtuvo para el obispado de Gerona la declaración de San Narciso como patrono suyo.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

BENEDICTINE MONKS OF ST. AGUSTINE'S ABBEY, Ramgate, *The Book of the Saints* (Londres 1989).
Bibliotheca sanctorum. IX: *Masabki-Ozanam* (Roma 1967) cols.722-727.
CROISSET, J., SI, *Año cristiano, o ejercicios devotos para todos los días del año...*, III (Barcelona 1853) 302s.
Martyrologium romanum ad novam Kalendarii rationem et Ecclesiasticae Historiae veritate restitutum... (Roma 1598).
RELLES, O., *Historia apologética de la vida y martirio de San Narciso* (Barcelona 1679).
El santo de cada día, V (Zaragoza 1947) 592s.

CALENDARIO ESPAÑOL

MEMORIAS QUE CELEBRAN LAS DIÓCESIS ESPAÑOLAS

Día 2	En Osma-Soria, San Saturio.
Día 3	En Albacete, Almería y Guadix, Beato Marcos Criado, presbítero y mártir.
Día 5	En León y Lugo, San Froilán, obispo.
	En Zamora y Tarazona, San Atilano, obispo.
Día 6	En Burgos, Beato Diego de San Vítores, presbítero y mártir.
	En Madrid, Beata María Ana Mogas, virgen.
Día 7	En Zamora, San Martín Cid.
Día 8	En Valencia, San Luis Beltrán, presbítero.
Día 9	En Asidonia-Jerez, San Dionisio Areopagita.
	En León, San Vilfrido, religioso y mártir.
	En Santander, santos Augusto Andrés y Compañeros, mártires.
	En Sigüenza-Guadalajara, San Marciano José y compañeros, mártires.
	En Mondoñedo-El Ferrol, San Inocencio de la Inmaculada y compañeros, mártires.
Día 10	En España, Santo Tomás de Villanueva, obispo.
	En Ceuta, santos Daniel y compañeros, mártires. (Solemnidad).
Día 11	En España, Santa Soledad Torres Acosta, virgen.
Día 12	En España, Nuestra Señora del Pilar.
Día 13	En Córdoba, santos Fausto, Jenaro y Marcial, mártires.
Día 19	En España, San Pedro de Alcántara, presbítero.
Día 21	En Burgos, Santa Úrsula, virgen y mártir.
Día 22	En Huesca, Pamplona y Tudela, santas Nunilo y Alodia, vírgenes y mártires.
	En Santiago de Compostela, Santa María Salomé.
Día 23	En Cádiz y Mérida-Badajoz, santos Servando y Germán, mártires.
Día 24	En Córdoba, San Rafael Arcángel.
Día 25	En Segovia, San Frutos, ermitaño.
	En Tarragona y Vich, San Bernardo Calvó, obispo.
Día 26	En Segovia, santos Valentín y Engracia, mártires.
	En Vich, santos Luciano y Marciano, mártires.
Día 27	En Ávila, santos Vicente, Sabina y Cristeta, mártires.
Día 29	En Gerona, San Narciso, mártir.

En Leon, San Marcelo, martir
En Sevilla, San Francisco Diaz, presbitero y martir
En Teruel-Albarracin, San Joaquin Royo y compañeros, martires

Día 31 En Calahorra-La Calzada Logroño, santos Jeronimo Hermosilla y Valentin Berriochoa, martires
En Mallorca, San Alonso Rodriguez, religioso

ÍNDICE ONOMÁSTICO

1. Santos y beatos

Abercio, San († s. III), día 22, 569-575.
Abrahán (anacoreta), San († 366), día 29, 747.
Abrahán (patriarca), San, día 9, 232-244.
Adalberón, San († 1090), día 6, 180-183.
Alberto Marvelli, Bto. († 1946), día 5, 156-166.
Alejandrina María da Costa, Bta. († 1955), día 13, 346-355.
Alejandro (María) Sauli, San († 1592), día 11, 312-318.
Alejandro Zaryzkyj, Bto. († 1963), día 30, 762-763.
Alfredo (Jaime) Pellicer Muñoz, Bto. († 1936), día 4, 104-105.
Alodia, Sta. († 846), día 22, 576-585.
Alonso Rodríguez, San († 1617), día 31, 770-777.
Álvaro Sanjuán Canet, Bto. († 1936), día 1, 43.
Amable, San († 475), día 18, 492.
Ambrosio Francisco Ferro, Bto. († 1645), día 3, 87.
Ambrosio León (Pedro) Lorente Vicente, Bto. († 1936), día 23, 638-640.
Ana María (María Agustina) Erraux, Bta. († 1794), día 23, 631-634.
Ana María Aranda Riera, Bta. († 1936), día 14, 369-370.
Ana Schäffer, Bta. († 1925), día 5, 128-137.
Anastasio, San († 666), día 11, 323.
Anastasio de Cluny, San († 1085), día 16, 423.
Andrés Calibita, San († 767), día 20, 552.
Andrés Yakichi, Bto. († 1622), día 2, 71-72.
Andrés Yoshida, Bto. († 1617), día 2, 41.
Angadrisma, Sta. († 695), día 14, 368.
Ángel (de Castrovillari), San († 1227), día 10, 278-282.
Ángel de Acri, Bto. († 1739), día 30, 751-759.
Ángel Ramos Velázquez, Bto. († 1936), día 11, 326.
Ángeles Custodios, Stos., día 2, 44-52.
Aniceto Adolfo (Manuel) Seco Gutiérrez, San († 1934), día 9, 257-271.
Aniceto Koplinski, Bto. († 1941), día 16, 424-425.
Antonino de Milán, San († 661), día 31, 777.
Antonio Baracho (Uruaçu), Bto. († 1645), día 3, 87.
Antonio Chevrier, Bto. († 1879), día 2, 52-60.
Antonio Daniel, San († 1648), día 19 (memoria), 493-498.
Antonio María Claret, San († 1870), día 24, 641-653.
Antonio Rewera, Bto. († 1942), día 1, 24-33.
Antonio Vilela Cid (Uruaçu), Bto. († 1645), día 3, 87.
Antonio Vilela el joven y su hija (Uruaçu), Btos. († 1645), día 3, 87.

Apolinar de Valence, San († 520), día 5, 167.
Aretas, San († 523), día 24, 664.
Arnoldo (Julio Nicolás) Rèche, Bto († 1890), día 23, 606-619.
Artoldo de Belley, San († 1206), día 6, 204-205
Atilano, San († 919), día 5, 120-123.
Augusto Andrés (Román) Martín Fernández, San († 1934), día 9, 257-271.
Augusto, San († 560), día 7, 218.
Áurea, Sta († 666), día 4, 102-103.

Baltasar Ravaschieri de Chiavari, Bto († 1492), día 17, 469.
Bartolomé de Bragancia, Bto († 1271), día 27, 706-710.
Bartolomé Longo, Bto. († 1926), día 5, 137-144.
Bavón de Gante, San († 654), día 1, 35.
Benito de Jesús (Héctor) Valdivieso Sáez, San († 1934), día 9, 257-271.
Benjamín Julián (Vicente) Alonso Andrés, San († 1934), día 9, 257-271.
Bernardo Calvó, San († 1243), día 25, 671-677.
Bertrán de Cominges, San († 1123), día 16, 423-424.
Bienvenida Boiani, Bta. († 1292), día 30, 760.
Bruno, San († 1001), día 6, 174-179.
Bruno el Grande, San († 965), día 11, 305-312.
Buenaventura de Potenza, Bto. († 1711), día 26, 698-702.

Calixto, San († 222), día 14, 358-365.
Carlos Garnier, San († 1649), día 19 (memoria), 493-498.
Cayetano Errico, Bto. († 1860), día 29, 740-746.
Cayo (de Alejandría), San († s. III/IV), día 3, 82-83
Cedda, San († 664), día 26, 689-694.
Cerbonio de Populonia, San († 575), día, 295-296.
Cipriano de Toulon, San († ca.546), día 3, 84-85.
Cirilo Bertrán (José) Sanz Tejedor, San († 1934), día 9, 257-271.
Claudio (de León), San († 303/304), día 30, 760.
Comgán, San († s. VIII), día 13, 357.
Contardo Ferrini, Bto. († 1902), día 17, 464-468.
Cornelio (centurión), San, día 20, 529-538.
Crescencio García Pobo, Bto. († 1936), día 3, 87-88.
Crisanto, San († 253), día 25, 684.
Crispín, San († s. III), día 25, 684.
Crispiniano, San († s. III), día 25, 684.
Cristeta (abulense), Sta. († 305), día 28, 728.
Cristóbal Buxton, Bto. († 1588), día 1, 35-38.
Cristóbal de Romagnola, Bto. († 1272), día 31, 778.

Damián Furcheri, Bto. († 1484), día 26, 694-698.
Daniel (de Belvedere), San († 1227), día 10, 278-282.
Daniel Comboni, San († 1881), día 10, 282-290.
Daría, Sta. († 253), día 25, 684.
Día de acción de gracias y de petición, día 5, 106-115.
Diego Pereira (Uruaçu), Bto. († 1645), día 3, 87.
Dionisio Areopagita, San († s. I), día 3, 76-82.
Dionisio de París, San († 258), día 9, 245-247.

Diosdado de Montecasino, San († 834), día 9, 272-273.
Dodón, San († 750), día 29, 748.
Domingo Collins, Bto. († 1602), día 31, 779-780.
Domingo Loricato, Sto. († 1060), día 14, 365-368.
Donato Escoto, San († 874), día 22, 586-587.
Donnino (de Montalcino), San († 1227), día 10, 278-282.

Eata de Hexham, San († 686), día 26, 704.
Eduardo Campion (Geraldo Edwards), Bto. († 1588), día 1, 35-38.
Eduardo Detkens, Bto. († 1942), día 10, 298.
Eduardo James, Bto. († 1588), día 1, 38-40.
Eduvigis, Sta. († 1243), día 16, 398-401.
Eleuterio (de París), San († 258), día 9, 245-247.
Elías Carbonell Mollá, Bto. († 1936), día 2, 74.
Engracia (de Segovia), Sta. († 715), día 26, 797-798.
Enrique Morant Pellicer, Bto. († 1936), día 4, 103.
Esteban Machado de Mirando y sus dos hijas (Uruaçu), Btos. († 1645), día 3, 87.
Eufrasio del Amor Misericordioso de Celis Santos, Bto. († 1936), día 23, 635-638.
Eusebio (de Alejandría), San († s. III/IV), día 3, 82-83.
Evaristo (papa), San († 108), día 27, 710.
Ewaldo el Blanco, San († 695), día 3, 85.
Ewaldo el Negro, San († 695), día 3, 85.
Farón de Meaux, San († 670), día 28, 729.
Fausto (de Alejandría), San († s. III/IV), día 3, 82-83.
Fausto (de Córdoba), San († s. III/IV), día 3, 356-357.
Felicísimo, San († s. III), día 26, 702-703.
Felipe (el diácono), San († s. I), día 11, 299-305.
Felipe de Heraclea, San († 303), día 22, 585.
Felipe Howard, San († 1595), día 19, 511-520.
Félix de Como, San († ca.390), día 8, 229.
Fidel Fuidio Rodríguez, Bto. († 1936), día 17, 473.
Flora de Beaulieu, Sta. († 1347), día 5, 168.
Florencia Caerols Martínez, Bta. († 1936), día 1, 42.
Florencio Martín (Álvaro) Ibáñez Lázaro, Bto. († 1936), día 23, 638-640.
Foilano, San († 655), día 31, 777.
Francisco Carceller Galindo, Bto. († 1936), día 2, 72-73.
Francisco de Asís, San († 1226), día 4, 88-96.
Francisco de Bastos (Uruaçu), Bto. († 1645), día 3, 87.
Francisco Díaz del Rincón, San († 1748), día 28, 718-723.
Francisco Hunot, Bto. († 1794), día 6, 205-206.
Francisco Isidoro Gagelin, San († 1833), día 17, 472-473.
Francisco Javier Seelos, Beato († 1867), día 4, 97-101.
Francisco Mendes Pereira (Uruaçu), Bto. († 1645), día 3, 87.
Francisco Phan Van Trung, San († 1858), día 6, 206-207.
Francisco Serrano, San († 1748), día 28, 718-723.

Francisco Yakichi, Bto. († 1622), día 2, 71-72.
Frideswida, Sta. († ca.735), día 19, 526-527.
Froilán, San († 905), día 5, 115-120.
Frutos (de Segovia), San († 715), día 25, 667-670.
Fulco, San († 1229), día 26, 705.

Gabriel Lalemant, San († 1649), día 19 (memoria), 493-498.
Galo, San († ca.645), día 16, 410-415.
Gaspar Hikojiro, Bto. († 1617), día 1, 41.
Gaudencio de Brescia, San († 410), día 25, 685-686.
Gaudencio de Gniezno, San († ca.1012), día 11, 323-324.
Gauderico, San († 900), día 16, 423.
Gaudioso de Abitine, San († 452), día 27, 710.
Geraldo de Aurillac, San († 909), día 13, 357-358.
Gerardo de Brogne, San († 959), día 3, 86-87.
Gerardo Mayela, San († 1755), día 16, 415-420.
Gerino, San († 679), día 2, 70-71.
Germán, San († 303), día 23, 628.
Gilberto el Grande, San († 1167), día 17, 468-469.
Gonzalo de Lagos, Bto. († 1422), día 15, 377-385.
Grato, San († s. VI), día 19, 526.
Guillermo Hartley, Bto. († 1588), día 5, 170-171.
Guntero, San († 1045), día 9, 273-274.

Hermes, San († 303), día 22, 585.
Hija de Francisco Díaz el joven (Uruaçu), Bta. († 1645), día 3, 87.
Hilarión, San († 371), día 21, 554-558.
Honorato (Andrés) Zorraquino Herrero, Bto. († 1936), día 23, 638-640.
Honorato de Vercelis, San († 415), día 29, 746-747.
Honorino de la Virgen Dolorosa Carracedo Ramos, Bto. († 1936), día 23, 635-638.
Hugo de Génova, San († ca.1233), día 8, 220-227.
Hugolino (de Cerisano), San († 1227), día 10, 278-282.

Ignacio de Antioquía, San († 107), día 17, 426-434.
Ignacio de Constantinopla, San († 877), día 23, 602-605.
Ildefonso de la Cruz (Anatolio) García Nozal, Bto. († 1936), día 23, 635-638.
Inés de Jesús Galand, Bta. († 1634), día 19, 521-525.
Inocencio de la Inmaculada (Manuel) Canoura Arnau, San († 1934), día 9, 257-271.
Isaac Jogues, San († 1649), día 19 (memoria; pasión: día 18), 493-498.
Isidoro Bover Oliver, Bto. († 1936), día 2, 72-73.
Isidoro de San José de Loor, Bto. († 1916), día 6, 194-204.

Jenaro (de Córdoba), San († s. III/IV), día 13, 356-357.
Joaquín Royo, San († 1748), día 28, 718-723.
Joel (profeta), San, día 19, 504-511.
Jorge Edmundo René, Bto. († 1794), día 2, 72.
José Baldo, Bto. († 1915), día 24, 660-664.
José Canet Giner, Bto. († 1936), día 4, 104.
José de Porto (Uruaçu), Bto. († 1645), día 3, 87.

José González Huguet, Bto. († 1936), día 12, 340-341.
José Jankowski, Bto. († 1941), día 16, 424-425.
José Le Dang Thi, San († 1860), día 24, 665-666.
José Llosá Balaguer, Bto. († 1936), día 7, 219-220.
José María de Jesús Cuartero Gascón, Bto. († 1936), día 23, 635-638.
José Ramón Ruiz Bruixola, Bto. († 1936), día 28, 731-732.
Josefa de la Purificación (Ramona) Masiá Ferragut, Bta. († 1936), día 25, 677-684.
Josefina (Ana Josefa) Leroux, Bta. († 1794), día 23, 631-634.
Juan Adams, Bto. († 1586), día 8, 230-231.
Juan Alcover, San († 1748), día 28, 718-723.
Juan Ángel Porro, Bto. († 1506), día 23, 629-630.
Juan Bautista Carbonell Mollá, Bto. († 1936), día 2, 74.
Juan Beyzym, Bto. († 1912), día 2, 60-64.
Juan Buoni, Bto. († 1249), día 23, 628-629.
Juan Dat, San († 1798), día 28, 729-730.
Juan de Brebeuf, San († 1649), día 19 (memoria), 493-498.
Juan de Bridlington, San († 1379), día 10, 296-297.
Juan de Capistrano, San († 1456), día 23, 588-598.
Juan de la Lande, San († 1646), día 19, 493-498.
Juan de Silveira (Uruaçu), Bto. († 1645), día 3, 87.
Juan Hewett, Bto. († 1588), día 5, 170-171.
Juan Hunot, Bto. († 1794), día 7, 218-219.
Juan Leonardo, San († 1609), día 9, 247-251.
Juan Lostau Navarro (Uruaçu), Bto. († 1645), día 3, 87.
Juan Lowe, Bto. († 1586), día 8, 230-231.
Juan Martín y siete jóvenes (Uruaçu), Btos. († 1645), día 3, 87.
Juan Miguel Langevin, Bto. († 1794), día 30, 762.
Juan Robinson, Bto. († 1588), día 1, 40.
Juan Slade, Bto. († 1583), día 30, 760-761.
Judas Tadeo (apóstol), San, († s. I), día 28, 713-717.
Julián Alfredo (Vilfrido) Fernández Zapico, San († 1934), día 9, 257-271.
Justina de Padua, Sta. († s. III/IV), día 7, 217.
Justiniano de San Gabriel de la Virgen Dolorosa Cuesta Redondo, Bto. († 1936), día 23, 635-638.

Laura de Santa Catalina de Siena Montoya y Upegui, Bta. († 1949), día 21, 558-565.
Leodegario, San († 679), día 2, 70-71.
León (de Carigliano), San († 1227), día 10,
León Nowakowski, Bto. († 1639), día 31, 780.
León Wetmanski, Bto. († 1941), día 10, 297-298.
Leonardo Olivera Buera, Bto. († 1936), día 23, 619-628.
Leotadio de Auch, San († s. VII), día 22, 586.
Longinos, San († s. I), día 16, 421.
Lucas (Evangelista), San (s. I), día 18, 475-483.
Lucas Alonso Gorda, San († 1633), día 19, 527-529.
Lucía, Bta. († 1622), día 2, 71-72.
Lucía Bartolini, Bta. († 1520), día 29, 11, 787-790.

Luciano (de Vich), San († 250), día 26, 702.
Lucio (de Alejandría), San († s. III/IV), día 3, 82-83.
Lucio, San († 160), día 19, 525-526.
Luis Bertrán, San († 1581), día 9, 252-256.
Luis Guanella, Bto. († 1915), día 24, 655-660.
Luis María Monti, Bto. († 1900), día 1, 13-23.
Luis Yakichi, Bto. († 1622), día 2, 71-72.
Lulo, San († 786), día 16, 422.
Lupercio (de León), San († 303/304), día 30, 760.

Madre de Dios de Begoña, día 11, 781-787.
Magdalena de Nagasaki, Sta. († 1634), día 15, 385-395.
Magdalena de Panatieri, Bta. († 1503), día 13, 343-346.
Maglorio, San († 575), día 24, 665.
Manuel Rodrígues Moura y su mujer (Uruaçu), Btos. († 1645), día 3, 87.
Marcelo de Tánger, San († 298), día 30, 749-751.
Marcial (de Córdoba), San († s. III/IV), día 13, 356-357.
Marciano (de Vich), San († 250), día 26, 702.
Marciano José (Filomeno) López López, San († 1934), día 9, 257-271.
Marcos (papa), San († 336), día 7, 217-218.
Margarita María de Alacoque, Sta. († 1690), día 16 (memoria; tránsito: día 17), 402-410.
María Agustina del Sagrado Corazón (María Magdalena) Déjardin, Bta. († 1794), día 17, 470-472.
María Ángela (Sofía Camila) Truszkowska, Bta. († 1899), día 10, 290-295.
María Antonina Kratochwil, Bta. († 1942), día 2, 75.
María Bertila (Ana Francisca) Boscardin, Sta. († 1922), día 20, 538-547.
María Clotilde Ángela de San Francisco de Borja (Clotilde Josefa) Paillot, Bta. († 1794), día 23, 631-634.
María Córdula Josefa de Santo Domingo (Juana Luisa) Barré, Bta. († 1794), día 23, 631-634.
María de Jesús (Vicenta) Masiá Ferragut, Bta. († 1936), día 25, 677-684.
María Escolástica Josefa de Santiago (María Margarita) Leroux, Bta. († 1794), día 23, 631-634.
María Faustina (Elena) Kowalska, Sta. († 1938), día 5, 145-156.
María Felicidad Masiá Ferragut, Bta. († 1936), día 25, 677-684.
María Francisca (Maria Lievina) Lacroix, Bta. († 1794), día 23, 631-634.
María Francisca de las Cinco Llagas (Ana María) Gallo, Sta. († 1791), día 6, 183-190.
María Guadalupe (María Francisca) Ricart Olmos, Bta. († 1936), día 2, 64-69.
María Lorenza de San Estanislao (Juana Regina) Prin, Bta. († 1794), día 17, 470-472.
María Luisa de San Francisco (María Genoveva) Ducrez, Bta. († 1794), día 17, 470-472.
María Natalia de San Luis (María Luisa Josefa) Vanot, Bta. († 1794), día 17, 470-472.
María Restituta Elena Kafka, Bta († 1943), día 30 (memoria), 762.
María Rosa (Eulalia) Durocher, Bta. († 1849), día 6, 180-193.

María Soledad (Manuela) Torres Acosta, Sta. († 1887), día 11, 318-322.
María Teresa Ferragut Roig, Bta. († 1936), día 25, 677-684.
María Úrsula de San Bernardino (Jacinta Agustina Gabriela) Bourla, Bta. († 1794), día 17, 470-472.
María Verónica (Joaquina) Masiá Ferragut, Bta. († 1936), día 25, 677-684.
Mariano Skrzypczak, Bto. († 1939), día 5, 172-173.
Márires de Najran, Stos. († 523), día 24,
Martín Cid, San († 1152), día 7, 213-216.
Martiniano, San († s. V), día 16, 421-422.
Mártires de la persecución de los vándalos, Stos. († 483), día 12, 338-339.
Mártires de Uruaçu, Btos. († 1645), día 3, 87.
Mártires Pasionistas de Daimiel (Segundo grupo de Manzanares), Btos. († 1936), día 23, 635-638.
Mateo (Juan Francisco) Carreri, Bto. († 1470), día 5, 169-170.
Mateo Kohioye, San († 1633), día 19, 527-529.
Mateo Moreira (Uruaçu), Bto. († 1645), día 3, 87.
Máxima, Sta. († s. V), día 16, 421-422.
Maximiano de Bagai, San († 410), día 3, 83-84.
Meinardo, San († 1196), día 11, 324.
Miniato, San († s. III), día 25, 685.
Moderano de Rennes, San († 730), día 22, 586.
Monón, San († 645), día 18, 492.
Narciso (de Gerona), San († s. IV), día 3, 798-800.
Narciso Basté y Basté, Bto. († 1936), día 15, 396-397.
Narciso de Jerusalén, San († 222), día 29, 732-736.
Nicecio de Tréveris, San († 566), día 1, 34-35.
Nicolás (de Saxoferrato), San († 1227), día 10, 278-282.
Noel Chabanel, San († 1649), día 19, 493-498.
Nuestra Señora de Begoña, día 11,
Nuestra Señora del Pilar, día 12, 331-338.
Nuestra Señora del Rosario, día 7, 208-213.
Nunilo, Sta. († 846), día 22, 576-585.

Oseas (profeta) San, día 17, 434-444.

Pablo (de Alejandría), San († s. III/IV), día 3, 82-83.
Pablo de la Cruz, San († 1775), día 19 (memoria; tránsito: día 18), 499-504.
Pablo Tong Viet Buong, San († 1833), día 23, 634-635.
Pacífico (Pedro) Salcedo Puchades, Bto. († 1936), día 12, 341-342.
Paulino de York, San († 644), día, 275-278.
Pedro Capucci, Bto. († 1445), día 21, 567.
Pedro de Alcántara, San († 1562), día 19 (memoria; tránsito: día 18), 483-491.
Pedro de Ímola, Bto. († 1320), día 5, 167.
Pedro de la Natividad de María Casani, Bto. († 1647), día 17, 445-454.
Pedro Le Tuy, San († 1833), día 11, 325-326.

Pedro Yu Taechol, San († 1839), día 21, 567-568.
Pelagia, Sta. († 302), día 8, 228-229.
Petronio de Bolonia, San († ca.445), día 4, 102.
Proclo de Constantinopla, San († 446), día 24, 653-655.
Ptolomeo, San († 160), día 19, 525-526.
Publia, Sta. († s. IV), día 9, 272.

Queremón (de Alejandría), San († s. III/IV), día 3, 82-83.

Radegenfredis, Sta. († s. VIII), día 8, 229-230.
Raimundo de Capua, Bto. († 1399), día 5, 124-127.
Ramón Esteban Bou Pascual, Bto. († 1936), día 17, 473-474.
Recaredo Centelles Abad, Bto. († 1936), día 25, 688-689.
Renato Goulpil, San († 1642), día 19 (memoria), 493-498.
Roberto Dibdale, Bto. († 1586), día 8, 230-231.
Roberto Sutton, Bto. († 1588), día 5, 170-171.
Roberto Widmerpool, Bto. († 1588), día 1, 35-38.
Roberto Wilcox, Bto. († 1588), día 1, 35-38.
Rodolfo Crockett, Bto. († 1588), día 1, 38-40.
Rodrigo Aguilar Alemán, San († 1927), día 28, 723-728.
Rogaciano, San († s. III), día 26, 701-703.
Román el Meloda, San († 550), día 1, 33-34.
Román Lysko, Bto. († 1949), día 14, 370-371.
Román Sitko, Bto. († 1942), día 12,
Rukem de Waldonna, cf. Santiago de Strepa, Bto.
Rústico (de París), San († 258), día 9, 245-247.
Rústico de Narbona, San († 461), día 26, 703.

Sabina (abulense), Sta. († 305), día 28, 728.
Salvador Damián Enguix Garés, Bto. († 1936), día 28, 730-731.
Salvador Mollar Ventura, Bto. († 1936), día 27, 711-712.
Samuel (de Castrovillari), San († 1227), día 10, 278-282.
Santiago Burin, Bto. († 1794), día 17, 454-463.
Santiago de Sarug, San († 521), día 29, 736-740.
Santiago de Strepa, Bto. († 1411), día 20, 552-553.
Santiago Griesinger de Ulma, Bto. († 1491), día 11, 324-325.
Santiago Kern, Bto. († 1924), día 20, 548-551.
Santiago Laigneau de Langellerie, Bto. († 1794), día 14, 368-369.
Santos de Cori, Bto. († 1392), día 5, 169.
Saturiano, San († s. V), día 16, 421-422.
Saturio, San († 568), día 2, 69-70.
Serafín de Montegranaro (Félix de Nicola), San († 1604), día 12, 327-331.
Servando, San († 303), día 23, 628.
Severino Boecio, San († 524), día 23, 599-602.
Severo de Tréveris, San († ca.455), día 15, 396.
Simón Correia (Uruaçu), Bto. († 1645), día 3, 87.
Simón el Zelotes (apóstol), San, († s. I), día 28, 713-717.

Tadeo Machar, Bto. († 1492), día 25, 686-688.
Társila Córdoba Belda, Bta. († 1936), día 17, 474.
Tecla de Kitzingen, Sta. († 790), día 15, 396.

Telquilde, Sta. († 667), día 10, 296.
Teodario, San († 575), día 29, 747-748.
Teófilo de Antioquía, San († s. II), día 13, 356.
Terencio Alberto O'Brien, Bto. († 1651), día 30, 761-762.
Teresa de Jesús, Sta. († 1582), día 15, 371-377.
Teresa del Niño Jesús, Sta., Bto. († 1897), día 1, 4-12.
Tomás Bellaci de Florencia, Bto. († 1447), día 31, 778-779.
Tomás Bullaker, Bto. († 1642), día 12, 339-340.
Tomás del Santísimo Sacramento Cuartero Gascón, Bto. († 1936), día 23, 635-638.
Tomás Helyas, Bto. († 1257), día 19, 527.
Tomás Thwing, Bto. († 1680), día 23, 630-631.
Tranquilino Ubiarco Robles, San († 1928), día 5, 171-172.

Úrsula, Sta. († s. IV), día 21, 566.
Utón, Bto. († 829), día 3, 85-86.

Valentín (de Segovia), San († 715), día 26, 797-798.
Viator, San († 481), día 21, 566-567.
Vicente (abulense), San († 305), día 28, 728.
Vicente de Souza Pereira (Uruaçu), Bto. († 1645), día 3, 87.
Victoriano Pío (Claudio) Bernabé Cano, San († 1934), día 9, 257-271.
Victorio (de León), San († 303/304), día 30, 760.
Virila de Leyre, San († s. X), día 3, 791-797.
Vital de Salzburgo, San († 730), día 20, 551.
Witta, San († 760), día 26, 704-705.
Wolfgango, San († 994), día 31, 764-770.

2. **Colaboradores**

Alcántara Martínez, P. de 483-491.
Aldea Vaquero, Q. 115-120.
Alonso Hernández, M. 120-124.
Asensio, F. 475-483.

Beitia Aldazábal, E. 44-52.
Bilbao Arístegui, P. 371-377.
Borges Morán, P. 88-97.

Carro Celada, J. 282-290 548-551 655-660 736-740.
Chico González, P. 257-271 445-454 606-619.
Creytens, R. 787-790.

Díaz Fernández, J. M. 327-331 602-605 749-751..
Dionisio de Felipe 415-420.

Echeverría, L. de 208-213 464-468.

Ferri Chulio, A. de S. 64-69 180-183 343-346 521-525 677-684 706-710.

Gadulf Blasco, V. 252-256.
García Hernando, J. 667-670.
González Chaves, A. J. 145-156 290-295 346-355 751-759.
González Rodríguez, M.ª E. 13-23 128-137 183-190.
González y Martínez de Olaguíbel, A. 174-179.

Huerga, Á. 718-723.

Jiménez Delgado, J. 569-575.
Jiménez Duque, B. 4-12.

Langa, P. 220-227 377-385 385-395 511-520.
Llabrés y Martorell, P.-J. 52-60 97-101 312-318 558-565.
Llorca, B. 358-365.

Mañaricúa, A. E. de 781-787.
Martín Abad, J. 137-144 278-282 538-547.
Martín Artajo, A. 588-598.
Martín Nieto, E. 713-717.
Martínez, J. J. 402-410.
Morta Figuls, Á. 124-127.
Múnera, J. 554-558.

Núñez Uribe, F. 60-64 398-401 660-664 698-702.

Palacio Atard, V. 493-498.
Paulino Alonso de la Dolorosa 499-504.
Pedroaerena, J. A. X. 576-585 791-797.
Peraire Ferrer, J. 156-166 194-204 689-694 723-728 764-770.
Pérez Suárez, L. M. 106-115 275-278 305-312.
Portero, L. 318-322.

Repetto Betes, J. L. 24-43 69-88 102-105 167-173 204-207 213-220 228-231 245-247 272-274 295-298 323-326 338-342 356-358 368-371 396-397 421-425 454-463 468-474 492 525-529 551-553 566-568 585-587 628-640 664-666 684-689 694-698 702-705 710-712 728-736 740-746 760-763 777-780 797-800.
Rodríguez, J. V. 190-193 653-655.

Sáinz Rodríguez, P.
Sendín Blázquez, J. 365-368 410-415 599-602.

Tabera Araoz, A. 641-653.
Tarragó, J. 671-677.

Useros, Carretero, M. 247-251.

Vaca, C. 426-434.
Velado Graña, B. 232-244 299-305 434-444 504-511 529-538.

Yzurdiaga Lorca, F. 331-338.

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR ESTE VOLUMEN DE «AÑO CRISTIANO. OCTUBRE», DE LA BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS, EL DÍA 21 DE ABRIL DEL AÑO 2006, FESTIVIDAD DE SAN ANSELMO, OBISPO Y DOCTOR DE LA IGLESIA, EN LOS TALLERES DE SOCIEDAD ANÓNIMA DE FOTOCOMPOSICIÓN, TALISIO, 9. MADRID

LAUS DEO VIRGINIQUE MATRI

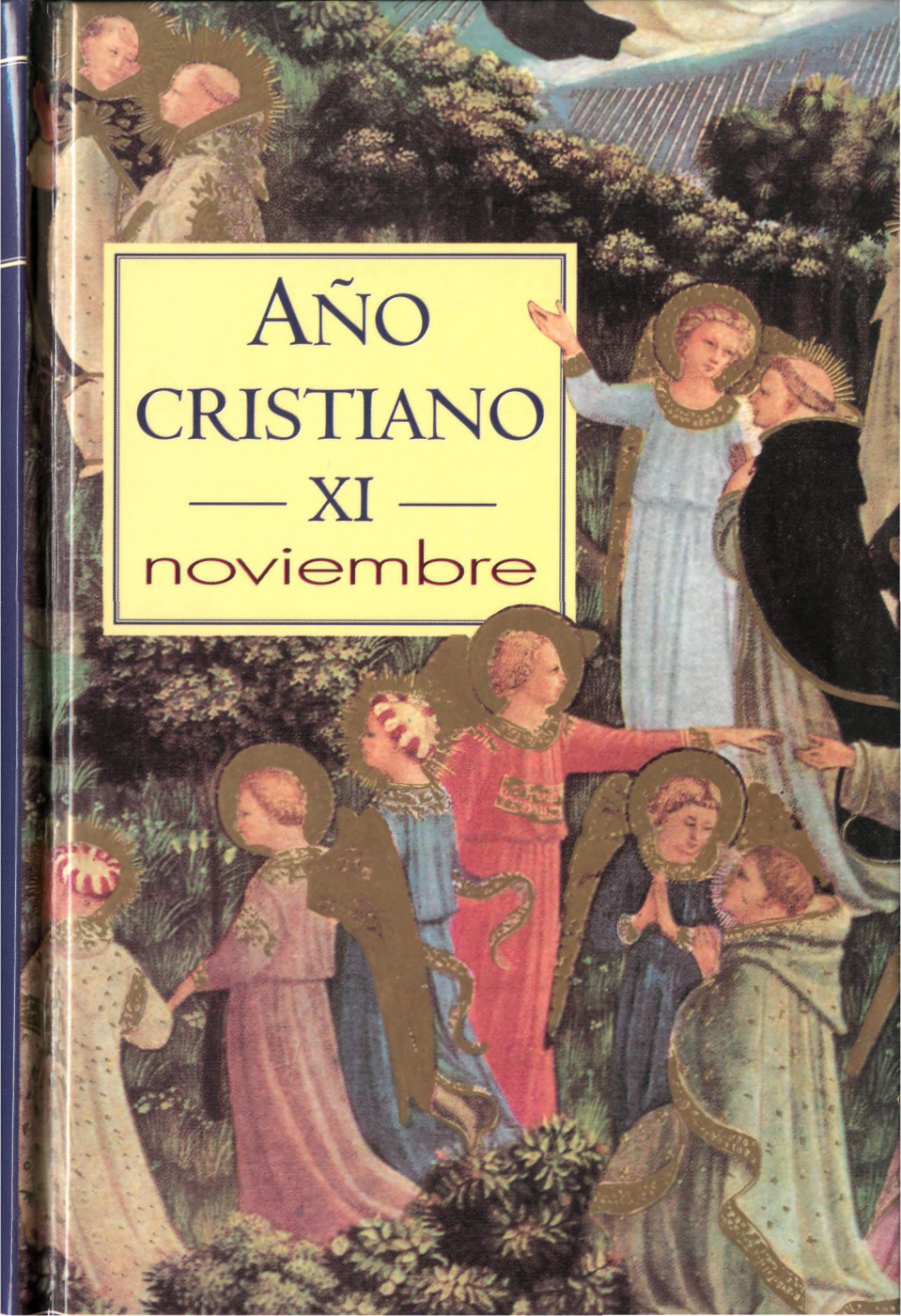

AÑO CRISTIANO

— XI —

noviembre

AÑO CRISTIANO

XI

Noviembre

COORDINADORES
Lamberto de Echeverría (†)
Bernardino Llorca (†)
José Luis Repetto Betes

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS
MADRID • 2006

Ilustración de portada: *Juicio final* (detalle), Fra Angelico.

Guardas: *El juicio universal* (detalle), Giovanni di Paolo.

Diseño: BAC

© Biblioteca de Autores Cristianos
Don Ramón de la Cruz, 57, Madrid 2006
Depósito legal: M. 51.998-2002
ISBN: 84-7914-629-X (Obra completa)
ISBN: 84-7914-845-4 (Tomo XI)
Impreso en España. Printed in Spain.

ÍNDICE GENERAL

	Págs.
COLABORADORES	IX
PRESENTACIÓN	XI
NOTA INTRODUCTORIA	XV
Santoral de noviembre (martirologio, biografías extensas y biografías breves)	3
FIESTAS MOVIBLES	743
APÉNDICE	749
DEL SANTORAL DE LAS DIÓCESIS ESPAÑOLAS	779
CALENDARIO ESPAÑOL: MEMORIAS QUE CELEBRAN LAS DIÓCESIS ESPAÑOLAS	795
ÍNDICE ONOMÁSTICO	797

COLABORADORES

A) Biografías extensas

Aisa, María Ángeles
Alcorta Maiz, Pedro
Anasátegui Urrutia, Pedro de, OFM
Arnaldich, Luis, OFM
Artero, José
Batllori, Miguel, SI
Carro Celada, José Antonio
Chico González, Pedro, FSC
Colombás, García M., OSB
Díaz Fernández, José María
Dumas, Antoine, OSB
Echeverría, Lamberto de
Esteban Romero, Andrés-Avelino
Ferrando Roig, Juan
Ferri Chulio, Andrés de Sales
Franquesa, Adalberto M., OSB
Fuentes, Andrés
Furlong, Guillermo, SI
García Figar, Antonio, OP
González Chaves, Alberto José
González Rodríguez, M.ª Encarnación
González Ruiz, Nicolás
González Villanueva, Joaquín
Greenstock, David Lionel
Langa, Pedro, OSA
Llabrés y Martorell, Pere-Joan
Llorca, Bernardino, SI
López Melús, Rafael María, OCarm.
Martín Abad, Joaquín
Martín Artajo, Javier
Morillo, Santiago, SI
Munera, José, SI
Navarro de la Peña, María Paz, OSB
Núñez Uribe, Félix
Pastor Mateos, Enrique
Peraire Ferrer, Jacinto
Pérez Suárez, Luis M., OSB (Leyre)
Repetto Betes, José Luis

RIBER, Lorenzo
RIVERA RECIO, Juan Francisco
RODRÍGUEZ, José Vicente, OCD
SALAS, Mary
SÁNCHEZ ALISEDA, Casimiro
SÁNCHEZ GÓMEZ, Juan Manuel
SAURAS, Emilio, OP
SENDÍN BLÁZQUEZ, José
SERDÁ, Luis
VELADO GRAÑA, Bernardo
VILLAPADIERNA, Isidoro de, OFMCap.
YZURDIAGA LORCA, Fermín

B) BIOGRAFÍAS BREVES

REPETTO BETES, José Luis

PRESENTACIÓN

Tras largos años de total *agotamiento editorial* vuelve ahora felizmente al catálogo de la BAC una obra que ocupaba en él un puesto relevante y que fue, durante décadas, alimento espiritual seguro y sabroso para infinidad de lectores: el AÑO CRISTIANO.

Quede, ante todo, constancia de la satisfacción con que la BAC devuelve al público lector —y en cierto modo a toda la Iglesia de habla española— esta obra preciada que tanto se echaba de menos y que nos era requerida con insistencia por muchos lectores y amigos. Larga ha sido la espera. Pero la BAC se complace ahora en relanzar un AÑO CRISTIANO compuesto y acicalado como lo piden las circunstancias eclesiales y articulado en doce volúmenes que irán apareciendo sucesivamente y que ofrecerán al lector la variedad y la riqueza del entero santoral de la Iglesia católica.

Las razones del dilatado eclipse que ha sufrido el AÑO CRISTIANO a pesar de su notorio éxito editorial de antaño son pocas y escuetas. Y muy fáciles tanto de explicar cuanto de entender.

El proceso de aceleración en canonizaciones y beatificaciones que ha experimentado la Iglesia después del Vaticano II —y muy singularmente en el pontificado del Papa Wojtyla— obligaba obviamente a complementar, corregir y ajustar el venturoso descalabro que el tiempo iba originando en los bosques y jardines de la hagiografía cristiana del pasado. Se imponían una poda y una plantación de renuevos cuya envergadura queda ahora patente en el estirón —de cuatro a doce— que ha experimentado este AÑO CRISTIANO.

Semejante tarea de revisión y actualización la hubiera emprendido la BAC. Era su obligación y su deseo. Pero su efecto habría sido precario. El pontificado de Juan Pablo II estaba ya demostrando con creciente evidencia que la santidad cristiana es una realidad de cada día y de cada latitud; que, por consiguiente, el martirologio o santoral, lejos de ser memoria fosili-

zada, es un caudal fresco y abundante que riega generosamente el hoy de la Iglesia. ¿Cómo intentar la actualización de algo que cambia y crece sin cesar?

Por otra parte, es sabido que el Concilio Vaticano II, en su constitución *Sacrosanctum Concilium,* ordenó la revisión y adaptación de todos los libros litúrgicos. El mandato alcanzaba también al Martirologio o Santoral, libro litúrgico de pleno derecho y de peculiar significación y complejidad dadas sus implicaciones históricas que requerían estudios críticos minuciosos y especializados. La tarea de su revisión podía resultar dilatada. ¿Cómo arriesgarse como editorial responsable a componer un AÑO CRISTIANO sin contar con la referencia obligada del Martirologio romano ya autorizadamente puesto al día? ¿No había que sacrificar las prisas editoriales o comerciales a la firmeza histórica y a la seguridad doctrinal que ofreciera la edición posconciliar? ¿No era ésa la mejor forma de servir a los intereses de los lectores?

El proceso de reforma y adaptación del martirologio romano ha durado desde 1966 hasta 2001, año en que apareció finalmente la llamada «edición típica». Una espera que ha otorgado al Martirologio romano una mayor credibilidad histórica, un orden hagiográfico más acorde con la doctrina y las reformas derivadas del Vaticano II y, en consecuencia, mayor fiabilidad para la vida litúrgica y la piedad cristiana.

Contando ya con la pauta insoslayable del martirologio reformado y renovado, se imponía ponerlo cuanto antes al servicio de los lectores y usuarios de habla castellana, tanto en España como en Hispanoamérica. Es un reto que la BAC ha asumido con responsabilidad editorial y que trata ya de cumplir con prontitud y rigor.

Estoy seguro de que nuestros lectores compartirán con la BAC la impresión de que la larga y obligada espera que ha tenido que observar nuestro AÑO CRISTIANO no le priva de sentido ni de oportunidad. Todo lo contrario. El momento presente, con sus grandezas y miserias, con sus luces y sombras en la parcela de lo religioso, hace especialmente atinada la publicación de un santoral serio y documentado de la Iglesia católica.

Son tiempos, los nuestros, de secularización que quiere decir, lisa y llanamente, de descristianización. A su sombra, las verdades de la fe y los juicios de la moral cristiana pierden vigencia y hasta significado. Algo que ocurre también en el terreno de la hagiografía. No es que haya desaparecido el culto a los santos, pero sí se ha nublado en buena parte su relevancia para la vida cristiana. Con la ignorancia ha sobrevenido la confusión. La cantera del santoral para dar nombres de pila a las personas está en declive. El conocimiento de las vidas de los santos se ha reducido hasta confundirlos con héroes o dioses de los martirologios paganos. Se ha acentuado, aun entre los que se profesan devotos de advocaciones concretas, la brumosidad de los contornos y de los conceptos.

En paralelo con el desconocimiento correcto de las hagiografías, han proliferado las supersticiones y las desviaciones de lo que debería ser una auténtica veneración de los santos. Se observa una notoria reducción de la piedad al utilitarismo. A los santos se los mete cada vez más en la zambra de los videntes, los adivinos, las cartas, la superchería y las voces de ultratumba. Ahora hay santorales para agnósticos y santorales de puro humor a costa de los santos que pueden alcanzar cotas notables de acidez o de impiedad. ¿No es el caso, nada infrecuente, de anuncios y montajes publicitarios a cargo del santoral y al servicio de cualquier producto en el mercado?

El servicio que la BAC pretende prestar con este renovado AÑO CRISTIANO a sus lectores y a la Iglesia tiene perfiles muy precisos.

Principalmente, la mejora de los recursos didácticos para una sabia y atinada catequesis. Los santos, sus vidas y ejemplos, son fuente inagotable para la educación cristiana. No es su utilidad terapéutica o milagrera lo que de ellos nos interesa, sino la enseñanza cristiana que se deriva de sus virtudes y conductas como testigos de Jesucristo, como reflejos de su vida y como *caminos* que nos llevan al *Camino* por excelencia, que es Él.

Este AÑO CRISTIANO no pretende, por tanto, fomentar la *santería* en detrimento de la *cristería,* dicho en términos populares. Muy al contrario, es una contribución a la *Cristología* a través de la *hagiografía.*

Algunos pastores y pastoralistas han alertado sobre el peligro de que el culto a tantos santos y beatos, la proliferación de tantas devociones particulares, pudiera difuminar, como *efecto colateral,* el aprecio central e irremplazable de Jesucristo. Sería aquello de que los árboles no dejaran ver el bosque.

Ni el peligro ni la advertencia son sólo de hoy. Léanse si no las constituciones conciliares *Lumen gentium* y *Sacrosanctum Concilium.* También la introducción que figura en la edición típica del Martirologio romano.

En cualquier caso, la BAC pone ahora en circulación esta nueva edición de su AÑO CRISTIANO como homenaje a Jesucristo, cumbre de la santidad y modelo de todos los santos y beatos que la Iglesia ha reconocido a lo largo de los siglos como seguidores e imitadores del Maestro. «Por la hagiografía al Cristocentrismo» podría ser el lema de ese propósito editorial.

Perfiladas las circunstancias y las intenciones de esta obra, nada he de decir sobre su articulación, ni sobre los criterios metodológicos o redaccionales que se han seguido en su elaboración. Tanto estos como otros particulares técnicos que ayudarán en su utilización figuran en la *nota introductoria* preparada por el coordinador de la edición.

Con laudes o elevaciones solían cerrar sus páginas los santorales antiguos. La BAC se suma al amén, así sea, que venía después. Y se permitirá a la vez (no podía ser de otra manera) confiar el buen fruto de esta obra a la intercesión de todos los santos y beatos que —sin distinción de grado, sexo o condición— poblarán las páginas de este AÑO CRISTIANO renacido en los umbrales todavía del tercer milenio.

JOAQUÍN L. ORTEGA

NOTA INTRODUCTORIA

Definido el propósito de reeditar el AÑO CRISTIANO, empezamos por fijar criterios que sirvieran de guía para la nueva edición, y que ahora exponemos para información del lector y facilidad de su uso.

En primer lugar se fijó el criterio de que, con muy escasas excepciones, se reeditaría todo el conjunto de artículos que componía la segunda edición, la de 1966. Su texto no ha sufrido revisión ni variación. Va tal cual lo escribieron en su tiempo los diferentes y acreditados autores que lo firman. En el fondo no han tenido más añadidura que la referencia a la canonización de aquellos santos que entonces eran solamente beatos. Y esas excepciones son sobre todo las debidas a las variaciones introducidas por el nuevo Misal de Pablo VI, de 1969, que tiene algunos cambios en la denominación de fiestas, como la del 1 de enero, o en el santoral.

Pero no se quería simplemente reeditar, sino que se quería también completar y poner al día. Para completar, hemos añadido santos o beatos importantes anteriores a las últimas canonizaciones y beatificaciones y que en su día no se biografiaron en las primeras ediciones. Para poner al día, hemos añadido los nombres de muchos santos y beatos que en estos últimos tiempos han sido declarados tales por la Iglesia, y cuyo número, como es bien sabido, es grande.

Nos pareció que saldría una obra demasiado abultada si a cada uno de todos estos santos o beatos les señalábamos una nota biográfica de la misma extensión que las de las ediciones anteriores. Y para evitar ese tamaño demasiado crecido pero para no pasarlos tampoco en silencio hemos dividido las biografías en *extensas* y en *breves*. El criterio seguido para asignar a un santo o beato una biografía extensa o breve ha sido el de su importancia en el santoral: por ser más o menos conocido, por ser significativo de un tiempo o una situación, o por ser intere-

sante al público de habla hispana, o por ser fundador o fundadora de una comunidad religiosa, a todos los cuales fundadores o fundadoras hemos tomado el criterio de dedicar una biografía extensa. Y naturalmente hemos tenido en cuenta el cada día mayor santoral de las Iglesias iberoamericanas.

Hemos añadido también artículos referentes a los tiempos litúrgicos, por ejemplo *Cuaresma,* ya que son parte importante y vital de lo que se llama el año cristiano.

Y hemos añadido a cada día su martirologio o lista de los santos y beatos que para esa fecha señala el Martirologio romano. De esta forma, cada día puede saber el lector cuáles son los santos que la Iglesia conmemora, y de la mayoría de ellos tiene una nota biográfica, extensa o breve.

Esta obra sigue el nuevo *Martirologio romano* que, como edición típica, ha sido publicado el año 2001. Este seguimiento ha hecho que no demos entrada en el *Año cristiano* sino a los santos y beatos que en dicho Martirologio se recogen, enviando al Apéndice las notas biográficas de otros que no están incluidos en él pero que pueden resultar interesantes, por ejemplo, por celebrarlos, en su propio de los santos, alguna diócesis española. De todos modos son muy pocos. Igualmente ha obligado el seguimiento del nuevo Martirologio romano a resituar no pocas biografías que en las ediciones anteriores se encontraban en otras fechas y que han sido pasadas al día que ahora se les asigna.

Nos parece que este criterio de seguir el nuevo Martirologio no necesita defensa. Pues aunque se le hayan encontrado al texto del mismo algunos fallos de detalle, sustancialmente es un texto definitivo. No olvidemos que el Martirologio es un libro litúrgico, editado por la Congregación del Culto Divino y de la Disciplina de los Sacramentos, promulgado por la autoridad del Romano Pontífice, cumpliendo una determinación del Concilio Vaticano II. Se trata del registro oficial de santos y beatos que hace para su uso la Iglesia Romana y que tiene vigencia en todo el ámbito, tan mayoritario dentro de la Iglesia, del rito romano. Hay que decir que en su actual edición se ha hecho una grande e inmensa labor, verdaderamente meritoria, y que con ella se ha cumplido el objetivo conciliar de máxima historicidad, y el de

poner al día esta lista oficial con la añadidura no solamente de los nuevos santos sino también de los beatos, ya que, aunque en distintos niveles, unos y otros reciben legítimamente culto público en la Iglesia.

Con respecto a la bibliografía digamos que hemos seguido el criterio que se usó en las ediciones anteriores. Se ofrece en el primer volumen una bibliografía general actualizada. En ella se indican las obras que se refieren a todo el calendario o a una parte de él, por ejemplo, el santoral de una nación, el de una congregación u orden religiosa, el de los mártires de una persecución, etc. La bibliografía específica de cada santo o beato de las biografías extensas va al final de cada una de ellas.

Hemos pensado que con estos criterios volvemos a darle al lector el ya clásico AÑO CRISTIANO de la BAC pero con ampliaciones y mejoras que esperamos merezcan su atención.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES
Coordinador

AÑO CRISTIANO

XI

Noviembre

1 de noviembre

A) MARTIROLOGIO [1]

1. Solemnidad de Todos los Santos **.
2. En Tarracina (Lacio), San Cesáreo (fecha desconocida), mártir.
3. En Dijon (Galia Lugdunense), San Benigno (fecha desconocida), venerado como presbítero y mártir *.
4. En Auvergne (Aquitania), San Austremonio († s. III), obispo.
5. En París (Galia Lugdunense), San Marcelo († s. IV), obispo.
6. En Bourges (Aquitania), San Rómulo († s. V), presbítero y abad.
7. En Tívoli (Lacio), San Severino († s. VI), monje.
8. En Milán (Lombardía), San Magno († s. VI), obispo.
9. En Bayeux (Galia Lugdunense), San Vigor († 538), obispo.
10. En Angers (Neustria), San Licinio († 606), obispo.
11. En Larchant (Aquitania), San Maturino († s. VII), presbítero.
12. En Pas-de-Calais (Flandes), San Audomaro u Omer († 670), monje de Luxeuil y luego obispo de Therouane.
13. En Borgo San Sepolcro (Umbría), Beato Rainiero de Arezzo († 1304), religioso franciscano *.
14. En Lisboa (Portugal), Beato Nuño Alvares Pereira († 1431), religioso carmelita *.
15. En Ximabara (Japón), beatos Pedro Pablo Navarro, presbítero, Dionisio Fujishima y Pedro Onizuka Sandayu, religiosos jesuitas, y Clemente Kiuyemon († 1622), mártires *.
16. En Hai Duong (Tonkín), santos Jerónimo Hermosilla y Valentín Berriochoa, obispos, y Pedro Almató, presbítero († 1861), religiosos dominicos, mártires **.
17. En Múnich (Baviera), Beato Ruperto Mayer († 1945), presbítero, de la Compañía de Jesús **.
18. En Mukacevo (Ucrania), Beato Teodoro Jorge Romzsa († 1947), obispo y mártir *.

[1] Los asteriscos que aparecen en el martirologio hacen referencia a las biografías que siguen a continuación, que serán extensas (**) o breves (*).

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SOLEMNIDAD DE TODOS LOS SANTOS

El otoño litúrgico avanza, tiernamente ungido de melancolía, por el paisaje desolado de noviembre. Ya no hay verdor, ni golondrinas, ni rosas. Bajo un cielo absoluto, la tierra levanta los árboles desnudos, como a esqueletos descarnados, para una danza con la muerte; y gime, cuando el labrador le hunde, sin piedad, el arado, en una maravillosa geometría de sementeras y de surcos. Yo no sé cómo los vendimiadores tienen alientos para cantar al amor pagano un madrigal de racimos, ahora que la naturaleza pena, ante la venida de las nieves, que han de sepultarla, como en el mármol frío de una tumba.

Caminamos por este otoño espiritual con miedo, con fatiga, con nostalgia. El ciclo de Pentecostés, en su largura, nos alejó de los gozos pascuales del Resucitado, cuando prometían al alma las eternas primaveras de Cristo. Y ahora todo se hace incierto, breve como el día, penitencial, sin luz. Los evangelios de estos domingos escriben sobre nuestro corazón, con aquella misma misteriosa mano que helaba la risa sacrílega, en la cena de Baltasar. Es tiempo de rendir cuentas, porque el reino de Dios es semejante a aquel rey que puso en juicio las contabilidades de sus siervos. No se puede servir a Dios y al César sino dando a cada uno lo que le corresponde, porque al entrar en ese festín de las bodas celestes, que es el reino, nuestras vestiduras deben resplandecer de virtudes y de merecimientos: estremece pensar cómo al invitado que se presenta con su túnica mal cosida y sucia, se le arroja a las tinieblas, donde hay llanto y rechinar de dientes. Invitan a pensar estas domínicas de noviembre que cierran el ciclo litúrgico en el drama del apocalipsis de todas las cosas.

Pero aún tiene un respiro de gozo nuestro corazón con esta fiesta de Todos los Santos. Mirad al cielo, extremadamente limpio, en el punto de la amanecida de otoño. Aún arden las estrellas, innumerables como los descendientes prometidos al padre Abraham. ¿No serán esos pequeños mundos de luz los tronos de gloria para cada uno de todos los santos? Pues os diría que, en la hora del alba, palpitan tan vertiginosamente todas las es-

trellas, que parecen campanas de luz repicando su gloria, en homenaje del sol, que se alza sobre el horizonte jubiloso para engalanar de aureolas a todos los santos. Sí. En la liturgia, el sol es imagen augusta y reverberante de Jesucristo. La luna silenciosa, blanca y humilde, es la Virgen María, espejo claro donde se mira Dios complacido. Y las constelaciones de luceros, como infinitas, todos los santos de la celeste corte.

Vamos a gozar espiritualmente de este día entrañable... que ya descenderá el crepúsculo con la incertidumbre de sus tinieblas..., porque este Sol, Jesucristo, ha de volver al mundo, sobre un escabel de nubes, a juzgar a los vivos y a los muertos, cuando las aguas embravecidas de los mares caigan, como las del Diluvio, para anegar la tierra, y se bamboleen las constelaciones, y los hombres, secos de angustia, sin lágrimas en sus ojos dilatados, le vean llegar en vestiduras de juez. Aún es tiempo de poner un orden sacro en nuestras vidas y de ajustarlas al patrón de los santos.

La investigación especializada de la historia encuentra muy inciertos los orígenes de esta conmemoración litúrgica de la Iglesia. Hay que descender a ese «laberinto de Dios» que son las catacumbas de Roma, para encontrar, en sus minúsculos oratorios, la presencia de un culto tributado a los apóstoles y a los mártires por las primitivas comunidades. Aquellos cristianos puros vivieron todas las dimensiones de la resurrección de Jesucristo, como un esquema luminoso de esperanza en la propia resurrección. Habían oído a San Pablo. Y sabían que el Cristo total del cielo se completaría con el número desconocido de todos los hombres que conquistaran la corona. Los mártires habían triunfado ya, rotos en las bocas de los leones, o iluminando, con las llamas de su carne encendida, las orgías de los césares. Eran ya un ejemplo, muy exigente, de vida, y una intercesión poderosa delante del Altísimo. Al concepto pagano de vida y muerte, opuso el cristianismo un sentido de trascendencia, que hacía estimar la misma carne como sacra envoltura del alma y templo del espíritu, según lo predicaba el Apóstol. Era nuestro cuerpo un hermano menor —consentido, rebelde, tenebroso—, pero que nos acompañaba, como contraste de prueba y santificación, por las andaduras del destierro. De ahí

que la Iglesia prohibiese incinerar los cadáveres o arrojarlos sin honra ni oraciones en los «puticuli» funerales, edificando en las catacumbas los cementerios.

En el principio, se trató sólo de una liturgia funeral sin rango de culto verdadero. Pero muy pronto, los grandes nombres de los «atletas de Cristo» aparecieron en los lóculos mortuorios, orlados de emocionadas grafías. Inés, con sangre en sus vellones de dulce cordera, apacentada por el Pastor bueno; Cecilia, al brazo del ángel de su virginidad, que le cubre de azucenas y de rosas; Lucía recogiendo en un cáliz de oro los borbotones de la sangre de su garganta; Sebastián, traspasado de saetas, como en una crucifixión olímpica, y Lorenzo, ardiente de amor y de perdones, entre las brasas que le tuestan, para el banquete de su propia inmortalidad. Así, el sentido militante de la vida cristiana cobra un realismo de ejemplaridad que arrastra, con la luz de estos valientes triunfadores.

Entonces nace, primero, el culto martirial. Cada aniversario del natalicio para la patria del cielo se celebraba, según atestigua el *Liber pontificalis,* una misa sobre sus mismos sepulcros, orlados de flores y de perfumes, que iba, con frecuencia, acompañada por una «vigilia» nocturna de cánticos y de rezos, clausurando la ceremonia las «libaciones» o «comidas funerales» como un signo de fraternidad con los fieles necesitados. La adhesión fervorosa a determinados mártires, y la certeza de su poder celeste, introdujo la costumbre, entre los fieles, de preparar sus enterramientos junto a esos santos sepulcros, con lápidas donde se pide al mártir la intercesión para el tremendo juicio.

Pero hasta el siglo IV no aparece una liturgia colectiva consagrada a «todos los mártires». Por los *Carmina* de San Efrén y las *Epistulae syriacae* de San Atanasio sabemos que las Iglesias orientales celebraban esta festividad el día 13 de mayo. San Juan Crisóstomo asigna para la Iglesia antioquense la octava de Pentecostés, fecha que aún respetan las comunidades de rito bizantino.

Esta liturgia martirial pasa de Oriente a Roma con el papa San Bonifacio IV (608-615). Quiso el pontífice conservar y desenvolver la obra reformadora litúrgica de San Gregorio el Grande. El *Liber pontificalis* escribe en su elogio que «alcanzó,

del emperador Focas, el templo que lleva por nombre Panteón», e hizo de él la iglesia de «Santa María y de Todos los Mártires». El suceso es trascendente porque se trata del primer templo pagano consagrado al culto de la comunidad cristiana. Fue construido el «Panteón» en honra de Júpiter, por Marco Vespasiano Agripa, el 25 a.C., como una dependencia más de las termas imperiales. Después se entronizaron a Marte y Venus, con un sinfín de otras deidades menores, que le definieron como «Templo de las estatuas». Es de una suntuosa arquitectura circular, rica en granito, mármoles y oros, con un atrio impresionante por su grandeza y sencillez. El papa Bonifacio recogió de las catacumbas las sagradas reliquias de los mártires, que en veinticuatro carrozas fueron portadas procesionalmente con himnos triunfales, y expuestas, en fervor de multitud, a la veneración pública. Pero aún no puede hablarse de una fiesta de Todos los Santos. Se atribuyó a este Pontífice la instauración de la misma, incluso con la fecha del 1 de noviembre, como ahora la celebramos, pero don Quentin demostró, a principios de nuestro siglo, que se habían interpretado erróneamente algunos escritos de Beda el Venerable y de Rabano Mauro. Esta fiesta de Todos los Mártires quedó fijada por San Bonifacio para el día 13 de mayo, ya que las témporas de Pentecostés —fecha heredada de Oriente— impedían, con su ayuno y vigilias penitenciales en San Pedro, el gozo y los esplendores del triunfo de los mártires.

Pero cada vez se imponía más el anhelo de festejar a todos los santos: no sólo a los que dieron testimonio con su sangre, sino también a los confesores y doctores, a las vírgenes y a los anacoretas, que ya iban mencionados en el canon de la santa misa, con la fórmula: «los que duermen en el signo de la fe». El vandalismo de los iconoclastas precipitó el augusto acontecimiento. Gregorio III (731-741) convoca un concilio el día 1 de noviembre del 731, y sobre la confesión de San Pedro Vaticano excomulga «a todos los que, despreciando el uso fiel de la Iglesia, retiren, destruyan o profanen las imágenes de Nuestro Señor Jesucristo, de su gloriosa madre María, siempre Virgen inmaculada; de los apóstoles y de los santos». Y, como una reparación de aquellas bárbaras mutilaciones de las santas esculturas, erige, en San Pedro, un oratorio a la memoria y culto de

todos los santos, muertos por todo el orbe. Una comunidad benedictina celebraba diariamente la liturgia coral, con especiales conmemoraciones de todos los santos, cuyo natalicio honraban las iglesias particulares. Pero aún corren cerca de cien años más hasta Gregorio IV (827-844) que la fija el día primero de noviembre, a instancias del emperador Ludovico Pío y de los obispos de las Galias. Finalmente, Sixto IV enriquecía la festividad con una octava solemne y muy amplias indulgencias.

Penetremos ahora en la teología litúrgica de la fiesta. Desde luego, se apoya en la revelación de las Sagradas Escrituras. San Juan, en sus visiones de Patmos, nos dice:

> «Vi una muchedumbre grande, que nadie podría contar, de toda nación, tribu, pueblo y lengua, que estaban delante del trono y del Cordero, revestidos con túnicas blancas y con palmas en las manos. Clamaban, con grandes voces, diciendo: Salud a nuestro Dios, al que está sentado sobre el trono y al Cordero. Y todos los ángeles estaban, en pie, alrededor del trono, de los ancianos y de los cuatro videntes. Y cayeron sobre sus rostros y adoraron al Señor, clamando: Amén. Bendición, gloria, sabiduría, acciones de gracias, honor y poder a nuestro Dios por los siglos de los siglos, Amén».

En esa muchedumbre sanjuanista están todos los santos. No sólo los que la Iglesia canonizó, al catalogarles en su martirologio con un doble signo comunitario de intercesión y ejemplaridad, sino todos los justos, que mueren en gracia y, después de bruñidos en el crisol del purgatorio, acceden a la eterna beatitud de Dios: los santos anónimos, sin aureola, también.

San Pablo concibe el reino de Cristo en un horizonte escatológico: está en el mundo, pero no es de este mundo, según la respuesta misteriosa que Jesús diera a Pilato, en aquel acoso incierto de preguntas, la mañana del viernes, en el Pretorio. Dice a sus corresponsales de Corinto, en la primera carta: «Entonces será el fin, cuando Jesucristo entregue a su Dios y a su Padre el reino. Pero es necesario que él impere en este mundo, hasta poner a todos sus adversarios como escabel de sus plantas». Para el Apóstol, el reino no es otra cosa que el «pleroma de Cristo»: Jesús, como cabeza de todo el cuerpo místico, completado en ese número desconocido de miembros santos, que coincide con la gloriosa turba vista por San Juan en su Apocalipsis.

Pues aquí lo entrañable de la fiesta. Pensar, con toda ortodoxia, que asisten a esas adoraciones del Cordero gentes de nuestra sangre y apellidos, nuestros familiares, los que vivieron cerca de nosotros la misma problemática de los pequeños gozos, las mismas horas grises de ceniza y miserias que tejen el misterio de cada vida. ¡Cuántos afectuosos cuidados nos dispensará, desde su gloria, la que fue nuestra madre, la hermana, el esposo, o el hijo que consagramos al Señor, muerto en la primera trinchera de la conquista de las almas!

Y después un espoleo agudo, penetrante, a nuestra condición de viadores —¡tantas veces lacios y vencidos!— para injertarnos una decisión, una temperatura de santidad. Nos agobia la «santidad extraordinaria», el ejercicio de virtudes, en ese grado heroico que la Iglesia exige de sus santos canonizados para levantarles a la *Gloria* de Bernini. Leemos sus vidas maravillosas y sencillas. Nos arrebatan y nos asombran. Pero a la hora de imitarles, su psicología personal no casa con nuestro temperamento y nuestros contornos sociales de incertidumbre y angustia tampoco nos ayudan.

No fue así a los principios de la cristiandad. Pablo consagra en sus epístolas una manera de saludo para dirigirse a todos y cada uno de los fieles de las comunidades. Y les llama «santos»: «A los santos de Corinto, de Éfeso, de Roma». Se vivía, entonces, el gran mandamiento de la caridad, en una tensión entera y fragante. Eran un corazón, un alma sólo, con todos los bienes materiales y espirituales comunes, unidos por el sacramento de la fracción del pan. Podemos estimarles como santos de cuerpo entero. Y aunque la Iglesia no haya recogido sus nombres en el martirologio, les honra en este día, porque supieron moldear su existencia según la imagen de Jesucristo, en el cumplimiento exacto de los deberes de su profesión, en las humildes faenas diarias sin brillo, pero ungidas de la caridad y del amor.

¿Ha cambiado, con los tiempos, el módulo de la santidad cristiana? Romano Guardini tiene una respuesta admirable y aguda. La paz de Constantino abrió, para la Iglesia, todas las calzadas imperiales de Roma. Una expansión como de milagro. Pero un grave peligro también. El cristianismo se hace religión oficial. Y aquellas células puras de las catacumbas se ven como

asaltadas por una muchedumbre que sólo busca patentes para el forcejeo burocrático, o un camino seguro para el logro de dignidades de gobierno. ¡Y cómo se repite la historia impura en nuestro tiempo! Semejantes cristianos no viven, en su profundidad santificadora, el código del reino de Dios, predicado por Jesús sobre la Montaña de las Bienaventuranzas, ni se sienten capaces de cargar con las pequeñas cruces domésticas para seguir a Jesucristo, porque su corazón está en la avaricia del oro, en las locuras de la carne, en el orgullo de la vida. Un gran viento helado apaga las lámparas de la fe, mientras la vida cristiana discurre sin gloria y sin pena. Pues, muy lógico que, en estas condiciones, la Iglesia exija de sus santos un comportamiento fuera de serie, virtudes extraordinarias, que les distinga de la plebe civil y espesa.

Entonces el santo busca la soledad para una más sosegada conversación con su Dios, adelgazando la carne con flagelaciones y ayunos. Y se abren los desiertos, como palestras candentes, para los atletas del silencio. Semejante evasión del mundo puede considerarse egoísta. Pablo de Tebas huye de las persecuciones porque le falta la fortaleza del mártir para dar testimonio entre las bocas de los leones, en los circos. Pero Pablo y Antón, con todos los millares de solitarios que les siguen, se topan en la soledad con el demonio. Y éste es el bárbaro contraste de su santidad. ¡Qué diabluras tan estremecedoras! Pelean a brazo partido con la fiebre de la propia carne, con el zarandeo del demonio, que les turba toda oración, que les veja y les acogota, subiéndose sin respeto a las barbas venerables, mientras sus risas conmueven los infinitos arenales y soplan un siroco abrasador de infierno. Pues cuando triunfan de tan terrible adversario, bien merecen que la aureola de la santidad engalane sus ancianas frentes, amigadas y angélicas.

Otros combaten al demonio de la herejía, cuando la Iglesia desenvuelve los dogmas nuevos, contenidos en la revelación de las Escrituras; y se santifican, quemando la propia existencia en la contemplación y en el estudio: Agustín, Alberto Magno, Tomás de Aquino. Y las vírgenes abren el nardo de su alma para que embalsame de celestes perfumes la cloaca de nuestro mundo: Clara, la pobre de Asís; Matilde la Grande; Gertrudis de

Helfta; y nuestra Teresa de Ávila, peregrinando para edificarle al Esposo palomares de monjas, entre éxtasis y transverberaciones, trampas del maligno y febriles baldaduras de su pobre cuerpo. La Iglesia exige de sus santos un resplandor en vida, que destaque e ilumine el chato discurrir espiritual de los fieles cristianos. Naturalmente. A las dictaduras del feudalismo, las fraternidades mendicantes de Guzmán y Asís oponen el amor del Evangelio, hasta romper una lanza en defensa del hermano lobo. Y Loyola funde en el horno de sus «Ejercicios» un hombre verdadero, y distinto de aquel rebelde, carnal, orgulloso, que había engendrado la falsa reforma luterana. Así, las miserias espirituales y materiales de cada siglo encuentran en los santos de Dios medicina, y un ejemplo de acicate para elevar las vidas vulgares de los fieles cristianos.

Pero ved. Las convulsiones guerreras y revolucionarias de nuestro tiempo han metido a todo el hombre en un trance de crisis profunda. Lo comunitario prima sobre la individualidad, en el ámbito de la vida religiosa y civil. Apunto el hecho solamente, sin ánimo de especulaciones sobre una filosofía de la historia. Entonces ¿tienen que proyectarse los cánones de la santificación sobre este hombre-masa? Se nos ha propuesto un esquema a nuestro alcance, con Teresa de Lisieux: una santidad pequeña, doméstica, asequible. Pero resulta que el corazón de la joven y humilde carmelita se dilata tanto, en profundidad y anchura, que cabe en él todo el Evangelio vivo, y la teología de San Pablo, la fortaleza de los mártires, el ansia misionera de Javier y una gran pasión por la cruz. ¿Quién posee un corazón de tan enormes latidos? Pero hay un instante clave en su vida, que se nos acerca tan graciosamente, que la podemos erigir como ejemplo de santificación para todos los individuos, estados, profesiones. Cuando, a los filos de su agonía, unas hermanitas comentan junto a su ventana los apuros de la superiora para redactar la carta de elogio fúnebre de Teresa. Nada extraordinario y visible hay en su existencia breve. Pero Teresa de Lisieux obra sencillamente todas las realidades de su vida por amor a Dios y al prójimo. Y así es el toque y la aureola de su santidad que ha conmovido al mundo: y muy acorde con nuestra psicología moderna. En los campos, en el taller y en la fábrica —que también

tramita la Iglesia procesos de canonización de «cargadores de puerto»—; en el mundo trepidante y anónimo de las oficinas mecanizadas; en el ejercicio de las profesiones libres; en la espiritualidad de los esposos, debe resplandecer este amor a Jesucristo, hecha práctica diaria, que ajuste nuestra vida entera de relación, y refleje un contorno suave de luz que guíe y consuele a nuestros hermanos. Así alcanzaremos ciertamente la corona para el gozo infinito del cielo. En el ofertorio de esta fiesta, el sacerdote implora, con la Sabiduría: «Señor: las almas de los santos están ya en tu mano, y no las salpica el fermento de la muerte eterna. A los ojos del mundo, pareció que morían, pero ahora viven en tu paz». Aunque parezca increíble, este vivir y obrar por el amor de Dios suena, en nuestro tiempo, a locura, porque se sirve idolátricamente a la fuerza del odio, del rencor y de la envidia; y se adoran, con estudio refinado, los placeres de la venganza. Pues la paz del mundo no puede amanecer si estos santos anónimos, sin aureolas, no cambian con su ejemplo los rumbos satánicos de la sociedad.

Fiesta de Todos los Santos. Otoño. Recogimiento del alma, trascendida a dulces conversaciones con el cielo. Celebradla en lo íntimo de vuestro hogar, pensando en los santos familiares, junto a la misma mesa donde el padre y la madre nos partían el pan, la doctrina cristiana y el consejo; las flores, los cuadros, las costumbres que amaron; este lecho donde el dolor largo iba calladamente haciéndoles imagen viva de Jesucristo en su cruz... y ellos sonreían para no turbar nuestro gozo. Asomaos a la ventana, a los mismos paisajes que hicieron descanso, contemplación del Señor y alegría de sus almas. Y si las lágrimas os ciegan, ya vendrá desde lo alto una música callada, nunca oída, el salmo que todos los santos —nuestro padre, nuestra madre, la hermana, el esposo, el hijo— cantan al Cordero. Y entonces tendréis la gloria celeste dentro del corazón.

FERMÍN YZURDIAGA LORCA

Bibliografía

Acta sanctorum. Propylaaeum decembris p.488-489.
Breviarium romanum. Pars autumnalis, 1 nov.
GREGORIO DE NISA (SAN), PG 46,953.

LLORCA, B., SI - GARCÍA VILLOSLADA, R., SI, *Historia de la Iglesia católica,* II (Madrid [3]1963).
MOURRET, F., *Histoire générale de l'Église,* 3 (París 1921).
QUENTIN, H., OSB, *Les martyrologes historiques du Moyen Âge. Étude sur la formation du martyrologe romain* (París [2]1908).
SCHUSTER, A. I., *Liber sacramentorum,* VI y IX (Turín 1941).

SANTOS JERÓNIMO HERMOSILLA, VALENTÍN BERRIOCHOA, PEDRO ALMATÓ

Mártires († 1861)

JERÓNIMO HERMOSILLA ARANSÁEZ nació en la sede episcopal riojana de Santo Domingo de la Calzada el 30 de septiembre de 1800, el más pequeño de nueve hermanos. Cuando su padre murió, y él tenía tan sólo nueve años, su hermana María Petra que le sacaba catorce de diferencia, se lo llevó con ella a un pueblo cercano, Cordovín, donde ella atendía a un padre benedictino perteneciente al famoso Monasterio de San Millán de la Cogolla, quien servía en aquella parroquia. A los quince años, con su hermano Millán, dieciséis años mayor que él, se trasladó a Valencia, pues este hermano era administrador del obispo Veremundo Arias que acababa de ser trasladado desde la diócesis de Pamplona a la levantina. Jerónimo comenzó sus estudios eclesiásticos en uno de los seminarios diocesanos valencianos, dirigido entonces por los padres dominicos y, seguramente debido a esa mediación, ingresó en el convento de Santo Domingo de Valencia, de la Orden de Predicadores, donde tomó el hábito en 1819. Al año siguiente tuvo que interrumpir su vida comunitaria por la revolución de Riego, al ser reclutado por el ejército real, en el que alcanzó el grado de sargento. Poco después, y reintegrado a la vida comunitaria, emitió sus votos religiosos el 29 de octubre de 1823. Al recibir el subdiaconado pidió pertenecer a la provincia dominicana «del Santísimo Rosario», llamada «de Filipinas» porque ésta formaba en España a jóvenes dominicos españoles para ser misioneros en el extremo oriente. El 2 de enero de 1825 llegó a Manila desde Cádiz, terminó allí sus estudios de teología y fue ordenado presbítero. En Manila y en su Universidad de «Santo Tomás» los dominicos experimentados enseñaban las distintas lenguas orientales a sus hermanos

más jóvenes. Jerónimo permaneció algunos meses más en Manila estudiando la lengua annamita, monosilábica, con distintos tonos y por eso difícil, pues había sido destinado a la región de Tonkín (Vietnam). El 2 de mayo de 1829 llegó a la isla de Macao y, en una nave de carga, prosiguió hacia su destino desembarcando en Tai-Binh el 15 del mismo mes.

VALENTÍN BERRIOCHOA ARISTI nació en el vizcaíno Elorrio el 14 de febrero de 1827, el mayor de tres hermanos, que se quedaría como único al morir más adelante su hermano y su hermana. En su pueblo había un convento de Dominicas y, ya desde niño, las oía hablar sobre los dominicos misioneros, pues era monaguillo. Quiso completar los estudios que había iniciado en la escuela para llegar al sacerdocio y hasta participó en un concurso para un beneficio eclesiástico, pero, habiéndolo ganado, fue concedido a otro. Se tuvo que poner entonces a trabajar, ayudando a su padre en la carpintería hasta que, gracias a la colaboración de un sacerdote, en 1845 pudo entrar en el seminario de Logroño, donde obtuvo buenos resultados en sus estudios. Por su profunda piedad, el obispo Irigoyen lo nombró, siendo solamente un tonsurado de veinticuatro años, director espiritual de los clérigos, confiriéndole en el transcurso del año 1851 las tres órdenes mayores. Seguidamente trabajó en el mismo seminario diocesano y en distintas parroquias de Logroño pero, deseando ser dominico y misionero, a sus veintiséis años, el 6 de octubre de 1853, pudo ingresar por fin en la Orden dominicana en el convento de Ocaña (Toledo), donde profesó como religioso con el nombre de Valentín de la Encarnación. Por su celo misionero, a final de 1856 se embarcó en Cádiz con destino a Filipinas y, con otros ocho compañeros, llegó a Manila a mitad de 1857 donde estudió también el annamita para ir a Tonkín.

PEDRO ALMATÓ RIBERA nació en Sant Feliu Sasserra (Barcelona) el 1 de noviembre de 1830. Vistió el hábito dominicano el 25 de septiembre de 1847, también en el convento de Ocaña, donde profesó y cursó la filosofía. En septiembre de 1852, apenas iniciados los estudios de teología y ordenado ya de subdiácono, fue enviado a Manila, donde sería ordenado sacerdote en 1853. Dos años más tarde obtenía el permiso para partir a las

misiones dominicanas de Tonkín, aunque bien sabía que allí la fe cristiana era perseguida y los misioneros exterminados.

Hay que notar que la evangelización en Vietnam, llevada a cabo desde el inicio del siglo XVI, fue consolidada con los primeros vicariatos apostólicos del Norte (Dáng-Ngoái) y del Sur (Dáng-Trong) en 1659 y, en el transcurso de los siglos, tuvo un admirable desarrollo gracias al testimonio de tantos mártires, misioneros llegados desde Europa, y nativos: sacerdotes, catequistas y fieles laicos. Desde 1625 a 1885 se dieron más de 53 edictos de persecución contra los cristianos y hubo unos 130.000 exterminados.

Los tres dominicos, Hermosilla desde 1829, durante treinta y dos años, Berriochoa desde 1857 y Almató desde 1855, fueron misioneros en Tonkín, en el norte de Vietnam, que anteriormente llamábamos Indochina.

Jerónimo Hermosilla comenzó su apostolado ya en medio de persecuciones de todo género, viviendo en la clandestinidad, cambiando frecuentemente de residencia y hasta de nombre, adoptando sucesivamente éstos: Da, Trum, Vaong, Liêm. En 1832 la persecución ordenada por el rey Minh-Manh (1820-1840) devastó la provincia de Nam-Dinh. Las iglesias quedaron destruidas, pero además el 6 de enero de 1833 dio otro decreto para suprimir cuanto quedara de cristiano y, por tanto, recrudeció la persecución a todas las personas bautizadas y mucho más a los misioneros. Del tiempo de su reinado han sido canonizados 58 mártires. Por la fortaleza y ánimo de Jerónimo Hermosilla, fue elegido en 1836 Vicario provincial y en 1838, una vez martirizados los santos obispos Domingo Henares, el 25 de junio, y Clemente Ignacio Delgado, el 12 de julio, fue nombrado Vicario apostólico de Tonkín oriental —a la vez que Romualdo Jimeno como su obispo coadjutor—, y por tanto, debía ser consagrado obispo. Acosado entonces por los mandarines, pues el emperador había dado un decreto el 8 de enero de 1839 estableciendo pena para quien ocultara a Jerónimo Hermosilla y premio para quien lo delatara, describiéndolo como «europeo de nariz larga, barba espesa, ojos castaños y rostro abultado», logró llegar —agarrándose a la cola de un caballo sobre el que había hecho subir a un cristiano— a Tonkín

occidental, donde el francés mons. Retort lo consagró obispo, titular de Miletopoli, el 25 de abril de 1841. Escogió como lema para su ministerio «O Crux, Ave». Vuelto a su Vicariato, con más de cien mil kilómetros cuadrados de extensión y la capital en Hanoi, tenía casi cincuenta distritos y cada uno de ellos una veintena de iglesias o capillas. Al cuidado de las iglesias había escuelas para catequistas y las llamadas «Casas de Dios», algo así como unos seminarios menores. Había también una treintena de conventos de religiosas. En 1848 eran casi doscientos mil católicos en ese Vicariato, con 60 sacerdotes, sólo ocho de ellos extranjeros y el resto nativos, la mitad dominicos y la otra mitad del clero secular. Después de unos años de experiencia pastoral, con un total de mil iglesias y capillas, Jerónimo Hermosilla solicitó a Pío IX en ese año que su Vicariato se dividiese en dos, central y oriental; así, tanto él como sus diocesanos podrían tener mayor contacto con los no cristianos.

A comienzos de 1841 había muerto Minh-Manh y las misiones tuvieron un poco de tregua durante el reinado de su hijo, Thieu-Tri (1840-1847), aunque después reemprendió también la persecución (de este tiempo de su reinado han sido canonizados tres mártires). Thieu-Tri murió el 2 de noviembre de 1847 y le sucedió Tu-Duc (1847-1883), quien no sólo confirmó los decretos precedentes sino que acrecentó la persecución contra los cristianos. Del tiempo de este reinado han sido canonizados ya cincuenta mártires, entre ellos Jerónimo Hermosilla, con Valentín Berriochoa, también obispo, y José Almató, presbítero, pero en esa época murieron millares de cristianos.

Y es que el edicto regio de Tu-Duc, del 16 de septiembre de 1855, mandaba exterminar tanto a los misioneros como al clero nativo, a los catequistas y a los cristianos. Fueron entonces martirizados los dominicos obispos: el 20 de julio de 1857 San José María Díaz Sanjurjo y el 28 de julio del año siguiente San Melchor García Sampedro Suárez.

Valentín Berriochoa, que había tomado el nombre de Vihn, ayudó tanto a Jerónimo Hermosilla como al Vicario apostólico de Tonkín central, Melchor García Sampedro, quien lo eligió y lo consagró obispo auxiliar suyo —cuando tenía sólo treinta y un años—, de noche, tan sólo doce días antes de su martirio,

como si hubiera presagiado su muerte inminente. Valentín se entregó a su ministerio episcopal y a su apostolado en medio de traiciones y denuncias, apostasías, prisiones y muertes de sus diocesanos. Recrudecida la persecución, tuvo que refugiarse en el Vicariato oriental, viviendo en escondites ocasionales que abandonaba uno tras otro cuando llegaban noticias de peligro. Incluso tuvo que vivir en las barcas de los pescadores, pero un médico lo denunció al prefecto.

Mientras tanto Jerónimo Hermosilla, para sustraer del peligro de la persecución a Pedro José Almató, le había ordenado partir para las misiones de China, pero no pudo llegar a tiempo de alcanzar a sus compañeros de viaje y tuvo que detenerse en Nê durante los años 1859-1861.

Los tres habían sido instados frecuentemente para que abandonaran Tonkín, al menos durante el tiempo de la persecución, pero quisieron permanecer junto a sus cristianos y padecer con ellos las dificultades, ofreciéndoles el cuidado espiritual y pastoral y dándoles siempre ánimo.

El 20 de octubre de 1861 Jerónimo Hermosilla, denunciado por un soldado, fue capturado junto a un joven catequista y empleado doméstico, José Nguyen Duy Khang, en una de las barcas donde estaban viviendo escondidos. Inútilmente se intentó hacerle pisar el crucifijo puesto en tierra a la entrada de la ciudad. Fue recluido en una pequeña jaula en la que se veía obligado a estar sentado o inclinado. Su testimonio de fe en la cárcel hizo que se convirtiera un preso político que allí había también condenado a muerte.

Valentín Berriochoa y Pedro José Almató, a quien había reclamado para que se uniese a él, fueron arrestados el día 25 de octubre de 1861, y encadenados y uncidos por un collar, los condujeron a Hâi-Duong. A la puerta de la ciudad también rehusaron pisar el crucifijo y, puestos de rodillas, lo veneraron con fervor. Encerrados en prisión, interrogados y torturados, pasaron aquellos días preparándose para el martirio.

Siete días después, el 1 de noviembre de 1861, los dos con Jerónimo Hermosilla padecieron el martirio y, con el preso convertido por él, fueron decapitados. Almató, mientras, rezaba el Rosario, Berriochoa sumido en oración contemplativa y Her-

mosilla bendiciendo a toda la multitud allí congregada. Hermosilla había pedido que primero fuera ejecutado aquel preso político para poderlo atender sacramentalmente y acompañarlo en sus últimos momentos. Después, sus cabezas fueron expuestas impicadas sobre cañas y sus cuerpos fueron recuperados por algunos fieles que los enterraron en lugar seguro, donde estuvieron sepultados durante tres meses, en un campo llamado de las «cinco yugadas» cerca de donde habían sido martirizados.

Los restos de Jerónimo Hermosilla fueron llevados a Santo Domingo de la Calzada. El cuerpo de Valentín de Berriochoa, el primer santo vizcaíno, fue llevado en 1886 a Elorrio. El cuerpo de Pedro José Almató fue llevado en 1887 a Manila y desde allí a la Iglesia de la Anunciata de Vic.

San Pío X los beatificó, en un grupo de ocho, el 15 de abril de 1906 (decreto promulgado el 20 de mayo siguiente), entre ellos también el catequista compañero de Jerónimo Hermosilla, José Nguyen Duy Khang, terciario de la orden dominicana, preso con ellos y que padeció el martirio en el mismo lugar el 6 de noviembre de 1861.

Al celebrarse el 1 de noviembre la solemnidad de Todos los Santos, su memoria litúrgica suele conmemorarse —en distintas diócesis y en la familia dominicana— el 6 de noviembre o en otros días primeros del mismo mes.

Juan Pablo II, después de haber sometido la consulta al Consistorio del 22 de junio de 1987, los canonizó el 19 de junio de 1988 en la Plaza de San Pedro de Roma entre un numeroso grupo de 117 mártires en Vietnam del período que va desde 1745 a 1862, entre ellos once dominicos españoles encabezados todos por el sacerdote nativo Andrés Dung-Lac y cuya memoria litúrgica, de forma colectiva como mártires de Vietnam, se celebra el 24 de noviembre.

JOAQUÍN MARTÍN ABAD

Bibliografía

BERTUCCI, S. M., «Hermosilla, Girolamo, vescovo missionario del Tonchino Orientale, beato, martire», en *Bibliotheca sanctorum*. VI: *Galena-Giustiniani* (Roma 1966) cols.588-590.

JUAN PABLO II, «Litterae Decretales, Andreae Dung-Lac, Thomas Thiên et Emmanueli Phung laicis, Hyeronimo Hermosilla, O.P., Valentino Berrio-Ochoa, O.P.,

et aliis sex episcopis, Theophani Vénard presbitero M.E.P. et CV sociis martyribus sanctorum honores decernuntur»: *AAS* 73 (1991) 377-381.
REDIGONDA, L. A., «Almató, Pietro Giuseppe, beato, martire»: *Bibliotheca sanctorum.* I: *A-Ans* (Roma 1961) col.879.
RÍO, C. DEL, *Berrio-Otxoa* (Elorrio, Vizcaya 1988).
SAINZ RIPA, P., *Jerónimo Hermosilla, misionero y mártir riojano* (Logroño 1988).
TESTORE, C., «Berrio-Ochoa, Valentino, beato, martire nel Tonchino»: *Bibliotheca sanctorum.* III: *Bern-Ciro* (Roma 1962) col.86.

BEATO RUPERTO MAYER

Presbítero († 1945)

Dicen que Hitler pensó alguna vez nombrarle asistente espiritual de los nazis, a la vista de la hoja de servicios que presentaba después de la I Guerra Mundial, pero estaba muy lejos de aceptar tal pretensión el padre Ruperto Mayer. Tenía muy claro este «apóstol de Múnich», y así lo dijo en 1923 ante un auditorio que no le perdía sílaba, que «un católico alemán no podrá ser jamás un nacionalsocialista». Esta rotunda determinación no constituyó un hecho aislado en su biografía, sino que era su personal forma de anunciar el evangelio y la causa de que los últimos años de su vida los pasara recluido en varias prisiones y en un campo de concentración, alejado de los púlpitos y del contacto con su feligresía. Ya se lo advirtió en una ocasión a los dirigentes de la Gestapo cuando iban a ponerlo en libertad: «Declaro que, en el caso de que fuera liberado, continuaré predicando en las iglesias de Múnich y en toda Baviera por razones de principio, a pesar de la prohibición que me ha sido impuesta». Éste era su temple.

Juan Pablo II, tan amigo de dar a los acontecimientos nuevas lecturas históricas, quiso beatificar al padre Ruperto Mayer en su propio país, en la ciudad donde había ejercido su ministerio. Y eligió para ello su segunda visita a tierras alemanas, dos días después de haber canonizado a Edith Stein en Colonia. La ceremonia de beatificación de este jesuita se celebró en el Estadio Olímpico de Múnich el 3 de mayo de 1987 y, en su homilía, el Papa entretejió la biografía del nuevo beato con la denuncia tajante de quienes le niegan a Dios su lugar: «También hoy se trata de dar a Dios lo que es de Dios. Sólo entonces será dado al hombre lo que es del hombre». Y añadió: «Allí donde

Dios y sus leyes no son respetados, el hombre mismo no será respetado».

El beato Ruperto Mayer había nacido el 23 de enero de 1876 en Stoccarda, en el seno de una familia acomodada de comerciantes y de profunda y probada fe religiosa. Fue el segundo de seis hermanos, entre chicos y chicas, y todos ellos aprendieron en casa a inmunizarse contra los habituales insultos y ataques que recibían por ser católicos, ya que en la región de Stoccarda, principalmente habitada por protestantes, no pasaban de ser una extraña minoría. En aquel mismo lugar hizo Ruperto sus estudios primarios y cursó la primera etapa del bachillerato, que luego continuaría en 1892 y concluiría en 1894, en el colegio de los jesuitas de Ravensburg. Esta permanencia en el colegio de la Compañía de Jesús y la familiaridad con el espíritu ignaciano contribuyeron a ir aclarando y perfilando su vocación religiosa, de tal manera que durante unas vacaciones en casa ya les confió a sus padres el deseo que le rondaba por la cabeza y le tenía ganado el corazón. «Me voy a hacer jesuita», les dijo.

Al padre no le pareció mal esta decisión de hacerse sacerdote, pero le aconsejó que demorara su ingreso en la Compañía hasta no haber recibido la ordenación. Y así lo hizo, cursó los estudios universitarios de filosofía y teología recorriendo las facultades de Friburgo, Múnich y Tubinga. Después ingresó en el seminario diocesano de Rottenburg, fue ordenado sacerdote el 2 de mayo de 1899 y a continuación le encargaron la parroquia de Spaichingen, en Württemberg. Tras esta experiencia pastoral que se prolongó durante un año, el joven sacerdote Ruperto Mayer pidió ser admitido en la Compañía de Jesús, tal y como le había aconsejado su padre.

El 1 de octubre de 1900 ya está Ruperto en el noviciado de los jesuitas de Feldkirch, en el Tirol. Había dejado en la casa de sus padres su inseparable violín, que tantas horas estudiantiles había entretenido y dulcificado, y se trasladó a un noviciado fuera de las fronteras de su país, pues los jesuitas, por entonces, estaban oficialmente considerados enemigos del Imperio, no tenían derecho de ciudadanía en la Alemania post-bismarckiana, eran unos «proscritos, exiliados y sin patria», y en consecuencia no se les permitía mantener casas propias. Nada más llegar, le

dijo al maestro de novicios: «Soy una hoja completamente blanca, escriba en ella lo que usted quiera». Pasado este tiempo de formación, le encomiendan predicar misiones populares y dirigir ejercicios espirituales en diversos pueblos y ciudades de Alemania, Holanda y Suiza.

No era el padre Mayer un gran orador, pero arrastraba a la gente con su claridad, sencillez y persuasión. De 1905 a 1911 fue un misionero trabajador, un predicador infatigable. Se ha dicho que llegó a predicar hasta setenta veces en el mismo mes. Pero el momento crucial de su vida le llega cuando, en enero de 1912, el entonces arzobispo de Múnich, Franz von Bettinger, le pide que se dedique a evangelizar la región bávara, que entonces contaba con medio millón de personas. Y allá se fue y allí se quedó durante treinta años a desempeñar una labor apostólica muy intensa. Se ocupa de la asistencia moral y material de los inmigrantes y especialmente de los más pobres, se encarga de dirigir una asociación estudiantil, predica ejercicios, pronuncia conferencias, lleva la dirección espiritual de miles de personas y funda, con otros dos sacerdotes, las Hermanas de la Sagrada Familia.

Cuando estalla en 1914 la I Guerra Mundial, Ruperto Mayer se ofrece como voluntario, en calidad de capellán militar, para ejercer su ministerio sacerdotal entre los soldados. Primero estuvo trabajando en un hospital de la retaguardia, y a partir de enero de 1915 fue enviado al frente, con la Octava División bávara de reserva, donde dio muestras de un gran valor desafiando el peligro y asistiendo a los soldados heridos o moribundos en las trincheras, siempre en primera línea. Y tampoco se salvó él de la metralla. Un día, estando en el valle rumano de la Sulta, fue herido gravemente en la pierna izquierda, que acabaron amputándosela para que la gangrena no amenazara su vida. El «apóstol cojo», como le llamarían más tarde en Múnich, vio recompensado oficialmente su heroísmo como capellán en el campo de batalla con la Gran Cruz de Hierro de primera clase.

Al cabo de un año pudo abandonar el hospital donde convalecía y, terminada la guerra, reanudar en Múnich sus actividades apostólicas. Volvió a entregarse a las obras de misericordia, tanto espirituales como corporales, en aquel ambiente social

ruinoso de postguerra que no sólo había diezmado la población, sino que la había sumido en la mayor miseria. Se le podía ver al padre Mayer en la calle, con un sombrero negro, en su silla de inválido, sosteniendo en sus manos el bote con el que pedía limosna para los pobres; se le podía oír predicar en la misa dominical en la iglesia de San Miguel e intervenir públicamente en otros muchos lugares respondiendo a los problemas del momento y dando orientaciones religiosas; se le encontraba en la iglesia confesando durante largas horas, ofreciendo consuelo espiritual; se sabía que su casa era un consultorio para los heridos morales y sociales que había ocasionado la guerra; y que la puerta de su vivienda parecía una ventanilla de socorro para cualquier necesidad en la que siempre había una interminable cola de necesitados.

Esta actividad caritativa del padre Ruperto Mayer se traducía en buscar puestos de trabajo para los parados, distribuir miles de marcos entre los empobrecidos, acogerlos con amor. No era la suya pura filantropía ni sólo compasión, sino expresión profundamente cristiana en la que trataba de implicar a cuantos podía, sobre todo a los pertenecientes a las Congregaciones Marianas de Bürgersaal, que dirigió desde 1921 hasta su muerte. A veces, cuando alguien le susurraba que muchos podían engañarle y abusar de su generosidad, respondía: «Quien jamás ha sido engañado, jamás ha hecho el bien». La verdadera fuente de su comportamiento generoso y acogedor la declaró más de una vez escribiendo: «Debemos dar calor a los demás, los hombres deben sentirse a sus anchas con nosotros y deben percibir que el motivo de esto está en nuestra íntima unión con Dios».

La personalidad del padre Mayer y su comprometida dedicación pastoral hicieron que este hombre valiente y entregado no fuese nunca un desconocido y que, una vez llegado al poder el nacionalsocialismo en Alemania, se fijaran en él los nuevos mandatarios. Le siguieron la pista a todas sus actuaciones y movimientos, lo observaban sin perder ojo, iban a escuchar lo que decía y transcribían sus predicaciones. Lo perseguían claramente, de tal modo que más de una vez le obligaron a permanecer recluido en su propia celda de San Miguel. En 1935 la policía lo echó por la fuerza de una reunión, en 1937 le prohibieron pre-

dicar no sólo en Baviera sino en todo el territorio del Reich. En junio de este mismo año lo arrestaron por primera vez y un tribunal especial de Múnich lo condenó a seis meses de cárcel. Meses después, a comienzos de 1938, cuando incumplió la prohibición de predicar, fue de nuevo recluido durante tres meses y medio en la prisión de Landsberg.

¿Qué decía, pues, el padre Mayer en sus predicaciones? ¿Por qué le querían tapar la boca? La respuesta no encierra ningún secreto: ponía al descubierto los peligros de la despiadada propaganda atea que invadía a toda Alemania, prevenía contra las corrientes antirreligiosas que difundían odio contra la Iglesia, desenmascaraba a los profetas de mentiras de aquellos años, se manifestaba como un decidido defensor de la fe cristiana y de los derechos de la Iglesia, era un crítico severo de la ideología nazi.

Fue excarcelado de la prisión de Landsberg a mediados de 1938, pero en 1939 vuelve a ser detenido y esta vez encerrado en Briener Strasse de Múnich con una orden que decía: «Detención por todo el tiempo que dure la guerra». Se había desencadenado la II Guerra Mundial, sobre cuyas angustias Mayer escribiría: «Nuestro tiempo representa una advertencia extraordinariamente seria a los pueblos de la tierra, con el fin de que vuelvan a Dios. ¡No se puede vivir sin Dios!». Esta reclusión fue el paso previo para su internamiento en el campo de concentración de Oranlemburg-Sachsenhausen, donde se deterioró visiblemente su salud. Fue entonces cuando, para evitar lo que parecía inevitable, y por miedo a su popularidad, acordaron confinarlo en la Abadía de Ettal. Allí estuvo desde el 1 de agosto de 1940 hasta que cinco años después terminó la guerra.

Durante todo este tiempo de prisión y de soledad, Mayer fue escribiendo reflexiones breves, cartas de familia, en las que confiesa el argumento central de su espiritualidad y de sus convicciones: «Cuando se cerró la puerta de la prisión y me encontré solitario en la celda en la que había pasado ya tanto tiempo se me saltaron las lágrimas, pero eran lágrimas de alegría, por haber sido, por amor de mi vocación, digno de ser encarcelado, y de marchar al encuentro de un futuro incierto», escribió antes de ser trasladado al campo de concentración. En una carta a su

madre, le decía: «Ahora verdaderamente no tengo a nadie, sólo al buen Dios. Y esto es bastante, mejor dicho, más que suficiente. Si los hombres fueran capaces de comprenderlo, habría muchas más personas felices en el mundo».

Aquel Mayer que había entrado como un «muerto viviente» en la Abadía de Ettal, fue liberado en mayo de 1945 por los americanos. Le faltó tiempo para presentarse en Múnich como un «resucitado» dispuesto a reemprender sus actividades apostólicas. Mermado de fuerzas, pero no de energía interior, con sus 69 años tan trabajados, quería vaciarse, exigirse al máximo, dándolo todo por los demás. No había de ser por mucho tiempo. El 1 de noviembre de 1945, día de Todos los Santos, mientras predicaba la homilía en la capilla de la Cruz de San Miguel de Múnich sufrió repentinamente un derrame cerebral. Se dio cuenta de que le había llegado la hora, y aún tuvo tiempo de decir —como una oración, como una aceptación, como un esperado encuentro— estas palabras: «Es el Señor..., el Señor..., el Señor...».

Todo Múnich le rindió honores de santo. Han pasado los años, y en la cripta del Bürgersaal donde descansan sus restos desde 1948, abundan los exvotos, las flores, y entran a diario los muniqueses, que todavía recuerdan aquel consejo para una vida santa que él repetía: «Ningún trabajo extraordinario, ninguna experiencia religiosa particular, ningún milagro. Solamente virtud heroica». Y, sobre todo, su regla de oro: «Cristo, centro de nuestra vida. No existen soluciones intermedias». Este «testigo valiente de la verdad y apóstol del amor de Dios y del prójimo», como lo definió Juan Pablo II en la homilía de su beatificación, se expresaba con la voz de un cristiano «que se considera orgulloso de compartir la cruz de Cristo».

JOSÉ ANTONIO CARRO CELADA

Bibliografía

ACQUAVIVA, G., *Rupert Mayer, un gesuita contro il nazismo* (Roma 1987).
«Homilía en la beatificación»: *Ecclesia* (23-5-1987) 24-27.
KOERBLING, A., *Padre Rupert Mayer, SJ. Testimone di Cristo* (Milán 1960).
L'Osservatore Romano (4-5-1987) 5.
RATZINGER, J., *De la mano de Cristo. Homilías sobre la Virgen y algunos santos* (Pamplona 1998).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN BENIGNO DE DIJON

Presbítero y mártir (fecha desconocida)

En su libro *De gloria martyrum* habla San Gregorio de Tours de un santo de Dijon, llamado Benigno. Existía allí el sepulcro del santo y era venerado por los fieles, los cuales afirmaban recibir favores divinos mediante sus plegarias en el sepulcro del santo. Éste era un bello y antiguo sepulcro, tanto, que le dio sospechas al obispo Gregorio de Tongres († 539) de que se tratase de una tumba pagana y lo puso en contra del culto que allí se tributaba, pero una revelación vino a certificarle de la autenticidad cristiana de la tumba, y entonces se tomó la decisión de erigir sobre la cripta una basílica, junto a la cual se construye además una abadía que con el tiempo se haría famosa. Y parece que es de ese tiempo la *Passio S. Benigni,* tenida hoy por puramente imaginativa, y sin que los datos que contiene merezcan fe histórica. Según esta *passio* Benigno era un sacerdote enviado por San Policarpo de Esmirna y que luego de predicar el evangelio y por haberlo hecho fue arrestado, amenazado, atormentado y maltratado de varios modos para que apostatara, pero, no lográndose este objetivo, fue aherrojado primero en un calabozo y finalmente sacrificado. El nuevo *Martirologio* retiene la memoria del santo limitándose a decir que «es venerado como presbítero y mártir», pero sin afirmar que sepamos con certeza que lo fuera. Ya el *Martirologio jeronimiano* señalaba su memoria el 1 de noviembre.

BEATO RAINIERO DE AREZZO

Religioso († 1304)

Nace en la ciudad de Arezzo en la primera mitad del siglo XIII en el seno de la noble familia Mariani. Educado cristianamente, en su juventud orienta su vida hacia la vocación religiosa e ingresa en el convento de franciscanos de su población natal. Elige ser hermano lego y se propone, una vez profeso, vivir en la mayor humildad, pobreza y obediencia, procurando ser

un verdadero hijo de San Francisco en todos los aspectos. Pasado el tiempo, el ejemplo de sus virtudes trasciende fuera del convento y los fieles acuden a él a encomendarse a sus oraciones, resultando que muchos empezaron a atribuirle favores verdaderamente milagrosos, especialmente en la curación de enfermos. Él, por su parte, aprovechaba el trato con los que venían a visitarle para imbuirles criterios cristianos, impulsarlos a la práctica de las virtudes evangélicas y exhortarlos a la devoción filial a la Virgen María. Llegó a conocer y a tratar a fray Maseo, uno de los compañeros de San Francisco y buen conocedor de lo relativo a la indulgencia de la Porciúncula. Rainiero anotó lo relativo a la misma y sus apuntes sirvieron luego para refutar a quienes la negaban. Murió en el convento franciscano de Borgo San Sepolcro el 1 de noviembre de 1304, y su cuerpo se conserva incorrupto. Su culto fue confirmado por el papa Pío VII el 18 de diciembre de 1802.

BEATO NUÑO ALVARES PEREIRA

Religioso († 1431)

En su vida hay dos grandes etapas: la primera como seglar cristiano verdaderamente ejemplar, la segunda como religioso carmelita con fama de santo. Nacido en Sernache do Bomjardin (Portugal) el 24 de julio de 1360 en el seno de una familia noble, se cría en la corte del rey Fernando I; en la que se acredita por su honestidad, probidad, lealtad y demás virtudes del verdadero caballero cristiano, siendo designado escudero de la reina, y posteriormente y por sus muchos méritos gran condestable de Portugal. Oportunamente contrae matrimonio con doña Leonor de Alvim, con la que tiene varias hijas, siendo una de ellas Beatriz, la futura esposa de Alfonso, primer duque de Braganza. A la muerte del rey Fernando I él se pone de parte de don Juan de Aviz como aspirante al trono y se señala en la batalla de Aljubarrota, cuya victoria se le debe en no poca medida y por la que es considerado héroe nacional de su país (14 de agosto de 1385). En cumplimiento de una promesa, levanta una iglesia a Nuestra Señora en Lisboa y elige para su servicio a la Orden del Carmen, por ser una orden de advocación mariana, la cual se

instala en el nuevo templo en 1397. Pide ser admitido en el convento como hermano oblato (1423). Deja sus bienes a los suyos, una parte importante de los mismos se la da a los pobres, y con ellos dota también el convento, llevando desde entonces la vida humilde y sencilla de un religioso, manifestando una gran piedad y una gran devoción a la Virgen María. Murió el 1 de diciembre de 1431. Su culto inmemorial fue confirmado el 23 de enero de 1918.

BEATOS PEDRO PABLO NAVARRO, DIONISIO FUJISHIMA, PEDRO ONIZUKA SANDAYU Y CLEMENTE KIUYEMON

Mártires († 1622)

El 1 de noviembre de 1622 fueron quemados vivos en Ximabara (Japón) el sacerdote jesuita P. Pedro Pablo Navarro y con él los jesuitas japoneses Dionisio Fujishima y Pedro Onizuka Sandayu, y el catequista Clemente Kiuyemon. Habían llegado al lugar del suplicio cantando las letanías de la Virgen. Muchos espectadores, entre ellos los cristianos, admiraban la fortaleza y serenidad de los testigos de Cristo. El rey Bungodono, contrario a la sentencia imperial de muerte, pero que no podía impedir, ordenó que fueran muchos los haces de leña para que los mártires, muriendo pronto, padeciesen menos, y que estuviesen muy cercanos a los postes en donde eran atados. Quiso hablar el sacerdote, pero no se le dejó, sino prontamente se dio fuego a la leña y se consumó el sacrificio de los mártires. Los cuerpos carbonizados fueron expuestos tres días, luego reducidos a cenizas y aventados en alta mar.

Éstos son los datos personales de los mártires:

PEDRO PABLO NAVARRO había nacido en el sur de Italia, en la pequeña población de Laino, en diciembre de 1560. En 1575 decide su vocación religiosa e ingresa en la Compañía de Jesús. Una vez profeso es destinado a las Misiones de Oriente y pasa a Goa, donde cursa los estudios teológicos y se ordena sacerdote. Seguidamente, en 1585, zarpa para Japón, pero la nave que lo lleva, en vez de dejarlo en Nagasaki, lo deja en Firando donde es recibido con gran alborozo por los fieles. Se dedica al apren-

dizaje del idioma que llega a dominar y desde 1590 hasta 1622, en que es martirizado, ejercita por diversos sitios de Japón un fecundo apostolado, lo mismo en las temporadas de paz que en las de persecución. Afrontó con gran valor y entrega todas las dificultades y penalidades que hubo de pasar con tal de anunciar el evangelio y apacentar a los fieles cristianos que cada día abundaban más en las islas japonesas. Hombre dulce y amable, se atrajo el amor de todos los que le trataron. Desatada la persecución de 1614 se acogió al reino de Arima, cuyo rey Bungodono no era partidario de la persecución y hacía vista gorda a la discreta y cautelosa presencia cristiana en su país. Denunciado el rey ante el emperador, el rey pudo asegurarle que no había sacerdotes cristianos en su país, ya que éstos no se dejaban ver ni se conocía públicamente su presencia. Pero el 25 de diciembre de 1521, cuando ya había dicho las tres misas de Navidad, el P. Navarro fue denunciado y arrestado y con él los que serán sus compañeros de martirio. Compareció ante un juez y luego fue encomendado a la custodia de varios cristianos de Ximabara. Denunciada su presencia a la corte imperial, se esperó a ver qué sentencia venía de allí. Y llegó el 27 de octubre de 1622 sentencia de muerte: debía ser quemado vivo con otros cristianos. Escribió cartas a sus superiores y a los cristianos, dijo la última misa con especial devoción y se dispuso con gran serenidad a dar la vida por Cristo.

DINIOSIO FUJISHIMA AICON había nacido en 1584 y fue bautizado de pequeño, pero cuando quedó huérfano, siendo aún niño, lo recogieron unos parientes paganos los cuales quisieron a todo trance que el niño abandonara el cristianismo. Por ello en cuanto llegó a joven marchó a Nagasaki donde lo acogió la comunidad cristiana, siendo amigo del joven Luis Cavara, que sería martirizado con el P. Carlos Spínola, y ambos serían beatificados con nuestro mártir. Catequista y compañero del P. Navarro, corrió su misma suerte, siendo admitido por él en la Compañía de Jesús, lo que tanto deseaba.

PEDRO ONIZUKA SANDAYU era un joven que había nacido en 1604 en Faciran y que acompañaba al P. Navarro y colaboraba con él, hospedándolo y sirviéndole. Del trato con el misionero le vino la voluntad de ser él también jesuita y, estando ya

preso con el sacerdote, le pidió ser admitido en la Compañía, lo que el misionero le concedió, y ya jesuita recibió el martirio en la misma ocasión.

CLEMENTE KIUYEMON había nacido en Ximabara en 1574. Estaba casado y tenía varios hijos. Cristiano fervoroso, se unió al P. Navarro para ser su guía y acompañante en los viajes apostólicos. Detenido con el P. Navarro, compartió su martirio.

Fueron beatificados por el papa Pío IX el 7 de julio de 1867 en la ceremonia de beatificación de 205 mártires de Japón.

BEATO TEODORO JORGE ROMZSA

Obispo y mártir († 1947)

Nace el 14 de abril de 1911 en Velykyj Bychkiv, en la región subcarpática perteneciente entonces al Imperio austro-húngaro, en el seno de una familia modesta, numerosa y profundamente cristiana. Habiendo decidido su vocación sacerdotal, el obispo lo envió a Roma para que hiciera allí los estudios eclesiásticos, llegando a la Ciudad Eterna el 30 de octubre de 1930. Vive en el Colegio germánico-húngaro y hace los estudios en la Universidad Gregoriana. Pero, como decide ejercer su apostolado en Rusia, en 1934 se traslada al Colegio ruso. El 25 de diciembre de 1936 se ordena sacerdote. En julio de 1937 vuelve a su país para hacer el servicio militar. En 1938 es nombrado administrador de las parroquias de Bereszova y Alsóbisztra. Al año siguiente es destinado al seminario de Ungvar como director espiritual y profesor de filosofía. En 1944, en plena guerra, es nombrado obispo auxiliar del administrador apostólico de Mukacevo, recibiendo la ordenación episcopal el 24 de septiembre de ese mismo año. En 1946 se le hizo administrador apostólico de esta circunscripción eclesiástica. Eran tiempos muy difíciles. Terminada la Guerra Mundial el comunismo se sentía muy fuerte y se decidía a acabar con las comunidades uniatas, propugnando que pasasen a la ortodoxia. El obispo Romzsa se negó a abandonar la comunión católica y por ello sufrió muchas vejaciones físicas y morales, incluyendo un grave atentado automovilístico el 27 de octubre de 1947. Fue internado en el hospi-

tal de Mukacevo y aquí envenenado, entregando su alma a Dios el 1 de noviembre de 1947.

Fue beatificado el 27 de junio de 2001 por el papa Juan Pablo II.

2 de noviembre

A) MARTIROLOGIO

1. Conmemoración de todos los fieles difuntos **.
2. La conmemoración de San Victorino († 304), obispo de Pettau en Panonia, mártir.
3. En Trieste, San Justo († 303), mártir.
4. En Sebaste (Armenia), santos Carterio, Estiríaco, Tobías, Eudixio, Agapio († 320) y compañeros, mártires.
5. En Persia, santos Acíndino, Pegasio, Aftonio, Elpidíforo, Anempodisto y muchos compañeros († s. IV), mártires.
6. En Vienne (Galia), San Domnino († 307), obispo.
7. La conmemoración de San Marciano († s. IV), ermitaño en el desierto de Calcedonia.
8. En el monasterio de Agaune (Suiza), San Ambrosio († 582), abad.
9. En Holywell (Gales), Santa Winefrida († s. VII), virgen.
10. En Vienne (Borgoña), San Jorge († 670), obispo.
11. En el monasterio de Claraval (Borgoña), San Malaquías († 1148), arzobispo de Armagh **.
12. En Argentan (Normandía), Beata Margarita de Lorena († 1521), duquesa de Alençon, viuda y luego monja clarisa *.
13. En Andover (Inglaterra), Beato Juan Bodey († 1583), mártir bajo el reinado de Isabel I *.
14. En Casale (Italia), Beato Pío de San Luis Campidelli († 1889), religioso pasionista **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

CONMEMORACIÓN DE TODOS LOS FIELES DIFUNTOS

Después de la fiesta de Todos los Santos, la conmemoración de los fieles difuntos. Después de alegrarnos con los «que siguen al Cordero», nuestro pensamiento acompaña a «los que nos precedieron en la señal de la fe y duermen el sueño de la paz». Pensamiento melancólico, no tanto por la muerte cuanto por la inseguridad: ¿Están ya en la patria, han de purificarse todavía?

De esta forma el mes de noviembre es un mes eclesial. Las tres iglesias, la del cielo, la del purgatorio y la de la tierra, se unen y compenetran. Esta compenetración la tenemos cada día en la santa misa. Al llegar el canon, la Iglesia terrestre se apiña alrededor del celebrante: el Papa, el obispo, todos los fieles, después todos los circunstantes, cuya devoción y fe conoce el Señor... Pero, además, convocamos y entramos en comunicación con la Iglesia del cielo: la gloriosa Virgen María, los santos apóstoles y todos los santos. Y no falta el recuerdo piadoso de los fieles difuntos, «para que a ellos y a todos los que descansan en Cristo les conceda el Señor por nuestros ruegos el lugar del refrigerio, de la luz y de la paz» (Canon romano). Sí, cada misa es una inmensa asamblea, de proporciones tales que trasciende el tiempo y el espacio.

Esa verdad nos la hace más viva la liturgia, recalcando un aspecto eclesial bien interesante, que es su finalidad escatológica. La Iglesia de la tierra se compone de caminantes, de «viatores». Somos un pueblo en marcha, como los israelitas en el desierto. Toda la tipología del Éxodo: sacrificio del cordero pascual y liberación de Egipto, tránsito del Mar Rojo, columna de fuego, maná, etc., tiene su realización en los sacramentos, signos sensibles que producen la gracia que representan, sobre todo los dos grandes sacramentos pascuales: Bautismo y Eucaristía. Pero como la peregrinación del desierto, aunque duró cuarenta años, al fin terminó con el ingreso de los hebreos en la tierra prometida, dando paso lo transitorio a lo estable, así los sacramentos, que son también «signos del futuro», desaparecerán cuando

lleguemos a la patria, que es el cielo, porque los pétalos de la flor caen cuando ya ha madurado el fruto.

El 1 y el 2 de noviembre nuestro pensamiento se remonta hacia la eternidad, al recuerdo de los santos y de los difuntos; y todavía el 9 y el 18 del mismo mes la liturgia vuelve a insistir en tales ideas con motivo de la dedicación de las iglesias principales de Roma (basílicas de Letrán y de los santos Pedro y Pablo, respectivamente). El mismo templo material es un símbolo de la Iglesia eterna, y los cristianos nos sentimos transportados a la «ciudad santa de Jerusalén», donde no hay llanto, ni clamor, ni gemido, porque todo eso son cosas ya pasadas.

Noviembre, mes de los difuntos, de las hojas caídas, de los días cortos y del invierno en puertas, tiene para alguna gente un carácter funerario. Para nosotros debe tener un aspecto pascual y luminoso, el mismo que llena de resplandores a la muerte cristiana.

Sin querer se nos ha metido una mentalidad pagana al hablar de la muerte, mirando sólo su aspecto terrorífico y macabro, la corrupción del sepulcro, el abandono de todos, la soledad de la tumba. Resaltan algunos la parte negativa, el «somos polvo y ceniza» del pagano Horacio, hasta el punto de que el propio cardenal Portocarrero pensase que el mejor epitafio para su lápida fuese esta frase, que, bien medida, no sería del todo ortodoxa: *Hic iacet, pulvis, cinis et nihil:* «Aquí yace polvo, ceniza y nada». A las concepciones paganas del Renacimiento se unió el espíritu morboso del Romanticismo y se llenaron los cementerios, cuando no algunas iglesias, de calaveras y tibias entrelazadas, esqueletos con guadañas, cítaras y columnas rotas... Esa iconografía era ridícula y tenía muy poco de cristiana; podrá admitirse para los animales, cuya alma es caduca y sus cuerpos no esperan la resurrección, pero nunca para los fieles que viven anclados en el artículo del credo que dice: «Espero la resurrección de los muertos». El cristiano «no se muere», en sentido pasivo, y con su muerte, acaba todo, sino que «muere», es decir, «entrega su alma al Creador». Morir es para el fiel un acto humano, el más sublime y trascendental de todos, que a ser posible debe hacerse en plena conciencia.

La Iglesia tiene un rito para que mueran los cristianos, como tiene un rito para el bautismo, para la celebración de la misa,

para la ordenación de los sacerdotes y para que contraigan matrimonio los esposos. El rito de la muerte cristiana es de los más bellos y consoladores. Renovado, como el Ritual, tras el Concilio Vaticano II, responde a los criterios expresados por el Episcopado Español en sus *Orientaciones doctrinales y pastorales,* contenidas en el *Ritual de la unción y de la pastoral de enfermos.* En ellas se subraya cómo la Iglesia ha estado presente a lo largo de toda la enfermedad, y al llegar el momento de la muerte, no abandona al cristiano, sino que le ayuda a hacer su tránsito a la vida eterna en unión con Cristo, y lo entrega a la Iglesia celeste por medio de la oración. Su presencia allí, en estos momentos, es ciertamente compañía, consuelo y plegaria. Pero sobre todo es un signo: si el cristiano se salva formando parte del pueblo de Dios, a la hora de alcanzar la salvación también lo hace dentro del Pueblo de Dios peregrinante, que lo entrega a su porción gloriosa ya en el cielo. Por eso es más significativa la presencia del sacerdote a su lado. Mientras el moribundo está consciente, la Iglesia ora por él y con él, para ayudarle a vencer la angustia natural de la muerte, uniendo su muerte a la de Cristo que por su muerte venció la nuestra. Cuando el enfermo ya no puede rezar, la Iglesia ora por él y lo entrega a la Iglesia celeste, al mismo tiempo que ella se consuela con el sentido pascual de la muerte. El rito de acompañar con la oración al moribundo cristiano es muy antiguo, y se desarrolla en el clima de plena confianza en la voluntad misericordiosa de Dios.

El rito de la llamada «recomendación o entrega de los moribundos a Dios» lo pueden hacer los sacerdotes y diáconos, pero si no les fuera posible, pueden hacerlo los fieles seglares. Lo primero de todo es sugerir al moribundo pensamientos de consuelo, leyéndole frases de la Sagrada Escritura, que invitan a la confianza y la serenidad y que están tomadas de diversos libros bíblicos. A estas frases bíblicas reseñadas en el Ritual se pueden añadir jaculatorias, dirigidas a la Virgen María, nuestra madre espiritual, a San José, patrono de los moribundos, y a la Sagrada Familia de Nazaret («Jesús, José y María, asistidme en mi agonía»). En siendo posible se le puede leer al moribundo y a quienes lo rodean alguno de los textos bíblicos que en el Ritual se señalan y que subrayan la fe cristiana en Cristo Redentor. Y

cuando parezca que se acerca el momento de la muerte, es provechoso leerle al moribundo alguna de las oraciones señaladas en el *Ritual* y que recogen los sentimientos de la Iglesia en la despedida de sus hijos, y a estas oraciones piadosas que el *Ritual* recoge se añade la Salve a la Virgen María. Y cuando ya el moribundo haya expirado, se recita la oración preciosa de «Venid en su ayuda, santos de Dios; salid a su encuentro, ángeles del Señor...», etc. De esta forma la muerte está rodeada por la piedad de la Iglesia y por su firme esperanza en la resurrección y en la vida eterna. Esta costumbre de rodear de oración la muerte es antiquísima, y no se puede menos que recomendar se haga siempre que las circunstancias lo permitan.

Toda la liturgia de la defunción tiene un color bautismal, que quiere decir tanto como pascual. La profesión de fe, que entre nosotros suele renovarse al tiempo del viático, recuerda las interrogaciones que preceden al bautismo. Según San Pablo en su carta a los Romanos, el bautismo es un morir con Cristo para resucitar con Cristo. Por eso el bautismo es el gran sacramento pascual, que primitivamente sólo se administraba en la noche de Pascua. Consepultados con Cristo (anegados en el agua bautismal, muertos al pecado), conresucitados con él (naciendo por el bautismo a la vida de la gracia, como Cristo salió triunfante del sepulcro). Ahora bien, la muerte, que es sólo un símbolo en el bautismo, se hace realidad en el lecho mortuorio. Entonces morimos de verdad para resucitar de verdad a la vida del cielo, de la que la gracia santificante, que se nos dio en las aguas bautismales, era como una semilla. Por eso la Iglesia llama *dies natalis,* día del nacimiento, a aquel en que sus santos murieron. Auténticamente la muerte es una vivificación, en modo alguno un esqueleto con guadaña. De ahí el carácter de «celebración pascual» que le da la liturgia. En las letanías de la recomendación del alma, se evocan las grandes figuras del Antiguo Testamento que son figuras de Cristo resucitado, tales como Noé, liberado del diluvio; Moisés, libertado de Faraón; Isaac, de las manos de su padre Abrahán; David, de Goliat; Daniel, de los leones; los tres niños, del horno de Babilonia. El fiel ve entonces que su alma, sometida a las tentaciones y vaivenes de este mundo, va a pasar, ya libertada, a colocarse bajo la tutela del Buen Pastor.

Otro dato consolador que nos revela la liturgia de los agonizantes es que el cristiano no muere solo, sino que muere con Cristo. El acto por el cual se acaba su vida terrena coincide con el momento en que entra en la vida definitiva con Cristo, como oveja que es llevada al redil de la gloria. Así representaron con frecuencia los primitivos cristianos a las almas de sus difuntos, sobre los hombros del Buen Pastor.

Cuando el moribundo, ayudado de sus familiares que se lo presentan, besa repetidamente el crucifijo, pronunciando si puede el nombre de Jesús o haciéndolo por él los asistentes, no sólo se encomienda a los méritos de su Redentor sino que se configura con su Salvador que murió por él, rescatándole del pecado y de la muerte eterna. Ahora, besando el crucifijo, la muerte del cristiano se anega en la de Cristo y el Padre celestial acogerá con piedad aquella alma, que en el bautismo recibió el sello de cristiana y definitivamente, por la muerte, quedará agregada a su Señor.

Prosiguiendo, todavía diremos que el cristiano no muere solo porque muere con Cristo, sino que además muere acompañado, asistido y conducido por su madre la santa Iglesia. Ésta le ha dado todos los sacramentos, le ha fortalecido con el «socorro del viaje» que es el viático; le ha restaurado con la santa unción, borrando de su alma las reliquias del pecado, le ha perdonado todas las culpas y reatos con la indulgencia plenaria otorgada en nombre del Sumo Pontífice y además, en aquel instante supremo, le encomienda y entrega oficialmente a la otra Iglesia, a la del cielo. Es fuertemente impresionante el acto de la entrega de la Iglesia militante a la triunfante, que se formula en los textos de la «recomendación del alma». Entonces la Iglesia de la tierra ordena al alma que abandone este mundo: «Sal, alma cristiana, de este mundo en nombre de Dios, Padre omnipotente, que te crió; en nombre de Jesucristo, que te redimió, etc.».

Después se realiza solemnemente la entrega:

> «Te encomiendo (o entrego), hermano carísimo, a Dios omnipotente [...] Cuando tu alma se separe del cuerpo, sálganle al encuentro las espléndidas jerarquías de los ángeles, venga a encontrarte el senado de los apóstoles. Benigno y placentero se te manifieste el rostro de Jesucristo...».

dulces de San Juan: «Allí siempre estaremos con el Señor». En los formularios antiguos hay una paz que no se turba por nada. Los que han muerto en el seno de la Iglesia católica «están en el Señor».

Pero la Edad Media comenzó a pensar en el riesgo del juicio, en el instante en que el alma comparece ante el tribunal divino para ser juzgada. Y esta patética situación se reflejó en muchos textos litúrgicos. El concilio Tridentino, en la sesión XXV (Dz 983), definió la existencia del purgatorio «y que las almas allí detenidas podían ser auxiliadas con los sufragios de los fieles, en especial con el aceptable sacrificio del altar». El santo sínodo quería que se predicase a los fieles la auténtica doctrina sobre el purgatorio, pero sin descender a cuestiones difíciles, que no favorecen a la piedad popular. Precisamente lo contrario que han hecho muchos «meses de ánimas» y libros equivalentes. ¡Cuánto mejor alimentarnos de la Escritura y de la liturgia!

Cuando la muerte de Santa Mónica, una vez que pudieron hacer acallar en su llanto al niño Adeodato, Evodio tomó el libro de los Salmos y comenzó a recitar el salmo 100, al que todos los de la casa coreaban respondiendo: «Tu misericordia y tu juicio cantaré».

En la Sagrada Escritura, en los Salmos, base de todo rezo, hemos de encontrar los cristianos actuales las fórmulas para orar por nuestros difuntos, y en los textos bíblico-litúrgicos las bellas metáforas que nos hagan presentir el premio que Dios reserva a sus fieles. Una como cadena de bellísimas imágenes nos describen las antífonas y oraciones. Hoy, día de los difuntos, deben ayudarnos a presentir la felicidad de que gozan los que nos precedieron en el signo de la fe.

Se habla del paraíso. La imagen del «paraíso» aparece en el Génesis y en el Apocalipsis, en el primero y en el último de los libros de la Biblia. El paraíso es un jardín oriental, un edén, un huerto de delicias, regado con aguas abundantes, lleno de vegetación y frutos, en contraste con el desierto de los alrededores. El paraíso, en una posterior concepción bíblica, es la morada de Dios, el asiento de la sabiduría. Adán hablaba con Yahvé a la brisa del atardecer, como un amigo habla con un amigo. Así el paraíso es un concepto rico de felicidad, con todo lo que el

hombre puede apetecer junto con la posesión de Dios. Cuando el buen ladrón pide a Cristo que se acuerde de él, Jesús le dice: «Hoy estarás conmigo en el paraíso», como resumiendo la dicha suma. En el primitivo paraíso, perdido por el pecado de los primeros padres, un ángel con espada de fuego impedía al hombre la vuelta a él: mas los ángeles conducen al alma del difunto al nuevo paraíso, según la liturgia.

Se habla también de la llegada a Jerusalén. «Jerusalén» es la ciudad santa, llena de la presencia de Dios, en cuyo templo se complace en recibir culto; la ciudad que encendía de gozo a los israelitas, como canta el salmo 121. Mejor todavía que aquella Jerusalén, tan capaz de hacer la felicidad del piadoso israelita, es la nueva Jerusalén que San Juan vio ataviada como novia, la ciudad que ya no necesita de templo, porque será iluminada con la gloria de Dios. Esta Jerusalén es la «patria del paraíso», como se dice en una oración funeraria, hacia la que todos caminamos, dado que somos peregrinos y forasteros, según explica San Pablo. La liturgia menciona el «cortejo de los ángeles y los santos». La felicidad propia se acrece con la grata compañía de tan altos personajes que hacen cortejo honroso al alma que se salva.

En la parábola del rico epulón encontramos a Lázaro en el seno de Abrahán. Esto nos hace ver otro aspecto de la felicidad eterna, la intimidad afectuosa con el más grande de los patriarcas y padre de los creyentes. Intimidad que podemos transportarla al mismo Dios, a la manera como San Juan en la última cena se recostó en el seno de Cristo.

Después de un trabajo fatigante el simple descanso es una gran dicha. A nuestros difuntos les deseamos el «descanso eterno», sin la vuelta a los trabajos de la tierra. Descanso que no debe concebirse como un aburrimiento, sino como el ocio fecundo en la gloria del Padre. Bien pudo decir San Juan: «Bienaventurados los que mueren en el Señor, pues descansarán de todos sus afanes y trabajos» (Ap 14,13).

«Dios es luz, y en él no existen tinieblas», dice San Juan; por eso deseamos a nuestros difuntos «la luz eterna», la claridad inextinguible en el foco divino, para «ver la luz en su luz», como dice el salmo. Porque los cristianos hemos sido transportados de las tinieblas (pecados) a la luz (región de la gloria).

«Lucha es la vida del hombre sobre la tierra», decía Job. Milicia, intranquilidad, desasosiego. La bienaventuranza será la «paz», el reino de la paz, el sueño de la paz. Metáforas todas para expresar el sosiego bonancible del paraíso.

Por último, los textos litúrgicos hablan del «refrigerio», tan apetecido de quienes viven en países abrasados, como era la región donde se difundió el primitivo cristianismo. El lugar del «refrigerio, de la luz y de la paz» se dice, resumiendo los gozos inefables del cielo, en el memento de los difuntos.

Para acelerar tales bienes a los que pudieran estar detenidos en el purgatorio nació la piadosa idea de la «conmemoración de los fieles difuntos». San Odilón, abad de Cluny, determinó, hacia el año 1000, que en todos sus monasterios, dado que el día 1 de noviembre se celebraba la fiesta de Todos los Santos, el día 2 se tuviera un recuerdo de todos los difuntos. De los monasterios cluniacenses la idea se fue extendiendo poco a poco a la Iglesia universal.

Las tres misas nacieron en España. En el convento de los dominicos de Valencia, los religiosos no podían satisfacer todos los encargos de misas que recibían para el 2 de noviembre. Entonces tomaron la costumbre de que cada religioso celebrase dos o tres. El ordinario toleró dicha práctica, que posteriormente extendió a España y Portugal, y en 1748 fue sancionada por Benedicto XIV. La costumbre española pasó a la Iglesia universal por concesión de Benedicto XV en 1915, quien ya venía preparado para la misma desde su estancia en la Nunciatura de Madrid. Teniendo en cuenta los muertos de la gran guerra y las desamortizaciones del siglo XIX, que habían aventado los fondos de las fundaciones de misas por los difuntos, con lo cual no se levantaban las cargas de tan piadosos legados, el Papa concedió que cada sacerdote pudiera celebrar tres misas, la primera a su particular intención, la segunda según la mente del Papa, y la tercera por las ánimas benditas. De esta manera el 2 de noviembre se equipara a la santa Natividad del Señor, siendo como la fiesta natalicia de las almas del purgatorio.

Si al rico tesoro de las tres misas se añade la indulgencia plenaria, verdaderamente que se hace patente la generosidad de la santa Madre Iglesia para con aquellos hijos suyos que,

habiendo dejado la fase terrena, no alcanzaron todavía la gloria del cielo y ella hace cuanto puede para abreviarles el tiempo de la purificación.

CASIMIRO SÁNCHEZ ALISEDA

Bibliografía

AGUSTÍN DE HIPONA (SAN), *De cura pro mortuis gerenda,* c.4., en *Obras completas de San Agustín,* XL: *Escritos varios* (Madrid 1995).

COMISIÓN EPISCOPAL ESPAÑOLA DE LITURGIA, *Ritual de exequias* (Madrid [3]1990).

COMISIÓN EPISCOPAL ESPAÑOLA DE LITURGIA, *Ritual de la unción y de la pastoral de enfermos* (Madrid [3]1982).

MAERTENS, T. - HEUSCHEN, L., «Doctrine et pastoral de la liturgie de la mort»: *Paroisse et Liturgie* 38 (1956) 427-448.

RIGHETTI, M., *Historia de la liturgia,* I (Madrid 1945) 969-1008.

SCHUSTER, A. I., *Liber sacramentorum,* IX (Turín 1932) 80-111.

SAN MALAQUÍAS

Obispo († 1148)

San Malaquías fue irlandés de origen, hijo de padres nobles y cristianos. Sabiendo muy bien lo mucho que prenden en el alma las primeras impresiones, su madre aplicó el mayor cuidado en inspirar en la de su hijo las de una sólida vivencia cristiana; y dejando a cargo de los maestros cultivar su entendimiento con las letras humanas, ella tomó como suyo el amoldarle el corazón a los principios de la vida cristiana de manera que desde muy tierna edad empezó a amar la oración y el recogimiento. Y concurriendo algunas veces con su maestro a una casa de campo, la vista de la naturaleza le elevaba hasta poner los ojos en su Creador. Aquellos grandes principios prometían grandes fines, y los fines correspondieron a aquellos grandes principios.

Había en Hardink un hombre cuya penitente vida se hacía admirar de cuantos tenían noticia de su virtud. Malaquías lo buscó con el fin de que le enseñase alguna regla para su vida espiritual. Admiró a todos la resolución del joven, que, sentado a los pies de Imacio (así se llamaba su maestro), aprendía y le imitaba. Su conducta hizo conquistas, pues así como hasta entonces muchos se contentaban con admirar a Imacio, cuando

vieron que aquel muchacho podía también rivalizarlo, se esforzaron otros por seguirle.

Pasados unos años, movido el obispo por este ejemplo le ordenó de diácono a pesar de su modestia. Aceptó Malaquías esta llamada al ministerio y lo desempeñó con la gracia de Dios. Se propuso por modelo a San Esteban para las funciones del mismo ministerio, y copió perfectamente su inocencia, su celo y su caridad. Empezó por preocuparse de los pobres abandonados, y con sus propias manos los socorría en todo. La dignidad con que Malaquías desempeñaba su ministerio era su mayor panegírico, por lo que otros pidieron que se le ordenara sacerdote; sólo Malaquías se consideraba indigno, y fue menester la autoridad de su obispo, y la veneración que profesaba a los dictámenes de su director Imar o Imacio, para aceptar el orden sacerdotal. Fue presbítero a los veinticinco años de edad, dispensándose con él, en atención a su virtud, la costumbre de aquel tiempo de no conferir el sacerdocio hasta haber entrado en los treinta.

Recibida la imposición de las manos, el obispo le encargó el cuidado de repartir al pueblo la palabra de Dios; y el nuevo predicador hizo en poco tiempo tanto fruto, que mudó el semblante de toda la diócesis. Desarraigó del pueblo muchos vicios que parecía aspiraban a la prescripción; corrigió abusos que presumían ya de legítima costumbre; restituyó la disciplina, y con las buenas costumbres restauró una prometedora vida cristiana en toda la diócesis. Era elocuente, y predicaba con celo y entusiasmo; pero lo que más contribuía a las conversiones era su ejemplo. Veían todos en el altar a un santo, en la conversación a un sabio, y en el púlpito a un apóstol. Sólo por motivo de caridad se dejaba ver en público; por lo demás, toda su ocupación particular era el estudio de la Escritura y de los Padres. Acompañaban a todas sus obras y palabras la dulzura, la mansedumbre y la humildad. Consiguió que en todas las iglesias de la ciudad y de la diócesis se cantase el oficio, ejemplo que imitaron pronto todas las ciudades de Irlanda. Y no sólo restituyó en ellas el canto del coro, sino también la práctica de los sacramentos y otras devociones olvidadas.

A pesar de todos estos trabajos, desconfiando Malaquías de sus propias obras, determinó hacer un viaje a Lesmor, para vivir

algún tiempo bajo la dirección de Maiech, obispo de la misma ciudad, reputado por uno de los más sabios y prudentes obispos de su tiempo. Con ocasión de su estancia en Lesmor conoció a Cormach, rey de Malmonia, que habiendo sido despojado de la corona por una tropa de sediciosos, vivía allí recogidamente. Formó desde entonces el rey tan elevado concepto de la virtud de Malaquías, que no sólo le admiró toda la vida, sino que le profesó tierna y estrecha amistad.

Estando en Lesmor tuvo noticia de la muerte de su hermana, mujer no muy religiosa; pero que al fin, antes de morir, Dios le había otorgado la gracia de la verdadera conversión. Pero lo que más le colmó de gozo fue la conversión de su tío materno, abad comendatario de Benchot, en cuyo monasterio no habían quedado otras señales de su antiguo esplendor que la multitud de sus ricas posesiones. Movido el tío por la santidad del sobrino, renunció a la abadía. Aceptó Malaquías el monasterio por consejo de Imar y puso en ella monjes, cuyo gobierno tomó a su cuidado, volviendo a ser el monasterio más ejemplar y floreciente de toda Irlanda.

El ejemplo de Malaquías fue como el alma de aquella comunidad. Aprendían con sola su presencia y sus obras eran la regla viva. Nunca se dispensó en el menor de los ejercicios; la única singularidad fue que era mucho más austero consigo mismo de lo que prescribía la regla.

Habiendo muerto por este tiempo el obispo de Connerth, se unieron todos los votos de los mejores cristianos para colocar en su lugar a Malaquías. Su resistencia sólo sirvió para encenderles más los deseos. Se acudió a la autoridad del Imar, y a la de su metropolitano el arzobispo de Armagh, para vencer su repugnancia y su humildad. No le hicieron fuerza las súplicas y fue menester echar mano del precepto. Se le mandó por obediencia, y el humilde presbítero obedeció. Fue consagrado a los treinta años de su edad, y aunque sintió todo el peso de la carga episcopal, cuyas obligaciones conocía, no se desalentó; antes se esforzó a desempeñar dignamente tan trabajoso ministerio.

Luego que tomó posesión de su sede, reconoció en sus ovejas más señales de gentilidad que de cristianos, advirtiendo, como dice en su biografía San Bernardo, que más parecía venía

a ser pastor de fieras que de hombres. En efecto, los moradores de Connerth y de toda su diócesis eran una gente muy ruda que de tiempo inmemorial vivía casi sin religión. Su indocilidad y brutalidad habían desterrado del país toda asistencia espiritual. El obispo no lo era más que de nombre. Ni las ovejas conocían al pastor, ni el pastor a las ovejas; y habiendo visto sus predecesores que no les hacían caso, vivían siempre distantes del rebaño. La mayor parte de las iglesias estaban demolidas o profanadas; los sacramentos como abolidos por el desuso; de confesores y de penitencias no había que hablar; si se hallaban algunos sacerdotes, estaban tan confundidos con los laicos por las costumbres y por el traje, que se podía pensar que no los había. Reinaban en todas partes las supersticiones, y al lado de ellas todos los vicios. Era universal la ignorancia, pudiéndose decir que en Connerth sólo había quedado una sombra del cristianismo. Éste fue el campo que tuvo que desbrozar el nuevo obispo. Animado de un celo verdaderamente apostólico, no le acobardó el trabajo, aunque era ciertamente pesado, duro e ingrato. Hicieron cuanto pudieron para intimidarlo, para disgustarle, y aun para cansar su celo; pero todo inútilmente. El primer cuidado del Pastor fue ganar al rebaño, o al menos domesticarle con su mansedumbre y con su paciencia. Muchas veces fue despreciado, maltratado, y aun corrió riesgo su vida; pero nada entibiaba su ardiente caridad. Se mantenía intrépido en medio de los lobos, sin dársele nada de su fiereza ni de su rusticidad. Cuando veía frustradas todas sus industrias, acudía a las plegarias que derramaba por ellos en la presencia de Dios, pasando muchas noches enteras en oración para ablandar su piedad en favor de su pueblo. Iba por las calles y por las plazas públicas en busca de los que huían de oír su voz en la iglesia, expuesto a la gritería y a los escarnios de un pueblo despiadado. Andaba de aldea en aldea y de choza en choza con tremendos trabajos para distribuir a ingratos, y no pocas veces a sordos, el pan de la divina palabra, y hacía todos estos viajes a pie, a imitación de los antiguos apóstoles. Salieron en fin victoriosas su paciencia y su constancia. Suavizó la ferocidad de aquellas gentes que se conmovieron a la vista de su perseverancia y de su celo. Fueron poco a poco acostumbrándose a oír la voz de su Pastor; le amaron y le siguieron. Restableció el orden: se reedificaron iglesias y

se empezó a celebrar en ellas la Eucaristía, los sacramentos y el oficio divino. El amancebamiento cedió a la santidad del matrimonio, recobraron su vigor las sagradas leyes, y de todas partes se desterraron los abusos. Restituido el clero secular y regular a su primitivo fervor, revivió la piedad de todo el pueblo en menos de dos años; de manera que se podía decir de aquel pueblo lo que dijo Dios por el profeta Oseas: «El que antes no me conocía, se hizo ya pueblo mío».

Tardó poco el Señor en acrisolar aquella nueva iglesia con una dura prueba. Irlanda, a la sazón, se dividía en cuatro reinos. Y el rey que mandaba en la parte sur de la isla entró en la diócesis de San Malaquías, se apoderó de la ciudad episcopal y arruinó y asoló todas las tierras de labor. Viose precisado Malaquías a refugiarse con ciento veinte de sus monjes en los Estados de Cormach, rey de Malmonia, a quien había tratado en Lesmor, que le recibió con los brazos abiertos; le consignó cierta posesión, con una considerable suma de dinero, para que fundase el monasterio, que se llamó de Brachi, y al que el mismo rey empezó a retirarse de vez en cuando.

Enfermó gravemente, entonces, Celso, arzobispo de Armagh y primado de Inglaterra, y hallándose cercano a la muerte, declaró a todos los que le rodeaban que no conocía otro sujeto más digno de sucederle que el obispo Malaquías. Ajustándose al parecer de Celso, los electores, a pesar de la resistencia de Malaquías, lo colocaron al frente de toda la jerarquía de Irlanda. Por cierta especie de abuso de aquella difícil época se hallaba invadida la sede metropolitana por algunos intrusos que no eran siquiera sacerdotes, pues cierta familia principal de la isla había hecho como hereditaria en su casa aquella dignidad, tanto que sucesivamente la habían ocupado varias generaciones de la misma familia; desorden que por espacio de casi dos siglos había causado la ruina de la disciplina eclesiástica, y punto menos que el exterminio del cristianismo en toda Irlanda. Lo sabía así el arzobispo Celso, y por eso, como hombre bueno, puso los ojos en Malaquías, pareciéndole que sólo él era capaz de resucitar la doctrina evangélica que San Patricio, apóstol de toda la isla, había introducido en ella. Aunque era tan difícil aquella primera dignidad, el título solo de «primado» sobresaltó la humildad de Malaquías; y fueron menester todas las instancias del Beato

Malch, obispo de Lesmor e íntimo amigo suyo, y toda la autoridad de Gilberto, legado de la Santa Sede, para reducirle a que aceptase, y aun así no cedió hasta que se le amenazó con excomunión. Pero antes, habiendo oído decir que cierto Mauricio, de la familia de aquellos que se soñaban arzobispos hereditarios, se portaba como tal, añadió a su aceptación dos condiciones: la primera, que no había de entrar en la ciudad metropolitana hasta que muriese o se retirase el usurpador, no fuese que por entrar en su nueva sede se pudiese ocasionar algún alboroto o acaso la muerte de alguna oveja suya, cuando lo que él sólo quería era dar a todas la salvación y la vida; la segunda, que si, con el tiempo, se lograba restituir la paz y la tranquilidad en el arzobispado, se había de colocar en él a otro, permitiéndole a él retirarse a cuidar y a vivir con su primera iglesia, la de Connerth.

Ni que decir tiene que hecho Malaquías primado de toda Irlanda, muy en breve cambió en cristiano todo el panorama del país. Pero no consiguió esto sin padecer mucho, aunque es verdad que Dios se declaró visiblemente por él con no pocos milagros. Se cuenta que cierto señor, de la familia de los usurpadores, le convidó a su casa con intento de matarle; pero luego que el obispo se puso en su presencia, lleno de confusión y de respeto se arrojó a sus pies, le declaró su mal intento, le pidió perdón, e imploró sus oraciones. Otro que no perdía ocasión ni concurrencia en que no despedazase el crédito de Malaquías con todo género de calumnias, fue horriblemente castigado con una enfermedad en su lengua de la que murió presto. En fin, otra señora de la misma familia que estando el nuevo primado predicando tuvo el atrevimiento de interrumpirle, tratándole de hipócrita y de usurpador, al instante fue asaltada de tan grave ataque que murió enseguida, no sin haber declarado antes su culpa. A vista de todos estos casos cesó el cisma, y vino la paz y la tranquilidad.

Viendo Malaquías que todo estaba tranquilo y las cosas en su lugar, sólo pensó en poner en ejecución la segunda condición con que había aceptado el arzobispado de Armagh; y convocando a los electores canónicos, hizo formal dimisión de él disponiendo que fuese elegido un sujeto muy digno, llamado

Gelasio. No es fácil explicar los lamentos de todo el rebaño, pero obedecieron. Consagrado Gelasio, volvió Malaquías a Connerth, su primera iglesia. Entonces por enésima vez dio nueva prueba de su humildad y de su desinterés, porque informado por algún historiador de que, por la ambición de alguno de sus predecesores, se habían unido dos obispados en uno, quiso absolutamente que se tornase a la división primitiva; y dejando al futuro obispo la ciudad y territorio de Connerth, él fue a residir a Downe, diócesis mucho más pobre y mucho menos considerable, donde levantó una catedral y estableció un monasterio de canónigos regulares, cuyo superior quiso ser él mismo.

Para proceder en todo con mayor seguridad en esta nueva restauración de las diócesis, le pareció a Malaquías que debía solicitar la aprobación de la Sede Apostólica, y resolvió ir a Roma personalmente para ver si se aprobaba todo lo que había hecho, así en la metrópoli de Armagh, como en la división de los dos obispados de Connerth y de Downe. Partió, pues, a pie, acompañado de algunos discípulos. Al pasar por Francia quiso tener el consuelo de conocer de vista a San Bernardo, cuya fama había penetrado hasta Irlanda; y dirigiéndose a Claraval, fue recíproca su admiración. Malaquías encontró en el santo Abad muchos más talentos y muchas más virtudes que las que publicaba la fama, y Bernardo descubrió en el obispo una santidad más eminente, y muy superior a lo mucho que había oído decir de ella. Se unieron desde entonces los dos en una estrechísima amistad, quedando Malaquías tan edificado de lo que estaba viendo en Claraval, que desde aquel momento sólo pensó en renunciar a su obispado, y retirarse a pasar allí el resto de sus días. Arrancóse con gran dolor de aquel monasterio, y habiendo pasado los Alpes, entró en Roma, donde fue recibido con veneración y gran afecto por el papa Inocencio II que le confirmó en todo lo que había hecho; pero cuando le presentó su renuncia al obispado, lejos de consentir en ella, le nombró Legado de la Santa Sede en toda la isla de Irlanda. Como signo de comunión el Papa le puso su misma mitra en la cabeza y le regaló la estola y manípulo que usaba cuando oficiaba en los días solemnes; y colmándole de honores, le volvió a enviar a su Sede. Pasó se-

gunda vez Malaquías por Claraval y, ya que no le fue posible quedarse allí, se consoló con dejar cuatro discípulos suyos, los que más amaba, para que se formasen en la escuela de Bernardo, no sin tener el oculto presentimiento de que había de venir a morir en aquel monasterio.

Arribó por mar Malaquías a Escocia, y pasando luego a saludar al rey, le halló muy afligido con el temor de perder al príncipe su hijo, que estaba peligrosamente enfermo. Le pidió el rey que hiciese oración por él y el príncipe quedó sano. Se embarcó de Escocia para Irlanda, y fue a tomar tierra en el monasterio de Bencor para que sus hijos espirituales conociesen y gozasen con su llegada y nuevas. Desde el monasterio se comunicó la alegría a todas las regiones; pero el legado apostólico estaba tan muerto a sí mismo que ni siquiera advertía los honores que le tributaban; sólo tomaba el gusto a una cosa, que era el que en todo se cumpliese la divina voluntad.

En todas partes sembraba y no hubo rincón a donde no se extendiese su vigilancia pastoral. Era tan abundante en él la gracia, que resaltaba a lo exterior. La modestia parecía como retratada en su venerable rostro; no le cogerían en una palabra ociosa sus mayores enemigos; nunca perdía la paz en medio de los más graves asuntos; a todo atendía, pero a sólo Dios se entregaba. Por este medio se conservaba siempre tranquilo. Era tan de su gusto la pobreza, que ni siquiera tenía casa propia; predicaba gratuitamente y, a ejemplo del Apóstol, con el trabajo de sus manos ganaba el pan para sí y para sus acompañantes en el sagrado ministerio. Recorría su diócesis ordinariamente a pie, sin miedo de que se desluciese por eso la dignidad de legado apostólico, pues así lo había aprendido de los discípulos de Jesucristo.

A vida tan ejemplar sólo faltaba una piadosa muerte; y lo logró pronto. Dos cosas había deseado: morir en Claraval, y morir el día de difuntos; ambas las consiguió. Le obligaron los negocios de su cargo apostólico a emprender segundo viaje a Roma, y después de haber celebrado un concilio con los obispos de Irlanda, se puso en camino. Llegando a Claraval, aunque San Bernardo se hallaba a la sazón sumamente débil por una grave enfermedad que había padecido, le salió a recibir con

gran alegría. Pasaron todos cuatro o cinco días llenos de gozo. Cantó misa Malaquías el día de San Lucas; pero acabada la misa, cayó enfermo, y todos los monjes con él, como cuenta San Bernardo. Todos a porfía acudieron a asistirle y a aliviarle; tomaba cuanto le daban; pero estaba muy seguro de que no había de sanar de aquella enfermedad. Pidió los últimos sacramentos, y recibidos, subió a la celda, y se puso en cama, porque había bajado a la iglesia a recibirlos en presencia de toda la comunidad. Agravóse el mal hacia la noche, y mandó llamar a San Bernardo, y vuelto a los circunstantes dijo:

> «Con deseo, he querido celebrar esta Pascua con vosotros. Rindo mil gracias a la bondad de mi Dios porque se dignó cumplirme estos deseos».

Vieron todos retratada en el semblante del moribundo toda aquella alegría que causa la esperanza de una vida eterna. Consolaba a su querido amigo, y a todos los demás:

> «Cuidad vosotros de mí —les decía—, que si Dios me hace misericordia, yo cuidaré de vosotros. Él me la hará sin duda, porque he creído en él, en aquel a quien todas las cosas son posibles. Amé a mi Señor, y os amé a vosotros: la caridad no se acaba».

Y levantando después los ojos al cielo, dijo:

> «Dios mío, guárdalos en tu nombre, y no sólo a los presentes, sino a todos los que has llamado a tu servicio por mi ministerio».

Entretúvose después un poco con su Dios, y envió a descansar a sus hermanos. Hacia la media noche la comunidad con otros muchos abades que habían concurrido a Claraval noticiosos de su enfermedad volvieron a colocarse alrededor de su lecho, y todos rezaban con el santo obispo, que exultaba de gozo porque iba a salir al encuentro de su Salvador. Así murió Malaquías, Legado de la Sede Apostólica, a los cincuenta y cuatro años de edad, en el lugar y en el día que había deseado, espirando en brazos de San Bernardo y de sus hijos. Todos tenían clavados los ojos en él, y ninguno pudo advertir cuando espiró; tan parecida fue su muerte a un dulce sueño. El rostro quedó con tan hermoso color, la huella de su alma en el cuerpo, a cuyo espectáculo cesaron las lágrimas, y se apoderó el gozo y el consuelo de todos los corazones. Se celebraron los funerales y

demás oficios con fervorosa devoción. Entre los que concurrieron a su entierro había un mozo paralítico de un brazo, y el mismo San Bernardo le mandó que se acercara, y tomándole la mano, se la acercó para que tocase la del santo obispo difunto, y, cosa admirable, al punto se le restituyó a su estado natural, y era que, como dice el apóstol, todavía vivía en el muerto la gracia de la salvación y la vida.

LUIS M. PÉREZ SUÁREZ

Bibliografía

BAUDOT, J. - CHAUSSIN, L., OSB, *Vie des saints et des bienheureux...* XI: *Novembre* (París 1940).

CROISSET, J., SJ, *Año cristiano, o ejercicios devotos para todos los días del año. Noviembre* (Barcelona 1862).

O'CARROL, M., *Dictionnaire de spiritualité, ascétique et mystique.* X: *Mabille-Mythe* (París 1980) col.137.

BEATO PÍO DE SAN LUIS CAMPIDELLI

Religioso († 1889)

El 29 de abril de 1868 Trebbio di Poggio Berni (Romagna), pueblo de la diócesis de Rímini, vivió una jornada de las que, andando el tiempo, quedan para siempre en los anales del vecindario: un hogar sencillo de la localidad se había visto agraciado con la llegada de un nuevo vástago, Pío de San Luis Campidelli (1868-1889). Cuarto de seis hijos, el mismo día natalicio renació a la vida espiritual al serle administrado el sacramento del bautismo, durante cuya ceremonia se le impuso el bello nombre de Luis —en italiano Luigi, para sus íntimos Gigino—. Giuseppe Campidelli y Filomena Belpani, sus padres, eran labradores.

Tranquila familia la suya, dedicada de lleno al trabajo del campo, temerosa de Dios. Va saliendo adelante como puede entre una fe ciega en la Providencia y un medido reparto de los escasos haberes. Vive también con ellos en casa el tío Miguel, para todos conocido como el tío «Bertoldo», a quien de vez en cuando se le escapa una blasfemia. Gigino se estremece entonces y ora por él. Cruzada de oraciones que proseguirá en

el convento, reza que te reza por su «tío Bertoldo», hasta que un buen día viene a saber que el Señor ha escuchado sus plegarias: el tío ya no blasfema. A golpe de oración, pues, y de perseverancia en ella consigue triunfos espectaculares en la vida del espíritu.

Se distingue por su tierna devoción a María Santísima y a la Eucaristía y, aunque nunca va a destacar en los estudios, siendo de constitución más bien enfermiza, la verdad es que sabe manejarse jovial y cordial y cariñoso por doquier. Percibe desde chaval el irresistible atractivo de la oración, la fuerza estética de la liturgia, el contagioso empuje de la instrucción religiosa. Sostenido por el buen ejemplo familiar, se adhiere a todo ello con entusiasmo desbordante, casi frenesí, manifestándolo una y otra vez a base de las típicas expresiones de la infancia inocente, como la devoción a la Virgen, al Santísimo Sacramento y al Crucifijo. Alcanza la santidad en su entrega incondicional al divino querer, con su fidelidad a la Gracia hasta en las pequeñas cosas y con su mantenido cumplimiento de metas y propósitos muy concretos en lo vulgar y cotidiano.

Entregado, como digo, de buen grado y desde pequeño a la oración, no cesa un solo día de rezar por todos —lo hace mucho y bien—, con especial insistencia, si se quiere, por su queridísimo papá, muerto cuando él tenía sólo cinco años. En evitación de blasfemias y palabrotas de los caminantes, se le ve a menudo retirar los cantos del camino. Participa contento en las fiestas de la recolección y va los domingos a misa con la familia y habla luego con la mamá de la homilía del cura. A los cinco años, la misma edad en que se queda huérfano de padre, recibe el Santo Crisma. Hace la primera comunión, en cambio, a los diez. Es un chaval como los otros, ciertamente, pero noble, abierto, dócil, bueno él. Fervoroso de la Eucaristía, oye a diario misa, a pesar del esfuerzo que ello le supone, pues tiene que hacerse cinco kilómetros a pie. De vuelta en casa, explica el catecismo a los compañeros. Algunos critican esa conducta juzgándola propia de un santurrón —es la consabida prueba de quienes pretenden recorrer el camino espiritual de la sencillez—; los más, sin embargo, aprecian su modo de ser y tienen a Pío en gran estima.

De fortalecer estas buenas inclinaciones se ocupa sobre todo la mamá; ella lo sostiene y llega incluso a pedir consejo al hermano don Filippo sobre qué hacer con el pequeño. Los dos muestran su contento por la buena marcha del niño, pronto a los requerimientos maternales, y acuerdan esperar a ver qué depara la suerte. Llegan entre tanto al país para las misiones populares del pueblo dos pasionistas desde el vecino Santuario della Madonna di Casale junto al Santo Arcángel. Gigino es un chavalejo de 10 o 12 años, y va con gusto a escucharlos junto a la mamá: la verdad es que queda fascinado del entusiasmo y serenidad de los religiosos. Una voz interior le dice que debe hacerse pasionista y él la escucha, la secunda, la acaricia y acaba adhiriéndose con gozo a lo que dicha voz le dicta. Ni corto ni perezoso, pues, se arranca, va y confía tan íntimo deseo al superior. Desdichadamente, su gozo en un pozo: esos buenos deseos son inviables antes de los 14 años; no habrá más remedio que esperar y rezar y confiar, dando tiempo al tiempo.

Y así es como el 2 de mayo de 1882, por fin, con los 14 bien cumplidos, puede irse al convento para hacer realidad el viejo sueño de entrar en religión. Al cabo del mes, 27 de mayo del mismo año para ser preciso, viste el santo hábito de la Congregación de la Pasión. Pío y los pasionistas, de este modo, pueden darse el abrazo fraterno de la estupenda obra emprendida con ayuda de Dios, que nunca desoye ni abandona a quienes con humilde insistencia se lo piden. Sólo estará seis meses lejos de su tierra como novicio en San Eutizio di Soriano al Cimino. Los pasionistas no tardan en comprender que tienen con Pío una joya: Dios ha estado grande con ellos y están alegres de tener consigo a un novicio y estudiante modelo. Fervoroso de la vida pasionista, se distingue por su devoción eucarística y mariana, por una auténtica caridad fraterna y un decidido empeño en el estudio. Su profundo recogimiento, su innata modestia, su incondicional obediencia, su compostura exterior e interior, en suma, le ganan el unánime aprecio de todos, empezando por sus hermanos en religión. Es muy devoto de la Virgen y procura imitar a San Luis Gonzaga y a San Gabriel de la Dolorosa.

El 30 de abril de 1884 emite la profesión religiosa en el noviciado de Santa María de Casale. Vive la jornada ejem-

plarmente, dando ejemplo de gran fervor y de extraordinaria devoción a la Eucaristía, al Crucifijo y a la Virgen María. Los testimonios durante el proceso de beatificación coinciden en señalar que durante sus siete años de vida religiosa fue para todos, dentro y fuera del convento, acabado modelo de observancia regular y de alegre fidelidad en la práctica heroica de las virtudes. Firme empeño el suyo por sacar adelante los estudios, piensa en su futuro ministerio sacerdotal, incluso llega a recibir las cuatro órdenes menores. Pero al sacerdocio no llegará. Cuando ya casi acaricia con las manos el subdiaconado, he aquí que aparecen de pronto unos raros síntomas en el organismo: enferma de tuberculosis, el terrible mal que acabará pronto con su vida. Muere, efectivamente, en el retiro de Casale, en un éxtasis de amor durante la última hora de vida, el 2 de noviembre de 1889, como él mismo había predicho. Muere ofreciendo su tierna existencia en sacrificio por la Iglesia, el Papa, los pecadores y su queridísima Romagna. Termina víctima de la enfermedad que ha segado y segará la vida de tantos jóvenes santos de su tiempo. Tiene apenas 21 años y medio.

Las actas del proceso informan de cómo supo sobrellevar la enfermedad en todo momento, y de qué manera tan dulce saludó y consoló a su madre cuando vino al convento para estar a su lado por última vez, diciéndole: «¡Ánimo, mamá: volveremos a vernos en el paraíso!». Mamá Filomena, no obstante, sintió más abundantes, si cabe, las lágrimas ante aquella emocionante despedida. Al llanto de dolor se añadía el del consuelo. Aquel hijo había aprendido lo que ella le había transmitido con la leche materna, a saber: que el paraíso es la única realidad por la que vale la pena vivir y morir. Y así, de esta forma tan sencilla, hijo y madre se fundieron en íntimo y prolongado abrazo para despedirse hasta la cita de la eternidad. Él, ayudado por algunos bondadosos hermanos, probó a subir de nuevo las escaleras del convento para consumar su holocausto. Ella, acompañada de las hijas Adela y Teresa que terminaban de presenciar la entrañable escena tan conmovidas como la madre y el hermanito, reemprendió el camino de vuelta a casa llevándose dentro, muy dentro de sí, la imagen del hijo de sus entrañas marcado ya por la muerte, pero con los ojos todavía dulces como cuando los contemplaba siendo todavía un bebé en sus brazos.

Pío encontró el valor fundamental de la vida religiosa justamente en el don de sí mismo. Este rasgo esencial de su fisionomía interior apareció a los testigos de modo particular en el momento de la muerte, cuando «con pleno conocimiento de su próxima consumación anduvo ofreciéndose siempre a cumplir perfectamente su sacrificio para uniformarse a la voluntad de su Dios; se ofreció a Dios por la Iglesia y en especial por el bien de su dilecta Romagna» [del *Proceso canónico*]. Afloró entonces en su totalidad el peculiar estilo de su virtud, repitiendo:

> «Ofrezco la vida por la Iglesia, por el Sumo Pontífice, por la Congregación, por la conversión de los pecadores y especialmente por el bien de mi dilecta Romagna».

Fue sepultado en el cementerio de San Vito ante la presencia de una muchedumbre conmovida que allí se había concitado para darle presurosa su adiós, pues inmediatamente corrió la voz de que había muerto el «santino» de Casale. Si de los santos suele decirse que son como las flores, que las hay de diversos tamaños, colores y olores, pero todas despiden agradable perfume, habrá que reconocer en nuestro caso que una de esas bellas flores fue, sin duda, el Beato Pío Campidelli, en quien más de un paisano ha querido reconocer a la más hermosa flor de su adorada Romagna.

Exhumados los restos y trasladados al santuario de Casale en el año 1923, Juan Pablo II proclamó «venerable» a Pío el 23 de marzo de 1983 y el 6 de diciembre de 1984 aprobó el milagro del que, por intercesión del siervo de Dios, había sido agraciada Sor María Foschi. El mismo Juan Pablo II, por fin, se dignó elevarlo a los altares el 17 de noviembre de 1985, en el majestuoso marco de la basílica vaticana. Era el año internacional de la juventud. Ante la muchachada de jóvenes allí reunidos, el Papa propuso a nuestro simpático pasionista Pío como dechado de santidad, de amor a las cosas sencillas y a la propia tierra. Todo el mundo pudo seguir la ceremonia en directo por mundovisión, admirando así la exaltación de que era objeto aquel humilde romagnolo, joven pasionista que, como «sal sabrosa», dio la vida por la Iglesia, por el Papa, por su tierra, por su amado pueblo Trebbio di Poggio Berni. Había encontrado

justamente en la donación de sí el valor fundamental de la vida religiosa, y ahora, ya desde el cielo, sabría acoger a sus devotos. A él acuden, día tras día, llenos de esperanza y postrados ante la urna que guarda sus restos para pedirle gracias y encontrar paz y sosiego en sus corazones.

Y es que, desde 1985, una urna diseñada por el arquitecto Ravagli contiene sus preciosos restos mortales en la capilla de la izquierda de la iglesia. Al fondo de la capilla lucen ocho grandes cuadros de cerámica de la escuela Gatti de Faenza, sobre boceto de la pintora Clara Zoani. Representan otras tantas escenas de su vida. Los cuadros están sobrepujados por el blasón pasionista. También hay en la espaciosa cripta un salón y acogedores locales para encuentros de oración y estudio. En la sacristía se conserva una tela representando el Crucifijo que G. B. Galliadi, renombrado pintor de Santarcangelo, pintó para el santuario en el año 1780. Y en la capilla ferial, un frontis de altar en escayola perteneciente a la antigua iglesia. Como recuerdo del I centenario de la muerte de nuestro Beato, el santuario fue embellecido en 1989 por un airoso campanario con ocho campanas que hoy repican y tocan a fiesta para regocijo espiritual de los lugareños. Por último, en fin, 1995 fue el año de la inauguración del monumento en bronce erigido al Beato Pío y colocado en el ábside de la antigua iglesia, obra del escultor Leonardo Lucchi.

La del Beato Pío de San Luis Campidelli es, en definitiva, una espiritualidad de finura, de sencillez, casi de infancia espiritual; la verdadera santidad de lo cotidiano; es, diríase, la santidad extraordinaria de una vida ordinaria. Rasgo esencial de su fisionomía interior, éste, por cierto, que apareció a los circunstantes especialmente en el momento de la muerte, cuando, con pleno conocimiento de su próxima consumación, supo abrazarse y ofrecerse hasta el perfecto cumplimiento de su sacrificio para identificarse del todo a la voluntad de Dios. Había percibido desde niño el deleite de la oración y el atractivo de la liturgia y de la instrucción religiosa y, sostenido por el buen ejemplo familiar, a ella se había adherido con singular afán. Los pasionistas le proporcionaron el clima favorable para desarrollar el deseo de unirse a Dios en lo más íntimo de sí mismo y prepararse

a implicar a los otros en tan apasionante experiencia, puestos los ojos en el futuro ejercicio del sacerdocio. En el voto particular de los pasionistas de hacer continua memoria de la pasión, muerte y resurrección de Jesús, supo comprometer por completo la propia vida, realizando así la vocación específica de su familia religiosa. Provenía de gente pobre, tenía salud frágil, inteligencia normal, mas nunca consideró infortunio alguno ni sintió como frustración su pobreza y limitaciones; realizó y dio, en cambio, el máximo de sí, porque «me di a buscar abiertamente la sabiduría en la oración. A la puerta delante del templo la pedí, y hasta mi último día la andaré buscando. En su flor, como en racimo que madura, se recreó mi corazón... Incliné un poco mi oído y la recibí, y me encontré una gran enseñanza» (Eclo 51,13-16). Así es como vino a resultar verdadera «sal de la tierra» para cuantos lo conocieron vivo, y «sal» continúa siendo, ahora, para cuantos se acercan al luminoso testimonio de su ejemplo.

Fue su vida diaria vivo reflejo de adhesión a Cristo. De ahí su mensaje para los jóvenes que han perdido el rumbo, para que jóvenes y adultos, todos, aprendan con su ayuda a ser testigos creíbles del amor de Dios Padre. Sus hermanos pasionistas en período de formación, pueden también encontrar en esta luminosa biografía un estupendo paradigma de seguimiento a Cristo crucificado. Dios, en su infinita bondad, quiso destruir en el Beato Pío Campidelli al hombre viejo y crear en él un hombre nuevo, a su imagen. El Papa dejó en la homilía de beatificación unas palabras que pueden ser el mejor resumen y la mejor consigna de nuestro beato:

> «*Vosotros sois la sal de la tierra* (Mt 5,13). Vosotros debéis ser sal. Vosotros debéis dar sabor —el sabor evangélico— a la vida de la humanidad. ¡Sed sal! En el año internacional de la juventud es elevado a la gloria de los altares Pío Campidelli, el hermano Pío de San Luis, un joven que, como sal sabrosa, dio la vida por su tierra, por su pueblo: ofreció su vida por la Iglesia, el Papa, la conversión de los pecadores, por su Romagna».

PEDRO LANGA, OSA

Bibliografía

DI EUGENIO, P., *Sotto la Croce appassionatamente, la santità nella famiglia passionista* (San Gabriele, TE 1997).

JUAN PABLO II, «Homilia. In basilica Petriana habita, ob decretos Servis Dei Pio a S. Aloisio, Mariae Teresiae a Iesu et Rebeccae Ar-Rayes Beatorum caelitum honores [17.XI.1985]»: *AAS* 78 (1986) 302-307.

Martyrologium romanum, o.c., 570, n.13*; 751.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

BEATA MARGARITA DE LORENA

Religiosa († 1521)

Nace en 1463 en Vaudemont, hija de Federico II, duque de Lorena y conde de Vaudemont, y de Yolanda de Anjou, nieta del rey Renato de Anjou, monarca de Sicilia. Educada esmeradamente en casa de su tío el duque de Provenza, que se hace cargo de ella cuando queda huérfana, en 1488 es desposada con Renato de Valois, duque de Alençon. Fue el suyo un matrimonio feliz, y ella siguió siendo la joven piadosa y caritativa que había sido de soltera. El matrimonio tiene tres hijos: Carlos, Francisca y Ana. Pero la felicidad se quiebra cuando en 1492 fallece el duque en plena juventud. Se dedica ella a ser la educadora de sus hijos, a los que quiere infundir, ante todo, el santo temor de Dios, velando con mucha prudencia por los intereses temporales de los mismos y adquiriendo pronto fama de ser sumamente caritativa y volcada en la atención a los pobres.

Como gobernante, da ejemplo de justicia y mansedumbre, exhortando a todos al cumplimiento de la ley y al respeto del derecho de los débiles. Logra sanear la hacienda y entonces dedica el superávit a obras sociales, como hospitales, asilos y escuelas, ayudando igualmente a la construcción de parroquias y monasterios. Se inscribe en la Orden Tercera de San Francisco y vive en la secreta esperanza de poder algún día profesar como religiosa. Por fin sus hijos son acomodados en convenientes matrimonios. Cumplida por su hijo la mayoría suficiente de edad para gobernar por sí mismo, ella deja la gobernación del ducado y se retira al castillo de Ecssai, donde en el silencio comenzó a llevar una vida de intensa austeridad y piedad. El obis-

po de Séez la aconseja que ingrese mejor en algún convento de monjas y así lo hace en el monasterio de clarisas de Argentan, que ella misma había fundado años antes, donde viste el santo hábito y pronuncia los votos religiosos en 1520. Pero sólo un año más tarde el Señor la llama a su reino, entregando a Dios su hermosa alma en Mortagne el 2 de noviembre de 1521, empezando enseguida el culto que le tributaron los fieles y que le fue confirmado por el papa Benedicto XV el 20 de marzo de 1921. Sus reliquias fueron dispersadas durante la Revolución Francesa.

BEATO JUAN BODEY

Mártir († 1583)

Era natural de Wells, donde nace en 1549, siendo católica su familia. Estudia en el New College de Oxford, del que llega a ser miembro perpetuo, pero teniendo muchas dificultades a causa de su religión. Se decide a estudiar en el continente y estudia derecho en Douai, vuelve a Inglaterra en 1578 y abre una escuela de niños. En 1580 es acusado de ser católico y ante el tribunal niega enérgicamente la supremacía religiosa de la Reina, y aunque condenado a muerte, se le hace un segundo proceso, en el cual discute bravamente con el deán de Winchester acerca de la potestad de los reyes en materia espiritual. Entonces es condenado nuevamente a muerte pero se le deja en la cárcel durante tres años sin ejecutar, hasta que por fin se fijó día para su ejecución. Ésta tuvo lugar en Andover el 2 de noviembre de 1583. Invocó piadosamente el nombre de Jesús y se entregó mansamente a los verdugos.

Fue beatificado el 15 de diciembre de 1929 por el papa Pío XI.

3 de noviembre

A) MARTIROLOGIO

1. En Lima (Perú), San Martín de Porres († 1639), religioso dominico **.
2. En Cesarea de Capadocia, santos Germán, Teófilo y Cirilo (fecha desconocida), mártires.
3. En Agrigento (Sicilia), San Libertino († s. III/IV), obispo y mártir.
4. En Lauraguais (Galia Narbonense), San Pápulo († s. III/IV), venerado como mártir.
5. En Viterbo (Toscana), santos Valentín, presbítero, e Hilario, diácono (fecha desconocida), mártires.
6. En Bretaña Menor, San Guenael († 550), abad de Landevenec.
7. En Roma, la conmemoración de Santa Silvia († s. VII), madre del papa San Gregorio Magno *.
8. En el monasterio de Hornbach, junto a Estrasburgo, la deposición de San Pirmino († 753), obispo y abad de Reichnau o Augia Dives.
9. En el cenobio de Antidio (Bitinia), San Joanicio († 846), monje *.
10. En Alem (Flandes), la conmemoración de Santa Odrada († s. XI), virgen.
11. En Urgel (Cataluña), San Armengol o Ermengaudio († 1035), obispo **.
12. En los Marsos (Abruzo), San Berardo († 1130), obispo *.
13. En Cudot, junto a Sens (Galia), Beata Alpais († 1211), virgen.
14. Junto al monasterio de Fichingen (Suiza), Santa Ida († 1226), reclusa.
15. En Rímini (Flaminia), Beato Simón Balacchi († 1319), religioso dominico *.
16. En Milán (Lombardía), el tránsito de San Carlos Borromeo († 1584), cuya memoria se celebra mañana.
17. En Xa Doain (Tonkín), San Pedro Francisco Néron († 1860), presbítero, de la Sociedad de Misiones Extranjeras de París, mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN MARTÍN DE PORRES

Religioso († 1639)

Entre los caballeros llegados a Lima por los años de 1579, fue uno de ellos don Juan de Porres, hijodalgo de ilustre familia, sangre limpia, blasones antiguos, hábito de Alcántara, despierto y listo para los negocios de gobierno, apuesto en su porte y

buen cristiano. El señor don Juan venía de España a América nombrado gobernador de Panamá. Su estancia en Lima fue corta y de trámite. Durante el tiempo que permaneció en la Ciudad de los reyes hubo de tropezar con una joven agraciada, mulata de color, venida a Lima desde Panamá, y que vivía honradamente de su trabajo. Tenía su casita en las afueras de Lima. El hidalgo español frecuentaba aquella casita con grave daño de su honor y del honor de aquella joven. Dos hijos nacieron de aquellos amores clandestinos. Los dos niños se llamaron Martín y Juana. La madre, ayudada del caballero, los crió lo mejor que pudo, educándolos cristianamente, pues era ella fervorosa creyente.

Fue el 9 de diciembre de 1579 cuando vio Martín la luz. No nació negro, sino oscuro de rostro; ni tampoco con rasgos africanos; antes bien, las líneas de su cara se alargaban y henchían con toques de estirpe y ascendencia extremeña o andaluza. Sus hombros eran anchos; sus brazos, fuertes; su frente, levantada; sus ojos, negros; su nariz, más pequeña que grande; sus labios, gruesos en proporciones correctas; su costillar, espeso y membrudo. Fue bautizado Martín en la iglesia de San Sebastián. En dicha iglesia se conserva la gran pila bautismal donde fue regenerado y recibido en la comunión de los santos. En aquella misma pila se bautizó también Santa Rosa de Lima, la flor y rosa dominicana, patrona de todas las Américas. Se conserva igualmente la partida de bautismo de nuestro bienaventurado. Don Juan de Porres venía alguna que otra vez a Lima. No dejó nunca de visitar a Ana Velázquez y a sus propios hijos. Los niños crecían bellos y su madre cuidaba de su salud y de su educación. En Martín se pudo apreciar, desde sus primeros años, un sentido cristiano de amor a sus semejantes. Se cuenta que amaba singularmente a los pobres y los socorría de sus ahorros. Estos ahorros debían de ser los dineros que su padre le daba cuando los visitaba en Lima. Crecía su caridad con los años y nunca estaba más contento que cuando podía socorrer a alguno de los que llamaban a su puerta. Su madre veía en esto la hermosura de un corazón castellano y el rescoldo del espíritu de la gran nación a la que ella había unido su sangre. Cuenta su historia que, haciendo de recadero de su madre en compras que eran preci-

sas para la sustentación de su casa, distraía algunas cantidades dándoselas al primer menesteroso que encontraba. Fue el amor a los necesitados la virtud primera que prendió en el corazón de Martín, como un don del cielo; pues todos conocen la ambición que se alberga en el pecho de los niños, que ha de ser sofocada en los comienzos de su aparición si se quiere fomentar la generosidad, que es su contrapeso. Los templos de Lima eran buenos refugios a la piedad devota de sus habitantes, y en el de Santo Domingo se veía diariamente a Ana Velázquez con sus dos hijos asistiendo al culto y empapándose en las ceremonias sagradas. La vista de las imágenes era para los niños un gran placer. Por ellas iban subiendo a la concepción de sus vidas, contemplando los misterios encerrados en ellas. Más que todas, eran los crucifijos y los iconos de la Virgen los que más llamaban su atención. El crucifijo sería el libro de meditación de Martín a lo largo de todos sus años y donde encontró la senda segura de su caminar a la santidad. Por Cristo al Padre, y por María a Cristo. Es doctrina tomista. Es el secreto de la mística dominicana.

Martín comenzó a ser conocido pronto. Su compostura, su humildad y su amor a los pobres le hicieron célebre, no tanto por lo que daba cuanto por los pocos años que contaba al dar. Hubo día en que se privó de su alimento para dárselo a un hombre de color que lo demandaba. En ocasiones burló la vigilancia de su madre para substraer algo en la despensa con que llenar el estómago de algún vagabundo. En las escuelas era de los más aprovechados, a la vez que sentía sobre sí devotamente la autoridad de los maestros, a los que profesaba gran admiración y gran respeto. Las muchas horas que pasaba orando le dieron ya el calificativo de «santo». Martín era un «santo». No sabemos si llegó el nombre a sus oídos; pero de llegar, hubo de satisfacerle divinamente poniendo espuelas en su corazón para hacerse digno de tal calificativo. Renovó sus preces y sus penitencias, no alcanzando en aquellos días sino la edad de siete años.

Juana crecía a su lado, si no con virtudes tan distinguidas, con otras que adornaban su condición de mujer. La maestra de los dos hermanos era Ana Velázquez. Las genialidades de su hijo

Martín habían desplazado al padre; y fue ahora cuando el hijodalgo creyó que la ocasión le brindaba la oportunidad de reconocer públicamente a sus hijos y ocuparse directamente de ellos. Así lo hizo. Los tomó consigo llevándolos a Guayaquil. Ana Velázquez quedó bien acomodada en casa de una familia española de Lima. Martín y Juana fueron instalados en el domicilio de su padre. Éste hizo gala de su alcurnia y de su honor lavando una mancha que había echado sobre su prestigio y conciencia.

La primera preocupación de don Juan fue el que sus hijos prosiguieran su instrucción. Por si eran molestados en las escuelas públicas de la ciudad marítima de Guayaquil, les contrató un maestro y preceptor que les diera lecciones en casa. Aprovecharon mucho. Martín aprendió perfectamente el castellano, la aritmética, la caligrafía y otras disciplinas a las que le veremos después inclinado y en las que sobresalió mucho. Dos años duró la escolanía de los hermanos. Don Juan recibió un despacho del virrey de Lima en el que se le nombraba gobernador en Panamá. Como la vida en aquellas ciudades del Pacífico corría peligro por la aparición de los piratas ingleses y holandeses, no quiso llevar allá los hijos, y hubo de situarlos de modo que quedaran bien protegidos. A la pequeña Juana la dejó en Guayaquil en casa de su tío Santiago, y a Martín lo llevó a Lima para que continuara sus estudios y se abriera camino.

Uno de los oficios mejor retribuidos en Lima en aquel tiempo era el de «barbero». Por ser en sí mismo humilde no era profesión de hidalgo ni de guerreros. Quedaba para los artesanos. No significaba el oficio lo que hoy significa rapar barbas. Tenía más alta categoría. El «barbero» extraía dientes y muelas, abría las venas a la sangría, recetaba hierbas y emplastos, aliviaba dolores y neuralgias, rasgaba con el bisturí tumores e hinchazones. Necesitaba el «barbero» conocer medicamentos y tener en su casa y a su disposición flores y extractos de plantas para sus curaciones. En realidad, el «barbero» era un médico «de medicina general». Martín demostró, desde las primeras lecciones que le diera un viejo albéitar, rara disposición para el oficio. Adelantó en poco tiempo y pudo entendérselas con los clientes muy a su gusto. El «barbero» podía ser al mismo tiempo un buen apóstol, y lo era Martín. Mientras derribaba los grandes y largos

cabellos de los soldados que venían de sus guerras y echaba abajo las nutridas barbas de los campesinos enseñaba corrección a los díscolos, buen hablar a los soldados, prudencia a los jóvenes y religiosidad a todos. La barbería de Martín era frecuentada por lo más distinguido de la ciudad de Lima, pues la elegancia y buen tono que allí se respiraba atraía a ella a los caballeros y regidores. No trabajaba el esclavo, sino el ciudadano; no era el mulato el que servía, sino el compadre y el amigo. La barbería no llenaba las ambiciones caritativas de Martín. Atendía a los clientes, hacía apostolado, pero los enfermos no recibían sus cuidados.

Con los conocimientos adquiridos anteriormente tenía Martín una buena base para ampliar sus estudios y prácticas y subir un punto en su profesión. Así lo hizo. Se constituyó ayudante de un buen médico español, y cirujano a la vez, el cual le impuso en el manejo del bisturí y de cuantos instrumentos eran precisos para intervenciones corrientes. El joven salió tan buen «practicante», que acaparó la mayor clientela de Lima. Esta clientela la formaban principalmente los pobres y los de pocos dineros. Era lo que el santo joven apetecía, pues los ricos podían pagarse un buen médico y cirujano a la vez o en partes. El gozo de Martín al trabajar en su nueva profesión no tuvo límites. Dejó la barbería o la regentó en días determinados, llamándole más la cirugía. La casa de Martín se vio inundada de clientes menesterosos que buscaban en él al hermano y al profesional. Martín, «practicante», es el patrono de los de su oficio.

La leyenda de Martín nos dice que estudiaba de noche, consumiendo largas horas en el aprendizaje de sus lecciones. Tampoco descuidaba sus ejercicios espirituales. Más de la mitad de la noche la empleaba en oración, haciéndola con tanto dolor, ante un santo Cristo, que sus gemidos se oían en la calle. En la casa donde ahora vivía a pupilo, pues podía muy bien pagar la pensión con lo que ganaba, pudo observar la buena mujer que le atendía que, en las altas horas de la noche, permanecía encendida una vela en el cuarto de Martín. La curiosidad femenina quiso saber la causa y, observando por el agujero de la cerradura, vio a Martín en oración, y en oración tan subida, que su cuerpo se alzaba del suelo algunas cuartas. No lo quería creer la

mujer, pero lo tenía tan a la vista, que tuvo que darse por vencida. Corrió la noticia por la ciudad; se admiraron los moradores y Martín entró en el reino del milagro.

El templo de los dominicos de Lima, llamado del Rosario, era el lugar preferido de Martín para sus oraciones y visitas al Santísimo Sacramento. A primera hora de la mañana, rayando el alba, allí estaba oyendo la primera misa. Comulgaba en ella, y después se absorbía en la contemplación de la sagrada Hostia, y del regalo con que Jesucristo había querido dejar a los suyos hasta el fin de los siglos. Esta oración matutina se prolongaba horas enteras, hasta que el deber que se había impuesto de curar a los enfermos pobres lo llevaba a sus casas o al hospital del Espíritu Santo. Su devoción a la Eucaristía fue creciendo en él de modo que aprovechaba cuantas oportunidades tenía para visitar los templos donde se guardaba. La penitencia era estarse de rodillas sin dejarse vencer del cansancio ni del sueño. No parecía hombre, según eran los trabajos que soportaba, sino un ser de un mundo espiritual. La lucha mayor que sostuvo en sus penitencias fue el sueño. Se le cerraban los ojos y la cabeza se le venía al suelo. Para vencerlo tomaba las posturas más incómodas y variadas a fin de mantenerse despierto. La afición que Martín tomó a los dominicos fue mucha. Aquellos religiosos desplegaron tan profundo y extenso apostolado que eran la admiración de Lima.

Mientras unos regentaban las clases de la universidad, otros recorrían los suburbios de Lima llevando el apostolado a los trabajadores del campo y a los pobres de las barriadas extremas; muchos salían hacia la montaña a predicar el Evangelio a los remontados y salvajes, y algunos se dedicaban a decorar templos y altares o a escribir obras de teología y filosofía. En aquella iglesia dominicana tenía Martín su director espiritual, al que se confiaba y pedía orientaciones en su vida espiritual. Bien maduro el juicio y sabiendo toda la libertad que la Orden dispensaba a los hacedores de la caridad, un día llamó al prior de la casa y le confió su secreto. Se alegró el prior de la demanda y le abrió las puertas del convento. Martín ingresó en el convento del Rosario como en casa propia. Conocía todos sus rincones y podía allí ejercer su profesión, lo mismo con los religiosos que con los

seglares. La regla de los dominicos se abre a toda actividad donde tenga el primer puesto el amor de Dios y el amor al prójimo. Martín tenía sólo quince años. El terciario dominico Martín, por sus conocimientos, por sus aptitudes, fue nombrado barbero de la casa, mostrando una solicitud y un esmero grande por que los religiosos anduvieran limpios de barba y pulcros de cerquillo.

El convento dominicano del Rosario de Lima era así como un mesón por donde pasaban y descansaban los que habían de ir a otros puntos, como a Méjico, Guatemala, Ecuador, Costa Rica, Chile, Buenos Aires... La pobreza del convento de fray Martín llegó a tal punto, que el prior, teniendo algunas deudas contraídas en la fábrica del mismo, se vio atropellado por los acreedores que le exigieron la cuantía del dinero. No tenía él en casa con qué satisfacerlos, por lo cual tomó uno de los mejores cuadros que los religiosos habían traído de España y fue a venderlo. Por aquel tiempo había judíos en Lima. Otros objetos de valor acompañaban al cuadro. Fray Martín supo el apuro del prior y supo la determinación del mismo de vender todo aquello. Voló al sitio donde se hacía la venta y tomando al prior aparte, le dijo así:

> «Ya sé, padre, que tenemos que pagar esa deuda; pero le ruego que no venda el cuadro. Tengo yo otro medio para el pago; quizá lo acepten mejor; me daré en esclavo del acreedor, y con mi trabajo satisfaré la deuda».

Un día se le vio arrebolado el rostro de modo que no pudo disimular la fiebre. Sentía que la fatiga le rendía y, no obstante, no abandonaba su trabajo. Un religioso le denunció al prior y éste le envió inmediatamente a la cama. Fray Martín pidió al prior la bendición, como es costumbre entre los dominicos, y se retiró a su celda. Fueron a visitarlo algunos religiosos y vieron que no se había desnudado. Estaba en la cama con los zapatos puestos; claro es que no había tocado las sábanas. Nueva denuncia al padre prior. Éste, que conocía los quilates de la virtud de fray Martín, dijo a los acusadores: «Hermanos: fray Martín es un gran teólogo y un místico; su teología mística le ha hecho conocer el secreto de unir la mortificación a la obediencia». De todos modos, tomó el parecer del superior y curó su dolencia.

¿Cómo consideraba fray Martín la pobreza? Como una amiga inseparable y divina que le llevaba a usar vestidos usados, zapatos burdos, sombrero raído, capa con ventanillas abiertas al espacio. En su celda había unas tablas sobre dos hierros que sostenían un jergón de hoja de maíz, dos sábanas toscas, dos mantas no muy buenas, un taburete, una mesa de madera sin adornos y un armario del mismo estilo. Curiosidades, ninguna. Sobre la mesa y en el armario, instrumentos clínicos, almireces para triturar plantas y batir líquidos, gasas de hilo sacadas de algún retazo inservible, bien hervidas; frascos con medicamentos. El armario contenía cuantas plantas podía recoger para sus emplastos y sus bebidas aromáticas y curativas. Para él, nada; para los enfermos, todo. De objetos religiosos, tenía en el testero de su cama una cruz de madera; y en los lienzos laterales, dos estampas: una de la Virgen del Rosario y otra de Santo Domingo. Usaba un rosario al cuello como todos los dominicos de América, y llevaba otro suspendido de la correa. El rosario para él era el arma sagrada a la que se acogía y en la que confiaba en sus tentaciones y en sus trabajos.

En la curación de las enfermedades, fray Martín disponía de varios recursos, todos ellos eficaces. Era el primero el de la oración. A sus enfermos graves los encomendaba a Dios y a su Santísima Madre, y las curaciones no tardaban en realizarse. El segundo procedimiento era la aplicación de las medicinas usadas ya para las diferentes dolencias. El tercer medio que usaba fray Martín, a petición de los enfermos, era aplicarles su propia mano al sitio del dolor. Las curaciones eran repentinas. El contacto de su mano era eficacísimo y la curación instantánea.

El convento de dominicos del Rosario de Lima se había convertido en un hospital; fray Martín iba recogiendo los enfermos callejeros, llevándolos a él. Algunos religiosos mostraban su disgusto por ello, ya que los ayes, los cuidados, la asistencia a los enfermos no solamente ocupaban a fray Martín, sino también a otros religiosos, con daño para la disciplina regular, el buen orden y los deberes de la comunidad. Un día se presentó en el claustro con un enfermo al que llevaba a cuestas. Le entró en su propia celda y le acostó en su misma cama. El enfermo iba hecho una lástima. Lo había encontrado caído en la calle.

Vestía andrajos y ardía en una fiebre altísima. Uno de los hermanos de obediencia le reprendió por aquella caridad, no por ir contra dicha virtud, sino por el trastorno que causaba en el convento. «¿Cómo, hermano Martín, traéis a la clausura enfermos?». «Los enfermos no tienen jamás clausura», contestó fray Martín. «¿Queréis decir que traeréis al convento a cuantos enfermos encontréis en las calles?». La caridad ha roto con todo lo que no sea amor de Dios. Y el amor de Dios tiene paso franco por todos los claustros. Fray Martín regresaba al convento de noche. En una callejuela encontró un hombre herido de gravedad. Lo tomó a cuestas y entró en el convento con él. Le curó la herida, que era de puñal y muy honda, y le acostó en su cama, con la intención de trasladarlo a casa de su hermana tan pronto como mejorase. El provincial, por el momento, impuso una penitencia a fray Martín por haber faltado a la obediencia. Fray Martín probó su humildad aceptándola y cumpliéndola al pie de la letra. Ahora fue el padre provincial el que solicitó su ciencia:

> — Hermano fray Martín, no tuve otro remedio que imponeros una penitencia por no haber cumplido mis órdenes.
>
> — Perdone S. P. mi desatino —contestó fray Martín—. Pensaba yo que la santa caridad debía tener todas las puertas abiertas.
>
> — Bien está lo que habéis hecho —dijo el padre provincial—, y desde este momento el convento del Rosario será vuestro segundo hospital. Podéis traer cuantos enfermos queráis a él.

A dos millas de la ciudad y en un lugar llamado Limatambo, tenía el convento unas tierras que los hermanos trabajaban. Ayudábanlos algunos indios y negros. Convivían todos en una santa hermandad. Estos «encomenderos» conventuales, a la vez que enseñaban a los indios el cultivo de la tierra, les enseñaban los elementos más sencillos de la religión. En Limatambo, fray Martín, con los otros religiosos, abrían surcos para el trigo castellano, y abrían las almas al trigo de la fe y del amor de Dios. Fue idea feliz la del padre provincial el enviar a fray Martín a aquellas tierras, porque no faltaban allí enfermos y necesitados de sus cuidados y arte de curar. El «encomendero» dominico era el hermano del indio; y mantenía la significación primera de la palabra. «Encomendero» era el español o la familia española a la que se asignaban algunos indios para que les instruyeran en todo cuanto un hombre culto, en menesteres de artesanía, debía

saber. En Lima existían «golfos», no diremos en gran número, pero bastante numerosos. Eran indios en su mayor parte. La vida vagabunda que llevaban le dolía a fray Martín. Pero ¿cómo remediarlos y dónde?

Él con sus enfermos y sus pobres tenía bastante para llenar todas las horas del día, amén de sus deberes conventuales. Tenía los hospitales llenos: el convento del Rosario y la casa de su hermana. De todos modos, no podía sufrir su corazón que aquellos harapientos continuaran merodeando por la ciudad y ofendiendo a los transeúntes y a los que algo poseían. Pensó y repensó el medio de acometer la empresa. En principio lo sabía ya: acondicionar un buen local, que fuera escuela y albergue. Divulgó el proyecto después de haberlo madurado; habló de él a muchas personas medianamente pudientes. El señor arzobispo, así como el virrey, se mostraron generosos con él enviándole de antemano algunos dineros. Un comerciante rico y su esposa, llamados don Mateo Pastor y Francisca Vélez, le ofrecieron una gran cantidad. Otras personas de viso no se quedaron cortas en los donativos. Fray Martín tenía ya asegurado el éxito en la obra proyectada. Compró unas casas, las adecentó cuanto pudo, distribuyó los departamentos, organizó los trabajos y quedó fundado el «Asilo y escuelas de huérfanos de Santa Cruz», primer establecimiento de ese género en Lima.

Primeramente, se recogieron en él niñas solamente. Puso al frente del nuevo asilo a señoras de buena reputación e instruidas en labores femeninas que mantuvieran el espíritu católico entre las recogidas, a la vez que se educaran convenientemente para ganarse honradamente el pan. Si los resultados prácticos del Asilo fueron tan visibles que toda la ciudad de Lima los podía apreciar directamente, fray Martín pensó en extender su obra a los niños, y así lo hizo. Un nuevo albergue había de levantarse o adecentarse para los niños. Se hizo el milagro como siempre.

¿Por qué a fray Martín no se le ha declarado patrón de los animales todos? Iba un día camino del convento. En la calle distinguió un perro sangrando por el cuello y a punto de caer. Se dirigió a él, le reprendió dulcemente y le dijo estas palabras: «Pobre viejo; quisiste ser demasiado listo y provocaste la pelea.

Te salió mal el caso. Mira ahora el espectáculo que ofreces. Ven conmigo al convento a ver si puedo remendarte». Fue con él al convento. Nueva admiración para los religiosos. Acostó al perro en una alfombrita de paja, le registró la herida y le aplicó sus medicinas, sus ungüentos. Una semana entera permaneció el animal en la casa. Al cabo de ella, le despidió con unas palmaditas en el lomo, que él agradeció meneando la cola, y unos buenos consejos para el futuro. «No vuelvas a las andadas —le dijo—, que ya estás viejo para la lucha».

En los cuadros de fray Martín aparece éste conversando con ratones, gatos, perros y alimañas. Todos le escuchan y todos comen en el mismo plato. Todos eran criaturas de Dios. Pero estas criaturas no siempre obran en armonía con el hombre: se interponen en su camino y destruyen algunas de sus obras más útiles para él. Esto sucedía en el convento de dominicos del Rosario de Lima. Todos los hermanos de obediencia estaban quejosos de los ratones. De cuando en cuando aparecían grandes ratas, blancas de pelo y voraces como el cáncer. El hermano sacristán se aprestó al exterminio porque era en la sacristía donde causaban más daño. Telas antiguas venidas de España, terciopelos, estameñas, tejidos de hilo y algodón eran pasto de los ratones. Delante de fray Martín manifestó su propósito, y preparaba algunos venenos para darles muerte.

— No haréis eso, hermano, que son criaturas de Dios y ellos, como los demás seres, tienen derecho a vivir. Dios no hizo nada sin un fin determinado. En la creación nada estorba, todo demuestra alguna perfección del Creador.

— ¿Pero es que nos vamos a quedar sin ropas en la iglesia? Venga, hermano Martín, y vea por sus ojos los destrozos que han hecho ya.

— La verdad es que no han estado correctos. No es ése su alimento; pero hermano, la necesidad les ha precipitado y llevado a lo que nunca debieran tocar.

— ¿Y quiere su caridad que no nos armemos contra ellos?

— Hay una solución; llevarlos a otra parte.

— ¿Adónde, fray Martín?

— Hay unos terrenos más allá de la casa de mi sobrina, donde se les puede acomodar muy bien.

— ¿Os atreveríais a conducirlos allí como si fueran mansos corderos?

— Con la ayuda de Dios lo intentaré.

En aquel momento, por debajo de la tarima sobre la que se abría el cajón de las ropas mejores, apareció un ratoncito embigotado, alargando el hocico y moviendo a uno y otro lado los ojos. Fray Martín le llamó amorosamente.

> «Un momento, hermano ratón, y acércate un poco más sin miedo. No sé si tú serás culpable o no de los desperfectos que habéis ocasionado en las ropas de la sacristía. De todos modos, hoy mismo tenéis que salir del convento todos. De manera que llevas el recado a los demás para que sin falta, inmediatamente, os reunáis aquí».

El hermano sacristán quedó atónito. El ratoncito dio una vuelta en redondo con mucha gracia y salió corriendo hacia el interior de la tarima. La orden corrió por todos los rincones del convento. Unos tras otros fueron llegando a la sacristía docenas y docenas de ratones. Fray Martín les echó en cara su mal comportamiento. El hecho es que nunca volvió a verse un ratón en el convento de dominicos del Rosario. Todos los días, a cualquier hora, fray Martín pasaba por aquel lugar y dejaba grano y pan para sus amiguitos los ratones. Ellos lo celebraban con saltos, rozándole con sus hociquitos los pies.

No fue fray Martín muy aficionado a muchas devociones, pero tenía algunas que no dejaba jamás. Hemos hablado ya de las horas que pasaba ante el Santísimo Sacramento, la devoción con que recibía la sagrada comunión y los éxtasis que padecía en el templo de Santo Domingo. Por derecho propio, después del culto al Sacramento, venía la devoción a la Santísima Virgen del Rosario. En el vestíbulo del refectorio había una imagen de la Santísima Virgen muy devota y de algún mérito artístico. Fray Martín alzaba los ojos a aquella imagen cuantas veces entraba en el refectorio a tomar el alimento. Recabó para sí el cuidado de la misma, y desde muy temprano, la adornaba con ramos de flores recién cortadas en el huerto conventual. Con las flores encendía algunas velitas que los devotos le donaban. Dícese que la Virgen se le aparecía con frecuencia y conversaba con ella amorosamente. Fue un gran contemplativo. El ángel de la guarda tuvo en su corazón y en sus plegarias un lugar muy distinguido.

En aquellas largas y nocturnas excursiones por la ciudad de Lima, sin luz en las calles, el ángel de la guarda guiaba sus pasos,

barría ante sus pies los obstáculos que se atravesaban y le conducía por entre las tinieblas al convento. De Santo Domingo de Guzmán tomó fray Martín la costumbre de darse tres disciplinas diarias: la una, por la conversión de los pecadores; la otra, por los agonizantes, y la tercera, por las almas del purgatorio. Puntualmente fray Martín hizo lo mismo. Si sangrientas eran las disciplinas de Santo Domingo, no lo eran menos las de fray Martín. La tercera que había de tomar fray Martín no era por mano propia, sino por mano ajena. Un indio, un inca de los convertidos por fray Martín y admirador de su virtud, se había prestado a ser el verdugo del bienaventurado.

> «Todo este rigor es por mis muchos pecados. La penitencia, decía, es el precio del amor. ¿Cómo podré salvarme sin penitencia? ¿Cómo podré expiar mis culpas sin martirizar mi cuerpo?».

Muchos religiosos del convento del Rosario están en cama atacados de viruela. Padecen todos fiebres altísimas y algunos creen llegado el último momento de su vida. En la ciudad los muertos son incontables. El contagio va de casa en casa, en todos los hogares deja un crespón de luto. Entre todos los hermanos figura a la cabeza fray Martín. Lo reclaman los enfermos en la esperanza de que allí donde los remedios no alcancen, ha de alcanzar su virtud milagrosa. Mas el hecho inaudito que pone espanto a todos los religiosos es que fray Martín está a la cabecera de los enfermos a toda hora. ¿Cuándo duerme? ¿Cuándo descansa? ¿Y dónde? Nada se sabe. Pero se conocen dos cosas que la razón no alcanza: que entra en el noviciado estando cerradas las puertas, que se coloca a la cabecera del enfermo, que ruega por él a los pocos instantes de haberlo invocado. Los jóvenes novicios se sorprenden viéndole entrar a deshora en el cuarto.

> — ¿De dónde venís, hermano Martín? ¿Quién os ha llamado?
> — Tu necesidad, hijo mío. Te oí llamarme y vine a verte: necesitabas de mí. Vas a tomar esta medicina.

Tiénese por cierto que se le vio a la vez en distintos lugares ejerciendo su caridad; ayudando a bien morir a un atacado de tifus y curando en el hospital a sus enfermos. Aún más; algunos hombres favorecidos por él en lugares muy distantes lo reconocieron al verlo. Fray Martín poseía otra gracia no menos singular: la invisibilidad. En ocasiones se hacía invisible, sobre todo

en los éxtasis. Los que conocían los lugares de sus arrebatos místicos iban a veces a espiarlo por ver el prodigio de levantarse del suelo. Los muchos trabajos, vigilias, ayunos y quehaceres fueron minando poco a poco la salud de fray Martín. Parecía un espíritu más que un hombre. La fama que de santo tenía corría por todos los hogares. Apenas había uno solo en Lima adonde él no llevara el regalo de sus medicinas o de sus consuelos. Avenía matrimonios, concertaba enemistades, fallaba pleitos, reconciliaba a hermanos, fomentaba la religión, dirimía contiendas teológicas y daba su parecer acertado en los más difíciles negocios. Era el ángel de Lima.

Corría el año 1639. Fray Martín llevaba días de decaimiento y flojedad. Las fuerzas le abandonaban y una fiebrecilla le encendía un tanto la sangre. Como en la atmósfera, que una nubecilla se crece y se convierte en nube parda y la nube parda se rasga y sobreviene la tormenta y el aguacero torrencial, la fiebrecilla de fray Martín se transformó en una fiebre alta que le obligó a meterse en la cama. Sabía él ya de antemano lo que había de suceder. Tenía la revelación de su muerte. Los padres y hermanos acudieron a su habitación y él les dijo: «He aquí el fin de mi peregrinación sobre la tierra. Moriré de esta enfermedad. Ninguna medicina será de provecho». A los dolores físicos sobrevinieron los ataques del diablo. El enemigo, que durante la vida le había combatido sin cesar, redobló en aquella hora sus ataques y sus tiros. El diablo llegó a aparecérsele entre resplandores siniestros de llamas devoradoras. La lucha debió de ser brava, pues fray Martín sudaba hasta empapar toda la ropa de la cama, y en alguna ocasión se le oyó rechinar los dientes, en señal de lo rudo de la acometida diabólica y de la valentía con que él la rechazaba. Declaró él que no se encontraba solo en aquella su última hora: que estaban a su lado, con la Virgen Santísima, San José, Santo Domingo, San Vicente Ferrer y Santa Catalina de Alejandría. Fray Martín abrazaba un crucifijo y lo llenaba de besos.

Pidió y recibió el viático y la extremaunción derramando lágrimas. Como el Señor en la cruz, encomendaba al Padre su espíritu. Mientras tanto, y según es costumbre y regla, un hermano tomó unas tablas, herradas con argollas en ambas caras,

y recorrió todo el convento agitándolas fuertemente. Cuando muere un dominico no se doblan las campanas hasta después de morir. La señal de agonía de un religioso es el sonar de aquellas argollas que levantan de sus asientos a todos los religiosos, y del lecho, si están acostados, comenzando todos a rezar el Credo. Fray Martín, viendo a los religiosos arrodillados ante su cama, les pidió perdón a todos por «los malos ejemplos que les había dado». En todos los ojos reventaron el llanto las palabras humildes y sinceras del bendito hermano. Entonces, y viendo que el momento feliz se acercaba de ir a ver y a gozar de Dios, pidió fray Martín al prior que entonasen el Credo en alta voz. Así se hizo. Los religiosos, con singular unción y lentamente, pronunciaron el *Et homo factus est.* Fray Martín cerró los ojos y se durmió en el Señor. Eran las nueve de la noche del día 3 de noviembre de 1639.

Las campanas de la torre del Rosario doblaron a muerto. Un escalofrío corrió por toda la ciudad de Lima. Toda la ciudad sabía que fray Martín estaba gravemente enfermo. El doblar de las campanas anunciaba su fallecimiento. Fueron los primeros en llegar al convento el virrey, conde de Chinchón; el arzobispo de Méjico, don Feliciano de la Vega; el obispo preconizado de Cuzco, don Pedro Ortega; don Juan de Peñaflor, miembro de la Cámara Real, etc. Religiosos de todas las Órdenes se mezclaron con los dominicos para las exequias. Mientras tanto, los fieles, furtivamente, iban cortando trozos al hábito del bienaventurado, hasta el punto que el padre prior se vio en la necesidad de cambiárselo varias veces. El cadáver de fray Martín fue llevado a hombros desde la iglesia al cementerio conventual, que estaba dentro del mismo convento, siendo sus portadores los señores ilustres de referencia anterior.

En vista de los milagros y concesión de gracias de fray Martín, se instruyó el proceso de beatificación. El 29 de abril de 1763, el papa Clemente XIV dio un decreto proclamando las virtudes heroicas de fray Martín. El 31 de julio de 1836, el papa Gregorio XVI publicó el decreto de aprobación, y el 8 de agosto de 1837, el mismo Pontífice firmó las cartas de beatificación. Hoy ya está canonizado. El culto a nuestro santo se ha extendido enormemente por toda la América, Estados Uni-

dos, Irlanda, Inglaterra, Filipinas, España, Indias orientales, México, África, etc.

ANTONIO GARCÍA FIGAR, OP

Bibliografía

Acta Gregorii Papae XVI, II (Roma 1903) n.150.
Acta sanctorum. Novembris, t.3 p.108-125.
GANAY, M. C. DE, «Les Bx. Frères convers de l'ordre de S. Dominique»: *Vie Spirituelle* 9 (1923-1924) 54-61.
GEORGES, N., OP, *The Blessed Martín Güel* (New York).
MEDINA, B. DE, OP, *Vita prodigiosa...* (Lima 1673).
• Actualización:
FORCADA COMINS, V., *San Martín de Porres* (Valencia 1992).
— *San Martín de Porres, «mártir de la caridad»* (Burgos 2002).
FRANCISCO, R., *San Martín de Porres* (Roma 1977).
GALDUF BLASCO, V., *San Martín de Porres: estampas biográficas* (Valencia 1974).
VELASCO, S., *San Martín de Porres* (Madrid [6]1992).

SAN ARMENGOL DE URGEL

Obispo († 1035)

Tres santos para la silla prelaticia de Seo de Urgel, diócesis regida por obispos príncipes, a lo largo de la Edad Media. Cronológicamente: Justo, Armengol y Odón.

Justo, entre 631 y 646. Armengol, entre 1010 y 1035. Odón, entre 1095 y 1122.

Merecerá nuestra atención el pontificado de Armengol, patrono de la ciudad pirenaica. Eclesiástico, conquistador y repoblador cristiano. Una figura prestigiosa. Un hombre de su tiempo, protagonista singular en la apertura de Cataluña a la realidad feudal del siglo once. Y modelo de vivencia religiosa y episcopal.

La literatura hagiográfica medieval armengoliana comprende el texto *Vita sancti Ermengaudi,* perdido, aunque recuperado fragmentariamente por tres manuscritos litúrgicos y un incunable, llegados a nuestros días.

La biografía —en realidad más semblanza que narración histórica—, anónima, contemporánea, fue escrita entre 1042 y 1044, con motivo de la exhumación y traslado de los restos del santo a la catedral nueva. Los dos escritos sacros disponibles

—desaparecido el breviario de Sant Miquel de Cuixà— integran leccionarios custodiados, respectivamente, en Barcelona y Solsona. El incunable es también un libro de oración, patrimonio del cabildo de Seo de Urgel.

Adelante...

Armengol estalló a la vida en el hogar de Bernardo y de Guilla, vizcondes de Conflent, ya apurado el siglo décimo; más o menos hacia el año 979. Históricamente más precisión no cabe.

Nacido presuntamente en Aiguatebia, en la Cerdaña francesa, donde tenía residencia el noble matrimonio. Compartiendo atenciones y cariño familiar con un hermano varón y tres hermanas, todos mayores que él; pero individual en el moldeado intelectual y eclesiástico. Una formación con escenificación pirenaica; en la Seo de Urgel, bajo la sombra protectora y tutelar de su tío paterno, el obispo local Sala, que le marcaría profundamente y con quien estrechamente colaboraría en calidad de arcediano catedralicio; y a quien, en el otoño de 1010, sucedería en el gobierno de la diócesis. Y cuyas huellas procuraría fielmente seguir.

Personalmente explícito:

> «Movido [...] por las palabras del apóstol que afirma que nadie recibirá la corona sin haber luchado lealmente, y especialmente de la recomendación del Señor instándonos a entrar por la puerta estrecha, me dedicaré [...] con todas mis fuerzas a completar cuanto mi difunto tío de venerable memoria, el obispo Sala, comenzó pero no pudo llevar a cabo, porque le sobrevino la muerte, y dejó inacabado precisamente para que yo lo llevara a término con la ayuda del Señor».

Hechos cantan.

Elocuente el inicio de la andadura episcopal de Armengol, enmarcada en el ambiente eclesiástico reformista de la época, más o menos influenciado por los aires nuevos que soplaban de Cluny. Andadura nacida con la restauración, poco menos que pionera en Cataluña —en fecha 8 de noviembre de 1010—, de la comunidad canonical de la iglesia de Santa María, sueño, e iniciativa del mentado obispo Sala.

Unos primeros pasos, por otra parte, solemnísimos a la vista de los condes de Urgel, de Barcelona, de Cerdaña y de Pallars.

Esplendorosa la representación política. Pero sin robar brillantez a la presencia eclesiástica, nutrida por la docena de prelados sufragáneos, allende y aquende los Pirineos, de la archidiócesis de Narbona, cuya sede metropolitana desbordaba fiebre reformista y vitalidad religiosa. Unos iniciales pasos por supuesto cautelosos. Sin improvisaciones ni precipitación alguna. Muy ponderada la reforma.

Pues justificaría el obispo: habiendo meditado de noche en mi corazón, como dicen las Escrituras, no dispuesto a dejar pasar un día más, juzgué útil, si las fuerzas me asistían, recuperar la infancia —al menos en mi Iglesia— de las costumbres envejecidas.

En clara alusión al decidido remozamiento de la creación de Ludovico Pío, desvirtuada por «hombres diabólicos —son palabras de Armengol—, especialmente algunos príncipes, que, como lobos rapaces y hambrientos, habían mordisqueado gravemente, sin temor alguno, esta santa institución».

La recuperación eclesiástica suponía la vida comunitaria clerical, centrada en la oración y en el culto divino, y la atención pastoral a la feligresía. Por supuesto materialmente amparada con una generosa dotación patrimonial, fruto de cláusulas testamentarias del obispo Sala y de aportaciones diocesanas y personales del mitrado reformista.

En labios de éste:

> «A más de la mentada donación [...], yo, Armengol, obispo de Urgel, hago una nueva donación personal de parte de la herencia recibida de mi padre».

La reforma del cabildo catedralicio de Santa María de Urgel, inspirada en modelos centroeuropeos, coronó andadura con el visto bueno y la bendición personal del papa Sergio IV; oficialmente con la bula pontificia de Benedicto VIII, fechada meses más tarde.

Una ilusión episcopal cumplida. Un valioso logro diocesano cuya conservación el celoso prelado quiere asegurar. Y, al efecto, reclama respeto y fidelidad.

Seriamente. En cláusula testamentaria:

> «Yo Armengol, aunque indigno, por la gracia de Dios obispo, a vosotros canónigos, hijitos míos, os ruego y amonesto, bajo pena

de excomunión, por Dios Padre Omnipotente y Jesucristo, Hijo suyo y Señor nuestro, por su bienaventurada Madre y por todos los santos, que después de mi muerte no elijáis ni aclaméis obispo, ni os reunáis con él en las puertas de Santa María de la Seo hasta que, con las manos sobre el altar, haya jurado que conservará fielmente la implantada observancia canonical...».

Pastoralmente, también, empujando aires reformistas, despertando afanes de remozamiento espiritual en los claustros monásticos de San Lorenzo de Morunys, que en 1019 oficialmente estrenaron vida nueva. Y socialmente aún más.

En primera línea, secundando las iniciativas pacificadoras del carismático abad de Ripoll y obispo de Vich, Oliva. Quien, impulsor de la bautizada «Paz y tregua de Dios», perseguía la limitación, en el tiempo y en el espacio, de la violencia generalizada y de los abusos de los poderosos durante el proceso feudal. En esencia: una especie de alto el fuego semanal y respeto a la territorialidad sagrada de las iglesias y su inmediato entorno. Y con participación activa en el concilio de Cardona (1031-1032), que oficializó las teorías de la nueva institución.

Ciertamente pacificador. Una postura, por supuesto, no reñida con la legítima defensa de los derechos y de los bienes materiales canonicales y diocesanos. Administrador fiel y solícito. Firme, constante, infatigable, frente a los afanes usurpadores de la época, lamentablemente frecuentes, con protagonismo clerical o encarnados por la alta nobleza.

En definitiva, paladín en la lucha contra la injerencia política en los asuntos eclesiásticos, incluso de procedencia familiar, y contra la simonía o compra-venta de cargos y prebendas. Igualmente abanderado de la vida celibataria del clero parroquial.

Y, como hombre de su tiempo, mordido el obispo Armengol por la típica fiebre constructora de mediados del siglo once, que tendría una centuria de duración. Una fiebre que fue fruto tanto del desarrollo económico y demográfico de la época como del progreso en el arte de la edificación y de la expansión de la corriente estética que definiría el nacimiento del arte románico.

Obispo constructor, implicado directa o indirectamente en la aparición o remozamiento de no pocas realidades arquitectó-

nicas religiosas. Con un haber personal que sumó la puesta en marcha de las obras de una catedral nueva —que no vería coronadas— y la aparición de templos parroquiales y edificios monásticos a lo largo y a lo ancho del territorio diocesano.

Dinamizador espiritual y social de Urgel. Amante de su pueblo, que deseaba santo y, lógicamente, le procuraba clérigos ejemplares y ofrecía lugares de culto. Quería libres a los hermanos de fe y, en consecuencia, luchaba por arrancarles de las garras musulmanas. Perseguía el progreso del país y, al efecto, abría vías de comunicación y levantaba puentes...

Y abierto al mundo. Presente en Roma, por dos veces, en años consecutivos. En pleno 1011 y en las postrimerías del 1012, respectivamente, para presentar la reforma diocesana al papa Sergio IV y, en la segunda ocasión, llamado por el pontífice Benedicto VIII, que le premiaría confirmando la propiedad patrimonial, los límites territoriales y no pocos privilegios del obispado pirenaico, cuyo titular aún hoy día comparte autoridad principesca sobre el minúsculo valle de Andorra.

Y, probablemente, peregrino a Santiago de Compostela. No hay constancia documental del viaje, avalado por una vieja y comentada tradición, pero sí de su proyecto, decidido el 14 de diciembre del 1033 cuando, en previsión de posibles contingencias, firma testamento. Un texto que es un canto de admiración al obispo Sala, cuyas huellas había seguido, y de encendido amor a la Iglesia; con particular y preferente atención a la continuidad de la reforma diocesana.

Abierto al mundo. Ejerciendo poder temporal. Incluso, en momentos de debilidad política condal, enarbolando banderas de reconquista en la geografía catalana invadida por los sarracenos. Como cuando, en el primer cuarto del siglo once, capitaneó la expedición armada sobre Guissona, en la moderna comarca de la Segarra, que recuperó y repobló de cristianos pirenaicos. Y más, insistiendo en las actividades sociales del titular de la sede pirenaica catalana.

A propósito la narración, arrancada de las páginas de un antiguo breviario de Urgel, que le atribuye la paternidad del puente de Bar. Una construcción que, ocasionándole la muerte, dejaría inacabada. Recortamos:

«Acercándose el primero de noviembre, festividad de Todos Santos, el venerable obispo Armengol quiso, con gran fervor, celebrar misa solemne. Y, dado que el día tercero había de ocurrir su desaparición de la vida terrena, Dios le concedió la gracia de aceptar su sacrificio en la festividad de aquellos con quienes iba a ser coronado [...] En la línea divisoria entre Urgel y la Cerdaña hay un paraje conocido como Bar; es decir, un paso estrechísimo entre dos montañas por donde, en aquel tiempo, sólo se podía transitar a través de un boquete rocoso, totalmente inaccesible al ganado. En este lugar, pues, en pos de unos operarios, llegó personalmente el obispo y puso manos a la construcción de un puente, dirigiendo y dando instrucciones a los demás. Y contemplando el Creador del universo cómo su pastor obraba bien, pues al tiempo que dirigía un puente entre la tierra y el cielo y con sus manos preparaba otro para las ovejas a él confiadas; no consintiendo que por más tiempo el trabajo mundano le ocupara y mortificara, sino más bien queriéndolo galardonar con una corona inmarcesible, y a fin de que en el cielo tuviera la compañía de los que testimoniaron con su sangre, le quiso honrar con el martirio. Y de la viga travesera donde trabajaba se despeñó al suelo. Desparramado su cerebro entre las piedras, entregó su alma pura a Dios».

Impactante, conmovedora, la muerte del querido obispo. A nivel eclesial y popular. Su cabeza abierta como una granada. Cadáver en el lecho del alto Segre, en Pont de Bar, donde había soñado, decidido y emprendido la necesaria comunicación vial entre las tierras de Urgel y de la Cerdaña.

Muerto, en accidente laboral, el emprendedor, dinámico y santo obispo Armengol. Cuando el sol perdía luz y calor sobre los picachos pirenaicos, posiblemente ya nevados; los solitarios prados esperaban resurrección; las primeras lluvias otoñales habían engordado el río. Dolor y luto en la diócesis de Urgel en la fecha 3 de noviembre de 1035.

Los destrozados restos mortales de Armengol recibieron sepultura provisional en la iglesia catedral en construcción. Y estalló, impaciente, la veneración. De la estima con que le habían honrado sus contemporáneos da fe la elogiosa referencia de su anónimo biógrafo medieval. Copiamos:

«Joya preciosa del episcopado, padre y protector de la patria [...] Bienaventurada su patria de Urgel que, más puro que el ámbar y que el oro, tan gran tesoro merecía. Salte de gozo, diré aún, la sede de Urgel, ennoblecida por el patrocinio de tal confesor y por las virtudes del obispo [...] Tanto el obispo Armengol amaba la

sede que le había sido confiada que, para defenderla, para honrarla, ofreció la propia vida mereciendo recuperarla más gloriosa en el cielo [...] Hacia él, como hacia un manantial, todo el pueblo de Urgel corría, sediento de saludables consejos».

En 1042 los venerados despojos pasaron al definitivo sepulcro. Una ubicación más honrosa en el recinto catedralicio que el extinto había promovido e impulsado, abierto al culto dos años antes.

Fue un traslado en el marco de una liturgia de rogativas. Que eran momentos de apuro en la montaña. Pues los prados estaban sedientos. Una oportunidad de oro para recurrir a la intercesión del pastor bueno y querido, que tanto se había desvivido por su pueblo, suplicándole el beneficio de la lluvia.

Recuperamos la anónima crónica biográfica:

«A puerta cerrada, en una jornada de rogativas, cuando los fieles habían abandonado la catedral y ya estaban apagados los cirios de la celebración, el sacristán de la basílica, tres miembros distinguidos del clero y un maestro de obras se acercaron al túmulo del glorioso patrón [...] y lo incensaron. Y, como del frasco roto de la Magdalena emanó fragancia de nardo, aromatizando toda la casa de Simón, igualmente la sepultura abierta de Armengol exhaló un perfume milagroso que se extendió a todo el recinto e incluso se propagó por la ciudad. ¿De dónde vendría aquel exquisito olor sino de la tumba de Armengol? Los fieles corrieron en tropel al templo cuyas puertas fueron abiertas de par en par para que todos pudieran contemplar y admirar. Al mover el cadáver para enseñarlo, la cabeza destrozada manó sangre fresca [...] El cielo, que era como el acero, brillante y árido, poco a poco misteriosamente empezó a oscurecerse, a anublarse y a descargar aguas sobre la cresta de las montañas».

Honrado, pues, Armengol con honores de santo ya a los pocos años de su muerte. Y distinguido como celestial patrono canónicamente desde 1876.

Muy extendido, sobre la geografía diocesana de Seo de Urgel, el culto del que fuera su obispo y figura señera de la jerarquía eclesiástica medieval.

JACINTO PERAIRE FERRER

Bibliografía

Arts. en *Urgellia* 4 (1981); 14 (1998-2001).
BERTRÁN, P., «Ermengol d'Urgell. L'obra d'un bisbe del segle XI», en *La transformació de la frontera al segle XI*... (Lleida 2000).
Bibliotheca sanctorum (Roma 1967).
DELCOR, M., «Ermengol évêque d'Urgell et son oeuvre, de l'histoire à l'hagiographie»: *Les Cahiers de Saint-Michel de Cuxa* (1989).
Diccionari d'història eclesiàstica de Catalunya, II (Barcelona 2000).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTA SILVIA

Madre de San Gregorio Magno († s. VI)

Silvia fue la madre de San Gregorio Magno, al que tuvo de su esposo Gordiano, constando que tuvo también otro hijo del que no se conserva el nombre. Se cree que fuera de Sicilia, ya que su hijo con los bienes que tenía en dicha isla fundó un monasterio y se cree fueran heredados de la madre, y por tanto que ella fuera de allí. Educó a sus hijos en la piedad, y cuando falleció su marido, seguramente en 573, ella se retiró a vida solitaria en una casa junto a la iglesia de Santa Sabina en el Aventino. Mandaba en un plato de plata verduras frescas a su hijo, y un día Gregorio no teniendo qué darle a un pobre le dio el plato. En esta vida retirada y piadosa perseveró hasta su muerte, sucedida con posterioridad al 592. Muerta Silvia, su hijo hizo pintar las imágenes de sus padres en la iglesia de San Andrés del Monte Celio, y consta que en el siglo IX había en Roma una capilla dedicada a Silvia en la iglesia de San Sabas. La inscripción de su nombre en el *Martirologio romano* se debe al papa Clemente VIII.

SAN JOANICIO

Monje († 846)

Nace en 754 en la población de Maricata en Bitinia. Adolescente, es encargado de guardar ovejas, y ya de joven se enroló en el ejército imperial y combatió en la campaña contra los búlgaros. Surge por entonces la herejía iconoclasta y Joanicio se adhiere de momento a ella, pero luego recapacita y se decide

por la licitud del culto a los sagrados iconos. Tenía ya cuarenta años cuando ingresa en el monasterio de Agaures, en el Monte Olimpo, y luego pasa al monasterio de Antidium, viviendo también un tiempo como ermitaño. Vuelve por fin al Monte Olimpo y en el monasterio de Eriste recibe la tonsura y el hábito monacales. Era el año 806. Reemprende su vida de peregrino, pasa una temporada larga en una celda, y realiza diferentes imágenes en honor de la Virgen María. Finalmente (830) retorna al monasterio de Antidium, que será su usual residencia en adelante. Defiende el culto a las sagradas imágenes, tiene fama como taumaturgo y predice la elección de Metodio († 847) como patriarca de Constantinopla. Éste lo visita dos días antes de su muerte, que tiene lugar el 3 de noviembre de 846.

SAN BERARDO

Obispo († 1130)

Berardo nace en Colli, junto a Áquila, el año 1079, hijo de los condes de los Marsos. Se educó con los canónigos de Santa Sabina, entonces catedral de los Marsos, los cuales vivían en comunidad. Recibe las primeras órdenes hasta el acolitado y entonces pasó al monasterio de Montecasino para completar allí su formación, permaneciendo en el monasterio durante seis años. Entonces (1102) el papa Pascual II lo llamó a Roma. Ya ordenado de subdiácono y luego de haber servido al Papa en varios encargos, fue enviado como delegado pontificio a Campania. Pero el conde Pietro Colonna lo hizo prisionero y lo tuvo en un pozo seco. Volvió luego a la Curia y fue nombrado cardenal, primero diácono con el título de Sant Angelo in Peschiera y luego presbítero con el título de Sant Crisógono. En 1109 fue consagrado obispo de los Marsos. Su programa pastoral fue claramente reformista e inspirado por los ideales del papa San Gregorio VII: combatió sin tregua la simonía y asimismo el concubinato de los clérigos. Dio un gran ejemplo de vida pura y austera, de celo apostólico y de gran caridad con los pobres, y su defensa de la libertad de la Iglesia le trajo algunos destierros, que no disminuyeron su fortaleza espiritual. Murió el 3 de noviembre de 1130, teniendo culto popular enseguida, pues ya en

vida se le habían atribuido milagros y lo mismo después de su muerte, y el papa Pío VII concedió a su diócesis la celebración de su misa y oficio.

BEATO SIMÓN BALACCHI

Religioso († 1319)

Nació en Santarcangelo, junto a Rímini, a mediados del siglo XIII en la noble familia de los condes de Balacchi. Destinado a la milicia, como la mayoría de los jóvenes de su familia, intervino en las muchas batallas y escaramuzas de su tiempo, pero a los 27 años sintió hastío de un mundo corrompido y violento y se decidió por la vida religiosa. Ingresó en el convento de los dominicos de Rímini, y pese a la oposición de un tío suyo, religioso de la misma Orden, eligió la calidad de hermano lego, negándose a hacer los estudios sacerdotales y afirmando que quería dedicarse a las más humildes tareas. Una vez profeso, se le destinó a la huerta y aquí halló su alma paz y alegría, distinguiéndose muy pronto por el exacto cumplimiento de sus deberes como religioso y por su austerísima penitencia. Ayudaba a los otros legos en sus ocupaciones y todas las semanas barría el convento con gran celo, siendo de edificación a todos su humildad y laboriosidad. Eran tantas sus penitencias que hubieron los superiores de poner freno a ellas con la obediencia. Tenía una gran vida interior y el Señor le recreó repetidamente con éxtasis y apariciones. En esta vida modesta y santa perseveró hasta su muerte, preciosa a los ojos del Señor, el 3 de noviembre de 1319. Su culto fue confirmado por el papa Pío VII el 14 de marzo de 1820.

SAN PEDRO FRANCISCO NÉRON

Presbítero y mártir († 1860)

Nació el futuro «mártir del silencio y del ayuno» en Bornay, junto a Lons-le-Saunier, en la diócesis de St. Claude, en el Jura, el 21 de septiembre de 1820, quinto en una familia de nueve hijos. Educado cristianamente, a los 19 años se decidió por la

vocación sacerdotal e hizo los estudios en los seminarios de Nozeroy y Vaux-sur-Poligny (1839-1845), pasando entonces al seminario mayor de Lons-le-Saunier. Aquí maduró su verdadera vocación y se decidió por las misiones, y por ello solicitó y obtuvo ingreso en el Seminario de Misiones Extranjeras de París, donde entra el 1 de agosto de 1846. El 17 de junio de 1848 recibía la ordenación sacerdotal y era destinado a las misiones del Tonkín. Cuando lo supo fue a visitar a Nuestra Señora de las Victorias para pedirle la gracia del martirio.

Llegado a Tonkín se le asigna el distrito misional de Kim-son, donde trabajó con entera dedicación y gravísimas dificultades y en continuo peligro. En 1854 el vicario apostólico, mons. Retord, le encomendó la dirección del seminario, a cuyos 150 alumnos debía además enseñar filosofía. Tradujo para ellos libros de texto traídos de Francia. En todo este tiempo de su ministerio dio un gran ejemplo de piedad y de todas las virtudes, llevando una vida de austeridad notable, ayunando muchos días y viviendo con suma devoción su viacrucis diario. Habiendo arreciado la persecución hubo de acudir a una vida errática, yendo de un sitio a otro hasta que una persona que él creía amiga lo traicionó y fue arrestado la madrugada del 6 de agosto de 1860. Encerrado en una jaula, no salía de ella sino para los interrogatorios, pero él se encerró en un completo mutismo y no respondía nada a nadie ni contestaba las cartas de los superiores y amigos, y además hizo un largo ayuno que llenó de admiración a los propios paganos.

Condenado a muerte, la sentencia se cumplió enseguida, y así fue decapitado el 3 de noviembre de 1860 en Son-Tay. Su cabeza fue tirada al Río Rojo y su cuerpo enterrado en el propio lugar del suplicio. Exhumado en 1880, fue llevado a la iglesia del pueblo.

Fue canonizado el 19 de junio de 1988 por el papa Juan Pablo II junto con los 117 mártires de Vietnam, muertos por la fe entre los años 1745-1862, que habían sido beatificados a lo largo del siglo XX.

4 de noviembre

A) MARTIROLOGIO

1. La memoria de San Carlos Borromeo, cardenal arzobispo de Milán, cuyo tránsito fue ayer **.
2. En Bolonia (Emilia), santos Vidal y Agrícola († 304), mártires *.
3. En Mira (Licia), santos Nicandro, obispo, y Hermes, presbítero († s. IV), mártires.
4. La conmemoración de San Pierio († s. IV), presbítero de Alejandría, cuyo tránsito fue en Roma *.
5. En Rodez (Aquitania), San Amancio († s. V), primer obispo de la ciudad.
6. En Mästricht (Brabante), San Perpetuo († 620), obispo.
7. En Trier (Austrasia), Santa Modesta († s. VII), abadesa.
8. En Alba Real (Hungría), San Emerico o Enrique († 1031), hijo del rey San Esteban *.
9. En Padua (Véneto), Beata Elena Enselmini († 1242), virgen, monja clarisa *.
10. En Cerf-Froid (Meaux), San Félix de Valois († 1212), al que se tiene por compañero de San Juan de Mata en la fundación de la Orden de la Santísima Trinidad **.
11. En el convento de Couets, junto a Nantes (Francia), Beata Francisca de Amboise († 1485), duquesa de Bretaña, monja carmelita **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN CARLOS BORROMEO

Cardenal arzobispo († 1584)

La Iglesia se encontraba en una de sus coyunturas más decisivas. Se había consumado desgraciadamente la ruptura religiosa con todo el norte de Europa. Sin embargo, después de mil dificultades, el concilio de Trento iba trazando un programa de auténtica reforma realmente maravilloso, que había de bastar para llenar durante siglos las actividades de los más celosos pastores.

Por aquellos días acude a Roma, llamado por su tío, el nuevo papa Pío IV, un joven de veintidós años. Es cierto que había estudiado en la Universidad de Pavía, y que durante esos estudios se había mostrado serio, formal, buen amigo de los libros y de

las prácticas de piedad. Es cierto que un año antes, en 1559, él había obtenido su doctorado en Derecho canónico y en Derecho civil. Pero de eso a hacer de aquel joven, nada brillante por otra parte, cardenal de la Iglesia romana, administrador de la diócesis de Milán, de las legaciones de Bolonia y de la Romaña... iba una gran distancia. Distancia que una vez más llenaba el nepotismo de la época. El papa Pío IV iba a hacer de Carlos Borromeo como un anticipo de lo que habría de ser después el cardenal secretario. Al configurar el cargo y las atribuciones, el nepotismo que le movía iba ordenado por la divina Providencia, porque su sobrino habría de ser una de las figuras más extraordinarias de la moderna historia eclesiástica.

Carlos, con sus veintidós años, llega a Roma contento al ver la suerte que se le viene a las manos. Es necesario decir con verdad que trabaja como bueno, que es activo, incansable, lealísimo a su tío el Papa. Hay que decir también que no le falta trabajo, porque a la tarea normal se le añaden las fatigas no pequeñas que lleva consigo el concilio de Trento. Una correspondencia delicadísima con los legados del concilio y con los padres más destacados, se entreteje con la que hay que mantener con los nuncios, los agentes pontificios en las diferentes cortes, etc.

Aunque el ejemplo que daba era bueno, reconozcamos, sin embargo, que el santo estaba aún lejos. El arranque hacia la santidad tiene en la vida de San Carlos una fecha determinada: la de su ordenación sacerdotal. Desde entonces pudieron observar los romanos que el cardenal Borromeo era otro. Meses después recibía la consagración episcopal, en diciembre de 1563. Y terminado felizmente el concilio de Trento, quería dar por sí mismo el mejor ejemplo de observante a sus decretos abandonando Roma para residir en Milán, porque si es cierto que desde Roma atendía, con minuciosidad que hoy nos admira, la marcha de la diócesis milanesa, no es menos cierto que los decretos del concilio de Trento eran terminantes por lo que a la residencia de los obispos se refería.

Y a Milán marcha. Entra solemnemente el 23 de septiembre de 1565, pero vuelve a Roma para el conclave en que sería elegido San Pío V. En abril de 1566 está de nuevo en Milán, donde

desarrolla durante unos veinte años una labor colosal. San Carlos Borromeo, que muere joven, de cuarenta y seis años, atiende no sólo a las necesidades de la diócesis de Milán, que aún hoy, después de haber sido muy recortada, continúa siendo inmensa, sino también a las de las quince diócesis sufragáneas. Es más, designado primero protector de los cantones católicos y después visitador de toda Suiza, realiza allí varias veces minuciosas visitas, en las que consigue contener el avance del protestantismo, y toma medidas eficacísimas para lograr la sólida implantación de la reforma católica.

Notemos que todo esto se alcanza a fuerza de laboriosidad y de entrega. Dotado de una salud de hierro, que le permite pasar días enteros sin comer y durmiendo unas pocas horas; resistir largas horas de viaje, a un ritmo extraordinario con los medios de que entonces se disponía; sacar tiempo para hacer larga oración sin desatender los cuidados de su diócesis, San Carlos logra superar todo. De una parte su falta de simpatía natural. Con tendencia a la rigidez, tímido por naturaleza, escasamente conversador, le faltaba además una de las condiciones más preciadas para un hombre hábil: la rapidez en las decisiones. Y sin embargo, este hombre excepcional consiguió a fuerza de santidad cambiar la fisonomía de su clero, hacerse amar por su pueblo, superar los continuos conflictos con las autoridades y los representantes de los intereses creados y dejar en pos de sí una huella imborrable.

Su santidad es, en su suprema sencillez, una gran lección para todos. Se hizo santo por un método viejo y poco complicado: cumpliendo su obligación. Se hace santo por la observancia rigurosa y plenísima de sus deberes, quemando toda su existencia, poco a poco, entre los mil negocios de cada día. Sus mismos defectos, al contacto con la santidad, quedan trocados «a lo divino»: su orgullo y desprecio a lo bajo, se transforman en horror al pecado; su mala administración y excesiva liberalidad de los tiempos de estudiante, se truecan en caridad hacia los pobres; su terquedad se hace tenacidad; su falta de brillantez, le da ocasión de ejercitarse en la laboriosidad y en la humildad. Pero si quisiéramos resumir su vida espiritual en una virtud más característica diríamos que fue la constancia. Pese a todo y a to-

dos, mantuvo en alto la bandera de la reforma. Es cierto que la visita a los «humillados» termina a tiros; los canónigos de la Colegiata de Santa María le cierran las puertas a la faz de todos sus acompañantes; los asuntos temporales le traen disgusto sobre disgusto y denuncia sobre denuncia; si consigue ir a su diócesis y permanecer en ella es con la oposición de los Papas que le querían junto a sí. Y contra todo esto, él realiza impávido su obra.

Mols ha hecho el balance de lo que hoy debemos a San Carlos Borromeo en la vida de la Iglesia:

> «En materia administrativa: la residencia de los pastores, la celebración de concilios provinciales, de sínodos diocesanos, de reuniones y conferencias arciprestales, el desenvolvimiento de la estadística eclesiástica y de los datos numéricos parroquiales, al llevar libros, expedientes y registros sobre los aspectos más variados de la administración diocesana y parroquial, el cuidado de una adaptación geográfica de las diócesis a las exigencias pastorales, la preocupación por asegurar un mayor cuidado material de las iglesias, la tendencia a acentuar el aspecto defensivo del catolicismo y su organización. En materia escolar: la fundación de seminarios e instituciones especializadas de enseñanza y ayuda mutua, el desenvolvimiento de la formación catequística y religiosa de los cristianos. En materia directamente apostólica: la fundación de los Oblatos de San Ambrosio comprendiendo miembros laicos, el impulso dado a las misiones parroquiales, al apostolado de la Prensa, a una predicación dominical regular de inspiración bíblica y litúrgica, a ciertas devociones populares eucarísticas, la organización regular de visitas diocesanas y de recorridos de confirmación, el recurso a equipos apostólicos especializados, la preocupación por un apostolado comunitario».

Salta a la vista que no todas estas cosas pueden atribuírsele a él exclusivamente. Pero lo que no se le puede negar es haber sido el genial ordenador de materiales legislativos y pastorales tomados de sus predecesores, que, sistematizados, ofreció a toda la Iglesia. Porque durante toda la época de la reforma católica puede decirse que en la Iglesia entera los ojos están fijos en Milán, y ya nos encontremos en la Francia del siglo XVII, de tan magnífica orientación pastoral; ya en la España de Felipe II, y en Valencia con el Beato Ribera; ya en Italia, que en gran parte visitó él mismo; ya en Indias con Santo Toribio... en todas partes veremos cómo San Carlos es el auténtico ideal del obispo

reformador y sus medidas legislativas son copiadas, adaptadas, implantadas y urgidas.

En muchos aspectos es decidido antecesor de iniciativas que estimamos modernísimas. Recordemos el «Asceterium», al que el papa Pío XI llamó en la encíclica *Menti nostrae* la primera casa de ejercicios del mundo; recordemos su preocupación por el seminario, y su clara visión de la necesidad de adaptar la formación de los seminaristas a la vida real; recordemos su empeño por la santificación de los seglares y la organización apostólica de los mismos; recordemos la amplitud de espíritu con que concibió las relaciones del clero secular con los religiosos.

Todavía más que en sus obras puede encontrarse la medida de sus preocupaciones apostólicas en las actas de las visitas apostólicas. Porque, como ha escrito el papa Juan XXIII, incansable editor de las que corresponden a Bérgamo,

> «La historia escrita por otros tiene un poco siempre del pensamiento y de las impresiones de quien escribe. En cambio, en las actas de la visita es San Carlos mismo vivo, operante, el que a distancia de más de tres siglos aparece tal cual le veneraron sus contemporáneos; alta inteligencia de hombre de gobierno que todo lo ve y a todo llega, espíritu noble y excelso, corazón de obispo y de santo. De aquellos papeles brota su figura entera, y juntamente con ella todo un mundo que resucita en torno a él... Más aún que en las disposiciones conciliares y sinodales, las actas de las visitas dan el tono más justo y auténtico de esta sabiduría apostólica y pastoral que tan admirablemente supo unirse en Borromeo con su íntimo fervor religioso, de aquella arte exquisita que él poseía de proveer a todo con medios aptos, de conseguir con orden, con organización perfecta, con calma, lograr un fruto, no sin dificultades a veces, pero siempre con gran dignidad y con bondad inmensa en los mismos choques».

Muchísimas veces había desafiado la muerte: viajes de noche por los Alpes, entrevistas con sus más mortales enemigos sin defensa alguna, y, sobre todo, contactos durante largas temporadas con los apestados, en especial en la terrible peste de 1576-1577. Sin embargo, la muerte le había respetado hasta entonces.

Pero hubo un momento en que llegó ya. Tenía el cardenal cuarenta y seis años. Aunque devorado por la fiebre, continuaba haciendo su visita pastoral. El 30 de octubre inauguró un semi-

nario. Después consoló a los habitantes de Locarno, que de cuatro mil ochocientos habían quedado reducidos a setecientos a causa de la peste. La fiebre le devoraba. Fue necesario rendirse por fin. Y en Milán, rodeado del amor de todo su pueblo, expiró dulcemente el sábado 3 de noviembre de 1584.

Desde el primer momento fue venerado. Ya el día 4 hubo una grandiosa manifestación de veneración pública. Pocos años después, en 1610, era canonizado. Su culto se extendió rapidísimamente por todo el mundo. Símbolo de la reforma católica, imagen del buen pastor, fue desde el primer momento su devoción un estímulo para continuar trabajando en las mismas tareas que él había emprendido. San Francisco de Sales le tuvo una gran devoción y visitó su sepulcro. El papa Juan XXIII, eligió para su coronación, aun sabiendo que esto suponía un gran esfuerzo, el día de su fiesta, queriendo colocar su pontificado bajo el patronato de este gran santo.

LAMBERTO DE ECHEVERRÍA

Bibliografía

ECHEVERRÍA, L. DE, «Figuras apostólicas: San Carlos Borromeo»: *Surge* 2 (1943-1944) 540-550.

ORSENIGO, G., *Vita di San Carlo Borromeo* (Milán ³1929).

PASTOR, L., *Historia de los Papas* (Barcelona 1947), volúmenes de los pontificados de Pío IV y San Pío V.

RATTI, A. (ed.), *Acta ecclesiae mediolanensis* (Mediolani 1890-1892).

RONCALLI, A. G., *Gli atti della visita apostolica di S. Carlo Borromeo a Bergamo,* 5 vols. (Florencia-Roma 1939-1959).

SAN FÉLIX DE VALOIS

Religioso († 1212)

El 17 de diciembre de 1198, San Juan de Mata, natural de Provenza, presbítero y antiguo profesor de teología, obtuvo en Roma del papa Inocencio III una bula con la aprobación de la Orden de la Santísima Trinidad, fundada por este santo provenzal, para la redención de cautivos cristianos. ¿Le acompañó alguien, un ermitaño de nombre Félix, en su viaje desde la soledad de Cerfroid a Roma? La tradición de la Orden así lo afirma; la leyenda adornó la vida del santo cofundador de una aureola

de gracias celestiales. ¿Existió este Félix de Valois, ermitaño primero y luego compañero de una gran empresa de liberación cristiana? Algunos han dudado de la existencia de Félix. La negaron los benedictinos de París que en 1954 editaron en París unas *Vies de saints*. Pero biografías más recientes de San Juan de Mata, publicadas en 1959, 1960 y 1961, reivindican la antigua tradición de la Orden trinitaria que al santo fundador principal, quien, en su primera misa en 1193, sintió la llamada de Dios, le asocian a Félix en su empresa de caridad para liberar a los prisioneros y cautivos cristianos en poder de infieles.

El inspirado sacerdote Juan se retiró a Cerfroid, en la diócesis de Meaux, después de su visión, donde compartió la vida con cuatro ermitaños durante tres años. Luego marchó a Roma para consultar con el Papa e implorar su bendición para dedicarse, con sus compañeros, a la redención de cristianos cautivos de los musulmanes. El general e historiador de la Orden, Robert Gaguin, es el primero que en 1492 menciona al ermitaño Félix como asociado a Juan de Mata en la fundación de la Orden de la Santísima Trinidad.

Pero unos antiguos versos de Pedro Muguet (de 1444) afirmaban: *Ecce ordo approbatus, non a sanctis fabricatus solum sed a summo Deo* («Ésta es la Orden aprobada, no construida por santos, sino solamente por Dios supremo»). El origen divino de la Orden, con el nombre de la Trinidad suprema y con el hábito simbólico de los tres colores: blanco (Padre), rojo (Cristo) y azul (Espíritu Santo), estaba muy metido en la mentalidad de aquellos hombres redentores y hospitalarios a la vez, que acercaban la caridad más heroica a quienes sufrían cautividad o suma pobreza. Si Dios era el constructor de la Orden, ¿para qué necesitaban a santos fundadores? Si Dios era su autor, ¿para qué buscar la gloria y la canonización de quienes humanamente habían dado origen a su fraternidad liberadora?

Otro factor histórico influyó en que los trinitarios no se dedicaran a redactar los orígenes fundacionales de la Orden. Su preocupación era la redención de cautivos, no el estudio ni la redacción de tratados; no eran maestros ni intelectuales, eran apóstoles de la caridad. Sus archivos recogían más bien documentos económicos: ¡era tanto el dinero, el soporte eco-

nómico, tierras, legados y fundaciones, que necesitaban para sus obras de misericordia! Escribir, guardar, catalogar las memorias de la Orden no les motivaba tanto como ejercer su misión en tierras de cristianos y de infieles con riesgo y con entrega total. Por eso la historia de la Orden comenzó a ser escrita tardíamente. Los trinitarios empiezan a dedicarse a la teología, a la historia, a la biografía, a los estudios, en el siglo XVII, cuando disminuyen los asaltos de corsarios y piratas en el Mediterráneo, cuando las redenciones de cautivos cristianos se hacen cada vez menos numerosas y frecuentes. Hacia 1630 aparecen las primeras biografías de San Félix. Los orígenes de la Orden ya quedaban muy lejos. Donde faltaban documentos, historia verídica y auténtica, creció la leyenda y la fábula. Pero, en la constelación de prodigios y hechos extraordinarios, se puede descubrir y reconstruir, al menos con plausible aproximación histórica, una biografía que de algún modo nos revele el perfil del segundo fundador, contemplativo y formador, de la Orden de redención de cautivos.

Con toda probabilidad Félix no era de la noble y real familia de los Vermandois y Valois. Parece más bien que Valois es el nombre del país originario de Félix, o en el que fijó su residencia. Es probable que naciera en el norte de Francia, en la comarca de Valois (hoy Aisne-Oise), en la primera mitad del siglo XII. Sería uno de los anacoretas que, con otros compañeros (cuatro?), se había retirado en los bosques de Cerfroid. Florecía entonces en la cristiandad medieval el espíritu eremítico que en el siglo IV había llenado de solitarios el desierto de la Tebaida. Algunos de los ermitaños medievales eran veteranos de las Cruzadas; habían sido testigos del grave problema, material y moral, de los cautivos cristianos capturados por los musulmanes. En la soledad, Félix dirigiría un grupo de anacoretas después de haber militado en el ejército cruzado y de haber escapado sano y salvo de Aleppo; algunos lo identifican con cierto Roger que cedió a Juan de Mata la finca de Cerfroid. Por aquí pasó efectivamente Juan, que, después de recibir la ordenación presbiteral y la llamada a fundar una nueva Orden para redimir cautivos cristianos, había dejado París, donde era profesor de teología. Los ermitaños de Cerfroid acogieron entusiásticamente al futu-

ro fundador y, con gran alegría, ofrecieron sus personas y bienes a Dios y a la Orden que aquél proyectaba fundar.

Félix daría, pues, un nuevo rumbo a su vida. Entre 1194 y 1197, Juan de Mata y Félix, con sus compañeros de soledad, a los que pronto se agregaron nuevos aspirantes, procedentes de los alrededores de París, compusieron y experimentaron la regla que armonizaba la vida religiosa tradicional con la dedicación a la acción caritativa, a la que se orientaba la nueva Orden. En su búsqueda y discernimiento, reclamaron los consejos del obispo de París y del abad de San Víctor, que presidía una comunidad de canónigos regulares de San Agustín. Juan aportó sus conocimientos canónico-teológicos y Félix la experiencia ascética y contemplativa. A fines de 1197 la regla estaba redactada sustancialmente e inicialmente experimentada.

La antigua tradición de la Orden afirma que Félix acompañó a Juan en su viaje a Roma para recabar la aprobación pontificia. El gran Inocencio III ratificó solemnemente la fundación de la Orden y aprobó la regla el 17 de diciembre de 1198. El nuevo y arriesgado apostolado ya tenía las bendiciones de Dios y de la Iglesia. Había sonado la hora de llevar a término esta gran empresa de caridad.

En los quince primeros años, Juan y Félix se repartieron las tareas al frente de la nueva Orden. Juan de Mata se dedicó a la difusión de la Orden recorriendo Francia, España e Italia. Félix regresó a Cerfroid, donde dirigió la formación espiritual de quienes se agregaban al Instituto. Cerfroid será por siempre la casa madre de la Orden, donde se formó la primera generación de trinitarios. Todos los años, en Pentecostés, los religiosos de las casas de la Orden celebraban allí su capítulo general.

La tradición señala como día del natalicio de Félix el 4 de noviembre de 1212, cuando contaba más de ochenta años.

La biografía de Félix, tan sencilla como la hemos descrito y con escasas y tardías referencias en la tradición de la Orden, fue adornada por ésta con algunas leyendas que inspiraron su iconografía, que empieza a florecer en el siglo XVII. La visión del ciervo blanco que porta sobre su frente una cruz roja y azul, que contemplaron Félix y Juan en Cerfroid antes de su viaje a Roma, es deudora de la que Juan tuvo en su primera misa, cuando vio a un ángel vestido de blanco que llevaba so-

bre su pecho también una cruz roja y azul. Igual visión tuvo Inocencio III cuando celebraba misa. La visión del ciervo parece que tiene su origen en la interpretación misma del nombre de Cerfroid *(Cervus frigidus,* «ciervo frío»), y que se plasma en el ciervo que va a beber agua fresca en una corriente cercana al eremitorio de Félix. Antiguos sellos de la Orden incorporan la imagen del ciervo, en Cerfroid y Fontainebleau (siglos XIII y XIV). El sello de Cerfroid (de 1305) coloca la cruz sobre la testa del ciervo. Tal figura procede de la leyenda de San Eustaquio y San Humberto.

Por primera vez en 1660 se describe la aparición de la Virgen María a San Félix para cantar maitines con él. Tal acontecimiento se sitúa en la fiesta de la Natividad de Nuestra Señora, del 8 de septiembre, y pasó a la lectura hagiográfica del santo en el breviario romano.

Hasta el siglo XVII el cofundador de los trinitarios no recibió culto litúrgico. Es más, no consta que la Orden promoviese su canonización antes de esta época. Ni su tumba ni sus reliquias están localizadas. La canonización de los dos fundadores, atribuida al papa Urbano IV en 1263, a instancias del octavo general de la Orden, no tiene verosimilitud alguna y es afirmada sólo en 1615 por el historiador trinitario Juan de Figuera. Otros historiadores hablan del oficio y misa de los dos santos, aprobados antiguamente. Pero tales textos litúrgicos y las memorias en los calendarios y obituarios de la Orden no aparecen documentados. Sólo en 1545 se da el nombre de santo a Juan.

Tras los decretos rigurosos de Urbano VIII, en 1628, los trinitarios se movieron para que la Santa Sede reconociera la santidad y el culto de sus dos santos fundadores. El mismo Urbano VIII da el título de «santos» a los dos fundadores de los trinitarios en una bula de 1632, pero sin intención alguna de declararlos tales oficialmente. Inocencio X en 1645 concede una indulgencia plenaria para sus fiestas; en 1646 fija el 17 de diciembre para que los trinitarios de España celebren la fiesta de ambos. A partir de entonces, los historiadores de la Orden se esfuerzan para hacer acopio de documentos con el fin de obtener la confirmación del culto inmemorial de Juan y Félix por la Santa Sede. El cardenal vicario reconoció este culto inmemorial

en 1665; al año siguiente la Congregación de Ritos y el papa Alejandro VII ratificaron este reconocimiento. Clemente IX en 1669 concedió a la Orden misa y oficio propios de los dos santos, cuyo nombre fue introducido en 1671 en el *Martirologio romano.* La fiesta de San Félix fue fijada el 20 de noviembre por Inocencio XI, en 1679, mientras que la de San Juan de Mata era trasladada al 8 de febrero. Inocencio XII las incluyó en el calendario general romano en 1694. Se mantuvieron las dos fiestas en el misal y breviario romanos hasta la promulgación del nuevo calendario general del misal romano por Pablo VI en 1969, cuando quedaron circunscritas a los calendarios particulares. La Orden trinitaria celebra actualmente la fiesta de San Juan de Mata el 17 de diciembre, aniversario de la bula fundacional de Inocencio III, y la del cofundador San Félix de Valois el 4 de noviembre. En el actual *Martirologio romano,* la memoria de San Félix está inscrita el 4 de noviembre.

Los propios de la Orden subrayan «la caridad y la humildad» de Félix (colecta de la misa), y el himno español de laudes lo proclama «segundo padre de la Orden», asociado a Juan de Mata.

La memoria de Félix de Valois y de Juan de Mata, o de Provenza, es testimonio de una de las más grandes obras de caridad, promovidas por hombres de Iglesia, que supieron armonizar en la vida religiosa la consagración a Dios en la plegaria y en el recogimiento, y la entrega heroica a la liberación del prójimo y a la salvaguarda de su fe cristiana.

PERE-JOAN LLABRÉS Y MARTORELL

Bibliografía

ANGELO (ROMANO) DI SANTA TERESA, *S. Giovanni di Matha Fondatore dell'Ordine della SS. Trinità* (Vicenza 1961) 100-106; apéndices I y II.

ANTONIN DE L'ASSOMPTION, *Les origines de l'ordre de la Ste-Trinité d'après les documents...* (Roma 1925).

Bibliotheca sanctorum. V: *Erizzo-Galdino* (Roma 1964) cols.566-574.

BORRELL, M., *Reformatorium fratrum Ordinis SS. Trinitatis* (Barcelona 1563) f.8-11.

BOURGEOIS, G., *Regula et Statuta Ordinis SS. Trinitatis* (Douai 1586) 1-4.

Breviarium Ordinis SS. Trinitatis (Valencia 1519; Salamanca 1537; Sevilla 1545).

Canonizationis Servorum Dei Joannis de Matha et Felicis de Valois Fundatorum Ordinis SS. Trinitatis, Summarium (Roma 1666).

DESLANDRES, P., *L'ordre des trinitaires pour le rachat des captifs,* 2 vols. (París 1903).

Dictionnaire d'histoire et de géographie ecclésiastiques. XVI: *Eusice-Fille-Dieu* (París 1967) cols.916-927.
FRANÇOIS DE S. PAUL... et al., *Jean de Matha, un fondateur d'avant-garde* (París 1960).
GAGUIN, R., *De origine et gestis francorum* (París 1497) f.45.
MARTÍNEZ, G., *Institutio... Ordinis SS. Trinitatis* (Zaragoza 1584).
SABELLICO, M. A. C., *Breviarium fratrum Ordinis SS. Trinitatis* (1514).

BEATA FRANCISCA DE AMBOISE

Duquesa y monja († 1485)

Duquesa de Bretaña, luego monja carmelita. Nacida, lo más probable, en Rhouars el 28 de septiembre de 1427, tiene una vida llena de aventuras y peripecias. Su padre, Luis, vizconde de Thouars, la promete «en matrimonio apenas cumplidos los cuatro años a Pedro, hijo segundo del Duque de Bretaña. Pasó toda su juventud junto a su futura suegra Juana, hermana de Carlos VII rey de Francia, la cual imprimió en ella un espíritu profundamente cristiano recibido de las enseñanzas de San Vicente Ferrer. Pedro, por haber muerto su padre y su hermano mayor, ascendió al trono ducal de Bretaña y, junto con Francisca, fue coronado en la catedral de Rennes en 1450».

Los siete años de su gobierno se recordaban como «los tiempos de la santa duquesa». Enviudó en 1457 y, desoyendo otras voces, la de su padre y del propio rey de Francia que la querían casar otra vez, comenzó a pensar en la vida religiosa para abrazarla. En este itinerario hacia la consagración al Señor, tuvo la suerte de encontrarse con el Beato Juan Soreth que después de haber sido provincial de la provincia carmelitana de Francia, fue elegido superior general del Carmen en 1431, perseverando en este cargo hasta su muerte el 25 de julio de 1471. Durante los años de su generalato se desvivió por el bien espiritual de la Orden. También se afanó por el bien de las monjas carmelitas, que hizo resurgir en Italia, Bélgica y otras partes. Llevó monjas de Lieja a Francia; y la duquesa d'Amboise ofreció y empleó su patrimonio en la fundación del primer convento de carmelitas en Francia, en Bondon, cerca de Vannes, en 1463. Al grupo se unió Francisca y queriendo salvar la distancia social que la separaba de sus hermanas en religión, pidió que le sustituyesen el título de duquesa por el de «esclava de Cristo».

Así, como una más en el seguimiento del mismo Cristo pobre y humilde, fundó otro monasterio en Nantes y a éste se acogieron más tarde las de Bondon.

Los historiadores juzgan con buen criterio que «por estas fundaciones y por su influencia sobre la legislación adoptada en su monasterio y en otros carmelos franceses, a Francisca se le reconoce el título de fundadora de las Carmelitas en Francia».

Se han publicado algunas exhortaciones o instrucciones claustrales y algunas meditaciones atribuidas a la Beata Francisca. También se considera un precioso tesoro las Constituciones de las Carmelitas de Vannes, elaboradas por el Beato Juan Soreth y por la Beata Francisca d'Amboise.

Francisca murió en Nantes el 4 de noviembre. Su culto inmemorial fue confirmado por el papa Pío IX el 16 de julio de 1863. Su fiesta la celebran los carmelitas el 5 de noviembre. Los entendidos en iconografía recuerdan que «se la suele representar mirando al crucifijo que sostiene en las manos. Sobre su hábito carmelita lleva una capa de armiño (en lugar de lana) que recuerda su rango de duquesa».

JOSÉ VICENTE RODRÍGUEZ, OCD

Bibliografía

BARRIN, J., *La vie de la bienheureuse Françoise d'Amboise, duchesse de Bretagne, fondatrice des Carmélites* (Rennes 1704).

CATENA, C., «Francesca d'Amboise», en L. SAGGI, *Santos del Carmelo* (Madrid 1982) 297-299.

— *Le carmelitane. Storia e spiritualità* (Roma 1969).

LE ROY, C., *Les saintes ardeurs de la mère Françoise d'Amboise fondatrice des Carmélites en Bretagne sur les sept paroles de Nostre Seigneur en la Croix* (París 1621).

LÉON DE SAINT JEAN, *La vie de la très-illustre et vertueuse Françoise d'Amboise, jadis duchesse de Bretagne* (París 1634).

WILDERINK, V. (ed.), «Les "Exhortations" de la bienheureuse Françoise d'Amboise»: *Carmelus* 11 (1964) 221-266.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTOS VIDAL Y AGRÍCOLA

Mártires († 304)

Estos dos confesores de la fe de Jesucristo padecieron martirio en Bolonia, donde sus sagradas reliquias fueron encontradas el año 392, según narra San Ambrosio de Milán. Pasando este santo por Bolonia en dicho año y siendo obispo San Eusebio tuvo lugar el hallazgo de sus reliquias, que estaban escondidas en el cementerio judío. Vidal era esclavo de Agrícola y fue el primero en ser procesado por su condición de cristiano, de la que no quiso apostatar pese a los muchos tormentos con que fue maltratado, al punto de no quedar parte de su cuerpo que no estuviera herida. Al fin murió, invocando a Cristo el Salvador. Agrícola, persona de buena reputación social, hubo de ser testigo de los tormentos de Vidal y a su vez fue torturado a ver si así renegaba del cristianismo, pero no lo hizo. Entonces, para humillarlo del todo, fue crucificado, y así consumó su testimonio cristiano. Por la crucifixión se supone que no era ciudadano romano, y su sepultura en el cementerio judío ha hecho pensar si sería de esta raza. El hallazgo de sus cuerpos fue en presencia de muchos fieles, también de judíos, y pudieron verse las heridas infligidas a los mártires y los leños en que Agrícola fue crucificado. Algunas reliquias suyas fueron llevadas a Milán y también a Nola por obra de San Paulino y asimismo a Florencia. Su culto se extendió mucho a raíz de su hallazgo. En Bolonia se construyó una basílica en su honor donde fueron colocados los santos cuerpos. Ya desde antiguo la fiesta de estos santos en Bolonia es el 4 de noviembre.

SAN PIERIO

Presbítero († s. IV)

Pierio fue un sacerdote de Alejandría, que edificó a la comunidad cristiana con sus virtudes, entre ellas la pobreza evangélica, y también con su sabiduría. Estuvo al frente de la escuela alejandrina y escribió varios tratados de los que no quedan sino

fragmentos, y la comunidad cristiana oía con gusto sus comentarios bíblicos y sus explicaciones catequéticas, que a todos resultaban admirables. La época de su vida fue la del episcopado de Teonás (282-300) y sobrevivió a este obispo, pareciéndoles a algunos que el título de mártir que se le ha dado no responde exactamente a que muriera por la fe sino a que la confesó en la persecución de Diocleciano. Según San Jerónimo, después de la persecución, se fue a vivir a Roma. Todas las fuentes (Eusebio, Jerónimo, Epifanio) lo elogian grandemente. Edificó una iglesia en Alejandría que dejó a la comunidad y que llevó su nombre. Debió morir en los primeros años del siglo IV.

SAN EMERICO

Príncipe de Hungría († 1031)

Emerico o Imre era hijo del rey San Esteban, el primero que ostentó la corona húngara y que llevó a su pueblo a la aceptación del cristianismo como religión nacional. Su madre era Gisela, hermana del emperador San Enrique II. Quisieron los padres educarlo en todos los valores cristianos en la esperanza de que fuera un digno y bien preparado sucesor en el trono, y confiaron esta educación al obispo San Gerardo Sagredo, el cual puso todo empeño en cumplir su tarea. El joven Imre se mostró receptivo a la educación que se le inculcaba y creció como un joven puro, piadoso y de excelentes cualidades físicas y morales. Pero se dejó la vida en un accidente durante una cacería el 4 de noviembre de 1031, quedando sus padres y todo el reino llenos de tristeza y, además, con el gran problema de la sucesión en el trono. Rodeado de fama de santo, se consiguió en 1083 que el papa San Gregorio VII autorizara su culto y sus reliquias fueran colocadas en los altares, lo mismo que a los demás introductores del cristianismo en Hungría.

BEATA ELENA ENSELMINI

Virgen († 1242)

Nace en Padua el año 1208 en el seno de la noble familia Enselmini. Su encuentro con el propio San Francisco de Asís cuando contaba doce años de edad decidió su vocación religiosa, recibiendo de manos del santo el hábito de clarisa y siendo de las primeras jóvenes que se consagraron a Dios en el monasterio de Arcella, fundado por San Francisco en las cercanías de Padua. Estando en este monasterio llega a tener por director espiritual a San Antonio de Padua, caminando con pasos de gigante por la senda de la santidad bajo tan admirable mentor de su espíritu. Su camino espiritual fue el del dolor unido al de Cristo crucificado, pues a los seis años de estar en el monasterio le vino una enfermedad que le hacía padecer agudísimos dolores y que le duraría dieciséis años, en los que dio prueba de una heroica paciencia y de una plena aceptación de la voluntad divina. Alma de altísima oración, el Señor la recreó en medio de sus dolores con éxtasis y visiones celestiales, viendo en una de ellas la gloria con que Dios había recompensado a su padre San Francisco. Convertida en dechado de todas las virtudes rindió su alma a Dios el 4 de noviembre de 1242. Su culto popular fue confirmado por el papa Inocencio XII el 20 de octubre de 1695.

5 de noviembre

A) MARTIROLOGIO

1. En Cesarea de Palestina, San Domnino († 307), mártir *.
2. En la misma ciudad, santos Teótimo, Filoteo y Timoteo († 307), mártires, y el anciano Auxencio, echado a las fieras por su fe *.
3. En Apulia, San Marcos († s. IV), obispo ecanense.
4. En Tréveris (Renania), San Fibicio († 450), obispo.
5. En la Bretaña Menor, San Guetnoco († s. VI), hermano de santos Winwaloeo y Jacuto.
6. En el monasterio de Chelles, junto a Meaux (Galia Lugdunense), Santa Bertila († 705), su primera abadesa.

7. En Beziers (Galia Narbonense), San Geraldo († 927), obispo.
8. En Constantinopla, Beato Gomidas Keumurgian o Cosme de Carboniano († 1707), presbítero y mártir **.
9. Junto al río Hung-Yen (Tonkín), Santo Domingo Mau († 1858), presbítero, de la Orden de Predicadores, mártir *.
10. En Parma (Italia), Beato Guido María Conforti († 1931), obispo, fundador de la Pía Sociedad de San Francisco Javier **.
11. En Madrid, Beato Juan Antonio Burró Mas († 1936), religioso de la Orden de San Juan de Dios, mártir *.
12. En El Saler (Valencia), Beata María del Carmen Viel Ferrando († 1936), virgen y mártir *.
13. En Hof (Alemania), Beato Bernardo Lichtenberg († 1943), presbítero y mártir **.
14. En el campo de concentración de Abez, en la Siberia rusa, Beato Gregorio Lakota († 1950), obispo de Przemysl y mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

BEATO GOMIDAS KEUMURGIAN

Presbítero y mártir († 1707)

El 23 de junio de 1929 el papa Pío XI beatificaba solemnemente en la Basílica Vaticana a un sacerdote de rito armenio, casado y con hijos, que a comienzos del siglo XVIII había preferido padecer la muerte antes que separarse de la comunión de la fe católica para volver al monofisismo o abjurar de la fe cristiana para hacerse musulmán, lo que le hubiera salvado la vida. Su vida tiene no poco de curiosa y mucho más aún de gloriosa, con la gloria que proporciona la heroica fidelidad a la propia conciencia.

Un hijo suyo que posteriormente entró al servicio del reino de Nápoles y que igualmente se llamaba Gomidas Keumurgian (o Keumurdjan) latinizó su nombre como Cosme de Carboniano, y fue con este nombre, aplicado también a su homónimo padre, como fue beatificado y como figura en el *Index de las causas de los santos,* mientras que el nuevo *Martirologio* lo llama Gomidas Keumurgian y entre paréntesis Cosme de Carboniano.

Gomidas había nacido en la ciudad de Constantinopla, capital entonces del Imperio Otomano, aproximadamente el año

1656. Su familia pertenecía al rito armenio y no estaba en comunión con Roma. Su padre se llamaba Mardiros, y era igualmente sacerdote armenio, teniendo a su cargo la iglesia de San Jorge de Psamathia, al sur de la citada ciudad de Constantinopla. Era una familia con bienes de fortuna y muchos de sus antepasados habían ocupado cargos importantes en la comunidad armenia. Educado cristianamente por su padre, el joven Gomidas fue confiado a los cuidados del obispo Menas de Autep, que lo instruyó en la lengua armenia, en las letras humanas, en la filosofía y en la teología, y es que desde joven Gomidas también pensó en hacerse sacerdote. Según la costumbre de su rito, su matrimonio, contraído con la joven Ninfa o Huri, natural de Constantinopla e hija de una familia de Cesarea, cuando tenía unos veinte años, no le era obstáculo para la ordenación. Fue ordenado sacerdote por Guiragos, arzobispo de Tokat, siendo asignado a la misma parroquia de San Jorge donde había ejercido su ministerio su padre. Vivía en armonía con su esposa y tuvo con ella varios hijos, de entre los cuales conocemos al ya citado Gomidas, a Tartipsciá, la hija mayor, cuya hija Petronila Miran intervino en la causa de beatificación, a Sima, la segunda de los hijos, cuyas hijas Duhuri y Huri atestiguaron en la causa de beatificación, a Salomé, la hija tercera, cuyas hijas Iacut y Rosa también atestiguaron en la causa de beatificación.

Gomidas fue un excelente sacerdote. En primer lugar era un hombre de extraordinaria espiritualidad: su vida de oración, su conducta intachable, su óptimo ejemplo de virtudes cristianas y singularmente su penitencia y austeridad de vida le atrajeron el amor de su feligresía. Desprendido y dadivoso, se cuidaba de los pobres con amor, y además era un hombre elocuente que sabía exponer con claridad y atractivo los principios dogmáticos y morales del cristianismo. Era además un magnífico liturgo. Celebraba con gran parsimonia y solemnidad las sagradas ceremonias del culto y en ellas recreaba a los fieles con el canto litúrgico, tan querido a su congregación.

Gomidas era también un hombre estudioso y preocupado por la verdad del cristianismo, y a la vista de las divisiones en el seno de esta religión se preguntaba cuál de las distintas comunidades surgidas en la historia conservaba el verdadero entronque

original con Cristo. Un amigo suyo, Kaciadur Arakelian, que había estudiado en Roma en el colegio «De Propaganda Fide», no dejó de exponerle los motivos que alegaba en tal sentido la Iglesia Romana. Gomidas pensó y repensó el asunto y en 1695 dio el paso de hacerse católico, reconociendo al Papa como primado de la Iglesia y entrando en comunión de fe con él. Gomidas en adelante se autocalificó como católico.

No por hacerse católico hubo de dejar su iglesia de San Jorge, puesto que disimuló su conversión, pero cuando el clero armenio repetía su anatema acostumbrado contra el papa San León Magno y contra el Concilio de Calcedonia, él adrede se ausentaba, lo que serviría para levantar las sospechas de que era católico; y él en adelante se volcó en convencer a otros muchos armenios para que se hicieran católicos, empezando por su propia familia, de modo que el movimiento de acercamiento a Roma que se sentía por entonces en numerosos grupos de cristianos orientales tuvo en él un claro exponente. En 1662 el católicos Jacobo abrazó la fe católica, en 1695 el católicos Nahabied entró en comunión con Roma y su sucesor, Alejandro, en 1701. Este movimiento —se ha dicho— contó con el apoyo del embajador de Francia, cuyo celo por esta causa les pareció a algunos excesivo y que no tenía más remedio que provocar una reacción anticatólica. Gomidas nunca utilizó otro método que no fuera la exposición leal de los argumentos católicos y no había en su actividad otra actitud que no fuera la leal propaganda que cada cual tiene derecho a hacer de sus convicciones religiosas. Consiguió que cinco de los doce sacerdotes de su parroquia se hicieran católicos también. Por otro lado él era de los que no tenían inconveniente en acercar el evangelio a los musulmanes, consiguiendo la vuelta al cristianismo de algunos que se habían hecho musulmanes, hecho que es mirado por la ley islámica como delito gravísimo que se castiga con la muerte, y por ello Gomidas favorecía que estos cristianos emigraran a Occidente. Uno de estos devueltos al cristianismo fue Isaías de Hagibarnak, tío de las monjas María e Irene Zemberckgi, que declararían en la causa de beatificación y que se decidieron por la vida religiosa cuando un Viernes Santo oyeron a Gomidas predicar sobre la pasión del Señor.

Acerca de sus cualidades como persona y como sacerdote tenemos el testimonio de Sima Ugler, que tenía 83 años cuando lo prestó en la causa de beatificación y que era la esposa de un gran amigo de Gomidas:

> «Entre otras virtudes suyas [...] tenía la de ser diligente en todas sus cosas, de forma que no se daba el caso de que perdiera un minuto de tiempo, aplicándose siempre alternativamente al estudio o a la oración: tenía en efecto por asiduo compañero en la oración a Abraham Orefice, marido de la declarante. Por su gran humildad no desdeñaba hablar con la gente más pobre, transmitiéndoles siempre piadosas y santas máximas. En casa de la declarante instruyó y trajo a la fe católica a un mozo de carga hereje. Sus conversaciones no trataban de otra cosa que de Dios y sus santos. Con sus consejos la declarante fue sacada de las oscuras tinieblas de la herejía y traída al seno de la Fe Católica. Estuvo dotado de la ciencia de las cosas ocultas: cuando veía a una persona manchada de pecado mortal, la amonestaba a que se purificase cuanto antes con el sacramento de la confesión, como muchas veces experimentó la declarante. Les decía a sus compañeros sacerdotes: Amad al prójimo y dad limosna a los pobres, pero veo que vuestro corazón está duro como una piedra. No contento con vestir a los pobres desnudos, recibía en su casa y daba ropa incluso a los hijos de sus más jurados enemigos. En su comida era muy parco e incluso cuando se le invitaba a un buen convite se contentaba con comer muy poco».

Unos años después de su conversión empezaron las dificultades para él. Según cuentan sus dos citadas nietas Iacut y Rosa predicaba un viernes santo con gran fervor sobre la Pasión del Señor y, al terminar su predicación, dijo que otro tanto le pasaría a él mismo. Pese a su prudencia, muchos armenios se dieron cuenta que Gomidas se había hecho católico y un día expresó, por lo visto, con tal claridad sus sentimientos que los sacerdotes de su iglesia le preguntaron si quería que todos los armenios se hiciesen católicos. Se espesó la hostilidad en torno a él y hubo un intento de acabar con su vida. Gomidas hubo de irse de Constantinopla al monasterio armenio de Santiago en Jerusalén. En él encontró que había división entre los monjes: unos querían entrar en comunión con Roma y otros se resistían. Gomidas se puso resueltamente de parte de los partidarios de la unión con Roma, consiguiendo que empezase a odiarle de corazón Juan de Esmirna, resueltamente opuesto a la unión. Gomi-

das estuvo en Palestina no mucho tiempo y volvió finalmente a Constantinopla pero ya no volvió a su iglesia. En el mes de abril de 1707 fue encarcelado en la prisión del patriarcado y para obtener la libertad interpuso a sus compañeros sacerdotes, pero éstos condicionaron su intercesión a que anatematizara al Concilio de Calcedonia y al papa San León Magno, y tuvo que ser a base de dinero como consiguió la libertad. Sabiendo que iba a ser nuevamente arrestado, se marchó de su casa a casa de un amigo, Exir de Alan, donde estuvo oculto. Bastantes días más tarde salió a la calle y fue a casa del fiel católico José Sandalgi, y le dijo: «¿Hasta cuándo deberé estar oculto y para qué sirve este ocultamiento? He soñado que me coronaban de rosas y que derramaba la sangre por el bien de nuestra nación». Y entonces se marchó a su casa.

Y es que debió ver con claridad que sus dificultades se iban a hacer muy fuertes cuando llegó a la ciudad Juan de Esmirna, primero como vicario patriarcal y a quien luego el católicos Alejandro de Chicca había nombrado patriarca armenio de Constantinopla. Gomidas le había dicho a su mujer: «Va llegando la hora en que deberé morir por la religión; vosotros no os aflijáis sino manteneos conformes con los mandamientos del Señor y él luego os consolará». Así lo decía seguramente porque supo la llegada a Constantinopla de Juan de Esmirna. Éste llegó a la ciudad el 5 de septiembre de 1707 y con dinero —se dice— logró expulsar al patriarca anterior, Isaac de Abucc, que hubo de marcharse. El 10 de octubre tomó posesión del trono patriarcal. Se presentó en público como quien busca la reconciliación, pero sus propósitos eran bien distintos pues pensaba dar un castigo ejemplar a quienes no comulgasen con su manera de ver las cosas. Juan de Esmirna consiguió convencer a las autoridades turcas de que era absolutamente necesario acabar con los católicos armenios, y que a éstos no les quedara otra salida que la de hacerse musulmanes para seguir con vida. De esta forma —parece ser el pensamiento de Juan de Esmirna— los católicos abandonarían la comunidad armenia. El día 1 de noviembre de 1707 se dio el decreto pedido por Juan de Esmirna y éste pudo mandar satélites, vestidos a la manera turca, por la noche que apresaran a los armenios conocidos como católicos, captu-

rándose aquella noche hasta cuarenta personas de significación social, que fueron llevadas a la cárcel y encadenadas.

Gomidas llevaba ya tres días en su casa cuando fueron a buscarlo algunos católicos y le dijeron que aquella noche algunos armenios iban a asaltar su casa y que se diera prisa en huir. Gomisdas dijo: «Si ellos quieren capturarme, que lo hagan; yo ya tengo resuelto morir por la religión». Su esposa cuando lo oyó hablar así, le pidió también que huyera a la casa de algún amigo. Él le dijo que ya no tenía más fuerza para huir ni para estar oculto ni para comprar con dinero su libertad, y que estaba dispuesto al derramamiento de su sangre, pues él no tenía miedo. Y se quedó en su casa. Allí fue a buscarlo el propio Juan de Esmirna con gente proporcionada por las autoridades turcas. Llamaron a la puerta, dijo el futuro mártir por la ventana que iba a abrirles, pero ellos la derribaron y entraron, apoderándose del sacerdote que solamente pedía permiso para ponerse sus vestidos, que finalmente le trajeron. Mostró Gomidas una gran paciencia y mansedumbre mientras lo apresaban y consoló a un hijo suyo de 7 años que, llorando, acudió a él, diciéndole que no llorara pues él volvería. Y al oír esto, Juan de Esmirna le dio a Gomidas una gran bofetada. El mártir le presentó la otra mejilla y su enemigo le dio entonces otra bofetada, tan fuerte que echó dos dientes de la boca. Y a ese punto todos los demás, viendo lo que hacía el patriarca, se fueron para el preso y le dieron cuantas bofetadas y golpes quisieron. El mártir calló, bajó la cabeza y, arrastrado por sus verdugos, salió a la calle y empezó a caminar. Lo llevaron a la casa del sacerdote Marcos Ciamice-Jindik, vicario patriarcal, que odiaba igualmente a Gomidas, y allí pasaron varias horas de la noche. Trajeron vino para celebrar su triunfo y cuando estaban medio borrachos empezaron a insultar a Gomidas y a escupirle en la cara. En cuanto empezó a amanecer, y sin dejar de insultarle, lo llevaron al palacio del Visir y lo dejaron en el calabozo con cadenas en los pies. El mártir pasó la noche en oración repitiendo las palabras bíblicas de que el Señor no les tomase en cuenta aquel pecado y defendiéndolos porque no sabían lo que hacían.

Al día siguiente el sacerdote fue sacado de la cárcel y llevado a la presencia del Visir. Estaban allí presentes el patriarca Juan

de Esmirna, junto con sacerdotes de San Jorge y trescientos laicos armenios. Juan de Esmirna entregó al Visir un documento con las acusaciones, documento que fue leído por Bujuk Teskieregi, el canciller. Las acusaciones eran que Gomidas había convencido a algunos armenios para que salieran del Imperio turco al haber abandonado la religión armenia y que esto lo había conseguido de mucha gente ingenua, y que, si no se ponía límite a su actividad, todos los armenios terminarían por irse de Turquía o por convertirse en enemigos dentro del Imperio otomano. Al oír todo esto el Visir insistió en preguntar si todo ello era cierto, y tanto el patriarca como los demás armenios allí presentes le aseguraron que sí y le pidieron que por este motivo quitara de en medio a Gomidas. El Visir no quería dar crédito a lo que oía, y entonces exigió a Gomidas que hablara. El mártir dijo:

> «A menos que quisieras hacerte partícipe de la injusticia de estos hombres, ten por seguro que yo jamás he admitido nada culpable ni contra el Imperio ni contra nuestros ritos y leyes, sino que me acusan por envidia y por odio; pues yo, que soy armenio, soy también cristiano y súbdito fiel del Sultán, como se muestra por haber pagado cada año puntualmente mis tributos».

Y añadió que él era cristiano pero católico, mientras que a sus oponentes los tenía por herejes. Dijo el Visir que él como musulmán no entraba en las disputas religiosas entre cristianos, y añadió si sabía que él podía condenarlo a muerte. A lo que el mártir contestó:

> «Si lo haces yo lo aceptaré y me complaceré de ello, pero no deberías olvidar que si bien tienes la potestad de matarme, esa potestad se refiere sólo al cuerpo pero no al alma. Pero aún más: si lo haces, tendrás que darle cuenta a Dios, el justo juez. Por eso, juzga con justicia y no hagas caso de las calumnias de mis adversarios».

Al oír esto, todos los armenios levantaron la voz insistiendo en que lo quitara de en medio al mártir y no le permitiera seguir hablando, y no olvidara que estaba sustrayendo a los armenios de la obediencia al Sultán. El Visir había llegado ya a la conclusión de que no tenía verdaderos motivos para mandar a Gomidas a la muerte, pero por otro lado no quería rechazar de plano las exigencias de los armenios, y se puso a pensar en la forma de poder atribuir a otros la condena a muerte que se le pedía.

Mandó entonces que el preso fuera nuevamente llevado a la cárcel. Y al día siguiente mandó a preguntar al Muftí si estaba conforme con la ley coránica condenar a muerte a Gomidas. El Muftí examinó el asunto y respondió que no. Y lo mismo le respondieron otros peritos en la ley musulmana a quienes hizo la consulta. Pero se la hizo también a un juez de Galata que, aunque en un primer momento dijo igual que los demás, luego, tras aceptar dinero de los armenios, dio un dictamen en el que decía que eran verdaderas las acusaciones contra Gomidas. Este dictamen llenó de alegría a los armenios. Cuando el mártir lo supo, se puso de rodillas en la cárcel y oró diciendo:

> «Señor mío Jesucristo, tú eres en verdad para mí Dios y Redentor, tú eres mi esperanza, mi fortaleza y mi sostén: tú que en la noche de un jueves espontáneamente te entregaste a los tormentos, y crucificado luego por mí sufriste la muerte, dame ánimo y hazme digno de beber el cáliz de tu pasión. Así te lo ruego».

Seguidamente llamó al sacerdote Gerahed Giamgi-Oghli, que era también católico, y estaba también por ello encarcelado con él, y que era su confesor ordinario, y llevándolo a un rincón de la cárcel se puso de rodillas delante de él y le hizo una confesión general de su vida, en la que no quiso omitir nada de aquello en cuanto hubiera faltado en toda su vida desde la juventud. Al término de esta confesión, pudo recibir la sagrada comunión. Luego se dirigió a los cristianos Jorge y Cristóbal que con él habían sido llevados al juez de Galata y estaban igualmente a la espera de una sentencia de muerte, y los animó a que permanecieran fieles hasta la muerte. Aquella noche fue a verlo su esposa Ninfa, acompañada de sus hijos, y él le preguntó qué le parecía mejor, si renegar del catolicismo para salvar la vida o darla por la fe. Heroicamente la mujer y los hijos lo animaron a ser fiel hasta el final.

El viernes siguiente fue llamado por el Visir, el cual tenía ante sí el dictamen del juez de Galata, y le preguntó que por qué había dejado su religión nativa y se había adherido a la católica, la religión de los franceses. Gomidas le respondió que él se había dedicado al estudio de los Evangelios y otros libros y había llegado a la conclusión de que en la religión de los armenios se habían introducido numerosos errores, y que por ello se había hecho católico, y que si había invitado a otros a seguirlo, ello se

debía a que era sacerdote y debía no sólo seguir el camino de la verdad sino enseñárselo también a otros. Entonces el Visir pronunció sentencia de muerte contra él y contra otros tres armenios que lo habían acompañado al citado juez. Mandó que el lugar de la ejecución fuera Parmak-Kapi. Cuando oyó la sentencia, Gomidas dijo mansamente:

> «Siendo esta causa un asunto de religión, no tienes autoridad para condenarme a muerte, pero como has decidido enviarme a la muerte, que sepas que en el tribunal de Dios te pediré cuenta de mi vida. Pues, aunque aquí seas Visir, allí esta cualidad no te servirá de nada».

El Visir se sintió muy turbado con estas palabras y, dirigiéndose al patriarca, le dijo: «Esta sangre caerá sobre ti, no sobre mí». El patriarca le dijo: «Esta sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos». Se calmó con esto un poco y le dijo al mártir: «Esta muchedumbre de personas te acusa de haber abandonado su religión y haber abrazado otra». Y el mártir dijo: «Te ruego me digas cuál de las dos crees tú que es preferible». Y dijo el Visir: «Para mí las dos son falsas». El mártir añadió: «Entonces ¿por qué no te da igual que yo profese una u otra?». El Visir no supo qué contestar a esto.

En este punto llegó el verdugo, que había sido llamado, se dirigió a Gomidas y le ató las manos a la espalda. Y cuando ya salía y bajaba las escaleras, llamó el Visir al jefe de la patrulla y le dijo que hiciera cuantos esfuerzos pudiera por conseguir que Gomidas se hiciera musulmán, prometiéndole en ese caso no sólo salvar la vida sino recibir ventajas y honores. De esta forma el Visir quería encontrar un camino para que no se cumpliera aquella injusta sentencia de muerte.

Emprendido el camino hacia el lugar del suplicio, cuando alcanzaron Alay-Kioskin, el verdugo y el jefe de la patrulla decidieron poner allí por obra la orden del Visir. Para ello primero decidieron simular que iban a decapitar a Gomidas, a ver si se aterrorizaba. Pusieron al mártir de rodillas, sacó el verdugo la cimitarra y se la puso al mártir al cuello. Entonces el jefe de la patrulla se le acerca, le acaricia la barba, le da un beso y le propone que escape de la muerte haciéndose musulmán. El mártir de momento nada respondió porque estaba recitando un salmo,

pero cuando terminó, respondió: «Yo soy cristiano y siervo de Jesucristo. No cambiaré la espada por el oro nunca». Llenó de rabia esto a la patrulla que golpearon en la cabeza al mártir, y, vista su actitud, prosiguieron la marcha. El siervo de Dios comenzó a recitar el primer capítulo del evangelio de San Juan. Y entonces unos sacerdotes ortodoxos que lo vieron pasar, cuando supieron la causa, teniéndolo por mártir se acercaron a él y le pidieron los bendijera.

Llegaron al lugar del suplicio justo cuando el mártir acababa el citado capítulo del evangelio, y entonces se dirigió a sus compañeros de condena y les pidió que se animaran con la perspectiva de la próxima entrada en la gloria. Pero temió que si era él el primero en morir, sus compañeros se aterrorizaran y apostataran para salvar la vida. Y entonces le pidió al verdugo que primero ejecutase a sus compañeros para estar él exhortándolos. El verdugo contestó que primero lo mataría a él. Él se volvió a sus compañeros y les dijo: «Iré delante de vosotros con el ejemplo; os ruego encarecidamente que me sigáis». El jefe de la patrulla volvió a insistir en que mirara que era una pena morir siendo aún joven, dejando familia y pudiendo salvar la vida con sólo adherirse al Islam. Pero el mártir respondió que nunca abandonaría a Cristo. Entonces empezó a rezar el padrenuestro, el avemaría y el credo, y apenas lo terminó, el verdugo sacó su cimitarra y de un solo tajo le cortó la cabeza. Sus compañeros, aterrados, se volvieron atrás de la confesión de la fe.

Si se hubiera cumplido la ley turca, el decapitado debería haber quedado tres días en el mismo sitio de su ejecución. Pero su hija mayor acompañada de su hermano más pequeño consiguieron de la autoridad que les dieran el cadáver del querido padre, a lo que no fue obstáculo la firme oposición de los armenios que habían tramado su muerte. Cuando se supo que se había concedido licencia para retirar el cadáver muchas personas se congregaron en Parmak-Kapi. Se lavó el cuerpo y con gran honor fue llevado, acompañándolo también ortodoxos, al templo patriarcal armenio. Pero el patriarca Juan de Esmirna se negó a proporcionar un féretro donde colocar el cuerpo y entonces fue llevado a una iglesia ortodoxa, la de Santa María. Por orden del patriarca ortodoxo lo acompañó el clero ortodoxo,

con cruz e incensarios, cantando salmos e himnos, siendo mucha la gente acompañante. Llegados al cementerio armenio, allí fue enterrado en el panteón familiar. Muy pronto comenzó a hablarse de milagros realizados por Dios mediante la intercesión del mártir, al que todos tenían por tal.

En la vida del mártir escrita por el P. Mateo Tocat, y citada en la *positio* de la causa de beatificación, se describe así al mártir:

> «Respecto a sus cualidades corporales era un hombre de presencia y estatura perfecta, de cabellos medio canos y de rostro venerable [...] Tenía una voz clara y llena, y una facundia admirable. Cuando predicaba en la iglesia sobre las cosas divinas, atrayendo con su bien decir la mente de los oyentes y excitándolos a la admiración, los obligaba a atender».

La fama de su martirio no se extinguió y, seguidos los pasos de un proceso en toda regla, se pudo llegar a su beatificación.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 21 (1929) 482-485.

AGAGIANIAN, F. L., *Un martire dell'unitá della Chiesa di Dio (il b. Gomidas Keumurgian)* (Roma 1929).

Bibliotheca sanctorum. VII: *Guistiniani-Lhuilier* (Roma 1966) cols.1042-1043.

SACRA RITUUM CONGREGATIONE, *Constantinopolitana Beatificationis seu Declarationis Martyrii servi Dei Gomidas Keumurgian seu Cosmae de Carboniano, sacerdotis et parochi armeni, in odium fidei, uti fertir, necati. Positio super martyrio, causa martyrii, signis seu miraculis* (Roma s.a.).

BEATO GUIDO MARÍA CONFORTI

Obispo († 1931)

Al comenzar el curso 1919-1920 en el seminario de Vitoria, un ilustre profesor de este centro, D. Ángel Sagarmínaga, pronunciaba un discurso apabullante que dejó a todos los oyentes con la boca abierta y el corazón encogido. En aquel discurso se explicaban las razones por las cuales muchos sacerdotes, como Guido María Conforti, se habían decidido a fundar una congregación a favor de las misiones. El discurso, al empezar, decía así:

«Entre los escombros amontonados por la Revolución Francesa, con su sangriento séquito de guerras y desequilibrios sociales, de latrocinios sacrílegos y persecuciones religiosas, de revueltas escandalosas con que la plebe ejecutaba los programas enciclopedistas y del ridículo prurito de los gobiernos en reformar las órdenes regulares, levantábanse éstas tan trabajadas y perseguidas, que hubieron de suprimirse los recursos que Europa enviaba a las misiones católicas.

Y las misiones, heridas ya hondamente con la extinción de la Compañía de Jesús, caminaban a una inevitable ruina entre dos hogueras, entre dos lagunas de sangre: Europa exhausta, y América, víctima también de guerras y trastornos sin cuento. Negra, como noche tempestuosa de invierno, aparecía a las misiones la entrada del siglo XIX. Los poquísimos misioneros antiguos que lograron permanecer en sus misiones, morían: Europa y América no las podían socorrer. Las misiones agonizaban con la agonía horrorosa del abandono, de una lenta consunción.

Triste situación la de las misiones católicas que con tan mermadas fuerzas se ven obligadas a luchar esa lucha espiritual gigantesca, de trascendencia suma, entre los mil millones de infieles, contra los ataques del Racionalismo y los raudales de oro y cultura de los protestantes. Triste cuadro que merece seria reflexión por parte de los sacerdotes católicos».

El primer gran impulso misionero lo dio Gregorio XVI (1831-1846); a la muerte de éste aún faltaban 19 años para que naciera Guido.

«Si alguno de los sucesores de Pedro merece distinguirse con el honroso título de *Papa de las misiones,* ciertamente ése es el camaldulense Mauro Capellari, por haber prestado al apostolado católico de infieles su especial apoyo y amor» (Schmidlin).

El 2 de febrero de 1831 fue elevado a cabeza de la Iglesia universal desde la prefectura de Propaganda. Todos los historiadores están de acuerdo en dos puntos de la vida de Gregorio XVI. Que el mayor error de su pontificado fue haber aniquilado a los revolucionarios olvidándose de las reformas, tan necesarias en los Estados Pontificios. Y que uno de los méritos más imperecederos de este Papa fue apoyar la obra de las misiones en Asia y África y luchar contra la esclavitud que todavía encadenaba a millones de seres humanos. Los museos etrusco y egipcio fueron creados bajo su pontificado en el marco grandioso de los museos vaticanos.

Los sucesores de Gregorio XVI, durante la vida de Guido, siguieron sus huellas luminosas.

— Pío IX (1846-1878) creó en países de misiones 33 vicariatos apostólicos y 10 prefecturas.

— León XIII (1878-1903) erigió 134 instituciones entre vicariatos apostólicos y prefecturas o misiones. Este Papa dio el visto bueno al proyecto misionero de Guido.

— Pío X (1903-1914) creó fuera de Europa innumerables vicariatos y prefecturas.

— Benedicto XV (1914-1922) hizo una delegación en Japón. Además, su carta magna *Maximum illud* (1920) fue la gran impulsora del movimiento misionero después de la primera guerra mundial.

— Pío XI (1922-1939) al morir dejaba 480 vicariatos y prefecturas en países de misiones. Hizo la exposición misionera vaticana de 1925 y escribió su encíclica *Rerum Ecclesiae,* resumen de su pensamiento misionero. Todo esto, en vida de Guido (1865-1931).

Gracias a la actividad de estos Papas, en 1900 había diez institutos misioneros en China.

Guido María Conforti nació en la localidad italiana de Ravadase el día 30 de marzo de 1865. Su familia gozaba de una situación acomodada, religiosa y unida. Enseguida fue alumno de los Hermanos de la Doctrina Cristiana, con los cuales nació en él muy pronto el deseo de una vida cristiana fecunda y fuerte. Allí se le ocurrió la idea de ir al seminario, donde entró en 1876, a los 11 años.

Cuando estaba estudiando sus lecciones de filosofía, sufrió una crisis nerviosa; pareció que iba a verse obligado a dejar su carrera eclesiástica. Pero cesaron sus problemas de salud y pudo ser ordenado sacerdote el 22 de septiembre de 1888, cuando tenía 23 años.

Era un joven sacerdote lleno de sensatez y ganas de entregar su vida por Cristo y por la Iglesia. Estaba bien capacitado para ejercer la dirección de los seminaristas. Y así, su primer destino fue el de vicerrector y profesor del seminario.

Pero salía también a las parroquias para ejercer el apostolado parroquial, especialmente en el confesonario, dentro de la

ciudad de Parma. A los cinco años fue nombrado canónigo de la catedral; llegó a la dignidad de arcediano y, cuando aún tenía 30 años, el obispo le nombró vicario general.

Estos cargos le vinieron encima porque era grande su fama de piedad, su amor al sacerdocio y su clara ejemplaridad para todos sus hermanos en el sacerdocio.

Todo su afán era trabajar por la Iglesia, pero su máxima aspiración era ser misionero. Lo intentó varias veces pero su salud le impedía realizarlo. Y para llevar a cabo sus aspiraciones de evangelización misionera fundó una congregación, la Pía Sociedad de San Francisco Javier. Esto ocurrió el 3 de diciembre de 1895, fiesta del insigne misionero navarro. En 1898 hicieron con él sus votos los primeros misioneros javerianos.

Ya estaban realizándose sus aspiraciones misioneras, cuando en 1902, el papa León XIII le nombra arzobispo de Rávena. Y allí fue a ejercer su labor pastoral, en las orillas del mar Adriático. Pero a los dos años tuvo que renunciar por causa de su poca salud. La renuncia se la aceptó el papa Pío X.

Pero en 1907 es nombrado obispo coadjutor de Parma, su ciudad, con derecho a sucesión. Siendo, al poco tiempo, obispo titular de Parma, gobernó su diócesis durante 25 años, como un pastor ejemplar. Ese trabajo de obispo entregado a su labor y la dedicación a su congregación misionera fueron los dos raíles que llevaron a la gloria la vida de este entregado sacerdote.

Murió el día 5 de noviembre de 1931 en Parma. Y fue beatificado por Juan Pablo II el 17 de marzo de 1996.

Dicen de él que sabía juntar armónicamente las virtudes más diversas. Se unían en él la dulzura y la fortaleza, el respeto a la persona y la exhortación más sincera. Era elegante siendo pobre y ejercitaba una paciencia inusitada cuando su corazón estaba ardiendo de ansias apostólicas misioneras. Servía a la diócesis con entrega absoluta cuando su corazón estaba pensando en su querida institución. Vivía una fuerte vida interior y llevaba a cabo una actividad frenética. Es la señal que siempre han tenido los grandes santos: vida interior y actividad agotadora.

Su lema episcopal era *In omnibus, Christus* («Cristo en todas las cosas»). Y el programa del Instituto se centraba en *Caritas Christi urget nos* («Nos apremia el amor de Cristo»).

Guido predicó entre sus sacerdotes la doctrina, nada corriente en su tiempo, de que un sacerdote, por el hecho de ser sacerdote, es misionero. De la raíz de su sacerdocio nace el ser misionero. No necesita ningún título especial para ser misionero; si es sacerdote, su vida está proyectada hacia todos los hombres de toda la tierra. «Id al mundo entero y predicad a todas las gentes». Él lo decía con toda claridad. Por otra parte, recordaba que la animación misionera del pueblo de Dios corresponde principalmente al sacerdote.

No fue misionero en el sentido estricto de la palabra, porque tuvo que quedarse en su diócesis. Solamente una vez pudo ir a China, en plan de visita apostólica. Hombre de sentido común, no se atrevió nunca a dar grandes consejos sobre misiones a sus hijos de la congregación. Se daba cuenta de que otros tienen también mucho que decir en sus trabajos apostólicos. Sin embargo, sus escritos están llenos de ese espíritu de entrega misionera que todo sacerdote debe tener.

> «¿Cómo debe ser el misionero? Debe ser el agente de una fraternidad universal, la cual no se construye con armas, sino con la palabra luminosa del evangelio, con el ejemplo de una vida santa y con el ejercicio de una caridad constante».

Se daba cuenta de que el mejor medio de evangelizar su propia diócesis consistía en abrir en ella el ansia misionera universal. Si queremos una diócesis entregada a Cristo, lo mejor es hacerla misionera en todos sus miembros.

Años más tarde (1919) lo diría muchas veces el apóstol de las misiones en España, don Ángel Sagarmínaga. Su discurso, al terminar, decía así:

> «Si queréis atender a esta súplica de Benedicto XV; si queréis que broten de nuestra tierra plantas de bendición, vocaciones eclesiásticas para la diócesis y para las misiones de infieles; si queréis que el nivel religioso suba más y más, aun en medio del egoísmo frío que caracteriza a nuestro siglo; si queréis conjurar la negra nube que se avecina, y que lejos de tomarnos estrecha cuenta de los talentos recibidos durante la catástrofe europea, nos mire Dios con ojos de misericordia, olvidando nuestros pecados y negligencias [...] no os engriáis con las gracias recibidas; que las nubes de la alegría no anublen vuestra inteligencia para entregaros a los favores recibidos olvidándoos de Dios que os da todo.

Suaves brisas de primavera mecían las flores de los jardines europeos; echóse encima el invierno preñado de tempestades, y agostados los dejó, reducidos a miseria, como la mies madura después de horrorosa pedrisca. *Rogate Dominum messis ut mittat operarios in messem suam.* Fomentad, fomentad el interés por las misiones, que Dios sabrá pagar con creces las almas de infieles ganadas por nuestros trabajos».

FÉLIX NÚÑEZ URIBE

Bibliografía

AAS 87 (1995) 1134s.
ANZANELLO, J. C., SX, *Nuevo año cristiano. Noviembre* (Madrid 2001) 109-111.
Atti, discorsi, lettere del beato Guido Maria Conforti, arcivescovo-vescovo di Parma (Ciudad del Vaticano 1998).
MISIONEROS JAVERIANOS, *Guido Maria Conforti* (Madrid 1996).
NÚÑEZ URIBE, F., *Ángel Sagarmínaga* (Madrid 2004) 235-256.
REPETTO BETES, J. L., *Santoral del clero secular. Del siglo XIII al siglo XX* (Madrid 2000) 519-520.
http://www.christusrex.org

BEATO BERNARDO LICHTENBERG

Presbítero y mártir († 1943)

Se ha dicho repetidas veces que el Holocausto fue un horrendo crimen contra los judíos. Es una verdad. Pero no es una verdad completa. Es justo que los judíos, víctimas principales de aquella masacre, quieran apropiarse del protagonismo de aquellos días.

Pero la verdad es que otros muchos mártires inocentes cayeron en aquella barbarie nazi. Murieron millones de gitanos, subnormales, homosexuales y disidentes de cualquier especie. Y cayeron también miles de sacerdotes católicos, por el simple hecho de no estar de acuerdo con las masacres de aquel régimen bárbaro.

Y uno de esos mártires, sacerdote católico, fue Bernardo Lichtenberg, muerto, camino de Dachau, en Hof, el 5 de noviembre de 1943.

Era alemán, nacido en Ohlau, el 3 de diciembre de 1875. Sus padres se llamaban Augusto Lichtenberg y Emilia Haubrich. Lo educaron exquisitamente, buscando para él la mejor

instrucción que pudieron. Era una familia muy religiosa. De tal forma que no fue nada extraño que Bernardo quisiera entrar al seminario. Estudió en Innsbruck y Breslau y fue ordenado sacerdote el 21 de junio de 1899 con casi 24 años de edad.

Fue destinado a Neisse (Polonia). Allí no estuvo mucho tiempo, porque pronto fue destinado al mismo Berlín como coadjutor de la parroquia de San Miguel. En 1903 era párroco de esta misma parroquia. En esta época se miraba desdeñosamente a los pocos católicos que por allí había. El ambiente era del todo protestante. Y Bernardo se esforzó en sostener el ánimo de los católicos que se veían desamparados del todo. Con su labor intensa se hizo defensor de los derechos de la Iglesia.

En 1913 es nombrado párroco del Sagrado Corazón de Berlín-Charlottemburg. Al año siguiente (1914) comenzó la primera guerra mundial. En esta nueva parroquia, Bernardo se mostró como un sacerdote ejemplar, preocupado del bienestar espiritual de sus feligreses. Al mismo tiempo promovió dos obras de mucho mérito: se preocupó de los sectores más empobrecidos de su feligresía y edificó nuevas iglesias católicas. Gracias a la buena fama que Bernardo iba adquiriendo, fue nombrado también capellán militar y presidente de la Asociación de la Cruz.

Llegó el año 1930 y, en esta fecha, se constituyó la diócesis de Berlín. El primer obispo que llegó a la diócesis nombró a Bernardo, en 1931, canónigo de la catedral, párroco de la misma y juez prosinodal de la diócesis. Es decir, a los ojos del obispo, Bernardo se merecía la mayor confianza porque sabía que era muy responsable de todo lo que se ponía en sus manos.

En 1935 el vicario capitular de la diócesis se puso enfermo y Bernardo tuvo que sustituirle en la organización de la diócesis. Ser vicario supone ser obispo cuando éste falta, ayudar al prelado en los asuntos más delicados, ser el brazo derecho del pastor de la diócesis. Así era considerado Bernardo en todas partes.

En 1938 fue nombrado deán de la catedral y en 1939 recibió el cargo de protonotario apostólico. Es decir, un sacerdote, simple sacerdote, pero con cargos importantes dentro de la administración diocesana.

En esta situación de sacerdote privilegiado estuvo trabajando toda su vida. Era muy estimado por sus superiores y admirado por todos los fieles que veían en él un ejemplo maravilloso de la presencia de Jesús entre los hombres. Por otra parte, su predicación era ardorosa, cuando escribía en la prensa era arrebatador y todo lo que hacía tenía resonancia a su alrededor. Mala condición la de ser famoso cuando un tirano se hace con el poder.

Hitler había nacido el día 20 de abril de 1889 en Braunau (Austria); era 14 años más joven que Bernardo. Quiso ser pintor, pero no le salió bien su pretensión. Por algún tiempo anduvo errante, viviendo en guarderías de marginados, hecho un personaje tirado en lo más bajo de la sociedad. En 1914, a los 25 años, se apunta voluntario en el ejército alemán, llegando a ser, por su bravura, cabo de infantería. Por aquel tiempo (1914-1918) Bernardo es párroco del Sagrado Corazón de Berlín. En 1919 se firma el tratado de paz, vergonzoso para Alemania, un tratado que se clava en las entrañas del futuro dictador. En 1920 Hitler se da cuenta de que es un orador ardiente y arrebatador. Va a empezar su carrera política. En 1924, por unas revueltas en que se halla metido, entra en la cárcel de Landsberg. Le condenan a cinco años de cárcel pero sólo está encerrado durante un año. En 1925 crea las SS. En 1932 se presenta para presidente de la república. En 1933 gana las elecciones con 17 millones de votos y un 43,9 por 100 de votantes. Al año siguiente se nombra Führer (jefe) y nace así el III Reich. En 1938 declara oficialmente la persecución de los judíos. Poco a poco las antiguas cárceles, como Dachau, se van convirtiendo en campos de exterminio; al principio eran simples cárceles de prisioneros; con el tiempo se impondría allí la «solución final». Diariamente salían por las chimeneas miles de muertos.

De todo esto se fue enterando, poco a poco, Bernardo. Y lo fue denunciando valientemente desde el púlpito de la catedral de Berlín.

Luego llegaron años aún peores. En 1938 Hitler se anexiona Austria y busca el apoyo de Mussolini. El 23 de agosto de 1939 Hitler firma un tratado con Stalin para adjudicarse, a medias, la

nación de Polonia. A los 8 días, el 1 de septiembre, invadía este país y empezaba la Segunda Guerra Mundial. En 1940 Alemania invade Dinamarca, Noruega, Países Bajos, Luxemburgo y Francia. El 16 de julio Hitler da orden de invadir Gran Bretaña por el Paso de Calais.

Y no hace falta seguir con este relato, porque dos años más tarde (1943) muere Bernardo Lichtenberg cuando iba camino de Dachau. Se le acusaba de atacar este sistema tan inhumano. Así mueren los mártires.

Bernardo veía claro que el naciente nazismo no tenía nada de cristiano; observaba las nuevas leyes que se iban creando y predicaba contra ellas porque las consideraba inhumanas y absurdas. Así, la esterilización de enfermos, el maltrato a los presos en los campos de concentración, los procesos contra sacerdotes y religiosos católicos, la eutanasia de los enfermos y sobre todo el odio a los judíos. No podía pasar tranquilo por encima de tanta injusticia y la denunció en plena catedral repetidas veces. Así, durante diez años.

Naturalmente, llegó la Gestapo a la puerta de su casa. Él había denunciado muchas veces la persecución a los judíos. Nadie puede decir que la Iglesia católica alemana abandonó a los judíos frente a la insidia de Hitler. Hubo muchos sacerdotes católicos que los defendieron con uñas y dientes de la barbarie nazi. Uno de esos sacerdotes católicos fue Bernardo Lichtenberg. La policía nazi no podía aguantar que este sacerdote pidiera en plena catedral por los judíos y por los cristianos no arios; no lo podía aguantar.

Como siempre, la persecución a Bernardo empezó por serias amenazas si no cambiaba de actitud frente a los asuntos políticos del país. Pero Bernardo tenía un corazón de león y no se asustaba por tales amenazas. Es más: tenía tal fuerza interior, que los avisos le sirvieron de acicate para defender aún más a los pobres perseguidos.

Después de tantos avisos, la Gestapo le apresó el día 23 de octubre de 1941 con la acusación de que sus actividades eran un peligro público. Es curioso constatar que los tiranos siempre han actuado de la misma forma. Todo lo que se oponga a sus criminales objetivos es un peligro público. Todos son peligro público, menos ellos que para entonces ya habían iniciado la se-

gunda y más trágica guerra mundial que pudieran imaginarse los siglos. He aquí cómo Bernardo era una amenaza para la seguridad del país. Era un peligro público.

Y así pasó por dos cárceles de Berlín: la de Ploetzensee y Alt Moabit. De ésta sale para caer en las garras de un tribunal que lo acusa de usar mal su sacerdocio. Por lo visto los nazis sabían bien cómo debía un sacerdote usar bien su ministerio. Eran muy listos; sabían de todo, menos de lo que debían saber. Y con este juicio fue condenado a dos años de cárcel que pasó en Tagel.

Allí cumplió puntualmente sus dos años de cárcel, porque exactamente a los dos años de haber sido detenido lo dejaron salir. Pero los tiranos te dejan salir para volverte a meter. Lo detuvieron de nuevo y lo destinaron a Dachau.

Dachau es una pequeña ciudad que está al norte de Múnich. Era un precioso poblado en torno a un castillo rústico, con espaciosas casas antiguas. Allí, pintores y escritores tenían el gusto de acudir en temporadas de buen clima para descansar, crear y disfrutar. En aquella preciosa localidad los nazis colocaron uno de los campos de exterminio que más vergüenza han dado al mundo en todo el siglo XX.

En la primavera de 1933 los nazis eligieron este lugar para llevar a cabo ejecuciones en masa. Allí entraban todos los enemigos del régimen: socialistas, comunistas, monárquicos judíos y nazis disidentes. Estaba organizado por las SS y era un modelo de campo de concentración.

El campo tenía 34 bloques. En medio, una amplia plaza para realizar las revistas. Tenía una doble red de alambradas electrificadas. No faltaban grandes pabellones para la administración y los tejados estaban repletos de frases moralizantes, todas engañosas, para tener pacífica a la gente deportada.

Esta barbaridad de cárcel mortífera estaba encuadrada en un conjunto mucho más extenso, con fábricas, cuarteles, armerías y el cuartel general de las SS. Todo está rodeado de altas murallas de varios kilómetros de longitud. Se dice que todo este complejo estaba construido mezclando a veces la sangre de los mártires con el mortero de los albañiles. Cualquier cosa se puede creer de aquellos desalmados nazis.

El campo albergaba a 35.000 prisioneros, pero cualquier día llegaban unos cuantos miles más que al poco tiempo desaparecían por las chimeneas del horno crematorio. En el museo de Dachau constan las entradas de cada año. En 1943, año en que murió Bernardo camino de este campo, entraron 19.000 prisioneros.

Himmler y su séquito estuvieron visitando el campo y dando el visto bueno a todo aquel complejo infernal.

Era famoso el tren de la muerte. Porque los prisioneros, para llegar hasta allí, no aguantaban muchas veces el horrible viaje y morían en los vagones como ratas. Por otra parte, el tifus apareció en 1945 e hizo miles de víctimas en el campo. Llegó un momento en que era imposible incinerar tanto cadáver, por lo cual cavaron inmensas fosas para enterrarlos a todos.

En otoño de 1944, todos los curas católicos, alemanes y extranjeros, detenidos en diversos campos de concentración fueron llevados a Dachau. Allí tenían reservados dos bloques enteros, el 26 y el 28. Este último, ese mismo año, albergaba a 800 curas polacos. Al principio había dos mil. Los sacerdotes de otras nacionalidades, entre los que había 300 alemanes, estaban metidos en tres salas del bloque 26; una de estas salas fue convertida en capilla. El hecho de que Dachau tuviera tanto sacerdote católico convertía a este centro en un campo singular.

El campo fue liberado el 29 de abril de 1945. A las 5 de la tarde alguien gritó: «¡Llegan los americanos!». La batalla se estaba librando a tres kilómetros del centro de la muerte. Al día siguiente de la liberación, se celebró una misa al aire libre. Hoy, delante del horno crematorio hay un monumento que recuerda los horrores de aquellos espacios.

Sin duda, estaba previsto que Bernardo no saldría de allí más que por la chimenea. Se preparó el viaje para llevarlo hasta Dachau, pero estaba tan enfermo que se moría por el camino. Cuando el convoy llegó a Hof, lo metieron en el hospital de esta capital, y tan enfermo estaba que allí murió. Recibió los últimos sacramentos y entregó, como un santo, su alma a Dios.

Más tarde fue llevado a la catedral de Berlín y allí está enterrado. Y allí le beatificó Juan Pablo II el día 23 de junio de 1966.

FÉLIX NÚÑEZ URIBE

Bibliografía

AAS 86 (1994) 990-992.
JUAN PABLO II, «Homilía en la misa de beatificación de Carlos Leisner y Bernhard Lichtenberg (Berlín, 23-6-96)»: *Ecclesia* (1996) n.2798, p.22-25.
REPETTO BETES, J. L., *Santoral del clero secular. Del siglo XIII al siglo XX* (Madrid 2000) 596-597.
http://www.schoenstatt.org.ar

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTOS DOMNINO, TEÓTIMO, FILOTEO, TIMOTEO, AUXENCIO

Mártires († 307)

El antiguo *Martirologio romano* englobaba en una misma conmemoración a los santos Domnino, Teótimo, Filoteo, Timoteo y compañeros y la colocaba el día 5 de noviembre. El *Martirologio* actual distingue entre la conmemoración de San Domnino y la de los santos Teótimo, Filoteo y Timoteo, a los que añade el nombre de Auxencio, aunque sitúa ambas conmemoraciones en el mismo día 5 de noviembre y señala como lugar del martirio para todos la ciudad de Cesarea de Palestina. De los mártires de Palestina nos habla el historiador Eusebio.

DOMNINO era un joven médico cristiano notable por su cultura y que al comienzo de la persecución de Diocleciano y Maximiano fue castigado con la condena a las minas por su cualidad de cristiano, a la que no quiso renunciar y que por el contrario profesaba con entera libertad. Pero en el año quinto de la persecución la condena a las minas fue cambiada por la condena a muerte y fue quemado vivo, siendo prefecto Urbano.

TEÓTIMO, FILOTEO y TIMOTEO parecen ser los nombres de tres jóvenes cristianos que llenos de valor confesaron la fe y fueron destinados a los juegos del circo para recreo del populacho. Y a ellos se añade un venerable anciano, AUXENCIO, que fue por su fe cristiana echado a las fieras.

SANTO DOMINGO MAU

Presbítero y mártir († 1858)

Este mártir de Tonkín nació en Phu-Nhai, provincia de Nam-Dinh, hacia 1775, y fue admitido en su adolescencia en el colegio de la misión católica donde hizo los estudios primarios y luego, aspirando al sacerdocio, realizó los de teología, ordenándose sacerdote cuando tuvo la edad canónica. Ya sacerdote, sintió la vocación religiosa y solicitó, y obtuvo, el ingreso en la Orden de Predicadores. Hecha la profesión, ejerció su ministerio en diferentes poblaciones, mostrando mucho celo y dedicación y logrando sortear una temporada las pesquisas cuando dio el rey Tu-Duc su decreto persecutorio. Era ya de edad avanzada cuando, por fin, fue localizado y arrestado, siendo internado en la cárcel de Hung-Yen. Para los católicos allí detenidos con él fue un ángel de consuelo, dándoles valor y manteniendo en ellos la voluntad de no abandonar jamás la fe en Cristo. Lo mismo hacía con los numerosos cristianos que lograron visitarlo. Dado igualmente a la oración, se preparaba con todo fervor al martirio. Condenado a la decapitación, fue llevado junto al río Hung-Yen y, teniendo atadas las manos, él mismo ofreció su cuello al verdugo. Era el 5 de noviembre de 1858.

Fue canonizado el 19 de junio de 1988 por el papa Juan Pablo II junto con los 117 mártires de Vietnam, muertos por la fe entre los años 1745-1862, que habían sido beatificados a lo largo del siglo XX.

BEATO JUAN ANTONIO BURRÓ

Religioso y mártir († 1936)

Este religioso hospitalario había nacido en Barcelona el 28 de junio de 1914, hijo de familia aragonesa. Muy niño quedó huérfano de madre y entonces fue acogido con un hermano suyo en el Asilo San Juan de Dios de Barcelona, donde se crió y recibió la pertinente instrucción. Tenía muy buena conducta, y por ello cuando solicitó ingresar en la escuela apostólica de la Orden Hospitalaria fue aceptado, ingresando en Ciempozuelos. Hizo la profesión religiosa el 3 de junio de 1933. Cuando le lle-

gó la hora de hacer el servicio militar, pudo ser destinado a sanidad militar, teniendo como sucesivos destinos la Clínica psiquiátrica militar de Ciempozuelos, luego el Hospital militar de Carabanchel y por fin el Hospital n.º 1 de Madrid. Sus jefes lo apreciaban por su laboriosidad y buenas cualidades y por su excelente conducta con todos. Pero algunos compañeros de ideas extremistas descubrieron que era religioso y decidieron ver la forma de acabar con él tras el comienzo de la guerra española. Él, al saberlo, manifestó no tener miedo y estar dispuesto a dar la vida por la causa de la religión. Aunque solía decir que no a la invitación de salir del hospital para tomar café con los compañeros, el 5 de noviembre de 1936 aceptó por fin. Una vez fuera del hospital fue arrestado y fusilado. Murió dando vivas a Cristo Rey y a España.

Fue beatificado el 25 de octubre de 1992 por el papa Juan Pablo II en el grupo de 71 Hermanos Hospitalarios de San Juan de Dios muertos durante los días de la revolución española.

BEATA MARÍA DEL CARMEN VIEL FERRANDO

Virgen y mártir († 1936)

Nace en Sueca el 27 de noviembre de 1893. Se educa en el colegio de las Hijas de la Caridad y se muestra muy receptiva de la educación religiosa que allí recibe. Pensó en hacerse religiosa pero decidió finalmente que su vocación era santificarse en medio del mundo. Miembro fundador de la Acción Católica en su parroquia de San Pedro, colaboraba intensamente en la catequesis, y prestó su mejor colaboración a la creación de un colegio católico destinado expresamente a la educación de niñas pobres. Intervino también en la creación de un Sindicato laboral de corte y confección, siendo muy intenso su sentido social y su preocupación por la juventud obrera. Promovió la fundación en Sueca del colegio de las salesianas. Cuando llegó la revolución pensó prudente trasladarse a Valencia, pero una mujer que ella había favorecido mucho la denunció, siendo detenida el 2 de noviembre de 1936. Llevada a El Saler, en la noche del 4 al 5 de noviembre fue fusilada por su condición de cristiana practicante.

Fue beatificada el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO GREGORIO LAKOTA
Obispo y mártir († 1950)

Nace en Holodivka, actualmente Zadnistriany, distrito de Lvov en Ucrania, el 31 de enero de 1883. Habiendo sentido la vocación sacerdotal, ingresó en el seminario de Lvov y se ordenó sacerdote en Przemysl el 30 de junio de 1908, pasando seguidamente a Viena donde hizo los estudios superiores de teología y consiguiendo en 1911 el doctorado en dicha materia. Seguidamente fue designado profesor en el seminario ucraniano de Przemysl (1913-1918) y en este último año fue nombrado rector de la institución. Acreditado por sus dotes y santidad, fue hecho obispo auxiliar de Przemysl en 1926 y consagrado el 6 de mayo de dicho año. Arrestado por motivos religiosos el 9 de junio de 1946, fue sentenciado a diez años de cárcel, que comenzó a cumplir en el campo de concentración de Arbez, en las cercanías de Vorkuta, Siberia. Su salud no soportó los malos tratos y privaciones de la prisión, muriendo en noviembre de 1950.

Fue beatificado por el papa Juan Pablo II el 27 de junio de 2001 en el curso de su visita pastoral a Ucrania.

6 de noviembre

A) MARTIROLOGIO

1. En Thynissa (Numidia), San Félix († s. III), mártir.
2. La conmemoración de San Pablo I († 351), obispo de Constantinopla, martirizado en Cúcuso, Capadocia **.
3. En Rennes (Bretaña Menor), San Melanio († 535), obispo.
4. En el monasterio Llanilltud Fair (Gales), San Iltuto († 540), abad.

5. En Noblac, Limoges (Aquitania), San Leonardo († s. VI), ermitaño *.

6. En Jerusalén, santos Calínico, Himerio, Teodoro, Esteban, Pedro, Pablo, otro Teodoro, Juan, otro Juan († 638), y otro de nombre desconocido, mártires.

7. En Barcelona, San Severo († s. IV), obispo, que se cree fue mártir **.

8. En Suiza, San Protasio († s. VII), primer obispo de Lausana.

9. En el monasterio de Wormhoudt (Austrasia), San Winoco († 716), abad *.

10. En Apt (Provenza), San Esteban († 1046), obispo.

11. En Dorat, Limoges (Aquitania), San Teobaldo († 1070), presbítero *.

12. Junto a Colonia (Alemania), Beata Cristina de Stommeln († 1312), virgen *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN PABLO I DE CONSTANTINOPLA

Obispo y mártir († 351)

La fe ortodoxa que profesaba con vigor y energía fue la causa de los muchos problemas que hubo de superar en su vida este animoso obispo de Constantinopla. Había nacido en Tesalónica en los primeros años del siglo IV, y de su juventud se cuenta una tradición hermosa. Aún adolescente era ya lector y notario de la Iglesia bizantina y acompañó al presbítero Alejandro al Concilio ecuménico I de Nicea donde se definió la consustancialidad del Hijo con el Padre, con la fórmula *homousion* que será santo y seña de la ortodoxia nicena, la que tanto defenderá Pablo. Terminado el concilio, Pablo acompañaría a Alejandro en sus viajes de propaganda nicena, lo que le hará bienquisto del obispo bizantino San Metrófanes († 325). Este santo prelado, que murió a poco del dicho concilio ecuménico, recomendó al morir que sus sucesores fueran primero Alejandro y luego Pablo. No parece esta tradición estar bien fundamentada pero se encuentra admitida en numerosos escritores bizantinos.

De todos modos es un hecho que Alejandro sucedió a Metrófanes, y que dejó una estela de santidad que le ha merecido

ser venerado en la Iglesia como santo el 28 de agosto. También es un hecho que a la muerte de Alejandro, seguramente en 335, fue elegido para sucederle nuestro San Pablo. Se cuenta que San Alejandro, moribundo, dijo que para sucesor suyo podrían elegir a Pablo, que era joven, piadoso y maestro de la fe, o al viejo diácono Macedonio, que era sabio sólo en apariencia, hábil en los asuntos temporales y ducho en las relaciones con el gobierno. Fue elegido Pablo y los obispos que estaban en Constantinopla procedieron a consagrarlo. Se ha discutido sobre la fecha de la muerte de Alejandro, pero parece que si no fue en 335, su fecha es el año siguiente. Y desde luego es un dato histórico que Pablo era entonces un hombre joven.

Se estaba en plena polémica contra Atanasio, al que por entonces condenaban los obispos arrianos reunidos en Tiro. Pero además celebraron otra reunión en Constantinopla, y Pablo, que había ordenado sacerdote al diácono Macedonio, fue en ella, estando presente San Atanasio, acusado por el propio Macedonio de no haber querido romper la comunión con el obispo alejandrino. Macedonio se había alzado como rival de Pablo en vista de que éste no se adscribía al partido arriano. Macedonio acusó a Pablo de haberse autoelegido, ya que no contó con la aprobación ni del consejero imperial Eusebio de Nicomedia ni del metropolitano Teodoro de Heraclea, del que dependía la sede de Bizancio. No hay que decir que ambos militaban en las filas del arrianismo. Parece, sin que sea seguro, que Pablo se avino a condenar a Atanasio en aquel sínodo. Pero ni aun así pudo conservar su sede episcopal.

En efecto, habiéndose desatado en la capital una fuerte manifestación antiarriana, Eusebio de Nicomedia y su partido acusaron a Pablo de ser su inductor, y esto llevó al emperador Constantino a privar a Pablo de su sede y a enviarlo al destierro en el Ponto. Quizás esta medida ya le fue sugerida al emperador por el sínodo de que antes hemos hablado. Hubo, pues, de dejar Bizancio y marchar Pablo al exilio donde estuvo quince meses antes de que pudiera regresar, lo que advino a la muerte de Constantino el 22 de mayo de 337. Bizancio quedó de momento bajo el mando de Constantino II y esto hizo posible la vuelta de Pablo.

Pero la normalidad duraría poco, pues a mediados del año siguiente la ciudad pasó al dominio de Constancio. Éste, fervoroso arriano, cuando acudió en otoño a la capital para tomar posesión del palacio imperial reunió a los obispos arrianos y aceptó su exigencia de que Pablo fuese nuevamente desterrado y en su lugar —¡por fin!— se sentase el propio Eusebio de Nicomedia, dispuesto a arrianizar desde Constantinopla todo el Imperio. Con buen criterio, Pablo viajó a Occidente y buscó al emperador en Tréveris. Aquí lo acogió con honor y fraternidad el obispo San Máximo, que se propuso trabajar por la vuelta de Pablo a su sede. Éste se entrevistó con otros obispos occidentales y trató de persuadirlos de su legitimidad como obispo de Bizancio y de que la causa por la que era perseguido era la ortodoxia nicena. Por ello acudió también a Roma, donde fue acogido por el papa San Julio I. Éste había recibido la apelación de los obispos católicos expulsados en Oriente de sus sedes por los arrianos y, en actitud conciliadora, invitó a los obispos de la facción eusebiana a venir a Roma y discutir el tema serenamente en un sínodo. Los eusebianos se reunieron en un sínodo en Antioquía (enero de 341) y rechazaron la invitación del Papa. Entonces éste reunió su sínodo en marzo y en él se declararon infundadas las acusaciones contra los obispos católicos y nulas sus deposiciones. Pero no fue sólo la sentencia romana lo que contribuyó a la nueva vuelta de Pablo a su sede sino la muerte de Eusebio a finales del 341. El pueblo recibió bien a Pablo y éste, cuando un grupo de obispos arrianos le propusieron entrar en comunión con ellos, se negó firmemente mientras siguieran siendo arrianos. Pero quedaban por suceder las cosas más graves. Los arrianos se reunieron en una iglesia y contrapusieron a Macedonio como obispo de la ciudad, y lo consagraron. Esto provocó una verdadera batalla campal en la capital con ataques mutuos de ambos partidos. El emperador Constancio ordenó al general Hermógenes poner orden y los católicos, cuando supieron que el general traía orden de expulsar a Pablo, prendieron fuego al palacio donde el militar se hospedaba, lograron hacerse con el general, lo mataron y pasearon su cadáver por las calles. Era el otoño de 342. El emperador montó en cólera, acudió personalmente a Constantinopla y dictó nueva sentencia de destierro contra Pablo, no dejando de enfadarse

también con Macedonio, ya que los motines tuvieron como protagonistas a ambos partidos. Pablo, arrestado y cargado de cadenas, fue conducido a Singara, en Mesopotamia. Posteriormente pasó a Emesa en Siria, y de aquí fue extrañamente autorizado a volver de nuevo a Constantinopla, donde todas las iglesias, salvo la de Macedonio, le eran adictas. Pero el emperador no estaba por dejar a Pablo en la capital. Mandó prenderlo con astucia y llevarlo otra vez al exilio. El prefecto del pretorio invitó al obispo a una entrevista y éste, sin sospechar, acudió y entonces se le intimó a darse preso. Pablo se comportó mansamente y fue enviado a Tesalónica, su tierra, con orden severísima de no volver. Pero como el prefecto intentó además que Macedonio fuera reconocido obispo de la ciudad por todos, hubo un enorme alboroto y sedición en el curso de la cual murieron más de mil personas.

A Pablo se le prohibió marchar a Oriente pero no a Occidente, y por ello se fue a Italia. Aquí se entrevistó con San Atanasio y con él fue a ver al emperador Constante. Tiene el consuelo de que un sínodo de obispos declare a Macedonio usurpador. Y por su parte Constante insiste ante su hermano en que reponga a Pablo en su sede. De esta forma, por cuarta vez volvió a Constantinopla en 346. Aquí estuvo pacíficamente hasta que el 18 de enero de 350 muere Constante y queda Constancio como dueño único del imperio. Esta vez las cosas ya fueron definitivamente mal para Pablo. Se le acusó de estar en inteligencia con el usurpador Magnencio, se le condenó a ergástulo perpetuo y se le envió a Cúcuso, en Capadocia. Fue abandonado en una horrenda cárcel y se esperó a que muriera de inanición, pero como a los seis días no había muerto fue estrangulado. Así consumó su carrera dando la vida por la fe.

Sus restos fueron llevados a Constantinopla tras la celebración del II Concilio Ecuménico del año 381 por orden de Teodosio. Su memoria se celebra el 5 de noviembre.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

Acta sanctorum. Junii, t.2 p.13-24.
Bibliotheca sanctorum. X: *Pabai-Rafols* (Roma 1968) cols.285-293.

SAN SEVERO

(† s. IV)

De San Severo, obispo de Barcelona conforme a la tradición, y mártir durante la persecución de Diocleciano, apenas existe ninguna noticia segura. El eminente publicista Lorenzo Riber afirma que «no hay modo de determinar la fecha de su gobierno en aquella diócesis». Más aún: algunos historiadores han llegado a dudar de la misma existencia del santo. En realidad, no poseemos documentos convincentes ni sobre su vida y su gobierno de la diócesis de Barcelona ni sobre su martirio. Las actas que de éste se conservan pertenecen a un período muy posterior, seguramente el siglo VI, en que tantas leyendas se consignaron en este género de literatura.

Indicaremos, pues, brevemente lo que nos transmite la tradición como más verosímil, a lo que añadiremos los hechos fundamentales que contienen estas actas posteriores.

Según se refiere, Severo nació en Barcelona de familia distinguida y recibió una esmerada educación, como a su rango correspondía. En el himno de su oficio se expresa claramente su condición de ciudadano de Barcelona. La tradición no nos comunica datos especiales sobre su vida anterior a su episcopado; pero da por supuesto que recibió una educación cristiana y que se dedicó al estado eclesiástico. En cambio, claramente consigna la noticia de que fue elevado al obispado de Barcelona, donde se distinguió por su celo por las almas que Dios le había confiado.

Así, pues, Severo sería obispo de Barcelona en torno al año 300. La Iglesia de España había llegado, ya entonces, a un estado de relativa prosperidad, como lo demostró el concilio de Elvira, celebrado entre los años 300 y 305, al que asistieron representantes de toda la Península, y el gran número de mártires que en todas las regiones de España hubo durante la persecución de Diocleciano de 303 a 305. Particularmente la región Tarraconense, a la que pertenecía Barcelona, había dado ya muestras del arraigo del cristianismo en la persecución de Valeriano del año 256 con sus célebres mártires, el obispo San Fructuoso de Tarragona y sus dos diáconos Eulogio y Augurio. Así, pues, podemos fácilmente imaginarnos la nutrida y fervoro-

sa cristiandad de Barcelona, y particularmente a su digno obispo Severo, que trataba de prepararla para las luchas que se avecinaban.

De hecho, aunque desde hacía largo tiempo disfrutaban los cristianos de relativa paz, que tanto les había servido para su reorganización y crecimiento, y el mismo Diocleciano (284-305) durante los doce primeros años de su gobierno usó con ellos una amplia tolerancia, ya a fines del siglo III, hacia el año 297, el césar Galerio había inducido al emperador a realizar una especie de depuración del ejército, por lo cual hubo por este tiempo algunos martirios. En España precisamente se inició con particular virulencia esta persecución, de la que fueron víctimas los santos Emeterio y Celedonio en Calahorra, San Marcelo en León, las santas Justa y Rufina en Sevilla, y otros semejantes. Así, pues, ante el peligro que se cernía sobre los cristianos y que bien pronto estallaría en la más sangrienta de las persecuciones, el obispo Severo desarrollaría una intensa actividad apostólica, preparando a los fieles para los más difíciles combates por la fe e incluso para derramar la sangre por Cristo, si era necesario.

Bien pronto llegó la ocasión para muchos de probar con las obras lo que tal vez en su interior habían deseado y ofrecido a Dios. En efecto, la persecución de Diocleciano, debida en gran parte a la malevolencia de Galerio, del filósofo Hierocles y algunos cortesanos, estalló durante el invierno del año 302 al 303, y, en una serie de cinco edictos, fue agravando hasta lo sumo la situación de los cristianos. Por lo que a España se refiere, la tradición presenta al presidente Daciano, sobre el cual recientemente se han planteado diversos problemas, como enviado especial del emperador, que con inusitada crueldad aplicó en las diversas regiones de la Península las disposiciones imperiales, dando ocasión al heroísmo de insignes mártires.

Las actas posteriores, mezclando, como es costumbre de este género de literatura, los datos históricos con multitud de adiciones inciertas y legendarias, nos presentan a Daciano entrando en la provincia romana de Hispania por Gerona y Barcelona. Efectivamente, ya en su primer choque con la población cristiana, ocasionó los ilustres martirios de San Félix, en Gero-

na, y San Cucufate, en el Castro Octaviano, próximo a Barcelona, lugar ocupado hoy día por San Cugat del Vallés. Pero, apenas llegado a Barcelona, siguiendo Daciano la consigna de las últimas persecuciones, de procurar eliminar cuanto antes a los dirigentes cristianos, ordenó prender al obispo Severo, de cuya rectitud y ardiente celo estaba bien informado. Pues, si conseguía, a fuerza de tormentos, obligarlo a renegar públicamente de su fe, esto sería sumamente eficaz para obtener la apostasía de gran parte de las masas cristianas.

Al tener, pues, noticias el santo obispo Severo sobre las intenciones y órdenes del presidente, según refieren las actas y lo juzgamos sumamente verosímil, juzgó que era conveniente ocultarse, como habían hecho en otro tiempo San Cipriano y otros mártires, pues de este modo podía continuar alentando y sosteniendo a los fieles. Así, pues, retiróse al otro lado de la montaña, a cuyas faldas se recuesta la ciudad, y llegó al Castro Octaviano, que, según lo anteriormente indicado, era el actual San Cugat. Y por cierto la leyenda ha tejido aquí uno de aquellos inventos tan frecuentes y característicos en las persecuciones de los cristianos, cuya finalidad no es otra que hacer ver la providencia de Dios sobre los suyos. En efecto, nos refiere que, al llegar San Severo a la entrada del lugar, vio a un hortelano que estaba sembrando habas en su campo, y, reconociéndolo como cristiano, después de haberlo alentado a la constancia en la fe en medio de la persecución, le advirtió que, si venían los esbirros del presidente en busca del obispo, les dijera claramente que había pasado por allí.

Entretanto, sabiendo Daciano que el obispo Severo se había escapado y trataba de esconderse, envió un pelotón de soldados en su busca, con la orden expresa y terminante de terminar con él o traérselo preso ante su tribunal. Llegaron, pues, a la entrada del Castro Octaviano, y se encontraron con el hortelano Emeterio poco después de la conversación que con él había tenido Severo. Pero en ese breve intervalo, Dios había obrado un gran prodigio, pues las habas sembradas por el hortelano habían crecido rápidamente y estaban ya en flor. Al preguntarle, pues, los emisarios de Daciano si había visto al obispo Severo, respondióles que, en efecto, había pasado por allí. Pero, al insistir ellos sobre el tiempo en que esto había sucedido, repuso que cuando

estaba sembrando las habas. Esta respuesta excitó la furia de los soldados, pues viendo las habas ya en flor, juzgaron que aquel hombre se burlaba de ellos. Así, pues, lo prendieron y se lo llevaron consigo al Castro Octaviano.

Pero, entretanto, Severo había tomado su decisión. Sabiendo que habían llegado los emisarios del presidente, se presentó espontáneamente ante ellos, e inmediatamente fue apresado juntamente con otros cuatro sacerdotes de Barcelona que con él se hallaban. Y allí mismo, en el Castro Octaviano, se desarrolló rápidamente el sacrificio de aquellas víctimas. Los cuatro sacerdotes compañeros del obispo Severo fueron azotados bárbaramente, según la costumbre romana, y finalmente pasados por la espada. Lo mismo hicieron a continuación con el hortelano Emeterio, que se mantenía firme en su profesión de cristiano. Con todo esto pensaron que el obispo se atemorizaría y al fin ofrecería sacrificio a los dioses; pero, lejos de eso, persistía con más entusiasmo que nunca en su confesión. Azotáronlo entonces con cuerdas armadas de pedazos de plomo. Mas, como vieran que todo era inútil, tomó uno de ellos un clavo de hierro y se lo fijó sobre la cabeza, mientras otro le daba con una maza hasta clavárselo por completo.

En esta forma, el santo obispo Severo cayó al suelo exánime. Evidentemente bastaba este tormento para darle la muerte, y algunos suponen que murió inmediatamente. Pero las actas añaden que, de hecho, no había muerto, si bien los soldados lo dejaron abandonado en Castro Octaviano o San Cugat y volvieron a Barcelona; pero, acudiendo entonces los cristianos y viendo que su amado obispo estaba todavía vivo, intentaron socorrerlo; pero, de hecho, murió poco después en sus brazos mientras les daba su paternal bendición.

Otras noticias posteriores, más o menos fidedignas, nos aseguran que los restos del glorioso mártir San Severo fueron sepultados allí mismo en San Cugat, donde no mucho después se levantó una iglesia con el título de San Severo. A su lado se construyó más tarde el célebre monasterio benedictino, bien conocido todavía en nuestros días, y al derruirse aquella iglesia, las reliquias de San Severo fueron trasladadas a la del nuevo monasterio. Más tarde, a principios del siglo XV, fueron llevadas

algunas de ellas a Barcelona, y con esta ocasión se refieren algunos milagros, sobre todo el que obró con el rey don Martín de Aragón, a quien curó repentinamente una pierna que iban a cortarle. Su culto es antiquísimo en España, particularmente en Barcelona. San Severo es el modelo del obispo cristiano, con su entrañable amor hacia sus ovejas y los desvelos que por su bien material y espiritual se toma, y con el espíritu de magnanimidad y fortaleza en sobrellevar toda clase de sacrificios, tormentos y aun la misma muerte en defensa de su fe.

BERNARDINO LLORCA, SI

Bibliografía

CARESMAR, J., *Sanctus Severus, episcopus, et martyr, sedi, et civitati barcinonensi, noviter assertus, ac vindicatus: dissertatio historica...* (Vich 1764).
MAS, J., *Les reliques del monastir de Sant Cugat del Vallès* (Barcelona 1908).
PUIG, S., *El episcopologio de Barcelona* (Barcelona 1916).
RIBER, L., *Els sants de Catalunya,* I (Barcelona 1919).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN LEONARDO

Ermitaño († s. VI)

Una biografía del siglo XI, históricamente poco acreditada, es la que nos da datos acerca de este santo, que tuvo enorme devoción en la Edad Media en toda Francia, Alemania e Inglaterra y todo el centro de Europa. Sin duda su popularidad se debió a la multitud de milagros que se le atribuían y al entusiasmo con que hablaban de él los cruzados que lo llamaban el verdadero patrono y protector de los prisioneros. La anónima biografía citada lo hace natural de la Galia, nacido a comienzos del siglo VI e hijo de padres nobles. Rechazando seguir la carrera militar, se hizo discípulo de San Remigio y cuando éste obtuvo del rey la gracia de poder liberar prisioneros, Leonardo solicitó y obtuvo esa misma gracia, sobresaliendo por el celo que ponía en cumplir esta obra de caridad, de donde vendría que los prisioneros de las cruzadas lo invocasen como su protector. Se dice que se negó a ser obispo y en su lugar se dedicó a la vida

eremítica, y construyó una ermita dando al lugar el nombre de Nobiliacum o Noblac. Aquí perseveró en su vida santa hasta la muerte, habiendo liberado milagrosamente a numerosos prisioneros que acudían luego a darle las gracias personalmente. Su ermita evolucionó a un monasterio con el nombre de Saint-Leonard-de-Noblac, cerca de Limoges.

SAN WINOCO
Abad († 716)

San Bertino († 700) dirigió en el siglo VII el monasterio de la isla de Sithien, hoy St. Omer, que era filial del monasterio de Luxeuil, fundado por San Columbano († 615). La casa se acreditó por su observancia regular, su admirable trabajo en la transformación del lugar en una fértil llanura y por la santidad de sus monjes. Se dice que veinte de ellos figuran en los martirologios. A los cuatro años de la fundación de su abadía ya tenía Bertino 150 monjes, entre los que se encontraba Winoco, bretón o británico, no es segura la adscripción de su naturaleza, y que con otros tres compañeros había ingresado en el monasterio. Y fue entonces cuando el noble Heremar donó a San Bertino una gran extensión de terreno con una villa llamada Wormhoudt, a 18 kilómetros de Dunkerke, para que allí se estableciera una comunidad de monjes. Y efectivamente San Bertino envió un grupo de monjes a que habitara la nueva casa filial, y entre ellos estaba Winoco. A su lado se edificó un hospital que era atendido por beatas. La comunidad enseguida se vio aumentada con nuevas vocaciones y San Bertino pensó que necesitaba un abad que la rigiera y designó para ello a Winoco. Con fortaleza de alma y notable sabiduría espiritual Winoco dirigió la vida de la comunidad muchos años, logrando que la abadía prosperara así en lo espiritual como en lo temporal y consolidándose plenamente. Llegado a la ancianidad hizo dimisión de su puesto de dirigente y pidió ser empleado en humildes trabajos manuales, siéndole asignado el de molinero. Siguió dando un notable ejemplo de fe viva, de piedad intensa y observancia regular perfecta hasta su muerte, el 6 de noviembre de 716 o

quizás esa misma fecha del año siguiente, recibiendo muy pronto culto como santo.

SAN TEOBALDO DE DORAT

Presbítero († 1070)

Nacido en Chaix, junto a Limoges, estudió en Périgueux, y acabados los estudios volvió a su patria y se sintió atraído por la vida religiosa, ingresando en el monasterio de canónigos regulares de San Agustín de Dorat. Aquí tuvo por maestro a San Israel († 1014) y aprovechó en ciencia y en virtud. Por ello la comunidad quiso que se ordenara sacerdote, y como tal lo muestra el *Martirologio,* aunque algunos hayan puesto en duda que efectivamente recibiera las órdenes mayores. Su amor era el decoro de la iglesia, y por ello se le confió el cargo de custodio de la misma y sacristán, y se dice que no salía de ella sino para visitar a los enfermos. Obtuvo licencia para pasarse casi toda la noche en la iglesia haciendo penitencia y oración. Murió santamente el 6 de noviembre de 1070.

BEATA CRISTINA DE STOMMELN

Virgen († 1312)

Cristina Bruzo, nacida en Stommeln, junto a Colonia, en 1242, sintiendo el deseo de consagrarse a Dios entró a los doce años en una casa de beguinas de Colonia. Pero su poca salud la hacía imposible seguir la vida de comunidad y se vio obligada a dejarla. En el mundo siguió su vida austera y piadosa, recreándola el Señor con éxtasis y comunicaciones espirituales. El 20 de diciembre de 1267 conoció al joven dominico Pedro de Gotland, bajo cuya dirección espiritual se puso, manteniendo con él un frecuente contacto epistolar. El año 1269 recibió la gracia de la estigmatización, haciéndosele visibles las llagas en las manos y los pies en determinadas épocas del año. Entregada a la oración y practicando todas las virtudes daba un alto ejemplo de santidad a todos, sufriendo no pocas pruebas. Murió en su ciudad natal el 6 de noviembre de 1312. Se le dio desde entonces

culto como santa, constando muchos de sus hechos por la *Vida* que escribió su propio director espiritual. Su culto fue confirmado el 12 de agosto de 1908 por San Pío X. Sus reliquias se veneran en la iglesia de Jülich.

7 de noviembre

A) Martirologio

1. En Padua (Véneto), San Prosdócimo († s. III), primer obispo de la ciudad.
2. En Cesarea del Ponto, San Atenodoro († 304), obispo, hermano de San Gregorio el Taumaturgo *.
3. En Albi (Aquitania), San Amaranto († s. III), mártir.
4. En Mitilene (Armenia), San Hierón y muchos compañeros († 300), mártires.
5. En Perugia (Umbría), San Herculano († 548), obispo y mártir.
6. En Tours (Neustria), San Baldo († 552), obispo.
7. En Congresbury (Inglaterra), San Cunear († s. VI), abad.
8. En Estrasburgo (Borgoña), la conmemoración de San Florencio († 614), obispo.
9. En Echternach (Austrasia), San Wilibrordo († 739), monje y obispo de Utrecht **.
10. En el monte Galesio, junto a Éfeso (Asia), San Lázaro († 1054), estilita *.
11. En Colonia (Alemania), San Engelberto († 1225), obispo y mártir **.
12. En Pofi (Lacio), Beato Antonio Baldinucci († 1717), presbítero, de la Compañía de Jesús **.
13. En Ket Chong (Tonkín), santos Jacinto Castañeda y Vicente Le Quang Lien († 1773), presbíteros, de la Orden de Predicadores, mártires *.
14. En Zunyi (China), San Pedro Wu Guosheng († 1814), catequista y mártir *.
15. Junto a Cremona (Italia), Beato Vicente Grossi († 1917), presbítero, fundador del Instituto de Hijas del Oratorio **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN WILIBRORDO

Monje y obispo († 739)

Wilgils, el noble anglosajón, había quedado viudo. Cristiano ferviente, perteneciente a la primera generación de convertidos del paganismo, resolvió abrazar la vida solitaria. Todo lo abandonó, hasta la más dulce prenda que le quedaba: un día llamó Wilgils a la puerta del monasterio de Ripon y ofreció a Dios y al abad Wilfrido su hijito Wilibrordo.

Ripon era una abadía fervorosa; Wilfrido, un padre austero y a la vez cariñoso para sus religiosos. El hijo de Wilgils fue educado con esmero en la escuela abacial. Fue su preceptor San Ceolfrido, el mismo que años adelante debía ser, en Wearmouth, abad de San Beda el Venerable. El pequeño oblato creció en un ambiente de santidad y cultura. A los quince años ratificó libremente, con su profesión monástica, la propia donación a Dios hecha por su padre.

La vida del joven monje transcurría plácida y fervorosa al amparo de los muros claustrales cuando una fuerte conmoción vino a turbar la paz del monasterio. Había estallado un grave conflicto entre el rey Egfrido y Wilfrido, el cual, sin dejar de ser abad de sus nueve monasterios, ocupaba entonces la sede de York, la segunda de Inglaterra. Teodoro, arzobispo de Canterbury, aprovechó esta ocasión para dividir en varias diócesis el reino de Nortumbria, el gran territorio hasta entonces sometido a la sola jurisdicción espiritual del arzobispo de York, y Wilfrido, sintiéndose perjudicado en sus derechos, emprendió el camino de Roma para protestar ante el Papa. Fue entonces también cuando Wilibrordo abandonó Ripon. Tal vez fuera su propósito vivir en el destierro como su abad San Wilfrido; acaso le atrajera irresistiblemente la fama de santidad y ciencia de la vecina Irlanda. Lo cierto es que el joven monje se dirigió a la Isla de los Santos. En ella halló una nueva patria. San Egberto, noble nortumbriano que había hecho voto de vivir en tierra extraña, le acogió paternalmente en su monasterio de Rathmelsigi. San Egberto y el cenobio de Rathmelsigi debieron de imprimir

en el alma de Wilibrordo una huella duradera durante los doce años que permaneció allí.

Porque tampoco fue la abadía de Rathmelsigi el término de la peregrinación de nuestro monje. San Egberto, como tantos otros compatriotas suyos, sentía en su corazón ansias misioneras; su pensamiento atravesaba a menudo el mar y se trasladaba a las regiones del continente donde sus hermanos de raza vivían aún en las tinieblas del paganismo; Frisia atraía con preferencia su atención. Impedido por las circunstancias, no había podido llevar personalmente la luz del Evangelio a aquellas costas, pero había mandado allá a uno de sus monjes, Wigberto, el cual, tras dos años de inútiles esfuerzos, se vio obligado a regresar. Radbod, rey de los frisones, se mostraba adversario irreductible a toda predicación cristiana. Pero Egberto, sin desanimarse, aguardaba la ocasión propicia. Ésta se presentó en 689, cuando el rey Radbod fue vencido por Pipino II, duque de Austrasia, y toda la Frisia meridional cayó en poder de los francos. Egberto designó entonces un grupo de doce monjes que debía dirigirse a Frisia. Al frente de los misioneros puso a Wilibrordo. Era el año 690.

No era fácil la tarea confiada a Wilibrordo y a su pequeña hueste monástica. El pueblo germánico de los frisones, que entonces ocupaba la desembocadura de los grandes ríos que mueren en las costas de los Países Bajos, constituía un campo rebelde a todo cultivo. Aquellos bárbaros de estatura imponente, barba rubia y largas melenas eran guerreros feroces, testarudos, apegados a sus viejas tradiciones y extremadamente amantes de su libertad e independencia. El poder romano nunca había sido estable en Frisia, y el cristianismo, que por vez primera había penetrado en la región con los funcionarios merovingios como religión de los invasores, no parece que alcanzara ninguna o muy pocas simpatías. Bien es verdad que en 678 San Wilfrido de York, camino de Roma, había penetrado hasta el corazón del país y conseguido algunos éxitos, mas también entonces la evangelización había chocado contra la resistencia del rey Radbod. Wilibrordo y sus compañeros, pues, debían trabajar en terreno prácticamente virgen. Pero aquellos monjes eran valientes y emprendedores. Les impulsaba el amor de Cristo, confiaban

plenamente en Dios, pero no despreciaban la ayuda de los hombres. Experiencias ajenas habían probado que nada duradero podía llevarse a cabo sin el apoyo de los francos, y Wilibrordo buscó la protección de Pipino II. Su acción, para ser eficaz y legítima, debía tener la aprobación del Sumo Pontífice, y Wilibrordo corrió a Roma para conseguirla. Pipino II otorga su protección a los misioneros venidos de Irlanda, y el papa Sergio I colma a Wilibrordo de bendiciones, reliquias, objetos de culto y libros. La espada de los francos y los alientos de la Sede romana sostendrán la misión monástica de Frisia. La parte meridional de la vasta región, que se encontraba en poder de los francos, será el teatro de los afanes apostólicos de Wilibrordo y los suyos. Su predicación constante, inflamada por la caridad, no tarda en verse premiada con numerosas conversiones. La misión, conducida con habilidad y celo, progresa rápidamente. Y como las relaciones entre Pipino II y Radbod se hacen más amistosas y la paz parece asegurada por largos años, si no para siempre, parece llegado el momento de consolidar la naciente cristiandad frisona con la erección de una diócesis. Wilibrordo emprende nuevamente el largo camino de Roma (695), donde es recibido paternalmente por Sergio I. Al regresar poco después al campo de sus afanes, Wilibrordo posee ya la consagración episcopal, recibida de manos del Papa, quien le había otorgado también el palio, señal del favor apostólico. Frisia había sido constituida en iglesia sujeta inmediatamente a la Sede romana.

Pipino II regaló al arzobispo de los frisones el ruinoso *castrum* romano de Utrecht, donde surgió muy pronto la basílica del Salvador, la escuela y la residencia del arzobispo y sus clérigos. Utrecht, fue, pues, el centro de la nueva diócesis. Pero quiso, además, Wilibrordo, conforme al método benedictino que le trajo al continente europeo, fundar un monasterio destinado a servir de base a la acción misionera. La abadía se presentaba como el tipo concreto de la vida religiosa y social, y los monjes la señalaban como ejemplo a los que pretendían convertir al cristianismo. El monasterio de San Wilibrordo y de la misión de Frisia fue Echternach, situado prudentemente en Luxemburgo, es decir, en territorio franco, lejos de los riesgos de la vanguar-

dia misionera. Cada dos años iba regularmente Wilibrordo a pasar unos meses de reposo y recogimiento en su querida abadía, su residencia favorita.

Entretanto se revelaban las bellas cualidades del arzobispo de los frisones. Era, según testimonio de San Bonifacio, varón «de gran santidad y de austeridad maravillosa», pero bueno y paternal para los otros. Típico anglosajón paciente y tenaz, humilde y hábil, celoso y realista, dotado de voluntad inquebrantable y prudencia nunca desmentida, Wilibrordo tenía temple de gran conductor de hombres, de gran organizador. La única preocupación que le guiaba en todas sus acciones era la salvaguarda y consolidación de su obra. Sus ansias apostólicas no desbordan los límites de lo que le parecía seguro. Verdad es que intentó evangelizar la Frisia del Norte y hasta estuvo en Dinamarca movido por el mismo impulso misionero; pero pronto comprendió que era empresa prematura y regresó a su campo de acción, el territorio dominado por la espada de Pipino II. No es que fuera un cobarde, un pusilánime: en cierta ocasión destruyó un ídolo con peligro de su vida y en momentos difíciles se mantuvo firme ante la ira del rey Radbod. Pero Wilibrordo nada tenía de aventurero. Iba siempre a lo seguro y positivo. Sus catecúmenos no fueron jamás bautizados rápidamente ni en masa; cada uno de ellos debía someterse a una seria preparación individual. Y así su obra no tuvo dimensiones enormes y espectaculares, pero fue segura y durable.

Esta obra, sin embargo, sufrió un rudo golpe a la muerte de Pipino II (714), cuando los frisones intentaron rechazar el yugo de los francos. Wilibrordo se retiró precipitadamente a Echternach, y los monjes pudieron entonces apreciar la prudencia de su abad y arzobispo que les había preparado aquel refugio seguro. Cuando Carlos Martel restableció la paz (718), Wilibrordo había alcanzado ya los sesenta años de edad. Pero no soñaba todavía en descansar; ni siquiera se lamentó ante los estragos causados por aquellos años destructores. La obra de su vida estaba casi totalmente arruinada. Él y sus monjes empezaron animosamente a rehacerla. En este tiempo difícil tuvo Wilibrordo un precioso ayudante en un monje compatriota suyo, Winfrido, el

futuro San Bonifacio, apóstol de Alemania. Y la cristiandad de Frisia fue restaurada.

San Wilibrordo murió muy probablemente en Echternach el 7 de noviembre del año 739. Las últimas noticias que de él poseemos nos las proporciona San Beda el Venerable en 734. Wilibrordo —dice— «inflige todos los días derrotas al diablo; a pesar de su ancianidad combate todavía, pero el viejo luchador suspira por la recompensa eterna».

GARCÍA M. COLOMBÁS, OSB

Bibliografía

Acta sanctorum. Novembris, t.3 p.435-451.
Analecta bollandiana 3 (1934) 436-437.
ERENS, M. A., *Saint Willibreond* (Tongerloo 1939).
GÖTZINGER, N. (ed.), *Willibrordus: Willibrond* (Luxemburgo 1940).
MABILLON, J. - D'ACHERY, L., *Acta Sanctorum Ordinis Sancti Benedicti,* III/1 (París) 603-618.
VERBIST, G. H., *Saint Willibreond* (Lovaina 1939).
— *Saint Willibreond, apôtre des Pays-Bas* (París-Lovaina 1939).

SAN ENGELBERTO DE COLONIA

Obispo († 1225)

Pocos casos habrá en el santoral cristiano en los que tanto concurran con la santidad la nobleza de linaje, el poder temporal, la riqueza familiar, las actuaciones políticas, la potestad eclesiástica y el despliegue de las más diversas incumbencias pastorales... Pese a todo ello, quizás el nombre de San Engelberto, arzobispo de Colonia, habría quedado registrado poco más que en el episcopologio coloniense del siglo XIII de no haber sucumbido trágicamente, el 7 de noviembre de 1225, a manos del vengativo Federico de Isemburg en territorio de Westfalia. Al instante esta muerte trajo el recuerdo de la de Thomas Becket, el santo arzobispo de Canterbury, asesinado sólo medio siglo antes (1170), y así se hizo patente en las palabras entonces pronunciadas por el cardenal legado Conrado di Porto: «Estamos ante un mártir, un segundo Tomás Becket».

Nació a finales del siglo XII, en torno al 1185, y fue el segundo vástago del matrimonio formado por el conde Engelberto de Berg y Margarita de Gueldra, que, como sucedía con tantos otros segundones, lo destinaron desde el principio a la carrera eclesiástica. Todavía adolescente, fue nombrado en 1199 preboste de San Jorge y San Severino de Colonia y canónigo de Santa María de Aquisgrán. Las prebendas se le siguieron acumulando: en el 1203 fue designado preboste de la catedral de Colonia.

Eran años de fuertes contiendas entre los partidarios del Papa, güelfos, y los del emperador, gibelinos. En este momento contendían por el imperio el partido gibelino, representado por Felipe de Suabia, y el güelfo, por Otón de Brunswick, favorecido del papa Inocencio II. Triunfó Otón, con el consiguiente quebranto de los gibelinos a los que se había adherido Engelberto y el mismo arzobispo de Colonia, Adolfo I, su primo. Ambos fueron depuestos y excomulgados por el Papa en 1206. La cosa tuvo remedio dos años después, tras el sometimiento de Engelberto. El Papa lo repuso en sus pingües cargos eclesiásticos, imponiéndole como penitencia la incorporación a la cruzada contra los albigenses que estaba en marcha desde hacía algunos años... La fortuna le sonrió de lleno en 1216, al ser elegido arzobispo de Colonia el 29 de febrero por el Cabildo de esta Catedral. Inocencio III seguramente mantenía sus reservas: la consagración episcopal se retrasó más de un año (24 de septiembre de 1217) y el palio arzobispal no llegó hasta pasado un año más.

Engelberto apenas rebasaba los treinta años. Y ahora comienza a desenvolverse su ministerio episcopal, acreditándose como gran pastor. De entrada tuvo que emplearse a fondo en la tarea pacificadora: su diócesis se hallaba sumamente desunida, después de prolongadas luchas políticas. Era grande, además, la descomposición moral. A todo hizo frente, contando con la savia nueva de dominicos, franciscanos y cartujos establecidos en Colonia ya en 1220 bajo su mano protectora. ¿Cabe atribuir a estas órdenes algún influjo decisivo en la misma espiritualidad de Engelberto? Sus biógrafos recalcan su interés por un culto esplendoroso, su tierna devoción a la Santísima Virgen y su

amor a los pobres, combinando la magnanimidad con la humildad y la dulzura con la fortaleza. Con razón es considerado como uno de los más grandes arzobispos que rigieron la diócesis de Colonia.

Por las circunstancias del momento, el gran arzobispo vino a ser, al mismo tiempo, un gran príncipe secular, defendiendo los derechos de la Iglesia frente a las abusivas pretensiones de la nobleza, en beneficio del pueblo humilde. Sus poderes se vieron acrecentados, a la muerte de su hermano Adolfo, al asumir la sucesión en el condado de Berg. Gracias a sus inteligentes alianzas y a su fuerte poder defensivo, Colonia se convirtió en un estado firme, resultando Engelberto uno de los más poderosos príncipes de Alemania. Así las cosas, a nadie pudo extrañar que en 1220 Federico II lo eligiera regente de Alemania y tutor de su primogénito Enrique. Dos años después el mismo Engelberto coronaba a Enrique en la Catedral de Aquisgrán.

Como no podía ser menos, las actuaciones valientes del gran príncipe y pastor suscitaron la enemistad de algunos nobles, especialmente los condes de Clèves y Limburg. Con Federico de Insemburg, se produjo un gran conflicto. Gozaba éste de la protectoría hereditaria del poderoso monasterio de Essen, y lejos de proteger, se conducía despóticamente en los dominios de dicho monasterio. Engelberto se vio obligado a intervenir, exacerbando el odio del «protector». Iba el santo arzobispo camino de Schwelm para consagrar allí una iglesia, cuando Federico de Insemburg le salió al paso acuchillándolo sin piedad el 7 de noviembre de 1225. Sólo tenía cuarenta años. Como apuntábamos al comienzo, fue considerado mártir desde el primer momento. Un año después, el 24 de febrero de 1226, su cuerpo era trasladado solemnemente a la iglesia-catedral de Colonia. Su veneración como santo arranca, sobre todo, del año 1583, en el que aparece inscrito su nombre en el *Martirologio romano,* fijando su fiesta el 7 de noviembre, día de su martirio.

JOSÉ MARÍA DÍAZ FERNÁNDEZ

Bibliografía

FASTENRATH, J., «Engelberto I conde de Berg y arzobispo de Colonia»: *Revista Europea* 153 (1877) 105-109.

LOTHMANN, J., *Erzbischof Engelbert I. von Köln (1216-1225). Graf von Berg, Erzbischof und Herzog, Reichsverweser* (Colonia 1993).

SOLLBACH, G. E., «Der gewaltsame Tod des Erzbischofs Engelbert I. von Köln am 7. November 1225. Ein mittelalterlicher Kriminalfall»: *Jahrbuch des Vereins für Ort- und Heimatkunde in der Grafschaft Mark* 93-94 (1995) 7-49.

BEATO ANTONIO BALDINUCCI

Presbítero († 1717)

Piadoso y celoso predicador jesuita que recorrió ciudades y aldeas proclamando el Evangelio de la conversión y del amor, de la paz y del servicio a la Iglesia, de la esperanza en la misericordia del Señor. Participó con ilusión en aquella oleada de misioneros ambulantes que iban anunciando el Evangelio el siglo XVI y XVII a las gentes sencillas, las cuales acudían sin cansancio a los templos y con frecuencia a las plazas, para escuchar a predicadores de paso y para instruirse en las verdades cristianas. El P. Antonio fue uno de los más afortunados de la Italia central, pues las gentes llegaban en tropel para escucharle. También se acercaban a él para recibir la absolución, una vez que sus corazones se sentían transformados en lo humano por su palabra sencilla y persuasiva y en lo divino por la acción misteriosa de la gracia.

Había nacido en 1655 y su ideal se orientó al apostolado de las misiones populares, sobre todo en las regiones campesinas. Habría querido marchar a China o al Japón. Pero Dios tenía otros designios para él. La gente que le escuchaba con admiración y fe pronto le fue considerando un santo religioso, pues él mismo daba ejemplo de lo que decía y nunca predicaba nada que él no cumpliera. Los milagros también brotaban con naturalidad de sus manos y como respuesta a sus plegarias. Ellos fueron diciendo a su paso que sus anuncios venían de Dios.

Su padre, Felipe Baldinucci (1624-1696), fue un inspirado escritor de temas artísticos y de sabrosos comentarios sobre música, artes y costumbres religiosas. Pasaría a la Historia por hermosas y ambiciosas obras sobre arte en una Florencia que

chorreaba creatividad por todos sus poros en aquellos años del renacimiento tardío italiano. Se suelen estudiar todavía algunas de sus producciones, como la titulada «Noticias de un profesor de dibujo», el «Vocabulario toscano del arte del dibujo» o la «Vida del Caballero Lorenzo Bernini», que le había encargado la reina Cristina de Suecia para su Corte refinada y admirada ante el arte italiano.

Quiere ello decir que la infancia del niño Antonio se desarrolló en ambiente culto y desahogado, en el seno de una familia sensible a la belleza, abierta al progreso y sobre todo llena de piedad, de elevado nivel espiritual y de buenas relaciones sociales. En ella los cinco hijos que habían nacido fueron especialmente sensibles a las llamadas de Dios: uno se hizo dominico, otro fue sacerdote secular, y él se sintió reclamado por la Compañía de Jesús.

Antonio, que había recibido este nombre por la devoción de su padre a San Antonio de Padua, conoció a los jesuitas por las hermosas labores que realizaban en Florencia, la Ciudad señorial de los duques más poderosos de Italia. El ambiente se hallaba todavía impregnado por el aroma estético y espiritual de los mayores genios del arte italiano: Bocaccio, Dante Alighieri, Bruneleschi, Cenni di Pepo y Mantegna. Figuras de esta talla habían hecho del entorno florentino un emporio de artistas dignos y audaces rivales de Roma, aunque muchos de ellos fueron reclamados por la atractiva sede de los Papas. Antonio respiró aires de grandeza, de espiritualidad y de conquista, aunque su espíritu se mantuvo alejado de esos derroteros, a pesar de que el ambiente familiar se movía con toda seguridad y apertura en las referencias al arte, a la nobleza y a las cuestiones mundanas, dada la profesión paterna.

Decidió hacerse jesuita. Llevaba al entrar en la Compañía de Jesús en 1681, a sus 17 años, una vocación decidida, nacida en la piedad del hogar y desarrollada en los ejercicios devotos que abundaban en la ciudad de Florencia en sus años juveniles. El motor vocacional de su primer compromiso fue su afán misionero. Se hablaba tanto de las misiones del Oriente, que él soñó desde adolescente con marchar para China o Japón, en donde trabajaban tantos jesuitas.

Sin embargo, pronto se dio cuenta de que no podría realizar sus deseos. En la Compañía elegida se hacía lo que mandaba la obediencia al superior. Además él era limitado de estatura y frágil de salud. Sus compañeros de estudio le llamaron pronto el «pequeño angelito», pues era bajo y flaco, frágil y sonriente, candoroso y piadoso. Se ganaba con facilidad el afecto de cuantos le conocían. Pero no podía resistir muchas fatigas. Comprendió que China o Japón quedaban muy lejos de sus posibilidades. Se tuvo que contentar con escuchar y admirar las hazañas que tantas veces referían los muchos misioneros que viajaban y regresaban de aquellas tierras.

Fue ordenado sacerdote en 1695, después de haber emitido los votos religiosos en la Compañía y de haber superado las diversas pruebas y estadios de formación que pronto comenzó a poner la Compañía de Jesús para todos los que aspiraban a ingresar en sus filas. Sus estudios de Teología y su formación en el arte de predicar se desarrollaron en la misma casa de Florencia en la que había sido admitido. En ella quedó al terminarlos y desde ella organizó sus cada vez más frecuentes correrías apostólicas.

Su sencilla y humilde figura, de apariencia endeble y enfermiza, le había puesto, en los primeros años, en la frontera del rechazo por parte de los superiores. Pero su piedad y su sentido de la oración, junto al ardiente deseo de hacer el bien, le sirvieron de escudo protector. Fueron los rasgos que le permitieron superar las pruebas que se le presentaron con frecuencia y que superó con su gran confianza en la Providencia.

Su primer apostolado fue la enseñanza en Florencia. Pero no fue capaz de soportar las fatigas de las explicaciones. Era claro de mente y fácil de palabra. Tenía ideas propias y se hacía entender, sin elevar con gritos de predicador de aldea sus exposiciones de cátedra. Pero su responsabilidad y las largas vigilias con las que preparaba sus lecciones de cátedra le resultaron fatigas excesivas y agotadoras. Por eso recibió con alegría otra misión que a simple vista parecía más llevadera: la de predicar en los entornos de Roma. Siguió algún tiempo como docente en los colegios jesuitas de Terni y de Roma.

Estando en la Ciudad Eterna cayó gravemente enfermo en 1692. Pero a duras penas pudo reponerse con algunas medicinas

que le hicieron posible la curación cuando estaba prácticamente desahuciado y se esperaba su muerte. Los sahumerios e infusiones, entre los que la hierba del tabaco parece que jugó un papel importante, le mantuvieron en este mundo, pero sin saber ya a qué podía ser destinado un hombre tan débil y tan inservible ya.

Sin embargo Dios no tiene con frecuencia los mismos cálculos de los hombres, o acaso sea mejor decir que los hombres no son capaces siempre de ver las cosas al estilo de Dios. El P. Antonio se dedicó poco a poco a predicar por los pueblos y las aldeas, sobre todo de las regiones de Frascati y Viterbo. Él que no pudo entregar su vida en las lejanas misiones del Asia ni resistir explicaciones de cátedra, quemó con admirable ardor y con fama creciente de eficaz predicador e infatigable confesor los años que iba a durar su vida religiosa. Los pueblos italianos conocieron con frecuencia su palabra desde 1693 hasta su muerte en 1717, es decir durante casi un cuarto de siglo. No descansó un solo día en una tarea agotadora. Recorría todos los lugares, iglesias y plazas de la región italiana central. Se centraba en el texto del Evangelio y decía en cada lugar lo que Dios le inspiraba, que era mucho y siempre adaptado a las circunstancias de los tiempos y a las necesidades de las personas.

Hablaba durante horas y hasta cantaba como un juglar que anuncia la esperanza y la paz. Recordaba las bellas canciones que había aprendido con su padre cuando era niño y tenía selectas melodías que atraían a la gente a sus sermones. Él mismo componía las letras piadosas y algún hermano o amigo, que le acompañaban a veces, le ponían las músicas o reforzaban su voz con el sonido de instrumentos. Eran los lenguajes del tiempo que en los oídos de los campesinos italianos, musicales y sencillos, mejor podían ser entendidos.

Las gentes le esperaban ansiosas por su palabra candorosa, piadosa, creativa. Organizaba procesiones para que los diversos grupos confluyeran a los lugares de predicación rezando y cantando. Sus reflexiones resultaban cautivadoras y su empeño incansable. Corría y recorría todos los sitios en que pudieran escuchar sus reflexiones. Hubo días en que hizo cincuenta millas con tal de poder anunciar el nombre y los hechos del Señor Jesús al que tanto amaba y hacía amar.

Se decía de él que hablaba con unción y que siempre reservaba alguna sorpresa para sus oyentes. También tenía sus trucos y recursos para que la gente sencilla le escuchara mejor. Llevaba a veces una calavera en la mano y decía a los oyentes que la miraban con natural respeto:

> «Amigos, ¿qué veis aquí? ¿Dónde están tus ojos que gustan tanto de ver cosas curiosas por el mundo? ¿Dónde están tus orejas que tenían tanto interés en escuchar cosas hermosas? ¿Dónde está tu lengua tan deseosa de saborear manjares y de hablar?».

La gente seguía en silencio y se aprovechaba de aquellas reflexiones y de aquellos gestos que a todos hacían pensar en la brevedad de la vida y en la necesidad de mejorar la conducta propia. Luego terminaba su predicación con palabras de consuelo, con invitaciones a la virtud y con algún cántico piadoso, entre los cuales siempre entonaba algunos conocidos como el que empezaba: «Jesús, Jesús, yo quiero morirme de amor».

A sus tareas apostólicas añadía una vida intensa de oración y de penitencia que rayaba en la exageración. Cada predicación iba precedida de larga plegaria, de manera que su jornada agotadora resultaba ya de por sí un desafío para los que conocían su fragilidad y su poco robusta constitución. Escribía sus sermones con profunda inquietud por el bien de las almas. Y a veces los comentaba con sus más cercanos seguidores.

En una de sus correrías pasó por el santuario que había en la colina llamada Cerro Prado. Allí se veneraba la imagen de la Virgen de la Encina desde 1690. Obtuvo una copia de la Virgen y la llamó «Santa María, Madre del Refugio». La encuadró en un precioso marco y la mostraba a todos los oyentes en sus correrías apostólicas. Decía de ella que era la Patrona de las Misiones populares y la proclamaba como «Refugio de los pecadores». La advocación fue teniendo fortuna y se comenzó a decir con frecuencia en público y en privado «Refugio de los pecadores, ten piedad de nosotros», invocación que pronto quedó incluida en las letanías marianas. Esa imagen y lo que representaba multiplicó de tal forma las conversiones que el piadoso Baldinucci se sintió movido a solicitar su coronación al Papa. Clemente XI accedió de buen grado y delegó al cardenal Aníbal Albani para que coronara solemnemente la imagen del santuario de Cerro Prado el 4 de julio de 1717 en Frascati.

El santo misionero escribió entonces: «Cuánto se enfureció el demonio por esta coronación...». Fue uno de los últimos actos apostólicos que realizó en su vida, pues cuatro meses después le sobrevino su fallecimiento. Éste se produjo durante la última de sus misiones en Forli, cerca de Veroli, después de dirigir una procesión por él organizada el 16 de octubre de 1717 en la localidad. Una turba de más de cuatro mil personas se dirigió desde Castro de Volschi al santuario mariano. El predicador ya no pudo terminar la procesión. Se había albergado en el palacio de la familia De Carolis y durante seis días había estado continuamente predicando y confesando. Una fiebre intensa le invadió y, en la mañana del 7 de noviembre de 1717, Antonio Baldinucci entregó su alma a Dios teniendo entre sus manos el Crucifijo y dirigiendo los ojos al cuadro de la «Madre refugio de los pecadores».

Sólo tenía 52 años de edad y pensaba recorrer muchos lugares más, a pesar de que se sentía debilitado en sus fuerzas corporales. Le acompañaba en la última correría el también jesuita Giuseppe Mossi, llegado desde Frascati para colaborar en la misión tan fecunda espiritualmente. Revestido de los sagrados ornamentos sacerdotales fue sepultado en el sepulcro de la misma familia De Carolis, en las cercanías del convento de los franciscanos.

Los hechos prodigiosos que acompañaron a sus funerales y los que siguieron dándole fama de santo en labios de sus devotos que le siguieron invocando como intercesor celeste, mantuvieron vivo su recuerdo y fueron motor de la devoción que se le tuvo. Ello dio motivo para que el papa León XIII le beatificara el 16 de abril de 1893.

Una frase que había repetido muchas veces quedó flotando en su camino, que había terminado tan rápidamente. Decía:

> «De todo lo que oigas quédate con lo bueno y deja que se olvide lo malo. Vive siempre con tu corazón libre y aspira a las cosas grandes. No temas los males ni trates de curarlos todos. Sólo pon tu empeño en aquellos que tienen remedio».

PEDRO CHICO GONZÁLEZ, FSC

Bibliografía

BARGELLINI, P., *Mille santi del giorno* (Florencia 1977).
GALLUCCI, F. M.ª, *Vita del p. Antonio Baldinucci della Compagnia di Gesù* (Roma 1729).

BEATO VICENTE GROSSI

Presbítero († 1917)

El siglo XIX fue, para la Iglesia católica en Europa, una centuria de graves perturbaciones y, para la sociedad en general, una época de revoluciones sociales y políticas y de profundas transformaciones; pero fue también campo abonado que dio cosechas espléndidas en frutos de santidad, en fundaciones de nuevas congregaciones religiosas, en renovaciones fructíferas y en la profundización del espíritu cristiano en amplias zonas de la vida eclesial y social. El balance tiene que ser objetivamente positivo, prueba de que el Espíritu de Dios, que constantemente renueva la faz de la tierra, en medio y a pesar de las tensiones y de los contratiempos, pasó también por aquel siglo atormentado y siguió su avance hacia el siglo que poco ha hemos clausurado y que, en buena parte, fue heredero de la buena semilla que dio su fruto, a pesar de los espinos y de las malas hierbas que trataron de ahogarla.

Hoy —un 7 de noviembre de principios del siglo XX— aconteció el nacimiento para el cielo de un celoso párroco que gastó su vida repartiendo evangelio en su propia parroquia y entregando con él su vida entera. El Beato Vicente Grossi forma parte de la legión de estupendos párrocos que, en el seno de sus feligresías, con una labor callada y humilde, fueron guías de los fieles en la adhesión y en el testimonio de Cristo y en la comunión con la Iglesia, por la tarea de la formación permanente de cuantos cristianos y cristianas, desde el propio hogar y ejerciendo su profesión o tarea en la sociedad, avanzaron en el camino de la santificación extendiendo el reinado de Cristo en el mundo.

Vicente Grossi nació el 9 de marzo de 1845, último de los siete hijos de Baltasar y de Magdalena Capellini. El pequeño pueblo de Pizzighettone, en la diócesis italiana de Cremona, acogió su cuna. Renació para el Reino de los cielos el mismo día

de su nacimiento terrenal. El 23 de marzo de 1854 recibió el sello del don del Espíritu Santo y dos años después comulgó por primera vez del pan de la vida, completando así su iniciación cristiana, que daría un espléndido fruto de santidad.

La educación cristiana que recibió en su hogar inclinó al pequeño Vicente hacia el sacerdocio. Pero las difíciles circunstancias de la época retrasaron el progreso de su vocación. Sólo a los 19 años, en 1864, pudo entrar en el seminario diocesano de Cremona. Después de cuatro años de internado y de estudios, recibió la ordenación sacerdotal el 22 de mayo de 1869.

Don Vincenzo acogió el don del sacerdocio como una consagración total al servicio íntegro de su vida y persona a Dios y al bien de los fieles. Primero sirvió como coadjutor en varias parroquias: en la de San Rocco, Sesto Cremonese, Ca' de' Soresini; fue luego nombrado párroco de Regona. En 1883 fue enviado a Vicobellignano, al frente de cuya parroquia permaneció hasta el fin de sus días.

«Maestro y padre» son las dos palabras bíblicas que mejor definen la obra apostólica de este santo párroco. Maestro, como predicador de la Palabra divina, repartida con generosidad y abundantemente a los hijos de Dios que le habían sido encomendados. Padre, por engendrar y dar crecimiento en todos ellos y llevar a perfección la vida divina que, por los sacramentos, les administraba.

Puso especial empeño en apartar a su pueblo de los halagos del pecado. Promovió la participación en los sacramentos para que todos llevaran una vida de acuerdo con su vocación cristiana. De una forma muy intensa, se dedicó a la formación religiosa de los niños y de los jóvenes, pues veía en ellos la esperanza de la familia, de la sociedad civil y de la Iglesia cada vez mejores. Su caridad le movía a visitar y a asistir a los enfermos y a socorrer a los necesitados.

Con prudencia y caridad admirables, esquivó el proselitismo de los metodistas que, en aquellos tiempos en que la sociedad civil se abría a la libertad de cultos, se habían hecho presentes y activos en su parroquia.

El bienaventurado párroco tuvo el ideal de formar en su parroquia un grupo de jóvenes bien dispuestas, que fueran sus co-

laboradoras en la formación moral y religiosa de la juventud femenina. De esta iniciativa pastoral surgió el Instituto que luego fundaría. Ya en Regona había preparado para la vida religiosa a un grupo de hijas espirituales suyas. En Vicobellignano dio forma definitivamente al «Instituto de las Hijas del Oratorio», a las cuales dio las reglas y constituciones que él mismo había redactado. El nombre de la congregación se inspira en la labor apostólica de San Felipe Neri, declarado patrono de la congregación, fundador de los *Oratorios* en la Roma del siglo XVI para formación y esparcimiento de la juventud. Los años 1885-1895 constituyeron un tiempo de experiencia para la pequeña comunidad que don Grossi había reunido. El obispo de Lodi, mons. Giovanni Battista Rota, acogió las primeras religiosas del Oratorio en Maleo, cerca de Milán, donde ejercía su ministerio el arcipreste don Pietro Trabattoni, que era muy amigo de don Grossi. En 1894 cuatro jóvenes hijas del Oratorio, entre las cuales estaba la que ha sido considerada fundadora del Instituto, Ledovina María Scaglioni, empezaron a cursar estudios de magisterio. En Lodi se estableció en 1901 la casa generalicia. El 1895 fue elegida la primera superiora general del Instituto, sor Maria Caccialanza, a la que sucedió en 1900 sor Ledovina.

Después de una visita pastoral a Vicobellignano en diciembre de 1900, el obispo de Cremona, mons. Jeremías Bonomelli, aprobó las constituciones del Instituto, el 20 de junio de 1901, tras superar no pocas vacilaciones. Entonces recomendó las «Hijas del Oratorio» a los párrocos.

Con tales auxiliares, el celoso párroco pudo ver incrementado y extendido su radio de acción y aumentada su eficacia.

El párroco de Vicobellignano no se limitó a la atención espiritual de su feligresía, sino que, fuera de la misma, fue de gran provecho su predicación en parroquias vecinas adonde era invitado por sus compañeros sacerdotes.

> «Si grande fue su solicitud pastoral hacia los otros, mayor aún fue su afán para conseguir ser él mismo ejemplo de virtud para todos —escribe Pablo VI en la bula de beatificación—. Movido por este propósito se entregaba a la oración de día y de noche, bebiendo del augusto sacramento de la Eucaristía abundante luz y fuerza; reverenciaba y obedecía a su obispo; su fe fue como la de Abrahán, creyó contra toda esperanza (Rom 4,18); fiel al precepto

evangélico de la caridad, con amor paterno abrazaba hasta a los enemigos; acogía a todos con la sonrisa en el rostro y con palabras amables; varón de suma integridad y de inocencia moral, no cesaba en su empeño de afligir su cuerpo con vigilias, ayunos y mortificaciones; llevado de una natural inclinación de desprecio a las dignidades humanas, las rehusó siempre; confortado sobrenaturalmente por la fe y la esperanza, soportó siempre lo más adverso en silencio. Solía describir sus aflicciones espirituales con estas palabras: "¡Cruz en la tierra, gozo en el cielo, siempre y en todas partes el amor!"».

A los 72 años de su vida, el 7 de noviembre de 1917, emigró de esta tierra a los gozos del cielo, confortado con los últimos sacramentos, que recibió con gran devoción y edificación de cuantos lo rodeaban, entre los cuales dejó una gran fama de santidad.

La Congregación de las Hijas del Oratorio, fundada por el Beato Grossi, fue creciendo y superando algunas crisis que sobrevinieron en 1912 porque algunas hermanas creían que el fundador con sus nuevas reglas había desdibujado el rostro primitivo del Instituto. Unas aclaraciones de don Grossi pusieron fin a tales críticas. Las Hijas del Oratorio recibieron el *decretum laudis* de la Santa Sede el 20 de mayo de 1915. Entonces las hermanas eran 90 en 24 casas. La aprobación definitiva fue firmada el 29 de abril de 1926. En 1940 las hijas de don Grossi abrieron casa en Santa Pudenciana de Roma y en 1952 fundaron una más en la ciudad eterna, por invitación expresa de Pío XII. En 1966 el Instituto se estableció en Argentina. En 1975 la congregación contaba con 67 casas, 444 profesas y 7 novicias.

La causa de canonización del siervo de Dios Vicente Grossi siguió estos pasos hasta su beatificación: en 1947 se realizaron en Lodi los procesos informativos; la Congregación de Ritos aceptó la causa el 2 de abril de 1954; entre 1955 y 1958 fueron instruidos y llevados a cabo los procesos apostólicos sobre sus virtudes en las diócesis de Lodi y de Cremona. El 10 de mayo de 1973 Pablo VI promulgó la heroicidad de sus virtudes teologales y cardinales, declarándolo venerable. El 3 de octubre fueron aprobados dos de los milagros, obrados por su intercesión.

En la fiesta de Todos los Santos, en el Año Santo universal de 1975, Pablo VI lo beatificó en la Plaza de San Pedro del

Vaticano ante una multitud de fieles, que aclamaron a otros cuatro nuevos beatos, entre ellos el español, canonizado luego en 1992, P. Ezequiel Moreno Díez, obispo de Pasto en Colombia. Aquel primero de noviembre, 25 aniversario de la proclamación por Pío XII del dogma de la Asunción de Nuestra Señora, el Papa del Concilio Vaticano II predicó en la homilía:

> «Vicente Grossi, sacerdote cremonés, fundador de las Hijas del Oratorio: he aquí otro apóstol de la juventud y un ejemplo sereno y convincente para los sacerdotes dedicados directamente a la cura de almas, nuestros estupendos párrocos de todo el mundo, que encuentran en él un nuevo modelo de santificación y de celo. Fue párroco durante 44 años, cumpliendo todos los quehaceres que tal vida lleva consigo, desde la predicación puesta al día y viva, hasta el delicado desvelo por los enfermos, desde las tareas espirituales hasta las administrativas. La entrega, que en él estaba inflamada por una fe profunda, lo impulsa sobre todo a pensar en la niñez y en la adolescencia, a quienes dedica sus cuidados, y para ellas funda el Instituto de las Hijas del Oratorio, que se ocupa especialmente del catecismo en las parroquias: sencillo, grande, insustituible apostolado, sin el cual no se pone fundamento alguno en la vida cristiana. Don Grossi fue así: con la solidez de sus generosas virtudes, escondidas en el silencio, purificadas por el sacrificio y la mortificación, refinadas por la obediencia, ha dejado un surco profundo en la Iglesia que hoy lo propone como modelo y le reza como interceso».

PERE-JOAN LLABRÉS Y MARTORELL

Bibliografía

AAS 67 (1976) 660-665, 742-744; 68 (1977) 168-170.
Bibliotheca sanctorum. VII: *Giustiniani-Lhuilier* (Roma 1965) cols.409-410.
L'Osservatore Romano (2-11-1975).
L'Osservatore Romano (ed. en español) (9-11-1975).
PELLICCIA, G. - ROCCA, G. (dirs.), *Dizionario degli Istituti di Perfezione,* III (Roma 1976) cols.1662-1663.
SACRA RITUUM CONGREGATIONE, *Positio super introductione causae* (Roma 1954).
SALVADERI, C., *Il servo di Dio D. Vincenzo Grossi, fondatore dell'Istituto Figlie dell'Oratorio* (Lodi 1955).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN ATENODORO
Obispo († 304)

Atenodoro fue hermano menor del gran obispo San Gregorio el Taumaturgo y él mismo considerado una lumbrera de la fe en su tiempo. Era natural de Neocesarea del Ponto, donde debió nacer en los primeros años del siglo III en el seno de una acomodada familia que aún no había llegado a la fe cristiana. Fue a raíz de la muerte del padre, sucedida hacia el 227, cuando su hermano y él entraron en contacto con el cristianismo. Ambos estudiaron en Beyrut, de donde pasaron a Cesarea de Palestina y durante cinco años ambos hermanos fueron discípulos del gran maestro alejandrino Orígenes. Pasada ya la persecución de Maximino, hacia 238 ambos hermanos regresaron al Ponto con su madre. Y entonces la comunidad cristiana, teniendo en cuenta la excelente preparación de ambos, pese a ser jóvenes, decidió su ordenación episcopal. Aunque se ha dicho que Atenodoro fue obispo de Amasea, esta noticia no se avala con los escritores más antiguos, y por ello hay que decir que no se sabe de qué sede fue obispo. Estuvo presente en el primer sínodo de Antioquía en que se condenó la enseñanza de Pablo de Samosata el año 264, pero no estuvo en el tenido cuatro años más tarde cuando se llegó a la deposición del citado hereje. Su muerte se suele situar con posterioridad al año 270. El anterior *Martirologio romano* colocaba su memoria el 18 de octubre y le daba el título de mártir en la persecución de Aureliano. Pero el nuevo *Martirologio,* conformándose con los calendarios orientales, lo celebra el 7 de noviembre y no le da el título de mártir.

SAN LÁZARO
Estilita († 1054)

Nació en Magnesia del Meandro el año 968 y recibió en el bautismo el nombre de León. Educado por un sacerdote, a los doce años es encomendado a su tío, el monje Elías, para que lo

encamine a la vida religiosa, pero como él deseaba peregrinar a Tierra Santa antes de hacerse monje se escapó. Localizado por su tío y devuelto al monasterio, hubo un nuevo y fracasado intento de fuga a los 15 años, hasta que por fin con 18 logra definitivamente escaparse. Ingresa en un monasterio de Atalía y le permiten vivir en una cueva. Al cabo de siete años realiza su sueño dorado de visitar la tierra de Jesús. Ingresa en la laura de San Sabas y aquí recibe la ordenación sacerdotal. Posteriormente vuelve a su país y se decide por la vida de estilita en la región de Éfeso, encadenándose en una columna en las cercanías de la ermita de Santa Marina. Muchos discípulos vinieron a ponerse bajo su dirección, hablando él de las cosas espirituales a cuantos acudían a visitarlo y encomendándoles mucho la caridad con los pobres. Surgió junto a su columna un monasterio y poco a poco su soledad había desaparecido del todo, y por ello se fue a una cueva. Se le alzó una columna junto a la iglesia del Salvador y desde ella guió a los monjes que se reunieron junto a dicha iglesia. Posteriormente pasó a una nueva columna en una montaña y junto a ella se construyó una iglesia dedicada a la Madre de Dios. Pasó luego a otra columna y se hizo un tercer monasterio, dedicado a la Resurrección, cuya regla él redactó. Continuó predicando desde la columna, dando saludables consejos a todos, y administrando el sacramento de la penitencia, cuidándose mucho de los pobres. Murió el 7 de noviembre de 1054.

SANTOS JACINTO CASTAÑEDA Y VICENTE LE QUANG LIEN

Presbíteros y mártires († 1773)

Luego de que los padres dominicos Jacinto Castañeda y Vicente Le Quang Lien fueran juntados en el patio de la cárcel, donde el primero estaba destinado, y metidos ambos en sendas jaulas, fueron conducidos a Hie-Nam para ser entregados al mandarín superior. Éste mandó que los sacasen de las jaulas, que no les pusiesen grillos y que los alojasen en una casa particular. Y como el subprefecto que los llevó allí vio que no recompensaban su acción de presentar a dos misioneros y que encima éstos eran bien tratados, decidió llevárselos

de allí a la capital Hanoi y presentarlos personalmente al rey, haciendo una entrada solemne con un buen número de soldados y las jaulas pintadas en rojo, llevando cada preso la inscripción de «maestro de la religión cristiana». Cuando el rey Trim Sam los recibió, le preguntó por su patria y sus reyes al P. Castañeda y le pidió que orara en su presencia, lo que hizo el misionero. Al P. Vicente le preguntó que por qué propagaba el cristianismo sabiendo que estaba prohibido, y él dijo que era cristiano desde la infancia. Pero el subprefecto no encontró en el rey la fiereza que esperaba y entonces consiguió que algunos funcionarios reales presentasen a los misioneros como enemigos del rey, decidiéndose éste entonces a organizar su condena a muerte. Fueron encarcelados e incomunicados. El P. Vicente no quiso invocar su condición de nativo para librarse de la pena de decapitación, porque —decía— el delito de ambos es el mismo.

El día 7 de noviembre de 1773 por la tarde, una vez leída la sentencia de muerte, fueron sacados camino del lugar del suplicio los dos intrépidos atletas de Cristo. Iban encerrados en jaulas y rodeados de soldados. Acudió una multitud de personas a verlos, entre ellos numerosos cristianos que lloraban la muerte de los queridos sacerdotes y les daban pañuelos a los soldados con el ruego de que, cuando los hubiesen degollado, los empapasen en la sangre martirial y se los devolviesen. Llegaron al campo de Don-Mo, lugar santificado ya por el martirio de otros santos, y allí sacaron a los condenados de sus jaulas. Les quitaron los grilletes y les mandaron sentarse en el suelo. Ellos mismos hubieron de despojarse del vestido exterior y en señal de gratitud se lo regalaron a los verdugos. Éstos les ataron los pies a una estaca clavada en el suelo. Por detrás les sujetaron las manos a otra estaca. Hizo el juez la señal abriendo y cerrando su abanico. La cabeza del P. Vicente fue segada de un tajo. El verdugo del P. Castañeda erró el primer tajo y quiso huir pero le obligaron a intentarlo de nuevo. Sólo al tercer tajo cayó separada la cabeza del mártir. El verdugo, temiendo la venganza del mártir, lamió el filo ensangrentado de la espada. Cuando la noticia llegó a Játiva, la tierra natal del P. Castañeda, su madre quiso dar gracias a Dios por el martirio y, acompañada del clero y de

los fieles, acudieron todos a la iglesia y entonaron un *Te Deum*. Éstos son los datos de los mártires:

JACINTO CASTAÑEDA nació en Játiva el 13 de enero de 1743 y fue bautizado con el nombre de Félix, siendo hijo de un escribano real. Educado cristianamente e inclinado desde niño a la vida religiosa, vistió el santo hábito en el convento de dominicos de Játiva el 3 de diciembre de 1756, profesando con el nombre de fray Jacinto el 11 de enero de 1759, preparándose luego para el sacerdocio con los estudios en el Colegio Imperial de su Orden en Orihuela. Estando allí se leyó en mayo de 1761 una carta del procurador de la provincia de Filipinas solicitando misioneros. Fray Jacinto se sintió llamado a ofrecerse y así lo hizo, partiendo en septiembre para Puerto Real, donde debería esperar a embarcarse para México. Desde Puerto Real escribió a su madre diciéndole que ojalá lo hiciera el Señor digno de la corona del martirio. Embarcado en Cádiz el 26 de noviembre de 1761, llegaba a México el 23 de febrero siguiente y tras descansar un tiempo, partió del puerto de Acapulco el 11 de abril de 1762, no llegando a Filipinas hasta el 20 de agosto. Aquí concluye sus estudios y se ordena sacerdote el 2 de junio de 1765. Destinado a las misiones de China, llegó a Macao el 7 de octubre, donde pasó unos meses estudiando la lengua china. Por fin, acompañado de cristianos nativos, entra en el imperio chino y se dirige a la ciudad de Fogán, donde se pone a disposición del vicario apostólico. Pero la persecución arreciaba y el 17 de julio de 1769, cuando iba a dar los auxilios espirituales a un cristiano enfermo, cayó en manos de los mandarines, siendo encadenado y llevado a la cárcel. Se le condenó a la pena de destierro perpetuo y hubo de volver a Macao a comienzos de diciembre, luego de pasar por las cárceles de Moyan, Fogán y Foocheu. El procurador de las misiones no consideró conveniente devolverlo a China y por ello decidió que pasase a Tonkín. Llegó a su destino el 22 de febrero de 1770 y le fue asignado el distrito misional de Fu-tay. Tenía a su cargo unos catorce mil cristianos, con unas sesenta iglesias, situadas en otros tantos pueblos. De noche oía las confesiones, celebraba la misa al amanecer y predicaba, y durante el día guardaba la mayor discreción. Se resquebrajó su salud tras padecer una pulmonía y, aun estando enfermo, el 11 de

junio de 1773, acudió a la llamada para asistir a un enfermo cristiano y fue en barca a visitarlo. A la vuelta fue perseguido por un pirata. Saltó a tierra y huyó a refugiarse en un pueblo, donde una mujer gentil lo ocultó, pero el marido de la mujer lo entregó a sus perseguidores que lo tuvieron encerrado y medio muerto de hambre hasta que fue entregado a las autoridades. Encerrado en una jaula y colocada ésta en un patio, padeció en ella muchísimo, pero no dejó de predicarles el evangelio a los curiosos que acudían a verle. Y estando allí tuvo lugar la llegada del P. Vicente Le Quang Lien, llamado de la Paz. La historia de ambos comenzó a ser la misma.

VICENTE LE QUANG LIEN nació en Tra-Lu, Tonkín, el año 1731 en el seno de una familia cristiana, que lo educó en la fe con gran esmero. A los 13 años de edad presenció el martirio de los santos Francisco Gil de Federich y Alonso de Leciniana, y esto le movió a elegir la vida religiosa. Enviado a Manila, hizo los estudios en el colegio de San Juan de Letrán, profesó en la Orden de Predicadores y se ordenó sacerdote, volviendo a Tonkín en 1759. Aquí se dedicó al ejercicio de su ministerio con gran entrega y eficacia, sorteando los peligros y sin amilanarse por ellos. El 2 de octubre de 1773, estando en el pueblo de Cu Duong, fue arrestado y lo molieron a palos. De allí fue enviado a donde estaba ya preso el P. Castañeda, metido él también en una jaula y escoltado por doscientos soldados. Desde entonces compartió suerte con el misionero español.

Fueron canonizados el 19 de junio de 1988 por el papa Juan Pablo II junto con los 117 mártires de Vietnam, muertos por la fe entre los años 1745-1862, que habían sido beatificados a lo largo del siglo XX.

SAN PEDRO WU GUOSHENG

Mártir († 1814)

El primer mártir chino seglar de la persecución imperial contra los cristianos de los hasta ahora canonizados del siglo XIX fue este valiente confesor de la fe. Era posadero y a esa finalidad se dedicaba y con ella se ganaba la vida. Entrado en contacto con la misión católica, se interesó por el cristianismo y

se inscribió en el catecumenado. Recibió oportunamente el bautismo y siguió instruyéndose en la religión, por la que sentía un interés total y un amor enorme. Entonces los misioneros, viéndolo tan fervoroso, le propusieron que se hiciera catequista. Así lo aceptó él y para mejor dedicarse a la enseñanza del catecismo abandonó su oficio de posadero. Desde entonces todo su trabajo fue evangelizar. Su fecundo apostolado consiguió atraer a la fe y preparar para el bautismo a unas seiscientas personas. Acusado de cristianismo, confesó la fe, se negó a apostatar pese a las amenazas de muerte que se le hicieron, y fue condenado a ser estrangulado en su pueblo, Zunyi, en la provincia de Guizhou.

Fue canonizado el 1 de octubre de 2000 por el papa Juan Pablo II junto con otras víctimas de varias persecuciones en China entre los años 1648 y 1930. La memoria litúrgica de todos ellos se celebra el 9 de julio.

8 de noviembre

A) MARTIROLOGIO

1. La conmemoración de santos Simproniano, Claudio, Nicóstrato, Castorio y Simplicio († 306), mártires, venerados en Roma en la basílica de los Cuatro Santos Coronados.
2. Junto a Tours (Galia Lugdunense), San Claro († 396), presbítero *.
3. En Roma, San Diosdado I († 618), papa *.
4. En Bremen (Sajonia), San Wilehado († 789), obispo *.
5. En Soissons (Galia), la deposición de San Godofredo († 1115), obispo de Amiens *.
6. En Colonia (Alemania), Beato Juan Duns Escoto († 1308), presbítero, de la Orden de Menores **.
7. En Ostra Vetere (Italia), Beata María Crucificada (Isabel María) Satellico († 1745), abadesa clarisa **.
8. En Nam-Dinh (Tonkín), santos José Nguyen Dinh Nghi, Pablo Nguyen Ngan, Martín Ta Duc, presbíteros, Martín Tho y Juan Bautista Con († 1840), mártires *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

BEATO JUAN DUNS ESCOTO

Presbítero († 1308)

Juan nació, probablemente hacia finales del año 1265, en Duns (Escocia), y por eso llevaría junto al nombre de su bautismo, como primer apellido Duns, el nombre de su pueblo, y, como segundo, el de su nación, Scotia, siendo conocido para siempre como Juan Duns Scoto. Realizó sus primeros estudios con los franciscanos de Haddington e ingresó en la misma Orden de los Hermanos Menores hacia 1280, recibido por el padre Elías Duns, que era vicario de la vicaría franciscana de Escocia. Fue ordenado sacerdote —después de haber cursado los estudios prescritos en la Orden para recibir el presbiterado— el 17 de marzo de 1291 por el obispo de Lincoln, Oliver Sutton.

Después de su ordenación sacerdotal fue a París para continuar estudiando en su universidad hasta 1296. Empezó a enseñar como bachiller en Cambridge desde 1297, y en Oxford desde 1300, explicando los *Cuatro libros de las Sentencias* de Pedro Lombardo y, mientras tanto, pudo escribir su obra *Ordinatio* conocida por *Opus Oxoniense.* Fue, pues, profesor tanto de Cambridge como de Oxford. La misma asignatura explicaba en la Universidad de París en 1303 pero, en julio de ese año, tuvo que abandonar su cátedra porque no quiso suscribir una apelación promovida por el rey Felipe de Francia contra Bonifacio VIII para que se convocara un concilio en el que el Papa fuera depuesto. No le importó renunciar a su cátedra, en la que se estaba estrenando, y a la famosa Universidad de París, por ser fiel defensor del Papa.

Se mantuvo siempre lejos del mundo y de sí mismo poniendo en el primer lugar de su pensamiento y de su amor a Cristo Jesús y a su Iglesia. La teología alimentaba su vida espiritual y recíprocamente su vida espiritual impregnaba su modo de hacer teológico. Su unión con Dios y su amor a Dios se dirigía de modo singular al misterio de la encarnación del Verbo, Jesucristo crucificado. Como verdadero teólogo mariano fue un defensor primigenio e insigne de la Inmaculada Concepción de la Virgen

María. Y sintió siempre con la Iglesia en su defensa del sucesor de Pedro. Fueron sus tres amores: a Cristo, a la Virgen, y al Papa como vicario de Cristo y suprema autoridad de la Iglesia.

Volvió a París al año siguiente, para conseguir el doctorado en la misma universidad, con una carta de presentación del general de la Orden, Gonzalo de España —quien había sido su maestro— en la que certificaba que Juan estaba plenamente preparado «por su larga experiencia y porque su fama de vida ejemplar, ciencia excelente e ingenio *sutilísimo* se había extendido por todas partes». Antes, pues, de conseguir su doctorado, y reconocido en la historia de la teología y de la Iglesia después como «doctor», ya se le empezó a llamar *sutilísimo.* Fue dedicado al ministerio de oír confesiones, que entonces revelaba una gran estima sobre la persona designada. Después de tres años, en 1307 fue invitado a explicar en el Estudio de Colonia, recién inaugurado, donde enseñó hasta su imprevisible muerte, al ser tan joven, apenas de cuarenta y tres años, el 8 de noviembre de 1308.

Su fama pervivió a su muerte, y no sólo por su ciencia filosófica y teológica sino también por sus virtudes no comunes, pues, como escribía el papa Pablo VI a los obispos de Inglaterra, Gales y Escocia en su carta apostólica *Alma parens* del 14 de julio de 1966: «En sus escritos aparecen y ciertamente bullen las formas hermosísimas de perfección de San Francisco de Asís y los ardores del espíritu seráfico», definiéndolo como el «perfeccionador» de San Buenaventura, «representante más cualificado de la escuela franciscana». Juan Pablo II lo llamó «Torre de la fe», por haber enseñado al pueblo la doctrina cristiana, como teólogo y predicador, por haber vivido la regla franciscana hasta el final y por haber defendido la fe contra los errores de su tiempo —y aún anteriores— con tanta claridad como caridad. Su fama de santidad se extendió por muchas partes y destaca singularmente, dentro de Italia, la Campania y, particularmente, dentro de la Campania, Nola. En España el conocimiento mayor de Juan Duns Scoto se debe al cardenal Cisneros, también franciscano.

Heredero de la escuela de Oxford, siguió el método estrictamente científico de la demostración matemática. Llevado a va-

lorar atentamente las opiniones de sus maestros, antecesores y contemporáneos, lo hizo solamente movido por el deseo de buscar y encontrar la verdad. Los autores con los que frecuentemente se contrastó fueron Enrique de Gante, Egidio Romano y Godofredo de la Fontaine, impulsado —como dice Gerson— «no por la singularidad contenciosa de vencer, sino con la humildad de concordar». Raramente y sólo indirectamente cita —pero se atreve a discutir— algunas de las sentencias de Santo Tomás de Aquino. Alcanzando la cátedra universitaria, después de la condena de algunas tesis averroístas y tomistas por parte de las autoridades eclesiásticas de París y de Oxford, se encontró poco a poco en la misma situación en la que se encontraban —según Gilson— los teólogos de tiempos recientes después de la condena del modernismo.

Para Duns Scoto la primacía del ente en el campo gnoseológico y metafísico constituye la base de su sistema filosófico, defendiendo la univocidad del ser frente a la analogía del ser tomística, en relación con su concepción nueva sobre el principio de individuación; distinguía dos tipos de conocimiento humano, el instintivo y el abstractivo; la primacía de la voluntad sobre el entendimiento es característica de su ética; y la primacía del amor y la caridad es el principio de su teología. Reducía a tres las pruebas sobre la existencia de Dios: como causa, como perfección y como fin. Junto a ello, el fundamento último de la moralidad, lo coloca en Dios. Sin embargo, para él la filosofía y la teología, que son distintas aunque se puedan ayudar, no deben fundirse ni confundirse, haciendo la distinción correspondiente entre fe y razón delimitando cada frontera para conjugar la mutua comprensión.

La predestinación divina de los seres, según él, está toda centrada sobre el amor. «Dios en primer lugar se ama a sí mismo». El fin supremo de la creación es, por tanto, su glorificación. «En segundo lugar ama a sí mismo en los otros: la creación es, pues, reflejo de su amor». «En tercer lugar quiso ser amado por Aquel que pudo amarlo en grado sumo»: y éste es Cristo Jesús. Por tanto, la encarnación, que llama «la obra suma de Dios», no podía ser condicionada por la caída del hombre y tener un puesto secundario en el designio divino. Así, pues, a

«la» pregunta fundamental cristológica y soteriológica sobre la encarnación: *Cur Deus homo?* (¿Por qué Dios hombre?), si Santo Tomás en esa «cuestión» de la *Suma* (3 q.1.a.3) y San Buenaventura habían sostenido que sin el previo pecado original el Verbo no se habría encarnado, Duns Scoto presentaba una sugestiva respuesta: en cualquier caso se habría encarnado la segunda Persona desde el amor de la Trinidad —aunque no hubiera el pecado de origen—, para llevar al hombre a la plenitud de su ser. Como en la Encarnación, también en la Redención brilla sobre todo el amor. De hecho, el Verbo encarnado, habiendo podido redimirnos de manera diversa, ha querido padecer y morir en la cruz «para atraernos a su amor».

Con Cristo fue predestinada también su Madre la bendita entre todas las mujeres, y, en previsión de los méritos de Jesús, único redentor, fue preservada del pecado original. El ser denominado también «Doctor mariano» no restaba, pues, nada a la centralidad de Cristo en toda su reflexión, precisamente porque unía inseparablemente a María con el cristocentrismo de su cosmovisión teológica.

Los frutos de la redención provienen a los hombres por medio de los sacramentos, entre los cuales sobresale el sacramento del amor, la Eucaristía, centro de la vida de la Iglesia y esencial al culto latréutico, pues en ella Cristo es la víctima del sacrificio del Nuevo Testamento.

El amor es el quicio de la perfección sobrenatural del hombre, teniendo por objeto primario a Dios, como bien supremo en sí, y secundariamente a sí mismo en el prójimo. La felicidad eterna consiste en el amor beatífico hacia Dios; y este amor, permaneciendo libre, es sin embargo estable e indefectible por una positiva predeterminación de la voluntad divina. Así solucionaba el libre albedrío del hombre y la libertad de Dios en su acción.

Puso un acento singular sobre el magisterio de la Iglesia, acogiéndolo como norma próxima de la verdad: «Si no está en contra de la autoridad de la Iglesia o de la autoridad de la Escritura...», solía decir. Con transparente claridad había sentenciado un día: «No hay que sentir otra cosa que lo que siente la Iglesia romana».

Además de la *Ordinatio (Opus Oxinonense)* o *Comentarios a los IV Libros de las sentencias de Pedro Lombardo,* escribió en su juventud *Quaestiones subtilissimae super libros metaphysicorum Aristotelis,* y después, entre sus principales obras: «Reportata parisiensia» (reconstrucción de su pensamiento hecha por sus discípulos sobre los apuntes de su enseñanza en París, impresa ya en 1478), «Quaestiones quodlibetales», «Tractatus de primo principio», «Quaestiones super libros Aristotelis de Anima» y «Theoremata».

Andrés de Aragón, hacia 1320, atestiguaba, poco después de la muerte de su maestro Juan Duns Scoto, que su fama y su memoria era como para bendecir a Dios. Con la fama de su doctrina se divulgó simultáneamente la fama de su santidad, empezando a recibir espontáneamente veneración y culto. Señal de esa veneración fueron siempre el aprecio por sus reliquias, los distintos traslados y los repetidos reconocimientos de sus restos. Sepultado primeramente en la iglesia franciscana de Colonia, junto al altar de los Reyes Magos, hacia fines del siglo XIV fue exhumado y trasladado al medio del coro, a los pies del altar mayor.

En siglos sucesivos fueron muchos los reconocimientos sobre sus restos: el del siglo XVI (1509-1513), del que se tienen las actas de la descripción de la situación en que se encontraban; el del siglo XVII (1619) realizado en presencia del nuncio apostólico, legado *ad latere,* del que queda una documentación iconográfica en un cuadro del célebre pintor Hock; en el mismo siglo tuvo lugar otra exhumación (1642-1643) en presencia del nuncio apostólico Fabio Chigi, quien sería después papa Alejandro VII. El último reconocimiento fue realizado en 1954.

Otro testimonio del culto que se le ha atribuido a través de los siglos es la incontable iconografía sobre él. Muchas son las imágenes del *Doctor Sutil,* solo o con otros santos, que se encuentran en diversos lugares, también en iglesias y catedrales, entre los cuales se presenta al doctor de la Inmaculada con «rayos» o «aureola» como se usa con las imágenes de santos y beatos. Frecuente y popularmente se le atribuía el título de santo o de beato.

En consideración a todo ello los franciscanos menores promovieron el proceso requerido para solicitar la confirmación

del culto inmemorial atribuido a Juan Duns Scoto. Se abrieron procesos ordinarios en Colonia en 1706-1707 y en Nola entre 1709 y 1711, en Génova 1904-1905 y otra vez en Nola 1905-1906, donde su Ordinario reconoció que se había venido dando culto público y eclesiástico al venerable siervo de Dios fray Juan Duns Scoto, de la Orden de Hermanos Menores, llamado beato o santo desde tiempo inmemorial, que nunca fue interrumpido y que todavía perdura, por tanto que consta en este caso, y mucho antes, lo que se considera en los decretos del papa Urbano VIII sobre el culto inmemorial. También se instruyó otro proceso en Roma en 1918.

De todos estos procesos emergió tal documentación sobre el culto inmemorial atribuido a Juan Duns Scoto que no cabe duda sobre él. Después de la renovada sentencia afirmativa del Ordinario de Nola, la postulación general de los Hermanos Menores presentó a la Congregación de Ritos la petición de que esa sentencia fuera confirmada, acompañando la petición de 535 cartas postulatorias de las cuales eran: 20 de cardenales, 7 de patriarcas, 96 de arzobispos, 354 de obispos, 21 de abades y superiores generales.

En diversos congresos, como uno Mariano internacional celebrado en Roma así como en otro Congreso internacional eucarístico celebrado en Río de Janeiro en 1955, fue solicitada la confirmación del culto atribuido a Juan Duns Scoto.

El 22 de mayo de 1972 se dio el decreto sobre los escritos de este siervo de Dios, y después, una comisión de peritos formada por miembros de las cuatro familias franciscanas, instaba a la Congregación para que se preparara la requerida *positio,* pues la Orden de los Hermanos Menores a lo largo de los siglos ha mantenido que la obra de Duns Scoto está toda impregnada de la espiritualidad del fundador San Francisco de Asís, con un extraordinario amor hacia la persona y la humanidad del Verbo encarnado, la tierna y filial devoción a la Virgen, y la sincera y absoluta sumisión al vicario de Cristo en la tierra.

La *positio* fue llevada a la sesión de los Consultores históricos el 11 de abril de 1989. El Congreso peculiar de Consultores teólogos la estudió el 23 de noviembre de 1990. Los Padres cardenales y obispos, en Congregación ordinaria del 21 de mayo de

1991, aseguraron que constaba de la fama de santidad y de las virtudes heroicas del siervo de Dios Juan Duns Scoto, así como del culto a él atribuido desde tiempo inmemorial. Presentado el resultado de todos los procesos al Papa, el culto a Juan Duns Scoto fue confirmado por Juan Pablo II con fecha de 6 de julio de 1991.

Fue beatificado por el mismo papa Juan Pablo II el 20 de marzo de 1993.

Juan Pablo II en un discurso dirigido el 16 de febrero de 2002 a la comisión scotista encargada de una revisión de las obras de Duns Scoto liberándolas de errores de amanuenses o de interpolaciones de discípulos, para tener una edición crítica —de más de veinte volúmenes— de sus obras, dijo:

> «Duns Scoto, con su espléndida doctrina sobre la primacía de Cristo, sobre la Inmaculada Concepción, sobre el valor primario de la Revelación y del Magisterio de la Iglesia, sobre la autoridad del Papa, sobre la posibilidad de la razón humana de llegar a acceder, al menos en parte, a las grandes verdades de la fe, y de demostrar su no contradictoriedad, permanece todavía hoy como un pilar de la teología católica, un Maestro original y rico en sugerencias y cuidados en orden a un conocimiento siempre más completo de las verdades de la fe».

JOAQUÍN MARTÍN ABAD

Bibliografía

BALIC, C., «Duns Scoto, Giovanni, venerabile», en *Bibliotheca sanctorum*. IV: *Ciro-Erifrido* (Roma 1964) 861-868.

CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, «Decretum Canonizationis servi Dei Ioannis Duns Scoti, sacerdotis professi Ordinis Fratrum Minorum S. Francisci "Beati" seu "Sancti" nuncupati (1265c.-1308)»: *AAS* 84 (1992) 396-399.

BEATA MARÍA CRUCIFICADA (ISABEL MARÍA) SATELLICO

Abadesa († 1745)

María Crocifissa, en el mundo Elisabetta María, nació en Venecia (Italia) el 31 de diciembre de 1706. Su padre, Pietro Satellico, era un trabajador de pequeños transportes. Su madre, Lucía Mander, era alabada de todos por su gran piedad y virtud.

Vivieron en la casa de un tío materno, don Francesco Mander, estimado sacerdote diocesano, que procuró a Elisabetta una formación íntegra: humana, religiosa, moral y cultural.

Era de débil complexión física, pero de inteligencia precoz: al año hablaba con toda soltura, y a los cuatro, ya leía perfectamente los buenos libros que le daba su tío. Pronto mostró una disposición particular para la oración, la música y el canto. Caracterizaron su niñez un ardiente amor a Jesús crucificado y una sincera devoción a la Virgen dedicada a la oración. Sobre todo, progresaba en la piedad y en el culto aprendiendo de su buenísima madre plegarias y devociones y participando con ella de los sagrados ritos en las diversas iglesias de Venecia. Rezaba a diario el Rosario y el Oficio Parvo. Alma privilegiada, dócil a la gracia divina, aspiraba a la perfección de la vida cristiana, por lo que el maligno empezó a acometerla con sus asechanzas ya en aquellos tiernos años.

A los nueve, antes de la edad que establecían las normas, Elisabetta obtuvo el permiso para hacer la primera comunión, tras un mes de preparación con don Giovanni Verai, su confesor habitual. La mañana de Pascua del 1715, el 21 de abril, después de haber recibido la Eucaristía, se sintió tan saciada que rehusó tomar el desayuno y el almuerzo, como contaría años después a sus hermanas. Pocos meses más tarde, el 19 de agosto, recibió el sacramento de la confirmación de manos del patriarca de Venecia, en la iglesia del monasterio de San Luis.

Así, iba creciendo en ella, poco a poco, la aspiración al estado religioso, que intuía, cada vez con mayor certeza, como su propia vocación. Atraída por la espiritualidad de San Francisco y Santa Clara, se había propuesto, cuando fuera mayor, llegar a ser monja clarisa. Decía: «Me quiero hacer monja y, si lo logro, quiero llegar a ser santa».

Pero en Venecia no era fácil ser monja. La ocasión propicia se presentó en 1719, cuando su familia supo que las clarisas de Ostra Vetere (antes Montenovo, Ancona, en Las Marcas), dedicadas entonces a la formación de jóvenes provenientes de otras regiones de Italia, deseaban recibir en su comunidad una joven aspirante capaz de enseñar y dirigir los cantos de las monjas y de acompañarlos al órgano. No obstante la distancia, que crea-

ba dificultades para los familiares, Elisabetta partió por Senigallia a Ostra Vetere en el mes de agosto.

El día 29, la madre abadesa, sor Metilde Arcangeli, junto con la comunidad la recibió en el locutorio del convento. La primera impresión de las monjas fue de cierta decepción, al verse ante una niña de doce años, que no les parecía fuese a adaptarse a las duras exigencias de la vida claustral. Pero algunas, cuando la vieron tocar el clavicémbalo con una maestría y un gusto superiores, empezaron a mudar de parecer...

Radiante de alegría, Elisabetta entró en la casa externa del monasterio para esperar allí la notificación de su ingreso. Pero... ¡ah!, las monjas habían olvidado comunicar la entrada de la joven al obispo de Senigallia, cardenal Pico della Mirandola. No le hizo ninguna gracia aquel descuido al prelado, que amenazó con negar su licencia para la entrada de la aspirante. Pero ésta no perdió la esperanza, orando entretanto con ilimitada confianza a la *Madonna.* Además, confió su caso al confesor, P. Angelo Antonio Sandreani, OFMConv., presente entonces en Ostra Vetere para preparar la visita canónica, y éste la tranquilizó y dijo a la abadesa: «Cuando oigáis decir que esta joven puede entrar, no dudéis en abrirle las puertas de par en par».

En efecto, de par en par se le abrieron las puertas del monasterio porque finalmente el 4 de septiembre de 1720 el cardenal concedió a la abadesa recibir a la aspirante como educanda. Elisabetta, cumplido al fin su ardoroso y sufriente deseo, no haría gran diferencia entre la cualidad de monja o de educanda, porque se sentía ya consagrada al Señor y quería vivir en todo la vida monacal, con la perfecta observancia de la Regla y de las rigurosas y santificadoras costumbres monásticas; de la clausura, el silencio, el recogimiento, la liturgia, la oración y la penitencia comunitarias, a las que ella añadía abundante oración personal ante el Sagrario, el Crucifijo o la imagen de la Virgen.

Elisabetta María daba un maravilloso ejemplo de fervor espiritual, participando en la vida de la comunidad. En este primer período, todas las monjas, admiradas de sus dotes humanas y espirituales, la rodeaban de cariñosas muestras de afecto, que hubieran podido dividir su corazón; pero ella buscaba evitar toda singularidad, diciendo: «Yo no merezco especial estima o amor; sólo Dios merece ser amado. Amemos, sí, amemos a

Dios». La base de su edificio espiritual no podía ser otra que la humildad: «Cuando sopla el viento de la soberbia, de la propia estima, he de reconocerme una auténtica nada. ¿Quién me ha sacado de la nada sino la mano omnipotente de Dios?».

Esperando otra vez del cardenal el permiso para tomar el hábito, tuvo una extraña tentación que le sugería profesar en otro monasterio, pero una visión intelectual del Señor, que se repitió por tres días, hizo desvanecerse la tentación. Pero... debía seguir esperando. El cardenal dejó la diócesis a primeros de septiembre de 1724 y le sucedió monseñor Bartolomeo Castelli, el cual, en mayo de 1725, después de haber examinado el caso de Elisabetta, concedió por fin la suspirada licencia episcopal. Ante la comunidad exultante de júbilo, Elisabetta, confundida en su humildad y pletórica de gozo, decía: «Con la ayuda de Dios, se vence todo». El obispo en persona quiso presidir la ceremonia de la vestición. A los 19 años, pues, Elisabetta recibió el hábito de las clarisas y cambió su nombre por el de María Crocifissa: Crucificada con Cristo.

La novicia pasó su año de probación reflexionando en su corazón que deseaba consagrarse totalmente a Dios, en Jesucristo crucificado, enderezando todas las acciones de su jornada a los misterios de la cruz y de la Eucaristía, y confiándose en todo a la Santísima Virgen.

Vencida la tentación —como en todos los momentos importantes de su vida— de desistir de sus votos, al fin, emitida la profesión religiosa el 19 de mayo de 1726, sor María Crocifissa concentró todos sus esfuerzos en la realización de su constante deseo: hacerse cada vez más conforme a Jesús crucificado, con la práctica de los consejos evangélicos y la devoción filial a la Virgen Inmaculada, según el espíritu de Santa Clara de Asís. Llenaba y daba valor a sus días con la oración comunitaria y personal prolongada. Profesaba una gran devoción hacia las Tres Divinas Personas y al misterio de la Eucaristía, de la cual se alimentaba a diario su esperanza y su caridad, que en ella se manifestaba en un ardor seráfico por Dios —como en San Francisco y en Santa Clara— y en un amor fraterno y universal hacia todos los redimidos por la cruz del Señor. En su vida, de sublime contemplación, se enlazaban austeridad y penitencia, que la

hacían cada vez más partícipe del misterio de la cruz y victoriosa en las tentaciones e insidias del enemigo. Gozó de extraordinarios dones sobrenaturales y auténticos fenómenos místicos, que eran particulares signos de predilección divina.

Vivía la mortificación de la propia voluntad por medio de la virtud de la obediencia a los superiores y la obediencia a Cristo, su Esposo: «Jesús mío, quiero ser toda vuestra, absolutamente. Vos solo en mi corazón. No quiero consolaciones espirituales, ni satisfacciones: ¡sólo Vos!».

Huía con espanto de toda manifestación de pecado, incluso venial: «No hay diferencia entre una tempestad o una ráfaga de viento: el pecado venial, si se hace hábito, expone al mortal».

Para proceder con seguridad en su vida espiritual surcada de fenómenos extraordinarios de consolaciones celestes y de tentaciones y vejaciones diabólicas, sor María Crocifissa se encomendó con humildad y obediencia a la dirección espiritual de los confesores enviados al monasterio, entre ellos, el P. Angelo Antonio Sandreani, su primer y principal director; y desde 1728, el célebre padre jesuita Giambattista Scaramelli, y don Domenico Torsiani, que le ordenó redactar su diario espiritual, para mejor comprenderla y dirigirla.

Impulsada por la caridad, se ofreció víctima por los pecadores: «para sufrir, como Jesús, amarguísimas penas durante toda mi vida». A ello siguió un período que ella llamó «diez años de infierno», de 1730 a 1740, con terribles tentaciones y asaltos del maligno. El secreto de su victoria era triple: el Crucifijo, con la constante meditación de la Pasión; la Eucaristía, con frecuentes visitas al Santísimo Sacramento durante el día; y la Santísima Virgen, con la contemplación de los pasajes evangélicos en que ella aparece.

En 1734, un extraño conjunto de enfermedades la postró en cama durante cuatro meses. Reducida casi a un cadáver, no se la oyó proferir una sola queja, sino decir con frecuencia: «En este mundo es necesario padecer con paz, padecer y callar, padecer y callar...». A la enfermedad se unieron nuevos asaltos diabólicos, que cesaban, al menos momentáneamente, con preces y súplicas a los santos. El 25 de enero de 1735, mientras la comunidad se hallaba en el coro para la toma de hábito de una novicia, Ma-

ría Crocifissa, encontrándose sola y afligida por no poder participar, invocó el auxilio de la Virgen del Rosario: «Madre Santísima, no permitáis que yo falte hoy a mi obligación y, ya que no puedo ser llevada allí, hacedme la gracia de que pueda ir por mí misma». Enseguida se levantó, y ella sola comenzó a dirigirse al coro, cuando una educanda del convento, viendo caminar a la que estaba medio muerta, gritó admirada: «¡Milagro!». La comunidad se reunió a su alrededor para cantar el *Te Deum.*

Sor María Crocifissa reemprendió sus actividades anteriores, a las cuales añadió los oficios de enfermera, sacristana y portera, que desempeñó con gran espíritu de sacrificio y caridad. Además, enseñaba a las hermanas música y canto, traducía para ellas los salmos del latín, destinaba a los pobres cada día parte de su comida...

En 1736 fue nombrada maestra de novicias, delicada misión en la que se ocupó hasta 1742. El 2 de junio de ese año, a sus treinta y seis, era elegida abadesa, pero fue necesaria la obediencia impuesta por los superiores para obligarla a aceptar la elección. Sólo aceptó convencida de que por amor a Dios debía sacrificar su propia voluntad y dedicarse generosamente a promover el desarrollo de la vida y de la misión espiritual del monasterio. Ella, que era ciertamente la más instruida del convento en el conocimiento de la lengua italiana y del latín, en las matemáticas y en la formación teológica aprendida en los libros de la biblioteca de su tío sacerdote, consideraba la autoridad como servicio de amor a la comunidad y la ejercitaba con bondad y firmeza, convenciendo con el ejemplo y con el ejercicio de la caridad hacia el prójimo, especialmente hacia los pobres. Por ello, fue una inmejorable formadora de almas.

Superando pareceres contrarios y otras muchas dificultades, y confiando en la ayuda de la Divina Providencia, emprendió la restauración de la iglesia del convento, dañada por un terremoto. Cuidó de que la observancia de la clausura fuese tan fiel, que fomentara realmente el espíritu de recogimiento contemplativo. Atendió a la participación consciente y fervorosa de su comunidad en la santa misa y la liturgia de las horas, según su carisma propio.

Las monjas atribuían a la oración de su virtuosísima superiora algunas intervenciones milagrosas de la Providencia, como

la multiplicación del trigo en una época de gran carestía, por lo cual habían oído a madre Crocifissa interceder ante la Santísima Virgen: «Haced que aumente el grano, querida Madre, haced que aumente...».

Al terminar el primer trienio de su gobierno, las monjas no dudaban en volver a elegirla para el cargo, ignorantes de la enfermedad que minaba la aún joven existencia de su abadesa. Ella misma puso al corriente al obispo de la tisis que la afectaba, y por lo que no podía ser reelegida. Hubo de aceptar, sin embargo, el cargo de vicaria de la nueva abadesa.

El ritmo de su vida espiritual continuó como siempre. En agosto tuvo el consuelo de mantener numerosas conferencias espirituales con el P. Scaramelli, que predicaba por entonces una misión popular en Ostra Vetere. El 12 de agosto aún animó la liturgia de la fiesta de Santa Clara, tocando y cantando; pero el 29 del mismo mes cayó definitivamente en el lecho. No quiso visitas médicas o tratamientos especiales con los que pudiera singularizarse.

El primero de noviembre, día de Todos los Santos, llegó el P. Bianchi enviado por el obispo y por el P. Scaramelli para asistir a sor María Crocifissa en sus últimos instantes. Estaba cuidada con verdadero mimo por sus hermanas de comunidad. La noche del 6 al 7 de noviembre experimentó un furioso asalto del enemigo, que la dejó agotada. La noche siguiente recibió la extremaunción, y en un cierto momento, con el rostro fulgurante y los ojos fijos en lo alto, comenzó a cantar con clara y hermosa voz. Después, volvió a aparecer pálida y moribunda. Aún le esperaba un asalto del demonio, que se puso en fuga cuando el P. Bianchi imploró a la Virgen: *Sancta Maria, succurre miseris!* La agonizante recobró la serenidad y, toda engolfada en Dios, le entregó su preciosa alma a las once de la noche del 8 de noviembre de 1745. Había muerto santamente a la edad de 39 años, y fue sepultada en la iglesia de su Monasterio de Santa Lucía en Ostra Vetere.

A su muerte siguió una extraordinaria fama de santidad, avalorada con numerosas gracias y favores atribuidos a su intercesión. Ya a los dos meses de su muerte, monseñor Manciforte encargó al P. Bianchi que recogiese de modo informal los

primeros testimonios. Pero el itinerario de su proceso de canonización, incoado en 1752, sólo siete años después de su muerte, fue particularmente largo porque muchas vicisitudes interrumpieron su curso normal.

Al Papa que había de regalar a la Iglesia miles de nuevos santos y beatos estaba reservada la glorificación en la tierra de María Crocifissa. Juan Pablo II promulgó la heroicidad de sus virtudes el 14 de mayo de 1991. El mismo Sumo Pontífice, que también la beatificó, el 10 de octubre de 1993, oró así a la nueva Beata en la homilía de la misa de beatificación:

> «La Iglesia te saluda, María Crocifissa, hija fiel de Clara, humilde plantita de Francisco. Tú conformaste tu vida a Aquel que por amor al hombre se dejó clavar en la cruz. Tú plantaste tu existencia en la casa del Señor, a fin de habitar para siempre en los atrios del amor, fiel a la Santísima Trinidad (cf. Sal 23,6). En una existencia breve buscaste constantemente el rostro del Amado, en quien esperaste (cf. Is 25,9). Lo encontraste en el rostro de los pobres que tocaban a la puerta de tu caridad, lo viste en las hermanas confiadas a tus cuidados y a tu autoridad, lo escuchaste entre las paredes del convento de Ostra Vetere, que guardó tu consagración. Pero mucho más intensamente lo sentiste cerca en el encuentro diario del banquete eucarístico, consciente de que quien come su carne y bebe su sangre será verdadera morada del Altísimo y vivirá para siempre.
>
> Así, siguiendo la regla de oro de los consejos evangélicos, te encontraste en adoración a los pies de la cruz del Redentor, María Crocifissa, discípula de la Virgen Inmaculada, hacia quien alimentabas una filial devoción. Pobreza, castidad y obediencia, vividas con sencillez y alegría franciscanas, fueron el instrumento que te dio la seguridad de poder realizarlo todo en Aquel que nos conforta (cf. Flp 4,13) y a quien ahora contemplas en la gloria de tu Señor».

Y en el discurso a los peregrinos que acudieron a la beatificación, Juan Pablo II les dijo:

> «María Crocifissa Satellico, que vivió en la primera mitad del siglo XVIII, nos ofrece un mensaje que no ha perdido nada de su actualidad: nos habla de la necesidad del recogimiento, de la oración y de la penitencia para una vida cristiana enraizada en los auténticos valores del Evangelio.
>
> La beata María Crocifissa, ya como simple religiosa, ya como abadesa de su monasterio, supo vivir siempre en plena sintonía con los pastores de la comunidad cristiana, dejando que Dios mis-

mo, mediante la voz de la Iglesia, le señalara el camino de la perfección. El silencio y la paz de la clausura no limitaron su amor hacia los hombres, sino que sirvieron para proteger la intensidad de su experiencia espiritual.

Su ejemplo vuelve a proponer con eficacia el valor de la vocación a la vida contemplativa y, en particular, el valor de la tradición franciscana de las clarisas, que precisamente este año celebran el VIII centenario del nacimiento de santa Clara».

El mensaje de la Beata María Crocifissa es el del testimonio de la caridad que se traduce en el acoger con alegre disponibilidad, en el servir con generosidad, en el vivir cotidiano con personas de diversa índole, en el espíritu de fraternidad y amor que Jesús nos ha enseñado. Su ofrecimiento por la conversión de los pecadores nos recuerda la prioridad de la oración y el sacrificio para anunciar con credibilidad y con fruto, con auténtico espíritu misionero, la Palabra de Dios, que permanece cuando todo lo demás ha pasado.

ALBERTO JOSÉ GONZÁLEZ CHAVES

Bibliografía

BUSSOLETTI, P., OFM, *Maria Crocifissa Satellico* (Ostra Vetere 1981).
CUCCHI, T. M., *Commemorazione* (Roma 1919).
LANER, F., OFMConv. (Roma 1918).
L'Osservatore Romano (ed. en español) (8 y 15-10-1993).
MANONI, A., *La venerabile serva di Dio Maria Crocifissa Satellico* (Senigallia 1919).
NATALINI, V., OFM, *Una nuova lettera della beata M. Crocifissa Satellico - Tentativo di lettura teologica* (2002), manuscrito.
PARISCIANI, G., OFMConv., *La Beata Maria Crocifissa Satellico, Postulazione Generale dei Frati Minori Conventuali* (Roma 1992).
ROSSETTI, R., *La Beata Maria Crocifissa Satellico* (Urbino 2000).
SCARAMELLI, G. B., SJ, *Vita della serva di Dio suor Maria Crocifissa Satellico monaca francescana nel monastero di Montenovo* (Venecia 1748).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN CLARO

Presbítero († 396)

Nace en Tours de familia acomodada. Se siente atraído por la figura de San Martín e ingresa en la comunidad de Marmoutier, donde es ordenado sacerdote y vive bajo la obediencia del

santo obispo. Encargado de la formación de los jóvenes monjes, lo dota el Señor del don de discernimiento de espíritus, seleccionando con mucha sabiduría a los candidatos a la vida religiosa. Practicó la vida eremítica y se elevó a un alto grado de oración. Murió poco antes del propio San Martín, el 8 de noviembre del 397 o 396. Sulpicio Severo lo enterró en la iglesia de Primuliacum y Paulino de Nola redactó su epitafio, diciendo de él que era claro por su nombre y sus méritos.

SAN DIOSDADO I

Papa († 618)

Diosdado o Deusdedit o Adeodato era hijo del subdiácono Esteban y había nacido en Roma, a cuyo clero diocesano pertenecía, no pareciendo verdadera la noticia que lo hace monje. Había muerto el papa Bonifacio IV el 8 de mayo de 615 y hubieron de pasar aún cinco meses hasta que el 19 de octubre de ese año se produjo la elección de Diosdado. Era el año quinto del imperio de Heraclio y estaba de rey en Lombardía Adaloaldo, que acababa de suceder a Agilufo. Los lombardos no perturbaban la paz pero en Rávena sí hubo una fuerte perturbación, pues una revuelta había significado la muerte del exarca Juan y se había tomado venganza de ello por parte del enviado imperial, el patricio y cubiculario Eleuterio, que, llegado a Rávena, ordenó la muerte de todos los conspiradores. Luego de esto pasó a Roma y el papa Diosdado lo recibió benévolamente, sin duda porque aquella venganza tenía visos de justicia y contribuía a la pacificación del exarcado. Luego Eleuterio se dirigió a Nápoles, donde venció al tirano Juan Compsino, y volvió a Roma como pacificador, siendo nuevamente acogido por el pontífice. La acogida papal estaba sin duda basada en el amor de Diosdado a la paz, de la que por un tiempo pudo disfrutar Italia. El santo pontífice no siguió la política de total protección a los monasterios practicada por su antecesor en la línea de lo hecho por San Gregorio Magno († 607). Diosdado mostró muy claramente su amor al clero diocesano y restituyó a los sacerdotes seculares muchos puestos antes ocupados por ellos y perdidos en los pontificados anteriores. En agosto del 616 una

oleada de peste se abatió sobre Roma, muriendo muchísimas personas. La caridad del Papa se volcó sobre los apestados, acercándose a ellos con gran amor y manifestándoles de muchos modos su cercanía y su ayuda. No llevaba más que tres años en la sede de Pedro cuando vino a morir santamente el 8 de noviembre de 618, ordenando en su testamento que fuese repartida una gratificación a todos los clérigos que asistiesen a sus exequias y rogasen piadosamente por él. Se conserva un sello pontifical —el más antiguo de la historia— de este Papa, donde se ve al Buen Pastor y lleva como inscripción *Deusdedit papa.*

SAN WILEHADO

Obispo († 789)

Nace en Gran Bretaña alrededor del año 740, desde joven manifestó su vocación clerical, pero no llegó al sacerdocio hasta los 30 años, siendo amigo de Alcuino. Sintió entonces la vocación misionera y obtuvo licencia del rey de Nortumbria, Alacrat, y de la autoridad religiosa para ir al continente a evangelizar a frisones y sajones. Llegado al continente hacia el 770, se dirigió a Dokkum, donde San Bonifacio había sido martirizado, y luego se fue a Frisia y se dedicó a la predicación, al parecer no con mucho éxito y sí con dificultades y peligros. Pero en Drenthe tuvo más éxito, estando, sin embargo, a punto de padecer el martirio cuando un grupo de paganos encolerizados porque habían sido destruidos sus ídolos lo apalearon salvajemente. Enterado Carlomagno de sus actividades misioneras, lo invitó a pasar a la Baja Sajonia donde quedaban restos paganos, que no se querían convertir, ni aceptaron bien los nuevos intentos evangelizadores, lo que provocó la intervención militar del rey.

El misionero viajó entonces a Roma, donde contó sus trabajos al papa Adriano I, el cual escuchó sus noticias y lo confortó y animó a seguir en el trabajo misionero. Terminó mientras tanto la guerra sajona y Wilehado recomenzó su labor, teniendo esta vez el fruto deseado y decidiéndose Carlomagno a organizar eclesiásticamente la zona. Entonces fue elegido

obispo y consagrado el 13 de julio de 787, estableciendo la sede episcopal en Bremen. Se dedicó por entero a la labor pastoral y puso manos a la construcción de la catedral, la cual tuvo el consuelo de consagrar el 1 de noviembre de 789. Salió a continuación a visitar los pueblos de su diócesis pero una fiebre repentina acabó con su vida una semana más tarde en Pleccatesheim en la mañana del 8 de noviembre. Su cadáver fue llevado a Bremen y sepultado en la nueva catedral.

SAN GODOFREDO

Obispo († 1115)

Godofredo o Godefrido o Godfrey o Geoffrey nació cerca de Soissons hacia 1065, y fue desde niño criado en la abadía de St. Quentin-le-Perone, de donde era abad su padrino de bautismo. Ordenado sacerdote a los 25 años, se le encomendó restaurar la disciplina monástica en la abadía de Notre Dame de Nogent-sous-Coucy, en lo que obtuvo notable éxito. No admitió el nombramiento de abad de San Remigio de Reims. En 1104, contando ya con gran crédito, fue elegido obispo de Amiens. Se mostró enseguida un celoso reformador, combatiendo con energía las lacras de su tiempo, como la simonía y el concubinato de los clérigos, y apoyando la organización municipal para la defensa y buen orden de los ciudadanos. Pero su celo pastoral les pareció a algunos excesivo y hubo numerosas quejas contra él, hasta el punto de llegar Godofredo a pensar que su labor ya no era conveniente y por ello se marchó al monasterio de la Gran Cartuja en 1114 renunciando a la vida pastoral. Sus diocesanos acudieron al sínodo de Beauvais pidiendo se hiciera una nueva elección de obispo, pero el sínodo despidió a los delegados de Amiens reconviniéndoles por haber ahuyentado a su pastor con su falta de correspondencia, al tiempo que le recordaba a Godofredo su deber de acudir personalmente a Amiens a apacentar sus ovejas. Volvió, en efecto, Godofredo, pero para morir en el monasterio de San Crispín de Soissons, en el curso de un viaje, el 8 de noviembre de 1115. Allí recibió honorable sepultura.

SANTOS JOSÉ NGUYEN DINH NGHI, PABLO NGUYEN NGAN, MARTÍN TA DUC, MARTÍN THO, JUAN BAUTISTA CON

Mártires († 1840)

En las inmediaciones de la ciudad tonkinesa de Nam-Dinh, en el llamado *Campo de las Siete Yugadas* fueron decapitados el 8 de noviembre de 1840 cinco fieles de Cristo que derramaron su sangre por la fe. Tres de ellos eran sacerdotes y dos eran seglares. Eran sacerdotes José Nguyen Dinh Nghi, Pablo Nguyen Ngan y Martín Ta Duc, y eran seglares Martín Tho y Juan Bautista Con.

Los tres sacerdotes estaban hospedados por los seglares en el poblado de Ke-Bang, pero un espía dio aviso al gobernador de Nam-Dinh, el cual mandó tropas que de forma inesperada cayeron sobre el poblado el 30 de mayo de 1840 y registraron y maltrataron a los pobres habitantes hasta que los sacerdotes y sus hospedadores fueron encontrados. Llevados a la capital hubo agotadores interrogatorios y tremendos tormentos para que apostataran, pero no se consiguió de ninguno que abandonara la fe cristiana. Cargados con la canga, fueron expuestos horas y horas al sol y luego relegados a una horrible cárcel. Nada minó su heroica resistencia, y por ello fueron finalmente decapitados. Éstos son sus datos:

JOSÉ NGHI adoptó este apellido cuando se hizo sacerdote. El suyo era Kim y era hijo de una rica familia de Ke-Noi. Colaboró como catequista con el padre dominico Vicente Liem, futuro mártir y santo, y luego decidió él mismo ser sacerdote. Ordenado, se le envió a Bac y a Phu-Nac, acreditándose por su celo apostólico y vida ejemplar. Fue párroco en Da-Phan durante diez años y finalmente fue destinado a Ke-Bang.

PABLO NGAN era del poblado de Cu-Khan, en el Tonkín occidental. Una vez ordenado sacerdote fue asignado como coadjutor al párroco de Ke-Bang. Trabajaba con mucho celo en su floreciente comunidad cristiana.

MARTÍN TA DUC había nacido en Ke-Set hacia 1760 y era, por tanto, ya octogenario cuando le llegó la hora del martirio. Su destino era la parroquia de Ke-Trinh, pero le había salido un fuerte absceso en el labio inferior y había ido a Ke-Bang para

curarse. Aquí se hospedaba en casa del agricultor Juan Bautista Con. Los soldados al verlo tan mayor quisieron que renegara de la fe en el mismo sitio de la captura, pero como él se negó lo llevaron preso con los otros.

MARTÍN THO era natural de Ke-Bang, donde nació en 1787, y era exactor de impuestos al tiempo que cultivaba sus propias tierras. Cuando destinaron al pueblo al coadjutor Pablo Ngan, Martín le ofreció su casa y allí le hospedaba, y allí encontraron al sacerdote, motivo por el que fue arrestado con él.

JUAN BAUTISTA CON había sido recolector de impuestos pero luego dejó el cargo para dedicarse al cuidado de sus fincas. Al llegar enfermo el anciano sacerdote Martín Ta Duc, lo hospedó caritativamente, y por esa causa fue arrestado.

Los cinco fueron canonizados el 19 de junio de 1988 por el papa Juan Pablo II junto con los 117 mártires de Vietnam, muertos por la fe entre los años 1745-1862, que habían sido beatificados a lo largo del siglo XX.

9 de noviembre

A) MARTIROLOGIO

1. Fiesta de la Dedicación de la Basílica de Letrán en honor de Cristo Salvador **.
2. En Bourges (Galia), San Ursino († s. III), primer obispo de la sede.
3. En Nápoles (Campania), San Agripino († s. III), obispo.
4. En Verdún (Galia), San Vitón o Vaune († 530), obispo.
5. En Constantinopla, santas Eustolia y Sópatra († s. VI), vírgenes y monjas.
6. En Lodève (Galia Narbonense), San Jorge († 870), obispo.
7. En Signa (Toscana), Beata Juana († 1307), reclusa *.
8. En Ancona del Piceno (Italia), Beato Gabriel Ferretti († 1456), presbítero, de la Orden de Menores *.
9. En Bolonia (Emilia), Beato Luis Morbioli († 1485), penitente *.
10. En Murano (Véneto), Beato Gracia de Cátaro († 1508), religioso agustino *.
11. En Oxford (Inglaterra), Beato Jorge Napper († 1610), presbítero y mártir bajo el reinado de Jacobo I *.

12. En Dijon (Francia), Beata Isabel de la Santísima Trinidad Catez († 1906), virgen, carmelita descalza **.

13. En Borysow (Polonia), Beato Enrique Hlebowicz († 1941), presbítero y mártir *.

14. En Roma, Beato Luis Beltrame Quatrocchi († 1951), esposo y padre de familia **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

DEDICACIÓN DE LA BASÍLICA DE LETRÁN EN HONOR DE CRISTO SALVADOR

Noviembre es un mes proyectado hacia la eternidad. No sólo porque el otoño, con la caída de las hojas, nos hace pensar en la muerte, y porque tradicionalmente está dedicado a los difuntos, sino porque la liturgia agrupa una serie de fiestas que tienen un hondo sentido escatológico.

El día 1 es la solemnidad de *Todos los Santos,* y parécenos asistir, con esa dramatización que la liturgia pone en sus celebraciones, al inmenso cortejo de los «señalados», que con palmas y blancas vestiduras aclaman al que se sienta sobre el trono y al Cordero.

La *Conmemoración de los fieles difuntos* nos recuerda el sentido pascual de la muerte, que es tránsito de los que descansan en Cristo y esperan el lugar del refrigerio, de la luz y de la paz.

Por último, las dedicaciones de las basílicas del Salvador, el día 9, y de las de San Pedro y San Pablo, el 18, nos hacen pensar, a través de la iglesia material, tabernáculo de Dios entre los hombres, en la Iglesia del cielo, «adornada como una novia que sale a recibir al esposo».

Cada día en la santa misa anunciamos la muerte del Señor «hasta que él venga». Y estas fiestas avivan en nosotros su recuerdo y acucian el deseo de su venida. Para que nos encuentre preparados, con los lomos ceñidos y las velas encendidas, nos hablan estas fiestas de noviembre de la muerte y la eternidad.

Asentada en el monte Celio, «madre y cabeza de todas las iglesias de la urbe y del orbe», la sacrosanta iglesia lateranense «refulge —según frase de Juan XXIII— como rodeada de dignidad por la memoria de preclaros acontecimientos y por los

monumentos de la antigüedad». Catedral del Papa, su toma de posesión significa la suprema investidura del poder en el gobierno eclesiástico de Roma y del mundo.

Del palacio que los «Laterani» poseían desde el siglo I en el Celio viene el nombre de Letrán. Más tarde, bajo Constantino y aconsejados por Osio de Córdoba, Fausta, su esposa, hizo donación de su palacio a los Papas para su residencia habitual, y el emperador —según cuenta una legendaria tradición—, en agradecimiento a San Silvestre por el hecho de haberle curado milagrosamente de la lepra, le hizo entrega de los territorios donde el Pontífice, apoyado por el favor imperial, hizo construir la basílica de San Juan de Letrán, denominada también «Constantiniana». ¿Hubo donación jurídica? Nada se sabe. Sin embargo, Melciano, valiéndose del derecho que le daba el edicto de Milán, celebró en 313 un sínodo romano en la *domus Faustae in Laterano;* el papa Dámaso fue ordenado en la basílica, y de la fecundidad de su baptisterio canta Prudencio sus glorias.

La dedicación del templo —primera conocida en la Iglesia— tuvo lugar el 9 de noviembre de 324, dándole Silvestre el título del Salvador. En el siglo XIII se le añadieron los de San Juan Bautista y San Juan Evangelista.

Iglesia estacional en los días más grandes del año, reunió el Letrán de los siglos IV al XVI más de 25 concilios, cinco de ellos ecuménicos. Pío XI, el 11 de febrero de 1929, la honró al firmarse aquí el felicísimo «Tratado de Letrán».

Mas las invasiones, los saqueos, los incendios y, sobre todo, el abandono en el cual la dejaron los Papas de Aviñón, se conjuraron en torno de la archibasílica como para borrarla de la historia.

Sin embargo, el Renacimiento la hizo resurgir y el barroco la convirtió en antesala de la gloria. Los papas, de Sixto V a León XIII, la restauraron suntuosamente. Fulgurante por la belleza de sus mosaicos (siglo XIII), rica con su Sancta sanctorum, donde se conservan —según una venerable tradición— trozos de la «mensa» de la Cena, recibió su nueva consagración de manos de Benedicto XIII en 1726. La liturgia ha retenido la primitiva fecha del 9 de noviembre. La misa es la del común de todas las dedicaciones de iglesias, riquísima de doctrina.

«El templo ha sido solemnemente consagrado, Dios ha tomado posesión y se halla asistido por el coro de ángeles» (Gradual). Desde la entrada el pensamiento de la majestad divina se impone y provoca una exclamación de temor que la liturgia toma de Jacob despertándose del sueño en Betel: «terrible es este lugar». El temor, sin embargo, se halla moderado por una explosión de amor y de deseos: el salmo del *Introito* es el canto de un levita que proclama su alegría y su fervor en el servicio del templo. En efecto, el Dios Trino ha querido atraer a los hombres hacia Él y comunicarse con ellos.

Este misterio de amor en Dios es un misterio de salvación. Jesús llama a Zaqueo el publicano, subido en el sicómoro, y se hospeda en su casa. El encuentro no es solamente exterior, pues va seguido de la conversión: «Desde ahora doy la mitad de mis bienes a los pobres, y si a alguien he defraudado en algo, le devuelvo el cuádruplo». Al arrepentimiento, el perdón: «Hoy ha venido la salud a tu casa, el Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido» (Evangelio).

Este misterio de amor es un misterio de alianza. Dios, por la encarnación del Verbo, ha erigido su tabernáculo entre los hombres y ellos serán su pueblo y el mismo Dios será con ellos. La iglesia es el lugar de su morada, donde los hombres se reúnen en Cristo y tienen acceso junto al Padre. Más aún: la iglesia no es solamente el lugar, es también el signo de la alianza. Por su dedicación se ha trocado en «impenetrable misterio», canta el Gradual, la figura de la nueva Jerusalén en la cual se obra la unión de Dios y de los hombres. La epístola hace aquí alusión al tema bíblico de las nupcias. El Apocalipsis lo ha tomado de los profetas, que se habían servido de esta comparación para dar a entender con qué vínculo tan estrecho la alianza había unido Israel a su Dios.

La Iglesia, esposa del Cordero, celebra cada día sus místicas nupcias en el edificio material que ha consagrado. En él y en la misa se hace presente el sacrificio de la cruz, en el cual Cristo se ha entregado para santificarla... a fin de presentársela a sí gloriosa, sin mancha o arruga, sino santa e intachable para unírsela en calidad de esposa. Es ahí donde sin cesar da a luz nuevos hijos a Dios, como lo declara la antigua inscripción del baptisterio de Letrán:

«Virgineo fetu genitrix Ecclesia natos quos spirante Deo concepit amne parit... Fons hic es vitae qui totum diluit orbem sumens de Christi vulnere principium».

«La Madre Iglesia da a luz con virginal parto a los que concibió bajo la inspiración de Dios en las aguas. Ésta es la fuente de la vida, que riega todo el orbe y de las heridas de Cristo tomó su origen».

Es ahí donde, por los sacramentos, prepara las piedras vivas escogidas que construyen poco a poco el templo de Dios (postcomunión), porque la alianza no está solamente sellada con la Iglesia en su totalidad, sino que cada alma está invitada a unirse a Dios en Cristo.

Las nupcias suponen amor recíproco; esto también se cumple en la Iglesia. La parte de Dios es la gracia que da en los sacramentos, la promesa de la vida eterna, en la cual ya no habrá ni lágrimas, ni muerte (epístola), como también su benevolencia para con los hombres en el detalle de cada día. Tan persuadida está la liturgia, que pide con seguridad en la colecta que toda gracia que aquí se implore será alcanzada: tiene hasta la osadía de obligar a Dios a declarar en el versículo de la comunión, al comparar un texto de San Mateo con otro de San Lucas, que todo aquel que entrare en ese templo de oración será atendido. A su vez, el hombre se ofrecerá plena y alegremente con Cristo. Por eso esta ofrenda encuentra su expresión en el canto del *Ofertorio* y de la *Secreta,* acompañándola de adoración y de acción de gracias *(Aleluya).*

Así, a través de los textos de esta misa de la dedicación, hallamos lo que nos enseña la teología sobre los fines del sacrificio eucarístico. Maternalmente, la Iglesia nos sugiere los sentimientos que deben animar nuestra participación y nos hace pensar también en la Iglesia del cielo.

MARÍA PAZ NAVARRO DE LA PEÑA, OSB

Bibliografía

Art. «Latran», en F. CABROL - H. LECLERQ (dirs.), *Dictionnaire d'archéologie chrétienne et de liturgie.* VIII/2: *Latran-Lexique* (París) cols.1531-1558.

HUELSEN, C., *Le chiese di Roma nel Medio Evo* (Florencia 1927).

LANER, P., *Le palais du Latran. Étude historique et archéologique* (París 1911).

LLORCA, B., SI - GARCÍA VILLOSLADA, R., SI, *Historia de la Iglesia católica,* I (Madrid 1964) 388-390; 474.

BEATA ISABEL DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD CATEZ

Virgen († 1906)

Isabel Catez nació el 18 de julio de 1880, domingo, en el campo militar de Avor, municipio de Forges-en-Septaine (Cher), cerca de Bourges, en Francia. Su madre, que tuvo grandes dificultades en el parto, se complacía en recordar que la nacida era una «nena muy bella, muy viva». La bautizaron el 22 de julio en la capilla del campamento donde su padre era capitán de intendencia, y será nombrado caballero de la Legión de Honor. Desde mayo de 1881 se establecen en Auxonne (Côte-d'Or). La madre, María Rolland, cuenta de Isabel de veintiún meses: «Es un verdadero demonio, se arrastra, se necesita cada día un par de pantalones blancos». Es, además, «¡una charlatana!». Reza por su abuela enferma y enseña a rezar a su muñeca. En noviembre de 1882 se instalan en Dijon. Isabel sigue siendo «muy viva, incluso colérica: berrinches, verdaderos berrinches los suyos. Es un diablo». A la muerte del abuelo en enero de 1887 sigue ocho meses más tarde la del padre de Isabel. Desde la ventana de la casa a la que se ha trasladado con su madre y su hermana Margarita, nacida en 1883, y una criada ve el convento de las carmelitas descalzas. A los siete años hace su primera confesión y promete luchar contra sus caprichos y contra su mal genio. Cuando tiene ocho años su madre la matricula en el Conservatorio de Dijon. A los nueve años y medio escribe: «Como espero que pronto tendré la dicha de hacer mi primera comunión, seré todavía más buena, porque pediré a Dios que me haga mejor». El 19 de abril de 1891 hace la primera comunión. Con su vestido blanco va esa tarde a visitar a la priora del Carmelo. La priora, María de Jesús, le explica el significado de su nombre. Isabel significa, en hebreo, la «casa de Dios». No se le olvidará nunca. En junio de ese mismo año de 1891 recibe la confirmación en la Iglesia de Nuestra Señora. En 1893 obtiene el primer premio de solfeo y el primer premio de piano en el Conservatorio. Todos se admiran y la aplauden al verla al piano tocando el *Capriccio brillant* de Mendelssohn. En 1894 la privan injustamente del premio de excelencia, como ella lo cuenta con todo detalle en una carta. Se alegró de que su hermana Margari-

ta obtuviese el segundo premio. Estudia otras materias, pero es en la música en la que se empeña más a fondo. En 1896 hace una visita a Lourdes; otra en 1898.

> «Al menos desde que tenía ocho años, Isabel emprende con su madre y con su hermana largos viajes durante las vacaciones. Regularmente van al Sur, donde la señora Catez ha pasado su juventud. Hace paradas prolongadas en Saint-Hilaire, donde el abate Angles fue párroco durante unos quince años, y en Carlipa, donde viven las tías Rolland. Cuatro veces al menos, las Catez pasan sus vacaciones en Lorena, en el Jura y en Los Vosgos».

De todos estos desplazamientos deja constancia Isabel en sus cartas, manifestando «su entusiasmo ante las bellezas de la naturaleza, las montañas y el mar; expresa la alegría de encontrarse con sus amigas, de jugar al tenis y al croquet, de participar en sesiones musicales».

En abril de 1899 su madre le da el consentimiento para que entre en el Carmelo cuando tenga veintiún años. En junio ya hace su primera visita al locutorio de las carmelitas de Dijon. Durante el curso de ese mismo año lee la *Historia de un alma* de Teresa de Lisieux. El 2 de agosto de 1901 entra en el Carmelo. A los ocho días de su entrada rellena un cuestionario, cuya lectura nos acerca ya al temple espiritual de su alma.

Se le preguntó y respondió así:

> P. ¿Cuál es, a su parecer, el ideal de la santidad? R. Vivir de amor.
>
> P. ¿Cuál es el medio más corto para alcanzarla? R. Hacerse pequeñita, entregarse sin reserva.
>
> P. ¿Qué santo es el que más amáis? R. El discípulo amado, que descansó sobre el pecho de su Maestro.
>
> P. ¿Cuál es su santa preferida y por qué? R. Nuestra Madre Santa Teresa, porque murió de amor.
>
> P. ¿Qué punto de la Regla preferís? R. El silencio.
>
> P. ¿Cuál es el rasgo dominante de su carácter? R. La sensibilidad.
>
> P. ¿Vuestra virtud predilecta? R. La pureza: "bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios".
>
> P. ¿El defecto que os inspira mayor aversión? R. El egoísmo bajo todas sus formas.
>
> P. Dadnos una definición de la oración. R. La unión de la que no es con Aquel que es.
>
> P. ¿Qué libro preferís? R. El alma de Cristo. Ella manifiesta todos los secretos del Padre que está en el cielo.

P. ¿Tenéis grandes deseos del cielo? R. A veces sufro nostalgia, pero, excluida la visión, ya lo tengo en lo más íntimo de mi alma.

P. ¿En qué disposiciones quisierais encontraros en la hora de la muerte? R. Quisiera morir amando y yacer así en los brazos de Aquel a quien amo.

P. ¿Hay algún género de martirio que os gustaría más que otro? R. Los amo todos, sobre todo el del amor.

P. ¿Qué nombre quisierais tener en el cielo? R. Voluntad de Dios.

P. ¿Cuál es vuestro lema? R. Dios en mí, yo en él.

El 8 de diciembre de 1901 toma el hábito, después de tres días de retiro de preparación. La ceremonia la preside monseñor Le Nordez, predicando el P. Vallée, dominico, con quien Isabel ha comenzado a tratar un año antes y que ejercerá una gran influencia espiritual y doctrinal en ella.

El 22 de diciembre de 1902 pasa unas horas fuera de la clausura con su madre y hermana conforme a la costumbre para llevar a cabo lo que se llamaba el examen canónico. Retiro personal para prepararse a la profesión religiosa que tendrá lugar el 11 de enero de 1903. Entregada a su vida carmelitana de oración, silencio y soledad, en mayo de 1904 vive lo que se llama días de silencio en el cenáculo, en septiembre sus ejercicios personales, todavía en noviembre los ejercicios espirituales comunitarios, y el 21 de noviembre de ese mismo año de 1904 compone su famosa elevación: «¡Oh, Dios mío, Trinidad a quien adoro!». En la Cuaresma de 1905 se detectan los primeros síntomas de la enfermedad que la llevará a la tumba: úlcera de estómago. A mediados de agosto se siente muy debilitada; no obstante hace sus ejercicios personales en octubre y en enero de 1906 los ejercicios comunitarios. En marzo pasa a la enfermería del monasterio. En abril se le administra la unción de enfermos. Después de una mejoría repentina vuelve a recaer y de nuevo mejora un poco. En la primera mitad de agosto compone *El cielo en la fe.* En la segunda mitad del mismo mes hace su retiro personal y escribe *Últimos ejercicios.* El 31 de octubre de 1906 recibe otra vez la unción de enfermos; el 1 de noviembre, la última comunión. Muere el 9 de noviembre diciendo: «Voy a la luz, al amor, a la vida». La inhumación tiene lugar el día 12.

Durante su vida ha adoptado como nombre «espiritual» *Laudem gloriae,* tomado de San Pablo Ef 1,12. Con esta frase

emblemática firma cartas, poesías, ejercicios..., asegurando que «éste será mi nombre en el cielo». Alabanza de gloria ya aquí abajo, que se perpetuará sin fin en el cielo. Ella misma explica abundantemente qué es y cómo es un alma «alabanza de gloria»: alma que mora en Dios, alma de silencio, que mira fijamente a Dios, un ser que siempre permanece en actitud de acción de gracias, etc. Y dirá: «En el cielo de su alma la alabanza de gloria comienza ya el oficio que tendrá en la eternidad».

Isabel de la Trinidad se ha convertido en «una de las figuras más destacadas de la espiritualidad contemporánea. Con su ejemplo y con su doctrina, ejerce desde hace años un influjo siempre creciente, debido, sobre todo, a su experiencia Trinitaria y a sus breves escritos (notas espirituales y correspondencia, unas 350 cartas), muy densos en doctrina y eco de su comunión con las tres divinas personas».

Refiriéndose a la Santísima Trinidad le gusta decir «los tres», «mis tres». En la edición de sus *Obras completas* se pueden ver sus escritos: *El cielo en la fe* (1906), para su hermana Margarita, Guita; *La grandeza de nuestra vocación* (1906), tratado espiritual dedicado a la joven de Dijon Francisca de Sourdon; *Últimos ejercicios* (16-31 de agosto de 1906), entregados a la priora madre Germana con esta nota: «Los últimos ejercicios de *Laudem gloriae»; Déjate amar,* misiva especial escrita los últimos días de octubre de 1906 para la priora madre Germana. Este escrito lo llama Isabel «secretos para nuestra reverenda madre». Otro grupo de escritos se compone de *Diario 1899-1900; Notas íntimas* y *Poesías.* Y un tercero y último grupo se refiere al epistolario de Isabel con *Cartas de juventud* y *Cartas desde el Carmelo.*

Entre las *Notas íntimas* se encuentra la pieza más conocida y famosa: «¡Oh, Dios mío, Trinidad a quien adoro!», que ha sido comentada por teólogos y escritores de espiritualidad.

Los escritos de Isabel están rezumando, como doctrina vivida y asimilada por ella, el mensaje de las cartas de San Pablo, que conoce y maneja a la perfección. También es deudora de los demás escritos bíblicos, especialmente, por lo que se refiere al Antiguo Testamento, de los Salmos. El evangelio que menos cita es el de Marcos y el que más el de Juan. De las cartas de San Pablo las cita todas, menos las dos a los Tesalonicenses. De las

que más se sirve es de Efesios y Romanos. Viene a ser la lectura bíblica de una gran mística.

El influjo de los padres del Carmelo, Teresa y Juan de la Cruz, es también muy notable, especialmente el del santo. También es deudora a Teresa de Lisieux y a otros autores no carmelitas. Las alusiones o los textos de que se sirve no son como un centón en su caso, sino como materia viva que ella asimila y hace propia y de la que se sirve para expresar sus vivencias y reflexiones mentales.

Isabel es una persona de alta espiritualidad, de singular vida trinitaria, a la que invita a quienes la quieran seguir. Conrad de Meester, el mejor editor de sus obras, sitúa a Isabel en el nivel «de la santidad, de la experiencia de la vida en Dios, de lo vivido. Ella no es un profesor de teología, incluso de teología mística, ¡ella es un testigo de la gracia en acción!».

No deja de ser significativo lo que escribía el gran teólogo K. Rahner alertando sobre la vida espiritual de tantos creyentes:

> «Los cristianos, a pesar de que hacen profesión de fe ortodoxa en la Trinidad, en la realización religiosa de su existencia son casi exclusivamente "monoteístas". Podemos, por tanto, aventurar la conjetura de que si tuviéramos que eliminar un día la doctrina de la Trinidad por haber descubierto que era falsa, la mayor parte de la literatura religiosa quedaría casi inalterada».

Hecha esta denuncia, entre las excepciones que pone el mismo Rahner aparecen Juan de la Cruz, Isabel de la Trinidad, y otros pocos. Vivió en intimidad con la Trinidad de un modo singular y profundo y anunció proféticamente su misión póstuma que en una ocasión la subrayó así: «¡Ah!, yo quisiera decir a todas las almas qué fuentes de fortaleza, de paz y también de felicidad encontrarían si consintiesen en vivir en esta intimidad».

Por lo que se refiere a su camino hacia los altares hay que señalar que el proceso ordinario se hizo de 1931 a 1941. Aprobados sus escritos en 1944, años después, en 1961, Juan XXIII designó la Comisión para la introducción de la causa. De 1963 a 1965 se lleva a cabo el proceso apostólico. En julio de 1982 Juan Pablo II proclama la heroicidad de sus virtudes, y la beatifica el 25 de noviembre de 1984.

En la homilía de la beatificación traza Juan Pablo II un perfil muy claro y definido de Isabel. La presenta al mundo como:

> «Un testigo brillante de la alegría de estar enraizados y fundados en el amor. Ella celebra el esplendor de Dios, porque se sabe habitada en lo más íntimo de sí misma por la presencia del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo en quien reconoce la realidad del amor infinitamente viviente».

Echando una mirada sobre el mundo prosigue el Papa:

> «A nuestra humanidad desorientada que no sabe ya encontrar a Dios o que le desfigura, que busca sobre qué palabra pueda fundar su esperanza, la beata Isabel le da el testimonio de una apertura perfecta a la Palabra de Dios que ella ha asimilado hasta el punto de nutrir de ella verdaderamente su reflexión y su oración, hasta el punto de encontrar en esa Palabra todas sus razones de vivir y de consagrarse a la alabanza de su gloria».

JOSÉ VICENTE RODRÍGUEZ, OCD

Bibliografía

APARICIO, A. - BRÄNDLE, F. - ARÓSTEGUI, L. - DOMINGO FERNÁNDEZ, A., *Isabel de la Trinidad. Figura y mensaje hoy* (Madrid 1984).

BALTHASAR, H. U. VON, *Elisabeth von Dijon und ihre geistliche Sendung* (Köln 1952). Obra refundida por el autor y publicada con el título siguiente: *Schwestern in Geist: Therese von Lisieux und Elisabeth von Dijon* (Einsiedeln 1970).

BURGO, L. DEL, «Beata Isabel de la Trinidad», en A. MARTÍNEZ PUCHE (dir.), *Nuevo año cristiano. Noviembre* (Madrid 2002) 159-166.

CAORIOLI, M., «Bibliografia in linga italiana della Beata Elisabetta della Trinità», en *Quaderni Carmelitani* 21(2004) 117-132.

DE MEESTER, C., *Tu presencia es mi alegría. (Vida y mensaje de Isabel de la Trinidad)* (Madrid 1986).

— «Teresa de Lisieux ed Elisabetta di Digione»: *Quaderni Carmelitani* 21 (2004) 31-64.

GERMANA DE JESÚS (priora), *Recuerdos* (Dijon 1915). Reeditada y traducida a cantidad de lenguas europeas y orientales, también al español: Gráficas Fides San Sebastián, 3.ª ed., 1944. Versión de «Homilía en la beatificación (25-11-1984)»: *AAS* 77 (1985) 289-294.

«Introducción de la causa de beatificación»: *AAS* 56 (1964) 535; 537.

ISABEL DE LA TRINIDAD, *Obras completas.* Introducción, traducción y notas por A. Aparicio (Burgos [5]1985).

— *Obras completas.* Edición crítica preparada por Conrad de Meester, OCD (Madrid 1986).

LAFRANCE, J., *Aprender a orar con sor Isabel de la Trinidad* (Madrid [3]2004).

LLAMAS, E., OCD, *Dios en nosotros: doctrina espiritual de Sor Isabel de la Trinidad* (Madrid 1969).

MACCA, V., «Isabel de la Trinidad (Isabel Catez), venerable», en L. SAGGI (ed.), *Santos del Carmelo* (Madrid 1982) 306-310, con amplia bibliografía a tener en cuenta.

— *Elisabetta della Trinità. Un'esperienza di grazia nel cuore della Chiesa* (Roma 1976).

Monte Carmelo 92 (1984), número monográfico dedicado a sor Isabel de la Santísima Trinidad con ocasión de su beatificación.

PHILIPPON, M.-M., OP, *La doctrina espiritual de sor Isabel de la Trinidad* (Pamplona 1958).

POZZOBON, G., «Isabel de la Trinidad», en C. LEONARDI - A. RICCARDI - G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los santos,* I (Madrid 2000) 1108-1110.

«Proclamación de la heroicidad de las virtudes»: *AAS* 74 (1982) 1085-1089.

SICARI, A., OCD, *Elisabetta della Trinità* (Madrid [4]1954).

SIMEÓN DE LA SAGRADA FAMILIA, *Bibliografia di suor Elisabetta della Trinità* (Roma 1974).

«Suor Elisabetta della Trinità» (En el 50.° aniversario de su muerte): *Rivista di Vita Spirituale* 10 (1956) fasc.3.

BEATOS LUIS Y MARÍA CORSINI BELTRAME QUATROCCHI

Esposos († 1951 y 1965)

Este matrimonio italiano, padres de cuatro hijos, es un modelo de familia cristiana en el convulsionado mundo de la primera mitad del siglo XX. Fieles cumplidores de sus deberes profesionales, él ejerciendo altos cargos al servicio del Estado y ella como escritora, supieron implicarse también en numerosas actividades de carácter apostólico, en particular con la Acción Católica, y dedicar su tiempo al servicio de los más necesitados, además de cumplir exquisitamente su primordial deber de atender el ambiente familiar. Con una vida espiritual intensa, muy cuidada personalmente por cada uno, en la que no faltaba la participación diaria en la santa misa y la ayuda de encuentros y distintos recursos formativos, supieron educar cristianamente a sus hijos y ser un verdadero testimonio en el amplio ámbito al que se extendió su influencia.

Luis Beltrame nació en Catania (Sicilia, Italia) el 12 de enero de 1880 y fue bautizado un mes después. Acababa de tener lugar el proceso de unificación de Italia, y su padre, Carlos, originario de Tarcento (Udine), dado su cargo de Consejero de la Prefectura, se vio obligado a vivir en distintas ciudades italianas por necesidades administrativas del nuevo Reino, hasta que él y su esposa Francisca Vita, hija de un noble palermitano, fijaron su residencia en Roma.

Luis, que era el tercero de los cuatro hijos del matrimonio, vivió la primera infancia con sus padres, sus dos hermanos mayores, Gregorio y Mariana, y con el más pequeño, Héctor. Pero a los 8 años, solicitado por ellos, lo llevaron con unos tíos que no tenían hijos: Luis Quatrocchi, que había sido su padrino de bautismo, y Estefanía Vita, hermana de la madre. Al comienzo vivieron en Ancona, donde el tío era cajero principal de la Aduana Regia, pero poco después, en 1891, se trasladaron a Roma, ciudad en la que ya vivieron siempre y donde Luis Quatrocchi continuó desempeñando el mismo trabajo.

En Roma, los tíos lo llevaron al Liceo «Humberto I» y en julio de 1898 concluía allí con éxito sus estudios. Pasó luego a la Facultad de Jurisprudencia de la Universidad *La Sapienza* de esa misma ciudad, obteniendo la licenciatura en julio de 1902. Su tesis trató sobre «El error de hecho en el derecho penal». Luis era serio y estudioso, y a lo largo de su juventud se fueron consolidando en él profundos principios éticos. Llegó a ser un concienzudo y apreciadísimo abogado.

Siendo todavía estudiante universitario, en mayo de 1902 falleció el tío Luis y, en 1903, unos meses después de obtenido su título académico, su madre. Al año siguiente, 1904, falleció también la tía Estefanía, quedando solo y muy abatido por el profundo dolor. Agradecido a los tíos, que desde hacía quince años para él habían hecho de padres, el joven abogado solicitó añadir a su propio apellido, Beltrame, el de ellos, Quatrocchi, recibiendo este mismo año 1904 la oportuna autorización en la Prefectura de Catania, donde había nacido. En adelante tuvo, por tanto, dos apellidos paternos: Beltrame Quatrocchi.

Antes de estos tristes acontecimientos familiares, en 1901, cuando cursaba el tercer año de su carrera de Derecho, Luis había comenzado la relación con la que había de ser su esposa, María Corsini, quien le ayudó mucho a superar el sufrimiento de dichas ausencias.

La familia Corsini y la familia Quatrocchi se habían conocido en Roma en 1899, pero a raíz de una carta de María a la tía Estefanía pidiéndole una consulta con su sobrino sobre un trámite legal, había empezado la correspondencia y la amistad entre ambos jóvenes, quienes, después de tres años de noviazgo,

contrajeron matrimonio el 25 de noviembre de 1905 en la Capilla de Santa Catalina de Alejandría de la Basílica de Santa María la Mayor de Roma.

Terminados brillantemente sus estudios, Luis había iniciado el trabajo profesional haciendo prácticas en el despacho del abogado Lupacchioli, asumiendo pronto el cargo de procurador, y muy poco antes de la boda, en agosto de 1905, fue nombrado vice-pretor honorario de la I Prefectura urbana de Roma.

María era cuatro años menor que él. Había nacido en Florencia el 24 de junio de 1884 del matrimonio formado por Angiolo Corsini, capitán de los artilleros del Ejército Real, y por su segunda esposa Julia Salvi. En el bautismo, a los cuatro días de nacer, le impusieron los nombres de María Luisa Cesarina Enriqueta Ester Serafina Juana.

A causa del trabajo del padre al servicio del Estado, en 1888 la familia se trasladó a Pistoia. En 1890 volvieron a Florencia, en 1892 fueron a Arezzo, donde María recibió el sacramento de la confirmación, y en 1893 se establecieron definitivamente en Roma. Aquí la llevaron primero a la escuela elemental de las Hermanas de San José de Cluny y desde 1894 a una escuela pública.

Después de un curso de catecismo ofrecido por las Hermanas del Niño Jesús, el 30 de septiembre de 1897 recibió la primera comunión en la Iglesia del Niño Jesús de la Vía Urbana, acontecimiento para el que se preparó con un retiro organizado por las religiosas. Fue una experiencia espiritual fuerte, que dejó gran impronta en su adolescencia.

Durante su niñez y juventud María recibió buena educación humana y cristiana por parte de los padres, principalmente con el ejemplo. Era despierta, juiciosa e inclinada a la piedad.

Realizó sus estudios superiores en el Instituto Femenino de Comercio para Directoras y Contables, donde la inscribieron sus padres porque estaba cerca de la casa donde vivían. Los números y la actividad mercantil no ejercían atractivo especial para ella, pero tuvo la suerte de encontrar en esta Escuela profesores de gran talla cultural, de los que recibió una formación humanista muy rica y polifacética. Esto, junto al clima exquisitamente

florentino que se respiraba en su familia, constituyó una base sólida para la perfección lingüística y estilística de la futura escritora. Aficionada a la música y a las letras, no contaba aún 18 años cuando debutó con dos publicaciones de naturaleza literaria: un estudio sobre *Las abejas* de Rucelai y otro sobre *Gabriel Rossetti y los Prerafaelistas.*

En 1901, año en que María terminó sus estudios, comenzó su relación con el estudiante de Derecho Luis Beltrame, con quien, como hemos indicado, contrajo matrimonio en 1905, cuando contaba ella 21 años de edad y él 25. Se establecieron en una casa de la Via Agostino de Pretis, en la que vivieron con ellos los abuelos y los padres de ella. Un año después, en 1906, nacía el primer hijo, Felipe; en 1908, Estefanía (Fany) y en 1909, César.

En el otoño de 1913 la alegría por el anuncio del cuarto hijo se vio ofuscada por un diagnóstico médico que advertía el riesgo mortal para la madre y para el feto. Invitada categóricamente a interrumpir el embarazo, su rotundo «no», apoyada por el marido, se vio premiado por Dios, en quien había puesto toda su confianza, ya que el 6 de abril de 1914 nacía Enriqueta, la hija menor que les acompañó durante toda su vida. Sus tres hermanos mayores se hicieron religiosos, abandonando pronto, por este motivo, el domicilio familiar. También ella quiso seguir el mismo camino, pero su frágil salud se lo impidió, aunque se consagró a Dios en la vida laical, permaneciendo junto a sus padres y llenando el hueco dejado por sus hermanos. Si Enriqueta se hubiera ido a un convento, al quedar solos, sus padres estaban dispuestos a retirarse del mundo y abrazar también ellos la vida de consagración al Señor.

El matrimonio, los cuatro hijos y los abuelos maternos integraron durante algunos años el ambiente familiar. Cuando se casaron, María tenía bien asimilada la religiosidad de su abuela y de su madre. Sin embargo, Luis, aunque fundamentalmente era creyente, muy honesto y persona de gran rectitud, no estaba acostumbrado a la práctica religiosa. Por ello María no perdía ocasión de enviarle continuos y discretos mensajes de fe y de oración, que él siempre recibía con gusto y humilde y admirable docilidad.

Mientras tanto, la preparación académica y el buen hacer profesional de Luis le iban procurando cargos y honores cada vez más elevados: en 1909 ganó con el número 1 el concurso-oposición a abogado suplente del Tesoro Público. Más tarde, en 1919 fue abogado titular y secretario general en 1921. En 1914 había recibido el título honorífico de Caballero de la Corona de Italia.

Desde 1910 Luis había comenzado a ocuparse seriamente de su vida espiritual, acogiéndose a la dirección del P. Paoli. Fruto de su evidente progreso en la vida de fe fue la fiel participación diaria en la santa misa desde 1916 y el entusiasmo y la dedicación con que desarrolló varias actividades apostólicas.

Cuando por esas fechas comenzó a ponerse de moda el *scoutismo* en el mundo católico italiano, captó su gran importancia formadora para los jóvenes y llegó a ser uno de sus principales promotores junto al primer jefe scout, el conde Mario de Carpegna, y al jesuita P. Gianfranceschi. Después de cooperar activamente con la ASCI —Asociación de la Escuela Católica Italiana—, en 1917 fue nombrado Presidente de la Zona V de Roma, en 1918 miembro del Comité Central y desde 1921 a 1927 Consejero general. Además, en 1919 fundó con un amigo suyo, Cayetano Pulvirenti, un centro recreativo para jóvenes en la basílica de Santa Pudenciana, dirigido por Luis hasta 1923, que pronto se convirtió en la Zona Scout Roma XX.

Como esposa y madre, María se ocupaba con abnegación y alegría de atender la casa familiar, pero procurando encontrar tiempo para seguir escribiendo: en 1912 llevó a la imprenta *La madre nel problema educativo moderno* (Libreria Editrice Fiorentina), primer y apasionado ensayo sobre la temática cristiana de la familia y de la educación de los hijos. Además, en 1914, a raíz de un terremoto en Avezzano, se interesó vivamente por la atención a los heridos; el mismo año comenzó la catequesis para las mujeres en la parroquia de San Vital, y desde 1915 se dedicó a ayudar moral y espiritualmente a los soldados de la I Guerra Mundial internados en los distintos hospitales de Roma. Para mejor cuidar su vida espiritual, en 1917 se hizo Terciaria Franciscana, y en 1919, de la Congregación de Damas de la Inmaculada.

Precisamente este año 1919, un gran agotamiento físico la postró en cama y la hizo creer que difícilmente volvería a recuperar su salud, pensando incluso en la posibilidad de una muerte temprana. Fue un tiempo en el que se puso de manifiesto su gran hondura espiritual y en el que renovó, junto con su esposo, su firme compromiso apostólico.

Tanto María como Luis se comprometieron muy activamente con la Acción Católica italiana. En 1920 ella comenzó a formar parte del Consejo Central de la Acción Católica Femenina, siendo enseguida miembro efectivo del Secretariado Central de Estudio, y él colaboró con el profesor Luis Gedda en la Acción Católica Masculina y en los Comités cívicos.

Sus capacidades profesionales no comunes y el prestigio que fue adquiriendo en las esferas más altas del país, junto con su integridad moral universalmente reconocida y la transparente rectitud de su testimonio cristiano, fueron puestos al servicio de muchas personas de todas las categorías sociales que se dirigían a él en busca de consejo, consuelo y ayuda. Como base de todo estaba un cuidado ambiente familiar en el que la oración cotidiana, la participación en la santa misa y la práctica asidua de los sacramentos unía a padres e hijos en un deseo compartido de auténtica vida cristiana.

Activo y discreto en el apostolado del ambiente, Luis impulsó a muchos compañeros y amigos a encuentros y reuniones de cultura religiosa y les puso en contacto con los grandes maestros del espíritu de entonces, recobrando varios de ellos la fe y la vida de la gracia. Y todo ello al lado de su esposa María Corsini, con la cual se había comprometido en un camino de vida espiritual, volcado después en la formación humana y sobrenatural de los hijos.

Profesionalmente, recibió distintos encargos oficiales de gran prestigio y responsabilidad a nivel nacional en algunos Ministerios u organismos del Estado. Entre ellos, desde 1926 el de primer Consultor legal del IRI —Instituto para la Reconstrucción Industrial de Italia—, y en 1943 fue nombrado Comisario extraordinario del ENPAS —Ente Nacional de Previsión y Asistencia para los Funcionarios del Estado—. Fue también Consultor legal del Banco de Italia, del Banco Comercial Italia-

no, del Banco Nacional del Trabajo, del Consorcio para las Obras Públicas y de la STET —Asociación financiera de la Telefónica—. Desempeñó también el cargo de Presidente del Consejo de Administración del Fondo para el Culto durante el primer gobierno de De Gasperi.

Además, en 1944, recibió el encargo de Consejero de la Administración de la Agencia cinematográfica ORBIS, promovida por la Presidencia Nacional de la Acción Católica. Trabajó también en el Centro de Estudios Políticos, con la GIAC —Juventud Italiana de la Acción Católica— y, a partir de 1945, durante la inmediata postguerra, se dedicó junto con su esposa al movimiento de «Renacimiento cristiano» y al «Frente de la familia», todo ello sin menoscabar él su actividad profesional y ella su tarea de escritora.

Mientras Luis ocupaba tan relevantes cargos en la administración pública, María publicó numerosos artículos en periódicos y revistas católicos. Así, desde 1920 en *Fiamma viva, Il solco, In Alto,* en *Boletín de la FUCI* —Federación de Universitarios Católicos— y otros.

En 1922 los tres hijos mayores del matrimonio expresaron su vocación religiosa, abandonando en poco tiempo el domicilio familiar para seguirla. En 1924, el mayor, Felipe —mons. Tarsicio—, ingresó en el seminario Capranica de Roma, y César —fr. Paulino— en la abadía benedictina de San Pablo, también en Roma. Y en 1925 Luis y María acompañaban a su hija Estefanía —sor Cecilia— al monasterio de las Benedictinas del Santísimo Sacramento de Milán. Esto dio lugar a un nutrido epistolario con los hijos, que vio la luz en 1924 con el título *Voce di madre.*

En 1936 María dio a la imprenta *Il libro della giovane,* manual de oraciones y meditaciones, y en 1937 compuso un opúsculo sobre los enfermos titulado *I nostri ammalati.* En 1940 vieron la luz *Il fuoco è da ardere,* libro destinado a combatir la tibieza espiritual, y *Mamma vera,* sobre la misión materna en la vida cristiana. En 1943 compuso con su hijo Paulino, a quien fue a visitar a Croacia donde se hallaba por motivos apostólicos, *Fiore che sboccia,* un librito dedicado a las jóvenes que se abren a la vida.

María, muy pronto comprometida, como hemos dicho, en los cuadros directivos de la Acción Católica italiana, en la catequesis de la parroquia, en las visitas domiciliarias a los enfermos y en la organización de la asistencia a los necesitados, continuó cuidando con esmero su vida espiritual, desde 1936 bajo la dirección del P. Garrigou Lagrange. Defendió muy celosamente los espacios cotidianos reservados a la Eucaristía, a la oración y al impecable gobierno de su casa, y continuó siempre dispuesta a emprender nuevas y no menos comprometidas actividades apostólicas.

Enfermera voluntaria de la Cruz Roja desde la guerra con Etiopía (1935-1936), en 1936 acompañó peregrinaciones de enfermos en los trenes de la UNITALSI —Unión Nacional Italiana para el transporte de enfermos a Lourdes y Santuarios de Italia— que los llevaban a Lourdes y a Loreto. Un año después realizó un curso para enfermera de la Cruz Roja italiana y se especializó en enfermedades tropicales.

Durante la II Guerra Mundial participó en turnos extenuantes en los hospitales militares, incluso fuera de Roma, para la asistencia diurna y nocturna a los heridos y a los operados, y para la acogida y atención de los prófugos. Con esta finalidad consiguió la especialización en cirugía y el carné de conducir de las ambulancias militares. En 1945 colaboró en la *Opera del Ristoro* de la estación Termini y en 1946-1947 se adhirió a la iniciativa del P. Lombardi por «Un mundo mejor». En estos mismos años fue vicepresidenta del Comité romano del «Frente de la familia» y organizó cursillos para novios.

En 1945, después de la liberación de Italia por los aliados, De Gasperi, Presidente del Consejo de Ministros, quiso nombrar a Luis Abogado General del Estado, proyecto que fue impedido por algunos y no secundado por él, que se jubiló en 1946 con el título de Vice-abogado General Honorario del Estado. Asimismo, en 1948 rechazó la candidatura al Senado por el partido de la Democracia Cristiana de Roma, que le había sido propuesta por Gedda.

Humilde y eficaz servidor de los otros en las estructuras de oficiales, supo, sin embargo, mantenerse ajeno a cualquier militancia política, aunque simpatizaba con el incipiente movimien-

to de don Sturzo. Y su sentido religioso se manifestó siempre sin exhibicionismos ni protagonismos.

Ávido de mayores conocimientos religiosos, cuando el cese de su actividad laboral le permitió contar con más tiempo, frecuentó asiduamente los cursos vespertinos de teología para laicos en la Universidad Gregoriana, y los encuentros de cultura religiosa organizados por la profesora Cappelli y por el abad Schuster de San Pablo.

La salud de Luis había comenzado a quebrantarse en 1941. En esta fecha superó sin graves consecuencias una crisis de corazón, que se repitió, más aguda, en febrero de 1944. Un nuevo ataque cardiaco al mes siguiente no le costó la vida gracias a la rapidísima actuación de su esposa, que le prestó los primeros auxilios, pasando después unos años de relativa mejoría. Pero un fatal infarto en la noche del 7 al 8 de noviembre de 1951 le produjo la muerte el día 9 en su domicilio de Via de Pretis. Su primogénito, don Tarsicio, celebró los solemnes funerales en la Iglesia de San Vital, siendo después sepultado en el cementerio de «Campo Verano» de Roma.

Según los que le conocieron, Luis fue una persona afable, verdadera, esencial, docta, convencida. Humanamente estaba dotado de un atractivo especial que la gracia de Dios hacía cada día más visible. Extraordinario ejemplo de dedicación familiar y profesional, correspondió fielmente al proyecto de Dios sobre él, fundando su vida sobre los valores de la fe cristiana.

Ya viuda, en los últimos años de vida, María se dedicó de modo más intenso a las publicaciones, sobre todo a las de carácter formativo y ascético, algunas de las cuales obtuvieron varias ediciones. Así, en 1952 publicó *Lux vera,* libro que había compuesto junto con su esposo Luis, y *Vita coi figli.* Pero su obra maestra, verdadero testimonio de la vida en común con su esposo, publicada en 1953, es *L'ordito e la trama,* reeditado después con el título *Radiografia di un matrimonio.* Su último libro, de 1955, *Rivalutiamo la vita,* es un resumen de su experiencia de madre y de cristiana.

Después de una vida extraordinariamente fecunda, afectada por un mal de estómago, María falleció el 26 de agosto de 1965, a los 81 años de edad, mientras disfrutaba de unos días de vaca-

ción en la villa «La Madonnina» construida por el matrimonio en Serravalle di Bibbiena, cerca de Camaldoli. Después de los solemnes funerales celebrados en la iglesia de Serravalle el día 27, el 28 se trasladaron sus restos a Roma, para ser enterrada junto a su esposo en el cementerio de «Campo Verano». Numerosísimas personas acudieron a despedirla. Después, sus restos, junto con los de Luis, fueron trasladados a la capilla de la Unidad de la Trapa de Vittorchiano, un precioso pueblo no lejano de Roma, donde desde 1962 residía su hijo fr. Paulino.

El 18 de octubre de 1994 la Santa Sede concedió el *nihil obstat* para instruir la causa de canonización de ambos esposos, aunque los procesos se han realizado separadamente para cada uno.

La beatificación conjunta de Luis y María Beltrame Quatrocchi ha tenido lugar el 21 de octubre de 2001. Estuvieron presentes en la ceremonia de la Plaza de San Pedro tres de los cuatro hijos del matrimonio y la prensa recogía sus palabras. Enriqueta, la menor, que vivió siempre con ellos, de 87 años entonces, decía: «Mis padres eran necesarios el uno para el otro». Y también: «En nuestra casa se respiraba un clima de serenidad y de amor, lo cual nos condujo a los cuatro hijos a entregar la vida al Señor». El mayor, don Tarsicio, sacerdote, de 95 años, recordaba: «Hablaban entre ellos y con nosotros de Dios. Nuestra familia sentía su presencia en el transcurso cotidiano de los días. Era como si Dios formara parte de nuestros juegos, nuestras discusiones, nuestros actos. Mamá y papá, con un lenguaje sencillo y simpático, nos transmitían la alegría de vivir y de tener fe en Dios». Es el testimonio de santidad de quienes personalmente, y en el matrimonio, vivieron hasta sus últimas consecuencias como fieles laicos del pueblo de Dios el compromiso cristiano que adquirieron en el bautismo.

MARÍA ENCARNACIÓN GONZÁLEZ RODRÍGUEZ

Bibliografía

BELTRAME QUATROCCHI, M., *Radiografia di un matrimonio* (Roma [3]1996).

DANESE, A. - DE NICOLA, G. P., *Un'aureola per due: Maria Corsini e Luigi Beltrame Quatrocchi* (Roma 2001).

MOIA, L., *Beati Genitori. Luigi e Maria Beltrame Quatrocchi nel racconto dei figli* (Milán 2001).

MONDRONE, D., *I santi ci sono ancora. Un dono di luce e di speranza per chi crede e per chi non crede,* II (Roma 1977).
PAPÀSOGLI, G., *Questi Borghesi... I beati Luigi e Maria Beltrame Quatrocchi* (Cantagalli 2001).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

BEATA JUANA DE SIGNA
Viuda († 1307)

Juana nace en 1244 en el pueblecito de Signa, junto a Florencia, en el seno de una humilde familia. Desde la adolescencia cuida de las ovejas del rebaño familiar en los campos, y contrae matrimonio con un pastor, de cuyas ovejas igualmente ella tiene cuidado. Llevaba una vida de limpia orientación cristiana y era muy cumplidora de sus deberes cristianos. Muy joven queda viuda, y entonces se siente inclinada a renunciar al mundo por completo para vestir un austero sayal de penitencia. Se hace construir una celdita en la orilla del río Arno y allí, con la solemnidad acostumbrada en la Edad Media, se hace reclusa, viviendo en adelante consagrada a la contemplación de las cosas divinas y a la penitencia, interceciendo por los pecadores y dando saludables consejos a cuantos se llegaban hasta la celda. Se cuentan de ella numerosas curaciones de enfermos. Se ha dicho de ella que era terciaria franciscana como asimismo oblata benedictina, pero no consta su pertenencia a ninguna de estas órdenes. Murió el 9 de noviembre de 1307. Su culto inmemorial fue confirmado el 21 de septiembre de 1798. La Congregación de Ritos la califica de viuda, pero el *Martirologio* la califica de virgen. Parece que el error está en el *Martirologio romano.*

BEATO GABRIEL FERRETTI
Presbítero († 1456)

Hijo de los condes de Ferretti, nace en Ancona en 1385. Con 18 años decide su vocación religiosa e ingresa en los franciscanos observantes luego de haber hecho, con aprovechamiento, algunos estudios. Se distingue muy pronto por su

fervor religioso, y ordenado sacerdote es destinado a la predicación popular. Recorre los pueblos de la Marca de Ancona sembrando la palabra evangélica y consiguiendo atraer a numerosas almas al seguimiento fiel de Cristo. Pasados unos años, la obediencia decide que sirva a sus hermanos religiosos como guardián en el convento de Ancona. Se consagra por completo a este ministerio, procurando el mayor bien espiritual y temporal de sus religiosos, siendo para ellos modelo y ejemplo de perfección evangélica y franciscana. Puso mucho empeño en que los jóvenes que entraban en el convento para hacer en él su noviciado fueran de manera firme y segura dirigidos a una vivencia profunda de la vocación religiosa, abrazándose a la pobreza y a la más perfecta obediencia a la Regla. Inculcaba la más fervorosa devoción a la Virgen María, devoción que él vivía con extraordinaria intensidad.

Deseaba terminar el tiempo de su prelacía para dedicarse nuevamente a la predicación popular, pero fue elegido provincial y debió dedicarse al mayor bien de todos los conventos de la provincia franciscana observante de Ancona, los cuales visitó y edificó con sus admirables virtudes. Hizo la peregrinación a Asís para ganar allí el jubileo de la Porciúncula. En el camino entró en la iglesia del convento de Foligno y se puso a orar. El hermano sacristán se creyó que era un hermano lego y le pidió que ayudara a misa, lo que hizo con toda modestia. Cuando se descubrió que era el provincial de Ancona, no dejó que regañasen al sacristán, pues «ni siquiera —dijo— son dignos los ángeles de ayudar a misa». Murió en Ancona el 9 de noviembre de 1456 asistido en sus últimos instantes por San Jaime de la Marca. Su culto fue confirmado el 19 de septiembre de 1753 por el papa Benedicto XIV.

BEATO LUIS MORBIOLI

Penitente († 1485)

Hubo en la vida de este bienaventurado dos etapas bien distintas: la primera de disipación, la segunda de penitencia. Nació en Bolonia en 1433, y en su juventud se apartó de la vida religiosa y moral, cayendo en un verdadero libertinaje. Contrajo

matrimonio, pero ello no significó un cambio en su conducta. Olvidando sus deberes matrimoniales, abandonó a su esposa y se fue a vivir a Venecia, donde le aguardaba la misericordia de Dios. Allí contrajo una muy seria enfermedad que le hizo ir a parar a un hospital. La enfermedad le hizo reflexionar acerca de su vida y conducta. Tuvo una fuerte crisis espiritual y se arrepintió de su conducta, decidiendo hacer penitencia por sus pecados. Vuelve a Bolonia, obtiene el perdón de su esposa y la licencia de ella para llevar vida de continencia y penitencia. Se viste un tosco sayal y da testimonio de su conversión hablando a la gente por la calle de la misericordia de Dios y de la necesidad de vivir en conformidad con su voluntad. Este mismo mensaje lo esparció por otras poblaciones a las que iba en burro. Acompañaba a los condenados a muerte hasta el patíbulo y los confortaba en los últimos momentos. Enfermó y se negó a que se gastara dinero en cuidados médicos, muriendo entregado a la misericordia divina el 9 de noviembre de 1485 tal como él mismo había anunciado. Los carmelitas lo tienen por terciario suyo, lo que otros no dejan de poner en duda. Y fue ciertamente el Carmelo el que promovió la confirmación de su culto, obtenida el 24 de octubre de 1882.

BEATO GRACIA DE CÁTARO

Religioso († 1508)

Gracia nace en Mulla, pequeña aldea de la bahía de Cátaro, a muy poca distancia de la capital, llamada hoy Kotor, en las costas dálmatas el 27 de octubre del año 1438. Cátaro estaba vinculada por entonces a la República de Venecia. En su juventud fue marinero, y como tal, surcó los mares y visitó diferentes ciudades. Estaba en Venecia cuando entró en una iglesia y escuchó predicar a un religioso agustino que le conmovió tan profundamente que decidió dejar el mundo y entrar en la vida religiosa. Pidió ser admitido en la Orden agustina y lo aceptó el convento de Monte Ortone, junto a Padua. Gracia tenía 30 años. Fue aceptado e hizo la profesión religiosa como hermano lego. Era el suyo un convento reformado donde se vivía con intensidad la santa regla de la Orden. Gracia fue destinado a cuidar el jardín y

aquí trabajó con gran celo y entrega, ganándose muy pronto la estima de toda la comunidad. Su pobreza evangélica, su caridad fervorosa, su pureza, humildad y obediencia hacían de él un religioso ejemplar que daba estímulo a todos para vivir con perfección la vocación religiosa. Unos años más tarde fue destinado al convento de San Cristóbal de Venecia, en la isla de Murano, y estando aquí le llegó la muerte el 9 de noviembre de 1508. Su culto ininterrumpido fue confirmado por el papa León XIII el 6 de junio de 1889.

BEATO JORGE NAPPER

Presbítero y mártir († 1610)

Nace en Holywell el año 1550 en el seno de una familia católica. Estudia en el colegio Corpus Christi de Oxford y, cuando se ve en la necesidad de jurar la supremacía religiosa de la Corona para poder continuar, lo abandona. Conocida su no asistencia a los servicios religiosos protestantes es acusado de recusante y arrestado en 1580. Durante nueve años se mantuvo firme y se negó a prestar el antedicho juramento; pero luego, agobiado por tantos años de detención, se avino a prestar el juramento y pudo quedar libre. Pero se arrepintió muy pronto y quiso lavar su falta dedicándose al ministerio sacerdotal. Marchó a Douai en cuyo colegio inglés hizo los estudios, siendo un alumno ejemplar y dando muchas pruebas de caridad y otras virtudes. En 1596 se ordena sacerdote y ejerce su ministerio en la colonia inglesa de Amberes. En 1603 es enviado a Inglaterra y se establece en su propio pueblo, Oxford. Durante siete años pudo trabajar apostólicamente y con relativa tranquilidad, hasta que el 19 de julio de 1610 es arrestado en Kirklington y llevado a la cárcel de Oxford. En el juicio se le acusa de ser sacerdote ordenado en el extranjero contra las leyes inglesas y se le califica de traidor, por lo que es condenado a muerte. Su familia logró aplazar la ejecución y trabajaba por lograr su libertad, pero un compañero de prisión confesó antes de ser ajusticiado que él moría católico y que ello era debido a la acción de Napper. Esto motivó que se decretara la inmediata ejecución de la sentencia de muerte, que tuvo lugar en Oxford el 9 de noviembre de

1610, siendo ahorcado, destripado y descuartizado. Antes de morir se negó firmemente a prestar el juramento citado. Fue beatificado el 15 de diciembre de 1929 por el papa Pío XI.

BEATO ENRIQUE HLEBOWICZ
Presbítero y mártir († 1941)

Nace en Grodno el 1 de junio de 1904. Siendo muy niño estuvo muy enfermo y su familia pensó que su curación había sido milagrosa. Luego de haber padecido su familia un tiempo de deportación a Orenburg en Rusia, volvió a su patria. En 1921 entró en el seminario de Vilna, ordenándose sacerdote en 1927, tras haberse graduado en teología por la Universidad Católica de Lublín. Se marcha a estudiar a Roma y se gradúa en filosofía por el *Angelicum;* a su regreso a Vilna se convierte en profesor del Seminario y la Universidad, de la que es profesor titular en 1930. Ejerce una buena labor en los ambientes académicos, pero en 1935 opta por la vida parroquial luego de pasar algunas dificultades. Destinado a Troki, comenzó a padecer de tuberculosis, lo que limitó su capacidad de trabajo. Vuelve a Vilna en 1939 y hace lo que puede por contrarrestar entre los jóvenes la propaganda atea. Cuando, al estallar en 1941 la guerra con Rusia, su zona queda bajo ocupación alemana, trabaja apostólicamente en Okolowo, Korzen y Chotajewize. Pero es arrestado por la policía bielorrusa debido a su obra apostólica y fusilado por la Gestapo en un bosque cercano a Borysow el 9 de noviembre de 1941, siendo enterrado en sitio desconocido. Fue beatificado el 13 de junio de 1999 por el papa Juan Pablo II.

10 de noviembre

A) MARTIROLOGIO

1. La memoria de San León I Magno († 461), papa y doctor de la Iglesia **.

2. En Persia, San Demetriano († 260), obispo de Antioquía, muerto en el destierro.

3. En Tiana (Capadocia), San Orestes († s. III/IV), mártir.

4. En Rávena (Flaminia), San Probo († s. III/IV), obispo.

5. En Persia, santos Narsés, obispo, y José, su joven discípulo († 343), mártires *.

6. En Canterbury (Inglaterra), San Justo († 627), monje y luego obispo *.

7. En Villa del Foro, junto a Alejandría (Italia), San Baudolino († 740), ermitaño.

8. En Nápoles (Campania), San Andrés Avelino († 1608), presbítero, de la Congregación de los Clérigos Regulares Teatinos **.

9. En Barcelona, Beato Acisclo Piña Piazuelo († 1936), religioso de la Orden de San Juan de Dios, mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN LEÓN I MAGNO

Papa y doctor de la Iglesia († 461)

La soberana personalidad de San León Magno es, en realidad, tan grandiosa, que apenas sabemos de él más datos —olvidados los de su infancia, educación y juventud— que los gigantes de su pontificado.

Debió nacer en los primeros años del siglo V o finales del anterior, época crucial y erizada de problemas, donde habían de brillar sus dotes excepcionales.

Parece que fue romano *(tusco* le llama el *Liber pontificalis),* y bien lo manifiesta el fervor con el que habla en sus discursos de aquella Roma imperial, sublimada por el cristianismo, a la que llama su patria:

> «La que era maestra del error se hizo discípula de la verdad [...] Y aunque, acumulando victorias, extendió por mar y tierra los derechos de su imperio, menos es lo que las bélicas empresas le conquistaron que cuanto la paz cristiana le sometió. Y cuanto más tenazmente el demonio la tenía esclavizada, tanto es más admirable la libertad que le donó Jesucristo».

En el año 430 era ya arcediano de la iglesia papal, cargo que solía llevar la sucesión en el Pontificado. Y ya para entonces

eran admiradas su sabiduría teológica, su elocuencia magnificente y su diplomacia habilísima.

En una legación a las Galias, donde se preparaba la infecunda victoria de los Campos Cataláunicos sobre las hordas de Atila, le sorprendió la muerte del papa San Sixto III y su elevación al trono pontificio, acogida con grandes aclamaciones por el pueblo romano. Era el 29 de septiembre del 440.

Puso mano inmediatamente a la restauración de la disciplina eclesiástica, al fomento del culto católico y la liturgia, y a la enseñanza de los dogmas y su defensa, con tanta elocuencia y sabiduría como nos lo demuestran los discursos y cartas que de él conservamos.

La carta XV fue escrita a Santo Toribio de Astorga, que le consultó el modo de obrar con los herejes priscilianistas.

Aquellos días de San León Magno eran tan agitados y trágicos en la cristiandad, con violentas polémicas y herejías internas, como en el exterior, combatidos ambos imperios de Oriente y Occidente por las terribles invasiones de los bárbaros del Norte. En ambas situaciones la figura del pontífice es soberana, grandiosa y eficaz.

Ecos de las herejías que desembocaron en Nestorio y fueron condenadas en Éfeso, eran las de Eutiques, que sucumbían al error contrario. Si Nestorio afirmaba que en Cristo había dos personas distintas, la humana y la del Verbo divino, que habitaba en el hombre como en un templo, y la unidad divina y humana no era mayor, según él, que la del esposo y la esposa unidos en una carne, Eutiques ponía en Jesucristo tal unidad que la persona humana estaba absorbida, fundida, convertida en la divina, quedando después de la unión solamente *una naturaleza:* es lo que se llamaba el *monofisitismo.*

Agriando polémicas y rivalidades de Alejandría y Constantinopla, la disputa se envenenó, y por añadidura se hizo intervenir en ella a las potestades civiles de los emperadores, entonces ya no poco entremetidos en los asuntos eclesiásticos.

Estalló violenta la cuestión en un sínodo celebrado en Éfeso el año 449. Ya el año anterior, en un sínodo regional convocado por Dióscoro, patriarca de Alejandría, hizo una razonada acusación contra Eutiques el docto y bravo obispo Eusebio de

Dorilea. Un poco rezagado se presentó al fin Eutiques. Era archimandrita o superior de un gran monasterio cercano a la metrópoli: vino rodeado de muchos de sus 300 monjes y de soldados de la corte imperial.

Fue condenado, pero no se sometió: promovieron algaradas, llenaron la ciudad de pasquines y apelaron al Papa, primero Eutiques con Dióscoro, sucesor de San Cirilo de Alejandría, que con su ciencia y prestigio podría haber zanjado la cuestión. Luego se les une el eunuco Crisafio, favorito del emperador, y destierran al patriarca Flaviano, que a duras penas logró enviar también su informe al Papa, que hábilmente demoraba la respuesta para ganar tiempo e informarse. Escribió muy hábiles cartas a Eutiques, al mismo emperador, prometiendo un dictamen, que al fin fue la famosa *Carta dogmática a Flaviano,* de 13 de junio de 449, magnífico y definitivo estudio teológico, que dejaba definida la cuestión y condenado el monofisitismo y afirmada la unión hipostática de las dos naturalezas en una sola persona humano-divina.

No se aquietan los herejes ni los políticos. Convocan un nuevo sínodo en Éfeso a los dos meses. El emperador impone la presidencia de Dióscoro y tiene como guardias armados a los monjes que acaudilla el fanático Bársumas. No se les deja intervenir a los legados pontificios ni se lee la *Epístola dogmática;* son excluidos Flaviano y Eusebio, y, aterrados, votan la absolución de Eutiques 135 Padres conciliares.

Y aún no les basta: convocan nuevo Sínodo con mayores violencias: deponen al patriarca Flaviano y a Teodoreto de Ciro y Eusebio de Dorilea, defensores de la ortodoxia. Los ánimos se exaltan: alborotan los monjes, dan alaridos los herejes, arrastran los soldados al patriarca, llévanlo al destierro: a duras penas pueden huir los legados pontificios. Uno de ellos corre a San León Magno y le informa. También, antes de morir, Flaviano protesta ante el pontífice.

León Magno escribe su epístola 93, en la que condena lo ocurrido y califica al sínodo de *latrocinio efesiano,* frase enérgica con la que pasó a la historia el inválido conciliábulo.

Intenta el Papa sosegar los ánimos; escribe a Teodosio II y a Pulqueria, emperadores de Oriente; procura la intervención de Valentiniano III, emperador de Occidente.

Pero, con valor, declara nulo cuanto se hiciera en los pasados sínodos, defiende a Flaviano y condena nuevamente las violencias de Dióscoro, que se apoyaba en Crisafio, favorito dominante del emperador.

La Providencia quiso remediar la situación y se vio clara la tragedia de los perseguidores de la recta doctrina. Crisafio, el eunuco, cayó en desgracia y fue ajusticiado, el emperador tuvo una caída mortal de su caballo. La emperatriz se casó con Marciano, hombre de paz que reprimió la audacia y violencias de los heresiarcas y llamó del destierro a los obispos perseguidos.

Inmediatamente escriben a San León Magno, haciéndole homenaje de admiración y obediencia, y le piden la convocación de un concilio ecuménico.

Realmente no hacía falta, respondió el Papa, puesto que ya la fe estaba definida en su *Epístola dogmática.* Pero accedió para mayor esplendor de la fe y solemne ratificación de sus definiciones: designó a sus legados, dos obispos y dos presbíteros, Lucencio, Pascasio, Basilio y Bonifacio. No admitió la legitimidad del patriarca Anatolio, entronizado en Constantinopla a la muerte de Flaviano, si antes no firmaba la sumisión a las decisiones papales; y dejó una presidencia subsidiaria a los emperadores para mantener el orden y prevenir los alborotos de los herejes. Se sometió el patriarca nuevo y asistió en la presidencia a los legados pontificios.

El concilio, IV de los ecuménicos, se congregó en Calcedonia en octubre del 451. Asistieron 630 padres conciliares, de ellos cinco occidentales, dos africanos y los demás orientales. Más los representantes del Pontífice.

Ya en la primera sesión se presentó altanero Dióscoro con quince egipcios de su herejía, y tuvo la audacia de acusar al Papa: *latravit,* dicen expresivamente las actas, ladró contra San León Magno, pidiendo su excomunión. Se levanta Eusebio de Dorilea y con enérgica y documentada elocuencia venera al Papa, acusa a Dióscoro, que, viéndose en evidencia y rechazado por la inmensa mayoría, prorrumpe con los suyos en denuestos e injurias y acusa de nestorianos a los mejores paladines de la fe. Y al momento la asamblea propone el enjuiciamiento de Dióscoro y sus adeptos.

Magnífica la segunda sesión, confesó la fe de Nicea, ratificó los doce anatemas de San Cirilo y, al terminar la lectura aclamada de la *Epístola dogmática* de San León Magno, prorrumpió en la famosa profesión de fe todo el Concilio: «Ésta es la fe católica. Pedro habló por boca de León: *Petrus per Leonem locutus est*».

Frase lapidaria que ha quedado como aclamación de la infalibilidad pontificia y acatamiento a su autoridad apostólica.

En las siguientes sesiones se condenó la herejía y la violencia de Dióscoro: el emperador le condenó al destierro, lo mismo que a Eutiques y los suyos.

Solemnísima fue la sesión sexta, con la presencia de los emperadores Marciano y Pulqueria. Se hizo solemne profesión de fe y de acatamiento al Papa. Marciano pronunció un discurso que había de emular al del emperador Constantino en el primer concilio universal, que fue el de Nicea: con elocuencia habló de la paz y de poner término a las discusiones y polémicas doctrinales. Con ello se daba por terminado el concilio y los legados papales se retiraban. Pero quiso Marciano que se aclararan algunos puntos personales y de disciplina. En mal hora, pues subrepticiamente se incluyó entre los 28 cánones uno que, indudablemente, parecía igualar las sedes de Roma y de Constantinopla. Llegadas las actas a Roma, protestaron los legados, y San León Magno solamente aprobó las decisiones dogmáticas y doctrinales.

Había salvado la fe ortodoxa con su autoridad, ciencia y prestigio San León Magno. Ahora le tocaba salvar a Roma.

Mientras acaba con sus aclamaciones el concilio de Calcedonia, ya por el norte de Italia avanzaban, entre incendios, matanzas y desolación, los bárbaros hunos acaudillados por el feroz Atila; las frases consabidas de que «donde pisaba su caballo no renacía la hierba» y de que era «el azote de Dios» vengador de la disolución y pecados del imperio lascivo y decadente, encierran una realidad absoluta.

Vencida la barrera del Rhin, atravesados los Alpes, cruzando el Po, ya acampaban junto a Mantua las hordas bárbaras. En Roma todo era confusión, terrores y gritos de pánico. Sólo había una esperanza: la elocuencia y valor del Papa.

Se puso en camino hacia el norte: algún senador y cónsul le acompañaban, tímidos, a retaguardia.

Y el pontífice intrépido, revestido de pontifical y llevando el cruzado báculo en sus manos, se presenta en el campamento mismo de Atila: le pide piedad y, más, le intima la paz. Estupefacto, el bárbaro caudillo le escucha y le atiende, y hasta ordena la retirada, ante el pasmo de bárbaros y romanos.

Apoteósico fue el recibimiento del liberador en Roma. Grandes solemnidades y pompas triunfales lo celebraron.

Y para memoria perenne hizo San León fundir la broncínea estatua de Júpiter que señoreaba el Capitolio y labrar con sus metales una estatua de San Pedro, que es la que hoy se venera con ósculos en su pie a la entrada de la basílica principal del Vaticano.

Pero Roma no había escarmentado: seguía la corrupción, los juegos lúbricos, los espectáculos indecorosos, los desmanes de lujo y de procacidad hasta en las mismas aulas imperiales.

San León se quejaba y auguraba nuevos castigos vindicadores de la divinal justicia.

En un sermón del día de San Pedro, que siempre lo predicaba con un imponente estilo, noble y elegante, se quejaba de que, aun en aquella romana solemnidad, asistían más gentes a las termas y anfiteatros que a la basílica pontifical. Y les aplicaba la execración amenazadora del profeta: «Señor, le habéis herido y no quiso enterarse; le habéis triturado a tribulaciones, y no entiende la advertencia del castigo».

Y no se hizo esperar la nueva y más tremenda catástrofe.

Ahora venía del sur: eran los vándalos terribles, cuyo nombre aún se repite como expresión de bárbaras mortandades y humeantes ruinas. Devastada el África de San Agustín, ocupadas las islas periféricas, desembarcados en la misma Italia, avanzaban sembrando la desolación y la muerte.

Pánico en Roma: desbandadas fugitivas encabezadas por el emperador Petronio Máximo, que asesinó a Valentiniano III y forzó a su viuda Eudoxia a unirse con él en apresurado matrimonio. Nada extraño que ella, desesperada, llamara al vándalo Genserico, ofreciéndole a Roma con sus puertas desguarnecidas.

No dio tiempo al pontífice a salirle al encuentro como a Atila; pero aún pudo presentarse al invasor y rogarle que, al menos,

respetara las vidas y no incendiara la urbe. Así lo concedió; pero en quince días que duró la invasión es incalculable el número de atropellos, saqueos, depredaciones y desmanes que saciaron la voracidad y fiereza de aquellos vándalos. Era la primavera del 455: en su retirada se llevó cautivas a la emperatriz y sus hijas.

Los seis años que aún le quedaban de vida y pontificado los empleó el gran Papa en restaurar las ruinas y continuar su obra de disciplina y apostolado. Primeramente aún tuvo el rasgo de enviar sus presbíteros y limosnas al África desolada. Y en Roma predicó la caridad, más aún con sus crecidas limosnas que con sus sermones apremiantes.

Luego su labor de restauración de las tres grandes basílicas romanas y la erección de nuevos templos, dotándolos de vasos y ornamentos sagrados, y puso guardas fijos en los sepulcros de San Pedro y de San Pablo, que la ferocidad de los tiempos profanaba y saqueaba.

Celebraba con mayestática devoción las funciones litúrgicas y dejó su impronta en la misa, según recuerda el *Liber pontificalis,* añadiendo palabras venerandas, como el *Hostiam sanctam... rationabile sacrificium,* y, sobre todo, no pocas oraciones, que, aun hoy, revelan en grandes festividades su intervención, estilo y sapiencia teológica.

Predicaba en las solemnes festividades, y aún se recuerdan, intercalados en el Breviario que diariamente rezan los sacerdotes, fragmentos de sus homilías y panegíricos, que admiran por el *cursus* o ritmo cadencioso y sonoro de su retórica prosa, siempre densa de majestad y doctrina. Sus 96 sermones y 143 cartas que nos han quedado son el broncíneo monumento que se erigió como pontífice máximo.

El 10 de noviembre del 461 murió santamente. Había amplificado el culto, definido la fe, exaltado el primado pontificio en la universal Iglesia, hasta reconocido en las más famosas del Oriente, salvado a Roma incólume una vez, sin sangre y llamas otra. Subía el gran doctor a la Iglesia celestial, mientras la terrena iba a sufrir los desgarramientos e incursiones que abrían los tiempos de la más fervorosa cristiandad del Medievo.

JOSÉ ARTERO

Bibliografía

BERTRANI, G., *Vita di S. Leone Magno* (Monza 1880).
BREZZI, P., *S. Leone Magno* (Roma 1947).
JALLAND, T., *The life and times of St. Leo the Great* (Londres 1941).
LEÓN I MAGNO (SAN), *Obras:* PL 54-56.
QUESNEL, P., «Disertación»: PL 55,153s.
REGNIER, A. S., *Saint Léon le Grand* (Les Saints; París 1910).
RUIZ-GOYO, J., «Carta dogmática de San León Magno a Santo Toribio, obispo de Astorga»: *Estudios Eclesiásticos* 15 (1936) 367s.
TILLEMONT, L. S. DE, *Mémoires pour servir à l'histoire ecclésiastique des six premiers siècles...*, XV (Venecia) 414s.
• Actualización:
LEÓN I MAGNO (SAN), *Cartas cristológicas* (Madrid 1999).
MARTORELL, J., *Mysterium Christi (León Magno)* (Valencia 1983).
SÁNCHEZ ALISEDA, C., *Sermones escogidos* (Sevilla 1990).
STUDER, B., «León Magno», en A. di Berardino (dir.), *Patrología,* III (Madrid 1981) 719-747.

SAN ANDRÉS AVELINO

Presbítero († 1608)

Los santos, como todos, son hijos de su tiempo.

La divina Providencia cuida del mundo mejor que la gallina de sus polluelos. Consta por la historia eclesiástica que siempre que el mundo ha atravesado por circunstancias difíciles ha enviado Dios a algún hombre extraordinario que ha hecho de dique, conteniendo la corriente impetuosa de la plebe descaminada.

La Europa del siglo XVI —nuestro Siglo de Oro— recogió lo que había sembrado el Humanismo y el Renacimiento del siglo anterior: ignorancia y relajación dentro y fuera del santuario. Para poner remedio a toda esta hecatombe, en 1517 Lutero da comienzo a su contradictoria Reforma. Lo que no pudo hacer él lo harían el concilio de Trento (1545-1563) y un puñado de hombres elegidos por Dios para ello.

No bastaba esto. Era necesario poner la segur en la raíz. Comenzar una reforma en toda forma, es decir, completa y duradera. El clero, el real y divino sacerdocio, no era lo que debía ser. Luego a él había que subsanar en primer lugar. Después ya vendría lo demás. Para llevar a cabo empresa de tanta envergadura nacieron en este tiempo los clérigos regulares, o congregaciones de clérigos.

A una de ellas, a los teatinos, fundada en el 1524 por San Cayetano de Thiene y Juan Pedro Caraffa, futuro papa Pablo IV, pertenecerá San Andrés Avelino.

Vio la luz primera en Castro-Nuevo (Nápoles, Italia) en 1521. Año éste fecundo en sucesos de trascendental importancia.

El papa León X y Carlos V conquistan Milán del poder de los franceses. El día 3 de enero Su Santidad León X lanza la excomunión contra el heresiarca Martín Lutero. En Worms se reúne la Dieta, formada por cuatrocientos príncipes de toda Alemania, y deciden encarcelar a Lutero. Enrique VIII, delante de la iglesia de San Pablo de Londres, quema los escritos del heresiarca de Witemberg. La Universidad de la Sorbona, después de tanto tiempo de silencio, declara por fin oficialmente hereje a Lutero. El 2 de diciembre, a los cuarenta y seis años, expira aquel célebre papa humanista León X. En Nimega nace San Pedro Canisio, que ingresará más tarde en la Compañía de Jesús y será el mayor adalid contra el protestantismo de la nación que le vio nacer. El 20 de mayo, luchando contra los franceses en el sitio de Pamplona, cae herido San Ignacio de Loyola, comenzando así su admirable conversión...

Aunque el grito de reforma se había dejado oír en el Norte de Europa, sería del Sur de donde brotaría la verdadera reforma y sus verdaderos reformadores: Teresa de Jesús y Juan de la Cruz, Pedro de Alcántara y Felipe Neri, Ignacio de Loyola y Carlos Borromeo, Cayetano de Thiene y Vicente de Paúl...

Se hallaban abandonados los sacerdotes y los niños, los encarcelados y los enfermos, la liturgia y los mandamientos; la herejía se extendía, la ignorancia religiosa lo llenaba todo... Era necesario poner remedio.

El pequeño Lanceloto, como llamaron al bautizar al futuro San Andrés Avelino, llegaría a ser uno de estos instrumentos de los que se serviría la divina Providencia para obrar tanta maravilla. Sus padres, Juan Avelino y Margarita Apella, no escatimaron sacrificios dentro de su mediana posición para educarle dignamente.

Éste era, ni más ni menos, como los demás niños de su edad. Con virtudes y defectos no diferentes a los de sus compa-

ñeros. Eso sí, se le notaba una inclinación a hacer el bien y a comunicar a sus compañeros lo que él hondamente sentía. A los dieciséis años, en 1537, creyéndole con prudencia superior a su edad, ya le encarga su padre de la administración de la casa.

De aspecto elegante y gallarda figura. A pesar de lo alocada que en general suele ser la juventud, Lanceloto supo siempre mantenerse en el recto camino. Se fijó siempre mucho en las compañías que le rodeaban, y aunque, al igual que a Tomás de Aquino o Juan de la Cruz, no le faltaron asechanzas contra la virtud angélica, supo salir siempre victorioso.

El Señor, en un acto de locura de amor, nos regaló el sacerdocio. Lanceloto sabía que debía ser desempeñado por hombres y que el Señor llamaba a tan alta dignidad a quien quería y como quería. Un día notó en su interior el suave mordisqueo de la gracia que le invitaba al santuario. Se preparó lo mejor que pudo, y en 1545, el mismo año que daba comienzo el concilio Tridentino, a sus veinticuatro años, era transformado en otro Cristo. Su transformación fue total, pero quizá no del todo efectiva. El clero en aquel entonces necesitaba una profunda reforma en todas sus direcciones. Ésta se la proporcionaría la magna asamblea que se celebraría a lo largo de sus catorce primeros años de sacerdocio.

Una vez sacerdote, siempre con hambre de más completa formación, con la única mira de ser de mayor utilidad para sus hermanos los hombres, en 1547 llegaba a Nápoles —la ciudad del sol— para dedicarse de lleno al estudio de ambos Derechos. En este mismo año volaba al cielo San Cayetano de Thiene, ilustre fundador de los clérigos teatinos, a quienes ahora Lanceloto sólo conoce de nombre y después será su hijo más ilustre.

Al año siguiente, un gran cambio se obra en su vida. La gracia corre por cauces muy diversos hasta llegar a su sitio. Para unos fue un contratiempo, para otros leer o escuchar unas palabras, para éste una enfermedad, para aquél la consideración de la vanidad de las cosas... Aunque Lanceloto conserva a raya sus pasiones y cumple bien su oficio, no está entregado al Señor por completo.

Cosa parecida sucede por este mismo tiempo a una monja carmelita de la Encarnación de Ávila. Para Teresa de Jesús

será la vista de un crucifijo lo que herirá su corazón. Una mentira y unos ejercicios espirituales se encargarán de dar el último empujón para la entrega total de Andrés Avelino a Dios y a las almas.

Así deponía el padre Polliciano el 23 de diciembre de 1615 en el proceso informativo:

> «El año 1602, en tiempo de calor, nos encontrábamos un grupo de abogados en animada tertulia a la sombra. Acertó a pasar por allí el padre Andrés, y al enterarse éramos hombres de leyes, dijo a uno de nosotros —Paulo Staivano—: "¡Ah!, los doctores de la ley dicen la mentira". A lo que yo respondí: "Padre, luego nosotros, que somos doctores, ¿no nos salvaremos?". Y me dijo: "La boca que miente mata al alma". Y añadió: "Os voy a contar una cosa que me sucedió cuando yo era cura secular: Defendía una causa de un amigo mío sacerdote en el arzobispado de Nápoles, y para vencerla dije una mentira. Por la noche, antes de acostarme, abrí la Sagrada Escritura y leí aquello de la Sabiduría que dice: *Os quod mentitur occidit animam* (La boca que miente mata el alma) (Sab 1,11), por lo que reflexioné sobre mí mismo diciendo: ¿Por ayudar a otros he amenazado a mi alma? Y llorando la falta cometida, resolví dejar mi oficio y hacerme religioso"».

Quizá su cambio a vida más perfecta se debe más bien a los santos ejercicios que practicó a fines de 1547 bajo la dirección del ilustre jesuita padre Santiago Laínez. Aún de edad madura recordará con alegría aquellos ejercicios que cambiaron totalmente el rumbo de su vida.

El 4 de enero de 1595 escribía San Andrés Avelino a Hipólita Caracciola:

> «Compadezco a todos y quiero que nadie se desespere, porque yo he estado engañado por el demonio hasta la edad de veintisiete años, hinchado de soberbia y ambición, deseando ser superior a todos y a nadie sujeto, lleno de presunción y de vana gloria, porque no conocía la verdadera, no habiendo encontrado nunca confesor que me reprendiese y me encaminase por el seguro camino de la humildad. Pero Dios, rico en misericordia, a la edad de veintisiete años me hizo encontrar un padre que me hizo ejercitarme en leer y meditar la vida, pasión y muerte del Hijo de Dios ocho años antes de entrar en esta religión. Y aunque hace cuarenta y seis años que hice estos ejercicios, aún no he llegado a aquel verdadero desprecio de mí mismo que yo deseo».

Y dos años después, en carta del 13 de marzo de 1597 a Dorotea Spinela, condesa de Altavilla, remachaba el clavo de su

desvariada juventud y de los maravillosos efectos que obraron en su alma los Santos Ejercicios, descubriéndonos nuevos y preciosos pormenores:

> «Yo compadezco a todos —escribía—, porque hasta la edad de veintisiete años he estado sumergido en este error común, deseando y buscando estas vanas grandezas, riquezas, honores y dignidades. Yo creía obrar bien viendo a los demás, tanto eclesiásticos como seglares, buscar estas cosas. Pero cuando agradó a la divina Bondad por medio de un santo hombre hacerme conocer el engaño del demonio, el cual, para hacer perder las verdaderas grandezas del cielo (de donde el miserable ha sido arrojado), hace desear estas grandezas vanas, viles y transitorias, deliberé dejar el mundo traidor, que a una con el demonio me tentaba. Determiné asimismo despreciar sus vanas grandezas, riquezas y dignidades, como lo hicieron Cristo, los apóstoles y sus demás amigos, para mejor poder conocer la grandeza de las cosas celestiales, ya que para ellas hemos sido creadas y no para engrandecernos en este destierro».

Además de su fogoso apostolado de la palabra y el más elocuente del buen ejemplo, San Andrés ejercitó también el de la pluma. Hermosos y prácticos son sus tratados espirituales *Directorio del maestro de novicios* y *Tratado de la obligación de servir a Dios,* que fueron publicados en 1617, cuando ya hacía nueve años que había volado al cielo su autor.

Él, como todos los santos, aumentando siempre el color de las tintas de los desvaríos de sus primeros años. Conocía muy bien las flaquezas del corazón humano y sobre todo su egoísmo y refinada soberbia, origen de todo mal. Explicaba por qué y cómo debemos luchar:

> «Hará la oración preparatoria —decía— rogando a Dios que le traiga a la memoria todos los actos de soberbia que cometió desde el tiempo que comenzó a pecar hasta el presente. Hecha la oración comenzará a examinar y a meditar toda su vida. Después que claramente haya conocido tantos y tantos actos de soberbia como ha cometido, se maravillará de la bondad del Señor, que por tan largo tiempo le ha esperado sin vengarse y que no le ha castigado como lo ha hecho a tantos soberbios. Y mucho más se maravillará que muchos por un acto solo de soberbia han sido castigados tan terriblemente. Y si el primer ángel por un solo acto de soberbia ha sido castigado eternamente, y Adán y Eva por tan largo tiempo, ¡cuánto más ha merecido para él por tantos y tantos actos de soberbia cometidos con los pensamientos, palabras y obras!».

Quizá en este tiempo de su total entrega al Señor haya que colocar los dos votos heroicos que hizo según la bula de canonización y la quinta lección del Breviario: primero, nunca hacer su propia voluntad; segundo, no pasar ni un solo día sin adelantar en la perfección.

Graduado en ambos Derechos y con fuego en el corazón da comienzo a su enorme apostolado, entregándose del todo a las almas para atraer a los descarriados y empujar a los que se hallan en camino. Predica, confiesa, instruye, nunca se cansa y siempre está dispuesto a que, como del pan blando, todos muerdan de él.

Le encargan la delicada misión de reformar algunos monasterios tanto masculinos como femeninos, ya que sus moradores tienen más de seglares que de religiosos. Corta abusos e impone leyes. Como era de esperar, no todos reciben bien estas reformas y hasta hay quien llega a intentar quitarle la vida a don Lanceloto, pero el Señor le protege y puede salir ileso del atentado.

La persecución no cesa. En 1556 un desnaturalizado facineroso le da tres cuchilladas en la cara y garganta, dejándole casi muerto. Le llevan a la residencia de San Pablo que los teatinos tienen en Nápoles, y allí cura milagrosamente. A pesar de las repetidas instancias de los jueces no quiso nunca revelar el nombre de quien le hirió.

Obtenida la curación, don Lanceloto pidió a aquellos buenos clérigos le admitieran en su congregación. Conociendo sus muchas virtudes y cualidades nada comunes que le adornaban, vieron como gracia muy señalada del Señor esta que ahora les concedía.

El 30 de noviembre de 1556, festividad del apóstol San Andrés, vistió el santo hábito de religioso teatino. Como su amor a la cruz era tan intenso, quiso llamarse igual que el santo del día. Él, igual que San Andrés, fuera de sí, exclamaba con frecuencia:

> «¡Oh cruz admirable, oh cruz ardientemente deseada y al fin tan dichosamente hallada! ¡Oh cruz, que serviste de lecho a mi Señor y Maestro!, recíbeme en tus brazos y llévame de en medio de los hombres para que por fin me reciba quien me redimió por ti y su amor me posea eternamente».

Bajo la sabia dirección del experimentado padre Juan Marinonio hace el año de noviciado, pasando un año de cielo. Cuando el 25 de enero de 1558, Conversión del apóstol Pablo, se ofrece al Señor con los votos de la profesión religiosa, es destinado por los superiores a oír confesiones y otros ministerios pastorales. Lo abarca todo. Basta vaya sellado con el cuño de la obediencia para poner toda su alma en cuantas empresas le encomiendan.

Es repetidas veces elegido superior de diferentes casas de la congregación: maestro de novicios, visitador de las casas religiosas de la Lombardía, director espiritual del seminario placentino, urgiendo las normas que el Tridentino acababa de dictar; profesor de filosofía y teología, socio para la Congregación de los Clérigos Regulares con voz activa y pasiva, privilegio que sólo gozan los sacerdotes que «poseen erudición, prudencia e integridad de vida y que sean ejemplo para los demás fomentando la observancia de la religión», según ordenaban sus constituciones.

Las virtudes no las poseía, pero con su esfuerzo y decidida voluntad llegó a alcanzarlas en sumo grado. Se levantaba dos horas antes de maitines para dedicarlas a la oración. Era parquísimo en la comida y en el sueño. Nunca comía carne y hacía una sola comida al día. Varias veces los Sumos Pontífices le ofrecieron la mitra, que su extraordinaria humildad siempre supo rechazar. El celo por las almas le devoraba. Su caridad para con toda clase de necesitados no tenía límites. La ejercitó sobre todo en la peste de Milán de 1576, entregándose a sí mismo, ya que dinero no poseía. En la comunidad donde moraba reinaba la más perfecta observancia.

Los años iban viniendo. Los achaques corporales se multiplicaban y las maceraciones con que martirizaba su cuerpo se aumentaban cada día. Estaba para llegar el desenlace. Pero aun así no quería quedarse sin celebrar el santo sacrificio. ¿Cómo iba a permitirlo, si era la fuente de donde bebía a grandes sorbos el agua fresca y cristalina que le fortalecía contra tanto enemigo?

Era el 10 de noviembre de 1608. Se levantó como de costumbre, y hecha la oración, acompañado de un hermano, se dirigía a la sacristía para revestirse y celebrar.

—Padre, usted no puede ya caminar —le dijo el hermano, compadeciéndose.

—No se preocupe, hermano, Dios nos ayudará —se apresuró a contestarle el padre Andrés.

Ya en el altar, el hermano no apartaba su vista del rostro lívido del padre Andrés. Éste comenzó: *Introibo ad altare Dei.*

El hermano no contestó. Volvió a repetir la misma frase el santo religioso a la vez que comenzó a inclinarse hacia la derecha. Corrió el hermano y lo recibió en sus brazos impidiendo un golpe mortal. Pidió auxilio y lo llevaron a su aposento. No habló más. Oía, pero no hablaba. Sus últimas palabras, las iniciales de la misa. Quería a toda costa ir a la iglesia para recibir el santo viático, hasta que el superior hubo de decirle: «Padre, vos siempre habéis obedecido. Obedeced ahora, que aquí os traeremos la comunión».

Con fervor seráfico recibió los últimos sacramentos y escuchó la recomendación de su alma. Media hora antes de expirar se puso blanco como la nieve y más hermoso que en sus años primaverales. Y plácidamente, como profundamente dormido, abandonó este destierro. Era lunes.

Al día siguiente, San Martín, un inmenso gentío pasó ante su cuerpo para venerarle, tocarle y pedirle. Le llegaron a cortar cabellos, trozos de ropa y hasta trozos de carne. Dos días después y durante varios años en el aniversario de su muerte, de estas heridas que la devoción de los fieles le ocasionó, chorreaba sangre roja y fresca como de persona viva.

A raíz de su muerte comenzó el Señor a obrar prodigios por medio de su fiel siervo.

El príncipe Stigliano, que había sido su confidente durante mucho tiempo, ante tanta devoción y concurso de gentes, dijo a los padres teatinos:

> «Ahora recuerdo que cuando vivía el padre Andrés, si queríamos hacerle algún homenaje, nos lo prohibía diciendo: No, no me honréis ahora que vivo. Ya me honraréis después de muerto».

La profecía no tardó en cumplirse. El 15 de diciembre de 1609 se incoa el proceso canónico. El 4 de septiembre de 1624 es beatificado y el 22 del mismo mes varias ciudades de Italia lo

eligen como especial patrono. El 1712 era inscrito en el catálogo de los santos por Su Santidad Clemente XI.

RAFAEL MARÍA LÓPEZ MELÚS, O.Carm.

Bibliografía

Acta sanctorum. Novembris, t.4 p.609-623.
Analecta Bollandiana 41 (1923) 139-148.
Cartas (Nápoles 1732).
LUCA, G. DE, Art. en *Dictionnaire de spiritualité, ascétique et mystique.* I: *AA-Byzance* (París 1937) cols.551-554.
VIAN, N., Art. en *Enciclopedia cattolica.* I: *A-Arm* (Ciudad del Vaticano 1948) cols.1189-1190.
Vita e miracoli, a base de los Procesos del nuevo Beato (1624).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTOS NARSÉS Y JOSÉ

Mártires († 343)

Los mazdeanos aprovecharon la presencia del rey Sapor II en Sapta, provincia de Beth Garmay, en Persia, para denunciar al obispo católico Narsés de Sahquart. Él y su joven discípulo José fueron arrestados y llevados ante la presencia del monarca. Éste se empeñó en lograr que ambos apostataran del cristianismo y se pasaran a la religión persa y adorasen al sol. Ambos mártires se niegan, y el rey, que primeramente había usado lisonjas, cambia de táctica y comienza a proferir amenazas, sin pararse ante las amenazas de muerte. Y entonces Narsés respondió: «Oh rey, aunque tú pudieras matarnos una y otra vez hasta siete veces, no abandonaremos a nuestro Dios para obedecerte». El rey entonces pronunció contra ellos sentencia de muerte. Primero el discípulo y luego el maestro fueron decapitados en presencia de una gran muchedumbre. Era el cuarto año de la persecución de Sapor II, el día décimo de la luna de tisrin. El año es ciertamente el 343, el día 10 de noviembre. Su memoria fue introducida en el *Martirologio romano* por Baronio el 20 de noviembre.

SAN JUSTO DE CANTERBURY

Obispo († 627)

En 601 San Gregorio Magno envió a Inglaterra un segundo grupo de monjes para ayudar a San Agustín en su tarea misional. El grupo iba bajo la guía de San Melitón y uno de sus componentes era el monje Justo. Se sabe de él que era romano y parece que era monje en el monasterio de San Andrés en el Monte Celio, no constando actividades suyas previas a su envío a Inglaterra. Debió verle buenas cualidades San Agustín cuando lo designa en 604 primer obispo de Rochester, cuya catedral de San Andrés había sido ricamente dotada por el rey San Etelberto.

Consagrado por el propio San Agustín, comenzó su labor pastoral y la llevó adelante con ánimo y eficacia hasta que llegaron las dificultades surgidas a la muerte del citado rey, pues su hijo y sucesor no tenía idéntica afición al cristianismo que su padre. Entonces hubo de marchar en 618 a Francia con San Melitón y permanecer allí hasta que el propio rey, convertido al cristianismo, lo llamó al año siguiente.

Muerto San Melitón en 624, fue llamado a sucederle en la sede de Canterbury. Favoreció la evangelización de Nortumbria y consagró obispo de York a San Paulino, recibiendo del Papa el palio y una carta congratulatoria. Persona de admirable piedad y bellas cualidades morales, murió con fama de santo el 10 de noviembre de 627, siendo enterrado en la abadía de los SS. Pedro y Pablo y teniendo enseguida culto como santo.

BEATO ACISCLO PIÑA PIAZUELO

Religioso y mártir († 1936)

Joaquín Piña Piazuelo nace en Caspe (Zaragoza) el 26 de julio de 1878 en el seno de una familia de campesinos labradores, honrados y muy cristianos, que proporcionan al muchacho una buena formación religiosa, pero, como era habitual entonces en su clase social, con poca formación cultural. Vive y trabaja con su familia, siendo un muchacho honesto y piadoso que se decidió por fin por la vida religiosa y pidió ingreso en la Orden

Hospitalaria de San Juan de Dios. Ingresó el 15 de septiembre de 1915, con 37 años, en el postulantado de Ciempozuelos, y el maestro de novicios comprobó que tenía buena voluntad y disponibilidad pero carecía de la formación humana deseable para hacer la profesión religiosa y le propuso quedarse como oblato, lo que él aceptó con mucha humildad y modestia. Se le dio, pues, el hábito de devoción y tomó el nombre de hermano Acisclo el 20 de marzo de 1916. Prestó sus servicios con mucha diligencia, primero en el sanatorio psiquiátrico de Ciempozuelos, pasando luego a la casa de San Baudilio de Llobregat y posteriormente a la de Pamplona, de donde fue enviado al asilo-hospital de Barcelona. En varios de estos hospitales se encargó de la vela nocturna de los enfermos y, en Barcelona, del cuidado de los niños escrofulosos.

Llegada la revolución de julio de 1936 hubo de abandonar la casa religiosa, siendo acogido en varias casas sucesivamente hasta que lo acogió doña Sebastiana Escribano en la calle Ríos Rosas, del Barrio de San Gervasio. El 5 de noviembre, al mediodía, registraron los milicianos la casa y se llevaron a la señora y al religioso a la checa de San Elías, donde fueron registrados y separados. Según declaró la señora, fue sacado en la noche del 10 de noviembre junto con muchos otros sacerdotes, religiosos y seglares y fusilados en las afueras de la ciudad.

Fue beatificado el 25 de octubre de 1992 por el papa Juan Pablo II en el grupo de 71 Hermanos Hospitalarios de San Juan de Dios muertos durante los días de la revolución española.

11 de noviembre

A) MARTIROLOGIO

1. La memoria de San Martín († 397), obispo de Tours **.
2. En Karm-Aba-Mina (Egipto), San Menas († 295), mártir *.
3. En Vence (Provenza), San Verano († s. V), obispo y, anteriormente, monje *.
4. En la provincia de Samnio, la conmemoración de San Menas († 580), solitario.

5. En Amatonte (Chipre), San Juan el Limosnero († 620), obispo de Alejandría **.

6. En la abadía de Malonne (Brabante), San Bertuino († 698), obispo y abad.

7. En Constantinopla, San Teodoro Estudita († 826), abad **.

8. En el monasterio de Grottaferrata, junto a Roma, Beato Bartolomé († 1065), abad *.

9. En Nagasaki (Japón), Santa Marina de Omura († 1634), virgen y mártir **.

10. En Laski Piasnica (Polonia), Beata Alicia Kotowska († 1939), de la Congregación de Hermanas de la Resurrección, mártir *.

11. En Sofía (Bulgaria), Beato Vicente Eugenio Bossilkov († 1952), obispo de Nicópolis, religioso pasionista, mártir **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN MARTÍN DE TOURS

Obispo († 397)

«Pocos libros habrán sido tan leídos como la *Vida de San Martín* de Sulpicio Severo, completada por tres cartas sobre su muerte y por dos diálogos (tres, más bien, porque el primero se divide en dos) sobre las maravillas que el taumaturgo de Tours había realizado. Sulpicio Severo, al que *su Crónica* nos muestra como acostumbrado a trabajos de historia, había emprendido con entusiasmo, viviendo aún el gran hombre († 397), su tarea de biógrafo; es este entusiasmo y el talento literario del que da pruebas lo que hace tan atrayente su trabajo, a pesar de una complacencia en lo maravilloso que los mismos monjes de Marmoutier no dejaron de juzgar excesiva. Que haya en sus narraciones "una parte de literatura" es cosa en que todo el mundo está de acuerdo, y las imprecisiones de su cronología son verdaderamente embarazosas para el historiador; pero él se había tomado el trabajo de beber en buenas fuentes, sobre todo para el período de la vida en Tours, del que él mismo conoció testigos, y no hubiera tenido inconveniente en afinar más las notas cronológicas si la retórica de entonces no hubiera profesado tanta aversión hacia las precisiones muy netas» (Aigrain).

Esta *Vida* de Sulpicio Severo había de ser puesta por dos veces en verso: en el año 470 por Paulino de Périgueux y poco después por Venancio Fortunato. De esta manera, en su versión original o en las versiones versificadas recorrería toda Europa. Las leyendas y la lírica de la Edad Media, los oficios litúrgicos, los sermones, los cantares y los poemas, los «misterios» repre-

sentables en el teatro naciente, las vidas devotas, la escultura y la pintura llevarían por todas partes la imagen de este santo, el más popular y conocido de toda Europa. Un fervoroso historiador suyo, Leçoy de la Marche, ha llegado a contar 3.667 parroquias francesas colocadas bajo su patronato, y su nombre sirve para distinguir 487 pueblos. Lo mismo ocurre fuera de Francia. En Alemania es sumamente conocido, acaso por sus actividades en Tréveris y, sobre todo, por la propaganda de los clérigos austrasianos y de los misioneros de San Columbano. Lo mismo ocurre en Italia y en España. San Martín sirve de titular a innumerables iglesias y ha sido objeto de una particular devoción y entusiasmo por parte de los artistas.

En especial la escena de Amiens ha tenido la fortuna de un episodio evangélico. Sabido es que San Martín, todavía catecúmeno, partió la capa con un pobre. Y aquel pobre se le apareció en sueños, en figura de Jesucristo, cubierto de la media capa. El contraste entre el joven oficial del ejército romano y el pobre mendigo, el gesto magnífico del caballero cortando de un golpe de espada su espléndida capa, todo esto atrajo la imaginación del pueblo y de los artistas. Así este tema se encontraría en las marcas de las librerías, en los hierros que servían para hacer hostias, en los peones esculpidos para el juego de damas, en los muebles y hasta en las mismas cubas que se utilizaban para la sidra.

Conocido es el episodio del *Quijote* en que nuestro ingenioso caballero se encuentra con una docena de hombres vestidos de labradores que llevaban unas cuantas imágenes cubiertas. Pide don Quijote que se las descubran, y la segunda resulta ser «la de San Martín puesto a caballo, que partía la capa con el pobre; y apenas la hubo visto don Quijote cuando dijo: "Este caballero también fue de los aventureros cristianos, y creo que fue más liberal que valiente (es decir, que fue más valiente, y más que valiente liberal), como lo puedes echar de ver, Sancho, en que está partiendo la capa con el pobre, y le da la mitad; y sin duda debía de ser entonces invierno; que, si no, él se la diera toda, según era de caritativo"».

No han faltado, sin embargo, intentos de deshacer esta inmensa fama obtenida por San Martín. Un libro resonante, pu-

blicado en París en 1912 por E. Ch. Babut, trataba de demostrar, con un gran despliegue de erudición, viciado, sin embargo, por el abuso de la hipótesis, que San Martín y su biógrafo eran unos obscuros representantes de un clan sospechoso de priscilianismo, de tal manera que San Martín hubiese sido en su vida un personaje sin relieve, que debía todo su renombre posterior al éxito literario que obtuvo su vida una vez olvidada la realidad de los hechos. Tal hipótesis fue refutada de manera que no dejaba lugar a dudas por el insigne padre Delehaye, «mayor» durante mucho tiempo de los Bolandistas.

Podríamos sintetizar el estado de la cuestión al día de hoy haciendo nuestras las palabras de Aigrain:

> «Si el biógrafo que ha servido de apoyo a todos los demás, Sulpicio Severo, ha hecho evidentemente una obra de literato al servicio del éxito, tanto en su *Vida* propiamente dicha como en los *Diálogos* o las *Cartas* que la completan, los censores que han creído poder vaciar casi por completo estos escritos de sustancia histórica, es decir, reducir el papel de Martín al de un personaje de segundo plano más o menos comprometido en los círculos de ortodoxia dudosa, no han hecho mejor tarea de críticos ponderados que los panegiristas imprudentes que aceptaron con los ojos cerrados todos los arreglos hechos por el excesivamente hábil narrador: la sustancia de esta narración pertenece a la historia, y la acción profunda ejercida por San Martín no se explicaría si el prestigio de éste se debiera únicamente a la circulación de una carta escrita».

La influencia de Sulpicio Severo sobre la hagiografía latina fue inmensa, y no solamente sobre los poetas, sino también sobre todos los narradores de vidas de santos. Algunos de los episodios recogidos, ya por él, ya por San Gregorio de Tours, en los cuatro libros que dedicó a coleccionar milagros de San Martín, han pasado a la literatura hagiográfica universal; por ejemplo, el del ahorcado a quien el santo salva la vida.

San Martín había nacido en Panonia (Szombathely), en Hungría, según parece, por encontrarse allí de guarnición su padre, tribuno militar. La educación la recibió, sin embargo, en Pavía. Cuando soñaba con la vida anacorética, se vio obligado a enrolarse en el ejército, y sirvió en la guardia imperial a caballo. Durante este tiempo ocurrió en Amiens el conocido episodio de la limosna de la mitad de su capa entregada a un pobre. Tam-

bién se nos cuenta, para ponderar su cualidad, el hecho de que limpiara el calzado al esclavo que le servía de ordenanza. Por fin, preparado con estas prácticas de caridad, recibe el bautismo y se ve libre de sus obligaciones militares.

Resuena entonces en Francia un nombre insigne: el de San Hilario de Poitiers. Atraído por esta noble e insigne figura, Martín acude a Poitiers y se une a los discípulos del santo. Pese a las invitaciones de éste, rehúsa el diaconado, aunque acepta ser ordenado de exorcista.

El año 356 San Hilario se ve obligado a exiliarse al Oriente, como consecuencia de las querellas político-teológicas suscitadas por los arrianos. San Martín aprovecha este paréntesis para volver a visitar su Panonia natal, donde logra convertir a su madre. También allí ardían las controversias teológicas, y en alguna ocasión es azotado públicamente para castigar las actividades emprendidas por él contra el clero arriano. Con aquella maravillosa facilidad con que, pese a los toscos medios de comunicación entonces existentes, se desplazan los hombres en aquellos tiempos, le encontramos poco después en Milán, donde hace un ensayo de vida monástica cerca de la ciudad, hasta que el obispo arriano le expulsa. Durante algún tiempo se refugia en un islote de la costa ligur con un sacerdote. Y allí le llega la noticia de que San Hilario ha vuelto a Poitiers. Inmediatamente vuela a su lado.

Pero, en Milán y en la isla, ha tomado el gusto a la vida monástica. Por eso, apoyado por San Hilario, funda un monasterio en Ligugé. Se ha dicho con mucha razón que San Martín fue «soldado por fuerza, obispo por obligación, monje por gusto». Porque en Ligugé realiza Martín su más hondo deseo.

Sin embargo, aquella vida tranquila, al margen de los afanes del cuidado pastoral y de las querellas teológicas, iba a durar bien poco tiempo. Pronto los milagros vienen a señalar, junto con la ejemplaridad de vida del abad y de los monjes, su figura a los pueblos de alrededor. La sede de Tours estaba vacante. Con el pretexto de curar a un enfermo, se le hizo venir a la ciudad. Y una vez allí, el 4 de julio del año 370 (o acaso del 71) era consagrado obispo.

Falta hacía. Desgraciadamente el episcopado galo-romano había cedido en aquellos tiempos al espíritu del mundo, y resul-

taba necesario el contraste con la figura penitente del nuevo obispo de Tours. Para acentuar más la concepción que él tenía del episcopado, uno de sus primeros actos fue fundar, en cuanto pudo, un monasterio, el de Marmoutier, junto a su ciudad episcopal, monasterio que pasaría a constituir un auténtico semillero de obispos y sacerdotes reformadores en medio del relajado clero de las Galias de entonces.

Se ha hecho notar que en San Martín vienen a concurrir las características de los tres tipos de santidad entonces conocidos: el de los ascetas, pues personalmente el santo aparece revestido de austeridad y penitencia; el de los pontífices, como obispo de Tours; y el de los misioneros, que entonces empezaba a agregarse a los otros dos, por la extraordinaria actividad que como tal desarrolla. Le encontramos en lucha con el paganismo no sólo en su diócesis, sino incluso bien lejos de ella. Así, por ejemplo, una inscripción nos muestra al santo bautizando a una cierta Foedula en Viena de Francia.

Su método misionero estaba basado en la decisión y la valentía. Rodeado por sus discípulos se llegaba al pueblo, convocaba la multitud, y uniendo la autoridad a la persuasión, conseguía la demolición del templo pagano y el derribo de los árboles sagrados. Hay que decir que, en especial bajo el emperador Graciano, sincero amigo del cristianismo, San Martín pudo contar en estas empresas con el apoyo de las autoridades civiles. Pero la verdad es que, independientemente de esto, su ascendiente personal debía de ser extraordinario. Prueba de ello está en el atractivo que ejerció sobre personajes de la talla de un San Paulino de Nola, un Sulpicio Severo y tantos otros que fueron saliendo de su abadía de Marmoutier.

Si frente al paganismo su labor fue espléndida y puede decirse que prácticamente triunfante en todas las ocasiones, no le faltaron, en cambio, sinsabores en lo que se refiere a su actividad dentro de la Iglesia. Dos obispos españoles intrigantes y crueles habían llevado el caso de Prisciliano al emperador, quien decidió, impulsado por ellos, dar muerte al heresiarca y a todos sus adeptos. San Martín se conmovió ante la noticia y se dirigió a Tréveris, donde se encontraba la corte imperial, a fin de salvar la vida de los que aún sobrevivían, pues entendía que no es la violencia el mejor medio de combatir a los herejes. Lo

consiguió, pero teniendo que pagar un precio que toda la vida le amargará el haber pagado: comulgar con los obispos perseguidores en el momento en que ellos consagraban al nuevo obispo de Tréveris, Félix. Este compromiso con obispos indignos, despreciados a la vez por San Ambrosio y por el obispo de Roma, le dolió profundamente. Sólo la caridad hacia los condenados a muerte pudo servir a sus ojos de disculpa para un paso como éste.

Hay un aspecto de la vida de San Martín digno de ser subrayado: sus relaciones con los funcionarios importantes y con el mismo emperador. Condescendiente en lo que podía, supo mantenerse, sin embargo, enteramente firme cuando debía. Si un día llama a las puertas de Marmoutier un importantísimo personaje con la pretensión de sentarse a la mesa de los monjes, tendrá ocasión de ver que se le niega ese gusto, porque sus costumbres le hacían indigno de aquella compañía. Es más, el mismo emperador Máximo, en Tréveris, verá cómo el santo da preferencia a un sacerdote, a la hora de sentarse a la mesa, sobre el mismo emperador. Juntamente con San Ambrosio contribuyó San Martín a establecer la libertad de la Iglesia para oponerse, en nombre del Evangelio, a los abusos de la autoridad civil.

Esta firmeza le atrajo enemigos. Aquellos prelados aristócratas, amigos del lujo, tibios en su fe y aseglarados en sus costumbres, no podían sufrir los ejemplos que del santo les venían. Por todas partes ve el santo cómo su obra es discutida y atacada. Se le reprochan sus orígenes, se le acusa de haber estado contagiado por el priscilianismo, se le trata de hipócrita. Pronto ve con pena cómo los obispos reformadores formados en su escuela son relegados a un rincón, mientras los demás se entregan a inútiles y dañosas querellas de precedencia. Luchas mezquinas, triste herencia de antiguas rivalidades entre las ciudades, prefiguración de los conflictos feudales. Los concilios de las Galias se hacen tumultuosos y vanos. Al igual que San Ambrosio, San Martín se mantiene al margen de ellos, y ya octogenario, se dedica a prepararse para su muerte.

Ésta le llegó en uno de los sitios más bellos de Francia, en Candes. Se trata de un pueblecito en la confluencia de los ríos Viena y Loira. Edificado sobre una colina, el paisaje que desde

allí se divisa es realmente maravilloso. La iglesia está en lo alto, y aún hoy, al entrar en ella, se ve, a la izquierda, una capilla que señala el lugar exacto en que ocurrió la muerte del santo. Había acudido allí para apaciguar ciertas diferencias que habían surgido entre los clérigos. Se sintió desfallecer y se acostó.

Tuvo entonces lugar la escena que todo el mundo conoce, y que recoge y subraya con tanta fuerza el oficio divino en la fiesta del santo. Sus discípulos, que le rodeaban, le pedían que continuara viviendo, porque si no su rebaño quedaría expuesto a grandes peligros. Él, entonces, contestó: «Señor, si aún soy necesario, no rehúso continuar viviendo. Que tu voluntad se realice plenamente». ¡Oh feliz varón —exclama la liturgia—, que ni temió morir ni recusó la vida!

Sus discípulos le ofrecían una cama un poco mejor preparada, pero él prefería continuar acostado sobre la ceniza y recubierto de su cilicio. «No conviene a un cristiano morir de otra suerte», respondía. Fija su vista en el cielo, levantadas sus manos para la oración, querían los que le rodeaban aliviar su dolor poniéndole en otra postura: «Dejadme, hermanos, les decía, mirar al cielo más que a la tierra para dirigir desde ahora mi alma por el camino que debe conducirla hacia el Señor».

Llegó el momento culminante. Aquel grupito de hombres fieles que le rodeaba no podía ocultar sus sollozos. Él continuaba imperturbable, fijos sus ojos en el cielo, cuando se apercibió de que el demonio llegaba tratando de arrebatar su alma: «¿Qué haces tú aquí —gritó con energía sobrehumana—, bestia sanguinaria? No encontrarás más en mí que te pertenezca, maldito. El seno de Abrahán me va a recoger». Y al decir esto expiró santamente.

Como una compensación a tantos ataques que había tenido que sufrir en los últimos años de su vida, de todas partes se alzó a su muerte un elocuente plebiscito de amor y veneración. La masa del pueblo le aclamó como santo. Una muchedumbre de monjes y de vírgenes concurrió a sus funerales, señalando la prodigiosa vitalidad de la institución nacida en Ligugé. Pronto se elevó una modesta capilla sobre su tumba, que San Perpet († 490), sucesor suyo en Tours, transformó en una importante basílica, cuyo calendario, importantísimo en la historia de la ha-

giografía, conocemos por San Gregorio de Tours, y que nos proporciona uno de los primeros testimonios del tiempo de Adviento.

Recientemente, en el invierno de 1952 a 1953, se han hecho excavaciones en Ligugé, con resultados sumamente interesantes. En el terreno próximo a la iglesia renacentista, han aparecido restos de dos edificios que existieron antes en aquel lugar: una pequeña villa galo-romana de los siglos II o III, desaparecida, por lo que puede conjeturarse, el año 275, cuando la primera invasión. El segundo monumento, que parece datar de fines del siglo IV y devastado a mediados del siglo V, es único en Francia, totalmente diferente de lo que hasta ahora se conocía en tipos de *villae*. Presenta cierta analogía a los mausoleos antiguos: un inmenso ábside casi semicircular, de 32 metros de diámetro, cerrado por un muro frontal en el que se abren varias puertas. Un pasillo interior contornea la construcción, en torno a un área central más elevada. Exteriormente aparece una línea de columnas. ¿Se trata del mausoleo de una gran familia, único en Francia? Los técnicos se inclinan a ver una iglesia votiva dedicada a San Martín, ya que los mausoleos han sido con frecuencia el modelo de los edificios votivos paleocristianos. El recuerdo de San Martín habría sido tan excepcional que daría ocasión para un monumento único en toda Francia construido en su honor en Ligugé.

Lo cierto es que desde el principio su tumba constituyó un lugar de peregrinación. Sobre todo en la época merovingia su culto alcanza un prestigio inmenso. No falta quien ve en la palabra «capeto», con que se designaba a los reyes de Francia por entonces, una alusión a «cappatus», es decir, puesto bajo la capa del santo, ya que los reyes Capetos se honraron siempre con el título de abades de San Martín de Tours.

A su popularidad contribuyó también la fama de los milagros. Su sucesor San Gregorio († 594) se dedicó incansablemente a reunir cuantos pudo. Nada menos que cuatro libros, escritos a lo largo de su vida, dejando amplios márgenes de tiempo entre uno y otro, dedicó a contarlos. Es cierto que San Gregorio tiene por milagro muchos hechos que podríamos considerar como puramente naturales, simple recompensa he-

cha por Dios a una oración llena de espíritu de fe, pero sin alterar las leyes de la naturaleza: preservación de peligros, castigos a los robos o a los perjurios, liberación de prisioneros, etc. De todas formas, estas narraciones de San Gregorio reflejan una sinceridad total. El santo marca con precisión cuál ha sido su fuente de información, si ha recibido directamente o no la noticia del caso, quiénes fueron los testigos, etc. Y de esta manera contribuye, con la narración de todos aquellos milagros, a difundir y a arraigar más y más la devoción que toda Europa sentía por el santo. Si muchos de estos milagros no resisten la crítica moderna, no por eso dejó San Gregorio de hacernos un magnífico servicio al contárnoslos, reflejando en ellos interesantes costumbres de su época y proporcionando un precioso material a quienes más adelante tendrían que trabajar sobre estos temas.

La fisonomía de San Martín se nos ofrece firme y bien definida, pese al transcurso de tantos siglos. Fue un asceta y un apóstol, pero fue sobre todo hombre de oración. Ni aun entre las tareas, ciertamente agobiadoras, de su episcopado, dejó de estar en continua comunicación con Dios. «Como el herrero, en el curso de su trabajo, encuentra un cierto descanso en golpear de vez en cuando el yunque —nos dice uno de sus biógrafos—, así Martín, cuando parecía hacer otra cosa, estaba siempre en oración».

Mortificado y penitente, sereno entre las adversidades y los triunfos, pobre y humilde, apartado por completo de las vanidades de este mundo, verdadero discípulo de Jesucristo, San Martín tuvo una gran influencia en toda la espiritualidad medieval. La misma historia del Derecho canónico reconoce, en el desarrollo del instituto de los obispos religiosos, una influencia decisiva de su ejemplo y su actividad a la hora de construir la figura jurídica de esta clase de obispos.

Pero su gran lección ha sido siempre la de la caridad. Su gesto en Amiens dando la mitad de la capa fue superado más tarde, siendo ya obispo. A punto de celebrar la misa, dio su túnica entera a un mendigo. Anécdotas éstas que nos reflejan una bondad profunda, un amor ardiente al prójimo. Sus mismos milagros, como los de Cristo, son milagros de cari-

dad. Pasó haciendo el bien, entregado, en cuerpo y alma, a su pueblo.

Aunque consta ciertamente que murió el 8 de noviembre, su fiesta se celebró, desde el comienzo, el día 11, no sólo en Tours, sino en toda la Iglesia, a la que había llegado el conocimiento del resplandor de sus virtudes.

LAMBERTO DE ECHEVERRÍA

Bibliografía

AIGRAIN, R., *L'hagiographie: ses sources, ses méthodes, son histoire* (París 1953) p.19; 159-166; 182; 232; 237; 271; 298-303; 349-358; 375.

Bibliotheca hagiographica latina: antiquae et mediae aetatis, ediderunt Socii Bollandini (BHL) (Bruselas) n.5617-5666, p.825-830.

DELEHAYE, H., *Saint Martin et Sulpice Sévère* (Bruselas 1920).

MENARD, M., «Saint Martín de Tours»: *Revue de l'Université Laval* 8 (1953) 3-19; 115-138.

MONCEAUX, P., *Saint Martin. Récits de Sulpice Sévère mis en français avec une introduction* (París 1926).

RESSE, J.-M., *Le tombeau de Saint Martin à Tours* (París 1922).

• Actualización:

PERNOUD, R., *San Martín de Tours* (Madrid 1998).

SULPICIO SEVERO, *Vida de San Martín de Tours* (El Escorial 1961).

SAN JUAN EL LIMOSNERO

Obispo († 620)

El título con que la posteridad lo conoce ya demuestra que la vida ejemplar de este Patriarca alejandrino se conoce mucho más por la etapa culmen de su ministerio apostólico que por los pocos datos anteriores de su vida que las antiguas tradiciones y piadosas biografías han hecho llegar hasta nosotros. Las vidas del santo que escribieron en el siglo VII Juan Mosco y Sofronio el Sofista se han perdido. En la *Patrología griega* y las *Acta sanctorum* encontramos una de Leoncio, obispo de Chipre, escrita a petición de un sínodo y ayudado por los datos aportados por el clero alejandrino.

Nació Juan en Chipre en la segunda mitad del siglo VI, con toda probabilidad en Amathonte (Amathous?), en la costa meridional de la isla. Según algunos, su padre, Epifanio —Esteban según otros— era gobernador de la ciudad. Educado conforme

a su rango familiar se casó joven. Fue su matrimonio un drama familiar, ya que no tuvo descendencia —dos hijos que nacieron, según tradición, fallecieron prematuramente— y la muerte le arrebató muy pronto a su esposa. Viéndose viudo y sin hijos, la gracia le impulsó a desprenderse de sus bienes repartiéndolos entre los necesitados para así cumplir al dictado el consejo evangélico.

Si apenas nos quedan datos de esa primera época de su vida, los hechos contemporáneos nos ofrecen una escena inquietante que dan paso a la entrada en escena del viudo y ya limosnero Juan.

Hacia finales del año 608, Heraclio, que era entonces exarca o gobernador de África, comenzó a dar muestras de rebeldía contra el emperador Focas. Heraclio empezó a mover sus piezas enviando al general Bonakis para que se hiciese cargo del ejército de Tripolitania en compañía de un sobrino suyo llamado Nicetas; este último recibió la misión de dirigirse al norte de Egipto. Advertido el emperador por el prefecto imperial y el patriarca Teodoro de estos movimientos destinados a un levantamiento militar, mandó a Egipto a Bonoso para contrarrestar la insurrección. Nicetas, sin embargo, tuvo tiempo de llegar a Alejandría siendo saludado por el pueblo como libertador; derribó la estatua del emperador y ejecutó al prefecto y al patriarca Teodoro amparado por la irritación que hacia él sentían los monofisitas. Tras diversos episodios de derrotas y victorias, al año siguiente, vencido Bonoso y asesinado a su vez el propio emperador Focas, Heraclio fue coronado emperador por el patriarca de Constantinopla en 610.

Entre otras competencias, el nuevo emperador tenía que nombrar al nuevo patriarca de Alejandría. Y fue su sobrino Nicetas, convertido en nuevo prefecto de Alejandría, el que le convenció para que nombrase a Juan cuya fama de honradez y desprendimiento había llegado hasta el emperador.

Se desconoce el día de su ordenación pero se sabe bien que, desde el primer momento de su ministerio patriarcal, se mostró un celoso defensor de la fe católica proclamada en el Concilio de Calcedonia contra el monofisismo, es decir contra los que interpretaban que en Jesucristo no había las dos naturalezas, la

humana y la divina, confundiendo naturaleza con persona. Hizo suprimir en la liturgia, en el canto del *Trisagion,* un añadido monofisita. Combatió la simonía y trató de buscar y ordenar como ministros de la palabra y de los sacramentos a todos aquellos que estaban firmes y claros en la ortodoxia católica.

Entregado totalmente a su ministerio apostólico, sobresalió de un modo notabilísimo en la dedicación preferencial por los pobres y necesitados, siempre numerosísimos, especialmente en las grandes ciudades como Alejandría. Y eran muchas las miserias de la época y del pueblo alejandrino. Y todo lo que llegaba a sus manos era repartido ordenada e inmediatamente a la lista de pobres que había mandado confeccionar. Mandó construir iglesias pero más fueron los edificios que levantó para socorrer a los necesitados, como asilos, casas de acogida para huérfanos, hospitales para enfermos y hasta casas de maternidad. Sus hagiógrafos describen amplia y detenidamente su inmensa y generosa caridad, que en ocasiones rozaba lo milagroso y por la que la posteridad lo reconoce con el apellido glorioso de *el Limosnero.*

No parece conveniente dejar de narrar algunos pasos de su vida, incluso a sabiendas de que no pueden ser corroborados según la crítica histórica de nuestros días. Cuenta Leoncio que Juan puso todo su empeño en que los pobres fueran socorridos, y al mandar confeccionar la lista a que hemos aludido, dijo: «Háganme la lista de mis dueños señores»; y no entendiendo los curiales a quiénes se refería les explicó: «Llamo mis dueños y señores a los que vosotros llamáis pobres mendicantes, porque ellos son los que me van a regalar el reino de los cielos». El número de pobres era tan grande que fácilmente los listos y menos necesitados se presentaban solicitando ayuda. Advertido Juan de esa posibilidad, aconsejó a sus clérigos: «Nuestro Señor y su siervo Juan no desean tener servidores curiosos sino domésticos inteligentes».

No se dejaba coaccionar Juan en materia de disciplina ni siquiera con quien le ofrecía pan para los pobres. En un momento de calamidad y hambruna, un hombre rico le ofreció una gruesa suma de dinero para comprar grano para los pobres a cambio de que le perdonara una irregularidad y le permitiera

subsanarla entrando en la clericatura. Se negó el santo en redondo y poco después la Providencia recompensaba su valor y fidelidad haciéndole llegar desde Sicilia dos barcos llenos de grano.

Se dice que para animar a sus fieles a la limosna el patriarca Juan les contaba estos ejemplos: el primero se refería a un banquero llamado Pedro que fue gobernador de África bajo el mandato del emperador Justiniano. Tenía tan duro corazón que nadie era capaz de sonsacarle una limosna. Pero en una ocasión un pobre se le mostró tan obstinado que para quitárselo de encima le arrojó un pedazo de pan duro. Estando enfermo poco después, tuvo un sueño en el que se vio ante el juicio de Dios. Y para contrapesar sus muchas injusticias e inmisericordias no pudo ver en el otro plato de la balanza sino un mendrugo de pan duro. El aviso no cayó en saco roto y recobrada la salud supo repartir sus bienes entre los más necesitados. Un segundo ejemplo contaba: Hubo un ermitaño llamado Serapión el Sindonita que sólo era dueño de un libro de los evangelios, y que, no sabiendo leer, les pedía a las personas instruidas con las que se encontraba, que tuviesen la caridad de leerle un poco. Siguiendo el ejemplo del desprendimiento y la caridad de Cristo estaba dispuesto a entregarlo todo por su Señor. Al fin tuvo que desprenderse de su ropa, de su calzado y hasta del libro de los evangelios para dárselo a los necesitados. Llegó por último una viuda pobre y al no tener nada que darle le pidió que le llevase a la plaza y que lo vendiese como esclavo para así subvenir a su necesidad. El santo patriarca recordaba a sus fieles que a ellos el Señor no les pedía tanto, sólo que diesen algo de lo que tenían. Y ante las acciones de gracias que recibía y las alabanzas por su generosidad solía responder: «Hermano, todavía no he derramado mi sangre por ti como lo hizo Jesucristo mi Dios y Señor por mí. Tengo mucho que aprender».

Los acontecimientos de la época le dieron repetidas ocasiones de mostrar su carisma de noble e inextinguible caridad. La invasión persa del 611 produjo una riada de inmigrantes y prófugos de Siria a los que acogió con la ayuda de los notables de la ciudad. Posteriormente tuvieron que hacer lo mismo con los prófugos de Palestina por la invasión y captura de Jerusalén

en 614; allí acudió con sus socorros para rescatar a las monjas capturadas y reconstruir las iglesias derruidas y profanadas. Puso su colaboración a disposición del Patriarca de la ciudad santa, Modesto, para reorganizar todo lo que la cruel invasión había trastornado.

La invasión persa también amenazó finalmente a Egipto. Y Juan fue aconsejado por el prefecto que partiese hacia Constantinopla, la capital del imperio. Mas al pasar por Chipre, su patria, decidió quedarse en su ciudad natal de Amatonte donde murió al poco tiempo, el día 11 de noviembre de 620, a los 62 años de edad, según Leoncio. Su cuerpo fue sepultado junto a la tumba de San Ticón, uno de los antiguos obispos de su ciudad. Existe una tradición en la que se le atribuye que, antes de morir, tuvo tiempo de escribir la vida del mismo San Ticón, junto al cual fue a reposar tras su muerte.

Como es de suponer de un santo patriarca tan celoso y caritativo, su culto se extendió rápidamente por todo el oriente, desde Egipto a Constantinopla. Los diversos calendarios y martirologios ortodoxos de la época inmediatamente posterior mencionan su memoria, unos el mismo día de su muerte, el 11 de noviembre, y otros al día siguiente, el 12, pues el 11 en algunas iglesias orientales se celebraba la fiesta de San Menas.

En occidente su culto es bastante tardío pues no hay que olvidar que ya estaba resquebrajada la unidad moral del Imperio. Y aunque los martirologios medievales lo ignoran, ya encontramos una *Vita* en los inicios del siglo XIII, al mismo tiempo que en Venecia se da a conocer la existencia en la ciudad de algunas reliquias de San Juan. Contribuyó mucho a la difusión de su culto el capítulo 27 de la *Legenda Aurea* de Giacomo da Varezze.

Como en muchos santos orientales la historia de sus reliquias está envuelta en traslaciones a occidente no del todo fáciles de rastrear de forma fidedigna. En 1632 el cardenal húngaro Pázmány, embajador en Roma del emperador de Austria, escribió una historia de los diversos traslados de las reliquias del patriarca San Juan el Limosnero. Unos peregrinos rusos del año 1200 aseguran que en una iglesia de Constantinopla se encontraban las reliquias del santo. Pero nadie ha explicado ni hay

dato alguno que narre la traslación desde Amatonte (Chipre) a Constantinopla. La presencia de sus reliquias quizá podría dar la razón a otros biógrafos antiguos que contaban que el santo no se quedó en su ciudad natal sino que verdaderamente llegó al lugar de su destino cuando salió de Alejandría. El cardenal, después de narrar la presencia en 1420 de reliquias del cuerpo de San Juan en el monasterio de monjas orientales de Santa Marta junto a otros santos, señala que estas reliquias fueron entregadas al rey de Hungría Matías Corvino (1458-1490) y colocadas en la capilla real del palacio de Buda. Trasladadas a Tell (Tall), cerca de Presburgo, fueron finalmente depositadas en 1632 (el 23 de enero, día de su fiesta según el martirologio de Baronio) en la catedral del mismo Presburgo y encerradas en un suntuoso monumento que el propio cardenal Pázmány había mandado levantar.

Baronio, probablemente, no tuvo las mejores fuentes acerca de San Juan el Limosnero e introdujo su nombre en el Martirologio Romano, como acabamos de recordar, adjudicándole el día 23 de enero que, según señala de modo sorprendente, es el día de su ordenación como patriarca de Alejandría. Pero lo que más sorprende es que dice que su *dies natalis* es el 3 de febrero y que así lo celebra la Iglesia bizantina, cosas que repitieron posteriormente otros sin revisión ni crítica. El nuevo *Martirologio romano* (2001) lo inscribe en el día que la tradición más antigua ha conservado como el de su muerte, el 11 de noviembre.

La iconografía de San Juan que ha llegado hasta nosotros lo representa no tanto como un patriarca revestido con los paramentos de su ministerio episcopal (miniatura en un códice del siglo XI en la Biblioteca Vaticana) cuanto como un venerable personaje de luenga barba que reparte limosna a los pobres (Cracovia, tríptico del siglo XVI en la Iglesia de Santa Catalina). Diversas iglesias de occidente, a las que de algún modo llegó alguna parte de las reliquias del santo, le levantaron altares y capillas, especialmente en la ciudad de Venecia donde se encuentra una iglesia levantada en su honor; en ella, una obra maestra de Tiziano lo representa en un gran lienzo revestido con traje de coro episcopal a la manera occidental, entregando limosna a un necesitado.

Como algún autor ha escrito, desde un punto de vista hagiográfico, la figura de San Juan el Limosnero está en consonancia con la de los demás obispos de época tardo-antigua. Las peculiaridades de su santidad son las propias del pastor dedicado al bien de la comunidad, en la que se mueve y actúa con amplios poderes. También la caridad, característica principal del personaje, debe ser valorada en sentido del deber episcopal: de ella ha de subrayarse tanto el aspecto de virtud heroica como el de su valor institucional, derivado de la aplicación por parte del pastor de los principios de igualdad y justicia, y estrechamente unido a la eficaz administración de los bienes eclesiásticos. Y, al fondo, aparecen otros elementos característicos del modelo antiguo de santidad episcopal, como son la oposición profética al poder político, la admiración por el mundo monástico, el buen gobierno del clero, la lucha contra la herejía y la imparcialidad en la administración de la justicia.

LUIS M. PÉREZ SUÁREZ, OSB

Bibliografía

Art. en A. DI BERARDINO (dir.), *Diccionario patrístico y de la antigüedad cristiana,* II (Salamanca 1991).

BAUDOT, J. - CHAUSSIN, L., OSB, *Vie des saints et des bienheureux...,* I (París 1935).

CELLETI, M.ª C., Art. en *Bibliotheca sanctorum,* V: *Erizzo-Galdino* (Roma 1964) cols.756-757.

CHIESA, P., Art. en C. LEONARDI - A. RICCARDI - G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los Santos,* II (Madrid 2000).

SAUGET, J.-M.ª, Art. en *Bibliotheca sanctorum,* V: *Erizzo-Galdino* (Roma 1964) cols.750-756.

SAN TEODORO ESTUDITA

Abad († 826)

Hay santos bastante desconocidos en la Iglesia occidental, hasta el punto de que apenas se recuerda su vida en los martirologios populares de esa Iglesia. Sin embargo, cuando se estudia el devenir histórico de la misma Iglesia esos mismos santos aparecen hasta en los manuales de escuela más sencillos. Es el caso de San Teodoro Estudita, monje bizantino, que merece parcelas muy favorecedoras como escritor, reformador de la vida mo-

nástica, autor de discursos, atrevido defensor de la ortodoxia en las luchas iconoclastas.

Teodoro nació en Bizancio o Constantinopla el año 759 y murió en Büyük Ada, isla de los Príncipes, en 826. Su padre, Fotino, era funcionario del fisco imperial. La madre, Teoctistes, fue una comprometida y ejemplar creyente que supo educar a sus hijos por los caminos del mejor compromiso eclesial de la época. No en vano Platón, hermano de Teoctistes, había fundado por el año 759 en Bitinia el monasterio de Saccoudion donde ocupó el cargo de hegúmeno del mismo. Por el ejemplo y la influencia de Platón toda la familia, el padre, Fotino, Teodoro y sus hermanos José y Eutimio, en 781, ingresaron en ese monasterio.

La pacífica convivencia y entrega a Dios del monasterio no fueron obstáculo para que los monjes se comprometieran seriamente en unos tiempos que fueron muy difíciles para su Iglesia.

Cuando en el año 795 Constantino VI repudia a su legítima mujer María de Amnia, impuesta por su madre Irene cuando solamente tenía siete años de edad, para casarse con su amante Teodora, los monjes de Saccoudion no pudieron callar, denunciaron el hecho y se convirtieron en los más tenaces opositores del atropello. Un compromiso por el que una gran parte de los monjes fueron deportados al monasterio de los Cátaros y posteriormente a los dos hermanos Teodoro y José los mandaron un año después al destierro en Tesalónica.

Desaparecido Constantino por el destronamiento de su propia madre Irene en el 797, los condenados todos pudieron volver de su destierro pero ahora lo hacen eligiendo el monasterio de Stoudion o Studa en Constantinopla, donde Teodoro fue nombrado su abad. De aquí precisamente le viene el nombre de Estudita como se le conoce ahora.

En los reinados siguientes de Nicéforo (806) y León V el Armenio su intransigencia en materia de religión le valió grandes persecuciones y destierros, llegando el segundo de dichos emperadores a condenarlo a ser azotado, suplicio que Teodoro sufrió con noble entereza y ejemplaridad.

En el fondo de todas estas cuestiones estaban las luchas iconoclastas. León V el Armenio, con la idea de convocar un sínodo iconoclasta, encargó en 814 al hegúmeno Juan el Gramático

que reuniera toda la documentación teológica favorable a sus intereses. Y para favorecer sus planes dio órdenes de que fueran alejados los oponentes de elevada categoría: Teodoro fue desterrado y Nicéforo el patriarca de Constantinopla destituido.

Definitivamente entonces tuvo que abandonar Constantinopla y buscar refugio en las islas de los Príncipes, donde murió el 11 de noviembre de 826. Sus restos serían posteriormente trasladados al monasterio de Studa.

Al abad Teodoro hay que considerarlo como uno de los campeones del monaquismo de Oriente y de la lucha contra los iconoclastas.

> «El monacato cenobítico había sido reformado, robustecido y minuciosamente reglamentado por San Teodoro, abad del monasterio de Studion en Constantinopla, centro que desempeñó en esa época —siglo VIII y IX— un papel fundamental en el movimiento monástico de la cristiandad oriental. Las disposiciones adoptadas por Teodoro se basaban en las reglas de San Basilio; inspiraron numerosas constituciones monásticas en el Imperio de Oriente y en los países eslavos ortodoxos» *(Nueva historia de la Iglesia).*

Para esta reforma monástica se compromete San Teodoro con varios escritos, algunos de los cuales han llegado hasta nosotros, principalmente con las llamadas catequesis: *Gran catequesis* y *Pequeña catequesis.* Aunque la metodología elegida no sea la que utilizamos en nuestro tiempo, sino que se hace en forma oratorial a modo de sermones, el autor se siente urgido por la disciplina monástica, la oración y el trabajo comunitario.

En el aspecto de trabajo manual la abadía de Studion se convirtió en uno de los centros más importantes de copistas de Bizancio. Aquí la grafía minúscula toma definitivo cuerpo, algo que será norma general a partir del siglo siguiente.

Las *Disertaciones espirituales* y las *Disertaciones contra los iconoclastas,* están en la mejor línea de los predicadores de su tiempo con una gran amplitud de temas. Luego copiamos un párrafo final.

Otro importante grupo de escritos conservados es su *Epistolario.* Aparece aquí el dinamismo de un monje que se siente urgido por las necesidades de su tiempo y comprometido con los personajes, adversarios o no, con los que mantiene y expone sus convencimientos de fe y, más aún, el fervor de la vida monástica, con la que está seriamente comprometido.

De mayor delicadeza literaria son sus composiciones poéticas de índole muy diversa: himnos litúrgicos, oraciones y poesías variadas, muchas veces dedicadas a sus familiares, como su madre, sus hermanos e incluso su tío Platón. Son clara muestra de la hondura espiritual y la brillantez de su pensamiento.

Para muestra del haber literario nos basta un párrafo de sus discursos o disertaciones:

> «¡Oh don valiosísimo de la cruz! ¡Cuán grande es su magnificencia! La cruz no encierra en sí mezcla de bien y de mal, como el árbol del Edén, sino que toda ella es hermosa y agradable, tanto para la vista como para el gusto. Se trata, en efecto, del leño que engendra la vida, no la muerte; que da luz, no tinieblas; que introduce en el Edén, no que hace salir de él. La cruz es el madero al cual subió Cristo, como un rey a su carro de combate, para, desde él, vencer al demonio, que detentaba el poder de la muerte, y liberar al género humano de la esclavitud del tirano».

JOSÉ SENDÍN BLÁZQUEZ

Bibliografía

Diccionario Espasa. Tomo letra T, p.1023.
Nueva historia de la Iglesia, II (Madrid 1982) 106.

SANTA MARINA DE OMURA

Virgen y mártir († 1634)

Marina de Omura, hermana dominica terciaria japonesa del pueblo que en su apellido figura, ingresó en la Tercera Orden Dominicana corriendo el año 1626, se reveló diligente y eficaz colaboradora en el apostolado catequístico y resultó de providencial ayuda para los misioneros. Diríase que en ella se cumplió al pie de la letra lo que el Concilio Vaticano II dispone en el Decreto *Ad gentes* sobre la actividad misionera de la Iglesia, y muy concretamente acerca del deber misionero de los seglares:

> «En los países de misiones, los seglares, sean extranjeros o nativos, enseñen en las escuelas, administren bienes temporales, colaboren en la actividad parroquial y diocesana, establezcan y promuevan las diversas formas del apostolado seglar, para que los fieles de las Iglesias jóvenes puedan cuanto antes asumir su propio papel en la vida de la Iglesia» (AG 41).

Ella fue muchas veces el próvido y alargado brazo de los misioneros, que de ese modo llegaban casi siempre adonde de suyo el suyo no podía llegar.

Arrestada en 1634, Marina fue sometida a vergonzosas humillaciones y conducida, por último, a la hoguera, dando en toda circunstancia claras muestras de acatamiento a la voluntad divina y revelándose ante las pruebas límpido y claro espejo de la «mujer fuerte» (Prov 31,10). Martirizada con el cruel suplicio de la hoguera, murió a fuego lento el 11 de noviembre de 1634 en Nishizaka, Juan Pablo II la beatificó el 18 de febrero de 1981 y el 18 de octubre de 1987 la canonizó con los otros 15 compañeros cuyos nombres, inscritos «en el libro de la vida» (Ap 3,5; 20,12.15), merecen también ser registrados aquí para perpetua memoria de los lectores del *Año cristiano.* El listado arroja el siguiente balance de nombres y nacionalidades: Domingo Ibáñez de Erquicia (cf. 14 de agosto), sacerdote dominico español; Francisco Shoyemon (cf. 14 de agosto), hermano dominico japonés; Santiago Kyuhei Gorobioye Tomonaga (cf. 17 de agosto), sacerdote dominico japonés de Omura; Miguel Kurobioye (cf. 17 de agosto), laico japonés; Lucas del Espíritu Santo Alonso Gorda (cf. 19 de octubre), sacerdote dominico español; Mateo Kohyoe (cf. 19 de octubre), hermano dominico japonés; Magdalena de Nagasaki (cf. 15 de octubre), terciaria agustina recoleta de Nagasaki; nuestra Marina de Omura, hermana dominica japonesa de Omura; Tomás Hioji Rokuzayemon Nishi (cf. 28 de septiembre), sacerdote dominico japonés de Ikitsuki; Jordán de San Esteban Jacinto Ansalone (cf. 28 de septiembre), sacerdote dominico italiano; Antonio González (cf. 24 de septiembre), sacerdote dominico español; Guillermo Courtet (cf. 29 de septiembre), sacerdote dominico francés; Miguel de Aozaraza (cf. 29 de septiembre), sacerdote dominico español; Vicente Shiwozuka (cf. 29 de septiembre), sacerdote dominico japonés; Lorenzo Ruiz (cf. 29 de septiembre), laico filipino; y Lázaro de Kyoto (cf. 29 de septiembre), laico japonés. Todos murieron mártires en Nishizaka, la mayoría suspendidos en la fosa; alguno, es el caso de nuestra santa, en la hoguera; y alguno, Antonio González por ejemplo, torturado. La memoria litúrgica de todos ellos está fijada para el 28 de septiembre.

La historia de la Provincia Dominicana de Nuestra Señora del Rosario, con sus cuatrocientos años a las espaldas, ofrece numerosos testimonios de fidelidad a la fe hasta el martirio: miles en los diversos campos de misión, de muchas nacionalidades y de todas las clases sociales. De muchos ni se conservan registros, sólo conocemos sus nombres, pero constituyen una oportuna fuente de inspiración para quienes hoy comparten su carisma misionero, y también, desde luego, para el pueblo cristiano de los países en los que ellos evangelizaron.

El crecimiento y final dramático del cristianismo en Japón durante el período que va de 1549 a 1640, denominado entre los especialistas como el «siglo cristiano», representan, sin duda, uno de los más fascinantes episodios en la historia de la evangelización cristiana. Dentro de tan espléndido cuadro, las Misiones Dominicanas de Japón durante la primera mitad del siglo XVII constituyen un significativo capítulo de la historia misional de la Provincia del Rosario; capítulo, por otra parte, escrito con intrepidez y sangre, rubricado por el martirio de numerosos sacerdotes, profesos, terciarios y laicos. La estructura político-geográfica de Japón en los siglos XVI y XVII era casi idéntica a la actual. El Imperio del Sol Naciente, al este de China y Corea, constaba de un gran archipiélago de más de 3.000 islas, agrupadas en torno a las cuatro mayores: Hokkaido, Honshu, Kyushu y Shikoku. La extensión geográfica de todo el archipiélago japonés asciende a 377.484 kilómetros cuadrados, y su población en el siglo XVII era de unos 20 millones. Hoy asciende a más de 120.

El cristianismo llegó al Japón en 1549 de la mano de San Francisco Javier. La situación religiosa del país entonces era una especie de mezcla sincrética de sintoísmo, budismo y confucianismo. El sintoísmo, religión nativa del país, es una mezcolanza de animismo, culto a la naturaleza y a los antepasados. El budismo en el siglo XVI presentaba una gran variedad de sectas que luchaban también por conservar su preeminencia en la nueva situación política y social de aquel mundo en vías de unificación.

El régimen político nipón en la época de nuestros mártires, y concretamente a principios del XVII, lo componía un gobier-

no militar presidido por un «Shogun», que de hecho controlaba y dirigía los destinos del país a espaldas del emperador, recluido en su palacio de Kyoto como figura decorativa. Cinco ciudades del Imperio eran «shogunales», bajo el control directo del «generalísimo»: Kyoto, Tokyo, Osaka, Sakai y Nagasaki, las cuales eran regidas por un «bugyo» (gobernador) nombrado por el Shogun. A raíz de 1616 empezó a gobernar Nagasaki un representante personal del Shogun, llamado «daikan», que tramitaba los negocios con las naves de los países extranjeros. Dependiendo de su poder económico y del número de sus guerreros o «samurai», los «daimyo», o señores feudales, dirigían con más o menos autonomía los restantes «reinos» del país.

Los tres grandes Shogun que lograron la unificación del país fueron Oda Nobunaga (gobernó entre 1573-1582), Toyotomi Hideyoshi (1582-1598) y Tokugawa Ieyasu (1603-1616). Oda Nobunaga fue el gran Shogun que abrió el comercio con las potencias extranjeras; de ahí que favoreciese el crecimiento del cristianismo. Toyotomi Hideyoshi cambió de actitud, y en 1587 publicó el «Edicto de expulsión de los misioneros», a resultas de lo cual 1597 registra ya la crucifixión de los primeros mártires nagasakienses. Tokugawa Ieyasu, ferviente budista y receloso de las potencias extranjeras, promulgó en 1614 el «Edicto de persecución total» contra el cristianismo, aplicado con increíble rigor durante 20 años y que prácticamente acabó con la religión cristiana en Japón. Los siguientes Shogun, Tokagawa Hidetada (1616-1623) y Tokugawa Iemitsu (1623-1651), intensificaron las persecuciones contra los cristianos, que en este período perecieron a millares. El catálogo de nuestros mártires aquí citados corresponde, pues, a este último Shogun.

Las causas de tan terrible persecución son múltiples y complejas, y han sido analizadas in extenso por los historiadores. Resumidas, sobresalen la actitud anticristiana de los budistas; las intrigas y rencillas de los países dominadores extranjeros; una solapada campaña anticatólica de los protestantes; ciertas imprudencias de los capitanes de navíos extranjeros; la «razón de Estado», en fin, es decir, el temor de los Shogun a ser dominados por las potencias extranjeras a través de la religión en un momento en que la unidad del país se estaba consolidando.

Naturalmente que todo esto no quita mérito alguno ni motivación religiosa de ningún género a los mártires, muertos todos por defender la fe. En 1617 tocó el turno a los cuatro primeros religiosos europeos. A partir de ahí la persecución se extendió por todo el país, aunque concentrada sobremanera en la isla de Kyushu, y de modo más cruel aún en Nagasaki, ciudad en la que durante los meses de agosto y septiembre de 1622 tuvieron lugar dos espectaculares martirios; el segundo de ellos (10 de septiembre) conocido como el «Gran martirio». Desde entonces hasta 1637 la persecución alcanzó inusitada virulencia: la ejecución, que hasta entonces se había materializado por crucifixión, decapitación o mediante fuego lento, fue sustituida por otras torturas más refinadas: agua ingurgitada, agujas y cañas clavadas entre las uñas de los dedos y otras partes del cuerpo, y, rizando ya el rizo de la crueldad, el horrible tormento de «horca y hoya», cuyo mecanismo consistía en colgar a la víctima por los pies pendiente de una horca y con la cabeza y medio cuerpo sobre una fosa hedionda, permaneciendo así hasta que expiraba. De esa manera perecieron bastantes de nuestros mártires, y en concreto la mayoría de los que arriba cito.

En 1637, con el martirio del último grupo de misioneros, termina de hecho la presencia dominicana en Japón en el siglo XVII. En 1640 el país se cerró a cal y canto al exterior hasta 1854. Los dominicos de la Provincia del Rosario volvieron a Japón en 1904, abriendo así la segunda etapa dominicana en dichas islas, donde afortunadamente permanecen hasta hoy. El milagro propuesto para la canonización del grupo elevado a la gloria de los altares por Juan Pablo II ocurrió en Manila el año 1983 por la invocación al colectivo en cuanto grupo a favor de Cecilia Alegría Policarpio, niña de dos años, curada por completo de una parálisis cerebral anatómica y funcional, sin terapia eficaz alguna interpuesta. El milagro fue reconocido por Juan Pablo II el 1 de junio de 1987.

Las razones esgrimidas por los perseguidores, según consta en el *Edicto* de 1614, cuya doctrina retoman sustancialmente los de 1633 y 1636, no son otras que éstas:

> «Los seguidores de Cristo, llegados de forma imprevista a Japón, no solamente vienen trayendo mercancía en sus naves, sino que, sin permiso alguno, han extendido y propagado también su

> malvada ley, destruyendo aquella buena y legítima y conspirando para derrocar el poder en nuestro país. Esto es el inicio de una gran calamidad, que con todo medio es necesario evitar. El Japón es un país sintoísta y budista, que venera a los dioses, honra a Buda y tiene en gran estima el camino de la benevolencia *(confucionismo).* Los seguidores de los Padres *(los cristianos)* han desobedecido todos las órdenes dadas por el gobierno, despreciando la religión y destruyendo el bien. Viendo a quienes deben ser ajusticiados *(los mártires),* los nativos se alegran y corren espontáneamente detrás de ellos, los adoran y los saludan. Tal es el supremo ideal de esta religión. Si no es prohibida inmediatamente, vendrán calamidades sin fin sobre el Estado. Que estos cristianos, pues, sean exterminados sin demora en todas las regiones del Japón, de forma que no tengan lugar donde poner sus pies o sus manos. Si alguno se atreviere a contravenir esta orden, sea castigado con la muerte».

El marco de la canonización era especialmente solemne por cuanto ese día estaban presentes en la Plaza de San Pedro los obispos reunidos en el Sínodo. Juan Pablo II eligió como lema las palabras del mandato misionero de Jesús en Galilea, que San Mateo recoge al final de su Evangelio: «Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes» (Mt 28,18-19). Los mártires esa mañana canonizados, explicó más adelante el Papa, supieron hacer propias estas palabras del divino Maestro. Fueron palabras medidas, muy bien glosadas por el Papa, de acento paulino y engarzadas para los misioneros y misioneras, los religiosos y religiosas, los laicos y laicas catequistas.

> «Ellos, con su mensaje y su martirio —siguió diciendo el Papa cuando tocó en español (lo hizo en otras lenguas, hasta con unas palabras en japonés)—, hablan a los catequistas, a los agentes de pastoral, a los laicos, a quienes la Iglesia está dedicando particular atención y solicitud en el presente Sínodo de los Obispos. Ellos nos recuerdan que "morir por la fe es un don que se concede a algunos; pero vivir la fe es una llamada dirigida a todos"» (Discurso en el Luneta Park, Manila, 18-2-1981, n.5).

El mensaje que la terciaria dominica Santa Marina de Omura deja, pues, para el mundo de hoy no puede ser más actual, ni más exigente, ni más apasionante. Constituye una sublime forma de ser y estar en la vida, como cristianos, como especialmente consagrados al Reino, como catequistas, es decir, evangelizadores, como misioneros y como mártires. Dice el Concilio

Vaticano II que los cristianos todos están obligados a manifestar con el ejemplo de su vida y el testimonio de la palabra el hombre nuevo del que se revistieron en el bautismo. Encendido cántico, el de nuestra santa, sobre cuanto implica y supone la vocación bautismal. Santa Marina de Omura hizo todo esto con tal finura, tal paciente dedicación, de manera tan evangélica y martirial, que hoy la Iglesia tiene en ella un espejo que ofrecer a la sociedad contemporánea y, en medio de ella, a sus evangelizadores. No nos han llegado palabras suyas, ni muchas ni pocas, pero sí el ejemplo de su vida toda, hecha servicio *ad gentes;* y concretamente de su donación hasta el martirio a fuego lento, imagen del fuego interior del Espíritu que a diario la consumía.

La homilía de la canonización, las palabras de la Sagrada Escritura elegidas por Juan Pablo II para ensamblarla, su evidente recurso al Decreto *Ad gentes,* es decir, al espíritu misionero del Concilio Vaticano II, hacen de nuestra santa, por otra parte, una vibrante requisitoria al ensanchamiento del Reino de Dios; un claro indicio de que la Iglesia es sacramento universal de salvación, ya que, «movida por la gracia y caridad del Espíritu Santo, se hace presente en acto pleno a todos los hombres o pueblos, para llevarlos, con el ejemplo de su vida y la predicación, con los sacramentos y los demás medios de gracia, a la fe, la libertad y la paz de Cristo» (AG 5). A impulsos del Espíritu Santo, «debe caminar por el mismo sendero que Cristo; es decir, por el sendero de la pobreza, la obediencia, el servicio y la inmolación propia hasta la muerte, de la que surgió victorioso por su resurrección» (ibíd.). Y es que la identificación del mártir con Cristo exige tener presente esta dimensión pascual del martirio. Ya San Agustín dejó escrito comentando bellamente *Sobre el Evangelio de San Juan* que «en cuanto los mártires derraman su sangre por los hermanos, no hicieron más que dar lo que recibieron de la mesa del Señor» *(In Io. eu. Tract.,* 84,2). Santa Marina de Omura, al morir mártir, sí dio lo que de Cristo había recibido.

PEDRO LANGA, OSA

Bibliografía

CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, *[Decretum* II, Nagasakien seu Manilen]. «Canonizationis Beatorum Laurentii Ruiz de Manila, Dominici Ibáñez de Erquicia, O. P., Iacobi Kyuhei Tomonaga, O. P. et XIII sociorum martyrum. *Super dubio* [Calendis Iuniis. a. D. 1987: P. Card. PALAZZINI, *Praefectus*]»: *AAS* 79 (1987) 1242-1244.

JUAN PABLO II, *[Littera Apostolica* III]. «Dominico Ibáñez de Erquicia, Jacobo Kyuhei Tomonaga, Sacerdotibus Ordinis Fratrum Praedicatorum, Laurentio Ruiz, Laico, atque XIII Sociis honores Beatorum decernuntur [18.II.1995. A. Card. CASAROLI, *a publicis Ecclesiae negotiis*]»: *AAS* 73 (1981) 535-538: esp. 536.

JUAN PABLO II, *[Homilia* I]. «In foro Sancti Petri habita, ob decretos ven. Servo Dei Laurentio Ruiz et Sociis eius Beatorum Caelitum honores [18.X.1987]»: *AAS* 80 (1988) 586-591.

Martyrologium romanum, o.c., 583, n.9; 734.

BEATO VICENTE EUGENIO BOSSILKOV

Obispo y mártir († 1952)

Eugenio nació en un pueblecito de Bulgaria, llamado Belene. Hoy tiene unos 6.500 habitantes, distribuidos en dos parroquias. Fueron cinco hermanos, todos ellos varones. Nuestro beato era el cuarto de la lista. En el bautismo le pusieron por nombre Vicente. Fue el día 16 de noviembre de 1900. El nombre de Eugenio le vino después, cuando hizo la profesión religiosa en la comunidad pasionista. A los once años empezó su sueño vocacional. Esta comunidad pasionista llevaba en Bulgaria más de cien años de labor apostólica. Se dedicaban a misionar los pueblos con su fervorosa predicación.

Vicente empieza a estudiar en Oresc y después en el seminario de Russe. Cuando tiene 14 años, la comunidad decide que el chico vaya a estudiar al seminario pasionista de Kortrijk, en Bélgica, y años más tarde (1919) a Mook, Holanda. Son los años de la primera guerra mundial.

El 28 de abril de 1919, Vicente entra en el noviciado de Ere en Bélgica. Y a partir de ahora es cuando se llamará Eugenio del Sagrado Corazón de Jesús. En 1920 hace su profesión religiosa y pronuncia sus primeros votos.

Después de diez años de haber salido de su tierra, en 1924 regresa a Bulgaria, y se integra en la comunidad de Russe, donde estudia teología. Se ordena sacerdote el 25 de julio de 1925 en la catedral de Russe. Al día siguiente de su ordenación sacer-

dotal, sus superiores deciden que Eugenio vaya a estudiar a Roma, al Pontificio Instituto Oriental. Está en Roma hasta 1929, cuatro años, durante los cuales escribe la tesis doctoral. El tema es «La unión de los búlgaros con la Iglesia de Roma en la primera mitad del siglo XIII».

Vuelto a Bulgaria, el obispo le nombra su secretario, a la vez que párroco de la catedral de Russe. Más tarde le hace párroco de la parroquia de Bardaski-Gheran al noroeste de Bulgaria, en la llanura del Danubio.

Apóstol joven, se dedica por entero a los jóvenes. Para encontrarse asiduamente con ellos organiza un equipo de fútbol. Para las chicas funda las «Hijas de María». Con los hombres organiza «el club de cazadores». Es decir, que llegaba a las personas a través de sus aficiones. Y a ellas se entregaba del todo, acompañando a la gente en todas sus correrías. Además, se dedicó a la música y formó el coro de cantores con los cuales se reunía todos los días a las nueve de la noche para darles lecciones de canto. En 1939 llega a la parroquia el Obispo para hacer la visita pastoral. El informe de dicha visita dice así:

«El padre Eugenio Bossilkov trabaja mucho y lo hace muy bien, pero un poco a la manera de los empleados. El obispo se queja de que "gasta demasiado". Tiene un magnífico vicario en el P. Fabián Knoben que trabaja demasiado, sin tener en cuenta sus propias fuerzas, que no son muchas. Entre los dos se percibe una gran caridad».

Estamos ya en 1944. Se estaba gestionando cómo iba a ser el fin de la segunda guerra mundial. Ya estaba a las puertas la libertad, cuando Rusia declara la guerra a Bulgaria el día 9 de septiembre de 1944. Bulgaria no tenía medios para defenderse. En tres días, el ejército rojo se hizo dueño de la situación. Además, fuerzas socialistas y comunistas búlgaras, apoyadas por el ejército rojo, sembraron el terror en todo el país. Se instalaron tribunales populares y los fusilamientos quedaron a la orden del día. El 8 de septiembre de 1945 se hizo un referéndum y, como era previsible, votó que sí el 93 por 100 de la población. Antes de hacerse la votación ya se sabía cuál iba a ser el resultado. Y quedó proclamada la nueva República Democrática. Dimitrof proyectó todo un plan de exterminio de la Iglesia católica en Bulgaria.

El 6 de agosto de 1946 muere el obispo de Nicópolis, monseñor Damián Theelen. Entonces, Eugenio Bossilkov es nombrado Administrador Apostólico de la Misión Pasionista en Bulgaria. Y empezó a llevar a cabo misiones populares al pueblo. Esto produjo verdaderas luchas con infiltrados comunistas que tenían como lema «Abajo Dios».

Había que buscar sustituto al obispo muerto. Y el 27 de julio de 1947, Pío XII elegía a Eugenio como nuevo obispo de Nicópolis. Era un puesto de mucho sufrimiento. En una carta secreta, entregada por medio de un mensajero particular, Eugenio escribía estas palabras:

> «Cuando te decía que las cosas van mejor, significaba todo lo contrario. Las dificultades se hacen cada vez mayores. Un sacerdote ha sido encarcelado. Ya lo han dejado libre. Pero ahora se han llevado a otro. La comida escasea, no tenemos casi nada. Faltan los vestidos y las cosas de primera necesidad, en tanto que, en el plano espiritual, crece cada día el terror. Se nos priva de tratar con la juventud. Nada con el catecismo y cosas parecidas. Estamos vigilados por todas partes y nuestras predicaciones están controladas. Y éstas no son sino algunas de tantas cosas que pasan entre nosotros. Pero nos acostumbramos también a este lenguaje y no tenemos miedo, incluso, hasta nos permitimos el lujo de estar alegres».

A comienzos de 1949 los obispos reciben del Estado la nueva ley «sobre el culto y las varias denominaciones religiosas en Bulgaria». Eugenio comenta a un amigo:

> «Según la ley, yo debo hacer el juramento aceptando el texto que se nos ha enviado. Yo ya he dado mi respuesta. Categóricamente he dicho que no lo haré jamás. Se me dijo: ¿Sabéis lo que os espera? Naturalmente, la fosa».

La nueva ley, entre otras cosas, decía:

> Art. 3. La Iglesia ortodoxa búlgara es la confesión tradicional del pueblo búlgaro y está ligada a su historia. Como tal, por su forma, por su contenido y por su espíritu ella puede ser considerada como una «iglesia popular».
>
> Art. 9. Un eclesiástico que pertenezca a una confesión ligada jurídicamente con confesiones de otros países, no puede asumir cargo alguno sin previo consentimiento del gobierno.
>
> Art. 10. Todo el clero búlgaro debe ser de nacionalidad búlgara.

> Art. 21. La educación y las organizaciones de los jóvenes es de competencia exclusiva del Estado. Igualmente a la Iglesia se le prohíbe cualquier obra de caridad como, por ejemplo, cursillos para niños, orfanatos, hospitales, etc.
>
> Art. 16 y 31. Las cartas pastorales, notificaciones, etc., no pueden ser publicadas sin censura del Estado que incluso puede ponerles veto. Esto vale incluso para los estatutos de cada confesión.

Estaba claro: la primera intención de esta ley era separar a Bulgaria de la Iglesia católica y de Roma. Ante esto, el obispo Eugenio escribe:

> «El gobierno hace grandes esfuerzos por separar al clero y a los fieles del Santo Padre; sin embargo, nosotros seguimos firmes y estamos prontos a sacrificar nuestra vida. Expreso al Santo Padre mi filial afecto y mi fraternal adhesión».

El 16 de julio de 1952, seis soldados policías, a las cinco de la mañana, empiezan a golpear la puerta de Eugenio. El obispo abre la puerta. Los policías se meten en casa sin más. Y se lo llevan arrestado. Desde ese día hasta el 21 de septiembre, nadie sabrá nada de él. Igual que al obispo, también apresaron a otros sacerdotes y religiosos.

El 20 de septiembre se les entrega a los presos el acta de acusación que dice así: «Acta de acusación contra la organización católica subversiva y de espionaje». Al día siguiente, todos los periódicos hacen pública la noticia. El proceso comenzó el día 29 de septiembre de 1952 en el aula magna del Palacio de Justicia de Sofía. En el grupo de Eugenio estaban, además, 27 sacerdotes, dos seglares y una religiosa. Todos ellos eran «miembros activos de la organización».

La sentencia decía así: «En los Institutos Superiores de teología del Papa, los estudiantes se preparaban para la lucha contra las concepciones progresistas del mundo, y, en particular, contra la ideología comunista. Han sido acusados de actividad criminal, como representantes de las potencias extranjeras en nuestro país». No se trata de otra cosa.

Luego viene la condena: «La Corte suprema de la República Popular de Bulgaria, a tenor del art. 70,1.° del Código penal, condena al Dr. Eugenio Lividgiov Bossilkov a la pena de muerte y confiscación de todos sus bienes». También había otras sentencias de muerte.

Los familiares elevaron un recurso a la sentencia. La respuesta fue: «Los búlgaros han luchado para que los presos no fuesen condenados a muerte, pero desde Moscú, Stalin ha impartido órdenes precisas y no se ha podido hacer nada». Y lo fusilaron.

Así desapareció su figura para siempre. Hubo que esperar al año 1975 para que se aclarase el paradero de Eugenio. Pablo VI recibió en audiencia a Tudor Zivkov, presidente de Bulgaria, el cual, oficialmente, confirmó al Papa «la muerte por fusilamiento de Monseñor Eugenio Bossilkov, la noche del 11 al 12 de noviembre de 1952».

El 15 de marzo de 1998, Juan Pablo II beatificaba a este obispo mártir, poniéndolo como ejemplo de fortaleza ante la muerte, por causa de Jesús. Los periódicos lo anunciaban en primera página.

La Stampa: «Es la primera vez. Beatificado un mártir de Stalin».

«Ayer Juan Pablo II beatificó, por primera vez en la historia de la Iglesia, a un mártir del estalinismo. Se trata del obispo búlgaro Eugenio Bossilkov, fusilado en Sofía en 1952, después de una farsa de proceso, en el cual se le acusaba de negarse a renegar de su vinculación religiosa con Roma.

Juan Pablo II, en una solemne ceremonia, llevada a cabo ayer por la mañana en la basílica vaticana, lo ha presentado como "ejemplo luminoso" y "de gran aliento" "para cuantos sufren todavía las injusticias y vejámenes a causa de su fe".

En la misa de beatificación, estaba en primera fila una sobrina del mártir búlgaro, sor Gabriela, próxima a los ochenta años. Ella fue testigo y valiente acusadora de las persecuciones de las que fue víctima su tío. Junto a ella, una nutrida delegación venida de Bulgaria, presidida oficialmente por el primer viceministro Vesselin Metodies.

El obispo Bossilkov —ha reiterado el Papa— es una de tantas víctimas sacrificadas por el comunismo ateo en Bulgaria y en otros lugares, en su programa de aniquilamiento de la Iglesia.

En aquellos días de tan dura persecución, son muchos los que han contemplado en él un ejemplo de coraje, y han encontrado fuerzas para mantenerse fieles al Evangelio hasta las últimas consecuencias» (16 de marzo de 1998).

FÉLIX NÚÑEZ URIBE

Bibliografía

GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, M., CP, «Beato Eugenio Bossilkov», en J. A. MARTÍNEZ PUCHE (dir.), *Nuevo año cristiano. Noviembre* (Madrid 2001) 241-249.

— *Mons. Eugenio Bossilkov mártir en Bulgaria. Nuevo beato pasionista* (Folletos "Con él", n.º 171).

SOBRADO, C., *Beato Eugenio Bossilkov, pasionista. Una fidelidad escrita con sangre* (Lima 1998).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN MENAS

Mártir († 295)

Menas fue un santo martirizado en la persecución de Diocleciano el año 295 y cuyo culto se hizo muy popular. En Roma introdujeron el culto los numerosos fieles de Alejandría que llegaron a establecerse en la Ciudad Eterna y tuvo entrada en el *Misal romano,* rezándose de él una segunda oración-colecta en las misas rezadas del día de San Martín de Tours, 11 de noviembre. Respecto a su personalidad verdadera han surgido varias tradiciones. El representarle con dos camellos hizo pensar que fuera un conductor de estos animales. Pero la tradición quiere también que fuera un oficial del ejército romano que fue mártir cuando al ejército se le depuró de cristianos en el imperio de Diocleciano. Este martirio no habría tenido lugar en Egipto sino en Frigia y de allí su cuerpo habría sido llevado a Egipto, estando su sepulcro en el sudeste de Alejandría y del lago Mareotis.

SAN VERANO DE VENCE

Obispo († s. V)

No todo está claro en la biografía de este santo. Partimos de la identificación del obispo Verano de Vence con aquel Verano que era hijo de San Euquerio de Lyón, y que acompañó y ayudó a su padre cuando ocupó éste la sede lionesa. Él y su hermano mayor Salonio no habían dejado de ser objeto de la preocupación educadora de su padre cuando éste se hizo monje en Lerins, donde también estuvo Verano, no se sabe si en calidad de

simple alumno o de verdadero monje. Su rastro se pierde en 442 y se supone que el obispo Verano de Vence que aparece en la historia en 451 es él mismo. El obispo de Vence se opuso firmemente a los monofisitas, apoyó decididamente la *Epístola dogmática* de San León Magno y manifestó tener muy claro el papel de la sede romana en el concierto de la Iglesia universal. Pero todo indica que estaba contagiado de un cierto semipelagianismo, como en general todo el movimiento religioso de Lerins. Intervino en la polémica acerca de las diócesis de Niza y Cimiez. No se sabe exactamente la fecha de su muerte, que fue a mediados del siglo V.

BEATO BARTOLOMÉ DE GROTTAFERRATA

Abad († 1065)

Bartolomé era un calabrés, natural de Rosano, donde nace el año 981. Sus padres lo consagran a la Madre de Dios y a los siete años es entregado al monasterio de San Juan Calibita para que lo formaran los monjes griegos del mismo. Pero a los 12 años decide marcharse al monasterio de Vallelucio, atraído por la fama de San Nilo, al cual siguió al monasterio de Serperi, junto a Gaeta, y recibió de él la formación religiosa en los años siguientes. El año 998 acompaña a San Nilo a Roma para interceder ante el papa alemán Gregorio V por el antipapa Juan Filagato, griego calabrés que había sido maestro de Otón III y al que Crescencio II había opuesto al propio Gregorio V con el nombre de Juan XVI. Al regresar Otón a Roma mandó decapitar a Crescencio y destinó a prisión perpetua a Filagato, a quien los soldados habían mutilado cortándole la nariz y la lengua y sacándole los ojos. En 1004 ambos santos marcharon a Roma para la fundación del monasterio de Grottaferrata en el que se observaría la regla de San Basilio. Muere Nilo aquel mismo año el 26 de septiembre y es elegido hegúmeno en su lugar Bartolomé, que fue así el segundo y más verdadero fundador del monasterio. Las obras estuvieron concluidas en 1024, y ese año el 17 de diciembre el papa Juan XIX en persona consagró la iglesia del mismo a la Virgen María. Durante cincuenta años él sería el alma del monasterio, al que impulsó en todos los aspectos

con su enorme personalidad religiosa, llena de todas las virtudes. Fue un gran compositor de himnos. Escribió la *Vida de San Nilo,* y en su actividad fue padre de los pobres, amparo de los desvalidos, defensor de los oprimidos, consejero de príncipes y siempre querido por los sucesivos ocupantes de la Sede Romana. Benedicto IX, papa de tan mala fama, se consideraba hijo espiritual del santo, y fue él quien lo indujo a abdicar y a retirarse a la vida monástica. Tomaba parte en los sínodos romanos y fue amigo de los futuros papas Graciano (Gregorio VI) e Hildebrando (Gregorio VII). Murió el 11 de noviembre de 1065.

BEATA ALICIA KOTOWSKA

Virgen y mártir († 1939)

Se llamaba originalmente María Jadwiga Kotowska. Su nacimiento tuvo lugar en la ciudad de Varsovia el 20 de noviembre de 1899 en una cristiana familia de siete hijos. Se decidió primero por los estudios de medicina pero mientras los hacía maduró su vocación religiosa e ingresó en la Congregación de Hermanas de la Resurrección, en la que hizo el noviciado y profesó el año 1924 tomando el nombre de Hermana Alicia. Por indicación de la superioridad estudió primero la carrera de ciencias y luego fue enviada como profesora al Instituto de Wejherovo (1934), del que llega a ser directora al tiempo que superiora de la comunidad. Tras la ocupación alemana al comienzo de la II Guerra Mundial, es arrestada el 24 de octubre de 1939. Junto con otros presos fue llevada al bosque de Laski Planiska y allí fue fusilada el 11 de noviembre de 1939. Ha sido beatificada con otros mártires polacos el 13 de junio de 1999 por el papa Juan Pablo II.

12 de noviembre

A) Martirologio

1. La memoria del martirio de San Josafat (Juan) Kuncewicz († 1623), obispo de Poloc de los Rutenos y mártir **.
2. En Ancira (Galacia), San Nilo († 430), abad.
3. En la isla de Mull (Escocia), San Macario, Machar o Mochumma († s. VI), obispo fundador de esta sede.
4. En Vienne (Borgoña), San Hesiquio († 490), obispo *.
5. En La Cogolla (La Rioja), San Millán o Emiliano († 574), presbítero y ermitaño **.
6. En Colonia (Alemania), San Cuniberto († 663), obispo *.
7. En Deventer (Frisia), San Lebuino († 773), presbítero y monje.
8. En Casimierz (Polonia), santos Benito, Juan, Mateo e Isaac, monjes, y su criado Cristián († 1003), mártires *.
9. En Pisa (Toscana), Beato Juan Cini de la Paz († 1335), terciario franciscano *.
10. En Alcalá de Henares (Madrid), San Diego († 1463), religioso franciscano **.
11. En Tulimán (México), San Margarito Flores († 1927), presbítero y mártir *.
12. En Alcudia de Carlet (Valencia), Beato José Medes Ferri († 1936), mártir *.

B) Biografías extensas

SAN JOSAFAT (JUAN) KUNCEWICZ
Obispo y mártir († 1623)

El cisma de Oriente de julio de 1054, por el que se desgajó de la catolicidad uno de los florones más hermosos de la Iglesia cristiana, es una llaga constantemente abierta en el Cuerpo místico.

Josafat de Polotsk, mártir de la restauración de la unión, que luchó y murió en su afán de conseguir la reconciliación de los rutenos separados de Roma, supo ser, al par que patriota, católico oriental de espíritu romano, sellando palmariamente con su sangre la catolicidad vertical de la Iglesia dentro de la unidad.

Juan Kuncewicz nació en Vlodimir (Volinia) el año 1580. Su padre, Gabriel, era cónsul de la ciudad, y su madre, Marina, hija

de un ilustre ciudadano de Vlodimir. Recibió el santo bautismo en el día de la mártir Santa Parasceves. Como en el decurso del siglo XV Rusia y las regiones a ella sometidas fueron gradualmente adhiriéndose al cisma bizantino, nada tiene de extraño que la familia de Juan, aunque muy piadosa y cristiana, perteneciese jurídicamente a la ortodoxia separada de Roma. De Vlodimir pasó Juan a Vilna, donde debía aprender la profesión comercial.

La unión de los rutenos con Roma fue firmada a fines del siglo XVI (1595-1596), cuando Juan contaba unos quince años de edad. Aficionado a la lectura, se interesó preferentemente por los libros religiosos; vino así en conocimiento de la verdad católica, y valientemente se adhirió a ella, aunque en Vilna eran aún pocos los unidos a Roma. Su alma juvenil vislumbró la necesidad de que su pueblo abrazase la unión con Roma, heredera de la fe y la autoridad de Pedro, sobre la que Cristo asentó su Iglesia. En esta época frecuentaba ya la iglesia de la Santísima Trinidad de Vilna, donde asistía píamente a los divinos oficios.

Juan recordará siempre la veneración que entonces concibiera por los padres basilianos de la Santísima Trinidad y por aquellos padres jesuitas que en Polonia y Rusia blanca sostenían la fe del pueblo contra los disidentes y defendían acérrimamente el papado.

En esta atmósfera unionista, Juan, por inspiración del cielo, renunció al porvenir que la carrera comercial pudiera crearle, y, retirándose del mundo, vistió el hábito monacal en el pobre monasterio basiliano de Vilna. Siguiendo la tradición monacal del Oriente cristiano, Juan cambió su nombre de bautismo por el de Josafat, que comenzaba con la misma letra, y conservó en el ingreso a la Orden basiliana su rito eslavo. Tenía por entonces unos veinte años. Terminado el período del noviciado, hizo su profesión en manos del arzobispo metropolitano Pociej.

Un compañero de Josafat, más tarde su superior en el mismo convento, José Velamín Rutsky, escribiendo sobre la vida y la muerte del santo, elogia las magníficas cualidades de inteligencia, memoria y voluntad de Josafat lo mismo para las ciencias que para la virtud. Su progreso en ciencias y virtud iba armónicamente sincronizado, creando en él cada día más arrai-

gado el ideal apostólico de consagrarse por completo a trabajar por la unión con los disidentes. Sus ayunos, cilicios, disciplinas y mortificaciones, sustentados por la vida de oración, eran ya notables durante el tiempo de sus estudios; y de éstos fue libando con preferencia lo que pudiera servirle para confutar los errores de herejes y cismáticos; en esto adquirió tanta pericia, que ni los teólogos más doctos podían compararse con él.

Ordenado diácono y sacerdote, comenzó a desplegar su celo apostólico. Tal fue la eficacia de la labor inicial en el terreno de la unión, que los católicos le llamaban «azote de herejes y cismáticos», y éstos «raptor de almas». Su actividad era incesante. Se levantaba sobre las dos de la madrugada, comenzaba el día con una disciplina sangrienta, despertaba luego a sus hermanos para el oficio divino y después trabajaba todo el día sin descanso hasta la noche. El celo devoraba su corazón y aprovechaba toda ocasión para hacer bien al prójimo, lo mismo dentro del monasterio que en la calle y en los viajes.

Estos triunfos suscitaron, como era de suponer, el odio de los disidentes fanáticos, que comenzaron a urdir conjura tras conjura, capitaneados por el clero disidente de Vilna. En cierta ocasión, rabiosos de que no cayera en sus redes, le abofetearon, cosa que Josafat sufrió tan humilde y calladamente, que sólo tres años después se tuvo noticia de ello. En medio de la tormenta practicaba el santo la caridad más exquisita con sus mismos enemigos, consciente de que ella es el arma más eficaz en el apostolado de la unión.

Dios lo confortaba en sus penitencias y trabajos con consuelos y favores espirituales. Los buenos le profesaban inmenso amor, y sus superiores, con gran confianza en él, lo destinaron sucesivamente a diversas poblaciones, como Zyrowiecz, Byten y Pinsk, donde en íntima colaboración con sus monjes reanimó las casas de la Orden y dejó sólidamente establecidos los conventos de los padres y los monasterios de las religiosas basilianas.

Cuando en 1614 fue nombrado metropolita de Kiev el archimandrita de la Santísima Trinidad de Vilna, Velamín Rutsky, Josafat pasó a ocupar el puesto vacante. El nuevo archimandrita encarnaba en sí, a imitación de su padre San Basilio, toda la tra-

dición monástica de la ascesis oriental. Pletórico de vida espiritual y dinámico en sus actividades, dicen sus biógrafos que no se limitaba al buen gobierno del monasterio, sino que desempeñaba a la vez, ante la escasez de vocaciones religiosas, el cargo de predicador, confesor, salmista en los divinos oficios, ecónomo y visitador de religiosas.

Josafat conservó inviolable la flor de su castidad, arremetiendo enérgicamente en cierta ocasión contra una joven lasciva que se acercó a tentarle al monasterio. Desde su más tierna edad ofrendó su pureza a la Santísima Virgen.

Celoso de su Orden y de su regla basiliana, fomentaba entre los jóvenes el ideal de la vida monacal. Logró conquistar vocaciones, levantando así moral y espiritualmente el humilde monasterio vilnense. A los monjes jóvenes les inculcaba el ideal unionista, preparando así una falange de monjes santos y batalladores con la mira puesta en conquistar para la Iglesia católica las regiones cismáticas de Rusia.

En el oír confesiones era incansable. Había días en que confesaba, sin levantarse, seis horas seguidas, y su predilección la constituían las confesiones de los hombres. Era dadivoso con los indigentes, dando cuanto le permitían sus módicas disponibilidades monacales. Afabilísimo con los de dentro y con los de fuera del monasterio, era, sin embargo, intransigente con el error y con el cisma.

Durante un viaje a Kiev acompañando a su metropolita Rutsky, supo que había allí un monasterio cismático muy mal dispuesto hacia Roma. Josafat no duda en presentarse en él; fue hostilmente recibido por superiores y súbditos: pero Josafat, suplicando le escuchasen, habló con tanto fervor y ciencia a los monjes rebeldes sobre la unión con Roma, que el adversario, deponiendo su terquedad antirromana, se trocó en amigo. Lo que más admiró a los monjes disidentes era la maestría con que manejaba la patrística, la liturgia oriental, los libros paleoeslavos y los anales rutenos.

Dios bendecía copiosamente sus campañas unionistas, y pudo así incorporar a la Iglesia católica multitud de cismáticos de toda condición, contando entre ellos monjes, sacerdotes, nobles y plebeyos.

Cargado de méritos ante Dios y ante la Iglesia, la santidad de Pablo V le obligó, contra su voluntad, a través de su metropolita Rutsky, a aceptar el nombramiento de coadjutor con derecho de sucesión del arzobispo de Polotsk, Gedeón Brolnycky; murió éste un año más tarde y Josafat quedó constituido en arzobispo de Polotsk. El arzobispado de Polotsk forma parte de Rusia Blanca, en los confines de Moscú; arzobispado y no metrópoli, ya que no contaba diócesis sufragáneas, pero ostentaba ese rango por ser el primero después del metropolitano de Kiev. Polotsk era una vasta archidiócesis, que contaba con importantes ciudades, entre las que sobresalían la capital Polotsk, Vitebsk y Mstislavia.

Josafat encontró la archidiócesis infestada por el cisma. Su ánimo apostólico se crece ante la necesidad; insiste en prolongada oración, en pureza de vida, en abstinencias y mortificaciones; a pesar de ser la primera autoridad religiosa, sobresale en la pobreza monacal, y se cuenta que en cierta ocasión, no teniendo cómo socorrer a una viuda necesitada, llegó hasta hipotecar su manto episcopal. El efecto de esta vida austera fue admirable; al poco tiempo habían casi desaparecido los cismáticos de la ciudad de Polotsk.

Ocupado en su oficio pastoral, rehúye el inmiscuirse en política, a pesar de haber sido incitado varias veces a ello. Reformó el clero, restauró la iglesia catedral, edificó iglesias, erigió monasterios, defendió el patrimonio de la Iglesia. Publicó abundantes escritos acomodados al genio popular para ilustrar sobre todo el primado de Pedro y de los romanos pontífices, el bautismo de San Vladimiro de Kiev y temas similares, negados o discutidos por los disidentes separados de Roma.

Durante todo el tiempo que fue arzobispo de Polotsk, arreciaron contra él las calumnias de los cismáticos, con amenazas de muerte. No podían tolerar el exterminio del cisma y el rejuvenecimiento de la Iglesia católica en Rusia Blanca. Pero de todo salía siempre airoso con la ayuda de Dios. En su odio contra él, llegaron los disidentes hasta nombrar un obispo cismático en Polotsk frente al prelado católico. Teófanes, patriarca disidente de Jerusalén, de vuelta de Moscú, se detuvo en Kiev y consagró clandestinamente obispos cismáticos para ocupar las

sillas rutenas unidas ya a Roma; a Polotsk le tocó un tal Melecio Smotricio, expresamente encargado de liquidar la obra unionista de Josafat. Éste no se arredra, antes, por el contrario, presenta batalla al intruso arzobispo con las armas de su humildad, de su caridad sin límites y de renovado celo. Recorre las ciudades, alienta a los pusilánimes, deshace con su elocuencia los argumentos de Melecio, frena los ímpetus de sus adversarios y limita el mal a la ciudad de Polotsk. En el fragor de esta lucha a vida o muerte por la Iglesia católica, el santo arzobispo intensifica sus visitas pastorales, y marcha primeramente a la ciudad de Vitebsk.

Aquí se dan cita grupos de eclesiásticos vendidos al cisma de Melecio, que tienen por misión amotinar a la plebe contra Josafat. Presintiendo su martirio, predica así valientemente a sus enemigos:

> «Me buscáis para matarme; en los ríos, en los puentes, en los caminos, en las ciudades, me ponéis asechanzas. He venido espontáneamente a vosotros para que sepáis que soy vuestro pastor, y ojalá el Señor me conceda el poder entregar mi alma por la santa unión, por la Sede de Pedro y sus sucesores los pontífices de Roma».

Un tal Elías, sacerdote cismático, fue elegido para tramar y poner en ejecución la conjura contra el arzobispo católico. El plan consistiría primeramente en vejar a los servidores de Josafat, en la creencia de que éstos se vengarían en la persona de Elías y darían aparente motivo para asaltar el palacio episcopal. Hicieron vela, en espera de poder perpetrar su crimen, toda la noche del sábado al domingo 12 de noviembre, en que Josafat debía celebrar de pontifical. Por la mañana temprano, cuando ya el prelado marchaba a la iglesia para el oficio de maitines, Elías se acerca a la casa del arzobispo y comienza a gritar escandalosamente contra él y la servidumbre; éstos callaron momentáneamente, pero, no pudiendo tolerar más las injurias contra el santo prelado, terminaron por capturar a Elías y encerrarlo en la cocina de la casa. Era el momento buscado por los cismáticos. Echan a vuelo las campanas, como señal de sedición y tumulto popular; los forajidos irrumpen en la residencia de Josafat, hieren y asesinan a parte de la servidumbre. Sabedor el arzobispo, que oraba en la iglesia, de la captura del sacerdote di-

sidente Elías, ordena su inmediata liberación, pasa sin que lo toquen por medio de sus enemigos y dentro ya de la casa abre libremente sus habitaciones e increpa sereno a los sicarios: «Hijitos, ¿por qué matáis a la servidumbre inocente? Si queréis mi vida, aquí me tenéis». Impresionados por la entereza del santo pastor, permanecieron inmóviles; pero dos de ellos, abriéndose camino por entre la turba, a los gritos de «¡Muera el papista, muera el latino!», se abalanzan sobre él, lo hieren primeramente con un látigo debajo del ojo hasta dejarlo sin sentido, y luego lo derriban en tierra de un hachazo; ya en el suelo, de tal forma lo destrozaron con palos y puñales, que apenas se podía reconocer su figura humana, y para ensañarse aún más en el santo arzobispo, descuartizaron al perro de la casa y mezclaron sus pedazos con la carne maltrecha del cuerpo episcopal. Agonizante ya, levanta su mano el mártir Josafat para bendecir a los parricidas, pronunciando la jaculatoria: «¡Oh Dios mío!», con la que selló, inmerso en sangre, su vida terrenal.

No terminó aquí la saña de los verdugos. Sacando el sagrado cuerpo a la calle, le asestaron aún dos tiros de bombarda en la cabeza y lo dejaron expuesto al ludibrio de la plebe. Los hombres, ebrios de vino y de furor; las mujerzuelas y niños impíos, tras despojar el cadáver de sus vestiduras episcopales, lo escupieron, lo pisotearon, le arrancaron los cabellos, le mesaron la barba y organizaron en su derredor danzas macabras. Se dice que una nube negra, subiendo del pequeño río Vidbla, cubrió el cuerpo del santo mártir, y que en medio de ella, por donde estaba el cadáver, surgió un rayo luminoso; fue ésta la primera señal maravillosa en torno al cuerpo de San Josafat. Mientras unos se arrepentían y estremecidos confesaban su pecado, otros arrastraron los despojos del santo arzobispo por las calles y plazas de la ciudad hasta el punto más alto de ella; desde allí, después de insultos y de befas, lo bajaron al río Duina, que es una de las mayores arterias fluviales de Rusia Blanca, y, atándole piedras a los pies y a la cabeza, lo arrojaron a la corriente.

Dios veló por su sepultura. Los magistrados y las personas buenas de la ciudad buscaron afanosos el santo cuerpo durante cinco días enteros. En lo humano el hallazgo era imposible, pues se ignoraba dónde lo habían arrojado los verdugos. Pero al

sexto día una luz y en forma de rayo descubrió el sitio; los cismáticos quedaron confusos; los católicos exultaron de alegría, y, sacando las reliquias del santo mártir, las colocaron en la iglesia de la fortaleza de la ciudad. Ocho días más tarde, el clero catedralicio de la archidiócesis de Polotsk y la nobleza, acompañados de ingente multitud de hombres, entre los que iban algunos de los mismos sicarios, condujeron el sagrado cadáver a la capital de la archidiócesis. Cortejo fúnebre y procesión de triunfo, ya que lo que el santo arzobispo no consiguió en vida, lo recababa ahora con la efusión de su sangre por sus hermanos. Los primeros en reconocer su error fueron los ministros calvinistas, que acompañaron el cadáver desde la iglesia hasta el navío fúnebre; los judíos manifestaron juntamente su condolencia y condenaban el crimen de los cristianos; los cismáticos empezaron a sentir honda compunción. Los contemporáneos se hacen eco de innumerables sucesos sobrenaturales ocurridos con ocasión del martirio; milagros físicos y de orden moral.

Entre los milagros morales está la conversión de sus verdugos; algunos escribieron más tarde a la Congregación de Propaganda confesando su participación en el martirio de su pastor y declarándose dispuestos a dar su sangre y su vida por la confesión de la fe romana. El mismo Melecio, arzobispo rival de Josafat en Polotsk, tras buscar refugio en las sedes patriarcales disidentes de Jerusalén y Constantinopla, viajó a Roma, donde a los pies del romano pontífice hizo profesión de fe católica el día 23 de febrero de 1627, convirtiéndose desde entonces, como otro Saulo, de enemigo, en fervoroso propulsor de la unión y ganando para la causa católica a muchos cismáticos.

Subieron en número los milagros físicos que obraba el santo mártir Josafat a raíz de su muerte. En las actas del proceso de beatificación y canonización y en las deposiciones de los testigos se halla una sucinta enumeración de muchos de ellos. El procónsul de la ciudad de Polotsk, que de resultas de una enfermedad había perdido la vista, se aplicó a los ojos las reliquias del mártir y paulatinamente fue curando hasta ver completamente como antes; de la misma forma sanó de la ceguera una señora de la ciudad. Una mujer que yacía catorce años paralítica en un hospital regentado por los jesuitas en Polotsk, encomen-

dándose a San Josafat recobró el movimiento de las piernas, y una monja del convento de San Basilio imposibilitada hacía años comenzó a caminar por intervención del mártir. El superior del monasterio basiliano, paralítico durante tres años, hizo voto de hacer una visita a la sepultura de San Josafat si el santo le devolvía la salud; así fue, y el religioso pudo celebrar una misa de acción de gracias en el altar de las reliquias del santo. Por esos días el fuego comenzó a devorar el colegio de la Compañía de Jesús de Polotsk, amenazando arrasar no solamente el colegio, sino toda la ciudad; congregado el pueblo en la iglesia, y entre clamores al santo y promesa de exvotos de plata, cesó repentinamente el fuego, como si una mano misteriosa lo hubiera sofocado. Uno de los testigos del proceso cuenta cómo el santo mártir sanó a muchos de hemorragias, de calenturas, de heridas mortales, de diversas enfermedades y hasta salvó de la muerte a varios desahuciados y agonizantes. En el mismo año 1627 los suecos amenazaron, después de apoderarse de las provincias de Livonia y Curlandia, asediar y exterminar la ciudad de Polotsk; pero los habitantes de ésta corrieron a la sepultura del siervo de Dios Josafat a implorar la derrota de los suecos; intimidados éstos sobrenaturalmente, abandonaron el asedio y se retiraron.

Los funerales por la muerte del arzobispo mártir no se celebraron hasta un año después. Durante todo ese tiempo, su sepulcro fue cátedra de unión con Roma. El santo seguía predicando muerto la austeridad de vida, el fervor de la religión y, sobre todo, la reconciliación de los disidentes con la Iglesia católica. Terminados los funerales, las sagradas reliquias de San Josafat continuaban obrando innumerables milagros físicos y morales. Ello movió a las autoridades eclesiásticas a introducir en Roma el proceso de sus virtudes heroicas, de su beatificación y canonización. Urbano VIII lo beatificó, Pío IX lo elevó al honor de los santos. El 27 de junio de 1867 León XIII extendió su culto a la Iglesia universal. Pío XI, con motivo del tercer centenario de su muerte, publicó en 1923 una encíclica ponderando la heroicidad de sus virtudes y la trascendencia de su intercesión, a la vez que lo brindaba como ejemplo a las Iglesias orientales y como modelo a cuantos se esfuerzan por conseguir la unión a Roma de las iglesias separadas.

Cerrado el proceso canónico, el santo mártir Josafat no cesa de obrar innumerables milagros, que los biógrafos recogen en su vida.

En las circunstancias actuales, cuando el furor comunista arrecia en la persecución contra la Iglesia católica y contra Roma en las regiones de Rusia y Rusia Blanca, los rutenos y los ucranianos, dentro y fuera del país, son el puntal más firme de la Iglesia católica oriental unida a Roma y la mejor esperanza del retorno a la santa unión.

SANTIAGO MORILLO, SI

Bibliografía

Acta sanctorum. Octobris, t.11, p.277-279.
HOFFMANN, G., SI, «Der hl. Josaphat Erzbischof von Polozk und Blutzeuge»: *Orientalia Christiana* 1 (1923) n.6, p.24s.
PÍO XI, «*Ecclesiam Dei.* Encíclica en el tercer centenario del nacimiento de S. Josafat, mártir arzobispo del Rito Oriental de Polonia (12-11-1923)»: *AAS* 15 (1923) 573-582.
SUSZA, J., *Cursus vitae B. Iosaphat Kuncevicii* (París 1865).
WELYKYJ, A. G., *S. Josaphat hieromartyr. Documenta romana beatificationis et canonizationis,* 2 vols. (Roma 1952-1955).
• Actualización:
LODI, E., *Los santos del calendario romano* (Madrid 1999).

SAN MILLÁN DE LA COGOLLA

Presbítero († 574)

Para contar sencillamente la vida de San Millán disponemos de un testimonio fidedigno, sin que esto quiera decir que no deba sometérsele por ello al análisis de la crítica histórica. San Braulio, obispo de Zaragoza, nos legó un opúsculo latino en el que relata la vida de San Millán. No sólo el prestigio del propio narrador ha de imponérsenos en este caso. Escribe a poca distancia de los hechos, «porque los venerables sacerdotes de las iglesias de Cristo, Citonato, Sofronio y Geroncio, presbíteros de santa y purísima vida, a quienes no da la Iglesia poco crédito, nos contaron fielmente lo que vieron». A estos tres hay que agregar el testimonio «de la muy religiosa Potamia, de santa memoria». En la declaración de cuatro testigos respetables funda San Braulio la biografía de San Millán. De su narración difiere

muy poco, siglos adelante, Gonzalo de Berceo, que en realidad traduce libremente al obispo de Zaragoza, dando una versión de nombres de lugares terminante y clara, por simple incorporación de lo que se admitía sin vacilar en su momento.

Como en esta localización residen algunos de los problemas históricos que se han discutido en torno de la vida de San Millán, optamos por narrar ésta primero, siguiendo a San Braulio y respetando la nomenclatura que él emplea. Y una vez recogido este fundamental testimonio, del que arranca todo lo que se ha escrito sobre San Millán, trataremos de esclarecer aquellos puntos históricos aludidos. Parece esto más hacedero y fácil de seguir por el lector que plantear a cada cita del nombre de un pueblo, de un castillo o de una montaña en el texto de San Braulio el problema de interpretación correspondiente.

Estamos en el siglo VI de la era cristiana y, con toda seguridad, en el primitivo territorio de la diócesis de Tarazona. España está dominada por los visigodos, es católica, y al final de la centuria lo será solemnemente en la persona de Recaredo. El rincón de la Rioja por donde el Ebro penetra desde Cantabria es el escenario de la vida de San Millán. Las discusiones, que veremos después, acerca del lugar del nacimiento del santo no afectan al seguro hecho histórico de su larguísima permanencia en la Rioja.

Había «en aquel tiempo», pues no puede fijarse más que la época y no el año del nacimiento de San Millán, un pastor de ovejas como de veinte años, mancebo ejemplar y temeroso de Dios, que, entretenido en la guarda de su ganado en el mismo corazón de los montes, se acompañaba, como era costumbre pastoril, con una cítara, tratando de evitar así el mortal decaimiento del ánimo, fruto de una prolongada y honda soledad. Un día, a este pastor, llamado Millán (esto es, Emiliano; *Aemiliani,* dice el texto latino de San Braulio), «le vino un sueño del cielo», y se le despertó el alma con tanto ímpetu y con tan viva luz que determinó consagrarse, de todo en todo, a la vida sobrenatural, y partió en busca de las soledades del yermo, donde hacer vida de contemplación y santificación.

El lugar donde nació Millán, el pastor, se llamaba Vergegio, y cercanos a él se hallaban los montes y prados donde apacenta-

ba el ganado. Al adoptar la determinación de consagrarse a la vida religiosa, Millán comprendió que no podía hacerlo sin someterse a la debida instrucción y guía, y para ello se dirigió a Bilibio, donde, en un famoso castillo que guardaba una garganta del Ebro con tal fortaleza y eficacia que jamás los sarracenos se atrevieron con él, habitaba un monje llamado Felices, que gozaba fama de varón santísimo. A él se dirigió Millán, imploró y obtuvo su magisterio, y sujetándose a la severa disciplina que Felices le impuso, se abrió las puertas de la vida que deseaba emprender.

Fortalecido con esta enseñanza, provisto a la vez de reglas y de doctrina, Millán escogió un lugar próximo a Vergegio para vivir en soledad y oración, pero no le fue posible permanecer en él largo tiempo, porque entre sus convecinos y otros comarcanos corrió la fama de su santidad y confluían en masa a pedirle consejo y remedio. Deseoso entonces de asegurar la soledad que buscaba para su perfección, adentróse por la montaña, caminando hacia lo más elevado, intrincado y boscoso de ella, hasta llegar a lo más escondido del Distercio, que tal era el monte en el cual se encontraba. Allí, privado de toda compañía humana, expuesto a la dura inclemencia de nieves y huracanes, permaneció por espacio de cuarenta años, sostenido su cuerpo por las hierbas y frutos silvestres y el agua de los arroyos, y más que nada, por el temple del alma, entregada a Dios.

De este larguísimo plazo de vida en el yermo, que dan como cierto los testimonios recogidos por San Braulio, tal vez no deba dudarse si se piensa que cupo ampliamente en la existencia de San Millán, el cual permaneció en este mundo por espacio de ciento un años. En cuanto a que lograse subsistir en las condiciones que implica un clima despiadado, hemos de pensar en el favor de Dios y en que, si sometido a tales condiciones logra alguien vivir cuatro años, puede, sin duda alguna, vivir los cuarenta. De las luchas y sacrificios de esta época, de las tentaciones que sufrió, de las asechanzas a las que el demonio le sometiese, dice con gran acierto San Braulio que «sólo pueden conocerlo bien aquellos que, consagrándose a la virtud, lo experimentan en sí mismos».

El selvático aislamiento en el que Millán permanecía no fue obstáculo para que hasta él llegase algún peregrino y para que

por el contorno se difundiese la fama de una santidad en la que creían todos. Esta fama, corriendo de boca en boca, fue a parar hasta los oídos de Dídimo, por aquel entonces obispo de Tarazona. Teniendo jurisdicción sobre el áspero eremita por hallarse el lugar que había elegido para la oración en territorio de su diócesis, el obispo le envió mensaje para que se presentara a recibir las sagradas órdenes, pues deseaba que como sacerdote, y no como monje del yermo, diese pruebas de su activa virtud.

No se creía Millán apto para el desempeño de las tareas sacerdotales, al punto que dicen que al recibir el primer mensaje del obispo abrigó la idea de huirse más allá de los límites de la diócesis de Tarazona. Pero al fin pensó que debía obedecer y, una vez ordenado, se le confirió la parroquia de Vergegio, su pueblo natal. Allí prosiguió su ejemplar vida de privaciones y sacrificios, entregándose a dilatados ayunos y severas mortificaciones. Se afirma que siendo escasísimas sus letras, como era natural, pues no tuvo otra instrucción que la que le comunicara el monje Felices, los años de vida eremítica le habían proporcionado una sabiduría profunda, fruto de las meditaciones en la montaña, a solas con Dios.

Con todo, la etapa de San Millán como párroco de Vergegio había de terminar mal. Se propuso el santo desterrar todo hábito de codicia en la casa del Señor y proclamó que la mejor administración posible de los bienes eclesiásticos era repartirlos entre los pobres. Así se lo propuso y así lo realizó en Vergegio, con gran escándalo de los otros clérigos, que, hechos al disfrute de diezmos y primicias, acabaron por querellarse ante el obispo Dídimo, acusando a San Millán de malversación por el grave perjuicio que infería a los bienes de la Iglesia. Afirma San Braulio que el prelado se sentía envidioso del gran predicamento alcanzado por las excelsas virtudes que todos reconocían en San Millán, y dio oídos a la denuncia, ardió en cólera, increpó al santo y le privó del curato que él mismo se había obstinado en concederle. San Millán sufrió los reproches con tranquila y humilde paciencia y se retiró al lugar que se conoce como su oratorio para continuar su vida de oración y penitencia.

A continuación veremos lo que la investigación histórica ha podido agregar al sencillo relato de San Braulio. Después de

aludir a su retiro al oratorio, siendo ya hombre de más de ochenta años y hallándose enfermo de hidropesía, se nos da a entender que vivió asistido por algún presbítero; que dispuso de un caballejo, que en una ocasión le robaron, y que se rodeó de santas mujeres, vírgenes del Señor, que le cuidaban en los últimos tiempos de su extrema ancianidad. Parece que al cumplir los cien años tuvo aviso de su próxima muerte y que al llegar la hora llamó junto a sí al presbítero Aselo, que con él vivía, y, confesándose con él, entregó el alma a Dios.

Se atribuyen a San Millán gran número de milagros, que San Braulio refiere por lo menudo y Berceo reproduce, apoyándose en la tradición oral que transmitió hasta los nombres de las personas favorecidas. En realidad parece que la virtud milagrosa del santo ejercióse principalmente en las curaciones de ciegos, tullidos y paralíticos, que a él acudían de todas partes, y en la expulsión de los demonios. A título de curiosidad, y por ser, indudablemente, el más legendario de todos los milagros de San Millán, la mayoría de los cuales entran en el orden de los que Dios ha obrado muchas veces por el intermedio de los santos, referiremos que en cierta ocasión el demonio le salió al camino y le retó a medir sus fuerzas con él, para lo cual tomaría el espíritu del mal forma y cuerpo tangibles. Hízolo así, pero salió malparado de la lucha, porque San Millán imploró el socorro de los ángeles, que le ayudaron a vencer. La leyenda medieval concreta en esta forma su admiración por el poderío que el santo tuvo sobre el demonio.

La devoción a San Millán fue, evidentemente, muy viva en la alta Edad Media. Venerado entrañablemente en la manera que descubre el propio estilo del texto de San Braulio, fue, a partir del siglo XVI, después de la unidad española y de la existencia de una gramática castellana, objeto de ardientes controversias, nacidas de la interpretación de los viejos códices latinos y atizadas por el afán comarcal de apropiarse la pertenencia de un varón tan ilustre. Así se consiguió enturbiar el limpio arroyo de la tradición que Berceo había recogido y popularizado. Y eso que la autoridad de Gonzalo de Berceo en este caso debe valorarse en mucho por hallarse el poeta en el mismo punto de conjunción del latín vulgar con el castellano recién nacido y ofrecer por eso

la mayor garantía de autenticidad en su nomenclatura, que él, por otra parte, no supone que pueda ponerse en tela de juicio.

Una breve síntesis de las polémicas servirá para aclararle al lector esa geografía de San Braulio, que ha de resultarle forzosamente obscura, con su Vergegio, con su Bilibio, con su monte Distercio... Recordemos que el santo vive en el siglo VI y aun por una referencia de San Braulio puede colegirse que su muerte acaeció a no excesiva distancia del final del reinado de Leovigildo, lo cual, dada la longevidad del santo, situaría su nacimiento en el último cuarto del siglo V. Las precisiones documentales que se poseen hoy sobre aquella época no son para darle alientos a ningún investigador.

En primer lugar ¿a qué pueblo de hoy corresponde el Vergegio en que el santo nació? Lo único que sabemos seguro es que pertenecía a la diócesis de Tarazona. Para Gonzalo de Berceo no hay duda posible:

> Cerca es de Cogolla de parte de Orient
> dos leguas sobre Nagera al pie de Sant Lorent
> el barrio de Berceo, Madriz la iaz present.
> I nació Sant Millán, esto sin falliment.

Allí, en Berceo, nació San Millán, y sin duda alguna, lo que se corrobora más adelante en el poema, poniéndolo en boca del mismo santo:

> En Berceo fui nado, cerca es de Madriz,
> Millán me puso nomne la mi buena nodriz.

Madriz, ya se ha entendido, es un lugar inmediato a Berceo. Pero quieren algunos aragoneses recabar para su tierra el nacimiento de San Millán, para lo cual reciben muy buena ayuda en el tomo 50 de la *España Sagrada,* donde el historiador don Vicente de la Fuente arguye que Vergegio es Verdejo, lugar de Aragón ya mencionado en el *Fuero de Calatayud.* Los argumentos de tipo lingüístico que parecían deponer en este caso a favor de Verdejo deponen, en realidad, a favor de Berceo, cuya afinidad con Vergegio es mucho más efectiva que la de Verdejo, tanto más cuanto que, remontándonos al mencionado *Fuero de Calatayud,* donde consta el nombre de Verdejo, lo vemos aparecer como Berdello, forma ya inadmisible como intermedia entre

Vergegio y Verdejo. No olvidemos, por otra parte, que el padre Manuel Risco, en el tomo 33 de la *España Sagrada,* al tratar de los santos del obispado de Calahorra, deja de lado a San Millán, pues aunque nacido en Vereco, de la diócesis calagurritana «desde que los reyes de Navarra echaron los moros de toda esta provincia», perteneció en los siglos anteriores a la diócesis de Tarazona, como hallándose en territorio de la Celtiberia, «la cual se extendía por los montes Idubedas, que en aquella parte se dijeron Distercios».

No pudo el padre Risco, porque se lo impidió la muerte, ocuparse de San Millán, pero la nota a la que nos hemos referido es muy importante y no alcanzó don Vicente de la Fuente a refutarla. Puede darse por averiguado que Berceo perteneció a la diócesis de Tarazona antes de pasar a depender de Calahorra. Por otra parte, los primeros pasos de San Millán tienen una lógica mucho mayor si se considera que el santo parte de Berceo y no de Verdejo. Se dirige, como nos ha dicho San Braulio, al castillo de Bilibio. ¿Dónde está Bilibio? Atrevidamente se quiso en el siglo XVI suponer que Bilibio pudiera ser Bilbilio, con lo cual se le asimilaba a Bílbilis (Calatayud). Pero esta forzadísima interpretación ha sido desechada unánimemente y se conviene por todos en que Bilibio estaba en las proximidades de la actual ciudad de Haro, en la Rioja. *Bilibium,* según el padre Risco, es probable corrupción de *Bilabium,* dos labios o escarpaduras entre las cuales irrumpía el Ebro en tierra riojana, lugar estratégico para emplazar un fuerte castillo. Que el joven pastor, tocado por la gracia, se dirigiese de Berceo a Haro es mucho más lógico que lo hiciese desde Verdejo, y a esto sólo se replica que a veces los anacoretas marchaban a países muy lejanos. Pero San Millán no iba, como si dijéramos, a instalarse, sino a instruirse, atraído por la fama de un monje, que había llegado a sus oídos por morar en paraje no lejano del suyo más de unas cuatro leguas.

No tendríamos, pues, discusión sino en cuanto al lugar de nacimiento; pero no en cuanto al verdadero escenario de la vida de San Millán. Sin embargo, aún queda sobre esto algo que decir. Los partidarios de Verdejo pierden mucho cuando resulta forzoso convenir que el monte Distercio —y en esto todos

están conformes—, donde San Millán pasó los cuarenta años de su vida de anacoreta, no es otro que el monte, o sierra más bien, de la Cogolla, de donde le viene a San Millán su usual apellido. Como San Millán volvió a las cercanías de su pueblo, según indica San Braulio, después del tiempo que permaneció con el monje Felices, y al verse allí acosado de la gente se retiró a lo más elevado e intrincado del Distercio (la Cogolla), este proceso de traslación resulta fácil y lógico teniendo a Berceo como centro y no es igualmente explicable partiendo de Verdejo. Lo que verdaderamente otorga a Berceo sus mayores probabilidades, aparte de múltiples testimonios de la tradición, es el haberse identificado a Bilibio en las cercanías de Haro y al Distercio en la Cogolla. También partiendo de Verdejo resulta inexplicable el último retiro de San Millán, depuesto del curato, pues lo más seguro parece que el que San Braulio llama «oratorio» del santo estuviese en el emplazamiento del monasterio de Suso.

Se admite corrientemente que San Millán murió en el año 574. Pónese muy en duda, sin embargo, la fuente principal de donde pudiera deducirse aquella fecha, y sólo queda en pie la referencia de San Braulio en la relación de milagros, cuando dice que profetizó la destrucción de Cantabria, o sea la acción punitiva de Leovigildo en esta región, un año antes de que acaeciese, con lo cual, computando fechas, viene a darse en la de 574 como probable data de la muerte. Esta misma fecha, cifrada a lo gótico, consta en cierto epitafio descubierto en 1601, cuando el abad de San Millán ascendió al monasterio de Suso para reconocer la tumba del santo, y al no poder levantar el cantero la piedra que cubría el sepulcro, abrió uno de los costados y quedó de manifiesto una lápida que sería un tesoro si su autenticidad no se hubiera puesto tan en duda. Porque allí no sólo consta la referida fecha, sino que San Millán fue monje de la Orden de San Benito y era abad cuando descansó en el Señor.

Que se trate de una piadosa, aunque reprobable, superchería de los monjes, que de este modo recaban a San Millán entero para sí, o que, sin mediar superchería alguna, sea un epitafio en extremo posterior —como ha de serlo— a la fecha de la muerte y se haya recogido allí lo que tradicionalmente se afirmaba, es cuestión que no importa demasiado. La teoría de la falsificación

pura y simple tiene sus partidarios, que argumentan con el traslado de los restos, realizado por Sancho el Mayor de Navarra en 1030, el cual habría tenido que dejar el epitafio allí. Esto, según otros, pudo ser intencionado, ya que en el sepulcro quedaban cenizas, reliquias también, que le conferían al sepulcro venerable carácter. En todo caso, se discute asimismo la calidad apócrifa de la inscripción, que se considera de un gótico extremadamente dudoso.

Queda en pie de toda esta polémica la cuestión de si efectivamente San Millán fue abad de la Orden benedictina. Seguir la discusión entablada desde el siglo XVI sobre este punto resultaría harto prolijo. Aun el mismo hecho de las santas mujeres que atendían y cuidaban a San Millán en lo más desvalido de su ancianidad extrema, que algunos estiman de todo punto incompatible con el monacato, tiene su explicación plausible para quienes lo defienden. Hemos de tener presentes las condiciones excepcionales en las que se desenvolvía la vida religiosa y monástica en el siglo VI, aunque también debe tenerse en cuenta que la única fuente biográfica de autoridad que poseemos, que es el relato de San Braulio, no hace la menor alusión a que San Millán fuese abad, y aún es dudoso que le considere monje, si bien el no designarle así concretamente se ha de entender ocioso, pues monje fue no sólo en el sentido etimológico de la palabra, sino en el de la obediencia (a más de pobreza y castidad), que se probó cuando el obispo de Tarazona le reclamó para que recibiese las sagradas órdenes, lo que no hubiera podido obligar a un simple diocesano.

Basta con dejar apuntada esta cuestión. Sobre la trayectoria seguida por los restos del santo, una bella leyenda les señala el emplazamiento de la morada final. Ya hemos dicho que en 1030, Sancho el Mayor los trasladó desde el «oratorio», monasterio de Suso, al altar mayor, donde permanecieron hasta el 1053, en el que don García, hijo de don Sancho, los quiso trasladar al monasterio de Nájera. Pero colocado el ataúd en un carro de bueyes, no hubo medio humano de que el carro se moviese de determinado lugar, donde quedó como clavado a la tierra, dando indicio cierto de que una voluntad superior se oponía a que pasase de allí. Y allí fue donde el rey dispuso que

se levantara un nuevo monasterio con el nombre del santo, en el que sus restos descansaran en espléndida sepultura, en la que, para la urna sepulcral, se derrochó el marfil, el oro y la pedrería. Tres razones más que suficientes para que los restos del santo fueran inquietados en 1809, cuando la francesada desplegó por allí su espíritu rapaz.

NICOLÁS GONZÁLEZ RUIZ

Bibliografía

Analecta Bollandiana 51 (1933) 293-317; 53 (1935) 90-100.
FLÓREZ, E., *España Sagrada,* t.50, p.2-35; t.33, p.414-415.
GONZALO DE BERCEO, «Estoria de Señor Sant Millán, tornada de latín en romance», en *Biblioteca de Autores Españoles,* LVII, 65.

SAN DIEGO DE SAN NICOLÁS

Religioso († 1463)

Empezamos esta breve silueta hagiográfica reparando una, no por lo generalizada menos digna de ser reparada, injusticia en la denominación del santoral español al designar a San Diego con el toponímico de Alcalá de Henares, en lugar del nombre de la villa de San Nicolás del Puerto, en la provincia de Sevilla.

Insignificante por su demografía, es la villa de San Nicolás del Puerto uno de los lugares más típicos y pintorescos de la provincia andaluza. Se halla situado al norte de la misma, en pleno complejo montañoso, con gran riqueza hidráulica, que dan a sus alrededores extensas zonas cultivadas y amplias alamedas. Su altitud y arboledas hacen del lugar un oasis en la canícula sevillana.

San Nicolás, en su insignificancia demográfica y urbanística, tiene un lugar en la historia por el mejor de los títulos que dan entrada en ella, por haber sido cuna de uno de los hombres que figuran en el santoral de la Iglesia católica. Hacia fines del siglo XIV, sin que sea posible concretar más la fecha, nació de humilde familia pueblerina el niño que había de llevar junto a su nombre en documentos reales y bulas pontificias el nombre del lugar que le vio nacer: San Diego de San Nicolás. El hecho al que hemos aludido al comienzo de estas líneas de que se le de-

signe como San Diego de Alcalá no tiene más explicación que el haber sido la ciudad complutense su última residencia terrenal, lugar de su sepulcro hasta el presente, y que sus numerosos milagros hicieron bien pronto célebre en toda España. Pero tanto las historias primitivas del santo como la bula de canonización expedida por Sixto V, no conocen otro lugar de referencia que San Nicolás. La tradición lugareña ha conservado ininterrumpidamente hasta el día de hoy la casa de su nacimiento. La devoción de sus paisanos, cobijados bajo su celestial patronato, respalda la designación del lugar de su nacimiento. El *Santoral hispalense,* de Alonso Morgado, el más documentado elenco hagiográfico de santos sevillanos, así lo reconoce. Es, pues, de justicia devolver al humilde pueblo sevillano el mejor título de su historia, máxime cuando la ciudad complutense tiene tantos otros de rango universitario y literario que la encumbran en España.

Muy poco se sabe de sus primeros años.

La más segura de sus biografías, debida a la pluma de don Francisco Peña, abogado y promotor en Roma de la causa de canonización del santo, y que debió, por lo mismo, poseer los mejores datos en torno a la vida de Diego, así lo reconoce. Don Cristóbal Moreno, traductor en el siglo XVI al castellano de la obra latina de Peña, también hace constar esta insuficiencia de datos sobre la niñez y primeros años de San Diego. Y hasta la *Historia del glorioso San Diego de San Nicolás,* escrita por el que fue guardián del convento de Santa María de Jesús, de Alcalá de Henares, donde vivió y murió el santo, se concreta para esta época de la vida de Diego a las anteriores biografías de Peña y Moreno. La *Historia* de Rojo, el guardián complutense, aparecida en 1663, sesenta años después de la muerte de Moreno y a un siglo de distancia de la obra latina de Peña, no pudo ampliar con nuevos datos, como parecería lógico por haber vivido en el mismo convento de San Diego, lo que la bula y anteriores hagiógrafos nos comunican. Alonso Morgado tampoco nos enriquece el conocimiento de la niñez de Diego con aportaciones que llenen el vacío de sus primeros años.

Deseosos de que esta silueta hagiográfica responda a la más estricta seriedad documental, tanto más exigida cuanto San

Diego llegó a ser un taumaturgo popular en sus tiempos y en la España de los siglos de oro, nos vamos a dedicar tan sólo a destacar dos aspectos de su vida: sus itinerarios y las características de su santidad, tal como aparecen aquéllas en la bula de canonización.

San Diego, nacido en el más pequeño lugar de la provincia de Sevilla, fue sin duda uno de los hombres de su tiempo y condición que más viajó. Podríamos trazar la línea de su constante andar con un gráfico que va de San Nicolás al cielo, pasando por Sevilla, Córdoba, las Islas Canarias, Roma y Castilla, rindiendo viaje en Alcalá de Henares, para saltar desde la gloria del sepulcro a los altares. En el polvo de sus sandalias quedaron adheridas y mezcladas tierras de innumerables caminos de España y Francia e Italia.

De San Nicolás pasa a un lugar cercano a la villa para ponerse bajo la dirección espiritual de un santo sacerdote ermitaño, el primero que cultiva sus ansias generosas de total entrega de servicio a Dios. De allí, confirmada su voluntad de consagración al Señor, se traslada a Arruzafa, cerca de Córdoba, en cuyo convento profesa como fraile lego en los Menores de la observancia franciscana. Desde este lugar comienza su itinerario limosnero y misional por incontables pueblos de Córdoba, Sevilla y Cádiz, dejando detrás de su paso una estela de caridad y milagros que aún pervive en las tradiciones lugareñas de no pocos de esos pueblos.

Pero el humilde fraile de «tierra adentro» había de enfrentarse, en su constante caminar, con las rutas del «mar océano», empresa en aquellos tiempos ni corta ni común. Las Islas Canarias, especialmente Fuerteventura, son ahora la meta de su itinerario misionero en calidad de guardián, para lo que fue designado hacia el año 1449. Su paso por las Islas Afortunadas quedó también marcado por obras maravillosas de apostolado y de caridad. Vuelto a la Península hacia el año 1450, en ocasión del jubileo universal proclamado por la santidad de Nicolás V, su piedad mueve sus pies camino de Roma para lucrar las gracias de aquel jubileo. Después de varios meses de peregrinar llega a la Ciudad Eterna al tiempo de la canonización de San Bernardino de Sena, cuyo acontecimiento, al congregar en Roma varios

miles de religiosos franciscanos, había de ofrecer otra oportunidad a su celo y caridad ardiente con motivo de una epidemia habida entre los peregrinos llegados de varias partes. Fue el convento de Santa María de Araceli el lugar de su residencia durante tres meses.

Vuelve a España. Y después de un tiempo en el convento castellano de Nuestra Señora de Salceda, llega en su última etapa terrenal a Alcalá de Henares, en cuyo convento de Santa María de Jesús había de vivir los últimos años de su vida mortal para nacer a la gloria y a la santidad de los altares.

Esta breve consignación geográfica de sus itinerarios en aquellos tiempos, y en un humilde hijo pueblerino y religioso lego, es más que suficiente para poner de relieve su destacada personalidad, cuya base estribaba tan sólo en su santidad misionera y caritativa.

Si hubiésemos de sintetizar la fisonomía de su espiritualidad, dentro siempre del estilo franciscano de su vida, no dudaríamos en destacar la obediencia hasta el milagro, la sencillez y servicialidad sin límites, la caridad heroica para con todos, como las virtudes que le encumbraron a la santidad y que le hicieron famoso y hasta popular en vida y después de su muerte. El humilde lego que hacía salir a su paso a todos para verle y acogerse a su valimiento delante de Dios mientras vivía, había de congregar junto a su sepulcro a los grandes de la tierra después de muerto. Cardenales y prelados de la Iglesia, reyes y príncipes, hombres y mujeres del pueblo habían de ir, sin distinción de clases, al humilde religioso franciscano. Enrique IV de Castilla, primero; cardenales de Toledo, príncipes de España, el mismo Felipe II después, acudieron junto a su tumba, llevados por el mismo sentimiento de confianza en su santidad milagrosa, o hicieron llevar sus restos sagrados hasta las cámaras regias, como en el caso del príncipe Carlos, hijo del Rey Prudente, a fin de impetrar de Dios, por su mediación, la curación y el milagro. Nada menos que el propio Lope de Vega había de inmortalizar en una de sus comedias en verso el milagro del príncipe Carlos, que había de cantar, en la poesía del Fénix de nuestros Ingenios, el pueblo todo de España.

Nadie con más autoridad que Sixto V puede resumirnos las características de la santidad de Diego.

«El Todopoderoso Dios —dice en la bula de canonización—, en el siglo pasado, muy vecino y cercano a la memoria de los nuestros, de la humilde familia de los frailes menores, eligió al humilde y bienaventurado Diego, nacido en España, no excelente en doctrina, sino "idiota" y en la santa religión por su profesión lego..., mostrándole claramente que lo que es menos sabio de Dios, es más sabio que todos los hombres, y lo más enfermo y flaco, más fuerte que todos los hombres [...] Dios, que hace sólo grandes maravillas, a este su siervo pequeñito y abandonado, con sus celestiales dones de tal manera adornó y con tanto fuego del Espíritu Santo le encendió, dándole su mano para hacer tales y tantas señales y prodigios así en vida como después de muerto, que no sólo esclareció con ellos los reinos de España, sino aun los extraños, por donde su nombre es divulgado con grande honra y gloria suya [...] Determinamos y decretamos —continúa la bula— que el bienaventurado fray Diego de San Nicolás, de la provincia de la Andalucía española, debe ser inscrito en el número y catálogo de los santos confesores, como por la presente declaramos y escribimos; y mandamos que de todos sea honrado, venerado y tenido por santo...».

Lo humilde y pobre del mundo fue escogido por Dios para maravilla de los grandes y poderosos de la tierra. En Diego se cumplió una vez más de modo esplendente el milagro de la gracia.

Así se consumaron las etapas del itinerario de San Diego de San Nicolás, quien entró en la inmortalidad bienaventurada el 13 de noviembre de 1463 en Alcalá, y en la gloria de los altares en julio de 1588, bajo el pontificado de Sixto V, culminando el proceso introducido por Pío IV en tiempos de Felipe II.

No queremos cerrar esta silueta sin consignar aquí un deseo y una aspiración de todos sus paisanos, y que será la última etapa de sus itinerarios y hasta una solución a la soledad en que hoy se halla su sepulcro. La etapa, triunfal y definitiva, de Alcalá, donde hoy reposa, a San Nicolás, la villa que le vio nacer, y en la que la devoción popular al santo patrono y paisano espera tenerle lo más cerca posible, no sólo para honrarle como su santidad y gloria merecen, sino incluso para conseguir por su mediación valiosa la completa y plena restauración de la vida cristiana de un pueblo pequeño y humilde, pero que conserva la fe en su Santo, al que lleva siglos esperando.

ANDRÉS-AVELINO ESTEBAN ROMERO

Bibliografía

ARRIGONI, G., *Oratio in canonizatione Sancti Didaci* (Roma 1588).
GUÉRIN, P., *Les petits Bollandistes: vies des Saints de l'Ancien et du Nouveau Testament* (París [7]1883).
MORENO DE LA REA, *La vida del santo fray Diego* (Cuenca 1602).
PEGNA, F., *De vita, miraculis et actis canonizationis Sancti Didaci libri tres* (Roma 1589).
SÁNCHEZ DE FERIA, B., *Palestra sagrada o Memorial de santos de Córdoba,* III (Córdoba 1772).
WADDING, L., OFM, *Annales Minorum,* XIII (Roma 1732) 281-321.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN HESIQUIO DE VIENNE
Obispo († 490)

Aparece como obispo de Vienne a lo largo de una década (480-490) a finales del siglo V. Había estado casado anteriormente y de su matrimonio tuvo dos hijos que llegaron a obispos y figuran en el santoral: son San Apolinar, obispo de Valence, y San Avito, obispo de Vienne, sucesor de su padre en esta sede. Pertenecía a una familia senatorial de la Galia. Su memoria se celebra el 12 de noviembre.

SAN CUNIBERTO DE COLONIA
Obispo († 663)

Cuniberto nace hacia el año 595 en el seno de una noble familia franca. Se educa en Metz en la corte de Clotario II y, siendo todavía joven, obtiene el puesto de arcediano en la catedral de Tréveris en cuya escuela catedralicia había hecho los estudios. No parece hubiera cumplido los treinta años cuando es designado obispo de Colonia. Fue consagrado obispo el 25 de septiembre de 623. Persona inteligente y de óptimas costumbres, se acredita muy pronto por su ciencia y su celo pastoral, y ejerce un gran influjo sobre el episcopado de su tiempo. El rey Dagoberto II le encomienda la educación de su hijo Sigeberto, y cuando el monarca muere prematuramente, comparte con la reina Adalgisa la tutoría sobre el nuevo rey, menor de edad. Él sostuvo a Grimoaldo en el puesto de mayordomo de palacio. El

rey Dagoberto tuvo la intención de que Cuniberto liderara la evangelización de los frisones, haciendo de Utrecht el centro de esta obra, pero en realidad la pretendida obra no se llevó a cabo y por ello hubo de hacerse más tarde y desde otras instancias. Cuniberto asistió al sínodo de Clichy en 626 y al concilio nacional franco que se tuvo en Reims entre 627 y 630. Construyó iglesias y monasterios y dejó la estela de un buen pastor. Su muerte se sitúa en el año 663 y fue sepultado en la iglesia de San Clemente, de Colonia, una de las que él mismo había hecho construir y que tomó su nombre. Es tradición que mientras celebraba la santa misa en la basílica de las Once Mil Vírgenes se le posó una paloma sobre la mitra, lo que ha entrado en la iconografía del santo, significando la paloma al Espíritu Santo.

SANTOS BENITO, JUAN, MATEO, ISAAC Y CRISTIÁN

Mártires († 1003)

El 12 de noviembre de 1003 unos forajidos asaltaron el pequeño monasterio de los camaldulenses en Casimierz, Polonia, situado junto al río Warta, seguramente porque había corrido la noticia de que el príncipe Boleslao les había entregado pingües dones con destino al Papa. Los ladrones asesinaron a los monjes Benito, Juan, Isaac y Mateo, y también al cocinero Cristián. Se les tuvo por mártires y floreció su culto.

Benito era natural de Benevento y antes de ingresar en la vida monástica era ya sacerdote. Pero como no le gustaba la poca observancia que hallaba en el monasterio del Salvador, decidió llevar vida eremítica, primero en el Monte Sorate y luego en las cercanías de Montecasino. Cuando el año 999 San Romualdo visita Montecasino, Benito se le une y se va con él, feliz de participar en el género de vida del fundador de la Camáldula. Marchó con él a Pereo en las cercanías de Rávena. Aquí se acreditó a los ojos del santo, y por ello, cuando el príncipe Boleslao de Polonia le pidió que le enviara un grupo de monjes para establecer un monasterio que afianzara la fe de los polacos recién convertidos, San Romualdo mandó a Benito junto con Juan, monje ejemplar procedente del cenobio de Classe. Partieron ambos y llegaron a Polonia en el verano de 1001. Acogidos por

Boleslao, se establecieron junto a la ermita de San Martín en Casimierz, y muy pronto se les unieron dos vocaciones nativas: Isaac y Mateo, que se pusieron a enseñar a los recién llegados la lengua polaca. Ellos esperaban al capellán imperial San Bruno de Querfurt, que debía traer consigo la licencia papal para la misión entre los paganos. Pero como no llegaba, Benito se puso en camino hacia Roma, y se hizo encontradizo con él el propio Boleslao que le dio dinero para el monasterio y obsequios para el Papa, encargándole que pidiera al Papa para él la corona real. No aceptó Benito el encargo y se volvió a su convento habiendo devuelto los regalos. Y entonces se produjo el asesinato. Enterrados en la ermita, se les dio culto como santos, que se dice confirmó el papa Julio II.

BEATO JUAN CINI DE LA PAZ

Penitente († 1453)

A Juan Cini se le dio el apelativo «de la Paz» por vivir en la Porta della Pace, de Pisa. Aquí había nacido en 1353, y en su juventud fue muy poco edificante. Casado y soldado en la guerra entre Pisa y Florencia, intervino luego en el asesinato del arzobispo Mateo. Cuando se sustanciaron las responsabilidades, cayó sobre él la pena de la excomunión. La muerte de tantos compañeros y amigos en la guerra y el horror de verse separado de la comunión de la Iglesia le impactaron fuertemente y se decidió a cambiar de vida. Entonces ingresó en la Orden Tercera de Penitencia de San Francisco. Se volcó en obras de caridad y se dedicó a llevar un género de vida austero y penitente. Funda la «Cofradía de los Flagelantes». Organiza el socorro a los pobres vergonzantes, a los que ayuda con toda discreción una vez llegada la noche, y se empeña en muchas obras de misericordia. Murió su esposa y entonces se va a vivir en la Porta della Pace en una pequeña celda. Su vida ejemplar estimuló a muchos a la vida cristiana. Murió el 12 de noviembre de 1453, ya centenario. Su culto ininterrumpido fue confirmado el 10 de septiembre de 1857.

SAN MARGARITO FLORES GARCÍA

Presbítero y mártir († 1927)

Nace en Tasco de Alarcón, México, el 22 de febrero de 1899 en el seno de una familia pobre y cristiana. Tras varias graves enfermedades en su niñez ingresa con 14 años en el seminario de Chilapa. Se ayudaba siendo el peluquero de los seminaristas. Luego de una conducta ejemplar y unos estudios aprovechados, se ordena sacerdote el 5 de abril de 1924. Sus destinos fueron: profesor del seminario, coadjutor de Chilpancingo, y párroco de Tecapulco. En estos cargos mostró su mejor voluntad, su atención a la escuela católica y fomentó la frecuencia de sacramentos. Cuando las tropas federales llegan a la zona, intenta refugiarse con sus familiares pero éstos no lo admitieron, salvo uno con el que estuvo un tiempo. Pasa luego a la capital de la nación y ejerce ocultamente su ministerio. Descubierto y arrestado, va a parar a la cárcel, donde sigue confesando y animando a los demás presos. Libre en julio de 1927, es destinado a Atenango del Río. Con un salvoconducto y un guía marcha allá, pero nada más llegar es arrestado y en ropa interior, descalzo y a pie es llevado a Tulimán, donde llega en la mañana del 12 de noviembre. Le dan a elegir el sitio donde ser fusilado. Elige la pared de la iglesia y pide unos momentos para rezar. Uno de los soldados que iban a fusilarlo se le acercó y le pidió perdón. El mártir se lo dio. Se puso de cara a sus verdugos y recibió la muerte. Lo arrastraron hasta el cementerio y lo enterraron sin ataúd, echándole encima la sotana.

Fue canonizado el 21 de mayo de 2000 por el papa Juan Pablo II.

BEATO JOSÉ MEDES FERRI

Mártir († 1936)

Nace en Algemesí el 13 de enero de 1885 en un hogar profundamente cristiano, que lo educó en la piedad y los valores cristianos. Llegado a la juventud mostró sus buenas cualidades. Antes de ir cada día al trabajo del campo, oía la santa misa.

Contrajo matrimonio con Purificación Esteve Martínez, con la que tuvo una unión magnífica de corazones y sentimientos. La pareja no tuvo hijos. José rezaba cada tarde con su esposa el santo rosario y participaba en las asociaciones católicas: Acción Católica, Orden Tercera del Carmen, Adoración Nocturna, y colaboraba con el Sindicato Católico Agrícola.

Llegado el 18 de julio, sus hermanos, religiosos carmelitas, y su hermana, religiosa cisterciense, se vinieron a su casa. Perseveraron en la oración, a la espera de la voluntad de Dios. El 10 de noviembre de 1936 sus tres hermanos fueron arrestados, y él lo fue al día siguiente, siendo llevado al monasterio de Fons Salutis, convertido en cárcel. Estaban allí sus hermanos pero José no pudo hablar con ellos. Con las manos atadas a la espalda todos ellos fueron sacados en la noche del 12 de noviembre y llevados a la carretera de Alcudia. Cuando vieron que los iban a matar, prorrumpieron en vivas a Cristo Rey. Los mataron a tiros en la nuca.

José es hasta ahora el único beatificado y lo fue el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

13 de noviembre

A) Martirologio

1. En Cesarea de Palestina, santos Antonino, Nicéforo, Zebina, Germán y Mánata, virgen († 308), mártires.
2. En Aix-en-Provence (Galia Narbonense), San Mitria († 314), esclavo, mártir.
3. En Tours (Galia Lugdunense), San Bricio († 444), obispo *.
4. En África, la conmemoración de santos Arcadio, Pascasio, Probo y Eutiquiano († 473), españoles mártires. Se les unió el pequeño Paulillo o Pablitos, hermano de Pascasio y Eutiquiano *.
5. En Vienne (Galia Lugdunense), San Leoniano († 518), abad.
6. En Auvergne (Aquitania), San Quintiano († 525), obispo.
7. En Tiferno (Umbría), santos Florencio, obispo, y Amancio, presbítero († s. VI).

8. En Rodez (Aquitania), San Dalmacio († 580), obispo.
9. En Val-Saint-Imier (Suiza), San Himerio († 612), ermitaño.
10. En Toledo, San Eugenio († 657), obispo **.
11. En territorio de Cambrai, Santa Maxelenda († 670), virgen y mártir.
12. En Roma, San Nicolás I († 867), papa **.
13. En el monasterio de La Réole (Gascuña), San Abón († 1004), abad de Fleury y mártir *.
14. En Ivrea (Italia), San Varmundo o Veremundo († 1010), obispo *.
15. En Cremona (Lombardía), San Homobono († 1097), seglar **.
16. En Roma, Santa Agustina (Livia) Pietrantoni († 1894), virgen, de la Congregación de Hermanas de la Caridad **.
17. En Simat de Valldigna (Valencia), Beato Juan Gonga Martínez († 1936), mártir *.
18. En Portichol de Tavernes, junto a Carcagente (Valencia), Beata María Patrocinio de San Juan Giner Gomis († 1936), virgen, del Instituto de Hermanas de María Inmaculada Misioneras Claretianas, mártir **.
19. En Sofía, Bulgaria, beatos Pedro Vicev, Pablo (José) Dzidzov y Josafat (Roberto Mateo) Siskov († 1952), presbíteros, religiosos agustinos de la Asunción, mártires **.
20. La Iglesia de España celebra hoy la memoria de San Leandro de Sevilla, obispo, que el *Martirologio romano* conmemora el 13 de marzo **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN LEANDRO DE SEVILLA
Arzobispo († 600)

Leandro vio la luz en una familia de abolengo grecorromano. En Cartagena de la Andalucía española. Y por los años de 535 a 540. Hermano de tres santos —San Isidoro, su sucesor en la silla hispalense; San Fulgencio, obispo de Écija, y Santa Florentina, virgen—, santo también fue él.

La carrera de su santidad se reduce a los siguientes tramos: abrazó en buena hora la vida monástica. Y su condición de monje le abrió las puertas para ejercer una preponderante influencia en la Península, sobre todo por lo que respecta al porvenir religioso de España.

La Providencia enredó así las cosas: sus padres emigraron de Cartagena a Sevilla. Nombrado obispo metropolitano de

aquella ciudad, creó una escuela —ya se había dedicado a la enseñanza cuando monje— destinada a propagar la fe ortodoxa y que sirviera, a la vez, de estímulo para el estudio de todas las artes y de todas las ciencias conocidas. Él mismo llevó muy entre manos los quehaceres escolares. Entre los alumnos de esta escuela se contaron los dos hijos del rey Leovigildo, Hermenegildo y Recaredo. El ascendiente de todo buen maestro sobre el discípulo supo aprovecharlo San Leandro para mantener en la fe católica al primogénito del rey, con magnífico ejemplo y harto provecho para los católicos españoles. Hermenegildo, atraído a las lides de la fe nicena por el trato de San Leandro y los consejos de su buena esposa Ingunda, supo eludir la herejía arriana. Leovigildo asentó la capital del reino visigodo en Toledo y asoció a su hijo en el reino, asignándole la Bética, con residencia en Sevilla. La persecución arriana —y con ella la guerra civil— estalló bien pronto contra el catolicismo. Leovigildo, en sus aires de grandeza y unificador, estimó la herejía arriana como vínculo de unión y grandeza. Todo fue llevado a sangre y fuego; la violencia de la prisión o del exilio se servirá en bandeja a los recalcitrantes. A Leandro se le obligará a abandonar su iglesia metropolitana y la patria madre.

Pero antes del destierro, cuando Leovigildo, desnaturalizado padre, asediaba al joven rey su hijo Hermenegildo, que resistía en Sevilla la impugnación de la herejía arriana, Leandro marchó a Constantinopla a implorar socorro del emperador bizantino. En Bizancio conoció el monje obispo a otro monje —a la sazón apocrisario del papa Pelagio II en aquellas tierras— destinado a la suprema magistratura de la Iglesia: Gregorio, el magistrado romano y monje, con el que trabó una íntima amistad que unirá sus vidas en criterio y afecto hasta el fin y que Leandro sabrá explotar para el bien de España. Gregorio el Grande escribirá los *Morales* (exposición del libro de Job), que tanta repercusión tendrán en la ascética moral del Medievo, animado por Leandro. La correspondencia gregoriana que se nos ha conservado demuestra la fuerte y perenne amistad de estos dos santos (cf. *Epist.,* 1,41; 5,49; 9,121). Elevado a la Cátedra de Pedro, Gregorio se apresura a enviar a su amigo Leandro el palio arzobispal, con unas letras que revelan la alta estima que tenía de su virtud:

«Os envío el palio que debe servir para las misas solemnes. Al mismo tiempo debería prescribiros las normas de vivir santamente; pero mis palabras se ven reducidas al silencio por vuestras virtuosas acciones».

Es tradición que el Papa donó al arzobispo de Sevilla una venerada imagen de Nuestra Señora de Guadalupe.

Leandro regresó de Constantinopla cuando amainaba la persecución suscitada por Leovigildo. Vio el final de este rey y los buenos consejos que dio a su hijo Recaredo, sin duda influenciado por el príncipe mártir.

Una nueva era amaneció para España cuando Recaredo se sentó en el trono. Leandro pudo volver a su diócesis sevillana y el nuevo rey, vencidos los francos, convocó el histórico III Concilio de Toledo, en el año de gracia de 589. Recaredo abjura la herejía arriana; hace profesión de fe, enteramente conforme con el símbolo niceno; declara que el pueblo visigodo —unido de godos y suevos— se unifique en la fe verdadera y manda que todos sus súbditos sean instruidos en la ortodoxia de la fe católica. El alma de aquel concilio era Leandro. Y ésta es su mayor gloria. En medio de aquellas intrigas visigóticas supo intrigar santamente en la corte real, con el exuberante fruto de la conversión de su rey. Al santo obispo de Sevilla se le debe, como causa oculta, pero eficiente, la conversión en masa del reino visigodo y la iniciación del desarrollo en España de una vida religiosa muy activa que se traslucirá en la institución de parroquias rurales y en la fundación de no pocos monasterios. La Iglesia española alcanzó en los celebérrimos concilios de Toledo —iniciados prácticamente en este tercero— una importancia de primerísimo orden. La legislación visigótica, desde entonces, fue totalmente impregnada de cristianismo. Ésta es la obra de San Leandro. Con razón podía gloriarse y exteriorizar su gozo en la clausura del concilio con estas palabras:

«La novedad misma de la presente fiesta indica que es la más solemne de todas [...] Nueva es la conversión de tantas gentes, y si en las demás festividades que la Iglesia celebra nos regocijamos por los bienes ya adquiridos, aquí, por el tesoro inestimable que acabamos de recoger. Nuevos pueblos han nacido de repente para la Iglesia: los que antes nos atribulaban con su rudeza, ahora nos consuelan con su fe. Ocasión de nuestro gozo actual fue la calami-

dad pasada. Gemíamos cuando nos oprimían y afrentaban; pero aquellos gemidos lograron que los que antes eran peso para nuestros hombros se hayan trocado por su conversión en corona nuestra [...] Alégrate y regocíjate, Iglesia de Dios; alégrate y levántate formando un solo cuerpo con Cristo; vístete de fortaleza, llénate de júbilo, porque tus tristezas se han convertido en gozo, y en paños de alegría tus hábitos de dolor. He aquí que, olvidada de tu esterilidad y pobreza, en un solo parto engendraste pueblos innumerables para tu Cristo. Tú no predicas sino la unión de las naciones, no aspiras sino a la unidad de los pueblos y no siembras más que los bienes de la paz y de la caridad. Alégrate, pues, en el Señor, porque no has sido defraudada en tus deseos, puesto que aquellos que concebiste, después de tanto tiempo de gemidos y oración continua, ahora, pasado el hielo del invierno y la dureza del frío y la austeridad de la nieve, repentinamente los has dado a luz en gozo, como fruto delicioso de los campos, como flores alegres de primavera y risueños sarmientos de vides».

Poco después de este acontecimiento, de los más grandes en la historia del cristianismo español —la conversión de los visigodos fue real y sincera—, fue elevado al pontificado, en 590, Gregorio el Magno. El Papa y amigo felicitó efusivamente a Leandro.

El metropolitano de Sevilla consagró el resto de su vida a edificar a su pueblo con la práctica de la virtud —luz que ilumina— y el trabajo de sus escritos —sal que condimenta—. Entre sus obras escritas —todas perdidas, a excepción de algunos fragmentos de su discurso en el III Concilio de Toledo y la que ahora indicamos— se destaca por el encanto y doctrina evangélica que contiene la *carta* que dirigió a su hermana Florentina.

Es un bello tratadito sobre el desprecio del mundo y la entrega a Dios de las vírgenes consagradas. Influyó sobremanera en la posteridad para el género de vida monástico femenino. Comúnmente se llama a esta carta la regla de San Leandro.

Los últimos años de su vida, retirado de la política, fueron fecundos en obras santas, dignas del mejor obispo: penitencias, ayunos, estudio de las Sagradas Escrituras, obligaciones pastorales. Afligido por la enfermedad de la gota —la misma enfermedad que sufría por entonces su amigo Gregorio el Magno— supo recibirla como un favor del cielo y como una gracia muy grande para expiar sus faltas.

Moría probablemente el mismo año que Recaredo, en 601, dejando fama de verdadero hombre de estado y de obispo digno del apelativo de su amigo, grande.

JUAN MANUEL SÁNCHEZ GÓMEZ

Bibliografía

Act. SS. Boll., 27 de febrero.
Actas del Concilio III de Toledo, en J. VIVES (ed.), *Concilios visigóticos e hispano-romanos* (Madrid 1963).
BOURRET, J. C. E., *L'école chrétienne de Séville sous la monarchie des Visigoths* (París 1855).
GÖRRES, FR., «Leander Bischof von Sevilla und Metropolit der Kirchenprovinz Baetica»: *Zeitschrift für wissenschaftliche Theologie* 29 (1886) 26s.
LEANDRO DE SEVILLA (SAN), *Obras:* PL 72,21s.
— *Obras,* en E. FLÓREZ, *España Sagrada,* XV, p.383s.
MONTALEMBERT, C. F., CONDE DE, *Les moines d'Occident depuis saint Benoît jusqu'à saint Bernard,* II (París 1862) 217s.
VEGA, A. C., «De institutione Virginum et contemptu mundi»: *La Ciudad de Dios* 159 (1947) 277s.
• Actualización:
DOMÍNGUEZ DEL VAL, U., *Leandro de Sevilla y la lucha contra el arrianismo* (Madrid 1981).
GARCÍA MORENO, L. A., *Historia de España visigoda* (²1998).
NAVARRA, L., «Leandro de Sevilla», en A. DI BERARDINO (dir.), *Diccionario patrístico y de la antigüedad cristiana* (Salamanca 1998) 901s.

SAN EUGENIO DE TOLEDO

Obispo († 657)

La Iglesia en la Hispania visigótica, desde la conversión de Recaredo y su abjuración solemne del arrianismo en el Concilio III de Toledo (a. 589) hasta la caída del reino visigodo (a. 711), se dedicó con todo entusiasmo a asegurar y perfeccionar la unidad de la fe católica en íntima alianza con el poder del trono.

La evangelización no era nada fácil en aquel complejo aglomerado social donde la mayoría católica de los hispanoromanos y bizantinos había sido sojuzgada; los godos triunfadores pasaban de la herejía arriana al catolicismo; y no faltaban otras poderosas minorías como los judíos, y enclaves del viejo paganismo.

La recuperación de la unidad hispanorromana se logró en la España visigótica sólo cuando hispanorromanos, godos y suevos convivieron bajo el cetro de Toledo, convertida en capital

del reino visigodo, en difícil equilibrio inestable. La derogación de las severas leyes que prohibían los matrimonios mixtos, facilitó la integración.

Pero la verdadera unidad y articulación social del reino la habría de lograr, más que las estrategias políticas, la coherencia interna que sólo el mismo credo religioso pudo dar.

La Iglesia se preocupó de la corrección y formación del clero y del laicado, empeñada también en la conversión de los judíos. Cooperó eficazmente con el poder civil para mantener la unidad política y fortalecer la monarquía visigoda. La íntima alianza entre el trono y el altar se hacía visible en los célebres concilios de Toledo.

A pesar de todas sus innegables deficiencias y abusos, podemos comprobar que con esa unidad se abrió una época de esplendor cultural y religioso.

A este período tan difícil y tan glorioso pertenece San Eugenio de Toledo que brilla con luz propia en la constelación de personajes ilustres que le precedieron o sucedieron en la sede toledana y en otras de la Hispania visigótica. Tenía ante los ojos la admirable labor apostólica de San Leandro, metropolitano de Sevilla, en la conversión de los visigodos con su rey a la cabeza.

San Isidoro de Sevilla (562-636), con saber enciclopédico, ilumina y guía el paso de la cultura antigua a la de toda la Edad Media, sintetizando en la enseñanza cristiana el saber de Grecia y de Roma, con la nueva savia y el vigor juvenil de los invasores.

Por otra parte, sigue viva y ejemplar la estampa heroica de Masona, el metropolita de Mérida, un santo varón, gran pastor de almas y caritativo con todos, fundador de monasterios y hospitales, que resistió con fortaleza martirial el acoso y persecución del arriano rey Leovigildo (571-586).

El primer biógrafo de San Eugenio fue su inmediato sucesor, San Ildefonso (608-687), el defensor de la perpetua virginidad de María y autor del libro *De viris illustribus,* entre los cuales lo cuenta con grandes elogios.

En este ambiente, lleno de esperanza, aunque erizado de problemas, nació en Toledo, al parecer, de una familia noble y cristiana, a finales del siglo VI, San Eugenio. Dotado de excelentes cualidades humanas, en busca de la perfección y atraído por la vida monástica, floreciente en la Iglesia visigótica, no se que-

dó en el célebre de Agali, en las afueras de Toledo sino que eligió el lejano monasterio de Santa Engracia en Zaragoza para darse de lleno al estudio y a la práctica de la virtud.

Se habían desarrollado por muchas partes del reino, paralelamente a las escuelas episcopales de formación clerical, las monacales, que eran también centros de amplia formación científica y espiritual. Incluso existían modestas escuelas parroquiales. Fueron sin duda el fermento y la causa del gran esplendor que alcanzó la Iglesia visigótica del siglo VII.

De esas escuelas salieron hombres eminentes en ciencia y virtud que, a su vez, se convertían en maestros y guías de las nuevas generaciones. Ése fue el caso de Eugenio. En Zaragoza existía una escuela de música litúrgica, fundada por el maestro Ioannes, hermano del obispo metropolitano, San Braulio. Eugenio tenía especiales aptitudes para la música y la poesía, en las que fue después aventajado discípulo y maestro.

San Braulio, admirado de sus raras prendas y fama de virtud, nombró a Eugenio su archidiácono para retenerlo a su lado; y en los últimos años de vida le confió toda la cura pastoral cesaraugustana, descansando en su prudencia y en su celo. Sin duda, de San Braulio aprendió la moderación y la suavidad que le distinguían. Porque éste había aplicado con una pastoral inteligente, suavizándolas, aquellas disposiciones extremosas que dio el papa Honorio I en relación con judíos y judaizantes, disposiciones que fueron reguladas por el Concilio IV de Toledo.

La fama del archidiácono Eugenio se difundió por Hispania entera. Y cuando falleció en Toledo su metropolitano, llamado también Eugenio, el rey Chindasvinto (642-649) escribió una epístola a San Braulio en la que le manifestaba el deseo unánime de los toledanos de tener a Eugenio por obispo y aludía a sus cualidades y a la fe cristiana de los padres. (Puede leerse la carta en *La España Sagrada,* XXX, carta 32).

Braulio se resistió cuanto pudo, alegando su avanzada edad y la valiosa ayuda que de él recibía así como el daño que para Zaragoza supondría la partida de Eugenio. Pero el rey insistió hasta que logró su retorno a Toledo. Aquí fue consagrado (año 646) por los obispos coprovinciales que estaban reunidos en la ciudad imperial para el VII concilio convocado por su antece-

sor poco antes. Él mismo suscribió las actas y más tarde presidió el VIII, IX y X concilios, por él ya convocados.

Sabido es que esos célebres concilios toledanos, tan numerosos, eran unas asambleas mixtas en las que se dilucidaban muchos asuntos políticos y eclesiales de gran trascendencia para la historia de España pero también significativos en la historia de los dogmas, de la moral y de la Liturgia cristiana general. En una preciosa carta al obispo Braulio le muestra su vivo interés por la reforma del clero.

Por San Ildefonso sabemos que desempeñó con celo apostólico su cargo pastoral y que trabajó incansable en mejorar las costumbres. Por la misma fuente sabemos que escribió un tratado sobre la Trinidad. San Ildefonso afirma que merecería ser leído entre las obras de los Santos Padres.

Por encargo de Chindasvinto emprendió la corrección del *Exameron* de Draconcio rescatando lo perdido y completándolo.

Las obras que de él poseemos están todas en verso, excepto la carta aludida a San Braulio y otra a Protasio de Tarazona.

Ciertamente, lo más característico y distintivo de Eugenio de Toledo fue su obra poética, tanto la litúrgica como la de temas varios de la naturaleza.

La liturgia visigótica, unificada principalmente a partir del Concilio IV de Toledo (633), se vio enriquecida incesantemente con la creación de nuevas piezas: misas, himnos, oraciones. San Eugenio fue uno de los grandes creadores junto a Pedro de Lérida, San Leandro y San Isidoro de Sevilla, Juan de Zaragoza, Conancio de Palencia, San Ildefonso y San Julián en Toledo.

¡Admirable la dedicación de esos obispos, teólogos y pastores a crear textos litúrgicos, eucológicos e hímnicos, no sólo homilías!

San Eugenio fue reconocido ya por sus contemporáneos como el mejor poeta de la España visigótica. Ardiente y amable, dotado de vena y sentimiento poético y musical, demasiado lejos de los autores clásicos antiguos para poder imitarlos, aunque todavía los conoce.

De fray Justo Pérez de Urbel son estos párrafos que se refieren a la obra poética de San Eugenio:

«Hay entre sus poesías algunas destinadas a expresar de una manera gráfica las enseñanzas isidorianas para mayor facilidad de los discípulos. Su valor poético es muy escaso. Tiene un poema didáctico dirigido al monarca en el cual tampoco brilla muy alto la inspiración. Donde realmente se eleva a gran altura, es en sus poesías íntimas; cuando canta la paz, el amor, la fragilidad de la vida, su terror delante de la muerte, las angustias de su alma, y el heroísmo de los santos. Brotan de su pluma acentos conmovedores, llenos de sinceridad. No es extraño a las dulzuras legítimas de la tierra; todo lo contrario, las ama, las recoge con avidez. Las bellezas de la creación hacían vibrar su alma. Gustaba el placer de recitar versos entre las frondas del Ebro y el Tajo; miraba con ternura a la golondrina "huésped del verano", y consideraba como un crimen tocar sus nidos; como los monjes de las viejas leyendas, se extasiaba escuchando el ruiseñor, "compañero de la noche y amigo del canto", según una expresión suya, en que traduce los nombres que le daban los griegos y godos. Ese canto le hacía olvidar sus dolores y le obligaba a exclamar: "¡Oh Cristo!, bendito seas y glorificado por este deleite con que regalas a tus servidores". Es la emoción humana delante de la naturaleza; una emoción fresca, nueva, juvenil, llena de candor y de sinceridad; una emoción distinta de la que nos producen los poetas de la decadencia romana. Con Sedulio, Draconcio, Merobaudes y Sidonio Apolinar, había llegado, insensiblemente, el crepúsculo de la Edad Antigua. En Eugenio encontramos el primer representante de un orden nuevo, de una emoción más religiosa, más sensible y, si se quiere, más mística» (cf. *Bibliografía).*

Murió San Eugenio, el 13 de noviembre de 657, en Toledo y fue sepultado en la basílica de Santa Engracia. No se conservan reliquias. En el Concilio XI de Toledo se añadió al calendario hispánico su fiesta. El *Martirologio de Usuardo* celebra su memoria el 13 de noviembre. El *Romano* actual hace este elogio en el n.10 de este mismo día: «En Toledo de Hispania, San Eugenio, Obispo, que trabajó en la ordenación de la Sagrada Liturgia, a.657».

Nadie pone en duda que fue muy notable su aportación a la liturgia en los textos y en los cantos, aunque son necesarias investigaciones y estudios monográficos para poder concretar más este juicio compartido por muchos.

Incluso algunos códices españoles contienen músicas profanas de la época visigótica. Así los de Azagra y Rodas y tres de la Biblioteca Nacional de París con textos de Eugenio de Toledo. Entre estas canciones está la famosa del ruiseñor *(Disticon*

filomelaicum), cuyos neumas indescifrables nos ocultan la melodía. También puede ser suyo el epitafio a Chindasvinto († 652) y el Planto para su esposa Reciberga.

Se le representa a San Eugenio con palio arzobispal y báculo. Los molineros le tienen por patrono.

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

DÍAZ Y DÍAZ, M. C., «Introducción general», en ISIDORO DE SEVILLA, *Etimologías* (Madrid 2004) 1-255.

GONZÁLEZ, I., «La Iglesia desde la conversión de Recaredo hasta la invasión árabe», en B. LLORCA, SI - R. GARCÍA VILLOSLADA, SI, *Historia de la Iglesia católica,* I (Madrid 1979) 401-749.

ILDEFONSO DE TOLEDO (SAN), *De viris illustribus:* PL 96,204.

Liturgia de las Horas. Propio de la archidiócesis de Toledo (Toledo 2002).

LORIENZANA, F. DE, *Patrum toletanorum quotquot exstant opera,* I (Madrid 1795).

PÉREZ DE URBEL, J., «Las letras en la época visigótica», en R. MENÉNDEZ PIDAL (dir.), *Historia de España,* III (Madrid 1963) 478-479.

RIVERA RECIO, J. F., «Eugenio II», en *Bibliotheca sanctorum.* V: *Erizzo-Galdino* (Roma 1964) 196.

SAN NICOLÁS I EL GRANDE

Papa († 867)

Es uno de los Papas que por su singular importancia en la historia de la Iglesia llevan el calificativo de «Magno», «El Grande» como San León I (440-471) y San Gregorio I (590-604) que marcaron su época. De San Nicolás se ha dicho que es «el arquitecto del papado».

Las circunstancias de su pontificado (858-867) fueron verdaderamente cruciales. Las tensiones entre Oriente y Occidente llegaron al extremo. Entre los dos imperios, San Nicolás no se resignó a que el pontificado de Roma quedara reducido a una capellanía del Sacro Romano Imperio.

Conocía a la perfección los escritos de sus insignes predecesores León, Gelasio y Gregorio. Y era consciente de las auténticas dimensiones del ministerio pontificio y su jurisdicción sobre todas las Iglesias particulares. Si el poder temporal obligaba al Emperador a proteger a la Iglesia en aquel régimen de cristian-

dad, sin embargo esta responsabilidad no le otorgaba derechos ni jurisdicción alguna sobre la Iglesia.

Su pensamiento queda reflejado con fidelidad en sus cartas, por ejemplo en la dirigida al emperador bizantino Miguel III el 28 de diciembre del 865:

> «Cristo mismo instituyó la Iglesia y el papado. El Papa recibe todos sus derechos directamente de Cristo y no de los concilios; es ministro de Dios sobre la tierra y su autoridad es la de Dios. Por eso, al Papa le corresponde el deber de velar por la vida de la Iglesia entera. Él es el custodio de la verdadera fe y el maestro universal. Él tiene el supremo poder judicial y legislativo. Las leyes de él emanadas obligan a todos los fieles, y sus decisiones son definitivas e inapelables. El Papa no puede ser juzgado por nadie, ni por el Emperador. Estos privilegios de la Sede Romana son los pilares que sostienen todo el orden en la sociedad humana. Nadie puede mermar esos privilegios de la Iglesia Romana que deben ser respetados tal y como le fueron dados. Por eso el Papa debe dar cuenta a Dios».

Esta visión monolítica, teocrática y exaltada de la jurisdicción papal coincide con y se apoya en las *Falsas decretales seudo-isidorianas* compiladas en Francia entre los años 847-852. Nicolás I, elegido con sólo cuarenta y pocos años, se consagró plenamente a traducir esa teoría escrita y asimilada, en medidas concretas que le llevaron a tomar decisiones heroicas.

Su nacimiento se sitúa entre los años 819-822, de una importante familia romana, pues el padre, Teodoro, era «regionarius», un alto funcionario de Roma. Muy amante de las letras, se preocupó de que su hijo tuviera la mejor educación de aquel tiempo. Fue la preparación para la función futura. Pronto entró en la corte pontificia, orientado hacia la carrera eclesiástica. Sergio I (844-847) le hizo subdiácono. León IV (847-855) le ordenó diácono. Fue su hombre de confianza.

En el sínodo del 8 de diciembre de 853 fue quien leyó la primera admonición papal. Durante los tres últimos pontificados ocupó una posición muy influyente. Pero fue Benedicto III (855-858) el que en realidad lo asoció al gobierno de la Iglesia. Lo quería como a un hijo y le consultaba en todos los asuntos de importancia, según dice el *Liber pontificalis,* II, p.151.

Por eso, a la muerte del Papa (7-4-858), después que el cardenal Adriano rechazó por segunda vez el nombramiento, con

toda naturalidad fue elegido Nicolás por el clero, los nobles y el pueblo, con la aprobación del emperador Ludovico II que había venido a Roma al conocer la muerte de Benedicto. Fue consagrado enseguida, el 24 del mismo mes de abril, en presencia del Emperador.

Su personalidad, de gran energía, profunda fe y generosa entrega al servicio de la Iglesia universal, por encima de todos los partidos y disensiones, le ganó el respeto y el amor de los romanos y del mismo Emperador.

Cuando el Papa le devolvió la visita en el campamento imperial, al despedirse, Ludovico hizo de palafrenero llevando las bridas del caballo en que Nicolás iba montado, por espacio de un tiro de arco. Gesto clásico y estampa llena de simbolismo realizado ya por Pipino con el papa Esteban II.

Con gran habilidad diplomática, una de sus primeras disposiciones sorprendentes fue la de llamar a la corte a Anastasio «el Bibliotecario» que durante un breve tiempo había jugado el papel de antipapa. Anastasio poseía extraordinarias cualidades y por sus relaciones con la colonia helénica de Roma conocía perfectamente el griego. Fue consejero de Nicolás en las cuestiones bizantinas y más tarde bibliotecario con Adriano II.

Es probable que Nicolás en sus exageraciones de pensamiento y de expresión, cuando hablaba del papado, con fuerza y énfasis no igualados ni siquiera por Gregorio VII y Bonifacio VIII, estuviera influido por Anastasio, su «alter ego», persona equívoca. Algún tiempo estuvo excomulgado y reducido al estado seglar. Su violencia de palabra y de obra envenenó innecesariamente las negociaciones con Bizancio y con Hincmaro de Reims.

En Nicolás se hermanaban su carácter enérgico y su gran altura moral. Defensor intrépido de la dignidad humana, consideraba ilícito aplicar la tortura ni siquiera a ladrones o bandidos. En sus cartas a los reyes exhortaba a unir el recto ejercicio de la justicia a la legitimidad de origen. Y se enfrentó valiente con cuantos se oponían a la justicia y a la moral, sin preocuparse por las consecuencias ni acobardarse ante los poderosos.

Dentro de la Iglesia, desde el principio de su pontificado hubo de luchar con el arzobispo Juan de Ravena que, abusando

de su poder, atropellaba al clero y al pueblo de su jurisdicción, llegando al extremo de encarcelar a los legados pontificios. El Papa lo excomulgó el 861 y restableció allí el derecho y la justicia. Juan se retractó de su proceder solemnemente en un sínodo.

Hincmaro, el célebre y sabio obispo metropolitano de Reims, gozaba de merecido prestigio y aspiraba a ejercer un dominio completo sobre todas las sedes e iglesias de Francia. San Nicolás mostró de nuevo su rectitud y su energía saliendo en defensa del obispo Rotado de Soisson destituido en un sínodo del año 861 a instancias de Hincmaro. El Papa, a cuyo tribunal apeló Rotado, dio sentencia favorable al obispo y el 24 de diciembre de 864 le fueron devueltas las insignias episcopales. Hincmaro hubo de acatar las sentencias del Papa.

Por defender la santidad del matrimonio, se enfrentó con el emperador Lotario II en el primero y más famoso conflicto matrimonial de Europa. Un sínodo de Aquisgrán (862) había autorizado al emperador para repudiar a su mujer Teutberga, de la que no tenía descendencia, y casarse con su amante Valdrada, con la que ya tenía dos hijos. Se basaba en una falsa acusación de incesto, aunque el motivo verdadero era asegurar la sucesión dinástica. Teutberga acudió a Hincmaro que condenó la decisión tomada por los obispos en Aquisgrán.

Otro sínodo celebrado en Metz el año siguiente (863), ya con la presencia de los legados pontificios, reconoció el matrimonio contraído con Valdrada, pero Nicolás sospechó el engaño sufrido por sus legados que se dejaron embaucar. Y cuando Gunther de Colonia y Etgardo de Tréveris se encargaron de llevar las actas a Roma, Nicolás con serena lucidez reunió una asamblea de clérigos y obispos haciendo comparecer en ella a sus dos legados, Roblaldo de Porto y Juan de Cervia. Las actas del sínodo quedaron anuladas y los dos obispos legados fueron depuestos. Lotario se sometió y recibió a Teutberga como su esposa.

Carlos el Calvo y Luis el Germánico se repartieron los dominios de Lotaringia. Lotario quiso peregrinar a Roma buscando la reconciliación con el Papa; pero Nicolás ya había muerto sin ánimo de hacer concesiones en materias tan sagradas como es el sacramento del matrimonio.

El episodio de mayor trascendencia para el futuro y cuyas dolorosas consecuencias han llegado hasta nuestros días con el drama de la separación entre los cristianos de Oriente y Occidente, fue el que oscureció la gestión meritísima de Nicolás el Grande.

Su política con relación a Bizancio partía del principio de que la Sede Apostólica es la primera y suprema autoridad. Mientras que el punto de vista de Oriente respecto a la naturaleza de la autoridad y del gobierno eclesiástico era diferente en no pocos matices. Reconocían, sí, que la Sede romana tenía la primacía sobre todas las otras Iglesias y que el Papa era el primer obispo de la cristiandad con testimonios desde el siglo IV. Pero los bizantinos nunca definieron con precisión la naturaleza de tal primacía. Y no la atribuían tanto al origen apostólico de la Sede romana como al hecho de que estaba situada en la capital del imperio romano y había conservado intacta la ortodoxia doctrinal.

Estaba en juego algo más que la primacía de honor. Aunque admitían el derecho de apelar a Roma no aceptaban que el Papa, como decía Nicolás, pudiera convocar a cualquier clérigo a la Sede Apostólica y volver a juzgar en instancia superior asuntos concernientes a Iglesias particulares.

Por ello se consideran agraviados en el intento de Nicolás cuando intervino por el conflicto de los patriarcas Ignacio y Focio. Las relaciones de Nicolás con el patriarca Ignacio (797-877), consejero de la emperatriz regente Teodosia, eran buenas aunque en Bizancio se oponían dos facciones, una clerical, dirigida por Sergio Asbesta, metropolitano de Siracusa, y otra palatina, dirigida por Bardas, tío del Emperador. Ignacio negaba a éste la comunión por la relación incestuosa con su nuera Eudoxia. Cuando Miguel III (842-867) alcanzó la mayoría de edad, ambos partidos se confabularon para deponer a Ignacio (858) acusándolo de alta traición, y además recluir a la Regente Teodosia en un monasterio.

Para sustituir al patriarca Ignacio, designaron a Focio (820-895), un laico brillante, maestro, de buena familia, jefe de la casa imperial. Asbesta inmediatamente le confirió todas las órdenes.

Cuando Nicolás recibió las cartas sinodales de Focio, que buscaba su confirmación, comprobó que, aunque muy correctamente redactadas, daban a entender que Ignacio había renunciado a su cargo para retirarse a la vida monástica. En septiembre del 860 envió a Constantinopla dos legados para que le informaran, después de examinar de cerca la cuestión. Les tributaron allí grandes honores y presidieron el sínodo convocado en abril de 861 por el emperador en que se confirmó a Focio.

Entre tanto, Nicolás había recibido informaciones de los partidarios de Ignacio con una versión más verídica de todo lo ocurrido. A la vez se enteró de la penetración misionera de los bizantinos en Bulgaria y Moravia, al margen de la autoridad pontificia a cuya jurisdicción pertenecían.

Un sínodo celebrado en Letrán, junio del 863, anuló las actuaciones de los legados pontificios, reconoció a Ignacio como legítimo patriarca y rechazó a Focio con la excomunión, no por ser laico sino por haber usurpado y ocupado una sede que no estaba vacante.

Las relaciones se fueron endureciendo más y más. Sin embargo, Nicolás no quería una ruptura. Escribió de nuevo, el 28 de septiembre del 865, a Miguel III y a Focio proponiéndoles negociar sobre los asuntos del Sínodo de Letrán. Pero Focio reaccionó con dureza acumulando graves acusaciones a la Iglesia de Occidente por su desprecio a las costumbres litúrgicas orientales, por la desviación de las conductas, por la imposición del celibato a los clérigos y por la introducción en el credo de la doble procedencia del Espíritu Santo. Subyacían siempre las grandes diferencias y disensiones de carácter político.

En el verano de 867 preside Focio, en Constantinopla, el concilio que declaró depuesto y excomulgado a Nicolás I acusándolo de herejía. El emperador Miguel llegó a intentar expulsarlo de Roma.

El Papa se dirigió a Hincmaro de Reims buscando la movilización de los obispos occidentales en su defensa. Entonces, en el calor de la refriega se redactaron la carta de Odón de Beauvais y el Tratado *Adversus graecos* de Eneas de París, que abordaban los supuestos errores doctrinales de los griegos.

En su actividad misionera es notable la relación mantenida con el rey de Bulgaria, Boris (852), convertido por los bizanti-

nos enviados por Focio y bautizado con el nombre de Miguel. No habiendo obtenido de Bizancio el establecimiento de la Jerarquía acudió a Nicolás con la petición. Éste acogió fraternalmente a sus mensajeros y le envió dos obispos y más misioneros, prometiéndole un arzobispo metropolitano dependiente directamente de Roma.

Le envió también las célebres *Responsiones* o respuestas a las consultas de los búlgaros formuladas en más de cien preguntas inteligentes de Boris sobre las cuestiones y diferencias existentes entre las dos Iglesias, de Bizancio y de Roma.

Un príncipe célebre, Rostislav, de Moravia se dirigió a Bizancio solicitando misioneros. Le fueron enviados los dos santos hermanos Cirilo y Metodio que conocían la lengua. Los evangelizaron con la primera versión de la Biblia en caracteres «cirílicos». El año 867 Nicolás los llamó a Roma para que le dieran cuenta de su labor y para recibir nuevas orientaciones. Ellos obedecieron. Pero Nicolás no los pudo conocer porque había fallecido antes de que llegaran a la Ciudad Eterna.

Tanto en la relación con Boris como con Cirilo y Metodio, quedó afirmada con claridad la comunión eclesial con la Sede Apostólica.

Como romano y obispo de Roma no olvidó las necesidades de su ciudad. Fuera de un rápido viaje a Ravena (861), fue fidelísimo observante de la residencia y no abandonó nunca la Urbe. Durante su pontificado se construyó el pórtico de Santa María «in Cosmedin»; adornó con mosaicos la basílica de Santa María la Nueva, hoy Santa Francisca Romana; reparó los acueductos y restauró las murallas de Ostia. Fue admirable en la organización de la asistencia a los pobres. Con su presencia y autoridad sabía infundir a todos respeto y orden.

Murió el 23 de noviembre de 867 y fue sepultado en el atrio de la Basílica de San Pedro. Se conserva parte de su epitafio.

Los elogios de Adriano II pidiendo se incluyera su nombre en las oraciones litúrgicas y en los dísticos, equivalen a una verdadera canonización. Benedicto XIV en *De servorum Dei beatificatione et beatorum canonizatione* (I, p.45, n.XIV) recoge esos textos.

En el VIII concilio ecuménico (869-870) se mencionaba su nombre junto al de la Santísima Virgen y los apóstoles (cf. Mansi XVI, col.40).

Por razones desconocidas su nombre no se inscribió en el *Martirologio romano* hasta 1630: «En la basílica de San Pedro de Roma, San Nicolás I, Papa, que sobresalió por su energía apostólica al reafirmar la autoridad del Romano Pontífice en toda la Iglesia».

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

DUFFI, E., *Santos y pecadores. Una historia de los Papas* (Madrid 1998) 73-82.
Nueva historia de la Iglesia, II (Madrid 1982).
PIAZZONI, A. M., «Nicolás I», en C. LEONARDI - A. RICCARDI - G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los santos,* I (Madrid 2000) 1752-1757.
RABIKAUSKAS, P., «Niccolo I», en *Bibliotheca sanctorum.* IX: *Masabki-Ozanam* (Roma 1967) cols.799-808.
SUÁREZ, L., «Los papas de la Edad Antigua y Medieval», en PAREDES, J. (dir.), *Diccionario de los Papas y los concilios* (Barcelona 1998) 116-120.

SAN HOMOBONO DE CREMONA

Seglar († 1097)

Existen santos cuya vida se puede resumir en muy pocas palabras, porque no hicieron muchas cosas sino que las que hicieron, las hicieron intensamente. En eso consiste la santidad.

Es el caso de San Homobono, del que no tenemos muchas noticias y probablemente no las hubo. Nos hallamos ante un personaje humilde, sencillo, en unos siglos como los de la Edad Media donde los hombres de Dios fueron muy numerosos y realizaron innumerables hazañas, llevados del impresionante dinamismo que les exigía la vida en todos los órdenes, incluido también el religioso. Pero la crecida presencia de los varones religiosos hay que buscarla en los conventos, iglesias y monasterios, mientras el pueblo sencillo, el mundo de los seglares, aparecía pasivo, quizás eclipsado a excepción de los altos dignatarios.

Posiblemente nos hallemos ante un espejismo debido a que nos fijamos en los santos canonizados, que son los que dominan el cielo medieval, pero eso no significa que en ese mismo cielo no brillen astros con intensa luz propia dentro del pueblo normal ante un Dios que no utiliza los parámetros que utiliza-

mos los humanos para medir a aquellos que le son afectos. Se dice precisamente que San Homobono es de los pocos santos seglares de la Edad Media canonizados.

El nombre de Homobono encierra ya la síntesis de una vida con breves palabras como se dijo de algún otro en el Evangelio: «He aquí un hombre bueno en el que no hay engaño».

Homobono nació en Cremona, ciudad de Lombardía de Italia, de padres mercaderes, que gozaban de una mediana fortuna fruto de honradas economías familiares. Recibió de pequeño una esmerada educación cristiana, mas al llegar a la pronta edad de trabajar sus padres no pudieron darle otra educación que la de adiestrarlo en su propio oficio de mercader.

Creció el joven aprendiz rodeado de las normales circunstancias de un trabajo bastante común en aquel siglo XII. Pero aun así, sin salirse de ellas, «la pureza de sus costumbres y la amabilidad de sus modales le llevaron a conquistar el aprecio de todos los ciudadanos; quienes hablando del joven Homobono le prodigaban los mayores elogios».

Con la bendición de su padre contrajo matrimonio con una joven muy hermosa, de una posición quizás mejor que la suya. Pero duró poco esta felicidad porque el padre murió y el impacto de ese hecho produjo un cambio definitivo en sus costumbres:

> «Consolaba a los afligidos, amonestaba a los que erraban, instruía a los ignorantes, perdonaba a los enemigos, daba buen consejo a los que se lo pedían: en suma, era refugio, alivio, y amparo de todos los necesitados y menesterosos, de manera que a una voz era llamado por la ciudad padre de los pobres».

Mas esta actitud no era un fácil camino de rosas, antes al contrario, tuvo la oposición en su misma esposa, que no compartía los sermones que le dirigía Homobono cuando afirmaba que Dios no desampara a los que confían en él. Parecía incluso que algunas de sus acciones eran milagrosas, o tal vez lo eran, porque parecía imposible entregarse y atender a tantas obras de caridad. Obras de caridad que se alimentaban con la oración diaria e incluso con el rezo de los oficios de maitines, devoción en aquellos momentos bastante extendida entre el mismo pueblo cristiano.

Así de normal y de heroica al mismo tiempo pasó su vida, que se vio coronada al final con una muerte de indicios claros con huellas incuestionables del que moría en los brazos del mismo Dios.

> «Vino el día en que Dios quiso premiar tantas virtudes con la aureola de los santos. Continuaba Homobono el curso de sus ordinarias devociones, cuando la noche del 13 de noviembre de 1097, saliendo de su casa para ir a maitines, como tenía de costumbre, entró en la iglesia de S. Gil y poniéndose de rodillas delante de la cruz, le sorprendió el día en su postura y con él la muerte, entregando su espíritu al Criador en el momento en que el sacerdote celebrante decía el Gloria.
>
> La noticia de su fallecimiento voló por toda la ciudad; innumerable multitud de gente corrió a verle y a reverenciar sus preciosas reliquias. Enterráronle en la misma iglesia y sobre su tumba el Señor se ha servido dar vista a los ciegos, movimiento a los paralíticos, lengua a los mudos, oído a los sordos y salud a los enfermos».

Aunque el párrafo que copiamos relatando su vida tenga el recreo narrativo de las frases del Evangelio, no cabe duda de que es una hermosa forma de expresar el fervor del pueblo a uno de los suyos. En aquella época de profundas creencias cristianas era frecuente encontrar hechos que se pueden llamar milagrosos o que en verdad eran milagros.

Algunos de estos hechos están «autentificados en debida forma» y junto al testimonio ejemplar y heroico de su vida han valido para que el papa Inocencio III lo pusiera en el catálogo de los santos el 22 de diciembre del año 1198, en el primer año de su pontificado. En 1356 se abrió la sepultura y al día siguiente, 25 de junio, fue trasladado a la iglesia mayor de Cremona, donde fueron depositados en una urna de mármol, y donde siguen acudiendo numerosos creyentes.

Ahora, en nuestro tiempo, es patrono de los sastres.

JOSÉ SENDÍN BLÁZQUEZ

Bibliografía

Biografía eclesiástica, X (Madrid 1856) 1107-1108.

SANTA AGUSTINA (LIVIA) PIETRANTONI
Virgen († 1894)

A Santa Agustina Pietrantoni la comparó Pablo VI con Santa Inés, la mártir que siempre ha contado con la fervorosa admiración de los romanos. Joven, atractiva, humilde y ejemplo de caridad entregada, sor Agustina murió al mediodía del 13 de noviembre de 1894, víctima de las siete cuchilladas que le asestó José Romanelli, un enfermo del hospital romano del Espíritu Santo, donde ella trabajaba como Hermana de la Caridad. La semblanza que de ella hizo el papa Montini en su homilía de beatificación, el 12 de noviembre de 1972, fue un hermoso canto, una expresiva y dulce loa, que se recreaba describiendo las etapas de su biografía. Como si fuera una historia fantástica o poética, empezaba diciendo que «había una vez» un pueblo llamado Pozzaglia, acostado en las colinas de la Sabina, y «una casa bendecida, nido de voces infantiles, entre las cuales estaba la de Oliva», conocida también por Livia, que acabaría siendo con los años la hermana Agustina. Una historia, en cambio, real, ejemplar y creíble.

Conviene seguirle los pasos al relato biográfico del Papa, que pinta el pueblo natal de Santa Agustina con delicadas pinceladas, rodeado de campos pobres y de olivos de plata. En efecto, allí, en Pozzaglia Sabina, en aquel paisaje y en aquel hogar cristiano, nació el 27 de marzo de 1864 Livia Pietrantoni Constantini, la segunda de una larga colección de once hermanos, y aquel mismo día fue bautizada. Sus padres, Francisco y Catalina, eran unos humildes agricultores que labraban su propia hacienda y algunas otras tierras arrendadas a los vecinos, con las que hacían frente a las necesidades de la familia, en cuyo seno vivía e influía la figura venerable de Domingo, el abuelo materno. Ciertamente allí se trabajaba sin descanso, pero también allí «todos se preocupaban de hacer el bien, y se rezaba con frecuencia».

En ese ambiente familiar recibió la pequeña Livia una educación religiosa patriarcal, sencilla, pero al mismo tiempo cálida y fervorosa. Fue confirmada a los cuatro años y se acercó a la comunión por vez primera a los doce. Pero a esas alturas de su vida ya había conocido por experiencia lo que suponía trabajar

en el campo, llevar una vida llena de ocupaciones y responsabilidades que hiciera más llevadera la carga de una familia tan numerosa. Pastora y labradora, aprendió a remendar zapatos e incluso se colocó alguna vez detrás de una mancera, al mismo tiempo que recibía de su madre las primeras lecciones de trato cuidadoso a sus hermanos pequeños. Y aunque no tuvo oportunidad de asistir regularmente a la escuela, sin embargo, gracias a su precoz disposición, en el poco tiempo que la frecuentó logró aprender a leer y a escribir.

Todas las manos parecían pocas en la casa para compartir el trabajo agrícola, pero tampoco sobraba un salario, aunque fuera infantil, que contribuyese a remediar la escasez. Así que, dicho y hecho, con siete años de edad tenemos a Livia ganándose un jornal de media lira, expuesta a la intemperie de un trabajo duro donde los haya. Una niña como ella, con otras de su misma edad, trabajaron durante cuatro años transportando espuertas de arena y grava para la construcción de la carretera provincial que uniría Orvinio con Poggio Moiano. Lo decidido de su carácter y su sobresaliente responsabilidad le dio ante sus compañeras un ascendiente que no era liderazgo sino admiración y amistad. Este prestigio se demostró de manera particular años después, en plena adolescencia, cuando marchó de temporera con otras chicas de su edad a la recolección de la aceituna. Mantuvo Livia en estas circunstancias un gran sentido del deber, una resuelta defensa de la justicia social y de la dignidad femenina ante capataces sin escrúpulos que trampeaban con el sueldo y se dirigían a ellas con frases maliciosas.

Livia era una chica guapa, hacendosa, trabajadora, con iniciativa, se hacía respetar, era cumplidora, obediente y le adornaba el encanto de una cierta timidez. Parecía un buen partido. Tan buen partido que no le faltaban pretendientes. Uno de ellos dejó un testimonio escrito explicando cómo estuvo a punto de enviarle una declaración de amor, pues no se atrevía a manifestarle de palabra sus sentimientos, pero ella se anticipó a la respuesta. Lo cuenta así:

> «Una tarde la alcancé en una calle por casualidad. Leía no sé qué libro. Se paró, me miró un poco confusa. Luego sacó del libro una estampa, un *Ecce Homo,* y me la enseñó diciendo: Con éste es con quien yo me casaré».

Para entonces ya tenía decidido un sí que nada tenía que ver con los novios que imaginaba su madre. Livia estaba sintiendo interiormente la voz de su vocación. Cristo sería su amor, sería su esposo. Se lo fue comunicando a sus amigas, que hicieron todo lo posible por quitarle la idea de la cabeza. Se lo confió a su madre. Y recibió el empujón más entusiasta de su tío materno fray Mateo Constantini. «Seré religiosa —decía— en el convento más humilde».

Tenía Livia Pietrantoni casi veintidós años, cuando le llegó una carta de su tío para que viajara a Roma a entrevistarse con la superiora de las Hermanas de la Caridad. El aviso lo recibió en las vísperas de la Navidad de 1885 y pocos días después, pasadas las fiestas, se marchó a la Ciudad Eterna con la mayor ilusión, dispuesta a quedarse. Le faltaba un requisito, no aportaba la dote necesaria para su admisión, motivo por el que tuvo que regresar a casa contrariada y decepcionada. Pero no habían pasado tres meses cuando le comunicaron por carta la buena noticia de que había sido admitida. Era el 23 de marzo de 1886 cuando Livia se puso de nuevo en camino hacia Roma. La despedida de su familia fue una mezcla de sonrisas y lágrimas: besó a sus padres y hermanos y se llevó la bendición de su abuelo Domingo; y una vez en la calle, trazó sobre la puerta de casa una gran cruz como el mejor de los adioses.

Llegó al pie del Aventino, a la casa generalicia de las Hermanas de la Caridad, la congregación fundada por Santa Juana Antida Thouret en Besançon en 1799. Una de las primeras cosas que aprendió a poco de entrar como postulanta fue aquella regla de oro de sus Constituciones que proponía amar y servir a Cristo en los pobres, a quienes las hermanas se consagran con un voto especial. Siete meses estuvo Livia de postulanta y otros diez de novicia, al término de los cuales, el 13 de agosto de 1887, recibió el hábito religioso en una ceremonia presidida por el cardenal Lucido María Parocchi, vicario de León XIII. En el momento de cambiar el nombre y manifestar que deseaba llamarse Agustina, el cardenal le hizo esta breve recomendación: «No existe una santa Agustina en el santoral, así que hágase vos esa santa». Una premonición que se cumpliría canónicamente ciento doce años después, el 18 de abril de 1999, cuando Juan

Pablo II la reconoció como santa en la Plaza de San Pedro de Roma.

Al terminar el rito de la toma de hábito, la maestra de novicias se reunió con las nuevas hermanas para despedirlas del noviciado. «Sois cuarenta —les dijo— como los cuarenta mártires de Sebaste. Sed fieles como lo fueron aquellos bravos soldados de Cristo. ¿Hay alguna entre vosotras que esté dispuesta a imitarlos en el martirio?». Y tras un breve silencio, una de ellas respondió: «Yo». Era la voz de sor Agustina, la más decidida, la más sencilla y humilde de todas.

Empezaba ahora su compromiso directo con los pobres, con los enfermos, su misión como hermana de la caridad. La enviaron de enfermera al Hospital del Espíritu Santo de Roma, una escuela de caridad cristiana con más de setecientos años de gloriosa historia, una institución muy frecuentada por grandes santos —Felipe Neri, Carlos Borromeo, José de Calasanz, Camilo de Lelis o Don Bosco— que pronto, dos años después, viviría las consecuencias de la llamada «cuestión romana», un galopante proceso de laicización. La hostilidad hacia la religión era más que evidente. Los religiosos que lo dirigían hasta entonces fueron expulsados y sustituidos por una administración civil, presidida por el profesor Aquiles Ballori. Se hicieron desaparecer de las salas todos los signos cristianos que había y quedaron prohibidos los actos públicos religiosos. Si permanecieron en el hospital las hermanas sólo fue por el temor de sus responsables a una protesta popular, pero con todo no discurría la vida sanitaria en un ambiente favorable a la presencia de las monjas: tenían que afrontar grandes dificultades, recibían de los enfermos frecuentes insultos y desprecios. Conociendo el temple de la hermana Agustina y sobre todo su capacidad de entrega, allí se fue acrisolando el tesoro de su compromiso evangélico con los más pobres y enfermos.

Primero estuvo destinada en el pabellón de niños, tarea que para sor Agustina, cuidadora durante años de sus hermanos pequeños en Pozzaglia Sabina, no suponía mayores complicaciones. Las habilidades demostradas en este sector hospitalario la llevaron en seguida al pabellón Lancisi y Baglivi, destinado a los adultos, y a la galería conocida como *La Sixtina*. Al

cabo de dos años contrajo una grave enfermedad infecciosa que la llevó al borde de la muerte y de la que pudo salir adelante. En una carta a sus padres, escrita meses después, les explicaba su restablecimiento:

> «Hace algunos meses estuve muy enferma, a punto de morir y de ser arrancada a vuestro cariño y ternura. ¡Qué sufrimientos estaríais pasando si hubiese ocurrido! Pero no, no os aflijáis y alabad conmigo a Dios porque ahora, por gracia especial de María Santísima, no solamente me he restablecido, sino que tengo más salud que antes. Dad gracias al buen Dios y uníos a mí para agradecerle el favor que me ha concedido sin merecerlo».

Una vez curada, la encargaron del pabellón de tuberculosos. Sor Agustina hizo su profesión religiosa el 29 de septiembre de 1893 y en mayo de 1894 se contagió de tuberculosis, enfermedad entonces incurable. La superiora de la comunidad quiso sustituirla de inmediato por otra enfermera, pero ella se opuso con este razonamiento tan caritativo: «Madre, si envía a otra hermana entre aquellos enfermos, se contagiará también ella, vale más que me quede yo que estoy ya enferma». «Bien, hija mía —le respondió la superiora—, vuelva a su servicio». Su trato con los enfermos fue de una exquisita paciencia, de una dedicación ejemplar y de una caridad a toda prueba, a pesar de que no siempre era tratada con respeto y consideración, como atestigua una persona que conoció de primera mano su forma de actuar:

> «Antes de acostarse por la noche, hacía un recorrido para visitar a los enfermos más graves y más peligrosos; les colocaba la almohada y los consolaba. A veces los enfermos perturbados o descontentos le hacían desaires. Incluso en estos casos nunca perdía la paciencia ni los trataba con severidad».

Uno de esos enfermos más levantiscos, José Romanelli, con antecedentes penales, se comportó una tarde, el 23 de octubre de 1894, de un modo insultante y provocador. El director del hospital, puesto en antecedentes por un enfermero, tomó la decisión de expulsarlo al cabo de dos días. Romanelli sospechó equivocadamente que había sido por influencia de sor Agustina y empezó a enviarle mensajes de amenaza. «Te mataré con mis propias manos», decía uno de ellos. El propio director, que había denunciado esta actitud en la jefatura de policía, aunque se

la tomaron como una bravata, le dio a la hermana este consejo: «Cuidado, sor Agustina, guárdese de José Romanelli, podría hacerle daño». «Pero, señor director —le respondió—, no puedo vivir con miedo, porque el miedo hace perder el tiempo y yo tengo tan poco...». Eso le contestó al director, pero en el interior de sor Agustina se encendía la auténtica respuesta, la que más de una vez había salido de su boca: «Me siento inflamada de caridad por todos, dispuesta a afrontar cualquier sacrificio, incluso a derramar la sangre por la caridad».

El 13 de noviembre de 1894, por la mañana, se cumplieron las amenazas de Romanelli. Después de la misa, cuando sor Agustina, vestida con el hábito blanco de enfermera, se dirigía a su pabellón, entró un instante en la cocina a coger un vaso para un enfermo. En el momento de salir al pasillo, se encuentra de improviso con Romanelli que venía amenazante con un cuchillo en la mano. Se abalanza sobre ella y se ensaña dándole siete cuchilladas. Sor Agustina cae de rodillas sobre su propio charco de sangre, sin un lamento. Logra levantarse a duras penas y dar unos pocos pasos, mientras dice: «Virgen María, ayúdame». Alguien que vio la escena desde el fondo del pasillo, gritó el nombre del asesino. Acudió rápidamente al reclamo de los gritos la superiora, que aún pudo preguntarle a sor Agustina si perdonaba a su asesino. La hermana sólo pudo esbozar una dulce sonrisa antes de expirar.

La noticia de la muerte de sor Agustina estremeció a toda Roma. Al paso del cortejo fúnebre, el pueblo, conmovido y lloroso, se echó a la calle para rendir homenaje a Agustina Pietrantoni, hermana de la Caridad, víctima de la caridad. Muchos asistentes llevaban pancartas con esta frase escrita: «Mártir de la caridad». Los diarios *Il Messaggero* e *Il Tempo* del 16 de noviembre de 1894 calcularon que más de doscientas mil personas, «un espectáculo imponente», dieron el emocionado adiós a la que habría de ser Santa Agustina. Una santa que respondió, como dijo Juan Pablo II en la ceremonia de canonización, «al amor de Dios con un amor igualmente generoso e incondicional, manifestado mediante el servicio humilde y fiel a los queridos pobres».

JOSÉ ANTONIO CARRO CELADA

Bibliografía

Ecclesia (2-12-1972) 7-9; (8-5-1999) 35-36.
L'Osservatore Romano (13/14-11-1972) 1-2; (19/20-4-1999) 6-7.
RONDINA, F. S., *Vita e morte di suor Maria Agostina (Livia Pietrantoni), religiosa del V. Istituto delle Suore della Carità de S. Vincenzo de Paoli, martire della carità e del dovere* (Roma 1895).

BEATA MARÍA PATROCINIO DE SAN JUAN GINER GOMIS

Virgen y mártir († 1936)

Fue una religiosa claretiana que murió por el odio enloquecido a la fe cristiana que se desencadenó con motivo de la guerra civil española de 1936 a 1939. Su nombre era María Cinta Asunción Giner Gomis. En religión recibió el de María Patrocinio de San Juan.

Nació en Tortosa, Tarragona, el 4 de mayo de 1874. La familia de la futura mártir estaba compuesta por Joaquín Giner Talens y Salvadora Gomis Vila. El padre, que había sido labrador, trabajaba entonces como modesto operario de los ferrocarriles del Norte. Y fue pronto designado como jefe de varias estaciones en la línea de Cataluña, entre Barcelona y Valencia. Por su oficio tuvo que cambiar varias veces de residencia y llevó consigo a su esposa y los hijos, que fueron numerosos y todos piadosos. Ese año de 1874 estaba destinado en Tortosa.

La madre tenía un hermano sacerdote, D. Salvador, que ejercía su responsabilidad parroquial en Carcagente. También era hermana de la madre Vicenta Asunción de San Simón, que se había hecho claretiana y residía en el colegio de su congregación en Carcagente. El matrimonio de Joaquín y Salvadora, contraído en 1859 también en la localidad, fue fecundo. Nacieron en su seno 14 hijos, de los cuales 7 llegaron a la adultez. El quinto nacimiento correspondió a María Cinta Asunción. Recibió el bautismo en la parroquia del Cristo del Sagrario, en la catedral.

Entre los hijos de tan cristiano hogar Dios repartió a manos llenas los dones vocacionales. La mayor de las hijas, Salvadora, fue religiosa agustina del Convento de San Cristóbal de Valencia. La tercera, Carlota, fue agustina ermitaña en Valencia y se

llamó sor María Bautista. La siguiente, María Josefa, ingresó en las clarisas de Játiva y se llamó sor Trinidad. Tuvo que salir por su frágil salud y permaneció en casa de su hermana mayor y luego como acogida en el convento claretiano. El hermano pequeño, Salvador, fue franciscano misionero en Perú y luego en Argentina, donde murió víctima de la lepra contraída en el ejercicio heroico de su labor de caridad.

Era normal que en ese contexto ella sintiera también la llamada a la vida religiosa. La ocasión fue su ingreso en el colegio de María Inmaculada de Carcagente, donde vivía también la tía claretiana. La niña Asunción fue educada con especial delicadeza en el ambiente piadoso del colegio, que había abierto la misma fundadora del Instituto, María Antonia París, en el año 1875. La vida en un colegio como aquél se orientaba por los trabajos y los estudios. La futura mártir se educó en el espíritu claretiano expresado hermosamente por el fundador San Antonio María Claret en libros tan hermosos como *La colegiala instruida, El tesoro cristiano* y *Las máximas espirituales o reglas para vivir los jóvenes.* Inspiraban la educación de las alumnas de los colegios de aquel tiempo entre las claretianas y daban sentido a las gentes de buen corazón.

En esa misma casa sintió la llamada vocacional al terminar su estancia en él, cuando tenía 16 años. Inició su camino en la vida religiosa al ingresar como postulante el 3 de marzo de 1892 y al entrar luego el 5 de mayo en el noviciado. Recibió el nombre de María Patrocinio de San Juan, con el que se la llamaría en adelante. Conoció los avatares de la congregación a lo largo de su dilatada existencia y desde su cargo de consejera primero, de maestra de novicias durante más de 20 años y de superiora o priora en varios períodos.

Después de profesar en el Instituto el 16 de septiembre de 1893, en presencia del párroco de San Bartolomé que actuó como delegado del arzobispo de Valencia, se incorporó a las tareas docentes del Centro. Se entregó en cuerpo y alma a la obra que más la gustaba, que era educar a las alumnas. Y tuvo muchos aciertos en las tareas por las que sentía singular predilección y para las que contaba con excelentes dotes: la catequesis, la música, sobre todo las labores de bordado, en las que sobre-

salía con habilidad admirable. Su trabajo silencioso y amable le ganó pronto el corazón de las alumnas, que imitaban su vida piadosa. Por sus manos pasaron muchos grupos de alumnas que la recordarían siempre con inmenso afecto.

En 1904 el capítulo de la comunidad, en donde había entonces cuarenta hermanas, la designó como maestra de novicias para sorpresa propia y regocijo de las que la apreciaban por su amable disponibilidad y generosas actitudes. Las jóvenes religiosas que pasaron por sus manos de formadora durante años la retratarían luego en todos sus testimonios como persona seria, enamorada de Cristo y de su Madre, religiosa claretiana íntegra y profunda, abierta a la vida, amable en el trato humano y sincera y noble en las relaciones.

Especial recuerdo guardarían de su piedad y de su serenidad. La primera la manifestaba alentando a las alumnas y a las novicias a dedicar algunos ratos libres para confeccionar ornamentos litúrgicos y poder enviarlos a diversos sacerdotes. Envió en nombre de las hermanas y alumnas unos ornamentos bellamente bordados al papa Pío X en 1908 con motivo de sus bodas de oro sacerdotales. Y la serenidad se manifestaba en todas las ocasiones, incluso en las difíciles, como en septiembre de 1911 cuando apedrearon el convento las hordas exaltadas en una manifestación revolucionaria que transcurría por la calle adyacente.

Su lema siempre era el mismo: «Guardar la paz pase lo que pase, que Dios está con nosotros». Su ilusión era hablar de Dios a las niñas y a las jóvenes y hacerlas vivir conforme al Evangelio. Fue una de las religiosas que más simpatizó con la idea de la orientación educativa del Instituto fundado por San Antonio María Claret y la piadosa fundadora Antonia París en Cuba en 1855. La obra nacida en La Habana comenzó llamándose de «Enseñantes de María Inmaculada». Pero fue encorsetada en la Regla benedictina por el rescripto aprobatorio emitido desde Roma por Pío IX el 27 de abril de 1855, en el que se marginó en parte la petición hecha por el mismo Claret, arzobispo de la Isla e inspirador del proyecto.

En 1895, siendo ella joven, la segunda sucesora de la fundadora reclamó a los conventos autónomos una mayor dependen-

cia de un gobierno central. Los fundadores habían diseñado un Instituto unificado, pero las normas de Roma habían moderado tal proyecto y habían impuesto cierta autonomía para cada casa. El germen de la unificación más centralizada latía en muchas hermanas desde que la misma fundadora había tenido que separarse de su orientador espiritual, el P. Carrius.

Las demandas apostólicas que al Instituto llegaban volvieron las aguas a sus cauces primitivos y la mayor parte de las casas entraron en 1914 en una forma más centralizada del Instituto. Gracias a los trabajos del canonista claretiano P. Felipe Maroto, se logró encauzar los deseos de las hermanas y resucitar el espíritu fundacional. Se preparó y recibió un decreto de la Congregación romana de religiosos del 24 de agosto de 1920 haciendo del Instituto una Congregación de votos simples dedicada a la educación cristiana.

La M. Patrocinio se alegró mucho por ello, pues estaba en la línea de la educación como tarea preferente y así había ido formando a las novicias que estuvieron bajo su dirección durante 21 años. Porque ella, mujer serena, piadosa y de profundo sentido práctico, estuvo al frente del noviciado en Carcagente. Pero tuvo que vivir la transformación de forma peculiar, ya que la orientación de la comunidad de Carcagente se mantuvo reticente a los cambios, siendo la única casa que se mantuvo autónoma y original.

La virtud de la madre María Patrocinio fue lo suficientemente fuerte para aceptar la voluntad mayoritaria de las 37 religiosas que conformaban el grupo entonces. Decidió permanecer con la interpretación de los votos, de la vida religiosa y de la acción educativa como había surgido al principio, mientras revisaban más a fondo el espíritu eclesial recibido de San Antonio María Claret y de la espiritual María Antonia París. Ella fue consciente de que lo importante no estaba en las formas canónicas, sino en el espíritu eclesial y en la tarea educadora que se mantenía en la casa en la que estaba y trabajaba.

El 22 de enero de 1922 fue elegida por el Capítulo de la casa como priora, cargo que ejerció a pesar de su primera actitud humilde de resistencia a semejante nombramiento. Y lo hizo con la dulzura que siempre la caracterizó y en íntima colaboración

con su predecesora, la madre Concepción Espí. Mantuvo al mismo tiempo la dirección y la animación del noviciado y ejerció un eficaz apostolado, no sólo en los aspectos culturales de un buen centro docente, sino en el trato con las Hermanas, con las alumnas y con las familias. A todos ganaba con su amabilidad y su generosa disponibilidad.

El 10 de julio de 1925 de nuevo fue elegida como priora la M. Concepción Espí y, al abrirse una nueva casa en Puerto Sagunto, consideró la superiora conveniente que la madre Patrocinio fuera al frente de las cinco hermanas que iniciaron la obra. Disponible y generosa, desprendida y alegre, se dispuso a cumplir la misión y aceptó ser designada para abrir la casa y dirigir la comunidad y el nuevo centro. El proyecto pedagógico que redactó para la obra reflejaba una fina sensibilidad pedagógica y gran elevación humana, al mismo tiempo que ofrecía un excelente cauce a la educación de las niñas con ideales femeninos y con profundo amor al Evangelio y a la Iglesia.

Las dificultades que fueron surgiendo, imprevistas unas y claramente previsibles otras, fueron grandes, pero todas se fueron venciendo con su natural optimismo y serenidad. Se abrieron clases normales y las alumnas afluyeron con abundancia. Ella cuidó que el nivel docente fuera elevado y la orientación de la piedad sana. También se esmeró en mantener relaciones cordiales con la población. Se iniciaron clases nocturnas para las jóvenes trabajadoras y para personas adultas. Su labor estaba en pleno auge, cuando la muerte de la superiora de Carcagente la obligó a regresar a su anterior oficio de superiora de la casa, pues la comunidad en pleno reclamó su presencia para que asumiera la dirección.

En el ambiente se respiraba la tensión social y política de forma creciente. Al caer la Dictadura de Primo de Rivera, los desórdenes se incrementaron. La región de Valencia resultó de las más ajetreadas de España, sobre todo en las cercanías de zonas industriales y portuarias. Las olas llegaron hasta Carcagente y no menos a la comunidad de Puerto Sagunto, en donde las tensiones entre grupos políticos encontrados hacían imprevisible lo que podría acontecer. Eran días en los que ya se respiraban los nubarrones y las tensiones de la inmediata revolución que se acercaba como tormenta devastadora.

La proclamación de la República el 14 de abril fue el motivo que acrecentó las tensiones y exacerbó los ánimos. El 12 de mayo de 1931, estando allí, las sorprendieron los revolucionarios, que se hicieron dueños de la situación y originaron continuas algaradas deteniendo y matando a diversas personas. Después de incendiar todo y arrasar la casa, obligaron a las hermanas a dejar el edificio y a huir de la localidad. La madre Patrocinio regresó con las hermanas a Carcagente, sintiendo en el alma dejar una localidad obrera, en la que tantas jóvenes precisaban la ayuda de guías serenas y firmes como eran ellas. Pero las circunstancias se impusieron a los sentimientos y fue imposible continuar la labor en aquella hermosa obra en donde habían sembrado tantas esperanzas.

En el momento de salir, después de haber logrado que todas las niñas y las hermanas estuvieran seguras en las familias o en manos de personas amigas, tuvo el último gesto de valentía y arrojo. Se había quedado la última y, al ponerse ante los forajidos que apedreaban la casa, observaron ellos que algo oculto llevaba bajo la esclavina. Había tomado el Santísimo de la capilla y lo llevaba junto al pecho. Al intentar registrarla, se opuso enérgicamente diciendo: «Llevo a Nuestro Señor Jesucristo y moriré mil veces antes que entregároslo a vosotros». Su voz fue tan decisiva que todos se echaron atrás y salió sin más incidentes.

Fue su sobrino Pascual el que la trasladó a Carcagente. Desde julio de 1932 cesó de ser superiora en la casa. La comunidad eligió para sucederla a una de las primeras novicias formadas por ella, la madre Encarnación Armiñana. Su labor en adelante fue el trabajo en la medida de lo posible y en medio de las dificultades que el Gobierno ponía a los centros escolares católicos, prohibidos ignominiosamente nada menos que por la misma Constitución republicana en su artículo 33. Pero las Hermanas se hicieron las desentendidas y, como otras muchas religiosas, continuaron su labor so pretexto de que no era de educación sino de beneficencia.

La situación política y social de España se siguió deteriorando y agravando. Las religiosas sufrían las persecuciones y luchaban denodadamente por seguir educando a las niñas. Algún

consuelo encontraron las Hermanas al celebrar la beatificación del P. Claret el 25 de febrero de 1934. Aunque la comunidad y el colegio de Carcagente se mantenían en régimen de autonomía respecto del resto del Instituto, hasta que en 1945 se reintegrara a la estructura general, la vinculación espiritual era estrecha. En la capilla pusieron una imagen del nuevo beato.

Los sobresaltos se incrementaron a medida que la situación se deterioraba en la nación. La Ley de congregaciones religiosas del 3 de junio de 1933 estimuló el poder confiscador e intervencionista de un Gobierno cada vez más sectario. En octubre de 1934 fue la revolución de Asturias lo que atrajo la atención de todos. Con el triunfo del Frente Popular, así llamado el conglomerado de todos los partidos de izquierdas, en las elecciones del 16 de febrero de 1936 los desórdenes se incrementaron: se quemaban iglesias, se destruían edificios, se detenía a las personas al margen de toda ley y de todo sentido común. En los pueblos del entorno de Carcagente, como eran Alcira, Játiva, Benifairó, también hubo saqueos, incendios y expolios. El 13 de mayo algunos concejales de Gentora avisaron a las hermanas de que en Alcira, en las cercanías, comisiones de revolucionarios incontrolables hablaban de asaltos. Era conveniente que salieran del convento y buscaran otro refugio. Las alumnas fueron enviadas a sus casas y las Hermanas se acogieron a hogares amigos, a la espera de lo que pudiera acontecer.

La madre Patrocinio y su hermana Trinidad, que vivía en el convento como pensionista de las claretianas desde hacía tiempo, se trasladaron a la casa de su hermana Asunción, en la masía o hacienda llamada Huerto del Mirador, en los alrededores del pueblo. A la casa llegó pronto también la otra hermana, Carlota, la religiosa agustina de Valencia. Allí vivieron las cuatro hermanas juntas sólo unas semanas. El 18 de julio de 1936 estalló la reacción militar y España quedó dividida en dos bandos irreconciliables. Las fuerzas revolucionarias comenzaron a destruir todo lo que era religioso en las zonas que dominaron, como fue el caso de la región valenciana.

El trabajo en el huerto y en las faenas de la casa fue su ocupación habitual en aquellos días. Pero los milicianos, que sabían que allí había religiosas, venían al hogar con el pretexto de hacer

inspecciones en busca de armas escondidas. Los ornamentos que había traído Patrocinio del colegio podían comprometer a su familia. Ante el consejo de amigos, los quemó con dolor de su corazón, pues ella misma los había bordado y preparado. Las inspecciones se hicieron cada vez más frecuentes. En los comienzos de septiembre la familia dejó la casa para evitar tanta vigilancia y desconfianza y buscaron otros refugios más discretos.

Al abandonar las hermanas la casa familiar, se refugiaron en casas de otras familias amigas. Resultaba muy difícil la situación para ellas y para quienes les daban protección. La madre Patrocinio ayudó a las hermanas para que encontraran familias acogedoras, pues ella tenía excelentes relaciones. Esperaba que pasara la tormenta, que creyó iba a ser breve. Ella se albergó en casa de dos hermanas llamadas Camarena, antiguas alumnas suyas. Con ella fue otra claretiana, la hermana Enriqueta, ya de edad. Este hogar fue su última morada terrena. Estaba en la calle General Prim, en el número 7.

Un mes largo duró su residencia allí. El 13 de noviembre se hallaban rezando el rosario al atardecer cuando llegó un coche con milicianos, preguntando por la superiora del convento que se escondía allí. Ella se adelantó y dijo: «Yo no soy ya la superiora, soy una hermana». Decidieron llevarla para un interrogatorio. Sus compañeras se opusieron a que fuera sola y pretendieron acompañarla, pues intuyeron que era una trampa. No lo consintió y subió al coche, que tal vez fue por alguno de los comités a recoger más detenidos o tal vez se dirigió directamente al lugar elegido por los asesinos.

Lo que pasó en verdad se pierde en el silencio de los atropellos revolucionarios. De hecho fue llevada a las afueras del pueblo para asesinarla. Entre las personas con las que se encontró en el mismo camino o ya en el lugar estaba su hermana Carlota. No se sabe el número exacto de los allí conducidos. Se acercaron a la docena. El lugar estaba en el camino de Tavernes, a 8 kms. de Carcagente. Se denominaba por unos «Pinar de los Frailes» y por otros «Portichil de Valldigna». Allí fueron asesinados a sangre fría todos los miembros del grupo.

Rumores posteriores con visos de probabilidad parece que apuntan a que ella habló a los milicianos intentando que no cometieran tales crímenes:

> — «Matadlas enseguida, porque si no nos va a cambiar a todos», parece que sentenció el que hacía de jefe.
>
> — Ya frente a los fusiles de los asesinos, ella dijo con serenidad: «Vosotros no sabéis lo que hacéis. Algún día os pesará. Yo acepto con gozo lo que Dios permite, porque me vais a abrir las puertas del cielo. Desde el cielo rogaré por vosotros».
>
> — «¡Vaya monjita ésta! ¡Qué temple tiene!», dijo otro.
>
> — Sus últimas palabras parece que fueron: «Yo os perdono de todo corazón. No sabéis lo que hacéis».

Alguien mandó luego enterrar los cuerpos en una fosa preparada a toda prisa. La fosa anónima común fue frecuente en la comarca en aquellos fatídicos días de sangre y orgía anticristiana. No había autoridad ni ley. Por eso no quedó documentación sobre el asesinato. Fue un crimen incomprensible, obra de un loco, pues no era norma ni costumbre entre los milicianos asesinar a las mujeres, fueran religiosas o no. A ella la condenaron a muerte sólo por ser la superiora de las hermanas. Tenía 62 años y llevaba 42 de vida religiosa.

Los restos mortales de la religiosa durante mucho tiempo fueron dados por desaparecidos. Pero más tarde se localizaron y merecieron un digno enterramiento al llegar la beatificación. Ésta tuvo lugar el 11 de marzo del 2001 en el Vaticano, cuando el papa Juan Pablo II, en una de las ceremonias más numerosas de beatificación que ha conocido la Iglesia, elevó a la dignidad de los altares a 233 mártires de la diócesis de Valencia.

Fue una más de las flores martiriales que llenó de admiración al mundo y de consuelo a sus paisanos y hermanas en religión. Fue un símbolo y modelo de valor y serenidad en aquella fiesta martirial en la que subieron al cielo en el plazo de pocos meses, sólo de la archidiócesis de Valencia, 361 sacerdotes, 373 hombres y jóvenes de Acción Católica, 93 Mujeres de Acción Católica y varios centenares de religiosos de diversos institutos masculinos y femeninos.

PEDRO CHICO GONZÁLEZ, FSC

Bibliografía

MISIONERAS CLARETIANAS, *Amar es darse: María Patrocinio Giner Gomis, mártir claretiana* (Roma 2001).

BEATOS PEDRO VICEV, PABLO (JOSÉ) DZIDZOV, JOSAFAT (ROBERTO MATEO) SISKOV

Presbíteros y mártires († 1952)

En su viaje apostólico a Bulgaria, en el año 2002, el papa Juan Pablo II proclamó estos tres nuevos beatos, mártires durante la persecución comunista en Bulgaria.

PEDRO VICEV nació en la aldea de Strem, diócesis de Tracia, en la región de Burgas (Bulgaria), el 23 de mayo de 1893, en el seno de una familia de campesinos muy cristiana: dos de sus seis hijos se hicieron religiosos asuncionistas. El 8 de septiembre de 1910 ingresó en la congregación de los Agustinos de la Asunción en Gemp (Bélgica). En 1912, al final de la etapa de noviciado, sus superiores, que lo consideraban piadoso, serio y muy capaz, lo enviaron a estudiar filosofía y teología a la Universidad de Lovaina, donde estuvo hasta el verano de 1918. A continuación, interrumpiendo sus estudios, desempeñó un período de magisterio en el colegio de San Agustín de Plovdiv y más tarde en el seminario menor de Kum-Kapu, en Estambul. En esta ciudad fue ordenado sacerdote, según el rito bizantino-eslavo, el 22 de diciembre de 1921.

Al volver a Europa, prosiguió sus estudios de Teología en la Universidad de Estrasburgo, en la que obtuvo el doctorado en 1929. Fue nombrado profesor de Filosofía y prefecto de estudios en el colegio de San Agustín de Plovdiv, donde permaneció hasta que el centro fue cerrado por orden de las autoridades comunistas. Colaboraba en el periódico *Veritas* y en la revista *Las investigaciones bizantinas.*

Desempeñó un papel importante en el ámbito ecuménico. A menudo recibía en el convento asuncionista a miembros del clero ortodoxo de la ciudad. Escribía regularmente artículos para la revista asuncionista de estudios bizantinos *Échos d'Orient.* Abordaba temas de Derecho Canónico oriental, pero también comentaba acontecimientos de la Iglesia católica y ortodoxa,

explicando cómo debía comportarse un cristiano en esas circunstancias. Su pensamiento sobre la visión cristiana del mundo frente a las doctrinas materialistas y ateas le creó muchos enemigos entre los miembros del Gobierno. Era «culpable» de ser un científico muy competente, un educador apreciado y un celoso promotor de la causa de la unidad entre las Iglesias de Oriente y Occidente.

Una vez cerrado el colegio de San Agustín, fue nombrado superior del Seminario Asuncionista de Plovdiv, donde vivían quince religiosos, cinco estudiantes de Teología y catorce seminaristas. En 1948 todos los religiosos extranjeros fueron expulsados de Bulgaria y el padre Pedro fue nombrado vicario provincial de su congregación en Bulgaria. Eran veinte religiosos y se ocupaban de cinco parroquias de rito oriental y cuatro de rito latino.

Las dificultades aumentaban. Todos eran estrechamente vigilados por la policía. En una carta al padre Gervais Quenard, superior general, el 24 de noviembre de 1949, el padre Pedro ya vislumbraba el futuro que les esperaba:

> «El telón de acero se hace cada vez más impenetrable. Sin duda se están preparando expedientes para procesar a los párrocos católicos, que correrán la misma suerte que los pastores protestantes cuando llegue el momento oportuno».

La noche del 4 de julio de 1952 fue arrestado por las milicias comunistas, juntamente con el padre Pablo Djidjov. No se tuvieron noticias de él hasta el 20 de septiembre de ese mismo año, cuando los periódicos publicaron el acta del proceso contra cuarenta personas acusadas de espionaje contra el poder público, en favor de los servicios secretos franceses y del Vaticano. Al padre Pedro se le consideraba el jefe del espionaje católico.

PABLO (JOSÉ) DZIDZOV nació en Bulgaria, en la ciudad y diócesis de Plovdiv, el 19 de julio de 1919, en una fervorosa familia católica de rito latino. Fue bautizado el 2 de agosto. En 1926 ingresó en la escuela de San Andrés de los padres asuncionistas, en su ciudad natal. De 1931 a 1938 estudió en el colegio de San Agustín de Plovdiv. Se distinguió como un buen alumno, vivaz y buen deportista. El 2 de octubre de 1938 entró en el noviciado de los padres asuncionistas de Nozeroy (Francia),

tomando el nombre de Pablo (Pavel). Fue enviado a realizar sus estudios de Filosofía y Teología al Centro Teológico de Lormoy, cerca de París, donde estuvo hasta 1942. Ese mismo año emitió los votos perpetuos.

Por motivos de salud se vio obligado a volver a Bulgaria, donde terminó sus estudios de Teología. El 26 de enero de 1945, en Plovdiv, recibió la ordenación sacerdotal, según el rito latino.

Seguidamente fue enviado a la ciudad de Varna, donde estudió Economía y Ciencias Sociales para ocuparse más tarde de la gestión económica de la misión. Fue un estudiante muy aplicado y activo, y ejerció un gran influjo sobre sus compañeros. Sus superiores le encomendaron el cargo de ecónomo del colegio de San Agustín de Plovdiv y más tarde lo nombraron ecónomo del vicariato oriental. Todos los que lo conocieron ponderan su bondad, su fe profunda, su espíritu ecuménico y su sentido del humor. Nunca ocultó sus ideas y convicciones anticomunistas; precisamente por eso los servicios secretos del régimen lo vigilaban continuamente. No vaciló en acudir a las autoridades para defender los bienes de la Iglesia y visitó a su hermano asuncionista Assen Tchonkov, encarcelado en Sofía, atreviéndose a pedir a los guardianes que aliviaran su situación. Algunas semanas antes de su arresto, el padre Pablo escribió:

> «Un sacerdote del clero secular ha sido condenado a muerte; otro, a veinte años de cárcel, otros dos pronto serán juzgados. Nosotros esperamos nuestro turno [...] ¡Hágase la voluntad de Dios!».

Durante la noche del 4 de julio de 1952 fue arrestado en el seminario de los padres asuncionistas de Plovdiv, juntamente con el padre Pedro Vicev. Era el segundo en la lista de los acusados. Murió a los 33 años.

JOSAFAT (ROBERTO MATEO) SISKOV nació el 9 de febrero de 1884 en Plovdiv (entonces Filipópolis) en el seno de una familia católica numerosa. En septiembre de 1893, a la edad de nueve años, entró en el seminario menor asuncionista de Karagatch (Andrinople), poco distante de Odrin. El 24 de abril de 1900, a los dieciséis años, ingresó en el noviciado asuncionista en Phanaraki (Turquía), tomando el nombre de Josafat. En 1904 fue

enviado a Bélgica, para continuar sus estudios de Filosofía y Teología en la Universidad de Lovaina.

En la ciudad de Malinas fue ordenado sacerdote, según el rito latino, el 11 de julio de 1909. De 1914 a 1919, durante la primera guerra mundial, fue profesor en el colegio de San Agustín de Plovdiv. En el mes de julio de 1929 fue nombrado director del colegio de San Miguel, de Varna. Luego desempeñó los cargos de superior del seminario menor San Cirilo y San Metodio, en la ciudad de Yambol, donde estudiaban alumnos de los ritos oriental y latino, y párroco de la iglesia latina en esa ciudad.

Era un religioso muy sencillo y eficiente, de notable erudición, músico, gran predicador y buen educador, dotado de un temperamento jovial; destacó por su entrega y acierto en la asistencia a los jóvenes que atravesaban dificultades.

Abierto a las novedades técnicas, fue la primera persona que utilizó una máquina de escribir con los caracteres del alfabeto cirílico; incluyó el cine en la formación de los alumnos y organizó veladas para los jóvenes. Para contribuir al mantenimiento de la casa organizaba colectas y daba cursos de francés para profesores, funcionarios y oficiales de las fuerzas armadas búlgaras.

En su seminario se hospedó muchas veces monseñor Angelo Roncalli, el hoy Beato Juan XXIII, por entonces visitador apostólico en Bulgaria, al que le gustaba visitar el centro.

En 1937 fue nombrado superior provincial de Varna, cargo que ocupó hasta el final de la segunda guerra mundial. En 1948, cuando los sacerdotes extranjeros se vieron obligados a abandonar Bulgaria, monseñor Eugenio Bossilkov, obispo de Nicópolis, nombró al padre Josafat párroco en Varna. Allí fue arrestado por las milicias comunistas en diciembre de 1951. Casi durante un año entero los asuncionistas no tuvieron noticias sobre el destino de su hermano, hasta que en los periódicos apareció su nombre en la lista de cuarenta personas acusadas de espionaje y conspiración contra «el poder del pueblo».

Todos fueron sentenciados a muerte el 3 de octubre de 1952, y fusilados en la noche entre el 11 y el 12 de noviembre, en Sofía, juntamente con el obispo, monseñor Eugenio Bossil-

kov, beatificado por Juan Pablo II el 15 de marzo de 1998. No se conoce en qué cementerio fueron sepultados sus restos.

Con su talento de educadores y formadores suscitaron muchísimas vocaciones y lograron formar a numerosos seminaristas y religiosos. Todos sus alumnos, tanto católicos como ortodoxos, armenios, judíos y musulmanes, así como sus compañeros de cárcel, han reconocido su fe y su constancia en la persecución. Su único delito consistió precisamente en ser sacerdotes y religiosos católicos.

En su homilía durante la misa de beatificación en la ciudad de Plovdiv, situada a 150 kilómetros de Sofía, el domingo 26 de mayo de 2002, el Papa habló sobre el ecumenismo de los mártires, y dijo:

> «De la correspondencia fiel al amor del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo depende el éxito de nuestro camino en la tierra. Tenían muy presente esta verdad los tres sacerdotes asuncionistas, que hoy he tenido la alegría de inscribir en el catálogo de los beatos: la causa por la que los padres Pedro Vicev, Pablo Dzidzov y Josafat Siskov no dudaron en dar su vida fue la fe en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, fue su amor a Cristo, Hijo de Dios encarnado, al que se entregaron sin reservas sirviendo a su Iglesia.
>
> El padre Josafat Siskov afirmaba: "Tratemos de hacer del mejor modo posible todo cuanto esperan de nosotros, para poder santificarnos", y añadía: "Lo principal es llegar a Dios viviendo para Él; todo lo demás es accesorio". Algunos meses antes del infame proceso que los condenó a muerte juntamente con el obispo Bossílkov, previendo lo que les esperaba, el padre Pedro Vicev escribió a su superior provincial: "Obténganos con la oración la gracia de ser fieles a Cristo y a la Iglesia en nuestra vida diaria, para ser dignos de testimoniarlo cuando llegue el momento". Y el padre Pablo Djidjov decía: "Esperamos nuestro turno: que se haga la voluntad de Dios".
>
> Pensando en los tres nuevos beatos, siento el deber de rendir homenaje a la memoria de los demás confesores de la fe, hijos de la Iglesia ortodoxa que, bajo el mismo régimen comunista, sufrieron el martirio. Este tributo de fidelidad a Cristo unió a las dos comunidades eclesiales en Bulgaria hasta el testimonio supremo. Esto ha de tener un sentido y una elocuencia ecuménicos. "El ecumenismo de los santos, de los mártires, es tal vez el más convincente. La *communio sanctorum* habla con una voz más fuerte que los elementos de división" *(Tertio millennio adveniente,* 37).
>
> En efecto, no puede por menos de ser ya perfecta la comunión que se realiza "en lo que todos consideramos el vértice de la vida

de gracia, la martyría hasta la muerte" *(Ut unum sint,* 84). Ésta es "la comunión más auténtica que existe con Cristo, que derrama su sangre y, en este sacrificio, acerca a quienes un tiempo estaban lejanos (cf. Ef 2,13)" *(ibíd.).*

La valiente coherencia ante el sufrimiento y el encarcelamiento de los padres Josafat, Pedro y Pablo fue reconocida por sus ex alumnos católicos, ortodoxos, judíos y musulmanes, por sus feligreses, por sus hermanos religiosos y por sus compañeros de sufrimiento. Con su dinamismo, su fidelidad al Evangelio y su servicio desinteresado a la nación, se presentan como modelos para los cristianos de hoy, especialmente para los jóvenes de Bulgaria que buscan dar un sentido a su vida y quieren seguir a Cristo en el laicado, en la vida religiosa o en el sacerdocio».

ALBERTO JOSÉ GONZÁLEZ CHAVES

Bibliografía

L'Osservatore Romano (ed. en español) (7-6-2002).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN BRICIO

Obispo († 444)

Bricio (Britius, Brice) era natural de Tours, entró al servicio de la Iglesia siendo obispo de aquella iglesia el gran San Martín, y el mal carácter, la insubordinación y la conducta desarreglada del joven clérigo pusieron a prueba la paciencia del santo. No obstante lo cual, a la muerte del famoso obispo en 397 fue elegido para sucederle. No fue un obispo ejemplar, dejando mucho que desear y terminando el pueblo por hartarse de él, de modo que al cabo de treinta años el sentimiento popular estaba tan en contra suya que tuvo que alejarse de su sede. El exilio fue verdaderamente providencial. Se arrepintió sinceramente de su manera habitual hasta entonces y en Roma, donde se había refugiado, tomó la decisión de cambiar hacia una vida ejemplar y un carácter dulce y amable con todos. Vuelve a su sede y todos comprueban la verdad de su cambio, de manera que recibe la aprobación de su rebaño. Construyó iglesias y monasterios y dio en todo un ejemplo magnífico a los fieles, que enseguida de

su muerte, el 13 de noviembre de 444, lo tuvieron por santo y le dieron culto público. Su culto se extendió por toda Europa, y conserva su nombre el *Book of common prayer* de los anglicanos.

SANTOS ARCADIO, PASCASIO, PROBO, EUTIQUIANO

Mártires († 473)

Cuatro oficiales del ejército, españoles de nacimiento, y el pequeño hermano de dos de ellos confesaron intrépidamente la fe católica y se negaron a renegar de la divinidad de Cristo y a abrazar el arrianismo, pese a las amenazas, tormentos y malos tratos que recibieron por orden de Genserico, rey de los vándalos. El *Martirologio* sitúa este martirio, que por otra parte está bien atestiguado, simplemente en África, sin especificar más el sitio, y señala que los nombres de los mártires eran Arcadio, Pascasio, Probo y Eutiquiano, y el niño se llamaba Paulillo o Pablitos, como se traducía antiguamente al español. Arcadio era un hombre casado y tenía una considerable fortuna. Pascasio y Eutiquiano eran hermanos, y con Probo y Arcadio servían en el ejército de Genserico. Paulillo era hermano de Pascasio y Eutiquiano. Genserico ordenó a estos cuatro oficiales que dejasen la religión católica y se hiciesen arrianos. Los cuatro se negaron y entonces fueron desterrados. Pero luego el rey los mandó volver y los sometió a arresto y torturas. Los confesores de la fe perseveraron firmes en confesar a Cristo como consustancial al Padre, y Genserico dio orden de que fueran pasados por las armas, como así se hizo. Paulillo gozaba hacía tiempo de la simpatía del rey pues era un chico amable y simpático. Con lisonjas intentó Genserico atraerlo al arrianismo pero el jovencito se resistió eficazmente. No queriendo el rey mancharse las manos con la sangre de un niño, lo condenó a ser reducido a esclavitud. La fecha del 13 de noviembre con que se inscriben en el *Martirologio* no tiene fundamento histórico.

SAN ABÓN DE FLEURY

Abad († 1004)

Abón nace en las cercanías de Orleáns alrededor del año 948. Todavía niño fue encomendado para su educación a la abadía benedictina de Fleury, en la que en su adolescencia profesaría como monje. Aquí hizo los estudios en la escuela monacal y fue el suyo un provecho tan notable que al término de los estudios y pese a su juventud, se le encargó diera clases en la propia escuela. Prosiguió luego sus estudios en París, en Reims y en Orleáns, adquiriendo una vasta cultura en todas las ciencias y regresando a su escuela para proseguir las clases, empezando ya entonces a publicar algunas obras. Puesto al frente de la escuela, ésta adquirió un estado verdaderamente floreciente. Llamado por el arzobispo San Oswaldo de York pasó durante dos años a dirigir la escuela de la abadía de Ramsey en Inglaterra, país en el que adquirió notable crédito y se relacionó con los personajes más relevantes. Vuelto a su monasterio, fue nombrado abad de Fleury el año 988. Se dedicó a la mejora material y espiritual de su monasterio, que él quería funcionase en la línea reformista de Cluny, y también a defender sus derechos, y no pudo menos que verse envuelto en los conflictos políticos y eclesiásticos de su tiempo. Frente a Hugo Capeto sostuvo los derechos de la Iglesia y de los pobres y con este fin le dirigió su libro *Apologeticus.* En Tours llegó a ser herido en un atentado. Hugo Capeto le pidió que fuera a Roma para que el papa Gregorio V levantara el interdicto contra el matrimonio de Roberto II con Berta, pero Abón volvió de Roma convencido de la razón del Papa y logró que se acatara la autoridad papal por parte de la corte. En 1004 hizo un viaje al monasterio de La Réole, en la Gascuña, cuya reforma apoyaba. Una reyerta entre francos y gascones alcanzó a Abón, que a consecuencia de las heridas murió el 13 de noviembre de 1004. Dejó numerosas obras históricas y científicas.

SAN VARMUNDO DE ARBOREIS
Obispo († 1010)

Varmundo o Veremundo de Arboreis fue abogado en Pavía en su juventud. Por voluntad del emperador Otón I se le nombra obispo de Ivrea. Choca enseguida con el marqués Arduino de Ivrea porque desea mantener la libertad de la Iglesia y quiere permanecer fiel a la Casa Imperial. Estas dificultades llegarían con el tiempo a ponerle en la necesidad de excomulgar al marqués, excomunión que fue confirmada por el papa Gregorio V. Apoyó la erección de la abadía de Fruttuaria y su exención, apoyando la labor de su abad San Guillermo de Volpiano. Los privilegios reconocidos por Varmundo serían confirmados, ya muerto el beato, el año 1015 por el papa Benedicto VIII. Se ocupó de la construcción de la catedral de Ivrea y del buen funcionamiento de su escuela, junto a la cual funcionaba un magnífico *scriptorium*. No se sabe la fecha exacta de la muerte de Varmundo, que se estima fue entre 1010 y 1014. Su culto ininterrumpido fue confirmado por el papa Pío IX el 17 de septiembre de 1857.

BEATO JUAN GONGA MARTÍNEZ
Mártir († 1936)

Nace en Carcagente el 25 de marzo de 1912. Se educa en el colegio de PP. franciscanos y encamina su natural rebelde y ardiente a la prosecución de nobles causas. Una enfermedad le impide seguir su tendencia al sacerdocio y se decide entonces a ser un militante cristiano con todas sus consecuencias. Trabaja como oficinista y hace de su trabajo el primer marco de su fecundo apostolado. Se inscribe en la Acción Católica y trabaja activamente en los Círculos de Estudio y en las catequesis. Asiduo a los sacramentos, volcaba también su religiosidad en la atención a los pobres. Con vistas al matrimonio entabló relaciones con la joven Josefina Millet, pero le llegó el martirio antes de poder casarse. Cerradas las iglesias el 18 de julio de 1936, asistía a las misas clandestinas del consiliario de la Acción Católica, y salía de una de ellas el 25 de julio cuando fue arrestado.

Al ser dejado libre, pensó lo más prudente dejar el pueblo. Pero volvió el 13 de noviembre a ver a su familia, y al ser reconocido fue otra vez arrestado. Llevado aquella noche a la carretera de Tavernes de Valldigna, comprendió que lo iban a fusilar. Sacó su crucifijo, lo presentó a sus verdugos y dijo que les perdonaba como Jesús perdonó a los que le mataban. Por ello luego le llamaban «el muchacho de la cruz». Seguidamente fue fusilado.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

14 de noviembre

A) Martirologio

1. En Heraclea de Tracia, San Teodoto († s. III), mártir.
2. En Gangres (Paflagonia), San Hipacio († s. IV), mártir.
3. En Aviñón (Provenza), San Rufo († s. IV).
4. En Bardsey (Gales), San Dubricio († s. VI), obispo y abad.
5. En Tragurio (Dalmacia), San Juan († 1111), obispo, antes monje camaldulense.
6. En Eu (Normandía), San Lorenzo O'Toole (Lorcan Ua Tuathail) (1180), obispo de Dublín **.
7. En el cenobio de Santa María de Gualdo Mazzocca, junto a Campobasso (Italia), San Juan de Tufara († 1170), ermitaño.
8. En Mariëngarde (Frisia), San Siardo († 1230), abad, de la Orden Premonstratense *.
9. En Argel (África), San Serapio († 1240), religioso mercedario, mártir **.
10. En Jerusalén, santos Nicolás Tavelic, Deodato Aribert, Esteban de Cúneo y Pedro de Narbona († 1391), presbíteros, de la Orden de Menores, mártires **.
11. En Caccamo (Sicilia), Beato Juan Liccio († 1511), presbítero, de la Orden de Predicadores *.
12. En Binh-Dinh (Cochinchina), San Esteban Teodoro Cuenot († 1861), obispo, de la Sociedad de Misiones de París, mártir **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN LORENZO O'TOOLE
Arzobispo († 1180)

San Lorenzo O'Toole (1128-1180), arzobispo de Dublín, debe ser contado entre los grandes aplicadores de la reforma gregoriana, en medio de las implicaciones político-religiosas que vivió la Iglesia en el siglo XII. Como tantos otros reformadores de la época, comenzando por el mismo S. Gregorio VII, hizo frente a los grandes problemas con autoridad y temple heroico, manteniéndose monje hasta el fin.

Nació en Castledermot, del condado irlandés de Kildare, el año 1128, de distinguida familia: su padre Mauricio era el gobernador de la región de Leinster, en abierta contienda con el príncipe Dermith. La paz entre ambos sólo fue posible entregando Mauricio en rehén a su hijo Lorenzo, que apenas contaba los diez años. Cumplidos los doce, recobró la libertad, haciendo de mediador el obispo de Glendalough, que lo incorporó a su comunidad monástica.

Sólo tenía 26 años cuando en 1154 fue elegido abad del monasterio. Muy pronto se dejó sentir su espíritu reformador, extendiéndose a otros monasterios, y contribuyendo a la fundación de la abadía cisterciense de Baltinglass y a la de los canónigos regulares de San Agustín de Ferns.

Elegido arzobispo de Dublín en 1162, aplicó su programa reformador, en primer lugar, a los canónigos de su propia catedral. Dato relevante de su pontificado es el hecho de que cada año practicaba cuarenta días de retiro penitencial en la gruta de S. Kevin de Glendalough. Su biógrafo —probablemente Juan Halgrin, canónigo regular y más tarde arzobispo de Besançon— nos dice que diariamente sentaba a varios pobres a su mesa y que su casa estaba abierta a pobres y peregrinos.

Las cosas se le complicaron gravemente cuando en 1169 Irlanda fue invadida por los normandos al mando del caudillo Strongbow. Se daba el agravante de haber sido llamado por un cuñado del santo, el rey de Leinster, Dermot Mac Murrough, que no dudó en darle al invasor por esposa a su propia hija Eva, sobrina carnal de Lorenzo. Una nueva invasión de normandos

se produjo el año siguiente, 1170. Dublín fue asediada de nuevo. ¿Supo mostrarse entonces verdadero *defensor civitatis,* como tantos otros obispos ante similares invasiones? Lorenzo, habida cuenta de su posición eclesiástica y de sus relaciones familiares, fue requerido para negociar con los normandos. Sus tentativas resultaron inútiles: la ciudad asediada cayó en manos de los normandos, y ya entonces surgió la duda sobre el verdadero empeño puesto por Lorenzo en este difícil cometido. Las implicaciones familiares pudieron suponer más obstáculos que ventajas en esta trama poco esclarecida históricamente.

Al fin, el papa Adriano II otorgaba a Enrique II de Inglaterra la bula *Laudabiliter,* autorizándolo para actuar en Irlanda. Lorenzo, naturalmente, acató la decisión papal, prestándose a mediar entre dicho rey, llegado de Inglaterra, y los príncipes irlandeses, llegándose a un tratado de concordia, que consolidó la autoridad del arzobispo.

En 1173 tuvo lugar el Concilio Lateranense III convocado por el papa Alejandro III. A él acudió San Lorenzo junto con otros cuatro obispos irlandeses. No hay noticia de alguna especial actuación de nuestro santo. Como muchos otros de los obispos participantes interesados por sus respectivas diócesis, allí negoció importantes privilegios para la de Dublín y para su antigua abadía de Glendalough. Más trascendental resultó el nombramiento de legado papal en Irlanda, lo que le confirió especiales poderes ante las autoridades públicas, cobrando sus actuaciones nueva fuerza. Así, en 1179 convocó un sínodo para las regiones septentrionales de Irlanda que comprendían las archidiócesis de Tuam y Armagh, para hacer frente a las abusivas intromisiones de los laicos en los bienes de la Iglesia. En este sínodo fueron depuestos siete obispos *hereditarios,* penoso exponente de la supeditación de la Iglesia a la nobleza local.

Un año después viajaba a Inglaterra para encontrarse con Enrique II, confiado en su condición de legado papal para el arreglo de problemas pendientes. El encuentro parece que se produjo en Oxford, y con fatal resultado. Lorenzo se vio impedido de retornar a Irlanda, sometido, en exilio, a las largas itinerancias del rey. Así vino a pasar a Normandía. Obtenido el permiso para retornar a Irlanda, se puso en camino inmediatamente. Enfermo y extenuado llegó a la casa de los canónigos

regulares de San Víctor de Eu, aún en Normandía. Allí falleció santamente el 14 de noviembre de 1180, y allí fue sepultado. Pronto se multiplicaron los milagros, y la devoción fue en aumento. Fue canonizado por el papa Honorio III en 1225. Muy poco después, uno de los canónigos de Eu compuso su biografía, compilando los recuerdos de su comunidad, todavía muy vivos.

JOSÉ MARÍA DÍAZ FERNÁNDEZ

Bibliografía

CARPENTIER, P., *Saint-Laurent O'Toole (Saint Laurent d'Eu), archevêque de Dublin (1128-1180). La conquête anglaise en Irlande* (París 1953).

FORRISTAL, D., *The man in the Middle. St. Laurence O'Toole, patron saint of Dublin* (Dublín 1988).

LEGRIS, A., *Saint Laurent O'Toole (saint Laurent d'Eu), archevêque de Dublin: 1128-1180* (Rouen 1914).

O'HANLON, J., *The life of St. Laurence O'Toole, archbishop of Dublin* (Dublín 1877).

SAN SERAPIO

Religioso y mártir († 1240)

Su padre, Rolando de Escocia, se crió en Inglaterra, muy estimado por el rey Enrique II, aunque el asesinato de Santo Tomás de Canterbury y el enfrentamiento que el monarca tenía con la Iglesia motivó que se refugiara en Escocia, donde reinaba su pariente Guillermo. No iba a permanecer inactivo por mucho tiempo, pues Enrique II declara la guerra a Escocia y les apresa llevándolos a Londres. Alcanzado un pacto de cese de hostilidades, Guillermo regresa a su país, pero Rolando se queda al servicio del rey inglés. En este tiempo contrae matrimonio, ignorándose el nombre de la mujer con quien se desposa, en torno a 1174. Ambos formarán una familia piadosa y de profundas convicciones religiosas. Probablemente en 1179 les nace un hijo, a quien cristianan con el nombre de Serapio.

El muchacho crece bajo la recta formación de sus progenitores, que le instruyen en los misterios de la fe, y le asignan un tutor que le enseña diversas lenguas, y a dominar su propio carácter. En los actos religiosos se manifiesta devoto y en su casa

reservado; en la calle, modesto, y con todos afable. En sus largas reflexiones se lamenta de la pérdida de los Santos Lugares de Jerusalén, y está dispuesto a ir a recobrarlos, aunque le cueste la vida. Experimentado en la oración, se va ganando el aprecio como hombre virtuoso. En ocasiones se retira a una capilla para encontrarse a solas con Dios, y practicar mortificaciones y penitencias, que debe atemperar pues pone en peligro su salud. Caritativo en extremo, entrega a los necesitados y pobres el fruto de sus sacrificios, favoreciéndoles con su propia ropa.

Muerto Enrique II de Inglaterra alcanza el trono Ricardo Corazón de León, que organiza la Tercera Cruzada para recuperar los Santos Lugares con la colaboración del rey de Francia, encargando del ejército cristiano a Rolando. Su hijo quiere acompañarle pero el padre se resiste, aunque finalmente consigue ir con él. El ejército que pretende reconquistar Tierra Santa parte en 1190, pero van a presentarse ciertos inconvenientes por pretendidos derechos entre franceses e ingleses que ocasionan graves conflictos, pues en lo que menos pensaban era en la conquista de los Santos Lugares. El año 1191 llegan a las costas de Palestina. Superadas por el momento las desavenencias, se organiza la reconquista. El joven Serapio participa con decidida voluntad en los combates deseoso de recuperar aquella tierra. Lograda la victoria de Tolemaida (San Juan de Acre), se procede a reparar las iglesias y a atender a los cautivos cristianos. De pronto conoce el desamparo de estas pobres gentes y siente el ánimo abatido. ¿Cómo resolver esta injusticia? Mientras la enemistad entre ingleses y franceses aumenta, llegando a decidir el monarca galo que sus tropas regresen a Francia, Ricardo de Inglaterra y los demás monarcas europeos se enfrentan con el ejército de Saladino, en las proximidades de Asur, alcanzando una gran victoria. Serapio combate con brioso ánimo, y anima y conforta a los suyos. Pero, sin alcanzar a conquistar Jerusalén, los ingleses regresan a su país, por el mes de octubre de 1191. Rolando y su hijo van en la misma galera.

En las proximidades de Sicilia la flota inglesa tiene que soportar una terrible tempestad, y las naves de dispersan. El navío de Ronaldo y su hijo recala en la costa de Istria, donde encalla y se producen numerosas desgracias. Están decididos a regresar

por tierra a Inglaterra, y emprenden el retorno, pero son apresados por el duque de Austria que encarcela a todos en la prisión. Tenía alguna cuenta pendiente con el rey inglés, y éste es buen momento para saldarla. Informado el rey Enrique VI exige que el rey inglés sea llevado a Alemania, pues desea obtener un buen rescate por él. Serapio, mientras, queda bajo el dominio de Leopoldo VI de Austria. Durante este tiempo fallecen sus padres, y esta noticia le produce vivos sentimientos filiales, aceptando con santa conformidad y fortaleza de espíritu esta dolorosa circunstancia. El hijo del duque de Austria, futuro Leopoldo VII, obtiene de su padre la custodia y tenerlo bajo autoridad, logrando así verse libre de la cárcel.

Leopoldo quiere que sea su consejero, distinguiéndole con su estimación por su probada virtud y nobleza de ingenio, sintiéndose totalmente ajeno a la vida palaciega. Ante el silencio de Ricardo de Inglaterra y no mandar el importe del rescate por los prisioneros ingleses que aún retiene, Leopoldo de Austria ordena renovar la prisión para todos, desoyendo las peticiones y censuras apostólicas del papa Celestino III. Muerto el duque, su hijo, Leopoldo VII, concede la libertad a los rehenes de su padre, excepto Serapio, a quien retiene como consejero, por su prudencia y sabiduría. Consigue el aprecio de todos, resplandeciendo más su bondad en la vida ejemplar que manifiesta.

De este modo pasa algunos años al servicio del duque de Austria. Mientras, en España, el año 1209 Alfonso VIII de Castilla convoca una cruzada, contra los almohades que están formando un gran ejército. Obtenido el reconocimiento del papa Inocencio III, el rey castellano solicita ayuda a los monarcas europeos contra los moros. Uno de los que contesta afirmativamente es el duque de Austria y, a principios de 1212, el ejército que ha reunido parte para España. En cuanto llegan a la región francesa de Tolosa se enfrenta con los albigenses y les vence. Por su parte, el rey castellano adelanta unos días la batalla contra los árabes, y cuando los austriacos llegan, ha concluido felizmente para las tropas cristianas. Regresan de inmediato a Austria, todos menos Serapio, quien pasa al servicio de Alfonso VIII en el mes de agosto de 1212. Con genero-

so ofrecimiento personal participa en sus empresas y asiste a la conquista de Baeza y Úbeda, convirtiéndose en imagen del valor y en ejemplo admirable de virtud. La visión de los pobres cautivos cristianos en las tierras conquistadas a los moros renueva lo que conoció en Tierra Santa, se le abre el corazón a la misericordia, y a ellos dedica sus piadosos afectos y caritativo corazón.

Retirado el ejército del monarca castellano, le acompaña a León y Burgos, en donde traba relación con el obispo, inglés de nacimiento. Muerto el 6 de octubre de 1214 el rey Alfonso VIII, regresa a Austria, y participa en la Quinta Cruzada, primero en Palestina y después en Egipto. A principios de 1217 se encuentra, de nuevo, en tierras austriacas, de donde partirá en 1220 de regreso a España. Llega a Burgos, y al año siguiente pasa al servicio de doña Leonor, esposa de Fernando III el Santo. En 1222 les acompaña en su visita a Daroca, la ciudad de los Santos Corporales, y tiene ocasión de conocer a San Pedro Nolasco, fundador de la Orden de Nuestra Señora de la Merced Redención de Cautivos, empeñado en la caridad heroica con los apresados por los moros, quien reconociendo las santas y nobles cualidades de Serapio le invita a profesar en la Orden mercedaria. Aceptado el ofrecimiento, el mismo San Pedro Nolasco le impone el hábito mercedario en 1222. Se aplica con tal doctrina y virtud que se convierte en un ejemplar religioso. Con santa obediencia se le destina al socorro de los cautivos de Cataluña, primero, y después en Aragón y parte de la Galia Narbonense. Pasa más tarde a Castilla, donde goza de gran predicamento en el ámbito de los monarcas castellanos, y obtiene el favor real. En el Capítulo general del año 1225 se le encarga, como maestro de novicios, de la formación de los aspirantes, cargo que por humildad rehúsa y por obediencia acepta. Entre sus educandos se cuenta San Ramón Nonato.

El año 1229 marcha a la conquista de Mallorca con el ejército del rey Jaime I de Aragón y participa en la fundación de los primeros conventos mercedarios en las Islas Baleares. Por encargo personal de San Pedro Nolasco se va a Inglaterra para defender a la Orden mercedaria, pero en el trayecto son asaltados por corsarios que le abandonan creyóndolo muerto. Atendido y

curado por unos pescadores logra llegar a Londres, aunque tiene que marchar pronto al enfrentarse con valiente decisión a los que organizan el expolio de los bienes de la Iglesia. Llega a Escocia y luego a Irlanda. El año 1240 está de nuevo en España y organiza dos redenciones de cautivos, una en Murcia, donde obtienen la libertad noventa y ocho cautivos, y otra en Argel, con ochenta y siete cautivos. En esta segunda ocasión debe quedarse como rehén mientras su compañero fray Berenguer acude a Barcelona para buscar dinero. Informado San Pedro Nolasco —que se hallaba en Montpellier— escribe en demanda de ayuda a todos los conventos, pidiendo limosnas para enviarlas a Argel, pero el dinero no llegó a tiempo que permitía la paciencia de los árabes y, defraudados por la demora, el 14 de noviembre de 1240 le clavan en una cruz en forma de aspa y desmembran su cuerpo, alcanzando de este modo la gloria celestial.

En 1718 se abrieron procesos en Barcelona y Gerona, reconociendo el culto inmemorial que recibía este mártir mercedario, intercediendo Felipe V ante Benedicto XIII para que la Santa Sede reconociera la veneración pública de San Serapio, lo cual se consiguió el 14 de abril de 1728.

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

ANTONIO AMBROSIO, OM, *El nuevo machabeo del evangelio y cavallero de Christo S. Serapio martyr, de la Real y Militar Orden de Nuestra Señora de la Merced* (Madrid 1727).
Bibliotheca sanctorum. XI: *Ragenfreda-Stefano* (Roma 1968).

SANTOS NICOLÁS TAVELIC, DEODATO ARIBERT, ESTEBAN DE CÚNEO, PEDRO DE NARBONA

Mártires († 1391)

Pablo VI abrió la homilía:

«He aquí reconocida la gloria de la santidad en Nicolás Tavelic de Sebenica, Croacia, y en sus compañeros Diosdado de "Ruticinio", de la provincia de Aquitania, Pedro de Narbona, de la pro-

vincia de Provenza, y Esteban de Cúneo, de la provincia de Génova; todos de la familia religiosa de los Hermanos Menores de San Francisco».

En la liturgia de la canonización, escenificada en el marco solemne de la basílica vaticana. Una festiva mañana. Justamente cuando el verano estallaba sobre Roma, el domingo 21 de junio de 1970.

Y casi a renglón seguido, aún flotante, con las volutas aromáticas del incienso, el eco de las iniciales palabras en el ambiente denso de emoción y de plegaria, insistía el distinguido celebrante:

«Vienen a nuestros labios las palabras de San Cipriano a los mártires: "Exulto de alegría y de complacencia, oh fortísimos y beatísimos hermanos, al reconocer vuestra fe y vuestra valentía. La madre Iglesia está orgullosa de vosotros"».

Gozoso también el Pontífice:

«Nos sentimos particularmente felices por haber podido proclamar la santidad de estos mártires de la fe, habiendo ratificado así ante toda la Iglesia el culto que desde el tiempo de su trágica y feliz muerte se les había atribuido, a Nicolás Tavelic de modo especial, por parte de sus paisanos de Sebenica y de sus compatriotas, entre los cuales se ha conservado fielmente su recuerdo rodeado de honor y devoción».

Nicolás Tavelic, primer santo croata y pionera inscripción —compartida con Diosdado, Pedro y Esteban— de los custodios de Tierra Santa en la lista eclesial de nombres expuestos a la veneración universal.

Los turcos borraron la historia de Nicolás Tavelic.

Los turcos, cuya invasión de Croacia siguió a la muerte del mártir, presentes durante siglos en el país, que asaltaron conventos, arrasando archivos y bibliotecas, y destrozaron poblaciones enteras.

Y, de resultas, son parcas las referencias documentales que nos interesan. Bien es verdad que modernamente los historiadores han logrado recuperar el lugar y año de nacimiento de nuestro protagonista, su vida religiosa, su actuación evangelizadora en Bosnia y no pocos detalles martiriales y pormenores cultuales.

Total, que corría 1350 cuando Nicolás Tavelic hizo su aparición en el mundo. En el seno de una noble familia numerosa eslava afincada en Sibenik, la conocida población, en la costa adriática de la Dalmacia septentrional, que los italianos apellidan Sebenica.

Quinceañero, busca retiro y separación del mundanal ruido en el claustro franciscano de Brihr, donde cursará Filosofía y Teología; estrenando sacerdocio en 1375.

Con fundadas razones para suponer un complemento a su formación intelectual, estirado durante cuatro años, en las aulas universitarias de París, de Oxford o de Florencia. Pues era norma de la época que los religiosos misioneros, al igual que el personal destinado a la docencia, siguieran estudios superiores.

¡Que misionero fue Nicolás Tavelic! Pues, en 1379, le sorprendemos compartiendo con su hermano Diosdado la evangelización de Bosnia. Una predicación que tendrá mucho de apologética; consumiendo una docena de años en el frenado, con la exposición del credo cristiano, a la propagación doctrinal herética de los cátaros.

Después, en tiempos de la ocupación musulmana, pasará a Palestina. Campo abierto al afán evangelizador del franciscano croata...

En Jerusalén, integrados en la comunidad conventual de San Salvador, Nicolás y compañeros —Diosdado, Pedro y Esteban— encarnarán y predicarán un cristianismo nada fácil ni cómodo. Un cristianismo radical que anteponía la fe a cualquier otro valor, incluso a la vida. Los cuatro en los Santos Lugares verán cumplidas sus ansias martiriales.

A propósito, la puntualización de Pablo VI en la mentada homilía:

> «Narra la historia que Nicolás Tavelic y sus compañeros fueron mártires voluntarios, los cuales más que sufrir el horrendo suplicio que se les infligió, se expusieron a él...».

Más explícito:

> «Los cuatro hermanos, protagonistas de la trágica aventura misionera, se sintieron movidos por una doble intención: la de predi-

car la fe cristiana refutando valientemente —no tal vez con la debida cautela y prudencia— la religión de Mahoma; y la de desafiar y provocar el riesgo del sacrificio de sus vidas».

A tenor de la recia espiritualidad franciscana, que reglamenta:

> «Los hermanos que, por amor a Cristo, van a misiones entre los infieles, pueden comportarse de dos modos distintos. Uno de éstos consiste en no ponerse nunca a discutir con los infieles y en estar humildemente sometidos a todas las criaturas por amor de Dios, demostrando así que son cristianos. El otro modo es éste: cuando los hermanos conozcan que es voluntad de Dios anunciar a los infieles la palabra divina, háganlo, invitándoles a creer en la Santísima Trinidad, a bautizarse y a convertirse en cristianos. Pero es necesario que los hermanos se acuerden siempre de que se han consagrado a sí mismos y han abandonado sus cuerpos a nuestro Señor Jesucristo y por ello deben, por amor suyo, exponerse a los enemigos visibles e invisibles, porque dice el Señor: "quien pierde su vida por mí, la salvará para la eternidad"».

Vuelve el Pontífice, precisando:

> «El segundo modo fue el de su audaz discípulo San Nicolás Tavelic y sus compañeros. Los hermanos franciscanos —observa el relator general de la sección histórica de nuestra sagrada Congregación para las causas de los Santos— que se iban a Palestina en los siglos XIII-XIV, llegaban allí [...] con una preparación psicológica orientada hacia el martirio, es decir, hacia la perfecta imitación de Cristo. El beato Nicolás y sus tres compañeros, cuando tomaron la heroica decisión, estaban animados por el mismo entusiasmo religioso de su fundador».

La aludida parquedad documental biográfica contrasta con la copiosa referencia de primera mano —deudora de gratitud al guardián del convento de Monte Sión, padre Gerardo Calvet— sobre la muerte del coprotomártir custodio. Pocos testimonios cruentos medievales gozan de tanta pormenorización histórica. Detalles que fijan fecha, señalan horas, describen el desarrollo de la acción martirial, recuperan intervenciones orales... Todo recogido en las lecturas del breviario franciscano.

Abiertas con la inquietud apostólica de los religiosos Nicolás, Diosdado, Pedro y Esteban, que estudian, se aconsejan y programan cómo cosechar para Cristo en el campo musulmán. Cómo poner manos a la obra.

Total que, a las nueve de la mañana de una jornada otoñal, el 11 de noviembre de 1391, enarbolando pancartas con inscripciones italianas y árabes —una predicación muda— inician una minimanifestación que estirarán hasta las puertas del templo de Salomón, cuyo acceso les fue vetado. Entonces los manifestantes mudan de destino. Irán al encuentro del cadí.

Y a él se presentan, leyendo y explicando los textos «pancarteros». Comentarios que no fueron del agrado del musulmán. Quien verbalmente reaccionó:

> «Las palabras que acabáis de pronunciar ¿las habéis dicho como sabios, y en pleno uso de razón, o en calidad de necios y locos? ¿Habéis sido enviados por el Papa o por algún monarca cristiano?».

Decididamente ellos correspondieron:

> «No hemos sido enviados por ningún hombre, sino por Dios que se ha dignado inspirarnos que os enseñáramos la verdad y el camino de la salvación. Cristo ha dicho: "Quienes crean y se hagan bautizar se salvarán y quienes no crean serán condenados"».

Invitación del cadí:

> «¿Queréis retirar vuestras palabras y, abrazando la fe sarracena, evitar la muerte? Pues, de no ser así, moriréis».

Ellos, acentuando la decisión:

> «En absoluto queremos retractarnos de cuanto hemos afirmado; más bien estamos dispuestos a defender la fe católica, prefiriendo cualquier tormento e incluso la muerte, pues la doctrina que os hemos explicado es santa, católica y verdadera».

Es el momento en que el cadí dictó la pena capital. Sentencia que fue avalada por el público, coreando a rabiar: «Sí, sí. ¡Que mueran!, ¡que mueran!».

Y se desató la barbarie...

Maltratados salvajemente los hijos de San Francisco hasta que las sacudidas, los golpes, las heridas les derrumbaron, inconscientes. Cuando esto ocurría eran las tres de la tarde.

Y en el suelo quedaron, desamparados y en estado lastimoso, hasta muy entrada la noche. Horas y horas a merced del escarnio y de la ira populares. Recogidos entonces para ser de

inmediato desnudados y atados a sendos postes. Listos para la inmediata ración de azotes. Sesión cruel, alargada hasta dejar los castigados cuerpos hechos una ensangrentada piltrafa humana que no se tenía en pie. Pero no fue todo...

El calvario sólo había iniciado andadura. Faltaba más. Faltaba que los torturados, amarrados con cadenas, sufrieran las tinieblas, el frío y la soledad doliente de la mazmorra. Donde fue la segunda parte martirial, que no conoció tregua ni descanso.

Y aún pendiente la escenificación de la plaza pública, que sería tres días más tarde. En presencia del emir, del cadí y de la soldadesca empuñando amenazantes sables y espadas. Y las temibles enormes llamaradas de la hoguera centrando la asamblea. Con la conocida invitación a la apostasía. Y, en correspondencia, idéntica decisión, idéntica bravura, idéntica confesión de fidelidad cristiana en labios de Nicolás y compañeros mártires:

> «Lo que nosotros deseamos y os predicamos es que os convirtáis a la fe de Cristo, recibiendo el bautismo. Sabed que, por causa de Cristo y de su fe, no tememos ni al fuego ni a la muerte».

Tanto heroísmo despertó las iras musulmanas...

Ya fue el linchamiento. Monstruoso. Auténtico salvajismo que descuartizó a las víctimas, privándolas de toda apariencia humana, entregadas a la inmensa pira, por cierto sumamente respetuosa con el pábulo recibido. Pues el fuego se resistía a prender en las destrozadas carnes... Hubo que estar toda la tarde alimentando las llamas para lograr la incineración de los cuerpos. Y aún parcial... Los huesos de los mártires fueron escondidos y las cenizas desparramadas. El 14 de noviembre de 1391.

Pero inútil el empeño. Que igualmente se dio el estallido de la veneración cristiana... Y siguió la expansión del culto, confirmado por León XIII en fecha 6 de junio de 1889. Y eclesiásticamente universalizado por Pablo VI en la conocida celebración del 21 de junio de 1970. Una veneración singularísima en Croacia, donde titula o tiene altar en centenares de iglesias y capillas.

Oportuna la reflexión del papa Pablo VI:

> «La historia se convierte en maestra. Pone en confrontación estas lejanas figuras de hermanos idealistas, imprudentes, pero exaltados por un amor positivo y arrebatado hacia Cristo y persuadidos de la necesidad misionera propia de la fe —es decir, mártires—, con nuestra mentalidad moderna, que esconde bajo un manto de escepticismo progresista una cómoda y transigente vileza, y que, privada de principios superiores e interiores, encuentra lógico el conformismo con las ideas corrientes, con la psicología resultante de una alienación colectiva en la búsqueda y al servicio de sólo los bienes temporales [...] No son figuras anacrónicas y para nosotros irreales; antes bien, ellos nos dicen demasiado y casi nos reprochan nuestra incertidumbre, nuestra fácil volubilidad, nuestro relativismo que a veces prefiere la moda a la fe».

Actualizada, pues, en labios pontificios la figura medieval de Nicolás Tavelic, protomártir croata. Ejemplo aún válido.

JACINTO PERAIRE FERRER

Bibliografía

AAS 62 (1980).
CRNICA, A., OFM, *Historico-iuridica dilucidatio vitae et gloriae B. Nicolai Tavelic incliti martyris ordinis minorum splendoris et protectoris gentis croatorum canonizationi eius aequipollenti dicata recurrente triplici anniversario a diffusione cultus eius et gloriae* (Roma 1958).
FERRINI, J., *Un santo al giorno sul nostro cammino* (Rávena 1979).
MANDIC, D., *Documenta martyrii beati Nicolai Tavelic et sociorum eius* (Roma 1958).
www.studiacroatica.com

SAN ESTEBAN TEODORO CUENOT

Obispo y mártir († 1861)

¿Hasta qué punto puede resistirse la sed? El obispo misionero Esteban Teodoro Cuenot resistió cuanto pudo. Se había refugiado en casa de un amigo pagano, por parecer que la casa de un pagano era más segura que la casa de cualquier cristiano. Pero el mandarín logró saber, quizás por una denuncia, quizás de otro modo, que el santo obispo estaba refugiado allí, y el 27 de octubre de 1861 mandó rodear la casa, impidiendo que ésta pudiera ser evacuada. El amigo pagano del obispo había fabricado un excelente escondite, consistente en un espacio libre y estrecho en una doble pared. La policía entró en la casa y en-

contró a un diácono, a un joven escolar y a un notable cristiano que estaban allí acompañando al prelado, pero éste, retirado en su escondite, no fue hallado. Pero hallaron algunos libros y otros objetos de uso del obispo, lo que le dio a la policía la seguridad de que el obispo estaba en la casa. Por mucho que buscaron, los policías no hallaron el escondite. Cavaron en el suelo en busca de un escondite subterráneo y por todo el rededor de la casa, pero fue en vano. Llegó así el día 29, y el obispo, acuciado por la sed tras tres días de escondite, salió del mismo y se entregó a los que le buscaban.

Inmediatamente fue atado de pies y de manos e introducido —ésa parece ser la orden que llevaban— en una jaula de horrible incomodidad y fue llevado a la capital del distrito, Binh Dinh. Aquí comparece ante el gran mandarín, que de momento lo deja en la jaula, donde pasa algunos días. Luego lo dejó salir y circular libremente por el interior de la fortaleza donde se hallaba preso. Mientras tanto había escrito el mandarín a la corte real proponiendo que el preso fuera llevado a la corte y allí fuera juzgado a tenor de las leyes. No había llegado la respuesta cuando el santo obispo fue atacado de violenta disentería, de resultas de la cual murió en la madrugada del 14 de noviembre.

Amanecía el 15 de noviembre en la fortaleza de Binh Dinh. Esteban Teodoro Cuenot, el obispo misionero, era ya cadáver. Y llegó una carta de la corte real. La abrió el mandarín y se quedó muy sorprendido: nada de juicio al misionero preso. Debería serle infligido el suplicio de las cien llagas y luego debía ser inmediatamente decapitado. El mandarín que abrió la carta llamó a los otros dos mandarines y consultó con ellos el caso, resultando que dos de ellos querían decapitar el cadáver para que así se cumpliera materialmente la orden del rey, pero el tercero se negó diciendo que la orden era contra un hombre vivo, no contra un cadáver. Por su parte los carceleros decían: «Este sacerdote europeo era tan perfecto que no ha permitido el cielo se le aplicase el suplicio decretado». Y así consumó su espléndida carrera misional este santo prelado.

Había nacido en Le Bélieu, en el departamento francés de Doubts, en la frontera suiza, el 2 de febrero de 1802. Educado

cristianamente e inclinado al sacerdocio, hizo los primeros estudios sacerdotales en el seminario diocesano de Besançon, pasando luego al llamado «Retiro cristiano» que fundara el P. Antonio Silvestre Receveur († 1804). En este colegio recibió el 24 de septiembre de 1825 la ordenación sacerdotal. Ya sacerdote, maduró un proyecto que se apoderaba cada vez más de su corazón: las misiones entre infieles. Se sentía llamado a dilatar las fronteras del evangelio y a ir a los países no cristianos para anunciar allí, sin importar trabajos ni dificultades, el mensaje redentor de Jesucristo. Y por ello el año 1828 pidió y obtuvo ingreso en el Seminario de Misiones Extranjeras de París.

En enero de 1829 dejaba París y marchaba a Saigón, donde residía el entonces vicario apostólico de Cochinchina, monseñor Taberd, a cuyas órdenes se puso. Encontró allí también al futuro mártir San José Marchand († 1875), y ambos guiaron los primeros pasos del novel misionero, cuya primera tarea fue naturalmente la de aprender la lengua del país. Se apreciaban en Esteban cualidades más sólidas que brillantes, como una energía siempre serena, una resolución inquebrantable, una perseverancia invariable, un tacto y habilidad admirables en el manejo de las almas y para atraerse los corazones. Se le destina al seminario de Lai-Thiem para que, al tiempo que perfeccionaba la lengua, pudiera enseñar a los seminaristas. Aquí perseveró hasta el año 1833 en que se promulgan los decretos persecutorios contra el cristianismo del rey Minh-Mang. Su vicario apostólico le manda seguirle para refugiarse con los jóvenes seminaristas en el vecino reino de Siam, con la intención de llegar al seminario de Pinang para acabar allí en paz su educación clerical. El rey de este país había decretado se diera acogida a los misioneros que llegaran huyendo de Cochinchina. Pero una vez en Siam, se dieron cuenta de que la protección real se extendía sólo a los misioneros y no a los seminaristas, por lo que se decide la huida clandestina. Fue una huida heroica, y por fin pudieron conseguir él y los quince seminaristas que lo acompañaban una barca y se lanzaron al mar sin brújula logrando llegar a Singapur. Aquí mons. Taberd valoró con toda prudencia la situación real del cristianismo en Cochinchina, y se dio cuenta de

que él era ya tan conocido que había que descartar una posible vuelta suya al país. Pensó entonces, y así lo expuso a la Santa Sede, que lo mejor sería designar un obispo coadjutor que, no siendo muy conocido, pudiera entrar y trabajar de incógnito para que las ovejas de Cristo no estuvieran sin pastor. Y proponía el nombre de Esteban Teodoro. Éste, joven de treinta y un años, quedó sumamente sorprendido cuando llegaron las bulas romanas que lo nombraban obispo titular de Metellópolis y coadjutor con derecho a sucesión del vicariato apostólico de Cochinchina. Se consideraba indigno del honor del episcopado, pero vio con claridad que no le llegaba como un honor sino como una invitación a una entrega total al sacrificio de su persona y quién sabía si también hasta el martirio. Y por ello en la primavera de 1835 fue consagrado obispo en Singapur. Se propuso ser fiel al Señor y estudiar y llevar a cabo lo mejor posible los planes más eficaces para la consolidación y expansión de la Iglesia entre los naturales del vicariato. Y se dispuso a volver de forma clandestina al país.

Hallaron el modo de llegar hasta el país gracias a los servicios de un buque francés de Batavia, cuyo capitán, Sr. Borel, tenía licencia de los mandarines para comerciar con la Cochinchina. El capitán aceptó al obispo en su tripulación y lo presentó como el médico de la misma. Con él fueron otros dos sacerdotes, éstos nativos, los cuales desembarcaron en el distrito de Phu-Yen. En la rada de Tourana un intrépido catequista con una barca esperaba al nuevo obispo y lo recibió en ella de noche, dirigiéndose el prelado a Go-Thi donde había una sólida cristiandad, tenían convento las monjas nativas llamadas Amantes de la Cruz y donde el obispo puso el centro de su actividad.

Fue admirable el modo con que Esteban Teodoro trabajó durante los casi 30 años de su ministerio episcopal, hasta su martirio. Cayó muy pronto en la cuenta de que aquella Iglesia local tenía necesidad de sabias medidas para que se reanimase el espíritu de los fieles, de los catequistas y de los pocos sacerdotes nativos que quedaban, ancianos casi todos ellos, y que estaban a punto de pensar que, desde la marcha del vicario apostólico, la cristiandad annamita estaba llamada a la desaparición. Por

otro lado vio muy claro que si bien su mano tenía necesidad de tocarlo todo, en realidad no debía ser visible en ninguna parte, debiendo precaverse de la indiscreción de los fieles y del espionaje de los paganos, y estando por ello llamado a vivir en un impenetrable secreto, confinado por prudencia en el más recatado recinto de la casa de un catequista. Pero él empezó desde el fondo de su desconocido retiro a prodigar los consejos de la caridad y los estímulos de la fe, no haciendo caso de las tristes noticias que le llegaban. Apeló a las cartas circulares, que se prodigaban por todo el territorio de su vicariato. Los catequistas las leían a los cristianos en las reuniones nocturnas; los sacerdotes las comentaban; todos empezaron a tener la seguridad de que no sólo no estaban abandonados sino que eran objeto de la solicitud de un pastor muy bien informado de las necesidades de cada comunidad.

Cuando vio que sacerdotes y cristianos cobraban nuevos ánimos, decidió que era la hora de reanimar el espíritu misionero de los cristianos y comenzó a animar a todos a poner todo el celo posible en la propagación de la fe. Sirviéndose de mensajeros extendió por todo el territorio un afán de santo pugilato en la obtención de nuevas conversiones. Publicaba el estado comparativo de las conversiones anuales de cada parroquia, señalando con elogio las que habían merecido una mención honorífica. Pese a la persecución, el número de convertidos comenzó a aumentar de año en año y todos los nuevos cristianos consideraron ya lo más normal el tener el mismo espíritu misionero con el que ellos habían sido ganados para Cristo.

Con meridiana claridad vio que la Iglesia local no podía terminar estando sino en manos de un clero autóctono, y que por ello una de sus grandes tareas tenía que ser la formación de nuevos sacerdotes. Dispuso que cada sacerdote tuviera en torno a sí un grupo de jóvenes que debía ser formado en orden al sacerdocio. De estos jóvenes los mejores eran llevados al seminario de Pinang, pero los demás eran formados por cada uno de los sacerdotes que, debiendo estar retirados a causa de la persecución, convertían su retiro en plantel de nuevos sacerdotes. En el seminario estaban unos siete u ocho años, y al recibir la ordenación sacerdotal, el obispo se encargaba muy personal-

mente de dirigir sus primeros pasos. Todos los años dirigía un programa de cuestiones religiosas, de las que cada uno debía enviar la resolución por escrito, y el obispo personalmente valoraba cada respuesta, la corregía y cuando llegaba la tanda anual de ejercicios espirituales les pedía que se la trajeran debidamente modificada.

En 1840 murió el rey perseguidor, y ese mismo año murió el vicario apostólico, monseñor Taberd. Le sucedió en el cargo Esteban Teodoro, y pensó que su primer deber era convocar un sínodo diocesano en el que se hiciese ley lo que había sugerido y avalado la experiencia y se diesen normas seguras de conducta religiosa, moral y pastoral. Aprovechando un cierto respiro en la persecución logró reunir muchos sacerdotes en Go-Thi y celebró con ellos el sínodo que concluyó en mayo de 1841. Se les dio una dirección más uniforme y un impulso más marcado a todas las cosas del vicariato.

Habiendo habido tantos martirios, le pareció al obispo que era deber suyo recoger las noticias oportunas sobre ellos y formar las actas martiriales correspondientes. Procedió con enorme severidad, exigiendo que todas las noticias estuviesen convenientemente avaladas y contrastadas, rechazando todas las que no tenían tales condiciones. Enviadas a Roma, las admiró el papa Gregorio XVI que habló del carácter venerable de estos mártires.

Supo que a la Santa Sede le parecía oportuno dividir los vicariatos misioneros excesivamente extensos y que el suyo era uno de los considerados así. En efecto, los tres reinos de Tonkín, Camboya y Laos se comprendían en su jurisdicción. Esteban Teodoro propuso que se fueran constituyendo nuevos vicariatos. Y así primero se dividió en dos su vicariato: la Alta y la Baja Cochinchina, nombrándose a mons. Lefebvre como vicario de esta última. Esto fue en 1845. Luego, en 1850, se formó el Vicariato de Camboya y Laos, al frente del cual se puso a monseñor Miche, y en 1851 se hizo un nuevo Vicariato de la Cochinchina Oriental y se colocó al frente del mismo a mons. Pellerin. A cada uno de estos tres vicariatos el obispo Cuenot pudo asignarle una veintena de sacerdotes indígenas, mientras que cuando él entró, para todo el territorio no quedaban más

que doce y de edad avanzada. Y el número de fieles había crecido en gran proporción, no obstante una persecución de quince años seguidos.

Obra suya fue también el intento de extensión del evangelio a doce tribus salvajes de las fronteras occidentales de la Cochinchina. Así lo contaba el P. Herrengt, pro-vicario apostólico, tras la muerte del santo obispo:

> «Un postrer éxito que coronó dignamente este fructífero episcopado fue el establecimiento de una misión entre los salvajes que viven, en número de doce tribus, fuera de las fronteras occidentales de la Cochinchina. Aun antes de ser consagrado, el Ilmo. Sr. Cuenot había concebido el proyecto de establecer la fe aquí; pero continuas dificultades retrasaron su ejecución. Quizás nunca su perseverancia se mostró mejor que en esta arriesgada empresa. Los obstáculos eran numerosos: era preciso sustraerse de la vigilancia de las aduanas annamitas, de las envidias de los pocos mercaderes que trafican con los salvajes, y de los recelos de los salvajes mismos que miran en todo extranjero un enemigo de su independencia. Se hizo la primera tentativa en 1842 por MM. Miche y Duelos, la que abortó, y los dos misioneros fueron puestos en la cárcel. Un joven diácono fue más dichoso: disfrazado de mercader reconoció el terreno, se hizo amigos, y volvió para ofrecerse por guía a los apóstoles que Su Ilustrísima se sirviese designar. MM. Combe y Dourisboure le siguieron en el mes de mayo de 1850 y se introdujeron con él en el interior de las tribus. Júzguese de las dificultades que debieron encontrar por este solo detalle: les fue preciso seis meses para ir de un lugar a otro, separados entre sí por unas cuatro jornadas de camino; tan suspicaces son estos salvajes, tantas visitas que hacer, coloquios y regalos, hasta poder ser admitidos a gozar de su hospitalidad. No obstante no podían quejarse de sus fatigas, pues cuando Mr. Combe murió en 1857, ya había convertido la mitad de la aldea que habitaba. Mr. Dourisboure bautizó también a casi todo el lugar en que residía, y dos sacerdotes annamitas, de los que uno es el diácono mencionado arriba, tienen numerosos neófitos en los puestos que ocupan. Se esperaba la noticia de otros muchos progresos cuando los últimos furores del rey Tu-Duc han venido a interceptar toda comunicación».

Esta carta estaba fechada el 31 de enero de 1862.

Tuvo también un acertado pensamiento el santo obispo y fue el de buscar la autofinanciación de las misiones, no queriendo depender, al menos de forma exclusiva, de las limosnas europeas. Sabiendo las agitaciones padecidas por Europa en 1848 y que trajeron consigo tantos cambios políticos, temió

que faltasen las limosnas que sostenían las misiones e ideó un medio de poder sostenerse éstas por sí mismas. Compró vastos terrenos incultos, y sobre cada uno de ellos aglomeró cierto número de familias cristianas para desmontarlos. Resultó de ello la formación de nuevas parroquias, un cierto bienestar para los piadosos trabajadores, al mismo tiempo que la perspectiva de una renta suficiente para hacer frente a las necesidades de la misión.

Pero llegó la persecución de Tu Duc. Esteban Teodoro siguió viviendo en Go-Thi, su lugar habitual de residencia ya mencionado, situado al sur de la provincia de Binh-Dinh en el centro del país. Había allí numerosos cristianos, muchos de ellos de buena posición social. Había habido en la zona una cierta tolerancia en los primeros tres años de la persecución, y por ello se había convertido en refugio de misioneros y de cristianos perseguidos.

A fines de julio de 1861, sin embargo, salieron los edictos que confiscaban las casas y campos pertenecientes a los cristianos y que debían ser dados a familias paganas. Se ordenaba diseminar a los cristianos por pueblos paganos, para que dejaran de apoyarse unos a otros, y se ordenaba igualmente que a cada cristiano se le grabara en la cara las palabras Tao-dao, es decir falsa religión. Muy pronto de los veinte sacerdotes de la misión de Go-Thi trece habían caído en manos de los perseguidores, dos desaparecieron sin saberse de ellos, seis anduvieron errantes por las montañas y uno solo pudo llegar a Saigón. La mitad de los clérigos del seminario, todos los alumnos del colegio menor, las doscientas cincuenta religiosas y los trece mil cristianos de la provincia de Binh-Dinh cayeron en poder de los perseguidores que les grabaron el rostro, les quitaron sus posesiones y cumplieron con ellos lo previsto en los decretos señalados. El obispo Cuenot en cuanto conoció los nuevos decretos dio orden a sus misioneros de que se pusieran a salvo junto con dos sacerdotes septuagenarios y varios alumnos del colegio menor. A pesar de enormes dificultades todos ellos pudieron embarcarse en la noche del 21 de agosto y después de treinta y un días de navegación llegaron a Saigón, en poder de los franceses. Los que embarcaron esperaron también al obispo y para ello man-

daron un junco a recogerlo junto a su residencia, pero el obispo envió una carta diciendo que decidía no ir y prefería quedarse a ver si era posible eludir el nuevo edicto como se habían eludido los anteriores, y que en todo caso se refugiaría en la citada misión entre los salvajes. En cuanto salieron estos primeros fugitivos se puso en ejecución el decreto citado, aunque se les dio a los cristianos cinco días para que preparasen su salida y los desterraron por familias, dándoles licencia para construirse cabañas y trabajar en el lugar en que iban relegados. Cuando vio la ejecución de todas estas medidas fue cuando se refugió el obispo en la casa de un pagano, y allí tendría lugar su arresto. Este arresto fue al punto una señal de avivarse la persecución. A los cristianos presos no los dejaron ya reunidos en familia; todos, hasta los niños, tuvieron la canga al cuello, los cepos a los pies y fueron encerrados en estrechos cercados formados por gruesas estacas. De momento el arresto había ido con los cristianos ya censados como tales, y por ello no se comprendió a los neófitos, pero luego se buscó a éstos y se les prendió, y ocurrió que igualmente prendieron a los que para escapar de la persecución habían apostatado. Todas las casas de los cristianos fueron arrasadas, sus plantíos de cocoteros, moreras, etc., fueron cortados e igualmente los setos de bambúes. En todos los caminos se detenía a los caminantes para ver si eran cristianos fugitivos, y a fin de quitar a los paganos la posibilidad de amparar a sus parientes cristianos se hizo un empadronamiento minucioso y se hacían continuas visitas domiciliarias. Los sacerdotes indígenas, los seminaristas, las religiosas, se vieron obligados a esconderse entre los matorrales y vivir errantes en barquitas sobre el río. Los martirios se produjeron en gran cantidad. La Iglesia local se volvió a vestir con la púrpura de la sangre martirial.

Los mandarines no dejaron que el obispo Cuenot tuviera un entierro cristiano. Lo envolvieron en una estera y lo enterraron en lugar desconocido de la propia fortaleza. Además de sus cartas e instrucciones pastorales dejaba una obra muy útil: «La verdad del cristianismo demostrada a los paganos», en cuatro tomos, que él había traducido e impreso y de la que se dijo que respiraba tan perfectamente el genio de la lengua annamita que no se la creería producida por pluma extranjera.

La fama del martirio siguió acompañando la memoria del insigne misionero. En 1907 se le erigió una estatua en Le Bélieu, y proseguida su causa de beatificación que englobaba mártires de Cochinchina, Tonkín y China, se produjo la solemne beatificación en la basílica de San Pedro de Roma el 2 de mayo de 1909. Posteriormente se reunieron todos los mártires vietnamitas en una causa de canonización, la cual tuvo lugar el 19 de junio de 1988.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 1 (1909) 173-174; 452-458; 83 (1991) 377-381.
CHEVROTON, M., *Vie de Mgr. Cuenot* (París 1870).
La Revista Católica (Barcelona) 49 (1862) 433-437; 499-507.
REPETTO BETES, J. L., *Santoral del clero secular* (Madrid 2000) 183-186.
SALOTTI, C., *I nuovi martiri annamiti e cinesi, Mons. Cuenot e Compagni (1815-1862), solennemente beatificati dalla Santità di Papa Pio X il 2 maggio 1909* (Roma 1909).
TISSOT, C., *Vie du bienheureux Étienne Théodore Cuenot* (París 1950).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN SIARDO DE MARIËNGARDE

Abad († 1230)

Este santo frisón nació en la actual diócesis de Breda en Holanda. Se educa en la escuela de la abadía de Mariëngarde (Santa María del Huerto) y allí se despierta su vocación religiosa, ingresando en la misma y profesando en la Orden Premonstratense. Vive como religioso ejemplar y en 1194 es elegido abad de su monasterio. Sencillo, humilde y caritativo, se distinguió por el cumplimiento exacto y ejemplar de la Regla así como por su insigne generosidad con los pobres que acudían a la abadía. Se vio rodeado muy pronto de fama de santidad. Los fieles decían que tenía el don de profecía y alababan su tierna devoción hacia la Virgen María así como la emoción religiosa con que participaba en los divinos misterios. Fue sepultado en la misma abadía y tenido como santo. Sus reliquias fueron salvadas cuando con motivo de la Reforma se cerró su abadía y hoy se hallan en varias iglesias. Benedicto XIII concedió a

la Orden Premonstratense (22 de enero de 1728) celebrar su memoria.

BEATO JUAN LICCIO

Presbítero († 1511)

Nace en Caccamo, junto a Palermo, hacia 1430. Sus padres eran unos modestos labradores. A los seis meses muere su madre y se encarga de él una tía suya. A los 15 años, sintiendo la vocación religiosa, le pide el hábito dominico al Beato Pedro Geremia que lo admite en el convento de Santa Zita de Palermo. Hace la profesión religiosa y los estudios oportunos y se ordena sacerdote. Durante una temporada, su ministerio será la enseñanza, pero luego pasa al apostolado directo de la predicación evangélica, sembrando con la palabra de Dios las tierras de Sicilia, Lombardía, el Véneto, la Romaña, el Lazio, y Nápoles, a cuyo convento de Santo Domingo fue asignado el año 1479 con la expresa dedicación a la predicación popular. En 1481 es requerida su vuelta a Sicilia y así lo ordena el general de la Orden. Aquí le esperaba una intensa labor apostólica, esmerándose en la visita a los presos y la atención a los enfermos. En 1487 comienza la fundación de un convento dominico en su propio pueblo natal, que llamaría Santa María de los Ángeles, y del que sería prior una larga temporada. En 1488 fue nombrado vicario general de los dominicos observantes de Sicilia, y al unificarse las dos provincias —conventuales y reformados— igualmente el cargo de vicario recayó sobre él en 1497.

Se le encomendó la visita y reforma de numerosos conventos. Destinado por fin a Caccamo, aquí entregó su alma al Señor el 14 de noviembre de 1511, dejando una larga estela de santidad por su celo apostólico y claras virtudes como religioso y como sacerdote. Benedicto XIV confirmó su culto inmemorial el 25 de abril de 1753.

15 de noviembre

A) MARTIROLOGIO

1. En Colonia, San Alberto Magno († 1280), obispo de Ratisbona y doctor de la Iglesia, religioso dominico **.
2. En Hipona (Numidia), santos Fidenciano, obispo, Valeriana, Victoria y otros diecisiete mártires († s. III/IV).
3. En Edesa (Osroene), santos Guria, asceta, y Samona († 306), mártires.
4. En Nola (Campania), San Félix († s. IV/V), presbítero *.
5. En Bretaña Menor, San Maclovio o Macuto o Malo († 640), obispo de Aleth y evangelizador de la región.
6. En Cahors (Aquitania), San Desiderio o Didier († 655), obispo.
7. En Irchenberg (Baviera), santos Marino, obispo, y Aniano († s. VII/VIII), mártires.
8. En Ruán (Neustria), San Sidonio († d. 684), abad *.
9. En Rheinau (Suiza), San Fintano († 879), monje y recluso.
10. En Klosterneuburg (Austria), San Leopoldo († 1136), margrave *.
11. En Reading (Inglaterra), beatos Hugo Faringdon o Cook, abad benedictino, Juan Eynon y Juan Rugg, presbíteros († 1539), mártires bajo Enrique VIII **.
12. En Glaston (Inglaterra), beatos Ricardo Whiting, abad, Rogerio James y Juan Thorne († 1539), presbíteros, de la Orden de San Benito, mártires bajo Enrique VIII **.
13. En Ferrara (Emilia), Beata Lucía Broccadelli († 1544), religiosa de la Tercera Orden de Santo Domingo *.
14. En Nagasaki (Japón), Beato Cayo Coreano († 1627), catequista y mártir *.
15. En Caaró (Paraguay), santos Roque González y Alonso Rodríguez († 1628), presbíteros, de la Compañía de Jesús, mártires **.
16. En Roma, San José Pignatelli († 1811), presbítero, de la Compañía de Jesús **.
17. En Mengo (Uganda), San José Mkasa Balikuddembé († 1885), mártir *.
18. En San Remo, Beata María de la Pasión (Elena) de Chappotin de Neuville († 1904), fundadora del Instituto de Franciscanas Misioneras de María **.
19. En Wadowice (Polonia), San Rafael de San José Kalinowski († 1907), presbítero, religioso carmelita descalzo **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN ALBERTO MAGNO

Obispo y doctor de la Iglesia († 1280)

La historia le llama *Magno* y *Mago*. Con ello justiprecia sus méritos y hace a la vez un juego malabar. Es preciso distinguir el ocultismo y el conocimiento de lo oculto. Alberto fue muy grande en muchas cosas, entre ellas en el espíritu de observación. Por él llegó a saber mucho que en su tiempo se desconocía. Conoció las propiedades de los cuerpos y las fuerzas de la naturaleza, fue físico, químico, geógrafo, astrónomo, naturalista. Y teólogo, naturalmente. No supo nada de esto por malas artes. Lo aprendió noblemente. Leyó libros de magia, pero no para aprender sus artes, sino, como él mismo dice, «para no ser tentado por sus procedimientos, que juzgo inválidos e inadmisibles». Los sensatos y los sabios le llaman *Magno*. Los insensatos y los ignorantes siguen llamándole todavía *Mago*. Con este nombre le dedicaron una plaza en París, en el lugar mismo que llenaban sus alumnos cuando no cabían para oírle en las aulas de la Universidad.

Nació el año 1206 en Lauingen, ciudad de la Suevia bávara, asentada a las orillas del Danubio. Su familia era militar; tenía una historia gastada al servicio del emperador y un castillo a dos millas de la ciudad. En él pasó Alberto los primeros años de la infancia. Luego, en la escuela de la catedral, empezó a aprender las letras y afianzó su corazón en la piedad.

Pero la vida del joven necesitaba más horizonte. No le llamaba la milicia. Le atraía la observación de la naturaleza, y por eso se dirigió a Padua, en cuya Universidad a la sazón se aprendían especialmente las artes liberales del *Trivium* y del *Quadrivium*. Sin embargo, la ciencia sola no le convenció nunca. Tampoco quería ser sólo santo. Le atraían las dos cosas. Por eso frecuentaba la iglesia de unos frailes de reciente fundación. Se decía que habían roto los moldes del monaquismo tradicional y que acompasaban la institución monástica con las necesidades culturales y apostólicas de la época. El fundador era un español, Domingo de Guzmán, quien quiso que sus religiosos fueran predicadores y doctores. Acababa de morir, dejando la institu-

ción en manos de un compatriota de Alberto, Jordán de Sajonia. Dios había dado a Jordán un tacto especial para tratar y convencer a gentes de universidad. Más de mil vistieron el hábito durante su gobierno, salidos de los claustros universitarios de Nápoles, de Bolonia, de Padua, de París, de Oxford y de Colonia. Y no era infrecuente el caso en que, al frente de los estudiantes y capitaneando el grupo, lo vistiera también algún renombrado profesor.

Alberto cayó en sus redes. Un sueño en el que la Virgen le invitaba a hacerse religioso y el hecho de que Jordán le adivinara las indecisiones que le atormentaban, le indujeron a dar el paso. Con ello no abandonó los estudios de la Universidad. Domingo quería sabios a sus frailes; sólo que a la sabiduría clásica debían añadir el conocimiento profundo de las verdades reveladas. El joven novicio dedicó cinco años a la formación que le daban los nuevos maestros, y el *Chronicon de Helsford* resume su vida de estos años diciendo que era «humilde, puro, afable, estudioso y muy entregado a Dios». La *Leyenda* de Rodolfo lo describe como «un alumno piadoso, que en breve tiempo llegó a superar de tal modo a sus compañeros y alcanzó con tal facilidad la meta de todos los conocimientos, que sus condiscípulos y sus maestros le llamaban *el filósofo*».

Terminados los estudios empiezan la docencia y la carrera de escritor, menesteres en que consumiría su vida, salvo dos paréntesis administrativos, uno al frente de la provincia dominicana de Germania, y otro, ya obispo, al frente de la diócesis de Ratisbona. Su vida docente empezó en Colonia. Después pasó a regentar cátedra en Hildesheim, en Friburgo, en Estrasburgo, de nuevo en Colonia y en París. Simultaneó la labor de cátedra con la de escritor y comentó los libros de Aristóteles, los del Maestro de las Sentencias y la Sagrada Escritura. Pedro de Prusia escribió este elogio de la obra de Alberto: *Cunctis luxisti, / scriptis praeclarus fuisti, / mundo luxisti, / quia totum scibile scisti:* «Ilustraste a todos; fuiste preclaro por tus escritos; iluminaste al mundo al escribir de todo cuanto se podía saber».

Para desarrollar su labor docente y escrita le había dotado Dios de un fino espíritu de observación. Estudió las propiedades de los minerales y de las hierbas, montando en su convento

lo que hoy llamaríamos un laboratorio de química. Estudió también las costumbres de los animales y las leyes de la naturaleza y del universo. Movilizó un equipo de ayudantes, hizo con ellos excursiones audaces y peligrosas a lugares difíciles, viajó mucho, gastando lo que pudo y más de lo que pudo, todo con el fin de robar sus secretos a la obra de la creación.

A la observación añadió la habilidad, y al laboratorio conventual de química sumó lo que llamaríamos gabinete de física y taller mecánico. Dice la leyenda que construyó una cabeza parlante, destruida a golpes por su discípulo Tomás de Aquino al creerla obra del demonio. La anécdota, que no es histórica, ilustra el espíritu positivo y práctico del santo, que sí lo es. Por todo ello, entre los elementos formadores del carácter alemán, sentimental, artista, práctico y exacto, cuenta Ozanam los *Nibelungos,* el *Parsifal,* la obra poética de Gualter de Vogelweide y las obras de San Alberto Magno.

Su labor no terminó con el estudio de las criaturas. Además de naturalista era teólogo y santo. Precisamente para serlo se decidió en Padua a simultanear la Escritura con el *Trivium* y el *Quadrivium* y a frecuentar a la vez la Universidad y el convento de dominicos. No es extraño, pues, que, cuando se puso a escribir sus veinte volúmenes en folio, lo hiciera señalándose a sí mismo una meta clara: *Et intentionem nostram in scientiis divinis finiemus:* «Terminaremos todos hablando de las cosas de Dios». Y así, a la *Summa de creaturis* siguieron los *Comentarios a las Sentencias,* los *Comentarios a la Biblia* y una serie de opúsculos de muy subida espiritualidad. Nada tenía interés para él si no terminaba en Dios. De estudiante lo vimos ya piadoso y sobrenaturalizador de su vida estudiantil. Tomás de Cantimprano describe así su vida de maestro: «Lo vi con mis ojos durante mucho tiempo, y observé cómo diariamente, terminada la cátedra, decía el Salterio de David y se entregaba con mucha dedicación a contemplar lo divino y a meditar».

Se dijo más arriba que su paso por la vida no fue sólo el de un maestro y un escritor, fue también el de un gobernante. Metido en la barahúnda de la administración, se distinguió como árbitro, como pacificador, como reformador. Acaeció su muerte el 15 de noviembre de 1280, cuando tenía setenta y cuatro

años. La precedieron unos meses de obnubilación, como si esto fuera privilegio de los genios. También la sufrieron Tomás de Aquino, Newton y Galileo. En realidad la ciencia de aquí era nada para el conocimiento que con la muerte le iba a sobrevenir en la contemplación de Dios.

Quedan aquí señalados algunos de sus muchos merecimientos. Recordaremos otro singular. Alberto descubrió a Tomás de Aquino entre sus muchos alumnos de Colonia. Lo formó con mimo y con amor, porque adivinó las inmensas posibilidades de este napolitano. Luego influyó para que, joven aún, ocupara en París la cátedra más alta de la cristiandad. El Doctor Angélico murió antes que él. Algunos doctores parisinos quisieron proscribir sus doctrinas, y era preciso defenderlas. El santo, ya viejo, cubre a pie las largas etapas que separan Colonia de París para defender a su discípulo. Su intervención fue eficaz y decisiva. La Iglesia y el mundo, que le deben mucho por lo que fue y por lo que hizo, le son deudores también en gran parte de lo que fue y de lo que hizo Santo Tomás.

EMILIO SAURAS, OP

Bibliografía

CALLAEY, F., Art. en *Analecta Sacri Ordinis Fratrum Praedicatorum* 20 (1932) 473-531.
FRACHET, G. DE, *Vitae Fratrum Ordinis Praedicatorum...* (Lovaina 1865).
MANDONNET, P., «Albert le Grand: les XXXII sermons de "Eucharistia qui lui sont attribués"», en A. VACANT - E. MANGENOT - E. AMANN, *et al.* (dirs.), *Dictionnaire de théologie catholique.* I: *Aaron-Angelus* (París ³1930) cols.669s.
— «Albert le Grand», en *Dictionnaire d'histoire et de géographie ecclésiastiques.* I: *Aach-Albus* (París 1912) col.1518.
PRUSIA, P. DE, *Vita B. Alberti Magni* (Amberes 1621).
SCHEEBEN, H. CH., *Albert der Grosse. Zur Chronologie seines Lebens* (Leipzig 1931).
SIGHART, J., *Albertus Magnus. Sein Leben und seine Wissenschaft* (Ratisbona 1857).
WILSM, H., *Albert der Grosse* (Múnich 1930).
• Actualización:
CRÄMER-RÜGENBERG, I., *Alberto Magno* (Barcelona 1985).
FORCADA COMÍNS, V., *San Alberto Magno: biografía* (Valencia 1996).

BEATOS HUGO FARINGDON, JUAN EYNON, JUAN RUGG, RICARDO WHITING, ROGERIO JAMES, JUAN THORNE

Mártires († 1539)

Los abades benedictinos de Reading, en la llanura sur de la isla, y de Glastonbury, en el suroeste de Inglaterra, tuvieron un fin envidiable si los comparamos con la mayoría de los superiores religiosos sometidos cobardemente a la voluntad anticatólica de Enrique VIII.

El 15 de noviembre de 1539 moría martirizado en Reading el abad de aquel monasterio, Hugo Cook, apellidado Faringdon. Éste, obtenido el título abacial en 1520, poseía el derecho de sentarse en la cámara de los Lores. Sus enemigos murmuraban de él que no tenía apenas instrucción; en cambio se sabe que el director del colegio de Reading le dedicó un libro sobre retórica. Nadie duda que Hugo, como abad, supo mantener a su comunidad en la observancia regular y que consideraba a los protestantes como herejes y «tunantes».

Hugo se mantuvo en el favor real al menos hasta 1537, pues en los funerales de la reina Juana Seymur, en Windsor asistió todavía de manera destacada. Mas, poco después, tuvo la mala suerte de comentar el rumor de que el rey se iba a morir. Tuvo que presentarse ante una comisión que no le retuvo ni dio importancia al asunto.

En 1539, cuando todas las grandes abadías habían sido suprimidas, Reading se mantenía entera y con su comunidad, pero al poco tiempo su abad fue apresado y conducido a la Torre de Londres acusado de traición, según se hizo costumbre en aquella época malhadada. Hugo fue juzgado junto con Juan Eynon, sacerdote de su jurisdicción, y Juan Rugg, antiguo beneficiado de Chichester que se encontraba retirado en la abadía.

Condenados a muerte, Faringdon tuvo la fortaleza de declarar sobre el cadalso, colocado frente a las puertas de su monasterio, que «el Primado de Pedro era la fe común de todos aquellos pastores ingleses que por su conducta y ejemplaridad siempre la habían así predicado y enseñado».

Ricardo Whiting murió el mismo día que Hugo. Nacido en Somerset hacia 1460, sabemos que frecuentó la Universidad de

Cambridge siendo ya monje. Sacerdote en 1501, fue elegido como abad de Glastonbury en 1525. Nueve años más tarde pensó que podía prestar el juramento exigido por el rey acerca de su matrimonio y de su separación de Roma, siendo así que la mayoría pensaban que podían hacerlo. Los comisionados del rey visitaron su monasterio y sólo tuvieron palabras de alabanza para su buen gobierno. Pero cuatro años después, en 1539, todos los monasterios fueron suprimidos. El monasterio había logrado mantenerse a flote a pesar de que todos los demás de la región ya hacía tiempo que habían sucumbido a las ambiciones políticas y cismáticas del rey. En septiembre de aquel año volvieron a presentarse tres comisionados reales y encontraron entre los papeles del abad un libro contra el divorcio del rey, copias de bulas papales y una biografía de Santo Tomás Becket, el héroe inglés de la libertad e independencia de la Iglesia. Los comisionados en su informe dijeron que el abad se había negado a abandonar su cargo y que habían hallado «un desafecto contrario a la corona». Se le condujo a la Torre de Londres. Se le envió un dossier al canciller Cromwell en el que se intentaba probar las «múltiples y diversas traiciones» del abad; este dossier lamentablemente ha desaparecido. Pero por una nota del mismo Cromwell enviada al tribunal sabemos que indicó: *«Ítem: enviamos al abad de Glaston para que sea juzgado y ejecutado allí mismo, en Glaston»*. Fue en efecto condenado a muerte y ejecutado en Glastonbury el 15 de noviembre de 1539. No llegó a entrar en su abadía. Según las bárbaras costumbres ya relatadas en las biografías de otros mártires ingleses, se le colocó en un entramado de troncos a modo de parihuelas y fue arrastrado por un caballo hasta el lugar del cadalso u horca que estaba situado en una colina cercana a la villa abacial, a los pies de una capilla dedicada a San Miguel. El pobre y débil anciano, alzado con la cuerda al cuello, fue inmediatamente dejado caer vivo para ser abierto en canal a fin de arrancarle el corazón. Antes de caer la tarde, su cabeza fue expuesta a las puertas de su abadía, de cuyas dependencias habían tenido que huir rápidamente sus monjes.

El tesorero o guardián de las reliquias del monasterio, Juan Thorne, y el sacristán, Rogerio James, murieron poco después del abad. Se les acusó de sacrilegio, es decir, de haber simulado

acerca de las riquezas del monasterio al ser preguntados sobre ellas por los comisionados reales.

El papa Gregorio XVI autorizó que la representación de estos mártires figurase en los muros del colegio inglés de Roma. Su culto fue confirmado en 1895.

LUIS M. PÉREZ SUÁREZ, OSB

Bibliografía

BAUDOT, J. - CHAUSSIN, L., OSB, *Vie des saints et des bienheureux...* XI (París) t.XI, p.402-403; t.VII, p.569-577.

GODET, P., Art. en *Dictionnaire de théologie catholique.* II/2: *Cabados-Cisterciens* (París 1905) cols.1823-1829.

OLPHE-GALIARD, M., Art. en *Dictionnaire de spiritualité, ascétique et mystique.* II: *Cabasilas-Cyrille de Scythopolis* (París 1953) cols.214-276.

SANTOS ROQUE GONZÁLEZ Y ALONSO RODRÍGUEZ

Presbíteros y mártires († 1628)

La Asunción del Paraguay, ciudad fundada en 1537, era un villorrio cuando nació en su seno Roque González de Santa Cruz, hijo de Bartolomé González de Villaverde y de María de Santa Cruz. La Asunción estaba entonces gobernada por un personaje caprichoso y atrabiliario como Juan Ortiz de Zárate. Su muerte coincidió, en lo que respecta al año, con el nacimiento de Roque González: 1576. Cuando niño, conoció éste a Juan de Garay (1578-1583) y fue durante el primer gobierno de Hernandarias (1597-1599) cuando hizo los estudios de Teología y recibió las órdenes sagradas, en el postrero de esos años. Fue durante su segundo gobierno (1602-1609) cuando el gran Hernandarias contrajo nupcias con una hermana del presbítero González de Santa Cruz. Tal vez por sus solos méritos, tal vez por sus vinculaciones con tan gran mandatario, apenas ordenado se le nombró cura de la catedral de la Asunción, y ejerció este cargo durante los obispados de Martín Ignacio de Loyola y Reginaldo de Lizárraga, pero tenía sus complacencias en tratar con los indígenas vecinos de la ciudad. Su conocimiento cabal del idioma guaraní le permitía hablarles y platicarles sin intér-

prete y sin las dificultades que impiden a tantos el expresarse en idioma que no sea el suyo. Monseñor Lizárraga pensaba hacerle vicario general de la diócesis, cuando el presbítero González de Santa Cruz le comunicó su determinación de ingresar en la Compañía de Jesús, como en efecto hizo en 1609.

El hecho de que los jesuitas establecidos en la Asunción, lejos de morar sosegadamente en esa ciudad, emprendieran constantes giras a las zonas ocupadas por los indígenas infieles, y el saber que Hernandarias planeaba con ellos un avance misionero de grandes proporciones y un nuevo método de formar pueblos o reducciones estables, fue, según parece, lo que le movió a dar este paso. Es posible que hiciera algunos meses de noviciado en la Asunción, pero no consta; sólo sabemos que cuando, a fines de ese año de 1609, se formaron los tres grupos de misioneros que debían emprender la nueva conquista, el padre Roque González con el padre Vicente Griffi fue enviado a los guaycurúes, indios que tenían su hábitat frente a la Asunción, río por medio. Los misioneros que fueron destinados al Gairá y los que partieron al Paraná, tuvieron éxito, pero González fracasó. Nada pudo hacer con los rebeldes y nómadas guaycurúes. En parte, tal vez, el fracaso se debió a haberse inundado con las crecidas del Paraná las tierras que ocupaban aquellos indígenas y haberse visto así aminorada la acción de los misioneros.

Fue entonces destinado al Paraná, donde el padre Marcial de Lorenzana había comenzado la labor espiritual con gran aceptación de los guaraníes que moraban, sobre las márgenes de ese río y al poniente del mismo, entre los 27° y los 28° de latitud sur. Entre 1611 y 1615 trabajó en San Ignacio Guazú, población al sudeste del actual Paraguay, y con tal aceptación por parte de los indígenas, que llegaron a tenerle tanta admiración como afecto y cariño. Fundó después las dos reducciones de Santa Ana y de Itapúa (1615), pero cedió la primera de ellas, que estaba frente a Itatí, aunque en el Paraguay, a los padres franciscanos, quienes consideraban esa zona como perteneciente a sus misiones. Durante tres años trabajó infatigablemente en la segunda de esas localidades, y fue párroco y catequista, maestro de escuela y enfermero, arquitecto y albañil. Gracias a una robusta salud y a un ardoroso celo de la salvación de las almas,

no bien Itapúa estaba constituida y en marcha, pasó a fundar Yaquapoá (1618), después Concepción (1620), San Nicolás (1626), San Javier (1626), Yapeyú (1627), Candelaria (1628), Caazapaminí (1628), la Asunción de Ijuí y Caaró (1628). Ningún misionero en las regiones del Río de la Plata desplegó una actividad tan extraordinaria en la fundación de reducciones. Once fueron las que fundó, desbrozando el campo, cociendo ladrillos, abriendo zanjas para la higiene pública, torciendo cursos de agua para tener la necesaria cerca de la población, haciendo cortes de madera, y con ellos puertas y ventanas; sembrando cereales y formando vaquerías con que alimentar a los neófitos y, sobre todo, enseñando la doctrina cristiana a los infieles y promoviendo el culto y la frecuencia de los sacramentos entre los ya bautizados.

Nada le fue imposible a este misionero, así por su intensa vida interior como por el ascendiente que ejercía sobre los indios guaraníes. No era hombre blando, antes tenía no poco de esquivo y de misántropo en su trato con los blancos o moradores de las ciudades, ya fueran españoles o criollos, pero con los indios era todo afecto y cariño. Si el óleo con el retrato del Beato Roque González hallado en Córdoba en 1942 responde a la realidad, era varón de nobles facciones, de mirada viva, de sugestiva expresión. Debió de ser más bien alto y bien proporcionado. Por su correspondencia se colige que era de ideas claras, de espíritu práctico, enemigo de las improvisaciones y de la mediocridad. El *omnia bene fecit,* «todo lo hizo bien», es aplicable a todas sus fundaciones. Aunque nunca estuvo en lo que es hoy la República del Uruguay, toda la región que cae al este del río de este mismo nombre hasta el océano, llamada otrora, y en especial por el mismo Roque González, «el Uruguay», contó con sus mayores simpatías y fue él el primero que evangelizó a los tapes de esas inmensas tierras, ocupadas hoy día en su mayor parte por el Brasil.

Se hallaba el Beato Roque González en el Caaró cuando, el 17 de noviembre de 1628, fue martirizado. Un indio apóstata llamado Potirabá indujo a un cacique por nombre Nezú a que acabara con todos los misioneros, y éste así lo hizo. Estando el Beato Roque atando una soga a una campana para elevarla

a un punto alto, cayó Nezú sobre la reducción y ordenó que un esclavo suyo, llamado Maragoá, rompiera la cabeza del misionero, lo que hizo a golpes de macana. Al mismo tiempo otros secuaces de Nezú hacían otro tanto con el padre Alonso Rodríguez, natural de Zamora, en España (1598-1628), quien también se hallaba en Caaró, y dos días después dieron igual muerte al padre Juan del Castillo, natural de Belmonte (1596-1628). Nezú y los suyos, no contentos con acabar con los misioneros, quisieron también acabar con las dos reducciones, la de Caaró e Ijuí o Pirapó, y así destrozaron cuanto pudieron y prendieron fuego a todo.

Tiraron a las llamas los cuerpos de los mártires; pero, hallando al día siguiente que las llamas no los habían reducido a cenizas, arrancaron el corazón del pecho del Beato Roque, lo atravesaron con una saeta y lo arrojaron nuevamente al fuego. Por milagro o por otra causa, el corazón quedó intacto, y en 1633, por voluntad del entonces general de la Compañía de Jesús, padre Mucio Vitelleschi, fue llevado a Roma y colocado en un precioso relicario. Llevólo a la Ciudad Eterna en 1633 el padre Juan Bautista Ferrusino, y lo paseó triunfante por no pocas ciudades y poblaciones de España. En Madrid lo veneró, entre otros, el gran polígrafo padre Eusebio Nieremberg. En septiembre de 1928, tres siglos después del traslado de tan insigne reliquia a Roma, el corazón del Beato Roque González de Santa Cruz fue traído a Buenos Aires y desde entonces es venerado en la iglesia del Colegio del Salvador.

Con grandes demostraciones de piedad, tan insigne reliquia ha recorrido las ciudades y la campiña del Paraguay y del estado brasileño de Río Grande do Sul, y hasta alguna aceptación ha tenido en los centros argentinos, menos vinculados a la acción evangélica del gran misionero. La beatificación de éste y de sus dos compañeros tuvo lugar el 28 de enero de 1934. Al autor de esta nota le cabe la satisfacción de haber hallado el retrato auténtico del Beato Roque González de Santa Cruz. Los grandes biógrafos del mismo, como los padres José María Blanco, Carlos Teschauer, Carlos Leonhardt y Luis Gonzaga Jaeger, están contestes en que, por lo que nos dice la historia, «jamás hubo en este nuestro continente hombre alguno en cuyo pecho

ardiera un corazón tan lleno del amor de Dios y tan dado por entero a la conquista de las almas de los indígenas».

Los historiadores llaman a estos tres mártires «Mártires de Caaró e Ijuí o Pirapó», pero vulgarmente los escritores brasileños los llaman «Mártires de Río Grande do Sul»; los uruguayos, como Rafael Algorta Camasso, los denominan «Mártires del Uruguay»; los paraguayos, «Mártires del Paraguay», y los de la Argentina, «Mártires argentinos». Cierto es que la acción de los mismos se ejercitó en lo que hoy constituye tres de esos países y todos ellos tienen justos títulos para considerarlos suyos.

Estos tres mártires fueron canonizados por el papa Juan Pablo II el 16 de mayo de 1988 en la ciudad de Asunción (Paraguay).

GUILLERMO FURLONG, SI

Bibliografía

BLANCO, J. M. - BEGUIRISTAIN, J. - LEONHARDT, C. - FURLONG, G., *Historia documentada de la vida y gloriosa muerte de los PP. Roque González de Santa Cruz, Alonso Rodríguez y Juan del Castillo, de la Compañía de Jesús, mártires del Caaró e Ijuhí* (Buenos Aires 1929).

GONZAGA JAEGER, L., *Os Bem-aventurados Roque González, Alonso Rodríguez e João del Castillo* (Porto Alegre 1952).

LEONHARDT, C., *Documentos para la historia argentina. Cartas anuas* (Buenos Aires 1927-1928).

PORTO, A., *Historia das Missões Orientais do Uruguai* (Río de Janeiro 1943).

TESCHAUER, C., *Vida e obras do Padre Roque González de Santa Cruz, S.I., primeiro apostolo e civilizador do Rio Grande do Sul* (Porto Alegre 1928).

- Actualización:

IBÁÑEZ PADILLA, A., SI, «Beato Roque González de Santa Cruz y compañeros mártires», en *Semblanzas espirituales de los santos y beatos de la Compañía de Jesús* (Madrid 1974) 177-180.

KOHLER, L., SI, *Los tres mártires de Caaró y Pirapó* (Posadas 1978).

SAN JOSÉ PIGNATELLI

Presbítero († 1811)

Los Pignatelli estaban tan enraizados en el reino de Nápoles, que sus raigones atravesaban el subsuelo de la historia para penetrar en las profundidades de la leyenda. En tiempos más recientes, con Inocencio XII, se habían encumbrado hasta el solio pontificio. El padre del santo, don Antonio, de la familia

de los duques de Monteleón, y su madre, doña María Francisca Moncayo Fernández de Heredia y Blanes, marquesa de Mora y condesa de Fuentes, con grandeza, habitaban en Zaragoza, junto al solar de los Lunas, en el palacio que había sido de los Villasimpliz y de los Camarasa.

José fue el séptimo de ocho hermanos, nacido el 27 de diciembre de 1737. A los cuatro años perdió a su madre, pero en Nápoles, adonde trasladó su familia don Antonio, creció bajo los cuidados de su hermana María Francisca, condesa de la Acerra, para quien conservará toda su vida un afecto más filial que fraterno. Vuelto a Zaragoza con su hermano mayor, cursó los primeros estudios en el colegio de los jesuitas, y allí determinó en 1753 entrar en la Compañía de Jesús, en la que tan tristes y tan graves destinos le aguardaban.

En un ambiente de primado consciente de lo sobrenatural, de reciedumbre ascética y de vibración cultural —características de su provincia jesuítica de Aragón— fue educado Pignatelli como religioso. Entre sus dos años de noviciado en Tarragona (1753-1755) y su trienio de filosofía en Calatayud (1756-1759) se interpuso un curso de humanidades en Manresa. Providencia de Dios para que quien tan importante papel había de jugar en la restauración de la Compañía después de la borrasca pudiese seguir las primeras pisadas de San Ignacio en las vías del espíritu y del apostolado en la ciudad ignaciana de Cataluña.

Desde que en 1759 terminó Pignatelli sus estudios de filosofía en Calatayud hasta que el 3 de abril de 1767 se puso en ejecución el decreto de arresto y extrañamiento de los jesuitas, firmado por Carlos III el 27 de febrero, residió siempre en Zaragoza: primero, como estudiante de teología, y luego, ordenado sacerdote en las témporas de diciembre de 1762, como profesor de gramática en el colegio y como operario apostólico, dedicado con preferencia —mientras su hermano mayor, don Joaquín, conde de Fuentes, era nombrado embajador del Rey Católico en la corte de Francia— a la enseñanza del catecismo y a la visita de los enfermos y de los encarcelados, a pesar de sus continuas hemoptisis. Precioso ejemplo de confianza en Dios, de caridad y de humildad, que serán las virtudes características de toda su vida.

Poco después de su muerte, Juan Andrés, el historiador de la literatura universal, connovicio del santo en Tarragona y compañero suyo de destierro, podrá escribir también: «Humildad y caridad son sus distintivos, pero mucho habrá que decir de su confianza en Dios». Sólo me atrevería a añadir que fue también distintivo suyo el saber realzar esa humildad, esa caridad y esa confianza con una tan innata y connatural distinción, que no se sabe dónde acaba la modesta elegancia de su gesto y comienza la humildad como virtud; dónde se deslindan la cortesía y la caridad; dónde la confianza en Dios y la fibra acerada de su temple. Y todo con una tan perfecta acomodación a la época y al ambiente, tan refinados, que le tocó vivir, que ha de quedar como uno de los santos más típicos y representativos del siglo XVIII, a quien no faltaban doblones para socorrer a los prófugos franceses que se refugiaban en Italia huyendo de la gran revolución, ni bayocos para formarse una rica biblioteca y una selecta colección de obras de arte.

Todas esas cualidades son como constantes de su carácter, de su temperamento, de su vida. Por eso se reflejan en todas las circunstancias: en sus años de estudio y de sus primeros anhelos apostólicos, aún en España; en la triste navegación desde el puerto de Salou a Civitavecchia, a Córcega, a la república de Génova; y en los años congojosos de Ferrara, temiendo de un día a otro la disolución de la Compañía de Jesús por el nuevo sumo pontífice Clemente XIV; en el cuarto de siglo que transcurre en Bolonia (1773-1797), hasta que consagra los últimos años de su vida a reunir los viejos miembros dispersos de la Compañía y a infundirles nueva sangre generosa, aportada por jóvenes —algunos de la categoría del futuro cardenal Angelo Mai— que ven en la renaciente Compañía de Jesús un ideal tanto más atrayente cuanto más envuelto en temerosas esperanzas (1798-1811).

José Pignatelli se vuelca a la obra de restaurar la suprimida Compañía de Jesús el año 1797, cuando tal empresa estaba ya en marcha.

Abolida la Orden de San Ignacio en 1773, no quedó extinguida realmente. Mientras el último general, Lorenzo Ricci, consumía sus últimos años en las prisiones del castillo de

Sant'Angelo, ni Federico II de Prusia ni Catalina II de Rusia permitieron la promulgación del breve de supresión en sus Estados, en los cuales, sobre todo tras los dos primeros descuartizamientos de Polonia (1772 y 1773), vivía un buen número de católicos, habituados a recibir su educación en los colegios de la Compañía.

Federico resistió sólo hasta 1776. Pero la imperiosa Catalina no quiso ceder, y aquella forma de vida religiosa que seguían los jesuitas en su Imperio fue aprobada verbalmente por Pío VI en la audiencia que el 12 de marzo de 1783 otorgó al antiguo jesuita monseñor Benislawski, agente de la zarina en Roma.

En tal estado de cosas, toda restauración legal y normal de la Compañía de Jesús había de hacerse por agregación a ese núcleo de Rusia y por expansión del mismo fuera del Imperio de los zares, activando así la sístole y la diástole de aquel corazón, al que sólo había quedado un tenue latido y un exiguo calor vital bajo las nieves de la estepa. José Pignatelli se percató muy pronto de ello, y a esa línea de conducta ajustó toda su vida, con una percepción finísima de la desviación que supondría cualquier otro camino. Le pareció, pues, que lo más prudente y oportuno era comenzar por agregarse a la Compañía de Rusia desde Italia, y el 6 de julio de 1797, en su capilla privada de Bolonia, renovó su profesión religiosa.

San José Pignatelli no habrá de ver en la tierra el día tan anhelado en que el papa Pío VII restaure la antigua Compañía de Jesús en toda la Iglesia (7 de agosto de 1814), pero él le preparará en Italia un terreno firme y seguro. Primero en Colorno, como maestro de los nuevos candidatos a la Compañía y consejero del duque de Parma, don Fernando de Borbón, nieto de Felipe V (1799-1802); luego, tras la ocupación francesa de los ducados y la nueva expulsión de los jesuitas, como provincial de Italia, por designación del vicario general de Rusia Blanca (1803). Como provincial —cargo que habrá de desempeñar hasta su muerte— reorganiza la Compañía en los reinos de Nápoles y Sicilia con antiguos jesuitas italianos y españoles, incorporados, como él mismo, a la Compañía de Rusia, y con las nuevas vocaciones que han ido naciendo en toda Italia. Poco tiempo pudo permanecer en Nápoles: no creyó que fuese lícito

prestar el juramento que exigía José Bonaparte, y ello ocasionó un nuevo destierro de todos los jesuitas del reino, que hallaron refugio en Roma.

Todos esos acontecimientos no se realizan ya con permisos personales o reservados o aun aparentemente contradictorios, como en tiempos de Pío VI. Su sucesor, séptimo del mismo nombre (1800-1823), no sólo solicita de Carlos IV de España que consienta el restablecimiento de la Compañía, y aun se comunica con el vicario general de Rusia cordial y frecuentemente, sino que reconoce y confirma la existencia canónica de los jesuitas: primero en el Imperio de los zares, luego en los reinos de Nápoles y Sicilia (1801, 1804). El padre Pignatelli trató repetidas veces esos asuntos en Roma con el papa Chiaramonti en los tristes años de la ocupación napoleónica, le consiguió copiosas limosnas con las que hacer frente a su dolorosa situación, hasta que, el 6 de julio de 1809, Pío VII hubo de recorrer, prisionero, la vía Flaminia camino del destierro.

El santo aragonés sabía bien que, si la restauración de su Orden era una obra de Dios, no se podía alcanzar sino con tribulaciones y trabajos, por los caminos de la humildad, de la caridad, de la confianza, de la vida interior. Su fama de hombre de oración y de inexhausto limosnero fue común en Roma, y no sólo en el restringido círculo de los suyos. Por eso, cuando la tarde del 15 de noviembre de 1811 moría en la pequeña casa de San Pantaleón, en el barrio popular del Coliseo, se tuvo buen cuidado de que el pueblo no se enterase, para evitar manifestaciones que pudiesen alarmar a las tropas francesas de ocupación. Con esa humildad tan suya rubricó su tumba en la iglesia dedicada a aquel santo mártir y a Nuestra Señora del Buen Consejo.

Inmediatamente se recogieron sus memorias, y uno de sus compañeros de destierro, el padre Agustín Monzón, aragonés como él, redactó una primera biografía. Traducida al italiano y publicada en 1833, a la fama de santidad ya existente se sumaron las gracias extraordinarias a él atribuidas. El proceso romano informativo comenzó en 1836. Seis años más tarde, por decreto de Gregorio XVI, la Congregación de Ritos introdujo su causa y comenzaron los procesos apostólicos en Roma, Bolo-

nia, Nápoles y Parma sobre sus virtudes y milagros. Benedicto XV promulgó en 1917 la heroicidad de sus virtudes; Pío XI lo declaró beato el 25 de febrero de 1933, y el 12 de junio de 1954 Pío XII lo elevó a la más alta gloria de la Iglesia.

MIGUEL BATLLORI, SI

Bibliografía

BATLLORI, M., SI, Art. en *Razón y Fe* 149 (1954) 512-530 y en *La Civiltá Cattolica* (1954) 102-615.

MARCH, J., *El restaurador de la Compañía de Jesús, Beato José Pignatelli, y su tiempo,* 2 vols. (Barcelona 1935-1944).

NONELL, J., *El venerable P. José de Pignatelli y la Compañía de Jesús en su extinción y restablecimiento,* 3 vols. (Manresa 1893-1894).

BEATA MARÍA DE LA PASIÓN (ELENA) DE CHAPPOTIN DE NEUVILLE

Religiosa († 1904)

Elena María Filipina, hija de Carlos de Chappotin y Sofía Galbaud de Fort, la menor de cinco hermanos, nace el día 21 de mayo de 1839 en Nantes (Bretaña francesa) —«tierra de cristiandad»— próspera e industriosa ciudad, con un gran puerto comercial. Sus padres, una familia de antiguos terratenientes, profundamente creyentes, educan con esmero a los cinco vástagos, pero siempre destaca, con luz propia, esta niña. Vive una gran parte del año en el castillo de Le Fort, propiedad familiar donde se participa de una vida muy feliz. Reflexiva y voluntariosa, muestra su carácter apasionado, idealista, activo y desbordante. Con sus dones de improvisación, de innata creatividad, se convierte en líder de los numerosos primos que la rodean.

En marzo de 1847 su familia se traslada a Vannes, donde su padre ha sido nombrado Ingeniero jefe de Canales y Puertos. En una ocasión les visita la Beata Juana Jugan, fundadora de las Hermanitas de los Pobres, solicitando ayuda para sus acogidos, y la joven quiere entregarle todos sus ahorros. Se da cuenta de la inutilidad de las ficciones, y de la triste realidad de que siempre sufren los pobres. El 30 de mayo de 1850 recibe la primera comunión, y pide a Dios que se la lleve antes de ser mala. Des-

pués de esta alegría, el año se presenta duro. La enfermedad y la muerte van a golpear a su familia y la harán madurar con la paciencia y el dominio de sí. En octubre de ese año muere su adorada prima Aurelia, su mejor amiga, y con el corazón aún dolorido un nuevo sufrimiento se le une. Su hermana Martina muere antes de que el año termine, víctimas ambas de tuberculosis: «¿Hay algo que valga la pena ser amado?», se pregunta entristecida. La familia, se traslada a Normandía, donde vive Luisa, otra hermana casada, madre de dos niñas. Fallecerá en 1854. Sigue el dolor.

Su madre, siempre vigilante, la anima a ingresar este año en la congregación de Hijas de María de las Damas del Sagrado Corazón de Nantes, donde, finalmente, participa en uno de los retiros que celebran. En esta oportunidad, y durante la bendición del Santísimo, la sobrecoge un pensamiento: «Siempre te amaré más de lo que tú puedas amarme [...] Yo no oí nada, pero hizo de mí otra criatura». La gracia divina la está trabajando. Otro día, después de comulgar, una luz la ilumina interiormente: «¿Qué me das por haberme apoderado así de ti? El don total de mí, respondí». El Señor está consiguiendo que su amor se afiance. Mientras, ella trata de encontrar una razón para su vida. Dirigida por el padre Lavigne, SJ, a finales del año 1858 celebra unos ejercicios espirituales en París, en las Religiosas del Cenáculo, y empieza a encontrar alguna luz. Decidida a poner en práctica los consejos del director espiritual, elige la vida consagrada, pero de nuevo la sorprende la desgracia. Su madre, como consecuencia de una caída, muere en 1859. Debe hacer frente a los problemas familiares, atender a su padre y a sus dos sobrinas huérfanas y llevar los asuntos de la familia.

Sigue creyendo que Dios la quiere para sí, pero su cuñado, recién enviudado, la pide en matrimonio y, naturalmente, ella rehúsa. Será sólo para Dios. Oportunamente las clarisas se establecen en Nantes, y un día entra en la iglesia conventual a rezar. Esta primera experiencia franciscana marca para siempre su espíritu. Ingresa en este convento, donde el 23 de enero de 1861, aún postulante, tiene una profunda vivencia: Dios la invita a ofrecerse como víctima por la Iglesia y el Papa. Así será, pero no en esta congregación. Dios escribe recto siempre. Y no tiene

prisa. Quebrantada su salud, debe abandonar el convento, con la natural satisfacción de sus familiares, opuestos a que siga con su vocación religiosa.

Vive tres años de desorientación, pero en estos momentos difíciles conoce al padre Jorge Petit, SJ, quien había ayudado a la baronesa Emilia d'Oultremont a fundar en París el año 1855 la Sociedad de María Reparadora, y la orienta hacia este instituto donde la Beata María de Jesús d'Oultremont pretende construir la civilización del amor mediante la unión personal a Cristo presente en la Eucaristía, y darlo a conocer y amar. En el mes de mayo de 1864 ingresa en las Reparadoras. El 15 de agosto de ese año recibe en Toulouse el hábito, y toma el nombre de María de la Pasión. Al año siguiente, aún novicia, es enviada a la India, vicariato apostólico de Madurai, donde las Reparadoras tienen como tarea principal la formación de las religiosas de una congregación autóctona. Antes de partir desde el puerto de Marsella, emite los votos privados en el Santuario de Nuestra Señora de la Guardia: «Realicé este acto de donación a la vida misionera tan perfectamente como supe hacerlo».

Y llega a la India, impulsada por su afán misionero, y se dedica a la enseñanza. El 3 de mayo de 1866 pronuncia sus votos temporales. Por sus condiciones la nombran superiora de la casa de Tuticorin y, un año más tarde, provincial de las tres casas de la India: «No puedo decir cuánto me sentía en la cruz. ¡Ay! Iba a un abismo de dolor». En 1874 funda una nueva casa en Ootacamund, en el vicariato apostólico de Coimbatore, asignado a las Misiones Extranjeras de París, y despliega una intensa actividad apostólica, que se convierte en un duro aprendizaje. «Obrar amando y amar obrando». Pero se acercan tiempos recios. Surgen tensiones entre el Instituto y la provincia de India. Mientras las críticas llueven sobre la provincial, a París llegan opiniones enfrentadas sobre una recia personalidad que en unos suscita el entusiasmo, y en otros, la oposición y el juicio más crítico. Se la presenta como intransigente y autoritaria. A principios del año 1876 la superiora general de las Reparadoras ordena su cese como provincial en India, y en el mes de mayo llega una visitadora con plenos poderes y órdenes tajantes: obedecer o dejar la Sociedad de María Reparadora. Es la hora

de la prueba. Un grupo de religiosas no pueden aceptar condiciones contrarias a su conciencia. Ella, tampoco. En junio, unas diez hermanas abandonan la Sociedad, pero al poco tiempo son ya veinte. No hay tiempo que perder. Acudirá a Roma porque prefiere sufrir que acusar, y se debe precisar el papel femenino en la misión, donde se adoptan decisiones sobre la marcha, y no se puede informar y obtener respuesta con el debido tiempo desde Europa. No guarda rencor a nadie: «Yo perdono con gran facilidad a todos los que me han ofendido». Y se dirige a la Congregación de Propaganda Fide para ver claro su futuro. Este acontecimiento va a cambiar su vida, lo sabe, pero ofrece el silencio a los ataques que señalan directamente. En la misión se ha enriquecido su espiritualidad, y Dios la está encaminando a su propio carisma en los más pobres, fortalecida con la adoración de la Eucaristía, con la ayuda de María en su vida escondida en Nazaret, y un especialísimo conocimiento del corazón humano.

Su oración es una vida, y su acción misionera la ha unido íntimamente con Dios, sobre todo con el sufrimiento. Aún más con la calumnia, que ha sido creída por la autoridad de la Iglesia, a quien ha entregado su vida. La difamación ha consumado su sacrificio, pero la conduce en medio de su «vacío espiritual» a fundar un nuevo Instituto religioso, gloria de la Iglesia: «Si Dios no me hubiera guiado como un asno al que se le golpea para que camine adelante, sin saber adónde va, esta familia religiosa no hubiera nacido nunca». Sale de la India «con el alma asfixiada» pero en Roma respira aliviada y gozosa. Mujer de acción, realista y audaz, no pierde el tiempo en lamentos. Con gran decisión y aun estando enferma, abandona la India, y en noviembre de 1876 se dirige a Roma, donde el Beato Pío IX la escucha bondadoso y alienta a seguir una hermosa nueva aventura. Debe fundar un instituto misionero con el nombre de Misioneras de María. Tiene treinta y siete años, y toda una vida por delante. Fiel a las indicaciones recibidas abre en Saint-Brieuc (Francia) un noviciado, donde rápidamente acoge numerosas vocaciones. Vuelve a Roma en 1880 y 1882, para resolver distintos problemas que siguen amenazando al joven Instituto. En el último viaje recibe permiso para

abrir una casa en Roma y, llevada por circunstancias especiales, reencuentra su vocación franciscana, iniciada en las clarisas de Nantes. El 4 de octubre de 1882 pide ser admitida en la Tercera Orden de San Francisco, con la eficaz intervención del padre Rafael Delarbre, un franciscano a quien la Providencia pone en su camino, ayudándola a situar la nueva obra en el amor de San Francisco de Asís.

La nueva casa abierta en Roma despierta nuevas sospechas y difamaciones sobre su persona, pero las desgracias nunca vienen solas. En febrero de 1883 muere Carlos, el último de sus hermanos, y al mes siguiente la Iglesia la depone de superiora del Instituto, prohibiéndole escribir a ninguna religiosa. En nombre del Papa, por quien ella está dispuesta a entregar la vida, debe retirarse de la obra que está creciendo en servicio de Dios y de la Iglesia. La condenan sin escucharla, ni averiguar la verdad. El Papa es inducido al error, pero aun así y todo, lo más doloroso para ella, por ingrato, no es eso: «Me duele más el que me desconozcan, que me hagan sufrir, yo que los amo tanto. Nadie sabe hasta dónde llega mi amor por la Iglesia y las almas». Siente en su corazón que el amor de Dios la devora, y desea llevarlo a todos, pero lo tiene... prohibido: «Se hace necesaria la obediencia en todo. Mi resolución es aceptar mi dolorosa cruz por las almas y por el Papa, mi pastor». Sobre todo, fidelidad a la Iglesia. Ora ardientemente, y Dios es su fortaleza. Y el amor vence. Un consultor del Santo Oficio examina el caso y queda todo aclarado. Dios, mientras, la ha hecho crecer a través de la purificación. Ha vivido lo que su nombre significa. Padecer, sufrir, por amor a Dios y a la Iglesia. Se ha fiado de Dios, y él nunca abandona a los suyos: «Si Dios desea respirar a través de nosotros. ¡Si le dejáramos hacer!».

Su visión cristiana la ayuda a abrir nuevos caminos en la Iglesia y en la sociedad para la mujer. Convencida de que el amor es siempre verdad y la verdad es siempre amor, se entrega con renovada energía a fundar un nuevo estilo de vida, prosiguiendo en la misión universal de la evangelización de los pueblos. Demostrada claramente su inocencia, es reelegida en el capítulo del mes de junio de 1884. El celo misionero de la fundadora no va a conocer límites a partir de ahora. Quiere llegar a

los pobres y abandonados, desea promover a la mujer y mejorar sus condiciones de vida, y toda esa intensa actividad y dinamismo brota de la contemplación de los misterios de la fe. Jesús Eucaristía es «el gran misionero del Instituto», y le pide para ella y para su obra ser «una llama de fuego que abrase el mundo». El amor no tiene límites. Y María Santísima le indica la verdadera donación sin reserva a la voluntad de Dios. Así abre a su instituto los horizontes de la misión universal y con la ayuda de la gracia las fundaciones se multiplican. Y las novicias, también. En 1885 les pide ayuda desde Túnez el cardenal Lavigerie, fundador de los Padres Blancos. Al año siguiente, sus religiosas llegan a Sri Lanka (Ceylán) y a China. Son las primeras europeas que entran en ese inmenso país como misioneras, sin haber aprendido aún la lengua nativa. El Instituto sólo cuenta con nueve años de vida, pero está dispuesto a acudir siempre a la llamada del apostolado. El grupo escogido llega a Taiyuan (Shanxi) el 29 de abril de 1886. En 1898 llegan a Mongolia. El amor no tiene límites, y su corazón, tampoco.

En mayo de 1896 recibe con gran consuelo la definitiva aprobación del Instituto y sus constituciones. ¡La obra bien hecha! Y todo por amor. Son más de mil las religiosas, repartidas en unas 32 casas diseminadas por todo el mundo. Un prodigioso crecimiento, con viajes continuos, problemas financieros y un esfuerzo personal que va marcando el tiempo. Funda imprentas, abre talleres de bordados y pintura, y con una actividad tan intensa jamás deja de vivir en plenitud en la presencia de Dios, a quien se entrega totalmente en oración: «He orado tanto que mi alma permanece en oración a pesar mío. La gracia lo ha hecho todo en mí».

El 20 de junio de 1900 funda en Pamplona: «Una de las grandes alegrías de mi vida». Regresará dos años más tarde, para la inauguración del noviciado, y en 1904, para visitar la nueva fundación en Burgos. «Si lo hubiese escogido yo, España hubiera pasado a ocupar el primer lugar, pero es Dios quien hace las cosas». El buen Dios que permite nuevas penas para el maternal corazón de la fundadora.

El 1 de julio de 1900 una insurrección promovida por los boxers en contra de los cristianos, y muy particularmente hacia

los católicos, sacude distintas provincias de China. Se proclama un edicto con infames acusaciones contra los cristianos, sobre todo contra los misioneros europeos, que deben ser repatriados inmediatamente. Los fieles deben apostatar de su fe, bajo pena de muerte, pues «la muerte de los misioneros y de sus secuaces es menor delito que matar a un perro». En esta persecución se producen numerosas víctimas entre los naturales convertidos, católicos y protestantes, obispos y sacerdotes. El 9 de julio sufren el martirio las siete Franciscanas Misioneras de María, de la misión de Taiyuan. Cuando se conoce éste asesinato la fundadora lo siente íntimamente: «Mis siete dolores y mis siete alegrías». Pero su corazón está en paz, porque todas ellas supieron vivir el ideal de su vocación, hasta llegar al derramamiento de su sangre. El papa Pío XII las proclama beatas en 1946, y Juan Pablo II las canoniza el 1 de octubre de 2000, en el transcurso del Gran Jubileo.

Con inteligencia y probada discreción escribe meditaciones para todos los días del año, y una vasta correspondencia destinada a mantener entre las hermanas vínculos verdaderamente familiares. Se siente llena del gozo de su Señor: «El Instituto, más vigoroso, comienza a echar raíces más profundas. Es extraño, los años pasan y no me siento envejecer. El trabajo me resulta cada día más fácil, corre en mis manos [...] ¿Qué querrá Dios de mí?». Ha entregado toda su vida por Cristo y por la Iglesia, y el buen Dios la espera, pero aún florece un consuelo más antes de partir. María Assunta Pallota, hija de un pobre matrimonio de la provincia de las Marcas (Italia), llena del gran entusiasmo que el martirio de las siete hermanas provoca en el Instituto, desea ir a China. Y allá acude, con el deseo de dar a conocer «el valor de la pureza de intención, que consiste en hacerlo por amor de Dios, aun en las acciones más ordinarias». Se aplica con verdadero entusiasmo en los oficios más ordinarios, y durante una epidemia de tifus muere, a los veintiséis años. Otro triunfo del amor. Pío X promueve la introducción de la causa de beatificación. En 1932 Pío XI proclama la heroicidad de sus virtudes y, en 1954, Pío XII la incluye entre los beatos.

Y llega su fin. El día 15 de noviembre de 1904, encontrándose en San Remo (Italia), el Señor la recibe piadoso en su seno.

En mayo de 1905 su cuerpo se lleva a la Casa General de Roma. El proceso ordinario para su beatificación se abre en 1923, y el decreto de introducción es promulgado en 1979. El 20 de octubre de 2002, Juan Pablo II la beatifica, pronunciando esta alabanza:

> «María de la Pasión se dejó conquistar por Dios, capaz de calmar la sed de verdad que sentía [...] Alimentada con la Eucaristía y con los Padres de la Iglesia [...] se entregó, apasionada e intrépida, con una disponibilidad intuitiva y audaz a la misión universal de la Iglesia».

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

FANEGO, J., FMM, *Dar vida. ¡Una comunidad que se entrega a la muerte para dar vida...!* (Roma 2000).

LAUNAY, M., *Elena de Chappotin (1839-1904) y las Franciscanas Misioneras de María: la osadía de ser uno mismo* (Barcelona 2004).

L'Osservatore Romano (ed. en español) (25-10-2002).

URBANO DELGADO, M.ª DEL C., *La misión fascinante de una mujer audaz* (Roma 1998).

SAN RAFAEL DE SAN JOSÉ KALINOWSKI

Presbítero († 1907)

Es el primer carmelita descalzo canonizado, después de San Juan de la Cruz.

Su nombre de pila era José. Nació en Vilna el 1 de septiembre de 1835. Su madre Josefina Polonska murió a los pocos días de nacer el niño. Andrés, su padre, contrajo matrimonio otras dos veces. Así, de los tres matrimonios tuvo José ocho hermanos. Poco antes de cumplir ocho años entró con su hermano Víctor en el Instituto de Nobles de Vilna, donde su padre era profesor de matemáticas e inspector y más tarde director.

Terminados sus estudios en el Instituto en 1850 «cum laude», comienza los estudios superiores en el Instituto de Agronomía de Hory-Horki. Sólo dos años después pide ser admitido en el Instituto de Ingeniería, Comunicaciones y Puentes de San Petersburgo.

En 1855 recibe el título y grado de cadete del Cuerpo Militar de Ingenieros; continúa las clases para oficiales, recibiendo en 1856 el grado de alférez. Un año más tarde es nombrado profesor adjunto de matemáticas en la Academia y ascendido a teniente. Entre 1858-1860 trabaja en el proyecto del ferrocarril Odessa-Kiev-Kursk. Desde la guarnición de la fortaleza de Brest-Litowski viaja a Varsovia en 1861 por motivos de salud. En 1863 estalla la rebelión polaca contra Rusia en busca de la independencia. Kalinowski pide la baja en el ejército del zar y se le concede. En junio de ese mismo año de 1863 «el Gobierno nacional polaco le nombra Ministro de la Guerra para toda la comarca de Lituania». Aceptó el cargo con la condición expresa de no tener que condenar a nadie a muerte... La represión por parte de Rusia fue atroz, distinguiéndose por su crueldad Miguel Murawiew, apodado «el ahorcador». Cuando uno de los cabecillas de la insurrección fue ahorcado por las fuerzas rusas, Kalinowski, que estaba presente, cayó de rodillas y prometió en su corazón entregar su vida al servicio de Dios.

En marzo de 1864 le detienen y le encarcelan en el ex-convento de los dominicos. Durante este su cautiverio se entrega ardorosamente a la vida interior de oración y práctica de la vida cristiana y de los sacramentos. Llevado, al año siguiente, ante los tribunales, cansado ya de tanto interrogatorio confiesa abiertamente su participación en el levantamiento. Se le condena a muerte por fusilamiento. Temiendo Murawiew que iba a ser más temible muerto que vivo, porque harían de él un mártir, le conmuta la pena de muerte por diez años de destierro en la «Katorga»: trabajos forzados en Siberia. Se le degrada como militar, se le priva de todo título, se le confiscan todos sus bienes y se le priva de todos sus derechos. El 11 de junio de 1864 tuvo que partir desde Vilna para su destino en Siberia con un gran número de presos. Cuenta él mismo:

> «A mediodía hicimos nuestro solemne desfile por las calles de la ciudad hasta la estación del ferrocarril. Una multitud de gente se echó a la calle. Los cosacos sobre sus caballos repelían a cuantos querían acercarse a nosotros. Aquello era un verdadero convoy fúnebre. El número de los condenados era muy grande. Todos los estados y todas las edades tenían en él su representación: propietarios, médicos, empresarios, obreros, campesinos, señoras,

muchachas [...] Era como un río que se dirigía al oriente. No nos acompañaba ningún sacerdote. Subimos a los vagones, donde nos amontonamos unos sobre otros. Cuando partió el tren, la gente que estaba sobre la altura que dominaba las vías comenzó a arrojar flores sobre él como se arrojan en el cementerio sobre las tumbas de los muertos».

Viaje larguísimo y lleno de penalidades: parte de Vilna en tren, vía San Petersburgo y Moscú, hasta Nizni-Novgorod en el Volga. Desde aquí en nave hasta Kazan y Perm. En adelante, la travesía de la Siberia, a veces en «kibitka» (carro de caballos), a veces a pie. Viaje transiberiano de casi 8.000 kilómetros, que duró cerca de 10 meses —desde el 29 de junio de 1864 al 15 de abril de 1865—. Viaje tan penoso que uno de los médicos y compañero de destierro de Kalinowski lo comparaba con el infierno de Dante. Llegaron a Usole-Sibirskoje, a trabajar en las minas de sal, después de haber pasado el invierno siberiano a cuarenta bajo cero. Todo el tiempo de la deportación fue para José una escuela de virtudes y una inundación de gracias extraordinarias del Señor, viviendo al servicio de todos con gran caridad y disponibilidad. Uno que después fue capuchino, deportado con José, cuenta que era tal la veneración que todos le tenían que en las letanías de los santos añadían la invocación: «¡Por las oraciones de Kalinowski, líbranos, Señor!».

En 1868 una amnistía redujo su pena a simple exilio. Entonces se pudo establecer en Irkutsk, dedicándose allí a la enseñanza y educación de los hijos de los «expatriados». En 1871 se le permite formar parte de una expedición científica a orillas del lago Baikal, pudiendo hacer también varios estudios meteorológicos.

Se le autoriza para pasar unos meses en Lituania con sus familiares. En Smolensko le alcanza la libertad y deja de ser «un expatriado». En 1874 llega a Varsovia y, arreglado su pasaporte, llega a Sieniava, en Austria, donde conoce al que será su alumno el príncipe Augusto Czartoryski, cuyas virtudes heroicas ya han sido reconocidas por la Iglesia. Augusto era hijo del príncipe Ladislao.

«Kalinowski se encarga de la formación del joven príncipe, en el que muchos ven con esperanza no sólo al sucesor nato de los príncipes Adán y Ladislao al frente de la causa independentista

polaca, sino al posible ocupante del trono en el caso de una restauración de la monarquía en Polonia».

Maestro y discípulo se trasladan a París, al hotel-palacio Lambert. Allí conocerá Kalinowski al célebre judío convertido Hermann Cohen, carmelita descalzo con el nombre de Agustín del Santísimo Sacramento.

Síntomas de tuberculosis en el príncipe aconsejan mejores condiciones climáticas, y allá va con su maestro a Suiza, Italia, Polonia, haciendo hacia Augusto, «Gucio», como él mismo dirá en una carta, «de padre, madre, hermano, compañero y enfermero su preceptor que es un santo»...

Estando en Davos (Suiza) en 1876 con el príncipe tomó la determinación definitiva de hacerse carmelita descalzo.

A primeros de julio de 1877 se separaba del príncipe, que diez años más tarde se haría salesiano, y el 14 del mismo mes se entrevistaba con el P. provincial de los carmelitas descalzos de Austria del que dependía en aquel momento Polonia. El 15 de julio de 1877 llegaba al noviciado en Graz; allí tomó el hábito el 26 de noviembre, llamándose desde entonces Rafael de San José. Profesó en 1878 y, terminados sus estudios eclesiásticos en Györ (Hungría), hizo su profesión solemne en 1881 allí mismo, de manos del que sería más tarde cardenal Gotti, entonces General de la Orden.

Enviado a continuación a Czerna, al único convento que tenía la Orden en Polonia, fue ordenado sacerdote en enero de 1882. Tenía cuarenta y siete años. Honorat Czeslaw Gil, su biógrafo, compendia así lo que fueron los diversos puestos de responsabilidad, tanto de carácter conventual como provincial, que tuvo que desempeñar:

> «Con excepción de uno, tomó parte en todos los capítulos provinciales celebrados desde 1885 a 1907. Fue tres veces definidor provincial (1885-1888, 1897-1900, 1903-1905); tres veces prior del convento de Czerna (1882-1885, 1888-1891, 1894-1897) y tres veces superior del convento de Wadowice (1892-1894, 1897-1898, 1906 hasta su muerte). Durante los años de 1892 a 1894 organizó la vida carmelitana en la recién inaugurada casa de Wadowice, seminario para la preparación de los aspirantes al hábito de la Orden; a él le fueron confiadas las tareas de la compra de los terrenos para el convento y la dirección de su construcción en su fase inicial, más difícil».

Se desvivió también por el bien espiritual de las carmelitas descalzas y se puede decir, con toda verdad, que fue el gran formador de carmelitas descalzos y descalzas de varias generaciones en su Polonia natal. Su atención al confesonario durante horas y horas es comparable a la del santo cura de Ars. Sus contemporáneos llamaban a Kalinowski «el mártir del confesonario».

Quienes le conocieron le describían como «oración viviente». Su gran consejo era: «Nuestro principal quehacer en el Carmelo es el de conversar con Dios en todas nuestras acciones». Gran enamorado de la Virgen María, exhortaba a todos, diciendo: «Nuestra mirada debe estar constantemente fija en ella, y a ella deben orientarse todos nuestros afectos, conservando siempre el recuerdo de sus beneficios y esforzándonos en serle siempre fieles». Tiene un par de libritos marianos: *María siempre y en todo* (Cracovia 1901) y *El culto a la Madre de Dios en el Carmelo polaco* (Lwów, Varsovia 1905). Con la colaboración de las carmelitas descalzas escribió y publicó la historia de los primeros monasterios teresianos de Polonia: *Monasterios de carmelitas descalzas en Polonia, Lituania y Rusia,* cuatro volúmenes (Cracovia 1900-1904).

Rafael de San José tenía una salud delicada; en Siberia contrajo un catarro crónico. Su fuerza de voluntad le hacía superar la debilidad de su cuerpo y se fue prodigando durante toda su vida al servicio de los demás y como oblación agradable al Señor.

La enfermedad que le llevó al sepulcro le duró casi un año. Murió en Wadowice, el 15 de noviembre de 1907. Está enterrado en el convento del Carmen descalzo en Czerna.

Creciendo su fama de santidad, se hicieron sus procesos ordinarios de 1934 a 1938. Aprobados sus escritos [Memorias, cartas, instrucciones espirituales...] en 1943, en marzo de 1952 Pío XII firmaba la comisión para la introducción de su causa de beatificación. El proceso apostólico se hizo de 1953 a 1956. En octubre de 1980 Juan Pablo II proclamaba la heroicidad de las virtudes del P. Rafael Kalinowski y le beatificaba el 22 de junio de 1983.

Antes de ser papa, Juan Pablo II había honrado la memoria de Kalinowski de un modo oficial y público en dos ocasiones.

Siendo obispo auxiliar y vicario capitular de Cracovia, el 12 de mayo de 1963 tuvo un discurso memorable al descubrirse en la fachada de la iglesia de los Carmelitas Descalzos de la ciudad la siguiente lápida: «En el centenario de la insurrección de enero, a sus gloriosos participantes, Siervos de Dios padre Rafael, carmelita descalzo (José Kalinowski), y hermano Alberto, padre de los pobres (Adán Chmielowski), unidos con el vínculo de la amistad en la lucha por la libertad de la patria, por su heroico servicio a Dios y al prójimo, el clero y los fieles de la archidiócesis de Cracovia». Recuerda la participación de ambos héroes en la insurrección; ambos candidatos al honor de los altares, y «estamos profundamente convencidos de que su participación en aquel levantamiento estuvo íntimamente unida con su marcha hacia Dios». Kalinowski «ya entonces gozaba de fama de santidad».

La segunda vez que K. Wojtyla se ocupaba ampliamente de Kalinowski fue el 15 de noviembre de 1966, cuando, en Czerna, ante la tumba del P. Rafael pronunció un sermón lleno de elogios. Se celebraba ese año el milenio del «Bautismo de Polonia». La vida de Kalinowski, decía el orador, «es para nosotros un símbolo. Su vida estuvo llena de un amor tal que no le consintió vacilación ninguna cuando por su causa tuvo que quedarse cara a cara frente a la muerte. Lo fue así antes de entrar en el Carmelo, con una vida de amor heroico a su patria». Más adelante, por amor a Dios, por ser él quien es, «escogió el Carmelo, lo dejó todo, se dedicó de por vida a buscar y amar con todo el ardor de su alma a Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo».

Karol Wojtyla pedía en 1963 al Señor «que se digne conceder a estos sus siervos [Kalinowski y Adán Chmielowski] la gloria de los altares, y nos permita darles primero el título de "beatos" y luego el de "santos"». Volvió a repetir esa misma petición en 1966 y, providencialmente, este deseo lo haría realidad él mismo al beatificar juntos a los dos siervos de Dios en su primer viaje como Papa a Polonia. Fue algo impresionante aquella beatificación el 22 de junio de 1983 en las praderas del parque Blonia ante dos millones de personas. En la homilía, hablando de la «kénosis», del despojo que abrió para Alberto y Rafael la puerta a la plenitud del amor, cita las palabras siguientes de una

carta de Kalinowski a su familia: «Dios se ha entregado totalmente por nosotros, así nosotros tenemos que sacrificarnos a Dios».

Confiesa el Papa su alegría particular por poder beatificar a estas dos grandes figuras maravillosas que le han estado siempre muy cercanas espiritualmente y «me han siempre indicado el camino a la santidad que es la vocación de cada uno de nosotros en Cristo Jesús».

El mismo Juan Pablo II tuvo la dicha de canonizar a Kalinowski en Roma el 17 de noviembre de 1991. En la homilía pondera el Papa cómo San Rafael Kalinowski dio su vida:

> «Da su vida por sus connacionales, por una gran causa común; la da por amor a la patria eterna, mediante su profesión en el Carmelo; la da por los demás en el desempeño de su ministerio sacerdotal empujando a todos a la perfección, a la santidad; la da por la causa de la unidad de la Iglesia. Se quema por el deseo de ver unidos en el mismo redil a los hermanos ortodoxos, lleno de confianza en la intercesión de la Virgen Santísima, tan venerada por él».

Y termina su alocución con este grito:

> «Alégrate ciudad natal del santo, con tu santuario de "ostra Brama". Alégrate Vilnius. Alégrate patria terrena del P. Rafael Kalinowski».

JOSÉ VICENTE RODRÍGUEZ, OCD

Bibliografía

ANGELO, A. D', «Rafael de San José Kalinowski», en C. LEONARDI - A. RICCARDI - G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los santos,* II (Madrid 2000) 1953-1954.

«Decreto sobre la canonización»: *AAS* 85 (1993) 221-224.

«Decreto sobre la heroicidad de las virtudes»: *AAS* 72 (1980) 1062-1066.

GALOFARO, J., *Al Carmelo attraverso la Siberia* (Roma 1960).

GIL, H. C., *Vida y semblanza de Rafael Kalinowski* (Madrid 1981).

«Introducción de la causa»: *AAS* 44 (1952) 750-752.

JUAN BOSCO DE JESÚS SACRAMENTADO (SANROMÁN), «Rafael Kalinowski y el Carmelo de Polonia»: *Monte Carmelo* 88 (1980) 220-230.

MACCA, V., «Rafael de San José», en L. SAGGI (ed.), *Santos del Carmelo* (Madrid 1982) 440-447.

PRASKIEWICZ, S. T., *San Raffaele di San Giuseppe. G. Kalinowski, un messaggero di Dio per il nostro tempo* (Roma 1991).

RAFAEL DE SAN JOSÉ KALINOWSKI, *Wspomnienia 1835-1877 (memorias)* (Lublín 1965).

RETZ, «Rafael Kalinowski, el carmelita polaco deportado a la Siberia»: *Monte Carmelo* 86 (1978) 395-400, con itinerario en mapas de los viajes en Europa y mapa del viaje a la Siberia.

C) Biografías breves

SAN FÉLIX DE NOLA

Obispo († s. IV/V)

No debe confundirse a este San Félix de Nola con el homónimo presbítero (cf. 14 de enero). Este Félix pasa por ser el primer obispo de la ciudad y de él dice el actual *Martirologio* que «con su cuidado pastoral y su culto esta ciudad se honra». A lo que parece, puede darse por seguro que hubo un obispo Félix en Nola cuyo episcopado empieza en 473 y su muerte fue el 9 de febrero de 484, pero Nola lo celebra como obispo y mártir el 15 de noviembre y en esta fecha lo ha dejado el *Martirologio.* Las noticias tomadas de su *passio* parecen legendarias, pareciéndoles a algunos que se situó su existencia en el siglo III y se le hizo mártir por referencia al otro San Félix, en realidad tampoco mártir sino sólo confesor.

SAN SIDONIO

Abad († d. 684)

Sidonio era natural de Irlanda, país al que el abad Filiberto de Jumièges envió algunos monjes a fin de rescatar esclavos anglosajones. Sidonio quiso conocer a este abad y marchó a Jumièges, donde pidió el hábito monástico, hacia el año 664. El propio Filiberto había fundado un monasterio en Herio, en la isla de Noirmoutier, y allí envió en 674 a Sidonio. Hizo por entonces la peregrinación a Roma acompañando a San Audoeno, obispo de Ruán. Pasados unos años fue enviado al monasterio de Quincay cuyo abad quería poner su comunidad bajo la jurisdicción de Jumièges. A este monasterio volvió dejando el de Herio cuando murió Filiberto en 685. Y habiéndole pedido San Audoeno fundase un monasterio en los bosques de Ruán, así lo hizo en la ribera del Varenne, poniéndole el nombre de Saint-Saens. Regía como abad este monasterio santamente y con gran crédito en toda la región cuando murió en fecha no determinada, pero ciertamente posterior al 684. Su memoria la celebra la iglesia de Ruán el día 15 de noviembre.

SAN LEOPOLDO

Margrave de Austria († 1136)

Leopoldo nace en Gars (Austria) hacia 1075 en el seno de la noble familia Babenberger. Es confiada su educación al obispo San Altmán de Passau († 1090). Con sólo veinte años es puesto al frente de sus estados como margrave de Austria y se distinguió enseguida por su honestidad, amor a la justicia, celo por el bien público y sincera piedad. Ferviente devoto de la Iglesia, fundó numerosas iglesias y conventos, entre ellos el monasterio de Melk, donde le gustaba residir para poder participar de la solemne liturgia de los monjes. Funda luego el colegio de Klosterneuburg, que se transforma de monasterio en convento de canónigos regulares agustinos, y cuyo preboste fue el Beato Hartmano, más tarde obispo de Bresanone. A esta casa traslada él su propia residencia y por los mismos motivos. Favorece las primeras cruzadas y muestra en todo una gran sintonía con la Iglesia. En la lucha de las investiduras estuvo de parte de la reforma y cuando las promesas de Enrique IV resultaron vanas, Leopoldo apoya a Enrique V y contrae matrimonio con su hermana Inés, la viuda de Federico Hohenstauffen. Fue el suyo un matrimonio feliz y tuvo con ella dieciocho hijos, siendo uno de ellos el Beato Otón de Frisinga, obispo. Muerto Enrique V en 1125, algunos pensaron en elegirlo emperador, pero Leopoldo pidió que no lo eligieran y se respetó su deseo. Continuó rigiendo con gran sabiduría y justicia sus estados hasta que murió en un accidente de caza el 15 de noviembre de 1136. Fue sepultado en Klosterneuburg y enseguida el pueblo lo tuvo por santo. Lo canonizó el papa Inocencio VIII en 1485. Es el patrono de Austria.

BEATA LUCÍA BROCCADELLI

Religiosa († 1544)

Nace en Narni el 13 de diciembre de 1476 y por la santa del día le pusieron Lucía. Educada cristianamente, a los 16 años contrae matrimonio con Pedro di Alessio, con quien vive tres años guardando castidad. El 8 de mayo de 1494 recibe el hábito

de terciaria dominica, y es enviada a Roma a la casa de Santa Catalina de Siena. En enero de 1496 la obediencia la manda a Viterbo y allí recibe, la noche del 25 de febrero, el carisma de la estigmatización. Pedida al papa Alejandro VI como consejera por Hércules I de Este, duque de Ferrara, marcha a esta ciudad y allí el duque construye el monasterio de terciarias donde ella vivirá hasta su muerte. Su altísima oración y grandes virtudes le granjearon fama de santa y a su muerte —15 de noviembre de 1544— fue objeto de culto, confirmado el 1 de marzo de 1710.

BEATO CAYO COREANO

Mártir († 1627)

Nació en Corea, y por ello se le llama «Coreano», estuvo desde su juventud altamente preocupado por el sentido de la vida, lo que le llevó a vivir siete años vida solitaria en una cueva, en ascesis y meditación. Luego tuvo una visión en la que un anciano le decía que lo que buscaba lo hallaría al otro lado del mar. Invadida Corea por los japoneses y hecho prisionero es llevado a Meaco. Aquí enferma y luego, cuando se recupera, ingresa en un monasterio budista, donde es muy apreciado por su conducta arreglada, pero donde él no encuentra la paz interior. Entonces, una cristiana lo invita a que asista a una explicación del cristianismo dada por los jesuitas. Esto le impactó hasta el extremo de dejar el monasterio, inscribirse en el catecumenado y progresar hasta el bautismo. Una vez bautizado se quedó a vivir con los jesuitas, los cuales le encomendaron que diera catequesis, lo que hacía con gran celo y competencia al tiempo que atendía con mucha caridad a los enfermos de lepra. Llegada la persecución de 1614 marcha a Filipinas, pero en 1616 vuelve, pasa a la clandestinidad y reemprende su tarea de catequista. Visitaba a unos cristianos en la cárcel cuando es arrestado en 1626 y conminado a dejar de difundir el evangelio. Pero él se negó, y siguió en la cárcel hasta que fue condenado a muerte y quemado vivo en Nagasaki el 15 de noviembre de 1627. Fue beatificado el 7 de julio de 1867 por el papa Pío IX.

SAN JOSÉ MKASA BALIKUDDEMBÉ

Mártir († 1885)

José Mkasa o Mukasa es el protomártir de Uganda. Había nacido en Kampala hacia 1860 y se llamaba Mkasa Balikuddembé. A los 16 años entró a servir en la corte real, donde conoció a San Andrés Kaggwa y por su influencia llegó a la fe cristiana. El 30 de abril de 1882 se bautizó con el nombre de José. Al subir al trono el rey Mwanga lo hizo su mayordomo y él lo sirvió lealmente al tiempo que profesaba con fervor su fe cristiana y tenía una conducta piadosa y caritativa. Su lealtad le llevó a denunciar ante el rey la traición de su primer ministro o katikkiro, lo que le atrajo el odio de éste, pero, por otro lado, recriminó al rey el que hubiese mandado asesinar al obispo anglicano Hannington. Además, el rey sabía que José no aprobaba su conducta sexual. El katikkiro convenció al rey de que era necesario matar a José y el rey asintió. José, cuando fueron a prenderlo, pidió que no lo ataran, pues no pensaba huir, y marchó con paso firme y gran dignidad hasta el sitio de la ejecución. Rogó al verdugo le dijera al rey que le perdonaba y que cambiara de conducta teniendo en cuenta el juicio de Dios. Fue decapitado y sus restos echados en una hoguera. Era el 15 de noviembre de 1885 y con él se inauguraba la persecución anticatólica de Uganda.

Fue canonizado el 18 de octubre de 1964 por el papa Pablo VI.

16 de noviembre

A) MARTIROLOGIO

1. Santa Margarita († 1093), reina de Escocia **.

2. Santa Gertrudis la Magna († 1302), virgen, monja cisterciense, cuya biografía veremos con la de Santa Matilde el día 19 de este mes.

3. En Capua (Campania), santos Agustín y Felicidad († ca. 250), mártires.

4. En Dol, territorio de Bourges (Galia), la conmemoración de santos Leocadio y Lusor († s. IV) *.
5. En Lyón (Galia), San Euquerio († 449), obispo.
6. En Suiza, San Otmaro († 759), abad *.
7. En el monasterio de Cava (Campania), Beato Simeón († 1141), abad.
8. En Pontigny (Francia), San Edmundo Rich († 1240), obispo de Canterbury **.
9. En Asís (Umbría), Santa Inés († 1253), virgen, monja clarisa, hermana de Santa Clara **.
10. En York (Inglaterra), Beato Eduardo Osbaldeston († 1594), presbítero y mártir bajo Isabel I *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTA MARGARITA
Reina de Escocia († 1093)

A principios del segundo milenario cristiano, cuando la razón de Estado unía en enlace matrimonial a los vástagos de las familias regias de los países más distantes, una joven doncella, hermosa de cuerpo y más aún de alma, nacida en Hungría, fue llevada a Inglaterra, donde la Providencia le preparaba el camino de la santidad mediante su enlace con el rey de Escocia, uniendo santamente durante treinta años lo espiritual con lo temporal, como esposa, como madre y como reina.

Consideraremos los elementos históricos que de su vida poseemos: su estirpe y nacimiento; su educación y carácter; su piedad; circunstancias que la llevaron a abrazar el estado del matrimonio; su perfección en ese estado: su actuación como reina; sus virtudes heroicas y su culto, canonización y reliquias.

Fue Santa Margarita nacida de regia estirpe, y, aunque esto no supone nada respecto de su santidad, sí aumenta el mérito de su humillación, cuanto de más alto se baja a lo más desvalido y abyecto de la sociedad. Bisnieta del rey San Eduardo, conocido en la historia por «el Confesor». Nieta de Edmundo, el llamado por su valor *Iron-side* («Costado de hierro»). Hija de Eduardo, llamado *Outremer* («el desterrado»), que por intrigas del intruso rey Canuto de Inglaterra no llegó a reinar. Y hermana del rey Edgaro, que llegó a ocupar el trono por la ayuda que

le prestó el rey de Escocia, Malcolm, consorte de Santa Margarita.

Por parte de madre fue igualmente regia su estirpe, ya que lo fue Ágata, hija de Enrique, emperador del Sacro Romano Imperio, y, según algunos, hermana de Gisela, esposa de San Esteban, rey de Hungría.

La fecha del nacimiento es difícil de precisar: pero tenemos dos fechas topes entre las cuales debió acaecer: la de la muerte de San Esteban (a. 1038) y el regreso de Eduardo, su padre (a. 1057), cuando, muerto el conspirador, fue llamado por la nobleza para sentarle en el trono de San Eduardo, su abuelo.

Margarita recibió, pues, el influjo de Hungría, su patria, vigorosamente cristianizada por su rey San Esteban, y, consiguientemente, la piedad de la familia de su madre. No desdecía tampoco Inglaterra, donde alentaba el fervor de los dos santos reyes de nombre Eduardo: el primero, mártir; el segundo, llamado «Confesor», ambos progenitores de Santa Margarita.

Al hablar de la santidad heroica, de la que aquí tratamos, hay que tener en cuenta el tiempo en que tuvo lugar; porque, así como los santos del principio del cristianismo tenían que desprenderse del medio ambiente espiritual en que vivían (lo cual pasa también ahora bastante, por desgracia, por el laicismo de los modernos Estados), en cambio en los tiempos medievales, por el contrario, ese medio ambiente favorecía y facilitaba la santidad. Puede decirse que, en el primer caso, actuaba el individuo con su iniciativa propia, a despecho del común sentir de las demás gentes. En el segundo, estaba de acuerdo con la manera de sentir general y se diferenciaba de ellos en llegar hasta las últimas consecuencias de lo que su fe le enseñaba. Claro está que todo esto supone la gracia preveniente y la concomitante, pero nos referimos a la correspondencia a esa gracia que ayuda y no impide la libre actividad humana.

Tenemos, pues, en el caso de Santa Margarita, un alma que, como dice la Escritura: *Sortita est animam bonam* (Sab 8,10), o, como diríamos en nuestro lenguaje: «A quien la virtud parecía connatural». Así la describen los autores más antiguos, casi contemporáneos, reproducidos por los jesuitas bolandistas: inteligente, prudente, inclinada a la piedad y a la misericordia con los

desvalidos. Fácilmente se comprende lo que de hecho sucedió; que se asimiló cuanto en punto a piedad y virtud vio en torno suyo y lo que, además, la instruyeron en particular, viniendo a dar, al tiempo de su completo desarrollo físico y moral, frutos de virtud no vulgares.

Hay que apuntar aquí algo de historia para darse bien cuenta de cómo aquella planta en el jardín de la Iglesia crecía y respondía a los cuidados del divino Jardinero. Según dijimos al tratar de su regia estirpe, su padre, llamado Eduardo como su abuelo San Eduardo, había sido enviado con un hermano suyo llamado Edmundo a Salomón, rey de Hungría, a fin de librarlos del intento de asesinato que contra ellos se tramaba en Inglaterra. El rey húngaro recibióles benignamente; se encargó de su educación e instrucción, conforme a su regia estirpe, y, llegados a la edad viril, dio a Edmundo su propia hija, y a Eduardo, la hija de su hermano, llamada Ágata. De este matrimonio nacieron tres hijos: Edgaro, Margarita y Cristina.

Cuando, cambiadas las circunstancias y por muerte de su hermano Edmundo, fue Eduardo, padre de Santa Margarita, llamado a ocupar el trono de Inglaterra, tuvo lugar la subitánea invasión del normando Guillermo el Conquistador, que se ciñó la corona real inglesa, exigiendo de los ingleses juramento de fidelidad. Murió en esto de muerte natural el padre de Santa Margarita, y la viuda, su madre, pensó en irse con sus tres hijos al continente; pero, o porque una tempestad la hiciera arribar a las costas escocesas, o porque la aconsejaran que hallaría asilo seguro en la corte de Malcolm III, rey de Escocia, de hecho, se realizó así providencialmente.

Y ésta fue la ocasión de que Margarita abrazara el estado del matrimonio. El *Breviario Romano* hace constar que «el rey Malcolm quedó cautivado por las egregias dotes de Margarita» y que, para ésta, el motivo determinante fue «el habérselo mandado así su madre».

Esas bodas, humanamente consideradas, llenaban cuantas aspiraciones puede alentar el corazón de una joven. Verse hecha reina de un reino floreciente, esposa de un varón prudente, piadoso y recto, que la amaba de veras y la asociaba a su regia dignidad, de modo que tomaba ella parte en las más importantes deliberaciones del gobierno del Estado.

Pero la prosperidad no es en sí obstáculo para la santidad; lo es, por desgracia, en muchas ocasiones, por el mal uso de esa prosperidad, dejándose esclavizar por el demasiado amor a las cosas temporales. *Divitiae si affluant, nolite cor apponere:* «Si vienen riquezas, no queráis que se os pegue el corazón» (Sal 60,11).

Es, creemos, Santa Margarita, reina de Escocia, un ejemplar insigne en muchos respectos: como esposa que supo ganarse el corazón de su marido; como madre, que atendió a la crianza y educación cristiana de sus hijos, de los cuales, dice el *Breviario,* la mayor parte abrazaron el estado de perfección, así como su propia madre y su hermana Cristina; como reina, que procuró ahincadamente el bien y la felicidad de sus súbditos; como santa, que amaba de corazón a Dios y, por Dios, a los pobrecitos de su reino, de los que alimentaba a un centenar diariamente en su palacio, lavándoles los pies y hallando satisfacción en aplicar sus labios a las úlceras que les afligían, proveyendo, además, al sostenimiento de varios centenares de familias necesitadas. Para ello, en alguna ocasión, vendió sus joyas y sus ropas más preciosas, y, a veces, llegó a agotar el tesoro regio.

Edificó varias iglesias, entre ellas la abadía de Dunferline, dedicada a la Santísima Trinidad, para custodiar la más preciosa reliquia: la de la Vera Cruz. Su libro de rezos, primorosamente decorado, se conserva al presente en la Biblioteca Boldleiana, de Oxford (Inglaterra).

Sobrevivió sólo algunos días a su marido, el rey Malcolm, que pereció en el asedio del castillo de Aluwick, en el Northumberland, del cual se había apoderado Guillermo el Conquistador. Malcolm emprendió la campaña para reconquistarlo, ya que pertenecía al hermano de su esposa, Edgaro, tomando parte en el asalto los dos hijos de Santa Margarita: Eduardo y Edgaro, de los cuales murió el primero. La reina, que había mirado siempre aquella expedición como fatídica, al llegar su hijo Edgaro, estando ya ella para expirar, hizo que le relatara todo lo sucedido, y, al oírlo, «Gracias, Dios mío —exclamó—, porque me dais paciencia para soportar tantas desgracias juntas».

Al morir, en Edimburgo, el 16 de noviembre de 1093, quedó su rostro sonrosado, después de la lívida palidez que se le vio durante los últimos seis meses, en los que padeció acerbos

dolores. Su cuerpo fue enterrado en una urna que quedaba frente al altar mayor de la iglesia de Dunferline. Fue canonizada por Inocencio IV en 1250, y en 1259 se trasladó su cuerpo a un nuevo y rico altar en Dunferline. Su cráneo pasó a ser propiedad de la reina de Escocia, María Estuardo, y más tarde a los jesuitas de Douai, perdiéndose su noticia durante las turbulencias de la Revolución Francesa. Su cuerpo, por empeño de Felipe II, fue trasladado a España y consta que este rey mandó tallar para colocar los restos de Santa Margarita y su esposo, el rey Malcolm, un sepulcro en una capilla de El Escorial; pero, según G. Roger Hudleston, OSB, cuando Gelliers, arzobispo de Edimburgo, pidió al papa Pío XI que fuesen trasladadas a Edimburgo las reliquias, por ser dicha santa la patrona de Escocia, no pudieron ser halladas.

Nos hemos valido para esta biografía, principalmente, de la valiosa exposición del padre Daniel Papebroch, SI, en *AA. SS. Iunius* (t.2, p.320s), y la de G. Roger Hudleston, OSB, abad de Downside Abbey, en Bath (Inglaterra), en su artículo de *The Catholic Enciclopedia* (t.9, p.665s), y de *Encyclopaedia Britannica* (t.14, p.875), dando una relación histórica, sí, pero tendenciosa, al afirmar que Santa Margarita fue canonizada por Inocencio IV en 1250, o sea ciento cincuenta y siete años después de su muerte, por sus donaciones a la Iglesia. Donde se echa de ver: 1.°, la inconsistencia de ese motivo, que, mirado positivamente, poco podía halagar ya a la donante; 2.°, que muestra desconocer, como lo hacen, por desgracia, los acatólicos, lo que significa la canonización, a saber: la declaración solemne de las virtudes heroicas del canonizado, que son, por cierto, abundantes en Santa Margarita de Escocia, y la definición de que aquella alma es del número de los bienaventurados y goza de la visión beatífica.

En la vida de Santa Margarita de Escocia falta la narración de hechos milagrosos. Teodorico, monje de San Cuberto, su confesor, en la relación de la vida de la santa, dedicada a la hija de la misma, Matilde, reina de Inglaterra, cuya relación reproduce el padre Papebroch en el lugar ya citado, dice así:

> «Son más dignos de admiración los hechos que la hacían santa que los que solamente la declaraban santa ante los hombres.

Narraré, con todo, algo que juzgo pertinente, como indicio de su religiosa vida».

Y después de reseñar todos los abusos que desterró en punto a las observancias religiosas en aquel país, reuniendo concilios en los que, con su autorizada palabra, hizo ver la obligación de seguir todo, y sólo, lo aprobado por la Santa Iglesia, en las disposiciones de los papas y los Santos Padres, dice así:

«Tenía un libro de los cuatro Evangelios, decorado con oro y joyas, cuyas mayúsculas brillaban con el oro. Este códice, que, más que los otros, acostumbraba a leer y meditar, lo estimaba ella mucho. El cual libro, trasladándoselo uno cierto día, al atravesar el vado de un río, el libro, que había sido envuelto menos cuidadosamente, vino a caer en medio de las aguas; ignorando lo cual el portador prosiguió con resolución el viaje emprendido; mas cuando luego quiso entregar el libro echó de ver, por vez primera, que lo había perdido. Lo buscó mucho, pero inútilmente. Por fin lo descubrieron abierto en el mismo lecho del río, de tal manera que sus hojas se agitaban con el incesante ímpetu de las aguas, y los paños de seda que llevaba para evitar que las letras de oro se oscureciesen con el roce, ahora, con la violencia del río, se desprendieron. ¿Quién diría que aquel libro podría ya servir? ¿Quién creería que pudiera ya leerse una sola letra? Pues, ciertamente, íntegro, incorrupto, es extraído de en medio del río, de tal modo que parecía no haber tenido contacto alguno con el agua. La limpieza de las hojas y la íntegra configuración de todas las letras permaneció tal cual estaban antes de que cayesen en el río; sólo en las últimas hojas podía percibirse la señal del líquido. El libro, y con él el milagro, se transmitió a la reina, la cual, rendidas las gracias a Cristo, tuvo mucho más estima que antes del códice. Con esto, otros vean qué sienten del caso; yo opino, por el venerable aprecio de la reina, que fue un milagro del Señor».

JOSÉ MUNERA, SI

Bibliografía

Acta SS. Boll., 10 de junio: *Vita,* por TURGOT, col.1100.
BARNETT, J. R., *Margaret of Scotland, queen and saint* (Londres 1926).
COWAN, S., *Life of the princess Margaret, queen of Scotland (1070-1093)* (Newcastle 1911).
LEE, S., Art. en *Dictionary of national biography* (Londres 1888).
MENZIES, L., *St. Margaret, queen of Scotland* (Londres 1925).
• Actualización:
WILSON, A. J., *St. Margaret, Queen of Scotland* (Edinburgh 1993).

SAN EDMUNDO (RICH) DE CANTERBURY

Obispo († 1240)

La vida de San Edmundo demuestra no solamente su santidad personal, sino al mismo tiempo el verdadero espíritu religioso del pueblo inglés, que dio lugar al nombre de Isla de los Santos que se dio a aquel país.

El hijo mayor de Reynold y Mabel Rich nació alrededor de 1180, siendo bautizado con el nombre de Edmundo. La familia no gozaba de muchos bienes temporales, pero sí de un gran espíritu religioso. Nos basta indicar que sus dos hermanas llegaron a hacer la profesión religiosa, un hermano suyo fue sacerdote, mientras su padre, con el consentimiento de su mujer, se hizo monje unos años antes de su muerte, en el monasterio de Eynsham.

De los primeros años de su vida sabemos muy poco, pero a los doce años Edmundo hizo sus estudios en un colegio de Oxford, y entonces, por primera vez, vemos las señales de aquella austeridad de vida que practicó con creciente intensidad más tarde. Siguiendo los consejos de su madre, ayunó todos los sábados, tomando solamente pan y agua, y llevó un cilicio. Tenía la costumbre de hacer la señal de la cruz en la frente todas las noches antes de acostarse, y más tarde indicó a sus amigos que Jesús le había prometido en una visión que todos los que practicaran esta piadosa costumbre al acostarse se salvarían de una muerte repentina durante la noche.

Tres años más tarde se marchó con su hermano Roberto a París, donde cursó sus estudios en la universidad. Durante este período de su vida hizo voto de castidad y, al regresar a Oxford, puso un anillo en el dedo de la estatua de la Virgen venerada en la iglesia de Santa María en aquella ciudad. Su vida de estudiante era ejemplar, pero se dedicó más a los estudios seglares que a la teología hasta el día en que su madre, al encontrarle estudiando matemáticas (su estudio predilecto), le preguntó: «¿Y qué son todos estos números?». Al recibir la contestación, le dijo: «¿Y no sería mejor saber algo acerca de la adorable Trinidad?». Desde aquel momento se dedicó a los estudios teológicos, recibiendo el grado de doctor en teología juntamente con la sagrada ordenación.

Durante ocho años continuó como profesor de teología en la Universidad de Oxford, siendo el primero en enseñar la *Lógica* de Aristóteles en aquel centro de estudios. Durante esta época gozaba de mucha fama como profesor y predicador, tanto que en el año 1222 recibió una canonjía en la iglesia catedral de Salisbury. Es de notar que dedicó una cuarta parte de sus honorarios del beneficio a la restauración de la catedral, y gran parte del resto a los pobres, de tal manera que el abad de Stanley tuvo que reñirle más de una vez por quedarse sin lo necesario para vivir.

Tal era su fama como predicador, que en el año 1227 el papa Gregorio IX le mandó predicar la cruzada contra los moros, y entonces se notó por primera vez su santidad mediante los milagros que acompañaban a su predicación. Muchos de ellos eran de orden puramente material, pero los había también de tipo espiritual: el conde de Salisbury, por ejemplo, que había vivido muchos años fuera de la Iglesia y sin recibir los sacramentos, recibió la gracia de la conversión después de oírle predicar.

Edmundo era, sin duda, uno de los doctores más destacados de su época en la vida ascética, especialmente en lo que toca a la oración. Se puede decir que era una de sus preocupaciones enseñar a todos a rezar con verdadera devoción. «Miles de personas, solía decir, estropean sus oraciones multiplicándolas; prefiero rezar cinco palabras con verdadera devoción de corazón en vez de cinco mil que mi alma no saborea con afecto y comprensión». Estas palabras salen de su profundo conocimiento teológico y místico, puesto que Edmundo reunió en su persona las dos ramas de la ciencia sagrada, llegando a ser, según sus contemporáneos, un contemplativo perfecto y un maravilloso director de almas.

La sede de Canterbury, ocupada siempre por el primado del reino, llevaba muchos años vacante. Después de tres elecciones nulas, Edmundo fue designado para ocuparla. Cuando le fue comunicada esta noticia, rehusó aceptar la dignidad de una manera tan rotunda, que el obispo de Salisbury, de donde era canónigo, tuvo que usar su autoridad para hacerle ceder, diciéndole que, aunque fuese indigno de tal cargo, sería fatal para la

Iglesia en Inglaterra dejar la sede vacante otra vez después de tanto tiempo sin primado. Fue consagrado obispo el 2 de abril de 1234 y se puede decir que desde aquella fecha empezó su vía crucis, una lucha feroz que iba a durar hasta su muerte en el destierro.

Para explicar lo que acabamos de decir vamos a echar un vistazo a la situación político-religiosa de Inglaterra en aquellos tiempos. Podemos decir que estamos en una época de abusos en todo lo que toca a la presentación de beneficios vacantes. Este terreno tan difícil fue la «tierra de nadie» de la lucha que había empezado muchos años antes, llegando a su máxima dureza con la muerte de otro arzobispo de Canterbury, Santo Tomás, mártir. Aun este supremo sacrificio fue en vano, y la lucha continuó sin tregua. En Inglaterra tanto el rey como el Papa tenían el derecho y la costumbre de presentar a ciertos beneficios eclesiásticos. El rey, para aumentar sus ingresos, solía dejar muchos beneficios vacantes, porque mientras tanto los estipendios aumentaban el caudal de su tesoro real; mientras el Papa en muchas ocasiones nombró para los suyos a extranjeros residentes en otros países. Éstos muy pocas veces aparecieron por sus diócesis, dando lugar así a una serie de complicaciones y de daños para el pueblo fiel. Tal era la situación del país cuando Edmundo fue nombrado primado de Canterbury.

Amante de la paz, trabajó sin cesar para conseguirla. Otro de igual temperamento, pero de menos santidad y más débil, habría cedido o, por lo menos, habría tratado de encontrar una convivencia pacífica con las fuerzas enemigas. El nuevo arzobispo, al contrario, prefería verse calumniado y perseguido, ver a todos sus antiguos amigos alejarse de él sin piedad, en vez de aprobar o tolerar cualquier desviación del camino de la verdadera justicia y derechos de la Iglesia. Pronto se mostró inalterable ante los ataques de sus perseguidores, pero al mismo tiempo —y aquí se demuestra la santidad— nunca dejó de tratarlos con verdadero cariño y caridad. Como él mismo dijo en una ocasión:

> «¿Por qué voy a dejar a otros hacerme ofender a mi Dios o perder aquella caridad que les debo y siento dentro de mí? Me pueden cortar los brazos o sacar los ojos, pero yo entonces les amaría aún

más, porque entonces merecerían aún más que ahora mi compasión y mi cuidado pastoral».

En estas palabras, y aún más mediante sus obras, vemos que Edmundo había aprendido de una manera perfecta la lección que Cristo dio a sus apóstoles en el famoso discurso de la última cena. Toda su vida no se apartó ni por un solo momento de esta actitud, como veremos más adelante.

Poco a poco iba empeorándose la situación entre el rey y el arzobispo, y se puede decir que se hizo imposible cuando los monjes encargados de atender a la catedral de Canterbury se opusieron al arzobispo con tanta violencia que llegó a ser un acto de rebeldía contra su suprema autoridad. Como siempre en estos casos, lo hicieron bajo el pretexto de proteger sus derechos y su libertad, pero todo el mundo sabía que eran instigados a ello por los enemigos del primado. No hubo más remedio que acudir personalmente a Roma, y esto lo hizo Edmundo en el año 1237. Como se podía esperar, sus calumniadores no tardaron en acudir también a la suprema autoridad de la Iglesia para exponer sus quejas y continuar su persecución. El papa Gregorio IX no sabía qué hacer; por una parte, las denuncias claras y concisas de Edmundo le habían convencido de la justicia de su causa; pero, por otra parte, no quiso ofender al rey Enrique III ni provocar una lucha abierta entre Inglaterra y la Santa Sede, lucha que podía terminar en la separación de aquel país del mundo católico.

La solución más conveniente en estos casos, pero no siempre la más justa, es la de esperar con paciencia a ver lo que pasa. Por tanto, Edmundo tuvo que volver a su país sin una solución clara y bien definida a su problema, pero al mismo tiempo volvió decidido a continuar la lucha con todas sus fuerzas. Viendo que los monjes seguían en su actitud, lanzó contra ellos la sentencia de la excomunión.

Unos años antes el rey, contra los consejos de Edmundo, había pedido de Roma le enviase un legado *a latere,* un tal cardenal Otto. Edmundo vio claramente que esta misión, en vez de ayudar a solucionar los problemas entre la Iglesia y el Estado, los haría más difíciles, porque la astucia de Enrique III engañaría a cualquiera que no le conociera bien. En efecto, la misión

parecía empezar bien, con ligeras reformas en materia de disciplina, como también en lo que tocaba a los beneficios vacantes, pero en el caso de éstos el legado se había dejado engañar por el rey. Ahora, al enterarse de lo que había hecho el primado en el caso de los monjes, tanto el rey como el cardenal Otto quisieron intervenir, el primero en oposición abierta contra la decisión del primado, y el segundo de una manera mucho más grave, puesto que dio la absolución a los monjes, haciendo uso de poderes que en realidad pertenecían a la persona del primado del reino. La situación iba haciéndose cada día más difícil para Edmundo y los otros obispos.

En un concilio celebrado en Reading, el legado pidió una tasa de la quinta parte de todos los bienes de los obispos y del clero para ayudar al Papa en su lucha contra el emperador Federico II. Los obispos, como era natural, acudieron a su primado pidiendo sus consejos. Un amigo suyo, el obispo de Lincoln, nos ha dejado la contestación del arzobispo:

> «Hermanos —les dijo—, sabéis que vivimos en tiempos tan difíciles que, según mi juicio, todos quisiéramos morir y no vivir. Tenemos que hacer de la necesidad una virtud, y mientras el rey nos lleva en una dirección y el Papa en otra, no sé cómo podremos resistir».

La persecución continuó sin cesar. Años antes Edmundo había conseguido del Papa autoridad para nombrar los beneficiarios reales en casos especiales, es decir, cuando el rey no había nombrado a nadie después de seis meses de sede vacante. El rey se había opuesto de una manera violenta contra esta autorización, puesto que a él —a su tesorero— le venía muy bien tardar mucho más en hacer la presentación. Ahora, mediante la intervención del cardenal Otto, consiguió que el Papa retirase dicha autorización.

No es de extrañar que en esta situación tan delicada el primado se sintiera en peligro de muerte, como había pasado en el caso de Santo Tomás de Canterbury. Casi sin amigos y sin poder obrar libremente, como exigía su dignidad de primado, se vio obligado a protestar mediante destierro libremente elegido. Quizá entonces el rey se vería obligado a ceder. Tuvo una entrevista con su monarca, durante la cual el rey trató de persuadirle

que debía quedarse en su arzobispado, pero Edmundo se mostró decidido: o libertad de acción o destierro voluntario. Se despidió del rey, y desde una colina cerca de Londres bendijo al país y sus habitantes con lágrimas en los ojos. Se marchó a Francia, al monasterio de Pontigny, donde había estado esperando dos años el mártir Tomás de Canterbury y donde, en palabras de Edmundo, «habían encontrado un refugio todos los prelados exiliados de Inglaterra por la justicia y la paz».

Unos años antes, durante su estancia en Roma, en una entrevista con el papa Gregorio IX, éste le había dicho que habría sido un monje excelente. A esto le contestó el arzobispo: «¡Ojalá pudiese ser monje ahora y así escapar de todas estas molestias y preocupaciones!». ¡Qué feliz y pacífica le pareció aquella vida de oración de los monjes! Pues ahora tendría la oportunidad de gozar de esa vida de contemplación que tanto deseaba. Sin embargo, sería por poco tiempo, pues pronto le iba a llegar otra vida, la del cielo, donde podría descansar con el premio de todos sus trabajos y sufrimientos.

Durante los pocos meses que estuvo con los monjes de la cartuja de Pontigny vivía como uno más de la comunidad, escribiendo en el *scriptorium* y predicando en los pueblos cercanos. Su estado de salud le obligó a irse al convento de Soissy, en el verano del año 1240, y allí permaneció hasta su muerte en noviembre del mismo año. Su cuerpo fue trasladado otra vez a Pontigny, donde le enterraron en la iglesia, en la que todavía se veneran sus reliquias. El papa Inocencio IV le canonizó seis años después de su muerte, y su fiesta se celebra en todas las diócesis de Inglaterra, como también en los monasterios trapenses.

Unos días antes de morir mostró otra vez más aquella caridad hacia el prójimo que había demostrado toda la vida, aun en medio de la persecución. Levantó la excomunión que había lanzado contra los monjes de Canterbury y les mandó una carta para comunicárselo, en la cual les perdonó todas las calumnias e injurias que habían pronunciado contra él. A su hermano, Roberto, mandó su cilicio, y a sus dos hermanas, monjas de Catesby, les mandó una pequeña imagen de la Virgen, a la cual tuvo siempre tanta devoción. Dijo a su confesor que no legaba

nada a los pobres después de su muerte por la sencilla razón de que ya les había dado todo lo que tenía. Murió con aquella paz interior con la cual había vivido siempre.

De la vida de San Edmundo podemos deducir ciertas conclusiones de mucho provecho para la vida espiritual. En primer lugar vemos en él la perfecta unión entre la vida activa y la contemplativa, lo que dio lugar a una paz y tranquilidad de alma que ningún enemigo o persecución llegó a perturbar. Ésta iba unida con una rectitud de conciencia que le animó a luchar siempre que veía violada la justicia y los derechos de la Iglesia. Mantuvo su posición a pesar de los ataques del rey y las maniobras del cardenal Otto. En una ocasión, uno de sus sufragáneos le propuso una solución al problema de los beneficios que, a primera vista, pareció conciliadora. Edmundo le contestó: «Tú quieres que me dejen en paz aquí, en esta vida; pero yo prefiero descansar en la otra, cosa que no podría hacer si adoptase esta solución».

Vemos en él también una caridad excelente, tanto interior como exterior. Nunca, ni en los momentos de la más dura lucha contra sus enemigos, llegó a enfadarse ni a culpar a nadie. Todo lo contrario; vio en sus penas la mano de la divina Providencia, diciendo que las tribulaciones constituyen un manjar que Dios había preparado para su alma y que su amargura iba siempre templada con una dulzura inefable, como la miel que comió San Juan en el desierto. Confesó a su canciller, San Ricardo, que logró defenderse contra todos los ataques de sus perseguidores solamente mediante la oración. Cuanto más duros los ataques, tanto más humilde y fervorosas sus oraciones.

Al mismo tiempo vemos en San Edmundo un temperamento sencillo y cariñoso a pesar de todas sus mortificaciones. Era un hombre que tuvo el don de gentes, lo que demuestra la sinceridad de sus amistades. En una ocasión, cuando fue a verle a Canterbury una señora muy amiga de él, le dijo: «¡Bienvenida seas siempre! Si los juicios del mundo no fuesen tan mal pensados, no dejaría a nadie separarnos hasta el fin de la vida». Al despedirse de su íntimo amigo San Ricardo de Chichester le dijo: «Te llevo en mi corazón de tal manera que ni la muerte logrará borrar ese cariño. El amor es más fuerte que la muerte».

Los pobres siempre encontraron en él una persona que estaba dispuesta en todo momento a atenderles en sus necesidades. Lo mismo dijeron sus estudiantes cuando estaba enseñando en Oxford. Según el testimonio de una pobre mujer que había ido a visitarle para que la aconsejara: «Es imposible hablar con él sin sentir un consuelo que no puede ser de este mundo». El abad de Pontigny solía decir que Edmundo reunió en su persona la dignidad de un obispo, la humildad de un niño y el corazón de un santo.

El mero hecho de ser canonizado tan pronto después de su muerte demuestra la fama que tuvo su santidad en aquellos tiempos, santidad que fue probada con milagros, que empezaron en seguida después de morirse. Se dice que, al presenciar el traslado de su cuerpo de Soissy a Pontigny, un ciego recobró la vista, mientras un monje de Pontigny que llevaba muchos años en la cama se curó en seguida al invocarle y pudo presenciar su entierro.

Afortunadamente, tenemos por lo menos cuatro biografías de él de gran valor histórico: una de la pluma de su hermano, otra de su íntimo amigo San Ricardo, una anónima y otra de la pluma famosa de Mateo de París. Existen también unos manuscritos de sus obras teológicas, según el testimonio de Mons. Lacombe en *Mélanges Mandonnet.* San Edmundo gozaba de una fama extraordinaria como director espiritual y predicador, pero el verdadero encanto de su vida está en su sencillez humana, unida con el más perfecto amor de Dios.

DAVID LIONEL GREENSTOCK

Bibliografía

LACOMBE, M., «Cuestiones aberdonenses», en P. F. MANDONNET, *Mélanges Mandonnet. Études d'histoire littéraire et doctrinale du Moyen Âge,* II (París 1930) 163-191.
MARTÈNE, E. - DURAND, U., *Thesaurus novus anecdotorum,* III (Nueva York 1968) 1175-1826.
WALLACE, W., *Life of St. Edmund of Canterbury* (Londres 1893).
WARD, B., *St. Edmund, archbishop of Canterbury* (Londres 1903).

SANTA INÉS DE ASÍS
Religiosa († 1253)

¿Cuántos conocen el dato de que Santa Clara, cofundadora de la Segunda Orden (clarisas) con San Francisco, cuenta con una hermana incluida en el catálogo de los santos, Santa Inés de Asís? A la sombra de Santa Clara, se diluye su existencia, sin apenas fijarse datos precisos con que dibujar una silueta diferenciada.

Nace en Asís, cuando el siglo XII termina (1197?), y muere en 1253, a los 56 años, muy poco después de Clara, su hermana mayor. No faltan elocuentes referencias mutuas, de incuestionable peso histórico. Así, la carta escrita por Santa Clara, ya al final de sus días, a la Beata Inés de Praga, fundadora de un convento de clarisas en esta ciudad, en la que se refiere a su hermana como a «virgen prudente, en opinión de santa, que sabe medir a las personas y a las cosas con la medida de Dios». Que Santa Clara estaba convencida de la santidad de Inés, ya durante la primera permanencia de ésta en el convento de Asís, es cosa que se comprueba también con un dato maravilloso, registrado en la vida de la santa inserta en la *Crónica de los generales de la Orden de los Hermanos Menores.* Fue el caso que estando ambas hermanas orando a altas horas de la noche, no lejos la una de la otra, Clara vio cómo Inés se elevaba del suelo y un ángel acudía a ceñirle tres coronas. En acto de obediencia, Inés tuvo que manifestar el significado de las tres coronas: la infinita paciencia de Dios ofendido por los pecadores; el amor de Cristo que dio su vida para redimirlos; la compasión por las almas del purgatorio que esperan el alivio de nuestras oraciones... Clara tuvo así muy pronto la plena convicción de la santidad de Inés.

Por su parte, Inés sintió hacia su hermana un inmenso amor, manteniéndose, al mismo tiempo, en los sentimientos de un profundo respeto y obediencia. Basta con leer el inicio de una carta que le escribe hallándose en Florencia:

> «A su venerable madre y señora en Cristo, distinguida y amadísima señora madonna Clara: Inés, humilde y mínima sierva en Cristo postrada a sus pies en total entrega, desea cuanto se puede desear de más dulce y precioso en el sumo altísimo Rey».

Para Clara, según la primitiva *Crónica,* no hubo otro deseo en su vida que el de abrazar los consejos evangélicos. Inés, en cambio, parece haberse sentido orientada inicialmente a la vida matrimonial. Su decisión de seguir las huellas de Francisco se debió a las oraciones de Clara:

«Rezaba para que el mundo se le convirtiera en amargura y Dios en dulzura; y que así, traspasando el deseo de unas nupcias, se elevara al deseo del divino amor...».

Ya muy madura en su disposición a seguir las huellas de su maestro seráfico, Clara huye de la casa paterna, refugiándose en el monasterio benedictino del Santo Ángel de Panzo. Para Inés se disiparon todas las dudas: la ausencia de Clara se le hizo insufrible y muy pocas semanas después, tal vez el 14 de mayo de 1211, ella misma huía del hogar y se refugiaba con su hermana, manifestándole el firme propósito de consagrarse definitivamente a Dios. La *Crónica* se explana con ponderaciones de la alegría de Clara que así comprueba el fruto de sus oraciones. Inés se convirtió desde este momento en su primera novicia.

Quiere la *Crónica* que se repita con Inés la misma búsqueda violenta de Clara por su familia, valiéndose de un grupo de doce caballeros armados. Como desenlace feliz, llega el mismo San Francisco, que con sus propias manos le ciñe el cordón y le sustituye su nombre de bautismo, Catalina, por el de Inés, «en memoria del Cordero inocente, que resistió con fortaleza varonil». Las dos hermanas continuaron bajo la dirección del santo, alcanzando muy pronto las cimas de la santidad.

Penitencia y mortificación marcaron indeficientemente su vida. Y como resultado visible, un carácter dulcísimo, una inefable cercanía, transida de amabilidad para todos, especialmente los más desheredados: ¡el espíritu de San Francisco!

Sabida es la rapidísima proliferación de comunidades franciscanas ya en vida del santo, tanto de varones como de mujeres. Florencia fue madrugadora. Allí la sombra del Serafín de Asís obró irresistibles contagios entre los jóvenes y hasta entre las señoras de las más notables familias. Un grupo de éstas comenzaron a vivir en comunidad. Allí la señora Avegnente de Albizzo hizo donación a la Santa Sede de un lugar en la comarca de Santa María de Monticelli, poniéndose a disposición del

Papa con unas compañeras, al mismo tiempo que establecía contactos con las clarisas de Asís... La comunidad iba en aumento. ¿Cómo asegurar el seguimiento fiel de las huellas de San Francisco? Santa Clara, obedeciendo al santo, hubo de tomar una de las decisiones que más le traspasaron el alma: enviarlas como guía segura a su hermana Inés. Fue una separación dolorosísima, como bien se atestigua en la carta de Inés cuyo inicio transcribimos más arriba:

> «Has de saber, madre, que mi carne y mi espíritu sufren tribulación e inmensa tristeza; que me siento sobremanera agobiada y afligida [...] porque estoy separada de vos y de las otras hermanas [...]».

Pero también hay muchísimos motivos de alegría, porque todas las nuevas hermanas «me han recibido con gran gozo y me han prometido obediencia con grandísima reverencia. Quiero que sepáis seguiremos inviolablemente vuestros consejos y preceptos durante toda nuestra vida».

¿Cuándo se produjo la incorporación de Inés a la comunidad de Florencia? Su salida de Asís fue querida por San Francisco, y la carta citada, tan dolorida, parece argüir una separación reciente. Tradicionalmente ha venido repitiéndose que fue en el año 1221.

Bajo el mandato de Inés, el convento de Monticelli floreció pujantemente, convirtiéndose en faro irradiador de la Segunda Orden para otras ciudades de Italia, como Mantua, Venecia, Padua... ¿Murió la santa en este convento, próximo a Florencia?

Algunos historiadores nos hablan de su retorno a Asís y la sitúan asistiendo a su hermana Clara en su prolongada agonía. No pocos conventos de clarisas presumen de haberla acogido en este viaje. La permanencia en Monticelli debió de durar bastantes años. Narraciones posteriores, como la de Mariano de Florencia en el siglo XVI, nos cuentan que dejó Florencia al conocer la extrema gravedad de Santa Clara. Llegó, nos dice, acompañada de algunas hermanas externas para recoger las últimas palabras de la santa fundadora. Santa Clara, añade, les donó su velo. De hecho hasta hoy las clarisas de Florencia-Castello lo muestran como reliquia preciosa. Para Inés, tuvo Santa

Clara consoladoras palabras antes de morir: «Hermana carísima, cesa de llorar, porque llegarás muy pronto ante el Señor».

El anuncio de la hermana tardó muy poco en cumplirse. En pleno fervor popular a la muerte de su hermana Clara, invocada como santa, fallece Inés el mismo año de 1253, con signos elocuentes de santidad. Los ciudadanos de Asís acudieron en masa a venerar su cuerpo, registrándose un hecho llamativo, al derrumbarse sobre la multitud la escalera de madera que daba acceso al convento. A gritos invocaban todos a Inés, considerando milagroso el hecho de que no se produjera ni un herido. Se repitieron milagrosas curaciones durante todo el siglo XIII, y pronto fue autorizado el culto local. El *Martirologio romano* incluye su nombre entre los santos. Su cuerpo reposa en la basílica de Asís, muy cerca del de Santa Clara.

JOSÉ MARÍA DÍAZ FERNÁNDEZ

Bibliografía

GARZONIO, C. L., *Senza voltarsi indietro. Vita di S. Agnese d'Assisi* (Florencia 1991).
LAINATI, C. A., *Santa Clara de Asís. Apuntes biográficos de Santa Inés de Asís* (Oñate 1983).
Vita di santa Agnese di Assisi compilata da una suora clarissa (Lecce 1913).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTOS LEOCADIO Y LUSOR

Seglares († s. IV)

Las noticias más seguras y antiguas que se tienen de estos santos son las que proporciona San Gregorio de Tours. Nos dice que Leocadio era un noble senador de la provincia romana de Lyón, el cual siendo todavía gentil ayudó a la evangelización de Bourges dándole a San Ursino, el primer obispo de esta sede, parte de los bienes que poseía en aquella zona, y recompensando el Señor su generosidad con su llegada a la fe. Hijo suyo era Lusor, el cual fue llamado a la presencia de Dios cuando todavía llevaba las blancas vestiduras de los recién bautizados y así, con el alma inmaculada por el bautismo, pasó de este destierro a la patria. Ambos tuvieron su sepultura en Déols, junto a Chateau-

roux, siendo la tumba de Lusor al menos desde la época merovingia meta de peregrinaciones, y siendo ambos santos conmemorados en el calendario de la iglesia de Bourges.

SAN OTMARO

Abad († 759)

Otmaro nace en la región alemana del Lago de Constanza hacia el año 689 y recibe su educación en la corte del gobernador Víctor en Coira. Se decide por la vocación sacerdotal y se ordena presbítero, siéndole asignada la cura pastoral de la iglesia de San Florino. El año 719 es llamado por el conde Watram para que se haga cargo del monasterio del eremitorio de San Galo, construido allí hacía un siglo por este santo irlandés. Otmaro convirtió el eremitorio en un verdadero monasterio de vida cenobítica, monasterio que floreció enseguida y se vio favorecido por las donaciones de los fieles. Al frente del mismo quedó Otmaro como abad, y aunque primero observó con su comunidad la antigua regla irlandesa, en 747 se decidió por introducir la Regla de San Benito.

Además de sobresalir por la prudencia y santidad con que dirigía su monasterio, Otmaro dio un alto ejemplo de caridad con los pobres y menesterosos que acudían a sus puertas y, llevado de este espíritu de caridad, erigió un albergue para enfermos incurables y un lazareto, donde acogía y cuidaba con amor a los leprosos, sirviéndoles personalmente. Pero permitió el Señor que Otmaro pasase por una durísima prueba. Mal mirado por la envidia del rey franco Pipino y de sus comisarios, así como del propio obispo de Constanza, Sidonio, se dio oídos a la calumniosa acusación de adulterio que lanzó contra él un monje de su monasterio. Llevado a juicio, fue condenado a morir de hambre y se determinó por fin relegarlo a la isla de Werd, donde murió el 16 de noviembre de 759 en la más completa soledad. Pero el Señor reivindicó su memoria pues cinco años después de su muerte, el obispo Salomón de Constanza lo declaró oficialmente santo y en 769 sus restos fueron llevados a la iglesia del monasterio, siéndole dedicadas después numerosas iglesias.

BEATO EDUARDO OSBALDESTON

Presbítero y mártir († 1594)

Hijo de una antigua y conocida familia, nace en Osbaldeston, en Lancashire, hacia 1560. Optó por el sacerdocio y, hechos los estudios, se ordenó sacerdote en la catedral de Reims el 21 de septiembre de 1585, permaneciendo allí otros tres años. El 29 de abril de 1589 partió para Inglaterra. Trabajó apostólicamente en Yorkshire, y su nombre figuraba en una lista de sacerdotes católicos activos en Inglaterra que un espía proporcionó al gobierno inglés. Pudo trabajar hasta el 30 de septiembre de 1594 en que fue arrestado debido a la delación del sacerdote apóstata Thomas Clarke. Se conserva una carta suya desde la cárcel en la que el mártir expresa su gozo de que la detención fuera el día de San Jerónimo, aniversario de su primera misa. La mañana anterior, y como era su costumbre, al salir de casa hizo su oración a San Jerónimo y volvió a ofrecerse al Señor en sacrificio, encomendándole su viaje y poniéndose en sus manos, rogando al Señor caminar siempre en la línea recta en su vocación y seguir a San Jerónimo tanto tiempo como el Señor le concediera. Una vez arrestado, fue llevado al castillo de York y fue interrogado por dos veces. No se conservan detalles de su proceso pero consta que su condena se debió a su cualidad de sacerdote ordenado en el extranjero y vuelto a Inglaterra para el ejercicio de su ministerio. Fue ahorcado, destripado y descuartizado en York el 16 de noviembre de 1594. El 22 de noviembre de 1987 fue beatificado por el papa Juan Pablo II.

17 de noviembre

A) MARTIROLOGIO

1. *La memoria de Santa Isabel de Hungría* († 1231), viuda, terciaria franciscana **.

2. En Neocesarea del Ponto, San Gregorio el Taumaturgo († 270), obispo **.

3. En Cesarea de Palestina, santos Alfeo y Zaqueo († 303), mártires.
4. En Córdoba, San Acisclo († s. IV), mártir *.
5. En Orleáns (Galia Lugdunense), San Aniano o Aignan († 453), obispo.
6. En Vienne (Borgoña), San Namacio († 559), obispo.
7. En Tours (Neustria), San Gregorio († 594), obispo e historiador **.
8. En Whitby (Northumbria), Santa Hilda († 680), abadesa *.
9. En Remüs (Suiza), San Florino († 850), párroco.
10. En Constantinopla, San Lázaro († 867), monje, defensor de las sagradas imágenes **.
11. En Novara (Sicilia), San Hugo († 1180), abad cisterciense *.
12. En Lincoln (Inglaterra), San Hugo († 1200), obispo, monje cartujo **.
13. En Cracovia (Polonia), Beata Salomé († 1268), reina de Galizia o Halicz, monja clarisa *.
14. En Helfta (Sajonia), el tránsito de Santa Gertrudis, cuya memoria fue ayer.
15. En Asunción (Paraguay), San Juan del Castillo († 1628), presbítero, de la Compañía de Jesús, mártir *.
16. En Nagasaki (Japón), santos Jordán de San Esteban (Jacinto) Ansalone y Tomás Hioji Rokuzayemon Nishi († 1634), presbíteros, de la Orden de Predicadores, mártires *.
17. En Rochefort (Francia), Beato Lope Sebastián Hunot († 1794), presbítero y mártir *.
18. En Capaivca (Ucrania), Beato Josafat Kocylovsky († 1947), obispo de Przemysl, mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTA ISABEL DE HUNGRÍA
Viuda († 1231)

Sobre la dura corteza espiritual de la Edad Media, hendida por la gracia de Dios, brotó una de las flores más delicadas de la cristiandad: Santa Isabel de Hungría. Nació en el año 1207 en uno de los castillos —Saróspatak o Posonio— de su padre, Andrés II, rey de Hungría, que la hubo de su primera mujer, Gertrudis, hija de Bertoldo IV, el cual llevaba en sus venas sangre de Bela I, también rey de Hungría, por lo que la princesita Isabel vino a ser el más preciado florón de la estirpe real húngara.

Abrió la princesita sus ojos a la luz en un ambiente de lujo y abundancia que, por divino contraste, fue despertando en su sensible corazón ansias de evangélica pobreza. Desde su privilegiado puesto en la corte descendía, desde muy niña, para buscar a los menesterosos, y los regalos que recibía de sus padres pasaban muy pronto a manos de los pobres. En balde la vestían conforme a su rango principesco, porque aprovechaba el menor descuido para quitarse las sedas y brocados, dárselos a los pobres y volver a palacio con los harapos de la más miserable de sus amiguitas.

Conforme a las costumbres de la época, fue prometida en su más tierna edad a Luis, hijo de Herman I, margrave de Turingia. Este compromiso matrimonial tenía, sin duda, la finalidad política de afianzar la alianza de ambos países contra el rey Felipe de Suabia. Un buen día de primavera —1213—, cuando los campos se desperezaban del gélido sueño invernal, se presentó en el castillo de Posonio una embajada turingia para recoger a la prometida de su príncipe heredero. El rey de Hungría, entonces en la cumbre del poder y riqueza de la dinastía, dotó generosamente a su hija diciendo a los emisarios: «Saludo a vuestro señor y ruego se contente de momento con estas pobres prendas, que, si Dios me da vida, completaré con mayores riquezas». Y revistiendo con palabras tan modestas su jactanciosa exhibición, hizo sacar un cúmulo de tesoros que dejaron admirados a los compromisarios, poco acostumbrados a tales galas en la abrupta y dura comarca de Turingia. El matrimonio tuvo lugar en el año 1221, es decir, al cumplir Isabel sus catorce años, en Wartburg de Turingia. Y de esta manera la princesa, nacida en un país lleno de sol y de abundancia como era Hungría, vino a parar a la dura y pobre tierra germánica.

La pobreza del pueblo estimuló más aún la caridad de la princesa Isabel. Todo le parecía poco para remediar a los necesitados: la plata de sus arcas, las alhajas que trajo como dote y hasta sus propios alimentos y vestidos. En cuanto podía, aprovechando las sombras de la noche, dejaba el palacio y visitaba una a una las chozas de los vasallos más pobres para llevar a los enfermos y a los niños, bajo su manto, un cántaro de leche o una hogaza de pan. Y hasta el propio manto lo entregó un día

crudísimo de invierno a una pobre mendiga que temblaba de frío a la vera del camino, y cuál no sería su asombro que, al tender el armiño sobre la chepa de la anciana, vio transfigurarse aquélla en la adorable imagen de Jesucristo.

Por mucho que escondiera sus mercedes no es raro que éstas llegasen a herir a los espíritus envidiosos y mezquinos. No faltó quien acusó a la princesa ante el propio duque de estar dilapidando los caudales públicos y dejar exhaustos los graneros y almacenes. El margrave Luis quería a su esposa con delirio, pero no pudo resistir, sin duda, el acoso de sus intendentes y les pidió una prueba de su acusación.

—Espera un poco —le dijeron— y verás salir a la señora con la faltriquera llena.

Efectivamente, poco tuvo que esperar el duque para ver a su mujer que salía, como a hurtadillas, de palacio cerrando cautelosamente la puerta. Violentamente la detuvo y la preguntó con dureza:

—¿Qué llevas en la falda?

—Nada..., son rosas —contestó Isabel tratando de disculparse, sin recordar que estaba en pleno invierno.

Y, al extender el delantal, rosas eran y no mendrugos de pan lo que Isabel llevaba, porque el Señor quiso salir fiador de la palabra de su sierva.

Parece que su suegra, la duquesa viuda Sofía, no miraba a Isabel con buenos ojos, tal vez porque las mercedes que ésta hacía eran una acusación a su egoísmo o, simplemente, porque creyera que el cariño de Isabel, en el corazón de Luis, había desplazado al suyo. Con más o menos pasión aprovechaba cualquier oportunidad para desvirtuar a Isabel ante los ojos de su marido. Según cuenta la leyenda, volvió en cierta ocasión el margrave Luis de un largo viaje y, ansioso de abrazar a su esposa, fue a buscarla a la alcoba conyugal. Salió a su encuentro la duquesa Sofía, que había escuchado tras de la puerta voces extrañas en la alcoba, y le previno diciendo: «Ahora verás, hijo mío, hasta dónde llega la fidelidad de tu esposa».

Forzó la puerta el celoso marido y, al tirar de la cobertura del lecho, vio en él tendida la imagen de Cristo crucificado, en

la que se había transfigurado un pobre leproso que Isabel había acostado en su lecho para curarle las llagas.

El celo de los pobres, en los que ella veía siempre la imagen trasunta de Cristo, fue espiritualizando cada vez más su vida. Su alma generosa se asomaba a sus ojos negros y profundos, que brillaban como candelas de amor en las sombrías casuchas de los pobres de Wartburgo. Por muy severas que fuesen sus penitencias, Isabel las recubría con cariño y donaire para no perder el encanto natural ante los ojos de su enamorado esposo. Pero no pudo, en cambio, conciliar su espíritu franciscano con la frivolidad de la vida cortesana.

Bajo la influencia de su confesor, extremadamente severo, Conrado de Marburgo, que la prohibió incluso probar ciertos manjares, Isabel vino a ser una viviente acusación contra una corte un tanto licenciosa, que empezó a conspirar contra la princesa extranjera.

Mientras su marido fue su amparo, nada tuvo que temer la princesa Isabel, pero llegó un día en que en los oídos del príncipe Luis sonó, como llamada irresistible, el clarín convocando a cruzada en nombre de Federico II. Isabel no quiso ser un obstáculo en el camino del príncipe cristiano que ofrecía su lanza para rescatar el Santo Sepulcro. Ya su padre, el rey Andrés II, había regresado sobreviviente de la quinta cruzada, y cada vez era más difícil vencer la desilusión y la indiferencia de los reyes y de los pueblos cristianos por coronar tan caballerosa empresa. El noble corazón de Luis se creyó, sin duda, más obligado a dar ejemplo y, dejando sola a su esposa, partió con sus caballeros, con propósito de embarcarse en Otranto para unirse a la cruzada. Pocos meses después, Isabel recibía, de manos de un emisario turingio, la cruz de su marido, que había muerto víctima de una epidemia.

Así, pues, a los veinte años —1227— la princesa Isabel quedó viuda y desamparada en una corte extranjera y hostil, y fue entonces cuando realmente empezó su calvario. Su cuñado Herman, queriendo desplazar a los hijos de Luis de la herencia del Ducado, acusó a Isabel de prodigalidad, y en verdad que ella había volcado hasta el fondo de su arca para remediar la miseria del pueblo en el temible «año del hambre» que Europa entera

atravesaba. Las acusaciones de Herman encontraron eco en la corte, y la princesa Isabel, expulsada de palacio, tuvo que buscar refugio con sus tres hijos y la compañía de dos sirvientas en Marburgo, la patria de su madre. En tan difícil situación la socorrieron sus tíos, la abadesa Mectildis de Kitzingen y el obispo de Bamberg, que ya había abandonado el proyecto que tuvo de casarla de nuevo.

El pontífice Gregorio IX nombró a Conrado de Marburgo su «defensor». Los buenos oficios que éste desplegó consiguieron, por fin, que la princesa fuese indemnizada con una importante suma y se le asignasen unas posesiones en la villa de Marburgo. Pero Isabel ya nada tenía que la ligase al mundo, y solemnemente, en la iglesia de los Frailes Menores de Eisenach, renunció a sus bienes, vistió el hábito gris de la Tercera Orden y se consagró enteramente y de por vida a practicar heroicamente la caridad. Poco después —1228-1229— emprendió la construcción del hospital de Marburgo, cuya capilla puso bajo la advocación del Padre Seráfico, San Francisco de Asís, recientemente canonizado.

Por aquel entonces regresaban los cruzados de los Santos Lugares ardiendo en fiebres y con sus carnes maceradas por la lepra, y a ellos dedicaba Isabel sus más amorosos cuidados, en recuerdo, sin duda, de su marido, muerto muy lejos del alcance de sus manos.

Isabel, firme en su propósito de dedicar su vida a los pobres y enfermos, buscando en ellos al propio Jesucristo, rechazó una y otra vez la llamada de su padre, el rey de Hungría, que, valiéndose de nobles emisarios y hasta de la autoridad episcopal, trataba de convencerla de que regresase a su país. En cambio, acudió solícita a la llamada de su Señor, y a los veinticuatro años —1231— subió al cielo a recibir el premio merecido por haber aplicado el agua a tantos labios sedientos, curado tantas heridas ulceradas y consolado tantos corazones oprimidos.

La fama de su santidad quedó bien patente en el entierro, que conmovió toda la comarca. Poco después de su muerte, las jerarquías religiosas de tres países y Conrado de Turingia, gran maestre que fue de la Orden Teutónica, promovieron en la Santa Sede la declaración de sus heroicas virtudes, y el proceso

terminó con la solemne ceremonia de la canonización el 27 de mayo de 1235 en Perusa, todavía en vida de su padre, Andrés II de Hungría. Su festividad fue fijada para el 19 de noviembre, pero, en la actualidad, se celebra el 17 de este mismo mes. Unos meses más tarde fue colocada la primera piedra de la catedral gótica de Marburgo y en ella se rindió el primer testimonio de veneración a la santa princesa por el emperador Federico II al frente de su pueblo.

Santa Isabel de Hungría ha sido erigida como patrona de la Tercera Orden Franciscana y son numerosas las congregaciones religiosas dedicadas a la caridad que llevan su nombre, y muchos los templos que la tienen por patrona.

JAVIER MARTÍN ARTAJO

Bibliografía

ADAM-KAPPERT, K., *Elisabeth von Thüringen: das Leben der frommen deutschen Landgräfin* (Viena 1929).
CESÁREO DE HEISTERBACH, OCist., *Vita S. Elisabethae* (1237).
CONRADO DE MARBURGO, *Epistola de vita ad papam* (1231).
Dicta IV Ancillarum sanctae Elisabeth Thuringiae lantgraviae (1325); versión posterior: *Libellus de dictis IV Ancillarum* (Colonia 1605).
DIETRICH DE APOLDA, *Vita S. Elisabeth,* en CANISIUS, *Antiquae lectionis,* V (Ingolstadt 1605) parte II, 147-217.
DÖRFLER, P., *Die heilige Elisabeth* (Múnich 1930).
FORT, F., *Isabel de Hungría* (Barcelona 1952).
HENNIGES, D., Art. en *Archivum Franciscanum Historicum* 2 (1909) 240-268.
HORN, E., *Sainte Élisabeth de Hongrie* (París 1902).
HUYSKENS, A. (ed.), *Quellenstudien zur Geschichte der heiligen Elisabeth Landgräfin von Thüringen* (Marburgo 1908).
MONTALEMBERT, CONDE DE (CH.-R. FORBES), *Histoire de Sainte Élisabeth de Hongrie, duchesse de Thuringe (1207-1231)* (París 1839).
• Actualización:
PIEPER, L., «A new life of St. Elizabeth of Hungary: the anonymous Franciscan»: *Archivum Franciscanum Historicum* 93 (2000) n.1-4, p.29-78.

SAN GREGORIO EL TAUMATURGO

Obispo († 270)

Entre los innumerables santos de la Iglesia, a este San Gregorio se le distingue con el apellido de Taumaturgo, palabra equivalente a obrador de prodigios o milagros. Quizás el sobrenombre se deba en parte a situaciones creadas por la leyenda y

haya sido la popularidad siguiente a su muerte la que lo ha coronado con una serie de tantas aureolas, que hoy nos imposibilitan el poder discernir los verdaderos datos de su excepcional vida.

En cualquier caso debemos aceptar que nos hallamos ante un personaje relevante, porque sus biografías se pueden leer en lenguas latina, georgiana y siríaca. De él nos hablan San Jerónimo en su famosa obra *De viris illustribus,* San Basilio en sus *Cartas* y Rufino en su *Historia eclesiástica.*

Como datos sobresalientes de su vida sabemos que nació en Neocesarea del Ponto, cerca del Mar Negro, hijo de una distinguida familia pagana. Su nombre inicial sería el de Teodoro, pero al convertirse al cristianismo lo cambió por el de Gregorio.

En su ciudad estudió Derecho y Retórica y buscando afianzar esos conocimientos pensaba trasladarse a Beritos de Fenicia en compañía de su hermano Atenodoro, para asistir a la escuela de Derecho de esta ciudad entonces famosa en Oriente. Pero una hermana suya, casada con el recién nombrado gobernador de Palestina, les hizo modificar sus planes trasladándose a Cesarea de Palestina. Cambio trascendental que iba a orientar sus vidas por otros impensables caminos providenciales. Durante cinco años, entre el 233 y 238, asistieron a las clases que en aquella ciudad impartía Orígenes, que acababa de establecer su célebre escuela, y cuyas enseñanzas les hicieron cambiar la jurisprudencia por la filosofía. Más aún. Contagiados de las creencias de su maestro, ambos hermanos abrazaron el cristianismo hacia el año 237. Un favor que marcaría su vida y que el antes Teodoro y ahora Gregorio dejó reflejado en un famoso discurso de despedida agradecida hacia su profesor Orígenes. Una de las muestras de agradecimiento más sentidas dirigidas a un maestro, en el que no solamente se agradecen las enseñanzas sino también la exquisita pedagogía seguida por su educador en la fe, calculada dentro de los mejores caminos de la enseñanza filosófica. No lo olvidaría nunca:

> «Era para nosotros como un ángel de la guarda. Siempre cuidaba de nuestra alma con un interés increíble. Parecía que cuando íbamos a sus clases el ángel guardián no tenía nada que hacer porque el maestro Orígenes lo reemplazaba cuidando amorosamente el alma de cada uno de nosotros» (Discurso dedicado a Orígenes).

De vuelta a Neocesarea, su ciudad, los valores del nuevo convertido fueron muy pronto descubiertos por Fedimo, obispo de Amasea, quien lo consagró primer obispo de la misma Neocesarea lugar de su nacimiento. A su lado trabajó, también como obispo, su hermano Atenodoro.

Entre los actos realizados en su vida Gregorio asiste al concilio de Antioquía del año 265, concilio convocado para refutar las doctrinas de Pablo de Samosata, que negaba la divinidad de Jesucristo.

Pero la orientación del obispo y pastor Gregorio hay que buscarla en la amplia actividad pastoral dentro de sus tierras del Ponto. Durante la persecución de Decio (250-251), unió su suerte a la de sus fieles de tal manera que todos, siguiendo su consejo, tuvieron que huir y esconderse. La tradición dice que en aquellos momentos de la llegada a su tierra eran muy pocos los creyentes, y aun así, desde su escondite tuvo que contemplar el martirio de no pocos de sus hijos, muchos de ellos todavía neófitos. Él mismo salvó la vida milagrosamente, porque a pesar de que lo buscaran no consiguieron encontrarlo.

Decio fue vencido y terminó la persecución, pero los godos y otros bárbaros invadieron el Ponto y volvieron a causar daños indecibles, creando un clima permanente de heroísmo entre los creyentes. A la muerte de su obispo se dice que solamente quedaban 17 paganos. Número que, para magnificar los hechos, quieren que sea el mismo que contó como creyentes cuando llegaba San Gregorio.

Él fue ese tipo de hombre de actividad múltiple, muy frecuente en la época.

> «Es el tipo del apóstol, del prelado, del hombre de ciencia. El método de su apostolado era intenso. Trabajo ímprobo, instrucción minuciosa, doctrina sólida, celo y caridad infatigables. Las almas se le rendían» (B. Llorca).

Su intensa actividad y los frutos de su entrega hacen que los Padres Capadocios del siglo IV le consideraran a San Gregorio fundador de su Iglesia.

Murió el 17 de noviembre del año 270, suplicando a los suyos que le dieran sepultura al lado de los más pobres. Lo enterraron en la iglesia que él mismo había construido.

A pesar de que nos hallamos ante un obispo eminentemente activo, también se conservan de él algunas obras escritas. Aunque pocas, nos bastan para conocer las dimensiones de su profunda formación religiosa.

Como suele suceder en estos casos de la antigüedad, se le han atribuido diversas obras, que han sido objeto de profundos estudios y controversias. Con bastante seguridad se le pueden asignar al menos: *In Origenem prosphonetica ac panegyrica oratio, Expositio fidei, Epistola canonica, Metaphrasis in Ecclesiastem Salomonis, Sobre la pasibilidad e impasibilidad de Dios.*

In Origenem prosphonetica ac panegyrica oratio. Es el discurso de agradecimiento y recuerdo de las enseñanzas de su maestro Orígenes al despedirse de su docencia el año 238. Además de datos importantes sobre la vida de Orígenes, resultan muy interesantes las noticias sobre el método de enseñanza de su maestro, hasta el punto de que nos hallamos ante un documento primordial sobre la pedagogía cristiana. Contiene además un valioso testimonio sobre los ángeles custodios.

Expositio fidei. Texto breve pero profundamente teológico sobre la trinidad de las personas, su igualdad y eternidad.

Epistola canonica. Sumamente famosa porque ha sido incluida entre las cartas canónicas de la Iglesia Griega. Uno de los escritos de casuística más antiguo que poseemos y un valioso ejemplar sobre la penitencia canónica. En él se distinguen, ya en aquellos momentos, cuatro clases de penitentes o estadíos que debe recorrer un penitente: 1) El pecador que fuera de la iglesia pide oraciones a los de dentro al modo de los catecúmenos. 2) El que escucha en el vestíbulo pero que aún no tiene entrada a los actos de la Iglesia y que por eso debe retirarse al modo de como lo hacían los catecúmenos. 3) El que se humilla penitencialmente como esos mismos catecúmenos. 4) El que contempla los oficios divinos, pero que no puede participar en ellos hasta que no esté plenamente purificado.

Metaphrasis in Ecclesiastem Salomonis. Es una traducción del libro del Eclesiástico, con ampliaciones breves a modo de paráfrasis. Sigue las interpretaciones de San Gregorio Nacianceno.

Tratado sobre la pasibilidad e impasibilidad de Dios. Obra de carácter apologético, donde se nos muestra el mejor discípulo de

Orígenes. Se da cabida meritoria y valor al sufrimiento de los hombres en su relación con el sufrimiento voluntario de Cristo.

Además también se conservaban una serie de cartas de las que habla San Jerónimo, pero que hoy se han perdido.

Hemos dejado para el final el señalar los hechos portentosos que le valieron a San Gregorio el calificativo de taumaturgo. Resulta muy difícil señalarlos y distinguirlos. Como sucede siempre, también la leyenda ha acrecido ingenuamente el número de portentos realizados por el santo. En la antigüedad por todo el oriente corrían los hechos maravillosos hasta el punto de que no se le resistieron ni los mismos montes, conforme a lo que nos asegura el Evangelio.

San Basilio y San Gregorio de Nisa en su oración fúnebre nos recuerdan cómo mudó el curso de los ríos para impedir las inundaciones de su tierra y cómo secó una laguna en un litigio entre varios hermanos. En otra ocasión, necesitando construir un nuevo templo porque el número de convertidos aumentaba mucho, tomó el evangelio en sus manos y leyó la frase de Jesús: «Si tenéis fe, podréis decir a un monte: ¡quítate de ahí! y éste os obedecerá». Se arrodilló y rezó con tanta fe que al instante vino un terremoto y el montecillo se derrumbó hasta convertirse en una explanada apta para construir el templo. Por todo esto, el pueblo de Dios, sobre todo en oriente, lo invoca cuando hay terremotos e inundaciones.

> «El mejor recuerdo que nos dejó al morir San Gregorio es, sin duda, el bello símbolo de la fe que, según la leyenda, le reveló el mismo San Juan Evangelista. Revelado o no, es, sin duda, un documento venerable que durante mucho tiempo fijó la fe de los orientales, defendiéndoles contra las sutilezas arrianas y mereciendo de los grandes Padres antiarrianos la más cálida acogida y defensa. Formaría parte de la obra que antes hemos señalado. Es el verdadero credo de las iglesias orientales durante mucho tiempo» (J. M.ª Llanos).

El mejor elogio que podemos hacer de él lo encontramos en San Basilio el Grande:

> «Resplandeció en la Iglesia como una bandera grande y esclarecida y fue, por virtud del Espíritu Santo, terror y espanto de los demonios y con diecisiete cristianos solos que había en su ciudad cuando comenzó a ser obispo, les hizo la guerra y convirtió a la fe de Cristo todo el pueblo gentil, así de los ciudadanos como de los

labradores... Las cosas que anunció y dijo antes que acaeciesen son tales y tan grandes, que se pueden igualar con los demás profetas. Pero sería cosa larga referir los milagros de Gregorio; baste decir que por la excelencia de los divinos dones y de los milagros y prodigios que obró, los mismos enemigos de la verdad le llamaron otro Moisés» (J. M.ª Llanos).

JOSÉ SENDÍN BLÁZQUEZ

Bibliografía

CROISSET, J., SI, *Año cristiano, o ejercicios devotos para todos los días del año...*, XI (Madrid 1868) 343.
Enciclopedia Espasa. Tomo letra G, p.1264.
Gran Enciclopedia Rialp. Tomo letra G, p.338s.
LLANOS, J. M.ª, SI, *Desfile de santos* (Madrid 1956).
LLORCA, B., SI - GARCÍA VILLOSLADA, R., SI, *Historia de la Iglesia católica,* I (Madrid 1976) 343.

SAN GREGORIO DE TOURS

Obispo († 594)

Nos hallamos ante una de las figuras más preclaras en la antigüedad de la hoy vecina Francia: santo, obispo, historiador y, si queremos, político.

Nació probablemente el 30 de noviembre de 538, dentro de una rica familia senatorial de ascendencia romana en la antigua Auvernia, hoy Clermont-Ferrand. El nombre de su padre era Florencio y el de su madre Armentaria, por lo que el hijo llevó el nombre de Jorge Florencio, nombre que luego cambió por el de Gregorio, en recuerdo de uno de sus antepasados, San Gregorio, obispo de Langres.

Muerto muy pronto su padre, se encargó de su educación su tío paterno San Galo, obispo de Clermont, quien supo despertar en él la vocación religiosa comenzando a instruirlo en la enseñanza de la Sagrada Escritura, instrucción luego completada, al morir San Galo, por San Avito, sacerdote y más tarde también obispo de Clermont.

Una grave dolencia lo llevó por el año 563, cuando ya era diácono, a peregrinar a Tours para impetrar de San Martín la salud que tanto ansiaba. Desahuciado de la ciencia, dicen que llegó vivo pero casi exánime. Recobrada esa salud permaneció al

lado de su obispo Eufronio, primo de su madre, el tiempo suficiente para que todos admiraran su piedad y sabiduría excepcionales. Tours era entonces uno de los centros espirituales y bonancibles más sobresaliente de toda la Galia. Conectó así el joven Gregorio con lo más florido de su episcopado. La Providencia quiso que diez años más tarde y tras la muerte del obispo titular Eufronio, Gregorio fuera elevado a la silla episcopal de Tours, elegido por su clero y aclamado por el pueblo, cuando solamente tenía alrededor de treinta y cinco años. Elección que fue aprobada por Sigisberto I, rey de Austrasia, donde estaba enclavada Auvernia. Fue consagrado el 22 de agosto del año 572 por Gil, obispo de Reims.

Al frente de su grey el pastor realizó una obra meritísima, entregado en cuerpo y alma a los suyos, restaurando y construyendo iglesias, velando por sus costumbres, atendiendo a su clero. Participó en numerosos sínodos o concilios de la muy activa iglesia de las Galias: Poitiers, Nantes, Burdeos, Lyón, Chalón, Autún, Reims, Soissons, Metz, Coblenza, Orleáns, París, etc.

En el de París del año 577, celebrado contra el obispo Pretextato a instancias de Chilperico, destacó defendiendo los derechos de la Iglesia atropellados precisamente por el mismo Chilperico, que incluso quería entrometerse en asuntos de fe. El carácter de este rey lo haría pronto víctima de un asesinato el año 584, sucediéndolo Gontrán y luego Childeberto II, quien convirtió a Gregorio en uno de sus hombres de confianza y brillante consejero, tomándolo en ocasiones como embajador personal. En uno de esos viajes (año 593 o 594) marchó a Roma, donde fue recibido con exquisitas muestras de afabilidad por parte del papa San Gregorio Magno, quien le hizo el regalo de una cadena de oro. Pero al regreso murió en ese mismo año, el 17 de noviembre.

Antes de morir ordenó que le dieran sepultura en paraje donde fuesen hollados sus restos; tanto era el desprecio que tenía de sí mismo y la gran humildad que quiso se prolongara después de su muerte. Fue enterrado, sin embargo, en la basílica de San Martín de Tours, a la izquierda de este santo, donde en el siglo VII el obispo San Audoeno le levantó un mausoleo, destruido por los normandos en el siglo IX y reconstruido en el XI

por Erveo. El siglo X conoció el máximo apogeo de su fama de santo, convirtiéndolo en uno de los santos más populares de toda Francia, colocado al lado de San Martín.

Aparte de su santidad, San Gregorio ha pasado a la posteridad por sus escritos históricos, hasta el punto de que es considerado como «Padre de la historia de Francia», gracias sobre todo a su *Historia de los francos,* una obra en diez partes, donde se recoge toda la historia de los francos, que podemos estructurar así:

— Un primer libro, a modo de fundamento, recoge como base cronológica la historia de Francia desde Adán hasta la muerte de San Martín, acaecida el año 397.

— El segundo libro habla de Clodoveo, fundador de los reinos francos, y su conversión al cristianismo.

— El tercero continúa la historia hasta la muerte de Teodoberto I, el año 548.

— El cuarto sigue al anterior hasta el año 575, cuando muere Sigisberto.

— Los otros seis libros nos narran minuciosamente la historia de su tiempo con todo tipo de detalles. Son éstos los que forman el centro de interés del autor. En ellos destacan los crímenes horrorosos de las familias reales, las sanguinarias figuras de dos reinas rivales como Fredegunda, esposa de Chilperico de Neustria, y su cuñada Brunequilda, a la que el hijo de la primera hará perecer un día, en un suplicio ignominioso, como «asesina de diez reyes».

En la obra no se puede encontrar una metodología moderna, ni siquiera el orden cronológico, sino que se trata de todo tipo de historias expuestas sin orden alguno pero contadas con sencillez e imparcialidad asombrosas. Hoy nos sirven de base para conocer la verdad de su tiempo, un tiempo muy falto de noticias y que por eso resultan de valor incalculable. Se capta el cuadro impresionante sobre la brutalidad del salvajismo de unas costumbres en las que sólo vemos violencias, crímenes, explosión incontrolada de pasiones elementales.

En esa misma obra, al final de su último libro, ofrece el elenco de todas sus obras. De su pluma salieron otras obras importantes y ambiciosas, como las que se añadieron a los libros

de historia: el *Liber miraculorum* y el *Vitae Patrum,* un total de ocho libros.

El *Libro de los milagros —Liber miraculorum—* narra en su primera parte los milagros del Señor y de los apóstoles y en especial los mártires de las Galias. El libro segundo cuenta los milagros acaecidos en la tumba del mártir San Julián, muerto el año 304, cerca de Clermont-Ferrand. Los libros tres a seis nos relatan los milagros obrados en la tumba de San Martín. El séptimo cuenta la vida de 23 santos mártires galos. Y el octavo recoge la vida de los santos galos confesores no mártires.

Como se puede apreciar, una obra ambiciosa y meritoria, de intenciones completamente distintas a las de historia, cuya pretensión es encuadrar la historia ejemplar de su pueblo en la historia religiosa del mundo cristiano. Aquí, sin desdeñar la historia propiamente dicha, lo que prevalece es la santidad, la edificación de su pueblo.

Tiene otras obras, como «El curso de las estrellas» para determinar la hora de los oficios divinos nocturnos, conservándose además fragmentos de otros escritos hoy perdidos.

El gran haber de San Gregorio de Tours, además de su santidad, es que nos hallamos ante una de las figuras esenciales para el conocimiento de la sociedad merovingia hasta la muerte del rey Sigisberto. Sintetiza y valora su vida el P. García Llorca con estas palabras:

> «Con su actividad eclesiástica fue en cierto modo el continuador de los anteriores —grandes padres y escritores de su tiempo—, por lo cual contrajo un mérito incomparable en la defensa de los intereses eclesiásticos, en la protección de los humildes frente a los abusos de los grandes y en el mantenimiento del espíritu cristiano en las Galias [...] Su gloria literaria está basada en sus escritos de carácter histórico».

JOSÉ SENDÍN BLÁZQUEZ

Bibliografía

Biografía eclesiástica, X (Madrid 1856) 437s.
Enciclopedia Espasa. Tomo letra G, p.1264.
Gran Enciclopedia Rialp. Tomo letra G, p.339.
LLORCA, B., SJ, *Manual de historia eclesiástica* (Barcelona 1942) 243.
Nueva Historia de la Iglesia, I (Madrid 1982).

SAN LÁZARO DE CONSTANTINOPLA

Monje († 867)

Aunque nació en Armenia, fue en Constantinopla donde se hizo monje desde muy joven. Habilísimo, inspirado y fecundo pintor de iconos y esforzado campeón del culto a las imágenes sagradas, y apóstol de la unidad de la Iglesia en un tiempo en que estaba amenazada.

Éstos son los dos rasgos que pone de relieve el espléndido elogio que le dedica el *Martirologio romano* actual, el 17 de noviembre:

«En Constantinopla, San Lázaro, monje, nacido en Armenia, que, insigne en la pintura artística de imágenes sagradas, al negarse a destruir sus obras, por orden del Emperador iconoclasta Teófilo, fue atormentado con crueles suplicios, pero después, apaciguadas las tormentas sobre el debido culto a las imágenes, el emperador Miguel III le envió a Roma para afianzar la concordia y unidad de toda la Iglesia».

Tanto el culto a las imágenes como la unidad de la Iglesia, eran temas candentes en la vida eclesial del tiempo en que vivió San Lázaro.

La historia y la evolución del culto a las imágenes había atravesado el período más oscuro y dramático de la iconografía bajo el emperador León IV, el Isáurico. Hubo verdaderos mártires. Se destruyeron artísticos tesoros de la iconografía cristiana con pérdidas irreparables, hasta que se hizo la luz en el II Concilio de Nicea, el año 787.

Allí se calmó de momento aquella apasionada querella en la que se acusaba de idólatras a los que veneraban las imágenes sagradas.

San Juan Damasceno acuñó la doctrina tradicional de la Iglesia con meridiana claridad:

«La materia es obra de Dios, por eso yo —decía— la declaro hermosa. Quien no está contaminado de maniqueísmo ha de admitir esta vía de las imágenes hacia la trascendencia. El arte es como un lazarillo, que nos lleva de la mano hacia Dios».

Por otra parte, el culto a las imágenes sagradas surge en la Iglesia por la fuerza misma del dogma cristiano fundamental, el de la Encarnación. El Verbo de Dios encarnado es icono del

Dios invisible. El rostro humano-divino de Cristo es transparencia de la belleza divina y transfigura desde dentro el rostro de los santos, recuperando y recreando la belleza divina originaria, en el hombre nuevo.

El hombre, carne y espíritu, necesita el lenguaje sensible de los signos y símbolos, de las imágenes, para introducirse en el misterio, pues por esas señales, parpadeos y guiños se atestigua la presencia de lo divino.

Los cristianos, en las imágenes, no veneran ídolos sino los misterios y las personas que en ellas están representadas.

La iconoclastia rebrotó en los días de San Lázaro con nueva y feroz virulencia. El emperador Teófilo (829-843), tan pronto como accedió al trono, publicó un edicto en el que conminaba con la pena de muerte a todos aquellos pintores que se negaran a destruir los iconos de los santos.

Lázaro fue llamado personalmente, tal vez por su fama y popularidad, a la presencia del Emperador. En vano trató éste de convencerle para que se sometiera obedeciendo sus órdenes.

Emplearon con él la tortura más inaudita: lo arrojaron a una cloaca donde estuvo a punto de morir asfixiado. Pero con la ayuda de lo alto superó el tormento. Pudo recuperar sus fuerzas y volvió a pintar sus iconos con renovada ilusión y entusiasmo.

Fue entonces cuando Teófilo, enfurecido, mandó que le aplicaran a las palmas de las manos barras de hierro incandescentes; y quemaron su carne hasta llegar a los huesos. Intercedió la emperatriz Teodora, que logró sacarle de la prisión, hizo cuanto pudo por su curación y le envió al monasterio de San Juan Bautista de Phoberon en la costa asiática del Bósforo.

Lázaro, en agradecimiento, pudo todavía pintar un cuadro del santo precursor Juan Bautista por el que se obtuvieron muchos milagros. Y, después de la muerte de Teófilo (843), llegó a pintar la gigantesca imagen de Cristo que estaba sobre la puerta de la *Calcide,* en el palacio imperial.

A partir del 843 quedó firmemente establecido el culto relativo a las imágenes sagradas como algo perteneciente a la tradición divina de la Iglesia: para los santos, la veneración o dulía; la hiperdulía o singular veneración, para las imágenes de Nues-

tra Señora; reservando siempre el culto de latría o adoración exclusivamente para Dios.

Lázaro, siempre entregado a sus deberes monacales, recibió las órdenes sagradas. La emperatriz Teodora encomendó a sus oraciones el alma de su difunto marido, Teófilo, rogando que le perdonara. Lázaro, al parecer, le contestó que ya no era tiempo para implorar la justicia divina.

El año 856 el emperador Miguel III le envió a Roma para ofrecer regalos al papa Benedicto III, recientemente elegido. En esta honorífica misión pudo tratar con el Papa y tal vez con el futuro San Nicolás I, el Grande, que era brazo derecho del pontífice, sobre los medios de consolidar la paz y la armonía en la Iglesia y la unidad entre Oriente y Occidente, cuando ya se fraguaban las tensiones que dieron lugar al cisma.

Algunos afirman que Lázaro fue de nuevo enviado a Roma hacia el 867 y que falleció a medio camino; pero esto no se ha comprobado.

Según los sinasarios bizantinos, fue sepultado en el monasterio de Evandro, en Galacia. Su fiesta se celebra el 17 de noviembre, aunque en el antiguo Martirologio Romano figuraba el 23 de febrero.

La fuente fidedigna que nos ofrece los datos de la vida sorprendente de San Lázaro, es continuación de la Crónica de Teófanes sobre Teófilo.

Sus textos, referentes a San Lázaro, están recogidos en el sinasario bizantino. La memoria de este santo nos estimula a favorecer el arte religioso de nuestro tiempo, medio de insospechada eficacia para evangelizar al hombre de hoy; a tributar el culto debido y equilibrado a las imágenes sagradas como quiere la Iglesia; y a trabajar con todo ahínco por la unidad de todos los cristianos.

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

FRANQUESA, A., «El Concilio de Nicea y el icono»: *Phase* 143 (1984) 417-435.
GRABAR, A., *El primer arte cristiano* (Madrid 1967).
JANIN, R., «Lazaro», en *Bibliotheca sanctorum*. VII: *Giustiniani-Lhuilier* (Roma 1966) cols.1152-1153.
PLAZAOLA, J., *La Iglesia y el arte* (Madrid 2001) 31-34; 69-110.

SAN HUGO DE LINCOLN

Obispo († 1200)

Situado a 40 kilómetros al norte de Grenoble, Avalon tenía un priorato de Cluny y un castillo de cierta importancia donde nació Hugo en 1130. Guillermo, su padre, señor de Avalon, fue un buen militar y un buen cristiano. Su madre, Ana, murió cuando Hugo apenas tenía ocho años. Le ofreció entonces al Señor su padre en el priorato cercano y le dieron por preceptor a un buen monje que solía decirle: «Hugo, hijo, yo te educo para Cristo»; y Hugo era de tan buen carácter que parecía no le daba trabajo el camino de la virtud, de modo que a los quince años ya fue admitido a la profesión. No se contentó su padre con haber entregado su hijo a aquel monasterio, sino que él también, tocado de la mano del Señor, ingresó en él para hacerse monje.

Siendo ya Hugo de diecinueve años, fue ordenado diácono y le encomendaron cargos de responsabilidad, convirtiéndose incluso en un excelente predicador. Un buen día, yendo con el prior al monasterio de San Máximo, tuvieron que pasar por la Gran Cartuja, y viendo a aquellos santos monjes, su fervor y disciplina, quedó inmediatamente tan prendado de todo ello que pidió el hábito, no sin gran sentimiento de los monjes de su antigua comunidad. Entrando en la Cartuja, fue maravilloso su adelanto y adaptación; al principio tuvo fuertes tentaciones, mas con la oración, el ayuno y las penitencias domó su carne, sujetándola al espíritu con ahínco y perseverancia. No se contentaba Hugo con cumplir perfectamente con las obligaciones de la Regla, con ser tan austera, sino que añadía nuevas asperezas, ayunando en la Cuaresma tres días a pan y agua cada semana, y cargando con otros rigores.

Fue ordenado sacerdote y años más tarde, en 1175, lo nombraron procurador de su monasterio, cumpliendo aquel oficio tan eficazmente, que contentó a todos y admiró a los mismos seglares que venían a tratar con él. Su fama se extendió por muchas partes, y llegó hasta el reino de Inglaterra, donde habiendo muerto el prior de la Cartuja de Vitham, en el Somerset, monasterio fundado por el rey de Inglaterra Enrique II, éste envió mensajeros suyos a la Cartuja donde moraba Hugo, para que se lo enviasen como prior a la cartuja inglesa. Y puesto caso que

los cartujos se lo negaron una vez, no pudieron resistir a la voluntad del rey la segunda, porque se lo pedía con grande instancia; y así tuvo que partir para Inglaterra. Fue muy bien recibido del rey y de su corte y tomó posesión de su convento, que, por estar todavía en los primeros años de fundación y no haber sido organizado aceptablemente, estaba constituido sólo por unas pobres chozas de madera y sin apenas terreno que lo separara de las casas vecinas. Hugo supo animar a sus hermanos y los exhortó a ser fuertes y animosos y a llevar con alegría las incomodidades de los inicios.

Para salir de estas dificultades le ayudó mucho el afecto que le cobró el rey Enrique, movido de su trato y culta conversación; y así, admirado de las grandes cualidades de Hugo y de sus prudentes consejos, le comenzó a venerar y favorecer en gran manera y quiso que se le concediese todo lo que había menester para edificar un sólido monasterio y tener campos y amplios terrenos que los aislasen de los pueblos vecinos; y el Señor le envió una buena ocasión para que el rey le estimase y favoreciese más, ya que, volviendo el rey por mar a Inglaterra, tuvo tan espantosa tempestad, que todos los que venían en la nave con él pensaron que había llegado el fin de sus días; y el mismo rey conociendo su peligro, se encomendó a las oraciones de Hugo, y suplicó a Dios que por intercesión del santo prior le librase de tan evidente peligro. De repente se serenó el cielo y se sosegó el mar, y el rey y toda su gente arribaron salvos a puerto. Se difundió esta gracia por todo el reino, y se acrecentó la buena opinión que de Hugo todos tenían; y con la buena fama creció también el número de vocaciones para la vida cartujana. Él los recibía y mientras se amoldaban a las austeras reglas ponía mucho empeño en darles ejemplo más con sus obras que con exhortaciones de palabra, porque como cuentan sus antiguos biógrafos, vivía como hombre que moraba más en el cielo que en la tierra. Eran muy frecuentes y entrañables sus invocaciones al Señor, y de noche, en aquel poco sueño que se permitía, repetía muchas veces esta palabra: *Amén, amén.* Tenía gran cuidado de que sus hijos tuviesen libros sagrados en que leer, pues a su parecer éstos son muy necesarios para todos los monjes, y más para los que viven en soledad; porque en tiempos de dificultad

son las mejores armas, y en tiempos de paz son descanso y solaz del espíritu.

Creciendo, pues, cada día más el resplandor de las virtudes de Hugo y vacando el obispado de Lincoln, en el reino de Inglaterra, se juntó el Cabildo de aquella catedral y lo nombró obispo a petición del rey, con gran contento del reino y pueblo y aprobación del metropolitano. Pero cuando le enviaron el nombramiento, no quiso San Hugo consentir en su elección, teniéndose por indigno de aquel oficio, y temiendo sus peligros y sobre todo alegando que no podía aceptarla sin licencia del prior de la Gran Cartuja de Grenoble; rogó, pues, con gran instancia y amabilidad a los canónigos que le habían elegido que hicieran oración y eligiesen otra persona. Mas como la honra es como sombra que sigue a los que huyen de ella, quiso el Señor servirse de tan alto y apostólico ministerio para bien de su pueblo; así pues, aunque el cabildo se reunió de nuevo, lo volvió a elegir y para que no se excusase, alcanzaron del prior de la Gran Cartuja licencia y mandato para que lo aceptase. Con esto bajó el santo la cabeza, entendiendo que era la voluntad de Dios, a la que ninguno puede ni debe resistir.

Fue consagrado el 21 de septiembre de 1186, y lo primero que hizo Hugo al tomar posesión de su sede fue rodearse de buenos auxiliares y ministros temerosos de Dios. Fundó un colegio para sus clérigos que, con el tiempo, gracias a sus afamados profesores fue considerado que estaba a la par con la célebre Universidad de París. Con esto, sólo ordenaba para el ministerio sacerdotal a personas de conocida capacidad y cualidades y estuvo tan fuerte en esto, que pidiéndole el mismo rey que proveyese de un beneficio a un empleado suyo, a quien el rey quería gratificar sus buenos servicios, se opuso Hugo rotundamente, diciendo que el rey tenía muchas maneras para gratificar a sus criados y pagarles sus servicios, sin privar a los ministros de la Iglesia del sustento beneficial que para ellos Dios tenía señalado. También fue muy severo en castigar a algunos servidores y ministros del rey que en su nombre y autoridad atropellaban la justicia y la libertad de la Iglesia. Y puesto caso que en lo uno y en lo otro mostrase el rey resentimiento, San Hugo le habló y le manifestó las razones por las que así obraba

y el rey quedó muy satisfecho, entendiendo los motivos que San Hugo tenía, y que no le movía cosa alguna sino sólo cumplir la voluntad de Dios y cumplir con las obligaciones pastorales de su oficio. De él nos han llegado más de doscientos documentos que dan testimonio de su gestión pastoral.

Fue Hugo dechado de obispos que trataba de imitar la vida de los santos. En la mesa era alegre, pero con gravedad y modestia; y si alguna vez se ofrecía alguna ocasión de fiesta y regocijo, entonces se mostraba más grave y severo, para dar ejemplo a los que con él estaban. Nunca comía carne, guardando siempre esa regla de cartujo, y sólo bebía vino aguado; sin embargo, viendo por experiencia que el cargo y la manera en que él lo ejercitaba era muy trabajoso, se moderó en sus ayunos y penitencias. Padeció graves dolores con su dentadura, mas era tan grande su deseo de cumplir con sus obligaciones de obispo, y su fortaleza y ánimo, que muchas veces, cuando ejercía su ministerio, como dar órdenes o consagrar iglesias, cansaba a todos los ministros que le asistían. Era muy compasivo con los pobres enfermos y especialmente con los presos, a los cuales socorría y consolaba con entrañable afecto. Y diciéndole una persona que San Martín besando a un leproso le había sanado, él respondió con mucho acierto: «El beso de San Martín sanó la carne del leproso; pero el beso del leproso sana mi alma». Y sucedió una vez que, enterrando el cuerpo de un borracho tan maloliente que los circunstantes no podían soportarlo, Hugo cumplió con su ministerio con gran paz y serenidad porque con la caridad todo se le hacía suave y bienoliente. No consentía que sus ministros cargasen a los fieles con nuevas exacciones, ni que el principal castigo del que echasen mano fuese la pena pecuniaria, como era costumbre entonces; y recordándole algunos que Santo Tomás de Canterbury lo hacía, por ser cosa que duele a los que no cumplen sus obligaciones, respondió Hugo: «Creedme: Santo Tomás no fue santo por hacer eso, sino por otras muchas virtudes que tuvo, por las cuales el Señor le hizo santo y le dio la palma del martirio». Y no solamente quería que sus ministros tuviesen limpias las manos de toda codicia, sino que también se opuso a los otros obispos, trabajando para que se quitase la mala costumbre que se había introducido de que los

mismos obispos impusiesen tributos a su pueblo en ciertas circunstancias políticas. Su piedad y entrañas, más que de padre, para los pecadores que solicitaban penitencia, fue admirable. Finalmente, en todas las cosas se mostró eximio pastor, y refugio seguro de todos los afligidos y atribulados.

Cuando el rey Ricardo I (Corazón de León) sucedió a su padre Enrique II, Hugo tuvo con él varios encontronazos, dada la mala condición del rey enfrentada con la entereza del obispo. Cuando Ricardo guerreaba en Francia y, gastado su patrimonio real en pagar a su ejército, quiso que los obispos le socorriesen en aquella necesidad, y envió a Inglaterra un arzobispo para que reuniéndoles así se lo propusiese; y aunque los más condescendieron con la voluntad del rey, Hugo, considerando que dichos impuestos eran muy onerosos para el pueblo, se negó en redondo; el enfado del rey se confirmó exiliando a Hugo y confiscándole los bienes. Aunque también es cierto que, poco después, el rey se arrepintió y le pidió perdón.

El santo obispo, animado y confortado con la protección del Señor, a quien tan fielmente servía, nunca hizo caso de las amenazas ni de los espantos de los hombres, ni de otros peligros de muerte, que aun los varones valientes y esforzados suelen temer. Por esto, habiendo avisado y reprendido gravemente Hugo al rey de Inglaterra, éste comentó con sus privados: «Si todos los obispos fuesen como Hugo, no podrían nada contra ellos todos los reyes y príncipes de la tierra». Y ésta fue la causa por la que Hugo fue llamado «Martillo de los reyes».

Era muy puntual en rezar el oficio divino, sin anticiparlo ni posponerlo, por grave que fuese la ocupación que se le ofrecía. Una vez, haciendo Hugo camino con unos obispos y habiendo de pasar por algunos desfiladeros llenos de salteadores, casi todos salieron de la posada muy de madrugada, para no caer en sus manos, mas él se quedó rezando Vigilias, para cumplir primero con aquella obligación; los obispos madrugadores cayeron en manos de los bandidos y fueron maltratados y robados, mientras que Hugo, que salió después de ellos, pasando por los mismos caminos los halló libres y desiertos. Celebraba misa todos los días muy fervorosamente, y algunos dicen que extáticamente, y estaba tan firme en la fe en creer que debajo de las

especies sacramentales está el verdadero Cuerpo y verdadera Sangre de Cristo, que habiéndole contado que diciendo misa un sacerdote, al frangir la hostia salía sangre de ella, nunca quiso ir a verlo, sino que respondió que «él no tenía necesidad de aquellas señales para creer lo que creía». Cada año, al menos una vez, iba a su antiguo monasterio del que siempre quiso ser responsable, para recogerse como a puerto sagrado y vivía entre los monjes con tanta modestia, que en ninguna cosa se distinguía de ellos sino en el anillo que en el dedo traía. Esto no es de extrañar porque ninguna cosa deseaba más que vivir como monje en su cartuja; y para esto suplicó muchas veces a los romanos pontífices que le librasen de su pesada carga, mas nunca lo pudo alcanzar; antes, los Papas le encargaban las cosas más importantes que acontecían en el reino de Inglaterra, confiados en su valor y prudencia.

Juan sin Tierra, habiendo sucedido a su hermano Ricardo en el reino de Inglaterra, lo envió como embajador ante el rey de Francia para procurar la paz, que se consolidó con el tratado de Goulet. Aprovechó su viaje para visitar Fontevrault, donde estaba enterrado Ricardo, y más tarde Saint Denis. Bajó luego a Grenoble para pasar por su monasterio de la Gran Cartuja, tan amada y tan añorada, donde pasó tres semanas. Tampoco quiso dejar de ver y visitar los grandes monasterios luz y vigías de la cristiandad en aquellos momentos, como Cîteaux, Clervaux y sobre todo Cluny. A su regreso, en el verano de 1200, se detuvo en Canterbury para orar ante la tumba de Thomas Becket a quien debía el monasterio de Witham, ya que ése fue el monasterio que sirvió a Enrique para expiar su delito de asesinato de Thomas.

Pero al llegar a Londres sus fuerzas empezaron a fallarle y tuvo que ponerse en cama. Y al decirle que era necesario que hiciese testamento, contestó, no sin algún desdén: «No estoy de acuerdo con esa costumbre, porque yo ninguna cosa he tenido, ni tengo, que no sea de la iglesia que he gobernado; pero para que el fisco no entre en lo que no es suyo, estos bienes que parece que tengo, dense a los pobres». Le visitaron el rey y el arzobispo de Canterbury y se preocupó de dar sus últimas normas para su diócesis, así como de agenciar los dineros necesarios

para que se concluyese la catedral de Lincoln que él había mandado levantar con planos del arquitecto francés Geoffroy de Noyers.

Finalmente recibió todos los sacramentos con extrema devoción el mismo día aniversario de su consagración episcopal, consolando a sus hijos y servidores que lloraban su partida; y echado en el suelo sobre el cilicio y la ceniza, cantando los clérigos y monjes Completas, al tiempo que decían: *Nunc dimittis servum tuum, Domine,* entregó su espíritu a su Criador, el 17 de noviembre de 1200, a los setenta años de edad y quince de episcopado. Llevaron su cuerpo desde Londres, donde murió, a su catedral de Lincoln, con gran solemnidad, concurriendo de todas partes innumerable gente para ver, tocar y reverenciar el cuerpo de tan santo pastor. Asistieron a su entierro el rey de Inglaterra, Juan, y el rey de Escocia, con sus cortes, tres arzobispos, catorce obispos, más de cien abades y una infinita muchedumbre del pueblo.

Se cuentan muchas gracias y milagros obrados por Dios y atribuidos a la intercesión de San Hugo. Por ellos, y mucho más por la información de su santa vida, le canonizó y puso en el catálogo de los santos el papa Honorio III. El 6 de octubre de 1280, fueron trasladados sus restos con gran reverencia y fiesta, estando presentes el rey y la reina de Inglaterra, el rey de Navarra, dos arzobispos, muchos obispos y abades, caballeros, señores y grandes del reino. Hallaron el cuerpo, cuando le descubrieron, muy bien conservado, y con el hábito de monje que solía llevar y con el que había sido sepultado; el santo cuerpo fue colocado en un arca adornada de oro y plata y pedrería que se conservó en la catedral de Lincoln, hasta la reforma anglicana.

LUIS M. PÉREZ SUÁREZ, OSB

Bibliografía

BAUDOT, J. - CHAUSSIN, L., OSB, *Vie des saints et des bienheureux*... XI: *Novembre* (París 1940) 479-587.

CROISSET, J., SJ, *Año cristiano, o ejercicios devotos para todos los días del año. Noviembre* (Barcelona 1862) 312-321.

Dictionnaire d'histoire et de géographie ecclésiastiques. XXV: *Hubert-Iriarte Estañán* (París 1995) cols.241-243).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN ACISCLO DE CÓRDOBA

Mártir († s. IV)

El nuevo *Martirologio romano* ha dejado de conmemorar junto con San Acisclo a Santa Victoria, a la que el martirologio anterior presentaba como hermana de Acisclo, a tono con la tradición vigente en la iglesia cordobesa. Y la razón de esta omisión es que en las fuentes primitivas y en todo el período mozárabe San Acisclo aparece solo, siendo únicamente a partir del siglo VIII cuando se empezó a hablar de ella, sin que por eso se la conociera en Córdoba en los siglos IX-X. Es probable que en realidad se trate de aquella Santa Victoria que el *Martirologio jeronimiano* conmemora el 17 de noviembre como mártir en Hierápolis. Acisclo es celebrado como mártir en la obra de Prudencio *(Peristephanon,* IV,19-20), y por las obras de San Eulogio y Racemundo conocemos que tenía dedicada una basílica en Córdoba, basílica en la que San Eulogio recibió su educación y en la que se enterraron algunos mártires mozárabes, como Perfecto, Anastasio, Argimiro, Sisenando, y las cabezas de las santas Flora y María. En esa basílica estaba la tumba del santo y fue objeto durante muchos siglos de la veneración de los fieles. Lo probable es que este martirio fuera en la persecución de Diocleciano, a comienzos del siglo IV.

SANTA HILDA

Abadesa († 680)

Hilda nace el año 614 en Nortumbria, de cuyo rey San Eduino era pariente. Sus padres eran paganos. Envenenado su padre por el regente Cedric, Hilda entró a formar parte del séquito del rey Eduino en York, y cuando el rey se bautizó, se bautizó también ella en 627, administrándole el bautismo San Paulino. Deseaba ser monja pero no realizó su deseo hasta los 33 años, cuando ingresó en el monasterio de Hartlepool, junto al río Wear, del que muy pronto es hecha abadesa. San Aidano la llevó en 657 al monasterio de Whitby como abadesa del doble monasterio. Ella dio mucha importancia a la formación

intelectual de los monjes, de entre los que salieron obispos y santos, entre ellos San Juan de Beverley, y asimismo cuidó mucho la formación religiosa de sus monjas, estando entre ellas Santa Elfleda, que fue su sucesora en el cargo de abadesa. Era partidaria de la observancia céltica, pero desde que el sínodo de Whitby, secundado por ella misma en 664, se decidiera por la observancia romana y el paso a la Regla de San Benito, ella se adaptó a lo acordado. Aparece como una de las grandes figuras del monacato británico. Nobles y gobernantes la tenían por inspirada consejera. Padeció con gran coraje una larga enfermedad que ella no consideró suficiente motivo para dejar sus trabajos y actividades. Murió el 17 de noviembre de 680. Muy pronto fue venerada como santa.

SAN HUGO DE NOVARA

Abad († 1180)

Era un monje de Claraval, discípulo y compañero de San Bernardo, a quien el santo doctor envió a Italia, estableciéndose primero en Casamari, donde funda un monasterio cisterciense. Luego de unos años pasa al monasterio de Sambucina, y en 1172 es, a su vez, encargado por este monasterio de fundar uno nuevo en Novara, al frente del cual quedó. De esta forma él inició el primer monasterio cisterciense en Sicilia, en la diócesis de Messina. El abad Hugo se acreditó por su santidad, y cuando murió, en fecha no determinada, pero ciertamente posterior a 1172, fue enseguida tenido como santo y comenzó a recibir culto popular. Este culto ha seguido y Novara lo tiene como su patrono. La Orden Cisterciense solicitó y alcanzó de la Congregación de Ritos en 1928 la concesión de su oficio y misa en la Congregación italiana de la Orden.

BEATA SALOMÉ DE CRACOVIA

Abadesa († 1268)

Nace en Cracovia el año 1211 en el seno de la familia real, hija del príncipe Leszec el Rubio, príncipe de Cracovia. Con

sólo tres años es desposada con Colomán, hijo del rey Andrés II de Hungría y hermano de Santa Isabel, que tenía entonces 6 años. En 1214 Colomán y Salomé son coronados reyes de Galizia (Halicz) por concesión de Inocencio III. Pero tres años más tarde Halicz fue ocupada por el príncipe ruteno Mstislaw que los hace prisioneros, y estando presos deciden ambos hacer voto de virginidad. Llevan un género de vida austera y llena de obras de piedad y caridad. Colomán, encargado de gobernar Dalmacia y Eslavonia, muere en batalla contra los tártaros en 1241. Salomé vuelve a Polonia y decide abandonar las glorias del mundo para ingresar en un monasterio de clarisas. Toma el santo hábito en el monasterio de Sandomierz en 1245 y luego funda el de Zavischost, a donde se traslada y que en 1259 hubo de abandonar para trasladarse a Skala a causa de las incursiones de los tártaros. Veintitrés años vivió en el claustro, queriendo para sí la vida más humilde y prohibiendo que nadie le recordara su antigua condición de reina. Elegida abadesa por sus hermanas de comunidad, procuró regirla con verdadero espíritu franciscano. Murió con gran fama de santidad el 17 de noviembre de 1268 y su cuerpo fue llevado al monasterio de los franciscanos de Cracovia, donde estaba el de su esposo. El papa Clemente X confirmó su culto el 17 de mayo de 1672.

SAN JUAN DEL CASTILLO

Presbítero y mártir († 1628)

Dos días después del martirio de los santos Roque González y Alonso Rodríguez, misioneros jesuitas en el Paraguay, fue martirizado el también jesuita y misionero Juan del Castillo. Añadimos aquí algunos datos suyos a lo ya dicho en la biografía de San Roque González de Santa Cruz (cf. 15 de noviembre).

Juan del Castillo, hijo de Alonso del Castillo y María Rodríguez, nació en Belmonte (Cuenca) el 14 de septiembre de 1596. Sus padres, personas devotas y de posición acomodada, quisieron darle a su hijo una esmerada educación y formación literaria, y lo enviaron a la Universidad de Alcalá donde empezó el estudio de Leyes. Pero al concluir el primer año de estudios sintió la vocación religiosa e ingresó en la Compañía de Jesús el 22

de marzo de 1614 en el noviciado de Madrid. Pasa seguidamente al colegio de Huete y se siente inclinado a ofrecerse para la labor misionera de la Compañía en las Indias. Partió el 2 de noviembre de 1616 y llegó a Buenos Aires unos meses más tarde, siendo enviado al Colegio Máximo de Córdoba, en Argentina, para los estudios de filosofía y teología. Terminados éstos, se ordenó sacerdote en 1625, y fue seguidamente enviado a las famosas Reducciones del Paraguay, siendo destinado a la reducción de San Nicolás, en la que empezó su trabajo, poniendo toda su voluntad y amor en el servicio de civilización y cristianización que las reducciones se proponían. Al tiempo de su martirio estaba destinado en la reducción de la Asunción de Yjuí, y fue una víctima más de la instigación del hechicero Nezú contra la obra evangelizadora de los jesuitas. El día 17 de noviembre de 1628 estaba el P. Castillo matriculando a un cacique con su gente cuando otro cacique hechicero, entrado en la conspiración antimisionera, mandó a otro indio que sujetase al misionero. Éste preguntó qué pasaba, pero asido entre varios fue llevado al monte donde le despojaron de la ropa, le ataron por las muñecas y lo arrastraron, desencajándole un brazo, mientras le daban golpes en el vientre. El misionero decía que por el amor de Dios moría con gusto. Llegados a un lodazal, le dieron con una gran piedra en la cabeza y lo tiraron al lodazal donde expiró. Luego lo dejaron en pleno monte para que fuera pasto de las fieras. Juan del Castillo y sus compañeros fueron canonizados en Asunción (Paraguay) el 16 de mayo de 1988.

SANTOS JORDÁN DE SAN ESTEBAN (JACINTO) ANSALONE Y TOMÁS HIOJI ROKUZAYEMON NISHI

Religiosos y mártires († 1634)

JACINTO ANSALONE había nacido el año 1598 en S. Stefano Quisquina, en la provincia de Agrigento, en Sicilia. Sintió la vocación religiosa e ingresó en la Orden de Predicadores el año 1615 y profesó con el nombre de fray Jordán de San Esteban. Cuando supo la necesidad de misioneros que tenía Japón, envuelto en una fuerte persecución religiosa, pidió permiso para pasar de la Provincia dominicana de Sicilia a la del Santo

Rosario, que era la de los misioneros de Oriente. Vino a España, al convento de Trujillo, aquí se ordenó sacerdote y a pie y mendigando su sustento, marchó a Sevilla, donde embarcó en 1625. Cruzado el Atlántico, se hallaba en tierras americanas cuando se le preguntó si deseaba volver a su tierra natal, contestando que estaba firme en su vocación misionera. Llegó a Manila en julio de 1626 y fue destinado a la misión del valle de Cagayán, pasando en 1627 al hospital de Gabriel de Binondo, dedicado al cuidado material y espiritual de los chinos. Aprendió el idioma chino y se dedicó a la labor misionera entre ellos con plena entrega. Cuando llegó en 1632 la oportunidad de viajar a Japón, se ofreció a hacerlo disfrazado de comerciante chino. Desembarcó en Nagasaki el 12 de agosto de 1632. Luego de encontrar a Santo Domingo Ibáñez de Erquicia en circunstancias dramáticas, marchó a su destino, que fue una aldea, a fin de aprender el japonés. Lo aprendió pronto. Vio cómo los otros misioneros eran martirizados, y él, convertido en vicario, se multiplicó cuanto pudo por atender pastoralmente a tantos cristianos. Cayó enfermo, pero se curó y reemprendió su tarea. Y entonces lo visitó su compañero de hábito fray Tomás de San Jacinto (Tomás Hioki). Con él sería cogido preso el 4 de agosto, fiesta entonces de Santo Domingo de Guzmán.

TOMÁS HIOJI ROKUZAYEMON NISHI había nacido en 1590 en Hirado, capital de la isla de Kyosho, de padres cristianos, que al poco tiempo recibieron la palma del martirio. Ingresó en el colegio de los jesuitas de Nagasaki para ser catequista, tarea que ejerció con mucho celo. Luego decidió ser sacerdote y se embarcó para Manila donde estudió Teología. El 15 de agosto de 1625 comenzó el noviciado en la Orden de Predicadores. En el momento oportuno se ordenó sacerdote. Pudo, después de un viaje providencial a Formosa, entrar camuflado en Japón: era el mes de noviembre de 1629. Se sabe que se encontró con el P. Erquicia y posteriormente con San Lucas del Espíritu Santo, pero no se tienen noticias muy pormenorizadas de su apostolado. Como queda dicho, estando con fray Jordán de San Esteban fue cogido prisionero.

Una vez arrestados, dejaron sus disfraces y vistieron ya de dominicos, declarando así quiénes eran y a qué habían ido al

Japón. Encarcelados, mal alimentados, padecieron diferentes interrogatorios y les dieron el tormento del agua ingurgitada en busca de su apostasía, y también quisieron atraerlos con halagos y promesas. Les aplicaron el tormento de las cañas incrustadas en las uñas. Por fin fueron condenados a la muerte en el tormento llamado de la horca y la hoya. Con ellos fueron condenados sesenta y nueve cristianos.

Fueron beatificados el 18 de febrero de 1981 por el papa Juan Pablo II en Manila y canonizados el 18 de octubre de 1987, Jornada Mundial de las Misiones (DOMUND). Forman parte del grupo de dieciséis mártires cuya memoria liúrgica está fijada el 28 de septiembre.

BEATO LOPE SEBASTIÁN HUNOT

Presbítero y mártir († 1794)

Lope Sebastián Hunot nació el 7 de agosto de 1745 en Brienon-l'Archevêque, Yonne, Francia, hijo de Juan Hunot, labrador, y de su esposa Juana Gibault. Habiéndose decidido por la vocación eclesiástica, recibió la tonsura el 18 de abril de 1767, las órdenes menores el 22 de septiembre de 1770, el subdiaconado el 30 de marzo de 1771, el diaconado el 21 de diciembre del mismo año y el sacerdocio el 18 de abril de 1772. Para entonces, y desde el 14 de noviembre de 1770, había recibido un canonic .to en la colegiata de su pueblo natal, del que había tomado posesión el 15 de febrero siguiente. Su hermano Juan era también canónigo y tesorero de la misma iglesia y tenía a su cargo la parroquia, de la que Lope Sebastián fue nombrado vicario. Morirá mártir como él en Rochefort e igualmente su primo Francisco, también canónigo, siendo los tres Hunot beatificados juntamente. Llegada la Revolución prestó el juramento constitucional el 30 de enero de 1791, pero cuando el Papa condenó la constitución civil del clero, retractó su juramento (15 de julio de 1792), por lo que fue denunciado y obligado a devolver sus pagas. El 16 de abril de 1793 un juez del tribunal criminal mandó detener a los tres Hunot, y quedaron retenidos en la casa de Juan. Lope fue transferido a la casa de reclusión de Auxerre el 30 de octubre de 1793 por orden del Comité central

de Saint-Florentin. El 27 de abril de 1794 es enviado a la deportación bajo la acusación de no juramentado. Muy enfermo, resistió hasta el 17 de noviembre de 1794, habiendo pedido a sus compañeros sacerdotes le diesen la absolución y la recomendación del alma y mostrando una gran entrega a la voluntad de Dios y confianza en su misericordia. Fue beatificado el 1 de octubre de 1995 por el papa Juan Pablo II.

BEATO JOSAFAT KOCYLOVSKY

Obispo y mártir († 1947)

Nació el día 3 de marzo de 1876 en la población de Pakosivka, región de Sianok, en Polonia. Decidida su vocación sacerdotal, marcha a estudiar a Roma, y recibe la ordenación el 9 de octubre de 1907. Es nombrado vicerrector del seminario de Stanislasviv (hoy Ivano-Frankivsk) y profesor en el mismo centro. Y estando aquí maduró su propia vocación personal y decidió hacerse monje, ingresando en la Orden Basiliana de San Josafat, empezando el noviciado el 2 de octubre de 1911. Fue un excelente religioso y ejemplar sacerdote, mostrando una gran fortaleza espiritual y firme decisión cristiana, por lo que fue elegido para obispo de Przemysl de los ucranios, es decir de la Iglesia uniata, el 23 de septiembre de 1917. Poco después tenía lugar en Rusia la revolución comunista. Él, superando dificultades, se entregó por completo a su ministerio y dio gran prueba de fe y de valor en los años difíciles que siguieron a la I Guerra Mundial e igualmente en los años de la II Guerra. Recién acabada ésta, las autoridades comunistas polacas procedieron a arrestarle (17 de septiembre de 1945), permaneciendo en la cárcel hasta febrero del año siguiente en que fue puesto en libertad. Pero el 11 de febrero de 1946 volvieron a arrestarlo, como a tantos otros ucranianos de Polonia, y fue llevado a Kiev y encerrado en un calabozo, en el que su salud se resquebrajó notablemente a causa de una fuerte pulmonía. De ahí lo pasaron al campo de concentración de Capaivca (Kiev), y se le propuso pasarse a la ortodoxia, lo que rechazó con toda energía, manteniendo firme su comunión con Roma. En ese campo murió el 17 de noviembre de 1947 a causa de una hemorragia

cerebral. Fue beatificado el 27 de junio de 2001 por el papa Juan Pablo II.

18 de noviembre

A) MARTIROLOGIO

1. La dedicación de las basílicas romanas de los santos Pedro y Pablo, en el Vaticano y en la Via Ostiense respectivamente **.
2. En Antioquía de Siria, San Román († 303), diácono y mártir *.
3. En Colombier (Aquitania), San Patroclo († 576), presbítero y ermitaño.
4. En la Bretaña Menor, San Maudeto o Mawes († s. V), abad.
5. En Coutances (Neustria), San Romacario († s. VI), obispo.
6. En territorio de Velay (Aquitania), San Teofredo o Teofrido († 752), abad y mártir.
7. En Tours (Neustria), el tránsito de San Odón († 942), abad de Cluny **.
8. En Nagasaki (Japón), beatos Leonardo Kimura, religioso jesuita, Andrés Murayama Tokuan, Cosme Takeya, Juan Yoshida Shoun y Domingo Jorge († 1619), mártires *.
9. En St. Charles (Missouri), Santa Filipina Rosa Duchesne († 1852), virgen, de la Sociedad del Sagrado Corazón **.
10. En Ceccano (Italia), Beato Grimoaldo de la Purificación (Fernando) Santamaría († 1902), religioso pasionista *.
11. En Wal-Ruda (Polonia), Beata Carolina Kózka († 1914), virgen y mártir *.
12. En Madrid, beatas María Gabriela Hinojosa Naveros, Teresa María Cavestany Anduaga, Josefa María Barrera Izaguirre, María Inés Zudaire Galdeano, María Cecilia Cendoya Araquistain, María Ángela Olaizola Garazarga, y María Engracia Lecuona Aramburu († 1936), vírgenes, religiosas de la Orden de la Visitación de Nuestra Señora, mártires **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

DEDICACIÓN DE LAS BASÍLICAS DE SAN PEDRO Y DE SAN PABLO EN ROMA

Durante el siglo III los cristianos comienzan a dar culto litúrgico a los mártires, sus hermanos en la fe, que amaron a

Dios más que a su propia vida. El culto empieza en las mismas tumbas. La comunidad cristiana se reúne lo más cerca posible del sepulcro para conmemorar el aniversario del martirio. En estas reuniones se celebraba la santa misa y un testigo presencial relataba las vicisitudes del martirio o bien se leían las actas. No era raro ver en primera fila al hijo, al padre o a la esposa del glorioso mártir. La tumba de un mártir constituye una gloria local, y, visitada en un principio por parientes y amigos, acaba por convertirse en centro de peregrinación. En el siglo IV, cuando la Iglesia goza de paz después del azaroso período de persecuciones, se levantan bellas basílicas en honor de los mártires, procurando siempre que el altar central (el único que había entonces en las iglesias) se asiente encima del sepulcro, aunque para ello tengan que nivelar el terreno o inutilizar otras sepulturas. Desde la iglesia se podía descender por escaleras laterales hasta la cámara sepulcral o cripta, situada debajo del presbiterio, en donde estaba el cuerpo del mártir.

No se conservan las tumbas de los mártires de los dos primeros siglos, por la sencilla razón de que aún no se les daba culto. Hay, empero, dos excepciones, y son la tumba de San Pedro, primer Papa, y la de San Pablo, Apóstol de los gentiles. Ambos fueron martirizados en Roma hacia el año 67, en distinta fecha, aunque la liturgia celebre su fiesta el mismo día. San Pedro fue crucificado, según tradición, y los cristianos le dieron sepultura en un cementerio público de la colina Vaticana, junto a la Via Aurelia, mientras que San Pablo murió decapitado (tuvieron con él esta deferencia por tratarse de un ciudadano romano), siendo enterrado en la Via Ostiense, muy cerca del Tíber. Tenían los dos mucha importancia en la fundación de la Iglesia romana para que los cristianos perdieran el recuerdo de sus tumbas. Efectivamente, hacia el año 200, el sacerdote romano Gayo, en una discusión con Próculo, representante de la secta montanista, le decía a éste:

> «Yo te puedo mostrar los restos de los apóstoles; pues, ya te dirijas al Vaticano, ya a la Via Ostiense, hallarás los trofeos de quienes fundaron aquella Iglesia» (EUSEBIO, *Historia eclesiástica,* II,25,7).

Cesaron las persecuciones y Constantino subió al trono imperial. Por aquellos días gobernaba la Iglesia el papa San Silves-

tre. Su biógrafo, en el *Liber pontificalis,* dice que el emperador construyó, a ruegos del Papa, la basílica sobre la tumba de San Pedro. La empresa no fue fácil, pues el sepulcro estaba en una pendiente bastante pronunciada de la colina. Tuvieron que levantar altos muros a un lado, ahondar el terreno en otro y nivelar el conjunto hasta obtener una gran plataforma. El Papa la dedicó en el año 326 y, según se lee en el *Breviario romano,* erigió en ella un altar de piedra, al que ungió con el sagrado crisma, disponiendo además que, en adelante, tan sólo se consagraran altares de piedra. Era una basílica grandiosa, a cinco naves, con un pórtico en la entrada, y que perduró por toda la Edad Media. Debajo del altar, a unos metros de profundidad había la cripta con la tumba del apóstol, la cual fue recubierta con una masa de bronce y una cruz horizontal encima, toda ella de oro, de 150 libras de peso, debido a la munificencia de Constantino. La cripta era inaccesible, pero los peregrinos para confiarse al Santo se acercaban a la ventanilla de la confesión (una abertura que había en la parte delantera del altar), y desde allí, por un conducto interior, hacían descender lienzos y otros objetos que tocaran el sepulcro. Dichos objetos eran conservados como recuerdo y venerados a modo de reliquias. Así como la basílica de Letrán, edificada también por Constantino y dedicada en un principio al Salvador, era considerada como la catedral de Roma y fue residencia de los Papas por toda la Edad Media, la de San Pedro venía a ser la catedral del mundo. En ella se reunían los fieles en las principales festividades del año litúrgico: Navidad, Epifanía, Pasión, Pascua, Ascensión y Pentecostés. El nuevo Papa recibía la consagración en San Pedro y allí era sepultado al morir. En ella eran ordenados los presbíteros y diáconos romanos.

Constantino cuidó también de la edificación de la basílica de San Pablo sobre la tumba de este apóstol en la Via Ostiense. Era un edificio más bien pequeño; por eso algunos años después, en tiempo del emperador Valentiniano, construyeron otra mucho mayor a cinco naves, de orientación contraria a la anterior, sin tocar, no obstante, el altar primitivo. Todavía se conservan hoy, en la mesa del altar, los agujeros por los que en otros tiempos se hacían descender los lienzos y los incensarios para perfumar el sepulcro.

Desde un principio, ambas basílicas ofrecen una historia parecida. Son los dos templos más visitados de Roma y se convierten en centros mundiales de peregrinación. Desde todas partes del orbe cristiano se iba a rendir homenaje a los «Príncipes de los apóstoles» *(ad limina apostolorum).* Era tal la concurrencia de peregrinos que el papa San Simplicio, en el siglo V, estableció en ambas basílicas un servicio permanente de sacerdotes para administrar el bautismo y la penitencia. Cuando Alarico sitió la ciudad de Roma en el año 410, prometió a los romanos que las tropas respetarían a quienes se refugiasen en las basílicas apostólicas. A propósito de esto nos cuenta San Jerónimo que la noble dama Marcela huyó de su palacio del Aventino y corrió a la basílica de San Pablo «para hallar allí su refugio o su sepultura». En invasiones posteriores, los romanos no tuvieron tanta suerte, y las basílicas apostólicas fueron saqueadas más de una vez. A fin de evitar tantos desastres, León IV, en el siglo IX, hizo amurallar la basílica vaticana y los edificios contiguos, creando la que en adelante se llamó Ciudad Leonina. Lo propio hizo luego el papa Juan VIII con la basílica de San Pablo. El nuevo recinto tomó el nombre de Joanópolis.

La confesión y el altar de San Pedro sufrieron diversas restauraciones en el decurso de los siglos. Al final de la Edad Media, la basílica vaticana, además de resultar pequeña, amenazaba ruina; por lo cual el papa Nicolás V determinó la construcción de la actual. Tomaron parte en los trabajos los arquitectos más destacados de la época y los mejores artistas. La obra duró varios pontificados, hasta que fue consagrada por el papa Urbano VIII en 18 de noviembre de 1626, exactamente a los trece siglos de haber sido erigida la anterior. La actual basílica tiene la forma de cruz latina con el altar en el centro de los brazos y en el mismo sitio que ocupaba el anterior, pero en un plano más elevado. Ocupa un espacio que rebasa los quince mil metros cuadrados. La longitud total, comprendiendo el pórtico, es de doscientos once metros y medio. La nave transversal tiene ciento cuarenta metros. La cúpula se eleva a ciento treinta y tres metros del suelo, con un diámetro de cuarenta y dos metros. No hace falta decir que es la mayor iglesia del mundo. En las recientes excavaciones llevadas a cabo por indicación del papa

Pío XII, se hallaron las capas superpuestas de las distintas restauraciones; de modo que las noticias que se tenían sobre la historia de la tumba han sido admirablemente confirmadas por los vestigios monumentales que han ido apareciendo en el decurso de las excavaciones. Debajo del altar actual apareció la confesión y el altar construido por Calixto II en el siglo XII. Debajo de éste había otro altar, el que edificó el papa San Gregorio el Magno hacia el año 600. Más abajo estaba la construcción sepulcral del tiempo de Constantino. Y, ahondando más, dieron con el primer revestimiento de la tumba, que, según la tradición, había sido hecha en tiempo del papa Anacleto, pero que el estudio atento de los materiales empleados ha puesto en claro que fue en tiempos del papa Aniceto, hacia el año 160. La equivocación de estos dos nombres en documentos posteriores es por demás comprensible. Finalmente, debajo de la memoria del papa Aniceto se halló una humilde fosa excavada en la tierra y recubierta con tejas (según costumbre) con los restos del apóstol.

La basílica de San Pablo, también a cinco naves separadas por veinticuatro columnas de mármol, enriquecida con mosaicos y por los famosos medallones de todos los Papas, era considerada en la Edad Media como la basílica más bella de Roma. Pero, en 1823, un incendio la destruyó casi por completo. León XII ordenó la reconstrucción siguiendo el mismo plano y aprovechando lo que se había salvado de la antigua, entre otras cosas, el famoso mosaico del arco triunfal del tiempo de Gala Placidia. La consagró Pío IX el 10 de diciembre de 1854, con asistencia de muchos cardenales y obispos de todo el orbe que habían acudido a Roma para la proclamación del dogma de la Inmaculada, que tuvo lugar dos días antes. Se estableció, sin embargo, que el aniversario de la consagración continuase celebrándose el 18 de noviembre. De esta forma se ha respetado una vez más el interés de la sagrada liturgia en unir en un mismo día (29 de junio) la fiesta y la dedicación (18 de noviembre) de los dos apóstoles columnas de la Iglesia, tan dispares en su origen (el uno apóstol y el otro perseguidor), tan diversos en su apostolado (el uno representa la tradición y el otro la renovación), pero unidos ambos por el martirio bajo una misma

persecución, y unidos, sobre todo, por el mismo amor ardiente y sincero a Jesús.

JUAN FERRANDO ROIG

Bibliografía

HÜLSEN, CH. C. F., *Le chiese di Roma nel medioevo* (Florencia 1927).
KIRSCHBAUM, E. - JUNYENT, E. - VIVES, J., *La tumba de San Pedro y las catacumbas romanas* (Madrid 1954).
MARUCCHI, H., *Basiliques et églises de Rome* (París 1902).
SCHUSTER, A. I., *Liber sacramentorum,* I (Turín 1941).

SAN ODÓN DE CLUNY

Abad († 942)

Era a principios del siglo IX cuando la vida monacal tomaba singular esplendor e incremento gracias a la protección de Carlomagno y Ludovico Pío. Un visigodo, Witiza, en religión Benito de Aniano, había obrado una profunda reforma que abarcó desde las riberas del Rhin hasta nuestro Llobregat, pero su obra adolecía de un defecto básico: la excesiva intromisión del poder imperial. Es por esta y otras causas por lo que paulatinamente se relajó la disciplina y prevaleció el desorden, mientras quedaba latente el espíritu de superación monástica iniciado por nuestro consanguíneo Witiza. Así nacía en 910, espontánea y libremente, un movimiento mucho más eficaz, Cluny, que, independiente de toda influencia seglar, utilizó, en cambio, el instrumento más poderoso de aquellos tiempos: la estructura feudal. Movimiento de reforma originariamente enraizado en San Benito de Aniano, sabe prescindir de uno de sus defectos básicos y utilizar, en cambio, los sistemas característicos de la época. No es Cluny una congregación monástica en el sentido moderno de la palabra; Cluny es un típico producto medieval. La analogía entre el feudalismo medieval y la organización monástica cluniacense es notable. Abades y priores de una gran multitud de monasterios se unieron al abad de Cluny de manera análoga a como lo hacían los vasallos para con sus señores feudales.

Con nuestra mentalidad moderna nos es difícil a veces comprender la adaptación de ciertos movimientos religiosos a su época. Cluny tuvo en seguida el afecto popular. Las abadías eran consideradas *arces Dei* (fortalezas de Dios): las almas de los difuntos encontraban, gracias a las oraciones de los monjes, pronto refrigerio; su esplendoroso culto y su espíritu, saturado de simbolismo, era centro para muchísimas almas; su riguroso silencio y vida profundamente ascética eran la base de una gran fortaleza espiritual; su caridad, ejercitada sobre todo en una admirable hospitalidad, daba al movimiento un simpático carácter humano-divino, y su cultivo de las ciencias era relativamente notable, si tenemos presente que no habían nacido en aquella época los grandes sistemas escolásticos.

Su primer abad, Bernón (910-926), deriva, en cuanto a su espíritu, de la regla de San Benito de Nursia, interpretada por San Benito de Aniano. El movimiento monástico se centraba entonces en Cluny de la Borgoña y cuatro monasterios más, teniendo ya en germen los factores espirituales y humanos que tanto atractivo ejercerían paulatina y eficazmente en muchísimas almas. Y es en esta época inicial cuando Bernón podrá contar ya con uno de sus mejores discípulos, Odón, cautivado por la inicial grandeza de la vida monástica cluniacense.

Nacido en Tours, era hijo de Abbón, señor de la Tureña. Clérigo en su ciudad natal, en la basílica de San Martín, centro espiritual de Francia, se dedica a resumir los *Morales* de San Gregorio, ya que para los eclesiásticos de aquel tiempo la obra era demasiado extensa. Lee con avidez los clásicos, entreteniéndose singularmente en Virgilio; pero, aumentando en anhelos de perfección, cierra definitivamente los libros profanos para concretar únicamente su estudio en los Santos Padres y en la regla de San Benito, base de su definitiva orientación espiritual.

En 909 daba su aldabonazo al monasterio de Balme, en la Borgoña, en lugar solitario y salvaje. La meditación sobre la regla de San Benito de Nursia había dado sus frutos, y a medida que, a partir del año 910, iban clara y paulatinamente perfilándose las primorosas notas distintivas del movimiento cluniacense, su corazón se enardecía en la observancia de la regla de San

Benito de Nursia interpretada por San Benito de Aniano y nuevamente vigorizada por su maestro Bernón.

Meditando con frecuencia sobre el deplorable estado de la Iglesia, saturado de la grandeza de la vida monacal y contemplativa, vio claramente que la salvación de la sociedad estaba en el monacato, pero como condición previa era necesario reformar antes a los propios monjes. Lógicamente, pues, Odón sucedió a su maestro en el gobierno monárquico-abacial del monasterio borgoñón de Cluny. Su jurisdicción va desde 926 a 942.

Continuó y desenvolvió esplendorosamente la inicial obra de Bernón, troquelándola delicadamente con el sello característico de su personalidad y de su obra fundamental: las Colaciones. Centró la vida monacal en el *opus Dei,* es decir, en los oficios litúrgicos, aumentando las horas de rezo, fomentando el canto sagrado, el esplendor y la magnificencia en las ceremonias litúrgicas, y reduciendo, en cambio, el trabajo manual. A este fin se hace un mayor hincapié sobre la distinción entre sacerdotes y clérigos, que asisten al coro, y los legos o *fratres laici conversi.* Para una más íntima unión con Dios y desprecio del mundo, se insiste en una mayor observancia de la clausura y del silencio. Su proyección hacia el mundo seglar se manifiesta, entre otros hechos, en la devoción a San Gerardo, ejemplo típico de santificación en medio de un ambiente nobiliario saturado de espíritu benedictino.

Odón asceta, muerto al mundo, vive familiarmente la vida de unión con Dios por medio de la plegaria litúrgica; pero hombre de acción a la vez, enardecido en el deseo de salvar almas, va peregrinando, montado en un humilde asno, de un monasterio a otro, constituyéndose en mentor de numerosas almas y restaurando en todas partes la primitiva pureza de la regla benedictina. O como abad general o enviando colonias de monjes para reformar los monasterios, Odón amplió la irradiación cluniacense, saliendo de los iniciales límites de Aquitania y Borgoña. En esta región reforma el monasterio de Romainmoutier. En Aquitania su obra fue mucho más notable, reformando, entre otras, las abadías de Aurillac y San Marcial de Limoges. En Sens, el gran cenobio de San Benito en Fleury-sur-Loire.

Sea para pagar el censo a San Pedro, sea para ser mensajero de paz en las discordias entre Hugo de Italia y Alberico, *princeps omnium romanorum,* tuvo que ir varias veces a Roma. Alberico, tirano del Papado, comprendió por otra parte la fuerza regeneradora del movimiento cluniacense, de la cual Odón era el símbolo y realidad concreta. Éste fue nombrado, a raíz de sus viajes, archimandrita de todos los cenobios romanos, y recibiendo la casa del Aventino, la transformó en el monasterio de Nuestra Señora, centro de formación de numerosos monjes, donde se educará posteriormente el intrépido Hildebrando. San Pablo Extramuros, San Lorenzo y Santa Inés recibieron la observancia cluniacense, mientras fuera de Roma, Subiaco, San Agustín de Pavía y otros monasterios recibían también la irradiación cluniacense.

No obstante la intervención de Alberico, Odón defendió siempre la exención jurídica de toda autoridad que no fuera la papal. Ésta fue la causa predominante de la gran fortaleza cluniacense, de la simpatía popular, de sus éxitos y de su positiva contribución a la reforma de la sociedad con una mayor distinción del elemento espiritual y material, de la potestad eclesiástica y civil, manifestando patentemente la preeminencia de lo espiritual y eclesiástico sobre lo material y civil. Movimiento monástico saturado de espiritualidad y al servicio del Papa, preparó Cluny, al menos indirectamente, la ascensión del Papado con la vital y posterior victoria pontificia en la cuestión de las investiduras.

En 931 Juan XI confirmó la carta fundacional de 910, concediendo a Cluny plena inmunidad y libertad de elección abacial, quedando el monasterio bajo patronato papal. Estos privilegios, la constitución federal, que unía infinidad de cenobios en torno de Cluny, y el latente espíritu de reforma provocaron numerosos conflictos. Exponente de estas luchas y resistencias fue la abadía de Farfa en Italia. Odón no pudo triunfar allí. Cuando la reforma entraba en Farfa, Odón ya había muerto.

Cluny, sin embargo, no tenía una primaria necesidad de imponerse por complicadas instituciones jurídicas. Le bastaba su independencia de todo elemento que no fuera el papal. Odón moría de fiebres violentas en Tours, en el año 942. Lo esencial

de su obra fue, sobre todo, la autoridad y ascendiente moral adquiridos por Cluny durante su período abacial. Quedaba, en el momento de su muerte, un ejército de discípulos saturados del espíritu benedictino. Odón había establecido, para un largo período de la historia de la Iglesia, una manera de vivir y santificarse adaptada a la época. Los largos períodos abaciales que ocurrirán a la muerte de su inmediato sucesor, Aymaro (942-954), perpetuarán, desarrollarán y ampliarán la obra iniciada por Bernón y maravillosamente plasmada por San Odón.

LUIS SERDÁ

Bibliografía

BAUDOT, J., *Dictionnaire d'hagiographie* (París 1925) 495.
DU BOURG, A., *Saint Odon* (París 1905).
FERRON, J., Art. «Cluny», en *Dictionnaire d'histoire et de géographie ecclésiastiques,* XIII: *Clinge-Czorna* (París 1956) cols.41-42.
FLICHE, A. - MARTIN, V., *Histoire de l'Église,* VII: *L'Église au pouvoir des laïques* (París 1948) p.322-324.
GARCÍA VILLOSLADA, R., SI, *Historia de la Iglesia Católica,* II (Madrid [3]1963) 288-290.
HOEFER, F. (dir.), *Nouvelle biographie universelle,* 38 (París 1853) 487.
KOLMER, L., *Odo der erste Cluniacenser Magister* (Deggendorf 1913).
MABILLON, J. - D'ACHERY, L., *Acta Sanctorum Ordinis Sancti Benedicti,* V (París) 158s.
MIGNE, J.-P., *Encyclopédie théologique* 41 (París 1850) 592: PL t.133 c.10-858.

SANTA FILIPINA ROSA DUCHESNE

Virgen († 1852)

Santa Filipina Rosa Duchesne es una valiente y audaz religiosa francesa, de la época de la Revolución, con gran inquietud misionera desde muy joven, que formada con las visitandinas, se integró en la Sociedad del Sagrado Corazón de Jesús que acababa de fundar la M. Sofía Barat, y dedicó gran parte de su vida a propagar el mensaje cristiano y atender a los más necesitados en América del Norte. Su canonización en 1988 ha hecho brillar la luz de una destacada figura del cristianismo de finales del siglo XVIII y mediados del XIX que, en contextos de persecución, violencias o racismos, se lanzó a la aventura de hacerse toda para todos, con la caridad más heroica y abnegada, a fin de ganarlos a todos para Cristo. La pobreza, la humildad y el amor sin límites, generoso y sacrificado, caracterizaron a esta decidida

y valerosa misionera, que cruzó los mares y superó todo género de fronteras con el único deseo de abrir caminos al Evangelio.

Filipina Rosa nació en la ciudad de Grenoble (Francia) el 29 de agosto de 1769 en el acomodado ambiente de una familia burguesa. Su padre, Pedro Francisco, tenía carácter muy fuerte y, aunque respetaba la religión, no era practicante. Su conversión fue literalmente arrancada por las oraciones de su hija Filipina. Era abogado y ocupaba el primer puesto en el Tribunal local, pero, en plena Revolución Francesa, se dedicó también a la política. La madre, Rosa Eufrosina Périer, era una mujer de fe arraigada, muy piadosa y de gran caridad con los pobres.

Filipina Rosa, que era inteligente y vivaz, recibió su primera educación en el ambiente familiar, pero pronto la llevaron al colegio anexo al Monasterio de la Orden de la Visitación en Santa María d'en Haut, fundado por San Francisco de Sales.

Desde muy joven, y a lo largo de su vida, tuvo como referencia espiritual a los padres de la Compañía de Jesús, que continuaban ejerciendo sus actividades como podían incluso después de haber sido suprimida la Orden en Francia por los revolucionarios. De pequeña había oído hablar a uno de ellos de sus fundaciones y trabajos apostólicos en Louisiana (América del Norte), sintiéndose atraída por el apostolado en países lejanos y por el martirio. Ése fue el origen del celo misionero que siempre la animó.

A los 12 años recibió la primera comunión y desde entonces se sintió llamada a vivir en intimidad con Dios en la vida religiosa, pensando hacerse visitandina. Al sospechar este deseo, para evitarlo, el padre la llevó nuevamente a casa, donde recibió clases junto con sus primas. Su intención no era contradecirla, pero pensaba que alejándola de aquel ambiente pronto cambiaría de idea. Ella, sin embargo, firme en su propósito, lo manifestó abiertamente cuando sus padres le propusieron el matrimonio. No tenía ninguna objeción personal contra el joven que le presentaban; lo que quería era hacerse religiosa y, para demostrarlo, dejó de frecuentar desde aquel momento los ambientes mundanos.

Como pasaba el tiempo sin obtener el permiso paterno, en 1787, a los 18 años de edad, acompañada de una tía se dirigió al

Monasterio de la Visitación de María y hablaron con la superiora. Una vez allí, manifestó su decisión de quedarse, a pesar de la insistencia de su tía para que volviera a casa. También lo intentó su madre, pero ella, firmemente decidida, permaneció en el monasterio agradeciendo al Señor que la hubiera dado fuerza para superar ese difícil momento, ya que amaba mucho a sus padres. Inició, pues, la etapa feliz del noviciado, interrumpido por la Revolución Francesa: en 1791 las Hermanas de la Orden de la Visitación de María fueron expulsadas del monasterio.

El padre, influido por las ideas filosóficas del siglo XVIII y viendo que el ambiente revolucionario no favorecía la vida religiosa, se opuso a que hiciese los votos antes de los 25 años, por lo que no permitió a su hija seguir a las religiosas a otro lugar fuera de Francia y la obligó a volver a casa. Nuevamente no pretendía contradecir a Filipina, sino esperar prudentemente el desarrollo de los acontecimientos y que, mayor de edad, su decisión fuera más responsable.

Por entonces, en 1795, fue elegido diputado, distinguiéndose por su enérgica oposición al golpe de estado del 18 brumario (9 de noviembre de 1799) y al consulado vitalicio. Derrotado, se retiró a su granja de Grane, en el departamento de Drôme, a una pequeña villa situada en un lugar envidiable, rodeada de jardines y bosques, que permanecerá en la memoria de la futura santa sobre todo por la pequeña y recogida iglesia parroquial, casi una cripta que conservaba la memoria de sus santos jesuitas preferidos: Francisco Javier y Francisco Regis.

Para Filipina Rosa fueron años difíciles, políticamente marcados por el Régimen del Terror, años en los que también murió su madre, a quien amaba de todo corazón. Por su parte, a la vez que se dedicaba a ayudar a los sacerdotes perseguidos procurándoles alimentos y refugio, buscaba una orden o instituto religioso que le permitiera seguir su vocación de entrega al Señor.

Mientras tanto, estuvo un tiempo con su abuela y alquiló luego un pequeño apartamento en Grenoble, llamando consigo a una anciana religiosa que carecía de recursos económicos y viviendo ambas, en gran pobreza y sencillez, con las rentas de la herencia materna y de la venta de libros piadosos. Allí reunía a

niños para enseñarles el catecismo y atendía a los necesitados. Con frecuencia salía a visitar a los enfermos, a veces con peligro de la propia vida; se informaba de dónde había sacerdotes escondidos y se los llevaba para que les administrasen los últimos sacramentos. También acudió a socorrer a los encarcelados, especialmente a los religiosos, llevándoles, entre mil dificultades, su consuelo y alguna ayuda material.

Su antiguo Monasterio de la Visitación de María había sido transformado en una tétrica prisión. Cuando iba allí para interesarse por los sacerdotes detenidos, recordaba los momentos felices de su noviciado en ese lugar, esperando que días mejores la recondujeran a su querida Sión, como solía llamar a su monasterio.

Llevada por su celo apostólico, para poder seguir ayudando a los perseguidos fundó una asociación, «Las damas de la misericordia», que alcanzó cierta notoriedad en aquellos años de la Revolución Francesa. Sin tener en cuenta los numerosos peligros, se esforzó por ayudar espiritual y materialmente a todos, en especial a los prisioneros que poco después acabarían en el patíbulo. Cuando se aplacó la persecución, se ocupó de los niños pobres y abandonados, sacando fuerza para ello de sus peregrinaciones al sepulcro de S. Francisco Regis.

Rescatado el Monasterio de Santa María d'en Haut, se unieron a la M. Duchesne algunas religiosas visitandinas y de otros Institutos. Pero encontró muchas dificultades para restablecer la vida comunitaria, como hubiera sido su deseo. La Superiora, anciana y enferma, no se consideraba con fuerzas suficientes para ello, y las demás, muchas de ellas en las mismas condiciones, también desistieron, por lo que, al final, Filipina se encontró sola. En esa situación, cuando todo parecía fracasar, tuvo noticia de la congregación fundada en Amiens por la M. Magdalena Sofía Barat para difundir la devoción al Sagrado Corazón de Jesús y restaurar la religión en Francia mediante la educación cristiana de las jóvenes, que entonces se llamaba de las «Hijas de la Fe», y la atrajo mucho. Pero mientras tanto comenzaron a surgir vocaciones en el monasterio de la Visitación de María de Grenoble, reanudándose la vida comunitaria y la tarea de educación de las jóvenes.

Después de haberlo considerado con el P. Varin, consejero espiritual de la Sociedad del Sagrado Corazón fundada por la madre Barat, ésta tomó posesión de ese incipiente Monasterio de Santa María, y así, en 1805, Filipina Rosa comenzaba su noviciado en esta nueva Congregación.

Éste fue el comienzo de una profunda y prolongada amistad entre Filipina Duchesne y la M. Magdalena Sofía Barat. Filipina se dejó formar muy gustosa por la fundadora de la Sociedad del Sagrado Corazón y en 1808 realizó su profesión perpetua, pero insistiendo siempre en su vocación misionera. Continuamente suplicaba a la M. Barat que la dejara marchar al Nuevo Continente.

En enero de 1806 había pasado por el Monasterio de Santa María Don Lestranghe, trapense misionero en América, que despertó vivamente el inicial deseo de la M. Duchesne de dedicarse a las misiones. Se lo comunicó a la M. Barat, quien, dándose por informada de sus disposiciones, le respondió que de momento convenía esperar. Pretendía asegurarse de esta particular vocación.

La espera se prolongó catorce años, durante los cuales, en 1815, la M. Filipina había llegado a ser secretaria general del Instituto. Residía en París, pero pensando solamente en las misiones de África o América.

La ocasión propicia se presentó en 1818, cuando mons. Du Bourg, obispo de Louisiana, pidió religiosas para su diócesis. La M. Sofía Barat aceptó la súplica y finalmente la M. Filipina tuvo la alegría de embarcar en la primavera de ese mismo año con cuatro hermanas del Instituto en Burdeos, camino de San Luis, adonde llegaron tras cuatro meses de un viaje muy penoso.

Pasaron primero por La Habana. Un pasajero cubano, al saber que las religiosas se dirigían a América del Norte para difundir la educación cristiana, les entregó un fuerte donativo, invitándolas a establecerse en Cuba si no encontraban posibilidades en Louisiana. Este deseo del donante se cumplió cuatro años después.

Por fin desembarcaron en Nueva Orleáns. Allí les acogió muy cordialmente mons. Du Bourg, pero como no tenía un convento para ellas, las envió a San Carlos, donde les ofrecieron

una pequeña casa de dos habitaciones hecha con troncos de árboles unidos con barro. Una vez allí, la extrema pobreza y la falta de personal obligaron a las religiosas a trasladarse a Florisant, en Missouri, donde comenzaron a tener algunas alumnas e iniciaron un noviciado para las vocaciones americanas. Fueron años de vida heroica, en los que, a la vez que se acrisolaba su espíritu, dieron vida a nuevas fundaciones. Así, en 1821 comenzaron una casa en Grand Coteau (Louisiana), en 1825 en San Luis y en 1828 reiniciaron la de San Carlos. Aquella fundación inicial de San Carlos en 1818 había sido la primera escuela libre al oeste del Mississipi, y a ella se atribuye el origen del sistema escolar de la diócesis de Missouri.

Con todo ello, la M. Filipina Duchesne demostró tener una gran capacidad organizativa, como bien lo puso de manifiesto la fundación en pocos años de un noviciado y cinco casas con 64 religiosas y más de 350 alumnos. Sin embargo no conseguía aprender bien el inglés, por lo que cedía gustosa a otras los puestos directivos, dedicándose ella a sencillas tareas de administración. Finalmente, en 1840 dejó todos los cargos y vivió como una religiosa más en San Luis, ocupándose preferentemente de los más débiles y necesitados: negros, blancos pobres y los numerosos esclavos existentes entre los 15.000 habitantes de la ciudad. Intentaba así difundir el Evangelio en toda una generación de hombres y mujeres entre los que sólo había encontrado dos sacerdotes para atenderlos. En 1841 se fue con los indios.

Desde su situación discreta y abnegada, la vida de la M. Duchesne fue extraordinariamente fecunda en reciedumbre de espíritu, en caridad generosa y abnegada, en amor a los más necesitados, en testimonio evangélico y en fundaciones. En su tiempo, la Sociedad del Sagrado Corazón se estableció en Nueva Orleáns, La Fourche, Planquemine, Grand Coteau, Baton Rouge, San Miguel, New Madrid, San Luis, San Carlos, Chicago, Detroit, Nueva York y Montreal, poniendo así las bases para una sólida presencia en América del Norte.

La joven valerosa que había ayudado a los perseguidos durante la época del Terror de la Revolución Francesa, arriesgando nuevamente su vida se había convertido en la intrépida mi-

sionera fundadora de nuevos puestos de misión y capaz de soportar el peso de la extrema pobreza, de las contradicciones y de las epidemias. Resultaba así evidente la profunda coherencia entre la novicia de 35 años en Santa María d'en Haut y la anciana religiosa que se marcha con los indios sin comprender su lengua.

En su austera y sacrificada vida no gozó de grandes consolaciones espirituales; más bien lo contrario. Sin embargo la caracterizó siempre la dulzura, la afabilidad, la alegría. Después de una vida larga y fecunda, murió en San Carlos de Missouri el 18 de noviembre de 1852, a los 84 años de edad.

Con gran fama de santidad ya en vida, pronto se convirtieron en focos de veneración de su memoria los lugares donde había transcurrido su existencia y especialmente su tumba, en San Carlos de Missouri. Además, esta primera misionera de la Sociedad del Sagrado Corazón de Jesús, comenzó enseguida a animar el espíritu misionero de las otras religiosas, que se lanzaron a evangelizar distintas partes del mundo.

Filipina Rosa Duchesne fue beatificada por el papa Pío XII el 12 de mayo de 1940, apenas comenzada la II Guerra Mundial, y canonizada el 3 de julio de 1988 por Juan Pablo II. Su elevación a los altares comporta un mensaje de oración, de pobreza y de abnegado servicio misionero. Forma parte, sin duda, de ese conjunto de hombres y mujeres que durante el siglo XIX contribuyeron a extender de manera decisiva el Evangelio fuera de las fronteras europeas, reforzando la imagen de un cristianismo fuerte y difusivo, luchador contra todo género de racismos y discriminaciones y abierto siempre al amor y a la concordia.

MARÍA ENCARNACIÓN GONZÁLEZ RODRÍGUEZ

Bibliografía

BAUNARD, L., *La Beata Filippina Duchesne* (Roma [2]1940).
SYMON, M., *La vénérable mère Philippine et les misions des religieuses du Sacré Coeur* (Lovaina 1926).

BEATAS MARÍA GABRIELA HINOJOSA NAVEROS, TERESA MARÍA CAVESTANY ANDUAGA, JOSEFA MARÍA BARRERA IZAGUIRRE, MARÍA INÉS ZUDAIRE GALDEANO, MARÍA CECILIA CENDOYA ARAQUISTAIN, MARÍA ÁNGELES OLAIZOLA GARAZARGA, MARÍA ENGRACIA LECUONA ARAMBURU

Vírgenes y mártires († 1936)

La hermana María Gabriela Hinojosa Naveros y sus seis compañeras: hermanas Teresa María Cavestany Anduaga, Josefa María Barrera Izaguirre, María Inés Zudaire Galdeano, María Cecilia Cendoya Araquistain, María Ángeles Olaizola Garazarga y María Engracia Lecuona Aramburu, religiosas del Primer Monasterio de la Orden de la Visitación de Santa María en Madrid, más conocido por el nombre de Salesas Reales de la calle Santa Engracia, entregaron su vida en martirio a causa de la fe, seis de ellas el día 18 de noviembre de 1936 y una el 23. María Gabriela, la mayor, que en ese momento hacía las veces de superiora de la pequeña comunidad, contaba 64 años de edad y la más joven, María Cecilia, 26. Las demás oscilaban entre los 36 y los 55 años.

Ya en 1931, cuando recién instaurada en España la II República se incendiaron algunos edificios religiosos, al conocer la noticia de que el Monasterio de la Visitación estaba en la lista de los que pensaban prender fuego, por motivos de prudencia la mayor parte de la comunidad se trasladó a Oronoz, un precioso pueblo navarro en el Valle de Baztán, quedando un pequeño grupo en Madrid. Se libraron del incendio y retornaron al año siguiente, pero se vieron obligadas a proceder del mismo modo en 1936, cuando los extremismos comenzaron a hacer insostenible la situación.

En esta ocasión, de las 83 hermanas que constituían la comunidad, la mayor parte volvió a Oronoz, cuatro fueron al Monasterio de la Visitación de San Sebastián y otras cuatro al de Pamplona. Visto el buen resultado que dio en 1931, quedaron siete en Madrid, cinco de clausura y dos externas, es decir, de las que, perteneciendo a la misma Orden contemplativa y recibiendo la misma formación espiritual, atendían los encargos re-

lacionados con el exterior. Pero esta segunda vez se alquiló un semisótano en la calle Manuel González Longoria, n.º 4, por si se agravaba la situación, como en efecto ocurrió. Al desencadenarse la dura persecución religiosa que siguió al 18 de julio, era sumamente peligroso permanecer en el monasterio y esta pequeña y valerosa comunidad hubo de refugiarse en el lugar previsto donde, despojadas del hábito y escondidas, continuaron en lo posible su vida monástica habitual.

Según afirma una de las visitandinas, el espíritu que reinaba en el monasterio —tanto en las que se fueron como en las que hubieron de permanecer en Madrid— era óptimo:

> «En aquellos momentos difíciles de persecución religiosa, toda la comunidad de religiosas Salesas tenía una gran confianza en Dios, sintiéndose peregrinas hacia el Cielo [...] El comportamiento para con el prójimo entre las hermanas de la comunidad era de una caridad total [...] Como tónica general de todas las religiosas que residían en la comunidad del Primer Monasterio se vivía el perdón a los enemigos, el pedir a Dios por sus almas y sentir una predilección por los pobres y los marginados; hacían penitencia por los pecadores».

El pequeño grupo escondido en el semisótano era bien consciente del peligro que corrían, asumiendo incluso la posibilidad del martirio cuando arreció la persecución religiosa a partir de finales de julio. A algunas de ellas sus familiares las apremiaban a ir a sus casas o a refugiarse en lugares más seguros, como consulados o embajadas, pero decidieron con firmeza permanecer juntas ayudándose recíprocamente a aceptar el martirio si la ocasión se les presentaba. Estaban convencidas de que su sangre, entregada por amor a Jesucristo, podía contribuir a redimir los males presentes y, de algún modo, salvar a España.

Los porteros y habitantes del inmueble las protegían, pero las religiosas fueron delatadas por la empleada de una familia vecina, con lo que comenzaron a verse sometidas a varias inspecciones y registros. Finalmente, después de cuatro meses de penalidades en los que se acrisoló su espíritu y su voluntad de ofrecer a Dios el sacrificio de su vida, hacia las 7 de la tarde del día 18 de noviembre de 1936 fueron detenidas por un grupo de «milicianos» que las condujeron en un camión a los Altos del Hipódromo, casi en plena ciudad. Las bajaron y fueron inme-

diatamente fusiladas, muriendo en el acto sor María Gabriela Hinojosa Naveros y cinco de sus compañeras. La más joven, sor María Cecilia Cendoya Araquistain, al ver que caía sin vida la hermana que la llevaba de la mano, se echó a correr muy nerviosa y, por la oscuridad de la noche, pudo escapar de la masacre hasta que, al darse cuenta de lo sucedido, se entregó a unos guardias diciendo: «Soy religiosa». Estuvo detenida casi tres días en la checa de Buenavista, desde donde la llevaron a una cárcel, probablemente la de Porlier. Permaneció allí poco tiempo: en la madrugada del 23 de noviembre se encontró su cuerpo acribillado por balas junto a las tapias del cementerio de Vallecas. Había entregado su vida en martirio a causa de la fe igual que las otras seis monjas de su pequeña comunidad.

Acontecimientos como éste se repitieron en número muy elevado durante los días aciagos de tan cruel persecución a las personas y cosas de la Iglesia. Sacerdotes, religiosos y laicos comprometidos con su fe sucumbieron a los disparos o soportaron las torturas más horribles solamente por el hecho de serlo. Fue el caso de estas siete monjas salesas de Madrid, personas alegres, humildes, bondadosas y pacíficas, entregadas plenamente a Dios en la vida contemplativa de su monasterio. La mayoría de las iglesias, conventos o edificios religiosos fueron destruidos o confiscados, como este de las salesas, que utilizaron primero como checa y, después de profanarlo y saquearlo, lo incendiaron.

La Orden contemplativa de la Visitación de María había sido fundada en Annecy (Alta Saboya, Francia), el día de la Santísima Trinidad, 6 de julio de 1610, por San Francisco de Sales, Obispo de Ginebra, uno de los principales humanistas del siglo XVII y Doctor de la Iglesia, y Santa Juana Francisca Frémyot de Chantal, esposa, madre, viuda, religiosa y santa, «para dar a Dios Hijas de oración, tan interiores que sean dignas de alabarle en espíritu y en verdad». Conocido como el santo de la mansedumbre y la humildad, San Francisco de Sales infundió este espíritu en la Orden, que se caracteriza también por la pobreza y la sencillez.

El Primer Monasterio de la Visitación en Madrid —el actual Palacio de Justicia y Parroquia de Santa Bárbara— se estableció

en 1749, patrocinado por los reyes Fernando VI y su esposa Bárbara de Braganza. Eran los años en que Saboya, cuna de la Orden, estaba vinculada a la Corona de España. Algo más de un siglo después, en 1870, fue afectado por la conocida desamortización de Mendizábal y la comunidad hubo de abandonarlo. Las visitandinas quedaron en la calle, siendo caritativamente hospedadas en otras casas religiosas hasta que en 1881 D.ª María del Rosario Wall, viuda de Fernández de Córdoba, compró un terreno sobre el que se edificó el actual monasterio de la calle Santa Engracia, donde se instalaron en 1883 y al que pertenecían las siete monjas martirizadas en 1936.

Sor MARÍA GABRIELA HINOJOSA NAVEROS había nacido en Alhama (Granada) el 24 de julio de 1872, en una familia acomodada y profundamente cristiana, la última de siete hermanos y con 18 años de diferencia respecto al anterior. La bautizaron con el nombre de Amparo, que cambió por el de María Gabriela en la vida religiosa.

Perdió a sus padres siendo muy niña, a los ocho años de edad, y se hizo cargo de ella su hermano Eduardo, que vivía en Madrid. Realizó sus estudios interna en el Segundo Monasterio de la Visitación, que entonces tenía pensionado, y se encariñó pronto con la vida religiosa. Con sólo 15 años, en una de las peregrinaciones anuales a Lourdes con su familia, pensó que debía consagrarse al Señor. Lo comunicó al hermano poco después, pero a éste le pareció prematura la decisión, por lo que la hizo esperar hasta los 20 años, entrando a esa edad en el Primer Monasterio de la Visitación de Santa María de Madrid.

A lo largo de su vida ejerció diferentes cargos. En los difíciles años de 1929 a 1935 fue superiora de la comunidad, manifestando gran fortaleza de ánimo y decisión, a pesar de su natural timidez.

En 1936, como hemos dicho, por disposición de los superiores, la mayor parte de la comunidad se alejó de Madrid, quedando en la capital solamente un pequeño grupo de siete hermanas, entre ellas María Gabriela, con el encargo de superiora.

Ante los incendios de iglesias y conventos que siguieron al 18 de julio, las hermanas decidieron refugiarse en el semisótano próximo al monasterio que habían preparado con anterio-

ridad. «Estamos muy tranquilas en manos de Dios, seguras de él». «Él hará de nosotras lo que más nos convenga», escribía sor María Gabriela a la comunidad de Oronoz. Pero tras cuatro meses de verdadero sufrimiento por las noticias que les iban llegando, la denuncia por ser religiosas alteró la vida del refugio. Comenzaron las visitas de inspección, los registros por parte de los «milicianos», la confiscación de algunos objetos de culto que habían sacado del monasterio, los interrogatorios... Sor María Gabriela, ante el peligro que estaban corriendo, como responsable del grupo insitió una y otra vez a sus compañeras que con toda libertad podían marcharse a los refugios que les ofrecían familiares y conocidos. Pero respondieron que preferían seguir unidas y que estaban dispuestas a ofrecer su vida por la fe en Jesucristo.

«¡Hasta mañana!», les dijeron los «milicianos» el 17 de noviembre de 1936. Convencidas de que la visita anunciada podía costarles la vida, pasaron la noche en oración preparándose para el martirio. Cuando, efectivamente, al atardecer del día 18 las sacaron de la casa ante la expectación de los curiosos, hicieron con gran valentía la señal de la cruz, lo cual les valió algunos insultos y amenazas. Fueron conducidas en un camión hasta la confluencia de las calles López de Hoyos y Velázquez, donde las hicieron bajar acribillándolas inmediatamente con una ráfaga de proyectiles. Sucumbieron en el acto, como hemos dicho, todas menos una.

La hermana TERESA MARÍA CAVESTANY ANDUAGA, Laura como nombre de bautismo, había nacido el 30 de julio de 1888 en Puerto Real (Cádiz), aunque vivió casi toda su vida en Madrid. Su padre, Juan Antonio, era un gran literato, y su madre, Margarita, una mujer valerosa que supo educar muy cristianamente a sus 16 hijos. De gran bondad y transparencia, convencida de que el Señor la quería para sí, entró en el Primer Monasterio de la Visitación de Madrid en 1914, a los 26 años de edad, proponiéndose seriamente trabajar con firmeza en el camino de la perfección. Más tarde, en 1931, se expresaba de este modo:

> «... Hay que santificarse a toda prisa y en toda verdad, santificarse a base de despojo absoluto, de inmolación total, de aceptación suave y amorosa de todos los divinos quereres o permisiones, y esto cueste lo que cueste y suceda lo que suceda [...] Es duro para

la pobre naturaleza, es hacedero y fácil para la gracia. Para mí, tan ruin y miserable, más difícil que para los que sois *buenecitos* ya por don de Dios; yo tengo que hacerme santa en la brecha, contra viento y marea, ayudada sólo por este vientecillo favorable de un deseo inmenso de dárselo todo, todo, a ese Dios tan bueno que *todo* me lo ha dado a mí y con la seguridad de que su gracia no me faltará nunca».

En otra ocasión, escribía también en una carta:

«Cuando las penas y los trabajillos de la vida nos hacen sufrir y se siente el peso del destierro, no hay más que correr al fondo del alma, donde el dulce Huésped nos espera siempre con un amor infinito y a su lado todo se transforma, cambia de aspecto... ¡Pobrecitos los que ni aún saben que existe!... Pidamos para que lleguen a gustar de la misma felicidad que tan sin merecerlo gustamos nosotras».

Muy bien dotada para distintas habilidades e incluso para la poesía, contribuyó activamente a la vida comunitaria, a pesar de su carácter fuerte, que siempre trató de dominar. Durante los meses en que la pequeña comunidad permaneció en el refugio sor Teresa María se ocupaba de la administración. Narran los testigos que al atardecer del día 18 de noviembre, cuando llamó la portera al semisótano para entregarles la leche que habían encargado, la hermana Teresa María le dijo:

«Aprovechen ustedes esa leche. Nosotras ya no necesitamos de nada. Y quédese con las vueltas del dinero. Son las últimas 100 pesetas que tenemos y nuestras cuentas ya están cerradas. ¡Nos vamos con nuestro Señor! ¡Qué gracia alcanzar la palma del martirio!».

Poco después derramaban su sangre a causa de la fe.

La hermana JOSEFA MARÍA BARRERA IZAGUIRRE, Carmiña, había nacido en El Ferrol (La Coruña), el 23 de mayo de 1881, hija de un comandante de Marina muy encariñado con su primogénita y de una madre que supo educarla con amabilidad, firmeza y rectitud. Era la mayor de cinco hermanos varones. Siendo todavía pequeña, la familia se trasladó a Cádiz y poco después a Málaga, ambientes que influyeron en su carácter y formación.

Desde niña quería irse al Carmelo, soñando ser otra Santa Teresa de Jesús, y le gustaba más rezar que ayudar en las tareas

de la casa, hecho que solía comentar con ironía y gracia después. Aunque despuntó pronto su vocación, entró en las salesas de Madrid el 15 de octubre de 1918, a los 37 años de edad, consagrándose decididamente al Señor en la vida religiosa. Su profesión estuvo presidida por D. Manuel González, obispo de Málaga, a quien había ayudado en la construcción del seminario. En el monasterio se ocupó de la enfermería, prestando este servicio con abnegación, cariño y servicialidad.

Durante los penosos meses del refugio en el semisótano de la calle Manuel González Longoria, dio cumplida prueba de su caridad, valentía y decisión. En una ocasión, por ejemplo, se ofreció voluntariamente a acompañar a la hermana Teresa María Cavestany a quien sacaron para llevarla a declarar. Fueron 24 horas de angustia para unas y para otras, ante el temor de que pudieran no volver. Su familia insistía en llevársela a su casa, pero rehusó con firmeza.

> «Hemos prometido a Jesús las siete unidas no separarnos —les dijo—. Si por derramar nuestra sangre se ha de salvar España, pedimos al Señor que sea cuanto antes».

Al comienzo de su vida religiosa sor Josefa María había afirmado: «Yo no tengo madera de mártir». Y, sin embargo, fue éste el género de muerte que decidida y valientemente afrontó.

La hermana MARÍA INÉS ZUDAIRE GALDEANO era natural de Echávarri (Navarra), donde nació el 28 de enero de 1900. Eran seis hermanos en una familia de modestos labradores que supo educarles en los valores de la fe. Uno de ellos, Florencio, se hizo hermano marista.

Inés ingresó a los 19 años en el Monasterio de las salesas de Madrid, donde, junto a sus dotes humanas, percibieron pronto su belleza interior. Al vestir el hábito el 16 de noviembre de 1919 no le cambiaron su nombre, como era costumbre, porque el suyo de bautismo, Inés, era el más adecuado a su candor y bondad. En el silencio del claustro, vivió con exigencia y fidelidad la vida contemplativa propia de las visitandinas.

En 1931, ante la alarma por la posible quema del monasterio, fue una de las que se trasladaron durante unos meses a Navarra, lo cual le proporcionó la alegría de regresar a su tierra y ver a los suyos. Sin embargo en 1936, cuando la comunidad se

vio nuevamente forzada a regresar a la casa de Oronoz para protegerse, la hermana María Inés formó parte del pequeño grupo destinado a permanecer en Madrid. Fue un gran sacrificio para ella, porque la atraía volver a su ambiente de origen y porque era muy miedosa. Bien consciente de la situación real, al despedirse de las hermanas que se marchaban les dijo: «Pidan mucho por nosotras, puede ser que nos maten». Sin embargo, aceptó gustosa la decisión de los superiores, viendo en ella la voluntad del Señor.

Estando en el refugio de Manuel González Longoria, sor María Inés enfermó. Para atenderla mejor y ponerla a salvo, sus hermanas visitandinas quisieron llevarla a un hospital, pero rechazó enérgicamente la propuesta para no separarse de ellas. Continuaba en cama y con fiebre cuando el 18 de noviembre los milicianos fueron a buscarlas. Con malos modos la ordenaron levantarse, ante lo cual sus compañeras intentaron abrigarla con una manta. «No hace falta —dijeron ellos—; esa fiebre se acabará enseguida». Tambaleándose, apoyada en otra hermana, concluyó su vida con la corona del martirio.

La hermana MARÍA CECILIA CENDOYA ARAQUISTAIN, Felícitas —Mary Feli—, nació en Azpeitia (Guipúzcoa) el 10 de enero de 1910 en una familia sencilla. Siendo ella muy pequeña se trasladaron a Azcoitia, localidad a la que tenía gran cariño. Con sólo 26 años, fue la más jóven del pequeño grupo de mártires Salesas.

Desde niña, igual que sus tres hermanas, fue educada por sus padres en la práctica cristiana, descubriendo pronto su vocación a la vida religiosa. Desde los 14 años trabajó en una fábrica textil, pero, después de haberse preparado personalmente para ello, ingresaba a los 20, el 9 de octubre de 1930, en el Primer Monasterio de la Visitación de Madrid.

De temperamento vivaz, alegre y entusiasta, supo integrarse bien en la comunidad, mostrándose siempre muy sencilla, humilde y amable, y llevar una profunda vida interior. Al poco de entrar en el monasterio tuvo que padecer los desmanes de 1931 —tumultos callejeros, quema de conventos, traslado de la comunidad...—, por lo que, viéndola algo asustada, le propusieron las hermanas volver a su casa y regresar al monasterio cuando la

situación hubiese mejorado. Pero respondió con gracia y prontitud en su poco practicado castellano: «No, no, hermana mía, ¡antes cortar la "cabesa"!». Nuevas propuestas por parte de su familia fueron rechazadas por ella con la misma decisión y sinceridad.

Con evidente alegría y convencimiento, hizo su profesión solemne el 27 de septiembre de 1935, acompañada por todos los suyos. Pero pocos meses después, y sobre todo a partir del 18 de julio de 1936, tuvo que padecer la triste situación ambiental, vivida por ella en el aludido semisótano con la pequeña comunidad de otras seis hermanas visitandinas.

Igual que ellas, después de haber ofrecido su vida al Señor, fue conducida al martirio hacia las 7 de la tarde del 18 de noviembre, aceptando como las demás lo que evidentemente iba a suceder. Pero la ráfaga de disparos que segó la vida de sus Hermanas, a ella no la alcanzó. Aturdida y nerviosa, su primera reacción fue escapar corriendo, pero al darse cuenta de lo ocurrido y encontrarse con unos guardias, se entregó diciendo: «Soy religiosa». Éste era el delito que había pagado con el martirio la pequeña Comunidad. Confesarlo suponía aceptar el mismo final.

Fue conducida a una de las «checas» de la ciudad, en la que estaban detenidas unas doce mujeres. Al ser preguntada, no dudó en repetir la misma afirmación: «Soy religiosa». Y les narró lo sucedido, según ha testificado alguna de ellas:

> «Estábamos siete religiosas en un piso aquí en Madrid, somos salesas, vinieron a por nosotras, nos metieron en un coche y nos llevaron a un sitio oscuro donde había barrotes, era como un solar, pero no sé dónde es porque no conozco Madrid. Yo me bajé del coche de la mano de otra Hermana, éramos las dos últimas y, al notar que se caía muerta, no sé lo que me pasó, eché a correr y no sabía lo que hacía».

Fueron dos días de intensa oración y de alentar valientemente a sus compañeras de prisión. Después de los consabidos interrogatorios a ella y a las demás, parece que fue trasladada a la cárcel de Porlier, donde estuvo muy poco tiempo. En la madrugada del 23 de noviembre se encontró su cadáver, atravesado por disparos de bala, en las tapias del cementerio de Vallecas. Había sido mártir como sus hermanas de comunidad. El

crucifijo que llevaba, al que también alcanzaron los disparos, sirvió después para su identificación.

La hermana MARÍA ÁNGELES OLAIZOLA GARAZARGA, Martina, había nacido en Garín (Guipúzcoa) el 12 de noviembre de 1893, en una familia pobre, muy unida, religiosa y austera. Era la menor de ocho hermanos. De niña asistió a una escuela rural en el valle de Oñate y después se puso a servir en la casa de una familia buena y cristiana. Era seria de carácter, pero siempre dipuesta a hacer felices a los demás. Convencida de su vocación religiosa, llegó al Monasterio de las salesas en 1918, a los 25 años de edad, en calidad de «hermana externa» o encargada, aun dentro de la vida contemplativa, de las relaciones con el exterior.

Inteligente y humilde, las superioras confiaban mucho en su prudencia y discreción, y tanto en 1931 como en 1936, cuando la comunidad hubo de trasladarse a Oronoz, fue designada para formar parte del pequeño grupo que permanecía en Madrid custodiando el monasterio. Muy lúcida ante la situación, escribía el 17 de mayo de 1936 a sus hermanas visitandinas de Oronoz:

> «Todo está muy mal; en buena hora se fueron. No crean que estamos desanimadas por ello, al contrario, muy contentas, y comprendemos cada día mejor que esto es lo que Dios quiere de nosotras, porque yo creo que nos pide todos estos sacrificios y sufrimientos para remedio de tantos males».

También sor María Ángeles fue invitada por su familia a dejar el semisótano y refugiarse mejor, dado que al tener que salir a la calle a hacer los necesarios encargos, podía estar fichada y correr un riesgo mayor. «Mi puesto está aquí, después, que se cumpla la voluntad de Dios», fue su decidida respuesta. No aceptó tampoco la invitación del portero, el mismo 18 de noviembre, que deseaba ponerlas a salvo. Como sus hermanas, no vaciló en responder: «Nosotras estamos contentísimas de irnos al cielo». «¡Ay! ¡Si por nuestra sangre, Señor, se salva España...!».

Su final fue el mismo de todas ellas: derramar su sangre a causa de la fe en Jesucristo.

Hermana MARÍA ENGRACIA LECUONA ARAMBURU. Josefa Joaquina, la mayor de una familia cristiana de 14 hijos, nació el

2 de julio de 1897 en un caserío de Oyarzun (Guipúzcoa), distinguiéndose desde pequeña por su viveza, inteligencia y sentido de la responsabilidad. A los 13 años tuvo que salir de su casa para ayudar económicamente a los suyos, siendo muy querida en las familias donde sirvió y asumiendo algunas veces trabajos superiores a sus fuerzas, hasta el punto de debilitar su salud. Como era muy piadosa y tenía gran celo apostólico, durante las temporadas que pasaba en casa organizó una escuela donde explicaba la doctrina cristiana a los niños del entorno.

Descubrió pronto su vocación religiosa, que, al fin, pudo seguir, con complacencia de todos, ingresando en 1924 como hermana externa en el Primer Monasterio de la Visitación de Santa María de Madrid, después de haberse informado sobre el espíritu de la Orden en el monasterio de San Sebastián.

> «Yo sigo contentísima, gracias a Dios —escribía a sus padres—. Cada vez estoy más encantada. Aún en las cosas que me cuestan trabajo, siento un gozo tan grande que no encuentro palabras para manifestarlo. Me parece que toda mi felicidad consiste en tener mi voluntad enteramente unida a la de Dios, pues no quiero ninguna cosa sino solamente lo que él quiere y lo que él me envía...».

En 1934 ingresó también en el mismo monasterio de visitandinas una de sus hermanas, María. Cuando en 1931 la comunidad se refugió en Oronoz, les prestó un servicio importante en relación con el nuevo contexto, haciéndose muy popular por su bondad y simpatía en el pueblo y sus contornos. Era conocida y querida de todos.

En 1936, sin embargo, tuvo que quedarse en Madrid, despidiéndose con sacrificio de las religiosas que partían hacia Navarra, entre ellas su hermana María. El 1 de junio les escribía así:

> «Los pobres corazones están cada vez más apretados y sin saber hasta cuándo va a durar este pequeño martirio de vivir separadas las unas de las otras, cuando nuestra felicidad consiste en vivir unidas en un mismo lugar [...] Entre tanto, sigamos pidiendo al cielo el remedio de tantos males; en verdad se cometen muchas ofensas y sacrilegios, que horroriza sólo oírlos».

La alegría y el sentido del humor que manifestó siempre, junto a su abnegación y exquisita caridad, hicieron más llevade-

ro a las hermanas el tiempo en que, esperando de un día a otro el martirio, estuvieron refugiadas en el semisótano de Madrid. La portera de la calle Manuel González Longoria, que las apreciaba mucho y las defendió siempre, afirmaba después que la hermana María Engracia le había dicho en varias ocasiones: «Ya está cerca el martirio, ¡qué alegría! ¡Ay! ¡Aún no llegan los milicianos por nosotras! ¡Qué larga se hace la espera!». El día llegó, como sabemos, para ella y para cinco de sus compañeras, el 18 de noviembre de 1936. Concluía así una vida de entrega total a Dios, coronada por la gracia del martirio.

Cuando se reanudaron en Roma las causas de martirio de la persecución religiosa en España, las monjas de la Orden de la Visitación de Madrid incoaron la de sus siete mártires. Los procesos diocesanos tuvieron lugar en Madrid entre 1985 y 1989, y, publicado el decreto sobre el martirio el día 7 de julio de 1997, fueron beatificadas en Roma por el papa Juan Pablo II el 10 de mayo de 1998. Dice así el breve de su beatificación:

> «Estas mujeres dieron claros y visibles testimonios de piedad religiosa y de fe, de que toda su vida la dedicaron por completo a Dios, y que por amor a Cristo y a su Iglesia lucharon esforzadamente. Deseamos, por tanto, que su fecundo ejemplo sea de gran ayuda a los hombres de hoy, para que, dejando aparte las diferencias y reconciliados los espíritus, logren una vida más feliz».

MARÍA ENCARNACIÓN GONZÁLEZ RODRÍGUEZ

Bibliografía

GUTIÉRREZ GARCÍA, J. L., *Unidas hasta la muerte* (Madrid 1998).
LÓPEZ PÉREZ, M., *Y dieron sus vidas* (Madrid 1984).
PRIMER MONASTERIO DE LA VISITACIÓN DE SANTA MARÍA, MADRID (ed.), *Tras las huellas de Cristo* (Madrid 1998).
— *Las siete mártires del Primer Monasterio de la Visitación de Santa María de Madrid y su beatificación* (Madrid 2000).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN ROMÁN

Diácono y mártir († 303)

El martirio de este santo diácono fue, como dice el *Martirologio,* un martirio célebre. Se ocuparon de él Eusebio de Cesarea, Severo de Antioquía, San Juan Crisóstomo, etc. Román era diácono y exorcista de una iglesia en las cercanías de Cesarea de Palestina, y por tanto estamos ante un santo que era palestinense, aunque su martirio tenga lugar en Antioquía. Por alguna causa desconocida el diácono Román va a Antioquía cuando ha salido el decreto imperial que manda a todos sacrificar a los dioses bajo severísimas penas. Román contempla con horror cómo numerosos cristianos de todas las edades, para escapar de los castigos amenazados, acuden a sacrificar a los dioses, pisoteando así la ley de Dios. Y entonces, movido por el celo de la gloria de Dios y la defensa de su santo nombre, apostrofa en público a los apóstatas y les invita a no adorar a los ídolos sino permanecer firmes en el culto del Señor. Por este motivo es arrestado y conducido delante del juez, el cual lo conmina a que obedezca la orden imperial y dé culto a los dioses. Ante la firme negativa del mártir, es condenado a ser quemado vivo.

No pierde la serenidad Román, sino que, lleno de santa alegría, se deja conducir al poste donde, rodeado de leña, va a ser quemado. Pero entonces se recibe la orden de que el mártir sea nuevamente interrogado y conminado a la apostasía, y así fue. Pero el mártir insistió en su testimonio del verdadero Dios frente a la falsedad de los ídolos y fue condenado a que le arrancaran la lengua, como así se hizo. Seguidamente es enviado a la cárcel y allí se le deja, soportando las privaciones, las cadenas, el cepo, hasta que llega la hora de celebrar el vigésimo aniversario del imperio de Diocleciano, que iba a ser el 20 de noviembre de 303. Se decide entonces una amnistía por la que se libera a todos los presos menos a Román, que es estrangulado, consumando así su glorioso martirio y entrando en la casa del Padre. Aunque se han dado más detalles de su martirio, éstos son sin duda los auténticos. Su martirio fue el 18 de noviembre de 303.

BEATOS LEONARDO KIMURA, ANDRÉS MURAYAMA TOKUAN, COSME TAKEYA, JUAN YOSHIDA SHOUN, DOMINGO JORGE

Mártires († 1619)

En la mañana del 18 de noviembre de 1619 unas veinte mil personas entre cristianos y paganos llenaban el trayecto entre la cárcel de Nagasaki y el alto de la llamada «Colina de los mártires», donde debía tener lugar aquel día el martirio de cinco fieles hijos de la Iglesia, que preferían perder la vida antes que renunciar a Cristo el Redentor. Eran Leonardo Kimura, hermano coadjutor jesuita, y los seglares Andrés Murayama Tokuan, Cosme Takeya, Juan Yoshida Shoun y Domingo Jorge. Muchos desde barquitas situadas en la bahía se aprestaban a contemplar el espectáculo y un barco portugués se situó igualmente de modo que desde lejos pudiera contemplarlo, ya que era portugués uno de los mártires. Los confesores de la fe salieron de la cárcel con semblante alegre y pacífico y marcharon con firmeza hasta el lugar del suplicio. Los cristianos los saludaban y animaban, y ellos respondían que se acordarían de todos en la gloria. Leonardo Kimura no dejaba de decir a todos que era una gran dicha dar la vida por Cristo. Llegados a la colina, se situó cada mártir enfrente del poste al que iba a ser atado y se arrodillaron todos en oración; luego se saludaron mutuamente en la caridad de Cristo y dejaron mansamente que los verdugos les ataran a los postes. Levantaron todos los ojos al cielo y así estaban cuando prendieron fuego a la leña y el humo comenzó a envolverlos. Leonardo no dejó de proclamar la fe hasta que el fuego acabó con él y con todos. Consumaron así su martirio dando muestras de la mayor fortaleza espiritual. Éstos son sus datos:

LEONARDO KIMURA era miembro de una familia cuyos primeros miembros cristianos recibieron el bautismo de manos del propio San Francisco Javier. Había nacido en Nagasaki el año 1565. Consagrado por sus padres a Dios y alumno del colegio jesuita, a los 17 años ingresó en la Compañía de Jesús, en la que quedó como hermano coadjutor, haciendo los votos religiosos. Trabajó en la tarea misional con gran denuedo y eficacia, llevando muchas almas a la fe, sosteniendo a otras muchas y estando siempre disponible para toda obra buena. Cuando al ter-

minar la guerra civil de 1616 se echó sobre los jesuitas la acusación de haber apoyado a uno de los bandos, el perdedor, él mismo declaró su condición de jesuita, lo que le valió ser apresado y encarcelado. En la cárcel llevó una vida de admirable penitencia, que atrajo a muchos presos comunes a la fe. Se alegró mucho cuando supo que iba a terminar su vida con el martirio.

DOMINGO JORGE era portugués, natural de la ciudad de Braga. Fue al Japón y allí contrajo matrimonio con Isabel Fernández, japonesa, por lo que se quedó a vivir en el país y con la que tuvo un hijo, llamado Ignacio. Su mujer y su hijo serían martirizados posteriormente. Era de oficio marinero y cofrade del Santo Rosario. Fue cogido preso por haber dado asilo al Beato Carlos Spínola, SI. Saludado con lágrimas por los marineros del citado barco portugués, el mártir les dijo que le despidieran con alegría y no con lágrimas. Mientras subía a la colina saludaba a los marineros portugueses agitando su pañuelo.

ANDRÉS MURAYAMA TOKUAN pertenecía a la administración municipal de Nagasaki. Estaba casado y tenía dos hijos, Pedro y Pablo, que también morirían mártires. Cofrade del Santo Rosario, había hospedado a los misioneros con gran valor y entrega.

COSME TAKEYA era coreano, y había venido a Japón como prisionero de guerra. Aquí su desgracia se convirtió en suerte al llegarle el don de la fe que abrazó con alegría, profesaba con constancia y defendió con su vida. Tras obtener la libertad, no volvió a su país, y, una vez convertido al cristianismo, contrajo matrimonio con Inés que también moriría mártir y sería beatificada con él. Era cofrade del Santo Rosario.

JUAN YOSHIDA SHOUN había nacido en Meaco y llegó al cristianismo cuando conoció a los jesuitas en Nagasaki, por lo que tenía una firme adhesión a la Compañía de Jesús. Era cofrade del Santo Rosario y hospedaba con gran arrojo a los misioneros, sin importarle el peligro que corría.

Fueron beatificados por Pío IX el 7 de julio de 1867 en la ceremonia de beatificación de 205 mártires de Japón.

BEATO GRIMOALDO DE LA PURIFICACIÓN (FERNANDO) SANTAMARÍA

Religioso († 1902)

Fernando Santamaría nació el 4 de mayo de 1883 en Pontecorvo, Italia, en el seno de una familia que llegaría a tener cinco hijos y de los cuales Fernando fue el primero. Su padre se llamaba Pietro Paolo y su madre Cecilia Ruscio. Se le brindó en la casa una sólida formación religiosa, completada con la catequesis parroquial a la que el niño Fernando asistía asiduamente. En mayo de 1891 recibió la primera comunión y desde entonces frecuentó este sacramento del que fue muy devoto. A los siete años, además, se ofrece como monaguillo en su parroquia; y a los nueve ingresa en la Congregación de la Inmaculada, siendo muy fiel a sus prácticas de piedad. Igualmente se hizo miembro del coro parroquial. A los doce años ya daba catecismo a los niños más pequeños y mostraba sus habilidades como posible futuro predicador.

Su vocación religiosa surgió cuando a los trece años comenzó a frecuentar los retiros que daban los padres pasionistas en el Santuario de la Virgen de las Gracias, en el propio Pontecorvo. Cuando le manifestó a su padre su deseo de ser pasionista, su padre le mostró su contrariedad porque él tenía otros planes para su hijo, trató de disuadirlo con halagos y también con castigos, pero, viendo la constancia de su hijo, se avino a la voluntad del muchacho y le dio su licencia. Pudo así ingresar el día 15 de febrero de 1899 en la congregación pasionista en Santa María de Pugliano, junto a Paliano, y empezar su noviciado el 5 de marzo siguiente, tomando el nombre de Grimoaldo de la Purificación. Este nombre de Grimoaldo lo tomaba del santo patrono de su pueblo.

El 6 de marzo de 1900 hizo la profesión religiosa. Marchó entonces al estudiantado de Santa María de Corniano, cerca de Ceccano, para hacer allí los estudios eclesiásticos. Fue un religioso modelo: vivía con gran intensidad los votos religiosos, singularmente el cuarto: vivir y propagar la devoción a la pasión del Señor. Era sumamente devoto de la Virgen María. Llevaba una vida sencilla y sin hechos extraordinarios pero totalmente entregada a Dios, siendo sus compañeros testigos de la pureza,

humildad, piedad y espíritu de mortificación y exquisita caridad fraterna con que Grimoaldo vivía la vida religiosa. Tenía sólo 19 años cuando le sobrevino una meningitis aguda y se vio que su vida corría muy serio peligro. Él aceptó con serenidad y alegría la voluntad de Dios, y se dispuso al encuentro con el Señor con una ejemplar confianza y entrega en su divina providencia. Y así le llegó la muerte el 18 de noviembre de 1902.

Su causa de beatificación comenzó el año 1957 en varias curias episcopales, pasando a Roma el año 1964. Aprobadas sus virtudes heroicas y un milagro obrado por su intercesión, Su Santidad el papa Juan Pablo II beatificó a este angelical joven, decoro de su congregación —que ya había dado a la Iglesia a San Gabriel de la Dolorosa— y gloria de la vida religiosa, el 29 de enero de 1995.

BEATA CAROLINA KÓZKA

Virgen y mártir († 1914)

Nace en Wal-Ruda, diócesis de Tarnów, Polonia, el 2 de agosto de 1898 en el seno de una modesta familia campesina, que era, además, numerosa pues ella era la cuarta de once hijos. Se crió en el ambiente de sencillez y bondad de su familia, modesta en bienes materiales, aunque dueña de un campo, pero rica en valores espirituales. Sus padres estaban inscritos en el Apostolado de la Oración y en el Rosario Viviente, y ella recitaba con sus padres las oraciones todos los días al caer la tarde. Su tío, Francisco Borzecki, hermano de madre, colaboró no poco en la educación cristiana de la niña. A los 6 años fue inscrita en la escuela elemental de su pueblo y allí estuvo hasta los doce años. Para los cultos religiosos tenían que ir a la parroquia de Radlow, distante siete kilómetros. Aquí recibió la primera comunión. Pero en 1912 se abrió una iglesia parroquial en Zabawa, a sólo cuatro kilómetros de Wal-Ruda, y al frente de la misma se puso al activo y celoso sacerdote don Ladislao Mendrala, el cual dio un gran impulso de vida espiritual a toda la parroquia.

Carolina comenzó a colaborar estrechamente con el sacerdote en todas las actividades parroquiales. El 18 de mayo de

1914 recibió el sacramento de la confirmación que produjo en ella gran efecto espiritual y la hizo firme y fuerte en la fe. Devota de la eucaristía, de la pasión del Señor y del Sagrado Corazón, comulgaba todos los primeros viernes, y su devoción a la Virgen María la llevaba al rezo diario del rosario. Dentro de su familia se hizo catequista de sus hermanos menores y reunía también a los niños de las casas vecinas para enseñarles el catecismo. Llena de caridad cristiana, visitaba a los ancianos y enfermos y prestaba cuantos servicios podía. Era aficionada a la lectura de la Sagrada Escritura y de las vidas de santos.

Como si el Señor quisiera prepararla para el combate que le esperaba, el día 13 de noviembre de 1914 recibió el sacramento de la penitencia y el día 15 se acercó a la sagrada comunión. Se estaba en el curso de la I Guerra Mundial y el día 18 de ese mes a las 9 de la mañana un soldado ruso penetró en su casa con un arma en la mano. Ante el padre aterrorizado tomó a Carolina por la mano y la arrastró fuera con evidentes intenciones. La llevó consigo por la fuerza hasta el cercano bosque. Viendo el peligro, Carolina se soltó de la mano del soldado y corrió unos 800 metros, pero el soldado la alcanzó. Ella siguió resistiéndose. El soldado la empujaba y empujaba un trecho de unos ochenta metros. Colgando del brazo izquierdo llevaba una carabina mientras que con la mano derecha empujaba a la muchacha. Por fin el soldado sacó el sable y mató a la muchacha. Dos chicos que estaban escondidos en el bosque vieron la escena pero no reconocieron quién era la víctima. El cuerpo no fue encontrado hasta el 4 de diciembre. Llevado a su casa, el cuerpo fue examinado por personas competentes que pudieron ver la gravísima herida que le había causado la muerte en pocos momentos. La joven no había perdido su virginidad física. Tenía varias otras heridas que le fueron causadas en su forcejeo. El 6 de diciembre fue el entierro al que asistieron tres mil personas. El 18 de junio de 1916 se le levantó un monumento en el pueblo al tiempo que se colocaba una cruz en el sitio del martirio; y el 18 de noviembre de 1917 sus restos mortales fueron llevados del cementerio a la parroquia de Zabawa, y comenzó la fama del martirio. El papa Juan Pablo II beatificó como mártir a Carolina el 10 de junio de 1987.

19 de noviembre

A) Martirologio

1. La conmemoración de San Abdías, profeta **.
2. En Cesarea de Capadocia, San Máximo († s. III), corepíscopo y mártir.
3. En Brennier, junto a Vienne (Galia Lugdunense), santos Severino, Exuperio y Feliciano († s. III), mártires.
4. En Antioquía de Siria, San Barlaam († 303), mártir *.
5. En Heraclea de Tracia, cuarenta mujeres mártires, algunas de ellas vírgenes y viudas († s. IV).
6. En territorio de Velay (Aquitania), San Eudón o Eudes († 760), abad.
7. En el monte Mercurio (Calabria), San Simón († s. X), ermitaño.
8. En el monasterio de Helfta (Sajonia), Santa Matilde († 1298), virgen **.
9. En Mantua (Lombardía), Beato Santiago Benfatti († 1332), obispo, de la Orden de Predicadores *.
10. En Garraf (Barcelona), beatos Eliseo García García, religioso salesiano, y Alejandro Planas Saurí († 1936), mártires *.

B) Biografías extensas

SAN ABDÍAS
Profeta

El mensaje de este santo profeta, uno de los doce llamados «menores», cobra en nuestros días palpitante actualidad. Hoy como entonces, una espiral de violencia se alza por doquier enturbiando el horizonte, y se propaga como fuego en cañaveral, con sangrientas luchas fratricidas.

«Abdías» significa «siervo o adorador de Yahvé». En la Biblia hebrea y en la Vulgata latina, ocupa el cuarto lugar, pero en los LXX está en el quinto. Los exegetas modernos lo colocan el antepenúltimo; sólo le siguen Joel y Jonás.

Su escrito es el más breve del Antiguo Testamento. Le llama «visión». Y tiene solamente 21 versículos. De él dice San Jerónimo que «cuanto más breve, resulta más difícil». Y añade que es

«parco en número de versículos pero no en su significado, de largo alcance» (PL 25,1.100).

El *Martirologio romano* actual hace su mención en el primer lugar del 19 de noviembre con este lacónico pero certero elogio: «Conmemoración de Abdías, el profeta anunciador de la ira de Dios contra los pueblos enemigos, que llevaron al destierro el pueblo de Israel».

Precisar en lo posible el contexto histórico y geográfico del profeta, nos ayudará a comprender mejor su predicación y sus oráculos. Aunque se sigue investigando sobre la época concreta de su vida, con muy diversas opiniones. Lo más probable y común es situarlo en los lustros que precedieron al 586 a.C. Ésta es la fecha luctuosa e inolvidable en que Nabucodonosor, rey de Babilonia, tomó y arrasó Jerusalén con atroces crueldades.

El rey de Judea, Sedecías (597-586 a.C.), trató de huir, pero fue capturado y conducido a Ribla, a orillas del Orontes, ante Nabucodonosor, quien degolló a los hijos en su presencia y a él le sacó los ojos. La ciudad fue devastada y el templo destruido. En Ribla, fueron asesinados sacerdotes, oficiales y nobles. Entonces se perpetró la última de las deportaciones al destierro.

Abdías vivió los dramáticos tiempos en que se fue fraguando la catástrofe y vio cómo se desmoronaba su patria. Vio venir su ruina.

En su profecía adquiere particular protagonismo Edom, llamada después Idumea. La región edomita, geográficamente está situada al sur de la zona montañosa, relativamente fértil, de Judea. El salmo 59,10 lo dice con una bella imagen: «Sobre Idumea echo mis sandalias».

Edom ocupaba una roca esteparia al sur del Mar Muerto, a uno y otro lado del Arabá, que prolonga la enorme depresión del Jordán. Sus pobladores se hicieron sedentarios desde el siglo XIII a.C. La relación siempre tirante y belicosa de Edom con Judá se remonta a los dos hijos gemelos de Isaac, Esaú y Jacob, antecesores respectivos de edomitas e israelitas. Jacob, el más pequeño, usurpó la primogenitura de Esaú, comprándosela por un plato de lentejas; y con la astucia de su madre Rebeca, disfrazado de Esaú, consiguió la bendición de Isaac, su padre, que le otorgaba las promesas y el dominio sobre su hermano:

«Es el aroma de mi hijo como el aroma de un campo
que ha bendecido Yahvé.
¡Pues que Dios te dé el rocío del cielo y la grosura de la tierra,
cantidad de trigo y mosto!
Sírvante los pueblos, adórente naciones,
sé señor de tus hermanos y adórente los hijos de tu madre.
¡Quien te maldijere, maldito sea,
y quien te bendijere, sea bendito!» (Gén 27,27-29).

Las tradiciones patriarcales nos informan de los reiterados conflictos que surgieron entre los dos hermanos.

Tampoco fueron nunca de buena vecindad las relaciones entre ambos pueblos. Judá necesitaba la ruta del Sur con salida al golfo de Aqaba y codiciaba las ricas minas de Edom. Nada extraño que David conquistase el territorio, como relata el segundo libro de Samuel 8,13s, arrasándolo con suma crueldad y exterminando a todos los varones (cf. 1 Re 14,15). Sólo consiguieron la ansiada independencia en el siglo IX, reinando Jorán. Nunca cicatrizaron las heridas. Ezequiel 35,5 habla de un «rencor antiguo» y Amós 1,11 añade que «ahogando la compasión conservó siempre la cólera».

Por eso los edomitas van a ser los primeros en colaborar con los babilonios cuando las tropas de Nabucodonosor asedian y arrasan la ciudad santa de Jerusalén. Y se aprovechan de las circunstancias para invadir las regiones limítrofes. Estas venganzas, motivadas por odios enconados, causaron honda impresión entre los judíos y dejaron amargas huellas en el salmo 137,7: «Acuérdate, Yahvé, contra la gente de Edom, del día de Jerusalén, cuando decían: "¡Arrasad, arrasadla hasta sus cimientos!"».

Llegan los ecos a Lamentaciones y a los libros proféticos, en cuya serie se inserta el opúsculo de Abdías. En él, Edom es llamado varias veces Esaú; y Judá, Jacob.

El escrito de Abdías consta de varios oráculos que aparecen con evidencia señalados con sus marcas divisorias: «Oráculo de Yahvé», «Lo ha dicho Yahvé». Tal vez fueron pronunciados en distintos momentos de su vida y predicación, pero se pueden englobar engranándolos en dos unidades superiores que se distinguen y completan entre sí.

En la primera (1-14.15b), las naciones son instrumentos del castigo divino y sólo se amenaza a Edom, que es castigado por medio de ellas.

En la segunda (15a.16-18), las naciones son el objeto del castigo divino, se amenaza a todos los pueblos y es Israel quien los castiga.

En la primera, Dios habla sólo a Edom; en la segunda, Dios se dirige a los israelitas.

El primer oráculo anuncia el castigo de Edom, justificándolo por su arrogancia y su violencia criminal contra los judíos:

«Esto dice el Señor Yahvé a Edom:
Hemos oído un mensaje de parte de Yahvé,
un embajador ha sido enviado a las naciones:
"¡Arriba, desencadenemos la guerra contra él!".
Mira, te he hecho el más insignificante de los pueblos,
el más despreciable.
La soberbia de tu corazón te ha engañado,
a ti que habitas en las grietas de la roca,
que pones tu morada en las alturas, y dices para ti:
"¿Quién me hará caer por tierra?".
Aunque te remontes como el águila, y anides entre las estrellas,
de allí te abatiré yo —oráculo de Yahvé—» (1-4).

Los versículos 2-9 aparecen casi a la letra, con variantes, en Jeremías 49,7-22. Pueden ser un añadido posterior al gran profeta.

«¡Cómo has sido arrasado! ¡Cómo has sido registrado, Esaú,
y saqueados tus tesoros!
Te han reducido a tus confines todos tus aliados,
te han traicionado tus amigos.
Los que compartían tu pan te han tendido una trampa:
"¡Ha perdido el juicio!".
Pero aquel día —oráculo de Yahvé— exterminaré los sabios de Edom,
y la sensatez de la montaña de Esaú.
Y se acobardarán tus guerreros, Temán,
y no quedará un solo hombre en la montaña de Esaú.
Por la violencia criminal contra tu hermano Jacob,
te cubrirá la vergüenza y serás aniquilado para siempre.
El día en que le diste de lado,
cuando los extranjeros apresaban su ejército,
cuando los extraños allanaban sus puertas

y se repartían a suertes Jerusalén, también tú eras uno de ellos.
¡No te recrees en el día de tu hermano, en el día de su desastre;
no te alegres por los hijos de Judá en el día de su ruina;
no te burles de él en el día del aprieto!
¡No entres por la puerta de mi pueblo en el día de su desastre,
no te recrees también tú en su desgracia, en el día de su desastre,
no saquees sus riquezas en el día de su desastre!
¡No te apuestes en las encrucijadas para exterminar a sus fugitivos,
no entregues a los supervivientes en el día del aprieto!
Lo mismo que tú has hecho se te hará:
sobre ti caerá tu merecido» (5-14.15b).

El segundo y más importante oráculo del profeta, se despega de los acontecimientos históricos concretos y alza el vuelo hacia el «Día del Señor» situado en un plano y horizonte trascendente y universal:

«Porque se acerca el Día de Yahvé para todas las naciones.
¡Sí, como bebisteis vosotros sobre mi santo monte,
beberán sin cesar todas las naciones, beberán relamiéndose
y desaparecerán sin dejar huella!
Pero en el monte de Sión sobrevivirá un resto que será santo
y la casa de Jacob recobrará sus posesiones.
La casa de Jacob será el fuego; la casa de Jacob, la llama,
y la casa de Esaú, la estopa: lo abrasarán hasta consumirlo,
y no le quedará un superviviente a la casa de Esaú.
¡Lo ha dicho Yahvé!» (15b.16-18).

Los dos únicos versículos en prosa desarrollan la promesa del verso 17, «La casa de Jacob recobrará sus posesiones»:

> «Ocuparán el Negueb, la montaña de Esaú, y la llanura de los filisteos, la campiña de Efraín y la campiña de Samaría, Benjamín y Galaad. La multitud de deportados de Israel ocupará Canaán hasta Sarepta, y los deportados de Jerusalén que están en Sefarad, ocuparán las ciudades del Negueb» (19-20).

El opúsculo se cierra con una marcha triunfal que inaugura el reino de Dios:

«Subirán victoriosos al monte Sión
para juzgar a la montaña de Esaú.
¡Y Yahvé reinará!» (v.21).

Es el grito del triunfo escatológico de Israel, repetido mil veces en los salmos. El reino de Israel es el reino de Yahvé culminación de la historia.

El mensaje de Abdías es de suma trascendencia. Poco importa la corta extensión de su profecía, cuando el hombre tiene algo que decir en nombre de Dios. Aunque por la brevedad se podría llamar «profeta, más que menor, mínimo», por la panorámica universal a la que se asoman y se elevan sus oráculos, cobra singular relieve con perenne validez.

Si la dureza de sus expresiones hiere a veces la sensibilidad cristiana, no se ha de olvidar el progreso de la revelación que sólo alcanza su plenitud en Cristo. A través de la amargura que rezuman sus oráculos, nos quiere transmitir algo más profundo: la denuncia valiente contra la espiral de la violencia, contra la incapacidad de olvidar y perdonar las ofensas y errores antiguos, contra la alegría salvaje por la caída y ruina de los rivales.

Resulta casi inhumano e injusto aplicar, como hace Abdías, la ley del Talión: «Lo que hiciste te haré». La historia contemporánea nos ofrece ejemplos y actitudes semejantes. Pero el profeta no se contenta con la denuncia ni se queda en los castigos; transmite también una promesa esperanzada a su pueblo: la futura restauración asegura que Dios no lo abandona en su desgracia, y esta confianza inquebrantable y esta fe lo sostiene a pesar del castigo.

El Nuevo Testamento nos obliga a matizar y completar el mensaje profético de Abdías, pues no se trata de que los enemigos nos perdonen; hemos de ser los primeros en perdonar a los enemigos y vencer el mal a fuerza de bien. En el Apocalipsis 1,15 se puede ver implícitamente referencia a Abdías cuando alude a la llegada del Reino; pero ya no se trata sólo de un grupo que asciende al Monte santo, sino que ya es la multitud de todos los pueblos reconciliados.

Esta visión optimista del final de la historia nos invita a volver los ojos hacia el futuro restaurador del pueblo, el Mesías.

El culto al santo profeta Abdías es testificado por los sinaxarios y el antiguo *Martirologio romano,* pero éste lo asignaba a Samaría en Palestina, confundiéndolo con un personaje histórico

de la Biblia: el superintendente regio que protegió a los profetas perseguidos en tiempos del impío Acaz, el de Jezabel.

En la iconografía se le representa con aspecto solemne: figura imponente, muchas veces con rostro juvenil; la cabeza, cubierta al modo de los judíos. La imagen suele llevar una cartela con su nombre o algún texto de su profecía. Entre los atributos distintivos aparece a veces con un pan y un vaso de agua, por el socorro que dio a los profetas perseguidos el superintendente con el que algún tiempo se le confundió. En ocasiones lleva un rollo en la mano. Aparece con frecuencia en las miniaturas de las biblias, en frescos, mosaicos y esmaltes, con una espada en la mano. Es muy famosa la escultura de Nanni di Bartolo (siglo XVI) en el campanario de la catedral de Florencia.

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

ALONSO SCHÖKEL, L. - SICRE DÍAZ, J. L., *Los profetas,* II (Madrid 1980) 995-1006.
Biblia de Jerusalén (Bilbao 1998) 1093; 1361-1362.
CELLETTI, M. CH., «Abdia. Iconografia», en *Bibliotheca sanctorum,* I: *A-Ans* (Roma 1961) cols.47-48.
GARCIA DE ORBISO, T., «Abdia», en *Bibliotheca sanctorum,* I: *A-Ans* (Roma 1961) cols.44-47.
OLAVARRI, E., «Cronología y estructura literaria del oráculo escatológico del profeta Abdías»: *Estudios bíblicos* 22 (1963) 303-313.

SANTA MATILDE DE HELFTA Y SANTA GERTRUDIS LA MAGNA

Vírgenes († 1298; † 1302)

El siglo XIII dio a la Iglesia dos figuras femeninas cuya santidad fue en parte el resultado de una amistad profunda. Éste es el motivo que las une aquí. Son Matilde de Hackeborn y Gertrudis, llamada «la Magna», cuya ascendencia nos es desconocida. Las dos pertenecen al monasterio de Helfta, en el norte de Alemania. Las dos ingresaron niñas en el convento.

En aquella centuria en que el problema del saber iba ocupando un primer plano cada vez más definido en la tabla de los valores humanos, las hijas de las familias nobles, dirigentes de entonces, eran enviadas a monasterios femeninos para ser edu-

cadas en las artes liberales y en las reglas de la cortesía francesa, que la moda de entonces imponía.

Ya durante el siglo anterior se había ido extendiendo la idea del monasterio-asilo. Todavía muy jóvenes, las niñas eran entregadas por sus padres al monasterio, al cual se consideraban obligados a corresponder con una dote en nombre de la hija. En cierto sentido ellos creían haber asegurado así para ella una mansión temporal y eterna. Estas ideas obscurecían el verdadero sentido de la vocación.

Fue así como entró la relajación en los monasterios femeninos. Puede ser considerado producto natural de una nobleza que, al mismo tiempo que defendía una posición en la vida, buscaba asegurarse el favor de Dios.

El monacato atravesaba una crisis grave. Y el pueblo se hacía eco de ella. Escandalizado por las costumbres mundanas de los que no debían ser del mundo, por el ansia desmedida de riquezas que contemplaban en los monjes y en el clero, sufría ante este espectáculo.

Pero, una vez más, la Iglesia, contra la que no prevalecen las puertas del infierno, sacó de entre sus cenizas nueva vida espiritual para sus hijos.

Muy a principios de siglo, Santo Domingo, español, de los Guzmanes, y San Francisco, «el enamorado de la dama pobreza», se levantaron en nombre de Dios «por una Iglesia mejor». Y con su vida austera dieron el gran ejemplo que el clero y la vida monacal de entonces necesitaban. Intelectualmente bien preparados, los dominicos se entregaron de lleno a la guía de almas.

Llegaron a Helfta, marcando con su espíritu nuevo una nueva etapa de espiritualidad en aquel monasterio, que, por lo demás, ya atraía la atención de los que lo rodeaban por la santidad poco común de sus monjas.

Por una especial providencia de Dios, gobernó el monasterio durante cuarenta años la abadesa Gertrudis de Hackeborn, de espíritu recio y grandes cualidades de educadora, con una decidida aspiración a la santidad, que intentó imprimir en sus súbditas. Allí llegaron nuestras dos santas: una, Matilde, hermana de la abadesa, y la otra, Gertrudis, de familia desconoci-

da y probablemente humilde. Encontraron un ambiente propicio para la perfección, a la que se entregaron con sinceridad total.

Matilde fue maestra de la escuela monacal; Gertrudis fue algo más sencillo: fue una monja sin más título que su espléndida santidad y entrega total a Cristo. El Maestro correspondió por su parte a esta exquisita generosidad mostrándosele en visiones místicas y revelaciones. Pero no hay que olvidar que a estas gracias del Señor precedió con seguridad una época de gran purificación en estas dos mujeres, de esfuerzo personal constante, de fidelidad exquisita a Jesucristo. De un seguir adelante «a pesar de». El que esas luchas no hayan llegado descritas hasta nosotros es en cierto aspecto natural en la mentalidad de la Edad Media, más dispuesta a dejarse deslumbrar por lo portentoso que por lo sencillo y oscuro. Hay que considerar, además, que los testimonios que de estas dos santas han llegado hasta nosotros son noticias dadas por ellas mismas. Es lógico concluir que consideraron más interesante dar testimonio de Cristo y sus revelaciones que de su lucha ascética.

Tampoco de sus vidas sabemos mucho. Matilde nació en 1242 y murió en 1298. Tenía veinte años cuando llegó Gertrudis al monasterio, quien, quince años más joven, murió en 1302.

Matilde fue directora de estudios de la niña. Tanto Matilde como la abadesa percibieron rápidamente las cualidades intelectuales extraordinarias de la pequeña discípula. Y ambas se esmeraron en cultivar su inteligencia con el estudio de las artes liberales y divinas. Así preparada, Gertrudis llegó a ser la amanuense de su propia maestra. Durante la larga enfermedad que el Señor envió a Matilde, ella fue escribiendo en secreto las confidencias de la monja sobre su extraordinaria intimidad con Jesucristo. A través y con motivo del año litúrgico, el Señor se iba entregando a aquella alma, dándole a conocer la intensidad del amor de su corazón. Los favores y revelaciones recibidos por Matilde quedaron así expresados por Santa Gertrudis en un libro deliciosamente ingenuo llamado *Libro de la gracia especial.* También Gertrudis fue favorecida a los veinticinco años con la gracia de las revelaciones de Cristo. Por deseo expreso de Jesús nos las legó en su libro *El embajador de la divina piedad.*

Es un mensaje común el que Cristo dio a estas dos monjas benedictinas. Las dos penetraron finamente el misterio de Dios hecho hombre. A través de sus revelaciones, el amor de Dios llega palpitante y vivo hasta nosotros. Ellas recibieron la gracia de comprender mejor cuál es «la anchura y longitud, la altura y profundidad de este misterio» (Ef 3,18).

Su papel ha sido hermoso. En aquellos momentos de debilidad espiritual y tibieza en el monacato, ellas acercaron el corazón del hombre al corazón de Dios. Y dieron a conocer el poder casi infinito que el amor da al alma sobre ese corazón:

> «Discurría (Matilde) en una ocasión sobre el poder del amor divino, que, arrancando a Cristo del seno del Padre, le abajó al seno de su Madre, y el Señor le dice: "Heme aquí a discreción de tu alma como cautivo tuyo para que hagas de mí cuanto te plazca, y yo, como cautivo que nada puede más que lo preceptuado por su dueño, estaré a merced de tu querer"» *(Libro de la gracia especial,* c.31).

De esta nueva categoría de valores en la vida espiritual surgió el principio de la devoción al Corazón de Cristo, símbolo definitivo del amor.

Una corriente de vitalidad se extendió por el monasterio y sus alrededores, pues la santidad de estas dos mujeres llamó pronto la atención de los que visitaban el convento. Los dominicos, los sabios de entonces, con su prestigio, defendieron las teorías místicas que sobre el Corazón de Jesús sostenían aquellas benedictinas.

Hoy, refrendadas sus revelaciones por las que Cristo hizo a Santa Margarita María, corresponde a estas dos mujeres un puesto importante en la espiritualidad de la Iglesia, que desea, por su intercesión, que sus hijos lleguemos también «a conocer aquel amor de Cristo que sobrepuja a todo conocimiento, para que seamos llenos de toda la plenitud de Dios» (Ef 3,19).

MARÍA ÁNGELES AISA

Bibliografía

BERLIÈRE, U., OSB, Art. en *Revue Bénédictine* 16 (1899) 457-461.
DOLAN, J. G., OSB, *St. Gertrude the Great* (Londres 1912).
HAMON, A., *Histoire de dévotion au Sacré Coeur de Jésus,* II (París 1924).

MICHAEL, E., *Geschichte des deutschen Volkes vom dreizehnten Jahrhundert,* III (Friburgo 1900) 174-221.
Revelationes Gertrudianae et Mechtildianae opus ad codicum fidem nunc primum integre editum solesmensium o.s.b. monachorum cura et opera (Pictavii 1875).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN BARLAAM
Mártir († 303)

Barlaam era un cristiano fervoroso de Antioquía, perteneciente a la clase trabajadora del campo, y por ello mismo persona ruda y sin cultura. Llegada la persecución y acusado como cristiano, se le quiso obligar a dar culto a los dioses, a lo que Barlaam se negaba tenazmente. Querían salvarlo y para ello idearon ponerle por la fuerza carbones encendidos con incienso en la mano, de forma que si los soltaba tendría la apariencia de estar ofreciendo el incienso a los dioses. Barlaam aguantó con heroica fortaleza y prefirió se le quemase la mano, con lo que salió fallida la estratagema de los perseguidores. Seguidamente fue sacrificado. Sus alabanzas las cantan en sus homilías los santos Basilio el Grande y Juan Crisóstomo.

BEATO SANTIAGO BENFATTI
Obispo († 1332)

Nace en Mantua de noble familia en la segunda mitad del siglo XIII. En su juventud decide su vocación religiosa e ingresa en la Orden de Predicadores, teniendo como maestro de novicios al futuro papa Beato Benedicto XI. Fue enviado a París a estudiar y allí fue ordenado sacerdote, y enseñó durante unos años en la misma ciudad. El 10 de enero de 1304 su antiguo maestro, llegado a Papa, lo nombraba obispo de Mantua. Estuvo presente en Milán en la coronación del emperador Enrique VII en 1310, igualmente participó en el Concilio Ecuménico de Vienne en mayo de 1312, y vivió dedicado al cuidado pastoral de su diócesis, evitando con expresa voluntad entrar en los problemas y enfrentamientos políticos de su tiempo. Celoso

predicador de la palabra divina y administrador de los sacramentos, de vida austera y purísima, dio un ejemplo luminoso a su grey en un tiempo nada propicio a las virtudes pastorales. Murió en Mantua el 19 de noviembre de 1332. Su cuerpo, que fue hallado incorrupto años más tarde, fue finalmente depositado en la catedral donde todavía reposa. El papa Pío IX confirmó su culto el 22 de septiembre de 1859.

BEATOS ELISEO GARCÍA GARCÍA Y ALEJANDRO PLANAS SAURÍ

Mártires († 1936)

El 19 o el 20 de noviembre de 1936 el comité revolucionario de San Viçens dels Horts, junto a Barcelona, mandó detener al salesiano coadjutor don Eliseo García y al colaborador seglar del seminario salesiano don Alejandro Planas. Se supone que ambos fueron llevados primero a la sede del Comité y posteriormente a las costas del Garraf, no muy lejos de Barcelona, donde fueron fusilados. Sus cadáveres nunca fueron encontrados. Sus datos personales son éstos:

ELISEO GARCÍA GARCÍA nació en El Manzano (Salamanca) el 19 de agosto de 1907 en una familia de agricultores. Movido por el ejemplo de su hermano Esteban que se había hecho salesiano, él optó por esta misma vocación. Emitió los votos religiosos en 1932. En 1935 prestaba sus servicios como salesiano coadjutor en el seminario de su Congregación en San Viçens dels Horts, y hubo de hacer frente a las difíciles circunstancias sobrevenidas con el estallido de la guerra española el 18 de julio de 1936. Los salesianos de San Viçens supieron lo sucedido en la casa de Barcelona, que había sido incendiada, pero no fue hasta el día 21 cuando el Ayuntamiento mandó poner un aviso en la puerta del colegio diciendo que aquel edificio quedaba intervenido por el gobierno de la Generalitat. El día 25 los milicianos mandaron desmontar la capilla y eliminar cualquier signo religioso. Los salesianos y los niños que quedaron en el seminario fueron pasando el tiempo sin grandes sobresaltos hasta que el día 12 de noviembre llegó orden de expulsión. Como don Alejandro Planas, que era seglar, se quedó en el seminario como

si fuera el colono de la finca, don Eliseo iba a visitarlo con cierta frecuencia y le llevaba alguna ayuda. Y en una de estas visitas fue arrestado y posteriormente fusilado.

ALEJANDRO PLANAS SAURÍ era natural de Mataró y había nacido el 31 de octubre de 1878. Era sordo de nacimiento y hablaba pero muy bajo, sin embargo, era capaz de entender a sus interlocutores por los labios. Desde 1905 era empleado del seminario salesiano de San Viçens dels Horts. Llevaba una vida de profunda piedad y estaba siempre disponible y atento a todos. No pudo ser admitido a la profesión religiosa pero hizo los votos privadamente. Se quedó en el seminario haciéndose pasar por el colono de la finca, y recibía la comunión que le llevaba don Eliseo García hasta que fue arrestado con él y martirizado.

Fueron beatificados el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

20 de noviembre

A) MARTIROLOGIO

1. En Antioquía de Siria, San Basilio († s. III), mártir.
2. En Écija (Andalucía), San Crispín († s. III), obispo y mártir *.
3. En Doróstoro (Mesia), San Dasio († s. IV), mártir.
4. En Turín (Liguria), santos Octavio, Solutor y Adventor († s. IV), mártires.
5. En Vercelis (Liguria), San Teonesto († 313), mártir.
6. En Benevento (Campania), San Doro († s. V), obispo.
7. En Chalon-sur-Saône (Borgoña), San Silvestre († ca. 530), obispo.
8. En el monte Jura, territorio de Lyón, San Hipólito († 770), abad y obispo.
9. En Constantinopla, San Gregorio Decapolitano († 842), monje, defensor de las sagradas imágenes.
10. En Inglaterra, San Edmundo († 869), rey y mártir *.
11. En Hildesheim (Sajonia), San Bernardo († 1022), obispo **.
12. En Calabria, San Cipriano († 1190), abad de Calamizzi *.
13. En Hanoi (Tonquín), San Francisco Javier Can († 1837), catequista y mártir *.

14. En Veroli, Lazio (Italia), Beata María Fortunata (Ana Felisa) Viti († 1922), religiosa de la Orden de San Benito **.

15. Cerca de Valencia, beatas Ángeles de San José (Francisca) Lloret Martí, María del Sufragio (Antonia María) Orts Baldó, María de Montserrat (Dolores) Llimona Planas, Teresa de San José (Ascensión) Duart Roig, Isabel Ferrer Sabriá, María de la Asunción (Josefa) Mongoche Homs, María de la Concepción (Emilia) Martí Lacal, María de la Gracia (Paula) de San Antonio, Corazón de Jesús (María de la Purificación) Gómez Vives, María del Socorro (Teresa) Jiménez Baldoví, María de los Dolores (Gertrudis) Surís Brusola, Ignacia del Santísimo Sacramento (Josefa) Pascual Pallardó, María del Rosario (Catalina) Calpe Ibáñez, María de la Paz (María Isabel) López García, y Marcela de Santo Tomás (Áurea) Navarro, vírgenes, religiosas de la Congregación de la Doctrina Cristiana, mártires en 1936 **.

16. En El Picadero de Paterna (Valencia), Beata María de los Milagros Ortells Gimeno († 1936), virgen, de la Orden de las Clarisas Capuchinas, mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN BERNARDO
Obispo († 1022)

En puertas el último tercio del siglo décimo, en pleno ambiente medieval, estalló una vida que haría historia, acunada en el castillo de Sommerschenburg, geografía sajona. En torno al año 960.

Padres —Teodorico y Frideruna— nobles y cuna noble para el recién nacido. Nieto de Adalberón, conde del Palatinado; sobrino de Folcmaro, que ocupará la silla episcopal de Utrecht desde el 976 al 991, y de Rotgarda, abadesa del monasterio imperial de Hilwartshausen.

Y esmerada educación. Quinceañero, frecuenta la escuela catedralicia de Hildesheim, una de las más prestigiosas y con mayor oferta académica de la época. Alumno aventajado del rígido maestro Tangmaro —decano, bibliotecario y notario diocesano— que historiará la aplicación, los ensayos literarios y artísticos, la vida del joven discípulo.

Radiografía biográfica del momento:

> «Vi que en todas las cosas mostraba una inteligencia diez veces mayor que sus compañeros. Pasmábame del ardor que ponía en

penetrar los más sutiles problemas de la divina filosofía. Terminadas las lecciones, buscaba a aquellos que veía más asiduos en la santa meditación y les interrogaba sobre las cuestiones que le habían parecido algo oscuras, o bien se le veía rodeado de otros compañeros que, conocedores de su penetración, venían a proponerle sus dificultades. En las aulas estaba casi siempre solo, lejos del maestro, pero escuchando sin pestañear sus explicaciones. Yo, convencido de su extraña capacidad, trataba de alimentarle con la leche más exquisita de las Sagradas escrituras».

Para mayor abundancia:

«Cuando, por atender a algún servicio de la mitra, tenía que salir del monasterio, llevábale conmigo de viaje a fin de discutir con él más profundamente aquellas verdades que en la clase era imposible profundizar. Con frecuencia cabalgábamos todo el día sin dejar de estudiar, ahora leyendo con larga porfía, ahora aguzando el espíritu con el juego de las composiciones poéticas; después ocupándonos en los ejercicios de la oración en prosa o bien enriqueciendo la inteligencia con las disputas silogísticas. Aún en casa, muchas veces se me presentaba el muchacho, siempre algo turbado, pidiendo que le resolviese las más altas cuestiones de la ciencia».

Alimentaba el mozo sajón un insaciable afán de saber.

Remata Tangmaro: «Bien puedo decir que nunca descansaba, ni siquiera durmiendo».

Apasionadamente aplicado él en el conocimiento tanto de las artes bautizadas liberales como de las llamadas mecánicas. Para éstas tenía manos de plata. Particularmente diestro en el manejo de la gubia y del cincel e ingeniosamente hábil para la forja, el repujado y el esmaltado.

Al silencio claustral de Hildesheim siguió Maguncia. Donde quedaría completa la formación del hombre llamado a brillar con luz propia en la realidad histórica medieval. En Maguncia, ciudad importante desde su elevación, en el 747, a la categoría arzobispal, Bernardo recibió el presbiterado. Ungido por Willigis, titular de la sede, con quien el neo sacerdote compartió amor a la cultura y aficiones artísticas.

Ya presbítero, su tío Folcmaro le brindó la silla abacial de Deventer. Pero la rehusó, prefiriendo la compañía del abuelo, conde Adalberón, tras cuyo fallecimiento —año 987— sí aceptaría una invitación. Una llamada imperial. Y, de resultas, capellán de la corte, encargado de la educación del hijo de la

regente Teofanía, futuro Otón III, ahora un chaval de siete primaveras. Una misión, estirada a lo largo de media docena de años, que le facilitará contactos y amistad con importantes personalidades eclesiásticas y civiles. Al tiempo que, dada la profunda penetración cultural bizantina e italiana en el ambiente palaciego, abrirá campo al marcado espíritu artístico del reverendo preceptor imperial. Quien, inevitablemente, acabará enredado en la lucha de intereses que cuidadosamente historia la *Vita,* el manuscrito supuestamente del maestro Tangmaro, del que ya hemos copiado.

Todos afanosos de mando y de influencia sobre el menor de edad camino del trono. Pretendientes: la madre; Enrique, duque de Baviera; el ya conocido arzobispo Willigis; Gerberto, maestro de palacio.

En liza, repetidamente, el sistema educativo cortesano. A favor y en contra de la permisividad en los caprichos del discípulo imperial. Frente a la adulación y a la excesiva tolerancia, la rigidez del docente, que el capellán avalaba y la regente consentía.

Intrigante también Sofía, hermana del emperador, que había abandonado el monasterio de Gandersheim. Nuevamente en palacio. Satisfecha la familia. De acuerdo Willigis. Gerberto, atento a la filosofía, a las matemáticas y a la astronomía, desentendiéndose. Pero Bernardo, valiente, recordando a la monja que su lugar era el claustro. Reiteradamente conflictiva la monja, provocativa, rebelde. Por su culpa discutiéndose jurisdicción los obispados de Maguncia y Hildesheim, recurrente el primero a Roma.

Bernardo, molesto y antipático. En el 992 el obispo Gerdag dejó huérfana la diócesis de Hildesheim. Una ocasión no buscada, magnífica para alejar, premiándole, al capellán imperial. Cuyas meritorias dotes humanas y virtud le convertían en candidato ideal para llenar el hueco eclesiástico de referencia.

Bernardo recibió la dignidad episcopal en fecha 15 de enero del 993. Consagrado por el metropolitano Willigis, con quien sin tardanza estrenaría situación conflictiva.

Nuevamente la monja Sofía —reintegrada al convento— de por medio, provocadora. Por cuestiones jurisdiccionales sobre

el monasterio de Gandersheim, en disputa Hildesheim y Maguncia. Terca y rebelde la monja, haciendo necesario el recurso a Roma.

Problemas aparte, Bernardo estrenaba andadura. Obispo y señor. Responsable del cuidado y de la protección, espiritual y temporal, de la grey a su mando. Vida nueva. Aunque personalmente poca variación.

Leamos a Pérez de Urbel que borda la supuesta diaria jornada del prelado:

> «Leía hasta el canto del gallo, rezaba hasta el amanecer y después dormía tres o cuatro horas. Como en otras muchas catedrales de aquel tiempo, también en la de Hildesheim el clero vivía monásticamente y, en cuanto le era posible, Bernardo seguía el horario de la comunidad. Por la mañana se reunía en capítulo con los hermanos, hacía leer los nombres de los monjes difuntos y rezaba por ellos. Después de misa comenzaba sus tareas episcopales: recibía visitas, examinaba y resolvía con rapidez los litigios que el pueblo le presentaba; repartía la limosna a los pobres delante de la basílica, daba su bendición a los enfermos, recorría la sala de los copistas y los pintores, visitaba a los orfebres, entraba en los talleres de fundición, examinaba las obras y objetos artísticos, daba las órdenes necesarias y, a eso de las tres de la tarde, volvía al monasterio, donde le aguardaba una comida frugal pero sabrosa, según él solía decir, porque tenía como compañeros el silencio y la lectura».

Es verdad. Bernardo fue un obispo verdaderamente apasionado por el arte. Fundador, en consecuencia, de una escuela de arte. La *Hildesheimer Werkstatten.*

Pero, eso sí, el arte como púlpito. Como medio. Como instrumento de evangelización; predicando personalmente con el hierro, con el bronce, con la plata... Famosos, entre otras insignes joyas, la puerta catedralicia de Hildesheim con reproducciones metálicas evangélicas; el gigantesco y artístico candelero pascual, conocido como *columna de Bernardo;* la miniatura de *Kostbares Evangeliar,* auténtica obra maestra.

Primordialmente desviviéndose por la virtud, la cultura y la paz del pueblo. Laicos y clero. Y, a tal efecto, promovió y encauzó vocaciones a la abadía de San Miguel que, en el 1001, fundó en la capital del obispado. Y hacia los también nacidos monasterios masculino de Oelburg y femeninos de Heiningen y de Steterburg.

De tanto en tanto, cuando las incursiones piratas de eslavos y normandos perturbaban la paz popular, no quedaba otro remedio que prescindir del báculo y del cincel y empuñar la espada. El obispo artista se tornaba guerrero. Sin motivo para el escándalo. Todo muy normal en la idiosincrasia de la época.

Bernardo levantaba fortalezas —Hildesheim, Mundburg y Warenholz—, armaba a los mozos y a los hombres y los enviaba a guerrear.

Contra los sublevados del Elba, entre el 994 y 995. En apoyo de Otón III en la pacificación de Tívoli, seis años después, y contra la insurrección de Roma. A favor de Enrique II, metido en discusiones sucesorias. Enrolado en la expedición imperial, otra media docena de años más tarde, contra los franceses, coronada con la doble peregrinación: al sepulcro de San Martín de Tours y a San Daniel, en París.

No es raro que su intensa dedicación terrena provocara antipatías, envidias y hostilidades al titular de la sede de Hildesheim. Y, a mayor abundancia, tirando leña al fuego, el valiente compromiso de Bernardo en favor de los campesinos; particularmente los que vivían de su sudor sobre las propiedades agrícolas eclesiásticas.

Obispo sabio, estudioso, que se hizo con una rica biblioteca de títulos religiosos y profanos. Obispo artista, con la gubia y el cincel en las manos, promotor y mecenas. Obispo príncipe, fiel a la casa reinante, sensible a las circunstancias y a las necesidades materiales de su pueblo, que empuñaba la espada cuando se trataba de defenderle. Obispo espiritual y santo, que predicaba y vivía el amor y la justicia.

Quiso acabar sus días en la paz monástica de San Miguel, la construcción que había dado a la capital de la diócesis y le dejaría en monumental recuerdo. Y allá que se retiró, compartiendo hábito, mesa y techo con la comunidad. Donde pasó a mejor vida el 20 de noviembre de 1022. Y donde recibió sepultura. Repartidas ahora sus reliquias entre la catedral y el templo de Santa María Magdalena de Hildesheim, que guardan, respectivamente la cabeza y el resto de los despojos mortales.

Por voluntad del finado, la inscripción en el primitivo sarcófago de piedra, en la iglesia cenobítica, pregona:

> «Fui la parte corruptible de un hombre que se llamó Bernardo; ahora, dentro de este frío sarcófago, soy vil ceniza. Aunque negligente, ¡ay!, en mi alta dignidad, pido paz para mi alma y tú, que lees, añade: "Amén"».

El concilio de Erfurt, en 1150, autorizaría el culto en la liturgia monástica de San Miguel. Una bula pontificia de Celestino III, fechada el 8 de enero de 1193, universalizaría la veneración al proclamado santo. Y, finalmente, el papa Benedicto XIV, en el 1748, inscribiría a Bernardo de Hildesheim en la lista oficial eclesiástica de cristianos modélicos, imitables.

San Bernardo es el primer sajón distinguido con el honor de los altares. Patrono de la diócesis de origen y de los orfebres.

JACINTO PERAIRE FERRER

Bibliografía

LEONARDI, C. - RICCARDI, A. - ZARRI, G. (dirs.), *Diccionario de los Santos,* I (Madrid 2000).
PÉREZ DE URBEL, J., *Año cristiano* (Madrid [4]1956).
SCHAUBER, V. - SCHINDLER, H. M., *Diccionario ilustrado de los santos* (Barcelona 2001).

BEATA MARÍA FORTUNATA (ANA FELISA) VTTI

Virgen († 1922)

Nadie lo hubiese creído aquel frío día de noviembre de 1922, cuando sólo tres personas, el capellán, el monaguillo y el enterrador, condujeron el sencillo féretro de madera al camposanto de Veroli, desde el monasterio de las «monjas buenas» como así llamaban a las benedictinas de aquel lugar no muy distante de la ciudad de Frosinone. Se trataba de una sencilla monja conversa, nada menos que de noventa y seis años, de la que ya hacía mucho tiempo que nadie se acordaba. Y nadie lo diría, porque, pasados sólo trece años, serían más de veinte mil personas las que el día de San Benito, el 21 de marzo de 1935, la acompañarían para devolverla con honor y veneración a su monasterio para ser allí custodiada hasta que la Iglesia dispusiese su elevación a los altares.

Los comienzos de la vida de María Fortunata (bautizada como Ana Felisa) tienen mucho de triste novela del siglo XIX.

Nacida como la mayor de una prolífica familia de nueve hermanos, tuvo la tristeza de ver morir pronto a su madre, teniendo que ser ella la responsable de todos ellos a sus catorce años de edad. Su padre, un rico terrateniente de Ciociaria, entre Veroli y Frosinone, llegó a perder su fortuna por el vicio del juego, dejando a sus pobres huérfanos prácticamente en la miseria.

El hambre enseñó sus afilados dientes a la familia Bono ya en la cuesta de la miseria, y ni las mismas limosnas que alguna vez llegaron de las mismas benedictinas de Veroli eran suficientes para paliar tanta necesidad. Ana Felisa se vio obligada como tantas muchachas pobres de su tiempo a ponerse a servir. Encontró una buena familia, los Móbili, que poseían el palacio castillo que había pertenecido a los Aquino y donde había sido encerrado el joven Tomás para que no se hiciera dominico. Con los Móbili, en cuya familia dejó un grato recuerdo, pasó tres años cuidando a los hijos de la noble familia, para así garantizar con su sueldo la comida de sus hermanos y de su mismo padre, a quien, a pesar de su vicio, ella siempre respetó y amó.

Cuando volvió a casa ya tenía tomada una determinación: se haría monja benedictina en Montecorvo; esperó un año más, para ver que todos sus hermanos se colocaban decentemente, y a sus veinticuatro años ya estaba preparada. En el entretanto ella misma se había hecho el ajuar para entrar en el monasterio; y no sólo eso: meditándolo mejor, se decidió por ingresar, en lugar de Montecorvo, en el monasterio de su ciudad natal, en Veroli.

Se cuenta que Feliseta, como la llamaban familiarmente, era alta, delgada y fina, de cabellos dorados y guapísima; durante su estancia entre los Móbili, un joven de rica familia de Alatri la había pretendido; quizá fue por eso por lo que cambió Montecorvo por su ciudad natal. El caso es que su vocación y su deseo de entrega a Dios era lo más importante en su vida. Ingresó en el monasterio de «las buenas monjas» el 21 de marzo de 1851, en aquel entonces solemnidad del Tránsito de San Benito.

Cuando después del postulantado tomó el hábito le impusieron el nombre por el que hoy la conocemos: María Fortuna-

ta. Fue aceptada como hermana lega o conversa, pues ni tenía dote pecuniaria que presentar ni su instrucción era la adecuada, ya que nunca había podido dedicarse al estudio. Sabía leer y escribir, pero de lo que más sabía era trabajar con amor y dedicación, y eso iba a ser el centro y motor de su vida ofrecida en holocausto al Señor por el bien de sus hermanas. Con el tiempo los superiores quisieron que pasase a ser monja de coro, pero ella siempre quiso permanecer como hermana lega, ligada al trabajo cotidiano, en el que encontraba el mejor medio para estar junto a Dios.

Cuando profesó había escrito en un cuadernillo: «Ya que tengo la buena suerte (Fortunata) de hacerme santa, quiero santificarme; porque si me equivoco me equivoco para siempre». Estamos en el siglo XIX, un siglo repleto de devociones. La espiritualidad cristiana se encontraba a rebosar de pequeñas devociones. María Fortunata no escapa a su entorno pero sabe encontrar los puntos claves. La fe en la Trinidad, devoción heredada de su madre, y el cristocentrismo propio de la Regla de San Benito que ella resumía en una jaculatoria o frase que no se desprendía nunca de sus labios: «Poder y caridad de Dios».

La pasión de Cristo era también un punto fuerte entre las monjas de Veroli, dirigidas afectuosamente por el pasionista Beato Domingo de la Madre de Dios, gran misionero de Inglaterra que había participado en la conversión al catolicismo del futuro cardenal Newman. El Beato pasionista había llegado a comprometer a las benedictinas de Veroli para que fuesen sus auxiliares ante Dios para lograr la vuelta al catolicismo de la anglicana Inglaterra. El amor a Cristo crucificado señalará hitos importantes en su oración y en su vida interior y existen suficientes indicios entre los testigos de la causa de canonización para pensar que Dios la otorgó participar incluso físicamente en los dolores de Cristo en su pasión. Tan absorta quedaba ante Cristo crucificado que ni sintió ni se movió de su oración en el terrible terremoto que asoló aquella región italiana en 1915. Y en otra ocasión la hallaron sus hermanas desvanecida ante el crucifijo y, al ponerla en la cama y quitarle la túnica, vieron señales inequívocas en la espalda del que ha recibido golpes o lati-

gazos. Ella sólo dijo: «hoy he meditado con Cristo atado a la columna».

Ni que decir tiene que la Eucaristía era su mejor alimento y María Santísima, especialmente contemplada junto a la cruz de su Hijo, el ejemplo a imitar y seguir con valentía y decisión.

Como hermana conversa participó en una intensa vida de trabajo comunitario. Trabajaba por tres, como decían las monjas. Fue la encargada de la ropería durante más de setenta años y sólo tres enfermera. Pasó su vida zurciendo, remendando y cuidando los hábitos de sus hermanas. Hilaba con la rueca y el huso y producía un hilo tan fino que sus hermanas lo destinaban para confeccionar los más sutiles encajes. Era casi milagroso cómo iba siempre limpísima con un hábito finamente remendado de muchos años. Cuando llegó a vieja y la vista o las fuerzas le faltaban, encontró un simpático sistema en el que ella confiaba con fe ciega: pedía al confesor que bendijera sus manos, sus brazos y sus ojos; así trabajaba doblemente con alegría y el consuelo de servir a sus hermanas; de esta fe en la bendición sacerdotal dijo una vez su abadesa, la Madre Bisleti: «Hay más fe en el corazón de sor María Fortunata que en toda la diócesis de Veroli». No perdía tiempo en el locutorio, pues muy pocos la conocían, pero corría a la reja si era cuestión de dar una limosna a un pobre. Cuentan que sintió predilección por un pobre deshollinador que cada año venía a limpiar las chimeneas del monasterio. No perdía ocasión de llevarle un buen plato de sopa y un buen vaso de vino cuando había concluido con su trabajo. En él, negra la cara por el hollín, veía especialmente el rostro esplendoroso de Cristo, como recuerda la regla benedictina.

Siendo una monja humilde y apenas conocida, la irradiación de sus virtudes fue reducida pero no menos radiante. Brilló en su pureza virginal, en su modestia, en su sencillez, en su humildad y recogimiento. Las chicas educandas que estudiaban en el monasterio decían: «Todas las monjas son buenas, pero Sor María Fortunata es distinta, es otra». Otra peculiaridad de María Fortunata era su amor a la naturaleza y a los pequeños animales del jardín o la huerta monástica. No osaba pisar las filas de las hormigas; dejaba migas para los pajarillos

en invierno; hizo amistad con un gorrión solitario y preparaba copos de lana para que los pajarillos hicieran sus nidos; la confianza de éstos era palpable: cuando sor María trabajaba en el jardín saltaban de gozo a su alrededor, posándose en sus manos y en sus hombros.

Mas en la jerarquía de valores estaba el amor por sus hermanas, a quienes servía generosa e intensamente, especialmente a la que más sufría o a aquella que podía ser más arisca o antipática, teniendo detalles de amor y celo fraterno que llegaba a conmover a todas. Pero su amor y su caridad sabía vencer los muros de la clausura para extenderse en su oración por todo el mundo: por las misiones, por los sacerdotes en dificultades, por los alejados de Dios, por los pecadores y por los no creyentes; todos cabían en su corazón preocupado porque el amor y la sangre derramada por Cristo en la Cruz obtuviesen frutos abundantes de redención y salvación.

Los carismas extraordinarios no son necesarios para la santidad; sin embargo, a veces Dios se complace en dotar la vida de sus amigos con una participación especial en la visión que él tiene del cielo y de la tierra. Se sabe de sor Fortunata que hablaba con seguridad de hechos por venir, de la suerte de sus hermanas y que intuía en los corazones su fidelidad a Dios, como en el caso de varios sacerdotes que sólo con verles decir misa sabía de su infidelidad a Dios. Otras veces Dios se complacía en aprobar sus alabanzas, como cuando ante una bombilla recién colocada en un pasillo y todavía no conectada a la red eléctrica dijo: «Te saludo, oh luz de Dios», y la bombilla se iluminó durante largo rato ante el asombro de todas las hermanas. También se cuenta de ella que gozaba de la certeza de su ángel de la guarda a quien con toda confianza encargaba la guarda de las enfermas graves si por un instante tenía que ausentarse; del mismo modo parece que también sabía y percibía la presencia del maligno que más de una vez le dio disgustos con sus angustias y tentaciones, cosa que causó incluso preocupación entre sus superiores y confesores.

En una cosa se especializó: en rogar por los pecadores notorios en peligro de muerte. Hasta las monjas acudían a ella para rogarle que se interesase por éste o por aquél. Con sus ora-

ciones y súplicas, y también con sus ayunos y mortificaciones, se sabe que siempre hubo éxito en estas ocasiones. De sus actos de sacrificio se sabe poco, incluso se comenta que más de una vez avisó a sus hermanas que no hiciesen en esto nada sin permiso de la abadesa, como manda la discreción de la Regla de San Benito. Ella por supuesto así lo haría, pero después de su muerte se halló una caja bajo su lecho con tales artilugios penitenciales que la abadesa los mandó echar al fuego para que nadie cayese en la tentación de imitarla en esto.

Larga fue la vida de María Fortunata; llegó a los noventa y seis años, habiendo permanecido en el monasterio durante setenta y uno. Como es natural, sus fuerzas fueron decayendo con los años y sus sentidos apagándose hasta quedar medio ciega y sorda, aunque pedía a sus hermanas que la avisasen para acudir sin demora a los actos de comunidad. El espíritu siempre estuvo pronto, pero la carne fue debilitándose hasta quedar postrada en cama tres días antes de su partida. Hizo su último acto de obediencia aceptando ser trasladada a una celda solitaria, dejando el dormitorio común donde había pasado tan largos años de su vida entre las hermanas en una estrecha vida cenobítica. Lo había mandado la abadesa y no había más que hablar. De vez en cuando dormitaba durante su anhelante espera del Esposo, hasta que en un momento dado abrió los ojos y exclamó: «Eterno gozar. Por los siglos de los siglos», y dulcemente expiró.

Las hermanas velaron y amortajaron el cadáver con amor, colocándole un lirio entre sus manos, pero no pudieron acompañarla hasta su última morada después de los sufragios acostumbrados. Amontonadas a la puerta de la clausura vieron cómo se llevaban el pobre féretro con la pobre compañía de un capellán, un monaguillo y el conductor del carro. Las monjas no tenían cementerio propio y se enterraban en el de la población en una fosa común que tenían las religiosas. No era costumbre, pero el capellán quiso que a sor María Fortunata no le faltase una cruz particular y una placa con su nombre en el lugar donde había sido enterrada. Era un presentimiento.

A pesar de la vida tan ejemplar nadie pensó en el monasterio en causa de beatificación. Fue la gracia del cielo la que hizo que empezasen a florecer las gracias alrededor de aquella sen-

cilla tumba. Alguno recordó después que había dicho: «Aun cuando esté en el paraíso no descansaré, porque quiero pedir mucho por el bien del prójimo». Y cumplió. Devueltos sus restos al monasterio en 1935 e introducida su causa, fue declarada beata por Pablo VI el segundo domingo de octubre de 1967.

LUIS M. PÉREZ SUÁREZ, OSB

Bibliografía

SARRA, A., *La Beata sor María Fortunata Viti* (Santander 1970).

BEATA ÁNGELES DE SAN JOSÉ (FRANCISCA) LLORET MARTÍ Y COMPAÑERAS DE LA DOCTRINA CRISTIANA

Corazón de Jesús (María de la Purificación) Gómez Vives, Ignacia del Santísimo Sacramento (Josefa) Pascual Pallardó, Isabel Ferrer Sabriá, Marcela de Santo Tomás (Áurea) Navarro, María de la Gracia (Paula) de San Antonio, María de la Asunción (Josefa) Mongoche Homs, María de la Concepción (Emilia) Martí Lacal, María de la Paz (María Isabel) López García, María de los Dolores (Gertrudis) Surís Brusola, María de Montserrat (Dolores) Llimona Planas, María del Rosario (Catalina) Calpe Ibáñez, María del Socorro (Teresa) Jiménez Baldoví, María del Sufragio (Antonia María) Orts Baldó, Teresa de San José (Ascensión) Duart Roig

Vírgenes y mártires († 1936)

La madre Micaela Grau funda la Congregación de Hermanas de la Doctrina Cristiana el año 1880 en Vilanova i la Geltrú (Barcelona), para dedicarse a la enseñanza de las niñas, formación catequética y atención a los enfermos. En 1885 se establecen en Carlet (Valencia) y en 1891 abren casa en Mislata (Valencia), población en donde establecerán, definitivamente, la casa madre, en atención a las numerosas vocaciones de esta provincia.

En el mes de febrero de 1936 y en previsión de un posible asalto, la madre general, sor Ángeles de San José, dispone que las novicias vistan de paisano y se trasladen a Valencia. En la ca-

lle del Maestro Chapí n.º 9 queda instalado el noviciado, y por consejo de don Prudencio Melo y Alcalde, arzobispo de la diócesis, algunas novicias se matriculan en la Escuela de Enfermeras, como medida preventiva en caso de que tengan que dispersarse. Todas las casas de la congregación quedan en la llamada zona republicana, por lo que tienen que abandonarlas a partir del 18 de julio de 1936 y quedan en poder de las autoridades locales. Algunas religiosas se refugiaron entre sus familiares o en domicilios donde las acogieron, pero otras permanecieron junto a la madre general, quien, al salir de la casa de Mislata, fija la mirada en la imagen del Sagrado Corazón que preside el amplio patio y repite con los ojos llenos de lágrimas: «¡Sagrado Corazón de Jesús, salvad a España, que en Vos confía!».

En número de once, las religiosas pasan el día 19 de julio a ocupar el piso donde se hallaban las novicias, y en fechas posteriores también se les unieron dos hermanas del colegio de Turís y otras dos del colegio de Sollana:

> «Aquella casa se convirtió en... un verdadero convento donde se oían misas diariamente, porque eran varios los sacerdotes que acudían a celebrar, se escuchaban pláticas y se hacían todos los ejercicios de comunidad a su debido tiempo. No faltaban tampoco las asiduas visitas de los milicianos e interrogatorios propios del tiempo. En una de estas visitas, se ofrecieron a trabajar desinteresadamente por los combatientes. Se aceptó, y con la lana requisada que les trajeron pudieron confeccionar jerseys en número de veinte. Los enemigos de la religión no ahorraron agravios ni insultos a las religiosas, les obligaron a entregarles sus ahorros y tuvieron que soportar reiterados registros».

Otra historia acontecía mientras tanto en Carlet, donde las hermanas se instalaron por primera vez en esta diócesis. La madre Amparo Rosat, superiora de aquella casa, afrontó con entereza la prueba y la vesania llevadas contra ella por las autoridades, por su valiente defensa de la fe y decidida actuación educativa. Le acompaña en estos momentos la hermana Calvario Romero. Según los testimonios conocidos no es posible precisar el lugar, día y hora en que ocurrió el martirio de estas dos hermanas de la Doctrina Cristiana, aunque las referencias fidedignas de los testigos señalan el día 27 de septiembre como el más probable.

La madre general Ángeles de San José procuró, mientras estuvieron en el piso de la capital del Turia, que la predicación que diversos sacerdotes realizaron a las hermanas en este tiempo mantuviera fuerte la fe de la comunidad, lográndose una seguridad que admiraba a todos. El corazón de las religiosas se halla repleto de humildad, y la oración y la presencia divina llenan el corazón de estas monjas. ¿Qué ocurrió el 20 de noviembre de 1936 a las hermanas de la Doctrina Cristiana, reunidas en la calle del Maestro Chapí de Valencia? Poco es lo que se sabe, pero de forma sucinta, así lo refiere un relato:

> «Ellas ya preveían el final, pero estaban muy dispuestas a dar sus vidas por la fe y por la patria. Efectivamente, el día 20 de noviembre, a las ocho de la noche, se las llevaron en un coche, haciéndolas subir a empujones, sin respetar la ancianidad de algunas de ellas, pues había una, la madre Isabel, que era cofundadora de la congregación. Las condujeron al "Picadero" de Paterna, y allí las fusilaron. Estaba lloviendo a la hora que las mataron, y sus cuerpos quedaron en el suelo a la intemperie, recibiendo la lluvia, por eso cuando las llevaron al cementerio de Valencia al cabo de dos días para enterrarlas, estaban todas hinchadas, como puede verse en las fotografías al momento de enterrarlas, cuyas copias tenemos en nuestro poder».

Varios testigos en su deposición aclaran algunos extremos, describiendo este dramático momento del siguiente modo:

> «Al atardecer del día 20 de noviembre de 1936, entre las 7 y 8 de la tarde, se presentaron en la casa donde se hallaban las hermanas de la Doctrina Cristiana un grupo de milicianos a bordo de un coche, especie de microbús, invitándolas a asearse y luego las obligaron a subir al mencionado vehículo, obedeciendo todas, imitando el ejemplo de la madre general, sin oponer resistencia. El autobús se dirigió rápidamente a Paterna, siendo alentadas en el trayecto por las palabras y los rezos de la madre Sufragio Orts, que admiraron a las víctimas y asombraron a los verdugos. Esta valentía debió enfurecer a algunos milicianos, pues dicha monja fue la última en sufrir el martirio, recibiendo diversas ráfagas de balas en su rostro, como demuestra la fotografía obtenida en el cementerio de Valencia. Allí fueron identificados los cadáveres por María "la de Rufino", portera de la casa donde habían residido las hermanas de la Doctrina Cristiana».

Los restos de las mártires recibieron sepultura en una fosa común del cementerio de la capital del Turia donde permane-

cieron hasta el 1 de mayo de 1940, en que fueron trasladados al cementerio de Mislata, en cuya población se halla la casa madre del Instituto. Éstos son sus nombres:

ÁNGELES DE SAN JOSÉ LLORET MARTÍ (1875, Villajoyosa, Alicante). Entró en la congregación en 1903; fue secretaria general, superiora local y superiora general.

MARÍA DEL SUFRAGIO ORTS BALDÓ (1888, Altea, Alicante). En 1922 ingresó en la congregación; fue superiora local, vicaria general y maestra de novicias.

MARÍA DE MONTSERRAT LLIMONA PLANAS (1860, Molíns de Rei, Barcelona). Entró en la congregación en 1882, y la recibió la misma fundadora, M. Micaela Grau; fue superiora general durante treinta y tres años.

TERESA DE SAN JOSÉ DUART ROIG (1876, Denifaid, Valencia). Ingresó en el Instituto en 1899; fue maestra de novicias y superiora local.

ISABEL FERRER SABRIÁ (1852, Vilanova i la Geltrú, Barcelona). Fue una de las primeras religiosas de la congregación, en la que entró en 1880. Fue superiora local.

MARÍA DE LA ASUNCIÓN MONGOCHE HOMS (1859, Ulldecona, Tarragona). Entró en la congregación en 1885; fue superiora de varias casas del Instituto.

MARÍA DE LA CONCEPCIÓN MARTÍ LACAL (1861, Carlet, Valencia). Ingresó en la congregación en 1885; estuvo en varias casas, pero la mayor parte de su vida la pasó en la casa de Sollana.

MARÍA DE LA GRACIA DE SAN ANTONIO (1869, Valencia). Entró en el Instituto en 1900; fue maestra y pasó gran parte de su vida en el colegio de Turís.

CORAZÓN DE JESÚS GÓMEZ VIVES (1881, Valencia). Entró en el Instituto en 1906; fue directora del colegio de Molíns de Rey, en Barcelona; dedicó toda su vida a la enseñanza.

MARÍA DEL SOCORRO JIMÉNEZ BALDOVÍ (1885, Sant Martí de Provensals, Barcelona). Entró en la congregación en 1907; se dedicaba fundamentalmente a ayudar en las clases de párvulos.

MARÍA DE LOS DOLORES SURÍS BRUSOLA (1899, Barcelona). Entró en el Instituto en 1918; era humilde, obediente y caritativa; y trabajó con gran interés en las clases.

MARÍA DEL ROSARIO CALPE IBÁÑEZ (1855, Sueca, Valencia). Entró en la congregación en 1893; pasó gran parte de su vida consagrada a la comunidad de Valencia como cocinera; de carácter serio, reflexivo y amable, fue muy querida por todos.

IGNACIA DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO PASCUAL PALLARDÓ (1862, Valencia). Entró en el Instituto en 1889; pasó toda su vida como cocinera de la comunidad de Sollana.

MARÍA DE LA PAZ LÓPEZ GARCÍA (1885, Turís, Valencia). Entró en la congregación en 1911; fue enfermera de la comunidad.

MARCELA DE SANTO TOMÁS NAVARRO. Procedía de la provincia de Albacete y se desconoce la fecha de su nacimiento por haberse perdido toda la documentación sobre ella. Entró en la congregación ya mayor, cuando tenía 45 años, en 1934. Cuando murió aún era novicia.

Además de estas quince religiosas de la comunidad de Mislata, también fueron martirizadas otras dos, de esta misma congregación, que pertenecían a la comunidad del colegio de Carlet (Valencia). Ambas habían sido arrestadas el 19 de septiembre de 1936 y martirizadas entre el 26 y 27 de ese mismo mes. Eran: MARÍA DEL AMPARO ROSAT BALASCH (1873, Mislata, Valencia), que entró en el Instituto en 1896 y fue superiora de varias casas; y MARÍA DEL CALVARIO ROMERO CLARIANA (1871, Carlet, Valencia), que ingresó en el Instituto en 1892, y desempeñó el oficio de cocinera en varias casas de la congregación (cf. *Año cristiano. Septiembre,* p.801-802).

Con su entrega total e incondicional a Dios y a los hombres, estas religiosas buscaban el bien del prójimo y se santificaban en el amor. El camino de santidad de todas ellas comenzaba con la educación de las jóvenes, atención a los enfermos y la participación en la vida parroquial, especialmente en la catequesis. Éstas eran las ocupaciones del grupo formado por la madre Ángeles de San José, y compañeras. Un grupo de mártires que se dedicaba a los más pobres en la enseñanza, la catequesis y la propagación de la fe. En ellas triunfó la civilización del amor hasta el extremo de entregar su vida.

El 5 de julio del año 1965 se celebró en el Palacio arzobispal de Valencia la apertura del proceso diocesano de declaración de

martirio de la superiora general de la Congregación de la Doctrina Cristiana, María Ángeles de San José, y dieciséis religiosas más de la misma congregación, que ofrendaron su vida en testimonio de la fe. Tres años más tarde (1968), se exhumaron los restos de las mártires del cementerio de Mislata, siendo trasladados a la iglesia de la casa madre, donde se colocaron en un panteón situado en la nave lateral derecha. Presidió este acto don Rafael González Moralejo, obispo vicario capitular en sede vacante. El 13 de junio de 1969, y bajo la presidencia del mismo prelado, quedó clausurado el proceso de beatificación de las 17 hermanas de la Congregación de la Doctrina Cristiana. Después de un intervalo recomendado por el papa Pablo VI para dejar en suspenso las causas de martirio, el año 1983 el Santo Padre Juan Pablo II autorizó la reanudación de las causas de beatificación y canonización de los obispos, sacerdotes, religiosos de ambos sexos y seglares que testimoniaron en 1936 en España su fe con el martirio. Con esta oportunidad el padre Fr. Ambrogio Eszer, OP, presentó en 1990 oficialmente la *positio super martirio* de la sierva de Dios Ángeles de San José Lloret Martí y 16 compañeras mártires de la Congregación de Hermanas de la Doctrina Cristiana, último requisito para el reconocimiento oficial, que tuvo lugar el día 6 de julio de 1993 en que el Papa, ante el prefecto de la Causa de los Santos, firma el decreto de martirio de las 17 religiosas, paso previo para la solemne beatificación, que efectuó Su Santidad Juan Pablo II el día 1 de octubre de 1995.

En este acto memorable pronunció estas emotivas palabras:

> «[...] Vivieron su vocación religiosa en la enseñanza del catecismo a los niños y adultos, mostrando con esmero el contenido y la coherencia admirable de la fe católica, y manifestando con la sencillez alegre de su femineidad consagrada el rostro materno de la Iglesia, de la que fueron fieles hijas [...] Que sus admirables ejemplos sean para su familia religiosa estímulo para mantener siempre la fidelidad a la Iglesia».

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

CARCEL ORTÍ, V., *Mártires españoles del siglo XX* (Madrid 1995) 565-604.
CONGREGATIO DE CAUSIS SANCTORUM. P.N. 1167. *Valentina. Beatificationis seu Declarationis martyrii Servarum. Dei Angelae a Sancto Joseph Lloret Martí et XVI Sociarum e Congregatione Doctrinae Christianae († 1936). Positio super martyrio* (Roma 1990).
GIL DE MURO, E. T., *Con la palma ante el pecho. Crónica de amor y testimonio* (Burgos 1995).
L'Osservatore Romano (ed. en español) (6-10-1995).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN CRISPÍN DE ÉCIJA

Obispo y mártir († s. III)

El anterior *Martirologio romano* especificaba que este santo alcanzó el martirio por decapitación. El actual se limita a llamarlo obispo y mártir y situar su martirio en la ciudad de Écija. Se encuentra su memoria desde antiguo en la Liturgia mozárabe, en la cual se conserva un himno que es testigo de la antigua tradición según la cual padeció varios tormentos antes de ser decapitado. Su sepulcro se conservó en Écija hasta que se extinguió el cristianismo con la entrada de los almohades (siglo XII) y hubo en esa ciudad un obispado a lo largo de las épocas visigoda y mozárabe que se supone encabezado en la época de las persecuciones romanas por este San Crispín. El elogio del *Martirologio de Adón* lo conmemora así: «San Crispín, obispo y mártir en la ciudad astiagense, el cual, siendo prelado de aquella iglesia y predicando la fe cristiana, fue preso por los gentiles y, conminado a que sacrificase a los ídolos, como de ningún modo cedía, alcanzó la corona del martirio, siendo decapitado el 19 de noviembre». La archidiócesis de Sevilla, a la que ahora pertenece Écija, cuyo obispado no fue restaurado cuando la reconquista castellana del siglo XIII, celebra la memoria de este santo en este día.

SAN EDMUNDO
Rey y mártir († 869)

Nace de familia sajona el 841 y cuando en Navidad del 855 renuncia al trono el rey Offa, el reino de la Inglaterra oriental recae sobre el jovencísimo Edmundo, que fue coronado en Burum por el obispo Humberto de Elman. Su limpia conducta llenó de admiración el reino, pues mostró un clarísimo sentido de la justicia, una enorme equidad y responsabilidad en todas sus decisiones al tiempo que una sólida piedad cristiana, que le llevó a pasar una larga temporada en Hunstanton para aprenderse el salterio. Los daneses, con los que había firmado un tratado, lo rompieron y atacaron el reino. Sorprendido Edmundo y viendo que no podía hacer frente a sus enemigos, para evitar el derramamiento de sangre, licenció el ejército. Capturado en Hoxne in Suffolk, se le pidió que firmara un tratado que era contrario a la justicia y a la religión. Él se negó y entonces fue decapitado (20 de noviembre de 869). Llevados sus restos a Bury St. Edmund's, allí se le construyó una iglesia. El rey Canuto, para reparar el daño hecho por su padre, levantó allí mismo una abadía. Su culto se extendió por toda Inglaterra y en el concilio de Oxford de 1222 fue declarada su fiesta día de precepto.

SAN CIPRIANO DE CALAMIZZI
Abad († 1190)

Nace en Reggio Calabria hacia el año 1100 y era hijo de un médico. Al llegar a la juventud eligió la misma profesión que su padre y ejerció durante un tiempo la medicina. Pero se sintió llamado a la vida religiosa e ingresó en el monasterio del Salvador, de Calomeno, abadía de rito griego, en la archidiócesis de Reggio. Dentro del monasterio llevó una vida austerísima, alimentándose solamente de verduras y legumbres, y dedicado con gran entrega a la contemplación de las cosas divinas. Acreditado entre los monjes por su vida santa, fue elegido abad del monasterio de San Nicolás en Calamizzi. Como tal abad procuró la observancia más estrecha de la regla, al tiempo que arreglaba la iglesia, el monasterio y los enseres del mismo, como li-

bros, ornamentos, etc. Como su fama de santidad se extendió por toda Calabria y Sicilia, comenzaron a llegar numerosos fieles que querían consultarle y oírle y que imploraban su ayuda en sus problemas y necesidades. Muy abierto a las necesidades de los pobres, los socorría ampliamente y acogía para procurar su curación a muchos enfermos, algunos de los cuales se decían curados por sus oraciones. Lleno de virtudes y méritos murió en su monasterio el 20 de noviembre de 1190, siendo sepultado en la iglesia del cenobio.

SAN FRANCISCO JAVIER CAN

Mártir († 1837)

Este santo mártir vietnamita nació en Son-Mieng el año 1803. Era persona culta, estaba casado, y se ofreció para catequista, siéndole encargada la catequesis de la comunidad cristiana de Ké-Vinh. Su martirio se produjo al aceptar el encargo del vicario apostólico, mons. Pedro Andrés Retord, de llevar una carta a la comunidad cristiana de Ké-Vac, que tenía problemas por el odio que le profesaba la parte pagana de la población. No hizo más que llegar cuando el jefe del grupo pagano lo arrestó, lo tuvo dos días preso y lo llevó luego al mandarín de Thanh-Dai. Éste le mostró varios objetos religiosos cristianos y le dijo que los reconociese como suyos, pero como no lo eran se negó a hacerlo. Entonces lo desnudaron, le pusieron una canga y, tendido en el suelo, le dieron una fuerte paliza con cañas de bambú. Recibida la paliza, el mandarín lo invitó a que pisoteara los objetos religiosos como señal de apostasía del cristianismo y lo dejaría en libertad, pero el mártir se negó. Fue enviado entonces a Hanoi, donde se le insistió a la apostasía. Su propia mujer fue a pedirle que apostatara para salvarse. Pero él perseveró firme en la confesión de fe. Se le condenó a muerte y se sometió al rey la confirmación de la sentencia. Mientras tanto fue dejado en la cárcel, padeciendo muchísimo y llevándolo él con mucha paciencia. Llegada la confirmación, el mandarín le propuso que pisoteara una cruz en forma de aspa y sin crucifijo como modo de salvarse, pero él dijo que su gesto sería tomado y presentado como apostasía y que no podía hacerlo. El manda-

rín admiró y elogió la fidelidad del mártir. Estaba ya en el cepo con el lazo al cuello cuando habló para pedir a los fieles presentes que lo encomendasen al Señor y que fueran firmes en la fe. Una vez más se le invitó a salvarse pisando la cruz, pero él dijo que no. Entonces fue estrangulado y decapitado. Su martirio tuvo lugar el 20 de noviembre de 1837.

Fue canonizado el 19 de junio de 1988 por el papa Juan Pablo II junto con 117 mártires de Vietnam, muertos por la fe entre los años 1745 y 1862, que habían sido beatificados a lo largo del siglo XX.

BEATA MARÍA DE LOS MILAGROS ORTELLS GIMENO

Virgen y mártir († 1936)

Nace en la ciudad de Valencia el 29 de noviembre de 1882, tercera y última hija de sus padres, y es bautizada al día siguiente en la parroquia de San Juan Bautista. Siendo muy devoto el ambiente en el que se educó, ella fue abierta a esta educación cristiana y desde pequeña mostró una gran inclinación a la religiosidad. Llegada a la juventud manifestó a su madre el deseo de ser capuchina, pero la madre la invitaba a entrar en una congregación de vida activa, a lo que Milagros respondió que deseaba ser capuchina por la estrechez y austeridad de su regla. Entró en el monasterio de las capuchinas de Valencia el 9 de octubre de 1902 a punto de cumplir los 20 años. Se sintió muy entusiasmada cuando se vio dentro de los muros del convento. Hizo el noviciado y la profesión religiosa y se dispuso a ser una monja modelo. En el monasterio tuvo los oficios de enfermera, encargada del comedor, tornera, sacristana y maestra de novicias, y ella puso mucho empeño en hacer bien todos los encargos que recibía de la comunidad. Era muy caritativa y se prestaba a cualquier servicio que se necesitaba de ella. Tenía una piedad sólida, basada en una intensa vida de oración, y edificaba mucho a sus hermanas de comunidad. Sus devociones predilectas eran la Eucaristía y la Inmaculada. Era muy humilde y se sentía muy indigna de recibir la Eucaristía, así como de desempeñar los cargos que la comunidad le encomendaba. Llegado el

18 de julio de 1936 hubo de abandonar el monasterio y se refugió en casa de su hermana María, en Valencia. Aquí llevó vida recogida, entregada por completo a la oración. Luego se marchó a una casa de la calle Maestro Chapí donde estaban refugiadas las religiosas de la Doctrina Cristiana. Allí fue arrestada por un grupo de milicianos con las otras religiosas y llevada al Picadero de Paterna donde fue fusilada el 20 de noviembre de 1936. En 1940 sus restos mortales fueron llevados a su monasterio.

Fue beatificada el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

21 de noviembre

A) MARTIROLOGIO

1. La memoria de la Presentación de la Bienaventurada Virgen María **.
2. La conmemoración de San Rufo, elegido del Señor, según San Pablo.
3. En Parenzo (Istria), San Mauro († 303), obispo y mártir.
4. En Cesarea de Palestina, San Agapio († 306), mártir *.
5. En Roma, San Gelasio I († 496), papa **.
6. En Cesena (Flaminia), San Mauro († 946), obispo *.
7. En Roma, Beata María de Jesús Buen Pastor (Francisca) de Siedliska († 1902), virgen, fundadora del Instituto de Hermanas de la Santa Familia de Nazaret **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

PRESENTACIÓN DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA

La presentación de Nuestra Señora suele confundirse a veces con la presentación del Niño Jesús en el Templo, fiesta que se celebra el día 2 de febrero en conmemoración de un hecho ampliamente descrito en los evangelios y que corresponde a la

ley judía, que obligaba a los israelitas a ofrecer sus primogénitos a Dios.

La presentación de Nuestra Señora no se narra en los evangelios. Es una tradición piadosa muy antigua, que ha tenido amplia repercusión en toda la Iglesia universal.

Dice esta tradición que Joaquín y Ana, piadosos israelitas, después de varios años de matrimonio, habían llegado a una avanzada edad sin lograr descendencia. Sobre ellos pesaba el terrible oprobio de la esterilidad, que para los israelitas era doblemente doloroso, porque significaba la exclusión de la familia de las promesas del Señor, tanto más cuanto, como en el caso de Joaquín y Ana, se trataba de personas que pertenecían a la casa de David, de la que en su día había de nacer el Mesías.

En su angustia, Ana hizo una oración fervorosa, prometiendo al Señor ofrecerle el fruto de sus entrañas si se dignaba concederle descendencia. El nacimiento de la Santísima Virgen fue el resultado de esta oración y esta promesa. Joaquín y Ana, fieles a su voto, presentaron a la niña en el templo a la edad de tres años, y allí permaneció en compañía de otras doncellas y piadosas mujeres, hasta sus desposorios con San José, dedicada a la oración y al servicio del templo.

Varias referencias bíblicas parecen aludir a la existencia de una comunidad femenina dentro del recinto sagrado. El Antiguo Testamento habla de «las mujeres que velaban en la entrada del tabernáculo de la reunión», aunque no se sabe cuál era su misión ni si vivían ciertamente dentro de la casa de Dios. Por otra parte, San Lucas dice en su evangelio que la profetisa Ana «no se apartaba del templo, sirviendo con ayunos y oraciones de noche y de día».

«Que había habitaciones en el templo para los sacerdotes, las personas consagradas y los servidores del mismo», dice el padre Muñana, lo sabemos por la historia del niño Samuel y del sacerdote Helí. Además, allí estuvo escondido Joás durante seis años cuando Atalía quería acabar con los descendientes de Ococías. La Biblia relata así el suceso:

> «Josaba, hija del rey, cogió a Joás, hijo de Ococías, y le arrebató de en medio de los hijos del rey cuando los mataba, escondiéndole a él y a su nodriza en el dormitorio. Así Josaba, hija del rey Joram, mujer del sacerdote Joyada y hermana de Ococías, le escondió de

Atalía, que no pudo matarle. Seis años estuvo escondido con ellos en la casa de Dios».

Sin embargo, no tenemos ninguna referencia bíblica de que hubiera nunca niñas en el templo de Jerusalén. Francisco William escribe en su *Vida de María, la Madre de Jesús:*

«La leyenda popular dice que María se educó en el templo. Si así fue, influiría para ello su parentesco con Zacarías, el cual podía hacer valer sus derechos. El voto de los padres de la Virgen y la ofrenda de Nuestra Señora en el templo encaja perfectamente dentro del ambiente religioso y psicológico del pueblo de Israel. La esterilidad era un oprobio para los hebreos, y frecuentemente los israelitas ofrecían votos al Señor pidiéndole hijos a cambio de ofrecérselos a Él. La ley autorizaba a rescatar a las personas así consagradas, y la forma de hacerlo se establece minuciosamente en los libros sagrados; pero sabemos que a veces no se ejercía ese derecho, como en el caso del pequeño Samuel, que quedó en el templo desde su infancia».

Los datos sobre la presentación de Nuestra Señora se incorporaron a la tradición cristiana a través de los evangelios apócrifos, que a su vez deben apoyarse en un relato más antiguo. A partir del siglo V los Santos Padres hacen referencia a este acontecimiento, y después los teólogos, santos y oradores sagrados la han comentado de muchas maneras.

El pueblo cristiano pronto hizo suya esta fiesta. En Oriente parece que se conmemoraba desde el siglo VI en algunos puntos de forma particular, hasta que en 1143, Miguel Comneno la declaró obligatoria para todo su imperio. En Occidente fue introduciéndose por diferentes vías. Se sabe que en el siglo XII ya se celebraba en el sur de Italia y en algunas partes de Inglaterra. En 1372, un gentilhombre francés, canciller de la corte del rey de Chipre, fue enviado a Aviñón como embajador ante el papa Gregorio XI y contó a éste la magnificencia con que en Grecia se celebraba esta fiesta el 21 de noviembre. El Papa entonces la introdujo en Aviñón. En España fue implantada por el cardenal Cisneros. San Pío V mandó suprimirla al hacer la reforma del calendario, pero fue restablecida por Sixto V en vista de las pruebas que sobre su antigüedad presentó el jesuita español padre Francisco Torres.

Los artistas han contribuido a hacer esta fiesta más popular, representándola gráficamente en imágenes. La más antigua que

se conoce actualmente está en un manuscrito del siglo XI que se conserva en la Biblioteca Nacional de París. Los primitivos italianos fijaron definitivamente la escena, que luego repitieron, cada vez en un ambiente más fastuoso, los pintores más famosos del Renacimiento. La Virgen niña sube decidida y rápidamente los escalones del templo, a lo alto de los cuales el sumo sacerdote, revestido con ornamentos de gran ceremonia, recibe la ofrenda. Al pie de la escalinata, respetuosamente distanciados, los padres de María contemplan el acto de la presentación.

Los artistas, como los apócrifos, han añadido detalles ciertamente poco verosímiles, pero esto no quita ni pone al fondo del asunto. La *Enciclopedia católica vaticana* decide el problema de una vez para siempre con estas palabras:

> «Aunque en tiempo reciente se han levantado de cuando en cuando algunas voces reclamando la supresión (de la fiesta) por apócrifa, otros, por el contrario, quisieran conservarla, no como celebración de la "presentación de María a los tres años"; sino en obsequio al concepto más general y teológicamente seguro de la "oblación" o "consagración" de la Santísima Virgen a Dios, porque ella, como ninguna otra criatura humana, estaba totalmente dedicada al Señor».

Esto es ciertamente lo más importante y lo que es necesario destacar en esta fiesta: la consagración de la Virgen al Señor desde su infancia. «Mis obras son para el Rey», dice el introito de la misa de este día. Todas las obras de Nuestra Señora fueron siempre para el Rey, puesto que sabemos que desde el primer instante de su concepción inmaculada estaba llena de gracia. Y todos estos años de su vida, hasta el momento de su matrimonio con José, fueron una preparación, en la soledad y el recogimiento, para algo que ella aún no sabía, pero que Dios tenía preparado desde toda la eternidad. María amaba el silencio, como sabemos por el testimonio de San Lucas («guardaba todas las cosas en su corazón»), y durante este tiempo dispuso silenciosamente su alma para cumplir siempre la voluntad del Señor.

> «María se consagró a Dios —escribe F. William— porque su vida en Dios despertaba en su alma un anhelo que se apoderaba de ella por completo: el de pertenecer a Dios de tal manera que no quedase libre ni un átomo de su ser. Este anhelo, que ya se prendió en su alma cuando empezó a ser consciente, se fue desarrollando con más rapidez que ella misma. Como el murmurar de una fuente

es siempre el mismo, y el mismo el silbido del viento, como el fuego lanza su llama sin cesar a las alturas, así los sentimientos y aspiraciones de María eran siempre los mismos y estaban dirigidos a Dios únicamente».

María se presentó ciertamente a Dios en su niñez, y ante su acatamiento puso su alma en la postura de humilde disponibilidad, que fue la característica constante de su vida, y que ella misma resumió en una frase cuyo contenido no se agotará jamás por mucho que se medite: «He aquí la esclava del Señor».

Por ser éste el sentido de la fiesta de la presentación de Nuestra Señora, se considera especialmente dedicada a las almas consagradas a Dios en la vida religiosa, y muchas órdenes renuevan sus votos en este día.

Sin embargo, debe ser también la fiesta de todos los cristianos, porque ninguno, si quiere serlo de veras, podrá escaparse a la obligación de presentarse ante Dios humildemente y ponerse en sus manos para que Él disponga de su vida libremente.

La presentación de Nuestra Señora es la fiesta de la entrega voluntaria a Dios, es la fiesta de los que aspiran de verdad a renunciar a su voluntad para hacer solamente la del Señor.

MARY SALAS

Bibliografía

BEISSEL, S., *Geschichte Verehrung Marias in Deutschland während des Mittelalters* (Friburgo 1909) t.1, p.306; t.2, p.281.
CAMPANA, E., *Maria nel culto cattolico,* I (Roma 1943) 207-214.
KISHPAUGH, M. J., *The Feast of the Presentation of the Virgin Mary in the Temple. An historical and literary study* (Washington 1941).
SCHUSTER, A. I., *Liber sacramentorum,* IX (Turín 1948) 211-213.
ZALAN, M., art. en *Ephemerides Liturgicae* 41 (1927) 188-189.
• Actualización:
WILLIAM, F. M., *Vida de María, la Madre de Jesús* (Barcelona 2002).

SAN GELASIO I

Papa († 496)

En el siglo V, en un período de controversias cristológicas y de tensiones eclesiales, la Sede de Pedro fue consolidando su primacía y su servicio de «confirmar en la fe a los hermanos»

(Lc 22,31). Fue tarea con frecuencia harto difícil, sobre todo porque iban endureciéndose las diferencias y discrepancias, doctrinales y jurisdiccionales, entre la antigua Roma de Pedro y Pablo y la nueva Roma, levantada en Bizancio por el emperador que dio la paz política a la Iglesia pero que, con su poder y prestigio, elevó las pretensiones y el prestigio en Oriente de la sede constantinopolitana, la cual en consecuencia, se irguió en más de una ocasión frente a la sede primada de Occidente y de la universal Iglesia. El siglo V, que casi concluyó con el pontificado de Gelasio I, fue fecundo por la solicitud pastoral y la doctrina de muchos santos Padres, por la clarificación —no exenta de controversias— de la personalidad de Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre, pero, desgraciadamente, por debilidades, incomprensiones y recelos mutuos, llevó en su corriente el virus del gran cisma que escindiría en dos la túnica inconsútil del Señor. La ruptura entre Roma y Constantinopla, que tuvo que deplorar la Cristiandad en 1054, llevaba ya siglos fraguándose en contra de la plegaria de Jesús en la última cena: «Que todos sean uno» (Jn 17,21).

Los cuatro años y ocho meses del pontificado de Gelasio I transcurrieron en medio de estas tensiones, mientras este Papa, con tesón y celo por la integridad de la fe y el buen testimonio de los eclesiásticos, llevaba el timón de la barca de Pedro. A pesar de la brevedad de su servicio pontifical, fue uno de los más significativos del siglo V por la firmeza de su postura como pastor universal y por el vigor de su enseñanza teológica, que nos ha llegado en múltiples obras.

El *Liber pontificalis* escribe que era africano, pero él se confesaba romano. Lo afirmó en carta al emperador Anastasio: «Nací romano, y amo, venero y acepto al príncipe de los romanos». Si su cuna estuvo en el norte de África, nació sin duda bajo el imperio romano, que había colonizado esta parte del continente al otro lado del Mediterráneo.

Ningún documento fiable nos informa de su rango clerical antes de ser elegido Papa. Alguien lo ha creído secretario de sus antecesores Simplicio y Félix III. Éste falleció el 25 de febrero de 492 y el siguiente 1 de marzo Gelasio fue elegido obispo de Roma.

Cuando Gelasio inició su pontificado, la Iglesia oriental llevaba ocho años separada de Roma. El iniciador del cisma había sido el patriarca de Constantinopla, Acacio (m. 489), que fue condenado por un concilio romano en julio de 484. En aquella ocasión Félix III lamentó que la túnica de Cristo hubiera sido rasgada. El emperador de los romanos, desde la muerte de Zenón en 491, era Anastasio I, simpatizante con las doctrinas monofisitas. Las mayores preocupaciones de Gelasio procedían de la «nueva Roma» y, en concreto, del cisma monofisita de Acacio. Gelasio, consciente del primado de Roma, reivindicaba su función de guardián de la fe. Se mostraba como el más firme defensor de la doctrina de Calcedonia que, en comunión con la sede de Pedro, había condenado a Eutiques y había proclamado las dos naturalezas de Cristo en una sola persona. Las decisiones conciliares tienen valor general —reclamaba—, no es necesario reiterarlas ni pueden ser retractadas. Por otra parte, la sede romana ejerce su jurisdicción universal: tiene el derecho de juzgar sobre toda la Iglesia, de deponer a obispos con su sola autoridad, de acoger cualquier apelación.

Gelasio no acepta las pretensiones de la sede constantinopolitana y al que la ocupó enfrentándose a Roma, Acacio. En sus orígenes, Bizancio —afirma— fue una parroquia de Heraclea de Tracia. Es la ciudad imperial, pero lo fueron también Milán, Ravena, Sirmium y Tréveris; su poder es simplemente secular. Acacio fue citado a un juicio legítimo y fue condenado justamente por su oposición a Calcedonia, de lo que no se arrepintió.

Así, pues, para restablecer la comunión, Gelasio exigía que los nombres de Acacio y de los otros obispos monofisitas fueran borrados de los dípticos de la divina liturgia. El patriarca Eufemio de Constantinopla, se había mostrado afable, en principio, con el nuevo Papa de Roma, dirigiéndole una carta de felicitación por su elección y manifestando su adhesión a la comunión católica, su adhesión al Concilio de Calcedonia, pero le rogó que fuera condescendiente con las Iglesias de Oriente; él mismo no estaba dispuesto a borrar de los dípticos el nombre de Acacio que —según su opinión— no había sido hereje; temía, por otra parte, la reacción del pueblo ante tal supresión.

Gelasio refutó con contundencia la postura de Eufemio: él mismo había mostrado su condescendencia con Acacio reconociendo la validez de los bautismos y de las ordenaciones conferidas, pero no podía consentir que su nombre y el de los otros herejes, condenados por Calcedonia, fueran recitados en los dípticos sin hacerse partícipe de sus errores.

Las actitudes del patriarca y del emperador frente a Roma y la firmeza, no muy diplomática del Papa, en nada favorecieron el clima de distensión propicio para restablecer la comunión entre las Iglesias de Oriente y Occidente. Gelasio defendió y explicó la doctrina católica en su obra *Sobre las dos naturalezas en Cristo contra Eutiques y Flaviano.* Cristo —afirma— es Dios-hombre; es uno: enteramente Dios-hombre y enteramente hombre-Dios. Gelasio advirtió asimismo a los obispos y fieles de Iliria que se mantuvieran inmunes del monofisismo latente en los medios griegos.

Cabe recordar aquí la doctrina expuesta por San Gelasio, en una carta de 494, al emperador Anastasio I:

> «Hay dos principios, augusto emperador, que rigen el mundo principalmente: la sagrada autoridad de los obispos y el poder regio... Atendiendo a la debilidad humana, Cristo ha delimitado las funciones de estos dos poderes considerando las acciones propias y las dignidades de cada uno, de manera que los emperadores cristianos tengan necesidad de los obispos en orden a la vida eterna y que los obispos utilicen las directrices imperiales para el gobierno de las cosas temporales; el peso del sacerdocio es tanto más grande por cuanto, según el juicio divino, éste debe rendir cuentas también sobre el rey de los hombres. Tú sabes en efecto que reinas sobre el género humano e inclinas con devoción la cabeza ante quienes están al frente de las realidades divinas».

Tal doctrina, inspirada en San Ambrosio y en San León Magno, fue desarrollada por los canonistas y los Papas en la edad media. Será luego conocida como la teoría de las dos espadas, estando la secular sujeta a la espiritual, la de la Iglesia. La carta de Gelasio contenía expresiones de afecto hacia el emperador, pero éste no se dignó contestarle.

Por otra parte, en Occidente se había creado una nueva situación al separarse los reinos bárbaros después de 476 del Imperio. En Italia se enfrentaban dos reyes germánicos, Odoacro de Ravena y Teodorico. Éste, tras vencer a su rival,

se proclamó rey de Italia el 493. Los ostrogodos del rey Teodorico mantenían el arrianismo, aunque el nuevo rey de Italia era tolerante con los católicos. No obstante, la situación política y religiosa en Italia también creaba dificultades al Papa, pues debía mantenerse en equilibrio entre el poder —cada día más teórico en Occidente— de los emperadores bizantinos y el de los nuevos amos de buena parte de la península itálica. Gelasio supo mantener buenas relaciones con Teodorico y logró que éste no interfiriese en los asuntos de la Iglesia. Gelasio se valió de los buenos oficios de la madre del rey, Ereleuva, que era católica.

Descartada una solución del cisma entre Roma y Constantinopla, fue motivo de consuelo para Gelasio la adhesión a la sede apostólica de las Iglesias de Italia y de Occidente. Gelasio vigiló para que restos de pelagianismo no persistieran infectando las diócesis de Dalmacia y del Piceno; en Roma desplegó su celo contra la tentativa de reavivar las fiestas de los Lupercales, prohibiendo que bautizados y catecúmenos participaran en las mismas. En el sínodo de la primavera de 494, dictó normas, que luego envió a los obispos en forma de decretales, sobre el estado eclesiástico: los intersticios que debían mediar entre las ordenaciones para evitar que éstas fueran precipitadas, competencias de los presbíteros y de los diáconos, irregularidades e impedimentos que vedaban el acceso al clero, consagración de iglesias, administración del patrimonio de la Iglesia, etc. Gelasio se había fijado como objetivo pastoral restablecer el orden, la disciplina y el derecho, deteriorados a causa de los acontecimientos políticos. Otra de sus preocupaciones fue la solicitud hacia los débiles: huérfanos, viudas y desamparados. Llegó a afirmar en carta a tres obispos que nada está más de acuerdo con el oficio sacerdotal que prestar ayuda a una viuda.

San Gelasio I fue un escritor fecundo. Nos han llegado unas sesenta cartas completas y fragmentos de otras cincuenta, seis tratados teológicos, cuatro contra el monofisismo y relativos a la controversia entre Roma y Bizancio, uno contra el pelagianismo y uno contra las fiestas lupercales, que el senador Andrómaco intentaba restaurar.

El *Liber pontificalis* afirma que este santo Papa compuso himnos a la manera de San Ambrosio, perdidos actualmente. La misma fuente afirma que «compuso prefacios y oraciones» (alocuciones para la misa y plegarias). Otro documento habla de la autoría de «tratados de diversas Escrituras y sacramentos» (probablemente sermones sobre la Biblia y las celebraciones). Estos textos indujeron en algunos la opinión de que el papa San Gelasio fuera el autor de un sacramentario romano, el que tradicionalmente ha llevado su nombre: el *Gelasiano,* del cual se conservan varias recensiones. A partir del siglo IX, algunos autores hablan de un *sacramentario gelasiano,* para designar una de las formas de sacramentarios que estaban en uso entonces. En 1680 publicó un *Liber sacramentorum* en Roma el gran investigador de la liturgia, y cardenal, San José M.ª Tomasi. Éste atribuyó el sacramentario que editaba al papa Gelasio; el apelativo de *gelasiano* ha persistido hasta el día de hoy, aunque investigaciones posteriores hayan demostrado que, como los otros sacramentarios romanos de la época: *Leoniano, Gregoriano,* no fueron escritos por un solo autor. El Gelasiano parece que es una colección del siglo VII de textos litúrgicos para el sacerdote celebrante, en uso en los títulos de Roma, y que luego se difundió mucho por las Galias. A San Gelasio I se le atribuyen actualmente 18 formularios de misas del sacramentario *leoniano* (o veronense), compuestas probablemente el 495 en ocasión de la controversia sobre las fiestas lupercales.

No son obras auténticas el llamado *Decreto de Gelasio,* ni la *Deprecación de Gelasio* (formulario de la oración de los fieles).

El citado *Liber pontificalis* califica a San Gelasio de *amator pauperum,* enaltece su amor a los desvalidos y necesitados; tal celo liberó a Roma del hambre que padeció la ciudad.

El escritor Dionisio el Exiguo, en el proemio de su compilación de las decretales gelasianas, alabó así el pontificado de este santo Papa:

> «Elevado por voluntad de Dios y para bien de muchos al gobierno de la Iglesia, Gelasio lo aceptó más para servir que para dominar; juntó a la pureza de su vida una sabiduría especial. Su ocupación ordinaria era la oración y el estudio y, según las necesidades, redactaba sus escritos. Procurábale gran alegría tratar con los monjes y, en tales conversaciones, se inflamaba de santo amor. Superó

todas las dificultades de la vida gracias a su prudencia y constancia: prefería el ayuno a los deleites, vencía la soberbia con la humildad y tanto practicó la misericordia y la generosidad que murió pobre después de haber ayudado a muchísimos pobres. Adornado con tan grandes virtudes, estimó su alta dignidad como un peso, considerando la más pequeña negligencia del obispo como un grave daño para las almas; nunca se entregó al ocio ni participó en festines suntuosos. Este pastor, imitando el ejemplo del Buen Pastor, fue cabeza insigne de la Sede Apostólica, observando y enseñando los divinos preceptos».

Dionisio confiaba que Gelasio I, en el cielo, había recibido su corona entre los grandes santos.

Murió en Roma el 21 de noviembre de 496 y fue enterrado en San Pedro del Vaticano. Su nombre entró en el martirologio romano, como el de sus predecesores, y fue inscrito el día de su natalicio.

PERE-JOAN LLABRÉS Y MARTORELL

Bibliografía

Bibliotheca sanctorum. VI: *Galena-Giustiniani* (Roma 1965) cols.90-93.

Collectio Avellana, Epistolae, en CSEL *(Corpus scriptorum ecclesiasticorum latinorum,* XXXV (Viena 1866s) 357-468.

Dictionnaire d'histoire et de géographie ecclésiastique. XX: *Gatianensis-Giry* (París 1984) cols.283-294.

DUCHESNE, L. (ed.), *Liber pontificalis,* I (París 1981) p.255s.

LONGO, U., «Gelasio I», en C. LEONARDI - A. RICCARDI - G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los santos,* I (Madrid 2000) 918-920.

PAREDES, J., *Diccionario de los Papas y Concilios* (Barcelona 1998) 53-54.

PIETRI, L. (dir.), *Histoire du christianisme,* III (Bilbao 1998) 171-175.

POMARÉS, G., *Gélase I. Lettre contre les Lupercales et dix-huit messes du Sacramentaire Léonien* (SC 65; París 1959).

ROUX, A., *Le pape S. Gélase I* (París 1880).

SOTINEL, C., en P. LEVILLAIN, *Dictionnaire de la papauté* (París 1994) 720-723.

VACANT, A. - MANGENOT, E. - AMANN, E. *et al.* (dirs.), *Dictionnaire de théologie catholique,* XI (París 1930) 1179s.

BEATA MARÍA DE JESÚS BUEN PASTOR (FRANCISCA) DE SIEDLISKA

Virgen († 1902)

Hija de la tierra de Mazovia (Polonia), Francisca Ana Josefina Siedliska nació el 12 de noviembre de 1842 en el castillo de

Roszkowa, junto a Varsovia. De familia noble pero muy fría espiritualmente, sus padres, Adolfo Siedliska y Cecilia Morawa, no tan preocupados de la formación religiosa de su hija cuanto de su débil salud y de su preparación social, la educarían culturalmente según los cánones principescos, en un ambiente poco propenso a profundos intereses religiosos.

Recibió el bautismo, a los ocho días de nacer, en la iglesia de San Andrés de Varsovia. De temperamento vivaz e impulsivo, la pequeña *Frania* (así la llamaban en familia) tenía muchos arranques de genio. Ella titulará su Autobiografía, escrita por orden de su confesor, el padre Antonio Lechert: *Obra de la misericordia de Dios con una pecadora.*

Las relaciones con su padre no eran siempre serenas, dado el carácter fuerte y austero de éste.

> «Nos queríamos mucho —confiesa Frania—, mas cuando chocaban nuestras opiniones personales o diferentes pareceres, entonces tenían lugar escenas borrascosas, difíciles de amainar».

Intelectualmente estaba muy dotada: poseía una mente clara y una inteligencia superior, era generosa pero enérgica, delicada y sensible sin dejar de ser fuerte. Desde la infancia tuvo el presentimiento de que Dios le reservaba un porvenir muy singular. Escribió en su diario que *sentía* «un deseo infinito, como una inmensa nostalgia». El objeto de aquel anhelo inapagable era Dios...

La primera institutriz que comenzó a iniciar a Frania en la fe murió de improviso, lo cual privó a la pequeña de su apoyo espiritual. Fue sustituida por una alemana, no católica. La tercera institutriz, por fin, fue una persona providencial para Frania, en cuya tierna alma empezó a crecer una particular devoción a la Santísima Virgen. Sobre ello hay un episodio significativo ligado a la salud de su madre, con quien la niña había ido a Zadzary. Allí, en su habitación encontró un icono de la Virgen de Czestochowa. La mamá cayó tan gravemente enferma que se temía por su vida. Francisca, angustiada, rezó con toda su fe a la Virgen por la curación de su madre, pidiendo, al mismo tiempo, a la Señora que también Ella fuera su mamá. La madre curó, y Francisca tuvo el consuelo de que, además, desde enton-

ces se entregó a cultivar la espiritualidad, de la que antes no se preocupaba.

El 1.º de mayo de 1855 fue admitida a la primera comunión, y el 8 de junio siguiente, a la confirmación. Para recibir ambos sacramentos la preparó el padre capuchino Leandro Lendzian, de origen lituano. En su *Diario,* Francisca escribió:

> «Vino gente a casa, pero mi mente y mi corazón estaban con Jesús. Pensaba que él estaba en mí, le adoraba, hablaba con él, me ofrecía a él, no quería pertenecer a nadie más que a él». Aquel día de su primera comunión iba a ser decisivo para el futuro de Francisca...

En 1860 marchó con su familia al extranjero. Los Siedliski viajaron al Tirol, a Suiza, a Alemania y a Francia. Francisca comenzó a acusar los síntomas de una grave enfermedad. Los médicos le aconsejaron el clima suave, primero, de Merano, después, de otras poblaciones. Durante cinco años sufriría mucho. Así lo consigna en su *Diario:*

> «A veces los dolores eran tan atroces que me hacían retorcerme, pero Jesús dulcificaba el dolor con su gracia, y yo soportaba el sufrimiento con paciencia, e incluso con alegría, uniéndome a su Pasión».

En 1863 Francisca estaba en Cannes. En una conversación con su padre, mientras éste le manifestaba su preocupación por sus bienes, ella le reveló su proyecto de vida:

> «Ante mi declaración, tan firme —refiere en su *Diario*—, papá no montó en cólera ni me gritó, sino que comenzó a llorar y a decirme que para él no había mayor disgusto que saber que una hija suya había escogido un tal estado. Pero añadió: Pues que tu resolución es irrevocable, y ésa parece la Voluntad de Dios, sea».

El padre moriría en 1870, tras una larga enfermedad. Francisca ya tenía cerca de 30 años, y era consciente de que había llegado el momento de responder a la llamada del Señor. Pero, ¿cómo? Su confesor, el capuchino Padre Leandro, le dijo entonces que era voluntad de Dios que iniciase la fundación de una nueva familia religiosa. Su reacción la narra ella así:

> «Terriblemente invadida de temor e inseguridad, tomé el Crucifijo entre las manos e imploré la fuerza para cumplir su Voluntad... Fortalecida con la ayuda de mi Dios, me entregué a todo lo que él me pidiese».

Para comenzar la obra contaba con su propia madre y dos ancianas terciarias franciscanas sobrevivientes de una comunidad extinta de Lublino, dedicada a la adoración del Santísimo Sacramento, a la imitación de la vida de la Virgen en Nazaret y a la educación catequística de las niñas. Se le presentaban ahora cuatro grandes metas: obtener la bendición papal, encontrar un lugar para la casa madre, dar unas constituciones a la congregación, y difundir su espíritu.

Desde entonces la actividad de Francisca no se interrumpiría, ni siquiera por la enfermedad que poco a poco la iría debilitando. La búsqueda de una ciudad en que establecer la casa madre la llevó a Roma, a París, a Lourdes, a Cracovia y de nuevo a Roma, donde, en 1866, tras varios cambios de domicilio, la casa fue fijada definitivamente en Via Macchiavelli, junto a la Basílica de Santa María la Mayor.

En 1873, Francisca, con sus compañeras, emitió la profesión religiosa, escogiendo para sí el nombre de María de Jesús Buen Pastor. El 1.° de octubre del mismo año, el Beato Pío IX bendijo aquella Obra, nueva Congregación que tenía como carisma la reproducción de la vida escondida y las virtudes de la Sagrada Familia de Nazaret.

La madre María dio al nuevo Instituto una estructura estable y un espíritu auténticamente evangélico. En Roma recibió a las tres primeras novicias de la congregación, las hermanas polacas Wanda, Laura y Felicidad Lubowidzki. En 1881 fundará la casa de Cracovia, como centro para las vocaciones polacas. Mientras trabajaba en la redacción de las constituciones, en diciembre de 1884, María fue elegida por unanimidad superiora general. En 1885, el Instituto ya estaba en condiciones de afrontar la fundación en América del Norte: fueron abiertas tres casas en Chicago. Desde ese año hasta la muerte de la fundadora, registró un rápido desarrollo en Estados Unidos y en Europa. La casa de París se inauguró en 1892. En 1895 la congregación se estableció en Inglaterra con la fundación en Londres de una primera casa, a la que seguirían otras. Sólo en 1923, tras la muerte de la fundadora, serían aprobadas definitivamente las constituciones por la Santa Sede.

La madre María dirigió su comunidad hacia la actividad a favor de las familias, con el trabajo que hoy se desarrolla en los

asilos, colegios o guarderías, en la educación y en la catequesis. El programa de la comunidad «nazarena», empapado de espíritu evangélico, debía ser experimentado como una llamada a unir todas las fuerzas de la generosidad humana contra todo aquello que destruye a los hombres, desde el punto de vista físico o moral.

La fundadora no quería limitar el acceso a su congregación a hermanas de una sola nación, ni la actividad del Instituto a un solo país. Al contrario, estaba pronta a acudir a cualquier lugar donde hubiera personas necesitadas.

Al cumplirse el centenario de su fundación, el Instituto estaba extendido en Estados Unidos, Polonia, Gran Bretaña, Australia, Italia, Francia, Irak, Irlanda, Filipinas y Puerto Rico, con casi 2.500 religiosas. Su fuerza estribaba en su carisma netamente evangélico: espíritu de oración y reparación, adoración eucarística, fidelidad a la Iglesia, adhesión al Papa, amor a Dios y a los hermanos.

Cuando en 1880 la pequeña Comunidad romana de las Hermanas de la Sagrada Familia se estableció en la casa de la Via Ferruccio, la Fundadora anotó en su *Diario:*

> «Hoy Nuestro Señor se ha dignado venir a habitar entre nosotras. ¡Oh, qué dulce y hermoso es estar con él! ¡El Señor con nosotras y nosotras cerca, tan cerca de él! Que quiera habitar en nuestras almas y quiera reinar en su Nazaret y en todas las almas consagradas a él [...] Que cada una de nosotras sea su templo, su morada [...] Durante todo el día de hoy mi alma está penetrada del amor de Dios en el Santísimo Sacramento. ¡Oh, qué grande es el secreto del amor de Jesús! Pocos instantes antes el Tabernáculo estaba vacío, tan vacío, tan triste; hasta los cuadros de la pieza destinada a ser capilla me parecían tristes, sin vida, sin alma; y ahora, por la palabra del sacerdote, *Hoc est Corpus meum,* el Señor ha descendido y todo toma vida, todo alienta, todo se vuelve bello».

A propósito de la comunión eucarística y de la mística unión de la madre María con su Divino Esposo podemos leer esta preciosa carta dirigida al padre Lechert, su confesor y director espiritual:

> «¿Qué le diré de la comunión de hoy? Padre mío, mi lengua no acierta a describirlo [...] Mi Amor ha descendido hasta mí y con su gracia ha hecho que mi miseria no me impidiese sentirlo y perma-

necer a sus pies. Con su poder ha cautivado mi mente, y me he visto como polvo, como un átomo a los pies de mi Señor: arrebatada por él, no viendo ni sintiendo más que a él, escuchándole sólo a él. Padre mío, ha sido, si es lícito hablar así, un encuentro, una unión, un abrazo del alma con Dios».

Esta aventura espiritual de fe y amor de María con Jesús escondido en la eucaristía había comenzado años atrás, con aquella primera comunión del 1.° de mayo de 1855. La presencia viva, real, sustancial, corporal, de Jesús en el Santísimo Sacramento la llama a una continua adoración, como testimonia sor M. Gemma Laudando: el Santísimo Sacramento era para ella fuerza, alimento que la transformaba en Él y la colmaba de dones sobrenaturales.

«Señor, Dios mío —escribía—, ¿cómo podré expresar tu infinita misericordia para conmigo, en particular cuando me postro ante Ti en el Santísimo Sacramento del Amor? Tú atraes hacia Ti toda mi alma, todo mi ser, pensamientos y sentimientos. Me enseñas cuál es esa vida de ocultamiento, de alabanza y de amor que ofreces al Padre celeste en tu Sacramento de amor».

Al Padre Lechert, la Madre escribía:

«Me siento irresistiblemente atraída hacia la capilla, allí está Jesús Eucaristía y allá corre mi pensamiento, mi corazón; allí encuentro al mismo Jesús amado y servido en Nazaret por la Santísima Virgen y San José. Así deberemos nosotras, hijas de la Sagrada Familia, amar, adorar y servir a Jesús».

Y en su *Diario* se lee:

«¡Si pudiera pasar toda mi vida ante el Santísimo Sacramento y ante Él morir! ¡Pasar de la alabanza terrena a la celestial...!».

Por eso, como subraya la madre Loreta Lubowidka, la fundadora

«[...] Quería que nuestras iglesias estuvieran ricamente ornamentadas, y decía que nosotras debíamos ser pobres, y privarnos hasta de lo necesario, pero no escatimar en todo lo que toca al culto divino, en especial, a lo relacionado con el Santísimo Sacramento. Ante el Santísimo era fervorosísima. Empleaba todo su tiempo libre en estar ante Jesús Sacramentado, y recomendaba a las Hermanas que hiciesen lo mismo. Se levantaba a comulgar aunque estuviese con fiebre. En los viajes, permanecía en ayunas largas horas con tal de poder recibir a Jesús Sacramentado».

La madre María escribía en su *Diario:*

> «El amor al Santísimo Sacramento debe ser un amor práctico, no de puro sentimiento, sino un amor activo, que se demuestra con una unión vital con Jesús oculto. Debe ser un amor capaz de sacrificarse, sufriendo con Él, viviendo su misma Vida de adoración, de oración, de súplica y de ofrecimiento de Sí mismo. Éste debe ser el espíritu del que se penetren nuestras hermanas. Mas para ello es necesaria la fe. Pidamos fe viva, para que desaparezca de nosotros todo lo que no es Dios. ¡Oh, que Dios sea en todo nuestro único Amor!».

Así como San Benito confió a sus seguidores el lema *Ora et labora,* así la madre María de Jesús Buen Pastor, Francisca Siedliska, centró el programa de su vida y de las hermanas de su congregación en el mismo lema: *Ora et labora,* a ejemplo de la Sagrada Familia de Nazaret.

Así transmiten las primeras religiosas la dedicación de su madre fundadora:

> «Grande era la alegría de la madre cuando podía servir a las hermanas; sacrificaba todo su tiempo para satisfacer nuestras necesidades. Quería ser la madre en cuyo corazón las hermanas encontrasen siempre amor y comprensión. Incluso cuando pudiera usar de una cierta severidad, lo hacía con mucha caridad, buscando únicamente el bien de las almas. Miraba a las hermanas con ojos de fe, y por esto era comprensiva para con todas y sabía guiar a cada una por su camino».

Francisca no ocultaba su amor por las hermanas.

> «El Señor —escribía a sor Rafaela en Cracovia— me concede cada vez más amaros con corazón de madre, con la gracia de Dios; daría mi vida por cualquiera de vosotras, con tal de conquistar vuestras almas para Cristo».

Solía repetirles con frecuencia: «Como religiosas estáis obligadas a tender a la perfección del amor, sacrificando el propio yo». A las superioras les recomendaba ejercer la autoridad como «autoridad de amor». Con particular afecto cuidaba de las hermanas enfermas. Las servía, las velaba cuando estaban graves. Trabajaba hasta bien entrada la noche y estaba presente a todos los ejercicios de la Comunidad. No obstante su frágil salud, no se dispensaba de nada.

Solía definir la Encarnación del Hijo de Dios y la vida escondida de Jesús en el misterio de la Sagrada Familia como el reino del amor divino. Formando una comunidad religiosa de amor, quiso ayudar al prójimo a oponerse a la mayor tentación: el rechazo del Dios del amor, ayudándolas a abrirse a Cristo, encontrando en la Familia de Nazaret el modelo de su vida y de su conducta.

Tras dos capítulos generales en Sèvres, en 1895 y 1899, el que se verificó en junio de 1902 debilitó grandemente la salud de la madre, ya tan quebrantada por las múltiples preocupaciones, cansancios y enfermedades. Cediendo al fin a los consejos de su confesor y su médico, fue a pasar un tiempo de reposo a las benedictinas de Subiaco. Transcurrido el verano, volvió a Roma el 16 de octubre. El 14 de noviembre dirigió su última conferencia a la comunidad, encargándolas mucho vivir siempre su misión con espíritu de caridad, el único que podía mantener viva la congregación. La tarde del 15 se vio obligada a postrarse en el lecho por una peritonitis aguda. Más llena de méritos que de años, el 21 de noviembre de 1902 fue llamada por Dios al Reino de su gloria. Inmediatamente después de su muerte, se extendió su fama de santidad.

El padre Jacinto Cormier, promotor de la causa de canonización, emitió este juicio el mismo día de la muerte de la madre: «Su bondad era rebosante». Al P. Cormier le haría eco el P. van Rossum, después cardenal: «Fue ciertamente un alma muy bella, de grandes aspiraciones, con un hambre insaciable de Dios; deseaba amar al buen Dios con todo su corazón y servirlo con todas sus fuerzas».

El proceso ordinario informativo para su canonización fue instruido en Roma entre los años 1922 y 1927. La causa pasó a la competencia de la Sede Apostólica en 1940. Los restos mortales de la madre fueron trasladados en 1964 a la nueva casa generalicia en Via Nazareth, 400, Roma. El 29 de abril de 1980, Juan Pablo II promulgó el decreto sobre la heroicidad de las virtudes de la sierva de Dios, declarándola venerable.

El proceso sobre el milagro de la curación prodigiosa de la señora Marianna Rataj, fue instruido en Varsovia en 1986, y en Roma en 1987 y 1988. Juan Pablo II ordenó la promulgación del relativo decreto el 1 de septiembre de 1988.

El mismo Sumo Pontífice beatificó a la madre María de Jesús Buen Pastor el día 23 de abril de 1989 en la Plaza de San Pedro del Vaticano. En aquella ocasión, habló así en polaco de la nueva beata:

«En medio de todas las contrariedades de su tiempo y del ambiente, marcada por la cruz de diversos sufrimientos, caminó infatigablemente "por la vía de la fe viva, que enciende la esperanza y actúa por medio de la caridad", en virtud de aquella caridad "con la cual Dios ha amado al mundo" (cf. LG 41).

Creció en una casa de la que ella misma escribió que Dios no era el Señor (cf. Wardi, *La vita...*, p.24), pero desde su primera infancia tuvo en su corazón una profunda nostalgia del amor absoluto. Lo encontró en la primera comunión, y desde entonces permaneció unida para siempre con Cristo mediante el vínculo del amor esponsal. "Él es la única finalidad, el único objeto de todo nuestro amor", escribía en su *Diario* (1844, p.32).

Durante toda su vida supo unir de modo equilibrado la oración con el apostolado activo, la iniciativa creadora con una obediencia concreta a la voluntad de Dios en la Iglesia. Descubrió de modo particular la necesidad de sostener el espíritu nacional y el renacimiento moral de la patria en una época de depresión general, durante la partición de Polonia. Fuente de inspiración y punto de referencia fue para ella y para sus hijas espirituales el modelo de la vida escondida de la Sagrada Familia de Nazaret.

En el estatuto de la congregación del año 1880, escribía entre otras cosas: "El modelo de nuestra vida religiosa es la vida escondida del Señor Jesús en Nazaret con María y José, que tratamos de imitar a través de la renuncia y la muerte total a nosotras mismas por la vida completamente escondida en Dios con Jesucristo".

Éste fue el tenor de la vida de la Madre Siedliska y el programa que dejó como testamento a sus hermanas. Salir al encuentro de la miseria humana moral y material. La solicitud por el hombre pobre, enfermo, probado por la vida, abandonado, minusválido. La solicitud por la educación de los niños descuidados, especialmente desde el punto de vista religioso, por las madres solas con sus niños, a favor de la salvación de la vida de los aún no nacidos. Por tanto: la escuela, el hospital, la calle.

Por el mismo motivo la Beata María de Jesús Buen Pastor reconoció en la familia cristiana sana la principal fuente del renacimiento espiritual. Contemplando la maternidad divina de María, se orientó hacia la tierra, hacia las tareas que en ella el hombre debe poner en práctica: hacia los deberes de los esposos y de los padres, hacia la dignidad del sacramento del matrimonio y hacia la grandeza de los padres católicos. Deseó servir al amor humano, por consiguiente, a la vida y a su desarrollo, a fin de que esta vida, este hombre que ha nacido de padres unidos a Dios, crezca y madure

en dicha unión, a fin de que la vida que proviene de Dios esté encaminada en su desarrollo hacia él, para que en él encuentre conscientemente a su Creador y Padre.

Éstos fueron la solicitud y el ideal de la renovación de la vida según el programa de sor Siedliska, que dejó en el testamento a su familia nazarena. Los mismos mandamientos de Dios obligan, en igual medida, a los padres, al padre y a la madre, e incluso a sus hijos, porque Dios ama con el mismo amor al marido, a la mujer y al fruto de su amor: los hijos.

Hablo hoy de ello con alegría y gratitud, puesto que éste es también el programa de la Iglesia: es una tarea importante que empeña —quizá de modo particular— a nuestro tiempo».

En el mismo sentido habló ampliamente el Papa el 24 de abril, día siguiente a la canonización, dirigiéndose a los numerosos fieles polacos, a los que dirigió una solemne felicitación, tomando las palabras de los apuntes de la beata:

> «Que tu corazón llegue a ser Nazaret mediante el perfeccionamiento de las cosas cotidianas. Que llegue a ser el Calvario mediante la aceptación de las pequeñas cruces. Que llegue a ser el Cenáculo mediante la fidelidad a las buenas inspiraciones. Que llegue a ser el cielo mediante el espíritu de adoración, veneración y gratitud».

Además de su fundadora, la congregación cuenta con once beatas mártires, fusiladas por los nazis, mientras rezaban el 1 de agosto de 1943, en Nowogrödek, durante la Segunda Guerra Mundial. Dieron su vida por la liberación de algunos padres de familia residentes en aquella localidad: «Si hay necesidad de un sacrificio humano, acéptalo de nosotras, Señor, y haz que sean liberados los que tienen una familia». Juan Pablo II las elevó a la gloria de los altares el 5 de marzo de 2000, durante las celebraciones del Gran Jubileo.

ALBERTO JOSÉ GONZÁLEZ CHAVES

Bibliografía

BURTON, K., *Where there is love. The life of Mother Mary Frances Siedliska of Jesus the Good Shepherd* (Nueva York 1951).

DÉCOULS, V., *La mère Marie de Jésus Bon Pasteur (1842-1902) et la Congrégation de la Sainte Famille de Nazareth* (Roma 1929).

L'Osservatore Romano (22 y 24/25-4-1989).

L'Osservatore Romano (ed. en español) (23 y 30-4-1989).

NARUSZEWICZ, P., «Maria di Gesù Buon Pastore», en *Bibliotheca sanctorum.* VIII: *Liadan-Marzi* (Roma 1966) 1009-1011.
SARDI, V. - SICA, C., *Vita della Serva di Dio Maria Francesca de Siedliska di Gesù Buon Pastore* (Grottaferrata 1921).
TOMKOWICZ, F. - RUTKOWSKA, N., «Zgromadzenie SS. Najsw. Rodziny z Nazaretu i jego wkld w dorobek polskiego Millennium», en *Sacrum Poloniae Millenium,* IV (Bruselas 1957).
Zywot Slugi Bozej Marji Franciszki siedliskiej od Pana Jezusa... (Cracovia 1924).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN AGAPIO
Mártir († 306)

Agapio fue mártir en Cesarea de Palestina, y es uno de aquellos admirables mártires que, desafiando los repetidos tormentos, mantuvieron de forma heroica y con increíble fortaleza la confesión de fe cristiana. Acusado de cristiano, fue tres veces a parar a la cárcel y mantuvo la fidelidad a Cristo con fe inquebrantable pese a interrogatorios y torturas. Arrestado de nuevo, fue encadenado a un asesino y llevado al anfiteatro para ser ofrecido a las fieras. Su compañero fue perdonado pero él debió pasar por las acometidas de un oso estando en el anfiteatro el propio emperador Máximo. No murió de los zarpazos de la fiera, aunque quedó muy maltrecho. Llevado a la cárcel nuevamente, al día siguiente le ataron pesadas piedras y lo tiraron al mar, donde se ahogó. Narra su martirio el historiador Eusebio de Cesarea.

SAN MAURO DE CESENA
Obispo († 946)

Mauro entra en la historia cuando su tío el papa Juan X lo elige obispo de Cesena hacia el año 915. Fue un obispo ejemplar y le gustaba dedicar tiempo al recogimiento y la plegaria, y para ello construyó una pequeña iglesia con una habitación adjunta en la que se recogía y vivía con absoluta austeridad y gran espíritu de penitencia. Murió hacia el 946 y fue enterrado en la habitación indicada, donde empezaron los fieles a acudir para

implorar su intercesión, atribuyéndosele enseguida milagros. Esto motivó que los obispos de la región decidieran cambiar la tumba a la iglesia y autorizar el culto público a su memoria. La iglesia hubo de ser agrandada y se hizo un monasterio benedictino adjunto a ella. En 1470 el cuerpo del santo fue trasladado a la catedral de Cesena, donde se conserva. Su memoria es el 21 de noviembre.

22 de noviembre

A) Martirologio

1. La memoria de Santa Cecilia, virgen y mártir en Roma (fecha desconocida) **.
2. La conmemoración de San Filemón de Colosas, a quien San Pablo escribió su carta, y con él se venera a su esposa Santa Apia *.
3. En Arbele (Persia), San Ananías († 345), mártir.
4. En Milán (Liguria), San Benigno († 470), obispo.
5. En Autun (Galia Lugdunense), San Pragmacio († 517), obispo.
6. Junto al río Zihun, cerca de la ciudad turca de Marasc, beatos Salvador Lilli, presbítero, religioso franciscano, y sus compañeros, Juan, hijo de Baldji, Kadir, hijo de Xodianin, Cerun, hijo de Kurazi, Vardavar, hijo de Dimbalac, Pablo, hijo de Jeremías, David y Teodoro, hijos de David, hermanos († 1895), mártires **.
7. En Triora (Italia), Beato Tomás Reggio († 1901), arzobispo de Génova, fundador de la Congregación de Santa Marta **.
8. En Teocaltitlán (México), San Pedro Esqueda Ramírez († 1927), presbítero y mártir *.
9. En Paterna (Valencia), beatos Elías (Julián) Torrijo Sánchez y Bertrán (Francisco) Lahoz Moliner († 1936), Hermanos de las Escuelas Cristianas, mártires *.

B) Biografías extensas

SANTA CECILIA

Virgen y mártir (fecha desconocida)

La segunda después de la Madre de Dios es, entre las vírgenes, Santa Cecilia: modelo de todas, pues guardó la virginidad

aun siendo desposada y la sublimó con su martirio glorioso. Así lo dice el obispo de la alta Edad Media Adhelmo en su libro *De virginitate,* que publicó la *Patrología* de Migne en su volumen 89.

Y este alto aprecio lo confirmó la liturgia, que pone a Santa Cecilia, con solas otras seis vírgenes, en el canon de la misa; y es la que más basílicas tuvo en Roma y quizá más templos en toda la cristiandad; la más ensalzada por pintores y escultores, y la más celebrada por los músicos, que la aclaman por su patrona celestial.

De ello, aparte de sus preciosas reliquias, cuya famosa historia es un monumento, nos han quedado las actas martiriales, *Passio Stae. Caeciliae,* cuya historicidad substancial proclaman los más sabios arqueólogos antiguos y modernos, como Baronio, Rossi, Duchesne, Allard, Guéranger, Wilpert, Kirsch, Marucchi.

En estas actas se inspiraron todos sus biógrafos y con sus episodios se hicieron sus oficios litúrgicos y se compusieron sus himnos hasta en las liturgias milanesa y mozárabe.

Y en realidad todo es ejemplar y bello en cuanto conocemos históricamente de la vida de Santa Cecilia.

Ya comienza su linaje y el de su esposo Valeriano por ser de los más ilustres de la nobleza romana. La *gens Caecilia,* o sea, el linaje de los Cecilios, en la rama de nuestra mártir es ya egregia desde el año 316 de la fundación de Roma —año 442 a.C.— en cónsules, pretores y senadores, emparentados con los nobles Metelos y Pomponios. Y antepasadas de Santa Cecilia fueron dos celebérrimas matronas: Caya Cecilia Tanaquil, mujer de Tarquinio Prisco, quedó en la historia como prototipo de esposa ejemplar. Tanto que en los matrimonios de jóvenes patricios se prometía la fidelidad con la fórmula: *Ubi tu Caius, ego Caia:* «Donde tú seas Cayo, seré yo Caya». Algo semejante a nuestro *Tanto monta* de los Reyes Católicos. En el Capitolio tenía Caya su estatua y en el templo de Sagus se guardaban, como símbolo de sus virtudes familiares, la rueca y el huso con que había hilado.

Otra de sus antepasadas, Cecilia Metela, esposa que fue del grande Pompeyo, mereció de Plutarco en sus *Vidas paralelas* esta etopeya, que, a falta de otros datos positivos, nos dará una idea de lo que sería nuestra santa en su formación humana:

«Tenía Cecilia Metela, además de su gran belleza, otras dotes para cautivar a los hombres. Era discretamente entendida en letras, tocaba muy bien la lira, estudió geometría y gustaba de proponer con talento y fruto cuestiones filosóficas. Pero lo principal era que no se le vio frivolidad ni afectado empaque y no era tan vanidosa como lo suelen ser las doncellas de tantas prendas y erudición».

En relación con España, un Cecilio, el Macedónico, hizo la campaña de Viriato; otro, Cecilio el Pío, acompañó a Pompeyo en la de Sertorio. Y dos ciudades llevan el nombre de su familia: Cáceres, que se llamó Castra Cecilia, y Medellín o Metellina, fundada por Cecilia Metelo.

No era menor la nobleza de su esposo Valeriano, pues pertenecía a la que nuestro excelso poeta Aurelio Prudencio Clemente llamó la *gens infulata Valeriorum,* linaje Valerio de muchas ínfulas o, como diríamos hoy, de muchos pergaminos y bastones de mando.

Un Valerio 500 años antes de Jesucristo vindicó la libertad de Roma contra la opresión de los dos Tarquinios. Su nieto rechazó a los volscos, que intentaron invadir la ciudad, y unió al pueblo y al senado con sus leyes horacio-valerias. Otro familiar, el célebre historiador Valerio Máximo, tropieza en sus historias patrióticas con grandes triunfadores Valerios. Recientes excavaciones arqueológicas han demostrado que el solar de la casa de Valeriano y Cecilia estaba junto a la plaza que llamaban *Statuae Valerianae.* Allí fue martirizada Santa Cecilia y aún hoy se levanta su basílica.

También los Valerios vinieron a España: en la Celtiberia fundaron una colonia que aún se llama Valeria la Vieja; y hay en Barcelona dos inscripciones de estas familias enlazadas: la de Valeria, esposa de Cacillo, y la de Cecilio Basso, esposo de Valeria.

Cecilia debió de quedar muy pronto huérfana, pues en la juventud de sus desposorios y martirio ya tenía la libre disposición de sus casas y fortuna.

Su manera de hablar y proceder nos demuestra que estaba, como correspondía a su prosapia, instruida por un *litterator* en leer, escribir y en las buenas artes, entre las que se encontraba la música.

A los trece años, edad de la emancipación, recibiría el bautismo, que en el siglo II solía retardarse hasta esa edad. Quizá fuera cristiana desde su nacimiento; en las inscripciones de los tiempos apostólicos hay lápidas de Cecilios y sus familias emparentadas ya cristianas.

Las actas nos revelan su trato con el obispo Urbano, que la instruiría en la fe: y estaba tan bien formada en ella, que «traía, dice su *Passio,* de continuo los evangelios junto al corazón escondidos en los pliegues de la túnica».

De su caridad nos certifica el detalle de que allá en la Via Appia, afueras de Roma, junto a la tumba de los Cecilios, reunía a los pobres para darles limosna; y a ellos envió a Valeriano para que le enseñaran el refugio del obispo Urbano, auxiliar del Papa, que le había de catequizar.

Su oración se deduce no sólo de la vieja inscripción que dice: «Ésta es la casa donde oraba Santa Cecilia», sino también de que pidió a Dios tiempo para consagrar como templo su domicilio antes de morir.

Y, en fin, su pureza era tal que la ofrendó a Dios con su voto secreto de perpetua virginidad. Tan secreto que ni sus tutores, cristianos o no, lo conocían, y por eso, como era costumbre, le buscaron, en linaje tan noble como era el suyo, un esposo, que había de ser el joven Valeriano; y, por añadidura, era todavía infiel.

Cecilia jurídicamente debía aceptar el compromiso matrimonial, pero en su oración había logrado del Señor que le enviara visiblemente al ángel de su guarda con la promesa de que defendería su virginidad.

La situación era comprometida, pues aunque entonces no eran raros los matrimonios de infieles y paganos, y bien sabría Cecilia que algunas mujeres convirtieron a sus esposos, con todo, en la vida íntima, no podría disimular la señal de la cruz, los ayunos, oraciones, asistencia a los sagrados ritos. Así es que, fiada en Dios y confortada por el ángel, decidió plantear inmediatamente la delicada situación.

Era, pues, el mismo día de la boda. Podemos describirla con el ceremonial usado entonces, y hasta confirmado en el traje nupcial con los vestidos que aún guardan sus reliquias.

La casa de los *Caecilii* en el Campo de Marte tenía el atrio, el impluvio y otros aposentos rebosantes de convidados. Dentro, en el *gyneceo,* las amigas de Cecilia la ayudaban en el adorno de su atuendo nupcial. Una túnica de lana blanca ceñida con una banda del mismo color, los cabellos cubiertos con el *flammeum,* fino velo de color de llama, que le cubría la frente y las seis trenzas de su peinado y caía sobre el vestido en pliegues elegantes.

Llega la hora y se abren las cortinas del *tablinum,* aparece Cecilia ante la expectación de los convidados radiante de hermosura y distinción. De antemano se habían firmado las capitulaciones matrimoniales.

Al resplandor de las antorchas que llevaban los convidados, avanza Cecilia acompañada de su tutor; lleva en las manos el huso y la rueca; delante dos niños *patrimi,* es decir, cuyos padres no habían muerto, sembraban de flores el camino. Un coro de tibícines y cantores animaba el cortejo. El pueblo bordeaba el trayecto de aclamaciones.

Llegados al solar de los Valerios, adornado de flores, colgaduras y cortinas de lana blanca, se detiene la comitiva en el umbral; los acompañantes claman: *Thallassio!*

Aparece Valeriano y, ritualmente, pregunta a Cecilia:

—¿Quién eres tú?

—Donde tú Cayo, seré yo Caya, dice la novia como su antepasada Cecilia Tanaquil.

Valeriano le presenta un vaso de cristal con agua límpida, una llave de casa y la invita a sentarse sobre un tapiz de lana con el huso y la rueca en las manos.

Hermoso simbolismo de las virtudes y ocupaciones familiares, muy semejante, a pesar de ser pagano, al del libro bíblico de los Proverbios, que comentó fray Luis de León en *La perfecta casada.*

Siguió el espléndido convite nupcial, se multiplicaban los plácemes, y los poetas entonaban los himnos y epitalamios al son de sus liras.

Y entretanto... Es el momento culminante que nos han guardado las actas:

Canentibus organis... Sonaban los instrumentos mientras Cecilia en su corazón cantaba al Señor solamente diciendo: «Hágase mi corazón inmaculado para que no quede confundida».

Cuando todos ya se habían marchado, Cecilia dijo a su esposo:

—Querido Valeriano: tengo un secreto que revelarte, si me juras guardar secreto.

Lo prometió y Cecilia prosiguió:

—Tengo un ángel de Dios que guarda mi virginidad: si te acercaras a mí con amor impuro, desenvainaría su espada y cortaría en flor tu vida; pero si me amas y respetas mi pureza, se hará tu amigo y nos colmará de bienes.

Inspirado por Dios Valeriano y trémulo de emoción le dijo:

—Para creer tus palabras tendría que ver al ángel y ver demostrado que no es otro hombre el que ocupa tu corazón. De ser así, los dos moriríais a mis manos. Cecilia replicó:

—Para ver al ángel tendrás que creer en un solo Dios y ser purificado. Vete al tercer miliario de la Via Appia; verás allí un grupo de mendigos que me conocen, salúdalos de mi parte, diles que te lleven al buen anciano Urbano y él te hará conocer a Dios, te dará un vestido de color de nieve, y luego, purificado, vuelve a casa y verás al ángel.

Apenas amanecido fue al *Pagus Triopius:* junto al llamado *locus trucidatorum,* por los cristianos allí sacrificados, estaban las catacumbas de Pretextato y encontró al obispo Urbano.

Las actas hablan de una visión celestial en la que se les apareció un anciano vestido de blanco con un libro en las manos que decía: «Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Señor, Padre de todos».

—¿Crees ya o dudas aún? —le dijo Urbano.

—Nada más verdadero bajo el firmamento —respondió el joven.

Y tras rápida catequesis le concedió el bautismo.

No hay razón para dudar, por ser sobrenatural, de esta visión, pues eran frecuentes en la primitiva Iglesia. Ni tampoco es increíble el que, vuelto a su casa, encontrara Valeriano a su Cecilia junto al ángel, que tenía en sus manos dos coronas de

fragantes rosas purpúreas, que ofreció a cada uno de los desposados, promesa y símbolo de su triunfo martirial.

—Pídeme, Valeriano, la gracia que más ansías —añadió el ángel.

—Nada quiero más en el mundo que a mi hermano Tiburcio. Concededme que él confiese como yo a Jesucristo. Llegó en esto Tiburcio y, sorprendido, exclamó:

—¿Qué aroma es este de rosas y de lirios?

Aquí las actas, con fundamento documental y recuerdos de la tradición, trenzan un bello diálogo redaccional con doctas catequesis de Cecilia, tomadas del libro *De pudicitia,* de Tertuliano. Con la conversión y bautismo de Tiburcio concluye la emocionada escena.

La corta vida matrimonial de los esposos pudiera describirse como por aquellos años lo hacía Tertuliano en su libro *Ad uxorem:* «Juntos oran, juntos se postran ante Dios, juntos ayunan y se instruyen, juntos van a la iglesia a recibir a Cristo. Comparten las alegrías y las preocupaciones. Ningún secreto, ninguna discusión, ningún disgusto. A ocultas van a repartir sus limosnas. Nada impide que hagan la señal de la cruz, sus devociones externas, sus oraciones. Juntos cantan los himnos y salmos; y sólo rivalizan en servir mejor a Jesucristo». Era el año 176.

Marzo del 177; aparece en escena un prefecto de la ciudad, Almaquio, que en realidad era sólo un pretor subalterno; Aamaquio o Amaquio, según Guéranger y Rossi.

Por denuncias de un colega llamado Tarquinio llamó Almaquio a su tribunal a los dos hermanos. Ante su confesión les ofrece un *libelo* o certificado de haber sacrificado a los dioses, sin haberlo hecho, por unos miles de sextercios. El diálogo parece copiado de las actas archivadas en los escrinios judiciales. Se negaron en absoluto aun a disimular su fe cristiana.

Manda Almaquio azotarlos; los entrega luego a Máximo con un pelotón de soldados con orden de ejecutarlos a la madrugada siguiente.

Aún pudo de noche visitarlos Cecilia, acompañada de Urbano. Nuevamente el ángel se apareció a todos; lo vio también Máximo, que se convirtió y fue con Valeriano y Tiburcio dego-

llado. El antiquísimo (siglo V) martirologio jeronimiano pone con Máximo también a otros compañeros.

Cecilia recogió los cadáveres, los embalsamó y, depositados en un sarcófago, los colocó en un *lóculo* de las catacumbas de Pretextato.

Poco duró la viudez de Cecilia. Sintetizan las actas estos meses en la expresiva frase: *Quasi apis argumentosa,* como una diligente abeja servía al Señor. Recientes excavaciones persuaden de que las catacumbas de Calixto fueron aquellos días iniciadas por Cecilia en terrenos familiares. En ellas preparó su sepultura, allí habían de tener sepulcro varios Papas y mártires celebrados en elegantes inscripciones poéticas del papa español San Dámaso, que delicadamente alude a Santa Cecilia, «la que ambicionó defender su pudor virginal».

Así fue; a los cinco meses, Almaquio vio la manera de confiscar los bienes de Cecilia y apoderarse de ellos. La llama a su tribunal, la ordena ofrendar incienso a los ídolos; hipócritamente, se duele de que tenga que marchitar su florida juventud y, tras una escena que patéticamente amplifica la *Passio,* decreta su muerte. La llevan a su casa, detenida bajo custodia, hasta que llegara el día de la ejecución, que se retrasó —para llevarla a cabo sin que en el pueblo pudiera haber protestas o alborotos— hasta los próximos días del 4 al 19 de noviembre, en que se celebraban los *Ludi Romani* en el Coliseo y el Circo Máximo.

Aprovechó aquella tregua Cecilia para catequizar a muchos —400 dicen las actas—, que se convirtieron por su ejemplo, y disponer de sus bienes en favor de los pobres y de la Iglesia.

Llegado su día, la mandan encerrar en el *caldarium* o cuarto de la calefacción, por donde pasaban los tubos del agua calentada en el *hipocaustum.* Allí tenía que morir asfixiada, como Octavia, la esposa de Nerón, y Fausta, la esposa de Constantino.

Alguien ha leído en viejos códices: *Candentibus organis; organa* se llamaban las tuberías. Y entonces se interpretaría que, estando al rojo los elementos de la calefacción, Cecilia seguía entonando sus cánticos al Señor.

Ello es que pasaba el tiempo y no moría. Llaman al lictor que la degüelle: le da tres tajos (vacilante quizá de temor la espada) y, como la ley no permitía un golpe más, la dejaron por muerta.

Aún vivió tres días, y al fin expiró con sonrisa angelical, con las manos enlazadas de manera que una mostrara el índice, tres dedos la otra, confesando la unidad de Dios y trinidad de personas.

Así, en blanquísimo mármol de Carrara, la representa Maderna en la bellísima estatua yacente de la basílica transtiberina.

JOSÉ ARTERO

Bibliografía

CABROL, F. - LECLERCQ, H. (dirs.), *Dictionnaire d'archéologie chrétienne et de liturgie.* II/2: *C-Césène* (París).
CORDEIRO, S. I., *Vida de Santa Cecilia* (Oporto 1916).
DELEHAYE, H., SI, Art. en *Analecta Bollandiana* 22 (1903); 24 (1905).
GUÉRANGER, P., *Sainte Cécile et la société romaine aux deux premiers siècles* (París 1878).
KIRSCH, A., *Die Heilige Cäcilia* (Ratisbona 1901).

BEATO SALVADOR LILLI Y COMPAÑEROS

Juan, hijo de Baldji; Kadir, hijo de Xodianin; Cerun, hijo de Kurazi; Vardavar, hijo de Dimbalac; Pablo, hijo de Jeremías; David y Teodoro, hijos de David
Mártires († 1895)

El día 19 de junio de 1853 el matrimonio formado por Vicente y Anunciada Lilli, a quien llamaban «Anunciada la santita» por su bondadoso corazón, fueron padres de su sexto y último hijo, un varón, a quien se le impuso el nombre de Salvador. Este ejemplar matrimonio vivía en Capadocia, una población de la provincia italiana de Aquila, donde lo cristianaron al día siguiente de su nacimiento. A todos sus hijos les dieron ejemplo admirable de vida familiar, educándolos en los mandamientos del Señor y permitiendo el arraigo de los sentimientos religiosos en su corazón.

El padre regentaba un próspero comercio en Nettuno, dedicado a transportar leña y carbón desde la región del Abruzzo a la ciudad de Roma, y esta situación le permitió que sus hijos recibieran una enseñanza escolar muy apropiada. El joven muchacho fue alumno de los Franciscanos Conventuales de Nettuno, de donde pasó a una escuela privada a cargo de un sacerdote de

Trevi, donde continuó su formación. El año 1869 fallece su progenitor, y queda bajo la autoridad de un ejemplar presbítero avecindado en Roma, frecuentando la escuela pública. Al año siguiente, contando dieciséis, ingresa en la Orden de Frailes Menores, iniciando el noviciado el 24 de julio de 1870 en el convento franciscano de Nazzano en la ciudad eterna, donde el 6 de agosto de 1871 emite la profesión simple. Prosigue sus estudios eclesiásticos en el convento de Castelgandolfo.

La supresión de las órdenes religiosas decretada por el Gobierno en 1872, obliga a los frailes a abandonar sus conventos, y él solicita permiso a sus superiores para marchar a Tierra Santa como misionero, donde los franciscanos custodian los santuarios católicos y atienden a los peregrinos. En el convento de Belén completa los estudios de Filosofía, y en el de Jerusalén los de Teología. El 6 de abril de 1878 recibe el orden presbiteral de manos del patriarca de Jerusalén, monseñor Braceo, y celebra su primera misa con íntima unción en la iglesia del Santo Sepulcro. Permanece aún dos meses en esta ciudad para profundizar en sus estudios. En el mes de agosto de 1880 es destinado a la misión de Marasc (Armenia Menor, Turquía), fundación franciscana muy reciente y difícil situada en una zona donde conviven diversos ritos cristianos, y de cuando en cuando se producen enfrentamientos entre grupos armados de distintas nacionalidades y credos. En Marasc aprende la lengua armena y la turca.

En el verano del año 1886 regresa a Italia para regularizar su situación militar. En Capadocia visita a sus familiares, y el 15 de agosto celebra en el templo parroquial una misa solemne, acompañado de sus hermanos y vecinos. Al día siguiente, se presenta un grupo de carabinieri en su casa con orden de llevarlo a prisión por haberse marchado a Tierra Santa sin cumplir con el servicio militar. Al escuchar sus razonamientos, le conceden una prórroga, prometiéndoles presentarse al día siguiente al superior militar de Avezano, como así hizo, quien le concedió la libertad. Pero el Ministerio Público de la provincia de Aquila le condena a tres meses de cárcel, que tampoco cumplirá al haber solicitado la gracia del perdón al rey Vittorio Emmanuele I que le fue concedida.

A pesar de las reiteradas insistencias de sus familiares para que permaneciese en Italia, en el verano de 1886 regresa a Tierra Santa, siendo destinado de nuevo como superior y párroco de Marasc. Durante ocho años el padre Lilli (1886-1894) lleva a cabo con energía y empeño diversas ayudas en favor de los cristianos, que sufren estrecheces económicas, soportan elevados impuestos y no encuentran trabajo.

La epidemia de cólera del año 1890 aún produce más adversidad entre estas buenas gentes, y él se multiplica, empeñándose en obras de caridad con gran celo, atendiendo a los enfermos y necesitados. Se prodiga tan extraordinariamente, que sus colaboradores lo juzgaron exagerado. En estas circunstancias escribe una carta a su hermana sor María, religiosa trinitaria: «Sentía una fuerza tal que ir a los afectados de cólera, socorrerlos, administrarles medicinas, etc., me parecían cosas normales». Su apostolado se ilumina de caridad heroica, convirtiéndose, al mismo tiempo, en sacerdote y médico. Sin hacer caso del posible contagio, va de casa en casa, asistiendo moral y materialmente a los enfermos. Lleno de fe en Dios, no teme los peligros y «corre a auxiliar al hermano menesteroso, que tantas veces se encuentra abandonado, incluso por las personas más queridas». Este joven misionero se entrega totalmente a aquella gente humilde, y en poco tiempo lleva a cabo una tarea que a otros les podría resultar impensable. Funda tres nuevas aldeas para reagrupar los numerosos núcleos familiares dispersos por aquella región, a fin de poder protegerlos e instruirlos mejor. Con grandes sacrificios, adquiere una gran extensión de terreno (1.255 hectáreas), tierras fértiles, para proporcionar un medio de trabajo para cada familia. En Italia encarga la mejor maquinaria agrícola para utilizarla en el cultivo de dichos campos. Da pan y trabajo a quienes no lo tenían y promueve con tenacidad la formación de los jóvenes, imprimiendo un intenso ritmo de vida religiosa a sus parroquianos, que se sienten atraídos por su ejemplo, piedad y generosidad.

Sabio consejero y diligente promotor de obras sociales, está siempre abierto a todos: católicos, ortodoxos y mahometanos. A todos atiende sonriendo, y por esto es esencialmente querido por sus fieles, estimado y respetado por los demás. Es el mo-

mento de poner en práctica las enseñanzas recibidas en su juventud, demostrando, además, sus grandes dotes intelectuales. Abre, también, una farmacia, donde se distribuyen medicinas a los enfermos, fueran de la creencia que fueran. Con todas estas iniciativas extendió el campo del apostolado, destacando por su admirable ejemplo de caridad.

En 1894 es destinado a la ciudad de Mujuk-Dresì, habitada por armenios desde el siglo XI, que se halla situada a siete horas de Marasc a caballo. La concordia y laboriosidad de todos, que fomentaba la unidad, permitían presagiar un prometedor futuro, pero ocurrió exactamente lo contrario. El día 23 de octubre de 1895 un musulmán fue herido gravemente en una calle de Marasc, y se culpó a los cristianos, siempre marginados y despreciados por su fidelidad a la religión cristiana. Al día siguiente el herido falleció, desatándose la cólera contra la minoría armenia, produciéndose una masacre y numerosas víctimas. El superior franciscano de Jenige-Kalé le envió recado para que abandonara de inmediato su misión, acompañado del mayor número de personal, pero él decide permanecer allí, junto a sus feligreses, estando dispuesto a entregar la vida por defenderlos. El 18 de noviembre, un batallón de soldados llega a Mujuk-Dresì, y al día siguiente el comandante Mazhar Bey se entrevista con él, ofreciéndole conservar la vida si reniega de la fe. Al negarse con valentía, los soldados le hieren en una pierna a golpes de bayoneta. Junto con otros armenios es aprisionado, acosándoles los musulmanes con halagos y amenazas, invitándoles a apostatar de la fe. A pesar de todos estos sufrimientos anima a todos a permanecer fieles a Cristo: «Hijitos míos, sed fuertes en la fe. El mundo es pasajero, y después del sufrimiento nos espera la gloria del Paraíso», les dice. Los mismos habitantes de la zona le insisten para que se ponga a salvo, pero su respuesta es serena y decidida: «No puedo abandonar mis ovejas; prefiero morir con ellos si fuera necesario».

Tres días más tarde, el religioso y once de sus parroquianos son conducidos por la tropa, caminando durante dos horas, se detienen cerca de un torrente, y el coronel les propone por última vez escoger entre la abjuración o la muerte: «Fuera de Cristo, no reconozco a nadie», dice el padre. No menos notable es

la respuesta de los compañeros armenios: «Matadnos, nosotros no renegaremos de nuestra religión». A todos ellos les había reunido en la iglesia de Marasc y confesado días antes. Mataron primero al padre Lilli, traspasándolo con las bayonetas de los soldados; inmediatamente después los otros siete corrieron la misma suerte. El religioso franciscano contaba con 42 años.

Un testigo turco, jefe de un poblado próximo, refirió a unos armenios cuanto había presenciado, y tiempo después, al ser llamado a declarar por el tribunal en Teherán, refirió lo ocurrido: «El sacerdote, con once hombres y una niña pequeña, llamada María Balgi, sobrina de uno de los mártires, fueron conducidos a un gran árbol donde se le propuso al religioso hacerse musulmán. Éste, alzando los brazos al cielo, gritó: "Yo no conozco a otro que a Cristo", y se puso a rezar. Los diez hombres que arrestaron con él se hallaban a unos diez pasos, y les dijeron: "Si no os hacéis musulmanes, os mataremos". Al oír esto, el religioso les gritó: "Obedeced a Cristo y rezad". Cuatro de los once renegaron de la fe, se hicieron musulmanes y les separaron. Los soldados le dicen al sacerdote y a los siete armenios: "Mirad, estos hombres se han salvado, pero vosotros si no os hacéis musulmanes, moriréis". Dijeron todos: "Nosotros somos cristianos". Al oír esto, el oficial ordenó: "Rápido, terminemos, porque debemos irnos"». Primero dieron muerte al sacerdote, y después a los siete compañeros. Pero desconfiando de los cuatro que habían hecho apostasía de la fe, los mataron también. Los cuerpos de todos fueron quemados y sus restos cubiertos con tierra.

Los siete compañeros de martirio eran: Baldji Oghlou Ohannes (Juan, hijo de Baldji), Khdianim Oghlou Kadir (Kadir, hijo de Xodianin), Konradji Oghlou Tzeroum (Cerun, hijo de Kurazi), Dimbalac Oghlou Wartavar (Vardavar, hijo de Dimbalac), Geremia Oghlou Boghos (Pablo, hijo de Jeremías), David Oghlou David (David, hijo de David) y Toros Oghlou David (Teodoro, hijo de David).

La niña mencionada, María Balgi, vio horrorizada el martirio pero fue apartada porque era intención del oficial destinarla a un harén; pero el policía al que la asignó la llevó a su casa para convertirla al Islam. Ella rehusó hacerse musulmana, y en cuan-

to pudo huyó, refugiándose entre los suyos. Cinco meses más tarde, el barón de Vialar llegó a este poblado presidiendo una comisión encargada de aclarar hechos. Interrogó a la joven, que aclaró este dramático suceso, y nombró a cada uno de los mártires.

El proceso ordinario para la declaración de martirio comenzó en 1930, incoándose la causa en la Sagrada Congregación de Ritos el año 1959. Finalmente, el 3 de octubre de 1982 el papa Juan Pablo II los proclamó beatos mártires por la fe en Cristo, como conclusión de los actos del octavo centenario del nacimiento de San Francisco de Asís. En esta ocasión pronunció el Santo Padre estas palabras:

> «Cuando las circunstancias de la vida nos ponen frente a frente opciones fundamentales, entre valores terrenos y valores eternos, los ocho beatos mártires nos enseñan cómo se vive el Evangelio, incluso en circunstancias difíciles [...] Su testimonio y la gracia que los sostuvo son para nosotros motivo de fuerza y de esperanza: ellos nos aseguran que es posible, ante las dificultades más arduas, seguir la ley de Dios y superar los obstáculos que pueden encontrarse al vivirla y ponerla en práctica [...] Sufrieron la muerte para dar heroico testimonio de Cristo ante el mundo: el Señor ha dado testimonio de ellos ante el Padre con la vida eterna».

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

Bibliotheca sanctorum. VIII: *Liadan-Marzi* (Roma 1966) cols.52-53.
L'Osservatore Romano (ed. en español) (3 y 10-10-1982).
RICH, A., *I beati di Giovanni Paolo II*, II (Ciudad del Vaticano 2000).

BEATO TOMÁS REGGIO

Obispo († 1901)

Arzobispo de Génova y fundador de las Hermanas de Santa Marta, fue hombre sencillo y humilde a pesar de pertenecer por origen familiar a la nobleza más selecta de la ciudad. Su padre era el Marqués Reggio y su madre era hija de los Marqueses de Pareto. Nació en Génova el 9 de enero de 1818 y pasó la infancia en el más selecto de los cuidados, en la más elegante de las viviendas y en la más pura tradición de la aristocracia. Pero en el

orden cultural y en los aspectos espirituales, tuvo la suerte de recibir los mejores ejemplos de sus padres, ya que eran singularmente piadosos, generosos en sus limosnas y sencillos en el trato con todas las personas con las que se relacionaban.

El niño recibió por lo tanto una cuidada educación cristiana. Y como respuesta a ese regalo singular, cuando estaba ya convertido en un joven distinguido y tenía las puertas de la sociedad y del mundo abiertas para grandes empresas, al cumplir los 20 años, avisó a los suyos que había decidido hacerse sacerdote y dedicar su vida a causas más elevadas que satisfacer a la aristocrática sociedad que le rodeaba. A quienes les rogaban que reflexionara y retrasara un poco su decisión les respondía: «Lo he reflexionado ya y he decidido hacerme santo con la oración y la penitencia».

Consentida la orientación por sus piadosos padres, asistió como alumno externo al seminario diocesano de la ciudad y siguió en él durante varios cursos los estudios de Teología. El 18 de septiembre de 1841 recibió la ordenación sacerdotal con la imposición de manos del cardenal Plácido M. Tadini. Ya consagrado plenamente a Dios y a la Iglesia, se integró durante algún tiempo en el grupo espiritual y apostólico del sacerdote José Frassineti, párroco de Santa Sabina, que luchaba por aquellos años en favor de la fe y contra las corrientes antieclesiales que promovía la masonería local. Gran animador de los sacerdotes diocesanos y promotor de obras de defensa de la Iglesia, Frassineti inició a Tomás en el apostolado de la pluma y de la prensa, en el que iba a brillar en breve.

Luego se integró en otro grupo muy dinámico, el de los Operarios evangélicos, alentado por el sacerdote Girolamo Franzoni, que reunía a sacerdotes en forma de sociedad secular para ayudar a los fieles en el proceso de la santidad y en la defensa de los intereses de la Iglesia. La actividad del joven Tomás fue muy intensa, apreciada y comprometida, entregado de lleno a sus tareas apostólicas, sobre todo en favor de los más necesitados. Fue consciente de que a los ataques a la fe de personas cultas había que responder con el mismo lenguaje de la cultura y trató de completar su formación en el contexto de las admirables iniciativas de Franzoni, entre las que sobresalían las confe-

rencias espirituales, la academia de las rúbricas, la misa solemne de cada semana, la academia de catequética y de oratoria, la academia de teología moral, dogmática y de Sagrada Escritura, la biblioteca bien nutrida que el benemérito y culto sacerdote puso a disposición de sus hermanos en el sacerdocio. El sacerdote Tomás estuvo presente en todas estas iniciativas con su fuego juvenil y con su admirable habilidad para hablar, para escribir y para pensar.

Bien formado con todo ese esfuerzo, tenía apenas veinticinco años cuando fue nombrado vicerrector del seminario de Génova, cargo en el que pasó dos cursos. Luego fue trasladado como rector del seminario de Chiávari, que entonces pertenecía a la diócesis de Génova. En este servicio se entregó con abnegación a la formación de los futuros sacerdotes para que, uniendo piedad y ciencia, fe y cultura, sabiduría y servicio, estuviesen dispuestos a comprometer la propia vida, sin recelos, por Dios y por la Iglesia.

Al tiempo que dirigía el seminario, inició una serie de actividades periodísticas y literarias que le habrían de distinguir en la sociedad genovesa y en la Iglesia italiana. Con todo lo que había adquirido en los años anteriores y con erudición que admiraba a sus conocidos, comenzó a trabajar con ilusión en el campo del periodismo. Sus tiempos libres se orientaron plenamente al apostolado selecto de la pluma. En 1848, junto al sacerdote Gaetano Alimonda, inició la vida del periódico *La Armonía,* el cual al año siguiente fue trasladado a Turín para que pudiera tener mejor distribución y hechura bajo la dirección de Santiago Margotti. En 1850 alentó y colaboró en el nacimiento de otro periódico, titulado *El Católico,* del cual fue el director asociado junto a su compañero Alimonda.

En 1851 fue designado abad de Santa María de Cariggiano, en Génova, y tuvo que dejar el seminario. En ese puesto permaneció 26 años y desde él realizó intensa actividad apostólica como periodista y como pastor de almas. Uno de sus frentes de acción siguió siendo siempre la prensa católica. Se mantuvo estrechamente vinculado al periódico *El Católico,* que en 1861 pasó a llamarse, por iniciativa suya, *El Estandarte Católico.* El paciente trabajo de cada día y el esfuerzo por hacer atractivas las

páginas escritas exigía una fidelidad absoluta y muchas horas de reflexión. Fue para él una fuente de santificación el ver que aumentaba la influencia de sus escritos y que muchos se guiaban por lo que se escribía. Decía que las páginas del periódico eran el mejor púlpito de los nuevos tiempos.

Al mismo tiempo que trabajaba en escribir y en orientar por escrito, cultivaba su vida espiritual con sentido profundo. Sabía hacer compatible su trabajo con largas horas de oración. Su admirable austeridad y su elevada sensibilidad eclesial contagiaban a los que trabajaban a su lado. Su amor a la Iglesia estaba por encima de todas las opiniones personales y afirmaba que un buen sacerdote siempre tiene un ojo puesto en el Evangelio y el otro en las consignas del Papa y del propio obispo. Tuvo ocasión de demostrar que esto no eran meras palabras con motivo del incidente que su periódico tuvo con la autoridad eclesial en 1865.

Durante una campaña electoral en Génova, y en medio de las luchas ideológicas del momento, *El Estandarte Católico,* que tenía por entonces amplia difusión, entró en la lucha para promover listas de candidatos católicos. Sugirió la creación de un partido católico que contrarrestara a los adversarios, los cuales se hallaban muy bien organizados. La idea era demasiado audaz para el momento, y los directivos del periódico recibieron un «non expedit» (un «no procede») de la autoridad de la Iglesia. Tomás Reggio fue el primero en sentirlo, pues comprendía que era necesario orientar a los cristianos ante la agresiva campaña de otros medios. Pero fue también el primero en someterse sin ninguna vacilación, a pesar de las discrepancias de sus compañeros, algunos de los cuales se retiraron de la redacción por motivo del incidente y otros se hicieron con la dirección del periódico.

En medio de las discusiones por la medida, él se apartó discretamente del periódico al no poder conseguir una adhesión total a las consignas eclesiales recibidas. Tal vez su ausencia fue la causa de que el periódico desde entonces fuera decayendo y terminara su vida en 1873, en que fue sustituido por *El Ciudadano.* Este nuevo periódico duraría un siglo entre la prensa genovesa. La postura prudente y obediente de Tomás mereció ala-

banzas de unos y decepciones por parte de otros. Pero su conciencia sacerdotal era clara: por encima de sus propias ideas y preferencias se hallaba su dependencia de la autoridad.

Su actitud fue uno de los factores que se tuvieron en cuenta en Roma para contar con él para otras responsabilidades. En 1877 fue consagrado obispo de Ventimiglia, diócesis muy pobre, en la cual estuvo como pastor durante 15 años. En estos años fue un pastor clarividente y verdadero guía espiritual de su rebaño. Activo como era, recorrió la diócesis entera varias veces. Todos los pueblos, por pequeños que fueran, merecían su atención. A todos los feligreses les ofrecía su amor y su palabra hábil y cautivadora. Lo mejor de su acción episcopal era su cercanía a las personas, de modo especial a los más débiles.

En medio de sus viajes y sus ocupaciones, sabía conservar y aumentar sus elevados niveles espirituales. Dejó las florituras de periodista y prefirió el lenguaje sencillo del Evangelio. Así lograba que todos entendieran sus explicaciones, homilías y consejos. Se hacía cercano, sobre todo, a los niños, a los enfermos y a los pobres. Los pobres campesinos de sus tierras rústicas miraban sorprendidos su llegada y lloraban emocionados a su partida.

Convocó durante su gobierno tres sínodos y creó nuevas parroquias. Renovó la liturgia y reclamó que los sacerdotes cuidaran el canto y la catequesis de los niños. Se esforzó por mantener el patrimonio artístico de los templos, el cual era elevado y valioso. De manera especial cuidó el Seminario, recordando los tiempos felices en los que, como animador de futuros sacerdotes, él había trabajado en su diócesis de origen.

Fue precisamente para cuidar su seminario diocesano por lo que pensó en hacer una congregación femenina que colaborara con los que trabajan por la formación de los seminaristas. En 1878 inició el Instituto de las Religiosas de Santa Marta. Tenían por finalidad «responder a las necesidades de todos los tiempos». Aunque las situó en su seminario, orientó su Instituto para que se abriera a todos los servicios de caridad que tuvieran como objetivo prioritario los más pobres entre los pobres. Les propuso como modelo a la santa figura del Evangelio que atendía a Jesús cuando pasaba por su Betania. Estas religiosas

aprendieron de su buen obispo y fundador el espíritu de servicio y, con espíritu de fe, con sentido de adoración y silencio, se fueron luego extendiendo por otras diócesis y haciendo un hermoso trabajo eclesial.

La caridad del obispo de Ventimiglia no tenía límites. Cuando, en 1887, un terremoto devastó la región de Liguria occidental, don Reggio, a pesar de su avanzada edad, se presentó inmediatamente junto a los afligidos por la catástrofe llevándoles la ayuda que pudo. Convocó a los párrocos pidiéndoles que le informasen sobre el estado de sus parroquias, a fin de buscar ayudas y encauzar las que muchas personas le enviaron ante su persistente y personal demanda de caridad y colaboración. Fue pródigo con sus propios bienes, pues todos los enajenó para socorrer a los afectados. Sólo se quedó con su sotana y un viejo reloj, que llevaba siempre consigo atado con una cuerda a su sotana remendada y pobre. Sobre todo intentó atender a los más débiles y a los huérfanos que el seísmo dejó como secuela. El asilo de huérfanos que creó con este motivo fue una de las obras más hermosas que confió a las religiosas por él fundadas.

Fueron también profundas y evangélicas las enseñanzas que ofrecía a sus feligreses en los fatigosos viajes que hacía por todas partes, instruyendo, confirmando, alentando a los sacerdotes, que siempre estuvieron en su corazón de manera preferente. Su plan de visita siempre se basaba en el trato con las personas y en el aliento espiritual a sus sacerdotes, que le estimaban por su cordial acogida en su casa, que no palacio, en la sede del arzobispado.

Sintiéndose ya viejo y cansado, pensó que había llegado la hora de renunciar a su puesto de mando y retirarse a lugar más humilde para orar por los que le habían sido confiados. En 1892 escribió al Papa: «Pido a Su Santidad que me exonere del cargo episcopal, a fin de poder ser un simple sacerdote, para que la diócesis no vaya a sufrir a causa de mi edad y se confíe a otro una tarea tan pesada». La respuesta del Santo Padre fue sorprendente. En mayo de ese mismo año, don Reggio fue nombrado arzobispo de Génova, a pesar de sus 74 años de edad y de las dificultades. No vaciló y, a pesar del desconcierto y del dolor que ello le originó pues tenía que pasar a una diócesis

más numerosa y más necesitada de un pastor dinámico, aceptó humildemente el cargo para cumplir la voluntad de Dios. Nuevas fuerzas espirituales y materiales le invadieron, dispuesto a cumplir hasta el final de su vida su tarea pastoral. En ella se mantuvo firme durante otros nueve años en que fue arzobispo de la venerable diócesis.

La situación de Génova era, en el momento en que él llegó, espiritualmente desoladora. Las tensiones entre los grupos se respiraban en el ambiente y las autoridades rivalizaban por obstruir la labor de la Iglesia o en ofender a sus representantes. Con su humildad sorprendente y sus signos externos de pobreza, que rayaba en la indigencia, lo mismo subía fatigoso las gradas de la alcaldía que se acercaba afectuoso a la sede de un partido político o al mostrador de un comerciante descreído. Al año de su llegada, nadie hablaba ya mal de la Iglesia y múltiples cuestiones debatidas le eran presentadas por los más inveterados rivales para que su juicio sereno inclinara la balanza de parte de lo justo y no de los intereses de grupo.

Fueron años en que muchos emigrantes desatendidos llegaban al puerto siempre activo de la ciudad. Fue el obispo al primero que se le vio en el puerto alentando a los más abandonados y desconcertados. Reclamó asistencia y ayuda para aquellos obligados a ser peregrinos y creó una red de asistencia que se extendió luego a otras diócesis. Eso le hizo simpático incluso a los más descreídos y a los círculos obreros, que se permitía visitar con su paso vacilante y sin ningún aviso previo. Los únicos que le miraban con reserva, y en ocasiones con temor por su influencia con los obreros, eran los patronos menos sensibles a la solidaridad y a la compasión. Y era porque pedía salarios justos, descanso dominical, horarios laborales humanos, respeto a los enfermos y sobre todo a las mujeres y a los jóvenes. En esos años había dejado ya de escribir y su doctrina social cristiana se había hecho más personal, cautivadora y persuasiva.

Resultaba inexplicable la energía que el obispo de la ciudad ajetreada de Génova manifestaba al llegar a los 80 años. Era casi un milagro que un marqués y de familia de marqueses, como lo era de origen, tuviera la cara arrugada de cualquier marinero llegado de lejanas tierras al puerto o las manos recias de cualquier

campesino de la zona rural. Debía de tener algún secreto para mantener su dinamismo. Evidentemente lo tenía: radicaba en las largas horas de oración que pasaba en la capilla episcopal de su residencia humilde. Allí reclamaba la ayuda divina ante sus impotencias humanas y allí soñaba con las ayudas humanas que al amanecer reclamaba por toda la ciudad.

Y es que su vida interior y espiritual se mantenía tan ilusionada como en sus años juveniles cuando quería ser santo. Hablaba con el Señor como el más ingenuo de los seminaristas, a los que él había enseñado a orar. Ahí estaba la fuente de su santidad y lo que le comunicaba el deje de alegría evangélica que sabía tan hábilmente infundir en los demás.

Cuando en 1900 la Italia católica decidió consagrar a Dios y a la Virgen el nuevo siglo, don Tomás Reggio pensó en situar una hermosa imagen en el monte más significativo de la región, en el Saccarelo. Llegada la fecha de la inauguración, invitó a todos los obispos de las cercanías a una gran peregrinación al santuario construido junto a la imagen. Él también partió desde Génova en un carruaje de tercera clase, con otros sacerdotes y muchos peregrinos. Llegó a Triora, pequeña localidad a los pies del monte. El deseo de proseguir a pie el itinerario de la peregrinación era muy fuerte, mas no le fue posible realizarlo, pues un malestar se lo impidió. Fue el inicio de la enfermedad que lo llevaría al término de su vida en el mismo lugar del santuario.

Pasó los últimos días en una intensa actitud de oración, consciente de que había llegado el momento del encuentro con el Dios que tanto había amado. Falleció en la tarde del 22 de noviembre de 1901, respondiendo a aquellos que se preguntaban si desearía alguna cosa: «¡Dios, sólo Dios, sólo Dios me basta!». La respuesta fue la expresión de eso que le movió siempre: «Hacer las cosas por Dios». Introducida su causa de beatificación en la diócesis de Génova, sólo un siglo después de su muerte fue beatificado por Juan Pablo II, era el 3 de septiembre del año 2000.

PEDRO CHICO GONZÁLEZ, FSC

Bibliografía

GHILARDI, P., *Nobleza azul. Perfil biográfico de Tomás Reggio* (Rapallo 1952).
SANGUINETTI, L., *Monseñor Tomás, de los Marqueses de Reggio* (Pisa 1927).
SEMERIA, G., *Mons. Tommaso Reggio. Commemorazione letta all'associazione letterario-scientifica Cristoforo Colombo [in Genova] il 13 dicembre 1901* (Génova 1902).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN FILEMÓN DE COLOSAS

Discípulo de San Pablo († s. I)

Es el destinatario de la carta paulina, contenida en el Nuevo Testamento, dirigida a él. Convertido al cristianismo por el apóstol San Pablo, puede que en Éfeso, era persona de acomodada posición social y Onésimo era uno de sus esclavos. De su casa de Colosas escapa un día este esclavo y San Pablo lo convierte al cristianismo y se lo devuelve a su dueño, pero no sin advertirle la nueva relación que por la fe se ha establecido entre ellos. Pablo elogia la fe y el amor que Filemón tiene a Cristo Jesús y a todo el pueblo de Dios, de lo que es prueba la iglesia que se reunía en su casa. En la carta aparece también el nombre de Apia, a quien Pablo llama hermana, y que se la tiene por la esposa de Filemón, advirtiendo el *Martirologio* que también a ella se la tiene por santa y se le da culto. La carta paulina es una muestra de la confianza y buena relación existente entre el apóstol y Filemón de Colosas. Su memoria es el 22 de noviembre.

SAN PEDRO ESQUEDA RAMÍREZ

Presbítero y mártir († 1927)

Nace en San Juan de los Lagos, Jalisco, el 26 de abril de 1887 en el seno de una familia modesta y muy cristiana. Estudia y se forma en el Santuario y es miembro de su escolanía y del coro de acólitos. Llegado a la adolescencia, se coloca como zapatero pero al poco tiempo entra en el seminario auxiliar de su ciudad natal, y en 1908 pasa al seminario de Guadalajara. Era ya diácono cuando en 1914 éste fue clausurado. Ejerce el diaconado en su parroquia natal y se ordena sacerdote en Guadalaja-

ra el 19 de noviembre de 1916. Destinado a su propia parroquia natal como vicario coadjutor, éste sería su único cargo toda la vida. El párroco lo destinó a la catequesis de niños y la atención a los pobres. Organizó la Cruzada Eucarística y se cuidó mucho de la preparación de los niños a la primera comunión. Llegada la persecución, se quedó en el pueblo y trabajó clandestinamente en la atención a los fieles. Cuando vio que no podía seguir viviendo en la casa que lo acogía, se marchó a Jalostotitlán, Jalisco, a comienzos de noviembre de 1927. Pero echando de menos a sus feligreses volvió a su parroquia el 10 de noviembre. Sus hermanas le advertían que su vuelta era muy peligrosa, pero él sólo pensaba en las almas. El día 17 le avisaron que el peligro era inminente, pero como tenía programada una hora santa aquella noche se quedó. En la mañana del día 18 dijo la santa misa. A media mañana los soldados rodearon la casa. Intentó esconderse pero lo localizaron y lo sacaron a golpes. Lo llevaron a una casa y lo metieron en un cuarto oscuro. Ese día y los siguientes lo apalearon y azotaron. El día 22 lo sacaron a empellones y a consecuencia de ello cayó por las escaleras y se partió un brazo. Lo llevaron a las afueras de Teocaltitlán y quisieron que subiera a lo alto de un tapanco con la intención de quemarlo vivo, pero a cuenta de su brazo roto no pudo subir. Entonces el coronel sacó su pistola y lo mató de tres tiros. Los fieles recogieron el cadáver, lo velaron y le dieron piadosa sepultura. Fue canonizado el 21 de mayo de 2000 por el papa Juan Pablo II.

BEATOS ELÍAS (JULIÁN) TORRIJO SÁNCHEZ Y BERTRÁN (FRANCISCO) LAHOZ MOLINER

Religiosos y mártires († 1936)

Estos dos religiosos de las Escuelas Cristianas estaban destinados en Cambrils al iniciarse la contienda de 1936 en España. Ambos se encargaron de acompañar a sus casas a un grupo de jóvenes novicios y escolásticos de Aragón. Al llegar a Sagunto, los detuvieron, molestaron y maltrataron pero los dejaron seguir hasta Valencia. Aquí anduvieron errantes hasta que una señora les dio acogida en su casa. Pronto, y con gran esfuerzo,

lograron colocar a todos los jóvenes en casas de amigos y conocidos. Los visitaban, animaban y se interesaban por ellos. Y estaban desempeñando esta noble tarea cuando fueron detenidos y arrestados. Llevados primero a los calabozos del Gobierno Civil, de ahí pasaron a la Cárcel Modelo. Primero estuvieron con los demás presos pero luego los aislaron en celdas inhóspitas donde sufrieron mucho. El 22 de noviembre los llamaron a declarar por separado y ambos reconocieron su condición de religiosos y la tarea educativa a la que se dedicaban. Aquel mismo día los llevaron al Picadero de Paterna donde fueron fusilados, siendo enterrados en una fosa común en el cementerio de Valencia. Éstos son sus datos:

JULIÁN TORRIJO SÁNCHEZ nació en Torrijo del Campo (Teruel) el 17 de noviembre de 1900. Trabajó con su padre en el taller de carpintería hasta que a los 16 años decidió hacerse hermano de las Escuelas Cristianas. En 1917 vistió el santo hábito en Hostalets de Llers (Gerona) y tomó el nombre de hermano Elías Julián. Hecha la profesión y concluidos los estudios en 1920, le fue encargada la clase de párvulos en Santa Coloma de Farnés en ese mismo año. En 1925 fue enviado a Cambrils para que dirigiera los trabajos de carpintería del nuevo noviciado. En 1928 pasó al internado de Manlleu como ecónomo. En 1929 fue destinado como profesor a San Hipólito de Voltregá. En 1934 fue destinado a la Escuela del Carmen, de Barcelona. Por estar algo enfermo se le envió a Cambrils, y estando aquí comenzó la guerra y se ofreció para acompañar a los novicios y escolásticos a sus casas. Muy cumplidor de sus deberes como religioso, estaba entregado por completo a su vocación lasaliana. Amable, servicial y de carácter serio, era de una piedad profunda e íntima. Cuando hubieron de dejar la casa el día 20 de julio, se alojó con el director y varios hermanos ancianos en casa de unos amigos, pero luego se unió al hermano Bertrán en el acompañamiento a los novicios y aspirantes.

FRANCISCO LAHOZ MOLINER nace en Campos (Teruel) el 15 de octubre de 1912. Pierde muy pronto a su padre y a los 12 años obtiene licencia de su madre para entrar en la Congregación de las Escuelas Cristianas. Estudia en el noviciado menor de Monreal de Campo, de donde pasó a Cambrils en 1925. Vis-

tió el santo hábito el 2 de febrero de 1929 y tomó el nombre de hermano Bertrán Francisco. Hecha la profesión y terminados los estudios, en 1931 fue destinado como profesor al Noviciado menor y luego como catequista al Noviciado. Era un alma fervorosa y suave que nunca dejaba de seguir preparándose culturalmente y llevaba una gran vida interior. Su carácter era sereno y su temperamento carecía de cambios de humor. Era obediente y delicado. No gozaba de muy buena salud pero se entregaba con gran empeño a sus tareas. Era un excelente catequista, muy buen conocedor de la Sagrada Escritura. Vivía con mucho empeño sus votos religiosos. Llevó con mucha paciencia su detención y prisión, ofreciéndolo todo a Dios y tratando con caridad y afecto a sus compañeros de cárcel todo el tiempo que pudo tratar con ellos.

Fueron beatificados el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

23 de noviembre

A) Martirologio

1. La deposición en Roma de San Clemente I, papa y mártir († s. I) **.
2. San Columbano († 615), abad, fundador de los monasterios de Luxeuil y Bobbio **.
3. En Roma, en la Via Salaria nueva, Santa Felicidad (fecha desconocida), mártir.
4. En Chiusi (Toscana), Santa Mustiola (fecha desconocida), mártir.
5. En Cízico, en el Helesponto, San Sisinio († 303), obispo y mártir.
6. En Metz (Galia), San Clemente, su primer obispo († s. IV).
7. En Mérida (Lusitania), Santa Lucrecia († s. IV), mártir *.
8. En Iconio (Licaonia), San Anfiloquio († 403), obispo *.
9. En París (Galia Lugdunense), San Severino († 540), recluso.
10. En Agrigento (Sicilia), San Gregorio († 603), obispo.
11. En St. Trond (Brabante), San Trudón († 695), abad.
12. En Alba (Italia), Beata Margarita de Saboya († 1464), viuda, religiosa dominica *.

13. En Seúl (Corea), Santa Cecilia Yu So-Sa († 1839), mártir *.
14. En Guadalupe, Zacatecas (México), Beato Miguel Agustín Pro († 1927), presbítero, de la Compañía de Jesús, mártir **.
15. En Madrid, Beata María Cecilia (María Felicidad) Cendoya Araquistain († 1936), virgen, de la Orden de la Visitación de Nuestra Señora, mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN CLEMENTE I

Papa y mártir († s. I)

Después de la muerte de Nerón, la Iglesia gozó durante algún tiempo de paz y tranquilidad. Vespasiano y Tito, los más amables de los césares en expresión de San Agustín, trataron con mayor tolerancia a la religión cristiana y prescindieron en la práctica del principio de persecución establecido por Nerón.

Impulsado por el soplo divino y la fuerza misma de la verdad, el cristianismo penetró profundamente en los centros más vitales del Imperio romano; es más, en el mismo corazón del Imperio la nueva doctrina iba consiguiendo nuevas conquistas, no ya como hasta entonces, entre la gente sencilla y las clases humildes, sino también en la más alta sociedad aristocrática; en la misma corte se había abierto paso el Evangelio de Cristo.

La unidad de la Iglesia en el obispo de Roma, suprema autoridad como sucesor de San Pedro, era una realidad. La jerarquía se desarrollaba por medio de los obispos, presbíteros, diáconos, doctores, profetas... El culto, basado en la celebración de la llamada liturgia o fracción del pan y compuesto por lecturas del Antiguo y Nuevo Testamento, por homilías y oraciones, constituía el punto céntrico de las reuniones cristianas y servía de fuerza propulsora para el apostolado y constancia en la fe.

Sobre este horizonte lleno de luz y de sol asomaban nubes de tormenta; la escisión y el desorden empezaban a desgarrar a algunas comunidades cristianas. En la Iglesia de Corinto, por ejemplo, acababa de surgir un conflicto ruidoso.

Con su población mezcla de elementos muy heterogéneos, comerciantes, marinos, burgueses y esclavos, situada entre los

mares Egeo y Jónico, Corinto era en la antigüedad uno de los centros principales del comercio mediterráneo. Erigida en colonia romana, adquirió bien pronto un carácter cosmopolita; la ligereza de costumbres que encontramos en todo el paganismo helénico degeneraba en Corinto en un libertinaje que llegó a ser proverbial y que chocaba incluso a los mismos paganos. La comunidad cristiana, fundada por San Pablo y visitada por San Pedro, se encontraba a fines del siglo I en una situación religiosa moral bastante delicada. Los judíos, aunque convertidos, permanecían en todo momento muy vinculados a la ley mosaica. Los griegos, ligeros, charlatanes empedernidos y partidistas por temperamento, pronto dieron libre curso en la nueva comunidad a sus defectos naturales. Más peligrosos eran todavía los miembros que se creían en posesión de carismas o gracias extraordinarias, porque pretendían administrar y ordenar todo en su Iglesia.

Al abandonar San Pablo la ciudad de Corinto no confió a los carismáticos el gobierno de su comunidad; allí, como en otras partes, se había constituido un colegio de presbíteros que con prudencia ejercía sus funciones; pero el sentido práctico de estos pastores, su constante preocupación por evitar todo escollo, no agradaba a los audaces carismáticos, quienes no dudaron en desacreditarlos por todos los medios a su alcance; hubo alborotos, disputas; varios miembros del colegio presbiteral fueron depuestos, y, dada la situación geográfica de Corinto, el desorden podía propagarse a otras ciudades de Grecia. El espíritu helénico, particularista y muy pagado de sí mismo, se sometía con dificultad a la ley fundamental que establece la jerarquía como principio de doctrina y gobierno. Cuarenta años antes, San Pablo tuvo que amonestar vivamente a los corintios por su exclusivismo al manifestarse como seguidores de Pedro, Pablo o Apolo.

Para conjurar este peligro y aplastar el cisma en sus comienzos se necesitaba algo más que las exhortaciones de un doctor o un profeta; era necesaria la decisión de un jefe supremo y juez soberano. La Iglesia de Roma, con plena conciencia de su misión, se creyó en la obligación de intervenir, y así envió a la Iglesia de Corinto, por medio de Claudio Efebo, Valerio Brito y

Fortunato, una carta escrita en griego, lengua de la Iglesia en aquel tiempo, llena de sabiduría y suave autoridad, en la que recomendaba la caridad fraterna y el respeto y obediencia a los superiores.

Esta carta, este grande y admirable escrito, en frase de Eusebio de Cesarea; este documento precioso, que Orígenes cita con veneración y que los primeros cristianos equiparaban a las Sagradas Escrituras, no lleva, sin embargo, nombre de ningún autor; el documento se presenta en su solemne encabezamiento como escrito por la Iglesia de Dios que peregrina en Roma a la Iglesia de Dios que peregrina en Corinto. Sin embargo, una tradición muy firme y muy antigua, casi contemporánea a la misma carta, la atribuye al obispo de Roma más famoso del siglo I, Clemente, tercer sucesor de San Pedro, después de Lino y Anacleto: esto mismo se deduce de la lectura misma de la carta de los corintios. Sólo el obispo podía hablar de esa manera en nombre de su Iglesia.

El nombre de San Clemente es uno de los más ilustres y venerados de la antigüedad cristiana. Poco tiempo después de su muerte su figura aparece rodeada de una aureola maravillosa; mientras los fieles invocan su autoridad, los herejes buscan abrigo a la sombra de tan venerado nombre. Se le cita en el canon de la misa; aparece en los más antiguos calendarios; pero, como sucede con frecuencia, la celebridad le ha perjudicado al envolverle en las nubes de la leyenda, que nos impiden observar la fisonomía verdadera de su alma. Sus actas son una de aquellas novelas edificantes que tanto apasionaban en la Edad Media; pueden, sin embargo, recogerse en ellas rasgos auténticos que parecen eco de las tradiciones históricas. La antigua leyenda le emparentó con la familia imperial; modernamente se ha intentado identificarle con el célebre primo de Domiciano, el cónsul Tito Flavio Clemente, a quien el emperador mandó ejecutar por crimen de «ateísmo», es decir, cristianismo. Es muy posible que fuera un liberto o hijo de liberto de la casa Flavia. Muy probablemente no procedía del paganismo, sino del judaísmo, y tal vez se trate, en opinión de Orígenes, del Clemente a quien San Pablo cita en la carta a los filipenses como colaborador suyo.

Pero como, en expresión de fray Luis de León, «las escrituras que por los siglos duran nunca las dicta la boca, del alma salen», tenemos en nuestras manos su carta, esa admirable carta en la que podemos con absoluta confianza y seguridad contemplar al trasluz el alma grande de este tercer obispo de Roma, Clemente. Se descubre en esta carta un alma que vive de una fe cristiana muy profunda, que se apoya en la revelación divina del Antiguo y Nuevo Testamento, que recurre a la oración, en la que caldea su alma sedienta de Dios y la fortalece para las luchas que ha de sostener. Testigo del pensar y del sentir de su tiempo, acoge en su seno las aspiraciones literarias, artísticas y filosóficas más nobles de sus contemporáneos, y como no se arredra ante la naturaleza, obra de Dios, tampoco teme la especulación y el arte humano, que son, en su última raíz, tanteos del alma para encontrar y llegar a Dios. Frente al paganismo que le rodea, demuestra una comprensión simpáticamente acogedora por todo lo noble y bueno que en él existe. No sólo conoce la mitología, sino que llega a proponer a la imitación y admiración de los cristianos corintios los ejemplos de abnegación heroica de ilustres paganos.

En el pontífice que está a la cabeza de la Iglesia de Roma alienta la simpatía más verdadera, más noblemente humana, transformada y elevada por la fe cristiana. La lengua, acostumbrada a la oración, ha tomado un acento litúrgico. La admirable oración que cierra la epístola es uno de los documentos que nos dan a conocer mejor la antigua liturgia; en ella se oye la voz de un obispo que, al final de su exhortación, se vuelve hacia Dios, como acostumbraba al término de sus homilías. En efecto, este documento es una homilía. Clemente sabe que allá en Corinto la leerán en la asamblea de hermanos y se dirige a esos cristianos ausentes, como se dirigiría a sus cristianos de Roma exhortándoles, reprendiéndoles, pero al mismo tiempo llevándoles a orar a Dios con él.

Haciendo alusión a los desórdenes que reinan en Corinto y recordando la necesidad de someterse al orden establecido por Dios en todas las cosas, pero principalmente en su Iglesia, «es preciso, dice, someterse con humildad al orden establecido; hermanos, seamos humildes de espíritu, depongamos la sober-

bia y toda arrogancia, haciendo lo que es justo y recto». Lo que constituye la belleza de la creación, del «cosmos», y realza su hermosura es precisamente la armonía y el orden que existe en todas las cosas. «El océano tiene sus leyes, las estaciones se suceden unas a otras apaciblemente; el gran artífice, el obrero del mundo ha querido que todo sea ordenado en una conformidad perfecta». El mismo designio se observa en el funcionamiento del organismo humano: «la cabeza no es nada sin los pies, pero a su vez los pies serían inútiles sin la cabeza; los más pequeños miembros son necesarios o útiles al conjunto y todos conspiran y se ordenan de consuno a la conservación de todo el cuerpo». Recuerda que en el Antiguo Testamento, Dios, autor directo de la ley, había instituido una jerarquía compuesta de cuatro grados: laicos, levitas, sacerdotes y el sumo sacerdote, y que los apóstoles, habiendo recibido las instrucciones de Nuestro Señor Jesucristo, que hablaba de parte de Dios, su Padre, fueron a anunciar el Evangelio, y escogían los que habían sido primicias de su apostolado, y habiéndoles probado por el Espíritu Santo, los establecían obispos y diáconos de los que debían de creer.

El obispo de Roma no duda, en fin, en comparar la disciplina eclesiástica con la disciplina militar. Es verdad, dice Clemente, que la sociedad cristiana no es solamente un ejército, sino más bien un rebaño guiado por Cristo; más aún: es el mismo Cuerpo de Cristo.

> «El rebaño debe vivir en paz bajo la obediencia y tutela de los presbíteros y los miembros del Cuerpo de Cristo no deben estar separados de su cabeza. Abandonemos, pues, las investigaciones hueras y vanas y sigamos el canon venerable y glorioso de nuestra tradición».

Después de una bella oración termina Clemente su carta con estas palabras, reveladoras de su autoridad firme y serena: «Alegría y regocijo nos proporcionaréis si, obedeciendo a lo que os acabamos de escribir impulsados por el Espíritu Santo, cortáis de raíz la impía cólera de vuestra envidia conforme a la súplica que en esta carta hemos hecho por la paz y la concordia; y lo hemos hecho así para que sepáis que toda nuestra preocupación ha sido y sigue siendo que cuanto antes volváis a recobrar la paz».

En el mismo amanecer del cristianismo, el romano pontífice ha tenido conciencia de su autoridad, como sucesor de San Pedro, y al sentirse en posesión de ese derecho ha actuado, en virtud de su suprema jurisdicción, en la solución de uno de los primeros conflictos que surgieron en la naciente Iglesia. Esta actuación en la época y circunstancias concretas ha proporcionado a Clemente un lugar destacado en la historia de la Iglesia.

La carta del pontífice tuvo tan grata acogida que setenta años más tarde, según testimonio de Dionisio de Corinto, se leía los domingos en la asamblea de los fieles. Roma ordenó y fue obedecida.

La carta, sin fecha, fue escrita al término de una persecución, la de Domiciano, según se desprende de sus primeras frases: «Hemos estado afligidos por una serie de calamidades que han caído sobre nosotros de una manera imprevista». Nadie podía prever, en efecto, que la ambición del poder transformara tan violentamente a «uno de los más honrados gobernantes», como dice Suetonio, en un monstruo que hizo temblar a los cristianos. Asesinatos, deportaciones de toda clase de gentes fueron efectos de la persecución.

Clemente pudo salvar su vida en aquella tormenta, pero pronto la entregó en holocausto por su fe. El año 100 gobernaba el Imperio uno de los más grandes y mejores emperadores, Trajano. Soldado hijo de soldado de un patriotismo ardiente, pero estrecho, tenía un sentido tan vivo de las prerrogativas del Estado que consideraba la unidad del Imperio como una especie de divinidad a la que había que sacrificar todo. Como esta unidad descansaba sobre la unidad del culto religioso, fue fácil prever desde el comienzo de su reinado la amenaza de una nueva persecución.

Sin violencia, al amparo de una legislación ilógica, como hace notar Tertuliano, se hizo perseguidor de la Iglesia, y una de sus víctimas fue Clemente.

Según actas griegas del siglo IV de carácter muy legendario y de escaso valor histórico, a causa de una sedición popular fue desterrado al Quersoneso, la Crimea de nuestros días, y como se negase a sacrificar fue arrojado al mar con una áncora atada al cuello.

Ni San Ireneo, ni Eusebio, ni San Jerónimo, que hablan de este ilustre Papa, dicen nada de su martirio. Sin embargo, la tradición del martirio de San Clemente aparece sólidamente establecida desde fines del siglo IV en Roma.

La figura de San Clemente quedará a los ojos de la historia como la de un noble campeón de la unidad cristiana.

En un momento difícil y decisivo supo mantener enérgicamente los derechos de la primacía romana y cumplió su misión con la suavidad y dulzura del pastor de todo el rebaño de Cristo.

PEDRO ALCORTA MAÍZ

Bibliografía

DELEHAYE, H., *Étude sur le légendier romain. Les saints de novembre et de décembre* (Bruselas 1936) 90-116.
FLICHE, A. - MARTIN, V., *Histoire de l'Église.* I: *L'Église primitive* (París 1916).
FRANCHI DE CAVALIERI, P., *Note agiografiche: fascicolo 5.°* (Roma 1915) 3-40.
HEMMER, H., *Les Pères Apostoliques,* II (París 1909).
RUIZ BUENO, M. (ed.), *Padres apostólicos* (Madrid 1950).
• Actualización:
AYÁN CALVO, J. J., *Clemente de Roma. Carta a los Corintios. Homilía anónima (Secunda Clementis)* (Madrid 1994).
DI NOLA, G., *La dottrina eucaristica dei secoli I-IV.* I: *Clemente Romano, Atanasio* (Ciudad del Vaticano 1999).
RUIZ BUENO, D. (ed.), *Padres apostólicos y apologistas griegos (s. I)* (Madrid 2002) 97-302.
TREVIJANO ETCHEVERRÍA, R., *Patrología* (Madrid ²2004) 15-23.

SAN COLUMBANO
Abad († 615)

San Columbano el Joven, monje irlandés de la segunda mitad del siglo VI y principios del VII, es indudablemente uno de los hombres a quienes más debe la cultura, civilización y espíritu cristiano, tan característicos de la Europa medieval. Es uno de los pioneros de aquellos ejércitos de monjes que, saliendo de los grandes monasterios fundados por San Patricio de Irlanda, entraron en el continente europeo y contribuyeron eficazmente a la cristianización del centro y del norte de Europa. Con su inflamado amor de Dios y del prójimo y su espíritu de sacrificio

llevado al más sublime heroísmo, realizaron una obra verdaderamente gigantesca, de la que difícilmente nos podemos hacer cargo en nuestros días.

Entre todos los monjes misioneros que, primero desde Irlanda y más tarde también desde la Gran Bretaña, pasaron al continente, sobresale de un modo especial San Columbano, en quien ponderan mucho sus contemporáneos sus dotes morales extraordinarias y aun sus fuerzas corporales, verdaderamente hercúleas.

Un rasgo transmitido por los historiadores nos indica bien a las claras la energía indomable del carácter de San Columbano, a la vez que sus fuerzas hercúleas. Teniendo ya setenta años, ayudaba con sus propias manos a los monjes en el cortar y transportar los troncos de los árboles que servían para la construcción del monasterio de Bobbio, en Italia. Igualmente contaban sus discípulos cómo algunas veces, atravesando a pie algunos bosques, entablaba luchas cuerpo a cuerpo con los osos salvajes hasta dominarlos y rendirlos a sus pies.

No conocemos exactamente el año del nacimiento de San Columbano, pero debió de tener lugar en torno al año de la muerte de San Benito, el 543, en la región occidental de Leinster, donde recibió una sólida educación cristiana. Es interesante un episodio que nos refieren algunos documentos antiguos sobre las primeras luchas que su naturaleza exuberante y fuerte tuvo que mantener contra las tentaciones de la carne. Efectivamente, habiendo sido tentado insistentemente por algunas mujeres, acudió angustiado en demanda de consejo a una virgen solitaria que desde hacía muchos años gozaba de gran prestigio de santidad, y ella le respondió que debía huir decididamente la tentación incluso abandonando el lugar de su nacimiento.

Pero de esta anécdota, de cuya autenticidad histórica no tenemos plena garantía, lo más provechoso y positivo es la razón que, según el biógrafo Jonás, le dio la virgen solitaria, y ha quedado desde entonces como norma práctica de la ascética cristiana frente a este género de tentaciones. Efectivamente, le dijo:

> «¿Piensas tú que podrás fácilmente resistir la tentación de esas mujeres? ¿Recuerdas a Eva tentando y a Adán cediendo? ¿No fue también Sansón débil frente a Dalila? ¿No perdió David su antigua

rectitud seducido por la hermosura de Betsabé? ¿No fue engañado el sabio Salomón por el amor a las mujeres? Así, pues, márchate lejos y apártate del río en el que tantos han caído».

Así, pues, Columbano abandonó de hecho a su madre y su tierra y se dirigió a Sinell, donde un experimentado solitario lo inició en la vida de consagración a Dios, y poco después al gran monasterio de Bangor, donde recibió la sólida educación ascética que entonces se estilaba. De carácter serio e inclinado a la rigidez, su grande alma lo inclinó bien pronto a emprender alguna hazaña extraordinaria. Vencida, no sin gran dificultad, la oposición de su abad, dirigióse con doce compañeros a tierras extrañas con el fin de trabajar por la colonización e instrucción de los pueblos bárbaros. A los pocos días de viaje aportaron en el continente y se internaron en el reino de los francos. Los nuevos huéspedes debieron de llamar notablemente la atención aun por su exterior. Mientras los monjes occidentales llevaban el pelo cortado, según la llamada tonsura de San Pedro, de modo que les quedaba en torno a la cabeza una corona de pelo algo más crecido, los monjes irlandeses dejaban crecer el pelo por la parte posterior de la cabeza, de modo que les caía por encima de la espalda. En sus manos llevaban unos bordones. Cruzados a la espalda y atados con correas, traían consigo sacos de piel, en donde guardaban sus más preciados tesoros: los libros litúrgicos.

Precisamente entonces se hallaba en notable decadencia aquel espíritu religioso que tan buen comienzo había tomado un siglo antes con Clodoveo. Describiendo la situación del país de los francos a fines del siglo VI, nos dice el biógrafo de San Columbano: «Allí, a causa de las frecuentes invasiones de los enemigos exteriores, o por la negligencia de los pastores, el espíritu religioso había casi desaparecido. Sólo quedaba en pie la fe cristiana». En estas circunstancias tan críticas, y como medio buscado por la Providencia, presentóse San Columbano en las Galias.

A pesar del rigorismo con que se presentaron él y sus compañeros, en todas partes les acompañó el éxito más lisonjero. El monasterio de Luxeuil, fundado por el santo, constituyóse en punto céntrico de cultura e influencia cristiana. Bien pronto siguieron otros monasterios en todo el centro de Europa. Los hi-

jos de los nobles que iban a esos monasterios a recibir la educación cristiana eran cada día más numerosos. A los monasterios de varones siguieron otros de mujeres. En realidad, gran parte de los fundados durante los siglos VII y VIII están relacionados con San Columbano. De más de cincuenta de todo el Continente se puede probar que estuvieron bajo el influjo de los monjes traídos por él. Por otro lado, precisamente ese plantel incomparable de monasterios fue en los siglos siguientes la base de todo lo que significa civilización.

En efecto, no era solamente la vida religiosa lo que en aquellos monasterios se cultivaba. Muchos de ellos, fundados en medio de los bosques y regiones baldías, anduvieron a la cabeza en el trabajo ímprobo de la roturación y cultivo de los campos. Gran parte de la región de las Galias, inculta hasta entonces, fue urbanizada por estos monjes. Tales son las tierras de las Ardenas, Flandes, el bajo Sena y la Champagne. Esta actividad cultural de los monasterios fundados por San Columbano, que puso el fundamento de innumerables poblaciones y grandes ciudades, continuóse después durante los siglos siguientes y constituye una de las glorias más legítimas de la Iglesia católica, uno de los frutos culturales de la civilización cristiana. Los monjes de San Columbano —dice acertadamente Schnürer— «sabían realizar el pesado trabajo del campo con la misma perfección con que escribían los delicados pergaminos de sus códices y se esforzaban en guiar las almas con su ardiente palabra».

Con todo, no hay que creer que toda está campaña de civilización cristiana fuera fácil a Columbano. A la dificultad que supone la lucha de la moral cristiana con todas las pasiones humanas, añadíase la rudeza y rigidez de carácter del santo, que no sabía ceder ni doblegarse a ninguna clase de exigencias. Es célebre la contienda que tuvo que mantener frente a Teuderico y su abuela Brunequilda. El antiguo reino de Clodoveo estaba dividido a la sazón en dos partes: Austrasia y Neustria. En Austrasia regía Teudeberto, y en Neustria su hermano Teuderico y su abuela Brunequilda. El monasterio de Luxeuil pertenecía al territorio de Teuderico. Entregados a toda clase de vicios, no tardaron los dos hermanos en hacerse mutuamente la guerra. Sobre todo, Teudeberto estaba enteramente entregado a la lujuria.

Casado con una princesa española, separóse bien pronto de ella. En estas circunstancias, pues, su hermano Teuderico tuvo que escuchar frecuentes reconvenciones de parte del celoso abad Columbano.

En cierta ocasión presentóse el abad en la villa real de Vitry, cerca de Arras, en donde Brunequilda se entretenía con unos nietecitos hijos legítimos del rey. Según costumbre del tiempo, envió a los niños al encuentro del abad para que les echara la bendición. Columbano se creyó en el deber de dar una muestra de su desagrado, y así se negó a dar la bendición a los niños, anunciando, además, que ninguno de ellos llegaría a empuñar el cetro. Poco después llegó de nuevo Columbano a la villa en que se hallaba el rey. Era de noche. Teuderico, deseoso de dar al abad las muestras debidas de respeto, ordenó a los criados que lo introdujeran en su presencia y que le ofrecieran comida y bebida. Mas el hombre de Dios lo rechazó con toda decisión, añadiendo que eran dádivas de un hombre impío. El monarca, junto con su abuela, se dirigió al día siguiente al abad y trataron de aplacarlo. Teuderico prometió mejorar su conducta, mas como no se mejorara recayó, por fin, sobre él la excomunión. Las cosas llegaron por fin al extremo de que por iniciativa del rey se desterró al molesto consejero.

Era el año 610. Después de más de treinta años empleados en la evangelización y colonización de las Galias, salía Columbano deportado a Irlanda con un buen número de sus compañeros. Desde Nantes, según parece, escribió una célebre carta a los monjes que dejaba en Luxeuil, de la que llega a decir Montalembert que contiene «algunas de las más finas y grandes ideas que ha inspirado el genio cristiano». Pero, una vez embarcado, vientos contrarios desviaron por completo la embarcación, y, de hecho, la primera noticia que tenemos es que se presentó poco después en Metz ante su amigo Teudeberto II, y con su consejo y apoyo se dirigió hacia la región ocupada actualmente por gran parte de Suiza, y que estaba entonces poblada por los alamanes.

Ante todo, pues, se estableció en Tuggen, junto al lago de Zúrich, con un grupo de discípulos venidos del monasterio de Luxeuil, entre los cuales sobresalía uno llamado Gallo. Pero el

celo exagerado de éste, que se dedicaba a quemar públicamente los ídolos de los paganos, le atrajo la enemistad de los habitantes de aquella región, por lo cual Columbano se vio forzado a emigrar hacia la parte oriental del lago Constanza, a un valle tranquilo y apacible rodeado de montañas. Era la región de la actual Bregenz, donde encontraron un viejo oratorio abandonado, y en él se acomodaron algunas celdas. Pero aquí de nuevo la vehemencia de los métodos empleados en su apostolado, particularmente de San Gallo, provocaron al pueblo contra él. Al mismo tiempo cambió inesperadamente la situación política. Habiendo estallado una guerra entre Austrasia y Neustria, fue vencido y muerto su protector Teudeberto. Puesto entonces Columbano a merced de Teuderico, se vio obligado a salir de aquel territorio donde se encontraba. Atravesó, pues, los Alpes, contando a la sazón setenta años de edad, y se dirigió al país de los lombardos y a su capital, Milán, donde fue objeto de una cariñosa acogida de parte de su rey arriano, Agilulfo, y su esposa católica, Teodelinda. Entretanto había quedado en Suiza su discípulo Gallo, quien posteriormente organizó allí el célebre monasterio de *Sant Gallen,* que tanta fama debía alcanzar en la posteridad.

Y con esto entramos en la última etapa de la vida de San Columbano, que se desarrolla al norte de Italia y se distingue, ante todo, por la fundación del gran monasterio de Bobbio. En efecto, conociendo Agilulfo la significación de San Columbano como padre de monjes, le entregó grandes terrenos en *Ebovium* o *Bobbio,* situado en un valle de los Apeninos entre Génova y Piacenza, donde inició él un monasterio dedicado a San Pedro. No obstante su avanzada edad, se sintió rejuvenecido al ver surgir el nuevo monasterio, que rápidamente fue tomando una extraordinaria significación. Columbano se sentía feliz al ver reproducirse en el monasterio de Bobbio la exuberante vida monástica de los monasterios de Luxeuil y los demás que él había fundado en Francia.

Pero al mismo tiempo, las circunstancias le obligaron a intervenir durante estos años en un asunto completamente diverso. Con ocasión de la querella denominada de los *Tres capítulos,* se había formado en el norte de Italia un cisma contra el roma-

no pontífice en protesta de su condenación de los llamados *Tres capítulos.* Mal informado Columbano por los partidarios del cisma e inducido por los reyes Agilulfo y Teodelinda, compuso un célebre escrito, en el que trataba de defender al partido lombardo, presentándolo como defensor del concilio de Calcedonia frente al romano pontífice.

Sin embargo, en esta misma carta, no obstante lo delicado de su posición al defender un partido cismático en su posición contra el Papa, aparece claramente su convicción de que sólo se trataba de una cuestión secundaria meramente disciplinar y, por otra parte, amontona las expresiones de estima y reverencia a la Sede Romana. En efecto, dice, «la columna de la Iglesia es siempre Roma». Por eso, añade, «nosotros, los irlandeses, viviendo en las partes más lejanas de la tierra, somos discípulos de San Pedro y San Pablo y de los discípulos que escribieron el Canon sagrado bajo la inspiración del Espíritu Santo. Nosotros no aceptamos más que la enseñanza evangélica y apostólica...». «Confieso —dice en otra parte— que siento la mala reputación en que se tiene en esta región a la Cátedra de Pedro. Todos estamos atados a esta Cátedra. Pues, aunque Roma es grande y renombrada, su grandeza y gloria delante de nosotros le viene solamente de la Cátedra de Pedro».

En realidad, el problema del *cisma lombardo,* que no debe confundirse con el de *Aquilea* o *Grado,* también ocasionado por los *Tres capítulos,* siguió su desarrollo normal hasta que poco después se extinguió. La intervención de San Columbano no tuvo en él ninguna importancia. Por otro lado, quiso polemizar contra los arrianos, lo cual le malquistó con los lombardos y su rey, Agilulfo, todo lo cual le obligó a retirarse definitivamente a la soledad del monasterio de Bobbio y aun de una celda solitaria que en él se hizo construir.

A los tres años de su estancia en Bobbio, cumplióse la profecía que él había hecho sobre Teuderico. Muerto Teuderico, la anciana Brunequilda había sido brutalmente asesinada. Acordándose Clotario, dueño ahora de Borgoña, de la profecía de Columbano, lo invitó a ir a Suiza y a las Galias. Pero entretanto había llegado éste a su fin. Rendido por la enfermedad y sintiendo próxima la muerte, le recomendó el monasterio de

Luxeuil y los demás de Francia, y el 23 de noviembre de 615 descansó en el Seriar.

Su recuerdo y el fruto extraordinario que hizo con sus fundaciones dieron bien pronto ocasión a que se iniciara su culto litúrgico, que se extendió principalmente a las numerosas regiones por él evangelizadas.

BERNARDINO LLORCA, SI

Bibliografía

BLANKE, F., *Columban und Gallus* (Zúrich 1940).
DUBOIS, M. M.ª, *Saint Colomban* (París 1950).
GOUGAUD, L., *Les saints irlandais hors d'Irlande* (Lovaina 1936) 51s.
JONÁS DE SUSA, *Vita,* en J. MABILLON - L. D'ACHERY, *Acta Sanctorum Ordinis Sancti Benedicti,* II (París 1668) 5s; y en PL 87,1011s.
LEUX, J. J., *Der heilige Kolumban* (Friburgo 1919).
MARTIN, E., *S. Colomban* (París [3]1921).
METLAKE, G., *The life and writings of Saint Columban* (Filadelfia 1914; ed. facs. 1993).
ROUSSEL, J., *Saint Colomban et l'épopée colombanienne,* 2 vols. (1941-1942).
TOMMASINI, A. M., *Irish Saints in Italy* (Londres 1937).
• Actualización:
DUBOIS, P., *Colomban, un aventurier de l'Europe* (París 1990).
LODI, E., *Los santos del calendario romano* (Madrid [2]1993) 501-504.
O'FIAICH, T., *San Colombano attraverso le sue parole* (Seregno 2000).

BEATO MIGUEL AGUSTÍN PRO

Presbítero y mártir († 1927)

Poco después de las 10:30 de la mañana del 23 de noviembre de 1927 era fusilado en el patio de la Inspección de Policía de la Ciudad de México el padre Miguel Agustín Pro. Existe una escalofriante secuencia fotográfica del momento de su martirio. Se le puede ver, primero, arrodillado y rezando; después, de pie y con los brazos en cruz, mientras sostiene un crucifijo en su mano derecha y en la izquierda un rosario; más tarde, desplomándose tras recibir el primer disparo; y por último, ya caído en el suelo, cuando le están pegando el tiro de gracia. No se trata de una reconstrucción imaginada, son fotos reales, tomadas por un reportero gráfico del diario *Excelsior* de México a quien, junto a otros periodistas y testigos, se le permitió asistir a la ejecución. «¡Fusiladlo! Servirá de lección a los católicos», había dicho el presidente Plutarco Elías Calles en aquellos días de persecución religiosa.

Tenía entonces el padre Pro 37 años de edad. Sesenta años más tarde, el 25 de septiembre de 1988, lo beatificaba en la Plaza de San Pedro de Roma el papa Juan Pablo II. En esa misma ceremonia fueron también apuntados en el libro de los beatos el arzobispo José Benito Dusmet, el sacerdote Francisco Faà di Bruno, los franciscanos Junípero Serra y Federico Janssoone y la virgen seglar Josefa Naval Girbés.

Miguel Agustín Pro Juárez había nacido el 13 de enero de 1891 en Guadalupe, un pueblecito cercano a Zacatecas, donde su padre administraba unas explotaciones mineras. Fue bautizado cuatro días después de su nacimiento en su parroquia natal, y recibió los sacramentos de la confirmación y primera comunión, a los siete años, en Concepción del Oro. Tuvo como primera escuela su propia casa, pero cursó los estudios primarios en colegios públicos de México y de Saltillo. Sin embargo, antes de terminarlos comenzó a trabajar con su padre en las oficinas de la mina y a demostrar no sólo una gran habilidad para desempeñar este trabajo, sino a mantener un trato franco y distendido con los mineros. Conoció y se preocupó por sus problemas y gracias a sus dotes para la imitación aprendió a expresarse en su lenguaje, se hizo con su jerga y sus modismos, tan diferentes y distantes de la manera de hablar de su familia. Si a esto se añade la receptividad propia de su edad y sobre todo su sentido del humor, ya tenemos aquí enunciados los rasgos de carácter que marcarán su forma de actuar en el futuro.

Era chistoso, ocurrente, imitador consumado, bromista. En una palabra, simpático. Habilidoso para la música, se le daba muy bien tocar la guitarra y la mandolina. Casi se ajustaba al tópico del mexicano gracioso, cualidad que le sirvió para que su apostolado rindiera el ciento por uno, en el trato con la gente, en sus cartas e intervenciones públicas, en la sutileza con que supo bandearse en los días de más recia persecución.

Ya entonces empezaba a rondarle por la cabeza la idea de hacerse religioso, descubría signos inconfundibles de su vocación sacerdotal. Tendría unos dieciséis años cuando sintió un vuelco en su corazón después de asistir a una misión popular predicada por los jesuitas. De todas formas, para que no le quedaran dudas sobre sus sentimientos, fue invitado a hacer unos

ejercicios espirituales ignacianos, pero lo que realmente maduró su decisión de ingresar en la vida religiosa fue el empujón que le dieron sus hermanas mayores, también religiosas, María de la Concepción y María Luz.

Con veinte años cumplidos, el día 10 de agosto de 1911, entró en el noviciado que la Compañía de Jesús tenía en El Llano, cerca de Zamora de Hidalgo. Fueron dos años de prueba, al término de los cuales, el día de la Asunción de 1913, pronunció los votos religiosos. Un año más tarde, y obligados por la situación política de Venustiano Carranza, tuvieron que salir apresuradamente de El Llano él y sus condiscípulos. Primero van a Zamora, después pasan a Guadalajara y el 2 de octubre de 1914 se instalan en Los Gatos, California, donde el joven Pro recibió lecciones de literatura clásica.

Como las dificultades provocadas por la revolución mexicana iban en aumento, los superiores responsables decidieron enviarlo a Europa para que, sin sobresaltos, continuase los estudios eclesiásticos. Su primera estancia fue en Granada, la ciudad española, a la que llegó el 21 de junio de 1915 para cursar dos años de retórica y tres de filosofía. Tras este período, cruza de nuevo el Atlántico y permanece en otra Granada, la nicaragüense, donde ejerció un bienio de prácticas de magisterio en el colegio del Sagrado Corazón enseñando el catecismo a los empleados y personal de servicio. En 1922 lo tenemos de nuevo en Europa: en Barcelona estudió los dos primeros cursos de teología y en Einghien (Bélgica) el tercero y parte del último. Recibió la ordenación sacerdotal el 30 de agosto de 1925 de manos del obispo de Amiens, monseñor Lecompte, y al día siguiente celebró su primera misa.

Durante el año de su ordenación y el siguiente se deterioró seriamente su salud, de tal manera que necesitó someterse a tres operaciones de estómago en una clínica de Bruselas, y pasó largas temporadas de convalecencia en una casa de reposo en Hyères, cerca de Marsilia. De esta etapa se conocen anécdotas graciosas y alguna historieta ejemplar que define su original sentido evangelizador. En una ocasión, después de bajar a una mina en Charleroi, quiso viajar con los obreros en el mismo tren que los devolvía a casa para poder charlar distendidamente

de cuestiones sociales y religiosas. Uno de los mineros, poco acostumbrado a que alguien le hiciera caso, le preguntó al joven Pro si no le causaba ningún temor subir al departamento del tren con ellos. El padre Pro respondió diciendo que no, que él viajaba siempre armado. Y a continuación, mientras aún les duraba el desconcierto, sacó de su bolsillo su misteriosa arma, que era un crucifijo.

Volvió a Einghien a mediados de mayo de 1926, pero a los pocos días, a causa de su debilitada salud, los superiores decidieron que regresara a México y que allí concluyera los estudios. Su barco atracó en el puerto de Veracruz el 7 de julio. El padre Pro iba destinado a la residencia de los jesuitas de la calle Enrique Martínez de la ciudad de México. Asistió a las clases de teología que impartía el padre Méndez Medina, y pudo al fin terminar el curso y superar los exámenes airosamente.

México vivía por entonces en estado de gran tensión, sobre todo desde que entró en vigor, el 31 de julio de 1926, la ley del presidente Calles prohibiendo a los católicos la libertad religiosa. Se trataba de una persecución en toda regla que impedía el culto público y negaba a los sacerdotes vestir sotana y a los religiosos utilizar el hábito. Cuanto más se enfrentaba el pueblo cristiano a estos abusos, más endurecía el Gobierno su trato. El padre Pro tampoco se plegó a estas leyes, más aún, las desafió con desenvoltura desempeñando a escondidas su labor sacerdotal en casa de sus familiares y amigos y sirviéndose de estratagemas, simulaciones y disfraces, sorteando el seguimiento policial. Celebraba misa en las casas, predicaba a estudiantes, empleados, obreros, oficinistas, siempre en la clandestinidad, con tácticas de catacumba. Pero como todo se sabe o se sospecha, al final de octubre de aquel año se cursó una orden de detención contra el joven jesuita por considerarlo culpable de haber hecho propaganda religiosa y contravenido la ley. Su delito sólo consistía en ejercer su apostolado apasionadamente, con entrega y con alegría.

A principios de diciembre de 1926, con motivo de una fiesta popular, los católicos se atrevieron a soltar seiscientos globos de colores y a lanzar octavillas con mensajes religiosos. El propio Calles, que asistía a la fiesta, se entretenía viendo caer la llu-

via de papeles, pero le cambió el semblante cuando le presentaron uno de aquellos mensajes y lo leyó. Reaccionó con violencia y dio orden inmediata de arrestar a los culpables. En esa redada cayó el padre Pro, que contó después el episodio por escrito, con su inconfundible humor:

> «A las siete de la noche nos llevaron a la prisión entre dos hileras de soldados a siete tipos aprehendidos por causa de los globos. El teniente que nos recibió en el palacio de Santiago Tlaltelolco, al leer el oficio de Gobernación en que nos declaraban presos, nos dice riendo:
>
> —Mañana vamos a tener misa.
>
> —Malo —me dije—, ya me la olieron.
>
> —¿Misa? —preguntamos todos espantados.
>
> —Sí —nos responde—, porque entre vosotros viene un presbítero.
>
> —Malo, muy malo —seguí diciendo para mi capote—. Todos nos vimos de pies a cabeza para ver quién era el desventurado presbítero que nos acompañaba.
>
> —Es un Miguel Agustín —dice el teniente.
>
> —Alto ahí —dije en voz alta—, ese Miguel Agustín soy yo, pero así diré misa mañana como colchón voy a tener esta noche.
>
> —¿Y ese Presbítero qué se pone después de su nombre?
>
> —Es solamente mi apellido "Pro" y no "Pbro", que es la abreviación de presbítero».
>
> «La noche la pasaron todos al raso y recibiendo de los soldados el trato que recomendaba la orden de prisión: "Procúrese fastidiar a los aprehendidos". Y así lo hicieron entre el pitorreo de los guardias. A la mañana siguiente, a eso del mediodía, el padre Pro era puesto en libertad».

Pese a este contratiempo y sabiendo que le seguían los pasos, el padre Pro continuó desempeñando sus actividades apostólicas entre los feligreses de la Sagrada Familia. Pero sobre todo acudía a sus centros eucarísticos, conocidos sólo por los fieles, comulgaban a diario más de trescientas personas, que en los primeros viernes de mes pasaban de mil. El padre Pro usaba para moverse por la ciudad la bicicleta de un hermano suyo, salía «desbocado por esas calles de Dios» a administrar los sacramentos, pero también se ocupaba, y de modo preferente, de visitar a los enfermos de la parroquia, de frecuentar el trato con la gente más pobre, de ayudar a las madres solteras.

Se había creado en México por aquellas fechas de persecución una asociación conocida con el nombre de *Liga Nacional*

para la defensa de la libertad religiosa, y de su sección de conferencias fue nombrado responsable el padre Pro. Se entregó de lleno a esta causa, con el mayor entusiasmo, organizó con grupos de jóvenes eficaces campañas de propaganda que tuvieron mucho éxito, aunque las sucesivas detenciones de sus miembros acabaron por cortarles las alas. El padre Pro se multiplicaba dando charlas por las barriadas «a puritita gente de "pro"», y como él decía: «Hablaba, gritaba, berreaba ante aquel auditorio descamisado que sin temor a técnicos ni a gendarmes venía por cientos a nuestras conferencias».

En los momentos de mayor recrudecimiento policial, los superiores le recomendaron cautela, incluso le aconsejaron que se escondiera durante algunos meses. Hizo caso, se recluyó en su casa por obediencia, mas no por ello dejaba de pensar en las necesidades de su gente y en las noticias que le llegaban del desamparo espiritual en que muchos se encontraban. En un momento dado Pro expone a su Provincial el deseo de contribuir con su granito de arena, no como antes, que «sería muy expuesto», pero sí «con discreción y medida». Además, si pone en riesgo su vida —se pregunta— «¿no sería ganarla si la diera por mis hermanos?». Y concluye:

> «Yo sé que más hago por Dios hundido en un pobre cuarto, por obediencia, que en medio de la plaza por propia voluntad; pero tampoco es desobediencia el pedir a mi superior permiso para hacer algo, pudiéndolo hacer sin mucho peligro».

Reanudó, pues, su actividad pastoral con permiso del Provincial, dispuesto a obrar con la máxima prudencia. Pero la situación se enredaba de día en día, empeoraba a todas luces, se estrechaban los cercos con cualquier disculpa. Al padre Pro no le perdían de vista, y eso que procuraba con sus artes de simulación y los más inesperados disfraces zafarse de los controles. Pero ocurrió que el 13 de noviembre de 1927 cuatro personas lanzaron una bomba contra el general Álvaro Obregón, aunque resultó ileso. El coche usado por el comando era el mismo que la familia Pro venía utilizando para sus actividades de la *Liga,* pero pronto se averiguó que ese vehículo había sido comprado una semana antes por el ingeniero Segura, uno de los autores del atentado, detenido por la policía.

Este suceso movió al padre Miguel Pro y a sus hermanos Umberto y Roberto a ocultarse en casa de unos amigos, pero a los pocos días, el 18 de noviembre, en plena noche, la policía irrumpió en el edificio y arrestó a los tres hermanos, que acabaron en los calabozos de la Inspección de Policía de la ciudad de México. Las investigaciones nunca pudieron probar su responsabilidad en los hechos. El padre Miguel Agustín Pro, interrogado por la policía en presencia de numerosos periodistas, se declaró «absolutamente inocente» del crimen que se le imputaba, dio las gracias al Gobierno por el buen trato recibido en la cárcel y se mostró confiado en que sería puesto de inmediato en libertad. Pero no se iban a cumplir sus expectativas. Pese a la falta de pruebas y a que no había dudas sobre la inocencia de los hermanos, el presidente Calles y los generales Obregón y Cruz se reunieron en consejo y tomaron el acuerdo de dar un escarmiento ejemplar a los «subversivos». Sugirió el general Cruz que, al menos, la sentencia tomara una apariencia de legalidad, pero Calles se negó rotundamente.

Los hermanos Pro, encerrados en los sótanos de la Inspección, estaban convencidos de que terminarían en la calle. Mientras que Miguel y Umberto fueron ejecutados el 23 de noviembre, Roberto, el hermano menor, liberado poco después, dejó un testimonio escrito de aquellas horas amargas. Cuenta que su hermano Miguel pensaba que el asunto pasaría a un tribunal competente, pero que esta impresión se vino abajo cuando, hacia las nueve de la noche del 22 de noviembre, notaron un extraño movimiento de tropas y que cambiaban la vigilancia cada media hora. «Lo primero que hicimos, sin comunicarnos la inquietud que sentíamos —escribe—, fue rezar juntos el rosario». Casi a media noche convocaron a todos los detenidos para un reconocimiento visual en presencia del general Palomera, con fama de sanguinario, y para sacarles unas fotos que luego serían publicadas por la prensa. Tras esta inspección —añade Roberto— Miguel le dijo:

> «Ahora sí que la cosa se pone difícil. Quién sabe lo que querrán hacer estos señores, me temo que nada bueno. Pidámosle a Dios resignación y fuerza para lo que sea, y resignémonos a lo que venga. Recuerdo que después volvimos a rezar y Miguel me dio la absolución, luego que yo me confesé con él».

Aquella noche la habían pasado inquietos. Hacia las seis de la mañana el padre Pro confió a sus compañeros de prisión un presentimiento: «Algo nos va a suceder hoy».

> «A las 10:30 de la mañana —concluye Roberto Pro— se presentó el jefe de los agentes, llamado Mazcorro, y con voz de mando, llamó a mi hermano Miguel, que estaba conmigo en el sótano, como dije: estaba sin saco, y Mazcorro le dijo que se lo pusiese. En el momento de ponérselo, me tomó y me estrechó la mano, y luego salió acompañado de Mazcorro. Me asomé a una ventana pequeña, que estaba cerrada con tablas y daba al patio de la Inspección; vi pasar a Miguel acompañado de Mazcorro, de un oficial y de algunos soldados; después no pude ya ver más».

Quien sí pudo ver más fue un sacerdote mexicano, José de Jesús Olivares, también detenido en la Inspección, quien desde la ventana de su celda observó la ejecución. Explica lo que vio con estas palabras:

> «El día 23 de noviembre, vi desde una ventana de mi celda cómo llegaban al patio de tiro de la misma Inspección, soldados y personal de la Inspección y otras personas que iban a presenciar la ejecución [...] vi llegar al padre Pro al patio de tiro en medio de cuatro soldados que lo llevaron hasta el lugar de la ejecución. Allí noté que el comandante del pelotón de ejecución se acercó al padre Pro para hacerle una pregunta que no oí, por la distancia a que me encontraba, pero noté por los ademanes que el padre pedía unos momentos para orar. Entonces se arrodilló, sacó de su bolsa un rosario y un crucifijo que besó y permaneció en oración unos momentos, levantando los ojos al cielo. Poco después se levantó y volviéndose hacia el pelotón de ejecución, volvió a besar el Santo Cristo que tenía en la mano derecha, en la izquierda conservaba el rosario; abrió los brazos en forma de cruz y haciendo un ademán con la cabeza, se dispuso a recibir la descarga».

El pelotón de fusilamiento apuntó a su cuerpo y lo abatió. Cayó con los brazos en cruz. En seguida un soldado se acercó y le dio el tiro de gracia. Se sabe que durante el traslado del calabozo al patio, el agente Quintana pidió perdón al padre Pro, y que éste le contestó: «No sólo te perdono, sino que te doy las gracias». «Gracias» porque, como había manifestado alguna vez a sus amigos en los momentos más recios de persecución: «¡Ojalá me tocara la suerte de ser del número de los mártires!». Otro de sus amigos, el ingeniero Jorge Núñez, recordó que el padre Pro le había confesado cómo, en caso de ser fusilado, gri-

taría «¡Viva Cristo Rey!». Así dicen que dijo en el último instante. Ha quedado como testimonio visual de su ejecución una estremecedora secuencia de fotos que sirve como acta elocuente de su martirio.

Juan Pablo II en la homilía de su beatificación sintetizó su vida diciendo que ni los sufrimientos ni su agotadora actividad ejercida con riesgo pudieron sofocar nunca su alegría contagiosa, «que nacía de su amor a Cristo y que nadie le pudo quitar».

JOSÉ ANTONIO CARRO CELADA

Bibliografía

ADRO, X., *Temple ignaciano: perfil psicológico del Padre Pro* (México 1940).
ARROYO GAITÁN, R. A., *Calles, el conflicto religioso y el martirio del Padre Pro* (Zapopán 1988).
DRAGÓN, A., *Vida íntima del Padre Pro* (México 1990).
«Homilía en la beatificación»: *Ecclesia* (1988) n.2394, p.24-26.
L'Osservatore Romano (25-9-1988) 4; (26/27-9-1988) 4.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTA LUCRECIA DE MÉRIDA

Virgen y mártir († s. IV)

Consta que ya en el siglo VI tenía una basílica dedicada en Mérida, y aunque el *Martirologio de Usuardo,* que es el primero que recoge su memoria, la llama simplemente virgen sin el apelativo de mártir, éste ha prevalecido posteriormente, suponiéndose que se trata de una mártir de la persecución de Diocleciano a principios del siglo IV. La fecha del 23 de noviembre ya la da Usuardo y la ha conservado el *Martirologio de Baronio* y el actual. Su memoria la celebra la diócesis de Mérida-Badajoz. Se carece de ulteriores noticias sobre su vida y martirio.

SAN ANFILOQUIO DE ICONIO
Obispo († 403)

Este insigne obispo había nacido en Cesarea de Capadocia hacia el año 345. Estudia en Antioquía, en la escuela de Libanio, y luego pasa a Constantinopla donde ejerce la abogacía y la profesión de rétor. Pero, tras algunos reveses, decide volver a su casa paterna. Su padre, ya muy mayor, vivía en Ozizala, una villa pobre de Capadocia a donde le tenía que mandar alimentos su primo San Gregorio Nazianceno. Amigo también de San Basilio, obispo de Cesarea, éste lo invitó a irse con él y en 373 le confirió las órdenes sagradas. Un año más tarde el mismo santo lo consagraba obispo de Iconio, la sede metropolitana de Licaonia. Fue consciente de su escasa preparación teológica y por ello acudía a aconsejarse en materia doctrinal con San Basilio, que le dedicó su *Tratado sobre el Espíritu Santo.* Anfiloquio difundió cuanto pudo el tratado de San Basilio como medio eficaz de oponerse a los macedonianos que negaban la verdadera divinidad del Espíritu Santo y contra los cuales Anfiloquio reunió un sínodo en Iconio el año 376. Basilio le envió otros escritos doctrinales y mantuvo con él estrecha amistad hasta su muerte en 379, siendo Anfiloquio el que hizo la oración fúnebre del gran obispo fallecido. El año 381 asistió al primer concilio ecuménico de Constantinopla, en donde se definió la divinidad del Espíritu Santo y se dio la formulación del símbolo de la fe. Se sabe que instó en 383 de manera eficaz al emperador Teodosio para que prohibiera las actividades de los arrianos. Ese mismo año presidió el sínodo de Side de Panfilia donde fueron condenados los mesalianos. Murió con posterioridad al 394 y ya no vivía cuando los problemas con San Juan Crisóstomo.

BEATA MARGARITA DE SABOYA
Religiosa († 1464)

Nace en Pinerolo, junto a Turín, hacia 1382, hija del príncipe Amadeo de Saboya y de Catalina de Ginebra. En su juventud y en su propio castillo tuvo oportunidad de conocer a San Vicente Ferrer, a cuya dirección espiritual se sometió, orientándo-

se desde entonces su espiritualidad hacia el dominicanismo. Muerto su padre en 1402, su tío la dio en matrimonio a Teodoro Paleólogo, marqués de Monferrato, aunque ella tenía inclinación a la vida religiosa, pero decidió someterse a la voluntad de su tío porque con ese matrimonio se hacían las paces entre las dos familias. Teodoro era un hombre ya mayor, viudo y con dos hijos adolescentes. Se dice además que era una persona ruda y de mal genio, y que su esposa se dedicó a endulzar el carácter del esposo mostrándole una bondad, obediencia y afecto extraordinarios, cuidando de la educación de los hijastros y sobresaliendo su caridad con motivo de la epidemia de peste desatada en Génova donde se hallaba su marido. Margarita sostuvo la causa del Concilio de Constanza con el afán de poner fin al cisma de Occidente. Muerto su esposo en 1418, Margarita ejerció la regencia del marquesado hasta que el hijastro mayor llegó a la mayoría de edad, y entonces se retiró con algunas damas de su corte a un castillo en las cercanías de Alba. Rechazó las pretensiones matrimoniales del duque Felipe María Visconti de Milán, y decidió vivir una vida retirada y penitente como terciaria de Santo Domingo, formalizando la constitución de su grupo como una comunidad de la Tercera Orden de Santo Domingo, siguiendo las huellas de Santa Catalina de Siena, a la que tenía una especial devoción. Hizo cuanto pudo por convencer a su primo el antipapa Félix V (Amadeo VIII de Saboya) a deponer su actitud y volver a la unidad de la Iglesia. Por fin en 1445 el papa Eugenio IV transformaba su casa en un verdadero monasterio de clausura de la Orden dominicana. Brilló en él por sus muchas virtudes. Se cuenta que el Señor se la apareció y le ofreció tres lanzas —la enfermedad, la persecución y la calumnia— y la invitó a que eligiera: ella eligió las tres. Murió en su convento de Alba el 23 de noviembre de 1464, recibiendo en seguida culto que fue confirmado por el papa Clemente X el 9 de octubre de 1669.

SANTA CECILIA YU SO-SA
Mártir († 1839)

Cecilia ha subido a los altares acompañada de sus dos hijos mártires: San Pablo Chong Ha-sang (cf. su biografía el 22 de septiembre) y Santa Isabel Chong Chong-hye (29 de diciembre). Había nacido en Seúl en 1761 y había casado con el viudo Agustín Yak-jong, uno de los primeros cristianos de Corea. Con él se fue a la capital y aquí recibió el sacramento del bautismo de manos del P. Chu Mun-mo, misionero chino en Corea. Martirizado su esposo en 1801 y también Carlos Chong Chol-sang, hijo del primer matrimonio de su marido, y habiendo ella sido arrestada y luego dejada libre, se le habían confiscado todos sus bienes, por lo que se vio viuda y pobre y volvió al pueblo de la familia de su marido, Majae, con sus hijos. Aquí su cuñado, enemigo del cristianismo, la recibió fríamente, y fue un amigo de su difunto esposo el que tuvo compasión de ella y le ofreció una casa donde residir. La frialdad de antiguas amistades y de los parientes la rodeó. Conoció la muerte de la viuda del hijo de su marido martirizado, Carlos, del hijo de este matrimonio y de su propia hija mayor. En medio de su desgracia Cecilia conservó la fe y la paciencia, y vista la hostilidad de que era objeto, guardó una conducta prudente, no haciendo alarde alguno de cristianismo, pero transmitiendo la doctrina cristiana a sus hijos en el seno del hogar. Cuando, al llegar su hijo Pablo a los 20 años, ella le sugirió el matrimonio, él le dijo que quería dedicarse a continuar la obra evangelizadora de su padre mártir, y por ello terminó por irse a la capital, dejando a su madre y hermana en Majae. Ella temía los peligros por los que su hijo pasaba en su afán de pilotar un resurgimiento del cristianismo y aceptaba con mansedumbre que su hijo no pudiera proporcionarle ayuda alguna. Pero el obispo de Pekín recriminó a Pablo que no prestara ayuda a su madre, y entonces éste en 1827 se la llevó consigo a la capital junto con su hermana Isabel. Aquí la vida le resultó muy difícil, tanto que ella decidió volver a Majae, pero luego se le ofreció hacerse cargo de la atención a los misioneros que por fin llegaban y entonces volvió a la capital. Ya muy mayor, dejó de atenderlos, pero pudo oír cada día la misa y ayudar a los católicos más pobres. Empezó nuevamente la persecución en

1839 y se le dijo que lo mejor que podía hacer era irse, pero ella dijo que siempre había deseado el martirio y que no iba a perder la oportunidad. Ella y su hija se dedicaron a prepararse para el martirio. El 1 de junio, estando su hijo ausente, fue arrestada. Cuando se le preguntó si era verdad que ella era católica contestó que sí, y cuando se la intimó a abandonar su religión y a delatar a los demás cristianos dijo que no y que estaba dispuesta a la muerte por la conservación de su fe, y dijo además que desconocía la dirección de los otros cristianos. Fue interrogada cinco veces y cada interrogatorio estuvo acompañado de cincuenta golpes de caña de bambú, que la dejaron muy maltrecha. Llevada a la cárcel y dejada allí, murió en ella el 23 de noviembre de 1839.

Fue canonizada el 6 de mayo de 1984 en Seúl por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de canonización de 103 mártires de Corea que sufrieron martirio entre 1839 y 1846.

BEATA MARÍA CECILIA (MARÍA FELÍCITAS) CENDOYA Y ARAQUISTAIN

Virgen y mártir († 1936)

María Felícitas Cendoya y Araquistain nace el 10 de enero de 1910 en el caserío Oranda Aundi, junto a Azpeitia, Guipúzcoa, a donde se trasladaría con su familia cuatro años más tarde. Tenía tres hermanas y era la suya una familia muy religiosa. Recibió la primera comunión el 6 de mayo de 1921, al día siguiente de haber sido confirmada. A los 14 años se colocó en una fábrica de tejidos. Joven muy piadosa, visitaba cada día el sagrario como miembro de la Asociación de las Marías de los Sagrarios-Calvarios y ya para entonces manifestó a sus hermanas su vocación religiosa. Como tenía el genio un poco vivo, la madre, al saber que quería ser monja, le dijo que tenía que sujetar su genio, y así lo hizo ella desde aquel día. Orientada por su director espiritual ingresó en el Primer monasterio de la Visitación de Madrid el 9 de octubre de 1930 y, en el noviciado, tomó el nombre de hermana María Cecilia. Cuando la quema de iglesias en Madrid en mayo de 1931 se negó a volver a su casa y lo mismo dijo a sus padres cuando fueron a visitarla. El 27 de septiembre

de 1932 hizo los primeros votos y en la misma fecha, tres años más tarde, hizo la profesión solemne.

Sencilla, humilde, alegre, abnegada, era una religiosa fiel y fervorosa. Cuando en 1936 hubo de abandonar el convento se fue con las demás hermanas a vivir al piso de la calle González Longoria. En la noche del 19 de noviembre las siete religiosas fueron sacadas del piso y las llevaron a unos solares de la calle López de Hoyos frente a la terminación de Velázquez. Las mandaron bajar, y según iban bajando del coche las fueron matando. La hermana María Cecilia bajó del coche de la mano de otra hermana y al notar que su compañera caía muerta, sin saber lo que hacía, echó a correr y corrió sin parar mucho tiempo, no siendo seguida por nadie. Entonces la encontraron dos milicianos a los que ella les dijo que era monjita. La tranquilizaron y la llevaron a un cuartel. La dieron una taza de tila y la retuvieron allí toda la noche. La preguntaron si tenía familia para llevarla, pero ella respondió que no conocía a nadie. Un guardia le propuso llevarla a casa con su mujer, pero ella no quiso, y le dijeron que de todos modos allí no podía quedarse y al día siguiente la llevaron a la checa de la calle Hermosilla. Aquí varias compañeras de calabozo quisieron animarla. Ella agradeció las atenciones y alentó a sus compañeras a sufrir por Dios. Llevaba sobre la blusa un crucifijo y encima un jersey y tenía la mano siempre metida agarrando el crucifijo y rezaba continuamente. Cuando sus compañeras fueron reclamadas para que salieran, ella quiso ir con ellas, pero no le fue permitido. Le dijeron sus compañeras que no dijera que era religiosa, pero ella dijo que quería el martirio como sus hermanas. Allí quedó, recibió luego otras compañeras, pero éstas fueron sacadas en las primeras horas de la tarde del día 22 de noviembre. Fue trasladada a la cárcel de Porlier, y así quedó consignado en el registro de la prisión. En la madrugada del 23 de noviembre de 1936 fue sacada de la cárcel y llevada a las tapias del cementerio de Vallecas donde fue fusilada y sepultada en una fosa común. Fue beatificada el 10 de mayo de 1998 por el papa Juan Pablo II.

24 de noviembre

A) MARTIROLOGIO

1. La memoria de los Santos Mártires de Vietnam (Tonkín, Annam y Cochinchina), Andrés Dung Lac, presbítero, y compañeros, ocho obispos, presbíteros y fieles seglares de ambos sexos en número de ciento diecisiete: Clemente Ignacio Delgado Cebrián, Domingo Henares, Jerónimo Hermosilla, José María Díaz Sanjurjo, Melchor García Sampedro, Pedro Dumoulin-Borie, Valentín Berrio-Ochoa, obispos; Agustín Schoeffler, Bernardo Vu Van Due, Domingo Câm, Domingo Nguyen Van (Doan) Xuyen, Domingo Nguyen Van Hanh (Dieu), Domingo Trach, Domingo Tuoc, Manuel Nguyen Van Trieu, Francisco Gil de Frederich, Francisco Jaccard, Jacinto Castañeda, Santiago Do Mai Nam, Juan Carlos Cornay, Juan Dat, Juan Doan Trinh Hoan, Juan Luis Bonnard, Juan Teófanes Vénard, José Dang Dinh (Nien) Vien, José Do Quang Hien, José Fernández, José Marchand, José Nguyen Dinh Nghi, José Tuan, Isidoro Gagelin, Lorenzo Nguyen Van Huong, Lucas Vu Van Loan, Martín Ta Duc Thinh, Mateo Alonso de Leziniana, Pablo Le Bao Thin, Pablo Le Van Loc, Pablo Nguyen Ngan, Pablo Pham Khac Khoan, Pedro Almató Ribeira, Pedro Thuan, Pedro Nguyen Van Luu, Pedro Nguyen Van Tu, Pedro Truong Van Thi, Felipe Phan Van Minh, Tomás Dinh Viet Du, Tomás Khuong, Vicente Do Yen, Vicente Le Quang Lien, y Vicente Nguyen The Diem, todos ellos presbíteros; Andrés Nguyen Kim Thong (Nam Thuong), Antonio Nguyen Huu (Nam) Quynh, Domingo Bui Van Uy, Francisco Javier Can, Francisco Javier Ha Trong Mau, Juan Bautista Dinh Van Than, José Nguyen Dinh Upen, José Nguyen Duy Khang, José Nguyen Van Luu, Mateo Nguyen Van Phuong, Pablo Nguyen Van My, Pedro Doan Van Van, Pedro Nguyen Khac Tu, Pedro Nguyen Van Hieu, Pedro Truong Van Duong, Pedro Vu Van Truat, y Tomás Toan, todos ellos seglares catequistas; Inés Le Thi Thanh (De), Andrés Tuong, Andrés Trang Van Trong, Antonio Pedro Nguyen Dich, Agustín Nguyen Van Moi, Agustín Phan Viet Huy, Domingo Huyen, Domingo Mao, Domingo (Lorenzo) Ngon, Domingo Nguyen, Domingo Nhi, Domingo Nicolás Dinh Dat, Domingo Ninh, Domingo Pham Trong (An) Kham, Domingo Toai, Manuel Le Van Phung, Manuel Phung, Francisco Minh Chieu, Francisco Phan Van Trung, Juan Bautista Con, José Hoang Luong Canh, José Le Dang Thi, José Pham Trong Cai Ta, José Tuan, José Tuc, Lucas Pham Trong Cai Thin, Martín Tho, Mateo Le Van Gam, Miguel Ho Dinh Hy, Miguel Nguyen Huy My, Nicolás Bui Duc The, Pablo Hanh, Pablo Tong Viet Buong, Pedro Da, Pedro Dong, Pedro Dung, Pedro Thuan, Pedro Vo Dang Khoa, Simón Phan Dac Hoa, Esteban Nguyen Van Vinh, Tomás Nguyen Van De, Tomás Tran Van Thien, Vicente Duong y Vicente Tuong, todos ellos seglares († 1745-1862) **.

2. En Aquileya (Véneto), la conmemoración de San Crisógono († s. IV), mártir *.

3. En Amelia (Umbría), Santa Firmina († 303), mártir.
4. En Milán (Liguria), San Protasio († 356), obispo.
5. En Blaye (Aquitania), San Román († 385), presbítero.
6. En Cloyne (Irlanda), San Colmán († 604), obispo *.
7. En territorio de Auvergne (Aquitania), San Porciano († 532), abad.
8. En Córdoba, santas Flora y María († 851), vírgenes y mártires **.
9. En Reims (Francia), San Alberto de Lovaina († 1192), obispo de Lieja, mártir.
10. En el monasterio de Cava (Campania), Beato Bálsamo († 1232), abad.
11. En Dong-Hoi (Annam), santos Pedro Dumoulin-Borie, obispo, de la Sociedad de Misiones de París, Pedro Vo Dang Khoa y Vicente Nguyen The Diem, presbíteros († 1838), mártires *.
12. En Milán (Italia), Beata María Ana Sala († 1891), virgen, de la Congregación de Hermanas de Santa Marcelina **.
13. En Picadero de Paterna (Valencia), beatas Niceta de Santa Prudencia Plaja Xifra, Paula de Santa Anastasia Isla Alonso, Antonia de San Timoteo Gosens Sáez de Ibarra, Daría de Santa Sofía Campillo Paniagua, Erundina de Nuestra Señora del Carmen Colino Vega, María Consuelo del Santísimo Sacramento Cuñado González, Concepción de San Ignacio Odriozola Zabala, Feliciana de Nuestra Señora del Carmen Uribe Orbe, Concepción de Santa Magdalena Rodríguez Fernández, Justa de María Inmaculada Maiza Goicoechea, Clara de Nuestra Señora de la Esperanza Ezcurra Urrutia y Cándida de Nuestra Señora de los Ángeles Cayuso González († 1936), vírgenes, de la Congregación de Hermanas Carmelitas de la Caridad, mártires *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTOS MÁRTIRES DE VIETNAM
(† 1745-1862)

Indudablemente hay muchos detalles legendarios en las relaciones de los martirios de la primitiva Iglesia, según han llegado a nuestras manos. Al leer la multitud de tormentos y la brutal crueldad que en ellos se manifiesta, recibimos la impresión de que todo aquello es pura invención de los escritores medievales. Sin embargo, en los tiempos modernos y casi en nuestros días, comprobados con multitud de testimonios completamente seguros y verídicos, se han repetido innumerables excesos de crueldad en los mártires de Indochina, de mediados del siglo XIX.

De ello se deduce que los instintos de crueldad son ingénitos en la naturaleza humana, y en los momentos de apasionamiento salen al exterior en la forma más brutal y repugnante; recordemos, aún en nuestros días, los extremos de crueldad y barbarie cometidos por los comunistas con multitud de católicos. Indirectamente, esto prueba con toda suficiencia que no hay que rechazar tan fácilmente aquellas actas de mártires solamente por el motivo de lo inverosímil que resulta la multitud y la crueldad de los tormentos.

El día de hoy se celebra de un modo especial la conmemoración de los Beatos Jerónimo Hermosilla y sus dos compañeros mártires, pertenecientes a la Orden de Predicadores, sacrificados por Cristo en 1861 en la región del Tonkín. Pero, al mismo tiempo, se celebra la fiesta de otros mártires de Indochina que dieron su sangre por Cristo durante estos años de la más horrible persecución. Fueron beatificados en diversos momentos: en 1900 (64 personas por León XIII); en 1906 (8 personas por Pío X); en 1909 (20 personas por Pío XI), y otros veinticinco fueron elevados a los altares por Pío XII en 1951.

He aquí algunos datos más importantes de los principales entre ellos.

El Beato Jerónimo Hermosilla, insigne dominico y misionero español, era vicario apostólico en el oriente del Tonkín, y al estallar la persecución fue apresado por el mandarín Nguyen. Pero, habiendo logrado escapar de la prisión, continuó en secreto su actividad apostólica entre los naturales, hasta que, por la traición de un soldado, fue encarcelado de nuevo juntamente con otros dos misioneros dominicos, los Beatos Valentín Berrio-Ochoa, vicario general del Tonkín central, y Pedro Almató. Berrio-Ochoa era vasco de nacimiento y de noble familia; pero, habiendo ésta venido a menos, se dedicó algún tiempo al oficio de carpintero-ebanista hasta que ingresó en el seminario y luego en la Orden de Santo Domingo. En 1856 vio al fin realizadas sus ansias de ir a la Indochina, donde, nombrado bien pronto vicario general, llevaba una vida oculta en medio de los mayores peligros a causa de la persecución, cuando fue descubierto por un apóstata.

El padre Almató era catalán, y desde hacía seis años realizaba una ímproba labor en la misión dominicana del Tonkín, a

pesar del deplorable estado de su salud. El padre Hermosilla intentó pasar a la China juntamente con el padre Almató; pero era ya tarde.

Apresados, pues, los tres insignes misioneros de la Orden dominicana, dieron generosamente su sangre por Cristo, siendo decapitados. Es interesante, a este propósito, el plan que, según consta por muchos documentos fidedignos, seguían aquellos sanguinarios enemigos del cristianismo. Como se dice en una de sus proclamas:

> «Todos los cristianos deben ser concentrados en las poblaciones no cristianas, las mujeres separadas de sus esposos y los niños de sus padres. Los pueblos cristianos deben ser destruidos, y sus propiedades distribuidas entre otros. Todo cristiano debe ser marcado en su frente con la expresión *falsa religión*».

Entre los más insignes mártires de esta persecución, debe ser considerado el Beato Teófanes Vénard, de origen francés, quien ya en su juventud había soñado con el martirio, que al fin sufrió en Tonkín a los treinta y un años de edad, víctima, él y sus compañeros, de las más horribles crueldades, tan típicas de esta persecución. Ordenado subdiácono en 1850, entró en el colegio de las Misiones Extranjeras de París, y poco después escribía a una hermana suya estas conmovedoras palabras:

> «Conocía perfectamente el dolor que mi decisión causaría a toda mi familia y particularmente a ti, mi querida pequeña. ¿Pero no pensáis que también a mí me ha costado lágrimas de sangre el dar este paso y el causaros esta pena? ¿Quién ha tenido más cariño que yo a la casa paterna y a la vida familiar? Toda mi felicidad aquí abajo estaba concentrada en ella. Pero Dios, que nos ha unido a todos con los lazos del más tierno afecto, ha querido separarme para sí».

Su salud delicadísima retrasó su ordenación sacerdotal; pero, apenas realizada ésta en 1852, partió Teófanes para Hong-Kong, y después de dedicarse quince meses al aprendizaje de la lengua, pasó en 1854 al Tonkín. Más de cinco años trabajó con un celo incansable, luchando a la vez con su mala salud y con los horrores de la más implacable persecución. Hasta qué punto llegó la crueldad de los perseguidores, se expresa en estas palabras que escribía él mismo:

> «Se ha dado la orden de aprisionar a todos los cristianos y de martirizarlos por el sistema denominado *lang-tri,* consistente en una tortura lenta, cortándoles primero los pies hasta los tobillos; luego hasta las rodillas; luego los dedos, luego hasta los antebrazos y siguiendo de este modo hasta que no les quede más que un tronco enteramente mutilado».

Son interesantes los datos que comunica sobre los sufrimientos a que se veían sometidos y la situación desesperada en que se encontraban, todo lo cual es la más elocuente prueba del elevado espíritu que a todos les animaba.

> «Tres misioneros, dice, entre los cuales hay un obispo, yacen ya uno al lado de otro, día y noche, en un espacio de una vara y media cuadrada. No tenemos más luz ni más aire para respirar que tres agujeros del grosor de un dedo, practicados en la pared, que nuestra anciana sirvienta se ve obligada a ocultar por medio de unos manojos de leña tirados por fuera».

En noviembre de 1860 fue apresado y metido durante dos meses en una caja, semejante al calabozo descrito anteriormente. Pero él se industrió para escribir desde allí: «Estos días los he pasado tranquilamente. Todos los que me rodean son respetuosos conmigo y me quieren... No he sido sometido a tortura, como mis hermanos». Sin embargo, debido a la brutalidad del verdugo, al ser decapitado se cometió con él un espectáculo horripilante, después de lo cual, según lo describe uno de los testigos, «una gran turba de gente se abalanzó sobre el cadáver con el fin de empapar lienzos de lino y pañuelos de papel en la sangre del mártir». Esto sucedió el 2 de febrero de 1861.

En 1851 y 1852 fueron decapitados otros dos misioneros de las Misiones Extranjeras de París, los Beatos Augusto Schöffler y Juan Luis Bonnard. Schöffler, al estallar la persecución el año 1851, fue apresado y tuvo que sufrir horriblemente en la cárcel, con el gran marco de madera que le agarrotaba el cuello y los pesados grillos que apresaban sus miembros, además de la suciedad y de la compañía que lo rodeaba.

Entre los demás mártires de esta horrible persecución, citemos al Beato Esteban Teodoro Guénot, quien por su dignidad de obispo y sus relevantes méritos merece ser destacado de un modo especial.

Ingresado en el seminario de Misiones Extranjeras de París, llegó en 1829 a Annam. Dedicado de lleno al trabajo misionero, al estallar en este territorio la persecución en 1833, se refugió en Siam junto con algunos seminaristas indígenas; pero, no obstante todas las contrariedades que se sucedieron, se acreditó de tal modo por su intrepidez y abrasado celo, que en 1835 fue consagrado obispo auxiliar de monseñor Taberd. Entretanto continuaba la persecución devastando las cristiandades del Annam; sin embargo, monseñor Guénot se arriesgó a entrar en aquel territorio, procurando desde sus escondrijos sostener a los cristianos indígenas e instruir y alentar a los catequistas.

Quince años duró este trabajo agotador de monseñor Guénot, con el cual logró organizar tres vicariatos apostólicos separados en la Cochinchina, cada uno de los cuales servido por unos veinte sacerdotes, siendo así que al llegar no había más que una docena para todo el territorio. A los veinticinco años de episcopado, durante los cuales no había cesado la persecución, se desencadenó una nueva racha de fanatismo en la provincia de Binh-Dinh, que hasta entonces había gozado de una relativa paz.

En estas circunstancias, el obispo Guénot se ocultó en la casa de un cristiano, donde tuvo que sufrir horriblemente, hasta que, exhausto de fuerzas, fue apresado por los emisarios del mandarín. Arrojado en un estrecho calabozo, donde apenas podía respirar, fue conducido luego al lugar principal del distrito, donde al poco tiempo murió en la cárcel por efecto de tantos sufrimientos. Su muerte ocurrió el 14 de noviembre de 1862. Dos años antes habían sufrido el martirio otros dos obispos.

Los veinticinco mártires del Tonkín, beatificados en 1951 por el papa Pío XII, sufrieron el martirio entre 1857 y 1862 durante la persecución de Yu-Duk. A su cabeza van los obispos españoles Beatos José Sanjurjo y Melchor Sampedro. Poco antes de morir por Cristo, escribía el primero:

> «Estoy sin casa, sin libros, sin ropa. No tengo nada. Pero estoy tranquilo y soy feliz por verme digno de parecerme un poco a Nuestro Señor, que dijo que el Hijo del hombre no tenía dónde reclinar su cabeza».

Los demás martirizados eran indígenas indochinos, y excepto cuatro, todos eran laicos.

El ejemplo de tan heroicos mártires, tan próximos a nosotros, es particularmente apto para alentar a los cristianos de nuestros días en medio de los combates que nos exija el cumplimiento de nuestros deberes profesionales y religiosos.

Los mártires de Vietnam han sido canonizados en número de 117 por el Santo Padre Juan Pablo II en solemne ceremonia en la Plaza de San Pedro del Vaticano el 19 de junio de 1988, y posteriormente su memoria ha sido incorporada al misal romano y a la liturgia de las horas de este día 24 de noviembre, encabezando la lista de mártires San Andrés Dung Lac, presbítero, con los santos Tomás Tran Van Thien y Manuel Le Van Phung, laicos; los santos Jerónimo Hermosilla y Valentín Berrio-Ochoa, obispos; y Teófanes Vénard, presbítero.

BERNARDINO LLORCA, SI

Bibliografía

Anales de la Propagación de la Fe (1852-1853 y 1862), sobre los padres Schöffler, Bonnard y Guénot, respectivamente.

BIANCONI, A. M., *Vita e martirio dei beati domenicani... decapitati per la fede cattolica nel Tonchino* (Florencia 1906).

CLEMENTI, G., *Gli otto martiri tonchinesi dell'Ordine di s. Domenico, solennemente beatificati da Pio papa X nell'anno 1906* (Roma 1906).

TROCHU, F., *Biografía completa del P. J. T. Vénard* (1929).

VÉNARD, E., *Vie et correspondance de J.-Théophane Vénard, prêtre de la Société des Missions Étrangères, décapité pour la foi au Tong-King, le 2 février 1861* (París 1864).

• Actualización:

BLOOMFIELD, B., *Martyrs of Vietnam* (Londres 1995).

OURY, G.-M., *Le Vietnam des martyrs et des saints* (París 1988).

PUEBLA PEDROSA, C. (dir.), *Testigos de la fe en oriente. Mártires dominicos de Japón, China y Vietnam* (Madrid 1987).

SANTAS FLORA Y MARÍA

Vírgenes y mártires († 851)

Así comienza el nunca bien elogiado San Eulogio de Córdoba la narración de la vida y martirio de las santas Flora y María, martirizadas en Córdoba el 24 de noviembre del año 851, luego de que otros confesores de la fe ya hubiesen regado con su sangre el suelo cordobés:

«Redundando en alabanza de Cristo el culto que se tributa a los mártires, resulta también para los fieles en remedio de sus almas todo cuanto se hace religiosamente en las fiestas de los bienaventurados, principalmente cuando por ello y por su patrocinio se adquiere el premio de los mártires y del supremo Redentor, en cuyo honor se recuerda el valor de los santos».

El año 851 había conocido la espontánea manifestación de fe terminada en martirio de los santos Isaac, monje; Sancho, seglar; Pedro, presbítero; Walabonso, diácono; Sabiniano, monje; Wistremundo, monje; Habencio, monje; Jeremías, monje; Sisenando, diácono; Pablo, diácono, y Teodomiro, monje. Estas confesiones espontáneas de fe enseguida tuvieron la contestación dentro y fuera del ámbito cristiano. No querían estas confesiones las autoridades cordobesas, que no veían otra respuesta legal posible que la muerte de los que blasfemaban del Islam, y no las quería un sector de la comunidad cristiana, que entendía la ponían en peligro a toda ella, y rompía un status quo en el que había sido posible vivir hasta entonces. Eulogio había salido abiertamente a favor de los mártires y de la legitimidad de su confesión, y por ello había ido a parar a la cárcel, donde encontró a las detenidas Flora y María.

FLORA es presentada por Eulogio como una virgen cristiana llena de gracia y hermosura, que había nacido en el seno de un matrimonio mixto. Su madre era cristiana y natural del lugar llamado Ausinianos, identificado con la población actual de Villa Rubia, y su padre era musulmán natural de Sevilla. Este matrimonio había sido desterrado a Córdoba, que no era por tanto el lugar donde dicho matrimonio se había constituido. La última de sus hijos era Flora. ¿Dónde nació Flora? San Eulogio no dice que Flora naciera en Córdoba, y no tienen por qué entenderse así sus palabras. Nada impide que hubiera nacido en Sevilla antes del destierro de su padre. Podría ser, pues, cordobesa o sevillana, y de todos modos evidentemente de origen sevillano, y ello justifica que la celebre en su *Propio de los santos* la archidiócesis hispalense. Falleció su padre, y Flora quedó bajo la tutela de su madre, la cual aprovechó la situación para educar a la hija en la fe cristiana. Esto no era legal. Los hijos de los matrimonios mixtos tenían que ser musulmanes. Para la ley, un hijo de matrimonio mixto que fuera

cristiano era un apóstata y merecía el castigo aplicable al crimen de apostasía.

Flora se mostró desde niña muy receptiva de la educación cristiana que le daba su madre, y concibió siendo muy joven la voluntad de consagrarse a Jesucristo, viviendo una vida de castidad y penitencia, y dando su comida a los pobres, para estar en todo tiempo espiritualmente entroncada con Cristo. Cuando San Eulogio, sucedido el martirio de Flora, fue a pedirle a la madre noticias de la infancia y adolescencia de la mártir, la madre de Flora le dio este testimonio:

> «En verdad te digo que mi hija, guardando en su pecho el amor a Cristo desde sus más tiernos años, despreció totalmente el cuidado y los placeres del mundo, y siempre procuró estar atenta en su corazón a las cosas que son de Dios y no dejó de cumplir siempre las buenas obras. Siendo niña, cuando yo en los días de Cuaresma tenía en cuenta su poca edad y le proporcionaba a la hora competente la comida necesaria para robustecer su frágil cuerpo, ella, teniendo puesta la confianza en el poder del Señor, daba su comida a los pobres y llevaba en secreto un bienaventurado ayuno. Actuando así cada día, se pasó la mayor parte del tiempo de la abstinencia, y apenas se supo por algunos indicios la secreta devoción de la chiquita. Y siendo ella tenaz en la guarda de estos deseos, para que no enfermase aquel debilísimo cuerpo ni se demacrase con la excesiva abstinencia, intenté convencerla de que comiera cada día. Pero no pude convencerla de que comiera sino por la tarde, y así la elegida esposa de Cristo con voluntad permanente pudo realizar su voto».

Vivía, pues, retirada y austera, consagrado su corazón al Señor, pero con una grave dificultad religiosa: no podía asistir al culto cristiano, porque tenía un hermano musulmán que se había olido que esta hermana era cristiana y la vigilaba estrechamente. La conciencia de Flora no estaba tranquila. Ella se preguntaba: ¿Está permitido ser un cristiano clandestino sin practicar públicamente la fe? Dice San Eulogio que ella consultó con personas prudentes y que le respondieron con el texto de Rom 10,10: «Con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para la salvación». Y el conocido texto de Mt 10,32-33 en el que dice Jesús que él negará a los que le negaren y confesará ante su Padre a los que le confiesen. Entonces tomó una resolución, que compartió con una hermana suya, y que fue la de huir de su casa. Salió secretamente de casa con su

hermana y se fue a vivir con cristianos en un sitio secreto, donde podía vivir como cristiana interna y externamente.

Pero no bien supo su hermano su huida, decidió buscarla intensamente, denunció a los clérigos que él creía responsables del suceso y logró fueran metidos en la cárcel, y se atrevió a instar a que fueran registrados los conventos de monjas por si estaba en alguno de ellos su hermana. Supo ésta lo que estaba padeciendo la comunidad cristiana por su causa y decidió poner fin a su retiro y volver de manera clara y descubierta a su casa, decidida a no ocultar más su condición de cristiana y a profesar en público la fe, le costara lo que le costara. Y al llegar a su casa dijo estas memorables palabras:

> «Yo, la que buscáis, me presento aquí en medio de vosotros, pues por mi causa estáis persiguiendo a los cristianos. Vengo llena de valor, como creyente en Cristo y seguidora de la religión católica, trayendo los estigmas de la cruz, y adherida a todo lo que constituye la verdadera piedad. Vosotros ahora, si es que podéis, arrancadme de esta fe; intentad vencerla con los más crueles tormentos, y pretended separarme de Cristo, lo que no sucederá jamás. Pues por su amor estoy dispuesta a soportar con todo gusto cuantos suplicios un juez cruel quiera aplicarme. Estoy segura de que comprobaréis que en medio de los tormentos confesaré a Jesucristo con mayor fuerza de lo que lo hago ahora».

Cuando su hermano oyó estas palabras y se convenció de que era verdad que su hermana era cristiana, se lanzó a la tarea de arrancarle la fe cristiana del corazón, empleando halagos y amenazas. Ella se mostró irreductible, y entonces su hermano decidió tomarla y llevarla ante el cadí, al que la acusó de haber practicado hasta entonces el islamismo y haberlo ahora abandonado para hacerse cristiana. Flora negó haber sido musulmana nunca. Le dijo al cadí que ella era cristiana desde pequeña, lo que nos lleva a pensar que su padre murió cuando ella aún no tenía uso de razón, y que por tanto ella no había abandonado el Islam: sencillamente no lo había practicado nunca. Pero esto ante la ley no le valía. Ella, como hija de musulmán, tenía que ser musulmana, y si desde niña no lo había sido, la solución no estaba en respetar su religión sino en que ahora se hiciera musulmana. Al decir que nunca había sido musulmana, Flora defendía a la comunidad cristiana, pues el juez podría ordenar se

investigara quién la había atraído al cristianismo. Flora añadió al juez que ella se había consagrado a Cristo con el voto de castidad. Se llenó de cólera el juez al oírla y mandó le extendiesen los brazos, como hicieron los satélites, y la golpeasen en la cabeza, lo que hicieron en la nuca hasta que apareció el hueso. Quedó la santa virgen medio muerta y así fue llevada a su casa, teniendo orden su hermano de convertirla al Islam o llevarla de nuevo ante el juez.

Devuelta a su casa, el hermano mandó la curaran y la puso bajo el cuidado de las mujeres de la casa. Mejoró Flora y en cuanto se vio capaz de valerse por sí misma ideó la forma de escaparse. Como la casa estaba rodeada de altas tapias, no temió su hermano que ella pudiera hacerlo. Pero encontró la forma de realizarlo subiendo a un chamizo del corral, desde allí a la tapia y desde la tapia al suelo de la plaza. Dice San Eulogio que la acompañó su ángel en la oscuridad hasta la casa de un cristiano que la acogió. Luego fue a esconderse con su hermana Baldegotona a un pueblo llamado Osaria, que hoy identifican con Torredonjimeno, cerca de Martos. Aquí estaría hasta que llegara la hora del martirio. San Eulogio tuvo la oportunidad de comprobar con sus manos las cicatrices del tormento y la falta de cabellera en aquel lugar de la cabeza. Pero para ir al martirio quedaba el providencial episodio de su encuentro con la que iba a ser su compañera de testimonio: Santa María.

MARÍA era una monja cristiana, hija de un cristiano de Elepla, ciudad a la que se identifica generalmente con Niebla, y de una mujer de raza árabe. Era el padre de clase acomodada, y al casarse con una musulmana, logró atraer al cristianismo a su mujer y por ello los dos hijos que nacieron del matrimonio, primero María y luego Walabonso, fueron educados en la religión cristiana. No pudiendo el matrimonio vivir en su propio lugar, cambió frecuentemente de residencia, hasta que, llevado por la providencia divina, vino a Froniano, un pueblo en la montaña de Córdoba, diez millas de la misma hacia el poniente. Aquí el matrimonio y sus hijos vivieron como pudieron y aquí tuvo lugar el óbito de la madre. El padre entregó a su hijo para que lo educara a un sacerdote llamado Salvador, del que dice San Eulogio que era de buena memoria, el cual gobernaba entonces el

Monasterio de San Félix, edificado allí mismo. Y la hija la consagró a Dios en el monasterio de Cuteclara, dedicado a la Virgen María, y que estaba gobernado por Artemia, mujer de suma santidad, madre de los santos Adolfo y Juan e igualmente de Santa Áurea. Artemia guió a María por la senda de la consagración a Dios y la vida religiosa. Murió el sacerdote Salvador y entonces el padre volvió a llevarse consigo a Walabonso, el cual eligió la carrera eclesiástica y llegó al diaconado. María y Walabonso se amaban tiernamente, compartiendo los dos sus sentimientos cristianos.

Pero el 6 de junio de 851 Walabonso con otros cinco confesores de la fe compareció ante el cadí y dio testimonio de la divinidad de Cristo, lo que le costó la vida, consumando su carrera con el martirio. María sintió muchísimo la ausencia de su querido hermano, llorando inconsolable y sin cesar su muerte. Una religiosa del mismo monasterio tuvo en sueños la aparición de Walabonso, el cual le encargó dijera a su hermana que dejase de llorar por él porque muy pronto ella iría a unirse con él. María, cuando supo esto, cambió sus sentimientos de pena por la muerte de su hermano en vehementes deseos de padecer ella misma el martirio.

Y se produjo el encuentro, propiciado por la Providencia, entre María y Flora que les llevó a concurrir juntas al martirio. Flora se había decidido a salir de su lugar de retiro y bajar a Córdoba cuando, estando en oración, sintió que Cristo el Señor le decía: «De nuevo vengo para ser crucificado». Entendió que era llegada la hora de su propio sacrificio y se dispuso a ir animosamente a su encuentro. Llegada a Córdoba entró en la iglesia de San Acisclo y allí enfervorizó su alma en la oración. Y en esto sucedió que María entró en la misma iglesia. Pues ella, deseosa igualmente del martirio, iba al encuentro del sacrificio cuando encontró la iglesia de San Acisclo y a fin de orar entró en ella. Al verse allí dentro las dos vírgenes, se saludan, se dan el beso de la paz y entran en conversación, sintiéndose ambas alentadas a sincerarse la una con la otra, contándose sus intentos y propósitos. Cuando comprobaron que las animaba a las dos un mismo deseo y un mismo espíritu y que su encuentro no podía sino ser providencial y que era Dios mismo quien las ha-

bía reunido, se juran ambas una amistad indisoluble y no separarse por ninguna causa hasta que se reunieran las dos en la patria celestial. Y toman la decisión de acudir las dos juntas y sin más dilación al cadí y confesar ante él a Jesucristo como Dios verdadero.

Fue dicho y hecho. Flora, naturalmente por haber sido llevada anteriormente al juez, sabía dónde se encontraba la sede del cadí, y guió por ello a su compañera hasta que ambas estuvieron a petición propia en presencia de la autoridad. Fue Flora la que primero habló y dijo:

> «Yo soy aquella que por haber nacido de padre musulmán y haberme sin embargo adherido a Cristo, fui castigada hace un tiempo por vosotros con duros azotes. Por lo débil que quedé, he tenido desde entonces que andar fugitiva y oculta. Pero ahora, confortada con la fuerza de Dios, y sin temer presentarme en vuestro tribunal, con la misma constancia que entonces confieso a Cristo como Dios verdadero y afirmo que vuestro malvado profeta es falso, adúltero, mago y maléfico».

Éste fue el testimonio dado por Flora, quien apenas calló fue sustituida en la palabra por María que, dirigiéndose a la autoridad, dijo:

> «Y yo, juez, que soy hermana de uno de los magníficos confesores que hace poco murieron por haber denostado a vuestro profeta, con similar audacia afirmo que Cristo es Dios verdadero y atestiguo que vuestra religión, con sus leyes y ceremonias, es obra del demonio».

El cadí Said-ben-Soleimán reaccionó lleno de ira a la confesión de las dos vírgenes cristianas. A grandes voces descalificó su acción y las llenó de amenazas, mandando finalmente que ambas fueran llevadas a la cárcel y mezcladas con las prostitutas.

Cuando ambas vírgenes se vieron aherrojadas en el oscuro calabozo se dieron cuenta de que había empezado para ellas el deseado martirio y, para hacerse dignas de consumarlo santamente, se dedicaron a la oración y el ayuno y emplearon su tiempo en la meditación de los himnos cristianos. Al principio las dos vírgenes perseveraban firmes en la confesión de la fe cristiana dispuestas a llegar hasta la muerte. Pero había sonado la hora de la tentación que pondría a prueba el alma de las dos.

San Eulogio pasa como sobre ascuas sobre este episodio pero no deja de señalarlo varias veces. Y es que algunas personas, innominadas en el texto del santo cordobés, se acercaron hasta las dos cautivas y les empezaron a dar razones para que se desdijeran de su confesión y consiguieran así la libertad perdida y no se vieran abocadas ni a la cárcel ni a la muerte. ¿Quiénes fueron estos tentadores? Ha tendido un tupido velo sobre ellos San Eulogio, solamente ha subrayado que estuvieron a punto de conseguir su propósito, pues debilitados los cuerpos por la detención en lóbrega cárcel, empezaron las dos a repensar su confesión y sintieron la debilidad de la carne.

La misericordia de Dios, que no permite que nadie sea tentado más allá de su capacidad de resistencia (1 Cor 10,13) y que sabe cómo sacar a los fieles de la tentación (1 Pe 2,9), dispuso que por entonces estuviera también en la cárcel San Eulogio, y que fuera consciente del peligro en que ambas vírgenes estaban. Y entonces, a finales de octubre del 851, escribió para ellas el «documento martirial». Sacado el santo del oscuro calabozo común a otro lugar dentro de la misma cárcel, donde tenía mayor libertad y podía con facilidad visitar a los demás presos, no dejó de prestar su auxilio espiritual a las dos mártires, animándolas con santas consideraciones. Por los temas tratados en este «documento martirial» podemos adivinar las consideraciones que se les habían hecho a las dos santas para que desistieran de su confesión. Y así les hace ver que no quedaría manchada el alma de quien padeciera contra su voluntad la violación de su cuerpo, e igualmente les hace considerar que ninguna mentira puede justificarse ni aun por la salvación de la propia vida, y que la defensa de la Iglesia debe dejarse en las manos de Dios y que la muerte por Cristo, aunque es una gran renuncia, pero es también la puerta de la patria celeste. Les pide que se animen con el ejemplo de las santas mujeres de la Biblia, que no se dejen seducir por los halagos del mundo, que no se asusten de las incomodidades de la cárcel, que no se turben de tener que convivir con personas deshonestas, pues también el Señor Jesús fue colocado entre malhechores, que no teman las amenazas del juez porque no les pasará nada que Dios no permita, y que no teman a los posibles tormentos corporales porque, como dijo el Señor,

no hay que temer a los que matan el cuerpo pero no pueden matar el alma (Mt 10,28). Las exhorta a meditar en la Pasión del Señor y así no darán importancia a los tormentos temporales, que son ásperos y amargos pero pasan pronto, y purifican como el oro se purifica en el crisol, y las exhorta finalmente a recordar las exhortaciones de la Escritura y a insistir en la oración. Sería un suicidio espiritual, les dice, renegar ahora de la fe. Desvanece también el santo la objeción de quienes decían que por culpa de las confesiones espontáneas era perseguida la Iglesia y se había acabado el culto cristiano alegando que lo importante es el espíritu contrito y humillado (Sal 50) y que los que confían en Dios no serán confundidos (Dan 3,38). Y que son los cristianos relajados los que se hallan contentos bajo el yugo de los infieles. Y les dice:

> «Por tanto, hermanas mías, hay que ser firmes para que la batalla empezada la concluyáis con el auxilio divino en la paz de vuestras almas, y nosotros podamos gozar de una más válida intercesión vuestra desde el cielo. Porque si ahora el Señor no deja de escucharnos piadosos, cuánto más prontamente dará lo que le pidáis cuando estéis a su lado. Porque allí la virginidad inmaculada sigue con libres pasos al Señor, y la castidad limpia no se aparta de la unión con el Redentor, y vestida con la púrpura de la sangre lo acompaña a todas partes llevando su corona».

Dedicó párrafos especiales a cada una de las dos mártires y concluyó pidiéndoles intercedieran por él. Finalmente compuso una oración fervorosa para que la rezasen ambas vírgenes pidiéndole al Señor fortaleza y perseverancia y encomendando a toda la santa Iglesia.

El «documento martirial» obtuvo su objetivo, pues como el propio San Eulogio dirá en carta a su amigo Álvaro,

> «No en vano yo las fortalecí y las animé en su propósito cuando estaban a punto de caer; yo les ofrecí el Documento Martirial. Y aunque su vocación y santificación procedan del Padre desde el comienzo del mundo, pero la buena voluntad que yo puse en instruirla también recibirá su merced del Señor, pues ha prometido recompensar hasta un vaso de agua que se dé en su nombre».

Unos diez días antes del martirio, el juez llamó a Flora a su presencia a petición de su hermano, y ella volvió a repetir su confesión. Al saber que había sido llamada, San Eulogio acudió

luego a visitarla, y le preguntó por su entrevista con el juez. San Eulogio cuenta en su carta a Álvaro lo que Flora le había respondido:

> «Tenía ella el aspecto de un ángel, brillaba con la gracia de una claridad sobrenatural, con rostro alegre, con palabras pudorosas, y como si estuviera ya gozando de las alegrías del cielo, con una sonrisa me dijo: Cuando hoy, maestro mío, me llevaron ante el juez, estando enfrente y no muy lejos mi hermano, gran enemigo de nuestra fe, por cuya persecución vine a parar en esta cárcel, se me preguntó si lo conocía. Y yo dije que sí, que era mi hermano carnal. Y entonces el juez me dijo: ¿Cómo es que él es musulmán fervoroso y tú en cambio confiesas a Cristo? Respondí: Antes de los ocho años, oh juez, sometida a las tinieblas de la ignorancia hube de someterme a los mandatos paternos y estaba bajo el error gentil. Pero cuando me iluminó el autor de la piedad, elegí la fe de los cristianos, por la cual estoy dispuesta a luchar hasta la muerte. El juez le dijo: ¿Y cuál es hoy tu disposición respecto a aquello que hace un tiempo dijiste en mi presencia? Contesté —dije— entonces a tus preguntas detestando a tu profeta y llamándolo sin temor autor de una secta perversa. Y cuando salí de mi escondite, volviendo al martirio, me eché a la calle y busqué al juez. Pues ahora, oh juez, repito lo que inicialmente me oíste, y si vuelves a preguntarme, abundaré en lo que sobre tu profeta te dije. El cadí, lleno de rabia, me amenazó de muerte y me mandó volver a la cárcel».

Se inclinó ante ella San Eulogio, con el corazón confortado de oír estas palabras. Ambas fueron interrogadas por tres veces, y como perseveraban en la fe cristiana, fueron condenadas a muerte. Sacadas de la cárcel y conducidas al lugar del suplicio, en la fecha señalada, fueron ambas decapitadas, primero Flora y después María, luego de que las dos mártires se santiguaran. Sus cuerpos quedaron un día en el lugar de la ejecución, como para pasto de los perros y las fieras, y al día siguiente fueron echados al Guadalquivir. El cuerpo de Santa María apareció luego y fue enterrado en su monasterio de Cuteclara. Ambas cabezas vinieron a poder de los cristianos que las conservaron en la basílica de San Acisclo. Cinco días más tarde de su martirio, San Eulogio salió libre de la cárcel, cumpliéndose así la gracia que las mártires le habían prometido alcanzarle del Señor. Cuenta San Eulogio que cuando le comunicaron haberse consumado el martirio de las dos vírgenes de Cristo, todos se fueron a empuñar las armas de la oración y cantaron la hora de nona dando

gracias a Dios. Luego, entre transportes de alegría, ofició el santo las vísperas, los maitines y el sacrificio de la misa en honor y gloria de las dos Vírgenes, encomendándose a su patrocinio.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

COLBERT, E., *The martyrs of Cordoba* (Washington 1962).
EULOGIO DE CÓRDOBA (SAN), *Obras completas*. Ed. bilingüe (Córdoba 1959).
REPETTO BETES, J. L., *Andalucía, tierra de santos* (Jerez 1982).

BEATA MARÍA ANA SALA

Virgen († 1891)

Labor y mérito de numerosas Congregaciones católicas, y camino de santificación para educadoras, de lleno entregadas al carisma de su Instituto, ha sido la dedicación a la instrucción y formación de niñas y adolescentes, para que, en la familia y en la sociedad, pudieran desempeñar su misión cristiana de mujeres y de madres. La influencia de estas santas educadoras en la juventud ha sido enorme. La misma escuela fue semillero de vocaciones para la vida religiosa de muchas educandas, algunas de las cuales llegaron a la cima de la santidad ejerciendo la docencia en el seno de la comunidad religiosa en que habían crecido en la fe y habían dado el sí a Dios que las llamaba a consagrarse enteramente a él, entregándose también a la caridad auténtica hacia el prójimo.

Tal es el caso de la beata cuyo nacimiento para el cielo hoy celebramos. Educadora vocacional, encantadora por su afabilidad y amor a sus alumnas, religiosa enamorada de su misión apostólica, mujer trabajadora y humilde en su actividad incansable, encontró la vía de la santidad en una Congregación que daba sus primeros pasos en la antigua y preclara Iglesia de Milán.

María Ana Sala nació el 21 de abril de 1829 en Brivio (Lecco), en el término de la célebre archidiócesis de San Ambrosio. El mismo día recibió las aguas de la regeneración que la hicieron hija de Dios y la incorporaron a la Iglesia. Sus padres, de arraigadas convicciones cristianas, ejemplares en su conducta y

de holgada posición económica, educaron cristianamente a sus ocho hijos, entre los cuales María Ana era la cuarta.

Por su despierta inteligencia y su disposición a los estudios, a los once años, en 1840, entró en el colegio de las religiosas llamadas «Marcelinas», en el pueblo de Vimercate.

Este Instituto había sido fundado dos años antes por el siervo de Dios don Luigi Biraghi (1801-1879), sacerdote, de vasta cultura, especialmente puesto al día en los métodos pedagógicos modernos. Este celoso presbítero, para proveer a las necesidades de la educación católica de las muchachas, tras la supresión de numerosas congregaciones religiosas femeninas, por los gobiernos anticlericales de la época, reunió un grupo de mujeres para suplir esta deficiencia. Estas educadoras fueron llamadas, en principio, *Ursulinas de Santa Marcelina,* porque su misión coincidía con la de las ursulinas y por ser Santa Marcelina la virgen romana que educó a sus dos hermanos, San Ambrosio y San Sátiro. El objetivo de don Biraghi era el de ofrecer a la sociedad culta y activa de su tiempo, perturbado por un torbellino de ideologías, una formación de la mujer, basada en una fe firme y cimentada en una cultura adecuada, juntamente con una piedad alimentada por conocimientos teológicos seguros. La fundación de las marcelinas tuvo lugar el 1838 en el colegio de Cernusco. El fundador dedicó la nueva congregación a escuelas y convictorios, a la enseñanza del catecismo en las parroquias, a los oratorios festivos, y también a la asistencia de enfermos en los hospitales.

En 1841 el nuevo Instituto inauguró el colegio de Vimercate, en el que entraría, al año siguiente, María Ana como educanda interna. Como estudiante, destacó en la piedad y en el estudio, por su carácter amable, por su fuerza de voluntad y espíritu de sacrificio. El 16 de noviembre de 1846 obtuvo el diploma de maestra de primer grado. Regresó luego a su hogar, a su amada familia, en la que volvió a ser la alegría de la casa y el consuelo de todos, especialmente en el trance difícil del desplome económico del padre. Tal circunstancia no alteró la rectitud de las convicciones cristianas de los Sala. Con abnegación María Ana cuidó entonces a su madre enferma, se ocupó material y espiritualmente de sus hermanos, procuró darles una buena educa-

ción cristiana. Fuera del hogar, la joven llevaba a cabo su apostolado entre los muchachos de la parroquia; atendía también a los que sufrían y a los necesitados.

Pronto se despertó en ella la vocación de ser testigo de Cristo en la escuela, consagrándose enteramente a Dios. En su misma casa, vivía entonces ya como religiosa haciendo las veces de su madre en el hogar. Se dedicaba intensamente a la oración y, como hemos dicho, a obras de caridad y apostolado.

Tras vencer la resistencia del padre, que la quería retener en casa, María Ana, a los 20 años, entró como postulante de las marcelinas en el colegio de Vimercate, donde se había educado. Era el 23 de febrero de 1848. El nuevo Instituto avanzaba con paso firme y empezaba a dar sus frutos en la comunidad católica y en la sociedad. El carácter y la predisposición de la joven maestra se adaptaba plenamente a la finalidad y al estilo de vida de la congregación. El 12 de abril del año siguiente vistió el hábito religioso y comenzó su noviciado. Emitió sus votos perpetuos, también en Vimercate, el 13 de septiembre de 1852 ante el arzobispo de Milán, mons. Romilli, que había aprobado canónicamente aquel mismo año la congregación; era aquélla la primera profesión pública de las marcelinas.

Luego fue destinada como profesora elemental y de música al colegio de Cernusco sul Naviglio, de donde pasó a la casa de Milán. Se comportaba de tal modo en su tarea de educación y en la vida religiosa que era considerada como la «Regla viviente» y las alumnas la apreciaban como «madre de las almas». En la casa de Via Quadronno de Milán ejerció el cargo de superiora; asistió también a los contagiados por el cólera de 1855 y, en el hospital militar de San Lucas, a los heridos de la segunda guerra de la independencia de 1859. Obtuvo también, en 1865, el título civil superior de magisterio tras duros exámenes, exigidos por el nuevo gobierno italiano. Brillaron entonces las dotes de inteligencia y la vasta cultura de la humilde religiosa. En el colegio de Via Amadei de la capital lombarda empezó a impartir sus clases en la enzeñanza superior.

En 1868 pasó de Milán a Génova para ejercer, en la nueva casa, el cargo de superiora; fue maestra también en las clases superiores. Tras diez años, regresó a Milán donde fue elegida

primera asistente de la superiora general, la madre Marina Videmari, fundadora de las marcelinas con don Biraghi. Continuó en Milán su enseñanza en las clases superiores y fue maestra de novicias, encargada asimismo de la biblioteca y de la secretaría de la casa general de la congregación.

En los últimos años de su vida, tuvo la oportunidad y la gracia de ejercitarse heroicamente en la obediencia y en la paciencia. Tuvo que disminuir su múltiple actividad a causa de un cáncer en el cuello que la llevó a la muerte. Se durmió plácidamente en el Señor el 24 de noviembre de 1891. La fama de santidad de que se vio rodeada enseguida se unió a la herencia dejada en tantas obras de apostolado y de cristiana educación.

> «Fue y es eximia la fama de las virtudes heroicas practicadas por la sierva de Dios; a la que debemos añadir la gran alabanza por su obra magnífica de educación de las jóvenes, por la razón ciertamente de que ella presagió las necesidades de la escuela católica actual. María Ana Sala fue una educadora perfecta: vivió casi cuarenta años entre sus alumnas, dedicada a ellas enteramente, formando con fortaleza y suavidad su espíritu. Ella las amaba tiernamente y respetaba sus personas; por ello, con natural impulso, ellas la obedecían», escribió Juan Pablo II en el breve de beatificación.

Entre sus alumnas se contaba la madre del futuro Pablo VI, la señora Judit Alghisi de Montini, que fue testigo de singular clarividencia e importancia en el proceso informativo de beatificación que el Beato cardenal Schuster abrió en la curia mediolanense en 1931.

Concluida esta fase, en 1959 el Beato Juan XXIII constituyó la comisión introductoria de la causa de beatificación. El proceso apostólico transcurrió entre 1962 y 1964. Pablo VI firmó el decreto reconociendo la heroicidad de sus virtudes el 20 de enero de 1977. Juan Pablo II aprobó el milagro para la beatificación el 13 de julio de 1979, y celebró el 26 de octubre de 1980 la proclamación de la nueva beata en la Plaza de San Pedro del Vaticano, al final de la VI Asamblea del Sínodo de los obispos.

En la homilía, predicó el Papa:

> «Sor María Ana fue sencilla y totalmente fiel al carisma fundamental de su congregación. Tres grandes enseñanzas brotan de su vida y de su ejemplo: la necesidad de la formación y de poseer un carácter bueno, firme, sensible, equilibrado; el valor santificante del compromiso en el deber asignado por la obediencia y la impor-

tancia esencial del trabajo pedagógico. Sor María Ana quiso adquirir virtudes de capacidad en máximo grado, convencida de que se da en tanto en cuanto se posee; y se apasionó por su cargo de maestra, santificándose en el cumplimiento del propio trabajo cotidiano [...] Aprendan de la nueva beata, sobre todo las religiosas, a ser alegres y generosas en su trabajo, aun cuando sea oculto, monótono, humilde. Aprendan todos los que se dedican a la tarea educativa a no asustarse jamás ante las dificultades de los tiempos, sino a comprometerse con amor, paciencia y preparación en su misión tan importante, formando y elevando los espíritus a los supremos valores transcendentes. Particularmente hoy la escuela necesita educadores sabios, serios, preparados, sensibles y responsables».

PERE-JOAN LLABRÉS Y MARTORELL

Bibliografía

AAS 73 (1981) 532-534.
Bibliotheca sanctorum. XI: *Ragenfreda-Stefano* (Roma 1968) cols.570-571.
FERRAGATTA, M., *Visse per le anime. Un'educatrice modello* (Milán 1963).
— (ed.), *Fiori sul cammino. Parole della sierva di Dio Suor Maria Anna Sala delle suore di S. Marcellina* (Milán 1964).
L'Osservatore Romano (ed. en español) (2-11-1980).
PORTALUPPI, A., *Vita della serva di Dio suor Maria Anna Sala delle Marcelline* (Milán 1931).
S.M.F., *Vita della serva di Dio, suor Maria Anna Sala, religiosa Marcellina* (Milán 1947).
VIDEMARI, M., *Alla prima fonte. Origine e sviluppo delle suore Marcelline* (Milán 1938).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN CRISÓGONO

Mártir († s. IV)

Crisógono es un mártir de Aquileya, donde tuvo su tumba y donde comenzó su culto. Pero, como señala el *Martirologio romano,* este culto pasó luego a Roma, donde se le dedicó una iglesia o título en el Trastévere, que no debe dar pie a pensar que hubiera otro mártir romano de idéntico nombre. Su memoria aparece ya en el *Martirologio jeronimiano.* Existe una *Passio* de tipo legendario, cuyo contenido no ofrece garantía histórica. El tiempo de su martirio lo probable es que sea la persecución de Diocleciano a comienzos del siglo IV. Su memoria desde el principio está fijada el 24 de noviembre.

SAN COLMÁN DE CLOYNE

Obispo († 604)

Colmán nace en Muskerry, en el condado de Cork, Irlanda, hacia el año 522. Pertenecía a la familia del rey Mogh Nuadhat, de Munster. Su familia era pagana, y él al llegar a la adolescencia ejerció la profesión de bardo en la corte del rey de Cashel. Ésta fue su profesión hasta los 40 años. A esa edad conoce y abraza el cristianismo cuando entra en contacto con San Brendan de Clonfert, al que ayuda a encontrar la tumba con las reliquias de San Ailbeo de Emly. Ya cristiano frecuenta la escuela de San Jarlath de Tuam en Conflois. Y una vez bien instruido en el cristianismo, predica el evangelio a la gente de Limerick. Fue consagrado obispo y tuvo su sede en Cloyne, comenzando él la serie de obispos de esta sede. Dejó varios escritos. Murió el año 604 y su fiesta desde antiguo se celebra en Irlanda el 24 de noviembre.

SANTOS PEDRO DUMOULIN-BORIE, VICENTE NGUYEN THE DIEM, PEDRO VO DANG KHOA

Mártires († 1838)

Un joven obispo misionero y dos fervorosos sacerdotes nativos vietnamitas fueron martirizados en Dong-Hoi el 24 de noviembre de 1838, culminando así su carrera de entrega a Dios y a la salvación de las almas y habiendo dado testimonio insigne de fidelidad a Cristo y al sacerdocio que por amor a él habían recibido y ejercido. Éstos son sus datos:

PEDRO ROSA ÚRSULA DUMOULIN-BORIE nació en Beynat, Francia, el 20 de febrero de 1808, hijo de unos molineros, de donde vino que le llamaran Pedro du Moulin, Pedro del Molino. Su apellido era Borie. Ingresó en el seminario y la lectura de los Anales de la Propagación de la Fe despertó en él la vocación misionera, y ordenado ya de subdiácono ingresó en el Seminario de Misiones Extranjeras de París, donde se ordena sacerdote. Parte en noviembre de 1830 para el Tonkín, pero hubo de esperar muchos meses en Macao, no siendo hasta mayo de 1832 cuando puede por fin llegar a su destino misional. Tiene que

trabajar en la clandestinidad porque estaba el país en plena persecución anticristiana y se le encarga de la zona meridional del Vicariato, donde había cincuenta mil cristianos, treinta sacerdotes y muchos seminaristas. Se adapta a la lengua y las costumbres del país y logra imprimir un fuerte dinamismo a la comunidad, funda dos conventos y varios seminarios menores. En 1836 el vicario apostólico, mons. Havard, lo presenta a Roma como su sucesor y en julio de 1838 se expiden las bulas de nombramiento episcopal como Vicario Apostólico y obispo titular de Acanto. Havard había muerto y Pedro estaba ya en prisión, por lo que no pudo consagrarse obispo. En efecto, el 31 de julio es denunciado y arrestado y toma desde la prisión las medidas necesarias para el gobierno de la comunidad cristiana. Invitado a apostatar se negó firmemente, dio en todo momento testimonio firme de su fe y viendo venir la muerte se dedicó a prepararse a ella con serenidad y paz. No tenía más que 30 años cuando fue decapitado.

PEDRO VO DANG KHOA nace en Thuong-Nai en 1790 y se ordena sacerdote a los 30 años. Trabaja pastoralmente en Bach-Bati, Chang-Chuong y en Bo-Chim, donde tuvo como párroco a San Vicente Diem que será compañero suyo de martirio. Enviado como párroco a Con-dua, fue arrestado en el poblado de Le-son y llevado a la cárcel de la capital de la provincia, donde halló a sus compañeros de martirio. Con ellos se preparó a dar un limpio y coherente testimonio de Cristo. Fue martirizado por estrangulamiento.

VICENTE NGUYEN THE DIEM nace en An-Do en el seno de una familia cristiana. Seminarista desde niño, una vez ordenado sacerdote ejerce su ministerio como párroco en Bo-Chim y en Con-Nam, atendiendo con gran celo a los fieles y cuidando mucho de los pobres. Forma con mucho cuidado a los catequistas y logra aumentar el número de fieles de su comunidad. Cuando en 1838 se hace muy firme la persecución, se ve obligado a retirarse de la parroquia, pero en el camino hacia An-Bai es arrestado por la denuncia de un apóstata. Conducido a la prisión de Dong-Hoi, confesó la fe pero fue poco prudente en los interrogatorios y pudo saberse por él el nombre de los cristianos que habían albergado sacerdotes, lo que trajo consigo su arresto. El

obispo Borie se lo reprochó y él reconoció su fallo y pidió al tribunal dejara libres a las personas arrestadas por su culpa. Volvió a dar testimonio público de su fe y se negó a apostatar, siendo estrangulado.

Los tres mártires fueron canonizados el 19 de junio de 1988 por el papa Juan Pablo II junto con los 117 mártires de Vietnam, muertos por la fe entre los años 1745-1862, que habían sido beatificados a lo largo del siglo XX.

BEATAS NICETA DE SANTA PRUDENCIA PLAJA XIFRA Y COMPAÑERAS DE LA CONGREGACIÓN DE HERMANAS CARMELITAS DE LA CARIDAD

Religiosas y mártires († 1936)

El martirio y los datos personales de estas religiosas Carmelitas de la Caridad, sacrificadas en el Picadero de Paterna tal día como hoy de 1936, los tiene el lector en la biografía de Elvira Torrentalle y compañeras de la Congregación Carmelitas de la Caridad el día 19 de agosto: cf. *Año cristiano. Agosto,* p.684-699. Allí remitimos.

25 de noviembre

A) MARTIROLOGIO

1. Santa Catalina, de la que se cuenta ser una virgen alejandrina y mártir, y cuyo cuerpo se venera en el Monte Sinaí (fecha desconocida) **.
2. En Cesarea de Capadocia, San Mercurio (fecha desconocida), mártir.
3. En Roma, San Moisés († 251), presbítero y mártir *.
4. En Alejandría de Egipto, San Pedro, obispo y mártir. Con él se conmemoran santos Hesiquio, Pacomio y Teodoro, obispos, y otros muchos también martirizados en la persecución de Galerio Maximiano (305-311) *.
5. En Numidia, San Márculo († 347), obispo y mártir.
6. En territorio de Agen (Aquitania), San Maurino († s. VI), mártir.
7. En territorio de Valence (Francia), Beata Beattiz de Ornacieux († 1309), monja cartuja, fundadora del monasterio de Eymeu **.

8. En Reuthe (Suabia), Beata Isabel Achlin, llamada la Buena († 1420), virgen, religiosa terciaria franciscana *.

9. En Seúl (Corea), San Pedro Yi Ho-yong († 1838), primero de los mártires vietnamitas canonizados **.

10. En La Puebla de Híjar, junto a Teruel, Beato Jacinto Serrano López († 1936), presbítero, de la Orden de Predicadores, mártir. Con él se conmemora al Beato Jaime Meseguer Burillo († 1936), presbítero de la misma Orden, martirizado en Barcelona *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTA CATALINA DE ALEJANDRÍA

Virgen y mártir (fecha desconocida)

Los hombres no nacen santos. Ni santificados. Excepción hecha de la Virgen nuestra Madre, por sin igual privilegio concebida sin mancha, y de Juan Bautista, santificado en el seno de su madre, todos los mortales, después de Adán, arribamos a la vida por el puerto del pecado. De ahí que la historia de los santos ha descuidado con frecuencia la conservación de esta fecha. Los santorales, las monografías de los héroes del cristianismo cuando éste empezaba a ser, suelen consignar el año de su nacimiento seguido de un interrogante de duda, cuando no lo silencian por completo. Y si lo consignan con certeza, son todas las circunstancias que nos ha guardado este dato, que en ningún caso (exceptuado Cristo) tiene razón de acontecimiento para la historia.

Todos los hombres nacemos, y el nacimiento no nos diferencia ni nos condiciona sin remedio. Los santos se han hecho y se hacen en una época, en un ambiente, en una familia que pueden haber facilitado su santificación, en muchos casos a pesar y precisamente por las dificultades que la época, el ambiente o la familia les brindaran.

Por el mero hecho de haber nacido, Dios nos llama a la santidad. Nos toca colaborar en el perfeccionamiento de nuestro ser en todas sus dimensiones.

De Catalina (en latín *Catharina; Aecatharina* en griego) no sabemos la fecha exacta de su nacimiento. Pero, a lo largo de los

siglos, la leyenda se ha encargado de llenar piadosamente las lagunas de la historia.

A una de las desembocaduras del fertilizante Nilo, cuna de la historia, llegó un día vestido de laurel el poderoso dominador Alejandro Magno. Venía satisfecho de sus correrías triunfales por Siria y Palestina. Traía el recuerdo vivo de la majestuosa ciudad judía con el fastuoso templo de Yahvé. El brillo deslumbrante de los rabinos que enseñaban en las sinagogas, sólo comparable con la sabiduría abstracta de los filósofos atenienses, que la prodigaban en el Partenón y en las ágoras, le hizo concebir la idea de fundar una nueva ciudad —ángulo entre Atenas y Jerusalén— que perpetuara su nombre en el mundo de las letras: Alejandría, 332 a.C.

Pocos años más tarde Tolomeo I Soter trasladará allí la capital del país y empezará a ser sede de las viejas culturas, «foco principal de la ciencia y del comercio de todo el Mediterráneo», lo mismo que Egipto (allí está emplazada) lo es de todas las civilizaciones: bastarían los 700.000 volúmenes de su biblioteca y sus 14.000 estudiantes simultáneos para justificar el renombre de su famosa Universidad (*Museum* en sus días y en los nuestros).

Atraídos por su doble fama, puerto y *Museum* sobre un suelo fecundo, no tardaron en establecerse allí los nómadas de todos los pueblos. Los judíos, linces en la especulación y avaros de la ciencia, no fueron los últimos en llegar. Colonias de la Diáspora esparcidas por toda la nación, que habían quedado de los distintos cautiverios, fijaron aquí su residencia. Fieles a sus tradiciones y lectores asiduos de los Libros Sagrados, tenían en sus manos los elementos más puros de la verdadera filosofía. En esta tierra de momias y de pirámides, eminentemente religiosa, que cae de rodillas ante Osiris, dios de los muertos, y que presiente la inmortalidad de las almas; donde Jehová hablara a Moisés y condujera a su pueblo a través del desierto, no les sería difícil a los judíos ganar numerosos prosélitos.

Simpatizante al menos llegó a ser Tolomeo II, que hizo florecer el reino, influenciado desde sus principios por el pensamiento helenista, y mandó que setenta intérpretes tradujeran el Antiguo Testamento.

Aquí surgieron los auténticos representantes de la filosofía greco-judaica: Aristóbulo y Filón, empeñados en concordar la filosofía pagana con el Antiguo Testamento, presumieron ver en éste «la única fuente primordial de la ciencia y mitología griegas».

Por aquí pasó el neoplatónico Plotino con «su fuego de espiritualismo, sus concepciones abstrusas y su panteísmo emanatista». El que, en frase de Fouillé, «describe su Trinidad como si hubiera vivido en el cielo».

Ésta es la patria histórica de Catalina. Éste el origen sucesivo de Alejandría, rica y bella ciudad, faro potente y hermoso del Mediterráneo.

El año 30 a.C., con el Imperio más poderoso que han conocido los siglos, pasa Egipto, como tantos otros pueblos, a ser provincia romana.

Y provincia romana seguía siendo cuando a finales del siglo III de la era cristiana paseaba sus calles abiertas una joven elegante, de sangre azul.

Estirpe real. La historia, la tradición, el arte y la leyenda están de acuerdo en transmitirnos este dato, como lo están en silenciar el nombre de sus progenitores.

Catalina frecuenta el *Didascaleo,* digno sucesor del antiguo *Museum.* Bebe allí las páginas eruditas de los viejos pergaminos. Aristóbulo, Filón, Plotino, son admirables y es elogioso su intento. No le convencen.

Ahora Alejandría está imbuida de cristianismo. No sabemos quién fuera su primer evangelizador. Según una tradición antigua, la Iglesia de Alejandría fue fundada por San Marcos.

Clemente presidió el *Didascaleo,* la escuela catequística más importante desde finales del siglo II. Allí sentó cátedra el polígrafo Orígenes, «el hombre de diamante con siete taquígrafos», según frase de Eusebio. Clemente y Orígenes habían proseguido la trayectoria tradicional de Alejandría: armonizar. Ahora armonizar el cristianismo con la filosofía clásica, procurando dar a la doctrina de la Iglesia una base científica.

La rudimentaria escuela de catecúmenos se había convertido en una verdadera escuela de teología cuando tomara la dirección de ella San Panteno.

San Dionisio de Alejandría había dado un carácter de palestra abierta al Didascaleo con sus actividades y discusiones públicas y sus luchas intelectuales frente a las persecuciones de Decio y Valeriano, que tanto le hicieron sufrir.

En este ambiente se desenvuelve la vida breve, pero pletórica de ilusión, de Catalina. Ella reflexiona, medita, compara, discute y se ilumina. Osiris y el buey Apis, toda la legendaria mitología egipcia arranca de sus labios sonrisas compasivas, cuando no irónicas, las más de las veces tristes. No puede creer en las almas muertas pegadas a cuerpos momificados. ¿Dónde está el poder de aquellos dioses, tan multiplicados como las aberraciones humanas y reducidos a simples figuras de piedra o a elementos sin vida de la naturaleza? ¿Dónde su fuerza y su virtud?

Le fascinan las ideas elevadas de Platón, que analiza a la luz de la razón en su inteligencia penetrante. No la satisfacen. Catalina es cristiana de corazón antes de recibir el bautismo. Tal vez está fresca todavía la impresión causada por Atanasio en el sínodo de la ciudad. En la escuela catequética oye las enseñanzas del obispo Pedro. Rechaza de plano la amarga ideología pagana. El Sermón de la Montaña cautiva su corazón delicado. Las parábolas del Evangelio son el encanto de su lozana juventud. Los milagros de Jesús y su testimonio incomparable la enardecen y entusiasman. Venera el ejemplo y heroísmo de los mártires del cristianismo, que fecunda y fertiliza la Iglesia viva de sus días y de todos los días. Y pese a la amenaza cobarde de emperadores lascivos y gobernantes verdugos, Catalina se hace bautizar.

Están en boga todavía las debatidas cuestiones escriturísticas y litúrgicas planteadas por Anmonio de Sacas y Anatalio, obispo de Laodicea. Célebres son las controversias alejandrinas. Catalina, asidua discípula y maestra en ciernes, se permite sin duda opinar sobre las cuestiones que están en el tablero de los cristianos:

> «¿En qué días se debe celebrar la Pascua? ¿Cuánto debe durar el ayuno pascual? ¿La conmemoración de la muerte de Cristo ha de ser motivo de duelo o de regocijo? ¿Comió Jesucristo el cordero pascual el 14 de Nisán, como todos los demás judíos, o el 13 por anticipación? ¿Qué día y a qué hora resucitó el Señor?».

Algunas de estas preguntas no han recibido todavía más que respuestas de opinión.

La ciencia, cuando lo es de verdad, no conoce la hora del exhibicionismo, ni los sabios tienen su tiempo para eso, sino para saber y para que los demás vivan de su ciencia. ¿Qué le importa a Catalina ni su fascinadora belleza física, ni su juventud deslumbrante, ni el oro de que se viste, ni la aristocracia regia de que puede presumir, ni siquiera su profunda filosofía, si no es para vencerse a sí misma y convencer a los que la halagan o persiguen? Ella no pretende ser otra cosa más que un resumen, una síntesis, una personificación de todas las armonías. Para eso se conserva virgen, con todas las renuncias que ello supone. Por eso y para eso renuncia a todas las satisfacciones que en bandeja de plata le brinda su sociedad y su alcurnia. Por eso y para eso renunciará si es preciso hasta al placer de vivir. ¿Pero es que acaso Cristo, maestro y esposo virginal, pudo hacer cosa más sublime que armonizar lo humano y lo divino? ¿Y no es precisamente Él la armonía más perfecta y más armónica del universo? Y esto a golpes de la más absoluta renuncia.

La política de todos los tiempos siempre estuvo en desacuerdo con la política de todos los santos. Máxime entonces, edad fastuosa y apoteósica de Roma, con emperadores brutales, dominadores por la fuerza, creadora de leyes absurdas. Hombres voluptuosos, sentinas de la lujuria más descarada al amparo del oro, que ciega corazones, y de la espada, que rinde voluntades.

Al ocupar la silla imperial, Diocleciano, amante de la «filosofía» y más amante de la comodidad, concibió la idea de desmembrar el Imperio: Oriente y Occidente, para aumentar su esplendor. En teoría, más fácil de gobernar. A la larga, una de las causas indiscutibles del derrumbamiento de Roma. Como coemperador con dominio en Occidente, tomó por socio a Maximiano. Constituía a la vez un doble jefe de Gobierno (en terminología actual): Galerio para Oriente a su lado. Constancio Cloro para Occidente. Ambos con el título de César. La autoridad quedaba prácticamente cuatripartida. Dos emperadores augustos, que, por ser dos, dejaban de serlo, y dos césares asociados.

Los primeros días fueron un respiro de paz para la Iglesia después de la larga época aciaga de sucesivas persecuciones. El veneno anticristiano había contagiado también a Galerio, y Galerio convenció a Diocleciano con argumentos sofísticos y pruebas falsificadas del mal que los cristianos ocasionaban a la unidad del Imperio. Galerio publica sucesivamente sus edictos de persecución (303-304), que exigen desde la entrega de libros sagrados, negación de derechos civiles a los cristianos y persecución del clero, hasta la condenación de todos los que no se postren ante los ídolos.

Así las cosas, Catalina anima, asiste, fortalece, conforta a los hermanos en la fe. Defiende en público y en privado la doctrina que profesa, envidia a los que han sido hallados dignos de padecer por Cristo y se siente orgullosa de llamarse y de ser cristiana.

Triunfaban entonces la virgen Inés, Marceliano y el papa Marcelino, y a su lado el artífice de su conversión, Pedro de Alejandría.

También España daba frutos sazonados. Bajo la mano extendida de Maximiano se doblaban —espigas maduras— el soldado Marcelo, Emeterio y Celedonio, Vicente, Fructuoso de Calahorra y Eulalia de Mérida.

Diocleciano y Maximiano abdican al mismo tiempo. Corre el año 305 y la sangre no ha dejado de correr. Maximino Daia gobierna ahora Siria y Egipto con los honores de César. Más tarde (308) ostentará los de Augusto.

Daia es una bestia cebada. Mujeres y sangre es su lema. Con tal de profanar doncellas no repara en crueldades. Corta orejas, narices, manos y otros miembros, y hasta saca los ojos.

Obispos, anacoretas, funcionarios públicos y sobre todo vírgenes son sus víctimas de cada hora.

El padre Urbel dice de él que «era un hombre semibárbaro, una fiera salvaje del Danubio que habían soltado en las cultas ciudades del Oriente».

No se le podía definir con más exactitud. Según Lactancio, el mundo era para él un juguete. Encaprichado en que todos sus súbditos sacrificaran a los ídolos, y todas las vírgenes y nobles matronas se rindieran a sus torpes pretensiones, abusa de los tormentos más crueles y refinados para salir con su empeño.

Unos son arrojados al fuego devorador, otros sujetos con clavos que taladran y desgarran; quiénes se ven obligados a resistir las acometidas de las fieras hambrientas; algunos son violentamente precipitados al mar; muchos terminan en los calabozos, después de ser bárbaramente mutilados: Cyr, médico de Alejandría; Juan, soldado de Edesa; Atanasia con sus tres hijos, Teotiste, Teodosia y Eudoxia, trascienden las puertas celestiales ostentando la palma de la victoria.

Solamente Dorotea (algunos la han identificado con Catalina) supo resistir y superar el doble fuego de la brutalidad de Maximino. Cobarde en su excéntrica crueldad, ebrio de lascivia, le arrebata sus bienes y la condena al destierro.

Catalina, testigo mudo de tan sanguinaria iniquidad, no puede aguantar más. Ha ofrecido mil veces su sangre al Crucificado y no teme presentarse —carne limpia— ante la bestia devoradora. Tal vez ella, modesta y estudiosa, ha pasado inadvertida a las miradas lascivas del arrogante césar. Tal vez éste se ha visto derrotado por el porte noble y el aire aristocrático de la doncella. Acaso la fama de filósofo que aureola a Catalina haya contenido los ímpetus groseros del vampiro Daia.

Lo cierto es que, en un gesto victorioso de superación cristiana, Catalina se ha enfrentado con el césar, no sin antes invocar a la Reina de las vírgenes, paloma blanca de sus ensueños. Las puertas de palacio se abren a la que es descendiente de reyes. ¿Qué pasó allí?

Sin duda le puso en evidencia con argumentos claros de sana filosofía la falsedad de sus ídolos inconsistentes. Sin duda también le echó en cara la injusticia manifiesta de sus crímenes absurdos.

Maximino escucha sin palabras la elocuencia concentrada de Catalina, que se hace lenguas sobre la verdad única del único cristianismo.

Por primera vez ha bajado la vista humillada y ha refrenado sus garras la pantera indómita del imperio oriental. Las razones obvias, contundentes, la majestuosidad impávida de la filósofo, han derrocado su ignorante altanería. «Me gustaría ver cómo te defiendes ante los sabios imperiales».

Catalina estaba preparada para el combate y acepta imperturbable el reto del césar. De sobra conocía ella la superfi-

cialidad de sus contrincantes, las sutilezas de sus argumentos, la inconsistencia del «Logos» de Filón y las falacias del pseudomisticismo de Porfirio. Una leyenda piadosa refiere que un ángel la anima a discutir. Uno a uno, derrota a los cincuenta filósofos de la corte, deshace sus sofismas. Ellos, más elocuentes que su señor, se rinden a la evidencia luminosa de las pruebas irrefutables que presenta Catalina y se convierten unánimes al cristianismo.

Las actas de los mártires nos la presentan desde este momento en el calabozo. Dios endureció el corazón de Maximino, si es que aún podía endurecerse. Según una tradición reproducida en unas tablas de la escuela de Valladolid, del siglo XVI, Catalina sale de la cárcel y comparece ante el juez, con quien disputa sobre la unidad y trinidad en Dios.

Comprobada la invencible consistencia de sus fundamentadas convicciones, es condenada al suplicio de una rueda de cuchillos. Inútilmente. La fuerza inquebrantable de la fe hace saltar en pedazos las afiladas navajas, que hieren de muerte a los propios verdugos. Atestigua la tradición que la misma emperatriz, seguida de Porfirio, coronel del ejército, y de doscientos soldados, abrazaba entonces la fe para morir al filo de la espada.

El instinto brutal y ciego de Daia se desorbita. No tolera la existencia de su serena vencedora. Un hachazo de rabia secciona la cerviz de la filósofo. Catalina recaba definitivamente la victoria. No falta la leyenda que haga fluir leche de su cabeza en lugar de sangre. El amor no entiende de colores.

El artista de Valladolid en el magnífico retablo de Palencia de Negrilla (Salamanca) hace bajar a la Virgen para velar su cadáver.

Sus restos se guardan y veneran en el monte Sinaí. El *Martirologio romano* refiere que fueron los ángeles quienes la llevaron en triunfo.

Oriente y Occidente invocan su valiosa protección. Los aficionados a saber la aclaman como patrona. Bélgica le levanta templos y le dedica altares. También España venera su imagen.

JOAQUÍN GONZÁLEZ VILLANUEVA

Bibliografía

Analecta Bollandiana 26 (1907) 13-32; 22 (1903) 426-438.
BREMOND, H., *Sainte Catherine d'Alexandrie* (París 1926).
DELEHAYE, H., *Les passions des martyrs et les genres littéraires* (Bruselas 1921).
— *Les légendes hagiographiques* (Bruselas 1927).
Dictionnaire d'histoire et de géographie ecclésiastiques. XI: *Caabeiro-Catulensis* (Roma 1949) cols.1503-1505.
VARNAGEN, H., *Zur Geschichte der Legende der Katherina von Alexaindrien* (Erlangen 1891).
• Actualización:
BRANDI, M. V., «Caterina di Alessandria», en *Enciclopedia dei santi. Bibliotheca sanctorum,* III (Roma [4]1998) cols.954-978.
GIAMBERARDINI, G., *S. Caterina di Alessandria* (Jerusalén 1978).

BEATA BEATRIZ DE ORNACIEUX

Virgen († 1309)

Afirma el Concilio Vaticano II que Cristo el Señor realizó la obra de la redención humana y de la perfecta glorificación de Dios «principalmente por el misterio pascual de su bienaventurada pasión, resurrección de entre los muertos y gloriosa ascensión» (SC 5), y que «por Cristo y en Cristo se ilumina el enigma del dolor y de la muerte, que fuera del Evangelio nos envuelve en absoluta oscuridad» (GS 22). Asertos uno y otro que permiten al lector, incluso al medianamente avisado, diría yo, llegarse de puntillas hasta el dintel mismo del carisma cartujano, todo él marcado por la austeridad monástica en la penitencia, por las tendencias místicas y prácticas en la vida solitaria, por la mortificación y el recuerdo de las ultimidades *(memento mori)* en las tradiciones y usos de una eremítica convivencia plasmada por Guido I en sus *Consuetudines carthusienses.*

Carisma, por otra parte, sencillo y austero, desnudo de elementos decorativos y musicales como su liturgia, que San Bruno hizo suyo cuando, en busca de algo más riguroso y yermo que lo exigido por la regla cisterciense, resolvió retirarse con seis compañeros a un valle circuido de peñascales denominado la *Chartreuse* (Cartuja), a tres horas de Grenoble, en las abruptas montañas del Delfinado. Una y otra cita, en fin, con los topónimos que aquí menciono, son el contexto ideal para comprender en sus justos términos espirituales y geográfi-

cos a la Beata Beatriz de Ornacieux (u Ornacieu, según algunas fuentes).

Parménie, es una pequeña colina distante del castillo de Ornacieux unos 25 kilómetros y perteneciente al Delfinado, de origen glaciar y 748 metros de altitud, situada sobre el municipio de Beaucroissant y cerca de Tullins. Ya en el período neolítico, se reunían sobre aquella cumbre hombres alrededor de un altar druídico. En la época de los Césares, una plaza fuerte *(oppidum)* coronaba la cima y vigilaba las vías romanas. La era cristiana vio a Parménie transformarse en priorato fortificado donde más de una vez y de dos hallaron refugio los obispos de Viena y de Grenoble. En el siglo VII se alzó allí un santuario dedicado a la Santa Cruz, propiedad de los obispos de Grenoble, quienes establecieron en el lugar una colegiata de canónigos regulares de San Agustín. Parménie no tardó en convertirse así en centro de peregrinaciones, sobre todo a raíz de la catastrófica inundación que Grenoble sufrió en 1219. La célebre feria de Beaucroissant mismamente debe su origen a esta peregrinación.

Consta de igual modo que a mediados del siglo XIII Parménie abrigó en su recinto una cartuja de monjas, dentro de cuyos muros venerandos, y con el correr del tiempo, habría de brillar con mirífico esplendor una de ellas, Beatriz de Ornacieux, nuestra Beata, la cual dejará, con su vida y con sus obras, imperecedero recuerdo en el país. En efecto: corría 1252 cuando el obispo Falcaz trasladó los antedichos canónigos a Villard-Benoît, y el 13 de noviembre de 1259 donó Parménie a las Monjas Cartujas de Prémol para que se establecieran allí. En esta recién fundada cartuja de Parménie, cerca de Renace, no lejos de Tullins, ingresó Beatriz en 1273, es decir, a sus trece años, poco más que una cría como quien dice, pero llamada un día a coronar la cima donde la luz de Dios se desparrama, donde no existe tierra que te oprima, donde todo es amor y amor reclama. Hasta su nombre de pila ganó inusitada fama a finales de la Edad Media: lo llevó con donosura y gracia, entre otras jóvenes de renombre, la joven hija a quien Dante amó y que, por ello, el poeta florentino decidió inmortalizar a justo título.

Beatriz, en efecto, monja de la Orden de la Cartuja, vio la luz de este mundo en la villa-castillo de Ornacieux, en

Isère (Delfinado), cerca de La Côte-Saint-André, provincia de la Drôme provenzal, región histórica de la Francia sur-oriental, con capital en Grenoble, hacia el año 1260. Su padre se apellidaba La Chambre y estaba emparentado con la familia de los Saboya. Era señor de Ornacieux, feudo situado al sur de Francia, entre el Delfinado y Saboya. Nada sabemos de los años que vivió con su familia en el castillo. Sólo tenemos noticia de dos hermanos suyos: el mayor, Juan, que sucedió al padre en el señorío de Ornacieux; y Pedro, que fue obispo de Isère.

Una Orden ésta de la Cartuja, según algunos especialistas, a medio camino entre las reglas eremítica y cenobítica, que San Bruno fundó en 1084 cargando el acento, según dije antes, en la austeridad, en la soledad, en la penitencia y en el misticismo. Concuerdan los biógrafos, y afirman ampararse para ello en los antiguos textos, en que la vida de Beatriz, ya desde los años jóvenes de Parménie, se distinguió por la devoción a la pasión de Cristo. De esta piadosa devoción salió su acendrada ternura hacia los sufrimientos, soportados/amados como el camino ideal, el mejor, para identificarse de lleno con Jesucristo en su pasión y muerte. Beatriz se abrazó a ellos cada día, segura de hacerse con ellos el camino más fácil para identificarse radicalmente con Cristo en la Cruz, y lo hizo, dicen, como sólo los santos saben hacerlo, esto es: transformando ese bagaje espiritual y doliente que a diario las criaturas, las que sean, suministran, en instrumento propicio de redención y ascesis para vivir en Dios.

Beatriz debió de acordarse muchas veces de la carta que su santo Padre Bruno, el de la Gran Cartuja, había escrito en su día a sus hijos cartujos, glosando palabras propias del *Magníficat,* o sea, «y mi espíritu *se alegra en Dios mi salvador*» (Lc 1,47):

> «Alegraos, pues, hermanos míos muy amados, por vuestro feliz destino y por la liberalidad de la gracia divina para con vosotros. Alegraos, porque habéis escapado de los múltiples peligros y naufragios de este mundo tan agitado. Alegraos, porque habéis llegado a este puerto escondido, lugar de seguridad y de calma, al cual son muchos los que desean venir, muchos los que incluso llegan a intentarlo, pero sin llegar a él. Muchos también, después de haberlo conseguido, han sido excluidos de él, porque a ninguno de ellos le había sido concedida esta gracia desde lo alto» *(Núms.*, 1s: SC 88, 82s).

También Beatriz había sabido alegrarse desde muy joven en la cartuja de Parménie. También ella había sabido hacer de aquellos muros monacales, desde sus primeras horas de postulante y novicia, «puerto escondido, lugar de seguridad y de calma». Porque la cosa no iba a parar en aquellas piedras de cuando su ingreso en la vida monástica. Es más, pronto tendría que dejar el sitio. La Orden de la Cartuja había puesto sus ojos en nuestra joven para hacerla su instrumento providencial en la búsqueda de nuevos puertos de seguridad y de calma, es decir, para fundar nuevas cartujas. Y así fue.

La comunidad de Parménie poseía un hospital a unos 20 kilómetros del monasterio. Al no poder regir ese hospital lo cedieron a los benedictinos de San Roberto, recibiendo a cambio el priorato de Eymeu, situado en la Drôme, cerca de Romans, en la diócesis de Valence, donde Parménie esperaba establecer una nueva Cartuja. En el acta del cambio, firmada con fecha de 1300 por dieciocho profesas de Parménie, figura en quinto lugar el nombre de Beatriz de Ornacieux, a quien se puso a la cabeza de las fundadoras en calidad de priora. Tenía Beatriz entonces alrededor de 40 años.

Pero el mal estado de los edificios de Eymeu unido al rigor del clima y a la pobreza del lugar hizo muy dura la vida de aquel inicio fundacional: las monjas carecían a veces de lo más necesario. Algunas optaron por regresar a Parménie. Sólo se quedaron Beatriz con Luisa Alleman de Grésivaudan y Margarita de Sassenague, ambas pertenecientes a distinguidas familias del Delfinado. Si en pos de San Bruno habían seguido al retiro de la Gran Cartuja seis compañeros, Beatriz tuvo el consuelo de sentirse también acompañada en Eymeu al menos por dos generosas mujeres, a las que pronto habrían de seguir otras jóvenes no menos dispuestas a vivir sin arredrarse la dura vida de aquella consagración. De allí voló al cielo Beatriz pocos años después, probablemente el 25 de noviembre de 1309, rodeada de sus monjas, algo comprensible dada su condición de abadesa. Se había distinguido por un purísimo seguimiento de la pasión de Cristo, para lo cual parece, no es seguro como luego veremos, le ayudaba un clavo que llevaba consigo.

Muertas también algún tiempo después sus dos compañeras monjas, los tres cuerpos descansaron al principio en una misma

tumba del monasterio de Eymeu. Pero el año 1309 fueron trasladados a Parménie, en cuyo restaurado santuario, que a la sazón pertenecía a los benedictinos olivetanos, fueron objeto de solícita custodia hasta el año 1901. Abandonada Parménie a causa de la revolución de los Albigenses, que llegaron a incendiar el monasterio, las reliquias quedaron ocultas bajo los escombros, aunque no se perdió su culto, principalmente en la Orden de la Cartuja, en cuyas iglesias continuó honrándosela según consta por la abundante iconografía de sus diversas casas.

Destruida Parménie en 1391, una pobre pastora de los contornos, Luisa Hours, emprendió a finales del XVII la restauración de su antigua capilla y creó sobre la colina un centro de retiros: acuciada en 1697 por un manuscrito de la vida de la beata que providencialmente vino a sus manos, buscó y encontró los sagrados restos, autenticados luego por el cardenal Le Camus, obispo-príncipe de Grenoble. Reconstruida la iglesia de Parménie, y colocados aquéllos en sitio decoroso, se renovó el fervor popular y empezaron las peregrinaciones. Parménie fue ocupada y vendida por la Revolución en 1790, y no volvió al culto católico hasta 1839, en que la adquirió el obispo de Grenoble, autorizando a abrir la sepultura, donde se guardaban intactos los sellos que en su día le pusiera el cardenal Le Camus. La mitad de aquellas reliquias fueron de nuevo colocadas en la capilla de Parménie, y la otra mitad fueron cedidas a la Cartuja femenina de Beauregard en 1840.

Providencial circunstancia que no dejó de aprovechar la Orden de la Cartuja para solicitar de la Santa Sede, por medio del obispo de Grenoble, la beatificación «equipolente» de Beatriz, o sea, la confirmación del culto popular que se la venía tributando. Urbano VIII decretó el 20 de marzo de 1869 que podía gozar del culto que se le dispensaba con el título de beata, y Pío IX, por decreto del 13 de mayo de 1870, concedió a la Orden celebrar su fiesta, con 12 lecciones, el 13 de febrero de cada año. La revisión litúrgica del Vaticano II fijó la fiesta en el 25 de noviembre, fecha de su tránsito, y en tal día la celebran hoy los cartujos. Una capilla perpetúa en Eymeu su recuerdo.

A finales del XIX, Rosalía Dupont volvió a levantar el santuario de Parménie. Se instaló allí un monasterio benedictino

olivetano, el cual, abandonado más tarde, sirvió de refugio a los guerrilleros durante la II Guerra Mundial y terminó incendiado por los alemanes en enero de 1944. Restaurado por los Hermanos de La Salle, Parménie es hoy un centro de espiritualidad. La capilla conserva su primitivo aspecto monástico y los edificios colindantes que la rodean han sido adaptados a sus funciones actuales. Pero los peregrinos pueden recogerse y orar ante las reliquias de la Beata Beatriz allí presentes.

La vida de la Beata Beatriz transcurrió toda en el silencio y la soledad de su celda. De ahí las pocas noticias que los mismos cartujos recogieron sobre su monja. Pese a lo cual, fue una excepción, y hemos de agradecérselo, la venerable Margarita d'Oingt, priora de la cartuja de Poleteins (1286-1311), con la vida escrita poco después de morir la Beata para dar a conocer así los dones que Dios le había otorgado. De Margarita d'Oingt, cuarta priora de la Cartuja de Poleteins, junto a Lyón, sabemos que ya en 1288 era priora y lo sería hasta su muerte, el 11 de febrero de 1310. Venerada como «beata», este culto privado desapareció con la Revolución Francesa. Debió de pasar algunas temporadas en Parménie, pues su *Vida* de la Beata Beatriz está muy bien documentada.

Algunos breves escritos que de ella poseemos, en latín y en franco-provenzal, reflejan intensa experiencia mística. El manuscrito más antiguo responde al siglo XIV y fue redactado en la Gran Cartuja. Hoy se encuentra en la biblioteca comunal de Grenoble, con el número 5785 R y consta de 73 páginas. Comprende: a) *Pagina meditationum* (p.1-24), la obra teológicamente más relevante; b) *Speculum sanctae Margarete* (p.25-34), donde describe tres visiones; c) *Li via Seiti Biatrix Virgina de Ornaciu* (p.34-57), es decir, la vida en nueve capítulos de sor Beatriz de Ornacieux († 1309): realizada al hilo de un relato milagroso, sin título, a colocar como su apéndice (p.58-60); d) Cinco cartas a destinatarios cuyo nombre desconocemos (p.60-70); e) Tres relatos de hechos milagrosos, en fin, atribuidos a Margarita después de su muerte (p.70-73), obviamente no cosecha suya. Largo tiempo inéditos, estos escritos vieron la luz por primera vez en 1877 gracias a E. Philippon. La segunda excelente edición, de 1965, es trabajo conjunto de A. Duraffour, P. Gardette

y P. Durdilly. Sólo recientemente ha salido, bajo los cuidados de G. Gioia, la traducción italiana con el título de *Escritos espirituales.*

La Beata Beatriz empezó a ser efigiada en 1629 bajo el rótulo de *Santa Beatriz Monja.* La beatificación, en realidad, llegó de manera oficial ya en el XIX, pero su caso prueba toda la libertad ritual de que gozaba la Cartuja, que no pretendió, ciertamente, un culto contrario a las prescripciones de la Santa Sede, puesto que los cartujos, lejos de venerar la figura de la monja, adoraban más bien a Cristo en ella. Daniel Crespi la representa en sus frescos con dos clavos y un martillo entre las manos, y es que el monje cartujo del XVIII, Benedicto Tromba, recuerda que se clavaba dos gruesos clavos en las manos y que, a pesar del dolor y de la pérdida de sangre, repetía cada viernes para recordar a Jesús en la Cruz: escondiendo luego, claro es, dichos signos en las grandes mangas del hábito monástico. Sea ello cierto o no, responda más a historia legendaria que a una suerte de lo que algunos interpretarán en clave masoquista, y otros en la de estigmatización mística, consta seguro, eso sí, que su culto a la pasión y muerte del Señor se difundió en muchas cartujas, y en la de Milán no sólo fue retratada en los frescos de Crespi, sino que se le dedicó un frontal de altar realizado en escayola por Solari en el siglo XVII.

Refiere Margarita d'Oingt las virtudes y carismas de la beata y dice, entre otras cosas, que era humildísima de corazón, caritativa y sufrida, en extremo obediente y perseverante orando, con el don de abundantes lágrimas, siempre recogida y ejemplar, devotísima de la Eucaristía, en extremo penitente y llevada de un fervoroso amor al Crucificado, cuyas llagas tenía, ya impresas en su espíritu, ya en sus manos de la manera dicha. En su completo abandono a Dios, oyó una vez al día la diaria y misteriosa voz que le decía: «Recibe las consolaciones que te doy y no rehúses los sufrimientos que te envíe». La Beata Beatriz de Ornacieux, en resumen, pertenece a la más alta escuela de santidad, la del misticismo de la Cruz, practicada desde el más riguroso método ascético, el del carisma cartujano.

PEDRO LANGA, OSA

Bibliografía

AIGRAIN, R., Art. en *Catholicisme.* I: *A-Béthel* (París 1948) col.1355.
BATAILLE, G., «Beatrice di Ornacieu», en *Bibliotheca sanctorum.* II: *Ans-Bern* (1962) c.994.
«Beatriz de Ornacieu», en *Enciclopedia Espasa,* t.7, p.1349.
BELLANGER, T., *La bienheureuse Béatrice d'Ornacieu* (Grenoble 1886).
FARCONET, P. DE, «Beatriz d'Ornacieu (Bienheureuse)», en *Dictionnaire d'histoire et de géographie ecclésiastiques.* VII: *Bavière-Benoist* (París 1934) col.113.
LE COUTEULX, CH., *Annales Ordinis Cartusiensis ab anno 1084 ad annum 1429* (Montreuil-sur-Mer 1889) t.IV, p.215; t.V, p.5, 31.
LE VASSEUR, L., *Ephemerides Ordinis Cartusiensis* (Montreuil-sur-Mer 1892) t.IV, p.419s.
Martyrologium romanum, o.c., 607, n.7*; 673.
TROMBY, D., *Storia critico-cronologica diplomatica del patriarca S. Brunone e del suo ordine cartusiano* (Neapel 1777) t.VI, p.43, 91.
TURCK, F., «Beatriz v. Ornacieu»: *Lexikon für Theologie und Kirche* 2 (1958) c.86.
NB: Quiero dejar constancia aquí y ahora de mi gratitud a la Cartuja Santa María Benifasar, de Puebla de Benifasar, Castellón de la Plana *(Vinaroz),* España, por las notas inéditas que sobre la Beata Beatriz amablemente me suministró el 19 de febrero de 2005.

SAN PEDRO YI HO-YONG

Mártir († 1838)

Con gran gozo e ilusión viajó el papa Juan Pablo II a Corea en mayo de 1984 para canonizar en Seúl a los ciento tres mártires de las persecuciones de 1839-1846 y 1866-1867 cuyos martirios habían podido quedar bien estudiados y comprobados y se podía pasar por ello, luego de que fueran beatificados en dos grupos el 5 de julio de 1925 y el 6 de octubre de 1968, a su canonización. Y se ha puesto como fecha inicial de la primera de estas dos persecuciones la de 1839 pero la verdad es que el primero cronológicamente de los mártires canonizados aquel día murió en la cárcel de Seúl el año antes, concretamente el 25 de noviembre de 1838. Luego de que en este *Año cristiano* nos hayamos ocupado repetidamente de este escogido plantel de testigos de Jesucristo, ahora queremos dedicarle una biografía extensa al primero de los miembros de la Iglesia de Corea que, tras morir por Jesucristo, alcanza con sus compañeros la suprema gloria de los altares.

Este mártir es San Pedro Yi Ho-yong, seglar y catequista, de 35 años, cuya vida y martirio vamos a esbozar en estas páginas. Su lugar de nacimiento fue Ichon, en la provincia de Kyonggi, y

su fecha de nacimiento el año 1803, y por tanto cuando ya se habían producido numerosos martirios, que sin embargo aún no han sido sancionados por la Iglesia con la beatificación de sus protagonistas. Cuando él nace en el seno de la familia Yi, sus padres tenían ya una hija de 18 años, que tendría el nombre cristiano de Águeda y sería mártir también, y que para entonces estaba casada con un joven de su edad. A la hermana le sentó muy bien el nacimiento de este hermano, que podía ser su hijo. Y cuando un año más tarde muere el padre de ambos y el esposo de ella, Águeda, triste y sola, se vuelca en este hermano pequeño, obteniendo licencia para dejar la casa de sus suegros y volver a su casa paterna. Aquí se entera de que su madre, que había sido catecúmena católica, pero que no venía practicando la religión, había bautizado a su padre en el trance de la muerte; a ella le pareció muy bien la conducta de su madre, porque con el bautismo su padre había tenido una muerte en paz. Ella empezó a estudiar la doctrina católica y en cuanto su hermanito se abrió a la vida, ella se la inculcó. Por otro lado, ella tuvo que trabajar para sostener a su madre y a su hermano, ya que su padre había dejado una muy escasa fortuna. Afrontando su pobreza, la familia daba ejemplo de verdaderos sentimientos cristianos. Es un hecho que ambos hermanos fueron bautizados y recibieron los nombres de Águeda y Pedro, pero se ignora qué catequista los bautizó. No había sacerdotes en Corea desde el martirio en 1801 del P. Chu Mun-mo. Tampoco se sabe cuándo y por qué la familia se fue desde su pueblo natal a la capital del país. Pero es un hecho seguro que lo hizo. Se establecieron en un barrio pobre y allí vivieron con su habitual modestia. Pedro empezó a frecuentar el trato de Pablo Yi Kyong-on que se convirtió en su maestro de vida cristiana hasta su arresto años más tarde. Su martirio le sirvió a Pedro para afianzarse en su religión y decidir perseverar en ella hasta la muerte.

La historia del matrimonio de Pedro no deja de ser curiosa. En 1832 contrajo matrimonio con una chica que, siendo ella pagana, se la habían llevado algunos católicos pensando que estaba poseída del demonio y que Pedro con sus oraciones podía librarla. Pedro oró mucho por ella, le enseñó la doctrina cristiana, y ella, a medida que aprendía el catecismo y practicaba

los mandamientos, iba calmándose e iban desapareciendo los aparentes signos de posesión diabólica. La chica deseó quedarse a vivir con la familia Yi y fue entonces cuando Pedro decidió hacerla su esposa. Ambos se esforzaron en llevar una vida sinceramente cristiana.

En 1834, Pedro, como los demás católicos de Corea, tuvo la dicha de que llegara a Seúl un sacerdote católico procedente de China, el P. Yu Pang-che, el cual pudo dar la primera comunión a montones de fieles, bautizados por los catequistas los años anteriores y que no habían tenido nunca la oportunidad de recibir la sagrada eucaristía. Pudo, pues, Pedro confesar y comulgar por primera vez. El sacerdote eligió a Pedro para catequista, pese a ser todavía joven, y Pedro desempeñó este encargo con gran celo.

En febrero de 1835 él tuvo un extraño sueño, que interpretó como un anuncio de su futuro martirio, y así lo comunicó a algunas personas, sucediendo que pocos días más tarde al llegar a su casa se encontró con que la policía lo estaba esperando y, sin poder escapar de ninguna forma, cayó en sus manos. Fue arrestada también su hermana Águeda, y su madre se desvaneció al ver a sus hijos presos. La policía, no obstante, tomaba también presa a la esposa de Pedro y él suplicó que la dejaran libre para que cuidara de la pobre anciana, lo que se consiguió. Al día siguiente fue interrogado y torturado, lo mismo que su hermana. Ambos reconocieron ser católicos, y entonces se les pidió que abjuraran de la fe y que dieran los nombres de los otros cristianos. Ellos se negaron firmemente y por ello fueron torturados bárbaramente, pero ni una palabra salió de sus labios. Pedro confortó a su hermana para que resistiera en medio de los terribles dolores y ella lo llenó de gozo con su heroica perseverancia. Viendo la tenacidad de Pedro se le invitó a hacer una abjuración disimulada, pero Pedro se negó. Volvieron a torturarle y él indicó que si gritaba mientras lo torturaban, ello no era de ningún modo signo de apostasía. Pero no gritó. Entonces se decidió mandar a ambos hermanos a juicio.

Era el mediodía cuando ambos hermanos comparecieron ante el tribunal. El juez les dijo que cómo era que se habían adherido a un camino del demonio. Ellos respondieron que no

era del demonio el camino que habían tomado, pues la persona que obedece los Diez Mandamientos honra al rey, obedece a sus padres y ama a los demás como a sí mismo. Y en todo ello no hay nada contra la verdadera piedad. Le preguntaron a Pedro si sabía leer en chino y dijo que no. Le insistieron en que entonces cómo había aprendido la doctrina cristiana. Y Pedro dijo que la enseñanza cristiana estaba traducida al coreano y que los caracteres de esta lengua sí los sabía leer. Se le dijo que negándose a ofrecer sacrificios a sus padres y antepasados se portaba como un perro o un cerdo y que si iba a preferir morir antes que renegar del cristianismo. Pedro dijo que los sacrificios de que el juez hablaba estaban faltos de sentido y que apartarse de ellos era seguir el camino de la verdad. Les habló de la inanidad de los sacrificios paganos y de la espiritualidad del alma, y que de la misma manera que no es traidor el que da la vida por su rey, así no es traidor el que da la vida por su Creador, que es el Rey de reyes y Padre de todos. Se le replicó que de todas formas la religión cristiana estaba prohibida y que parecía insensato negar sacrificios a los padres y antepasados. A ello replicó Pedro que siendo Dios el único todopoderoso, es a Dios a quien hay que ofrecer sacrificios, y que los católicos ofrecen el sacrificio por los difuntos pero no a los difuntos. Se le preguntó quién le había enseñado la doctrina cristiana y él dio el nombre de su maestro Yi, ya para entonces martirizado. Y se negó firmemente a cambiar de resolución. Se le dijo que iba a morir pero que antes sería nuevamente torturado, y así sucedió, quedando su cuerpo muy maltrecho. Todavía otras dos veces debió comparecer a juicio antes de que fuera finalmente condenado a muerte. Se le pidió que suscribiera la sentencia como justa, y él dijo que no la firmaba porque contenía insultos a la religión cristiana, pero por orden del juez los guardias le cogieron la mano y lo forzaron a poner su signo al final de la sentencia.

Mientras la sentencia era enviada al rey para ser confirmada, Pedro fue retenido en la cárcel. Se dedicó a la oración y se mostró siempre manso, humilde y lleno de dignidad. Su conducta impresionó de tal modo a su compañero de celda que éste se sintió atraído al cristianismo y Pedro aprovechó los días de su detención para prepararlo al bautismo. Gracias a un cristiano

llamado Ho Tae-bok, que tenía alguna influencia, pudo contactar con su hermana y con el mundo exterior. Pudo escribir una carta de cuyo contenido se conserva un fragmento y obtuvo de los guardas en más ocasiones encontrarse con su hermana. Ambos deseaban ser martirizados el mismo día. Pero los designios de Dios eran otros.

Pedro enfermó en la cárcel. Las miserias y dolores de los años de la prisión arruinaron su salud. Él se vio enfermo y caminando hacia la muerte. Hubiera deseado morir a espada pero dijo que se conformaba con la voluntad de Dios, y así vino a morir de agotamiento el 25 de noviembre de 1838. Su hermana Águeda sería decapitada el 24 de mayo del siguiente año 1839 (cf. su biografía en dicha fecha). Los dos han sido canonizados y brillan en el cielo de la Iglesia como estrellas de la mejor y más verdadera fraternidad.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 17 (1925) 262-263; 80 (1988) 1375-1381.
Bibliotheca sanctorum. IV: *Ciro-Erifrido* (Roma 1964) cols.176-178.
The Korean Martyr Saints, Founders of a Church (Seúl 1989).
Revue d'Histoire des Missions 2 (1925) 481-506.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN MOISÉS DE ROMA

Presbítero y mártir († 251)

Moisés era presbítero de la Iglesia romana y, a la muerte del papa San Fabián el 20 de enero de 250, quedó con Novaciano al frente de la comunidad cristiana, y por eso él firma la correspondencia con la Iglesia de Cartago. Encarcelado poco después con otros clérigos, escribió a San Cipriano de Cartago. Éste le contesta a él y a Máximo, otro presbítero preso, diciéndoles que «la gloria de vuestra fidelidad y fortaleza, fortísimos y beatísimos mártires, hace tiempo que la conocía por la fama... Vosotros, en efecto, convertidos en avanzada y capitanes de la guerra que ha estallado en nuestro tiempo, habéis enarbolado las ban-

deras de la celeste milicia. Vosotros, con vuestros actos de valor iniciasteis este espiritual combate que Dios ha querido se dé ahora. Vosotros, con inconmovible fuerza, con inquebrantable fortaleza, aguantasteis las primeras acometidas de la guerra incipiente. De ahí vinieron los felices principios de la lucha. De ahí comenzaron los auspicios de la victoria...».

Por su parte Moisés y los demás confesores de la fe se dirigieron a San Cipriano y le dijeron que su carta «nos ha llegado como señalado consuelo que nos ha levantado el ánimo y procurado alivio a nuestro dolor. Por donde ya podemos entender que no por otra causa ha querido la gracia de la Providencia tenernos tanto tiempo encerrados en la cárcel sino para que, instruidos y más fuertemente armados con tu carta, llegáramos con más ferviente deseo a la corona que nos está destinada».

En la carta se muestran de acuerdo en que los lapsos, es decir aquellos que habían sacrificado por debilidad a los ídolos, ahora pudieran reconciliarse pero haciendo una conveniente penitencia. San Cipriano respondió a esta carta con una misiva llena de sabiduría y caridad, animándolos y elogiándolos.

Modernamente se ha querido fijar el martirio de San Moisés a comienzos del 251 pero por otro lado se dice que permaneció fiel al papa San Cornelio y no se dejó arrastrar por el cisma de Novaciano. Ahora bien: la elección de San Cornelio fue en marzo del 251, y por ello, si hubiera muerto en enero, San Moisés no habría conocido a Cornelio como Papa. También se ha hecho notar que su nombre falta en los martirologios antiguos. La fecha de su memoria es el 25 de noviembre.

SAN PEDRO DE ALEJANDRÍA

Obispo y mártir († 311)

Pedro fue elegido obispo de Alejandría el año 300 como sucesor de Teonás y rigió santamente la Iglesia alejandrina hasta su martirio el 25 de noviembre del 311. Era el 16.° sucesor de San Marcos en la sede alejandrina. Los tres primeros años de su episcopado disfrutó de paz, pero en 303 empezó la persecución, y Pedro decidió no ocultarse sino permanecer en su puesto al frente de los fieles, adoctrinándolos con la sana doctrina,

oponiéndose al cisma de Melecio de Licópolis, y tomando una posición equilibrada en el asunto de los lapsos. Con su vida santa y ascética alentaba a los fieles a perseverar en la fe y a ser fieles a Cristo. Su autoridad doctrinal fue grande y posteriormente se apelará a sus escritos como fuentes de la verdadera fe. Se cuenta de él que en la cárcel tuvo la visión del niño Jesús con la túnica rota y que, al preguntarle qué significaba aquello, se le dijo que había sido Arrio el que había roto la túnica de Jesús y que por ello no debía ser admitido a la comunión de la Iglesia. Pedro murió mártir en el año noveno de la persecución siendo decapitado. Su culto es muy antiguo. Se conmemoran con él otros tres obispos egipcios, Hesiquio, Pacomio y Teodoro, y otros muchos mártires de aquel tiempo.

BEATA ISABEL ACHLIN

Virgen († 1420)

Nace en Waldsee, Würtenberg, el 25 de noviembre de 1386 en el seno de una modesta familia. Educada cristianamente por sus padres, su bondad hizo que empezaran a llamarla Isabel la buena. A los 14 años y por consejo de su director espiritual, el P. Conrado Kügelin, canónigo regular de San Agustín, viste el hábito de las terciarias franciscanas, y para que pueda mejor servir a Dios se la recomienda a una terciaria, que era tejedora, la cual la lleva consigo a su casa y viven las dos una vida de oración, trabajo, austeridad y buenas obras. Por fin decide ingresar en el monasterio de terciarias regulares franciscanas de Reuthe. En el claustro vive la vida religiosa con gran entrega y rigor, practicando austerísimas penitencias y meditando asiduamente en la pasión del Señor y teniendo una gran vida interior. Padece con gran paciencia una enfermedad corporal parecida a la lepra y se cuenta de ella que recibió el carisma de la estigmatización. Se le atribuye el don de milagros, el de leer los corazones y el de predecir el futuro. Concretamente, se le atribuye haber anunciado el fin del cisma de Occidente en el Concilio de Constanza y la elección de Martín V. Llena de virtudes y méritos pasó al Padre el 25 de noviembre de 1420. Su culto fue confirmado el 19 de julio de 1788 por el papa Clemente XIII.

BEATOS JACINTO SERRANO LÓPEZ Y JAIME MESEGUER BURILLO

Presbíteros y mártires († 1936)

JACINTO SERRANO LÓPEZ nace en Urrea de Gaén, provincia de Teruel y arzobispado de Zaragoza, el 10 de julio de 1901. Huérfano de madre a poco de nacer y de padre a los seis años, opta a los doce por la vida religiosa e ingresa en la escuela apostólica de la Orden de Predicadores en Solsona. De ahí pasará al noviciado y pronunciará los votos religiosos en 1917; haciendo la profesión solemne en 1920 y ordenándose sacerdote el 5 de abril de 1924. Es llamado a ejercer la docencia en el seminario menor dominicano de Calanda y en el Estudio general de Valencia. Estudia en la Universidad y se licencia en Física y Química. Proyecta su apostolado en el ejercicio del ministerio como predicador, dando conferencias apologéticas, tan oportunas entonces. Dirige la revista *Rosas y Espinas.* Colabora en la *Revista Contemporánea,* y se le confía la dirección de la Asociación de la Beata Imelda. En esta asociación se hacía una magnífica obra de catequización y ayuda a los niños más pobres, a cargo de las señoritas miembros de la misma. Es elegido vicario provincial. Llegada la revolución de julio de 1936 se ocupa de la evacuación a Francia de los religiosos, pero él permanece en Barcelona atento a las vicisitudes del resto de los religiosos. Por fin es arrestado a mediados de noviembre de aquel año por unos paisanos suyos que se desplazaron desde Urrea. Es encerrado unos días en el castillo de Montjuich; luego es trasladado a La Puebla de Híjar, encarcelado y sometido a interrogatorio. Llevado a fusilar se volvió a quienes le iban a matar y gritó con mucha fuerza: «Viva Cristo Rey».

JAIME MESEGUER BURILLO nace en Híjar, Teruel, el 1 de mayo de 1885. Ingresa en el convento de la Orden de Predicadores en Corias (Asturias) y en 1905 es ordenado presbítero en Salamanca. Se encontraba en Barcelona cuando empezó la revolución. Se esconde durante casi cuatro meses en casas de amigos. A finales de noviembre es asesinado con otros detenidos en la cárcel de El Clot.

Fueron beatificados el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

26 de noviembre

A) MARTIROLOGIO

1. En Roma, en la Via Salaria nueva, San Siricio († 399), papa *.
2. En Adrianópolis (Paflagonia), San Alipio († ca. 610), diácono y estilita.
3. En Constanza (Suiza), San Conrado († 975), obispo *.
4. En Lacedemonia (Peloponeso), San Nicón († 998), monje.
5. En Villafratta (Véneto), San Belino († 1147), obispo de Padua, mártir *.
6. En el monasterio de canónigos regulares de Sixt (Saboya), San Poncio de Faucigny († 1178), un tiempo abad de Abondance *.
7. Junto a Fabriano del Piceno (Italia), San Silvestre Guzzolini († 1267), abad, fundador de la Congregación de Monjes Silvestrinos **.
8. En Apt (Provenza), Beata Delfina († ca. 1360), esposa de San Elzear de Sabrán *.
9. En York (Inglaterra), beatos Hugo Taylor, presbítero, y Mamarduco Bowes († 1585), mártires en el reinado de Isabel I *.
10. En Bisignano (Calabria), Beato Humilde (Lucas Antonio) Pirozzo († 1637), religioso franciscano *.
11. En Roma, San Leonardo de Porto Mauricio († 1751), presbítero, religioso franciscano **.
12. En Nam-Dinh (Tonkín), santos Tomás Dinh Viet Du y Domingo Nguyen Van (Doan) Xuyen († 1839), presbíteros, de la Orden de Predicadores, mártires *.
13. En Bassano del Grappa (Italia), Beata Cayetana Sterni († 1889), viuda, fundadora de la Congregación de Hermanas de la Divina Voluntad **.
14. En Roma, Beato Santiago Alberione († 1971), presbítero, fundador de la Pía Sociedad de San Pablo **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN SILVESTRE GUZZOLINI

Abad († 1267)

En los inicios del siglo XIII la Iglesia asistió a un nuevo renacer de las órdenes religiosas, especialmente dedicadas al bien de los hombres, mediante la creación por parte de Santo Domingo de Guzmán y Francisco de Asís de sus entusiastas hermandades. Y podría preguntarse si se había agotado ya la savia que durante tantos siglos había hecho renacer una y otra vez la estirpe de los monjes cenobitas. Quizá podría haber algo de verdad en esto; pero un animador como San Silvestre, en las Marcas, supo galvanizar y renovar vigorosamente una nueva familia monástica enraizándola en sus orígenes.

Nació Silvestre hacia 1177 en Ósimo, cerca de Loreto y Ancona. Su padre, Guislerio de Jacopo, era jurisconsulto y su madre se llamaba Blanca Guislieri. Pertenecía a una antigua familia noble llamada «Guzzolini». Su padre lo envió a Bolonia y a Padua para seguir la carrera de leyes. Sin embargo no era ésta la afición de Silvestre, que se sentía sin ánimos de aprender el Derecho y en cambio se embarcaba en largas horas de lectura y estudio de la Sagrada Escritura y de la Teología. El sentido de lo sagrado, el interés por la ciencia de Dios, y el deseo de transmitir lo que aprendía en los libros lo impulsaron a tomar el estado eclesiástico, lo que suscitó la cólera paterna que rompió con el hijo que, según sus deseos, tan inoportunamente eludía continuar la tradición familiar.

Silvestre ingresó entonces en el cabildo de la catedral de Ósimo para dedicarse especialmente a la predicación. Carácter íntegro, no siendo precisamente época en que la jerarquía diese sus mejores muestras de dedicación y santidad ante el pueblo, llegó el momento en que tuvo que enfrentarse con su obispo por haber tenido que reprender su conducta desde el púlpito. En este caso no hay que descartar tampoco el elemento de las facciones políticas propias de la época dentro de la ciudad de Ósimo; el caso es que Sinibaldo, el prelado local, le mostró su animadversión. Estos problemas «terrenos», amén de una visión espiritual en la que Silvestre echaba de menos la considera-

ción de la superioridad de lo divino sobre lo humano, de lo celestial sobre lo terrestre, y la sobreabundancia de la vanidad y la ambición sobre la pobreza y la humildad, le hicieron entrar en sí y preguntarse si valía la pena enfrentarse en continuas polémicas y en quehaceres que superaban su saber. Sintió que Dios le llamaba a una forma de vida más interior, a la soledad, al desierto, como a los antiguos monjes anacoretas. Tomada la resolución, algunos cuentan que ante la vista de un cadáver, huyó de Ósimo un día del año 1227 a sus cincuenta años de edad.

Su primer lugar de retiro fue Gola de Rossa en el pre-apenino de las Marcas; allí llevó una vida de asidua oración y ásperas penitencias, reduciendo el alimento a lo mínimo posible. Y siempre en busca de una soledad más remota se trasladaba de gruta en gruta cada vez más inaccesibles; la última de ellas fue la de Grottafucile, donde con el tiempo levantaría un pequeño monasterio hoy prácticamente desaparecido. En 1228 recibió la visita de dos legados de Gregorio IX en visita apostólica por las iglesias vecinas, los dominicos Ricardo y Bonaparte, que le invitaron a adherirse a una de las órdenes ya aprobadas; ellos mismos le enviaron su primer discípulo, Felipe de Recanati. Silvestre optó por la Regla de San Benito. Esta elección fue el resultado de una búsqueda intensa y espiritual en la que, al final, según se cuenta, tuvo una visión en la que el mismo San Benito le animó y consoló en sus afanes de alcanzar la perfección. Pero, aun aceptando la Regla benedictina, el monacato de Silvestre hizo hincapié en una más acentuada vida de soledad, sencillez y austeridad en relación con la pobreza y simplicidad de la población que circundaba el monasterio. Silvestre fue, por lo tanto, hijo de San Benito, y la más antigua imagen que de él se conoce es una en la que se le representa al lado del Patriarca de Montecasino en el tríptico de Segna, hoy en el museo Metropolitan de Nueva York. La rama silvestrina formará una congregación llamada «Orden de San Benito de Montefano» aprobada por Inocencio IV en 1248.

En 1231 Silvestre deja Grottafucile y encuentra un lugar más apropiado para edificar un monasterio mayor en Monte Fano cerca de Fabriano. Lo levanta en unos terrenos ofrecidos para ello por unos devotos paisanos del entorno, cerca de una

fuente (o riachuelo) llamada Vembrici. Pronto el monasterio empieza a recibir más y más vocaciones para ser educadas en el camino de oración, de la lectio divina, del trabajo y de la acogida de los huéspedes y peregrinos, convirtiéndose para todos en padre espiritual y maestro de vida. Muchos de sus discípulos alcanzaron un alto nivel de vida espiritual e incluso son venerados como beatos en la Iglesia, como Juan del Bastone y Hugo de Atti, patrono de Sassoferrato.

Tras la aprobación pontificia la congregación se difunde rápidamente y en pocos años ya están fundados y consolidados más de diez monasterios. Con todo, Silvestre, a pesar de su amor a la soledad, no olvida su deseo de catequizar e instruir al pueblo, tan necesitado de buenos predicadores que iluminen el camino de la salvación por las sendas del Evangelio. Predica en las iglesias vecinas de Fabriano y la gente corre a oír al hombre de Dios y a pedirle que les encomiende al Señor en sus oraciones. En estas ocasiones más de una vez ocurren hechos milagrosos, signos siempre de su compasión y de su caridad para con los más necesitados: curación de ciegos y cojos, extinciones de fuegos, conversión del agua en vino, liberación de los malos espíritus, y hasta tiene tiempo para alargar milagrosamente una viga que había sido mal cortada y que había que colocar en un techo del monasterio.

Silvestre es un testigo ejemplar de la espiritualidad del siglo XIII. Nutrido espiritualmente con la Palabra de Dios, medita frecuentemente la Pasión de Cristo hasta llegar a sentirse trasladado en espíritu a Jerusalén junto al sepulcro del Señor. Sobresale también por su devoción a la Eucaristía y a la Madre de Dios en la que siempre confía como «Reina de la misericordia». María lo colma de gracias singulares: le ayuda a levantarse cuando cae por las escaleras y lo lleva en un instante a su celda; o cuando, estando solo y enfermo, es la misma Madre de Dios la que le trae la comunión a su lecho, escena que fue plasmada maravillosamente en lienzo por Claudio Ridolfi en 1632.

Tras una larga vida entregada a Dios, su vuelta definitiva a la casa paterna le llega en el atardecer del 26 de noviembre de 1267, a los pocos días de haber padecido unas fuertes fiebres. Un ermitaño que vivía en un monte no muy lejano lo ve subir a los cielos entre coros de ángeles. Otros discípulos suyos que es-

taban en monasterios lejanos vieron el Monte Fano completamente iluminado en aquella misma hora en que Silvestre partía para el cielo. Desde entonces el sepulcro de Silvestre es objeto de gran veneración, pues allí encuentran los fieles gracias y ayudas sin cuenta para todas sus necesidades.

La obra de Silvestre continúa hoy en sus hijos que viven repartidos por todo el mundo. Juntos forman la congregación benedictina silvestrina, bajo un abad general que es considerado el sucesor de San Silvestre. Del Monte Fano e Italia sus hijos han saltado a Skri Lanka, Australia, Filipinas y Estados Unidos de América del Norte. A todos ellos Silvestre les recuerda que han de vivir como hijos de Benito en una búsqueda apasionada de Dios, no anteponiendo nada al amor de Cristo, en la oración, en la lectura de la Escritura sagrada, en el trabajo y en la caridad fraterna.

LUIS M. PÉREZ SUÁREZ, OSB

Bibliografía

BAUDOT, J. - CHAUSSIN, L., OSB, *Vie des saints et des bienheureux*... XI: *Novembre* (París) 900-902.

PELLICCIA, G. - ROCCA, G. (dirs.), *Dizionario degli istituti di perfezione,* VIII (Roma 1988) 1520-1523.

PÉREZ DE URBEL, J., *Año cristiano,* IV (Madrid 1940).

SAN LEONARDO DE PORTO MAURICIO

Presbítero († 1751)

El 17 de marzo de 1923 Pío XI nombraba celestial patrono de los sacerdotes que se dedican a las misiones populares a San Leonardo de Porto Mauricio, «solícito y valiente pregonero de la divina palabra, escogidísimo obrero en la viña del Señor». Émulo de San Vicente Ferrer, protector de sus misiones, fue puesto por la divina Providencia en aquel siglo XVIII racionalista, frívolo y decadente, «el más bajo de los siglos», para predicar a Jesús crucificado y renovar la piedad, atenazada por el jansenismo hipócrita y frío.

Nació en Porto Mauricio (hoy Imperia), en la azul Riviera italiana, el 20 de diciembre de 1676 en un hogar de honrados

marinos. Niño serio y piadoso, fue enviado a los trece años a Roma, cursando los estudios de humanidades, retórica y filosofía en el célebre colegio romano, al mismo tiempo que, como congregante de los oratorios filipinos y del padre Caravita, adquiría una sólida formación espiritual. A los veintiún años, sin titubeo alguno, siguió la voz del Señor, que le llamaba al estado religioso, vistiendo el hábito franciscano el 2 de octubre de 1697 en la provincia reformada romana. Ordenado sacerdote el 23 de septiembre de 1702 y destinado a la enseñanza de la filosofía, cayó enfermo de una grave afección pulmonar, cuya curación, cinco años más tarde en su país natal, atribuyó a la Santísima Virgen, dedicándose inmediatamente de lleno al ministerio de la predicación. Trasladado en 1709 al convento de San Francisco al Monte, de Florencia, trabajó incansable en el establecimiento y organización de los conventos-retiros de la Orden, donde una selección de religiosos, observantísimos entre los observantes, vivían la pureza de la regla franciscana en un intransigente aislamiento del mundo. Nombrado guardián del retiro de San Francisco al Monte, que gobernó nueve años, logró fundar en 1717 un «super-retiro» en la cercana colina del Incontro, dotándole de unos estatutos calcados en el austerísimo espíritu de San Pedro de Alcántara y del Beato Buenaventura de Barcelona.

En este eremitorio, que llevaba el sugestivo nombre de «la Soledad del Encuentro», San Leonardo redactó aquel mismo año sus *Propósitos,* férreo programa detallado y razonado de su lucha por la perfección, que define «trato íntimo y comercio interior con Dios Uno y Trino». Poniendo como fundamento la desconfianza en sí mismo, se crea una inaccesible zona de seguridad, «una soledad mental llamada por mí País de la Fe, donde en olvido de todas las criaturas hablaré y conversaré con Dios». Armazón del edificio espiritual son las tres obras principales del día: la santa misa, precedida de la confesión y celebrada siempre con cilicio; el oficio divino, meditando la pasión del Señor; la oración mental, «mi pan cotidiano», que extendía a todas las horas libres de la jornada. Con el «cuchillo de la mortificación» a la mano, San Leonardo fija el método ascético de adquisición y ejercicio de las virtudes teologales, votos monásticos y virtudes

de religión, humildad, caridad con el prójimo y modestia; detalla las prácticas piadosas del día y las especiales de cada semana y mes, y reglamenta sus devociones predilectas: la pasión del Señor, que «meditaré día y noche»; el ejercicio del vía crucis, «que introduciré sin perdonar fatiga y aun lo impondré frecuentemente por penitencia»; la devoción a la Santísima Virgen, «cuyo sermón predicaré con especial fervor», llevando además por toda la vida, en memoria de sus siete dolores, una cruz con siete puntas sobre el pecho. Cada obra ha de llevar la etiqueta de la pureza de intención, la «nata del amor de Dios»; cada transgresión será castigada con el rezo del «Miserere» o una cruz en tierra con la lengua. Para la renovación de la pureza de intención y petición de la ayuda divina se propone la jaculatoria «Jesús mío, misericordia», que repetía millares de veces al día y recomendaba insistentemente a sus dirigidos y misionados. «El sello de todos estos mis propósitos —termina— será la presencia continua de Dios», para lo cual se ayudará de la mencionada jaculatoria y de un ingenioso recurso nemotécnico a los dedos de la mano.

No se trata del cuaderno de un novicio fervoroso; estos 66 propósitos eran la experiencia y ejercicio de veinte años de religioso perfecto. Cinco veces los revisó y copió, poniéndolos a la firma del confesor para tener el mérito de la obediencia. La última ratificación y copia en 1745, a los sesenta y nueve años de edad, testifican la plena validez y eficacia de este manualito privado de ascética y mística, cuya observancia, minuto a minuto, llevó a nuestro santo a las más altas cumbres de la santidad.

La fórmula de la espiritualidad de San Leonardo consistió en la equilibrada combinación de contemplación y acción. O como decía él mismo al definir su vocación: «Misión, estando siempre ocupado por Dios; soledad, estando siempre ocupado en Dios». Eterno ermitaño en su corazón, abandonaba la paz conventual para «la campaña contra el infierno», como llamaba a las misiones populares, el género predilecto de su apostolado, comenzado ya en 1708. Compuestos al principio su *Cuaresma* y los *Sermones de misión,* no se cuidó de renovarlos, y repitiéndolos apenas retocados en los mismos lugares —en Roma cerca de

veinte veces—, los efectos fueron siempre maravillosos. Con un lenguaje sencillo y directo —una perla rara en aquella época del ridículo y huero barroquismo oratorio—, exponía los novísimos, la gravedad del pecado, los males del escándalo, atacando con especial vehemencia e ironía al chichisbeo, el típico y pecaminoso galanteo de aquel siglo sensual y morboso. Personalmente con los pecadores era sereno, jovial y benigno, poniendo en una buena confesión el fin principal de las misiones.

Práctico y organizador, como auténtico genovés, compuso en 1712 el reglamento de misiones, que substancialmente, y aun en muchos detalles, coincide con el método corriente de las actuales misiones populares. Cada misión solía durar de quince a dieciocho días, comenzándose con la entrega del gran crucifijo, que plantaba en el palco o púlpito y señalaba patéticamente al pueblo: «He aquí el compendio de cuanto os vamos a predicar en estos santos días: Jesús crucificado». No se desdeñaba de hacer un moderado uso de piadosos recursos externos para crear y mantener el clima de misión, como tomar la disciplina interrumpiendo el sermón, la procesión de penitencia con el impresionante cuadro del «condenado», las procesiones del entierro de Jesús y de Nuestra Señora del Bello Amor, el lúgubre toque de la «campana del pecador» a las nueve de la noche. La misión terminaba con la solemne erección del vía crucis, «gran batería contra el infierno», de los que erigió 576. En días sucesivos daba pláticas al clero y ejercicios espirituales a las religiosas, forma de apostolado que, como igualmente la dirección espiritual, cultivó con abnegación y esmero. Sigilosamente se retiraba después al retiro más cercano «a predicar la misión a fray Leonardo», es decir, a intensificar su vida de penitencia y de unión con Dios.

Es imposible seguir el itinerario de sus cuarenta y cuatro años de misionero, en los que recorrió con los pies descalzos, sin sandalias, todos los caminos de la Italia del norte y central, dando 339 misiones, reseñadas en el diario de su inseparable compañero fray Diego de Florencia con la anotación de los prodigios obrados en ellas. Particularmente intensas y fructuosas fueron las misiones predicadas en Roma en el jubileo extraordinario de 1740, y, más tarde, en la preparación del Año

Santo de 1750, terminado con la solemne inauguración de las estaciones del vía crucis en el Coliseo el 27 de diciembre. Muy curiosas y accidentadas, pero plenamente logradas, las misiones de Córcega en 1744 ante auditorios frecuentemente armados de punta en blanco.

«Deseo morir en misión con la espada en la mano contra el infierno» —dice uno de sus propósitos—. Y así fue literalmente. Acabó su última misión el 24 de octubre de 1751 en las montañas de Bolonia; el 26 de noviembre, próximo a cumplir setenta y cinco años, moría en su amado retiro de San Buenaventura de Roma este «gran cazador del paraíso», como le llamaba su amigo Benedicto XIV. Anticipándose en más de un siglo a la «lluvia de rosas» de Santa Teresita, había escrito con fuerte estilo misional: «Cuando muera revolucionaré el paraíso y obligaré a los ángeles, a los apóstoles, a todos los santos, a que hagan una santa violencia a la Santísima Trinidad para que mande hombres apostólicos y llueva un diluvio de gracias eficacísimas que conviertan la tierra en cielo».

Fue beatificado el 19 de junio de 1796 y canonizado el 29 de junio de 1867. La iconografía le muestra con el crucifijo misionero en el pecho o en el acto de mostrarlo al auditorio, emblema merecidísimo de este gran propagador del vía crucis y predicador incansable de Jesús crucificado, «principio y fin de toda nuestra obra».

ISIDORO DE VILLAPADIERNA, OFMCap

Bibliografía

GUASTI, C., *Vita di San Leonardo da Porto Maurizio* (Milán 1951).

LEONARDO DA PORTO MAURICIO (SAN), *Opere complete,* 13 vols. (Roma 1853-1854); (Venecia 1868-1869, 5 vols.); completados con tres nuevos volúmenes de inéditos editados por B. INNOCENTI, OFM: Quaracchi 1915, Arezzo 1925 y 1929.

— *Discurso sobre el vía crucis* (Murcia 1915).

— *Una misa más o menos ¿poco importa?* (Barcelona 1898).

— *Propósitos* (Tournai 1907).

— *El Tesoro escondido ó Breve instrucción sobre la Santa Misa* (Einsiedeln 1903).

MASSERANO, G. M., OFM, *Vita di San Leonardo da Porto Maurizio, missionario apostolico dei Minori riformati del ritiro di San Bonaventura di Roma...* (Roma 1867).

RAFFAELE DA ROMA, OFMR, *Vita del servo di Dio padre Leonardo da Porto Maurizio...* (Roma 1754).

— *Vita del b. Leonardo da Porto Maurizio missionario apostolico dei Minori Riformati del ritiro di S. Bonaventura di Roma* (Roma 1853).

SCHMIDT, I., OFM, «Bibliografía di S. Leonardo da Porto Maurizio»: *Archivum Franciscanum Historicum* 40 (1947) 208-275.
Studi Francescani 24 (1952), monográfico sobre la espiritualidad y apostolado de San Leonardo da Porto.

BEATA CAYETANA STERNI
Virgen († 1889)

Atestigua la carta a los Hebreos que el Hijo de Dios, en entrando en este mundo, se dirigió desde su humanidad al Padre para decirle que venía dispuesto a hacer la divina voluntad (Heb 10,10). Y asegura que en virtud de esa voluntad humana de Cristo que se adhiere de forma perfecta a la voluntad divina nosotros somos santificados. Éste fue el ideal de Cristo a lo largo de toda su vida terrena, hasta el punto de manifestar que hacer la voluntad del Padre era su verdadero alimento (Jn 4,34), y por ello subrayó que había bajado del cielo no para hacer su voluntad sino la voluntad del Padre que lo había enviado (Jn 6,38), y así lo dejó totalmente de manifiesto cuando, enfrentado a su dolorosa pasión, la eligió porque ésa era la voluntad del Padre: «No se haga mi voluntad sino la tuya» (Lc 22,42). Por eso, al enseñar a orar a sus discípulos, les invitó a decir: «Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo» (Mt 6,10).

Seguidora heroica de la enseñanza y del ejemplo de Jesucristo anduvo por la senda de la voluntad divina la Beata Cayetana Sterni, fundadora de las Hermanas de la Divina Voluntad. Había nacido a este mundo en Cassola, de la diócesis de Padua, en Italia, el 16 de junio de 1827. Eran sus padres Giovanni Battista Sterni y Giovanna Chiuppani. Su padre administraba las fincas de la familia Mora, y allí el matrimonio podía vivir con bastante holgura criando cristianamente a los seis hijos con que Dios lo había bendecido. Al día siguiente de su nacimiento la niña Cayetana fue llevada a la parroquia local donde recibió el sacramento del bautismo. La primera educación la recibe en el seno de su casa, una educación plenamente imbuida de espíritu cristiano. Aprende a conocer y a amar a Dios nuestro Padre y a dirigir a él cada día su corazón.

La bonanza económica sin embargo duraría poco. Pues la familia se traslada en 1835 a Bassano del Grappa, en la diócesis

de Vincenza, y a poco sus condiciones económicas cambian radicalmente, comenzando a experimentar fuertes dificultades. Desde los 8 años Cayetana se ve obligada a echar una mano firme cada día en los trabajos domésticos, y ya desde tan tierna edad lo hace con voluntad y entrega. Les esperaban a los Sterni dolorosas experiencias, de las que hubo de participar Cayetana en la adolescencia. Su hermana mayor, Margarita, fallece con sólo 18 años y, poco después, es el padre el que fallece, dejando a la familia en una difícil situación. Su hermano Francisco, que podía haber aportado un sueldo a la familia, decide alejarse en seguimiento de su vocación artística. Cayetana se une a su madre estrechamente para aliviar con su cariño el dolor de la buena mujer. Muy pronto, con sólo 15 años, es una chica inteligente, sensible y madura, abierta a la vida. Guiada por su madre ha aprendido el valor de la oración y la frecuencia de los sacramentos. Llena de buen sentido y de una delicada feminidad, era muy apreciada en su hogar y la gente de su pueblo reconocía las buenas cualidades de la jovencita.

Y entonces llegó el amor. Como se ha dicho, era muy sensible y madura. Y un joven viudo se fijó en ella. Se llamaba Liberale Conte. Era un joven emprendedor y de muy buenas cualidades que, tras un feliz matrimonio en el que había tenido tres hijos, había pasado por la desgracia de quedarse viudo. Es verdad que necesitaba una nueva madre para sus hijos, pero se acercó a Cayetana movido por el amor que la joven le inspiraba. Cayetana se enamoró de él, se enamoró profundamente. Valoró su hombría de bien, el cariño que tenía a sus hijos, su trato delicado y afable, y decidió contraer matrimonio con él. El pariente que hacía de tutor de ella y de sus hermanos huérfanos no estaba de acuerdo, pero Cayetana venció su resistencia y, con licencia de su madre, el 7 de noviembre de 1842 contrajo matrimonio con Liberale. Desde el principio el matrimonio fue feliz, pues Liberale y Cayetana se amaban intensamente y ella supo ser enseguida una madre para los tres hijos de su marido. Ella llena el hogar de vitalidad, serenidad y alegría. Para colmo de felicidad Cayetana se da cuenta de que está esperando un hijo. Su marido y ella rebosan de alegría. Y un día, estando Cayetana haciendo su oración, como acostumbraba, tiene el presenti-

miento de que su felicidad humana durará poco y de que el Señor llamaría a sí a sus prendas más queridas. En un primer momento asoma por su alma un sentimiento como de desesperación, pero siente al mismo tiempo una fuerza misteriosa que la lleva a aceptar y a abrazarse a la voluntad de Dios. Y dice con convicción: «Sea lo que Dios quiera». Su presentimiento se cumplió: su queridísimo esposo fallecía de forma inesperada al poco tiempo, y ella quedó en la desolación. Se miraba a sí misma esperando un hijo y miraba el dolor de los tres pequeños de su marido, y se ofrece para seguir haciendo con ellos de madre. De momento siguen junto a ella, compartiendo todos el dolor por la ausencia del padre y esposo querido, pero la familia del marido no se resigna a que los pequeños queden para siempre con Cayetana. Empiezan las sospechas, las incomprensiones, las calumnias. Para colmo de dolor, el hijo que tiene Cayetana ya huérfano de padre fallece a los pocos meses de su nacimiento. A Cayetana todos los dolores la maduraban porque los recibía en la fe y en medio de ellos solicitaba conocer para poder abrazarse a la voluntad de Dios. Por fin Cayetana se ve obligada a entregar los niños a la familia de su marido, y decide regresar a la casa de su madre. Tenía entonces 19 años. Cayetana no guarda rencor. Se muestra llena de caridad y logrará la reconciliación con todos los familiares.

¿Qué hará Cayetana, tan joven y viuda? Les pareció a muchos que lo propio era que esperara una segunda oportunidad en la vida y estuviera abierta a contraer un nuevo matrimonio. Ella se hizo más asidua a la oración y su pregunta era siempre la misma: cuál era la voluntad de Dios con ella. Consultaba el estado del espíritu con su confesor y éste la animaba a estar disponible a lo que Dios quisiera. Y estaba en la oración cuando siente que Dios le dice que él será en adelante su único esposo. Admirada de este sentimiento lo consulta con su confesor, el cual le dice que entiende que viene de Dios, y que su vocación es la vida religiosa. Se llena de alegría interior al pensar que es Dios quien la quiere por esposa y resuelve ingresar en el convento de las canosianas allí en el pueblo donde vive. Es admitida y comienza el postulantado. Cinco meses de nueva felicidad: se sentía feliz en el convento. Pero su felicidad se trunca de

nuevo. Muere su madre y ella debe volver al hogar para hacerse cargo de sus hermanos pequeños.

Cayetana pasará ahora años en su casa cuidando de sus hermanos hasta que éstos puedan valerse por sí mismos. Pero ella estaba segura de que su situación en su casa materna era provisional, pues una voz interior, sentida ya en el postulantado, la avisaba de que lo que Dios quería definitivamente de ella era que se dedicara a los pobres del hospicio, una institución existente en aquella población y dedicada a acoger un centenar de víctimas de la vida desordenada y del vicio en su gran mayoría. Su confesor no termina de ver que ésta sea su verdadera vocación, pero ella la madura en la oración y logra que su confesor también lo vea. Por eso, en cuanto puede, deja su casa y se va al hospicio para vivir en él dedicada a su servicio. Era el 20 de septiembre del año 1853. Tenía Cayetana 26 años. Se entrega completamente al servicio de los pobres con infatigable caridad. En las noches vela junto al lecho de los moribundos, se ocupa en los servicios más humildes a los ancianos y enfermos, y su vida resplandece por la abnegación, la dulzura, la suavidad y la ternura, movida por la firme convicción de que servía a Dios mismo en cada pobre y necesitado.

El ejemplo de Cayetana cunde. Otras jóvenes desean unirse a ella en el servicio a los humildes. A los 33 años, con la aprobación de su confesor, Don Simonetti, ella hace el voto de donación de sí misma. Y comienza a ver cada día con más claridad que Dios la quiere fundadora de un nuevo instituto religioso que sirva a los pobres del Hospicio con el mérito de la vida religiosa. Se inspira en la doctrina y el ejemplo de San Francisco de Sales, a quien profesaba especial devoción, y con consentimiento de la superioridad eclesiástica empieza la vida común en 1865. Quiere que la congregación se llame de Hijas de la Divina Voluntad. El 29 de enero de 1872, fiesta de San Francisco de Sales, Cayetana con las primeras religiosas hace el acto de consagración a la Divina Voluntad. Queda ella como superioridad de la nueva institución religiosa. El obispo de Vincenza aprobó oficialmente las reglas de la congregación el año 1875.

Permitió el Señor que Cayetana pasara por una larga noche oscura del espíritu a lo largo de 17 años, lo que la llevó a una

perfecta abnegación de sí misma, y la preparó para hacer en 20 de enero de 1884 el voto de perfectísimo obsequio a la voluntad divina.

Cuando le llegó la hora de la muerte, Cayetana había consolidado su institución, que posteriormente se ha difundido por Europa, América y África. Sus hijas la amaban tiernamente como a una madre y la cuidaron en su dolorosa enfermedad, entregando su espíritu al Señor en Bassano del Grappa el 26 de noviembre de 1889.

Su fama de santidad provocó la apertura del proceso informativo diocesano, que se llevó adelante en Vincenza entre 1960-1964. Pasó el proceso a Roma y sus virtudes fueron declaradas heroicas el 22 de enero de 1991. El milagro se produjo en la persona de Arcángela de Ruggiero, la cual estaba moribunda a causa de una apendicitis gangrenosa, y fue curada por la intercesión celestial de Cayetana en octubre de 1963. Aprobado el milagro el 24 de abril de 2001, ese mismo año el 4 de noviembre procedió el Santo Padre Juan Pablo II a su beatificación.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 83 (1991) 615s; 94 (2002) 241s.

CAYETANA STERNI (SANTA), *Autobiografia di Madre Gaetana Sterni, fondatrice delle Suore della Divina Volontà* (Vincenza 1978).

http://www.vatican.va/news_services/liturgy/sai.../ns_lit_doc 200011104_beat-sterni

BEATO SANTIAGO ALBERIONE

Presbítero († 1971)

El fundador de la plural y fecunda Familia Paulina nació en San Lorenzo di Fossano (Cuneo, Italia) el 4 de abril de 1884. Su padre era Michele y su madre Teresa Alloco, pertenecientes a la clase social campesina, y tuvieron seis hijos, a los que decidieron educar en el santo temor de Dios, enseñándoles desde pequeños a amar y servir a Dios Nuestro Señor. Al día siguiente del nacimiento de Santiago lo llevaron a bautizar a la iglesia

parroquial del pueblo. Aquél era el cuarto de los hijos con que Dios bendecía su hogar.

En el clima de su hogar cristiano brotó muy pronto en el corazón del niño la semilla de la vocación sacerdotal que Dios depositaba en él. Luego de la enseñanza primaria, con solos doce años ingresa en el seminario de Bra, en el que estaría desde 1896 a 1900 y en el que demostraría una excelente conducta, que avaló su paso al seminario de Alba cuando ya contaba dieciséis años en 1900. Aquel año era Año Santo, proclamado por el papa León XIII, que había dirigido a la comunidad católica la encíclica —que impactó a Santiago— *Tametsi futura* y había de muchos modos iluminado el sendero por donde debía circular la Iglesia en su paso por el mundo. Era aquel año el último del siglo XIX, un siglo en el que la Iglesia había sufrido numerosas persecuciones y afrontado gravísimos problemas, y se veía la Cátedra de Pedro y con ella la Iglesia frente a un nuevo siglo, que había que abordar con responsabilidad y esperanza. Para muchas almas el último día del siglo viejo y el primero del siglo nuevo era un tiempo de oración, de plegaria, de reflexión ardiente, de acudir a Dios con confianza en su infinita misericordia para solicitar su ayuda imprescindible en medio de toda la problemática del tiempo. Aquélla fue la oportunidad en que el Señor hizo entrar a Santiago en la experiencia determinante de su vida. Oró cuatro horas seguidas ante el Santísimo Sacramento y proyectó a la luz de Dios su futuro. De la Sagrada Forma le vino una luz especial, sintiéndose profundamente obligado a prepararse para hacer algo por el Señor y por los hombres del nuevo siglo, y este algo consistiría en servir a la Iglesia con los nuevos medios que el ingenio humano estaba creando. Esta experiencia religiosa jamás la olvidaría Santiago Alberione que les diría muchas veces a sus hijos espirituales: «Habéis nacido de la Hostia, del Sagrario».

Santiago, a fin de prepararse adecuadamente al sacerdocio, se entregó con gran espíritu a sus estudios. Estudió filosofía los años 1900-1902, estudió teología dogmática los años 1902-1906 y luego estudió la teología moral de 1906 a 1908. Casi al final de estos estudios recibió el orden sagrado del presbiterado el 28 de junio de 1907. Llegó al sacerdocio con el alma llena de una vo-

luntad firme de dedicarse por entero a Cristo y a su causa y de hacer el mayor bien posible a toda la comunidad cristiana. Terminados sus estudios de teología moral, le fue indicado por los superiores que era conveniente se licenciase por la Facultad Teológica de Santo Tomás de Aquino, de Génova, como así hizo, y recibió en marzo de 1908 su primer destino sacerdotal. Fue nombrado vicepárroco en la parroquia de San Bernardo en Narzole. Fue su primer contacto con el servicio a las almas y lo llevó adelante con gran entrega e ilusión, pero el cargo le duró poco, porque su obispo, monseñor Giuseppe Francesco Re († 1933), en octubre de aquel año lo destinó al seminario diocesano con el cargo de director espiritual. Era un sacerdote muy joven, y el cargo muy delicado, pero el obispo estaba seguro de la espiritualidad del joven sacerdote y se lo encomendó. Lo mantendría hasta 1920, cuando Santiago obtiene de su prelado la gracia de dedicarse por entero al instituto que en 1914 había fundado y que reclamaba la totalidad de su tiempo. De todos modos, de su paso por Narzole él sacó además la compañía del futuro beato Timoteo Giaccardo, llamado entonces José, y que sería verdaderamente para él un colaborador magnífico. También sacó de su experiencia parroquial la convicción del papel activo que las mujeres deben tener en la vida de la Iglesia.

Santiago, además de desempeñar su cargo de director espiritual del seminario de Alba, llevaba adelante un intenso y fecundo apostolado. Predicaba en muchos sitios con mucho espíritu, daba catequesis en varias iglesias y pronunciaba conferencias en diversas parroquias de la diócesis. Y en medio de este apostolado activo, basado sobre todo en la transmisión de la palabra divina, llegó a la conclusión de que aquel algo que el Señor quería de él, y que sería su peculiar carisma y llamada, consistía en predicar el evangelio a todos los hombres con el espíritu del apóstol San Pablo, utilizando los medios modernos de comunicación. Atestiguan tal orientación dos libros suyos: *Apuntes de teología pastoral* (1912) y *La mujer asociada al celo sacerdotal* (1915).

Esta misión tomaría forma de grupo humano con la creación de la familia paulina, que tuvo su comienzo en 1914, cuando moría el papa San Pío X y comenzaba la I Guerra Mundial. La Pía Sociedad de San Pablo tuvo un pobre comienzo, pues

como comentará Alberione, las obras de Dios empiezan en el pesebre y ésa es la pedagogía divina. La familia religiosa creada por el P. Alberione se compone de hombres y mujeres. La primera mujer que siguió a Santiago fue la joven Teresa Merlo. Con su colaboración, Santiago dio comienzo a la Congregación de Hijas de San Pablo (1915), desarrollándose así la familia paulina, acudiendo siempre en mayor número vocaciones masculinas y femeninas, y de esta forma delineándose y tomando forma el apostolado.

Las Hijas de San Pablo en 1918 abrirían nueva casa en Susa (Turín), dando principio a una intrépida historia de fe e iniciativas, que dio lugar a un estilo denominado a la paulina. En 1923 Alberione cayó gravemente enfermo y pareció que su mal no tenía cura, por lo que se difundió la preocupación por el futuro de su obra, aún en fase de consolidación. Pero la intercesión gloriosa del apóstol San Pablo curó al enfermo, y así la familia paulina siguió adelante. Al año siguiente nació la segunda congregación femenina, denominada Pías Discípulas del Divino Maestro, dedicadas al apostolado eucarístico, sacerdotal y litúrgico. Como guía de ellas estableció el P. Alberione a la joven hermana María Escolástica Rivata, que no moriría hasta los noventa años y en olor de santidad.

Para entonces el P. Alberione estaba seguro de que era necesario un enérgico apostolado de la prensa, y se dedicó a ello. Apareció primero la revista *Vida pastoral* dedicada a los párrocos (1912). En 1921 saldría la hojita semanal *El domingo* con la intención de llevar a los fieles la estima por el día del Señor. Vino luego la revista semanal *Familia cristiana* (1931) para fomentar los valores de los hogares cristianos. En 1933 aparecerá *La Madre de Dios,* revista que exaltaba los valores de la figura de la Virgen María y la utilidad de su devoción. En 1937, y dirigida al clero, sale la revista *Pastor bonus,* editada en lengua latina; en 1952, la revista mensual *Camino, verdad y vida,* con finalidad catequética. Y ese mismo año la revista *La vida en Cristo y en la Iglesia,* para fomento de la espiritualidad litúrgica. Y en 1924 se había dirigido a los niños con la revista infantil *Il Giornalino.*

Todo ello mostró que Santiago era capaz de grandes obras. Y así empezó la construcción de la iglesia de San Pablo en Alba,

para continuar con las dos dedicadas a Jesús Maestro en Alba y Roma. En la propia Roma edificaría el santuario dedicado a la Virgen con el título de Reina de los Apóstoles.

Su obra crecía y se consolidaba, y empezaría a extenderse por toda Italia y por otras naciones, de forma que cada vez el apostolado paulino estaba presente con su aire activo y su sana modernidad en muchas partes.

Nace en octubre de 1938 una tercera congregación femenina: Hermanas de Jesús Buen Pastor, cuya finalidad es el apostolado pastoral directo en colaboración y ayuda con los pastores de la Iglesia.

Santiago cuidaba de la vida espiritual de todos los miembros de sus congregaciones, siendo para él lo más importante que todo apostolado se hiciera desde una vida interior intensa como la que él personalmente llevaba. Dictaba meditaciones, daba criterios apostólicos y orientaciones precisas, predicaba para sus religiosos y religiosas ejercicios y retiros espirituales, y muchas de estas reflexiones quedaron recogidas en los llamados *Cuadernillos espirituales.*

Esta tan abundante vida interior, cultivada con tanto afán, produjo nuevas instituciones religiosas: el Instituto Regina Apostolorum o de las Apostolinas, dedicado al gran tema vocacional, y los institutos de vida secular consagrada: San Gabriel Arcángel, Virgen de la Anunciación, Jesús Sacerdote y Sagrada Familia, a los que hay que unir los Cooperadores Paulinos, y se forma así una cadena de diez instituciones con una espiritualidad común y un ideal apostólico que da aliento a todas.

Santiago Alberione vivió con mucha intensidad el gran acontecimiento eclesial del Concilio Vaticano II. Vivía en Roma y acudió cada día a sus sesiones para estar al tanto de las grandes corrientes de pensamiento y acción apostólica que el Concilio puso en marcha. Pero no hizo comentarios. Atendía, escuchaba, recibía sus documentos con obediencia y alegría y mostraba en todo momento su sintonía con la Iglesia y su comunión perfecta con el Papa. Es de lógica que una familia espiritual tan grande y variada significaba para él un trabajo continuo, una preocupación constante, una fuente ciertamente de satisfacciones pero también de sufrimientos. Su vida interior, su

piedad eucarística, su oración permanente fueron la fuente de su energía y de su actividad apostólica continua. Sobrellevó también la enfermedad que le acompañaría hasta el final, y que no disminuiría los años de su vida —vivió 87 años— pero sí lo mortificó y unió a la cruz de Cristo. El papa Pablo VI, que tanto sintonizaba con él en los ideales paulinos, lo estimaba en gran manera. Cuando supo que Santiago estaba ya muy enfermo le fue a visitar y le dio personalmente su bendición apostólica, lo que sirvió de gran consuelo a este gran corazón católico que era Santiago Alberione.

Su muerte tuvo lugar el 26 de noviembre de 1971 en Roma. Había dado un mensaje claro: hay que evangelizar con todos los medios que el mundo moderno pone a disposición de los creyentes, nuevos medios de comunicación que si por un lado pueden ser utilizados en contra de la religión, pueden también, y ahí tiene que estar la sabiduría cristiana, ser puestos al servicio de la causa del reino de Dios en el mundo, al servicio del anuncio misionero de Cristo, el único Redentor. En definitiva, el ideal de Pablo era que Cristo fuera anunciado por cualquier medio, con tal de que lo fuera (Flp 1,18), y ese ideal había sido el que alentó la vida de Santiago Alberione. La fama de santidad ya le acompañaba en vida. Continuó después de su muerte. Y por ello se llegó al decreto de licencia para la introducción de su causa el 4 de mayo de 1981. Sus virtudes fueron declaradas heroicas el 25 de junio de 1996. Un milagro efectuado por su intercesión fue aceptado el 20 de diciembre de 2002 y su beatificación la ofició el papa Juan Pablo II el 27 de abril de 2003.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

Bibliotheca sanctorum. Appendice prima (Roma 1987) cols.27-31.
BORTOLINI, J., *Un profeta de la comunicación social, P. Santiago Alberione* (Madrid 1983).
L'Osservatore Romano (ed. en español) (25-4-2003) 13 225.
ROLFO, L., *Don Alberione. Appunti per una biografia* (Alba 1974).
SALA, R., *El P. Santiago Alberione: fundador de la Familia Paulina (1884-1971)* (Madrid 2003).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN SIRICIO
Papa († 399)

Romano de nacimiento y miembro desde joven del clero romano, del que fue primero lector y luego diácono, a la muerte del papa San Dámaso (11 de diciembre de 384) fue elegido para sucederle por unanimidad. Aunque San Jerónimo, que con la muerte de Dámaso perdió su puesto de consejero papal, llama a Siricio persona simple e insignificante, la historia no ha estado de acuerdo con este severo juicio, pues los quince años de su pontificado demostraron que era una persona muy digna y muy capaz de ocupar la sede romana.

Su decretal dirigida a Himerio, fechada el 15 de febrero de 385, muestra su alto concepto de la disciplina eclesiástica. En ella responde a las preguntas que el obispo tarraconense había dirigido al Papa anterior. En ella muestra una clara conciencia del primado de la sede romana y de su deber por velar por el buen orden en toda la Iglesia. Encarga a Himerio que dé a conocer sus normas a los obispos de las regiones vecinas puesto que sus decisiones tienen valor universal. En el año 386 celebró un sínodo en el que se compusieron nuevos cánones referentes a diferentes asuntos canónicos y se los envió a obispos de diferentes regiones pidiendo su exacta observancia. En otro sínodo del año 390 condenó a Joviniano, sus prácticas ascéticas y su doctrina, en la que se incluía la negación de la perpetua virginidad de María. Reforzó el vicariato romano en el Ilírico y desaprobó la condena a muerte de Prisciliano por parte del usurpador Máximo, preocupándose para que el priscilianismo fuera combatido en España. En su tiempo se ampliaron varios títulos romanos y se hizo una nueva basílica de San Pablo Extramuros. Murió el 26 de noviembre del 399.

SAN CONRADO DE CONSTANZA

Obispo († 975)

Hijo del conde Enrique de Altdorf, perteneciente al partido güelfo, fue educado en la escuela catedralicia de Constanza y entró en el clero de esta diócesis. Era amigo de San Ulrico, obispo de Augsburgo, y en presencia del mismo fue elegido obispo de Constanza. Procuró ser un buen pastor de su rebaño, celoso en la predicación y la administración de los sacramentos. Erigió varias iglesias para el mejor servicio de los fieles, y a favor de los pobres abrió diversos hospitales. Ajeno a la actividad política pero amigo del emperador Otón I, acudió con él a Roma para su coronación imperial (964). Se cuenta de él que peregrinó devotamente a Tierra Santa. Murió el 26 de noviembre de 975 y fue enterrado en la iglesia catedral. Su canonización le fue pedida al papa Calixto II por el obispo Ulrico de Constanza († 1127), y el Papa envió una bula fechada el 28 de marzo de 1123 en la que declaraba santo a Conrado, procediéndose entonces al solemne levantamiento de sus reliquias. Éstas serían arrojadas al lago de Constanza cuando la reforma protestante del siglo XVI.

SAN BELINO DE PADUA

Obispo y mártir († 1147)

Belino Bertaldi había nacido en Padua los últimos años del siglo XI y habiendo optado por la vida clerical era en 1107 canónigo presbítero en la catedral paduana. Le tocó vivir años difíciles. El obispo de Padua, Milón, se había adherido al partido imperial y había aceptado al antipapa Clemente III. Habiendo excomulgado Pascual II al sucesor de Milón, el arcediano Pedro, y puesto en su lugar al obispo Sinibaldo, Belino se decantó siempre por la autoridad del verdadero Papa y, cuando vino a Italia el emperador Enrique V y levantaron cabeza los imperiales, hubo de retirarse con su obispo al marquesado de Este. Belino consiguió la sumisión de Pedro y se dedicó a la reconstrucción de la catedral, dañada en un terremoto, y a la reforma de los canónigos. Cuando volvió en 1120 Sinibaldo a su diócesis

halló en Belino su mejor colaborador y ayudante para los planes de reforma pastoral necesarios. Exactamente no se sabe cuándo sucedió Belino a Sinibaldo pero se sabe que en octubre de 1126 aún era canónigo arcipreste y el 10 de diciembre de 1128 ya era obispo de Padua. Rodeado de gran prestigio por la santidad de su vida, el ideal de Belino fue implantar en la diócesis el programa de la reforma gregoriana. Logró rescatar los bienes de iglesias y monasterios perdidos en la lucha pasada, logró poner bajo la autoridad de la mitra episcopal toda iglesia que tuviera aneja la cura de almas, reorganizó las parroquias de la ciudad, procuró la unidad pastoral y espiritual de los sacerdotes, multiplicó las escuelas elementales para niños y procuró que Padua fuera sede de las debidas libertades ciudadanas. Se mostró enérgico y decidido y no tuvo respeto humano ni miedo a lesionar intereses bastardos de algunos poderosos. Y ésta fue la causa de su muerte martirial. El 26 de noviembre de 1147 se dirigía al monasterio de Vangadizza cuando fue asaltado por unos malvados, asalariados de la familia paduana de Capodivacca, y asesinado. Se dijo que lo había canonizado Eugenio IV en el siglo XV, pero esto no parece históricamente seguro. La iglesia de San Belino fue elevada por Clemente XIII en 1774 a la categoría de basílica.

SAN PONCIO DE FAUCIGNY

Abad († 1178)

Era la suya una noble familia saboyana, de la que él nace hacia 1100. Muy joven profesa en la abadía de Abondance, de canónigos regulares, y por influencia suya se revisan las constituciones para ponerlas más de acuerdo con la regla de San Agustín. En 1144 es elegido para la fundación de una nueva abadía en Sixt, consiguiéndose, en efecto, en 1155 que el papa Adriano IV le concediera el título de abadía. Poncio fue elegido su primer abad y gozó de autonomía con respecto a la de Abondance, pero Poncio se mantuvo en continuo contacto con ésta. En 1154 logró que también el priorato de Entremont, dependiente de Sixt, fuera elevado a la categoría de abadía. Su crédito como abad diligente, prudente y santo lo rodeó en todos

estos años, y eso hizo que en 1172 su antigua abadía de Abondance lo eligiera abad y la rigiera santamente. Pero se sentía mayor y pidió se le permitiera prepararse a la muerte en el recogimiento y la oración. Renunció a su cargo de abad y volvió como simple religioso a Sixt, donde murió el 26 de noviembre de 1178. Era muy devoto suyo San Francisco de Sales, que el 14 de noviembre de 1620 abrió la tumba y recogió algunas reliquias. La diócesis de Annecy pidió la confirmación de su culto y la obtuvo de León XIII el 15 de diciembre de 1896.

BEATA DELFINA

Viuda († ca. 1360)

La biografía de esta bienaventurada, a veces llamada santa, está contada junto con la de su esposo el 27 de septiembre, a donde remitimos al lector.

BEATOS HUGO TAYLOR Y MAMARDUCO BOWES

Mártires († 1585)

A quienes primero se aplicó el estatuto 27 de Isabel, por el cual se declaraba traición ordenarse sacerdote en el extranjero y volver a Inglaterra, y felonía el acoger a cualquiera de los así ordenados sacerdotes, fueron este sacerdote, Hugo Taylor, y este seglar, Mamarduco Bowes, martirizados el 26 de noviembre de 1585 o, como quieren otras fuentes, sacrificado el sacerdote el viernes 25 y el seglar el sábado 26. De todos modos el *Martirologio* los conmemora juntos. Fueron ahorcados, destripados y descuartizados en York en la fecha indicada.

HUGO TAYLOR se sabe que era natural de Durham pero no se tienen noticias de su familia y juventud. Luego de hacer los estudios en el colegio inglés, se había ordenado sacerdote en 1584 y había vuelto a Inglaterra donde ejercía su ministerio cuando fue arrestado por orden de Lord Envers en 1585 y fue juzgado el 24 de noviembre de ese año, estando preso en el castillo de York. Se le aplicó el estatuto 27 de Isabel y fue condenado a muerte por traidor. Al día siguiente de su condena pudo

decir misa y en ella se ofreció al Señor pidiéndole la gracia de morir un viernes como el Redentor.

MAMARDUCO BOWES era natural de Angram Grange, cerca de Appleton, en Cleveland, era un rico terrateniente, estaba casado y tenía varios hijos. Sus vecinos lo estimaban por sus buenas cualidades. Era católico de corazón, aunque para evitar las consecuencias tremendas de confiscación de sus bienes disimulaba su catolicismo y aparecía como protestante. Pero tenía para sus hijos un maestro católico y albergaba sacerdotes en su casa. El maestro apostató y denunció a Mamarduco. Arrestado y llevado ante el tribunal, confesó la fe, se arrepintió de haberla disimulado y ofreció su muerte como satisfacción por este disimulo. Murió con tranquilidad y paz confesando la fe católica.

Ambos fueron beatificados el 22 de noviembre de 1987 por el papa Juan Pablo II.

SAN HUMILDE DE BISIGNANO

Religioso († 1637)

Lucas Antonio Pirozzo nace en Bisignano el 26 de agosto de 1582. A los 27 años opta por la vida religiosa en la Orden franciscana y al comenzar el noviciado toma el nombre de Humilde Bisignano. Hace su formación como religioso en los conventos de Dipignano y Mesoraca, y es destinado a los humildes trabajos propios de su condición de hermano: portero, sacristán, cocinero, hortelano y limosnero, cargos todos que realizó con enorme espíritu de humildad y verdadera religiosidad. Manifestó un continuo acatamiento a las órdenes de los superiores y una continua mortificación y penitencia en todo su trabajo asiduo y humilde. Gran amante de la Eucaristía y de la Pasión de Cristo, invitaba a todos a padecer por amor de Jesucristo y a ofrecer los trabajos y dolores en reparación de los pecados. Igualmente tenía una exquisita devoción a la Santísima Virgen, a la que siempre llamaba la Inmaculada, insistiendo en el misterio de su concepción sin mancha. El Señor lo adornó de carismas místicos como los éxtasis y el don de milagros, siendo interrogado por la autoridad de la Iglesia en repetidas ocasiones para cerciorarse de la ortodoxia de sus palabras y de la verdad

de sus carismas. Los papas Gregorio XV y Urbano VIII le llamaron a Roma porque querían conocerlo personalmente y no dudaron en someter a su juicio algunos graves asuntos de la Iglesia, respondiendo él a las consultas con la misma humildad y sinceridad con que procedía en todas sus cosas. Luego de pasar una temporada en Roma para estar cerca del papa, pudo volver a su convento de Bisignano donde vino a morir con la muerte de los justos el 26 de noviembre de 1637 a la edad de 55 años. El papa Pío VI proclamó sus virtudes heroicas el 4 de octubre de 1780, el papa León XIII lo beatificó el 29 de enero de 1892 y el papa Juan Pablo II procedió a canonizarlo el 19 de mayo de 2002.

SANTOS TOMÁS DINH VIET DU Y DOMINGO NGUYEN VAN (DOAN) XUYEN

Presbíteros y mártires († 1839)

El 26 de noviembre de 1839 en Nam-Dinh, en el llamado Campo de las Siete Yugadas, fueron decapitados dos sacerdotes católicos, que eran además religiosos dominicos, y que se habían negado firmemente a apostatar de su fe cristiana.

TOMÁS DINH VIET DU había nacido en Phu-Nhai en 1783. Siguió la vocación sacerdotal y se ordenó sacerdote, ingresando a continuación en la Orden de Predicadores en la que profesó en 1814. Llevó adelante su trabajo apostólico hasta que en 1839 la persecución se hizo más fuerte y en mayo de ese año un espía denunció su presencia. Rodeado el pueblo de Sien-Die por los soldados en la madrugada y despertada la población, se procedió al registro de la casa. Él se vistió de labrador y se puso a trabajar en el huerto, pero el espía lo reconoció y fue arrestado. Una vez reconocido ante el gobernador su sacerdocio, fue brutalmente apaleado. Luego fue llevado a la prisión de Nam-Dinh y aquí se le torturó de todos los modos posibles para lograr su apostasía. Perseveró en la fe y animaba a hacer lo mismo a todos los que le visitaban. El 7 de noviembre de aquel año se lanzó contra él sentencia de muerte, que fue posteriormente confirmada y ejecutada, como queda dicho.

DOMINGO NGUYEN VAN (DOAN) XUYEN nació en Hung-Cap, cerca de Nam-Dinh. El santo obispo Clemente Ignacio Delgado lo recibió cuando era niño en la Casa de Dios y lo preparó al sacerdocio, que recibió en 1819 cuando tenía 33 años de edad. Poco después —el 20 de abril de 1820— hizo la profesión en la Orden de Predicadores. Celoso e infatigable, recorrió su distrito ejerciendo su ministerio, atendiendo con gran amor a los pobres. Se le encargó la parroquia de Ke-men, donde convirtió a muchos a la fe cristiana. Cuatro años después pasó a Dong-Xuyen, donde trabajó con fruto durante 13 años. Posteriormente fue enviado al seminario de Ninh-Cuong como ayudante de San José Fernández, y año y medio más tarde el citado San Clemente Ignacio Delgado se lo llevó como secretario y lo sustituyó en la parroquia de Kien-lao. Una vez arrestado el vicario apostólico en mayo de 1838, entonces se fue a por él, siendo arrestado en Ha-linh. El 18 de agosto de 1839 compareció ante el mandarín de Xuan Truong que lo envió a Nam-Dinh al gobernador de la provincia. Fue severamente atormentado. Llevado ante una cruz para que la pisoteara, se arrodilló ante ella. Llegó a echar sangre por la boca a causa de las palizas y perdió el conocimiento en medio de las torturas, pero se mostró firme y mantuvo la fe. El 25 de octubre de 1839 fue condenado a muerte y, una vez confirmada la sentencia, fue ejecutado.

Fueron canonizados el 19 de junio de 1988 por el papa Juan Pablo II junto con los 117 mártires de Vietnam, muertos por la fe entre los años 1745-1862, que habían sido beatificados a lo largo del siglo XX.

27 de noviembre

A) MARTIROLOGIO

1. Junto al río Cea, Galicia, santos Facundo y Primitivo († s. IV), mártires **.
2. En Grumencio (Lucania), San Laverio († s. IV), mártir.
3. En Aquileya (Véneto), San Valeriano († 388), obispo.

4. En Persia, Santiago el Interciso († 420), mártir *.
5. En Riez (Provenza), San Máximo († ca. 455), obispo.
6. En territorio de Blois (Galia), San Eusicio († 542), ermitaño.
7. En Carpentras (Provenza), San Sifrido o Syffroy († 660), obispo.
8. En Noyon (Francia), San Acario († 640), antes monje de Luxeuil y luego obispo de Noyon-Tournai.
9. En Mainz (Renania), Santa Bilide († s. VIII), virgen y monja.
10. En Escocia, San Fergusto († ca. 721), obispo.
11. En Salzburgo, San Virgilio († 784), obispo **.
12. En Beauvoir-sur-Mer (Bretaña Menor), San Gulstano († 1040), monje del monasterio de Rhuys *.
13. En Aquila (Italia), Beato Bernardino de Fossa († 1503), presbítero, de la Orden de Menores *.
14. En Nagasaki, Japón, beatos Tomás Kotęda Kiuni, Bartolomé Seki, Antonio Kimura, Juan Iwanaga, Alejo Nakamura, León Nakanishi, Miguel Takeshita, Matías Kosaka, Román Matsuoka Miota, Matías Nakano y Juan Motoyama († 1619), mártires *.
15. En el campo de concentración de Dachau (Baviera), Beato Bronislao Kostowski († 1942), seminarista y mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTOS FACUNDO Y PRIMITIVO

Mártires († s. IV)

Para los santos mártires Facundo y Primitivo, bueno será precisar, ya de entrada, que una cosa es la realidad histórica de su martirio, otra la fecha del mismo, y otra el culto tributado a estos mártires y a sus reliquias. Son problemas distintos, que requieren tratamientos y enjuiciamientos diferentes. Contamos para ellos con la correspondiente *passio,* bastante rica en pormenores. Nos los ubica en la *Gallaecia* romana que, como es sabido, desbordaba con mucho los límites de la Galicia actual, centrándose, además, en la región de un río Cea. Su martirio sucedió «sub Attico et Pretextato consulibus», siendo cónsules Ático y Pretextato, resultándonos aquí un tanto ambigua la palabra *cónsul.* Siempre según la *passio,* el supuesto Ático ordenó que todos los hombres adorasen una imagen pagana levantada junto al río. Facundo y Primitivo se resistieron, y fueron acusados de desobediencia. En el proceso instruido se suceden

los interrogatorios, los tormentos, las promesas y los halagos: todo inútil. Al fin, fueron decapitados.

¿Cuál es el núcleo salvable de esta *passio,* de carácter abiertamente legendario? Su redacción no es anterior a muy entrado el siglo X. Más aún, los estudiosos tienen comprobado su dependencia de las *passiones* de otros mártires hispanos: santos Justo y Pastor, Emeterio y Celedonio, Vicente y, sobre todo, Félix de Gerona, hasta el punto de depender claramente del himno de San Félix el compuesto para los mártires Facundo y Primitivo.

¿Cabe datar el martirio dentro de alguna de las persecuciones protagonizadas por emperadores romanos? El *Breviario de Sahagún,* muy posterior a la *passio,* cita al emperador Antonino, bajo cuyo mandato «se levantó contra los cristianos la cuarta persecución, que habiendo empezado en Asia, se propagó furiosamente por todo el orbe cristiano». El dato se acompaña de extremos legendarios, hasta convertir a Facundo y Primitivo en los mayores de los doce hijos del centurión San Marcelo, tan venerado en la ciudad de León. Además, las contradicciones en que incurren los documentos tardíos son tales que ni siquiera podemos situar a los cónsules Ático y Pretextato bajo el mandato de un emperador preciso. La fecha exacta del martirio es así una incógnita para nosotros.

La primera referencia cultual es del 652, año en que sus reliquias fueron depositadas en Acci (Guadix). Pero el arraigo y acrecentamiento del culto y devoción se produce en la actual localidad de Sahagún, palabra contraída de *Sanctus Facundus.* Aquí, Alfonso III el Magno reconstruyó el año 872 una antigua basílica en ruinas, dedicada a los santos Facundo y Primitivo, confiándola a una comunidad monacal, huida del monasterio de San Cristóbal de Córdoba cuando la persecución musulmana. Pocos años después, en el 883, los sarracenos la destruyeron en una de sus incursiones. La protección de los santos mártires se dejó sentir, y el 3 de noviembre del 905 podía inaugurarse nueva iglesia con su monasterio anexo, por obra del mismo Alfonso III. Fue un monasterio especialmente mimado por los sucesivos reyes de León, hasta convertirse con Alfonso VI en el centro principal de la reforma cluniacense en España.

Desaparecida la famosa abadía y convertida su iglesia en templo parroquial, allí siguen las reliquias de San Facundo y San Primitivo, que son los patrones de Sahagún. Al abrirse por última vez el arca-relicario, a mediados del siglo XX, aparecieron con los huesos algunos pergaminos que han sido objeto de estudio reciente. El más importante es una copia del siglo XV que imita la letra minúscula visigótico-carolina. En él se dan una serie de datos de importancia, no tanto porque nos lleven a una cronología cierta sobre su martirio, sino porque en ellos vemos reflejadas unas creencias comunes fruto de la evolución de un texto hagiográfico basado en una leyenda histórica. En definitiva quedan a salvo los nombres de los mártires y su culto basado en unas reliquias. Curiosamente el mismo Baronio, al incluir a estos santos en su Martirologio, no peca de hipercriticismo, al considerarlos hijos del mártir San Marcelo.

Se ha querido por algunos identificar a la región del Cea, mentada en la *passio,* con la que lleva este nombre en la provincia de Orense, convirtiendo así a los mártires Facundo y Primitivo en gallegos hijos de este lugar. Aparte de los precedentes que en Orense pudieron obrar para el caso, se aviva aquí su devoción en el siglo XVIII, tras los empeños hagiográficos del obispo Juan Muñoz de la Cueva por difundir sus biografías. Aún hoy, en la catedral de Orense está a la vista la arqueta que se dice contener sus reliquias, buen reclamo para la devoción a estos santos fuera de su lugar privilegiado de Sahagún.

JOSÉ M.ª DÍAZ FERNÁNDEZ

Bibliografía

FÁBREGA GRAU, A., *Pasionario hispánico. Siglos VII-XI* (Madrid 1953-1955) t.I, p.64-67; t.II, p.46-56.

FERNÁNDEZ CATÓN, J. M., «Datos para la historia del martirio y del culto de las reliquias de los mártires leoneses Facundo y Primitivo», en *Bivium. Homenaje a Manuel Cecilio Díaz y Díaz* (Madrid 1983) 67-80.

SILVA VERÁSTEGUI, M.ª S., «Un ciclo inédito del martirio de los santos Facundo y Primitivo, patronos del monasterio de Sahagún, en un leccionario del siglo XII»: *Archivos Leoneses* 91/92 (1992) 391-398.

SAN VIRGILIO DE SALZBURGO

Obispo († 784)

Según diversos historiadores, la vida de San Virgilio se puede resumir así:

1. Era irlandés, se hizo monje y peregrinó a Tierra Santa.
2. Al volver, evangelizó Baviera y fue elegido obispo de Salisbury o Salzburgo, a petición del rey Pipino.
3. Inició su catedral, dedicada a San Ruperto, que inauguró él mismo en 774.
4. Luego evangelizó Carintia, Estiria y Panonia.
5. Era un hombre muy culto y le llamaban el geómetra; defendía que la Tierra es redonda.
6. Murió el 27 de noviembre de 784. Fue sepultado en su catedral y canonizado en 1223.

Virgilio perteneció a esa clase de misioneros que evangelizaron Europa a raíz de la invasión de los bárbaros. Éstos se fueron extendiendo por todas las zonas del viejo imperio romano. Había que ir ganando para Cristo a aquellos ciudadanos que habían venido de fuera, con sus costumbres y religiones extrañas. Había que cristianizar Europa.

Esta extensión de la fe cristiana en los pueblos bárbaros tuvo unas características comunes a todos los misioneros como Virgilio.

A las conversiones de tipo personal que habían sucedido en la Edad Antigua, vienen ahora conversiones en masa. Son pueblos enteros los que se convierten a Cristo.

Los misioneros eran monjes, como Virgilio, que se lanzaron al corazón de los pueblos nuevos y los fueron conquistando para Cristo con el ejemplo de su vida, con la sabiduría que sobrepasa todo lo conocido, con la generosidad de su caridad ardiente, con su preocupación en cuestiones que hoy llamamos sociales.

Solían colocarse en lugares pintorescos, en el campo más hermoso, donde levantaban monasterios que eran centros de irradiación cultural para toda la comarca. Europa, diga lo que se diga hoy, tiene unas raíces que le han nacido en la vida cristiana más pura.

Muchos de esos misioneros eran obispos, como Virgilio. Algunos habían ido a Tierra Santa, en viaje de peregrinación y este viaje los había convertido en auténticos misioneros. Al pasar por Roma, el Papa les entregaba una misión concreta: evangelizar unos pueblos que estaban esperando la palabra de Dios. Salían de Roma con el encargo de formar nuevas iglesias, nuevas diócesis.

Es característico de esta época que el Papa sea el promotor principal de este movimiento misionero. Él promueve estas misiones, y él está siempre atento a la marcha de todas estas labores evangelizadoras. Trabajar en la evangelización de aquellas tierras era estar unidos entrañablemente al obispo de Roma.

Causa admiración comprobar la cantidad de monjes irlandeses, como Virgilio, que se lanzaron a Europa a evangelizar unos pueblos de donde muchas veces habían salido sus progenitores.

Naturalmente, esta evangelización en masa llevaba consigo dificultades sin cuento. Los misioneros iban protegidos por príncipes cristianos, como Virgilio lo fue de Pipino el Breve. Este hecho llevaba consigo el miedo a la represalia por parte del príncipe si es que el pueblo se resistía a la conversión. El miedo a las armas formaba parte del motivo de la conversión.

También podemos observar que la conversión de estos pueblos solía resistirse hasta que el príncipe pedía el bautismo. Entonces, todo el pueblo le seguía y pedía la fe. No cabe duda de que en este hecho había motivaciones políticas.

También parece curioso que no tengamos datos de la predicación misionera directa a los paganos. Eran más bien el trabajo de los misioneros, su vida ejemplar, su preeminencia intelectual los motivos que minaban las resistencias para la conversión. Sí que se predicaba a los pueblos, pero menos de lo que pudiéramos imaginar.

Tampoco tenemos noticias del catecumenado que se daba a los neófitos. El trabajo se ejercía más bien después del bautismo. Se les bautizaba con el compromiso de recibir después una más amplia catequesis cristiana.

Se les preguntaba por el contenido de su fe. Con creer en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, casi bastaba. La otra pre-

gunta era si renunciaban a las obras del diablo. Con eso, se les bautizaba sin más.

Lo más característico de aquella época misional era la adaptación de los misioneros a la vida de los nuevos pueblos. A éstos, a no ser que se tratara de costumbres idolátricas o supersticiosas, se les permitía seguir siendo como eran. La norma era: «Un hombre puede ser atraído a la fe, mas no forzado».

Para describir la evangelización en que intervino San Virgilio, podemos colocar aquellos hechos en cinco etapas.

Primera etapa: Irlanda. El verdadero apóstol de Irlanda fue San Patricio, el cual había nacido en Gran Bretaña el año 389. Cuando contaba 16 años fue apresado por los piratas y conducido al norte de Irlanda, donde hubo de cuidar el ganado. Habiendo logrado escaparse, se dirigió al Continente, y aquí recibió sólida instrucción cristiana en diversos monasterios, en particular bajo la dirección del obispo Germán de Auxerre. Su primer viaje a Inglaterra lo hizo acompañado de Germán en 429, pero a su vuelta se dirigió a Roma, de donde partió con poderes especiales para la evangelización de Irlanda. Antes de entrar en ella recibió la consagración episcopal el año 432.

Segunda etapa: Inglaterra. En Inglaterra, el cristianismo había penetrado en el siglo IV, pero cuando en 402 se retiraron las guarniciones romanas, los anglosajones invasores desarraigaron la fe del país, excepto en Gales que quedó habitado por los britanos. Éstos no cuidaron de comunicar su fe a los invasores, dejando esta obra a los irlandeses y al papa San Gregorio Magno, quien envió allá al abad Agustín (506) con 39 monjes.

Tercera etapa: Alemania. No se puede entender la actividad misionera de Virgilio sin enlazarla con el movimiento misionero nacido en Inglaterra para evangelizar Alemania. Su líder se llamaba Bonifacio, San Bonifacio (675-755), cuya trayectoria se puede estructurar en tres etapas: tentativas infructuosas (716-722); misiones felices (722-738); organización (738-754).

Hacía ya un siglo que Inglaterra había sido evangelizada por San Agustín de Canterbury y estaba preparada para sacar misioneros más allá de sus fronteras. Uno de ellos fue Bonifacio. Nacido en el reino de Wessex, se había criado en el monasterio benedictino de Nutscell. A los 20 años era ya un maestro famoso.

A los 40, cuando le quieren hacer abad, comprende que ha llegado la hora de evangelizar en serio. Atraviesa Francia y se presenta en Roma para contarle al papa Gregorio II sus proyectos. Éste le encarga misionar todas las tierras por donde pase. Y se lanza a Alemania para conquistarla a la fe de Cristo.

Cuando tenía 68 años, de nuevo visita al Papa, quien le nombra obispo de todas aquellas tierras misionadas. Y vuelve a trabajar. El número de cristianos aumenta al paso de su predicación, crecen los catecúmenos y seguidores. Entonces, escribe a Inglaterra pidiendo nuevos misioneros. Sus hermanos le mandan toda clase de apoyo personal y económico. Es en este momento donde podemos situar la vocación misionera de Virgilio. Esta ayuda le da a Bonifacio nuevas fuerzas para seguir trabajando. Funda famosos monasterios, organiza centros misionales, desarrolla una labor inmensa. Vuelve de nuevo a Roma y, a la salida, organiza una tercera fase misionera. Crea nuevas provincias eclesiásticas.

A sus 80 años, cuando se disponía a celebrar una concurrida ceremonia religiosa, aparecieron unos hombres armados de lanzas y escudos, que se arrojaron sobre él y lo mataron. Era el año 755. Virgilio estaba en lo mejor de sus trabajos misioneros.

Cuarta etapa: Salzburgo. Los monjes irlandeses fundaron monasterios que fueron sedes episcopales, pero como apóstol de Baviera se mira a San Ruperto, obispo de Worms (s. VII), quien fundó en Salzburgo el monasterio de San Pedro y organizó el gobierno eclesiástico.

Baviera y Austria. El movimiento de conversión de las masas se inició en el siglo VII. Se debe principalmente a San Ruperto de Worms, llamado el apóstol de Baviera, el cual fundó en Salzburgo una iglesia y un monasterio dedicados a San Pedro.

Aquí llegó Virgilio como obispo y aquí construyó la catedral dedicada a San Ruperto. La inauguró el año 744.

Quinta etapa: Eslovenia. Eslavos del Sur. Predicadores romanos convirtieron en 780 a los croacios con su príncipe Porga y el resto de la población quedó cristianizada a principios del siglo IX. Los eslovenos que ocuparon la Estiria, Carintia y Carniola fueron convertidos en tiempos de Carlomagno por misioneros que les enviaron los obispos de Salzburgo (Virgilio

y Arno). El haber evangelizado Eslovenia fue una de las glorias de este obispo santo.

Virgilio fue canonizado el año 1223.

FÉLIX NÚÑEZ URIBE

Bibliografía

CROISSET, J., SJ, *Año cristiano, o ejercicios devotos para todos los días del año. Noviembre* (Madrid 1867).
http://www.iglesiapotosina.org.
LLORCA, B., SI - GARCÍA VILLOSLADA, R., SI, *Historia de la Iglesia católica,* II (Madrid 1953) 36-51.
MARTÍNEZ PUCHE, A. (dir.), *Nuevo año cristiano. Noviembre* (Madrid 2001) 487s.
MARX, J. - RUIZ AMADO, P., SJ, *Compendio de historia de la Iglesia* (Barcelona 1959) 210-223.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTIAGO EL INTERCISO

Mártir († 420)

El 27 de noviembre de 420, bajo el reinado de Vahram V, fue martirizado en Persia Santiago. Cristiano él y cristiana su esposa, como tenía un cargo en la corte, apostató del cristianismo a fin de conservarlo. Pero, enteradas su madre y su esposa, le enviaron una carta en la que le reprochaban su debilidad y cobardía y le hacían ver que la fe vale más que todas las otras cosas de la vida. La carta le impactó fuertemente y decidió volver a la fe y reinstalar a Cristo en su corazón. Para robustecer su fe leía las sagradas Escrituras, y sucedió que fue sorprendido mientras lo hacía, y esto le valió ser denunciado al rey. Fue interrogado y conminado a apostatar, pero él se mantuvo firme. A ver si se conseguía su apostasía se le fueron amputando las manos, los pies, los brazos y las piernas, lo que le valió el sobrenombre de *Interciso* o descuartizado. Santiago invocaba al Señor y recitaba versículos de la Biblia. Finalmente fue decapitado. Éste parece ser el fondo histórico de este martirio, tras un examen de las distintas versiones en que se ha transmitido su *Passio.*

SAN GULSTANO
Monje († 1040)

Gulstano o Goustan fue monje en el monasterio de St. Gildas en Rhuys, en la costa del Morbihan. Había sido capturado en Gran Bretaña, su patria, por los piratas y desembarcado, luego de muchos años de esclavitud, en la isla de Ouessant por tener deformado un pie. El ermitaño San Félix lo acogió y luego ingresó en el monasterio de St. Gildas, cuya reconstrucción llevaba a cabo San Félix. Aunque analfabeto se aprendió de memoria el salterio, que cantaba con fervor. Estaba en un viaje por asuntos del monasterio cuando murió en Beauvoir-sur-Mer, en La Vendée, en el priorato de St.-Pierre-des-Champs el 27 de noviembre de 1040. Se celebra su memoria en varias diócesis. Es invocado por los marineros de la región.

BEATO BERNARDINO DE FOSSA
Presbítero († 1503)

Bernardino Amici nace en Fossa, en los Abruzos, el año 1420. Tras estudiar en Aquila, pasó a Perugia para estudiar leyes. Durante la cuaresma oyó predicar a San Jacobo de la Marca y se sintió llamado a la vida religiosa, recibiendo el hábito franciscano en la citada Perugia en 1445. Una vez ordenado presbítero es dedicado por los superiores a la predicación, para la que estaba dotado, y que realizó con gran espíritu y fervor. Por dos veces (1454-1460 y 1472-1475) fue provincial de su Orden. En 1464 fue a poner paz y unión entre los frailes de su Orden en Dalmacia y Bosnia. Logró unirlos a todos en una sola provincia. Su crédito llevó a la Santa Sede a querer elegirlo obispo, pero él logró esquivar un ministerio para el que no se sentía llamado. Continuó la predicación y pudo también tomar la pluma y dejar algunos escritos, como la *Vida de San Bernardino de Siena* y también la *Crónica de los Franciscanos Observantes.* Lleno de méritos y virtudes vino a morir en el convento de San Giuliano, cerca de Aquila, el 27 de noviembre de 1503. Tenido enseguida por santo, su culto fue confirmado el 26 de marzo de 1828.

BEATOS TOMÁS KOTEDA KIUNI, BARTOLOMÉ SEKI, ANTONIO KIMURA, JUAN IWANAGA, ALEJO NAKAMURA, LEÓN NAKANISHI, MIGUEL TAKESHITA, MATÍAS KOSAKA, ROMÁN MATSUOKA MIOTA, MATÍAS NAKANO, JUAN MOTOYAMA

Mártires († 1619)

El 27 de noviembre de 1619 fueron decapitados en la Colina de los Mártires, de Nagasaki, once cristianos japoneses, de familias distinguidas, los más de ellos miembros de la familia real de Firando. Hacía varios años que habían sido arrestados como sospechosos de haber hospedado a los misioneros o por haberse encontrado misioneros en sus casas, y desde luego como cristianos y como personas que no habían denunciado la presencia de misioneros pese a conocerla, en contra de lo que mandaban las leyes. Además de perder la libertad se les confiscaron sus bienes y se les prometió la libertad, la vida y la prosperidad si apostataban del cristianismo. La detención de dos años no fue suficiente para conseguir la deseada apostasía. Y esto les llevó a la pena de muerte. Desde la cárcel escribieron al provincial de los jesuitas una bella carta en la que le aseguraban que serían fieles a Cristo hasta el final. Muchos de ellos pertenecían a la Cofradía del Rosario. Estos son sus datos:

TOMÁS KOTEDA KIUNI era natural de Firando y perteneciente a una familia noble y rica, que ya era de antiguo cristiana. Se educó con los jesuitas en la casa de formación que los religiosos abrieron para los jóvenes de la clase alta. Desde que empezó la persecución en 1614 se fue a vivir a Nagasaki y se entregó a la oración y la penitencia, pasando noches enteras delante del sagrario. Lamentó no ser atormentado como los otros mártires sino ser sólo condenado a la decapitación. Vistió sus mejores galas para ir al martirio. Era cofrade del Rosario.

BARTOLOMÉ SEKI había nacido en Usuki, del reino de Bungo, y se había trasladado a vivir en Nagasaki. Había dado hospedaje a los sacerdotes. Cristiano fervoroso y cofrade del Rosario, se vistió sus mejores ropas para ir al martirio.

ANTONIO KIMURA, pariente del Beato Leonardo Kimura, era de la familia real de Firando, y en su familia abundaban los cristianos. Tenía 23 años. Pariente del apóstata Feizó, su firme-

za en sostener la religión hizo inevitable su condena a muerte. Al llegar al sitio del suplicio, preguntó al verdugo dónde había muerto su pariente Leonardo, y se dirigió allí, se arrodilló y lo besó devotamente. Hospedaba en su casa a los misioneros y era cofrade del Rosario.

JUAN IWANAGA era de Kinjiwa y tenía ya sesenta años. Cofrade del Rosario, había alojado misioneros, pero esto no se le pudo probar.

ALEJO NAKAMURA era del reino de Fingen y vecino de Nagasaki. Cofrade del Rosario y hospedador de misioneros, él fue quien escribió la carta citada de los mártires al provincial de los jesuitas. También se puso sus mejores vestidos para ir al martirio.

LEÓN NAKANISHI era originario de Amanguchi, pertenecía a la familia real de Firando y tenía 43 años. Se le acusó de no haber delatado la presencia de misioneros. Era cofrade del Rosario y había hospedado misioneros en su casa.

MIGUEL TAKESHITA era natural de Nagasaki y tenía 25 años. Cristiano intachable y bondadoso, se le acusó de no haber delatado a los misioneros. Su cuerpo fue arrojado al mar y recuperado por los cristianos.

MATÍAS KOSAKA era natural de Omura. Vistió él también sus mejores galas para el martirio.

ROMÁN MATSUOKA MIOTA era natural de Omura. Cofrade del Rosario, se le achacó haber guardado silencio ante la presencia de misioneros en su vecindad, no habiéndosele podido probar que había hospedado a los sacerdotes. Su cuerpo también pudo ser recuperado.

MATÍAS NAKANO era natural de Omura, fervoroso cristiano que, llegado el día del martirio, manifestó su alegría poniéndose su mejor traje.

JUAN MOTOYAMA era del reino de Fingen. Era cofrade del Rosario y dio albergue en su casa a los misioneros. También su cuerpo, arrojado al mar, pudo ser recuperado por los cristianos.

Fueron beatificados por el papa Beato Pío IX el 7 de julio de 1867.

BEATO BRONISLAO KOSTOWSKI
Mártir († 1942)

Nacido el 11 de marzo de 1915 en Slupsk y educado cristianamente, ingresó en el seminario de Wloclawek en orden a ser sacerdote. Había completado el cuarto curso de estudios cuando, el 7 de noviembre de 1939, fue arrestado con los profesores del seminario y enviado al campo de concentración de Dachau. Seguía deseando poder ser sacerdote pero aceptó la voluntad de Dios y se dedicó a hacer el bien a sus compañeros de prisión. Contrajo la tuberculosis debido a las pésimas condiciones del campo y murió de ella el 27 de noviembre de 1942. Fue beatificado el 13 de junio de 1999 por el papa Juan Pablo II.

28 de noviembre

A) MARTIROLOGIO

1. En Sebaste (Armenia), San Irenarco († s. IV).
2. En África, santos Papiniano, obispo vitense, y Mansueto, obispo urusitano, mártires en la persecución de Genserico. Y con ellos se conmemora a otros prelados desterrados en la misma persecución: Urbano, obispo girbitano, Crescente, obispo byzaciense, Habetdeus, obispo teudalense, Eustracio, obispo sufetano, Cresconio, obispo oense, Vicos, obispo sabratense, Félix, obispo hadrumetano, y a los que lo fueron en el reinado de Hunerico, hijo de Genserico: Hortulano, obispo benefense, y Florenciano, obispo midilense, todos los cuales en el destierro permanecieron en la confesión de la fe († 453-460) *.
3. En Constantinopla, San Esteban el Joven († 764), monje, martirizado por la defensa de las sagradas imágenes *.
4. En Nápoles (Campania), la deposición de San Jaime de la Marca († 1476), presbítero, de la Orden de Menores **.
5. En York (Inglaterra), Beato Santiago Thomson († 1582), presbítero y mártir bajo el reinado de Isabel I *.
6. En Kham-Duong (Annam), San Andrés Trang Van Trong († 1835), mártir *.
7. En Paracuellos del Jarama (Madrid), España, beatos Juan Jesús (Mariano) Adradas Gonzalo, presbítero, y sus compañeros: Guillermo (Vicente) Llop Gayá, Clemente Díez Sahagún, Lázaro (Juan María) Múgica Goiburu, Martiniano (Antonio) Meléndez Sánchez, Pedro María Alcal-

de Negredo, Julián Plazaola Artola, Hilario (Antonio) Delgado Vílchez, todos ellos religiosos profesos de la Orden de San Juan de Dios, y los novicios de la misma Orden: Pedro de Alcántara Bernalte Calzado, Juan Alcalde y Alcalde, Isidoro Martínez Izquierdo y Ángel Sastre Corporales; y con ellos el postulante José Mora Velasco, presbítero, y José Ruiz Cuesta, también postulante, y Eduardo Bautista Jiménez, aspirante, todos ellos mártires en 1936 **.

8. En el Picadero de Paterna (Valencia), Beato Luis Campos Górriz († 1936), mártir **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN JAIME DE LA MARCA

Presbítero († 1476)

Fue un sacerdote de la primera Orden franciscana, que nació en 1391 y murió en 1476 después de una vida intensa de fe y de heroica disponibilidad para los servicios de la Iglesia. Fue una de las figuras históricas que reavivaron el espíritu franciscano de los primeros tiempos, por encima de grupos y de opiniones, de movimientos y de renovaciones, cuando llegaron los tiempos revueltos de la Edad Moderna. Se le suele considerar como una de las cuatro columnas del franciscanismo auténtico del siglo XV, junto con San Juan de Capistrano, San Bernardino de Siena y el Beato Alberto de Sarteano. Los cuatro sostuvieron el verdadero estilo de Francisco de Asís al atravesar la nave de la Iglesia las olas espumosas e individualistas del Humanismo y del Renacimiento.

Este hombre de Dios, humilde y culto, espiritual y político, pobre en bienes de la tierra y muy rico en los del espíritu, propuso de nuevo el proyecto innegociable de la pobreza evangélica, de la caridad fraterna y del servicio apostólico al estilo del Evangelio, que fueron los rasgos originales de San Francisco. Pidió a los franciscanos de todas las ramas que fueran dechados de vida sencilla y cercana a los hombres, que es el distintivo de los espíritus que viven con la ilusión de imitar a Cristo.

Nació en 1391 en Monteprandone, Piceno, en la Marca de Ancona. Sus padres eran pobres y sencillos. Fue el benjamín del hogar, que contó con varios hermanos. Se llamaba el progenitor

Antonio Gangalli. La madre, de nombre Antonia, era muy piadosa, valor que infundió en su hijo con tal profundidad que el sello materno le acompañaría a lo largo de toda su existencia terrena. Fue bautizado con el nombre de Domingo. Pero, al tomar el hábito franciscano, recibió la denominación de Jacobo, Santiago o Jaime. Con este último se le suele recordar en los santorales o libros escritos en castellano.

Ya en la infancia llevó la vida humilde y trabajosa de los niños de modestos hogares en la región: colaboraciones en el trabajo del campo, pobreza de medios, humildad de estilo de vida. Con todo, él pronto comenzó a estudiar en Offida con un tío que tenía sacerdote, el cual se prendó de las cualidades espirituales e intelectuales del sobrino. Fue él quien lo colocó pronto en la escuela en Ascoli y quien luego le envió a la Universidad de Perugia, en donde alcanzó el grado de Doctor en Leyes Civiles.

Para sufragarse sus estudios y poder hacer limosnas, trabajó como preceptor de la familia de un profesor universitario mientras estaba en Perugia. Luego tuvo una breve estancia en Florencia, actuando como secretario en el Ayuntamiento y ejerciendo también como tutor en una noble familia. Desde sus años de preceptor hogareño tuvo especial preferencia por los temas relacionados con la educación de los niños. Siempre lo manifestó en sus abundantes escritos y parece que su amor a la educación estuvo estrechamente ligado al recuerdo de su madre, que tanto había hecho por la educación piadosa de su hijo más pequeño.

En uno de sus sermones decía:

> «Hay que dar amor a los hijos, ante todo enseñándoles a conocer a Dios; ayudándoles a aprender la oración del padrenuestro y las verdades de la fe; exhortándolos a confesarse, a comulgar, a celebrar las fiestas y a participar en la misa; educándolos en las buenas costumbres y enseñándoles a hablar y actuar honradamente, tanto en su casa como fuera de ella» (Serm. dom. 12, *De reverentia et honore parentum).*

Fue designado en Bibbiena juez de hechiceros y adivinos, pues existían en abundancia en la región y abusaban grandemente del espíritu supersticioso y de la ignorancia de las gentes del lugar. Este cargo ejercía cuando, decepcionado del mundo

ante la corrupción de las clases sociales más elevadas, intentó entrar en la Cartuja para huir del mundo que tantos abusos provocaba.

Camino de cumplir su propósito pasó, el 25 de julio de 1416, por La Porciúncula y, al conocer la vida franciscana, solicitó y consiguió ser admitido a tomar el hábito franciscano entre los Hermanos Menores del eremitorio de Las Cárceles, cerca de Asís. Desde los primeros días de su vida religiosa, fue muy amante de la oración y de la mortificación. Esta actitud le duró toda su vida, aunque se moderó algo en sus austeridades por el consejo de su mismo maestro de teología y de vida espiritual, San Bernardino de Siena, que le invitó a reservar sus juveniles energías para la predicación evangélica, actividad para la que se hallaba sorprendentemente dotado.

Finalizó su noviciado en Las Cárceles y fue enviado a estudiar teología a Fiésole, cerca de Florencia, también bajo San Bernardino de Siena. El 13 de junio de 1420 fue ordenado sacerdote. Y fue destinado de inmediato al apostolado activo. Su claridad de voz y sobre todo de ideas rectas y serenas fueron la palanca que le proyectó hacia una vida de continuas predicaciones, primero en la Toscana y luego en multitud de localidades de Las Marcas y de Umbría. Esa actividad nunca la dejó, ni siquiera en los tiempos en que se le confiaron delicadas misiones diplomáticas por el Santo Padre.

Desde 1427, este hombre humilde y cautivador predicó sermones, animó fiestas, fomentó devociones, asistió a encuentros con obispos y cardenales y con el mismo pontífice. Y siempre adoptó posturas de moderación y reclamó la sinceridad en las intenciones, aunque simpatizaba grandemente con los afanes de reforma de la época.

Cuando predicaba era escuchado, admirado y seguido por grandes cantidades de fieles, que se sentían deslumbrados por sus palabras y, en ocasiones, por los milagros sorprendentes que hacía casi sin darse cuenta. Era sobre todo en el orden de la conversión de pecadores donde su fuerza persuasiva hacía maravillas.

El papa Eugenio IV le encomendó en 1431 combatir a los herejes de Bosnia y le nombró visitador y vicario apostólico. En 1436 fue designado Inquisidor en Hungría, Austria y Praga.

En 1439 regresó de nuevo a Italia, predicando por diversas ciudades. Siempre tenía tiempo y oyentes para anunciar con ilusión el Reino de Dios. Más de medio siglo mantuvo esa vida de predicaciones y de servicios sacramentales.

Su prestigio era tal que desde la curia romana se le llamaba para consultarle en graves problemas. Sus viajes por Europa los realizó bajo la obediencia de los papas Eugenio IV, Nicolás V y Calixto III. Su experiencia de los viajes y misiones realizados como Delegado pontificio en Alemania, Austria, Suecia, Dinamarca, Bohemia, Polonia, Hungría y Bosnia daba un peso singular a sus opiniones. En el ambiente romano tenía gran prestigio como hombre práctico y como hombre místico. Por eso se le confiaban las misiones más comprometidas.

Y también se le miraba con respeto como hombre muy unido a Dios. Muchos le consultaban difíciles cuestiones de mística y dudosos problemas de visionarios o de engañados por falsas visiones. Su saber, su experiencia, su sencillez le convertían en consejero natural de las mismas autoridades eclesiásticas que le consultaban sobre estos temas. Predijo la elección como Papa a Sixto IV (Francisco de Savona) cuando era cardenal, lo que le granjeó gran simpatía ante el nuevo pontífice.

Trabajó siempre por mantener la unidad en la Orden franciscana, intención que le movió a redactar «Los 12 artículos para la concordia entre conventuales y observantes», que preparó y divulgó en 1455. Aunque no logró terminar con las divisiones, hizo reflexionar a todos sobre el verdadero espíritu de San Francisco y a él se deben los vínculos fraternos que se extendieron entre las diversas facciones y que se conocerían luego con el nombre de «Observancia franciscana», estilo de vida pobre, fraterno y espiritual que sería la nota común de todas las comunidades de los Hermanos Menores.

Intelectual y estudioso como era, formó en su convento una excelente y abundante biblioteca para el estudio y documentación de las diversas cuestiones morales y doctrinales. Hasta obtuvo del papa Pío II una bula de excomunión para los que se llevaran libros, bula que luego exhibiría en otras bibliotecas.

Al celebrarse el concilio de Basilea, trabajó y casi consiguió la unión de los husitas moderados con la Iglesia. También atrajo

y cautivó a grupos de griegos ortodoxos en el concilio de Ferrara-Florencia. Si de él hubiera dependido, el Cisma de Oriente se hubiera fácilmente acabado. Pero intereses políticos de otro tipo en Roma y en Grecia impidieron tal bendición, aunque hubo diversos delegados que lograron luego de algunos grupos orientales la aceptación de la primacía del obispo de Roma como digno sucesor de San Pedro.

Predicó en varias cruzadas contra los turcos, sobre todo en la que animó San Juan Capistrano, en 1456, de quien fue celoso y persuasivo compañero. Fray Jaime de la Marca fue luego enviado a Hungría como su sucesor en nombre del pontífice. Su misión fue difícil, pero suficientemente bendecida para que el pontífice quedara satisfecho de los resultados.

Sus triunfos diplomáticos estuvieron a veces amortiguados por las muchas calumnias que algunos adversarios elevaron contra sus acciones e intenciones. Él no se inmutaba ante las adversidades. Siempre sobresalió por su actitud de perdón para con sus enemigos.

Él mismo proclamaba su generoso espíritu en palabras evangélicas como las que pronunciaba en un sermón:

> «En el mundo no hay nada más grande que perdonar una ofensa y amar al enemigo. No es digno de honor el que somete muchas ciudades o regiones, cosa que saben hacer hombres armados que tienen muchos vicios. Del mismo modo, tampoco se debe rendir honor al hombre pendenciero, iracundo y violento. Sólo la persona pacífica y mansa es la que merece ser honrada porque sabe sufrir, callar y perdonar.
>
> El perdón es un gesto de honrada venganza, realizada por Cristo y sus santos. Por tanto, tú no eres el primero ni el último en obrar así. Créeme, y no pienses que yo no ofendo a nadie; pero, con gran esfuerzo, trato de hacer el bien a todos, a pesar de que muchos a menudo me calumnian y me persiguen. Entonces, revestido con todas las armas de los ornamentos litúrgicos, voy al campo de batalla y, mientras elevo el Cuerpo de Cristo, digo: Padre clementísimo, perdona a mis perseguidores en el cielo, como yo los perdono aquí en la tierra» (Serm. dom., *De pace et remissione iniuriarum).*

En Italia tuvo que orientar y aclarar la situación social y eclesial de los llamados «fraticelli», grupo nacido en el siglo anterior y cuyo error, cercano a la herejía, fue condenado ya por el

papa Juan XXII en la constitución *Gloriosam Ecclesiam,* del 26 de enero de 1318. Pero el estilo y las proclamas de aquellos que se llamaban a sí mismos «espirituales», se mantenía en vigor en algunos lugares. Proclamaban esos extremistas espirituales la forma más estricta de la pobreza absoluta en los religiosos, incluso en los simples cristianos.

Tal postura tuvo que ser combatida por los hombres de Iglesia, que recordaban la doctrina recta de la Iglesia al mirar la caridad por encima del desprendimiento de bienes terrenos y al enseñar que el carecer de todo para vivir a cuenta de los demás no deja de ser un desorden. Fray Jaime de la Marca supo intervenir con prudencia y con suavidad para evitar posturas agresivas de ruptura o benévolas de aprobación. No siempre consiguió que todos le entendieran y aceptaran la postura que defendía el Papa. Pero, con su prestigio, suavizó hábilmente a los grupos franciscanos que en muchas partes se habían radicalizado y evitó nuevas condenas tajantes.

En su familia religiosa franciscana, él perteneció a la rama de los «observantes», dentro de los Frailes Menores. Sus consignas y sus medidas, que, con ayuda del pontífice, les fue imprimiendo, lograron que la Orden se incrementara grandemente durante su dilatada existencia. Bajo Calixto III, en 1455, se le nombró árbitro en las discusiones de los problemas entre conventuales y observantes. Su decisión fue publicada el 2 de febrero de 1456, en una bula papal, que no dejó satisfechos ni a sus Hermanos de Observancia ni a los otros grupos que se le oponían.

Los temas de su predicación eran los mismos de San Bernardino. En las cuestiones morales Jaime de la Marca insistía en el rechazo de la avaricia y de la usura, que tanto abundaban en el mundo mercantil italiano de la época. Para combatir la usura, ideó los Montes de Piedad. En ellos los pobres podían empeñar sus cosas por un precio justo y recuperarlas con facilidad. Por eso no eran bien mirados por los usureros que veían así esfumarse muchas de sus ganancias. Esa iniciativa estuvo dirigida a ayudar a los más necesitados, pues en los «Montes de Piedad» por él inspirados además se ofrecían préstamos a los indigentes o a las gentes humildes cuando llegaban a situaciones difíciles por la enfermedad o por las malas cosechas.

Algunas de sus predicaciones, en ciudades tan importantes como Milán o la misma Roma, provocaron la admiración de muchos fieles y de las autoridades. En Milán le ofrecieron el arzobispado, cosa que él rechazó por humildad y para tener más libertad para seguir su ideal de predicador apostólico. Con todo, estuvieron a punto de detenerlo y obligarle por la fuerza a aceptar el episcopado, como en ocasiones había acontecido en la ciudad desde San Ambrosio, quien ya fue forzado a ser obispo cuando era sólo catecúmeno y prefecto de la ciudad. Por eso se escapó por la noche y estuvo escondido varios días para evitar la elección.

Pocos años después, el lunes de Pascua de 1462, San Jaime, predicando en Brescia, expresó la opinión de algunos teólogos de que la Preciosísima Sangre derramada durante la Pasión no estaba unida a la divinidad de Cristo durante los tres días de su entierro. Enterado de esa opinión, el inquisidor, que lo era el dominico Jaime de Brescia, lo citó inmediatamente ante el tribunal. Jaime rehusó comparecer y apeló a la Santa Sede. Esta cuestión fue discutida en Roma en Navidad de 1462, ante Pío II y los cardenales, pero no se llegó a una decisión. El Papa entonces publicó la bula *Ineffabilis summi Providentia,* por la que ordenó que no se discutiera más sobre este tema, ni por los Menores (franciscanos) ni por los Predicadores (dominicos), hasta tanto que la Santa Sede no determinara una postura definitiva al respecto.

Su amor a la Iglesia y su obediencia al pontífice eran tales que siempre estaba disponible para todo lo que le ordenara el Papa. El día que le llegó la orden de ir a Hungría estaba comiendo y, al recibirla, se levantó sin siquiera terminar la bebida y se dispuso a salir de inmediato. Interpretaba la obediencia en la forma más sencilla y humilde. Después pedía instrucciones para armonizar las exigencias del Evangelio, que eran muy sencillas de entender, y las consignas de la autoridad renacentista que estaban con frecuencia mezcladas con planteamientos políticos y diplomáticos impuestos por el trato con los príncipes y sus intereses materiales.

Con los príncipes era prudente, con los obispos era obediente, con sus Hermanos de Orden era abnegado o cordial.

Pero era con los pecadores con quienes extremaba su compasión y dulzura en el trato. Decía en un sermón:

> «He visto durante el sermón algunos soldados sexagenarios llorar mucho por sus pecados y la pasión de Cristo; y me confesaron que, durante su vida, jamás habían derramado una lágrima» (Serm. dom. 46, *De magnifica virtute Verbi Dei).*

A su regreso definitivo a Italia por orden de Pío II, prosiguió su trabajo misionero por diversas regiones. Más que sus predicaciones, era su estilo de vida lo que cautivaba a las gentes. Vivía de forma intensa la penitencia. Hacía siete cuaresmas al año y de ordinario su alimento era una escudilla de habas cocidas en agua.

De él decían sus hermanos que no era imitable. Castísimo, al ser atormentado por tentaciones, se disciplinaba durante la noche. En ocasiones cayó enfermo en sus viajes y debido a los trabajos que se tomaba o su frecuente descuido de los alimentos y del sueño. Seis veces recibió la unción de los enfermos. Sin embargo resistió hasta los 80 años en la fatigosa vida de predicador, lleno de méritos y de virtudes.

Este venerable franciscano observante pasó los últimos tres años de su vida en Nápoles, que le considera protector celeste contra las erupciones del Vesubio y cree popularmente que libró a la ciudad con sus plegarias en las diversas ocasiones en que el cercano volcán amenazó a los habitantes de la urbe. Así parece que aconteció en la violenta convulsión volcánica acaecida en 1631.

En esos años finales de su vida se dedicó a la oración y a la predicación, en la medida en que sus ya limitadas fuerzas se lo permitían. Hasta sus últimos días acudían a sus plantas muchos penitentes que le pedían consejo, perdón y plegarias para volver al buen camino. Tuvo tiempo para recopilar sus propios Sermones y escribirlos con bello estilo y de forma profunda. Apasionado estudioso, transcribió muchas obras y compuso muchas otras de su propia mano. Son las que hoy permiten profundizar en el conocimiento de su vida, de su espiritualidad y de su acción apostólica. En los Sermones es donde consignaba con admirable sentido práctico su recta doctrina y su espiritualidad evangélica. Y en las plegarias, a las que era muy dado, ence-

rraba los elevados y místicos impulsos que embargaban su alma contemplativa.

El amor a la Escritura brillaba siempre en ellos de manera admirable. En uno de los sermones dice palabras tan cautivadoras como éstas:

> «Oh augusta y regalada Palabra de Dios. Tú iluminas los corazones de los fieles. Tú consuelas a los tristes. Tú colmas de bondad a las almas y desarrollas en ellas todas las virtudes. Tú arrebatas de las fauces de los enemigos a los pecadores, justificas a los impíos y a los mundanos haces santos».

Y en todas las ocasiones hizo lo posible para que sus hermanos en religión cuidasen al máximo la predicación, ya que el anuncio del mensaje cristiano es la llave que abre el camino del cielo a las multitudes que, sin formación y sin sentimientos religiosos, se desvían por el camino del mal. La palabra de este santo varón, unida al testimonio de su vida, era tan fuerte que penetraba en los corazones de quienes la escuchaban y los arrastraba hacia el Señor. Porque creía firmemente en la fuerza de la predicación.

En una de sus explicaciones afirmaba:

> «¿Cómo cambiaste tus caminos y ganaste tu alma para el bien, cuando estaba a punto de dirigirse por el camino del mal? Escuchando la predicación. ¿Cómo adquiriste el conocimiento de Dios y de las cosas de Dios? Por la predicación. ¿Por qué se mantiene la fe en el pueblo? Por la predicación. ¿Qué medio es el que extermina la herejía y destierra los errores? La predicación. ¿Quién siembra la gracia de Dios y la virtud en las almas? La predicación. ¡Oh celestial palabra de Dios, más preciosa que el oro! Tú eres el sol que alumbra toda la tierra».

Murió en Nápoles el 28 de noviembre de 1476 y fue enterrado allí, en la iglesia franciscana de Santa María la Nueva, donde todavía hoy se venera su cuerpo. Tenía 85 años de edad. Y su fecunda vida dejó recuerdos imborrables en cuantos le conocieron y devoción creciente en quienes oyeron luego hablar de sus virtudes. Fue un verdadero desafío el que pasaran los siglos y su devoción se conservara en el pueblo fiel.

Fue beatificado por Urbano VIII en 1624 y canonizado por Benedicto XIII en 1726. Nápoles lo venera como uno de sus santos patronos y el mundo franciscano le recuerda como una

de sus más significativas figuras. La Iglesia lo admira por su fe y su fidelidad.

En 1993, el papa Juan Pablo II mandó una carta al obispo de San Benedetto del Tronto-Ripatransone-Montalto, con motivo del VI centenario del nacimiento de San Jaime de la Marca. En ella decía:

> «Ardía de caridad hacia Dios y hacia los hombres, y, por esta razón, sabía transmitir a los demás todo lo que colmaba su corazón, a saber, el amor de Cristo que lo impulsaba, como al apóstol Pablo, hacia sus hermanos...
>
> El Señor le concedió la gracia de ver a muchos pecadores arrepentidos. Él mismo decía: La palabra de Dios tiene el poder de ablandar los corazones duros como la piedra, haciéndolos capaces de recibir el sello de la voluntad divina. Muchos pecadores desesperados vinieron a mí convencidos de estar destinados a la condenación, pero, tras escuchar la palabra, se fueron con la mayor confianza en Dios» (Serm. dom. 46 *cit.).*

PEDRO CHICO GONZÁLEZ, FSC

Bibliografía

«La figura de San Jaime de la Marca»: *L'Osservatore Romano* (22-10-1993), ed. especial.
Mistici francescani, III (Milán 1999).
Santos franciscanos para cada día (Asís 2000).

BEATOS JUAN JESÚS (MARIANO) ADRADAS Y MÁRTIRES HOSPITALARIOS DE CIEMPOZUELOS (MADRID)

Guillermo (Vicente) Llop Gayá, Clemente Díez Sahagún, Lázaro (Juan María) Múgica Goiburu, Martiniano (Antonio) Meléndez Sánchez, Pedro María Alcalde Negredo, Julián Plazaola Artola, Hilario (Antonio) Delgado Vílchez, Pedro de Alcántara Bernalte Calzado, Juan Alcalde y Alcalde, Isidoro Martínez Izquierdo y Ángel Sastre Corporales; José Mora Velasco, José Ruiz Cuesta y Eduardo Bautista Jiménez

Religiosos y mártires († 1936)

Paracuellos de Jarama es una población cercana a Madrid. Su nombre corrió de boca en boca cuando en 1936 se convirtió

en un lugar de muerte y exterminio. En efecto, en su término numerosas personas fueron fusiladas en el curso de la guerra española. Entre esas personas allí asesinadas estaban los hermanos de San Juan de Dios que conmemoramos hoy. No los traemos aquí para denostar a los verdugos ni para abrir viejas heridas sino para alabar a los mártires, para exaltar la heroica paciencia de quienes dieron la vida por sus convicciones religiosas, por su conducta y su fe cristianas.

Los hermanos hospitalarios fusilados el 28 de noviembre de 1936 en Paracuellos de Jarama fueron quince; a los dos días otros seis hermanos dieron en el mismo lugar la vida por Cristo. De ellos nos ocupamos el día 30. En esta biografía nos centramos en los quince mártires que glorificaron a Dios con su santa muerte en esta fecha, que su martirio ha hecho gloriosa. Ellos actualizaron la vieja saga martirial cristiana que viene desde el Calvario, desde San Esteban. Todos ellos pertenecían a la comunidad del Sanatorio de San José en Ciempozuelos (Madrid). Diremos algo ante todo de esta casa, centro de beneficencia y caridad que había acogido desde su fundación a cientos de enfermos psíquicos, a los que brindaba la mejor atención que los hermanos sabían y podían.

La casa era fundación de San Benito Menni († 1914), el cual fue el restaurador de la Orden Hospitalaria en España. Buscaba abrir un establecimiento para enfermos mentales en Madrid o en sus alrededores, y gracias a la ayuda de buenos cristianos logró hacerse con un predio de bastante extensión en Ciempozuelos, situado a la entrada de la población y cercano a la estación, con una casa amplia, de tres plantas, con huerta y abundante agua. Con los debidos permisos civil y eclesiástico se establecieron en ella los hermanos el 1 de enero de 1877 y el 13 de mayo de aquel año admitían al primer enfermo mental al que cuidar. Igualmente, y con la debida licencia, el noviciado de la Orden en España se trasladó de Barcelona a Ciempozuelos. Llegaron las vocaciones. Llegaron los enfermos. Y la Orden empezó allí su labor de misericordia. San Benito Menni decía cómo quería la conducta de los hermanos con los enfermos mentales: «Tratadlos como a niños, pero respetadlos como a hombres». A la casa original se añadieron pronto nuevos pabe-

llones y la obra se desenvolvió muy bien con la ayuda de Dios. Diez años después de fundada tenía cerca de 300 enfermos, y en 1914 rondaban el millar. En 1936, cuando tuvo lugar el martirio de los hermanos, la casa constaba de 16 pabellones, más los talleres, establos, granja avícola y demás dependencias, con amplísimos parques, patios y huertas de más de 60 hectáreas, donde era posible la distracción y el recreo de los residentes. Había en 1936 en la casa 1.100 enfermos, organizados en tres secciones: la de beneficencia, la de particulares y la de militares, contratada esta sección con el Ministerio de Guerra, contrato que fue respetado por la II República y ratificado por Azaña (29 de junio de 1933). El sanatorio contaba con una completa sección de clínica, montada con toda suerte de aparatos, rayos X, lámparas de cuarzo, de odontología, de oftalmología... La casa había tenido una muy favorable repercusión en la vida de la villa de Ciempozuelos. Los empleados del Sanatorio eran 120. El cuerpo facultativo estaba compuesto de miembros especialistas en las diversas ramas de la medicina, todo ello puesto al servicio de la salud de los residentes. Era director médico del centro don Antonio Vallejo Nájera.

Este sanatorio era la casa metropolitana de la Orden Hospitalaria en España. Hasta que en 1934 se dividió en tres la Provincia española de la Orden, la casa de Ciempozuelos fue la residencia del Provincial. Al hacerse la división, la casa quedó encuadrada en la Provincia de Nuestra Señora de la Paz o Bética, y quedó como sede del Provincial y de su Consejo. El noviciado de la Provincia española que dijimos se trasladó a Ciempozuelos en 1877, pasó en 1899 a Carabanchel Alto, pero al hacerse la división el noviciado de la provincia Bética se estableció en Ciempozuelos. La comunidad que había en 1936 en la casa constaba de 82 religiosos, de los que 52 eran religiosos profesos y el resto novicios y postulantes. Era provincial el P. Bonifacio Murillo, que no pereció; era prior de la casa el Beato Guillermo Llop; era maestro de novicios el Beato Juan Jesús Adradas. Con estos dos últimos hemos encabezado esta biografía.

Desde la proclamación de la II República conoció la villa de Ciempozuelos diferentes muestras de hostilidad a la religión, de

las que, aparte los ataques a las cruces y símbolos religiosos, son de mención los alborotos para impedir la catequesis de niños en la parroquia, y el cierre violento de las escuelas católicas de los Cruzados de la Enseñanza en febrero de 1936. Tras las elecciones de este mes, los hermanos ven que la hostilidad ha crecido de forma notable y en mayo se pone dentro del sanatorio una escolta militar como protección. Aparte otras molestias que padeció la comunidad y que no fueron trágicas, hubo un registro porque alguien había denunciado la existencia de armas, que no aparecieron por ninguna parte. Llegado el 18 de julio de ese año se constituye un Comité Revolucionario, compuesto por 32 personas, que tomó todo el poder y responsabilidad en la villa. Y se organizaron las milicias. La iglesia parroquial fue profanada y convertida en prisión. Algunos dependientes del Sanatorio se refugiaron en él con sus respectivas familias, pensando que estarían en él a salvo, pero el comité los obligó al poco a volver a sus casas y algunos fueron detenidos. Se constituyó una checa o tribunal popular y comenzaron los fusilamientos. Entre los así sacrificados estuvieron varios sacerdotes y un seminarista. El culto católico quedó totalmente interrumpido. Sólo era posible la oración en el interior de los hogares. El 13 de septiembre, fiesta de la Virgen del Consuelo, patrona de la villa, la imagen de la Virgen fue llevada ante el ayuntamiento y en medio de acciones soeces y blasfemas, junto con otras muchas imágenes, fue quemada. Todas las iglesias y ermitas del pueblo fueron profanadas. La tumba del hoy San Benito Menni se salvó al alegarse que aún no era un santo, que aún no estaba canonizado. La superioridad de la Orden, temiendo que algún día los hermanos hubieran de abandonar la casa, procuró para todos los oportunos pasaportes y se señalaron los lugares adonde podrían ir.

El 19 de julio de 1936, milicianos armados cercaron el sanatorio y a ellos se unieron los soldados que estaban dentro como protección militar. El objetivo era impedir la huida de los religiosos, pues se rumoreaba que querían dejar el centro. Los hermanos conservaron su hábito hasta el 25 de julio. El P. Guillermo llamó a los religiosos uno a uno y les dio entera libertad para que cada uno marchase donde quisiese, entregando a cada uno una cantidad de dinero. Pero todos, unánimemente, ancia-

nos y jóvenes, decidieron permanecer unidos en la comunidad y correr juntos la misma suerte. Por su parte el P. Juan Jesús, como maestro de novicios, escribía a las familias de éstos para que vinieran por ellos, y de esta forma algunos se marcharon. Dos hermanos fueron reclamados por Sanidad Militar y hubieron de acudir. A finales de mes les llegó la noticia del martirio de varios hermanos en Talavera de la Reina. Esto no desanimó a los hermanos, que más bien se dispusieron todos al martirio si ésa era la voluntad de Dios.

El día 31 de julio el gobernador civil de Madrid mandaba al P. prior hacer entrega del sanatorio y de sus cuentas a un administrador civil nombrado por él y se hacía nombramiento de un nuevo director facultativo. Se retiraron del Sanatorio todos los objetos religiosos y se dio orden de cerrar la iglesia, quedando prohibidos los rezos públicos y cualquier acto de culto. Los hermanos hubieron de usar la capilla de la enfermería de clausura y la del noviciado. Se abrieron listas de reclutamiento de enfermeros que sustituyeran a los hermanos. Los hermanos se mantuvieron de momento en sus puestos pero se veían vigilados y asediados por todas partes. Tuvieron que soportar blasfemias, obscenidades y vejámenes. El día 1 de agosto fue a Madrid a algunas diligencias el hermano Gaudencio Íñiguez de Heredia y no volvió: había sido asesinado. Ahora se tramita su causa de beatificación. Pocos días más tarde hubo un nuevo registro y se obtuvo el desenterramiento de ciertas armas viejas e inutilizadas que habían servido para la instrucción de los hermanos militarizados, y cuya existencia en su momento se le había indicado al alcalde. El registro causó una gran conmoción.

En la mañana del 7 de agosto, tras la celebración de la misa muy temprano, el P. superior reunió a la comunidad en el refectorio y hubo de hablarles a los hermanos con la mayor claridad. Les dijo, según se ha podido reconstruir:

> «Hermanos, ha llegado la hora de sufrir persecución. El Señor, sin duda, quiere hacernos dignos de esta merced. Procuremos corresponder a esta gracia de Dios, y arrostremos con espíritu varonil todo lo que de adverso nos viniere. De un momento a otro, a nosotros, los superiores, nos separarán definitivamente, quizás hasta la eternidad; allá en el cielo nos veremos. Ahora, pues, démo-

nos el último abrazo, y unos por otros debemos rogar, que es lo que de veras les recomiendo».

Los hermanos, con los ojos anegados en lágrimas, se dieron el abrazo que pedía el P. prior y cada cual lleno de tristeza se retiró a su empleo a la expectativa de lo que pudiera suceder. Y es que el P. Llop estaba seguro de que por lo de las armas iba a ser fusilado. Mediada la mañana se dio entrada a los nuevos enfermeros que iban a suplir a los hermanos. Eran personas que hasta entonces habían trabajado en el campo y que no tenían práctica en el cuidado de enfermos mentales. A las 3 de la tarde, milicianos enviados por el comité entraron por todo el establecimiento y procedieron a la detención de todos los hermanos, detención acompañada de insultos y groserías. Fueron todos registrados y despojados de todos sus objetos religiosos, como crucifijos, medallas, escapularios, etc. Y se les quitó el dinero que habían recibido del superior. Fueron concentrados en la sala de visitas y estrechamente vigilados. El P. Juan Jesús Adradas, que estaba en su cuarto, no fue requerido al registro por los milicianos, que no lo vieron. A las 6 de la tarde bajó y al no ver ningún hermano, preguntó y le dijeron dónde estaban todos. Y entonces dijo: «Pues yo voy donde están los hermanos», y se fue a la sala de visitas. Pasaron allí la noche y el día siguiente hasta media tarde, saliendo solamente para cenar ya muy tarde. No todos los hermanos fueron detenidos, o por ser muy ancianos o por ser muy jóvenes, o porque siguieran en el empleo que tenían. Pero se fueron presentando los más de ellos en la portería y agregándose a los demás hermanos. Entre ellos se animaban mutuamente a perseverar en la vida religiosa y a llegar si fuere preciso al martirio. El día 8 el P. prior, que estaba incomunicado, fue agregado a los detenidos. El P. prior procuró salvar a los hermanos en la medida de sus fuerzas y logró ir a Madrid acompañado de un empleado de la casa, afín a los milicianos, y pidió en la Dirección General de Seguridad que acudiesen en socorro de los hermanos detenidos. Así se lo prometieron y así lo comunicó al llegar a Ciempozuelos. A las 3 de la tarde de ese día, 8 de agosto, llegaron de Madrid varios camiones con guardias de asalto para recoger a los hermanos. Les permitieron coger sus maletas y un par de mudas. Los religiosos permanecieron serenos. Se congregó mucha gente para ver salir a los

hermanos. Éstos salieron en fila y fueron subiendo a los camiones entre insultos, risotadas y burlas. Partieron los coches y pudieron ver los hermanos al pasar por el Cerro de los Ángeles que ya no estaba la estatua del Sagrado Corazón, que había sido derribada. Llegaron a la Dirección General de Seguridad, les sacaron ficha según entraban y los destinaron a los calabozos. Les dieron un plato de lentejas como cena y descansaron en el duro suelo. Al día siguiente, a las 7 de la tarde, los 54 religiosos ingresaban en el antiguo colegio de San Antón, de los Padres Escolapios, en la calle Hortaleza, convertido en cárcel. Eran 19 profesos solemnes; 12 profesos temporales; 12 novicios; 4 donados; 2 perseverantes; y 5 postulantes.

A los hermanos se les encierra en las antiguas clases en las que aún estaban los pupitres, que fueron sacados al pasillo para dejar espacio a los presos. A las 7 de la mañana debían levantarse los presos, se hacía su recuento, se les servía un cazo de café y un trozo de pan. Comprobaron enseguida que en la cárcel había otros hermanos de su misma Orden y mucha gente buena detenida. Está prohibido rezar en voz alta o hacer cualquier acto de culto. Se encuentran allí miembros de todas las órdenes religiosas y alguna persona conocida en el mundo de las letras, como don Pedro Muñoz Seca, el comediógrafo portuense. Al frente de la cárcel está el personal del Cuerpo de Prisiones, que trató siempre a los presos con toda consideración, y los milicianos, que no ahorraron burlas, insultos y obscenidades. En cada sala se nombraban dos presos al frente de la misma y que debían distribuir los servicios: limpiar la sala y los inodoros, los utensilios y platos, traer agua, repartir la comida, etc. Se pasaba lista dos veces al día, y para ello debían los presos formar y responder a un oficial y a los milicianos de guardia. A las 6:30 de la mañana se levantaban, bajaban a los lavabos a asearse, luego se hacía el recuento, se daba el desayuno y les permitían bajar al patio hasta la una de la tarde. A esa hora servían la comida, consistente en sopa, potaje y pan, y por la noche un plato de alubias o lentejas. Al principio no había colchones, luego hubo uno para tres. Había en la cárcel más de mil presos y en ella hallaron los hermanos un amplio campo para ejercitarse en múltiples servicios humildes, pues sobre todo los hermanos jóvenes se

prestaban a suplir a los presos ancianos en la prestación de limpieza de suelos, fregado de ollas, monda de patatas, lavado de lentejas, etc. Los oficiales de la cárcel, señores Bolinche, Yagüe y Aznar, encomendaban a los hermanos el lavado de sus mudas y tomaron a dos de ellos como ordenanzas y les confiaron el aseo y orden de sus habitaciones y dependencias de oficinas. Los hermanos hicieron de enfermeros con los presos y con los oficiales enfermos, velándolos de noche, haciéndoles las camas y ejercitando con ellos cuantos servicios podían, fieles a su vocación hospitalaria. Se ofrecieron para hacer de enfermeros en los hospitales militares pero su solicitud no fue contestada. Lejos de entibiar el espíritu de la comunidad, la prisión avivó el fervor religioso de los hermanos, distinguiéndose por su espíritu de sacrificio y unión fraterna. Hacían sus oraciones en voz muy baja, y hasta sus días de retiro, paseando como si fueran hablando de cosas indiferentes pero en realidad transmitiéndose pensamientos religiosos. No podían comulgar pero sí confesar con los sacerdotes, todo con el mayor disimulo. Uno de los hermanos renovó en la cárcel sus votos. Los tres superiores, a saber, el P. provincial, el P. prior y el P. maestro, se las ingeniaron para transmitir continuamente ánimo y consuelo a todos. Se prestaban mutuamente todos cuantos servicios de caridad podían. Por parte de los milicianos recibieron muchas molestias, vejaciones y malos tratos, instándolos a renegar de su condición de religiosos y, sobre todo, a blasfemar. Todos los hermanos hubieron de comparecer ante la checa o tribunal popular, donde a los hermanos jóvenes se les preguntaba si estaban dispuestos a defender la República con las armas o quién querían que ganara la guerra. Quedaban así claramente identificados y perfilada su personalidad como religiosos.

A primeros de noviembre comenzaron en la cárcel de San Antón las sacas en masa de presos para ser fusilados, siendo los primeros los militares y comenzando los fusilamientos en Paracuellos de Jarama el día 7 de ese mes. La natural ansiedad se adueñaba de los presos y todos pensaban en cuándo les tocaría a cada uno. A nuestros mártires les tocó el día 28 de noviembre en dos sacas, cinco en la primera y diez en la segunda. En la primera iba el P. Guillermo Llop atado junto con don Pedro

Muñoz Seca. No les habían dejado en la portería de la cárcel más que la ropa puesta. Para la Orden de San Juan de Dios ya era entonces el 28 de noviembre una fecha memorable pues en tal día de 1664 accedieron por fin los religiosos mínimos de Granada a entregar a la Orden Hospitalaria los sagrados despojos de San Juan de Dios, enterrado en el convento mínimo granadino de la Victoria, y a causa de ello la Orden celebra el 28 de noviembre como la Traslación de las Reliquias de San Juan de Dios. La primera expedición llegó a Paracuellos de Jarama a media mañana. Los presos fueron alineados al borde de una fosa y allí recibieron la descarga que acabó con sus vidas. La segunda salió a las once de la mañana e iban en ella once grandes ómnibus de dos pisos atestados de presos. Los presos despedían la vida dando vivas a Cristo Rey y vivas a España. A los fusilados que no habían muerto se les remataba con el tiro de gracia. Y así desde Paracuellos, asesinados por el solo delito de ser religiosos, los quince hospitalarios de San Juan de Dios pasaron de este mundo al cielo. Se habían despedido en la cárcel de sus hermanos diciéndoles precisamente esto: «Hasta el cielo».

Demos ahora brevemente los datos personales de los quince mártires:

JUAN JESÚS (MARIANO) ADRADAS GONZALO nace en Conquezuela (Soria) el 15 de agosto de 1878 y es bautizado con el nombre de Mariano. Educado cristianamente por su madre viuda, eligió la carrera sacerdotal y estudió en el Seminario de Sigüenza, ordenándose sacerdote el 19 de septiembre de 1903. Enviado a Zaragoza para hacer estudios superiores de teología, fue capellán del manicomio provincial regentado por los hermanos de San Juan de Dios y de ahí le vino su vocación hospitalaria, emitiendo el 30 de junio de 1905 los votos temporales y el 24 de noviembre de 1908 los solemnes. Estuvo de capellán en Palencia, San Baudilio de Llobregat y Ciempozuelos, desplegando un gran celo sacerdotal. Estuvo al frente de los hermanos neoprofesos, colaboró en la fundación de la escolanía hospitalaria y en 1911 fue nombrado maestro de novicios al mismo tiempo que director de la escolanía. En 1914 ésta se trasladó a Ciempozuelos y allí fue el P. Juan Jesús como director de la misma. Entre 1919 y 1925 fue por dos trienios provincial de la

Orden en España, abriéndose en su tiempo ocho casas en España e Iberoamérica y una en la isla de Madera. Terminado su provincialato pasó por varias capellanías, hasta que en 1934 fue elegido maestro de novicios de la nueva provincia Bética. Espléndido educador de religiosos y hombre de sólida cultura religiosa y de insigne piedad, sufrió mucho cuando vio la destrucción de la comunidad y manifestó gran paciencia y entereza ante la adversidad.

GUILLERMO (VICENTE) LLOP GAYÁ había nacido en Villarreal (Castellón de la Plana) el 10 de noviembre de 1880, recibiendo en el bautismo el nombre de Vicente. Educado cristianamente, a los 18 años optó por la vida religiosa e ingresó en la Orden Hospitalaria, en la que hizo los primeros votos el 5 de noviembre de 1899 y los solemnes el 20 de diciembre de 1903, tomando el nombre religioso de fray Guillermo. Estuvo un tiempo destinado en la Provincia Romana (1911-1922), atendiendo a los heridos de la I Guerra Mundial. Luego marchó a Chile, donde estuvo hasta 1928. Ese año fue elegido provincial de la provincia española y reelegido en 1931. En su tiempo se abrieron varias casas en España y Chile. Llegada la II República intentó por el bien de las casas de la Orden el mejor contacto con las autoridades y al suprimirse la Compañía de Jesús abrió los hospitales y residencias de la Orden a los religiosos jesuitas ancianos o enfermos. Preparó la división de la provincia española en tres, y así se aprobó en el capítulo general de 1934. Hecha la división, quedó adscrito a la provincia Bética y se le nombró prior de la casa de Ciempozuelos, cargo que desempeñaba al tiempo de su martirio. Religioso dotado de grandes cualidades, sobresalía por su piedad, suavidad y prudencia.

CLEMENTE DÍEZ SAHAGÚN había nacido en Fuentes de Nava (Palencia) el 23 de noviembre de 1861 y se le puso en el bautismo el nombre de Clemente, por el santo del día. Ingresa en la Orden Hospitalaria a los 25 años, haciendo los votos temporales el 1 de octubre de 1887 y los solemnes el 24 de diciembre de 1893. Había estado destinado 20 años en el manicomio de Zaragoza.

LÁZARO (JUAN MARÍA) MÚGICA GOIBURU había nacido en Idiazábal (Guipúzcoa) el 5 de abril de 1867, recibiendo en el

bautismo el nombre de Juan María. Ingresó en la Orden Hospitalaria con 19 años, emitiendo la profesión temporal el 27 de diciembre de 1887 y la solemne el 24 de octubre de 1893, tomando el nombre religioso de fray Lázaro. En las varias casas en que residió tuvo a su cargo la cocina y la granja.

MARTINIANO (ANTONIO) MELÉNDEZ SÁNCHEZ había nacido en Málaga el 15 de enero de 1878 y recibió en el bautismo el nombre de Antonio. Luego de haber estado acogido en el asilo de San Bartolomé, regentado por la Orden, entró en ella a los 15 años. Emitió la profesión simple el 14 de mayo de 1896 y la solemne el 28 de noviembre de 1902, tomando el nombre de Martiniano. Durante muchos años tuvo a su cargo la portería de Ciempozuelos.

PEDRO MARÍA ALCALDE NEGREDO había nacido en Ledesma (Soria) el 26 de noviembre de 1878. Alos 27 años ingresó en la Orden Hospitalaria, en la que hizo la profesión simple el 24 de octubre de 1907 y la solemne el 29 de junio de 1914. Fue limosnero y cocinero en diversas comunidades.

JULIÁN PLAZAOLA ARTOLA había nacido en San Sebastián el 1 de septiembre de 1915. Se educó en el Colegio de La Salle. Ingresó en la Orden Hospitalaria el 30 de mayo de 1934 y emitió la profesión simple el 8 de septiembre de 1935. Estaba destinado en Ciempozuelos. Para que blasfemara le hicieron el simulacro de fusilarlo pero no blasfemó.

HILARIO (ANTONIO) DELGADO VÍLCHEZ había nacido en Cáñar (Granada) el 18 de abril de 1918, recibiendo el nombre de Antonio en el bautismo. Ingresó en la Orden Hospitalaria con 16 años, e hizo la profesión temporal el 3 de junio de 1936, tomando el nombre de fray Hilario. No detenido el 7 de agosto, se agregó voluntariamente a los hermanos.

PEDRO DE ALCÁNTARA BERNALTE CALZADO había nacido en Moral de la Mata (Ciudad Real) el 4 de agosto de 1910. Ingresó en la Orden Hospitalaria en el verano de 1935 y entró en el noviciado el 7 de septiembre del mismo año, no habiendo llegado a hacer la profesión religiosa cuando fue martirizado.

JUAN ALCALDE Y ALCALDE había nacido en Zuzones (Burgos) el 20 de octubre de 1911. Tras haber servido como hortelano a los PP. Agustinos de Uclés, ingresó en Ciempozuelos en otoño de 1935 y empezó el noviciado el 7 de marzo de 1936.

Sorprendido en la cárcel leyendo el libro *Las Glorias de María* pasó como castigo una noche en el calabozo.

ISIDORO MARTÍNEZ IZQUIERDO nació en Madrid el 9 de abril de 1918. Tras ingresar en la Orden en junio de 1935, el 7 de septiembre de aquel año comenzó el noviciado.

ÁNGEL SASTRE CORPORALES nació en Villaralbo del Vino (Zamora). Al quedar huérfano se educó en el hospicio de Zamora. Ingresó en Ciempozuelos el 12 de marzo de 1936 y el 2 de junio siguiente empezó el noviciado.

JOSÉ MORA VELASCO nació en Córdoba el 18 de agosto de 1886. Pasó con su familia a vivir en Talavera de la Reina e hizo los estudios sacerdotales en el seminario de Toledo, ordenándose sacerdote el 12 de marzo de 1910. Luego de haber ejercido el ministerio en varios pueblos de la archidiócesis toledana, estaba de capellán en el asilo de Hermanitas de los Pobres cuando conoció la Orden Hospitalaria y se decidió a ingresar en ella. Llegó a Ciempozuelos como aspirante el 9 de julio de 1936, siendo detenido días más tarde con los demás hermanos.

JOSÉ RUIZ CUESTA había nacido en Dílar (Granada) el 6 de noviembre de 1906. Ingresó como aspirante en la Orden el 14 de junio de 1936.

EDUARDO BAUTISTA JIMÉNEZ había nacido en La Gineta (Albacete) el 5 de enero de 1885. Tenía ya 50 años cuando pidió ingreso en la Orden y se le dio de momento el hábito de devoción o donado, era el 7 de diciembre de 1935.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

LIZASO, F., *Braulio M.ª Corres, Federico Rubio y compañeros mártires, Hospitalarios de San Juan de Dios* (Madrid 1992).

— *Hospitalidad y santidad* (Roma 2002).

MARCOS, O., *Testimonio martirial de los Hermanos de San Juan de Dios en los días de la persecución religiosa española* (Madrid 1980).

Recordando una vida, una obra, un martirio, en el P. Juan Jesús Adradas Pbro. O.H. (Madrid 1960).

SAUCEDO CABANILLAS, R. M., *Vida del padre Juan Jesús Adradas, pbro. O.H.* (Madrid 1960).

BEATO LUIS CAMPOS GÓRRIZ

Mártir († 1936)

Vamos a ver lo que Dios quiere de nosotros.

En marcha...

En marcha el impulso creador del padre Ángel Ayala, que así había estimulado.

Nacía la andadura de la actual Asociación Católica de Propagandistas.

La mañana festiva del tercer domingo de noviembre de 1908.

Entre las flamantes paredes del madrileño colegio jesuítico de Areneros, que aún levantaba paredes.

Adelante un puñado de muchachos, posteriormente conocidos como los ocho de la fama. Bravos. Inicialmente sólo compartiendo semanalmente las inquietudes de una acción católica en la vida pública. Pero sin tardanza lanzados apostólicamente a la calle...

Al año, el 3 de diciembre de 1909, fue la puesta de largo. La presentación oficial: docena y media de paladines católicos capitaneados por Ángel Herrera Oria, el clarividente laico santanderino, el forjador de mentes y conciencias, el sacerdote y obispo de vida fecunda y fecundadora —como alguien le ha descrito—, cuya talla histórica, humana y religiosa nutre la documentada biografía *De periodista a cardenal,* firmada por José María Escudero.

Dos años después la voz, el ideario de aquellos chicos llegaba a los kioscos. A través de *El Debate,* un gran diario moderno, punta de lanza y tribuna del catolicismo social español del momento; mentor de la Editorial Católica, madre de conocidas publicaciones nacionales y regionales diarias: *Ya; Ideal de Granada; Hoy; El ideal gallego; La verdad...*

En 1926 la Asociación Católica de Propagandistas enrolaría a Luis Campos Górriz.

Campos Górriz era un valenciano recién llegado a Madrid, cargado con el bagaje cultural de una doble carrera universitaria: Derecho y Filosofía.

Había venido al mundo en la intimidad hogareña del número 14 de la calle del Milagro, en la ciudad del Turia, el día 30 de junio de 1905.

Nacido en el seno de una acomodada y cristianísima familia que, fiel a la típica tradición local, escogió para el bautismo el templo parroquial de San Esteban; en la misma pila que regeneró la chiquitina vida de San Vicente Ferrer. Y, con dos años, inscribió a su hijo en la Congregación Menor de la Inmaculada y San Estanislao de Kotska...

El oratorio privado familiar, donde ya servía al altar, enmarcó, en la Nochebuena de 1912, la primera comunión de Luis. Una celebración íntima, emotiva, piadosa, sin oropeles.

Y, en enero siguiente, alumno de los jesuitas. Medio pensionista del Colegio de San José. Donde cursará las enseñanzas primaria y media. Premiado doblemente cada año por aplicación y por conducta.

Tan modélico que el rector del colegio, en conversación con su padre, elogió: «No sé qué más, a su edad, tendría San Luis»...

En su momento pasó a la universidad. Con ánimos y aptitud para simultanear los consabidos estudios de Derecho y de Filosofía y Letras.

Las aulas superiores valencianas moldearán al profesional. Al tiempo que el ambiente universitario dará vida al apóstol.

Apóstol que nace y desborda energías e ilusión en el fomento y desarrollo de las Congregaciones marianas, de la Federación de Estudiantes Católicos, de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas, de la Juventud Católica. Todos estos movimientos le enrolan y en todos militante con funciones de responsabilidad...

Coronada con brillantez la vida académica valenciana, flamante abogado, es cuando pasa a Madrid, persiguiendo el doctorado en Leyes.

Su estrenada estancia en la capital de España coincide con el I Congreso Nacional de Juventudes Católicas, cuya organización le fue encomendada. Encargado también de la puesta en marcha de no pocas fundaciones apostólicas a lo largo y ancho de la geografía nacional. Transcurrió la asamblea juvenil...

Obtuvo la graduación académica que pretendía en la Universidad Central de Madrid. Ya no tenía razón de ser su presencia en la capital, interesado como estaba el flamante doctor por el ejercicio profesional en la ciudad de origen.

En Valencia abrirá bufete de abogado, recuperará militancia cristiana activa y vivirá renovada ilusión apostólica, convirtiéndose en presidente de la Junta Diocesana de Acción Católica. En los religiosamente difíciles años treinta del siglo último...

Se enamorará y, en 1933, estrenará matrimonio con Carmen de Arteche, de familia vasca muy enraizada en la fe, con quien compartió bendición nupcial en la iglesia jesuítica de Loyola, exteriorizando una vez más sus simpatías a la Compañía de Jesús.

Y recibirá llamadas y ofrecimientos. Durante dos años.

Insistente don Ángel Herrera que vaya a su lado. Que le necesita en *El Debate,* del que es director. Que cubrirá responsabilidades en los cuadros nacionales de la Acción Católica, cuya Junta Central preside...

Tanta insistencia que finalmente cedió y, en diciembre de 1935, la pareja fijó residencia en Madrid. Sólo meses disfrutarían el domicilio castellano. Que, en el inmediato abril, Carmen, que le había hecho padre de una niña, le enviudó. Tras rápida enfermedad, circunstancialmente en la capital levantina, donde les habían hecho presentes las elecciones del 16 de febrero de 1936.

Tremendo desgarrón... Aunque peor le aguardaba a Campos Górriz...

El furibundo estallido revolucionario, en el verano de 1936, le sorprendió en la Villa y Corte. Y voló al lado de su padre y hermana y de la hijita, que ellos cuidaban.

Voló al campo valenciano, a Torrent, donde su padre, que había enfermado, ejercía de Registrador de la propiedad. Donde a los seres queridos les sorprendió la barbarie desatada sobre la piel de toro...

En Madrid, adonde infructuosamente intentó retornar, se cebó singularmente sobre los propagandistas católicos. Como terrible sería la represión en todas las provincias donde hubo fracaso del movimiento militar.

Ninguna otra institución tan masacrada: saqueos y destrozo de locales; hostigamiento; persecución, cárcel, torturas, muerte... Una cuota martirial global que sumaría sangre de casi un centenar de víctimas. Mártires, más o menos, una de cada seis

militantes cristianos. Abogados, ingenieros, militares, catedráticos, periodistas, obreros, médicos y políticos de variada significación...

Violenta igualmente la persecución en Levante... Aunque el abogado Luis Campos, secretario nacional de los propagandistas católicos, en su refugio familiar de Torrent vivió sin sobresaltos y con relativa tranquilidad los iniciales meses revolucionarios. Consciente, eso sí, del riesgo. Y, en cierto modo, deseoso de que su fe fuera puesta a prueba.

De ahí la reflexión domiciliaria en voz alta: ¡Qué vergüenza si no nos pasa nada!...

Algo pasó. Demasiado. Los milicianos llevaban dos días rondando la casa. Pero medios influyentes, contrariamente a su voluntad —ya de niño llevaba en la cabeza que quería morir de algo grande—, frenaban la operación. Pasó que, mediada la tarde del 28 de noviembre de 1936, llamaron a la puerta. Eran hombres armados, llegados en automóvil, interesándose por la tía materna de Luis, una señora anciana y muy piadosa.

Durante el registro domiciliario descubrieron e identificaron al secretario general de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas y alma de la implantación militante juvenil en no pocas ciudades y pueblos de España. Tía y sobrino fueron detenidos.

Luis —treinta y un años— salió de casa impresionantemente sereno. Más que tranquilo; irradiando satisfacción. Desbordante de alegría y santamente orgulloso de sufrir persecución a causa de sus creencias y de sus ideales. La anciana, también sin visible alteración sentimental, ofreciendo gustosa su vida a Dios. Ambos murieron con el rosario en las manos. Acribillados a balazos, en el cementerio de Paterna, cuando la oscuridad se engullía el día...

Luis Campos Górriz, laico siempre en vanguardia apostólica, comprometido con su fe y su tiempo, es el primer propagandista católico distinguido con el honor de los altares. Beatificado por el papa Juan Pablo II, compartiendo glorificación canónica con otros doscientos treinta y tantos mártires de la persecución religiosa española. En solemnísima ceremonia, enmarcada en la Plaza de San Pedro, el 11 de marzo del año 2000.

La militancia católica española paladea el júbilo que, en 1961, soñara Fernando Martín-Sánchez Juliá:

> «Luis Campos fue universal. Siempre trabajó con el lema de "unión de todos los católicos". Perteneció y presidió a aquella muchachada de vanguardia que fueron los estudiantes católicos. Si el apostolado seglar, entendido al modo contemporáneo, consigue en Luis Campos un santo ejemplar e imitable, viviremos días de júbilo, no sólo los que fuimos sus amigos, que esto sería poco y mezquino, sino todos los que ahora y en los tiempos venideros quieren servir a Dios, extendiendo su reinado en el mundo donde ellos viven como apóstoles seglares».

JACINTO PERAIRE FERRER

Bibliografía

BARREIRO GORDILLO, C., *Acción Católica Nacional de Propagandistas y represión durante la guerra civil: Arbil* (2004) n.85.

CÁRCEL ORTÍ, V. - FITA REVERT, R., *Mártires valencianos del siglo XX* (Valencia 1998).

SERRANO, J. F.: «XC Aniversario de la Asociación Católica de Propagandistas: "Vamos a ver lo que Dios quiere de nosotros"»: *Alfa y Omega* (2000) n.196.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTOS PAPINIANO, MANSUETO, URBANO, CRESCENTE, HABETDEUS, EUSTRACIO, CRESCONIO, VICOS, FÉLIX, HORTULANO, FLORENCIANO

Obispos y mártires († 453-460)

El *Martirologio romano* celebra hoy la buena memoria de un grupo de obispos que en la invasión de los vándalos en África en el siglo V padecieron muerte o destierro por su condición de pastores de la Iglesia y sobrellevaron con paciencia y fe las penalidades que hubieron de padecer. No todos ellos murieron violentamente, pero a todos ellos los conmemora la Iglesia porque se mira en su ejemplo de perseverancia y fidelidad. No pertenecen a un mismo lugar ni a un mismo año sino a una misma persecución.

Genserico, cuando desembarcó en África en el año 429, emprendió una campaña de violencias, devastaciones, muertes y

desolación en la que las iglesias no fueron excepción ni los pastores de la Iglesia tampoco. Papiniano, obispo de Vita, y Mansueto, obispo de Uruci, fueron quemados vivos. Y de ese tiempo se conmemora a Urbano, obispo girbitano, a Crescente, obispo byzaciense, a Habetdeus, obispo teudalense, a Eustracio, obispo sufetano, a Cresconio, obispo oense, a Vicos, obispo sabratense, y a Félix, obispo hadrumetano. Y del tiempo de Hunerico, que persiguió con saña a la Iglesia católica por su apoyo al arrianismo, se conmemora a Hortulano, obispo benefense, y a Florenciano, obispo midilense. Las comunidades cristianas quedaron privadas de pastor al ser todos estos pastores exiliados mientras ellos no dejaban de confesar la fe.

SAN ESTEBAN EL JOVEN

Monje y mártir († 764)

Este ilustre monje se distinguió por la defensa de la licitud del culto a las sagradas imágenes, defensa que le costó la vida y le atrajo la corona del martirio. Nace en Constantinopla a comienzos del siglo VIII y a los quince años se coloca como criado del monasterio de San Auxencio, en Calcedonia. Muerto su padre, volvió a Constantinopla, vendió sus bienes, los dio a los pobres y con su madre y hermana optó por la vida monástica. Tenía solamente 30 años cuando fue elegido hegúmeno de su monasterio. Pero al cabo de doce años dimite y prefiere la vida de anacoreta en una cueva, viviendo una vida santa que hizo subir aún más su amplio crédito como persona santa. Llegada la persecución iconoclasta de Constantino V Coprónimo, se le presionó para que suscribiera el decreto de los obispos del 754 contra las sagradas imágenes. Al negarse fue arrestado, siendo vanos los intentos por que se sometiera a la iconoclastia. Se intentó desacreditarlo con falsas acusaciones pero el monje permaneció firme. Entonces se le desterró a la isla de Proconeso en la Propóntide. Al cabo de dos años fue trasladado a una cárcel de Constantinopla, donde se encontraban otros muchos monjes opuestos a la iconoclastia, y se le hizo comparecer ante el emperador que le pidió cuentas de su veneración a las imágenes sagradas. Esteban respondió que si al emperador no le po-

día parecer bien que se despreciaran las estatuas del monarca, por qué sí podía estar bien despreciar los iconos de Cristo. Mandó el emperador que lo azotaran y el monje sobrevivió a los azotes. Con motivo de los festejos en honor de la emperatriz Eudoxia, algunos oficiales, sin licencia expresa del emperador, lo llevaron por las calles a un sitio donde lo remataron con golpes de garrote. Era el 28 de noviembre de 764.

BEATO SANTIAGO THOMPSON

Presbítero y mártir († 1582)

Nace en York hacia el año 1540. En 1580 se decidió por el sacerdocio y marchó a Reims para hacer los estudios, y al verse obligado a regresar a Inglaterra por su mala salud, los superiores decidieron dispensarle del resto de sus estudios y ordenarlo sacerdote, ya que lo consideraban suficientemente preparado. Así pues, en 1581, ya ordenado, volvió a su país. Cambió de apellido para pasar más inadvertido y usó el alias de Hudson y trabajó apostólicamente durante un año, al cabo del cual fue arrestado. Como reconoció que era sacerdote, se le encausó bajo la acusación de traición. Se le preguntó qué haría si el Papa invadía Inglaterra, y dijo que él se comportaría como patriota, y se le preguntó si dispararía contra el Papa, y dijo que no. Lo tuvieron tres meses en la cárcel, cargado de cadenas y con los presos comunes hasta que en Knaveshire, York, fue ahorcado, destripado y descuartizado el 28 de noviembre de 1582. Fue beatificado el 15 de diciembre de 1929 por Pío XI.

SAN ANDRÉS TRANG VAN TRONG

Mártir († 1835)

Nace en el seno de una antigua familia cristiana en Kim-Long el año 1810 y lo educa con esmero en la fe su religiosa madre. Ingresa en su juventud en la Compañía real de tejedores de seda (1834), pero como al año siguiente se da la orden de que todos los tejedores pisen la cruz, él se negó reconociendo que era cristiano. Sus compañeros cristianos pisaron la cruz,

pero él siguió negándose pese a los varios suplicios padecidos. Llevado a rastras para que pisara la cruz, se agarró al cuello de un soldado y encogió las piernas, de manera que no cometió ni siquiera materialmente el acto de apostasía. Llevado a la prisión de Tran-Phu entre delincuentes comunes, resistió las presiones de éstos, para que apostatara. Lo trasladaron a otra cárcel en Kham-Duong y se portó con tal mansedumbre y bondad que los guardias le dieron licencia para poder visitar a su madre y recibir el sacramento de la penitencia. Vuelto a la cárcel, recibe la sentencia de muerte. El día 28 de noviembre de 1835 salió de la prisión para ir al sitio de la ejecución. Lo acompañaron su madre y sus familiares que lo animaron y le pidieron oraciones por ellos cuando estuviera en el cielo. Una vez decapitado, su madre solicitó del verdugo la cabeza de su hijo y se la llevó consigo envuelta en su falda. Fue canonizado el 19 de junio de 1988 por el papa Juan Pablo II.

29 de noviembre

A) Martirologio

1. En Roma, San Saturnino de Cartago († 250), mártir *.
2. En Toulouse (Galia Narbonense), la conmemoración de San Saturnino († 250), obispo y mártir **.
3. En Ancira, Galacia, San Filomeno († s. III), mártir.
4. En Todi (Umbría), Santa Iluminada († s. IV), virgen.
5. En Batnan-Sarug, Santiago († 521), obispo, que en la Iglesia siria es honrado como doctor.
6. En Deventer (Frisia), la traslación de San Radbodo († 918), obispo de Utrecht.
7. En York (Inglaterra), Beato Eduardo Burden († 1588), presbítero y mártir bajo el reinado de Isabel I *.
8. En la misma ciudad, beatos Jorge Errington, Guillermo Gibson y Guillermo Knight († 1596), mártires bajo el reinado de Isabel I *.
9. En Achén, isla de Sumatra, beatos Dionisio de la Natividad (Pedro) Berthelot, presbítero, y Redento de la Cruz (Tomás) Rodríguez, religioso carmelita descalzo († 1638), mártires **.
10. En Lucera (Apulia), San Francisco Antonio Fasani († 1742), presbítero, de la Orden de Menores Conventuales **.
11. En El Saler (Valencia), Beato Alfredo Simón Colomina († 1936), presbítero, de la Compañía de Jesús, mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN SATURNINO DE TOLOSA

Obispo y mártir († 250)

El *Martirologio romano* reza en este día lo siguiente:

> «En Tolosa, en tiempo de Decio, San Saturnino, obispo; fue detenido por los paganos en el Capitolio de esta villa y arrojado desde lo alto de las gradas. Así, rota su cabeza, esparcido el cerebro, magullado el cuerpo, entregó su digna alma a Cristo».

Históricamente apenas se sabe nada sobre el primer arzobispo de Tolosa, pero la historia de su época y de su país y numerosos testimonios relativos a su culto nos ayudan a tener de él un conocimiento más completo.

Los orígenes de la ciudad de Tolosa se remontan a las migraciones de los pueblos celtas en el siglo IV antes de nuestra era. Bajo la conquista romana —128 a.C.-52 d.C.—, la Galia céltica asimiló la civilización de los que la ocuparon, guardando su espíritu propio. De esta manera, Tolosa, renovada por las instituciones romanas, era en el siglo IV la ciudad más floreciente de la Narbonense. Así, Saturnino, el fundador de la iglesia de Tolosa, entró en el siglo III en una brillante ciudad galo-romana. Su figura destaca gloriosamente en la antigüedad cristiana de los países occidentales.

Su nombre —diminutivo del dios Saturno— es tan común en latín que no indica nada del personaje, de quien, por otra parte, se desconoce todo lo anterior a su episcopado tolosano, a pesar de que leyendas posteriores le hacen venir de Roma o de Oriente.

Cuando Saturnino llegó a Tolosa no debió de encontrar allí más que un grupo pequeño de cristianos. Gracias a su celo apostólico se desarrolló rápidamente esta comunidad joven, que él organizó y a la que gobernó como buen pastor.

Si no se sabe nada cierto sobre su vida y apostolado, estamos mejor informados sobre su muerte: en el año 250 aparecieron en la Galia los edictos de Decio que obligaban a todos los cristianos a hacer acto público de idolatría. Durante esta persecución, la más terrible que tuvo lugar en la Galia, los sacerdotes

paganos de Tolosa atribuyeron a la presencia de Saturnino en su ciudad el mutismo de sus ídolos, que no emitían oráculos. Un día, los sacerdotes paganos excitaron a la muchedumbre contra el obispo cuando pasaba ante el templo de Júpiter Capitolino. Quisieron obligarle a sacrificar a los dioses. Los paganos, exasperados ante su enérgica negativa, no quisieron esperar el final de un proceso regular. La muchedumbre, con la complicidad tácita de los magistrados, se apoderó de Saturnino y le ató con una cuerda a un toro que iba a ser inmolado y que huyó furioso. Rota la cabeza y despedazado el cuerpo, Saturnino encontró así una muerte heroica causada por el motín popular.

Su comunidad, fortificada en su fe, pero consternada por ese fin trágico, no se atrevía a tocar el cuerpo del mártir, porque la persecución exigía prudencia. Sin embargo, dos mujeres valerosas recogieron piadosamente el cuerpo, que quedó en el sitio donde la cuerda se había roto, y lo sepultaron dignamente cerca de allí, al norte de la ciudad, a la orilla de la gran ruta de Aquitania.

Un siglo más tarde, el obispo Hilario hizo construir sobre la tumba de su predecesor una bóveda de ladrillo y una basílica pequeña en madera. El obispo Silvio, que posiblemente fue el sucesor de Hilario, empezó la construcción de una nueva basílica, terminada por Exuperio en el siglo V y destruida por los sarracenos en 711.

La fiesta del mártir no fue celebrada litúrgicamente, y por eso debió olvidarse muy pronto; más tarde, cuando la memoria del mártir fue restablecida, se le asignó la fecha de 29 de noviembre, día ya insigne, porque era la fecha de su homónimo el mártir romano Saturnino, muerto hacia el año 250, y al que no hay que confundir con Saturnino de Cartago.

Dos siglos después del martirio, cuando su culto estaba ya bien establecido, un clérigo tolosano compuso en su honor un panegírico, que sigue siendo la mejor fuente de información. Es un sermón hecho para la fiesta del mártir; el estilo es el de los elogios que por la misma época pronunciaban Agustín y Juan Crisóstomo.

Hacia el año 530 San Cesáreo de Arlés, narrando con candor la evangelización de la Galia, pondrá al primer obispo de

Tolosa entre el número de los discípulos de los apóstoles, haciéndole así compañero de San Trófimo de Arlés. Los siglos siguientes lo encarecerán más aún, y la «pasión» de San Saturnino, tomada y reformada sin cesar, hará nacer una literatura legendaria.

Damos a continuación el resumen tal como aparece la «vida» del santo en los relatos más cuidados:

San Saturnino nació en Patrás, hijo del rey Egeo de Acaya y de la reina Casandra, hija de Tolomeo. Marchó a Palestina para ver a San Juan Bautista, quien le bautizó y le encaminó hacia Cristo. Asistió a la multiplicación de los panes, a la santa cena, y cuando Jesús apareció resucitado fue él quien le llevó pescado asado y un panal de miel. Asistió a la última pesca milagrosa y estuvo presente en el Cenáculo el día de Pentecostés. Siguió a San Pedro, quien, después de haberle enviado en misión a la Pentápolis y a Persia, le condujo a Roma, donde le consagró obispo. Después le envió a Tolosa, acompañado de San Papoul. En Nimes convirtió a San Honesto y se lo asoció. Los dos fueron aprisionados en Carcasona y salvados milagrosamente. En Tolosa, Saturnino curó de lepra a una dama noble; después envió a Honesto a España; éste, cumplida su misión, volvió a buscarle. Saturnino bautizó en Pamplona a cuarenta mil personas (!), después recorrió Galicia, siempre con el mismo éxito, y llegó hasta Toledo; volvió a Francia por Comminges. Poco después de su vuelta a Tolosa sufrió el martirio atado a un toro.

Una iglesia regional no es un campo cerrado; es una familia que da y que recibe. Quedan muchos testimonios de este dar y recibir: los tolosanos celebran santos que han vivido entre sus vecinos los españoles, como San Acisclo —17 de noviembre—, y la Iglesia española no deja de celebrar al primer obispo de Tolosa. Su culto atravesó los Pirineos en el siglo V; lo favoreció el que el reino visigótico se extendiera también por el otro lado de las montañas. En el siglo IX, a partir de la Reconquista, San Saturnino, a quien los españoles no habían olvidado nunca, gozó de gran popularidad gracias a los cruzados franceses. En efecto, se acordaban de que San Sernin de Tolosa había sido una de sus más gloriosas etapas en la larga peregrinación a Santiago.

Gracias, pues, a Santiago de Compostela, se hizo, en sentido inverso, la propagación del culto a San Saturnino. Etapa obligada en el camino de Santiago, San Sernin era frecuentada por multitud de peregrinos que desde Tolosa llevaban a sus países la devoción al gran obispo mártir. También su culto se extendió rápidamente en todo el país entre el Loira y el Rin, donde muchos lugares están bajo su patrocinio con nombre deformado: Sernin, Sornin, Sorlin y otros.

En Tolosa los peregrinos de Compostela encontraban la basílica que había reemplazado a la de Exuperio, y que, edificada lentamente a fines del siglo XI, había sido consagrada en 1096 por el papa Urbano II. El 6 de septiembre de 1258 el obispo Raimundo de Falgar procedió a la elevación de los restos de San Saturnino y los hizo depositar en el coro. San Saturnino es una de las más hermosas iglesias románicas, notable por sus cinco naves de once bovedillas, su vasto crucero y su coro de deambulatorio, guarnecido por capillas radiadas. En cuanto a la iglesia de Taur, se dice que se alza sobre el emplazamiento del antiguo Capitolio pagano (que no tiene nada que ver con el Ayuntamiento, donde en la Edad Media se tenían las sesiones capitulares), y que recuerda el lugar del martirio.

Al recuerdo de San Saturnino hay que asociar el de las dos santas mujeres que tuvieron la valentía de levantar el cuerpo del mártir mutilado horriblemente para enterrarle cerca del lugar donde el toro furioso se había detenido. La liturgia las celebra en la diócesis de Tolosa el día 17 de octubre con el nombre de «Santas Doncellas». La «pasión», escrita en el siglo V, precisa que ellas fueron apresadas por los paganos, azotadas con varas y arrojadas despiadadamente de la ciudad. Una leyenda posterior añade que San Saturnino en un viaje a España había encontrado a estas dos jóvenes, hijas del rey de Huesca, que las había convertido y las había llevado con él a su ciudad episcopal. Después del martirio del obispo y cuando fueron expulsadas de la ciudad, posiblemente se refugiarían en Ricaud, donde vivieron con santidad. Fueron enterradas a algunos kilómetros al oeste de Castelnaudary (Aude), en una aldea que desde entonces se llamó Mas-Saintes-Puelles, y que llegó a ser el centro del culto a estas mujeres humildes y devotas.

Toda la gloria del primer obispo de Tolosa, gloria que ha atravesado los siglos y las fronteras, tiene sus fuentes en el hecho de que se relaciona con él la evangelización primera de una región cuya influencia se extendió muy lejos, hasta las orillas del Mediterráneo y por encima de los Pirineos.

La Iglesia se planta como un árbol que vive. Como una casa, se la levanta aquí y allí donde no está; en este lugar ésta es la primera manifestación, la realización visible del misterio redentor. Así, San Saturnino, antes de ser un mártir, es el fundador de la iglesia local. Su tumba es un signo de apostolicidad, de enraizamiento en la misión primera de los apóstoles; el espíritu de Cristo los empujaba a la conquista del mundo. A nuestros padres, penetrados del sentido cristiano de la misión evangélica, les gustaba ver en Saturnino un discípulo de los apóstoles. Así, la leyenda de que hemos hablado es una manera de expresar que toda fundación de una iglesia local, todo trabajo de evangelización procede de la misión que Cristo dio a los apóstoles, transmitida sólo por ellos. Y, como ellos, Saturnino plantó la Iglesia de Cristo en su sangre.

Sus hijos celebran una misa especial en su honor. La colecta y el hermoso prefacio son éstos:

> *Oración de San Saturnino:* «¡Oh Dios!, por la predicación del santo obispo Saturnino, vuestro mártir, nos habéis llamado a la admirable luz del Evangelio desde las tinieblas de la incredulidad. Haced, por su intercesión, que crezcamos en la gracia y en el conocimiento de Cristo, vuestro Hijo. Así sea».
>
> *Prefacio de San Saturnino:* «¡Oh Padre Eterno!, es justo pediros con confianza que no abandonéis a vuestros hijos. San Saturnino los ha engendrado por sus trabajos apostólicos, los ha nutrido con la palabra de salvación y los ha hecho firmes por la fidelidad de su martirio. Conservadnos, pues, por vuestro poder, para que, santificados en la verdad, perfectos en la unidad, os dignéis contarnos en la gloria, por Cristo Señor nuestro».

ANTOINE DUMAS, OSB

Bibliografía

GRIFFE, E., «La date du martyre de Saint Saturnin de Toulouse»: *Bulletin de Littérature Ecclésiastique* 51 (1950) 129-135.

— «Le véritable emplacement du Capitole romain de Toulouse»: *Bulletin de Littérature Ecclésiastique* 49 (1948) 32-41.

— «Une messe du Ve siècle en l'honneur de Saint Saturnin de Toulouse»: *Revue du Moyen Âge Latin* 7 (1951) 5-18.

«Pasión de San Saturnino» *(Bibliotheca hagiographica latina,* n.7495-7496), en T. RUINART, *Acta primorum martyrium sincera* (París 1689) 109-113.

«Pasión legendaria» *(Bibliotheca hagiographica latina,* n.7497), en M. J. MACEDA, SJ, *Actas sinceras nuevamente descubiertas de los santos Saturnino, Honesto y Fermín, apóstoles de la antigua Vasconia...* (Madrid 1798) 243-269.

• Actualización:

GARRIGUES, M.-O., «Saturnino di Tolosa», en *Enciclopedia dei santi. Bibliotheca sanctorum.* XI: *Ragen-Stefa* (Roma ²1990) cols.673-681.

BEATOS DIONISIO DE LA NATIVIDAD (PEDRO) BERTHELOT Y REDENTO DE LA CRUZ (TOMÁS) RODRÍGUEZ

Religiosos y mártires († 1638)

El primero era francés y sacerdote, el segundo portugués, fraile lego o donado de la Orden del Carmen Descalzo. Fueron martirizados juntos.

Dionisio, cuyo nombre seglar era Pedro Berthelot, había nacido en Honfleur (Calvados), en la Normandía marítima, el 12 de diciembre de 1600. Su madre se llamaba Florida Morin; y su padre, don Pedro, «se convirtió de furibundo calvinista en católico fervoroso, y con su esposa logró formar un hogar muy cristiano, alegrado con diez hijos». Bautizaron al niño el mismo día de su nacimiento. En su juventud le gustaba subir con frecuencia al santuario de Nuestra Señora de Gracia en su ciudad natal, donde los hombres del mar rendían homenaje a la Señora y desde donde se disfrutaban unos paisajes espléndidos. Hombre de mar, emprendería diversos viajes a España, Inglaterra y a las Indias Orientales, consagrándose como experto marino. En uno de esos viajes en septiembre de 1619, en plena juventud, zarpó para las Indias Orientales. Después de muchos peligros en la travesía llegaron, al mando del capitán Du Pont Gravei, a la isla de Sumatra. Berthelot se había destacado en viaje tan comprometido y muy pronto ocupó el puesto de primer piloto. En otro viaje a las Molucas, fue apresado con sus compañeros en el estrecho de Malaca por los enemigos de la fe católica. Sometido a malos tratos, al fin, fue liberado y regresó a Francia. Más tarde estuvo al servicio de los holandeses durante tres años

en la isla de Java. A continuación se puso al servicio de los portugueses en Malaca, donde le recibió con todos los honores el gobernador y capitán general de la isla. En enero de 1629 salió para Cochín y Goa, en la costa malabárica. Habiendo puesto asedio el rey de Aquén (Sumatra) a Malaca, los portugueses prepararon una gran flota para la liberación de Malaca. Piloto primero fue nuestro Berthelot. Navegaron desde el 29 de septiembre hasta el 21 de octubre, cuando llegaron a Malaca. La victoria de los portugueses fue total, capturando al almirante enemigo, que fue enviado a Goa. A su vuelta a Goa, Berthelot fue nombrado piloto y cosmógrafo de las Indias, habiéndose distinguido «por su valor y por su ingenio, como lo demuestran sus *Tabulae maritimae* delineadas con suma pericia, que se conservan en el British Museum» (mss. Sloan 197).

Desde 1620 tenían los carmelitas descalzos un convento en Goa; desde 1632 o así comenzó Pedro Berthelot a tratar con los religiosos, siendo su director espiritual el que más tarde sería General de la Orden, Felipe de la Trinidad. Pedro Berthelot entró en la Orden en 1635 allí mismo en Goa. Felipe de la Santísima Trinidad, que le había recibido en la Orden y que fue su formador, dejó el siguiente testimonio acerca de él:

> «No habiéndose nuestro bienaventurado Dionisio hecho religioso por ligereza de ánimo o por otros motivos humanos, sino únicamente por servir a Dios y salvar su alma, comenzó enseguida con grande fervor de espíritu, a correr los caminos de la perfección. Consideraba a menudo que había venido a la Religión en edad más adelantada que sus connovicios y debía esforzarse mucho más que ellos para alcanzar las virtudes en aquel grado de perfección que él, por su humildad, creía vivían todos. Por eso no se contentaba con las penitencias ordinarias de la religión [...] sino que a todas éstas añadía otras muchas, y con tal fervor que era estimado de todos como hombre de vida purísima, así es que en los mismos Capítulos, ordenados precisamente a la corrección de las faltas, no fue jamás reprendido de nadie por defecto alguno, sino más bien encomiado de todos».

Terminado el tiempo de prueba del noviciado, hizo su profesión el 25 de diciembre de 1636 con el nombre de Dionisio de la Natividad. El mismo padre Felipe dice todo contento:

> «Siendo yo en su toma de hábito y profesión superior del convento, puedo gloriarme con entera razón de haber espiritualmente

> engendrado para nuestra santa Reforma a un hijo tan virtuoso y perfecto».

Terminado el tiempo de sus estudios se ordenó sacerdote el 24 de agosto de 1638, cantando su Misa solemne el 8 de septiembre asistido por el padre Felipe. Ese mismo año 1638 el virrey Pedro de Silva se aprestó a enviar embajador suyo a Francisco de Souza de Castro ante el sultán de Achén (Sumatra). El embajador designado pidió que le acompañara el padre Dionisio como «experto en cosas del mar y en la lengua malaya». La comunidad carmelitana se resistió a la petición, pero al fin cedió, por la imposición del virrey. Dionisio llevó como compañero a Tomás Rodríguez da Cunha. Nacido en Paredes, Portugal, y bautizado el 15 de marzo de 1598.

Buscando fortuna y aventuras se fue a las Indias Orientales y llegó a Goa. Enrolado en varias acciones navales, fue un fenómeno de valentía y ascendió a cabo de escuadra.

Era buen cumplidor de sus obligaciones religiosas y comenzó a rondarle la idea de hacerse religioso. Tuvo que pasar a Tatta, en el antiguo imperio del Gran Mogol, donde había un convento de carmelitas descalzos. Atraído por aquel género de vida, pidió ser admitido en la comunidad en calidad de hermano lego o converso. Vistió el hábito, llamándose fray Redento de la Cruz. De Tatta pasó a Camboya y allí le dieron la profesión. En 1631 ya se hallaba en el convento de Goa. Se hacía notar por su devoción, mansedumbre, sencillez, espíritu de obediencia y laboriosidad. Un morador de Goa declaró en el proceso de beatificación:

> «Se le tenía en Goa en opinión de santo; y esta fama, en el tiempo que yo he permanecido allí, ha sido siempre constante, y tal la he hallado en todos los lugares donde he estado, siendo en todas partes pública y notoria».

En Goa ejercía el oficio de sacristán. Cuando la gente venía a pedirle estampas, que llamaban «verónicas», les decía sonriendo y bromeando y apuntando a su rostro: «¿No os parece ésta una bella verónica? Quizá algún día la tendréis en veneración». Le pedían también reliquias y él, siempre de buen humor, les señalaba su hábito. La gente lo celebraba y él respondía: «Esperad un poquito, que tal vez admiraréis eso mismo de que ahora reís

tan a gusto». Al despedirse de la comunidad para el viaje a Sumatra dijo, todo gozoso: «Si yo llego a ser mártir, haced que me pinten con los pies fuera del hábito, a fin de que por las sandalias y por los pies desnudos se me conozca por carmelita descalzo».

La embajada en la que iban los dos descalzos partió de Goa el 27 de septiembre de 1638. La travesía fue feliz y todos admiraban la bondad de los religiosos. Estando ya en el puerto de Achén tuvieron que vérselas con unos navíos holandeses que les atacaron. Pudieron desentenderse de los agresores, que «intrigaron con el nuevo Rey, haciéndole ver que la amistad con que Portugal le brindaba no era tal, sino más bien la de convertir la isla al catolicismo y de esta manera ganarla para el rey portugués». El rey, mahometano convencido, amenazó con represalias y tormentos para los que habían llegado. Simulando amistad, envió un representante suyo que les manifestara grandes muestras de estima, anunciándoles los grandes festejos que se preparaban para recibirlos. La embajada no se dio cuenta de la trampa que le tendía el soberano y desembarcó. Caminando hacia el palacio real se vio rodeada de gente armada que les hizo prisioneros, y les ataron las manos a la espalda a los sesenta que componían la expedición. Empeñados los captores en hacerles renegar de la fe católica y pasarse a la religión musulmana, encerraron al P. Dionisio en algo así como una cloaca y le aplicaron tormentos refinados, pero no pudieron quebrantar su fe. Al hermano Redento le cargaron de grillos, entregándole a un amo cruel que le vejaba ignominiosamente.

La sentencia de muerte llegó para los sesenta prisioneros, que se mantuvieron firmes en la fe católica. El primero en ser ejecutado fue fray Redento. Los tormentos a que les sometieron eran de tres clases: primero, doce verdugos les asaeteaban; las saetas no producían la muerte. A continuación les alanceaban y, finalmente, les traspasaban de parte a parte con unas espadas envenenadas. El padre Dionisio pidió ser martirizado el último, y así estuvo todo el tiempo animando y confortando a los demás en la prueba.

Cuando llegó su hora besó la tierra empapada con la sangre de sus compañeros. Las saetas que lanzaron contra él no llega-

ban a herirle. Los verdugos, asustados por el caso, se negaban a seguir asaeteándole. Se le hizo saber al rey, que, enfurecido, «se obstinó más en su crueldad y ordenó se le aplicase el suplicio llamado "de los elefantes", que consistía en poner al mártir boca arriba y hacer pasar al animal por encima para que le aplastara e hiciera saltar los ojos de sus órbitas y desparramar por el suelo las entrañas de la víctima. Hasta quedar exánime continuó confesando su fe». Al mismo tiempo le infligían otros tormentos. Todavía tuvo fuerza el mártir para llevar el crucifijo a sus labios, besarlo y pronunciar los nombres de Jesús y María.

De matanza tan cruel se libró el embajador, al que tuvieron encerrado en una jaula de hierro tres años, y un criado de éste que logró evadirse. Por carta del embajador se supo en Goa lo ocurrido y para, desde la fe, celebrarlo, se lanzaron las campanas al vuelo y se cantó un *Te Deum* en acción de gracias.

Al tratar de abrir el proceso de beatificación de martirio ayudó una carta del embajador del 3 de marzo de 1643. La carta va dirigida al P. general de la Orden de los carmelitas descalzos y en ella le cuenta lo que le tocó padecer por Cristo durante los tres años continuos que le tuvieron preso y añade:

> «[...] Esto fue siempre con gran consuelo de mi alma, por el buen ejemplo que me dieron en sufrir el martirio sesenta portugueses, compañeros míos, que yo llevé conmigo al reino de Aquén cuando fui allá en calidad de embajador; pero particularmente el venerable padre Dionisio de la Natividad, mi confesor, y el venerable hermano Fr. Redento, súbditos ambos de Vuestra Paternidad Reverendísima. El primero de los cuales, no contento con dar su propia vida por la confesión de nuestra santísima fe, mostró cuán poco temía los tormentos, aunque fierísimos, en los cuales perseveró hasta lo último oyendo las confesiones, animando a los compañeros y exhortándoles a soportar los trabajos por Dios y por la confesión de la santa fe...».

Ya en 1642 se hicieron «informaciones» en Goa, y más tarde en Roma donde se encontraban algunos testigos muy bien informados de lo sucedido. En 1675 el papa Clemente X autorizó la apertura de la causa, y más tarde, en 1701, se hizo la pregunta oficial de si constaba de la fama de santidad y del martirio de los dos siervos de Dios. La causa, por dificultades de comunicación y otros imponderables, quedó como suspendida hasta que en 1876 la Orden volvió a reanudarla. Así se llegó a buen

puerto. En la instancia del subpromotor de la fe presentada a León XIII se afirma que los venerables Dionisio de la Natividad y Redento de la Cruz «se prepararon de tal manera para el martirio, con el ejemplo de heroicas virtudes, que, a juicio de hombres gravísimos, aunque no lo hubieran sufrido, por sola la santidad de su vida hubieran merecido los honores de los santos». Estos protomártires del Carmen Descalzo fueron beatificados por León XIII el 10 de junio de 1900, celebrando todo el Carmelo su fiesta el 29 de noviembre.

JOSÉ VICENTE RODRÍGUEZ, OCD

Bibliografía

BONIFACIO DE LA SAGRADA FAMILIA, «Los nuevos beatos Dionisio de la Natividad y Redento de la Cruz»: *Monte Carmelo* 1 (1900) 103-106.

«Decreto de beatificación de los BB. Dionisio de la Natividad y Redento de la Cruz»: en *Monte Carmelo* 1 (1900) 99-102, 135-136, 238-240, 270.

JUAN DEL SACRAMENTO, *Crónica de Carmelitas Descalços, particular do Reyno de Portugal...*, II (Lisboa 1721) 798-813.

MACCA, V., «Dionisio de la Natividad (Pedro Berthelot), Redento de la Cruz (Tomás Rodrigues)», en L. SAGGI, *Santos del Carmelo* (Madrid 1982) 383-384. Como dice muy bien V. Macca, «el testigo más calificado que trabajó incluso en los procesos canónicos es el ven. P. Felipe de la Sma. Trinidad (1603-1671), el cual conoció muy a fondo como superior en Goa al B. Dionisio y promovió su causa». Entre las obras en las cuales habla del beato, véanse sobre todo: *Itinerarium orientale* (Lyón 1649); *Historia carmelitani ordinis* (Lyón 1656); *Summa theologiae mysticae* (Lyón 1656); *Theologiae carmelitana* (Roma 1665).

Positio beatificationis seu declarationis martyrii (Roma 1900).

SILVERIO DE SANTA TERESA, *Historia del Carmen descalzo en España, Portugal y América*, IX (Burgos 1940) 352-367.

SPIRIDIONE DELLA IMMACOLATA, *Vita* (Milán 1900). Esta vida de los dos beatos fue traducida al español por Justo de San José (Madrid 1900).

SAN FRANCISCO ANTONIO FASANI

Presbítero († 1742)

Donato Antonio Juan Nicolás Fasani nació el 6 de agosto de 1681 en Lucera, junto a Foggia (en la Apulia septentrional). Lucera es una antigua ciudad «puesta sobre un monte», a un paso del «Promontorio del Gargano» que se adentra —como un cabo notable— al sureste de la península italiana sobre el mar Adriático. Sus padres, José Fasani e Isabel La Monaca, eran

trabajadores modestos. A los cuatro días fue bautizado con esos cuatro nombres, aunque en casa siempre le llamarían Juanito.

Quedó muy pronto huérfano de padre y al cuidado de la educación cristiana de su madre. A los diez años ya era monaguillo y con tanta afición que luego, entre sus juegos preferidos, jugaba a decir misa.

De niño y adolescente cursó sus primeros estudios en el convento de su ciudad natal de la Orden de los Hermanos Menores Conventuales de San Francisco, dando testimonio de inocencia, sacrificio, pobreza y de ardor apostólico dentro de la espiritualidad franciscana que allí se vivía, y, al calor de ese mismo convento, mostró los primeros indicios de su vocación religiosa y sacerdotal.

A los quince años fue admitido en la orden, recibiendo el hábito y tomando el nombre de Francisco Antonio por su devoción a esos dos santos franciscanos; hizo su noviciado en el convento llamado de «Monte Sant'Angelo» y en él emitió su primera profesión el 23 de agosto de 1696. Después realizó sus estudios eclesiásticos en distintos conventos de su provincia religiosa y de la vecina provincia napolitana: Venafro, Agnone, Montella y Aversa. Quiso concluir el ciclo teológico en el convento de Asís, junto al sepulcro de San Francisco, adonde fue enviado en 1703 y donde fue ordenado sacerdote el 19 de septiembre de 1705.

En Roma y en el Estudio de San Buenaventura, junto al templo de los Doce Apóstoles, cursó los estudios del doctorado en teología y se le confirió el título académico de «Maestro en Teología». Por eso, y por el ejercicio de ese magisterio espiritual, en su pueblo lo comenzaron a llamar el «Padre Maestro». Vuelto a Asís, se dedicó a la predicación popular por toda la redonda hasta el año 1707 en que regresó a Lucera, y ya desde entonces permanecerá definitivamente en su ciudad.

Fue profesor de filosofía en el mismo convento de Lucera y luego regente de estudios. Pidió retirarse al vecino «desierto» de Alberona, a menos de veinte kilómetros de Lucera, donde permaneció durante tres años dedicado a la oración y al estudio de la teología espiritual —hasta el año 1712— antes de dedicarse al pleno ejercicio de su ministerio sacerdotal. Permanecía en él

siempre un deseo de esconderse y anonadarse, buscando la sombra del silencio para sumergirse únicamente en Dios. Después fue nombrado guardián de convento y maestro de novicios. En 1721 fue designado por breve del papa Clemente XI ministro provincial de la provincia franciscana de los franciscanos conventuales de Sant'Angelo en la Apulia, durante tres años. Por su ejemplo y testimonio imbuyó en sus hermanos la espiritualidad franciscana de tal modo que hasta sus compaisanos veían en él la imagen de San Francisco «redivivo». «Quien quiera ver a San Francisco no tiene más que mirar al "Padre Maestro"», decían.

En la vivencia de sus votos religiosos de castidad, pobreza y obediencia y en su unión con Dios tuvo una experiencia mística de unión con el «sumo amor, inmenso amor, infinito amor, eterno amor». Era especialmente sensible a la pasión del Señor y a la sagrada Eucaristía, asociándose al sacrificio de Cristo con una rigurosa vida penitente. Para alcanzar el amor a Dios estimaba que el mejor camino era la devoción a la Madre y Virgen María, Inmaculada, porque ella congregó a los hombres en una sola familia de hijos del Padre de tal forma que se amen como verdaderos hermanos en Cristo. Su devoción a la Virgen y su defensa de la Inmaculada Concepción teñirían de arriba abajo toda su espiritualidad franciscana.

Llamaba la atención su modo de celebrar el santo sacrificio de la Misa de tal modo que muchos acudían a participar en su celebración atraídos precisamente por su modo de celebrar. Desarrolló un fecundo apostolado en la predicación recorriendo los pueblos de los Apeninos napolitanos y localidades limítrofes, en la Daunia, Apulia y Molisa, hasta el punto de ser llamado «apóstol» de su tierra. Predicaba los domingos y fiestas con sermones bien preparados, organizaba misiones populares, ejercicios espirituales y septenarios dedicados a la Virgen María. También dedicaba muchas horas de su ministerio al sacramento de la Reconciliación, presentando a los penitentes la misericordia de Dios con su acostumbrada invocación: *Deus misericordia salvans,* para que comprendieran que Dios nos salva por su misericordia.

Escribió libros de predicación, un cuaresmal y un marial, un comentario sobre el Padrenuestro, otro sobre el Magnificat y

varios sermones. Su modo de predicar era tan sencillo y a la vez tan profundo —con referencias continuas a la Sagrada Escritura y a los Santos Padres— que podía llegar a todos, de modo singular a los más sencillos.

Tenía una gran caridad con los pobres y enfermos. Entre distintas iniciativas promovió la costumbre antigua de recoger paquetes de regalos para distribuirlos entre los necesitados con ocasión de la Navidad. Se dedicó de modo especial a la atención de los encarcelados y condenados, acompañándolos personalmente hasta el lugar del suplicio, confortándolos hasta en los últimos momentos. Hizo restaurar el templo de San Francisco en Lucera, que fue el centro de su apostolado durante treinta y cinco años de incansable trabajo pastoral. Como apasionado de la Inmaculada Concepción, a las personas a las que dirigía espiritualmente o confesaba las encaminaba a la meditación de las virtudes de la Virgen y a ofrecer la vida en obsequio a Santa María como verdadera Madre. Todavía hoy permanece en la iglesia la imagen de la Inmaculada que hizo traer desde Nápoles y aún se canta una canción mariana compuesta por él.

Predijo su muerte, estando todavía bien de salud, y la de un compañero, el padre Luis Giocca, a quien no le hacía ninguna gracia esa predicción, pues le respondió: «Padre Maestro, si usted quiere morir, está en todo su derecho, pero yo no tengo ninguna prisa». «Los dos vamos a hacer el mismo viaje: yo antes y usted después», le insistió. De hecho, el padre Giocca murió dos meses después que él.

Cuando en 1742 Fasani cayó en grave enfermedad y fue consciente de que su vida estaba por concluir, se llenó de la "perfecta alegría" —por la cercana «hermana muerte»— de tanto que anhelaba llegar a la verdadera patria. Murió en Lucera, habiendo recibido los santos sacramentos e invocando a la Inmaculada Virgen María, el 29 de noviembre de 1742, primer día de la novena de la Inmaculada, y fue enterrado en la misma iglesia de San Francisco con la afluencia de toda Lucera.

Su fama de santidad, que ya se había difundido en vida, se extendió todavía más por toda la región después de su muerte, de tal forma que, a tan sólo cuatro años, el obispo de Lucera abrió el proceso informativo en 1746 como primer paso de la

causa de beatificación y de canonización del Siervo de Dios que inició en 1832 Gregorio XVI en Roma. León XIII reconoció sus virtudes heroicas el 21 de junio de 1891. Después del proceso canónico sobre dos milagros atribuidos a Francisco Antonio, fue beatificado por Pío XII el 15 de abril de 1951.

Durante su discurso con ocasión de la beatificación, dijo el Papa:

> «Hablando de la acogida que se le había hecho en Nazaret, Jesús decía con acento de tristeza: "en su tierra y en su casa desprecian a un profeta" (Mt 13,57). Él mismo quiso, para alentar a sus discípulos, experimentar la verdad dolorosa de este dicho, no desmentida sino en rarísimos casos. El beato Francisco Antonio Fasani ha sido una de estas excepciones».

Después de otro proceso canónico sobre otro milagro, Juan Pablo II decretó el 21 de marzo de 1985 que constaba la curación milagrosa, total y rapidísima, por intercesión del Beato Francisco Antonio Fasani, en la señora María Stratagemma sanada de una «estenosis recto-sigmoidea, de índole probablemente inflamatoria, crónica». Después del Consistorio celebrado el 24 de febrero de 1986, el mismo Papa estableció que el 13 de abril siguiente sería inscrito en el catálogo de los santos.

Fue, pues, canonizado el 13 de abril de 1986, por el papa Juan Pablo II en la patriarcal Basílica Vaticana de San Pedro, con la participación de numerosos fieles venidos desde la Apulia y de otras regiones de Italia y del mundo.

En la homilía de la misa de canonización, Juan Pablo II dijo de San Francisco Antonio Fasani:

> «Como religioso, fue un verdadero "ministro" en el sentido franciscano, es decir, el servidor de sus hermanos: caritativo y comprensivo, pero santamente exigente de la observancia de la regla, y de la práctica de la pobreza, dando él mismo ejemplo irreprensible de observancia regular y de auténtica santidad de vida».

Sus reliquias permanecen visibles bajo el altar mayor del santuario de San Francisco en Lucera.

JOAQUÍN MARTÍN ABAD

Bibliografía

JUAN PABLO II, «Litterae decretales, Beatus Franciscus Antonius Fasani, sacerdos professus Ordinis Fratrum Minorum conventualium, Sanctus esse decernitur et definitur»: *AAS* 89 (1987) 1425-1432.

PÍO XII, «Venerabilis Dei famulus Franciscus Antonius Fasani, sacerdos, ex ordine Fratrum Minorum conventualium, Beatus renuntiatur»: *AAS* 43 (1951) 270-274.

STANO, G., «Fasani, Francesco Antonio, Beato», en *Bibliotheca sanctorum*. V: *Erizzo-Galdino* (Roma 1964) cols.468-470.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN SATURNINO DE CARTAGO

Mártir († 250)

Aunque luego la leyenda se apoderara de su nombre y le diera como compañero fabuloso a San Sisinio, la verdad histórica ha sido restaurada por el nuevo *Martirologio romano*. Dejando a un lado la leyenda de Sisinio, hay constancia de la existencia del mártir Saturnino, recordado ya en la *Depositio martyrum* el 29 de noviembre, estando inserto su nombre en el *Martirologio jeronimiano* y asimismo celebrado en los sacramentarios Gelasiano y Gregoriano así como en el Calendario marmóreo de Nápoles. Y lo conmemoraba asimismo el *Misal romano* preconciliar. Se trata, pues, de un auténtico mártir romano. De él podemos decir que era cartaginense y que en su patria confesó la fe y fue torturado, manteniéndose firme en la confesión de Cristo. Enviado luego a Roma, volvió a sufrir nuevas torturas, pero no sólo no apostató sino que convirtió al prefecto Graciano y fue finalmente decapitado. Era en la persecución de Decio, año 250. Sus reliquias se conservaron en el cementerio de Trasón, en la Via Salaria nueva.

BEATO EDUARDO BURDEN

Presbítero y mártir († 1588)

Era natural del condado de Durham y había nacido en 1544. Estudió en el Colegio *Corpus Christi* de Oxford y consiguió el magisterio en Artes. Decidido por el sacerdocio, marchó a

Reims y se ordenó sacerdote en 1584. Como tenía poca salud hubo de quedarse todavía dos años en Reims y en 1586 marchó a la misión inglesa, trabajando en el Yorkshire. Se dijo de él que era «hombre manso y dotado de una maravillosa sagacidad para curar las enfermedades espirituales, especialmente en las confesiones, y estaba también dotado de una admirable prudencia para consolar las almas heridas. Por sistema viajaba a pie, pues, aunque débil y enfermo, pero el vigor de su voluntad daba fuerza a su debilidad, y cuando iba a confortar algún alma parecía volar más bien que caminar».

Capturado y llevado a juicio, fue condenado a muerte. Pero cuando vio que algún compañero suyo de prisión se le adelantaba en el martirio se lamentaba diciendo: «¿Deberé siempre permanecer aquí encerrado como un animal mientras un hermano mío tiene tan pronto su recompensa? La verdad es que yo me siento indigno de esta gloria de sufrir por Cristo». Su enfermedad y debilidad no le impidieron acudir al tribunal y al suplicio con alegría. Fue ahorcado, destripado y descuartizado en York el 29 de noviembre de 1588. Fue beatificado el 22 de noviembre de 1987 por el papa Juan Pablo II.

BEATOS JORGE ERRINGTON, GUILLERMO GIBSON Y GUILLERMO KNIGHT

Mártires († 1596)

El año 1596 fue el primer año desde 1580 en que no fue martirizado ningún sacerdote en Inglaterra pero sí lo fueron estos tres seglares que el *Martirologio romano* conmemora hoy, ya que dieron la vida por la fe el 29 de noviembre de 1596 en la ciudad de York. Los tres confesaron que cada uno, según la propia capacidad, había explicado al que los delató la fe católica y su necesidad para la salvación del alma y que lo habían exhortado a velar por sí mismo y a cambiar de vida, pero que no habían usado otro medio que no fuera la persuasión más delicada y respetuosa. Se les acusó por esto de haber intentado persuadirlo para que se reconciliara con la Iglesia católica y que esto era delito de alta traición. Este que puso la delación que les llevó a la muerte era un ministro protestante que por alguna causa

se hallaba preso y se había dirigido a los presos católicos diciéndoles que quería enmendarse de sus yerros y conocer bien la doctrina católica. Los tres, a su vez, habían llegado a ella acusados de ser católicos. Éstos son sus datos:

JORGE ERRINGTON era natural de Herst en Northumberland. Antes de su último proceso había tenido experiencia de la persecución. A comienzos de junio de 1585 fue arrestado y llevado a la Torre de Londres. Se le interrogó el 30 de agosto y él reconoció ser católico, pero dijo que rezaba por la reina y que la servía lealmente pero que su conciencia no le permitía ir a la iglesia protestante. En noviembre, según parece, se le puso en libertad. En 1591 fue nuevamente arrestado y esta vez detenido en York. En mayo de ese año pasó por tres interrogatorios. Pudo escaparse luego del castillo de York. En otoño de 1593 fue nuevamente arrestado y en julio de 1594 enviado, junto con San Juan Boste, a Durham, pero al no ser procesado fue enviado al castillo de York. Aquí encontró al ministro protestante al que él y sus compañeros explicaron la doctrina católica, y los denunció, como queda dicho.

GUILLERMO GIBSON era un rico labrador, natural de Ripon. Se sabe de él que estuvo muchos años preso en el castillo de York, y todos debieron admirar en él su bondad y su paciencia. La denuncia del citado ministro protestante lo llevó a la muerte.

GUILLERMO KNIGHT, joven de 23 años, era hijo de Leonardo Knight, labrador de South Duffield. Al llegar a la mayoría de edad le pidió a un tío suyo que le diera su herencia, y el tío para evitar dársela lo acusó de católico y consiguió que lo mandaran al castillo de York, donde consta que ya estaba el 5 de octubre de 1593. A los cinco días de estar con los presos comunes pidió poder estar con los presos católicos. Pasó tres años en la cárcel hasta la acusación del citado ministro protestante.

Fueron beatificados el 22 de noviembre de 1987 por el papa Juan Pablo II.

BEATO ALFREDO SIMÓN COLOMINA

Presbítero y mártir († 1936)

Nació en Valencia el 8 de marzo de 1877. Estudió bachillerato en el Instituto de Segunda Enseñanza, de Valencia, y obtuvo en sus estudios muy buenas calificaciones. Era un joven piadoso y se inscribió en la Congregación Mariana que dirigía el P. Mariano Garín. Una vez acabado el bachillerato, pasó a la universidad, pero maduró su vocación religiosa e ingresó el 18 de diciembre de 1895 en el noviciado de la Compañía de Jesús, de Gandía. Dos años más tarde emitió los votos religiosos. Pasó cuatro años en Veruela y luego un año en Tortosa, donde terminó los estudios de filosofía. Hizo el magisterio en el colegio del Sagrado Corazón de Barcelona, e hizo al mismo tiempo los estudios de Filosofía y Letras, obteniendo la licenciatura. Pasó a Tortosa a hacer Teología y luego hizo la tercera probación en Manresa. Terminada ésta, en 1913 pasó al colegio de San José como prefecto de estudios, y fue admitido a la profesión solemne de cuatro votos el 2 de febrero de dicho año. El 8 de agosto de aquel mismo año es nombrado rector del colegio y con este mismo cargo estará también en Barcelona y varias veces en Valencia. Tenía grandes cualidades de gobierno.

Estaba de rector en San José cuando llegó la República, y el 12 de mayo de 1931 su colegio fue asaltado por la turba con gran desastre vandálico que obligó a cerrar el colegio varios meses. Cuando la República disolvió la Compañía y el P. Simón volvió de Roma se integró en alguno de los «coetus» en que vivían los jesuitas disueltos. Hizo el apostolado que pudo, especialmente confesando y llevando la comunión. La razón de que lo detuvieran fue que un miliciano lo reconoció como sacerdote que confesaba y decía misa. Llegada la revolución de julio de 1936 pasó de un refugio a otro, hasta que a finales de agosto lo detuvieron y lo llevaron a Las Torres de Cuarte. Sencillo y animoso, alentaba a los demás presos y trataba con afecto a los propios carceleros. Con los detenidos rezaba el rosario y confortaba a todos. Pudo salir de Las Torres, pero no muchos días después, el 27 de noviembre, fue detenido de nuevo y llevado a la checa del Seminario. El día 29 fue llevado a El Saler y cuando iban a fusilar al grupo, el P. Simón pidió permiso a los verdugos

para darles a todos la absolución, como así hizo exhortándolos a hacer un acto de contrición. Seguidamente fue fusilado. Enterrado en el cementerio de Valencia, el 25 de marzo de 1940 fueron llevados sus restos al panteón de la Compañía de Jesús.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

30 de noviembre

A) MARTIROLOGIO

1. Fiesta de San Andrés, apóstol, hermano de San Pedro, patrono de la Iglesia de Constantinopla **.

2. En Milán (Liguria), San Mirocletes († ca. 314), obispo.

3. En Bretaña Menor, San Tugdualu Pabu († s. VI), abad y obispo.

4. En el Monte Siepi (Etruria), San Galgano Guidotti († 1181), ermitaño *.

5. En Montpellier (Provenza), Beato Juan de Vercelli († 1283), presbítero, Maestro general de la Orden de Predicadores **.

6. En Ratisbona (Baviera), Beato Federico († 1329), religioso de la Orden de Ermitaños de San Agustín *.

7. En Launceston (Inglaterra), San Cutberto Mayne († 1577), presbítero y mártir bajo el reinado de Isabel I **.

8. En York (Inglaterra), Beato Alejandro Crow († 1587), presbítero y mártir bajo el reinado de Isabel I *.

9. En Quxian (China), San Tadeo Liu Ruiting († 1823), presbítero y mártir *.

10. En Hué (Annam), San José Marchand († 1835), presbítero, de la Sociedad de Misiones Extranjeras de París, mártir *.

11. En Paracuellos de Jarama (Madrid), beatos Miguel (Francisco) Rueda Mejías, Diego de Cádiz (Santiago) García Molina, Nicéforo Salvador del Río, Román (Rafael) Touceda Fernández, religiosos profesos, Arturo Donoso Murillo, Jesús Gesta de Piquer y Antonio Martínez Gil-Leonís, novicios, todos ellos de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios, mártires en 1936 *.

12. En Valencia, Beato José Otín Aquilé († 1936), presbítero, de la Sociedad Salesiana, mártir *.

13. En el campo de concentración de Dachau (Baviera), Beato Luis Roque Gientyngier († 1941), presbítero y mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN ANDRÉS
Apóstol († s. I)

La liturgia griega distingue a San Andrés con el título de «protocletos», «el primer llamado»; pero, en rigor, este título ha de compartirlo con el apóstol Juan; ellos fueron los primeros que, en una tarde inolvidable, escucharon las palabras, nuevas para el mundo, de Jesús. Este recuerdo, siempre fresco en la memoria de Juan, ha quedado esculpido en su Evangelio.

Juan Bautista, austero y centelleante, había encendido los ánimos y alentado la esperanza del pueblo judío, que ansiaba al Redentor. Jesús en Nazaret cuelga las herramientas de carpintero —su Madre lo mira expectante— y, envuelto entre los peregrinos, se hace bautizar por Juan en el Jordán. Iba a empezar su vida pública. Una de aquellas tardes, el Bautista se encuentra dialogando con sus discípulos y a corta distancia pasa Jesús. El Bautista exclama, con voz y mirada de profeta: «He ahí el Cordero de Dios». Juan y Andrés se miraron con ojos encendidos; atónitos, siguen a Jesús de cerca. Atrás queda el Bautista. El mundo da aquí el primer paso hacia Jesús. Jesús acepta y agradece su gesto al decirles: «¿Qué buscáis?». Quieren saber dónde vive para dialogar en la intimidad y en el secreto del hogar. Hay por medio un misterio que no se puede decir en la calle. «Rabbí, que quiere decir Maestro, ¿dónde habitas?». «Venid y ved», les dijo Jesús. Le acompañaron a su morada. Una de tantas cabañas para guardianes de campos que aún hoy se conservan. Allí pasaron con Jesús desde las cuatro de la tarde hasta el anochecer.

Nos conmueve pensar en el diálogo de aquella tarde entre Jesús y los dos discípulos del Bautista. Aquellas palabras de Jesús, que inicia su vida pública de una forma tan sencilla, debieron de ser como las primeras flores intactas de una rica primavera o como el agua primera de una fuente. El mundo no había hollado esas palabras ni los hombres habían adulterado su contenido. Palabras recién estrenadas para un mundo que debía encontrar en ellas su salvación. Alborea alegre la era de la gracia. Las palabras de Jesús iban horadando los corazones de aquellos pescadores sencillos, ya preparados por la predicación

de Juan. Aquel gozo espiritual, aquel descubrimiento insospechado, llenó de un entusiasmo sin doblez el corazón de Andrés. Al llegar a casa con la impresión de la entrevista, dijo a su hermano Pedro: «Hemos hallado al Mesías». Y Pedro, contagiado por la fe de su hermano, corre a Jesús, y en Él encuentra la hora inicial de una singular grandeza. Empieza a granar el mensaje de Jesús en los pobres. No fue ésta, sin embargo, la llamada definitiva. Andrés volvió a mojar sus pies en el lago de Genesaret, a echar las redes y a sufrir los encantos y desencantos anejos al duro oficio de pescador.

Las barcas se alinean junto a la costa; los pescadores, descalzos, preparan sus redes o hacen el recuento de la pesca recogida; cae el sol lenta, majestuosamente; hay alegría y esperanza. Pasa Jesús y junto a aquellos pescadores en faena lanza la red de su llamada: «Venid y os haré pescadores de hombres». Allí quedó todo: el mar y la barca, peces y redes, y se fueron en pos de Jesús. Eran Andrés y Pedro. Después Santiago y Juan.

Durante los tres años de la vida pública, la vida de San Andrés se hunde en el anonimato. Rápidos destellos fulgurantes nos descubren apenas la contextura espiritual del apóstol. Una vida andariega, azarosa, junto al Maestro, oyendo y empapándose del embrujo desconcertante de sus enseñanzas y de su vida. Privaciones, sufrimientos y la amargura final de una decepción cruel a la muerte de Jesús.

Pocas veces nos citan su nombre los evangelios. En la multiplicación de los panes se hace cargo de la imposibilidad de dar de comer a la multitud con cinco panes y dos peces. «Señor, aquí hay un joven que tiene cinco panes y dos peces. Pero ¿qué es esto para tanta gente?». También con Felipe sirvió de intermediario entre Jesús y unos griegos llegados para la fiesta de la Pascua que querían verle, asombrados por el ardor de la gente que seguía al Maestro. Su nombre aparece, por excepción, entre los tres discípulos predilectos —Pedro, Juan y Santiago— cuando éstos pedían explicaciones a Jesús sobre los acontecimientos del fin de Jerusalén y sobre la predicción sombría del fin del mundo. A esto se reducen los relatos evangélicos.

De ellos se deduce que era natural de Betsaida. Ciudad situada junto al lago de Genesaret, visitada frecuentemente por

Jesús y favorecida con multitud de milagros, no supo corresponder a esta predilección de Cristo, por lo cual fue duramente maldecida por él. De allí salieron Santiago, Juan y Felipe, además de Pedro.

De oficio era pescador, por lo que su vida se desarrollaba en el lago y sus alrededores. Participaba de los vicios y virtudes de los de su clase, sometidos a una vida y un paisaje que influía hondamente en sus caracteres.

> «Los pescadores son gentes, por lo general, sencillas y poco cultas. Estos hombres enjutos, curtidos al sol y al viento, viven entregados totalmente a su oficio, tienen que pasar noches enteras sin dormir, en maniobras ininterrumpidas con las redes» (William).

En esta vida dura y áspera, con sus muchos fracasos y escasas alegrías, fue donde se forjó la firme vocación del apóstol. La intrepidez y la constancia, alentadas por la fuerza del Espíritu, hicieron de él un apóstol decidido.

Vivía, aunque mayor, con su hermano Pedro. Con éste se trasladó desde Betsaida a Cafarnaún cuando Jesús hizo a esta ciudad centro de sus operaciones apostólicas.

No sabemos con seguridad si estaba casado, como Pedro, o soltero. Ni el Evangelio ni la tradición posterior nos dicen nada claro sobre esta materia. Las opiniones de los Santos Padres y escritores antiguos se dividen y no es posible encontrar una solución clara. La opinión más común es que todos los apóstoles, excepto Juan, estuvieron casados. También podría ser que los dos primeros apóstoles que hablaron con Jesús fueran vírgenes. De cualquier modo, todo lo dejó por seguir a Cristo.

Aparece San Andrés como hombre de índole calmada y serena, opuesto a la impetuosidad característica de su hermano Pedro. De corazón noble y abierto, inspiraba simpatía y confianza. De carácter sensible, era fácil al entusiasmo sencillo cuando una gran idea le dominaba. Aunque participó en las pequeñas rivalidades de los apóstoles sobre quién sería el mayor y podía presentar el título de «primer llamado», no parece, sin embargo, apetecer grandes cosas. Le vencían en atrevimiento y en arrojo los hijos del Zebedeo, y sobre todo su hermano Pedro. Más sensato y prudente, Andrés; más pagado de sí mismo, y por lo tanto sujeto a más imprudencias, Pedro; los dos de

espíritu leal y constante, sano y abierto. Si alguna virtud ha de calificarle, sería la sencillez.

Todo esto se deduce de las referencias bíblicas y también de las noticias que nos dan los Santos Padres y los escritores eclesiásticos. En cuanto a éstas, que recogen la tradición en torno al santo apóstol, no todas son igualmente ciertas, y por eso es conveniente distinguir lo cierto de lo dudoso.

Entre los documentos más antiguos que hablan de San Andrés, es importantísima la carta de los presbíteros de la iglesia de Acaya dirigida a toda la Iglesia. En ella, cariñosa y largamente, se narra el martirio de San Andrés en la ciudad de Acaya. De esta carta proceden la mayor y mejor parte de las noticias que nos da la antigüedad cristiana. Además, cada día los eruditos que han estudiado este documento, se inclinan a darle más valor histórico, si no en las circunstancias, sí en lo substancial del relato. En ella nos vamos a apoyar para lo que sigue.

Es tradición que después de la venida del Espíritu Santo le correspondió a San Andrés evangelizar la Escitia, cuna de pueblos bárbaros y feroces, en la parte sur de la Rusia actual, junto al mar Negro. Mas, como los demás apóstoles, no se limitaría a una sola región. La tradición recogida por los escritores antiguos nos da noticias de otras tierras evangelizadas: Asia Menor, Peloponeso, Tracia, Capadocia, Bitinia, Epiro. Traspasaría el Cáucaso y penetraría en las fronteras del Imperio romano. Estas tierras vendrían a ocupar en el mapa moderno, al menos en parte, las regiones de Grecia, Turquía, Bulgaria, Albania, Yugoslavia, Rumania, Ucrania y, sobre todo, las ciudades junto al mar Negro.

A San Andrés atribuye Nicéforo, en su catálogo de obispos de la Iglesia de Bizancio, la creación de esta sede, tan importante en el Oriente por su esplendor político y religioso frente a Roma. Dice Nicéforo: «El apóstol Andrés fue el predicador del Evangelio en Bizancio. Construyó un templo, donde se rogaba a Dios con santas oraciones, y ordenó obispo a su sucesor». Evangelizó, pues, según esta tradición, la ancha zona de contacto entre Europa y Asia habitada por gentes refinadamente cultas, degradadas en sus cultos misteriosos y en sus costumbres corrompidas, o por gentes de instintos salvajes y bárbaros que amenazaban la seguridad del pueblo romano.

San Isidoro de Sevilla recoge la tradición que dice que el apóstol Andrés predicó a los etíopes.

Más explícita es en cuanto al martirio la narración de los presbíteros de Acaya. No se puede dudar, a la luz de tantos y tan graves testimonios, que murió en Patrás, ciudad de la región de Acaya, en la península de Crimea. Ciudad helénica que debe su celebridad precisamente al martirio de San Andrés.

El martirio consistió en ser colgado en una cruz aspada en forma de equis. La tradición la llama cruz de San Andrés y es el símbolo tradicional para distinguir a este apóstol. El arte la ha consagrado así. Cruz distinta en su forma a la de Jesús y Pedro. Tampoco fue clavado en ella, sino atado con fuertes cordeles por las extremidades, a fin de prolongar su agonía y hacer su muerte más dolorosa. Jesús y los dos hermanos —Pedro y Andrés— fueron crucificados, aunque cada uno de forma diferente. Cristo les reservó una muerte semejante, como un lazo que los une en la vida y en la muerte, en la fidelidad a la misión evangelizadora, en el testimonio último de la sangre. Asemejarse a Jesús hasta en la muerte es una gracia que Dios otorgó a los dos pescadores de Galilea.

Éstas son las circunstancias de su martirio. Llega Andrés a Patrás de Acaya, y su predicación es tan bien recibida por los paganos, que en poco tiempo son muchos los que creen en la predicación y en los milagros del discípulo de Cristo. En Roma se perseguía ya a los cristianos. Por los caminos del Imperio, hollados pacíficamente por los apóstoles, corrían las noticias de que en la Urbe no era grata la secta de los cristianos. Egeas, procónsul romano en Acaya, temió la rápida eficacia de la predicación de Andrés, y por fidelidad a Roma inició la persecución. No se dirige directamente al apóstol, sino a sus discípulos. Y aquél, superando los momentos de turbación, se presenta directamente a Egeas. Va a jugar su última batalla. Quiere atraerle dulce o severamente a la verdad o morir en testimonio de esa verdad que predica.

Frente a frente Andrés y Egeas, van a discutir de los altos misterios del cristianismo. Andrés predica la salvación por la cruz de Cristo: pero Egeas, pagano, que sabe que la cruz es el castigo infamante propio de esclavos, afrenta suprema entre

gentiles, se mofa de la muerte ignominiosa de Cristo en la cruz. El santo, encendido en celo y en santa ira, hace un elogio lleno de vida de la cruz y de su poder salvador en Cristo. Se le escapan dos lágrimas, que denotan, no dolor, sino el ansia de morir en la cruz, de imitar al Maestro hasta en la muerte.

«Las almas perdidas —dice el apóstol— hay que rescatarlas por el misterio de la cruz». El corazón de Egeas se endurece. Un romano nunca podrá esperar la salvación de un crucificado. Intenta disuadir al santo de sus propósitos, pero todo es inútil: la obsesión santa de la cruz le hace desear en su corazón tal género de martirio, y la maldad endurecida del procónsul no tiene inconveniente en dar este suplicio refinado a aquel hombre que le predica una verdad absurda, que no comprende. Una vez más, la verdad clara de Cristo luchando con las tinieblas paganas hasta hacer correr la sangre de los que llevan la antorcha de la luz.

Antes de colgarlo en la cruz aspada manda azotarlo bárbaramente. El deseo de la cruz lo devora, y es más tardo el verdugo para ponérsela en los hombros que el santo para abrazarse con ella. Al verla arde su corazón en un monólogo íntimo y expresivo, una cordial bienvenida al ser deseado largamente. Como al niño a quien su sueño más bonito se le convirtiera en una realidad. Éste es el saludo:

> «Me acerco a ti, ¡oh cruz!, seguro y alegre; recíbeme tú también con alegría. Acuérdate que soy discípulo de Aquel que pendió de ti. Siempre me has guardado fidelidad y yo ardo en deseos de abrazarte. ¡Oh cruz, llena de bienes!, tú has robado la belleza y esplendor de los miembros del Señor, que eran las piedras preciosas que te adornaban. ¡Cuánto tiempo te he deseado, con qué ansiedad y constancia te he buscado, y por fin mi espíritu, que te añoraba dulcemente, te ve delante de mí! Líbrame de los hombres y llévame a mi Maestro, para que de tus brazos me reciba quien en tus brazos me salvó».

En esta cruz tan ardientemente apetecida estuvo cuatro días y cuatro noches, explicando las últimas lecciones, y las más hermosas, a los discípulos, que no se quitaban de su lado. Los confortaba, los animaba a sufrir y a esperar. Aquella lenta agonía le hacía gustar con más fruición el fin de sus días, la inmolación por el Maestro. Poder testimoniar y rubricar con la propia

sangre lo que fue semilla de verdad por los caminos del mundo. La misión de apóstol estaba cumplida, y de los ásperos brazos de la cruz voló a los brazos calientes de Jesús. Su cuerpo, recogido con cariño por los discípulos, fue enterrado por una noble matrona.

Hasta aquí el relato resumido, del cual bien podemos tener por cierto la sustancia del hecho, envuelto en unas circunstancias que lo hacen más jugoso y admirable.

Andrés ha sido un apóstol, ha coronado felizmente su carrera apostólica. El apóstol da testimonio de la verdad del que le envía. La llamada de Jesús le ha conferido un sello imborrable y le ha confiado una misión. El apóstol es el enviado de Jesús, y aquí está su grandeza. No en sus dotes personales, en sus valores humanos, en su actividad, en su influencia; la magnitud de su personalidad reside en que un día Jesús puso en él sus ojos, comprendió la mirada penetrante, aceptó la misión que se le encomendaba y fue fiel hasta la muerte al mensaje recibido de Jesús, sin arredrarse ante la muerte ni ante los poderes humanos. Ser apóstol es orientar la vida y la obra hacia Jesús y hacia los hombres: recibir de Jesús palabra y vida y dar a los hombres, sin adulterarla, sin cambiarla, esa vida y esa palabra. El don del apostolado lleva a esto, a dar la vida, a sellar la palabra recibida con la muerte si así lo quiere Jesús. Y esto con fe, con alegría y con amor. Ser apóstol es dar testimonio de Jesús hasta lo último.

Entre las virtudes de San Andrés destacan la mansedumbre y la humildad, la sencillez e ingenuidad de su alma, el entusiasmo sincero por aquel Jesús a quien conoció una tarde inolvidable junto a las aguas del Jordán. El «primer llamado» demostró una gran constancia en la predicación y una paciencia inquebrantable en el dolor, dice el breviario godo.

El amor a la cruz, fuente de vida, deseo de redención, forma la aureola mística de nuestro santo. Los cristianos encuentran en este testigo del Evangelio no sólo la aceptación resignada, sino el afecto gozoso a este bárbaro instrumento de suplicio. Nos enseña a cargar con la cruz de cada día, como Jesús quiere de nosotros. «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y me siga».

Las crónicas antiguas nos refieren multitud de milagros de San Andrés. Este poder asombroso de hacer milagros era una prerrogativa apostólica, un poder singular que Cristo concedió a sus apóstoles para facilitarles su predicación y en testimonio de ella. Sin embargo, aunque hizo muchos milagros, no nos consta que los que se nos cuentan sean auténticos.

El culto de San Andrés se extendió por toda la Iglesia, tanto oriental como occidental. Varias iglesias se disputan la gracia de poseer sus sagradas reliquias.

En las artes, la escultura y principalmente la pintura han dedicado una atención, artísticamente lograda, a San Andrés, sobre todo en la escena de su martirio. Entre los españoles destacan Murillo y Ribera, «el Españoleto»: éste pintó más de un cuadro del santo. Entre los extranjeros, Miguel Ángel y Rubens. Todos han intentado plasmar la dulzura y serenidad de San Andrés en el suplicio de la cruz. Así el arte sirve a las narraciones históricas.

ANDRÉS FUENTES

Bibliografía

Analecta Bollandiana 13 (1885) 374-378.
Carta de los presbíteros de Acaya: PG 11,1217-1248.
DELEHAYE, H., *Les origines du culte des martyrs* (Bruselas 1933).
FLAMION, J., *Les actes apocryphes de l'apôtre André* (Lovaina 1911).
PASCHINI, P. (dir.), *Enciclopedia Cattolica,* I (Ciudad del Vaticano 1948) cols.1183-1188.

BEATO JUAN DE VERCELLI

Presbítero († 1283)

La Orden dominicana, cuyo rumbo desde el principio fue la contemplación y el estudio en aras del apostolado —de hecho su lema es *contemplata aliis tradere*—, presenta entre las características más señaladas de su espiritualidad el estudio serio y profundo de la verdad sagrada y el no menos alto y especulativo de la teología según el Aquinatense; la doctrina agustiniana de la gracia sometiendo al hombre, por una parte, a la moción divina y exigiendo de él, por otra, la práctica de las virtudes —los nue-

vos frailes eligieron la *Regla de San Agustín* como norma de vida—; y, en definitiva también, el apostolado doctrinal, bien a través de la enseñanza de la teología, bien por la predicación, tanto especializada como popular. Fundada por Santo Domingo de Guzmán (1170-1221), nacido en Caleruega (Burgos, España) y patriarca de los predicadores, la Orden de este mismo nombre alcanzó con los primeros Maestros generales espectacular dinamismo y prodigiosa difusión.

De modo especial, si se quiere, con el primero en recoger el testigo del santo burgalés, el gran Jordán de Sajonia († 1237), bajo cuyo gobierno la Orden alcanzó podemos decir que la mayoría de edad. Entre las figuras ganadas para la Orden gracias a su valimiento y buenos oficios destacan el venerable Humberto de Romanis, V Maestro general; nuestro Beato Juan de Vercelli, VI Maestro general; Hugo de San Caro; Pedro de Tarantasia, futuro Inocencio V; y el mayor de todos, San Alberto Magno, maestro de Santo Tomás de Aquino. El decisivo impulso dado a la Obra del santo de Caleruega, en general, y este florido ramillete de figuras ilustres ganadas para la causa dominicana, en particular, hicieron al Beato Jordán de Sajonia, según los especialistas, acreedor al glorioso apelativo de «ganador de voluntades». He aquí, pues, el contexto biográfico ideal para entender en sus justos límites al Beato Juan de Vercelli.

Porque las primeras pinceladas de la semblanza quedan un tanto difuminadas ante la escasez de noticias de su infancia y primera juventud. Sabemos que el presbítero dominico Juan de Vercelli nació de la familia Garbella en Mosso Santa Maria, entonces provincia de Vercelli, hoy de Biella, a principios del siglo XIII, alrededor del año 1205 sobre poco más o menos. Conseguida brillantemente la láurea en derecho romano y canónico en París, enseñó en aquella misma ciudad cosmopolita y luego en Pavía y en Vercelli, donde, corriendo el año 1229, entró en la Orden bajo el consejo y la persuasiva elocuencia del citado Beato Jordán de Sajonia, fundando allí mismo, en 1234, un convento del que fue prior. Cuando la historia habla de él por primera vez, ya nuestro hombre tiene cuarenta años y es prior de los dominicos de Vercelli.

Si en París había recibido su vasta y profunda formación en las ciencias humanas y divinas, la religiosa propiamente dicha

fue adquirida en el convento de Bolonia, bebiendo sobre la tumba del glorioso Patriarca aquel indomable celo religioso y aquella robusta santidad de vida que hicieron de él una de las más bellas y características figuras de los Hermanos Predicadores. La prudencia y la firmeza, por un lado, la energía y la más amable moderación, por otro, así como el amor ardentísimo a Dios y a las almas, adaptaron admirablemente su espíritu a las más delicadas y difíciles misiones y encomiendas dentro y fuera de la Orden. El papa Inocencio IV y sus sucesores depositaron en su bondadosa persona ilimitada confianza, y hasta la más tardía edad le fueron encomendados importantísimos y espinosos encargos.

Primero vicario en Hungría y a partir del 1254 prior en Bolonia, y de 1257-1264 provincial de Lombardía, el año 1264, tras haber dado pruebas de su fuerza de carácter y de sus habilidades no comunes en el desempeño de los citados cargos y misiones, fue elegido en el Capítulo general de París VI Maestro general de la Orden de Predicadores, oficio que desempeñó de forma muy distinguida durante diecinueve años (1264-1283). Juan era de estatura más bien baja. De hecho, en la primera carta a sus hermanos se llama a sí mismo «pobre hombrecito». Asimismo, era de rostro tan alegre que, según se dice, exigía que su ayudante fuese siempre un fraile de aspecto severo e imponente.

La energía de la que andaba sobrado, sin embargo, suplía con creces su baja estatura. Visitó, en efecto, y reformó incansablemente los conventos de su Orden en toda Europa, sin dispensarse nunca en sus viajes ni de los ayunos eclesiásticos ni de las disciplinas constitucionales. Poco después de su elección al pontificado, Gregorio X confió a Juan y a sus dominicos la tarea de hacer la paz entre los estados italianos. Tres años más tarde, volvió el Papa pidiéndole que redactase un «esquema» para el II concilio ecuménico de Lyón, en el que Juan pudo conocer a Jerónimo de Ascoli, más tarde Nicolás IV, quien había sucedido el 20 de mayo de 1274 a San Buenaventura en el cargo de general de los franciscanos. Ambos escribieron juntos una carta a sus súbditos. Más tarde, la Santa Sede los envió como mediadores entre Felipe III de Francia y Alfonso X de Castilla.

Lo cual no fue sino continuación del oficio de pacificación en el que Juan de Vercelli tanto brillaba.

Fue Juan de Vercelli, en efecto, embajador en Venecia, Génova, Pisa, Florencia, Bolonia, legado pontificio a las cortes de Francia y Castilla, consejero del papa Clemente IV, gran pacificador entre las repúblicas italianas y los príncipes de Europa y uno de los más activos organizadores de la Cruzada. Poco faltó para que fuera elegido al supremo pontificado: tanta era la consideración en que se le tenía. Mantuvo el esplendor de su Orden y consolidó el buen hacer de sus predecesores. Visitó a menudo las más lejanas provincias y sus interminables viajes a pie se hicieron legendarios. Monumento imperecedero de su sabiduría son, por ejemplo, las 21 cartas encíclicas conservadas en las *Actas de los Capítulos generales.*

Nuestro beato guarda también relación con el Nombre de Jesús. La historia de la devoción al Dulce Nombre de Jesús tiene que ver con el II concilio de Lyón, cuyo canon 25 habla de «restaurar la devoción del Dulce Nombre de Jesús, intensamente practicada en siglos pasados». El 20 de septiembre de 1274, es bien cierto, el papa Gregorio X (1271-1276) promulgó una bula en desagravio de las ofensas que se inferían contra el Nombre de Jesús. Las órdenes de los dominicos y de los franciscanos fueron encargadas de custodiar y extender esta devoción por toda Europa. Así, Gregorio X escribió una carta a Juan de Vercelli, siendo éste a la sazón Maestro general de la Orden de Predicadores, encargándole que los dominicos procurasen difundir y predicar el poder y la dulzura del Santo Nombre de Jesús: «Nos, hemos prescrito a los fieles... reverenciar de una manera particular ese Nombre que está por encima de todos los nombres...».

También les indicó el Papa a los frailes dominicos que en sus predicaciones, cuando el Santo Nombre de Jesús fuese pronunciado, inclinaran la cabeza en señal de que su corazón hacía lo mismo. Respondía esta exigencia de predicar el Nombre de Jesús a que durante esta época había personas blasfemas, especialmente los albigenses, que profanaban el Nombre de Jesús y era preciso contrarrestar tan detestable costumbre. El beato escribió acto seguido a todos los provinciales de la Orden y deci-

dió que en todas las iglesias dominicanas hubiese un altar dedicado al Santo Nombre de Jesús y que se formasen cofradías contra la blasfemia. Así es como nace la Sociedad del Santo Nombre en la Edad Media, cuyo fundador suele considerarse al Beato Juan de Vercelli, aunque no ha de ser hasta el XVI cuando dicha sociedad se establezca de forma canónica.

Dicen al respecto los entendidos, y no cesan de repetirlo biógrafos de solvencia, que el Nombre de Jesús estaba en la boca de San Francisco «como la miel en el panal» y que el mismo *Poverello* en persona llegó a escribir: «Ningún hombre es digno de decir tu Nombre». Luego, San Bernardo escribiría sermones enteros sobre tan bendito y adorable Nombre, insistiendo en que «Jesús es miel en la boca, melodía en el oído, un canto de delicia en el corazón». San Buenaventura, por su parte, solía exclamar: «Oh, alma, si escribes, lees, enseñas, o haces cualquier otra cosa, que nada tenga sabor alguno para ti, que nada te agrade excepto el Nombre de Jesús». En *Los Nombres de Cristo,* el príncipe de la lírica española, el agustino Fray Luis de León, tiene páginas inmortales sobre Jesús.

En otro orden de cosas, también atingentes al Beato Juan, es de notar que la comprobación de que la perspectiva que los dominicos tenían sobre la pobreza era distinta de la propuesta por los franciscanos, o, más bien, algunos de los franciscanos, consta entre otros datos porque el Beato Juan de Vercelli, en una carta dirigida a toda la Orden, prohibió a los dominicos discutir el tema con los Menores.

El IV Maestro general, el alemán Venerable Juan de Wildeshausen (1241-1252), escribe el año 1246:

«Esforzaos en llenar para poder derramar» (MOPH, V, 9). El Maestro general de la Orden, Beato Juan de Vercelli, por su parte, exhortaba a los frailes el año 1266 «al celo de las almas y al vuelo de la contemplación». Y añadía: «El predicador para ser fecundo debe velar de día y de noche en la meditación de la ley del Señor... y beber copiosamente de las aguas fecundas de las Sagradas Escrituras... para que tomando las aguas fecundas de las fuentes del Salvador, podamos luego verterlas eficazmente para regar los corazones de los hombres» (MOPH, V, 88, n.22; 12, n.33; 124, n.34). Y el sucesor de nuestro Beato, el español fray Munio de Zamora, repetía el año 1285: «para poder derramar, rellenad; para poder esparcir, recoged; llenad de agudas flechas vuestras aljabas para

poder herir saludablemente los corazones de los oyentes. Manifiéstese a todos vuestros oyentes vuestra ciencia de las cosas celestes adquirida por vosotros en el estudio e infundida en vosotros por la gracia» (MOPH, V, 146, n.40).

Otro argumento merecedor de relacionarse con el Beato Juan es el iconográfico de Santo Domingo. La Provincia Romana abre camino a una iconografía doméstica o de imágenes «caseras» según serán denominadas en el Capítulo de 1247. Siete años más tarde, el Capítulo general de Bolonia proclama ya la apertura definitiva a la iconografía del santo fundador permitiendo y promoviendo la incorporación de su imagen en pinturas para las iglesias conventuales, lo que ratifica el Capítulo de París en 1256. ¿Qué imagen de Santo Domingo ha de permitirse que esté más en consonancia con lo que Santo Domingo fue? Las posibilidades son muchas: retrato físico, personalidad de Domingo, imagen espiritual, imagen evocacional o recuerdo representativo. Los llamados a determinar el prototipo iconográfico van en un reducido grupo de estrechos seguidores del Santo Patriarca.

Fueron, en concreto, Gregorio IX, Jordán de Sajonia y Juan de Vercelli quienes encargaron a Niccolò Pisano que materializase esta inquietud en el diseño y elaboración del primer monumento escultórico en honor de Santo Domingo de Guzmán: el Arca de mármol para su tumba. De ahí que no sea casualidad que el arquetipo del *Homo Orans* en la iconografía nazca precisamente en su tumba, en el lugar de su muerte y, por qué no decirlo, de su nacimiento para el mundo de los Predicadores. De hecho, el cuerpo de Santo Domingo, sepultado —como había sido su deseo— en el coro de *San Niccolò delle Vigne* «bajo los pies de sus hermanos», fue exhumado y transferido por el Beato Jordán de Sajonia el 24 de mayo de 1233 a un sarcófago de mármol. En calidad de Maestro general, Juan de Vercelli ordenó años más tarde la construcción de otra más digna en la que depuso el 5 de junio de 1267 las reliquias del Santo Patriarca.

El espléndido sepulcro conseguido por Niccolò Pisano, completado más tarde por Niccolò di Bari, fue abierto el 15 de febrero de 1383 —durante el generalato del Beato Raimundo de Capua— para la extracción de la cabeza: fue la última vez que los huesos del santo fundador salieron a la luz. Las trasla-

ciones sucesivas (11-11-1411: a una capilla especial, 25-4-1605: al lugar en que hoy reposan) se hicieron sin abrir la caja. El 17 de abril de 1943, para conjurar la amenaza de las incursiones aéreas, los preciosos restos fueron digna y decorosamente repuestos en un refugio blindado, del que fueron retirados el 23 de agosto de 1946: tras cuidadoso reconocimiento radiológico y solemnes celebraciones, el 15 de septiembre de ese mismo año, en la presencia del Cardenal legado, del Maestro general Estanislao Gillet (1929-1946) y del Capítulo electivo de la Orden, fueron recolocados en el arca de mármol blanco de la actualidad.

Unido por una profunda amistad con Santo Tomás de Aquino, de cuya memoria se hizo valedor y cuya doctrina procuró difundir siempre y por doquier, fue él, de hecho, quien reclamó en 1268 al Doctor Angélico para que reasumiese en París la cátedra dominicana de teología, ya que San Alberto Magno no la había querido aceptar. Y en 1278 envió a un visitador a Inglaterra, donde algunos frailes habían atacado la doctrina del Aquinatense, muerto hacía poco. Dos años más tarde, él mismo asistió a un capítulo general en Oxford. Como su predecesor, Humberto de Romanis, rehusó aceptar la dignidad episcopal y un cargo en la curia romana. También registran sus biografías que renunció al cargo de general de la Orden, pero su renuncia no fue aceptada y ejerció ese oficio hasta su muerte.

Pacificador entre las ciudades italianas, legado papal en Francia y en Castilla, consejero de Clemente IV, religioso austero y al propio tiempo bondadoso y paternal, confió en conseguir bajo su mandato mayor difusión y solidez aún de la Orden, si cabe, que en los generalatos anteriores. Sereno siempre ante las dificultades de la vida, convencido de que Dios es omnipotente, Padre misericordioso y siempre amigo, murió lleno de méritos en el convento de Montpellier el 29/30 de noviembre de 1283. Sus reliquias, depuestas en la iglesia local de los dominicos, fueron profanadas y esparcidas en el siglo XVI por los herejes. Confirmó su culto San Pío X el 7 de septiembre de 1903.

PEDRO LANGA, OSA

Bibliografía

Bibliotheca sanctorum. VI: *Galena-Giustiniani* (Roma 1965) col.918.

DONNA D'OLDENICO, G., «Dei Rapporti tra Giovanni Garbella da Vercelli VI.° Maestro generale dei Domenicani con Giovanni Gersen Abate di S. Stefano di Vercelli nei riguardi della imitazione di Cristo»: *Mémoire Domenicaine* 68 (1951) 201-211.

— «B. Giovanni Garbella da Vercelli VI.° Maestro generale»: *Mémoire Domenicaine* 69 (1952) 259-265.

Enciclopedia cattolica (Ciudad del Vaticano 1951) col.612.

KAEPPELI, TH., *Scriptores Ordinis Praedicatorum Medii Aevi,* III (Roma 1980) 42 f.

Lexikon für Theologie und Kirche, V (Friburgo 1960) col.1094.

LOHRUM, M., «Johannes Vercelli», en F. W. BAUTZ (ed.), *Biographisch-bibliographisches Kirchenlexikon,* III (Herzberg 1992) cols.605-606.

Martyrologium romanum, o.c., 615, n.4*; 711.

MORTIER, A., *Histoire des Maîtres Généraux de l'Ordre des Frères Prêcheurs,* II (París 1905) 1-170 [más breve, aunque no menos cuidado, el estudio de M. DE WARESQUIEL, *Le bx. Jean de Verceil* (1903)].

MOTHON, J. P., *Vita del Beato Giovanni da Vercelli sesto maestro generale dell'ordine dei Predicatori* (Vercelli 1903).

New catholic encyclopedia, VII (Nueva York 1967) 1076.

PIO FRA GIUSEPPE, M., *Compendio della vita del beato Giovanni da Vercelli della famiglia Garbella di Mosso Santa Maria* (Befani 1904).

QUÉTIF, J. - ECHARD, J., *Scriptores Ordinis Praedicatorum Medii Aevi,* I (Roma 1978) 210-212.

REGINALDO, F., *Chi era il beato Giovanni da Vercelli. Biografia del VI. Maestro generale dei Domenicani* (Turín 1983).

SAN CUTBERTO MAYNE

Presbítero y mártir († 1577)

Cutberto es nombre que proviene del anglosajón *Cuthbert,* cuyo significado no parece ser otro que esplendor. Nuestro personaje San Cutberto Mayne, nacido en Youlston (Cornovaglia, Gran Bretaña), año de 1544, y muerto de muerte cruenta en Launceston el 30 de noviembre de 1577, es el primer mártir de los 140 sacerdotes que, habiendo estudiado en los seminarios de Douai, Roma, Valladolid, dieron su vida por la fe en Inglaterra, y fue canonizado por el papa Pablo VI el 25 de octubre de 1970 junto a los *Cuarenta mártires de Inglaterra y Gales.* Estudiante del colegio inglés de Douai, cuya fundación data del año 1568, en los primeros años de la persecución, las autoridades de Inglaterra solían distinguir entre los sacerdotes ordenados en ese u otros seminarios del extranjero y los «sacerdotes marianos» ordenados en Inglaterra. Él fue, como digo, el primer

sacerdote del mencionado seminario que pagó con su vida la misión en Inglaterra.

Había sido Guillermo Allen, más tarde cardenal, el fundador en 1568 del colegio inglés de Douai. Lo había hecho con la inicial finalidad de preparar sacerdotes para Inglaterra al objeto de restablecer allí la fe católica. De modo que los primeros misioneros de Douai, a quienes la legislación perseguía bajo el nombre de «sacerdotes del seminario», llegaron a la Gran Bretaña en 1574. Muy pronto iban a recogerse los primeros frutos de tan singular sembradura. Habrían de ser, además, muy copiosos. De hecho, ya el 29 de noviembre de 1577 muere en Launceston, convirtiéndose en el primer mártir del colegio, nuestro beato, y en los siguientes cien años llegaron a sufrir igualmente el martirio en Inglaterra más de 160 exalumnos del mismo colegio, el cual, por cierto, desde 1578 hasta 1594 sería trasladado a Reims. Hasta la fecha, más de 80 de los susodichos mártires han sido ya beatificados.

Se cuenta que cuando San Carlos Borromeo, una vez se hubo establecido en Milán, llevado de su gran sentido del desprendimiento y de la pobreza vendió la vajilla de plata y otros objetos preciosos en 30.000 coronas, suma consagrada íntegramente a petición suya para socorrer a las familias menesterosas, tenía orden su limosnero de repartir entre los pobres 200 coronas mensuales, sin contar las limosnas extraordinarias, muy abundantes ellas. El hecho es que la generosidad del santo obispo de Milán dejó un recuerdo imperecedero incluso para cuanto concierne al argumento que aquí nos ocupa, ya que, justo por lo que a él atañe, tan liberalmente supo ayudar al citado Colegio Inglés de Douai, que el cardenal Guillermo Allen solía llamar a San Carlos fundador de la institución de Douai.

Los santos mártires ingleses y galeses de los siglos XVI y XVII, a cuyo grupo nuestro San Cutberto pertenece, fueron canonizados por haber perseverado en la fe hasta sufrir incluso el martirio durante las persecuciones decretadas por varios monarcas, la reina Isabel I sobre todo, desde que Enrique VIII se separó de la obediencia de Roma. Hay entre ellos madres de familia como Margaret Clitherow, viudas como Ann Line, nobles como Philip Howard, conde de Surrey, seglares de a pie como

el maestro galés Richard Gwyn, y brillantes sacerdotes como nuestro Beato Cutberto Mayne, John Payne y John Almond. Luego tenemos una larga lista de religiosos cartujos, agustinos, benedictinos, franciscanos y jesuitas, entre los que se encuentran Robert Southwell, Henry Walpole, Nicolás Owen, Thomas Garnet, Henry Morse y el más célebre de todos, Edmundo Champion, cuya vida escribió Evelyn Waugh.

Había nacido Cutberto, según arriba queda referido, en Youlston, cerca de Barnstaple, corriendo el año 1544. Es el tiempo de la crisis que bajo Enrique VIII Tudor (1509-1547) separa a Inglaterra de la Iglesia de Roma, dando vida a una suerte de «catolicismo autónomo», que tiene por cabeza al rey. Quien no le obedece, incluso en materia religiosa, se vuelve, lo quiera o no, un traidor. Y de hecho, con esta acusación van al suplicio sacerdotes, religiosos y laicos eminentes como Tomás Moro, canciller de la corona. Muerto Enrique VIII, y después de un lustro de reino nominal de su hijo Eduardo VI todavía menor de edad, sube al trono su primera hija, María (1553-58), dicha «la Católica», que transforma la política del padre, restableciendo la situación anterior. Sólo que, desdichadamente, copia la brutalidad de Enrique VIII: de tal suerte se empeña por reavivar la fe usando los patíbulos que se ganará a pulso el sobrenombre de «Sanguinaria».

Cutberto Mayne tiene un tío sacerdote que lo lleva muy pronto a la escuela, con el secreto y bien estudiado propósito de hacer de él un sacerdote, para, de ese modo, tenerlo luego como su colaborador y sucesor. Cutberto, por tanto, estudia en la escuela de Barnstaple. Cuando frisa ya los 14 años, he aquí que se produce otro cambio notable en Inglaterra: Isabel I, que había sucedido a la hermanastra María en el 1558, retoma la política de Enrique VIII y la lleva a sus extremas consecuencias: no sólo alejamiento completo de la sede romana, sino el repudio total del catolicismo en la doctrina, en el culto, en la ordenación del clero. Impone, además, la severa obligación del juramento de fidelidad a la Corona. Gran trabajo, pues, para el verdugo: vuelven recrudecidos los tiempos de Enrique VIII y los de María. Al tío de Cutberto no se le molesta lo más mínimo ni se le remueve del puesto. Visto el panorama, ha sabido reaccionar a

tiempo apresurándose a jurar: en una palabra, se hace «anglicano». Este tío suyo, pues, sacerdote cismático, se encarga de educar al sobrino Cutberto en el protestantismo.

En pos de los torcidos pasos del tío, el sobrino es ordenado ministro a los dieciocho o diecinueve de edad, sin sentir inclinación alguna ni tener preparación de fundamento. Pero no importa. Su tío entonces lo envía al Colegio de San Juan de Oxford, donde la gracia le aguarda con su torrentera de luz interior. Allí, efectivamente, el joven conoce al Dr. Gregorio Martin y al Beato Edmundo Champion, todavía éste protestante. En Oxford además traba contacto con gente nueva: mayormente católicos clandestinos. Quedan de éstos todavía algunas decenas de millares en el reino de Inglaterra, pocos, ciertamente, pero activísimos. Se trata de sacerdotes que improvisan actividad misionera en la cárcel; o también de laicos que organizan redes de escondites para los que son buscados, así como tipografías clandestinas y contrabando de misales. Comprende Cutberto muy pronto que la verdad está en el catolicismo, pero no se atreve a dar el paso y abandonar el protestantismo por miedo a perder la bicoca de cuanto posee y quedarse en la miseria total, aparte naturalmente de jugarse la cabeza. Pero Martin y Champion se largan un buen día para acogerse a las aulas del Colegio Inglés de Douai y desde allí escriben varias veces a Cutberto para invitarle a reunirse con ellos.

En Francia, Douai para ser preciso, había surgido, efectivamente, un seminario para los jóvenes ingleses que, en medio de tan enrarecido clima, o precisamente por él, quisieran hacerse sacerdotes católicos. De las amistades personales dichas, después, le vino un creciente empuje hacia la fe católica. Poco después de haber obtenido Cutberto la licenciatura, en 1570, una de esas cartas cayó en manos del obispo de Londres, a quien faltó tiempo para mandar arrestar a todos los estudiantes de Oxford cuyos nombres figuraban en el papel. Cutberto entonces estaba fuera, y eso le valió: pudo librarse de la prisión casi milagrosamente. Pero el incidente venció sus últimas resistencias y acabó por convencerle sobre la imperiosa necesidad de abjurar cuanto antes del protestantismo. Abandona Oxford, se acoge a la clandestinidad, consigue dejar Inglaterra, alcanza Douai, y a continuación el ingreso en el seminario.

Así es como, en 1573, ingresa en el colegio de Douai. Dos años después recibe la ordenación sacerdotal y obtiene el título de bachiller en teología. En abril de 1576, parte hacia Inglaterra con el Beato Juan Payne. Con él son 15 los sacerdotes de Douai que envían a las Islas. Un colegio, el de Douai, del que se han publicado todos los volúmenes del diario, excepto el 6, hoy perdido. Los dos primeros aparecieron con el título *Records of the english catholics under the penal laws,* 1 (Londres 1878), y como editor el P. T. F. Knox. Cubren los años de 1568-1593. Los tomos 3, 4, 5 y 7 del diario se hallan en los vols. X, XI y XXVIII de las publicaciones de la *Catholic Record Society.*

En 1576 se afinca, pues, de forma clandestina en Cornovaglia, estableciendo su residencia en casa de Francisco Tregian, en Golden de Cornwall, donde se hace pasar por un criado: oficialmente es quien dirige una factoría; de hecho, en realidad, es el párroco clandestino de los católicos del lugar. Muy breve ministerio el suyo, por cierto, y muy poco conocido en esta época. Consta, eso sí, que su presencia no tardó en despertar sospechas puesto que un año después, 1577, el alcalde mayor Ricardo Grenville recorrió palmo a palmo la casa de Tregian y nuestro padre Mayne fue arrestado por llevar al cuello un «Agnus Dei». También el señor Tregian fue detenido. El alcalde arrastró a Cutberto de la casa de un noble a otro. Finalmente, en Launceston lo encerró en una horrible mazmorra y lo encadenó a un poste del camastro. Lo demás sigue de suyo como las cerezas, una detrás de otra, y está ya todo escrito: su obra de sacerdote oculto de pronto descubierto constituye alta traición y conlleva la muerte.

Hacia el día de la fiesta de San Miguel, el padre Mayne fue juzgado por varios crímenes. Los cargos que se le imputaban fueron: por haber obtenido de Roma y publicado en Golden «una facultad de absolver» a los súbditos de la reina (en realidad se trataba de un ejemplar de la indulgencia del jubileo de 1575); por haber enseñado en la cárcel de Launceston que el obispo de Roma conserva el poder espiritual sobre Inglaterra; por haber dado el señor Tregian «un objeto vano y supersticioso, vulgarmente llamado *Agnus Dei*» (de lo cual no se adujo prueba alguna); y por haber celebrado la misa (pues se habían descubierto en Golden un misal, un cáliz y unos ornamentos sacerdotales).

Todo ello era contrario a los estatutos de la reina. Lo cual probado, constituía inmediato arresto, juicio y pena capital.

El jurado dirigido por el fiscal Manwood, tras hablar muy largamente con el alcalde Grenville, declaró culpable al acusado, que fue, en consecuencia, condenado a muerte. Tres de los cuatro señores y los tres administradores de sus fincas fueron condenados a prisión perpetua y a la confiscación de sus bienes por haber prestado ayuda al culpable. Pero el segundo juez, que se llamaba Jeffrey, descontento de la forma en que se había llevado el proceso, consideró que el caso se debía reabrir y estudiarlo nuevamente todo el cuerpo judicial en Serjeants' Inn. Los jueces no lograron ponerse de acuerdo; pero, aunque la mayoría opinaban como Jeffrey, el Consejo Privado determinó que se ejecutase la sentencia para que sirviese de escarmiento a los sacerdotes que pasaban del continente a Inglaterra.

La víspera de la ejecución, se ofreció la libertad al padre Mayne, a condición de que jurase la supremacía espiritual de la reina. El beato pidió una Biblia, la besó y dijo: «La reina no ha sido ni será nunca la cabeza de la Iglesia en Inglaterra». Fue conducido en un trineo al sitio de la ejecución y no se le permitió dirigir la palabra a la multitud desde el patíbulo. Como las autoridades tratasen de arrancarle una confesión contra el señor Tregian y su cuñado, sir John Arundell, el padre Mayne declaró: «Lo único que sé sobre ellos es que son hombres buenos y piadosos. El único que estaba al tanto de mi ministerio sacerdotal era yo mismo». Cutberto Mayne fue descuartizado, después de haber sido previamente ahorcado. Tal vez él ni llegase a sufrir en el momento final, porque cayó y se desvaneció subiendo al patíbulo. Y así, privado de sentidos, fue colgado en la horca.

A Francisco Tregian, por su parte, se le desposeyó de sus bienes y confinó en diversas prisiones durante casi treinta años. Acabó sus días en Lisboa en 1608 y a sus reliquias se atribuyeron varios milagros.

> «Es de notar —puntualizan algunas fuentes— que ninguno de aquellos a los que el Padre Mayne reconcilió con la Iglesia, apostató de la fe católica, sin duda porque la habían conocido gracias a tan excelente maestro».

Las carmelitas de Lanherne poseen una importante reliquia del cráneo del Beato; procede de Launceston, donde la cabeza fue expuesta después de la ejecución. León XII decretó su beatificación. Y en 1970 Pablo VI, en aquel valiente gesto que fue la canonización de los *Cuarenta mártires de Inglaterra y Gales,* lo inscribió en el catálogo de los santos.

Cuando la Revolución Francesa impidió en 1794 la existencia del colegio inglés en Francia, éste fue trasladado a St Edmund's, en Old Hall Green (hacia el sur de Inglaterra) y a Crook Hall, en Durham (para el norte). En 1808, este último colegio se cambió a St Cuthbert's de Ushaw, Durham, en Inglaterra, en cuyas aulas cursó estudios de joven, vistió el hábito eclesiástico y recibió en 1885 las órdenes menores el cardenal Rafael Merry del Val, Secretario de Estado de San Pío X. Fundaciones todas que han contribuido grandemente al esplendor de la Iglesia católica en Inglaterra, de la que San Cutberto Mayne, para gloria de Dios, es una de sus más grandes y cualificadas figuras.

PEDRO LANGA, OSA

Bibliografía

Butler's lives of Saints, IV (Londres 1964).
CENCI, P., *Il cardinale Raffaele Merry del Val* (Roma 1933).
CHALLONER, R., *Martyrs to the catholic faith memoirs of missionary priests,* II (Londres 1878) n.117.
Chatham Society's Publications 81 (1870) 74.
Martyrologium romanum, o.c., 615, n.6; 682.
PABLO VI, «El mundo actual necesita el testimonio heroico de los santos. Pueda la sangre de estos mártires acelerar la unión de la Iglesia anglicana con la Iglesia de Roma. Homilía durante la canonización de los 40 mártires ingleses»: *Ecclesia* (1970) n.1516, p.2039-2041.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN GALGANO GUIDOTTI

Ermitaño († 1181)

Galgano Guidotti fue un ermitaño que nace en la segunda mitad del siglo XII en Chiusino, diócesis de Volterra. Se sintió llamado a la vida eremítica siendo muy joven y cuando ya había

quedado, desde niño, huérfano de padre. Galgano vio en aquella vehemente inclinación a la vida eremítica una voz divina a la que no debía desobedecer. En la vigilia de Navidad de 1180 se interna en el monte Siepi y allí empieza la construcción de una celda o ermita que fuera en adelante su casa. Visitó a los ermitaños de San Guillermo de Malavalle y les propuso lo admitieran como uno de los suyos pero permitiéndole vivir en la celda misma que se había construido. Su condición no fue aceptada. Pero no por eso dejó él de frecuentar el eremitorio de los guillermitas cuando deseaba recibir los sacramentos. También peregrinó a Roma donde fue recibido por el papa Alejandro III, que lo confirmó en sus deseos de ser solitario. Vuelve a su ermita y el Señor lo llama a la vida eterna apenas un año después de su entrega al eremitismo. Aunque el Martirologio señalaba su memoria el día 3 de diciembre, a otros les parece que el día verdadero de su muerte fue el 30 de noviembre de 1181.

BEATO FEDERICO DE RATISBONA

Religioso († 1329)

Federico era natural de la ciudad de Ratisbona o Regensburg donde nace a mediados del siglo XIII en el seno de una familia modesta. En su juventud decide su vocación religiosa e ingresa en la Orden de San Agustín, en la que profesa en calidad de hermano lego. Se le dio el encargo de carpintero y se dedicó a hacer para la comunidad todos los muebles y enseres propios de este oficio: puertas, ventanas, bancos, mesas, sillas, etc. Pero también incluía su oficio el proveer continuamente de leña para que la comunidad pudiera tener fuego en la cocina para hacer comida y en las salas para calentar a la comunidad en las frías jornadas del invierno bávaro. Se mostró un religioso ejemplar, lleno de religiosidad y vida interior, humilde, obediente y exacto en el cumplimiento de la Regla. Se contaron de él hechos milagrosos que, se dice, amplió luego la leyenda, narrándose cómo en una ocasión en que por estar en el bosque cortando leña no pudo asistir a la misa, un ángel le llevó hasta el bosque la hostia consagrada y así no se quedó sin comulgar. Murió santamente el 30 de noviembre de 1329 en su convento de Ratisbona. Su

memoria como santo perseveró en Ratisbona y en la Orden. El P. Pío Keller († 1904) —cuya causa de beatificación se introdujo en 1982— trabajó para que su culto fuera confirmado. No lo vio él pero sí se logró el objetivo: el 12 de mayo de 1909 el papa San Pío X concedía la confirmación del culto. Sus restos mortales se hallan expuestos en Ratisbona en la parroquia de Santa Cecilia.

BEATO ALEJANDRO CROW

Presbítero y mártir († 1587)

Nació al parecer en South Duffield, en Yorkshire, hacia 1551 en una familia modesta. De joven se ganó la vida como zapatero y se colocó luego de criado en el Colegio Inglés de Reims, prestando humildes servicios como zapatero, portero y cocinero. Pero por su virtud, su humildad y su paciencia obtuvo la licencia para estudiar para el sacerdocio, que finalmente alcanzó. Vuelto a Inglaterra ejerció su ministerio hasta que fue arrestado en South Duffield cuando iba camino de bautizar a un niño. Fue llevado a York y acusado de alta traición. Al ser condenado a muerte manifestó su alegría por la gracia del martirio y pensando que sería ajusticiado al día siguiente, se pasó toda la noche en oración. Estaba muy enfermo cuando el día de San Andrés, 30 de noviembre, no se sabe bien si en 1586 o 1587, fue llevado a ejecutar. Debido a su debilidad cayó de la escalera cuando subía y le inventaron la calumnia de que había querido suicidarse, pero subió de nuevo a la escalera y dijo: «No es como pensáis, hermanos, que yo haya tenido jamás la intención de matarme, sino que era el común enemigo que quería privarme de esta gloriosa muerte y por envidia me tiró de la escalera, y no es la primera vez, pues ha intentado privarme de la corona del martirio que Dios me concede, y es Dios quien le ha permitido que me haga esto en vuestra presencia para que se vea lo poco que puede hacer. Pero aunque lo haya procurado no me ha dañado ni en el alma ni en el cuerpo, ni puede hacerles daño alguno a los siervos de Dios más de lo que el Señor mismo quiera permitirle para el mayor bien de ellos». Terminó de subir y fue ahorcado, pero por poco tiempo, pues aún estaba

vivo cuando le bajaron y se le empezó a destripar y descuartizar. Fue beatificado el 22 de noviembre de 1987 por el papa Juan Pablo II.

SAN TADEO LIU RUITING

Presbítero y mártir († 1823)

Tadeo Liu o Lieou Ruiting nace en Ku-Hien, China, hacia 1780, y habiendo llegado a la fe cristiana se ordenó sacerdote con 33 años y trabajó apostólicamente con gran celo en los distritos misionales que le fueron asignados. Un cristiano fue corregido por otro cristiano, y éste, para vengarse, denunció al sacerdote, que fue arrestado en mayo de 1821. Se le tuvo primero encadenado y al sol todo el día y luego se le dejó varios meses en la cárcel sin que se viera su causa. Finalmente, fue conducido a la ciudad de Tcheou-Tou, capital de la provincia, donde tuvo lugar el juicio. Fue condenado a muerte por profesar una religión que estaba prohibida en el Imperio. Se le envió al lugar de su procedencia y allí debía esperar la confirmación por el emperador de la sentencia de muerte. Pasó así dos años en la cárcel, y los pasó en la oración y la paciencia, entregándose a la voluntad de Dios y mostrándose dispuesto a lo que Dios quisiera. Llegada la confirmación de la sentencia, fue llevado junto al templo de Kue-Hien y allí estrangulado el 30 de noviembre de 1823.

Fue canonizado el 1 de octubre de 2000 por el papa Juan Pablo II, junto con otras víctimas de varias persecuciones en China entre los años 1648 y 1830. La memoria litúrgica de todos se celebra el 9 de julio.

SAN JOSÉ MARCHAND

Presbítero y mártir († 1835)

Nace en Passavant (Francia) el 17 de agosto de 1803. Decidida su vocación sacerdotal ingresa en el seminario diocesano de Besançon, donde hace los estudios. Estaba a punto de concluirlos cuando siente que su verdadera vocación es la de misio-

nero e ingresa en la Sociedad de Misiones Extranjeras de París, ordenándose sacerdote el 4 de abril de 1828 y partiendo para Annam el 12 de mayo siguiente. Llegado a la misión, se le asigna un distrito en la provincia de Binh-Tuan, que comprendía veinticinco pueblos, en los que estaban distribuidos los siete mil cristianos que componían la comunidad que se le encomendaba. Los atendió con total entrega. Cuando llegó la persecución de 1833 debió abandonar su distrito y vivir ocultamente y huidizo, llegando a no tener otro refugio que la propia selva y no pudiendo alimentarse sino de hierbas. Descubierto por el ejército rebelde de Koi, lo obligan a ir a la capital Saigón y estar presente en la dura lucha contra las tropas del rey a lo largo de dieciocho meses. El jefe rebelde intentó utilizar al misionero y le pidió insistentemente que escribiera cartas a los católicos invitándolos a unirse a la rebelión, pero él se negó firmemente. Cuando la rebelión fue vencida en 1835 le achacaron haberla apoyado y fue llevado a Hué con otros cristianos. Los interrogatorios dejaron en claro la verdadera actitud del P. Marchand pero no se le quiso liberar sin que pisase la cruz. Al negarse se le torturó con tenazas incandescentes, pero fue en vano. Se acudió entonces al tormento de las cien llagas. El 30 de noviembre de 1835 y en público lo insultaban al tiempo que le hacían heridas y mutilaciones, hasta que exhausto del dolor cayó al suelo confesando a Cristo. Le cortaron la cabeza, que sería luego arrojada al mar.

Fue canonizado el 19 de junio de 1988 por el papa Juan Pablo II junto con los 117 mártires de Vietnam, muertos por la fe entre los años 1745-1862, que habían sido beatificados a lo largo del siglo XX.

BEATOS MIGUEL (FRANCISCO) RUEDA MEJÍAS Y MÁRTIRES HOSPITALARIOS DE CIEMPOZUELOS (MADRID)

Diego de Cádiz (Santiago) García Molina, Nicéforo Salvador del Río, Román (Rafael) Touceda Fernández, Arturo Donoso Murillo, Jesús Gesta de Piquer y Antonio Martínez Gil-Leonís
Religiosos y mártires († 1936)

El día 30 de noviembre de 1936 fueron fusilados en Paracuellos de Jarama siete hermanos de San Juan de Dios procedentes de la cárcel del excolegio de San Antón, de Madrid, y que se unieron a los otros hermanos hospitalarios fusilados el día 28 de este mes —y a los que hemos dedicado una biografía extensa, a la que remitimos al lector—. Fueron beatificados el 25 de octubre de 1992 por el papa Juan Pablo II en el grupo de 71 Hermanos Hospitalarios de San Juan de Dios muertos durante los días de la revolución española. Los datos de los mártires de hoy son:

MIGUEL RUEDA MEJÍAS, nacido en Motril (Granada) el 19 de enero de 1902 en una modesta y cristiana familia, fue alumno del Colegio de Santo Domingo de su pueblo natal. Halló oposición familiar a su vocación religiosa, pero por fin pudo ingresar en la Orden Hospitalaria en diciembre de 1922. Hecha la profesión pasó por varias casas de su Orden, sirviendo siempre a los enfermos con mucha entrega y voluntad, y siendo destinado últimamente a la casa de Ciempozuelos. Allí fue detenido con los demás hermanos el 7 de agosto de 1936 y llevado dos días más tarde a la citada cárcel de San Antón, cuyas penalidades soportó con paciencia. Fue a la muerte con admirable fortaleza espiritual.

DIEGO DE CÁDIZ GARCÍA MOLINA, llamado inicialmente Santiago, nace en Moral de Calatrava (Ciudad Real) el 14 de diciembre de 1892. Ingresa a los 18 años en la Orden Hospitalaria y pasó por varias casas de España, estando en Colombia entre 1920 y 1928. Vuelto a España, era definidor y secretario provincial cuando fue arrestado el 7 de agosto de 1936 y llevado dos días más tarde a la cárcel de San Antón. Viendo el peligro de muerte por el fusilamiento habido el día 28 de noviembre dio la

profesión religiosa a los novicios detenidos con él. Con gran serenidad de ánimo salió para el martirio.

NICÉFORO SALVADOR DEL RÍO, natural de Villamorico (Palencia), donde nace el 9 de febrero de 1913, ingresa a los 14 años en la Orden Hospitalaria y profesa en ella el 7 de marzo de 1931. Luego de pasar por varias casas estaba destinado últimamente en la de San Rafael, de Madrid, pasando el 26 de julio de 1936 a la Primera Comandancia de Sanidad de Madrid, de donde luego fue llevado a la cárcel de San Antón y de ahí sacado el 30 de noviembre para ser fusilado.

ROMÁN TOUCEDA FERNÁNDEZ, llamado inicialmente Rafael, había nacido en Madrid el 22 de enero de 1904 y en su juventud tuvo como director espiritual a San José María Rubio. A los 24 años ingresa en la Orden de San Juan de Dios, pasando casi toda su vida religiosa en la casa de Ciempozuelos, de la que era vicesuperior cuando llegó la guerra española. Se negó a separarse de sus hermanos religiosos y por ello fue en agosto de 1936 a la cárcel de San Antón. Sobresalía por su espíritu de oración y alta espiritualidad.

ARTURO DONOSO MURILLO, nacido en Puebla de Alcocer (Badajoz) el 31 de marzo de 1917, se educó en un colegio salesiano, e ingresó en la Orden Hospitalaria el 7 de diciembre de 1934. Destinado a la casa de Ciempozuelos, con los hermanos fue arrestado y encarcelado hasta que fue sacado para ser fusilado, luego de haber dado ejemplo de paciencia y vida interior.

JESÚS GESTA DE PIQUER nace en Madrid en el seno de una familia de raigambre militar. Fue alumno de los Hermanos Maristas y militante de Acción Católica, frecuentando los suburbios en su apostolado. Ingresa en la Orden Hospitalaria el 24 de noviembre de 1934 y era aún novicio cuando fue arrestado y encarcelado con los demás hermanos. Visitado por el embajador de Chile en la cárcel se negó a que se hicieran gestiones por su liberación que no incluyeran a los demás hermanos religiosos. Se negó a blasfemar en la cárcel aunque le amenazaban con un fusil.

ANTONIO MARTÍNEZ GIL-LEONÍS nace en Montellano (Sevilla) el 2 de noviembre de 1916 en una familia de posición acomodada y poco religiosa. Tras estudiar en el colegio salesiano de Morón de la Frontera, ingresó en la Orden Hospitalaria en julio de 1935 y estaba haciendo el noviciado cuando fue arrestado y

encarcelado, haciendo la profesión religiosa en la cárcel el día anterior a su martirio. Antes de ser arrestado lo visitó su madre pidiéndole dejara la Orden, pero él se mantuvo en su vocación. Invitado a blasfemar, se negó categóricamente pese a las amenazas.

BEATO JOSÉ OTÍN AQUILÉ

Presbítero y mártir († 1936)

Había nacido en Huesca el 22 de diciembre de 1901. Se educó en el colegio salesiano de su ciudad natal y de ahí le vino su vocación religiosa, optando por la congregación salesiana. Hizo en ella los votos religiosos en 1920 y prosiguió los estudios eclesiásticos, ordenándose sacerdote en 1928. Destinado, como es el carisma de su congregación, a la educación de la juventud, fue un excelente pedagogo por su carácter abierto y jovial, que le granjeaba la simpatía de los muchachos. En 1936 estaba destinado en el colegio salesiano de Alcoy, de cuya dirección estaba encargado el 18 de julio al estar el director ausente. Los días 20, 21 y 22 hubo de sufrir sendos registros por parte de los milicianos, alegando que iban en busca de armas y de fascistas escondidos. No hallaron nada, pero aun así decidieron el arresto de la comunidad religiosa y se incautaron de la casa. Llevados los salesianos a la sede del Comité y luego al ayuntamiento, al saber el alcalde que nada se había hallado de armas en el colegio mandó se les diera salvoconducto. Una vez libres, los salesianos se acogieron al refugio que les dieron los dueños del Hotel Continental, dispersándose el día 23. Don José Otín marchó a Valencia y se refugió en la casa de otro salesiano, donde llevó vida de oración, oía confesiones y vivía en paz en cuanto era posible. A finales de noviembre, sin embargo, el salesiano que lo albergaba es detenido y don José decide entonces buscar otro refugio. Lo busca en una fonda. Aquí es reconocido por alguien que lo denuncia y entonces es detenido, desapareciendo a continuación. Su memoria la ha fijado el *Martirologio* el día 30 de noviembre.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO LUIS ROQUE GIENTYNGIER

Presbítero y mártir († 1941)

Este sacerdote y mártir polaco había nacido en Zarki el 16 de agosto de 1904. Hizo los estudios primarios en Czestochowa y en 1922 ingresó en el seminario mayor de Kielce, y cuando se creó la diócesis de Czestochowa se incardinó en ella. Ordenado sacerdote el 25 de junio de 1927, fue enviado como vicario cooperador a la parroquia de Strzenieszyce al tiempo que continuaba sus estudios en la Universidad Jagellónica de Cracovia en la que se gradúa en 1929. Destinado a la enseñanza de la religión en las escuelas de su diócesis, tenía el nombramiento de presidente del Instituto Diocesano de Wielun. Pero el día en que iba a empezar su trabajo sucede la invasión de Polonia con la consiguiente política antipolaca de los ocupantes. Sigue de momento en Wielun pero al poco tiempo es enviado a la parroquia de Raczyn. Allí desempeña las funciones de párroco hasta que el 6 de octubre de 1941 es arrestado y llevado al campo de concentración de Konstantynow, y al mes siguiente es llevado al de Dachau. Fue asesinado por los guardias del campo el 30 de noviembre de aquel mismo año 1941. Fue beatificado por el papa Juan Pablo II el 13 de junio de 1999.

FIESTAS MOVIBLES

Domingo XXXIV del Tiempo Ordinario

JESUCRISTO, REY UNIVERSAL

El iluminado argumento del Evangelio de Jesús gira sobre el gozne del Reino de Dios. Los protagonistas del Evangelio son el Rey Jesús y sus vasallos. El escenario del Evangelio es el destierro de este valle de lágrimas y el definitivo Reino de Dios. Los preceptos del Evangelio son los medios de consecución del Reino, a cuya glosa y exposición convergen los discursos del Salvador. Hasta la finalidad primaria de su encarnación se puntualiza en la gloria de la Trinidad augusta, mediante la conducción del hombre al Reino.

Todas las varias realidades de la existencia de Jesús, todos sus desvelos, la integridad toda de sus sacrificios tienden al establecimiento del Reino de Dios. Y, al puntualizar la jerarquía de los valores humanos, establece el primado de las intenciones en el hombre, casi en exclusiva: «Buscad, ante todo, el Reino de Dios. Todo lo demás que necesitéis se os dará por añadidura» (Lc 12,31).

El Reino de Dios y su logro dan unidad poemática a las desconcertantes enseñanzas y a las sorprendentes realizaciones de Jesús. A la luz de su consecución y de su disfrute eterno se autorizan las serias exigencias de Jesús a sus seguidores, extrañas y atrevidas exigencias para una humanidad fatalmente escorada hacia el pecado.

La acusación fundamental que da lugar a la condenación de Jesús es su anhelo de reinar. Y, en la hora suprema de la definición de su misión, cuando autodeclara su postura ante la historia, confirma su aspiración al Reino, aunque rubrique su propia sentencia de muerte.

Los cuatro evangelistas se han aferrado al breve diálogo entre Jesús y Pilato. Lacónica confesión: «Tú has dicho que soy rey. Para esto he venido, para dar testimonio de la verdad. Todo el que la oye, oye mi voz». Interesaba sumamente a Pilato averiguar la postura de Jesús, razón que le incita a exigirle una segunda idéntica confesión. A Jesús también interesaba señalar la autenticidad de su realeza, como argumento y finalidad supremos de su actividad.

Y nos regala con la abierta y repetida confesión de su realeza: «Mi Reino no es de este mundo», pero se proclama Rey auténtico, con pretensiones de ejercer su realeza, con ilusiones de abarcar al mundo entero bajo su cetro.

Así despeja los temores egoístas de Pilato y aumenta las suspicacias de los envidiosos judíos.

Es desconcertante el Reino de Jesús: No es de este mundo, pero se conquista en este mundo para disfrutarlo en el futuro.

El enrolamiento definitivo para la navegación por las playas del Reino se efectúa en este valle de lágrimas. Aquí es la voluntaria elección del Reino de Jesús o del de Satán. Aquí el aprecio de la doctrina del Maestro o su abandono. Aquí la prueba de que estimamos los supremos valores espirituales y pretendemos adquirirlos, o la desdeñosa respuesta a la amorosa invitación del Salvador.

El Reino de Jesús no es terrestre, mundano, material, cultural, económico, como los reinos del mundo. Es el Reino del espíritu, de la *verdad* sin ambages, del *amor* sin taras sensuales, de la *justicia* sin presiones, de la *fe* en las sublimes creaciones divinas.

La primera etapa del Reino se desarrolla en los reinos de la materia. Así cupo al Creador, una vez que la criatura mezquina desbarató sus planes de pacífica convivencia iniciados en el paraíso terrenal. Todo mortal, aspirante a la gloriosa inmortalidad del Reino, ha de demostrar su pericia de soldado de Cristo en el perspicaz uso de las armas espirituales de la santificación, en el sutil conocimiento de los ardides de las huestes enemigas patrocinadas por Luzbel, en el aliento experimental para la lucha. Sin este noviciado, en pleno desarrollo a la hora de la muerte, ninguno puede ser admitido al ejército celestial. Jesús en persona realizará la inapelable segregación para su Reino: «¡Venid, benditos de mi Padre!...», «¡Id, malditos, al fuego eterno!...».

Benditos son los que conquistaron el título de hijos del Reino eterno de Jesús en su amaestramiento del mundo. Malditos quienes desdeñaron la aplicación a la divina asignatura del Evangelio y no la constituyeron en norma práctica de actuación humana.

Todo el éxito humano consistirá en la elección personal para el Reino de Dios. Toda la hondura del fracaso consistirá en ser desechado del disfrute del Reino. Los méritos humanos y cívicos serán cantados por los panegiristas civiles, pero no influyen en los anales del Reino, ni los deméritos suponen fracaso. Sólo se estima como valor auténtico la adhesión práctica y cordial a la doctrina y a la vida de Jesucristo.

La afirmación de Jesús de que su Reino no es de este mundo no predice que Jesús no será Rey hasta la definitiva disolución de la Creación, por el retorno al Padre de todas las criaturas racionales.

Es Rey desde su aparición en el mundo de las estrellas. Rey de todos los hombres, a quienes ha de juzgar. Rey desde que nacen, puesto que el justo juicio consistirá en exigir la razón del empleo del tiempo y de las facultades durante la estancia en el concreto mundo de las montañas, de los ríos y de las ciudades. Rey también de los aborígenes de los bosques del Perú, que siguen viviendo sus ancestrales ritos de víctimas humanas para la oscura divinidad. Rey de todos los adheridos a religiones extrañas y a sectas cristianas, a todos los que exigirá cuentas de su sinceridad respecto a la Verdad.

Jesús es Rey legítimo, con todas las exigencias de un auténtico reinado. Las típicas potestades del legislador, de juzgar y de castigar, le pertenecen por su sublime misión redentora y las ejerce con la plenitud de autoridad y de dominio.

Legisló audazmente, enfrentándose con la más autorizada legislación religiosa de la historia del mundo, la mosaica. Aceptó cuanto llevaba de permanente, y la rectificó en puntos esenciales. Sobre todo, la impregnó de una característica desconocida en anteriores legislaciones: el genuino amor humano universal, elemento constitutivo primero de su decálogo. Promulgó su legislación para todos los continentes, despachó a sus apóstoles a que la divulgaran en los más exóticos rincones

del orbe, y fundó su Iglesia con el designio de que ofreciese a la sucesión de diversas generaciones los supremos beneficios de sus mandatos, aclarándolos y adaptándolos —dentro de su sustancial inmutabilidad— a las condiciones de las personas y a las circunstancias de los tiempos y lugares.

Ejerce su potestad judicial interna en el insobornable tribunal de la confesión, por medio de los sacerdotes, sus jueces delegados. La efectúa en los procesos jurídicos por delitos eclesiásticos. La ejecuta en las sentencias de sus congregaciones romanas. La practica en el definitivo juicio sobre la heroica santidad de sus seguidores en las causas de beatificación y de canonización. La verifica en el supremo lance del paso a la eternidad, con el juicio particular. Y la consumará, con inusitada solemnidad, en la asamblea universal del juicio final, entre el alarido de las trompetas de los ángeles y el atónito silencio de toda la humanidad.

Gusta de la potestad coactiva para impeler a los hombres a la observancia de sus preceptos. Impone penitencias y castigos en el sacramento de la confesión. Lleva de las bridas de la penitencia a los cuerpos rebeldes a la exigencia del espíritu. Disgrega de la unidad de la Iglesia, con la excomunión, a los recalcitrantes. Quiebra su armonía de colaboración con los gobernantes civiles que dan espaldas a la ley natural y al derecho positivo de la Iglesia. Y reserva la suprema sentencia de liberación o de prisión eternas para el inapelable juicio público del Valle de Josafat.

Rey auténtico, entregado a su pueblo, con desprendimiento personal. Rey que defiende a sus súbditos mediante el personal sacrificio de la vida. Rey que exige a sus seguidores la siembra del amor en los surcos de los corazones humanos, sin distinción de ideologías. Rey que no persigue a enemigo alguno de buena voluntad, sino que trata de conquistarle, de beneficiarle, de obsequiarle.

Gobierna a sus súbditos con un único anhelo: dirigirles a su Reino definitivo, evitando que ofrezcan los jirones de su vida maltrecha a los expoliadores infernales.

En la singular y maravillosa unión entre Dios y el hombre que forma la persona de Jesús recae la dignidad regia.

> «Solamente en cuanto hombre se puede decir que Jesús ha recibido del Padre la potestad y el honor del Reino, porque como Verbo de Dios, siendo de la misma sustancia del Padre, forzosamente debe tener de común con Él lo que es propio de la Divinidad, y, por consiguiente, tiene sobre todas las cosas creadas sumo y absolutísimo imperio» (Pío XI).

Adquirió con suma legitimidad su imperio. Su persona representa los derechos de creación, conservación y destinación de los hombres, derechos supremos e inalienables. A tan innegables derechos añade Jesús el título de conquista, mediante la redención, liberando con su propia sangre a todos los hombres, perdidos por el pecado original. Títulos que le regalan tan excelsa dignidad regia sobre todos los ángeles y sobre todos los hombres.

Y sobre el hombre completo. No puede contentarse con una sumisión periférica del hombre. Trata de hacerse Rey de las mentes humanas, imponiéndoles su verdad; Rey de las voluntades, iluminándolas con las consignas de su ecuánime beneplácito e inflamándonos con sus más nobles inspiraciones; Rey de los corazones, al avasallar amorosamente a todo recto corazón con su mansedumbre, su benignidad y su altísima bondad.

Nada ni nadie puede sustraerse al reinado de Jesús. Las almas son su primario objetivo y solamente bajo su cetro podrán alcanzar su fin glorioso. Todos los objetos y todas las criaturas son dominio suyo; no ejerce autoridad temporal, porque la puso en manos de los reyes civiles, meros ejercitantes de la autoridad de Jesús.

Las calidades internas del Reino de Jesús han sido deliciosamente cantadas por la liturgia: es un «Reino de verdad y de vida, Reino de santidad y de gracia, Reino de justicia, de amor y paz», calidades que son las íntimas aspiraciones de toda criatura, y que las resume el Reino de Dios al conseguir la plena armonía entre las potencias anímicas y los sentidos externos, entre las ambiciones de placer temporal y corporal y las aspiraciones de meta sobrenatural.

El poema temporal de Jesús, Dios-Hombre, finaliza en la Ascensión. Cumplió perfectamente su misión de Maestro, de Redentor y de Legislador. Regresa al seno del Padre, del que sa-

lió como Dios, y a él arriba convertido en Hombre-Dios, dominador de todas las criaturas por la Redención.

Y «está sentado a la diestra de Dios Padre» en calidad de triunfador, de supremo y universal Juez, de Rey absoluto. Si su reinado comenzó con el nacimiento de la Iglesia, su perfecta realeza la ejerce en la diestra del Padre, y será ultimada cuando regresen al seno de Dios todas las criaturas que han salido y seguirán saliendo de sus manos.

La realeza de Jesús impone una inmediata obligación a sus seguidores:

> «Este Reino es opuesto únicamente al reino de Satanás y a la potestad de las tinieblas, y exige de sus súbditos no solamente un ánimo despegado de las riquezas y de las cosas terrenas, la dulzura de las costumbres y el hambre de la justicia, sino también que se nieguen a sí mismos y tomen su cruz» (Pío XI).

Jesús es Rey indudable. Seamos sus indudables vasallos.

PEDRO DE ANASÁTEGUI URRUTIA, OFM

Bibliografía

ORDÓÑEZ MÁRQUEZ, J., *Teología y espiritualidad del año litúrgico* (Madrid 1978) 352-359.
PÍO XII, Encíclica *Quas primas,* de 11 de diciembre de 1925, en *El magisterio pontificio contemporáneo,* I (Madrid 1996) 185-196.
SCHMAUS, M., *Teología dogmática,* III (Madrid 1959) 411-424, 497-498.

APÉNDICE

5 de noviembre

FIESTA DE LAS SANTAS RELIQUIAS

El mismo culto a la Santísima Virgen no puede ofrecer testimonios más antiguos ni más autorizados que el culto a los restos de los mártires. Cuando aparece en las catacumbas de Priscila la Virgen llamada de Isaías, tenemos ya la descripción del martirio de San Policarpo. A instigación de los judíos, el centurión manda quemar el cuerpo del santo obispo para que no lo recobraran los cristianos. Pero éstos hallaron modo de recoger sus restos: «Nosotros recogimos sus huesos, como oro y perlas preciosas, y les dimos sepultura». Y añaden: «Luego celebramos alegremente nuestra reunión, como mandó el Señor, para celebrar el día natalicio de su martirio».

San Cipriano recomienda a su clero que tome nota de todos los que mueren por la fe, a fin de celebrar su memoria como la de los demás mártires. San Agustín habla asimismo de las sinaxis y del sacrificio celebrado *in mensa Cypriani,* es decir, en el lugar de su martirio.

En este respeto a las reliquias y en la celebración del aniversario del martirio es donde mejor se manifiesta la devoción de los fieles a los mártires desde el siglo II hasta la paz constantiniana. Los textos a este respecto son tan numerosos como bellos. En Cesarea el senador Astirio, que había presenciado el martirio del soldado Marino, según nos dice Eusebio, «se colocó el cadáver sobre sus espaldas, lo envolvió con un vestido riquísimo cuajado de piedras preciosas y con una pompa magnífica lo colocó en una tumba». En Cartago el cuerpo de San Cipriano fue sustraído por los fieles durante la noche a la curiosidad de los paganos, «y en solemne cortejo y a la luz de cirios y hachas y con plegarias continuas fue acompañado al sepulcro».

Los fieles de Tarragona son avisados en sueños para que coloquen en un solo lugar los restos de su obispo Fructuoso y de los diáconos Augurio y Eulogio, que subrepticiamente habían recogido, «llevados de su caridad». Los grandes mártires de la persecución de Valeriano: Sixto de Roma, Cipriano de Cartago y Fructuoso de Tarragona, ya mueren aureolados con la afección y veneración más profunda de sus fieles. Cipriano y Fructuoso, camino del martirio, anticipan en vida los grandes cortejos de las futuras traslaciones.

Uno de los testimonios más emocionantes de la memoria sobre el sepulcro del mártir nos lo proporciona la *triclia apostolorum,* en las catacumbas de San Sebastián. Allí se leen los grafitos de fieles llegados de todas las partes del mundo: de la Frigia, Dalmacia, Partenia... que invocan a los príncipes de los apóstoles, cuyos cuerpos habrían sido trasladados allí: «Pedro y Pablo, rogad por nosotros... Por mí, el más pecador...», etc. «Pedro y Pablo, y vosotros que leéis esto, rogad por mí», etc. ¡Estamos en el año 258, en plena persecución de Valeriano!

El culto de los mártires empieza por ser un culto estrictamente local. Se honra al mártir cuyo sepulcro se posee. Pero ya desde la primera mitad del siglo IV encontramos intercambios de memorias entre las diversas iglesias. En la *Depositio martyrum* de Roma se hallan los santos africanos Perpetua, Felicidad y Cipriano; y en el calendario de Cartago muchos mártires romanos.

Después de la paz de la Iglesia, aquel contenido sentimiento de piedad se desborda con el mayor entusiasmo. «Se puede decir sin exageración —dice Delehaye— que los Santos Padres han agotado las fórmulas para exaltar a los mártires y celebrar sus triunfos». Surgen las grandes basílicas en su honor, los poetas cantan sus gestas, sobre todo el príncipe de todos ellos, el español Prudencio, y un Papa adorna sus criptas con sonoras inscripciones.

Pero fueron dos factores, sobre todo, los que contribuyeron a que su culto, de local, pasara a ser universal: la división y distribución de sus reliquias y la invención o traslación de sus cuerpos.

El cristianismo todavía reforzó, si cabe, la antigua ley romana de la inviolabilidad del sepulcro y del cadáver. Intentar sola-

mente tocarlos era reputado por sacrilegio nefando. Mientras, ya desde el siglo IV el Oriente empieza a distribuir reliquias; todavía a fines del siglo VI San Gregorio se niega decididamente a complacer a la emperatriz Constantina, que le pedía el cráneo u otra reliquia de San Pablo para colocarla en la iglesia de su palacio, dedicada al apóstol. Dícele San Gregorio que no puede ni osa hacerlo, «pues no es costumbre entre los romanos al dar reliquias atreverse a tocar el cuerpo», sino que dan algo puesto en contacto con el sepulcro, que al fin y al cabo, añade el Pontífice, tiene la misma virtud.

En Roma no se trasladaban reliquias para edificar nuevos templos, sino que los templos se edificaban precisamente donde estaban las reliquias. Las basílicas de San Pedro, San Pablo, San Lorenzo, San Pancracio... están edificadas donde yacían los mártires, aunque para ello fuera necesario allanar una colina, como en el Vaticano, o descentrar algo la iglesia respecto del cuerpo, como en San Pancracio.

En Oriente, por el contrario, desde el siglo IV encontramos traslaciones y distribuciones de reliquias en abundancia. Gallus hizo trasladar a Daphé el cuerpo de San Babilas, al que había erigido una iglesia hacia el 352. Pero sobre todo es a partir de Constancio cuando los emperadores bizantinos se propusieron enriquecer a la nueva Roma con cuerpos de mártires, de los que tan rica era la antigua. Y así empezaron aquellas traslaciones triunfales de cuerpos santos de que nos hablan San Paulino de Nola, San Juan Crisóstomo, San Jerónimo, Sozomeno y otros escritores eclesiásticos.

Este ejemplo no solamente fue imitado en Oriente, sino también en Occidente. Son conocidas y célebres las solemnes traslaciones de los cuerpos de San Gervasio y San Protasio, de Santos Vital y Agrícola en Milán por San Ambrosio, o los de Santos Nazario y Celso en Bolonia, y en su presencia. El pueblo de Milán pedía a San Ambrosio que dedicara la iglesia que acababa de construir al modo de la basílica romana. El santo dijo: «Lo haré si encuentro reliquias de mártires». Una vez hallados, dedicó la basílica ambrosiana, colocando los sagrados cuerpos a la derecha debajo del altar, pero reservándose la izquierda para sí, pues, como escribe a su hermana, «es muy justo que el sacerdote descanse allí donde acostumbraba sacrificar».

Estas traslaciones, o el ser quemado o profanado el cuerpo del mártir, fueron la causa de la distribución y división de reliquias. Se encuentran reliquias de los mártires de Milán o de Bolonia en diversos lugares. Pero fue sobre todo con los restos de los cuarenta mártires cuando empezó en Oriente, de un modo general, esta práctica, que luego imitaron todas las demás iglesias. El intercambio de reliquias y de memorias de mártires era ya tan extendido a principios del siglo VII en Occidente, que el papa Bonifacio IV, al convertir el Panteón de Agripa en basílica cristiana, colocó en la misma muchas reliquias de mártires y la dedicó a la Santísima Virgen y a todos los mártires, el día 13 de mayo del 610; basílica que fue llamada en adelante «Santa María de los Mártires».

En Oriente encontramos una fiesta común de los mártires en el siglo IV en Siria, y algo después en las iglesias bizantinas. Los primeros la celebraban dentro de la semana pascual; los bizantinos, el domingo después de Pentecostés, costumbre que también se introdujo, aunque por poco tiempo, en Roma.

A la memoria de los mártires se empezó a unir pronto la de aquellos que, sin haber derramado la sangre por Cristo, le habían consagrado su vida: los grandes pontífices y los ascetas. Si en Oriente ya en el siglo IV eran equiparados a los mártires los ascetas, en Occidente los primeros santos confesores venerados fueron los pontífices San Silvestre y San Martín. Así vemos que Gregorio III (731-741) consagró en San Pedro un oratorio «al Salvador, a su Madre, a todos los apóstoles, mártires y confesores y a todos los justos fallecidos en el orbe entero». De aquí a la fiesta de Todos los Santos sólo faltaba un paso, que lo dio Gregorio IV en la primera mitad del siglo IX, al establecer esta fiesta el primero de noviembre. Así, del culto al mártir y a su sepulcro vino el culto a las reliquias, a todos los mártires y a todos los santos.

Celebrada la fiesta de Todos los Santos, casi todas las órdenes religiosas celebran la fiesta de sus propios santos. Muchas diócesis han querido también celebrar los suyos o aquellos cuyas reliquias poseen sus iglesias. El día más apto y tradicional para esta conmemoración sería sin duda el 13 de mayo, aniversario de la dedicación del Panteón de Roma —como la celebra

en este día la Orden benedictina—, pero de hecho cada diócesis escogió el día que mejor le pareció, como se ve en los misales del siglo pasado, hasta que se ha generalizado celebrarla el 5 de noviembre por su proximidad con la fiesta de Todos los Santos.

Fiesta moderna, a la verdad, en el modo de celebrarla, pero que nos pone en contacto con el espíritu de la Iglesia de los mártires, con el triunfo de la paz constantiniana, con la devoción de aquellos siglos medios que consideraban como el mejor tesoro la posesión de los venerables despojos de sus santos; y en contacto asimismo con el sentido constante de la Iglesia, que, en sus altares, en sus relicarios y en sus procesiones, presenta al Señor los trofeos de la victoria de Cristo en sus miembros para su gloria y para nuestra intercesión.

Pero esta fiesta, además, nos hace vivir de un modo particular la doctrina del Cuerpo místico en el sacrificio del Señor.

En Roma, en Milán, en Cartago, en Tarragona... es con el sacrificio eucarístico como se conmemora el aniversario de sus mártires, sobre o cabe su sepulcro.

De este modo la idea de altar y sepulcro llegó a identificarse de tal forma que el altar se convirtió naturalmente en sepulcro. Más grande o más pequeño, hoy todo altar debe poseer su sepulcro. La traslación de las reliquias y su colocación es una de las más bellas ceremonias de la consagración de un altar y que, en cierto modo, perpetúa aquellas emocionantes ceremonias de la antigüedad.

A la idea altar-sepulcro corresponde la de Cristo-Iglesia. Según toda la tradición, el altar es símbolo de Cristo; pero una tradición igualmente constante nos enseña que es asimismo símbolo de la Iglesia, y esto último, sobre todo por las reliquias en él depositadas. «El unir en los altares las reliquias de los mártires al cuerpo del Señor —a veces juntamente con las reliquias se colocaba una partícula de la Sagrada Eucaristía— significa la unión de la Iglesia con su Redentor. Así, en el tálamo del altar se encuentra el Esposo con la Esposa», dice San Pedro Damiano.

Esta unión simbolizada en el altar se realiza perfectamente en el sacrificio de Cristo que sobre el mismo se celebra. En él la Iglesia triunfante, purgante y militante se encuentra en la fuente

y causa de su unidad. Es allí donde entramos en verdadera comunión con los santos —*comunicantes*— y donde su gracia y santidad se renuevan, actualizan y se nos comunican —*partem aliquam et societatem donare digneris*— al beberlas en la misma fuente, ya que es de aquel sacrificio «del que tomó principio y valor todo martirio», como dice la Secreta del jueves de la tercera semana de Cuaresma.

Debajo de aquel misterioso altar de la gloria, San Juan contempló las almas de los sacrificados y oyó su potente voz clamando hacia el Señor. De todos los altares de la tierra se levanta hacia el cielo la voz de Cristo, de sus mártires, de sus santos y de toda la Iglesia clamando misericordia y gracia.

ADALBERTO M. FRANQUESA, OSB

Bibliografía

DELEHAYE, H., *Les origines du culte des martyrs* (Bruselas [2]1933).
DUCHESNE, L., *Origines du culte chrétien. Étude sur la liturgie latine avant Charlemagne* (París 1889).
KELLNER, E., *El año eclesiástico y las fiestas de los Santos* (Barcelona 1910).
«Martirio e martire», en *Enciclopedia Católica,* VIII (Ciudad del Vaticano 1952).
«Martyr», en F. CABROL - H. LECLERCQ (dirs.), *Dictionnaire d'archéologie chrétienne et de liturgie.* X/2: *Mans-Maximin* (París).
«Reliques et reliquaires», en H. LECLERCQ (dirs.), *Dictionnaire d'archéologie chrétienne et de liturgie.* XIV/2: *Portier-Rome* (París).
SCHUSTER, A. I., *Liber sacramentorum* (Turín) 13 de mayo y 1 de noviembre.

9 de noviembre

NUESTRA SEÑORA DE LA ALMUDENA

Esta antigua y venerada imagen, a la que se rendía culto anteriormente en la basílica de San Isidro, de Madrid, y desde junio de 1993 en la catedral de Santa María la Real de la Almudena, es considerada, no sin controversia, la Patrona de la ciudad.

La capital de España tiene una recia tradición mariana. En el siglo XVII, siendo ya una población importante, como atestiguan sus diez parroquias intramuros, su parroquia mayor llevaba ya el sencillo nombre de Santa María. En esta iglesia, demoli-

da en 1869 y hoy actual catedral, se ha rendido culto durante siglos a la venerada imagen de la patrona, y no es por eso de extrañar que al cabo de los años, confundida la advocación primitiva con una devoción no menos antigua, haya venido a llamarse la parroquia Santa María la Real de la Almudena. Tal vez por este motivo le fue dada a una parroquia de un suburbio, creada en 1940, el nombre de Santa María la Mayor, resucitando el viejo título de la iglesia matriz.

No podemos dejar de señalar, como hecho curioso, el descubrimiento de otra antigua y venerable imagen, no por ello muy conocida de los madrileños. En el año 1624, con motivo de la proximidad del alumbramiento de la reina Doña Isabel de Borbón, se organizaron tan solemnes cultos en el templo de Santa María, que hubo necesidad de hacer obra y reforma en el altar mayor, retirándose algunas piezas del retablo y descubriéndose una imagen de la Santísima Virgen con su Hijo en los brazos, sentada, de rostro moreno y aguileño, cabellos largos, sujetos con una diadema, y en la mano un lirio, por lo que se la empezó a llamar por el nombre de Nuestra Señora de la Flor de Lis. Es muy probable que esta imagen, cuya fiesta se celebra el día 2 de febrero, que recibe culto en la catedral de Madrid, sea la más primitiva representación madrileña de la Virgen Santísima que se conserva expuesta a la veneración del pueblo en la iglesia matriz.

La escasa repercusión de este hallazgo se explica fácilmente por la enorme devoción de que ya en aquella época gozaba la imagen de la Almudena. Se la rendía culto desde tiempo inmemorial, y una tradición constante y generalmente admitida la suponía milagrosamente encontrada a poco de la Reconquista. Sería, según algunos, anterior a la invasión musulmana y, como en tantos otros sitios de España se cuenta haber ocurrido, habría sido cuidadosamente escondida a la llegada de los musulmanes.

Se dice que en los primeros años de la Reconquista, conservado su recuerdo, se buscó incesantemente, sin conseguir hallarla, hasta que, organizándose grandes rogativas, la misma noche del día en que éstas se celebraron se derrumbó parte del cubo en que se escondía, dejándola al descubierto, comenzando

en ese mismo momento una nueva y más esplendorosa época en la historia de su devoción.

Se supone que estos hechos ocurrieron el año 1085, y mientras existió la muralla madrileña se señalaba el lugar exacto de la aparición. Hoy, en el sitio más próximo adonde estuvo el cubo, el hecho es recordado por una lápida, en el muro que circunda al mediodía el emplazamiento de la nueva catedral.

En lo que no están tan de acuerdo los autores es en el origen del nombre. Para unos viene de *almud,* por una piedra de esta forma que allí existía. Para otros, de *almudín* o *almudén,* que es lo mismo que *alholí* o *alhóndiga,* edificio que allí cerca estaba. También podría ser su origen la *almudaina* o ciudadela en donde se veneró.

La imagen fue pronto trasladada, como hemos dicho, a la iglesia de Santa María, fabricándole un rico retablo.

San Isidro, el famoso labrador y más insigne santo del Madrid medieval, fue, según se cuenta en su vida, gran devoto de ella, así como su esposa, Santa María de la Cabeza. Cuéntase que por intercesión de la Santísima Virgen en esta venerable figura fue como se salvó un hijo de San Isidro de morir ahogado.

La Virgen de la Almudena fue invocada en las luchas que en los primeros años de la Reconquista hubieron de mantener los conquistadores castellanos contra almorávides y almohades, y en una y otra ocasión se pudo experimentar su patrocinio, así como en otros muchos sucesos particulares, siendo considerable el número de los milagros que se le atribuyen.

El concejo de la Villa hizo voto hacia 1438 de guardar su fiesta, ayunar la víspera y hacer procesión en la octava. A fines del siglo XVI empezó a usar esta imagen en las armas de la Villa y en 1621, el 18 de diciembre, profesó ante ella el concejo el voto concepcionista. Por fin, en 1646, el 8 de septiembre, el municipio votó asistir perpetuamente, «para siempre jamás», a su festividad. El 10 de noviembre de 1948 se llevó a cabo la coronación de la imagen.

Réstanos decir que la actual imagen, que forzosamente hemos de considerar más reciente, representa a la Santísima Virgen de pie, vestida, de cabellos rubios, el rostro y cuello despejados, y el Niño desnudo, graciosamente apoyado sobre su brazo izquierdo y sostenido por el derecho.

Durante muchos años, y muy particularmente durante el siglo XVII, disputó a ésta el patronato de Madrid otra imagen no menos antigua y venerada: Nuestra Señora de Atocha, que recibía culto en el santuario de su nombre, situado a la izquierda del camino de Vallecas, durante varios siglos ermita u oratorio, convertido en 1525 en convento de frailes predicadores bajo la advocación de Nuestra Señora de Atocha.

Tampoco el nombre de Atocha es fácil de descifrar. Para unos es la poco probable corrupción del vocablo griego *Theotocos,* que significa Madre de Dios. Para otros, que la suponen procedente de Antioquía, es esta ciudad la que le ha dado el nombre. Finalmente, parece más probable que el nombre de Atocha sea un topónimo, ya que atocha es tanto como esparto, y el sitio donde antiguamente estuvo fue entonces atochal o espartal.

Venerada también desde tiempo inmemorial, quieren muchos autores que su culto se remonte a antes de la invasión musulmana y que, incluso, persistiera durante ésta gracias al celo de los mozárabes. Una vez reconquistado Madrid, se hace cada vez más intenso. También San Isidro oró a los pies de esta imagen y la puso como intercesora en algunos de sus milagros. Éstos se sucedieron con notable frecuencia. Los madrileños fueron muy devotos de esta imagen y la invocaron a menudo en sus necesidades tanto privadas como públicas. Muy particularmente los reyes la hicieron objeto de especial veneración, tanto que muchos autores, queriendo zanjar el pleito sobre el patronazgo de Madrid de forma salomónica, han hablado de la Virgen de la Almudena como patrona de la villa y de la Virgen de Atocha como patrona de la corte.

A partir de la creación del convento y consiguiente ampliación y enriquecimiento del templo en la época del emperador Carlos V, los monarcas españoles han hecho siempre ofrenda a la Virgen de todos sus éxitos y mediadora de todas sus empresas. Los Austrias, al igual que los Borbones, y de éstos tanto los primeros como los últimos, ligaron a la Virgen de Atocha todos los actos trascendentales de su vida.

La imagen es pequeña, vestida con un manto pintado de flores, sentada en un trono, coronada, lleva al Niño en el lado izquierdo, y con la mano derecha le ofrece una manzana. El

Niño, mirando al frente, en actitud de bendecir con sólo dos dedos. El rostro es moreno, casi negro, toda ella de madera, incluso la corona; el Niño formando una sola pieza con el resto de la imagen. Hasta hace pocos años, y siguiendo la tradicional costumbre, la imagen aparecía vestida y enjoyada.

Siendo el patronazgo de Madrid, como hemos visto, tan disputado por estas dos insignes imágenes, aún hemos de prolongar esta reseña refiriéndonos a otras tres. Dos epónimas de la villa; la otra tan popular y conocida, que es para muchos la más representativa de los fervores populares.

La primera es casi totalmente desconocida, entre otras razones porque se conserva en clausura, en el convento de Santo Domingo el Real, donde se alberga una de las más antiguas comunidades religiosas de Madrid. Un convento de dominicas, a las que el fundador dedicó una carta, uno de los poquísimos escritos auténticos del santo que se conservan.

Esta imagen, gótica, sentada en un trono, vestida, coronada, con un rostro grande, ojos rasgados y bellas facciones, con un Niño en el regazo, al que sujeta con la mano izquierda, mientras con la derecha sostiene un lirio, recibe los nombres de Santa María de Madrid o la Madona de Madrid.

La segunda se celebra en la festividad de la Purificación de Nuestra Señora. Se venera en la capilla del antiguo Hospital General de Madrid (ahora Gregorio Marañón), y su historia romántica y misteriosa no va más allá del siglo XVII. Es una escultura que estuvo en poder de unas mujeres de «mala vida» hasta que el venerable Bernardino de Obregón consiguió para ella más decente acomodo en el sitio en que actualmente se venera.

Por un raro destino, también esta imagen, que, como su homónima, tomó el nombre de la población donde había de venerarse, permanece, sin embargo, ignorada y escondida, sin que sea siquiera un atractivo para los devotos la singular elegancia de su porte.

Aún más moderna es la devoción a la Virgen de la Paloma, cuya fiesta se celebra el 15 de agosto, y que se venera en santuario propio, convertido, por necesidades pastorales, en parroquia de San Pedro el Real a fines del siglo XIX. El templo actual, erigido en 1913, no con excesivo gusto arquitectónico, ha subsistido hasta la fecha pese a los avatares posteriores.

A diferencia de las imágenes anteriores, se trata de un lienzo pintado al óleo representando a la Santísima Virgen en el misterio de la Soledad, de medio cuerpo para arriba. Viste la Virgen tocas de viuda, al uso del siglo XVII, época en que fue probablemente pintada. Su rostro y sus manos, enormemente expresivas, son de una serena belleza. Nos hacen partícipes de una desolación profunda y un dolor sereno. No es extraño que el pueblo sensible busque consuelo en la contemplación de esta imagen, que de manera tan acertada nos expresa a la vez el desamparo y la esperanza.

Ignoramos cuándo y cómo se pintó este cuadro y quién fue el artista afortunado. No deja de haber, sin embargo, quien nos relate que el cuadro procede de un convento de religiosas de Burgos y que la modelo fue una novicia muerta, después de profesa, en olor de santidad.

Su historia empieza un día en que una mujer del pueblo llamada Andrea Isabel Tintero encontró a unos niños que jugaban con él y estaban a punto de destruirlo. Movida por un sentimiento de piedad, se lo llevó a su casa y lo colocó en el portal, en donde empezó a ser venerado por la vecindad.

Quiso Dios que la devoción creciera, y con sólo las limosnas de aquella pobre gente surgió un pequeño oratorio en la calle de la Paloma, frente a la de la Solana. Ocurría esto en 1795. Desde entonces hasta nuestros días, el pueblo no ha dejado de acudir a esta imagen, que por el sitio donde se veneraba empezó a llamarse de la Paloma.

La vida política de España y las transformaciones profundas que desde 1808 sufrió la sociedad española hicieron que el pueblo de Madrid olvidase las más antiguas y venerables imágenes de que antes hemos hablado, mientras, por un misterioso designio de la Providencia, el pueblo venía a ser cada vez más devoto de esta imagen, mucho más humilde que las otras.

Poco a poco fue teniendo su historia y también su leyenda. Hubo milagros y conversiones, fiestas religiosas y profanas, respeto y entusiasmo, de tal forma que muchos llegaron a creer que era la Virgen de la Paloma la patrona de Madrid.

No se acaba aquí cuanto pudiéramos decir del culto y veneración que a la Santísima Virgen ha tributado el pueblo de

Madrid a todo lo largo de su historia; otras muchas imágenes han atraído el culto popular, y, hoy más que nunca, a ella están dedicadas casi la mitad de sus parroquias, y de sus numerosísimos templos son la mayoría los que ofrecen a sus fieles en lugar preferente una imagen de la Santísima Virgen.

ENRIQUE PASTOR MATEOS

Bibliografía

ARQUERO SORIA, F., *La Virgen de Atocha* (Madrid 1954).
CEPEDA, G., *Historia de la milagrosa y venerable imagen de Nuestra Señora de Atocha* (Madrid 1670).
FRADEJAS LEBRERO, J., *La Virgen de la Almudena* (Madrid 1959).
HUARTE, A., «Nuestra Señora de Madrid»: *Revista de Bibliotecas, Archivos y Museos* 1 (1924) n.3 p.362.
MESONERO ROMANOS, R., *El antiguo Madrid* (Madrid 1861).
QUINTANA, J. DE, *Origen, antigüedad y milagros de Nuestra Señora de Atocha* (Madrid 1637).
VELASCO ZAZO, A., *Recintos sagrados de Madrid* (Madrid 1951).
VERA TASSIS Y VILLARROEL, J., *Historia del orden, invención y milagros de la sagrada imagen de Nuestra Señora de la Almudena, antigüedades y excelencias de Madrid* (Madrid 1692).
• Actualización:
ARADILLAS, A. - ÍÑIGO, J. M.ª, *Vírgenes de Madrid. Devoción, historia, mito y leyendas* (Madrid 1999).
BRAVO NAVARRO, M. - SANCHO RODA, J., *La Almudena. Historia de la Iglesia de Santa María la Real y de sus imágenes* (Madrid 1993).
SENDÍN BLÁZQUEZ, J., *Enigmas, historias y leyendas religiosas* (Madrid 2004).
URRUTIA, J. L. DE, *Las vírgenes de Madrid: Atocha, Almudena, Paloma, Maravillas, Buen Suceso, Buen Consejo, Puerto, Olvido, Triunfo y Misericordias, y otras quince* (Madrid 1995).

DEDICACIÓN DEL SANTO SEPULCRO

Los fieles de todo el mundo sueñan con visitar un día aquel sagrado lugar donde descansó el cuerpo difunto del Salvador. A los que han tenido la dicha de haber acercado sus labios al frío mármol que recubre el Santo Sepulcro, les acompaña, a lo largo de su vida, el recuerdo de aquellos minutos inenarrables en que surgía espontánea la exclamación de San Pedro a propósito de la transfiguración de Cristo sobre el Tabor: «Señor, ¡qué bien se está aquí!» (Mt 17,4). Aunque el cuerpo de Cristo no esté ya en el sepulcro, porque al tercer día resucitó de entre los muertos, sin embargo, junto a él siéntese todavía su presencia, y el lugar

habla sin misterios al alma religiosa que se acerca a venerarle. Trasladémonos allá nosotros, aunque sólo sea con la imaginación. Jerusalén, y en particular el Santo Sepulcro, serán por unos instantes la meta de nuestra peregrinación espiritual.

Llegados a Jerusalén, nos dirigimos a través de sus estrechas calles hacia el Santo Sepulcro. Una vez traspasado el umbral de la actual basílica, divisamos, a la derecha, una escalera empinada que conduce al Calvario. Debajo del mismo se encuentra la capilla de Adán, donde, según una antigua leyenda cargada de simbolismo teológico, está sepultado nuestro primer padre, cuyo cráneo fue regado con la sangre redentora que fluía de las llagas de Cristo en la cruz. Avanzando y torciendo a la izquierda, nos cierra el paso una losa jaspeada colocada sobre el sitio donde fue embalsamado el cuerpo muerto de Cristo. Esta escena contemplaban unas piadosas mujeres que, desde lejos, habían sido testigos oculares de la crucifixión y muerte de su amado Jesús. Dejando este lugar, se llega, a los pocos pasos de andar, al edificio central, consistente en una rotonda, en medio de la cual se levanta el edificio que encierra el santo sepulcro de Cristo.

Al llegar a este punto se siente el alma embargada de emoción. Una voz interior parece apuntar al oído del peregrino las palabras: «Descálzate, ¡oh cristiano!, porque el lugar en que estás tierra santa es». Parémonos a meditar. Los evangelistas han descrito con sobriedad el lugar y la escena de la sepultura de Cristo. Dice San Juan: «Tomaron el cuerpo de Jesús y lo fajaron con bandas y aromas, según es costumbre sepultar entre los judíos. Había cerca del sitio donde fue crucificado un huerto, y en el huerto un sepulcro nuevo, en el cual nadie aún había sido depositado. Allí, pues, a causa de la Parasceve de los judíos, porque el sepulcro estaba cerca, pusieron a Jesús» (Jn 19,40-42). Los otros evangelistas completan este relato diciendo que José de Arimatea depositó el cuerpo de Jesús «en su propio sepulcro, del todo nuevo, que había sido excavado en la peña, y, corriendo una piedra grande a la puerta del sepulcro, se fue» (Mt 27,60; Mc 15,46; Lc 23,53). Resumiendo los datos de los evangelistas y de la arqueología palestinense, se concluye que el sepulcro de Cristo estaba excavado en la roca. Al sepulcro se llegaba a tra-

vés de una abertura practicada en la peña, que se cerraba con una grande piedra redonda, a modo de muela molinera, que giraba sobre sí misma. Entre esta entrada y el sepulcro propiamente dicho había una pequeña estancia en la que se reunían los familiares para llorar al difunto. Por un boquete se daba acceso a la cámara sepulcral donde reposaba el cadáver. El edículo actual conserva, en líneas generales, esta misma disposición.

Por echarse encima la Parasceve de los judíos se procedió precipitadamente a la sepultura de Jesús. Los enemigos de Cristo creyeron que este acto rubricaba el fracaso de su anunciada obra mesiánica. Dentro de unas horas, pensaban ellos, su cuerpo empezaría a descomponerse para quedar reducido a polvo, como el de cualquier otro mortal. Sin embargo, para ahuyentar toda sorpresa desagradable, fuéronse a Pilato y le dijeron: «Recordamos que este impostor, vivo aún, dijo: "Después de tres días resucitaré". Manda, pues, guardar el sepulcro hasta el día tercero, no sea que vengan sus discípulos, lo roben y digan al pueblo: "Ha resucitado de entre los muertos". Y será la última impostura peor que la primera. Díjoles Pilato: "Ahí tenéis la guardia, id y guardadlo como vosotros sabéis". Ellos fueron y pusieron guardia al sepulcro después de haber sellado la piedra» (Mt 27,63-66).

Estos guardias y este sello debían convertirse en valioso testimonio de la resurrección de Cristo. Los familiares podían acercarse al sepulcro, pero les estaba vedado romper el sello con que se había estampillado la grande piedra que obstruía la entrada. «¿Quién hará rodar la piedra que cierra la puerta del monumento?», se preguntaban las piadosas mujeres. Se encargarían los guardias de controlar todo manejo en torno al sepulcro. De esta manera se excluía todo posible fraude. Pero al alborear el domingo, «Dios, rotas las ataduras de la muerte, resucitó a Jesús, por cuanto no era posible que fuera dominado por la muerte» (Hch 2,24). El sepulcro apareció vacío; únicamente en la cámara sepulcral quedaban los lienzos con que se envolvió su cuerpo y el sudario que estuvo sobre su cabeza. Cristo no estaba allí; había resucitado, como había predicho. San Pedro señalaba el sepulcro vacío, en contraste con el de David, como argumento de que Cristo había resucitado, sin que ninguno de los

presentes rectificara su aserto. Por toda Jerusalén habíase esparcido la noticia de que las autoridades habían sobornado a los guardias del sepulcro, entregándoles una cantidad a cambio de propalar el rumor de que, mientras ellos estaban dormidos, vinieron de noche los discípulos y robaron el cuerpo de Cristo. La burda estratagema no prosperó; el pueblo supo la verdad de lo acontecido. De ahí que pudo afirmar San Pedro, sin miedo a que nadie le contradijera: «A este Jesús lo resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos» (Hch 2,32).

Los apóstoles y la primera comunidad cristiana veneraron este santo lugar, y es de creer que allí peregrinaban los nuevos prosélitos para robustecer su fe en Cristo, vencedor de la muerte. Si Cristo no ha resucitado, escribía San Pablo, vana es nuestra fe. Pero no, añade decidido, Cristo ha resucitado de entre los muertos. Además de aparecerse a muchos, «después de todos, como a un aborto, se apareció también a mí» (1 Cor 15,8).

Quiso el emperador Adriano terminar con el recuerdo del Santo Sepulcro. A este fin rebajó la colina del Calvario y rellenó con la tierra removida el valle que existía entre el Gólgota y el montículo, en cuya falda se encontraba el sepulcro de Cristo. Sobre la nueva explanada plantóse un bosquecillo en honor de Júpiter y de Venus. Fue providencial esta profanación, porque facilitó más tarde la localización del Santo Sepulcro y del Calvario. A ciento noventa años de distancia bastó a Santa Elena remover la tierra movediza sobrepuesta para llegar al suelo firme y descubrir el Santo Sepulcro. Por orden de Constantino se procedió a levantar sobre el mismo un grandioso monumento, «digno del lugar más santo del mundo», como escribía el emperador a San Macario. El ejército de Cosroes, el año 614, destruyó el edificio constantiniano, que reparó, penosamente, Modesto, abad de San Teodosio, por ausencia del patriarca Zacarías, prisionero en Persia. Al llegar los cruzados a Palestina determinaron construir un edificio más en consonancia con la santidad del lugar. De acuerdo con los planos del arquitecto Jourdain, el edificio de los cruzados fue terminado el año 1149, conservándose, con algunos arreglos y retoques posteriores (años 1244, 1300, 1400, 1719, 1808), hasta nuestros días.

Fue Occidente el que se interesó por el mantenimiento y decoro del Santo Sepulcro, enviando cuantiosas limosnas y

sufragando los trabajos de construcción del edificio. Obligados los cruzados a retirarse de Palestina, les sucedieron los religiosos franciscanos, que heredaron de ellos sus derechos sobre el Santo Sepulcro y otros santuarios de Palestina. San Francisco mandó a algunos de sus hijos a Oriente el año 1217. Dos años más tarde fue él en persona, obteniendo del sultán de Egipto Melek-el-Kamel el derecho de permanecer en Palestina y de ir sin impedimento al Santo Sepulcro. Con la ayuda de los reyes de Europa, se obtuvieron en años sucesivos decretos ventajosos para los franciscanos, que les autorizaban a permanecer en el Santo Sepulcro. Aún más. El sultán El-Mozaffar Bibars II ordenaba en 1309 que no se establecieran en el Santo Sepulcro otros religiosos que «los frailes de la cuerda», como se llama cariñosamente a los franciscanos en Oriente. En 1333, el sultán Melek-el-Nasser-Mohamed, por un tratado definitivo y perpetuo con los soberanos de Nápoles, concedió a los franciscanos el derecho de permanencia, de uso y del culto de los santuarios de Jerusalén. El sumo pontífice Clemente VI, con las bulas *Gratias agimus* y *Nuper carissime,* del 22 de noviembre de 1342, anunciaba al mundo católico los mencionados acuerdos, y confirmaba a los franciscanos como custodios oficiales de los Santos Lugares, en nombre y representación de la catolicidad.

Pero esta ocupación pacífica del Santo Sepulcro fue turbada hacia la mitad del siglo XVI, en que toma fuerza y prepotencia el clero griego. Los turcos se apoderaron de Palestina en 1517. En su gobierno tenían numerosos funcionarios griegos, a los cuales se confiaron cargos importantes y delicados. Con el apoyo del Gobierno otomano se creó el patriarcado griego de Jerusalén en 1534, concediéndosele reconocimiento oficial. Desde entonces empezaron las intrigas palaciegas para despojar a los franciscanos de sus derechos sobre el Santo Sepulcro. El dinero y la lujuria jugaron un papel a veces decisivo. Una pretendida usurpación de tales derechos se intentó el año 1633, pero las potencias católicas obligaron a que se revocara el decreto del sultán otomano. De nuevo, en 1675, el patriarca griego Dositeo logró del Gobierno turco un rescripto con el cual se concedía a los griegos disidentes la posesión exclusiva del Santo Sepulcro. Las gestiones del Papa y la enérgica intervención de las potencias

católicas de Europa obligaron a la Sublime Puerta a que se devolvieran a los franciscanos sus derechos. Ante la documentación presentada en nombre de la Iglesia católica por los franciscanos el año 1690, el Gobierno otomano los declaró legítimos propietarios de los Santos Lugares, devolviéndoseles todos sus derechos.

A medida que el apoyo de la catolicidad disminuía, arreciaba la agresividad de los griegos, amparados por Grecia y Rusia. A consecuencia de un acto de salvajismo de las turbas en la primavera del año 1757, preparado por el clero griego y el gran visir, se concedió a los griegos disidentes la copropiedad con los latinos del edículo y de la Piedra de la Unción en la basílica del Santo Sepulcro. A pesar de todas las protestas de la Santa Sede y de los gobiernos europeos, el rescripto del sultán está todavía en vigencia. Pronto la cuestión de los Santos Lugares se desplazó hacia el terreno político. Francia se declaró protectora de los católicos; Rusia asumió la protección de los griegos disidentes. La Cancillería rusa mostróse más activa que su rival, y, en 1853, exige y obtiene de la Sublime Puerta un firmón por el cual se concede al patriarca griego de Jerusalén el derecho exclusivo de reconstruir la cúpula del Santo Sepulcro. La cuestión de los Santos Lugares fue presentada al Consejo de la Sociedad de Naciones inmediatamente después de la guerra de 1914-1918. Las propuestas de la Santa Sede fueron torpedeadas en la Conferencia de la Paz, quedando la cuestión del Santo Sepulcro y de los otros santuarios en el *statu quo* que existía en tiempos de la conferencia de Berlín, 13 de julio de 1878. En virtud de este fatídico *statu quo,* tres son los ritos que comparten la propiedad del Santo Sepulcro: los latinos o católicos, los griegos y los armenios. Además, en la extremidad del ábside del edículo que recubre el Santo Sepulcro, disponen los coptos de una pequeña capilla donde tienen sus cultos. Detrás de ellos, por una puerta que se abre en la rotonda, se entra a una pequeña capilla perteneciente a los sirios jacobitas.

La presencia de ritos tan dispares en el Santo Sepulcro crea muchas veces una situación muy tensa. Centenares de franciscanos han regado con su sangre el pavimento de la basílica en defensa de los derechos de los católicos sobre el Santo Sepulcro.

Muchos peregrinos recuerdan los atropellos de que fueron objeto en este recinto sagrado. No siempre les está permitido el acceso a la tumba de Cristo. Del techo de la cámara sepulcral, que mide 2,02 metros de largo por 1,94 de ancho, penden numerosas lámparas pertenecientes a diversos ritos, y que no pocas veces dan origen a conflictos aun diplomáticos. La llamada copropiedad dificulta el aseo del lugar, la modernización de sus instalaciones ornamentales y la abolición de ceremonias y actos que repugnan a la santidad del recinto. Por una ironía de la vida, familias musulmanas retienen el derecho de abrir y cerrar las puertas de la basílica del Santo Sepulcro, cobrando una cantidad a toda persona que entra en la misma. Una vez traspasado el umbral, y enfrente de la escalera que conduce al Calvario, se presenta al peregrino la visión vergonzosa de unos musulmanes tumbados en sus divanes y fumando su *narghilé*.

Es poco conocida la situación real de la basílica del Santo Sepulcro de Cristo. El lugar más sagrado del universo se encuentra en estado deplorable. Un hermoso proyecto de cambiar el edificio actual por otro más suntuoso y artístico ha sido rechazado por las comunidades disidentes copropietarias. El porvenir del Santo Sepulcro está cada día más ligado a la situación política del Próximo Oriente. Si la ideología marxista y anticristiana se adueña de Jerusalén, corre peligro de desaparecer este lugar santísimo hacia el cual convergen las miradas de los cristianos del mundo entero. Por consiguiente, debemos rogar a Dios a fin de que se abrevien los días de la prueba; que se reconozcan los derechos de los católicos sobre el Santo Sepulcro y que no permita que este lugar sagrado caiga en manos de los enemigos de Cristo.

LUIS ARNALDICH, OFM

Bibliografía

BEKAERT, M., *Les Gardiens du Saint Sépulcre* (Bruselas 1926).
GASSIR, A., *Contributo alla soluzione della questione dei Luoghi Santi* (Jerusalén 1935).
Il Santo Sepolcro. Splendori, miserie, speranze (Bérgamo 1949).
Memorial sobre los Santos Lugares (Madrid 1945).

15 de noviembre

SAN EUGENIO DE TOLEDO
Obispo († s. I)

Entre las noticias santorales registradas por el *Martirologio romano* para la fecha de hoy, se lee aquella que dice: «En Toledo, de España, la conmemoración de San Eugenio, obispo, que, consumado en las cercanías de París el curso de su vida, obtuvo la corona de la gloria».

La única fuente informativa sobre la vida y pasión de San Eugenio es el relato martirial compuesto a mediados del siglo IX por un autor anónimo, seguramente el presbítero encargado del santuario de Deuil, lugar donde reposaron los restos eugenianos. Dos recensiones, una larga y otra breve, existen del mencionado relato. La más conocida es la breve; la más extensa, que es la primera, se conserva en algunos manuscritos de las bibliotecas de Bruselas, La Haya y París. De la edición crítica de ésta nos hemos cuidado en otro lugar, y su contenido vamos a darlo aquí; creemos que por primera vez se da a conocer el extracto de lo que se narra en los mencionados manuscritos, elemento imprescindible para adentrarse en el arduo problema hagiográfico que presenta este San Eugenio del 15 de noviembre.

En la primera parte el relato eugeniano cabalga sobre la «pasión de San Dionisio», compuesta en el 836 por Hilduino, abad de Saint-Denis.

En ambas narraciones se refiere que San Pablo, estando en Roma, mandó al areopagita Dionisio, por él convertido y a la sazón obispo de Atenas, que se reuniese en Roma con él. Mas, cuando Dionisio pudo llegar a la capital del Imperio, ya los apóstoles Pedro y Pablo habían sido martirizados.

Regía la Cátedra romana el papa San Clemente, quien, en cumplimiento de las consignas paulinas, señaló a Dionisio como futuro campo de apostolado las regiones occidentales, para que en ellas sometiera al suave yugo de Cristo los territorios que eran posesión del paganismo.

Mas no se limitó el Papa a asignar al Areopagita el campo de misión, sino que le dotó además de un equipo de misioneros que

le ayudaran en la empresa evangelizadora. Entre los designados descollaba Eugenio, ciudadano romano, compañero del ateniense desde la llegada de éste a Roma. La narración subraya que ambos personajes constituían una admirable pareja, pues si el entrenamiento ático había adiestrado a Dionisio, la pericia romana había educado a Eugenio. Ambos se complementaban maravillosamente y la gracia de Dios fecundaba sus trabajos apostólicos.

En compañía de sus cooperadores misionó San Dionisio por los caminos y ciudades hasta llegar a Arlés. Es el momento solemne de las decisiones y de las despedidas. Marcial, Saturnino, Marcelo, Régulo y Eugenio, compañeros hasta entonces del Areopagita, deben separarse de su maestro para dirigirse a las parcelas misionarias que les han sido asignadas. Dispersos como el varillaje de un abanico, se asientan respectivamente los cuatro primeros en las ciudades de Toulouse, Bourges, Senlis y Limoges. Y mientras San Dionisio se ha reservado para su inmediata ayuda a los clérigos Rústico y Eleuterio, San Eugenio es enviado a Toledo.

Con manifiesta ingenuidad el narrador habla de Toledo, de su río Tajo, abundante de pesca; de sus campos feraces, sembrados de vides y de olivos; de sus altas montañas. Es el escenario geográfico en el que intrépido penetra Eugenio, portador del mensaje evangélico, y allí, en medio de un pueblo sumido en la idolatría, habla de Jesucristo, autor de la vida y de la muerte, salvador y redentor del mundo.

Los milagros avalan con su fuerza sobrenatural las predicaciones del misionero, que ve poco a poco surgir una comunidad cristiana en el territorio toledano. En él erige templos, enseña a rezar, orienta a las almas hacia la vida eterna y se elige discípulos, a quienes consagra y envía a predicar. Eugenio ha implantado los comienzos de la iglesia toledana.

Pero, a pesar de su inmensa alegría pastoral, el obispo misionero siente una profunda nostalgia, motivada por la prolongada ausencia de su inolvidable maestro Dionisio; desea verle, conversar con él, tratarle y exponerle sus gozos y sus preocupaciones.

Tras un arduo caminar ha llegado Eugenio hasta las cercanías de París. Son los últimos años del siglo I. Impera Domi-

ciano, «heredero de la crueldad de Nerón», como escribiría después Lactancio, «bestia ferocísima», según se le designa en el relato que extractamos.

Para descuajar el naciente cristianismo galo el emperador había enviado a París al prefecto Fescennino Sisinio, que acababa de dar muerte a San Dionisio cuando San Eugenio llegaba en su busca. Éste, que ha venido predicando la palabra divina, en el cuarto miliario antes de llegar a París recibe la noticia de que su maestro ha sido martirizado.

Repuesto de la inmensa emoción producida por el tristísimo anuncio, el toledano, con los ojos cargados de lágrimas, prorrumpe ante los fieles huérfanos en alabanzas de San Dionisio, cuya santidad y virtudes exalta. Para remediar la orfandad de la iglesia parisina, San Eugenio atiende a aquellos cristianos, cuya fe se encuentra expuesta a los mayores peligros; pero en seguida la presencia del obispo de Toledo ha llegado a oídos del prefecto perseguidor, que manda a sus satélites apoderarse de Eugenio, cuya figura venerable se les impone.

En vano pretenden hacerle apostatar; las amenazas y los castigos son ineficaces. Se le conmina con la muerte, y entonces el arzobispo de Toledo se dirige al cielo con acentos llenos de dramática ternura:

> «Jesús, Señor, te consagro este combate final de la guerra en que se triunfa. Te lo consagro a ti, que eres el Señor de la inmortalidad; a ti, que eres la fuerza y la sabiduría del Padre; a ti, que permites que los enemigos de tu santo nombre se impongan sobre tus mártires, para que éstos, tras haber padecido, puedan conseguir la inmarchitable corona de la vida eterna. A ti, Señor, desde lo más profundo de mi corazón, yo te pido que en este último momento de mi combate estés a mi lado con tu consoladora presencia; te lo pido, ya que desde mis primeros años has querido tenerme junto a ti y que fuera adoctrinado por los más católicos maestros para que, instruido en sus enseñanzas, que eran las tuyas, penetrase en los tesoros de la sabiduría divina, que luego como pastor fiel había de transmitir a las almas que pusieras a mi lado. Te pido, Señor, tus consuelos en este postrer instante para que mi vida se acabe en la alabanza de tu santo nombre».

San Eugenio ha terminado su oración. Después se ha entregado en las manos de los lictores y ha puesto su cabeza sobre el tajo. Un tremendo golpe de hacha y su alma penetra en el cielo,

mientras en la tierra queda su cuerpo ungido, consagrado con su preciosa sangre.

Para impedir que los cristianos se adueñasen del cuerpo del mártir y le diesen culto, el cadáver es arrojado al lago Marchais. Por espacio de siglos providencialmente las aguas del lago guardan incorrupto el cuerpo de Eugenio, hasta que, por inspiración celestial, el poderoso Ercoldo, avisado de su presencia en el fondo de las aguas, extrae de ellas el cuerpo del bienaventurado Eugenio tan fresco como si acabase de ser martirizado.

Con todos los medios a su alcance se dispone a trasladar tan preciosos restos a la iglesia abacial de Saint-Denis para que en ella recibiese condigna sepultura. Pero no era ésta, al menos por entonces, la voluntad de Dios, que quiso que el santo cuerpo se venerara en Deuil, heredad de que era propietario el mencionado merovingio Ercoldo.

Allí se construyó un santuario, y un diligente presbítero que del culto creciente de San Eugenio cuidaba, nos ha dejado el relato de los numerosos prodigios realizados por la intervención de tan poderoso santo.

Sin embargo, la permanencia del cuerpo en Deuil no iba a ser muy duradera. Las repetidas invasiones de los normandos en París y sus cercanías, que depredaban cuanto hallaban a su paso ansiosos de botín y de dinero, hicieron que, para mayor seguridad, los restos de San Eugenio fueran trasladados a la abadía sandionisiana, de donde eran sacados, para ser puestos a buen recaudo, siempre que alguna nueva invasión amenazaba. Terminado el peligro normando, el cuerpo de San Eugenio, muy codiciado por los monjes, quedó definitivamente instalado en la célebre abadía de Saint-Denis. Aquí le encontró, a mediados del siglo XII, el arzobispo de Toledo don Raimundo, con ocasión de asistir al concilio de Reims del 1148.

Hasta esta fecha nada se sabía en España de la existencia ni del enterramiento de este primer arzobispo de Toledo. Pero, a partir de entonces, se despertó el vehemente deseo de poseer en la ciudad de su cátedra episcopal reliquias de tan venerable prelado. Merced a la postulación de Alfonso VII el Emperador, se consiguió que el yerno de éste, Luis VII de Francia, obtuviera de los monjes sandionisianos la concesión a Toledo del brazo

derecho del santo «para que la iglesia toledana entrase de nuevo en posesión de aquella parte del santo cuerpo de donde, principalmente, en otros tiempos habían procedido para ella los grandes beneficios de consagraciones y bendiciones...». En los primeros días del 1156 era entregada la preciada reliquia a Alfonso VII, que se dirigió solemnemente a Toledo, paseándola triunfalmente en procesión por la Castilla del siglo XII. En el suntuoso cortejo portador de la arqueta formaban parte con el emperador los reales infantes Sancho y Fernando, ya asociados por su padre al gobierno del reino; las reinas de Francia y Navarra, el arzobispo de Toledo con gran número de prelados, la curia real y el copioso séquito de que Alfonso VII sabía rodearse. El 12 de febrero se verificó la entrada de la reliquia en la catedral de Toledo, llevada en hombros, en el momento de penetrar en el sagrado recinto, por el monarca, sus dos hijos y un príncipe de sangre real.

Pero la sola reliquia del brazo de San Eugenio no satisfacía los deseos de la iglesia de Toledo, que consideraba al santo como el fundador y primer obispo de ella. Las gestiones para obtener la donación de las restantes reliquias fueron larguísimas y costosas. Hubo que derrochar habilidades diplomáticas y vencer múltiples resistencias. Monarcas y grandes prelados estaban interesados en unas y otras. Fue solamente la inmensa potencia de Felipe II, casado a la sazón con la hermana del rey de Francia, la que doblegó todas las dificultades. Por fin, esquivando el peligro de los hugonotes y la piadosa oposición de quienes querían retener en Francia el cuerpo de San Eugenio, el canónigo toledano don Pedro Manrique de Padilla y su fiel secretario Antonio de Ribera pudieron trasladarle a España. Desde Torrelaguna los honores rendidos por doquier fueron desbordantes. Su paso por las regiones todas adquirió caracteres de fausto acontecimiento nacional. A su intercesión valiosa se atribuyó el nacimiento de la infanta Isabel Clara, llamada también Eugenia en memoria de tan singular favor.

Con una solemnidad que recordaba la del traslado del brazo en el siglo XII, el 18 de noviembre de 1565 descansaron en la catedral de Toledo los restos de San Eugenio, introducidos en ella por Felipe II y los príncipes Ernesto y Rodolfo, seguidos por

los prelados asistentes al concilio provincial, que a la sazón se celebraba en Toledo.

Hoy tan veneradas reliquias se guardan celosamente en el relicario del templo primado, dentro de una magnífica urna de plata, trabajada por los plateros Nicolás de Vergara y Francisco Merino y terminada en el 1569. La urna pesa cincuenta y siete kilogramos, va decorada con escenas de la vida del santo y reposa sobre un pedestal de bronce, jaspe y marfil que para ella hizo en el 1574 el italiano Pompeo Leoni.

JUAN FRANCISCO RIVERA RECIO

Bibliografía

BEAUPRÉ, B. DE, *Vie et culte de S. Eugène, archevêque de Tolède...* (París 1856).
RAZY, E., *Histoire de Saint Eugène et de son époque* (París 1895).
RIVERA RECIO, J. F., *Estudio hagiográfico sobre San Eugenio I de Toledo. Textos, crítica, culto* (inédito).
TESSIER, E., *Saint Eugène. Le culte de ses reliques à travers les siècles* (París 1912).

27 de noviembre

BEATO RAIMUNDO LULIO
(† 1315)

En la isla de Mallorca, con las alas mayores que el nido, nació Ramón Llull *(Raimundo Lulio),* en año incierto del primer tercio del siglo XIII. Hijo de la primera generación de los conquistadores, acaudillados por don Jaime I, pudo identificarse ante el tribunal de la Sorbona, en París, y en un trance ambiguo, como *catalán de Mallorca.* No consiguió retenerle el sortilegio de su tierra natal y se hurtó al abrazo avaro de las costas mallorquinas. Tiempos hubo en que su nombre fue signo de contradicción y bandera de combate. Una anécdota falsa de su vida, la de un amor pecaminoso por una dama, cuyo pecho roía un cáncer con su diente asiduo, le aureoló con una celebridad romántica. Raimundo Lulio, para su gloria, no ha menester ninguna mentira.

Fue *varón de deseos,* como dijo el arcángel Gabriel del profeta antiguo; pero lanzóse a la acción con ímpetu de arma arrojadiza. En su pecho, molido por la contrición, en el momento de su crisis espiritual, germinó un triple deseo, tan vasto, que su desmedida ambición predestinábale a un fracaso previsible. Quería la iluminación y enderezamiento de toda la infidelidad, desparramada por el universo mundo. Quería conquistar todas las mentes con el imperio apodíctico de la verdad; e inventó un sistema científico, a su parecer irrebatible. Quería coronar esta total dedicación suya con el derramamiento de su sangre, sellándola con una roja rúbrica final.

Centrada y substanciada así la vida de Raimundo Lulio, todo lo demás en ella es lateral y adjetivo. Son armas de combate al servicio de aquel deseo triple; y las abandona tan pronto como se convence de que no le sirven para la consecución de su ideal inmediato. A la Sorbona de París llevó su sistema filosófico, su *Arte Magna,* en la que tenía una fe tan ciega, que creíala recibida de Dios, por iluminación, como un don intelectual. No la entienden ni los graves doctores ni los leves escolares, que la conceptúan *demasiado sutil de comprender.* Raimundo sufre un inenarrable desencanto. Va a mitigar su duelo acerbísimo en las afueras de París, en una bella selva poblada de árboles, abundosa de fuentes, de verdes prados, de hierbas en flor y de aves canoras. Fracasado, como él mismo reconoce, *por manera de saber,* arrumba su *Arte Magna,* y sale de nuevo a la palestra a ver si triunfará por *manera de amor.* Fruto de esta crisis y de esta derrota, es su bellísimo y ameno *Árbol de filosofía de amor,* con el que se lanza a un camino nuevo.

En vaso infrangible lleva el tesoro del apostolado. Apóstol es, y apóstol incomparable que descuella en su multiforme y proteica personalidad. Apóstol cuando se sienta en los bancos o en la cátedra de la Universidad parisina donde se le apoda *Ramón Barbaflorida.* Apóstol es cuando sueña, con antelación de doscientos años, a Santo Tomás Moro, una suerte de cristianísima utopía, porque utopía es aquel delicioso libro de *Blanquerna* por el cual quiere atraer sobre el mundo el reino de la justicia, del amor y de la paz de Cristo. Apóstol cuando rima los versos anfractuosos y abruptos de los *Cien nombres de Dios.*

Apóstol cuando compone el rústico, digámosle, *romancerillo* en prosa suelta, del *Amigo y del Amado* con tantos versículos como tiene el año, y dice al avecita cantora en la repuesta enramada de Miramar con un infinito amor franciscano: *Si no nos entendemos por lenguaje, entendámonos por amor.* Apóstol, más que nunca, cuando con el favor de Jaime II de Mallorca, y anticipándose en cientos de años al *Colegio de Propaganda Fide,* funda el colegio de lenguas orientales, cuyo acabamiento y dilapidación hubo de ver con sus ojos mortales que derramaron las más amargas lágrimas de su vida, en el cáliz de ajenjo de su obra rimada: *Desconsuelo.* Apóstol cuando acude a la corte del rey de Francia, Felipe *le bel;* y a la corte del rey de Aragón, Jaime II, y dedica el libro *De oración* a su esposa, la dulce doña Blanca de Anjou, *reina blanca de blanca paz.* Apóstol cuando acude a la corte de Roma, infructuosamente; y con sus ochenta años a cuestas, camina hacia el concilio de Viena, sobre el Ródano, durante la cautividad de Aviñón, y emplaza ante el tribunal de Cristo al papa Clemente V, de quien promete ser testigo de cargo, si el concilio se malogra. Apóstol cuando acude a los capítulos generales de las grandes órdenes religiosas de su tiempo. Apóstol cuando en su opúsculo *De fine,* sólo conocido por su versión latina, excogita y ofrece planes para la conquista del norte de África, pasando por Málaga y Granada, camino el más rápido y seguro y primer paso para la redención del Santo Sepulcro de Jerusalén. Apóstol en sus proyectos de evangelización del universo mundo, no por violencia de armas materiales, sino con el sistema con que la cristianizaron los apóstoles, con predicación evangélica persuasiva y con derramamiento de lágrimas y de sangre. Apóstol siempre Raimundo Lulio y fiel a sus tres deseos originales, que fueron el poderoso motor de su vida; ¿consiguió el supremo galardón y la paga del apóstol, que es el martirio?

Ésta es la angustiosa incógnita de nuestros días y el más agudo tormento de sus biógrafos y de sus devotos. Por largos años y generaciones se creyó así. Hasta se fijó una fecha: la que corre desde los postreros días de junio de 1314 al 2 de julio, día de su triunfal arribo a su isla natal, efemérides honrada con la celebridad de su fiesta litúrgica y popular *Nihil prius fide.* El documento en que se basaba, parece amañado. Documentos

auténticos, custodiados en el archivo de la corona de Aragón, atestiguan fechas de cuatro meses y aun más posteriores a aquella data. Su martirio, si fue, es fuerza que sea posterior, pero no nos lo dice la silenciosa historia; siempre queda, fuera de toda posible duda, que si no recibió el bautismo de sangre, durante los ochenta años rebasados de su vida mortal sufrió a la continua el aguijón urente del bautismo de fuego.

Raimundo Lulio, en el generoso ímpetu de su conversión, en su grandiosa y quizá primogénita obra del *Libro de contemplación,* escribió estas palabras grávidas de fogoso deseo y llenas, tal vez, de clarividente presagio:

> «Bienaventurados son, Señor, aquellos que en este mundo se visten de rojo color y de vestiduras bermejas, semejantes a las que vestisteis Vos el día de vuestra muerte. Esta bienaventuranza y esta gracia espera vuestro siervo, todos los días, de Vos; que sus vestidos sean tintos en sangre y mojados de lágrimas el día de su muerte, si es que a Vos pluguiere que él muera por amor vuestro y por amor de aquellos que os aman».

Y aun, a veces, con golosa anticipación, deléitase saboreando el cáliz embriagante del martirio entrañablemente deseado y con ardientes votos que merecieron ser oídos de Dios:

> «Tanto se dilata, Señor, el día en que yo tome martirio en medio del pueblo, confesando la santa fe cristiana, que todo me siento desfallecer y morir de deseo y añoranza porque no llegue a aquel día en que esté en medio del pueblo, acosado como león u otra salvaje alimaña, rodeada de cazadores que la matan y la despedazan».

La pesadumbre de más de dieciséis lustros gravitaba en sus hombros; su barba, que en sus días de París era florida, ahora pendía cuajada en larga nieve sobre su pecho; y su cabeza blanqueaba con los rayos fríos de una aurora polar. Era llegada la hora de disponer de aquellas cosas que el Amado le diera en comanda. La avara antigüedad nos ha conservado el testamento postrero. Raimundo, como el protagonista de su *Árbol de filosofía de amor,* dejó su cuerpo al polvo de la tierra para que lo dispersase ante la faz del viento. Distribuyó su rica pobreza entre los dos hijos de su carne, Domingo y Magdalena, esposa del prócer barcelonés Pedro de Sentmenat; los frailes predicadores, los frailes franciscanos; las monjas de Santa Clara y las de Santa

Margarita y las de la Penitencia y los niños huérfanos de la ciudad de Mallorca, y la obra de la bienaventurada Virgen María de la Seo, comenzada por el rey don Jaime I. Mayor preocupación le merecen sus obras seniles.

«Quiero y mando que copien sobre pergamino los libros en romance y en latín, que, mediante la divina gracia, compilé». Quiere con voluntad muy firme que de todas sus obras de su invierno que saben a enjutez de tronco, pero amadas con una ternura especial, como son amados los benjamines, que se envíen ejemplares a la cartuja de París y que uno, en pergamino, se envíe a Micer Percival Spínola, en Génova, que había de ser la última tierra cristiana que pisó, en saliendo para el supremo apostolado africano.

¿Cuándo volvió a Mallorca, vivo o muerto? No se sabe. *O vetustatis silentis obsoleta oblivo! Invidentur ista nobis...* ¡Oh herrumbroso olvido de la silente antigüedad! Nos lo ocultó, por envidia, la callada vetustez con un dedo sobre la boca.

Raimundo Lulio, de quien se esperaba que pronto sería canonizado, fue sepultado, provisionalmente, en la sacristía de San Francisco de Asís. Posteriormente, fue depositado el autor del dulcísimo *Libro de Santa María,* todo leche y miel, en la capilla de Nuestra Señora de la Consolación, del mismo templo, su coetáneo, en donde espera la resurrección de la carne. El sepulcro es bello y solemne, lleno de alegorías, construido por los Jurados de Mallorca, en el declivio del siglo XV. Es imposible acercarse al monumento sepulcral sin que a través del alabastro yerto el devoto no se imagine que va a oír los recios golpes de ala de un huracán aprisionado, o el crepitar del incendio de los huesos abrasados de aquel incendio que los abrasó en vida.Y como de la boca de un oráculo parécele que va a oír aquellas ardientes palabras que el mismo Raimundo escribió en el *Amigo y el Amado:*

> «Si vosotros, amadores, queréis agua, venid a mis ojos, que son fuentes de lágrimas; y si queréis fuego, venid a mi corazón y encended en él vuestras antorchas».

LORENZO RIBER

Bibliografía

ALLISON PEERS, E., *Ramón Lull. A biography* (Londres 1929).
BATLLORI, M., *Introducción bibliográfica a los estudios lulianos* (Palma de Mallorca 1945).
RAMÓN LLULL (BTO.), *Obras literarias* (Madrid 1948).
RIBER, L., *Raimundo Lulio (Ramón Llull)* (Barcelona 1935).
SUREDA BLANES, F., *El beato Ramón Llull. Su época, su vida, sus obras* (Madrid 1934).
• Actualización:
CANALEJAS, F. DE P., *Las doctrinas del doctor iluminado Raimundo Lulio, 1270-1315*. Ed. facs. (Valladolid 2001).
LLINARES, A., *Ramón Llull* (Palma de Mallorca 1990).
PRING-MILL, R. D. F., *Estudis sobre Ramon Llull: (1956-1978)* (Barcelona 1991).
RAMÓN LLULL (BTO.), *Autobiografía* y *Libro del amigo y del amado* (Madrid 1987).

DEL SANTORAL DE LAS DIÓCESIS ESPAÑOLAS

3 de noviembre

SAN GAUDIOSO

Obispo († s. VI)

Ni el antiguo *Martirologio romano* ni el actual registran su memoria. Ésta, sin embargo, se celebra con rango de obligatoria tanto en el obispado de Tarazona como en el de Barbastro-Monzón el día 3 de noviembre.

El fundamento es una tradición medieval recogida en el *Breviario* de Tarazona que se imprime en 1541, y se apela igualmente al elogio del santo que se encontró junto a su cuerpo en 1573. Según esta tradición era hijo de padres nobles, llamados Guntán y Neumacia, siendo su padre cortesano del rey Teodorico en el primer cuarto del s. VI. Los padres lo confiaron a San Victorián, el abad fundador del Monasterio de Asán, en los Pirineos aragoneses, diócesis de Barbastro, y una vez recibida la oportuna formación decide hacerse monje en el mismo monasterio. Allí estaba llevando vida ejemplar cuando fue elegido obispo de Tarazona, diócesis que gobernó santamente. No olvidando su antiguo monasterio, lo hizo destino de generosas donaciones. Tras su muerte, sus reliquias se conservaron en el citado monasterio, del que fueron llevadas en 1573 a la catedral de Tarazona para recibir allí culto por parte del pueblo de Dios.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

Acta sanctorum. Novembris, t.1 p.664-665.

BENEDICTINE MONKS OF ST. AGUSTINE'S ABBEY, Ramgate, *The Book of the Saints* (Londres 1989).

FERNÁNDEZ ALONSO, J., Art. en *Bibliotheca sanctorum.* VI: *Galena-Giustiniani* (Roma 1965) col.69.

TODOS LOS SANTOS HISPALENSES

Andalucía es tierra de santos, y dentro de ella no podía ser que una iglesia tan ilustre y tan antigua como la sevillana no tuviera muchos santos. Por otra parte en el territorio de la hoy archidiócesis hispalense existieron en otros tiempos otras dos diócesis más: la diócesis de Écija (Ástigis) y la de Itálica, y tiene lógica por ello que la Archidiócesis Hispalense celebre también a los santos de estas antiguas diócesis.

Cuando en el pontificado de Pablo VI se pidió que se rehicieran los *Propios de los santos* de las diócesis, en Sevilla, con gran lealtad al espíritu con que dicha revisión se mandaba, se prescindió de antiguas leyendas y fueron suprimidas aquellas memorias que, admitidas con la escasa crítica histórica que se usó en España en materia hagiográfica en el siglo XVII, no respondían a la verdad histórica. Más aún, al comprobar que de algunos santos sólo se conservaba la memoria pero no otros datos biográficos, se prefirió prescindir de asignarles memoria concreta y se pensó en esta memoria colectiva de Todos los Santos Hispalenses que fue aceptada por la Sagrada Congregación correspondiente. La única objeción que se le ha hecho a aquella selección ha sido la de conservar la memoria de San Laureano, cuyo episcopado hispalense no se apoya en verdadero fundamento histórico. Pero ya respondimos quienes tuvimos a nuestro cargo aquella selección que el motivo de conservar la memoria de San Laureano no fue ante todo la tradición de que fuera metropolitano de Sevilla sino el antiguo culto que en Sevilla se le tributó, especialmente en la catedral, en cuya construcción se le dedicó la primera capilla y donde se guarda una reliquia que se dice ser de él. Los encargados fuimos D. Miguel Artillo, canónigo prefecto de liturgia, de tan buena memoria, y el que escribe estas líneas. El entonces prelado, el cardenal-arzobispo Dr. José María Bueno Monreal, nos pidió que hiciéramos una justicia plena, en la medida en que pudiéramos, a la historia.

La historia santoral de Sevilla se abre con las santas vírgenes y mártires Justa y Rufina (17 de julio), patronas de la ciudad de Sevilla, veneradas luego no sólo en Sevilla sino en otros muchos sitios de España, como Orihuela, Toledo, etc., memoria conser-

vada por la Iglesia mozárabe a lo largo de los siglos de su difícil existencia. Por su parte la historia religiosa de Itálica se abre con la memoria de San Geroncio (25 de agosto) y la de Écija con la de San Crispín (19 de noviembre), ambos obispos y mártires. Pueden pertenecer a este tiempo los mártires Félix, diácono, y Pedro, ambos hispalenses.

Del período visigodo tenemos en primer lugar a San Florencio, del que se desconocía todo hasta que a comienzos del siglo XV, cuando se empezaba a levantar la nueva catedral sevillana, se halló su sepultura con un epitafio que lo calificaba de varón santo. Sus huesos fueron recogidos como reliquias de santo y como tales tratadas en la catedral y en 1895 León XIII accedió a que tuviera memoria litúrgica el 23 de febrero en el *Propio de los santos hispalenses.* A este período pertenece también San Laureano, de quien nos hemos ocupado más arriba. Muy ligado estuvo a Sevilla en este tiempo San Hermenegildo, que figuraba en el anterior *Martirologio romano* como martirizado en Sevilla, pero el nuevo *Martirologio* asigna su martirio a Tarragona, lo que parece más conforme con los datos de la historia. De todos modos fueron netas las relaciones del santo mártir con Sevilla. Y no son menos claras las relaciones de los cuatro santos hermanos Leandro, Florentina, Fulgencio e Isidoro. El primero, natural de Cartagena, como Florentina y Fulgencio, fue arzobispo de Sevilla (578-599); el segundo fue obispo de Écija; de Santa Florentina tanto el *Martirologio romano* anterior como el actual señalan su tránsito en Sevilla, bien que la tradición local de Écija la hace monja en un monasterio de dicha ciudad; y San Isidoro, que no nace en Cartagena, es probablemente sevillano de nacimiento y sucede a su hermano en la sede metropolitana hispalense (599-636), en la que brilla como pastor celosísimo y como doctor eximio de la Iglesia Universal. El 23 de julio de 1868 el papa Beato Pío IX lo nombró patrono de la Archidiócesis de Sevilla, habiéndose logrado que su memoria se celebre como solemnidad y ello pese al patronato posterior de la Virgen de los Reyes.

De la época mozárabe son sevillanos o de origen sevillano varios santos: los mártires Adolfo y Juan (825), martirizados en Córdoba y hermanos entre sí; San Teodomiro o Teodemiro

(851), joven monje carmonense; Santa Flora (851), virgen y mártir; Santa Áurea (856), virgen y mártir, hermana de los santos Adolfo y Juan, todos ellos igualmente martirizados en Córdoba. De la diócesis de Écija eran los santos Pedro, presbítero, y Wistremundo, monje, ambos martirizados en 851. Fama de santo ha tenido, aunque no culto litúrgico, el metropolitano Juan, llamado Cayed Almitrán o principal sacerdote, al que se atribuyeron milagros (s. X). Ya en postrimerías del período mozárabe se hicieron presentes en Sevilla con la intención abierta de predicar el evangelio a sus habitantes los santos Berardo, Otón, Pedro, Ayuto y Acursio, religiosos franciscanos a quienes el propio San Francisco había enviado a evangelizar a los habitantes de Al-Ándalus. Dieron su testimonio en Sevilla y fueron encarcelados y expulsados luego de la ciudad. Morirían mártires en Marrakech. La archidiócesis celebra con toda justicia su memoria.

Devuelta Sevilla al cristianismo el 23 de noviembre de 1248, el propio artífice de la reconquista, el rey Fernando III el Santo de Castilla y León, permaneció en la ciudad, donde murió el 30 de mayo de 1252 y donde se conserva su cuerpo incorrupto y recibe culto en la iglesia-catedral. Del arzobispado de Sevilla, concretamente de San Nicolás del Puerto, era San Diego, llamado de Alcalá, religioso franciscano, muerto el 12 de noviembre de 1463 y canonizado en 1588. Muy relacionado con Sevilla está el Santo Maestro Juan de Ávila, que en Sevilla decidió que «Andalucía serían sus Indias» y se convirtió en el apóstol de Andalucía. La archidiócesis lo celebra con rango de fiesta. Natural del arzobispado fue también San Juan Grande, religioso hospitalario de San Juan de Dios, nacido en Carmona y muerto en Jerez de la Frontera (entonces arzobispado de Sevilla) el 3 de junio de 1600, y ahora patrono de la diócesis de Jerez. Sevillano de nacimiento era San Juan de Ribera, obispo de Badajoz primero y luego arzobispo de Valencia, donde murió el 6 de enero de 1611, tras haber fundado el famoso colegio de Corpus Christi. Sevillano era también el misionero agustino Beato Pedro de Zúñiga, hijo de una familia de la primera nobleza, y que murió mártir en Japón el 19 de agosto de 1622. Sevillano era también el Beato Luis de Sotelo, religioso franciscano, misionero y mártir en Japón, que, electo obispo, murió el 24 de agosto

de 1624 sin llegar a consagrarse. Muy unido a Sevilla y a su movimiento inmaculista estuvo el Beato Juan de Prado, leonés, que vivió en el arzobispado algunos años, y, religioso franciscano descalzo, murió mártir en Marrakech el 24 de mayo de 1631. Natural del arzobispado era San Francisco Díaz Rincón, natural de Écija, misionero dominico martirizado en China el 28 de octubre de 1748. Mucha relación tuvo con el arzobispado el Beato Diego José de Cádiz, misionero popular capuchino, que predicó por toda la archidiócesis y fue admitido entre sus miembros por los cabildos catedral de Sevilla y colegial de Jerez. Murió en Ronda el 24 de marzo de 1801. La archidiócesis celebra su memoria el 14 de junio, día siguiente al 13 de junio que fue el de su ordenación sacerdotal en Carmona. Sevillana era Santa Ángela de la Cruz, que fundó en Sevilla la Compañía de Hermanas de la Cruz y en Sevilla murió el 2 de marzo de 1932 y dio ejemplo tan eximio de caridad cristiana. El Santo Padre Juan Pablo II vino a Sevilla para beatificarla el 5 de noviembre de 1982. Arzobispo de Sevilla fue el insigne cardenal Marcelo Spínola y Maestre, el llamado *arzobispo mendigo* por haber salido a las calles a pedir para los pobres, y que murió en Sevilla el 19 de enero de 1906 y fue beatificado el 29 de marzo de 1987. De los beatos del tiempo de la guerra española mencionemos a la Beata Victoria Díez Bustos de Molina, sevillana, maestra, de la Institución Teresiana, martirizada el 12 de agosto de 1936, así como el Beato Antonio Martínez Gil-Leonís, religioso de la Orden de San Juan de Dios, natural de Montellano (Sevilla), fusilado en Paracuellos de Jarama el 30 de noviembre de 1936 con 20 años de edad. De Dos Hermanas (Sevilla) era el Beato Bienvenido de Dos Hermanas, en el siglo José de Miguel Arahal, presbítero de la Congregación de Terciarios Capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores, martirizado en Madrid el 31 de julio de 1936. Natural de Sevilla era el Beato Ángel Ramos Velázquez, religioso salesiano, martirizado en Barcelona el 11 de octubre de 1936. Y redondearemos esta lista tan nutrida de santos con la figura eximia del Beato Manuel González García, el gran apóstol de la Eucaristía, nacido en Sevilla el 25 de febrero de 1877 y que en su niñez fue seise de la catedral; ya sacerdote, fue arcipreste de Huelva, donde fundó las «Marías de los Sagrarios», y luego fue obispo de Málaga y Palencia sucesivamente, fundando la

Congregación de Hermanas de Nazaret. Murió en Madrid el 4 de junio de 1940.

Es evidente que Sevilla tiene muchos motivos para tener una memoria litúrgica titulada *Todos los Santos Hispalenses.*

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

ALONSO MORGADO, J., *Santoral hispalense* (Sevilla 1907).
Officia Propria Archidioecesis Hispalensis ex concessione Apostolica, 4 vols. (Barcelona 1952). Sucesivas ediciones revisadas y actualizadas.
REPETTO BETES, J. L., *Andalucía, tierra de santos* (Jerez 1982).

25 de noviembre

SAN GARCÍA
Abad († 1073)

Nació en Quintanilla (Burgos), entre Briviesca y Belorado, pueblecito que ya existía según algunos historiadores antes de la dominación romana. Por el recuerdo de su ilustre hijo, hoy se apellida «Quintanilla de San García».

Este nombre, que hoy suele ser más bien apellido, por aquellos días de su nacimiento a finales del siglo X o principios del XI, era corriente, pues lo llevaron los condes de Castilla García Fernández (970-995), García Sánchez (1017-1029) y el rey García (1065-1071).

Atraído nuestro santo por la vida monástica, ingresó muy joven en el cenobio benedictino de San Pedro de Arlanza, cuyas gloriosas ruinas, el torreón, la iglesia y el claustro, nos hablan de su antigua grandeza tan ligada a Fernán González (930?-970) y al nacimiento de Castilla.

La fama de virtud de nuestro monje en la observancia regular, con sus dos vertientes inseparables del «ora et labora», trabajo y oración, la conocemos por el hecho de que aparece como abad del monasterio entre los años 1039-1073, aunque no nos consta que lo fuera sin intermedio de otros abades.

Poco después de su muerte, que acaeció en 1073, lleno de días, pero más de méritos que de años, el cluniacense Grimaldo, a fines ya del siglo XI, en la Vida de Santo Domingo de Silos, lo elogia como «varón de vida digna de toda veneración y hombre memorable por su feliz perseverancia».

En constelación con otros tres santos abades contemporáneos, Domingo de Silos, Íñigo de Oña y Sisebuto de Cardeña, fue consejero del rey Fernando I que visitaba con frecuencia el monasterio de Arlanza y fue quien hizo que le eligieran abad. Juntamente con los tres abades, coetáneos y vecinos, aparece firmando donaciones y otros documentos y tomando parte en los principales acontecimientos de la época.

Interviene en el concilio de Coyanza (hacia 1050) y tomó parte en la batalla de Atapuerca (hacia 1054) con la victoria de Fernando I sobre García de Navarra, su hermano. Sin duda, conoció personalmente en la corte de Sancho II a muchos de los caballeros castellanos, entre los cuales estaba Rodrigo Díaz de Vivar; y probablemente, asistió al histórico juramento de Santa Gadea, cuando el Cid Campeador exigió a Alfonso VI el juramento de no haber tenido parte en la muerte de Don Sancho.

Tanto como en los campos de batalla de la cruzada contra los moros invasores, en los monasterios cristianos, con la oración y la liturgia, con el estudio y el trabajo del campo, se fueron reconstruyendo los reinos cristianos.

Las cuatro abadías burgalesas, relativamente cercanas, sintonizaban sus tareas comunes, especialmente Silos. Santo Domingo y San García fueron íntimos amigos y ni siquiera la muerte pudo separarlos, pues fallecieron los dos en el mismo año 1073.

Gonzalo de Berceo canta, con su ingenua y cristalina voz en la *Vida de Santo Domingo de Silos,* las alabanzas de San García:

> «Avia un abbad santo, servo del Criador
> Don García por nombre, de bondad amador,
> Era del monesterio cabdiello sennor,
> La grey demostraba qual era el pastor»...

La tradición le atribuye el gran milagro de convertir el agua en vino un Viernes Santo en el refectorio del monasterio. Esa tradición quedó consignada en un epitafio del siglo XVI. En esas fechas se fundó una cofradía en honor de los santos abulenses

Vicente, Sabina y Cristeta a quienes estaba unido el nombre de San García, tal vez por su contribución al hallazgo de las reliquias. Fue aprobada por el papa Clemente VIII en 1601.

Según afirma Sandoval, el epitafio rezaba así:

> «Aquí está sepultado el cuerpo del glorioso San García, Abad que fue de esta casa; y entre muchos testimonios que ay de su santidad, uno es, que un Viernes Santo, comiendo pan y agua con sus Monges, echando la bendición, convirtió el agua en vino. También le fue revelado dónde estaban los gloriosos mártires San Vicente, Santa Sabina y Cristeta, sus hermanas: y consultándolo con Sto. Domingo de Silos, de común parecer fueron a dar parte al rey don Fernando el Primero, el qual acompañado de muchos obispos y grandes de su Reyno, fue a Ávila, y de allí con este santo y Real acompañamiento los trasladó a esta Casa por intercesión de este Santo, el qual murió año de MLXXIII».

El culto a San García tiene una fecha estelar, el año 1620, cuando el papa Paulo V, a petición del rey Felipe III, ordenó que se trasladaran los restos de San García desde su sepulcro a la cripta de los mártires para que fueran venerados por su fama de santidad. Las reliquias se colocaron en una arqueta. Un pergamino de la misma época relataba en latín todos los detalles del solemne traslado.

Años más tarde, en el siglo XVIII, a petición de sus paisanos de Quintanilla donde la devoción al santo iba creciendo, obtenidos los debidos permisos del nuncio, Alejandro Aldobrandini (4 de abril de 1724), y del general de la Orden benedictina, Fr. Antonio Sarmiento (16 de enero de 1725), en medio de gran regocijo popular llegaba una preciada reliquia —el hueso grande de la cadera derecha— al pueblo natal de San García. Venía envuelta en algodones y cubierta con un cendal azul, dentro de una arqueta dorada cerrada con dos llaves, en manos de Don Pedro de Vesga, cura y beneficiado de la parroquia.

El P. Flórez anota que «al punto que llegó la sagrada reliquia a Quintanilla, empezó a difundir favores sobre los enfermos que imploraban su patrocinio».

Otro signo elocuente de veneración era la costumbre de los monjes de Arlanza que llevaban a los enfermos el así llamado «anillo de San García».

El 28 de octubre de 1734, con gran solemnidad se trasladaron de nuevo las reliquias, de la antigua arqueta a otra nueva de madera de ébano, con filigranas de plata, que es la actual.

Cuando se extinguió el monasterio de Arlanza los restos de San García, con los de otros santos, mártires y monjes, se llevaron el 1835 a la Colegiata de Covarrubias. Y el anillo abacial al monasterio de Silos.

En 1973, celebrando el IX centenario de San García, se llevó a su pueblo natal la arqueta de sus reliquias y su anillo de bronce y piedra de cornalina.

Los calendarios benedictinos hacen su memoria el 5 de noviembre. No está incluido en el *Martirologio romano,* pero sí en el calendario litúrgico de la archidiócesis burgense, el 25 de noviembre.

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

FERNÁNDEZ ALONSO, J., «Garcia», en *Bibliotheca sanctorum.* VI: *Galena-Giustiniani* (Roma 1965) col.36.

FLÓREZ, E., *España Sagrada,* XXXVII, p.65-73.

RODRÍGUEZ VELASCO, J. J., «García», en C. LEONARDI - A. RICCARDI - G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los santos,* I (Madrid 2000) 906-909.

SERRANO, L., *Cartulario de San Pedro de Arlanza* (Madrid 1925) XI-XII; 97-153.

URQUIZA RUIZ, J. A., «Rasgos biográficos de San García, abad de Arlanza»: *Boletín del Arzobispado de Burgos* (1973) 422-426.

26 de noviembre

INVENCIÓN DE LAS SAGRADAS RELIQUIAS DE LOS MÁRTIRES DE CÓRDOBA

Córdoba produjo santos ya en la antigüedad cristiana. Su tierra se vio regada por la sangre generosa de mártires, de algunos de los cuales nos consta el nombre y la fecha del martirio. Así San Acisclo (17 de noviembre), patrono de la ciudad, los santos Fausto, Jenaro y Marcial (13 de octubre), San Zoilo (27 de junio), seguramente también San Secundino (21 de mayo), y

San Sándalo (3 de septiembre). Córdoba desde esa época tuvo sede episcopal, la que ocupó en la primera mitad del siglo IV el insigne obispo Osio, consejero del emperador Constantino, y que tanta parte tuvo en la controversia arriana.

De la época visigoda no conservamos el nombre de ningún santo, pero sí nos consta que se veneraban allí los antiguos mártires, y así se recibió con gozo la invención de las reliquias de San Zoilo, sucedida en tiempos del piadoso obispo Agapio (siglo VII).

Pero en cuanto llegó la época islámica comenzó de nuevo Córdoba a producir mártires, y por tales se tuvieron a quienes se refugiaron en la basílica de San Acisclo cuando la toma islámica de la ciudad el año 711 y que fueron sacrificados por fuego, siendo por ello llamada aquella iglesia Canisatalharca, es decir la de los Quemados. Hacia el 825, en los comienzos del reinado de Abderramán II, se produjo el martirio de los santos Adolfo y Juan, dos jóvenes hermanos que, como hijos de un musulmán, debían haber profesado esta religión pero ellos prefirieron la religión cristiana de su madre, lo que les costó la vida. Su madre, Artemia, sería luego abadesa del monasterio cordobés de Cuteclara. Cantó sus glorias el abad Esperaindeo, pero su obra se ha perdido. Eran de origen hispalense. El 18 de abril de 850 fue decapitado el sacerdote San Perfecto, cordobés de nacimiento. El 3 de junio de 851 confesó intrépidamente la fe y por ello fue decapitado el joven monje Isaac, cordobés de nacimiento. El día 5 del mismo mes y año se produjo el martirio de San Sancho, joven militar cristiano procedente de Albi. Dos días más tarde fue el martirio de los santos Pedro, sacerdote ecijano, Walabonso, diácono, natural de Elepla, Sabiniano, anciano monje natural de Froniano, Wistremundo, monje ecijano, Habencio, anciano monje cordobés, y Jeremías, fundador con su esposa Isabel del doble monasterio de Tábanos. El día 16 de julio de ese mismo año fue sacrificado el diácono Sisenando, pacense, y el día 20 el diácono cordobés Pablo. El día 25 de ese mes era martirizado San Teodomiro o Teodemiro, joven monje carmonés. Aquel año, pero ya el 24 de noviembre, fueron también sacrificadas Flora y María, vírgenes ambas, aquélla de origen hispalense y ésta hermana de San Walabonso, y por ello de Elepla. El 13 de enero de 852 fueron martirizados el sacerdote

toledano Gumesindo y el monje Abdallah o Servideo. El 27 de julio de ese año fueron martirizados los santos Jorge, monje procedente de Belén de Judá, y los matrimonios Aurelio y Natalia, Félix y Liliosa, cordobeses y conversos del Islam, lo que fue la causa de su muerte. El 20 de agosto de ese año fue el martirio de los monjes Cristóbal, cordobés, y Leovigildo, de Elvira. El 15 de septiembre siguiente tuvo lugar el martirio de dos jóvenes: el diácono Émila y el monje Jeremías, ambos cordobeses. El día siguiente fue el martirio de los santos Rogelio y Servideo o Abdallah, ambos monjes, el uno granadino y el otro de Oriente. Ya en el reinado de Mohamed I, el 13 de junio de 853 fue sacrificado San Fándila, presbítero, natural de Guadix, y al día siguiente los santos Anastasio, presbítero, y Félix, monje, el primero cordobés, el segundo complutense. Y ese mismo día fue martirizada la virgen Santa Digna, monja del monasterio de Tábanos. Al día siguiente padeció por la fe la santa mujer Benilde, y el día 17 la distinguida religiosa Santa Columba, del monasterio de Tábanos. Dos días más tarde era decapitada Santa Pomposa, monja de Peñamelaria. El 11 de julio de 854 fue sacrificado el párroco de un pueblo de la serranía cordobesa, Analelos. Se llamaba Abundio. El 30 de abril de 855 se produjo el martirio de Amador, sacerdote de Martos, Pedro, monje, y Luis, seglar, hermano del diácono San Pablo, y cordobeses ambos. En fecha desconocida murió mártir el anciano seglar San Witesindo, de la diócesis de Cabra. El 17 de abril de 856 murieron mártires los santos Elías, presbítero, Pablo e Isidoro, monjes. El primero era lusitano y ya anciano; los otros dos eran jóvenes. El 28 de junio de ese año fue martirizado el monje Argimiro, converso del Islam, natural de Cabra. El 19 de julio de ese año dio la vida por la fe Santa Áurea, monja de Cuteclara, hermana de los santos Adolfo y Juan. El 13 de marzo de 857 murieron por la fe el sacerdote Rodrigo, de la diócesis de Cabra, y el seglar Salomón. El 11 de marzo de 859 fue el martirio del presbítero San Eulogio, el gran sostenedor de los mártires, y el día 14 siguiente el de Santa Leocricia, virgen conversa del Islam. Muchos años más tarde murió San Pelayo, el joven gallego que llega a Córdoba como rehén y que muere por defender su fe y su pureza el 26 de junio de 925. Conocemos los nombres de otros mártires como Eugenia, Dulce o Dabba, Martín Arias de Soure, Domin-

go Yáñez, Wulfura y Argéntea..., lo que nos asegura que siguió habiendo martirios luego de la época de San Eulogio, pero no hubo cronistas que nos relataran sus gestas, como sí lo hubo para los de su tiempo en el grande y nunca bien alabado San Eulogio.

De todos estos mártires consta que la comunidad cristiana cordobesa recogía con gran piedad y respeto y en la medida en que le era posible los sagrados despojos y que en las basílicas de la ciudad les daba honrosa y conveniente sepultura, de modo que las iglesias de la ciudad quedaron convertidas en santuarios martiriales, donde se guardaban y veneraban las reliquias de los santos mártires, así antiguos como recientes.

Pero es bien sabido que con la llegada de los almorávides y los almohades la tolerancia religiosa con los cristianos desapareció, y que la comunidad cristiana malsobrevivió a esta dura persecución. Cada vez más reducida, no es de extrañar que la comunidad cristiana trasladase a las pocas iglesias que le iban quedando las reliquias de los mártires, siendo algunas de ellas pedidas por los países cristianos y sacadas por ello de Córdoba. No es de extrañar que en un determinado momento se tomaran reliquias de muchos de estos santos y se guardaran todas juntas en un sepulcro. Luego se perdió la memoria detallada de esta traslación.

Se conservaba en Córdoba la tradición de que en el templo ahora dedicado a San Pedro se guardaban reliquias de los Santos Mártires cordobeses. Se hablaba de que a veces se habían visto luces celestiales sobre el presunto sitio del ocultamiento de las reliquias. Don Pedro de Córdoba, marqués de Priego, don Alonso Manrique y fray Juan de Toledo, estos dos obispos de Córdoba, habían tenido voluntad de hacer las obras precisas para buscarlas pero el temor de que las obras pudieran arruinar una iglesia tan antigua los detuvo. Pero en 1575 hubo que descubrir los cimientos del arco toral, que había flaqueado, y entonces se descubrió un sepulcro el lunes 21 de noviembre de dicho año, en el interior del cual había huesos de muchas personas. En cuanto regresó de su viaje acudió el obispo, fray Bernardo de Fresneda (día 25 de ese mes), y sin descansar se dirigió derechamente a la iglesia de San Pedro a ver y reconocer las reli-

quias. Se le dio noticia al rey Felipe II, y éste mandó acudir al Maestro Ambrosio de Morales, que acababa de dirigir la publicación de las obras de San Eulogio, y estuvo presentes en las diligencias que se hicieron. El obispo, luego de celebrar la santa misa, hizo en el mes de abril siguiente que se revisasen todos los huesos contenidos en el sepulcro en presencia de los prebendados, religiosos y caballeros de la ciudad, estando también presentes los inquisidores y los médicos. Se hallaron nueve cabezas casi enteras y otras nueve en pedazos diversos que indicaban ser de distintas personas, y los huesos se calcularon que correspondían a dieciocho personas, habiendo sido pasto del fuego algunos de los huesos. El obispo reconoció el sepulcro y el mármol con la inscripción que tenía y tras concluir la información mandó levantar un acta, fechada el 13 de septiembre de 1577, en donde se dice que habiéndose visto la probanza e información y diligencias hechas por los licenciados Montano de Salazar y Francisco Velarde de la Concha y sus oficiales, teniendo en cuenta la antigua tradición de que en aquel templo estaban enterrados huesos de santos mártires, considerando la antigüedad de aquel templo y constando que la antigua comunidad cristiana cordobesa recogía los cuerpos de los santos y los enterraba en sus iglesias, dio el obispo su parecer de que aquellos huesos encontrados eran huesos de mártires cordobeses y mandó que los mismos estuviesen puestos en fiel custodia, pero que no se venerasen ni reverenciasen hasta que el Santo Padre Gregorio XIII diera licencia para ello, pues a Su Santidad y a sus sucesores remitía este asunto y que por ello el clero de la iglesia de San Pedro remita a Roma los informes de este asunto. El citado Papa aprobó lo hecho por el obispo, y sobre dar culto a los huesos encontrados remitió el asunto al Concilio Provincial pero mandando que los dichos huesos estuviesen elevados en un arca decente con reja para poderlos ver los fieles y concedió indulgencia plenaria a cuantos visitasen con devoción el sepulcro en el día de su invención.

Esta decisión papal era ya una puerta abierta al culto de los sagrados huesos de los mártires, pero quedaba someter al Concilio Provincial el que este culto fuese oficial y solemne. Se reunió dicho concilio en Toledo, metrópolis a la que entonces per-

tenecía Córdoba, y el 22 de enero de 1583 pronunció sentencia al respecto. Estaban presentes el cardenal arzobispo de Toledo, don Gaspar de Quiroga, y los obispos de Palencia, Córdoba —para entonces ya don Antonio de Pazos—, de Jaén, de Cuenca, de Osma, de Sigüenza, de Segovia y el abad de Valladolid, y se determinó que, vistos los autos, se tuviesen los dichos huesos por verdaderas reliquias de los santos Fausto, Jenaro y Marcial y de otros mártires, y que a dichas reliquias, sitas en la capilla de Santa Lucía, de la parroquia de San Pedro, de Córdoba, se las diera veneración por parte de todos los fieles cristianos como a reliquias de santos que reinan con Dios en el cielo. Y se mandó dar custodia decente a los mismos con el parecer del obispo de Córdoba.

En la inscripción hallada se mencionaba a los santos Fausto, Jenaro, Marcial, Zoilo y Acisclo, siendo dudosa la lectura de otros nombres.

A estos datos se unieron las revelaciones que dijo haber recibido el venerable Andrés de las Roelas.

El obispo don Antonio de Pazos mandó adornar la antigua capilla de Santa Lucía y labrar un hermoso altar de mármol rojo con su escudo de armas en la parte superior, en el cual se colocó un arca conteniendo las sagradas reliquias y a la entrada de la capilla se colocó una reja de hierro. En julio de 1602 fue la primera vez que la urna con los sagrados huesos de los Santos procesionó por las calles de la ciudad. En 1673 se renovó una antigua cofradía en honor de los Santos Mártires, unida en 1741 a la cofradía del Santísimo Sacramento, y en 1757 se pasaron las reliquias a nueva arca y asimismo se concluye aquel año la construcción de una nueva capilla. Posteriormente se labró otra urna, concluida el 26 de noviembre de 1790, a la que se trasladaron el 4 de mayo de 1791. La Iglesia de Córdoba comenzó celebrando la invención de las reliquias el 21 de noviembre, pero al estar este día ocupado por la memoria de la Presentación de Nuestra Señora, se trasladó al 26 de noviembre, día en que se sigue celebrando con rango de memoria obligatoria. El papa Pío XI concedió el 17 de junio de 1923 indulgencia plenaria a los que visitasen la catedral y otras iglesias de Córdoba en las diferentes fiestas de los Santos Mártires.

La Iglesia de Córdoba, ataviada con la púrpura de la sangre de tantos mártires, celebra ese día el gozo de conservar tras tantas vicisitudes algunos de sus sagrados huesos.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

GÓMEZ BRAVO, J., *Catálogo de los obispos de Córdoba y breve noticia histórica de su iglesia-catedral y obispado* (Córdoba 1778).

MOYANO RUIZ, A., *Opúsculo martirial en honor de las reliquias de los santos mártires de Córdoba* (Córdoba 1959).

28 de noviembre

SAN HONESTO DE NIMES

Presbítero († 270)

Ni el anterior *Martirologio romano* ni el actual incluyen la memoria de San Honesto de Nimes, presbítero, al que veneran con memoria litúrgica de carácter libre las diócesis de Pamplona y Tudela. Su recuerdo está unido al de San Fermín y depende de sus *Actas,* cuyo valor histórico no está acreditado.

Según la tradición recogida en esas *Actas,* Honesto era natural de Nimes y fue atraído a la fe cristiana por el obispo y mártir San Saturnino de Toulouse. Ordenado sacerdote por este santo, fue enviado a predicar el evangelio al sur de los Pirineos. En esta correría apostólica llegó a Pamplona, donde su predicación impactó al senador Firmo, que le pidió llamara al obispo Saturnino para que personalmente evangelizara la ciudad. Así lo hizo San Saturnino, acudiendo a Pamplona y teniendo un resonante éxito, pues se bautizaron cuarenta mil personas, entre ellas Firmo y su hijo, el futuro San Fermín. Vuelto a Toulouse el obispo Saturnino, quedó Honesto al frente de la cristiandad navarra, encargándose de la formación religiosa de San Fermín, al que enviaría a Francia, donde se le ordenó obispo. Honesto finalmente volvió a Toulouse y aquí concluyó su vida, según unos como confesor y según otros como mártir. Las diócesis de

Pamplona y Tudela lo veneran como presbítero sin el apelativo de mártir, martirio que algunos lo señalan en la propia Pamplona. Se le celebraba anteriormente el 16 de febrero.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

BENEDICTINE MONKS OF ST. AGUSTINE'S ABBEY, Ramgate, *The Book of the Saints* (Londres 1989).

El santo de cada día, II (Zaragoza 1946) 482.

LEONARDI, C. - RICCARDI, A. - ZARRI, G. (dirs.), *Diccionario de los santos,* 2 vols. (Madrid 2000).

MACIEA, J. M., *Actas sinceras nuevamente descubiertas de los santos Saturnino, Honesto y Fermín* (Madrid 1798).

CALENDARIO ESPAÑOL

MEMORIAS QUE CELEBRAN LAS DIÓCESIS ESPAÑOLAS

Día 3	En Urgel y Solsona, San Armengol, obispo.
	En Barbastro-Monzón y Tarazona, San Gaudioso, obispo.
	En Sevilla, Todos los Santos Hispalenses.
	En Zaragoza, Santa Engracia y los protomártires.
	En Vich, San Pedro Almató, presbítero y mártir.
Día 4	En Toledo y Astorga, las Santas Reliquias.
	En León, los Santos Mártires de la Diócesis.
	En Pamplona y Tudela, Todos los Santos de Navarra.
	En Sevilla y Asidonia-Jerez, Santa Ángela de la Cruz, virgen.
Día 6	En Barcelona, San Severo, obispo y mártir.
	En Valencia, Beata Josefa Narval Girbés, virgen.
Día 7	En Lérida, Mallorca e Ibiza, Beato Francisco de Jesús, María y José Palau, presbítero.
Día 9	En Madrid y Alcalá, Nuestra Señora de la Almudena.
Día 10	En Burgos, Santa Victoria, virgen y mártir.
	En Tarazona, San Millán, presbítero.
Día 12	En Calahorra-La Calzada-Logroño, San Millán, presbítero.
Día 13	En España, San Leandro, obispo.
	En Alcalá y Madrid, San Diego de Alcalá, religioso.
	En Salamanca, San Arcadio y compañeros, mártires.
Día 14	En Sevilla, San Diego de Alcalá, religioso.
	En Sigüenza-Guadalajara, Beata María de Jesús López, virgen.
	En Zaragoza, San José Pignatelli, presbítero.
Día 15	En Toledo, San Eugenio, obispo.
Día 16	En Zamora, San Alfonso Rodríguez, presbítero y mártir.
	En Valladolid, Beato Edmigio Primo Rodríguez, religioso y mártir.
	En Almería, beatos Aurelio María y compañeros, religiosos y mártires.
Día 17	En Córdoba, santos Acisclo y Victoria, mártires.
	En Cuenca, San Juan del Castillo y compañeros, presbíteros y mártires.
Día 19	En Sevilla, San Crispín de Écija, obispo y mártir.

Día 20	En Orihuela-Alicante, beatas Ángeles de San José y María del Sufragio, vírgenes y mártires. En Palencia, Beatos Mártires Palentinos. En Valencia, beatas Ángeles Lloret Martí y compañeras, mártires.
Día 23	En Sevilla, San Clemente, papa y mártir.
Día 24	En Sevilla, Santa Flora, virgen y mártir. En Valladolid, santos Mateo Alonso de Leciniana y José Fernández, presbíteros y mártires.
Día 25	En Jaén, Santa Catalina, virgen y mártir. En Burgos, San García, abad.
Día 26	En Córdoba, la Invención de las Reliquias de los Santos Mártires.
Día 27	En Mallorca y Menorca, Beato Ramón Llull, mártir. En Córdoba y Huelva, santas Flora y María, vírgenes y mártires. En León, santos Facundo y Primitivo, mártires. En Asidonia-Jerez, Nuestra Señora de la Medalla Milagrosa.
Día 28	En Albacete, Beato Eduardo Bautista Jiménez, mártir. En Pamplona y Tudela, San Honesto, presbítero.
Día 29	En Pamplona, Tudela, Bilbao y San Sebastián, San Saturnino, obispo y mártir. En Alcalá, Beato Diego de Cádiz García y compañeros, mártires.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

1. **Santos y beatos**

Abdías (profeta), San, día 19, 472-478.
Abón de Fleury, San († 1004), día 13, 327.
Acisclo de Córdoba, San († s. IV), día 17, 431.
Acisclo Piña Piazuelo, Bto. († 1936), día 10, 223-224.
Agapio, San († 306), día 21, 526.
Agrícola (de Bolonia), San († 304), día 4, 98.
Agustín Nguyen Van Moi, San († 1839), día 24 (memoria), 580-585.
Agustín Phan Viet Huy, San († 1839), día 24 (memoria), 580-585.
Agustín Schoeffler, San († 1851), día 24 (memoria), 580-585.
Agustina (Livia) Pietrantoni, Sta. († 1894), día 13, 305-311.
Alberto Magno, San († 1280), día 15, 354-357.
Alejandro Crow, Bto. († 1587), día 30, 735-736.
Alejandro Planas Saurí, Bto. († 1936), día 19, 483-484.
Alejo Nakamura, Bto. († 1619), día 27, 661-662.
Alfredo Simón Colomina, Bto. († 1936), día 29, 711-712.
Alicia Kotowska, Bta. († 1939), día 11, 257.
Alonso Rodríguez, San († 1628), día 15, 360-364.
Andrés (apóstol), San († s. I), día 30, 713-720.
Andrés Avelino, San († 1608), día 10, 214-222.
Andrés Dung Lac, San († 1839), día 24 (memoria), 580-585.
Andrés Murayama Tokuan, Bto. († 1619), día 18, 467-468.
Andrés Nguyen Kim Thong (Nam Thuong), San († 1855), día 24 (memoria), 580-585.
Andrés Trang Van Trong, San († 1835), día 28, 691-692; (memoria: día 24, 580-585).
Andrés Tuong, San († 1862), día 24 (memoria), 580-585.
Anfiloquio de Iconio, San († 403), día 23, 574.
Ángel Sastre Corporales, Bto. († 1936), día 28, 673-684.
Ángeles de San José (Francisca) Lloret Martí, Bta. († 1936), día 20, 496-502.
Antonia de San Timoteo Gosens Saez de Ibarra, Bta. († 1936), día 24, 602.
Antonio Baldinucci, Bto. († 1717), día 7, 145-151.
Antonio Kimura, Bto. († 1619), día 27, 661-662.
Antonio Martínez Gil-Leonís, Bto. († 1936), día 30, 738-740.
Antonio Nguyen Huu (Nam) Quynh, San († 1840), día 24 (memoria), 580-585.
Antonio Pedro Nguyen Dich, San († 1838), día 24 (memoria), 580-585.
Arcadio, San († 473), día 13, 326.
Armengol de Urgel, San († 1035), día 3, 74-81.

Arturo Donoso Murillo, Bto. († 1936), día 30, 738-740.
Atenodoro, San († 304), día 7, 156.
Auxencio, San († 307), día 5, 122.

Barlaam, San († 303), día 19, 482.
Bartolomé de Grottaferrata, Bto. († 1065), día 11, 256-257.
Bartolomé Seki, Bto. († 1619), día 27, 661-662.
Beatriz de Ornacieux, Bta. († 1309), día 25, 611-618.
Belino de Padua, San († 1147), día 26, 646-647.
Benigno de Dijon, San (fecha desconocida), día 1, 25.
Benito (de Casimierz), San († 1003), día 12, 282-283.
Berardo, San († 1130), día 3, 82-83.
Bernardino de Fossa, Bto. († 1503), día 27, 660.
Bernardo, San († 1022), día 20, 485-490.
Bernardo Lichtenberg, Bto. († 1943), día 5, 116-122.
Bernardo Vu Van Due, San († 1838), día 24 (memoria), 580-585.
Bertrán (Francisco) Lahoz Moliner, Bto. († 1936), día 22, 549-551.
Bricio, San († 444), día 13, 325-326.
Bronislao Kostowski, Bto. († 1942), día 27, 663.

Cándida de Nuestra Señora de los Ángeles Cayuso González, Bta. († 1936), día 24, 602.
Carlos Borromeo, San († 1584), día 4 (memoria; tránsito: día 3), 85-90.
Carolina Kózka, Bta. († 1914), día 18, 470-471.
Catalina de Alejandría, Sta. (fecha desconocida), día 25, 603-611.
Cayetana Sterni, Bta. († 1889), día 26, 635-639.
Cayo Coreano, Bto. († 1627), día 15, 385.
Cecilia, Sta. (fecha desconocida), día 22, 527-535.
Cecilia Yu So-Sa, Sta. († 1839), día 23, 576-577.
Cerun, hijo de Kurazi, Bto. († 1895), día 22, 535-540.
Cipriano de Calamizzi, San († 1190), día 20, 503-504.
Clara de Nuestra Señora de la Esperanza Ezcurra Urrutia, Bta. († 1936), día 24, 602.
Claro, San († 396), día 8, 176-177.
Clemente Díez Sahagún, Bto. († 1936), día 28, 673-684.
Clemente I (papa), San († s. I), día 23, 552-558.
Clemente Ignacio Delgado Cebrián, San († 1838), día 24 (memoria), 580-585.
Clemente Kiuyemon, Bto. († 1622), día 1, 27-29.
Colmán de Cloyne, San († 604), día 24, 600.
Columbano, San († 615), día 23, 558-565.
Concepción de San Ignacio Odriozola Zabala, Bta. († 1936), día 24, 602.
Concepción de Santa Magdalena Rodríguez Fernández, Bta. († 1936), día 24, 602.
Conrado de Constanza, San († 975), día 26, 646.
Corazón de Jesús (María de la Purificación) Gómez Vives, Bta. († 1936), día 20, 496-502.
Cosme de Carboniano, Bto., cf. Gomisdas Keumurgian.
Cosme Takeya, Bto. († 1619), día 18, 467-468.
Crescente, San († 453-460), día 28, 689-690.
Cresconio, San († 453-460), día 28, 689-690.
Crisógono, San († s. IV), día 24, 599.

Crispín de Écija, San († s. III), día 20, 502.
Cristián (de Casimierz), San († 1003), día 12, 282-283.
Cristina de Stommeln, Bta. († 1312), día 6, 136-137.
Cuniberto de Colonia, San († 663), día 12, 281-282.
Cutberto Mayne, San († 1577), día 30, 727-733.

Daría de Santa Sofía Campillo Paniagua, Bta. († 1936), día 24, 602.
David, hijo de David, Bto. († 1895), día 22, 535-540.
Dedicación de la Basílica de Letrán en honor de Cristo Salvador, día 9, 182-185.
Dedicación de las basílicas romanas de los santos Pedro y Pablo, día 18, 438-443.
Dedicación del Santo Sepulcro, día 9, 760-766.
Delfina, Bta. († ca. 1360), día 26, 648.
Deodato Aribert, San († 1391), día 14, 336-342.
Diego de Cádiz (Santiago) García Molina, Bto. († 1936), día 30, 738-740.
Diego de San Nicolás, San († 1463), día 12, 276-281.
Dionisio de la Natividad (Pedro) Berthelot, Bto. († 1638), día 29, 698-703.
Dionisio Fujishima, Bto. († 1622), día 1, 27-29.
Diosdado I (papa), San († 618), día 8, 177-178.
Domingo Bui Van Uy, San († 1839), día 24 (memoria), 580-585.
Domingo Câm, Sto. († 1859), día 24 (memoria), 580-585.
Domingo Henares, Sto. († 1838), día 24 (memoria), 580-585.
Domingo Huyen, Sto. († 1862), día 24 (memoria), 580-585.
Domingo Jorge, Bto. († 1619), día 18, 467-468.
Domingo (Lorenzo) Ngon, Sto. († 1862), día 24 (memoria), 580-585.
Domingo Mau, San († 1858), día 5, 123; (memoria: día 24, 580-585).
Domingo Nguyen, Sto. († 1862), día 24 (memoria), 580-585.
Domingo Nguyen Van (Doan) Xuyen, San († 1839), día 26, 650-651; (memoria: día 24, 580-585).
Domingo Nguyen Van Hanh (Dieu), San († 1838), día 24 (memoria), 580-585.
Domingo Nhi, Sto. († 1862), día 24 (memoria), 580-585.
Domingo Nicolás Dinh Dat, Sto. († 1839), día 24 (memoria), 580-585.
Domingo Ninh, Sto. († 1862), día 24 (memoria), 580-585.
Domingo Pham Trong Am Kham, San († 1859), día 24 (memoria), 580-585.
Domingo Toai, Sto. († 1862), día 24 (memoria), 580-585.
Domingo Trach, Sto. († 1840), día 24 (memoria), 580-585.
Domingo Tuoc, Sto. († 1839), día 24 (memoria), 580-585.
Domnino, San († 307), día 5, 122.

Edmundo (Rich) de Canterbury, San († 1240), día 16, 393-400.
Edmundo, San († 869), día 20, 503.
Eduardo Bautista Jiménez, Bto. († 1936), día 28, 673-684.
Eduardo Burden, Bto. († 1588), día 29, 708-709.
Eduardo Osbaldeston, Bto. († 1594), día 16, 406.
Elena Enselmini, Bta. († 1242), día 4, 100.
Elías (Julián) Torrijo Sánchez, Bto. († 1936), día 22, 549-551.

Eliseo García García, Bto. († 1936), día 19, 483-484.
Emerico, San († 1031), día 4, 99.
Engelberto de Colonia, San († 1225), día 7, 142-145.
Enrique Hlebowicz, Bto. († 1941), día 9, 206.
Erundina de Nuestra Señora del Carmen Colino Vega, Bta. († 1936), día 24, 602.
Esteban de Cúneo, San († 1391), día 14, 336-342.
Esteban el Joven, San († 764), día 28, 690-691.
Esteban Nguyen Van Vinh, San († 1839), día 24 (memoria), 580-585.
Esteban Teodoro Cuenot, San († 1861), día 14, 342-351.
Eugenio de Toledo, San († 657), día 13, 290-295.
Eugenio de Toledo, San († s. I), día 15, 767-772.
Eustracio, San († 453-460), día 28, 689-690.
Eutiquiano, San († 473), día 13, 326.

Facundo, San († s. IV), día 27, 652-654.
Federico de Ratisbona, Bto. († 1329), día 30, 734-735.
Feliciana de Nuestra Señora del Carmen Uribe Orbe, Bta. († 1936), día 24, 602.
Felipe Phan Van Minh, San († 1853), día 24 (memoria), 580-585.
Félix, San († 453-460), día 28, 689-690.
Félix de Nola, San († s. IV/V), día 15, 383.
Félix de Valois, San († 1212), día 4, 90-96.
Filemón de Colosas, San († s. I), día 22, 548.
Filipina Rosa Duchesne, Sta. († 1852), día 18, 447-453.
Filoteo, San († 307), día 5, 122.
Flora (de Córdoba), Sta. († 851), día 24, 585-595.
Florenciano, San († 453-460), día 28, 689-690.
Francisca de Amboise, Bta. († 1485), día 4, 96-97.
Francisco Antonio Fasani, San († 1742), día 29, 703-708.
Francisco Gil de Federich, San († 1765), día 24 (memoria), 580-585.
Francisco Jaccard, San († 1838), día 24 (memoria), 580-585.
Francisco Javier Can, San († 1837), día 20, 504-505.
Francisco Javier Can, San († 1837), día 24 (memoria), 580-585.
Francisco Javier Ha Trong Mau, San († 1839), día 24 (memoria), 580-585.
Francisco Minh Chieu, San († 1838), día 24 (memoria), 580-585.
Francisco Phan Van Trung, San († 1858), día 24 (memoria), 580-585.

Gabriel Ferretti, Bto. († 1456), día 9, 202-203.
Galgano Guidotti, San († 1181), día 30, 733-734.
García, San († 1073), día 25, 784-787.
Gaudioso, San († s. VI), día 3, 779.
Gelasio I (papa), San († 496), día 21, 510-516.
Gertrudis la Magna, Sta. († 1302), día 19 (memoria; tránsito: día 17), 478-482.
Godofredo, San († 1115), día 8, 179.
Gomidas Keumurgian, Bto. († 1707), día 5, 101-111.
Gracia de Cátaro, Bto. († 1508), día 9, 204-205.
Gregorio de Tours, San († 594), día 17, 417-420.

Gregorio el Taumaturgo, San († 270), día 17, 412-417.
Gregorio Lakota, Bto. († 1950), día 5, 125.
Grimoaldo de la Purificación (Fernando) Santamaría, Bto. († 1902), día 18, 469-470.
Guido María Conforti, Bto. († 1931), día 5, 111-116.
Guillermo Gibson, Bto. († 1596), día 29, 709-710.
Guillermo Knight, Bto. († 1596), día 29, 709-710.
Guillermo (Vicente) Llop Gayá, Bto. († 1936), día 28, 673-684.
Gulstano, San († 1040), día 27, 660.

Habetdeus, San († 453-460), día 28, 689-690.
Hesiquio de Vienne, San († 490), día 12, 281.
Hilario (Antonio) Delgado Vílchez, Bto. († 1936), día 28, 673-684.
Hilda, Sta. († 680), día 17, 431-432.
Homobono de Cremona, San († 1097), día 13, 302-304.
Honesto de Nimes, San († 270), día 28, 793-794.
Hortulano, San († 453-460), día 28, 689-690.
Hugo de Lincoln, San († 1200), día 17, 424-430.
Hugo de Novara, San († 1180), día 17, 432.
Hugo Faringdon, Bto. († 1539), día 15, 358-360.
Hugo Taylor, Bto. († 1585), día 26, 648-649.
Humilde de Bisignano, San († 1637), día 26, 649-650.

Ignacia del Santísimo Sacramento (Josefa) Pascual Pallardó, Bta. († 1936), día 20, 496-502.
Inés de Asís, Sta. († 1253), día 16, 401-404.
Inés Le Thi Thanh De, Sta. († 1841), día 24 (memoria), 580-585.
Invención de las Reliquias de los Mártires de Córdoba, día 26, 787-793.
Isaac (de Casimierz), San († 1003), día 12, 282-283.
Isabel Achlin, Bta. († 1420), día 25, 624.
Isabel de Hungría, Sta. († 1231), día 17, 407-412.
Isabel de la Santísima Trinidad Catez, Bta. († 1906), día 9, 186-192.
Isabel Ferrer Sabriá, Bta. († 1936), día 20, 496-502.
Isidoro Martínez Izquierdo, Bto. († 1936), día 28, 673-684.

Jacinto Castañeda, San († 1773), día 7, 157-160; (memoria: día 24, 580-585).
Jacinto Serrano López, Bto. († 1936), día 25, 625-626.
Jaime de la Marca, San († 1476), día 28, 664-673.
Jaime Meseguer Burillo, Bto. († 1936), día 25, 625-626.
Jerónimo Hermosilla, San († 1861), día 1, 13-19.
Jerónimo Hermosilla, San († 1861), día 24 (memoria), 580-585.
Jesucristo, Rey Universal, 743-748.
Jesús Gesta de Piquer, Bto. († 1936), día 30, 738-740.
Joanicio, San († 846), día 3, 81-82.
Jordán de San Esteban (Jacinto) Ansalone, San († 1634), día 17, 434-436.
Jorge Errington, Bto. († 1596), día 29, 709-710.
Jorge Napper, Bto. († 1610), día 9, 205-206.
Josafat Kocylovsky, Bto. († 1947), día 17, 437.
Josafat (Juan) Kuncewicz, San († 1623), día 12, 258-267.

Josafat (Roberto Mateo) Siskov, Bto. († 1952), día 13, 320-325.
José (de Persia), San († 343), día 10, 222.
José Dang Dinh (Nien) Vien, San († 1838), día 24 (memoria), 580-585.
José Do Quang Hien, San († 1840), día 24 (memoria), 580-585.
José Fernández, San († 1838), día 24 (memoria), 580-585.
José Hoang Luong Canh, San († 1838), día 24 (memoria), 580-585.
José Le Dang Thi, San († 1860), día 24 (memoria), 580-585.
José Marchand, San († 1835), día 30, 736-737; (memoria: día 24, 580-585).
José María Díaz Sanjurjo, San († 1857), día 24 (memoria), 580-585.
José Medes Ferri, Bto. († 1936), día 12, 284-285.
José Mkasa Balikuddembé, San († 1885), día 15, 386.
José Mora Velasco, Bto. († 1936), día 28, 673-684.
José Nguyen Dinh Nghi, San († 1840), día 8, 180-181; (memoria: día 24, 580-585).
José Nguyen Dinh Upen, San († 1838), día 24 (memoria), 580-585.
José Nguyen Duy Khang, San († 1861), día 24 (memoria), 580-585.
José Nguyen Van Luu, San († 1854), día 24 (memoria), 580-585.
José Otín Aquilé, Bto. († 1936), día 30, 740.
José Pham Trong Cai Ta, San († 1859), día 24 (memoria), 580-585.
José Pignatelli, San († 1811), día 15, 364-369.
José Ruiz Cuesta, Bto. († 1936), día 28, 673-684.
José Tuan, San († 1861), día 24 (memoria), 580-585.
José Tuc, San († 1862), día 24 (memoria), 580-585.
Josefa María Barrera Izaguirre, Bta. († 1936), día 18, 454-465.
Juan Alcalde y Alcalde, Bto. († 1936), día 28, 673-684.
Juan Antonio Burró Mas, Bto. († 1936), día 5, 123-124.
Juan Bautista Con, San († 1840), día 8, 180-181; (memoria: día 24, 580-585).
Juan Bautista Dinh Van Than, San († 1840), día 24 (memoria), 580-585.
Juan Bodey, Bto. († 1583), día 2, 58.
Juan Carlos Cornay, San († 1837), día 24 (memoria), 580-585.
Juan Cini de la Paz, Bto. († 1453), día 12, 283.
Juan Dat, San († 1798), día 24 (memoria), 580-585.
Juan (de Casimierz), San († 1003), día 12, 282-283.
Juan de Vercelli, Bto. († 1283), día 30, 720-727.
Juan del Castillo, San († 1628), día 17, 433-434.
Juan Doan Trinh Hoan, San († 1861), día 24 (memoria), 580-585.
Juan Duns Escoto, Bto. († 1308), día 8, 162-168.
Juan el Limosnero, San († 620), día 11, 234-240.
Juan Eynon, Bto. († 1539), día 15, 358-360.
Juan Gonga Martínez, Bto. († 1936), día 13, 328-329.
Juan, hijo de Baldji, Bto. († 1895), día 22, 535-540.
Juan Iwanaga, Bto. († 1619), día 27, 661-662.

Juan Jesús (Mariano) Adradas Gonzalo, Bto. († 1936), día 28, 673-684.
Juan Liccio, Bto. († 1511), día 14, 352.
Juan Luis Bonnard, San († 1852), día 24 (memoria), 580-585.
Juan Motoyama, Bto. († 1619), día 27, 661-662.
Juan Rugg, Bto. († 1539), día 15, 358-360.
Juan Teófanes Vénard, San († 1861), día 24 (memoria), 580-585.
Juan Thorne, Bto. († 1539), día 15, 358-360.
Juan Yoshida Shoun, Bto. († 1619), día 18, 467-468.
Juana de Signa, Bta. († 1307), día 9, 202.
Julián Plazaola Artola, Bto. († 1936), día 28, 673-684.
Justa de María Inmaculada Maiza Goicoechea, Bta. († 1936), día 24, 602.
Justo de Canterbury, San († 627), día 10, 223.

Kadir, hijo de Xodianin, Bto. († 1895), día 22, 535-540.

Lázaro, San († 867), día 17, 421-423.
Lázaro (el estilita), San († 1054), día 7, 156-157.
Lázaro (Juan María) Múgica Goiburu, Bto. († 1936), día 28, 673-684.
Leandro de Sevilla, San († 600), día 13, 286-290.
Leocadio, San († s. IV), día 16, 404-405.
León I Magno (papa), San († 461), día 10, 207-214.
León Nakanishi, Bto. († 1619), día 27, 661-662.
Leonardo, San († s. VI), día 6, 134-135.
Leonardo de Porto Mauricio, San († 1751), día 26, 630-635.
Leonardo Kimura, Bto. († 1619), día 18, 467-468.
Leopoldo, San († 1136), día 15, 384.
Lope Sebastián Hunot, Bto. († 1794), día 17, 436-437.
Lorenzo Nguyen Van Huong, San († 1856), día 24 (memoria), 580-585.
Lorenzo O'Toole, San († 1180), día 14, 330-332.
Lucas Pham Trong Cai Thin, San († 1859), día 24 (memoria), 580-585.
Lucas Vu Van Loan, San († 1840), día 24 (memoria), 580-585.
Lucía Broccadelli, Bta. († 1544), día 15, 384-385.
Lucrecia de Mérida, Sta. († s. IV), día 23, 573.
Luis Beltrame Quatrocchi, Bto. († 1951), día 9, 192-202.
Luis Campos Górriz, Bto. († 1936), día 28, 685-689.
Luis Morbioli, Bto. († 1485), día 9, 203-204.
Luis Roque Gientyngier, Bto. († 1941), día 30, 741.
Lusor, San († s. IV), día 16, 404-405.

Malaquías, San († 1148), día 2, 41-50.
Mamarduco Bowes, Bto. († 1585), día 26, 648-649.
Mansueto, San († 453-460), día 28, 689-690.
Manuel Le Van Phung, San († 1859), día 24 (memoria), 580-585.
Manuel Nguyen Van Trieu, San († 1798), día 24 (memoria), 580-585.
Marcela de Santo Tomás (Áurea) Navarro, Bta. († 1936), día 20, 496-502.

Margarita (reina), Sta. († 1093), día 16, 387-392.
Margarita de Lorena, Bta. († 1521), día 2, 57-58.
Margarita de Saboya, Bta. († 1464), día 23, 574-575.
Margarito Flores García, San († 1927), día 12, 284.
María Ana Sala, Bta. († 1891), día 24, 595-599.
María Ángeles Olaizola Garazarga, Bta. († 1936), día 18, 454-465.
María Cecilia (María Felícitas) Cendoya y Araquistain, Bta. († 1936), día 23, 577-578.
María Cecilia Cendoya Araquistain, Bta. († 1936), día 18, 454-465.
María Consuelo del Santísimo Sacramento Cuñado González, Bta. († 1936), día 24, 602.
María Corsini Beltrame Quatrocchi, Bta. († 1965), día 9, 192-202.
María Crucificada (Isabel María) Satellico, Bta. († 1745), día 8, 168-178.
María (de Córdoba), Sta. († 851), día 24, 585-595.
María de Jesús Buen Pastor (Francisca) de Siedliska, Bta. († 1902), día 21, 516-526.
María de Montserrat (Dolores) Llimona Planas, Bta. († 1936), día 20, 496-502.
María de la Asunción (Josefa) Mongoche Homs, Bta. († 1936), día 20, 496-502.
María de la Concepción (Emilia) Martí Lacal, Bta. († 1936), día 20, 496-502.
María de la Gracia (Paula) de San Antonio, Bta. († 1936), día 20, 496-502.
María de la Pasión (Elena) de Chappotin de Neuville, Bta. († 1904), día 15, 369-376.
María de la Paz (María Isabel) López García, Bta. († 1936), día 20, 496-502.
María de los Dolores (Gertrudis) Surís Brusola, Bta. († 1936), día 20, 496-502.
María de los Milagros Ortells Gimeno, Bta. († 1936), día 20, 505-506.
María del Carmen Viel Ferrando, Bta. († 1936), día 5, 124-125.
María del Rosario (Catalina) Calpe Ibáñez, Bta. († 1936), día 20, 496-502.
María del Socorro (Teresa) Jiménez Baldoví, Bta. († 1936), día 20, 496-502.
María del Sufragio (Antonia María) Orts Baldó, Bta. († 1936), día 20, 496-502.
María Engracia Lecuona Arramburu, Bta. († 1936), día 18, 454-465.
María Fortunata (Ana Felisa) Viti, Bta. († 1922), día 20, 490-496.
María Gabriela Hinojosa Naveros, Bta. († 1936), día 18, 454-465.
María Inés Zudaire Galdeano, Bta. († 1936), día 18, 454-465.
María Patrocinio de San Juan Giner Gomis, Bta. († 1936), día 13, 311-320.
Marina de Omura, Sta. († 1634), día 11, 243-250.
Martín de Porres, San († 1639), día 3, 59-74.
Martín de Tours, San († 397), día 11, 225-234.
Martín Ta Duc, San († 1840), día 8, 180-181; (memoria: día 24, 580-585).
Martín Tho, San († 1840), día 8, 180-181; (memoria: día 24, 580-585).
Martiniano (Antonio) Meléndez Sánchez, Bto. († 1936), día 28, 673-684.

Mártires de Vietnam, Stos. († 1745-1862), día 24 (memoria), 580-585.
Mártires Hospitalarios de Ciempozuelos (Madrid), Btos. († 1936), días 28 y 30, 673-684; 738-740.
Mateo Alonso Leziniana, San († 1745), día 24 (memoria), 580-585.
Mateo (de Casimierz), San († 1003), día 12, 282-283.
Mateo Le Van Gam, San († 1847), día 24 (memoria), 580-585.
Mateo Nguyen Van Phuong, San († 1861), día 24 (memoria), 580-585.
Matías Kosaka, Bto. († 1619), día 27, 661-662.
Matías Nakano, Bto. († 1619), día 27, 661-662.
Matilde de Helfta, Sta. († 1298), día 19, 478-482.
Mauro de Cesena, San († 946), día 21, 526-527.
Melchor García Sampedro, San († 1858), día 24 (memoria), 580-585.
Menas, San († 295), día 11, 255.
Miguel Agustín Pro, Bto. († 1927), día 23, 565-573.
Miguel (Francisco) Rueda Mejías, Bto. († 1936), día 30, 738-740.
Miguel Ho Dinh Hy, San († 1857), día 24 (memoria), 580-585.
Miguel Nguyen Huy My, San († 1838), día 24 (memoria), 580-585.
Miguel Takeshita, Bto. († 1619), día 27, 661-662.
Millán de la Cogolla, San († 574), día 12, 267-276.
Moisés de Roma, San († 251), día 25, 622-623.

Narsés, San († 343), día 10, 222.
Nicéforo Salvador del Río, Bto. († 1936), día 30, 738-740.
Niceta de Santa Prudencia Plaja Xifra, Bta. († 1936), día 24, 602.
Nicolás Bui Duc The, San († 1839), día 24 (memoria), 580-585.
Nicolás I el Grande (papa), San († 867), día 13, 295-302.
Nicolás Tavelic, San († 1391), día 14, 336-342.
Nuestra Señora de la Almudena, día 9, 754-760.
Nuño Alvares Pereira, Bto. († 1431), día 1, 26-27.

Odón de Cluny, San († 942), día 18, 443-447.
Otmaro, San († 759), día 16, 405.

Pablo Hanh, San († 1859), día 24 (memoria), 580-585.
Pablo, hijo de Jeremías, Bto. († 1895), día 22, 535-540.
Pablo I de Constantinopla, San († 351), día 6, 126-129.
Pablo (José) Dzidzov, Bto. († 1952), día 13, 320-325.
Pablo Le Bao Thin, San († 1857), día 24 (memoria), 580-585.
Pablo Le Van Loc, San († 1859), día 24 (memoria), 580-585.
Pablo Nguyen Ngan, San († 1840), día 8, 580-585.
Pablo Nguyen Ngan, San († 1840), día 24 (memoria), 580-585.
Pablo Nguyen Van My, San († 1838), día 24 (memoria), 580-585.
Pablo Pham Khac Khoan, San († 1840), día 24 (memoria), 580-585.
Pablo Tong Viet Buong, San († 1833), día 24 (memoria), 580-585.
Papiniano, San († 453-460), día 28, 689-690.
Pascasio, San († 473), día 13, 326.
Paula de Santa Anastasia Isla Alonso, Bta. († 1936), día 24, 602.

Pedro Almató, San († 1861), día 1, 13-19.
Pedro Almató, San († 1861), día 24 (memoria), 580-585.
Pedro Da, San († 1862), día 24 (memoria), 580-585.
Pedro de Alcántara Bernalte Calzado, Bto. († 1936), día 28, 673-684.
Pedro de Alejandría, San († 311), día 25, 623-624.
Pedro de Narbona, San († 1391), día 14, 336-342.
Pedro Doan Van Van, San († 1857), día 24 (memoria), 580-585.
Pedro Dong, San († 1862), día 24 (memoria), 580-585.
Pedro Dumoulin-Borie, San († 1838), día 24 (pasión y memoria), 600-602.
Pedro Dung, San († 1862), día 24 (memoria), 580-585.
Pedro Esqueda Ramírez, San († 1927), día 22, 548-549.
Pedro Francisco Néron, San († 1860), día 3, 83-84.
Pedro María Alcalde Negredo, Bto. († 1936), día 28, 673-684.
Pedro Nguyen Khac Tu, San († 1840), día 24 (memoria), 580-585.
Pedro Nguyen Van Hieu, San († 1840), día 24 (memoria), 580-585.
Pedro Nguyen Van Luu, San († 1861), día 24 (memoria), 580-585.
Pedro Nguyen Van Tu, San († 1838), día 24 (memoria), 580-585.
Pedro Onizuka Sandayu, Bto. († 1622), día 1, 27-29.
Pedro Pablo Navarro, Bto. († 1622), día 1, 27-29.
Pedro Thuan, San († 1862), día 24 (memoria), 580-585.
Pedro Truong Van Duong, San († 1838), día 24 (memoria), 580-585.
Pedro Truong Van Thi, San († 1839), día 24 (memoria), 580-585.
Pedro Vicev, Bto. († 1952), día 13, 320-325.
Pedro Vo Dang Khoa, San († 1838), día 24 (pasión y memoria), 600-602.
Pedro Vu Van Truat, San († 1838), día 24 (memoria), 580-585.
Pedro Wu Guosheng, San († 1814), día 7, 160-161.
Pedro Yi Ho-yong, San († 1838), día 25, 618-622.
Pierio, San († s. IV), día 4, 98-99.
Pío de San Luis Campidelli, Bto. († 1889), día 2, 50-57.
Poncio de Faucigny, San († 1178), día 26, 647-648.
Presentación de la Bienaventurada Virgen María, día 21, 506-510.
Primitivo, San († s. IV), día 27, 652-654.
Probo, San († 473), día 13, 326.

Rafael de San José Kalinowski, San († 1907), día 15, 376-382.
Raimundo Lulio, Bto. († 1315), día 27, 772-777.
Rainiero de Arezzo, Bto. († 1304), día 1, 25-26.
Redento de la Cruz (Tomás) Rodríguez, Bto. († 1638), día 29, 698-703.
Ricardo Whiting, Bto. († 1539), día 15, 358-360.
Rogerio James, Bto. († 1539), día 15, 358-360.
Román, San († 303), día 18, 466.
Román Matsuoka Miota, Bto. († 1619), día 27, 661-662.
Román (Rafael) Touceda Fernández, Bto. († 1936), día 30, 738-740.

Roque González, San († 1628), día 15, 360-364.
Ruperto Mayer, Bto. († 1945), día 1, 19-24.

Salomé de Cracovia, Bta. († 1268), día 17, 432-433.
Salvador Lilli, Bto. († 1895), día 22, 535-540.
Santas Reliquias, día 5, 749-754.
Santiago Alberione, Bto. († 1971), día 26, 639-644.
Santiago Benfatti, Bto. († 1332), día 19, 482-483.
Santiago Do Mai Nam, San († 1838), día 24 (memoria), 580-585.
Santiago el Interciso, San († 420), día 27, 659.
Santiago Thompson, San († 1582), día 28, 691.
Saturnino de Cartago, San († 250), día 29, 708.
Saturnino de Tolosa, San († 250), día 29, 693-698.
Serapio, San († 1240), día 14, 332-336.
Severo (de Barcelona), San († s. IV), día 6, 130-134.
Siardo de Mariëngarde, San († 1230), día 14, 351-352.
Sidonio, San († d. 684), día 15, 384.
Silvestre Guzzolini, San († 1267), día 26, 627-630.
Silvia, Sta. († s. VI), día 3, 81.
Simón Balacchi, Bto. († 1319), día 3, 83.
Simón Phan Dac Hoa, San († 1840), día 24 (memoria), 580-585.
Siricio (papa), San († 399), día 26, 645.

Tadeo Liu Ruiting, San († 1823), día 30, 733.
Teobaldo de Dorat, San († 1070), día 6, 136.
Teodoro Estudita, San († 826), día 11, 240-243.
Teodoro, hijo de David, Bto. († 1895), día 22, 535-540.
Teodoro Jorge Romzsa, Bto. († 1947), día 1, 29-30.
Teótimo, San († 307), día 5, 122.
Teresa de San José (Ascensión) Duart Roig, Bta. († 1936), día 20, 496-502.
Teresa María Cavestany Anduaga, Bta. († 1936), día 18, 454-465.
Timoteo (de Cesarea), San († 307), día 5, 122.
Todos los fieles difuntos, día 2, 31-41.
Todos los Santos, día 1, 4-13.
Todos los Santos Hispalenses, día 3, 780-784.
Tomás Dinh Viet Du, San († 1839), día 26, 650-651; (memoria: día 24, 580-585).
Tomás Hioji Rokuzayemon Nishi, San († 1634), día 17, 434-436.
Tomás Khuong, Sto. († 1860), día 24 (memoria), 580-585.
Tomás Koteda Kiuni, Bto. († 1619), día 27, 661-662.
Tomás Nguyen Van De, San († 1839), día 24 (memoria), 580-585.
Tomás Reggio, Bto. († 1901), día 22, 540-548.
Tomás Toan, Sto. († 1840), día 24 (memoria), 580-585.
Tomás Tran Van Thien, San († 1838), día 24 (memoria), 580-585.

Urbano, San († 453-460), día 28, 689-690.

Valentín Berriochoa, San († 1861), día 1, 13-19.
Valentín Berriochoa, San († 1861), día 24 (memoria), 580-585.
Vardavar, hijo de Dimbalac, Bto. († 1895), día 22, 535-540.

Varmundo de Arboreis, San († 1010), día 13, 328.
Verano de Vence, San († s. V), día 11, 255-256.
Vicente Do Yen, San († 1838), día 24 (memoria), 580-585.
Vicente Duong, San († 1862), día 24 (memoria), 580-585.
Vicente Eugenio Bossilkov, Bto. († 1952), día 11, 250-255.
Vicente Grossi, Bto. († 1917), día 7, 151-155.
Vicente Le Quang Lien, San († 1773), día 7, 157-160; (memoria: día 24, 580-585).
Vicente Nguyen The Diem, San († 1838), día 24 (pasión y memoria), 600-602.
Vicente Tuong, San († 1862), día 24 (memoria), 580-585.
Vicos, San († 453-460), día 28, 689-690.
Vidal (de Bolonia), San († 304), día 4, 98.
Virgilio, San († 784), día 27, 655-659.

Wilehado, San († 789), día 8, 178-179.
Wilibrordo, San († 739), día 7, 138-142.
Winoco, San († 716), día 6, 135.

2. Colaboradores

Aisa, M.ª A. 478-481.
Alcorta Maíz, P. 552-558.
Anasátegui Urrutia, P. de 743-748.
Arnaldich, L. 760-766.
Artero, J. 207-213 527-535.

Batllori, M. 364-369.

Carro Celada, J. A. 19-24 305-310 565-573.
Chico González, P. 145-150 311-319 540-547 664-673.
Colombás, G. M. 138-142.

Díaz Fernández, J. M.ª 142-144 330-332 401-404 652-654.
Dumas, A. 693-697.

Echeverría, L. de 85-90 225-234.
Esteban Romero, A.-A. 276-280.

Ferrando Roig, J. 438-443.
Ferri Chulio, A. de S. 332-336 369-376 496-501 535-540.
Franquesa, A. M. 749-754.
Fuentes, A. 713-720.
Furlong, G. 360-364.

García Figar, A. 59-74.
González Chaves, A. J. 168-176 516-525.
González Rodríguez, M.ª E. 192-201 320-325 447-453 454-465.
González Ruiz, N. 267-276.
González Villanueva, J. 603-610.
Greenstock, D. L. 393-400.

Langa, P. 50-56 243-249 611-617 720-726 727-733.
Llabrés y Martorell, P.-J. 90-95 151-155 510-516 595-599.
Llorca, B. 130-134 558-565 580-585.
López Melús, R. M.ª 214-222.

Martín Abad, J. 13-18 162-168 703-707.
Martín Artajo, J. 407-412.
Morillo, S. 258-267.
Munera, J. 387-392.

Navarro de la Peña, M.ª P. 182-185.
Núñez Uribe, F. 111-116 116-121 250-254 655-659.

Pastor Mateos, E. 754-760.
Peraire Ferrer, J. 74-80 336-342 485-490 685-689.
Pérez Suárez, L. M. 41-50 234-240 358-360 424-430 490-496 627-630.

Repetto Betes, J. L. 25-30 57-58 81-84 98-100 101-111 122-125 126-129 134-137 156-161 176-181 202-206 222-224 255-257 281-285 325-329 342-351 351-352 383-386 404-406 431-438 466-471 482-484 502-506 526-527 548-551 573-578 585-595 599-602 618-622 622-625 635-639 639-644 645-651 659-663 673-684 689-692 708-712 733-741 779 780-784 787-793 793-794.
Riber, L. 772-776.
Rivera Recio, J. F. 767-772.
Rodríguez, J. V. 96-97 186-191 376-382 698-703.

Salas, M. 506-510.
Sánchez Aliseda, C. 31-41.
Sánchez Gómez, J. M. 286-290.
Sauras, E. 354-357.
Sendín Blázquez, J. 240-243 302-304 412-417 417-420.
Serdá, L. 443-447.

Velado Graña, B. 290-295 295-302 421-423 472-478 784-787.
Villapadierna, I. de 630-634.

Yzurdiaga Lorca, F. 4-12.

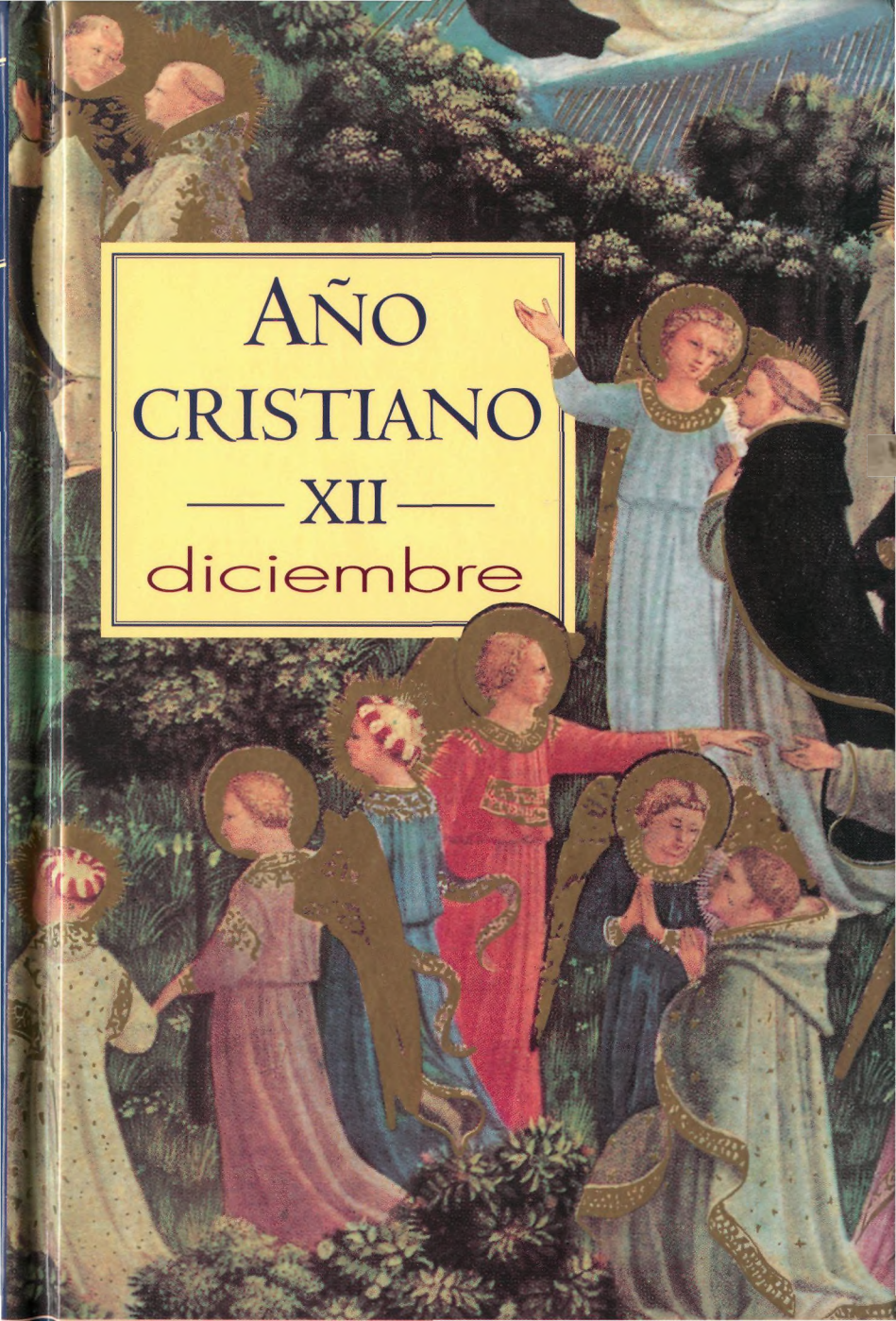

AÑO CRISTIANO

XII

diciembre

AÑO CRISTIANO

XII

Diciembre

COORDINADORES
Lamberto de Echeverría (†)
Bernardino Llorca (†)
José Luis Repetto Betes

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS
MADRID • 2006

Ilustración de portada: *Juicio final* (detalle), Fra Angelico.

Guardas: *El juicio universal* (detalle), Giovanni di Paolo.

Diseño: BAC

© Biblioteca de Autores Cristianos
Don Ramón de la Cruz, 57, Madrid 2006
Depósito legal: M. 51.998-2002
ISBN: 84-7914-629-X (Obra completa)
ISBN: 84-7914-859-4 (Tomo XII)
Impreso en España. Printed in Spain.

ÍNDICE GENERAL

	Págs.
COLABORADORES	IX
PRESENTACIÓN	XI
NOTA INTRODUCTORIA	XV
Santoral de diciembre (martirologio, biografías extensas y biografías breves)	3
FIESTAS MOVIBLES	805
APÉNDICE DEL VOLUMEN	829
DEL SANTORAL DE LAS DIÓCESIS ESPAÑOLAS	839
CALENDARIO ESPAÑOL: MEMORIAS QUE CELEBRAN LAS DIÓCESIS ESPAÑOLAS	841
ÍNDICE ONOMÁSTICO DE COLABORADORES DEL VOLUMEN	843
APÉNDICE GENERAL AL AÑO CRISTIANO	845
ÍNDICE ONOMÁSTICO GENERAL	941

COLABORADORES

A) Biografías extensas

Alcántara Martínez, Pedro de, OFM
Artero, José
Ausejo, Serafín de, OFMCap
Blajot, Jorge, SI
Briceño, Manuel J., SI
Cabanelas, Darío, OFM
Castell Maíques, Vicente
Chico González, Pedro, FSC
Contreras y López de Ayala, Juan
Díaz Carbonell, Romualdo M.ª, OSB
Díaz Fernández, José María
Echeverría, Lamberto de
Fábrega Grau, Ángel
Ferri Chulio, Andrés de Sales
García Barberena, Tomás
Gavarrón, Matilde
Gómez Parente, Odilio, OFM
González Chaves, Alberto José
González Rodríguez, M.ª Encarnación
González Ruiz, Nicolás
Greenstock, David Lionel
Guillén, José
Jiménez Duque, Baldomero
Junco, Alfonso
Langa, Pedro, OSA
Lecea, Juan M.ª
Llabrés y Martorell, Pere-Joan
Llerena, Juan Manuel
Lopetegui, León, SI
Martín Abad, Joaquín
Martín Hernández, F.
Martínez Goñi, Faustino
Montalvillo, Julio
Núñez Uribe, Félix
Peraire Ferrer, Jacinto
Pérez de San Román, Javier
Pérez Suárez, Luis M., OSB (Leyre)
Portero, Luis

REPETTO BETES, José Luis
REVUELTA SAÑUDO, Manuel
RIBER, Lorenzo
RICARD, Robert
RIVERA RECIO, Juan Francisco
RODRÍGUEZ, José Vicente, OCD
SÁNCHEZ ALISEDA, Casimiro
SENDÍN BLÁZQUEZ, José
VALVERDE, José M.ª
VÁZQUEZ, Isaac, OFM
VELADO GRAÑA, Bernardo
VENY BALLESTER, Antonio, CR
VIZMANOS, Francisco de B., SI

B) BIOGRAFÍAS BREVES

REPETTO BETES, José Luis

PRESENTACIÓN

Tras largos años de total *agotamiento editorial* vuelve ahora felizmente al catálogo de la BAC una obra que ocupaba en él un puesto relevante y que fue, durante décadas, alimento espiritual seguro y sabroso para infinidad de lectores: el AÑO CRISTIANO.

Quede, ante todo, constancia de la satisfacción con que la BAC devuelve al público lector —y en cierto modo a toda la Iglesia de habla española— esta obra preciada que tanto se echaba de menos y que nos era requerida con insistencia por muchos lectores y amigos. Larga ha sido la espera. Pero la BAC se complace ahora en relanzar un AÑO CRISTIANO compuesto y acicalado como lo piden las circunstancias eclesiales y articulado en doce volúmenes que ofrecen al lector la variedad y la riqueza del entero santoral de la Iglesia católica.

Las razones del dilatado eclipse que ha sufrido el AÑO CRISTIANO a pesar de su notorio éxito editorial de antaño son pocas y escuetas. Y muy fáciles tanto de explicar cuanto de entender.

El proceso de aceleración en canonizaciones y beatificaciones que ha experimentado la Iglesia después del Vaticano II —y muy singularmente en el pontificado del papa Wojtyla— obligaba obviamente a complementar, corregir y ajustar el venturoso descalabro que el tiempo iba originando en los bosques y jardines de la hagiografía cristiana del pasado. Se imponían una poda y una plantación de renuevos cuya envergadura queda ahora patente en el estirón —de cuatro a doce— que ha experimentado este AÑO CRISTIANO.

Semejante tarea de revisión y actualización la hubiera emprendido la BAC. Era su obligación y su deseo. Pero su efecto habría sido precario. El pontificado de Juan Pablo II estaba ya demostrando con creciente evidencia que la santidad cristiana es una realidad de cada día y de cada latitud; que, por consiguiente, el martirologio o santoral, lejos de ser memoria fosilizada, es un caudal fresco y abundante que riega generosamente

el hoy de la Iglesia. ¿Cómo intentar la actualización de algo que cambia y crece sin cesar?

Por otra parte, es sabido que el Concilio Vaticano II, en su constitución *Sacrosanctum Concilium,* ordenó la revisión y adaptación de todos los libros litúrgicos. El mandato alcanzaba también al Martirologio o Santoral, libro litúrgico de pleno derecho y de peculiar significación y complejidad dadas sus implicaciones históricas que requerían estudios críticos minuciosos y especializados. La tarea de su revisión podía resultar dilatada. ¿Cómo arriesgarse como editorial responsable a componer un AÑO CRISTIANO sin contar con la referencia obligada del Martirologio romano ya autorizadamente puesto al día? ¿No había que sacrificar las prisas editoriales o comerciales a la firmeza histórica y a la seguridad doctrinal que ofreciera la edición posconciliar? ¿No era ésa la mejor forma de servir a los intereses de los lectores?

El proceso de reforma y adaptación del martirologio romano ha durado desde 1966 hasta 2001, año en que apareció finalmente la llamada «edición típica». Una espera que ha otorgado al Martirologio romano una mayor credibilidad histórica, un orden hagiográfico más acorde con la doctrina y las reformas derivadas del Vaticano II y, en consecuencia, mayor fiabilidad para la vida litúrgica y la piedad cristiana.

Contando ya con la pauta insoslayable del martirologio reformado y renovado, se imponía ponerlo cuanto antes al servicio de los lectores y usuarios de habla castellana, tanto en España como en Hispanoamérica. Es un reto que la BAC ha asumido con responsabilidad editorial y que trata ya de cumplir con prontitud y rigor.

Estoy seguro de que nuestros lectores compartirán con la BAC la impresión de que la larga y obligada espera que ha tenido que observar nuestro AÑO CRISTIANO no le priva de sentido ni de oportunidad. Todo lo contrario. El momento presente, con sus grandezas y miserias, con sus luces y sombras en la parcela de lo religioso, hace especialmente atinada la publicación de un santoral serio y documentado de la Iglesia católica.

Son tiempos, los nuestros, de secularización que quiere decir, lisa y llanamente, de descristianización. A su sombra, las

verdades de la fe y los juicios de la moral cristiana pierden vigencia y hasta significado. Algo que ocurre también en el terreno de la hagiografía. No es que haya desaparecido el culto a los santos, pero sí se ha nublado en buena parte su relevancia para la vida cristiana. Con la ignorancia ha sobrevenido la confusión. La cantera del santoral para dar nombres de pila a las personas está en declive. El conocimiento de las vidas de los santos se ha reducido hasta confundirlos con héroes o dioses de los martirologios paganos. Se ha acentuado, aun entre los que se profesan devotos de advocaciones concretas, la brumosidad de los contornos y de los conceptos.

En paralelo con el desconocimiento correcto de las hagiografías, han proliferado las supersticiones y las desviaciones de lo que debería ser una auténtica veneración de los santos. Se observa una notoria reducción de la piedad al utilitarismo. A los santos se los mete cada vez más en la zambra de los videntes, los adivinos, las cartas, la superchería y las voces de ultratumba. Ahora hay santorales para agnósticos y santorales de puro humor a costa de los santos que pueden alcanzar cotas notables de acidez o de impiedad. ¿No es el caso, nada infrecuente, de anuncios y montajes publicitarios a cargo del santoral y al servicio de cualquier producto en el mercado?

El servicio que la BAC pretende prestar con este renovado AÑO CRISTIANO a sus lectores y a la Iglesia tiene perfiles muy precisos.

Principalmente, la mejora de los recursos didácticos para una sabia y atinada catequesis. Los santos, sus vidas y ejemplos, son fuente inagotable para la educación cristiana. No es su utilidad terapéutica o milagrera lo que de ellos nos interesa, sino la enseñanza cristiana que se deriva de sus virtudes y conductas como testigos de Jesucristo, como reflejos de su vida y como *caminos* que nos llevan al *Camino* por excelencia, que es Él.

Este AÑO CRISTIANO no pretende, por tanto, fomentar la *santería* en detrimento de la *cristería,* dicho en términos populares. Muy al contrario, es una contribución a la *Cristología* a través de la *hagiografía.*

Algunos pastores y pastoralistas han alertado sobre el peligro de que el culto a tantos santos y beatos, la proliferación de

tantas devociones particulares, pudiera difuminar, como *efecto colateral,* el aprecio central e irremplazable de Jesucristo. Sería aquello de que los árboles no dejaran ver el bosque.

Ni el peligro ni la advertencia son sólo de hoy. Léanse si no las constituciones conciliares *Lumen gentium* y *Sacrosanctum Concilium.* También la introducción que figura en la edición típica del Martirologio romano.

En cualquier caso, la BAC pone ahora en circulación esta nueva edición de su AÑO CRISTIANO como homenaje a Jesucristo, cumbre de la santidad y modelo de todos los santos y beatos que la Iglesia ha reconocido a lo largo de los siglos como seguidores e imitadores del Maestro. «Por la hagiografía al Cristocentrismo» podría ser el lema de ese propósito editorial.

Perfiladas las circunstancias y las intenciones de esta obra, nada he de decir sobre su articulación, ni sobre los criterios metodológicos o redaccionales que se han seguido en su elaboración. Tanto estos como otros particulares técnicos que ayudarán en su utilización figuran en la *nota introductoria* preparada por el coordinador de la edición.

Con laudes o elevaciones solían cerrar sus páginas los santorales antiguos. La BAC se suma al amén, así sea, que venía después. Y se permitirá a la vez (no podía ser de otra manera) confiar el buen fruto de esta obra a la intercesión de todos los santos y beatos que —sin distinción de grado, sexo o condición— poblarán las páginas de este AÑO CRISTIANO renacido en los umbrales todavía del tercer milenio.

JOAQUÍN L. ORTEGA

NOTA INTRODUCTORIA

Definido el propósito de reeditar el AÑO CRISTIANO, empezamos por fijar criterios que sirvieran de guía para la nueva edición, y que ahora exponemos para información del lector y facilidad de su uso.

En primer lugar se fijó el criterio de que, con muy escasas excepciones, se reeditaría todo el conjunto de artículos que componía la segunda edición, la de 1966. Su texto no ha sufrido revisión ni variación. Va tal cual lo escribieron en su tiempo los diferentes y acreditados autores que lo firman. En el fondo no han tenido más añadidura que la referencia a la canonización de aquellos santos que entonces eran solamente beatos. Y esas excepciones son sobre todo las debidas a las variaciones introducidas por el nuevo Misal de Pablo VI, de 1969, que tiene algunos cambios en la denominación de fiestas, como la del 1 de enero, o en el santoral.

Pero no se quería simplemente reeditar, sino que se quería también completar y poner al día. Para completar, hemos añadido santos o beatos importantes anteriores a las últimas canonizaciones y beatificaciones y que en su día no se biografiaron en las primeras ediciones. Para poner al día, hemos añadido los nombres de muchos santos y beatos que en estos últimos tiempos han sido declarados tales por la Iglesia, y cuyo número, como es bien sabido, es grande.

Nos pareció que saldría una obra demasiado abultada si a cada uno de todos estos santos o beatos les señalábamos una nota biográfica de la misma extensión que las de las ediciones anteriores. Y para evitar ese tamaño demasiado crecido pero para no pasarlos tampoco en silencio hemos dividido las biografías en *extensas* y en *breves*. El criterio seguido para asignar a un santo o beato una biografía extensa o breve ha sido el de su importancia en el santoral: por ser más o menos conocido, por ser significativo de un tiempo o una situación, o por ser intere-

sante al público de habla hispana, o por ser fundador o fundadora de una comunidad religiosa, a todos los cuales fundadores o fundadoras hemos tomado el criterio de dedicar una biografía extensa. Y naturalmente hemos tenido en cuenta el cada día mayor santoral de las Iglesias iberoamericanas.

Hemos añadido también artículos referentes a los tiempos litúrgicos, por ejemplo *Cuaresma,* ya que son parte importante y vital de lo que se llama el año cristiano.

Y hemos añadido a cada día su martirologio o lista de los santos y beatos que para esa fecha señala el Martirologio romano. De esta forma, cada día puede saber el lector cuáles son los santos que la Iglesia conmemora, y de la mayoría de ellos tiene una nota biográfica, extensa o breve.

Esta obra sigue el nuevo *Martirologio romano* que, como edición típica, ha sido publicado el año 2001. Este seguimiento ha hecho que no demos entrada en el *Año cristiano* sino a los santos y beatos que en dicho Martirologio se recogen, enviando al Apéndice las notas biográficas de otros que no están incluidos en él pero que pueden resultar interesantes, por ejemplo, por celebrarlos, en su propio de los santos, alguna diócesis española. De todos modos son muy pocos. Igualmente ha obligado el seguimiento del nuevo Martirologio romano a resituar no pocas biografías que en las ediciones anteriores se encontraban en otras fechas y que han sido pasadas al día que ahora se les asigna.

Nos parece que este criterio de seguir el nuevo Martirologio no necesita defensa. Pues aunque se le hayan encontrado al texto del mismo algunos fallos de detalle, sustancialmente es un texto definitivo. No olvidemos que el Martirologio es un libro litúrgico, editado por la Congregación del Culto Divino y de la Disciplina de los Sacramentos, promulgado por la autoridad del Romano Pontífice, cumpliendo una determinación del Concilio Vaticano II. Se trata del registro oficial de santos y beatos que hace para su uso la Iglesia Romana y que tiene vigencia en todo el ámbito, tan mayoritario dentro de la Iglesia, del rito romano. Hay que decir que en su actual edición se ha hecho una grande e inmensa labor, verdaderamente meritoria, y que con ella se ha cumplido el objetivo conciliar de máxima historicidad, y el de

poner al día esta lista oficial con la añadidura no solamente de los nuevos santos sino también de los beatos, ya que, aunque en distintos niveles, unos y otros reciben legítimamente culto público en la Iglesia.

Con respecto a la bibliografía digamos que hemos seguido el criterio que se usó en las ediciones anteriores. Se ofrece en el primer volumen una bibliografía general actualizada. En ella se indican las obras que se refieren a todo el calendario o a una parte de él, por ejemplo, el santoral de una nación, el de una congregación u orden religiosa, el de los mártires de una persecución, etc. La bibliografía específica de cada santo o beato de las biografías extensas va al final de cada una de ellas.

Hemos pensado que con estos criterios volvemos a darle al lector el ya clásico AÑO CRISTIANO de la BAC pero con ampliaciones y mejoras que esperamos merezcan su atención.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES
Coordinador

AÑO CRISTIANO

XI

Diciembre

1 de diciembre

A) MARTIROLOGIO [1]

1. La conmemoración de San Nahún, profeta **.
2. En Milán (Transpadania), San Castriciano († s. III), obispo.
3. En Poitiers (Aquitania), Santa Florencia († s. IV), virgen.
4. En Fréjus (Provenza), San Leoncio († 433), obispo *.
5. En Le Mans (Neustria), San Domnolo († 581), obispo.
6. En Verdún (Austrasia), San Agerico († 588), obispo *.
7. En Noyon (Neustria), San Eloy o Eligio († 660), obispo **.
8. En Cotiniola (Emilia), Beato Antonio Bonfadini († 1482), presbítero, de la Orden de Menores *.
9. En Colchester (Inglaterra), Beato Juan Beche († 1539), presbítero, abad benedictino, martirizado por orden del rey Enrique VIII **.
10. En Londres (Inglaterra), santos Edmundo Campion **, Rodolfo Sherwin * y Alejandro Briant *, presbíteros, martirizados en 1591 bajo el reinado de Isabel I. El primero y el tercero eran religiosos de la Compañía de Jesús.
11. En York (Inglaterra), Beato Ricardo Langley († 1586), mártir bajo el reinado de Isabel I *.
12. En el campo de concentración de Auschwitz (Polonia), Beato Casimiro Sykulski († 1941), presbítero y mártir*.
13. En Dire Dawa (Etiopía), Beata Liduina (Elisa Ángela) Meneguzzi († 1941), virgen, de Instituto de San Francisco de Sales **.
14. En Isiro (República Democrática del Congo), Beata Clementina (Anaurite) Nengapeta († 1964), virgen, de la Congregación de Hermanas de la Sagrada Familia, mártir **.
15. En Tamanrasset (Argelia), Beato Carlos de Foucauld († 1916), presbítero **.

[1] Los asteriscos que aparecen en el martirologio hacen referencia a las biografías que siguen a continuación, que serán extensas (**) o breves (*).

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN NAHÚN

Profeta (Antiguo Testamento)

El nombre Nahún significa «el que consuela». Esta fue la misión del santo profeta: Levantar el ánimo de su pueblo sojuzgado entonces por los asirios y consolarlo con sus oráculos, que presentan vigorosamente la inexorable justicia de Dios en la historia.

Con certeras palabras señala esta misión el *Martirologio romano* actual en su elogio, a la cabecera de los santos recordados el 1 de diciembre: «Conmemoración del santo profeta Nahún: Proclamó, en su predicación, a Dios que rige la historia y juzga a las naciones con justicia».

El título de su breve escrito, «Oráculo sobre Nínive», nos señala también su lugar de origen: «Libro de la visión de Nahún de Elcós», probablemente en territorio judío, puesto que su ministerio se desarrolló en Judá, cuyas fiestas exhorta a celebrar (cf. 2,1) y casi seguro en la misma capital, Jerusalén.

Tal vez fue el único profeta que vivió durante el largo reinado de Manasés (698-643 a.C.). Nos pueden ayudar a situarlo con mayor precisión, dos acontecimientos históricos a los que se refiere explícitamente: la impresionante caída y ruina de Nínive, capital del imperio asirio, ocurrida en 612, y la anterior destrucción de Tebas, en Egipto (662 a.C.), que le sirve al profeta de recuerdo ejemplarizante, para escarmiento.

Los grandes imperios rivales de Asiria y Egipto oprimen a los pequeños reinos intermedios como Judá y se disputan su vasallaje.

La época más brillante de los asirios fue el reinado de Asurbanipal (668-626 a.C). Famoso por sus expediciones militares, que lograron la mayor expansión de su imperio, lo fue también por haber creado una inmensa biblioteca de textos literarios en su palacio de Nínive. Una de sus triunfales expediciones a Egipto concluyó el 662 con la terrible y memorable devastación de Tebas.

Pero, a la muerte de Asurbanipal el 626, o tal vez el 630, ya había comenzado el declive del imperio asirio. En Egipto, Psa-

mético I (664-610) había logrado reunir bajo su poder todo el territorio nacional y, hacia el 650, la gran nación asiria había tenido que abandonar Egipto.

En Judá, Manasés, sucesor de Ezequías, seguía sometido a Siria como un vasallo fiel, tolerando acantonar tropas asirias en su territorio. La Biblia da un juicio negativo sobre este rey de Judá porque permitió el culto a divinidades paganas, lo mismo que su hijo Amón, que fue asesinado en un complot de sus propios generales. El pueblo sentó en el trono a su hijo Josías de ocho años de edad. En estas circunstancias el imperio asirio declinaba rápidamente asediado por los caldeos, que conquistaron Babilonia el 625, capitaneados por Nabupolasar, independizando la ciudad definitivamente de Asiria.

En alianza con el rey de los medos, puso en graves aprietos a los asirios hasta llegar a la destrucción de Nínive, la capital del imperio, el año 612 a.C.

Comparando estos dos acontecimientos históricos de tanto relieve, aludidos por el profeta, se podrá datar la predicación y la obra literaria de Nahún entre los años 668 y 654 a.C., fechas que abarcan, desde la destrucción de Tebas hasta la de su restauración posterior. Según esta probable datación, vivió Nahún poco antes de la destrucción de Nínive anunciándola proféticamente, después de haber criticado con dureza la indigna sumisión de Manasés.

El profeta Nahún es también un gran poeta, de inspiración y nobleza cercanas a las de Isaías. Su estilo es vibrante; su poesía exquisita; sus descripciones vivas, con la técnica de un pintor expresionista. Nadie como él ha sabido evocar el asalto y derrota de una gran ciudad, el pánico, la agitación. Ninguno se ha atrevido a acumular la serie alucinante de adjetivos y de imágenes metafóricas.

El poema de Nahún canta esa grande y terrible fecha de la historia universal, el año 612, cuando caldeos y medos toman por asalto la gran urbe, Nínive, que había descargado su crueldad sobre tantos pueblos, hasta hacerse proverbial.

Desaparece Asiria, retorna Babilonia, y se anuncia una nueva potencia e imperio: Media.

Describiendo con exaltada pasión la caída del gran imperio, Nahún está cantando al Señor de la historia que hace sonar su

hora a los poderosos de este mundo. Se siente vibrar aquí toda la pasión de Israel contra el enemigo hereditario y secular: el pueblo de Asur. Y recoge el canto de la esperanza que despierta su caída.

La profecía de Nahún se abre con un salmo alfabético incompleto. Aclama el poder de Dios, único y supremo Juez que salva a su pueblo y golpea a sus enemigos. Se hace patente en la naturaleza y se manifiesta ahora en la historia protegiendo a Israel y castigando a sus enemigos.

«¡Dios celoso y vengador Yahvé,
vengador Yahvé y rico en ira!
Se venga Yahvé de sus adversarios,
guarda rencor a sus enemigos.
Yahvé tardo a la cólera,
pero grande en poder,
y a nadie deja impune Yahvé.
Camina en la tempestad y el huracán,
las nubes son el polvo de sus pies» (1,2-3).

«Los montes tiemblan ante él,
se estremecen las colinas;
en su presencia se levanta la tierra,
el orbe y los que lo habitan» (1,5).

«Bueno es Yahvé para quien lo espera,
un refugio el día de la angustia;
conoce los que a él se acogen,
cuando pasa la inundación.
Extermina a los que se alzan contra él,
A sus enemigos empuja a las tinieblas» (1,7-8).

Del plano general pasa el profeta a lo concreto: Judá es quien confía en Yahvé y el enemigo es el Rey de Nínive. Ambos reciben oráculos contrapuestos. Judá, de consuelo y alegría porque la opresión va a terminar.

«Así dice Yahvé:
Aunque estén sanos, por muchos que sean,
serán talados y desaparecerán.
Si te he humillado,
no volveré a humillarte,
pues ahora quebraré tu yugo,
romperé tus cadenas» (1,12-13).

«¡Mirad por los montes los pies del mensajero que anuncia la paz!
Celebra tus fiestas, Judá,
cumple tus votos,
que ya no volverá a pasar por ti Belial:
ha sido extirpado del todo» (2,1).

«Yahvé repara la viña de Jacob, como la viña de Israel.
Devastadores la habían devastado,
habían destruido sus sarmientos». (2,3)

Sin embargo, el rey de Nínive, acusado de conspirar contra el Señor, quedará sin descendencia, sin dioses que lo protejan, condenado al sepulcro.

«¿De ti ha salido el que tramaba el mal contra Yahvé,
el consejero de Belial» (1,11).

«Esto te depara Yahvé: tu apellido no tendrá descendencia;
extirparé del templo de tus dioses imágenes fundidas y esculpidas,
prepararé tu tumba, porque eres despreciable» (1,14).

A partir de este momento, Nahún se centra en el castigo de Nínive a través del capítulos 2,4-14 y 3,1-19. Con una técnica casi cinematográfica, el profeta acerca el objetivo de su cámara a la gran urbe, comenzando por el detalle de un escudo rojo, de los guerreros valientes, vestidos de escarlata, los carros que brillan como fuego cuando están en formación, los jinetes que se impacientan y se precipitan furiosos en medio de las plazas: «Su aspecto es de antorchas, se lanzan como el relámpago».

«Se da la voz a los bravos;
en su macha se entrechocan;
se apresuran hacia la muralla,
se asegura el parapeto».
Las puertas que dan al Río se abren
y en el palacio cunde el pánico" (2,6-7).

A la conquista sigue el destierro, el saqueo, la devastación:

«La Belleza (estatua de la diosa Istar) es deportada, arrancada,
gimen sus esclavas
con gemidos de paloma,
y se golpean el pecho.
Nínive es una alberca,
cuyas aguas se escapan» (2,8-9).

«"¡Deteneos, deteneos".
Pero nadie se vuelve.
"Saquead la plata, saquead el oro".
¡Es un tesoro inagotable,
repleto de toda clase de objetos preciosos!
¡Destrozo, saqueo, devastación!
¡Ánimos que decaen,
rodillas que vacilan,
espaldas que flaquean,
rostros mudados de color!» (2,4-11).

Aquí reflexiona el profeta sobre la situación anterior de la ciudad, su pecado, y la intervención decisiva de Dios:

«¿Dónde está el cubil de los leones,
dónde la cueva de los cachorros,
adónde iba el león a llevar su cría
sin que nadie le inquietase?
el león desgarraba para sus crías,
despedazaba para sus leonas,
llenaba de presas el escondrijo,
de rapiñas sus cubiles.
Aquí estoy contra ti
—oráculo de Yahvé Sebaot—:
arderán humeantes tus carros,
la espada devorará a tus cachorros;
suprimiré de la tierra tu presa,
no volverá a resonar la voz de tus mensajeros» (2,12-14).

Después de estas amenazas al león de Asur, siguen las proferidas contra Nínive por sus crímenes y crueldades: la guerra y la muerte se apoderan de la ciudad:

«¡Ay de la ciudad sanguinaria, toda ella mentira,
repleta de rapiña,
de incesante pillaje!
¡Chasquido de látigos,
estrépito de ruedas!
¡Caballos que galopan,
carros que saltan,
caballería que avanza,
llamear de espadas
centellear de lanzas...
multitud de heridos,
montones de muertos,
cadáveres sin fin,
se tropieza en cadáveres!» (3,1-3).

El profeta señala las causas del castigo y la intervención de Dios:

«Por todas las prostituciones de la prostituta,
llena de gracia y hechicera,
que vendía a las naciones con sus prostituciones
y a los pueblos con sus hechicerías.
Aquí estoy contra ti
—oráculo de Yahvé Sebaot—:
Levantaré tus faldas hasta tu cara,
mostraré a las naciones tu desnudez,
a los reinos tu vergüenza.
Arrojaré inmundicia sobre ti,
te deshonrare convertida en espectáculo.
Y así todo el que te vea
huirá de tu presencia diciendo
"¡Asolada ha quedado Nínive!
¿Quién se apiadará de ella?
¿Dónde buscará quien la consuele?"» (3,4-7).

Para confirmar que Nínive no escapará de la catástrofe, se recuerda la caída de Tebas (año 654), 3,8-17, con magistral descripción literaria, no menos expresiva:

«También ella fue al destierro,
al cautiverio partió,
también sus hijos fueron estrellados
en las cunas de todas las calles...
todos sus grandes fueron encadenados...» (3,10).

«Tus fortalezas son higueras
cargadas de brevas:
si se las sacude,
caen en la boca que las come.
Los soldados se han vuelto mujeres
entre las tropas enemigas;
abiertas de par en par
las puertas de tu país,
el fuego ha devorado tus cerrojos» (3,12-13).

«Multiplícate como el pulgón,
multiplícate como la langosta;
multiplica tus mercaderes
más que las estrellas del cielo,
tus guardias como langostas

y tus escribas como enjambres de insectos
que se ponen en las tapias
al abrigo del frío;
sale el sol y se van,
se despliegan los pulgones y vuelan
sin que nadie sepa adónde» (3,15-17).

Los versos finales presentan el desastre como si hubiera ocurrido: los reyes y príncipes han muerto, el pueblo se halla disperso por los montes. Nínive ha desaparecido de la historia a causa de su maldad:

«¡Ay cómo duermen tus pastores,
rey de Asiria!
Dormitan tus capitanes,
tu tropa anda dispersa por los montes,
y no hay quien la reúna.
¡Tu herida no tiene remedio,
tu llaga es incurable!
Los que tienen noticias tuyas
baten palmas contra ti;
Pues ¿sobre quién no cayó
sin tregua tu maldad?» (3,18-19).

A Nahún se le acusa de furioso nacionalista, ciego para los pecados de su pueblo, con cruel y sanguinaria alegría. Entusiasma como poeta, pero no convence tanto como profeta. Bien mirado, en su mensaje no todo es venganza. Algo muy serio y positivo está en juego en sus tremendos oráculos: la justicia de Dios en la historia, un problema misterioso que angustió a los judíos de todos los tiempos y sigue siendo uno de los más grandes enigmas e interrogantes para el hombre de hoy.

En el libro de Jonás, Dios podía perdonar y perdonó a Nínive porque se había convertido haciendo penitencia, desde el Rey hasta los animales, pero cuando el opresor no se convierte y la guarida del león sigue llenándose de víctimas, cuando sigue descargando sobre los pueblos su perpetua maldad, ¿puede Dios perdonar? La respuesta de Nahún es clara: la justicia no se lo permite ni lo tolera la fidelidad a los que esperan en él.

Por eso Nahún canta con la rabia del oprimido, sin compasión, la ruina de Nínive. La actitud es dura en apariencia, pero resulta un elemento muy necesario al esbozar una teología de la

historia. Otros profetas como Habacuc, darán algunos pasos hacia la revelación plena de este misterio impenetrable para el hombre, que no acierta a comprender cómo Dios puede escribir derecho con los renglones torcidos de los hombres.

En el Nuevo Testamento, la cólera de Dios (Nah 1,6) aparece en el Apocalipsis 6,17. Y el pasaje del mensajero que anuncia la paz (Nah 2,1) se aplica a Cristo en Hch 10,36; y a los apóstoles en Rom 10,15; y a todos los cristianos en Ef 6,15.

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

ALONSO SCHÖKEL, L. - SICRE DÍAZ, J. L., *Profetas. Comentario,* II (Madrid 1980) 1073-1089.

FLECHA ANDRÉS, J.-R., «Nahún, o la búsqueda del Dios justiciero», en ÍD., *Buscadores de Dios,* 2 (Madrid-Salamanca ²1994) 125-129.

GARCÍA CORDERO, M., *Biblia comentada.* III: *Libros proféticos* (Madrid 1961) 1230-1240.

Nueva Biblia de Jerusalén (Bilbao 1998) 1090-1091; 1373-1375.

SPADAFORA, F., «Nahún», en *Bibliotheca sanctorum.* IX: *Masabki-Ozanam* (Roma 1967) cols.697-610.

SAN ELOY

Obispo († 660)

Eloy o Eligio significa: «El elegido, el preferido». Preferencia o elección divina porque Dios le concedió unas aptitudes excepcionales, manifestadas desde muy pequeño, para trabajar objetos de plata y oro. Una dotación natural sobresaliente por la que llegó a ser el más famoso orfebre de la Francia del siglo VII. En una tradición más legendaria se afirma que esta elección de San Eloy fue mucho más maravillosa «porque estando embarazada su madre, Terrigia, les pareció ver un águila que de lo alto del cielo se dejaba caer sobre ella por tres veces y después revoloteaba alrededor».

Nació en Limoges de Francia el año 588. Su padre, Euquerio, un buen maestro especializado en trabajar los metales, fue el primero en descubrir las especiales cualidades de su hijo. Convencido de ello lo puso bajo la dirección de Amón, un

platero encargado de fabricar las célebres monedas de Limoges. Amón confirmó las sospechas de sus padres y Eloy supo responder a los sueños que se tenían de él no sólo en el aspecto manual y habilidoso sino también en una conducta moral y religiosa relevante, la misma que le habían inculcado desde pequeño.

Cuando se creyó suficientemente formado, hacia los treinta años, se instaló en París, donde conoció a Bobon, tesorero real, con quien llegó a contraer una estrecha amistad y por su medio pudo ser presentado al rey Clotario II y demostrar sus habilidades.

El rey Clotario II tenía deseos de que le hicieran una silla realmente regia, digna de su grandeza, algo en lo que nadie lo había podido satisfacer.

Con la recomendación de Bobon, seguro de la capacidad de Eloy, el propio rey le encomendó que fabricara el ansiado trono. Para ello le proporcionó oro y pedrería en abundancia. Fue tal la cantidad entregada que Eloy talló dos hermosos tronos. La acción impactó profundamente en el corazón del soberano, no sólo por la brillantez y perfección de la obra, sino más por la honradez profesional demostrada por el maestro. Para premiarlo lo nombró de su consejo privado, jefe de la casa de la moneda del reino.

Para asegurarse su fidelidad estando un día en palacio le dijo que había de hacer juramento de fidelidad sobre las Santas Reliquias. Al solo nombre de juramento Eloy se sobresaltó y respondió cortésmente a su rey que sus creencias cristianas le prohibían todo tipo de juramentos, pero que tuviera seguro que le sería fiel hasta la muerte. Lo afirmó con tal unción, con tal convencimiento, que el monarca no quiso insistirle más.

Entregado por completo a su arte fabricó preciosas obras. Se recuerdan como suyos los relicarios para guardar los restos de santos tan populares como San Martín de Tours, Santa Genoveva, San Dionisio, San Quintín y San Germán, consiguiendo un reconocimiento tan unánime, que se colocó entre los personajes más populares de su tiempo. Lejos de ufanarse aprovechó esta popularidad para hacer el bien a los demás, singularizados en los más pobres. Cuentan sus contemporáneos que a

las puertas de su casa hacían cola los necesitados disputándose sus generosas limosnas.

Nada de esto deslumbraba ni satisfacía a Eloy. En su interior se sentía llamado a vivir en la soledad para dar rienda suelta a sus deseos de oración y meditación. Los propios reyes llegaron a darse cuenta de que se hallaban ante un personaje fuera de lo común, con intenciones completamente distintas a las de cuantos les rodeaban. Convencido de ello el nuevo rey Dagoberto I creyó que debía satisfacer esas ansias personales. Le hizo por eso donación de un terreno donde se levantó la célebre abadía de Soliñac, cerca de Limoges. Luego seguirían otras como la de Limousin. En ellas, bajo la regla de San Columbano, acudían hombres ansiosos de compartir los ideales de piedad y religión.

Ante el éxito de la fundación y los requerimientos del pueblo nuevamente el rey le regaló otro terreno en París donde volvió a repetir otra fundación semejante, otro monasterio, pero ahora para mujeres, que puso bajo la invocación de San Marcial. A él acudieron multitud de doncellas —algunos hablan de centenares— dirigidas bajo la tutela de Santa Aura.

Se dice que al fundar este monasterio inconscientemente ocupó algunos metros más de los señalados en la donación. Un hecho que conocido por Eloy lo llevó inmediatamente a pedir perdón al rey. Y la contestación real no pudo ser más significativa: «Otros me roban kilómetros de terreno y no se les da nada. En cambio este buen hombre viene a pedirme perdón por unos pocos metros que se le fueron de más». Una acción que le granjeó la amistad real.

La ejemplar dimensión monacal contagió a las autoridades religiosas que lo nombraron obispo de Ruan. La humildad de San Eloy rechazó tal designio. Y a pesar de sus ruegos, de sus lágrimas, de sus razones se vio obligado a aceptar tan alto ministerio, recibiendo las órdenes sagradas primero y luego «en Ruan fue consagrado obispo en el año 640 con su íntimo amigo San Obén, al que había conocido en la Corte».

En su nuevo compromiso eclesial, siempre desde la humildad, se entregó por completo a los suyos, teniendo que redoblar sus energías porque entonces en la región había una gran mayoría de paganos.

Los postulados de su ascetismo monacal se trasladaron a la diócesis. Eloy recomendaba a los suyos que rezaran. Que rezaran principalmente el Credo y el Padrenuestro. Que hicieran la señal de la cruz si no sabían otra cosa. Que asistieran a los oficios divinos: la misa y la comunión. Les ponía delante el ejemplo de los santos, para muchos de los cuales había labrado sus relicarios. Era la forma de vencer las secuelas de su paganismo apartándose de las supersticiones, de los maleficios o de las lecturas de los adivinos y embaucadores. El centro de sus consejos era siempre la asistencia a la misa de los domingos. Para conseguirlo les prohibía trabajar más de dos horas en los días festivos.

Hacía las cosas, exigía los compromisos, dentro de una atmósfera de afecto tan palpable, tan atractivo, que su caridad se imponía siempre.

Y fue allí, al frente de su diócesis, donde supo por muy especial revelación de Dios que llegaba la hora de su muerte. Él que la había profetizado al rey Clovis y a Clodoveo II no dudó de sentirse urgido por la suya propia. Con tal convencimiento lo comunicó a su propio clero.

Al sentirse aquejado por una aparente sencilla fiebre, comprendió sin titubeos que era el alba de su despedida de este mundo. Convocó a cuantos lo rodeaban y se despidió de todos ellos. Les dio las gracias por los favores que le habían prodigado. A cambio les prometió que desde el cielo seguiría rezando por cada uno de ellos. Entre las lágrimas de todos los suyos e incluso las suyas mismas, murió el día primero de diciembre del año 660.

Se conservan de él bastantes homilías. Uno de esos discursos durante algún tiempo estuvo atribuido a San Agustín, lo que nos demuestra la calidad de ellos. Su espíritu se halla vivo en ellos.

La popularidad de San Eloy, en nuestro tiempo no ha descendido. Al contrario, es creciente al menos en el fondo de muchas conciencias que lo necesitan por la suerte de sus trabajos y propiedades atajadas por agudas crisis de respeto a lo ajeno, donde se alían el robo, la destrucción y no pocas veces el asesinato. No en vano es el patrono y protector de los joye-

ros. Pero a él también acuden quienes son atracados en plena calle cuando les arrancan sus seculares adornos de manos y gargantas.

JOSÉ SENDÍN BLÁZQUEZ

Bibliografía

CROISSET, J., SJ, *Año cristiano, o ejercicios devotos para todos los días del año. Diciembre* (Madrid 1738) 1s.

BEATO JUAN BECHE

Abad y mártir († 1539)

Poquísimos datos han llegado hasta nosotros de la vida del abad Juan Beche, conocido en religión como Thomas Marshall. De él se sabe que estudió y obtuvo el título de doctor en teología en Oxford en 1515. Fue un tiempo abad de Sainte-Werburge en Chester, y más tarde fue elegido abad de San Juan en Colchester, por vía de compromiso, en 1533. Tuvo dificultades para obtener la administración de los bienes de la abadía, que no le fueron entregados hasta enero de 1534: el monasterio debió consentir en hacer ciertos pagos al rey. La comunidad era hostil hacia la política religiosa de Enrique VIII, pero el abad y dieciseis monjes prestaron el juramento de la supremacía real en julio de 1534. Un traidor animó a Beche a protestar contra la ejecución de Thomas More y de Juan Fisher y luego le denunció. En noviembre de 1538, fueron enviados comisarios a Colchester con misión de disolver la abadía. Beche declaró:

> «El rey obtendrá mi casa sólo contra mi voluntad y mi corazón, porque sé a ciencia cierta que no puede tomarla jurídica y legalmente. Así, en conciencia, no puedo admitir la cosa; no actuará con mi asentimiento y mi voluntad».

El abad, declarado traidor, fue enviado a la Torre de Londres, con los abades Richard Whiting y Huges Faringdon. En los cuatro primeros días de noviembre, dos comisarios recogieron en Brentwood (Essex) los testimonios contra Beche; estos dijeron que había hablado contra la supresión de los monasterios, contra el matrimonio del rey con Ana Bolena,

contra la supremacía real, y a favor de los *privilegios romanos.* Interrogado durante su penoso encarcelamiento, Beche, muy deprimido, admitió la supremacía real contra *la autoridad usurpada* del Papa, y rogó que el rey *fuera bueno con él por amor de Dios.* Entonces fue expedido a Colchester para ser juzgado. Los procesos verbales han desaparecido. Un juez sentenció que el acusado se había reconocido, en sustancia, culpable. Como era costumbre fue colgado y despedazado en Colchester el 1 de diciembre de 1539.

Sus lastimosas declaraciones fueron conocidas al examinar su causa en Roma. Sin embargo, como aceptó el martirio y se retractó de su debilidad, en 1895 fue beatificado con los dos otros abades. Un biógrafo antiguo de San Juan Fisher anotó que Beche era conocido entre los muchos abades de su tiempo por su piedad y su ciencia. Un autor a sueldo de Enrique VIII escribía sobre nuestros abades: «No hay duda que Su Santidad se interesará por su pena como por la de Becket, pues se trata del mismo caso y materia análoga».

LUIS M. PÉREZ SUÁREZ, OSB

Bibliografía

BAUDOT, J. - CHAUSSIN, L., OSB, *Vie des saints et des bienheureux...* XII: *Décembre* (París 1956) 479-587.

Dictionnaire d'histoire et de géographie ecclésiastiques. VII: *Baviaère-Benoist* (París 1934) cols.362.

SAN EDMUNDO CAMPION

Presbítero y mártir († 1581)

Con una escolta de doscientos soldados, montado en una vieja cabalgadura, las manos atadas a la espalda, los pies ligados bajo el vientre del animal, vuelto el rostro hacía atrás para mayor ignominia, es conducido con un gran cartel en la cabeza que dice: *Este es Campion, el jesuita sedicioso...* Lo llevan a Londres como criminal. Había sido traicionado... Unas millas antes de llegar se les comunica la orden de maltratarlo y ridiculizarlo para deleite de la plebe y escarmiento de los católicos. Ya se acerca la cabalgata... Delante de todos, el vizconde de Bark con

el bastón blanco de la justicia; en seguida, el padre Edmundo Campion en su viejo rocín; tras él, los otros dos sacerdotes firmemente atados entre sí. A la zaga de toda la caravana, en el lugar de honor, no podía faltar el iscariote... A medida que desfilan, el populacho vitupera al jesuita. Ya pasa el apóstata: ovaciones, vítores. Y Jorge Elliot, el traidor, sonríe... (¡Ay de ese hombre que más tarde, como su modelo, terminará con muerte desgraciada su vida infeliz!...)

Es el mes de julio de 1581. Los prisioneros son llevados a la Torre de Londres. Cuatro días más tarde lo presentan a Dudley, conde de Leicester, en su palacio. Le interroga el canciller, le hacen preguntas los magistrados; le prometen, en nombre de la soberana, la vida, la libertad, honores, el obispado de Cambridge; sólo esperan que reconozca la supremacía pontificia de la reina. La conciencia no se lo permite a Campion. Sus respuestas tienen un tono tan persuasivo que revelan una vez más al formidable *scholar oxoniense.*

De improviso se presenta Isabel en persona. El prisionero se inclina saludando a su reina:

> —¿Me reconoce como a su legítima soberana?
> —Sí, majestad.
> —¿Cree que el obispo de Roma tiene poder para deponerme?
> —No me toca erigirme en juez y pronunciar sentencia entre dos partidos, tanto más cuanto que los más versados en la cuestión son de pareceres opuestos. Yo quiero dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios.

Lo demás que se dijo en esta entrevista permaneció secreto, por expresa voluntad de la reina. Pero... ¿qué importancia tenía aquel prisionero, que la propia soberana de Inglaterra venía a interrogarle?

El primer encuentro había acontecido precisamente quince años antes, en 1566. Isabel, con su gran comitiva de cortesanos, aduladores y lacayos, llegaba en su carroza a Oxford a fin de pasar por primera vez unos días con su corte entre los estudiantes de la célebre Universidad. La visita duró seis días. Las diversiones, los actos académicos, todo se iba desarrollando tranquilamente. El tercer día correspondió el homenaje a los profesores, entre los cuales fue elegido como «orator» el *scholar* de Oxford más brillante de su generación, un apuesto joven de sólo veinti-

siete años de edad: se llamaba Edmundo Campion. La reina, que se complacía en dominar a los hombres de talento, le escuchó con honda satisfacción, le felicitó calurosamente y lo recomendó a la protección del canciller. Dudley, en nombre de la soberana hereje, le prometió su patronazgo y le hizo los más lisonjeros ofrecimientos. ¡Pobre Campion!...

Ya en 1553, María, la hija de Enrique VIII y doña Catalina de Aragón, había entrado solemnemente en Londres. Para declamar el discurso de bienvenida habían escogido los maestros a Edmundo Campion, que tenía entonces trece años. El garbo y la vivacidad del niño encantó a los circunstantes, de manera que Thomas White lo tomó bajo su protección y lo llevó consigo a Oxford para educarlo. Correspondió el éxito a las esperanzas. Descolló como discípulo, lúcidamente coronó sus estudios, brilló en buena lid como maestro, fue autor, luego se le nombró primer orator, después proctor y más tarde llegó a ocupar otros cargos insignes en aquella Alma Mater. A su alrededor se agruparon multitud de estudiantes, sobre los que su personalidad amable ejerció un influjo sabio y comprensivo: sus clases se veían atestadas de oyentes; muchos comenzaron a imitarlo hasta en su manera de hablar, en sus ademanes y en su modo de vestir, a los cuales se llamó campionistas... Este era el hombre que la nueva Iglesia anglicana necesitaba entre sus filas.

Pero Campion, el gran humanista, casi por instinto rechaza la herejía, Mas, para desgracia suya, traba amistad con Richard Cheney, obispo anglicano de Gloucester. Y cede al fin; en 1564 presta el juramento anticatólico, reconociendo la supremacía espiritual de Isabel. Más aún, seducido por las promesas del de Gloucester, recibe el diaconado (1568) del hereje. Al tomar las manos del falso obispo siente aquel infeliz diácono el acicate mordaz de su conciencia atormentada. Y su corazón se rebela, y el remordimiento le roe el alma por la infamia cometida, y pierde la paz; se siente, dice él mismo, como si le hubieran marcado con «el signo de la bestia»... La crisis interior se desborda, vuelve en sí, se confiesa con un sacerdote católico y se reconcilia con la Iglesia.

En tales circunstancias se ve obligado a salir de Oxford para poner a salvo su vida y recobrar la tranquilidad de su espíritu.

Se refugia en Irlanda. Mas el 12 de febrero de 1570 Su Santidad Pío V fulmina la excomunión contra Isabel, y sus súbditos quedan liberados de la obligación moral de obedecerla. Se expiden entonces contra los católicos por todo el reino severísimos edictos. En Dublín, entre los primeros, es denunciado Campion como «papista», y tiene que andar huyendo hasta que logra volver a Inglaterra.

Llegado a Londres, pasa algunas semanas tranquilo; mas temiendo ser arrestado, se embarca rumbo a Flandes. Llevaban ya varias millas mar adentro, cuando una fragata guardacostas les da alcance; de todos los pasajeros sólo Campion carece de pasaporte... Hecho, pues, prisionero, es devuelto a Dover para ser remitido a Londres: pero éste se escapa y acude a unos amigos, que le ayudan a embarcarse de nuevo; y por fin, pasando el Canal, llega al Continente, donde pasará los próximos nueve años. En el seminario inglés de Douai (Francia) obtiene su grado en Teología y recibe las órdenes menores y el subdiaconado. Pero a Campion le atormenta el recuerdo de aquel diaconado... Y el convertido desconfía de sí, pone su confianza en Aquel que lo conforta; quiere prepararse humildemente, vigorosamente, disciplinadamente. Su corazón se vuelve hacia la austera disciplina de la obediencia. Sólo así podrá hacerse digno del verdugo y de la horca por su Dios. El 25 de enero de 1573, vestido de peregrino, se dirige a Roma solo, a pie, con la intención de entrar en la perseguida y heroica Compañía de Jesús... Recibido en el noviciado, se le destina a la provincia jesuítica de Austria; y cinco años más tarde, el 8 de septiembre de 1578, recibe la unción sacerdotal en Praga de Bohemia.

El 18 de abril de 1580, con la bendición de Gregorio XIII, sale de Roma una pequeña caravana de misioneros, entre ellos tres jesuitas: Roberto Persons —nombrado superior— y Edmundo Campion, a quienes se añade el hermano Ralph Emerson como compañero. Llegan a St. Omer. Mas el mismo día de la partida de Roma, un espía del Gobierno de Isabel enviaba al ministro Walsingham los nombres y señales de los peregrinos. Así que, sin ellos saberlo, ya todo puerto, todo paso está vigilado por espías sagacísimos para impedir la entrada de ningún jesuita. Dondequiera se ven cartelones con la efigie de

Persons y de Campion enviada desde Roma. Algunos fugitivos ingleses quieren descorazonar a los Padres anunciándoles que la vigilancia en Dover es tan grande que su arresto inmediato parece inevitable. Pero Persons se decide por la acción inmediata. A él, que es el superior, y a quien no falta astucia y franqueza, toca abrir el camino. Aventurará él solo el paso del Canal.

Disfrazado de capitán, aguerrido veterano de Flandes, el aire marcial, bien estudiados ademanes, haciendo honor a su uniforme, zarpa el barco de Calais. En Dover, nuestro capitán se presenta cordialmente al capitán del puerto y le ruega que al llegar en un barco próximo un mercader irlandés de nombre Mr. Patrick, muy amigo suyo, con un criado, se lo envíe inmediatamente a Londres para que no pierda una ocasión propicia de vender sus mercancías... Un saludo militar, promesa de ser correspondido, y Persons sigue a la metrópoli. Por su parte Mr. Patrick con su criado esperan en Calais viento favorable. El 24 de junio cruzan el Canal, y en Dover el padre es aprisionado inmediatamente, porque «Mr. Patrick, dicen los espías, no es Mr. Patrick, sino el doctor Allen...» Campion insiste en que no es Allen y está dispuesto a jurarlo. El alcalde de Dover no le cree. Da orden de llevarlo al magistrado supremo de Londres. Insiste Campion en que no es Allen. Insiste el alcalde en no creer. Los caballos están listos. Campion se encomienda a Dios. «Cuando menos lo esperábamos —refiere Campion— se presenta un anciano, a quien Dios bendiga, y nos dice: "Están ustedes libres; váyanse en paz". Nosotros —prosigue el misionero—, nosotros salimos corriendo inmediatamente». Pero no... Campion se vuelve y va tan fresco a alquilar las bestias que les tenían preparadas, y así terminan el viaje más seguros y aprisa... Llegados al Támesis, varios jóvenes católicos les están esperando; mudan cabalgaduras, corren a alojarse en casa de George Gilbert, cambian el disfraz y sale Campion transformado en un caballero de los de daga al cinto, sombrero de anchas alas, pluma al aire, espuela de oro y galgo corredor... Minutos después busca albergue en el barrio de la Cancillería, en la propia casa en que mora el jefe de la policía donde está viviendo el «capitán» Roberto Persons...

En Londres, aquellos jóvenes que han servido de introductores de Campion hacen correr secretamente la voz entre los

católicos de su llegada. La noticia causa revuelo. Campion predica sobre el pontificado. Las conversiones son múltiples, la sagrada Eucaristía vuelve a fortalecer muchas almas, los sacramentos, los sermones, las palabras de consejo y de aliento, los arrepentidos, las lágrimas, los sabios, los humildes, la nobleza, los estudiantes... La santa misa..., todo como en las catacumbas... ¡Cien mil conversiones en un año! Cuando en hora mala sabe Isabel y sus ministros la increíble audacia de los jesuitas de penetrar en el Reino, ¡cuanta ira, qué poner precio a su cabeza! Y el misionero de Cristo no tiene otro recurso que mudar de nombre, de lugar y de apariencia.

El padre Edmundo, acompañado del hermano Emerson, se refugia en York, y en quince días compone en latín su más famoso libro, que titula Diez razones por las cuales Edmundo Campion, SJ, se ofreció a disputar con sus adversarios... Los ejemplares son repartidos de mano en mano entre los católicos, o abandonados en los sitios públicos, o introducidos en las casas por debajo de las puertas; lo cual excita tal sensación que juran los herejes no descansar hasta no dar con aquel jesuita sedicioso.

Persons, Campion y el hermano pasan algunos días juntos. Persons —como presintiendo algo— renueva sus instancias a Campion de no acceder a todas las súplicas que en el trayecto se le presenten, y señala a Emerson como superior en lugar suyo. El padre Edmundo y su compañero llegan el día siguiente a una posada al caer de la tarde. Varios caballeros católicos, con pretexto de cacería por esos parajes, vienen a fin de hablar con él y confesarse. Le suplican volver al castillo de Lyford, donde pasó la noche anterior. Emerson resiste al principio, pero al fin consiente en la vuelta de Campion.

Más de sesenta católicos se reúnen aquel domingo, 16 de julio. El padre se prepara para el santo sacrificio; en el grupo de hombres hay uno de tantos. No tiene la contraseña, pero tanto insiste que por excepción se le abre la puerta... Jorge Elliot, infame criatura, por un homicidio había estado a punto de ser atormentado en el ecúleo, y para librarse había apostatado de la fe y prometido un crimen mayor: el de traicionar al jesuita Campion y traer otros sacerdotes al suplicio... Terminada la misa (la

última misa), parte Elliot, como Judas, a hacer pronto lo que piensa... De repente, alarma. El castillo está rodeado por un escuadrón de caballería. Elliot y un oficial con cien soldados penetran en él. ¿Escapará el jesuita? Dos días de intensa búsqueda; todo en vano. Rabioso Elliot va a salir; al bajar las escaleras golpea como por descuido el arco de la puerta; siente que resuena profundamente: ¡ha dado con el escondite!... Los tres sacerdotes ofrecen su vida a Dios. El infeliz apóstata grita loco de felicidad. Se ha merecido las treinta monedas... Campion se entrega al traidor, el cual lo pone en manos del gobernador de Bark. Un correo parte inmediatamente a Londres. Tres días después llega la respuesta; como un vulgar asesino es llevado a la capital entre doscientos soldados...

Encerrado en un calabozo de la Torre, después de la entrevista con la reina, se le conduce al tormento. Campion ora unos instantes de rodillas. Fortalece su pecho con la señal de la cruz. Los verdugos le despojan de sus vestidos; se le dispone en la rock (ecúleo). Comienza la tortura: ¡horror, crueldad, agonía!..., se va descoyuntando el cuerpo; se quiebran los huesos; se desgarran los nervios, demasiado tensos... La angustia del mártir en el rostro... Los jayanes siguen impasibles su faena. Chirría llorando la máquina del tormento... El héroe, lívido, invoca a Dios y no cede. Lentamente van pasando las horas interminables, y el mártir extendido..., perdonando a los autores de sus penas. Se suspende un instante la tortura para volver a comenzar de nuevo y volver a suspenderse y volver a comenzar. Y ahora sí, los doctores protestantes quieren disputar con él sobre cuestiones de fe; con fortaleza inalterable confunde a sus enemigos y les echa en cara su herejía. No se dan por vencidos los herejes; les queda un recurso todavía: el del tormento. Y otra vez comienza la tortura... En manos ajenas es llevado a su prisión, donde tendrán lugar otras tres disputas por orden expresa del Consejo. Pero Campion rebate gloriosamente a sus adversarios...

Por fin, el 16 de noviembre de 1581 se sentencia contra él pena de muerte en la horca por crimen de lesa majestad, por haber predicado la religión católica y por traidor. Cuando estuviere expirando se le bajará del patíbulo y, abierto el vientre, se dispersarán las entrañas, se le sacará el corazón con el grito de ¡He

aquí el corazón de un traidor!, y se le arrojará al fuego; luego de cortarle la cabeza se descuartizará su cuerpo, que se repartirá en diversos lugares para escarmiento de todos.

En el calabozo, Elliot se le acerca para pedirle excusas. El padre lo perdona y le da cartas de recomendación a ciertos señores de Alemania... La mañana del 1 de diciembre entran los verdugos para llevarlo junto con el jesuita Briant y el padre Sherwin. Al salir los mártires encuentran aparejadas dos esterillas de mimbre atadas a sendos caballos y una multitud de pueblo reunida porque se había hecho correr el rumor de que Campion se había enterrado un puñal en el corazón. Al verlo aparecer quedan atónitos. Él los saluda con amabilidad. Extendido boca arriba sobre su esterilla, los jayanes del suplicio lo aseguran fuertemente; y a los compañeros entre si. Arrastrados a la cola de los caballos avanzan por las calles de Londres. Llegan al Tyburn, donde está levantada la horca. Le señalan el carromato. Sube a pie firme. Le echan al cuello la soga de nudo corredizo... Murmullo de los espectadores; luego, un silencio... Un consejero de la reina le exige la pública confesión de sus traiciones.

> «Si ser católico, responde el jesuita, es ser traidor, me confieso tal. Pero si no, pongo por testigo a Dios, ante cuyo tribunal voy ahora a presentarme, que en nada he ofendido a la reina, a la patria o a nadie por que merezca el titulo o la muerte de traidor...»

Y luego, justificándose de otras calumnias, puesto en oración reza el Padrenuestro y el Avemaría. Y para testimoniar que da su vida por la fe verdadera, suplica a los católicos presentes que reciten el Credo mientras él expira. Tiran del carro, y Edmundo Campion queda suspendido de la horca... Era el 1 de diciembre de 1581. Tenía cuarenta y un años de edad. Había nacido en Londres el 25 de enero de 1540.

El Beato Edmundo Campion es uno de los cuarenta mártires de Inglaterra y Gales canonizados por el papa Pablo VI el 25 de octubre de 1970.

MANUEL BRICEÑO J., SI

Bibliografía

ALLEN, W., *Father Edmund Campion and his Companions: A brief history of the glorious martytdom of twelve reverend priests* (Londres 1908).
BOMBINO, P.-P., *Vita et martyrium Edmundi Campini* (Amberes 1618).
BRICEÑO, M., «Campion, el jesuita sedicioso»: *Revista Javeriana* (1957) julio.
SIMPSON, R., *Edmund Campion* (Londres 1867).
WAUGH, E., *Edmund Campion* (Londres 1947).
• Actualización:
HOLLERAN, J. V., *A jesuit challenge: Edmund Campion's debates at the Tower of London in 1581* (Nueva York 1999).
KILROY, G., *Edmund Campion. Memory and transcription* (Aldershot 2005).
WAUGH, E., *Edmond Campion. Humaniste et martyr, 1540-1581* (París 1989).

BEATA LIDUINA (ELISA ÁNGELA) MENEGUZZI

Virgen († 1941)

El día 20 de octubre de 2002, día del Domund, Juan Pablo II beatificó a seis siervos de Dios. Se trataba de seis misioneros; de ahí la coincidencia en el día mundial de las misiones. La oficina pontificia para las celebraciones litúrgicas anunciaba que «en el domingo dedicado a la jornada misionera mundial, la Iglesia presenta a todos sus fieles el testimonio de seis nuevos beatos y confía a su intercesión a los misioneros, misioneras y laicos que hacen resonar en el mundo entero el anuncio de la misericordia y del perdón del Señor».

Los nuevos beatos son: Daudi Okelo, de 16 años y Jildo Irwa, de 14. Murieron el 18 de octubre de 1918. Ambos eran catequistas de la tribu acholi en el norte de Uganda. Los mataron cuatro hombres que entraron a la casa donde los mártires vivían. Andrea Giacinto, obispo franciscano y Marcoantonio Durando, dos religiosos italianos. María de la Pasión, de la Sociedad de María, misionera en la India que fundó un Instituto misionero en 1877, al que Pío IX le dio el nombre de Misioneras de María.

Y Liduina Meneguzzi, misionera en Etiopía. Murió en 1941.

En el Decreto sobre la heroicidad de las virtudes de Liduina se decía así:

> «El mensaje que la Beata Liduina aporta hoy a la Iglesia y al mundo es la esperanza de rescatar al hombre de su egoísmo y de aberrantes formas de violencia. Un amor que es una invitación a la solidaridad y a la práctica del bien, siguiendo el ejemplo de Jesús

que vino, no para ser servido, sino para servir y dar su vida en rescate por todos los hombres».

Liduina nació el 12 de septiembre de 1901 en Giarre, en el barrio de Abano Terme, de la provincia de Padua, en Italia. Su familia era la de unos modestos campesinos. Una de esas familias pobres en bienes materiales y ricas en virtudes y valores humanos. En una familia así, la niña Elisa Ángela (así la llamaron en el bautismo) fue creciendo con un espíritu abierto a los dones de Dios.

Todos los días iba a misa, aunque tuviera que andar dos kilómetros para llegar hasta la iglesia. Iba a las catequesis y, ya de mayorcita, se hizo catequista. En familia hacía sus oraciones; a los hermanos más pequeños les iba enseñando la doctrina cristiana.

Cuando tenía 14 años salió de casa para ganar unos dineros y poder ayudar a la familia. Y se colocó de empleada doméstica en otras familias acomodadas y en hoteles de Abano. Este barrio era conocido por sus centros sanitarios de tratamiento con aguas termales.

Como se ve, el carácter de esta chica era sencillo, siempre disponible. Entregada a su familia, por la cual trabajaba con todo su empeño, se hacía querer por todas las personas que le iban conociendo.

En 1926, cuando tenía 25 años, ingresa en la Congregación de las Hermanas de San Francisco de Sales, en la casa generalicia de Padua. Es feliz en su nuevo estado como religiosa y sigue alegrando la vida de quienes conviven con ella. Desde entonces se llamó hermana Liduina.

En el convento hace una vida de servicio, que es su carisma. Cuida la ropa de sus hermanas, atiende a las más enfermas, ejerce los papeles de una buena sacristana, convive entre las jóvenes del colegio de la Santa Cruz. Se dice de Liduina que supo dejar en el alma de las jóvenes su huella de imborrable ternura, de valiente serenidad y de probada prudencia.

Era una religiosa que realizaba su plan de santidad en el nivel más sencillo de la vida cristiana. No hizo grandes obras, pero todo lo realizó de forma admirable. En todas sus acciones estaba presente la sonrisa de ella y la bendición de Dios.

Hasta que un día quiso servir con mayor entrega a Dios y decidió irse a las misiones. Soñó con llevar la fe a quienes no conocen a Cristo. Es lo que suelen pensar los santos: ya que hemos entregado una vez la vida a Dios, vamos a entregarla del todo. Ideal supremo, ser misionero. Este paso decisivo lo dio el año 1937, cuando España ardía por los cuatro costados en una guerra fratricida. Sus hermanos italianos estaban aquí participando en la lucha. En ese clima mundial, ella decidió ser misionera.

Sus superioras le designaron el lugar de sus trabajos misioneros: la ciudad cosmopolita de Dire Dawa, en Etiopía. Viven allí gentes de todas clases y religiones. Allí entregó su vida esta religiosa con una dedicación total.

Efectivamente, le ponen a servir como enfermera en el Hospital Civil Parmi, adonde llegan los soldados heridos. La hermana Liduina es un ángel atendiendo a los enfermos. Siempre había sido una persona amable, pero en este caso su espíritu de servicio se desdobla a favor de los más enfermos y les mira viendo en ellos la imagen del mismo Jesús.

Decimos que ella atiende a los soldados heridos. ¿Qué soldados son ésos? Los de la Segunda Guerra Mundial. Todos sabemos que en 1934 ocurrieron graves incidentes en las fronteras de Etiopía (Abisinia) con la Somalía italiana. Estos sucesos dieron lugar a un conflicto armado que terminó con la ocupación del país por parte de los italianos y culminó con la toma de la capital, Addis Abeba, y la expatriación del emperador Haile Selasie en mayo de 1936.

Italia organizó un vasto dominio sobre los territorios de Etiopía, Eritrea y Somalia italiana y lo denominó «África oriental Italiana». Pero en 1941, en el curso de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945) las tropas inglesas conquistaron todo el territorio de Etiopía, del cual volvió a posesionarse el Negus Haile Selasie.

Después de esta derrota de 1941, las fuerzas británicas, reorganizadas como 8.º Ejército, quedaron al mando del teniente general sir Alan Cunningham, recién llegado de sus triunfos en Abisinia.

Vemos, pues, qué enfermos eran los que atendía la hermana Liduina. Una persona de tanta abnegación, como ella, se hace

pronto famosa entre los enfermos. La llaman «la hermana grande». Los bombardeos arrecian en la ciudad, y todos los afectados le piden ayuda con un mismo grito: «¡Socorro, hermana Liduina!»

Ella atiende a los heridos, los mete en los refugios y corre en busca de otros más necesitados. No mira al peligro. Sólo ve las necesidades de los enfermos. Consuela a los más afectados, sugiere una palabra de arrepentimiento a los moribundos, bautiza a los niños que se van a morir. Es la heroína de la guerra.

Naturalmente, una religiosa con este espíritu tan abierto, ayuda a toda clase de personas: italianos y etíopes, blancos y negros, católicos y musulmanes, coptos y paganos. Mientras actúa, habla para que su mensaje sea muy claro. Habla de la bondad de Dios Padre y habla del cielo preparado para todos.

Todos los que conocen a la hermana Liduina hablan de sus virtudes. Sobre todo los musulmanes quedan impactados por la caridad de la religiosa y manifiestan su gran simpatía por la religión católica.

No es extraño que, antes del Concilio Vaticano II, se hablara de ella como propulsora del movimiento ecumenista. Siempre ha ocurrido que los santos se han anticipado a su tiempo. Ellos han mostrado al mundo los caminos por los que se ha de seguir la llamada de Dios.

Pocos hablaban de ecumenismo, pero ella, sin teologías ni títulos universitarios, ya estaba dando lecciones de acercamiento entre las iglesias que siguen a Jesús.

Cuando más entregada estaba al servicio de los enfermos, a ella le llega la enfermedad fatal. Un cáncer. Ella se da cuenta de la situación y acepta su estado con una serenidad admirable. Sigue sirviendo a los enfermos como una hermana más, en este caso con un sentido de mayor acercamiento a las personas que sufren.

Se somete a una operación quirúrgica y parece que va a superar su mal, pero no es así. Su salud se complica más y el día 2 de diciembre de 1941 muere de una parálisis intestinal.

Espíritu de Liduina

Tenía 40 años y estaba completamente entregada a la voluntad de Dios. Había servido a los enfermos hasta darlo todo por ellos y moría ofreciendo su vida por la paz de mundo. Un médico que le asistía dijo esta frase rotunda: «Nunca he visto morir a nadie con tanta paz y serenidad».

Ella había atendido a los soldados. La querían como a una de la familia. Y ahora le hacen enterrar en el cementerio reservado para ellos. Sólo más tarde, 20 años después, en junio de 1961, sus restos fueron trasladados a Padua, a la capilla de la casa generalicia de su congregación. Allí recibe hoy el cariño de todos los han oído hablar de ella.

El día 20 de octubre de 2002, en la homilía que el papa Juan Pablo II pronunció en la basílica de San Pedro, dijo estas palabras en recuerdo de la hermana Liduina: «Familias de los pueblos, aclamad al Señor, aclamad la gloria y el poder del Señor» (Salmo 95,7). Las palabras del salmo responsorial expresan bien el anhelo misionero que impulsó a sor Liduina Meneguzzi, de las religiosas de San Francisco de Sales. En su breve pero intensa existencia, sor Liduina se prodigó a favor de los hermanos más pobres y dolientes, particularmente en el hospital de la misión de Dire Dawa, en Etiopía.

> «Con ferviente celo apostólico trataba de dar a conocer a todos a nuestro único Salvador, Jesús. Siguiendo el ejemplo de Cristo "manso y humilde de corazón" (Mt. 11,29), aprendió a difundir la caridad, que brota de un corazón puro, superando toda mediocridad e inercia interior»
>
> «Que María, estrella de la evangelización, y los nuevos beatos protejan y acompañen vuestros pasos por los caminos del mundo. Amén».

FÉLIX NÚÑEZ URIBE

Bibliografía

ISTITUTO SUORE DI S. FRANCESCO DI SALES. CASA GENERALIZIA, *La serva di Dio sor Liduina Meneguzzi vista dagli altri* (Padua 1988).

Martire di carità, suor Liduina Meneguzzi delle Suore di San Francesco di Sales (Padua 1974).

RAVAZZOLO, R., *Sulle vie della carita: suor Liduina Meneguzzi* (Padua 2002).

http://www.aciprensa.com

BEATA CLEMENTINA (ANUARITE) NENGAPETA

Virgen († 1964)

La Beata sor M. Clementina Anuarite Nengapeta es una joven religiosa africana del siglo XX, de la Congregación de la Sagrada Familia, que ofreció su vida en martirio por mantenerse fiel a su voto de castidad, demostrando así hasta el heroísmo su total entrega y su apasionado amor a Jesucristo. Beatificada en 1985, es la primera africana de los tiempos modernos elevada al honor de los altares.

Anuarite Nengapeta nació en Matali, en la extrema periferia de Wamba, en la zona nororiental del ex Congo belga, hoy República Democrática del Congo, en 1941 según sus principales biógrafos, o en 1939 según otros. Era la cuarta hija de Amisi Badjulu y de Juliana Isude Malyayabebe. El padre, de religión protestante, trabajó de chofer al servicio de los militares durante la guerra de 1940-1945 y después estuvo empleado en la fábrica de algodón «Cotonco». Pasaba mucho tiempo fuera de casa. La madre era católica y fue abandonada por el marido en 1950 al no serle consentido vivir con dos esposas, quedándose ella con su madre y las seis hijas. El único hijo varón había muerto al poco de nacer.

Anuarite, que significa «la que se burla de la guerra», fue bautizada junto con la madre y sus dos hermanas mayores en 1943, momento en que le impusieron el nombre cristiano de Alfonsina. El 15 de agosto de 1948 recibió la primera comunión.

Este mismo año 1948 se había abierto en Wamba una escuela de la misión para la enseñanza primaria llamada «Jamma Takatifu», dirigida hasta 1961 por las Religiosas del Niño Jesús de Nivelles, y en la que colaboraron desde 1959 las de la Congregación de la Sagrada Familia, recientemente fundada por el obispo de Wamba, mons. Witebols, quien más adelante será director espiritual de Alfonsina Anuarite y que murió, también de modo violento, pocos días antes que ella. Allí la llevaron a estudiar, junto con su hermana Leontina, y continuó en este centro hasta 1953. Sufrieron mucho durante estos años, porque fue el momento de la separación de sus padres. Anuarite permanecía con su madre y hermanas, ayudando en casa, cuanto le era posi-

ble. Vivían del trabajo en el campo y de un pequeño comercio. Era servicial y contribuía de buen grado a los trabajos domésticos. También solía visitar a los enfermos y acompañar a los ancianos.

De carácter alegre y extrovertido, animada y decidida, aunque también prudente y responsable en los estudios, ya en 1952 manifestó su deseo de hacerse religiosa, porque quería dedicarse «al trabajo de Dios». En 1953, terminados sus estudios primarios, pasó a la Escuela Normal de Bafwabaka, dirigida por las religiosas de la Sagrada Familia, en la que cursó cuatro años, al término de los cuales obtuvo el título de Maestra.

Había ingresado como aspirante en la congregación al iniciar los estudios de magisterio, y en 1956, obtenido el diploma de la Escuela Normal, entró el noviciado. La madre se opuso al comienzo, pero enseguida aceptó de buen grado la decisión de la hija, convencida de que estaba respondiendo a una vocación dada por el Señor. El 5 de agosto de 1959 Alfonsina Anuarite realizó su profesión religiosa, recibiendo el nombre de María Clementina.

En 1956, apenas conseguido el título que le capacitaba para la docencia, comenzó a dar clases de primaria en la escuela de la Misión de Bafwabaka. Era también directora del internado y la apreciaban mucho las alumnas. No les gustaba que a veces fuera sustituida por otras profesoras.

Sor María Clementina tenía un carácter brillante y extrovertido y estaba siempre dispuesta a socorrer a los otros. Era activa y generosa y se prodigaba en la comunidad, uniendo el trabajo de la enseñanza con los de la cocina y la casa. Se dedicaba también a la animación de grupos católicos, como la Legión de María, y daba catequesis en el convento y por los poblados. Se ocupaba de la sacristía y del cuidado de la capilla: nunca faltaban flores a la Virgen. También le gustaba visitar a los enfermos y a los ancianos. Y seguía estudiando: en 1960 obtuvo el diploma de la Escuela de Pedagogía e hizo algunos cursos de economía doméstica en otros centros docentes de la Misión.

Anuarite era muy sensible y, por tanto, con tendencia a la susceptibilidad. De carácter vivo e impetuoso, estaba siempre dispuesta a pedir perdón por sus faltas, por pequeñas que fue-

ran. Muy fiel a sus obligaciones, franca y leal, se manifestaba disponible para salir al paso de cualquier necesidad, tanto dentro como fuera del convento. Llena de espíritu religioso y muy amante de su congregación y de su convento de Nazaret, tenía fama de cumplir con alegría y prontitud todas sus obligaciones.

En el contexto de la guerra civil congoleña, que causó tantos muertos entre los miembros de los Institutos de vida consagrada que actuaban en el Alto Zaire, en Kiwu, Kasay y Katanga, hacia el mediodía del 29 de noviembre de 1964, las religiosas de la Congregación de la Sagrada Familia presentes en el convento de Nazaret de Bafwabaka fueron deportadas en un camión por los simba a Ibambi, a unos 50 kilómetros de distancia. Después las llevaron a Isiro, 80 kilómetros más allá.

Todas las religiosas sufrieron maltratos, insultos, vejaciones e incluso daños físicos, pero el 1.° de diciembre regresaron a Bafwabaka. No así sor María Clementina, que resistió un primer intento de violencia cuando le propusieron ser la mujer del coronel Ngalo. A pesar de que según sus costumbres un alto oficial siempre debía ser obedecido, lo rechazó categóricamente. Después sufrió el acoso del teniente coronel Pierre Olombe, quien, al resistirse ella, la asesinó al amanecer del día 1 de diciembre. Según él mismo afirmaba después, sor Clementina lo perdonó poco antes de expirar. Esta jovencísima y valiente religiosa tenía unos 23 años de edad.

Su fama de martirio desde el mismo momento de la muerte violenta por defender su virginidad, hizo que sus restos mortales no quedaran en selva junto a las otras víctimas del conflicto bélico, sino que pronto fue llevada a una tumba aparte en el cementerio de la localidad. El 16 de julio de 1975 tuvo lugar el reconocimiento de su cadáver, y el 1 de diciembre de 1978 se exhumaron sus restos. Fueron trasladados, con una bonita ceremonia religiosa, a la catedral de Isiro, donde se colocaron en una sepultura adecuada, a la espera de la posible construcción del «Santuario nacional de la Beata Anuarite».

La vida de sor María Clementina, tan breve en cuanto al tiempo, ha sido, sin embargo, muy intensa y fecunda en espiritualidad y en testimonio. Han desaparecido casi todos sus escritos —apuntes y cartas principalmente—, pero ha quedado el

Carnet, un texto breve y muy rico de contenidos espirituales y socioculturales. Según su principal biógrafo, el padre Rosario F. Esposito, su mensaje, deducido de este escrito y de los testimonios de sus compañeras religiosas, sus alumnos y las personas que la conocían, puede sintetizarse en estos puntos concretos:

— Superación del tribalismo, del cual ella misma sufrió las ofensas, ya que provenía de una tribu, los wa-budu, que consideraban poco elevada. Por su parte, se entregó a todos sin distinción de ningún género.

— Superación de los prejuicios ancestrales, sobre todo en relación con los «expulsados» a causa de presuntos maleficios. Les acogía en clase, les acariciaba y exhortaba a los alumnos a hacer lo mismo que ella, aunque fueran considerados «intocables».

— Afirmación de la libertad vocacional. Con frecuencia se inducía a los seminaristas y las religiosas africanos a abandonar la vocación, ya que los jefes de los clanes decían que debían dedicarse a la comunidad. Y también ella hubo de resistir con fortaleza a los ruegos de la madre para que no regresara al convento después de unas vacaciones. Se veía necesitada de ayuda, pero las otras hermanas también podían colaborar, como de hecho lo hicieron.

— Superación constructiva del colonialismo. Sor María Clementina veía en la africanización de la nación y de la congregación el mejor modo de afirmar su dignidad. Así, pudiendo fácilmente viajar a Europa para perfeccionar los estudios, quiso permanecer siempre en África, aunque en el momento de las luchas contra la dominación de Europa, mientras las otras religiosas africanas abandonaron a las europeas, ella cada mañana iba a visitarlas llevándoles pequeños regalos, defendiéndolas de los ataques de los malintencionados y escribiendo cartas afectuosas a las que habían debido regresar a su continente de origen.

«Esta toma de posiciones —afirma Esposito— es digna de las más altas figuras femeninas de la Iglesia», y la compara con Santa Catalina de Siena y Santa Teresa de Jesús.

Su creciente fama de martirio por defender la virginidad y su fecundo testimonio de vida evangélica impulsaron en enero

de 1978 a la Conferencia Episcopal del entonces Alto Zaire a tomar la iniciativa de iniciar su causa de canonización, deseo que también venían manifestando las religiosas de su congregación desde 1971. El proceso canónico de beatificación o declaración de martirio se instruyó en la diócesis de Isiro-Niangara, Wamba, Bafwabaka y se celebraron procesos rogatoriales en Malinas-Bruselas y en Kinshasa.

Durante su viaje apostólico, decía el papa Juan Pablo II el 4 de mayo de 1980 en la catedral de Nôtre Dame de Kinshasa:

> «Religiosos y religiosas, sed felices por haber entregado todo vuestro amor a Jesucristo y por servir a la Iglesia [...] Pienso en vuestra hermana zaireña, que os ha precedido dejando un luminoso ejemplo de pureza y de fortaleza en la fe, la Sierva de Dios sor Anuarite que, espero, pueda ser beatificada».

Lo fue, en efecto, cuatro años después, el 15 de agosto de 1985, por el mismo Juan Pablo II en Kinshasa, ante una inmensa multitud de gente, ante las autoridades civiles y religiosas del entonces Zaire y ante las delegaciones de numerosas naciones africanas y de otros continentes. Dijo en la homilía de la misa en esta solemne ocasión:

> «Es hermoso que precisamente aquí, en su país, vuestro país, y en el día en que se celebra la gloria de la Virgen María, *la Iglesia proclame beata a su hija María Clementina Anuarite.* Podemos admirarla y tomarla como modelo, y con más motivo aún al ser tan cercana en el tiempo. Ella representa verdaderamente vuestra comunidad cristiana y la honra con sus méritos y su fidelidad al Señor [...].
>
> Es un gran acontecimiento en la historia de la Iglesia de vuestra tierra. Me alegro de poder estar entre vosotros —como sucesor de Pedro— en este día importante. Y de poder cantar, con vosotros y con vuestra beata, el Magníficat mariano en la solemnidad de la Asunción.
>
> Anuarite respondió a la vocación de la virginidad libremente ofrecida. Y se une al largo cortejo de vírgenes que, desde la época romana, en los comienzos del primer milenio, entregaron su vida por Jesucristo: Blandina, Águeda, Lucía, Inés, Cecilia, Pelagia, Solange... Con las vírgenes mártires que la han precedido, la beata Anuarite anima a los que se comprometen a la castidad respondiendo a su vocación religiosa».

MARÍA ENCARNACIÓN GONZÁLEZ RODRÍGUEZ

Bibliografía

ESPOSITO, R. F., *Clementina Anuarite Nengapeta* (Bari ²1978).
— «Le carnet inédit d'Anurite»: *Telema* (1978).
— «L'esperienza spirituale di suor M. Clementina Anuarite Nengapeta, vergine e martire zairese», en AA.VV., *Mistica e misticismo oggi* (Roma 1979).
JUAN PABLO II, «Homilía de la beatificación (15-8-1985)»: *Ecclesia* (1985) n.2.234, p.22-24.
MONDRONE, D., *I santi ci sono ancora. Un dono di luce e di speranza per chi crede e per chi non crede,* IV (Roma 1977).

BEATO CARLOS DE FOUCAULD

Presbítero y ermitaño († 1916)

Carlos nació en Estrasburgo el 15 de septiembre de 1858. Su familia era de ascendencia aristocrática y en buena situación económica. Desgraciadamente, pronto, a los cinco años de edad, quedó huérfano de padre y madre y su familia sufrió el exilio a causa de la guerra entre Francia y Alemania en 1870. En este contexto se puede deducir que su infancia fue difícil. Tuvo la mala suerte de caer en manos de su abuelo que, débil de carácter, le dejó hacer hasta convertirse en un niño mimado y caprichoso.

Hizo la primera comunión de modo fervoroso en 1872, pero poco después, bajo la influencia volteriana de los profesores del Liceo Nancy, donde se formó en los estudios secundarios, perdió la fe. Se inicia entonces un período confuso donde se dejó llevar de un extremo estado de pereza y de gran laxitud moral lo que dio paso a que se le enviara, en 1776, a la Escuela Militar de Santa Genoveva en París, donde se preparó para ingresar, dos años después, en la Academia Militar de Saint-Cyr. Tras dos años en la célebre Academia parisina pasó otros dos en la Escuela de Saumur; y siendo ya subteniente del ejército continuó permaneciendo en guarnición residiendo seguidamente en Pont-à-Mousson y en Sétit. Estando la situación política en paz, la vida de esos oficiales, como él confiesa, se pasaba entre continuas fiestas donde la moral y el libertinaje estaban reñidos.

En junio de 1881, rompiendo con una mujer con la que se había emparejado, abandonó Francia para ir a unirse con sus compañeros que peleaban en África. En seguida se dejó domi-

nar por un gran deseo de realización personal y, entre 1883 y 1884, emprendió con gran riesgo para su vida un estudio sobre Marruecos lleno de coraje y gran tenacidad. La exploración de carácter altamente científico le colmó de prestigio ante sus compañeros, pero también le sirvió para conocer y admirar la fe profunda de los musulmanes y ese contacto con el Islam fue un primer paso hacia su propia conversión hacia la fe católica.

Vuelto a Francia en julio de 1884 puso por escrito sus descubrimientos (publicados en París en 1888) y tuvo tiempo para reflexionar en el silencio y la soledad. Bajo el influjo de una de sus primas, María Moitissier, casada con el vizconde Olivier de Bondy, mujer de una gran bondad y de una piedad profunda, que le había envuelto de un afecto maternal desde los primeros tiempos de su niñez huérfana, Carlos de Foucauld dio inicio a una extensa preparación que terminaría con su conversión a Dios.

La conversión tuvo su punto decisivo en octubre de 1886 mediante la intervención y varias entrevistas con un sacerdote vicario de la parroquia de San Agustín en París, Henri Huvelin, que era director espiritual de María de Bondy. Carlos de Foucauld se confesó y recibió la comunión y como escribiría quince años más tarde: «en cuanto yo me di cuenta de que Dios existía, comprendí que yo no podía hacer otra cosa que dedicarle toda mi existencia en la vida religiosa a la que me sentí llamado en el mismo momento en que volví a la fe».

Durante tres años, Carlos, bajo la dirección del sacerdote Huvelin aprende a caminar por los senderos de la oración contemplativa y en una búsqueda constante de su propia vocación por la que quiere consagrarse totalmente a Dios. Quien había conocido la riqueza y la vida fácil, quien había perseguido el poder y la gloria trata ahora de imitar a toda costa a Jesús, queriendo ocupar los últimos puestos de este mundo. Así fue como tomó la decisión de ingresar en la Trapa de Nuestra Señora de las Nieves (Ardèche) con el deseo de poder ir hasta una paupérrima fundación hecha por esta abadía en Siria, Akbés. Sus superiores accedieron a estos deseos y el hermano María Alberico (este fue el nombre que recibió al ingresar en la Trapa) fue destinado a Akbés. Allí, en el pobre priorato de Nuestra Señora del

Sagrado Corazón vivió durante seis años una austera vida cisterciense bajo la dirección del abad emérito de la Casa madre, Dom Policarpo Marthoud, un monje digno de los antiguos padres del desierto.

A pesar de unas condiciones de vida prácticamente míseras, el hermano María Alberico no estaba satisfecho y ansiaba abrazarse a un desprendimiento más absoluto y total. En 1893 comenzó a sentir que Dios le llamaba a vivir una vida más conforme a la vida escondida y pobre de Jesús en Nazaret. El abate Huvelin trató de atemperar aquellos deseos, pero éstos iban cada día en aumento. Advertidos sus superiores, en 1896, quisieron hacerle pasar por una prueba muy fuerte como era enviarle a Roma para estudiar teología y destinarlo al sacerdocio, vocación a la que él expresamente había renunciado al ingresar en la Trapa. Pero el 23 de enero de 1897 diez días antes de que tuviese que emitir su profesión solemne como monje cisterciense, el hermano María Alberico recibió de parte de Dom Sebastián Wyart, abad General de los trapenses, su permiso para que fuese a ensayar su nueva vida como eremita.

Carlos de Foucauld quería vivir su nueva vida en el mismo Nazaret a donde llegó el 4 de marzo de 1897. Allí se convirtió en el demandadero y hortelano de un convento de clarisas fundado en Nazaret hacía unos años. Estas labores le permitieron consagrar días y noches enteras a la oración y a una profunda meditación sobre los evangelios. Bajo la influencia de la abadesa de las clarisas, M. Elisabeth del Calvario, se despertó en él el deseo de fundar un nuevo estilo de vida y de aceptar, por lo mismo, el poder llegar a ordenarse como presbítero. Tenía casi un proyecto decidido: comprar el monte de las Bienaventuranzas y pasar a vivir en él como sacerdote ermitaño; para poder realizarlo volvió a Francia en agosto de 1900 para prepararse para el sacerdocio. Después de pasar estudiando ocho meses en el monasterio de Nuestra Señora de las Nieves fue ordenado sacerdote el 9 de junio de 1901, pasando a incardinarse en la diócesis de Viviers.

Comprar el monte de las Bienaventuranzas fue algo imposible. Entonces la mirada de Carlos de Foucauld se tornó hacia Marruecos que tan bien él conocía. Aquella región iba a conver-

tirse en el lugar donde podría llevar una vida como la de Nazaret. Pero como para un europeo era imposible entrar en la zona interior de Marruecos, se instaló en Beni Abbés, punto de paso de las caravanas en la frontera marroquí. Allí tomó un estilo de vida muy diferente a la que había llevado en Nazaret.

Aunque él no salía de su ermita, su pobre morada estaba abierta a todos; quería dar hospitalidad a todos los que se acercasen, buenos o malos, amigos o enemigos, musulmanes o cristianos. El hermano Carlos de Foucauld se convirtió en Beni Abbés en el hermano universal de cada uno de los soldados y oficiales franceses o argelinos. «Quiero acostumbrar a los que aquí viven, cristianos, musulmanes, judíos o idólatras, franceses o argelinos a que me miren como a un hermano, el hermano de todos», escribía en una carta a María de Bondy el 7 de enero de 1902. Incluso llegaba a rescatar a esclavos a los que abría su fraternidad.

Marruecos, a pesar suyo, estaba férreamente cerrado a los europeos; no obstante gracias a los impulsos de uno de sus amigos de la Academia de Saumur, Henri Laperrine, que había sido nombrado comandante de ciertos puestos del ejercito en el Sahara, fray Carlos, en 1903 pudo acercarse a Hoggard y los tuaregs que nunca habían oído hablar de Cristo y su Buena Noticia. Entre 1904 y 1905 pudo participar en dos correrías por el sur y tomar contacto con sus poblados. En agosto de 1905 llegó finalmente a Tamanrasset donde decidió instalar un eremitorio parecido al de Beni. Quería compartir entre los dos su permanencia y su vida.

Tamanrasset le atrajo pronto irresistiblemente y el hermano Carlos pasará la mayor parte de sus últimos años de su vida en él. En aquel lugar realizará su apostolado de bondad y de amistad. Es más, aun en medio de las numerosas visitas de los tuaregs, tuvo tiempo para componer un diccionario francés-tuareg / tuareg-francés, y una colección de textos y poesías de los tuaregs que serían publicados más tarde por René y Andrés Basset. También hizo una traducción del Evangelio. Todo ello envuelto en un clima por el que lograba pacificar los corazones de todos.

Con obstinación renovada trató de atraer a otros cristianos de buena voluntad para que fuesen a reunirse con él en aquella

tierra desierta para ejercer como comerciantes o como técnicos sanitarios de forma generosa y evangélica. Hizo tres viajes a Francia en su busca, 1909, 1911 y 1913. Nadie quiso seguirle ni como religioso ni como laico.

El conjunto de los escritos espirituales de Carlos de Jesús, tal como se firmaba desde su llegada a África, comprenden unas quince mil páginas. Pero salvo los *Estatutos para la Asociación de los Hermanos y Hermanas del Sagrado Corazón de Jesús* (unas 39 páginas, sin el nombre del su autor, editados en Argel, 1909), Carlos de Foucauld no dio nunca ninguno de sus escritos a la imprenta, como ninguno de sus escritos espirituales formaron nunca parte de ningún tratado, ni siquiera de un esquema temático. Las tres cuartas partes de sus escritos datan de su estancia pasada en Nazaret. Estos escritos nacen bajo la recomendación del abate Huvelin que se los propuso como remedio a una sequedad espiritual en la oración por la que el hermano Carlos atravesaba entonces. En ellos se recogen las reflexiones que tenía en sus meditaciones y en su plegaria cotidiana. Las escribía en su cabaña o en la capilla de las clarisas delante del Santísimo. En ellos fue tomando como base tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento; la escritura es sencilla, repetitiva pero sincera; apenas un vago esquema se precisa en aquellos escritos en los que se propone el relato evangélico, el ejemplo de Jesús y el interrogante de cómo seguir a Jesús por su parte. A veces intentó seguir otros esquemas sobre virtudes, reflexiones sobre los profetas, los salmos. Pero el centro de sus reflexiones y el polo de sus pensamientos siempre fue Jesús y su Evangelio. *Meditaciones sobre los santos evangelios, Ensayo para acompañar a Nuestro Señor Jesús* (una especie de Vida de Cristo) en su advenimiento, en el desierto, en su vida pública. Compuso dos retratos de Jesús: *El Modelo único* y *Nuestro manso Jesús.*

Posteriormente a su estancia en Nazaret, su nueva vida, entregada a acoger a los pobres y a los visitantes no le permitieron entregarse por mucho tiempo a escribir. Lo que escribió vuelve sobre los mismo temas: explicación del Evangelio o meditaciones sobre los Santos Evangelios, aunque cada vez sus reflexiones se van haciendo más profundas y densas.

El mensaje espiritual tiene evidentemente un origen y bebe de fuentes conocidas. Carlos de Foucauld hace humildemente

suyas un conjunto de ideas que él ha leído aquí y allá, comenzando por los Padres del desierto hasta llegar a la Escuela francesa y las obras de J. P. Caussade. De esas influencias dos se destacan notablemente: la influencia espiritual de Santa Teresa de Jesús, la santa de Ávila cuyas obras fueron leídas y releídas desde 1888 hasta su muerte. Y la otra fue la de San Juan de la Cruz, cuyos escritos fueron su libro de cabecera desde 1898. La *Madre* como él llamaba a Santa Teresa tomando la palabra en castellano, fue su directora espiritual por el difícil itinerario de la mística y fue su Maestra en los senderos de la oración. Muy honda fue la influencia de San Juan de la Cruz cuya lectura le fue recomendada por el abate Huvelin. En el autor de la *Subida al monte Carmelo* el hermano Carlos encontró el modelo de su vocación, en lo absoluto del amor, tal como él lo había percibido desde los días de su conversión; despojarse de todo lo que no es Dios para poseer sólo a Dios, la perfección del despojamiento en aras de la perfección del amor. Atraído por San Juan de la Cruz, el hermano Carlos tomó su resolución de fundar toda su vida espiritual en la perspectiva unificadora del amor.

Pero si hay una espiritualidad o mejor un mensaje espiritual del padre Foucauld, hay que basarla en sus vivencias, en el cómo él vivió los valores evangélicos de una forma novedosa y con una intensidad extraordinaria. Lo que regía su vida fueron las actitudes concretas, los hechos, los gestos, las palabras de Jesús tal como el Evangelio las revela en su novedad y realismo. Su única razón de vivir fue Jesús; sólo Jesús, tal como él escribió una noche en Nazaret. Sólo Jesús sin preocuparse de ninguna otra cosa. No tiene ningún otro Maestro ni otra esperanza, y su amor por Jesús es totalmente exclusivo. Describiendo la búsqueda de su vocación dice: «No sabía en qué Orden entrar; entonces al leer el Evangelio vi que el primer mandamiento es el de amar a Dios de todo corazón y que todo se resumía en el amor; todos saben que el primer efecto del amor es el de la imitación; era pues necesario que yo entrara en una Orden donde yo encontrara la más exacta de las imitaciones de Jesús». En 1906 escribiendo al abate Huvelin le contaba: «me he hecho como un retrato de Nuestro Señor, formado por frases del santo Evangelio. Las leo y releo sin cesar y me gusta mucho poner

cada día ante mis ojos ese retrato». Y en el último año de su vida, 1916, escribió: «Jesús ha querido que su nombre "Salvador" significara la obra de su vida, salvar almas. La obra de nuestra vida debe ser la imitación del Modelo Único, la salvación de las almas».

El hermano Carlos escruta sin cesar los hechos y las palabras de Jesús. Sus escritos demuestran que no son meras expansiones espirituales ni reflexiones filosóficas ni un diálogo de la criatura con su Creador, sino algo mucho más sencillo: ante el interrogante de quién es Jesús, él escribe sus meditaciones con gran humildad ya que es incapaz de orar bien y a la vez quiere estar siempre en su presencia. Hace retratos de Jesús para remirarlos continuamente. Sigue el ciclo litúrgico, tan recomendado ya en su tiempo, especialmente en la cuaresma para acompañar a Jesús minuto a minuto en aquel preciso período, cuando dijo aquello u obró tal milagro; se prepara para seguirlo a Getsemaní o al Calvario. El hermano Carlos revive literalmente a Jesús. Los evangelios son el alimento primero de su vida y no pide otra cosa sino que sean a todo lo largo de su vida su sustento para poder participar cada día más en la vida de Jesús. Esta asimilación de la Escritura fue para él un fortalecimiento continuo en lo espiritual y el principal de los motores de su evolución hacia el amor cada vez más real, por Jesús el Salvador. Los Evangelios han sido el medio más corto e inmediato para unirse a Jesucristo y darse a todos a través de él.

Hay tres características en el mensaje espiritual del hermano Carlos:

a) Imitación de Jesús que «vino a ocupar el último lugar» (despojamiento total). Un lugar que nadie le ha podido arrebatar jamás en su entrega a los hombres. Imitar a Jesús en esto, hará consistir toda su vida espiritual. Buscar e imitar a Jesús como pobre fue un empeño apasionado, en una carrera por etapas en la que se fue despojando de todo hasta la radicalidad más absoluta.

b) Pero en esta pobreza radical no hay una separación del mundo, una disociación de la vida de los hombres al modo de San Juan de la Cruz; de modo progresivo fue conducido a participar del mundo obrero y del ambiente de trabajo de los más po-

bres de este mundo; lo hizo ya en su etapa de monje trapense en el pobre priorato de Akbés trabajando hombro con hombro con los pobres aparceros del entorno y continuará haciéndolo con los desheredados del Sahara. Pero su inserción entre los más menesterosos no se asienta en aspiraciones revolucionarias humanas sino en la perspectiva gozosa de una vuelta de Jesús a la tierra.

c) Carlos de Foucauld al abandonar la Trapa no deja de ser un contemplativo y nunca dejó de serlo. Pero quiso hacerlo al estilo de la familia de Nazaret que llevó una vida contemplativa permaneciendo entre los hombres. La celda del hermano Foucauld está abierta a todos, sin perder su carácter fundamental de ser una celda de contemplativo. Estableció una capilla y celebraba la misa todos los días en medio de un pueblo no cristiano y al que nunca predicó. El rincón del desierto donde plantó su tienda estaba a las puertas de un pueblo y su vida «eremítica» coexistía con una presencia amistosa abierta a todos. Carlos no va al desierto para evadirse de los hombres sino para encontrarse con las ovejas más abandonadas. Y la Eucaristía, comunión y presencia cotidiana y continua, es el alimento esencial de esta contemplación.

Como hermano de todos, Carlos de Foucauld mostró todas sus cualidades de hombre de acción, al mismo tiempo que sentía el imperioso anhelo de dar a conocer a todos y, sin cesar, a su Bienamado el Señor Jesús. Puso, además, al servicio de los tuaregs su capacidad técnica. Se hizo uno de ellos, aprendió su lengua, hizo lo que pudo por el desarrollo de la región. Con voluntad inquebrantable manifestó con su vida una caridad sin fronteras para unificar el amor entre los hombres, unidad que es cualidad inseparable de los que aman de verdad a Jesucristo. Quiso vivir en humilde fraternidad con los más pobres, compartir su vida, respetar con amor a cada persona y cada particularismo. Creía que las obras materiales positivas debían estar en relación, en primer lugar con una amistad verdadera que permitiese el desarrollo real de cada una de las personas. Y esta amistad atenta y concreta, sencilla y universal debía anidar en el corazón de todas las relaciones entre los hombres.

Apenas tuvo seguidores en vida, a pesar de los esfuerzos hechos. Su propuesta era muy radical. Vivir integralmente el

Evangelio fue su única pasión. Se abraza a su vocación trapense con este firme propósito que nunca le abandonó. La fuerza del amor y la fuerza del Espíritu le impulsó a más. Nada ni nadie, a lo largo de todos sus años, hasta el día de su muerte, le pudo apartar de esta fuerza, de esta luz que le embriagó una vez para siempre. Imitar el despojamiento de Jesús, ser insaciable en el cumplimiento de las bienaventuranzas. Por eso ninguna Trapa, ni regla alguna fue capaz de colmar su corazón sediento de Jesús manso y humilde de corazón.

Quiso incendiar con esas llamas de amor inextinguible a todos los hombres. Seguir y amar al Cristo del Evangelio hasta sus últimas consecuencias. Sus proyectos fundacionales fueron varios. Siendo todavía trapense, en 1893, con apenas tres años de vida monástica, siente ya el deseo de fundar algo nuevo. Estos proyectos se fueron precisando y en carta al abate Huvelin le cuenta ya sus primeras ideas y directrices. En 1896 compone una pequeña Regla para los miembros de una Congregación que él llama: «Hermanitos del Sagrado Corazón de Jesús». Al dejar la vida trapense escribe: «Mi nueva vida tiene que ser mucho más escondida que la que yo ahora dejo». Durante el período pasado como sirviente o empleado de las monjas clarisas, deja dormir sus proyectos hasta que la madre abadesa Elisabeth le anima a retomar esa empresa. Tiene la oportunidad de encontrar un compañero, otro monje que abandonaba la Trapa en 1898 y, en seguida, se pone a redactar la que él llama: *Regla de los Ermitaños del Sagrado Corazón.* Pero el compañero no quiso seguirlo.

Fue el día de Epifanía de 1899 cuando el hermano Carlos escribió ante el Santísimo Sacramento una larga meditación donde expresa los sentimientos que le embargaban en aquel momento; cuando la reescribió en doble documento los tituló *Reglamento provisorio* y *Regla definitiva de los ermitaños del Sagrado Corazón.* Hay en este último documento un cambio decisivo: el sacerdocio y el apostolado. Los acepta. Hay que ser como Jesús pobre pero Salvador de los hombres. La vida de Nazaret es a la vez oculta y abierta, silenciosa y acogedora, lugar de intimidad con Jesús y punto de partida para la misión.

El viernes 9 de junio de 1899, en la fiesta del Sagrado Corazón y dos antes de su ordenación, Carlos de Jesús retoma la me-

ditación de Epifanía, la concreta y hace de ella un largo documento: *Regla de los Ermitaños del Sagrado Corazón de Jesús,* en una detallada explicación de la meditación, pero que no aporta ninguna novedad. El conjunto del documento tiene más de doscientas páginas escritas a máquina y se divide en tres partes; a) *Regla de San Agustín* (un año había abandonado la Regla de San Benito que le parecía muy compleja, para abrazarse con la agustiniana). b) *La Regla de los Ermitaños del Sagrado Corazón;* son cuarenta capítulos que comentan cada uno de los 40 artículos de las Constituciones. c) Las *Constituciones* divididas en cuarenta artículos, a imitación de los 40 capítulos de la Regla de San Agustín.

El celo por las almas brilla por encima de todo. Quiere ver en todo ser humano un alma a la que hay que salvar. El «Salvador» debe ser su modelo y el resumen de toda la vida de los ermitaños. Deben salvar mediante su íntima oblación ante el Salvador, ante el Santísimo Sacramento del altar, en el Santo Sacrificio de la misa, en la imitación de las virtudes de Cristo, por la penitencia, la oración, las buenas obras de caridad; la caridad debe brillar en todos los eremitorios como los rayos resplandecientes del Corazón de Jesús.

En los Ejercicios Espirituales para el diaconado, en marzo de 1901, se le avivan los deseos de fundar y aporta una ligera evolución. El sacerdocio le invita a inmolarse en medio de la comunidad de fieles que el Señor le depare. Comprende que le va a exigir una autodonación absoluta hasta el martirio.

Una carta dirigida en 1911 al P. Antonio, monje de Nuestra Señora de la Nieves, contiene un nuevo esbozo de la vida de la comunidad con un comentario sobre el «trabajo apostólico» dentro de la línea de «Nazaret». También previó la necesidad de religiosas que asistieran a los pobres. Las congregaciones existentes no le pueden enviar religiosas que ejerzan esos servicios. Piensa por tanto que será preciso unas *Hermanitas del Sagrado Corazón* para las que redactará una Regla en mayo de 1902 aunque su texto es idéntico al de los «Hermanos».

En los últimos diez años de su vida, viendo la imposibilidad de poder fundar una congregación religiosa por falta de candidatos, el hermano Carlos de Foucauld fue pensando en formar

un grupo de seglares con los que compartir, aunque fuera a distancia, sus ideales evangélicos. Este sería la *Unión de los hermanos y hermanas del Sagrado Corazón de Jesús,* que él describió así en 1909: «El papel de los hermanos y hermanas, que no son ni sacerdotes ni religiosos, no tiene por fin instruir a los infieles en la religión cristiana ni conseguir su conversión, sino prepararlos, por medio de su silencio lleno de estima por ellos, para que sus prejuicios se disuelvan al ver los ejemplos de su buena vida y darles a conocer, más por las obras que por las palabras, las normas de vida cristiana y ganarlos por la confianza, el afecto y una estrecha amistad».

Algunos meses antes de su muerte, el hermano Carlos escribió: «Mas que nunca sueño con esta obrita [...] quisiera presentarla simplificándola y abreviando más todavía sus Estatutos, modificándolos completamente y simplificando su organización».

A los ojos del mundo la vida del hermano Carlos de Foucauld pasó casi desapercibida y su obra lo mismo; apenas contagió a nadie con sus ideales. Lo mismo podemos decir de su muerte acaecida en 1916, obra de una tribu, los senusitas que, por recelos contra el ermitaño de origen francés temían su influencia en la región y así decidieron eliminarlo dándole muerte el primero de diciembre. En medio del fragor de la Primera Guerra Mundial su muerte apenas llegó a los oídos de los hermanos laicos de la Unión que en aquel momento eran unos 49. Pero las obras de Dios tienen su tiempo y su compás. En 1933 nacieron simultáneamente dos congregaciones que tomaron como fundamento sus proyectos e ideales. La masculina, iniciada por cinco jóvenes sacerdotes al sur de Orán, que tomaron primero por nombre *Hermanos de la Soledad* y posteriormente el de *Hermanitos de Jesús.* La congregación femenina se fundo en Montpellier y se llamaron *Hermanitas del Sagrado Corazón de Jesús,* tomando en su integridad la Regla escrita por Carlos de Foucauld en 1902. Se han extendido por Francia, Marruecos, Túnez, Tamanrasset y en la India.

En 1939 nacieron la Hermanitas de Jesús que con ocasión de la Segunda Guerra Mundial y la posguerra se vieron obligadas a evolucionar como antes lo había hecho los «Hermanitos».

Se multiplicaron muchísimo y tratan de asegurar la presencia de Jesús en el mundo no cristiano o entre las masas descristianizadas. Lo mismo pasó con la Unión de laicos o no religiosos (hay asociaciones de sacerdotes también) que a partir de 1950 experimento un gran incremento de afiliados y diversidad de Institutos seculares.

A pesar de esta floración, canónicamente hablando, el proceso de canonización no le ha reconocido el título de Fundador. Carlos de Foucauld permanece en su soledad, escondido en la humildad de Nazaret, un verdadero monje contemplativo que con la fuerza de su entrega como hermano universal ha vigorizado el corazón de muchos con la fuerza de su amor a Jesús y a su Evangelio. Ha sido beatificado en Roma, el 13 de noviembre de 2005, bajo el pontificado de Benedicto XVI.

LUIS M. PÉREZ SUÁREZ

Bibliografía

BAZIN, R., *Escritos espirituales* (Madrid 1958).
DIDIER, H., *Vida de Carlos de Foucauld* (Madrid 2005).
SIX, J. F, *Dictionnaire de Spiritualité,* V (París 1964) cols.729-741.
— *Itinerario espiritual de Carlos de Foucauld* (Barcelona 1988).
— *El testamento de Carlos de Foucauld* (Madrid 2005).
SUESCUN, J., *Carlos de Foucauld en el Sahara, entre los tuaregs* (Bilbao 1994).
VÁZQUEZ BORAU, J. L., *Carlos de Foucauld y la espiritualidad de Nazaret* (Madrid 2001).
— *«Consejos evangélicos» o «Directorio» de Carlos de Foucauld* (Madrid 2005).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN LEONCIO

Obispo († 432)

No se conoce un obispo de Frèjus (Francia) anterior a este San Leoncio, cuyo episcopado debió comenzar poco antes del 419 en que ya ocupaba la sede episcopal. Por indicación del papa San Bonifacio I intervino en el juicio contra el obispo Máximo de Valence. Era uno de los obispos a los que dirigió su carta el papa San Celestino I pidiéndoles que corrigieran a algunos sacerdotes indisciplinados y poco ortodoxos y, sobre todo, pidiendo que todos aceptasen la doctrina católica sobre la gra-

cia. Era un amigo muy querido del monje Casiano, que le dedicó sus primeras diez Colaciones. Influyó en la fundación por San Honorato del monasterio de Lerín. Leoncio no se inmiscuyó en los asuntos del monasterio, respetando la autoridad del abad, lo que sirvió de ejemplo para las relaciones de otros muchos obispos con sus monasterios. Murió hacia el año 432. La diócesis de Frèjus lo honra como su patrono.

SAN AGERICO DE VERDÚN

Obispo († 588)

Agerico nace en Harville hacia el año 530. Estudia en la escuela episcopal de Verdún. Recibe las órdenes sagradas de manos del obispo San Desiderio y al morir éste es elegido como su sucesor. En 570 hace de padrino del rey Childeberto II. Gozó de la amistad de San Gregorio de Tours, que da un claro testimonio acerca de su bondad y virtudes. También fue amigo de Venancio Fortunato, que igualmente elogió las virtudes de su amigo. Construyó nuevas iglesias, entre ellas las de San Medardo y San Andrés, restauró las antiguas, construyó asimismo el baptisterio. Asiduo predicador de la palabra divina, empleaba muchas horas en este fundamental ministerio. También sobresalió por su caridad y atención a los más pobres. Se opuso tenazmente aunque con poco éxito a la costumbre de la corte de eliminar a los enemigos, procurando costumbres más cristianas y suaves. Y se dice que vino a morir del disgusto de que, habiéndose refugiado en su oratorio los duques Ursione y Bertefrido, allí mismo fueron eliminados. Fue enterrado en la citada iglesia de San Andrés, que era donde había estado su casa paterna, y en su entorno en 1037 se levantó una abadía benedictina que tomó su nombre.

BEATO ANTONIO BONFADINI

Presbítero († 1482)

Antonio Bonfadini nace en Ferrara el año 1400 en el seno de una familia de clase acomodada, que lo educa con esmero y

lo hace estudiar en la universidad de la ciudad, donde logra los grados. Permanece toda su juventud en el seno de su familia, siendo un joven puro y honesto, y no es hasta los 39 años cuando se decide por la vida religiosa e ingresa en la Orden de Menores en el convento del Espíritu Santo de Ferrara. Se ordena sacerdote, y se distingue enseguida por su exacto cumplimiento de la regla franciscana así como por su celo por la salvación de las almas. Y es este celo el que le lleva a ofrecerse para las misiones entre infieles. Obtenida la licencia embarca con dirección a la Tierra Santa, donde predica el evangelio y luego vuelve a Italia, lastimado de no haber obtenido la corona del martirio. Su muerte tuvo lugar en Cotignola di Faenza antes de haber regresado a su convento, y allí en el Hospicio de Peregrinos murió el 1 de diciembre de 1482. Enterrado en la parroquia de San Esteban, cuando luego los franciscanos fundaron casa en Cotignola lo llevaron a la iglesia de su convento. Su culto inmemorial fue confirmado el 13 de mayo de 1901 por el papa León XIII.

SANTOS RODOLFO SHERWIN Y ALEJANDRO BRIANT

Presbíteros y mártires († 1581)

Las ediciones anteriores de esta *Año cristiano* proporcionaron una biografía de San Edmundo Campion, martirizado en la plaza londinense de Tyburn el 1 de diciembre de 1581. Pero en esa biografía se atiende solamente a San Edmundo, sin narrar las biografías de sus dos compañeros de martirio y canonización: los santos Rodolfo Sherwin y Alejandro Briant, el primero sacerdote secular, el segundo jesuita también como Campion. Nosotros hemos pensado que era mejor respetar la biografía de San Edmundo tal como estaba en las ediciones anteriores pero añadir aquí noticia suficiente de sus dos insignes compañeros.

RODOLFO SHERWIN había nacido en Rodesley, Longford, Derbyshire, en el seno de una familia protestante, en 1550. Estudia en el Exeter College, de Oxford, y en 1575 deja su brillante carrera para hacerse católico y se va primero a Douai y luego a Roma, al Colegio Inglés, del que sería el primer mártir. Se les pidió a los alumnos del colegio que juraran tener volun-

tad de ir a la misión inglesa, y Ralph respondió: «Hoy mejor que mañana». Ordenado sacerdote, vuelve con Edmundo Campion y otros en 1580 a Inglaterra, teniendo por el camino de vuelta una disputa con los calvinistas de Ginebra que se hizo famosa. Por el camino supo que sus nombres ya estaban entregados a la policía inglesa. Llegado a su país pudo trabajar apostólicamente tres meses con gran éxito, hasta que fue arrestado en Londres justo cuando estaba predicando. Llevado a la cárcel de Marshalsea y cargado con fuertes cadenas, llevó su prisión con paciencia y alegría, diciendo que no había música más agradable que la de sus cadenas. En la cárcel logra reconciliar con la Iglesia a varios compañeros de prisión, pero al mes de estar encarcelado pasa a la Torre de Londres donde sufre terrible tortura, queriendo sacarle sus relaciones con Campion, y teniéndolo cinco días incomunicado y sin comer, pero meditando en la crucifixión de Jesús. Después de un año de encierro en la Torre fue llevado a juicio con otros catorce, entre ellos San Edmundo Campion. Dijo con toda claridad que era solamente la motivación religiosa y no política la que le había llevado a ejercer su ministerio en Inglaterra. En nombre de la reina Isabel se le ofreció la vida y la libertad si volvía al protestantismo. Dijo que no en términos tajantes. Fue condenado a muerte. Llevado a la ejecución y una vez martirizado San Edmundo Campion, lo llamó el verdugo y él le besó la mano, llena de sangre de Campion, y subió al carromato. Le pusieron la soga al cuello y empezó a repetir: «Jesús, Jesús, Jesús, sé para mí Jesús». El pueblo que estaba allí le gritó: «Que Dios reciba tu alma». Fue ahorcado, destripado y descuartizado.

ALEJANDRO BRIANT nació en el Somersetshire, siendo sus padres labradores acomodados, el año 1553. Estudió en el Hart Hall de Oxford, donde conoció a Robert Persons y cuando éste se hizo católico, Alejandro se hizo también. Decidido por el sacerdocio, ingresó en el Colegio Inglés de Douai en 1577. Ordenado sacerdote, volvió a Inglaterra en 1579 y trabajó apostólicamente en su condado natal, logrando reconciliar muchas personas con la Iglesia. Se fue a Londres a vivir con el P. Person y cae en manos de los cazasacerdotes en 1581 y fue llevado a la cárcel llamada The Counte. Lo tuvieron 48 horas sin comer y

beber para soncarle sobre Persons y sus amistades, pero no consiguieron nada. Entonces fue llevado a la Torre de Londres y aquí, buscando noticias sobre Persons, fue bárbaramente torturado. Como dijo en una carta a los jesuitas, él pensó en la pasión del Señor todo el tiempo de la tortura. Se le llevó a un oscuro calabozo donde se le tuvo ocho días sin ver la luz y luego se le volvió a torturar. Durante la tortura prometió al Señor ingresar en la Compañía de Jesús y así lo pidió luego por carta, siéndole concedido. Al juicio en Westminster Hall fue con una cruz en la mano y cuando le dijeron que la tirara dijo que no lo haría nunca porque él era un soldado y la cruz su bandera. Condenado a muerte y llevado al sitio de la ejecución en el día señalado, hizo profesión de fe católica antes de morir y dijo que moría inocente y que él no había ofendido a la Reina en nada, y que se alegraba de compartir la suerte del P. Campion. Se le dio el mismo género de muerte que a sus compañeros.

Fueron canonizados el 25 de octubre de 1970 por el papa Pablo VI.

BEATO RICARDO LANGLEY

Mártir († 1586)

Era un rico terrateniente de Grimthorpe en East Yorkshire y parece que nació allí mismo unos cuarenta años antes de su martirio, en 1586. Tenía tierras también en Rathorpe y en Ousethorpe. Estaba casado con Joan Beaumont de Mirfield y tenía cuatro hijas y un hijo. Era un católico fervoroso que daba acogida en su casa a los sacerdotes y que llegó a hacer un refugio subterráneo para ellos donde pudieron pasar muchos de ellos desapercibidos. Delatado, el 28 de octubre de 1586 fue enviado un piquete militar a examinar el asunto y se hallaron en efecto dos sacerdotes, lo que trajo el arresto inmediato de Langley. Las noticias que hay de él son que era un alma grande, de notable piedad, gran crédito social, respetado de todos por su honestidad, sabiduría y sobriedad, bien cualificado en toda virtud. Llevado a juicio, al entrar en la sala, un grupo de protestantes lo insultó, pero él se dirigió al P. Cerowe que estaba allí y le pidió la bendición. Declaró no arrepentirse de haber alojado a los sacer-

dotes, por ser mensajeros de Dios, y más bien lamentaba no haber podido hospedar a más. Dijo también que daba gracias a Dios por concederle morir por una causa tan buena. Durante todo el período que pasó en la cárcel estuvo siempre jovial y alegre. Se ganó el corazón del carcelero que se quedó llorando cuando lo sacaron a ejecutar y cuando era llevado a la muerte mostraba tanta alegría que llegó al patíbulo antes que el propio sheriff. Una vez ahorcado, destripado y descuartizado el 1 de diciembre de 1586, y pese a que lo reclamaban sus amigos, su cuerpo fue echado al fondo de una fosa y encima echaron los de varios ladrones ejecutados. Su hija Isabel murió en la cárcel por la fe, y decía que veía a su padre junto a ella. Fue beatificado el 15 de diciembre de 1929 por el papa Pío XI.

BEATO CASIMIRO SYKULSKI

Presbítero y mártir († 1941)

Nace en Konskie (Polonia) el 29 de diciembre de 1882. Siendo adolescente, ingresó en el seminario diocesano de Sandomierz y se ordenó sacerdote el 12 de julio de 1905. Tras varios años de servicio parroquial, se graduó en la Academia de San Petersburgo y volvió al ministerio parroquial. Durante la Primera Guerra Mundial fue capellán militar. Lograda la independencia de Polonia, fue diputado de la República en dos legislaturas. El Papa lo nombró camarero secreto. En 1928 fue designado canónigo de San Martín de Opatów y, al año siguiente, párroco de Konskie y arcipreste de su partido, donde hizo una amplia labor social y apostólica. Durante la Segunda Guerra Mundial, se dedicó a la atención material y moral de las víctimas, siendo tomado como rehén el 8 de septiembre y luego liberado, persistiendo en su trabajo benéfico. Arrestado finalmente el 1 de octubre de 1941, estuvo preso en Radom, pasando luego al campo de concentración de Auschwitz, donde fue fusilado por orden del tribunal de Radom el 1 de diciembre de aquel mismo año. Beatificado el 13 de junio de 1999.

2 de diciembre

A) MARTIROLOGIO

1. La conmemoración de San Habacuc, profeta **.
2. En Roma, Santa Bibiana (fecha desconocida), mártir **.
3. En Roma, en la Via Portuense, San Pimenio († s. III/IV), presbítero y mártir.
4. En Aquileya (Véneto), San Cromacio († 407/408), obispo *.
5. En la isla de Ponza, el tránsito de San Silverio († 537), papa y mártir **.
6. En el monasterio de Groenendael (Brabante), Beato Juan Ruysbroeck († 1381), presbítero, canónigo regular agustino **.
7. En Murcia, Beata María Ángela Astorch († 1665), abadesa clarisa **.
8. En Logiewniki (Polonia), Beato Rafael (Melchor) Chylinski († 1741), presbítero, de la Orden de Hermanos Menores Conventuales **.
9. En Stanislaviv (Ucrania), Beato Iván Slezyuk († 1973), obispo y mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN HABACUC

Profeta (Antiguo Testamento)

El *Martirologio romano* actual sintetiza la misión y el mensaje de este santo profeta, tan válido para todos los tiempos como para el suyo, con este certero elogio, el día 2 de diciembre: «Conmemoración de San Habacuc, el profeta que, a la vista de la iniquidad y la violencia, anunció el juicio del Señor, pero también su misericordia, diciendo: "El justo vivirá por su fidelidad"».

No pudo encuadrarlo en datos geográficos ni históricos porque no hay suficientes pistas para situarlo con seguridad. Es muy probable que viviera y predicara en Judá cuando el imperio de los asirios declinaba dando paso al de los caldeos de Babilonia, que lograban la primacía en vertiginosa ascensión.

Según esta opinión, que parece la más verosímil, sería un poco posterior al profeta Nahún, y los dos, contemporáneos de Jeremías.

Con mayor precisión se podrá datar la profecía entre la batalla de Cartemis (605 a.C.) que dio a Nabucodonosor de Babilonia el Próximo Oriente, y el primer asedio de Jerusalén en 597: a fines del siglo VII y comienzos del VI (a.C.)

El libro de Daniel 14,32-38, en un relato midrásico, habla de un profeta llamado Habacuc, arbitrariamente identificado con el que nos ocupa, sin fuentes que lo avalen. Cuando iba a llevar un guiso y panes a los segadores, el ángel del Señor le cambió la ruta y, cogiéndole por los pelos, lo transportó en vuelo a Babilonia para socorrer a Daniel, que estaba encerrado en la cueva de los leones. Cumplida su misión, el ángel lo devolvió a su procedencia como lo había llevado.

Este episodio legendario, que se ha enriquecido con simbolismos eucarísticos y marianos, se recoge también en la varia iconografía de Habacuc, por ejemplo, en una puerta de Santa Sabina en Roma (s. V). La más frecuente presenta al profeta ya anciano, barbudo, a veces deforme y encorvado, con gesto de amargura por la situación.

Con hondas reflexiones, vida de oración y prolongados diálogos con Dios, se fraguó el Libro de Habacuc, ciertamente breve pero uno de los más profundos del Antiguo Testamento, con páginas comparables a las de Job y a las de los libros sapienciales.

Los problemas que plantea, de manera más vital que teórica, son tan interesantes para su tiempo como para el nuestro, en que tampoco los vemos resueltos. Porque Habacuc no se queda prendido en las circunstancias históricas que rodean al pueblo de Dios; las trasciende y se asoma a una panorámica más universal que abarca toda la historia y el sucederse de los imperios en su curso. Hoy como ayer, resulta difícil, por no decir imposible, vislumbrar y comprender los planes enigmáticos de Dios, que sin duda para los creyentes lleva el timón de los acontecimientos y rige con sabiduría, justicia y amor, en su Providencia, todo lo que sucede.

Pero a la vista están la violencia, la injusticia, la opresión, el imperialismo y los abusos de las potencias de turno. No le basta a Habacuc la solución que aparece en Nahún con el castigo ejemplar de Nínive, ni las ideas repetidas en la Biblia de que

Dios purifica temporalmente a su pueblo por manos de los opresores, bastón de su ira, que más tarde, conseguido el fruto del castigo medicinal, son destruidos. Porque, si fueron crueles los asirios, no lo fueron menos los caldeos babilonios que los sucedieron. Y lo mismo, todos aquellos a los que el poder ensorbebece, endiosa y corrompe.

¿Tendrán razón los que en este mundo no ven más que una loca ambición de poder cual si fuese el único motor de la historia? Los pobres, los débiles, los pequeños y los pacíficos, ¿están condenados a ser humillados, oprimidos y explotados por los poderosos?

¿Dónde está Dios? ¿Es ciego, sordo o impotente ante la flagrante injusticia que triunfa y ante el sufrimiento de los inocentes? Difíciles preguntas que, aún después de la revelación del Nuevo Testamento, siguen inquietándonos a todos los hombres.

Habacuc, desde su fe, desde su palabra profética y desde su honda actitud vital, ilumina de algún modo estas cuestiones candentes que siguen preocupando al hombre de hoy.

Abre el libro un impresionante diálogo del profeta con Dios. No se conforma con transmitir sus oráculos; se atreve —y es novedad— a pedirle cuentas de su gobierno y de su justicia. Ciertamente Judá ha pecado, pero ¿por qué Dios, que es justo y santo, que tiene ojos muy puros para ver el mal, escoge a los bárbaros caldeos para ejercer su venganza? ¿Por qué ha de castigar al malvado otro peor que él? ¿No parece que Dios ayuda al triunfo de la fuerza injusta y opresora?

Al escándalo del profeta y al de muchos de nuestros contemporáneos que lo comparten e interrogan como él, se dirige la respuesta divina: lo cierto es que Dios, por caminos paradójicos, enigmáticos y misteriosos para nosotros, prepara la victoria final de la justicia y del amor.

Entre tanto «el justo vivirá por su fidelidad». Esta es la perla preciosa de la profecía de Habacuc (2,4) que hallará eco prolongado en San Pablo y en otros libros del Nuevo Testamento.

El contenido profundo de este mensaje se desarrolla en tres partes: la primera nos hace escuchar el diálogo de Habacuc con su Dios; comprende dos amargas y desgarradas quejas del profeta y dos oráculos con la respuesta de Dios.

La primera queja denuncia la bancarrota total y escandalosa de la justicia:

«¿Hasta cuándo, Yahvé,
pediré auxilio,
sin que tú escuches,
clamaré a ti: "¡Violencia!"
sin que tú salves?
¿Por qué me haces ver la iniquidad,
mientras tú miras la opresión?
¡Ante mí, hay rapiña y violencia,
se suscitan querellas y discordias!
Pues la ley se desvirtúa,
no se hace justicia.
¡El impío, asedia al justo,
por eso se pervierte la justicia!» (1,1-4).

A esta amarga queja responde inmediatamente el oráculo: Dios no contempla indiferente e impávido el desorden, el sufrimiento de los inocentes, la opresión de los justos, y declara abiertamente que los caldeos son el azote de Dios:

«Mirad a las naciones, contemplad,
quedad estupefactos, atónitos:
Voy a hacer una obra en vuestros días
que no creeríais si os la contasen.
Pienso movilizar a los caldeos,
un pueblo cruel y fogoso,
que recorre las anchuras de la tierra,
para adueñarse de países ajenos.
Es terrible y espantoso,
impone su ley y su poder;
Son más raudos que panteras sus caballos,
más ágiles que lobos esteparios.
Sus jinetes galopan,
vienen de lejos sus jinetes,
vuelan como águila que se lanza a devorar.
Llegan todos para hacer violencia,
son sus rostros ardientes, como un viento del este,
amontonan cautivos como arena.
Se burla de los reyes,
los soberanos le sirven de irrisión;
se ríe de toda fortaleza,
levanta un terraplén y la toma.
Después cambia el viento y desaparece,
culpable por hacer de su fuerza su dios» (1,5-11).

La segunda queja del profeta acumula las vejaciones del opresor, acosando a Dios de nuevo con interrogantes insistentes que ponen en tela de juicio la rectitud de su justicia en el gobierno del mundo.

Parece extraño que después de promesa tan rotunda como la del primer oráculo, vuelva a la carga. No le bastan las respuestas tradicionales repetidas. La promesa de Dios es tan inverosímil según él mismo reconoce, «una obra en vuestros días que no creeríais si os la contasen» (1,5) que exige la radicalidad de una fe que es capaz de trasladar las montañas. No llega a este grado la fe de los contemporáneos ni tal vez la del mismo Profeta. Por eso insiste:

«¿No eres tú desde antiguo, Yahvé,
mi Dios, mi santo? ¡Tú no mueres!
¡Para juzgar lo pusiste, Yahvé,
oh Roca, fiscal lo nombraste!
Tus ojos puros no pueden ver el mal,
eres incapaz de contemplar la opresión.
¿Por qué ves a los traidores
y callas cuando traga el impío
al que es más justo que él?
Tratas a los hombres como a peces del mar,
como a reptiles que no tienen amo.
A todos los pesca con anzuelo,
los apresa en su red,
los recoge en su copo.
Por eso se alegra y regocija,
por eso sacrifica a su red.
Ofrece incienso a su copo,
pues por ellos abunda su presa,
su comida es suculenta.
Por eso vacía su red sin cesar,
matando naciones sin piedad» (1,12-17).

A pesar de su desconcierto, de su angustiada queja y de su cansancio, el profeta se rehace apoyado en su fe: «Mi puesto de guardia ocuparé, arriba de la muralla me pondré, oteando para ver lo que me dice, lo que responde a mi querella» (2,1).

«Yahvé me respondió de este modo:
"Escribe la visión,
ponla clara en tablilla
para que pueda leerse de corrida.

Porque tiene su fecha la visión,
aspira a la meta y no defrauda;
Si se atrasa, espérala,
pues vendrá ciertamente, sin retraso.
Sucumbirá quien no tiene el alma recta,
mas el justo por su fidelidad vivirá"». (2,3-4).

La respuesta de Dios encierra las novedades más importantes de la profecía. Por eso se pide que se grabe en tablilla, por escrito, que las palabras las lleva el viento; lo escrito permanece como testigo de su cumplimiento.

Pero lo más notable es lo que se refiere al tiempo en que la promesa se cumplirá. No se formula como algo inminente (así se hacía en el primer oráculo) a pesar de la urgencia que expresaban las quejas. Ahora se habla de una espera, porque tal vez se demore en el tiempo. La esperanza probará la fidelidad sin que caiga en el olvido. Se curte la fe. Dios es fiel, no olvida. Tiene sentido esperar, incluso contra toda esperanza. La palabra de Dios no fallará.

La sentencia final «sucumbirá quien no tiene el alma recta, mas el justo por su fidelidad vivirá» contiene a la vez el juicio y la salvación. Juicio condenatorio, para el malvado y opresor, que no ha seguido la rectitud. Salvación, para el justo, que ha sabido resistir en el buen camino. A éste le salvará su fidelidad inquebrantable a su Señor y su alianza. Fe, esperanza, constancia, fidelidad probada, es lo que Dios pide al profeta, a su pueblo y a nosotros.

Son la clave para atravesar tiempos y circunstancias adversas sin dejarse arrastrar por la ley del más fuerte o por la corriente de lo fácil, que no es lo que Dios espera de los suyos.

En el Nuevo Testamento, las citas paulinas (Rom 1,17; Gál 3,11) tienen un sentido más profundo que en Habacuc. El apóstol dice que el justo vive por la fe, pues la salvación no viene por la Ley. La cita de Heb 10,37-38 se refiere a la confianza y la fidelidad.

Una segunda parte de la profecía contiene cinco maldiciones contra el opresor, que corresponden a las amenazas que le han sido dirigidas anteriormente. Y en un preludio sapiencial advierte:

«¡Ciertamente es traidora la riqueza!
¡Es hombre fatuo y nada conseguirá
el que abre sus fauces como el Seol;
como la muerte, él nunca se sacia;
reúne para sí las naciones,
acapara para sí los pueblos todos!
¿No pronunciarán todos éstos contra él sátiras,
adivinanzas, enigmas?» (2,5-6).

A continuación se oyen las maldiciones contra la ambición, que tiene por pago el despojo (2,6b-8); la estafa, que produce la deshonra al descubrir la trampa (2,9-11); la tiranía cruel e injusta que atrae la desgracia (2,11-14); la trampa engañosa, que llena de ignominia (2,15-17); la idolatría, que hace inútil toda práctica religiosa (2,18-20).

La tercera y última parte es una llamada a la intervención de Yahvé: una oración del Profeta que une a la súplica un himno al poder divino en su victoria. Tiene todas las características para utilizarlo en la liturgia. Consta de un preludio súplica:

«¡Yahvé, he oído tu fama,
he visto tu obra, Yahvé!
¡En medio de los años hazla revivir,
en medio de los años dala a conocer,
aun en la ira acuérdate de la compasión!» (3,2).

Sigue después la teofanía de Yahvé:

«Viene Dios de Temán,
el Santo, del monte Parán.
Su majestad cubre los cielos,
de su gloria está llena la tierra.
Su fulgor es como la luz,
rayos tiene que saltan de su mano,
allí se oculta su poder» (3,3-4).

A continuación se describe el combate de Yahvé:

«En apuros veo las tiendas de Cusán,
tiemblan los pabellones de Madián.
¿Arde tu cólera, Yahvé, contra los ríos,
contra el mar tu furor,
cuando montas tus caballos,
tus carros victoriosos?» (3,7-8).

Sales a salvar a tu pueblo,
a salvar a tu ungido.
Derrumbas la casa del impío,
desnudas sus cimientos hasta el fondo» (3,13).

El poema concluye entre el temor y el temblor humanos, y la fe en Dios:

«¡Lo he oído y se estremecen mis entrañas,
lo he escuchado y titubean mis labios,
un temblor penetra en mis huesos,
al andar tiemblan mis pasos!
Espero tranquilo el día de la angustia,
que caerá sobre el pueblo que nos asalta.
Pues la higuera no retoñará,
ni habrá en las viñas recolección.
Fallará la cosecha del olivo,
los campos no darán sus frutos,
faltarán las ovejas en el aprisco
no habrá ya vacas en los establos.
¡Pero yo me alegraré en Yahvé,
gozaré del Dios de mi salvación!
Yahvé, mi Señor, es mi fuerza,
Él me da pies como de cierva,
y me hace caminar por las alturas» (3,16-19).

Habacuc, como Job, ha cambiado de postura; ha madurado en su experiencia religiosa. Ya no se lamenta ni hace preguntas; se goza en el Señor, su Salvador. Está seguro de la victoria de Dios, aunque el horizonte esté oscurecido, aunque se quede sin ningún apoyo humano. Es muy difícil mantener la fidelidad en circunstancias adversas, experimentar que Dios es el Salvador y gozarse en él. Esta fue la actitud de Jesús en la Cruz y, con su gracia, la de los grandes testigos de la fe a lo largo de la historia. Por eso el mensaje de Habacuc es tan hondo y sugerente, también para hoy.

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

ALONSO DÍAZ, J., «Habacuc o las perplejidades de un profeta ante la historia»: *Cultura Bíblica* 22 (1985) 192-201.

ALONSO SCHÖKEL, L. - SICRE DÍAZ, J. A., *Profetas. Comentario,* II (Madrid 1980) 1091-1108.

BALLARINI, L., «Abacuc», en *Bibliotheca sanctorum.* I: *A-Ans* (Roma 1961) cols.2-8.
DIEZ MACHO, A., *El texto bíblico del comentario de Habacuc, del Qumram,* en H. GROSS - F. MUSSNER (eds.), *Lex tua veritas. Festschrift für Hubert Junker zur Vollendung des 70* (Tréveris 1961) p.59-64.
MAYORAL LÓPEZ, J. A., «Habacuc», en AA.VV., *La parra y la higuera. Historias y personajes de la Biblia* (Madrid 2004) 207-228.
RAMOS GARCÍA, J., «El Cántico de Habacuc (Hab 3). Traducción y comentario»: *Cultura Bíblica* 5 (1948) 171-174; 254-260.

SANTA BIBIANA

Mártir (fecha desconocida)

La más antigua mención de Santa Bibiana y de su iglesia la encontramos en el *Liber Pontificalis,* por donde averiguamos que el papa Simplicio (468-473) dedicó «dentro del recinto de la ciudad, cerca del palacio Liciniano, una basílica a la bienaventurada mártir Bibiana, donde su cuerpo reposa».

Expresiones análogas se hallan a cada paso en los textos hagiográficos: «basílica de tal mártir..., donde reposa su cuerpo». Pudiera, pues, creerse que se trata de una frase hecha sobre la que no merece la pena insistir.

Sin embargo, nuestro caso es diferente, porque la mención se remonta al siglo V, cuando todavía estaba en pleno vigor la antiquísima ley de las doce tablas, que ordenaba tajantemente: «Dentro de la ciudad ni se quemen ni se entierren cadáveres». Los historiadores mencionan algún caso rarísimo, como la excepción concedida por el Senado al emperador Trajano, cuyas cenizas fueron depositadas en lo alto de la colosal columna que se levantara en el foro de su nombre.

Si, pues, Santa Bibiana estaba enterrada dentro de los muros de Roma es un hecho que con razón lo destaca el *Liber Pontificalis,* y al que deberá buscarse alguna justificación.

La iglesia que el papa Simplicio dedicó a esta santa existe aún en Roma, cerca de la vía férrea, y ha dado precisamente nombre al túnel por donde aquella se cruza, «Arcos de Santa Bibiana». Está situada en el monte Esquilino, en el lugar que ocupaban los jardines del emperador Licinio Galieno, junto a la Puerta Tiburtina y no lejos de un sitio lleno de recuerdos y evocaciones para los habitantes de la Ciudad Eterna, el cemente-

rio del «Campo Verano», detrás de la basílica de San Lorenzo Extramuros.

La iglesia de Santa Bibiana fue restaurada a comienzos del siglo XVII por Urbano VIII, el papa Barberini, que en las tres abejas de su escudo encontró un buen símbolo a su prodigiosa laboriosidad.

Al hacer en 1624 las excavaciones dirigidas por Bernini se descubrieron debajo del altar mayor las reliquias de la Santa, conservadas en dos vasos de vidrio con su correspondiente inscripción. La carencia de documentación impidió saber si habían sido colocadas allí por traslación o elevación.

Ahondando en las excavaciones se hallaron en un plano más profundo dos sarcófagos superpuestos, cada uno de los cuales contenía un esqueleto cubierto de cal. Aunque no contenían nombre ni símbolo cristiano, se atribuyeron a Dafrosa y Demetria, la madre y hermana, respectivamente, de la santa. El hallazgo de estos dos cadáveres *in situ* y rociados de cal, procedimiento que usaban los antiguos por razones de salubridad, demuestra que no fueron tocados desde su inhumación, pues en un traslado resultaba inútil adoptar tales medidas higiénicas. De donde se colige que la basílica de Santa Bibiana está levantada sobre tres sepulturas, dos de ellas intactas, y los restos de la otra colocados en recipientes en época desconocida.

Urbano VIII, con esa pasión renacentista que le caracteriza, salvó un monumento antiguo, pero además quiso dejar un testimonio litúrgico del hallazgo, pues incluyó en el calendario de la Iglesia universal la fiesta de Santa Bibiana, fijándola con rito semidoble para el día 2 de diciembre. Para las lecturas históricas del segundo nocturno de maitines no fue tan afortunado, pues aprovechó las actas apócrifas del siglo VI, que tan escaso crédito merecen. La basílica, de tres naves, dividida por ocho columnas antiguas, fue decorada con frescos de Pietro da Cortona y Agostino Ciampelli; pero, sobre todo, con una escultura graciosa de la Santa, obra juvenil de Bernini.

Hoy, sin embargo, con la reciente simplificación de rúbricas del misal y el breviario, Santa Bibiana, al caer dentro del Adviento, queda reducida litúrgicamente nada más que a «memoria» o «conmemoración». Sus lecciones no volverán a leerse

en el oficio divino. De esta manera un simple decreto de la Congregación de Ritos destinado a aligerar el rezo eclesiástico ha resuelto con habilidad un peliagudo problema crítico.

Pero nosotros no podemos proceder tan fácilmente. Se impone un rápido examen de las actas para saber hasta dónde son ciertos sus relatos. Es siempre el problema de los santos antiguos rodeado del halo de la popularidad. Porque si el culto de Santa Bibiana se remonta históricamente hasta el papa Simplicio, ya desde antes existen indicios del mismo, y durante la Edad Media gozó también de gran veneración, pues sabemos que el papa León II trasladó a su iglesia, desde el cementerio *ad sextum Philippi,* los cuerpos de los mártires Simplicio, Faustino y Beatriz para que aumentasen la devoción hacia aquel santuario, al cual estaba anejo un monasterio de monjas que se conservó hasta el siglo XV.

La pasión de Santa Bibiana es llamada también del mártir Pimenio por el papel tan importante que en ella juega. Los textos que han llegado hasta nosotros presentan notables divergencias.

Según el relato de la pasión, Juliano el Apóstata (361-363) llegó a hacer durante su reinado hasta siete mil mártires, entre otros Pimenio, presbítero del titulo del Pastor, en Roma. Este Pimenio fue quien enseñó a Juliano la gramática, retórica y demás ciencias, instruyéndole asimismo en la ley cristiana. Gracias a tan esmerada educación, Juliano supo mostrarse amable y prudente, mereciendo que las tropas le eligieran emperador.

Mas vuelto a la religión pagana empezó a perseguir sañudamente al cristianismo. Entre otros a Flaviano, prefecto de la ciudad, que con su mujer Dafrosa y sus hijas Demetria y Balbina enterraban por la noche los cuerpos de los mártires. Por esta causa y por haber revelado el enterramiento clandestino en su propia casa de dos mártires, San Juan y San Pablo, a los que la leyenda hace también de este período, fueron así inhumados para evitar un tumulto del pueblo, Juliano confiscó a Flaviano todos sus bienes y le desterró, muriendo fuera de Roma.

Dafrosa muere también después de varios incidentes, siendo enterrada por el presbítero Juan en su propia casa, que se encontraba cerca de la de San Juan y San Pablo.

Sus dos hijas fueron llevadas a la presencia de Juliano. Demetria muere de miedo, y es enterrada junto a su madre por Bibiana, a la cual el emperador confía a una mujer perversa, llamada Rufina, para que la corrompa. Con halagos o con malos tratos pretende hacerla apostatar y que contraiga matrimonio; pero viendo lo inútil de sus esfuerzos, da cuenta de ello a Juliano, quien la condena al suplicio de los azotes, hasta que exhala el último suspiro. Su cuerpo quedó abandonado en el *forum Tauri* o mercado del Toro, sin que permitiera Dios que sufriera agravio en los dos días que pasaron hasta que el presbítero Juan consiguió enterrarla de noche junto a su madre y hermana.

Juan y Pimenio acudían allí a orar. Juliano comunica a Pimenio que abandone Roma, y, entre tanto, manda decapitar a Juan. Pimenio abandona su título o iglesia del Pastor y marcha a Persia, donde queda ciego. A los cuatro años es llamado a Roma por Juliano, quien le saluda en nombre de los dioses. Pimenio lo hace en nombre de Cristo, por lo que lleno de rabia, Juliano le hace precipitar desde un puente. Una matrona llamada Cándida lo entierra en el cementerio de Ponciano, *ad ursum pileatum,* «en el oso encapuchado».

Muerto el emperador, una mujer llamada Olimpina edifica una iglesia para honrar la memoria de las tres mártires. Olimpina, que da nombre a la basílica, vive allí hasta los tiempos del papa Siricio (384-399).

El autor de la pasión dice llamarse Donato, «subdiácono regionario de la Santa Sede Apostólica». Su relato se contradice a cada paso con lo que conocemos de la historia profana, puesto que Juliano el Apóstata no moró jamás en Roma durante su reinado, que por lo demás sólo duró dos años. Ni su persecución fue sangrienta en Occidente, sino más bien buscó exaltar el paganismo en decadencia. De esta forma cae por su base toda la autoridad de las actas, que aprovechan datos y referencias de escritos anteriores en muchos casos. Por ejemplo, la respuesta valiente de Pimenio a Juliano es la que los historiadores Sócrates y Sozomeno ponen en boca de Maris, obispo de Calcedonia.

El hecho extraordinario de que Dafrosa y sus hijas fueran enterradas en su propia casa, dentro del recinto de la Urbe, no tiene importancia para el autor de la pasión, porque ya entonces

la ley civil que prohibía tales inhumaciones había caído en desuso. En cambio, el autor de las actas de San Juan y San Pablo recurre al peligro de un motín popular para justificar el enterramiento de dichos santos en su propio domicilio.

Habida cuenta del hecho de encontrarse la sepultura de las tres santas en su basílica, cabe admitir la existencia de Olimpiana, y cabe aventurar la hipótesis de que, si efectivamente fueron enterradas en su casa, se trate de mártires anteriores al año 274, en que Aureliano extendió los muros de Roma más allá del Esquilino, límite hasta entonces religioso y legal de la Urbe, donde no regían las prohibiciones sobre enterramientos. De esta forma la antigüedad de Santa Bibiana sería mucho mayor que la consignada por el propio autor de su pasión.

Además, el presbítero Pimenio podría ser San Pastor, a cuyo título se le adscribe, pues sería trascripción latina de *poimen,* nombre griego de «pastor». Desde luego, San Pimenio era venerado por los peregrinos medievales en las catacumbas de Ponciano, en la Via de Porto, y allí es donde lo sitúa la pasión.

En cuanto al presbítero Juan, es un personaje que aparece en todas las actas apócrifas dedicado a enterrar cuerpos abandonados de mártires. Su piadosa actividad alcanza desde el reinado de Nerón hasta el de Juliano el Apóstata. ¿Existió realmente un presbítero Juan? ¡Por qué no! Bien pudo morir en alguna de las persecuciones por practicar la obra de misericordia que la Escritura tanto alaba en Tobías. Después se convirtió en un personaje representativo, del que se echaba mano a cada paso.

No deben producir desencanto estas disquisiciones. Los gustos del siglo VI, en que florecieron las actas apócrifas, que tienen el prurito de relacionar entre sí a santos más o menos cercanos, no son los nuestros. Aquellas leyendas servían a la edificación de los fieles, como en época no muy lejana Fabiola hizo emocionarse a muchísimos lectores. Casi lo único verdadero de tales actas son los nombres y los lugares. Para nosotros nos basta con datos tan interesantes, que sin ellas se hubieran perdido. No pudiendo dudarse de la existencia de Santa Bibiana ni de la autenticidad de sus reliquias, ¿qué más podemos pedir? Esto nos basta para encomendarnos a su valiosa intercesión.

CASIMIRO SÁNCHEZ ALISEDA

Bibliografía

FEDINI, D., *La vita di S. Bibiana, vergine e martire romana* (Roma 1627).

DELEHAYE, H., *Étude sur le légendier romain. Les saints de novembre et de décembre* (Bruselas 1936) 259-263.

DONCKEL, E., «Studien über den Kultus der hl. Bibiana»: *Quartalschrift* 43 (1935) 20-33.

KRAUTHEIMER, R., *Corpus basilicarum christianarum. Le basiliche cristiane antiche di Roma (sec. IV-IX),* I (Roma 1937) 84.

SAN SILVERIO

Papa y mártir († 537)

Solamente dos años ocupó la silla papal, 8 de junio del 536 al 11 de noviembre del 537 y quizás en ellos no tuvo un solo día de paz y tranquilidad teniendo que morir incluso en el destierro. Había nacido en la Campania italiana y era hijo de un papa anterior por nombre Hormisdas, hábil diplomático que gobernó la Iglesia desde los años 514 al 523. Entre sus muchos aciertos había reconciliado las iglesias de Constantinopla y Roma. Hormisdas, tras haber enviudado, se hizo diácono y luego llegó a Papa.

Luego, durante menos de una veintena de años habían gobernado la Iglesia: Juan I, Félix IV, Bonifacio II, Juan II y Agapito I. Este último, tras dos años de pontificado, legó una situación muy conflictiva debido sobre todo a la invasión de Italia por el general Belisario, jefe de las tropas de Justianiano, quien después de sus victorias sobre los vándalos en el norte de África se aprestaba con su invasión a reintegrar Italia al Imperio. Incluso el emperador personalmente intentaba nombrar patriarca de Constantinopla a un hereje, hecho que no llegó a consumarse por la decidida actitud de Agapito, quien murió repentinamente durante su estancia en Bizancio.

En esta situación, al saberse en Roma la noticia, el clero se apresuró a nombrar un sucesor. Se pretendía evitar que la emperatriz Teodora, devota de los eutiquianos, pudiera colocar a alguno de sus simpatizantes. Empeñaba en este nombramiento su esfuerzo el rey entonces de Italia Teodato, que presionó cuanto pudo para obligar al clero romano a elegir al hijo de Hormisdas.

Posiblemente la elección de Silverio adoleció de la libertad necesaria, por la presión del bárbaro sobre el clero de Roma, pero ese mismo clero llegó después a aceptar la conveniencia de tener un papa de estas características, subsanando con su aprobación posterior las posibles irregularidades que anteriormente pudieran haber existido. Silverio fue ordenado diácono, luego presbítero y más tarde obispo en junio del año 536.

Una vez en la silla pontificia fue consciente de la responsabilidad que pesaba sobre su persona, de tal manera que el elegido supo llorar sus apetencias personales, purificó sus propósitos y se entregó con ejemplar solicitud pastoral a atender todas las necesidades de la Iglesia.

Vigilio, el rival del rey Teodato, aprovechando las iniciales interferencias que pudieran existir, hizo la guerra con ánimo de apoderarse de la silla apostólica, convenciendo al emperador de que Silverio había prometido entregar la ciudad a los godos. Llegó Vigilio a Roma con esas intenciones y se encontró con la contrariedad de que el pueblo y el clero se sentían muy satisfechos con el nuevo pontífice. No por eso desistió de sus propósitos sino que confió sus planes a Belisario para que de alguna manera los ejecutara.

Belisario llegó a Italia. En diciembre del 536 se apoderó de Nápoles, hasta donde se le acercó Vigilio para entregarle las cartas de la emperatriz. Pero los godos reaccionaron, marcharon sobre Roma y la pusieron sitio, dejando en su interior a Belisario que se mantuvo allí encerrado durante un año a pesar de los setenta y siete asaltos intentados para echarlo por parte de los godos, quienes, a pesar de ser arrianos, venían mostrando un especial respeto a la ciudad y en particular a San Pedro. Un respeto que le costaría caro a San Silverio, porque sus enemigos aprovecharon la ocasión para calumniarlo y acusarlo de que todo eso lo conseguía porque mantenía relaciones secretas con los godos para que ocuparan Roma.

Ante esta situación Vigilio volvió a Constantinopla para llevar esa información a su emperatriz, ratificando que la silla pontificia se hallaba ocupada por un adicto a la causa del rey de los godos. Se hacía por lo tanto necesario que Silverio fuera destituido de su cargo.

Convencida la emperatriz, la gran valedora de Vigilio, decidida defensora de los monofisitas, convencida de la afectividad hacia la persona papal por parte de su pueblo y de su clero y convencida también de la imposibilidad de hacer caso a Vigilio, intentó Teodora otros caminos para sondear y seducir a Silverio sin que actuara la violencia.

Para ello escribió a Roma pidiendo que restableciese a su protegido Antimo en la sede de Constantinopla y a los demás herejes en las suyas; que abrogase las conclusiones del concilio de Calcedonia, y levantase la excomunión de los allí condenados. Amenazóle con que si se negaba, sustituiría a Silverio por Vigilio.

> «No formulaba ninguna duda acerca de que Roma fuese "cabeza de todas las Iglesias", aunque asociaba esta condición, no a la tumba de Pedro, sino al hecho de que a esta ciudad cabía "el honor de ser madre de las leyes" y "cima del supremo pontificado". Tras esta cabeza, a muy escasa distancia se encontraba Constantinopla, la nueva Roma dotada de "precedencia sobre todas las demás sedes". En el siguiente rango aparecían aquellas Iglesias que compartían con las dos mencionadas el rango de patriarcales, esto es, Alejandría, Antioquía y Jerusalén. Desde el año 536 estas cinco indiscutibles cabezas estaban dentro del imperio: sólo flecos de cristianismo permanecían fuera de él. El emperador consideraba a los cinco patriarcas como altos magistrados súbditos suyos que le debían obediencia, aunque él se declaraba sujeto a la doctrina y a la moral» *(Diccionario de los Papas).*

Las cartas llegaron a manos del Sumo Pontífice, pero la entereza y el espíritu de Silverio no se doblegaron. Al contrario, se dio cuenta de que lo amenazarían con sufrimientos incontables, para los que empezó a prepararse. La respuesta fue totalmente negativa.

Irritada la emperatriz dio órdenes a Belisario para que arrojase como fuera a Silverio y colocase en su lugar a Vigilio. Unas pretensiones que humillaban incluso los sentimientos y creencias del propio general, pero que no tuvo otro remedio más que el de aceptar. Belisario estaba convencido de que las cartas con las que se quería probar la connivencia del papa con los godos eran absolutamente falsas. A pesar de todo prendió a Silverio en su palacio y sin permitirle ningún tipo de defensa lo degradó allí mismo. Le quitó el palio, lo despojaron de sus vestiduras pontificales, le pusieron en la cabeza una capucha de monje y acer-

cándose a los que lo acompañaban les dijo que Silverio estaba depuesto y que se había hecho monje. Era el 11 de marzo de 537. Los acompañantes humillados marcharon de aquel lugar al que consideraron infame pues en él se había ensuciado hasta la saciedad a su amado pontífice.

Cuando la noticia llegó al pueblo, Roma se convirtió en un hervidero de lágrimas y de gritos reclamando a su santo pastor. La situación llegó a un nivel de exasperación tal, que Belisario, temiendo una sedición, mandó que se llevaran por la fuerza a Silverio y lo desterró a la isla de Patara en Licia de Asia Menor. Inmediatamente puso en su lugar a Vigilio, sin que nadie se atreviese a oponerse a sus violentas e injustas órdenes.

Silverio con el gozo de los verdaderos campeones de la causa del Evangelio marchó a Patara. El propio obispo de la ciudad, convencido de la injuria y de la injusticia que se acababa de hacer con su verdadero Sumo Pontífice, se trasladó a Constantinopla para protestar por hechos tan escandalosos. Justiniano, príncipe católico, que había tomado ya conciencia de los hechos, mandó que el Papa fuese restituido a Italia y que se examinara la veracidad de las cartas en las que se apoyaba la emperatriz Teodora para justificar sus injustas decisiones, de tal forma que si resultaban falsas, Silverio sería restituido y si por el contrario eran verdaderas no se le permitiese residir en Roma. Para nada valieron las protestas y objeciones de la Emperatriz, Justiniano se mantuvo firme en sus decisiones y Silverio volvió a Italia, aunque lo mantuvo encerrado en un convento.

Cuando Vigilio fue informado de la pretendida vuelta y contando siempre con el favor de Teodora, ayudado por Belisario logró que Silverio fuera detenido en el camino para deportarlo a una pequeña isla desierta del mar de Toscana llamada Palmaria, hoy Palmerola, cercana a Gaeta. Aquí probablemente por imposición Silverio abdicó el 11 de noviembre del 537. Y aquí moriría muy poco tiempo después el 2 de diciembre de ese mismo año. Algunos llegan a afirmar que fue asesinado por un criado de Antonina, la esposa de Belisario. Desde luego tuvo que soportar toda clase de sufrimientos, vejaciones e incluso hambre. Su cuerpo fue sepultado en la isla y no trasladado a Roma. El *Breviario romano* dice que «el Señor honró su cuerpo

con grandes milagros». De hecho a su tumba llegaban multitud de peregrinaciones. Del siglo XI ya hay testimonio de su culto en un calendario de una iglesia romana.

A su muerte fue elegido papa Vigilio, quien providencialmente cambió su conducta alejándose de las decisiones de Teodora. Tampoco el nuevo pontífice acató nunca las doctrinas de Eutiques.

> «Quedaba en pie un hecho sustancial. Dueño de Roma y del imperio, Justiniano se proponía tratar a los papas como a cualquier otro de sus funcionarios. Una situación que se prolongó hasta mediados del siglo VIII» (ibíd.).

JOSÉ SENDÍN BLÁZQUEZ

Bibliografía

PARIEDES, J. (dir.), *Diccionario de los Papas y Concilios* (Barcelona 1998) 63-64 (textos citados).

BEATO JUAN DE RUYSBROECK

Presbítero († 1381)

Ruysbroeck el Admirable. Este es el calificativo más comúnmente aplicado a aquel gran místico medieval, el Beato Juan de Ruysbroeck. Y, cierto, causa admiración este varón de Dios, que, si se entristecía al ver nevar, pensando en la suerte de los pajarillos, con la misma naturalidad escribía sobre cuestiones de profunda doctrina espiritual como acarreaba desperdicios o empuñaba el escardillo en su retiro de Groenendael. Y si un día sus obras, especialmente por tierras de Flandes y Brabante, pudieron constituir lo que hoy llamamos un «bestseller», un éxito rotundo de edición y de venta, y aun en la actualidad sus libros llenan los escaparates de ciudades como Bruselas y Amberes, esto ha de tener una explicación: que su talla espiritual es la de un gigante.

Groenendael era un paraje delicioso, propiedad de los duques de Brabante. Abundaban los árboles de espeso follaje, y su verdor perenne, salpicado de motas de flores en primavera, le había valido su nombre, que significa «Valle verde» o «Valverde», como diríamos en nuestro idioma. El lugar servía de me-

rendero para los duques cuando iban de caza, pero había atraído siempre a más de un solitario, ansioso de soledad y de Dios. Un príncipe de la familia se había retirado allí a hacer penitencia. Siguieron, en el correr de los tiempos, otros ermitaños; y uno de ellos, con fama de santo, llegó a profetizar que se levantaría en aquel lugar un monasterio, «donde hombres devotos y religiosos llamados para honrar a Dios pondrían los fundamentos de una generación santa». Efectivamente, en la primavera del año 1343, una pequeña comunidad de hombres de Dios se instalaba allí, dejando la vecina y cercana Bruselas. Entre ellos se encontraba un hasta entonces sacerdote secular, ejemplarísimo en su vida. Su nombre: Juan de Ruysbroeck. Tenía entonces cincuenta años. Treinta y ocho años más tarde, el 2 de diciembre de 1381, entregaba su alma al Señor, dejando en pos de sí un reguero de santidad. Sus restos fueron inhumados en Groenendael. Al ser suprimido el monasterio en 1783 por José II, fueron trasladados a la catedral de Santa Gúdula, en Bruselas, donde recibieron honrosa sepultura. El cabildo, con este motivo, solicitó la aprobación de un oficio y una misa en honor del siervo de Dios. Aunque de momento no fue atendida la petición, más tarde, al reintroducirse la causa en 1885 por el cardenal Goossens, arzobispo de Malinas, Roma acabó reconociendo el culto a Juan de Ruysbroeck, lo cual equivale a su beatificación. Finalmente, en 1909 se concedió a la diócesis de Malinas una misa y oficio propios del Beato Juan de Ruysbroeck.

Ruysbroeck es un barrio industrial de Bruselas. Pero, en 1293, cuando nació Juan, era un poblado diminuto rodeado de verdor y de vegetación frondosa. Allí había de pasar su infancia nuestro hombre; y el bosque de Soignes y las riberas del Senne, pródigas en bellezas naturales, habían de marcarle con un sello imborrable: el de su amor hacía todo lo puro, sencillo y noble y el de su inclinación hacia la vida contemplativa.

Los biógrafos nos hablan de la nobleza de su cuna. Pero esto es accesorio, y pudieron ceder a la tendencia de la época de suplir con títulos nobiliarios la escasez de noticias. Lo mismo habrá de pensarse de los inevitables rasgos de «niños-prodigio» que se encuentran en casi toda la antigua hagiografía. En cuanto a Juan, nos dicen que, siendo un chiquitín de días, ya se ponía

de pie sobre los pañales, causando admiración a su madre. Lo que sí parece indudable es que Juan manifestó, desde muy pequeño, una índole apacible, acentuada, con el correr de los años, con su contacto con la naturaleza. Su figura, tal como nos la muestra la tradición, está enmarcada sobre un fondo sonoro de árboles, pájaros y rumores de bosque.

A los once años Juan abandonó la casa paterna sin decir nada a su madre. Así lo asegura la tradición. Pero esta inocente fuga puede revelar un hecho mucho más sencillo: que el niño se trasladó a casa de un tío suyo sacerdote, el maestro Juan Hinckaert, con el fin de iniciarse en las primeras letras o, tal vez, con la intención de prepararse para el sacerdocio. La verdad es que Juan de Ruysbroeck comenzó la adolescencia en casa de su tío, a la sombra de la catedral de Santa Gúdula, de la que aquél era canónigo.

Durante cuatro años frecuentó Juan las escuelas latinas de Bruselas, siendo un alumno más dócil que brillante. Sus antiguos biógrafos ponen de relieve su desinterés por los estudios profanos. En cualquier caso, parece inadmisible que ignorara la lengua latina. Aunque habría de escribir sus obras en el dialecto brabanzón (llamado también neerlandés medio) de su tierra, éstas reflejan algo más que ciertas afirmaciones, que dicen de él que... *erat enim alias illitteratus et idiota* (era iliterato y de escasa formación). Lo que sí puede admitirse es que le tuvieran sin cuidado las disputas escolásticas y toda la serie de «cuestiúnculas» que llenaban la cabeza de muchos maestros de la época. También hay que descartar como falsa o al menos dudosa aquella afiramción que asegura su asistencia a las escuelas de Colonia. Esto apoyaría la tesis de los que quieren encontrar ciertas afinidades entre la doctrina de Juan de Ruysbroeck y el místico teutón Eckhart. Pero no ha de admitirse la dependencia de la doctrina de aquél de la de éste. Ni es verosímil que la hubiera, ya que Eckhart fue duramente criticado por los moradores de Groenendael, y no puede haber comparación entre la heterodoxia de aquél y la ortodoxia de Ruysbroeck.

Poco después de sus primeros estudios, el joven Juan Ruysbroeck se sintió llamado hacia el sacerdocio. Poco sabemos de los siete u ocho años de su preparación para el mismo. El laco-

nismo de los cronistas sobre sus estudios teológicos hizo que muchos le atribuyeran una ciencia poco menos que infusa. Hay que suponer que en las ciencias del espíritu no andaría manco, ya que en las profanas no fue ninguna lumbrera. Y ciertamente hubo de rumiar mucho por su cuenta sobre los conocimiento adquiridos, y así conseguir la madurez que reflejan sus obras.

A la edad de veinticuatro años, en 1317, se ordenó de sacerdote y fue incorporado a la clerecía de Santa Gúdula con el título de capellán. Y empezó una vida sacerdotal silenciosa en funciones subalternas y bajo la dependencia inmediata de su canónigo. Varios años antes de su ordenación, su madre vino a vivir a Bruselas junto a su hijo, ingresando en una casa de beguinas, donde murió antes de que su hijo celebrase la primera misa. Según refiere Pomerius, en esta fecha, el misacantano Juan de Ruysbroeck tuvo la sensación de que su madre quedaba libre del purgatorio, viniendo en persona a visitar al nuevo sacerdote que ella había dado al Señor.

Durante un cuarto de siglo había de ejercer Ruysbroeck su ministerio sacerdotal a la sombra de Santa Gúdula. Nada de especial hubo en su vida, salvo una entrega completa a Dios y a las almas. Su porte era sencillo y casi desaliñado, como señalaban sus biógrafos. Y pasó su vida en la ciudad como un solitario *(tamquam solitarias per vicos incessit,* como afirma Pomerius).

Buena parte de sus obras místicas las escribió Ruysbroeck en su vida recluida de Bruselas. Y, por el momento, no hubiera dado mucho que hablar si no es porque ciertas corrientes pseudomísticas le impulsaron —a él, tan pacífico y casi tímido— a lanzarse a la lucha en servicio de la verdad.

En efecto, las célebres asociaciones de begardos y beguinas, tan clásicas de esta edad en los Países Bajos, empezaron a inficionarse de herejía.

De suyo, no tenían nada de malo esta especie de comunidades religiosas e incluso dieron frutos de santidad. Ya hemos visto cómo la misma madre de Ruysbroeck acabó sus días como beguina. Pero había peligro de iluminismo, y de hecho esta y otras plagas doctrinales y morales aquejaron a muchos de estos focos de espiritualidad.

En Bruselas se hizo tristemente célebre una tal Bloemandinna, en cuya personalidad enigmática encarna Pomerius todas las

aberraciones de la época. Pronto se hizo legendaria en el círculo de sus devotos: se decía que dos serafines le asistían a la mesa. Un trono de plata, conservado como reliquia después de su muerte, le servía de cátedra desde la que enseñaba los errores más burdos y las aberraciones más lamentables. Llegó a justificar los vicios más nefandos bajo el pretexto de no sé qué *espíritu de libertad,* que convertía las acciones más vergonzosas en obras seráficas. De todos modos, su doctrina era tan insidiosa que, según el citado Pomerius, se necesitaba una gracia especial para discernir entre lo herético y lo ortodoxo. En resumidas cuentas, Bloemandinna se había convertido en una auténtica pitonisa, con multitud de adictos.

Contra ella y contra todos los errores que minaban la espiritualidad de la época tuvo que arremeter Ruysbroeck. Aunque no como un luchador de arenga ni como un polemista con recursos humanos. Se limitaba preferentemente a escribir —su obra *Reino de los amantes* es de este período— y a exponer la verdad. Después de esta obra siguieron otras: *Las nupcias espirituales; Anillo o perla brillante; Tratado de la fe cristiana...*

Pero Ruysbroeck no había nacido para la polémica. Sin duda le hastiaban las controversias, y los últimos años de su vida de Bruselas habían acentuado en él su amor a la contemplación y a la soledad. Su mismo tío, el ya anciano canónigo Hinckaert, se había aprovechado notablemente de los ejemplos de su sobrino y cada vez veía más vacíos sus años anteriores, ansiando una vida de mayor perfección. Expuso sus propósitos a uno de sus compañeros de capítulo, Frank van Coudenberg (conocido también por el nombre latinizado de Franco Frigidomontanus), y, juntamente con Ruysbroeck, formaron el «trium perfectum» para pensar en una vida de comunidad. Vendieron sus bienes, quedáronse con lo imprescindible, y el resto lo repartieron entre los pobres. Durante su breve período se formó una pequeña comunidad de almas piadosas en casa de Hinckaert, donde podían dedicarse a la piedad sin estorbos y recitar sus horas canónicas sin escuchar el molesto vozarrón de algún que otro canónigo de Santa Gúdula *(vocero tubalem, rudem et dissonam,* dice Pomerius) y evitando muchas otras distracciones que a almas delicadas como la suya podían llenarles de escrúpulos.

Por fin decidieron instalarse en Groenendael. El sitio era a propósito, y los propietarios del lugar acogieron con calor la idea, poniendo a su disposición una ermita, el gran estanque vecino y una buena porción de terreno. A los tres amigos se les unió muy pronto Jan van Leeuwen, el *bonos coquus* (buen cocinero) de la comunidad. Fue éste quien recogió los primeros datos de la vida de Ruysbroeck, aunque murió cuatro años antes que él. Su cargo de cocinero no impidió que volase, también él, muy alto por la alta mística, siendo objeto de señalados favores de Dios.

La comunidad, como dijimos al principio, se instaló en Groenendael en la primavera de 1343, con la alegría que suscita toda fundación nueva.

En seguida los solitarios se dispusieron al trabajo, construyendo una empalizada que les aislaba del mundo circundante y arreglando la ermita primitiva. Menos de un año después, un obispo, delegado por el ordinario de Cambrai, consagró ritualmente el nuevo edificio.

Es curioso advertir que al principio pensaron en echar los fundamentos de una parroquia modelo, sin pretender constituir un monasterio propiamente dicho. Pero un poco más adelante, viendo la inestabilidad de su situación y percatándose de que no gozarían de ciertas inmunidades y de la tranquilidad suficiente si no era incorporándose a algún tipo de orden o institución, decidieron hacerse religiosos. El mismo obispo de Cambrai, viejo amigo de Frank van Coudenberg, acudió a Groenendael el 10 de marzo de 1349 a imponer el hábito religioso de los Canónigos Regulares de San Agustín a la nueva comunidad. Coudenberg quedó a la cabeza de la casa con el título de preboste y Ruysbroeck fue nombrado prior. Por aquellas fechas eran ya una docena los moradores de Groenendael.

Una vez encarrilada la vida de Groenendael, no fue Coudenberg, sino Juan de Ruysbroeck, el alma del monasterio, aunque aquél representara la autoridad máxima de la comunidad. Por otra parte, tampoco había nacido para mandar Juan, sino más bien para dedicarse por completo a la contemplación y a la mística. Allí se encontraba el antiguo capellán de Santa Gúdula, Juan de Ruysbroeck, en su medio ambiente. Incluso parecía que había rejuvenecido. Como una planta trasladada a un humus

más fértil, crecía sin cesar espiritualmente. Cuando le venía la inspiración, se internaba en el bosque y escuchaba la voz interior. Muchas de sus obras de alta espiritualidad fueron concebidas y, tal vez, hasta escritas de su puño junto a las serenas aguas del estanque del monasterio o a la sombra de los altos tilos que lo circundaban. Siendo de más avanzada edad le acompañaba algún amanuense, que tomaba nota de los pensamientos que Ruysbroeck dictaba.

Una tarde el prior —ya era un anciano venerable— se quedó más tiempo del acostumbrado fuera del monasterio. ¿Qué le habría ocurrido? Salieron algunos religiosos en su búsqueda por el bosque. De pronto advirtieron que un gran resplandor les conducía hacia un lugar del espeso arbolado. Al aproximarse más, vieron al santo viejo abismado en la contemplación debajo de un tilo y como rodeado por un cerco de fuego. Durante mucho tiempo la *tilia Rusbrochii* (el tilo de Ruysbroeck) fue venerado como una reliquia...

Pero la profundidad de la contemplación no impedía a Juan el preocuparse de las cosas de la tierra. Ya apuntábamos al principio que —como notan sus biógrafos— se conmovía ante la suerte de los pajarillos y les alimentaba con migajas en los días nevados, cuando les es difícil encontrar sustento. ¿No habría de enseñar él mismo que quien alcanza las cumbres de la mística debe saber, cuando es preciso, descender a la tierra como una lluvia fecundante?

A medida que se extendía la fama de Ruysbroeck, iba acrecentándose el número de sus discípulos. Para ellos reservaba lo mejor de sus especulaciones. No era raro que su palabra de miel tuviera como extasiados a sus hermanos los frailes durante casi toda la noche hasta que sonaba la campana para los maitines.

Entre sus oyentes, admiradores y discípulos hay que mencionar al célebre Gerardo Groote (= el Grande), fundador de los hermanos de la vida común y especialísimo introductor de la *devotio* moderna, que tanto ha influido en las épocas posteriores (recuérdese el *Kempis),* remozando por completo la vida de piedad.

Pero no eran sólo los eclesiásticos los que acudían a Groenendael en busca de orientación espiritual o de consejo. Eran

también incontables seglares quienes regresaban con el alma impregnada de paz y de fervor. De una dama de la nobleza, la baronesa de Marke, se dice que recorría frecuentemente con los pies desnudos las dos leguas que separan a Groenendael de su castillo de Rhode-Sainte Agathe. Y esto, por reverencia a aquel hombre de Dios...

Todos estaban edificados de las virtudes del anciano sacerdote. Sobre todo habían adquirido en él especial brillo las más costosas, como la humildad y la obediencia. No rehusaba los trabajos más humildes. Ni era infrecuente verle en la puerta transportando broza e incluso estiércol con una carretilla. Le agradaba especialmente ayudar en las faenas agrícolas del monasterio. Si bien los monjes preferían que prescindiera de ello, pues —como dicen las crónicas— no era raro que, al escardar, arrancara lo mismo la mala hierba que las leguminosas, tan útiles para el sustento de la comunidad... ¡Tan abstraído estaba en sus pensamientos! Su obediencia también fue ejemplarísima; y, ya próximo a su muerte, estando con alta calentura, se negó a beber ningún líquido, sólo porque el prior, que le había sustituido durante su enfermedad, opinaba que no le convenía...

Dios le favoreció con singulares carismas, y era corriente verle extasiado, especialmente en la celebración de la misa.

Pero los cabellos de su cabeza estaban demasiado encanecidos. Y él, como el ciervo sediento, deseando presentarse ante Dios. Al comenzar el Adviento de 1381, como su madre se lo había dicho en sueños, se sintió enfermo de gravedad. Y el 2 de diciembre de aquel año, rodeado de sus hermanos, en plena lucidez y con el rostro resplandeciente *(sanus mente et facie rutilus),* entregó su alma al Señor.

Un misterioso carillón sonaba al mismo tiempo en Deventer anunciando a Gerardo Groote, su discípulo amado, la muerte de Juan de Ruysbroeck.

«¡Era un santo!», decían todos. Y la Iglesia, con la aprobación de su culto, tal como señalábamos al principio, ha rubricado tal afirmación.

Murió Ruysbroeck dejando en pos de sí una estela de santidad. Y señalando el camino hacia arriba. Ahí están sus obras. De algunas dimos ya el título. Entre las demás figuran: *Las siete*

clausuras; El espejo de la salud eterna; Los siete grados; Libro de las doce beguinas; etc. Su culto fue confirmado en 1908.

Ruysbroeck el Admirable; Beato Juan de Ruysbroeck, ruega por nosotros.

FAUSTINO MARTÍNEZ GOÑI

Bibliografía

BIZET, J. A., *Ruysbroeck. Oeuvres choisies* (París 1946).

HUYBEN, J., «Le bienheureux Jean Ruysbroek, son rôle et sa doctrine»: *La Vie Spirituelle* (1922) 439-467.

LEFÈVRE, P., «Le séjour du mystique brabançon Jean de Ruysbroec à Bruxelles»: *Revue d'Histoire Ecclésiastique* (1933) 387-398.

PITTANTI, N., *Vita e dottrina del B. Giovanni Rusbrochio* (Turín 1930).

REYPENS, L., *Ruusbroec* (Bruselas 1926).

WAUTIER D'AYGALLIERS, A., *Ruysbroeck l'Admirable* (París ²1923).

• Actualización:

Obras escogidas de Jan van Ruusbroec (Madrid 1997).

BEATA MARIA ÁNGELA ASTORCH

Virgen († 1665)

María Ángela Astorch es una figura digna de ser admirada hoy atentamente. Para que nos enseñe a respetar los caminos del hombre abriéndolos a los caminos de Dios... En las sucesivas etapas como simple religiosa, joven maestra de novicias y abadesa.

¡Vaya elogio! Nada menos que de labios del papa Juan Pablo II en la intervención homilética de la liturgia de beatificación. Sigue la presentación.

Jerónima María Inés —en el claustro María Ángela—, fruto de bendecidos amores cristianos catalán y francés. Madurado en Barcelona el 1 de septiembre de 1592. Hija de Pedro, nacido tortosino, con un importante cargo público en la ciudad, y de Catalina, oriunda de Perpiñán, dama de acendrada religiosidad. Con tres hermanos: Isabel, Juan José —muerto a los ocho años— y Cristóbal, ambos también religiosos. Y huérfana de madre, cuando apenas sumaba diez meses, vive la lactancia en el hogar de la nodriza Apolonia, en el vecino pueblo de Sarriá.

Quien, tras la muerte de su progenitor, recuperará el cuidado de la pequeña, ahora rondando las seis primaveras.

Ficha completa con la referencia papal.

Y, por alusión, la referencia autobiográfica a papá:

> «Améle tiernísimamente, pero Dios Nuestro Señor, que parece celoso de mí, me lo quitó porque, según era la merced que me hacía y el amor que yo le tenía, si me viviera, creo sin duda ninguna, no fuera religiosa. ¡Bendito sea Dios que me lo quitó para tomarme por suya!»

Entrando en la historia, de la mano de sus páginas íntimas:

> «Desde este tiempo, y cuando mucho tenía siete años, se me adelantó el uso de la razón. Y esto lo oí decir a las personas que me conocieron. Mi niñez no fue sino hasta los siete años y de éstos en adelante fui ya mujer de juicio y no poco advertida y así sufrida, compuesta, callada y verdadera».

Realmente una madurez muy adelantada. Tanto, que cuando los tutores la separan de su ama, la nueve añera se convierte en catequista. Observa el manuscrito:

> «Ya sabía toda la doctrina cristiana, de modo que, llegando a casa de uno de los tutores, la enseñé a una niña de seis años».

Consta que siguieron veinticuatro meses de escolarización y aprendizaje de labores femeninas. Con verdadera pasión por los libros, particularmente los textos en latín. Pronta la chavala a la captación y fácil a la retentiva. También, precozmente, sumándose a la primera comunidad capuchina barcelonesa, formalizada el año anterior, donde ya era profesa su hermana Isabel.

> «A los once años cumplidos y entrada en los doce, en el año 1603, en 16 del mes de septiembre, víspera de la fiesta de las Llagas de mi seráfico Padre, entré religiosa capuchina, con mi gusto y de mi propia voluntad».

Enclaustrada con el nombre, en su momento, de *María Ángela*. Viviendo una condición que no tenía. Aspirante pero en régimen de noviciado, encarnando un ansia incontenible de Dios, entregada a la lectura y sumando progresos en la humildad y en el espíritu de sacrificio. De la mano de un confesor santo y de una maestra de novicia un tanto inmadura y algo más. Bastante celosilla.

Envidia de la belleza física, de la sonora y armoniosa voz, de la mirada ingenua y profunda, de la precoz madurez humana, del conocimiento de los textos litúrgicos, incluso de las cualidades morales de la benjamina y última en la comunidad.

E, insistiendo en la cultura y en la piedad, apasionada Jerónima por el breviario y por todo texto en la lengua de Cicerón. Reconocería: «Era mi gloria verme rodeada de libros en latín».

De modo que el confesor, temiendo por la humildad de la superdotada «hija pequeña», puso veto a tales lecturas y al uso de citas originales bíblicas en el confesonario; donde a la penitente le salían a borbotones.

El noviciado canónico, nacido el 7 de septiembre de 1608, se estiraría hasta el 9 del mismo mes del siguiente año. *Primavera de mi espíritu* define ella a aquellos meses de intensidad contemplativa y ascética. Según las pautas de la maestra, curiosamente su hermana Isabel.

Sobre la que historia:

> «Dispuso el noviciado de modo que cada una de las novicias supiese lo que había de hacer. Luego enseñó oración, meditación, exámenes de conciencia, presencia de Dios, mortificación interior y exterior y cómo cada una fuese quitándose la propia voluntad y ser maestra de sí misma».

Pero, contra lo fácilmente imaginable, nada de miramientos ni privilegios.

> «Fui la más esclava en el trabajo del noviciado, como criada y sierva de todas las novicias. Mandábame con tanta severidad que en jamás me tuvo un rato a solas para animarme y asegurarme su prudente proceder, que confieso lo fue, siquiera para no condenar los procederes de la maestra pasada [...]; hacía en mí lo propio casi la dicha maestra.
>
> El cuidado que tuvo siempre conmigo fue saber los efectos, desconsuelos y tentaciones que padecía en mi interior. Y, si hallaba buena disposición, cargaba más la mano en todo lo penoso y desabrido».

Naturalmente que *desconsuelos y tentaciones* no le faltaron. Víctima, por ejemplo de los consabidos celos, ahora participados por cuantas la apodaban *la maestrita*. Todo porque la ya referida singular madurez espiritual y humana la llevaron a la instrucción de sus connovicias: labores, doctrina cristiana, lectura, can-

to, manejo de los libros litúrgicos, liturgia conventual, prácticas penitenciales. Pese a todo, sumamente humilde ella.

Ya profesa, genuina representante de la mística española de la primera mitad del siglo XVII, se autorretrata:

> «Con sumo gusto y grandes resoluciones de ser santa y alma de oración, dábame a ella con muchas veras y con las propias a la mortificación interior y exterior y a muchas penitencias».
>
> «En este tiempo era mi alma un remedo de mariposa de noche y de día, ardiendo en fuego vivo y sed insaciable en busca de mi Dios [...] Sólo le hacía ausencia el tiempo que tomaba el sueño y éste lo tomaba tan sobrelevantada que, apenas despertaba, cuando ya me sentía llamada y solicitada de mi divino Señor con lugares particulares de la Escritura, Evangelio y Cantares [...] Gozaba de gran paz y tranquilidad interior en el cantar de los divinos oficios».

Pero no le bastaban los textos del breviario. Y, capitaneada por el confesor, se embarcó en la lectura de la Biblia, íntegra y en latín.

Será sacristana y maestra de ceremonias, encargada de velar por la fidelidad a las rúbricas litúrgicas. Y su juventud no impedirá que figure entre las ocho consejeras prescritas por la regla de Santa Clara. Ni vetará tampoco la ascensión de peldaños en la vida religiosa capuchina, saltando de Barcelona a Zaragoza, adonde es enviada en la primavera de 1616, con harto dolor y pena:

> «Fue mi sentimiento uno de los mayores que he tenido en mi vida y así el mayor acto de obediencia de toda ella».

Doble el rasguño. Por la separación de Isabel, ahora abadesa, y por el distanciamiento de la tierra que le vio nacer.

Veintiúnañera y ya equipada cultural y espiritualmente, cabe el Ebro, la monja catalana estrenaba una andadura de tres décadas centrada en la formación y en el caudillaje de religiosas franciscanas. De entrada y sucesivamente con responsabilidad sobre las novicias, atenta a las profesas, desde la vicaría y de la silla abacial.

La describe Juan Pablo II:

> «Su no común inteligencia sabe apoyarse en la solidez de la palabra revelada y de los escritores eclesiásticos, que estudia y conoce en profundidad. Ello la lleva a un profundo conocimiento teórico y práctico de los caminos de la espiritualidad, que vive en íntima

unión con la Iglesia, sobre todo a través de la liturgia, de los textos sagrados y del Oficio Divino. Hasta el punto de poder señalarla como una mística del breviario.

En sus tareas de formadora emplea "el noble estilo" que Dios usa con ella misma. Sabe por esto respetar la individualidad de cada persona, ayudándola a la vez a "caminar al paso de Dios", que es distinto en cada uno. Así la profunda comprensión no se hace tolerancia inerte».

Espiritualidad genuinamente bíblica y litúrgica —la palabra de Dios y la palabra de la Iglesia—, no precisamente características de la época. Centrada en la Eucaristía, con frecuencia la comunión enmarcando experiencias místicas y de arrobamientos. Confiesa en sus manuscritos:

> «Algunas veces me hallo tan apasionada con su majestad divina sacramentado, que quisiera hallar modo de llegar al sagrario y, con golpes de mi pecho, romper la puertecica para topar con él».

Por otra parte, justamente su impresionante conocimiento carismático de las Escrituras y de la lengua latina arrancó de prestigiosos labios eclesiásticos contemporáneos: «¡Lástima que sea mujer y no pueda ser ordenada de sacerdote!, ¡vaya predicador que tendríamos!».

Mujer con una personalidad espiritual definida. Excepcionalmente dotada. Incluso físicamente agraciada, aunque de menuda complexión.

De nula importancia para ella la longitud del físico humano. Explícitamente lo exteriorizó despachando las dudas sobre la aceptación de una jovencita de corta estatura:

> «Si es de estatura pequeña ya crecerá. Y, si no, hartas ha habido enanas de muy buen entendimiento, que no está vinculado el saber con grandes ni pequeñas mujeres».

Y sumamente maternal con las jóvenes y las mujeres consagradas. Las desea contemplativas. Moldeadora de una generación de capuchinas que, recién llegadas al convento, ya son aconsejadas:

> «Han de hambrear de noche y de día ser almas de oración y de esto traten y hablen siempre las unas con las otras».

Y quiere auténtica fraternidad en la clausura. Puerta cerrada a los aires de grandeza y de hidalguía:

«En las recreaciones ni en otras juntas no consientan se hable de linaje ni de mayorazgo ni de limosnas que hicieren, en sus profesiones, al convento».

También todas compartiendo el pan cultural. De ahí el esmero en la alfabetización de las candidatas al noviciado.

Una mujer así, forzosamente, sin comerlo ni beberlo, habría de romper moldes canónicos: en el capítulo electivo de 1626 asciende de vicaria a abadesa. Fue necesaria la previa dispensa romana de edad.

Abadesa en distintos períodos. Siempre encarnando un estilo evangélico más de servicio que de gobierno. Madre solícita. Amada y venerada. Con especial sentido del diálogo.

Testimoniaron las sometidas a su obediencia:

«Procuraba consultar lo que se había de obrar y tenía mucha docilidad en seguir el parecer justo de cualquiera, aunque fuese contra el suyo».

Y según confesión propia:

«Dejo pasar en las cosas indiferentes, no dándoseme nada se haga lo contrario de mi sentir y querer».

Por supuesto, reñida con las lisonjas y, particularmente, las adulaciones serviles.

Nuevamente voces de la comunidad:

«Era enemiga de murmuraciones y de juzgar mal del prójimo. Disculpaba caritativamente los defectos. Daba al olvido las desatenciones tenidas con ella [...] Era grande su sencillez, verdad y simplicidad religiosa; nunca se le notó doblez alguna [...] y estimaba a las personas en quienes experimentaba la santa simplicidad».

Ella:

«Mi norma es callar y sufrir y llevar el peso que las cosas de gobierno traen consigo [...] En cuanto a las faltas y caídas de mis religiosas, en comparación de las mías me parecen muy leves [...] Las excuso pero, como tengo el cuidado de ellas, procuro se corrijan y se ajusten en dar buen ejemplo cumpliendo con sus obligaciones».

A tal punto prodigaba el amor maternal, el grado de donación de sí misma que, no raramente, prefirió el bien espiritual ajeno al personal:

> «Muchas veces me privé y me quité el sustento de mi espíritu para darlo a ellas, complaciéndome en los alientos y consolación que recibían».

Solicitud no sólo por las hijas espirituales. Abierta también caritativamente al mundo, consejera de conciencia a través de las rejas de clausura y epistolarmente; sintiéndose *hermana y madre de todos los fieles* y ofreciendo su vida claustral *en beneficio de todo el género humano.* Consumiendo tiempo y dedicación, temerosa de robarlos a Dios y al convento, repartiendo luz y consuelo a nobles, virreyes, militares, obispos.

Viento en popa a toda vela el claustro aragonés, sor María Ángela, más que cincuentona, experimentada y sagaz guía de almas, emprende rumbo al mediodía. A Murcia. Donde *La fundadora* —así la distinguirán— irradiará santidad en los dos últimos decenios de su vida.

Al frente de la comunidad desde las iniciales fechas veraniegas de 1645. Aunque hubiera preferido libre de responsabilidades. Pues:

> «Me es de suma mortificación verme prelada y haber de mandar. Tratar con criaturas es una continua violencia para mi espíritu».

Pero no sin ventajas:

> «Con el oficio de prelada tengo muchas ocasiones de morir a mí misma y de dar a mi divino Señor mi vida en sacrificio, porque me guiso a mí misma para comida gustosa de todas».

Eso sí; rigurosa en la selección de candidatas a la vida religiosa. Y solícita en su formación. Siempre muy maternal. Empeñada en el borrado de discriminaciones entre monjas de coro y legas. Todas sus dirigidas han de ser iguales. Lo predica y lo vive.

Testimonio contemporáneo:

> «Acudía con todas a los servicios más humildes, como es a barrer y fregar, y asimismo a mover ladrillos y otros materiales para la obra de la fundación, con ser como era delicada, anciana y achacosa».

Tan incrustado en el alma llevaba el sentido de la fraternidad, que no pararía hasta lograr un rescripto pontificio unificando el hábito y generalizando el voto deliberativo en la comunidad murciana.

Tan incrustado que no sufría la inferioridad cultural de las hermanitas de origen humilde, nivelando la desigualdad con una manifiesta preferente atención hacia ellas.

Y enamorada de la pobreza franciscana. Pobre en el vestir pero *curiosa en extremo y aseada.* Nunca desaliñada.

Inculcaba a las hermanas a vivir de las propias manos, comiendo del fruto del trabajo. Procurando «necesitar lo menos posible del socorro ajeno o limosnas». Pobreza material y espiritual, «como despojo y liberación para el amor».

Destacable también que compartía los recursos de la comunidad, socorriendo necesidades; alimentado cada día a presos y pobres vergonzantes. Ya lo había ensayado durante su larga permanencia aragonesa...

En el convento de Murcia madurará la auténtica vocación contemplativa, en dimensión esencialmente eclesial, de la abadesa y maestra de novicias, de la capuchina María Ángela Astorch. Con la adoración y reparación eucarísticas como elemento nuevo personal y comunitario. En Murcia, donde vivirá duras tribulaciones y pruebas.

Inicialmente, la peste bubónica, en la primavera de 1648, con miles de muertes. Entre las víctimas, el obispo diocesano. Afectó al convento, pero sin defunciones. Tres años más tarde, el desmadre de las aguas. Una inundación singular, la del 14 de octubre de 1651, en la memoria oral y escrita ciudadana. Las religiosas hubieron de abandonar el convento, sito en la cima del casco urbano, a toda prisa y desafiando la corriente. Ella, de baja estatura, con agua hasta los hombros.

Y al año de haber recuperado el edificio que había quedado ruinoso, más de lo mismo. Nuevo desbordamiento. Y vuelta a la residencia jesuítica veraniega, por segunda vez, generosamente cedida.

El padre Antonio de Aguiar, que en tales ocasiones trató muy de cerca a nuestra biografiada, declaró en el proceso:

> «Experimenté en ella un dechado vivo de perfección religiosa. En la candidez era una paloma. Su alma estaba tan poseída de Dios que apenas le quedaba atención para cosa humana [...] Era tan ilustrada de Dios que yo me admiraba que pudiese una mujer, sin estudios ni letras, escribir como escribía tratados espirituales de materias tan diferentes y con tanto espíritu y elocuencia, tanta au-

> toridad de Escritura y Padres como en ellos usaba. En todo lo cual se conocía bien haber sido Dios su maestro. Su alma ardía en amor de Dios; no sabía pronunciar palabras que no fuesen una llama que encendía a los que trataba».

Las religiosas, víctimas de la doble contrariedad manifestaron: «Estaba siempre con semblante alegre». Pero la procesión iba por dentro. Las inquietudes, las andanzas, las preocupaciones derivadas del doble desastre la minaron. La salud de la monja se tornó más que achacosa. No se trataba de dolencias, fruto de vivencias místicas, sino de molestias reales propias de un organismo gastado y viejo.

Mediado diciembre de 1654 encamó. Pero aún tenía arrestos para acaudillar eficazmente la comunidad y acudir en ayuda, aconsejando y compartiendo experiencias, de la fundación que nacía en Calatayud:

Certera ella en la consigna:

> «Plantar un convento es trazar camino de espíritu y oración, que es el punto esencial, porque, como es el alma de toda la perfección religiosa, si esto faltase, sería lo demás cuerpo muerto».

A diario de mal en peor. En 1661, en declaración de las religiosas, ya era «incapaz para lo temporal, pero con mucho conocimiento de lo divino». Había sido una pérdida de facultades que la restituyó al estado infantil, incluso necesitando que la guiaran la mano para estampar la firma.

Previamente, reconociendo ella que no podía seguir al frente de la comunidad, señaló a su posible sucesora como abadesa, que fue elegida en capítulo. Ya imparable el proceso de senilidad. Comprensiblemente rápido. Toda vez que, entre los manuscritos póstumos de la superiora, apareció un documento revelador. Un escrito de 1661 en el que la firmante, aún en plena lucidez mental, deseosa de culminar sus días en humildad y renuncia total, suplicaba a Dios la inhabilidad para el desempeñc de toda responsabilidad.

Y, tras cuatro años de inmovilidad en la cama, el 21 de noviembre de 1665 le dio un ataque de hemiplejia, curiosamente recobrando el pleno uso de sus facultades mentales. Razonaba y comentaba sobre la proximidad de la partida. Sufría, pues todo su cuerpo era una llaga viva. Aunque el alma un puro gozo.

A quien caritativamente se interesó, preguntándole cómo se encontraba, correspondió: «Estoy en cruz».

Ya no duró ni quince días. El mediodía de la segunda fecha de diciembre, víspera de la festividad de San Francisco Javier, vivió su viernes santo. Serenamente.

Tras entonar débilmente el *Pange lingua,* coreado entre suspiros y lágrimas por sus hijas espirituales, voló al encuentro de Dios. Justo cuando las campanas de la vecina iglesia jesuítica adelantaban el estallido festivo de la celebración.

Los venerables restos de *la fundadora,* durante muchísimos años incorruptos, tras repetidas identificaciones y traslados, son objeto de la veneración de los murcianos en el convento femenino capuchino de la capital del Segura.

Previo un doble proceso informativo diocesano y mil vicisitudes históricas, hasta el 29 de julio de 1850 no fue la proclamación de la heroicidad de las virtudes de sor María Ángela Astorch. Finalmente beatificada por el papa Juan Pablo II en fecha 23 de mayo de 1982.

JACINTO PERAIRE FERRER

Bibliografía

Bibliotheca sanctorum. II: *Ans-Bern* (Roma 1962).

CEBALLOS, L. I., *Vida y virtudes, favores del cielo, milagros, y prodigios la V. madre sor María Ángela Astorch, religiosa capuchina* (Madrid 1773).

IRIARTE, L., *Beata María Ángela Astorch, clarisa capuchina (1592-1665): la mística del breviario* (Valencia 1982).

MARÍA ÁNGELA ASTORCH (BTA.), *Mi camino interior (Relatos autobiográficos. Cuentas de espíritu. Opúsculos espirituales. Cartas)* (Navarra 1985).

TORRECILLA, N., *La primera y penitentíssima religión de madres capuchinas en España fundada por la madre... Sor Ángela Margarita Serafina...* (Murcia 1646).

BEATO RAFAEL (MELCHOR) CHYLINSKI

Presbítero († 1741)

Rafael Chylinski (en el siglo, Melchor), religioso profeso, franciscano conventual, sacerdote, nació de familia noble en Wisoczka (Poznan, Polonia) el 6 de enero de 1694. Al terminar los estudios en el colegio de los jesuitas de Poznan, hizo durante tres años el servicio militar, llegando al grado de oficial alfé-

rez. A sus veintiún años ingresó en la Orden de los Franciscanos Conventuales de Cracovia, en la que quiso ser hermano laico. Aceptado por voluntad de los superiores como clérigo el día 4 de abril de 1715, tomó el nombre de Rafael. Hizo un curso abreviado de filosofía y teología a causa de la peste (1708), que provocó la muerte del cincuenta por ciento de los frailes de la provincia conventual polaca. Recibió la ordenación sacerdotal en diciembre de 1717.

Trabajó en diversas casas de la Orden como confesor y predicador y en la asistencia de los pobres. Desarrolló su apostolado especialmente en Cracovia y Lagiewniki. Sus predicaciones sencillas contrastaban con el estilo barroco vigente, y tenían gran eficacia pastoral. Pasaba horas enteras en el confesonario. Llevó una vida de mortificación y abnegación. Murió el 2 de diciembre de 1741, a los 47 años, en Lagiewniki, cerca de Lódz, donde reposa su cuerpo.

Su causa de canonización fue introducida el 29 de agosto de 1772. El 13 de mayo de 1949 se aprobó el decreto sobre sus virtudes heroicas. Fue por fin beatificado por el papa Juan Pablo II el 9 de junio de 1991 en el Parque Agrícola de Varsovia, en su cuarta peregrinación apostólica a Polonia, refiriéndose al nuevo beato como «hombre de mucha oración y, a la vez, de gran corazón para con los pobres». En la homilía de la misa de beatificación dijo también el Sumo Pontífice de su santo compatriota:

> «Durante esta santa misa ha sido proclamado beato un franciscano conventual, el padre Rafael Chylinski. Era hombre de mucha oración y, a la vez, de gran corazón para con los pobres. Cuando en 1736 se difundió la epidemia en Cracovia, se entregó completamente a los enfermos y realizó todo tipo de servicios sin preocuparse por su propia seguridad. Con celo servía a los pobres, a los enfermos y a los contagiados por la epidemia, a todos los que llegaban a su convento en Lagiewniki, actualmente barriada de la ciudad de Lódz. Muchas veces, no teniendo nada que darles, les ofrecía su propia porción de pan y su manto. Poco después de su muerte comenzó el proceso de beatificación, que se interrumpió a causa de la repartición de Polonia. El hecho de que durante un período tan largo no muriera el recuerdo de su santidad, es el testimonio de que Dios esperaba expresamente que su siervo fuera proclamado beato en la Polonia libre. Que el Beato Rafael nos recuerde que cada uno de nosotros, aunque sea pecador, ha sido llamado al amor y a la santidad.

He reflexionado mucho leyendo su biografía. Su vida está ligada a la época de los sajones; sabemos que eran tiempos tristes, no sólo a causa de la historia política de la I República, sino también de la moralidad social. No quiero recordar aquí los refranes, que aún hoy se pueden oír, acerca de esos tiempos. Fueron tiempos tristes, de desconfianza ilimitada de las personas, de total despreocupación y de consumismo extendido a un estamento social. Y en este escenario aparece un hombre salido precisamente de ese estamento. Es verdad que no es un gran magnate, pues no pertenece a la alta nobleza; pero posee todos los derechos sociales y políticos. Por lo que hizo y por la vocación que eligió, este hombre llegó a ser, y quizá lo es aún, protesta y expiación. Más que protesta, expiación por todo lo que llevaba a Polonia a la ruina. A veces, mientras medito sobre la vida de este beato, me viene a la mente Tadeusz Rejtan. Es verdad que el padre Rafael murió antes de la primera repartición de Polonia, en 1741. Tadeusz Rejtan, como es sabido, llevó a cabo su obra tras la repartición, durante una sesión de la Dieta que la aprobó. Precisamente en esa época Rejtan bloqueó con su propio cuerpo la puerta para no dejar pasar a los parlamentarios polacos del siglo XVIII y los instó: «¡No se puede! ¡Si queréis salir de aquí con esta decisión, con esta ley, debéis pasar sobre mi cadáver!». El padre Rafael no fue nunca diputado ni parlamentario. Escogió la vocación de hijo pobre de San Francisco. Pero su testimonio es muy parecido. Su vida escondida en Cristo era una protesta contra la conciencia, la actitud y el comportamiento autodestructivos de la nobleza de esa época sajona, cuyo fin conocemos. Pero ¿por qué la Providencia nos lo recuerda hoy? ¿Por qué ha madurado este proceso sólo ahora, a través de todos los signos de la tierra y del cielo, y podemos proclamar beato al padre Rafael? Tratad de responder a esta pregunta. Tratemos de responder a esta pregunta. La Iglesia no tiene recetas preparadas. El Papa no quiere sugeriros ninguna interpretación; pero reflexionemos todos juntos, los 35 millones de polacos, acerca de la elocuencia de esta beatificación precisamente en el año del Señor de 1991».

ALBERTO JOSÉ GONZÁLEZ CHAVES

Bibliografía

BIGONI, A., *Vita del venenrabile Servo di Dio P. Rafaelle Kilinski, minore conventuale* (Roma 1845).

KUBIT, A., *Zyciorys Czcigodnego O. Rafala Chylienskiego* (Niepokalanow 1937).

L'Osservatore Romano (ed. en español) (19-7-1991).

Nova positio super virtutibus (Roma 1946)

Positio super virtutibus (Roma 1940).

SARNETA, J. J., «Chylinski, R.», en *Bibliotheca sanctorum*. III: *Bern-Ciro* (Roma 1962).

C) Biografías breves

SAN CROMACIO DE AQUILEYA
Obispo († 407/408)

Era un presbítero de la diócesis de Aquileya y había convertido su casa paterna en una especie de monasterio, en el que él, su madre, su hermana y su hermano llevaban vida ascética junto con otros clérigos y seglares de la diócesis. San Jerónimo, que frecuentó la casa, la llamaba «morada de santos». Fue un foco de vida cristiana y apostólica, que hizo un bien inmenso en la comunidad. Con su obispo Valeriano asistió en 381 al concilio celebrado en la propia Aquileya y, pese a ser solamente presbítero, se le permitió por dos veces tomar la palabra para reclamar contra el obispo arriano Paladio. El 388 murió Valeriano y toda la diócesis estuvo de acuerdo en que nadie mejor que Cromacio para sucederle. Lo consagró obispo San Ambrosio. Intentó ser un obispo en toda la extensión de la palabra cuidando los diversos aspectos que sobre todo entonces debía atender un obispo. Estudioso de la Sagrada Escritura, procuró exponerla lo mejor posible a sus fieles e incluso tomó la pluma. Intervino en todas las cuestiones abiertas en la Iglesia de su tiempo. Estuvo en contacto con San Ambrosio, San Inocencio I, San Juan Crisóstomo, etc. Procuró poner paz entre San Jerónimo y Rufino, amigos suyos ambos, y acogió a Rufino cuando éste se vio obligado a dejar Roma. Sostuvo también con sus donativos las causas de la Iglesia, lleno de evidente caridad. Se conserva de él el *Discurso sobre las ocho bienaventuranzas*. Tras veinte años de episcopado fecundo murió en 408 o tal vez el año anterior. Su memoria se celebra el 2 de diciembre.

BEATO IVÁN SLEZYUK
Obispo y mártir († 1973)

Nace el 14 de enero de 1896 en Zhyvachiv, región de Stanislaviv y se decidió por el sacerdocio. Una vez ordenado presbítero, en 1923, fue destinado a la enseñanza de la religión en las escuelas de Stanislaviv, hoy Ivano-Frankivsk. Entre marzo y

abril de 1945, previéndose el arresto de los obispos greco-católicos de Ucrania, fue consagrado secretamente como obispo coadjutor con derecho a sucesión por el obispo de la diócesis Hryhovy Khomyshyn. La policía lo detuvo el 2 junio de 1945 y por presuntas actividades contra el Estado fue condenado a diez años de cárcel, en los que perseveró en la fe católica sin pasarse a la ortodoxia ni acceder a las pretensiones de los comunistas. De 1945 a 1950 estuvo en el campo de trabajo de Vorkuta, Rusia, y en ese año fue llevado al de Mardovia, igualmente en Rusia. Liberado el 15 de noviembre de 1954, prosiguió su servicio pastoral con constancia y fervor hasta el 22 de octubre de 1962 en que de nuevo fue arrestado y condenado a cinco años de detención, acusado de «organización de la actividad religiosa ilegal de los sacerdotes greco-católicos». Excarcelado el 30 de noviembre de 1968, luego de pasar estos años en un campo de estricto confinamiento, reanuda con gran celo y vigor espiritual su actividad clandestina, de la que no se desanima pese a los continuos interrogatorios por parte de las autoridades comunistas. Al término de un interrogatorio en Stanislaviv su corazón ya no pudo más tras tantos años de sufrimientos, soportados con heroica paciencia, se sintió mal y falleció dos semanas después el 2 de diciembre de 1973. Beatificado el 27 de junio de 2001 por Su Santidad el papa Juan Pablo II en su viaje apostólico a Ucrania.

3 de diciembre

A) Martirologio

1. La memoria de San Francisco Javier († 1552), presbítero, de la Compañía de Jesús, patrono de las Misiones **.
2. La conmemoración de San Sofonías, profeta **.
3. En Tánger (Mauritania), San Casiano († 300), mártir *.
4. En Winchester (Inglaterra), la deposición de San Birino († 649/650), obispo de Dorchester *.
5. En Chur (Suiza), San Lucio († s. VI/VII), ermitaño.
6. En Monte Siepe (Toscana), San Galgano Guidotti († 1181), ermitaño.

7. En Londres (Inglaterra), Beato Eduardo Coleman († 1678) mártir bajo el reinado de Carlos II *.

8. En Trento (Véneto), Beato Juan Nepomuceno de Tschiderer († 1860), obispo **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN FRANCISCO JAVIER
Presbítero († 1552)

El 3 de diciembre de 1552 moría frente a la costa china, en una choza de la isla de Sancián, San Francisco Javier.

La noticia de este hecho, que tanto suponía para la marcha de las misiones asiáticas, llegó a Roma casi tres años después. En febrero de 1555, como un rumor no confirmado, en octubre, como un hecho cierto, pero rodeado de tales detalles en cuanto a la traslación del cuerpo desde Sancián a Malaca y Goa, su estado incorrupto y los milagros que se le atribuían, que el nombre de Javier pasó presto a tener esa resonancia apostólica ante el pueblo cristiano que hasta hoy le caracteriza.

¿Quién era aquel misionero y cuáles sus hazañas?

Francisco de Javier, cuyos apellidos debieron haber sido Jassu, Azpilcueta, Atondo y Aznárez de Sada, nació el 7 de abril de 1506 en el castillo de Javier, situado en los confines de Navarra, frente a Aragón, a ocho kilómetros de Sangüesa, 54 de Pamplona y uno de las márgenes del río Aragón.

Situación estratégica en la Edad Media, salvando los pasos de la ribera de Navarra al valle del Roncal a través del puente de Yesa, casi en su punto medio.

La familia del Santo era de las más distinguidas del reino navarro. Su padre, don Juan de Jassu o Jaso y Atondo, doctor por Bolonia en ambos derechos, era uno de los principales personajes del país, y unía en sí la rama de los Jassu de Ultrapuertos (hoy Francia) con la de Atondo, del señorío de Idocin. Su madre, María de Azpilcueta y Aznárez de Sada, provenía de la casa solar del mismo nombre del valle del Baztán, y heredaba de su madre la posesión de Javier, vinculada a su familia por lo menos

desde 1263, lo mismo que cierto grado de parentesco con la realeza navarra.

Por eso Francisco de Javier reunía en sí una representación de casi todas las regiones de Navarra, y puede presentarse como un prototipo de sus hijos en el conjunto de sus cualidades distintivas, que la santidad no eclipsó u ocultó, sino que sublimó en rasgos heroicos de un universalismo sin tacha, matizado y punteado con las características de su tierra.

Su formación primera dependió principalmente de la abadía fundada por su padre en la parroquia de Javier, lo mismo que de los miembros de su familia en aquel castillo solitario, especialmente de su madre: porque su padre, muerto cuando el Santo contaba nueve años, había estado ausente largas temporadas en Pamplona o en cortes extranjeras por los asuntos del reino.

Fuera de la piedad intensa que bebió en su vida familiar, el acontecimiento que influyó especialmente en la orientación de su carácter y de sus aspiraciones fue la ruina de las instituciones políticas bajo las que había nacido y por las que luchó su familia, y la ruina también de su castillo, rebajado a la categoría de mansión señorial de tipo agrícola, en vez de ostentar las almenas guerreras de sus enhiestas torres. Es indudable que todo ello influyó en su marcha a la Universidad de París en 1525, al terminar las guerras en que participaron sus hermanos y al asentarse sobre bases nuevas y duraderas la vida de los Javier, reconociendo el nuevo orden de cosas.

Los once años de París, como estudiante primero y como maestro algún tiempo en la Universidad de París (1525-1536), marcaron la etapa decisiva de la vida de Javier.

Hoy se conoce con profusión de datos la vida universitaria parisiense relacionada con el santo. Conocemos el funcionamiento de sus colegios, divididos por naciones o grandes regiones, y en los que se daba la enseñanza principal, así como los nombres de los profesores y mil detalles de la vida diaria de aquella masa de estudiantes, verdadera ciudad libre dentro del recinto de París.

Los estudios duraban alrededor de once años. Javier escogió el colegio de Santa Bárbara, fundado en 1520 bajo la protección del rey de Portugal, donde concurrían estudiantes de las dife-

rentes partes de la Península Ibérica. Comenzó sus estudios como porcionario, que se pagaba toda la pensión, con un fámulo a su servicio y un caballo para sus deportes y utilidad. Por octubre de 1525 entró en las aulas universitarias, se graduó en Letras en la Cuaresma de 1526, se licenció en Filosofía en agosto de 1530, obtuvo una clase de filosofía en el colegio de Dormans-Beauvais y prosiguió juntamente sus estudios teológicos hasta fines de 1536, en que partió para Italia con sus compañeros a unirse con Ignacio.

El esquematismo de estas fechas no nos devuelve la enorme complejidad de sucesos trascendentales que tuvo para el menor de los Javier. Por una parte la lucha de las ideas filosóficas y teológicas, atacadas por el naciente protestantismo, que encontró en la Universidad de París uno de sus más fuertes enemigos, y por otra las relaciones con sus compañeros de estudio, especialmente los españoles. Como coronación de todo, su trato con Íñigo de Loyola, que le llevó paulatinamente a desviar por completo el curso de sus aspiraciones terrenas dentro del campo eclesiástico, al que pensaba dedicarse, y abrazar el camino de la santidad personal y del apostolado con el ardor brioso de su sangre y con aquella decisión desconocedora de cambios y vacilaciones en el ideal abrazado en la plenitud de su vida.

Ignacio supo insinuarse en su corazón, a pesar de los recuerdos de luchas pasadas en campos políticos opuestos y de la poca apariencia del incomparable conductor de hombres, que vino providencialmente a vivir en la misma casa y en la misma cámara que el maestro valenciano Juan de la Peña, el angelical saboyano Pedro Fabro y Javier.

Las prevenciones de Javier no pudieron impedir a la larga el acercamiento con Íñigo, que, lejos de oponérsele, le llevó discípulos, le sacó de algún apuro económico y pudo, por fin, penetrar en el interior de aquella alma y comunicarle sus proyectos, sus ideas, su modo de ser.

En 1534 Javier estaba ganado, y, aun antes de hacer el mes de ejercicios espirituales, que le armaría para los duros combates de la vida, se alistó en el pequeño escuadrón ignaciano de los primeros votos de Montmartre, 15 de agosto de 1534.

Javier completó su formación espiritual junto a Ignacio en Italia, ejercitó sus primeros ministerios apostólicos en favor de

las almas, gustó más el sentido católico de la vida junto a la cátedra de San Pedro en Roma, y recibió las sagradas órdenes en Venecia. Para coronamiento de estas actividades vivió varios meses en Roma como secretario del mismo San Ignacio, en aquellos tiempos en que estaban estudiando su futuro régimen de vida al ver fallidas providencialmente las esperanzas y planes de su viaje a Jerusalén y su vida apostólica en Palestina. La impresión que guardaron sus compañeros de todos estos años fue la de una santidad incontenible y de una admirable disposición para toda clase de apostolados. Su don de gentes se impuso en Roma y en Bolonia; su heroicidad, en los hospitales, mientras aprendía junto a su padre del alma los métodos del gobierno espiritual.

Los acontecimientos se precipitan ya en la vida de Javier. Doce años le quedan aún para luchar por Dios, y el que hasta ahora ha estado como en segundo plano, hace ahora de pronto irrupción en la vanguardia de los acontecimientos, y en ella se mantiene sin desfallecer hasta su último aliento.

Dios convertiría en realidad los sueños que había tenido aquellos años, de estar evangelizando en las Indias.

Un día se presentó ante Ignacio el embajador de Portugal, don Pedro de Mascareñas, con un encargo de su rey, don Juan III, que señalaría el comienzo de una sólida amistad del monarca lusitano con Loyola y Javier. Deseaba aquél consolidar sus empresas oceánicas impulsando vigorosamente la evangelización de las nuevas regiones descubiertas en la India y el Brasil. Por insinuación de don Diego de Gouvea, regente de Santa Bárbara, de París, que allí había conocido a aquellos compañeros de Íñigo y luego se había enterado de sus intentos y actividades en Italia, el rey supo las cualidades y condiciones del grupo ignaciano, sondeó la realidad por medio del embajador en Roma y propuso al Papa su deseo de invitarlos para las Indias.

En pocos días se llega al nombramiento de Javier por Ignacio, comisionados para ello por Paulo III antes de la fundación canónica de la Compañía de Jesús, como sustituto del padre Bobadilla en su destino a la India portuguesa, y al día siguiente de su nombramiento, 16 de marzo de 1540, partía con Mascareñas camino de Lisboa, después de haber firmado unos cuantos

documentos acerca de la Orden religiosa que se tramitaba y de la elección de su primer general.

Javier atraviesa Italia y Francia, entra por Fuenterrabía en Guipúzcoa, renuncia a ir a saludar a sus parientes, y por la casa solar de Loyola, adonde llevaba una carta de Ignacio, por Burgos, Valladolid y Salamanca pasó a Portugal. Allí trabajó intensamente en la corte, ganándose la confianza y estima del rey y de muchísima gente durante nueve meses, gracias a sus predicaciones, confesiones y buen ejemplo, y el 7 de abril de 1541 se embarcó para Goa.

En vez de partir como segundo del padre Simón Rodríguez, va como jefe de otros dos, y actúa desde el primer momento como tal. En Lisboa ha perfeccionado su portugués y se ha informado detenidamente acerca de la situación de la India y de sus relaciones eclesiásticas y temporales con la metrópoli. Pero Juan III no quiere enviarle sin amplísimas facultades, y para ello consigue del Papa varios breves pontificios.

Hay que tener presentes esos documentos para poder juzgar de su actuación sin caer en los extremos de los que, al margen de la verdadera historia, pretenden enjuiciar su obra y describirnos su carácter de hombre y de apóstol.

Javier no es un misionero más que va al Oriente a ocupar un puesto cualquiera en un lugar determinado. Su misión y su destino es mucho más complejo.

Va, en primer lugar, como nuncio o legado pontificio. Pero esa nunciatura era de un tipo especial. No se trataba de representar permanentemente a la Santa Sede en alguna corte determinada, sino de revestirle de su autoridad apostólica y de amplísimas facultades espirituales para la implantación, conservación y aumento de las nuevas cristiandades desde el Cabo de Buena Esperanza hasta el último límite de los dominios o protectorados portugueses en las Indias orientales, y en especial ante el rey de Etiopía. Pero no se indica en los documentos nada de estar en comunicación directa y permanente con la Santa Sede.

Esto influyó en el deseo de Javier de conocer personalmente aquellas nuevas cristiandades, fundadas ya o posibles y ver sobre el mismo campo las posibilidades de dilatar la fe. Su carácter de nuncio, más que ligarle a un sitio, le impulsaba a recorrer, explorar y evangelizar aquel vasto territorio. Algo parecido

le sucedía en su cargo de superior de la nueva Orden religiosa en las mismas tierras. Con tan pocos sujetos al comienzo, era él el que debía dar el ejemplo de las virtudes apostólicas y señalar los emplazamientos de los centros misionales.

Y algo parecido podríamos decir con respecto al rey de Portugal, que, prendado de sus virtudes y cualidades, deseaba que fuera una especie de visitador privado y oficioso de la vida religiosa de los establecimientos lusitanos del Oriente. Su correspondencia demuestra cómo ejercitó esta labor, con valentía apostólica por un lado y con escrupulosidad independiente y cautelosa por otro. Aun así no siempre consiguió el auxilio que el rey ordenaba darle a todos sus gobernadores para cosas de apostolado y evangelización.

Francisco llegaba a Goa con la idea de marchar cuanto antes al cabo Comorín y costa de Pesquería, donde el gobernador general que le llevaba en su flota, Martín Alfonso de Sousa, había conseguido establecer una misión de cristianos en un mando anterior. Sousa le habló de la empresa varias veces durante el viaje marítimo, y en cuanto transcurrieron en Goa los primeros cinco meses durante el monzón que interrumpía las navegaciones, pasó a aquella tierra, cuando sus compañeros de viaje dejados en Mozambique llegaban a Goa a continuar las empresas allí por él iniciadas.

En Goa, lo mismo en la primera ocasión que en las otras varias que tuvo que volver a ella para gobernar a los suyos, tratar con las autoridades eclesiásticas y civiles o fundar las primeras casas de su Orden, su celo se impuso en la ciudad con sus predicaciones, catecismos por las calles, plazas e iglesias y su dirección espiritual. Todo esto se comprueba en las cartas de sus contemporáneos: el obispo, algunos sacerdotes, religiosos y empleados civiles.

Desde fines de 1542 a 1545 trabajó en aquellas regiones de Malabar y Travancor, su primera gran misión viva. El movimiento de reagrupación de los cristianos, bautismo de neófitos, composición de catecismos, etc., fue extraordinario. El fracaso de sus planes sobre Ceilán, por culpa de algunos mercaderes portugueses, y la noticia de las perspectivas que se abrían para la fe en las Molucas, le determinó a ir allá después de dejar algunos compañeros en la Pesquería.

Pasado algún tiempo junto al sepulcro de Santo Tomás en Meliapur, llegó a Malaca en septiembre de 1545 y evangelizó a toda clase de gentes en la ciudad y contornos durante algunos meses. Siguió al Maluco y misionó las islas de Amboino, Ceram y otras vecinas, como luego Ternate, Tidore, las islas del Moro, con igual fruto y conmoción espiritual.

Vuelto a Malaca en 1547 a buscar compañeros para aquella nueva misión, se encontró en aquella ciudad con unos japoneses que le esperaban. Esto varía el rumbo de los acontecimientos, y, arreglados los asuntos de la India, penetra el primero de los misioneros en el Japón, 15 de agosto de 1549, misión que desde el primer momento ejerce en él una especie de fascinación cautivadora.

Vuelve a la India y Goa, visita algunas residencias, resuelve nuevas fundaciones, se entera de grandes noticias de Europa: Trento, Roma, Alemania; recibe el nombramiento de provincial, y en vez de volver al Japón, según había pensado primero, se resuelve por China. Frustra sus intentos de embajada virreinal el capitán mayor marítimo de Malaca y se embarca para Sancián a intentar solo aquella empresa. Una pulmonía corta el vuelo a sus empresas apostólicas cuando apenas cuenta cuarenta y seis años.

Se ha hablado de Javier aventurero, poco constante, impetuoso. Nunca dejó Javier un campo roturado por él sin dejar a otros que siguieran la obra, y de vez en cuando volvía a visitarlo. Atendió al mismo tiempo a otras partes adonde no llegó personalmente. Todas sus misiones continuaron florecientes, y sólo algunas decayeron decenios más tarde a causa de las persecuciones que sobrevinieron.

Fomentó el clero indígena, la enseñanza y los catecismos. Su salud, sus conocimientos, sus dones de trato personal, su valor a toda prueba, y sobre todo su santidad, superaron todos los obstáculos. Consiguió dejar cristiandades en todos los puntos estratégicos del Extremo Oriente, ampliar el conocimiento de todas aquellas regiones. Sin intentarlo forjó un parecido oriental suyo con el San Pablo mediterráneo que admira la historia.

No es extraño, por lo mismo, que al saber de cierto su muerte, con las circunstancias de su traslación y sepultura, el

mismo San Ignacio, que ya tenía en Roma una antología epistolar proveniente de Asia acerca de la fama de santidad de Javier, iniciara los primeros pasos para la glorificación de su hijo. Beatificado en 1619, fue canonizado a los tres años, 12 de marzo de 1622, juntamente con San Ignacio, Santa Teresa de Jesús, San Felipe Neri y San Isidro Labrador. Pronto se le declaró patrón de las misiones del Oriente.

San Pío X lo constituyó protector de la Obra de la Propagación de la Fe, y Pío XI le declaró en 1927 junto con Santa Teresa de Lisieux, patrón universal de las misiones católicas.

LEÓN LOPETEGUI, SI

Bibliografía

ARTECHE, J. DE, *San Francisco Javier* (Bilbao 1951).
Cartas y escritos de San Francisco Javier (Madrid 1953; [4]1996).
GARCÍA, F., SI, *Vida y milagros de San Francisco Javier SI, apóstol de las Indias* (Madrid 1922).
SCHURHAMMER, G., SI, *Francisco Javier. Su vida y su tiempo,* 2 vols. (Bilbao 1969-1970).
TEIXEIRA, M. DE, SI, *Vida del bienaventurado padre Francisco Javier, religioso de la Compañía de Jesús* (Bilbao 1951).
• Actualización:
BELLIDO, J. F., *Hasta los últimos confines. Vida de San Francisco Javier* (Bilbao 1998).
BERZOSA MARTÍNEZ, M. A., *Francisco Javier* (Bilbao 2005).
LAMET, P. M., *El aventurero de Dios: Francisco Javier* (Madrid 2006).
RECONDO, J. M.ª, *San Francisco Javier* (Madrid 1999).
— *San Francisco Javier. Vida y obra* (Madrid 1988).
SCHURHAMMER, G., *Francisco Javier. Su vida y su tiempo,* 4 vols. (Bilbao 1992).
TELLECHEA IDÍGORAS, J. I., *Los sueños de Francisco Javier* (Salamanca 2006).

SAN SOFONÍAS

Profeta (Antiguo Testamento)

El nombre «Sofonías», significa «Yahvé protege». Él mismo nos relata su tiempo y su genealogía hasta su tatarabuelo. «Era hijo de Cusí, hijo de Godolías, hijo de Amón, hijo de Amarías hijo de Ezequías, en tiempo de Josías, hijo de Amón, rey de Judá» (Sof 1,1).

Esta acumulación de ascendientes obedece tal vez a la intención de superar la sospecha que podía suscitar el ser «cusita», «etíope» o «nubio», extranjero, con los tres abuelos yahvistas.

Asesinado Amón por un complot de sus oficiales, el pueblo se levantó contra los conjurados y puso en el trono de Judá a Josías, el hijo de Amón, cuando apenas tenía ocho años.

Durante el reinado de Josías, el imperio asirio entró en un rápido declive. Aprovechando esa decadencia de los opresores, él llevó a cabo una gran reforma religiosa y política, cuando, pasada su minoría de edad, tomó directamente las riendas del gobierno. Si su reinado se extiende desde 640-609 a.C., fue alrededor del año 625 cuando realizó su plan, que consistió en la eliminación de los varios cultos paganos y en la centralización, en Jerusalén, de todo el culto al verdadero Dios.

Con esta reforma se relaciona el feliz y gozoso hallazgo, en el templo de Jerusalén, de un ejemplar del Libro de la Ley de Moisés, probablemente el Deuteronomio.

La renovación fue también política, pues recuperó territorios que había pertenecido al reino de Judá.

Pero, antes de la reforma, durante su minoría de edad, continuaba la relajación de las costumbres, los cultos paganos introducidos por influencias extranjeras y los abusos de los ministros.

Contra todo esto predica Sofonías, que, sin embargo, guarda silencio respecto al rey. Todo indica que su misión apostólica en Jerusalén se desarrolló principalmente en los años de minoría del Rey, inmediatamente antes de que comenzara el ministerio de Jeremías.

Judá llevaba un siglo sometido a los asirios desde el impío Acaz. El pueblo estaba invadido por costumbres y prácticas paganas, con culto a los falsos dioses, Baal y Milcom, mezclado con el culto a Yahvé y con el de los astros, llegando al indiferentismo, al escepticismo y hasta a una verdadera apostasía. Los dirigentes cometían toda clase de iniquidades.

La falta de fe favorecía un clima de materialismo, ajeno a toda rectitud y justicia: violencia en los jefes, corrupción en los jueces; y los sacerdotes y profetas prostituían la religión y el culto, al servicio de fines indignos.

El reinado de Manasés, que se prolongó desde 698-643 contribuyó mucho a difundir la corrupción. Según se narra en el libro segundo de los Reyes —21,3-9— reconstruyó las ermitas

idolátricas de los altozanos, derribadas por su padre, el santo rey Ezequías; levantó altares a Baal; adoró y dio culto al ejército de los astros, arrojó a la pira de fuego a uno de sus hijos, practicó la magia y la adivinación y llegó a colocar en el templo la imagen de una diosa cananea, Astarté. «Manasés derramó ríos de sangre inocente, de forma que inundó a Jerusalén de punta a cabo» (2 Re 21,16).

Este cuadro, lleno de sombras, es la situación que hereda Josías, cuando era niño. Teniéndolo ante los ojos, se comprende mejor el mensaje y la predicación de Sofonías, que, sin duda, fue quien fundamentó y preparó el cambio copernicano que supuso la reforma de Josías.

Sofonías es crítico, ante todo, con los pecados de su pueblo. Pocos profetas han sido tan radicales en la crítica contra el pueblo de Judá, en general, por su falta de fidelidad a la alianza con Yahvé; y con sus gobernantes, en particular, por su orgullo y sus iniquidades. Denuncia con valentía la contaminación del yahvismo por la introducción de las prácticas idolátricas, y el arraigo de las costumbres extranjeras. Era indispensable una auténtica conversión.

Tarea ingente la que pesa sobre los hombros del profeta: renovar en todo su vigor el yahvismo que proclama al Dios de la Alianza como el Dios de los dioses, el único Señor que domina el universo y lo gobierna; renovando en su pueblo fascinado por las creencias en otros dioses cananeos o asirios, a los que procuraban tener propicios para asegurar la fertilidad de sus ganados y sus cosechas... Tuvo que condenar duramente la idolatría y la injusticia flagrante.

Su mensaje no cayó en saco roto pues desembocó en la reforma aludida de Josías. Se centra en el día de la ira del Señor, en el que todos los pueblos serán juzgados, Judá el primero, y serán arrancados de la faz de la tierra los pecadores.

Sólo se salvará en aquel terrible día, un resto humilde y pobre, que confió en el Señor y puso en él toda su confianza. El juicio, pese a ser condenatorio, está abierto a la salvación. Abarca a todas las naciones y en particular a Judá y su capital.

Cuando Amós, un siglo antes, anunció proféticamente el «día de Yahvé» para el reino del Norte, muchos lo esperaban

ansiosamente como un desquite y revancha contra sus enemigos. Pero Amós les amargó la espera y anuncia que, cuando llegue, serán tinieblas, todo oscuridad, sin resplandor alguno (cf. Am 5,18-20).

Sofonías es más trágico aún, y extiende el juicio al orbe entero. Será un juicio cósmico: el día terrible de la ira de Yahvé.

Como los grandes profetas, denuncia las transgresiones contra Dios y contra el prójimo, que crean situaciones insostenibles y provocan inevitablemente el castigo de Dios. Pero no se complace en condenar; como buen discípulo de Isaías, considera la destrucción como paso a la salvación. Del árbol talado saldrá una semilla santa (cf. Is 6,13).

De la ciudad rebelde, manchada y opresora, Jerusalén, saldrá un resto que se acogerá al Señor (cf. Sof 3,13). Por eso, a pesar de sus terribles denuncias, la lectura de Sofonías no sobrecoge el ánimo, más bien es estímulo para la acción, agente eficaz de conversión y de cambio, hoy como ayer.

El mensaje profético de Sofonías se articula en tres partes inseparables, que se complementan entre sí. La primera es el tema bíblico del «día de Yahvé». La segunda, se vuelve contra las naciones y en particular, contra Jerusalén. Y la tercera, se abre a la esperanza por las promesas divinas del Dios, siempre fiel que busca la conversión de su pueblo, no la destrucción.

Comienza el profeta con el anuncio de un juicio condenatorio universal que afecta especialmente a Judá, y presenta como inminente la rápida y sorpresiva venida del «día del Señor» caracterizado con el título del «día de cólera». Quince veces se repite la palabra «día». Y, como causa de la catástrofe purificadora, denuncia, ante todo, el culto de los dioses extranjeros, las injusticias, violencias y fraudes de los altos dignatarios de la corte, el interés obsesivo de los mercaderes por el comercio, la autosuficiencia de los incrédulos, que niegan o marginan la acción de Dios.

El profeta termina exhortando a la justicia y la conversión como única forma de escapar del castigo:

«¡Voy a aventarlo todo sobre la faz de la tierra!
—oráculo de Yahvé—.
Aventaré hombre y bestias,

aventaré aves del cielo y peces del mar,
haré tropezar a los impíos;
extirparé a los hombres de la faz de la tierra
—oráculo de Yahvé—
Extenderé mi mano contra Judá,
contra todos los habitantes de Jerusalén,
y extirparé de este lugar lo que queda de Baal,
el nombre de ministros y sacerdotes,
los que se postran en los terrados
ante el ejército del cielo,
los que se postran ante Yahvé
y juran por Milcón,
los que no siguen a Yahvé,
los que no buscan a Yahvé ni le consultan» (1,2-6).

«¡Se acerca el gran día de Yahvé,
se acerca, viene a toda prisa!
¡Amargo el vocerío del día de Yahvé,
entonces gritará hasta el soldado!
Aquel día será día de ira, día de angustia y aprieto,
día de devastación y desolación,
día de tinieblas y oscuridad, día de nubes y densa niebla,
día de trompetas y griterío,
contra las ciudades fortificadas, contra los altos baluartes.
Pondré a los hombres en aprieto,
y ellos andarán como ciegos,
(porque pecaron contra Yahvé);
su sangre se derramará como polvo,
su carne como excrementos.
Ni su plata ni su oro podrán salvarlos
el Día de la ira de Yahvé,
cuando el fuego de su celo devore la tierra entera;
pues acabará de forma terrorífica
con todos los habitantes de la tierra» (1,14-18).

No se trata del fin del mundo, como podría parecer por algunas expresiones. Porque la condenación apunta al arrepentimiento. La amenaza es para escarmiento, poniendo ante los ojos, como otro diluvio purificador y medicinal. Todavía se está a tiempo de cambiar.

«Reuníos, congregaos, gente sin vergüenza,
antes que seáis aventados como el tamo que en un día pasa,
antes que caiga sobre vosotros el ardor de la ira de Yahvé,
(antes que caiga sobre vosotros el Día de la ira de Yahvé).

Buscad a Yahvé, vosotros, humildes de la tierra
que cumplís sus mandatos,
buscad la justicia, buscad la humildad;
quizá encontréis cobijo
el Día de la ira de Yahvé» (2,1-3).

La segunda parte, reúne una serie de amenazas contra las naciones extranjeras, pero también contra la ciudad de Jerusalén. El castigo de Filistea, Moab-Amón, Etiopía y Asiria debía servir de escarmiento a Judá para convertirse, pero el pueblo, especialmente las autoridades civiles y religiosas, no aprenden la lección de la historia. Jerusalén está contaminada con los mismos vicios e iniquidades.

«¡Ay de la rebelde, la impura, la ciudad opresora!» (3,1).

«He exterminado a las naciones, sus almenas han sido derruidas,
sin nadie que transite;
han sido arrasadas sus ciudades, no quedan hombres ni habitantes.
Pensé "ella al menos me temerá
sabrá aceptar la corrección;
no podrá apartar de sus ojos todo lo que la he castigado".
Pero al punto han corrompido todas sus acciones.
Por eso esperad —oráculo de Yahvé—
el día en que me levante para acusar,
porque voy a reunir a las naciones,
voy a congregar a los reinos,
para derramar sobre vosotros mi furor,
todo el ardor de mi cólera.
(Porque el fuego de mi celo devora la tierra entera)» (3,6-8).

La tercera parte del mensaje es la clave para comprender a Sofonías. Se ha cumplido el juicio de Dios y se abre el horizonte mesiánico de la salvación y de una salvación tan universal como se anunció el castigo, y de la que Judá es la principal beneficiaria.

Los idólatras, injustos y soberbios, dan paso a un pueblo pobre y humilde, los «anawim», ya purificado. El rey de Israel será el Señor, no ya los tiranos. Y los desterrados y dispersos vuelven al país, reunidos por Dios.

La visión panorámica es esperanzadora, llena de optimismo, como quien definitivamente anuncia una edad de oro, utópica, escatológica.

«Entonces purificaré el labio de los pueblos
para que invoquen todos el nombre de Yahvé
y le sirvan bajo un mismo yugo.
Desde allende los ríos de Etiopía,
mis suplicantes, mi Dispersión, vendrán a mí con ofrendas.
Aquel día no tendrás que avergonzarte
de los delitos cometidos contra mí;
entonces arrancaré de tu seno a tus alegres fanfarrones,
y no volverás a engreírte en mi santo monte.
Dejaré en medio de ti un pueblo humilde y pobre,
Se cobijará al amparo de Yahvé, el Resto de Israel.
Ya no cometerán injusticias ni dirán mentiras,
ya no ocultará su boca una lengua embustera.
Se apacentarán y repostarán, sin que nadie los turbe.
¡Grita alborozada, Sión, lanza clamores, Israel,
celébralo alegre de todo corazón, ciudad de Jerusalén!
Que Yahvé ha anulado su sentencia, ha alejado a tu enemigo.
¡Yahvé, Rey de Israel, está en medio de ti,
y ya no temerás mal alguno!
Aquel día se dirá a Jerusalén: ¡No tengas miedo, Sión,
no desfallezcan tus manos!, Yahvé, tu Dios, está en medio de ti,
¡un poderoso Salvador!
Exulta de gozo por ti, te renueva con su amor;
danza por ti con danzas de júbilo, como en los días de fiesta.
Apartaré de tu lado la desgracia, el oprobio que pesa sobre ti.
Voy a condenar al exterminio a todos los opresores;
salvaré a la coja, reuniré a la descarriada,
les daré fama y renombre en la tierra donde fueron humillados.
En aquel tiempo os traeré, en aquel tiempo os congregaré.
Entonces os daré renombre y fama entre todos los pueblos de la tierra
cuando cambie vuestra suerte ante vuestros propios ojos,
dice Yahvé» (3,9-20).

Los tres momentos del mensaje tienen cada uno su cara y su cruz inseparables.

A los oráculos de juicio y condena, sigue siempre un oráculo de restauración. El Señor castiga a las naciones opresoras ofreciendo a su pueblo escarmiento en cabeza ajena. Pero no hay privilegio para el contumaz que abusa.

La importancia que adquiere en Sofonías el tema del «Día» le ha hecho famoso y llega a la liturgia en el «Dies irae». El «Día» es un dato temporal. Se acerca. Todavía estamos a tiempo para convertirnos. Si no lo hacemos ahora, será demasiado tarde cuando llegue el día.

Sinaxarios bizantinos conmemoran a Sofonías en este día, tres de septiembre, y le representan con una pequeña barba redonda, como a Juan el Teólogo, el Evangelista. El martirologio copto, el cuatro de julio. El romano actual, lo coloca después de San Francisco Javier, con este elogio, síntesis epigráfica:

> «Conmemoración de San Sofonías, el profeta que anunció, en tiempo de Josías, rey de Judá, la ruina de los impíos en el día de la ira del Señor, y confortó a su pueblo de pobres y humildes, con la esperanza de la salvación».

También hoy sigue confortando al pueblo de Dios en la Iglesia peregrina. Por algo el domingo IV del Tiempo Ordinario, ciclo A, escoge la primera lectura en Sofonías, preparando la proclamación de las bienaventuranzas en el evangelio, a un «pueblo pobre y humilde».

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

ALONSO SCHÖKEL, L. - SICRE DÍAZ, J. A., *Profetas. Comentario,* II (Madrid 1980) 1104-1127.

MAYORAL LÓPEZ, J. A., «Sofonías», en AA.VV., *La parra y la higuera. Historias y personajes de la Biblia* (Madrid 2004) 185-205.

Nueva Biblia de Jerusalén (Bilbao 1998) 1091; 1383-1386.

SPADAFORA, F., «Sofonías», en *Bibliotheca sanctorum.* XI: *Ragenfreda-Stefano* (Roma 1968) cols.1280-1282.

BEATO JUAN NEPOMUCENO DE TSCHIDERER

Obispo († 1860)

El obispo, como enseña el Vaticano II (LG 27), tiene que tener siempre presente el ejemplo del buen Pastor, que vino no para ser servido sino para servir y exponer la vida por sus ovejas (Mc 10,45; Jn 10,11). Palabras de Jesús, el buen Pastor, que tuvieron un eco especial, según el breve de beatificación del santo obispo que hoy nació para el cielo, escrito por Juan Pablo II. Humanamente es extraño que un hijo de nobles, nacido al final del siglo de las luces, obispo en una diócesis de frontera, entre el viejo imperio austro-húngaro, los reinos del sur de Alemania y el norte de Italia, fuera tan fiel a estas palabras y a este modelo del buen Pastor. La firme vocación sacerdotal de

servicio, de entrega, de amor a la Iglesia, lograron superar en el Beato Juan Nepomuceno los condicionamientos de clase y el modelo de la alta sociedad en que nació y creció; se abrazó con pasión a la humildad enseñada por Cristo, la cual impregnó toda su actividad y sus actitudes ante Dios y los hombres.

Hijo de los nobles José María de Tschiderer von Gleifheim y de Catalina Giovanelli, nació el 15 de abril de 1777 en Bolzano, entonces diócesis de Trento, y en el bautismo recibió el nombre de Juan Nepomuceno.

Cursó sus primeros estudios en la escuela de los franciscanos de Bolzano. Luego pasó a Innsbruck para perfeccionar sus estudios clásicos. En el adolescente Juan ya despuntaban su piedad y sus virtudes morales. Cuando oyó la llamada de Dios al sacerdocio, lo dejó todo para iniciar sus estudios de teología. En 1800 recibió la ordenación sacerdotal, en plena revolución político-social europea, que desde Francia se había extendido a los Estados vecinos con la secuela de las guerras napoleónicas.

Ejerció primeramente su ministerio sacerdotal en pequeños pueblos del Alto Adigio, de su diócesis natal. Ya entonces dio un gran ejemplo de solicitud para con los pobres, de empeño en su perfección espiritual y de su afán de gastarse y desgastarse por los demás. Pasó luego algunos meses en Roma para completar sus estudios. En 1807, por designación de sus superiores, empezó a enseñar teología moral y pastoral en el Seminario de Trento. La ciudad estaba entonces ocupada por los bávaros; luego fue dominio de los austríacos.

Sólo dos años fue profesor en el seminario tridentino. Volvió luego al ministerio pastoral, primero como párroco de Sarentino y luego como párroco-decano de Merano. En ambas parroquias, se granjeó la estima y el afecto de los feligreses.

En 1826 fue nombrado canónigo de la catedral de Trento y, poco después, pro-vicario general para la zona alemana de aquella vasta diócesis. Le confiaron igualmente varios encargos en orden a la formación del clero.

El obispo de Bressanone lo eligió, por sus virtudes pastorales, obispo auxiliar para la provincia de Voralberg. En Feldkirch, capital de esta provincia, fue ordenado obispo en 1832. En nada cambió su estilo humilde de vida y se entregó de lleno a su apostolado.

Al cabo de dos años, fue nombrado obispo de Trento, con el título de príncipe-obispo, título que el emperador Francisco I de Austria había restituido a su predecesor, Mons. Luschin. El 3 de mayo de 1835 hizo su entrada solemne en su diócesis nativa.

> «Su santidad de vida —escribió Juan Pablo II en la bula de beatificación—, su bondad, simplicidad, gran humildad, pobreza y su solicitud paternal por la grey de Dios resplandecieron dando un maravilloso relieve a su oficio de enseñar, santificar y gobernar. Promovió el culto eucarístico y el culto mariano. Fue en todo obediente a la Sede de Pedro. Desplegó su actividad caritativa para con los pobres y miserables, fundó colegios para los adolescentes y un instituto para sordomudos. Mostró viva solicitud para la instrucción y la formación espiritual de los sacerdotes [...] Se comportó con decisión y fortaleza en medio de las dificultades de orden político y social. Favoreció el entendimiento entre las diversas estirpes de la región. Sustentó su acción pastoral en la oración y en el propio compromiso y, hasta el fin de su vida, imitó a Cristo y cultivó todas las virtudes».

Todos sus diocesanos admiraron en el Beato Juan Nepomuceno un padre entrañable y un pastor siempre vigilante en la salvaguarda de la doctrina católica y en la adhesión a la sede apostólica, adhesión que entorpecía la política del josefinismo. En las grandes conferencias de los obispos alemanes de los años 1849 y 1856 defendió los derechos de la sede romana.

Durante las epidemias de la viruela y del cólera en los años 1831, 1836 y 1855, emuló el celo y la caridad heroica de San Carlos Borromeo en la célebre peste de Milán. Durante las guerras que asolaron la diócesis en 1848 y 1854, socorrió a los heridos, prisioneros y exiliados de ambos frentes. Para los numerosos huérfanos y desheredados que malvivían en su diócesis, favoreció la obra de su gran colaborador Don Gianbattista Zanella, que dio nombre a la primera escuela maternal de Trento. Como subrayó Juan Pablo II, según hemos leído más arriba, fundó para instrucción de los adolescentes Institutos en Trento y Rovereto; y un colegio para sordomudos, que aún subsiste. Llamó a las religiosas del Sagrado Corazón de Bérgamo para abrir un Instituto femenino.

Se mantuvo al lado del sacerdote Antonio Rosmini en su conflicto con Roma, apreciando los valores y las intuiciones del

célebre pensador, hoy siervo de Dios. San Francisco de Sales fue su modelo de pastor y de obispo.

Los últimos años de su vida tuvo que soportar terribles dolores por la enfermedad que le llevaría a la muerte. A pesar de su quebrantada salud, nunca dejó de cumplir su oficio de padre y pastor. Se mantuvo siempre en una ejemplarísima humildad: «Si en mí hay algo de justo y bueno, quiero que esté escondido para el mundo, que sólo sea conocido de Dios».

Acatando la voluntad del Padre, confió el último aliento a sus manos, el 3 de diciembre de 1860. Murió en gran fama de santidad que continuó y creció en torno a su sepulcro en la catedral de Trento.

Su causa de canonización fue iniciada en la curia episcopal de Trento el 1873. El 18 de junio de 1943 la Congregación de Ritos estudió en congregación general la heroicidad de sus virtudes; pero el decreto papal declarándolo venerable no llegó hasta el 4 de julio de 1968. Fue firmado por Pablo VI. La Congregación para las causas de los santos aprobó el milagro, obrado por intercesión del venerable obispo, y Juan Pablo II ratificó tal aprobación el 21 de diciembre de 1992. El 30 de abril de 1995 el mismo papa, en su visita pastoral a Trento para conmemorar el 450 aniversario de su célebre concilio ecuménico, declaró los honores de beato al celoso pastor de aquella ciudad y diócesis, Juan Nepomuceno Tshiderer.

Trento se sintió orgullosa de ver a su tercer obispo elevado al honor de los altares. Los dos primeros son los mártires San Vigilio, amigo de San Ambrosio y de San Juan Crisóstomo, que murió mártir a fines del siglo V, y San Adelpreto. Éste murió mártir en 1172 al promover una obra de pacificación en favor de los más débiles.

En su homilía de la misa de beatificación en Trento, Juan Pablo II predicó:

> «El obispo Juan Nepomuceno recibió de Dios, abundantemente, el don del amor. Cada acto de su vida estuvo animado de una profunda e intensa relación con el Señor, cultivada cotidianamente en el recogimiento y en la oración. Gracias a esto, supo vivir distanciado de toda forma de compromiso con los placeres y los honores de la tierra. Los diversos ministerios que le fueron confiados, con gran peso de responsabilidad, fueron desempeñados por

él con el coraje que procede de la humildad. Convencido plenamente de su incapacidad, no vaciló en echar las redes confiando, como Pedro, sólo en la palabra de Cristo».

Recordó también el papa la bella frase que fue escrita en el acta de su defunción: «Amó a Trento y fue el amor de los trentinos».

El papa recordó también la respuesta de Pedro al Resucitado, que se había leído en el evangelio de la misa de aquel III domingo de Pascua (Jn 21,1-19): «Señor, tú sabes que te amo». Es ciertamente el resumen de la vida, gastada en el amor, del Beato Juan Nepomuceno: amor sincero, único y entregado a Dios y a su Hijo, el buen Pastor, que, porque le amaba, confió al bienaventurado obispo el pastoreo de los fieles de Trento en 1835: «Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas». El obispo Tschiderer los apacentó por amor y con amor.

PERE-JOAN LLABRÉS Y MARTORELL

Bibliografía

AAS 61 (1969) 279-284; 88 (1996) 147-152; 739-741.
Bibliotheca sanctorum. XII: *Stefano-Zuraire* (Roma 1969) cols.693-694.
L'Osservatore Romano (29-4-1995).
TAIT, A., *Vita del venerabile servo di Dio Giovanni Nepomuceno de Tschiderer: principe vescovo di Trento: ricavata dai processi di beatificazione e da autentici documenti* (Trento 1907).
GRISAR, G., *De historia Ecclesiae catholicae austriacae, saec. XIX et de vita Ep. Tridendin, Ven. S. D. Jo. Nep. de Tshiderer quaestiones selectae* (Roma 1936).
— *Num Ven. Jo. Nep. de Tshiderer Iosephinismo austriaco nimis indulserit* (Roma 1940).
SEZIONE STORICA DELLA S. C. DEI RITI, *Disquisitio de investigationibus peractis in Archivis Tridentinis et in S. C. Concilii* (Roma 1943).
LOEW, G., Art. en *Enciclopedia Cattolica,* XII (Ciudad del Vaticano 1954) cols.588-589.
PRONER, L., *Medaglioni di illustri trentini* (Trento 1959) 279-284.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN CASIANO

Mártir († 298)

Parece segura la existencia de un mártir en Tánger llamado Casiano. Lo recuerda Prudencio en su *Peristephanon* y recoge ya su memoria el *Martirologio jeronimiano.* Cosa distinta es la fe que

pueda merecer su *Passio* que se divulgó como apéndice a la de San Marcelo, digna ésta de toda fe. Según el texto de esta *Passio* de San Casiano, él era el secretario del prefecto del pretorio Aurelio Agricolano, y se indignó de la injusta condena a muerte de San Marcelo y protestó vivamente contra ella, arrojando el estilo y la tablilla en que escribía. Arrestado y juzgado como autor de una grave indisciplina fue condenado a muerte. Su memoria es el 3 de diciembre.

SAN BIRINO DE DORCHESTER

Obispo († 649/650)

El papa Honorio I († 38) envió a Birino, un monje benedictino de Roma, probablemente lombardo, para que entrando en los territorios de los anglos predicara entre ellos el evangelio. El obispo Asterio de Génova lo consagró obispo y él comenzó su labor evangelizando a los sajones occidentales de Wessex, logrando convertir al rey Cynegils, que fue apadrinado en el bautismo por el rey San Oswaldo de Northumbria. Y entonces se le dio la ciudad de Dorchester para que fijara en ella la sede episcopal. Desde ella siguió haciendo su labor misionera, convirtió a muchos a la fe y construyó numerosas iglesias, muriendo santamente el año 649 ó 650. Sus reliquias fueron trasladadas a Winchester y hoy se celebra su deposición en este lugar.

BEATO EDUARDO COLEMAN

Mártir († 1678)

Nace en fecha desconocida en el condado de Suffolk, hijo de un pastor protestante, y estudia en la Peterhouse, de Cambridge, donde hace una espléndida carrera. Convertido al catolicismo se coloca como secretario de la duquesa de York, María Beatriz de Este, la esposa del príncipe Jacobo, futuro rey y entonces presunto sucesor de su hermano Carlos II, que carecía de hijos. Él no ocultaba su catolicismo ni dejaba de decir que era pretensión suya procurar la libertad religiosa en Inglaterra de modo que ser católico dejara de ser delito de alta traición. Y

esta valiente actitud suya fue la que llevó a Titus Oates a incluirlo en la lista de los supuestos participantes en la inventada *conspiración papista.*

Estando él ausente fue registrada su casa y se le encontraron cartas con católicos, por ejemplo el P. La Chaise, confesor del rey Luis XIV, pero en esas cartas no había nada que pudiese indicar traición o conjura. Limpio en su conciencia, Coleman decidió presentarse espontáneamente al juez (30 de septiembre de 1678). Pero ello no impidió se le formalizase en noviembre un verdadero proceso. Él reconoció que deseaba ciertamente la libertad religiosa y que había recibido dinero del extranjero pero que ese dinero no tenía nada que ver con la supuesta conjura. Más aun, pudo probar que estaba fuera de Londres en la fecha en que se decía había tenido lugar la reunión de los conjurados. El juez, William Scroggs, estimó que el querer cambiar las leyes religiosas y tratar de ello con potencias extranjeras aunque fuera por medios pacíficos ya era traición, y que de todos modos no podía saberse si los conjurados hubieran recurrido a medios violentos al no conseguir sus objetivos por vía pacífica. Condenado a muerte se le ofreció la vida y la libertad si admitía la conjura y delataba a los conjurados. Coleman se negó a salvar la vida al precio de una mentira.

Él fue consciente de que lo odiado por Titus Oates y por quienes hicieron caso de sus acusaciones era la fe católica, y que se quería tomar ocasión de la denuncia de la conjura para acabar con el catolicismo. Por ello la Iglesia lo ha declarado verdadero mártir y lo ha beatificado el 15 de diciembre de 1929. Su ejecución tuvo lugar el 3 de diciembre de 1678. Era un buen lingüista, escritor y controversialista. Su controversia con los doctores Stillingfleet y Burnet consiguió la conversión de lady Tyrwhit. Escribió *Razones para disolver el Parlamento; Dos cartas a M. La Chaise, el confesor del Rey de Francia».*

4 de diciembre

A) Martirologio

1. San Juan Damasceno († 749), presbítero y doctor de la Iglesia, monje en la Laura de San Sabas, junto a Jerusalén **.
2. La conmemoración de Santa Bárbara, de la que se cuenta haber sido virgen y mártir en Nicomedia (fecha desconocida) **.
3. En Alejandría de Egipto, San Héracla († 248), obispo *.
4. En Sebastópolis del Ponto, San Melecio († s. IV), obispo.
5. En Bolonia (Emilia), San Félix († 432), obispo.
6. En Vienne (Galia Lugdunense), San Apro († s. VII), presbítero y solitario.
7. En territorio de Bourges (Aquitania), San Sigirammo († 665), abad benedictino de Lonrey.
8. En Le Mans (Neustria), Santa Adreílda o Ada († ca. 692), abadesa del monasterio de Santa María.
9. En el monasterio de Ellwangen (Baviera), San Sola o Sualo († 794), abad benedictino.
10. En Polipote (Frigia), San Juan el Taumaturgo († s. IX), obispo, defensor de las sagradas imágenes *.
11. En el monasterio de Siegburg (Renania), San Annón († 1075), obispo de Colonia **.
12. En Salisbury (Inglaterra), San Osmundo († 1099), obispo **.
13. En Parma (Emilia), San Bernardo († 1133), obispo y cardenal, anteriormente monje benedictino de Valleumbrosa *.
14. En Siena (Toscana), Beato Pedro Pectinario († 1289), terciario franciscano *.
15. En Edo (Japón), beatos Francisco Gálvez, presbítero, de la Orden de Menores, Jerónimo de Ángelis, presbítero, y Simón Yempo († 1623), religiosos ambos de la Compañía de Jesús *.
16. En Colonia (Alemania), Beato Adolfo Kolping († 1865), presbítero **.
17. En Verona (Italia), San Juan Calabria († 1954), presbítero, fundador de las Congregaciones de los Siervos y las Siervas de la Divina Providencia **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN JUAN DAMASCENO

Presbítero y Doctor de la Iglesia († 749)

Por la brillantez de su doctrina y la elegancia abundosa de su elocuencia, la tradición apellidaba a San Juan Damasceno «Crisorroas» *(Chrysorrhoas),* «que fluye oro». Nosotros le religamos a su ciudad de origen al llamarle Damasceno. De hecho «Crisorroas» y «Damasceno» se emparejan. Pues el apodo antiguo surge espontáneo del ejemplo del río Barada, llamado por Estrabón «Crisorroas», porque ha creado el milagro de la ciudad de Damasco. Antes el Barada ha retenido su fluir —agua alimentada por las nieves del Antilíbano y por las lluvias—, apretándolo en estrecho cauce, ahondándolo en profunda garganta. Luego se derrama de golpe, pleno, en la llanura, y surge, como por encanto, en medio de un desierto desolador, una maravilla de floración: canales, surtidores, huertos, frutales, árboles incesantes, jardines, los famosos jardines. Damasco es su única ciudad; pero una ciudad única. El Barada se agota en ella. Al salir, cansado y sucio, sólo a veinticinco kilómetros sus aguas se sumen en la tumba sedienta del desierto.

Lo mismo el Damasceno, el Crisorroas. San Juan es el último Padre de la Iglesia de Oriente. Un río abundante alimentado por dos fuentes: la tradición eclesiástica —las nieves perpetuas que reposan en las cumbres altísimas de los doctores griegos— y la Sagrada Escritura o el fruto del Espíritu Santo, el agua que el cielo llueve. Sabe Juan, porque Dios le ha dado a conocer el misterio cristiano, que esta agua es su única fuerza. Por eso la retiene y la concentra dentro de la más fiel obediencia; le consagra su vida en servicio pleno y perenne. El día que recibe la ordenación sacerdotal, siendo ya monje de la Laura de San Sabas, rubrica su «profesión y declaración de fe», en la que pronuncia, entre otras, las siguientes palabras: «Me llamaste ahora, oh Señor, por las manos de tu pontífice, para ser ministro de tus discípulos». Y luego: «Me has apacentado, oh Cristo Dios mío, por las manos de tus pastores, en un lugar de verdor, y me has saturado con las aguas de la doctrina verdadera». Traslada así al recinto fecundo de San Sabas el símbolo de su ciudad natal. En

San Sabas, con una vida repleta de silencio, de oración y de estudio, va apretando su agua en el cauce de la regla de la fe, libre de desviaciones humanas; la ahonda en la garganta de una humildad de serias profundidades. El milagro final es la explosión de su vida y de su obra; una floración feliz, polifacética, síntesis de toda la escuela de los Padres griegos, sumergida en el aire aromático, vivificante de la santidad. Luego, por diversas causas, la floración y el agua que encerraban dinamismo en promesa para influir en toda la historia subsiguiente, se han estancado a corta distancia en el desierto de un desconocimiento extraño, injustificado. Queda sólo el monumento perenne de la explosión, como Damasco, para solaz, ejemplo y servicio del viandante, de este viajero que es todo cristiano en camino hacia la patria.

Vengamos al detalle. Iniciamos de nuevo con Damasco. Un jardín es siempre un sueño para todo el que habita en tierras áridas. Por eso a Damasco convergen esas oleadas nómadas que a principios del siglo VII fluyen del desierto arábico bajo la bandera de la media luna. Se rinde la ciudad al musulmán el año 634. Poco después (661) se convierte en la sede de los califas. Aquí, en este ambiente embriagado de islamismo, nace sólo unos quince años más tarde, alrededor del 675, Juan Damasceno. Sin embargo, su cuna familiar es un oasis de honda raigambre cristiana. A los principios los árabes dejaban cierta libertad a los cristianos: se contentaban sólo con recibir de ellos la aportación de los impuestos. El padre de Juan, Sergio Mansur, ejerce precisamente el cargo de logozeta, es decir, el representante de los cristianos encargado de recoger sus impuestos por cuenta del califa. En su ambiente familiar, noble y rico, Juan recibe una educación esmerada. En su «profesión y declaración de fe» recuerda él más tarde su cuna terrena, a la que contrapone su nacimiento a la vida sobrenatural por el santo bautismo, su participación en los diversas misterios cristianos, su crecimiento en la fe de Jesucristo. Parece que su maestro religioso fue el monje italiano Cosme, cautivo de los árabes, a quien Sergio redimió en su casa para asegurar la formación espiritual de su hijo. Así Juan se va haciendo el «hombre perfecto en Cristo». Su discreción y prudencia le hacen digno de suceder, ya en temprana juventud,

a su padre en el cargo de logozeta; pues según las actas del VII concilio ecuménico (787), Juan había abandonado sus bienes «al ejemplo del evangelista Mateo»: San Mateo era justamente «publicano», o colector de tributos, antes de ser apóstol.

Efectivamente, muy pronto Juan Mansur renuncia a sus posesiones y a su brillante porvenir humano, para seguir de cerca a Jesucristo. No se hace sin sangre la renuncia. Dicen las actas del VII concilio que «prefirió el oprobio de Jesucristo a las riquezas de la Arabia, y una vida de malos tratos a las delicias del pecado». Sin duda, la crisis sacude su ardiente juventud. Por ahora, hacia el 710, los califas empiezan a ensañarse con los cristianos. Omar II (717-720) les veda incluso el derecho de ejercer toda función civil. Abundan los mártires. Juan Mansur se encara con la alternativa: o Cristo, o el cargo brillante en la corte árabe. Pero el buen soldado de Cristo no claudica: abandona al mundo y se retira a la Laura de San Sabas, un poblado monástico situado en las cercanías de Jerusalén.

San Sabas es ya en adelante su domicilio habitual. Sale, a veces, por fuerza de apostolado, pero allá regresa siempre como al lugar «verde» de su reposo, donde madura su fecundidad. Aquí la oración y el estudio. La cultura literaria y filosófica que ya poseía, conforme a su rango en el mundo, le permiten iniciarse rápidamente en los misterios de la teología, hasta llegar a ser un maestro acabado. Pronto recibe la ordenación sacerdotal de manos del patriarca de Jerusalén, Juan IV (706-734), de quien él se declara discípulo y amigo íntimo.

Con el sello del sacerdocio la fuerza incontenible de su ministerio y de su santidad se expande luego por los márgenes de Oriente. Juan IV le hace —¡al Crisorroas!— su predicador oficial en la basílica del Santo Sepulcro. Conserva siempre relaciones muy estrechas con el clero de Damasco. En general, todos los obispos, particularmente los de la Iglesia siria, acuden a él como al indiscutible doctor, como al defensor incansable de la fe en toda clase de problemas doctrinales, porque a todos abarca con tino certero la privilegiada mente del Damasceno, plena de luz del Espíritu.

Su celo no conoce obstáculos. De su larga tarea espigamos algunos datos más salientes. Lo primero es la herejía iconoclas-

ta. El año 726 el emperador de Bizancio, León III Isáurico, proclama en una bula la prohibición como idolatría, de rendir culto a las imágenes, y consiguientemente su destrucción. Se levanta la Iglesia de Oriente contra la usurpación de sus derechos: el doctor de San Sabas despunta con su pluma luminosa, que ha dejado para siempre su nombre ligado a esta cuestión. Toma, primero, parte en la sentencia de excomunión dictada con los obispos de Oriente contra León Isáurico, el año 730. Pero sobre todo abunda en los tres discursos apologéticos que escribe en nombre del patriarca de Jerusalén. Resume en ellos toda una teología definitiva y perenne de las imágenes. Es legítimo, propugna, su culto, según el uso secular de la Iglesia, que no se puede engañar. Esta es su regla siempre. Distingue luego entre el culto de latría, adoración, que se debe sólo a Dios, y el culto de veneración, que se rinde a la imagen, no por sí misma, sino por lo que representa, y además sólo en la medida de su relación con Dios, lo cual elimina el peligro de desviación idolátrica o supersticiosa, ya que el culto converge siempre en Dios. Ejercen además las imágenes una sana pedagogía, como un libro abierto, legible por todos, que recuerda la lección del ejemplo, de los beneficios divinos y fomenta la piedad.

Luego son todas las herejías conocidas en su tiempo, sobre todo aquellas que atañen a la cristología y a la Trinidad. Casi siempre por obediencia, ante la demanda de los obispos, combate el Damasceno las herejías: nestoriana, monofisita, monoteleta. Y no superficialmente, sino con tratados serios, concienzudos. Abarca también su ardiente polémica las sectas no cristianas, como el maniqueísmo (resurgido entonces con el nombre de paulicianismo) y el islamismo, a pesar del enorme riesgo que supone encararse con los dueños políticos de la situación.

Junto a esto, todos sus escritos de orden puramente dogmático. Hablaremos luego. Como vemos, una vida repleta. Al cabo, tras una «ancianidad dichosa y fecunda», al decir de los sinaxarios griegos, entrega su alma a Dios en San Sabas, el año 749.

Dios le ahorraba en vida los latigazos de la persecución, sobre todo de la lucha iconoclasta, que se enfurecería más tarde.

Hay, sin embargo, una tradición elocuente. Según ella, León Isáurico, en venganza, le comprometía ante el califa de Damasco, el cual ordenaba cercenarle la mano derecha; pero la Virgen María se la restituía milagrosamente aquella misma noche. Aunque hoy se duda de esta leyenda, retiene ella, sin embargo, todo su valor de símbolo. Símbolo del martirio incesante de una pluma que derrama en el papel el celo de un corazón dolorido por la «solicitud de la Iglesia»: por su santidad borrada en las imágenes, por su unidad minada por las herejías, por sus derechos usurpados por el poder civil. El amor a la Iglesia fue siempre su norte, el afán que le empujó a gastar toda la luz de su mente y el amor de su corazón en su incansable tarea apologética y doctrinal.

Como buena señal, los herejes, después de su muerte, se cebaban en su fama. El emperador Constantino V Coprónimo (741-775) cambió su apellido de Mansur (victorioso) en Manser (bastardo), y obligaba a su clero a anatematizarle una vez al año. El conciliábulo iconoclasta de Hieria (753) decía de él y de San Germán y San Jorge de Chipre: «La Trinidad los ha hecho desaparecer a los tres». Pero pronto Dios volvía por la fama de su campeón. El VII concilio ecuménico, que canoniza el culto a las imágenes, le grita «memoria eterna», y rectifica la frase: «La Trinidad los ha glorificado a los tres». Muy poco después de su muerte la Iglesia rendía culto a su santidad, y su nombre se insertaba en los sinaxarios griegos.

Y con toda verdad. San Juan Damasceno, pertenece a la raza de los grandes santos que han ilustrado a la Iglesia a la vez con su ciencia y con su virtud. Hablábamos de su amor a la Iglesia. De su amor a Dios, en los misterios de la Trinidad y de la Encarnación, nunca diríamos bastante. Se advierte a todo lo largo de su obra dogmática, apologética, homilética, como una incesante corriente subterránea. Es el que le hace exaltar con predilección la bondad entre todos los atributos de Dios. La devoción a los santos está escrita en la defensa de las imágenes. De su amor tiernísimo a la Madre de Dios decía algo el milagro de la leyenda. Tenemos, además, señales elocuentes y auténticas: la homilía sobre la Natividad de María, y aquellas tres, cargadas de unción y cariño, que pronunciaba en un solo día, «ya

en el invierno de su vida», sobre la Dormición de Nuestra Señora, allí mismo en Getsemaní, donde estaba la tumba vacía de la Virgen. Son, además, testimonios preciosos de la fe que ya en el siglo VIII profesaba la Iglesia en el dogma de la Asunción de María. Esta es la verdadera santidad del Damasceno. Afortunadamente, su vida no ha sido teñida con la adulteración sensiblera de lo sorprendente. Su santidad es sobria, a la vez que irresistible, lo mismo que la luz del Espíritu que le domina; está adherida a las riberas de la fe; cimentada en la humildad, en esa humildad de hondo cauce por la que, a pesar de su sabiduría, habla con sinceridad bajamente de sí mismo en muchos recodos de sus escritos, llegando incluso a juzgarse como un hombre ignorante; orientada al trabajo y al sacrificio en el celo por la salvación de las almas y por el esplendor de la Iglesia.

Los griegos solían celebrar su fiesta el 4 de diciembre. También el 6 de mayo, conmemoración del traslado de su cuerpo, allá por el siglo XIII, desde San Sabas hasta Constantinopla, donde hoy se venera. El 19 de agosto de 1890 el papa León XIII le proclamaba Doctor de la Iglesia, y extendía su fiesta a la Iglesia universal, fijándola el 27 de marzo. Imposible condensar toda esa carga de doctrina que le ha merecido el título de «Doctor». Decíamos de su apologética y homilética. Ya sus homilías no se quedan en elegante superficie. Fluye oro. Son ellas, sin duda, su obra más personal. Llevan una enjundia doctrinal que las hace netamente reconocibles, con esa rara virtud de ser abundante y conciso a la vez. Luego, sus escritos polifacéticos. En exégesis, un comentario completo a las cartas de San Pablo, resumido de los grandes exegetas griegos. En ascética, un estudio sobre las virtudes y los vicios y otro sobre los pecados capitales; asimismo la obra *Paralelos sagrados,* que es una colección de textos de la Escritura y de los Padres, con ingeniosos esquemas, para encontrarlos con facilidad. Sus efluvios descuellan hasta en la poesía. Casi todo el *Octoejos,* es decir, los ocho cantos del mismo tono correspondientes al oficio ordinario de los domingos en la liturgia bizantina, se debían a su estro. Compuso, además, poesías métricas para Navidad, Epifanía, Pentecostés; poesías rítmicas para otras fiestas, y diversas piezas eucarísticas, entre ellas, tres de preparación para la comunión,

bellísimas. La tradición saboreó mucho sus himnos, que, como dice su biógrafo del siglo X, «todavía se cantan y producen a todos un placer divino». Pero, sin duda, su obra maestra es la que lleva por nombre *La fuente de la ciencia.* Se trata de una exposición del dogma católico siguiendo el símbolo de la fe, y precedida de una doble introducción, filosófica, en la que precisa las nociones que sirven de base al dogma, e histórica, en la que considera la fe a través del prisma de las herejías.

Doctrinalmente, «San Juan Damasceno, es, por excelencia, el teólogo de la Encarnación. Es el misterio que más extensamente le ocupa y del que habla en casi todos sus escritos. Su síntesis es verdaderamente representativa de toda la teología griega anterior» (Jugie). Este es su ingenio característico: el de teólogo que recoge los retazos de la tradición dogmática y los elabora, deduciendo con rigor las conclusiones teológicas. En esto es el pionero, y con mucha antelación, de los teólogos de la escolástica, sobre todo en cristología, con su exposición de los corolarios del dogma de la Encarnación. Igualmente sistematiza los dogmas de la Trinidad, de Dios Uno, de la gracia, los sacramentos, la Iglesia.

Destacamos este último por su importancia histórica. Por entonces el oriente bizantino descuidaba ya un poco su condición de subordinado en la Iglesia católica. Tal olvido, con sus pretensiones, llegaría a producir el cisma que aún lamentamos. San Juan Damasceno no dedicó un capítulo en su obra maestra a este tema tan importante. Tampoco estuvo en relaciones directas con el Papa, porque no le tocó vivir las virulencias de la lucha. Es el teólogo que trabaja en el silencio de su celda. Pero su doctrina es clara y tajante. La Iglesia, afirma con calor, es una sociedad independiente del poder civil; sociedad monárquica, que es, además, la sola manera de asegurar la paz y la unidad, y monarquía no diocesana o parcial, sino universal: descansa en la sede de Pedro —magníficos comentarios de los privilegios del jefe de los apóstoles— y sus sucesores, que deben residir en Roma, donde el apóstol murió en tiempos de Nerón. Los demás obispos y patriarcas son todos discípulos de Pedro, las ovejas que Cristo le encomendó.

Por su síntesis doctrinal se ha dicho que San Juan Damasceno fue para Oriente lo que Santo Tomás de Aquino para Occi-

dente (véase su semblanza el 28 de enero). Sin duda, la influencia del doctor de Damasco fue muy grande en Oriente, pero más bien como libro de texto. Le faltaron sencillamente esos discípulos que tuvo Santo Tomás para formar la escuela y prolongar la tarea y el pensamiento; por eso sus aguas quedaron estancadas pronto, injustificadamente. En momentos críticos de lucha doctrinal entre Oriente y Occidente, las obras del Damasceno fueron siempre la guía de los católicos contra los cismáticos. Y éstos, al fin, han llegado a olvidarle. Lo comprendemos. Sin embargo, en días en los que se siente, tal vez como nunca, la herida de la escisión de las iglesias, terminamos con el padre Régnon, haciendo votos por que «llegue la hora en que para cimentar la unión entre Oriente y Occidente la Iglesia ponga en la cátedra de sus escuelas *La fuente de la ciencia,* de San Juan Damasceno, junto a la *Suma teológica,* de Santo Tomás. Sería, a la vez, hacer justicia al teólogo de San Sabas, al Padre que cierra la serie de las grandes lumbreras de la Iglesia de Oriente».

MANUEL REVUELTA SAÑUDO

Bibliografía

Acta SS. Boll., 27 de marzo, *Vita,* escrita por Juan, patrono de Jerusalén: PG 94,429s.
CAYRÉ, F., *Patrologie et histoire de la théologie,* II (París [5]1955) 322s.
ERMONI, W., *Saint Jean Damascène* (París 1904).
JUAN DAMASCENO (SAN), *Obras:* PG vols.94-96.
VAILHÉ, S., Art. en *Échos d'Orient* 2 (1898) 15s.
JUGIE, M., «Jean Damascène», en A. VACANT - E. MANGENOT - E. AMANN *et al.* (dirs.), *Dictionnaire de théologie catholique.* VIII/1: *Isaac-Jeûne* (París 1947) col.693.
NASRALLAH, J., *Saint Jean de Damas, son époque, sa vie, son œuvre* (Harissa 1950).
• Actualización:
JUAN DAMASCENO (SAN), *Exposición de la fe* (Madrid 2003).
— *Homilías cristológicas y marianas* (Madrid 1996).

SANTA BÁRBARA

Virgen y mártir (fecha desconocida)

El visitante de la catedral de Salamanca es advertido, al llegar a una de las capillas del claustro, con cierta solemnidad: «Nos acercamos a la cuna de la gloriosa Universidad de Salamanca, a la capilla de Santa Bárbara». Y, en efecto, al entrar en la

célebre capilla contempla el sillón en que el futuro doctor había de disertar, y así se hizo durante siglos; el banco desde el que los examinadores le dirigían sus preguntas, el sepulcro del obispo Lucero y, presidiéndolo todo, la imagen de Santa Bárbara, portadora del torreón.

El peligro de los exámenes se asimilaba así a tantos otros peligros que han hecho a gremios enteros poner su riesgo bajo el patronazgo de Santa Bárbara: mineros, artilleros, fabricantes de pólvora, pirotécnicos..., de la misma manera que los jugadores de pelota se acogían al amparo de la gloriosa mártir. Y se siguen acogiendo, pues aún hoy la fiesta de Santa Bárbara es una de las fiestas más universales.

Coincidimos en honrar a la santa orientales y occidentales. Quien vaya al Líbano podrá ver, al atardecer del 3 de diciembre, grupos de jóvenes vestidos con sacos de harina y con la cara tiznada de hollín desfilar por ciudades y aldeas pidiendo de puerta en puerta mientras repiten: «Santa Bárbara, Santa Bárbara», al son de un ensordecedor redoblar de tambores. Lo mismo podríamos decir de otros muchos países del Oriente. En Siria, por ejemplo, este día es la gran fiesta entre los cristianos, que se celebra con gran cantidad de confites. En Jerusalén mismo y en Palestina, la fiesta se celebra muchísimo, aunque con un matiz diferente, el del comienzo de las lluvias, pues allí se celebra el 17 de diciembre según el calendario juliano. Los mismos musulmanes tienen, a su manera, una cierta devoción a la Santa y la mencionan en su refranero agrícola.

En Occidente la extensión de su devoción es inmensa. Toda Europa, durante la Edad Media, se vio sembrada de ermitas y templos en honor de Santa Bárbara. Encontramos su culto establecido tan sólidamente en Bélgica como en Italia, en Francia como Suiza. En Viena es una iglesia de rito ruteno edificada en su honor, la que guarda el cuerpo de San Josafat. En Alemania son innumerables los restos que quedan de su culto medieval.

Por lo que atañe a España, parece que la devoción a Santa Bárbara se introdujo a fines del siglo XII o comienzos del XIII. Un estudio profundo y metódico de los lugares de devoción relaciona con evidencia el culto a Santa Bárbara con la peregrinación a Santiago. La ruta de los peregrinos está sembrada a

ambos lados, a veces a distancia considerable, de imágenes y capillas dedicadas a la santa. Y de esta ruta de peregrinación se fue extendiendo luego su devoción por toda la Península. El marqués de Lede, que ha hecho un estudio sobre la devoción a Santa Bárbara en España, aporta datos impresionantes sobre el fervor que por ella se ha sentido a lo largo de nuestra historia tanto entre la nobleza y en el mismo Palacio Real cuanto entre el pueblo llano. Devoción que se traslucía en las incesantes gestiones para conseguir su cuerpo, por parte de los reyes, o en el increíble número de «gozos» que hoy conservamos, aun a sabiendas de que se han perdido muchísimos más.

El caso es que, después de encontrarnos con una devoción tan arraigada y extensa, nos es necesario reconocer que no sabemos nada de la Santa que pueda resistir una crítica histórica medianamente exigente. Es cierto que hay una gran abundancia de vidas: las tenemos en latín, en griego, en siríaco, en armenio. Encontramos menciones de la Santa en innumerables martirologios no sólo latinos, sino también orientales, como, por ejemplo, el sinaxario bizantino y los calendarios siríacos. Pero los elementos que estas fuentes nos dan son tan claramente legendarios que casi lo mejor es recordar, como hacen los benedictinos de París, el caso del soldado desconocido, a quien se rinden extraordinarios honores sin saber quién era. Así también nosotros honraríamos la virginidad y el martirio en esta Santa universalmente admirada, pero cuya vida desconocemos.

La leyenda, aunque históricamente insostenible, es, sin embargo, muy hermosa. Bárbara era una joven, puede asegurarse que oriental, de extraordinaria belleza, que rehusaba, sin embargo, constantemente el matrimonio. Cristiana de corazón, recibe un día, por fin, el bautismo. Su padre, furioso, la encierra en una torre, en la que ella hace añadir una nueva ventana a las dos existentes, uniendo así los dos misterios fundamentales del cristianismo: la Trinidad y la Cruz. Furioso su padre, la entrega a los jueces. Tras diversos tormentos es decapitada. Y Dióscoro, el tirano, carbonizado por un rayo.

La leyenda tiene innumerables variantes y ha sido objeto de estudios muy cuidadosos para tratar de discernir lo que pueda haber de verdad en ella. El hecho es que, puesta en circulación,

tuvo un éxito inmenso entre los cristianos y ha servido de fundamento para una de las devociones más arraigadas en toda la Europa occidental y aun en las mismas tierras de Rusia.

«Haz, oh Señor!, que por la intercesión de Santa Bárbara obtengamos recibir antes de la muerte el sacramento del cuerpo y sangre de Nuestro Señor Jesucristo». Esta oración, inspirada en la súbita muerte del tirano Dióscoro, de humilde súplica contra las muertes repentinas, ha inspirado la iconografía de la Santa, a la que no es raro encontrar llevando en la mano una custodia con el Santísimo Sacramento. Y ha inspirado también la práctica popular de encomendarse a la Santa en las tempestades y en los combates. Ciertamente que ella no dejará de oír desde el cielo las súplicas de sus devotos, que, aunque faltos de un apoyo críticamente histórico, acuden a ella para pedirle un beneficio cierto: el de que les libre de las muertes repentinas causadas por el fuego natural, el rayo, o ese otro fuego que los hombres arrebataron al cielo, el de la pólvora y los ingenios de guerra.

LAMBERTO DE ECHEVERRÍA

Bibliografía

BAUDOT, J. - CHAUSSIN, L., OSB, *Vie des saints et des bienheureux...* XII: *Décembre* (París 1956) 119-126.
PASCHINI, P., *Santa Barbara. Note agiografiche* (Roma 1927).
PÉREZ DE GUZMÁN Y SANJUÁN, L., *La devoción a Santa Bárbara en España* (Madrid 1957).
• Actualización:
CORDERAS DESCÁRREGAS, J., *Un estudio sobre Santa Bárbara* (Sevilla 1986).
NEMITZ, R., *Santa Bárbara a través de los tiempos* (Madrid 1997).

SAN ANNÓN DE COLONIA

Obispo († 1075)

En Alemania, en la región de Suabia, probablemente en Steublingen, en el siglo XI, vivía un matrimonio formado por Gualtiero y Engela, condes de Sonnemberg, que había conocido tiempos mejores y que por eso cifraban en su hijo un porvenir más halagüeño. Para conseguir este objetivo pensaban y trabajaban con ahínco, intentando que ese hijo siguiera alguna de las carreras civiles, entonces en boga, como la milicia.

Annón, el hijo, había nacido el año 1010 y muy pronto los padres se lo confiaron a un tío suyo canónigo en Bamberg, quien persuadió al muchacho para que cambiara el servicio militar por el estado eclesiástico y entrara en la escuela episcopal de Bamberg, donde llegó muy pronto a ser su director.

En tan prestigioso cargo, gracias a sus extraordinarias cualidades espirituales y humanas, destacó hasta el punto de que el emperador Enrique III, en 1046, lo nombró capellán suyo. Annón era un hombre ya maduro, pues tenía entonces 36 años. Algunos años más tarde, en 1054, es nombrado prepósito del monasterio palatino de los santos Simón y Judas en Goslar, un lugar que se llevaba las preferencias del emperador. Dos años más tarde obtiene una de las cátedras del arzobispado de Colonia, siendo posteriormente nombrado arzobispo de Colonia y canciller del Imperio. Un nombramiento que no satisfizo a los habitantes de Colonia, a pesar de la recomendación del arzobispo Hermann, como el sacerdote digno para sucederle. Ellos pensaban en un personaje de alta alcurnia, el estilo que se llevaba en aquellos momentos contagiados del esplendor imperial. Sin embargo se supo rodear la consagración de Annón con una magnificencia, con un boato tan llamativo que pronto acalló las voces discordantes de los insatisfechos. Quizás nunca llegara a vencer por completo esa oposición que contra él existía en Colonia, algo que brotaría de nuevo en años posteriores.

Enrique III moriría ese mismo año pasando el gobierno del imperio a su esposa Inés de Poitou, como regente de Enrique IV, todavía un niño.

La emperatriz regente era una mujer sumamente bondadosa, pero carecía de la habilidad y del talento político que exigían las circunstancias. Con su apoyo y gracias a un concilio reunido en Basilea fue nombrado el antipapa Cadalo, obispo de Parma, que tomó el nombre de Honorio II, frente al verdadero papa Alejandro II, antes obispo de Luca. Las tropas imperiales llegaron incluso a apoderarse de Roma.

Pero ni Alejandro II ni sus seguidores se dieron por vencidos. En tan difícil situación fue decisiva la intervención del ya todopoderoso arzobispo de Colonia Annón, quien depuso a la emperatriz y fue proclamado regente. Era el año 1062 el niño

sucesor Enrique fue puesto bajo la tutela de Annón, que se lo llevó de Kaisersweth y luego nombrado regente del imperio junto con Adalberto, arzobispo de Bremen.

Cuando llegó a la mayoría de edad se apartó de Annón y se puso en manos por completo de Adalberto, verdadero rival de Annón. Olvidadizo y desagradecido el nuevo emperador Enrique IV y Alejandro II, lograron que se acusara a Annón de haber estado en contacto con Cadalo, teniendo que presentarse en Roma entre los años 1059 y 1061. No sólo eso. Todavía dos años después fue acusado de simonía, aunque pudo probar su inocencia. El declive de la influencia de Annón estaba en marcha, propiciado sobre todo por su rival Adalberto arzobispo de Hamburgo-Brema y, por los años de 1065, se vio privado de su influyente posición imperial. Y aunque llegaría también la decadencia de Adalberto por el año 1066, Annón no volvió a ostentar su antiguo cargo.

Con todo, tampoco el santo se vio libre de nepotismo, vicio muy frecuente entre los prelados de la época. Annón, en efecto, nombró obispo de Tréveris a un sobrino suyo por nombre Conrado. Un nombramiento que desagradó profundamente al clero y a la nobleza de la ciudad, pues ellos tenían el privilegio canónico de poder elegir su obispo. Annón no hizo caso a las protestas, siguió adelante en su propósito y envió a Conrado, con el obispo de Espira y una escolta de hombres armados, a tomar posesión de la sede. Enterados los descontentos, aliados con el conde Teodorico, que reclamaba tener por prescripción el derecho de conceder la investidura al arzobispo de Tréveris, salieron al paso de la comitiva episcopal y al atravesar Briedeburgo cayeron sobre ellos. El obispo de Espira pudo escapar, pero Conrado fue hecho prisionero y llevado a un castillo donde lo encerraron como prisionero. Allí murió arrojado desde las torres del castillo y rematado a puñaladas. El cadáver, abandonado en un bosque, fue recogido por un campesino y lo trasladaron a la abadía de Tholey, donde fue venerado como mártir.

En ese descenso de la influencia de Annón, las relaciones de Annón con Roma se enfriaron hasta el punto de que en su viaje de hacia 1068, sólo fue recibido por el pontífice después de hacer penitencia. Y en otro viaje posterior de 1070, efectuado en

compañía de Sigfrido de Maguncia, se pretendía discutir los problemas de la Iglesia alemana. Mas luego el ya elegido Gregorio VII, utilizó con ellos la misma fortaleza que con los demás obispos en apoyo a la profunda reforma que se estaba realizando en la Iglesia.

Annón comprendió que no debía mezclarse en las peripecias políticas de la época. Aún así los últimos años de su vida se vieron ensombrecidos por rebeliones en la misma Colonia, de las cuales Annón no salió muy airoso. Terminaría retirándose hacia 1072 a la abadía de Sieburgo, fundada por él mismo, donde pasó el último año de su vida, pues murió el 4 de diciembre de 1075.

A través de una vida tan agitada hay que saber descubrir al pastor de una grey eclesial. Cuesta trabajo porque vivió en unos años sumamente complicados, de difícil comprensión para nuestras coordenadas actuales. Hoy no somos capaces de comprender muchas actuaciones de aquellos siglos medievales, porque ahora los obispos no están obligados a intervenir en el gobierno y los negocios públicos.

Creemos que se puede y se debe afirmar que Annón no descuidó sus obligaciones. Complicado en los compromisos seculares, al estilo de la época buscó el bien de la Iglesia aun en lo material al modo de lo que en esos momentos se estilaba. Intentó siempre engrandecer a su Iglesia de Colonia, aunque a veces pudiera llevar aparejada la potenciación de su familia. Una potenciación que también se extendía a los monasterios, sobre todo en Colonia.

Se dedicó a reformar su diócesis con la misma energía utilizada por San Pedro Damián, luego Gregorio VII, principalmente en el cumplimiento del celibato, moralizar las costumbres del clero y estirpar la simonía. Iglesias y monasterios fueron objeto, indiscriminadamente, de sus atenciones en todas las dimensiones evangélicas, donde contaban muy especialmente los pobres, los oprimidos y los necesitados. Era frecuente contemplarlo en el ayuno y la oración. Un cúmulo de virtudes que los inmediatos admiradores de su vida supieron poner en primer plano tras la muerte. Por eso en su pronta veneración fue siempre la de un santo obispo y así apareció desde el princi-

pio en los altares, sobre todo en Renania, una de las regiones donde es más venerado. Fue canonizado por el papa Lucio III en 1183.

A nivel popular es invocado como patrono de los enfermos de gota. Su fiesta se celebra el 4 de diciembre, día de su muerte.

JOSÉ SENDÍN BLÁZQUEZ

Bibliografía

Biografía universal, I (Madrid 1848) 724-725.
LEONARDI, C. - RICCARDI, A. - ZARRI, G. (dirs.), *Diccionario de los Santos,* I (Madrid 2000).

SAN OSMUNDO DE SALISBURY

Obispo († 1099)

Desempolvando archivos y revisando crónicas medievales los historiadores se encuentran con referencias a un tal Osmundo, hijo del conde Enrique de Séez y de Isabel.

Interesante para nosotros el personaje. Entrando en escena, en 1066, de la mano de su tío el duque normando Guillermo *el Conquistador.* Cuando éste desembarca sus ambiciones armadas en las costas del sur de Inglaterra, aspirante al trono que la muerte del rey Eduardo *el Confesor* ha dejado vacante. Vacío de poder y, en consecuencia, el país, debilitado y dividido; como quien dice, a la deriva. Buen momento para la invasión.

Aunque los normandos habrán de presentar batalla en Hastings, el 14 de octubre de 1066, pero saliendo victoriosos.

Total que *el Conquistador* ciñe, gozoso, la corona real el día de Navidad, en la iglesia de Westminster. Sorprendentemente impuesta por el arzobispo de York. Comprensiblemente. A no tardar se conoció la orientación de la nueva andadura política del país.

Clarísimo el propósito reformista del monarca, laudablemente agarrado a la escoba para el necesario barrido de la descubierta realidad eclesiástica: simonía, acumulación de cargos, decaimiento monacal, relajación celibataria clerical, incluso concubinatos episcopales.

Era realmente lamentable la estampa de la Iglesia inglesa. Por otra parte poderosa, ama y dueña de la tercera parte de la propiedad geográfica del país. La riqueza siempre corruptora.

El monarca, empeñado en el borrón y cuenta nueva, abre brecha renovadora metiendo mano en el cuadro jerárquico. Ahora es comprensible la ausencia del arzobispo Stigand en la ceremonia de Westminster. Pues Guillermo inicia precisamente en Canterbury los relevos episcopales. Abriendo filas el titular, seguido de quienes habían recibido de sus manos la consagración. Todos ellos sustituidos por eclesiásticos de importación, clérigos normandos.

Es cuando Osmundo aparece en escena. Inicialmente, en 1072, como canciller del reino, sucediendo a Herfast. Con protagonismo en la confección del *Domesday Book,* conocido registro estadístico ordenado, entre 1085 y 1087, por Guillermo *el Conquistador.* Especie de catastro, con relación de propiedades, cultivos, extensión de tierras y demografía; relacionando por separado ciudadanos libres, villanos y vasallos.

Media docena de años después protagonista histórico con mitra y báculo, titular de la diócesis de *Old Sarum,* futura Salisbury, consagrado por el abad Lanfranco, que era el nuevo obispo de Canterbury.

Old Sarum extendía jurisdición eclesiástica sobre los condados de Dorsetshire, Wiltshire y Berkshire. Y había nacido con la unificación de los obispados de Sherbone y Ramsbury decretada, veinte años antes, por el prelado Herman.

Aparte, la sustitución de titulares. Hay mudanza residencial de las sedes episcopales, que pasan del campo a las ciudades. Más la aparición de nuevas demarcaciones diocesanas.

Y en primer plano, espesándose, la realidad de una barrera lingüística derivada de la referida corrección jerárquica. Recelos, desconfianza, problemas entre los gobernantes eclesiásticos, de lengua francesa, y el clero bajo, que habla inglés...

Es el marco del inicio de la actividad pastoral de Osmundo, que había de culminar la construcción catedralicia, estimularía y lograría esplendor litúrgico y recuperaría la necesaria disciplina eclesiástica.

El primer templo diocesano, consagrado el 6 de abril de 1092, tiene su pequeña y singular historia. Puestas en marcha

las obras por el predecesor del prelado extranjero; el mentado Herman.

Old Sarum, en realidad, ofrecía más la estampa de fortaleza que de ciudad. Hoy día —ya Salisbury— sí que es una bella y encantadora realidad arquitectónica, cargada de rica historia, con típicos edificios muy bien conservados a la sombra de la torre más alta de Inglaterra. Arbolada, partida por las aguas del Avon. Turísticamente atractiva, una postal en el paisaje más idílico de la mayor isla británica.

Cosas de la vida.

Casualmente, a los cinco días de la apertura del primer templo diocesano, una descomunal tormenta lo dejó sin techo y muy deteriorado en su conjunto. En la protegida colina que le dieron vida —hoy zona suburbial de *New Sarum*— los cimientos aún pregonan la estructura de las pretéritas instalaciones de culto diocesanas.

Osmundo, que había llevado a buen puerto la iniciada construcción, dio también vida a la catedral. Con un capítulo, importación del modelo normando, integrado por el clero secular y no monástico.

Con reparto de cargos y sus respectivas funciones. El canciller, por ejemplo, era el director nato de la escuela clerical.

Todos los canónigos venían obligados a la asistencia coral. Todos habían de cumplir misión pastoral. Todos con categoría de asesores episcopales.

Y a su disposición, para ahondar culturalmente, la nutrida biblioteca capitular que hizo posible el prelado. Quien, hombre culto, apasionado bibliófilo, logró hermanar las actividades pastorales, la dedicación copista y la encuadernación de manuscritos. Y también escritor, presunto autor de la desaparecida biografía de San Aldelmo, que fue abad de Malmesbury y le había precedido en la sede de Sherbone, aún no integrada esta demarcación eclesiástica en la diócesis de Salisbury.

Organización y disciplina capitular aparte, el obispo Osmundo se hizo merecedor de mención en la historia de la liturgia. Todo porque, en aquel momento y aún largo tiempo después, no pocas diócesis de la cristiandad seguían usos y costumbres litúrgicos propios. Ceremoniales diferentes a los roma-

nos. Era el caso, sobre territorio inglés, de Salisbury, de York, de Herefort, de Bangor y de Lincoln.

Atención a la geografía parroquial de Salisbury, curioso abanico de ritos y costumbres locales que derivaban en confusión y falta de seriedad. Fruto de reiteradas innovaciones, sumadas al ritmo de los sucesivos y diferentes eclesiásticos llegados con los conquistadores.

Injustificable tanta arbitrariedad. De manera que Osmundo, previos una pausada reflexión y un prolongado estudio, tomó cartas en el asunto, planificando y poniendo en marcha una programada revisión litúrgica. Una minuciosa reglamentación sobre la celebración eucarística, sobre la administración sacramental, sobre el rezo del oficio divino, sobre múltiples prácticas religiosas.

Protagonista, en consecuencia, de una revisión litúrgica admirada y nuevamente imitada. Un siglo después, la mayoría de las diócesis de Inglaterra y Gales observaban *los usos de la distinguida y noble Iglesia de Sarumm,* variante del rito romano.

En 1172 fueron adoptados en Irlanda. En torno al 1250 los había implantado Escocia.

Guillermo de Malmesbury elogia la ejemplaridad del prelado, admirándole particularmente por alejarse de la ambición y la avaricia, las dos grandes manchas que fácilmente salpicaban al episcopado de la época.

A fin de cuentas un gobernante religioso muy virtuoso, riguroso consigo mismo, aunque también pastoralmente exigente. Y humilde, como demostró con ocasión de la larga disputa entre Guillermo *el Rojo* —hijo y sucesor de *el Conquistador*— y San Anselmo, sucesor de Lanfranco en la sede de Canterbury. Discutían el monarca y el prelado sobre las investiduras o ingerencia del poder temporal en la concesión de dignidades eclesiásticas. En 1094 Osmundo, posiblemente dejándose guiar por la voz de la sangre, terció en la contienda. Alineado a favor del pariente. Aunque lloraría su oposición, arrastrado por el arrepentimiento a los pies de Anselmo en súplica de perdón, que naturalmente le fue concedido.

Osmundo de Salisbury murió a caballo entre el 3 y el 4 de diciembre de 1099. Recibió sepultura en la catedral que él

había levantado y, posteriormente, en el nuevo primer templo diocesano.

El papa Calixto III, en 1456, le proclamó santo. Es especialmente invocado en las molestias dentales.

JACINTO PERAIRE FERRER

Bibliografía

Bibliotheca sanctorum. IX: *Masabki-Ozanam* (Roma 1967).
Butler's lives of the saints, IV. Rev. y refun. por H. THURSTON - D. ATTWATER, I (Londres 1964).
TORRANCE, W. J., *St. Osmund of Salisbury* (Londres 1920).

BEATO ADOLFO KOLPING

Presbítero († 1865)

> «Puesto que no era concebible una legislación social a comienzos de la era industrial, preparó con celo apostólico el terreno para que todos contribuyeran a la solución de la grave "cuestión social". Sabía muy bien que el compromiso social en el mundo alcanzará un resultado positivo sólo cuando los cristianos logren ser testigos creíbles de su fe y de su amor a los hermanos en la vida de todos los días.
>
> La Iglesia —dijo— no puede ni debe descuidar la cuestión social; no debe dejar la gestión de la vida civil sólo en las manos de sus propios enemigos naturales o declarados; debe participar en la vida y no debe temer la batalla contra sus adversarios».

Con estas palabras, antes del rezo del *Ángelus,* cerró el Papa la ceremonia de beatificación de uno de los más grandes apóstoles sociales del mundo del trabajo en la época moderna.

Adolfo Kolping nació el 8 de diciembre de 1813 en Kerpen, cerca de Colonia, Alemania, hijo de un pastor de ovejas. En su pueblo natal asistió a la escuela primaria, aprendiendo luego el oficio de zapatero. A partir de 1837 (a los 23 años) asistió al Colegio de San Marcelo en Colonia con el fin de terminar la enseñanza media, paso necesario para iniciar el estudio de Teología.

Después de sus estudios en Múnich, Bonn y Colonia, el 13 de abril de 1845 fue ordenado sacerdote en la iglesia de los Minoristas de Colonia. De 1845 a 1849 trabajó como vicario de la parroquia de San Lorenzo en la ciudad industrial de Elberfeld

(Wuppertal), conociendo muy de cerca la miseria que padecían los trabajadores. Estimulado por la asociación de jóvenes católicos que el maestro de escuela Johann Gregor Breuer había fundado en Elberfeld, Adolfo Kolping encontró la misión de su vida comprometiéndose con los artesanos y trabajadores jóvenes en sus necesidades sociales y dándoles un hogar en la Iglesia.

Como vicario de la catedral en Colonia, el 6 de mayo de 1849 fundó la Asociación de Jóvenes Artesanos de Colonia, la cual a partir de 1853 contó con una casa propia, la *Casa Kolping*. Las raíces históricas de la que hoy es la Obra Kolping Internacional, datan de esos comienzos. Adolfo Kolping falleció el 4 de diciembre de 1865 en Colonia. Poco después fue sepultado en la iglesia de los Minoristas, de la que había sido rector desde 1862.

La vida y la obra de Adolfo Kolping se conocen en más de cincuenta países del mundo. Las ideas del «Padre de los artesanos» ayudan a muchas personas —en especial, en Europa del Este, África, Asia y América Latina— a descubrir una nueva perspectiva de vida.

El ejemplo de la vida y del trabajo de Adolfo Kolping presenta muchas facetas: maestro, educador, autor y editor, teólogo. Muchas de las cosas que Adolfo Kolping escribió y dijo a lo largo de su vida, nos fascinan aún en la actualidad. Sin embargo, la mayor fascinación parte de aquello que hizo y de su modo de hacerlo.

Kolping no fue un «resignado». No se encogía de hombros, lamentándose de que «no hay nada que hacer...», de que «nada va a cambiar...» Ante la dificultad, él no se abate, no abandona. A lo largo de su vida, habría tenido razones suficientes para resignarse. Muchas veces su carácter infatigable tuvo que sacar fuerzas de flaqueza para poder seguir su camino y continuar su obra, primero cuando era joven, luego en los primeros años de su sacerdocio y después como asesor eclesiástico ya avezado.

Ese carácter infatigable de Adolfo Kolping se pone de manifiesto ya en su adolescencia: no quiere seguir siendo zapatero; por lo menos, no toda la vida. Las posibilidades de su espíritu le piden más. Rápidamente, el joven Adolfo comprende que la

educación constituye la base que permite ampliar el horizonte de la propia vida, pero la educación tiene un costo. La educación no sólo costaba dinero; el deseo de ir a la escuela y cursar el bachillerato luego de haber aprendido el oficio de zapatero exigía un gran esfuerzo. Seguro que al veinteañero le costaba muchísimo sentarse en clase al lado de adolescentes de trece y catorce años estudiando las mismas asignaturas. Pero, una vez que se propone un objetivo, Adolfo no se aparta del camino. Su perseverancia y su fuerza de voluntad lo llevan a terminar el bachillerato y a emprender los ansiados estudios teológicos.

La ordenación sacerdotal y su primer cargo como vicario en Elberfeld son los acontecimientos decisivos en la vida de este hombre joven. Durante sus estudios, aún pensaba en seguir una carrera académica. En Munich y Bonn conoció a teólogos famosos. Disfrutaba de los debates teológicos y se imaginaba a sí mismo siguiendo una carrera docente en la universidad. Pero Dios interviene en la vida del joven sacerdote Adolfo Kolping. Una vez más, su vida experimenta un vuelco de modo inesperado, y pone en práctica un dicho que él mismo forjará más adelante: «Las necesidades del tiempo les enseñarán lo que deben hacer».

En Elberfeld no se necesitaba un teólogo de alto nivel. No se buscaba un especialista en Derecho Canónico desbordante de argumentos, ni un filósofo de gran prestigio. La gente buscaba sacerdotes capaces de abrir los ojos y ver las necesidades. Las personas necesitaban pastores que reconocieran sus necesidades y que pusieran manos a la obra para cambiar su desventura. Eso era lo que movía al joven sacerdote: cambiar la desventura de las personas. Por eso, nunca se le vio encogerse de hombros, desalentado. Nunca se le escuchó decir: «No tengo otras posibilidades». No se cuenta de él que alguna vez hubiera desviado la vista o hubiera huido. Reconoció de un modo nuevo las necesidades sociales y espirituales y puso manos a la obra para afrontarlas. No se quedó inmóvil ante las carencias y el dolor del mundo; emprendió acciones con todas sus fuerzas para subsanar esas carencias, sin perder de vista la dimensión espiritual. Por eso, el papa Juan Pablo II lo llamó: «Modelo y guía para la Iglesia».

Adolfo Kolping dedicó toda su fuerza de trabajo y su espiritualidad a la construcción de una sociedad mejor, porque «mejores personas crean una sociedad mejor». Hizo todo lo que estaba a su alcance para que sus jóvenes artesanos aprendieran un oficio honesto y llegaran a ser buenos esposos y padres de familia. Le importaba que esos jóvenes llegaran a ser católicos activos, conscientes de su responsabilidad y comprometidos con su sociedad.

Como Jesucristo, Adolfo Kolping supo mirar a las personas que padecen necesidad, concediéndoles importancia. Como Jesús, no se mantuvo distante de la gente. Quien, padeciendo necesidad se dirigió a él, encontró en él un interlocutor que escuchó sus pequeñas y grandes preocupaciones. Alguien que tomó en serio las necesidades y los problemas de los demás. Como Cristo, no conoció excusas, no se refugió en el pretexto de la falta de tiempo. Como Jesús, no se mantuvo al margen: así los obstáculos y los callejones sin salida se convirtieron en nuevos horizontes y nuevas posibilidades para las personas. Solía decir: «El amor activo sana todas las heridas, las meras palabras sólo multiplican el dolor».

Adolfo Kolping veía la vida como una tarea que había que resolver. Quería que sus jóvenes amigos concibieran la vida como una oportunidad que hay que aprovechar, no sólo para cambiar y mejorar la propia vida, sino para contribuir a transformar la vida de la sociedad, regalando un poco de aquel amor del que Cristo nos dio un testimonio ejemplar.

El papa Juan Pablo II beatificó al «Padre de los artesanos» el 27 de octubre de 1991 en Roma, ante 30.000 peregrinos de Alemania, Suiza, Holanda, Hungría y otros países de Europa. En el año centenario de la encíclica *Rerum novarum* —dijo el Papa— la beatificación de Adolfo Kolping adquiría «un significado particularmente elocuente». Estos son algunos de los pasajes de la homilía pronunciada en alemán por el Vicario de Cristo en la Plaza de San Pedro, aquella mañana otoñal:

> «Kolping intentó sacudir a los cristianos de su indolencia y llamarlos a ejercer su responsabilidad en el mundo. Para él, el cristianismo no debía entenderse simplemente como un reducto para la oración, sino como algo inserto en la realidad cotidiana y volcado en la formación de la conciencia social. Los lugares en que se ha

de ejercer la responsabilidad humana y social, son, para él: la familia, la Iglesia, el trabajo y la política [...]

Adolfo Kolping escribió: "Lo primero que el hombre encuentra en la vida, lo último a que tiende sus manos, y lo más precioso que posee, aun cuando no la aprecie, es la vida familiar" [...] Y repetía: «Debe comenzar en la casa lo que deberá brillar en la patria».

Adolfo Kolping era un hombre de Iglesia. Ya había sido marcado por el Evangelio de Cristo desde su anterior experiencia de vida como artesano. Como pastor, se dirigía sobre todo a los explotados y los débiles, que entonces eran los artesanos y operarios de las fábricas. Su empeño social, que se fundaba en su fe, le dio la fuerza para ponerse al servicio del prójimo, y así transmitirles su fe en la amistad que Dios desea tener con el hombre. Adolfo Kolping reunió a los artesanos y operarios, superando así su aislamiento y su resignación. Y aquella comunidad en la fe les dio fuerza para afrontar la vida diaria como testimonio de Cristo ante el mundo.

¡Qué extraordinario sacerdote debió de ser Adolfo Kolping para entusiasmar, aun hoy, a tantos hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, por Cristo y por su Iglesia!

Las sombras de la injusticia, de la explotación, del odio y de la humillación de los hombres dominaban la situación de los artesanos y operarios de las fábricas del siglo XIX. Adolfo Kolping se puso, ante todo, de parte de los hombres. No había que cambiar primero las estructuras, sino a los hombres. Inspirado por su fe en Dios, que quiere la felicidad de todos los hombres, Kolping inició una paciente obra educacional. Con sus palabras y escritos, a través de planes de acción bien trabados, él buscó, con sus colaboradores, dar espacio y voz al Evangelio del trabajo, que vino a ser para Kolping su obra y el campo de actividad para un cristianismo más cercano al mundo de los trabajadores.

El hecho de asumir la responsabilidad para con la sociedad y la comunidad humana era para Kolping una consecuencia del Evangelio. "Depende de nuestro cristianismo activo —escribía— que el mundo retorne al orden cristiano. Ahora no debemos limitar tal cristianismo activo a los muros de las iglesias, o a las habitaciones de los enfermos, o a nuestras esferas familiares, sino que debemos [...] llevarlo a la vida diaria". Por esto preparaba y animaba a sus amigos para asumir responsabilidades en la política y la sociedad [...] Kolping sabía que: "La Iglesia no puede ni debe descuidar la cuestión social [...] debe participar en la vida civil, sin temer la batalla".

¡La Iglesia... somos todos! En muchos países de Europa los regímenes totalitarios comunistas se han derrumbado. ¿Con qué serán sustituidos? ¿Cuál es la alternativa a la teoría social marxista, cuyas consecuencias han arruinado el mundo? La alternativa que Kolping ofrece se funda en el Evangelio. "No se comprenderá nunca justa y completamente la auténtica situación de las relacio-

nes en el mundo político y social, si al mismo tiempo no se toma también en consideración el aspecto religioso. La religión es y será siempre, se reconozca o no, la más profunda, la primera y la última pregunta para el hombre". Hoy Adolfo Kolping testimonia todo esto ante nosotros».

ALBERTO JOSÉ GONZÁLEZ CHAVES

Bibliografía

AAS 84 (1992) 567s.
Bibliotheca sanctorum. Appendice prima (Roma 1987) cols.714-715.
L'Osservatore Romano (28-29 y 30-10-1991).
L'Osservatore Romano (ed. en español) (1-11-1991).

SAN JUAN CALABRIA

Presbítero y fundador († 1954)

Este maravilloso sacerdote, entregado a ciegas a los cuidados de la Divina Providencia, nació en Verona, Italia, el 8 de octubre de 1873. Era el séptimo y último hijo de Luis, zapatero, y Ángela Foschio, empleada del servicio doméstico. Una familia humilde y trabajadora, de la que salió un hombre trabajador que lo dio todo en beneficio de los trabajadores. La madre era una mujer educada en una escuela de niñas pobres que estaba fundada por el padre Nicolás Mazza, famoso por sus obras en beneficio de las familias necesitadas.

De esta forma, el futuro santo, Juan, se movió en un ambiente de vida pobre. Cuando murió el padre, Juan tuvo que buscarse la vida, interrumpiendo sus estudios primarios, para ayudar al resto de su familia.

Pero hubo un sacerdote sagaz, el rector de San Lorenzo, padre Pedro Scapini, que lo preparó en privado para entrar al seminario. De esta forma pudo entrar en el liceo del seminario como alumno externo. Pero tres años después tuvo que interrumpir sus estudios porque tenía que hacer la mili, el servicio militar.

Estando en la mili se distinguió por sus servicios a todos sus compañeros. Él se encargaba de hacer los trabajos más humildes y peligrosos. Al principio se le tomaba por un pobre hombre, pero al poco tiempo se fue ganando la admiración de

todos, iguales y superiores, que estaban a su alrededor y contemplaban sus muchos servicios. Algunos de sus compañeros volvieron a la práctica de sus deberes cristianos, porque el estilo de la vida entregada de Juan les hacía pensar.

Al terminar el servicio militar pudo reemprender los estudios eclesiásticos.

Dicen que su entrega a los más necesitados nació una noche de noviembre de 1897 en que, volviendo de visitar a los enfermos, se encontró a la puerta de su casa con un niño acurrucado en el rincón del brocal. Era un gitano. Lo recogió y lo metió en casa. Lo acomodó en su dormitorio y lo atendió como a un hermano pequeño. Parece que ése fue el momento de su decisión definitiva para entregar su vida a favor de los más pobres.

Algunos meses más tarde fundó una asociación incipiente que se llamó «Pía Unión para la asistencia de los enfermos pobres».

Juan era un líder que arrastraba tras de sí a todos los seminaristas y laicos que querían entregar su vida a los más pobres. Sin darse cuenta, él estaba fundando una asociación dedicada a la caridad. Éstos eran los primeros pasos.

De hecho, toda la vida de Juan Calabria estaba bañada de caridad. Una doctora hebrea, salvada por el padre Calabria, escribía al papa Pablo VI diciéndole: «Cada instante de su vida fue la personificación del maravilloso cántico de San Pablo sobre la caridad». Esta doctora fue salvada por Juan Calabria, durante la persecución nazi, disfrazándola de hermana, entre las religiosas del Instituto por él fundado para mujeres.

Fue ordenado sacerdote el 11 de agosto de 1901. Le nombraron ayudante vicario en la parroquia de San Esteban y confesor del seminario.

El joven sacerdote se desvivía por trabajar apostólicamente, lo mismo en el confesonario que en la calle, donde se entregaba a los más pobres y marginados. Seis años más tarde, en 1907, fue nombrado vicario de la Rectoría de San Benito del Monte, y allí comenzó a atender a los soldados.

El día 26 de noviembre de 1907, en Vicolo Case Rotte comenzó el instituto «Casa de los niños buenos».

Pero, además de los seminaristas y sacerdotes, se le juntaron también seglares, hombres de buena voluntad que querían entregar su vida en beneficio de los más necesitados. Con este puñado de hombres, nació en Verona un ambiente de colaboración cristiana en beneficio de las familias necesitadas.

Este primer grupo de hombres fue la base para fundar, más tarde, la «Congregación de los pobres siervos de la Divina Providencia», que será aprobada por el obispo el 11 de febrero de 1932 y conseguirá la aprobación pontificia el 25 de abril de 1949.

Hay que tener en cuenta que durante todos estos años, en el mundo está ocurriendo un acontecimiento brutal: la Segunda Guerra Mundial, en la cual no estaba libre la Italia de Mussolini, con toda la secuela de heridos, muertos y desaparecidos.

Después del año 1932, la congregación de Juan Calabria se fue extendiendo por toda Italia. Su trabajo estaba de cara a los abandonados, pobres y marginados. Pero pronto su acción se fue prolongando a favor de los ancianos y enfermos, creando para ellos la «Ciudad de la caridad».

Además, Juan no se contentaba con ayudar a quienes estaban cerca. Se acordó de los pobres de la India y envió allí, en 1934, a cuatro hermanos de su congregación, concretamente a Vijayavada.

La obra de Juan se iba extendiendo. Empezaba sirviendo, como quien no hace nada nuevo. Pero al poco tiempo tenía dibujada una nueva congregación. Así, en 1910 fundó la rama femenina de la congregación. Fue aprobada por el obispo en 1952 con el nombre de «Congregación de las pobres siervas de la Divina Providencia». En 1981 obtuvieron la aprobación pontificia.

Estas dos obras de Juan Calabria llevaban el sello del espíritu de su fundador: «Mostrar al mundo que la Divina Providencia existe, que Dios no es extranjero, sino Padre, y que piensa en nosotros, siempre que nosotros pensemos en él y le correspondamos buscando en primer lugar el Santo Reino de Dios y su justicia (Mt 6,25-34)».

Para dar testimonio de su carisma acogió gratuitamente a los más necesitados de atención material y espiritual. Levantó

hospitales y casas de acogida y asistió a los enfermos y ancianos en sus necesidades corporales y espirituales.

Abrió casas de formación para jóvenes y adultos pobres que no podían estudiar en los seminarios por falta de recursos. Les asistía gratuitamente hasta llegar a los estudios de teología. En este momento los dejaba libres para entrar en una diócesis o en una congregación religiosa.

Determinó que sus religiosos, los miembros de su congregación, trabajaran en las zonas más pobres, donde no había nada que recibir a cambio.

Era un reformador nato. Con esa vida de entrega total a la hermana pobreza, se convertía sin más en un «poverello», como San Francisco, para intentar las reformas que veía necesarias en la Iglesia de su tiempo.

Gritaba a todos que el mundo sólo se puede salvar si vuelve su mirada a Cristo y a su Evangelio. De esta forma, su grito atronador se convirtió en punto de referencia para obispos, sacerdotes y religiosos.

Por eso, los obispos de la Conferencia Episcopal del Triveneto, escribieron al papa Juan Pablo II: «El padre Calabria, para preparar la Iglesia del año 2000, hizo de su vida una cuidadosa llamada a la conversión, a la renovación, a la hora de Jesús, con tonos impresionantes de perentoria urgencia. Nos parece que la vida del padre Calabria constituye una profecía de vuestro apasionado grito al mundo: "Aperite portas Christo Redemptori"».

Con ojo previsor, se dio cuenta de que la renovación espiritual del mundo tenía que conseguirse con laicos comprometidos. Por eso, en 1944 fundó la «Familia de los hermanos externos». Era una rama integrada por laicos.

Su mano protectora se extendió a los cristianos separados. Mantuvo relaciones con protestantes, ortodoxos y hebreos. Escribió, pero nunca discutió. Amó hasta el extremo, pero nunca obligó a que le siguieran. Daba testimonio, con su vida, del amor de Jesús a los hombres. De hecho, el pastor luterano Sune Wiman de Eskilstuna (Suiza) escribió el 6 de marzo de 1964 una carta al papa Pablo VI pidiéndole la glorificación de su amigo Juan Calabria, con el cual había tenido una frecuente correspondencia epistolar.

El final de su vida fue un misterio doloroso. Se entregó como víctima para la santificación de la Iglesia y la salvación del mundo. Murió el 4 de diciembre de 1954.

Ocurrió una misteriosa casualidad. El papa Pío XII estaba agonizando. Entonces, Juan ofreció su vida por la del Papa. Y ocurrió que Juan murió y el Papa se recuperó; y siguió viviendo cuatro años más. Cuando este Papa conoció la muerte de Juan, sin saber que había ocurrido esta última coincidencia, escribió a la congregación y lo definió «campeón de evangélica caridad». Fue beatificado por Juan Pablo II el 17 de abril de 1988 y canonizado el 18 de abril de 1999.

FÉLIX NÚÑEZ URIBE

Bibliografía

AAS 79 (1987).
FOFFANO, O., *Don Giovanni Calabria* (Verona 1981).
REPETTO BITES, J. L., *Santoral del clero secular. Del siglo XIII al siglo XX* (Madrid 2000) 207-208.
http://www.San-Juan-Calabria.html

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN HÉRACLA DE ALEJANDRÍA

Obispo († 248)

Nace de familia pagana y lo atrae al cristianismo un hermano suyo, que lo hace asistir a la famosa escuela catequética dirigida entonces por Orígenes. Su hermano, Plutarco, murió mártir en el año 202. Héracla se dedicó al estudio de la filosofía, las ciencias profanas y la Sagrada Escritura. Ordenado sacerdote el 215, fue ayudante de Orígenes en la escuela, encargándosele a él aquella sección de la misma en que se enseñaban los elementos básicos del cristianismo y cuyo alumnado era mayoritariamente de catecúmenos. Su crédito creció extraordinariamente y cuando en 230 Orígenes hubo de ausentarse, la dirección de toda la escuela se le confió a él. Pero no llevaba más que un año al frente de la institución cuando muere el obispo Demetrio y es elegido Héracla para sucederle. Cuidó con gran celo de la comuni-

dad cristiana, procuró atraerse con humildad y paciencia a los disidentes y brilló sobre todo como maestro de la verdad cristiana. Murió en 247 o 248. El nuevo *Martirologio* lo menciona hoy 4 de diciembre, fecha que daba un antiguo Sinaxario Alejandrino, mientras que el anterior lo hacía el 14 de julio.

SAN JUAN EL TAUMATURGO

Obispo († s. IX)

Inclinado a la piedad desde pequeño, llevaba vida ascética y recogida y fue elegido obispo de Poliboto, en Frigia, dedicándose con fruto a guiar su Iglesia por el camino de Cristo con sabiduría y prudencia. Cuando el emperador León el Armenio (813-820) emitió sus decretos iconoclastas, Juan se presentó al emperador y le apostrofó por estar en contra de la tradición de la Iglesia y negar a los sagrados iconos la veneración debida. El enorme prestigio que tenía el obispo Juan de Poliboto como hombre santo impidió que el emperador lo mandara matar como hubiera sido lo normal. Él puso mucho empeño en convencer a sus fieles de que había que permanecer firmes en la fe ortodoxa y seguir venerando las imágenes del Señor y de los santos. Su muerte tuvo lugar con posterioridad al año 850. Su cuerpo se conservó incorrupto y a su intercesión se le atribuyeron tantos milagros que adquirió el sobrenombre de *Taumaturgo,* es decir hacedor de prodigios.

SAN BERNARDO DE PARMA

Obispo y cardenal († 1133)

Bernardo nace en Florencia hacia el año 1060 en el seno de la rica familia Uberti, que aún no usaba este apellido. Muy joven se decide por la vida monástica y entra en el monasterio de San Salvio, de la Orden de Valleumbrosa, en la propia Florencia, dejando a sus parientes y amigos sus propios bienes y la mayor parte de ellos al monasterio mismo. Era el año 1085. Luego de profesar, se dedica a vivir con intensidad la regla benedictina y a ser un monje ejemplar. No pasan muchos años cuando sus

compañeros monjes le eligen abad, y lleva tan bien este cargo que la propia congregación lo elige más tarde su abad general, al tiempo que también ejerce como abad de Valleumbrosa. Él se dedica a la extensión de su Orden, hasta entonces limitada a la Toscana, y logra establecer un buen número de monasterios en Emilia y Lombardía. Los nuevos monasterios no pasan a ser autónomos sino que todos ellos quedan como dependientes de Valleumbrosa formando así una verdadera Orden centralizada. Bernardo reúne un capítulo general en 1100 en el que propone se aprueben —y efectivamente así ocurre— normas muy claras de funcionamiento: la exigencia de una intensa vida interior y espiritualidad en todos los monjes y la disponibilidad de monjes y monasterios para que puedan cumplirse las disposiciones que el abad general entienda conveniente tomar. Se crea así un cuerpo monacal ágil y que funciona en bloque, adelantando los planteamientos que tendrán más tarde las órdenes mendicantes.

El papa Urbano II († 1099), monje benedictino también, ya antes le había mostrado su estima al abad general de Valleumbrosa nombrándolo cardenal presbítero del título de San Crisógono. Pero esta nueva dignidad cardenalicia no le privaba de su cargo de abad general sino que añadía a sus deberes la estricta obligación de colaborar con la sede romana en la gran tarea de la reforma de la Iglesia. El papa Pascual II († 1118) lo hizo vicario suyo en la Alta Italia para que llevara las orientaciones reformistas a Emilia y Lombardía. Visitó Milán, Pavía, Brescia, Módena, Mantua, etc. y los dominios de la condesa Matilde, ante quien era legado papal. Matilde renovó en manos del legado sus antiguas donaciones a la Santa Sede (17 de noviembre de 1102). Pero no tuvo éxito en Parma. Estaba el 15 de agosto de 1104 hablando al pueblo en la catedral parmesana cuando se formó un tumulto contra sus palabras y fue agredido y arrestado, debiendo mandar tropas la condesa Matilde para liberarlo. Pero las cosas cambiaron. En octubre de 1106 se pudo tener el concilio de Guastalla, junto a Parma, y esta ciudad pidió al Papa que le asignara como obispo al cardenal Bernardo. El papa Pascual se hizo presente en Parma y, al tiempo que consagraba en noviembre la nueva catedral, ordenaba de obispo a Bernardo. Se tomó en serio su oficio episcopal y procuró cumplirlo con gran solicitud.

En 1119, muerto ya el papa Pascual II, Bernardo dejó su cargo de legado y se dedicó por entero a su diócesis. Años antes, cuando en 1111 hubo los acuerdos secretos del Papa con el emperador que al hacerse públicos provocaron fuertes tumultos, Bernardo intentó hacer de mediador. Intervino en la reunión tenida en la sacristía de San Pedro de Roma que terminó con el arresto del propio Papa y de Bernardo con él. Siguió manteniendo una postura equilibrada y se vio libre cuando los acuerdos de Mammolo del mes de abril de 1111. Bernardo estuvo siempre a disposición del Papa y éste pudo contar con su lealtad, franca y nada servil. Calixto II († 1124) no dejó de mostrarle su benevolencia y contar con sus servicios. Muerto el emperador Enrique V, la sucesión se hizo difícil y Bernardo apoyó al candidato de Honorio II († 1130), que era Lotario III. Muerto el citado papa y surgida la cuestión de la elección papal, disputada entre Anacleto II e Inocencio II, Bernardo, como buen monje, se puso de parte del segundo, y lo mismo hicieron todos los monjes de su congregación y los camaldulenses, siguiéndolos por ello San Bernardo. El santo obispo, ya enfermo, recibió en Verona al emperador Lotario. Pero su vida se acababa. Murió en Parma el 4 de diciembre de 1133. Enseguida tuvo culto popular, su tumba fue muy visitada y un siglo más tarde ya tenía en su diócesis culto litúrgico.

BEATO PEDRO PECTINARIO

Seglar († 1289)

Nace en Campi, junto a Siena, quizás en 1180, pero es en Siena donde se cría y donde vive. Su oficio era el de peinetero y fue un ciudadano leal de la ciudad y acreditado en ella, que le encomendó diferentes e importantísimas misiones, que cumplió escrupulosamente. Se casó y fue muy feliz en su matrimonio porque su mujer y él se amaban tiernamente. Pero ella no tuvo hijos y cuando llegó a una edad en que ya los hijos no podían esperarse él propuso a su mujer guardar en adelante castidad y así lo hicieron. Era tan adicto a hacer feliz a su esposa que se decía le daba gusto hasta en los más pequeños detalles. Cuando ella murió, él se hizo terciario franciscano y acompañado de

algunos amigos tomó la santa costumbre de visitar los hospitales para servir a los enfermos, de visitar a los pobres para socorrerlos y de pedir limosna para tener con qué socorrer a los necesitados. Hombre de intensa vida de oración, creció en ella hasta el extremo de que a veces lo vieron en éxtasis. Estuvo en contacto con los movimientos laicales de su ciudad así como de Florencia y Pistoia, y a través de ellos pidió a estas ciudades mayor sentido de la responsabilidad cristiana. Rodeado de los padres franciscanos y de sus amigos murió el 4 de diciembre de 1289, centenario ya según parece.

BEATOS FRANCISCO GÁLVEZ, JERÓNIMO DE ÁNGELIS Y SIMÓN YEMPO

Religiosos y mártires († 1623)

En Yeddo (Japón) el 4 de diciembre de 1623 fueron martirizados, al ser quemados vivos, los religiosos Francisco Gálvez, Jerónimo de Ángelis y Simón Yempo, franciscano el primero y jesuitas los otros dos. Con ellos fueron martirizados otros cuarenta y cinco pero no se pudo hallar datos suficientes sino de estos tres. Estos son sus datos:

FRANCISCO GÁLVEZ PELLICER había nacido en Uriel (Cuenca) hacia 1575. Se decidió por la vida eclesiástica e hizo los estudios de filosofía y teología, al término de los cuales se ordenó diácono, y entonces pensó en hacerse religioso franciscano, ingresando en el convento de franciscanos descalzos de San Juan de la Rivera en Valencia, en 1599. Habiéndose ofrecido para las misiones tras su ordenación sacerdotal, en 1609 partió para las Islas Filipinas donde trabajó apostólicamente hasta que en 1612 fue destinado al Japón. Aquí estuvo hasta que en 1614 el edicto de persecución obligó a tantos misioneros a dejar Japón. Francisco volvió a Manila y compuso sus libros *Vidas de santos* y *Explicación de la doctrina cristiana,* así como otros opúsculos, que se tradujeron al japonés. Pero su interés estaba en volver al Japón e ideó una estratagema: se pintó todo el cuerpo como si fuera un negro y vestido de marinero pudo desembarcar en Japón (1618). Aquí reemprende el trabajo apostólico. Luego de evangelizar en Oxu, pensó pasar a Yeddo para huir de la perse-

cución pero fue reconocido por un renegado que lo delató. Fue arrestado, encarcelado y condenado a muerte.

JERÓNIMO DE ÁNGELIS había nacido en Enna (Sicilia) en 1567, y en su juventud se decidió por estudiar leyes con las miras puestas en ejercer de abogado. Pero accedió a hacer una tanda de ejercicios espirituales y en ellos descubre que su verdadera vocación es la vida religiosa, y opta por la Compañía de Jesús en la que ingresa en 1585. Se ofrece para las misiones y no estaba aún ordenado de sacerdote cuando es destinado al Japón. Parte para allí en compañía del Beato Carlos Spínola, pero su viaje duraría seis años por ser muy accidentado. Parten de Lisboa, llegan a Brasil y luego a Puerto Rico, donde unos piratas ingleses los obligan a ir a Londres y de aquí vuelven a Lisboa, de donde reemprenden el viaje, llegando por fin a Japón en 1602. Una vez ordenado sacerdote, trabaja en Suxini, funda la cristiandad de Sarunga y llega la orden de salida del Japón en 1614, pero él se queda secretamente en Nagasaki. Recorre varias regiones en las que no estaba establecida aún ninguna comunidad cristiana y logra crear varias. Visita el acantonamiento de Zugaru, donde estaban recluidos muchos confesores de la fe, condenados a una vida de fatigas y privados de los sacramentos. Evangeliza también en la isla de Yeso. En 1622 se le nombra superior de la misión de Yeddo, donde se establece. Se dice que había logrado convertir unas diez mil personas. Puso empeño en convertir personas escogidas e influyentes pensando que así el evangelio se expandiría con mayor fuerza. Su detención se debió a que oyó decir que León Takeya, su hospedador, sería puesto en libertad si el padre De Angelis se entregaba. Lo meditó y se entregó. En el interrogatorio se negó a decir quién lo hospedaba. Llevado a la cárcel encontró en ella cincuenta cristianos, entre ellos su compañero de martirio Simón Yempo, y también el P. Francisco Gálvez. A finales de noviembre fue condenado a muerte.

SIMÓN YEMPO había nacido en Notzu, en el reino de Findo (Japón) en 1580. Inclinado a la vida interior ingresó en su juventud en un monasterio budista. Pero su superior se hizo cristiano y él se interesó entonces por el cristianismo y se convirtió también. En 1598 entró en una escuela de catequistas que te-

nían los jesuitas y, obtenida esta condición, fue catequista a lo largo de veinticinco años con mucho celo, trabajando sin cansancio y viviendo con mucha austeridad. Fue admitido como hermano en la Compañía de Jesús. Acompañó mucho tiempo al P. Jerónimo de Ángelis en sus correrías apostólicas. Encarcelado cuando él, trabajó en la cárcel por la conversión de otros presos, y fue condenado a muerte por su condición de cristiano y propagandista de la religión.

Los tres fueron beatificados el 7 de julio de 1867 por el papa Pío IX.

5 de diciembre

A) MARTIROLOGIO

1. En Tebeste (Numidia), Santa Crispina († 304), madre de familia y mártir *.
2. Junto a Jerusalén, San Sabas († 532), abad **.
3. En el monasterio de San Pedro de Aguara (Lucania), San Lúcido († 938), monje benedictino.
4. En Braga (Portugal), la deposición de San Geraldo († 1108), obispo, muerto en Bornos mientras hacía la visita pastoral *.
5. En Mantua (Lombardía), Beato Bartolomé Fanti († 1495), presbítero, de la Orden del Carmen *.
6. En Londres (Inglaterra), San Juan Almond († 1612), presbítero y mártir bajo el reinado de Jacobo I *.
7. En Schwerin (Alemania), Beato Nicolás Stensen o Stenon († 1686), obispo titular de Ticiópolis y vicario apostólico en Hannover **.
8. En Turín, Beato Felipe Rinaldi († 1931), presbítero, de la Sociedad de San Francisco de Sales **.
9. En el campo de concentración de Dachau, junto a Múnich (Baviera), Beato Narciso Putz († 1942), presbítero y mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN SABAS
Abad († 532)

Sabas nació en Mutalasca cerca de Cesarea de Capadocia, en 439. Tenía sólo cinco años cuando Juan, su padre, oficial en el

ejército imperial, fue enviado a Alejandría. Su mujer, Sofía, lo acompañó. Dejaron a su hijo a la custodia de Hermias, su tío materno, cuya mujer, de costumbres ligeras, desagradó tanto al niño que corrió a refugiarse en casa de su tío paterno Gregorio que vivía a tres millas de allí. Algunos años más tarde Hermias y Gregorio se pelearon a propósito de la fortuna de su pupilo. Sabas huyó entonces al monasterio de Flaviana, a veinte estadios de Mutalasca, donde se le admitió en seguida. Novicio muy joven, y ya austero, se encontró un día una bella manzana y la recogió; pero acordándose entonces del paraíso terrenal, la aplastó y tomó la resolución de no comer manzanas jamás. Sus tíos, reconciliados, vinieron a rogarle que abandonara el monasterio y se casase; Sabas no quiso saber nada de eso. Y cuando tuvo dieciocho años, se fue a Jerusalén (457) donde fue recibido en el monasterio fundado por el archimandrita Passarión († 428) cerca de Birket Sitti Mariam, al este de la ciudad santa. Eran tiempos de luchas entre católicos y monofisitas y el atractivo por los monasterios del desierto era muy grande. A principio del año siguiente, Sabas se presentó al gran San Eutimio que, viéndolo todavía imberbe, se negó a aceptarle entre los anacoretas y se lo envió a su discípulo Theoctisto que gobernaba una comunidad en Uadi-el-Dabor, no lejos del mar Muerto. Sabas se sometió dócilmente. Comprendió la sabiduría de Eutimio y, cuando se convirtió en superior de la Laura, jamás admitió a discípulos demasiado jóvenes. Sabas era fuerte, hábil y obediente, y conocía los usos monásticos; sabía cortar la leña del bosque, traer agua, conducir los mulos, y jamás se quejaba; era el monje ideal.

Un monje originario de Alejandría, Juan, tuvo que ir a su ciudad natal para ajustar la herencia de sus padres; Sabas fue designado para acompañarle y se encontró a su vez con sus padres. Su padre, llamado Conon, habiendo sido nombrado jefe de la cohorte de los isaurianos, le propuso a Sabas que se enrolara en el ejército; su negativa no debió asombrarlo mucho; entonces le ofreció veinte monedas de oro, de las que Sabas sólo tomó tres que, escrupulosamente, entregó más tarde a su abad.

Theoctisto murió el 3 de septiembre 467 y su sucesor Marino llevó el timón sólo dos años. A su muerte, Sabas pidió permiso a su nuevo abad, Longinos, para entregarse a la vida ere-

mítica, y éste se lo refirió a Eutimio. Sabas ahora pasaba de la treintena, y fue autorizado a vivir en el desierto bajo la condición acostumbrada de venir a pasar en el monasterio el sábado y el domingo. Se llevaba al principio de cada semana una carga de ramas de palmera y volvía al fin con cincuenta canastas trenzadas. Del 14 de enero al domingo de Ramos, los monjes más austeros se alejaban en el desierto. Sabas acompañó a Eutimio y su discípulo Domiciano. Se aventuraron una vez en las lagunas saladas de Sebkah, al norte del mar Muerto, y estuvieron a punto de morir allí de sed; afortunadamente Eutimio descubrió una fuente. Las lagunas tenían, sin embargo, la ventaja de ofrecer un refugio relativamente seguro. El desierto de la ciudad santa no estaba poblado de monjes, porque los beduinos lo recorrían sin cesar y no vacilaban en cometer tropelías con los que se encontraban. Una de sus bandas más peligrosas huyó, aterrorizada, viendo a uno de ellos engullido en un pantano. En otra ocasión, Sabas, yendo a visitar al solitario Anthos, al llegar de improviso, pudo poner en fuga al beduino que estaba dispuesto a asaltar al venerable anciano.

Cuando murió San Eutimio (el 20 de enero 473), la torre de Anthos quedó libre, y Sabas dejó definitivamente su monasterio para retirarse. Permaneció allí cinco años.

En 478, fue a visitar Jerusalén y tomó el camino de Siloé bajando al valle de Cedrón. A la izquierda, a medio camino del mar Muerto, se encontró una cueva a mitad de un empinado barranco. Se instaló allí y colgó una cuerda para bajar y subir. Pasaron por allí cuatro beduinos y Sabas les echó la cuerda; subieron, admiraron la pobreza y la frugalidad del ermitaño, y pronto vinieron a ofrecerle pan, queso y dátiles. Todo estaba bien. Sabas «vivió consigo mismo», según la fórmula tan querida por los antiguos autores monásticos.

Pero en el desierto de la ciudad santa, no había que esperar a que siempre fuese ignorado. Sabas visitado por beduinos, lo fue también por monjes y al cabo de cinco años algunos le pidieron ponerse bajo su dirección. Las cuevas de los alrededores pronto estuvieron ocupadas, Sabas hizo construir al otro lado del valle una torre y un oratorio donde los sacerdotes, recibidos sólo como huéspedes, podían celebrar la misa, porque no quería a sacerdotes entre sus monjes.

La Laura se fue organizando. Una noche un asno salvaje sediento hizo un hoyo y descubrió una fuente inagotable. Otra noche, Sabas vio una columna de fuego ponerse sobre la montaña; al día siguiente, fue a ver el lugar del prodigio y encontró una cueva vasta: ampliamente abierta a occidente; en uno de sus costados se abría otra cavidad que fue perfectamente adaptada para servir de diaconicón (sacristía). Sabas la adornó y decidió que el sábado y domingo se celebraría la sinaxis en esta iglesia *théoctiste,* «hecha por Dios». Encima hizo construir una torre. La Laura creció rápidamente; los monjes eran ciento cincuenta alojados en celdas cavadas a cada lado del torrente; consciente de sus deberes de Higumeno, Sabas velaba por la organización material porque consideraba indispensable el tener en el mismo lugar todo lo necesario.

A raíz de la muerte del patriarca de Jerusalén, Martyrion, el 13 de abril 486, un grupo de monjes emprendió acciones contra Sabas a quien criticaban por despecho, especialmente porque no los quería ordenar sacerdotes. El santo encontró un defensor en Jerusalén, el guardián del Santo sepulcro, Cyro. El patriarca Salustio inquirió largamente y convocó a Sabas y a algunos monjes quejosos; en su presencia ordenó a sacerdote al Higumeno y luego los acompañó hasta Laura y allí consagró la iglesia «Theoctiste» el 13 de diciembre 491, depositando en ella reliquias de mártires.

Por aquella época murió el padre de Sabas; su madre, habiendo heredado una fortuna viajó cargada de oro a Jerusalén donde su hijo la recibió, muriendo poco después; Sabas empleó su herencia en la construcción de un hospicio cerca de la Laura y en la compra de tierras cultivables en Jericó, medida muy sabia pues, a pesar de la fuente, la Laura no era un oasis.

El viaje de Jericó (una veintena de kilómetros) no era un camino de rosas; un hermano que traía sobre un asno una carga de madera habría muerto de calor si una nube providencial no le hubiera protegido tras invocar a Dios por intercesión de Sabas.

El número de los discípulos aumentaba sin cesar, y justificó el nombre de Gran Laura dada a la fundación de Sabas. En 592, el primer enjambre salió de ella para crear el monasterio de Cas-

tellón (a algunos kilómetros al Este); al año siguiente el noviciado fue instalado al norte de la Gran Laura. Los novicios debían aprender el salterio, las reglas de la salmodia y la disciplina monástica antes de ser admitidos en la Laura donde, si eran hábiles, ellos mismos debían construirse su celda.

Siempre fiel a Sabas, el patriarca Salustio le nombró superior de todos los ermitaños de Palestina, y encargó de la vigilancia de los cenobitas a Teodosio, de origen capadocio e Higumeno de un monasterio cercano. Unidos por la amistad y un ideal común, ambos santos dirigieron firmemente a los monjes y, a pesar de fuertes oposiciones, mantuvieron la ortodoxia de la fe y la observancia.

El sucesor de Salustio como patriarca de Jerusalén fue un monje, Elías (494). Hizo reconstruir el monasterio de la Torre de David, en Jerusalén, convirtiéndole en un hospicio dependiente de la Gran Laura; los monjes de Castellón establecieron otro en la vecindad. Dos monjes isaurianos, expertos en arquitectura, edificaron en la Gran Laura una segunda iglesia, separada de la iglesia Theoctiste por un amplio atrio, y el patriarca Elías la consagró el 1 de julio de 501.

En este monasterio de lengua griega, los armenios formaban un grupo separado; cantaban el principio de la misa en su lengua, hasta las ofrendas y venían luego para agregarse a los griegos, pero cuando Sabas supo que, al Trisagion, ellos añadían una fórmula monofisita compuesta por Pedro el Fulón, decretó que sólo los griegos tendrían el derecho a cantar Trisagion.

En 503, Sabas dejó la Gran Laura a causa de la oposición tenaz de algunos monjes. ¿No sería también que al santo le gustaba poco gobernar un monasterio tan organizado y complejo? Dos iglesias, un horno, una hostelería, un hospital, cisternas, todo esto estaba muy bien, pero a él lo que le atraía era el desierto. Fiel al ejemplo de San Eutimio, no había perdido el hábito de retirarse a la soledad entre el 14 de enero y el domingo de Ramos. Un año, habiendo elegido como retiro una pequeña isla desierta en los alrededores del mar Muerto, a su vuelta se perdió en medio de unas pestilentes marismas de las que apenas salió con vida no sin haber dejado entre las breñas más de la mitad de su barba. En aquellos desiertos se podían tener en-

cuentros inesperados, como cuando topó con un anacoreta escondido en su cueva desde hacía treinta y ocho años. Y no faltaban los leones; el monje Agapito, que acompañaba un día a Sabas, se había dormido, vencido por el cansancio; un león enorme vino a olisquearlo de la cabeza a los pies y antes de irse le dio un buen golpe con la cola; despertado y sobresaltado el pobre monje se refugió precipitadamente cerca de su Higumeno que le calmó diciéndole que su oración lo había protegido, luego sacó provecho del accidente para darle una lección sobre los peligros del sueño.

Durante su exilio voluntario, Sabas encontró una cueva a su gusto y se instaló allí; entonces regresó a su guarida el león que la habitaba y tomó al santo por su capucha para echarlo fuera, pero como era la hora de cantar el oficio, Sabas le rogó que se esperara; al finalizar la salmodia, el león empezó de nuevo; pero esta vez, Sabas le dijo: «somos dos criaturas de Dios y hay un sitio para dos en esta cueva, pero si no quieres vivir conmigo, vete tú.» Y el león se fue.

Al iniciar su exilio, en 503, Sabas fundó un monasterio en Gadara, al este del lago de Tiberíades. En 508, acampando bajo un algarrobo, en Nicópolis (el actual Amuâs, el antiguo Emaús) el administrador de la iglesia, el *epítropos,* le edificó una celda alrededor de la cual se agruparon pronto los discípulos. Vuelto a ser Higumeno, Sabas, conformándose a la costumbre, subió a Jerusalén para el día de las Encenias. Ciertos monjes de la Gran Laura que le querían poco fueron a ver al patriarca Elías para solicitar de él un nuevo Higumeno, diciendo que Sabas había perecido bajo los dientes de unos leones, ignorando, sin duda, sus excelentes relaciones con ellos. El patriarca, que se había negado a darles satisfacción, se puso muy contento al ver de nuevo a Sabas y dio la orden de regresar inmediatamente a la Gran Laura y someter a la obediencia a sus monjes.

Sesenta de ellos prefirieron irse. El abad Aquilino se negó a recibirlos en su monasterio de Suka y entonces ellos fundaron un poco más al sur (a una decena de kilómetros de Belén) la que llamaron Nueva Laura. Sabas pronto supo que estaban en la miseria más absoluta y mandó que les llevaran víveres de la Gran Laura y de Castellón; luego informó al Patriarca, que les construyó un molino y una iglesia.

Durante los siguientes años, la Gran Laura constituyó a su alrededor una corona de monasterios y otras Lauras. En 509, al norte de Castellón, se fundó el monasterio de *Spelunca* (la cueva) que debió su nombre a su iglesia, establecida como la Theoctiste de la Gran Laura, en una caverna. Al año siguiente, la torre de Eudocio, dependencia del monasterio de San Eutimio, que había sido invadida por monjes eutiquianos (luego nestorianos), fue purgada y confiada a un discípulo de Sabas, Juan el Escolar. En 512, dos hermanos oriundos de Hébron, Zann e Hijo menor, fundaron el monasterio de Zann en una cueva habilitada por Sabas. Poco después, Severiano organizó el de Cafarbarica, al este de Hebrón, el más alejado de todos los monasterios, bien que sólo está a una treintena de kilómetros de la Gran Laura.

La Laura de la Heptastome, «las siete cisternas», fue organizada en 512; luego nacieron la de Fermín, cerca de Macmas, al nordeste de Jerusalén, y las de la planicie del Jordán, al sur de Jericó: Neelteraba y la Laura de las Torres.

Esta última se inició no sin ciertas irregularidades. Aprovechando la ausencia de su dueño, el monje Santiago de Jerusalén quiso fundar la Laura. Los ancianos se lo desaconsejaron, pero él se fue, a pesar de todo. Cuando Sabas se enteró de esto lo excomulgó y Santiago enfermó. Al cabo de siete meses, viéndose a las puertas de la muerte mandó recado a la Gran Laura para implorar su perdón; Sabas se lo concedió de buena gana y lo admitió en la comunión; Santiago se curó; pero el patriarca Elías hizo demoler las construcciones comenzadas, y el proyecto de una Laura fue realizado un poco más lejos por dos hermanos griegos.

El monje Santiago debía ser medianamente embrollador. Encargado de la cocina de la hospedería, echaba por la ventana los restos de las habas. Sabas las recogió, y las puso en un plato que le sirvió con un comentario sacado de San Pablo (1 Tim 3,5): «¿Si alguien no sabe dirigir su propia casa, cómo podrá ocuparse de la Iglesia de Dios?». Tentado por el demonio, el mismo Santiago se mutiló a ejemplo de Orígenes. Esta vez, Sabas lo consideró indigno de permanecer en la Laura y se lo expidió a Teodosio, el abad de los cenobitas. Fue encarcelado hasta que tras una prolongada penitencia se hizo merecedor del perdón.

Podríamos multiplicar estos episodios que recuerdan los apotegmas de los Padres del desierto. Sabas iba de camino con un hermano desde Jericó al Jordán, cuando se encontraron con una joven muy hermosa. Sabas comentó: «Tiene sólo un ojo». Pero el hermano contestó: «No, que tiene los dos, lo he visto bien». Respuesta imprudente que le atrajo una amonestación severa: «¿Y qué haces tú de la prohibición de mirar a las mujeres?» Sabas lo expidió a Castellón para que aprendiera a respetar la disciplina monástica.

A veces también se desliza un poco algo de lo maravilloso. Con un signo de cruz, Sabas convirtió en dulces unas calabazas amargas. Hay otra historia de leones: el monje Flaís había curado a un león que mostró su agradecimiento guardando el asno de su bienhechor; desgraciadamente Flaís cayó en un pecado de lujuria y el león se comió el asno y la falta fue descubierta.

Consciente de sus deberes como superior de todos los ermitaños palestinos, Sabas sostenía los monasterios de los santos padres Eutimio y Theoctisto. Usó de su influencia para hacer suprimir el impuesto del *chrysargyro,* que pesaba sobre los beneficios comerciales y había sido fijado de modo arbitrario e injusto. Le pidió a su amigo Timoteo de la franja de Gaza que escribiera una pieza de teatro describiendo el infortunio y la desesperación de los contribuyentes; representada ante el emperador, le conmovió de tal modo que decidió reformar la ley injusta. El entusiasmo provocado por esta noticia no duró mucho tiempo y Sabas se empleó más tarde en conseguir nuevas y eficaces rebajas en los impuestos.

Las muchas controversias teológicas y las herejías de aquella época, tenían en los monasterios graves repercusiones. Los monjes a menudo poco instruidos tenían una tendencia lastimosa a juzgar, en su ignorancia, sobre temas de alta teología y mezclarse en disputas inútiles. Sabas mostró admirable clarividencia y una hábil firmeza. No vaciló en expulsar a los origenistas de la Nueva Laura o los nestorianos de la torre de Eudocio, aunque el peligro más grande estaba en el monofisismo.

Durante el concilio de Éfeso, los monjes habían sido adversarios ardientes de Nestorio, y el gran archimandrita de Constantinopla, Dalmacio, había organizado una manifestación para

atraerse al emperador que tenía que promulgar las decisiones conciliares; su sucesor, Eutiques, fue tan lejos que, creyendo glorificar más a la Virgen María, la Madre de Dios, *Theotokos,* cayó en la herejía y el concilio de Calcedonia tuvo que condenarlo (451). Furiosos ante esta sentencia, los monjes palestinos se rebelaron y se alzaron en armas. Fueron vencidos por las tropas imperiales y San Eutimio hizo volver la ortodoxia a los monasterios. A pesar de eso, Sabas no debió tardar en encontrar entre los monjes a monofisitas, empezando por la Gran Laura. Ya vimos que monjes armenios habían tratado de introducir la fórmula herética compuesta por Pedro el Fulón. Al fin del reinado del emperador Anastasio, la situación religiosa se ensombrece. Viendo las sedes episcopales progresivamente ocupadas por herejes, Sabas se decidió a ir a Constantinopla para devolver al emperador a la ortodoxia. Fue recibido con honor, pudo exponer sus deseos así como obtener algunos favores particulares, pero no modificar las ideas de Anastasio.

El patriarca de Antioquia, el monofisita Severo pretendió ganar Palestina a su doctrina. En 513, al presidir un concilio Tiro, expidió las cartas sinodales al patriarca de Jerusalén que se negó a recibirlas. De nuevo se las reenvió a través de mensajeros imperiales escoltados por el ejército; fueron recibidos delante de la basílica del Santo Sepulcro por un ejército ordenado de monjes en orden de batalla dirigido por Sabas; no se atrevieron a enfrentarse a él y se volvieron. Furioso de este fracaso, el emperador ordenó al gobernador de Palestina, Olympios, que destituyese al patriarca. Hábil y pérfido, Olympios consiguió poner en duda la ortodoxia de Elías, se apoderó de él, le exilió y lo reemplazó por el diácono Juan.

El nuevo patriarca recibió la visita de Sabas y de Teodosio que le aseguró su obediencia mientras defendiera la verdadera fe y su rechazo a la doctrina de Severo de Antioquía. Temeroso, Juan no se atrevió a contradecir a los dos ancianos tan respetados —uno tenía setenta años, el otro noventa y tres—, y se abstuvo de hacer profesión del monofisismo que Olympios había impuesto como condición para su elección.

El emperador Anastasio se vengó sustituyendo a Olympios por un cierto Anastasio que se apoderó de Juan y lo encarceló

en Cesarea. En su prisión, recibió la visita del cónsul Zacarías que le aconsejó pedir la libertad prometiendo declararse abiertamente monofisita; aceptó esta proposición que encontró satisfactoria y, vuelto a Jerusalén, convocó a los fieles para el día siguiente. Diez mil monjes provistos de palos, espadas, guadañas y hachas se presentaron; y como ninguna iglesia de la ciudad era bastante grande para acoger semejante muchedumbre, la asamblea tuvo que reunirse en el extramuros, en el valle de San Esteban. Difícilmente se puede imaginar que tal movilización hubiera podido ser realizada en una noche sin una preparación meticulosa, como lo demuestra lo que sucedió a continuación preparado por Sabas. Jerusalén acogía en aquellos momentos a un peregrino ilustre, un sobrino del emperador, Hypacio. Este se desplazó hasta San Esteban en compañía del gobernador Anastasio. El patriarca Juan hizo su entrada entre Sabas y Teodosio que sobresalían por su personalidad y prestigio. Fue acogido por los gritos de los monjes que durante varias horas no dejaron de gritar: «¡Anatematiza a los herejes, confirma el Concilio!» Cuando pudo subir al ambón y hacerse oír, condenó a Nestorio, Eutiques, Severo de Antioquía, Sotérico de Cesarea de Capadocia y todos sus partidarios. Teodosio terminó la ceremonia declarando: «¡Si alguien no cree en los cuatro concilios como en los cuatro Evangelios, sea anatema!»

El gobernador, desconcertado, huyó a Cesarea; Hypacio declaró que había venido como peregrino y había colmado de regalos las iglesias y los monasterios. Entonces el emperador expidió un decreto de destierro contra el Patriarca, Sabas y Teodosio. Lo esperaban, evidentemente. Una asamblea de monjes redactó una carta donde todos declaraban que no podían en conciencia aceptar la comunión con Severo y que estaban dispuestos a morir mártires y a ver cómo un incendio asolaba los Lugares Santos; acababan expresando la esperanza de que Dios concedería la paz, por la clemencia del muy glorioso emperador. Éste les contestó otorgándoles su deseo y Anastasio declaró que detestaba las disputas dogmáticas tan del gusto de los espíritus orgullosos que creen que sólo ellos son capaces de comprender los misterios divinos y agradeció a los monjes sus buenos deseos con respecto a su persona.

Palestina gozó al fin de la paz religiosa, pero fue probada con una sequía que duró cinco años. Fue considerada como el castigo por el exilio de Elías. También en la Gran Laura, el hambre se hizo sentir, y el ecónomo vino un día a prevenir a Sabas de que sería inútil reunir a los hermanos para el sinaxis del sábado, ya que no había nada que comer. El Higumeno estaba pensando en vender algo, cuando el viernes llegaron treinta camellos que traían vino, pan, trigo, aceite, miel, queso y muchas otras cosas más.

Otra consecuencia de la sequía fue que los beduinos, inquietos y exigentes, condujeron sus rebaños a tierras de otros, en particular a las del monasterio de Spelunca; pero Sabas los disuadió haciendo que sus ovejas no dieran leche. En mayo del cuarto año, los monjes de Spelunca, privados de agua, vinieron a rogar a Sabas que los dejara marchar, pues estando para concluirse la época de las lluvias, la pertinaz sequía no les dejaba ninguna esperanza. Sabas los invitó a quedarse, y una tormenta estalló sólo sobre aquel monasterio, dejando a sus vecinos estupefactos y consternados.

Durante el quinto año, la situación se volvió cada vez más angustiosa en Jerusalén. La fuente de Siloé se había secado. El Patriarca hizo cavar un poco más lejos, en el valle, pero no se encontró agua. Entonces le pidió a Sabas oraciones y vino el agua; y aunque era fuera de temporada sobrevino una tormenta tan formidable y una lluvia diluviana tal, que llenó en un instante todas las cisternas. La fiesta de las Encenias fue celebrada con gran la alegría.

Sabas, considerado como salvador del pueblo, vio cómo su prestigio iba en aumento; era el hombre más escuchado en Palestina. Y cuando Pedro de Eleutherópolis fue elegido Patriarca, en 524, recurrió sin cesar a los consejos del santo en los que tenía una confianza ilimitada.

En enero de 529, Sabas perdió a su grande amigo Teodosio, el jefe de los cenobitas. En 530, nuevas dificultades provocadas por la rebelión de los samaritanos le obligaron a actuar. Aprovechando el factor sorpresa, durante algunos meses los samaritanos habían dominado la mayor parte de Palestina robando en las iglesias y masacrando a los viajeros. Aplastados por los ejér-

citos imperiales, no perdieron toda esperanza, pues uno de ellos, con relevancia en la corte de Constantinopla, trató de echar la culpa de la insurrección a los cristianos, que por sus violencias habrían hecho inevitable tal insurrección. Justiniano pensó, entonces, en aplicar a los cristianos los castigos reservados a los rebeldes; era preciso, pues, detener el golpe en seco. El patriarca Pedro que no tenía madera militar, ni de cortesano, rogó a Sabas que se encargara de esta misión. Provisto de cartas del patriarca, fue recibido Sabas en el Cuerno de Oro por el patriarca bizantino, el obispo de Éfeso, el tesorero de Santa-Sofía y por otros notables que lo introdujeron en el palacio. El emperador Justiniano, saltándose la etiqueta, bajó de su trono, abrazó a Sabas y le pidió su bendición y aceptó el memorial de quejas y de peticiones redactado en Jerusalén. Después de estudiar el asunto, tomó más medidas contra los samaritanos, eximió de impuestos a las poblaciones menesterosas y dio instrucciones para el restablecimiento de las iglesias dañadas. Se interesó también por la terminación de la iglesia Santa María la Nueva, en Jerusalén (hoy completamente desaparecida) y por la construcción de una torre de defensa de los monasterios en medio del desierto (que nunca se construyó). Y finalmente, el impuesto del *chrysargyro* fue suprimido definitivamente.

La emperatriz Teodora quiso ver al santo para pedirle sus oraciones a fin de poder tener un niño. Sabas no se comprometió y poco más tarde declaró a sus hermanos: «No conviene que de ese vientre salga fruto, no sea que, a la vez, se alimente de leche y de la doctrina de Severo (de Antioquía) y por temor a que se turbe la paz de la Iglesia más de lo que aconteció con Anastasio».

De regreso a Palestina, Sabas promulgó las decisiones de Justiniano en Cesarea y en Seytópolis; luego volvió a su Laura declarando que cada uno debía cumplir con su oficio: mientras que el emperador gobierna, los monjes deben rezar. Las generosidades imperiales le permitieron distribuir dinero entre todos los monasterios. Un diácono llamado Jeremías se disgustó mucho con esto y pidió alejarse de estas comunidades demasiado prósperas en su opinión. Sabas se lo permitió de buena gana y le envió monjes para que poblase su nueva Laura a algunos kilómetros al nordeste de la Gran Laura.

A pesar de su actividad, Sabas sabía bien que la muerte no tardaría en llegar. Quiso visitar por última vez los santuarios célebres de Jerusalén, el Santo Sepulcro y San Esteban. Cuando enfermó, el patriarca quiso cuidarlo en su palacio, pero Sabas quería morir en su celda. Reunió a los hermanos, les recomendó guardar con exactitud las reglas de la Laura, encargó el cuidado de la comunidad a Melitón y se recogió en el silencio y la oración. Murió el cuarto día, por la tarde del sábado, 5 de diciembre de 532, a la edad de noventa y tres años.

El patriarca de Jerusalén, los obispos de Palestina y la muchedumbre inmensa vinieron para asistir a su entierro. Su cuerpo fue enterrado en la Gran Laura, en el centro del atrio que separa ambas iglesias. La tumba hoy se encuentra en una capilla hexagonal cubierta por una cúpula, pero está vacía; las reliquias se encuentran en Venecia.

Desde hace tiempo, la Gran Laura se transformó en un monasterio cercado por una sólida muralla que no siempre bastó para evitar el pillaje de los beduinos. Bajo el nombre de San Sabas o bajo el de Mâr Saba, existe hoy un monasterio habitado todavía por monjes griegos que en el curso de los siglos, por su santidad y sus escritos, han asegurado a aquel rincón de desierto una gloria imperecedera.

Adornado de los más gloriosos calificativos: *lleno del espíritu de Dios, habitante de la Ciudad santa, la estrella del desierto, el patriarca de los monjes,* San Sabas ha sido siempre venerado en Palestina y especialmente por los monjes desde el mismo momento en que murió.

Su culto se difundió en todo el Oriente. Las influencias bizantinas explican que se encuentre su nombre en Italia del sur, ya en el siglo IX, sobre el calendario de mármol de Nápoles, y más tarde, hacia 1099-1105, en un breviario de Montecasino.

Probablemente fueron los monjes palestinos quienes, huyendo de la invasión árabe, fundaron en Roma, en el Aventino, la iglesia y el monasterio de San Sabas. Este monasterio griego fue muy celebrado en la antigüedad de la Urbe. Su iglesia pasó más tarde a los monjes cluniacenses, luego a los cistercienses, y posteriormente a otras congregaciones religiosas.

Sabas aparece por primera vez en el misal romano con la edición de San Pío V en 1570. Y, mientras que synaxarios orien-

tales le consagraban totalmente una larga reseña desde siempre, los martirilogios occidentales ignoraron a San Sabas hasta finales de la Edad Media.

Pero es Palestina, patria adoptiva de San Sabas, la que le guardó la memoria más fiel. Aunque poco devotos de los santos orientales, los Cruzados celebraban a San Sabas en las basílicas del Santo Sepulcro y en la del Templo (hoy mezquita de Omar); las órdenes religiosas nacidas de las cruzadas: hospitalarios, caballeros teutónicos, carmelitas, continuaron venerándolo aun después de la pérdida de Tierra Santa.

Sobre la segunda columna meridional de la nave, en la basílica de la Natividad en Belén, un artista del siglo XII pintó a San Sabas vestido con una túnica oscura y una capa amarilla, apoyándose en un cartel en el cual se lee este apotegma en griego: «Quien sea dueño de su vientre y de su lengua se salvará». Su nombre está escrito en griego y en latín, para que pueda ser invocado con el mismo fervor por los fieles de ambas Iglesias.

LUIS M. PÉREZ SUÁREZ, OSB

Bibliografía

BAUDOT, J. - CHAUSSIN, L., OSB, *Vie des saints et des bienheureux*... XII: *Décembre* (París 1956).

CROISSET, J., *Año cristiano o ejercicios devotos para todos los días del año. Diciembre* (Barcelona 1863) 87-93.

PÉREZ DE URBEL, J., *Año cristiano.* IV. *Octubre-Diciembre* (Madrid 1939) 404-407.

El santo de cada día. VI: *Noviembre-Diciembre* (Zaragoza 1955) 353-361.

BEATO NICOLÁS STENSEN

Obispo († 1686)

Niels (Nicolás) Stensen nació en Copenhague (Dinamarca) el 11 de enero de 1638 del actual calendario gregoriano (1 según el calendario juliano). Su padre, Peter, era pastor luterano, pero murió cuando Niels tenía solamente seis años y su educación —de adolescente enfermizo— incumbió a su madre, Ana, y a su padrastro Johann Stichmann. Nicolás fue educado en la fe cristiana dentro del luteranismo, que comenzó a practicar

con fe viva y con acorde comportamiento moral, aunque no tuvo vocación de pastor luterano como lo fue su padre.

De niño, desde los ocho años a los dieciséis, y todavía más de joven manifestó su vocación científica y universitaria. En la universidad danesa de Copenhague estudió lenguas, matemáticas y botánica y, entre 1656 y 1659, estudió en la misma universidad, así como en las de Ámsterdam y Leiden, anatomía y medicina. En ese año 1659, por causa de la guerra entre Dinamarca y Suecia tuvo que abandonar su patria y sus estudios viajando por Europa para conocer otras universidades, interesándose también por los problemas filosóficos. En un diario que él titulaba *Caos,* y que comenzaba «En el nombre de Jesús», escribió a sus 21 años:

> «Pecan contra la grandeza de Dios aquellos que no quieren estudiar directamente las obras de la naturaleza [...] de tal modo que se privan de la gozosa observación de las obras maravillosas de Dios».

A Stensen se debe el descubrimiento del «ductus salivalis» (llamado desde entonces en medicina con su propio apellido "conducto de Stenone"). En 1663 formuló la afirmación —comprobada por primera vez por él— de que el corazón es un músculo: «cor vere musculum esse», y esta investigación fue revolucionaria para la filosofía, que hasta entonces situaba en él la sede del espíritu vital.

El 4 de diciembre de 1664 la universidad de Leiden le confirió el título de Doctor en Medicina. Entre 1664 y 1666 viajó a Francia para proseguir sus investigaciones pero tuvo que volver a Dinamarca a la muerte de su madre y para resolver la herencia con su padrastro.

En 1666 viajó a la Toscana, invitado por el gran duque Fernando II, donde estudió cómo toda esa región estuvo sumergida en el mar. En Florencia, en el aula Medici, se dedicó a las ciencias de la naturaleza, especialmente a la geología, investigando los fósiles, dando así origen a la paleontología y, de modo muy original, relacionando ese estudio con el de la cristalografía geométrica. En estas ciencias aprendió a descubrir las huellas de Dios, pues decía que si «son bellas las cosas que se ven, más bellas son las que se conocen y todavía más bellas aquellas que no se pueden conocer».

«El 24 de junio de 1666 estaba en Livorno, era la fiesta del Corpus Christi y se celebraba la procesión eucarística, con largas filas de hombres con túnicas blancas y banderas, cantando, el palio llevado por autoridades. La gente se inclinaba al paso de la Custodia y los ojos ardían de amor fijándose en aquella Hostia mientras las cabezas se inclinaban en adoración. Desde muchos sitios llovían pétalos de flores. Un razonamiento se aferró a su mente: "O la Hostia es un simple trozo de pan y estos que le prestan tanto obsequio están locos, o ella contiene el verdadero Cuerpo de Cristo y, entonces, ¿por qué no la adoro también yo?"» (cf. R. Rigali, en *Niels Stensen).*

El 7 de noviembre del año siguiente, 1667, fue admitido en la Iglesia católica y se dedicó con todo empeño al estudio de la Teología, de la Sagrada Escritura y de los Padres de la Iglesia, también para responder a quien lo acusaba de traición hacia la confesión de fe en la que había sido educado desde niño. Entre 1672 y 1674 mantuvo un encargo docente en el «Theatrum Anathomicum» de Copenhague y mientras tanto acogió el deseo del rey Christian V de Dinamarca para ser «Médico anatómico real» pero, por causa de su conversión al catolicismo, no pudo desempeñar cargo público alguno. Por la misma causa y por el hostigamiento recibido de parte de algunos protestantes, en 1674 aceptó la invitación del gran duque de Florencia, Cósimo III, para encargarse de la educación del príncipe heredero de Florencia.

Ocho años después de su conversión y acogida en la Iglesia católica, habiendo estudiado teología y espiritualidad, en la Pascua de 1675, el 13 de abril recibió la ordenación sacerdotal en la catedral de Florencia, pues se había decidido a servir a Dios con toda perfección y, en esta misma diócesis, se estrenó en el ejercicio del ministerio presbiteral. No obstante viajaba con frecuencia hasta Livorno para atender a los fieles en el confesionario de la iglesia de San Sebastián y para predicar a los marineros extranjeros que arribaban al puerto de esa ciudad.

Con gran sorpresa para él, fue elegido —por el Beato papa Inocencio XI— vicario apostólico para las ciudades nórdicas de Europa (noroeste de Alemania, Dinamarca y Noruega) y, con sólo dos años de experiencia presbiteral, recibió la ordenación episcopal el 19 de septiembre de 1677, en Roma, como obispo titular de Titiopolis.

Comenzó su ministerio episcopal atendiendo a los pocos católicos dispersos por la diáspora de ese norte de Europa, desde su residencia en Hannover. Allí trató y conoció al famoso filósofo Leibniz quien, a pesar de las diferencias que mantenía con él sobre la unión de las iglesias divididas por las guerras de religión, reconocía a Stensen como hombre de gran piedad y doctrina. Después y desde el 7 de octubre de 1680 fue obispo auxiliar del obispo diocesano de Münster y Paderbon, Fernando de Fürstenberg, hasta su muerte en 1683. Al comprobar el nivel tan bajo de formación religiosa, la miseria social y el descuido de algunos clérigos preocupados más por hacer carrera que por hacer el bien, escribió un libro titulado *Deberes pastorales.*

Mostraba una gran afabilidad y caridad hacia todos, pero al mismo tiempo firmeza en la defensa de la verdad católica, de tal modo que el pueblo lo tenía por santo. Mantuvo un diálogo abierto con paciencia y firmeza para llevar a los no creyentes a la fe y para mostrar la verdad de la fe católica. Al no ver claro cómo se hizo la propuesta para el nombramiento de un obispo residencial en otra diócesis de Alemania, en septiembre de 1683 se fue desde Münster a vivir dos años a Hamburgo y, seguidamente, invitado por el duque de Schwerin, aceptó el encargo de constituir una comunidad católica con los pocos fieles que allí había, no teniéndose a menos por apacentar una pequeña grey, viviendo como un sacerdote más, dedicándose por completo a los otros, olvidándose de sí mismo y uniendo sus sufrimientos a los de Cristo en la cruz.

Enfermo de gravedad, murió en Schwerin el 5 de diciembre de 1686 (25 de noviembre según el calendario juliano), habiendo entregado cuanto tenía a los pobres y rezando: «Jesús, sé mi Jesús».

Su cuerpo fue enterrado en el templo evangélico luterano de Schwerin, pero, por intervención del gran duque Cósimo III de Toscana, su amigo y benefactor, en 1687 fue trasladado en barco desde Hamburgo a Livorno y a continuación a Florencia, donde todavía reposan sus reliquias en la cripta de la iglesia de San Lorenzo.

En sus cuarenta y ocho años de vida, le cupo escribir más de cuarenta libros, desde los primeros: *Disputatio physica de thermis,*

en 1660, y *De prima ductus salivalis exterioris inventione et bilsianis experimentis,* en 1661, hasta los últimos: *Parochorum hoc age,* en 1682, y *Antilogia contra Michaelis Siricii Ostensionem abominationum papatus idolatricarum,* en 1684. Unas obras tratan, pues, de observaciones e investigaciones médicas sobre: ojos y nariz, glándulas y sudor, corazón y venas, aurículas y ventrículos, pulmón y alvéolos, intestinos y músculos; de análisis sobre animales, anatomía de las aves, cigüeñas y ciervos, perros y conejos, insectos y peces; también de filosofía, como sobre el libre albedrío; otras sobre la Eucaristía, de apologética para demostrar la verdad de la fe católica, sobre la Escritura y los Santos Padres, la fe y la comunión eclesial. Han sido recopiladas en distintos tomos entre 1941 y 1947: sus obras espirituales y sermones, su obra filosófica, su obra teológica y sus cartas, y han sido reeditadas en distintas ocasiones, la última de 1989. Existe una amplísima bibliografía sobre él, como científico naturalista y teólogo pastor, y en relación a las distintas ciencias y escritos que cultivó.

Nicolás Stensen no sólo brilló por su ciencia sino también por su grandeza de alma, pues imitó al Buen Pastor tanto en diligencia como entrega al servicio del pueblo de Dios. Antes y después de su muerte ya era tenido como santo por muchos fieles católicos y por otros cristianos.

No se pudo iniciar la causa de canonización —debido a distintas y extrañas razones— hasta el siglo XX. En Osnabrük se comenzó el proceso ordinario, con procesos simultáneos en Paderbon y Copenhague y con un proceso rogatorial en Florencia, llegando la causa a Roma en 1964. El 12 de enero de 1984 fueron reconocidas sus virtudes heroicas. Se realizó en Florencia otro proceso canónico sobre una curación realizada por intercesión de Nicolás Stensen y el decreto sobre el milagro se dio en Roma el 12 de marzo de 1987. El papa Juan Pablo II estableció que se celebrara la beatificación el 23 de octubre de 1988 y así, a él solo en este mismo día, lo inscribió en el catálogo de los beatos durante la liturgia de beatificación celebrada en la Basílica de San Pedro.

JOAQUÍN MARTÍN ABAD

Bibliografía

ASCHOFF, H. G., «Stensen, Niels», en W. KASPER *et al.* (eds.), *Lexikon für Theologie und Kirche,* IX (Friburgo 2000) 957-958.

DAHM, C., «Stensen, Nils (latinisiert Steno, Nicolaus)», en *Biographisch-bibliographisches Kirchenlexikon,* X (Herzberg 1995) 1343-1349.

JUAN PABLO II, «Venerabili Servo Dei Nicolao Stenonis Beatorum honores decernuntur»: *AAS* 83 (1991) 551-553.

BEATO FELIPE RINALDI

Presbítero († 1931)

Interiormente testarudo: «Salesiano, sí; pero sacerdote, no».

Hasta que por puro afán de complacencia el insistente joven clérigo dio el brazo a torcer. Cedió.

Mudó de voluntad un tal Felipe Rinaldi Brezzi. Robusto pueblerino, muchachote bueno y ejemplar pero sin ideales de perfección.

Nacido en Lu de Monferrato, donde compartía aficiones campesinas familiares. Encumbrada geografía de viñedos. Y selecta cantera de vocaciones religiosas venida a menos cuando él —penúltimo de nueve hermanos, nacido el 28 de mayo de 1856— despertó a la realidad de la vida.

Todo por culpa del rabioso anticlericalismo de la época, menospreciando y desacreditando el estado sacerdotal y religioso, presente también en la antaño piadosa geografía.

Cristóbal y Antonia, sus progenitores, soñaron y pretendieron una educación esmerada para el niño, encargada a un maestro particular amigo. Cinco años contaba Felipe cuando conoció a Don Bosco. Quien se había presentado en el pueblo, abanderando una espesa chiquillada bulliciosa y alborotadora que, en la iglesia, se tornó silenciosa y orante. Con merecida admiración popular. La familia entró en contacto con el singular visitante.

Total que, rebasados los diez años, mandó al chaval al colegio que aquél había abierto en Borgo San Martino, aproximadamente a media docena de kilómetros de Lu. Asistente sólo una temporada. Pero tiempo suficiente para despertar especial atención en el naciente apóstol de la juventud abandonada.

Una atención circunstancial que derivaría en continuado y creciente interés, estirado a lo largo de la pubertad y de la iniciada juventud del ex alumno de Lu. No perdiendo y buscando ocasiones de coincidencia. Pues el flamante fundador de los salesianos esperaba mucho de él.

Siempre comentándole sobre ideales grandes. Siempre insinuándole el camino del altar. Correspondiendo el muchacho con evasivas y escudándose en su no boyante salud.

Tajante un día Don Bosco ante las cefalalgias y los problemas oculares invocados: «Tus males de cabeza desaparecerán. Y, en cuanto a la vista, tendrás siempre la suficiente para desempeñar tus cargos». Sí. Aunque acabaría perdiendo el ojo derecho.

En resumidas cuentas que Don Bosco ganó la batalla. Cuerpo a cuerpo, a solas con el veinteañero Rinaldi, con ocasión de un intencionado desvío a Lu.

En versión manuscrita del conquistado:

> «Era el 22 de noviembre de 1876; don Bosco respondió a todas mis objeciones. Poco a poco me iba ganando. Desprendido de mi mismo, yo ya no tenía dificultades que superar. Mis padres me dejaban libertad en la elección de carrera. Y mi elección caía naturalmente en don Bosco. Don Bosco me había ganado con los atractivos de su infinita bondad».

La decisión nacería de un nuevo contacto personal. Ahora en Borgo San Martino, adonde la amistad y el atractivo del presbítero fundador salesiano le habían empujado.

Con el consecuente ingreso en la casa de formación acelerada para *Hijos de María,* o vocaciones tardías, que Don Bosco había abierto en Sampierdarena, una población pegada a Génova.

Dejaría constancia en sus memorias escritas:

> «Le di la espalda a este mundo que me había robado los mejores años de mi vida. ¡Que el Señor y María Santísima me concedan el no abusar de la Gracia, después de haberla resistido tanto! ¡Sí, oh Madre mía, antes morir que dejar de corresponder a mi vocación! Haz que con mi fidelidad presente y futura repare el pasado».

Manos a la obra...

Total que su aplicación intensa al estudio y su brillantez académica, más sus notables cualidades morales, le hicieron mere-

cedor de aprecio y de prestigio. Estima singular de los formadores y ascendiente extraordinario entre los condiscípulos.

Y ya, tras el verano del siguiente año, el noviciado. De la Riviera al interior. A San Benigno Canavese, cercano a Turín, donde personalmente Don Bosco le vistió la sotana en fecha 20 de octubre de 1878.

También distinguido. Ahora con responsabilidades varias: asistente general de los connovicios, maestro de canto y profesor de latín. Y rápida su ascensión al altar. Presbítero, el 23 de diciembre de 1882, celebrando su primera misa en la intimidad del noviciado el día de Navidad. La segunda fue en la parroquia natal, acompañado por Don Bosco.

Ya salesiano y sacerdote, siguió en San Benigno hasta que, nueve meses más tarde, la obediencia le plantó en Mathi Torinese. Al frente de la nueva fundación, nacida e instalada provisionalmente en un inmueble rural, pendiente de su traslado —al otro año— al hermoso edificio *San Giovanni* de Turín.

Don Ripaldi tiene veintisiete años y es un hombre juicioso, prudente, dinámico, buen músico y qué sé cuántas cualidades más. Muy humilde él, objeta al vicario general, don Rua: «Vea, Padre, que seré el hombre de sus desilusiones, no el de sus esperanzas». Réplica del ordenante: «No soy yo quien te ha nombrado; es Dios quien te manda».

Doce meses en el campo prodigándose en el aula y en la predicación parroquial; atento a la administración doméstica, precisamente no sobrada de medios; acudiendo a Turín en busca de material y para visitar al fundador; cultivando el espíritu de familia, sembrando alegría. Y todo un quinquenio, en la capital del Piamonte, ilusionado en la formación de apóstoles y misioneros. A la sombra de Don Bosco, con quien tratará familiarmente hasta que la muerte, en enero de 1888, deje huérfanos a los salesianos.

Saldrá de *San Giovanni* en 1888 rumbo a Barcelona para cargar con la máxima responsabilidad en los jóvenes talleres de Sarriá, oficialmente puestos en marcha por el propio Don Bosco en la primavera de 1886. Viajará tras los meses de verano en el Valle de Aosta, al tiempo que cuidaba las vacaciones de los clérigos salesianos, estudiando en profundidad el español.

¡Menuda papeleta la de Sarriá! Mascarón de proa en la Península Ibérica. Con misión de trampolín para la irradiación salesiana en España y Portugal. Pero una realidad lamentablemente problemática.

En comunicación epistolar del flamante director en fechas inmediatas a su incorporación, 26 de octubre:

> «La disciplina deja bastante que desear, los talleres tienen poquísimo trabajo y así los aprendices no están suficientemente ocupados ni es graduado su aprendizaje; habiendo pocos maestros de arte los sacerdotes y clérigos tienen que suplirlos, lo que, unido a sus ya múltiples ocupaciones ordinarias, acaba por agobiarlos».

En definitiva, cierto malestar interno con irradiación en el descenso del alumnado y en la pérdida de bienhechores. Sumándose a tales deficiencias la imposible contratación de profesorado competente y la reparación y ampliación de las instalaciones, como había dispuesto don Bosco en su histórica estancia en la ciudad y de acuerdo con las aspiraciones barcelonesas.

Fue el escenario del aterrizaje español del nuevo director de Sarriá. Iniciando andadura fiel a un triple propósito previo:

> «1.°, examinaré bien la Casa: los tallares, las clases, los patios y los recreos, la iglesia, los corredores, procurando conocer bien las usanzas. 2.°, interrogaré con precaución a todos los Hermanos: sacerdotes, coadjutores, clérigos, aspirantes, personal seglar. 3.°, daré una conferencia».

Cumplió. Sembró autoridad amable, sin sombra de paternalismo, y se ganó al personal de la casa. Se dirá de él que «sentía más afecto de padre que autoridad de superior». Y siempre con los brazos abiertos a un progreso insaciable, generoso en las facilidades para la óptima formación del profesorado.

Puertas afuera, desbordando atenciones y simpatía, recuperó colaboraciones y aun consiguió bienhechores nuevos. Ganándole simpatías y abriéndole corazones el empeño en hacerse español con los españoles. Hasta el extremo de lanzarse pronto, desde el púlpito, en los idiomas de Cervantes y de Verdaguer. Entusiasta del *Don Quijote,* lectura obligada en sus viajes, que le «enseñaba mucha filosofía práctica y, sobre todo, el arte de comprender y tratar a los hombres y de gobernar a los súbditos que Dios le daba». Son sus palabras.

Hermanos, profesores y alumnos, todos le querían. Paso a la referencia testimonial:

> «En octubre de 1889 ingresaba yo, niño de doce años, en las Escuelas Salesianas de Sarriá. [...] La que ahora es una de las más grandes y mejores Casas Salesianas del mundo, laboratorio fecundo de realizaciones culturales y verdadera Universidad del obrero, contaba poco más de un lustro de vida, pero su joven organismo delataba ya una robusta complexión de gigante.
>
> Cuatro años estuve allí, bajo la dirección inmediata de don Felipe Rinaldi, que además era mi confesor, y yo sólo puedo decir de él que a todos nos tenía embelesados
>
> Aquella alegría inalterable y serena [...] aquella suavidad de modos [...] aquella paternidad profunda y difusa [...] aquella mirada suya, tan suya, de sugestión irresistible [...] aquella palabra cálida [...] aquel espíritu, en fin, tan humano y comprensivo [...]
>
> No es extraño, pues, que nosotros, los pequeños, le amáramos con delirio».

Y vinieron los primeros estallidos vocacionales.

Sarriá irradiaba en España. Doquier llovían deseos fundacionales. Es cuando Rinaldi escribe a Turín:

> «Yo no sabía que España fuese tan amante de los salesianos. En todas partes nos quieren, en todas las ciudades nos ofrecen casas».

Todo porque despertaban admiración la realidad del alumnado, de los artesanos y de los talleres profesionales de Sarriá. Su oratorio festivo, su noviciado, las obras de apostolado agrupadas en torno a la iglesia de María Auxiliadora, el entusiasmo de sus cooperadores, el prestigio del centro docente

De resultas nace la inspectoría o provincia salesiana de España, convirtiéndose Don Felipe Rinaldi, en 1892, en su primer titular. Su oración de circunstancias, reflejada en el diario personal: «¡Oh Madre de Jesús y mía! [...] Hacedme prudente, paciente, caritativo para resolver los asuntos con destreza y espíritu salesiano».

Seguirán nueve fecundos años en los que viajará a lo largo y a lo ancho de la Península, despertando vocaciones; proyectando, creando, estimulando, aconsejando... Excelente organizador y administrador. Por ejemplo, prudente ante una programada clausura escolar: «Cerrar no cuesta nada, pero cuesta mucho reabrir». A la inversa, reflexionando sobre un proyecto de

obras: «Ojo a los gastos. Los albañiles son los mejores demoledores de nuestras casas».

Y siempre humilde, supliendo personalmente donde fuere menester. Como cuando, ya revestidos los ministros para una misa solemne, sustituye al subdiácono que no llega y ayuda en la celebración.

Rigurosamente fiel al programa de su andadura provincial:

> «Seré padre, evitaré las palabras autoritarias y los modales menos finos; cuando vengan a hablarme no dejaré ver nunca cansancio ni prisa, proveeré a sus necesidades».

Una andadura eficaz. Los hechos cantan.

Es la multiplicación del doble grupito de heroicos salesianos en España hasta llenar una veintena de casas, mayoritariamente de nativos. En Cataluña, Andalucía, Galicia, Vascongadas, Castilla, Levante, Madrid y Baleares. Y un par de fundaciones en geografía portuguesa. Y la expansión de las Hijas de María Auxiliadora, la rama femenina salesiana, entonces también bajo jurisdicción del provincial.

Más la ilusión en marcha del templo votivo expiatorio del Tibidabo, coronando Barcelona. «Ninguna obra de la España salesiana —se ha escrito— tomó tan a pecho, ninguna recomendó con mayor insistencia» como director de Sarriá, como inspector y como superior general.

Presidiría la colocación de la primera piedra, en fecha 28 de diciembre de 1902, cuando ya llevaba casi dos años de prefecto —colaborador inmediato de la primera autoridad de la congregación salesiana— y administrador central. Una doble misión que había de desempeñar durante cuatro décadas, combinando funciones administrativas, ideales apostólicos y aficiones artísticas. Ministerialmente en el púlpito, en el confesonario, en los hospitales, en las aulas; protagonizando una intensa pastoral juvenil, masculina y femenina. Burocráticamente atendiendo a directores y prefectos, siempre con problemas y pedigüeños. Imperturbablemente sereno, tranquilo, amable. Y comprensivo, paternal, caritativo.

Su secretario, ponderado y maduro, recordará:

> «Le repugnaba condenar. Hallaba siempre atenuante [...] Con las cartas desmedidas o groseras, callando nombres me las leía y

me leía también el guión para que extendiera la respuesta. Recibida ésta la guardaba en una gaveta y dos o tres días después la releía; si estaba libre de todo asomo de pasión la firmaba; si no, la retocaba hasta quitarle todo lo que tuviera sombra de ella y, casi siempre, aún añadía alguna palabrita que pudiera causar efecto agradable, expresiones no sólo calmas sino cordiales.

Desde el despacho igualmente, administrando carencias... pero con plena confianza en el Padre bueno que cuida los pájaros y las flores del campo.

Y mudanza administrativa. Salto a más. A la rectoría o máxima responsabilidad en la dirección de la familia salesiana. Tercero —desde el 4 de abril de 1922— en la sucesión al fundador. Inevitables las comparaciones testimoniales de la época:

— «El Rector Mayor es [...] un verdadero Don Bosco IV, como lo llamamos desde que fue elegido. Yo, que lo escucho, lo veo, lo estudio todos los días, estoy íntimamente convencido de que es precisamente el que necesitaba la Congregación».

— «La paternidad de Don Bosco, la observancia de Don Rua y la piedad de Don Albera».

— «De Don Bosco le falta a Don Rinaldi sólo la voz; todo lo demás lo tiene».

Típica de su rectoría será la preferente atención al mundo misionero y a los centros de formación salesiana y la encarnación en alma propia de la espiritualidad del fundador.

Una vocación evangelizadora, ardiente ya en los años mozos de Felipe. Particularmente influyente en el seguimiento de Don Bosco. Por quien precisamente se decidió compensado, en parte, con la promesa de que cuidaría la formación y el envío de legiones de predicadores de la fe.

No tenía espíritu viajero ni le agradaban el tren y la navegación. Pero la responsabilidad le empujaba, sumando visitas y visitas. Eran presencias activas; tomando parte en las fiestas, imponiendo hábitos, recibiendo profesiones, atendiendo a religiosos, profesores, bienhechores y antiguos alumnos, relacionándose con las autoridades. Con mayor frecuencia en Italia, pero también en Polonia, Austria, Hungría, Alemania, Francia y España. En España donde, en 1926, constató la realidad de 42 casas masculinas y 16 femeninas.

Presencias predicando en la educación la necesaria «presencia de Dios en nosotros, recordado, invocado, amado»; una pie-

dad abierta y alegre; la libertad de espíritu, «ese sentido exquisito de la libertad familiar que permite adaptarse en cualquier momento a las circunstancias».

Insistiendo de palabra y por escrito que, en la formación cristiana de la juventud, el salesiano ha de ser «elemento de vanguardia». Igualmente insistente en la fidelidad a la «aplicación del sistema preventivo [...] consistente no sólo en no pegar ni maltratar, sino en una cosa sencillísima: vivir con los niños», convirtiendo, como se ha escrito, el patio de recreo en aula.

Presencias, finalmente, paseando su ideal: encarnar el espíritu de Don Bosco. (Léase: «la actividad incansable, santificada por la oración y la unión con Dios [...] que debe ser la características de los hijos de San Juan Bosco [...] desarrollada en un ambiente de familia».) Fiel copia del fundador:

> «Emuló sus virtudes y sus características espirituales —elogiará Juan Pablo II en la homilía de la misa de beatificación— hasta el punto de que lo llamaron su "imagen viviente"».

Un espíritu, a partir de comienzos de 1928, en un estuche corporal gastado.

Bromas de un corazón traicionero que, inicialmente, le obligaron a unas semanas de reposo absoluto. Pero que, repitiéndose, inquietaron seriamente a los médicos. Él, consciente de su apurada salud, disimulaba. Aunque, serenamente, consciente de la gravedad, pues en la intimidad se confiaba: «Me vuelvo viejo y debo olvidarme de la tierra». Pero atento al timón de la rectoría.

Seriamente preocupado en los escasos días del mes de agosto, apartado de Turín, disfrutando de obligado descanso en la tranquilidad agreste de Monte Oliveto, «porque no podía seguir tan de cerca la marcha de la Congregación».

Escribe a su vicario:

> «Hay varias cosas que me preocupan [...] Es lo cierto que siento la necesidad de seguir nuestras cosas, aun teniendo en ti plena confianza y grande gratitud por todo lo que haces».

Regresó a la capital.

Y, pese a la prescripción médica, aún se desplazó a Valsácile y viajó a Niza para saludar y platicar a los inspectores y directo-

res ejercitantes. Pero reconociéndose muy limitado, con una naturaleza muy castigada.

No en vano abrillantan su rectorado un cuarto de millón de fundaciones y más de cuatro mil salesianos nuevos, la expansión misionera de la congregación, la difusión cultural y caritativa a través de los multiplicados oratorios festivos, la promoción de la prensa católica, la edición de revistas y textos escolares, el proyecto de una productora cinematográfica educativa infantil que la guerra europea abortó. Y un auténtico etcétera...

Todo 1929 de mal en peor. Alarma médica, con la prohibición de escribir, leer y salir a la calle. En 1930, aún alternando trabajo y descansos, el corazón seguía en rebeldía. Ya las escaleras le plantaban cara. Es que no podía con ellas. La vida se le escapaba. Aunque aún aguantaría meses. Hasta casi muy adelantado otoño del año siguiente. Entonces sería el derrumbamiento...

La renuncia del rector Felipe Rinaldi. Una renuncia que no pasaría de mero trámite porque el protagonista de la implantación salesiana en España habría de morir agarrado al timón. Coronando noviembre de 1931 hubo una traidora mejoría notable en la apurada salud del enfermo. Quien reconocía: «Con un secretario a cada lado y tantos timbres de alerta me marcharé sin que vosotros os deis cuenta».

Y así sería. Diciembre entró pintando pésimamente el inmediato futuro del anciano religioso, que había perdido sueño y apetito. Conoció que era motivo inquietante y, en consecuencia, de no pocas oraciones. Por lo que exteriorizó: «Muy bien; ya que no sirvo para trabajar, sirvo para hacer rezar».

Ya no se movía de la cama. El día 5 comulgó temprano y, a eso de las 8, sintiéndose con ánimos, quiso levantarse para oír misa. Y tras la Eucaristía el médico le vio tan diferente que, felicitándole, le animó: «A este paso pronto podrá celebrar y hasta hacer un viajecito en tren».

Al poco rato sorprendió sentado en su despacho, en actitud aparentemente orante; entornados los ojos, la cabeza ligeramente inclinada hacia la derecha, la frente tibiamente pálida. Realmente se había ido calladamente...

En sangre caliente su pérdida, estalló la glorificación humana. Cabe el cuerpo presente. Pues las exequias más que funeral, se ha dicho, parecían una apoteosis.

Y cabe la tumba, asombrados los guardianes del cementerio ante la despertada perenne primavera de visitas.

Subrayado el aplauso de los hombres con la exaltación canónica del 9 de abril de 1990.

La Iglesia venera en la basílica del Sagrado Corazón, en el viejo corazón de Roma, al hijo espiritual de Don Bosco que, «consciente de la importancia de los laicos —palabras también del Papa beatificante— cuidó su organización y su formación espiritual, siguiendo criterios modernos [...] al servicio de la educación cristiana de los jóvenes y de las clases populares.

JACINTO PERAIRE FERRER

Bibliografía

ALBERDI, R., *Don Felip Rinaldi* (Barcelona 1990).
CERIA, E., *Il servo di Dio Sac. Filippo Rinaldi* (Turín 1951).
Dizionari biográfico dei salesiani (Roma 1969).
FIERRO R., *El siervo de Dios Don Felipe Rinaldi* (Madrid 1961).
VIRGANÓ, E., *Beato Felipe Rinaldi. Genuino testigo e intérprete del espíritu salesiano* (Madrid 1990).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTA CRISPINA
Mártir († 304)

A comienzos de diciembre del año 304, en plena persecución de Diocleciano, fue martirizada en Theveste, hoy Tabessa, África, Santa Crispina, madre de familia, cuyo martirio se hizo famoso y del que hace mención frecuente San Agustín, que llega a preguntarse: «¿Quién hay, hermanos, en África que la desconozca?» *(Enarraciones sobre los salmos,* 120,13). San Agustín la califica de «mujer rica y delicada, clarísima, de noble familia y abundante riqueza» (ibíd.). Recibió el martirio con alegría —agrega el Santo Doctor— así cuando la detuvieron como cuando fue llevada al juez, cuando fue metida en la cárcel, cuan-

do la presentaron atada ante el tribunal, cuando la hicieron subir al estrado, cuando se escucharon sus palabras y cuando fue finalmente condenada. Sus hijos intentaron que renegase para no perderla y llegaron a calificar de crueldad su fidelidad al evangelio, pero ella —como manda el evangelio— se arrancó de ellos para poner por encima de todo a Jesucristo. Se conservan sus actas, cuya veracidad está generalmente reconocida, y que señalan la fecha de su martirio el 5 de diciembre del 304.

Crispina comparece ante el procónsul Anulino que le intima la orden imperial de sacrificar a los dioses romanos. Ella respondió que jamás había sacrificado ni pensaba sacrificar sino al Dios vivo y verdadero y a Jesucristo su Hijo. Insistió el procónsul pero ella volvió a decir lo mismo. La amenazó con cortarle la cabeza si no obedecía, pero ella respondió que en habiendo violencia ya no hay devoción. Insistió el procónsul en que sacrificara de manera voluntaria, pero ella volvió a negarse. Volvió a amenazar el magistrado y ella le dijo que sus palabras no le daban miedo, porque si le hiciera caso perdería la salvación. Ella insistió en la vanidad de los dioses. Indicó ella estar dispuesta a padecer todos los tormentos pero que no sacrificaría a los dioses. Dijo el procónsul que iba a mandar que le raparan la cabeza para que así se afeara totalmente pero ella no hizo caso alguno de la amenaza. Insistió el procónsul en que iba a decapitarla y ella respondió: «Si tanta dicha lograre, yo daré gracias a mi Dios. Lo que deseo es perder mi cabeza por mi Dios, pues a tus vanísimos ídolos, mudos y sordos, yo no sacrifico». El procónsul alegó que Crispina se había obstinado en no querer sacrificar a los dioses conforme al mandato de los augustos y por tanto que fuera pasada por la espada. La mártir respondió: «Bendigo a Dios, que así se ha dignado librarme de tus manos. Gracias a Dios». Se signó ella en la frente y el verdugo cumplió su cometido degollándola. De esta forma su hermosa alma entró en el reino de los cielos. En Theveste hubo una grande basílica dedicada a su memoria y donde estuvo su sepulcro.

SAN GERALDO DE BRAGA
Obispo († 1109)

Tras la conquista de Toledo el 26 de mayo de 1085, el rey Alfonso VI por influencia de su esposa trajo monjes franceses que sentó en las sedes episcopales del reino empezando por la propia de Toledo, en la que se sentó Bernardo. Y fue éste el que trajo de Francia a Geraldo, abad benedictino del monasterio de Moissac, el cual se encargó de enseñar el canto según el rito romano a los clérigos de la Iglesia de Toledo. Y cuando vacó la sede de Braga —no estaba aún constituido el reino de Portugal— Alfonso VI presentó a Geraldo, que fue elegido por el clero y el pueblo bracarense y confirmado por Bernardo como metropolitano. Intentó ser un buen obispo. Visitó la diócesis, impulsó la reforma de las costumbres, empezando por el clero, y portándose en definitiva como un prelado típico de la reforma gregoriana. Consiguió que sus ideas cundiesen entre sus diocesanos y su clero. Rodeado de fieles seguidores murió en Bornos el 5 de diciembre de 1109. Tuvo culto muy pronto en su sede pero no ha sido hasta ahora cuando ha incorporado su memoria el *Martirologio romano.*

BEATO BARTOLOMÉ FANTI
Presbítero († 1495)

Se saben pocos datos de la familia e infancia de Bartolomé Fanti, nacido en Mantua hacia 1443 y que con 17 años ingresa en la Orden del Carmen, en el convento carmelitano de Mantua, centro de la congregación reformada carmelita llamada mantuana. Ordenado sacerdote se dedicó a la predicación con gran fruto, siendo su gran empeño llevar a los fieles al amor y devoción a la Eucaristía y asimismo a la Virgen María. Pero su gran obra, a la que se dedicó durante cuarenta años, fue la Compañía del Carmen, una asociación seglar que vivía del espíritu del Carmelo y que acredita a Bartolomé como un gran pilar del Carmelo seglar. Él le dio su regla a la Compañía en doce capítulos breves y claros, totalmente insertos en la mejor tradición de la espiritualidad carmelitana. Parece que, contra lo dicho an-

teriormente, nunca fue maestro de novicios. Se decía que hacía milagros con el aceite de la lámpara del sagrario. Murió en Mantua el 5 de diciembre de 1495. Sus reliquias reposan en la catedral de Mantua. Su culto fue confirmado por el papa San Pío X el 18 de marzo de 1909.

SAN JUAN ALMOND

Presbítero y mártir († 1612)

Había nacido en Allerton, en el Lancashire, y fue a la escuela en Much Woolton. Siendo joven marchó a Irlanda donde estuvo varios años hasta que, decidida su vocación sacerdotal, marchó a Reims para ingresar en el Colegio Inglés. Luego pasó a la misma institución de Roma y defendió sus tesis en el Colegio Romano con general aplauso. Estaba presente el cardenal Baronio, quien, pensando en la probabilidad de que aquel joven muriera mártir, lo llamó y le besó la tonsura, anticipo de otra corona, la del martirio. Se ordenó sacerdote en 1598 y a los cuatro años volvió a Inglaterra donde pudo trabajar con enorme dedicación y celo durante diez años, enseñando la fe católica y defendiéndola frente a los malentendidos y calumnias de que era objeto. Animó a muchísimos católicos a ser fieles a la fe y atrajo a numerosos no católicos a la Iglesia. El gobierno inglés supo de sus actividades y dio orden a sus espías para que lo buscaran con empeño.

Arrestado en marzo de 1612, fue llevado a Newgate cargado de cadenas y fue encerrado en un calabozo oscuro donde lo tuvieron 24 horas sin comer ni beber. Tuvo que discutir con varios ministros protestantes a los que redujo a silencio. Finalmente debió comparecer ante el obispo protestante de Londres, John King. Se le pidió que prestara un juramento en el que se negaba la autoridad del Papa, pero él rehusó alegando que su sumisión al rey estaba dentro de su sumisión a la ley de Dios. Condenado a muerte. Fue llevado a ejecución en Londres el 5 de diciembre de 1612. Le preguntaron que cómo siendo sacerdote se negaba a obedecer al rey. Y él dijo que la ley de Cristo estaba por encima de la autoridad del rey, y que como Cristo había dicho aquello de ir y predicar al mundo entero, había que

ir a la India o a Turquía aunque lo prohibieran las leyes de esos países, porque la ley de Cristo está por encima. Murió diciendo que su muerte era la puerta de la vida. Pronunció el nombre de Jesús y fue ahorcado, destripado y descuartizado.

Fue canonizado el 25 de octubre de 1970 por el papa Pablo VI.

BEATO NARCISO PUTZ

Presbítero y mártir († 1942)

Nace este sacerdote polaco en Sieraków el 28 de octubre de 1877. Hace sus estudios en el seminario de Poznan y se ordena sacerdote el año 1902. Vicario de Boruszyn y luego mansionario de Szamotuly, en 1913 es encargado de la parroquia de Wronki y en 1915 es trasladado a Madre, posteriormente a la parroquia del Corazón de Jesús, de Bydoszcz, y en 1925 pasa a la parroquia de San Adalberto, de Poznan. Para premiar sus muchos trabajos pastorales el cardenal Hlond lo designa canónigo honorario de la catedral (1937). Tras ser declarada la guerra mundial, es arrestado y detenido en la cárcel de Poznan en septiembre de 1939, pasando luego al campo de concentración de Dachau y luego al de Gusen, volviendo a Dachau en 1940. Las durísimas condiciones del campo minaron su salud y murió agotado de trabajos y penalidades el 5 de diciembre de 1942. Fue beatificado el 13 de junio de 1999 por el papa Juan Pablo II.

6 de diciembre

A) MARTIROLOGIO

1. San Nicolás de Bari († s. IV), obispo de Mira en Licia **.
2. En Roma, la conmemoración de Santa Asela († ca. 385), virgen.
3. En África, la conmemoración de Santa Dionisia, su hijo Mayórico y otros muchos mártires en la persecución bajo el rey Hunerico († 484) *.
4. En Brescia (Lombardía), San Obicio († 1204), penitente *.

5. En Granada, Beato Pedro Pascual († 1300), obispo de Jaén y mártir, de la Orden de la Merced **.
6. En Hai Duong (Tonquín), San José Nguyen Duy Khang († 1861), catequista y mártir *.
7. En el Picadero de Paterna (Valencia), Beata Luisa María Frías Cañizares († 1936), virgen y mártir *.

B) Biografías extensas

SAN NICOLÁS DE BARI

Obispo († s. IV)

San Nicolás de Bari vivió, según cálculos aproximados, desde el año 280 al 345. Se sabe de cierto que hacia la época del concilio de Nicea (325) era obispo de Mira, diócesis del Asia Menor. Es probable, aunque no está probado, que asistiera al concilio. Murió en la capital de su diócesis y fue sepultado en la catedral. En el año 1087 sus restos fueron trasladados a Bari, en Italia.

Si tuviéramos que atenernos a lo históricamente demostrado, podríamos terminar aquí. Pero hay un gran hecho histórico que no se puede desconocer: la devoción a San Nicolás de Bari, intensa y extensa. Podríamos decir que, si los milagros abundantísimos que se atribuyen a San Nicolás no están probados, sí lo está el milagro patente de que sea el Santo de iconografía más numerosa, de tal modo que las imágenes de San Nicolás sólo ceden en número a las de la Santísima Virgen. Los marineros del Mediterráneo oriental le veneran como patrono. Los niños de muchos países esperan de él los juguetes. Y Nicolás quiere decir en griego «vencedor de pueblos». Si no tenemos una biografía suya hasta cinco siglos después de su muerte (847), y en ella hay más devoción entusiasta que documentación histórica, poseemos una tradición ininterrumpida que nos autoriza a trazar aquí la biografía popular entrañable del santo de Mira y de Bari.

En este relato tradicional puede efectuarse una discriminación que separe lo probable o admisible de lo improbable y absurdo. Que sus padres se llamaron Epifanio y Juana se puede admitir. Es pura leyenda que se tratase de un matrimonio estéril

al que un ángel se apareció anunciándoles el nacimiento de un hijo llamado a la santidad. Se quiere que esta vocación fuese tan fuerte que el recién nacido se apartaba del pecho nutricio los días de ayuno. La imaginación popular se ha recreado con esta imagen y la misma actitud ha sido atribuida a otros santos.

Temprana y ejemplar devoción juvenil, encendida caridad, que se manifiesta desde la infancia. ¿Por qué no? Que su caridad moviese a Dios a un gran milagro en plena juventud de Nicolás y en la ciudad de Pátara, donde se afirma que nació, ya pertenece a una leyenda piadosa un poco excesiva. Al dirigirse Nicolás al templo, según esta leyenda, una pobre paralítica le pidió limosna. Pero el santo había repartido ya todo lo que llevaba, y entonces, elevando los ojos al cielo y orando internamente con brevedad, dijo a la paralítica: «En el nombre de Jesús, levántate y anda». Y al momento recobró la pobre mujer el uso de sus miembros paralizados.

De los hechos de la vida del santo, el más difundido y el más generalmente aceptado por doquiera no es milagroso de suyo, aunque sí muestra de generosa y encendida caridad. Había en Pátara, según se dice, un hombre rico venido a menos que tenía tres hijas muy hermosas a las que no podía casar por falta de dote. Y el hombre fue tan ruin que maquinó el prostituir a sus bellas hijas para obtener dinero. Súpolo Nicolás —no es necesario admitir que por especial revelación divina, como quieren algunos— y, deslizándose en el silencio de la noche hasta la casa donde habitaban el padre y las hijas, arrojó por la ventana de la alcoba del hombre una bolsa de oro. Se retiró sin ser oído. Al día siguiente el hombre, con enorme regocijo, abandonó su criminal idea y destinó aquel oro a dotar a una de las muchachas, que inmediatamente se casó. El santo, al advertir el excelente fruto conseguido, repitió su excursión nocturna y dejó otra bolsa. Y ésta fue la dote de la segunda de las jóvenes. Nicolás repitió el donativo la vez tercera, pero en esta ocasión fue sorprendido por el padre, arrepentido ya de sus malos pensamientos, que se explayó en manifestaciones de gratitud y de piedad. Por él se supo lo ocurrido y que había sido Nicolás el generoso donante. Como la tradición quiere que las tres veces que el santo dejó la bolsa ocurriera el hecho en lunes, en esto se funda la devoción de los tres lunes de San Nicolás.

Se afirma que el santo perdió a sus padres siendo aún muy joven y que, sintiendo vivamente la vocación sacerdotal, se acogió al amparo de un tío suyo, que le precedió en la silla episcopal de Mira. Este último detalle no puede darse como cierto. Ni tampoco que, una vez sacerdote, se le confiase la abadía del monasterio de Sión. Y en cuanto a la peregrinación a Tierra Santa, que efectuó poco después, parece que existe una confusión entre San Nicolás de Bari y otro Nicolás, también obispo, que rigió la diócesis de Pinara en el siglo VI. En los primeros textos biográficos de los siglos IX y X, los dos obispos del mismo nombre aparecen confundidos, pero la moderna investigación ha puesto de relieve la existencia del segundo, que había sido negada.

Sobre la designación de San Nicolás para la silla episcopal de Mira, hecho histórico indudable, flota también una admisible leyenda piadosa. Se afirma que, no llegando a un acuerdo los electores, un anciano obispo, sin duda por inspiración divina, propuso que se designara al primer sacerdote que entrase en el templo a la siguiente mañana. Este sacerdote fue San Nicolás, que tenía costumbre de celebrar muy a primera hora. Pareció con esto que el dedo de Dios lo señalaba, y fue electo y consagrado obispo de Mira, sede que ocupó hasta su muerte.

La ceremonia de la consagración se completa con un nuevo milagro sumamente dudoso, pero que citamos porque en él se funda la devoción de los que consideran a San Nicolás como abogado especial para casos de incendio. Quiere la tradición que, hallándose el nuevo obispo vestido de pontifical, penetrase en el templo una infeliz mujer que llevaba en brazos a un niño muerto abrasado. Lo depositó sin decir palabra a los pies del obispo, el cual oró brevemente, obteniendo del poder de Dios que el pobre niño volviese a la vida.

¿Fue martirizado San Nicolás durante la persecución del 319? ¿Estuvo en el concilio de Nicea? He aquí dos cuestiones dudosas históricamente, aunque en el terreno tradicional y devoto se contestan en sentido afirmativo. Se asegura que el obispo de Mira fue encarcelado por Licinio y sometido a tortura en la prisión, de lo que le quedaron cicatrices gloriosas, que mostró después en Nicea y que besó Constantino en la recepción final a los obispos concurrentes.

Pero no es nada seguro que San Nicolás estuviese en Nicea. Si, por una parte, nos sentimos inclinados a admitir que estuvo por la sencilla razón de que acudieron allí más de 300 obispos y se cuentan de fijo entre ellos casi todos los del Asia Menor, por otra hay que reconocer que, si estuvo, no se distinguió ni singularizó en nada, ni figura en la larga lista de prelados a los que se confió la difusión de los acuerdos del concilio. No hay que decir que es un puro absurdo la anécdota de San Nicolás en Nicea, dándole un bofetón a Arrio. Lo probable es tal vez que, siendo la diócesis de Mira la menos contaminada por el arrianismo, San Nicolás, por esa razón o la que fuese, no acudió a Nicea.

Lo cual no impide que, en su viaje de ida al concilio, se sitúe el menos admisible y más burdamente popular de sus milagros, que debemos referir a pesar de todo, porque es la leyenda que mas influencia ha ejercido sobre la iconografía de San Nicolás. En la mayoría de las estampas e imágenes aparece San Nicolás al lado de una especie de cubo, del cual salen tres niños en ademán de orar y dar las gracias. Esto alude a una conseja atroz, a la que no se concede el menor crédito histórico. Pretende que, yendo San Nicolás camino de Nicea para asistir al concilio acompañado de Eudemo, obispo de Pátara, y tres sacerdotes más, se detuvieron al caer de la tarde en un mesón o ventorro donde determinaron pasar la noche. Al servirles la cena el ventero puso sobre la mesa una fuente llena de tasajos, al parecer de atún en escabeche. Dispúsose San Nicolás a echar la bendición, y en el mismo instante se le reveló que aquellos tasajos no eran de otra cosa que de carne humana. El ventero era un asesino que, de vez en cuando, mataba a un huésped y salaba la carne, que ofrecía después a otros. Las últimas víctimas habían sido tres adolescentes, que yacían ahora —si a eso puede llamarse yacer— despedazados en una cuba, San Nicolás acusó al ventero de su horrendo crimen y, como el mal hombre lo quiso negar, el santo conminó a todos a que le acompañasen a la bodega o despensa, donde, puesto en oración frente a una cuba, salieron de ella los tres muchachos vivos, que dieron gracias al santo por su intercesión.

Registrado este milagro apócrifo para explicar al lector el sentido de la más acostumbrada representación de San Nicolás, nos queda por decir que el obispo vivió santamente hasta los

sesenta y cinco años de edad y que se da como fecha de su muerte el 6 de diciembre del 345. Enterrado en la iglesia de Mira permaneció el cuerpo de San Nicolás por espacio de setecientos cuarenta y dos años, hasta que, habiendo pasado la ciudad y todo aquel territorio a manos de los sarracenos, cundió en las poderosas ciudades italianas, donde la devoción al santo era muy viva, el propósito de realizar una expedición para el rescate de sus restos mortales. Donde más intensamente arraigó el propósito fue en Venecia y en Bari. Los de está última ciudad dieron cima a la empresa utilizando un barco que en apariencia iba a llevar trigo a Antioquía. Lograron apoderarse de la venerada reliquia y desembarcar con ella en Bari el 9 de mayo de 1087. Allí reposan desde entonces los restos del santo, que por eso es llamado de Bari, y la ciudad es centro de peregrinaciones de devotos de todas partes. Es santo patrono de Rusia, cuyo último zar llevó su nombre y donde la Iglesia cismática celebra la fiesta de la traslación de San Nicolás. El número de rusos que afluían a Bari antes del comunismo era tal, que hubo en la ciudad italiana una hospedería y un hospital moscovitas.

San Nicolás es patrono de marinos y navegantes, porque se cuenta que en una ocasión aquietó las olas enfurecidas, salvando un barco próximo a zozobrar. Y es él, bajo su propio nombre en países católicos, y como la mítica figura de Santa Claus (Saint Nicholas —Sint Klaeg— Santa Claus) entre protestantes, quien trae juguetes a los niños. Ha resultado, en verdad, «vencedor de pueblos» por la universalidad de la devoción que inspira.

NICOLÁS GONZÁLEZ RUIZ

Bibliografía

Analecta Bollandiana 1 (1932) 178-181; 12 (1893) 459.

ANRICH, G., *Hagios Nikolaos. Der heilige Nikolaos in der griechischen Kirche,* 2 vols. (Leipzig 1917).

BEATILLO, A., SI, *Historia della vita, miracoli, traslatione e gloria dell' illustrissimo confessor di Christo San Nicolò il Magno, arcivescovo di Mira, patrono e protettore della città di Bari, composta dal Padre Antonio Beatillo* (Palermo [5]1672).

Bibliotheca hagiographica graeca (Bruselas [3]1957) 1347-1364.

GAETA, S., *Nicolo de Bari, vescovo di Mira* (Nápoles 1904).

MEISEN, K., *Nikolauskult und Nikolausbrauch im Abendland. Eine kulturgeographisch-volkskundliche Untersuchung* (Düsseldorf 1931).

TILLEMONT, L. S. de, *Mémoires pour servir à l'histoire ecclésiastique des six premiers siècles...,* VI (Venecia 1699) 688-691; 823-825.

BEATO PEDRO PASCUAL
Obispo († 1300)

Poco después de fundar San Pedro Nolasco la Orden de Nuestra Señora de la Merced para la redención de cautivos, nace Pedro Nicolás Pascual hacia el año 1225 —o tal vez algo más tarde—, de una distinguida y cristiana familia de Valencia, ciudad que sólo en 1238 había de arrebatar al Islam el rey Jaime I de Aragón. Allí debió de cursar sus primeros estudios, iniciando luego la carrera eclesiástica con tal aprovechamiento que, no obstante su corta edad, el mismo rey de Aragón, a petición del prelado de Valencia, le otorgó una canonjía en dicha catedral; por estas fechas era ya clérigo, aunque no sacerdote.

Hacia 1241, y por consejo de San Padro Nolasco, enviáronle sus padres a la Universidad de París, donde permaneció hasta 1249, año en que alcanzó el grado de doctor en Sagrada Teología y recibió el sacerdocio. Tras un rápido viaje a Roma para recibir la bendición de Inocencio IV, regresó de nuevo a España —donde habían muerto ya sus padres— con el decidido propósito de ingresar en la Orden de la Merced. Efectivamente, el 6 de diciembre de 1250, y en el mismo convento de Valencia donde un año antes había tomado el hábito, recibía su profesión fray Arnaldo de Carcasona, sobrino de San Pedro Nolasco. Inmediatamente fue llamado a Barcelona por el santo fundador para enseñar allí filosofía y teología, a más de consagrarse a la predicación. Pero su mayor anhelo era trabajar en la redención de cautivos, y con este fin, tras recoger abundantes limosnas en Cataluña y Aragón, pasó al reino moro de Granada y allí dio principio a su caritativo ministerio.

Sólo de pasada hemos de recordar aquí la viva polémica, por largo tiempo mantenida, respecto a su profesión religiosa, pues mientras algunos sostenían que había sido sacerdote secular, los trinitarios, alegando documentos, negaban que hubiera ingresado en la Orden de la Merced y pretendían contarlo entre los suyos; sin embargo, esta cuestión puede considerarse hoy como definitivamente resuelta a favor de los mercedarios, dadas las múltiples fundadas razones en que se apoya su derecho.

Morando en Zaragoza el año 1253, fue nombrado por Jaime I preceptor de su hijo el infante don Sancho, el cual, tras ha-

ber iniciado la carrera eclesiástica, ingresaba poco después en la Orlen de la Merced. Designado años más tarde arzobispo de Toledo, don Sancho tomó por consejero a su antiguo maestro, razón por la que algunos biógrafos incluso llegaron a creer que Pedro Pascual había sido obispo titular de Granada y auxiliar de Toledo. Muerto don Sancho a manos de los moros en 1275, nuestro futuro obispo de Jaén se consagró de manera primordial a la propagación de su Orden, al rescate de cautivos y a la predicación, recorriendo durante varios años las tierras del sur de la Península, rescatadas años antes del poder musulmán.

Partiendo luego de Toledo, se dirige al reino de Valencia, pasa por Cataluña y atraviesa Francia, hasta llegar a Orvieto, donde a la sazón se encontraba el papa Nicolás IV, con quien debió de tratar sobre nuevas fundaciones de su Orden. Tras unos meses de estancia en Roma emprende de nuevo el regreso a España, pero se detiene en París, tal vez atraído por la controversia inmaculista, que entonces se iniciaba entre los doctores de la Sorbona. Al parecer, defendió también públicamente la doctrina afirmativa y popularizó sus argumentos.

En 1294 se retira a un monasterio de la archidiócesis de Braga llamado de Trasmiras —acaso San Miguel de Trasmiras, hoy en la diócesis de Orense—, donde, a petición del propio arzobispo, es preconizado abad. Mas a principios de 1296 aparece nuevamente en Roma, siendo nombrado obispo de Jaén por el papa Bonifacio VIII, en cuyas manos habían renunciado sus pretendidos derechos los dos candidatos que se disputaban aquella, don Juan Miguel, deán del Cabildo, y Fortunato García. El nuevo obispo de Jaén fue consagrado el 20 de febrero de 1296 por el cardenal franciscano Mateo de Aquasparta, obispo suburbicario de Porto. En el mes de noviembre de dicho año tomó sesión de la diócesis, ocupándose ante todo en reorganizar su administración y gobierno, sensiblemente perturbados por la anterior vacante de siete años y las frecuentes incursiones de los moros granadinos. Por esta razón el mismo papa Bonifacio VIII le había otorgado la facultad de retener por tres años la abadía de San Miguel de Trasmiras, a fin de atender con sus rentas las necesidades más urgentes de la diócesis jiennense.

Cuando llevaba poco más de un año al frente de su grey, y mientras giraba visita pastoral, fue hecho prisionero por los

moros de Granada, que le sorprendieron no lejos de Jaén en septiembre de 1278. Llevado a la capital del reino nazarí, allí pudo disfrutar de una cierta libertad, por cuanto el rey Muhammad II, que le consideró como cautivo suyo desde el primer momento, esperaba alcanzar una crecida suma por su futuro rescate: celebraba los divinos oficios, escribía en su prisión, enseñaba el catecismo a los niños, discurría por la ciudad, disputaba con los doctores musulmanes y predicaba la divina palabra, no sólo en privado, sino a veces también en público. En la diócesis de Jaén, hondamente afligida por la pérdida de tan santo pastor, hízose una colecta para obtener su rescate; mas el venerable prelado gastó la cantidad reunida en libertar a muchos niños y mujeres jóvenes que se hallaban en peligro inminente de perder la fe.

Para consolar a sus compañeros de cautiverio, sostener su fe y apartarlos de funestas lecturas, escribió mucho San Pedro Pascual durante esta última etapa de su vida. Entre sus tratados, de los que muchos no han llegado a nosotros, podemos destacar los siguientes: *Libro de leyendas religiosas,* colección de nueve narraciones basadas en algún hecho de la Sagrada Escritura o en tradiciones populares; el *Libro de Gamaliel,* que trata de la pasión y muerte del Salvador; la *Biblia pequeña,* título popular y tradicional con que es designada una especie de apología del cristianismo contra los judíos; tres opúsculos en los que se explican, respectivamente, el padrenuestro, los diez mandamientos del decálogo y el credo, y la *Historia e impugnación de la secta de Mahoma en defensa de la ley evangélica de Cristo.*

La obra últimamente aludida, encaminada a refutar los errores del Islam, y de la que se hicieron muchas copias, excitó de tal modo el furor de los alfaquíes y aun del populacho, que Muhammad II, no obstante las fundadas esperanzas de satisfacer su codicia, pudo aplazar con dificultad, y sólo por breve tiempo, el fatal desenlace. Mientras tanto, el 29 de enero de 1300, el papa Bonifacio VIII firmaba cinco cartas a favor de la diócesis de Jaén. De las dos primeras, en una confirmaba los nombramientos hechos por el obispo cautivo, y en la otra nombraba administrador; en las tres restantes se refería concretamente al rescate del prelado, dando instrucciones a los dos arce-

dianos y al cabildo y haciendo vivas recomendaciones en tal sentido a los obispos de España.

Por fin Muhammad II se vio obligado a ceder ante las insistentes demandas del populacho y mandó encerrar al venerable anciano en una torre solitaria, situada en la colina que después de la Reconquista recibió el nombre de cerro de los mártires. Allí fue decapitado el 6 de diciembre del año 1300. Por temor a que les sobreviniesen desgracias, los musulmanes entregaron sin dificultad sus reliquias —provisionalmente sepultadas por los cristianos— a los enviados de Jaén y Baeza, que las habían solicitado. Se refiere que, habiéndose originado entre éstos una viva discusión sobre cuál de las dos ciudades había de guardar dichas reliquias, fueron colocadas sobre una mula ciega, que se encaminó instintivamente hacia Baeza, en cuya catedral recibieron honrosa sepultura.

El obispo de Jaén fue venerado como un santo desde que se divulgó la noticia de su martirio, y en el siglo XVII los religiosos de su Orden lograron el reconocimiento oficial de su culto, cuyo proceso inició en 1645 el cardenal don Baltasar Moscoso y Sandoval, obispo de Jaén, dictando sentencia favorable el 31 de marzo de 1655, sentencia aprobada definitivamente por el Sumo Pontífice Clemente X en agosto de 1670. Desde esta fecha hasta 1679 menudearon los breves de la Santa Sede en favor del mártir de Granada, primero aprobando muchos de sus escritos y luego concediendo sucesivamente su oficio y misa a la Orden de la Merced, a las diócesis de Toledo, Granada, Jaén y Valencia y, por fin, a todos los reinos de España, hasta su definitiva canonización.

DARÍO CABANELAS, OFM

Bibliografía

ANENTO, B., *Vita sancti Petri Paschasii episcopi et martyris* (Madrid 1676).

ARMENGOL VALENZUELA, P., *Vida de San Pedro Pascual, religioso de la Merced, obispo de Jaén y mártir glorioso de Cristo* (Roma 1901).

— ed., *Obras de San Pedro Pascual,* 4 vols. (Roma 1906-1908).

BEREGO, J. B., *Resumen de la vida del glorioso mártir San Pedro Pascual de Valencia* (Valencia 1704).

CECILIO, P., *Vida y martirio de San Pedro Pascual de Valencia* (Granada 1629).

COLOMBO, F., *Resumen de la vida del glorioso mártir San Pedro Pascual de Valencia* (Madrid 1676).

VILLEGAS PARDO, J., *Del sexto obispo de Jaén don Pedro el mártir* (vida compuesta en 1600), en M. XIMENA JURADO, *Cronología de los obispos de las ocho diócesis antiguas del reino de Jaén* (Madrid 1652).
• Actualización:
Apertura de las conmemoraciones del III centenario de la canonización de San Pedro Pascual (Valencia 1972).
VII centenario del martirio de San Pedro Pascual (Valencia 2000).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTOS DIONISIA, MAYORICO, LEONCIA, BONIFACIO SIBIDENSE, SERVIO, VICTRIZ, EMILIO, TERCIO

Mártires († 484)

El *Martirologio romano* conmemora hoy el martirio en África de un grupo de cristianos que dieron la vida por la fe católica el año 484 bajo el reinado del rey vándalo Hunerico. Entre ellos estuvo Dionisia, una dama noble y hermosa, y su hijo el adolescente Mayorico, que naturalmente temía los tormentos pero que, alentado por su madre, mostró por fin mayor valor que ninguno. También fue martirizada su hermana Dativa, así como Leoncia, hija de Germán, obispo de Perada, el médico Emilio, Tercio, Bonifacio Sibidense, Servio y Victriz. De sus triunfos da cuenta el historiador Víctor de Vita.

SAN OBICIO

Penitente († 1204)

Nacido en Niardo en mitad del siglo XII, contrajo matrimonio en su juventud y se dedicó a la vida militar, participando en las muchas luchas que hubo en la Italia de su tiempo. En una batalla en las inmediaciones del río Oglio estuvo a punto de perder la vida, y quedó muy impresionado ante la perspectiva de la muerte. Examinando su conciencia, vio que estaba en pecado mortal y que en caso de morir habría ido al infierno. Sintiéndose tocado por la gracia de Dios, abandonó el ejército, dejó todos sus bienes a su mujer y a sus cuatro hijos y tras peregrinar a algunos santuarios se hizo oblato benedictino y llevó

vida de penitente estando al servicio de las monjas de Santa Julia en Brescia. En 1202 hizo una visita a su familia pero luego regresó a Brescia y cuando su hija Berta supo que estaba enfermo acudió a atenderlo. Acudieron también sus otros familiares y en su compañía falleció santamente el 6 de diciembre de 1204. Dejó fama de santo y tuvo culto popular que fue confirmado por el papa León XIII el 23 de julio de 1900. Sus reliquias reposan en la parroquia de Niardo.

SAN JOSÉ NGUYEN DUY KHANG

Mártir († 1861)

Nace en Macao el año 1832 en el seno de una familia china, que era cristiana según parece. Pero se cría en Tra-Vi, en la provincia vietnamita de Nam-Dinh. Hubo de encargarse de su educación su madre, persona esforzada e inteligente, porque de niño se quedó sin padre. Tenía ya los estudios primarios cuando en 1845 entró como criado del sacerdote nativo P. Nang, a cuyo lado continuó los estudios y al que ayudaba en los actos litúrgicos. Era un chico alegre y simpático, pero algo débil y se dejó llevar al juego y a la bebida. Tenía 24 años cuando pasó a Dung-Xuyen con objeto de estudiar latín; mejoró mucho de conducta, superó sus debilidades y ello le granjeó que San Jerónimo Hermosilla, vicario apostólico, lo hiciera su asistente personal. Pasado un tiempo va al colegio de latinidad de Mot y vuelve a sus antiguos vicios. Reflexiona, sin embargo, y se aparta definitivamente de ellos. Cuando esta buena conducta se consolida, es aceptado en la Orden Tercera de Santo Domingo y vuelve a llamarlo como asistente suyo San Jerónimo Hermosilla. Desde entonces unió su suerte a la del obispo. Vivía en unas barcas junto con el citado San Jerónimo, con San Valentín Berrio-Ochoa y San Pedro Almató. Pero una imprudencia hizo que fueran delatados y acudieran soldados a arrestarlos. José defendió como pudo a su obispo pero fue inútil toda resistencia. Iban a arrestar sólo al obispo pero José insistió en que lo arrestaran con él. Llevados a Hai-Duong, se negaron a pisar la cruz, y José, separado del obispo, fue trasladado a la cárcel de Truong-Kham. Llevado ante el tribunal y apaleado contestó

dando sus datos personales y negándose en absoluto a la apostasía. Perseveró en la cárcel con paciencia y mansedumbre hasta que fue ejecutado el 6 de diciembre de 1861 por decapitación.

Fue canonizado el 19 de junio de 1988 por el papa Juan Pablo II junto con los 117 mártires de Vietnam, muertos por la fe entre los años 1745-1862, que habían sido beatificados a lo largo del siglo XX.

BEATA LUISA MARÍA FRÍAS CAÑIZARES

Virgen y mártir († 1936)

Nace en Valencia el 20 de junio de 1896 en el seno de una cristiana familia que le proporciona una esmerada educación religiosa. Estudia en la Universidad de Valencia la carrera de Filosofía y Letras en la sección Historia. Y como estudiante da un alto ejemplo de convicciones cristianas, siendo una de las fundadoras de la rama universitaria de la Acción Católica. Terminada la carrera, fue catedrática auxiliar en la Facultad de Filosofía y Letras y, en un ambiente hostil, dio un testimonio ferviente de adhesión a Cristo. Activa militante de Acción Católica en la parroquia de Santo Tomás, se ocupaba también con mucha caridad de los pobres. Peregrinó a Lourdes, Roma y Tierra Santa. Llegada la revolución de julio de 1936, también para ella llegó la hora del martirio. Fue detenida el 24 de noviembre, llevada a un centro anarquista y obligada a desnudarse para hacerle un registro, recibiendo insultos y malos tratos. Llevada a una checa, consoló y animó a sus compañeros con una gran presencia de espíritu. La trasladaron al Picadero de Paterna con intención de fusilarla pero quisieron lograr de ella que apostatara. Ella contestó dando vivas a Cristo Rey. Entonces le sacaron los ojos, le cortaron la lengua y luego la fusilaron. Era el 6 de diciembre de 1936. Sus sagradas reliquias reposan en la parroquia de Santo Tomás, de Valencia.

Fue beatificada el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

7 de diciembre

A) MARTIROLOGIO

1. La memoria de San Ambrosio († 397), obispo de Milán y doctor de la Iglesia, que comenzó tal día como hoy su ministerio como pastor de dicha Iglesia **.
2. En Espoleto (Umbría), San Sabino († 300), tenido por obispo y mártir.
3. En Siria, San Atenodoro († 304), mártir.
4. En Teano (Campania), San Urbano († s. IV), obispo.
5. En Palestina, San Juan el Silenciario o Hesycaste († 558), que, dejada la dignidad episcopal de Colonia en Armenia, fue monje en la Laura de San Sabas *.
6. En Brige (Faremoutiers), territorio de Meaux (Galia), Santa Fara o Burgundofara († 657), abadesa benedictina *.
7. En Notario (Canadá), San Carlos Garnier († 1649), presbítero, de la Compañía de Jesús, mártir *.
8. En Savona (Italia), Santa María Josefa (Benita) Rossello († 1880), virgen, fundadora del Instituto de Hijas de Nuestra Señora de la Misericordia **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN AMBROSIO DE MILÁN

Obispo y Doctor de la Iglesia († 397)

Con el triunfo de Constantino sobre Majencio y el subsiguiente edicto promulgado el 313 en Milán, los dos grandes poderes del Imperio y de la Iglesia se hermanan en un abrazo de exterior solidaridad; con la elevación de Ambrosio al episcopado de aquella misma sede el 374 se realiza la fusión vital de la sangre añeja del espíritu romano y la sangre renovadora de los principios sobrenaturales del cristianismo. La Providencia preparó admirablemente los caminos.

Hijo de un magistrado romano del mismo nombre, a quien Constantino confiara la prefectura de las Galias, Ambrosio se habituó a contemplar en el espejo de su padre la seriedad de vida, el amor a la justicia, el espíritu de organización y demás virtudes del antiguo patriciado romano. Sobre este terreno tan

bien dispuesto vino la formación en la capital del Imperio, adonde, muerto su padre cuando él contaba catorce años, hubo de trasladarse, abandonando Tréveris, su ciudad natal, en compañía de su madre y su hermano Sátiro. El estudio de la elocuencia en los oradores que habían forjado los grandes días de la República y del Imperio, la familiaridad con los poetas griegos y latinos, intérpretes de sus glorias, y el aprendizaje del derecho, médula espinal de la grandeza de Roma, convirtieron a Ambrosio en un perfecto símbolo de las antiguas tradiciones patrias.

Dentro de este espíritu iba infiltrándose un ambiente sinceramente religioso. Su padre se había convertido al cristianismo en los tiempos duros de la persecución y su familia había sido bautizada con la sangre martirial de Santa Sotera, muerta por la castidad y la fe. Un cuadro plástico del fervor cristiano de la familia nos lo ofrece el grupo de aquellos tres hermanos, tan unidos por un tierno amor, que formaron el hogar del prefecto de las Galias: la primogénita, Santa Marcelina, que voló muy pronto a la sombra del papa Liberio para consagrar a Dios su virginidad; Sátiro, el segundo vástago de la familia, acreedor también al culto de los altares y fiel cooperador en los trabajos del tercero y menor de los hermanos, San Ambrosio el obispo.

Muy pronto se fijó en este último, distinguiéndole con una predilección particular el prepotente Probo, hombre de confianza del emperador Valentiniano I, encargado de la administración de Italia y sincero cristiano en su profesión y sus obras. Le agregó, pues, a la prefectura del pretorio, y en 372, cuando Ambrosio contaba algo más de treinta años, obtuvo para él el cargo de gobernador de las provincias de Liguria y Emilia, cuya capital se hallaba en Milán, despidiéndole con esta consigna de insospechado vaticinio: «Ve, hijo mío, y condúcete no como juez, sino como obispo». Ambrosio no olvidó esta lección, que le granjeó el cariño de todos sus súbditos.

Era entonces Milán la segunda ciudad del Imperio, sede ordinaria de los emperadores cristianos, en la que, por lo mismo, fermentaban las intrigas políticas y repercutían con tanta mayor violencia las amenazas de los pueblos bárbaros cuanto más próximas se hallaban sus fronteras. Últimamente la intranquilidad

se había acentuado con la división religiosa provocada por el obispo Auxencio, de ideas arrianas más o menos solapadas. Dos años llevaba Ambrosio al frente de su prefectura cuando murió el heresiarca. Se reunieron los obispos vecinos en una de las basílicas de Milán para elegir sustituto, y, mientras se prolongaba dificultosamente la deliberación, el pueblo, reunido en las naves del templo, fue gradualmente inquietándose con presagios de lucha amenazadora entre los dos partidos católico y arriano. El prefecto, avisado del peligro, se trasladó a la basílica y dirigió la palabra a la muchedumbre, exhortándola a esperar tranquila la decisión de los electores, cuando de repente, en un momento de pausa, rasgó el silencio del templo la voz vibrante de un niño que clamó por tres veces: «¡Ambrosio, obispo! ¡Ambrosio, obispo! ¡Ambrosio, obispo!» Al primer estupor siguió inmediatamente el entusiasmo general de la muchedumbre, que, como un eco fue repitiendo aquel grito hasta decidir en este sentido la elección. Es la tradición recogida por Paulino, secretario del nuevo obispo y que en todo caso representaba un símbolo grato de aquella realidad.

Nadie quedó más sorprendido que el mismo Ambrosio, quien jamás había pensado en la carrera eclesiástica y que, por otra parte, siguiendo la censurable costumbre de aquellos tiempos, aún no había recibido el bautismo, esperando obtener por su medio a la hora de la muerte un perdón general de sus pecados. Expuso, pues, su situación de no bautizado, recordó la prohibición eclesiástica de elevar a la dignidad sacerdotal a un neófito, adujo las incompatibilidades jurídicas de su cargo y hasta llegó a fingir acciones menos rectas para alejar de sí semejante nombramiento. Todo resultó inútil y al fin se sometió a los planes de la Providencia, que había hablado por la voz de un niño inocente. Recibido el bautismo, fue a los ocho días consagrado obispo de Milán, el 7 de diciembre del 374, en cuya fecha aniversaria celebra la Iglesia su fiesta litúrgica. A partir de aquel punto se entregó de lleno a las solicitudes del cargo pastoral y bien de la Iglesia, por cuyo esplendor había de trabajar durante veintitrés años de episcopado. Sin embargo, a pesar de su alejamiento voluntario de la corte, la divina Providencia le había constituido, en cierto modo, ángel custodio del trono imperial,

al que aguardaban años tan azarosos. Ángel de la guarda fue para con el emperador Graciano, jovencito de dieciséis años cuando subió al trono, dotado de buenos sentimientos religiosos, pero inexperto e indeciso, y de quien hizo con sus consejos y su dirección un hombre de carácter maduro, que, después de haber dado al Imperio leyes de firmeza y ejemplaridad cristianas, moría asesinado sin doblegarse ante la insurrección. Durante los años de su reinado, Ambrosio entraba en su palacio con plena libertad y a cualquier hora para interceder por los necesitados y perseguidos, fueran cristianos o paganos.

Al subir al trono Valentiniano II, de sólo doce años de edad, todo parecía augurar años difíciles a San Ambrosio, ya que en torno al joven augusto, bajo la tutela de su madre Justina, simpatizante con el arrianismo, se había constituido un foco de oculta hostilidad contra la persona del obispo milanés. Por eso fue más espectacular el gesto de aquella matrona artera y política cuando llevó a su hijo a presencia de Ambrosio, poniéndolo bajo su protección y rogándole que llevase una embajada de paz al general Máximo, proclamado emperador por las legiones de Bretaña. Se trataba de defender a un huérfano y a una viuda, hasta ayer en relaciones nada amistosas, y el obispo no dudó en trasladarse a las Galias para salvar al príncipe. La posterior conducta de Justina no respondió a aquel acto de generosidad; pero años más tarde, muerta ya la madre intrigante, el joven emperador terminó por arrojarse en brazos de Ambrosio, cuyos consejos solicitó de continuo, a cuya dirección entregó el alma de sus hermanas Justa y Grata y cuyo nombre invocó con ansia los últimos días de su vida en las Galias, cuando entrevió levantarse sobre su pecho el puñal del asesino.

Más varoniles fueron las relaciones de amistad entre el obispo de Milán y el emperador Teodosio, basadas en una perfecta compenetración de principios religiosos, que no impidieron, sin embargo, al primero reprender los desaciertos del segundo

Todo este influjo de San Ambrosio sobre la autoridad suprema fue constantemente enderezado a los tres grandes fines que llevaba en el corazón: la destrucción del paganismo, la extirpación de la herejía y la purificación del pecado en la Iglesia.

Porque es cierto que las instituciones y cultos paganos seguían dominando aún en gran parte de la aristocracia romana y

el Senado. Un día se despertaron aterrados los círculos políticos de Roma ante el estampido de una orden imperial que ordenaba retirar del Senado la imagen de la diosa de la Victoria, aquella imagen que había presidido las deliberaciones cruciales del Estado, tan fecundas en triunfos incontrastables. Era un golpe certero asestado contra el corazón del paganismo oficial, pero al mismo tiempo representaba una herida en las más gloriosas tradiciones ancestrales. La emoción cundió entre el pueblo y la irritación entre los senadores paganos, que enviaron una comisión a Milán para entrevistarse con el emperador. Las puertas de palacio permanecieron cerradas a sus aldabonazos, y poco después se les respondía con otro decreto suprimiendo las subvenciones para el mantenimiento del altar de la Victoria, de los sacerdotes consagrados a su culto y de las vestales, custodias venerandas de la Urbe. A través de la firma imperial todos vieron el pulso firme del obispo milanés.

De nuevo, en tiempos de Valentiniano y Justina, el prefecto de Roma, Símaco, en un elocuente discurso que ha pasado a la historia como pieza de verdadero mérito oratorio, expuso ante el Consejo imperial las conveniencias de restablecer la estatua de la diosa con sus sacerdotes y vestales. Ambrosio, advertido del asunto, escribió una réplica tan llena de nervio y vigor, que el joven Valentiniano resolvió tajantemente el asunto. Una vez más había triunfado el santo obispo. La futura tentativa del paganizante emperador Eugenio estaba ya de antemano condenada al fracaso. El paganismo había expirado oficialmente.

Más ardua fue la lucha contra el arrianismo. Ambrosio decidió asestarle un golpe en su centro neurálgico de Sirmio, donde florecía a favor del grupo hostil a Graciano, reunido allí en torno a Justina. Había que consagrar un nuevo obispo católico, y el de Milán se presentó allí para realizar la ceremonia y hacer sentir su influjo. Una muchedumbre con aires de motín le recibió entre gritos y amenazas, hasta el punto que, al subir a la cátedra que le estaba reservada, una mujerzuela le agarró del manto para impedir que se sentase. «No me toquéis —le dijo con tono de majestuosa autoridad—. Soy sacerdote, aunque indigno, y no podéis poner vuestra mano en un ministro del Señor. Temed no os castigue Dios con alguna desgracia». El pueblo quedó domi-

nado por tanta dignidad y la ceremonia terminó sin incidentes. A los pocos días aquella pobre mujer era víctima de grave enfermedad; todos vieron en ello la mano de Dios y la paz quedó restaurada. Bajo esta impresión convocó Ambrosio un concilio en Aquilea que destituyó a los obispos arrianos aún existentes, y por el momento la herejía languideció.

Sin embargo, le quedaban aún por reñir en este punto las batallas más violentas. Ya en el trono Valentiniano II, por instigación de los grupos recalcitrantes, y bajo el influjo de su madre, Justina, ordenó al obispo de Milán que entregase a los arrianos una de sus principales basílicas. Ante su negativa fue llamado a palacio al consistorio imperial. «Ni yo tengo poder para entregárosla ni vos potestad para tomarla», dijo al emperador en su presencia. La disputa se encendió mientras la multitud, noticiosa del peligro de su iglesia y su pastor, clamaba amenazadora en la calle, hasta que el mismo Ambrosio, a ruegos de la alarmada Justina, calmó con sus palabras la irritación popular: «Que no se vierta una sola gota de sangre en nombre de la Iglesia —rogaba a Dios el santo—, y, si alguna hubiese de correr, que sea más bien la mía.»

La dignidad del obispo había triunfado sobre la del césar. Justina no lo olvidó, y al año siguiente un decreto imperial sellado con graves sanciones jurídicas daba libertad de reunión a los arrianos. Se trataba, en realidad, de intimidar a Ambrosio para que entregase sus basílicas al obispo hereje Auxencio. El Santo no se dio por aludido y la corte no osaba pasar adelante, hasta que cierto día de Cuaresma, mientras celebraba el obispo, rodearon las tropas imperiales una de las basílicas esperando la salida de los fieles para ocuparla. Ni el pastor ni sus ovejas consintieron en ceder, y durante varios días quedaron sitiados por las fuerzas militares, sin querer abandonar el lugar santo. Fue entonces cuando Ambrosio, para mantener tenso el espíritu de los cristianos allí voluntariamente encerrados, organizó cantos en coros alternos de salmos e himnos compuestos por él mismo, introduciendo de este modo en Occidente una costumbre que dura hasta nuestros días en el rezo del oficio divino. En la última alocución a los fieles allí presentes les declaró con firmeza: «Rindo mis homenajes de respeto al emperador, pero no

cedo ante él. El emperador está en la Iglesia y no sobre la Iglesia». La corte hubo de capitular, temiendo daños mayores. El arrianismo había recibido su golpe de gracia.

No menos firme se mostró ante el crimen y los escándalos, aun cuando éstos viniesen del emperador Teodosio. Dos veces juzgó deber enfrentarse con él y no vaciló. El año 388 ciertos monjes de Oriente, respondiendo a las violencias de los arrianos, habían incendiado algunos edificios de éstos, entre los que había quedado destruida una sinagoga hebrea. Teodosio, obsesionado por la tranquilidad pública y la justicia, ordenó al obispo de aquella región que la reconstruyese a su propia costa. Inmediatamente recibía una carta del prelado milanés reprochándole aquella decisión inmotivada e impía. Manda suavizarla, pero sin dar satisfacción completa al obispo, quien, en una homilía ante el pueblo de Milán y en presencia del mismo emperador, hace alusiones claras a su proceder condenable. Teodosio se excusa recordando las mitigaciones ordenadas, «No basta —responde el santo—, obra de suerte que pueda ofrecer el sacrificio por ti, con plena seguridad de conciencia». Tras un diálogo público entre ambos representantes de la Iglesia y del Estado, Teodosio promete la entera revocación de la orden. «Celebraré confiado en tu palabra», dice Ambrosio. «Tú la tienes», responde el emperador.

Han transcurrido dos años desde este suceso cuando se promueve en Tesalónica una revuelta popular contra el césar por haber condenado, aunque justamente, a uno de los ídolos del circo. Teodosio monta en cólera y ordena en castigo una matanza general durante una de las fiestas en el mismo circo. Trata Ambrosio de hacer revocar la orden; el emperador se resiste y cuando, al fin, promulga un decreto en contra, varios miles de inocentes han sido ya asesinados. Le exhorta inmediatamente el obispo a hacer penitencia de su pecado, como la había hecho David: caso de no aceptar la penitencia pública, como público fue su crimen, se verá privado de los sacramentos y le será cerrada la puerta de la iglesia. El emperador se somete, aun cuando no sin violenta lucha interior, y cuando, en las fiestas de Navidad, es admitido de nuevo a los oficios sagrados, se le ve presentarse sin las insignias de su poder, como un pecador pú-

blico que con gemidos y lágrimas implora la absolución de su delito antes de ocupar su puesto entre los fieles. El Imperio ha doblado oficialmente su rodilla ante la Iglesia. Más tarde confesará el emperador: «No conozco sino a Ambrosio, que me ha hecho ver qué es un obispo».

Y, sin embargo, su figura no es la de un obispo áulico. Las puertas de su morada permanecen siempre abiertas para ofrecer paso, sin previo aviso, a cualquier creyente o pagano sin distinción. Una clientela incesante de pobres, afligidos o necesitados de consejo asedian su casa, y a nadie niega su ayuda, ya se trate de un desgraciado indeseable, ya de un genio en fermentación religiosa como Agustín. Sus arcas se vacían en favor de los pobres, y, cuando no dan abasto, los vasos de oro y otros metales preciosos son vendidos sin titubeos.

Nada tiene, pues, de extraño que no pueda salir de casa sin que una muchedumbre agradecida y admiradora de sus virtudes le rodee, formando en torno suyo un séquito de veneración y cariño dispuesto a mezclar su sangre con la de su obispo en los momentos de peligro frente a las injusticias de Valentiniano. Bien persuadido de ello está el mismo emperador cuando, a las insinuaciones de ciertos cortesanos para que actúe contra el Santo apoyado en sus tropas, responde: «Bastaría que Ambrosio levantase un dedo para que vosotros mismos me entregaseis a sus plantas atado de pies y manos».

Y lo más sorprendente es que, en medio de tantos afanes y negocios, tuviera todavía tiempo para pronunciar, a veces diariamente, aquellas admirables homilías, origen de sus numerosos tratados exegéticos, que le ocasionaron frecuentes consultas escriturísticas por parte de sus contemporáneos. Conocía muy bien los resortes de la elocuencia clásica, como lo mostró en su refutación a Símaco, y dominaba las galas del estilo, como aparece en sus descripciones martiriales de Santa Inés y San Juan Bautista, dignas de cualquier antología; pero, por lo común, su oratoria era sencilla, pletórica, eso sí, de luz e impregnada de tal suavidad de lenguaje que penetraba hasta lo más profundo del alma, según había de atestiguar el más eximio de sus oyentes: Agustín de Tagaste.

Pero su genio resalta, ante todo, en la unión de dos extremos opuestos, felizmente hermanados en su ascética: el sentido

práctico de la vida ordinaria y la sublimación de los más altos ideales divinos. Su sentido práctico de moralista recto, a la vez, y comprensivo fue herencia de su espíritu romano, así como su principal tratado en este sector, *De las obligaciones de los clérigos,* fue una transcripción al cristianismo de la obra homónima de Cicerón. Las virtudes cardinales, el deber cimentado en el cumplimiento de la voluntad divina, las modalidades de ciertas virtudes, como la pudicicia, y la exposición de los consejos evangélicos adquieren en su pluma una completa nitidez de perfiles.

Ahora que, sobre este fondo obligatorio del deber, su espíritu se remonta a las más altas cumbres del idealismo ascético. Sólo contaba tres años de sacerdocio cuando escribió para su hermana Marcelina su primera obra, *Sobre las vírgenes,* compilando sus homilías acerca de este tema, que su hermana no había podido oír y deseaba ardientemente conocer. Con ellas se había dado a la pureza su más alta sublimación, y al néctar de sus mieles acudían de todas partes jóvenes escogidas deseosas de consagrar al Señor su continencia bajo la dirección del obispo milanés. Era una corriente cristalina de virginidad, desconocida hasta entonces, que se desbordaba por todo el Norte de Italia. Surgieron, como era natural, mezquinas oposiciones. De ahí que un año más tarde hubo de recoger en otro librito, *Sobre la virginidad,* los sermones pronunciados para defenderse a sí mismo y vindicar los derechos de la pureza contra madres doloridas o futuros esposos que veían defraudadas las ilusiones de su cariño. Aún nos había de legar otros dos escritos, uno *Sobre la formación de la virgen y la perpetua virginidad de María,* dirigido a una joven lombarda de su mismo nombre, nieta de su amigo Eusebio de Bolonia, y el otro la sentida *Exhortación a la virginidad,* pronunciado en la inauguración de una basílica, cuya fundadora, viuda noble de Florencia, consagraba sus tres hijas vírgenes al Señor. El Occidente había alcanzado su cima más alta en la sublimación ascética de la continencia.

Vista la facilidad con que el espíritu jurídico-práctico de un romano como Ambrosio supo, sin embargo, elevarse a las regiones más empíreas de lo divino, no puede ya extrañarnos descubrir en él al iniciador de la poesía himnológica cristiana, que habían de levantar poco después a tan alto esplendor el español

Prudencio y el francés Venancio Fortunato, ambos, por cierto, cantores de la virginidad. Los himnos de San Ambrosio figuran todavía hoy en el rezo del Breviario.

El año 395 pronunciaba el santo obispo la oración fúnebre en los funerales de Teodosio el Grande, que venían a ser también los del Imperio romano. Era el canto del cisne de Ambrosio, que dos años más tarde moría contemplando con tristeza la descomposición del poderío secular de Roma, pero habiendo llevado a feliz término la empresa de inocular los espíritus vitales de la grandeza romana en la savia renovadora del cristianismo.

FRANCISCO DE B. VIZMANOS, SI

Bibliografía

ALTANER, B., *Patrología* (Madrid 1956) 324-328.
BROGLIE, J. V. A. de, *Saint Ambroise* (París [8]1924).
DUDDEN, F. H., *The life and times of St. Ambrose* (Oxford 1935).
Obras: PL 14-17; y en *Corpus scriptorum ecclesiasticorum latinorum,* vols. 32, 62, 64, 67.
PALANQUE, J. R., *Saint Ambroise et l'Empire Romain* (París 1933).
PAREDI, A., *S. Ambrogio e la sua età* (Milán 1941).
UNIVERSITÀ CATTOLICA DEL SACRO CUORE, *Sant'Ambrogio nel XVI centenario della nascita* (Milán 1940).
Vita Sancti Ambrosii, escrita por su secretario Paulino (año 422) a ruegos de San Agustín: PL 14,27-46.

SANTA MARÍA JOSEFA ROSSELLO

Virgen († 1880)

Ser testigo de la misericordia del Padre, he ahí una misión connatural de la Iglesia, que debe ser transparencia e icono de Jesús, el cual encarnó la misericordia divina y la acercó a cuantos padecían, a los más desgraciados de su tierra y de una sociedad, donde era frecuente —como también hoy— la insensibilidad hacia los más desheredados y marginados. Fiel a su misión de misericordia, la Iglesia ha generado, como madre fecunda, numerosos hijas e hijos que han gastado su vida para testimoniar, acercar y hacer sensible y eficaz la misericordia de Dios, que ama entrañablemente —con entrañas de padre y madre— a todos sus hijos, sobre todo a quienes sufren más la injusticia y

aun el desprecio de una sociedad, minada de desigualdades lacerantes, fruto de la desigual distribución de los bienes que Dios ha creado para todos sus hijos.

La misión de misericordia ha sido asumida por numerosos cristianos y cristianas, con iniciativas particulares y sobre todo comunitarias, en Institutos de vida consagrada. Éstos surgieron por iniciativa de fundadores de diferente extracción social. Algunos, y algunas, provenían de familias acomodadas y hasta ricas. De buen grado imitaron a Jesús que, «siendo rico, se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza» (2 Cor 8,9). Bajar de categoría social —un desastre y un fracaso para el mundo— fue ganancia asumida libre y generosamente por muchos fundadores que eligieron la misericordia como distintivo de su carisma, don del Espíritu, «padre de los pobres». Otros, como la santa que hoy celebramos, probaron desde su condición familiar la estrechez y el agobio de la escasez de los bienes injustamente repartidos. Supieron descubrir, compadecer y compartir la desgracia de los más pobres de su entorno. De su corazón y de sus manos, sacaron amor e iniciativas para que sus hermanos necesitados pudieran aspirar a una situación corporal y espiritual más confortable, y pudieran desplegar sus posibilidades como personas y como hijos de Dios.

Santa María Josefa probó desde la cuna los sinsabores de una vida difícil y limitada por las estrecheces económicas. Abrió los ojos al sol del Mediterráneo en el pueblo costero de Albisola Marina, diócesis de Savona, el 27 de mayo de 1811. Sus padres, Bartolomé y María Dedone, tenían un pequeño taller de alfarería. Era la cuarta de sus numerosos hijos. No llegó a este mundo en medio de bienes de fortuna, pero de sus progenitores recibió un buen caudal de fe y de piedad. El mismo día de su nacimiento recibió las aguas regeneradoras con el nombre de Benita.

La niña aprendió de labios de sus padres a invocar al Padre y a amar a Jesucristo, modelo de su vida. Con la educación en la piedad cristiana, le transmitieron la habilidad en el oficio de modelar la arcilla. Benita ayudaba también en el cuidado de sus hermanos para que la madre pudiera aportar su trabajo al taller familiar.

Apenas contaba siete años cuando ya vio nacer en ella sentimientos de caridad hacia los pobres y ansias de transmitir a sus compañeras la piedad que brotaba en su tierno corazón. Era su entretenimiento más deseado y su gozo reunir a sus amigas para rezar el rosario, animarlas a apreciar el bien y a evitar el mal, acompañarlas a la iglesia y prepararlas para recibir los sacramentos. Destacaba en ella la devoción a Cristo Crucificado y a la santísima Virgen. Se aplicaba con provecho al estudio.

Al llegar a la edad juvenil, empezó a sentir la llamada a la vida consagrada. No pudo realizar enseguida su propósito de ingresar en una congregación. Se inscribió, antes de 1830, en la Tercera Orden de San Francisco. Como terciaria, insistió en sus ejercicios de piedad y en su amor a la pobreza.

A los 19 años entró al servicio de la familia señorial de los Monleone de Savona; más que como criada, los señores, que no tenían hijos, la acogieron como a una hija adoptiva. Cuidó al señor enfermo con sumo cuidado y desinterés, durante siete años. Al morir éste, la viuda quiso que Benita permaneciera con ella en la casa prometiéndole que la haría su heredera. Pero la futura santa rechazó el ofrecimiento: sentía que Dios la llamaba a servir a los más pobres. Intentó ingresar en la congregación local de Nuestra Señora de las Nieves; pero no fue admitida porque no podía aportar la dote prescrita. Con escaso intervalo de tiempo, murieron entonces sus padres, una hermana y un hermano. Benita tuvo que ocuparse de la familia. La voz de Dios resonó entonces en su vida con una llamada inequívoca.

El obispo de Savona, Agustín de Mari (1835-1840), preocupado por el abandono moral y la ignorancia que sufrían las muchachas de la ciudad, lanzó en 1837 una llamada a las almas generosas para salir al encuentro de esta necesidad con una nueva forma de apostolado. Benita se ofreció enseguida al obispo para tal servicio. Otras tres jóvenes de Albissola: Ángela y Dominga Pescio y Paulina Barla, inducidas por Benita, respondieron a esta vocación. Fiadas sólo de la divina Providencia, las cuatro pusieron los cimientos de la nueva institución. El obispo les proporcionó la primera casa, tomada en alquiler, para instalar en ella una escuela. La fundación no tardó en realizarse. Fue el 10 de agosto del mismo 1837. La primera superiora fue la de

mayor edad, Ángela Pescio. Benita recibió los cargos de maestra de novicias, vicaria y ecónoma. Todo empezaba en un ambiente de extrema pobreza: un crucifijo, una pequeña imagen de nuestra Señora *Mater Misericordiae,* y cinco liras constituían el patrimonio fundacional. El siguiente 22 de setiembre, las cuatro jóvenes recibieron el hábito religioso de la nueva Congregación de Hijas de Nuestra Señora de la Misericordia. Eligieron por titular a esta advocación mariana, porque su imagen, venerada en el célebre santuario de Savona, había sido coronada pocos años antes por el papa Pío VII. Por devoción a la Virgen y a su protector San José, Benita cambió entonces su nombre por el de María Josefa. Fines principales de la Congregación eran la instrucción y educación de muchachas pobres y la asistencia a los enfermos. Dos años después, el 2 de agosto de 1839, las hermanas pronunciaron sus votos perpetuos. En 1840 las religiosas profesas eran siete y cuatro las novicias. Aquel año sor María Josefa fue elegida superiora por unanimidad, cargo que desempeñó por espacio de 40 años, hasta la muerte.

El fallecimiento del obispo mons. De Mari el 14 de diciembre de 1840 supuso una pérdida dolorosa para el naciente Instituto. Este venerable obispo había redactado ya un primer proyecto de la regla; el texto definitivo fue confiado luego al carmelita P. Inocencio Rosciano y fue entregado solemnemente a las hermanas el 14 de febrero de 1846 por el nuevo obispo de Savona, Mons. Alejandro Octaviano Riccardi. Entonces recibieron asimismo el nuevo hábito. El nuevo prelado ayudó y apreció la Congregación al servicio de los más humildes; aprobó sus constituciones el 17 de enero de 1863. Estas constituciones señalaban como fines de la congregación: el cultivo de las virtudes morales y cristianas propias de quien se decide a seguir al Redentor, la solicitud por la enseñanza del ignorante, el alivio del afligido, la asistencia al enfermo, la dirección del descarriado, y toda obra de cristiana misericordia. Preferentemente la actividad de las Hermanas debe ser en provecho de los más pobres, abandonados y necesitados. En 1854 estas religiosas empezaron a cuidar a los enfermos a domicilio.

Bajo la sabia y santa guía de sor María Josefa, el Instituto progresó en todos los órdenes. La santa fundadora desplegó

una actividad inmensa para extender los beneficios de sus hermanas a cuantas personas y lugares pedían su presencia asistencial, pedagógica y apostólica; trabajó incansablemente para formarlas profesional y espiritualmente. Cabe reseñar que, ya en los inicios de su congregación, las hermanas asistieron día y noche a los contagiados por la enfermedad letal que afectaba la región ligur. Entre 1842 y 1855 el Instituto abrió casas en Liguria. En 1856 colaboró con los sacerdotes Nicolás Olivieri, genovés, y Blas Verri, milanés, en la obra de rescate de esclavos africanos; abrió sus casas y colegios para acoger a grupos de muchachas moras redimidas de la esclavitud. En 1859 inauguró una nueva fundación en la ciudad de Savona, la Casa de la Providencia, para jóvenes de las clases más humildes, instalada en el palacio de los marqueses Doria Lamba que había adquirido; su preocupación mayor era la de reeducar a aquellas jóvenes o adolescentes e integrarlas en la vida social. En esta obra de envergadura, tuvo el ánimo y la guía del misionero paúl P. Francisco Martinengo, que llegará a ser su primer biógrafo. Otra obra de gran calado fue acometida por la santa en 1869 cuando inició el pequeño seminario para aspirantes pobres al sacerdocio, que aportó numerosos y celosos ministros a la diócesis. Comunicó su espíritu misionero a la congregación cuando, en 1876, envió un primer grupo de quince religiosas a la capital de Argentina, Buenos Aires.

Otra iniciativa de la caridad genial de Santa María Josefa fue la fundación de las escuelas populares gratuitas, novedad absoluta y una necesidad entonces muy urgente en la Liguria occidental. Voltri, S. Ilario, Porto Maurizio (1860) y Albissola, en que surgió la segunda Casa de la Providencia, se beneficiaron de estas escuelas. Su última gestión fue la fundación de un asilo para muchachas arrepentidas de una vida desviada, en camino de recuperación (1880).

Al fin de su fecunda vida, el Instituto de Hijas de Nuestra Señora de la Misericordia contaba con 65 casas, casi todas en Liguria, desde San Remo a Portofino, una en Roma y seis en Argentina.

La espiritualidad de esta santa fundadora estaba iluminada, cimentada y fortalecida en una confianza absoluta en la divina

Providencia, en el patrocinio de San José y en un inquebrantable espíritu y tesón de iniciativa. Les repetía a sus hijas: «El corazón a Dios, las manos al trabajo». Con caridad paciente y perseverante, siempre estuvo dispuesta a prestar a las educandas y a los enfermos y enfermas los más humildes servicios. Como escribió Pío XI en la bula de beatificación:

> «Resplandeció en ella una pureza virginal, una profunda humildad, una prudencia consumada, una preocupación por ganar almas para Dios, la fortaleza en las adversidades, un amor evangélico a la pobreza, una gran confianza en la Providencia de Dios y en su Misericordia».

Después de una vida entregada a los más pobres, habiendo soportado por un año una enfermedad incurable con santa resignación, fue a recibir el premio de su único Señor y Esposo a los 69 años de edad, el 7 de diciembre de 1880, desde la casa generalicia de Savona. Fue sepultada primero en el cementerio civil; en 1887 sus despojos fueron trasladados a la casa general de la Congregación, en cuya capilla hoy son venerados.

Murió en gran fama de santidad que se afianzó en los años siguientes. Por ello se inició su causa de canonización. Primero se hicieron los procesos ordinarios. El 23 de julio de 1924 Pío XI firmó la introducción de la causa en la Congregación de Ritos. El mismo papa la declaró venerable por sus virtudes heroicas en 1936. El mismo año fueron aprobados dos milagros conseguidos por su intercesión. Fue beatificada por Pío XI el 6 de noviembre de 1938. El 12 de junio de 1949 Pío XII la canonizó solemnemente en la basílica de San Pedro del Vaticano.

Dos días después, el Papa se dirigió a las hijas de la santa fundadora y a sus devotos en audiencia pública:

> «La misericordia inspiró e impregnó toda su actividad [...] Nada le faltaba verdaderamente: ni los dones naturales ni los de la gracia, todos iluminados por la experiencia personal y el sufrimiento, fecundados por la oración y por la unión constante con Dios, con los santos, con la Reina de los santos, Madre de Misericordia [...] Todos los dones y las virtudes naturales no bastan para explicar la plenitud de su obra, su ardor y, al mismo tiempo, su calma y serenidad imperturbables [...] Ella no tenía más que un deseo: el de hacerse santa, de ser útil a los pobres y de impedir los pecados. En todas sus palabras y acciones se proponía como único fin la gloria de Dios y el bien de las almas».

El papa León XIII concedió el *decretum laudis* a la congregación fundada por Santa María Rossello el 13 de setiembre de 1900. Pío X la aprobó definitivamente el 12 de enero de 1904. En 1975 el Instituto estaba dividido en 8 provincias y contaba con 1.733 religiosas. Italia, Argentina, Estados Unidos de Norteamérica, Brasil y la India (en Kerala) tenían casas de las hijas de Nuestra Señora de la Misericordia.

PERE-JOAN LLABRÉS Y MARTORELL

Bibliografía

AAS 30 (1938) 405-410; 41 (1949) 360-365.
BAUDOT, J. - CHAUSSIN, L., OSB, *Vie des saints et des bienheureux...* XII: *Décembre* (París 1956) 254-256.
Bibliotheca sanctorum. VIII: *Liadan-Marzi* (Roma 1966) cols.1069-1072.
CAMINADA, C. *Beata M. Giuseppa Rossello fondatrice delle Figlie di N. S. della Misericordia, Savona* (Como 1938).
DELFINO, P. S., *La beata Maria Giuseppa Rossello* (Turín 1938).
MARTINENGO, F., *Vita, opere e virtú di Sr. Maria Giuseppa Rossello* (Bolonia 1910).
NOBERASCO, F., *Lo spirito e l'apostolato della Serva di Dio Suor Maria Giuseppa Rossello* (Turín 1921).
ODDONE, A., *Lineamenti biografici di Santa M. G. Rossello* (Roma 1949).
— *Vita della beata Maria Giuseppa Rossello* (Roma ²1949).
PELLICCIA, G. - ROCCA, G. (dirs.), *Dizionario degli istituti di perfezione* (Roma 1976) t.III, cols.1650-1652; t.V, cols.952-853.
Santa Maria Giuseppa Rossello (Turín 1949).
TRAVERSO, L., *Vita e virtú della Serva di Dio Maria Giuseppa Rossello* (Milán 1934).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN JUAN EL SILENCIARIO
Obispo († 558)

Nace el año 454 en Nicópolis, Armenia. Queda huérfano muy joven y opta por la vida monástica, fundando un monasterio con algunos compañeros que lo eligen a él como guía de la comunidad. Se acredita como persona santa y esto motiva que a los 28 años fuera elegido obispo de Colonia o Taxara. Procuró ser un buen obispo, pero el ministerio pastoral no era exactamente lo que llenaba sus aspiraciones y por ello unos diez años más tarde presentó la dimisión del episcopado y se fue a Jerusalén. Aquí se instala en el Hospital de San Jorge Mártir, destina-

do a acoger ancianos pobres y enfermos, en cuyo servicio Juan se esmera. Pero tiene una visión que le impacta: creyó ver una cruz luminosa y oír una voz que le decía que si quería salvarse siguiera aquella luz. La cruz luminosa lo guió hasta la Laura de San Sabas, en la que pidió y obtuvo ingreso, pasando el resto de su vida en la vida contemplativa y penitente de los monjes de la Laura. Murió ya centenario el año 558. Su memoria la señala el *Martirologio romano* el día 7 de diciembre y ese día lo conmemoran los sinaxarios bizantinos, pero creen algunos que la fecha de su muerte es el 13 de mayo. Por haber guardado silencio los años de su estancia en la Laura se le llama «el Silenciario» o «Hesycaste».

SANTA FARA

Abadesa († 657)

Fara o Burgundofara, nacida en Poincy, cerca de Meaux, es hija del noble Agnerico, cortesano del rey merovingio Teodoberto II, y fue hermana de dos santos: San Farón de Meaux y San Cainoaldo de Laon. Aunque su padre quería casarla, ella prefería ingresar en un convento como religiosa, pero no obtuvo licencia de su padre sino cuando curó de una grave enfermedad que le dijeron al padre le había sobrevenido a la joven por no permitírsele hacerse monja. Entonces Agnerico edificó en Brie un monasterio para su hija, que fue un doble monasterio de monjes y monjas y que posteriormente pasó a llamarse de Faremoutiers. Se seguía en él la regla benedictina pero con una interpretación muy estricta. La abadesa del mismo fue Fara, que lo presidió a lo largo de treinta y siete años, acreditándose mucho y atrayendo vocaciones de muchas partes, incluyendo las Islas Británicas. Muchas jóvenes de la nobleza se educaban en el monasterio. Fara murió el año 657 y su memoria se celebra el 7 de diciembre.

SAN CARLOS GARNIER
Presbítero y mártir († 1649)

Nace en París el 25 de mayo de 1606 en el seno de una familia opulenta, que encargó su educación al colegio de los padres jesuitas. Era un chico delicado e inocente, muy devoto y religioso desde pequeño, y que encauzó su devoción a la Virgen María siendo congregante mariano. En 1624 decide su vocación religiosa e ingresa en la Compañía de Jesús, en la que profesa, añadiendo a los votos religiosos regulares el de defender la Inmaculada Concepción de María. Ordenado sacerdote fue enviado a las misiones del Canadá a las que arribó en 1636. Evangelizó en todo el territorio iroqués pero su nombre va más estrechamente vinculado a la misión de los indios tabaqueros, establecidos entre el Notawasaga y la bahía de Matcheda. Estaba, concretamente, en la residencia de San Juan Bautista cuando el día 7 de diciembre de 1649 los iroqueses cayeron repentinamente sobre la desprevenida aldea. En medio de la confusión él empezó a ejercer su sagrado ministerio acercándose a los heridos cuando dos tiros de arcabuz dieron con él en el suelo. Volvió en sí y quiso arrastrarse hasta un herido para atenderlo cuando un guerrero le abrió las sienes de dos hachazos. El misionero muerto aquel día había sido llamado por los fieles de las misiones de Canadá «el ángel de la caridad». Fue canonizado el 29 de junio de 1930 por Pío XI. Su memoria litúrgica se celebra el día 19 de octubre con los demás mártires del Canadá (cf. biografía extensa en: *Año cristiano. Octubre,* 493-498).

8 de diciembre

A) MARTIROLOGIO

1. Solemnidad de la Inmaculada Concepción de la Bienaventurada Virgen María **.
2. En Alejandría de Egipto, San Macario († 250), mártir.
3. En Roma, en la Via Apia, la deposición de San Eutiquiano († 283), papa *.

4. En Traer (Galia), San Eucario († s. III), primer obispo de la sede.

5. La conmemoración de San Patapio († s. V/VI), solitario.

6. En el Monte Vósego (Borgoña), San Romarico († 653), abad, fundador del monasterio de Habendum o Remiremont.

7. En Vaux-de-Cerney, San Teobaldo de Marly († 1247), abad cisterciense *.

8. En Notario (Canadá), San Noel Chabanel († 1649), presbítero, de la Compañía de Jesús, mártir *.

9. En Lima (Perú), Beata Narcisa de Jesús Martillo Morán († 1869), virgen **.

10. En el Picadero de Paterna (Valencia), Beato José María Zabal Blasco († 1936), mártir *.

11. En el campo de concentración de Dachau (Baviera), Beato Luis Liguda († 1942), presbítero, de la Sociedad del Verbo Divino, mártir *.

B) Biografías extensas

INMACULADA CONCEPCIÓN

> «Dios inefable, cuyas vías son la misericordia y la verdad, cuya voluntad es omnipotencia y cuya sabiduría alcanza de uno a otro confín fuertemente y dispone todo con suavidad, habiendo previsto desde toda la eternidad la ruina lamentabilísima de todo el género humano que había de derivarse de la culpa de Adán, y habiendo determinado en el misterio escondido desde todos los siglos cumplir por la encarnación del Verbo la primera obra de su bondad con un misterio todavía más secreto, a fin de que el hombre, empujado a la culpa por la astucia de la diabólica iniquidad, no pereciese, contra su misericordioso propósito, y para que lo que había de caer en el primer Adán fuese más felizmente levantado en el segundo, eligió y señaló desde el principio, y antes de todos los siglos, a su unigénito Hijo una Madre, de la cual, habiéndose hecho carne en la feliz plenitud de los tiempos, naciese; y tanto la amó por encima de todas las criaturas, que solamente en ella se complació con señaladísima benevolencia».

Como nos lo indican las anteriores palabras de Pío IX, la concepción inmaculada de la Virgen María es un maravilloso misterio de amor. La Iglesia fue descubriéndolo poco a poco, al andar de los tiempos. Hubieron de transcurrir siglos hasta que fuera definido como dogma de fe. Y no es extraño, porque Dios lo reveló obscuramente, y ello en dos momentos decisivos de la historia del mundo y en dos instantes extremos de la vida

de Cristo. Y los hombres somos lentos en comprender, en descifrar el íntimo significado de las cosas.

En los albores de la creación, luego que Adán pecó seducido por Eva, arrastrándonos a todos al misterio de tristeza, al pecado, quiso Dios enviarnos un mensaje de esperanza: una mujer llevaría en brazos al hombre que había de quebrantar la cabeza de la serpiente; una mujer quedaría íntimamente asociada al Redentor en una lucha que había de terminar con la derrota satánica. Si el demonio engañó al hombre por la mujer, la mujer debelaría al demonio por el hombre y con el hombre.

No era ya noche, sino que comenzaban los levantes de la aurora, la plenitud de los tiempos, cuando el ángel se acercó a una virgen de Nazaret, en Galilea, y le dijo: «Alégrate, la llena de gracia, el Señor es contigo».

Dijo Dios a la serpiente: «Pondré enemistades entre ella y tú». Y ahora el ángel, como un eco, penetrando en el alma de María a través de sus claros ojos, la saludaba de gracia llena. Pero ¡es tan oscuro todo esto! Apenas si luego se podía comprender más, cuando vino Cristo al mundo y la Revelación se hizo palpable. Los primeros hombres que le contemplaron fueron pastores rudos. Le vieron en una gruta, recién nacido, clavel caído del seno de la aurora, glorificando las pobres briznas de heno, cual rezó Góngora en su delicioso villancico. Le miraban con ojos redondos, absortos, llenos de un asombro sencillo y elemental. Estaba en brazos de ella, Madre de Dios, circundada por un halo de celestial ternura.

Otro día las pajas del heno se habían transformado ya en leños duros y clavos atormentadores. Los labios de él bebían sangre, sudor y lágrimas en lugar de blanca leche bajada del cielo. Ella estaba de pie, sufriendo, rodeada por un velo negro de severo dolor: la nueva Eva, la compañera del Redentor, la Corredentora. Y así la contemplaban discípulos acobardados, soldados indiferentes, chusma.

Madre de Dios, Corredentora... Las mentes de los Santos Padres primero, de los teólogos medievales después, fueron desentrañando el significado de tales palabras. Comprendieron el *llena de gracia* a la luz del pesebre y el *pondré enemistades* al fulgor del Calvario. Fueron comprendiendo que la dignidad de Madre

de Dios está reñida con todo pecado; que su oficio de corredentora exige la inmunidad de la mancha original, a fin de poder merecer dignamente, con su Hijo, liberarnos de la culpa. Todavía hoy siguen estudiando los teólogos el abismo de pureza que es la concepción de María, y, al analizar sus raíces y su contenido, renuevan la escena de Belén; asombro y más asombro ante la profundidad del misterio.

Cuando la Iglesia tuvo plena, formal, explícita conciencia de que la limpia concepción de María era doctrina contenida en la Revelación y, por tanto, objeto de fe, pasó a definirla como tal. Y nos dijo Pío IX:

> «La doctrina que afirma que la Virgen, en el primer instante de su concepción, fue preservada inmune de toda mancha del pecado de origen por una singularísima gracia y privilegio de la omnipotencia divina y en atención a los méritos del Redentor del género humano, es doctrina revelada y ha de ser así creída por los cristianos».

Así, con toda la densidad de concepto —cada palabra encierra una indispensable idea—, con toda la sobriedad de estilo —dureza y linea escueta— propias de una definición dogmática, venía el Papa a enseñarnos que la Inmaculada Concepción es un misterio de amor. Porque no sólo nos definió que la Virgen fue preservada del pecado de origen, sino que lo fue por los méritos de la pasión de Jesús.

Para llegar a entender plenamente estas palabras con toda la preñez de sentido histórico que contienen, sería menester remontarnos a los principios de las disputas teológicas sobre la Inmaculada: fuera necesario desempolvar infolios sin término, recorrer el proceso de las ideas que fueron a desembocar en el cuadro justo de la definición dogmática. Porque si bien el sentimiento del pueblo cristiano proclamaba fuertemente la inocencia de la Madre de Dios, si a todos era manifiesta la conveniencia de atribuir a María tal privilegio, los teólogos, que representan en la Iglesia el papel de la razón, a la que corresponde la a veces enojosa tarea de frenar impulsos sentimentales carentes de fundamento objetivo, de medir críticamente los motivos de asentimiento a una cualquier doctrina o los de su repulsa, los teólogos no sabían cómo conciliar dos cosas aparentemente contradictorias: la gloria de Cristo y la pureza de su Madre.

Estaban claros los términos del problema: Cristo es redentor del género humano, su gloria brota de la cruz. Cristo nos amó en cruz y las flores de su amor son rosas de pasión. El influjo de Cristo sobre todos los hombres se realiza implicado en el misterio de iniquidad: sufrió por salvarnos de la culpa y merecernos la gracia; su acción santificante viene precedida y condicionada por la previa remisión del pecado. Si María fue siempre pura, si no lo contrajo, Cristo no sufrió por ella. Si no sufrió por ella, la rosa más hermosa de la humanidad escapa del rosal de su pasión, del riego generoso de su sangre. Ni el influjo santificador de Cristo se extiende a su Madre, ni es Redentor universal del genero humano al sustraérsele la bendita entre las mujeres.

¡Gloria de Cristo!... ¡Pureza de María!...

Claro que todas estas cosas, en apariencia distantes, lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño, el ser y la nada, la bondad y el pecado, la fuerza y la flaqueza, se unen siempre por un aglutinante de ilimitada potencia: el amor.

Cuando Duns Escoto formula la definitiva solución del problema lo hace con trazos sencillos. Podría resumirse así: es más glorioso para Cristo preservar a María que extraerla del pecado; sufrir en la cruz para evitar que contrajese la culpa que no para limpiarla después de manchada, pues ello encierra un beneficio mucho mayor. Los escolásticos, ya lo sabemos, no eran amigos de ciertos aspectos sentimentales del querer y no prodigan la palabra «amor», sino que se atienen a describirlo con macizos conceptos, a desentrañar su esencia. Tenían que venir los pontífices a Aviñón y esparcirse por Europa el gusto de lo provenzal; tenía que venir Lulio a escribir teología y filosofía en forma de novela, de poema, de apólogo. Las fórmulas escuetas se llenarían de colorido y de sentimiento palpitante, se describirían los amores divinos con palabras entrañablemente humanas, hasta que el barroco, rebasando toda medida y pisando los umbrales de la irreverencia, no se hiciera de melindres al comparar a la Virgen con Venus o Juno y a Jesucristo con un fiero Marte o un Cupido travieso.

La Inmaculada Concepción de María es una obra de perfecto amor, una perfecta glorificación de Cristo.

La preservó del pecado porque la amó más que a nosotros, a ella, bendita entre las mujeres.

Pero vamos más allá. El hecho de la preservación de la culpa es sólo uno de los aspectos de la gracia inicial de la Virgen. Ya en aquel momento era un abismo de belleza. Como decía Pío IX, la Virgen fue

> «toda pura, toda sin mancha y como el ideal de la pureza y la hermosura: más hermosa que la hermosura, más bella que la belleza, más santa que la santidad y sola santa, y purísima en cuerpo y alma, la cual superó toda integridad y virginidad y ella sola fue toda hecha domicilio de todas las gracias del Espíritu Santo y que, a excepción de sólo Dios, fue superior a todos, más bella, santa y hermosa por naturaleza que los mismos querubines y serafines y todo el ejército de los ángeles, para cuyas alabanzas no son en manera alguna suficientes las lenguas celestes y terrenas».

La gracia es belleza: participación de la naturaleza divina, del ser de Dios, quien es la belleza por esencia, y la pureza, y la santidad, y la ternura, y el goce. En el instante de su concepción recibió María una gracia superior a la de todos los santos, querubines y serafines; participó de la belleza, de la pureza y de la santidad divinas como a ninguna otra criatura ha sido dado, excepción hecha de Cristo.

Murió Jesucristo en la cruz no solamente para preservarla de la culpa, sino para darla toda la gracia y la hermosura de que era capaz, para hacer de ella la perfecta mujer. La amó, se dio a ella en el dolor para hacer de ella perfecta Madre, la perfecta compañera en la obra redentora. La Concepción Inmaculada de María no es, en resumen, sino la flor de un dolorido amor, dolor de amor en flor.

La doctrina inmaculista sobrepasa en belleza a toda consideración humana. El amor y la hermosura alcanzan cumbres no logradas por Platón ni por el Renacimiento, ni mucho menos por los vacíos estetas de nuestro inconsistente mundo actual. La mayor gloria de Cristo se cifra en la belleza espiritual de una mujer —madre y compañera—. Su sangre dio fruto perfecto al injertarse en las venas de la raza humana, en una mujer. Cristo, en una palabra, nos enseñó cómo se ama a la mujer.

La mujer no es para el hombre, discípulo de Cristo, solamente una compañera en el oficio de procrear y de educar los hijos, o en la tarea de llevar serena y acompasadamente las cargas de la vida. Mucho menos es un objeto de placer egoísta. La

mujer es un objeto de amor, pero de un amor tal y como lo entendió Cristo.

Nos enseñó Cristo que amar es darse. Vino al mundo para darnos la gracia, pero nos la dio de su plenitud: a comunicarnos lo que él era. Hijo de Dios, vino a darnos una participación de su filiación divina. Dios hecho carne, vino a divinizar la carne nuestra. Estábamos en pecado, carentes de gracia y de hermosura, llenos de horror y fealdad, y vino a regalarnos de la suprema belleza que es él.

Y a María en sumo grado. Fue divinamente bella en intensidad —más que toda criatura— y en extensión temporal, siempre, siempre limpia, sin que en momento alguno fuese manchada.

Pero este darse se realiza en cruz. Se abren los brazos y se abre el corazón, mas los brazos quedan prendidos por los clavos y el corazón es rasgado por una lanza. Después de la culpa es ley que el amor florezca en dolor; que el darse cueste dolor: que el darse entrañe sacrificio. Antes del pecado era goce, reflejo del goce inefable inherente a ese darse continuo que constituye la vida interna de la Santísima Trinidad. Luego del pecado, la entrega del hombre a las criaturas para comunicarles algo de su perfección interna mediante el trabajo cuesta sudor de la frente. La mutua entrega del hombre y la mujer sólo fructifica a través del dolor.

Cristo pudo comunicarse a nosotros, darse, en goce. Pudo redimirnos con un solo acto de su voluntad, pero quiso ser igual a nosotros, obedeciendo a la ley del amor, que es asimilativa: quiso experimentar hasta lo sumo lo que nos cuesta a nosotros amar de veras —sufrir, morir—: quiso beber hasta las heces el cáliz del verdadero amor. Y el fruto acabado de tal dolorido amor fue la mujer perfecta. Se entregó a ella en dolor no solamente para salvarla de la culpa, sino para preservarla, para darle una pureza y una santidad totales.

Y éste es, sencillamente, el paradigma. Cuando el Espíritu Santo quiere enseñar a los hombres cómo deben amar a las mujeres, inspira a San Pablo aquellas palabras: «como también Cristo amó a la Iglesia y se entregó a si mismo por ella, para santificarla [...] a fin de hacerla aparecer ante sí gloriosa, sin

mancha, ni arruga, ni cosa parecida, sino que sea santa e inmaculada». Nosotros podemos concretar esta doctrina en la Santísima Virgen, dándole una novedad y profundidad de sentido de extraordinario valor. Dado que la Virgen María es prototipo de la Iglesia, podríamos decir: Amad a la mujer como Cristo amó a María, sacrificándose por ella para que fuese gloriosamente santa e inmaculada en su presencia, para que careciese de toda mancha y fealdad en el espíritu. El hombre ha de entregarse a la mujer y por la mujer, no para satisfacer deseos de un placer cualquiera, sino para glorificarla en su presencia dándole pureza, para elevar su espíritu, para hacerla santa.

La mujer es para el hombre, ante todo, un contenido de valores espirituales a perfeccionar mediante la entrega. Esta entrega se hará muchas veces en cruz. El amor sólo florece en sacrificio: sacrificio de renuncia al placer siempre que éste amenace con arrastrar a la culpa, con ahogar al espíritu; sacrificio de la tolerancia hacia las debilidades del vaso más flaco, de la comprensión hacia sus exigencias intimas: del respeto por la que es compañera y no sierva en las luchas de la vida y posee un alma bañada en la sangre de un Dios. Ir comunicando —amorosamente, sacrificadamente, cotidianamente— a la mujer la plenitud de valores que puede encerrarse en los sueños de un hombre. Sacrificarse por ella hasta conseguir que llegue a ser lo que se sueña que sea.

Y el ideal de la mujer, María. Aspire la mujer a parecerse a ella en la plenitud de la pureza y de la gracia. Si las mujeres se esfuerzan por reflejar en si mismas el ideal de María, sus almas rebosarán de gracia y santidad. Y en sus cuerpos morará el pudor y sabrán de la gracia inédita de la virgen cristiana, que tanto encierra de flor, de trino, de nieve, de rayo de luna. Y otra vez la hermosura casta florecerá en la tierra y el amor humano volverá a comprender su misión primitiva de conducir a los hombres a Dios.

Sueñe el hombre a la mujer que Dios le depare cual otra María. Si los hombres se dejan invadir por el hálito divino que irradia la figura de María, si la graban fuertemente en su corazón, si comprenden que ella es la mujer, la bendita entre las mujeres, el prototipo de lo femenino, verán cómo su luz ilumina y

transforma las figuras de todas las mujeres —las madres, las novias, las esposas, las hijas—, las idealiza, las endiosa. Y entonces el hombre tendrá fuerza para sacrificarse por la mujer como Cristo se sacrificó por María, hasta hacerla aparecer gloriosa de inocencia, de santidad, de fecundidad espiritual.

La Inmaculada Concepción no es solamente una gloria de María. Se ha convertido para nosotros en ejemplo, en poema, en canto de belleza. Nos ha descubierto lo que tiene de perfecto, de grande, de sublime, el humano amor. Nos ha desvelado el secreto de amar.

PEDRO DE ALCÁNTARA MARTÍNEZ, OFM

Bibliografía

GRAVOIS, M. A., *Del origen y progreso del culto y festividad de la Inmaculada Concepción* (Lérida 1888).

LE BACHELET, X., «L'Immaculée Concepction», en *Dictionnaire de théologie catholique.* VII/1: *Hobbes-Inmunités* (París 1922) 845-1218.

LONGPRÉ, E., *La Vierge Inmaculée. Histoire et doctrine* (París 1945).

PIO IX, Bula *Ineffabilis Deus,* en H. Martín (ed.), *Doctrina pontificia.* IV: *Documentos marianos* (Madrid 1954) 170-193.

PIO XII, Encíclica *Fulgens Corona,* en ibíd., 704-727.

PONTIFICIA ACADEMIA MARIANA INTERNACIONALIS (ed.), *Bibliotheca Inmaculatae Conceptionis. Textus et disquisitiones* (Roma 1950s).

— *Virgo Immaculata. Acta congressus mariologici-mariani internationalis Romae anno 1954 celebrati,* 18 vols. (Roma 1955-1958).

• Actualización:

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Celebraciones marianas con ocasión del 150 aniversario de la proclamación del Dogma de la Inmaculada Concepción* (Madrid 2004).

MARTÍNEZ PUCHE, J. A., *La Iglesia habla de María: 50 años de magisterio mariano pontificio* (Madrid 1998).

MARTÍNEZ SIERRA, A., *La Inmaculada y el misterio del hombre* (Madrid 2004).

POZO, C., «La Inmaculada Concepción», en *María, nueva Eva* (Madrid 2005) 315-334.

SOCIEDAD MARIOLÓGICA ESPAÑOLA, *La Inmaculada Concepción. Teología, historia, espiritualidad* (Salamanca 2005).

BEATA NARCISA DE JESÚS MARTILLO MORÁN

Virgen († 1869)

La vida de esta beata es la de una sencilla joven de un pueblo ecuatoriano, huérfana muy pronto, que vivió en el más completo anonimato en la capital de su país, Guayaquil, y en Lima (Perú), dedicada a un humilde trabajo de costurera, a la

oración y al sacrificio. Una mujer latioamericana que no abandonó nunca su estado laical, pero que supo ser exquisitamente fiel a la gracia del bautismo y dar constante testimonio de la fe y de su entrañable amor a Jesucristo.

Narcisa nació en torno a 1833, muy probablemente el día 29 de octubre, fiesta de San Narciso, en el pequeño pueblo de Nobol, en el cantón de Daule, una aldea de la provincia y diócesis de Guayaquil (Ecuador). Era la quinta (o séptima) hija de Pedro Martillo Mosquera y de Josefina Morán, un humilde matrimonio de campesinos, pobres en recursos económicos, aunque tenían algunas tierras, ganados y una lechería, pero ricos en vida de fe y en piedad. Se desconoce la fecha de su bautismo y de su primera comunión, pero debió recibir confirmación el 16 de septiembre de 1839, por mons. Francisco Javier de Garaicoa, primer obispo de Guayaquil.

Se sabe poco de su niñez, aunque han quedado algunos recuerdos de su buena conducta. Parece que tuvo nueve hermanos y que su padre, dotado de buena inteligencia y con espíritu de trabajo, penosamente fue mejorando la situación económica familiar y llegó a ser considerado como uno de los principales vecinos de la localidad. Cuando Narcisa tenía dos años de edad fue nombrado teniente corregidor de Nobol.

Narcisa vivió su infancia en el campo, en contacto con la naturaleza y conociendo bien las penurias de una familia numerosa. Aprendió pronto a coser y también a leer y escribir. Aunque se desconoce la fecha, se quedó huérfana de madre siendo aún muy niña, por lo que se ocuparon de ella su hermana María del Tránsito y su madrina Mercedes Campuzano. En 1851 o 1852, falleció también el padre. En esta situación de orfandad, a la edad de unos dieciocho años, la joven campesina se trasladó a la ciudad de Guayaquil, a casa de unos parientes, donde permaneció «largos años» y, para no ser una carga en su nueva familia, se ganó la vida con un humilde trabajo de costurera.

Inclinada a la piedad desde pequeña, Narcisa trató de encontrar tiempo entre las tareas de este oficio y las fatigas de la vida diaria para seguir un camino espiritual propio, formándose interiormente gracias a la predicación de famosos maestros de espíritu de su época, como obispos y religiosos. Destacó pronto

por su caridad, su alegría, su gran amor a la oración y al recogimiento, por las penitencias a que voluntariamente se sometía y por la gran importancia que daba a la dirección espiritual. El primer sacerdote que la orientó fue mons. Luis Tola, después obispo de Portoviejo.

Quienes la conocieron afirman que Narcisa era muy guapa, alta y robusta, aunque bien proporcionada, y que llamaba la atención por su abundante y ondulada melena rubia. De temperamento alegre, le gustaba cantar y tocar la guitarra y se hacía querer de quienes convivían con ella.

En Guayaquil vivió después en varios domicilios, buscando en los sucesivos cambios, según dicen sus biógrafos, «la necesaria independencia y libertad para dedicarse más intensamente al recogimiento, a la penitencia y a la piedad».

Estuvo en la casa de la señora Carmen Uraga de Landín «persona de muy respetables virtudes hogareñas», situada en una pequeña calle cercana a la catedral. Desde aquí pasó a la de la señora María Jesús Marín de Antepara; después, y siempre aconsejada por su director espiritual mons. Millán, se estableció en la del canónigo Pinto; luego en la de la señora María, viuda de Vergara Molina, donde habitó con la hermana de ésta, la Beata Mercedes de Jesús Molina, también dirigida de mons. Millán. En estos domicilios, se acomodaba siempre en los lugares más humildes y escondidos, como una pequeña habitación debajo de la escalera o en la buhardilla, para mejor atender a sus ejercicios de penitencia y piedad.

Por el testimonio de los hermanos Amadeo y Adolfo Pulley, se sabe que en Guayaquil estuvo también en el convento de San José, anexo a la iglesia del mismo nombre llevada por los jesuitas, donde entró recomendada por su director espiritual, entonces el P. Segura, SI, pero no se conoce la fecha.

En la catedral de Guayaquil, lo mismo que anteriormente había hecho en su parroquia de Daule, dedicó mucho tiempo a actividades apostólicas, especialmente con los niños, a quienes daba catequesis. También trabajó con las jóvenes necesitadas de ayuda y visitando a los enfermos. Perteneció a la Asociación de Hijas de María, que fomentaba la piedad y el apostolado.

Hacia 1865 se trasladó a Cuenca (Ecuador) para acompañar y asistir a su confesor y director espiritual, mons. Amadeo Mi-

llán, que «había formado sabiamente su espíritu», y que, gravemente enfermo, murió poco después, en 1867.

Nuevamente sola, renunciando a la invitación que le dirigió el obispo de Cuenca, mons. Remigio Esteves de Toral, de entrar en el convento local de las carmelitas descalzas, regresó a Guayaquil. No se sentía llamada a la vida religiosa, sino más bien a una «vida de piedad». Desde que siendo muy joven leyó la vida de su compatriota Mariana de Jesús Paredes († 1645), la penitente laica de Quito que se santificó en el mundo ofreciéndose como víctima de expiación por su propia ciudad y que había sido beatificada hacía poco tiempo, éste fue su continuo modelo de referencia. Vestía de un modo semejante al de ella, e incluso el añadir «de Jesús» a su nombre de pila, Narcisa, se debe a su admiración por la beata «Marianita». La joven ecuatoriana aspiraba, pues, a una intensa vida de oración y de sacrificio, pero enraizada en el mundo, a medio camino —diríamos hoy— entre la experiencia de las llamadas «monjas de casa» y la común existencia secular.

Fue precisamente la penitencia la que marcó las pautas de su vida cotidiana, acompañada por sacrificios y ayunos. Le atraía la imitación más perfecta posible de Cristo sufriente, por lo que pasaba todas las noches varias horas en oración, coronada de espinas y abrazada a una cruz llena de clavos, siguiendo una espiritualidad mortificada y reparadora.

De nuevo, pues, en Guayaquil, Narcisa se estableció con la señora Silvana Gellibert de Negrete, que vivía en los alrededores de la catedral, estableciendo con ella una sincera amistad, y a quien, en señal de gratitud, le dejó a su muerte la cruz y todos sus otros instrumentos de penitencia. Estuvo también en la «Casa de las recogidas», donde junto con la aludida Beata Mercedes de Jesús Molina, enseñaba costura a las niñas huérfanas.

A principios de julio de 1868, no sin gran sacrificio, partió hacia Lima (Perú) para «poder libremente dedicarse a la vida de piedad» y para colocarse bajo la dirección espiritual del franciscano P. Pedro Gual, erróneamenete considerado jesuita, misionero apostólico del convento de los descalzos de Lima y muy conocido y estimado tanto por sus dotes personales como por su actividad pastoral. Falleció en el convento franciscano de

Lima el 3 de septiembre de 1890, veinte años después que Narcisa, con gran fama de santidad.

En Lima, por medio del P. Gual, que la comprendía y animaba, Narcisa de Jesús consiguió que la acogieran en el Monasterio del Patrocinio, un «beaterio» de mujeres piadosas dedicadas a la vida espiritual como terciarias dominicas. Narcisa no se hizo religiosa, pero sí pronunció privadamente los votos de pobreza, castidad y obediencia, pero permaneciendo en el estado laical. Para pagar la renta mensual hacía algunos trabajos de costura y era ayudada por una persona de la ciudad.

Dadas sus múltiples ocupaciones y conociendo «el cuidado especial que necesitaba Narcisa», el P. Gual fue ayudado en su dirección espiritual por «un experto y celoso colaborador», el capellán del Monasterio del Patrocinio D. Manuel Santiago Medina, que de simple confesor pasó a ser su director espiritual cuando el P. Gual hubo de marchar a Roma. Asistido por el franciscano P. Bernardino González, la dirigió hasta su muerte. Del P. Manuel Santiago Medina son los principales escritos que nos han llegado sobre Narcisa y, previendo su posible causa de canonización, los hizo corroborar por un notario público.

En este Monasterio del Patrocinio, donde permaneció los últimos meses de su vida, no salía de su celda a no ser por necesidad, resuelta a vivir una vida olvidada de todos y dedicada sólo al Señor.

Con sólo 36 o 37 años de edad, falleció Narcisa en este Monasterio el día 8 de diciembre de 1869, a causa de las fuertes fiebres que se le presentaron. Parece que pronosticó el día de su muerte y su tránsito fue acompañado de algunos fenómenos que conmovieron al pueblo y a las autoridades, sacándola del anonimato en que siempre había vivido.

Celebrados los funerales con gran afluencia de gente, fue sepultada el día 11 en la cripta del «beaterio» del Patrocinio. Pero, por orden del general Segura, el cadáver se exhumó el día 12 para ser reconocido por varias autoridades, comprobando que permanecía incorrupto y completamente flexible. Entre 1869 y 1946 se reconocieron varias veces sus restos, constatando siempre su estado de incorrupción.

A pesar de que poco después de su muerte se produjeron numerosos hechos extraordinarios junto a su sepulcro, dan-

do lugar a una discreta pero tenaz fama de santidad, y de que mons. Manuel Santiago Medina realizó algunos intentos, la causa de beatificación de Narcisa de Jesús no se iniciaría hasta que decidió promoverla Mons. José Felipe Heredia, obispo de Guayaquil, quien se preocupó también de atender la petición de sus familiares de que el cuerpo incorrupto de Narcisa fuera trasladado desde Lima (Perú) a Guayaquil, hecho que tuvo lugar el día 30 de abril de 1955. Fue colocado en un gran mausoleo construido a este propósito en la Iglesia de San José, dirigida por los PP. jesuitas, convirtiéndose el templo en un centro de atracción para los fieles y de continuas peregrinaciones. «No es exgerado —afirman los peritos de su Causa— calcular en unas 200 las personas que diariamente pasan delate de su tumba. Los días festivos este número de devotos se centuplica».

El 7 de diciembre de 1972 el cuerpo de Narcisa de Jesús se trasladó a la parroquia de la aldea de Nabol, donde había nacido y donde ha sido construido un gran santuario en su honor, que custodia sus reliquias.

Después de haber sido nombrada una comisión de historiadores para que reuniera el material oportuno, la causa de canonización comenzó formalmente en la catedral de Guayaquil el 26 de septiembre de 1961, concluyendo los procesos diocesanos en 1962. La información pasó a Roma y quedó abierto el proceso apostólico por decreto del papa Pablo VI de 27 de septiembre de 1975. Reconocida la heroicidad de sus virtudes el 23 de octubre de 1987 y el milagro el 7 de marzo de 1992, Juan Pablo II la beatificó el 25 de octubre de 1992 en la plaza de San Pedro del Vaticano.

Mons. Medina, el último director espiritual de la beata y primer promotor de su causa de canonización, escribía estas palabras:

«Tal vez ha querido Dios hacer florecer esta virgen en el siglo presente para reducir al silencio la incredulidad, revelando así a los progresistas materialistas que el progesro tan encomiado por ellos es efímero ante la santidad del corazón producida por la gracia».

MARÍA ENCARNACIÓN GONZÁLEZ RODRÍGUEZ

Bibliografía

MANCERO VILLAGÓMEZ, L., *Vida de Narcisa de Jesús Martillo* (Guayaquil 1958).
MATTHEI, M., *Esbozo para un santoral latinoamericano* (Buenos Aires 1992).
PAOLI, G. - PAPASOGLI, L., *Riscatto di un popolo* (Roma 1962).
PAZMIÑO GUZMÁN, R., *Una mujer de nuestro pueblo: Narcisa de Jesús Martillo,* Guayaquil 1984.
TOLA, A., *Rasgo biográfico de la sierva de Dios Narcisa de Jesús Martillo, natural de Guayaquil, fallecida en Lima el 8 de diciembre de 1869* (Guayaquil 1870).
VÁZQUEZ Y ALMAZÁN, H., *Narcisa de Jesús* (Guayaquil 1976).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN EUTIQUIANO

Papa († 283)

Sucedió en la sede romana al papa San Félix I, seguramente, en el año 275. El *Liber pontificalis* lo tiene por natural de Luni, cuya parroquia le está dedicada. No se conocen detalles de su pontificado y los que se le han atribuido parecen espúreos. Su nombre consta en la *Depositio episcoporum* de Roma pero no así en la *Depositio martyrum,* lo que es señal inequívoca de que no fue mártir, y esto es además lo más propio toda vez que en su tiempo la Iglesia gozó de paz y no estuvo activa la persecución. Su muerte se sitúa en 283. Fue enterrado en las catacumbas de San Calixto, donde fue hallado su epitafio con la inscripción griega *Eutichianos episcopos.* Sus reliquias fueron entregadas por el papa Inocencio X († 1655) a Filippo Casoni, obispo de Fidenza, que las legó al cabildo catedral de Sarzana, donde se conservan.

SAN TEOBALDO DE MARLY

Abad († 1247)

Nace a comienzos del siglo XIII en el castillo de Marly, hijo de Bouchard de Montmorency, señor de Marly, y de Matilde de Châteaufort, sobrina del rey Luis VII. Cursó primero la carrera de las armas y fue un distinguido caballero de la corte de Felipe Augusto, rey de Francia. Era persona devota y honesta. Repensó su papel en la vida y se decidió por la vida religiosa, ingresando en la abadía cisterciense de Vaux-de-Cernay en 1226. El

abad Ricardo lo nombró en 1230 prior de la abadía y a la muerte de Ricardo en 1235 fue elegido abad. Su monasterio tenía varios conventos filiales, masculinos y femeninos, y sobre toda su extensa congregación hubo de ejercer Teobaldo su papel de dirigente con gran humildad y sabiduría, insistiendo en el valor de la pobreza y del trabajo manual, del que él mismo, no obstante ser abad, no se dispensaba, dando así elocuente ejemplo a todos. Oyó hablar de él San Luis de Francia, que llevaba ya casado unos años pero no tenía hijos, y fue con la reina Margarita a solicitar las oraciones de Teobaldo para que Dios le concediera descendencia. El santo abad les aseguró de parte de Dios a los esposos que tendrían hijos, como en efecto sucedió. Luego de haber regido doce años santamente su congregación murió en la paz del Señor el 8 de diciembre de 1247. Su culto comenzó enseguida y fue reconocido por el papa Clemente XI el 25 de septiembre de 1710.

SAN NOEL CHABANEL

Presbítero y mártir († 1649)

Noel o Natalio Chabanel era un misionero francés que había nacido en 1613 y a los 17 años había optado por la vocación religiosa en la Compañía de Jesús. Hecha la profesión y ordenado sacerdote, fue profesor de filosofía y retórica en el colegio de su Orden en Toulouse hasta que los superiores asintieron a su ardiente deseo de marchar a las misiones, asignándosele las del Canadá, adonde llegó en 1644. No le resultó sencillo el trato con los indios, y además sentía una profunda desolación espiritual, en contraste con la paz interior que había disfrutado siempre en Francia, pero no se vino atrás por ello sino que hizo voto formal de perseverar en las misiones de los indios en cuanto de él dependiera y se entregó por completo a la voluntad de Dios. El 6 de diciembre de 1649 le llegó la orden superior de que dejara al P. Garnier en la residencia de San Juan Bautista y marchara a la isla de San José. Así lo hizo y por ello no estaba en San Juan Bautista cuando el día 7 irrumpieron los iroqueses en la misma y asesinaron al P. Garnier. Él iba de camino y hasta él llegaron los gritos festivos de los iroqueses que volvían a sus tie-

rras con los prisioneros y los despojos de los indios tabaqueros. Pero si no lo asesinaron los iroqueses, le esperaba de todos modos el martirio, pues, el día 8, día de la Inmaculada Concepción, en la oscuridad y silencio de la selva un hurón apóstata lo encontró junto a la ribera de un río y lleno de odio a la religión cristiana lo mató. Fue canonizado el 29 de junio de 1930. Su memoria litúrgica se celebra el día 19 de octubre con los demás mártires del Canadá (cf. biografía extensa en: *Año cristiano. Octubre,* 493-498).

BEATO JOSÉ MARÍA ZABAL BLASCO

Mártir († 1936)

Nace en Valencia el 19 de marzo de 1898 en una familia modesta. Muerto su padre, su madre, viuda y con tres hijos, hubo de colocarse como criada para atender a la familia. José María, muy consciente de la situación, se pone a trabajar muy pronto para ayudar. Logra colocarse en la Estación del Norte como factor y como era muy recto y cumplidor, enseguida se atrajo el aprecio de todos. Contrajo matrimonio con Catalina Cerdá Palop el año 1925, siendo los dos de idénticos y arraigados sentimientos religiosos. El Señor bendijo su unión con el nacimiento de tres hijos. Católico ferviente, defendía con ardor sus convicciones religiosas y, lleno de marcado sentido social, defendía a sus compañeros de trabajo ante la empresa con mucha energía. Llegada la revolución de julio de 1936, por prudencia, se fue a Canals, a casa de sus suegros, pero allí fue arrestado y llevado a Valencia; por el camino y para asustarlo simularon que iba a ser fusilado. En la cárcel sostuvo el ánimo de sus compañeros y fue admirado por su fortaleza espiritual. El día de la Inmaculada, al amanecer, rezó el rosario a la Virgen, asistió a una misa clandestina en plena cárcel y recibió en ella la sagrada comunión. A las cinco de la tarde lo llamaron y lo llevaron, con otros, al Picadero de Paterna. Cuando se dio cuenta de que lo iban a fusilar, envió un recuerdo de amor a su esposa e hijos y dijo que perdonaba a sus verdugos. Seguidamente fue fusilado. Llevado su cadáver al cementerio de Valencia, allí pudo reconocerle su hermano.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO LUIS LIGUDA

Presbítero y mártir († 1942)

Nació el 23 de enero de 1898 en Winów, Silesia, Polonia, último de siete hijos. Al terminar la escuela elemental, en 1912, entra en el colegio menor de los Misioneros del Verbo Divino en Nysa. Llegada la guerra mundial, en 1917 debió interrumpir sus estudios y hacer el servicio militar. Y al terminar la guerra decide ingresar formalmente en la citada Congregación, siendo acogida su petición en 1920. Hizo el noviciado en Mödling, junto a Viena, y allí emitió en 1921 los primeros votos, emitiendo los perpetuos en 1928. El 26 de mayo de 1927 se ordenó sacerdote en St. Gabriel. Deseaba ser enviado a las misiones pero la obediencia lo destinó a Polonia. Estuvo dos años destinado en Górna Grupa (1928-1930) y los siguientes cuatro años estuvo estudiando en la Universidad de Poznan, donde hizo la carrera de filosofía, al tiempo que trabajaba como capellán y catequista en el colegio de las hermanas ursulinas. Terminados los estudios universitarios volvió a Górna Grupa como profesor del seminario verbita. En junio de 1939 fue nombrado rector del dicho centro. Arrestado en cuanto los nazis ocuparon Polonia, permaneció en su mismo seminario que se había convertido en campo de internamiento para religiosos, sacerdotes y seminaristas. El 5 de febrero de 1940 fue llevado a la prisión de Nowy Port, junto a Gdansk, luego al campo de concentración de Sachsenhausen y luego al de Dachau. Aquí padeció maltratos y el 8 de diciembre de 1942 lo asesinaron los guardias del campo. Hombre culto y piadoso, que había publicado homilías y reflexiones, dejó una estela de sacerdote entregado y celoso. Fue beatificado el 13 de junio de 1999 por el papa Juan Pablo II.

9 de diciembre

A) MARTIROLOGIO

1. En la colina del Tepeyac, San Juan Diego Cuauhtlatoatzin († 1548), a quien se apareció la Virgen de Guadalupe **.
2. En Toledo, Santa Leocadia († 304), virgen y mártir **.
3. En Pavía (Liguria), San Siro († s. IV), primer obispo de la sede.
4. En Nacianzo (Capadocia), Santa Gorgonia († 370), madre de familia *.
5. En el monasterio de Genouillac, en el Perigueux, San Cipriano († s. VI), abad *.
6. En la orilla del río Meno (Baviera), Beato Liborio Wagner († 1631), presbítero y mártir **.
7. En Gray (Borgoña), San Pedro Fourier († 1640), presbítero, canónigo regular del Salvador, fundador del Instituto de Canonesas Regulares de Nuestra Señora **.
8. En Moricone (Italia), Beato Bernardo María de Jesús (César) Silvestrelli († 1911), presbítero, religioso pasionista **.
9. En Algemesí (Valencia), Beato José Ferrer Esteve († 1936), presbítero, de la Orden de las Escuelas Pías, mártir *.
10. En el Picadero de Paterna (Valencia), beatos Recaredo de los Ríos Fábregat, Julián Rodríguez Sánchez y José Giménez López, presbíteros, de la Sociedad de San Francisco de Sales, mártires en 1936 *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN JUAN DIEGO CUAUHTLATOATZIN

Seglar († 1548)

Juan Diego nació hacia 1474 en Cuauhtitlan, barrio de Tlayácac, entonces del reino de Texcoco, a unos veinte kilómetros de lo que hoy es la capital federal de México. Cuautitlán en lo eclesiástico pertenecía a Tlatilolco, y éste era parte de la ciudad de México. La ciudad de México, antes de la conquista e inmediatamente después, comprendía dos ciudades: México Tenochtitlán y México Tlatilolco, que se fundieron en una más adelante.

Juan Diego, antes de ser cristiano, en la lengua náhuatl se llamaba Cuauhtlatohuac («águila habladora»). Un documento llamado *Nican Mopohua* («Aquí se narra»), redactado hacia 1550 en

esa lengua y atribuido a Antonio Valeriano (1520-1605), contemporáneo de Juan Diego y de los hechos que de él se relatan, y que además de ser profesor y rector de un famoso colegio fue gobernador de México, lo describe como un indiecito («macehualli»); es decir, un hombre de pueblo, pues no pertenecía a la clase alta y noble pero tampoco era esclavo, ya que poseía casa y tierra a la vez que ejercitaba también distintas formas de artesanía e industria caseras, con un telar y en un comercio en el que vendía los productos que cultivaba en su campo. Él se consideraba a sí mismo «un hombrecillo», un «don nadie» aunque, incluso antes de su bautismo, vivía una honda y profunda experiencia religiosa.

Como atestigua en su testamento una vecina suya, Juana Martín, en fecha no precisada se casó:

> «He vivido en esta ciudad de Cuautitlán y su barrio de San José Milla, en donde se crió el mancebo don Juan Diego y se fue a casar después a Santa Cruz el Alto, cerca de San Pedro, con la joven doña Malintzin, la que pronto murió, quedándose solo Juan Diego».

Cuauhtlatohuac y Malintzin, a la llegada de los primeros misioneros franciscanos en 1523 —junto con su tío Juan Bernardino— y después de tres años de catecumenado, fueron bautizados hacia 1526 en el templo de Santiago de Tlaltilolco con los nombres de Juan Diego y María Lucía y, consiguientemente, su matrimonio recibió entonces el carácter de sacramento.

Desde 1529 en que murió su mujer, Juan Diego pudo intensificar todavía más su dedicación a los actos de piedad. En ese mismo año se trasladó a vivir con su tío Juan Bernardino en Tulpétlac, más cerca de la misión franciscana a la que iba andando recorriendo catorce kilómetros para participar en la celebración de la Eucaristía. Los sábados y domingos salía de madrugada para llegar a la santa misa y a la catequesis posterior, caminando descalzo durante casi cuatro horas, en invierno abrigado por un manto llamado «tilma» o «ayate» que estaba tejido con fibra de maguey, un cactus común y típico en toda la región ya que el tejido de algodón era caro y lo usaban para vestir personas más pudientes.

El sábado 9 de diciembre de 1531 (pues conforme al calendario «juliano» el 9 de diciembre de 1531 era sábado), cuando

tendría 57 años, edad considerable ya que entonces la media de mortalidad rondaba los 40 años, de madrugada y mientras amanecía, Juan Diego se dirigía a recibir una lección de catecismo en Tlatilolco.

En la colina que se llama Tepeyac —actualmente conocido como «Capilla del Cerrito»— narra el *Aquí se narra* que, después de oír el canto de unos pájaros, oyó que lo llamaban desde el cerrito por su propio nombre y en su lengua náhuatl: «Iuantzin, Iuan Diegotzin» («Juanito, Juan Dieguito») y, cuando llegó a la cumbre, «una doncella que allí estaba de pie, lo llamó para que fuera cerca de ella».

> «En su presencia se postró. Escuchó su aliento, su palabra, que era extremadamente glorificadora, sumamente afable, como de quien lo atraía y estimaba mucho. Le dijo: "Escucha, hijo mío el menor, Juanito. ¿A dónde te diriges?" y él le contestó: "Mi Señora, Reina, muchachita mía, allá llegaré, a tu casita de México Tlatilolco, a seguir las cosas de Dios que nos dan que nos enseñan quienes son las imágenes de Nuestro Señor: nuestros sacerdotes". En seguida, con esto dialoga con él, le descubre su preciosa voluntad; le dice: "Sábelo, ten por cierto, hijo mío el más pequeño, que yo soy la perfecta siempre Virgen Santa María, Madre del verdaderísimo Dios por quien se vive, el creador de las personas, el dueño de la cercanía y de la inmediación, el dueño del cielo, el dueño de la tierra, mucho deseo que aquí me levanten mi casita sagrada. En donde lo mostraré, lo ensalzaré al ponerlo de manifiesto: lo daré a las gentes en todo mi amor personal, en mi mirada compasiva, en mi auxilio, en mi salvación: porque yo en verdad soy vuestra madre compasiva, tuya y de todos los hombres que en esta tierra estáis en uno, y de las demás variadas estirpes de hombres, mis amadores, los que a mí clamen, los que me busquen, los que confíen en mí, porque allí les escucharé su llanto, su tristeza, para remediar, para curar todas sus diferentes penas, sus miserias, sus dolores. Y para realizar lo que pretende mi compasiva mirada misericordiosa, anda al palacio del obispo de México, y le dirás que cómo yo te envío, para que le descubras cómo mucho deseo que aquí me provea de una casa, me erija en el llano mi templo; todo le contarás, cuanto has visto y admirado, y lo que has oído. Y ten por seguro que mucho lo agradeceré y lo pagaré, que por ello te enriqueceré, te glorificaré; y mucho de allí merecerás con que yo retribuya tu cansancio, tu servicio con que vas a solicitar el asunto al que te envío. Ya has oído, hijo mío el menor, mi aliento mi palabra; anda, haz lo que esté de tu parte"».

Había llegado en 1528 como arzobispo electo de México el franciscano español Juan de Zumárraga. El arzobispo no prestó

fe a cuanto le expresaba Juan Diego, antes bien mostró sospecha y desconfianza de lo que le estaba contando. Hay que saber que Zumárraga había sido inquisidor en España y luego también lo fue en México y estaba habituado a abrir y conducir procesos. Juan Diego, en cambio, en su conversación con la Virgen se había definido a sí mismo como «tu pobre indito».

Al terminar el día volvió a la cumbre del cerrito y, en otra aparición de la Virgen, postrándose en tierra le dijo:

> «"Patroncita, Señora, Reina, Hija mía la más pequeña, mi Muchachita, ya fui a donde me mandaste a cumplir tu amable aliento, tu amable palabra; aunque difícilmente entré a donde es el lugar del gobernante sacerdote, lo vi, ante él expuse tu aliento, tu palabra, como me lo mandaste. Me recibió amablemente y lo escuchó perfectamente, pero, por lo que me respondió, como que no lo entendió, no lo tiene por cierto. Me dijo: 'Otra vez vendrás; aun con calma te escucharé, bien aun desde el principio veré por lo que has venido, tu deseo, tu voluntad'. Bien en ello miré, según me respondió, que piensa que tu casa que quieres que te hagan aquí, tal vez yo nada más lo invento, o que tal vez no es de tus labios; mucho te suplico, Señora mía, Reina, Muchachita mía, que a alguno de los nobles, estimados, que sea conocido, respetado, honrado, le encargues que conduzca, que lleve tu amable aliento, tu amable palabra para que le crean. Porque en verdad yo soy un hombre del campo, soy mecapal, soy parihuela, soy cola, soy ala; yo mismo necesito ser conducido, llevado a cuestas, no es lugar de mí andar ni de mí detenerme allá a donde me envías, Virgencita mía, Hija mía menor, Señora, Niña; por favor dispénsame: afligiré con pena tu rostro, tu corazón; iré a caer en tu enojo, en tu disgusto, Señora Dueña mía". Le respondió la perfecta Virgen, digna de honra y veneración: "Escucha, el más pequeño de mis hijos, ten por cierto que no son escasos mis servidores, mis mensajeros, a quienes encargué que lleven mi aliento, mi palabra, para que efectúen mi voluntad; pero es muy necesario que tú, personalmente, vayas, ruegues, que por tu intercesión se realice, se lleve a efecto mi querer, mi voluntad. Y, mucho te ruego, hijo mío el menor, y con rigor te mando, que otra vez vayas mañana a ver al obispo. Y de mi parte hazle saber, hazle oír mi querer, mi voluntad, para que realice, haga mi templo que le pido. Y bien, de nuevo dile de qué modo yo, personalmente, la siempre Virgen Santa María, yo, que soy la madre de Dios, te mando". Juan Diego, por su parte, le respondió, le dijo: "Señora mía, Reina, Muchachita mía, que no angustie yo con pena tu rostro, tu corazón; con todo gusto iré a poner por obra tu aliento, tu palabra; de ninguna manera lo dejaré de hacer, ni estimo por molesto el camino. Iré a poner en obra tu voluntad, pero tal vez no seré oído, y si fuere oído quizás no seré creído. Mañana en la tarde, cuando se

meta el sol, vendré a devolver a tu palabra, a tu aliento, lo que me responda el gobernante sacerdote. Ya me despido de Ti respetuosamente, Hija mía la más pequeña, Jovencita, Señora, Niña mía, descansa otro poquito". Y luego se fue él a su casa a descansar».

Al día siguiente, domingo 10, antes del alba, se encaminó derecho a Tlatilolco para ver otra vez al obispo. Después de la misa y la Doctrina Cristiana llegó a la residencia episcopal. Y Juan de Zumárraga mantuvo la misma actitud también cuando le oyó esta segunda aparición de la Virgen. Es más, le pidió una señal con la que pudiera acreditar la veracidad de cuanto le estaba comunicando: que era la Virgen quien se lo enviaba y quien le pedía la construcción de aquel templo.

En una tercera aparición en ese mismo día la Virgen prometió a Juan Diego aquella señal:

«Bien está, hijito mío, volverás aquí mañana para que lleves al obispo la señal que te ha pedido; con eso te creerá y acerca de esto ya no dudará ni de ti sospechará; y sábete, hijito mío, que yo te pagaré tu cuidado y el trabajo y cansancio que por mí has emprendido; ea, vete ahora; que mañana aquí te aguardo».

El lunes 11 Juan Diego no pudo acudir al Tepeyac, por tener que atender a su tío Juan Bernardino que estaba enfermo. Pero el martes 12 de diciembre de 1531, cuando Juan Diego iba a buscar un sacerdote para que atendiera a su tío, en la cuarta aparición la Virgen le ordenó subir a la colina Tepeyac para coger flores con el fin de llevárselas al obispo.

«Le vino a salir al encuentro a un lado del cerro, le vino a atajar los pasos; le dijo: "¿Qué pasa, el más pequeño de mis hijos? ¿A dónde vas, a dónde te diriges?". Y él, ¿tal vez un poco se apenó, o quizá se avergonzó? ¿O tal vez de ello se espantó, se puso temeroso? En su presencia se postró, la saludó, le dijo: "Mi Jovencita, Hija mía la más pequeña, Niña mía, ojalá que estés contenta; ¿cómo amaneciste? ¿Acaso sientes bien tu amado cuerpecito, Señora mía, Niña mía? Con pena angustiaré tu rostro, tu corazón: te hago saber, Muchachita mía, que está muy grave un servidor tuyo, tío mío. Una gran enfermedad se le ha asentado, seguro que pronto va a morir de ella. Y ahora iré de prisa a tu casita de México, a llamar a alguno de los amados de Nuestro Señor, de nuestros sacerdotes, para que vaya a confesarlo y a prepararlo, porque en realidad para ello nacimos, los que vinimos a esperar el trabajo de nuestra muerte. Mas, si voy a llevarlo a efecto, luego aquí otra vez volveré para ir a llevar tu aliento, tu palabra, Señora, Jovencita mía. Te ruego me perdones, tenme todavía un poco de paciencia, porque con ello no

te engaño, Hija mía la menor, Niña mía, mañana sin falta vendré a toda prisa". En cuanto oyó las razones de Juan Diego, le respondió la Piadosa Perfecta Virgen: "Escucha, ponlo en tu corazón, hijo mío el menor, que no es nada lo que te espantó, lo que te afligió, que no se perturbe tu rostro, tu corazón; no temas esta enfermedad ni ninguna otra enfermedad, ni cosa punzante, aflictiva. ¿No estoy aquí, yo, que soy tu madre? ¿No estás bajo mi sombra y resguardo? ¿No soy yo la fuente de tu alegría? ¿No estás en el hueco de mi manto, en el cruce de mis brazos? ¿Tienes necesidad de alguna otra cosa? Que ninguna otra cosa te aflija, te perturbe; que no te apriete con pena la enfermedad de tu tío, porque de ella no morirá por ahora. Ten por cierto que ya está bueno". (Y luego en aquel mismo momento sanó su tío, como después se supo). Y Juan Diego, cuando oyó la amable palabra, el amable aliento de la Reina del Cielo, muchísimo con ello se consoló, bien con ello se apaciguó su corazón, y le suplicó que inmediatamente lo mandara a ver al gobernador obispo, a llevarle algo de señal, de comprobación, para que creyera. La Reina Celestial luego le mandó que subiera a la cumbre del cerrillo, en donde antes la veía. Le dijo: "Sube, hijo mío el menor, a la cumbre del cerrillo, a donde me viste y te di órdenes, allí verás que hay variadas flores: córtalas, reúnelas, ponlas todas juntas; luego, baja aquí; tráelas aquí, a mi presencia". Y Juan Diego luego subió al cerrillo, y cuando llegó a la cumbre, mucho admiró cuantas había florecidas, abiertas sus corolas, flores las más variadas, bellas y hermosas, cuando todavía no era su tiempo: porque de veras que en aquella sazón arreciaba el hielo; estaban difundiendo un olor suavísimo; como perlas preciosas, como llenas de rocío nocturno. Luego comenzó a cortarlas, todas las juntó, las puso en el hueco de su tilma. Por cierto que en la cumbre del cerrito no era lugar en que se dieran ningunas flores, sólo abundan los riscos, abrojos, espinas; nopales, mezquites, y si acaso algunas hierbecillas se solían dar, entonces era el mes de diciembre, en que todo lo come, lo destruye el hielo. Y en seguida vino a bajar, vino a traerla a la Niña Celestial las diferentes flores que había ido a cortar, y cuando las vio, con sus venerables manos las tomó; luego otra vez se las vino a poner todas juntas en el hueco de su ayate, le dijo: "Mi hijito menor, estas diversas flores son la prueba, la señal que llevarás al obispo; de mi parte le dirás que vea en ellas mi deseo, y que por ello realice mi querer, mi voluntad. Y tú [...] tú que eres mi mensajero [...] en ti absolutamente se deposita la confianza; y mucho te mando, con rigor que nada más a solas en la presencia del obispo extiendas tu ayate, y le enseñes lo que llevas, y le contarás todo puntualmente, le dirás que te mandé que subieras a la cumbre del cerrito a cortar flores, y cada cosa que viste y admiraste, para que puedas convencer al gobernante sacerdote, para que luego ponga lo que está de su parte para que se haga, se levante mi templo que le he pedido"».

Recogió un buen número de flores, «rosas de Castilla», y las guardó en su «tilma». Vuelto al obispo, después de una larga espera, cuando lo recibió abrió su manto e hizo caer las rosas a sus pies.

> «Y luego extendió su blanca tilma, en cuyo hueco había colocado las flores. Y así como cayeron al suelo todas las variadas flores preciosas, luego allí se convirtió en señal, se apareció de repente la Amada Imagen de la Perfecta Virgen Santa María, Madre de Dios, en la forma y figura en que ahora está, en donde ahora es conservada en su amada casita, en su sagrada casita en el Tepeyac, que se llama Guadalupe. Y en cuanto la vio el obispo gobernante y todos los que allí estaban, se arrodillaron, mucho la admiraron, se pusieron de pie para verla, se entristecieron, se afligieron, suspenso el corazón, el pensamiento [...] Y el obispo gobernante con llanto, con tristeza, le rogó, le pidió perdón por no luego haber realizado su voluntad, su venerable aliento, su venerable palabra, y cuando se puso de pie, desató del cuello de donde estaba atada, la vestidura, la tilma de Juan Diego en la que se apareció, en donde se convirtió en señal la Reina Celestial. Y luego la llevó; allá la fue a colocar a su oratorio. Y todavía allí pasó un día Juan Diego en la casa del obispo, aún lo detuvo. Y al día siguiente le dijo: "Anda, vamos a que muestres dónde es la voluntad de la Reina del Cielo que le erijan su templo"».

Hay que subrayar que el tejido y urdimbre de la tilma era de lo menos apropiado para recibir una pintura. En la convicción del narrador, que fue la del San Juan Diego, y en la que han coincidido muchos millones de fieles y científicos durante varios siglos, ninguna persona humana pudo pintar esa imagen. Consta que ya fray Alonso de Montúfar, el obispo inmediatamente sucesor de Zumárraga, defendió el origen sobrehumano de la Imagen.

La descripción de lo que ocurrió al día siguiente, 13 y miércoles, tiene que ver con el nombre de Guadalupe:

> «No bien Juan Diego señaló dónde había mandado la Señora del Cielo que se levantara su templo, pidió licencia para irse. Quería ahora ir a su casa a ver a su tío Juan Bernardino; el cual estaba muy grave, cuando le dejó y vino a Tlatilolco a llamar un sacerdote, que fuera a confesarle y disponerle, y le dijo la Señora del Cielo que ya había sanado. Pero no le dejaron ir solo, sino que le acompañaron a su casa. Al llegar, vieron a su tío que estaba muy contento y que nada le dolía. Se asombró mucho de que llegara acompañado y muy honrado su sobrino, a quien preguntó la causa de que

así lo hicieran y que le honraran mucho. Le respondió su sobrino que, cuando partió a llamar al sacerdote que le confesara y dispusiera, se le apareció en el Tepeyácac la Señora del Cielo; la que, diciéndole que no se afligiera, que ya su tío estaba bueno, con que mucho se consoló, le despachó a México, a ver al señor obispo, para que le edificara una casa en el Tepeyácac. Manifestó su tío ser cierto que entonces le sanó y que la vio del mismo modo en que se aparecía a su sobrino; sabiendo por ella que le había enviado a México a ver al obispo. También entonces le dijo la Señora que, cuando él fuera a ver al obispo, le revelara lo que vio y de qué manera milagrosa le había ella sanado y que bien la nombraría, así como bien había de nombrarse su bendita imagen, la Siempre Virgen Santa María de Guadalupe. Trajeron luego a Juan Bernardino a presencia del señor obispo; a que viniera a informarle y atestiguar delante de él. A entrambos, a él y a su sobrino, los hospedó el obispo en su casa algunos días, hasta que se erigió el templo de la Reina en el Tepeyácac, donde la vio Juan Diego. El señor obispo trasladó a la Iglesia Mayor la santa imagen de la amada Señora del Cielo. La sacó del oratorio de su palacio, donde estaba, para que toda la gente viera y admirara su bendita imagen. La ciudad entera se conmovió: venía a ver y admirar su devota imagen, y a hacerle oración. Mucho le maravillaba que se hubiese aparecido por milagro divino; porque ninguna persona de este mundo pintó su preciosa imagen. La manta en que milagrosamente se apareció la imagen de la Señora del Cielo, era el abrigo de Juan Diego: ayate un poco tieso y bien tejido. Porque en este tiempo era de ayate la ropa y abrigo de todos los pobres indios; sólo los nobles, los principales y los valientes guerreros, se vestían y ataviaban con manta blanca de algodón. El ayate, ya se sabe, se hace de ichtli, que sale del maguey. Este precioso ayate en que se apareció la Siempre Virgen nuestra Reina es de dos piezas, pegadas y cosidas con hilo blando. Es tan alta la bendita imagen, que empezando en la planta del pie, hasta llegar a la coronilla, tiene seis jemes y uno de mujer. Su hermoso rostro es muy grave y noble, un poco moreno. Su precioso busto aparece humilde: están sus manos juntas sobre el pecho, hacia donde empieza la cintura. Es morado su cinto. Solamente su pie derecho descubre un poco la punta de su calzado color de ceniza. Su ropaje, en cuanto se ve por fuera, es de color rosado, que en las sombras parece bermejo; y está bordado con diferentes flores, todas en botón y de bordes dorados. Prendido de su cuello está un anillo dorado, con rayas negras al derredor de las orillas, y en medio una cruz. Además, de adentro asoma otro vestido blanco y blando, que ajusta bien en las muñecas y tiene deshilado el extremo. Su velo, por fuera, es azul celeste; sienta bien en su cabeza; para nada cubre su rostro; y cae hasta sus pies, ciñéndose un poco por en medio: tiene toda su franja dorada, que es algo ancha, y estrellas de oro por dondequiera, las cuales son cuarenta y seis. Su cabeza se incli-

> na hacia la derecha; y encima sobre su velo, está una corona de oro, de figuras ahusadas hacia arriba y anchas abajo. A sus pies está la luna, cuyos cuernos ven hacia arriba. Se yergue exactamente en medio de ellos y de igual manera aparece en medio del sol, cuyos rayos la siguen y rodean por todas partes. Son cien los resplandores de oro, unos muy largos, otros pequeñitos y con figuras de llamas: doce circundan su rostro y cabeza; y son por todos cincuenta los que salen de cada lado. Al par de ellos, al final, una nube blanca rodea los bordes de su vestidura. Esta preciosa imagen, con todo lo demás, va corriendo sobre un ángel, que medianamente acaba en la cintura, en cuanto descubre; y nada de él aparece hacia sus pies, como que está metido en la nube. Acabándose los extremos del ropaje y del velo de la Señora del Cielo, que caen muy bien en sus pies, por ambos lados los coge con sus manos el ángel, cuya ropa es de color bermejo, a la que se adhiere un cuello dorado, y cuyas alas desplegadas son de plumas ricas, largas y verdes, y de otras diferentes. La van llevando las manos del ángel, que, al parecer, está muy contento de conducir así a la Reina del Cielo».

El nombre de Guadalupe provendría, pues, de la aparición de la Virgen —que se narra en este texto— a Juan Bernardino, tío de San Juan Diego. La «Señora del Cielo» habría utilizado en lengua náhuatl la palabra «Coatlaxopeuh», que se pronuncia «quatlasupe» y que a los españoles les sonaría a Guadalupe, el toponimo bien conocido en España —entonces y ahora— donde apareció la imagen de la Virgen patrona de Extremadura. La etimología de «Coatlaxopeuh» es la siguiente: «coa» es el sustantivo «serpiente»: «tla», el artículo «la» y «xopeuh», el verbo «aplastar», significaría por tanto: «la que aplasta a la serpiente», identificándose así con la «Mujer vestida de sol, con la luna bajo sus pies» (Ap 12,1s).

Después de todo eso, Juan Diego llevó una vida —durante diecisiete años— de extrema pobreza. Se retiró a una casa construida junto a la ermita erigida en honor de la Virgen María, dedicándose al cuidado de la misma —barrer y limpiar, cargar lo que había que llevar— y a la asistencia de los devotos que la visitaban. Entregó su casa a su tío Juan Bernardino y los bienes que tenía a los necesitados, y vivió en santidad, en la oración y contemplación, participando en la Eucaristía y dando culto a la madre del Redentor, en comunión con la Iglesia y con obediencia a los pastores, y atendiendo a los pobres. Pasaba largos ratos en oración ante la santa imagen de la Virgen. Todos los que co-

nocieron el esplendor de sus virtudes, especialmente la fe, la esperanza y la caridad, la humildad y el desprecio de las cosas terrenas, quedaron admirados. Juan Diego, en la simplicidad de la vida cotidiana, vivió fielmente el evangelio sin rechazar su condición indígena, consciente de que Dios no hace distinción de estirpes y culturas, invitando a todos a ser sus hijos. Tenía permiso del arzobispo Zumárraga para comulgar dos o tres veces por semana, que entonces era cosa muy significativa por no ser habitual. La gente, que antes de las apariciones lo tenía por hombre justo y bueno, al comprobar de cerca la vida que llevó después de ellas lo comenzó a tener por santo.

Murió a los 74 años, en 1548 (según algunos testimonios el 30 de mayo y según otros el 12 de junio), circundado por una fama amplia de santidad que enseguida tomó las características de culto. Fue sepultado —junto con su tío Juan Bernardino— en la primera ermita dedicada a la Virgen de Guadalupe.

Los dos primeros arzobispos de México favorecieron desde el primer momento el culto a la Virgen de Guadalupe. Tanto el franciscano Juan de Zumárraga arzobispo desde 1528 a 1548, quien custodió la imagen de la tilma hasta que en 1533 la trasladó de la catedral a una pequeña ermita que edificó y, con la ayuda de Hernán Cortés, organizó una colecta para construirle un santuario; como su sucesor, el dominico Alonso de Montúfar, arzobispo entre 1554 y 1572, quien fue patrono y fundador del primer santuario atendido por el clero secular, y consta que al menos el 6 de setiembre de 1556 predicó la devoción a la Guadalupana.

La primera pequeña ermita de 1533 —luego gran santuario, con otro más reciente a su lado, donde puede contemplarse la imagen de la Virgen pintada sobre la tilma— se convirtió en el centro espiritual de México, pues estos hechos se difundieron con gran rapidez y han contribuido de manera notable a la cristianización no sólo de México sino también de otras poblaciones del continente iberoamericano. En nuestros días la devoción a la Virgen de Guadalupe está muy viva y la devoción a su advocación muy difundida en otros continentes. Resulta fácil coincidir en que la Virgen de Guadalupe y su santuario han influido como el primer factor de la evangelización en México y en el nuevo mundo.

Por el rigor de las autoridades eclesiásticas en lo que se refiere a los decretos de Urbano VIII sobre el culto y otros motivos, la causa de canonización del Siervo de Dios fue promovida eficazmente sólo en tiempo reciente. Pero ya en 1666 se realizó una búsqueda de datos con personas ancianas que habían conocido en vida a Juan Diego. En esos mismos años, también la causa fue elevada a Roma. Y distintos papas reconocieron el hecho guadalupano de diferente modo: Benedicto XIV declaró a la Virgen de Guadalupe patrona de la Nueva España y la Congregación de Ritos aprobó un esquema para la misa en su honor y culto y el oficio para el 12 de diciembre. San Pío X, el 24 de agosto de 1910 declaró a la Virgen de Guadalupe patrona de América Latina y Pío XI el 16 de julio de 1935 extendió el patronazgo de la Virgen de Guadalupe al continente americano.

El proceso diocesano fue celebrado en la archidiócesis de la ciudad de México desde el 11 de febrero de 1984 al 23 de marzo de 1988. La *positio* sobre la fama de santidad, sobre las virtudes y el culto dado al Siervo de Dios fue entregada a la Congregación de las Causas de los Santos en 1989. Siguieron rápidamente la sesión de los consultores históricos (30 de enero de 1990), el congreso de consultores teólogos (9 de marzo de 1990) y la congregación de cardenales y obispos (3 de abril de 1990). Algunas objeciones inconsistentes sobre la pretendida no existencia de Juan Diego o las apariciones de la Virgen de Guadalupe, que se remontan tan sólo al siglo XVIII, han sido abundantemente refutadas por el proceso llevado ante la Santa Sede durante seis años para constatar sin margen de duda o error la existencia histórica y la santidad de Juan Diego, proceso en el que intervinieron teólogos consultores e historiadores profesionales que analizaron cuidadosamente los documentos auténticos. La búsqueda histórica y la científica efectuadas con métodos recientes han dado siempre éxito positivo en lo que se refiere a la veracidad histórica de las fuentes antiguas. Además, los análisis de la imagen de nuestra Señora en la tilma —tejido y pintura en el que no se sabe cómo ha podido resistir tan bien durante tantos siglos— y efectuados con medios técnicos modernos, han puesto de relieve distintos aspectos humanamente inexplicables. Por ejemplo, el hecho de que en las pupilas de los

ojos de la Virgen hay un reflejo, como de una fotografía del perfil de Juan Diego y de otras personas presentes en el momento de «la señal de las rosas».

El éxito positivo de estos debates permitió a Juan Pablo II firmar el decreto sobre la heroicidad de las virtudes de Juan Diego y sobre el culto inmemorial a él dado (9 de abril de 1990) y la posibilidad de proceder a su beatificación «equipolente» en el santuario de Guadalupe el 6 de mayo de 1990. En su homilía en la celebración de beatificación, el papa Juan Pablo II subrayaba de Juan Diego:

> «Su fe sencilla, nutrida de la catequesis y acogedora de los misterios, su esperanza y confianza en Dios y en la Virgen; su caridad, su coherencia moral, su desprendimiento y pobreza evangélica».

El episcopado mexicano declaró el 12 de octubre de 2001:

> «La verdad de las Apariciones de la Santísima Virgen María a Juan Diego en la colina del Tepeyac ha sido, desde los albores de la evangelización hasta el presente, una constante tradición y una arraigada convicción entre nosotros los católicos mexicanos, y no gratuita, sino fundada en documentos del tiempo, rigurosas investigaciones oficiales verificadas el siglo siguiente, con personas que habían convivido con quienes fueron testigos y protagonistas de la construcción de la primera ermita» [...]. «Consideramos también deber nuestro manifestar que la historicidad de las apariciones, necesariamente lleva consigo reconocer la del privilegiado vidente interlocutor de la Virgen María». «Expresamos nuestra confianza en que no tardará su canonización y por ello elevamos nuestra plegaria».

Reconocido un milagro en la misma archidiócesis mexicana realizado por su intercesión, la curación de un joven drogadicto que se había tirado desde un segundo piso y sus heridas mortales, entre ellas varias fracturas del hueso craneal, quedaron curadas en dos días tan sólo, completamente soldadas las fracturas craneales —sin ningún resto de droga en la sangre— con la sola intervención de la oración de la madre del joven al beato, se dio el decreto correspondiente el 20 de diciembre de 2001. Después de oír el parecer de cardenales y obispos en el consistorio del 26 de febrero de 2002, Juan Pablo II estableció que Juan Diego fuera canonizado el 31 de julio de 2002, en México, como así lo realizó él mismo.

En la homilía de la liturgia de canonización, Juan Pablo II, poniendo de relieve lo que significa la santidad de un indígena, dijo:

> «Juan Diego, al acoger el mensaje cristiano sin renunciar a su identidad indígena, descubrió la profunda verdad de la nueva humanidad, en la que todos están llamados a ser hijos de Dios en Cristo. Así facilitó el encuentro fecundo de dos mundos y se convirtió en protagonista de la nueva identidad mexicana, íntimamente unida a la Virgen de Guadalupe, cuyo rostro mestizo expresa su maternidad espiritual que abraza a todos los mexicanos. Por ello, el testimonio de su vida debe seguir impulsando la construcción de la nación mexicana, promover la fraternidad entre todos sus hijos y favorecer cada vez más la reconciliación de México con sus orígenes, sus valores y tradiciones».

Inicialmente se proponía, como en el caso de otros santos o beatos, que la memoria litúrgica sería fijada para el *dies natalis,* el día de su muerte. Pero el mismo papa estableció que su fiesta se celebrara el 9 de diciembre porque, conforme comentó Juan Pablo II, fue en ese día cuando Juan Diego vio el paraíso al contemplar la primera aparición de la Virgen de Guadalupe.

JOAQUÍN MARTÍN ABAD

Bibliografía

JUAN PABLO II, «Litterae Decretales quibus Beato Ioanni Didaco Cuauhtlatoatzin sanctorum honores decernuntur»: *AAS* 95 (2003) 801-803.

GUERRERO ROSADO, J. L., *Los dos mundos de un indio santo* (México 1991).

— *El Nican Mopohua, un intento de exégesis* (México 1996).

MOLINARI, C., «Giovanni Diego, beato», en *Bibliotheca sanctorum. Appendice seconda* (Roma 2000) 345-348.

«Palabras a la Santísima Virgen de Guadalupe» del cardenal N. RIVERA CARRERA, arzobispo primado de México (2-6-1996).

NOTA. Hemos seguido el texto de la narración del *Nican Mopohua* (c.1550), de Antonio Valeriano, editado por un capellán de Guadalupe, Luis Lasso de la Vega en 1649 y traducido del náhuatl al español por Mario Rojas, pbro. Además existen otros testimonios de la época que confirman los hechos, por ejemplo: el testamento de Juana Martín de 1559 y vecina de Juan Diego; el *Inin Huey Tlamahuizoltin* compuesto hacia 1580, quizá por el P. Juan González, intérprete del obispo Zumárraga y traducido por Mario Rojas, más breve pero coincide en lo sustancial con el *Nican Mopohua;* el *Nican Motecpana,* texto náhuatl, escrito hacia 1600 por Fernando de Alba Ixtlilxóchitl (1570-1649), bisnieto del último emperador chichimeca, que fue gobernador de Texcoco, escritor y heredero de los papeles y documentos de Valeriano, entre los cuales recibió el Relato de las Apariciones de la Virgen de Guadalupe; el Testamento de Juan Diego, manuscrito del siglo XVI, conservado en el convento franciscano de Cuautitlán, y recogido después por don Lorenzo Boturini; varios *Anales,* en náhuatl, del siglo XVI,

como los correspondientes a Tlaxcala, Chimalpain, Cuetlaxcoapan, México y sus alrededores, hacen referencia a los sucesos guadalupanos; las *Informaciones* de 1666, hechas a instancias de Roma, en las que depusieron 20 testigos, 8 de ellos indios ancianos. Entre los testigos se contó a don Diego Cano Moctezuma, de 61 años, nieto del emperador, alcalde ordinario de la ciudad de México; también del siglo XVII, hay varias *Historias de las apariciones de Guadalupe,* publicadas por el bachiller don Miguel Sánchez (1648), el bachiller don Luis de Becerra Tanco (1675), el P. Francisco de Florencia, SJ (1688), y el pbro. don Carlos de Sigüenza y Góngora (1688).

SANTA LEOCADIA DE TOLEDO

Virgen y mártir († 304)

El emperador Diocleciano comenzó su reinado con los mejores auspicios. Dotado de singulares dotes de gobierno, había de ser uno de los grandes soberanos del Bajo Imperio romano.

Un cuarto de siglo llevaban los cristianos gozando de relativa paz, y el recuerdo de las pasadas persecuciones se hacía cada vez más lejano. Dividido el territorio imperial en dos mitades administrativas, Diocleciano, que se asoció como césar a Galerio, se reservó el Oriente, mientras en la parte occidental ejercía el supremo mando Maximiano, con la colaboración de Constancio Cloro.

Sin que hoy se puedan precisar con exactitud las causas, Diocleciano, benévolo con los cristianos durante un decenio, cambió radicalmente de conducta influido por su césar Galerio, verdadero responsable de la enorme matanza que se siguió. En Oriente la sangre se derramó sin medida, y los tormentos de los mártires revistieron inaudita crueldad y satánicos refinamientos.

También en Occidente abundaron los martirios durante los primeros años del siglo IV. El poeta Prudencio, con estro pindárico, pudo escribir años después su libro De las coronas, el Peristephanon, con los relatos martiriales de quienes en aquella persecución pagaron con la vida su inquebrantable adhesión a Cristo.

Víctima de ella fue también la doncella toledana Leocadia. La blancura, representada por su nombre, de origen griego, coincidía con su corta edad de adolescente, casi de niña. Un templo parroquial de Toledo a ella dedicado, y en cuya demarcación se escriben estas páginas, se eleva sobre el lugar que se

cree su casa paterna, mostrándose un subterráneo considerado como lugar de oración de la santa niña.

Los calendarios mozárabes atestiguan desde muy antigno el culto de esta mártir, cuya prisión y muerte fue narrada en un relato compuesto en el siglo VII.

Según en él se nos dice, procedente de las Galias, penetró en España el gobernador imperial Daciano, llegado para cortar a sangre y fuego todo brote cristiano que pudiera haber nacido en un territorio saturado de paganismo.

Como lobo hambriento de sangre y cadáveres inició un recorrido que había de extenderse desde Gerona hasta Mérida. Letanía de mártires para el cielo y de simiente cristiana en la tierra fue su itinerario por Gerona, Barcelona, Zaragoza, Alcalá, Toledo, Ávila y Mérida. El autor del relato escribe:

> «La tierra, empapada en sangre, gritaría, si la lengua callase, la magnitud de los escarnios, azotes, tormentos y derramamiento de sangre por él perpetrados. Testimonio cruento de su paso feroz fueron los mártires Félix, Cucufate, Eulalia, los Innumerables de Zaragoza, los santos hermanos Justo y Pastor, los también hermanos Vicente, Sabina y Cristeta y la emeritense virgen Eulalia».

Desde Alcalá Daciano se trasladó a Toledo. La noticia de su llegada hubo de poner estremecimientos de pánico en la reducida comunidad cristiana existente en la ciudad. Muy poco tardó en citar a su tribunal a la cándida joven Leocadia sometiéndola a un interrogatorio, sostenido de la siguiente forma:

> «Pero ¿cómo ha sido posible que tú, nacida de tan noble familia, te hayas dejado obsesionar por un engaño tan burdo y sin sentido, y que, abandonando las prácticas del culto de nuestros dioses, te hayas adherido a ese Cristo desconocido?»

Con inesperada entereza contestóle Leocadia:

> «Tus recriminaciones no me apartarán de mi fe en Cristo, como tampoco la melosidad de tus palabras ni el apego a las comodidades de mi familia, con que intentas persuadirme, me van a arrancar de la servidumbre y promesa hecha a mi Señor Jesucristo, que, al redimirnos con su preciosa sangre, nos concedió la máxima libertad».

Enrojecido por la ira, mandó Daciano a sus sayones que con fuertes amarras atasen a la intrépida doncella y la encerrasen en

una oscura cárcel, mientras él se tomaba tiempo para excogitar las penas y tormentos a que había de someterla para quebrantar su férrea voluntad.

En la parte baja del lado oriental del famoso Alcázar toledano, que, asomado al Tajo, hubo de ser desde los tiempos celtibéricos hasta nuestros días fortaleza casi inexpugnable, existe hoy un recinto ruinoso, desmantelado y cerrado con una verja de hierro. Desde el siglo XIII, renovado por Alfonso X, se sitúa en este lugar el emplazamiento de la mazmorra de Santa Leocadia. Un autor del siglo pasado atestigua:

> «Todavía existía, y nosotros hemos tocado, una señal de cruz cavada en la piedra por la costumbre continua que la mártir tenía de imprimir con sus dedos este signo de nuestra redención».

Sobre la cruz incisa en el muro, una inscripción recordaba que allí, cargada de cadenas, había sido encarcelada la Santa y que con sus manos había excavado la santa cruz.

Aherrojada en lóbrega mazmorra quedaba la cristiana doncella, mientras Daciano reemprende su viaje persecutorio, fijando sus sangrientas estancias en Évora, Ávila y Mérida. Las vidas de los mártires Vicente, Sabina, Cristeta y Eulalia enjoyan como rubíes la corona del rey de la gloria.

Los tormentos y la crueldad desplegada con ellos, sobre todo con la virgen emeritense Eulalia, pronto fueron conocidos con espanto, y la noticia de ellos llegó hasta Toledo y penetró a través de los barrotes de la cárcel donde Leocadia se encontraba.

Fuera de santa envidia o fruto de sus oraciones, o a causa del acabamiento por el inhumano trato a que estaba sometida, en la misma cárcel, arrodillada, entregó su alma a Dios esta incruenta mártir toledana, a quien los textos litúrgicos hispanos califican de confesora y mártir. Su fallecimiento tuvo lugar el 9 de diciembre del 304.

Enterrada en el cementerio local, en el pomerio occidental de la ciudad, junto al Tajo, en la vega, muy pronto surgió en torno a su tumba un culto martirial, incrementado años después al ser reconocida por Constantino la religión cristiana. Posiblemente en el mismo siglo IV se erigió sobre el sepulcro una basílica romana, que fue notablemente mejorada en el 618 por el

rey Sisebuto, siendo consagrada el 29 de octubre. Durante el siglo VII el culto a la santa vive su época de esplendor. Los grandes arzobispos de Toledo buscan la cercanía intercesora de los restos de Leocadia para fijar en la basílica su sepultura. Eladio, Eugenio, Ildefonso y Julián fueron en ella enterrados y allí también se celebraron tres de los renombrados concilios toledanos.

El recuerdo de Santa Leocadia está íntimamente relacionado con San Ildefonso, pues ambos bienaventurados fueron los protagonistas de un singular portento ocurrido en el interior del famoso templo.

Con inusitado esplendor se preparaba aquel año la festividad de la santa, día 9 de diciembre. Clero, nobleza y pueblo se agolpan en el recinto de la basílica.

El poeta Valdivielso reconstruye la escena con abundancia de anacronismos:

El Cabildo con capas de oro y plata,
perlas sembradas por la plata y oro,
de cuya majestad decir no puedo
más de que es Cabildo de Toledo.
Los sufragáneos del Arzobispado
con pontificio ornato acompañaban
al varón justo, al singular prelado,
a quien con todo corazón amaban [...]
Sale ostentando toda su potencia
el rey de la española monarquía,
mayor haciendo con su real presencia
el alborozo del solemne día...
Hace Toledo ostentación gallarda
de consulares ropas adornados
los padres de la Patria, en que se vían
que la sangre y las letras competían...

Ha tomado el rey asiento en su trono. Ildefonso se arrodilla a los pies del sepulcro de la Santa, totalmente recubierto por una losa enteriza. Entonaban los cantores estrofas e himnos de composición Ildefonsiana. Súbitamente, por obra de manos invisibles, remuévese la piedra y aparece Leocadia, recortándose su casta silueta sobre el fondo prestado por su manto extendido. Obispos, clero, nobles y pueblo claman glorificando a Dios. A las voces de todos une la suya la virgen mártir para alabar a Ildefonso por los servicios prestados a la Madre de Dios.

Entretanto, el arzobispo, ajeno al panegírico que tan portentosamente se tejía en su honor, asióse del manto de Leocadia y echando mano al estilete que colgaba de la cintura de Recesvinto, cortó un trozo de aquella vestidura, que pasa en seguida a enriquecer, como una reliquia más, el sagrado tesoro de Toledo.

Hasta mediados del siglo VIII descansaron los huesos de la Santa en la basílica toledana. Mas, por estas fechas, al producirse la persecución de Abderramán I contra los cristianos y sus reliquias, los atemorizados mozárabes huyeron de la ciudad, llevando consigo como sagrado depósito las reliquias de Santa Leocadia y de los otros santos toledanos.

Trasladados a Oviedo los de la Santa, Alfonso el Casto erigió una basílica en su honor para que allí recibiera el culto de que se había visto privada en Toledo.

En Oviedo permanecieron los restos de Santa Leocadia probablemente hasta finales del siglo XI, en que, según tradición, un conde de Henao, llegado a España como romero de Santiago, colaboró con Alfonso VI en la obra de la Reconquista, y de él obtuvo como inapreciable regalo los cuerpos de Santa Leocadia y San Sulpicio, que guardaba la iglesia ovetense.

Ciertamente se sabe que en el siglo XII se encontraba el cuerpo de la santa toledana en la abadía benedictina de Saint-Ghislain, sita al oeste de la actual Bélgica.

Con culto creciente cada día en toda la comarca, allí fue visitada por los archiduques Felipe el Hermoso y Juana la Loca, quienes obtuvieron para la catedral de Toledo una tibia de la Santa, venerada hoy en el mástil de un precioso relicario gótico que simula una nave y que posee la citada catedral.

Las guerras de religión e independencia de los Países Bajos tuvieron también sus tristes consecuencias en la abadía de Saint-Ghislain, invadida en alguna ocasión por los herejes, quienes, deslumbrados por el fulgor de las chapas de bronce que cubrían la arqueta de las reliquias de la Santa, y pensando que serían de oro, las arrancaron de ella, dejando al descubierto la caja de madera en que se guardaban.

Conocida es la preocupación de Felipe II por reunir en España el mayor número posible de reliquias santas. Las de Santa Leocadia eran muy notables y su recuerdo perduraba en

la Iglesia de Toledo con la esperanza de que a ella pudieran regresar aquellos restos, que eran la mejor gloria cristiana de la ciudad. El duque de Alba, toledano y gobernador de los Países Bajos, hizo algunos intentos para conseguirlo, mas sus poderosas instancias resultaron fallidas ante la negativa de la comunidad, que de forma alguna quería desprenderse de tan rico tesoro.

Más hábil y afortunado fue el jesuita padre Miguel Hernández, también nacido en la provincia toledana, quien, ejerciendo sus ministerios apostólicos en los Países Bajos, comenzó en 1583 a madurar la audaz empresa de conseguir para su restitución a Toledo el cuerpo de Santa Leocadia.

La tarea no fue fácil. Hubo que convencer a los monjes de la justicia de la petición y demostrarles que el amor y reverencia que sentían por aquellos restos se patentizaría más permitiendo que se trasladaran a lugar seguro que no dejándolos en aquel monasterio, rodeado de herejes en lucha, quienes, como ya había ocurrido, podrían adueñarse de él y reducir a cenizas los huesos que por permisión divina se habían visto protegidos contra tantos perseguidores.

Inesperadamente los monjes accedieron a la solicitud, no sin antes exigir documentos de Felipe II y del romano pontífice Gregorio XIII. En presencia de los prelados de Cambray y Tournay el abad hizo entrega de los preciosos restos al padre Hernández y dio comienzo una larga peregrinación, que había de prolongarse durante cuatro años.

Dos dificultades se oponían al feliz éxito de la empresa. Era la primera la temida oposición de los flamencos, que no veían con agrado el verse privados de aquel santo cuerpo, que durante tantos años había sido objeto de su piadosa veneración. La otra, sin duda más grave, se debía al estado belicoso en que los Países Bajos se encontraban contra el dominio español y el catolicismo.

El itinerario más corto para llevar los restos a Toledo era el que atravesaba Francia, pero era el menos seguro y a la sazón debía de desecharse por ser sumamente expuesto a toda clase de riesgos. Eligióse, por tanto, el que a través de Alemania e Italia conduciría hasta un puerto seguro del Mediterráneo, donde

con plenas garantías las reliquias pudieran ser embarcadas para su traslado a España.

Extremando cautelas, orillando los peligros, desorientando a los posibles raptores, el padre Hernández llegaba a Roma con su inestimable depósito el 13 de febrero de 1586. El 1 de agosto partía de Génova por mar, llegando a Barcelona el 12. Sin embargo, el desembarco del cuerpo de Santa Leocadia tuvo lugar en Valencia.

Desde Cuenca el traslado hasta Toledo fue apoteósico. El monarca, el cardenal don Gaspar de Quiroga y el Cabildo toledano no regatearon ni previsiones ni gastos. Como Felipe II quería asistir con su real familia a la entrega oficial del glorioso cuerpo, tan difícilmente logrado, a la catedral de Toledo, hubo de demorarse la fecha de tan solemne acto hasta finales de abril de 1587.

En la relación de actos que en la ciudad se tuvieron en tan memorable día los cronistas se hacen lenguas. El Cabildo y el Ayuntamiento competían en la erección de arcos y tribunas. El recibimiento tributado a la santa mártir por sus paisanos y por la muchedumbre de personas llegadas de todas partes, rebasaba todo cuanto pudiera decirse.

Luego de haberse depositado la arqueta con las santas reliquias en un templete erigido junto a la basílica de Santa Leocadia, en la Vega, el domingo 26 de abril se verificó la solemne traslación. Al llegar ante la fachada principal del templo primado, Felipe II puso sobre sus hombros uno de los brazos de la litera en que el santo cuerpo era transportado, mientras el heredero, don Felipe, sostenía un cordón a ella cogido. Detrás iba, ennobleciendo el lucido cortejo, la hermana del monarca, doña María de Austría, y la hija, Isabel Clara Eugenia, que con sus veinte años demostraba cómo había sido eficaz para su nacimiento otro traslado glorioso, el de San Eugenio, verificado con la misma suntuosidad el año 1565.

En la catedral el monarca hizo la entrega oficial del cuerpo al arzobispo, y con él se incrementó notablemente el relicario de la Iglesia toledana.

Desde 1593 las veneradas reliquias reposan en una riquísima arca de plata, blanca y dorada, diseñada por Nicolás Vergara y

confeccionada por el platero Merino. Custodiada durante el año en la grandiosa lipsacoteca denominada El Ochavo, juntamente con las demás reliquias que la catedral atesora, el 9 de diciembre es puesta sobre una carroza, revestida de terciopelo carmesí y adornada con ramos de laurel, y es procesionalmente paseada por todo el ámbito de la catedral, mientras la schola catedralicia, acompañada por los capitulares y prebendados, canta el himno procesional de la Santa.

En los ocho días siguientes el arca de las reliquias permanece expuesta en el altar de la capilla del sagrario para que ante ella desfilen los toledanos y soliciten su valiosa intercesión, pues no sin motivo Santa Leocadia es la patrona principal de la ciudad.

JUAN FRANCISCO RIVERA RECIO

Bibliografía

Analecta Bollandiana 14 (1895) 30; 17 (1898) 119; 20 (1901) 392 y 410; 59 (1941) 317; 71 (1953) 100-132; 72 (1954) 382-396.

Biblioteca hagiographica latina, II (Bruselas 1949) n.4848.

FÁBREGA GRAU, A., *Pasionario hispánico* (Madrid-Barcelona 1953) t.1, p.67-78; t.2, p.65-67.

FLÓREZ, E., *España sagrada,* VI, p.315-417.

HERNÁNDEZ, M., SI, *Vida martirio y translación de la gloriosa virgen y mártir Santa Leocadia* (Toledo 1591).

• Actualización:

COLOMILLA TORNER, J. - PARRILLA COLOMINA, M.ª C. I., *Santa Leocadia de Toledo: le llamaron «Blanca»* (Toledo 2005).

RIVERA RECIO, J. F., *Santa Leocadia de Toledo* (Toledo 1961).

BEATO LIBORIO WAGNER

Presbítero y mártir († 1631)

Nacido en la ciudad alemana de Mühlhausen el 5 de diciembre de 1593 fue bautizado aquel mismo día. Sus padres, Pablo Wagner y Sibylla Arnold eran de la confesión luterana. A los 20 años pasó a Lipsia a seguir estudios de filosofía. En 1622, terminados sus estudios, y conseguidos los títulos correspondientes, fue a estudiar la Teología. En Wurzburgo, frecuentando la facultad teológica de los jesuitas y con la ayuda de ellos, se convirtió al catolicismo, abjurando, a ciencia y conciencia, de la

confesión luterana. A sus 29 años andaba entregado con toda el alma al estudio de la teología para alimentar su fe y comenzó a pensar en hacerse sacerdote y tomó, finalmente, esa decisión. Recibió la ordenación sacerdotal en 1625 y se entregó al ministerio en cuerpo y alma, primero en Hardheim como ayudante del párroco durante un año, y después fue nombrado párroco del pueblo de Altenmünster-Sulzberg, donde estuvo durante cinco años. No se había olvidado de los seguidores de Lutero, preocupándose por ellos como padre y pastor solícito y tratando de reconducirlos al buen camino. Su acción pastoral se vio dificultada por la situación creada por la llamada guerra de los 30 años y por las diferencias y disputas entre luteranos y católicos. En esta situación, Liborio, impedido de ejercitar su acción pastoral, se vio obligado a vivir oculto y fue delatado por algunos enemigos de la fe católica y descubierto su domicilio. En diciembre de 1631 fue conducido por los soldados, primero al pueblo de Schomungen y después al castillo de Mainberg. Fue sometido a los más duros tormentos durante cinco días, con la intención de apartarlo de la profesión de la fe católica y de su fidelidad al romano pontífice. Preguntándole los emisarios si quería perseverar en la fe católica o renunciar a ella y pasarse a la confesión luterana en la que disfrutaría de honores, riquezas, etc., respondió: «Viviré, padeceré, moriré como católico papista». Llevado al río Meim se le aplicaron los más terribles tormentos hasta que la espada del soldado le infligió la muerte el 9 de diciembre de 1631. Tenía 38 años. Su cadáver fue arrojado al río y de allí lo rescataron con toda piedad los fieles y lo enterraron. Primeramente fue depositado en la capilla del castillo de Mainberg, más adelante en la iglesia del monasterio de Heidenfeld, y desde 1931 reposa en la iglesia parroquial de San Lorenzo de la misma ciudad, adonde acuden los fieles a venerarle.

Hechas investigaciones exhaustivas sobre su vida y martirio se introdujo su Causa en 1970. Los pasos siguientes han sido el congreso de consultores el 30 de abril de 1973 y la reunión plenaria de cardenales de julio del mismo año se concluyó por unanimidad que constaba del martirio del Siervo de Dios Liborio Wagner y que se podía proceder a su beatificación. La beatificación por parte de Pablo VI tuvo lugar en la basílica de San Pedro de Roma el 24 de marzo de 1974.

En la homilía papal se dice:

> «El curso de su breve vida, que se cierra en la tierra para abrirse en el cielo con su muerte dolorosa y gloriosa, es muy significativo en todas sus etapas, y merece ahora a la luz de la presente glorificación, ser considerado en sus diversos aspectos, con una nueva reflexión sobre el marco histórico y espiritual en que se desarrolló».

Toca el Papa el hecho de que hubiera nacido en el seno de una familia protestante y afirma que el Beato Liborio «parece confirmar en todos nosotros el deseo de un ecumenismo renovador de la concordia y de la paz».

En el Ángelus de ese domingo de marzo volvió Pablo VI a referirse a él diciendo:

> «Víctima de un desconcertante y trágico drama histórico, honramos en él a un sacerdote ejemplar, humilde y bondadoso, pero constante e impávido, que antepone la fe a cualquier otro valor, y saca de la fe la norma lógica de su conducta y de su testimonio. Es una gloria para la Iglesia, especialmente para la Iglesia alemana, y merecía ser oficialmente reconocida para recordarnos a todos nosotros los deberes de la coherencia cristiana y para alimentar en nuestro tiempo la esperanza de una renovada comunión ecuménica».

JOSÉ VICENTE RODRÍGUEZ, OCD

Bibliografía

BRANDER, L.W. V., *Der Martirer-Pfarrer von Altenmünster gest. 9 Dezember 1631* (Wurzburgo 1961).

CASOLINI, F., *Il Beato Liborio Wagner: parroco di Altenmunster-Sulzdorf, martire della fede* (Ciudad del Vaticano 1974).

«Homilía en la beatificación»: *AAS* 66 (1974) 373-375; *Ecclesia* (1974) n.1.687, p.13-14.

SAN PEDRO FOURIER

Presbítero († 1640)

La realidad histórica de Pedro Fourier inicia andadura en los Vosgos, la bella geografía boscosa y fluvial del nordeste francés.

Enmarcada por una modesta familia de comerciantes de tejidos y encajes afincada en Mirecourt —diócesis de Toul—, pe-

queña ciudad lorenesa de artesanos, mercaderes, hombres de leyes y eclesiásticos. En fecha 30 de noviembre de 1565.

Cuando el ducado de Lorena tenía soberanía política, con capitalidad en Nancy. Se repartía eclesiásticamente entre los principados episcopales de Metz, del mentado Toul y de Verdún, integrados en la demarcación metropolitana de Tréveris. Y, sordo a la predicación luterana alemana y a la calvinista francesa, vivía una fidelidad ejemplar a Roma; estirando y sumando presencias clericales, despertando iniciativas, engendrando proyectos, alumbrando instituciones.

Acertada la puesta en marcha de aulas universitarias en Pont-a-Mousson, impulsada por los consanguíneos: duque Carlos III y el cardenal Carlos de Lorena. Nacidas oficialmente el 5 de diciembre de 1572. Y confiadas a los hijos de Ignacio de Loyola. Aulas predestinadas a abanderar la contrarreforma en el ducado, mordido por las inquietantes innovaciones religiosas europeas.

Andadura universitaria briosa la de Pont-a-Mousson. En cuyo alumnado suma presencia, en 1578, el treceañero Pedro Fourier, incorporado con el bagaje de una estupenda educación familiar cristiana, más una sobresaliente aplicación en la escuela parroquial de Mirecourt.

Listo el muchacho. Inteligencia prometedora. Ávido de conocimientos. Y soñando con la dedicación a Dios. Será una larga vida académica, pero partida. Casi mitad y mitad.

Un primer período —estirado de 1578 a 1585— que moldeará, bajo la dirección de eminentes maestros, el humanista y el filósofo Pedro Fourier. Alumno modélico. Aventajado en el dominio del griego y de las matemáticas. Lector apasionado de la literatura primitiva cristiana. Elegante escritor. Una lumbrera.

De la mano los estudios y la docencia, dando clases particulares; abriendo cauce al futuro ministerio pedagógico, que habría de distinguirle.

Y, aún no dieciochoañero, tendría responsabilidad sobre una docena de colegiales que admirarían su austeridad de vida, su acendrada piedad, la madurez de espíritu y su recto juicio.

Fueron los primeros años juveniles del hijo de los comerciantes de Mirecourt.

La segunda etapa académica —que va de 1589 a 1595— formará teológica y jurídicamente al ya flamante presbítero Fourier. Igual de aplicado. Igual de sobresaliente. Ilustrativamente uno de sus maestros llegó a decir que, si la *Summa theologica* se perdiera, el alumno Pedro Fourier era capaz de memorizarla y reproducirla.

E igual de virtuoso.

Sacerdote desde el 25 de febrero del año de retorno a la universidad. Ungido en el paréntesis abacial de Chaumousey, de resultas de la peste que, en 1585, cerró las aulas de Pont-a-Mousson provocando la dispersión estudiantil. En Chaumousey, compartiendo durante cuatro años vida reglamentada con los canónigos regulares. Y soñando e ilusionándose con el ministerio parroquial.

Ministerio que ensayará en el púlpito y en el confesonario de San Martín, la parroquia vecina. Donde también desmenuzará, en original diálogo con el público infantil catequizando, las verdades de la fe.

El bagaje intelectual, la formación eclesiástica y la valía moral de Fourier, coronada la vida académica universitaria, daban para grandes aspiraciones. Opciones no pocas.

Tras los dos años de rodaje ministerial en Chaumousey consideró que era mejor alejarse del lamentable ambiente abacial, personalmente molesto y anhelándolo distinto. Opciones no pocas. Pero la ambición, el afán de brillo no iban con el clérigo de Mirecourt. No le tentaron.

Admirable en la elección. Simplemente se contentó con un campanario, una iglesia, un sagrario, un púlpito, un confesonario. Y un puñado de familias, de niños, de mozos, de enfermos. Sin eufemismos: un curato rural en un rincón pobrísimo, humanamente desgraciado, de Lorena. A ojos del mundo todo menos apetitoso.

Sin mérito para el aprecio de los hombres y, desde la perspectiva clerical, una realidad pastoralmente difícil. La feligresía de Mattaincourt, una población cercana a la geografía municipal que vio nacer e hizo adolescente al nuevo párroco, tenía pésima reputación. En realidad, protagonista de una vida cristiana, manifiestamente mejorable, que dejaba mucho que desear.

Fruto, naturalmente, de la común desatención pastoral que el Concilio de Trento vino a remediar.

Aproximadamente un millar de vecinos que, mayoritariamente, se alimentaban y vivían de la comercialización de sus manufacturas textiles. Una economía local que estiraba mercaderes alemanes, suizos, italianos, franceses. Y sumaba pluralidad de presencias eclesiásticas.

Con los visitantes pugnaban por filtrarse afanes proselitistas e innovaciones religiosas, con la consiguiente polémica y la aparición de hostilidades vecinales. Significativamente alguien ha calificado a Mattaincourt de «pequeña Ginebra».

Pedro Fourier estrena dedicación y entusiasmo pastoral el primero de junio de 1597. Decididamente empeñado en dar un vuelco religioso a la parroquia. Por supuesto apuntalándose en la oración y en la austeridad de vida, más la esperada ayuda divina.

Inicia la brega. Primero lo primero...

Preferente resulta la instrucción infantil, religiosa y profana, más cuidada desde la fresca atención conciliar tridentina. Escolarización y catequesis.

Hasta el punto que los afanes educativos absorberán una parte fundamental de su ministerio apostólico, dando vida a la Congregación de Nuestra Señora. Pionero en la instauración de la «clase» —instrucción colectiva simultánea— frente a la tradicional enseñanza individualizada. Y entusiasta e impulsor adelantado de la promoción femenina.

Estimulará por escrito a sus religiosas: «Ganar una sola alma en vuestras escuelas es algo más grande que crear un mundo». Guerra a la ignorancia también en el púlpito.

Predicación, predicación inculcando la santificación de las fiestas, la frecuencia sacramental, las prácticas de piedad, los usos y las costumbres cristianas.

Presencia también destacada en la programación ministerial del párroco de Mittaincourt tenía la atención caritativa, necesaria como nunca tras la devastación y la miseria que habían seguido a la Guerra de los Treinta Años. Con los desheredados. Y con los apestados, que recogía y aislaba.

A brazo partido con la epidemia en la comunidad parroquial y más allá de la demarcación. A base de pan, leche, mantequilla, carne. A base de desvelos, de cuidados y de inmensa ternura. Pero nada de pan para hoy y hambre para mañana. Fourier era partidario de atacar la pobreza en su raíz. Amaba las soluciones definitivas. Y es por ello que fue osado.

Proyectó y puso en marcha la «Bourse Saint-Evre». Un fondo económico bautizado con el nombre del patrono parroquial, fruto de aportaciones y legados, para acudir en socorro de las familias en apuros. Una realidad parecida a las modernas instituciones de crédito, a las cajas de crédito rurales. Sólo asemejada.

Pues nada de fianzas ni de intereses. Y no descartada, en caso de necesidad, la condonación del préstamo. Cumpliéndose literalmente el precepto evangélico: «Prestad sin esperar recompensa».

Así la revolucionaria iniciativa social del abate Fourier amurallaba la escandalosa usura de los prestamistas, asfixia del comercio, y ofrecía holgado desarrollo a la economía local. Toda una novedad en la época.

Curiosa singularidad de Mattaincourt también era la administración clerical de justicia. Desempeñada por el titular de la parroquia que, simultaneando funciones de una especie de juez de paz, ejercía arbitraje asistido por dos asesores de elección popular. Y precisamente no en base a códigos escritos, sino a tenor de los principios morales cristianos.

Total que el reverendo Fourier celebraba, predicaba, catequizaba, confesaba, dirigía espiritualmente... Luchaba contra la pobreza, ponía en marcha iniciativas caritativas e instituciones sociales, arbitraba de oficio entre querellantes, ensayaba modalidades apostólicas nuevas. Infatigable, multiplicándose prodigiosamente.

Con energías y tiempo para empeñarse en dar un revolcón a la abadía de Chaumousey. Y para misionar geografía y comunidades parroquiales donde mordía, voraz, el protestantismo. Y para la acción política. Y...

Atención singularizada.

A caballo entre los siglos XI y XII había florecido en Lorena un puñado de abadías que, tras un inicial esplendor primaveral,

resbalaron hacia la relajación en la observancia, el abandono de la pobreza individual, el desánimo espiritual, el desmoronamiento de la vida comunitaria; compartiendo poco más que el techo, la mesa y el rezo del breviario.

Un desastre...

No obstante Chaumousey llenará un paréntesis en la vida de Pedro Fourier. Un paréntesis para el noviciado, para la profesión religiosa, en 1586, y para la ordenación sacerdotal, en la fecha que ya conocemos.

Sorprendente que un hombre de formación jesuítica abrazara la regla de los canónigos regulares. Pero comprensible por la sencilla razón de un apasionamiento.

Es que le tiraba enormemente el ministerio parroquial. Y era evidente que en la Compañía de Jesús, marco intelectualmente más adecuado, no tendría oportunidad de vivirlo. Sí integrado en la comunidad religiosa de Chaumousey, a cuyo cargo estaban no pocos curatos rurales comarcanos.

El desastre abacial que conocía y vivió clamaba remedio. Y allá que va Fourier, decididamente, con la reforma tridentina en las manos. Serían siete años de brega. Prudente pero valiente. Codo a codo con el obispo diocesano...

Viento renovador en Chaumousey e inmediatas bocanadas en distintos claustros de Lorena. Fue la purga.

Quienes recuperaron el respeto y el aprecio de la regla primitiva, originando comunidades nuevas. Y quienes, en desacuerdo con el afán renovador, volvieron al mundo pero legalizada su situación.

El caso es que una bula pontificia de 1628 otorgaba naturaleza jurídica a la *Congregación de Nuestro Salvador,* que agrupaba a los monasterios reformados loreneses.

Es verdad que no a plena satisfacción de Fourier. Quien hubiera celebrado la obligatoriedad de la dedicación docente de los clérigos regulares que no optaran por el ministerio parroquial. No fue...

Simultáneamente reformador y misionero el párroco de Mattaincourt. Empujado a la pastoral extraparroquial, en 1607, por el propio obispo de Toul, mons. La Vallée.

Protagonista de predicaciones extraordinarias, en solitario y en colaboración con los jesuitas, en distintos puntos geográficos del ducado.

Especialmente memorable su actividad evangelizadora en Bandonviller, en 1625. Todo un semestre de recorridos y visitas, de contactos familiares y personales; sembrando respeto, tratando fraternalmente a los calvinistas. Gestos que dejarían huella.

Y aún tiempo para la actividad política. Cuando la calamitosa Guerra de los Treinta Años (1618-1648) entre Francia y Lorena, cuyo final no conocería.

Apóstol de la Europa cristiana frente a las alianzas protestantes del todopoderoso Richelieu. Siempre fiel al duque Carlos IV, defensor de la causa católica, a quien prudentemente aconsejaba.

Y, de resultas, exiliado forzoso. En Pasmes y en Gray, donde el 9 de diciembre de 1640 murió en olor de santidad.

El papa Benedicto XIII, en 1730, honró con la beatificación y León XIII, en 1897, inscribió en el santoral al ejemplar cristiano, modélico párroco conciliar tridentino y pionero de la reforma católica.

La historia de la cultura, por otra parte, también rinde honor al hombre dialogante, atento a la problemática de su tiempo, protagonista de audaces iniciativas sociales, que fue San Pedro Fourier.

JACINTO PERAIRE FERRER

Bibliografía

DERRÉAL, H., *Un missionaire de la Contre Reforme, saint Pierre Fourier* (París 1965).
LEONARDI, C. - RICCARDI, A. - ZARRI, G. (dirs.), *Diccionario de los santos,* II (Madrid 2000).
ROGIE, J., *Histoire du bienheureux Pierre Fourier,* 3 vols. (Verdún 1887-1888).
TAVENAUX, R. (ed.), *Saint Pierre Fourier en son temps. Actes du colloque de Mirecourt* (Nancy 1992).

BEATO BERNARDO MARÍA DE JESÚS (CÉSAR) SILVESTRELLI

Presbítero († 1911)

Hasta que se hizo mayor, se llamó César. Había nacido en Roma, en una familia ilustre. Su padre se llamaba Juan Tomás, y la madre Teresa Gozzani, marqueses de San Giorgio. Por tanto, en casa había de todo: trajes, libros y comida. No se podía pedir más para una familia de aquellos tiempos en Italia.

El mismo día en que nació, 7 de noviembre de 1831, fue bautizado en la parroquia de Santa María de Minerva. César, el futuro padre Bernardo, tuvo dos hermanos, Augusto y Luis (muy conocidos en el mundo de la política italiana de aquel tiempo) y dos hermanas, Elisa y María, que se casaron con dos miembros de dos ilustres familias italianas.

Pronto lo llevaron a estudiar al colegio romano de los jesuitas. Sus estudios iban viento en popa, puesto que estaba dotado de una potente inteligencia bien dirigida por profesores ilustres.

De esta época hablan algunos testigos cercanos:

> «Todos en la familia le tenían por santo. Llevaba una vida muy retirada, dando a todos ejemplo de humildad, modestia y oración. Por la mañana se levantaba temprano e iba a la iglesia del Caravita para oír misa y comulgar. Vuelto a casa, se entregaba al estudio en su habitación gustándole estar solo».

Año 1854. El hecho decisivo de su vida fue aquél en que, cazando un día con su amigo José Cencelli por los montes de Soriano (Viterbo), se encuentra perdido en el bosque y tiene que buscar refugio en un convento de los padres pasionistas. Era el convento de San Eutiquio.

Aquella acogida, aquel rincón, le parecieron el cielo, y fue aquel encuentro el que dejó marcada su vida para siempre. Porque en aquella fecha decidió entregar su vida al servicio de Dios en el seno de una familia pasionista.

Ese mismo año, con la decisión tomada, va a hacer unos ejercicios espirituales con los padres pasionistas de la basílica de los santos Juan y Pablo del Celio, cerca del Coliseo, el Palatino, los Foros romanos y las Termas de Caracalla. Y solicita la entrada en la congregación.

Ha sido una decisión personal; no se la ha comunicado a nadie. Pero a la vuelta de los ejercicios regala a cada uno de los miembros de su familia un pequeño crucifijo de marfil. Este hecho les hace suponer que César ha tomado alguna decisión, definitiva en algún sentido, aún desconocida para ellos.

Ese mismo año, después de los ejercicios espirituales, César llega al Monte Argentano, cuna de la congregación pasionista. Y el día 7 de abril toma el hábito y comienza el año de prueba. Este año (1854) se declara el dogma de la Inmaculada Concepción. Cuatro años más tarde, la Señora de Lourdes explicará su presencia delante de Bernardita: «Yo soy la Inmaculada Concepción».

A pesar de sus buenos deseos, la salud no le acompaña. Por lo cual, enfermo, se tiene que retirar del noviciado, pero se queda viviendo entre los pasionistas en una comunidad vecina, y allí estudia porque quiere ser sacerdote.

Al año siguiente, en 1855 (César tiene 24 años), es ordenado sacerdote por el obispo misionero pasionista mons. Malaioni, apóstol de Bulgaria. Celebra su primera misa sin ningún pariente al lado, en la iglesia del noviciado de San José. Y con estos hechos tan importantes en la mano solicita una nueva entrada en la comunidad de los pasionistas.

Ya hemos dicho que el P. Bernardo pertenecía a una familia adinerada. Así, mostrando su desprendimiento, hizo construir, con sus propios bienes, una capilla en honor del fundador, en la iglesia de la Presentación. Hizo restaurar otra capilla dedicada al Santo Crucifijo. Y cuando llegó el cólera a la ciudad, Bernardo se deshizo en caridades sin cuento a favor de los enfermos más necesitados.

En 1856, el día 1 de abril, con un salvoconducto del cardenal Antonelli, secretario de Estado de Su Santidad, César llega al noviciado de Monrovalle. Sus superiores están contentos porque piensan que este lugar le va a ser muy beneficioso para su salud. De esta forma, el 28 de abril de este año toma el hábito pasionista y recibe el nombre de Bernardo María de Jesús.

Ese año llega al convento un joven desconocido, hijo del gobernador de Spoleto, Francisco Possenti, que llegará a ser San Gabriel de la Dolorosa, beatificado en 1908 y canonizado en 1920. Los dos se hicieron grandes amigos.

En 1857, con 26 años, el día 28 de abril, el P. Bernardo hace sus votos en la congregación. Se siente feliz de seguir los pasos del fundador, San Pablo de la Cruz. Y sigue trabajando, perfeccionando sus estudios, en Recanati.

En 1860 le nombran director de los estudiantes de teología de Recanati. Pero ocurre que las revueltas de su tiempo (1861) hacen que las comunidades pasionistas sean disueltas. Bernardo, con sus chicos, se obligado a ir a Morrovalle.

En 1864, por calumnias, los pasionistas tienen que salir de Marrovalle y vuelven otra vez a Recanati. Bernardo siempre está al cuidado de los estudiantes.

En 1865 le nombran maestro de novicios en la Scala Santa de Roma. Y en esta situación es cuando escribe sus *Charlas espirituales* dedicadas a la formación de los novicios.

En el prólogo a la segunda edición se dice así:

> «Es una serie de nueve conferencias redactadas según el modelo pasionista de las conferencias que debe tener el maestro de novicios cada mañana con sus alumnos, después de la oración común. La forma se presenta dialogada entre maestro y novicio; el estilo es simple y claro; la doctrina sagrada y profunda, valiosísima para formar a los jóvenes religiosos según el espíritu de Dios».

Cuatro años más tarde (1869) es nombrado Superior de la Scala Santa. Permanece allí hasta 1875, en unos años de hervidero político italiano.

Uno de esos días, el 19 de septiembre de 1870, llega a la casa de los pasionistas el papa Pío IX. El padre superior, Bernardo, acompaña al Papa en su gesto penitencial de subir de rodillas la Scala Santa.

A partir del 20 de septiembre de 1870, Roma se convirtió en un caos. El Papa estaba prisionero en el Vaticano y las comunidades religiosas estaban humilladas de mil formas por los nuevos señores del Gobierno italiano.

Siendo el Padre Superior de la Scala Santa, al P. Bernardo le ocurrió un hecho impresionante. Se le acercó un día un señor bien trajeado diciéndole que quería estar con él para tratar un asunto urgente. Bernardo le recibió. Cuando se vieron solos, el señor trajeado le sacó una pistola y le encañonó diciendo: «La bolsa o la vida». Después de verse desvalijado, Bernardo tuvo

que acompañarle hasta la puerta como si no hubiera pasado nada.

En esta situación, la comunidad de Bernardo se sentía amenazada. El Superior tuvo que trabajar lo indecible para reunir a los religiosos dispersos y alentar a todos a seguir con firmeza el camino vocacional que habían emprendido.

El año 1878, día 3 de mayo, empieza el Capítulo General de la Congregación. El P. Bernardo resulta elegido Superior General. Tiene 47 años de edad.

Al año siguiente (1879) envía a España un grupo de padres pasionistas para que emprendan las fundaciones en nuestro país. De esta forma, por la expansión tan grande que dio a la Congregación, el P. Bernardo ha sido considerado como el «Segundo Pablo de la Cruz».

Cuando Bernardo se hizo cargo, como Superior General, de la marcha de la Congregación, había seis provincias: tres en Italia, una en Francia, otra en Inglaterra y otra en los Estados Unidos.

Cuando dejó su cargo, las provincias pasionistas eran doce. Fundó casas en España, Italia, Estados Unidos, Argentina Chile, Australia, Holanda y México. También las misiones de Bulgaria y Rumanía recibieron un fuerte impulso gracias a la acción del P. Bernardo.

Con respecto a España, la primera fundación la hizo en Deusto, Vizcaya. Pero hubo una que ganó el corazón de Bernardo. Era la fundación de Angosto, en la provincia de Álava. Es un lugar entrañable, que le recordaba a Bernardo aquel convento de Soriano, donde se había refugiado en una noche aciaga y donde había recibido el primer cariño de la Congregación pasionista.

Es un rincón precioso, entre bosques y peñas, con un arroyuelo donde apareció la imagen de la Virgen de Agosto. Allí, en Angosto, vivió Bernardo días inolvidables, dedicados al descanso y la oración, en completo retiro, como ahora lo hacen muchos peregrinos que acuden allí deseosos de encontrar un poco de paz.

En 1884, Bernardo es elegido Superior General por segunda vez. Pero cuatro años más tarde, debido a grandes problemas

que se han creado dentro de la congregación en América, renuncia al cargo. El papa León XIII acepta su renuncia con la condición de que siga siendo prepósito general.

En 1890 hay elecciones. Como Bernardo ha renunciado a su cargo, ni siquiera asiste a las reuniones. Resulta superior general el padre Francisco Javier de la Dolorosa, el cual, por motivos de salud, renuncia al cargo en 1893. Por esta razón, se celebra anticipadamente otro capítulo general, y Bernardo es elegido por tercera vez. No tiene más remedio que aceptar el cargo.

Uno de sus biógrafos nos hace de él este delicioso retrato:

> «Había recibido de la naturaleza las cualidades necesarias para ser un perfecto superior: despego de sí mismo y de sus intereses personales, amor ardiente a Dios y a la Congregación, amplitud de miras, prudencia singular, sentido común sorprendente. A estas dotes se debe añadir una paciencia lograda a base de ejercicio, una clarísima intuición de los medios y de los fines que le hacían consciente de cuanto se proponía. Amaba a sus religiosos, pero exigía de ellos la más absoluta obediencia. Ningún religioso trató con él que no lo encontrase siempre como un padre, amable incluso al tener que reprochar algo, únicamente solícito por las salud de las almas de sus hijos».

En 1899, Bernardo es elegido por cuarta vez.

En 1905 se hace capítulo general y sale Bernardo por quinta vez. Dos años más tarde (1907), deseando descansar de tan pesadas cruces, presenta la renuncia a Pío X, el cual acepta su petición. Este Papa le había propuesto a Bernardo ser designado cardenal en la Iglesia. Pero él rehusó siempre tal proposición.

Durante los años en que fue superior general, el P. Bernardo tuvo que hacer innumerables viajes por Italia, Francia, Bélgica, España y Estados Unidos.

En 1908 tiene la gran satisfacción de vivir la beatificación de su antiguo compañero de noviciado, Gabriel de la Dolorosa.

En 1911, el 9 de diciembre celebra fervorosamente su última misa. Es la última, porque, después de la recreación del mediodía, al retirarse a descansar, se cae por la escalera y muere de un rudo golpe en la cabeza, al golpearse contra el pavimento. El enfermero que lo atendió lo contó de esta manera:

> «Al poco rato oí un golpe seco. Me volví y vi la cabeza del P. Bernardo en el instante de chocar contra el pavimento. Había sucedido que, al subir dos peldaños de la escalerilla que comunica

con el corredor del dormitorio, no se sabe cómo, el pobre Padre cayó de espaldas con todo su cuerpo, golpeándose la cabeza con el pavimento del corredor inferior. Ante este espectáculo, lancé un grito de horror, repitiendo tres veces: "¡Jesús mío, misericordia!". Corrí y lo encontré medio muerto. Traté de levantarle, pero no lo conseguí. Me senté, sosteniéndole la cabeza entre mis manos y la espalda sobre mis rodillas. Pude oír que, al caer, el santo varón murmuró: "¡Jesús mío!". Fueron sus últimas palabras».

Veinte años más tarde, al sacar sus restos del cementerio, apareció su cuerpo incorrupto. Empiezan los milagros. Al año siguiente, su cuerpo es trasladado a la iglesia de los pasionistas de Moricone, donde ahora descansa.

Siempre se ha propuesto al P. Bernardo como ejemplo de muchas virtudes. Modelo de caballero y aristócrata, que pone su vida al servicio de Dios. Modelo de religioso pasionista, que cumple fielmente las reglas de su congregación. Modelo de superior cabal que no ambiciona honores y hace de su cargo un abnegado servicio. Modelo de generosidad ilimitada, distribuyendo su patrimonio en beneficio de los más necesitados. Modelo de imitador de su fundador, hasta poder llamarle «segundo San Pablo de la Cruz».

En 1988 el papa Juan Pablo II beatificó a Bernardo, en compañía de otro pasionista, el P. Carlos Houben de Mount Argus.

FÉLIX NÚÑEZ URIBE

Bibliografía

GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, M., «Beato Bernardo Silvestrelli. "Segundo fundador" de los pasionistas», en J. A. MARTÍNEZ PUCHE, *Nuevo año cristiano. Diciembre* (Madrid 2001) 170-175.

LIZÁRRAGA, C., CP, Un noble romano al frente de la congregación pasionista. El Beato Bernardo M.ª Silvestrelli (Bilbao 1988).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTA GORGONIA

Madre de familia († 370)

Hija y hermana de santos, Gorgonia nace del matrimonio de San Gregorio de Nazianzo el mayor y Santa Nona, fue her-

mana de San Gregorio Nazianceno, doctor de la Iglesia, y de San Cesáreo. Gorgonia se casó y tuvo tres hijos, a los que atendía con amor, el mismo que ponía en su relación con el esposo y que daba un clima magnífico a su casa. Vivía cristianamente pero no había recibido el bautismo y lo recibió cuando ya era abuela junto con su esposo, sus hijos y sus nietos en una auténtica fiesta del bautismo cristiano. Austera y devota, atendía con amor a los pobres, de tal modo que pudo decirse de ella que era los ojos del ciego, el pie de los cojos y la madre de los huérfanos. En su entierro su hermano San Gregorio Nazianzeno cantó sus alabanzas, que han servido para que reciba culto como santa en la Iglesia.

SAN CIPRIANO DE GENOUILLAC

Abad († s. VI)

No se saben muchos particulares de este abad de Genouillac, en el Perigueux, sino la noticia proporcionada por San Gregorio de Tours en su libro *In Gloria confessorum.* Según esta noticia, en las manos del santo abad florecían los milagros: curaba a los mancos, a los paralíticos, a los ciegos, a los leprosos, etc. Para el tiempo en que San Gregorio escribe su libro (587) ya había muerto San Cipriano y los milagros seguían floreciendo en su tumba.

BEATO JOSÉ FERRER ESTEVE

Presbítero y mártir († 1936)

Había nacido en Algemesí en el seno de una familia acomodada de agricultores el 17 de febrero de 1904. Se educa en el colegio de los PP. Escolapios y de ahí le viene su vocación religiosa. Ingresa con 13 años en el postulantado escolapio, hace el noviciado en Albarracín y luego los estudios hasta la ordenación sacerdotal. Ejerce su ministerio docente en Albacete, Algemesí y Utiel. En 1934 fue nombrado maestro de novicios. Era buen músico y organista. El 10 de julio de 1936 fue a casa de sus padres a pasar unos días de descanso y allí le sorprendió la

guerra española. Permaneció en su casa con mucha prudencia, dijo misa cuando pudo y supo los asesinatos de sacerdotes y religiosos cometidos en su pueblo. Le aconsejaron se fuera de su casa pero él no quiso abandonar a su madre. El 9 de diciembre lo recogieron al mediodía unos milicianos y lo llevaron a la cárcel. Esa misma noche fue llevado con otro compañero escolapio más allá de Llombay y aquí fue fusilado.

Fue beatificado por Juan Pablo II el 1 de octubre de 1995 en el grupo de trece escolapios martirizados en diversos días y en varios lugares en 1936.

BEATOS RECAREDO DE LOS RÍOS FÁBREGAT, JULIÁN RODRÍGUEZ SÁNCHEZ, JOSÉ GIMÉNEZ LÓPEZ

Presbíteros y mártires († 1936)

Luego de pasar juntos arbitraria detención en la cárcel Modelo de Mislata, en la madrugada del 9 de diciembre de 1936 fueron sacados de la prisión y fusilados en el Picadero de Paterna estos tres sacerdotes salesianos: Recaredo de los Ríos Fábregat, Julián Rodríguez Sánchez y José Giménez López. Estos son sus datos personales:

RECAREDO DE LOS RÍOS FÁBREGAT había nacido en Bétera (Valencia) el 11 de enero de 1893. Seis años más tarde con su familia se iba a vivir a Valencia y fue alumno mediopensionista del Colegio Salesiano. En 1909 decide su vocación religiosa e ingresa en la congregación salesiana, recibiendo el presbiterado, tras hacer los oportunos estudios y la profesión religiosa, en El Campello el año 1917. Destinado como director del colegio de Villena (1922-1927) y luego del de Alicante, estaba aquí cuando la proclamación de la II República y la quema de conventos, siendo uno de los quemados (12 de mayo de 1931) su propio colegio. Supo comportarse con fortaleza y humildad en tan trágicas circunstancias. Destinado como catequista al colegio de Valencia-Sagunto, estaba haciendo los ejercicios espirituales cuando surge la guerra el día 18 y el día 21 es llevado con los demás salesianos a la cárcel. El miércoles 29 es liberado pero para ser a poco arrestado de nuevo y llevado a la cárcel Modelo de Mislata donde permeneció entre el temor y la esperanza has-

ta que fue sacado para ser fusilado. Iba en una camioneta con el P. Calasanz, provincial, cuando éste fue asesinado y cayó en sus brazos.

JULIÁN RODRÍGUEZ SÁNCHEZ había nacido en Salamanca el día 10 de octubre de 1896. Decidido por la vocación religiosa, ingresa en congregación salesiana y se ordena sacerdote el año 1930. Estaba en la casa de Valencia haciendo los ejercicios espirituales y fue preso con los demás religiosos el 21 de julio de 1936. Dejado libre el 29 de julio, halló cobijo en casa de unos bienhechores sucesivos pero viendo que los ponía en peligro se entregó él mismo en el Gobierno Civil y fue llevado a la cárcel Modelo de Mislata. Era el 3 de septiembre de 1936. De ahí sería sacado para ser fusilado.

JOSÉ GIMÉNEZ LÓPEZ nace en Cartagena el 31 de octubre de 1904. Huérfano desde pequeño, optó por la vida religiosa e ingresó en la congregación salesiana en 1925. Ordenado sacerdote en 1936 fue destinado al colegio de Alcoy. Como sus compañeros, pasó los últimos meses en la cárcel Modelo de Mislata para ser sacado y fusilado posteriormente.

Fueron beatificados el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

10 de diciembre

A) MARTIROLOGIO

1. En Mérida (Lusitania), Santa Eulalia († 304), virgen y mártir **.
2. En Roma, en la Via Salaria nueva, San Mauro († s. IV), joven mártir.
3. En Ancira (Galacia), San Gemelo († s. IV), mártir.
4. En Roma, el papa San Gregorio III († 741) **.
5. En el monasterio de San Nicolás de Viotorito en Calabria, San Lucas († 1114), obispo de Isola Capo Rizzuto.
6. En Londres (Inglaterra), santos Edmundo Gennings († 1591), presbítero, y Suituno Wells, mártires bajo el reinado de Isabel I; y beatos Sidney Hogson, Juan Mason y Brian Lacey, mártires en el mismo período **.

7. Igualmente en Londres, santos Polidoro Plasden y Eustacio White († 1591), presbíteros y mártires, bajo el mismo reinado **.

8. Igualmente en Londres, en la plaza de Tyburn, San Juan Roberts († 1610), monje benedictino, y Beato Tomás Sommers, ambos presbíteros y mártires bajo el reinado de Jacobo I *.

9. En Vallés (Valencia), Beato Gonzalo Viñes Masip († 1936), presbítero y mártir *.

10. En el Picadero de Paterna (Valencia), beatos Antonio Martín Hernández, presbítero, y Agustín García Calvo, religiosos ambos de la Sociedad de San Francisco de Sales, mártires en 1936 *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTA EULALIA DE MÉRIDA

Virgen y mártir († 304)

Eulalia, de esclarecido linaje por su nacimiento, «pero más todavía por la condición de su muerte», nació en Mérida, la famosa ciudad antigua de los vetones, a fines del siglo III.

En aquellos días la colonia Augusta Emérita, que debía sus nombres a los eméritos, o soldados jubilados de la guerra contra los cántabros, y a Augusto, que para ellos la fundó el año 25 antes de Jesucristo con la categoría de capital de la Lusitania, era una de las ciudades más importantes de la Península Ibérica.

Plácidamente asentada en una vega regada por el río Anas —nuestro Guadiana—, por el que subían y bajaban constantemente las naves de los mercaderes y traficantes orientales, que internaban en la Península sus mercancías a cambio de las riquezas naturales del suelo hispano, Mérida se convirtió poco a poco en una ciudad cosmopolita donde convivían y alternaban romanos y griegos, indígenas y orientales; la prosperidad y floreciente vida comercial, la grandeza y magnificencia de sus templos y edificios públicos y privados, bien le merecieron el apelativo de la Roma de España.

Pues bien: esta esclarecida ciudad romano-hispana, que debió de ser de las primeras de nuestra Península que vio brillar la luz del Evangelio, iba a inmortalizar su nombre a principios del siglo IV, al ser la patria terrena de una de las mártires más famosas del cristianismo: Eulalia.

Doce años había cumplido cuando sufrió, intrépida, su martirio. Mas ya antes había manifestado cuál era su vocación: aspirar al cielo y guardar intacta su virginidad. En efecto, contra lo que suele acontecer, desdeñó muy pronto las muñecas y otros juguetes con que suelen divertirse las niñas de poca edad: despreciaba las joyas y aderezos femeninos; era seriecita de cara, modesta en el andar, y en sus costumbres infantiles reflejaba la gravedad de los ancianos.

Pero cuando la cruel persecución conmovió a los siervos del Señor, obligando a los cristianos a ofrecer incienso y sacrificar víctimas a los dioses, se enardeció el espíritu de Eulalia, y así, con su intrépido carácter y suspirando en su corazón por la gloria de Dios, se dispuso a desafiar las armas de los hombres.

Mas he aquí que sus padres, que conocían muy bien la animosidad de Eulalia, procuraron alejarla solícitamente de la ciudad, llevándola a una casa de campo apartada, no fuera caso que la valerosa muchacha quisiera comprar a precio de sangre su amor a la muerte.

Pero una noche, cuando por nerviosa no podía conciliar el sueño, agobiada por la triste situación de aquel retiro obligado, sin que nadie la viera, protegida por la oscuridad, abrió sigilosamente las puertas de su casa, franqueó los portones de la cerca y, fugitiva, emprendió su camino a campo traviesa. Con paso diligente recorrió en aquella oscura noche las varias millas que la separaban de la ciudad, acompañada en aquellos caminos llenos de abrojos y zarzales por una luminosa comitiva angélica, no de otro modo que el pueblo de Dios guiado por una columna de luz en el desierto.

De madrugada, antes de la salida del sol, llegó a la ciudad, y, valerosa, se presentó ante el tribunal, en medio de cuyos lictores vociferó a los magistrados:

> «Decidme, ¿qué furia es esa que os mueve a hacer perder las almas, a adorar a los ídolos y negar al Dios criador de todas las cosas? Si buscáis cristianos, aquí me tenéis a mí: soy enemiga de vuestros dioses y estoy dispuesta a pisotearlos; con la boca y el corazón confieso al Dios verdadero. Isis, Apolo, Venus y aun el mismo Maximiliano son nada: aquellos porque son obra de la mano de los hombres, éste porque adora a cosas hechas con las manos. No te detengas, pues, sayón; quema, corta, divide estos mis miem-

bros; es cosa fácil romper un vaso frágil, pero mi alma no morirá, por más acerbo que sea el dolor».

Airado sobremanera el pretor al oír tales requerimientos, ordenó furioso:

«Lictor, apresa esta temeraria y cúbrela de suplicios para que así sepa que hay dioses patrios y que no es cosa baladí la autoridad del que manda».

Pero inmediatamente, como volviendo sobre sí, dijo el pretor a Eulalia:

«Mas, antes de que mueras, atrevida rapazuela, quiero convencerte de tu locura en lo que me es posible. Mira cuántos goces puedes disfrutar, qué honor puedes recibir de un matrimonio digno. Tu casa, deshecha en lágrimas, te reclama: gimiendo estará la angustiada nobleza de tus padres, puesto que vas a caer, tan tiernecita, en vísperas de esponsales y de bodas. ¿O es que no te importan las pompas doradas de un lecho ni el venerable amor de tus ancianos padres, a quienes con tu obstinada temeridad vas a quitar la vida? Mira, ahí están preparados los instrumentos del suplicio: o te cortarán la cabeza con la espada, o te despedazarán las fieras, o se te echará al fuego, y los tuyos te llorarán con grandes lamentos, mientras tú te revolverás entre tus propias cenizas. ¿Qué te cuesta, di, evitar todo esto? Con que toques tan sólo con la punta de tus dedos un poco de sal y un poquito de incienso, quedarás perdonada».

Pero Eulalia nada respondió, sino que, arrebatada de indignación, escupió al rostro del pretor, arrojó al suelo los ídolos que tenía delante de sí, y de un puntapié echó a rodar la torta sacrifical puesta sobre los incensarios.

Inmediatamente dos verdugos se aprestaron a desgarrar sus tiernos pechos y los garfios abrieron sus virginales costados hasta llegar a los huesos, mientras Eulalia tranquilamente contaba sus heridas.

Al contemplar aquella carnicería, Eulalia decía al Señor sin lágrimas ni sollozos:

«He aquí que escriben tu nombre en mi cuerpo. ¡Cuán agradable es leer estas letras, que señalan, oh Cristo, tus victorias! La misma púrpura de mi sangre exprimida habla de tu santo nombre».

Y tan abstraída estaba la mártir en su oración, que el dolor atroz que debían causarle aquellos tormentos pasaba totalmen-

te desapercibido, a pesar de que sus miembros, regados con tierna sangre, bañaban de continuo la piel con nuevos borboteos calientes.

Ante aquella intrepidez, los esbirros se dispusieron a aplicarla el último tormento; mas no se contentaron con propinarla azotes que la desgarraran fieramente la piel, que sería poco, sino que la aplicaron por todas partes, al estómago, a los flancos, hachones encendidos. Pero, así que la perfumada cabellera que se deslizaba ondulante por el cuello y se desparramaba suelta por los hombros para cubrir la pudibunda castidad y la gracia virginal de la mártir tocó el chisporroteo de las teas, la llama crepitante voló sobre su rostro, nutriéndose con la abundosa cabellera, y la envolvió por completo. Y la virgen, deseosa de morir, se inclinó hacia la llamarada y la sorbió con su boca.

Y, ¡oh maravilla!, he aquí que de su boca salió, rauda, una paloma más blanca que la nieve, que, hendiendo el espacio, tomó el camino de las estrellas: era el alma de Eulalia, blanca y dulce como la leche, ágil e incontaminada. Así lo vieron estupefactos y dieron de ello testimonio el verdugo y el mismo lictor al huir aterrorizados y arrepentidos. La Virgen torció delicadamente el cuello a la salida del alma; apagóse el fuego de la hoguera, y, por fin, quedaron en paz los restos exánimes de la mártir. Todo esto acaeció un día 10 de diciembre.

El cielo cuidó en seguida de velar por el tierno cuerpo de aquella virgen y rendirle las debidas honras fúnebres, porque al punto cayó una nevada que cubrió el foro, y en él el cuerpecito de Eulalia, que yacía abandonado en la helada intemperie como para protegerlo con una grácil mantilla blanca.

Tal es la primorosa descripción que nos dejó Prudencio del martirio de Eulalia de Mérida, en admirable coincidencia con las actas que sobre estas mismas hazañas escribiera un testimonio ocular. ¡Cuán distinto es el sabor y cuán lejos de la realidad histórica están otras «vidas» de la Santa emeritense!

Sigilosamente se aprestarían los cristianos de Mérida a rescatar las preciosas reliquias de aquella intrépida niña que con su muerte acababa de dar tan espléndido testimonio de la fe. Embalsamarían delicadamente su cuerpo y le darían sepultura precisamente en aquel mismo lugar donde pasada la tremenda

borrasca de la persecución, se levantó una espléndida basílica, cuyo mármol bruñido —según testimonio de Prudencio, que la vio— iluminaba con cegadores resplandores sus atrios, donde los resplandecientes techos brillaban con áureos artesonados y los pavimentos de mármol jaspeados daban al peregrino la sensación de pasear en un prado en que se entremezclaban y combinaban las rosas con las demás flores. Y con un lirismo exultante termina el poeta su descripción:

> «Fuera las lágrimas dulzonas y melindrosas [...] Cortad, vírgenes y donceles, purpúreas amapolas, segad los encendidos azafranes: no carece de ellos el invierno fecundo, pues el aura tépida despierta los campos para llenar de flores los canastillos. Ofreced, ¡oh jóvenes!, estos presentes, que yo, en medio del corro también quiero llevar una corona en estrofas de poesía, vil y ajada, pero alegre y festiva. Así conviene venerar los huesos que yacen bajo el altar; ella mientras tanto, a los pies de Dios, ve todo esto e intercede, benévola, por nosotros».

ANGEL FÁBREGA GRAU

Bibliografía

BAYO, M. J., *Peristephamon de A. Prudencio Clemente* (Madrid 1943) y *Prudencio: Himnos a los mártires* (Madrid 1946).
FÁBREGA GRAU, A., *Pasionario hispánico,* I (Madrid-Barcelona 1953) 78-86.
FLÓREZ, E., *España sagrada,* XIII, p.266s.
GARCÍA VILLADA, Z., *Historia eclesiástica de España,* I/1 (Madrid 1929-1930) 282s.
GUILLÉN, J., *Obras completas de Aurelio Prudencio* (Madrid 1950) 524-537.
MARCHESI, C., *Le corone di Prudenzio, tardote e ilustrate* (Roma 1917) 91-94.
PÉREZ DE URBEL, L., *Año cristiano.* IV: *Octubre-Diciembre* (Madrid ²1940) 405-408.

SANTOS EDMUNDO GENNINGS, SUITUNO WELLS, POLIDORO PLASDEN, EUSTACIO WHITE Y BEATOS SIDNEY HOGSON, JUAN MASON, BRIAN LACEY

Mártires († 1591)

El día 10 de diciembre de 1591 fueron sacrificados en Londres a causa de su fe católica siete mártires, tres de ellos sacerdotes y cuatro de ellos seglares. No murieron todos en el mismo lugar de la capital inglesa sino en varios sitios distintos: San Edmundo Gennings y San Suituno Wells en un cadalso levantado frente a la casa de este último, casa en donde el primero ha-

bía sido sorprendido diciendo misa; y los otros cinco en la plaza de Tyburn, lugar donde tantos mártires, ya entonces, y posteriormente otros muchos, dieron la vida por la causa del catolicismo en su tierra.

Luego de que el sacerdote Gennings hubiera viajado a Londres para encontrarse con su hermano y se hubiera encontrado con que éste estaba convertido en un furioso enemigo del catolicismo, decidió dejar por entonces de discutir con él pero no sin la intención de volverlo a abordar en cuanto tuviera una buena oportunidad. En la casa de un católico de Holborn se encontró con el también sacerdote Polidoro Plasden y con él rezó maitines. Y entonces ambos quedaron en la celebración de una misa el siguiente día 8 de noviembre de 1591 —octava de Todos los Santos— en la casa de un católico seglar, llamado Suituno Wells, situada en Grays Inn Fields. Se reunieron allí los dos citados sacerdotes más la señora Wells, esposa de Suituno, y los seglares Sidney Hogson y Juan Mason. Empezó la misa en una sala alta de la casa y se estaba ya en la consagración cuando resonaron fuertes aldabonazos en la puerta de la calle, en la planta baja. Bajaron, abrieron y se encontraron con que era Topcliffe, el furibundo perseguidor de los católicos que, por alguna causa, había venido a saber o sospechar que allí se celebraba una misa. En cuanto se le abrió tomó escaleras arriba. Uno de los asistentes a la misa pensó que lo mejor era tirarlo escaleras abajo y así lo hizo. Con la cabeza chorreando sangre Topcliffe volvió a subir, intentando entrar en la sala donde se decía la misa. Le impidieron el paso los que asistían a la misa y le propusieron un acuerdo: que él se esperara a que terminara la misa y entonces todos se entregarían pacíficamente pero que si se empeñaba en profanar el sagrado misterio ellos defenderían por la fuerza la eucaristía. Topcliffe aceptó la propuesta, y la misa pudo continuar hasta su fin, estando los asistentes con los espadas desnudos dispuestos a su defensa. Terminada la misa todos se entregaron cumpliendo su palabra. Seguidamente fue también preso Suituno Wells, que cuando llegó a su casa y supo lo ocurrido, acudió a interesarse por su esposa, que era uno de los presos, y por las llaves de su casa. El magistrado, al saber que era el dueño de la casa donde se había celebrado la misa, lo

mandó inmediatamente a prisión. Llegado el juicio, los seglares fueron condenados a ser ahorcados y los sacerdotes a ser ahorcados, destripados y descuartizados. Con ellos moriría también un sacerdote y asimismo un seglar que no habían estado en la misa pero que estaban condenados a muerte a causa de su fe.

Estos son sus datos personales:

EDMUNDO GENNINGS nació en Lichfield, en Staffordshire, el año 1567 en el seno de una familia protestante que lo educó en esta fe. A los 16 años se colocó como paje en la casa de Mr. Sherwood, un noble católico, que había padecido mucho por su fe. El ejemplo de bondad y virtud que le daba el señor llevó al joven Edmundo a abrazar él también la fe católica y, una vez hecho católico, a desear ser ordenado sacerdote. Era ésta además la aspiración de su señor, y entonces decidieron ambos marchar juntos a Douai a fin de prepararse para el sacerdocio. Lleno de fervor misionero recibió la ordenación sacerdotal en 1590 con sólo 23 años y al mes de haberla recibido volvió a Inglaterra, desembarcando de noche con otros dos en la costa del Yorkshire junto a Whithby, hospedándose seguidamente en casa de un católico. Trabajó apostólicamente con gran decisión y a tenor de su lema *Vivamus in spe* (Vivamos en esperanza) durante seis meses por el norte del país y luego se fue a Lichfield en busca de su familia a la que quería atraer al catolicismo. Resultó que sus más directos familiares habían muerto y solamente le quedaba un hermano, Juan, que estaba en Londres. Aquí acudió a buscarlo, hallándolo como dijimos al principio de esta biografía.

Cuando lo llevaron al cadalso levantado frente a la casa de San Suituno Wells donde había dicho misa, Topcliffe le pidió que reconociera su traición papista, y el mártir respondió: «Si el mero hecho de volver a Inglaterra y decir misa es una traición papista, yo soy traidor; pero no lo creo así, y por ello éstas son "faltas" que reconozco sin arrepentirme antes bien con una abierta confesión de cuánto me alegran». Mandó entonces Topcliffe que lo ahorcaran y apenas había colgado unos instantes cuando cortó la cuerda y el mártir, completamente consciente, cayó de pie. El verdugo le puso una zancadilla y lo tiró al suelo. El joven mártir lanzó un grito cuando vio que iban a destriparlo

y San Suituno Wells le dirigió palabras de aliento. El mártir exclamó: «San Gregorio, ruega por mí». Le abrieron el pecho y le sacaron el corazón. Y dijo el verdugo: «Miren: su corazón está en mi mano, y su invocación a San Gregorio aún está en sus labios. Egregio papista». Diez días más tarde su hermano Juan se hizo católico, marchó a Douai y fue sacerdote y franciscano.

SUITUNO WELLS era natural de Hampshire, y era católico desde niño. Cazador, deportista y hombre de sólida cultura, pasó unos años de su juventud en Roma donde aprendió italiano y visitó con gran fervor los lugares santos. A su vuelta a Inglaterra se casó con una joven católica, con la que tuvo una hija. Abrió una escuela privada en Monkton Farleigh, Wiltshire, y de su escuela salieron vocaciones sacerdotales, coronadas algunas de ellas con el martirio. Pero comprendió que su labor estaba siendo observada y decidió cambiar de residencia, yéndose a vivir a Londres, en la casa ya indicada. La puso a disposición de los sacerdotes para que pudieran en ella decir misa. Desde la cárcel escribió a su cuñado que era su intención perseverar en la fe hasta la muerte y llegado al cadalso le dijo a Topcliffe: «Estoy muy contento y doy gracias a Dios y me considero extraordinariamente dichoso de haber podido hospedar a tantos sacerdotes». Su esposa no fue condenada a muerte sino a cadena perpetua, muriendo diez años más tarde en la cárcel. Su hija Margaret se hizo monja.

POLIDORO PLASDEN es un santo verdaderamente de Londres: aquí nace, aquí trabaja como sacerdote, aquí es capturado, juzgado y martirizado. Nace en 1563 en Ludgate Circus, donde su padre tenía una tienda de cuernos de caza, instrumentos musicales que él fabricaba. Decidido por la vocación sacerdotal marchó al colegio inglés de Reims, que dejó el 8 de marzo de 1585 para marchar al de Roma. Se ordenó sacerdote en Roma el 7 de diciembre de 1586. Usaba por entonces el nombre de Oliver Palmer, pero desde su ordenación ya sólo se llamó Polidoro Plasden. Vuelto a Inglaterra su trabajo fue en Londres hasta que se encontró, como queda dicho, con San Edmundo Gennings y se citó con él para la misa. El 4 de diciembre de ese año 1591 fue llevado ante el tribunal con los demás encartados, siendo Wary el lord jefe de Justicia en el King's Bench, Westminster

Hall. Una vez que el jurado los declaró culpable preguntó el juez si tenían algo que decir y dijo Plasden: «Estos doce sencillos hombres nos han encontrado culpables de traición por ejercer el ministerio sacerdotal. Pero usted, que es una persona culta y versada en letras, sabe muy bien que siempre la profesión sacerdotal ha sido un oficio honorable». Entonces Fletwood, *recorder* de Londres, le dijo que en vez de hablar así haría mejor en hacer sonar alguno de los cuernos de caza que fabricaba su padre, lo que provocó la risa general. Ya en el cadalso, pidió por la Reina. Le preguntaron al oirlo si él la reconocía como su soberana y dijo que sí. Le preguntó si la defendería de sus enemigos y respondió que por supuesto. La gente empezó a decir en voz alta que no debía ejecutársele porque era un ciudadano honesto. Sir Walter Raleigh pidió que se parase la ejecución y que él iba a hablar en la corte. Pero Topcliffe entonces le preguntó al mártir si reconocía a la Reina su derecho a imponer su religión y a prohibir el catolicismo. El mártir contestó que no. Insistió Topcliffe en preguntarle si la defendería del Papa. Y el sacerdote contestó con mansedumbre: «Yo soy un sacerdote católico, y por ello yo nunca combatiré ni aconsejaré a nadie que combata contra mi religión pues esto sería negar la fe. Oh Cristo —añadió— yo no te negaré ni en cien vidas que tuviera». Y mirando al cielo besó la soga. Entonces fue ahorcado pero por insistencia de Raleigh no lo bajaron hasta que no estaba muerto, y entonces lo destriparon y descuartizaron.

EUSTACIO WHITE nació en el Lincolnshire, en Louth, y se educó como protestante. Cuando se convirtió al catolicismo, su padre lo maldijo. Él decidió irse a Douai donde empezó los estudios sacerdotales, que continuó en Reims y en Roma, donde se ordenó sacerdote en 1588. Vuelto a Inglaterra, trabajó durante los años siguientes en el oeste del país hasta que en un viaje habló abiertamente de religión con un abogado, el cual lo denunció. Acusado de ser sacerdote católico, él lo confesó, y le llevaron un ministro protestante para que lo atrajera al protestantismo. Discutieron ambos y White citó un pasaje que el ministro protestante negó ser de la Biblia. Como cada cual insistía en su opinión, quedaron en convertirse a la respectiva religión del otro si éste tenía razón. Se supo esta disputa y acudió gente

a presenciarla, pero cuando el ministro protestante llegó al día siguiente trayendo la biblia quiso tratar de otro tema. Apeló el mártir a los presentes y estos pidieron que se hiciera una petición a la Reina para que fuera soltado. Pero, llevado a Londres y encerrado en Bridewell, quedó a merced de Topcliffe. Torturado bárbaramente, pedía al Señor paciencia, y Topcliffe rechazó que pidiera por él, pues no quería las oraciones de un traidor. Él contestó que verdaderamente Topcliffe necesitaba se pidiera por él. Condenado a muerte fue llevado a Tyburn con los otros mártires de hoy.

SIDNEY HOGSON era un católico seglar, cuyos datos personales se ignoran, sabiéndose sólo que era un converso al catolicismo, que estaba en la misa del padre Gennings el 8 de noviembre de 1591, por lo que fue arrestado y acusado de amparar a un sacerdote y por ello condenado a muerte.

JUAN MASON era un católico seglar, natural de Kendal, y trabajaba como criado en la casa del sir Orwen, en Oxfordshire. Igualmente su crimen consistió en haber asistido a la misa del padre Gennings. En el cadalso se le dijo si no estaba arrepentido de haber ayudado a los sacerdotes, y dijo: «No; si de nuevo pasara lo sucedido, me opondría a que arrestasen a los sacerdotes, aunque me condenaran a muerte veinte veces».

BRIAN LACEY es el otro de los mártires de hoy que no estaba presente en la misa del padre Gennings, sino que se les unió por decisión judicial. No se dice en las fuentes de dónde era, aunque parece que de Londres. Tenía un hermano, llamado Ricardo, el cual en 1584 fue arrestado como recusante y en la confesión que hizo bajo amenazas el 13 de marzo dio información contra el sacerdote P. Scott y contra su hermano Brian, a quien él describió como distribuidor de cartas a los católicos ingleses. Siguieron las pistas de Scott y Lacey y éste ciertamente ya figura en la lista de presos de Newgate en 1586, habiéndolo examinado tres veces el juez Young. Se le mantuvo en prisión en la esperanza de obtener de él información acerca de las casas que él y el P. Scott visitaban. Y como Lacey nada decía obtuvo Topcliffe del Consejo Privado que se le examinase y se le sometiese a tortura en Bridewell. El 4 de diciembre de 1591 Brian Lacey fue acusado ante el Lord Mayor en Old Baley y al día siguiente

ante el juez jefe en King's Bench, Westminster. El P. James Young que estuvo presente en el juicio dijo que Lacey fue juzgado con tanta prisa y escaso miramiento que más que juicio aquello pareció una burla, y se le condenó a muerte por aliado y protector de los sacerdotes católicos. Los jueces le dijeron que si se hacía protestante recibiría perdón pero él rechazó el ofrecimiento.

Gennings, Wells, White y Plasden fueron canonizados el 25 de octubre de 1970, y los otros beatificados el 15 de diciembre de 1929.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

SACRA RITUUM CONGREGATIONE, Emo. ac Rvdmo. Domino Cardinali Alexio Lépicier relatore. Westmonasterien. *Beatificationis seu declarationis martyrii venerabilium servorum Dei Georgii Haydock, sac. saec. [...] et sociorum in odium fidei ut fertur in Anglia interceptorum. Positio super Martyrio et Causa martyrii* (Isola de Liri 1928).

TIGAR, C., *Forty martyrs of England and Wales* (Londres 1970).

BEATO GONZALO VIÑES MASIP

Presbítero y mártir († 1936)

Nace en la ilustre ciudad de Játiva (Valencia) el día 19 de enero de 1883, hijo de Gonzalo Viñes y de Mercedes Masip, que engendrarán también una niña, Mercedes. Su bautizo tiene lugar al día siguiente en la iglesia parroquial de Santa María, donde también fueron cristianados los papas Calixto III y Alejandro VI. Sus padres, piadosos y ejemplarmente cristianos, transmiten a sus dos hijos la fe y les instruyen en el santo temor de Dios.

Gonzalo estudia el bachillerato en el colegio Setabense, y obtiene calificaciones extraordinarias. Inclinado desde pequeño al sacerdocio, ingresa en el Seminario Conciliar, destacando por su amor a su vocación y la aplicación en los estudios teológicos. En 1905 recibe el diaconado, y al año siguiente, el presbiterado, celebrando su primera misa el 23 de mayo de 1906 en su amada parroquia.

Su primer encargo es el de vicario de la iglesia parroquial de La Llosa de Ranas, una población cercana, pero el párroco de

Santa María de Játiva, don José Plá Ballester, tiene puesta su confianza en él. Por su mediación, la autoridad diocesana le nombra vicario de su parroquia natal, donde va a realizar un extraordinario ministerio apostólico y se entregará a promocionar la cultura para acercarse a sus paisanos. Persona con innatas cualidades para la investigación histórica y archivística, muy culto y excelente poeta. Es autor de numerosos artículos que publica en la prensa local, con datos históricos para la historia de Játiva. Particularmente volcado en la arqueología participa en las excavaciones del poblado ibérico de Les Alcusses de Mogente, en la Cova del Parpalló de Gandía y en la estación neolítica de la Cova Negra de Játiva. En otras ocasiones descubre algunos yacimientos arqueológicos, como el de la Penya de Sant Dídac en Játiva, Les coves d'Aiacor y la villa romana de Annahuir. Participa en la fundación del Museo Municipal de Játiva (1919), y a él cabe el honor de haber localizado, en el inmenso archivo de la colegiata de Santa María de la ciudad setabense, la partida de bautismo del celebérrimo pintor José de Ribera. Era socio numerario de la Sociedad Aragonesa de Ciencias Naturales, de la de Buenas Letras de Barcelona, del Centro de Cultura Valenciana y miembro del Servicio de Prehistoria de la Diputación de Valencia. Promueve la creación de una biblioteca pública y se interesa por la catalogación del histórico archivo de la colegiata jativense. En la catedral visigótica de Sant Feliu (1918) dirige las excavaciones que le permiten localizar el *Ara* del obispo Atanasio (653-675), un pedestal romano reutilizado como altar, y también la cruz del *Agnus Dei,* que él mismo describe: «Una cruz de piedra, labrada por ambas caras, de brazos desnudos, terminados en forma trebolada, y con un medallón en el centro, donde campea en bajo relieve el *Agnus Dei,* finamente ejecutado».

Organiza la Academia de la Juventud Católica y lleva de excursión a los jóvenes que visitan los hallazgos arqueológicos, asisten a conferencias y participan en torneos culturales. Durante muchos años ejerce de profesor en el mismo centro donde estudió el bachillerato, entendiendo el insustituible papel de la cultura en la evangelización de la juventud. Entre 1930 y 1936 dirige el semanario local *El obrero setabense,* fundado en

1894 para divulgar la doctrina social de la Iglesia y defenderla de los ataques del semanario local izquierdista republicano *El progreso,* enemigo declarado de la fe y defensor de la clase trabajadora. En *El obrero setabense* publicará multitud de artículos de temas relacionados con la historia de Játiva y la comarca de La Costera, y, naturalmente, en defensa de las verdades evangélicas.

El año 1917 el Ayuntamiento de Játiva le distingue con el nombramiento de «Cronista oficial de la ciudad». Una de sus más grandes satisfacciones personales quedó plasmada en el informe histórico remitido a la Santa Sede para que la parroquia de Santa María recuperara el honroso título de *Colegiata,* de que se la despojó tras el Concordato del año 1851. Anhelado deseo que Játiva pudo alcanzar gracias al papa San Pío X el año 1909, celebrándose grandes fiestas con tal motivo.

Sacerdote amable, cariñoso y simpático, muy activo y trabajador, gozaba de un gran prestigio entre los jóvenes. Era el alma y consiliario de los Jueves Eucarísticos, y practicaba la Hora Santa siempre de rodillas. Sacerdote de vida ejemplar y verdaderamente piadoso, apreciado y considerado por todos, se consagra totalmente al servicio de Dios, cumpliendo sus deberes sacerdotales con devoción. Dirigía la cofradía del Santísimo Rosario y la Tercera Orden de Santo Domingo, en donde era terciario, y ocupa la capellanía del Monasterio de la Consolación de monjas dominicas. Desbordaba su vida interior en obras apostólicas, en donde vertía a raudales vida y vigor, defendiendo siempre a Cristo y a la Iglesia celosamente.

La beatificación el año 1906 de fray Jacinto Castañeda, religioso dominico nacido en Játiva y martirizado en Tonquín el año 1773, le mueve a organizar la cofradía del mártir de Cristo, su paisano, a quien dedica un altar y retablo hermoso en una de las capillas de la Colegiata, donde fue bautizado. El papa Juan Pablo II lo proclamó santo en 1988. Entre otros títulos, es autor del volumen *La patrona de Játiva,* publicado el año 1923 con motivo de la proclamación por el papa Pío XI del patronazgo canónico de Nuestra Señora de la Seo, objeto de sus mayores devociones, y de los setabenses que profesan filial devoción a su amada patrona.

Sacerdote erudito, defiende en la prensa un regionalismo moderado, frente a las nuevas corrientes revolucionarias, sobre-

saliendo en su habilidad compositiva en lengua valenciana. Su excelente obra poética, no muy extensa, auguraba unos más que exitosos frutos, como lo indica el premio obtenido en los Juegos Florales del año 1934 con su *Poema de la Terreta,* canto enamorado a su tierra y sus gentes. La fidelidad a sus compromisos y sus numerosos méritos convierten a este eximio canónigo setabense, en un admirable ejemplo del clero valenciano.

En los primeros meses del año 1936 el cabildo colegial resolvió ocultar pare del tesoro artístico, reuniendo en la antesacristía mayor las pinturas más valiosas del templo, mientras entregaba en depósito al Banco de España tres cajas precintadas, con las piezas más importantes del patrimonio litúrgico. Una previsión muy acertada y oportuna que, por desgracia, resultó poco afortunada, pues las pinturas se quemaron durante el asalto al templo, y las joyas de oro y plata del flanco las requisaron los carabineros el 12 de abril de 1938. En la madrugada del 27 de julio de 1936 se produce el triste asalto de la Colegiata de Santa María de Játiva, declarado Monumento Nacional por decreto de la República el año 1931, siendo saqueada e incendiada la sacristía. El magnífico patrimonio acumulado durante siglos se amontona en el interior del mismo templo y se le prende fuego, considerándose las pérdidas en aquel momento en varios millones de pesetas. Al día siguiente siguió la quema de los templos parroquiales de la ciudad, ermitas y conventos. Se derriba el monasterio de las dominicas, el claustro del convento de Santa Clara, al que sigue la destrucción de la ermita de las Santas Anastasia y Basilisa y el Calvario Bajo de los capuchinos.

El destrozado templo colegial se utiliza para celebrar asambleas populares, y el resto de iglesias como almacenes, garajes y cuarteles de las milicias. Durante este tiempo invoca con esperanza a María, confiando totalmente en su maternal protección:

«Santa Verge María,
Mare de Déu [...] sent la gelor mortífera
al meu voltant;
eixe fred que a les ànimes
va anquilosant [...]
junt a ton cor,
la ingratitud humana
no.m farà por».

Se le ofertó trasladarse a la población de Algemesí para pasar desapercibido, pero rehusó ocultarse, dedicándose a sus investigaciones y a preparar un completo y detallado inventario de todas las piezas encontradas en las excavaciones de la Cova Negra de Játiva, que no podrá concluir. Nunca fue detenido, pero en más de una ocasión los milicianos se lo llevaron a prestar declaración, colaborando en labores de escribiente y tareas administrativas, por las cuales nunca percibía gratificación alguna.

A medida que avanzaba el tiempo de la persecución se afianzaba en dar la vida en defensa de la fe: «Si hemos de morir —le decía a su hermana— que nos maten los malos, así seremos mártires». Nunca ocultó su condición de sacerdote, mostrándose siempre animoso y valiente; en su domicilio continuó su ministerio pastoral, confesando y animando a perseverar en la fe, entregado totalmente a la voluntad de Dios. Sus enemigos pretendieron que renegara de la vocación pero resistió valientemente y se mantuvo firme, conservando hasta el último momento su entereza y la fidelidad a la Iglesia.

El día 10 de diciembre de 1936 los milicianos le engañan, diciéndole que les acompañe para hacer un inventario en el molino de Vallés, próximo a Játiva. Se despide de su hermana, a quien consuela pidiéndole que confíe en la Providencia, y es asesinado cerca del puente de la carretera de Vallés. Recibe sepultura en el cementerio municipal de Játiva. El 14 de mayo de 1957, siendo arzobispo de Valencia don Marcelino Olaechea y Loizaga, tuvo lugar el inicio del proceso ordinario para la beatificación y declaración de martirio de 37 sacerdotes diocesanos, que concluyó el 24 de junio de 1971 en la catedral bajo la presidencia del Siervo de Dios don José M.ª García Lahiguera, arzobispo de Valencia. Toda la voluminosa documentación se entregó el año 1975 en la Congregación para las Causas de los Santos. Después de un intervalo recomendado por Pablo VI para dejar en suspenso estas causas de martirio, el año 1983 el papa Juan Pablo II autorizó la reanudación de la beatificación y canonización de los obispos, sacerdotes, religiosos de ambos sexos y seglares que testimoniaron en España en 1936 su fe con el martirio. El 21 de diciembre de 1996 se reactivaron en el

Arzobispado de Valencia los tres procesos de canonización por causa de martirio de 37 sacerdotes seglares diocesanos, 19 mujeres y 18 hombres y jóvenes de Acción Católica, que fueron beatificados, junto con otros mártires, el 11 de marzo de 2001.

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

CLIMENT BONAFÉ, A., *Bienvenidos al cielo. Vidas ejemplares de la Iglesia de Xátiva* (Valencia 2003) 95-107.

ESPASA SIGNES, J., Valentina. *Beatificaciones seu declarationis martirii servorum Dei Rvd. D. Josephi Aparicio Sanz et sociorum in martirio sacerdotum de clero valentino in odium fidei, uti fertur, interfectorum* (Roma 1957).

VENTURA CONEJERO, A., *Mossen Gonçal Viñes Masip* (Valencia 1997) 98-105.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN GREGORIO III

Papa († 741)

Gregorio era sirio, hijo de Juan, y pertenecía al clero romano, en el que tenía encargo de atender la basílica de San Marcos como presbítero. Era notable por su santidad, cultura y capacidad. Cuando el 11 de febrero del 731 muere el papa Gregorio II, el clero y el pueblo de Roma aclamaron a Gregorio como papa, Gregorio III (18 de marzo). Se pidió y se obtuvo la confirmación de la elección papal por parte del exarca de Rávena en nombre del emperador de Oriente y no deja de señalarse que fue aquella la última vez que el emperador bizantino fue consultado a este particular. Gregorio no tuvo más remedio que hacer frente a la nueva herejía surgida en Oriente y nada menos que por parte del propio emperador. En efecto, León III Isáurico, luego del derribo de la imagen del Salvador que estaba en la puerta del palacio imperial (726) había procedido a dar en 730 un edicto por el que se prohibía formalmente los sagrados iconos. En Oriente surgieron las protestas y la reacción imperial se convirtió en una verdadera persecución. En Occidente, al ser conocida la decisión imperial, causó un gran malestar. El Papa envió al presbítero Jorge a Constantinopla con una carta de

protesta, pero el mensajero papal tuvo miedo de las consecuencias de entregar la carta y hubo de volver con su misiva a Roma. Quiso el Papa destituirlo pero intercedieron por él y se le envió de nuevo a cumplir su tarea, pero llegado a Sicilia los soldados bizantinos lo prendieron y desterraron, volviendo a Roma al cabo de un año sin haber podido cumplir su tarea y con prohibición absoluta de intentarlo. Entonces pasó el Papa a convocar un sínodo en Roma en noviembre de 731, al que acudieron más de noventa obispos y en el cual se condenó por parte de todos la iconoclastia, se declaró excomulgado a todo el que la sustentase y se definió la licitud del culto a las imágenes sagradas. Pero resultó muy difícil enviar a Constaninopla las decisiones del sínodo porque los mensajeros fueron interceptados. De todos modos el emperador estaba dispuesto a hacer valer sus decretos iconoclastas por la fuerza y envió en 732 una escuadra contra Roma pero el mar la destruyó y entonces el emperador se vengó usurpando el patrimonio que la Sede de Roma poseía en Sicilia, Nápoles y el Oriente, y poniendo el Ilírico bajo la jurisdicción del patriarca bizantino. Las pérdidas que con esto padeció la Iglesia de Roma tuvieron alguna compensación con la adquisición de Castel Galese, obtenido de Trasamundo, duque de Espoleto. El Papa pidió la protección de Carlos Martel cuando los lombardos se acercaron a Roma y asaltaron la basílica de San Pedro que estaba fuera de los muros de la ciudad. Gregorio III apoyó la labor misionera de San Bonifacio y lo nombró arzobispo. El Papa murió poco después de Carlos Martel (22 octubre de 741), dejando tras sí una estela de hombre humilde y piadoso, buen conocedor de las Sagradas Escrituras, y que se sabía los salmos de memoria, hablando también el griego, y siendo un magnífico predicador; protegió a los pobres y humildes y veló por los monasterios masculinos y femeninos. Su muerte fue el 10 de octubre de 741.

SAN JUAN ROBERTS Y BEATO TOMÁS SOMERS

Presbíteros y mártires († 1610)

Era el primer domingo de Adviento de 1610 cuando el sacerdote benedictino Juan Roberts estaba diciendo misa en

una casa en Holborn, estando allí también otros cinco sacerdotes. Estaba ya en el último evangelio, con el que entonces concluía la misa, cuando los oficiales de policía llamaron a la casa. Se desmanteló el altar, se apagaron las velas y los sacerdotes se ocultaron en un escondite. Pero fueron descubiertos, teniendo aún Roberts las vestiduras sagradas, y así fueron llevados por las calles hasta la cárcel de Newgate. En el juicio acompañó a Roberts el sacerdote secular Tomás Somers que estaba allí cuando decía la misa. En el juicio actuaron el lord jefe de justicia, Coke, el obispo de Londres, George Abbot, y otras personalidades. Se les acusó a tenor del Estatuto 27 de Isabel que prohibía a los jesuitas y a los sacerdotes ordenados en el extranjero volver a Inglaterra y ejercer allí su ministerio.

Roberts reconoció ser sacerdote y monje y dijo haber ido a Inglaterra para la salvación de las almas y que estaba dispuesto, en pudiendo, a seguir haciendo eso mismo toda su vida. Entonces el obispo de Londres le llamó seductor y él respondió que si también San Agustín de Canterbury y sus compañeros fueron seductores puesto que vinieron mandados por la misma Sede Romana que ahora los mandaba a ellos. Reprochó al obispo de Londres el sentarse como juez, siendo clérigo, en una causa de pena capital y reprochó se llamaran como jurado a personas de escasa cultura que no podían entender lo verdadero de la causa. Ambos sacerdotes fueron condenados a muerte. Al día siguiente doña Luisa de Carvajal, que se había ido a Inglaterra para ayudar a los mártires, logró que los trasladaran a una celda donde preparó una cena, que ella presidió, estando Roberts a su derecha. Al término de la misma ella lavó los pies de los mártires, que eran veinte, y fue aquello una reunión llena de caridad y gozo espiritual de tantos confesores de la fe. El 10 de diciembre de 1610 Roberts y Somers fueron ahorcados, destripados y descuartizados.

Estos son sus datos personales:

JUAN ROBERTS nació en Dolgelley, se crió como protestante y entró en la Iglesia católica a los 21 años en la catedral de Nôtre Dame de París. Ingresó, para ser sacerdote, en el Colegio Inglés de Valladolid, pero al año siguiente él y otros cinco alumnos de su colegio pidieron el hábito benedictino en la propia

Valladolid. En 1602 el papa Clemente VIII había permitido expresamente a los benedictinos de Valladolid enviar misioneros a la misión inglesa. Tres semanas más tarde, Roberts y otro monje, ambos sacerdotes, desembarcaron en Inglaterra. Hizo un grande y magnífico trabajo, y en la peste que devastó Londres manifestó su espléndida caridad. Cuando la llamada «Conspiración de la pólvora» fue arrestado, pero gracias al embajador francés fue soltado. Entonces tomó parte en la fundación del monasterio benedictino de Douai destinado a proporcionar monjes misioneros para la misión inglesa. De ellos el primero en dar la vida por la fe fue este San Juan Roberts.

TOMÁS SOMERS, que usó el alias de Wilson, había nacido en Skelsmergh, Westmoreland, y parece que era católico desde su infancia. Primero fue durante años maestro de escuela e hizo cuanto bien pudo desde su importante puesto en la educación de los niños. Pero luego se decidió por el sacerdocio y acudió al Colegio Inglés de Douai, ordenándose sacerdote en Arrás en la vigilia de Pascua del año 1606. Enseguida volvió a Inglaterra y se estableció en Londres, especializándose en el apostolado entre gente humilde y mereciendo por su trabajo lleno de celo y dedicación el epíteto de «párroco de Londres». No era muy erudito pero sí muy caritativo. Arrestado y condenado al exilio, pudo quedarse en Douai como administrador del colegio pero echaba mucho de menos a sus fieles de Londres y por ello volvió para caer enseguida otra vez en manos de la policía en las circunstancias que más arriba hemos contado. En el proceso se negó a prestar el juramento de supremacía religiosa del rey. Cuando iban a ahorcarlo le permitieron hablar y dijo: «Os bendiga Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo. El padre Roberts os ha dicho la razón por la que nosotros debemos sufrir la muerte, y así no es necesario que yo lo repita, pero quiero deciros una cosa: Yo no he rehusado prestar el juramento porque me falte la fidelidad que Su Majestad el Rey podría esperar de mí. Lo rehuso porque incluye materias de fe, y por ello ese juramento nos ha sido prohibido a todos por Su Santidad el Papa, al que, porque somos ovejas de Cristo, todos nosotros debemos ser obedientes. Yo por eso os ruego y exhorto a ser obedientes al Supremo Pastor de la Iglesia de Dios. Fuera de la

Iglesia no hay salvación». Al subir al carro dijo en latín: «En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu».

Ambos mártires fueron beatificados el 15 de diciembre de 1929 y Roberts fue luego canonizado con los Cuarenta Mártires de Inglaterra y Gales el 25 de octubre de 1970.

BEATOS ANTONIO MARTÍN HERNÁNDEZ Y AGUSTÍN GARCÍA CALVO

Religiosos y mártires († 1936)

Estos dos religiosos salesianos, apresados con los demás el día 21 de julio y soltados luego el 29, fueron luego a parar a la Cárcel Modelo de Mislata, donde se reunieron con otros compañeros que estaban igualmente destinados a la gloria del martirio. El día 10 de diciembre de 1936 fueron ambos llevados al Picadero de Paterna y allí fusilados por su sola condición de religiosos. Estos son sus datos personales:

ANTONIO MARTÍN HERNÁNDEZ era sacerdote. Había nacido en Calzada de Béjar, provincia de Salamanca y diócesis de Coria, el 18 de junio de 1885 en el seno de una familia muy cristiana. Hizo primero los estudios de magisterio en Salamanca y aquí conoció a los salesianos, decidiendo su vocación religiosa en esta congregación cuando tenía 28 años. Seis años más tarde, hecha la profesión religiosa y los estudios eclesiásticos, se ordenaba de sacerdote. Ejerció su labor docente como tal salesiano y en 1923 estuvo en Barcelona-Sarriá como maestro de novicios. En julio de 1936 estaba de director en la casa de Valencia-Sagunto, y hacía ejercicios espirituales cuando estalló la revolución. Cuando asaltaron la casa el 21 de julio hicieron los milicianos el simulacro de fusilarlo. Libre el 29 de julio, se refugió en una casa pero el 3 de septiembre fue de nuevo arrestado y llevado a la cárcel, de la que saldría para el martirio.

AGUSTÍN GARCÍA CALVO era coadjutor y había nacido en la ciudad de Santander el 3 de febrero de 1905. En su propia ciudad conoció a los salesianos y de ahí le vino su vocación. Profesó en Barcelona-Sarriá en 1922 y once años más tarde en Gerona hizo los votos perpetuos. Era un hombre sencillo, pacífico, diligente y piadoso que llevaba a cabo con humildad y eficacia

su tarea educadora como salesiano. Estaba haciendo los ejercicios espirituales cuando fue arrestado; dejado libre el día 29 de julio y nuevamente encarcelado ese día, llevado a la Cárcel Modelo de Mislata, donde esperó pacientemente su destino. El Señor recompensó con la gracia del martirio su fidelidad a la vida religiosa.

Ambos fueron beatificados el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

11 de diciembre

A) MARTIROLOGIO

1. En Roma, San Dámaso I († 384), papa **.

2. En territorio de Amiens (Galia), santos Victorico y Fusciano († s. III), mártires.

3. En Piacenza (Emilia), San Sabino († s. IV), obispo.

4. En Constantinopla, San Daniel Estilita († 493), presbítero *.

5. En el monasterio de Himmerod (Tréveris), Beato David († 1179), monje *.

6. En Siena (Toscana), Beato Franco Lippi († 1291), religioso carmelita *.

7. En Fiegni, del Piceno (Italia), Beato Hugolino Megalotti († 1373), ermitaño, terciario franciscano *.

8. En Sant' Angelo in Vado, del Piceno, Beato Jerónimo Ranuzzi († 1468), presbítero, religioso servita.

9. En Nagasaki (Japón), beatos Martín de San Nicolás Lumbreras Peralta y Melchor de San Agustín Sánchez Pérez († 1632), presbíteros, de la Orden de San Agustín, mártires **.

10. En Londres (Inglaterra), Beato Arturo Bell († 1643), presbítero, de la Orden de Menores, mártir bajo el reinado de Carlos I *.

11. En Burjasot (Valencia), Beata María del Pilar Villalonga Villalba († 1936), virgen y mártir *.

12. En La Aldehuela (Madrid), Santa María de las Maravillas de Jesús Pidal y Chico de Guzmán († 1974), virgen, monja carmelita descalza **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN DÁMASO I

Papa († 384)

El último tercio del siglo IV marca el período de mayor influencia de España en Roma. Tres nombres gloriosos llenan ese espacio de tiempo, cada uno en su campo propio y los tres ligados de alguna manera entre sí. Dámaso honra el Pontificado; Teodosio, el Imperio, y Prudencio, la poesía cristiana. España, que tanto había recibido de Roma, que aprendió a amar en latín a Jesucristo, pagó con creces la deuda contraída. Aun prescindiendo de otros nombres ilustres, con los tres mencionados bastaba para probarlo.

San Dámaso es, entre los pontífices antiguos, el que más cerca está de nosotros por sus gustos de intelectual y escriturista y por sus aficiones de arqueólogo. Su diplomacia firme, aunque discreta, contribuyó a consolidar la posición del cristianismo frente a los últimos ataques del paganismo; supo mantener el prestigio de la Sede Apostólica, expresión que comienza a circular durante su pontificado, y salvaguardar la unidad de la fe, tan amenazada por el arrianismo y otras herejías cristológicas o trinitarias; fue el mecenas de San Jerónimo y alentó sus trabajos bíblicos, que reconocería doce siglos después el concilio de Trento al adoptar como texto seguro la traducción de la Vulgata. Por último, sus aficiones de arqueólogo le llevaron a restaurar las catacumbas, salvando la memoria de los mártires y orientando la piedad de los fieles hacia su culto.

San Dámaso nació en Roma el año 305, de una familia de ascendencia española, cuyo padre, Antonio, había hecho toda su carrera eclesiástica no lejos del teatro de Pompeyo, junto a los archivos de la Iglesia romana, siendo «notario, lector, levita y sacerdote». Su madre se llamaba Laurencia y llegó a la edad de noventa y dos años. Tuvo también otra hermana menor, llamada Irene, la cual se consagró a Dios vistiendo el velo de las vírgenes.

El santo se formó a la sombra del padre, en un ambiente elevado, teniendo ocasión de relacionarse con lo mejor de la sociedad romana, tan compleja, pues alternaban los cristianos fer-

vorosos con los viejos patricios adictos al paganismo, los herejes irreductibles y los empleados públicos, cuyas convicciones variaban según soplasen los aires de la política imperial.

La educación de Dámaso fue exquisita, y desde el primer momento se orientó hacia la carrera eclesiástica, destacándose entre el clero de la Urbe. Como toda persona de mérito, tuvo que sufrir la calumnia o la enemistad, y, por su labor entre las damas piadosas, que solicitaban su dirección, le motejaron los envidiosos de halagador de oídos femeninos: *auriscalpius feminarum.*

Ya desde su infancia, encendida su imaginación con el relato de las muertes heroicas de los mártires, debió despertarse en él la vocación de cantor de los que dieron su vida por la fe, recogiendo ávidamente las noticias que circulaban oralmente, como en el caso de los Santos Pedro y Marcelino, en que el mismo verdugo le contó su martirio: *Percussor retulit Damaso mihi, cum puer essem.*

Era diácono cuando falleció el 24 de septiembre de 366 el papa Liberio. El Imperio había sido repartido en 364, tomando Valente el Oriente y Valentiniano I el Occidente. Desde 358 había un antipapa, Félix III (467), y, aunque Dámaso se había mostrado partidario suyo, después se reconcilió con Liberio y trabajó en reconciliar al antipapa.

Por el gran ascendiente que gozaba en Roma, Dámaso fue elegido papa en la basílica de San Lorenzo in Lucina por la mayoría del clero y del pueblo, siéndole favorable la nobleza romana. Sin embargo, los opositores se reunieron en Santa María in Trastevere y eligieron a Ursino, que se hizo consagrar rápidamente por el obispo de Tibur, no haciéndolo Dámaso hasta un domingo posterior, que fue el 1 de octubre, por el obispo de Ostia.

Parece como si Dios pusiera en la existencia de los santos ocultas espinas que les puncen para purificarles. Ursino fue el aguijón de Dámaso.

Desde que el 26 de octubre el emperador Valentiniano dio orden de destierro contra el antipapa, la revuelta se apoderó de Roma. Los partidarios de Ursino se hicieron fuertes en la basílica Liberiana, teniendo que soportar un verdadero asedio de los

seguidores de Dámaso, donde dominaban los cocheros y empleados de las catacumbas. Armados de sus herramientas de trabajo y de hachas, espadas y bastones, se aprestaron al asalto de la basílica. Algunos lograron subir al techo y lanzaron contra los leales de Ursino no precisamente pétalos de rosas, conmemorativos de la nieve legendaria que diera pie a la erección del templo, sino teas encendidas, que ocasionaron 160 muertos.

Ursino fue desterrado, y, si bien el emperador le permitió volver el 15 de septiembre de 267, lo expulsó de nuevo el 16 de noviembre. El antipapa no cede: desde su destierro maquina nuevas intrigas y en 370 consigue envolver a San Dámaso en un proceso calumnioso. En 373 se abre un nuevo proceso contra Dámaso ante los tribunales de Roma. Esta vez el acusador es un judío convertido, Isaac, detrás del cual se reconocen fácilmente los manejos de Ursino. El emperador Graciano interviene personalmente y falla la causa. Absuelve a Dámaso y destierra a Isaac a España, y a Ursino a Colonia.

En 378 ha de justificarse ante un concilio de obispos italianos que él mismo había convocado. Los obispos estaban inquietos a causa de las dudas que provocó la usurpación de Ursino. Pidieron que los obispos no pudieran ser llevados a otros tribunales que a los eclesiásticos, formados por sus propios colegas, y, en caso de apelación, que ésta se hiciera al Papa. Que éste sólo pudiera ser juzgado, en caso de necesidad, por el emperador en persona.

Todavía en 381 Ursino vuelve a la carga. El concilio de Aquilea, reunido por entonces, fue la ocasión. El antipapa quiere llevar la resolución del caso al propio emperador. Mas a partir de entonces todo se apacigua. Ursino debió de morir, porque no se vuelve a hablar más de él.

Los partidarios de Ursino no fueron los únicos en crear preocupaciones a San Dámaso. Al lado del antipapa se agitaban durante todo este tiempo los titulados obispos cismáticos; luciferianos, donatistas y novacianos. Roma era un avispero de sectas, y el Papa tuvo que luchar contra su intransigencia, como en el caso de los donatistas, descendientes de los antiguos montanistas africanos. Su campeón, el presbítero Macario, condenado al destierro, murió de las heridas que recibiera al ser apresado,

aunque la elección de otro obispo significó un nuevo competidor contra Dámaso.

En medio de tantas dificultades, el gran Papa pensaba en la Iglesia universal. En punto a herejías, su mayor preocupación era el arrianismo. Roma se había pronunciado abiertamente contra las doctrinas arrianas en el concilio de Nicea y siempre había mantenido una línea clara en este punto. Al tiempo de la elección de San Dámaso eran arrianos los obispos Restituto de Cartago y Auxencio de Milán, y otros muchos del Ilírico y, sobre todo, de la región del Danubio. El emperador no quería problemas por causa del arrianismo, y la situación era dudosa. En 369 San Atanasio escribe *ad Afros,* a los obispos de Egipto y Libia, y habla del «querido Dámaso», pero muestra su inquietud por el estado de cosas de Occidente. Un poco después otra carta del mismo santo obispo habla de recientes concilios reunidos en las Galias y España, y en la misma Roma, en que se tomaron medidas contra Auxencio de Milán. El concilio de Roma nos es conocido por la carta *Confidimus,* del propio San Dámaso a los obispos de Ilírico. Esta carta es una firme declaración de los principios de Nicea. Pero fue necesario esperar a la muerte de Auxencio, en 374, para reemplazarle por un obispo ortodoxo: San Ambrosio. En la región dalmaciana (Ilírico) el arrianismo conservó durante mayor tiempo su hegemonía, aunque en 481 el concilio de Aquilea, en el que San Dámaso no llegó a intervenir, condenó vigorosamente los manejos de los herejes.

En Oriente la política religiosa del Papa tuvo menos éxito, porque la situación era más embrollada. Los católicos estaban divididos a causa del cisma de Antioquía. Los unos eran partidarios de Melecio, que había sido elegido según regla: los otros se inclinaban a favor de Paulino. San Basilio de Cesarea era el jefe de los primeros, y con él casi todo el episcopado oriental. Pero Roma, bajo la influencia de San Atanasio, se había pronunciado por el segundo. A partir de 371 fueron llevadas a cabo largas y penosas negociaciones por San Basilio para obtener la condenación explícita de Marcelo de Ancira y después la de Apolinar de Laodicea, así como el reconocimiento de Melecio de Antioquía. San Dámaso se contentó con remitir la carta *Confidimus* del concilio romano de 370. El asunto de Marcelo de

Ancira se resolvió con la muerte del hereje, y el de Apolinar con su condenación en 375. El caso de Melecio fue más complicado, porque la solución dependía en gran parte de aceptar o rechazar por parte de San Basilio la terminología trinitaria usada en Roma. San Dámaso comenzó por mostrarse intransigente en este punto (carta *ad gallos episcopos,* 374); después hizo concesiones, aunque un concilio romano de 376 parecía volver al estado primitivo. Sin embargo, la muerte de San Basilio el 1 de enero de 379 allanó el arreglo, más necesario que nunca.

Un gran concilio reunido en Ancira aquel mismo año aceptó las fórmulas propuestas por el Papa. Mas este concilio, presidido por el propio Melecio, no podía ser grato a Dámaso, que era partidario de Paulino. Muerto aquél el año 381, no pasó, empero, Paulino a la silla de Antioquía, como hubiera deseado el Papa, sino Flaviano, lo cual contribuyó en alguna forma a aislar el Oriente de Roma por no resolverse el mencionado cisma.

Por aquella misma época se convocaba en Zaragoza (380) otro concilio para condenar a Prisciliano, cuyas doctrinas ascéticas resultaban sospechosas. Éste, que había llegado a obispo de Avila, recurrió al Papa, a quien llama *senior et primus.* San Dámaso, sin condenarle expresamente, no admitió su requisitoria: el hereje español tuvo el mal acuerdo de elevar su causa al emperador, y a pesar de las protestas de San Martín de Tours y de otros obispos, el efímero emperador Máximo avoca la causa a su tribunal y juzga y condena a Prisciliano en 385 por el delito de magia. Él y otros cuatro más son decapitados. Ya tienen los panfletistas el primer caso de «relajación al brazo secular».

En 382 fue convocado en la misma Roma un concilio al que San Dámaso tal vez pensaba darle carácter universal, pero que resultó de escasos frutos. Como el propio San Jerónimo acudiera a la ciudad de las siete colinas, fue ocasión de que le conociera San Dámaso y se trabara entre ambos una estrecha amistad, que tan beneficiosa sería para las ciencias bíblicas. Durante tres años (382-385) el Papa le retuvo por secretario. Le alentó en sus trabajos escriturísticos y en sus versiones de las Sagradas Escrituras del hebreo y griego al latín, lo que nos proporcionó la Vulgata, versión que todavía hoy utiliza como oficial la Iglesia Romana. Sin embargo, San Jerónimo tenía un carácter indepen-

diente y excitable, muy difícil para la vida de la curia. Añorando su soledad, muerto ya el Papa, donde siempre los que han servido al señor difunto encuentran enrarecido el ambiente, se retiró a Belén con sus libros y sus penitencias.

En otoño del año 382, Dámaso, sin entrar en escena, obtuvo en Roma un triunfo importante para el cristianismo: la remoción de la estatua de la Victoria de la sala del Senado.

Una vez que Constantino concedió por el edicto de Milán del 313 la paz a la Iglesia y comenzaron a surgir en la Urbe las grandes basílicas cristianas, nos cuesta trabajo entender que Roma siguiera siendo «oficialmente» pagana todavía casi a fines del glorioso siglo IV.

El edicto de Milán propiamente no cambió la situación legal del paganismo. Seguían abiertos los templos paganos, seguían expuestas en plazas, foros y paseos las estatuas de los dioses, seguían recibiendo los sacerdotes del antiguo culto sus subvenciones estatales. Gran número de las familias de la nobleza romana seguían apegadas a sus antiguas creencias.

El poeta español Prudencio, que hizo una visita a Roma a primeros del siglo V, pudo todavía contemplar a los sacerdotes coronados de laurel cuando se dirigían apresurados al Capitolio, por el amplio espacio de la Via Sacra, conduciendo las víctimas mugientes. Allí vio el templo de Roma, adorada como una divinidad, y el de Venus, quemándose el incienso a los pies de ambas diosas. Como en los versos de Horacio, vio a las vestales taciturnas acompañar al pontífice según subían las gradas de altar.

El mundo en que vivió San Dámaso casi pudiera decirse que, con emperadores ya cristianos, seguía siendo pagano, y era frecuente sentir el balanceo de la hegemonía de una u otra religión. Quizá donde estaba simbolizada esta lucha era en la susodicha estatua de la Victoria, el símbolo más venerable del paganismo oficial. Toda de oro macizo, representaba a una mujer de aspecto marcial y formas opulentas, que desbordaban los pliegues holgados de su túnica, ceñido el talle por un cinturón guerrero. La diosa, ágil y robusta, apoyábase sobre un pie desnudo, extendiendo, como un ave divina, sus ricas alas, en actitud de cobijar a la augusta asamblea.

Delante de la estatua había un altar, donde cada senador, al entrar en la curia, quemaba un grano de incienso y derramaba una libación a los pies de la diosa protectora del Imperio.

Esta estatua, que para los cristianos era objeto de escándalo y para muchos miembros del patriciado como el postrer vestigio de la pujanza política del paganismo, sufrió numerosas vicisitudes. Verdadero símbolo de la vieja religión, compartió con ella su suerte. Durante la lucha de los cultos, que llena todo el siglo IV, la Victoria desciende de su pedestal cuantas veces el cristianismo sale triunfador, y vuelve a encumbrarse en el solio cuando el culto de los dioses reanuda su ofensiva.

El emperador Constante la retira, la vuelve a restablecer. En el viaje a Roma de Constantino la manda de nuevo retirar. Salido Constantino de Roma, la mayoría pagana del Senado la restablece en su sitio. Joviano la deja en paz. Valentiniano la tolera; pero la suprime una orden de Graciano, el primero de los emperadores que se mostró cristiano en la vida pública y en la privada.

El dolor de los senadores paganos fue grande, y enviaron una comisión a Milán, donde residía el emperador, para pedirle la revocación de la orden; pero los cristianos del Senado se adelantaron, pues llegó antes a Milán una carta de San Dámaso, y Graciano se negó a recibir a los comisarios, persistiendo en su resolución.

Todavía la lucha perdura, pues a la muerte trágica de Graciano, ocurrida al año siguiente, ocupa el trono Valentiniano II, de quien creyeron poder obtener en su inexperiencia lo que negara resueltamente el anterior emperador. Entonces entran en juego dos hombres importantes. Símaco, prefecto de la ciudad de Roma, pagano acérrimo de la vieja escuela, que presenta un alegato lleno de nostalgia por los dioses paganos, que dieron el poderío y grandeza a Roma a través de mil doscientos años de su historia, y San Ambrosio, que vindica la causa cristiana.

En fin, son los últimos estertores del paganismo clásico. También Prudencio, en su poema Contra Simmacum, nos ha contado los últimos incidentes de este duelo, que acabó con la victoria definitiva del cristianismo. *Vincendi quaeris dominam? Sua dextera cuique est et Deus omnipotens.*

«¿Quieres saber cuál es la diosa Victoria? El propio brazo de cada uno y la ayuda de Dios todopoderoso». La Victoria pagana ha plegado definitivamente sus alas para abrirlas al lábaro de la cruz.

Nos queda considerar, por último, el aspecto que ha hecho más popular a San Dámaso, y también aquel cuya influencia ha sido mayor para la posteridad, el que le ha merecido el título de «Papa de las catacumbas». Él se preocupó, en medio de la agitación de su pontificado, de propagar el culto de los mártires, restaurando los cementerios suburbanos donde reposaban sus cuerpos, de hacer investigaciones para encontrar sus tumbas, olvidadas, como en el caso de San Proto y San Jacinto, en la Via Salaria; de honrarlos con bellas inscripciones métricas, que después grababa en hermosas letras capitales su calígrafo Furio Dionisio Filócalo, cuyos trazos barrocos todavía podemos admirar hoy en alguna lápida íntegra que nos ha llegado de entre el medio centenar que debió esculpir.

A finales del siglo IV eran muy borrosas las noticias que se tenían en Roma de los mártires de las persecuciones. Cierto que ya Constantino se preocupó de levantar en su honor espléndidas basílicas, como las de San Pedro, San Pablo, San Lorenzo y Santa Inés. Pero no era posible hacer otro tanto con los que yacían enterrados en los lóbregos subterráneos de las catacumbas, pues hubieran hecho falta sumas enormes.

La idea de San Dámaso fue darles veneración en los mismos lugares de su enterramiento, según la tradición romana, que ligó siempre el culto a la tumba del mártir.

Mas para facilitar la visita de los fieles eran necesarios trabajos importantes, pues debían abrirse nuevas entradas, ensanchar las escaleras y hacerlas más cómodas, adornar las salas o cubículos donde reposaban los cuerpos santos.

San Dámaso se entregó con entusiasmo a esta obra. La cripta de los Papas del siglo III, uno de los más sagrados recintos de la cristiandad, la adornó con columnas, arquitrabes y cancelas, y en el fondo colocó una de sus famosas inscripciones, que todavía puede leerse, recompuesta en pedazos: *Hic congesta iacet quaeris si turba piorum Corpora sanctorum retinente veneranda sepulcra.* «Si los buscas, encontrarás aquí la inmensa muchedumbre de los

santos. Sus cuerpos están en los sepulcros venerables, sus almas fueron arrebatadas a los alcázares del cielo.»

Nos podemos imaginar al augusto Pontífice, acompañado de sus más asiduos colaboradores, tal vez el propio San Jerónimo, emprendiendo aquellas investigaciones que le llevaban a encontrar la pista de algún santo olvidado. ¡Qué alegría entonces, como se refleja aún en la inscripción a través de los siglos!: *Quaeritur inventus colitur fovet omnia praestat.* «Tras los trabajos de búsqueda es encontrado, se le da culto, se muestra propicio, lo alcanza todo».

Resulta emocionante saber que San Dámaso emprendió esta obra de exaltación de los mártires en agradecimiento por haber conseguido la reconciliación del clero tras el cisma de Ursino: *Pro reditu cleri, Christo praestante trinmphans martyribus sanctis reddit sua vota sacerdos.*

Podrá objetarse que el santo Pontífice no siempre tuvo buenas fuentes de información, excepto el caso ya citado, en que el propio verdugo dio testimonio. Casi siempre ha de recurrir a la tradición oral: *Fama refert... Fertur... Haec audita refert Damasus...* En algunos casos ha de dejar el juicio al propio Cristo: *probat omnia Christus.*

Esta pobreza de sus informaciones se manifiesta ya en las descripciones genéricas que hace del martirio, o en no saber decir los nombres o el tiempo de su triunfo, usando una frase imprecisa: «En los días en que la espada desgarraba las piadosas entrañas de la Madre»: *tempore quo gladius secuit pia víscera matris.*

Otras veces será la estrechez de la lápida, que no le permite espacio para mayores noticias, como en la inscripción de la cripta de los Papas. Sin embargo, hay que confesar que ya por la dificultad de expresarse en verso, ya por su propensión a lo genérico e indeterminado, su poesía es vaga y obscura, aun cuando no podían faltarle noticias concretas, como en los epitafios de su madre Laurencia o de su hermana Irene. Esta pobreza de expresión se manifiesta, además, en sus imitaciones virgilianas, que ocurren a cada paso, y en lo reducido de su lenguaje, que definió De Rossi «como un perpetuo e invariable ciclo» en que se repiten hemistiquios y aun versos enteros.

A pesar de todo, los pequeños poemas damasianos llegan a conmovernos, porque reflejan el entusiasmo del poeta y el afec-

to vivísimo que alimentaba hacia los atletas de Cristo, de donde sus cálidas invocaciones: «Amado de Dios que seas propicio a Dámaso te pido ¡oh santo Tiburcio!»

O en el de Santa Inés: «¡Oh santa de toda mi veneración, ejemplo de pureza!, que atiendas las plegarias de Dámaso te pido, ínclita mártir».

Se comprende que los peregrinos medievales copiasen con verdadera ilusión estos versos, merced a lo cual han podido salvarse en códices y bibliotecas muchos de ellos, cuyos fragmentos filocalianos hallaron posteriormente De Rossi y otros investigadores de las catacumbas.

Digamos también que San Dámaso, que tuvo el honor de transformar las catacumbas en santuarios, fue, a la vez, el que introdujo el culto de los mártires en Roma. Al fundar un «título» o iglesia parroquial en su propia casa, junto al teatro de Pompeyo, según la costumbre, le dio su propio nombre: «in Damaso», pero le ligó al recuerdo de un mártir español, San Lorenzo. Y aunque la iglesia iba dedicada a Cristo, como todas las de entonces, al poner el nombre del santo diácono como una invitación a honrarle más especialmente, sentó un precedente que evolucionaría con toda rapidez. Las iglesias se dedicarían a los santos, como ya hoy es normal. El nombre del fundador caería en desuso y quedaría el del patrón.

San Dámaso murió casi octogenario el 11 de diciembre de 384. Al final de la inscripción a los mártires en la cripta del cementerio de Calixto, el santo Papa había manifestado su deseo de ser allí enterrado, aunque por humildad o por escrúpulo de arqueólogo no se atreviera a tanto. *Hic fateor Damasus volui mea condere membra sed cineris timui sanctos vexare piorum.*

Entonces se hizo preparar para él y su familia una basílica funeraria en la Via Ardeatina, no lejos del área donde estaban los mártires queridos. Esta capilla se presentaba a los peregrinos medievales como una etapa entre Roma y la visita de las catacumbas. Compuso tres epitafios; para su madre, su hermana y el suyo. Este es particularmente humilde y lleno de fe. Recuerda la resurrección de Lázaro por Cristo y termina con esta hermosa frase: «De entre las cenizas hará resucitar a Dámaso, porque así lo creo».

Sus reliquias fueron llevadas posteriormente a la iglesia de San Lorenzo in Damaso y están conservadas debajo del altar mayor.

Su gran amigo San Jerónimo hizo de él este hermoso elogio en su tratado De la virginidad: *Vir egregius et eruditus in Scripturis, virgo virginis Ecclesiae doctor:* «Varón insigne e impuesto en la ciencia de las Escrituras, doctor virgen de la Iglesia virginal».

La liturgia también le es deudora de sabias reformas. Además de su devoción acendrada a los mártires, la construcción del baptisterio vaticano y la firmeza apostólica en reprimir las herejías, le cabe la gloria de haber introducido en la misa, conforme a la costumbre palestinense, el canto del aleluya los domingos y la reforma del viejo *cursus* salmódico para darle un carácter más popular.

CASIMIRO SÁNCHEZ ALISEDA

Bibliografía

BATIFFOL, P., *Le Siège apostolique* (París 1924).
«Damate», *Dictionnaire d'archéologie chrétienne et de liturgie.* IV/2: *Domestici-Employé* (París) 145-197.
DELEHAYE, H., *Commentarius perpetuus in martyrologium Hieronymianum* (Bruselas 1940) 641 y 643.
DUCHESNE, L. (ed.), *Liber pontificalis,* I (París 1886) 84-85; 212-215.
FERRUA. A., *Epigrammata Damasiana* (Roma 1942).
Hispania sacra 5 (1952) 211-226.
IHM, M., *Damasi epigrama* (Leipzig 1895).
PIGANIOL, A., *L'empire chrétienne* (París 1947).

BEATOS MARTÍN DE SAN NICOLÁS LUMBRERAS PERALTA Y MELCHOR DE SAN AGUSTÍN SÁNCHEZ PÉREZ

Presbíteros y mártires († 1632)

Los beatos agustinos recoletos Martín de San Nicolás y Melchor de San Agustín, misioneros españoles en Japón, fueron martirizados el 11 de diciembre de 1632 y beatificados el 23 de abril de 1989. La vocación misionera de la Orden de Agustinos Recoletos empezó su andadura en Colombia el año 1604, en Filipinas el 1606 y en Japón el 1623. A esta alborada funda-

cional corresponden los siguientes cinco mártires de la primera hornada misionera: Magdalena de Nagasaki; Vicente de San Antonio y Francisco de Jesús, Martín de San Nicolás y Melchor de San Agustín. Pertenecen a la primera cosecha nipona, es decir, a los cuatro misioneros quemados vivos en sólo tres meses. A Francisco de Jesús y Vicente de San Antonio los beatificó el papa Pío IX en 1867. De los nuestros ahora se ha encargado Juan Pablo II.

Gran expectación la de aquella mañana del 11 de diciembre de 1632 en la ciudad de Nagasaki, pese al intenso frío de la ciudad. Quemar vivos a dos frailes no se ve todos los días. La orden del gobernador Unemedono es terminante y novedosa: ejecutar la sentencia no donde acostumbra a martirizar a los cristianos, sino unos metros más arriba, donde se ajusticia a los malhechores. Los verdugos, una vez coronada la cima de aquel moderno calvario, hacen bajar a los «reos» de sus literas a empujones y los amarran por un dedo a las columnas. Éstos bendicen a la multitud y saludan en japonés: «Saraba» *(quedad todos con Dios)*. El uno muere pronto abrasado. El otro resiste dos horas. Llevaban en Nagasaki desde apenas tres meses antes. La traición de unos chinos dio con sus huesos en la cárcel y poco después en la hoguera. La noticia del martirio —entre Filipinas y Japón las comunicaciones entonces eran difíciles—, llegó a Manila el 16 de mayo de 1633, lunes de Pentecostés.

MARTÍN DE SAN NICOLÁS LUMBRERAS PERALTA (1598-1632) había nacido el 8 de noviembre de 1598 en Zaragoza, Aragón, hijo primogénito de Lorenzo Lumbreras y Ana Peralta: dicho Lorenzo de algunas biografías, probablemente natural de Tabuenca, en la partida de bautismo del beato es Lázaro. Dos días después el joven matrimonio llevó el niño a la basílica del Pilar para ofrecérselo a la Virgen y acristianarlo. La partida de bautismo que todavía se conserva en la Seo reza: «Martín de Lumbreras, hijo de Lázaro Lumbreras y Ana Peralta, fue bautizado el 10 de noviembre de 1598. Padrinos Domingo Lumbreras, Margarita Pérez». Seis años más tarde, 1604, los padres acompañan de nuevo al niño al Santuario del Pilar, donde recibe el sacramento de la confirmación. Ya él con cinco años, en septiembre de 1603 nace su hermano Juan Damián y, poco des-

pués, Tomás y Ana, su única hermana. Familia toda temerosa de Dios, de arraigado cristianismo, de consagración al Señor, pues Tomás será también agustino recoleto, y Ana carmelita descalza en Zaragoza.

El risueño porvenir que aguarda a Martín, tanto en la carrera de las armas como en la de la política, se revela pronto efímero, pues un buen día, con la bendición de sus padres, pide a los agustinos recoletos de Borja ingresar en su convento. Corría el año 1617. Meses más tarde, vistiendo ya el santo hábito impuesto por su tío Diego de San Juan Bautista, prior del convento, parte para Zaragoza, en cuya iglesia de los agustinos recoletos del Coso, donde tantas veces rezara de pequeño, hace el noviciado.

MELCHOR DE SAN AGUSTÍN SÁNCHEZ PÉREZ (1599-1632), por su parte, vino al mundo en el barrio pobre del Abaicín (Granada) el año de 1599. El Albaicín presentaba entonces un cuadro desolador: el hospital general de los moros, confiscado en 1568, era un montón de ruinas; en las murallas crecía la maleza. Familia acomodada Pedro Sánchez y Francisca Pérez, sus padres. Desdichadamente Melchor quedó huérfano de padre con apenas ocho años y cuatro más tarde, el 28 de agosto de 1611, fiesta de San Agustín, de madre. Acogen al chavalejo entonces en casa de unos parientes caritativos, quizá su tío Diego Sánchez, hermano del padre, pero la llamada de Dios rondaba ya cerca. Granada era buen semillero de conventos: nada menos que catorce de frailes y trece de monjas, más veintitrés parroquias. Joven ya de quince años, los agustinos recoletos se establecieron un buen día en el hospital general de los moriscos, centro del Albaicín. No tardaron en llegar las primeras solicitudes de jóvenes, el primero Melchor en 1616, aún sin los diecisiete cumplidos. El noviciado le abría las puertas al año siguiente, y algún familiar le seguiría pronto.

Martín y Melchor, pues, abrazan la vida austera de los nuevos frailes agustinos descalzos o recoletos. Van a probar su vida, conocer sus costumbres, vivir su espiritualidad y cultivar su vocación misionera, dado que en 1606 la Recolección funda en Filipinas y en 1623 sus frailes llegan hasta Japón para extenderse luego por México, Colombia, Panamá, Costa Rica y otras

naciones del nuevo mundo. El noviciado por aquellas fechas duraba dos años. Era tiempo dedicado al recogimiento, a la oración, al ejercicio de la virtud. Martín y Melchor lo hacen en conventos distintos: aquél en Zaragoza, éste en Granada, pero llevan el mismo régimen de vida. Melchor emite los votos en el convento de Granada el 26 de marzo de 1618. Martín, en cambio, profesa en el convento de Zaragoza el 11 de mayo de 1619. Uno y otro salen con muchas ganas de predicar el evangelio en las lejanas tierras del Oriente y dispuestos a entregar sus vidas por Cristo. Dios unirá un día sus caminos.

Los agustinos recoletos en Filipinas reciben tristes nuevas de su hermanos del Japón: desde las cárceles de Amura y de Nagasaki salen hacia el Archipiélago cartas informando de los horrores que allí sufren. Han martirizado a más de 300 terciarios y cofrades agustinos recoletos. Apremian, pues, cada vez más las necesidades de la Iglesia perseguida del Japón. Pero el envío de nuevos refuerzos a esas tierras se pone, a causa de la vorágine, cada día más difícil. La carta de Martín de San Nicolás al vicario general suplicando ser enviado allí es de veras conmovedora:

> «Pido humildemente una licencia para ir al Japón a ayudar con mis pocas fuerzas a aquella tan afligida Iglesia, pues es cierto que está en extrema necesidad, y a nuestra sagrada religión le está en extremo bien el tener religiosos en tiempo que tanto se sirve a Nuestro Señor y tantas almas se ganan. Y como ha sido Nuestro Señor servido que dos religiosos nuestros que en aquel reino están se hallan los dos presos, es mucho de llorar que nuestra religión no tenga soldados en aquella guerra y en tiempo tan necesitado».

El viaje de Martín y Melchor al Japón resultó penoso y lleno de sustos. Tardaron diez días más de lo previsto. Al amparo de la noche atracaron en las costas de Kiu-shiu. En pocas jornadas, y a base de escalas nocturnas, llegaron a Nagasaki el sábado 4 de septiembre de 1632. El dominico Domingo de Erquicia no tarda en darles la triste noticia: sus hermanos en religión, Vicente y Francisco, han sido quemados vivos con otros cuatro misioneros. Todavía humean las seis columnas carbonizadas entre una tenue nube que sale del rescoldo de las cenizas. Lo ojos de los jóvenes misioneros no pueden reprimir unas furtivas lágrimas de dolor. El P. Domingo entonces les hace entrega de las pocas pertenencias de sus hermanos. Luego se los lleva consigo

a los montes de Nagasaki y les asigna un refugio seguro. Allí les presenta a los terciarios recoletos supervivientes de las matazas de 1629 y 1630.

Nombrado Unemedono Takenaka gobernador de Nagasaki en 1629 para poner fin de una vez por todas a los cristianos de la ciudad, llega con él, acaso, el más cruel e implacable perseguidor conocido en Japón hasta entonces. Dice el P. Domingo Erquicia que es el «demonio encarnado». Sólo pronunciar su nombre entre los cristianos infunde pavor, pues ha jurado no dejar ni rastro de cristianismo en Nagasaki. Los tormentos que introduce para martirizar son terribles: cientos de haces de leña aguardan apilados en los montes cercanos; son el material para el fuego que ha de acabar con ellos. Y mucho peor aún son las aguas sulfurosas: hirvientes ellas, huelen a azufre y corroen como el ácido y surcan las carnes dejándolas putrefactas. Y por si fuera poco, el tirano tiene a Nagasaki plagado de espías, con tentadoras sumas de dinero para los delatores.

Pasado el verano, llueve y llueve en la ciudad. Por la noche, cuando los misioneros tienen que moverse entre las sombras para ejercer el ministerio, hace frío. Martín y Melchor, como antes sus hermanos Vicente y Francisco, tienen que alimentarse muchos días con «agua de fréjoles». Pasan los días y las semanas y el refugio acaba por hacerse insostenible. ¿Qué ganan resistiendo allí cuando Nagasaki abajo tanto los necesita? El 2 de noviembre de 1632, al fin, jueves, dejan el refugio del monte al amparo de las tinieblas y se introducen en la ciudad. Les acompaña el fiel catequista Miguel Korobosoma. Desdichadamente no tardan en ser vistos por unos guardias que corren para apresarlos. Melchor, que apenas pueda caminar, cae enseguida en sus manos. Logran huir por el momento, en cambio, Martín y el catequista, pero la alarma ya está dada en la ciudad y su hora no está lejos: por la tarde, sí, como presas indefensas, caen en las redes de los esbirros.

Antes de ir a la cárcel sufren un largo interrogatorio plagado de amenazas y tentadoras promesas: diríase que lo de siempre, aunque por esta vez no del todo. Unemedono ha cambiado de táctica de un tiempo a esa parte; no quiere mártires, sino apóstatas; de ahí sus cantos de sirena con los prisioneros que, en al-

gunos casos, le dan resultado, pues hay quienes sucumben y se vienen abajo. No sucede así con nuestros dos agustinos recoletos, que parecen hechos de material diamantino; el propio de los héroes: quieren ser mártires a toda costa y nada les hará renegar de Cristo. Ni siquiera la cárcel, a donde van a parar como bestias pensando sus esbirros que ésta va a ser el instrumento ideal para que recapaciten. De hecho no pueden ponerse de pie, porque el techo es muy bajo. Y así, en tan nauseabundo y cochambroso recinto, permanecen durante cuarenta días. Hasta que el 10 de diciembre de 1632 les llega la noticia por la que tanto han suspirado: si no reniegan de la fe, al día siguiente, lunes, serán quemados vivos.

Burlado ante su valiente negativa, Unemedono ordena lleno de rabia que se prepare todo lo necesario para el sacrificio: leña verde, paja mojada y dos gruesos maderos bien hundidos en tierra para atar en ellos a los condenados. Y como pretende que el escarmiento sea ejemplar, ordena calcinarlos no precisamente donde hasta entonces han sufrido el martirio los cristianos, sino más arriba, en el sitio reservado a los malhechores. Sus cenizas, recogidas en unas sacas, irán a parar al mar cerca de la isla de Takaboko. Es el 11 de diciembre de 1632. El catequista Miguel y los otros cuatro terciarios agustinos recoletos acabarán unos días después, el primero quemado vivo a fuego lento, y los otros cuatro degollados.

Días de sangre y fuego y lágrimas aquellos, que purifican y acendran el espíritu y dan esplendor a la Familia Agustiniana. La noticia llega en abril de 1633 a Macao. Más de 20.000 espectadores habían asistido al último suplicio. Por testigos para declarar que no quede. El tribunal eclesiástico de Macao, a instancias del padre Juan de Mesquita, prior del convento de San Agustín de aquella ciudad, toma declaración jurada el día 27 de abril de 1633 a 22 marineros portugueses, testigos oculares de ambos martirios, quienes, en declaración conjunta firmada ante el tribunal, refieren las circunstancias y pormenores de los hechos.

El padre Mesquita envía inmediatamente toda la documentación, incluida la declaración jurada de los 22 marinero portugueses al provincial de los recoletos de Filipinas y le anima a in-

coar enseguida un proceso. En 1635 se abre en Manila nuevo proceso para interrogar a otros cinco portugueses, que el año 1632 habían estado en Nagasaki. Al martirio de Martín y Melchor habían asistido 300 portugueses, casi todos residentes en Nagasaki. Su expulsión de Nagasaki en 1636 y su refugio en Macao fue providencial, pues se aprovechó para recoger su declaración sobre el martirio de nuestros héroes. Emocionantes, por cierto, las actas martiriales con los susodichos testimonios. De tales indagaciones salió el 6 de noviembre de 1752 un decreto de la Sagrada Congregación de Ritos. En otro orden de cosas, el proceso en la curia de Manila se abrió en 1921-1922. Fue Pío XI quien, de su puño y letra, firmó la formación de la comisión encargada de introducir la causa el 14 de marzo de 1928. El decreto de la Sagrada Congregación de Ritos, según las normas entonces vigentes, promulgó el decreto del proceso apostólico el 1 de febrero de 1933. La causa avanzó mucho a partir de 1970. Por fin el 4 de octubre de 1988, en la congregación de cardenales y obispos tenida en el palacio apostólico del Vaticano, ejerciendo de ponente el cardenal Luis Ciappi, se dio luz verde para que Juan Pablo II pudiese ordenar el correspondiente decreto *super martyrio.*

Juan Pablo II los beatificó el 23 de abril de 1989, V domingo de Pascua, junto a María Margarita Caiani, María Catalina de San Agustín y María de Jesús Buen Pastor. Su beatificación es un estímulo a vivir el carisma de la consagración religiosa hasta las últimas consecuencias del martirio. Martín y Melchor vivieron en toda su profundidad el espíritu de la Recolección traducido en total desprendimiento de sí, en la oración asidua y compartida, en la contemplación gozosa de las maravillas del amor a Dios. Para una sociedad hedonista como la nuestra, incapaz de grandes ideales, el ejemplo de nuestros beatos, que aprenden en la contemplación a despreciar las cosas de este mundo, e impulsados por un gran espíritu, acometen la aventura de marchar a tierras lejanas y hostiles para dar allí su vida en aras del amor de Dios y de los hermanos, no pueden sino suscitar profunda admiración y ansias de santidad.

«Frutos maduros del espíritu misionero y evangelizador que ha caracterizado a la Iglesia en España —dijo Juan Pablo II en la homilía de beatificación—, estos dos mártires, gloria de la Iglesia y de

la Familia Agustiniana, han de ser exigencia y estímulo para despertar en las familias españolas aquella vitalidad cristiana que hizo posible llevar el mensaje de salvación hasta los más apartados confines del mundo. ¡Que no se pierdan tantos valores! ¡Que no caigan en el olvido tantos testimonio de fe que honran y engrandecen la historia española! Que esta solemne ceremonia [...] sea ocasión propicia para reavivar el dinamismo de una fe operante que sea transmisora de las virtudes genuinas en el seno de las familias y que suscite las vocaciones al apostolado y a la evangelización que tan fecunda hicieron la historia de las gentes de España».

PEDRO LANGA, OSA

Bibliografía

BONILLA, V., «Martín de San Nicolás y compañeros», en C. LEONARDI - A. RICCARDI - G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los santos,* II (Madrid 2000) 1657-1658.

CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, «*Decretum* Beatificationis seu declarationis martyrii Servorum Dei Martini a S. Nicolao et Melchioris a S. Augustino, Sacerdotum Ordinis Augustinianorum Recollectorum, in odium fidei interfectorum († 1632). *Super dubio* [28.11.1988: A. CARD. FELICI, *Praefectus*]»: *AAS* 81 (1989) 571-575.

JUAN PABLO II, «Homilia. In foro Sancti Petri habita ob decretos Servis Dei Martino a Sancto Nicolao, Melchiori a Sancto Augustino, Mariae Margaritae Caiani, Mariae Catharinae a Sancto Augustino Beatorum caelitum honores (23-IV-1989)»: *AAS* 81 (1989) 1095-1100.

Martyrologium romanum, o.c., 631, n.9; 735. 738.

ROMUALDO, R., OAR (ed.), *Fuentes sobre los misioneros agustinos recoletos martirizados en el Japón,* Edición, introducciones y notas de Romualdo Rodrigo, O. A. R. (Roma 1985).

— *Mártires en el Japón. Martín de S. Nicolás y Melchor de S. Agustín.* Agustinos Recoletos (Madrid 1988).

— *Vida y martirio de Martín de San Nicolás y Melchor de San Agustín, agustinos recoletos martirizados en Japón. Estudio presentado a la Congregación para les Causas de los Santos para obtener la beatificación* (Roma 1987).

SANTA MARÍA DE LAS MARAVILLAS DE JESÚS

Religiosa († 1974)

La que será conocida como la madre Maravillas, Santa Maravillas, tenía como nombre de pila el de María de las Maravillas Pidal y Chico de Guzmán, nació en Madrid el 4 de noviembre de 1891. Sus padres don Luis y doña Cristina, marqueses de Pidal, «pertenecían a la aristocracia española y, a su condición social elevada, unían crecidas posibilidades económicas». Cuando nació Maravillas, su padre era embajador de España ante la San-

ta Sede. Bautizada en la parroquia de San Sebastián de Madrid el 12 de noviembre, además del nombre de María de las Maravillas, se le impusieron los de Carolina, Cristina, Luisa, Ildefonsa, Patricia, Josefa.

La abuela materna Patricia Muñoz llevaba especialmente el cuidado y la educación de la niña. Confirmada en 1896, hizo la primera comunión en 1902. Maravillas no frecuentó ningún colegio público, recibiendo lecciones en su propia casa de maestras contratadas. Tuvo además dos institutrices, francesa una, inglesa, otra. Maravillas llegó a dominar el francés y a defenderse bastante bien en inglés. Tuvo un profesor particular de música, llegando a tocar el piano con soltura.

Leía muchísimo y llegó a tener una cultura general muy amplia.

A raíz de su primera comunión ya comenzó a tener un director espiritual en la persona del padre Francisco López, jesuita, que la aconsejará hasta entrar en el Carmelo y más tarde la ayudará con sus consejos en momentos puntuales. Maravillas comenzó muy pronto a ocuparse de los pobres y menesterosos en uno de los barrios más necesitados de Madrid: el barrio de Las Injurias. Impactada por lo que allí veía, no volvió a usar el coche familiar, y se entregó en cuerpo y alma al servicio de aquellas gentes. En el mismo barrio ejerció de catequista, repartiendo así «pan y doctrina» a quienes necesitaban ambas cosas. Habiendo manifestado a su padre espiritual su deseo de hacerse monja, éste le dijo que se lo comunicase a su padre. Así lo hizo, pero don Luis le dio una respuesta negativa y desalentadora para ella. Tendría que esperar. En 1913 enfermó gravemente su padre y Maravillas le asistió como hija y enfermera solícita, muriendo en sus brazos el 19 de diciembre de 1913. En enero del año siguiente murió también su abuela materna. Fallecido su padre, Maravillas, a sus 22 años, manifestó una vez más al P. López su deseo de irse al convento, al Carmelo. El P. López no se lo autorizó, diciéndole que entonces la señora marquesa estaba más necesitada que nunca de su compañía. La madre se oponía también a la marcha de la hija, hasta que un día paseando por el Retiro madrileño con ella, le preguntó: «Mavi, ¿sigues pensando en ser religiosa?» Maravillas contesta afirmativamente, y doña Cristina: «Pues tienes mi permiso. Y hazlo pronto, porque no

cuentes que otro día tenga el valor suficiente, como hoy, para darte mi autorización». Era el 1 de diciembre de 1918. El monasterio de carmelitas descalzas escogido era el de El Escorial. En el tiempo previo a su entrada, por indicación de las monjas que la iban a recibir, aprendió a tejer, contentísima de emplearse en un oficio practicado por San Juan de la Cruz. Entró en el convento el 12 de octubre de 1919. Tomó el hábito en 1920 e hizo su primera profesión en 1921.

De buena gana se habría cambiado el nombre pero la priora la disuadió y de aquí en adelante se llamará *Maravillas de Jesús.* Terminado el noviciado, emitió la profesión simple o temporal por tres años el 7 de mayo de 1921. Dos años después, movida por el Corazón de Jesús, manifiesta que habría que fundar un Carmelo en el Cerro de los Ángeles (Getafe, Madrid). Aprobada la idea por el obispo de Madrid-Alcalá, don Leopoldo Eijo y Garay, y obtenido el permiso de la Santa Sede, Maravillas sale de El Escorial el 19 de mayo de 1924 con otras tres monjas, para llevar a cabo la fundación. La profesión solemne o definitiva le tocaba hacerla en mayo de 1924, pero el obispo la autorizó para que prorrogase la profesión simple hasta que se encontrase en la nueva fundación del Cerro de los Ángeles. Según lo acordado, hace la profesión solemne en la casita que ocupan en Getafe. El 12 de abril de 1925 se pone la primera piedra del Carmelo del Cerro. El obispo don Leopoldo, en octubre de 1925 la nombra maestra de novicias cuando no lleva ni año y medio de profesa solemne. Aún más: la priora María Josefa renuncia a su cargo; el obispo se lo acepta y nombra priora y maestra de novicias a la madre Maravillas. Ésta se resiste a aceptar el oficio, y don Leopoldo, sin más, le impone «precepto de obediencia». Desde ese «25 de junio de 1926, hasta su muerte, el 11 de diciembre de 1974, nunca dejó ya de ser priora». Quienes anduvieron cerca de ella: monjas, obispos, confesores, directores espirituales sabían que «nunca quiso ser priora, ni se consideró capacitada para ello. Aceptó siempre porque ésa era la voluntad de Dios». Así se dilucida el caso en la *positio.*

El 31 de octubre de 1926, ya concluidas las obras, se trasladan las once monjas, residentes en Getafe, al convento del Cerro de los Ángeles.

Aquí le sorprende la proclamación de la Segunda República el 14 de abril de 1931. Ante la quema de conventos del 11 de mayo en Madrid, entre ellos el de los carmelitas descalzos de la Plaza de España, el obispo aconseja a las monjas del Cerro que salgan del convento. La madre Maravillas se queda allí mismo en la casa de los capellanes con otras tres hermanas. Al día siguiente ya están todas en el convento. Comienza la M. Maravillas a preocuparse por el monumento al Sagrado Corazón elevado en el Cerro de los Ángeles —el 30 de mayo de 1919— y pide permiso, al nuncio y al P. general de la orden para, en caso de ser profanado, poder salir la comunidad a defenderlo. La respuesta del P. general en octubre de 1931 es afirmativa. En enero de 1932 muere en Madrid su madre, la marquesa doña Cristina Chico de Guzmán

El 15 de septiembre de 1932 se presenta en el convento del Cerro, monseñor Buenaventura Arana, carmelita descalzo, obispo de la diócesis de Vijayapuram (Kerala), en la India. Viene a pedir a la Madre monjas para hacer una fundación de carmelitas descalzas en su diócesis, aconsejado también y animado por Pío XI, al que le ha hablado en su reciente entrevista con el Papa. En el curso de la conversación una de las hermanas bien conocida por su gran amor a las misiones se ofrece para ir allá y lo mismo hacen otras hermanas. La madre Maravillas, que observa siempre atentamente la obra de Dios en las almas, deja pasar un tiempo y al ver que todas persisten en su decisión misionera, escribe al monseñor diciéndole:

> «Estas sus hijas del Cerro de los Ángeles se le ofrecen de todo corazón para ir en cuanto V.E.I. lo desee, a comenzar nuestra hermosa vida de observancia en aquella su amada diócesis de la India, orando y sacrificándose por aquellas almas y ayudando así, a pesar de su indignidad, a la labor de sus amados padres».

De vuelta a la India, el obispo consulta la cosa con sus consejeros, y todos, entusiasmados, están de acuerdo. El «sí» definitivo del monseñor llega al Cerro en febrero de 1933. La madre escoge ocho de sus monjas y siente no poder ser una de ellas. Así se lo escribe al obispo:

> «Yo me tengo que contentar con ofrecer al Señor mis pobres deseos de ir por esa misión. Me dice Nuestro Padre que "no" y en esto comprendo que no merezco esta gracia tan grande».

Todo dispuesto, después de haber recibido unas clases de inglés y de otros preparativos, salieron para la India el 11 de septiembre de 1933. El 14 de octubre ya iniciaban la vida carmelitana en una casita alquilada. En junio de 1934 ya se trasladaron al nuevo convento. La madre Maravillas, sin moverse de su convento del Cerro, fue considerada siempre como fundadora de este Carmelo en la India. En 1936 el convento del Cerro compraba el antiguo desierto o casa eremítica de Las Batuecas, en la provincia de Salamanca. Fue una compra providencial.

Estalla la guerra civil el 18 de julio de 1936; el 22 de ese mismo mes las mandan salir de su convento del Cerro. Al abrirse las puertas del convento, aparecen las monjas con las capas al brazo y los velos sobre el rostro, la madre ordena que levanten los velos del rostro. Una de ellas dejó escrito:

> «Los milicianos se quedaron sobrecogidos porque éramos todas muy jóvenes. La mayor era la Sierva de Dios, que tenía unos cuarenta años».

La madre Maravillas con gran presencia de ánimo se dirige al jefe de los guardias y le pide que les permita despedirse del monumento al Sagrado Corazón; accede el cabecilla, la madre entona el *Te Deum* que van cantando al dirigirse al monumento. Terminada la despedida arrancan: un camión lleno de guardias armados; detrás el de las monjas con milicianos y guardias con sus fusiles; detrás otro camión como el primero. Al llegar al cruce de la carretera general, se atraviesa un camión lleno de milicianos que vienen de Madrid y detienen la comitiva. Comienzan a discutir acaloradamente entre ellos. Los milicianos de Madrid quieren ya dar «el paseo», es decir, fusilar a las detenidas. Los de Getafe quieren impedirlo; al fin se imponen los de Getafe y sigue la marcha hasta el colegio de las ursulinas de Getafe, cuyo recinto, por tratarse de religiosas extranjeras, gozaba de inmunidad. Desde un desván de su escondite la madre miraba con unos prismáticos hacia el monumento al Sagrado Corazón. Y podía darse cuenta de la obra de destrucción que se andaba preparando. Finalmente, en la noche del 7 de agosto de 1936 los dinamiteros volaron el monumento. La imagen del Sagrado Corazón cayó entre horribles blasfemias. El 8 de agosto decidieron dejar Getafe e irse a Madrid. La madre mandó que se vistieran

todas de seglares. Fueron llevadas en un camión a la Dirección General de Seguridad; y después de algunas peripecias las dejan que se marchen. Pero ¿adónde van a ir? Entonces la hermana Pilar de la Santísima Trinidad, con una nueva intervención de la providencia que las ha ido socorriendo, recuerda a la Madre que una hermana suya le había hecho saber que su piso de Claudio Coello, 33, estaba a su disposición, por si les hacía falta para algo. Así el 14 de agosto la madre con su comunidad encuentran refugio en aquel piso. El piso era muy pequeñito, por eso la madre repartió a sus monjas; unas cuantas se quedaron allí y otras fueron con doña Hortensia Vadillo, madre de la última postulante, al número 22 de la misma calle. Pero poco después todas tuvieron que volver a Claudio Coello, 33. Su odisea y la de toda la comunidad es impresionante y se puede leer en *Diario durante nuestra estancia en la España roja,* escrito por una de las monjas. Al refugio de Claudio Coello llega, en noviembre de 1936, providencialmente, el P. Florencio del Niño Jesús, carmelita descalzo, que ha salido dc la cárcel, que hará de capellán de la comunidad y de director espiritual de la madre y que las acompañará en sus desplazamientos sucesivos. El 13 de septiembre de 1937 salen de Madrid con el capellán, en unos camiones de carabineros. El viaje era muy lento, durando cerca de once horas para recorrer los 300 kilómetros de distancia entre Madrid y Valencia. Llegaron a la capital del Turia a las 7 de la tarde. Ya en la estación del tren no encontraban sitio en los vagones.

> «De repente —dice la cronista— la Sierva de Dios nos señaló un vagón que providencialmente estaba libre y que iba a Barcelona. Y así, a pesar de la cantidad de gente que había, pudimos encontrar asiento todas juntas, pasando solas toda la noche sin que nadie nos molestara».

Por la tarde salen para Francia y el día 16 de septiembre se detienen en Lourdes para dar gracias a la Virgen, partiendo después hacia Salamanca. El 27, ya en la capital charra, vuelven a "tomar" el hábito y el 28 se establecen en el antiguo desierto de Las Batuecas.

Desde Batuecas realizó la madre un viaje de inspección, acompañada de otras dos hermanas, hasta el Cerro, para ver so-

bre el terreno en qué estado se hallaba el convento. Vistas las ruinas y tanta destrucción, se volvieron a Batuecas. Allí pasa cosa de un año feliz en aquella soledad, haciendo los ejercicios espirituales del 14 al 23 de septiembre de 1938, sola, en una de las ermitas del desierto. El 27 de febrero de 1939 recibe carta del obispo de Madrid que le dice que vuelva al Cerro. El 4 de marzo parte para Madrid, dejando en Batuecas la nueva comunidad erigida el día uno de ese mismo mes. El 4 de abril se instalan las monjas (la mitad ha quedado en Batuecas en aquella fundación) otra vez en el convento del Cerro de los Ángeles, que ha comenzado a reconstruirse.

Ya hace años pude escribir lo que ahora me gusta repetir: «La madre Maravillas ha llamado la atención muy particularmente por su actividad de fundadora de conventos. No hay duda que tenía ese carisma».

Ya hemos hablado de la fundación del Cerro de los Ángeles (1924); Kottayam, India (1933); Las Batuecas (1939). «La madre Maravillas seguía atisbando los signos de los tiempos [...] y de los espacios que llamaríamos "carmelitanos". Pensó en recuperar para la Orden, como había hecho con el desierto de Las Batuecas, Duruelo, cuna del Carmen descalzo, entre los frailes. Los propietarios le pidieron una enormidad y hubo de dejarlo a un lado. Entre tanto fundó en abril de 1944 otro monasterio en Mancera de Abajo (Salamanca)». A los cuatro años pudo, finalmente, fundar también en Duruelo, que se inauguró el 20 de julio de 1947. Recuperados estos dos lugares más emblemáticos: Mancera y Duruelo, seguirá otra cascada de fundaciones: Cabrera (Salamanca, 1951); habiéndose trasladado a esta casa la comunidad de Las Batuecas, dejando el desierto a los padres carmelitas descalzos, que allí siguen viviendo la vida eremítica. Arenas de San Pedro (Ávila, 1954); San Calixto (Córdoba, 1956); Aravaca (Madrid, 1958); La Aldehuela (Madrid, 1961); Montemar-Torremolinos (Málaga, 1964).

Aparte estas fundaciones de monjas, «en 1960 entregaba la madre Maravillas a los carmelitas descalzos el convento e iglesia en Talavera de la Reina (Toledo). El convento de El Escorial, donde la madre entró, y donde hizo su primera profesión atravesaba una fuerte crisis y en lo material estaba medio arruinado.

Obedeciendo al obispo de Madrid fue allá la madre (en 1964) y emprendió la doble reconstrucción del monasterio, destinando a él buen número de monjas. Algo parecido le pasó con La Encarnación de Ávila, necesitado de personal y muy deteriorado en lo material. No pudo negarse a los ruegos insistentes del obispo de Ávila, don Santos Moro Briz, llevó un buen grupo de monjas a la comunidad y reconstruyó el convento: 1966.

Esta serie de fundaciones y cuasi-fundaciones o restauraciones, es un testimonio impresionante de ese tipo de carisma con que el Señor la dotó. Cada fundación era irrepetible, cada una tuvo sus dificultades y peripecias; la confianza en el Señor las iba solucionando, sin desdeñar ni mucho menos los medios humanos, bien administrados, como ya hizo su madre Santa Teresa. Además de las fundaciones realizadas le llegaron propuestas de otras en España y en el extranjero, que no pudieron ser atendidas. Quiero añadir lo que escribí en 1998:

> «La madre Maravillas vive muy pobremente, aunque tiene al alcance de la mano verdaderas fortunas y con ellas ha ido haciendo sus fundaciones, ayudada también por grandes bienhechores. Además de la fundación de todos estos conventos da origen a otras obras de tipo social, cual es la escuelita fundada por ella en la zona suburbial del Ventorro (Madrid) en 1967, la entrega de 16 viviendas prefabricadas a otras tantas familias del Ventorro. En 1971 hace la fundación benéfica "Monte Carmelo" a favor de las monjas de clausura. Sigue incansable, a pesar de los muchos achaques, y contribuye a la construcción de una barriada de 200 viviendas para familias necesitadas. En febrero de 1974 regala un terreno al Instituto "Claune" para edificar una clínica para monjas de clausura enfermas y necesitadas de asistencia médica».

Pío XII promulgaba el 21 de noviembre de 1950 la constitución apostólica *Sponsa Christi* para la promoción de los Institutos de monjas. La constitución venía acompañada de la instrucción *Inter praeclara* para la aplicación práctica de la constitución. Después de titubeos, recelos, dificultades y malentendidos múltiples, la madre Maravillas terminó obteniendo de Roma la aprobación definitiva de los Estatutos (14 de diciembre de 1972) de la Asociación de Santa Teresa para los monasterios unidos. La Asociación quedó erigida el 12 de marzo de 1973, y en ese mismo día fue elegida presidenta de la misma la madre Maravillas por 110 votos de 112 votantes.

No hay que extrañarse que la madre Maravillas sea una santa discutida; esto mismo ha sucedido con otros santos y santas. La fama de santidad la acompañaba ya en vida por todas partes y su nombre era glorioso. Además del legado de su vida ejemplar, de la fundación de conventos y de otras obras de carácter social, ha dejado Maravillas un buen legado escrito: «6.908 cartas, y varios miles de billetes, que hacen un total de 12.983 folios, recogidos en 34 gruesos volúmenes»; todo este material puede ser considerado como una auténtica biografía que abarca su entera vida religiosa desde 1919 hasta 1974. Alma contemplativa, cuya experiencia mística ha sido ya estudiada, y con una acción fundadora pocas veces vista, de una vida interior profunda, muy probada por largas y densas noches oscuras, muere a los 83 años. En la *positio* se precisa: «11 de diciembre de 1974, miércoles: a las 4,20 de la tarde rodeada de la comunidad, muere en olor de santidad en el Carmelo de La Aldehuela».

Su causa de beatificación y canonización y el proceso cognicional tuvo lugar entre los años 1981-1983. Seguidos todos los trámites canónicos, el 17 de diciembre de 1996 Juan Pablo II declaró solemnemente:

> «Que consta de las virtudes teologales: fe, esperanza, y caridad, tanto con relación a Dios como con relación al prójimo, así como de las cardinales: prudencia, justicia, templanza y fortaleza y de las anejas a ellas, en grado heroico, de la Sierva de Dios María de las Maravillas de Jesús (en el siglo Maravillas Pidal y Chico de Guzmán), monja profesa de la Orden de Carmelitas Descalzas, en el caso y en cuanto al efecto de que se trata».

La beatificación tuvo lugar en la Plaza de San Pedro el 10 de mayo de 1998. En la homilía de la beatificación el Papa hizo un buen perfil espiritual de la nueva beata: ejemplo luminoso de santidad, buscó a Dios durante toda su vida y se consagró enteramente a él en la vida recoleta del Carmelo. Recordó también sus numerosas fundaciones; vivió animada por una fe heroica, plasmada en la respuesta a una vocación austera, poniendo a Dios como centro de su existencia. Tras haber sufrido no pocas pruebas, murió repitiendo: «¡Qué felicidad morir carmelita!». Al día siguiente, en el discurso a los peregrinos que asistieron a las beatificaciones de los doce siervos de Dios, refiriéndose a la madre Maravillas, volvió a insistir en que Dios había sido para

ella el centro de su vida por encima de cualquier otra preocupación, y añadió:

> «Su vida es modelo de consagración religiosa y ejemplo a seguir por todos los cristianos, llamados a reconocer la primacía de Dios, en el que todas las cosas encuentran su verdadero fundamento y significado. Frente a la tentación de una vida fácil y superficial, la madre Maravillas supo mostrar el profundo atractivo de lo esencial, dando testimonio, una vez más, de que la vida contemplativa, permaneciendo fiel al propio carisma, "tiene también una extraordinaria eficacia apostólica y misionera" *(Vita consecrata,* n.59)»

La devoción del pueblo de Dios hacia la nueva beata se aumentó a raíz de la beatificación y la canonización llegó en 2003. Fue canonizada junto con Pedro Poveda Castroverde, José María Rubio y Peralta, Genoveva Torres Morales y Ángela de la Cruz en Madrid en la Plaza de Colón el 4 de mayo. El papa Juan Pablo II en la homilía fue presentando a los cinco santos como verdaderos discípulos del Señor y testigos de su Resurrección. Hablando después de Santa Maravillas de Jesús volvió a repetir lo ya dicho en la beatificación acerca de cómo ella vivió animada por una fe heroica, «poniendo a Dios como centro de su existencia»; se refirió asimismo a las nuevas fundaciones de conventos que realizó, para terminar:

> «Su vida contemplativa y la clausura del monasterio no le impidieron atender a las necesidades de las personas que trataba y a promover obras sociales y caritativas a su alrededor».

Sus restos mortales descansan en el convento-iglesia de las Carmelitas Descalzas de La Aldehuela, donde murió.

JOSÉ VICENTE RODÍGUEZ, OCD

Bibliografía

CARMELITAS DESCALZAS DE LA ALDEHUELA, *Así pensaba y vivía... la madre Maravillas de Jesús, carmelita descalza* (Madrid 1975).
— *Madre Maravillas de Jesús, carmelita descalza* (Madrid 1975).
CARMELITAS DESCALZAS DEL CERRO Y DE LA ALDEHUELA, Si *tú le dejas... Vida de la madre Maravillas de Jesús, carmelita descalza* (Madrid 1976)
DOLORES DE JESÚS, OCD, *La madre Maravillas de Jesús, carmelita descalza* (La Aldehuela 1975). Es la llamada «Carta de edificación» que se envía a los conventos de la orden tras la muerte de una religiosa
GONZÁLEZ CHAVES, A. J., *Madre Maravillas de Jesús. Destellos de su vida* (Madrid 2002).
JIMÉMEZ DUQUE, B., «Madre Maravillas»: *Manresa* 47 (1975) 99-120.
— *Madre Maravillas: alma y misión* (Madrid 1977).

— *Vida de la madre Maravillas* (Madrid 1998).
— *Vida mística de la madre Maravillas de Jesús, carmelita descalza. Su alma* (Madrid 2002).
MACCA, V. G., «Pidal y Chico de Guzmán», *Bibliotheca sanctorum. Prima appendice* (Roma 1987) cols.1046-1048.
MARAVILLAS DE JESÚS, *Era así* (1.041 pensamientos) (La Aldehuela 1993).
— *Pensamientos* (La Aldehuela 1994).
— *Ráfagas de luz y amor* (Pensamientos) (Roma 1981).
Las páginas más bellas de madre Maravillas de Jesús (Burgos 2003).
Positio super virtutibus, 3 vols. (Roma 1993).
RODRÍGUEZ, J. V., *Dos estrellas en el firmamento carmelitano María Sagrario, Maravillas de Jesús* (Arenzano 1998): de la M. Maravillas, p.15-28.
RUANO DE LA IGLESIA, L., *En tu amor florecidas. La alegría de ser monja hoy: madre Maravillas de Jesús, carmelita descalza* (1891-1974) (La Aldehuela 1998).
SILVERIO DE SANTA TERESA, *Historia del Carmen descalzo en España, Portugal y América,* t.XIII (Burgos 1946) 851-856; t.XV (Burgos 1952) 22-233, 781-787, 791-792, 797-801, 806-809.
SIMEÓN DE LA SAGRADA FAMILIA, «Bibliografía general sobre Santa Maravillas de Jesús»: *Monte Carmelo* 111 (2003) 719-810. En este mismo número de la revista se publican otros 13 artículos muy buenos de varios autores sobre madre Maravillas, su vida, santidad, acción, etc.
VALENTÍN DE SAN JOSÉ, «Madre Maravillas de Jesús, OCD»: *La Vida sobrenatural* (1976) septiembre-octubre, 372-381.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN DANIEL ESTILITA

Presbítero († 493)

Es el más famoso y mejor conocido de los estilitas después de San Simeón. Había nacido en 409 en Maratha, Siria, y había sido dedicado por sus padres a Dios. A los 12 años logra entrar en un monasterio y acompañó a su hegúmeno en un viaje por Siria donde visitó a San Simeón que lo bendijo. Al morir su hegúmeno, quisieron ponerlo en lugar del difunto pero él rehusó y se fue de nuevo a visitar a San Simeón, permaneciendo catorce días en el monasterio vecino. Hubiera querido ir a Tierra Santa pero la guerra se lo impidió y entonces se fue a Constantinopla, donde se construyó una ermita y pasó en ella nueve años bajo el patrocinio del patriarca San Anatolio. Muerto San Simeón en 459, Daniel resolvió seguir sus huellas. El emperador León I le pidió rezase por que su esposa le diese descendencia y así lo hizo Daniel, naciéndole un hijo al emperador. Entonces éste construyó para Daniel una doble columna a la que el santo se trasladó. Posteriormente se lograría que aceptase también la

construcción de un refugio en las columnas para protegerse del temporal. Una sola vez bajó de la columna: para reprochar al usurpador Basilisco haber apoyado a los monofisitas. Cuando Zenón abatió a Basilisco, de las primeras cosas que hizo fue visitar a Daniel. Daniel perseveró treinta y tres años en su abnegado género de vida, dedicado por completo a la oración y la exhortación al pueblo fiel. El patriarca Genadio lo ordenó sacerdote. Ejerció una gran actividad religiosa y política. Murió el 11 de diciembre de 493.

BEATO DAVID DE HIMMERODE

Monje († 1179)

Nace en Florencia hacia el 1100. Su familia lo envía a París para seguir allí los estudios, y estando allí oye hablar de San Bernardo y su movimiento de reforma monástica y luego escucha al propio santo en sus prédicas a los estudiantes y se decidió a acudir a Claraval y pedir el santo hábito. En 1134 San Bernardo lo envía con un grupo de monjes para la fundación de un monasterio cisterciense en Himmerode. Aquí se acredita por su virtud y pronto adquiere fama de taumaturgo. Se le atribuyó el «milagro» de que cuando todos los monjes cistercienses fueron expulsados de Alemania por Federico Barbarroja por reconocer como papa a Alejandro III, ya que el emperador favorecía al antipapa Victor IV, la abadía de Himmerode, por la que tanto rogaba David, fue respetada. Murió el 11 de diciembre de 1179.

BEATO FRANCO LIPPI

Religioso († 1291)

Franco Lippi nace el año 1211 en Grotti, junto a Siena, y su juventud en nada indicaba al futuro santo, pues era violento, indisciplinado y lleno de defectos, no mejorando sino empeorando con la muerte de su padre. Había sido enviado a estudiar a Siena pero él se dedicó a la vida militar y se entregó a todo tipo de desenfrenos como miembro de una soldadesca que sólo cobraba por fechorías y rapiñas. Y llega a apostar en el juego sus

ojos porque ya otra cosa no tenía. Permite Dios que quede ciego y entonces cae en la cuenta de su mala vida y graves pecados. Hace confesión general y como penitencia va en peregrinación a Santiago de Compostela, donde Dios le devuelve la vista, y de allí fue en peregrinación a Roma y a otros santuarios y luego regresa a Siena, viviendo como ermitaño con mucha austeridad y penitencia. Estaba rezando en una iglesia carmelitana cuando creyó tener una visión de la Virgen María que le exhortaba a entrar en la Orden carmelitana. Pidió a los frailes carmelitas lo admitiesen como hermano. Su edad avanzada y su mala reputación anterior hicieron a los religiosos dudar mucho de admitirlo y le dijeron que si perseveraba en su austero género de vida lo admitirían. Él perseveró en la penitencia y fue finalmente admitido como hermano en la Orden del Carmelo y en ella edificó a los religiosos y al pueblo por su humildad, penitencia y espíritu de oración. Murió santamente en el convento de Siena el 11 de diciembre de 1291. En 1670 el papa Clemente X accedió a que la Orden celebrara su memoria litúrgica.

BEATO HUGOLINO MEGALOTTI

Ermitaño († 1373)

Nace en Camerino a comienzos del siglo XIV. En su juventud queda huérfano y entonces se decide por una vida piadosa, austera y penitente y para ello ingresa en la Orden Tercera de San Francisco. Vende todos sus bienes, distribuye el producto íntegro entre los pobres y se retira a un lugar solitario para hacer vida eremítica. Pasa muchos años en soledad, dedicado por completo a la contemplación de las cosas divinas, hasta que la gente va descubriendo en el humilde solitario un modelo válido de vida cristiana y empieza a acudir a él para pedirle oraciones y consejos. Llevado de la caridad acogía a todos, aconsejaba a todos el bien y la virtud, sin que por el trato de los que acudían a él perdiera su vida interior y su altísima oración. Lleno de méritos murió el 11 de diciembre de 1373. Su cuerpo fue enterrado en la iglesia parroquial de Fiegni, donde comenzó su culto y floreció la fama de milagros. Su culto fue confirmado por el papa Pío IX el 4 de diciembre de 1855.

BEATO ARTURO BELL

Presbítero y mártir († 1643)

Nace en Temple Broughton en el Worcestershire el 13 de enero de 1590 en el seno de una familia católica. Tenía 24 años cuando se decidió a ir al colegio de St. Omer y al año siguiente pasó al de Valladolid y allí se ordenó de sacerdote el 14 de abril de 1618. Pero sentía la vocación religiosa y al mes siguiente de ordenarse sacerdote ingresó en la Orden franciscana, en la Provincia Española de la Inmaculada Concepción, tomando el hábito en el convento del Abrojo el 9 de agosto del mismo año. Restablecida la provincia inglesa de su Orden, fue nombrado definidor de la misma y guardián del convento de San Buenaventura de Douai.

En 1632, y como resultado de un esfuerzo por restablecer la provincia franciscana escocesa, el P. Bell fue nombrado ministro provincial de Escocia. Este nombramiento le obligó a hacer un largo viaje. En 1634 fue por fin a la misión inglesa. En 1637 era guardián titular de Londres y en 1640 fue elegido nuevamente definidor. Pero el 6 de noviembre de ese año fue arrestado por las tropas del Parlamento en Stevenage, en el Hertfordshire, bajo sospecha de ser sacerdote y fue enviado medio desnudo y sobre un caballo a Londres a la cárcel de Newgate. Aquí le llegaron las letras de su nombramiento como guardián de Douai y como sucesor del P. Heath. Durante su prisión vinieron a verlo muchas personas y se hicieron muchos esfuerzos para suspender su juicio, pero sin resultado. En el proceso tres apóstatas testimoniaron contra él y él hizo una brillante defensa de su ministerio. La sentencia la recibió el 8 de diciembre y fue la muerte por ser sacerdote católico.

Llevado a la plaza de Tyburn el 11 de diciembre de 1643 manifestó gran constancia y ánimo. Se dirigió a los presentes y dijo: «Yo estoy aquí para morir, y os declaro a todos que la causa por la cual llego hasta aquí no es que se haya probado algo contra mí sino solamente por ser un sacerdote de la Iglesia católica. Si yo hubiera sido un sacerdote pagano o un sacerdote judío, no debería maravillarme tanto de ser condenado a muerte en un país cristiano, pero que un sacerdote católico sea condenado a muerte por aquellos que pretenden ser cristianos y de

seguir a Cristo y su evangelio esto es para que se maraville toda persona sensible y juiciosa. Pero los que están ciegos de mente y no ven nada, estos sí pueden proceder de este modo como ahora proceden conmigo. Ellos pretenden atenerse a la ley, pero estas leyes, como estuvo mal promulgarlas, ahora está mal que se observen. Y ahora yo confieso delante de vosotros y lo atestiguo con mi vida y con mi sangre, ante Dios y ante su Hijo Jesucristo, que yo muero por ser un miembro verdadero y fiel de la Iglesia católica [...] Está bien. Yo perdono de corazón a todos los que han concurrido a mi muerte y pido ser perdonado. Porque yo muero con gusto en la fe católica». Fue ahorcado, destripado y descuartizado.

Fue beatificado el 15 de diciembre de 1929 por el papa Pío XI.

BEATA MARÍA DEL PILAR VILLALONGA VILLALBA

Virgen y mártir († 1936)

Nace en Valencia el 22 de enero de 1891. Se educa en el colegio de Jesús-María. Pierde muy pronto a su padre y ella, como mayor de ocho hermanos, se ofrece de corazón a su madre para ayudarle en la educación y cuidado de sus hermanos. Llegada a la juventud milita en la Acción Católica y en otras asociaciones parroquiales, haciendo un intenso apostolado, y asimismo en las «Conferencias de San Vicente de Paúl» para el servicio de los más pobres. Austera, piadosa, esforzada, daba un óptimo ejemplo de espíritu cristiano en su entorno. Llegada la revolución de 1936 ella se vio a sí misma como posible víctima y se ofreció al Señor para ser la primera. Detenida y llevada a la cárcel, ayudó moralmente a los detenidos y fue, para todos, vehículo de ánimo y consuelo. Se dio cuenta de que aquella noche iban a matarla y no pudo reprimir las lágrimas, pero dijo: «Será un momento y luego el cielo». Fue fusilada en las tapias del Patronato Álvarez, de Burjasot, en la madrugada del 11 de diciembre de 1936.

Fue beatificada el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

12 de diciembre

A) MARTIROLOGIO

1. Nuestra Señora de Gudalupe, de México **.
2. En Alejandría, santos Epímaco y Alejandro († 250), mártires *, y con ellos las santas Ammonarion, virgen, Mercuria, Dionisia y otra, igualmente martirizadas.
3. En la isla de Chipre, San Espiridón († 348), obispo.
4. En Clonard (Irlanda), San Finiano († 549), abad *.
5. En Cornouaille, Quimper (Bretaña Menor), San Corentino († 490), primer obispo de esta sede.
6. En Dorat, Limoges (Aquitania), San Israel († 1014), presbítero y canónigo regular.
7. En Neumünster, Holstein (Alemania), San Vicelino († 1154), obispo de Oldenburgo *.
8. En Celloli (Toscana), Beato Bartolo Buonpedoni († 1310), presbítero, terciario franciscano **.
9. En Bastia, junto a Asís (Umbría), Beato Conrado de Offida († 1306), presbítero, de la Orden de Menores *.
10. En Nápoles (Campania), Beato Santiago Capocci († 1308), obispo sucesivamente de Benevento y Nápoles, religioso agustino **.
11. En Hué (Anam), San Simón Phan Dac Hoa († 1840), mártir *.
12. En el campo de concentración de Auschwitz (Polonia), Beato Pío Bartosik († 1941), presbítero, de la Orden de Menores Conventuales, mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE, DE MÉXICO

En diciembre de 1531, diez años después de tomada la ciudad de México por Cortés, caminando el indito Juan Diego por el rumbo del Tepeyac —colina que queda al norte de la metrópoli—, oyó que le llamaban dulcemente. Era una hermosísima Señora, que le habló con palabras de excepcional ternura v delicadeza; que le dijo: «Yo soy la siempre virgen Santa María Madre del verdadero Dios, por quien se vive», y le pidió que fuera al obispo (Zumárraga) para contarle cómo ella deseaba que allí se le alzara un templo. El obispo, con muy católica prudencia, le respondió que pidiera a la Señora alguna prueba de su mensaje.

Obtúvola Juan Diego: unas rosas y otras flores que en pleno invierno y en la cumbre estéril cortó él por mandato de la Señora y recogió en su tilma o ayate —suerte de capa de tela burda que, atada al cuello, usaban los indios más humildes—; y, al extender ante el obispo Zumárraga la tilma, cayeron las flores y apareció en ella pintada la imagen de la Virgen.

Ese mismo ayate es el que se venera en nuestra basílica de Guadalupe. Sus dos piezas están unidas verticalmente al centro por una tosca costura: lo menos adecuado y elegible humanamente para pintar una efigie de tan benigna y encantadora suavidad, que por cierto mal puede apreciarse en las múltiples copias que corren por el mundo. Lo mejor es, modernamente, la directa fotografía a colores. Técnicos en ésta y otras novísimas especialidades afines han estudiado con asombro, en nuestros días, la pintura original, como antaño la estudiaron el célebre pintor Miguel Cabrera o el cauteloso investigador Bartolache.

Un contemporáneo de las apariciones, don Antonio Valeriano, indio de noble ascendencia y de relevante categoría intelectual y moral, alumno fundador del colegio franciscano de Tlalateloco hacia 1533, narra el milagro según lo conocemos. Su relato, en lengua náhuatl, desígnase —como las encíclicas— por las palabras con que empieza: *Nican Mopohua.* El maruscrito autógrafo perteneció a don Fernando de Alba Ixtlixóchitl, pasó luego a poder del sabio Sigüenza y Góngora —quien da memorable testimonio jurado de su autenticidad— y fue reproducido en letra de molde por Lasso de la Vega en 1649, incorporándolo en el volumen náhuatl que conocemos por sus primeras palabras: *Huei Tlamahuizolitica.* Este volumen fue traducido en su integridad al castellano, en 1926, por don Primo Feliciano Velázquez y publicado a doble página —fotocopia de la edición azteca y versión española— por la Academia Mexicana de Santa María de Guadalupe. Hay nueva edición, de 1953, bajo el título de mi estudio Un radical problema guadalupano, donde se escudriña con rigor la autenticidad del *Nican Mopohua,* el más antiguo relato escrito de la «antigua, constante y universal» tradición mexicana.

Ésta, lejos de obscurecerse o arrumbarse al paso del tiempo, se ha robustecido con los modernos y exigentes estudios críti-

cos, que, sobre todo a partir del cuarto centenario (1931), han desvanecido objeciones y confirmado la historicidad de lo que el pueblo mejicano viene proclamando, desde los orígenes hasta hoy, con un plebiscito impresionante.

Porque el caso de nuestra Virgen de Guadalupe es singular. En otros países católicos hay diversas advocaciones de gran devoción —digamos las Vírgenes del Pilar, o de Covadonga, o de Montserrat en España—, pero que tienen mayor o menor ímpetu y arraigo según las zonas geográficas o las inclinaciones personales; mas ninguna de ellas concentra la totalidad de la nación en unidad indivisible, y ninguna de ellas —como tampoco la de Lourdes, en Francia, por ejemplo— viene a ser el símbolo indiscutido de la patria. Y en México así es. A tal punto que hasta un liberal tan notorio como don Ignacio Manuel Altamirano llegó a estampar:

> «El día en que no se adore a la Virgen del Tepeyac en esta tierra, es seguro que habrá desaparecido no sólo la nacionalidad mejicana, sino hasta el recuerdo de los moradores de la Méjico actual».

Por otra parte, la Iglesia, siempre tan prudente y parsimoniosa en estas cuestiones, así como ha corregido o eliminado ciertas lecciones inspiradas en vetustos relatos píos, pero inseguros, ha obrado al contrario tratándose del caso del Tepeyac; y así, al aproximarse la esplendorosa coronación de nuestra Virgen en 1895, y habiéndose recibido y considerado en Roma los estudios y gestiones del grupito que a la sazón ponía en tela de juicio la historicidad del milagro, fue el sapientísimo León XIII quien concedió para nuestra fiesta del 12 de diciembre nuevo oficio litúrgico, en que se narra el prodigio «tal como nárralo la antigua y constante tradición» *(uti antiqua et constanti traditione mandatur);* y el 12 de octubre de 1945, al celebrarse el cincuentenario de dicha coronación, fue el docto y santo Pío XII quien, hablando por radio, en lengua española, desde el Vaticano para México, afirmó rotundamente el milagro: «en la tilma del pobrecito Juan Diego, pinceles que no eran de acá abajo dejaban pintada una imagen dulcísima», y llamó a nuestra patrona no sólo «Reina de México», sino, con anchura continental sin restricción, «Emperatriz de América»: de toda América.

Y ahora cabe dilucidar un problema sugeridor: el de la identidad del nombre de la Virgen de Guadalupe de México y de la Virgen de Guadalupe de Extremadura.

A cuenta de ello, y por manera sumamente explicable y natural, muchos españoles y aun escritores distinguidísimos han sufrido larga confusión, entendiendo que se trata, si no de la misma cosa, al menos de una especie de prolongación o trasplante a América de la Virgen extremeña. Y, al encontrar la proliferación del nombre de Guadalupe en documentos, lugares y templos del Nuevo Mundo, han supuesto que todo toma su origen en la advocación peninsular, cuando en la enorme mayoría de los casos lo toma en la devoción mexicana

Y huelga decir que el esclarecer y precisar una distinción de orden rigurosamente histórico no implica, por el más remoto y furtivo de los asomos, la tontería pueblerina y anticatólica de poner como en pugna o emulación dos advocaciones de la mismísima Señora del cielo. Se trata sólo de que los hechos se conozcan y difundan como son.

Por lo demás, y acá de tejas abajo, tan gloriosa puede sentirse la *Madre* española como la *Hija* mexicana de aquel portento del Tepeyac, que nos dejó la única imagen en el orbe no pintada por humano pincel. Lo cual arrancó al pontífice Benedicto XIV aquella memorable aplicación de la palabra de la Escritura: *Non fecit taliter omni nationi.*

Expongamos sintéticamente el fruto de una dilatada reflexión.

De venerable antigüedad, la imagen extremeña, escondida para salvarla cuando la invasión sarracena, fue encontrada a fines del siglo XIII por el pastor Gil Cordero. Ello dio origen a la fundación de la iglesia y más tarde del estupendo monasterio de Guadalupe. Una intensa devoción halló centro en aquella casa espléndida donde el arte, la ciencia y la caridad resplandecieron. Allá en vísperas de su aventura oceánica, fue Cristóbal Colón, y por la Virgen extremeña puso nombre a la isla de Guadalupe, en las Antillas. Hernán Cortés, cuando volvió a España (antes de 1531), llevó como exvoto al monasterio un alacrán de oro, y como el propio don Hernando y otros conquistadores traían en el alma y en la costumbre aquella devoción, lógico y fácil era

que la hubiesen trasplantado a nuestras tierras de América. Y de hecho la trasplantaron.

Explícase así sobradamente que, desde lejos y sin particularísimo estudio del caso del Tepeyac, se haya formado y difundido en España la impresión de que la Virgen de Guadalupe mexicana es la misma Virgen de Guadalupe extremeña, o siquiera su proyección más o menos modificada. Pero no es así.

En México todos sabemos cómo en 1531 la Virgen se mostró varias veces al indito Juan Diego, cómo le hizo cortar unas rosas por seña de su embajada al obispo y cómo al extender el indio su tilma ante Zumárraga, apareció misteriosamente impresa en ella la Señora del Tepeyac.

Esas apariciones y esa tilma prodigiosamente pintada no tienen la más leve relación con la preexistente imagen de Extremadura. Trátase absolutamente de otra cosa. Es un hecho distinto y nuevo, como nuevo y distinto era el hecho del descubrimiento y mestizaje de América.

Así como por su origen y su historia, también por su imagen y su culto son perfecta y radicalmente distintas la Virgen de Extremadura y la Virgen del Tepeyac.

La extremeña es una escultura: lleva al Niño en el brazo izquierdo y representa la maternidad de María; la tepeyacense es una pintura: sin Niño, las manos juntas, representa la Inmaculada Concepción. No hay en las efigies ni la más remota semejanza.

Y, en cuanto al culto, el mexicano nació y se ha engrandecido durante cuatro siglos única y precisamente al pie de la tilma del milagro, sin la más tenue conexión con la imagen de Extremadura, cuya existencia misma es evidente que ignoran millones y millones de indígenas y otros compatriotas no ilustrados que vierten su dolor y su ternura ante la *Madre del Tepeyac.*

Pero ¿por qué entonces, si se trata de casos tan absolutamente apartados y autónomos, ambas imágenes se designan con el mismísimo nombre de Guadalupe?

Que se llame así la de Extremadura es natural: tomó el nombre del sitio en que fue encontrada y donde se le alzó templo: Guadalupe, vocablo arábico que —siempre la divergencia entre etimologistas— significa río de luz, o río de lobos, o río encendido.

Pero ¿por qué se llama de Guadalupe la Virgen mexicana? No se nombraba así, sino Tepeyac, el sitio donde ella apareció y donde se levantó su ermita primera. La Virgen no tomó el nombre del lugar; más tarde el lugar tomó el nombre de la Virgen.

Lo que parece insoluble y a muchos despista tiene, no obstante, un motivo muy claro y muy concreto: la Virgen misma, al mostrarse a Juan Bernardino, tío de Juan Diego le dijo: «Que bien la nombraría, así como bien había de nombrarse su bendita imagen, la siempre virgen Santa María de Guadalupe».

Así consta textualmente en el *Nican Mopohua* la más vetusta relación del milagro, escrita no en castellano ni por un español, sino en lengua azteca y por un indio ilustre, don Antonio Valeriano. El cual, en su texto náhuatl original, incorpora en castellano las palabras «Santa María de Guadalupe».

La Señora del Tepeyac quiso, pues, ser designada con el nombre de Guadalupe. ¿Por qué? Esto no lo sabemos. Pero, aunque no lo sabemos, creo que razonablemente podemos avanzar una plausible conjetura.

Podemos nosotros conjeturar que quiso la Señora darse un nombre que fuera familiar y atrayente para los españoles, sobre todo extremeños como Cortés, que consumaron la conquista, y que, al favorecer con predilección a Juan Diego, representante de los vencidos, quiso al propio tiempo atraer con dulzura a los vencedores, y a unos y a otros hermanarlos en la misma devoción. No vino ella a abrir abismos entre vencedores y vencidos: vino a cerrarlos. Y, al sublimar con un privilegio excepcional a los postergados, halló un medio suavísimo de que a los dominadores sonara a tradición la novedad y a cosa propia y familiar la extrañeza.

Y de hecho, como históricamente consta, se dio el caso extraordinario de que, desde los años primerísimos, conquistados y conquistadores fraternizaran a los pies de la Virgen del Tepeyac. Ella, que —contra lo comúnmente repetido— no muestra fisonomía ni color de india, sino de mestiza, anunció el beso de las razas que fundaría la nacionalidad que estaba amaneciendo. Y así como juntó plásticamente en el milagro al español Zumárraga y a Juan Diego el aborigen, y así como con rosas de Castilla se estampó para siempre en el ayate sublimado del indio, qui-

so en todo ser nuncio, ejemplo y símbolo de la fusión amorosa que forjaría a México. De la fusión amorosa que forjaría a toda Hispanoamérica y traería al mundo este coro magnifico de pueblos que hoy llamamos la Hispanidad.

Por eso, en expansión cargada de sentidos, ha rebasado las fronteras nuestra Virgen de Guadalupe.

Ella, en México, se identifica con la sustancia de la patria. Presidió el nacimiento de nuestra nacionalidad. Aceleró la propagación del Evangelio. Fue lábaro de nuestra independencia. Congrega en tumultuoso plebiscito a todas las almas y conquista el respeto o la ternura aun de los descreídos y renuentes. Ella ha amparado y reverdecido nuestra fe después de más de un siglo de ataques insidiosos o brutales. A ella van nuestras lágrimas, nuestras alegrías, nuestras esperanzas. Ella es emblema autóctono, negación de exotismos desintegradores, vínculo sumo de unidad nacional. En los cimientos del Tepeyac están los cimientos de la patria.

Pero la madre y patrona de México es también, por viva instancia de los países indoibéricos que el santo Pío X sancionó en 1910, madre y patrona de toda la América hispana. Pío XI, en 1935, incluye en el patronato a las Islas Filipinas, hondamente vinculadas con el mundo español. Y en 1945 Pío XII la proclama a boca llena Emperatriz de América. Y —sin contar repercusiones impensadas y sorprendentes en el corazón de los Estados Unidos, y de Francia, y de otros países ilustres— en 1950 la vieja madre de la estirpe, al coronar espléndidamente en Madrid a nuestra Virgen de Guadalupe, coronó espléndidamente el ciclo de esa expansión providencial. El sentido histórico del mensaje cobró así su plenitud.

Porque Juan Diego no era sólo Juan Diego, sino la desvalida encarnación de todas las razas aborígenes. Zumárraga no era sólo Zumárraga, sino la ardiente personificación de todos los evangelizadores hispanos. Y las rosas de Castilla exprimieron la policromía de sus jugos, símbolo de la savia toda de España, para embeberse en el ayate del indio, fundirse con él y estampar en sus fibras, transfiguradas y extasiadas para siempre, la imagen celeste de María. Y por eso el milagro de Santa María de Guadalupe maravillosamente simboliza, resume y señorea este

humano milagro de la Hispanidad. Y ambos portentos, lejos de encerrarse en un ámbito exclusivo, se dilatan por todos los horizontes y abren los brazos en un anhelo universal —católico— de amor.

ALFONSO JUNCO

Bibliografía

BRAVO UGARTE, J., SI, *Cuestiones históricas guadalupanas* (México 1946).
CUEVAS, M., SI, *Album histórico guadalupano del IV centenario* (México 1930).
GARCÍA GUTIÉRREZ, J., *Primer siglo guadalupano (1531-1648). Documentación indígena y española* (México 1931).
JUNCO, A., *El milagro de las rosas* (México 1945). Se estudian las impugnaciones, la historicidad de Juan Diego, un novísimo epistolario de Icazbalceta, etc.
— *Un radical problema guadalupano* (México 1932).
VELÁZQUEZ, P. F., *La aparición de Santa María de Guadalupe* (México 1931). Incluye una sólida refutación, punto por punto, a Icazbalceta.
• Actualización:
LUCAS ANAYA, J., *La milagrosa aparición de Nuestra Señora María de Guadalupe de México* (México 1995).
O'GORMAN, E., *Destierro de sombras. Luz en el origen de la imagen y culto de Nuestra Señora de Guadalupe del Tepeyac* (México 1986).
«Nuestra Señora de Guadalupe», en J. A. MARTÍNEZ PUCHE, *Año cristiano. Diciembre* (Madrid 2001) 199-211. Incluye el relato *Nican Mopohua,* 1545, de Antonio Valeriano.
VÁZQUEZ COVARRUBIAS, H. (coord.), *Album conmemorativo del 450 aniversario de las apariciones de Nuestra Señora de Guadalupe* (México 1981).

BEATO BARTOLO BUONPEDONI

Presbítero († 1310)

Nació en San Geminiano, provincia de Siena (Italia), en un castillo feudal, el año 1228. Y murió en su mismo pueblo el 12 de diciembre de 1310. Vivió 82 años.

Su familia era ilustre. Eran los condes de Mucchio. El chico sentía afición religiosa y eso sentaba bien en su casa. Pero el día en que Bartolo, adolescente, le planteó a su padre sus deseos de hacer la carrera eclesiástica recibió un no rotundo. Y ya se sabe qué ocurre cuando los hijos tienen metida una idea entre ceja y ceja: que siguió insistiendo. A eso, el padre le siguió negando el permiso. Al fin y al cabo se estaba jugando un título de conde. Entonces el padre le amenazó con darle una paliza, hasta que por fin se la dio. Y entonces el hijo se marchó de casa. Se refu-

gió en la abadía benedictina de Pisa y allí le admitieron como ayudante de la enfermería.

Bartolo se portaba admirablemente con los monjes enfermos, de tal forma que el padre abad no tuvo inconveniente en ofrecerle que el chico entrara en la comunidad benedictina como un monje más.

A esta bella propuesta, Bartolo, después de darle muchas vueltas a su cabeza, decidió explicar que a él no le gustaba la vida contemplativa; que él quería hacer vida activa, el apostolado directo, la vida pastoral. Y el padre abad fue tan comprensivo con él que, ante esta decisión de Bartolo, optó por dejarle vivir en el convento de San Vito, donde estaba, y ayudarle a prepararse para el sacerdocio.

Tenía un director espiritual. Y éste le propuso que, en previsión de que no pudiera llevar a cabo los estudios eclesiásticos, se hiciera terciario franciscano con voto de castidad. Al fin y al cabo lo que Bartolo quería era dedicar su vida a Dios en medio del mundo. Y así lo hizo.

A esta Tercera Orden de San Francisco pertenecieron personajes ilustres, como San Luis IX rey de Francia, Santa Isabel de Hungría, San Fernando rey de Castilla, Giotto el pintor, y Dante el poeta.

Por su parte, Bartolo siguió estudiando en el monasterio; un día juzgaron los monjes que estaba preparado para ejercer con dignidad el sacerdocio. Ellos mismos hablaron al obispo de Volterra sobre el asunto y éste aceptó a Bartolo entre los miembros de su clero y le dio las órdenes sagradas el año 1258, cuando éste contaba 30 años de edad.

Le dieron un destino parroquial, las parroquias de Piccioli y Pichena. Allí trabajó de tal forma que todos los vecinos se hacían lenguas de las virtudes de Bartolo. Decían que era muy grande su amor a los pobres, que atendía a los enfermos como un santo, que vivía alegremente en santa pobreza y que era muy piadoso.

Mejores dotes para un sacerdote no se podían soñar. Se decía que por dar su comida, a veces se quedaba sin comer; y que su casa era un asilo seguro, una hospedería viva, para cuantos iban de paso y no tenían sitio donde meterse.

En estas circunstancias, se le juntó un joven llamado Vivaldo, natural de su pueblo, San Geminiano, y éste se puso a vivir con él. Era tan ejemplar la vida que llevaba Bartolo, que ejercía un atractivo especial para todos los jóvenes que deseaban hacer algo grande en su vida. Y Vivaldo fue el discípulo fiel, tan discípulo que quiso vivir con él bajo el mismo techo, en la misma casa. No se atrevió a emprender estudios eclesiásticos ni lo pretendió tampoco. Él quería ser terciario franciscano; vistió ese hábito y se convirtió en ayudante de Bartolo en las obras de caridad.

Y tan eficaz fue el trabajo de este ayudante, que subió a los altares antes que el maestro. El año 1906 fue confirmado su culto, cuatro años antes que Bartolo.

Todo iba bien en la vida de Bartolo. Sus obras de caridad eran comentadas de casa en casa. El obispo estaba encantado con la labor apostólica de este buen sacerdote. Sus feligreses lo querían de verdad. Y así vivió 28 años.

Pero el año 1286, cuando Bartolo tenía 58 años de edad, descubre que alguien le ha contagiado la lepra. Quizá alguno de los enfermos a los que él atendía, quizá alguno de los peregrinos que estaba hospedado en su casa. No se sabe cómo fue. Pero notó que estaba contagiado de lepra.

Bartolo enseguida se dio cuenta de la situación. Era evidente que no podía seguir ejerciendo la misma vida de antes porque su enfermedad iba a ser un motivo de fuerte repulsa para todos los vecinos. No había más remedio que pedir la dispensa para retirarse a algún lugar escondido. El obispo le concedió toda clase de renuncias; al fin y al cabo estaba enfermo. Y entonces se fue a vivir a su pueblo, San Geminiano.

A pocos kilómetros del casco de su pueblo, en Celiole, construyó una ermita y allí se puso a vivir en solitario durante 20 años. En completa soledad, no; porque su discípulo Vivaldo no quiso abandonarlo y se fue a vivir con él; sencillamente, no quería abandonarlo. Prefería morir junto a él que dejarlo tirado en la ladera de un monte.

Entonces, entre los dos, edificaron una habitación junto a la ermita. Y desde allí ejercía el papel de padre y amigo de todos los enfermos leprosos que había en la región. Y en esa ermi-

ta decía la misa todos los días, mientras la enfermedad se lo permitió.

Su vida de leproso fue un ejemplo de virtudes heroicas: una paciencia sin fin, una caridad sin límites. Dejaba edificados a todos los que se acercaban a él, alababa y bendecía a Dios continuamente. Se puede decir que la enfermedad le hizo subir en quilates la vida de santidad que ya estaba llevando a cabo. Le llamaban «el santo Job de Toscana».

Tenía dolores muy intensos, pero siempre daba sensación de paz interior; sabía disimular sus fuertes molestias aunque a veces se le escapaban gemidos de angustia. Y muchos feligreses que iban a visitarle decían no sentir el olor fétido que su cuerpo podrido despedía.

Cuando murió, el año 1310, a sus 82 años, el pueblo lo aclamó como santo por todas las latitudes. Fue sepultado en la iglesia de San Agustín de San Geminiano. Le veneraron como un santo. Y cosa extraña, tuvieron que pasar 600 años para que la Iglesia, por boca de Pío X, le beatificara oficialmente, el 27 de abril de 1910.

Teniendo en cuenta que Bartolo fue terciario franciscano, veamos unos datos de la historia que le tocó vivir.

En primer lugar, la geografía. San Geminiano está a unos 200 kilómetros de Asís. Por lo tanto, siendo joven le tocó escuchar muchas veces las narraciones que corrían de San Francisco. El año en que nació Bartolo, el papa Gregorio IX canonizaba a Francisco. Y éste hacía solamente dos años que había fallecido. Se puede decir que Bartolo es contemporáneo riguroso del nacimiento religioso creado por el santo de Asís.

Los pueblos donde vivió Bartolo se encuentran debajo de Florencia, en una extensión de 30 kilómetros cuadrados encima de Siena. Todavía están todos ellos en el mapa de la preciosa península italiana.

Todos sabemos que, a la muerte de Francisco, se abrió una dura contienda entre los observantes rigurosos de las reglas franciscanas y aquellos que necesitaban una adaptación de éstas a las necesidades y trabajos que se iban creando en las comunidades. Así, salieron los espirituales y los conventuales. Todo este movimiento lo vivió Bartolo con toda su crudeza.

Por ejemplo, le tocó vivir durante el gobierno general de San Buenaventura (1257-1274), aquel santo y sabio que supo poner paz donde no había forma de entenderse.

En cuanto a los Papas, veamos qué fila de ellos pudieron contemplar los ojos de Bartolo.

— Gregorio IX (1227-1241) que canonizó a Francisco y puso las bases de la Universidad de París.

— Celestino IV (1241). Murió a los 17 días de haber subido al pontificado.

— Inocencio IV (1243-1254). Antiguo profesor de Derecho Canónico en Bolonia, había escrito estas tajantes palabras: «Los papas han recibido la monarquía real al mismo tiempo que la monarquía pontifical, el Imperio terrestre como el Imperio celestial». Y con esta norma vivió su Pontificado con más preocupación temporal que evangélica.

— Alejandro IV (1254-1261). En 1260 nombró «Doctor universal» a San Alberto Magno.

— Urbano IV (1261-1264). Hijo de un zapatero de Troyes, en Francia. Su consejero fue Santo Tomás de Aquino.

— Clemente IV (1265-1268). A las pocas semanas de su nombramiento, nacía Dante Alighieri.

— Gregorio X (1271-1276). Fue un gran Papa, justo y bueno, apoyado por maravillosos consejeros como San Buenaventura y Santo Tomás de Aquino. En 1274 convocó el Concilio de Lyón (XIV ecuménico) para realizar la unión con la Iglesia oriental. Camino del concilio, durante el viaje, fallecía Santo Tomás. Y pocos días antes de terminar este concilio, moría San Buenaventura. El concilio terminaba cantando el *Te Deum*. Después de un discurso del Papa, todos cantaron el credo repitiendo tres veces el *filioque*. Pero el clero griego se mantuvo en sus posiciones y de esta forma se perdió para siempre la soñada unión.

— Inocencio V (1276). Tenía fama de sabio y doctor y fue el primer papa de la orden dominicana.

— Adriano V (1276). Su pontificado duró cinco semanas.

— Juan XXI (1276-1277). Quiso poner en práctica las conclusiones del Concilio de Lyón, pero no consiguió nada.

— Nicolás III (1277-1280). Por pensar tan sólo en los intereses de su propia familia, Dante lo arrojó al infierno.

— Martín IV (1281-1285). El 31 de marzo de 1282, los sicilianos se alzaron contra los fanceses, amigos del Papa, y mataron a casi todos sus opresores en las llamadas «vísperas sicilianas». El Papa, asustado, vivía en Orvieto y falleció en Perusa.

— Honorio IV (1285-1287). Para facilitar la conversión de cismáticos y árabes, creó las cátedras de árabe y otros idiomas orientales en la Universidad de París.

— Nicolás IV (1288-1292). Es el primer Papa perteneciente a la Orden franciscana. El 13 de mayo de 1291 cayó la ciudad de San Juan de Acre.

— Celestino V (1294). Monje franciscano perteneciente a los espirituales. El día 12 de diciembre abandonó su traje pontificio, se sentó en el suelo y dijo que quería volver al desierto de donde le habían traído para coronarlo papa.

— Bonifacio VIII (1294-1303). El año 1300 organizó el primer jubileo de la Iglesia. Tuvo grandes enfrentamientos con Felipe el Hermoso, rey de Francia; comenzaba así el «cautiverio de Babilonia». Durante 60 años, el papado fue un instrumento en manos del poder temporal.

— Benedicto XI (1303-1304). Dominico. Logró reconciliar a Francia con la Santa Sede.

— Clemente V (1305-1314). Se traslada a Aviñón en la primavera de 1309. Aviñón pertenecía a la Santa Sede y no a Francia, pero, por su posición, se encontraba siempre bajo el control francés. Esta situación se solucionó setenta años más tarde, gracias a las súplicas de Santa Catalina de Siena.

Todas estas experiencias las vivió Bartolo (1228-1310) con toda crudeza. Vivir en su tiempo era sentir estos sufrimientos en la propia carne.

FÉLIX NÚÑEZ URIBE

Bibliografía

REPETTO BETES, J. L., *Santoral del clero secular. Del siglo XIII al XX* (Madrid 2000) 230-231.

http://www.franciscanos.net

BEATO SANTIAGO CAPOCCI
Obispo († 1308)

Descendiente, al parecer, de la noble familia Capocci, el Beato Santiago es más comúnmente conocido entre los agustinos como Santiago de Viterbo por haber nacido en esta ciudad italiana en torno al año 1255. Abrazada bien pronto la vida religiosa —su ingreso en los ermitaños de San Agustín data de 1272—, vistió el hábito en el convento viterbés de la Santísima Trinidad, Provincia Romana de dicha Orden. Antes de 1275 se le envía a París para cursar la teología en el Estudio que allí tienen sus hermanos de hábito, lo que le permite frecuentar las lecciones de Egidio Romano, quien siempre lo tuvo en gran consideración. De regreso a su patria en 1281-82, desempeña primero el cargo de definidor de la Provincia Romana en 1283, visitador en 1284 y nuevamente definidor en 1285, probablemente ejerciendo también, mientras tanto, funciones de lector en conventos de la misma Provincia.

En 1286, si es que no aún en 1285, volvió a París para continuar los estudios teológicos consiguiendo en 1288 el bachillerato y, una vez coronado el prescrito aprendizaje, en la Pascua de 1293 el doctorado, ya que en ese tiempo tenía lugar entonces la colación de grados. Por designación de Egidio Romano, electo prior general de la Orden, fue nombrado ese mismo año maestro regente del Estudio parisino, cargo que desempeñó hasta 1299, en que le llega el nombramiento de definidor provincial de la Provincia Romana para el capítulo general a celebrar al año siguiente en Italia. De nuevo, pues, en su país transalpino con ocasión del capítulo general de la Orden reunido en Nápoles el mes de mayo de 1300, enseñó durante dos años en el célebre Estudio de dicha ciudad, ocupación que hubo de suspender al llegarle el nombramiento para arzobispo de la sede napolitana. El Beato Santiago, en realidad, fue promovido por el papa Bonifacio VIII en el mismo año 1302, primero a la sede arzobispal de Benevento (3 de septiembre) y después (12 de diciembre) a la de Nápoles, donde, ejerciendo como pastor de veras celoso, supo granjearse la estima y el afecto del rey Carlos II de Anjou y de su hijo Roberto, duque de Calabria, quien le ayudó en la construcción de la nueva catedral.

Es de sobra sabido, incluso entre los medianamente avezados a la historia de la Iglesia, que el Concilio Lateranense IV prohibió en 1215 las fundaciones de cualquier Orden nueva, y que el Concilio de Lyón suprimió en 1274 todas las Órdenes fundadas después de la prohibición lateranense. Y bien, resulta que carmelitas y agustinos existían antes del 1215, pero no se organizaron como Órdenes modernas sino más tarde: ello quiere decir, en consecuencia, que venían consideradas como nuevas y acaso ilegales. Indudablemente los enemigos de los mendicantes consideraban inevitable la supresión de una y otra, pero haciendo cuentas, ay, sin el cardenal protector de los agustinos, quienes, en el año 1300 tenían 22 casas en Inglaterra y cinco en Irlanda, con unos 500 religiosos. Vocaciones agustinianas, pues, entre los ingleses no escaseaban. Pero lo que en nuestros días pudiera estimarse crecimiento excepcional, según los estándares del siglo XIII no era tanto. El hecho es que limitaciones peculiares impidieron entre carmelitas y agustinos un crecimiento más veloz hasta el siglo XIV.

El cardenal Ricardo se había hecho viejo y deforme por la artritis, pero en esta hora de peligro salió de su retiro en Molaria y empezó a ejercer toda su enorme influencia para salvar a sus amados agustinos. Saba Malaspina no tuvo dudas de que estaba él solo entre la Orden y las fuerzas que trabajaban por suprimirla. Con reluctancia Gregorio X accedió a los deseos de su eminencia Ricardo y éste alcanzó su triunfo más resonante cuando se le reconoció que ambas Órdenes existían antes del decreto conciliar del 1215, lo cual, de suyo, hubiera garantizado su continuidad. Pero Gregorio X quería tener mano libre para arreglar los problemas creados con la exención de los hermanos del control episcopal. Así que permitió la continuidad de los agustinos y de los carmelitas «hasta que no venga decretado de otro modo». La espada de Damocles, sin embargo, no desapareció: el peligro de repentina supresión era muy real y para nada útil a una expansión sana y vigorosa. En algunas partes de Europa corrió incluso la voz de que hubieran sido oficialmente suprimidas, elemento suficiente para que los funcionarios negasen la asistencia requerida y la gente las acostumbradas limosnas.

Afortunadamente la situación cambió con los sucesores de Gregorio X. Martín IV y, especialmente, el primer papa francis-

cano, Nicolás IV (1288-1292), se demostraron amigos de los agustinos. El cardenal Ricardo había muerto en 1276 y aún no tenía sucesor, nombramiento que fue uno de los primeros actos de Nicolás IV en 1288. Protegió a la Orden allí donde ésta venía atacada, particularmente en Alemania y en París, y eligió como su penitenciario al Beato Agustín Novello. Mas el favor papal a los agustinos se reveló pronto buena inversión, ya que, cuando la amarga disputa de Bonifacio VIII con la Corona de Francia, sus más leales y prestigiosos sostenedores fueron los agustinos. Egidio Romano hasta puso en peligro su alta posición parisina, publicando un tratado después de otro en defensa del Papa.

Y el Beato Santiago Capocci, más tarde arzobispo de Nápoles, Agustín Triunfo y muchos otros agustinos se revelaron aguerridos y firmes por la causa papal. No maraville, pues, que Bonifacio VIII se batiese enérgicamente por salvar a su Orden. El 5 de mayo de 1298, día que pudiera verse como el segundo cumpleaños de la misma, dicho pontífice modificó el amenazador decreto precedentemente que la permitía continuar «hasta que no hubieren sido tomadas otras decisiones» por este otro: «queremos que la Orden continúe como fue plenamente aprobado», sólida base de aprobación pontificia sobre la que la Orden continuó hasta hoy.

Las actas y datos que certifican el quehacer pastoral napolitano de nuestro Beato arrojan una extraordinaria actividad en sermones, escritos, limosnas y donaciones para la construcción de templos, amén de un constante y cuidadoso interés por los más pobres y necesitados. Nos consta en concreto, por ejemplo, la súplica del prelado para que a un homicida le fuera conmutada la pena capital a la que había sido condenado. Mediante su testimonio consiguió de igual modo que fuese reconocida la validez testamentaria del noble varón Bartolomé Vulcani, en cuyos funerales Santiago de Viterbo tuvo luego la oración al pueblo sobre aquellas palabras de Job: «Elegit suspendium anima mea, et mortem ossa mea» (Job 7,15).

Pero los predichos testimonios abundan sobre todo en los servicios del arzobispo napolitano al Papa. Detallan concretamente acerca del nombramiento pontificio a favor de su perso-

na para practicar las diligencias como primer inquisidor en el proceso de canonización del Papa San Pedro Celestino. El 13 de mayo de 1306, efectivamente, comenzó a tomar cartas en el asunto de la causa de canonización del santo pontífice Celestino V. Se lo había encargado expresamente Clemente V, y sabemos que puso el máximo empeño en sacar adelante dicha encomienda, pues acudió incluso personalmente a recoger testimonios en aquellos lugares donde el ermitaño Pedro de Morrone había llevado su vida penitente. El Beato Santiago Capocci, o de Viterbo, prosiguió en este comprometido y laudable oficio hasta su muerte en olor de santidad, ocurrida en Nápoles a finales de 1307, al menos a partir del 6 de septiembre, o primeros, quizá febrero, del 1308.

San Pío X confirmó de modo oficial y con toda la fuerza de su autoridad apostólica el culto público del Beato Santiago el 14 de junio de 1911. Considerado uno de los mayores teólogos escolásticos, por la agudeza de su ingenio mereció el título honorífico de *Doctor speculativus.* También fue conocido como *Doctor inventivus* y, asimismo, como *Doctor gratiosus.* La única obra de Santiago de Viterbo publicada íntegramente es el *De regimine christiano,* compuesta en 1303 con ocasión de la lucha entre Bonifacio VIII y Felipe el Hermoso, escrito que los expertos no dudan en considerar como el primer tratado sistemático sobre la Iglesia.

Joven de no común ingenio, tuvo como condiscípulo al celebérrimo Egidio Colonna y otros ilustres agustinos, que celebraron su fama para perpetua memoria en la posteridad. Tanto sobresalió en las disciplinas teológicas que terminaron por centrar la Profesión insigne de su vida en el Ateneo de París y acabaron por merecerle el citado título de *Doctor especulativo.* En 1302, a instancias de Carlos II rey de las dos Sicilias, fue condecorado por Bonifacio VIII con la Mitra sucesivamente de Benevento y de Nápoles. Gracias a su estrecha amistad con Carlos II, obtuvo muchos beneficios para su Iglesia y su grey. Supo granjearse, pues, las simpatías de los poderosos de este mundo para subvenir a las necesidades de los pobres y menesterosos, así como al culto y valimiento de la Iglesia.

Las referencias sobre su predicación arrojan no menos de 220 sermones y homilías. La mayor parte entienden ilustrar las

Epístolas y los Evangelios, y no pocas de ellas fueron dirigidas a comunidades religiosas, a canónigos, a neosacerdotes, con motivo de la consagración de iglesias también o en funerales. La verdad es que sus obras no suministran apenas datos referentes a la cronología de su vida, aunque sí resultan útiles para mejor conocer su personalidad por dentro, su índole íntima y la pureza interior de su persona. En la exposición y desarrollo de sus sentencias y de su doctrina teológica se mostró siempre lleno de mansedumbre, incluso cuando había de exponer la doctrina frente a oponentes o adversarios de la talla de un Santo Tomás de Aquino, por ejemplo, o de Egidio Romano y otros de extraordinaria altura y condición.

Pero lo supo hacer siempre con ánimo entregado al laudable progreso de la teología, nunca para herir al adversario, a quien trataba con respeto y consideración. Los sermones y demás escritos de Teología práctica reflejan meridianamente al hombre volcado de lleno en las cosas de Dios y de las almas, y en dicho sentido fueron alabados por los primeros historiadores que de sus obras y prudencia en el gobierno de las almas hicieron mención o glosaron incluso argumentos suyos. Más aún, por muchos siglos, le fue rendido culto eclesiástico, y todavía conservamos de él imágenes pintadas poco años después de su muerte, en las que aparece nimbado de las insignes bienaventuranzas. Cabalmente dicho culto secular, dicha veneración ancestral y común estima, tanto en la Orden agustiniana, como en las diócesis viterbiense, beneventana y napolitana, es cuanto se dignó confirmar con su autoridad apostólica, según arriba indico, el papa San Pío X el día 14 de junio del año 1911.

Un claro ejemplo el de nuestro Beato Santiago Capocci, o de Viterbo, de incansable actividad intelectual y pastoral, imbricadas una y otra en recíproca hermandad y solícito comedimiento. Vida la suya, por eso, todo un espejo para teólogos y pastores, entregada al servicio de la fe, lo mismo en el estudio de París y luego en el de Nápoles que, más tarde como pastor, en las diócesis beneventina y napolitana. También él, como su padre y maestro Agustín de Hipona, un día predicando acerca del comienzo de una vida santa, merecedora de la vida eterna, pudo explicar desde la cátedra a sus alumnos o predicar des-

de el púlpito a sus fieles napolitanos que debemos a Dios el ser lo que somos, pues, incluso a quienes tienen poca fe, «la fe —como recordó el hiponense un día— los hizo presentes a la palabra de Dios, pero es menester regar, nutrir y robustecer esa fe que ha comenzado a germinar» *(Sermón,* 43,6,8). A la postre, admirable magisterio el suyo acerca del consorcio entre fe y cultura.

PEDRO LANGA, OSA

Bibliografía

Acta sanctorum. Maggio, t.IV p.619.

ADEO, P., *Sur un affresco rappresentante il B. Giacomo agostiniano Arciv. di Napoli ed altri dipinti murali scoperti nel refettorio del Convento agostiniano della Santissima Trinità in Viterbo* (Viterbo 1910) 3, 11.

ARQUILLIÈRE, H.-X., «Jacques de Viterbo», en A. VACANT - E. MANGENOT - E. AMANN, *et al.* (dirs.), *Dictionnaire de théologie catholique.* VIII/1: *Isaac-Jeûne* (París 1924) cols.305-309.

EMERY, R, «The second Council of Lyons and the mendicant Orders»: *Catholic Historical Review* 39 (1953) 257-271.

ESTEBAN, E., «De b. Jacobo Viterbiensi adnotaciones historicae»: *Analecta Augustiniana* 4 (1912) 396-407; 14 (1932) 369-373.

«Giacomo da Viterbo, beato», en *Bibliotheca sanctorum.* VI: *Galena-Giustiniani* (Roma [1]1988) cols.425-427.

GUTIÉRREZ, D., OSA., *De b. Iacobi Viterbiensis, OESA, vita, operibus et doctrina theologica,* (Roma 1939).

— «De B. Jacobi Viterbiensis, OESA, vita, operibus et doctrina»: *Analecta Augustiniana* 16 (1937-1938).

LANTERI, *Illustriores Viri Augustinienses qui sanctitate et doctrina fluoruerunt,* I (Tolentino 1858) 124-126.

Martyrologium romanum, o.c., 633, n.9; 706.

RE, N. DEL, «Bto. Santiago de Viterbo († 1307/1308)», en F. ROJO (ed.), *La seducción de Dios. Perfiles de hagiografía agustiniana* (Roma 2001) 63-64.

TUNIZ, D., «Giacomo da V.», en *Il grande libro dei santi,* 2 (Cinisello Balsamo 1998) 810-811.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTOS EPÍMACO Y ALEJANDRO

Mártires († 250)

Consta su martirio por la carta del obispo San Dionisio de Alejandría al obispo Fabio de Constantinopla. Epímaco y Alejandro eran dos cristianos de Alejandría. Llegada la persecución

de Decio, fueron acusados de cristianismo y arrestados. Debieron estar en la cárcel mucho tiempo y de ella fueron sacados para ser atormentados a fin de conseguir su apostasía. Peines de hierro y azotes laceraron sus carnes, sin que se vinieran abajo por los mil sufrimientos —la frase es de San Dionisio— que hubieron de padecer. Por último se les mató metiéndolos en cal viva. El *Martirologio de Baronio* situó su martirio el día 12 de diciembre, siguiendo en esto el *Martirologio de Adón,* pero la fecha no tiene soporte histórico. El *Martirologio de Floro* pone el martirio el 20 de febrero, y en Oriente se les venera el 6 de julio.

SAN FINIANO

Abad († 549)

Finiano o Vinnaius o Finnio moccu Telduib nace en Myshall, condado de Carlow, hacia el año 470. Educado por el obispo de Tim, San Fortchern, pasó a comienzos del siglo VI a Gales, donde vivió 30 años aprendiendo y practicando la vida monástica y en contacto con el monasticismo de San David, San Cadoc y San Gildas, adquiriendo una magnífica cultura bíblica y religiosa. Vuelto a Irlanda hacia el 530, con doce discípulos, comenzó la fundación de monasterios e iglesias empezando por Rossacurra, Drumfea y Kilmaglush y continuando por otras varias fundaciones. Pero la principal de ellas fue el monasterio de Clonard del que él fue abad y donde llegó a tener una comunidad de trescientos monjes, llegando a ser este monasterio un centro de estudios bíblicos y clásicos no superado en su época y que ilustró a todo el país. Según la tradición un ángel lo llevó a Clíain Eráid y por su aviso situó allí su monasterio. De ese monasterio salieron santos gloriosos, como San Columba, fundador de Iona, San Ciaran, fundador de Clonmacnoise, San Comgall, fundador de Bangor, etc. Se le atribuye el *Poenitentiale Vinniani,* interesantísimo ejemplar de su género. Se dice que murió en la gran epidemia de 549 atendiendo a los apestados y habiéndose contagiado él mismo. Había sobresalido por su piedad, su penitencia extrema y su don de milagros. Su tránsito tuvo lugar el 12 de diciembre.

SAN VICELINO

Obispo († 1154)

Vicelino nace en la corte de Hameln hacia 1090 en el seno de una familia rica pero no aristócratica. Perdió pronto a sus padres, no eran brillantes sus estudios primarios, y perdió la herencia paterna. Pensó entonces en estudiar seriamente para poder ser profesor y consiguió finalmente serlo en la escuela de Panderborn y luego en la de la catedral de Bremen. En Laón recibió la influencia de San Norberto y se decidió por una vida ascética y piadosa y se decidió por el sacerdocio. No aceptando una canonjía en Bremen, se unió a San Norberto quien lo ordenó sacerdote, aunque Vicelino no profesó en la Orden Premonstratense (1126). Él se sentía llamado a la evangelización de los vendos y decidió dedicar a ello su vida. Pero los vendos no estaban por el evangelio, toda vez que era la religión de los alemanes a los que tenían evidente odio y antipatía. Vicelino, por ello, trabajó con los fieles alemanes en la parroquia de Wippendorf al tiempo que alemanes y holandeses colonizaban la región de los vendos. Se construyó el castillo real, la iglesia y el convento de Segeberg pero todo fue destruido en la insurrección de los vendos, excepto Neumüsnter.

Vicelino fue consagrado obispo de Oldenburgo el 11 de octubre de 1149 y surgió el problema de la investidura que sobre su obispado pretendía el conde Enrique el León, a la que por fin se avino Vicelino, pero ello le conquistó la enemistad del arzobispo de Bremen. Vicelino sólo pudo fundar nueve parroquias y no pudo continuar la conversión de los vendos en torno a Oldenburgo. Le dio una hemiplejia el año 1152 y murió dos años más tarde el 12 de diciembre de 1154. Fue enterrado en la iglesia de Neumünster, de la que era fundador y preboste, y en la que había una comunidad de canónigos regulares de San Agustín, de la que él formaba parte.

BEATO CONRADO DE OFFIDA

Presbítero († 1306)

Era natural de Offida, en la diócesis de Ascoli Piceno, donde nace el año 1241. A los 14 años opta por la vida religiosa en la Orden franciscana y desea ser hermano lego porque quiere ocupar el último lugar y vivir en la mayor humildad. Logra muchos años vivir en tal estado, creciendo por día en la perfección cristiana y en la mayor humildad, hasta que el futuro papa Nicolás IV y general de la Orden, fray Jerónimo de Ascoli, lo envía al convento de Alvernia y allí se acredita tanto por su santidad que los superiores deciden que se ordene sacerdote. Obedece y desde entonces se dedica a la predicación con gran fruto espiritual y estaba predicando una misión en Bastia de Asís cuando enfermó gravemente y falleció el 12 de diciembre de 1306. Había sostenido la interpretación espiritual y eremítica de la Regla, pero abierto siempre a la comunión con los hermanos y a la más sincera obediencia. Pío VII confirmó su culto el 21 de abril de 1817.

SAN SIMÓN PHAN DAC HOA

Mártir († 1840)

Este mártir vietnamita nace en Mai-Vinh hacia 1790 en el seno de una familia pagana pero, al quedar huérfano, es acogido por una familia cristiana y se bautiza con 12 años. Fue un cristiano fervoroso. Estudió medicina, ejerció con gran celo su profesión, se casó y tuvo doce hijos, y como gozaba de muy buena fama social fue nombrado alcalde de su pueblo. Tenía una gran caridad con los pobres. Él, velando por la seguridad de sus hijos, no albergaba sacerdotes en su casa pero en una ocasión iba a buscarle albergue a uno cuando fue sorprendido y arrestado. A todo trance y con toda clase de tormentos se le quiso obligar a apostatar pero fue en vano. Iban a verlo a la cárcel su mujer y sus hijos, y un sacerdote logró llevarle la sagrada comunión, pero él les pidió a todos que no se expusieran por él, y consiguió que no le visitasen. En la soledad se preparó al martirio y cuando el 12 de diciembre de 1840 lo llevaron a ejecutar,

ante la insistencia de que se salvara pisando el crucifijo, pidió que no le insistieran más, pues era para nada ya que no se apartaría nunca de la fe. Entonces fue decapitado.

Fue canonizado el 19 de junio de 1988 por el papa Juan Pablo II junto con los 117 mártires de Vietnam, muertos por la fe entre los años 1745-1862, que habían sido beatificados a lo largo del siglo XX.

BEATO PÍO BARTOSIK

Presbítero y mártir († 1941)

Luis Bartosik nació en Kokanin, junto a Kalisz, el 21 de agosto de 1909, en el seno de una humilde familia, pero gracias a los sacrificios de la familia y a la ayuda de algunos bienhechores pudo hacer sus estudios primarios en la vecina Kalisz. El año 1926 optó por la vida religiosa e ingresó en la Orden Franciscana Conventual, tomando el nombre de Pío al recibir el santo hábito. El 8 de septiembre de 1927 profesó los primeros votos e hizo los estudios en Lvov, donde emitió la profesión solemne el 22 de febrero de 1931. Terminó sus estudios en Cracovia y el 23 de junio de 1935 se ordenó de sacerdote. Destinado al convento de Krosno, en 1936 San Maximilano Kolbe lo pidió para el convento de Niepokalanów. San Maximilano lo nombró su sustituto y preveía que le sucedería como superior del convento, y le dio responsabilidades en la redacción de la publicación *El caballero de la Inmaculada;* y en la revista trimestral *Miles Inmaculatae.* Estallada la II Guerra Mundial, el 19 de septiembre de 1939 fue arrestado junto con San Maximilano pero a los tres meses fue liberado. Por segunda vez fue arrestado el 17 de febrero de 1941, igualmente con San Maximilano, y fue llevado a la cárcel de la calle Pawiak en Varsovia y de ahí, el 4 de abril, fue llevado al campo de concentración de Auschwitz. Exhausto por los trabajos forzados y enfermo a causa de los mismos murió en la noche del 12 al 13 de diciembre de 1941.

Fue beatificado el 13 de junio de 1999 por el papa Juan Pablo II.

13 de diciembre

A) MARTIROLOGIO

1. En Siracusa, Santa Lucía († 304), virgen y mártir **.
2. En Puerto Romano, San Aristón († s. IV), mártir.
3. En la península de Solta (Cerdeña), San Antíoco († s. IV), mártir.
4. En Armenia, santos Eustracio, Auxencio, Eugenio, Mardario y Orestes († s. IV), mártir.
5. En Neustria, San Judoco († 669), presbítero y ermitaño *.
6. En Cambrai (Austrasia), San Autberto († 670), obispo.
7. En territorio de Estraburgo, Santa Otilia († 720), virgen, primera abadesa del monasterio de Hohenburg **.
8. En Nápoles (Campania), Beato Juan (Francisco) Marinoni († 1562), presbítero, religioso teatino *.
9. En el monasterio de la Visitación de Moulins, Francia, Santa Juana Francisca Frémyot de Chantal († 1641), cuya memoria se celebra el 12 de agosto.
10. En Firmo, del Piceno (Italia), Beato Antonio Grassi († 1671), presbítero, de la Congregación del Oratorio *.
11. En Tjen-Tiyou (Corea), santos Pedro Cho Hwa-so, Pedro Yi Myong-so, Bartolomé Chong Mun-ho, los tres padres de familia, Pedro Son Son-ji, padre de familia y catequista, José Pedro Han Chae-Kwon, catequista y Pedro Chong Won-ji († 1866), adolescente, mártires *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTA LUCÍA

Virgen y mártir († 304)

Lucía significa «la luminosa». Su fiesta cae oportunamente en los días más cortos del año. Y la vemos surgir con su lámpara encendida, dispuesta a recibir al Esposo. Porque estamos en Adviento, tiempo de expectación, cuando las tinieblas nos anuncian el gozo de una gran luz. Entonces Lucía, como un presagio, nos alumbra.

Quizá por eso los artistas la pintaron llevando en una bandeja sus propios ojos. Este hecho, que no tiene confirmación histórica, parece más bien una sugerencia de la luminosidad que emana de su propio nombre. Y por eso la invocan los invidentes, tanto si son materiales las tinieblas que rodean sus ojos

como si se trata de esa oscuridad en que las pasiones anegan el alma en la selva oscura sin salida. Dante colocó en *La Divina Comedia* a Lucía a la izquierda del Precursor, en uno de los puestos avanzados del paraíso.

El nombre de Santa Lucía figura en el canon de la misa junto al de Santa Águeda, otra virgen siciliana. Los mártires de esta isla gozaron en Roma de mucha popularidad, tal vez porque la colonia siciliana era tan influyente en la ciudad de las siete colinas, que llegó a dar, con San Agatón, un Papa siciliano a la Iglesia. Santa Lucía tuvo dedicados en la Urbe hasta una veintena de santuarios y es, con Inés, Cecilia y Águeda, una de las cuatro santas que gozan de oficio litúrgico propio.

Un oficio calcado en las actas apócrifas de su martirio, pero lleno de encanto y delicadeza. Es el destino de los santos populares, que la leyenda les envolvió con su ropaje postizo. Pero no seamos hipercríticos: bajo los retoques puede encontrarse una buena pintura. Aquí las actas han adornado dos o tres hechos incontrovertibles: la existencia de Santa Lucía, el lugar de su martirio y la antigüedad de su culto.

Sobre este último tenemos un documento auténtico precioso. El 22 de junio de 1894 se descubrió en la catacumba de San Giovanni, la más importante de Siracusa, cercana a la que conservó el cuerpo de Santa Lucía, una inscripción de fines del siglo IV que nos prueba que era celebrado ya el día de su martirio. Fue una cristiana la que compuso esta inscripción tan tierna: «Euskia, la irreprochable, vivió santa y pura alrededor de quince años: murió en la fiesta de mi Santa Lucía, la cual no puede ser alabada como merece».

Ahora podemos utilizar los datos de la leyenda a falta de documentación más segura. Según ésta, Santa Lucía nació en Siracusa, de padres ricos y nobles, que tenían la superior riqueza de la fe, y en ella educaron a su hija. No sabemos el nombre del padre, que debió de morir siendo ella niña. La madre se llamaba Eutiquia, y, demasiado deseosa del porvenir de su hija, la prometió en matrimonio a un joven pagano.

No podían agradar a nuestra santa tales nupcias, pero a la imposición exterior apenas podía oponer más que una firme y silenciosa fidelidad a sus convicciones íntimas y a la gracia que le había impulsado a consagrarse plenamente a Jesucristo.

Y Dios, que no abandona a quienes desean permanecerle fieles, intervino pronto con su misteriosa providencia. Eutiquia enfermó gravemente. Con este sufrimiento interceptaba Dios sus planes terrenos para hacerle comprender cuán distintos eran los designios de su voluntad.

Momentáneamente, el interés de la propia curación se antepuso en Eutiquia a todo otro afán. Lucía que, por su gran pureza de corazón, era capaz de ver más claros los designios de Dios, aceptó con sumisión este sufrimiento. Y con firme esperanza y abnegación se entregó al cuidado de su madre enferma.

Pero sus desvelos y los remedios que intentaron no dieron resultado alguno, porque Dios reservaba la curación para otra circunstancia que sería decisiva en sus vidas.

En Catania, distante tres leguas de Siracusa, se veneraba a Santa Águeda, martirizada en tiempos del emperador Decio. Junto a su sepulcro se sucedían las curaciones de los cuerpos y las conversiones de las almas.

Lucía y su madre decidieron trasladarse allí, con la esperanza de que la intercesión de la Santa les alcanzaría la deseada salud.

Ya en Catania, y estando en la iglesia, oyeron leer el pasaje evangélico de la mujer que, después de doce años de padecer tenaz enfermedad, había sido curada con sólo tocar la orla del vestido de Jesús. Lucía, sumamente conmovida por la coincidencia de la lectura evangélica, quiso continuar un rato la oración. Postradas ante el sepulcro de Santa Águeda, prolongaron con fe y confianza sus súplicas. Presa de fatiga, cayó Lucía en un profundo sueño, y en este momento ocurrió la aparición a que alude el oficio de la Santa: la virgen Águeda se presentó a Lucía y, con rostro sereno y alegre, le dijo:

> «Lucía, queridísima hermana, ¿por qué pides por intercesión de otra lo que tú misma, por la fe que tienes en Jesucristo, puedes obtener para tu madre? Has de saber que tu fe le ha alcanzado la salud y que, así como Jesucristo ha hecho célebre a la ciudad de Catania por consideración a mí, de la misma manera hará célebre y gloriosa a la ciudad de Siracusa por causa tuya, porque le has preparado una agradable morada en tu corazón virginal».

Al oír estas palabras Lucía se despertó. Su corazón, lleno de júbilo y fortalecido con las palabras de la virgen Águeda, no fue

capaz de callar por más tiempo sus deseos. Y allí lo reveló todo a su madre.

Eutiquia, conmovida también por el milagro recién obrado en su cuerpo enfermo, contagióse por la intensa caridad de su hija y comprendió mejor dónde se hallaban realmente la riqueza y la dicha verdadera, y decidió seguirla en su camino de desprendimiento, Y, de regreso a Siracusa, pusieron por obra su determinación, empezando a distribuir sus bienes a los pobres.

Esta actitud las delató como cristianas. El joven pagano elegido anteriormente por Eutiquia para su hija, desconcertado e irritado por una conducta que no era capaz de comprender, la denunció como cristiana al prefecto de la ciudad.

Esto bastó para que Lucía fuera detenida. Había llegado la hora tremenda y solemne de confesar ante los hombres su fe en Jesucristo; de demostrar, aun entre los tormentos y la muerte, el amor que le profesaba en su corazón.

Casi todos los juicios sufridos por los primeros mártires tenían parecido preliminar: un diálogo en el que se procuraba convencerlos con razones. Este diálogo era la ocasión de que el mártir, con la asistencia del Espíritu Santo, hiciera una verdadera apología de su fe, demostrando la verdad y santidad de la doctrina cristiana. El que se celebraran públicamente les daba un singular valor de testimonio y era motivo de nuevas conversiones y de nuevos martirios.

Se entabló, pues, el primer diálogo entre el prefecto Pascasio y Lucía. La dialéctica del prefecto se estrellaba contra la segura firmeza con que la virgen cristiana defendía su fe. Hasta que, agotados los argumentos pacíficos y exasperado el juez, amenazó:

—Tus palabras se acabarán cuando pasemos a los tormentos.

—A los siervos de Dios —respondió Lucía— no les pueden faltar las palabras, ya que les tiene dicho Nuestro Señor Jesucristo: «Cuando seáis llevados ante los gobernadores y reyes, no os preocupe cómo hablaréis, porque se os dará en aquella hora lo que habéis de decir. No seréis vosotros los que habléis, sino el Espíritu Santo el que hable en vosotros».

—¿Crees, pues, que el Espíritu Santo está en ti y que es él quien te inspira lo que dices?

Ante aquel auditorio pagano la santa proclama sin miedo el grande e íntimo misterio de la fe.

—Lo que yo creo es que los que viven piadosa y castamente son templos del Espíritu Santo.

Pascasio, sin comprender todo el alcance de estas palabras, le dice:

—Pues yo te haré conducir a un lugar infame para que te abandone el Espíritu Santo.

Con sublime serenidad la virgen responde:

—Si por fuerza mandas que mi cuerpo sea profanado, mi castidad será honrada con doble corona.

Pero Dios no permitió esta profanación. Y cuando los verdugos quisieron arrastrarla, una fuerza superior la retuvo inmóvil. Todo fue inútil. La fragilidad de la Santa, sostenida por la gracia de Dios, resulta más potente que los esfuerzos reunidos de aquellos hombres habituados al uso de la fuerza. El Espíritu Santo defendía con este maravilloso prodigio la pureza absoluta de aquel cuerpo virginal, animado por un alma santísima, que era realmente su morada y su templo.

Ante tal fracaso decidió el juez ensayar un tormento distinto y mandó que allí mismo se la cubriera de pez y resina y fuera rodeada de una gran hoguera.

No temía la Santa la muerte entre las llamas; pero, conociendo que aún no había llegado el momento de dar su vida por Jesucristo, anunció un nuevo prodigio con estas palabras:

—He rogado a mi Señor Jesucristo a fin de que no me dominase este fuego, y he conseguido un aplazamiento a mi martirio.

Desapareció envuelta en las llamas, y, al apagarse éstas, se pudo comprobar que Dios había realizado lo que Lucía predijera: el fuego no le había causado el menor daño.

La conmoción de la muchedumbre fue enorme. En muchos de aquellos paganos se exacerbó el odio, pero en otros empezó en aquel instante el misterioso germinar de la fe. Para Pascasio la gracia fue inútil. Endurecido en su malicia, permaneció cerrado tenazmente al testimonio de fortaleza y santidad de la joven cristiana.

Se acercaba para Lucía el final de su combate. Con gran paciencia se dispuso a soportar los últimos tormentos a que el prefecto mandó que se la sometiera. Y Dios ya no intervino para impedirlos, porque era su voluntad concederle la gracia del martirio. Al fin, atravesada su garganta por la espada, entregó su espíritu al Señor: Era el 13 de diciembre del año 304 de la era cristiana.

Su vida pura y humilde, su caridad y fervor, su entrega plena al servicio de Jesucristo, habían sido premiados con la palma suprema de la virginidad y del martirio. Como discípula verdadera de Jesucristo, llegaba a la gloria del Padre por el mismo camino que su Maestro: camino de sacrificio y obediencia hasta la muerte, que lleva a la resurrección y a la vida eterna.

MATILDE GAVARRÓN

Bibliografía

BEAUGRAND, A., *Sainte Lucie. Sa vie, son martyre, ses reliques, son culte* (París 1882).

Bibliotheca hagiographica latina. Antiquae et mediae aetatis, ediderunt Socii Bollandini, II (Bruselas 1901) n.4992.

CABROL, F. - LECLERCQ, H. (dirs.), *Dictionnaire d'archéologie chrétienne et de liturgie* (París 1930) t.9, cols.2616-2618; (1953) t.15, cols.1840-1855.

DELEHAYE, H., *Commentarius perpetuus in martyrologium Hieronymianum* (Bruselas 1940) 647.

GAETANI, C., *Memorie intorno al martirio e culto di S. Lucia* (Siracusa 1879).

GOYAU, G., Sainte Lucie (París 1921).

• Actualización:

COFRADÍA DE SANTA LUCÍA, *Vida de Santa Lucía* (Valencia 1993).

SANTIAGO APONTE, C. C., *Santa Lucía. Semblanza biográfica y novena en su honor* (El Prat de Llobregat 2001).

SANTA OTILIA

Abadesa († 720)

La *Vita* de Santa Otilia que aparece en la celebre colección *Monumenta Germaniae Historica. Scriptores Rerum Merovingicarum* es la trasmisión de una tradición oral algo inconexa, en la que no todos los datos tienen lógica e interés. Aquí los exponemos y posteriormente se expondrán algunos elementos de crítica histórica.

La *Vita* o tradiciones sobre Santa Otilia nos cuentan que, en tiempos del emperador Childerico, vivía un duque, Adalrico o Etih, hijo de Liutherico, mayordomo del emperador. Etih era muy piadoso y soñaba con fundar un monasterio. Su gente le señaló un monte que, a causa de la altitud de sus poblados le llamaban Hohenburg y sus construcciones databan de rey Marceliano. Etih hizo edificar allí una iglesia.

El duque se había casado con la noble Persinda, pariente de San Leger, que le dio a luz a una niña ciega. Etih, perturbado, ordenó matar a la niña. Persinda recurrió entonces a una doméstica, despedida por un delito, y que se había casado y acababa de tener un chico. A ella confió a su pequeña ciega. La mujer la cuidó un año, luego, como se alzasen rumores, la llevó al monasterio de Palma. El obispo bávaro Erhard, advertido por el Señor, fue a Palma para bautizar a la niña. Al sumergirla en la fuente santa le dio el nombre de Otilia. En seguida la pequeña miró frente a frente al prelado con sus dos ojos claros y muy abiertos en señal de haber recuperado la visión. Erhard dio el beso de paz a su ahijada *(filiola)* diciendo: «¡Que en el reino de los cielos, si es voluntad de la divina clemencia, nos volvamos a ver!». Y regresó de nuevo para su patria.

Otilia llevaba bien su vida monástica, pero comenzó a ser hostigada por los celos de algunas monjas. Secretamente pidió a su hermano, que vivía con Etih, que la socorriera. El hermano advirtió a su padre Etih, que también había sabido, por Dios y por Erhard, de la curación de Otilia. Pero Etih, sin embargo, ordenó a su hijo que guardara silencio sobre la existencia de su hermana. El joven, escuchando sólo a su corazón, envió una carreta para que trajese a Otilia a casa. Al saberlo, Etih, en un arranque de cólera, dio un bastonazo a su hijo que moría poco después. Afligido, Etih se encerró en el monasterio y de allí salía sólo para ir a implorar la intercesión de los santos. Quiso ver de nuevo a la joven Otilia, a la que puso en manos de una nodriza, de origen británico, que él mismo pagaba asegurándole todo lo necesario.

Un día Etih encontró a su hija llevando un poco de harina a los pobres. Emocionado, el padre puso en manos de su hija todos los considerables recursos del monasterio, poco antes de

morir. A Otilia le fue revelado que su padre estaba «en lugar de las penas». Rezó mucho por él, y supo que por fin «había sido liberado». El monasterio tenía 130 monjas a las que gobernar. Y como el monasterio estaba a gran altura y su acceso era difícil para muchos peregrinos, pobres e incapacitados, levantó un segundo más abajo, con una iglesia dedicada a San Martín. Era un lugar agradable, y estaba provisto de agua en abundancia. Un hombre trajo tres ramas de tila, que plantó en honor de la Trinidad y que crecieron altos y hermosos, dando una sombra deliciosa. Bajo su agradable sombra recibía amablemente Otilia a las mujeres que venían de Escocia y de Bretaña, y a los monjes de países lejanos. A estos les pidió que fuesen sus capellanes. Sus monjas, invitadas a escoger entre vida canonical y vida monástica, optaron por la vida canonical.

La santa hizo edificar una iglesia al Bautista en el mismo lugar que el santo le había indicado en un sueño. Otilia tenía un hermano, Adalberto, que tuvo tres hijas, Eugenia, Atalía y Gundelinda. Éstas se hicieron religiosas bajo su tía. El hermano de Otilia fue asesinado por un criado y obtuvo que el culpable fuera castigado en este mundo más bien que en el otro; y he aquí que toda su descendencia fue enfermiza.

Sintiendo su fin próximo, Otilia hizo sus recomendaciones a las hermanas en la iglesia de San Juan Bautista, luego pidió que la dejaran sola; cuando volvieron más tarde, su Madre había expirado. ¿Sin viático? Suplicaron entonces todas a Dios que le devolviese la vida con el tiempo necesario para poder darle a comulgar el Cuerpo de Cristo. Su alma volvió, y la santa se quejó suavemente pues había empezado a entrever a la santa virgen Lucía en cuya fiesta estaban. Le trajeron luego «el cáliz que contenía el cuerpo y la sangre del Señor», lo tomó, comulgó y exhaló el último suspiro.

Al morir Otilia la enterraron ante el altar de San Juan Bautista, y ocurrieron diversos milagros. Murió, como se ha apuntado, el 13 de diciembre.

La *Vita* que acabamos de reseñar fue escrita poco antes del año 950, probablemente en Hohenburg. Y nos señala que su autor desconocía muchas cosas de la historia y de la época de su biografiada. Habla del emperador o rey Childerico, y cita a un gobernador de palacio, Liutherico, del que nada se sabe. Es

también desconocido «el antiguo rey Marceliano». Del obispo Erhard casi nada se sabe. Sin embargo hubo un Etih, en Alsacia, que vivió en tiempo de Childerico. Nuestro hagiógrafo lo presenta como piadoso e impulsivo. Etih (Atico, Cati, Eticho, Adalric) está atestiguado en 675. Se dice que ordenó el homicidio, en Sorngau, Suiza, del abad y del bibliotecario de Grandval. También se habla de un tal Adalberto (que sería el hermano de Otilia); éste hizo un donativo al monasterio de Honau y murió pocos meses después. Una abadesa, Eugenia, firmó en 722 una carta dirigida a Honau: ¿Sería la hija de Adalberto? En cuanto a Palma (nombre céltico que significa cueva), algunos ven en ese monasterio a Baume-les-Dames en el Franco Condado, que sería como otro Moyenmoutier.

Otilia y sus monjas, se nos dice, escogieron la vida canonical; sin embargo hay que esperar hasta el año 816 para encontrar atestiguado este modo de vida, entre las monjas.

Anotemos por otra parte que también se cuenta que santa Salaberga, abadesa de Laon, habría sido curada de la ceguera por San Eustasio, abad de Luxeuil, que estaba de camino por las tierras de Baviera. Y que ciertos episodios tienen la pinta de pertenecer a narraciones de cuentos populares. El autor dice, por lo menos tres veces, que repite «lo que se cuenta».

En resumen, un historiador no puede confiar mucho en esta *Vita*. El monasterio de Hohenburg es citado por primera vez en 783, sin mención de Santa Otilia. Y hasta el siglo X su nombre no aparece en documentos. En el siglo X era un monasterio doble; el de abajo, Niedermunster, está ya atestiguado en 1016. El papa León IX confirmó en 1050 las posesiones «de la iglesia de la Madre de Dios donde reposa el cuerpo de Santa Otilia, en el lugar llamado Hohenburch». Una letanía de San Emerano de Ratisbona, copiada en el siglo IX, invoca a Santa Otilia. Y hay otras dos letanías, la de Freîsing, entre 957 y 994, y la de Utrecht, a finales del del siglo XI que también la incluyen. Nuestra santa aparece en los manuscritos del martirologio de Florus de Lyón que provienen de Echternach (siglo XII) y de Toul (hacia 1300).

Como conclusión parece que la fundación del monasterio por Etih en el siglo VII es dudosa, aunque probable. La misma

incertidumbre existe sobre el parentesco de Étih y Otilia. Sin embargo se acepta que Otilia se encuentra en los inicios del monasterio.

La emotiva narración de la vida de Santa Otilia tuvo un gran éxito. Los monjes de Moyenmoutier atribuyeron a su San Hidulfo el bautismo y la curación de Otilia. Los dos monasterios, Hohenburg, el de arriba, y Niedermunster, el de abajo, se disputaron a muerte ciertos datos de la vida de Santa Otilia hasta llegar a falsificar un testamento de la santa. Del sigo X al XII el culto de Santa Otilia fue desarrollándose, así como las peregrinaciones a su sepulcro. Florencio de Worcester (siglo XII) contaba la historia de un pescador que había sido resucitado llevando una camisa hedionda. Esta camisa era lo mas llamativo de la procesión a Hohenburg: el que la revestía en esta circunstancia tenía que comerse, durante los días anteriores, una buena ristra de ajos, para que durante la procesión transpirase continuamente el olor de aquellas plantas odoríferas.

Según una leyenda de Praga, el rey de Inglaterra habría pedido la mano de Santa Otilia, cautivado por su belleza. La santa se habría arrancado los ojos, y el rey perdió interés. Dios, entonces, le devolvió la vista a la santa.

Una leyenda de Friburgo de Brisgovia contaba que para defender a la santa de quien quería casarla contra su voluntad, una roca se abrió y la ocultó. Una fuente que brota, en Odilienstein, tiene fama de ser medicinal para las enfermedades de los ojos. En Hohenburg, la santa había hecho brotar también una fuente.

Aunque sea «sin papeles» ante de la crítica, Otilia no es menos, actualmente, una santa muy invocada y universalmente conocida. En Monte Santa Otilia (Hohenburg), pervive su peregrinación, su fuente, y su pared pagana de piedras antiguas, que es una de las glorias de Alsacia. La congregación monástica y misionera alemana de Santa Otilia, fundada en 1884 bajo la protección del Sagrado Corazón, es una de las más florecientes de las congregaciones benedictinas, especialmente en África y Corea, y con monasterios en todos los continentes.

LUIS M. PÉREZ SUÁREZ, OSB

Bibliografía:

BAUDOT, J. - CHAUSSIN, L., OSB, *Vie des saints et des bienheureux...* XII: *Décembre* (París 1956) 6749-6770.
PÉREZ DE URBEL, J., *Año cristiano.* IV. *Octubre-Diciembre* (Madrid 1939) 459-463.

BEATO JUAN (FRANCISCO) MARINONI

Presbítero († 1562)

Con las más vivas instancias, el virrey de Nápoles, don Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, con los «electos» de la ciudad, venía solicitando de los teatinos de Venecia una casa de su Instituto en la capital del virreinato.

Aceptada la fundación, el encargo de realizarla confióse por el capítulo a San Cayetano de Thiene, el creador genial de la clericatura religiosa, entonces humilde miembro de la comunidad de Venecia, adonde se refugiara la Orden a raíz del «saco» de Roma.

Faltaba sólo designar al que debía acompañarle en la ejecución de la empresa. Prepósito de la comunidad era entonces Juan Pedro Carafa, que había renunciado dos mitras, la arzobispal de Brindis y la episcopal de Chieti, para seguir a Jesucristo desnudo de todas las cosas, y que debía ceñir más adelante la tiara pontificia con el nombre de Paulo IV. Carafa invitó a Cayetano a escoger al compañero que fuese más de su agrado. La escena ocurría en la sala capitular, presidida por la imagen de Cristo crucificado. A la invitación del prepósito, Cayetano repuso con énfasis, vueltos sus ojos a la cruz: «¿Que elija compañero a mi gusto? Antes pido a este Señor —dijo apuntando al crucifijo— que me sea designado el más opuesto a mi carácter».

Y se contrarió, en efecto, el deseo del siervo de Dios. El compañero designado fue su amigo más adicto, el bienaventurado padre Juan Marinoni, el ángel en carne humana, como le llamaba Cayetano, discípulo identificado con el espíritu del fundador.

Había nacido en Venecia hacia 1490. Ordenado sacerdote, era nombrado, por decreto del dux Loredán de 1.° de diciembre de 1515, sacrista de la catedral de San Marcos y en agosto de 1521 formaba parte del cabildo de aquella insigne basílica.

Es seguro que Marinoni conoció a San Cayetano durante la permanencia del protonotario de Thiene en la ciudad de los canales en 1521, asociándose a él en la fundación de los Incurables, de donde era capellán en 1526. Establecida en Roma la congregación teatina, el amigo de Cayetano decidió resignar el cargo para trasladarse a la Ciudad Eterna «y retirarse con el reverendísimo obispo de Chieti y sus compañeros, presbíteros regulares», dicen las actas del hospital de Incurables (26 de febrero de 1526).

Los deseos de Marinoni no tuvieron realización hasta la llegada de los teatinos a la capital adriática. El día 9 de noviembre de 1529, de manos de San Cayetano, el canónigo y sacrista de la catedral de San Marcos vestía la sotana teatina, y al propio tiempo que el hábito, cambiaba en el de Juan su nombre secular de Francisco. El 29 de mayo del año siguiente, 1530, hacía su profesión religiosa.

Prepósito de San Pablo de Nápoles y maestro de novicios largos años en aquella casa teatina, el espíritu de los fundadores de la clericatura religiosa transfundióse, a través de Marinoni, a su gloriosa pléyade de santos e ilustres discípulos, entre los cuales sobresalen San Andrés Avelino y el Beato Pablo Burali d'Arezzo, cardenal arzobispo de Nápoles.

Cuanto se pueda escribir de esta figura de primer plano en la secular historia del sacerdocio religioso ha de resultar pálida sombra al lado del férvido elogio que de su vida y virtudes hiciera su egregio discípulo, prez y honor del gran maestro, el propio San Andrés Avelino. En carta de su puño y letra al padre don Juan Scorcovillo, prepósito general de la Orden (1598-1604), escrita por mandato de éste para dar cuenta de «las acciones de algunos de nuestros antiguos padres», escribe el santo autor:

> «Del padre don Juan de Venecia, que me admitió en la religión y me dio el hábito y la profesión, puedo hablar largamente *ex viso et auditu ex eius ore.* Antes de entrar yo en la religión fue mi confesor por espacio de unos tres años.
>
> Elegido papa Paulo IV, fue llamado a Roma por éste, y allí permaneció algunos días, porque el pontífice deseaba que aceptase el arzobispado de Nápoles, que no quiso en modo alguno, conociendo y confesando su insuficiencia para el cargo. Pasados algunos días, con permiso de Su Santidad, después de haber conseguido las

indulgencias de los viernes de marzo, la confirmación de las existentes y las que se ganan en tales días en San Pedro de Roma, regresó contentísimo a San Pablo, diciendo estas palabras: *Laqueas contritos est, et nos liberati sumas,* por haber logrado escapar al peso del arzobispado. Creo que al año siguiente ingresé yo en la religión, hace unos cuarenta y cuatro años. Acompañándole yo una vez, pasamos por la catedral, y, al ver los altares sucios y descompuestos, me dijo: "Arrodillémonos y demos gracias a Dios, que me ha librado de este peso. ¿Cómo habría yo podido soportar semejantes cosas?"

Viniendo en particular a su vida, era en verdad *devotísimo, vigilantísimo* y *abstinentísimo.* Primeramente, en cuanto a la devoción, veíasele con frecuencia derramar lágrimas, no solamente en secreto, ya que salía muchas veces —de la celda o del coro— con los ojos rojos y húmedos, sino que de ordinario, cuando celebraba, especialmente en las fiestas solemnes, apenas le era posible cantar la misa, tanto era el llanto y la abundancia de lágrimas. Unas veces eran de alegría, como en las fiestas de Navidad, Epifanía, Pascua, Ascensión, Pentecostés, etc., embargado por la contemplación de los misterios de tales fiestas. Otras veces, de dolor y compasión, como en la dominica de Ramos, el Jueves y Viernes Santos, y los demás días en que se hacía memoria de la pasión del Señor, de la cual era muy devoto. Todos los viernes, acabada la oración, reunida en el coro la comunidad, nos decía unas palabras sobre la pasión de Jesucristo, con tanto fervor que nos excitaba a devoción, con grandísimo consuelo nuestro (aunque no hacía muy felices a los que tenían poco espíritu), lo cual efectuaba con rostro alegre, pero grave, echándose de ver a las claras cómo estaba lleno de Dios. Cuando iba de la celda al coro y del coro a la celda y caminando por las calles de Nápoles, oraba siempre, no cesando de repetir salmos y otras oraciones.

Era de temperamento amable, por manera que de todos los seglares, buenos y malos, era reverenciado, honrado y estimado. De lo cual soy testigo de vista, ya que muy frecuentemente le acompañaba al salir por la ciudad, y pude ver el obsequio que recibía de todos, pues lo tenían por santo. La señora Beatriz Carafa, hermana de Paulo IV, jamás le llamaba por su nombre, sino "el santo de Dios". Deseaba morir el mismo día en que "el santo de Dios" pasase de esta vida, queriendo salir de este mundo con tan segura compañía, como en efecto ocurrió, ya que murió el mismo día, y precisamente a la hora misma en que expiró dicho padre.

No le vi hacer milagros, pero oí decir que, con la señal de la cruz, había curado a cierta señora de una enfermedad en un ojo; y abrigo el convencimiento de que habrá conseguido muchos favores a personas devotas suyas con sus fervientes oraciones.

Poseía un don estupendo para ayudar a bien morir, siendo llamado muchas veces para semejante oficio. Creo que no po-

cas almas partían gustosas de esta vida y con deseos de la eterna, en los cuales las inflamaba con su encendida manera de animarles y exhortarles. Muchos de los que se hallaban presentes a estas recomendaciones mudaban de vida y venían a confesarse con él.

En su predicación no decía cosas de mucha doctrina (que en verdad no la tenía). Pero las cosas sencillas que exponía decíalas con tal fervor y con una voz tan potente (poseía una voz fuerte y bellísima, en extremo dulce y suave) que movía a los oyentes a devoción y a terror. Recuerdo que cierta cuaresma en que Fiamma predicaba en la catedral y el capuchino Pistoio en la Anunciata, un gentilhombre de letras, los martes y viernes en que el padre predicaba en la Sapiencia, dejaba de escuchar a estos grandes oradores para ir a los sermones que hacía el padre don Juan. Como yo le preguntase por qué dejaba de oír a aquellos hombres tan famosos para escuchar al padre don Juan, me respondió que de estos bellos discursos había escuchado muchos en su vida, y que prefería al padre don Juan, porque le hacía ver el cielo y el infierno abiertos. Y basta con lo dicho tocante a su devoción.

En cuanto a su vigilancia, estaba en la cama muy poco tiempo. Creo que no más de cuatro o cinco horas. Lo sé por haberlo visto, pues yo estaba frente a su celda y veía luz en su ventana hasta muy avanzada la noche.

En invierno yo llamaba a maitines, y él salía inmediatamente de la celda por luz. Y me di cuenta de que dormía vestido, pues no era posible que se vistiese en tan poco tiempo. Y como él me reprendiese porque yo velaba mucho tiempo, le repuse sonriendo: "Si vuestra paternidad no velase, no podría saber que yo velo". Y se echó a reír conmigo.

Yo no velaba por propia voluntad, sino por necesidad, pues me habían impuesto tantas obediencias que el tiempo no me alcanzaba si no era restándolo al sueño. En efecto, en cuanto me aliviaron un poco, no precisé velar tanto.

Por lo que mira a la abstinencia, era abstinente en tal grado, que, comiendo yo a su lado, veía cómo colocaba una rebanada grande de pan sobre la carne, y, haciendo que cortaba ésta, cortaba el pan, el cual se comía en vez de la carne, devolviendo ésta con disimulo a la cocina. Practicaba en secreto otras abstinencias. Además se disciplinaba, pues se le encontró, después de su muerte, una disciplina de cadenillas de latón ensangrentada.

Observando que no estudiaba cuando iba a predicar a la Sapiencia (porque venía a maitines, después oía las confesiones de los sacerdotes e inmediatamente se ponía en oración delante del altar mayor por espacio de una hora, acabada la cual marchaba a la Sapiencia, donde oía algunas confesiones, celebraba misa y, acabada ésta, predicaba con tanto fervor que conmovía a todos), viendo esto le pregunté: "Padre, vos no estudiáis. ¿Qué predicáis?" Me

contestó: "Pido a Dios que me inspire qué debo hacer para la salud de mi alma, y esto digo a los demás".

No perdía un momento de tiempo ni se le oía jamás una palabra ociosa. Sus palabras eran siempre fructuosas. Después de maitines, de nona y completas, casi siempre nos daba algún documento. Asimismo notaba algún punto interesante de la lectura de la mesa, y sobre aquello hacía algún discurso provechoso, con que excitaba a bien obrar. De forma que no había ocasión que no aprovechase para mover al servicio y amor de Dios.

En conclusión: toda su vida, en palabras y obras, era un retrato de auténtica santidad. Guardó cama unos seis meses de una molestísima ciática. Cuando le acometían los grandes dolores, soportábalos con mucha paciencia, bendiciendo y dando gracias a Dios. Cuando dejó la cama marchó, por orden de los médicos, a las fumarolas de Anagno. Allí meditaba de continuo las penas del infierno y del purgatorio, y con gran estupor de todos, dentro y fuera de las fumarolas, predicaba a los que allí estaban en busca de remedio. Y así, de todo sacaba ocasión para excitar a las almas a dejar el pecado y amar a Dios.

No puedo acordarme bien de todas sus acciones, pero basta con lo dicho para poner de relieve la santidad de su vida purísima, inclinada a la misericordia, a la piedad y a las obras de caridad, particularmente con los enfermos dentro y fuera de casa.

El año 1562 se desencadenó en esta ciudad una grave epidemia de catarros. Murieron pocos jóvenes, pero viejos muchísimos. Yo con unos veinte de la comunidad fuimos los primeros atacados. El padre nos visitaba a todos. Contra su costumbre, no acudió a maitines la noche del 3 de diciembre. Fui a su celda para ver cómo estaba y para saber qué misa debía señalarse. Me contestó: "No sé si puedo decirla". Después me dijo: "¡Ay de mí, esto se acaba!" Se le agravó el catarro, con fiebre altísima, en términos que el día de Santa Lucía, a las veinte horas, voló a la gloria su alma santa, como se puede creer.

La fiebre fue tan ardiente que era menester mojar la lengua, pero él sostenía la sed y la angustia con mucha paciencia, y pudiendo apenas hablar, no cesaban aquellos benditos labios de hablar de cosas de Dios, con espanto de quienes le oían. No dejó de rezar el oficio ni sus devociones hasta que recibió la extremaunción, que fue en viernes, al octavo día de su enfermedad. No pudiendo ya rezar el oficio, decía continuamente salmos, con la mente despejada y fija siempre en el cielo. Tal hizo desde el viernes hasta las veinte horas del domingo, repitiendo una y otra vez: *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum,* y *Maria, water gratiae,* con el cual verso plegó sus labios y un momento después entregó su alma a Dios, con dolor de todos, y mío en particular, ya que me distinguía con su afecto mucho más que yo merecía. Por esto fue tan grande mi pena y tan abundantes las lágrimas, que sólo con gran fatiga acerté a decirle el oficio.

Yo procuré consignar cada una de las palabras y sentencias estupendas y maravillosas que en su última enfermedad iba diciendo, con intención de escribir después con orden su vida y muerte, pero una persona de casa se las llevó de sobre la mesa de la celda de dicho padre, donde yo las escribía, y, aunque no puede asegurarse, se presume que las quemó. He escrito, como mejor he sabido, lo que yo vi y le oí de su misma boca. Quien haya de transcribirlo podrá extraer la sustancia de lo que aquí va consignado y ponerlo en mejor orden, como bien le pareciere».

ANTONIO VENY BALLESTER, CR

Bibliografía

BIANCHI, L. I., CR, *Ragguaglio de la vita del Beato Giovanni Marinoni, Chérico Regolare* (Venecia 1763).

BONAGLICA, G. B., CR, *Breve compendio dell'admirabile vita e preziosa morte del Beato Giovanni Marinoni, Chérico Regolare* (Roma 1762); versión castellana de F. J. VÁZQUEZ GIRÓN, CR, *Breue compendio de la admirable vida, y preciosa muerte del B. Iuan Marinonio, Clerigo Reglar Theatino* (Madrid 1766).

CASTALDO, G. B., CR, *Vita del Beato Giovanni Marinoni* (Roma 1916).

PASCHINI, L. S., *Gaetano Thiene, Gian Pietro Carafi e le origini de Chérici Regolari* (Roma 1926).

SILOS, I., CR, *Historiarum Clericorum Regularium pars prior* (Panormi 1650).

TUFO, G. B. DEL, CR, *Historia della Religione dei padri Chérici Regolari* (Roma 1609).

VEZZOSI, A. F., CR, *I scrittori de' Chérici Regolari* (Roma 1781).

BEATO ANTONIO GRASSI

Presbítero († 1671)

Antonio Grassi nació en Fermo (Ascoli Piceno), de padres nobles, Vincenzo y Francesca Paccaroni, el 13 de noviembre de 1592. Recibió el bautismo de manos del P. Orazio Civitella, que llegaría a ser el primer superior del Oratorio de Fermo.

Desde joven frecuentó la iglesia de los padres del Oratorio, y así, sintiéndose fuertemente atraído por la figura de San Felipe Neri, se propuso imitarlo reuniendo en torno a sí un grupo de jóvenes que invitó a hacer oración y a sanas diversiones. En 1609 ingresó en la congregación del Oratorio. Ordenado sacerdote el 17 de diciembre de 1617, ejerció su ministerio dedicándose a la instrucción catequística y espiritual, a la caridad con los enfermos y los encarcelados, y a la educación de los niños y jóvenes.

En el Año Santo de 1625, peregrino del Jubileo, viajó a Roma y pudo satisfacer su devoción visitando los restos de San Felipe Neri en la llamada *Chiesa Nuova,* o de *Santa Maria in Vallicella.* El padre Grassi dio en la Urbe espléndidos ejemplos de fe y de piedad, alimentada por la oración altamente mística, que sellaba toda su vida interior y ministerial.

De nuevo en Fermo, fue elegido prepósito de la congregación el 2 de febrero de 1635. Por su ejemplaridad y por su ardor apostólico, lo sería ya ininterrumpidamente hasta su muerte, siendo reelegido sucesivamente en trece ocasiones.

En el desenvolvimiento de sus jornadas se entretejían las cosas más prosaicas y cotidianas junto a momentos de extraordinarias experiencias espirituales. Mucha gente, fascinada por aquella simplicidad misteriosa y profética, se sentía atraída a tomarle por consejero, sobre todo en el confesonario, donde —decía, incansable en el ejercicio de su ministerio— «es necesario compadecer, ayudar, consolar». Llamado «ángel de paz», pacificó numerosas rivalidades; fue denominado «padre de los pobres» por la caridad heroica con la cual lo distribuía todo, hasta sus propios vestidos.

Fue tenido en gran estima por los papas Clemente X e Inocencio XI, y por otros insignes personajes como el cardenal Azzolini, el obispo de Macerata, los magistrados de la Inquisición, monseñor Rinuzzini, el oratoriano cardenal Colloredo, que organizó el proceso sobre las virtudes de Grassi en su diócesis, y otros muchos.

Cultivó una ternísima devoción a la Virgen, de la cual fueron signo los numerosos peregrinaciones a pie a la Santa Casa de Loreto, en cuyo santuario, el 4 de septiembre de 1621, fue tocado por un rayo que sólo quemó sus vestidos, dejándolo a él milagrosamente ileso.

Ya próximo a la muerte, repetía continuamente a sus hijos espirituales: «¡Oh, qué hermoso es morir hijo de San Felipe!». Asistido espiritualmente por sus hermanos y por el arzobispo de Fermo, que no se movió de la cabecera de su cama durante todo el tiempo de su larga agonía, se durmió en el Señor el 13 de diciembre de 1671.

Desde Fermo, la fama de su santidad se extendió rápidamente, incluso en Alemania, gracias a los muchos milagros

obrados por su intercesión, y a un fogoso predicador, el P. Ignacio Savini, de los Menores Observantes.

Declarado beato por León XIII el 30 de septiembre del Año Santo 1900, su cuerpo se venera en Fermo, bajo el altar mayor de la iglesia del Carmen.

ALBERTO JOSÉ GONZÁLEZ CHAVES

Bibliografía

ANCITI, C., *Vita del Beato P. Antonio Grassi, della Congregazione dell'Oratorio* (Roma 1687).

GASBARRI, C., «Grassi», en *Bibliotheca sanctorum.* VII: *Giustiniani-Lhuilier* (Roma 1966).

KERR, A., *A saint of the Oratory. The life of Blessed Antonio Grassi* (Londres 1901)

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN JUDOCO

Presbítero († 669)

Nace en la Bretaña a comienzos del siglo VII, hijo segundo de Jutael, rey de la Domnonea, una parte de la Bretaña. Su padre lo mandó a hacer estudios en la abadía de Lan-Maëlmon, junto a Dinan. Su hermano mayor, el rey Judicael, quería dejarle la corona pero él prefería servir al Señor y por ello se fue en peregrinación a Roma, tonsurándose en cuanto entró en Normandía. Pero en el camino el duque de Ponthieu, Aymon, logró retenerlo junto a sí e impedir que siguiera su camino a Roma, y a fin de tenerlo como capellán consiguió del obispo de Amiens que lo ordenara de presbítero. Ejerció este cargo durante siete años y al cabo de este tiempo optó por la vida eremítica, pasando ocho años en la soledad de Brahic, y trasladándose luego a Ruinac, donde Aymón levantó para él una ermita dedicada a San Martín de Tours. Pero luego se mudó junto al mar donde construyó dos oratorios en honor de los santos Pedro y Pablo. Hizo por fin su peregrinación a Roma y murió no mucho tiempo después de hacerla, quizás un año, muriendo ciertamente un 13 de diciembre pero no es seguro el año, que fue en torno al 669.

SANTOS PEDRO CHO HWA-SO, PEDRO YI MYONG-SO, BARTOLOMÉ CHONG MUN-HO, PEDRO SON SON-JI, JOSÉ PEDRO HAN CHAE-KWON, PEDRO CHONG WON-JI

Mártires († 1866)

Estos seis mártires coreanos confesaron intrépidamente su fe, fueron lisonjeados con la vida y la libertad y otras ventajas si apostataban, fueron atormentados al negarse a hacerlo y finalmente fueron decapitados en Tiyen-Tiyou el 13 de diciembre de 1866. Estos son sus datos personales:

PEDRO CHO HWA-SO nace en la provincia coreana de Kyonggi el año 1815 hijo de Andrés Cho, que moriría mártir en 1839. Llegado a la edad adulta, ayudó primero al sacerdote Tomás Choe Yang-Op, pero luego se estableció en Songju Dong, donde vivían muchos cristianos y con ellos formó una comunidad. Contrajo matrimonio con Magdalena Han, una piadosa cristiana, y tuvo con ella un hijo, San José Cho Yun-Ho, que también moriría mártir, pero ella murió pronto y Pedro perseveró en su soledad un tiempo pero luego, aconsejado por los fieles, volvió a casarse con otra cristiana, Susana Kim. Su trabajo catequístico era muy fructífero. Pero llegó la persecución y el 5 de diciembre de 1866 fue arrestado. Le pidió a su hijo que se escapara pero el hijo se negó a hacerlo. Se negó a revelar los nombres de los demás fieles y por ello él y su hijo sufrieron todo tipo de malos tratamientos e insultos. Lo tuvieron en una tienda detenido mientras arrestaban a los demás mártires, y animó a su hijo para que perseverara en la fe pese a todas las amenazas. Llevado a la cárcel, consoló a los demás presos y dedicó el resto de su tiempo a la oración, soportando las torturas con el pensamiento puesto en los dolores de Cristo en su pasión. Finalmente fue condenado a muerte. Ante la muerte conservó su rostro sereno, se santiguó y ofreció su cuello al verdugo, que, extrañado de su paz, le preguntó si estaba loco. A lo que respondió el mártir que si él fuera creyente abordaría la muerte de la misma manera.

PEDRO YI MYONG-SO había nacido en 1821 en la provincia de Chungchong en una familia católica. En una de las persecuciones perdió todas sus propiedades y a punto estuvo de perder

la vida. Debió entonces dejar su pueblo y su familia e irse a vivir a otra zona, terminando por establecerse en Songji Dong, donde abundaban los católicos. Logró recuperar su buen estado económico y hacerse granjero, viviendo confortablemente y llegando a conocer a sus nietos. Piadoso, caritativo y honesto, se granjeó el aprecio de todos. Colaboraba con gran celo en la obra evangelizadora y afirmaba que había que hacerse fuerte ante la perspectiva del martirio. Estaba enfermo y tenía pocas fuerzas físicas. Era muy amigo de San Pedro Cho Hwa-So, y se animaban mutuamente en el camino de la fe. La policía le propuso una noche que huyera. Él cayó en la trampa y preparó todo para huir, pero la policía que le esperaba le arrestó. Manifestó su fe y su perseverancia con gran energía y fue torturado hasta perder el conocimiento, pero ni apostató ni reveló los nombres de los otros cristianos.

BARTOLOMÉ CHONG MUN-HO había nacido en Imchom, provincia de Chungchong, en 1802. Fue jefe de su pueblo y participó en el gobierno de la provincia antes de ser cristiano, pero conoció el cristianismo y se bautizó. Por ser cristiano la gente de su pueblo lo rodeó de hostilidad hasta el punto de decidir él cambiar de vecindad e irse a vivir a Shinligol. Culto, distinguido, delicado de trato, no hacía distinción entre católicos y paganos a la hora de darles a todos un trato igualitario, afectuoso y correcto. Mucha gente le consultaba sus cosas e incluso gentes de otros pueblos venían a hablar con él. En su trato con la gente él de forma prudente y sin imposiciones dejaba caer la semilla de la palabra de Dios. Cuando alguien se mostraba interesado, él le transmitía con mucho amor la doctrina cristiana. Una noche fue arrestado, junto con otros creyentes, estando él mal de salud. Enviado al día siguiente a Chonju, fue interrogado y a causa de su debilidad estuvo a punto de sucumbir pero su amigo lo sostuvo. Aguantó las torturas y no apostató. Se le ofrecieron ventajas y puestos, pero conservó hasta su ejecución una conducta ejemplar y un ánimo sereno ante el verdugo.

PEDRO SON SON-JI había nacido en Koindol en Imchom, provincia de Chungchong. Cuando la persecución de 1839 dejó su pueblo y se fue a vivir en Shinligol. Había nacido en una familia distinguida, educado cristianamente y bautizado en la ado-

lescencia. Muy erudito en doctrina cristiana, era muy estimado en la comunidad católica y se le confió el encargo de catequista, gozando de la confianza del santo Padre Chastan. Casado y con dos hijos, era un padre ejemplar, y en la calle y en la casa era manso, amable y afectuoso. No solamente trabajó en un pueblo sino en varios más como evangelizador. Avisado de que volvía la persecución, no perdió la calma, y fue arrestado por la policía. Inmediatamente supo que de renegar su libertad se produciría al momento, pero perseveró en la fe. Y así se lo dijo también la policía a su madre que intercedía por él. Enviado a Chonju e interrogado, confesó la fe y aguantó las torturas en las que le fue fracturado un brazo. Llegado al lugar de la ejecución, regaló sus ropas a los verdugos y exclamó: «Oh Señor, gracias por darme una tan gran bendición». Miró al cielo. Invocó a Jesús y a María y de dos tajos fue decapitado.

José Pedro Han Chae-Kwon nace en 1836 en Chinjam, provincia de Chungchong, hijo de una católica, pero siendo pagano el resto de su familia. Al tiempo de su martirio se ganaba la vida como empleado de la administración en la ciudad de Chongyang. Era amable, servicial y bondadoso. Casado y con hijos, se portaba en todo como un verdadero cristiano, muy activo en la comunidad, de la que era catequista. Propagó el evangelio por los pueblos de la cercanía. Tenía mucha caridad con los pobres, al extremo de darle a uno de ellos su abrigo en invierno y pasar él mucho frío. Se llevaba magníficamente con su esposa, unidos ambos en el amor y la fe religiosa. Arrestado el 3 de diciembre de 1866, se le ofreció la libertad si apostataba, y su padre hizo cuanto pudo por que apostatara y salvara su vida, lo que el magistrado le prometía si conseguía que su hijo renegara. La tenaz insistencia de su padre no consiguió nada de él ni las torturas tampoco. Su propia familia le escribió que estaba en peligro de muerte por causa de él, pero no por ello apostató sino que afrontó con valentía la muerte por Cristo a los 30 años de edad.

Pedro Chong Won-Ji había nacido en Chinjam, provincia de Chungchong, en 1846, en una familia cristiana. Su padre al poco murió mártir y su madre murió cuando él era niño, de modo que muy pronto se vio solo, y anduvo de un sitio a otro.

Por fin recaló en Songji Dong en Chonju. Era un chico creyente, bueno, respetuoso y trabajador. San Pedro Cho Hwa-So lo recogió en su casa, y se hizo muy amigo del hijo de su bienhechor, Yun-ho, que era casi de su misma edad. Contrajo matrimonio con una chica católica y con ella rezaba cada día las oraciones. Trataba a San Pedro Cho Hwa-So como a un verdadero padre. Con su hermano mayor trabajaba en una granja. Cuando se empezó a hablar de que iba a haber una nueva persecución, él le dijo a su esposa que estaba dispuesto a ser mártir. Cuando la policía irrumpió en la casa y arresto a San Pedro Cho Hwa-So, él huyó las montañas pero al día siguiente volvió. Lo encontró la policía y cuando ésta le preguntó si era católico dijo que no, pero aún así fue arrestado y llevado a la calle principal donde estaban los otros cristianos arrestados. Volvieron a preguntarle si era católico y él, pensando en su joven esposa, volvió a decir que no. Pero Pedro Cho Hwa-So le animó a que confesara su fe y entonces el joven dijo claramente a la policía que él sí era católico. A la policía le dio lástima de su juventud y le dijeron que siguiera negando su fe y sería libre pero él estaba ya decidido a seguir confesando la fe. Llevado a Chonju con los demás, volvió a titubear y otros se sintieron también en duda, pero San Pedro Cho Hwa-So los consoló y animó y juntos pidieron fuerza al Señor. Ante el magistrado recordó que era hijo de un mártir y confesó la fe. Pidió que no le atormentaran más sino que lo mataran ya. Fue decapitado con los demás mártires.

Fueron canonizados el 6 de mayo de 1984 en Seúl por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de canonización de 103 mártires de Corea que sufrieron martirio entre 1839 y 1846.

14 de diciembre

A) MARTIROLOGIO

1. En Úbeda (Andalucía), San Juan de la Cruz († 1591), presbítero y doctor de la Iglesia, religioso carmelita descalzo **.

2. En Alejandría de Egipto, santos Herón, Ateo e Isidoro con Dióscoro († 250), jovencito de doce años, mártires *.

3. En Apolonia (Bitinia), santos Tirso, Leucio, Calinico y compañeros († 250), mártires.

4. En Antioquía de Siria, Santa Dróside († s. III/IV), mártir.

5. En Escalón (Palestina), santos Ares, Promo y Elías († 308), mártires *.

6. En Pavía (Liguria), San Pompeyo († s. IV), obispo.

7. En Reims (Galia), San Nicasio, obispo, con los santos Eutropia, virgen consagrada, Florencio, diácono y Jocundo, mártires en 451.

8. En Nápoles (Campania), San Agnelo († 596), abad del monasterio de San Gaudioso.

9. En Poitiers (Aquitania), San Venancio Fortunato († 605), obispo **.

10. En Ekelsbecke-sur-l'Ysar (Galia), San Folcuino († 855), obispo de Thérouanne.

11. En Orvieto (Toscana), Beato Buenaventura Bonaccorsi († 1315), presbítero, religioso servita *.

12. En Klifane (Líbano), San Nimatulacio al-Hardini (José Kassab) († 1858), presbítero, de la Orden libanesa de los maronitas **.

13. En Aquisgrán (Alemania), Beata Francisca Schervier († 1876), virgen, fundadora de la Congregación de Hermanas Pobres de San Francisco de Asís **.

14. En Barcelona, Beato Protasio (Antonio) Cubells Minguell († 1936), religioso de la Orden de San Juan de Dios, mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN JUAN DE LA CRUZ

Presbítero y Doctor de la Iglesia († 1591)

En medio de La Moraña avilesa se encuentra Fontiveros. Está en el centro de un triángulo histórico que forman Ávila, Arévalo y Madrigal. Allí nació Juan de Yepes en el año de 1542. Sus padres, Gonzalo y Catalina, eran unos pobres pañeros del lugar. La vida fue difícil para él desde el comienzo. El padre murió pronto, y la viuda hubo de pasar estrecheces enormes para sacar adelante a sus tres hijos: Francisco, Luis y Juan. Luis murió también de pocos años. Y el éxodo de la familia se impuso inevitable para buscar alguna solución. Catalina pidió ayuda a los parientes de su difunto esposo por tierras toledanas. Des-

pués se estableció en Arévalo, donde siguió trabajando en su antiguo oficio. Más tarde se trasladó a Medina del Campo.

Medina está también en la llanada de Castilla. Tierra dura y sufrida. Apta para el soñar, para la poesía, para el vuelo místico... Pero Medina era entonces el centro comercial de Castilla. Ferias y mercados, artesanía y movimiento. Allí Juan ensayará numerosos oficios manuales, que no le gustan, aunque no sea inútil para los mismos. Pero su afición serán los estudios. Su madre le envía al colegio de la Doctrina que hay en Medina, como en casi todas las ciudades castellanas. Y entra de acólito en las agustinas de la Magdalena. Así tuvo ocasión de conocerle don Alonso Álvarez de Toledo, que le ofrece una colocación en el hospital de la Concepción y costearle los estudios para que sea sacerdote. En 1551 han fundado en Medina un colegio los padres de la Compañía. En él estudiará Humanidades, bajo la dirección de Juan Bonifacio, SJ, el más célebre de los humanistas de la todavía entonces joven institución.

Para los estudios Juan resulta muy «agudo», y su espíritu de trabajo es admirable. Pero todo aquel esfuerzo no va a terminar en la clericatura esperada por su protector, don Alonso, y por su buena madre. Juan se siente llamado a la vida religiosa. Y escoge la Orden del Carmen, la Orden de María, donde pide el hábito en 1563. Se llamará en adelante Juan de Santa María.

Dado su talento y su virtud, fue pronto destinado al colegio de San Andrés, que la Orden tiene en Salamanca junto a la famosa Universidad. De 1564 al 1567 estudiará en ella Artes, y en el curso siguiente (1567-68) está matriculado en Teología.

Salamanca vive entonces en todo su esplendor magisterial: Mancio, Guevara, Gallo, Crajal, Luis de León... entre otros. Fray Juan fue en su colegio «prefecto de estudiantes», que indica su aprovechamiento y la estima que le acompaña entre los demás.

Fue en 1567 cuando se ordena de misa, y viene a Medina para celebrar la primera junto a su pobre madre y su hermano Francisco. Y es entonces cuando tiene lugar un encuentro providencial e inesperado. En Medina acaba de fundar su segundo «palomarcito de la Virgen» la madre Teresa. Tiene, además, «patentes» del general de la Orden para fundar dos monasterios de frailes reformados. Y se ha puesto al habla con fray Antonio de

Heredia, prior de los carmelitas de Medina. Él está decidido a comenzar. Y por él viene en conocimiento de fray Juan. Porque fray Juan desea pasar a la Cartuja, hambriento de penitencia y soledad. Fue allí, en las casas de Blas de Medina (en ellas habita de momento la madre), donde tiene lugar la entrevista, trascendental para siempre en la historia de la espiritualidad. La madre Teresa convence a fray Juan para que se una a la reforma de los frailes, para que salve el espíritu del Carmelo, amenazado por los hombres y los tiempos; esa empresa espiritual que ella lleva adelante por encargo del cielo. Aquel día, en la recreación de las monjitas, la madre ha comentado alborozada: «¡Ya tengo fraile y medio para empezar!». El medio fraile era una alusión a la pequeña estatura de fray Juan.

Después de su curso de Teología en Salamanca, todo se precipita ya. Estamos en 1568. Va con la madre a la fundación de monjas en Valladolid, para luego instalarse en Duruelo, a finales del año. Duruelo es una alquería en tierras de Ávila que han regalado a la madre Teresa, perdida entre encinares y campos de trigo. Allí se inaugura la vida descalza entre los carmelitas. Fue el 28 de noviembre de aquel año. Durante año y medio Juan (desde ahora de la Cruz) vivirá su ilusión más pura hecha realidad en aquel rincón, único en el mundo. Austeridad, alegría, silencio... Los alcores, los espinos de las veredas, los caminos blancos entre tierras pardas, la fuente, la casita que recuerda al portal de Belén... Todo es «música callada», es «soledad sonora». Todo es paz...

Pero dura poco: año y medio no más. En seguida la expansión de la reforma carmelita le arrastra en su trajín. Fue algo inevitable. Y que proporcionó al Santo contemplativo una serie de sufrimientos y trabajos que hicieron honor a su apellido monacal.

Mancera, Pastrana, el colegio de estudios de Alcalá, reclaman en poco tiempo la presencia del fraile de Fontiveros. Él da comienzo a todas esas casas de formación, pues en la obra teresiana él es providencialmente el que va sembrando en ellas el ideal de perfección carmelita que lleva en el alma, y que en parte recibió de Santa Teresa.

Desde 1572 a 1577 fray Juan es confesor de la Encarnación de Ávila. El visitador apostólico, Pedro Fernández, OP, ha lleva-

do de priora a aquel monasterio importante de monjas carmelitas a la madre Teresa, y ésta consigue del visitador que ponga allí confesores descalzos que la ayuden a tonificar aquel monasterio. En una casita próxima al convento pasará nuestro santo, junto con un compañero, casi cinco años confesando, dirigiendo religiosas y gentes de Ávila. Fue un campo de experiencias espléndido. Sobre todo, porque durante largas temporadas la primera penitente y dirigida es la madre priora, Santa Teresa de Jesús. Allí va madurando el alma y el magisterio del futuro doctor. El germen de muchas de sus doctrinas y de sus obras allí se ha incubado. Frente a los muros roqueros de Ávila, en esa tierra alta y celtíbera que desafía de siglos los soles y los vientos...

Pero la obra teresiana es una obra de Dios, y, por tanto, ha de ser una obra sellada por la cruz. La persecución por parte de los padres calzados tenía que estallar. Y fue a caer sobre los representantes más destacados de la reforma, como es natural. Ya en 1576 fue sacado violentamente fray Juan de su casita de la Encarnación. Pero le devuelve a ella una orden del nuncio. En la noche del 2 de diciembre de 1577 fue apresado definitivamente. En seguida es llevado al convento carmelita de Toledo. Fueron nueve meses de durísima prisión. Su historia se ha recordado infinidad de veces. No hace falta repetirla. Las costumbres de la época explican los detalles externos. Pero aquellos nueve meses tienen una historia interna, que ha querido trazar la providencia de Dios. Son meses de cruz, de Getsemaní, de noche... Pero son de una fecundidad maravillosa. El alma del santico de fray Juan madura allí bajo los soles abrasados de las gracias divinas. Y aquella vida llameante se traduce en versos, en planes de escritos, en experiencia gustosa y sabia de la obra de Dios en las almas que a él se entregan. Mediado agosto de 1578 logra escapar de su cárcel. Fue un gesto dramático, en que intervienen Dios y la audacia y confianza de fray Juan. Pero de la prisión toledana él lleva consigo, grabados en el alma, sus poemas y su firmeza diamantina, que tendrá que utilizar en lo que le quede de vida, siempre orientada hacia Dios.

Porque hasta su muerte la vida de fray Juan será en el fondo ya la misma. Por una parte, dentro de la reforma, estará siempre comisionado en tareas de formación y dirección de frailes

y monjas. En seguida recorreremos todos esos encargos que tuvo. Por otra, ocupará puestos de gobierno en un plano secundario siempre, ya que los primeros títulos los detentarán Gracián y Doria, cuyos nombres y actuación llenan dolorosamente los lustros iniciales de la reforma teresiana. Juan no ha recibido del cielo la misión de la lucha externa en primer lugar. Él sera el hombre escondido que mantiene la brasa pura y que en las contiendas de familia pone la nota de elevación y de equilibrio, que faltó tantas veces a los demás. La misma santa, tan penetrante e intuitiva, se ha dado perfecta cuenta de ese papel que correspondía a su «senequita». Para la empresa exterior cuenta apenas con él. Pero para la obra secreta y misteriosa de la formación espiritual de sus hijas tiene plena confianza en su padre Juan, en aquel «santico de fray Juan», cuyos «huesecicos harán milagros», «hombre celestial y divino (que) no he hallado en toda Castilla otro como él, ni que tanto fervore en el camino del cielo». Y no es que la psicología sobrenatural de la madre coincida en todo con la de fray Juan. No, son en parte distintas. Pero se saben respetar y completar a su manera. Lo que seguramente no llegó a conocer Santa Teresa en toda su hondura fue la riqueza doctrinal de aquella alma y que su influencia iba a ser, a lo largo de los siglos, de una trascendencia sin comparación posible en la espiritualidad cristiana universal. Al menos no tenemos indicio de una tal visión profética teresiana. A pesar de las luces naturales y sobrenaturales de que estuvo egregiamente dotada, el abismo que tenía que medir ¡era tan grande!

Desde Toledo fray Juan de la Cruz fue enviado de superior al convento del Calvario, en la serranía de Jaén. Tuvieron los descalzos una especie de capítulo en Almodóvar del Campo, al que asiste nuestro Santo. Y allí fue nombrado para aquella soledad de Sierra Morena. Fueron meses felices, de paz recogida y callada, de oración y cultivo de almas selectas, de contemplación y éxtasis. Reviven los días de Duruelo otra vez. Desde el Calvario atiende a las carmelitas de Beas de Segura. Va con frecuencia a confesarlas, a proporcionarles sus primeros escritos espirituales, que se van perfilando ante aquellas almas deseosas y espléndidas. Entre ellas está por priora Ana de Jesús, que quedará de por vida tan vinculada a los avatares sanjuanistas. ¡Magnífico campo de experiencias para el santo doctor!

El 13 de junio de 1579 partía para Baeza a fundar allí un colegio de estudios para sus frailes. Baeza es la principal Universidad de Andalucía, surgida al calor del espíritu de Juan de Ávila. Y la casa de los descalzos carmelitas encuentra allí acogimiento cordial y fervoroso.

Como rector de Baeza, asiste el santo al capítulo de separación de la reforma que ha lugar en Alcalá a primeros de marzo de 1581. Allí fue elegido tercer definidor, continuando a la vez su rectorado en Baeza. En seguida será trasladado de prior al convento de los Mártires en Granada, donde permanecerá hasta finales de 1588. Fueron estos años fecundos, en su tarea de escritor sobre todo. Aquel lugar incomparable era a propósito para hacer producir a su pluma hecha llama. El paisaje de la sierra y de la vega, la luz, el aire, el perfume, la música enredada en el viento..., todo le sirvió para terminar de poner colorido y armonía a sus poemas y para redactar serenamente después sus comentarios.

Ya durante este período de su vida los viajes se fueron multiplicando cada vez más. Viajes a Caravaca, a Ávila para ultimar con la madre Teresa la fundación de monjas de Granada, viajes a los capítulos, que se suceden. En el de 1585 de Pastrana fue nombrado vicario provincial de Andalucía. Tuvo como consecuencia que aumentar sus actividades externas. Todo ello violentaría, sin duda, sus aspiraciones más profundas, pero la cruz de Cristo era el apellido que sellaba su vida. En 1586, fundación de descalzos en Córdoba; traslado de casa de las descalzas de Sevilla, reunión del definitorio en Madrid y fundación en la Corte de las descalzas con Ana de Jesús al frente de las mismas, fundación de descalzos en Mancha Real, preparación de la de Bujalance, etc., etc. Caminos, ventas, quebraderos de cabeza... En el capítulo de Valladolid de 1587 cesa de vicario provincial y vuelve a ser prior de Granada. Fue otro breve espacio de tiempo que pudo gozar de aquel retiro. Pudo así continuar sus quehaceres de director de almas y sus actividades literarias, siempre interrumpidas. Pero no duró mucho su quietud granadina.

En 1588 tenía lugar en Madrid el capítulo general para poner en vigor un breve de Sixto V, por el cual se organizaba de

manera nueva y especial la reforma del Carmen. Era obra del padre Doria, vicario de la misma, que aquí fue electo vicario general, ya casi independiente del general de la Orden. Seis consiliarios le ayudarían en el gobierno. Y uno de ellos fue San Juan de la Cruz. Para residencia permanente del vicario general y sus consiliarios se escogió el convento de Segovia. Allí residirá casi tres años nuestro Santo, que fue, además, nombrado prior de la casa de Segovia, ya que el vicario por sus viajes inherentes al cargo estaba mucho ausente.

Tres años en la paz de Segovia. Para despachar asuntos como consiliario, para consolidar aquella fundación, para dirigir almas (las carmelitas, sacerdotes, seglares), para contemplar..., en aquella soledad de junto al Eresma, frente a las torres y los muros de la vieja ciudad. Noches estrelladas de Castilla, murmullo apagado de sus campos inmensos, rumor de las aguas hondas del río..., mientras en las cuevas naturales de la huerta conventual fray Juan vive intensa su vida interior, hecha de «nadas» y de unión con el «todo».

Un día la imagen doliente de Jesús le ha preguntado que qué quería en recompensa de su amor puro y exclusivo, y Juan de la Cruz ha respondido generosamente: «Padecer, Señor, y ser menospreciado por Vos». Su oración iba a ser oída abundosamente.

En 1591 el capítulo le deja sin oficio y le arrincona como a «un trapo viejo de cocina». Fray Juan ha llegado a ser persona poco grata para el padre Nicolás Doria. Y es que nuestro Santo es la misma sencillez y sinceridad. Sabe obedecer fidelísimamente como el que más, pero sabe decir su parecer con toda llaneza cuando llega el caso. En varios procedimientos de la marcha de la consulta no ha estado de acuerdo... Ahora hay un choque fuerte entre las monjas y los frailes a causa de la manera de organizar el gobierno de aquellas. Se sospecha que Juan está de parte de las mismas. Y se le elimina con toda facilidad y sangre fría. Es más, oficiosamente se comienza un proceso contra él, que, según la intención del que lo ejecutaba, debería terminar con la expulsión del santo de la Orden.

Fray Juan pidió retirarse al conventito de La Peñuela, en la serranía de Jaén. Entretanto se aclaraba o no si marchaba a las

Indias, para las que se había ofrecido a ir, quitándose así del medio para no ser estorbo. Pero para ese largo viaje ya no hubo lugar.

En La Peñuela vive unos cortos meses. Debió de llegar en julio de 1591. De nuevo, la soledad, el silencio, la oración recoleta y sabrosa. Por fuera... la reforma padece, agitada por los procedimientos del padre Doria y sus incondicionales. En los conventos teresianos andaluces el proceso contra el santito de fray Juan se realiza turbando a las almas. Él ora, y sufre, y calla...

> «[...] De lo que a mí me toca, hija, no le dé pena, que ninguna a mí me da».
>
> «Hija mía: Ya sabrá los muchos trabajos que padecemos. Dios lo permite para gloria de sus escogidos. En silencio y esperanza será nuestra fortaleza».
>
> «[...] Y me hallo muy bien, gloria al Señor, y estoy bueno, que la anchura del desierto ayuda mucho al alma y al cuerpo, aunque el alma muy pobre anda».
>
> «Esta mañana habemos ya venido de coger nuestros garbanzos, y así las mañanas; otro día los trillaremos: es lindo manosear estas criaturas mudas, mejor que no ser manoseados de las vivas [...]».
>
> «Mañana me voy a Úbeda a curar de unas calenturillas, que, como ha más de ocho días que me dan cada día y no se me quitan, paréceme habré menester de ayuda de medicina, pero con intento de volverme luego aquí, que, cierto, en esta santa soledad me hallo muy bien».

Este último párrafo es de 21 de septiembre. Pocos días quedaban para la eternidad...

Ha escogido el convento de Úbeda porque en el de Baeza es más conocido y estimado. En el camino, ¡un penoso caminar enfermo!, le acompaña un lego. Y un episodio sencillo nos da esa nota humana que duerme siempre escondida en el alma de los santos. Su inapetencia le hace tener antojo de unos espárragos. No es tiempo de ellos. Pero, providencialmente, los encuentran los viajeros, como respuesta celestial a la humilde debilidad del frailecito.

En Úbeda, unos días largos, de más de dos meses, para acabar de consumarse la unión en la cruz. Una erisipela en una pierna, que poco a poco fue intoxicando todo el cuerpo. La septicemia se fue apoderando de todo él y manifestándose en tumores cada vez más impresionantes. La medicación y la ciru-

gía se emplearon sin reparos, según lo exigía la altura de los tiempos. El prior de la casa le trató con frialdad e inconsideración. Todo fue sufrimiento. «¡Me estoy consumiendo en dolores!» «¡Más paciencia, más amor y más dolor!», exclamará otras veces. Así hasta el 13 de diciembre. Esa noche agonizó santamente, dulcemente... Al filo de la media noche, desde «el estercolero del desprecio», se fue a cantar los maitines al cielo, como él mismo repitió ese día antes de morir. Llovía copiosamente por las calles de la ciudad moruna, donde apenas era conocido el santo del Carmelo. Sin embargo, pronto se llenó el convento de gentes que querían venerar su cadáver. Y el prior mandó abrir todas las puertas para que todos le pudieran ver. Y abiertas quedaron para siempre. Y la interminable procesión de sus devotos, de sus discípulos, de sus admiradores, sigue acercándose a sus reliquias; reliquias de su vida y de su pluma, reliquias vivas de su eterna lección.

Recordemos brevemente sus obras literarias. Ellas le valieron en 1926 el título de Doctor de la Iglesia. (Había sido canonizado en 1726.)

Las obras mayores están provocadas por varios poemas, maravillosos poemas, que le han colocado en la cumbre del lirismo en general: poesía pura, simbólica y ardiente, cuyo misterio permanece inexplicable a pesar de su sencillez humana y de los antecedentes literarios, bíblicos y extrabíblicos que se la quieran encontrar.

Las obras que en prosa interpretan a aquellos poemas son bien conocidas: *Subida del Monte Carmelo; Noche oscura del alma* (estas dos forman parte de un todo, que quedó, en definitiva, sin terminar), *Cántico espiritual* y *Llama de amor viva.* A lo largo de aquéllas el itinerario que el alma recorre es claro y certero. Negación y purificación de sus desórdenes bajo todos los aspectos. «Nada, nada, nada [...] Ni eso ni esotro». Para entregarse al Señor a través de los actos de las virtudes teologales, fe, esperanza y caridad, que van cristificando más al alma y apretando así la mística unión. Unión en que el Dios-amor se apodera más y más del alma, que queda en Dios perdida, endiosada en su Dios.

Otros cuantos poemas, unos pocos avisos: «Dichos de luz y amor»: un puñado de cartas..., nos quedan también como par-

tículas benditas, caídas de su mesa. Todo ello, riquísimo y sublime. Todo ello ha servido de manjar desde hace tres siglos a los espíritus mejores. Su gloria y magisterio se acrecen con el tiempo cada día más.

Juan de la Cruz es el doctor místico por antonomasia de la Iglesia, el representante principal de su mística en el mundo, la figura más egregia de la cultura hispana y una de las principales de la cultura universal.

BALDOMERO JIMÉNEZ DUQUE

Bibliografía

CRISÓGONO DE JESÚS SACRAMENTADO, *Vida de San Juan de la Cruz* (Madrid [5]1964; [13]1997).

RUANO DE LA IGLESIA, L. (ed.), *Vida y obras completas de San Juan de la Cruz* (Madrid [3]1955).

• Actualización:

Introducción a la lectura de San Juan de la Cruz (Salamanca 1993).

PACHO, E., *Diccionario de San Juan de la Cruz* (Burgos 2000).

RUANO DE LA IGLESIA, L. (ed.), *Obras completas de San Juan de la Cruz* (Madrid [2]2005).

RUIZ SALVADOR, F. - RODRÍGUEZ, J. V., *Dios habla en la noche* (Madrid 1990).

STEGGINK, O. - EFRÉN DE LA MADRE DE DIOS, *Tiempo y vida de San Juan de la Cruz* (Madrid 1992).

SAN VENANCIO FORTUNATO

Obispo († 605)

Su nombre completo era Venancio Honorio Clemenciano Fortunato. Había nacido cerca de Treviso y estudió en Ravena, donde Teodorico había formado una academia con los maestros más famosos de su reino. Fortunato se distingue entre todos los estudiantes por su amor a la poesía y su facilidad en entretejer versos sobre los temas más comunes y livianos. Aprende, sobre todo, el don de agradar y de hacerse simpático a las personas con quienes trata. No tiene enemigos, porque se juzga humildemente y reconoce en todos facultades superiores a las suyas.

> «Soy un pobre ingenio —dice de sí mismo—, el más humilde de los escritores de Italia, pensamiento ligero, inteligencia perezosa, palabra defectuosa, sin arte, sin experiencia, sin más que un

poco de agilidad verbal; espíritu obtuso que olvida un día lo que aprendió el anterior y que de tantas cosas bellas sólo conserva el aroma. No puedo pretender el manto recamado de púrpura de los magistrados ni el honroso birrete de los sabios. Mi insuficiencia me ha colocado en el último lugar».

Su formación literaria le aferró, en verdad, a las tradiciones del mundo antiguo y su musa no tuvo vigor para desprenderse del barniz retórico recibido en la escuela; pero entre la hojarasca de su producción poética desgranó verdaderas perlas, que le valieron por mucho tiempo el ser considerado como el modelo acabado del literato latino. Maestro en todo género de poesía le declaró un siglo después de su muerte Paulo el Diácono; en el siglo XVI Pedro Crinito le enumera entre los poetas clásicos, y agrega que sus himnos son la maravilla de los gramáticos italianos de la época y se comentan y explican en clase; su compatriota Jerónimo Bologni, de Treviso, dice que Horacio se queda empequeñecido ante los himnos pindáricos, de inspiración celestial, de Fortunato; Gaspar Barthio proclama a nuestro poeta el hombre de saber enciclopédico. Elías de Pin, por otra parte, no admite en Fortunato más que su facilidad maravillosa, y dom Cellier no le reconoce otro mérito más que su buena intención y su piedad. Los vientos han cambiado. Barthio había reconocido ya que la lengua de Fortunato corría encenagada por el ambiente de la época y Agustín Thierry le presenta como un obispo epicúreo que hallaba su deleite en los placeres de la mesa.

Pero no hay que exagerar las tintas en ningún sentido. Fortunato fue un hombre de su época a quien los azares de la vida echaron por los caminos del mundo y le convirtieron durante mucho tiempo en un bardo o un juglar.

Sus andanzas empezaron por un hecho insignificante. El mismo refiere que, estando en Ravena y a punto de perder la vista, le ocurrió echar en sus ojos unas gotas del aceite que ardía en la capilla de San Martín. Sus ojos se esclarecieron, y en agradecimiento emprendió una peregrinación al sepulcro del santo taumaturgo. Pero sus pies no buscaron el camino más directo. Se dejó llevar por su afán de curiosidad y por sus ansias de ver tierras, y visitó algunas ciudades alemanas y también los caminos de Francia.

Él conoce los encantos de la conversación, improvisa poemas y lleva cartas recomendatorias de los señores de una ciudad para los magnates de la otra. Todos los que se precian de elegantes se disputan el honor de acogerlo y agasajarlo. Fortunato les corresponde con delicados cumplidos y espléndidas lisonjas. Observa el aire de cada uno y orienta sus poemas de modo que les resulten placenteros. A los obispos les elogia por su piedad, por su celo apostólico, por sus espléndidas catedrales, por sus empresas grandiosas y por las obras de arte que han sabido disponer en sus iglesias; en los magnates galos admira su habilidad política, su elevado ingenio, su hospitalidad reconocida, su conocimiento del derecho, su elevación de pensamiento y su elegancia en la conversación latina, proverbial en otros tiempos en las familias de los Escipiones y de los Escévolas.

De cuando en cuando, en su amena conversación, describe tierras y paisajes lejanos, les relata leyendas y tradiciones, sucesos y percances, y en las prolongadas vigilias invernales nutre venturosamente con sus narraciones las fantasías de los jóvenes y de los ancianos. Más que por su talento, se hace querer por su afabilidad; más que por su imaginación discreta, por sus innegables dotes de improvisador; más que por la elegancia de su estilo, por la sencillez de su persona y la cordialidad de su carácter. Éste, mezcla de sensibilidad, de amabilidad, de benevolencia, de comprensión y de obsequiosidad, no dejaba de atraerse las simpatías de los hombres de su época, regocijados en extremo, pero marcados siempre con el aguafuerte de la violencia y de la barbarie. En este medio ambiente Fortunato tenía que aparecer como el prototipo de la delicadeza y de la dulzura. No es extraño, pues, que muchos de sus versos, impregnados en los encantos de una profunda amistad, llegaran a conmover delicadamente las fibras del sentimiento que siempre encierra el corazón de los hombres, aun en los más embrutecidos.

> «A pesar de la distancia —escribía al diácono Ruccón—, un mutuo cariño nos acerca. El recuerdo de tu amistad se mueve sin cesar dentro de mí, como las aguas del mar en la playa durante la tormenta. Mi corazón no puede estar en reposo cuando estoy lejos de ti».

Como él escribía sus poemas para determinadas circunstancias, para personas concretas, como hojas volanderas que se

lanzan al viento, jamás pensó ni se preocupó de otros versos que los que en el momento componía. Muy lejos de él la idea de que a nadie se le ocurriera reunirlos en una antología, ni siquiera recordarlos pasada la ocasión para que fueron escritos. Pero San Gregorio, obispo de Tours, reunió las poesías ligeras de su amigo Fortunato en un desordenado haz que tituló *Miscellanea.* El primer sorprendido fue el poeta, que, asombrado, escribía:

> «No concibo cómo puede dar algún valor a estas bagatelas ese varón apostólico. Las escribí dormido casi sobre la silla de la cabalgadura. Rodeado de un cortejo de bárbaros, en las crestas cubiertas de nieve o entre los bosques de árboles desnudos; nuevo Orfeo, mis cantos no eran más que gritos salvajes. En cuanto a los oyentes, eran incapaces de distinguir un ruido ronco de una voz armoniosa, el canto de un cisne del graznido de un ganso. Por la noche, en la asamblea de los leudes germanos, en medio de las jarras de cerveza y de hidromiel, después que el arpa había acompañado con sus zumbidos las canciones guerreras, yo aparecía, no como un poeta músico, sino como el murciélago de la poesía».

Muchos de los poemas de Fortunato fueron compuestos en estos ambientes. No es extraño, pues, que, entre el zigzaguear chispeante del ingenio del improvisador, dejen entrever el lastre de la pesantez de un estómago repleto.

Ch. Nisard juzga a Fortunato a la luz de estos poemas y nos da una visión repelente: Fortunato fue un amable regalón prendado del presente y despreocupado de los juicios de la posteridad. Él poseía la habilidad y la bondad, pero todo lo ordenaba a no resultar desagradable a nadie. Prudente, pero con una prudencia que rayaba casi en la poltronería. Su prudencia consistía en el miedo de comprometerse y en echar un manto de indulgencia antes que censurar a nadie. Su vida no se extiende más allá de la impresión momentánea, carecía en absoluto de previsión. Cuando un suceso le enojaba, era incapaz de afrontarlo con decisión o de defenderse con valentía. La amistad protectora de Santa Radegunda le aseguraba la indulgencia de los que pudieran sentirse perjudicados; su insignificancia la atraía el perdón que no hubiera merecido su flexibilidad. Fue mimado por todos los que le trataban, y tomaba esos agasajos como señales de verdadera amistad; pero el mundo le negó la franqueza de una sincera y profunda amistad, que él no llegó a sentir por

parte de nadie. El prefería las lisonjas y, con la esperanza de ser agasajado y honrado, incensaba sin cesar a cualquier truhán que le recibiera en su palacio. Así, por ejemplo, del marido de Fridegunda, que San Gregorio de Tours califica de Nerón y Herodes, dice Fortunato:

> «Se está construyendo un muro de protección con sus obras de piedad; su justicia se manifiesta tan bien ordenada que nadie se queja de sus decisiones; jamás se aparta de la línea de la rectitud; su boca no se abre más que para decir la verdad; en fin, si se pudieran conocer y describir todas sus virtudes y buenas cualidades, se hallarían tantas que, repartidas, podrían hacer buenas a muchas personas».

Es el hombre de los homenajes oficiales, el sucesor indiscutible de los panegiristas imperiales del siglo IV; alaba a fondos perdidos, y con sus visitas a abadesas y obispos, el trato frecuente de los príncipes y las inflexiones profundas de su espalda ante los reyes, llena y colma su vida. El ejemplo más fehaciente y significativo es el epitalamio dirigido a Sigeberto. Fortunato evoca en él los dioses de la mitología griega que presiden la unión de los sexos y los presenta hablando como insubstanciales mequetrefes.

Pero el crítico no debe juzgar a un autor por un aspecto parcial de su obra. La visión del hombre hay que proyectarla sobre todas las alternativas de su vida, y la del escritor por el conjunto de sus obras. Y del conjunto de su obra y de su vida nosotros deducimos que Fortunato, a pesar de las apariencias, fue un escritor sincero. Él siente en cada momento la verdad de lo que dice. Su fallo estuvo en su simplicidad, en su ingenuidad, en su falta de sagacidad para sorprender o descubrir la astucia de los señores galos. Y esta equivocación se explica fácilmente en quien no les conocía en todos sus subterfugios y marrullerías, disimuladas elegantemente en un rato de velada al amor de la lumbre y delante de un huésped delicado en su trato y agradable en su conversación.

Con todo, llega un momento en que Fortunato deja de ser el bardo de los salones señoriales. A los dos años de peregrinaciones, el poeta fija su residencia en Poitiers, cautivado por las virtudes de la reina Radegunda, profesada como simple monja en

el monasterio de Sainte-Croix. Existe en el Ayuntamiento de Poitiers un fresco, obra de Puvis de Chavannes, en que Fortunato, de pie, declama una poesía emocionado en presencia de Radegunda y otras monjas de su monasterio. En los rostros se dibuja la emoción y una hábil amanuense recoge diligente los ecos del poeta. Queremos imaginar que Fortunato declama ante Radegunda, su madre, y la abadesa Inés, su hermana, el bello poema titulado *Las flores del altar,* que a ellas les dedica. Nada más emotivo ni más tierno *(Miscellanea* 1.8 n.12):

> «La tierra se ve oprimida por los rigores del frío invernal, ha huido la luz y se han deshojado las flores.
>
> En la primavera, cuando el Señor venció al infierno, la hierba surge gozosa y cubre la tierra de una cabellera abundante; ahora los hombres engalanan con flores sus puertas y sus balaustradas, y las mujeres llenan de rosas perfumadas los pliegues de sus vestidos.
>
> Pero vosotras no cortáis las flores para vuestro regalo, sino para Cristo, para llevar vuestras primicias a su templo. Habéis cubierto los festivos altares de coronas variadas; bajo estas flores nuevas, el ara resplandece como la pintura de un bordado.
>
> En vuestras guirnaldas, el azafrán de oro se une a la pálida violeta, la blancura de la nieve y la púrpura resplandecen, el azul se mezcla agradablemente con el verde.
>
> Las rosas rivalizan en sus colores, y pensaríamos que han elegido esta mansión de paz para contender sobre su hermosura. Esta cautiva por su blancura; aquélla, por su encarnada viveza; la otra embriaga con su perfume, la de más allá reclama nuestra mirada con su hermosura.
>
> Así luchan entre sí las flores, de manera que unas superan a las piedras preciosas por su colorido y otras exceden al incienso con su perfume».

La reina-monja ya no dejó marchar de Poitiers al poeta. La admiración que por él sentían las dos santas, la abadesa Inés y la profesa Radegunda, llegó casi a la veneración desde el día en que la monja-reina hizo traer de Constantinopla un buen trozo de la cruz en que murió Nuestro Señor. Una multitud inmensa salió a recibir la preciosa reliquia, cantando un himno compuesto por Fortunato para aquella ocasión: *Vexilla regir prodeunt:* «Los estandartes del rey se despliegan, brilla el misterio de la cruz, patíbulo en el que pendió el cuerpo del Creador de toda carne». Cuando la adorable reliquia hizo su entrada por las puertas de la catedral, los clérigos de Poitiers entonaron otro

brillante himno, también de Fortunato: *Pange, lingua, gloriosi praelium certaminis.* Estos himnos que entona la Iglesia universal en el tiempo de Pasión, son de los trozos más bellos de la liturgia romana.

El poeta se ordena de sacerdote. Desde entonces Fortunato es el capellán de Sainte-Croix, el consejero, el hombre de confianza, el intendente, el embajador, el árbitro en las menudas rencillas que surgen en toda sociedad humana, y moderador de las pasiones y arrebatos femeninos.

Su carácter se dulcifica más y más, su piedad crece ante los ejemplos de las dos santas monjas, y sus versos se visten de mayor hermosura y de una delicadeza superior. Escribe menos, pero con mayor exquisitez y menos ansias de agradar al mundo. Ya no aspira más que a agradar a las siervas de Dios, que, por su parte, sienten vivo placer en escuchar los versos de su capellán, y éste aprovecha cualquier obsequio, cualquier fiesta del convento, para recrear a las monjitas con sus cantos. Un día será por la solemnidad de la Pascua cuando les entonará su magnífico himno *Salve, testa dies,* cantado en otro tiempo en la liturgia pascual, cuyos últimos versos suenan así:

> «Ha llegado el tercer día; levántate, sepultado mío [...] desnúdate de tu mortaja, te lo suplico; deja el sudario del sepulcro; tú eres lo único que ansiamos; sin ti todo nos enfada».

Otro día en que el convento celebra una festividad de la Santísima Virgen, Fortunato regalará a sus monjas con unas estrofas aladas, que recoge el oficio parvo de Nuestra Señora:

> «¡Oh gloriosa Señora, más alta que las estrellas!, tú regalas a tu Criador con la leche de tus pechos.
>
> La pobre Eva nos privó de la vida, tu Hijo nos la restaura; tú eres puerta del cielo por la que entran todos los que lloran. Por ti se llega al rey del cielo, por ti se entra en el reino de la luz. ¡Oh pueblos redimidos!, aplaudid la vida que se nos ha dado por María».

Otra vez será el tiempo de Navidad cuando Fortunato entone su himno navideño: *Agnoscat omne saeculum.*

El peregrino había encontrado definitivamente su nueva patria. Ya los obispos galos le celebran no sólo por su genio de improvisador, sino por la unción que pone en sus versos. Todos quieren decorar sus iglesias, sus baptisterios y sus sepulcros con

inscripciones de Fortunato, y éste no se hace nunca de rogar. Muchas iglesias de Francia quedaron adornadas con inscripciones suyas.

Santa Radegunda murió en 587. Fortunato fue el primer biógrafo de la santa. En 597, huérfana la iglesia de Poitiers de su pastor, eligió a Fortunato para obispo, y desde entonces el trovador da de mano a sus delicadas «bagatelas».

El poeta ha muerto y surge en su lugar el pastor celoso, el predicador sugestivo y delicado, el padre atento tan sólo al bien espiritual de sus hijos y a la santificación de su alma.

Murió el poeta, pero nació el santo.

JOSÉ GUILLÉN

Bibliografía

BLOMGREN, S., *Studia fortunatiana,* 2 vol. (Upsala 1933-1934).
GAIFFIER, B. DE, «S. Venance Fortunat, évêque de Poitiers. Les témoignages de son culte»: *Analecta Bollandiana* 70 (1952) 262-284.
Monumenta Germaniae Historica. Auctores antiquissimi, t.4/1: *Poetica,* ed. F. LEO; t.4/2: *Pedestria,* ed. B. KRUSCH (Berlín 1881-1885).
TARDI, D., *Fortunat. Étude sur un dernier représentant de la poésie lat. dans la Gaule mérov.* (París 1927).
VACANT, A. - MANGENOT, E. - AMANN, E. *et al.* (dirs.), *Dictionnaire de théologie catholique.* VI/1: *Flazius-Gezon* (París ²1947) cols.611-614.

SAN NIMATULACIO (JOSÉ KASSAB) AL-HARDINI

Presbítero († 1858)

La Iglesia maronita tiene por su fe en Cristo e inserción en la Iglesia universal una exuberante vida interior que hace de sus prelados, sacerdotes, monjes y seglares una comunidad comprometida en dar testimonio de Jesucristo en el cercano Oriente, difundiendo el buen olor de Cristo a su alrededor por sus acrisoladas virtudes. Varios santos y beatos, que la autoridad de la Iglesia ha colocado en los altares, avalan la afirmación de que la santidad florece en esta antigua y acreditada comunidad católica. Uno de sus recientes santos es precisamente San Nimatullah, latinizado Nimatulacio, sacerdote y monje de la orden libanesa maronita.

Su nacimiento fue el año 1808 en la villa de Hardine, un pueblo maronita de la montaña del Líbano, concretamente en el

norte del país. Nace en una familia maronita de apellido Kassab y es llevado a bautizar el día mismo de su nacimiento, que las fuentes consultadas no reflejan, y se le impuso el nombre de José. Su padre se llamaba Girgir Kassab y su madre Mariam Raad, naturales respectivamente de Hardine y de Tanourin. Tuvieron seis hijos, cuatro varones y dos chicas, y trataron desde el principio de educar a sus hijos en la sólida tradición de su comunidad cristiana. El ambiente de su casa era de mucha devoción y de mucha moralidad, inspirada la vida en los principios del evangelio, y dirigido ante todo a que se formara en los corazones de los hijos una sólida piedad. Esta siembra dio fruto abundante, pues los cuatro hijos varones optaron por la vida religiosa o sacerdotal. Y así Tanios se hizo sacerdote diocesano y pasó la vida dedicado a la pastoral parroquial al servicio de los fieles; Eliseo entró en la orden libanesa maronita y llevó vida de ermitaño, dedicado a la divina contemplación, a lo largo de cuarenta y cuatro años; Msihieh fue monje en el Monasterio de San Juan Bautista de Hrasch, y nuestro santo será sacerdote y monje igualmente. Una de las hijas optó también por la vida religiosa, entrando en el monasterio de San Juan de Hrache, de Kesruane, en el Líbano central.

José aprendió las enseñanzas elementales en el convento de San Antonio de Houb, en Tannourine, población distante una hora de camino de su natal Hardine. Y por ello el muchacho tenía todos los días que ir a pie desde su pueblo al convento. En la enseñanza elemental que se le dio en el convento entraba el conocimiento de las dos lenguas usadas entonces entre los maronitas, el árabe y el siríaco. El muchacho resultó ser un chico disciplinado y despierto, y cursó con normalidad y aprovechamiento los cursos elementales. Y terminados estos, se le envió con su abuelo José Raad, que era el párroco de Tannourin, lo que no puede extrañar pues es bien sabido que entre los maronitas los sacerdotes seculares pueden ser hombres casados. En el ambiente de la parroquia, asistiendo a los divinos oficios y viendo el ejemplo de su abuelo, José recibió una positiva influencia en orden a dedicar su vida a Dios Nuestro Señor. La suya era una juventud honesta, pura y piadosa, y maduraba en su corazón la idea de ser él también sacerdote. El ejemplo de

los monjes del monasterio frecuentado por él le atraía y decidió no ser sacerdote secular como su abuelo sino sacerdote y monje en un monasterio como aquel en que había pasado sus años de escolarización. Con la bendición de su familia, a los veinte años de edad llamó a las puertas del monasterio de San Antonio, de Qozhaya, en el Líbano septentrional.

Eligió un monasterio muy acreditado. En efecto gozaba de merecida fama por su prosperidad espiritual y material, y se decía que el Señor subrayaba esta buena situación del convento haciendo que los fieles que acudían a él para pedir la gracia del Señor obtuvieran la curación de las enfermedades mentales y el don de los hijos en las familias que los deseaban. Algunos fieles, para insistir en la petición de estas gracias, se encadenaban un tiempo en el convento. Sobresalía este monasterio por su imprenta, abierta nada menos que en 1610, así como por sus talleres de oficios o trabajos manuales, como los de sastre, zapatero, encuadernador, apicultor, cultivador de naranjas, etc. Este monasterio, gracias a su prosperidad, era capaz de sostener otras fundaciones monacales menos prósperas en lo material. El clima del monasterio era excelente: una guarda perfecta de la disciplina monacal envolvía el amor a la oración personal y comunitaria y al trabajo de los monjes, ocupaciones en las que se distribuía sabiamente el tiempo.

El joven José Kassab, al ser admitido en el noviciado, debió dejar su nombre y su apellido y tomar otro que le fue dado: el de Nimatullah, como nombre propio, y el de su pueblo originario como apellido: Nimattulah al-Hardini, y con él será conocido en adelante y con él subirá a la gloria de los altares. Como novicio debía aprender a integrarse en la oración comunitaria y en la vida comunitaria de trabajo. Muy pronto los superiores se dieron cuenta de que el nuevo religioso daba muestras de verdadero espíritu monacal. Cumplía el reglamento del monasterio con gran perfección, trabajaba con dedicación en las labores que se le asignaban y participaba con mucha piedad en la oración común. Pero además los monjes podían observar que el joven novicio se iba a la iglesia los tiempos libres y delante del sagrario se pasaba las horas en oración con las manos levantadas según el estilo habitual de su iglesia. Es por ello que no ex-

trañó a ninguno que fuese admitido a la profesión monacal, la cual emitió el 14 de noviembre de 1830.

Iban a empezar tres años de estudio serio y profundo para él. El nuevo monje fue enviado a la población de Kfifane, al monasterio de los Santos Cipriano y Justina. Y aquí recibió las lecciones de filosofía y teología que hicieron de él una persona apta para recibir el sacerdocio. Al mismo tiempo que participaba en el oficio divino diario, tenía que estudiar, y colaboraba con el sostenimiento de la comunidad encuadernando libros y trabajando en los campos. Se resintió por entonces su salud, y al verlo enfermo los superiores decidieron dispensarlo del trabajo en el campo, pensando que no era fuerte como para él, y se lo cambiaron por el de encargado de la ropería. Le tocaba a él velar por que los hermanos tuvieran sus ropas en buen uso o se le hiciesen nuevas cuando fuera preciso, y se le encomendó a él la tarea de ser el sastre de la comunidad, resultando ser hábil en esta tarea y siendo ésta su principal colaboración con el trabajo de la comunidad. Pero tuvo otra ocupación también: la de enseñar a los niños, lo que hizo con mucha dedicación y entrega. Los superiores pensaron por fin que Nimatullah estaba preparado para recibir el sacerdocio y decidieron presentarlo al obispo para que lo ordenara. Él se preparó con mucha devoción a ser ungido sacerdote del Señor y habiendo recibido la ordenación sacerdotal en 1833, comenzó a celebrar con mucha y evidente piedad la santa misa, siendo de edificación a todos los que se la oían.

Una vez ordenado sacerdote, los superiores pensaron que era él el más indicado para estar al frente del escolasticado, al mismo tiempo que se le asignaba dar clases, tarea ésta que le acompañaría hasta sus últimos años. Comprendió él lo importante que era esta tarea de enseñar a los niños, el gran apostolado que ello significaba y la gran necesidad que tenía el pueblo maronita de que sus hijos fuesen educados a la sombra de la Iglesia y enseñados por los maestros del monasterio. Por ello él mismo dio vida a una institución que llamó la «Escuela bajo la encina». Como maestro de los niños y como profesor del escolasticado siempre consideró la enseñanza como una tarea muy principal de su Orden.

Su profundo espíritu cristiano y religioso quedó de manifiesto cuando se condujo con tanta prudencia y caridad en las circunstancias de las guerras civiles de 1840 y 1845, y en las matanzas de cristianos maronitas y destrucción de monasterios acaecidas en 1860. Se ofreció al Señor por la salvación del Líbano y de su Orden.

Pero antes de esa fecha de las matanzas ya la Santa Sede le manifestó su afecto y estima. En 1845 fue nombrado asistente general de la Orden, y se dio como causa de este nombramiento su celo por la perfecta observancia de la regla monástica. Como tal asistente general se preocupó mucho por la situación de su Orden, dando todos los consejos que estimó oportunos en orden a mejorar y mantener la Orden en la espiritualidad más plena y el buen orden en todas las cosas. Se preocupó de la formación de los jóvenes religiosos y propuso que siete de ellos fueran enviados al colegio que habían fundado los jesuitas en Ghazir y donde podrían profundizar los estudios. Estos siete religiosos garantizarían el alto nivel que él quería que tuvieran los estudios eclesiásticos dentro de la Orden. Terminado su trienio como asistente general, fue enviado al convento de San Marón de Annaya (1848) y luego al de San Antonio de Houb (1849). Al siguiente año le vino un nuevo nombramiento de asistente general, que desempeñó con eficacia durante tres años. En 1853 volvió a Kfifane para hacerse cargo de la cátedra de teología moral, cargo que desempeñó tres años con mucho fruto de los estudiantes, y al término de los mismos, por tercera vez le llegó el cargo de asistente general. Y como supiera que pensaban en él para superior general de la Orden, no dejó de afirmar que prefería la muerte a desempeñar un cargo tan alto y delicado.

Su altísima vida interior y su espiritualidad quedaron muy de manifiesto en estos años de asistente general. Su carácter dulce y su bondad hacían amables todas sus intervenciones como tal asistente. Vivió en el monasterio de Nuestra Señora, de Tamich, al lado del padre general, pero pasaba algunas temporadas en Kfifane a causa de sus clases, que no dejó del todo en este tiempo, y de su labor como encuadernador que le hacía velar con gran celo por los manuscritos litúrgicos. Entre sus alumnos

tuvo de 1853 a 1858 a San Charbel Makhlouf, que estaría presente al momento de su santa muerte.

Esta llegó de forma inesperada. Nimatullah tenía solamente cincuenta años. Nimatullah había ido a su querido monasterio de Kfifane para dar sus clases. Era el mes de diciembre de 1848 y hacía un terrible frío. Ello fue la causa de que el santo monje cogiera una pulmonía. Se dieron cuenta los monjes de su gravedad. Él sentía mucho no poder acudir al coro, y pidió humildemente que lo llevasen a una celda que estuviera cerca de la iglesia para oír desde ella los cantos corales de la comunidad. Así se hizo. Muy pronto la enfermedad empezó a agravarse y se vio que era el fin. Su agonía duró varios días. Le dieron los santos sacramentos que recibió con gran piedad, y tomó en sus manos un icono de la Virgen, a la que dirigía sus oraciones y plegarias. Era el 14 de diciembre. Los que rodeaban el lecho del moribundo vieron de pronto una luz especial que llenó la celda y un perfume singular la inundó. Nimatullah entregó su espíritu al Señor. Todos estaban seguros de haber asistido a la muerte de un santo, y su cadáver fue conducido al monasterio de los Santos Cipriano y Justina, donde reposa.

La fama de santidad rodeó su memoria. Todos recordaban que era un verdadero discípulo de Cristo en todos los aspectos. Su humildad, su caridad, su fortaleza, su espíritu de oración, su confianza en la voluntad de Dios, su autodisciplina y control para estar siempre dedicado al bien, su conducta de penitente y monje austero, su laboriosidad y su apego a la disciplina monacal etc. crearon en todos los que le conocieron la convicción de que habían convivido y tratado con un verdadero santo, con un hombre de virtudes heroicas. Fue un ardiente devoto de la Santísima Virgen, a la que honraba cada día con el rezo del rosario y a la que invocaba frecuentemente teniendo su dulce nombre continuamente en los labios. Practicaba todos los sábados el ayuno en honor de la Virgen y las vísperas de sus fiestas igualmente, y tenía especial devoción por el misterio de la concepción inmaculada. Y esta devoción personal suya intentaba pasarla a todos los que trataban con él, y para ello fundó cofradías marianas y erigió altares en su honor, nada menos que dieciséis, uno de los cuales, en el monasterio de Kfifane se llama ahora al-

tar de Nuestra Señora de Hardini. Se empezó su causa de beatificación y canonización. El papa Juan Pablo II procedió a beatificarlo el 10 de mayo de 1998, con gran gozo de la Iglesia maronita. Posteriormente la fama de milagros siguió rodeando al beato, y se propuso un milagro para su canonización, que fue aprobado el 20 de diciembre de 2003, procediéndose a su solemne canonización el 16 de mayo de 2004.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 90 (1998) 948-950
L'Osservatore Romano (ed. en español) (14-5-2004) 11.
RESCH, A., *I Beati di Giovanni Paolo II,* IV (Ciudad del Vaticano 2004).
Bibliotheca sanctorum. Prima appendice (Roma 1987) cols.706-707.
MAHFOUZ, J., *Ni'matullah Kassab Al-Hardini* (Roma 1980).

BEATA MARÍA FRANCISCA SCHERVIER

Virgen († 1876)

San Francisco de Asís no sólo fue fundador de tres Órdenes: para hermanos de vida apostólica (frailes menores), para damas pobres, monjas dedicadas a la oración y a la contemplación de su Esposo, y laicos que, en medio del mundo, testimoniaran la riqueza y la fecundidad del Evangelio del Reino de Dios. No sólo fue fundador, sino también modelo de vida evangélica e inspirador de múltiples tareas, realizadas para gloria de Dios, para encarnar el Evangelio en el mundo y para el bien espiritual y temporal de sus hermanos, sobre todo de los más desvalidos. En el gran espacio de la Tercera Orden Franciscana, han nacido y crecido numerosas familias religiosas, que han querido ser fieles al espíritu de Francisco de Asís, el cual inició su conversión practicando la misericordia para con leprosos, mendigos y toda clase de marginados.

Este espíritu de misericordia y compasión fue compartido, en el siglo XIX, por una mujer, nacida en un hogar rico, pero que voluntariamente se hizo pobre para compartir la suerte de los más necesitados y para aportarles el remedio de sus males y aliviar sus sufrimientos, en la medida de lo humanamente posi-

ble siempre superado por la caridad de Dios. Abrazó de corazón la pobreza y la misericordia siguiendo las huellas de Francisco de Asís, en una sociedad que se abría a nuevos horizontes de industrialización, dirigida por el capitalismo incipiente y el liberalismo económico que construía su opulencia a costa del trabajo de los asaliariados, de los proletarios, quienes iban hacinándose en los nuevos barrios de la periferia de las grandes ciudades, o tenían que emigrar a países más prósperos para ganarse su pan y el de su prole.

María Francisca nació en Aquisgrán (Aachen) el 3 de enero de 1819, hija de Enrique Schervier y Eloísa Migeon. Su padre era propietario de una industria de fabricación de agujas y era vicealcalde de aquella ciudad alemana. La niña tenía seis hermanos y en el bautizo fue apadrinada por el emperador Francisco II. Recibió una educación religiosa y más bien severa. Asistió a una escuela donde ejercía su labor docente la célebre literata y convertida Luisa Henzel. Era ésta una mujer de gran sensibilidad social hacia pobres y enfermos y su ejemplo influyó decisivamente en su alumna. La riqueza de su familia no apartó a Francisca del mundo de la pobreza. Sobre todo después de la muerte de su madre, en 1832, y de sus hermanas mayores al año siguiente, además de dirigir el hogar, empezó a volcar su corazón en la miseria de los más humildes. Cultivó desde la adolescencia una intensa vida espiritual y apostólica. Eran largos e intensos sus ratos de oración, eran frecuentes las visitas a los pobres y a los enfermos. Se ocupaba también de la catequesis de los niños. En 1844 ingresó en la Tercera Orden Franciscana. El padre no veía con buenos ojos tanta dedicación a la vida devota y al apostolado; procuró al principio mitigar los fervores de la hija. La pequeña burguesa ejercía sus obras de misericordia en un medio hostil o indiferente; pero encontró apoyo y ayuda en un coadjutor de su parroquia, el reverendo D. Istas.

Muerto el padre, Francisca inició su fundación. Primeramente, con tres amigas terciarias tomó en alquiler una pequeña casa en 1845; adoptaron el género de vida de los más humildes para ser sus servidoras. El 3 de octubre de aquel año dieron comienzo a su vida y apostolado en común. Trabajaban en los barrios más humildes de la ciudad, entre los obreros que fre-

cuentemente llevaban una vida dura, sin la protección de leyes sociales. En su propia casa llegaron a acoger hasta 30 prostitutas, asistían a los enfermos sifilíticos e infecciosos a domicilio o en los hospitales públicos. Abrían cocinas económicas para los más necesitados. Cuando hubieron salido de su humilde casa las prostitutas, se maduró la idea de formar una comunidad de vida contemplativa, que inició su camino en 1849. Pronto las primeras hermanas tuvieron ocasión de manifestar su caridad y misericordia en el cólera y la epidemia de viruela que asoló la ciudad. Francisca fue elegida superiora de la comunidad, cargo que desempeñó hasta la muerte, salvo un breve paréntesis en el verano del citado 1849. Escribió un regla que declaraba patrono del naciente Instituto a San Francisco de Asís, cuyo espíritu las hermanas querían asumir y reproducir en todo. La caridad, la extrema pobreza y las obras de misericordia hacia los pobres constituían el programa de aquellas terciarias.

En 1848 ya eran trece las que se llamaban «Hermanas de los pobres de San Francisco». Formalmente iniciaron su vida religiosa el 12 de octubre de 1850. El 12 de julio de 1851 el arzobispo de Colonia, cardenal Juan von Geissel, aprobó el nuevo Instituto y sancionó sus primeras constituciones. Éstas preveían que las religiosas fueran terciarias franciscanas, que algunas pudieran llevar vida contemplativa como se había intentado ya en 1849, que la dedicación preferente de las hermanas fuera la asistencia a los enfermos y enfermas, la ayuda a las prostitutas y a las encarceladas. Renunciaban casi absolutamente a la propiedad, se obligaban a pedir limosna para los pobres: en verdad, eran servidoras de éstos. El siguiente 12 de agosto, fiesta entonces de Santa Clara, 24 religiosas emitieron la profesión religiosa dentro de la Tercera Orden Franciscana, vistieron el hábito y se ciñeron el cordón. Al año siguiente pudieron adquirir el antiguo monasterio de clarisas de Aquisgrán. Durante cuatro años, la fundadora sostuvo un pulso con las autoridades civiles porque éstas querían inmiscuirse en las cuentas de la comunidad, la cual sólo vivía de limosnas. Al fin sor Francisca logró la autonomía frente a la fiscalización civil y prescindió de enviar religiosas a hospitales civiles.

En 1855 la congregación contaba ya con 94 profesas, 34 novicias y 13 casas, todas en Alemania y en ciudades grandes, don-

de era pujante la industrialización. La fundadora había rehusado salir al extranjero, aunque le llegaron peticiones en este sentido de Viena, Irlanda, Londres y Tournai.

Pero en 1858, ante los ruegos de una convertida americana, Sarah Peter, sor Francisca abrió una casa en Cincinnati (EE UU) para ayudar a sus connacionales emigrados a aquel país. La labor de las hermanas fue valorada enormemente, de tal forma que desde entonces, casi cada año, se iban abriendo casas de la congregación en los Estados Unidos de América del Norte sobre todo en hospitales. Por dos veces, en 1863 y 1868, sor Francisca visitó las casas americanas. En Alemania, la congregación seguía experimentando una gran expansión. Durante las guerras de 1864, 1866 y 1870, estas hermanas de los pobres se dedicaron al servicio de los heridos en los hospitales militares.

La *Kulturkampf* obstaculizó seriamente la marcha del Instituto cerrando las casas dedicadas a la educación; las colectas fueron prohibidas, en 1875 les vetaron la admisión de postulantes. Pero tras la tormenta de aquel movimiento antieclesial, volvió la calma y siguió desarrollándose el Instituto.

La múltiple actividad caritativa de sor Francisca y del nuevo Instituto abrazaba toda situación miserable: desde la preferencia por los ancianos y enfermos, por los obreros, por los heridos en la guerra, por los encarcelados, por las muchachas en peligro de deslizarse por el vicio. Con razón Francisca Schervier era llamada «madre de los pobres».

La fundadora, mientras tanto, intensificaba el seguimiento pobre y mortificado de su Señor crucificado. A su vida austera, ella y sus hijas, unían numerosas penitencias voluntarias. Como algunas de ellas habían muerto prematuramente, el arzobispo Pablo Melchers, de Colonia, mitigó los prolongados ayunos de las hermanas.

Madre Francisca sobresalía primeramente por su espíritu de piedad, de amor a Dios, insistiendo día y noche a la oración; por su preocupación de evitar cualquier ofensa a su Señor; por su acatamiento de la voluntad divina; por su devoción a la Eucaristía y a la Santísima Virgen; por la renuncia y desprecio de sí misma.

«Fue firmísima —escribe Pablo VI en el breve de beatificación— en salvaguardar el honor de Dios; fue dulce y maternal hacia el prójimo, severa y exigente consigo misma; reverente hacia todos los sacerdotes que reconocía como hombres de Dios y dispensadores de los dones sobrenaturales».

Pío IX firmó el decreto de alabanza de las Hermanas de los pobres de San Francisco el 22 de julio de 1870; León XIII ratificó la aprobación en 1888. El reconocimiento pleno por parte de la Santa Sede fue otorgado por San Pío X, el 6 de octubre de 1908. El Instituto fue agregado ya en 1846 a la Orden de los Frailes Menores, agregación ratificada en 1904.

La madre fundadora dio un altísimo ejemplo de paciencia en los sufrimientos de su última enfermedad, que sostuvo crucificada con Cristo redentor, a imitación del seráfico Padre. Emigró de esta vida el 14 de diciembre de 1876. Toda la ciudad de Aquisgrán la lloró como a su madre, amadísima de todos. El clero reconoció que sor Francisca era amada de todos los ciudadanos que de buen grado la proclamaban «madre de Aquisgrán».

Iba creciendo su fama de santidad. La causa de canonización tuvo inicio en la curia arzobispal de Colonia, continuó en Aquisgrán, que había recuperado la sede episcopal. La Congregación romana de Ritos aprobó la introducción de la causa el 28 de febrero de 1928. Pablo VI aprobó sus virtudes heroicas el 30 de enero de 1969. El 18 de octubre de 1973 fue aceptado el milagro exigido para la beatificación, que el citado sumo pontífice celebró en la basílica de San Pedro del Vaticano el 28 de abril de 1974.

En tal ocasión, el siervo de Dios Pablo VI pronunció estas palabras:

«La nueva beata fue llamada "madre de los pobres", fue promotora audaz y vigorosa, fundadora con genio organizativo [...] de instituciones para la asistencia a los obreros no prevista por las leyes de la época, para ofrecer las prestaciones más humildes y generosas a los pobres, a los necesitados de toda categoría, a los desprovistos de toda ayuda material y espiritual [...] La santidad de la caridad, ¿quién la podrá medir? ¿Quién la podrá explorar hasta el fondo? [...] ¿Quién la podrá definir teniendo en cuenta la doble fuente misteriosa que la genera: la caridad divina, carisma sobrenatural por excelencia [...] la caridad humana que, como dice Pablo, es paciente, amable [...] todo lo aguanta, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta, la que nunca se acabará? (1 Cor 13,4-8). Subrayemos la continua conversación con Dios, ardiente siempre en la

experiencia espiritual de la beata, no distraída, sino franciscanamente atraída al divino coloquio en medio de la misma actividad caritativa exterior, como Cristo nos enseñó, él que se hace presente en el hombre pobre y desgraciado [...]. Retengamos de ella este testimonio: "Todo su obrar era como si Dios hubiese siempre estado con ella"».

La congregación creció en Alemania y en Estados Unidos. Fue dividida en seis provincias. Las religiosas de los dos continentes se vieron separadas durante la Segunda Guerra Mundial. En 1950 la casa general se instaló en Frascati, junto a Roma. Más adelante volvió a Alemania, actualmente reside en Aquisgrán. Los diferentes puntos de vista entre las religiosas alemanas y las norteamericanas llevaron a la escisión en 1959. Las americanas constituyeron un Instituto autónomo, bajo la denominación de «Franciscanas de los pobres».

En 1970 las Hermanas de los pobres de San Francisca llegaron a ser 1.700. En 1982 contaban con 43 casas y con 1.027 religiosas.

En las que se reconocen «hermanas de los pobres», tan queridos y acogidos por Francisco de Asís, la caridad efectiva, con obras y de verdad, «no pasa nunca».

PERE-JOAN LLABRÉS Y MARTORELL

Bibliografía

AAS 26 (1934) 597-600; 66 (1974) 101-103; 268-272.
Bibliotheca sanctorum. XI: *Ragenfreda-Stefano* (Roma 1968) cols.726.
BROSCH, J., *Franziska Schervier* (Aquisgrán 1953); ed. italiana actualizada: *Beata Francesca Schervier* (Roma 1974).
DREISSEN, J., «Zur Spiritualität der Seligen F. S.»: *Ordenskorrespondenz* 17 (1976) 48-62.
GOSSENS, B., *La serva di Dio Francesca Schervier* (Roma 1935).
HUMPF, C., *Wagnis der Liebe* (Limburgo 1962).
JELIER, J., *Die gottselige Mutter Francisca Schervier* (Friburgo de Brisgovia 1927).
— *Vita ed opere della serva di Dio Francesca Schervier* (Roma 1933).
MAYNARD, T., *Through my gift* (Nueva York 1951).
MEYER, W., *Im Rufe der Heiligkeit* (Werl 1925); ed. italiana: Roma 1933.
PELLICCIA, G. - ROCCA, G. (dirs.), *Dizionario degli istituti di perfezione* (Roma 1983) t.VII, cols.239-241; (Roma 1988) t.VIII, cols.1035-1038;
SOR PAULINE, *Frances Schervier mother of the poor* (Paterson, NJ) 1946.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTOS HERÓN, ATEO, ISIDORO, DIÓSCORO

Mártires († 250)

Según cuenta San Dionisio de Alejandría en su carta al obispo Fabio de Alejandría, en el imperio de Decio fueron martirizados en Alejandría tres cristianos, que se negaron firmemente a apostatar, pese a las torturas terribles que les fueron infringidas, y al final fueron quemados vivos. Eran Herón, Ateo e Isidoro. Con ellos había sido apresado el joven Dióscoro, de unos doce años, al que azotaron fuertemente para que apostatara y con la esperanza de que su apostasía se obtuviera pronto. Pero el joven se afirmó en la fe. El juez terminó por dejarlo libre.

SANTOS ARES, PROMO, ELÍAS

Mártires († 308)

Según cuenta Eusebio de Cesarea, el 14 del mes llamado Apeleo que corresponde al 14 de diciembre, un grupo de cristianos egipcios fue detenido en las puertas de Cesarea por los guardias encargados de interrogar a los que entraban. Y resultó que habían sido enviados para socorrer a los confesores de la fe llevados a Cilicia. Descubiertos como cristianos se empleó contra ellos la acostumbrada crueldad a fin de que apostataran de Cristo sin lograr que abandonaran la fe, y entonces les fueron inutilizados los ojos y los pies. Tres de ellos, después de dar en Ascalón, donde los habían hecho detenerse una maravillosa prueba de su valor, tuvieron diverso fin de martirio. Ares fue condenado al fuego, y otros dos, llamados Promo y Elías, fueron decapitados. Era en el imperio de Maximiano.

BEATO BUENAVENTURA BONACCORSI

Presbítero († 1315)

Buenaventura adopta este nombre cuando se hizo fraile de la Orden de los servitas. Era de Pistoya y pertenecía al partido

gibelino y cuando en 1276 se celebra un capítulo general de esta Orden en Pistoya, San Felipe Benicio lo aprovecha para invitar a los pistorienses a la paz y la buena convivencia, superando las banderías, y con esta ocasión varios del partido se hicieron servitas, entre ellos éste que se puso Buenaventura. Una tradición posterior lo hace miembro de la familia Bonaccorsi. Se sabe que era sacerdote y que San Felipe Benicio lo empleó en las negociaciones para salvar la existencia de la Orden servita, en peligro a causa del canon XXIII del Concilio II de Lyón. Acompañó a San Felipe en su visita a Martín IV y lo ayudó, siendo ya prior de Orvieto, en su viaje a visitar a Honorio IV. Se sabe que fue prior dos veces de Montepulciano, y que por ello estuvo en relación con Santa Inés de Montepulciano y la fundación de su convento; estuvo de prior en Bolonia y lo fue también de Pistoya. Se dice de él que compuso un tratado sobre la gracia. Murió en torno a 1315 y su fiesta la celebran los servitas el 14 de diciembre. Su culto fue confirmado por Pío VIII el 23 de abril de 1822.

BEATO PROTASIO CUBELLS MINGUELL

Religioso y mártir († 1936)

Nace en Coll de Nargó (Lérida) el 1880. Había estado a los doce años interno como enfermo en el asilo-hospital de Barcelona, y de ahí le vino su posterior vocación a la Orden de San Juan de Dios en la que ingresó en 1893 en Ciempozuelos y profesó el 29 de enero de 1899, tomando el nombre de Protasio por su anterior nombre de pila que era Antonio. La profesión solemne la haría el 31 de mayo de 1903. Su padre era músico de profesión y de él recibió el gusto y la dedicación musical que le durarían toda la vida. Estuvo destinado en las comunidades de Ciempozuelos, Pinto, Santa Águeda, Carabanchel Alto, Barcelona, Granada, San Baudilio de Llobregat, Madrid, Calafell, Valencia, Gibraltar y Jerez de la Frontera. Fue vicario prior en Calafell (1929-1931) y de San Baudilio (1931-1933) y cuando su martirio era consejero provincial. Se dedicó a la instrucción de los niños enfermos, dadas sus magníficas cualidades pedagógicas, y procuraba encontrarles colocación a los chicos cuando ya

curados salían del sanatorio; con ellos formaba coros que ejecutaban obras clásicas y las que él mismo componía. Estaba accidentalmente en el Sanatorio de Manresa cuando llegó el 18 de julio de 1936. A comienzos de agosto se trasladó a Barcelona, viviendo en distintas pensiones, y daba clases particulares de música para poder pagar la pensión. En los meses de agosto a noviembre salía a pasear por la ciudad, pero luego cobró terror a la FAI y no salía de la pensión. El día 11 de diciembre desaprovechó una ocasión para marchar al extranjero. Tres días más tarde estando dando clases en una casa particular, llegaron los milicianos, se lo llevaron y lo asesinaron en las afueras de la ciudad.

Fue beatificado el 25 de octubre de 1992 por papa Juan Pablo II en el grupo de 71 Hermanos Hospitalarios de San Juan de Dios muertos durante los días de la revolución española.

15 de diciembre

A) MARTIROLOGIO

1. La conmemoración de San Valeriano († 457), obispo de Abbenza en África y mártir *.
2. En territorio de Orleáns (Galia Lugdunense), San Maximino († 520), presbítero, primer abad de Micy.
3. En el monasterio de Cava (Campania), Beato Marino († 1170), abad *.
4. En Génova (Liguria), Beata María Victoria Fornari († 1617), viuda, fundadora de la Orden de la Anunciación **.
5. En Génova (Liguria), Santa Virginia Centurione Bracelli († 1651), viuda, fundadora de las Hermanas de Nuestra Señora del Refugio en el Monte Calvario **.
6. En Brescia (Lombardía), Santa María Crucificada di Rosa († 1885), virgen, fundadora del Instituto de Esclavas de la Caridad **.
7. En Verona (Véneto), Beato Carlos Steeb († 1856), presbítero, fundador del Instituto de Hermanas de la Misericordia **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

BEATA MARIA VICTORIA FORNARI

Viuda y fundadora († 1617)

Poco después de su muerte, la Beata María Victoria de Fornari-Strata se apareció a una devota suya ataviada con tres vestidos: el primero era de color oscuro, pero adornado con oro y plata; el segundo también era oscuro, pero adornado con joyas brillantes; el tercero era blanco-azul reluciente. Esta visión, prescindiendo de su historicidad, simboliza los tres estados de vida por los que ella pasó: fue, efectivamente, esposa y madre, viuda y religiosa (fundadora, superiora y simple monja). Su vida ejemplar dio testimonio de las más espléndidas virtudes.

En el siglo XVI la ciudad de Génova, que en el XV había visto nacer a Santa Catalina, fue cuna de esta otra sierva de Dios, cuyos restos mortales se conservan intactos, como los de su gloriosa paisana.

Los padres de Victoria, Jerónimo Fornari y Bárbara Venerosa, ricos genoveses, legaron a sus nueve hijos la más rica herencia de la fe y la piedad; pero, Victoria, la séptima, se distinguió entre todos. Su tierna devoción, su natural apacible y tranquilo, y una señalada inclinación a las obras de caridad, le granjearon pronto el amor de todos.

Fue durante toda su juventud modelo de oración, de virtud y de obediencia a sus padres. Precisamente por obedecerles, frisando los diecisiete años, casó con el noble genovés Ángel Strata, de carácter bondadoso y pacífico, semejante al suyo.

Numerosos hijos vinieron a alegrar su hogar; al llegar al mundo, el recién nacido era ofrecido a Dios y a la Santísima Virgen por su piadosa madre. A Ángel Strata le sonreía el porvenir lleno de esperanzas. Victoria no se ocupaba sino de Dios, su marido, sus hijos y los pobres. Aun en medio de los trabajos y contratiempos, sabía hacer de la necesidad virtud y mirarlo todo con ojos de fe.

Pero este enfoque sobrenatural pareció oscurecerse el treinta de noviembre de 1587, día en que falleció su esposo Ángel Strata de súbita enfermedad. Victoria, con sólo veinticinco años, y ocho de casada en completa felicidad, madre de cin-

co niños y a punto de dar a luz el sexto, sintió tan vivamente la muerte de su esposo que, a pesar de sus hijos, se sintió de repente sola y abandonada y pasó por una tremenda crisis, cayendo incluso en la desesperación durante la cual pidió varias veces la muerte: una experiencia humana que después le ayudaría a comprender y a ayudar mejor a las jóvenes desorientadas por alguna amarga prueba. En su aflicción, acudió a la que ya le había concedido tantas gracias: a María, consoladora de los afligidos. Postrada ante un cuadro de la Madre de Dios que tenía en su habitación, pidió a la Virgen que la amparase a ella y a sus hijos. Entonces... vio animarse repentinamente la imagen; tendiéndole María sus brazos, le dirigió estas consoladoras palabras: «Victoria, hija mía, ten buen ánimo y no temas. Yo os recibo a ti y a tus hijos bajo mi protección. Vive feliz y sin cuidado. Sólo quiero que, confiando en mí en todo, no perdones ningún medio para amar a Dios sobre todas las cosas».

La Madre de la Divina Gracia había transformado a Victoria; la resignación sucedió a la tristeza. Hizo entonces el voto de castidad perpetua al que añadió el de no llevar en sus vestidos ni oro, ni seda, ni telas preciosas, y el de no asistir ya nunca más a fiestas y saraos, rompiendo así con el mundo y sus exigencias.

Por esta época fue presentada por piadosas amigas de su madre a un santo y reputado religioso que residía en Génova: el padre Bernardino Zanoni, jesuita, que fue para la joven viuda un director bondadoso, prudente e ilustrado.

Victoria le confió dos deseos muy secretos que tenía: que sus hijos fuesen religiosos, y dotar a su ciudad natal de un monasterio para religiosas consagrado a honrar la Anunciación de la Virgen y la Encarnación del Verbo. El padre Zanoni, con sabio discernimiento, le dijo que sólo se ocupase del momento presente.

Victoria, entre tanto, se mortificaba, luchaba consigo misma, se humillaba y se desprendía de todo: los ayunos, las vigilias, las penitencias y disciplinas le eran familiares. Las tentaciones interiores y exteriores y las astucias del demonio se estrellaban ante su determinación de amar a Dios y servirle.

Los pobres y desgraciados tenían en ella una generosa protectora. Iba ella misma, pobremente vestida, a los más ricos pa-

lacios de Génova a pedir limosna para los más necesitados, soportando con alegría infinitos desaires. Recogió en su propia casa enfermos abandonados que ella misma cuidaba, consolaba y ayudaba a bien morir; no escatimaba gastos ni diligencias para sacar del vicio a los desgraciados, y reconducía a las jóvenes perdidas al buen camino; hasta a los esclavos turcos que deambulaban por las calles de Génova vendiendo baratijas les incitaba blandamente a que se bautizaran y los preparaba para el sacramento.

Así preparaba Dios a la futura fundadora...

Después de dieciséis años de santa viudez, cuatro hijos de Victoria habían abrazado la vida religiosa, y el quinto no tardaría en seguir a sus hermanos mayores. Las dos hijas se hicieron canónigas lateranenses en el Monasterio de la Madonna de las Gracias de Génova, y los hijos entraron con los Mínimos de San Francisco de Paula. El último nacido, Alejandro, había muerto como un ángel a los diez años. En medio de atroces tormentos, el pequeño había dado muestras de heroica resignación; jamás le oyeron exhalar la menor queja ni vieron desaparecer de sus labios la sonrisa. Cubierto de úlceras, antes de morir quiso el niño recibir la Eucaristía. Se conmovieron los asistentes cuando, habiendo comulgado, cruzando los brazos sobre el pecho, dijo el niño a su madre antes de emprender el vuelo a la gloria: «Mamá, mira cómo viene a verme la Virgen con todos los ángeles que me van a llevar al Cielo».

Sólo faltaba a Victoria para realizar su proyecto, fundar un monasterio de religiosas en honor del misterio de la Anunciación de la Santísima Virgen. El padre Zanoni animó a su penitente y se ofreció a ayudarla incondicionalmente. A pesar de la primera negativa del arzobispo de Génova, monseñor Horacio Spínola, que consideraba el proyecto «un castillo en el aire», ella no se desalentó; poco después, tras nuevas instancias, obtuvo el consentimiento del prelado. Otras tres penitentes del padre Zanoni, Marietta Tacchini, Chiara Spínola y Cecilia Pastori, determinaron seguir a Victoria. Además de ellas, Vincenzina Lomellini, que, de común acuerdo con su marido Esteban Centuriani, dejaba el mundo por el claustro, llevaba a la naciente Orden una virtud aun mayor que su fortuna. Dios aseguraba a Victoria su protección...

El padre Zanoni redactó las Constituciones de las Anunciadas que, tras el examen y aprobación del arzobispo de Génova, obtuvieron finalmente la sanción del Sumo Pontífice. Las Constituciones estimulaban a las religiosas a agradecer a Dios el don de la Redención mediante una íntima devoción hacia la Santísima Virgen de la Anunciación, y establecían una intensa vida de piedad, de pobreza genuina y una rigurosa clausura, para orar y sacrificarse por la salvación de las almas. Las coristas no podrían superar en cada monasterio el número de treinta y tres; las conversas, el de siete. Además, debían ocuparse de las iglesias pobres y de la «Obra de los Sagrarios».

El 15 de marzo de 1604, el papa Clemente VIII autorizó la erección del nuevo monasterio bajo el título de la Anunciada y según la Regla de San Agustín. El 19 de junio de 1604, Victoria y sus compañeras tomaron posesión del convento, situado en la colina del castillo, y el 5 de agosto del mismo año, el arzobispo, que nombró a Victoria Superiora de la nueva Orden, les dio el hábito religioso bajo el cual emprenderían la vida contemplativa: túnica blanca, cinturón y manto azules. Por su hábito, las religiosas, que emitieron su profesión solemne el 7 de septiembre de 1605, fueron llamadas «turquinas» o «celestes».

Pronto, sin embargo, fue amenazada su existencia por el que hasta entonces había sido su bienhechor. Después de la muerte de su esposa, a la que había permitido hacerse religiosa de las Anunciadas, Esteban Centuriani persuadió a las nuevas monjas que no tendrían seguridad en el porvenir si no se unían con una Orden antigua; las Carmelitas, por ejemplo. La mayor parte de las Anunciadas, inconscientemente, se avinieron a ello y redactaron una carta que, providencialmente, cayó en manos de la superiora, ignorante hasta entonces del asunto.

María Victoria, postrada ante un cuadro de la Sagrada Familia, contó a la Santísima Virgen su angustia. Entonces oyó distintamente estas palabras:

> «¿Qué temes, Victoria? ¿Por qué te quejas tan amargamente? Este monasterio es mío; yo lo he formado y yo lo guardaré. No lo dudes, todo irá bien. Soy y seré Madre de todas las religiosas de esta casa y protectora de toda la Orden para que mi Hijo sea en ella perfectamente honrado».

La fundadora se levantó consolada. Sus hijas, que supieron más tarde esta revelación, se apresuraron a pedirle perdón y, con ellas, también Esteban Centuriani. Aquel día 16 de junio, dejó memoria en la Orden y siguió celebrándose cada año con una fiesta intitulada «Protección de la Santísima Virgen». Desde entonces, gracias muy señaladas recompensarían la fe de cuantos se postraban ante el cuadro milagroso, del cual poseía una copia cada convento. Precisamente arrodillada ante la Sagrada familia suele ser representada la Beata María Victoria.

Pasada la prueba, la pequeña comunidad reanudó la vida religiosa con nuevo ardor. El número de novicias y profesas aumentó rápidamente y la virtuosa fundadora tuvo la dicha de comprobar los progresos que hacía la obra de Dios, de la que ella había sido humilde instrumento.

Victoria brillaba entre todas sus hermanas, por su fortaleza, por su paciencia, por su caridad y mortificación... Domeñaba su cuerpo con ayunos, cilicios y austeridades. Quedaba a menudo arrobada en éxtasis y llegaron a verla circundada de una luz extraordinaria. Alimentó una gran devoción a la humanidad sacratísima de Jesucristo. En una visión se le apareció el Corazón de Jesús como un brasero en el que se purificaban y enriquecían las oraciones de las religiosas. Favorecida con el don de profecía, descubría los secretos de los corazones con penetración admirable. Dios, Señor de sus dones, concedía a María Victoria gracias en abundancia, y se cuentan varios milagros debidos a su santidad y a su fe.

Su caridad no conocía límites: desempeñaba alternativamente los oficios de médico, de criada y de cocinera; siempre estaba dispuesta a servir a las enfermas y a dejar cualquier cosa más cómoda para ella; interrumpía sus comidas, el sueño o la tranquilidad de las vigilias por la más pequeña necesidad de sus hijas enfermas. Sin perturbar por la noche el descanso de las demás hermanas, hacía ir a su celda, cuando era posible, a las hermanas achacosas o enfermas para cuidarlas con mayor esmero.

Los seis años últimos de su vida vivió como simple religiosa, porque tal lo disponía la Regla de la Orden. La priora que la sustituyó no le tuvo siempre las atenciones que merecía. Fue humillada muy a menudo. Nuestro Señor era entonces todo su

consuelo. «Si se contemplase debidamente la Pasión de Cristo —decía—, moriría uno de dolor y de amor al instante mismo».

Su amor a Jesús la hacía arder en ansias de comulgar. En medio de sus achaques, desdeñaba todos los sufrimientos para acercarse a la sagrada mesa, y su semblante, tan pálido de ordinario, se encendía entonces. Se mortificaba aún más por amor a Jesús sacramentado; ponía ajenjo a sus frugales alimentos, y durante los últimos años de su vida, no comió carne.

Al profesar hizo el voto de no volver a ver más a sus hijos; los amaba, con ternura, pero el placer que hubiese experimentado al verlos y abrazarlos, fue el mayor sacrificio que ofreció al Señor, para corresponder al amor del que todo lo sacrificó por los hombres.

A pesar de tantas pruebas y sacrificios, María Victoria tuvo el consuelo de ver desarrollarse y extenderse su Orden. Había conventos de las Anunciadas en Italia y en Francia. Su muerte, que ella deseaba con ardor, debía ser la señal de una extensión todavía más rápida. Habiéndole revelado Nuestro Señor que no moriría hasta ver llegar a cuarenta el número de religiosas de su casa, límite fijado por las Constituciones, anunció claramente su muerte cuando se admitió a la cuadragésima postulante.

El 3 de diciembre de 1617, día para ella muy señalado por su devoción a San Francisco Javier, comulgó por última vez. Al volver a su aposento, tuvo un violento acceso de fiebre con un gran dolor de costado; ella misma declaró que moriría al día décimocuarto de su enfermedad. Y como vinieran varios médicos a verla, decía: «Van a tener consulta sobre mi enfermedad, pero la sentencia en última instancia está pronunciada en el cielo y por ella debo morir». El día duodécimo fue tan grande la postración, que los médicos la dieron por perdida. Recibió entonces los últimos sacramentos con grandísima devoción; pidió perdón a sus hijas por el mal ejemplo que les hubiera podido dar por sus defectos, y las exhortó a la exacta observancia de su Regla. Hizo colocar a sus lados una imagen de Jesús crucificado y otra de la Santísima Virgen para que de cualquier lado que mirase tuviese ante su vista las llagas de Nuestro Señor o el corazón de la Dolorosa.

El décimocuarto día de su enfermedad no se le podía casi oír una palabra y, no obstante, continuaba moviendo siempre

los labios. Habiéndole preguntado la priora qué decía, respondió: «Los *Padrenuestros* del Oficio»; no eximiéndose ni en esa hora del número de Padrenuestros por el que, desde su enfermedad, se le había conmutado el rezo del Oficio Divino. El confesor que la asistía le preguntó si no era importunada por alguna tentación, y ella respondió con un signo negativo de cabeza. Insistió el Padre, incitándola para el caso de que viniera alguna, a protestar de corazón de no querer jamás ofender a Dios gravemente, y ella, recogiendo su espíritu y aunando todas sus fuerzas, contestó: «¡Oh Padre!, ni siquiera venialmente, gracias a él». En fin, teniendo a Dios en su corazón y en los labios los dulces nombres de Jesús y de María, lanzó tres suspiros y con el último entregó su hermosa alma al divino Esposo. Era el viernes 15 de diciembre de 1617, hacia las cuatro de la tarde. María Victoria contaba cincuenta años de edad.

Superando las previsiones de la misma fundadora, la Orden tuvo una admirable difusión en Francia, donde fue erigido un primer monasterio en Pontarlier, aún en vida de Victoria, en 1612. Después de su muerte, la propagación de su Orden aún se acrecentó más: Joinville (1621); París (1622); Langres (1623); Tournai (1624); Lyón, Liegi, Aviñón, Tours, Lille, etc. En 1771 contaba 54 casas. Después, con la Revolución francesa comenzó la decadencia. Hoy sobreviven sólo dos monasterios en Italia (Roma y Génova), y dos en Francia (Joinville y Langres).

La incorrupción de su cuerpo ha sido reconocida de un modo auténtico dos veces: en 1870 y 1957. Se siguieron muchas curaciones de los que acudieron a la sierva de Dios, al aplicárseles su manto o velo o con el simple socorro pedido a su intercesión. La grande y rápida difusión de la Orden recibió su coronamiento con la beatificación solemne de la fundadora. La ceremonia tuvo lugar en San Pedro, en el pontificado de León XII, el 21 de septiembre de 1828.

ALBERTO JOSÉ GONZÁLEZ CHAVES

Bibliografía

BONZI DA GENOVA, U., «Mémoire autobiographique de la Bienhereuse Marie-Victoire de Formari Strata, fondatrice des Annonciades Celestes»: *Revue d'Ascetique et de Mystique* 17 (1937) 394-403.

DUMORTIER, F., *Compendio della vita della Beata Maria-Vittoria De Fornari Strata, fondatrice delle Anunciate Celesti in Genova (1562-1617)* (Génova 1918).
LANGASCO, C. DA, «Fornari Strata», en *Bibliotheca sanctorum*. V: *Erizzo-Galdino* (Roma 1964) 970-971.
MELZIO, F., *Della vita ammirabile della Beata Madre Maria Vittoria* (Genova 1631).
El santo de cada día. V: *Septiembre-Octubre* (Zaragoza 1955).
SPINOLA, A., *Vita della Beata Maria Vittoria F. Strata, fondatrice dell'Ordine della Santissima Annunciata detto le Turchine, pubblicata nella occasione della solemne beatificazione di Essa* (Roma 1828).

SANTA VIRGINIA CENTURIONE BRACELLI

Viuda y fundadora († 1651)

Santa Virginia Centurione, viuda de Bracelli, fundadora de las Hermanas de Nuestra Señora del Refugio en Monte Calvario (Génova, Italia), se caracterizó por una vida enteramente dedicada al Señor sirviendo a los más carentes de recursos, en especial a las jóvenes y mujeres necesitadas de ayuda. Les ofreció asilo, comida y trabajo, cuidando siempre de su formación humana y espiritual. Extraordinariamente humilde, llena de celo apostólico, pacificadora y afable, ofreció un elocuente testimonio de caridad heroica, de fortaleza no común y de celo ardiente por la gloria de Dios.

Virginia nació en Génova el 2 de abril de 1587, hija de Jorge Centurione, dux de la República durante el bienio 1621-1622, y de Lelia Spinola, ambos descendientes de familias de la antigua nobleza de la ciudad. Génova, hoy una provincia de Italia, era entonces una república independiente gobernada por jefes —el dux— periódicamente elegidos.

Fue educada cristianamente e instruida en las primeras letras por su propia madre, una mujer muy piadosa y culta, que le enseñó italiano y latín. Continuó estos estudios con un maestro, de modo que llegó a leer y a comprender la Biblia en latín.

Muy inclinada desde niña a las prácticas de piedad, manifestó pronto a su madre su voluntad de entrar en un monasterio. Pero fallecida ésta cuando todavía era muy joven, nadie secundó su deseo, ya que el padre hizo comprender a la familia que prefería darla en matrimonio. En efecto, sin saberlo Virginia, la prometió como esposa a Gaspar Bracelli, joven muy rico y heredero de una casa de la alta nobleza ciudadana.

Cuando lo supo ella, se disgustó mucho pensando que debía renunciar a la vida religiosa, pero se sometió dócilmente a la voluntad del padre. La petición de mano tuvo lugar el 10 de diciembre de 1602 y la boda, en la Iglesia de Santa Sabina, el 7 de enero de 1603. Del matrimonio nacieron dos hijas: Lelia en 1604 e Isabel al año siguiente.

Pero la vida conyugal duró poco, porque el marido, inclinado a los placeres y al juego, a las fiestas y al vicio, murió a consecuencia de ello el 13 de junio de 1607 en Alexandria, ciudad cercana donde había acudido en búsqueda de alivio para su enfermedad. Virginia, que intentó siempre reconducirlo a una vida más moderada y a las buenas costumbres soportando silenciosamente la situación y multiplicando sus amables atenciones, y que amaba y veneraba como hija a la madre de su marido pensando que también esto ayudaría a Gaspar a volver al buen camino, cuando supo de su gravedad corrió a su cabecera para asistirlo y, aunque no en el cuerpo, consiguió curarlo en el espíritu devolviéndolo a Dios regenerado por la gracia. Tuvo, pues, la alegría de ver morir cristianamente a su esposo, totalmente cambiado en su interior.

Aquel mismo día, contando sólo 20 años de edad, Virginia se consagró a Dios con voto de castidad perpetua y rechazó después enérgicamente el segundo matrimonio que su padre quería imponerle. Se dedicó a educar a sus dos hijas, a administrar los bienes de su casa, a la oración, a la penitencia y al servicio de los pobres, que consideraba como la persona misma de Jesucristo.

La señora Virginia comenzó sus actividades apostólicas por la obra de las Iglesias pobres rurales, después se ocupó de los niños abandonados, para los que fundó cuatro escuelas de formación moral y de preparación para el trabajo; más adelante se dedicó también a los ancianos y a los enfermos y en 1610 sintió una especial llamada a «servir a Dios en sus pobres».

En 1617 se casó su hija mayor, Lelia y en 1621 la pequeña, Isabel, con lo que quedó exonerada de la administración tutelar de sus bienes. Así, aunque siguió ocupándose de ellas y aunque tenía que atender a su suegra en cuya casa vivía, a pesar de que su padre la controlaba con gran severidad, pudo dedicarse más

asiduamente a los pobres, entregándose a este apostolado de todo corazón. Lo primero que hizo fue repartirles, con las autorizaciones convenientes, la mitad de sus bienes.

A partir de entonces, secundada por su suegra, se encontró más libre para actuar como su celo y su virtud le sugerían, comenzando a realizar su programa de servir al prójimo, particularmente a los que tuvieran mayor necesidad. Las situaciones concretas le iban indicando el camino.

Corrieron tiempos calamitosos en el tercer decenio del 1600 cuando con el hambre, la guerra y la peste, un inmenso cortejo de desgracias comenzó a abatirse sobre la Italia septentrional y, en concreto, sobre el territorio de Génova. La economía sufrió una gran depresión en 1622, cayendo en picado el comercio, que era su casi única fuente de ingresos. Influyó también la crisis financiera que se produjo en la entonces potente nación española y, sobre todo, las guerras continuas debidas a la rivalidad permanente entre la República de Génova y el Ducado de Saboya, apoyado por Francia. Creció considerablemente el número de pobres, que se agrupaban a las puertas de las casas señoriales en búsqueda de techo y comida.

En el invierno de 1624-1625, con el consentimiento de su suegra, Virginia acogió en su casa a quince jóvenes abandonadas y las sostenía con los bienes de ambas. En marzo de 1625, el ejército franco-saboyano, en guerra contra la República Ligur, invadió el territorio con la intención de conquistar incluso la ciudad de Génova. Con ello aumentó considerablemente el número de prófugos, por lo que Virginia llevó a su casa a cuantos pudo, especialmente mujeres. Para salir al paso de sus necesidades, pedía trigo, vestidos y cuanto era necesario.

Por la gracia de Dios —así lo creyeron los buenos genoveses— el ejército invasor renunció espontáneamente al asedio de la ciudad, con lo que muchas de las refugiadas en la casa de Virginia pudieron volver a las suyas. Pero se quedaron con ella y con su suegra algunas jóvenes, a las que no dudaron en seguir protegiendo y manteniendo.

Fallecida la madre de su esposo en agosto de 1625, Virginia se encontró todavía más libre para tomar sus propias decisiones y se propuso acoger no sólo a las jóvenes que voluntariamente

habían acudido a su casa pidiendo cobijo, sino que ella misma salía a recorrer la ciudad buscando a las más necesitadas de ayuda. Iba a los barrios de peor fama, entraba en los tugurios para darse cuenta de las necesidades reales de las familias y regresaba a casa llevando consigo a las jóvenes que consideraba en peligro. Esto lo hizo muchas veces, sobre todo durante la peste y la carestía de 1629-1630. De este modo llegó a reunir a un grupo muy numeroso, ingeniándoselas para procurarles alimento y vestido. Desde 1626 Virginia había renunciado al resto de sus posesiones en favor de los pobres.

En vista de que crecía el número de las jóvenes recogidas en su propia casa, animada por el matrimonio Lormellini, alquiló el monasterio vacío de la Visitación en la localidad llamada Montecalvario. Había sido abandonado por los franciscanos reformados y lo había comprado el príncipe Carlos Doria. La señora Virginia llevó allí a cuarenta de sus jóvenes el 13 de abril de 1631, domingo de Ramos, poniéndolas bajo la protección de Nuestra Señora del Refugio. Su deseo era acoger a todas las jóvenes necesitadas de ayuda, y al cabo de un año había llegado a reunir unas 170. Sólo les pedía estas condiciones: que aceptaran la vida comunitaria, que trabajaran y que oraran. Cuando no podían sustentarse con su trabajo, suplía ella pidiendo limosna a sus familiares ricos, a los amigos y a los conocidos. Le ayudaban en la vigilancia y en la administración el matrimonio Santiago y María Bevilacqua, personas de virtud poco común, y muy adentradas en la vida del espíritu.

Virginia vivía como sus asiladas, sin distinguirse ni por la comida ni por el vestido. Trabajaba y las enseñaba a trabajar, llamándolas «hijas». También las enseñaba el catecismo y les explicaba textos de la Sagrada Escritura.

Para asegurar el futuro de la casa de Montecalvario, pidió y obtuvo el 2 de septiembre de 1632 reconocimiento por parte del Gobierno de la ciudad y le concedieron un subsidio para las mujeres que vivían en ella. El número pronto superó las 200, con lo que aumentaron también sus fatigas para buscar recursos y procurarles educación.

Comprendiendo que no podían mantenerse reunidas mujeres de tan diferentes edades y costumbres, en 1633 tomó en al-

quiler una segunda casa, propiedad de uno de sus yernos y llevó allí a unas noventa: las más piadosas y trabajadoras. Esta nueva casa debería sustentarse y gobernarse por sí misma, para lo que Virginia escribió una escueta «Orden», que puede considerarse como la primera regla de la Obra de Monte Calvario. Debían vivir en obediencia y vestir de modo uniforme, como si fueran religiosas. Pero no tenían votos y podían marcharse cuando quisieran. Sabían, sin embargo, que siempre contaban con un lugar seguro al que acudir.

Poco después Virginia abrió una tercera casa, semejante a esta segunda, junto a la iglesia de San Bartolomé, dejando la primera para las emergencias y para acoger temporalmente a personas que se encontraran en cualquier necesidad.

Reunió así a un total de unas 300 jóvenes en estas tres casas que, para su fundadora, constituían una única Obra. Como respuesta a una súplica por parte de ella, el 13 de diciembre de 1635 fue aprobada por el Senado de la República y reconocida de utilidad pública, con la denominación de «Santa María del Refugio».

Mientras tanto, la señora Virginia pensaba en dar a la Obra una sede propia, consiguiéndolo en 1641. No pudo comprar, por su elevado precio, la de Montecalvario, pero adquirió dos casitas contiguas en la colina de Carignano a las que añadió una nueva ala y una iglesia. En esta sede central de la Obra reunió a sus «hijas» de la segunda casa, que vivían como religiosas, y a las más afines a éstas de las otras dos.

Por medio de frecuentes instrucciones y contando con los padres capuchinos, puso especial cuidado en la formación de estas jóvenes, que pronto estuvieron preparadas para asumir algunas tareas apostólicas, como atender a la sección de mujeres del hospital de Pammatone o ir al Lazareto. Entre todas escribieron también su propia «Regla», consolidándose así la Obra de Nuestra Señora del Refugio. Había hermanas y novicias, «hijas» con hábito y otras sin el. Pero, aun sin tener votos, como las monjas más observantes, todas debían vivir en obediencia y pobreza, trabajar y orar, y estar dispuestas a prestar servicios en los hospitales públicos.

Más adelante esta única Obra dará lugar a dos congregaciones religiosas femeninas que todavía hoy ejercitan el apostolado

benéfico a favor de los pobres: las «Hermanas de Nuestra Señora del Refugio de Monte Calvario» y las «Hijas de Nuestra Señora en el Monte Calvario».

Por iniciativa de Virginia, en 1641 el Gobierno nombró unos «protectores», que prácticamente eran los dirigentes de la Obra y, a pesar de ser ella la fundadora, vivía en obediencia y conduciéndose como la última de las «hijas», sin intervenir en cuestiones de gobierno o de régimen interno. Se dedicaba a tareas sencillas del servicio de la casa, como limpieza y cocina, y a favorecer la convivencia. Se prodigaba a favor de todas y con frecuencia salía a pedir limosna para el sustentamiento común.

Con todo, su actividad apostólica no se redujo a los límites de la casa, sino que llegó a los rincones más aparados de Génova. A la vez que atendía a las niñas y mujeres que iba recogiendo en la Obra del Refugio, desde 1625 hasta su muerte no cesó de ofrecer su ayuda a quien tuviera necesidad material o espiritual, en cualquier parte de la ciudad.

Después de la guerra de 1625 que, como hemos indicado, trajo como consecuencia carestía, epidemias y miseria que afectaron a la mayor parte de la población, en la que prosperaron también las enfermedades y la prostitución, Virginia se dedicó con todo empeño a ofrecer medios para que, con el propio trabajo, las gentes pudieran salir de su situación penosa, y a ayudar personalmente a los no capacitados para trabajar. Realizaba así una activad complementaria a la «Magistratura de los Pobres», organismo civil de la ciudad que desarrollaba su tarea benéfica por medio de los «Ocho Señores de la Misericordia». Intentó remediar todo tipo de necesidad por cuantos medios estaban a su alcance: llamando a todas las puertas, escribiendo y hablando, acercándose a los palacios suntuosos, a los mercaderes e incluso a las haciendas de fuera de la ciudad. Cuando en 1631 ella misma fue nombrada «Señora de la Misericordia» y se le encargó del barrio más pobre, se acentuó, si cabe, su acción caritativa y apostólica, desempeñada en medio de no pocas dificultades.

Además de la vida exigente propia de este género de actividades, tuvo que afrontar la hostilidad de sus familiares y conocidos, muchos de los cuales consideraban que se afanaba inútilmente en favor de personas degradadas por la desidia y el vicio.

Sin embargo, firme en su propósito, visitó los barrios más peligrosos y de peor fama, sin preocuparse por los insultos y las amenazas, con tal de que llegara a todos el consuelo de su palabra fogosa y de su caridad ardiente.

Considerando que debía intervenir en todas las ocasiones en que estuviera en juego la gloria de Dios, Virginia la defendió incluso ante las autoridades religiosas y civiles de la ciudad. Consiguió que la Virgen fuera proclamada Reina de Génova; se dirigió al cardenal arzobispo para que se introdujera en las parroquias la práctica piadosa de las «cuarenta horas» y para que se predicaran misiones populares, surgiendo con este fin los «Misioneros de San Carlos». Ella misma enseñó el catecismo en los barrios más populares y se hizo mensajera de paz entre las familias nobles ferozmente enfrentadas muchas veces sólo por cuestiones de prestigio. Con extraordinario celo y valor, actuó también como mediadora para allanar las divergencias que desde hacía tiempo existían entre la curia arzobispal y el gobierno de la República.

Aunque tuvo que soportar algunas enfermedades en etapas más o menos largas de su vida, sobre todo desde 1639, con extraordinaria fortaleza la señora Virginia procuró que no disminuyera su actividad al servicio de todos. También estuvo siempre atenta a las necesidades de sus hijos y nietos, haciéndose a veces cargo de estos últimos durante algunas ausencias de sus padres.

La caridad, la humildad, el espíritu de sacrificio, la fortaleza de ánimo y el celo por la gloria de Dios fueron sus virtudes más características. Se despojó de todo, pidió limosna para socorrer a los necesitados, obedeció incluso a la sirvienta que le acompañaba en algunas de sus salidas, colocándose siempre en el último lugar.

Favorecida por el Señor con éxtasis, visiones, locuciones interiores y otros dones místicos especiales, y consumida por una vida de intenso trabajo y de no común austeridad, Virginia falleció el 15 de diciembre de 1651 a la edad de 64 años.

Su fama de santidad creció después de su muerte y adquirió extraordinario vigor el 20 de septiembre de 1801, cuando se encontró su cuerpo todavía incorrupto en la iglesia del convento de Santa Clara, donde había sido sepultada.

Después de numerosos estudios biográficos y de algunos intentos fallidos de incoar la causa, los procesos canónicos se abrieron en Génova el 15 de diciembre de 1931. Superadas algunas vicisitudes como los bombardeos sobre la ciudad durante la II Guerra Mundial, que destruyeron o dispersaron muchos de los documentos recogidos, pudo concluirse la investigación en 1953. Cumplidos los pasos sucesivos, el 6 de julio de 1985 se promulgó en Roma del decreto pontificio sobre el milagro atribuido a su intercesión.

Virginia fue proclamada beata por Juan Pablo II el 22 de septiembre del mismo año durante su viaje apostólico a Génova, y ha sido canonizada el 18 de mayo de 2003.

MARÍA ENCARNACIÓN GONZÁLEZ RODRÍGUEZ

Bibliografía

ANTERO M. DI S. BONAVENTURA, *Vita di Virginia Centurione* (Génova 1864).
SQUARCIAFICO, S. A., *L'Embrione della vita* (Génova 1806).
STANO, F., *Virginia Centurione Bracelli, a lei Genova rispose* (Génova 1985).

SANTA MARÍA CRUCIFICADA DI ROSA

Virgen y fundadora († 1885)

Asomada a uno de los últimos balcones alpinos, en medio de los lagos, la ciudad italiana de Brescia reúne en su topografía lombarda el carácter de llana y montañosa a la vez. En sus campos se cultiva la vid y el arroz al mismo tiempo y sus habitantes han tenido fama de artistas y belicosos.

Rematada por una ciudadela, ha sido desde antiguo ansiado baluarte para los beligerantes y en ella se han dado cita las artes renacentistas y la industria, principalmente de sedas. El cuadrante de su hermosa Torre dell'Orologio ha contado infinidad de veces las veinticuatro horas en que se halla dividido, con trepidante fuerza en los momentos de alegría y torturante calma en los días de desgracia.

Y uno de esos momentos de gozo debió de ser, sin duda, el anuncio de la llegada al mundo, el 6 de noviembre de 1813, de la sexta hija habida por el matrimonio del caballero Clemente di Rosa con la condesa Camila Albani. Acababa de nacer Santa

María Crucificada di Rosa, cuyo nombre fue en el mundo Paula Francisca María.

Fundadora de las Hermanas de la Caridad, su vida transcurre durante unos períodos críticos para la Iglesia y Europa. Los espantosos males producidos por la revolución anticristiana continuaban dominando en la mayoría de los Estados al tiempo que los Papas eran llevados y traídos al destierro. Casi coincidiendo con su nacimiento, Pío VII regresa a Roma y el Congreso de Viena pone fin al reinado del primer emperador de los franceses. Las arbitrariedades llevadas a cabo por las potencias vencedoras al señalar la división del viejo continente encienden de nuevo la mecha de la discordia entre los pueblos, cuyo afán de independencia y unión ha comenzado.

Bajo este clima desarrolla sus actividades María Crucificada. Primero la peste y después las guerras contra los austríacos dejan en el suelo italiano un rastro de desolación y de necesidades que ha de durar casi todo el siglo XIX. Su caritativa obra es bendecida por todos los que sufren y se extiende prodigiosamente por toda la comarca septentrional: Udine, Civadele, Ragusa y Trieste reciben a las nuevas religiosas, que abren orfelinatos y toman a su cargo el cuidado de los apestados y enfermos.

Pero para llegar aquí ha tenido que recorrer un largo y arduo camino. De noble cuna, su feliz infancia se vio rota por la muerte de su madre, acaecida cuando apenas si contaba los doce años de edad. Su padre decidió encomendar su educación a las religiosas de la Visitación (salesas), a las que precisamente hacía poco tiempo acababa de hacer donación de un convento en la ciudad. Cuando salió de nuevo, al cabo de cinco años, poseía ya todos los conocimientos necesarios a una joven de distinguida familia y profesaba una gran devoción y admiración por San Francisco de Sales.

Por entonces ya comienza a germinar en Italia el nacionalismo latente. Las sociedades secretas conspiran y llenan a la juventud de ardiente entusiasmo por la unidad total y de odio profundo contra el pontífice y Austria. Gregorio XVI sube al solio pontificio, y, aunque enérgico y celoso guardador de los principios eclesiásticos, no puede desterrar la irreligiosidad de una sociedad corrompida por el trato que ha tenido con las tropas y las ideas francesas.

La familia Di Rosa, muy numerosa, necesita de una buena administración doméstica y Paula toma a su cargo tal tarea, desempeñándola con gran acierto. En esta situación prosigue por algún tiempo hasta que su padre, juzgándola en edad de contraer matrimonio, le encuentra un buen partido y le propone la boda con un joven de la nobleza. La idea no deja de disgustar a la futura santa, que se ha propuesto seguir por otros caminos de virtud, y busca la intercesión cerca de su padre del arcipreste de la catedral, Faustino Pinzoni. Este hombre, de esmerada educación y gran prudencia, consigue del noble caballero que la joven Paula Francisca siga sus inclinaciones.

Su radical cambio de vida no acontece hasta 1863, fecha en que la peste hace su aparición en Italia. Ya antes, al tiempo que las ocupaciones de la casa, había comenzado a preocuparse y a considerar en todo su valor los problemas de toda índole de los obreros y los pobres; los empleados de la hilatura que su padre posee en las cercanías de la ciudad natal supieron de ello frecuentemente.

Mas fueron los estragos que la peste causó en Brescia los que la impulsaron a dar el paso definitivo. Con el consejo favorable del arcipreste Pinzoni, pide permiso a su padre para marchar a la ciudad a cuidar de los apestados; tras algunas vacilaciones consigue la autorización paterna y se encamina hacia su verdadera vocación.

En el hospital encuentra a otra mujer, también de noble linaje, Gabriela Echenos Bornati, y juntas las dos se presentan en los puestos de socorro, siendo tan bien acogidas que muchas enfermeras se ofendieron.

Durante el verano de 1848 muere su director espiritual y consejero, el arcipreste Pinzoni. Soplaban ya sobre Europa vientos revolucionarios, amenazando con llevar la guerra al norte de Italia. Así sucedió al poco tiempo, cuando los habitantes de Brescia obligan a capitular a la guarnición austríaca al sublevarse contra el invasor vecino. La derrota de sus compatriotas en Custozza y su retirada del frente producen en la ciudad una trágica situación que dura más de diez días, y en los que las Hermanas de la Caridad no tienen un minuto de descanso.

Hacía ya tiempo que se les había confiado el cuidado del hospital militar de San Lucas, y la nueva comunidad ha acepta-

do la pesada carga que esto suponía, cuando de nuevo volvió a estallar la guerra contra Austria y se volvió a perder, esta vez en la batalla de Novara. La ciudad de Brescia se negó a capitular a pesar de ello, por lo que sufrió un intenso bombardeo y, una vez tomada, una bárbara represión en todos sus habitantes, sin respetar condición ni sexo. El trabajo llegó otra vez en cantidad exorbitante, y las hermanas hubieron de multiplicarse para atender a tanto herido.

Por aquel entonces entraba ya en su tercer año el largo pontificado de Pío IV. Ante él se presenta Paula Francisca en el otoño de 1850 solicitando la aprobación pontificia de su Instituto. En sólo dos meses la consigue, y en 1852 la fundadora y las 25 primeras hermanas prestan ante el obispo Jerónimo Berceri los tres votos reglamentarios y el propósito de dedicar su vida al cuidado de los enfermos y apestados.

La erección canónica de la congregación fue la señal de su rápida extensión. Pero ello no debe engañarnos ni hacernos pensar en un camino de rosas; desde que por primera vez se instaló, con su compañera Bortati y dos hermanas más, en las cercanías del hospital, allá por 1840, para mejor atender a los enfermos, hubo de soportar muchas contrariedades. Un médico habla de ellas en la prensa local, dedicándoles los mayores elogios, pero al mismo tiempo se suscitan en torno a sus personas duras polémicas, considerando su entrada en los centros benéficos como una vulgar intromisión. Sufren la hostilidad de los médicos y administradores militares, que prefieren en sus hospitales enfermeras laicas, y la maledicencia popular se ceba en sus comentarios adversos al nuevo Instituto.

Para colmo de males, el gobernador de Milán les impone unas condiciones inadmisibles e informa desfavorablemente cuando pretenden que se les reconozca un estatuto legal.

No obstante, su actividad se multiplica. La comunidad reúne ya 22 miembros, y su abnegado trabajo en pro de la humanidad va causando poco a poco la admiración de cuantos las conocen y oyen hablar de su beneficiosa asistencia social. Al tiempo que atiende a los enfermos procura recoger a los desamparados, enseñar a los sordomudos, y aún encuentra tiempo muchas veces para profundizar en estudios religiosos superiores.

El Gobierno sigue, a pesar de todo, sin concederle su autorización, por lo que la fundadora se ve obligada a abandonar el hospital de la ciudad lombarda. Ante tal perspectiva, el pueblo se indigna, y el obispo y el gobernador de Venecia se apresuran a influir en su favor hasta conseguir la autorización de oficio. La muerte de Gabriela Bornati, acaecida por entonces, privó a la santa de su mejor colaboradora.

A estas amarguras y sufrimientos se unieron al mismo tiempo terribles arideces espirituales. Su salud, siempre frágil, fue también un gran obstáculo que tuvo que superar, a través de sus cuarenta años de trabajo, a fuerza de voluntad. Su resignación era tal que, al elegir nombre monástico, optó por uno que le recordase su vida de sacrificio: María Crucificada.

Reconocida ya su obra oficialmente en el ámbito civil en el año 1852, se agravaron sus dolencias físicas hasta tal punto que muchas personas temieron por su vida durante varios meses. La repentina mejoría experimentada el día de Viernes Santo de 1855 fue considerada como un hecho milagroso y anuncio de que la Providencia le reservaba aún alguna misión que cumplir. En efecto, antes de su muerte evita una amenaza de cólera en Brescia y funda los conventos de Spalato, en la Dalmacia, y Bussolengo, junto a Verona.

Finalmente vuelve a recaer en su enfermedad en Mantua y pide ser trasladada a su ciudad natal para morir. Así se hace, y tres semanas más tarde deja de existir. El 15 de diciembre de 1855, la campana de la Torre dell'Orologio, de Brescia, tenía acentos de tristeza y de gloria al mismo tiempo.

El pueblo entero se vuelca a sus funerales para rendirle el último homenaje en prueba de gratitud hacia su caridad, practicada sin límites durante el tiempo que existió. En el mundo dejaba una institución respetada por todas las personas sin distinción de clases ni ideologías. Su labor, universalmente reconocida, se ha extendido cada vez más y hoy sus hijas se encuentran diseminadas por las cinco partes del mundo, llevando el mensaje del catolicismo más vivo y convincente: el amor al que sufre.

Fue beatificada el 26 de mayo de 1940 y canonizada el 13 de junio de 1954 por Su Santidad el papa Pío XII.

LUIS PORTERO

Bibliografía

Analecta Bollandiana 70 (1952) 370.
ATTWATER, D., *Butler's Lives of the saints. Firs supplementary volume* (Londres 1949).
BARTOCETTI, V., *Beata Maria-Crocifissa di Rosa* (Brescia 1940).
PÍO XII, «Homilía en la canonización»: *AAS* 32 (1940) 129-131, 160-162, 404-409; 46 (1954) 357-362.
• Actualización:
DEL RÍO, D., *Il mestiere della carita: storia di santa Maria Crocifissa di Rosa* (Roma 1998).
MOLINARI, F., *Maria Crocifissa di Rosa. Santa per gli altri* (Turín 1987).

BEATO CARLOS STEEB

Presbítero († 1856)

Todo aquello a lo que estaba destinado por la Providencia divina difícilmente podría haberlo supuesto nadie cuando nació. Porque Juan Enrique Carlos Steeb nació en Tubinga, en el Würtenberg (Alemania), en el seno de una familia protestante, una familia adicta a su religión, de la cual algunos miembros eran pastores. El año de su nacimiento fue el 1773. Sus padres eran personas honestas y religiosas. El padre era administrador de los bienes ducales y estaba al cargo de un albergue. Cuando le nació este hijo hizo planes para él, planes que por una parte no contaban con la voluntad del hijo, que podría o no aceptar los planes paternos, y por otro lado no se ajustaban a los planes divinos.

Su infancia fue normal. Sus padres lo inscribieron en la escuela humanística de su ciudad natal, y cuando el chico terminó los estudios primarios no fue inscrito en la universidad, porque los planes paternos eran que el muchacho se dedicase al comercio. Y por ello con 17 años fue a París y con 19 a Florencia, a la vista de lo activo y floreciente que era en esta ciudad el comercio de la lana y de la seda.

Ir a estas dos ciudades significaba salir del entorno protestante en que había vivido hasta entonces, y especialmente en Florencia hallaría un clima de religiosidad católica que muy pronto le llamó la atención. Entonces surgió en su corazón la pregunta acerca de la religión verdadera, haciendo crisis su protestantismo nativo. Un importante y profundo libro le haría mella en su espíritu. El libro era de S. B. Bossuet: *Historia de las variaciones protestantes.* Para Carlos —ésa fue su conclusión— la

fe protestante quedaba desacreditada con los datos aportados por aquel libro, que por el contrario acreditaba el catolicismo como el cristianismo verdadero. Comenzó a surgir en la mente del joven la idea de adherirse a la fe católica. Y ello le traería consigo problemas nada desdeñables. Porque Carlos estaba seguro de que si daba el paso a la fe católica, ello no sería ni comprendido ni aceptado por su familia, para la que su conversión sería una tragedia y una vergüenza. Carlos acudió al Oratorio filipense de Florencia donde halló dos sacerdotes, ambos de apellido Bertolini, que se prestaron a mostrarle comprensión y fortificar su alma en aquel trance tan duro. Porque estaba seguro de que si daba el paso de hacerse católico, sus padres se enojarían definitivamente con él. Arrancarse de la fe protestante quería decir arrancarse también de sus padres. ¿Era lícito hacerlo? ¿Era conveniente separarse de sus padres para siempre? El joven no pudo menos que meditar una y otra vez las palabras de Jesús, dirigidas a las muchedumbres que lo seguían: «Si alguno viene a mí y no se arranca de su padre y de su madre, de su mujer y de sus hijos, de sus hermanos y hermanas, y aun de su propia vida, no puede ser mi discípulo» (Lc 14,26).

Esas palabras tan fuertes le hacían pensar que tenía que poner a Dios y a su conciencia por encima de todas las cosas de este mundo, por encima de las relaciones familiares, por encima de lo que llamaríamos su provecho humano. Él había llegado a la conclusión de que donde debía estar era en la Iglesia católica. Nadie le había engatusado. Nadie le había engañado. Él era el que había visto la comunidad católica, con su fe y sus obras, con su caridad y sus logros, y también con sus fallos humanos y sus debilidades. Y esa comunidad le atraía como la comunidad de Jesús, la continuación de aquella que se formó en torno al Maestro de Nazaret y que venía predicando el evangelio desde hacía tantos siglos. Y quería libremente y por convicción propia entrar en ella. Sobreponiéndose por fin a todas las consideraciones humanas, el paso lo dio el 14 de septiembre de 1792 apartándose del protestantismo e ingresando con madura decisión en la Iglesia católica. Así se lo hizo saber a sus padres, y como él temía, sus padres respondieron desheredándolo y haciéndole saber que no lo tenían en adelante como hijo. Golpe

durísimo para su sensibilidad de muchacho, amante de sus padres y de sus familiares, a los que respetaba y quería, a los que agradecía el don de la vida y la buena voluntad usada con él en todo momento. Pero su conciencia estaba por encima de los vínculos que los ligaban con ellos. Los dos sacerdotes Bertolini y sus familiares lo rodearon con afecto en aquella circunstancia.

Carlos se planteó entonces qué haría con su vida. Destinado por su padre al comercio, ahora habían sido rotos todos los lazos con la familia, y tendría él que buscar lo que sería su nuevo futuro. Carlos se encontró con que en su corazón surgía un pensamiento: quería ser sacerdote. Quería dedicarse a ser dentro de la Iglesia que había escogido un servidor de Dios, un servidor de las almas. Y decidió, apoyado por sus protectores, comenzar a estudiar para el sacerdocio. Es lo que hizo a lo largo de los cuatro años siguientes en la propia Florencia. Hizo los estudios, se preparó de forma conveniente y el 8 de septiembre de 1796 pudo recibir el sacerdocio y ascender al altar.

No eran aquellos tiempos fáciles. La Revolución francesa había alterado enormemente los ánimos y había traído consigo la invasión de Italia por parte de las tropas francesas y el enfrentamiento de las tropas francesas con tantas otras, entre ellas las imperiales austríacas y precisamente en suelo italiano. Carlos, ya sacerdote, pudo realizar en aquel medio y en aquellas circunstancias un amplio apostolado. Conocedor del alemán, del francés y del italiano, pudo desarrollar su ministerio con mucha eficacia entre los soldados de los ejércitos beligerantes. Durante los primeros dieciocho años de su sacerdocio trabajó sobre todo en los hospitales militares y en los campos de batalla, lo que le valió el reconocimiento de los generales e incluso la distinción con la Cruz de Oro del imperio austríaco.

El P. Steeb colaboró con Santa Magdalena de Canossa († 1835), fundadora de las congregaciones de Hijos e Hijas de la Caridad, y con el venerable Pedro Leonardi († 1844), sacerdote diocesano y fundador de las Hijas de Jesús. Éste, en 1796, había dado comienzo a un plan caritativo, llamado *Sacra Fratellanza dei Preti Spedalieri,* que tenía como finalidad la asistencia material y espiritual, nocturna y diurna, de los enfermos del hospital de Verona. La *Fratellanza* fue como cuna de las grandes fundaciones veronesas.

Pasada la época de las guerras vino la de la reconstrucción, en que había que poner en pie tantas cosas caídas durante la actividad de las armas. También para este tiempo se contó con la ayuda activa del P. Steeb. Durante muchos años fue profesor del seminario y también en el colegio de las jóvenes. Contribuyó cuanto pudo a la fundación y funcionamiento del Asilo de Ancianos. Sostuvo obras de ayuda a los pobres y enfermos. Trabajó por la vuelta de las órdenes religiosas expulsadas durante la época de la invasión napoleónica. Como director espiritual de las «Damas Hospitalarias de la Fratellanza», se dio cuenta de la importancia de la mujer en el mundo de la asistencia caritativa y concibió el propósito de fundar él también un instituto religioso femenino que se dedicase a las obras de caridad. Encontró una mujer en la propia Verona que pudo serle de apoyo y decisiva ayuda en su pensamiento. Se trataba de Vincenza Polonia, la cual se puso bajo su dirección espiritual y aceptó las directrices de vida interior y austeridad de vida que Carlos le daba, y así estuvo apta para la fundación de la nueva congregación. Ésta nació humildemente dentro del asilo (1840), y fue bendecida por Dios enseguida, pues muy pronto creció y se difundió por Italia, de donde pasaría posteriormente a otros países. La nueva fundación se llamó «Instituto de las Hermanas de la Misericordia de Verona».

Carlos Steeb fue un espléndido director espiritual. Atraía de manera singular a los jóvenes, entre los que cultivaba las vocaciones sacerdotales y religiosas, y en realidad a su confesonario acudían personas de todas las edades y todas las condiciones. Los monasterios de monjas lo llamaban para que fuera su confesor ordinario, pues su elevada espiritualidad era una garantía de acierto en la conducción de los espíritus, singularmente de las almas consagradas a Dios. Habiendo sido protestante de nacimiento, comprendía muy bien los criterios y los sentimientos de los protestantes y se comportó siempre con ellos con lo que podemos llamar hoy un profundo sentido ecuménico.

Como sucede con tantos conversos, fue muy amante de la Eucaristía, en la que veía con mucha nitidez el eje y el centro de la Iglesia, y era sumamente devoto del Santísimo Sacramento. Aconsejaba a todos un abandono pleno y total en la Providen-

cia de Dios. Y su devoción se extendía al Sagrado Corazón de Jesús y al Inmaculado Corazón de María, así como a la Sagrada Pasión de Jesús, por la que sentía una especial ternura.

Todos eran conscientes de que Carlos había caminado por el sendero de Dios a lo largo de toda su vida, de que trabajaba sin descanso por la gloria de Dios, de que amaba a las almas con celo singular, y de que su afecto por los pobres y necesitados estaba basado en que veía en ellos el rostro dolorido del Salvador.

Entusiasmado con la definición dogmática de la Inmaculada Concepción, quiso que la iglesia de sus religiosas se dedicase a la Virgen en este misterio, y allí fue enterrado cuando el Señor vino por su alma en Verona el 15 de diciembre de 1856.

La fama de santidad le rodeó en vida, y lo siguió tras su muerte. Por ello el 6 de julio de 1963 el papa Pablo VI autorizaba la iniciación de su causa de beatificación, la cual la efectuaba el mismo santo pontífice el 6 de julio de 1975.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 67 (1975) 465-468.
Bibliotheca sanctorum. XI: *Ragenfreda-Stefano* (Roma 1968) cols.1374-1376.
CASETTA, G., *Il Servo di Dio Carlo Steeb, fondatore delle Sorelle della Misericordia* (Ciudad del Vaticano 1964).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN VALERIANO DE ABBENZA

Obispo y mártir († 457)

Este obispo confesó la fe y defendió la Iglesia en la persecución del rey vándalo Genserico contra el catolicismo. Era obispo de Abbenza en el África proconsular cuando llegó el rey a esta ciudad acompañado de su ejército y llamando al obispo le intimó la orden de entregarle todos los enseres de la iglesia. El obispo se negó y, además, protestó contra cualquier sacrilegio que se cometiese contra las cosas santas. Lleno de rabia por la firmeza del obispo, el rey ordenó al santo prelado abandonar la

ciudad y prohibió que nadie lo recibiera en su casa o en su campo. Por ello el obispo, que era ya octogenario, se vio obligado a vivir en el descampado, sin comida y sin techo, pereciendo de hambre y miseria. Su memoria se celebra el 15 de diciembre.

BEATO MARINO DE CAVA

Abad († 1170)

Era monje del monasterio de Cava en la Campania donde tenía el encargo de procurar lo necesario para la atención de los monjes (comida, ropa, muebles, enseres, etc.) y tenía a su cargo también el patrimonio artístico del monasterio así como su archivo. Acreditado por su buen hacer, fue elegido abad el 9 de julio de 1146 a la muerte del Beato Falco. Viajó a Roma para pedir, como era costumbre, la bendición del papa, y Eugenio III lo recibió con grandes señales de estima y le encargó que introdujera las costumbres de Cava en el monasterio de San Lorenzo in Parisperna. Y tres años más tarde el mismo papa tomó bajo su protección la abadía de Cava y le dio la exención de la autoridad episcopal poniéndola bajo la directa autoridad de la Sede Apostólica. Él procuró en su monasterio el esplendor del culto litúrgico, el buen orden en todas las cosas y la espiritualidad de sus monjes. Recibió numerosas donaciones de obispos y nobles y varios monasterios se hicieron dependientes del de Cava. Muy caritativo, daba generosamente a los pobres y necesitados. En 1156 fue elegido plenipotenciario para la paz entre el papa Adriano IV y el rey Guillermo I el Malo, el cual confirmó los privilegios del monasterio y lo puso bajo la protección real. Cuando Alejandro III, huyendo de Federico Barbarroja, se refugió en Gaeta y luego en Benevento, Marino acudió a mostrarle su comunión y a ayudarlo en cuanto pudo. Murió santamente el 15 de diciembre de 1170. Su culto fue confirmado por el papa Pío XI el 16 de mayo de 1928.

16 de diciembre

A) MARTIROLOGIO

1. La conmemoración de San Ageo, profeta **.
2. La conmemoración de muchas santas vírgenes, que fueron martirizadas en África por orden del rey Hunerico († 480).
3. En Irlanda, San Beano (fecha desconocida), ermitaño.
4. En Cysoing (Galia), San Everardo († 867), conde de Fréjus, fundador del monasterio de Canónigos Regulares de Cysoing *.
5. En Vienne (Borgoña), San Adón († 875), obispo, anteriormente monje *.
6. En Selt, junto a Estraburgo (Lotaringia), Santa Adelaida († 999), emperatriz **.
7. En Lucania, San Macario de Collesano († 1005), monje.
8. En Génova (Liguria), Beato Sebastián Maggi († 1496), presbítero, de la Orden de Predicadores *.
9. En Turín, Beata María de los Ángeles (Mariana) Fontanella († 1717), virgen, monja carmelita **.
10. En Ripa Alba (Italia), Beato Clemente Marchisio († 1903), párroco, fundador del Instituto de Hijas de San José **.
11. En Nowe Miasto (Polonia), Beato Honorato de Biala Podlaska (Florencio) Kazminsky († 1916), presbítero, religioso capuchino **.
12. Junto a Mukdahan (Tailandia), Beato Felipe Siphons Onphitak († 1940), padre de familia y mártir **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN AGEO

Profeta (Antiguo Testamento)

Ageo significa «solemne», «festivo», nacido en día de fiesta, y es el nombre del décimo entre los doce profetas llamados «menores». Sería injusto infravalorarlo sin más, por ser «menor» y de los «últimos». Pese a su corta extensión el escrito profético de Ageo permanece entre los libros canónicos y está inspirado, como los grandes.

Su voz y su mensaje transmitió la revelación de Dios a su pueblo en los difíciles tiempos después del destierro, cuando renace la comunidad en torno a la reconstrucción del templo, abierta a la esperanza.

Poco sabemos de Ageo si no es el título de «profeta» que le da su libro (cf. Ag 1,1.12; 2,1.10), donde también se le llama «mensajero» (cf. Ag 1,13). Ni siquiera conocemos el nombre de sus padres ni el lugar de su origen, con tanta frecuencia señalados en otros profetas. Por eso mismo no parece que fuera sacerdote, dada la omisión de su genealogía, tan importante en la clase sacerdotal.

Sin embargo, algunas tradiciones lo presentan iconográficamente como tal. Se apoyan en el relieve que su profecía da al templo y a los sacrificios. Se le representa como un venerable anciano, evocando nostálgicamente la gloria y esplendor del templo de Salomón (cf. Ag 2,3).

Naciera en Judá o en Caldea durante el destierro (587-538 a.C.) en sus últimos decenios, viene a Jerusalén probablemente en una de las caravanas de repatriados que regresan escalonadamente a sus ciudades de origen desde Babilonia para reconstruir la comunidad judía dispersada por las deportaciones.

Éste fue el marco histórico de su predicación y de sus oráculos proféticos, tal como sintetiza el *Martirologio romano* actual que lo coloca en primer lugar, el 16 de diciembre, como otros sinaxarios orientales:

> «Conmemoración de San Ageo, el profeta que, en tiempos de Zorobabel, gobernador de Judá, exhortó al pueblo para que reconstruyera la casa del Señor a la que había de venir el tesoro de todos los pueblos».

El pueblo de Dios regresó, por fin, a su patria, según lo habían anunciado los profetas y emprendió la restauración en medio de ingentes dificultades que probaban y acrisolaban su fidelidad, purificada en el destierro.

Había llegado en los planes de Dios la hora de la liberación, como en siglos atrás, el éxodo pascual de la esclavitud en Egipto.

Fue en el otoño del año 539 (a.C.) cuando Ciro II el Grande, rey de los persas, entró victorioso en Babilonia, derrotando a los caldeos. Inmediatamente se ganó la voluntad de los pueblos sometidos, a causa de su política, abierta y tolerante. No sólo él sino, en general, los reyes persas de la dinastía Aquemenida fueron muy liberales con los cultos y las tradiciones religio-

sas de los pueblos conquistados. No sólo permitieron su ejercicio sino que ayudaron a restaurarlos y los sostuvieron con su apoyo incluso económico, sin dejar de controlarlos.

Su relación con el judaísmo, se inspiró en estos mismos principios y criterios políticos. Los judíos, tal vez se beneficiaron de una especial preferencia, porque Yahvé siempre es designado en los documentos y actas oficiales como el «Dios del cielo», pudiendo ser equiparado con el dios supremo Ahura-Mazda, al que reconocían los grandes reyes.

El hecho es que, al año siguiente de su victoria sobre Babilonia, Ciro dio un decreto, fechado en el año 538 por el que pudieron regresar a Jerusalén los que habían sido deportados al destierro.

El cronista, autor del libro de Esdras, nos cuenta este emocionante retorno de tan largo exilio con una interpretación proféticamente religiosa y teológica, que pone de manifiesto, en numerosos detalles, la intervención providencial de Dios en la historia:

> «En el año primero de Ciro, rey de Persia, en cumplimiento de la palabra de Yahvé, por boca de Jeremías, movió Yahvé el espíritu de Ciro, rey de Persia, que mandó publicar de palabra y por escrito en todo su reino:
>
> "Así habla Ciro, rey de Persia: Yahvé, el Dios de los cielo, me ha dado todos los reinos de la tierra. Él me ha encargado que le edifique un templo en Jerusalén, en Judá. Quien de entre vosotros pertenezca a su pueblo, sea su Dios con él. Suba a Jerusalén, en Judá, a edificar el templo de Yahvé, Dios de Israel, el Dios que está en Jerusalén. A todo el resto del pueblo, dondequiera residan, que los del lugar les ayuden, proporcionándoles plata, oro, hacienda y ganado, así como ofrendas voluntarias para el templo de Dios que está en Jerusalén".
>
> Entonces los cabezas de familia de Judá y Benjamín, los sacerdotes y los levitas y todos aquellos cuyo ánimo había movido Dios, se pusieron en marcha para subir a edificar el templo de Yahvé en Jerusalén.Todos los vecinos les proporcionaron toda clase de ayuda: plata,oro, hacienda, ganado, gran cantidad de objetos preciosos y toda clase de ofrendas voluntarias.
>
> El rey Ciro mandó sacar los utensilios del templo de Yahvé que Nabucodonosor se había llevado de Jerusalén y había depositado en el templo de su dios. Ciro, rey de Persia, los puso en manos del tesorero Mitrídate, el cual los contó para entregárselos a Sesbasar, príncipe de Judá» (Esd 1,1-8).

El retorno fue escalonado en varias etapas. En la primavera del año 537, una caravana de cuarenta mil judíos volvió, por el desierto, a Palestina. Al frente de ellos venía Zorobabel, descendiente de los reyes de Judá. Probablemente, en alguna de estas caravanas vinieron también con muchos sacerdotes, los profetas Ageo, y Zacarías, como se puede deducir de las alusiones en sus oráculos (cf. Ag 1,1).

El regreso del exilio no fue ni tan alegre ni tan esplendoroso como algunos esperaban, confiados en oráculos proféticos llenos de poesía; no sabían distinguir el horizonte inmediato erizado de dificultades, del futuro mesiánico y glorioso en el triunfo final. Fue muy necesario el aliento de los profetas para sostener la esperanza en el cumplimiento, cada vez más cercano, de las promesas.

Los sobrevivientes lloraban de incontenible emoción ante las ruinas. Los recién llegados se instalaron como pudieron en Jerusalén y en sus cercanías. Enseguida se pusieron a organizar el culto a Yahvé. Limpiaron la explanada del antiguo templo y construyeron un altar para ofrecer los sacrificios (cf. Es 3,1-3):

> «Llegado el séptimo mes, y estando ya los israelitas en sus ciudades, congregó todo el pueblo como un solo hombre en Jerusalén. Josué, hijo de Josadac, con sus hermanos los sacerdotes, y Zorobabel, hijo de Sealtiel, con sus hermanos, se pusieron a reconstruir el altar del Dios de Israel, para ofrecer en él holocaustos como está escrito en la Ley de Moisés, hombre de Dios. Erigieron el altar en su emplazamiento, a pesar del temor que les infundían los pueblos de la tierra y ofrecieron en él holocaustos a Yahvé, holocaustos de la mañana y de la tarde».
>
> Al poco tiempo, con todo entusiasmo pusieron manos a la obra y comenzaron a echar los cimientos de la nueva casa de Dios, el nuevo templo. Como un solo hombre todos participaban en la tarea. Bajo la dirección de los expertos trabajaban canteros, albañiles, carpinteros, transportistas, etc., en presencia de los sacerdotes y levitas que, como en las grandes fiestas, tocaban las trompetas y los címbalos entre incesantes aclamaciones del pueblo (cf. Es 3,8s).

Pero pronto se apagó el entusiasmo inicial y se paralizaron indefinidamente las obras. Los judíos que no habían sido deportados y no tenían las experiencias del destierro, llamaban fanáticos a los que venían con planes de una restauración que

consideraban utópica y se negaban a ayudarles, ocupados como estaban en su propio bienestar y olvidados del culto al Altísimo.

Por otra parte, los vecinos samaritanos se opusieron con tal insistencia que obligaron a suspender las obras. Sólo se pudieron reanudar quince años más tarde, y esto, sin duda, por las exhortaciones y el aliento que infundieron a los judíos fieles los nuevos profetas postexílicos.

Ésta fue la obra de Dios por medio de Ageo en unas circunstancias históricas de trascendental importancia para la historia de la salvación.

Aunque no es fácil hilvanar perfectamente los hechos, las crónicas de Esdras y Nehemías nos dan un cuadro sintético, nada engañoso, de la realidad en la que el Profeta se desenvolvió durante la restauración judía, después del destierro. La comunidad judía vuelve a renacer en la tierra de sus antepasados, pero no deja de ser una provincia del imperio persa. Beneficiándose de la política religiosa liberal de los Aqueménidas con los pueblos sometidos, volvieron a la Tierra Prometida, restablecieron el culto, restauraron el templo, levantaron las murallas de Jerusalén, viviendo según la ley de Moisés que tiene validez civil reconocida.

El Imperio no les exige más que una lealtad fácil de observar, ante un poder central respetuoso con su fe y sus costumbres. Es este un momento histórico de gran trascendencia, porque se trata nada menos que del nacimiento del judaísmo, preparado con largas meditaciones en el destierro purificador.

Ageo es uno de los hombres providenciales que, junto al caudillo Zorobabel, al sacerdote Josué y al profeta Zacarías, ayudó con gran eficacia a la maduración de su pueblo. Si el mensaje de los profetas antes del destierro era el castigo divino medicinal, durante el exilio se convirtió en consolación. Ahora se trata de restauración.

Ageo llega en el momento decisivo para recrear la nueva comunidad. Sus exhortaciones están fechadas con exactitud: desde fines de agosto hasta mediados de diciembre del 520. Reavivaron las energías del pueblo desanimado, Este es el objetivo concreto de los cuatro breves sermones que componen el libro.

Dios ha echado a perder los frutos de la tierra porque el templo sigue en ruinas, pero su reconstrucción traerá una era de prosperidad (cf. 1,1-14):

> «Habéis sembrado mucho y cosechado poco [...] ¿Por qué? Porque mi casa está en ruinas mientras vosotros os cobijáis cada uno en su casa [...] Escucharon la voz de Yahvé, su Dios, y las palabras del profeta Ageo [...] Entonces Ageo, habló así al pueblo en virtud del mensaje de Yahvé: "Yo estoy con vosotros"».

A pesar de su modesta apariencia, este nuevo templo eclipsará la gloria del antiguo (cf. 1,15-2,9):

> «Llegarán entonces los tesoros de todas las naciones y yo llenaré de gloria este Templo [...] Grande será la gloria de este Templo, la del segundo, mayor que la del primero».

Se le promete el poderío a Zorobabel, elegido de Yahvé (cf. 2,23):

> «Aquel día —oráculo de Yahvé Sebaot— te tomaré a ti, Zorobabel, hijo de Sealtiel, siervo mío y te haré mi anillo de sello, pues tú eres mi elegido».

La construcción del templo se presenta como condición indispensable para la venida de Yahvé y el establecimiento de su reino. Va a inaugurar la era de la salvación escatológica (cf. 2,20; 2,6):

> «Sacudiré los cielos y la tierra, el mar y el suelo firme, sacudiré todas las naciones [...] Volcaré los tronos de los reyes y destruiré el poder de los reinos paganos».

En torno al santuario y al descendiente de David crece la esperanza mesiánica que otro profeta, Zacarías, va a expresar con mayor claridad.

La predicación de Ageo se centra en dos temas, el templo y la irrupción de la escatología. El primero es el más importante, porque de la restauración del templo hace depender la intervención salvadora de Dios en el mundo. El templo es el lugar en que Yahvé habla a Israel, donde perdona sus pecados y en el que se halla presente. La actitud ante el templo refleja la adoptada a favor o en contra de Yahvé. Israel no será Israel si no busca, ante todo, el reino de Dios. Lo demás, la bendición, le será concedida luego.

El Nuevo Testamento recoge de Ageo la referencia en Mt 28,20 a la presencia de Dios entre su pueblo (cf. Ag 1,13). Y en Heb 12,26 sobre la convulsión de los reinos y de la naturaleza en perspectiva escatológica (cf. Ag 2,6). El *Sinaxario constantinopolitano* celebra también a San Ageo el 16 de diciembre con elogio muy expresivo.

A veces se le representa como un ángel que vuela sobre un templo o un altar con la interpretación de *Ageus* = *Angelus*. En miniaturas de muchas biblias aparece en la serie de los profetas. Sus atributos distintivos se refieren a la construcción del Templo. A veces lleva una bolsa de monedas que alude a su texto: «Mía es la plata, mío es el oro, dice el Señor de los Ejércitos» (cf. Ag 2,9).

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

ALONSO SCHÖKEL, L. - SICRE DÍAZ, J. L., *Profetas. Comentario,* II (Madrid 1980) 1129-1140.
ALONSO SCHÖKEL, L. - VALVERDE, J. M.ª, *Doce profetas menores* (Madrid 1966) 167-173.
AMSLER, S., *Los últimos profetas: Ageo, Zacarías, Malaquías y algunos otros* (Estella 1996).
BALLARINI, L., «Aggeo», en *Bibliotheca sanctorum.* I: *A-Ans* (Roma 1961) cols.352-357.
Nueva Biblia de Jerusalén (Bilbao 1998) 1091-1092; 1387-1388.

SANTA ADELAIDA

Emperatriz († 999)

Adelaida, nacida en el castillo de Orb en el año 931, era hija de Rodolfo II, rey de Borgoña, y de Berta, hija de Bucardo, rey de Suevia. El reino de Borgoña había sido erigido en 879 por el rey franco y emperador Carlos el Calvo, integrado por la Borgoña, la Provenza, el Bresse y el Delfinado.

Adelaida, en 937 huérfana de padre cuanto tenía poco más de seis años, a sus dieciséis se casó en 947 con el rey italiano Lotario II, de quien tuvo una hija, Emma, que sería reina de Francia. Lotario murió en el año 949, quizá envenenado por quienes deseaban arrebatarle el reino, y Adelaida quedó viuda a sus diecinueve años. Fue encarcelada en el castillo de Garda por el rey italiano Berengario II, del Friuli, quien ya había conquis-

tado la Lombardía, le usurpó el reino de Italia y le suprimió todos los títulos y poderes porque no quiso casarse con un hijo suyo. «Dios me lo dio, Dios me lo quitó, bendito sea Dios», exclamaba con el libro de Job. Su capellán, el padre Martín, atestiguó que durante aquel tiempo ni protestaba ni se quejaba, y que todo lo veía venido de las manos de Dios para su bien. Hasta los mismos carceleros se admiraban de que no desesperara ni insultara sino que permaneciera en oración sonriendo en medio de lágrimas. Con la ayuda de su capellán pudo escaparse de la prisión y huir hacia Germania, hasta el castillo de Canosa donde se refugió. Como Berengario cercó el castillo, Adelaida envió mensajeros a Otón de Alemania solicitando su ayuda, quien llegó, derrotó a Berengario en 951 y concedió libertad a la reina. Otón I, que ya había sido reconocido en todo el reino de Germania como rey, conquistó Lombardía y el reino de Borgoña y se apoderó de la mayor parte de Italia pero más tarde, por intercesión de Adelaida, dejó el gobierno de Italia en manos de Berengario como reino feudatario de la corona alemana.

Otón I, también viudo, pidió en matrimonio a Adelaida, quien aconsejada por el padre Martín se casó con él en Pavía en 951 y sería la mujer más importante de toda la Europa de su tiempo. Los dos fueron a Roma y fueron coronados «emperadores del Sacro Imperio» (título que nadie llevaba desde 924) en Roma el 2 de febrero de 962 por el papa Juan XII. En la corte Adelaida trató a la «reina madre» Matilde, también santa. Otón I animó la evangelización de los húngaros y constituyó distintas «Marcas» dentro de territorios eslavos y erigió un obispado en Magdeburgo como centro de toda esa actividad apostólica.

Otón dejó a Adelaida al cargo del imperio cuando marchó a Italia para realizar una campaña, y la emperatriz, durante ese tiempo, ayudó a los monasterios y fundó otros nuevos. En este tiempo escogió a San Adalberto, arzobispo de Magdeburgo, como director espiritual y en todo intentaba ser fiel a su marido descargándole de muchas responsabilidades del gobierno.

A Adelaida le tocaron vivir tiempos recios, pues un concilio convocado por su esposo depuso al papa Juan XII el 4 de mayo de 963 (quien moriría diez días después) y el mismo día —con permiso del emperador, pues había prohibido a los romanos

elegir papa sin su consentimiento— eligió sucesor a León VIII. Si éste fue legítimo papa, entonces Benedicto V, elegido en 964 y que fue depuesto en otro sínodo tenido en Letrán por el emperador Otón y León VIII, sería antipapa, pero si la deposición de Juan XII no fue válida entonces no habría sido papa León VIII. Fácil de decir ahora, pero difícil de vivir entonces, como lo hizo Adelaida queriendo mantener la fidelidad a Jesucristo en la fidelidad al sucesor de Pedro y a la Iglesia.

Adelaida había tenido con el emperador tres hijos, dos que murieron muy pronto y el tercero en 955, Otón II —a quien educó con la ayuda de San Bruno, arzobispo de Colonia y del P. Gerbert—, y lo llevaba con ella cuando iba a socorrer a los pobres y a los enfermos.

Pero Otón I había tenido de su primera esposa, un hijo y una hija. Este hijo, Ludolfo, de carácter violento y orgulloso, vio en su hermano por parte de padre un rival en el trono. Se unió así a los duques de Baviera y de Lorena para destronar a su padre. Otón I los derrotó y los entregó a un tribunal de guerra pero Adelaida hizo todo lo posible para que los perdonara, e incluso acudió a solicitar la intercesión del obispo de Augsburgo, San Ulrico, para lograr la amnistía para el rebelde, mientras oraba y realizaba obras buenas con esa intención. Tuvo, por fin, la alegría de ver a Ludolfo reconciliado con su padre el emperador.

Reina y emperatriz, usaba sus riquezas y poder para hacer bien a todos, especialmente para socorrer a los pobres. Otón I el Grande, rey de Germania e Italia, murió en el año 973, después de haber reinado treinta y seis años y habiendo sido once emperador.

Adelaida, de cuarenta y dos años, comenzó a ayudar entonces a su hijo Otón II, en las tareas de gobierno. Pero, después de haberse casado en segundas nupcias —quizá para dominar occidente y oriente— con una princesa bizantina de Constantinopla, Teofanía, y por influencia de ésta —que no quería compartir con su suegra la influencia sobre Otón II— éste desterró y echó de casa a su propia madre, quien fue a refugiarse a casa de su hermano Conrado, rey de Borgoña. Adelaida pidió ayuda a San Mayolo, segundo abad de Cluny, quien convenció a

Otón II de lo mal que había actuado con su madre, siendo quien mejor le podía aconsejar y acompañar y, en consecuencia, la liberó, le pidió perdón y la recibió de nuevo en el palacio imperial.

Otón II comenzó a llamarse *Imperator Augustus Romanorum* y reclamaba los derechos de los bizantinos que se habían apoderado del sur de la península italiana. A partir de 980 a 982 emprendió una campaña militar en la que fue derrotado por los musulmanes el 13 de julio de 983 en Calabria. Pudo huir pero murió en Roma de malaria el 7 de diciembre de 983, a sus veintiocho años y fue sepultado en la basílica de San Pedro, el único emperador allí enterrado.

Su hijo, Otón III, con sólo tres años de edad fue coronado emperador en Aquisgrán por los arzobispos de Maguncia y de Ravena. Entonces su abuela Adelaida tuvo que ejercitar todavía más la paciencia pues quedó a merced de los malos tratos de Teofanía, quien fue regente mientras Otón III era menor de edad. «Sólo en la religión puedo encontrar consuelo para tantas pérdidas y desventuras», dicen que decía. Cuando Teofanía también murió, en 991, Adelaida se vio obligada a asumir, en nombre de su nieto menor de edad, la regencia del reino, tomando esa responsabilidad como una carga para ella y un servicio para su pueblo. En este tiempo se dirigía espiritualmente con San Odilón, quinto abad de Cluny —su primer biógrafo— quien dejó escrito de Santa Adelaida: «La vida de esta reina es una maravilla de gracia y de bondad». Además del padre Martín y de San Adalberto, también fueron padres espirituales de esta santa San Mayolo y San Odilón de Cluny, pues había visitado esta abadía, donde los había conocido, y había apoyado la reforma monástica cluniacense.

Como anteriormente, pero de modo especial en estos años, supo conjugar el olvido de sí misma con la dedicación a los asuntos públicos de modo infatigable, su honestidad en los actos de gobierno con su profunda religiosidad, devolviendo bien por mal, orando y llorando por los pecados de su pueblo y pidiendo luz a Dios en todas las decisiones que debía tomar. Era valiente y humilde a la hora de tener que enmendar a otros, tratando siempre de vivir de tal modo que no tuviera que ser co-

rregida en lo que tenía que corregir a los demás. Regía de tal modo su casa y el reino ganándose la confianza de sus súbditos no sólo para mantener el orden político sino también para intentar llevar a todos hacia una vivencia cristiana como la que ella deseaba vivir.

Construyó iglesias y conventos, instituciones de caridad y de beneficencia, como hospitales destinados a los pobres, y dedicó esfuerzos notables para la evangelización de quienes permanecían todavía paganos. Benefició de modo singular a los monasterios de Peterlingen, San Salvatore, de Pavía, y de Selz. En sus ratos libres bordaba ornamentos litúrgicos y manteles para los altares de las parroquias pobres. Atendió a todas las provincias que integraban sus dominios y de modo singular a la ciudad de Magdeburgo. Se desprendió de grandes cantidades de dinero personales para ayudar a los misioneros que fueran a evangelizar a quienes todavía no habían recibido el primer anuncio del evangelio.

Cuando Otón III se posesionó ya del imperio, ella se retiró a un monasterio y pasó sus últimos años dedicada a la oración y a la caridad. Le tocó, pues, vivir y ayudar a tres emperadores «Otones», Otón I, su marido, Otón II, su hijo, y Otón III, su nieto, siendo reina de Italia y emperatriz de Alemania. Los dos primeros «Otones» tuvieron la intención política de mantener unidos, bajo el título del imperio franco-carolingio, los distintos ducados de Germania e Italia y a ello contribuyó en gran medida la sabiduría de Santa Adelaida. Otón III, declarado mayor de edad a los 15 años, quiso restaurar un imperio romano-bizantino.

Emma, la hija que Adelaida había tenido anteriormente de Lotario, reina de Francia, hubiera querido que se quedara con ella y con su esposo en París, y para conseguirlo fueron los dos a su encuentro. Pero Adelaida quería realizar algunas peregrinaciones y, sobre todo, reconciliar a sus sobrinos que se disputaban el reino de Borgoña. El último año de su vida hizo un viaje a Borgoña para tratar de reconciliar a los ciudadanos con su sobrino Rodolfo y murió en el camino, en el monasterio cluniacense que había fundado en Selz —junto a Estrasburgo (Alsacia)— atendida por los benedictinos, el 16 de diciembre de 999 a la edad de sesenta y ocho años.

La fama de santidad de Adelaida se había extendido durante su vida pero, al morir, se comprobó todavía más cómo se había ganado el aprecio de su nación y de las naciones circunvecinas tanto por sus acciones de gobierno como por su vida cristiana en medio de tan difíciles responsabilidades públicas.

Su fiesta se celebró desde el principio del segundo milenio durante mucho tiempo en distintas diócesis de Francia y Alemania, particularmente en Alsacia, Sajonia y Baviera. Finalmente fue canonizada en 1097 por el papa Urbano II.

JOAQUÍN MARTÍN ABAD

Bibliografía

CROISSET, J., SJ, *Año cristiano, o ejercicios devotos para todos los días del año,* IV (Madrid 1853) 505-506.

EGGER, C., «Adelaide, imperatrice, santa», *en Bibliotheca sanctorum.* I: *A-Ans* (Roma 1961) cols.233-235.

LEITE, S., SJ, *Santos de cada día,* III (Braga 1987) 452.

BEATA MARÍA DE LOS ÁNGELES (MARIANA) FONTANELLA

Religiosa († 1717)

María de los Ángeles nació en Turín el 7 de enero de 1661, undécima y última hija del conde Giovanni Donato Fontanella y de la condesa María Tana de Santena. En el bautismo se le impuso el nombre de María Ana. Era pariente de San Luis Gonzaga por parte de su madre. Cuatro de sus siete hermanas se habían hecho religiosas; por eso, cuando a los 14 años manifestó sus deseos de entrar en el convento, su madre, viuda, se opuso fuertemente a ello; con la misma tenacidad la hija llevó adelante su propósito hasta conseguirlo. Vistió el hábito de carmelita descalza el 19 de noviembre de 1676 en el convento de Santa Cristina de Turín, donde profesó el 26 de diciembre de 1677. Fue elegida priora de la comunidad en 1694, con dispensa apostólica a los 33 años. Elegida otras tres veces para el mismo oficio: 1700-1703; 1706-1709; 1712-1715. Todavía en su primer priorato se hizo la fundación de otro monasterio en Moncalieri, pero «la Corte y los Superiores no quisieron que formase parte

de ella. Participó, no obstante vivamente con su consejo y con sus cartas y tuvo una influencia determinante en el desarrollo de la joven fundación».

A sus oraciones se atribuyó el final de la guerra y la liberación de Turín en 1696; ella lo atribuyó a la intercesión de San José del que era extraordinariamente devota, a imitación de su madre Santa Teresa. No muchos años después predijo la salvación de Turín de las tropas francesas que fueron derrotadas en septiembre de 1706; para conmemorar la victoria se construyó en Superga un gran templo votivo. Devota y conocedora de las enseñanzas de Santa Teresa, ha dejado muchas páginas llenas de doctrina sobre la vida espiritual y la oración, recordando a sus monjas la importancia de este trato de amistad con Dios.

Para ella la oración «es una conversación con Dios, en la que el alma, dejando aparte los muchos discursos del entendimiento y contenta con el solo recuerdo de Dios, atiende a los afectos de amor o acción de gracias o de alabanza del Señor». Escribió un buen manojo de cartas a superiores y padres de la Orden, a monjas carmelitas del monasterio de Moncalieri, a personas seglares, a señoras y señores de la corte, a la Casa Real de Saboya y a sus familiares. Por obediencia a los superiores escribió su autobiografía.

Murió en Turín el 16 de diciembre de 1717.

> «Su cuerpo descansa en Turín, en la iglesia de Santa Teresa, obra del arquitecto Juvenal Delponte, bajo un magnífico altar, frente a la monumental capilla de San José, obra maestra de Felipe Juvara».

El proceso canónico para su glorificación comenzó muy pronto, en mayo de 1722. En 1778 fue proclamada por el papa Pío VI la heroicidad de las virtudes de la sierva de Dios, y fue beatificada por Pío IX el 25 de abril de 1865. Al año siguiente publicaba San Juan Bosco la biografía de la Beata María de los Ángeles.

JOSÉ VICENTE RODRÍGUEZ, OCD

Bibliografía

Acta processuum beatificationis (Roma 1727-1865).

ANSELMO DI SAN LUIGI GONZAGA, *Vita della B. Maria degli Angel, religiosa professa carmelitana scalza* (Roma 1865).

— *Compendio de la vida de la Beata María de los Ángeles, carmelita descalza* (Barcelona 1866).
ELIA DI SANTA TERESA, *La diletta del Crocifisso; vita della venerabile Madre Suor Maria degli Angeli, religiosa del monastero di Santa Cristina delle carmelitane scalze di quest'Augusta* (Turín 1729).
GIOVANNI BOSCO, *Vita della Beata Maria degli Angeli, carmelitana scalza torinese* (Turín 1866).
GIOVANNA DELLA CROCE, «El tema de la oración en el epistolario de María de los Ángeles»: *Revista de Espiritualidad* 23 (1964) 442-467.
GIOVANNI DI GESÙ-MARIA, «María de los Ángeles, beata», en L. SAGGI, *Santos del Carmelo* (Madrid 1982) 390-392.

BEATO CLEMENTE MARCHISIO

Párroco y fundador († 1903)

Nos sorprende el cardenal Newman cuando escribe a Inglaterra desde Roma dando cuenta detallada de su encuentro con León XIII, que acababa de nombrarlo cardenal, ya con ochenta años cumplidos. Quedaban definitivamente consagrados los grandes méritos de este gran personaje inglés, tan incomprendido hasta entonces incluso por notables pensadores católicos. No entró el Papa en grandes temas trascendentales. Le preguntó sencillamente por su vida en la comunidad del Oratorio de San Felipe Neri, de la que era superior, por los cuidados materiales de que era objeto, quién les hacía la comida, y cosas así. El cardenal no sufrió desencanto: lo cuenta todo verdaderamente conmovido, revelándonos esta faceta insospechada del papa Pecci. En esta línea de familiar sencillez se inscribe también el encuentro que con él tuvo en 1883 el humilde párroco italiano Don Clemente Marchisio. Andaba entonces por los cincuenta años, y le presentaba al Papa su fundación de las Hijas de San José, emprendida siete años antes en su feligresía de Rivalba. Le expuso al Papa la orientación que acababa de dar a su Instituto, brotado inicialmente para atender espiritual y materialmente a sus feligresas jóvenes en momentos difíciles. Ahora lo centraba todo en la Eucaristía y su entorno: adoración, cuidado de la celebración, esmero y pulcritud... León XIII descendía a los detalles mínimos: elaboración del pan eucarístico, garantías máximas en la producción del vino, cuidado de purificadores y corporales... Y el refrendo definitivo: «¡Oh! Al final nuestro señor Jesucristo ha pensado un poco en sí mismo». D. Clemente

tenía veinte años por delante para consolidar y extender su obra.

Turín en la segunda mitad del siglo XIX es un verdadero vergel sacerdotal: florecen simultáneamente San Juan Bosco, San José Cottolengo, San José Cafasso. Este último marcó para nuestro Beato la ruta de la santidad.

Nacido el 1 de marzo de 1833 en Raconnigi, pequeña localidad del Piamonte, puede decirse que no deseó sino ser sacerdote desde que fue capaz de desear algo. Era de una familia honrada y pobre: el padre, zapatero remendón. Gracias a un caritativo sacerdote, Don Sacco, pudo hacer los estudios secundarios y los cursos de filosofía. A los 23 años, el 21 de septiembre de 1856, fue ordenado sacerdote. Funcionaba en Turín un convictorio para perfeccionar a los jóvenes sacerdotes, dirigido por San José Cafasso. Clemente se puso en manos de este santo durante dos años, adquiriendo el temple y fortaleza que pronto iba a demostrar.

Su primer destino fue de vicepárroco de Cambiano. Resultó incómodo por su valiente predicación, y lo destinaron a la pequeña localidad de Vigone. En 1860, a los 27 años, era nombrado párroco de Rivalba. Toda aquella comarca era profundamente anticlerical. En su primer sermón expuso con claridad su programa pastoral: dar ejemplo con una vida sacerdotal irreprochable, administrar los sacramentos, catequizar a los niños, enseñar a los ignorantes, buscar a los alejados de la Iglesia, aconsejar a los padres de familia:

> «Si se presenta algún vicio, no tendré más remedio que levantar la voz. ¡Qué desgracia para mí si no dijera claramente la verdad! Debo dedicaros mis vigilias, mis cuidados, mis fatigas en cualquier momento, tanto de día como de noche, a pesar de de la distancia, del calor o del frío, a fin de procuraros mis auxilios. A mis servicios añadiré mi oración, que fue gracias a ella como San Pablo convirtió tantas almas».

Tomó como modelo al santo cura de Ars, predicando con vehemencia contra las blasfemias, y la falta de respeto por el domingo. El ímpetu juvenil se deja sentir en frases como la siguiente: «Sabedlo de una vez por todas: no he venido aquí para agradaros, sino para deciros la verdad y convertiros».

La verdad suele ser amarga, según el conocido adagio. Clemente comenzó a sentir amplio rechazo. Sus sermones resultaban desagradables, y comenzaron a hacerle la vida imposible. Abundan los detalles que demuestran el ambiente hostil: comenzada la misa, los hombres salen de la iglesia no más terminar la lectura del evangelio, van en pos de ellos sus esposas, siguen los jóvenes y el buen cura se queda sólo con los niños y unas cuantas viejas. A veces lo silban y provocan grandes alborotos. Siguen las falsas interpretaciones, las sospechas, las calumnias y hasta las amenazas físicas. El miedo termina apoderándose de él y solicita lo cambien de parroquia. El arzobispo de Turín sabía mejor que él mismo su capacidad de aguante, y fue terminante en la respuesta: «Permanezca valientemente en la cruz».

Diez años duró la hostilidad generalizada. Clemente se entregó a la práctica del santo abandono, refugiándose en el Corazón de Jesús y en la devoción a la Virgen y a San José. Se centró de lleno en la Eucaristía, celebrando el Santo Sacrificio de la Misa con fervor renovado cada día, y dedicó largos espacios a la adoración silenciosa. Así se adentró en la ciencia suprema de la cruz, llegando a la cima del descanso a la sombra de Cristo crucificado. Su corazón se veía limpio de toda amargura y en su semblante se traslucían la paz y el gozo interior. Comenzaron las conversiones y el cambio de ambiente. Hasta muchos de los más obcecados terminaron por reconocer la gran calidad de aquel hombre inalterable en el ejercicio de sus funciones sacerdotales. Sus obras ocultas de caridad se iban desvelando cada día, y el cariño de la gente afloraba al fin.

Su capacidad organizativa entró en juego. En los años que van de 1871 a 1876 construye un asilo para niños. ¿Qué hacer con las chicas forzadas a emigrar a la ciudad para emplearse en el servicio doméstico? Tuvo clara conciencia de su desamparo y peligros. Vio como solución el establecimiento de un taller textil. Podrían así ganarse un salario sin abandonar el hogar paterno. Pronto secundaron sus planes un grupo de mujeres caritativas y formó con ellas una comunidad denominándolas Hijas de San José. A la sombra del Santo Patriarca aprendían la eficacia en el silencio, la laboriosidad alegre, el olvido de sí mismas, sin más gozos ni penas que los del prójimo, siempre centrada la mi-

rada en el Santísimo Sacramento. ¿Tuvo alguna inspiración especial? ¿Resultó fallido su proyecto de dedicación generalizada a obras de caridad? En un momento dado, tuvo la persuasión plena de que las fuerzas del mal se conjuraban en contra del Sacramento del altar. Sus convicciones quedarían condensadas en el libro en cuatro capítulos que finalmente publicó en Turín, con motivo del Congreso Eucarístico Nacional allí celebrado en 1894: *La Santísima Eucaristía combatida por el satanismo.*

A su Congregación de Hijas de San José no le impuso ningún programa combativo: ellas, en el clima silencioso del Hogar de Nazaret, deberían dedicarse a cuanto se refiere al culto eucarístico, especialmente la celebración de la misa, preparando las hostias, el vino y los detalles circunstanciales de vestiduras y vasos sagrados, limpieza y ornato.

Cuando la congregación aún estaba en los comienzos, les dirigió estas palabras:

> «En la Iglesia ya existen florecientes Institutos entregados a la caridad para con el prójimo, pero, que yo sepa, todavía no hay ninguno dedicado exclusivamente al culto de Jesús Sacramentado: así nuestro Instituto en vez de servir a Jesús en los pobres y en los niños, se empeñará en servirle todo lo mejor posible a Él mismo, en cuanto se refiera al Sacramento del Amor».

El párroco Clemente Marchisio simultaneó sus tareas parroquiales con la atención a la consolidación y expansión de su congregación de Hijas de San José. Así comenzaron sus viajes por toda Italia y sus contactos con cardenales y obispos, entre ellos José Sarto, obispo en Mantua y luego Patriarca de Venecia hasta convertirse en el papa San Pío X.

La casa de Roma se abrió en 1883, en el pontificado de León XIII, al que hemos aludido al comienzo. El Instituto sólo gozaba de aprobación diocesana, otorgada por el arzobispo de Turín, cardenal Castaldi, el mismo que no fue capaz de comprender la grandeza de su antiguo compañero de seminario y luego sacerdote de su diócesis, San Juan Bosco. La aprobación definitiva vino dada en 1907 por San Pío X, el papa de la Eucaristía. El santo fundador ya había fallecido varios años antes, el 16 de diciembre de 1903. Se hallaba de visita a las casas filiales del norte de Italia. Se sintió enfermo, pero siguió trabajando, sacando fuerzas de la Eucaristía. La operación quirúrgica a que

fue sometido no dio resultado, y falleció en la fecha dicha, a los 70 años, la edad límite que, según varios testigos, había anunciado con mucha anterioridad.

Sus restos fueron trasladados en 1920 a la iglesia parroquial de Rivalba. En 1933 se inició su proceso diocesano de canonización. Fue beatificado por el papa Juan Pablo II el 30 de septiembre de 1984.

JOSÉ MARÍA DÍAZ FERNÁNDEZ

Bibliografía

FRANCHETTI, D., *Il beato don Clemente Marchisio* (Roma ²2002).
SARALE, N., *Teologia della semplicità. Biografia di don Clemente Marchisio, parroco di Rivalba Torinese, fondatore dell'Istituto Figlie di S. Giuseppe* (Roma 1975).
TUNINETTI, G., *Don Clemente Marchisio: 1833-1903. Un profilo storico* (Turín 1986).

HONORATO DE BIALA PODLASKA (FLORENCIO) KAZMINSKY

Presbítero († 1916)

Nace en Biala Podlaska (Siedlce, Polonia) el 16 de octubre de 1829, hijo del arquitecto Esteban Kazminski y Alejandra Kahl, cónyuges, un matrimonio de profundas convicciones cristianas. Es cristianado dos días más tarde, y se le imponen varios nombres aunque prevaleció siempre el de Wenceslao. Sus padres, muy estimados en la población, educaron piadosamente a sus cuatro hijos, y en Biala frecuenta la escuela elemental. En 1840 es confirmado, y en mayo de ese año su familia se traslada a Wloclawek, un importante centro industrial, y en Plock estudia el bachillerato. En septiembre de 1844 comienza los estudios de arquitectura en la Academia de Bellas Artes de Varsovia, y su carácter serio y disciplinado comienza a compaginar con las influencias negativas que un compañero de estudios le muestra, respecto a las convicciones religiosas recibidas en su familia. Además, la acción anticatólica que promueve el régimen ruso invasor favorece el ateísmo práctico, y va decantándole hacia el iluminismo racionalista.

El 2 de noviembre de 1845 fallece su padre, y su pérdida le produce una crisis de fe que le conduce al ateísmo, convirtién-

dose en un convencido antirreligioso entre sus colegas. En estas circunstancias la policía zarista, sospechando que ha tomado parte en un complot contra el régimen, le acusa de conspirar, le arresta y encarcela en la Ciudadela de Varsovia en abril de 1846, una prisión destinada a los sentenciados a muerte. En la cárcel enferma de tifus debido a las malas condiciones higiénicas, y todas estas desventuras le producen un cambio espiritual muy profundo y recupera la fe. Al enterarse de su encarcelamiento, su madre acude a la capital polaca para lograr su libertad. El 27 de de marzo de 1847 es absuelto por falta de pruebas, regresa al ámbito familiar donde suplica el perdón a su madre, a quien ha hecho sufrir tanto por su desordenada conducta:

> «A mi madre debo la vida dos veces, la del cuerpo y la del alma: ella rezó por mí a la Virgen cuando, estando en prisión y enfermo, sin conciencia, me hallaba cerca de las puertas del infierno».

Reemprende sus estudios, licenciándose en arquitectura en 1847, aunque su corazón anda inquieto en otros asuntos. Se va aclarando su vocación, cada vez con mayor precisión. Se decide y realiza una confesión general:

> «Pues debo confesar que en mi juventud he sido un gran pecador, ofendiendo declaradamente a Dios, de quien he renegado, comportándome como si él no existiese, incluso combatiéndole, intentanto que otros también renegasen de la fe».

Parece que Dios le habla, y el 8 de diciembre de 1848, fiesta de la Inmaculada Concepción, ingresa en el convento capuchino de Varsovia, y viste el hábito el 21 de diciembre en el convento de Lubarlów (Lublino), con el nombre de fray Honorato de Biala. Concluido el noviciado, al año siguiente emite la profesión simple. En 1850 los superiores le destinan al convento de Lublino, donde prosigue los estudios de filosdía y teología, y el 21 de diciembre del mismo año profesa solemnemente. En 1851 regresa a Varsovia; el 5 de junio recibe el diaconado, y el 27 de diciembre, es ordenado presbítero.

Desde su entrada en los capuchinos se considera un verdadero hijo de San Francisco de Asís, «mi santo predilecto [...] deseo es poder imitarlo perfectamente». Permanece unido a Dios, a quien ama sobre todas las cosas, y a él dedica toda su actividad, inmerso en la plegaria, que era la esencia de su vida:

«Te amo con la veneración más grande. ¡Oh Dios mío! Te quiero a ti sólo. Dios mío, sin ti no puedo vivir, y sólo contigo puedo vivir en la tierra».

La pasión de Cristo constituye una de sus grandes devociones, y reza el Via Crucis derramando abundantes lágrimas: «No sabéis, hermanos, qué gran pecador soy. En mi juventud traicioné a Dios». Predica en las iglesias más importantes de Varsovia, y el talento de su oratoria y el ardor con que habla atraen a muchos. Le consideran un célebre predicador. Y del púlpito, al confesonario, donde recoge el fruto de su abundante doctrina.

Comparte esta intensa actividad pastoral con diversos encargos de la Orden: secretario provincial, definidor provincial y guardián, que refrendan sus dotes de inteligencia, prudencia y rectitud. En varios centros femeninos imparte clases de religión, dirige la cofradía del Santo Rosario y la Terdera Orden de San Francisco, orientando a fieles según el carisma personal a consagrarse a Dios: «No he venido al convento sólo para salvar mi alma, sino para santificarla. Tantos siglos los capuchinos en Polonia, y todavía no tenemos uno santo». Colabora con la Beata María Ángela Truszkowska en fundar, el 21 de noviembre de 1855, la congregación de Hermanas de San Félix de Cantalicio. En 1860 es destinado como guardián del convento de Varsovia, en cuyo tiempo tiene lugar la fundación de las capuchinas.

Entre 1863-1864 el gobierno zarista invasor promueve unas leyes en Polonia para reprimir y sofocar la insurrección, que producen numerosas víctimas y desgracias. Se promulga la supresión de las Órdenes religiosas, y se pretende la desaparición de la Iglesia, convirtiendo los conventos en cárceles. Se intenta privar a los polacos de cualquier libertad que hubiera aún, separando la Iglesia greco-católica polaca de la Iglesia católica para destruir la cultura, la lengua y la religión. El fracaso de la insurrección contra el gobierno zarista provoca que el arzobispo de Varsovia, obispos y sacerdotes sean deportados. Se cierran los colegios: «Esta prisión será, sí, nuestra tumba, pero se convertirá en la cuna de nuestra provincia capuchina», dirá cuando la comunidad de Varsovia sea confinada el 28 de noviembre de 1864 en el convento de Zakroczym, a unos 42 kilómetros de la capital, donde transcurrirá 28 años de su vida, oculto como en las catacumbas. Además, no pueden recibir novicios. Están des-

tinados a la desaparición. Los frailes viven como reclusos, continuamente vigilados, particularmente le vigilan a él, impidiéndole que se relacione por carta con nadie.

Con la ayuda de Dios se consagra al confesonario, lo único que puede hacer, y aquí va a desarrollar una labor espiritual fecundísima, despertando en muchas almas el deseo de vivir en el mundo como religiosos, sin hábito y con votos. Una nota de audacia y prudencia, arraigada en una auténtica espiritualidad franciscana. Su vida, de plegaria intensa, penitencia y celo apostólico, es la fuente sobreabundante de donde van a brotar muchas iniciativas, fecundas y apostólicas. Trabaja en la Iglesia y con la Iglesia, y la gracia divina le concede encontrar una respuesta a la situación social de su patria, bajo la dominación rusa y el desarrollo del socialismo. En un tiempo tan fácil para el desaliento y el abandono de la fe, promueve numerosas fundaciones que logran mantener un fructífero apostolado, suscitándose numerosas vocaciones. Su amor a la Iglesia le anima a buscar su renovación, adaptándose a las condiciones sociales: «Cuando la casa del padre necesita reparaciones, todos sus hijos deben contribuir a su mantenimiento». Su profética visión del futuro le permite anticiparse al tiempo, ofreciendo al cansado y agobiado la razón de la auténtica esperanza, conservando el optimismo arraigado en la fe. En estas numerosas congregaciones se cumple especialmente la vida oculta a los ojos del mundo. Un nuevo modo de vida religioso sugerido por motivos de prudencia o necesidad, pero también por el deseo de imitar la vida oculta de Jesucristo y la Virgen María en Nazaret. Frente a la opresión religiosa se siente polaco y católico, con todas las consecuencias. A la Iglesia, que vive casi en las catacumbas, le ofrece con valentía nuevo espíritu, mediante la opción de sus congregaciones.

Frente a la intolerancia religiosa, amenazas y deportaciones, contrapone el silencio de sus cristianos evangelizadores, que trabajan con digna resistencia. Sostiene y anima la esperanza de su pueblo, preparándolo para su justa libertad, amando a Dios y a su Patria intesamente, para construir un mundo mejor y más justo. Todos le buscan y a todos aconseja, continuamente vigilado por la policía. Es un promotor de la vida cristiana, un maestro del evangelio quien les habla, proponiéndoles vivir donde viven, en

su propia casa y entre los suyos tal y como son, según el ejemplo de Cristo y María cuando vivían en Nazaret. Deben fermentar el mundo en que viven. El Espíritu Santo que anima la Iglesia le ilumina en sus numerosas congregaciones. La vida oculta es su carisma, y lo defiende con gran empeño frente a la incomprensión de obispos y sacerdotes, que no comprenden su evangelización, pero gracias a la cual contribuye de manera extraordinaria a la supervivencia de la Iglesia católica en tierras polacas.

El año 1874 funda la primera congregación oculta de «Hermanas mensajeras de la Reina del Corazón de Jesús». La supresión de los conventos en tierras polacas le conduce en 1892 al de Nowe Miasto, la única casa capuchina que permanece aún abierta. En 1895 se le nombra comisario general para la provincia capuchina de Polonia. El año 1906 organiza una peregrinación nacional al santuario mariano de Czestochowa, en la que participan más de medio millón de peregrinos. Atacado por la sordera deja el confesionario, dedicándose a escribir numerosas cartas a sus hijos espirituales. En 1905 los obispos deciden reorganizar las numerosas congregaciones fundadas por él, y obtienen la aprobación en 1908 de San Pío X. El 23 de abril de ese año el ministro general de los capuchinos le comunica la decisión de la Santa Sede de su remoción de la dirección general de las congregaciones, decisión que acepta con gran humildad y sufrimiento, invitando a obedecer, y permanecer bajo la autoridad del obispo a todas sus fundaciones.

Durante la Primera Guerra Mundial (1914) una bomba estalla en la iglesia del convento de Nowe Miasto, donde se encontraba rezando, saliendo milagrosamente ileso. El 16 de diciembre de 1916 fallece santamente, a la edad de 87 años, 68 años de vida capuchina y 64 de ministerio sacerdotal. Recibe sepultura en la cripta del convento. En 1975 sus restos serán inhumados en la iglesia conventual. El año 1949 comienza en Varsovia el proceso de beatificación. En 1974 se emite el decreto sobre sus escritos, y el 16 de octubre de 1988 el papa Juan Pablo II lo proclama beato:

> «Su heroico servicio en el confesionario fue una verdadera dirección espiritual [...] Tuvo un profundo don de saber descubrir y mostrar los caminos de la vocación divina. Anima a permanecer en su ambiente y a imitar la vida de Jesús y María en Nazaret, a practicar los consejos evangélicos ocultamente, sin signos exter-

nos. Fue un innovador en la vida monástica. Trata de regenerar en la sociedad el espíritu de celo: "Cada día vengo de Cristo, voy a Cristo y regreso a Cristo". Cuando recibe la decisión de la Iglesia que le priva de la dirección de las congregaciones y cambia el carácter de las mismas, escribe: "El mismo Vicario de Cristo nos ha revelado la voluntad de Dios y ejecuto esta orden con la fe más grande". Después de su íntimo tormento nos muestra cómo perseverar, según el querer de Dios, y actuar en los tiempos difíciles. Enseña cómo resolver, de acuerdo con el espíritu del Evangelio, los problemas difíciles».

Milagro para la beatificación

La religiosa polaca Josefa Muraszewska, nacida en 1872, ingresa el año 1901 en las Hermanas del Corazón Inmaculado de María, fundadas por él. En 1920 se le detecta un cáncer con metástasis hepática, aunque quienes le atienden creen que la razón de sus dolores abdominales se debe a una calculosis biliar. Al no cesar éstos y agravarse, fue necesario ingresarla en el hospital de Lodz, donde se le descubre un neoplasma con metástasis en el hígado. Analizado el tumor se la opera en el mes de julio, y visto su estado, en agosto de 1925 la llevan a la casa generalicia de su Instituto en Czestochowa, donde se confirma su estado. En enero de 1926 el progresivo crecimiento del tumor hace prever lo peor. En junio, la religiosa inicia una novena al Siervo de Dios, pidiendo su protección, y el día 2 de julio participa en una misa en el santuario de Jasna Gora, a pesar del fastidio que le produce el tumor y, durante la celebración, sana sorprendentemente, regresando en el convento a su normal actividad. Días después regresan los dolores de nuevo, y este hecho se atribuye a la interrupción de la novena. El 17 de julio, quince días después de la curación, desaparece incluso la tumefacción, quedando la paciente en óptimas condiciones de salud. Muere en 1934. La consulta médica considera esta curación instantánea, completa y duradera, no explicable en las actuales circunstancias, por tanto puede tenerse como sobrenatural. Juan Pablo II aprobó y ordenó la promulgación del decreto, que se hizo público el 1 de septiembre de 1988.

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

DA RIESE, F., «Pío X. Onorato Kazminski da Biala Podlnska. 1976»: *L'Osservatore romano,* (16-10-1988).

RESCH, A., *I Beati di Giovanni Paolo II.* II: *1986-1990* (Ciudad del Vaticano 2000) 161-164.

RESCH, A. (ed.), *Miracoli dei Beati.* I: *1983-1990* (Ciudad del Vaticano 1999) 377-384.

BEATO FELIPE SIPHONG ONPHITAK Y COMPAÑEROS

Mártires († 1940)

La bella y sufrida tierra de los tais, o thais (eso significa Tailandia), pueblo del Sur de la península llamada antiguamente Siam y luego Indochina, tuvo que sufrir fuertes tensiones y problemas políticos y sociales hacia 1940. La Segunda Guerra Mundial llegó a aquellas sufridas regiones cuando sus dirigentes se vieron obligados a aliarse con los ocupantes japoneses y no tuvieron más remedio que pactar con los invasores. Un golpe de Estado, originado por esa situación, destronó la monarquía en 1938 e instaló la República bajo el gobierno dictatorial de Pibul Songgram, militar en la línea de las dictaduras que dominaban en gran parte del mundo. El nombre de Siam fue cambiado entonces por el de Tailandia y una oleada de xenofobia invadió la sociedad de mayoritaria cultura budista.

Fueron años muy malos, de verdadera persecución en todo el país, que se prolongaron hasta 1944, en que cambió el gobierno al llegar el final de la guerra mundial. Entonces un nuevo golpe de Estado restauró la monarquía con el príncipe Ananda Mahidol como rey. En otros lugares del país también hubo asesinatos de cristianos, como el del primer sacerdote que murió en la cárcel. El P. Nicolás Bunkert Kitbamrung, acusado de espía y detenido hasta su muerte en 1944, había nacido en Phram, a 30 km de Bangkok. Murió como un santo y fue beatificado en el Vaticano el 5 de marzo del 2000 por Juan Pablo II.

La consigna en todo el país fue la de eliminar los resabios occidentales y de la antigua colonización francesa. Anegó también a muchas obras y grupos que se habían alimentado de las tradiciones y creencias occidentales. Entre esos elementos se situó la Iglesia cristiana, que habían promovido los colonizado-

res. Se pretendió con ella exterminar todas sus obras civilizadoras, como eran las escuelas y los asilos de las parroquias y de las diócesis organizadas. La lucha contra los franceses se identificó con la destrucción de todo lo que los colonizadores habían hecho. Y se quiso desarraigar los valores, las ideas, las creencias y las libertades que muchos nacionales habían asimilado y ya desarrollado de manera autónoma y libre.

Para conseguir los objetivos políticos, en parte expansionistas, convenía al Gobierno dictatorial de Sonngram eliminar todo lo cristiano. Se dio orden a todos los gobiernos locales de borrar las influencias evangélicas que habían prendido en algunas regiones en el corazón de muchos tailandeses. Todos los sacerdotes católicos, al igual que otros misioneros no católicos, hubieron de abandonar Tailandia en los dos años anteriores a la guerra y se impuso con crudeza desde el golpe de Estado dado por el dictador en 1938. Los catequistas y seglares comprometidos quedaron como animadores y responsables de muchas comunidades, siendo así conservada la fe cristiana en las pocas comunidades que lograron sobrevivir a la destrucción. Pero algunos de ellos pagaron con la vida su servicio, dado el clima de cruenta persecución que se desató.

Una de esas comunidades fue la de Songhkon, pequeña localidad de la diócesis de Thare-Nonseng en la parte noreste del país, en la ribera tailandesa del río Mekong. En esa pequeña aldea casi todos los habitantes eran católicos. Formaban una comunidad muy unida y de vida cristiana modesta. Animaba al grupo un sacerdote piadoso que pronto fue detenido y deportado hacia la capital para ser expulsado del país.

Había también una comunidad de dos hermanas del Instituto de «Amantes de la Cruz», grupo iniciado por el vicario Kien Samophithak, que luego fue obispo de Thare-Noseng, diócesis de la que dependía Songhkon. Las hermanas eran Margarita Phila, nacida en 1904 en Ban Nahi, llamada en religión hermana Inés; y Luisa Khambang, nacida en 1917 en Ban Wiang Khuk. Cuidaban un grupo de niños y atendían a la escuela organizada en la parroquia. Alentaban también a un grupo de fieles catequistas muy bien avenidas, las cuales las ayudaban en la tarea de enseñar la verdad religiosa a la gente. Ese grupo de catequistas

era pequeño en número, pero estaba acostumbrado por los misioneros a la oración y al sacrificio.

En los meses finales de 1940 llegó la orden tajante del Gobierno de Bangkong, la capital del Estado, de eliminar toda propaganda religiosa venida de Occidente, pues se había comenzado la guerra contra Francia, colonizadora y malvada. La consigna era clara y tajante: «O hay apostasía o se les da muerte». La religión de los extranjeros estorbaba a la dictadura y la guerra amargaba los espíritus. Muchas autoridades locales dejaron pasar la oleada represiva, pero otras aplicaron a rajatabla la consigna recibida. Ser cristiano en donde ellas mandaban implicaba ser detenido y obligado a elegir entre declarar la renuncia a la religión cristiana o morir por la propia fe.

El jefe de policía de Songkhon, el señor Lue, quiso hacerse valer ante sus jefes superiores y pretendió aplicar la ley a su modo, manifestándose riguroso en los planteamientos. Pasó por todas las casas amenazando a los pacíficos moradores sobre las penas y castigos que les esperaban si no dejaban las prácticas religiosas de los extranjeros. Naturalmente las gentes sencillas quedaron asustadas, aunque nadie dejó por ello sus ideas religiosas. El catequista y maestro de la escuela parroquial, Felipe Siphong Onphitakl, comprendió que él tenía la responsabilidad de animar a sus hermanos en la fe y jugarse la vida en la empresa. Estaba casado y era padre de cinco hijos. Tenía entonces 33 años y había nacido el 30 de septiembre de 1907 en Nong Seng.

Pasó por los hogares y alentó a los habitantes del pueblo a rezar y a mantenerse firmes en sus creencias, hablándoles del cielo y de la ayuda divina en el caso de que la persecución se hiciera más cruel y peligrosa. Sobre todo prometió en sus palabras que nunca faltaría la ayuda divina para los que fueran fieles al Señor Jesús al que amaban. Eso fue considerado como un desafío por el señor Lue, que había pasado por las casas anunciando lo contrario.

El policía, más asesino que protector del orden, pensó que la muerte del dirigente y animador que habían dejado los misioneros expulsados serviría de escarmiento y actuó con rapidez y crueldad. Le echó en cara su atrevimiento y le acusó de rebeldía a las órdenes recibidas. Le exigió que se presentara en Muk-

dahan para dar cuenta de tal atrevimiento. Le dio una orden escrita que dijo venir del sherif. La gente le aconsejó que no acudiera, pues la citación tenía todas las apariencias de ser falsa y de ser una trampa para que saliera de la aldea y ser objeto de una represalia con visos de venganza.

Él podría haberse escapado o acaso ocultado, pues era claro que se trataba de un peligro grande. Pero no quiso dejar sola a su esposa e hijos y se sometió a las órdenes del que pretendía matarle sin testigos. Fue consciente de su fe y del deber de dar ejemplo. No quiso dar ante sus parroquianos la impresión de que huía, sino que animó a todos a mantenerse firmes en la fe si él era detenido o asesinado.

Ambas cosas acontecieron de inmediato. El buen hombre se puso en camino. Al llegar a un bosque que había en el trayecto, los asesinos que allí le esperaban terminaron con su vida de varios disparos. Y parece incluso que lo hicieron a traición y sin darse a conocer a la víctima. Fue la muerte del primer mártir en el país de Tailandia, pues antes nadie había muerto todavía violentamente por hacerse cristiano.

Cuando las Hermanas supieron la muerte de Felipe, se llenaron de dolor. Pero no vacilaron en continuar cumpliendo con su deber y siguieron cuidando a los niños que seguían acudiendo todos los días a su escuela y a conversar con las catequistas para instruirlas en la religión de Jesús y en lo que debían hacer si a ellas llegaba la persecución y las amenazas.

Muchos de los cristianos del lugar, todos campesinos y gentes sencillas, lejos de amedrentarse, se volvieron más valientes y decididos. Las Hermanas tomaron las riendas del grupo de cristianos y siguieron con una vida normal. En la tarde de Navidad, diez días después del asesinato del catequista Felipe, viendo el policía de la aldea que no se había conseguido nada, ordenó a los católicos juntarse delante de la iglesia que tenían construida. Les dijo que le habían ordenado suprimir el cristianismo en el lugar y que lo iba a hacer de cualquier manera. Les dio una opción: o apostatar y decir que ya no eran cristianos o prepararse para la muerte.

La jovencita Cecilia Butsi, que tenía 16 años, habló con claridad en nombre propio y de los demás y le dijo claramente al

arrogante policía que estaban listos para la muerte, pero que ni ella ni los demás renunciaban a su fe cristiana. El policía simuló no haber entendido tales palabras y les mandó a todos para sus casas a fin de que pensaran en los que les podría suceder al día siguiente.

Aquella misma noche, la hermana Inés Phila, que había nacido en 1909, escribió una carta en su propio nombre y en el nombre de todos los que residían en el poblado, indicando que nadie de ellos abandonaría su fe y declarando que estaban dispuestos a morir si era preciso. En la carta, que se conserva como admirable reliquia, la hermana decía cosas tan hermosas como éstas:

> «Al Sr. Jefe de la Policía en Songkhon:
>
> Ayer tarde se ha recibido su orden que transmite la recibida del exterior en que nos impone el eliminar el nombre de Dios, el nombre de Nuestro Señor, en nuestras vidas y en nuestras mentes. Nosotros, señor policía, adoramos a Dios y no podemos olvidarle. Hace un rato Vd. ha pretendido acobardarnos indicándonos que nos castigará si no hacemos lo que Vd quiere. Queremos decirle que nos alegraremos, si esto sucede. Somos cristianos y profesamos la religión de Cristo, que es la única verdadera. Por eso nos permitimos decirle que no le tenemos miedo ni a Vd ni a la muerte y le respondemos así a la pregunta que Vd. mismo nos ha hecho en forma de amenaza.
>
> Si Vd. tiene esa intención, no retrase mucho el cumplir su amenaza. Estamos preparadas y dispuestas para dar la vida por Nuestro Señor, ya que él también la ha dado por nosotras. Sepa que con ello lo único que hace es abrirnos la puerta del cielo. Estamos preparadas para ese momento. Incluso le quedaremos agradecidas y se lo diremos el día en nos veremos cara a cara en la otra vida.
>
> Por eso ahora sólo podemos decirle a Dios: "¡Oh Dios, nosotras deseamos ir contigo, puesto que te amamos de verdad!".
>
> Esto le decimos Inés, Lucía, Phuttha, Budsi, Buakhai y Susana».

Le dio la carta a Cecilia para que se la llevara al policía, lo cual hizo con valor. No decía nada nuevo, sino lo que tantas veces las Hermanas habían comunicado a los niños y a todas las personas que se relacionaban con ellas:

> «Nosotras nos alegraremos al poder dar la vida por nuestro Dios, pues él también la ha dado por nosotras [...] ¡Qué hermoso resultará ser testigos del mismo Jesús!».

El policía conservó durante algún tiempo esa carta de la hermana Inés, después de cumplir con crueldad su amenaza. Lo hizo para justificar el porqué había matado a las seis rebeldes mujeres que se negaron a cumplir sus órdenes. Pero, cuando los sacerdotes regresaron al suavizarse la persecución en 1943, se hicieron con el escrito. Fue el documento que dejó claro el carácter de mártires de las víctimas. También recogieron los testimonios de los que conocieron la matanza y aclararon los admirables gestos de las que se llamarían «mártires de Tailandia». Fue el padre Cassetta quien los pudo sistematizar y cuyo testimonio se resume a continuación.

Después de recibir la carta, el jefe de policía pretendió impedir que las Hermanas siguieran recibiendo en su casa a los niños y jóvenes. Se acercaba a la escuela cuando los chicos y chicas llegaban allí y hacía descargas al aire con su rifle, simulando que disparaba a los que acudían. Amedrentaba a los niños y jóvenes y sobre todo a sus padres. Incluso les amenazaba diciendo que «les iba a matar a todos del mismo modo que había matado al maestro Felipe». Los muchachos se asustaban con aquellas fanfarronadas, pero no dejaban de acudir y las Hermanas permanecían serenas y firmes.

Uno de los días apareció el señor Lue por la escuela y tuvo un diálogo violento con las hermanas en presencia de los niños de las aulas:

—«Les tengo prohibido hablar de ese Jesús y Vds. no están cumpliendo con su deber. Si Vds. siguen hablando de Dios en Tailandia, yo las tendré que matar.

—Señor policía. Vd. nos amenaza con matarnos, pero ni Vd. mismo sabe lo que significa, pues no sabe lo que nosotras decimos a los niños.

—¿Se va a atrever a matarnos por cumplir con nuestro deber?

—Sí, lo haré. Les digo que les mataré si Vds. siguen hablando de Dios de esa manera.

—¿Está Vd. seguro de que tiene balas para matarnos a todas nosotras?

—Las tengo. Y tengo las órdenes para hacerlo, si Vds. no quieren entender lo que ordeno.

—Pues hágalo. Nosotras iremos al cielo y Vd. será castigado por Dios.

—Son Vds. las que no quieren entender ni obedecer. Lo haré si Vds. siguen así.

Mientras se retiraba indignado y respirando amenazas, iba diciendo:

—Iremos a por ellas».

Las Hermanas comprendieron que iba en serio a por ellas y se prepararon para el martirio. Se dedicaron a rezar y a cantar himnos, a la espera de lo que sucediera. También con admirable valentía prepararon a las jóvenes que les ayudaban. Al día siguiente, 26 de diciembre y fiesta de San Esteban mártir, al caer de la tarde, el policía se presentó ante la casa de las Hermanas con algunos otros hombres ayudantes. Las obligaron a salir a la calle.

El diálogo en ese momento fue muy tenso: «¿Están Vds. preparadas, Hermanas?». Ante su respuesta afirmativa y su valentía, añadió: «Podemos ir a la orilla del río Mekong». La hermana Inés reaccionó con serenidad y firmeza: «No, ese no es lugar para morir por Jesucristo. Nosotras debemos ir al cementerio, que es un lugar sagrado».

Salieron de casa hacia el cementerio. Sin poderlo impedir, se juntaron a ellas otras cuatro mujeres jóvenes, que de ninguna manera quisieron separarse en aquel supremo trance. Eran tres catequistas y la señora cocinera del convento de las Hermanas, que se llamaba Ágata Phutta y era mujer piadosa, de 37 años, nacida en 1918. Las muchachas, casi niñas, eran Cecilia Butsi, de 16 años, Bibiana Khamphai, de 15 años, y María Phorn que sólo tenía 14. Con las dos religiosas formaron el grupo de seis víctimas destinadas para el martirio. Parece que iba otra joven que no iba a terminar muriendo, si es que no fue de las que se les juntaron por el camino.

Fueron cantando y recitando himnos, al tiempo que la gente del pueblo se iba acercando. Y todos escuchaban admirados y en silencio a las Hermanas que les decían: «Adiós, amigos, nos vamos al cielo. Vamos a morir como mártires de Cristo».

Algunos de los presentes se acordaban en ese momento de lo que los misioneros les habían contado de los primeros mártires cristianos, que caminaban alegres al martirio esperando encontrarse con Jesús al morir.

Viendo el policía que los niños y la gente iba con las Hermanas al cementerio, se quedó sorprendido y desconcertado. Todos querían morir con ellas. Sin embargo, los que iban con él

desenfundaron sus rifles y detuvieron al gentío con palabras de amenaza y gesto amargo. Trazaron una línea y amenazaron: «Al que pase de aquí lo mataremos también».

Obligaron a las dos Hermanas y sus compañeras a seguir avanzando al tiempo que gritaban: «Mataremos a quien se atreva a pasar de aquí».

Una jovencita llamada Susana se atrevió a pasar la línea establecida por ellos. Y fue una de las que quiso añadirse al grupo. Su padre intentó detenerla diciendo: «Ven aquí, eres muy joven para dar la vida todavía».

Susana gritó a la hermana Inés: «Madre, ayúdeme. Yo quiero morir y quiero ir también al Cielo». «Que tú eres muy joven para morir», le gritaba su padre, quien la agarró fuertemente y la arrastró fuera de la zona prohibida por los asesinos; y se la llevó a casa en donde la encerró en una habitación.

Y otra jovencita, llamada también Susana y apellidada Sorn, que habría de escaparse de la muerte en el último momento, sí logró unirse al grupo y se dispuso a morir con ellas.

Cuando llegaron al cementerio, las valientes mártires se arrodillaron junto a unos árboles y siguieron rezando y cantando algunos himnos. La hermana Inés dijo al policía:

> «Vd. puede matarnos a nosotras, pero nunca podrá matar a la Iglesia y Vd. nunca podrá matar a Dios. Un día la Iglesia volverá a Tailandia y florecerá con más fuerza que nunca. Vd. lo verá con sus propios ojos y se dará cuenta de que es verdad. Por eso ahora le damos las gracias de corazón por abrirnos las puertas del Paraíso. Desde allí nosotras rezaremos por Vd.».

Se volvió a sus compañeras y las siguió hablando:

> «Queridas amigas, pronto estaremos en el cielo. En la cruz Jesús dijo al ladrón: "Hoy mismo estarás conmigo en el Paraíso". Eso os digo a vosotras. Hoy mismos estaremos en el Paraíso con Jesús».

Cuando todo esto terminó, la Hermana le dijo al policía: «Señor policía, estamos preparadas. Por favor, no tarde más». Inmediatamente el policía hizo fuego con su arma y la Hermana y sus compañeras cayeron heridas de muerte. Dijo entonces a la gente: «Entiérrenlas como a los perros, pues es mala gente».

Los pobres aldeanos, que estaban mirando la escena a distancia, después de un momento de vacilación comenzaron a co-

ger los cuerpos de las asesinadas para ver si estaban muertas o vivas. Vieron que la hermana Inés y otra de las víctimas, la jovencita María Phorn, estaban vivas, aunque muy heridas. Mirando alrededor la joven María decía entre sollozos: «¿Dónde está el paraíso?».

Y recordando las enseñanzas de la Hermana, quedó un momento en silencio al ver a la gente alrededor. La Hermana preguntó: «¿Dónde está el policía?» «Se ha marchado», le respondieron. «Entonces, por favor, es mejor que le llamen. Yo no he muerto todavía», dijo la Hermana.

Uno de los aldeanos volvió a la villa para informar al policía de que la Hermana y la joven Phorn estaban todavía vivas. También había quedado sólo herida otra de las víctimas, la citada Susana Sorn. Al volver en sí y viendo que tenía los vestidos mojados de sangre, le preguntaron si sentía dolor o miedo: «Yo no tengo dolor, ni siento nada de miedo». Entonces le dijeron: «Es mejor que tú vuelvas para tu casa. El policía pronto estará aquí otra vez».

La pequeña, con ayuda de la gente, fue llevada para su casa, evitando encontrarse con el policía que ya estaba de regreso. Dios no quiso que muriera. Vivió muchos años en Songkhon y resultó una excelente catequista. Falleció en 1990 cuando ya tenía 65 años.

El policía entró en el cementerio y terminó de matar de un disparo a la hermana Inés. También remató a María Phorn, que sólo tenía 14 años y fue la más pequeña de las víctimas. Luego se marchó. Los campesinos más valientes dieron sepultura a las mártires siguiendo las órdenes recibidas. También la gente, después de tan singular escena, marchó para sus casas y muchos de ellos iban llorando, al tiempo que recordaban el valor de las mártires.

Y la vida fue tomando de nuevo su paso normal en medio de las tensiones del país, que también llegaban a la aldea. La religión cristiana quedó encerrada en el secreto de cada hogar y desde entonces teñida con el recuerdo de las mártires. Cuando el tiempo hizo que la persecución disminuyera, los misioneros pudieron regresar a las aldeas. Y en Songkhon comenzaron pronto a recoger los datos del martirio y testimonios de los que habían estado presentes.

La diócesis preparó el proceso para aclarar los hechos y hacer hablar a los testigos. Un día, con toda la historia bien aclarada y documentada, la causa de beatificación fue enviada al Papa y los obispos tailandeses solicitaron de Roma que fueran declarados beatos los siete mártires. Primero se reconoció el hecho de su martirio. Luego fueron declarados venerables el 1 de septiembre de 1988. La beatificación fue proclamada por el papa Juan Pablo II el 22 de octubre de 1989. Al beatificar a estos héroes de la fe y del valor cristiano el Papa decía en su homilía:

> «Bello ejemplo el del Beato Felipe. Este héroe de la fe se presenta ante nosotros como el gran árbol dispuesto a cubrir con sus ramas a quienes le habían confiado. Porque él fue encargado de ayudar y proteger y fue ejemplo vivo para todos nosotros del celo del misionero, de la fortaleza y del celo de todos los que tenemos la dicha de estar bautizados.
>
> Y hemos de recordar con emoción hasta los nombres de las que murieron mártires en esta ocasión, como son Inés, Lucía, Ágata, Susana, Bibiana y Cecilia. Ellas nos vuelven la memoria a las primeras mártires del cristianismo, cuya valentía nos llena de admiración y consuelo hasta nuestros días».

PEDRO CHICO GONZÁLEZ, FSC

Bibliografía

CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, *Positio super martirio. Filip Siphong et six compagons martyrs* (Roma 1975).
Les martyres de Taïlande (Bangkong 1989).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN EVERARDO DE FREJUS

Seglar († 867)

Era hijo de un alto funcionario de Carlomagno que, luego de servir lealmente al emperador, se hizo monje. Oportunamente casó con la princesa Gisela, hija del emperador Ludovico Pío y de su esposa Judit, con la que tuvo ocho hijos. Era conde de Frejus (Foroiulium) por disposición de Ludovico Pío. Tuvo un papel destacado en la corte. Hombre culto, piadoso y entregado a hacer el bien, dio un gran ejemplo de religiosidad, de ho-

nestidad y de responsabilidad cristiana en la gestión de los asuntos temporales, y procuró estar instruido en Sagrada Escritura, liturgia, Santos Padres y teología, teniendo una rica biblioteca. Era generoso y liberal con los pobres. Fundó en 849 la abadía de los Canónigos Regulares de Cysoing, donde vendrían a ser depositados sus despojos mortales. Hubo de combatir a los eslavos, normandos y sarracenos. Murió el 16 de diciembre de 867 y tuvo culto público desde no mucho después de su muerte.

SAN ADÓN DE VIENNE

Obispo († 875)

Adón nace en el seno de una familia noble en la ciudad de Sens o en sus cercanías más o menos el año 800. Muy joven entra a estudiar en la abadía de Ferrières-en-Gâtinais, y en ese mismo monasterio profesó la regla benedictina. Su abad y antiguo condiscípulo Servato Lupo estuvo de acuerdo en que aceptase la invitación del abad de Prüm, Marcardo, para que se hiciera cargo de la escuela abacial de este monasterio. Se trasladó a Prüm y dirigió su escuela a lo largo de un decenio entre 843 y 853. A la muerte de Macardo dejó de tener en Prüm el apoyo que necesitaba y a causa de la envidia de algunos monjes dejó esta abadía y se trasladó a Grenoble y luego a Lyón, pero antes estuvo en Roma y en Ravena. El crédito adquirido en Lyón fue la causa de su nombramiento en 860 como obispo de Vienne. Fue un gran prelado. Restauró la disciplina eclesiástica, reguló el oficio divino, celebró varios sínodos, defendió la libertad de la Iglesia y ejerció una sana influencia sobre la política de su tiempo. Mereció que el papa San Nicolás I en respuesta a algunas consultas suyas elogiase su celo apostólico y su defensa de la verdadera moral cristiana. Participó en el sínodo de Toul del 860 en el que se trató el tema de la predestinación suscitado por Gotescalco. Murió el 16 de diciembre de 875. Su gran obra fue el *Martirologio* que lleva su nombre y que es un hito en la literatura santoral.

BEATO SEBASTIÁN MAGGI

Presbítero († 1496)

Salvatico Maggi nace de familia ilustre en Brescia el año 1414. Educado esmeradamente y dotado de brillantes cualidades, con sólo 15 años deja su familia e ingresa en el convento de los dominicos, tomando al profesar el nombre de Sebastián. Fue un religioso ejemplar y un aventajado estudiante alcanzando todos los grados académicos de su Orden. Una vez ordenado sacerdote y entregado a la predicación, que es el carisma de su Orden, se acreditó en ella de manera que lo requirieron de prior en Brescia, Milán, Lodi, Cremona, Piacenza y Bérgamo, y fue dos veces vicario general de la congregación de conventos observantes, ya que él promovía con mucho celo que la observancia fuera rigurosa y ejemplar. Sus cualidades como superior amable, afectuoso, capaz de convencer y atraer, comprensivo y exigente al tiempo, lleno de dulzura y firmeza, le hicieron pasar como un ángel por todos los conventos y se cuenta que en todos ellos como prior atrajo a numerosos jóvenes a la vida dominicana y crecieron con él las vocaciones religiosas. Por ejemplo, en Milán cuando él llegó encontró sólo siete religiosos, pero tras implantar la reforma y la observancia más estricta, al terminar su priorato dejó una comunidad de sesenta religiosos. Fue confesor de fray Jerónimo Savonarola una larga temporada y él lo nombró maestro de novicios cuando el luego famoso fraile no tenía más que treinta años. Murió en Génova, en el convento de Santa María de Castelo, a donde había acudido en visita como vicario general, el 16 de diciembre de 1496. Enseguida empezó la fama de milagros en su tumba, y el culto público que por fin confirmó el papa Clemente XIII el 15 de abril de 1760.

17 de diciembre

A) MARTIROLOGIO

1. En Jerusalén, San Modesto († 630), obispo *.
2. En Eleuterópolis (Palestina), cincuenta soldados, entre ellos, Juan, Pablo, otro Juan, otro Pablo, Fotino, Zitas, Eugenio, Muselio, Juan,

Esteban, Teodoro, Juan, otro Teodoro, hijo del anterior, Jorge, Teopento, otro Jorge, Sergio, otro Jorge, otro Teodoro, Ciriaco, otro Juan, Zitas, Filoxeno, otro Jorge, otro Juan, otro Jorge, todos ellos de la cohorte de los Escitas; Teodosio, Epifanio, Juan, Teodoro, Sergio, Jorge, Tomás, Esteban, Conón, otro Teodoro, Pablo, otro Juan, otro Jorge, otro Juan, otro Juan, Paulino, Cayumas, Abramio, Marmises, Marino († 638), todos de la cohorte de los Voluntarios; los cuales fueron martirizados a causa de la fe por los sarracenos que cercaban Gaza.

3. En la Bretaña Menor, San Judicael († 658), rey y luego monje *.

4. En Andenne (Brabante), Santa Begga († 698), viuda, fundadora del Monasterio de Santa María *.

5. En el monasterio de Fulda (Austrasia), San Esturmio († 779), abad *.

6. En el Monte Mercurio (Lucania), San Cristóbal de Colesano († s. X), monje.

7. Junto a Bruselas (Brabante), Santa Wivina († 1170), abadesa del monasterio de Santa María de Bigard.

8. En Roma, en el Monte Celio, San Juan de Mata († 1213), presbítero, fundador de la Orden de la Santísima Trinidad **.

9. En Barcelona, San José Manyanet Vives († 1901), presbítero, fundador de las Congregaciones de Hijos e Hijas de la Sagrada Familia **.

10. En Don Benito (Extremadura), Beata Matilde del Sagrado Corazón Téllez Robles († 1902), virgen, fundadora de las Religiosas Hijas de María, Madre de la Iglesia **.

11. En Roma, en el Aventino, Beato Jacinto (Enrique) Cormier († 1916), presbítero, Maestro General de la Orden de Predicadores **.

B) Biografías extensas

SAN JUAN DE MATA

Presbítero y fundador († 1213)

Hay muchas oscuridades en la vida de San Juan de Mata, debido, parte a la humildad del interesado, poco propenso a llamar la atención, parte a la existencia de varias tradiciones, entre ellas una española y otra francesa, no siempre conformes entre sí. Y como ocurre a menudo en casos semejantes, se ha querido remediar a nuestras ignorancias con leyendas edificantes desprovistas de base histórica y acogidas con facilidad excesiva por escritores llenos de las mejores intenciones, pero faltos de verdadero sentido crítico. Trataremos, sin embargo, de entresacar

lo cierto que ofrecen las varias tradiciones, aunque muchas veces resulta dificilísimo fijar la cronología.

Por ejemplo, para la fecha del nacimiento del santo se ha hablado de 1154, mientras el año generalmente aceptado es el de 1160. Ciertos documentos españoles le llaman Joannes de Matha o de Mataplana, apellido de una familia muy conocida en Cataluña. El hecho es que Juan de Mata nació en una aldea de la Alta Provenza, Fauçon, cerca de Barceloneta, cuando esta región dependía de la corona de Aragón. Es, por lo tanto, un santo franco-español, aunque algo más francés que español por los acontecimientos de su vida, como se verá luego. Sus padres eran Eufemio o Eugenio, barón de Mata, y Marta o María Fenouillet, de distinguida familia marsellesa.

Por esta última circunstancia se ha supuesto que, de joven, el hijo del matrimonio pudo conocer en el puerto de Marsella los daños que los piratas musulmanes infligían a los cristianos, ver a los cautivos berberiscos que vivían esclavos en la ciudad a consecuencia de las inevitables represalias, y concebir así el deseo de trabajar al rescate o al canje de los cautivos de ambas orillas del Mediterráneo. Mas, para esta obra de caridad, se necesitaba entonces pertenecer al clero, y, por consiguiente, hacia los años 1180, Juan se fue a estudiar a París, en donde tomó el grado de doctor en teología y recibió el sacerdocio. Quiere una piadosa leyenda que, durante la celebración de su primera misa (¿1193?), haya tenido la revelación de la Orden que iba a instituir: cuando la elevación de la hostia consagrada le apareció un ángel o, según otros, el mismo Jesucristo, con un vestido blanco y una cruz azul y encarnada sobre el pecho; tenía a sus lados dos cautivos, un moro y un cristiano, parecía que se disponía a canjearlos, y le ordenó fundar una Orden religiosa para la redención de los cautivos. Dos amigos de Juan, el obispo de París, y el abad de San Víctor, le aconsejaron entonces hiciera el viaje a Roma para ofrecerse al soberano pontífice, someterle su proyecto y acatar su decisión.

Juan llegó a Roma a principios de 1198, después de haber pasado por Fauçon para saludar a sus padres. El Papa era en aquel tiempo Inocencio III. Poco partidario de la multiplicación de las órdenes religiosas, parece que acogió al peregrino con

frialdad y le negó el permiso para fundar un nuevo instituto. Pero, según otra piadosa leyenda, también un ángel o el mismo Señor Jesucristo vino a revelarle el error que había cometido, apareciéndole en las mismas condiciones que a San Juan de Mata en París años antes.

Inocencio hizo llamar a Juan otra vez y él mismo le impuso el hábito blanco adornado de una cruz azul y encarnada que también había visto durante suvisión. La cruz, desde luego, es el símbolo de la Redención, y los tres colores son el símbolo de la Santa Trinidad: el blanco, color perfecto, representa al Padre; el azul, al Hijo, a causa de los sufrimientos de la pasión, el encarnado, al Espíritu Santo. Se dice, aunque no se sabe nada cierto, que el fundador puso su Orden bajo la invocación de la Trinidad porque es el dogma cristiano que más ofende a los musulmanes, a, quienes, desconociendo su sentido verdadero, parece absurdo y blasfematorio, y juzgó deber glorioso confesarlo y proclamarlo frente al Islam. Después, el Papa le mandó regresar a París para elaborar con el obispo de la ciudad y el abad de San Víctor, sus amigos, la regla de la nueva Orden. Así lo hizo, y volvió a Roma para presentarla a Inocencio III, quien la reprodujo en la bula de aprobación de 17 de diciembre de 1198. De este modo nació la Orden de la Santísima Trinidad y Redención de Cautivos.

La regla primitiva de 1198 confirma, en efecto, que la Orden queda consagrada a la Santísima Trinidad. Dispone, además, que en cada convento habrá tres sacerdotes y tres legos, más el superior o ministro, y que las rentas de cada comunidad irán divididas en tres partes iguales: las dos terceras para el sustento y funcionamiento del mismo convento y el ejercicio de la hospitalidad, y la última para el rescate de los cautivos. Impone también el silencio, el ayuno y la abstinencia de carne en condiciones análogas a las de las demás órdenes religiosas, pero con cierta austeridad, puesto que el comer carne se autoriza únicamente unos pocos domingos y festividades del año y que a los religiosos sólo se les permite el pescado cuando están viajando fuera de sus conventos. Otros artículos se refieren al noviciado y a la entrada en la Orden, a los usos litúrgicos, al estatus de los ministros, etc. La regla primitiva dispone igualmente que los religiosos llevarán por encima del hábito blanco una capa adorna-

da con una cruz. Es curioso notar que no precisa el color de esta cruz, que llegó a ser azul y encarnada a consecuencia de la doble tradición que hemos recordado. Esta regla de 1198, que choca por su carácter incompleto y esquemático, parece obra personal de San Juan de Mata. De todos modos, ignoramos qué parte tomaron en ella el obispo de París y el abad de San Víctor. En cuanto al papa Inocencio III, según toda probabilidad, no hizo ninguna corrección al texto que se le sometió.

La Orden, favorecida por el rey Felipe Augusto, fundó sus primeras casas en Francia, especialmente en el lugar llamado Cerfroy o Cerfroid (actual departamento de Aisne), cuyo convento acabó siendo el centro del nuevo instituto. Inocencio le dio en Roma el convento de Santo Tomás *in Formis,* situado sobre el monte Celio. Desgraciadamente, poco sabemos de la vida del santo entre la bula de 1198 y su fallecimiento. Parece que hizo un viaje de redención a Marruecos en 1199 y otro a Túnez en 1200 con el mismo objeto, que presidió las fundaciones de Arlés y de Marsella hacia 1200-1203 y que procedió a varias fundaciones en España de 1205 a 1209, siendo las más importantes las de Lérida, Toledo, Segovia, Burgos y Daroca. Pasó los últimos años de su existencia en Roma, dedicándose a la predicación y al cuidado de los pobres, de los enfermos y de los prisioneros. Allí murió santamente, en el convento de Santo Tomás *in Formis,* a fines del año 1213 (17 de diciembre, aniversario de la bula de aprobación, según la fecha generalmente admitida). San Juan de Mata no ha sido canonizado oficialmente. Su culto, muy tardío, se introdujo públicamente en la Iglesia de modo indirecto con la aprobación de su oficio por la Congregación de Ritos en 14 de agosto de 1666 y con la inserción de su nombre en el *Martirologio* en 27 de enero de 1671. El 6 de mayo de 1679 el papa Inocencio XI fijó su fiesta en 8 de febrero y un decreto de la Congregación de Ritos de 1694 la hizo extensiva a la Iglesia universal.

Ha dicho un historiador que San Juan de Mata resultó mucho más célebre después de su muerte que durante su vida. Su existencia transcurrió en la penumbra, casi en la oscuridad. No pensó en su persona, sólo pensó en su obra y su mayor deseo fue desaparecer detrás de ella o fundirse con ella. El investiga-

dor puede lamentarlo, pues esta circunstancia le priva de datos y documentos y le complica la tarea. Pero el cristiano debe admirar tan honda abnegación, este practicar el *Ama nesciri* al pie de la letra, y aprovechar la lección de humildad que encierra. Abnegación y humildad que, como siempre, fueron muy fecundas. La Orden de los Trinitarios se difundió rápidamente por Europa, especialmente por Francia, España, Portugal e Italia. Sigue existiendo todavía, a pesar de que ha desaparecido el principal objeto de su fundación (pero siempre habrá cautivos en el mundo, prisioneros en las cárceles materiales de los hombres, prisioneros de la cárcel espiritual del pecado). De esta Orden han salido congregaciones femeninas de renombrada historia y que actualmente se dedican útilmente a la educación de las jóvenes. Pero, para comprender convenientemente y medir en sus verdaderas proporciones el alcance de la obra de San Juan de Mata, hay que representarse las circunstancias históricas en que nació y que explican su rápido desarrollo: las luchas de la Reconquista en la Península Ibérica y las piraterías marítimas de los musulmanes llenaban las mazmorras de la España mora y del norte de África de una muchedumbre de cristianos que sufrían y gemían en una esclavitud muchas veces durísima, y siempre expuestos, además, en un momento de dolor o de flaqueza, a renegar la fe de sus antepasados. La Orden de la Santísima Trinidad respondía, por lo tanto, a una necesidad grave y urgente. San Juan de Mata la fundó, pues, contra el peligro y el azote que hemos dicho, y que no desapareció con la toma de Granada (1492), puesto que los piratas berberiscos y turcos siguieron asolando el Mediterráneo hasta el Atlántico oriental y atacándo las costas de España, Francia e Italia. Sin disputa, uno de los mayores timbres de gloria de la Orden de San Juan de Mata es en 1580 el rescate por un padre trinitario, fray Juan Gil, del ilustre manco de Lepanto Miguel de Cervantes, cautivo en Argel desde el año de 1575, en que fue apresado por unas galeras turcas mientras pasaba de Italia a España.

ROBERT RICARD

Bibliografía

ANTONINO DE LA ASUNCIÓN, *Monumenta Ordinis Excalceatorum SS. Trinitatis, Redemptionis captivorum, ad provinciam S. Joannis de Matha (Italiae) spectantia* (Roma 1915).
— *Les origines de l'Ordre de la Très Sainte Trinité* (Roma 1925).
DESLANDRES, P., *L'Ordre des Trinitaires pour le rachat des cautives,* 2 vols. (Toulouse 1903).
GONZÁLEZ DÁVILA, G., *Compendio histórico de las vidas de San Juan de Mata y San Félix de Valois* (Madrid 1630).
PRAT, J. M., *Histoire de Saint Jean de la Matha et de Saint Félix de Valois* (París 1846).
XIMÉNEZ, F., *Colonia trinitaria de Túnez,* III (Tetuán 1934).
• Actualización:
Apasionados por la libertad. San Juan de Mata y la Orden Trinitaria (París-Madrid 1984).
ZABALETA, P., *San Juan de Mata. Fundador de la Orden de la Santa Trinidad y de los cautivos* (Salamanca 1978).

SAN JOSÉ MANYANET VIVES

Presbítero y fundador († 1901)

Le dio el Señor la gracia de comprender, a partir del ejemplo de la Sagrada Familia de Nazaret, el valor fundamental de la familia cristiana para la salud espiritual de la sociedad, y el carisma de vivir esta realidad desde una doble familia religiosa, dedicadas ambas a formar desde la niñez nuevas hornadas de familias cristianas.

José Manyanet fue el último de los nueve hijos que por gracia de Dios vinieron a alegrar el matrimonio de Antonio Manyanet y Buenaventura Vives. Nace en Tremp (Lérida) el 7 de enero de 1833 y aquel mismo día recibió el sacramento del bautismo en la iglesia colegiata de su pueblo. Sus padres eran labradores, que cultivaban unas tierras suyas. Era una familia modesta y cristiana. Muy pronto, cuando José solamente tenía veinte meses, murió el padre y la madre hubo de hacer frente a la casa, muriendo igualmente cinco hijos en la niñez y llegando solamente cuatro a la edad adulta. La madre era persona muy religiosa y quiso infundir desde el principio los sentimientos religiosos en este su hijo menor, al que consagró a la Virgen de Valldeflors, la patrona de Tremp, cuando el niño apenas se abría a la razón, dejándole marcado esta experiencia de la consagración a María.

Llegado el momento fue confiado a la educación del maestro del pueblo, José Espessier, que era un excelente sujeto y que

junto con el sacerdote don Valentín Lledó descubrió muy pronto que el niño tenía excelentes cualidades. A los 8 años hizo la primera comunión, entró como monaguillo en la colegiata y pasó a formar parte de los cantores de la parroquia. El sacerdote muy pronto vio indicios de vocación sacerdotal en el niño, al que gustaba reunir a los compañeros de su edad y hablarles del catecismo o hacer como quien da un sermón. Llegado a los 12 años pasó al colegio de los escolapios de Barbastro, debiendo pagarse su estancia con su trabajo como fámulo. El 30 de mayo de 1849 recibió el sacramento de la confirmación. Su vocación sacerdotal apareció clara en este tiempo, y por ello ingresó en octubre de 1850 en el seminario de Lérida, ya que estaba cerrado el seminario de su diócesis de Urgel. Por la mañana asistía como alumno externo al seminario y por la tarde servía como preceptor a los hijos de una familia. Era un chico cumplidor de sus deberes y con una seria vida interior. Terminada la filosofía, regresó a su diócesis porque el nuevo obispo, mons. José Caixal y Estradé, abría el seminario. El obispo lo hizo familiar suyo y de esta manera podía hacer frente a su manutención y satisfacer los gastos de los estudios. El prelado comenzó a estimarlo sobremanera y José correspondía a la bondad del prelado, comportándose con él como un verdadero hijo. Murió su madre en noviembre de 1857 y José, ya ordenado de menores entonces, empezó a recibir las órdenes mayores hasta que el 9 de abril de 1859 recibió el sacerdocio.

José continuó en el palacio episcopal al servicio del obispo, pero pudo ejercer la pastoral directa como confesor y como predicador al mismo tiempo que daba catecismo a los niños. Durante años ejerció, además de sus obligaciones en palacio, un variado ministerio que le acreditó enseguida como sacerdote ejemplar y celoso. En palacio tuvo el cargo de mayordomo y administrador general de los bienes de la mitra, lo que entre otros varios deberes incluía el atender a los pobres en nombre del obispo. Más tarde fue nombrado también bibliotecario del seminario. Acompañó al obispo en varias ocasiones en la visita pastoral.

Pero en su corazón se perfilaba un proyecto que él iba viendo claramente que venía de Dios. Él quería fundar una nueva

congregación religiosa, dedicada a la Sagrada Familia, y que usaría como medio de renovar las familias cristianas el educar en la fe cristiana a la niñez y la juventud. En 1863 José se sintió lo suficientemente claro en su proyecto como para exponérselo al obispo, pidiendo licencia para dejar de estar a su directo servicio y comenzar a fundar la nueva congregación. El obispo le dijo que sentía prescindir de él pero que la voluntad de Dios la veía clara: José debía proceder a su fundación y tenía su licencia para ello. José eligió su pueblo natal para la fundación. En enero de 1864 alquiló los bajos de una casa en Tremp y, luego de haberla puesto bajo la protección de la Virgen de Montserrat, allí empezó la fundación de la congregación de los Hijos de la Sagrada Familia, Jesús, José y María inaugurando el colegio de San José. Cuando en mayo de 1865 el obispo había encontrado sustituto para su cargo, José dejó el palacio episcopal de Urgel y se trasladó a Tremp. Varios compañeros empezaron la aventura religiosa de la nueva fundación. Sería el 2 de febrero de 1870 cuando el fundador y cuatro de ellos hicieron la profesión religiosa, la cual renovarían un año más tarde en noviembre de 1871, en manos del propio obispo. Con él comentó José su propósito de ir a Barcelona para buscar un campo más abierto a la expansión y consolidación del nuevo instituto y recibió su aprobación. En mayo de 1872 se trasladó en efecto allá para constituir una nueva comunidad, haciéndose cargo de una escuela de la parroquia de San Francisco de Paula. No faltarían a la obra de Manyanet, como verdadera obra de Dios que era, las contradicciones y dificultades que pusieron a prueba su supervivencia. Manyanet dio pruebas de un gran tesón y una gran constancia. Merece especial atención la apertura de la casa de Sant Andreu de Palomar. Aquí se abrió el colegio de Jesús, José y María luego de una fecunda misión popular. El colegio de Sant Andreu, incorporado enseguida al Instituto Provincial de Enseñanza Media de Barcelona, impartía la enseñanza primaria y la secundaria, y tenía 300 alumnos externos e internos. La casa se fue ampliando poco a poco y tomó la estructura de centro de enseñanza y escuelas profesionales. Quedó constituida como casa-madre de la congregación y en ella vivió el P. Manyanet hasta 1896, estando ligados a ella los principales acontecimien-

tos de su vida y a ella vendrían a estar y venerarse sus restos mortales. De ella también partiría la expansión del instituto.

Serían veintiuna las casas fundadas durante su vida por el P. Manyanet, suponiendo todas ellas un trabajo y ocupación notables, no siendo pequeño el empeño que hubo de poner para encontrar los fondos necesarios para el sostenimiento de su obra, y actuando siempre con una enorme y segura confianza en la Providencia divina que nunca naturalmente le falló. No todas las casas eran propiedad de la congregación sino gestionadas por ella, lo que requirió de él mucho equilibrio en el trato con las entidades propietarias y mucha paciencia en las relaciones con ellas. No le movía la voluntad de multiplicar casas por el prestigio que ello le pudiera traer sino por la educación y reforma de la juventud que promocionaba, y por la labor pedagógica y social que hacía. De ahí que conservara siempre la libertad de rechazar fundaciones o de cerrar alguna de las existentes si creía que no respondía al propósito benéfico-social de su instituto, lo que se veía en la ubicación de las mismas y en sus destinatarios que eran los hijos de los obreros.

Puso un gran empeño igualmente en la preparación religiosa y científica de sus religiosos, no olvidando nunca que iban a ser educadores y formadores de la juventud. A partir de 1877 estableció la casa de formación en Sant Andreu, junto al colegio, y él personalmente se hizo responsable de la formación espiritual y religiosa de sus jóvenes aspirantes. En 1898 abrió el noviciado en Blanes. No dejaba de decir que la ciencia les era tan necesaria como la vida santa y que debían huir de la ignorancia tanto como del vicio.

Su amor a la Iglesia y su paciencia quedaron puestos a prueba con el tema de la aprobación del nuevo instituto. El obispo Caixal, que lo animó en sus comienzos, le dio por fin la aprobación diocesana el 30 de mayo de 1876. Una vez obtenida ésta, procuró enseguida obtener la de Roma. Tradujo las Reglas al latín y las sometió al juicio de la Santa Sede, y el 30 de abril de 1887 obtuvo del papa León XIII el *Decretum laudis,* e incorporadas algunas correcciones, por fin el 22 de junio de 1901 recibió la aprobación definitiva. No olvidó el nada menor tema del reconocimiento civil, que solicitó con empeño hasta que por Real

Orden del 9 de septiembre de 1892 lo consiguió, aunque no con la plenitud de derechos que pretendía.

Como fundador y como superior general, elegido el 22 de julio de 1896 en el primer capítulo general, José mostró un temple admirable de prudencia, eficiencia, trabajo asiduo, paciencia y constancia, y capacidad espiritual para presidir y para impulsar. Tuvo el amor de sus religiosos toda su vida.

Pero la fundación de la congregación masculina no fue su única obra; fundó también una congregación femenina dedicada a la Sagrada Familia, fundación ésta que puso a prueba la paciencia y la santidad de José. Él quería completar la obra de regeneración familiar y social que había emprendido con la fundación de una congregación femenina que cuidara de la educación e instrucción de las niñas y las jóvenes. José pidió y obtuvo del obispo Caixal la autorización para proceder a fundar la nueva congregación con un grupo de aspirantes pero el obispo al darle la autorización le pide que fusione este grupo con la congregación de Hermanas de la Caridad de María Inmaculada, ya existente y fundada por la M. Ana M. Janer en 1859. Por obediencia al obispo y aun previendo las dificultades, José aceptó el criterio episcopal, y la nueva comunidad empezó en Talart el 28 de junio de 1874, y las religiosas emitieron o renovaron votos en el instituto de la Sagrada Familia según constituciones escritas por el P. Manyanet. Este nuevo instituto, formado por estos dos grupos, empezó a crecer. Pero poco a poco un grupo de religiosas antiguas que había aceptado la fusión sin entusiasmo hizo claro su malestar y provocó una crisis en el instituto. Las religiosas antiguas tomaban por fundador al obispo Caixal, las más jóvenes al P. Manyanet. Vino una dividión de pareceres y actitudes. Como el obispo Caixal estaba en Roma exiliado, las informaciones que le llegaban no todas eran suficientes como para hacerle comprender la realidad. La muerte del obispo (26 agosto 1879) dio paso a que la resolución la tomara su sucesor el obispo Casañas. Éste ordenó una visita canónica al jesuita P. Francisco Aguilera, como resultado de la cual se le quitó al P. Manyanet el mando sobre la institución y ésta fue reorganizada, conservando el nombre de la Sagrada Familia, como aún tiene. Dos años más tarde sin embargo diez profesas y cuatro novicias, algunas de ellas despedidas o forzadas a dejar el insti-

tuto de la M. Janer, se reunieron en Barcelona con el P. Manyanet y reorganizaron el instituto fundado por éste. No sería hasta marzo de 1894 cuando el obispo de Vich las recibiría y aprobaría en la casa de Aiguafreda, aunque con el nombre de Hijas de la Santa Casa de Nazaret. El P. Manyanet dedicó nuevamente grandes desvelos a la formación de las religiosas y consolidación de su instituto, ayudado por la madre Encarnación Colomina. En vida del Padre lograron abrirse otras tres casas. Sería mucho más tarde, el 10 de mayo de 1958, cuando la Congregación de Religiosos aprobará la congregación, tomando el nombre de Misioneras Hijas de la Sagrada Familia.

José Manyanet fue hijo, testigo y apóstol de la Sagrada Familia. Profundizó en la vida oculta de Jesús en sus treinta años de Nazaret, y mereció que el Señor le diera una especial vivencia de este período largo de la vida terrena de Jesús, en intimidad de oración, trabajo y amor sobrenatural con María y José. Su alma estaba sumida constantemente en la escucha atenta de la conversación familiar de Jesús, María y José en Nazaret. De esa escuela de Nazaret sacó José espléndidas lecciones para sí mismo, para su comunidad religiosa y para todas las familias cristianas, y ello se ve en las tres obras fundamentales que escribió: *La escuela de Nazaret, El espíritu de la Sagrada Familia* y *Preciosa joya de familia,* que responde cada una de ella a esos apartados señalados. José alentó y fomentó la construcción del templo de la Sagrada Familia en Barcelona, del arquitecto Antonio Gaudí. La idea de hacer el templo parece ser suya.

Tuvo el consuelo de visitar en Loreto la Santa Casa de la Sagrada Familia y barrerla con sus manos (1888), visitando de nuevo Roma en 1900 para pedir la aprobación definitiva de su instituto. Padeció varias enfermedades que pusieron a prueba su paciencia, y su muerte fue consecuencia de una bronconeumonía. Murió santamente en la mañana del 17 de diciembre de 1901. Rodeado desde el principio de la fama de santidad, su beatificación tuvo lugar el 25 de noviembre de 1984. Un milagro efectuado por su intercesión fue reconocido el 20 de diciembre de 2003, y se procedió así a su canonización el 19 de mayo de 2004.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 77 (1985) 935-939.
BLANQUET, J. M.ª - PIQUER, J., *José Manyanet, profeta de la familia* (Madrid 1991).
— (eds.), *Obras Selectas del Beato José Manyanet* (Madrid 1991).
BLANQUET, J. M.ª - ROCA, J. (eds.), *Obras completas de San José Manyanet* (Madrid 2004s).
RESCH, A., *I Beati di Giovanni Paolo II,* I (Ciudad del Vaticano 2000).

BEATA MATILDE DEL SAGRADO CORAZÓN TÉLLEZ ROBLES

Virgen y fundadora († 1902)

El día 21 de marzo de 2004, entre la multitud que llenaba la Plaza de San Pedro de Roma, destacaban un gran número de peregrinos de la olvidada Extremadura, acompañados de otros de toda España y del extranjero. El resto de extremeños en su tierra, con aire entre festivo y religioso, celebraban y seguían la beatificación de su paisana la madre Matilde Téllez como aquí se la conoce. Era un día singular para todos ellos porque hacía ya varios siglos que no llegaba a los altares una de sus hijas, sobre todo una cacereña.

La nueva santa no solamente lleva sangre de esta marginada región española sino que todo su haber y toda su grandeza santificadora se consumó dentro de esta tierra.

La Beata Matilde Téllez Robles, nació el 30 de mayo de 1841 en Robledillo de la Vera, siendo su padre el notario Félix Téllez y su madre Basilisa Robles, cristianos profundos que le dieron una sólida formación religiosa.

El padre, dada su condición de funcionario, recorrió luego varios poblados como Villavieja de Salamanca y Becedas de Ávila hasta que en 1851 toda la familia se asienta definitivamente en Béjar, dentro siempre de la diócesis de Plasencia. Aquí la beata recibió la primera comunión y en 1859 la confirmación. Desde muy pequeña, siguiendo las huellas de su ejemplar madre, manifestó una clara inclinación a la piedad religiosa, sensibilizada sobre todo en la oración, la Eucaristía y la devoción a la Virgen Santísima, tres hitos que van a marcar su recorrido hacia la santidad, determinantes también para la entrega caritativa hacia los demás. En la calle eran momentos políticos hostiles a la

religión y su propio padre manifestaba reservas a las inclinaciones de su hija. A pesar de todo, a los 21 años, la joven Matilde fue nombrada en plena juventud presidenta de las Hijas de María, fundadas en Béjar por un padre jesuita y enseguida, en 1859, también presidenta de las Conferencias de San Vicente de Paúl. En aquellos tiempos eran las dos asociaciones que aglutinaban básicamente la piedad y el apostolado cristiano. Y a la joven presidenta le servían además para encauzar sus ansias de entrega a Dios, cada día más definidas y de mayor exigencia.

Con el pasar de los años iba tomando forma en su conciencia el proyecto de dar vida a un Instituto religioso dedicado principalmente al culto del Santísimo Sacramento y a la caridad de los necesitados, con quienes venía demostrando unos entusiasmos de entrega que llenaban de gozo su alma, sobre todo cuando se trataba de niños y necesitados.

Su consejero espiritual D. Manuel de la Oliva, conoció los planes de la joven y aprobó ilusionado sus pretensiones. Matilde con este estímulo se puso manos a la obra. Reunió a su alrededor algunas jóvenes bejaranas que se entusiasmaron y compartieron el mismo ideal de vida religiosa. Pidió y obtuvo la autorización de la administración de la diócesis de Plasencia, en aquel momento vacante, y la bendición del papa Pío IX, a quien se dirigió por escrito el 4 de mayo de 1874. Las comprometidas eran ocho compañeras, pero desafortunadamente siete la abandonaron, cuando el proyecto iba a caminar decidido hacia adelante. Sólo quedó a su lado una, llamada María Briz Manzano. Eran demasiadas las personas que no comprendían la esforzada entrega a Dios en plena madurez juvenil. Pero aquella pareja de heroínas siguió adelante y el nuevo instituto, así seriamente probado, nacía el 19 de marzo de 1875, en una humilde casa. ¡Dos mujeres solas para una gesta de ambiciones universales y además de Iglesia! El 25 de febrero de 1876 hizo su entrada en Plasencia el nuevo obispo, D. Pedro Casas y Souto, al cual la sierva de Dios presentó su proyecto y los estatutos que entre tanto habían sido redactados por su consejero don Manuel de la Oliva, que conociendo perfectamente a Matilde, supo plasmar en ellos las ansias e ilusiones de aquella mujer que tenía depositada en él su total confianza.

El dinámico obispo que había llegado a Plasencia, muy pronto, el 23 de abril de 1876, concedió autorización para que

Matilde siguiera en sus iniciativas. El 20 de enero de 1878 ella y su compañera María vestían el hábito religioso impactando con su acción a la entonces floreciente ciudad de Béjar. Hasta el hábito del Instituto era revolucionario porque había elegido un intenso color azul y el nombre en esos momentos de «Amantes de Jesús e hijas de María Inmaculada», ya significaban, en resumen, el misticismo que anidaba en las nuevas religiosas. En nuestro tiempo, desde 1965, han cambiado llamándose ahora «Hijas de María Madre de la Iglesia». En 1879 la pequeña comunidad se trasladó a la ciudad de Don Benito, en la provincia de Badajoz, donde se estableció canónicamente el noviciado. En 1884 el Instituto fue reconocido de derecho diocesano, consolidándose cada vez más, a pesar de las dificultades.

Coincidieron con esos hechos momentos de prueba definitiva que iban a dar respaldo popular a la reciente fundación. Una fuerte epidemia de cólera pone a prueba el naciente espíritu. Se declara la cuarentena. Las entonces llamadas Amantes de Jesús, valientes, decididas, atienden a los enfermos, con tal grado de generosidad que el 16 de julio muere contagiada María Briz, ahora ya sor María del Espíritu Santo, consecuencia heroica de su entrega en una ciudad donde la gran mayoría eran humildes trabajadores. Coincidían en el mismo día la aprobación diocesana y la muerte de la inseparable primera compañera de la fundadora. Era el riego para la fecundidad porque se unirían nuevas jóvenes que dieron definitivo certificado de eficiencia a la reciente fundación.

En Don Benito, la ya popular madre Matilde, pasará los veintitrés últimos años de su vida. Murió el 17 de diciembre de 1902. En ese momento de la muerte las casas del Instituto eran siete. El carisma de la fundación estaba orientado básicamente en la dirección de las niñas pobres y de los enfermos, urgido desde las líneas evangélicas y sin otra limitación que la tierra entera. Y así ha sido porque en la actualidad tienen abiertas casas en Portugal, Colombia, Italia, México, Perú y Venezuela. Es que su mensaje, sus gestos y palabras permanecen vivos, atrayentes también para los tiempos de hoy. La vida de la madre Matilde se puede sintetizar en esta consigna: «Sea toda nuestra vida un acto de amor». Algo que ha pasado a ser distintivo del Instituto

de Hijas de María Madre de la Iglesia. Los restos de madre Matilde fueron depositados en el cementerio de Don Benito. En 1923 se hizo una primera exhumación y trasladado de esos restos a la iglesia del convento fundado por ella con grande y ferviente participación del pueblo de Dios. El 21 de agosto de 1962 fueron nuevamente exhumados para ser trasladados el 17 de septiembre del mismo año a un mausoleo en dicha iglesia del colegio del Instituto de Don Benito, con el concurso de numerosísimos fieles, desmostración palmaria de que se mantenía viva la fama de su santidad.

En 1975 se introduce su causa de beatificación. El 21 de marzo del 2004 Su Santidad Juan Pablo II la proclamó beata.

El espíritu de la nueva santa, la primera en esta parcela eclesial de la diócesis de Plasencia, queda reflejado en las palabras que Matilde Téllez escribió en los momentos iniciales y difíciles de la fundación y que se recogen en el informe de los teólogos para llevar adelante la causa de beatificación, fecha de 4 de diciembre de 2001:

> «Adelante, y enamorada, seguí a mi Amado. Marché desde entonces recibiendo lo que me envió. Forrada de su voluntad, alimentada de su precioso cuerpo, eché a andar robusta y decidida [...] ¡Adelante! Cuando me encontré a la compañera que me había quedado... ¡adelante! Me contó la derrota. ¡No acobardarse! ¡Adelante! Después, la persecución para destruir el pensamiento que delante y ante un sagrario recibiera. Y confiada dije: ¡No acobardarse! ¡Adelante! El demonio la más encarnizada guerra hizo. ¡No importa! [...] A todo y siempre ni he temido ni me acobardé. Ante la misma muerte dije: ¡No importa! ¡Adelante! [...] ¡Adelante y adelante!, hijitas, que Dios nos provee y que Jesús nos escucha» (p.6).

Junto a estas palabras místicas de profunda confianza en la Providencia, en el mismo informe se citan estas otras que calibran la grandeza de su espíritu:

> «Sí, mi vida, Jesús de mi alma; ¿qué importan los dolores corporales?, ¿qué las persecuciones?, ¿qué los desprecios?, ¿qué todas las tentativas del infierno, para un corazón amante de Jesús? [...] Si mil vidas tuviera, las gastaría gustosa en un continuo sufrir por tu amor» (p.5).

Uno de los testigos que la conoció aseguraba:

> «Era una mujer muy buena, muy santa, pero en extremo sencilla y humilde. [...] Era su característica la sencillez y la humildad, y

no admitía la más ligera palabra de alabanza, sino que se ponía de mal humor y con una habilidad extremada desviaba la conversación» (p.38).

«Una de las constantes más repetidas y más características de la vida de la Sierva de Dios es, sin duda, la de llegar a ser santa, cueste lo que cueste. Es éste un propósito y un deseo expresado con distintos tonos y matices que se encuentra como telón de fondo en sus escritos» (p.8).

Algo que quería trasladar a sus seguidoras a las que orienta con estas palabras:

«¿Qué tienen las Amantes que hacer en el mundo durante su vida en la tierra? Lo mismo que harán allá en el cielo: amar, alabar al Señor, [...] admirando su amor, su hermosura y poder» (p.7).

Una vida, que, resumida por los teólogos que la investigaron para la canonización, termina con este juicio:

«Al término de la discusión, todos los Consultores presentes han estado de acuerdo en valorar plenamente documentado el ejercicio heroico de las virtudes de la Sierva de Dios Matilde del Sagrado Corazón Téllez Robles, expresándolo con un convencido voto afirmativo con la esperanza de que también esta ejemplar religiosa española pueda llegar cuanto antes, si así place al Santo Padre, a la anhelada beatificación» (p.46).

La datación de esta conclusión se hacía en Ciudad del Vaticano el 4 de diciembre de 2001. El 21 de marzo de 2004 el Santo Padre Juan Pablo II rubricaba con su palabra infalible declarándola beata para toda la Iglesia universal.

El nuevo Instituto de Hijas de María Madre de la Iglesia, a pesar de las dificultades que prueban hoy la vida religiosa, refrendadas con su fundadora en los altares, siguen adelante, porque tienen muy marcado y claro su camino: los pobres, los enfermos, los niños, los huérfanos, los desheredados, la enseñanza, las misiones... Todo hecho al modo evangélico desde la sencillez, desde la pequeña levadura, desde la desconfianza propia y la confianza en Dios. Es la santidad contagiada de la madre Matilde, necesaria en nuestro mundo: No es hacer muchas cosas sino hacerlas con actitud heroica.

JOSÉ SENDÍN BLÁZQUEZ

Bibliografía

CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, *Relación y votos de los Consultores teólogos sobre las virtudes heroicas de la Sierva de Dios Matilde del Sagrado Corazón Téllez Robles, fundadora de las Hijas de María Madre de la Iglesia* (Roma 2001).

ESQUERDA BIFET, J., *Perfil espiritual de la Sierva de Dios Matilde Téllez Robles, fundadora de las Hijas de María Madre de la Iglesia* (Madrid 2002).

GUTIÉRREZ MACÍAS, V., *Mujeres extremeñas,* I (Cáceres 1977) 119s.

MAJADA NEILA, J. L., *Conozca a esta mujer: Matilde Téllez Robles* (Salamanca 1981).

BEATO JACINTO (ENRIQUE) MARÍA CORMIER

Presbítero († 1916)

Estaba destinado por la Providencia a guiar la sagrada Orden de Predicadores en los comienzos del siglo XX, impulsándola a nuevas metas de vitalidad y actividad apostólica, y lo haría con dedicación máxima, inspirándose en la figura de Santo Domingo, como iniciador del carisma de la Orden y con voluntad firme de volver a las fuentes. Lo diría más tarde el Concilio Vaticano II:

> «La adecuada renovación de la vida religiosa comprende, a la vez, un retorno constante a las fuentes de toda vida cristiana y a la primigenia inspiración de los institutos [...] Reconózcanse y manténganse fielmente el espíritu y propósito de los fundadores, así como las sanas tradiciones, todo lo cual constituye el patrimonio de cada instituto».

Estas ideas estaban muy claras en la mente de fray Jacinto María Cormier, maestro general de la Orden de Predicadores.

En el bautismo se le impusieron los nombres de Luis Estanislao Enrique María y familiarmente se le llamaba Enrique. Nació en Orleans (Francia) el 8 de diciembre de 1832, siendo hijo de una familia de comerciantes. Sus padres se llamaban Bernardo Cormier y Margarita Felícitas Bacquemont, que tenían un negocio de especiería. Los padres tenían otro hijo, Eugenio, cuya muerte a los 18 años impactaría profundamente a Enrique. Éste recibió en su casa una buena educación y tuvo la desgracia de que cuando tenía pocos años murió su padre como consecuencia de una caída, quedando la madre encargada de su educación. El pequeño fue inscrito como alumno del colegio de los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Aquí recibe la primera

comunión y el sacramento de la confirmación, y siente, cuando sólo tenía doce años, abrirse su alma a la vocación sacerdotal. Lo habla con su madre, que está de acuerdo, e ingresa en el seminario menor de La Chapelle, de la diócesis de Orleans (1845).

Enrique no mostró en su seminario una inclinación espontánea al estudio. Le gustaba más la música, le gustaba el dibujo, era soñador, hacía versos y no estaba dedicado del todo a sus obligaciones como estudiante. Pero el 14 de abril de 1847 muere su hermano Eugenio, con sólo dieciocho años de edad, y el golpe fue muy fuerte para él. Comprendió entonces la vanidad de las cosas terrenas y se volvió a Dios y a sus deberes por completo. No tenía sino catorce años pero maduró como de golpe, o incluso se convirtió, como dirá el mismo, y empezará una nueva visión de la vida. Cuando en 1851 pasó al seminario mayor hizo propósitos excelentes referentes a la vida interior, y comenzó a meditar en su verdadera vocación. Se abría ante él el sacerdocio secular, como meta de su vida de seminarista, pero notaba que en su interior se sentía llamado a la vida religiosa, y se planteó si iba por aquí la llamada de Dios.

La Orden de Predicadores, luego del vendaval de la Revolución y posteriores sucesos, había sido restaurada en Francia por el célebre y celoso P. Lacordaire. Enrique decidió consultar con él su tendencia a la vida religiosa. Y el encuentro fue decepcionante, porque el P. Lacordare le dijo con toda claridad que encontraba su vocación inexistente o no madura. Pero las razones que el joven le oyó al religioso no le convencieron nada y siguió con su mismo propósito de embarcarse en la vida religiosa. Pidió su ingreso en la Orden Tercera de Santo Domingo, y se dispuso a ser interiormente un religioso. En la Navidad de 1854 hizo el voto de castidad y cuarenta días más tarde, en la fiesta de la Presentación del Señor, 2 de febrero de 1855, hizo los votos privados de pobreza y obediencia, y recibió su aceptación en la Orden Tercera dominicana. Completando sus estudios obtuvo el bachillerato en teología. El 17 de mayo de 1856 fue el día feliz de su ordenación sacerdotal. Había conseguido su primera meta. Ahora, sin ocultar nunca sus sentimientos verdaderos, se fue a hablar con su obispo, monseñor Félix Dupanloup, y le dijo que quería ser dominico. El obispo le dio licencia para que

solicitara formalmente el ingreso en la Orden. Fue admitido enseguida y el 29 de junio de 1856 ingresó en el noviciado dominico de Flavigny, cambiando su nombre de Enrique por el de Jacinto. Para este nuevo rumbo a su vida no contaba con la aprobación de su madre, la cual lo había querido sacerdote pero no lo había querido religioso. Para colmo su salud se resintió y los superiores llegaron a pensar si enviarlo de Francia a un país de clima seco como Iraq no le sería beneficioso. Jacinto acudió al Señor con mucha confianza y le pidió que calmase a su madre y la conformara con su vocación, y su salud mejoró, por lo que, pasado el año de noviciado, el 29 de junio de 1857 se le admitió a la profesión religiosa temporal.

Estaba en el noviciado cuando vino a conocer al maestro general de la Orden, el P. Vicente Jandel. Éste captó enseguida las buenas cualidades del joven sacerdote y en cuanto terminó su noviciado e hizo la profesión lo llamó a Roma para que estuviera en el centro mismo de la Orden. En 1858 fue nombrado secretario personal del maestro general, y durante los dos años de 1858 a 1860 fue vicemaestro de novicios en La Quercia (Viterbo) y en Santa Sabina de Roma, siendo admitido el 23 de mayo de 1859 a la profesión solemne y perpetua. Tuvo lugar posteriormente su traslado a Corbara, en la isla de Córcega. Aquí había una fundación en la que iba a instalarse el noviciado generalicio, trasladándolo de Santa Sabina. Y así lo fue el 10 de abril de 1861. Lo hicieron prior de la casa, y al volver a establecerse el 4 de julio de 1865 la provincia de Toulouse, Corbara quedó integrada en ella. Con gran sorpresa suya, que llevaba tan pocos años en la Orden, el P. Cormier fue elegido primer provincial de Toulouse entre 1865 y 1869, y otras dos veces más sería provincial de la misma, en 1869 y 1878. Y conocidas sus prendas, no pudo evitar que lo hicieran prior de varias casas: Marsella (1874), Toulouse (1882 y 1885) y Saint Maximin (1889). Su labor fue verdaderamente espléndida. Había que hacer cosas nada sencillas: nuevos conventos y casas, nuevas iglesias, impulsar la fundación de comunidades femeninas, por ejemplo la reconstrucción del convento de Prouilhe, casa madre de la Orden femenina, y la fundación de las Hermanas Dominicas de la Inmaculada Concepción, de Toulouse (1866), y de

las Hermanas de Santa Catalina de Siena, de Auch (1877), y logró enviar un primer grupo de dominicos al Brasil.

Convocado al capítulo general de Lyón en cualidad de definidor de la provincia, se le eligió como asistente del nuevo maestro general. Y lo fue representando a la lengua francesa de 1891 a 1896 y luego fue nombrado procurador general de la Orden, siendo maestro general el Rvdmo. P. Frühwirth (1896-1904). La Santa Sede no dejó de fijarse en él y en 1896 lo nombró consultor del Santo Oficio, delicado cargo que desempeñó hasta su muerte, y en 1900 se le hizo consultor de la Congregación de Propaganda Fide.

Le quedaba el cargo más alto y de mayor responsabilidad de toda su vida: el capítulo general celebrado en La Quercia lo eligió el año 1904 como maestro general de la Orden de Predicadores. Hacía el número setenta y seis de los maestros generales, y como tenía ya setenta y dos años era verdaderamente una dura carga la que se echó sobre sus hombros. Pero, como si fuera un joven, se dispuso a llevarla con energía y fortaleza, para gloria de Dios y bien de la Iglesia. Cuando se vio ya mayor y con tanta carga pensó que le permitirían estar solamente varios años y después dar paso a la elección de una persona más joven, pero no eran esos los designios divinos. Pues cuando en 1906, a los dos años de su elección, pidió audiencia al papa San Pío X para presentarle su dimisión, el santo pontífice no solamente no quiso recibírsela sino que le animó a continuar en su cargo hasta el final, haciendo frente a las numerosas dificultades que se le podían presentar, algunas de las cuales fueron de carácter general: las repercusiones en la Orden de los conflictos sociales, la grave crisis del modernismo desatada en la Iglesia y la concreta forma de abordarla que eligió el papa San Pío X y las tensiones del ambiente general que desembocarían en la Primera Guerra Mundial.

El P. Cormier decidió visitar las provincias y casas de la Orden para impulsar de manera personal la exquisita fidelidad al carisma dominico que él deseaba. Que todo se funde en Santo Domingo, iba diciendo, pidiendo una gran fidelidad al espíritu de la Orden. Insistió mucho en la necesidad no solamente de fomentar las vocaciones sino de cuidarlas y encauzarlas, para

que de ellas surgieran auténticos religiosos. Fue muy consciente de que las nuevas congregaciones femeninas de vida activa representaban una gran vitalidad para la Orden y para la Iglesia, y por ello no sólo no les ponía dificultades sino que fomentaba su crecimiento y vitalidad. Fueron nada menos que 32 las congregaciones religiosas que él como maestro general afilió a la Orden.

Una gran obra suya fue la creación en Roma del *Angelicum,* que se logró en 1909 y que constituía un centro internacional de la Orden abierto a la transmisión de la teología católica y de los estudios eclesiásticos, colegio que en 1963 fue elevado a la categoría de Pontificia Universidad de Santo Tomás. Igualmente logró la creación del Colegio Albertino de Friburgo, cuya Facultad de Teología quedó encomendada a la Orden. Defendió y fomentó la Escuela Bíblica de Jerusalén, fundada por el padre M. J. Lagrange.

Miró con gran interés por la buena configuración de la Orden y por ello estuvo de acuerdo y firmó la erección de dos nuevas provincias dominicanas, una en Canadá y la otra en California. Y logró la restitución de varias otras suprimidas a causa de las dificultades de los tiempos. Fueron las de Aragón, Bohemia, Colombia y Sicilia. La provincia de Aragón había perecido en 1835 con la exclaustración de los religiosos españoles. Contaba entonces con 65 conventos, de los cuales 11 tenían noviciado, y eran los religiosos 1.159 y 34 los novicios. De los frailes exclaustrados de aquella provincia ya ha llegado a la gloria de los altares el Beato Francisco Coll. Tras la restauración de los conventos de Barcelona y Manacor por la llamada Provincia de España y el de Valencia por la Provincia de Filipinas, se pensó en restaurar la Provincia de Aragón. Aprobada la restauración, el P. Cormier dio un decreto que empieza con las palabras *Gratulanda nobis,* el 26 de octubre de 1912, por el que la provincia se restauraba, con los límites que tenía en el siglo XIX y que correspondían a la antigua corona de Aragón.

Como cristiano, como religioso y como sacerdote dio siempre los más eximios ejemplos. Fue verdaderamente notable en la caridad con el prójimo. Fue característico suyo un gran interés sobrenatural por cada una de las almas con quien trataba.

De manera muy particular se interesaba por los enfermos, a los que visitaba y consolaba con gran afecto. Escuchaba a todos con gran paciencia y mansedumbre, atento a que todos se sintieran acogidos y valorados. Era prudente en sus palabras y consejos y estaba atento para que todo resultara en el mejor bien de las personas. Ecuánime e imparcial, fue amigo de que todos pudieran exponer sus ideas y que éstas se conciliasen cuanto pudiera ser de modo que todos quedaran seguros de ser atendidos y tenidos en cuenta, lo que se mostró mucho en su forma de organizar el *Angelicum.*

Terminado su mandato dejó la Orden con 4.661 religiosos, de los cuales 27 eran obispos. Se retiró modestamente sin interferir en las actividades del nuevo maestro general y pudo dedicar más tiempo a la meditación y la plegaria. Dejaba magníficos escritos sobre espiritualidad, hagiografía, instrucción de los novicios, etc. Una de las biografías que escribió fue la del ejemplar obispo de Segorbe, fray Domingo Canubio, natural de Jerez de la Frontera. Murió en Roma el 17 de diciembre de 1916. Su fama de santidad lo rodeó enseguida. Se le hizo causa de beatificación y el 14 de mayo de 1983 se decretó el carácter heroico de sus virtudes, procediéndose a la beatificación por el papa Juan Pablo II el 20 de noviembre de 1994.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 88 (1996) 689s.
Bibliotheca sanctorum. Appendice prima (Roma 1987) cols.370-372.
CATHALA, R., *Le R. P. Hyacinthe-M. Cormier. Sa vie intime* (Aviñón 1927).
RESCH, A., *I Beati di Giovanni Paolo II,* III (Ciudad del Vaticano 2003).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN MODESTO DE JERUSALÉN

Obispo († 630)

Modesto entra en la historia como hegúmeno del monasterio de San Teodoro, junto a Jerusalén. Estaba desempeñando este cargo cuando los persas entraron en Palestina, encontran-

do elementos que les fueron favorables en la población mientras que en general los cristianos les hicieron la resistencia que pudieron. Cuando los persas se dirigen a Jerusalén, el patriarca Zacarías envía a Modesto a Jericó para que solicite el traslado de la guarnición bizantina a la defensa de la Ciudad Santa y estando en Jericó Modesto tomaron los persas Jerusalén, donde hicieron incendios, masacres y numerosas crueldades, y esclavizaron a una parte de la población y desterraron a otra, estando el patriarca Zacarías entre los desterrados. A los cristianos les esperaban unos años terribles por el odio que los persas les mostraban. Pero cuando el emperador Heraclio emprendió la conquista de los territorios arrebatados por los persas (622), el rey persa Cosroes II decidió suavizar su política con los cristianos y les dio libertad de culto y licencia para reconstruir las iglesias y monasterios.

La figura central de la obra restauradora fue Modesto, que logró devolver a las comunidades monacales a sus monasterios, restituir el culto cristiano a numerosas iglesias y animar a los perseguidos fieles a renovar su fe y su vitalidad cristianas. De forma singular Modesto logró reconstruir los venerables santuarios ligados al recuerdo del Señor, y concretamente el del Santo Sepulcro. Para esta labor restauradora de los santos lugares le ayudó con su conocida generosidad San Juan el Limosnero, patriarca de Alejandría. Por fin Heraclio pudo echar a los persas de Palestina y por la paz del año 629 le fue devuelta la reliquia de la Santa Cruz, que llevó en triunfo a Jerusalén. Habiendo muerto el patriarca Zacarías en el exilio, el emperador pensó enseguida en el nombramiento de un sucesor y el nombre a elegir no podía ser otro que el de Modesto. Pero apenas consagrado murió en diciembre del 630 y su cuerpo fue llevado a Jerusalén. El nuevo *Martirologio romano* ha introducido su memoria, colocándola el 17 de diciembre, día en que lo celebra un calendario palestino-georgiano del siglo X.

SAN JUDICAEL

Rey y monje († 658)

Luego de haber sido rey de una parte de Bretaña y de haber tenido que sostener su trono por la fuerza de las armas, fue sustituido por su hermano Saloman y decidió entonces ingresar en un monasterio, el de Gáel, junto a Vannes. Aquí se dedicó a una vida de gran austeridad y penitencia. Pero en 630 muere su hermano y entonces su familia le fuerza a que vuelva a ocupar el trono abandonando la vida monástica. Así lo hace Judicael e incluso contrae matrimonio con una virtuosa dama, con la que da ejemplo de vida piadosa y pacífica. Se ocupó mucho de los pobres y necesitados y se empeñó en vivir con gran austeridad y sencillez. Edificó numerosas iglesias y monasterios. Sin embargo de todas estas buenas obras, le remordía la conciencia por haber abandonado la vida monástica y por fin depuso la corona y volvió a su antiguo monasterio. Murió santamente el 658.

SANTA BEGGA

Abadesa († 693)

Hija de Pipino de Landen y de la Beata Ida, al llegar a su primera juventud contrae matrimonio con Ansegisilo, hijo de San Arnulfo de Metz, siendo madre de Pipino de Heristal, el fundador de la dinastía carlovingia en Francia. Muerto su esposo, edificó en 691 una casa de canonesas de San Agustín con las monjas que le envió su hermana Santa Gertrudis de Nivelles. Begga fue la abadesa de este monasterio de Andenne. Murió en 693, dos años después de la fundación del monasterio. Las beguinas de Flandes la han celebrado como patrona pensando que su nombre venía de Santa Begga.

SAN ESTURMIO

Abad († 779)

Nace en Baviera a comienzos del siglo VIII en el seno de una familia cristiana. Confiado a San Bonifacio, éste lo entregó para

su educación a la abadía de Fritzlar. Ordenado sacerdote, trabajó varios años como misionero en Westfalia, hizo luego vida eremítica y por fin, por sugerencia de San Bonifacio, funda el monasterio de Fulda en 774, del cual es elegido abad. Marcha a Italia para estudiar la vida benedictina en Montecasino, ya que quería introducirla en su monasterio, motivo por el que Esturmio ha sido llamado el primer benedictino alemán. Visita al papa San Zacarías, que lo anima en su fundación y le concede determinados privilegios, como la exención episcopal del monasterio y su dependencia directa de la Sede Apostólica. Pero el sucesor de San Bonifacio, San Lulo, exigía la sumisión del monasterio a su autoridad, lo que trajo no pocas dificultades hasta el extremo de que en 763 el rey Pipino ordenó el extrañamiento de Esturmio que fue sustituido en su cargo por el abad Marco, pero los monjes expulsaron al nuevo superior y apelaron al rey. San Lulo se avino a que el nuevo superior lo eligiesen los monjes y éstos así lo hicieron, pero el nuevo superior, Prezold, discípulo de Esturmio, se presentó en la corte y obtuvo del rey la vuelta del santo. La finalidad del monasterio de Fulda era la evangelización de los sajones pero éstos se mostraban muy reacios, entre otras cosas, por la actitud belicosa hacia ellos de Pipino y de Carlomagno. Los sajones llegarían a amenazar la propia abadía de Fulda. Pero las huestes francas presentarían adecuada respuesta y Esturmio no dejó de acompañar a Carlomagno hasta que, enfermo, hubo de volver a Fulda donde falleció el 17 de diciembre de 779, siendo enterrado en la iglesia abacial. Fue canonizado el 19 de abril de 1139 por el papa Inocencio II.

18 de diciembre

A) Martirologio

1. La conmemoración de San Malaquías, profeta **.
2. En África, la conmemoración de santos Nanfamón, Migín, Sanamis y Lucita (fecha desconocida), mártires.

3. En Tours (Galia Lugdunense), San Gaciano († 307), primer obispo de la sede.
4. En la iglesia de Killaloe (Irlanda), San Flannano († s. VII), obispo *.
5. En el monasterio de Heidenheim (Baviera), San Winebaldo († 761), abad *.
6. En Go-Voi (Tonquín), santos Pablo Nguyen Van My, Pedro Truong Van Duong y Pedro Vu Van Truat († 1838), catequistas y mártires *.
7. En Borgaro (Italia), Beata Nemesia (Julia) Valle († 1916), hermana profesa del Instituto de Hermanas de la Caridad **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN MALAQUÍAS

Profeta (Antiguo Testamento)

Malaquías significa «mi mensajero», hermoso nombre para un profeta. Pertenece a la última oleada del profetismo que, a lo largo del primer milenio anterior a la era cristiana, proclamó la palabra de Yahvé, su Dios, al pueblo de Israel.

Su actividad profética se desarrolló en la primera mitad del siglo V, a.C., poco antes de la reforma de Esdras y Nehemías, probablemente alrededor de los años 450-445. Es uno de los últimos profetas de Israel en sentido cronológico, siempre referido al Antiguo Testamento, porque el profetismo tiene su continuidad y su plenitud en el Nuevo.

Ejerció su ministerio en Jerusalén. Su mensaje se inscribe entre las dos etapas de Zacarías, otro de los profetas menores que le precedió por los años 520-518 y a cuyos oráculos se le añadieron capítulos nuevos, posteriores a Malaquías.

El Pseudo Epifanio en su *De vita profetarum* (PG 43,412s), ofrece datos que son probablemente legendarios. Afirma que era de la tribu de Zabulón, y que nació en Sofa después de la cautividad de Babilonia; que era de gran belleza y que se hizo amar del pueblo por la dulzura de sus modales; que murió joven y fue sepultado en la tumba de sus antepasados.

La semblanza es verosímil ya que puede colegirse por la impresión que deja la lectura de su profecía; pero los datos son inseguros.

Por su brevedad y difícil identificación frente a los clásicos grandes profetas, está entre los doce menores, pero los oráculos agrupados bajo su nombre merecen ser escuchados con la misma atención e interés, pues están igualmente inspirados.

Unas pinceladas históricas nos ayudan a situar la figura y significación de este profeta. Ya están lejos los tiempos de la ruina de Jerusalén y el destierro de Babilonia. Incluso la vuelta de la cautividad en sucesivas caravanas y la restauración del templo que ahora se encuentra ya en servicio desde el año 515.

Durante el reinado de Artajerjes I (464-424), Nehemías, un judío descendiente de los desterrados, se convierte en ministro de la corte imperial. Él mismo nos cuenta cómo recibió del gran rey de Persia la misión de reconstruir las murallas de Jerusalén (cf. Neh 2,5-8) y logra que Judá se convierta en provincia autónoma en el ámbito de la satrapía de Transeufratina, y repuebla la ciudad.

En este período, en el que los judíos gozan de relativa libertad, empieza a cundir cierto relajamiento en el plano religioso del culto y las costumbres. Son objeto de la valiente denuncia y las predicaciones proféticas de Malaquías. Su severa crítica de los sacerdotes, de los matrimonios con extranjeras y de la práctica del repudio, revelan la decadencia y crisis moral del ambiente, pero también y sobre todo, la relajación que afecta al culto litúrgico por el que, a pesar de que no es sacerdote, muestra especial sensibilidad.

El retraso en el cumplimiento de las promesas, la impaciencia por ver restaurada la dinastía davídica y por experimentar la llegada del reino de Dios povocaban la crisis moral y social. El profeta, con vivacidad retórica, introduce los oráculos pronunciados por Dios mismo, mediante un diálogo con sus oyentes, haciéndoles una pregunta que les haga reflexionar o respondiendo a las cuestiones que ellos mismos le presentan.

Esta forma literaria de las «palabra de disputa», llenas de viveza, dan la pauta para saber dónde empieza y dónde acaba cada uno de los oráculos.

La bellísima introducción pone por delante de todo la declaración de amor de Yahvé. Por primera vez había aparecido en Oseas (3,1; 11,1) y más tarde en Jeremías (31,3.20) y encuentra

su expresión en el Deuteronomio (67,7-8): «No porque seáis el más numeroso de todos los pueblos, se ha prendado Yahvé de vosotros y os ha elegido [...] sino por el amor que os tiene».

Esta declaración de amor había alcanzado un tono emocionante en el mensaje dirigido por el segundo Isaías a los desterrados que se sentían abandonados por el Señor: «¿Acaso olvida una mujer a su niño de pecho sin compadecerse del hijo de sus entrañas? Pero aunque ellas llegaran a olvidar, yo no te olvido» (Is 49,15).

Si Malaquías vuelve a insistir, es porque sus oyentes no acaban de creer. Jerusalén seguía viviendo en la postración.

> «Os he amado, dice Yahvé. Pero vosotros decís: ¿En qué se nota que nos has amado? ¿No era Esaú hermano de Jacob?, oráculo de Yahvé. Y sin embargo amé a Jacob y odié a Esaú. Entregué sus montes a la desolación y su heredad a los chacales del desierto. Si dice Edom: Hemos sido aplastados, pero reedificaremos nuestras ruinas, así dice Yahvé Sebaot: Ellos edificarán, pero yo demoleré, y los llamarán: "territorio de impiedad" y "Pueblo contra el que Yahvé está irritado para siempre". Vuestros ojos lo verán y vosotros diréis: ¡Grande es Yahvé más allá de término de Israel» (Mal 1,2-5).

En la respuesta de Dios no hay reproche alguno. Para conocer al Señor no hay más que ver las intervenciones de Dios en la historia. Esaú no fue tan amado y elegido como Jacob. Los edomitas, descendientes de Esaú, han visto arruinado su país frente a la prosperidad de los descendientes de Jacob.

La preferencia y el amor de Dios es gratuito e incondicional, no depende de las condiciones morales. Si Esaú fue glotón vendiendo la primogenitura por un plato de lentejas, también Jacob fue mentiroso engañando a su padre Isaac para conseguir la bendición con los disfraces que le proporcionó Rebeca. El pueblo judío tiene asegurado para siempre el amor de Yahvé.

El más largo de los oráculos acumula contra los sacerdotes las acusaciones de hipocresía en el ejercicio del culto con el que pretenden honrar a Dios.

Sorprende el comienzo que dice: «El hijo honra a su padre, el siervo a su señor. Pues si yo soy padre, ¿dónde está mi honra?» (Mal 1,6). Este empleo de la analogía paternal es nuevo en la Sagrada Escritura. Llamar a Dios Padre es muy posterior.

Hay que llegar al tercer Isaías (63,16) y, desde luego, a Jesús que nos enseña el Padrenuestro (cf. Mt 6,9).

Se acusa a los sacerdotes de despreciar al Señor porque ofrecen animales tarados que ni siquiera se atreverían a ofrecer al gobernador.

«Decís: ¿en qué hemos menospreciado tu Nombre? —Presentando en mi altar pan impuro. —Y encima preguntáis. ¿En qué te hemos manchado? —Pensando que la mesa de Yahvé es despreciable. Y cuando presentáis para el sacrificio una res ciega, ¿no está mal? Y cuando presentáis una coja o enferma, ¿no está mal? —Anda, ofrécesela a tu gobernador: ¿Se te pondrá contento o te acogerá con agrado?, dice Yahvé Sebaot. Ahora, pues, aplaca a Dios para que tenga compasión de nosotros» (1,6-9).

Para inquietar la embotada conciencia de los sacerdotes, el profeta compara su culto con el que se tributa a Dios en otras naciones con una perspectiva universal iluminada con la luz mesiánica.

El magisterio de la Iglesia ha interpretado y aplicado este pasaje al sacrificio perfecto, como lo hizo el Concilio de Trento en relación con la Eucaristía:

«Desde levante hasta poniente grande es mi nombre entre las naciones, y en todo lugar ofrecen a mi Nombre sacrificios de incienso y oblaciones puras, pues grande es mi Nombre entre las naciones, dice Yahvé Sebaot» (1,11).

No comprenderíamos a Malaquías si lo acusáramos de ritualista que se queda en lo superficial. Él quiere sí, que se observen rigurosamente los ritos y formas externas de la religión y del culto; reprueba a los negligentes que los olvidan, pero no es un formalista. Tiene profundo sentido espiritual. Para él no es un fin el rito, sino el signo externo de una gracia interior e invisible, la expresión de una fe honda y viva en Yahvé y de una profunda entrega a su servicio.

El que descuida los ritos demuestra que no vive íntegramente el verdadero culto, como el que hoy dice «creo, pero no práctico». El mismo sentido tiene su insistencia en los diezmos del templo (cf. 3,6-12).

Después de las denuncias, vienen las amenazas y las condenas. La bendición se convierte en maldición. Los sacerdotes se

verán castigados y arrojados del templo junto con la basura de los animales sacrificados (cf. 2,1s).

Sin embargo el Señor no retira su compromiso de fidelidad con Leví. Lo que pretende es devolverle su autenticidad. La función principal del sacerdote es conducir y enseñar al pueblo. «Los labios del sacerdote guardarán el saber, y la Ley se busca en su boca, pues es el mensajero de Yahvé Sebaot» (2,7).

Otro desorden público era el de los matrimonios mixtos y los divorcios. El profeta denuncia a los que se casan con mujeres que veneran divinidades extranjeras y a los que repudian a sus esposas. Malaquías reinterpreta la unidad conyugal a la luz del Génesis (2,10.16).

Aunque el enigma que inquieta siempre a los hombres de todos los tiempos por la felicidad que parecen disfrutar los malvados en este mundo, el profeta da la respuesta del Señor:

> «De pronto oirán a su mensajero que prepara su venida justiciera del gran día: "Voy a enviar a mi mensajero a allanar el camino delante de mí y enseguida vendrá a su templo el Señor a quien vosotros buscáis; y el Ángel de la alianza que tanto deseáis, ya llega", dice Yahvé Sebaot. ¿Quién podrá soportar el Día de su venida? ¿Quién se tendrá en pie cuando aparezca? Porque será como fuego de fundidor y lejía de lavandero. Se sentará para fundir y purgar. Purificará a los hijos de Leví y los acrisolará como el oro y la plata; y serán quienes presenten a Yahvé oblaciones legítimas» (3,1-3).

El día del juicio, de la justicia, se está preparando. El nombre de los fieles está escrito en el libro de la vida, imagen que estará repetida con frecuencia en los escritos apocalípticos. Dios es un padre que protege a sus hijos. Entonces, sólo entonces se podrá entender la suerte tan distinta que reserva al justo y al malvado.

> «Duras me resultan vuestras palabras, dice Yahvé. —Y todavía decís: ¿Qué hemos dicho contra ti? —Habéis dicho: Es inútil servir a Dios; ¿Qué ganamos con guardar sus mandamientos o con hacer duelo ante Yahvé Sebaot? Más bien hemos de felicitar a los arrogantes que, aun haciendo el mal prosperan, y aun tentando a Dios escapan impunes.
>
> Entonces los devotos de Yahvé hablaron entre sí. Yahvé escuchó con atención; y se escribió en su presencia un libro en memoria de los devotos de Yahvé que honran su Nombre. Ese día que estoy preparando se convertirán en mi propiedad personal, dice Yahvé Sebaot; y seré indulgente con ellos como es indulgente un

padre con el hijo que le sirve. Entonces volveréis a distinguir entre el justo y el malvado, ente quien sirve a Dios y quien no le sirve.

Está para llegar el día abrasador como un horno; todos los arrogantes y lo malvados serán como paja; y los cosumirá el Día que viene, dice Yahvé Sebaot, hasta no dejarles raíz ni rama. Pero para vosotros los adeptos a mi Nombre, os alumbrará el sol de justicia con la salud en sus rayos y saldréis brincando como becerros bien cebados fuera del establo. Y pisotearé a los malvados, que serán como ceniza bajo la planta de vuestros pies el día que estoy preparando, dice Yahvé Sebaot» (3,13-21).

Los oráculos de Malaquías se cierran con dos amonestaciones añadidas por la tradición para clausurar al rollo de los «doce profetas». La primera invita a recordar la Ley de Moisés. La segunda identifica el «mensajero» anunciado en 3,1, con Elías (3,22s). En el Nuevo Testamento, San Mateo dice que es Juan Bautista, el precursor de Jesús. Moisés y Elías, Ley y profeta, estuvieron al lado de Jesús en la Transfiguración.

Las representaciones iconográficas de Malaquías siguen los rasgos convencionales de otros profetas: el rollo de sus oráculos, la cartela con su nombre. A veces le acompaña un ángel. En una escultura de la catedral de Amiéns está mirando a la mano de Dios que envía al mundo el mensajero de salvación. También aparece en miniaturas, mosaicos y vidrieras.

El *Martirologio romano* actual lo recuerda el 18 de diciembre, en primer término, con este elogio síntesis de su mensaje:

«Conmemoración de San Malaquías, el Profeta que, después de la transmigración de Babilonia, anunció el día grande del Señor y su llegada al templo; y que a su nombre habría de ofrecerse siempre y en todas partes una oblación pura».

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

ALONSO SCHÖKEL, L. - SICRE DÍAZ, J. L., *Profetas. Comentario,* II (Madrid 1980) 1205-1220.

AMSLER, S., *Los últimos profetas: Ageo, Zacaías, Malaquías y algunos otros* (Estella 1996).

Nueva Biblia de Jerusalén (Bilbao 1998) 1093; 1401-1403.

SPADAFORA, F., «Malachia», en *Bibliotheca sanctorum.* VIII: *Liadan-Marzi* (Roma 1967) cols.570-576.

BEATA NEMESIA (JULIA) VALLE
Religiosa († 1916)

Nació en Aosta el 26 de junio de 1847. De familia burguesa, de mercaderes bien situados, le impusieron en el bautismo los nombres de Magdalena, Teresa, Julia. Cuando contaba cuatro años murió su madre María Cristina Dalbar. Juntamente con su hermano se crió en casa del abuelo paterno en un gran ambiente religioso. Allí aprendió las primeras letras, mostrándose siempre muy inclinada a los ejercicios de piedad. Hizo le primera comunión en 1857 y al año siguiente fue llevada a Besançon, en Francia, al colegio de las Hermanas de la Caridad. Allí recibió una educación exquisita y el título de maestra en lengua francesa. A su vuelta a la casa paterna en 1863, en Pont-Saint-Martin, no obtuvo la comprensión deseada por parte de su madrastra. Julia traía ya en su corazón el propósito de una vocación superior: «Serviré al Señor en sus pobres». Y fue recibida en 1866 entre las Hermanas de la Caridad en Vercelli, con el deseo de imitarlas en el servicio a los pobres y en la educación de la juventud, según el ejemplo y las enseñanzas de la fundadora Santa Juana Antida Thouret (1766-1826).

Terminado el noviciado, en 1868 tomó el nombre de sor Nemesia. Se la destinó a la enseñanza de la juventud femenina en el colegio de Tortona en el Instituto de San Vicente, y allí permaneció por espacio de siete lustros. Fue una educadora de primera clase por su preparación, por su equilibrio, por su espíritu maternal. En 1873 emitió sus votos y en 1886 fue nombrada Directora del Instituto de San Vicente, dejando grata memoria por su estilo de gobierno. Al erigirse una nueva provincia de la Congregación, sor Nemesia pasó a Borgaro, cerca de Turín, para desempeñar allí el oficio de maestra de novicias. Ejerció este oficio de gran responsabilidad desde 1903 hasta su muerte. En este menester enseñaba más con ejemplos que con palabras e instrucciones, de modo que las novicias aprendían de ella cómo hay que amar a Cristo Jesús, cómo hay que servir al prójimo, etc., etc. Amó a Dios sobre todas las cosas, alma de oración intensa, gran devota de Nuestra Señora, amante de las celebraciones litúrgicas, repetía esta su oración preferida: «Jesús, por ti vivo; Jesús, por ti muero; Jesús, en la vida y en la muerte soy

tuya». Entre sus alumnas y novicias promovía el espíritu misionero, oraba y enseñaba a orar a otros por le evangelización de los pueblos y por otras necesidades de la Iglesia. Humilde y sencilla, deseaba ocupar siempre el último puesto. Murió el 18 de diciembre de 1916.

En 1910 comenzó a flaquear su salud, y entonces se acrecentaba más y más su trato con el Señor; de su cuerpo encorvado y doliente se traslucía una suma paz espiritual. En su congregación y en el pueblo de Dios ha brillado de continuo su fama de santidad en vida y después de muerta

Instruidos los procesos ordinarios e informativos en 1951-1954, y el proceso rogatorial en Tortona, el 4 de julio de 2002 fue declarada la heroicidad de sus virtudes y beatificada el 20 de diciembre de 2003 por Juan Pablo II. Figura eminente por su amor acendrado y heroico a Dios y por su entrega a la ayuda de los demás: niñas huérfanas y pobres, viudas en sus dificultades, desvalidos y enfermos. Merece un recuerdo especial por haber favorecido con su acción educadora la promoción humana y cristiana de la mujer.

JOSÉ VICENTE RODRÍGUEZ

Bibliografía

CHIEROTTI, L., «Valle (Giulia Nemesia) serva di Dio», en *Bibliotheca sanctorum. Appendice prima* (Roma 1987) col.1412.
COTTINO, J., *La serva di Dio Nemesia Valle* (Turín 1957).
MONTE, A. DEL, *Suor Nemesia (Giulia Valle)* (Roma 1967).
—*Questa sera il Signore vi parlerà* (Turín 1983).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN FLANNANO

Obispo († s. VII)

Este santo es el patrono de la diócesis irlandesa de Killaloe, de la que fue obispo. Nace en Münster, hijo del rey Toirdelbaig. Se educa en un monasterio, abraza la vida religiosa y en una peregrinación a Roma el papa Juan IV († 642) lo consagra obispo. Vuelto a Irlanda pone su sede, por deseo popular, en Killaloe, y

aconseja a su padre abandone el poder temporal para hacerse monje, lo que consigue. Antes de irse al monasterio, el padre dotó espléndidamente la sede episcopal de su hijo. Flannano trabajó apostólicamente en las Hébridas y en otros sitios, y pese a su continua actividad sacaba tiempo para recitar diariamente todo el salterio. Murió con gran fama de santidad y su culto se extendió enseguida por toda Irlanda. Su memoria se celebra el 18 de diciembre.

SAN WINEBALDO

Abad († 761)

Hermano de los santos Wilibaldo y Walburga, e hijo de San Ricardo, este santo inglés emprendió con su padre y hermano la peregrinación a Tierra Santa, pero sintiéndose enfermo se quedó en Roma donde estudió durante siete años. Posteriormente volvió a Inglaterra y por invitación de San Bonifacio, su primo, pasó con algunos compañeros a Alemania para trabajar junto con el santo en su gran obra evangelizadora. Cuando su hermano fue hecho obispo de Eichstätt, construyó un doble monasterio, de hombres y mujeres, en Heidenheim, poniendo a Winebaldo como abad del masculino y a su hermana como abadesa del femenino, siguiéndose en ellos la regla de San Benito. Murió el 18 de diciembre del año 761.

SANTOS PABLO NGUYEN VAN MY, PEDRO TRUONG VAN DUONG, PEDRO VU VAN TRUAT

Mártires († 1838)

A los tres santos que fueron martirizados el 18 de diciembre de 1838 en Co-Voi, Vietnam, les llevó al martirio las argucias de una mujer, llamada Yen, que creía que denunciando a los dirigentes cristianos de su pueblo podría obtener el indulto para su marido, encarcelado bajo la acusación de pertenecer a una banda de foragidos. Simuló querer convertirse al cristianismo y así pudo saber quiénes eran los catequistas de la comunidad cristiana de Bau-No, y al no estar el misionero, San Juan Carlos Cor-

nay, los denunció a ellos. Arrestados y conducidos ante el mandarín, se negaron a decir dónde estaba el misionero, que era lo que más quería el mandarín, y se les exigió también que pisotearan la cruz en señal de apostasía. Los confesores de la fe se negaron y persistieron en su negativa pese a los golpes y azotes que acompañaron los tremendos interrogatorios a que fueron sometidos. Condenados por fin a muerte, los tres la recibieron con entereza y generosidad evangélicas. Estos son sus datos personales:

PABLO NGUYEN VAN MY nace en Ke-Non en 1798. Decidido a ser catequista, hace los estudios en su pueblo y en Ké-Vinh. Fue nombrado colaborador del P. Marette, a cuyo lado trabajó apostólicamente entre 1817 y 1836. Este año pasó a la compañía de San Juan Carlos Cornay, hasta su detención.

PEDRO TRUONG VAN DUONG nace en Ke-So en 1808 en el seno de una familia cristiana. A los 9 años es acogido en la misión de Yentap, y pasa luego como ayudante de varios sacerdotes hasta que en 1824 obtiene el diploma de catequista, siendo enviado a Bau-No con el P. Marette. Arrestado y bárbaramente azotado, se mantuvo firme y desde la cárcel escribió una carta en la que manifestó su alegría de padecer por Cristo.

PEDRO VU VAN TRUAT había nacido en Ké-Thiec en 1816 y se preparaba para ser catequista cuando fue arrestado con sus dos compañeros de martirio. Como perseveraba firme en la fe pese a los azotes y malos tratos, San Juan Carlos Cornay le mandó a la cárcel el diploma de catequista. Lo sacaban para el suplicio cuando un mandarín le dijo que por qué se dejaba matar siendo tan joven, que era una cosa estúpida, y el muchacho respondió que no era estúpido dar esta vida terrena a cambio de la eterna.

Fueron canonizados el 19 de junio de 1988 por el papa Juan Pablo II junto con los 117 mártires de Vietnam, muertos por la fe entre los años 1745-1862, que habían sido beatificados a lo largo del siglo XX.

19 de diciembre

A) Martirologio

1. En Roma, en la Via Portuense, la deposición del papa San Anastasio I († 401) **.

2. En Auxerre (Galia), San Gregorio († 540), obispo.

3. En la Cartuja de Casotto (Lombardía), Beato Guillermo de Fenol († 1205), monje *.

4. En Aviñón (Provenza), Beato Urbano V († 1370), papa, anteriormente monje benedictino **.

5. En Bac-Ninh (Tonquín), santos Francisco Javier Ha Trong Mau, Domingo Bui Van Uy, catequistas, Tomás Nguyen Van De, sastre, Agustín Nguyen Van Moi, y Esteban Nguyen Van Vinh, labradores, este último catecúmeno, mártires en 1839 *.

6. En Slonim (Polonia), beatas María Eva de la Providencia Noiszewska y María Marta de Jesús Wolowska († 1942), vírgenes, de la Congregación de Hermanas de la Inmaculada Concepción, mártires *.

B) Biografías extensas

SAN ANASTASIO I

Papa († 401)

No necesariamente para dejar una buena estela en la historia tiene un papa que ocupar la sede de Pedro una larga temporada. Lo hemos visto en nuestro tiempo: el Beato Juan XXIII no llegó a cinco años y el «Papa de la sonrisa», Juan Pablo I, fue papa treinta y tres días nada más. El papa Anastasio I presidió la Iglesia de noviembre del 399 a diciembre de 401, dos años y un mes y, sin embargo, su memoria es sobresaliente y llena del aura de la santidad.

Anastasio I, que sucedió al difunto papa San Siricio al día siguiente de su muerte, era romano, y su padre se llamaba Máximo. Y estos son todos los datos personales que nos ha podido dejar el *Liber pontificalis*. El papa San Siricio murió el 26 de noviembre del año 399, y al día siguiente fue elegido su sucesor por voto del clero y del pueblo reunido para este fin. Su nombre es griego y significa «el que resucita», pero teniendo un pa-

dre llamado Máximo, que es nombre latino, no necesariamente su nombre indica ascendencia griega.

Sobre sus cualidades personales tenemos los elogios que le dedicó San Jerónimo, que lo llamó «hombre de gran santidad», dijo de él que vivía la pobreza y que tenía una vida inmaculada y enteramente entregada al ministerio apostólico. No sólo por su cargo sino también por sus grandes cualidades estuvo en magnífica relación con San Paulino de Nola y con San Agustín. Parece que con relación a San Paulino, todavía no obispo, Anastasio se sintió en la obligación de reparar la poca consideración en que su antecesor parece lo había tenido. Escribió Anastasio a los obispos de Campania elogiando a Paulino y lo invitó a que viniera a Roma para asistir al aniversario de su elección, lo que era un grande honor teniendo en cuenta que sólo se invitaba a los obispos y Paulino aún no lo era. A Paulino no le fue posible acudir a la invitación del Papa y le escribió una carta excusándose, excusa que el Papa aceptó.

Anastasio mostró ser un papa muy activo, no rehusando intervenir en los asuntos que se le ofrecían y que le vinieron desde diversos sitios del mundo.

Respecto a la disciplina eclesiástica de su Iglesia de Roma, Anastasio dispuso que el clero debería estar de pie mientras el diácono leía el santo evangelio, costumbre introducida por Anastasio y que luego se hizo de toda la asamblea, como persevera hasta el día de hoy, ya que todos en la misa actual romana se levantan mientras se lee el evangelio. Esta disposición parece que se debe a un intento de pacificar las relaciones entre los sacerdotes y los diáconos de Roma, tirantes por las competencias de unos y otros, no debiendo olvidarse que era a los diáconos a los que estaba encomendada la administración de los bienes temporales.

Otra intervención de Anastasio en la disciplina eclesiástica de la diócesis romana fue el decreto mandando que no se recibiera como tal a ningún sacerdote que viniera de fuera de Italia si no traía un certificado de cinco obispos asegurando su ortodoxia. Es claro que se trata de una norma que responde a una situación conflictiva: la presencia de sacerdotes o diáconos en Roma que viniendo del Este o de África traían consigo sus ten-

dencias heterodoxas, fueran arrianas o maniqueas. Y es que, como se demostraría en la controversia origenista, Anastasio tenía un gran interés en la guarda de la ortodoxia.

Anastasio combatió con energía el donatismo existente en las provincias del África y que tanto perturbaba la paz de la Iglesia. Bien sabido es que los donatistas introducían una profunda división en el pueblo cristiano, eran sumamente férreos en sus convicciones y no tenían inconveniente en recurrir a cualquier tipo de medios con tal de tener presencia y preponderancia. En vano Valentiniano I había dado en 373 una ley prohibiendo sus reuniones, ley que urgió Graciano cuatro años más tarde, llegando a quitarles sus iglesias. Pero estas medidas, miradas como persecución religiosa contra ellos, fueron en el fondo contraproducentes, pues los llevó a entrar en el camino de la violencia. Los intentos de atraerlos por la persuasión y el diálogo no fueron más eficaces. Primero San Optato de Mileto y luego San Agustín fracasaron en el intento. San Agustín, por el tiempo en que era papa San Anastasio I, era todavía sacerdote, pues había sido ordenado en 393 y se había puesto a la entera disposición de su obispo para el cuidado pastoral de los fieles. Su celo ardiente se estrelló contra la terquedad de los donatistas. Anastasio I era perfectamente consciente de lo que el donatismo representaba y animó a la Iglesia africana a resistir fuerte en la fe. En septiembre del 401 se tuvo una asamblea eclesiástica en Cartago en la que se leyeron las cartas de San Anastasio, en las que recomendaba benevolencia para recibir en el gremio de la Iglesia a los obispos y presbíteros provenientes de la herejía.

Igualmente, se opuso al priscilianismo que continuaba su aventura pese a que ya Prisciliano había sido decapitado bajo la acusación de magia por orden del emperador usurpador Máximo. Prisciliano y su secta habían sido condenados en un sínodo en Zaragoza, en el que más bien fueron sus prácticas las que se dieron por ajenas a la praxis católica, como las reuniones secretas y ciertos excesos de falsa piedad. Prisciliano había acudido al entonces papa contra las acusaciones que circulaban en su contra y la cosa se complicó cuando a Prisciliano se le hace obispo de Ávila. Sus enemigos lograron que el emperador Graciano se

interesara en el tema, y como el emperador era muy celoso del orden y la unidad católica, dio un decreto desterrando a los jefes priscilianistas. Prisciliano salió de España, hizo propaganda de sus ideas en Aquitania y con algunos seguidores llegó a Roma, siendo papa San Dámaso, y habiendo intentado en vano atraerse en Milán a San Ambrosio. Como San Dámaso se negó a recibirlos, se dirigieron a Tréveris, la capital del usurpador Máximo, que había ya recibido denuncia contra Prisciliano y los suyos. Máximo mandó prenderlos y convocó un sínodo en Burdeos que los juzgase. Se inició su proceso pero apeló ante el emperador y de esta forma la causa pasó del tribunal eclesiástico al civil. No era regular que un emperador cristiano juzgase a obispos pero Máximo lo hizo, y como resultado Prisciliano fue condenado como mago y decapitado en 384, lo que fue criticado severamente por San Martín de Tours, San Ambrosio y tantos otros. El priscilianismo siguió adelante y cuando llega a la sede de Pedro el papa San Anastasio I se vio en la necesidad de combatirlo, ratificando por su parte el Papa las decisiones del concilio de Toledo reunido el año 400. El Papa estuvo de acuerdo en lo acordado en este sínodo de que se les conservase su rango episcopal a los obispos priscilianistas reintegrados en la unidad católica.

Descubrió en Roma un grupo de maniqueos y se opuso formal y firmemente a esta doctrina, que a tantos hombres y mujeres había desviado del verdadero sentido cristiano. Y no menos se opuso al arrianismo, confesando la fe en la divinidad de Jesucristo con gran firmeza y mostrando su plena adhesión a la fe del símbolo niceno-constantinopolitano.

Fue notable su participación en la controversia del origenismo. Como es sabido el gran Orígenes gozaba entre los elementos cultos de la Iglesia de un prestigio general, pero acompañado en todas partes de una cierta reserva, pues ni siquiera sus más adictos discípulos defendían la totalidad de la doctrina del maestro. Tras los ataques de Metodio de Olimpo empezaron a salirle defensores a Orígenes, y aunque los arrianos querían presentarlo como precursor del arrianismo, la verdad es que las apologías hicieron mella en el ánimo de muchos católicos, que no dudaron en mostrar su aprecio por él, como San Basilio, San

Gregorio Nacianceno, San Atanasio, etc. Pero San Epifanio de Salamina el año 393 mandó un monje emisario suyo a Jerusalén, que recorrió los monasterios de Palestina haciendo una campaña tremenda contra Orígenes, tal como San Epifanio le había mandado. Resultó que San Jerónimo lo recibió amistosamente pero su amigo Rufino no, y esto enfrió las relaciones entre estos dos personajes hasta entonces tan amigos.

Al año siguiente, y pese a ser ya octogenario, San Epifanio se presenta en Jerusalén y con gran calor predicó contra Orígenes, lo que no gustó al prelado jerosolimitano, Juan. Se formaron así dos bandos, uno a favor de Orígenes (Juan y Rufino) y otro en contra (Epifanio y Jerónimo) y aceptaron los dos bandos el arbitraje de Teófilo, patriarca de Alejandría. Juan y Rufino componen una larga carta quejándose de sus adversarios, y San Jerónimo por su parte compone el tratado *Contra Juan de Jerusalén.* Pero en 397 ambos rivales, Jerónimo y Rufino, se reconcilian. No obstante lo cual, Rufino, vuelto a Occidente, traduce y hace circular la *Apología de Orígenes,* de Pánfilo, y el tratado *Peri Archon,* del propio Orígenes, y en el prólogo señala que San Jerónimo dice que había sido origenista. El traductor corrigió en la traducción aquellas frases origenistas que podrían favorecer al arrianismo. Los amigos que San Jerónimo tenía en Roma comprendieron que la obra de Rufino perturbaba la paz de la Iglesia y presentaron ante el papa Siricio una protesta formal. Pero Siricio no terminó de ver que fuera aquel un asunto vital y por ello al despedirse Rufino para regresar a Aquilea le dio cartas para el obispo de aquella ciudad.

El año 399, cuando Anastasio I sube a la sede papal, los amigos de San Jerónimo en Roma vuelven a dirigirse al papa pidiéndole una condena formal del origenismo. Por otro lado a Orígenes le había salido un feroz enemigo: el patriarca Teófilo de Alejandría, que ese año 399 había prohibido las obras de Orígenes y había comenzado una particular campaña contra los partidarios del origenismo, singularmente los monjes de Nitria, los cuales se resistieron y algunos marcharon a Constantinopla y allí pidieron protección a San Juan Crisóstomo, patriarca desde el 398. Se la dio el santo y fue el comienzo de lo que sería su tragedia. Teófilo envió cartas al papa San Anastasio y le envió

también algunos clérigos de su Iglesia solicitando que el Papa se adhiriera a la condena del origenismo que él había hecho.

El Papa condenó todas las proposiciones blasfemas que le presentaron como de Orígenes, sin entrar en calificarlas como de él, sino diciendo que en sí mismas eran blasfemas. Por otro lado también Juan de Jerusalén se dirigió al papa Anastasio contándole su versión de las cosas. Y Rufino consideró oportuno curarse en salud de cualquier duda sobre su ortodoxia enviando al Papa su profesión de fe. No consta que el papa Anastasio contestara a la apología de Rufino ni habla de ella en la carta que el pontífice dirigió a Juan de Jerusalén. En ella le decía:

> «Orígenes es un autor peligroso; si Rufino lo ha traducido para hacer que se detestasen sus errores, bien hecho; si para acreditarle, ha hecho mal. Se trata de intenciones, y de ellas Dios es el único juez».

Por su parte San Jerónimo contestó a Rufino haciendo una traducción literal del *Peri Archon* y escribiendo una carta muy conforme con la vehemencia que le caracterizaba y en la que trataba a Rufino de mentiroso, perjuro y hereje. Rufino respondió recordándole a San Jerónimo su inconsecuencia, pues antes había sido adicto a las obras de Orígenes. Respondió a ello San Jerónimo, y fue Rufino el que cortó la polémica imponiéndose a sí mismo silencio y retirándose a Mesina, donde murió en 410. Anastasio I escribió una carta a San Venerio, obispo de Milán, en la que trata de esta cuestión del origenismo, y en ella defiende la memoria del controvertido papa Liberio.

Se atribuye al papa San Anastasio I la construcción de la basílica Crescenciana, que un siglo más tarde consta que aún existía y que modernamente se la ha identificado con San Sisto Vecchio.

El piadoso pontífice murió el 19 de diciembre de 401 y fue sepultado en la Via Portuense en un monumento sepulcral colocado entre la basílica de Santa Cándida y la de los Santos Abdón y Senén. Años después diría San Jerónimo que si tan buen pontífice murió tan pronto fue porque Dios quiso ahorrarle el horror de la toma de Roma por Alarico el año 410. Su memoria ya la recoge el *Martirologio jeronimiano* a mediados del siglo V, lo que indica su culto y veneración, pero se situaba su

memoria el 27 de abril, lo que no coincide con el día de su tránsito. Por ello el nuevo *Martirologio romano* ha situado su memoria el 19 de diciembre.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

Acta sanctorum. Aprilis, t.III p.490-493.
CARAFFA, F., en *Bibliotheca sanctorum.* I: *A-Ans* (Roma 1961) cols.1065-1071.
SABA, A. - CASTIGLIONI, C., *Historia de los Papas,* 2 vols. (Barcelona 1948).

BEATO URBANO V

Papa († 1370)

El 28 de septiembre de 1362 un nuevo Papa sube a ocupar el trono pontificio de Aviñón, vacante desde hacía dos semanas por la muerte de Inocencio VI. Aunque su elección fuese inesperada, por no ser del conclave ni siquiera cardenal, peca de exagerado el Petrarca cuando dirigiéndose al nuevo pontífice, le dice lisonjeramente: «Santo Padre, estad persuadido de que ni un solo cardenal había antes pensado elegiros Papa. Dios sólo os ha elegido poniendo vuestro nombre en sus bocas». A la verdad, Guillermo Grimoardo (que así se llamaba el sucesor de Inocencio VI) era harto conocido para que los cardenales del cónclave pusiesen los ojos en él. Su personalidad se había ya destacado anteriormente en variadas actuaciones y en cometidos de envergadura.

De ilustre familia provenzal, se había dado a conocer como buen expositor de Graciano en las cátedras de cánones de Montpellier y Aviñón; más tarde, cambiando la toga por la cogulla benedictina, llegó a ser abad de los monasterios de San Germán de Auxerre y de San Víctor de Marsella. Profesor renombrado y monje austero, poseía dotes de hábil diplomático. Precisamente al tiempo de su elección se hallaba en Nápoles en calidad de legado pontificio, aun sin pertenecer al Sacro Colegio.

Al subir a la Cátedra de San Pedro, toma el nombre de Urbano V. Un hombre del temple de Urbano era lo que necesitaba en aquellos momentos la Iglesia universal y la misma Curia

pontificia de Aviñón. ¡Aviñón! Abrid cualquier libro de historia, y encontraréis el nombre de esta ciudad, en el siglo XIV, unido indefectiblemente al de la cautividad babilónica. Así de aciago y calamitoso se nos presenta el largo período en que la sede de los papas se fijó fuera de Roma, allende los Alpes. Los indignados acentos de Dante y de Petrarca, así como la voz inflamada de Catalina de Siena, se han perpetuado, más que en la literatura, en la conciencia de todos los cristianos. Hay en estas declamaciones, es verdad, mucho de exagerado, mucho de fantasía, no poco de miras nacionalistas, y también en más de un caso, bastante de resentimientos personales. Ello no obstante, la serena imparcialidad que la distancia de los tiempos permite nunca podrá llegar a eliminar enteramente los obscuros trazos con que la historia describe el fastuoso lujo de la corte pontificia: la exorbitante tributación eclesiástica; la arbitraria provisión de beneficios y prebendas; las exacciones ilegales y el soborno de los oficiales de la cámara pontificia, y, en fin, la consiguiente relajación general de las costumbres. Insignes historiadores del papado conceden todavía mucho crédito a las tremendas descripciones que nos han dejado de la corte de Aviñón el fraile español Alvaro Pelayo, el más intrépido defensor de la autoridad pontificia en el siglo XIV.

Los abusos de todo género brotaban y se extendían, como saramajos, a orillas del Ródano. Para extirparlos no bastaron los buenos deseos y aun los iniciales intentos de algunos de los papas anteriores. La reforma eficaz estaba reservada a Urbano V. Como en los tiempos de San Gregorio Magno y del papa Hildebrando, una vez más la austeridad benedictina iba a levantar el esplendor de la tiara. No es mera casualidad que fuera este papa quien dio a la tiara la forma definitiva actual, añadiendo la última de las tres coronas. El primer cuidado de Urbano —escribe Hergenröther— fue organizar la corte pontificia de manera que fuese modelo de vida cristiana, cortando de raíz no pocos abusos. Trató de dar los cargos eclesiásticos a personas dignas, desplegó gran severidad contra los simoníacos y los agraciados con varios beneficios, renovó las leyes sobre la celebración de sínodos provinciales y opuso a las demasías de los reyes una defensa enérgica de los derechos de la Iglesia. Expulsó de Aviñón a to-

das las personas ociosas, reduciendo así notablemente la ingente burocracia pontificia; a los que poseían algún beneficio les obligaba inexorablemente a la residencia en el mismo.

Aunque blando y bondadoso, Urbano mantenía con firmeza sus propósitos en todo lo que consideraba justo. Desde sus primeras actuaciones fue tenido por todos como el verdadero Pastor de la cristiandad. Petrarca, su grande admirador, alaba en estos términos su acción reformadora:

> «Tú obras perfectamente, Santo Padre; ¿qué sucedería si los marineros abandonaran el remo y las velas y anduvieran ociosos en derredor del timón para estorbar al piloto con su charla? ¿No es escandaloso que gentes sin mérito se llenen de riquezas, mientras los pobres sacerdotes, que tienen mayores merecimientos que ellos, mueren de hambre?».

Al lado de la reforma de costumbres preocupa también a Urbano la elevación del nivel cultural del pueblo. En los albores del humanismo, el antiguo profesor de cánones no escatima medios para promover las ciencias y crear nuevos centros de estudios. A ruegos del rey de Polonia erigió la Universidad de Cracovia, autorizándola para enseñar todas las ciencias, a excepción de la teología; en la Universidad de Montpellier fundó un colegio de médicos, dotando con sus propias rentas a doce estudiantes y sufragando los gastos de otros innumerables alumnos en diversos colegios.

El celoso Vicario de Jesucristo no podía contentarse con apacentar solamente al pueblo cristiano. La universalidad de la Iglesia que gobernaba le hacía cobrar conciencia de las ovejas que todavía vagaban errantes fuera del redil o gemían oprimidas bajo los enemigos de la fe cristiana. La evangelización de los infieles y la reunión de una Cruzada: he ahí dos nuevos anhelos que abrasaban el corazón del papa benedictino. Ante la amenaza, nunca decreciente, de los turcos, y a ruegos de Pedro I de Lusignán, rey de Chipre, Urbano V concibió ya en los primeros meses de su pontificado el plan de una nueva Cruzada; él mismo se encarga de predicarla; tenía ya nombrado legado pontificio de la expedición, y los reyes de Francia y de Dinamarca prometieron tomar parte en ella; pero, al fin, la Cruzada no se realiza. Hay que tener en cuenta que el tiempo no corre en vano

y que la fe viva que puso en pie de guerra a los cruzados se había extinguido con San Luis hacía cabalmente un siglo.

Mejor efecto tuvieron los impulsos misionales de Urbano V. Sus miras se dirigen a las regiones orientales del debilitado imperio bizantino, Se ocultaban en estos planes, indudablemente, las nunca amortiguadas aspiraciones de la Cruzada. Cruzada, si no de conquista, sí, al menos, de defensa. Urbano V, a la vista del fracasado intento de una Cruzada europea, se dio cuenta de que era necesario formar alrededor del imperio de Oriente, que se arruinaba, una barrera de corazones católicos para defenderlo, o, por lo menos, para oponerse a las invasiones del islamismo. Las Órdenes mendicantes prestaron a Urbano una ayuda eficaz. Después de haber establecido la jerarquía católica en Bulgaria, en Bosnia, en Moldavia, el Papa envió a Albania cuatro obispos franciscanos con la misión de recorrer el pequeño Estado y de aumentar el número de los católicos. Por su mandato, veinticinco frailes menores recorrieron Valaquia y Lituania, haciendo muchos prosélitos; veinticuatro religiosos de la misma Orden fueron a Georgia a unirse con el obispo de Milevi. Pero la misión más famosa de todas las del pontificado de Urbano V fue la enviada a los mongoles, integrada asimismo por religiosos franciscanos.

Urbano V puede ser considerado, por la labor misional promovida, como el mejor precursor de la moderna época misional de la Iglesia, mientras que por la reforma eclesiástica realizada se debe colocar al lado de Gregorio VII. Pero no hemos consignado todavía el acontecimiento más trascendental de su pontificado, merced al cual puede parangonarse con los mejores papas de todos los siglos, con Inocencio III por ejemplo: la vuelta a Roma. Urbano llevaba desde mucho tiempo atrás este sueño fijo en la mente y en el corazón. Al recibir en Italia la noticia de la muerte de Inocencio VI, dicen que exclamó: «¡Si yo pudiese ver un Papa que pensase seriamente volver a Roma, me moriría contento al día siguiente de la elección!». Este anhelante suspiro estaba de continuo pendiente también en los labios de la mayor parte de los cristianos.

Hay que darse cuenta de que lo que más reprobaba la cristiandad en la corte de Aviñón no eran tanto los conocidos abu-

sos de los que, en mayor o menor escala, se registraron más de una vez casos en la corte de Roma, sino más bien la absoluta sumisión a la política francesa que los Romanos Pontífices venían profesando, o al menos aparentaban profesar, ante toda la cristiandad, desde hacía más de medio siglo. La pérdida de la independencia territorial llevaba consigo indefectiblemente la crisis de la autoridad pontificia con relación a las demás naciones cristianas. Es el caso de Inglaterra, que por estar enzarzada con Francia en la desoladora guerra de los Cien Años, se niega a rendir a la Santa Sede el tributo de vasallaje, como feudataria que era de la misma. ¿Y a qué insistir en el hecho de que fue durante el destierro de Aviñón, y en tiempo del cisma que le sigue, cuando comenzaron a pulular las grandes corrientes antipontificias de Marsilio de Padua y Juan de Jandún, de Wiclef y Has, precursores del futuro protestantismo?

La Santa Sede, si quería salvar su ecumenismo contra las nacientes herejías y frente al pujante nacionalismo de los Estados europeos que estaban surgiendo, debía retornar a su centro natural e histórico: Roma. La empresa, en verdad, no era en manera alguna fácil. En la Ciudad Eterna unos partidarios políticos suplantaban a sus rivales, sin otras miras que las de saciar su odio irreconciliable y sus egoísmos familiares. Las ciudades de los Estados pontificios se combatían sin descanso por idénticos o parecidos motivos. En Aviñón, los cardenales y demás oficiales de la curia, en su mayoría, franceses; la vida, francesa, como el país. ¡Cuántos papas anteriores habían tenido que desistir de sus piadosos intentos de retorno ante estas barreras infranqueables! ¿Habría de acontecer quizá otro tanto a Urbano V después de haber anunciado en 1366 su firme resolución de regresar a Roma dentro del año siguiente? ¡Quién lo podía decir! Lo cierto es que aquellos meses que siguieron a la noticia fueron de intensa conmoción en toda la cristiandad. De todas partes surgen voces clamorosas, unas para animar al Papa al retorno, otras para hacerle desistir de semejante empeño. Entre estas últimas suenan persistentes y unánimes las de los cardenales franceses, a las que se suman los artificiosos discursos del enviado especial del rey de Francia. Por el contrario, los alentadores consejos de Carlos IV de Alemania, del Petrarca, de Santa Catalina de Siena,

de fray Juan, infante de Aragón, recogían el eco fiel de las demás naciones cristianas. Pero por encima de todo estaba la voluntad inflexible, austera, del pontífice. Fue signo siempre de los próceres de la humanidad ver claro en las grandes encrucijadas de la historia y decidirse sin titubeos por la única trayectoria certera.

El 19 de mayo de 1367 zarpaba del puerto de Marsella una galera, con el Papa a bordo, rumbo a las playas de Italia. Los cardenales, en mayoría, y los domésticos formaban la pequeña comitiva de Urbano. Mientras la embarcación surca las aguas del Mediterráneo, oigamos el saludo alborozado de un gran italiano: «Santo Padre, Israel ha salido finalmente de Egipto, la casa de Jacob no se halla ya en medio de un pueblo bárbaro. Los ángeles se regocijan en el cielo, y en la tierra resuena en la boca de los hombres el eco de sus cánticos de alegría. Bendito sea el día en que has abierto tus ojos a la luz, en que has aparecido como una fausta estrella en el mundo. Sólo ahora me pareces el verdadero Papa, el sucesor de Pedro, el Vicario de Jesucristo. En pocos días habrás rectificado la injusticia de cinco de tus predecesores durante sesenta años. Pero ahora restableces la pureza antigua de la Iglesia, para que, nuevamente rejuvenecida por tu celo, vuelva a parecer a toda la Humanidad venerable como en otros tiempos». En estas frases encendidas del Petrarca estaba contenido el sentimiento de todos los cristianos.

El 9 de junio Urbano V llegó a Viterbo, donde se detuvo durante la estación calurosa. Aquí recibió la visita del cardenal español Gil de Albornoz, hombre extraordinario, mitad guerrero y mitad eclesiástico, el cual hizo pasar por delante de la morada del Pontífice, para justificarse de falsas acusaciones, un carro tirado por cuatro bueyes, cargado de llaves de ciudades y fortalezas que él mismo había tomado para restablecer el gobierno pontificio. El 16 de octubre de 1367 Urbano V, entre el júbilo de la población, hacía su entrada en Roma; el primer Papa que volvió a ver la Ciudad Eterna desde hacia sesenta y tres años.

El aspecto de la capital del orbe católico era por demás desolador: calles y plazas, obstruidas por los escombros; las iglesias principales y el mismo palacio de los papas yacían medio

derruidos. «La experiencia de dos generaciones había enseñado que, en caso de necesidad, los papas podían carecer de Roma, pero Roma no podía pasarse sin los papas.» Urbano se estableció en el Vaticano, pobremente adecentado, que será en adelante la residencia habitual de los papas; y en seguida comenzó a desplegar su actividad de reformador y reconstructor de la ciudad. Paulatinamente las cosas iban tomando nuevo aspecto. Roma volvía de nuevo a ser, en realidad, el centro del mundo, y de todas partes confluían a ella huéspedes ilustres. En 1368 el emperador Carlos IV se postraba ante el sepulcro de San Pedro y ratificaba públicamente los pactos de mutua amistad entre el Imperio de Occidente y la Iglesia; en prueba de esta amistad el Papa coronó solemnemente a la esposa del emperador. Desfilaron también por Roma la reina Juana de Nápoles, el rey de Chipre y el emperador de Bizancio, Juan Paleólogo, quien prestó solemne homenaje al Papa como al único Jefe supremo de la verdadera Iglesia.

Todo, en fin, inducía a creer que Urbano V se hallaba en la cumbre de su gloria y de sus éxitos; pero en realidad no era así. El austero pontífice, que había sabido mantenerse tercamente inflexible ante las voces de sirena que se alzaban junto al Ródano, se siente ahora desfallecer; ¿quién dijo que los santos y los héroes no saben inclinarse, a veces, ante el desaliento? Una sublevación popular en Viterbo había producido en el papa Urbano una profunda impresión; aparte de esto, nunca había gozado de seguridad entre la movediza gente italiana; la nostalgia de su país nativo fue apoderándose poco a poco de su ánimo. En mayo de 1370 hizo pública en Montefiascope su resolución de regresar a Aviñón. ¿Había en este cambio una abierta concesión a los meros sentimientos humanos o existía, por el contrario, en el ánimo del pontífice una superior convicción de que no era del agrado de Dios su permanencia en Italia? Sea de ello lo que fuere, suyas son estas palabras, dirigidas a unos emisarios romanos en vísperas de su partida: «El Espíritu Santo me trajo a Roma y ahora me conduce lejos por el honor de la Iglesia».

Con el dolor de todos los amigos del Primado, Urbano regresó a Aviñón, para morir allí a los dos meses de su llegada, el

19 de diciembre de 1370, como se lo había pronosticado la virgen sueca Santa Brígida.

Si en algo había cedido a la humana debilidad, Urbano borró con el arrepentimiento su falta.

Murió no en el palacio pontificio, sino en una humilde casa particular, vestido con el hábito benedictino, que no había dejado nunca. Inmediatamente después de su muerte comenzó a tributársele culto en muchos lugares, y la Iglesia le venera hoy como beato.

ISAAC VÁZQUEZ, OFM

Bibliografía

HERGENRÖTHER, J., *Historia de la Iglesia,* IV (Madrid 1887) 318-322.
KIRSCH, J. P., *Die Rückkehr del Päpste Urban V und Gregor XI von Avignon nach Rom* (Paderborn 1898).
MAGNAN, J. B., *Histoire d'Urbain V et de son siècle d'après les manuscrits du Vatican* (París 1863).
MOLLAT, G., *Lettres secrètes et curiales du pape Urbain V (1362-1370) se rapportant à la France* (Paris 1957).
PASTOR, L. VON, *Historia de los Papas,* I (Barcelona 1910) 216-220.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

BEATO GUILLERMO DE FENOL

Monje († 1200)

Guillermo nace en Garessio-Borgoratto, diócesis de Alba en Italia, en las primeras décadas del siglo XII. Muy joven siente la llamada de la vida retirada y se dedica en una soledad a la contemplación de las cosas divinas, ejercitándose continuamente en el olvido de lo temporal y mundano para atender solamente a la ascensión de su corazón a Dios. Pero su soledad no dejaba de ser conocida y una mujer tuvo la idea de visitarle para proponerle unirse a ella. Entonces el joven, que rechazó de forma tajante la tentación, pensó que estaría mejor en una comunidad religiosa y pidió su admisión en la Cartuja de Casularum o Casetas, en Casotto, siendo admitido en calidad de hermano converso. Se entregó por completo a la vida religiosa con la mayor sencillez de corazón, viviendo en la oración continua y el

trabajo asiduo, llevando adelante sus deberes como religioso y dando un altísimo ejemplo de todas las virtudes a la comunidad, sobresaliendo por su eximia devoción a Cristo crucificado, y recompensándole el Señor con una experiencia mística de la aflicción padecida por Jesús en la cruz.

Muerto el 19 de diciembre de 1200 y enterrado en la casa de los hermanos, su tumba se convirtió en objeto de veneración y culto por parte de los fieles, siendo encontrado incorrupto su cuerpo tres siglos después de su muerte. Su culto inmemorial fue confirmado el 29 de marzo de 1860 por el papa Beato Pío IX.

SAN FRANCISCO JAVIER HA TRONG MAU, DOMINGO BUI VAN UY, TOMÁS NGUYEN VAN DE, AGUSTÍN NGUYEN VAN MOI, ESTEBAN NGUYEN VAN VINH

Mártires († 1839)

Cumpliendo la orden real que había conmutado la pena de destierro por la de muerte, el 19 de diciembre de 1839 fueron conducidos al poblado de Co-Mé junto a Bac-Ninh, en el Tonquín, cinco cristianos seglares y allí fueron estrangulados. Todos ellos pertenecían a la comunidad cristiana de Ké-Mot, encomendada al P. Pedro Tu, y fueron arrestados con motivo de la intensa búsqueda que del párroco hacían las autoridades. La búsqueda empezó el 28 de junio de 1838, y el día 1 de julio siguiente ya estaban los cinco capturados y eran conducidos a la capital de la provincia Nonh-Thai. Llevados ante el tribunal se les conminó a apostatar de la fe pisoteando la cruz, y como los confesores de la fe se negaban, se les insistió durante días y días. Por fin el 27 de julio se dictó contra ellos sentencia de destierro perpetuo más ciento cincuenta azotes. Llevada noticia de la sentencia al rey Minh-Manh ordenó que la sentencia fuera rectificada y que, si no se producía la apostasía, fuera de muerte. Los presos siguieron en la cárcel, donde hicieron un exitoso apostolado entre los demás presos. Así se llegó al 24 de noviembre de 1839 en que, vista la tenacidad de los presos en perseverar en la fe, se confirmó la sentencia de muerte y el 19 de diciembre lle-

gó la orden de ejecutarla. Y se ejecutó en efecto aquel mismo día en Bac Ninh.

Éstos son los datos de los mártires:

FRANCISCO JAVIER HA TRONG MAU nació en Ké-Dieu en 1794 y era celoso catequista de la parroquia del poblado de Ké-Mot, a donde se había trasladado a vivir. Era terciario dominico. Cuando llegaron los soldados al pueblo para hacer varios arrestos, él pudo escapar y refugiarse en Naht en casa de un amigo pagano, pero éste lo traicionó y señaló su presencia al mandarín local que lo arrestó y lo envió a la capital donde se unió a los otros mártires.

DOMINGO BUI VAN UY desconocía el lugar de su nacimiento. De pequeño había sido acogido en la Casa de Dios y criado por los padres dominicos, que se lo asignaron a San Pedro Tu y lo prepararon cuidadosamente para el apostolado. Acompañado de este sacerdote llegó al poblado de Ké-Mot en la primavera de 1838. Al llegar los soldados el 28 de junio pudo huir al vecino pueblo de Huong-Trang, donde un pagano los escondió en su casa. Pero al día siguiente ambos fueron arrestados. Se le separó del sacerdote, que fue decapitado el 5 de septiembre de aquel año, mientras él siguió en la cárcel hasta su muerte, negándose siempre firmemente a apostatar.

TOMÁS NGUYEN VAN DE había nacido en Ké-Mot, en el que creció, se casó, tuvo hijos y se ganaba la vida como sastre. Al llegar los soldados lo arrestaron por ser el cristiano más distinguido del pueblo. Tras el primer interrogatorio, pudo visitarlo su esposa y él le encomendó a sus tres hijos diciéndole que estaba dispuesto a morir por Cristo. En la cárcel hizo la profesión en la Orden Tercera de Santo Domingo. Tenía 27 años de edad.

AGUSTÍN NGUYEN VAN MOI había nacido en 1806 en Phu Trang y más tarde se trasladó al pueblo de Ké-Mot donde conoció la religión cristiana y se convirtió a ella. Hecho el catecumenado recibió el bautismo en 1836 de manos del párroco San Pedro Tu, religioso dominico. Arrestado el 28 de junio de 1838, se negó firmemente a abandonar la fe y aprovechó su estancia en la cárcel para atraer a la fe a otros presos. Hizo la profesión en la Orden Tercera de Santo Domingo estando en la cárcel. Trabajaba en el campo.

ESTEBAN NGUYEN VAN VINH era natural de Phu Trang y se había ido a vivir a Ké-Mot, ganándose la vida como trabajador del campo. Conoció el cristianismo y se inscribió en el catecumenado. Arrestado el 28 de junio de 1838, confesó la fe cristiana con firmeza y perseveró en ella hasta la muerte. El *Martirologio romano* lo llama catecúmeno pero parece que en la cárcel uno de los catequistas presos con él le administró el sacramento del bautismo.

Fueron canonizados el 19 de junio de 1988 por el papa Juan Pablo II junto con los 117 mártires de Vietnam, muertos por la fe entre los años 1745-1862, que habían sido beatificados a lo largo del siglo XX.

BEATAS MARÍA EVA DE LA PROVIDENCIA NOISZEWSKA Y MARÍA MARTA DE JESÚS WOLOWSKA

Vírgenes y mártires († 1942)

Estas dos religiosas de la Congregación de las Hermanas de la Inmaculada Concepción de la Bienaventurada Virgen María fueron arrestadas en la ciudad de Slonim, en la que su congregación tenía una casa, durante la noche del 18 al 19 de diciembre de 1942, y en la mañana fueron llevadas a las cercanías de la ciudad, a la colina llamada Góra Pietralewicka, y allí ambas fueron fusiladas.

Éstos son sus datos personales:

BOGUMILA NOISZEWSKA había nacido el 11 de junio de 1885 en Osaniszki, Lituania, en el seno de una familia polaca, siendo ella la mayor de once hermanos. Pasó su infancia y primera adolescencia en Duneburg y Tula. Terminado el bachiller, estudió medicina en la que llegó a doctorarse y en la I Guerra Mundial trabajó en los hospitales militares. Lo hizo con gran entrega y dedicación, aprovechando su contacto con los heridos para acercarlos a Dios e infundirles sentimientos religiosos. Confió la dirección de su alma al venerable siervo de Dios Segismundo Lozinski († 1932), más tarde obispo de Pinks. A él le confió su deseo de hacerse religiosa, pero no fue hasta 1919 que pudo cumplir su anhelo entrando en la Congregación de Her-

manas de la Inmaculada Concepción de la Bienaventurada Virgen María. El 12 de mayo de 1920 recibió el hábito religioso y tomó el nombre de sor María Eva de la Providencia. El 12 de mayo de 1921 emitió la profesión temporal y el 16 de julio de 1927 la profesión perpetua. Uno de sus destinos fue el de la casa de Jazlowiek donde fue educadora, médico del alumnado y directora del Seminario Económico (1930-1936). En 1938 fue destinada a la casa de Slonim. Llegada la II Guerra Mundial, la ciudad fue tomada primero por los bolcheviques y luego por los nazis, pero ella no varió su entrega y dedicación a la beneficencia y al apostolado, trabajando en el hospital y hospedando en la casa a los perseguidos judíos.

CASIMIRA WOLOWSKA había nacido en Lublin el 30 de septiembre de 1879, última de ocho hijos. Recibió en su casa una esmerada educación y a los 13 años perdió a su madre. Sintió la vocación religiosa e ingresó en noviembre de 1900 en la dicha congregación religiosa. Empezó el noviciado el 30 de junio de 1901 con el nombre de sor María Marta de Jesús. Hizo la primera profesión el 8 de diciembre de 1902 y los votos perpetuos el 3 de julio de 1909. Religiosa entregada y de buenas cualidades, era aún joven cuando se la nombró superiora de varias casas sucesivamente. En 1919 organizó el orfanatorio de Maciejów para niños polacos, ucranianos y rusos procedentes de Siberia, y luego abrió para ellos una escuela de instrucción general y profesional y asimismo una escuela pedagógica. Muy inteligente y preparada, buscaba buenas relaciones con ortodoxos y judíos. En agosto de 1939 fue nombrada superiora de la casa de Slonim y a los pocos días estalló la II Guerra Mundial. Tomada la ciudad sucesivamente por bolcheviques y nazis, ella intentó organizar lo mejor que pudo la ayuda a todos: prisioneros, perseguidos, hambrientos, etc. Se le dijo que estaba siendo vigilada y que se encontraba en una lista muy peligrosa. Pudo huir, pero prefirió quedarse en su puesto, y por ello fue arrestada como queda dicho y luego fusilada.

Fueron beatificadas el 13 de junio de 1999.

20 de diciembre

A) MARTIROLOGIO

1. En Roma, en la Vía Apia, la deposición del papa San Ceferino († 217) *.
2. En Roma, en la Vía Salaria antigua, San Liberal (fecha desconocida), mártir.
3. En Antioquía de Siria, San Filogonio († 324), obispo *.
4. En el Jura suizo, San Ursicino († 625), fundador del monasterio de St. Ursanne.
5. En el Monasterio de Silos (Castilla), Santo Domingo († 1073), abad **.
6. En Torre del Greco (Campania), Beato Vicente Romano († 1831), párroco **.
7. En el campo de concentración de Sachsenhausen (Alemania), Beato Miguel Piaszcynski († 1940), presbítero y mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTO DOMINGO DE SILOS

Abad († 1073)

A medida que la historia va dejando de ser una sucesión de biografías de reyes y de relatos de batallas para buscar una idea lo más exacta posible del desarrollo orgánico de una sociedad en el tiempo, nos damos cuenta de la enorme importancia que las Órdenes monásticas tienen en la formación de Europa, en los últimos siglos de la alta Edad Media. En tiempos en que la fuerza era la ley suprema y el valor en los combates la más preciada cualidad humana, solamente los monjes conservaban las esencias del cristianismo, por todos acatado, pero de todos desconocido. Ellos son los únicos guardadores del tesoro de la antigua sabiduría, del derecho y de la libertad. En los monasterios, remansos pacíficos en la continua guerra, van surgiendo, entre las ruinas de los edificios imperiales, los fundamentos de un estilo perfecto y completo: el románico, que había de ser el orden oficial del nuevo imperio, del cual eran los monjes los más eficaces artífices: la cristiandad. Islas de cultura en océanos de barbarie, los monasterios eran granja, taller y escuela de todos los

oficios y de todas las artes; único refugio de los que creían que la vida tenía una finalidad más alta que montear las fieras en los bosques o tender asechanzas mortales a otros grupos humanos.

Se advierte en la institución monástica, a lo largo de los siglos, la tendencia a abandonar la sociedad de los que buscan los caminos del cielo cultivando en el aislamiento la propia perfección, para adentrarse en la sociedad con el fin de mejorarla y guiarla por los caminos de Dios. En nuestra áspera y montañosa España van siendo cada vez menos frecuentes los solitarios que multiplicaban las ermitas rupestres por todas las serranías, y los que aspiran a la vida perfecta se congregan en grandes cenobios, según la regla del magno legislador Benito de Nursia, en contacto saludable con los pueblos que les rodean. Como en tantos otros aspectos, el siglo XI es, en el monástico, un siglo de transición. Durante él se va resumiendo en grandes monasterios el particularismo de los siglos anteriores, que tiene todavía años de vida próspera y fecunda. La cultura mozárabe, vestigio de la visigoda, alterada con el influjo del Islam, va cediendo paso, no sin resistencia, a las grandes corrientes culturales que invaden toda Europa: la liturgia romana, la letra francesa, los cantares de gesta, la arquitectura románica. Permanecen entre las breñas penitentes solitarios, pero la mayor parte de los que buscan su salud en el apartamiento prefiere los grandes monasterios, según el orden de Cluny, con su sistema perfecto de vida, en que todo está previsto; con sus amplias y bellas iglesias, en las cuales la liturgia romana puede desarrollar todo su esplendor; con los recatados jardines de sus claustros, con sus dependencias monásticas, tan lógicas y tan perfectas en su misma austeridad.

Ninguna de las grandes figuras del fecundísimo florecimiento monástico en España puede personificar este período como la de Santo Domingo de Silos. Conocemos perfectamente su vida porque la escribió con amor y precisión un monje de su mismo tiempo y de su misma casa llamado Grimaldo. El texto del monje-cronista es tan bello que, sin más que rimarlo por la «cuaderna vía», un clérigo del siglo XIII coterráneo del santo nos dejó una de las piezas capitales escritas en la aún balbuciente lengua de Castilla.

Nació el héroe del poema de Gonzalo de Berceo al alborear el segundo milenio de nuestra era, por los años en que la muerte de Almanzor permitió respirar a las cristiandades oprimidas. Eran tiempos de optimismo, que se reflejan en aquella blanca vestidura de las nuevas iglesias a que alude el texto, tan aducido, del monje Raúl Glauber. Su patria fue la villa riojana de Cañas, cerca de Nájera, dominio entonces de los reyes de Navarra, y sus padres se llamaron Juan Manso y Toda. En tiempos en que los hagiógrafos querían que los santos fuesen siempre de noble linaje, se le atribuyó hidalguía, pero el poeta confiesa su ignorancia sobre este punto:

> «Sy era de linage o era labrador,
> Non lo diz la leyenda, non so yo sabidor».

En su infancia Domingo pastoreó ganados, como tantos otros mozuelos de su condición, y su cronista nos cuenta que repartía su merienda con los muchachos del lugar y que con la leche de sus ovejas restauraba fuerzas de los viandantes y de los peregrinos que atravesaban aquellos campos. Como su natural era apacible y mostraba afición al estudio, sus padres le encaminaron hacia la clerecía, que en aquel siglo era un medio tan eficaz como las armas para alcanzar honores y riquezas; pero el pastorcillo, al entregarse con fervor a las letras divinas y humanas, no pensaba en triunfos mundanos, sino en su propia santificación y en templar mejor sus armas para servir a la Iglesia de Cristo. Fueron tales sus progresos en las letras y en la ascética, que el obispo le elevó en breve tiempo al honor del presbiterado. Domingo Manso, cuando le fue conferido el orden sacerdotal, sintió en su alma un extraño pavor ante el sublime oficio, del cual, en su humildad, se veía indigno. Así un día, año y medio después de su ordenación, se retiró a uno de tantos valles umbríos y desiertos que los ríos socavan en las parameras de la alta Castilla y de la Rioja.

Permanecía aún el recuerdo del monacato visigodo, de monjes solitarios acogidos a las cavernas de las rocas, pero era cada día mayor el número de los que estimaban la vida en comunidad como más propicia para misionar a los pueblos. Domingo Manso se decidió por esta vía y pidió el hábito negro de

San Benito en el vetustísimo y observantísimo cenobio de San Millán de la Cogolla, santificado por las penitencias y por los milagros del Patrón de Castilla. Su vida aumentó la reputación de la santa casa y sirvió de ejemplo y de estímulo a sus moradores. Entre aquella devota comunidad, el pastorcillo de Cañas tuvo la alegría de los que han sabido dar con su verdadera vocación: restaurar todo en Cristo; llevar a Cristo a las multitudes, que sólo de nombre eran cristianas, pero en las cuales prevalecían aún los resabios de la gentilidad, la rudeza de las costumbres visigodas y los vicios contaminados del islam. El abad le confió la misión de restablecer el antiguo priorato de Santa María, cerca de su villa nativa de Cañas, abandonado y en ruinas. Las crónicas de aquel tiempo son testigos de las penalidades de una comunidad a la cual se entrega un monasterio abandonado para que restaure en él la vida monástica, así como del esfuerzo y del sacrificio que supone el dar vida al cadáver de un edificio en escombros. Esta fue la tarea de Domingo en el priorato de Santa María.

> «Halló la casa desnuda de cuanto necesitaba —escribe el padre Enrique Flórez—; pero, confiando en Dios y manteniéndose con el trabajo de sus manos, fue dando tanto ejemplo y edificación que, concurriendo los fieles con limosnas, restableció dentro de dos años cuanto condujo para la decencia de la casa y de la iglesia».

En la vida de los santos el éxito viene siempre atemperado por la tribulación, y la que dispuso la Providencia para el prior de Santa María fue gravísima. Acudió el obispo don Sancho a la consagración del templo; pero como viese entre los que preparaban el yantar a dos mujeres (que eran la madre y una hermana de Domingo), sin querer atender a razones, se apartó de aquellos parajes. Fue preciso un milagro que revelase al prelado la santidad del monje, y hubo de volver al priorato para pedir perdón. Entre los seglares que acudieron en demanda del hábito figuraban el padre y algunos de los hermanos de Domingo Manso.

Los monjes de San Millán decidieron entonces acudir a él para que les gobernase como prior. Era cargo de mucha responsabilidad, pues cada abad regía diversas casas y sobre el prior de cada una de ellas recaía su gobierno. Gonzalo de

Berceo pondera la ganancia que en la espiritualidad de los monjes y en la prosperidad material del monasterio hubo con tal gobernador:

«Beneita la claustra que guía tal Cabdiello;
Beneita la grey que ha tal pastorciello [...]».

El *pastorciello* se vio en la dura obligación de defender a su cabaña contra un lobo rapaz y poderoso. Esta resistencia es el hecho más saliente en la vida de nuestro Santo y hasta los tiempos actuales ha llegado su amplísima repercusión política. Llegó un día ante los muros de San Millán de la Cogolla el rey don García de Navarra, llamado «el de Nájera», tenido por hombre tenaz en sus designios y de duro carácter, y pidió al prior que le entregase los tesoros del antiquísimo cenobio con el pretexto de que fueron donados por los reyes de los cuales él venía:

«Quiero de los thesoros que me desdes pitanza,
Mis abuelos lo dieron: cosa es verdadera [...]».

El monje, desprendido de todas las cosas de la tierra, pero obligado a conservar los bienes de su monasterio, osó hacer cara al rey, ante el cual todos temblaban. Es uno de los momentos capitales de nuestra Edad Media este en el cual el prior, enflaquecido por los ayunos, agotado por el estudio, hace frente al rudo y violento guerrero. Gonzalo de Berceo ha conmovido la sensibilidad de muchas generaciones al repetir este singular coloquio:

«Lo que una vegada es a Dios ofrecido
nunca en otros usos debe leer metido
[...]
Rey, guarda la tu alma, non fagas tal peccado,
Ca sería sacrilegio, un crimen muy vedado.
[...]
Fabló el Rey e dixo: don monge denodado,
Fablades como omne en castiello alzado,
Mas, si prender os puedo defuera del sagrado,
Seades bien seguro que seredes colgado [...]».

El poeta nos dejó la magnífica respuesta del monje «del Criador amigo»:

«Puedes matar el cuerpo, la carne maltraer,
Mas no as en el alma, rey, ningun poder,
Dizlo el Evangelio, que es bien de creer,
El que las almas judga, ese sí es de temer».

Esta es la carta magna de las libertades españolas; siglos más tarde, los versos de Berceo habían de adquirir prestancia barroca en los de don Pedro Calderón, y ya en nuestro tiempo hicieron saber a un tirano más poderoso que García de Navarra cuánta es la libertad del que se ofrece sin temor a la muerte.

La vida se hizo imposible en la Rioja al prior de San Millán y hubo de expatriarse a Castilla, donde reinaba el hermano de García, Fernando, príncipe inteligente y humano, del cual Raniero Dozy nos ha dejado un admirable retrato. Parece que volvió por algún tiempo a la vida eremítica en los campos de Burgos, hasta que el buen rey Fernando le obligó a reiterar la penosa tarea de hacer revivir un monasterio en ruinas: el de San Sebastián de Silos, en tierra de Burgos. Como abad de Silos confirma Dominicus un privilegio del rey fechado en 1042. El monasterio de Santo Domingo de Silos, fundado o restaurado por Fernán González hacia el 919, estaba, en la primera mitad del siglo XI, casi deshabitado. Domingo Manso, que había de tomar nombre del monasterio para darle luego el suyo, era uno de esos varones santos que ponen al servicio de un ideal supremo extraordinarias condiciones humanas. Como restaurador, su obra es gigantesca, y puede ser considerado como uno de los fundadores de la gran Castilla, destinada a señorear tan gran porción del mundo. El rey don Fernando, que se daba cuenta de la importancia de aquella resurrección milagrosa, cooperaba a ella con todo su poder:

«Vedie su monasterio todo bien recabdado,
Eglesia bien servida, convento bien ordenado,
Abad de santa vida, de bondad acabado,
Decie entre si mismo, Dios, tú serás laudado [...]».

El monasterio de San Sebastián de Silos se convirtió en el foco civilizador del país que pocos años antes recorrían aún las algaradas de Almanzor. El románico adquiere en Silos su plenitud y crea, en su claustro, una de sus obras más insignes en la cristiandad. Es posible que los moros cautivos de que habla un

relato hagiográfico, copiando en los capiteles los primores de las arquetas cantales de marfil, diesen a la escultura románica su impulso definitivo. Poco a poco el tesoro monacal se enriquecía con alhajas tan preciosas como el gran cáliz y el altar de esmaltes, e iban llenando los plúteos de la biblioteca preciosos manuscritos; pero el principal prestigio del monasterio era su abad, con su vida de oración y de penitencia y con sus milagros. Pocos santos han recibido del cielo tan gran poder para alterar las leyes naturales. Las conversiones y las curaciones portentosas que relatan los cronistas son innumerables. Pero, sobre todo, el poder taumatúrgico del santo se revela en su facultad —anterior y posterior a su muerte— de romper los hierros de los cautivos. Los que recobraron la libertad por su intervención fueron muy numerosos. En la encantadora relación de los milagros de Santo Domingo de Silos no falta algún ejemplo de fino humorismo, como el de los falsos pobres que se presentaron al abad desnudos para que los vistiese, y que fueron, en efecto, cubiertos con sus propias ropas, que habían escondido, o el de los malvados labradores de Silos que entraron una noche en la huerta del monasterio para robar las verduras, y que, impelidos por una fuerza misteriosa, se vieron obligados a cavar las tierras yermas, hasta que, al alba, el piadoso prelado detuvo su tarea y la recompensó con un buen almuerzo.

A costa de muchos años de trabajo y de sacrificio el monasterio de San Sebastián de Silos estaba en la cumbre de la prosperidad. Le rodeaban campos bien cultivados y pastaban en sus praderas numerosas piaras de yeguas y de vacas y rebaños de ovejas. Sin cesar se oía en el claustro el latir de los cinceles de canteros y de escultores. En largas peregrinaciones acudían a sus puertas gentes de diversas comarcas que padecían dolor o necesidad. Un día Domingo anunció a su grey, con una bella imagen, su próxima muerte, que aconteció al anochecer del viernes 20 de diciembre del año 1073. La santidad que había ungido toda su vida resplandeció en su tránsito. Algunos de los más jóvenes entre los monjes vieron cómo ascendía su alma al cielo adornada con una triple corona de luz.

Aún más que en vida del santo abad afluían a su monasterio las interminables caravanas de los peregrinos para buscar reme-

dio en las reliquias veneradas, en cuyo torno seguían floreciendo los milagros. Entre ellos acudió un día desde su torre de Caleruega doña Juana de Aza, esposa del señor de la casa de Guzmán, y se postró ante el sepulcro, «donde fue asegurada del gloriosísimo hijo que sería luz del mundo, y luego le puso el mismo nombre de Domingo, en reverencia y gratitud del de Silos». En nuestro tiempo, en que yacen en cautividad tantos desventurados, sería bien fomentar la devoción, un poco decaída, del que entre todos sus prestigios tuvo, singularmente, el de redentor de cautivos.

Juan Contreras y López de Ayala
MARQUÉS DE LOZOYA

Bibliografía

ANDRÉS, A., art. en *Boletín de la Real Academia Española* 4 (1917) 172-194; 445-459.
Bibliotheca hagiographica latina (Bruselas [1949) n.2238.
FÉROTIN, M., *Histoire de l'Abbaye de Silos* (París 1897).
GONZALO DE BERCEO, *La vida de Santo Domingo de Silos.* Ed. crítica de J. D. FITZ-GERALD (París 1904).
MABILLON, J. - D'ACHERY, L., *Acta Sanctorum Ordinis Sancti Benedicti,* VI, pars secunda (París) 294-315.
• Actualización:
GONZALO DE BERCEO, *La vida de Santo Domingo de Silos.* Ed. crítica de A. RUFFINATO (Logroño 1978).
GUTIÉRREZ BERNARDO, A., *Vida de Santo Domingo de Silos* (Burgos 2000).
MORAL, T., OSB, *Santo Domingo de Silos a través de la imagen. Milenario de su nacimiento (1000-2000)* (Yesa 2000).
SANTOS ELOLA, E., *La vida de Santo Domingo* (Almería 1991).

BEATO VICENTE ROMANO

Presbítero († 1831)

Nace el 3 de junio de 1751 en Torre del Greco, una población marinera situada en el centro del golfo de Nápoles, recostada sobre las faldas del Vesubio y a unos diez kilómetros de la capital. Sus padres, Nicolás Romano y Gracia Rivieccio, procrearon siete hijos, formando una modesta familia que habita en uno de los barrios más populosos. Al día siguiente recibe las aguas bautismales. Su padre era muy estimado como perito agrícola por su honradez y experiencia profesional, mientras su madre atiende a los hijos con gran interés, y le acompañan en

sus deberes religiosos a la Iglesia. En un clima de piedad y disciplina transcurren los primeros años de su vida, muy inclinado a las cosas de Dios.

Asiste a la escuela que dirige don Antonio Scognamiglio, ejemplar y culto sacerdote, que actuará como padrino suyo en la confirmación el 17 de julio de 1768. En el colegio, los alumnos reciben a diario una breve plática sobre las verdades cristianas y, en algunas ocasiones, está a cargo de este breve sermón de los mejores estudiantes. Se inscribe en la Congregación de la Asunción, formada sólo por hombres, en donde reciben formación espiritual los jóvenes que practican obras de caridad los días festivos. En esta asociación piadosa se formarán algunos sacerdotes dignísimos en santidad y doctrina. Diligente en sus actos de piedad recita el Oficio de la Virgen María, y crece en su devoción a la Madre de Dios. En el oratorio de la Asunción recibe la primera comunión y manifiesta su mayor deseo: entrar en el seminario y ser sacerdote, pero a causa del elevado número de seminaristas y del clero local, debe madurar en su vocación y perseverar en su propósito.

Dotado de gran ingenio, viva inteligencia y férrea voluntad, se dirige a los jesuitas de Nápoles, pero en 1773 la Compañía de Jesús queda suprimida en este reino, y son acogidos en Rusia. Un nuevo problema que debe afrontar paciente, superando las pruebas que se le presentan con renovada ilusión. Al fin, a los catorce años, ingresa en el seminario diocesano. Su corazón, crecido en la renuncia y el sacrificio, estará ahora bien atento al ejemplo de hombres de cultura y santidad, que siguen las enseñanzas de San Alfonso María de Ligorio, contemporáneo durante treinta años, en cuyo período irradia su doctrina como escritor y doctor, y su ejemplo admirable de religioso y obispo. Sigue al pie de la letra los consejos de su director espiritual, progresa en los estudios y avanza en la piedad y la virtud, bajo la atenta mirada de don Mariano Arciero, un venerable sacerdote que influye decisivamente en su vocación. Con diligente empeño y caridad fraterna se gana el respeto de sus superiores, progresando siempre en la buena conducta, y en los estudios. Sus condiscípulos y profesores del seminario resaltan sus óptimas cualidades, y le consideran un modelo de virtud y ejemplo de

seminarista. En 1769, recibe las órdenes menores; en 1772, el subdiaconado; al año siguiente, el diaconado, y por fin, el 10 de junio de 1775 es ordenado presbítero en la Basílica de Santa Restituta de Nápoles: «Su modestia fue tan singular, que edifica a todos», enfervorizando a todos los presentes.

En su acción pastoral se consagra especialmente a los niños, a quienes enseña el catecismo; ayuda a los pobres, visita a los enfermos y acude en ayuda de los marineros que surcan los mares, sufriendo grandes tribulaciones. Abre una escuela gratuita donde imparte lecciones tanto a seglares como a sacerdotes, con reconocido magisterio: «El saber empieza en el temor de Dios». Estudio y piedad es el sistema desarrollado entre sus alumnos, especialmente en aquellos que desean ser sacerdotes y deben ocuparse en practicar la devoción. El campo de su apostolado juvenil fue, naturalmente, la Congregación de la Asunción, en donde como director y padre espiritual, no ahorra esfuerzo alguno, nacido de su gran corazón, para atender a todos la jóvenes, celebrar la misa e impartir a diario la meditación, antes de acudir al trabajo. Un apostolado que produce grandes frutos. Asiste a los moribundos espiritualmente, una acción pastoral que constituye su obligación más querida: «Si yo pudiera dedicarme sólo a asistir a los moribundos, lo haría voluntariamente». Es su obra sacerdotal más querida.

Acoge con celo sacerdotal a los pecadores y escucha con tanta unción de espíritu a cada uno, que los penitentes acuden de todas partes, alcanzando el máximo grado de perfección, cosa verdaderamente admirable, en un país fácilmente inclinado a la maledicencia y la murmuración. Nunca se le critica, ni se pone en duda su conducta: «Siempre se le reconocían cosas buenas y cosas de Dios». Asiste a un enfermo de tifus y contrae la enfermedad, víctima de su caritativo corazón, agravándose su estado de tal modo que recibe los últimos sacramentos. Todos rezan por él, y recuperada la salud se entrega de nuevo a la predicación a diario, conmoviendo profundamente a los asistentes. El 15 de junio de 1794 tiene lugar la terrible erupción del Vesubio, que destruye casi completamente la ciudad y el templo parroquial. Ante tanta desgracia y desconsuelo abre su corazón de padre a todos. Se entrega en cuerpo y alma, ayudando al viejo

párroco, don Jenaro Falanga, quien pide que aquel joven sacerdote sea nombrado su sucesor, un encargo pastoral que produce en su corazón un gran problema. No se considera suficientemente preparado para esta misión, y suplica, ruega, pero por obediencia, finalmente, acepta. El 1 de febrero de 1796 se le encarga como ecónomo de la cura de almas de Torre del Greco, su ciudad natal. Y se pone manos a la obra. Primero, un templo nuevo para la gloria de Dios. Un magnífico templo. El 5 de junio pone la primera piedra del nuevo edificio parroquial de la Santa Cruz. Una empresa ardua donde tiene que emplearse con gran ánimo, y la obra crece entre dificultades y obstáculos y la crítica de quienes envidian tanto esfuerzo.

A la muerte del mencionado párroco, en 1799, el pueblo pide al prelado que sea su sucesor, tanta es la opinión y ejemplaridad que tienen de él sus parroquianos. Pero él se retira a meditar a una abadía próxima, y el obispo le pregunta: «Todos huimos, ¿y a las ovejas de Jesucristo quién las gobierna? No se resista más». Con gran humildad acepta el encargo, y repite una y otra vez en el viaje de regreso: «Voluntad de Dios. Dios así lo ha dispuesto». El 28 de diciembre de 1799 toma posesión como párroco de la Santa Cruz y prepósito del curato de la colegiata de Torre del Greco, la ciudad más populosa del territorio napolitano. Se impone un rígido programa de vida pastoral, comenzando por los ejercicios espirituales que predica a diario. Sólo desea la gloria de Dios y el bien de las almas que se le han confiado. Una misión que mantendrá hasta su muerte, con gran veneración de parte de sus feligreses: «En el seminario parecía una humilde oveja, pero aquí actúa con la destreza de un caballo». Desea a todos santos, y reza, predica, confiesa, aconseja con gran ánimo y sabiduría, ocupándose y preocupándose por todo. Su casa está abierta siempre, y cualquier necesidad en sus manos obtiene remedio. Su predicación, tan asidua, no cansa, y el pueblo acude en masa a escucharle, oye con placer porque sus palabras son muy instructivas, y habla lleno del Espíritu Santo. Anima su predicación con ejemplar vida, por eso los fieles le escuchan con agrado. Para atraerles inventa nuevos métodos, logrando que la atención popular le siga, sobre todo mejorando la vida espiritual de los pecadores y alejados. Quiere ser un evan-

gelizador y lo consigue, es como una fuente abierta siempre a todos: «Caridad y paciencia, paciencia y caridad».

En la Eucaristía mostraba todo el ardor de su caridad, prepara a los niños para recibir la Primera Comunión solícitamente, y les inculca sentimientos de fe y veneración, animándoles a desear recibir al Señor. La obra ingente del templo parroquial de la Santa Cruz, mientras tanto, sigue adelante, confiando en la divina providencia y la gustosa colaboración de sus paisanos. En 1824 queda ultimada la iglesia, hermosa en su arquitectura, magnifica en su aparato, y se inaugura el 3 de mayo de 1827. Casi un imposible para muchos ahora se convierte en una espléndida realidad, casi un prodigio construido en el transcurso de veinte años, a pesar de la oposición que algunos promovieron. El 1 de enero de 1825 en una caída fortuita se fractura la pierna izquierda, comenzando así una serie de dificultades que le conducirán a la tumba. En el lecho no se lamenta, persevera en su entrega a la Iglesia. El 2 de febrero de 1830, mientras celebra la misa, sufre un desvanecimiento y le llevan a la casa abadía. Allí acuden los fieles, a quienes sigue aconsejando. Pero los sufrimientos aumentan, y los acepta con resignación y ánimo sereno. «Soy el hombre del dolor. Pero sea siempre bendito el Dios que me lo ha enviado». El mal espasmódico revela más la virtud heroica del enfermo, edificando a todos.

El 20 de diciembre de 1831 muere santamente, dejando a sus sacerdotes como testamento espiritual que vivan en caridad. Recibe sepultura el 22 de diciembre en la capilla de San Francisco de Sales de su parroquia, en medio de un gran manifestación popular, nunca vista antes. El año 1843 el papa Gregorio XVI firma el decreto de introducción de la causa de beatificación, que concluye en 1856.

En 1895, León XIII reconoce las virtudes heroicas del Siervo de Dios. El 17 de noviembre de 1963 Pablo VI lo proclama beato: «Con la glorificación de nuestro prepósito, de un párroco italiano, gozarán nuestros pastores, que con tanto sacrificio trabajan, y también todos los fieles».

Lo que se admira en este celoso párroco es precisamente la relación perfecta con su ambiente, donde nace, se ha formado y transcurre su vida. ¿Dónde se halla el aspecto extraordinario

propio de la santidad? «Hacer bien el bien» indica la exigencia de perfección que había logrado su vida. Todos conocen el esfuerzo ascético que domina su larga vida, y que señala la continua proyección de sí mismo al servicio de sus parroquianos. Una alma siempre deseosa de las cosas de Dios, siempre atenta a experimentar su presencia. Atrae su comportamiento pastoral, inmerso en una gran actividad, arraigada en la vida interior. Una ardiente caridad que desde la intimidad del coloquio con Dios y la meditación personal, está disponible a practicar la misericordia con todos. Las fuerzas humanas se alimentan de la gracia, y su empeño pastoral se hace realidad en la catequesis, verdadero cimiento de la vida religiosa y profunda exigencia para todo cristiano. Despierta en sus fieles el deseo de que participen en la celebración de la santa misa, y publica un librito: *La misa práctica,* para que los fieles recen bien, y recen al unísono con el sacerdote celebrante, necesidad que promoverán tiempo después los movimientos litúrgicos. A todos ama, por todos se preocupa con gran ejemplo, y de este modo, es un precursor de a caridad social de la Iglesia, organiza ayudas y asiste a los pes - cadores de coral, que en Torre del Greco eran numerosos.

Modelo de sacerdotes, muestra en toda su grandeza la singular misión de pastor de sus ovejas, fortificando su espíritu de sacrificio, consolando y animando a todos. Inmerso en la vida de su pueblo, ejerce con autoridad moral un servicio humano y social, que se expande fuera del puro ejercicio de culto. Conoce a su gente, camina por sus calles, y se interesa por todas sus necesidades. Predicar constituye para él el impulso del Espíritu, claro ejemplo de solicitud por la evangelización y el empeño misionero. Su proyecto pastoral está impregnado de la dimensión misionera, empeñado en la práctica de la fe. Su vida transcurre centrada en el anuncio evangélico, condicionada por los sentimientos auténticos del corazón humano de quien se siente llamado por Dios. Un proyecto pastoral misionero que se adapta con facilidad al hombre de su tiempo, situado entre un clima cultural determinado, y vive particularmente el domingo y días festivos saliendo a la plaza y calles colindantes, con el crucifijo en la mano, proponiendo a los transeúntes breves predicaciones e invitándoles a entrar en la iglesia, donde se completa la evangelización.

«Estas misiones populares no se limitan a anunciar la Palabra, pues invitan a participar al oyente con sus propias características, con una solidaridad leal, que le permiten ser bien aceptado por todos y conocido en profundidad, llegando a entrar en el corazón de los humildes campesinos. Se convierte para ellos en mensajero de la divinidad, conciencia crítica de un pueblo necesitado continuamente de conversión y de retorno a Dios. Así obtiene una popularidad extrema, y la popularidad de su carisma anticipa la apertura de la Iglesia universal, inaugurada con la reforma del Concilio Vaticano II».

Es el hombre de la calle, el santo de la vida ordinaria, misionero de cada día, conciencia profética en tiempos difíciles e inciertos. Rostro amable de Dios entre los hombres. Es un pastor celoso y fiel al empeño caritativo por sus ovejas, a quienes instruye en las cosas de Dios y de la Iglesia. Contemplativo de Dios, en la espiritualidad de la cruz halla el reclamo de la conversión. Un amor que le abre a las necesidades de todos. Un pastor de mirada limpia, conocedor de su tiempo que, sin renunciar a las exigencias y mentalidad propias, evidencia el amor infinito de Dios del cual es depositaria la Iglesia.

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

BONETTI, A. (ed.), *Paolo VI cantore dei Santi.* II: *Beati e Santi canonizzati da Paolo VI* (Ciudad del Vaticano 1996) 44-50.

BORRIELLO, R. (ed.), *Vincenzo Romano l'uomo che ha vinto. Vita, virtu, carismi del Beato Vincenzo Romano nei processi apostolici* (Torre del Greco 1982).

FALANGA, G. (ed.), *L'attualitá del carisma di Vincenzo Romano. Atti del 2.° Congresso di studi sul Beato Vincenzo Romano* (Torre del Greco 1997) 9-19.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN CEFERINO

Papa († 217)

Romano e hijo de Abundio, según el *Liber pontificalis,* su pontificado romano dura del 199 al 217. Hizo colaborador suyo a San Calixto, que sería su sucesor y a quien encomendó la administración del cementerio de la Via Salaria. Fue el suyo un tiempo de fuertes controversias trinitarias, en el que los llamados patripasianos extendieron sus teorías, negando la distinción

personal entre el Padre y el Hijo. Ceferino era hombre de paz y fue acusado de no oponerse debidamente a la herejía. Pero el historiador Eusebio asegura que Ceferino condenó a los monarquianos. En su tiempo abandonó Tertuliano la Iglesia católica. Era papa Ceferino cuando Orígenes viajó a Roma. Ceferino no murió mártir, aunque así apareciera en el *Martirologio* anterior e incluso en el misal romano tridentino.

SAN FILOGONIO DE ANTIOQUÍA

Obispo († 324)

Filogonio era un seglar de Antioquía, que estaba casado, tenía una hija y ejercía con normalidad su carrera de abogado. Era un buen cristiano, instruido, piadoso y ejemplar. Y estos fueron los motivos alegados por quienes el año 319, a la muerte del obispo Vital, lo eligieron para obispo de Antioquía. Estaba reciente el tiempo de la persecución y el obispo difunto apenas había podido comenzar la reconstrucción de la iglesia, situada entre el río Orontes y la montaña. Fue tarea de Filogonio terminarla. En su tiempo surge la gran controversia arriana, y como confiesa el propio Arrio, en Oriente se le oponían abiertamente tres obispos, uno de ellos Filogonio. Pero él no pudo asistir al Concilio de Nicea que condenaría al heresiarca pues murió meses antes de su celebración, el 20 de diciembre de 324. Lo elogia San Juan Crisóstomo en uno de sus panegíricos.

BEATO MIGUEL PIASZCYNSKI

Presbítero y mártir († 1940)

Este sacerdote polaco había nacido en Lomza el 1 de noviembre de 1885. Estudió en Sejny y Petersburgo y se ordenó sacerdote el 13 de junio de 1911. Prosiguió sus estudios en Friburgo (Suiza) y se doctoró en Filosofía. Ejerció el cargo de capellán de los mineros polacos en Francia y luego, al volver a su diócesis, se le encargó de la dirección del Instituto Piotr Skarga. En 1925 se produjo la reorganización de la diócesis de Sejny y se le dio como capital la ciudad de Lomaza. Tuvo varios cargos en el seminario diocesano y se le hizo canónigo de la catedral.

Luego, empezada ya la guerra, se le hizo director del Instituto de San Casimiro, de Sejny. Allí estaba cuando fue arrestado el 7 de abril de 1940, siendo enviado al campo de concentración de Dzialdowo, y de él pasó al de Sachsenhausen. Su muerte tuvo lugar el 20 de diciembre de 1940 de hambre y miseria. Hombre inteligente y culto, de gran vida interior, estuvo entregado en alma y cuerpo a su ministerio de educador. Practicó la amistad con los judíos, a los que llamaba «nuestros hermanos mayores».

21 de diciembre

A) Martirologio

1. En Friburgo (Suiza), San Pedro Canisio († 1597), presbítero y doctor de la Iglesia, de la Compañía de Jesús **.
2. La conmemoración de San Miqueas, profeta **.
3. En Licia, San Temístocles († s. III), mártir.
4. En Montecerignone (Romaña), Beato Domingo Spadafora († 1521), presbítero, de la Orden de Predicadores *.
5. En Hanoi (Tonquín), santos Andrés Dung Lac y Pedro Truong Van Thi († 1839), presbíteros y mártires *.
6. En Coblenza (Alemania), Beato Pedro Friedhofen († 1860), fundador de la Congregación de Hermanos de la Misericordia de María Auxiliadora **.

B) Biografías extensas

SAN PEDRO CANISIO

Presbítero y Doctor de la Iglesia († 1597)

Al decir de sus biógrafos era Peter Kanis un joven de carácter irritable, pendenciero, vanidoso y terco. Todo ello indicaba a las claras que no había nacido santo; sin embargo, podría llegar a serlo, ayudado por la gracia divina. Al menos tenía un hermoso fondo y unas nobles inclinaciones. Se dice que sus aficiones de niño eran construir altares y púlpitos para decir misa y predicar ante sus compañeros.

La Providencia le juntó en Maguncia con el jesuita Pedro Fabro en el verano de 1543. No debió suponerse el jesuita que con sus «ejercicios espirituales» iba a conquistarse para la naciente Compañía de Jesús a aquel joven alegre y vanidoso. La verdad es que en esos Ejercicios se decidió su vocación a santo y su ingreso en la Compañía. Desde entonces su nombre de Kanis se trocará en Canisio.

Tenía el nuevo hijo de Ignacio de Loyola en su haber una profunda formación religiosa heredada de sus padres. Él mismo cuenta en sus *Confesiones* que su madre, Egidia Houweningen, a la hora de la muerte, reunió junto al lecho a todos sus hijos, a los que pidió siguieran firmes en la fe que de continuo les había inculcado. Esta escena quedó profundamente grabada en la imaginación infantil de Pedro y quiso seguir fiel a los ruegos de su madre.

Su padre era el alcalde de Nimega. Allí nació Pedro Canisio el 8 de mayo de 1521, el año preciso en que Lutero rompió definitivamente con Roma. Oriundo de familia rica y cristiana, pudo llevar, desde los primeros momentos, una educación esmerada y religiosa. Después de hechos en su ciudad natal los estudios elementales, pasó, a los catorce años, a la Universidad de Colonia para cursar en ella los estudios superiores. Hubo un momento de vacilación en su vida. Y hasta pareció que iba a destruir todos los gérmenes de la buena educación recibida. Las diversiones le atraían más que los libros y su nombre llegó a ser sobradamente conocido en todas las tabernas de Colonia. En esos momentos se presenta como ángel del cielo en su camino la figura del santo sacerdote Nicolás Esche, bajo cuya dirección su vida se orientó decidida y definitivamente por los caminos de la ascética, con una profunda tendencia afectiva al estilo de San Buenaventura. Frecuenta asimismo los contactos fructíferos con los cartujos Surio, el hagiógrafo, y Lagnspergio, el asceta.

En 1540 obtuvo el grado de maestro en artes, y en 1545 el título de bachiller en teología. Desde entonces se dedica por entero a la actividad apostólica, enseña Sagrada Escritura en la universidad, predica y escribe. En 1546 fue ordenado sacerdote.

Carácter batallador, muy pronto se le ofreció ocasión de poner a prueba su celo religioso cuando los católicos de Colonia

se pronunciaron contra su obispo caído en la herejía. Las varias actuaciones del santo, comisionado por la universidad y por el clero de la ciudad, tuvieron como remate la deposición del obispo apóstata.

Muy pronto pasó al Concilio de Trento como teólogo de Otón de Truchsess, cardenal de Augsburgo. Allí formó, con los españoles Laínez y Salmerón, el magnífico triunvirato de la Compañía en el Concilio. Desde Roma se interesaba Ignacio de Loyola por tener a su lado a este su primer discípulo alemán y algún tiempo después pudo recibir personalmente su profesión solemne en 1549.

Con esto y con el doctorado en teología por la universidad de Bolonia, obtenido ese mismo año, estaba ya preparado Canisio para presentarse en su patria como el paladín de la causa católica. Comprendió San Ignacio que ése era el verdadero campo de acción de su nuevo discípulo y se determinó a mandarle a su patria. El bagaje intelectual de Canisio iba firmemente asentado sobre los pilares de una sólida piedad y de una filial devoción a la Iglesia de Roma.

De regreso en su patria, encamina sus trabajos todos a dar firmeza de convicciones a la fe de aquellos pueblos que aún seguían siendo fieles al pontífice romano. Acude a todas partes y, cuando personalmente no puede hacerlo, lo hace con cartas que hoy constituyen para nosotros un testimonio vivo de los males del momento. A través de esa correspondencia con sus superiores, con los obispos y con los príncipes seglares nos es dado ver perfectamente el estado de postración en que vivía el cristianismo alemán en aquellos críticos días y las llagas morales y el desconcierto religioso que corroían a aquellos pueblos donde el santo actuaba con tesón y denuedo. Las universidades estaban llenas de una juventud desenfrenada y falta de amor a los estudios. Los maestros estaban influidos por los errores del protestantismo y daban plena tolerancia a la divulgación de los mismos. Así había llegado el pueblo a un estado de negligencia y abandono en las prácticas religiosas y a despreciar, incluso, a la autoridad de la Iglesia y a sus legítimos pastores.

A todo este conjunto de males sociales servíale de contrafondo una profunda ignorancia religiosa en el pueblo y en gran

parte del mismo clero. Las vocaciones eclesiásticas habían mermado de una manera que resultaba alarmante. Contra este cúmulo de males venía a estrellarse, casi impotente, la tenacidad y buena voluntad de los prelados y sacerdotes ejemplares, que todavía seguían laborando, llenos de celo y de entusiasmo, por el triunfo de la causa católica.

En medio de este ambiente así enrarecido movíase San Pedro Canisio intrépidamente durante muchos años. Las dificultades no le arredraban; más bien podría decirse que ante ellas se agigantaba. Perfecto conocedor de todos los males que carcomían la sociedad de su tiempo, acometió el acabar con todos ellos con una voluntad de hierro. Inició sus trabajos en la universidad de Ingolstadt, donde transcurrió su vida durante treinta años a partir de 1549. El primer número de su programa fue la buena formación de la buena juventud estudiantil; por eso comenzó fundando colegios que llegarían a ser los centros irradiadores de sus ideas de acción reformadora. La universidad de Ingolstadt (en días no lejanos dique infranqueable contra los avances del protestantismo), había comenzado a decaer visiblemente en los estudios y en la disciplina. El santo llora esta postración: «Los estudios teológicos, que ahora principalmente debieran florecer, están decaídos», escribe. Lucha por la restauración de la teología escolástica como por una cosa de importancia suma.

> «No debemos dejar en olvido tampoco la parte de la teología llamada escolástica. Tan necesaria la juzgamos en este nuestro tiempo, que sin ella no podríamos suficientemente discernir ni desbaratar los sofismas de los herejes».

Desde 1549 a 1552 él mismo enseña teología en la universidad, de la que llegó, incluso, a ser rector. Este puesto, si bien delicado por más de un concepto, poníale en unas condiciones inmejorables para llevar a feliz termino su obra restauradora.

Lograda ya la reforma en esta universidad, pasa el santo a la de Viena en 1552, imbuido del mismo espíritu reformador. Más de una vez tuvo que verse frente a sus enemigos, a los que siempre logró dominar con sus dotes de polemista formidable y temible. Atacaba sin miramientos la herejía, si bien, al hacerlo, obraba sin rencor ni animosidad hacia la persona del descarria-

do. Era más abundante en razones que en palabras, y sus fórmulas, precisas y exactas, llevaban como distintivo un *ne quid nimis* de sobriedad que no exacerbaba a nadie. Era ésta su norma, la que más tarde, en 1557, daba por escrito a un amigo suyo:

> «Lo que todo el mundo ama y busca es la moderación unida a la gravedad del lenguaje y a la fuerza de los argumentos. Abramos los ojos a los descarriados, pero sin causarles irritación».

Su celo apostólico iba siempre acompañado de una delicadeza y de una caridad suma y de una íntima convicción que dimanaba de su santidad. Sabía él muy bien que, en aquellos momentos de relajación de los vínculos morales la única fuerza era la persuasión y el convencimiento de las gentes. Y no es que careciera de energía, puesta de manifiesto siempre que se vio en la necesidad de actuar contra los protestantes en las Dietas del Imperio. En más de una ocasión resultaron dolorosas las mordeduras de aquel *canis austriacus,* como le motejaban sus enemigos jugando con su apellido: Kanis.

El nombramiento de provincial de todas las casas de la Compañía en Alemania vino a darle una categoría que repercutió beneficiosamente en su obra. En el transcurso de estos años florecen los colegios de Ingolstadt, Praga, Múnich, Insbruck, Tréveris, Maguncia, Dillingen y Espira.

Pero el celo de Canisio no se podía parar en una clase de hombres. Anhelaba elevar el nivel moral de todo el pueblo cristiano, sin distinción de clases. A sus dotes personales quería unir el apoyo de los príncipes y el de los obispos, y lo busca con visitas y, cuando éstas no le son posibles, con cartas. En 1555 escribía a un consejero del duque Alberto de Baviera:

«Nuestros príncipes católicos deben desterrar las herejías, suprimir los errores de los maestros, acallar las discordias en las Universidades, reconocer al Vicario de Cristo y Pastor de la Iglesia para que podamos ver, como remate de todo ello, restaurada la paz en las Iglesias».

Pedro Canisio vive ahora los momentos culminantes de su vida apostólica. Sus actividades se multiplican para gloria de Dios. Predica y da misiones lo mismo en las grandes ciudades que en las iglesias de los pueblos que encuentra en su camino. Su oratoria encendida sonó en las grandes catedrales del Impe-

rio: en Viena, Praga, Ratisbona, Worms, Colonia, Estrasburgo, Osnabruck, Augsburgo... Llevado de su espíritu divinamente inquieto, acudía a todas partes con una rapidez que recuerda el espíritu alado de un Juan de Capistrano o de un Bernardino de Siena. Así paseó Austria, Baviera, Alsacia, Suabia, el Tirol, Polonia, Suiza. Al mismo tiempo actúa como consejero y director de príncipes; lucha valientemente como campeón del catolicismo en las Dietas del Imperio, adonde es llamado para ocupar relevantes puestos; hace de nuncio apostólico y, sobre todo, trabaja como publicista eximio e infatigable. Todas estas modalidades de su vida llevan como denominador común el afán de oponer a los avances del protestantismo un dique a base de una verdadera reforma católica.

Al propio tiempo que predicaba, enseñaba también el catecismo. Era ésta una de sus actividades predilectas, convencido de que nada valdrían sus sermones si no iban acompañados de una sólida instrucción religiosa. Para facilitar esta enseñanza publicó en 1554 una *Suma de la doctrina cristiana,* que llegaría a ser, a un mismo tiempo, suma teológica para la juventud universitaria, manual de pastoral para los sacerdotes y catecismo para el pueblo y para los niños. De ahí las tres diferentes redacciones que le dio él mismo, según el público a quien iba destinada. Juntábanse en esta obra todas las cualidades de un excelente pedagogo: orden y claridad en la exposición, con una esmerada exactitud y precisión en los conceptos. Las ediciones se multiplicaron rapidísimamente y en breve llegó a estar traducida esta obra a todos los idiomas. Con ella lograba Canisio, después de no pocas demoras y dificultades, poner en práctica el deseo del emperador Fernando de tener en sus Estados un manual católico para oponerlo a los muchos de protestantes que circulaban en ellos.

Pedro Canisio, lleno de inquietudes, seguía moviéndose y viajando. Como provincial pasó a Roma para la elección de nuevo general de su Orden. Desde Roma marchó a la Dieta de Piotrkow, en Polonia, como teólogo consejero del nuncio Mentuati. De nuevo regresó a Alemania, donde encontró en unas circunstancias delicadas las relaciones del emperador con el papa Pablo IV, hombre inflexible en sus determinaciones. A

ello habían contribuido grandemente las intrigas de los protestantes en ausencia de Canisio. El tacto con que éste llevó aquel asunto dio pronto como resultado que en la Dieta de Augsburgo quedaran anudadas aquellas relaciones un tanto rotas. Años más tarde volvió a Roma (1565), y es entonces cuando el papa Pío IV le nombra nuncio apostólico con la comisión de promulgar y hacer cumplir los decretos del concilio de Trento. Esta comisión le obliga a recorrer, una vez más, las principales ciudades del Imperio. El trabajo se acrecentaba día a día, hasta el punto que la viña evangélica iba resultando demasiado extensa para los pocos buenos operarios que iban quedando. Piensa entonces Canisio en aumentarlos y surge en su mente la idea de los seminarios para la formación de buenos sacerdotes: «Sin buenos seminarios jamás podrán los obispos lograr el remedio de los males presentes», escribía en 1585 a su general Aquaviva. A los pocos años esta idea era una florecida realidad por todas partes.

Trabajaba por elevar el nivel cultural del clero de Alemania y, al mismo tiempo, por restituir a su prístina pureza la disciplina y la piedad religiosas para asentar sobre ellas, como sobre firmísimos pilares, una nueva generación de sacerdotes celosos y santos en su patria. Para ello, una de sus primeras intenciones era poner al alcance de todos las obras maestras de la teología católica. Con estas miras editó, entre otras, las de San Cirilo de Alejandría, las de San León Magno y las del franciscano español fray Andrés de Vega.

Nunca pensó Canisio en la enseñanza de cosas nuevas; su doctrina es la tradicional en la Iglesia, adaptada a todos los públicos. Sus excelentes dotes pedagógicas brillan en sus famosos catecismos, que tanta importancia tuvieron en la instrucción del pueblo y en la reforma de la vida cristiana. Más que doctrinario era Canisio un hombre eminentemente práctico, por lo que no le interesaba una producción de tonos originales. Era en el terreno de las costumbres donde fallaba principalmente la sociedad de su tiempo. Por otra parte, en el terreno doctrinal ya estaban los errores protestantes suficientemente derrotados con las obras maestras del cardenal Juan Fisher, de Clícthove, de Alberto Pighius y del franciscano español fray Alfonso de Castro.

Para oponerse eficazmente a la propaganda de los errores protestantes, San Pedro Canisio desplegó una actividad portentosa como polemista y propagandista de las doctrinas católicas. Esta modalidad perfila su fisonomía espiritual. Desde sus años jóvenes fue ésta una de sus ocupaciones más asiduas. Y tenía dotes especiales para ello. Una de las ocasiones más solemnes se la ofreció la Dieta de Worms del año 1557, donde el santo se vio frente a Melanchton, corifeo de los protestantes. Una de las cosas que más dolor le causaron fue el tener que verse en lucha contra sus mismos compatriotas y contra las reclamaciones de su misma sangre. En sus cartas asoma, de continuo, un deseo de amplia conciliación sin claudicaciones. Si era grande su amor a Alemania era muy superior en él la devoción que había aprendido a Roma de los labios hispanos de Ignacio de Loyola. Ese amor a Roma triunfa por encima de todo y, para defenderlo, Canisio consagró su vida a escribir y editar obras propias y ajenas. Trabajó con las editoriales para que publicaran libros católicos. Incluso logró crear en Augsburgo una serie de editoriales católicas. En todo momento animó a sus súbditos a escribir obras en defensa de la fe y hasta llegó a proponer la fundación, dentro de su Orden, de una sociedad de escritores dedicados a escribir obras de controversia y de refutación de las herejías. En lo más intenso de su campaña Pío V le encargó, en 1557, la refutación de los Centuriadores de Magdeburgo. Para poder hacerlo mejor el Santo pide el relevo en su oficio de provincial y se retira al colegio de Dillingen. Dos tomos llegó a ver publicados, pero no quiso la Providencia que la obra llegara a estar terminada. Naturalmente, los hombres se gastan y Canisio había dado ya ricos frutos durante su larga vida.

En 1580 pasó a Suiza, donde pudo consagrarse a una intensa vida de piedad, dejando así aflorar su primera formación y la verdadera inclinación mística de su vida. Enseña ahora catecismo a los niños, como en sus mejores tiempos, instruye a los pobres y a los obreros, visita a los enfermos y encarcelados, funda escuelas y congregaciones al mismo tiempo que escribe obras de piedad. Lo importante para Pedro Canisio era no estar quieto ni un momento.

La muerte le cogió en Friburgo trabajando y rezando aquel día 21 de diciembre de 1597. Acababa de rezar con sus herma-

nos religiosos el rosario, su devoción favorita, cuando exclamó «¡Vedla; ahí está. Ahí está!». Allí estaba, efectivamente, la Virgen para llevárselo al cielo.

Desde ese momento la fama de Canisio se agiganta por los muchos milagros que vienen a dar testimonio de su santidad. En 1625 se tramita en Friburgo el proceso de su beatificación. Se tramitaba ya en Roma cuando llegó la supresión de la Compañía de Jesús. Por fin, el 24 de junio de 1864 le beatificó Pío IX y el 21 de mayo de 1925 Pío XI remató la corona de su gloria al elevarle a la categoría de los santos, al mismo tiempo que adornaba su nombre con el título de «Doctor universal de la Iglesia» y le declaraba patrono de todas las organizaciones de estudiantes católicos de Alemania.

ODILO GÓMEZ PARENTE, OFM

Bibliografía

BADER, M., *De vita Petri Canisii* (Múnich 1614).
BRAUNSABERGER, O., *Petri Canisii epistolae et acta,* 8 vols. (Friburgo Br. 1896-1927).
— *Petrus Canisius* (Friburgo Br. [3]1921).
BRODRICK, J., *St. Peter Canisius* (Nueva York 1935).
METZLER, J. (ed.), *Die Bekenntnisse des heiligen Petrus Canisius und sein Testament* (Dinamarca 1925).
REANY, W., *A champion of the Church* (Dublín 1887).
SACCHINI, F., si, *De vita et rebus gestis Petri Canisii* (Ingolstadt 1616).
• Actualización:
HERNÁNDEZ MONTES, B. (ed.), *San Pedro Canisio. Autobiografía y otros escritos* (Bilbao 2004).

SAN MIQUEAS

Profeta (Antiguo Testamento)

«Miqueas» significa «¿Quién como Yahvé?», en forma abreviada. Nació en Moréset Gat, aldea de Judá, al oeste de Hebrón, 35 km al suroeste de Jerusalén, en la región de Sefela, donde las montañas centrales de Judá comienzan su descenso hacia el mar, en los límites de Filistea.

Vivió y predicó durante los reinados de Jotán, Ajaz y Ezequías (727-701), como el título de sus oráculos asegura (cf. Miq 1,1), y queda confirmado por Jeremías 26,18:

> «Miqueas de Moréset profetizaba en tiempos de Ezequías, rey de Judá; y dijo a todo el pueblo de Judá: "Así dice Yahvé Sebaot: Sión será un campo que se ara, Jerusalén será un montón de ruinas y el monte de la Casa, un otero salvaje"».

Esta profecía aparece con idénticas palabras en Miqueas 3,12:

> «Por eso, por culpa vuestra, Sión será un campo arado, Jerusalén, un montón de ruinas y el monte del templo, un cerro agreste».

Por esta correspondencia, deducimos que el ministerio profético de Miqueas fue bien aceptado por la posteridad, con un eco en el gran profeta del siglo siguiente. Los ancianos de Jerusalén lo citaban como un ejemplo de intrepidez.

Fue contemporáneo de Oseas, con un corazón ardiente como el suyo; y del gran Isaías, de quien aprendió tantas cosas que parece su joven discípulo.

Por el origen campesino y por su estilo, se parece también al profeta Amós, el «pastor, cultivador de higos». Como él, siente pasión por la justicia; como él tiene que predicar en ambientes urbanos con su estilo vigoroso, rudo y fuerte en el ataque contra los pecados sociales. Conocía y amaba a fondo a los compatriotas y sintonizaba vivamente con ellos en las angustias y problemas de todo orden. Pero, ante todo, fue «el profeta de los pobres».

El ambiente en que se desenvolvió la actividad profética de Miqueas, estaba convulso por la política internacional en aquel último tercio del siglo VIII a.C. Asiria va extendiendo su imperio por toda la zona de Siria y Palestina. Israel, el reino del Norte, le paga tributo desde 743. Cuando se rebela el rey Oseas en tiempo de Samanasar V, provoca la conquista y la destrucción de Samaría en 722.

Para evitar posibles rebeliones, el pueblo es deportado y disperso el año 720. Desaparece de la historia el reino de Israel.

Miqueas, desde Judá, conoció y sufrió esta agonía de Israel y la terrible destrucción. La situación de Judá era parecida. Con motivo de la guerra siro-efrainita, pide ayuda a los asirios el año 734. Desde entonces hubo de pagar al imperio fuertes tributos insoportables. Esto encendía más y más el deseo de la independencia, que se hace más vivo durante el reinado de Ezequías (727-698).

Este piadoso rey inició una reforma religiosa que alentó al pueblo en la esperanza de la liberación. Fortificó la ciudad de Jerusalén y excavó un famoso túnel de 500 metros en la roca viva para asegurar el abastecimiento de agua, desde la fuente de Guijón extramuros, hasta la piscina de Siloé, dentro de la ciudad. Una inscripción recientemente descubierta, recuerda la emoción de los obreros al encontrarse unos con otros en medio del túnel.

Impulsó la compilación literaria y favoreció la inmigración a Judá de los habitantes no deportados de Israel, que ya pertenecía al Imperio asirio, acogiéndoles para que no quedaran en tierras paganas.

La rebelión se produjo el año 705 y supuso para Judá una de las mayores catástrofes de su historia, la invasión de Senaquerib el 701, a la que Miqueas parece referirse en 1,7-16, donde la ruina llega hasta las puertas mismas de Jerusalén, amenazada por extranjeros,en peligro inminente de ser también invadida.

> «Él será la paz.
> Cuando Asiria invada nuestra tierra,
> y pise nuestro suelo,
> le opondremos siete pastores
> y cuatro capitanes.
> Ellos pastorearán a Asiria con la espada,
> y el país de Nemrod con el acero.
> Él nos librará de Asiria, cuando invada nuestra tierra
> y pise nuestro territorio» (Miq 5,4-5).

Miqueas experimentó esas horas angustiosas y también la maravillosa e inesperada liberación de Jerusalén ante la avalancha incontenible de Senaquerib.

Junto a las agobiantes circunstancias de orden político, es necesario para comprender el mensaje de Miqueas, conocer las no menos duras del desorden social, religioso y moral.

La corrupción cunde por todas partes. Los poderosos latifundistas se apoderan de las casas de los pobres y débiles, maltratan a las mujeres, venden a los niños como esclavos (cf. 2,1-11). Las autoridades, lejos de oponerse, tratan al pueblo como «carne de matadero» (cf. 3,1-4). Y los jueces, sacerdotes y profetas, que debían denunciar las injusticias y frenarlas, son venales ante el mejor postor (cf. 3,9-11).

Miqueas tuvo conciencia viva de su vocación y misión profética. Por eso, a diferencia de los falsos profetas que contemporizan y nadan a favor de la corriente, anuncia con fidelidad y valentía el mensaje; se siente portador de la palabra de Yahvé, que es una condena. Dios pone pleito a su pueblo y lo encuentra culpable.

«Palabra de Yahvé que recibió Miqueas de Moréset, en tiempos de Jotán, Ajaz y Ezequías, reyes de Judá, y visiones sobre Samaria y Jerusalén.
¡Escuchad, pueblos todos; atiende tierra y cuanto la llena!
¡Sea testigo Yahvé contra vosoros, el Señor desde su santo Templo!» (1,1-2).

«Escuchad montes, el juicio de Yahvé,
prestad oído, cimientos de la tierra,
Pues Yahvé entabla juicio con su pueblo,
se querella contra Israel» (6,2).

«Pueblo mío, ¿qué te he hecho?
¿En qué te he molestado? Respóndeme...
¿Tengo que soportar la casa del malvado con riquezas injustas
y una medida escasa e indignante?» (6,10).

«¡Los fieles han desaparecido del país,
no queda un justo entre los hombres!» (7,2).

Pecados de orden religioso, sin duda, pero también de orden moral y social: ricos, agresores; acreedores despiadados; comerciantes, fraudulentos; familias divididas; sacerdotes y profetas codiciosos; jueces venales; jefes tiranos.

Lo contrario de lo que exige Yahvé:
«Se te ha hecho saber, hombre, lo que es bueno,
lo que Yahvé quiere de ti:
tan sólo respetar el derecho,
amar la lealtad
y proceder humildemente con tu Dios» (6,8).

Admirable fórmula que reúne las exigencias espirituales de los profetas, recordando, sobre todo, a Amós y a Oseas.

Esta situación anterior a la reforma de Ezequías, se prolongó también después. Las personas denunciadas por el Profeta

presumen de piadosas, invocan al Señor y están convencidas de que Dios no podrá hacerles nada malo (cf. 2,7; 3,4).

El culto, cuando no va acompañado de la práctica de la justicia, carece de valor a los ojos de Dios.

El castigo está decidido. En medio de una catástrofe mundial, vendrá Yahvé a juzgar y castigar a su pueblo.

«Mirad que Yahvé sale de su morada,
baja y camina sobre las alturas de la tierra.
Los montes se derriten debajo de él
y los valles se agrietan como la cera junto al fuego,
como aguas que se precipitan por la pendiente.
Todo esto por el delito de Jacob,
por los pecados de la casa de Israel» (Miq 1,3-5).

Se anuncia la destrucción de Samaria, convertida en «un campo de ruinas» (Miq 1,6). La de las ciudades de la «Tierra Baja», donde habita Miqueas (1,8-15). Y de la misma Jerusalén, que se convertirá en un montón de escombros (3,12s).

Pero el profeta alberga una esperanza: vuelve a la doctrina tradicional del «resto de Israel, que se salvará»:

«Pero yo aguardo a Yahvé,
espero en el Dios de mi salvación:
mi Dios me escuchará» (7,7).

«El resto de Jacob será
en medio de pueblos numerosos
como rocío que viene de Yahvé,
como lluvia sobre la hierba,
que no espera al hombre
ni depende de los humanos.
El resto de Jacob será ente las naciones,
en medio de pueblos numerosos,
como león entre los animales de la selva,
como leoncillo en un rebaño de ovejas
que, si pasa, pisotea
y desgarra y no hay quien defienda» (5,6-7).

La profecía más famosa de Miqueas es el anuncio del nacimiento en Efratá-Belén del «Rey Pacífico» que apacentará el rebaño de Yahvé.

«En cuanto a ti, Belén Efratá, la menor entre los clanes de Judá,
de ti sacaré al que ha de ser el gobernador de Israel;
sus orígenes son antiguos, desde tiempos remotos.
Por eso él (Yahvé) los abandonará
hasta el momento en que la parturienta dé a luz,
y el resto de sus hermanos vuelva con los hijos de Israel.
Pastoreará firme con la fuerza de Yahvé,
con la majestad del nombre de Yahvé, su Dios» (5,1-3).

El evangelio según San Mateo 2,6, recoge el texto de Miqueas en el episodio de los Magos que llegan a Jerusalén preguntando dónde ha de nacer el Mesías. Y el evangelio según San Juan, en 7,42: «¿No dice la Escritura que el Cristo vendrá de la descendencia de David y de Belén, el pueblo de donde era David?».

También el Magníficat se hace eco de un texto de Miqueas sobre la fidelidad de Dios a los antepasados (cf. Miq 7,20) cuando dice el Evangelio según San Lucas (1,54-55): «Acogió a Israel su siervo, acordándose de la misericordia, como había anunciado a nuestros padres en favor de Abrahán y de su linaje por los siglos».

En el mensaje profético de Miqueas, alternan las amenazas con las promesas en violento contraste. Se resume en dos actos: La teofanía, manifestación punitiva de Dios con sus repercusiones en la naturaleza, en Samaria y en Judá, con la justificación del castigo, denuncia de los responsables de la injusticia y, por fin, la condena. La superación del castigo, no ahora, sino en el futuro, vendrá no de Jerusalén, sino de Belén. Y no será cruel sino benéfica para todos, aunque requiere una purificación previa.

El segundo acto es el juicio de Dios en una convocatoria universal y en una acusación de ingratitud con el rechazo del culto vacío y la exigencia de justicia y lealtad que brillan por su ausencia. Finalmente, aceptación del castigo divino, reconocimiento del pecado y certeza del perdón.

«Soportaré la cólera de Yahvé, pues he pecado contra él,
hasta que juzgue mi causa y me haga justicia.
Él me sacará a la luz y yo contemplaré su salvación» (Miq 7,9)

En honor de Miqueas, se levantaron santuarios después de la invención de su venerado sepulcro, al que se refiere San Je-

rónimo. Se le conmemora en sinaxarios y martirologios antiguos. El *Martirologio romano* actual incluye al Profeta en segundo puesto del 21 de diciembre, cerca de la Navidad, con este elogio:

> «Conmemoración de San Miqueas, el profeta que, en tiempo de Jotán, Ajaz y Ezequías, reyes de Judá, con su predicación defendió a los oprimidos, condenó la idolatría y la iniquidad, y anunció al pueblo elegido, el Caudillo que viniendo de los días de la eternidad, había de nacer en Belén de Judá y apacentar a Israel en la fortaleza del Señor».

Entre las representaciones iconográficas del Santo Profeta Miqueas, merecen especial mención la de J. van Eyck en el altar del «Cordero místico», Gante, siglo XVI; y la de Girolamo Cavevoni, en Bolonia, siglo XVII, iglesia de San Benito.

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

ALONSO SCHÖKEL, L. - SICRE DÍAZ, J. L., *Profetas. Comentario,* II (Madrid 1980) 1033-1072.

ALONSO SCHÖKEL, L. - VALVERDE, J. M., *Doce profetas menores* (Madrid 1966) 105-124.

Nueva Biblia de Jerusalén (Bilbao 1998) 1089-1090; 1365-1371.

SPADAFORA, F., «Michea», en *Bibliotheca sanctorum.* IX: *Masabki-Ozanam* (Roma 1967) cols.402-419.

BEATO PEDRO FRIEDHOFEN

Religioso y fundador († 1860)

Son innumerables los discípulos de Cristo que, a lo largo de la historia, han escuchado y seguido fielmente la enseñanza del Maestro plasmada en la parábola del hijo pródigo. Han comprendido quién era su prójimo y han obedecido el mandato de Jesús: «Ve y haz tú lo mismo» (Lc 10,37). Quienes han asumido en su corazón y en su vida este mensaje y este mandato, han tratado con misericordia al prójimo desvalido; más aún, han contemplado en él a Jesús mismo. Este humilde laico alemán, Peter Friedhoven, que celebramos cuando ya está próxima la Navidad, que en 1860 deseaba ardientemente cantar en el cielo la gloria de Dios y la paz en la tierra, escuchó al término de su

breve vida de 41 años, aquel 21 de diciembre: «Ven, bendito de mi Padre, posee el Reino [...] Lo que hiciste a uno de mis hermanos más pequeños, a mí me lo hiciste» (cf. Mt 25,34.40). En el Reino del cielo, el Beato Pedro Friedhoven fue feliz en la Navidad de 1860 celebrando la gloria del Padre que tantas veces había cantado con inocencia, alegría y humildad en su peregrinación, tantas veces azarosa y doliente, y gozando de la paz, ya definitiva, que había sembrado en el alma de tantos enfermos pobres y abandonados. Era feliz eternamente porque había cumplido el mandato de su Señor, el mandamiento nuevo: había gastado su vida amando a los hermanos, siguiendo desde su pequeñez el modelo de Jesús: «Amaos los unos a los otros como yo os he amado» (Jn 13,34).

Había nacido en Weitersburg, en la Renania, diócesis de Tréveris, el 25 de febrero de 1819. Sus padres fueron Pedro Friedhofen y Ana María Klug, pobres en bienes de fortuna, ricos en piedad cristiana. Murieron pronto y dejaron al niño huérfano y sumido en pobreza extrema. En 1832 hizo la primera comunión y recibió el sello del don del Espíritu Santo. Sólo desde 1834 a 1837 acudió a la escuela elemental; su formación no fue muy profunda, pues desde los 13 años aprendió el oficio de caminero, junto a su hermano mayor Jaime en Ahrweiler. Todavía adolescente, pues, se procuró con su duro trabajo el sustento propio, siempre muy unido a su hermano y a la familia de éste. Cuando contaba 20 años se hizo socio de su hermano y obtuvo el puesto de caminero en Vallendar.

El trabajo pesado de reparar y acondicionar los caminos no le apartó de sus actos de piedad. Mientras trabajaba, invitaba a los muchcahos que le estaban observando a cantar con él canciones marianas. Leía con frecuencia y devoción la Biblia, asiduamente asistía a los actos de culto en la iglesia, estimulaba a los otros jóvenes a la vida de piedad.

Por motivos de salud tuvo que dejar, en 1845, su puesto de responsabilidad de cuidar los caminos en Vallendar. Su inclinación a la vida religiosa lo indujo entonces a entrar en el convento que los Redentoristas tenían en Wittem (Holanda). Allí, aunque por breve tiempo, pudo disfrutar de las delicias de la vida religiosa; reconoció, empero, que no era éste el camino por el que Dios lo quería coducir.

Murió en aquel tiempo su hermano mayor: dejaba viuda y once hijos. En éstos descubrió Pedro, primeramente, al prójimo que debía tratar con misericordia. A pesar de su dolencia pulmonar, asumió el duro peso de sacar adelante a la familia. El municipio le nombró tutor de sus sobrinos y substituyó a su hermano difunto en el cargo de caminero en Ahrweiler. Con todo, en 1850 tuvo que desistir de continuar en el cargo.

Animado entonces por el párroco de Vallendar, con quien ya antes había colaborado, empezó a dedicarse a la captación de jóvenes, de diversos pueblos que él había recorrido en su trabajo, que quisieran avanzar en un compromiso mayor de vida cristiana, de progreso hacia la santidad verdadera; jóvenes que se propusieran el objetivo de buscar la gloria de Dios y la conversión de los pecadores, por el ejercicio de las virtudes cristianas, singularmente de la humildad, castidad y obediencia, por la frecuencia de los sacramentos de la penitencia y de la Eucaristía, por una tierna devoción filial a la Virgen Madre de Dios, siguiendo el ejemplo de San Luis Gonzaga. Surgió así, por iniciativa de Pedro, la «Sociedad de San Luis». El apostólico joven redactó la «Regla de los hermanos de la sociedad de San Luis bajo la protección de María siempre virgen». El obispo de Tréveris, mons. Guillermo Arnoldi, aprobó esta regla. Pero los primeros pasos de la piadosa cofradía no fueron fáciles; algunos miembros mantuvieron una oposición al fundador y desertaron de la empresa.

En este período de crisis (1848-1849), Pedro maduró el proyecto de una verdadera vida religiosa. Su director espiritual, el sacerdote Antonio Liehs y el obispo Arnoldi, que tenía en su mente proyectos de renovación social en la diócesis, apoyaron al joven que albergaba el proyecto de fundar un Instituto al servicio de los enfermos, del que no disponía la diócesis de Tréveris. Entonces el prelado dio permiso a Pedro para que levantara en Weitersburg un pequeño convento, como ensayo de otros que deseaba abrir para servicio de los enfermos. El obispo Arnoldi dirigió luego a Pedro al noviciado de los Hermanos de la Misericordia (alexianos), fundados en la Edad Media en Aquisgrán para la asistencia de apestados y sepultura de los difuntos; el prelado tenía el proyecto de restaurar en Tréveris el

antiguo convento de alexianos, que había sido suprimido por la Revolución francesa en 1802. Pedro obedeció, pero la experiencia del noviciado en Aquisgrán no le satisfizo. Estaba convencido de que él debía aportar un nuevo fuego, un nuevo espíritu, un nuevo estímulo.

En el pequeño convento de Weitersburg, el fundador dio inicio a la nueva fundación autónoma; pero la pequeña localidad no parecía ser apta para el despligue del nuevo servicio y apostolado, así que la casa de la congregación naciente se trasladó a Coblenza. Los primeros compañeros de Pedro se dedicaron al servicio de los enfermos a domicilio; pero ello dificultó la vida comunitaria de los Hermanos. Por eso Pedro se apresuró a buscar una base estable para acoger a los enfermos y asegurar la vida común de los que aspiraban a la vida religiosa. El obispo de Tréveris nombró al párroco don Felipe de Lorenzi su delegado para asistir a Pedro en el inicio de su obra. En la fiesta de la Anunciación, 25 de marzo de 1851, el bienaventurado fundador, con dos compañeros, vistió el hábito religioso (el mismo de los alexianos) y el 14 de marzo del año siguiente emitió los votos perpetuos ante el sacerdote delegado don Felipe, el cual siempre se comportó como un verdadero padre y protector del nuevo Instituto, superando dificultades y buscando apoyo espiritual y económico para una obra tan importante para el bien de la diócesis y de sus fieles enfermos. Don Felipe redactó la regla de la nueva institución. Así nació la Congregación de los Hermanos de la Misericordia de María Auxiliadora, para el servicio de los enfermos, a los que el obispo de Tréveris dio la aprobación canónica en 1852 en Coblenza.

Al año siguiente, en Tréveris, a petición del obispo, se abrió la primera filial para el servicio de enfermos a domicilio. El prelado aprobó los estatutos de la fundación en 1856. En 1858 se inauguró la primera casa en el extranjero, en Luxemburgo.

La primera labor de los Hermanos de la Misericordia fue la atención a los enfermos mentales, asistencia que ya habían prestado los alexianos. Después, ampliaron su radio de acción.

El bienaventurado fundador fue el superior general de los Hermanos de la Misericordia hasta su feliz tránsito. Siempre se comportó con docilidad al Evangelio, desprovisto de toda hu-

mana apariencia; sólo pretendía buscar el Reino de Dios y su gloria, siguiendo aquellos consejos que pudieran ser de mayor provecho a los pobres e indigentes. Fue imitador de Cristo que no vino a ser servido sino a servir (Mt 20,28). Sacaba fuerza para su obra de la íntima comunicación con Dios, de su piedad filial hacia el Padre, de la Eucaristía, de su devoción al Crucificado y a María. Seguía con fruición los consejos de los varones prudentes. Así reza el decreto de beatificación.

> «Especialmente los sufrimientos, la pobreza, las dificultades que acompañaron, como la sombra sigue a la luz, su vida desde la infancia, lo defendieron y protegieron; le inclinaron hacia las necesidades de los demás, siempre benigno y generoso, no aferrado a las cosas humanas sino confiado en la gracia divina. Apoyado en su oración continua, venció las dificultades que se oponen a la vocación religiosa [...] Sacaba toda su fuerza de estas palabras de Cristo: "Cuanto pidiéreis al Padre en mi nombre, creed que lo vais a recibir (Mt. 21,22)"».

La muerte le sobrevino en Coblenza, el 21 de diciembre de 1861. Pocos días antes había escrito:

> «Oh si pudiera cantar con los ángeles en el cielo el día de la Navidad de Cristo: Gloria a Dios en las alturas. ¡A Dios todo le es posible!».

Dios le concedió el anhelo de tal Navidad. Oyó cantar, mientras se estaba muriendo, una canción mariana que tanto disfrutaba cantar en su juventud y que enseñaba a cuantos se la oían cantar.

A pesar del frío invernal, una multitud asistió a sus funerales: gente del pueblo y autoridades, cuantos admiraban su obra y agradecían una vida gastada y desgastada a favor de los más humildes. El título de su testamento espiritual revela el perfil espiritual de su acción misericordiosa: *un fuego nuevo.*

Permaneció en su país de origen, en los pueblos beneficiarios de sus fundaciones, la fama de santidad y la memoria agradecida de sus virtudes. La curia episcopal de Tréveris inció el proceso ordinario en 1927. La Congregación de las Causas de los Santos, a través de su sección histórica, redactó la *positio* (estudio) sobre la vida y virtudes del siervo de Dios. El 24 de setiembre del año jubilar de 1983 Juan Pablo II lo declaró Venerable al proclamar sus virtudes heroicas; el mismo papa aprobó el

milagro requerido en 1984; y celebró su beatificación en la Basílica Vaticana el 23 de junio de 1985, ante una multitud de fieles, venidos sobre todo de Alemania.

Su Congregación de los Hermanos de la Misericordia fue expandiéndose. Tréveris, Luxemburgo, Kyllburg, Coblenza son fundaciones en vida del Beato Pedro. Durante el *Kulturkampf,* el nuevo Instituto apenas tuvo que soportar contrariedades. Sólo trasladó el noviciado de Tréveris a Luxemburgo (1875), pero volvió al lugar primitivo en 1888.

En 1937 la congregación había llegado a tal crecimiento que fue dividida en cuatro provincias: la alemana, la suiza-italiana, la francesa y la luxemburguesa. En Malasia y en Brasil los Hermanos tienen casas de misión. En 1975 la congregación contaba con 241 profesos en 24 casas.

PERE JOAN LLABRÉS Y MARTORELL

Bibliografía

AAS 77 (1985) 1025-1030; 79 (1987) 172-176.
AMOROSO, F., *Dalle fulliggini dei camini alla gloria degli altari. Vita del Beato P.F. fondatore dei Fratelli della Misercordia di Maria Ausiliatrice* (Roma 1985).
Bibliotheca sanctorum. Appendice prima (Roma 1987) cols.516-517.
GATZ, E., «P.F. (1819-1860). Sein Leben und Werk»: *Trierer theologische Zeitschrift* 78 (1969) 228-39.
HÜMMELER, H., *Eines Menschen Weg zu Gott* (Tréveris 1951).
— *Peter Friedhofen. Der Man und das Werk* (Tréveris 1951).
KROLL, J., *Bruder Peter Friedhofen* (Tréveris 1926).
L'Osservatore Romano (24/25-6-1985).
MEURERS, H. VON, *Peter F. Schornsteinfeger un Ordensstifter* (Múnich-Galbach 1935).
PELLICCIA, G. - ROCCA, G. (dirs.), *Dizionario degli istituti di perfezione,* IV (Roma 1977) cols.667-669; 978-979.
SCHEID, N., *Bruder Peter Friedhofen, Stifter der Genossenschaft der Barmherzigen Brüder vom hl. Joannes von Gott zu Trier. Ein Lebensbild* (Kevelaer 1922).
— *Kirche und Krankenpflege im 19. Jahrhundert* (Múnich 1971) 413-421.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

BEATO DOMINGO SPADAFORA

Presbítero († 1521)

Nace en Randazzo, Sicilia, a mediados del siglo XV en el seno de una familia ilustre y opulenta. Educado en la comodi-

dad pero también en sentimientos religiosos, entró muy joven en el convento dominico de Santa Zita de Palermo. Hizo la profesión religiosa y los estudios correspondientes para el sacerdocio. Ordenado sacerdote, fue enviado a Padua a fin de completar los estudios y recibió el magisterio en sagrada teología. Vuelto a Palermo, ejerció con gran fruto el ministerio de la predicación hasta que el maestro general de su Orden, padre Turriano, lo llama junto a sí para que le ayude en el gobierno de la Orden. Por encargo del general funda en Montecerignone el convento-santuario de la Virgen de las Gracias (1493-1498), quedando a continuación al frente del mismo y edificando a todos con su vida santa y su celo apostólico, logrando mucho fruto en las almas y suscitando numerosas vocaciones religiosas. Murió repentinamente el 21 de diciembre de 1521. Su culto fue confirmado el 12 de enero de 1921 por el papa Benedicto XV.

SANTOS ANDRÉS DUNG LAC Y PEDRO PHAN VAN THI

Presbíteros y mártires († 1839)

El lector tiene una noticia conjunta de los mártires de Vietnam o Indochina el día 24 de noviembre. Por ella puede ver la dura persecución sufrida por la Iglesia vietnamita y la generosa entrega de los mártires con su ejemplar firmeza. El grupo de mártires de Vietnam ha entrado en el misal romano y en la Liturgia de las Horas del 24 de noviembre, encabezado por el primero de los mártires de hoy, San Andrés Dung Lac. Lo acompañó en el martirio el también sacerdote San Pedro Phan Van Thi.

Éstos son sus datos personales:

ANDRÉS DUNG LAC había nacido de padres paganos y muy pobres que de pequeño lo vendieron a un catequista. Éste lo entregó en la misión de Vinh-Tri, donde fue bautizado y educado cristianamente. Luego de un período de preparación, ejerció el cargo de catequista, y a los diez años de serlo, fue admitido a prepararse para el sacerdocio, ordenándose el 15 de marzo de 1823. Regentó con competencia y celo varias parroquias. Estaba al cargo de la de Ké-Dam cuando hubo de dejarla porque la

persecución le destruyó el templo, y se fue a Ké-Sui y allí colaboró con su ministerio hasta que fue arrestado. Los cristianos ofrecieron plata al mandarín y éste lo soltó, y entonces cambió su nombre de Dung por el de Lac a fin de pasar desapercibido. Pudo trabajar apostólicamente en las regiones de Hanoi y Nam-Dinh, y sentía escrúpulos de estar escondiéndose y privándose de la corona del martirio. Tras cuatro años de clandestinidad fue apresado el 10 de noviembre de 1839 cuando había acudido a la casa del sacerdote San Pedro Phan Van Thi para confesarse. Cuando el prefecto supo la presencia de ambos sacerdotes, optó por arrestarlos, pero, gracias al dinero que le dieron los cristianos, soltó a Andrés. Pero al bajar de la barca en que huía de aquella zona fue preso y llevado a la cárcel de Hanoi. Invitado a apostatar, se mantuvo firme y fue condenado a muerte, siendo decapitado.

PEDRO PHAN VAN THI había nacido en Ké-So en 1763 en una familia cristiana de condición humilde. Fue primero unos años catequista y luego admitido al seminario, ordenándose sacerdote el 22 de marzo de 1806, con 43 años. Aunque no gozaba de buena salud, se dedicó por entero a su ministerio, que ejerció primero en el poblado de Song-Chay y desde 1832 en el de Ké-Song. Preso con San Andrés Dung Lac el 10 de noviembre de 1839, el dinero reunido por los cristianos sólo dio para la libertad de San Andrés, y cuando el prefecto supo que San Andrés, nuevamente preso, iba para Hanoi envió también a Pedro. Siendo de constitución débil y enfermiza, temieron no resistiera los interrogatorios y malos tratos, pero no murió en ellos. Los soportó con gran paciencia y murió decapitado a causa de su fe el 21 de diciembre de 1839 en Hanoi junto con su compañero de cárcel, San Andrés Dung Lac.

Fueron canonizados el 19 de junio de 1988 por el papa Juan Pablo II junto con los 117 mártires de Vietnam, muertos por la fe entre los años 1745-1862, que habían sido beatificados a lo largo del siglo XX.

22 de diciembre

A) Martirologio

1. La conmemoración de los santos Queremón († 250), obispo nilopolitano, y muchos otros mártires en Egipto *.
2. Igualmente, la conmemoración de San Isquirión († 250), mártir en Egipto.
3. En Roma, en la Vía Labicana, treinta santos mártires que fueron coronados en un mismo día (fecha desconocida).
4. En Raitis (Egipto), cuarenta y tres santos monjes, martirizados por los blemios († s. IV).
5. En Utrecht (Lotaringia), San Hungero († 866), obispo *.
6. En Londres (Inglaterra), Beato Tomás Holland († 1642), presbítero, de la Compañía de Jesús, mártir bajo el reinado de Carlos I **.
7. En Chicago, Illinois (Estados Unidos de América), Santa Francisca Javiera Cabrini († 1917), virgen, fundadora del Instituto de Misioneras del Sacratísimo Corazón de Jesús **.

B) Biografías extensas

BEATO TOMAS HOLLAND
Presbítero († 1642)

Tomás, hijo de Ricardo y Ana Holland, nació en el año 1600 en el pequeño poblado de Sutton. Sus padres pertenecían a una de las mejores familias del condado de Lancaster y los dos fueron católicos fervorosos. La prueba de esto está en las multas que tuvieron que pagar desde el año 1587 por no asistir a los cultos religiosos del protestantismo, impuesto como religión oficial por el Estado. De la juventud de Tomás sabemos muy poco, pero podemos imaginar cuánto influyó en la vida del futuro mártir el ambiente de persecución religiosa en el cual tuvo que pasar esos años.

Cuando todavía era muy joven, sus padres le mandaron al colegio de Saint Omer, en Flandes, donde, lejos de toda persecución, empezó sus estudios en un ambiente plenamente católico. Permaneció allí unos seis años, y tanto sus profesores como sus compañeros de estudios expresaron su admiración por su piedad y su carácter lleno de dulzura.

Al terminar sus estudios en Saint Omer se trasladó al colegio de San Albano, en Valladolid, donde fue admitido como seminarista en el año 1621, prestando el acostumbrado juramento de dedicar su vida a la misión en Inglaterra el día de la fiesta de Santo Tomás de Canterbury, el año 1622.

Mientras estuvo Tomás en Valladolid, el príncipe Carlos Estuardo, más tarde rey de Inglaterra bajo el nombre de Carlos I, hizo una visita a Madrid con la idea de negociar su boda con la infanta María. Los jóvenes estudiantes de Valladolid quisieron aprovechar esta ocasión para saludar a su futuro rey, en el que habían fundado todas sus esperanzas para un renacimiento de la verdadera religión en su país. Con este fin mandaron a Tomás a Madrid, donde, en nombre de todos sus compañeros, pronunció un discurso en latín, que fue muy elogiado por el príncipe.

Al terminar sus tres años de filosofía tuvo que marcharse de España por razones de salud —toda su vida había estado bastante delicado—, como revela el retrato que de él se conserva en el colegio.

Volvió a Flandes, donde ingresó en el noviciado de los jesuitas en Watten. Allí terminó sus estudios teológicos y recibió la sagrada ordenación. Después de ordenarse pasó una temporada como padre ministro en Gante, y después volvió a Saint Omer, donde ocupó el puesto de prefecto, siendo uno de los mejores que había tenido dicho Colegio en su larga historia según sus compañeros. En mayo de 1634 ocupó el cargo de coadjutor espiritual en Gante, pero el año siguiente, como su salud continuaba muy delicada, sus superiores decidieron mandarle a Inglaterra, creyendo que el cambio de clima la beneficiaría mucho. Pero el beneficio iba a ser en el campo espiritual, no en el de su salud.

En Inglaterra Tomás empezó su labor de misionero, trabajando casi todo el tiempo en Londres, donde muy pronto se hizo famoso no solamente entre los católicos, sino también entre sus enemigos, quienes le buscaban con mucho afán. Logró escapar de sus manos muchas veces, según sus compañeros, por su gran habilidad en disfrazarse. Mediante unos cambios sencillos en la peluca y en la forma de la barba, aparecía un día

como un caballero, otro día como un comerciante, un soldado y a veces un criado. En este trabajo le ayudó muchísimo su conocimiento de idiomas, porque hablaba francés, flamenco y castellano perfectamente, de tal manera que a veces ni sus íntimos amigos le conocían al encontrarle por la calle.

Pero la habilidad nada puede contra la traición, y lo sabía muy bien Tomás, como los otros mártires. Efectivamente, el día 4 de octubre, fiesta de San Francisco de Asís, le hicieron prisionero mientras paseaba por la calle, siendo traicionado por un jesuita apóstata, Tomás Gage.

Al principio le metieron en la cárcel que se llamaba New Prision, en las afueras de Londres, donde continuó su labor sacerdotal, a pesar de saber que se estaba tratando por todos los medios de probar que era sacerdote. Cuando se acercó el tiempo para la reunión del Tribunal Supremo, le trasladaron a Newgate, donde habían estado tantos de sus compañeros en el sacerdocio y en el martirio, y el día 7 de diciembre apareció delante del tribunal de Old Bailey acusado de ser sacerdote. Sus acusadores fueron el apóstata Gage y dos agentes de la policía.

Tomás se defendió con su acostumbrada habilidad y pudo demostrar que no existía ninguna prueba de su sacerdocio. Entonces el juez empleó un truco que nos hace recordar el método usado por el sumo sacerdote del pueblo de Israel contra Cristo. Le rogó que declarara, bajo juramento, no ser sacerdote. A esto Tomás contestó que no era costumbre, según las leyes de Inglaterra, que un reo se librase mediante tal juramento, sino que hacían falta pruebas contundentes de su culpabilidad, o tenían que dejarle en libertad. Esta defensa fue muy aplaudida por los asistentes al juicio, pero no le sirvió, porque el jurado declaró en contra de él, a pesar de que el alcalde de Londres y otros que estaban presentes declararon que tal sentencia era contra las leyes del país.

El siguiente sábado, día 10 de diciembre, fue pronunciada la sentencia definitiva, y Tomás fue condenado a muerte. Le trasladaron otra vez a la cárcel de Newgate, donde esperó la ejecución de la sentencia dos días después. En la cárcel le visitaron muchas personas, entre ellas el señor De Lisolas, embajador de Su Majestad imperial, quien mandó a un pintor para hacer un

retrato del mártir, que se conserva todavía en el Colegio de San Albano, donde fue alumno tantos años. El duque de Vendóme quiso hacer una instancia para librarle de la pena de muerte, pero Tomás le rogó que no lo hiciese.

El lunes siguiente a su condena, a eso de las diez de la mañana, fue arrastrado en el zarzo desde Newgate hasta la horca de Tyburn, donde le esperaba mucha gente, entre ellos el embajador de España y su séquito. Se dice que el mismo sargento de la guardia contestó a algunos que le preguntaron por qué era llevado a la horca aquel hombre, diciendo que iba a morir contra la ley y la justicia. Al llegar a Tyburn, Tomás habló a la gente allí reunida y después fue ahorcado. Tal fue su prestigio, que tuvieron que dejarle morir en la horca antes de descuartizarle, según la costumbre. Murió el día 22 de diciembre de 1642, a la edad de cuarenta y dos años.

Goza de gran veneración por parte de los católicos, y aun los mismos anglicanos expresaron su admiración por su coraje en la hora de su muerte. Según un amigo íntimo de él, era un hombre de talento privilegiado, de un celo extraordinario en el servicio de Dios. Tal fue su competencia en materia de la vida espiritual, que le llamaron «la biblioteca de la piedad».

DAVID LIONEL GREENSTOCK

Bibliografía

The Catholic Enciclopedia. VII: *Gregory-Infalibility* (Londres 1914) p.393.
CHALLONER, R. *Memoirs of missionary priests as well secular as regular and of other Catholics of both sexes, that have suffered death in England on religious accounts from the year of our Lord 1577 to 1684,* II (Londres 1924) n.174.
POLLEN, J. H., *Acts of the English Martyrs* (Londres 1891) 338-367.
• Actualización:
MORRIS, J., SJ, *The english martyrs* (Londres 1971).

SANTA FRANCISCA JAVIERA CABRINI

Virgen y fundadora († 1917)

Los biógrafos de la santa nos cuentan que solía jugar de niña en un arroyuelo haciendo barquitos de papel, en los que colocaba unas violetas. «¡A China!», les decía. Un día se cayó en el riachuelo y desde entonces tuvo un miedo muy grande al

agua la mujer que en su vida recorrería diecinueve veces el Océano. En las violetas que viajaban en sus barquitos de papel alguien ha querido ver a las misioneras del Sagrado Corazón de Jesús que más tarde fundaría. ¡China! Al amor de la lumbre leían en el hogar, al caer la tarde, las vidas de los santos y los anales de la Propagación de la Fe. Los países de infieles la seducían.

Francisca Cabrini vino al mundo el 15 de julio de 1850. Fue la penúltima de once hermanos. En su casa conoció la virtud tradicional de unos honestos y sobrios trabajadores de la tierra. Nació en Italia, en Sant'Angelo Logidiano, pequeño pueblo de la feraz Lombardía. Su padre, Agustín, era un modesto propietario. Su madre, Stela Oldini, era modelo de madre tierna y hacendosa. La muerte irá llevando poco a poco a sus hermanitos. Vivirán únicamente Rosa, Juan Bautista y Francisca. Esta va creciendo débil y delicada. Su hermana Rosa, que le lleva quince años, ayudará a su madre en la educación de nuestra Santa. Rosa es severa; tiene un rígido sentido del deber. Quiso ser religiosa, mas las necesidades de la casa se lo impidieron. Pero en los planes divinos contribuiría a forjar una santa. De su madre heredó Francisca la ternura de Rosa, un sentido de responsabilidad extraordinario.

Francisca, a los ocho años, recibe el sacramento de la confirmación, que la hace auténtico soldado de Cristo. La firmeza y su espíritu sobrenatural caracterizaron toda su vida y toda su obra. Al año siguiente recibe la primera comunión. Débil, tímida, abstraída, cuando llegue la hora su timidez se cambiará en la franca libertad de la mujer fuerte. A los once años ofrece al Señor su virginidad. Renovará el holocausto a los diecinueve años, aunque a la sazón las circunstancias no fueran muy favorables para ser acogida en un Instituto religioso. Teniendo trece años oye hablar a un misionero y decide ser religiosa. Su hermana Rosa la humilla: «¡Tan pequeña, tan ignorante, y soñando con ser misionera!» A los dieciocho años consigue en la Escuela Normal de Lodi el título de maestra. Es de entendimiento despierto y tiene un afán enorme por conocer. Con la muerte de sus padres, ambos mueren en el espacio de once meses, cuando Francisca tenía veinte años, se cierra ese período de vida familiar tan rico en alegrías íntimas y de tan felices recuerdos. Su

hermana Rosa acompañará a Juan Bautista cuando éste emigre a Argentina.

Para Francisca, el Magisterio es un sacerdocio. Por consejo de su padre espiritual va a Vidardo, a suplir, para quince días se pensaba, a una maestra enferma, y permanece en este puesto durante dos años. Su labor en este pueblo es eminentemente apostólica y social. Por esta época un vómito de sangre le cierra las puertas de dos Institutos religiosos. Será una prueba providencial que alargará su permanencia en el mundo para lograr mayor experiencia de las personas y de las cosas.

El reverendo Serrati, párroco de Vidardo, es trasladado a la parroquia de Codoño. En este pueblo, de 8.000 habitantes, existe el Hospicio de la Providencia, muy necesitado de orden y de cuidado. El nuevo párroco de Codoño sabe muy bien que Francisca, a pesar de sus veintitrés años, es capaz de poner las cosas en su sitio, gobernando una institución en la que un grupo de mujeres mal avenidas hacían gala de piadosas y tenían una responsabilidad para la cual no estaban preparadas. Cabrini viene por obediencia. Es el 12 de agosto de 1874.

Cuatro años antes este grupo de mujeres se había constituido en Instituto religioso. Vistieron el hábito y emitieron los tres votos. Francisca Cabrini emite los votos en este Instituto el año 1877 y el 30 de agosto del mismo año es nombrada superiora del Hospicio de la Providencia.

Después vienen los enfados, las disensiones, las incomprensiones, los dramas íntimos. Las lágrimas que sorberá la Santa en silencio serán rocío que vivificará esta rosa que nace entre las espinas. Pequeñas y grandes perfidias, envidias, sarcasmos. La respuesta es: paciencia.

El señor obispo disuelve el Instituto. El vino nuevo se colocará en odres nuevos. El prelado llama a Cabrini: «Tienes deseos de hacerte misionera; no conozco ningún Instituto de misioneras: funda uno». Francisca Cabrini tiene treinta años cuando escucha estas palabras.

El 10 de noviembre de 1880 se firma en Codoño la compra de un edificio y a los cuatro días tiene lugar la consagración de Francisca Cabrini y de sus siete primeras hijas. Preside la imagen del Sagrado Corazón, como en todas las casas que erigirá el

nuevo Instituto, que se llamará de Misioneras del Sagrado Corazón de Jesús. El día 3 de diciembre, festividad de San Francisco Javier, lo celebran con gran fervor. Desde esta fecha Francisca se llamará Francisca Javier. También ella sueña con China

En 1881 obtiene la aprobación diocesana y en 1901 logrará la pontificia. El cardenal Vives y Tutó, prefecto de la Sagrada Congregación de Religiosos, afirmó en esta ocasión: Si en todo el período de mi prefectura solamente hubiera firmado este decreto, tendría bastante de qué gloriarme

El pensamiento de la Santa corre ahora hacia China, como aquellos barquitos de papel que llevaban violetas mecidas por la corriente del arroyuelo de su infancia.

El grano de mostaza empieza a expandirse. La madre Cabrini morirá a los sesenta y siete años, después de haber fundado personalmente 67 casas. En los comienzos figura la de Milán, residencia para las muchachas que emigran de los pueblos a la ciudad por razón de estudios. Con idéntico fin fundará otra en Roma poco después y más tarde en Génova.

El papa León XIII, que dio el sello al Instituto, le marcará también el camino. Cabrini buscaba China, los países salvajes. No quería para sus hijas la comodidad de la civilización, que entibiaría su espíritu. Pero...

Por aquel entonces regía la diócesis de Piacenza un santo y celoso prelado, monseñor Scalabrini. Hacía unos años que había fundado una asociación de misioneros que tenía por finalidad asistir, principalmente en América, a millares de emigrados italianos que vivían en una deplorable situación moral y religiosa. Pero a todos ellos les faltaba la delicadeza y la ternura de una madre. Propuso la idea a Santa Francisca Javier. A la madre Cabrini no se le presentaba todavía esta labor en toda su grandeza. No por falta de celo ni de espíritu, sino porque no en balde había acariciado la idea del Oriente durante treinta años.

León XIII conocía muy bien la triste situación de los emigrados italianos en ultramar. Hacía poco tiempo que había lanzado un conmovedor grito de socorro a los obispos americanos para que vinieran en su ayuda. Cuando la madre Cabrini va a exponer al Santo Padre la proposición de monseñor Scalabrini, recibe una orden explícita perentoria: «Al Oriente, no; al Occidente».

Cristo ha hablado por boca de su Vicario. China desaparece como nube arrebolada herida por el sol.

Bastaba recorrer el andén de Turín o asomarse a los puertos de Génova y Nápoles para ver el espectáculo: maletas, fardos pesados, y sobre ellos, sentados, hombres, mujeres y niños.

Muchos analfabetos. Todos sin orientación, sin rumbo fijo, sin ninguna asistencia. Han de buscar en otros horizontes lo que en su patria no encuentran. Víctimas de engaños, sin recursos económicos, van a regar con su sudor y con su sangre los campos, las minas, las industrias de ultramar. Marchan a los grandes desiertos, a las enormes ciudades, a un mundo distinto y extraño, fundidos entre los nativos, entre los franceses, españoles, portugueses, irlandeses... En una mezcolanza impresionante de ideas, de credos y de razas.

Frente a una lucha a muerte contra todo lo que se opusiera al logro de sus legítimos deseos de mejorar o de vivir. Sin asistencia espiritual, sin colegios, sin asilos, sin orfanatos, sin hospitales, sin solidaridad nacional, sin recíproca comprensión, vivían o malvivían a la sazón en América cerca de un millón de italianos. Después este número ha crecido extraordinariamente. Faltaba una asistencia amorosa y paciente que conservara íntegra su fe, mantuviera su esperanza, diera a su camino áspero y duro un sentido noble de misión e hiciera consciente tanto dolor como medio de superación y elevación personal y colectiva. Faltaba una cultura, que de suyo constituye siempre una gran fuerza moral y brinda oportunidad para triunfar. Tan lamentable espectáculo hizo decir a monseñor Scalabrini: «Se me enciende el rostro de vergüenza. Me siento humillado en mi doble condición de sacerdote y de italiano».

El 13 de julio de 1888 había partido para América el primer grupo de misioneros de monseñor Scalabrini: siete sacerdotes y tres legos. Llevaban un crucifijo y la bendición de León XIII. El 21 de marzo de 1889 el navío Bourgogne sale de El Havre llevando a Francisca Javier. Va a Nueva York para hacer su primera fundación. En el camino se cruza un telegrama del arzobispo de Nueva York en el que le anuncia que desiste de sus propósitos de fundar un orfanato por haber fallado sus planes. Por eso, al llegar, las recibe únicamente la estatua de la Libertad. Van la madre y seis religiosas. El saludo de monseñor Carrigan es: «Me

parece que la mejor solución es que regresen a Italia». Este comienzo es el pórtico de una vida llena de penalidades.

Alguien ha dicho: «Si Cristóbal Colón descubrió América, la madre Cabrini ha descubierto a todos los italianos en América». Y es verdad. Fue a su encuentro y los halló en los barrotes de la cárcel, en el campo de trabajo, en la orilla de los ríos, en los muelles de los puertos, en las tabernas, en las buhardillas. Dondequiera que un alma de su tierra sufría y lloraba, allí llegó la madre Cabrini. Con su sonrisa ancha, con afán de servicio, con la ilusión de renovar el follaje seco injertándolo en el árbol perenne, siempre fresco, de la Iglesia. «Trabajemos, trabajemos. Luego tendremos toda una eternidad para descansar», decía constantemente.

A los cuatro meses vuelve a Italia. ¿Cómo relatar ahora en tan breve espacio los diecinueve viajes que realizo a través del Océano?

Fundó en Italia, en Francia, en Inglaterra y en España. Creó personalmente hospitales, preventorios, orfanatos, colegios y asilos en Nueva York, Nueva Orleáns, Denver, Los Ángeles, Chicago, Seattle, Filadelfia, etc.

En América Central fundó en Costa Rica, en Panamá y en Nicaragua.

De la bahía de Costa Rica es esta anécdota: el barco ha fondeado cerca de la costa. En una barquita se acercan las religiosas a tierra para comulgar. Como preparación van cantando. De improviso unas aves, en ordenado vuelo, se colocan encima del esquife. La madre dice: «Son las jóvenes americanas que ingresarán en el Instituto». Una religiosa le dice: «¿No serán las almas que por nuestro sacrificio se salvarán?» La respuesta es inmediata. Millares de aves acuáticas levantan el vuelo y giran en torno de la embarcación. Este doble presagio se cumplirá: a la muerte de la madre Cabrini el Instituto contaba ya con dos mil religiosas. ¿Y quién podrá contar las almas que se han salvado y se salvarán por su mediación? ¿Quién podrá describir su paso por la cordillera de los Andes sobre una mula, y el encuentro con los icebergs frente a Terranova, y las terribles tempestades, tras las cuales, sobre el lomo del mar pacificado, se veían innumerables restos de veleros hundidos, y sus viajes de siete días y

siete noches en tren con altas fiebres? ¿Cómo enumerar las contradicciones de los nativos y connacionales, las estrecheces, las dificultades que surgieron por parte de las autoridades civiles y eclesiásticas, la guerra que le hicieron los masones, los liberales, las sectas acatólicas?

Hizo fundaciones en Buenos Aires, Rosario de Santa Fe, Mendoza. En el Brasil abre colegios en San Pablo y en Río de Janeiro.

El papa León XIII la recibía aun estando las audiencias suspendidas. El venerable anciano, con admiración de los presentes, le ponía su cansada mano sobre la cabeza, acariciándola mientras decía: «La Iglesia abraza al Instituto». Y añadía: «Trabajemos, trabajemos, que después será muy hermoso el paraíso». Después repetiría la Santa: «Tengo asegurado el paraíso. Me lo ha dicho el Santo Padre».

El día 22 de diciembre de 1917 la madre Cabrini entraba en el paraíso prometido. Moría en Chicago.

En la oración fúnebre el obispo de Seattle decía: «Fue una mujer extraordinaria, no solamente en la historia de América, sino en la historia del mundo entero».

El comisario de la Emigración en América afirmó: «La madre Cabrini ha hecho por los emigrantes mucho más que el Ministerio de Asuntos Exteriores».

Pío XI la inscribió en el catálogo de los beatos el día 13 de noviembre de 1938. El papa Pío XII decretó su canonización el día 20 de junio de 1943.

Y el papa Pío XII, el gran papa de los emigrantes, el día de su canonización destacó en un precioso discurso lo fundamental, el impulso interno que animó todas sus obras: era un alma ricamente dotada por la naturaleza y por la gracia. En ella se dieron cita la audacia y el valor, la previsión y la vigilancia, la perspicacia y la constancia. La desconfianza en sí misma se tradujo en confianza inmensa en Dios. Fue misionera del Corazón de Jesús, al que hizo conocer, adorar, amar y servir.

Pío XII recordó la frase de la Santa: «Yo siento que el mundo entero es demasiado pequeño para satisfacer mis deseos». Y a continuación hacía hablar Su Santidad a Porcia, el personaje de Shakespeare, símbolo de la mujer estéril y aburrida: «Mi pe-

queño cuerpo está cansado de este gran mundo». ¡Qué contraste! Fue humilde de corazón, obediente, desprendida y virginal. Vivió una vida de unión íntima con el Corazón de Jesús, autor de la gracia, y con el Corazón de María, madre de todas las gracias.

JAVIER PÉREZ DE SAN ROMÁN

Bibliografía

LUCA, G. DE, *La bienaventurada Francisca J. Cabrini* (Buenos Aires 1943).
SANCTIS ROSMINI, E., *Santa Francesca Saverio Cabrini* (Roma 1946).
Viajes de Santa Francisca Javier Cabrini. Epistolario (Buenos Aires 1957).
• Actualización:
CABALLERO HAMILTON, A., *Santa Francisca Javier Cabrini. Mensajera del amor de Jesús* (Madrid 2005).
Entre una y otra ola. Viajes de la madre Francisca Javier Cabrini, fundadora de las Misioneras del Sagrado Corazón de Jesús (Madrid 1973).
MAYNARAD, T., *Un mundo demasiado pequeño. Vida de Santa Francisca Javier Cabrini* (Madrid 2000).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN QUEREMÓN Y COMPAÑEROS

Mártires († 250)

Tenemos noticias de San Queremón por la carta de San Dionisio de Alejandría a Fabio de Antioquía y por las noticias que sobre la persecución de Decio proporciona Eusebio de Cesarea. Queremón era obispo de Nicópolis en Egipto y era ya un hombre anciano cuando la persecución de Decio. Lo mismo que él otros muchos cristianos hubieron de huir a los desiertos donde muchos murieron de hambre y de sed, otros fueron devorados por las fieras, otros fueron asaltados y muertos por las bandas de malhechores que cruzaban el desierto, de modo que la huida se convirtió para ellos en un encuentro con el martirio. Y a todos ellos los recuerda la Iglesia.

SAN HUNGERO
Obispo († 866)

Hungero era frisio y nació a finales del siglo VIII. Aparece como obispo de Utrecht, cargo para el que fue elegido el 18 de mayo de 854, y le tocó vivir la tremenda experiencia del asalto normando a Frisia, en 857. Utrecht fue tomada y destruida y hubo de concederse a los asaltantes un amplio terreno. El obispo entonces se refugió en Prüm, donde estaba el rey Lotario, haciendo ver la situación de tragedia de su diócesis. Le acompañaban algunos miembros de su cabildo. Se le permitió retirarse al monasterio de Odilienberg, que el rey Lotario le donó el 11 de enero de 858. Estuvo presente en los concilios de Savonières (859) y de Metz (863) y murió, según parece, el 22 de diciembre de 866. Celebrado en la diócesis de Haarlem, no lo registraba el anterior *Martirologio romano* pero sí lo hace el nuevo.

23 de diciembre

A) MARTIROLOGIO

1. San Juan Cancio, de Kety († 1473), presbítero, cuyo tránsito fue tal día como mañana en Cracovia, Polonia **.
2. En Gortina (Creta), santos Teódulo, Saturnino, Euporo, Gelasio, Euniciano, Zótico, Poncio, Agatópodo, Basílides y Evaristo († 250), mártires.
3. En Roma, la conmemoración de San Sérvulo, paralítico († 590).
4. En Chartres (Galia), San Ivo († 1116), obispo **.
5. En Brixen, Beato Hartman († 1164), obispo, anteriormente canónigo regular *.
6. En Islandia, San Torlac († 1193), obispo de Skalholt *.
7. En Canterbury (Inglaterra), San Juan Stone († 1539), presbítero, de la Orden de Ermitaños de San Agustín, mártir en la persecución del rey Enrique VIII **.
8. En Valencia, Beato Nicolás Factor († 1583), presbítero, de la Orden de Hermanos Menores **.
9. En Montreal (Canadá), Santa María Margarita d'Youville († 1771), viuda, fundadora de la Congregación de Hermanas de la Caridad **.

10. En Sao Paulo (Brasil), Beato Antonio de Santa Ana Galvao de França († 1822), presbítero, religioso franciscano, fundador del Recolhimento da Luz **.

10. En Tjyen-Tiyon (Corea), San José Cho Yun-ho († 1866), joven mártir *.

11. En Castellar, Beato Pablo Meléndez Gonzalo († 1936), padre de familia, mártir **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN JUAN CANCIO
Presbítero († 1473)

Hagamos un esfuerzo por imaginarnos el ambiente en que se encuadra la figura de este santo y que es, en verdad, muy diverso del que hemos encontrado al hablar de otros muchos. Porque Polonia, en plena Edad Media, presentaba características profundamente similares. No era sólo su clima, extremado y duro, ni la vecindad, siempre amenazadora de los turcos, ni de la singularidad de su régimen político, fuertemente dominado por una aristocracia que, en su ceguera, habrá de conducir reiteradamente a lo largo de la historia al país hacia su ruina. Es, sobre todo, el carácter abigarrado del elemento humano.

Polonia, sin fronteras naturales, fácilmente accesible a sus vecinos, presentaba entonces, como continúa presentando hoy mismo, una extremada mezcla de razas. Cuando en 1390 nace el que habia de ser San Juan Cancio, su pueblo, Kanty, situado cerca de Auschwitz, al oeste de Cracovia, no pertenecía propiamente a Polonia, sino a Silesia y sólo muchos años después, hacia el fin de la vida del santo, volvería a ser polaco. Pero no demos demasiada importancia a esto, porque todo era mezcla. En las mismas poblaciones inequívocamente polacas, continuaba rigiendo el Derecho germánico, juntamente con el polaco, y no era raro oir hablar alemán. Las mismas costumbres estaban fuertemente impregnadas de orientación teutónica. Lo mismo se diga, y mucho más, de Cracovia, donde habría de transcurrir casi toda la vida del santo. Ciudad cosmopolita, constituía el más importante mercado del Este de Europa. Aún no se había descubierto América, ni la ruta del Cabo de Buena Esperanza

permitía traer los productos exóticos desde el Lejano Oriente. Por eso Cracovia era el gran mercado en que se abastecían españoles, italianos, franceses..., y al que concurrían también húngaros, checos, eslovacos e incluso, en los tiempos de paz, los mismos turcos.

En este ambiente va a actuar nuestro santo. Y lo va a hacer en tiempos de intensa fermentación intelectual. Durante toda su vida ha de sentir frente a sí el peso del atractivo que sobre la multitud estudiantil ejercían las nuevas ideas. La universidad pasaba por un buen momento. Fundada por Casimiro el Grande en 1364, había conseguido en 1397 la Facultad de Teología, y se encontraba al mediar el siglo XV en una etapa de extraordinario florecimiento. Los reyes la habían mimado, y los estudiantes acudían a ella en gran cantidad. Pero los errores de los husitas y taboritas no dejaban de ejercer atractivo y se imponía un trabajo duro para defender la ortodoxia.

Al llegar a la universidad, Juan ponia fin a una educación que pudiéramos llamar casi campesina. Había nacido en el seno de una familia patriarcal, y se había educado cristianísimamente, con una orientación ortodoxa, sólida y segura. Incorporado a la universidad, después de algunas duras pruebas que él supo sobrellevar con firmeza, se dedicó con tal entusiasmo a los estudios que su figura pronto destacó. En 1417 obtuvo el doctorado en Filosofía, y poco después en Teología. Ordenado de sacerdote, nombrado canónigo de Cracovia, obtuvo una cátedra de teología en la Universidad, y continuó residiendo en el mismo Colegio Mayor en que había residido mientras fue estudiante. Fuera de su estancia en una parroquia y de sus viajes, no conocerá Juan ninguna otra residencia.

La estampa que nos ha llegado de él a través de los siglos es la de un profesor universitario verdaderamente ejemplar; sin faltar jamás a clase, enteramente al servicio de los estudiantes, consagrando largas horas al estudio, explicando con claridad y humildad, viviendo intensamente la vida universitaria. Sus méritos le llevarán hasta el mismo rectorado y durante muchos siglos la toga morada que él había ostentado mientras fue rector servirá también a quienes le sucedan en el cargo como una consigna de superación y de fidelidad.

No escapó, sin embargo, a las intrigas, no infrecuentes por desgracia en ambientes universitarios. Cuando el claustro hubo de designar algunos de sus miembros para tareas muy delicadas, pudo observarse que prescindían de él. Es posible que su rectitud hiciera de él un profesor incómodo, de los que no transigen, de los que, con su cumplimiento, constituyen una muda reprensión para los demás. Lo cierto es que un buen día la Universidad, correspondiendo a una petición de los feligreses de la parroquia de Olkusz, le designó como párroco de la misma.

La prueba debió de resultarle dura, porque no suele ser fácil que un intelectual se adapte a las tareas pastorales, en directo contacto con las almas. De hecho nos consta, sin embargo, que fue un párroco admirable, y que en los años, que no fueron muchos, que estuvo al frente de su parroquia, ésta cambió profundamente. Había estado hasta entonces muy descuidada, faltando la instrucción religiosa, existiendo en ella facciones y partidos que se odiaban a muerte, y pudiéndose encontrar no poca indiferencia en algunos feligreses. Pero el párroco consiguió transformar por completo la parroquia: la caridad, la unión fraternal, el destierro de los vicios, proclamaron la fina calidad del buen pastor. Sin embargo, a éste se le hacía dura aquella vida, que parece que le condujo a sentir fuertes escrúpulos, y la Universidad terminó por darse cuenta del disparate que había hecho. En 1340 volvía a triunfar a su cátedra de teología. Y poco después fue designado como profesor de religión de la familia real de Polonia.

Es curioso que el santo, que jamas se permitía faltar a clase, hiciera una excepción para emprender por dos veces muy largos viajes. En efecto, primero emprendió una peregrinación hacia Jerusalén, pasando por Roma, ciudad para él amadísima como sede del Papa. Y años después vuelve de nuevo a emprender el camino de Roma, aunque sin condescender con las peticiones de quienes, pasmados por su ciencia, querían que se quedase allí.

En uno de estos viajes le ocurrió el conocido episodio de su encuentro con los ladrones, que demuestra su amor a la verdad. Cuando le hubieron despojado de todo su dinero le preguntaron si tenía más, contestó que no, pero habiendo recordado que

le quedaban unos escudos cosidos en el forro de su manto, llamó a los ladrones para entregárselo.

Más hermosa aún es la anécdota ocurrida en el refectorio del Colegio Mayor en que vivía. Iba a sentarse a la mesa cuando vio a la puerta un pobre pidiendo limosna. Los ojos de todos estaban fijos en él. Con toda sencillez se levantó, entregó su comida íntegra al pobre y al volver a su sitio... estaba allí la comida. Desde entonces, durante siglos, en el colegio universitario de Cracovia se preparaba siempre una ración para un pobre. «Pauper venit», viene un pobre, exclamaba el rector. «Iesus Christus venit», Jesucristo viene, contestaban todos los reunidos. Y la comida era entregada al pobre.

Notemos que, no sólo en su época de párroco, sino también en su cargo de profesor de universidad, San Juan sentía como exigencia de su sacerdocio el trabajo directo con las almas. Con frecuencia se le veía predicando en las iglesias de la ciudad, ordinariamente en latín, lengua entonces muy corriente en Polonia, y a veces en polaco, porque, paradójicamente, en las iglesias de la ciudad se usaba el latín, mientras en la de la Universidad se usaba la lengua nacional.

Inmensamente limosnero, era el paño de lágrimas de todos los estudiantes necesitados de la ciudad. En cierta ocasión, en medio del crudísimo invierno polaco, cruzando la plaza a media noche, encontró a un pobre que temblaba, le entregó su manteo y siguió a cuerpo, muerto de frío, camino de la iglesia para recitar maitines. Casos como éstos, en ocasiones florecidos de milagros, se conservan en gran número en los documentos de la época.

Murió a los ochenta y tres años, en la vigilia de Navidad del año 1473. Pero antes pronunció, ante todo el claustro de la universidad, reunido en torno a su lecho, una hermosisima alocución, en la que condensó su espiritualidad de sacerdote, de canónigo y de profesor de universidad santo:

> «Confiándoos el cuidado de formar la juventud en la ciencia y en las buenas costumbres, Dios os ha elevado, señores y hermanos mios, lo bastantemente alto para que no dudéis en pisotear, como indigna de vosotros, la gloria que los hombres reciben unos de otros, y cuya búsqueda insensata trae frecuentemente la muerte a nuestras almas. Velad cuidadosamente de la doctrina, conservad el

depósito sin alteración y combatid, sin cansaros jamás, toda opinión contraria a la verdad; pero revestíos en este combate de las armas de la paciencia, de la dulzura y de la caridad recordando que la violencia, aparte del daño que hace a nuestras almas, daña las mejores causas. Aunque hubiera estado en el error sobre un punto verdaderamente capital, jamás un violento hubiera conseguido sacarme de él; muchos hombres están sin duda hechos como yo. Tened cuidado de los pobres, de los enfermos, de los huérfanos».

Su voz se quebró al llegar aquí, sin duda por el esfuerzo que estaba haciendo. Descansó un momento, y continuó después:

«Causa y fin de todo lo que existe, Dios eterno y todopoderoso, que gobiernas y conservas por tu divina providencia todo lo que has creado, recíbeme en tu inefable misericordia, y consiente que por la pasión y los méritos infinitos de tu Hijo, yo me reúna a Ti por toda la eternidad».

Y dicho esto, expiró suavemente.

Toda la ciudad se conmovió. Sus funerales fueron verdaderamente extraordinarios. Pronto empezó el rumor de los milagros obtenidos por su intercesión, que Matías de Miechow primero, y después otros continuadores fueron recogiendo en un curioso diario, en el que se reflejan las costumbres polacas del siglo XV, desde 1475 a 1519. Su cuerpo fue enterrado en la iglesia de Santa Ana de Cracovia, en la que sesenta años después se le dio una sepultura más honrosa. Sin embargo, su causa de beatificación se fue retrasando durante muchos años. En 1628 el cura de la iglesia de Santa Ana, Adán Opatavius (Opatowczyk) publicó una vida con un catálogo de milagros, en latín. En 1632 aparecía la traducción polaca. Y en 1680 Inocencio XII le beatificaba. Por fin, el 16 de julio de 1767, Clemente XII le canonizó, cinco años antes de la primera partición de Polonia. Su fiesta fue fijada el 20 de octubre y elevada por Pío VI en 1782 a rito doble.

«Insigne Juan, tú eres la gloria de la nación polaca, el orgullo del clero, el honor de la Universidad, el padre de tu patria».

LAMBERTO DE ECHEVERRÍA

Bibliografía

Acta sanctorum. Octobris, t.VIII p.1042-1108.
Analecta Bollandiana 8 (1889) 382-388.
BENOIT, E., *Vie de Saint Jean de Kanti* (París 1862)

SAN IVO DE CHARTRES

Obispo († 1116)

De aquella entrada solemne del obispo de Chartres en la capital de su diócesis se habló mucho por entonces en Europa, Los chartrenses acogieron a su pastor con alborozadas muestras de júbilo: le vitorearon y se postraron a lo largo de las rúas para recibir de nuevo su bendición. Cuando el obispo hubo recorrido las calles recogiendo el homenaje de sus diocesanos, éstos no sabían adónde llevarle. La residencia episcopal estaba desmantelada y cubierta de suciedades por obra del vizconde de Chartres, que durante la ausencia del obispo había malbaratado y profanado los bienes de la mitra.

No era ésta la primera entrada en su diócesis. Venía de la prisión, donde había pasado algunos meses por recriminar la conducta escandalosa del rey. Felipe I de Francía había expulsado a Berta, su mujer legítima, y se había unido a Bertrada de Monfort, esposa del conde de Anjou. El escándalo de este doble adulterio fue enorme. En realidad, no era el obispo de Chartres el superior inmediato del rey a quien correspondía tomar cartas en el asunto. Pero el obispo de Sens y otros muchos de aquella época no tenían autoridad para hablar. Muchos obispos y clérigos estaban aseglarados; recibían el mando de sus diócesis de las manos del rey y a él servían más que al bien de las almas. A esta concesión real de los poderes sagrados la llamaban la investidura laica. Los obispos, al recibirla, se convertían en señores feudales y como tales vivían. Un tal Ulrico de Imola teorizaba sobre la conveniencia del matrimonio de los clérigos y sus palabras caían como rocío en los corazones corrompidos. Era la herejía nicolaita, que estragaba a la Iglesia y desautorizaba la predicación de la palabra divina.

El obispo de Chartres no calló. El rey quería atraérselo y le invitó para que asistiera a sus bodas adulterinas. San Ivo se negó a asistir y comenzó una campaña epistolar encaminada a evitar el escándalo. Se atrevió a afear al rey mismo su conducta. En estas cartas aparece lo que fue siempre norma de su vida: sumo respeto a la autoridad del rey y a sus prerrogativas, grande amor a la institución monárquica, pero suma libertad de obispo para reprender, corregir y predicar. El rey no estaba dispuesto a tole-

rarlo, y menos aún Bertrada, cuya doblez y lascivia quedaban patentes en las reprensiones de San Ivo. La respuesta del rey y de su concubina es la que comúnmente utiliza el vicio poderoso: la violencia. Y como los poderosos tienen siempre quien les sirva sin escrúpulos, el vizconde de Chartres invadió a mano armada los bienes del obispado y metió al obispo en prisión en su castillo de Puiset para quebrantar su resistencia, haciéndole sentir el poder de la autoridad. Llegó a faltarle el pan. El abad de Fécamp, entre otros, le escribía para consolarle y le felicitaba por sufrir persecución por los mismos motivos que otrora San Juan Bautista.

Los diocesanos estaban indignadísimos y trataron de organizar una expedición militar para liberar a San Ivo por la fuerza y reponerlo en su obispado. El santo obispo se opuso del modo más explícito.

> «Rogad por mí —les escribía— como los primitivos cristianos por San Pedro encarcelado, pero os prohibo que vengáis por la fuerza. No aplacaréis a Dios incendiando y devastando, no me haría favor el que llegaran a los oídos divinos los clamores de los pobres y los lamentos de las viudas. Soy vuestro pastor; no he conquistado la mitra por las armas y no volveré a Chartres por la violencia».

San Ivo sabía ser yunque resistente que mella el martillo que lo golpea. Auxiliado por la gracia divina, no cedió ni al favor ni a la violencia, y el vizconde hubo de libertarlo.

Había nacido cincuenta y dos años antes en Beauvais, hacia el año 1040. Sus padres, Hugo de Auteil e Himelberga, eran acomodados, pero no nobles, según asegura en una de sus cartas. Allí estudió sus primeras letras, sin duda en la escuela de alguna de las iglesias. Cuando el muchacho hubo recibido la educación primaria, sus padres enjaezaron las acémilas y le llevaron a París para que estudiara humanidades y filosofía. Afanoso de aprender y también, sin duda, movido de vocación divina, entró en la abadía benedictina de Bec, entonces celebérrima. Enseñaba en ella Lanfranco, antiguo profesor de derecho romano en Pavía, que habia abandonado la vida seglar para hacerse benedictino. La afición de San Ivo a los estudios jurídicos y su intenso amor a la vida monástica se relacionan, sin duda, con el magisterio de Lanfranco. Allí tuvo como condiscípulo a San

Anselmo de Cantorbery. Dos condiscípulos con los mismos ideales de ciencia y de santidad en la misma clase; Dios preparaba sus planes misteriosamente. Más tarde los dos serían obispos y los dos campeones en la lucha de las investiduras. Pero por entonces Ivo no soñaba con planes episcopales. Cuando hubo terminado sus estudios regresó a su tierra de Beauvais y continuó hasta Nesle, en Picardía, para ingresar en el cabildo de canónigos de aquella ciudad.

Los cabildos no eran en aquella época lo que en tiempos anteriores habían sido: un grupo de clérigos en vida común junto a su obispo ocupados en el oficio divino, en el estudio y en la asistencia a su prelado en el gobierno pastoral. Se habían relajado bastante. Cuando San Ivo comenzó su nueva vida añoraba sus días fervorosos y laboriosos de la abadía de Bec y prudentemente se esforzaba por mejorar la situación. Su fama de hombre docto, espiritual y prudente se extendía sin cesar. Por entonces vacó la sede de Beauvais, su tierra natal. Para proveerla eligieron a un piadoso deán llamado Guido, afanoso como Ivo por la reforma de los cabildos. Fundó en las afueras de la ciudad un monasterio de canónigos regulares en honor de San Quintín mártir, y llamó a Ivo para que, como abad, lo gobernara.

El nuevo abad colmó las esperanzas de su obispo. El cabildo vivía en régimen de monasterio bajo la regla de San Agustín; San Ivo escribió las constituciones, organizó la vida común y hasta abrió una escuela de teología en la que él mismo enseñaba. Durante los catorce años que estuvo al frente de su cabildo vio salir de él, al menos, a nueve obispos y muchos deanes para otros cabildos que se inspiraron en la reforma de San Quintín.

Un día también él tuvo que salir.

El obispo de Chartres, Godofredo, era uno de los muchos malos pastores que entonces padecía la Iglesia. Dos veces había sido juzgado por el papa San Gregorio VII por simonía y otros vicios, y las dos veces había logrado evitar la deposición. Pero, lejos de enmendarse, su conducta era cada vez más escandalosa. Urbano II le juzgó de nuevo y, ante las pruebas abrumadoras de su avaricia y de su lascivia, Godofredo fue depuesto. Había que enviar a Chartres un obispo cuya virtud hiciera olvidar los es-

cándalos del anterior. Urbano II escribió al clero y pueblo de Chartres para notificarles la deposición de Godofredo, y a la vez les recomendaba que eligieran a Ivo, abad de San Quintín, cuyo buen nombre había llegado hasta Roma.

Los chartrenses no vacilaron. Siguiendo la costumbre de entonces, el clero hizo la elección en presencia del pueblo, el cual la aprobó con sus aclamaciones.

Ivo recibió la noticia sin ningún entusiasmo. No tenía ninguna gana de dejar su vida de recogimiento y estudio; por otra parte, los amigos de Godofredo, el obispo depuesto, le pusieron todas las trabas imaginables. Ivo quería renunciar a su elección, pero el Papa repuso que, si Ivo no necesitaba el episcopado, el episcopado le necesitaba a él. El rey Felipe le envió el pectoral en signo de su agrado por la elección. Ante esto el santo abad hizo de su nuevo cargo un deber de conciencia. Fue a Roma y el Papa le consagró obispo el 24 de noviembre de 1090 y le envió a Chartres con una carta de recomendación para sus nuevos diocesanos. A partir de entonces comienza su carrera episcopal de veintiséis años, que ha quedado descrita en su abundante y sapientísima correspondencia.

A los dos años de su consagración comienzan sus gestiones en el asunto de la unión adulterina del rey Felipe, que le trajeron como consecuencia la prisión. Liberado de ella, San Ivo siguió condenando con valentía la conducta del monarca y oponiéndose a que esa unión se legitimara ante la Iglesia por la bendición nupcial. «Antes de ser escándalo para los débiles prefiero que me arrojen al mar con una rueda de molino al cuello», decía al rey. En otra carta dirigida a todos los obispos les hablaba así: «Os suplico que no permanezcáis como perros mudos, sin valor para ladrar». Durante doce años vivió en la inquietud; tentativas de mediación, viajes, concilios varios, intervenciones ante la Curia romana, excomunión del rey, absolución, nueva excomunión. Incomprensión por parte de los obispos contemporizadores, acusaciones de terquedad. El rey tenía entonces un papel preponderante en la elección de obispos, y procuraba elegir candidatos dispuestos a tolerar su unión con Bertrada. San Ivo salía al paso de los proyectos reales, consiguiendo que fueran rechazados muchos pretendientes indignos, y promovidos los sabios y virtuosos.

Fue una lucha emocionante por la santidad y el honor del sacerdocio. Este constante forcejeo le traía cada día su dosis de disgustos y sinsabores. Recordaba con nostalgia sus años de vida regular; en 1092 escribía a sus canónigos de San Quintín:

> «Por todas partes encuentro dificultad y persecución. El obispado es un suplicio; el honor, un agobio; la elevación, una tempestad que amenaza con el naufragio. Comparando las ventajas y los inconvenientes de mi estado, a veces me ocurre deleitarme en pensamientos y deseos de una persecución por causa de la justicia que llegara a privarme de mi cargo pastoral, tan lleno de amarguras e inquietudes, de tempestades y angustias; entonces podría descansar en seguridad deleitosa y luminosa. Pero luego me reprocho estos pensamientos y me someto a la voluntad divina; y no me atrevo a hurtar mi cuerpo al trabajo, sabiendo que no muero para mi, sino para Aquél que murió por nosotros. No puedo ser el siervo malo y perezoso».

Por fin los esfuerzos de San Ivo consiguieron el arrepentimiento del rey y su absolución por el papa Pascual II. Felipe y Bertrada prometieron con juramento ante una asamblea de obispos que se separarían. Así acabó, por fin, aquella situación, manantial de dificultades y turbulencias para la Iglesia francesa.

Mucho más grave aún que el problema del matrimonio real fue la cuestión de las investiduras y la herejía nicolaíta. También aquí fue San Ivo un personaje de primer plano en su siglo.

La época de San Ivo es una de las más convulsas y terribles por las que ha pasado nuestra santa madre la Iglesia. La situación a que se había llegado era espantosa: muchísimos clérigos y obispos tenían concubinas; hubo quienes llegaron a celebrar sus bodas sacrílegas con la mayor fastuosidad. Esta lamentabilísima situación procedía de que el Papa no tenía parte en la elección de los obispos: eran los reyes y señores feudales los que los nombraban, casi siempre mediante sobornos y dinero. Tenían incluso un rito para el nombramiento, que consistía en entregar el báculo y el anillo con las palabras «Recibe la diócesis». A esta entrega de la diócesis la llamaban la investidura laica. También los sacerdotes eran nombrados por los señores seglares, porque las iglesias eran de propiedad particular. En estas condiciones fácilmente se comprende que los nombramientos recayeran en clérigos sin vocación eclesiástica, que buscaban los oficios sagrados para provecho propio, no para el servicio de Jesucristo y

de las almas. De ahí el concubinato de los clérigos y la simonía o compraventa de los oficios eclesiásticos. A tales calamidades se llega cuando los políticos usurpan los poderes sagrados que el Señor Jesucristo depositó en su Iglesia.

El Papado yacía impotente, cercado por la avaricia, la lujuria y la soberbia de todos. Y, sin embargo, sólo la Santa Sede podía poner remedio a este espectáculo lamentable. Comenzó con tímidas iniciativas el papa Esteban IX, que había logrado su tiara por elección canónica, sin imposición del emperador. Pero sus voces caían en el vacío y sus condenaciones de los jerarcas que lograran por dinero los cargos eclesiásticos quedaban incumplidas y olvidadas. Era necesario un gigante en la sede de San Pedro, capaz de poner orden en aquel caos. Dios lo suscitó en la persona de Hildebrando, Papa con el nombre de San Gregorio VII, el cual llegó al solio pontificio con la convicción de que su misión era acabar con la investidura laica, que era la razón del cáncer que roía la Iglesia. Con todos los poderes del mundo enfrente, como si fuera la cosa más elemental y sencilla, prohibió la simonía y el concubinato, exigió que se negara obediencia a los clérigos casados y suprimió de un plumazo las investiduras. El que se ordenara por dinero quedaba suspenso del orden recibido y el que recibiera la investidura de un laico perdía su autoridad.

El golpe era temible, pero necesario. El griterío que se levantó en Europa fue espantoso: comenzaba la contienda de las investiduras. Salvo en España, ocupada entonces en su Cruzada contra los musulmanes, todas las malas pasiones se dieron cita en aquel combate que duró más de medio siglo. Las espadas, la diplomacia y los escritos polémicos fueron a ocupar su puesto en el frente de combate. La situación se agravó rápida y peligrosamente. Se acusaba al Papa de herejía, de obstinación, de soberbia: se decía que no era un pastor, sino un lobo furioso. Se prodigaron las excomuniones, y el mismo emperador fue excomulgado, absuelto tras tres días de penitencia en Canosa, y luego otra vez excomulgado y depuesto. Pero éste respondió con un sínodo de treinta obispos cismáticos, que declararon depuesto a San Gregorio VII y nombraron a un antipapa: luego se presentó con un ejército ante la Ciudad Eterna y la tomó para instalar en ella a su antipapa. El santo pontífice tuvo que huir y

murió en el destierro. Cuatro años más tarde las tropas de Urbano II se apoderaban de Roma y el pueblo aclamaba al Papa legítimo. El emperador no se da por vencido: organiza una nueva expedición militar y el antipapa anuncia en un tono bravucón que pronto acabaría la guerra con su triunfo. Un monje de Hersfeld escribía un libro sobre la unidad de la Iglesia lleno de invectivas contra el Papa, a quien acusa de haber despojado, dividido y desgarrado la Iglesia de Cristo.

Cuando este libro comenzó a circular por Europa, San Ivo era consagrado obispo de Chartres por el papa Urbano II, expulsado de Roma por las tropas imperiales. La contienda había comenzado hacía ya cuarenta años, mientras el niño Ivo jugaba en las verdes campiñas de Beauvais. El tema de actualidad en su época de estudiante era la lucha por la independencia de la Iglesia, la elección del Papa por los cardenales, sin intervención de los reyes, que había quedado sancionada en el concilio de Letrán de 1059. Las novedades literarias que apasionaban al joven estudiante eran el tratado contra las investiduras del cardenal Humberto y las gestiones de San Pedro Damiano, que recorría Europa para trabajar por la reforma de la Iglesia. Más tarde en su soledad de Bec y luego en su puesto de abad de San Quintín leyó las admirables obras de San Pedro Damiano sobre la castidad sacerdotal y contra las investiduras. A medida que la lucha se enconaba llegaron a sus manos Bernaldo de Constanza, Anselmo de Luca, Guebhardo de Salzburgo; la resaca de la contienda arrastró hasta su mesa abacial los libelos de los que, débiles, ambiciosos o equivocados, habían puesto su pluma y su ingenio al servicio de los reyes y señores: Sigberto de Grembloux, el Anónimo de York y otros. Al frente de su fervorosa comunidad y en sus lecciones de cátedra, lejos de la pasión polémica, San Ivo estaba atento: estudiaba, criticaba los libros nuevos, pensaba, buscaba soluciones y enseñaba. Estudiaba concienzudamente las leyes antiguas de la Iglesia, y soñaba con verlas de nuevo practicadas en una Iglesia limpia y fuerte. Más aún que a los panfletistas y aduladores del emperador temía a los escritores del tipo de Bonizón de Sutri, con sus panegíricos del Papa violentos y parciales, amigo de soluciones extremistas y utópicas. Su presencia en la polémica, decía Ivo, no hace otra cosa que dar buenos argumentos a los contrarios.

Cuando San Ivo fue consagrado obispo, la polémica estaba en estado incandescente. Cada elección, cada acto de los reyes de Francia y de Inglaterra, levantaba pugnas tempestuosas entre los partidarios de la investidura y los amigos del Papa.

San Ivo no fue investido por ningún seglar: fue elegido por sus diocesanos y consagrado por el Papa en persona. Con este gesto se ponía, desde el primer momento, del lado de los papas. No era, pues, sospechoso, pero tampoco era un intransigente. Dotado de un gran sentido de la realidad, rígido en los principios, pero flexible y hábil en su aplicación; habituado de antiguo a mandar hombres, lo cual le había enseñado a discriminar lo ideal de lo hacedero, era el hombre sereno, tenaz y exento de pasiones, clarividente de soluciones prácticas y tesonero para conseguirlas. Comprendía que entre los legados y consejeros de los papas había también pasiones excitadas por la contienda, y que con actitudes extremosas no era posible alcanzar soluciones viables.

Fue él quien formuló la exacta interpretación y aplicación de la frase evangélica: «A Dios lo que es de Dios y al césar lo que es del césar». En cosas temporales, los reyes y el emperador no están bajo la autoridad del Sumo Pontífice. La investidura —escribía San Ivo a Hugo, legado pontificio— es un acto doble. Por una parte, da unos poderes espirituales, y ésos no los puede conferir ningún laico. Pero, además, el obispo electo recibe bienes temporales unidos a su sede. No hay inconveniente en admitir para esta entrega la investidura del rey.

Al plantear el problema con esta categórica distinción entre lo espiritual y lo temporal y al darle esta solución moderada, Ivo de Chartres demostraba a la vez su sagacidad intelectual y su sentido de la realidad. Pero con ello se enfrentaba contra todos y a nadie contentaba. Urbano II, instigado por sus legados, llegó a desautorizar explícitamente a San Ivo, el cual se creyó obligado a dimitir. Transido de amargura, pero con la entereza de siempre, escribía al Papa:

> «De los Alpes para acá, no conozco a nadie que haya sufrido como yo afrentas e injusticias por su fidelidad al Papa y a sus mandamientos. Pero ya que mis palabras, por lo que sea, os disgustan, prefiero renunciar al obispado que no sentir, con razón o sin ella, vuestro enojo. Dejaré de ser vuestro servidor, pero no vuestro

hijo. Por mis experiencias anteriores a mi cargo episcopal sé que más aprovecharé a la Iglesia de Dios con mi ejemplo en la vida privada que no por el ministerio de la palabra en el obispado».

Pero el Papa, que conocía su fidelidad, no quiso privarse del venerable prelado que había sufrido cárcel por su defensa de la moral cristiana al condenar el adulterio de Felipe I. San Ivo calló por el momento. Supo compaginar su amor a la Santa Sede y su humildad con su docilidad a lo que creía verdadero. No renunció a ninguna de sus ideas, pero no cayó en el vicio de la obstinación. Entretanto la controversia ardía en Inglaterra, cuyo rey, Enrique I, cometía los mismos desafueros que el de Francia y que el emperador de Alemania. San Anselmo, condiscípulo de San Ivo en la clase de Lanfranco y sucesor de éste en la silla primada de Cantorbery, vagaba por Europa expulsado por el rey, que no soportaba la entereza con que el santo obispo proclamaba los derechos de la Iglesia. También allí acudió San Ivo a componer la discordia. Recordó al rey en una carta sus deberes de católico y le exhortó a buscar lealmente una solución. «No es posible un buen gobierno sin unión estable entre la realeza y el sacerdocio», le decía. Por el momento se contentaba con esta discreta intervención. Encargó a su discípulo y amigo Hugo de Fleury que escribiera un tratado dedicado al rey acerca de la potestad real y la eclesiástica. Los críticos ven, tras la firma de Hugo, a San Ivo, puesto que repite las ideas de éste sobre la distinción entre ambas potestades con fidelidad y precisión. Una mujer piadosa, la hermana del rey, hizo lo demás. Reunió en una entrevista a su hermano y al arzobispo San Anselmo, y, sobre la base de las ideas de San Ivo, se pusieron de acuerdo. El papa Pascual II no tuvo inconveniente en aceptar esas ideas y el conflicto terminó felizmente.

Dos años más tarde obtuvo San Ivo otro señalado triunfo poniendo fin a la lucha en Francia en el concilio de Troyes. Pero quedaba aún el tremendo problema de Alemania. Negociaciones, embajadas, revueltas sangrientas, sacrilegios, incendios y mil libros y folletos escritos para defender la investidura laica o la tesis opuesta gregoriana. El emperador Enrique V decide utilizar la traición y la violencia. Conviene en el Concordato de Sutri en renunciar a la investidura a base de las soluciones de San Ivo, aceptadas en Inglaterra y Francia. Va en seguida a Roma a

ser coronado por el Papa. En medio de la ceremonia de coronación el emperador declara que no acepta la solución firmada en Sutri. La ceremonia termina con una espantosa reyerta en la que participa el pueblo romano en favor del Papa. Éste cae prisionero de las tropas imperiales y, obligado por la fuerza, firma un documento en el que concede al emperador los derechos plenos de investidura.

Tras este terrible fracaso hay que comenzar de nuevo desde el principio. El peligro viene ahora de los que se indignan por la debilidad del Papa ante el emperador y le llaman impío, Judas y profeta corrompido. En las provincias de Lyón y Viena se pretende nada menos que reunir un concilio para juzgar al Papa y deponerlo. San Ivo, con sus setenta y dos años, recomienza su labor de viajero y diplomático. Su influencia es hoy enorme. Por su obra canónica, por su intervención en todos los conflictos religiosos, por su fidelidad a la monarquía y al Papa, San Ivo había adquirido una extraordinaria autoridad, justificada por su valor intelectual, su prudencia y su celo religioso. Visita, convence, escribe cartas maravillosas y logra evitar el cisma haciendo oír la voz de la prudencia, la misericordia y la ortodoxia. Excusa a Pascual II «con un amor filial»; recuerda a todos que el Papa ha sido objeto de un acto de fuerza y vuelve a insistir frente a los extremistas en la posibilidad de arreglo con su teoría de la doble investidura.

El Papa, al verse al fin libre y apoyado por la Iglesia, condena el privilegio y se queja de la violencia que se le ha inferido. El emperador organiza una nueva expedición militar contra el Papa, precedida, como las anteriores, por una ofensiva propagandística de intelectuales a sueldo. Los legados pontificios le excomulgan. El emperador se acerca a Roma y el Papa huye. San Ivo, consumido de trabajos y preocupaciones, rinde al Creador su alma cargada de méritos en 1116. La controversia terminó al fin con el Concordato de Worms. Fue la más hermosa victoria de San Ivo, porque este Concordato aceptó las soluciones por las cuales él había luchado durante toda su vida de obispo. Pero San Ivo, el gran campeón, no vio este triunfo con sus ojos corporales. Seis años antes había muerto.

TOMÁS GARCÍA BARBERENA

Bibliografía

IVO DE CHARTRES (SAN), *Epistolario:* PL 162.
CHEVALIER, U., *Répertoire de sources historiques de Moyen Âge,* I (París 1905) cols.2290-2291.
VARILLAS, *L'esprit d'Yves de Chartres dans la conduite de son diócesis et dans les cours de France et de Rome* (París 1701).

SAN JUAN STONE

Presbítero y mártir († 1539)

Estamos ante el rubí de la familia agustiniana en la Inglaterra del XVI. Presbítero agustino inglés él mismo, efectivamente, y mártir de los de sangre copiosamente derramada, brilla hoy con luz propia en el firmamento de la Iglesia universal, allí donde las aureolas de beatitud se adornan de palmas martiriales. Su ejecución tuvo lugar en Canterbury probablemente el 27 de diciembre de 1539, como consecuencia de su cerrada negativa a reconocer en Enrique VIII al jefe de la Iglesia en Inglaterra. El rey, esa fue siempre su firme convicción, «no podía ser cabeza de la Iglesia en Inglaterra, debiendo serlo un padre espiritual nombrado por Dios», es decir, el Papa. El marco, pues, dentro del cual procede encuadrar la vida y martirio de nuestro personaje no es otro que el de los conflictos surgidos en pleno siglo XVI entre la Iglesia católica e Inglaterra. Beatificado por León XIII el 9 de diciembre de 1886, fue inscrito en el catálogo de los santos por el papa Pablo VI el 25 de octubre de 1970 con otros treinta y nueve mártires ingleses de aquella época, sacerdotes unos, religiosos y laicos otros, hombres y mujeres de muy variada condición social los más, todos, insisto, sacrificados por la defensa de la verdad y de la unidad de la Iglesia. Ellos son conocidos hoy como los *Cuarenta mártires de Inglaterra y Gales.*

El 3 de noviembre de 1534, el Parlamento inglés, en abusiva intromisión religiosa y flagrante extralimitación de poderes, declaraba con las llamadas «actas de supremacía» que el rey era el jefe supremo de la Iglesia en Inglaterra. Resultaba oficializado así, más aún, ejecutado y obligatorio para los súbditos todos de la Corona el cisma entre la Iglesia anglicana y la Iglesia católica. La misma Cámara decretó en marzo de 1536 suprimidas las casas religiosas cuyos ingresos fueran inferiores a las 200 libras

por año. Era el tope mínimo de la suma establecida para una comunidad de trece religiosos. En ningún momento aflojó la presión, antes al contrario, fue más bien endureciéndose hasta que el Parlamento dio en 1538 el golpe definitivo, con la escasa resistencia, desde luego, de aquellos que hoy son mártires: desdichadamente muchos clérigos y laicos, por no decir la mayoría, fracasaron por el camino. Las gloriosas excepciones dichas evitaron lo que, de no haber sido así, hubiera derivado en un capítulo negro de traiciones y defecciones eclesiales en Inglaterra.

Desde que los agustinos asientan sus reales en aquellas tierras su prestigio no cesa de crecer en los ambientes cultos de la sociedad medieval, y entre sus filas muy pronto sobresalen hombres de elevado espíritu y nobles propósitos religiosos. Como predicadores y confesores son muy solicitados, y en el campo de la ciencia y de la actividad literaria florecen renombradas figuras de la Orden. También los agustinos, pues, que no van a ser precisamente una excepción en medio de la vorágine persecutoria, tienen que hacer frente con madrugadora prontitud a graves dificultades del momento, y aguantar impasibles la tormenta desencadenada por Enrique VIII. De hecho, a finales de 1538 ya estaba encerrado en la cárcel mayor de Canterbury nuestro santo mártir Juan Stone.

A los religiosos no les quedaba otra alternativa que elegir una de estas tres posibilidades: o jurar fidelidad al rey y abandonar la vida religiosa, o refugiarse en el extranjero, o afrontar con gran presencia de ánimo la cárcel y, a menudo, con gran probabilidad también la muerte. El padre Juan Stone, del convento agustiniano de Canterbury, tomó la decisión más coherente con su fe cuando el 14 de diciembre de 1538 un «visitador» regio se personó en las puertas mismas del convento con orden de cerrar la casa y hacer firmar a los miembros de la comunidad el prescrito juramento de fidelidad. Muchos acabaron sometiéndose por temor: las amenazas, coacciones, presión, en fin, no tenían límite. Pero Juan Stone aguantó impávido. Más aún, se opuso en redondo, con las palabras antedichas, a que se reconociese a Enrique VIII como jefe de la Iglesia de Inglaterra.

Ciertamente, no abundan los documentos sobre la vida de San Juan Stone. Consta, eso sí, que fue religioso agustino fidelí-

simo a la causa de Roma y a la unión con el Papa, llegando por ello a sufrir el martirio después de un año de penalidades en la prisión. Los agustinos, como ya se ha dicho, ejercían el sagrado ministerio en Canterbury y él, probablemente natural de dicha ciudad, vivía en aquel convento. El hecho es que a mediados de diciembre de 1538 se presentó el enviado del gobierno para practicar las conocidas diligencias de intimidación con el resultado ya conocido. Una vez en prisión, compareció ante el primer ministro, Thomas Cromwell, quien echó mano de las habituales artimañas intimidatorios por ver si le arrancaba su asentimiento a la nueva normativa, pero nada ni nadie consiguió rendir su voluntad. Es más, durante los doce meses siguientes a su encarcelación resolvió, por espontánea voluntad, añadir ulteriores penitencias a los ya numerosos sufrimientos que se le infligían, para, de ese modo, adiestrar bien el espíritu y sacar fuerzas de flaqueza con el propósito de permanecer fiel a Cristo en el momento de la prueba final. La sentencia con la que se cerró el proceso fue, efectivamente, perentoria: el «papista» era condenado a la pena de muerte.

Refieren los historiadores que Juan Stone alcanzó la corona del martirio en Canterbury, pero que antes, estando él todavía en la prisión, no cesó de elevar oraciones a Dios. Es más, aseguran que después de haber ayunado por tres días, oyó una voz, aunque sin ver a nadie, que pronunciaba su nombre y le invitaba a tener ánimo y afrontar la muerte con valor, por la fe que había profesado. Tal ardor y fuerza produjo el hecho en su espíritu que ningún intento disuasorio ni terror de ningún género pudieron desmoronar el granítico bastión de su fortaleza interior. Nicolás Harsfield, valiente polemista católico, él mismo más tarde confesor de la fe, en su calidad de archidiácono de Canterbury, pudo recabar noticias de muchos que habían tenido acceso a Juan Stone en la cárcel, los cuales pudieron proporcionarle así éste y ulteriores detalles relativos a los diversos condenados, y muy en concreto a Juan Stone.

Una serie de providenciales circunstancias nos informan con minuciosidad de la espeluznante ejecución del agustino. En el libro de cuentas del camarlengo de Canterbury hay una lista de gastos a cargo de la caja común que el macabro mecanismo

de aquellas horas originó. Tal vez sea el único documento escrito de tan triste historia. Son diecisiete rótulos, cada uno con un lenguaje a cual más espantoso:

> «Por media tonelada de madera para hacer un par de horcas para la ejecución del fraile Stone; por un cabestro para colgarle; a dos hombres que dispusieron la caldera y le cocieron en agua hirviendo».

Llegado el momento supremo, 23 de diciembre de 1539, la víctima fue sacada de la cárcel fuertemente custodiada y sujeta a una tabla y atada a la cola de un caballo. Así fue conducido Juan Stone hasta el lugar del suplicio; peor aún: arrastrado por el suelo sin ninguna consideración, como a una bestia camino del desolladero. Una procesión lenta, solemne, lúgubre, fue avanzando por las concurridas calles de Canterbury hasta una colina fuera de las murallas. Allí fue cruelmente ahorcado el humilde religioso. Acto seguido, según la inhumana costumbre del tiempo y del lugar, su cuerpo fue despedazado y sus restos cocidos en una caldera.

Humilde religioso, digo, nuestro Juan Stone, a primera vista una persona sin brillante historia, sin hechos de relieve conocidos, sólo con la conciencia tranquila del deber cumplido y con el profundo abrazo de fidelidad dado a la cruz en la subida a la colina de aquel calvario inglés. Tan irrelevante humanamente hablando había sido su anterior historial que apenas podemos hablar hoy poco más que de su muerte, en la cual, por cierto, eso sí, nos dejó un acabado ejemplo de sublime entereza y sólida fe, de radical identificación con Cristo. Negado en redondo a reconocer al rey como jefe de la Iglesia y a firmar los documentos con los que se pretendía legitimar semejante usurpación, para gloria suya imperecedera supo condenar también con ello, ¡y cómo!, la rebeldía del monarca, y mantenerse en sus trece pese a las amenazas, y reafirmarse en que la dirección suprema de la Iglesia, por institución divina, correspondía al Papa como sucesor de Pedro. Tan valiente actitud en medio de tantas y tan lamentables defecciones causó, como es comprensible, muy honda sensación en la ciudad, y para evitar que cundiera ese «mal ejemplo», el emisario del rey, un ex dominico llamado Ricardo Ingword por más señas, lo puso en conocimiento de

Cromwell, que era como el comecocos y hombre de los horrores del momento en la Corte, y lo hizo mediante una carta que aún se conserva. De allí, como el hilo del ovillo, salió lo demás.

La fama que este sacrificio reportó al inolvidable agustino de Canterbury se conoció pronto por el mundo cristiano y fue celebrada en verso y en prosa como gesta merecedora de veneración y digna de piedra blanca. Fue, en realidad, heroica muerte que, andando el tiempo, reportaría señalado provecho a la Iglesia y a los mismos agustinos, quienes, pasada la tormenta, terminaron por volver a las Islas y abrirse a un sonriente futuro. Y aunque las casas de mortero y piedra de entonces han desaparecido, la gloria de este martirio brilla cada vez con mayor esplendor para sus hermanos que saben extraer este mensaje: sólo la fidelidad a la Iglesia puede hacer a un religioso verdaderamente grande.

> «Nuestro tiempo tiene necesidad de santos —dijo Pablo VI el día de la canonización—, y de modo especial del ejemplo de aquellos que han ofrecido el testimonio supremo de su amor por Cristo y por su Iglesia: "Nadie tiene un amor mayor que aquel que da la vida por sus propios amigos" (Jn 15,13). Estas palabras del Divino Maestro, que se refieren en primer término al sacrificio que él hizo sobre la cruz, ofreciéndose para la salvación de toda la humanidad, valen también para la grande y selecta legión de los mártires de todos los tiempos, desde las primeras persecuciones de la Iglesia naciente hasta aquellas otras —acaso más ocultas pero no menos crueles— de nuestros días».
>
> «El martirio de los cristianos —prosiguió el Papa— es la manifestación y la señal más sublime de este amor, no solamente porque el mártir permanece fiel a su amor hasta el derramamiento de la propia sangre, sino también porque este sacrificio viene realizado en aras del amor más alto y noble que pueda existir, es decir, por amor de aquel que nos ha creado y redimido, que nos ama como solamente él sabe amar».

Había en la canonización de los *Cuarenta mártires de Inglaterra y Gales* sacerdotes seculares y regulares, religiosos de diversas órdenes y de rango diverso, laicos, hombres de nobilísimo linaje y de condición modesta, mujeres casadas y madres de familia. A todos unía su inquebrantable fidelidad a Dios que les pidió, como respuesta de amor, el sacrificio de la vida. De ahí que todos sigan siendo ejemplo radiante del cristiano que verdaderamente vive su consagración bautismal. Su trabajo y sacrificio no

fueron vanos, antes bien, contribuyeron a la conservación de la fe católica de Inglaterra y Gales.

El hermano de hábito de Juan Stone, el célebre y bienaventurado Santiago de Viterbo, escribió unas palabras que resumen perfectamente los sentimientos de nuestro santo mártir cuando el contencioso entre Roma e Inglaterra:

> «Éste (el Papa) es, pues, a quien compete universalmente el cuidado de apacentar a las ovejas y los corderos de Cristo; a quien incumbe la solicitud de todas las Iglesias; a quien toda alma debe estar sujeta por derecho como a una excelentísima potestad, la cual, si no está sujeta, no es capaz de conseguir la salvación, lo mismo que si no está en la unidad de la Iglesia, pues no pertenece al redil de Cristo quien rehúsa tener como Pastor al sucesor de Pedro».

La canonización de Juan Stone era, en todo el siglo XX, la primera que la Orden de San Agustín obtenía desde la de Santa Rita. Motivo, pues, de gran alegría en toda la familia agustiniana por ser canonización, y canonización de un mártir, y de un mártir de la unidad de la Iglesia y de la fidelidad al Papa, y de un mártir que resumía en sí la esplendorosa y larga tradición de la Orden. Ya San Agustín trató en su día con magistral precisión el asunto del martirio, la escarpada senda por la que Dios quiso llevar a Juan Stone: buen precedente, pues, para el inglés, y más viniendo del santo padre y fundador Agustín de Hipona.

> «Millares de mártires se presentan ante nuestros ojos, auténticos y perfectos amantes de la justicia» *(Sermón* 159,8).
>
> «En la Iglesia católica, sin vestigio de simulación, enlazados por la trabazón de la unidad, confesaron a Cristo; como miembros, desearon seguir a la Cabeza, que les precedió. Pero ¿qué anhelaron? Padecer en los tormentos, ser felices en la confesión, ser veraces en sus palabras; lanzaban saetas de Dios en presencia de quienes les interrogaban, y los herían airándolos; a muchos hirieron para salud. Esto es lo que nos proponemos a nuestra consideración, lo que contemplamos y deseamos imitar» *(In Ps.* 39,16).
>
> «¡Qué amor! ¡Qué forma de caminar, de morir a sí mismos y llegar a Dios!» *(Sermón* 59,8).

Entre quienes mejor penetraron el argumento de considerar y ver en la constitución jerárquica de la Iglesia y en la obediencia a ella debida no un hecho humano, sino un instrumento de salvación querido por Nuestro Señor para el bien de los hombres, está ciertamente San Agustín de Hipona. La unidad de la

Iglesia fue, de hecho, la niña de sus ojos, por cuya causa expuso voluntariamente la vida (cf. *Ep.* 91, 10; *Ench.* 17; Posidio, VA 13,1). No pocos sacerdotes por él formados fueron, de hecho, «expoliados, heridos, lesionados, cegados y muertos. Pero sus padecimientos no fueron estériles e inútiles, ya que la unidad quedó perfectamente asegurada» *(Ep.* 209,2).

Sólo los santos, en realidad, rigurosos ellos, incluso duros consigo mismos, son amables y pacientes con los demás y buscan la grandeza que nace de la humildad. Sólo ellos persiguen la paz fruto de la caridad. Sólo ellos construyen sin destruir, enseñan sin herir, unen sin dividir. Sublime santidad la de San Juan Stone, enseñanza excelsa la suya, heroico testimonio de fe hacia la misión del jefe de la Iglesia católica. Como acertó a recordar el secretario de Estado, cardenal Cicognani, en la misa de acción de gracias, en todos los mártires de la época estuvo presente este motivo de adhesión fiel al vicario de Cristo, constituido pastor universal de la Iglesia de Dios, piedra fundamental y excelsa garantía de su unidad, en la genuina verdad de la doctrina y en el verdadero y recíproco amor. Es, sin duda, el mayor timbre de gloria del santo mártir agustino inglés.

PEDRO LANGA, OSA

Bibliografía

BELLINI, P., «S. Juan Stone († 1539)», en: F. ROJO (ed.), *La seducción de Dios. Perfiles de hagiografía agustiniana* (Roma 2001) 149-150.

CAMBLOR, L., «San Juan Stone. Agustino y mártir de la fe»: *Religión y Cultura* 16 (1970) 571-76.

Martyrologium romanum, o.c., 275, n.11; 675.

PABLO VI, «El mundo actual necesita el testimonio heroico de los santos. Pueda la sangre de estos mártires acelerar la unión de la Iglesia anglicana con la Iglesia de Roma. Homilía durante la canonización de los 40 mártires ingleses»: *Ecclesia* (1970) n.1.516, p.2039-2041.

RE, N. DEL, «S. Giovanni, beato, martire in Inghilterra»: *Bibliotheca sanctorum.* XII: *Stefano-Zuraire* (Roma 1969) cols.35-36.

«Sermo ab Em.mo Card. Cicognani in hac Missa habitus», en «Canonizatio B. Ioannis Stone, Ordinis Nostri»: *Acta Ordinis Sancti Augustini* 15 (1970) 321-330.

TRAPÉ, A., «Juan Stone: ejemplo de libertad cristiana. Carta a la Orden en ocasión de su canonización»: *Acta Ordinis Sancti Augustini* 15 (1970) 302-303; esp. en *Libres bajo la gracia,* I (Roma 1979) 122-127.

VITERBO, S. DE, «Régimen cristiano», tract.II, c.V. Ed. de H.-X. ARQUILLIÈRE (París 1926) 205-2088.

BEATO NICOLÁS FACTOR
Presbítero († 1583)

Pedro Nicolás Factor vio la luz en Valencia en la festividad del Príncipe de los Apóstoles del año 1520. Es, por consiguiente, un lustro más joven que la madre Teresa de Jesús y viene al mundo cabalmente un año antes que el gentilhombre Íñigo de Loyola colgara su espada y su daga ante la Virgen de Montserrat, dando otro cauce a sus ambiciones de gloria.

A los diecisiete años ingresa en la observancia franciscana, siendo ordenado de sacerdote en 1544, a poca distancia del concilio de Trento, que se inauguró al siguiente año. Fray Nicolás pertenece al movimiento de la restauración católica que, a raíz de aquel famoso concilio, cobra un impulso poderoso y de larga significación. La España de Cisneros, que ya conoció esta inquietud reformadora, vive ahora la era gloriosa de su mística. Como densa cordillera de altas cumbres, abundarán los santos de temple, de perfil acusadamente enérgico. Pero es indiscutible que en el horizonte de toda la Iglesia destacan como figuras señeras Ignacio y Teresa —fundador y reformadora—, que en medio de una actividad increíble practican y enseñan las doctrinas más elevadas de la vida espiritual al alcance de todos. Brilla también el austerísimo fray Pedro de Alcántara, que infunde renovado vigor en el viejo tronco franciscano, al par que dirige a Teresa de Jesús, a Luis de Granada, a Juan de Ávila, a Francisco de Borja... En tanto, el maestro de Andalucía promueve la regeneración del clero y del pueblo, ayuda a la naciente compañía y da por buenas las «locuras» del hermano Juan de Dios. Desde 1544 fray Tomás de Villanueva, asceta y teólogo, difunde entre su grey valentina aromas de subida caridad y predica el Evangelio en sermones de clásica factura.

En esta constelación gloriosa brilla con luz propia el extático Nicolás Factor. Tiene rasgos comunes con éstos y los demás santos contemporáneos. Mas su vida toda semejaba ya desde la infancia una réplica afortunada del probrecillo de Asís, sin menoscabo de su personalidad inconfundible. Como una estrella difiere de otra estrella.

El primer escenario de sus virtudes fue Valencia, su ciudad natal. Yendo de niño a la escuela, vio a la puerta de la parroquia

de San Martín un pobre leproso. Arrebatado por superior impulso, se arrodilló y le besó pies y manos con mucha humildad. Repitió la escena con una enferma a las puertas del hospital de San Lázaro, y con parecidas muestras de caridad servía a los enfermos pobres. Ayunaba cada semana y con toda naturalidad agradeció a un falso delator su solicitud en corregirle, no obstante haber seguido a la acusación un azote del maestro.

Siendo religioso hubo de aceptar bien pronto prelacías, juzgando los superiores que el mejor estímulo para los religiosos sería proponerles el ideal seráfico en un modelo de carne y hueso. Así fue guardián de los conventos de Santo Espíritu, Chelva, Val de Jesús, Murviedro (Sagunto), de los recoletos de Bocairente y también maestro de novicios. Cada vez que esto ocurría, entraba en duro conflicto su voto de obediencia con su humildad. Cuando se le encomendó el monasterio de La Val de Jesús en 1568, antes de aceptar, como de costumbre, consultó en la oración la voluntad de Dios. Y con la violencia del amor divino quedó arrebatado en éxtasis, del que no podían despertarle los absortos religiosos, oyéndole repetir: «Mi corazón está aparejado, Dios mío, aparejado está mi corazón». Todos los días tomaba tres disciplinas de sangre, especialmente antes de celebrar la santa misa. Su ordinaria comida era pan y agua, con pocas excepciones; le bastaba una sola túnica y caminaba a pie descalzo. El sueño, sobre ser brevísimo, lo tomaba en dura tabla y por cabecera acomodaba un leño o una piedra. Era el primero en acudir a los actos de comunidad, en servir al hermano. En la oración se le veía atentísimo y perseverante, de modo que ninguna ocupación le distraía de la presencia y trato con Dios.

Su caridad necesitaba más campo y desbordábase más allá del claustro. Anunciaba el reino de Dios, aconsejaba, fue confesor ordinario de las religiosas de la Trinidad de Valencia, de las clarisas de Gandía y, por mandato de Felipe II, de las Descalzas Reales de Madrid. Atendía a los apestados y cuando el cielo negaba el agua a los campos, como aconteció en Chelva, interponía su oración y penitencias con las de la comunidad.

Este pueblo y su comarca gustaron los primeros ensayos de su predicación. Dicción sencilla y breve, palabras de fuego, la fuerza irresistible de su ejemplo y las mejores gracias con que la

naturaleza puede favorecer a un orador. He aquí los elementos que conjugaban su celo ardiente y su ingenio agudo para conmover y convertir.

También sintió impulsos incontenibles de derramar su sangre en defensa de la fe, e instó para ir a tierra de infieles. Predicando en Segorbe a unos mahometanos obstinados, ofreció, como San Francisco al sultán, arrojarse entre las llamas, dejando a su voracidad la decisión sobre la verdad o falsedad de la religión.

Los pobres y los enfermos seguían siendo sus predilectos. En la olla de caridad dejaban los religiosos su limosna, que fray Nicolás recogía y aumentaba, gozando en distribuirla por sí mismo. Allegaba otros recursos más pingües, y, cuando menos podía, se desprendía de su capa y hasta de su túnica, como aconteció en Játiva. Ningún pobre marchó defraudado, incluso en tiempos de hambre y de peste. La fe del guardián superaba las urgencias de tantos infelices sin que la despensa menguara sus existencias.

La madre más tierna no trataría mejor a sus hijos que fray Nicolás a los enfermos del hospital, promoviendo con su ejemplo este género de caridad entre la misma nobleza. En los pobres llagados le parecía ver a Jesucristo llagado por nuestros pecados, y sin poderse contener les besaba pies, manos y llagas. Estas muestras de fuerte religiosidad penitencial no podían menos de herir la sensibilidad de aquellos hombres pulidos y cargados de perfumes. Eclesiástico hubo que le advirtió se guardase de aquellas demostraciones, calificándolas de virtud grosera. Pero qué razones no le diría el bendito fraile que se creía por sus pecados y su ingratitud para con Dios digno de mayores humillaciones, siendo así que el Señor había sufrido tanto por él que el prudente monitor quedó edificado y corregido. Un canónigo que le advertía lo mismo no pudo menos de conmoverse ante una de estas escenas a la puerta de la Seo, y dio su limosna al pobre. Animole Nicolás a mejorar su disposición, y lo inaudito fue que el impresionable canónigo se arrodilló y besó al pobre por amor de Cristo. En cambio, a un religioso compañero le contuvo en otra ocasión, excusándole por lo delicado de su estómago. El hospital de San Lázaro contempló extremos mayores con los horrendos leprosos, seguidos de arrebatos extáticos.

Si San Ignacio hubiese juzgado el espíritu de fray Nicolás, hubiera dicho que estaba en el tercer grado de humildad —el más excelente—. En las moradas teresianas se hallaría sólo por lo que va dicho muy adentro de la sexta. Para San Francisco, este imitador fiel de Jesucristo había alcanzado la perfecta alegría. Realmente la locura de la cruz había hecho presa en él.

No obstante, este hombre extraño, que parecía encontrar sus delicias todas en la penitencia y en la humillación, poseía en alto grado el sentimiento de la bondad y de la belleza. La creación le extasiaba, gustaba infinito de la música, componía versos y manejaba con destreza los pinceles. Nada más agradable que gozar de su trato.

Su sensibilidad exquisita le inclinaba al cultivo de la amistad, buscando y comunicándose con los santos de su siglo. Viéndole sus frailes en cierta ocasión muy determinado a tomar viaje, le preguntaron adónde iba: «Voy, dijo, a ver a aquel grande santo rector de la Alcora, que es de las almas que hoy más agradan a Dios». Así era el venerable Juan Bautista Bertrán. En la ciudad que, promediado el siglo XVI, semejó a Pérez de Ayala una Babilonia, y lo demás —su reino— tierra de infieles, no todo era corrupción de costumbres e hipocresía morisca. Florecían los franciscanos Beato Andrés Hibernón y San Pascual Bailón, el mínimo Beato Gaspar Bono, San Luis Beltrán, el patriarca y arzobispo Juan de Ribera y una pléyade de almas de vida integérrima. A muchos de éstos conoció y trató nuestro Beato, y los que de ellos le sobrevivieron fueron testigos excepcionales en su proceso de canonización.

Mas el amigo entrañable e íntimo fue el dominico San Luis Beltrán. De nuevo el abrazo del hábito blanco y negro con el sayal y la cuerda. La luz y el fuego fundiéndose en la misma llama. Ambos se conocían, mejor dicho, cada uno veía la santidad del otro sin reconocer la propia. En los dos la misma ambición y los mismos temores. A no ser por fray Nicolás, el austero y melancólico dominico hubiese acabado sus días en una cartuja, al paso que éste hubo de sostener la esperanza del franciscano, que le preguntaba angustiado una y otra vez: «¿Qué os parece, Luis, me salvaré?» Esta debió ser su cruz mental, la noche oscura, el contrapeso de las gracias extraordinarias durante toda su

vida, que se hizo sentir más pesadamente desde la muerte del amigo (octubre 1581). Seis meses después, Nicolás Factor, anhelando mayor perfección seráfica, pasaba al convento recoleto de Onda. Y al disolver Felipe II esta provincia tarraconense, el atormentado religioso emigró a los capuchinos, recién llegados a Barcelona, que por aquellos días renovaban la vida eremítica y las estrecheces de los primeros franciscanos. Mas en junio de 1583 decide el retorno a la observancia y a su primer convento de Santa María de Jesús. Este humano fracaso lo atribuía a su carácter voluble, mientras respondía con mansedumbre edificante a los impertinentes: «Vine de santos, fui a santos y he vuelto a santos».

Tenía el humilde franciscano éxtasis frecuentes. La hermosura de la creación, una conversación espiritual, las grandes solemnidades litúrgicas eran motivo para sus arrebatos místicos. Sabía esto el famoso arzobispo de Tarragona, Antonio Agustín. Habiendo logrado hospedarle en su palacio, cuando su regreso de Barcelona, quiso obsequiarle con un rato de música. Entonaron los cantores el salmo *Laudate pueri Dominum,* y no bien llegaron al segundo verso: *Sit nomen Domini benedictus,* se elevó el siervo de Dios con su semblante encendido. Hizo el devoto prelado que le retratase un pintor y él mismo compuso unos versos latinos como pie del cuadro, que luego, puestos en música, se complacía en oír.

Fácil sería recoger en esta semblanza episodios reveladores de sus virtudes heroicas, del don de profecía y milagros, de sus luchas titánicas contra el enemigo de nuestra salvación, de su devoción profunda a los sagrados misterios de la Trinidad, Eucaristía, Pasión... de su amor inefable a la Santísima Virgen, cuyas imágenes reprodujo tantas veces su devota inspiración. Estimaba en tanto su fe, que escribió una profesión de ella con su propia sangre, colgando esta cédula ante la imagen de Nuestra Señora de la Vela, en el monasterio de la Trinidad. Valga por todas las anécdotas el siguiente testimonio de San Luis Beltrán, nada amigo de lisonjas. Decía muchas veces que «Nicolás, aun estando aquí en la tierra, había llegado a amar y gozar del Sumo Bien, casi como le aman y gozan los bienaventurados».

Las cartas y opúsculos que escribió fueron breves y no forman un cuerpo de doctrina. Sin embargo, bien hubiera podido

hacerlo, porque era buen escritor, gran maestro de espíritu y sabía declarar la teología espiritual con símiles maravillosos. Un tratadito que ha quedado sobre *Las tres vías* refleja la capacidad de su magisterio.

Cuando el 13 de diciembre llegó a Valencia, enfermo y extenuado, la carrera del Beato Nicolás tocaba a su fin. El día 23, fortalecido con los sacramentos y puestos los ojos en el crucifijo, dio el último aliento, pronunciando estas palabras: «Jesús, creo», que resume los ideales de su vida: el amor entrañable a la Santa Madre Iglesia y al Hijo de Dios humanado.

Había rogado que le enterrasen en un muladar, «porque no debía ser colocado entre sus hermanos un hombre tan ingrato a su Dios y Señor». En cambio, su cadáver exhalaba un perfume celestial los nueve días que permaneció insepulto, como lo atestiguan cuatro informaciones jurídicas. Aún duraba la suave fragancia cuando en 1586 Felipe II mandó abrir el féretro para venerar los sagrados despojos de su bienaventurado amigo.

VICENTE CASTELL MAÍQUES

Bibliografía

COMPANY, J., *Vida del B. Nicolás Factor hijo de la provincia de menores observantes de N. P. S. Francisco de Valencia...* (Valencia 1787).

MORENO, C., *Libro de la vida y obras marauillosas del sieruo de Dios... fray Pedro Nicolas Factor...* (Valencia 1586).

RUBÍ, B. DE, «El Beato Nicolás factor, franciscano de la obseravancia regular, capuchino de Barcelona»: *Estudios Franciscanos* 54 (1953) 276s; 362s.

• Actualización:

AGULLÓ, B., *Beato Nicolás Factor, franciscano* (Vitoria 1986).

Beato Nicolás Factor, franciscano. IV centenario de su muerte, 1583-1983, II centenario de su beatificación, 1786-1986 (Valencia 1986).

FERRINI, G. - RAMÍREZ, J. G., *Santos franciscanos para cada día* (Asís 2000).

BEATA MARÍA MARGARITA DE YOUVILLE

Viuda y fundadora († 1771)

Cambie el lector por completo el cuadro en que casi siempre ha ido encontrando enmarcadas las figuras del año cristiano. De las tierras de Europa, donde ha encontrado los más diversos tipos de santidad, y de las tierras de misiones, donde ha ido viendo florecer casi uniformemente las flores del martirio,

trasládese al Canadá al comienzo de siglo XVIII para encontrarse con la figura de la Beata de Youville, a la que ha llamado el papa Juan XXIII «la primera flor canadiense que se ha abierto bajo la cúpula de San Pedro». La Beata Margarita no conoció en su vida otro cielo que el del Canadá y apenas salió, si se exceptúan los primeros años de su vida, pasados en su tierra natal, de la ciudad de Montreal. Y si esto le da una fisonomía singular, también la tienen las Congregaciones por ella fundadas, ya que las siete mil hermanas que la aclaman como fundadora suya se encuentran dispersas por el Canadá, Alaska, Estados Unidos, Haití, algunos países de Sudamérica, Africa del Sur y el Japón. Es decir, que si siquiera en sus hijas ha llegado aún la Beata a Europa. La primitiva congregación por ella formada ha dado origen a otras cinco congregaciones independientes, que tienen su mismo espíritu, pero ninguna de ellas ha llegado a fundar casa en tierras de Europa.

Nace la beata el 15 de octubre de 1701. Canadá atravesaba entonces una era de serenidad y paz. Se había firmado el tratado de paz, «la gran paz», entre el gobernador y los jefes de las tribus, que hasta entonces venían hostilizando a los europeos. El país respiraba por fin después de tantos años de luchas, de emboscadas, de angustia y sufrimiento. La beata nace en Varennes, entre Quebec y Montreal, a orillas del majestuoso río San Lorenzo. Pertenece a una familia noble, profundamente cristiana. Su bisabuelo fue el primero de los franceses a quien se concedió la nobleza en Canadá como premio a sus servicios.

Los primeros años transcurren tranquilos y felices. Pero era aún muy niña, tenía sólo siete años, cuando el 1 de junio de 1708 muere su padre. La familia cae sencillamente en la miseria. Aun la pequeña pensión que podría quedar a su madre viuda es regateada, y sólo después de seis años de interminable tramitación lograrán cobrarla. En aquel ambiente de estrechez transcurren cuatro años, hasta que, por fin, en 1712 consiguen algunos parientes que ingrese en las ursulinas de Quebec, donde hace la primera comunión. Pero la dura realidad de la desastrosa situación económica de la familia vuelve a imponerse, y a los catorce años tiene que volver a Varennes. Allí, según testimonio de uno de sus hijos, trabajó con tal intensidad que ella sola ganaba lo suficiente para las necesidades de toda la familia.

Inopinadamente, cuando menos podía esperarse, su madre decide casarse de nuevo, y lo hace con Timoteo Sullivan, médico de origen irlandés, de pésima reputación, que no habría de tardar en burlarse de ella. Ante eso, todos los parientes abandonan a la familia, y la situación viene a hacerse trágica. Su padrastro, hombre de maneras violentas, llega incluso a golpear a su mujer ante los ojos aterrorizados de las hijas. Termina él por imponerse y la familia se marcha de su casa de Varennes para trasladarse a Montreal. Allí, el 12 de agosto de 1722, Margarita contraía matrimonio con Francisco de Youville de la Découverte, de quien desde entonces, según la costumbre francesa, llevaría el apellido que le siguió hasta los altares.

Matrimonio bien triste el suyo. El marido no tardó mucho tiempo en dar muestras de indignidad: mujeriego; estaba, además, mezclado en feísimos asuntos de contrabando de alcohol para los indios, contra severas prohibiciones entonces vigentes. Margarita ha de pasar sola largos meses, y ha de sentir la gran pena de ver que alguno de sus hijos nace sin que su padre se dé prisa alguna por acudir a conocerle. Ni siquiera cabe buscar consuelo en su madre política, mujer de una sórdida avaricia, con la que le hace casi imposible la vida. Son años de sufrimiento silencioso, pero hondo, que imprimen profunda huella en el alma de Margarita.

Muere primero la suegra. Después, pero no sin antes haber dilapidado orgiásticamente la herencia, su marido. Junto a la cabecera de ambos puso Margarita una nota de cariñosa dedicación y de viva caridad. Ya, por fin, pudo disponer de sí misma.

Y lo hizo entregándose a una vida de intensa piedad. A pesar de que el ambiente de Montreal le sonreía, pues había quedado viuda en plena juventud y la ciudad emulaba en su vida social el brillo de París; a pesar de las críticas que la persiguen por dedicarse tan intensamente a la piedad, ella se consagra enteramente a Dios en la persona de sus prójimos. No sabe cuál será su camino. Su párroco, un santo sacerdote, el abate Dulescoac, le predice un día que está llamada a «salvar una casa que se arruina». Pero el sacerdote muere, y ella queda sin saber qué es lo que Dios quería significarle con aquella profecía.

Comienza a dirigirse con el padre Luis Normant, sulpiciano, que tan profundamente había de marcar toda su espiritualidad y

sus trabajos. Por consejo suyo, el 21 de noviembre de 1737 Margarita lleva a su propia casa a una pobre anciana ciega llamada Francisca Caseau. Su director la anima a acoger más pobres, todos los que pudiera. Se le asocian unas compañeras, y el 31 de diciembre de aquel mismo año hace sus votos en forma privada. Casi sin darse cuenta se habían echado las bases de una nueva congregación religiosa.

Buscan una casa más amplia. Y cuando la encuentran, el 31 de octubre de 1738 inician la vida común. Al salir, camino de la iglesia, para oír misa, el populacho se echa sobre ellas, les arroja pellas de barro y, señalándolas con desprecio, les llama «las grises». Sabido es que en francés esta expresión, además de significar el color gris, equivale también a «borracho, beodo». La alusión a las delictivas actividades del marido de Margarita era transparente. Ella no olvidó jamás aquella afrentosa mañana, y desde entonces hasta hoy sus religiosas han tenido como título de nobleza el ser llamadas siempre las «hermanas grises».

Por si fuera poco, además de esta hostilidad popular, llueven sobre la nueva comunidad toda suerte de pruebas. Cerca de un centenar de personas firman un escrito al gobernador pidiendo que jamás se encargue a aquellas hermanas el hospital de Montreal. Entre las firmas figuran dos parientes próximos de Margarita. Ésta cae enferma con fortísimos dolores en la rodilla, y se ve imposibilitada para seguir la vida normal. Una de las hermanas muere, dejando más reducida aún la pequeña comunidad. Muere también el padre Normant, que era su aliento y su consuelo entre tantas tribulaciones. Y, por fin, el 31 de enero de 1745 estalla en plena noche, con rapidez inaudita, un fulgurante incendio, que reduce en pocos minutos toda la casa a unas simples pavesas.

Humanamente estaba todo perdido; la comunidad, reducida, sin bienes algunos, sin el apoyo de su fundador, parecía que no iba a poder seguir adelante. Pero las cosas de Dios son así. La beata se sobrepone con sobrenatural fortaleza a tanta tribulación, y consigue iniciar una época decisiva en la fundación. El incendio había sido el 31 de enero, y ya el 2 de febrero encontramos redactado y firmado un solemne documento, los «compromisos primitivos», por el que las fundadoras ponen en co-

mún todos sus bienes para sacar adelante la obra. Harán falta cinco traslados, pero por fin logran encontrar una casa adecuada. Poco a poco la institución va consolidándose, y un día, cuando menos se podía esperar, llega una carta del gobernador ofreciendo a las hermanas que se encarguen del hospital de Montreal.

Había estado éste desde su fundación a cargo de una comunidad de hermanos hospitalarios fundada en 1680, con mejor intención que acierto. El hecho es que la nueva fundación llevaba una vida lánguida, había quedado reducida a unos pocos ancianos incapaces de llevar el hospital, obligada a limitar las actividades de éste a los hombres, y se encontraba en una situación desesperada. Cuando la beata se hace cargo del hospital ha de trabajar durante todo un año simplemente para poder hacerlo habitable. La descripción que poseemos del estado en que se encontraba al entrar las hermanas es verdaderamente impresionante: la puerta de entrada no tenía goznes, la escalinata de acceso estaba rota, el portal de la iglesia se caía en pedazos, todas las puertas y las ventanas, destartaladas, ninguna de ellas tenía los cristales completos, etcétera. Con entusiasmo y laboriosidad las hermanas fueron cambiando el aspecto, y a los tres años el hospital parecía otro.

Una mañana de 1750 la Beata Margarita se encontraba en el mercado haciendo, como todos los días, la compra. A nadie cedía este menester, no sólo por mirar eficazmente por el bien del hospital, sino también por ejercitarse en la humildad. De pronto suena el tambor del pregonero. Escucha, y oye petrificada que «de orden del intendente general se hace público que la señora de Youville, antes administradora del hospital de Montreal, debe ser considerada como cesante en dicho cargo», y que «el gobernador, de acuerdo con el obispo, ordena que el sobredicho hospital sea fusionado con el de Quebec». Regresa anhelante al hospital, y a la puerta encuentra al alguacil, que le intima la entrega de todo. Obedece, y acepta continuar durante unos meses, a título puramente provisional, mientras pasa el invierno y llega el tiempo de poder hacer el traslado. Recurre al obispo en una carta emocionante, y sólo recibe una fría respuesta, en la que se le dice que se estudiará el caso jurídicamente.

Nuevamente parecía que todo se había venido abajo. Y, sin embargo, su energía sobrehumana consigue dominar la situación. Al solapado anticlericalismo del intendente Bigot opone ella la fuerza de la oración. Frente al poder del gobernador está el apoyo de los sulpicianos, que actúan a fondo en la corte de Francia. Frente al obispo, la integridad y santidad de su propia vida. Todo se arregla por fin: reciben la aprobación del señor obispo, y el 25 de agosto de 1755, fiesta de San Luis, rey de Francia, entonces de obligación en el Canadá, reciben ella y sus primeras compañeras el santo hábito. Al sacerdote celebrante acompañaban en el altar los dos hijos de ella, ya sacerdotes.

En buena hora. Comienzan los años difíciles. Primero la peste, en la que «das hermanas grises» hacen maravillas de entrega a la caridad hasta el heroísmo. Y después la guerra. Los ingleses quieren apoderarse de aquel dominio francés. Son las horas angustiosas del sitio de Montreal. La beata, sin otro móvil que la caridad, atiende por igual y con idéntico esmero a los heridos franceses que a los prisioneros ingleses, para los que se habilita una sala en el hospital. Es más: siempre que su deber se lo consiente les ayuda en lo posible. Así ocurrió en aquella ocasión en que un piel roja, persiguiendo a un soldado inglés, entró en la habitación en que ella estaba cosiendo una pesada lona de tienda de campaña. Rápida e ingeniosa, la beata invitó al soldado a echarse al suelo, lo cubrió con la lona y, al entrar el indio, le señaló con serena majestad una puerta, como si por allí hubiera huido el inglés. Por ella se precipitó el indio, sin encontrar ya rastro alguno de su enemigo.

Tras la peste y la guerra hizo su presencia el hambre. Una vez más el Señor mostró que no desatiende a quien sabe pedirle con confianza. Y en el refectorio de la humilde comunidad se reprodujo el milagro de la multiplicación de los panes. Ni más ni menos que como, por aquellos mismos días, se había multiplicado el dinero en la caja, para poder atender a un acreedor exigente.

Por fin, pese a los esfuerzos desesperados, hubieron de rendirse al ejército muy superior de los ingleses. Un día, triste para la Beata, que tuvo siempre a Francia por su propia patria, Canadá pasó a ser colonia inglesa.

Gran parte de los colonos, aun antes de que se promulgara la ley de la opción, marcharon hacia Francia. Entre ellos se encontraban numerosos parientes de la Beata y bienhechores del hospital. No faltaban razones para marcharse: humanamente el porvenir era muy oscuro. ¿Qué harían los nuevos dueños en su colonia? ¿Qué podría esperarse de un Gobierno protestante respecto a las instituciones católicas?

La Beata Margarita no vaciló sin embargo. A imitación de los sulpicianos, sus constantes consejeros, decidió quedarse. Hoy vemos el acierto magnífico de aquella decisión. Como siempre, hubo quienes quisieron teñir de razones religiosas su nacionalismo. La verdad es, sin embargo, que hoy está bien claro que sirvieron mejor a la Iglesia y también a Francia quienes se quedaron. Los gestos espectaculares rara vez son eficaces. Si hoy existe en América del Norte un Canadá con un fuerte porcentaje de católicos, se debe a quienes en aquellos días penosos supieron ver claro.

La beata se quedó entre sus pobres. Le faltaría en lo sucesivo la ayuda financiera del Gobierno. Y, por si fuera poco, un nuevo y espantoso incendio vuelve otra vez a deshacer su obra. La ciudad, empobrecida, parecía incapaz de poder ayudarse. Pero eso no importaba a su fe robustísima; mientras contemplaba cómo se consumía el edificio, tuvo energía suficiente para entonar con todas sus fuerzas un solemne *Te Deum,* cantado a coro con sus hijas. Al terminarlo fue cuando hizo la célebre profecía, no desmentida hasta hoy, a pesar de que en varias ocasiones haya sido necesario que concurrieran circunstancias que parecen milagrosas: «Esta casa no volverá a quemarse».

Y volvió de nuevo a la tarea. Pese a todas las dificultades, poco a poco fue elevándose el nuevo hospital. Más amplio, mejor concebido que el anterior. Las limosnas llegaban, y una oleada de entusiasmo parecía recorrer toda la población con el deseo de ayudarla. Aquel plebiscito de amor que le llegaba de todas partes, incluso de los mismos indios, que desde tierras lejanas venían a traerle sus dones, colmó de consuelo el alma de la Beata.

Consolidada su Congregación religiosa, establecido sólidamente en su nuevo edificio el hospital, la madre parecía haber

alcanzado ya su plenitud. Nada le detenía en la tierra cuando el 15 de octubre de 1771 cumplía sus setenta años. Pronto se inició la enfermedad que había de llevarla a la tumba.

Y, efectivamente, a principios de diciembre le fue necesario acostarse. Comenzaron las molestias y los dolores. Sobrevinieron dos ataques de parálisis, y el 14 de diciembre, después de recibir el santo viático, habló a la comunidad.

> «Mis queridas hermanas, sed siempre fieles a los deberes del estado que habéis elegido. Andad siempre por la senda de la regularidad, de la obediencia, de la mortificación. Pero, sobre todo, obrad de manera que la unión más perfecta reine siempre entre vosotras».

Éste fue su testamento materno, la auténtica carta magna de las hermanas grises. Después ya quedó dedicada sólo a las cosas de su alma. Y al fin el 23 de diciembre, a eso de las ocho y media, inclinó suavemente la cabeza sobre el pecho y su alma entró en la eternidad.

El 5 de mayo de 1959, Su Santidad el papa Juan XXIII, en solemnísima ceremonia, la beatificaba. Y, recibiendo al día siguiente a los peregrinos canadienses que habían acudido a Roma, les decía estas hermosas palabras:

> «De todo corazón os proponemos como ejemplo esta hija de vuestro pueblo que acabamos de elevar al honor de los altares. De la familia Dufrost de Lajemmerais, que le dio la existencia, había recibido la preciosa herencia de una fe profunda, y dos de sus hermanos fueron sacerdotes. En su propio hogar, dolorosamente probado, fue una esposa virtuosa en la desgracia, una viuda llena de dignidad y de coraje, una madre ejemplar, que tuvo el consuelo de ver subir al altar a sus dos hijos que sobrevivieron de entre los seis que nacieron de su matrimonio [...] Cuando en 1737 echó los primeros fundamentos de su obra de caridad, no podía imaginarse por qué larga serie de pruebas materiales, de sufrimientos físicos, de contradicciones humanas, el Señor le haría pasar antes de que llegase a asentarse sólidamente la nueva institución en la roca de la fe y de la humildad [...] El amor sobrenatural a los pobres, a los enfermos, a los desheredados, fue el resorte secreto que animó esta grande alma. Ser bueno, ser sencillo, lleno de respeto y delicadeza para todos los que sufren, para los que se sienten humillados por su condición física y moral, irradiar entre ellos la sonrisa y el aliento de la amistad, esparcir sobre todos el calor de una caridad constantemente renovada en el corazón de Cristo: he aquí, y no es otra, mis queridos hijos e hijas, la gran lección que todos hemos de sa-

car de la glorificación por la Iglesia de la Beata María Margarita de Youville».

LAMBERTO DE ECHEVERRÍA

Bibliografía

La Beata Margherita d'Youville, fondatrice delle Suore della Carità (Grises) di Montreal (Montreal 1959). Es la biografía preparada por la postulación para la solemnidad de la beatificación; nueva ed.: Montreal 2000.
D'YOUVILLE DUFROST, L., *Vita della signora d'Youville* (Roma 1930).
FAUTEUX, A., *La Vénérable mère d'Youville* (Montreal 1927).
FERLAND-ANGERS, A., *Mère d'Youville* (Montreal 1945).

BEATO ANTONIO DE SANTA ANA GALVAO DE FRANÇA

Presbítero († 1822)

El primer beato brasileño nace el año 1739 en Guaratinguetá (São Paulo, Brasil). Su padre, Antonio Galvao de França, militar (alcanzará el grado de capitán mayor), era la persona de mayor autoridad política e influencia en su tierra. Comerciante y hombre de negocios, es conocido por su generosidad, y pertenece a la Tercera Orden Franciscana y del Carmen. Su madre, Isabel Leite de Barros, pertenecía a una de las familias de mayor rango. Descendientes de los repobladores de estas tierras, profundamente cristiana y muy caritativa, tanto, que a su muerte en 1755 no se encontró ningún vestido suyo, pues los había repartido entre los pobres. Esta familia llegó a contar 11 hijos, algunos de los cuales fallecieron de corta edad, gozaba de cierto prestigio social y señalada influencia política. Deseando que sus hijos varones tuvieran una adecuada formación humana y cultural, el padre envió a sus hijos José y Antonio a estudiar en el internado que los jesuitas tenían en el seminario de Belem en Vila de Choeira (Bahía), donde están sujetos a una disciplina simple y austera. El joven Antonio sobresale como buen latinista en los estudios, y en este lugar permanece cuatro años (1752-1756), progresando en la práctica de la vida cristiana.

Pretende quedarse para profesar en la Compñía, pero el clima antijesuítico del gobierno del marqués de Pombal disuade a su padre, quien prefiere que tome el hábito en el convento de

frailes franciscanos descalzos de la reforma de San Pedro de Alcántara, que se habían establecido en Taubaté, no lejos de su ciudad natal. A los 21 años, el 15 de abril de 1760, ingresa en el noviciado del convento de San Buenaventura de Macacu (Río de Janeiro), donde recibe el hábito y elige el nombre de fray Antonio de Santa Ana, por ser la protectora de su familia, a quien profesa una gran devoción. El 16 de abril de 1761 emite la profesión solemne, y con juramento se compromete a defender el título de Inmaculada de la Virgen María, doctrina entonces controvertida, pero defendida siempre por los franciscanos. El 11 de julio de 1762 recibe la ordenación sacerdotal, los superiores le destinan al convento de la Orden de São Paulo, donde perfecciona la filosofía y la teología. Su devoción mariana encontró la máxima expresión como hijo y esclavo perpetuo en la consagración a María, firmada con su propia sangre el 9 de noviembre de 1766, tiempo de profundización y maduración en una espiritualidad que será distintivo a lo largo de su vida, y encuentra su máxima expresión personal cuando afirma: «Filial entrega a María Santísima, mi Señora, digna Madre y Abogada».

En 1768 se le nombra, sucesivamente, predicador, confesor y guardián del convento, relacionándose con numerosos fieles que acuden a él buscando consejo. Visita muchas localidades, yendo siempre a pie, donde predica con numeroso éxito. Al año siguiente es enviado a São Paulo como confesor de «Recolhidas de Santa Teresa», una casa de retiro donde un grupo de mujeres viven como religiosas, pero sin emitir votos. Aquí conoce a sor Elena M.ª del Espíritu Santo, mujer de profunda oración y dura penitencia, observante de la vida común, que afirma tener visiones en las que Jesús le pedía que fundara un nuevo «Recolhimento». El director espiritual atiende y estudia estos mensajes y pide consejo a teólogos y personas prudentes, para discernir dichas apariciones y mensajes, los juzgaron válidos y de índole sobrenatural. El 2 de febrero de 1774 se procede a la fundación de la nueva casa de retiro «Recolhimento da Luz», para la cual redacta un reglamento o estatuto, organiza la vida interior y la disciplina religiosa. El 23 de febrero de 1775 muere sor Elena y entonces él, que le ha asistido en el lecho de muerte, tiene que hacerse cargo de esta santa casa «Recolhimento de Nossa Senhora da Conceiçao da Divina Providencia».

El año 1776 se le nombra comisario de la Tercera Orden Franciscana en São Paulo, cargo que le permite asesorar a muchos Hermanos, algunos de los cuales marchan al interior del país en búsqueda de oro y piedras preciosas, pero quieren permanecer ligados a esta fraternidad de penitencia. Un trabajo apostólico muy intenso que merece la confianza de sus superiores religiosos y eclesiásticos, y cuenta con el reconocimiento de sus paisanos. Es confirmado en el cargo en 1779, 1792 y 1799. La llegada de Martín Lopes de Saldanha, nuevo capitán general de São Paulo, hombre inflexible y arbitrario, va a suponer un momento de incertidumbres y conflictos. En un acto injusto ordena que la casa de retiro sea clausurada, y que la abandonen en 24 horas las religiosas que allí habitan, las cuales disuelven la vida común, pero no se marchan. Resisten hasta el límite. Mientras, con la presión popular y la intervención favorable del obispo, consiguen que al mes siguiente se pueda abrir de nuevo aquella casa. Esta dolorosa prueba fomenta el aumento de vocaciones, y hubo que agrandar el edificio. El «Recolhimento» abre de nuevo sus puertas y la vida vuelve con numerosas jóvenes que quieren consagrarse a Dios, a pesar de la oposición de sus familias y de la extremada pobreza que encuentran entre sus muros. Con verdadero interés de padre debe velar para que esta suspensión temporal no vuelva a inquietar a las religiosas, y si es posible deben evitarse estas desagradables sorpresas. Por esa razón no las desamparará jamás. Dócil a todo lo que se le asigna, demuestra con palabras y obras que es un hombre de vida transparente, que no puede convivir con la mentira y el fraude. El aumento constante de vocaciones exige un nuevo edificio, que supone ingentes trabajos y penosos viajes en demanda de donativos. Él será también el principal constructor del nuevo convento, animando a los albañiles y colaboradores a concluir esta noble empresa, bien difícil, pero la ilimitada confianza en Dios le hizo capaz de emprenderla y concluirla. Se construye un esbelto edificio de estilo colonial, sin lujo alguno, de fachada austera, a fuerza de brazos, durante catorce años de intenso trabajo.

El día 15 de agosto de 1802 concluyen las obras de la iglesia del «Recolhimento da Luz», delineada por él y construida bajo

su dirección, que bendice con el permiso del prelado. Este singular edificio mereció en 1988 la declaración por la Unesco como «patrimonio cultural de la humanidad».

En 1780 el capitán general de São Paulo condena a muerte a un soldado inocente, él sale en su defensa, actitud que provoca en el arbitrario militar una reacción también equivocada. Manda al destierro al valiente franciscano, a quien ordena se dirija a Río de Janeiro, pero la reacción en su defensa del pueblo le obliga a revocar dicha orden, siendo más estimado aún el religioso. Al año siguiente sus superioras le encargan del noviciado del convento de Macacu (Río de Janeiro), pero a ello se opone el también franciscano obispo de la diócesis, quien guardándose la obediencia debida al superior no permite que este encargo llegue a conocimiento del ejemplar fraile. No quiere privarse de su presencia «pues desde que entró en religión hasta hoy, vive ejemplarmente». Se va a quedar en São Paulo para siempre. Guardián del convento de San Francisco en 1798 y en 1801. El prelado de la diócesis lo considera hombre religiosísimo y prudente consejero que ayuda a todos, y cuantos acuden a él obtienen luz y consuelo: «es la columna que sostiene São Paulo y su obispado». «Es el hombre de la paz y de la caridad», dice de él el Senado al ministro provincial, oponiéndose a que resida en otra población, «pues no desean que este religioso se ausente de la ciudad de São Paulo que le considera como su protector».

En 1802 sus superiores le nombran «definidor» de la provincia brasileña de la Inmaculada Concepción por sus aptitudes y vida ejemplar, y lo respetan todos como un hombre santo. Su actividad no disminuye. En 1804, visitador del convento de San Luis de Itu. En 1808, visitador general y presidente del Capítulo. En 1811 funda el «Recolhimento de S. Chiara» en Soracaba, donde permanece cerca de un año para organizar la comunidad y dirigir las obras de la nueva casa de retiro. Regresa a São Paulo y los últimos diez años de su vida se reparten entre el convento de San Francisco y el «Recolhimento».

El 23 de diciembre de 1822, hacia las diez de la mañana, entrega su alma a Dios. Todas las clases sociales asisten a sus honras fúnebres, venerándolo como un santo. Sus restos reciben sepultura en el presbiterio de la iglesia del «Recolhimento da

Luz», a donde acuden constantemente los fieles a rezar al apóstol de São Paulo, a quien invocan en sus necesidades. Termina su carrera, después de años y años de trabajos, sufrimientos morales y físicos, vividos con alegría, por amor a Dios y a los hermanos.

> «Fue un varón apostólico adornado con todas las virtudes, un pobre hijo de S. Francisco de Asís, franciscano alcantarino, siempre humilde y atento a las necesidades de todos, desapegado de las cosas terrenas, que se consagra totalmente a Dios y a María. Responde a su consagración religiosa dedicándose con amor y devoción a los afligidos, enfermos y esclavos de su época. Su fe, genuinamente franciscana, vivida evangélicamente y gastada apostólicamente al servicio del prójimo, servirá de estímulo para imitarlo como "el hombre de paz y de caridad". Maestro y defensor de la caridad evangélica, se convierte para muchos en consejero prudente de la vida espiritual, y defensor de los pobres».

Una solicitud que crece durante su infancia en el hogar familiar, reunidos a diario todas las noches ante la imagen de Santa Ana para orar.

Visita a los pobres, y en el silencio de las noches, recorre largas distancias para asistirles y resolver los problemas más diversos. Es un peregrino de la paz y de la caridad, y para él caridad es vivir para y por los hermanos, y por eso cuantos acuden a él lo consideran pastor de todos los necesitados. Su formación profunda y buen sentido, son terreno adecuado para que Dios se haga presente. Fue el instrumento del cual Dios se sirvió para discernir los espíritus, desplegando una extraordinaria actividad con gran coraje. «Así da a la Iglesia una nueva familia religiosa, que vive en gran pobreza, continua penitencia y gozosa simplicidad».

El año 1922 la Tercera Orden Franciscana organiza unos solemnes actos con motivo del centenario de su muerte, y coloca una lápida conmemorativa en la iglesia del Monasterio de la Luz. El proceso ordinario de beatificación se inicia en 1938, aunque queda interrumpido. En 1981, durante la visita del papa Juan Pablo II a Brasil, el arzobispo de la diócesis de Aparecida del Norte (São Paulo), le presenta una súplica, avalada por diez mil devotos, que desean la beatificación del padre Galvao. La causa se reabre en 1986, y queda concluida en 1991. En 1997 se

promulga la heroicidad de sus virtudes, y Su Santidad Juan Pablo II lo beatifica el 25 de octubre de 1998.

Milagro de la beatificación

Daniela Cristina da Silva, hija de Valdecir y Jacira, desde su nacimiento es una niña grácil y débil de salud. En mayo de 1990, a causa de una complicación broncopulmonar, necesita ser tratada con antibióticos. De nuevo en casa, pronto presenta síntomas de somnolencia y crisis convulsivas; el pediatra, sospechando una meningitis o hepatitis, aconseja a sus padres que la lleven al hospital, donde queda ingresada. El diagnóstico inicial indica un coma por encefalopatía hepática, como consecuencia de la hepatitis del virus A, insuficiencia renal aguda e insuficiencia hepáica grave. Con este diagnóstico la niña sufre un ataque cardiorespiratorio. Tras 13 días en la UCI, pasa ocho días en la sala de pediatría y, el 21 de junio de 1990, es dada de alta, en perfectas condiciones de salud física y mental. La curación y recuperación se ha obtenido por la intercesión del Siervo de Dios, a quien recurrieron sus padres, familiares, amigos y religiosas del Monasterio de la Luz.

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, 1765. São Paulo-Brasil. *Canonizaçao do Servo de Deu Frei Antonio de Sant'Anna Galvao. Posiçao sobre vida, virtudes e fama de santidade,* II (Roma 1993).

L'Osservatore Romano (25-10-1998

L'Osservatore Romano (ed. en español) (30-10-1998).

BEATO PABLO MELÉNDEZ GONZALO

Mártir († 1936)

Nace el 6 de noviembre de 1876 en Valencia, el primero de siete hermanos, hijo de un comandante de la Guardia Civil, por cuya razón es bautizado en la parroquia castrense de Santo Domingo, que fallece en 1890. Asiste a clases en el colegio acade-

mia de Santo Tomás, y al ser el mayor de sus hermanos ayuda a su madre en cuanto puede, pues no cuenta con otro sostén que la paga correspondiente a la viudedad de su esposo. Con su extraordinario sacrifico y buena administración, educa a sus hijos cristianamente, distinguiéndose por su formalidad, y la prudencia que manifestaba a pesar de su corta edad, el hijo mayor. En el instituto San Pablo estudia bachillerato obteniendo sobresalientes y matrícula de honor en todas las asignaturas. Dotado de una fe profunda, desde niño participa en la santa misa y comulga a diario. Estudia de rodillas ante un crucifijo, y manifiesta su devoción a la Madre de Dios. Contando 15 años de edad ingresa en la congregación mariana, donde enseña al catecismo a los niños en las catequesis dirigidas por los jesuitas en el Patronato. Asiste a los enfermos del hospital general, a las Conferencias de San Vicente de Paúl y a los actos de la Adoración Nocturna. Acompaña al padre Vicent, SI, en su gran campaña de los obreros católicos, y colabora con él en el Patronato de la Juventud Obrera y en la Casa de los obreros.

Forma parte de la Junta de administración y gobierno del Colegio imperial de niños huérfanos de San Vicente Ferrer. Participa en todas las actividades que le encomiende la autoridad diocesana, entregando todas sus energías en defensa de los ideales de la fe. Esta intensa actividad apostólica que realiza le pone en el punto de mira de los enemigos de la Iglesia. Hombre delicado, con especial don de gentes, orador elocuente, elegante y de gran persuasión, se manifiesta alegre y franco en familia y con sus amigos. Persona ponderada, prudente, pacifica y benigna, de gran rectitud, jamás defiende una causa que no fuera justa. De la grandeza de su personalidad queda el hecho extraordinario que nunca se oyó murmurar de su labor, ni se conoció incorrección alguna. Humilde en extremo, huye de la vanagloria humana, pero los superiores le prefieren a él. A petición del arzobispo de Valencia, acepta ser incluido en candidatura para concejales, de la que forman también parte las personalidades más destacadas de la capital del Turia, obteniendo el acta por gran mayoría de votos. Una personalidad grandiosa en la que brillan las virtudes de un fiel laico auténtico, coherente, que cumple con exactitud y coherencia, admirando incluso a sus enemigos.

En la Universidad de Valencia cursa brillantísimamente la carrera de Derecho, y obtiene el premio extraordinario en la licenciatura, único en España en aquel tiempo, que versó sobre «El salario justo, según la mente de León XIII». De ideas católicas muy arraigadas, es uno de los que trabajaron con más entusiasmo por la formación de un partido católico, y de los que más eficazmente contribuyeron en la publicación del periódico *La voz de Valencia,* del cual fue director. El 25 de enero de 1904 contrae nupcias con Dolores Boscá Bas, procreando cinco varones y cinco hembras, dos de las cuales fueron religiosas. Vive auténticamente su condición de laico, impregnando de espíritu evangélico las realidades temporales, viviendo su condición de esposo y padre de familia de forma ejemplar. Como abogado, es uno de los más prestigiosos de Valencia, pues aparte de su cultura jurídica y de su espíritu justo, es de carácter bondadosísimo. Procura llegar más pronto a la transacción que al juicio, y en asuntos familiares se preocupa en mantener la paz y tranquilidad entre los mismos.

Colabora en el movimiento católico y es presidente de la Legión Católica (precursora de la Acción Católica), presidente del primer consejo y junta directiva de la Juventud Católica, presidente de la Asociación de Padres de Familia, director durante ocho años de la Casa de beneficencia, y elemento muy destacado en infinidad de corporaciones, congregaciones y cofradías católicas. Fue concejal y teniente de alcalde del Ayuntamiento, varias veces, por la Liga Católica, y a pesar de no contar en el Consistorio más que con un solo concejal es elegido teniente de alcalde, defendiendo los intereses de Cristo y de la Iglesia frente a la hostilidad de los republicanos. Diputado provincial durante 18 años seguidos. Defiende durante 16 horas en el ayuntamiento republicano al Real Colegio del Corpus Christi, fundado por San Juan de Ribera, amenazado por un proyecto de ensanche de la calle del pintor Muñoz Degrain hasta la plaza de la Universidad, que implicaba el derribo de la magnifica iglesia renacentista. Entre 1906-1936 fue asesor personal de los prelados valencianos, desde el cardenal Guisasola hasta don Prudencio Melo.

Ante la proximidad de la persecución contra la Iglesia confía en la divina Providencia, manteniendo una gran tranquilidad, el

ánimo sereno y continuando con sus actividades cotidianas con total naturalidad. El 18 de julio de 1936 su familia se halla en Paterna, donde pasa los meses estivales, y al día siguiente recibe a un grupo de milicianos. Regresan pronto al domicilio familiar en la capital del Turia, a donde trae a su hijo Carlos, que se hallaba restableciéndose de una grave enfermedad en Guadarrama. Es consciente de que puede haber víctimas pero «lo interesante ahora y en cualquier momento es estar bien preparados». A primeros de agosto le visita un empleado, quien dice: «Esto va muy mal, pero sea lo que Dios quiera». Continúa en su casa sin ocultarse, aunque tiene facilidad para escapar, y así se lo aconsejan sus familiares más cercanos.

El 25 de octubre es detenido junto con su hijo Alberto —a quien confunden con otro hijo, Pablo, que es al que buscaban— en su propio domicilio, hacia las seis de la tarde. Tenía sospechas de que iban a detenerlo, y por ese motivo esa misma tarde envió a su mujer a casa de otro hijo casado. Les llevaron a la Jefatura de policía en un coche, donde le preguntan si era católico: «Soy católico, apostólico y romano», responde. La orden de su detención parte del Gobierno Civil y la razón principal está basada en que dicen que es el abogado del señor arzobispo. De allí llevan a padre e hijo a la Cárcel Modelo donde coinciden con numerosos detenidos. Según un compañero de cautiverio:

> «Hablábamos en los ratos de asueto en el patio, edificándome con su igualdad de carácter, confianza en la Providencia y conformidad con la voluntad de Dios. Practicábamos privadamente nuestras devociones, encomendándonos a Dios».

Su estado de ánimo es excelente. Estando encarcelado le comunican la muerte de su hijo Carlos, que acepta muy resignado. Consolaba a los demás detenidos, y recitaba de memoria la misa *Salve Sancta parens*. En el mes de noviembre las cosas en la Cárcel Modelo de Valencia se fueron complicando, y era poca la comida que se servía a los presos. Se tuvo que recurrir a las familias «se nos daba lo indispensable para no perecer de hambre». En la medida que el gobierno de Largo Caballero decidió trasladarse a Valencia, comenzó a perder sus competencias el Comité Ejecutivo Popular. El 6 de noviembre quedaba instalado todo el aparato del Estado en la capital del Turia. El Comité

de Salud Pública, constituido a mediados del mes de agosto, era en realidad el tribunal especial de justicia del Comité Ejecutivo Popular, un organismo secreto y brutal, que veía perder sus atribuciones revolucionarias con la llegada a Valencia del gobierno republicano. Y no estaba dispuesto a despedirse de la historia sin demostrar su último poder: «[...] aquella última semana de diciembre crecieron los asesinatos en forma tal que hubo noche de recogerse ¡trescientos cadáveres! El Comité se despedía de un modo digno de su actuación y en concordancia con ésta».

Fue sacado de la cárcel en la madrugada del día 23 de diciembre, y asesinado juntamente con su hijo Alberto, de 26 años de edad, también abogado, en las proximidades de Castellar. Al padre le robaron la alianza matrimonial. Fueron enterrados en el cementerio general de Valencia. Los enemigos políticos condenaron este flagrante asesinato, y el propio alcalde de la ciudad así lo reconoció: «Han cometido una bestialidad, han asesinado al mejor hombre de Valencia».

El año 1959 el Consejo Diocesano de Hombres y Jóvenes de Acción Católica de Valencia inicia el proceso informativo sobre la fama de martirio y su causa de los pertenecientes a dicha asociación, asesinados en 1936 por su destacado catolicismo. Uno de los nombres elegidos fue el de Pablo Meléndez. Concluido el proceso informativo se organizó una peregrinación a Roma del 11 al 18 de abril de 1966, en el transcurso de la cual se hizo entrega del proceso de beatificación de 18 hombres y jóvenes de Accion Católica, que fue unido al proceso iniciado unos años antes por las Mujeres de Acción Católica. Después de un intervalo recomendado por Pablo VI para dejar estas causas de martirio, el año 1983 el papa Juan Pablo II autorizó la reanudación de las causas de beatificación y canonización de los obispos, sacerdotes, religiosos de ambos sexos y seglares que testimoniaron en 1936 en España su fe con el martirio. Reactivado el proceso en 1996, la Congregación de las Causas de los Santos emite un decreto el 2 de junio de 1998 reconociendo la validez del proceso, y el 18 de diciembre de 2000 Juan Pablo II promulga el decreto de martirio, siendo declarado beato el 11 de marzo de 2001, junto a 232 mártires más.

Bibliografía

CÁRCEL ORTÍ, V. - FITA REVERT, R., *Mártires valencianos del siglo XX* (Valencia 1998).
Bibliotheca sanctorum. IV: *Ciro-Erifrido* (Roma 1964) cols.631-633.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN SÉRVULO

Paralítico († 590)

Cuenta su historia San Gregorio Magno y por él sabemos que Sérvulo padecía de parálisis desde pequeño y que cuidaban de él su madre y su hermano. En el pórtico de la basílica romana de San Clemente pedía limosnas que luego compartía con los demás pobres. Se había hecho con los códices de la Sagrada Escritura y, como no sabía leer, pedía a los sacerdotes que se la leyeran y, por este medio, su alma estaba empapada de la dulzura de la palabra divina. Lleno de humildad, piedad y de todas las virtudes, alababa a Dios diariamente desde su enfermedad y su pobreza. Su muerte fue muy singular. Cuando se sintió morir pidió a los peregrinos que le cantasen salmos e himnos, pero en un momento determinado les pidió: «Callaos ¿No escucháis las alabanzas que cantan en el cielo?» Y expiró. Estuvo presente a su muerte el monje secretario de San Gregorio. Como estos detalles los cuenta San Gregorio en el *Libro de los Diálogos* y éste se escribió en 693, es claro que el santo murió antes de esa fecha.

SAN HARTMAN DE PASSAU

Obispo († 1164)

Nace en Passau a finales del siglo XI y se educa en el convento agustino de su ciudad natal. Opta por la vocación eclesiástica y en 1122 el arzobispo Conrado I de Salzburgo lo nombra deán del cabildo catedral en el que quiere introducir la observancia regular. Más tarde hace la misma obra en el monasterio de Herren-Chiemsee (1133) y luego en la canónica de Klosterneuburg, junto a Viena, trabajo para el que lo llamó el fundaror de la misma, San Leopoldo, margrave de Austria. En

1140 fue elegido obispo de Bressanone y su gran interés fue la reforma de la disciplina eclesiástica. Fundó en su diócesis una canónica y un asilo para pobres. Muy apreciado por el emperador Federico Barbarroja, esta amistad no le impidió defender sin tregua los derechos pontificios y estar siempre de parte del papa Alejandro III. Su culto fue confirmado por el papa Pío VI el año 1784.

SAN TORLAC

Obispo († 1193)

Torlac Thorhallson o Thorhalli nace en Fljótsshío, Islandia, en 1133. Destinado a la vida eclesiástica fue ordenado de diácono cuando aún no había cumplido los 15 años y con 18, en 1154, se ordenó de presbítero. Estudió en París y Lincoln durante seis años, siendo nombrado superior de la casa de Thykkvibaer a partir de 1168, en que se funda dicha casa y en la que se seguía la regla de San Agustín. Elegido obispo de Skalholt en la Islandia meridional en 1178, procuró la independencia de la Iglesia, pretendiendo romper la excesiva ingerencia de los patronos laicos en la marcha de las iglesias, sin que consiguiera siempre sus objetivos. Su autoridad moral lo hizo aparecer ante todos los fieles como un buen pastor, de recta doctrina e íntegra moralidad, que procuraba siempre y en todo el bien de su rebaño. En 1186 fundó el convento de su misma regla en Kirkjubaer. Murió el 23 de diciembre de 1193 y fue tenido enseguida por santo y comenzó a circular la fama de que se producían milagros por su intercesión. Los obispos de Islandia autorizaron oficialmente su culto en 1198 sin que se pidiera la confirmación papal a esta canonización episcopal.

SAN JOSÉ CHON YUN-HO

Mártir († 1866)

Este santo era un joven coreano de 19 años, hijo del mártir San Pedro Cho Hwa-so. Había nacido en 1847 en Shinchang, provincia de Chungchong, hijo de la primera esposa de su pa-

dre. Cuando su padre contrajo un segundo matrimonio se fue a vivir la familia al poblado de Songji Dong. Llegado a la adolescencia José trabajaba en una granja. Había contraído matrimonio al cumplir los 18 años con Lucía Yi y llevaba junto a ella una vida honesta y pacífica, llena de piedad y de bondad. Cuando empezó a hablarse de que volvía la persecución, el joven advirtió a su esposa su voluntad de ser fiel, y ella le prestó su apoyo moral. Fue arrestado con su padre el 5 de diciembre de 1866, porque al saber el arresto de su padre se presentó espontáneamente y no quiso escapar como su propio padre le proponía. Una vez arrestado, se negó a dar los nombres de los cristianos y declaró la firmeza de su fe. Enviado con su padre a Chonju, hubo de pasar todo tipo de maltratos e insultos por el camino. Su padre le animaba a sufrir por Cristo y José le respondía que no tuviera duda de su determinación de ser fiel. Aquel mismo día fueron arrestados otros cristianos. Se le dijo a José que su padre había apostatado —lo que era falso— para ver si así el joven apostataba. Pero José respondió que él no pensaba apostatar aunque lo hiciera su padre. Cuando supo que a su padre lo martirizaban pero que a él no lo llevaban al martirio, se dolió mucho de no poder morir junto a su padre. Como lo veían tan joven lo urgían una y otra vez a que apostatara, pero el joven nunca dio un paso atrás en su determinación de fidelidad. Por fin lo condenaron a muerte. Cuando lo llevaban a la ejecución un día frío de invierno, aparecía el muchacho con sus vestidos hechos jirones y a mucha gente le dio lástima y hasta le ofrecieron comida. Comió el mártir y dio gracias a la gente. Volvieron a proponerle la apostasía y volvió el mártir a negarse. Entonces fue decapitado. Era el 23 de diciembre de 1866.

Fue canonizado el 6 de mayo de 1984 en Seúl por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de canonización de 103 mártires de Corea que sufrieron martirio entre 1839 y 1846.

24 de diciembre

A) MARTIROLOGIO

1. La conmemoración de todos santos antepasados de Nuestro Señor Jesucristo, es decir de todos los Padres que agradaron a Dios y fueron hallados justos y murieron en la fe, saludando de lejos y sin haber aún alcanzado las promesas, y de los cuales nació Cristo según la carne **.
2. En Burdeos (Aquitania), San Delfín († 404), obispo *.
3. En Roma, Santa Társila († 550), virgen, tía del papa San Gregorio Magno *.
4. En Traer (Austrasia), Santa Irmina († 710), abadesa del monasterio de Oehren.
5. En Cracovia (Polonia), San Juan de Kety, cuya memoria fue ayer.
6. En Bolonia (Emilia), Beato Bartolomé María del Monte († 1778), presbítero, fundador de la Obra Pía de las Misiones **.
7. En Comonte (Italia), Santa Paula Isabel (Constanza) Cerioli († 1865), viuda, fundadora del Instituto de la Sagrada Familia **.
8. En Annaya (Líbano), San Sarbelio (José) Makhluf, cuya memoria se celebra el 24 de julio.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

VIGILIA DE NAVIDAD

Todo el Adviento es una búsqueda apasionada. Una noche oscura, «con ansias, en amores inflamada», en la que palpita ya, lejanamente, la sombra sin tinieblas de la luz.

Pobre chiquilla desasosegada, la Iglesia se ha lanzado por los caminos y los desiertos. No puede lograr quietud. Se ve en abandono y en pobreza, masticando la piel amarga del desamparo. Falta en su casa el lustre de la vajilla bien compuesta, la blanca mantelería, el rincón con flores, la tarantela alegre de las mañanas con sol. Falta la ternura, la compañía.

A esta niña indigente la apoya sólo la esperanza. Le dieron, hace mucho tiempo, una palabra de amor. Le prometieron un Esposo que, librándola de toda villanía, habría de alzarla en un trono cubierta de rosas, encendida en belleza. Y ahora la niña —Iglesia se llama— ha salido en su busca. Lleva cuatro semanas de andadura.

¿Adónde te escondiste,
Amado, y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huiste
habiéndome herido;
salí tras ti clamando, y eras ido.

Va preguntando en las posadas, en las chozas de los pastores, en las alquerías: «¿Sabéis algo de mi Amado?» La niña ha encontrado pronto quien le haya dicho algo de él. Isaías, un hombre de recia y bella palabra, que ha esbozado con emoción la hermosa figura del prometido. Y, unos días más tarde, un robusto muchacho, vestido de pieles y moreno de sol —Juan Bautista—, le ha dicho a la pequeña un recado amable: el Esposo está cerca. Ella va gritando enamoradamente: ¡Ven, ven, Adonai, palabra henchida de sabiduría, raíz de Jesé, llave de David, Oriente lleno de fulgor, rey de las gentes, deseado de los hombres, Enmanuel, Salvador!

El camino esta mañana ha sido propicio y grato. Han regalado los oídos de la niña con un mensaje suavísimo: Él está ya muy cerca; mañana lo verá. Ella ha brincado entre lágrimas dulces, sin poder contener el gozo. Y grita sin desmayo —¡que se enteren bien todos!—: hoy vais a saber una feliz nueva: que viene el Señor. Y mañana, mañana contemplaréis su esplendor. Salid todos a esperarle, hijos de los hombres. Llamadle Señor y Príncipe, Caudillo de la paz, Aurora de grandezas, Rey sin ocaso, Dominador fuerte, Dios.

Hay un gozo, el de la víspera, que muchas veces supera al de la fiesta. Sin duda, a causa de la incontrovertible fugacidad de las cosas. Montamos un tren que no se detiene. El hombre no sabe mirar más que adelante o, nostálgicamente, hacia atrás. El paisaje, estrictamente paralelo a la ventanilla, es reducido y, además, se escapa pronto, como perseguido por un toro. Lo que pasó se va hundiendo en la lejanía; lo que llega, pronto caerá también al saco del recuerdo; lo que no llegó es perspectiva grata. La víspera, más sutilmente gozosa que la fiesta. Sólo cuando la fiesta no termine nunca, y haya para siempre, para siempre, luz y flores, música serena, contemplación de Dios, mar de maravillas, sólo entonces descansaremos sin inquietud en la orilla de la playa.

La víspera de Navidad, ¿más alegre que la fiesta que se acerca? ¡Qué se yo! Tal vez no. Porque la Navidad misma no es sino un preámbulo, un ponerse en camino con la sorpresa de que Dios está a nuestro lado, en compañía de carne y sangre, de temor y de ternura, de ojos que ven, de nervios que vibran. La Navidad, prólogo también y víspera para los más soberanos regalos, que se llamarán Nazaret, Betania, camino del Gólgota, triunfo pascual, Y más adelante aún, Pentecostés, Iglesia militante y purgante. Sólo la Iglesia triunfante del último día, ya redonda en número y en gracia, encendidas en brillo las almas y rutilante de cuerpos gloriosos, será la sorpresa última, siempre igual y siempre nueva. Aun entonces la plenitud feliz de cada día será más luminosa con la seguridad de plenitud para el día siguiente.

De todos modos, hoy 24 de diciembre, víspera gozosa de tantos escondidos y sabrosos misterios. Y la Iglesia a nuestro lado diciéndonos, para que trepidemos jubilosamente: *Hoy sabréis que viene el Señor y mañana contempiaréis su gloria.*

Saber..., contemplar. Noticia y visión. El verle cara a cara será únicamente cuando podamos recostarnos en el césped celestial. La contemplación es también noticia, «noticia de Dios amorosa», como dice Juan de la Cruz. Un dejarse empapar por el rayo puro, sin motas ni polvillos, invisible, pero ya absorbente, del que brotan, como flores, mil claridades jugosas. Así la Iglesia mañana, abandonándose a la invasión de la alegría, a la clara presencia de su Señor. Hoy, vigilia de Navidad, hoy es el anticipo; la noticia en su recinto más reducido, casi de perfiles periodísticos: el suceso o novedad que se comunica según la prosa gélida del diccionario. Pero ya es también evangelio, «buena nueva», proclamada con alborozo. *Viene el Señor: mañana veréis su gloria.*

Y porque la noticia es venturosamente excepcional, la liturgia la envuelve en ropajes solemnes. En el coro hay un ceremonial desacostumbrado para la lectura del martirologio, la gozosa y barroca calenda. Brillan en el altar las candelas encendidas, mientras en el centro del coro dos blandones con hachas montan guardia de luz al atril. A él llega, revestido de capa morada, el presidente de la asamblea con la compañía del maestro de,

ceremonias, del turiferario, de los acólitos. Se inciensa el libro, que contiene grandes fechas gloriosas de la historia cristiana. Ninguna, tal vez, como ésta. Por eso el tono del anuncio va envuelto en melodía solemne, con un cortejo ingenuo pero impresionante de fechas antiguas, en un afán de remachar la ineludible historicidad del acontecimiento. «El año 5199 de la creación del mundo, cuando al principio creó Dios el cielo y la tierra; el 2957 del diluvio; del nacimiento de Abrahán el 2015; el año 1510 desde Moisés y la salida del pueblo de Israel de Egipto [...] el año 42 del Imperio de Octavio Augusto, estando todo el mundo en paz, en la sexta edad del mundo, Jesucristo, Dios eterno e Hijo del eterno Padre: queriendo consagrar el mundo con su venida misericordiosa, concebido por obra del Espíritu Santo, transcurridos nueve meses desde su concepción, nace, hecho hombre, de la Virgen María, en Belén de Judá». Todo el coro está arrodillado. Y la voz del presidente, con el mismo tono en que se canta la pasión, gravemente, notifica a la Iglesia y al mundo: *¡La natividad de Nuestro Señor Jesucristo según la carne!*

Algo nos sorprende en este anuncio regocijado. El clima popular navideño está cuajado de nieves y de ternura. Se ensayan villancicos: van asomándose por los escaparates los portales agrestes, con un Niño encantador entre San José y la Virgen, la mula y el buey; los *christmas* son deliciosamente ingenuos, con ovejitas, estrellas y pequeños ángeles traviesos. Un aire de niñez, aceptado y aun buscado, envolviéndolo todo, como si el mundo estuviese en infancia, a punto de estrenar. Y, sin embargo, la Iglesia apenas si nos anuncia que el que llega es un niño, ni trenza su liturgia con cantinelas infantiles. Es cierto. Mañana nos dirá: *Un Niño nos ha nacido,* y leerá la dulce historia de los pastores. Pero antes nos habrá mostrado, en un marco de notas solemnes, el salmo 102, cuadro de la majestad del Mesías dominando a los monarcas de la tierra. Y el salmo 109, himno a la grandeza de Dios, eterno y creador. También la proclamación grandiosa del misterio del Verbo, que era en el principio, antes que todas las cosas, por quien todo fue hecho. De modo parecido hoy, en el momento sabroso de la primera noticia, nos la da con trompetas solemnísimas: *Veréis al Señor en su gloria; mañana reinará sobre nosotros el Salvador del mundo y se manifestará la gloria del*

Señor. Alzad, príncipes, vuestras puertas y entrará el rey de la gloria. Nada que haga suponer la humilde escena de la gruta de Belén.

Y es que la gloria del Cristo Señor es el quicio sobre el que van girando estos portones venerables de la liturgia navideña. «El Verbo ha plantado su tienda entre nosotros y hemos visto su gloria». Para San Juan el abajamiento de Dios es para engrandecimiento del hombre, en lo que se manifiesta la potencia de lo alto. La carne humana del Salvador no es sino un sendero por el que pasa la gloria que viene de los cielos y que ha de hacer resplandecer a la raza de los hombres en sus almas y hasta en sus cuerpos. El nacimiento de Cristo es una sinfonía nunca oída en la sala de conciertos del mundo. Todo en él brota de una fuente pura, virginal. Ni la concupiscencia de la carne ni la ley del pecado enturbian la clara melodía. El fruto de este nacimiento será una humanidad nueva, rescatada y purificada. La Encarnación va orientada, desde su mismo punto inicial, por la estrella polar de la glorificación, que ha de expansionar su fuerza, al término del tiempo, inundándolo todo. Y, como primicia y promesa de esta plenitud final, el resplandor del Señor resucitado, su cuerpo gloriosísimo sentado en el penacho de los cielos.

El misterio pascual es centro del año litúrgico. El ciclo navideño, lejos de un distanciamiento que lo empobrecería se acoge también a la gran luz de la Pascua. La pobre, la endeble materia humana, se ve en Jesús poblada por la potencia divina. La asunción de la carne por la persona del Verbo es un albor de glorias futuras, reflejado ya en los hijos de Adán. Tras el pequeño de Belén, la Iglesia contempla, absorta y agradecida, el rostro radiante del Kyrios, del Señor triunfante. Del plinto humilde, sobre el que alza su esbeltez única la vida de Cristo, ella encumbra su vista al tímpano radiante donde ángeles y santos, violines y estrellas, cantan a Jesús los himnos de la victoria. La liturgia navideña es una proclamación de la gloria del Verbo encarnado. Y su anuncio en esta vigilia abre ya perspectivas triunfales. *Mañana quedará borrada la iniquidad de la tierra. Y reinará sobre nosotros el Salvador del mundo.* En tono más brillante pero en grato acorde, las liturgias orientales:

> «Sacerdotes —exhorta, en el oficio de esta mañana, la liturgia armenia—, exaltad grandiosamente por los siglos, con cánticos espirituales, a Aquel que ha ascendido a lo alto llevando cautivo el

imperio de la muerte y que hoy se nos comunica a los hombres en don de incorruptibilidad».

La Iglesia contempla en el Verbo encarnado, más que su pequeñez y anonadamiento, la potencia en Él encerrada, su rico filón de vida celestial que ha de iluminar y regenerar a los hombres. La Esposa está enamorada, desde el primer momento, de la gloria y del señorío de su Esposo.

En realidad, al dejar casi en sombras lo puramente anecdótico en el nacimiento de Cristo, la Iglesia nos posibilita la participación en el misterio de la Navidad. Sin duda que hay una conmemoración del hecho histórico del nacimiento del Señor. Pero, al recordar el episodio, la Iglesia pasa por encima de él y contempla el desarrollo del misterio de la Encarnación, o sea su propio misterio de los desposorios con Cristo, su incorporación a él. El Verbo se hace carne para habitar entre nosotros, y, conforme vamos entrando en su tienda, vamos compartiendo los frutos de su presencia.

La esencia de la Navidad es el admirable comercio que se organiza entre Dios y los hombres. Él participa de nuestra pobreza; nosotros, de su encumbramiento. Él se hace hijo del hombre; nosotros, hijos de Dios. En el Verbo, sala donde se firma el intercambio, se encuentran ahora emparejadas la excelsitud de los cielos y la miseria de la tierra, la inefable Palabra, que es vida y vivifica, con la flor, que crece y muere. El misterio de la Encarnación es un ancho estadio propicio para los juegos de antítesis, y la liturgia los ha empleado para festejar la Navidad. Dios y hombre. Cruce inefable de caminos. Los textos vigiliares nos anuncian este sorprendente acercamiento de distancias, que abre ancho abismo para profundizar en contemplación, en acción de gracias, en rendida alabanza. En la epístola, San Pablo nos dice del Señor: Hijo de David según el linaje de la carne, constituido Hijo de Dios (¿Te has fijado que en esta lectura de hoy, San Pablo nos habla del poder de Cristo «por su resurrección de entre los muertos»? Fuerza de atracción del centro. La Pascua siempre, con su ala de luz). En el evangelio, la concepción de María, la congoja de San José, la respuesta del ángel, que tranquiliza. Humano y divino. Hijo de una mujer de la tierra, pero sin padre terreno. Unigénito del Padre de toda la vida,

que le dio a él el imperio, la grandeza y el poderío. «Su nombre será Jesús, porque salvará a su pueblo de sus pecados».

Es a este Dios-hombre, con su perfil glorioso, a quien la Iglesia contempla. Gracias a la unión indecible de las dos naturalezas en su persona, la tierra toca al cielo y es así transfigurada.

> «El Verbo entra en mi cuerpo para que yo pueda contener su divinidad. Toma mi carne, dándome así su Espíritu. De este modo, dando y tomando, adquiere para mí un tesoro de vida. Toma mi carne a fin de santificarme; me da su Espíritu a fin de salvarme» (SAN JUAN CRISÓSTOMO: PG 56,389).

No se trata de un panteísmo imposible, transformando a la criatura en la propia divinidad del Verbo, sino de un reflejo espléndido de la inexpresable vida divina, que hace brillar las almas de los justos.

De esta manera, como dice San León, al adorar la Natividad de nuestro Salvador festejamos nuestros propios orígenes. El misterio de salvación es único, aunque parcelado en etapas. El ciclo litúrgico es toda la economía de la salud vista por sus varias esquinas: nacimiento, pasión, resurrección, ascensión; pero no siendo en su volumen total más que una obra única y admirable, un castillo de inmensa luz, que acoge en su resplandor a todos los que se acercan a sus puertas. Cristo, que edifica su obra redentora; los hombres, que a Él nos agremiamos. En este niño de la gruta campesina de Belén se encuentra ya la plenitud de la salvación. «Es verdaderamente justo y necesario [...] darte gracias, Señor, Padre santo, Dios omnipotente y eterno porque todo el objeto del culto, ofrecido en su devoción por el pueblo cristiano, encuentra su origen en esta solemnidad y se halla contenido en este don», decía un prefacio para esta vigilia guardado en el sacramentario leoniano. La obra de Cristo precisará pasar por escalas diversas, siendo principalmente su muerte la que rompa las vallas que nos separan de Dios. Pero desde el momento en que el nuevo Adán se encuentra entre nosotros, cuando la raza humana tiene ya un jefe para la empresa de su rescate, podemos estimar como una realidad palpitante el cable tendido entre Dios y los hombres, por el cual podremos trepar hasta el paraíso antiguo. Puede, ciertamente, decir el oficio de hoy: *Mañana estará con vosotros la salvación.*

Pero el chorro bendito de luz no alcanza solamente a los hombres. Todas las criaturas terrestres —que encuentran en el hombre su punto de engarce con el cosmos espiritual— se ven transformadas y enaltecidas. *Mañana se borrará la iniquidad de la tierra.* San Pablo nos descubre una dolorosa participación de las cosas en la maldad humana. Nos dice también que la creación está esperando con ansia la liberación de su servidumbre para participar en la gloria de los hijos de Dios. «Brilla un nuevo astro, que raerá toda vileza», canta el himno de laudes. A la hierba, al pájaro, al mar, a la estrella, les llega esta nueva claridad. Solidaria del hombre la creación está llamada a ser «el cielo nuevo y la nueva tierra» de que nos hablan Isaías y San Juan, el escenario para la eterna visión enamorada de los elegidos en el último día.

Porque aún todo está en camino, todo en víspera. La colecta de hoy nos habla de Cristo Juez. La secreta, del gozo de los dones eternos. No se cerrará la curva de la redención sino al final de los tiempos, cuando entre en las praderas celestiales la gran multitud que aclamará a Cristo como cabeza y Señor. Ahora todo se realiza en misterio y en esperanza, a través del rito sensible y en la invisible caridad. Es el anticipo placentero de la eterna y juvenil alegría. Nuestra incorporación al Verbo encarnado, descendido de los cielos *propter nostram salutem,* nos da una cédula de confianza. Y también un comienzo de transformación asombrosa, aunque escondida.

La vigilia nos lleva de la mano hasta la gruta del nacimiento para que en él veamos nuestro propio renacimiento: para que contemplemos y adoremos la gloria oculta del hijo de la Virgen y soñemos en la nuestra futura. En esta espera trepidante de hoy la Iglesia nos invita al júbilo y a la santidad. «Cada año nos alegras con la expectación de nuestra redención», dice la colecta. «Santificaos hoy y estad preparados», exhortan los responsorios de maitines. Para compañía, ejemplo y ayuda, la Iglesia pone a nuestro lado a Santa María, en cuyo templo mayor romano se celebra el culto estacional. No podríamos encontrar más sabroso acompañamiento. Asidos a la ternura de Nuestra Señora, esperamos con impaciencia el momento en que «Jesucristo, Dios eterno e hijo del Padre eterno, queriendo consagrar

el mundo con su venida misericordiosa», nazca, hecho hombre, en Belén de Judá *(Martirologio romano)*

JUAN M.ª LECEA

Bibliografía

GUERANGER, P., *El año litúrgico* (Burgos 1954-1956).
LEMARIÉ, J., *La manifestation du Seigneur* (París 1957).
LOEHR, E., *El año del Señor* (Madrid 1955).
PARSCH, P., *El año litúrgico* (Barcelona [3]1964).
SCHUSTER, A. I., *Liber sacramentorum. Estudio histórico-litúrgico sobre el misal romano* (Barcelona 1945-1958).
• Actualización:
LÓPEZ MARTÍN, J., *El año litúrgico. Historia y teología de los tiempos litúrgicos cristianos* (Madrid [2]1997).
— *La liturgia de la Iglesia* (Madrid 1994).
ORDÓÑEZ MÁRQUEZ, J., *Teología y espiritualidad del año litúrgico* (Madrid 1978).

SANTOS ANTEPASADOS DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

A los archivos diocesanos, donde se concentran los libros sacramentales de las diversas parroquias, afluyen, en número creciente, unos investigadores bastante singulares: pensionistas, opulentos de tiempo, que tratan de obtener su árbol genealógico. Suelen darse por satisfechos cuando alcanzan antepasados del siglo XVI, se sienten felices si descubren vestigios linajudos y, a veces, su desencanto es grande al hallarse con un tatarabuelo de padre desconocido. Cuando los prejuicios antisemitas distaban mucho de verse superados, primaba un consejo confidencial: «No hagas tu árbol genealógico: te expones a encontrarte con un judío o una criada de servicio». Digamos por nuestra parte que todos los genealogistas pueden curarse de espantos con sólo repasar la lista de los antepasados de Jesús.

Tratándose de reyes y de personajes de la alta nobleza las genealogías nos vienen dadas, no siempre con las seguridades que cabría esperar. ¿Y la genealogía de Nuestro Señor Jesucristo? Nos la ofrecen doblemente los Evangelios. San Mateo (Mt 1,1-17) nos da la de San José, el padre de Jesús a los ojos de la Ley. San Lucas, en cambio (Lc 3,23-32), prefiere presentarnos la de María, coincidente con la de Mateo a partir de David, del

que descienden María y José. Se ha reparado en que ningún judío actual cuenta con una genealogía legal comparable, ya que todos los expedientes se destruyeron el año 70 después de Cristo, al ser totalmente arrasado el templo de Jerusalén. En conclusión, a los cristianos les cabe decir que es Jesús el único judío vivo que puede demostrar sus derechos al trono de David.

No se trata de genealogías completas, en las que no falten eslabones. Por lo visto, eso era lo ordinario en el judaísmo antiguo: quedaban fuera los nombres menos importantes para facilitar a los niños la memorización. Así, en San Mateo se omiten los nombres de los reyes Ococías, Joás y Amasías.

En la enumeración que sigue a los patriarcas, la gloria proveniente de ser antepasados del Mesías no desvanece los datos ignominiosos, que se ilustran con la Biblia: infidelidades, crueldad, vicios y pecados. La débil naturaleza humana, en el tronco concreto elegido por Dios, es asumida por el Hijo, que se hace hombre. Más todavía: de las cuatro mujeres que entran en el árbol genealógico, dos aparecen en la Biblia cubiertas de ignominia... Tamar fue culpable de prostitución. Bersabé fue cómplice de adulterio con David. Ambas, a pesar de todo, quiso Dios que fueran parte de los antepasados de Jesucristo. ¿Quién no se siente conmovido ante el anonadamiento de Cristo y la veracidad de sus Evangelios? Todo este torrente, en parte impuro, quedó definitivamente sanado en la sangre purísima de la Virgen Inmaculada, de la que Cristo tomó su corporalidad.

La celebración de los antepasados de Cristo ha obtenido en la liturgia la fecha más adecuada: el 24 de diciembre, víspera de su nacimiento.

JOSÉ MARÍA DÍAZ FERNÁNDEZ

BEATO BARTOLOMÉ MARÍA DEL MONTE

Presbítero y fundador († 1778)

Nace en Bolonia (Italia) el 3 de noviembre de 1726, hijo de Oracio, un rico banquero y miembro selecto de la Magistratura local, y Anna María Bassani. Fue el último de los cinco hijos que tuvo este matrimonio, y el único que sobrevivió, pues tres

fallecieron de corta edad, y otro no llegó a ver la luz. Los empleados de su padre lo llamaron «el hijo de oraciones y limosnas», por las que sus padres ofrendaron en demanda de protección, incluso con un voto a San Francisco de Paula.

Bartolomé recibe las aguas bautismales al día siguiente, y su madre atiende su formación intelectual y espiritual. El 26 de abril de 1733 el cardenal Próspero Lambertini, futuro papa Benedicto XIV, le administra la confirmación en la catedral de Bolonia. Su madre atiende con gran interés su formación espiritual: «Cada día mi madre me hacía leer el oficio de la Virgen María, y me enseñaba las verdades del catecismo». Asiste al colegio de Santa Lucía de los jesuitas, frecuenta el oratorio de Santa María de Galliera, de los padres filipinos e ingresa en la confraternidad de San Jerónimo de Miramonte, fundada por el Beato Nicolás Albergati.

Firme en su vocación se decide a ingresar en el seminario, pero su padre se opone, esperando que se ponga al frente de la hacienda familiar. Le ayuda su amigo, el clérigo Antonio Muratori, que le presenta a don Alejandro Zani, un prestigioso sacerdote que había formado un grupo de espiritualidad en la iglesia de Santa María delle Muratelle, en el cual se integra. Este ejemplar sacerdote será su director espiritual y quien le guiará en el difícil período del discernimiento vocacional.

Durante tres años su padre se niega a que sea sacerdote, le impone que cambie de director, pero sólo consigue que pase de un sacerdote santo «a uno aún más santo», don Alejandro Garagoli, que le anima en su deseo de perseverar, y cuya decisión final está afianzada por San Leonardo de Porto Maurizio, el gran predicador franciscano, a quien debe su fecundo apostolado. Este santo le anima y aconseja, confirmándole en su vocación, y le dirige a la evangelización popular. El Señor lo había elegido para un campo muy amplio y le encargaba de una misión muy grande en su villa. A San Leonardo de Porto Maurizio lo encontró, al menos, dos veces y recibió de él gran estímulo para proseguir en la vocación aceptada, enfervorizándolo para tal ministerio. El 20 de diciembre de 1749 recibe el presbiterado: «Quiero salvarme y salvarme con otros». Se doctora en teología en 1751.

Durante los primeros años de su ministerio se dedica a aprender el arte de la predicación en la escuela de los predicadores más famosa de su tiempo. Acto seguido emprende una extraordinaria actividad misionera que le llevará por 62 diócesis italianas. Durante sus 26 años de sacerdocio predica centenares de misiones populares, cuaresmales y ejercicios espirituales al clero, religiosos y laicos, logrando admirables conversiones y numerosas pacificaciones entre partes enfrentadas. Intransigente en la predicación de la verdad, acogedor y misericordioso con los pecadores, anda de un lugar a otro, sediento de la salvación de las almas. Sobrio en su vida y diligente en la predicación de la Palabra. Su actividad ejerce también un influjo notable incluso en el entramado civil de la nación, contribuyendo en forma eficaz a promover en él la justicia, la concordia y la paz.

Para dar solidez y continuidad a las misiones populares funda la Pía Obra de las Misiones, con la herencia paterna, y mediante la obra de misioneros en la tierra patria, el pueblo italiano puede ofrecer un patrimonio de valores humanos y cristianos, que representa su tesoro más precioso. Con estas misiones populares afronta situaciones de amplia ignorancia religiosa, y una preocupante descristianización de amplias zonas rurales, pues en aquel tiempo la formación para el sacerdocio no implicaba el plan de estudios que desarrollarían tiempo después los seminarios. Por eso se esfuerza en organizar la Pía Obra de las Misiones, donde sus sacerdotes colaboradores se preparan de modo adecuado para salir a predicar. A ellos dedica interesantes escritos espirituales, alguno de los cuales se sigue publicando y reeditando en 1906.

En 1767 celebra misión en Modavio, una importante ciudad de la diócesis de Fano, donde obtiene un consolador fruto. El autor de un libelo difamatorio contra algunas personas destacadas del lugar se retracta públicamente el último día, y una inmensa multitud escuchó conmovida la retractación. Los frutos de gracia que producía eran admirables. El año 1776 el nuevo arzobispo de Bolonia le encarga una misión popular en la basílica de San Petronio, que tiene lugar del 16 de abril al 1 de mayo. Son tantos los que acuden a escucharle que hubo que trasladar la predicación a la plaza, pues estaban llenas incluso las calles

adyacentes. Llama a la compunción con su habitual fervor y celo, para la gloria de Dios y el provecho espiritual de las almas. En el mes de diciembre de ese año estuvo misionando en la República de San Marino, y son tantos sus trabajos y fatigas que al término de su predicación le honran con el título de «Ciudadano» de aquel noble y antiguo país, considerándole «célebre por la doctrina y santidad de su vida».

La fama de la eficacia de estas misiones y de la santidad de su vida se difunde con tanta rapidez que difícilmente logra atender todas las peticiones. En el año 1774 el cardenal vicario de Roma le invita a predicar unas misiones en la plaza Navona y a dar unos ejercicios espirituales en la iglesia del Gesù al clero romano, como preparación del Año Santo de 1775. Pío VI, apenas elegido papa, quiere tenerlo en Roma como predicador, pero él desea, y así se le concede, continuar con sus misiones populares, argumentando que «en Roma no dejaría de haber quien se encargase mejor que él de ese ministerio, pero no sería fácil encontrar a quien esté dispuesto a ir de un lugar a otro, consumiendo la vida especialmente entre los pobres campesinos». El celo misionero le devora de tal manera que pretende ir a las Indias, pero le disuaden por su salud precaria: «Quiero remover cada piedra para excitar a los corazones a estimar y amar».

¿Dónde encontraba la fortaleza para realizar este excepcional ministerio? La santa misa, la adoración eucarística y la confesión sacramental, son el centro de su vida, de su acción misionera y de su espiritualidad. Amaba a la Virgen, a quien profesa una tierna devoción: «todo pensamiento, toda palabra: Sí, todo lo debo a María». Encarga al pintor Hércules Graziani una imagen de la Virgen Madre de la Misericordia, una pintura muy hermosa que lleva siempre consigo. Su vida es un testimonio particularmente sensible a las exigencias de los tiempos modernos, comprometiendo a todos a afrontar con ardor y empeño la nueva evangelización de los hombres y mujeres de su tiempo. ¡Cuántas fatigas tuvo que soportar! Innumerables los peligros que afrontó. Forma a muchos colaboradores, a quienes infunde abundantes dones espirituales para que vayan a conquistar almas para Cristo. Y todo ello a sus costas, empleando el pingüe patrimonio heredado de su padre. Sólo le entristecen los peca-

dos, que intenta arrancar del corazón de los hombres con lágrimas en los ojos. Con cansancio y fatigas, flagelándose hasta la sangre. Emplea su vida, su tiempo, sus bienes siempre en favor de los pobres.

En un tiempo en que se difunde la filosofía jansenista y el iluminismo, son muchos los sacerdotes que apoyarán las misiones populares, un modo de anunciar el Evangelio al pueblo desorientado y descristianizado, sin pretender recompensa alguna, y si la acepta es para emplearla en ayuda de los pobres. En 1768 el arzobispo de Viena le encarga la predicación de la Cuaresma, pero una caída accidental le impide concluirla. Regresa a Bolonia, dolorido y sin poder caminar, y en el santuario de la Virgen de San Lucas alcanza el favor de recuperarse totalmente. La luz de la fe, obsequio sobrenatural, disipa en su ánimo las tinieblas del indiferentismo religioso, y el ardor de las fatigas sacerdotales acrecienta el deseo del misionero. El campo de su apostolado es inmenso, le exige una actividad continua y ya se le llama «el misionero». El argumento de sus sermones demuestra que, sobre todo, pretende disipar las tinieblas del pecado y de la ignorancia, dejando que la luz de la verdad evangélica y el fulgor de la divina gracia penetre en el corazón de los oyentes. Que brille el sol de la vida sobrenatural donde imperaban las tinieblas del naturalismo. Profundamente conoce el corazón del hombre; recuerda que el hombre está destinado al cielo. El único anhelo de su argumento en su predicación es su ejemplo, la luz que iluminada por la fe lleva a creer en Dios. En todas partes la fama de «hombre de Dios» le acompaña siempre. Las numerosas conversiones que la tradición oral recuerda obraba este misionero se basaban en esta verdad: «Porque el misionero era un santo».

Anuncia su muerte dos meses antes de que ocurra: «Voy a morir en Bolonia la noche de Navidad». El 15 de diciembre de 1778 consumido por las fiebres, tuvo que interrumpir la celebración de la misa. Su enfermedad se agrava. El 24 de diciembre, confortado con los sacramentos, entrega su alma al Creador. El día 28 del mismo mes y año recibe sepultura, en una gran manifestación popular de duelo. En 1808 sus restos se trasladan a la capilla de la Virgen de la Paz de la Seo de Bolonia. La causa de canonización se inicia en 1874 y concluye en 1881.

En 1890 la causa se introduce en Roma y León XIII lo declara venerable. En 1921 Benedicto XV reconoce sus virtudes heroicas, aunque tiempo después queda suspendida la causa. En 1993 el cardenal Giacomo Biffi, arzobispo de Bolonia, reanuda, y el papa Juan Pablo II lo beatifica el 27 de septiembre de 1997. Se trata, según el Santo Padre, de «un modelo que hoy también la Iglesia encarga a sus hijos».

Milagro de la beatificación

Sor Rafaela Rambaldil, nacida en 1844, ingresa a los 27 años en el monasterio del Corpus Domini de Bolonia; tres años más tarde (1847), enferma de tuberculosis y se le reproducen en distintas partes del cuerpo unas glándulas, con fiebre muy alta y pus. En 1882 la situación se agrava con una peritonitis tuberculosa difusa con múltiples fístulas, y los médicos sugieren que reciba los últimos sacramentos. La enferma profesa especial veneración por el Siervo de Dios, y le pide su curación. Alrededor de la medianoche del 23 de enero de 1882 la enferma recibe una corriente de aire, estando cerrada la puerta de su habitación. Nota la presencia de una persona, a quien no puede ver, que le aprieta el cuello unos segundos. Otro apretón en el estómago, y un tercero, y último, en las vísceras. Después de haber permanecido tres años postrada en el lecho, se levanta, y puede mover el cuello. Llama a la enfermera que la atendía, y queda asombrada por esta repentina curación. El médico de la comunidad constata que las llagas han cicatrizado y las condiciones abdominales eran buenas, y el estado general también. Regresa a su oficio en la cocina y fallece el año 1913. La curación imprevista, duradera, no explicable sólo por medios naturales queda confirmada.

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

DI CHIO, A., *Bartolomeo Maria dal Monte, un evangelizzatore per il nostro tempo* (Bolonia 1994).

GIANDOMENICO, G., *Il Beato Bartolomeo Dal Monte, predicatore di missioni popolari nel Settecento* (Cinisello Balamo) 1997.

L'Osservatore Romano (ed. en español) (3-10-1997).

SANTA PAULA ISABEL (CONSTANZA) CERIOLI

Religiosa († 1865)

Piadosa y abnegada viuda, fundadora de las Hermanas de la Sagrada Familia en 1857 y de los Hermanos de la Sagrada Familia en 1863. Fue figura estelar de la piedad italiana y de la entrega de la mujer cristiana en favor de los niños abandonados por los cuales sacrificó su vida y sus bienes siguiendo los designios de la Providencia.

Dios la preparó para ser educadora a través de la cruz y de la renuncia, del dolor y de la esperanza cristiana. Su espíritu selecto, su corazón valiente y heroico, los caminos que la Providencia la hicieron digna de admiración. Diversas circunstancias se cruzaron en su vida de manera admirable y, aunque las alegrías de la existencia terrena no le sonrieron en lo humano, fue elegida para que enseñara a muchos a sonreír a lo divino. Para hacerla madre, Dios puso en su regazo hijos que llevó prematuramente al cielo. Para curtir su paciencia, le dio un esposo que hiciera posible la práctica de la resignación y de la paciencia más heroica. Y, para convertirla en educadora hábil, multiplicó en su entorno las necesidades y las llamadas a su tierno y compasivo corazón.

Cuando estuvo preparada, la hizo pasar por la puerta de la soledad y la entregó un palacio que ella transformó en hogar de los abandonados y en escuela de las virtudes más evangélicas. En su trato con los niños huérfanos y con las niñas indigentes que fue acogiendo, fue capaz de reproducir el hogar de la Sagrada Familia de Nazaret. En esa morada de caridad ella practicó las más sublimes virtudes y vio cumplida con creces la profecía que su hijo Carlos la hizo al morir cuando sólo tenía dieciséis años y se despedía de ella en el momento de su agonía: «No llores ni tengas pena por mi muerte, madre. Serás madre de muchos hijos que te consolarán por mi pérdida».

Y para continuar su obra hermosa de educación suave y de dulce amistad, reunió un grupo de colaboradoras que, después de su muerte, supieron propagar su estilo y su mensaje de maternidad espiritual. Regaló a la Iglesia la congregación de «Hermanas de la Sagrada Familia», las cuales aprendieron de ella a

hablar el lenguaje de los lirios del campo y de los pájaros del bosque.

Su nombre era Constanza Cerioli. Nació en Soncino, cerca de Cremona, el 28 de enero de 1816. Fue la última de 16 hermanos y tal vez por eso salió frágil y de salud delicada. Recibió el bautismo de emergencia por lo débil que fue su primer día de vida. A los pocos días, el 2 de febrero, fue llevada a la iglesia para completar las ceremonias sacramentales. Dios se encargaría de hacerla una mujer fuerte al convertirla en madre de muchos hijos en la tierra.

Sus padres tenían una posición desahogada, por lo que pudo recibir una educación esmerada en los parámetros de la época y del lugar. Se llamaban Francisco Cerioli el cabeza de familia y Francisca Corniani la madre, que era condesa por familia. Eran ricos propietarios y eran más ricos en virtudes y en espíritu cristiano. Supieron dar a sus hijos una posición social distinguida. Pero les ofrecieron el testimonio de una fe sólida.

La fragilidad inicial de la salud de Constanza la conservó toda su vida y tuvo que luchar con ella a lo largo de la infancia. Más tarde, los avatares de su existencia, la curtieron en los trabajos y en las empresas arriesgadas en las que Dios la fue envolviendo sin casi ella darse cuenta. En 1828 fue llevada como interna al convento de la Visitación, en Alzano Maggiore (Bérgamo). Allí se educaba, según las costumbres de las familias nobles, una hermana mayor. Y en el centro también vivía una tía religiosa, sor Giovanna, que se cuidaría de ella durante sus años de formación. Así adquirió una educación selecta y aristocrática a lo largo de ocho años, que la convirtieron en una doncella culta, fina, agradable y sobre todo sumamente piadosa y obediente.

El 30 de abril de 1835, cuando tenía 19 años, por decisión paterna fue entregada en matrimonio a Cayetano Busecchi-Tassis, de 59 años, rico industrial y propietario de múltiples bienes. Vivía el nuevo esposo en el mayor desahogo en el palacio heredado de su anterior esposa, la condesa Teresa Tassis. Era de carácter ostentoso y el título condal heredado le hacía con frecuencia llegar a los umbrales de la arrogancia, todo lo contrario de los gustos de su frágil y reservada esposa Constanza. Por otra parte el carácter nervioso y envejecido de un esposo tan

desigual la hizo sufrir durante años en silencio, de modo que su vida conyugal no fue fácil ni placentera.

Su experiencia de la maternidad también la resultó dura y dolorosa. El 20 de octubre de 1837 nació su primer hijo Carlos, al que dedicó todas sus atenciones maternales. Luego tuvo otros tres hijos, a quienes visitó la muerte a poco de su nacimiento: el 9 de noviembre de 1839 nació el segundo, que murió a los pocos días; el tercero nacido el 22 de noviembre de 1842 también murió pronto; y el cuarto, una niña, pasó fugazmente por la tierra un año después. De los cuatro, sólo Carlos vivió hasta los 16 años. En 1850 lo llevó al colegio de San Alessandro, del canónigo Valsecchi, en Bérgamo. El 16 de enero de 1854, cuando todo parecía sonreírle en la vida y era el consuelo de su desventurada madre, falleció diciendo palabras de consuelo y de fe heroica a su madre.

A finales del mismo año, el 20 de diciembre de 1854, murió también su esposo, dejándola joven, viuda, sola, desconsolada e insegura ante la vida, en un palacio que ella no estimaba y con un porvenir oscuro que la hizo caer en un estado de aflicción intensa. Dos obispos amigos de la familia, el de Bérgamo, mons. Luis Speranza, y mons. Alexandre Valsecchi, acompañaron a la joven condesa en aquellos dramáticos días y orientaron su atención hacia la imagen de la Virgen Dolorosa, también viuda y sola, pero destinada por Dios a ser la protectora de las madres afligidas.

Por insinuación del párroco de la localidad, comenzó una intensa vida de apostolado como medio de superar su aflicción profunda. Y poco a poco fue de nuevo encontrando sentido a su vida. Acogió en su palacio a niñas campesinas abandonadas y aumentó el número poco a poco a medida que fue animándose a hacer cosas grandes en la tierra. Sospechó que Dios la tenía destinada para ser madre de muchos, y comprendió que las palabras de su hijo Carlos eran para ella un mensaje profético que no podía poner en duda.

Cuidaba a las niñas recogidas de forma amorosa y personal. Ponía a su disposición todo lo que en su palacio había y los servicios de todas las personas que antes habían servido para dar realce a la mansión. Pasó de señora marquesa a servidora de los

pobres y entonces aprendió lo que era la alegría y el gozo de servir a los hijos de Dios. Cuando aumentaron en número las niñas acogidas, el obispo de Bérgamo, Pedro Luis Speranza, amigo y confidente, la animó a organizar una congregación de hermanas que la ayudaran en la educación de las muchachas.

Los tiempos que la tocaron vivir eran difíciles en la región, pues la Lombardía y el Veneto se hallaban bajo el dominio del Imperio austriaco. Los tributos eran elevados, los contrastes sociales eran grandes. Abundaban los campesinos que se debatían en la pobreza máxima. Los huérfanos salidos de las diversas guerras e invasiones también eran muchos y con frecuencia se debatían en el máximo abandono. Las obras de acogida de esas personas no eran suficientes y la educación de tantos indigentes resultaba más urgente que nunca. Su aparición en escena fue verdaderamente providencial.

El grupo de niñas que cuidaba reclamó muchas manos desde los primeros momentos. En 1854 se juntó con ella la piadosa Luisa Corti, que se mantuvo fiel a su lado hasta la muerte. En 1857, el 8 de diciembre, ya había reunido unas jóvenes generosas y formalizó el nuevo Instituto con seis compañeras. Con ellas hizo la primera profesión religiosa en manos del obispo amigo que tanto la había orientado y animado. Quedaron así constituidas con el nombre de «Hermanas de la Sagrada Familia». Fueron reconocidas como asociación piadosa al principio y reguladas por las normas que ella misma escribió en un Directorio. Ella adoptó el nombre religioso de Paula Isabel.

En 1858 su plan de formación de las nuevas Hermanas fue aprobado inmediatamente por el obispo, que también convirtió la congregación en oficial con la aprobación dada el 27 de julio de 1862. Así comenzaron a ser un Instituto diocesano. Superó con admirable habilidad y dedicación las dificultades que fueron surgiendo. Al mismo tiempo aumentó su vida de oración y su riqueza interior se hizo cada vez más esmerada, como nunca había sospechado desde su prematura viudez. Y el carisma fundacional del que fue claramente consciente se apoyó en la firme confianza en la Providencia divina. Descubrió que sus sufrimientos anteriores no habían sido ocasionales y vio con humildad y agradecimiento cómo Dios prepara las almas en el

yunque del dolor para que luego sean capaces de recorrer hermosos camino de servicio eclesial.

El 4 de noviembre de 1863 logró una de sus más profundas inspiraciones y aspiraciones, que fue abrir la primera casa para niños pobres del campo. Lo dedicó en recuerdo de su hijo Carlos y de aquella profecía que le había hecho al morir. Para ellos entregó la hermosa propiedad de Villacampagna (Cremona), haciendo revivir en la obra la figura y el recuerdo de su querido difunto. Su primer colaborador fue el hermano Juan Capponi, natural de Leffe (Bérgamo). Y el primer director del centro fue Luiggi Palazzolo, que luego sería fundador de las «Hermanas de los pobres» y llegaría a ser beatificado por Juan XXIII el 19 de febrero de 1963.

De esta forma quedaron constituidos los dos Institutos de «Hermanas y Hermanos de la Sagrada Familia» para el socorro material y la educación de los campesinos de la región. Luego la obra se extendería por Italia y por otras naciones. Escogió para sus Institutos el nombre de la Sagrada Familia para reclamar la protección de tan sublimes patronos.

Pero también lo hizo como intento de expresar la significación de la espiritualidad maternal de la Virgen María y el amor paternal de San José, para quienes ella manifestaba singular devoción al ver en ellos los modelos supremos de los educadores cristianos. La espiritualidad del hogar de Nazaret, objeto frecuente de sus meditaciones, sería cada vez más intensamente su signo personal. Sería también el espíritu que luego legó a su Instituto.

Su sentido religioso la hacía mirar a todos los acogidos en sus centros como la figura de Jesús, el hombre por excelencia que fue niño en brazos de María y aprendió a trabajar con el ejemplo de José. La Sagrada Familia de Nazaret era su ilusión y su modelo de acción educadora. Multiplicaba sus mensajes de aliento y de mística penetración en las almas del mensaje de Nazaret. Por eso escribía en una ocasión:

> «Estamos en Belén —¡Oh, feliz Belén! Aquí, Hermanas hemos de entrar y permanecer con respeto y admiración. Estamos en la humilde gruta, que es la morada del Hombre-Dios. No tengamos miedo. Aquí todos tenemos libre acceso— ¡Que maravillosa bondad! Dios está con nosotros. Postrémonos en silencio ante el en-

canto de este lugar y miremos con los ojos de la fe y con respeto a estas tres personas augustas [...] Meditemos con atención lo que, en este esplendoroso fulgor, podemos entender. Ellas dicen y hacen [...] lo que hemos nosotras de hacer [...] Los ejemplos de la Sagrada Familia son nuestro espíritu: Oh, pobreza, cuán grande es tu voz, ahora que has sido escogida como compañera del Dios Niño!».

Reclamaba a sus seguidoras intenso trabajo para lograr que las niñas y los niños pobres se hicieran ricos en virtudes y en espíritu cristiano. Pero les pedía que les enseñaran a hacerlo en clave de Evangelio. Y con frecuencia las orientaba con consignas realistas y admirables, como se reflejan en las cartas que se citan en su biografía:

> «Estas niñas están destinadas en su mayor parte a la vida de matrimonio. No las desviéis de su vocación. Serán excelentes madres de familia y con sus ejemplos ofrecerán grandes ventajas en su ambiente. Sencillez, sencillez ante todo: en el leer, en el escribir, en el hacer cuentas, en el preparar los alimentos. Enseñadles ante todo el orden, la limpieza en los vestidos, pobres y sencillos, pero llenos de elegancia».

Veía en sus niños y niñas el reflejo misterioso de Jesús acogido con amor infinito en el hogar de Nazaret y le contemplaba ante todo en el misterio de sus misterios en la Encarnación. Allí descubría su labor de madre espiritual, imitando a María, y su tarea de padre, reflejando la conducta de San José. Y todo ello bajo el prisma del misterio y de la voluntad de Dios. Cultivó esa mística espiritualidad basada en la Sagrada Familia y ella la hizo comprender cómo su misión en la tierra había sido el preparar una familia que acogiera a los niños y niñas pobres. Por su vida espiritual estuvo marcada por la devoción a los misterios encarnacionales.

La Madre del Señor fue madre de los hombres por haberlo sido de Jesús. Su maternidad por aceptar la voluntad divina fue superior a su maternidad por engendrar la sagrada humanidad del Dios encarnado. Fue la enseñanza del mismo Señor a la mujer que exclamaba: «Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te amamantaron [...] Bienaventurados más bien los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica».

Eso es lo que Santa Paula Cerioli descubrió al repasar los avatares de su existencia y adorar y bendecir los designios divi-

nos sobre ella en la tierra. Desde aquella perspectiva Dios la hizo entender sus sufrimientos: su matrimonio tan singular, sus cuatro maternidades perdidas, su soledad y frustración, su encuentro con las niñas abandonadas...

Fue en 1854 cuando tuvo la iluminación que vivificó el destino de su vida y de su obra. Comentó luego uno de sus biógrafos:

> «Por aquel entonces comprendió a fondo lo que era la vida de la familia de Nazaret. Estaba considerando los dolores de María Santísima e imaginando el momento en que ella vio la muerte de su Divino Hijo. Sintió un presentimiento tal y una opresión inexplicable en el corazón. Angustiada, se dejó caer sentada casi desmayándose. "No sé —dijo después— cómo he podido sobrevivir, frágil y probada como estaba".
>
> Se sintió llevada a tener estas actitudes y disposiciones propias de la profundísima relación filial que hubo y hay entre María y su Hijo agonizante. De manera profética y por el dolor que ella también había pasado con el fallecimiento de sus hijos, era invitada a entender lo que Dios le guardaba también a ella en recompensa cuando consolaba a la Virgen María, diciéndole: —Madre no llores, Dios te dará otros hijos».

La santa marquesa convertida en fundadora y en madre de tantos niños y niñas, entendió lo que en su vida diaria suponía la maternidad espiritual, la caridad concreta, la piedad, la absoluta confianza en la Providencia, el amor para la pobreza, la humildad, la simplicidad y la admirable sumisión a los superiores (los obispos, sus orientadores espirituales). Supo entonces lo que era su papel de mujer elegida por Dios.

Con su Instituto quiso responder con ternura maternal y desprendimiento a las carencias y necesidades de la gente del campo de su tiempo y de su tierra. Fueron los campesinos los destinatarios privilegiados de la atención de Paula Isabel. Hacia ellos orientó su corazón y su obra, a fin de rehabilitar la dignidad de aquel mundo no sólo a través de una mera asistencia sino promoviendo desde el interior de sus corazones y de sus inteligencias la elevación de la dignidad por la cultura y la mejora de vida por el progreso y la mejor educación

> «En otros Institutos se entregan los religiosos a largas oraciones o duras penitencias y ayunos. Entre nosotros, sobre todo se trabaja y se trabaja mucho —¿Quién puede olvidar que el trabajo es una plegaria y una penitencia? El trabajo de la tierra es una con-

templación. Miremos a la Sagrada Familia, de la cual tanto tenemos que aprender».

En 1864 sus arritmias y dolencias cardíacas, de las que había dado señales varios años anteriores, se fueron agravando. Fue consciente de que moriría repentinamente y se lo anunciaba con serenidad a las Hermanas para que estuvieran preparadas cuando el caso llegara. El 24 de diciembre del año siguiente, 1865, murió en Cromonte di Seriate, Bérgamo, como ella había previsto. Y fue enterrada de forma humilde con los pobres del cementerio de la ciudad.

En 1902 se presentó su causa de beatificación en la diócesis de Bérgamo y en 1919 se trasladó la causa a Roma, publicándose el decreto sobre la heroicidad de sus virtudes en 1939. Fue beatificada por Pío XII el 19 de marzo de 1950. Y canonizada por el papa Juan Pablo II el 16 de mayo de 2004.

PEDRO CHICO GONZÁLEZ, FSC

Bibliografía

BONI, G., *La hermana Isabel Cerioli* (Bérgamo 1934).
FEDERICI, E., *Beata Paola Elisabetta Cerioli* (Comonte di Seriate 1950).
SODANO, A., *La hermana Paola Elisabetta* (Pistoia 1917).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN DELFÍN DE BURDEOS
Obispo († 404)

Delfín fue obispo de Burdeos en los últimos veinte años del siglo IV y debió morir en los primeros del siglo V ya que en el 404 San Paulino de Nola lo contaba entre los santos. De su pontificado sabemos que hubo de oponerse con energía a la herejía priscilianista que tenía seguidores en Aquitania. Delfín concurrió al concilio de Zaragoza del año 380 que se ocupó de dicha herejía, y presidió otro concilio en Burdeos en el 384, delante del cual debieron comparecer los jefes de la secta y sus acusadores. Instancio, amigo de Prisciliano, fue depuesto del episcopado, y el propio Prisciliano apeló al tribunal del empera-

dor Máximo, lo que fue la causa de su final. Se hizo con un gran prestigio dentro y fuera de su diócesis y evangelizó a los habitantes de su diócesis hasta conseguir casi su completa cristianización. Él bautizó a San Paulino de Nola, que lo tuvo como su padre espiritual y mantuvo con él frcuente correspondencia, de la que sólo quedan cartas de Paulino a Delfín. También tuvo correspondencia con San Ambrosio de Milán. Su memoria se celebra el 24 de diciembre.

SANTA TÁRSILA
Virgen († 550)

Nieta del papa San Félix III y tía del papa San Gregorio Magno, Társila consagró a Dios su virginidad y vivió en retiro, austeridad y oración en su propia casa junto con sus hermanas Emiliana y Gordiana, quien, sin embargo, contraería matrimonio más tarde. Habla de ella San Gregorio en el *Libro de los Diálogos* y elogia su vida. Su memoria se celebra el 24 de diciembre.

25 de diciembre

A) MARTIROLOGIO

1. La Natividad de Nuestro Señor Jesucristo según la carne en Belén de Judá **.
2. En Roma, la conmemoración de Santa Anastasia († s. III/IV), mártir de Sirmio en Pannonia.
3. En Roma, en la Via Latina, Santa Eugenia († s. III/IV), mártir.
4. En Roma, en la Via Latina, santos Jovino y Basileo († s. III/IV), mártires.
5. En el Monasterio de Cluny (Borgoña), Beato Pedro el Venerable († 1156), abad **.
6. En San Severino Marche, del Piceno (Italia), Beato Bentivolio de Bonios († 1232), presbítero, de la Orden de Menores *.
7. En Unzen (Japón), Beato Miguel Nakashima († 1628), religioso jesuita y mártir *.

8. En Roma, Beata María de los Apóstoles (María Teresa) von Wüllenweber († 1907), virgen, fundadora del Instituto de Hermanas del Divino Salvador **.

9. En Cracovia (Polonia), San Alberto (Adán) Chmielowski († 1916), religioso, fundador de las Congregaciones de Hermanos y Hermanas de la Tercera Orden de San Francisco, Siervos de los Pobres **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

Para calcular el tiempo escogen los hombres un suceso que ellos consideran trascendental en su vida o en la vida de su nación. Es como el eje alrededor del cual giran todos los demás acontecimientos cotidianos. Si se preguntaba a un griego por la fecha de su nacimiento, nombraba en seguida una olimpíada. Un romano trazaría sus números a partir de la fundación de Roma. Y así los demás pueblos, culturas y religiones.

El eje alrededor del cual giran ahora y se agrupan los acontecimientos más importantes, y también los de menos significación en nuestra existencia, es la fecha del nacimiento de Cristo. Ahora la historia, para nuestra cultura, se divide en antes del nacimiento de Cristo y después del nacimiento de Cristo.

Y esto que es una realidad en cuanto al tiempo, lo es también en cuanto al hombre. Nuestra postura ante Dios y ante las cosas es muy distinta después de la venida de Cristo que antes. Ya en el nacimiento comenzó la obra inefable de aquel Hombre-Dios que transformaría el fondo de las almas y, con él, el de las culturas y civilizaciones. El hombre, de esclavo, se elevaría a hijo de Dios, y la igualdad de los hombres ante el Padre común, «Padre nuestro», quedaría ratificada y firmada más tarde definitivamente con la sangre del Hombre-Dios que ahora nace, del Hijo del hombre, el hombre más completamente hombre, ya que a los demás nos falta un algo que perdimos en el primer pecado.

San Pablo en su epístola a los Filipenses, capítulo 2, nos hace ver el amor inmenso del Verbo, que desde las alturas del cielo dio ese salto verdaderamente mortal y escalofriante hasta ponerse en la tierra firme de nuestro globo. Dice así:

«Si hay, pues, en vosotros algún poder de consolar en Cristo, algún refrigerio de amor, alguna comunicación del Espíritu y entrañas de misericordia, haced cumplido mi gozo teniendo todos el mismo pensar, la misma caridad, el mismo ánimo, el mismo sentir. No hagáis nada por espíritu de competencia, nada por vanagloria; antes, llevados de la humildad, teneos unos a otros por superiores, no atendiendo cada uno a su propio interés, sino al de los otros. Tened los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús, quien, existiendo en la forma de Dios, no reputó codiciable tesoro mantenerse igual a Dios, antes se anonadó, tomando la forma de siervo y haciéndose semejante a los hombres; y en la condición de hombre se humilló, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios le exaltó».

90 Un ejemplo, una exigencia de cómo nosotros tenemos que renunciar a lo más nuestro, a nuestra felicidad meramente personal, para aliviar a los demás; de cómo tenemos que bajar las escaleras de nuestra dignidad para que suban con nosotros los que nos contemplan tristes desde abajo en su soledad y miseria.

Nada extraordinario hubo para los hombres del mundo de entonces. Ni hubo salvas de cañón que saludaran al nuevo príncipe, ni se tomó acta notarial en sesión plenaria de ministros, ni se publicaron anuncios en los periódicos, en los cuales San José —también en nombre de su esposa— anunciara a los conciudadanos la buena nueva del nacimiento de un hijo. Nada. Tan sólo a muchos kilómetros de distancia, en tierras de gentes sabias y célebres magos, apareció una estrella más en el firmamento, que enredó a muchos estudiosos en cálculos astronómicos. Y tres de ellos, muy peritos en apogeos y perigeos y en distancias interconstelares, llegaron a sospechar algo raro en aquel astro. Después de muchas horas de estudio se decidieron, por fin, a ponerse en camino. El pueblo, que todo lo sabe, les llamó Melchor, Gaspar y Baltasar y les señaló a cada uno el color de su tez. A ellos, pues, en la lejanía, y de una manera misteriosa, se les anuncia el nacimiento de Cristo. Y cerca, muy cerca del lugar del grandioso suceso, un ángel, de los muchos que aquellos días andarían escapados del cielo, se acercó a unos pastores y les anunció la feliz noticia.

La historia es caprichosa. De un hecho al parecer insignificante, saca después consecuencias que asombran, llena bibliotecas y organiza ciclos de conferencias. El hecho, tal como nos lo

narra el evangelista San Lucas en el capítulo segundo de su evangelio, no puede ser más sencillo.

> «Aconteció, pues, en los días aquellos que salió un edicto de César Augusto para que se empadronase todo el mundo. Fue este empadronamiento primero que el del gobernador de Siria Cirino. Iban todos a empadronarse, cada uno a su ciudad. José subió de Galilea, de la ciudad de Nazaret, a Judea, a la ciudad de David, que se llama Belén, por ser él de la casa y de la familia de David, para empadronarse con María, su esposa, que estaba encinta. Estando allí se cumplieron los días de su parto y dio a luz a su hijo primogénito, y le envolvió en pañales, y le acostó en un pesebre, por no haber sitio para ellos en el mesón.
>
> Había en la región unos pastores que moraban en el campo y estaban vigilando las vigilias de la noche sobre su rebaño. Se les presentó un ángel del Señor, y la gloria del Señor los envolvió con su luz, y quedaron sobrecogidos de temor. Díjoles el ángel: "No temáis, os anuncio una gran alegría, que es para todo el pueblo: Os ha nacido hoy un Salvador, que es el Cristo Señor, en la ciudad de David. Esto tendréis por señal: encontraréis al Niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre". Al instante se juntó con el ángel una multitud del ejército celestial, que alababa a Dios diciendo: "Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad"».

Los griegos y sus hermanos los romanos, delante de las tragedias y las comedias, enumeraban «las personas del drama». También lo hacemos hoy. Pero ya en la Edad Media pensaron que a este hecho trascendental no se podía llamar drama-tragedia o comedia, aunque la sangre de Cristo, ofrecida ya en aquel momento al Padre, da un aire trágico al momento, sobre todo por su conexión inmediata con el Calvario. Pero no, no era el hombre solo el que sufría y el que sentía su vida doblarse como una caña que se rompe. Era Dios-hombre. Era un misterio. En la Edad Media los llamaban misterios. Pero también en este misterio hay actores, hay personas que nos ofrecen la realización temporal de su vida, su momento histórico, aunque luego quede flotando esa otra realidad supratemporal y suprahistórica que se deriva del misterio.

María estaba en la flor de la juventud. Era una chica ordinaria, del pueblo, la hija de unos honrados padres. Cometemos una especie de injusticia con la Virgen al querer llevarla tan alta que ya no podemos mirarla ni verla. Era, y es, nuestra y muy nuestra. La plenitud de la gracia ensanchó el ámbito de su per-

sona, pero no la separó de nosotros. Si de verdad, al ser Madre de Dios, empezó también a ser madre nuestra, tendremos que tenerla como madre. Y a una madre se la toca, se la besa. Una madre nunca está lejos. Nos alegramos con sus triunfos y sus grandezas, pero para nosotros la queremos asequible, suave y sonriente. María esperaba la venida del Mesías; no sabía ella aún lo que eso significaba plenamente. Y, cuando el ángel le anunció el gran misterio, comenzó a saborear el futuro y a sospechar lo inefable. Ahora está ya madurando; como decía un poeta alemán, ella es una puerta alta y grande que se va a abrir muy pronto. Como la fruta cae del árbol, así caerá el Mesías de su bendito seno. Está esperando el momento supremo, que se convertirá en eje de la historia y en gozo de todos los hombres, sobre todo de los pecadores. María no sabe cómo imaginarse a Dios hecho carne suya, no puede imaginarlo tan pequeño, y empieza a temer que no sabrá cuidarle. Y busca alguien que la ayude.

«Cuando venga, ¡ay!, yo no sé
con qué le envolveré yo,
con qué.
¡Ay!, dímelo tú, la luna,
cuando en tus brazos de hechizo
tomas al roble macizo
y lo acunas en tu cuna.
Dímelo, que no lo sé,
con qué le tocaré yo,
con qué.
¡Ay!, dímelo tú, la brisa,
que con tus besos tan leves
la hoja más alta remueves,
peinas la pluma más lisa.
Dímelo, y no lo diré,
con qué le besaré yo,
con qué.
Y, ahora que me acordaba,
ángel del Señor, de ti,
dímelo, pues recibí
tu mensaje: "He aquí la esclava".
Sí, dímelo, por tu fe,
con qué le abrazaré yo,
con qué.

O dímelo tú, si no,
si es que lo sabes, José,
y yo te obedeceré,
que soy una niña yo,
con qué manos la tendré,
que no se me rompa, no,
con qué» (GERARDO DIEGO).

Y en esa espera, así de hermosamente tímida y asustada, contempla cómo la tierra gira a su alrededor y cómo hay una estrella más en el firmamento, muy lejos, hacia el Oriente, que hace unos guiños muy raros. Pero siente que la tierra y las estrellas no le hacen falta; se inclina sobre su regazo y empieza a sentirse atravesada por la plenitud de Aquel que ya empieza a pertenecer a los hombres todos. Ahora resuenan en sus oídos las palabras de su prima Isabel: «¡Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre!».

Junto a ella, la visitada y escogida por el Altísimo para dar realidad a un deseo de amor, está José, también asombrado ante la espera. Es un joven carpintero de Nazaret, honrado y sin complicaciones. El hombre justo que Dios ha puesto al frente de su familia. Ahora ve a su esposa con reverencia, con más cariño, y piensa en aquellos días en que estuvo tramando abandonarla a escondidas. Es el hombre bueno, no quería hacer daño. El hombre a quien apenas dejan dormir los ángeles, siempre dándole palmadas de aviso en la espalda para que libre a Dios de los hombres perversos. Allí está, sin saber qué decirle a María, porque él se da cuenta de que es algo muy excelso lo que va a suceder, aunque no acaba de comprenderlo. Se mira las manos, con callos del manejo de la garlopa, y se pregunta: «¿Será él también carpintero?» Y se sonríe. «¡Qué cosas pienso! Este hijo mío nace para empresas más grandes».

Así, en un momento del tiempo, empezó el Dios eterno a florecer en la carne. No hubo minutos de silencio. Todo siguió gritando y obedeciendo, pero en las mismas cosas brotó algo nuevo; también las cosas gimen y esperan la redención, y ahora empiezan a sentirla.

Los misterios se realizan de una manera asombrosamente sencilla. Y son la atmósfera que inunda nuestra vida íntima. Entre Dios y los hombres estaba el abismo; ahora ya se constru-

yó el puente: por el cuerpo de Cristo caminamos a la orilla del Padre celestial. Quizá nos asaltó a los hombres la duda angustiosa de si merecía la pena ser hombre, de si el hombre estaba aún en la mano de Dios, de si nuestro destino podía tener un escape a la asfixia que nos iba ahogando. Ahí está el Hijo del hombre, el más hombre de los hombres, por el cual queda dignificada la realidad de ser hombre y elevada a la participación de la naturaleza de Dios. La Iglesia exclama en un momento que parece de locura: «¡Oh feliz culpa, que nos mereció un Redentor de tal categoría!». En este momento se abolían para siempre las leyes de la esclavitud; de la esclavitud del diablo, padre de la muerte y la mentira, y de la esclavitud humana, porque si en un hombre todos pecamos y empezamos el camino del odio, en otro fuimos redimidos y declarados hermanos. La Encarnación es un misterio de amor, de unidad, como su misterio paralelo, la Eucaristía.

La grandeza del misterio anonada, las palabras no nos llenan y nos vienen pequeños todos los conceptos y todas las comparaciones. Pero siempre nos asalta un peligro a los cristianos ante el misterio: creer al menos prácticamente que están hechos para la contemplación, para la admiración. Y los misterios siguen siempre una realidad en la Iglesia, en todos sus miembros; una realidad que traspasa y configura toda su existencia. Cristo sigue naciendo continuamente. Cuando San Juan, al principio de su evangelio, nos dice que vino a los suyos y que los suyos no le recibieron, pensamos siempre en aquellos paisanos de Cristo y no nos explicamos su tozudez, sin darnos cuenta de que es mucha la nuestra. Cristo viene a redimir, y nosotros no queremos romper la esclavitud. Cristo viene a elevarnos, y nosotros preferimos, a veces, nuestro suelo. Cristo bajó para enseñarnos a amar, y estamos enredados en el odio. La Encarnación, el misterio, debe realizarse en nosotros diariamente, si de verdad queremos comprender plenamente el momento histórico y su significación.

Cuando un hecho se hace sangre de un pueblo, todas las manifestaciones culturales de ese pueblo, de sus hombres, le rinden homenaje. La poesía, la pintura, la música, etc., expresiones de lo más profundo y noble del alma, no pueden estar ajenas a esa irresistible fuerza de irradiación de un Dios vestido

con humano indumento, carne traspasada de Dios. Sería interminable el enumerar tan sólo las obras de poetas, pintores, músicos y escultores más famosos. En todas las iglesias, en todos los museos, nuestros ojos contemplan la escena llevada al lienzo por manos conocidas o ignoradas. Baste recordar, en poesía, la ternura de Lope de Vega y de muchos de los modernos. Desde los primeros balbuceos de la lengua hasta los juegos más atrevidos de palabras en su madurez el nacimiento de Cristo ha sido como una poderosa y atrayente realidad luminosa.

Pero hay una creación popular —porque vive enraizada en lo más hondo del pueblo cristiano— que nos llama poderosamente la atención. Es una mezcla de ingenuidad poética y musical, donde los niños juegan a hacerse pastores y los mayores desean tornarse niños. El villancico. Es la expresión de un deseo ardiente de Dios: la sencillez. A unos pastores se aparece y a la gente humilde acudirá más tarde con especial cuidado. Los pobres de espíritu, los sin doblez, los niños, las almas ingenuas serán la predilección de su reino, y en ellos sus ojos se posarán de una manera especial. Y el villancico es la expresión —infantil y amorosa— de esos hombres sencillos. Le llevan al recién nacido en sus canciones, como pastores improvisados, leche, miel, requesón...; pero, sobre todo, le llevan su alma. Se callan para que duerma velado por los ángeles, pero hablan sus ojos y sus rostros. Alaban a su padre y a su madre —José y María— y les envidian tan diminuto Niño, donde se encierra Dios. Es una alegría previsora: de ese Niño, apenas nacido, vendrá la salvación. Y este pensamiento nubla un poco sus ojos, porque recuerdan que habrá sangre y que la derramará el cordero inocente. El milagro florece ya en el nacimiento. Los villancicos hacen ver a los ciegos y hacen florecer el desierto. Parece que el tiempo se ha detenido y la Paz —el Hijo de Dios— extendiera su manto sobre la tierra. Entre las panderetas y las castañuelas vibra un silencio enternecedor. Reunidos junto al belén, los niños y los grandes cantan:

Todos le llevan al Niño,
yo no tengo qué llevarle;
le llevaré mi cariño,
que aún no se lo he dado a nadie.
¡A Belén, pastores!...

Y luego quedamente, para dormir a Dios, resuena un cántico con sabor de montaña lejana, un canto florecido entre abetos: «¡Noche de paz, noche de Dios!». La tranquilidad y la santidad de la noche —*Stille Nacht, heilige Nacht*—, aquí como en los montes de Salzburgo, nos trae las tres figuras de las personas del misterio que vigilan la noche. No importa dónde ni cuándo se componen los villancicos. Pertenecen al pueblo cristiano, a su alma, a su esencia. El mar, el cielo y la tierra cantan y el niño recién alumbrado sonríe. Los griegos llamaban al mar «el de la innumerable sonrisa». Este Niño tiene más sonrisa que el mar. Es el del amor innumerable, la fuente del amor.

«Al principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios y el Verbo era Dios [...] Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros». Así, sencillamente, porque hacer patético un misterio resulta artificial. Parece un juego. Era Dios y es hombre, siguiendo en su esencia de Dios. Y los apóstoles le vieron y el pueblo le vio. Y nosotros le seguimos viendo en su misterio.

JULIO MONTALVILLO

Bibliografía

ADAM, K., *Cristo nuestro hermano* (Barcelona 1958).
GUARDINI, R., *El Señor* (Madrid 1963).
Para la parte literaria basta hojear la colección de Clásicos Españoles, y, si se quiere concretar más, los villancicos de Lope de Vega. También las colecciones de villancicos populares son de mucho provecho; por ejemplo, la del seminario de Logroño. Los libros alemanes de canciones religiosas son también una valiosa aportación.
• Actualización:
CULMANN, O., *El origen de la Navidad* (Madrid 1973).
KELLY, J., *El origen de la Navidad* (Bilbao 2005).
MARTIMORT, A. G., *La Iglesia en oración* (Barcelona [3]1987).
ORDÓÑEZ MÁRQUEZ, J., *Teología y espiritualidad del año litúrgico* (Madrid 1978).
SANTIAGO, M. DE - POLO LASO, J. (eds.), *Porque esta noche el amor. Poesía navideña del siglo XX* (Madrid 1997).

BEATO PEDRO EL VENERABLE

Abad († 1156)

Pedro fue el último de los grandes abades de Cluny. El prestigio de la ilustre abadía contribuyó a la importancia temporal de su vida, en la primera mitad del siglo XII.

Nacido hacia 1092, en la Auvernia, de una familia a la que conoceríamos más tarde bajo el nombre de Montboissier, Pedro fue entregado a un monasterio por sus padres, Mauricio y Raingarda. Lo llevaron al priorato de Sauxilanges, dependiente de Cluny, e hizo profesión bajo San Hugo, algunos meses antes de la muerte del que fue el cuarto de los grandes abades, y sucesor de Odón, Máyolo y Odilón. Bajo el abad Ponce, Pedro fue maestro de escolares y luego prior en Vézelay.

Desde 1120 era prior cerca de Grenoble, cuando fue elegido abad de Cluny el 22 de agosto de 1122; tenía sólo treinta años. La disciplina claustral se había relajado bajo el mandato del poco ejemplar abad Ponce. Pedro tomó como ayudante al prior de San Martín de los Campos, Mateo, futuro cardenal de Albano. Dos años más tarde, cuando estaba de visita por los monasterios aquitanos, Pedro supo que Ponce había invadido y desvalijado a Cluny. Entonces el papa Honorio intervino y excomulgó al rebelde e insurrecto. A su vez, Pedro defendió a la Santa Sede en 1130, en el momento del cisma de Anacleto. En 1132, en el mismo Cluny, el papa concedió a los cistercienses la exención del diezmo: y esto fue un golpe de mala suerte para Cluny, pues sus rentas disminuyeron notablemente.

En 1132, Pedro reúne un capítulo general de doscientos priores, para restaurar la disciplina en la orden. En 1146, promulgó estatutos concernientes a la liturgia, la profesión y las observancias.

Las relaciones con los papas, los prelados, los bienhechores, le imponían al abad de Cluny una gran correspondencia. Debió defender el espíritu cluniacense contra el dinamismo poco comprensivo de Cîteaux (1124 y 1143). Y en este torneo de ideas, donde se enfrentó con el fogoso Bernardo con las armas de paz, Pedro, en general, conquista la simpatía del espectador imparcial. El abad de Cluny animaba a cultivar el estudio entre sus monjes; amontonaba los manuscritos de ciencia eclesiástica (había más de 500 en Cluny, hacia 1155), sin despreciar a los autores paganos (aproximadamente 100).

A pesar de una salud no muy apta para los trajines de los largos e incómodos viajes de la época, no dejó de hacerlos por obligación y caridad; llegó a emprender seis veces el viaje a

Roma. Le confiaron los papas y los reyes misiones diplomáticas o canónicas y hasta fue suspendido a veces, cuando no gustaba su imparcialidad. En Inglaterra y en España sin embargo, sus desplazamientos alcanzaron un notable éxito. Del 1141 al 1143, Pedro hizo traducir al latín el Corán; fue su particular cruzada intelectual, cortés y caritativa. Llegó a escribir carta a los jefes musulmanes para «invitarles a la salvación».

En 1135, el abad de Cluny, queriendo ser hospitalario como San Benito manda en su Regla (RB. 53), y «acogiéndole como a Cristo», ofreció a Abelardo cobijo en su casa. Éste, condenado ya en Sens y en Roma, llegó a la gran abadía en 1140, y fue enviado al tranquilo priorato de San Marcelo de Chalon, donde vivió con sencillez y humildad su vida monástica. Cuando el pensador murió, Pedro le compuso un epitafio que contiene esta hermosa frase: *Ad Christi veram transívit philosóphiam* «pasó a la filosofía verdadera, la de Cristo», y como detalle de un hombre compresivo y humano le escribió a Eloisa dos cartas llenas de admiración por el difunto y de solicitud para con ella y su hijo.

Pedro el Venerable consideraba que la filosofía, «el amor de la Sabiduría», debía tender sólo a «la eternidad bienaventurada». Y fuera de Cluny, aquella *sala de visitas o locutorio de la cristiandad,* procuraba siempre que podía buscar la soledad y el retiro.

Sus últimos años se vieron entristecidos por altercados con el municipio de Vézelay, e inquietados por deudas escandalosas. Un documento de 1145 intentó ajustar la ayuda recíproca de los monjes y de los «burgueses» de Cluny, en caso de ataque. En 1148, el abad puso por escrito su sistema de administración y sus estatutos, una suerte de normativas contra los morosos en pagar las rentas. Los prioratos de Inglaterra y de Italia obtuvieron su separación canónica de Cluny en 1154. La abadía Madre trató desde entonces de hacer más estable y más eficaz la institución de los capítulos generales. Pero en 1153, para arreglar ciertos asuntos tuvo que recurrir al Legado del Papa.

Bajo el abadíato de Pedro, el efectivo de los monjes en Cluny pasó de 300 a 400, y el número de las casas de la orden subió hasta 2.000. Pero esta prosperidad aparente no oculta un declive en la institución. Durante el gobierno de Pedro el Venerable sucedieron cosas muy penosas; fue combatido por fuera y, lo que es más duro, por los del interior. El abad tuvo que arros-

trar fracasos personales y ofensas humillantes. El caso es que él siempre fue un hombre profundamente pacífico; usaba de su alta autoridad con discreción, modestia y moderación. Le gustaba la justa medida y el equilibrio; pero esto, en aquellos tiempos violentos, era un impedimento serio. El caso es, que bajo el mandato de este jefe, ejemplar por tantas consideraciones, ya se entrevé y presiente la decadencia de la orden cluniacense demasiado grande y extendida para impedir a cualquier superior atenderla y sostenerla en su primitiva observancia. Por otra parte la competencia de las órdenes nuevas le iba a ser fatal.

Algunas de sus cartas son de gran interés para la teología. Combatió a los partidarios de Pedro de Bruys o petrobusianos, a los judíos «endurecidos» y a los musulmanes. Un *De Miraculis,* que escribió al final de su vida, reúne una *Vida de Mateo,* cardenal de Albano († 1135), y cierto número de historias edificantes. Esta obra recuerda el *Libro de los Diálogos* de San Gregorio Magno. De Pedro se han conservado varios sermones y a él también se debe un arreglo para el oficio litúrgico de la Transfiguración, y tropos para ser cantados en el coro.

Pedro murió el 25 de diciembre de 1156 y fue sepultado en el coro de su iglesia abacial. Como breve retrato moral de Pedro digamos que fue un espíritu activo y contemplativo, de pensamiento ardiente y variado, audaz y libre. Inteligencia inquisitiva, ricamente dotada, siempre conciliadora, que nos dejó escritos límpidos y sobrios, alumbrados por la razón y la fe, alimentados por Escritura Santa. Personalidad atractiva... Era de una igualdad perfecta en su temperamento y carácter, siempre contento, de una gravedad sonriente. Sabía callar y hablaba bien, con afabilidad. Todo era hermoso en su persona en la que al exterior traslucía su belleza y dignidad interior. Se destacó por saber consolar y animar, así como apaciguar a los rebeldes y a los inquietos. Fue un hombre dulce, clemente y pacífico. Sin embargo alguien poco compasivo sólo quiso recordar que «vivió en tiempos de Bernardo».

El título de Venerable le fue dado por el emperador Barbarroja en 1153; era, por otra parte, una costumbre con la que congraciarse con los poderosos abades de Cluny. El biógrafo de Pedro habla de su «santa memoria». El martirologio abacial de

la orden cluniacense anotaba el 25 de diciembre: «En Cluny, aniversario de San Pedro, hijo de Mauricio, y muy célebre por su doctrina y santidad». Los martirologios benedictinos lo llaman «santo». Sin embargo el martirologio romano no inscribió su nombre como beato hasta el año 2000, aunque ciertamente ya en 1862 el Beato Pío IX permitía que se inscribiese su nombre como beato en el calendario de la diócesis de Clermont.

LUIS M. PÉREZ SUÁREZ, OSB

Bibliografía

BAUDOT, J. - CHAUSSIN, L., OSB, *Vie des saints et des bienheureux...* XII: *Décembre* (París 1956) 649-677.

HOURLIER, J., Art. en *Dictionnaire de spiritualité, ascétique et mystique.* XII/2: *Piatti-Quodvuldteus* (Paris 1986) cols.1669-1976.

PÉREZ DE URBEL, J., *Año cristiano.* IV. *Octubre-Diciembre* (Madrid 1939) 503-510.

BEATA MARÍA DE LOS APÓSTOLES (MARÍA TERESA) VON WÜLLENWEBER

Virgen († 1907)

Fundadora, junto al padre Juan Bautista Jordán, de las «Hermanas del Divino Salvador», congregación misionera colaboradora de los padres y hermanos misioneros del mismo nombre, pero institución independiente en la Iglesia desde su organización en 1883.

En el bautismo se llamó María Teresa. En religión recibió el nombre de María de los Apóstoles, por el ardor misionero que embargó su espíritu selecto y por la gran ilusión, nunca cumplida física o geográficamente, de ir a los países lejanos a sembrar el anuncio evangélico. Su vida fue la de una verdadera misionera. Pero tuvo que sacrificar su deseo de vanguardia, en aras de lo que Dios la pidió en cada momento en la retaguardia de su Instituto.

Nació el 19 de febrero de 1833 en el castillo de Myllendonk (Gladbach), cerca de Mönchengladbach, en la Renania que se halla en la Westfalia norteña. Fue la hija primogénita del barón José Teodoro von Wüllenweber, hombre de grandes dotes humanas y elevada piedad. La siguieron en la familia otras cuatro

hermanas. Su madre, Elisa Lefort, era mujer distinguida, de profunda sensibilidad artística y de amplia cultura. La influencia del hogar fue grande en su carácter fuerte y responsable, pero ávido de hacer cosas buenas y de dar gusto a Dios.

Su infancia transcurrió en el ambiente desahogado de una familia cristiana, fundada en la piedad, el trabajo, el respeto al prójimo y en la delicadeza. De 1848 a 1850 estuvo interna en el pensionado de las benedictinas de Lieja, en Bélgica, como solían hacer las familias distinguidas con sus hijas mayores. Al terminar tuvo ocasión de participar en las misiones populares predicadas por los jesuitas en 1852 y en 1853, misiones que se repitieron en 1857 cuando ella tenía ya 24 años. Allí le nació la idea de que su vocación podría y debería ser de misionera. Le brotó ante las cosas que oyó a los predicadores y ante las perspectivas que le abrieron, mientras relataban los hechos y las necesidades de las misiones de la India y del Asia, en donde habían estado algunos de los predicadores.

Buscó una congregación femenina estrictamente misionera y que tuviera alguna relación con alguna congregación de varones, pues entendió por entonces que los apóstoles se habían apoyado también en mujeres piadosas y fuertes para formar las primeras comunidades cristianas. Pensó que tal costumbre era lo mejor en lugares de paganos. Era una idea sólida que se le había clavado en las predicciones de los jesuitas. No encontró nada que le gustara y por 30 años siguió en actitud de espera.

De todas formas, desde 1858 a 1863 se hizo miembro de la Sociedad del Sagrado Corazón de su parroquia. En ella se fomentaba intensa piedad evangélica y se recogían limosnas y aportaciones para los misioneros y para apoyar obras de misericordia. Fue activa en la empresa y, dado el nivel de desahogo en que se movía, hizo aportaciones significativas para las tareas apostólicas de los miembros y en ocasiones realizó ayudas a personas necesitadas.

Pronto entendió que esa tarea hermosa era insuficiente para sus ideales de vida y que los años la iban pasando en medio de su hogar familiar. Por eso pensó en ingresar en un Instituto misionero. De 1869 a 1871 fue novicia de la congregación del Instituto de la Sagrada Eucaristía. Pronto comprendió que no

era su camino y después de un año y medio regresó a Myllendoonk, donde se puso bajo la dirección espiritual del padre Luis von Essen, párroco de la vecina Neuwerk, hombre de gran celo y amor a las misiones. Fue él quien se dio cuenta del valor de un alma que buscaba lo mejor siempre y no lo encontraba todavía.

El prefecto apostólico de Hong Kong, que se hospedó algunas veces en casa del P. Von Essen, la sugirió en 1874 que ella misma podría fundar la congregación misionera que estaba buscando. Entonces destinó en su testamento a tal fin todos sus bienes patrimoniales que sus padres la había dejado en herencia. Sabía bien lo que hacía, pues pasados ya sus cuarenta años y siendo de temperamento reflexivo y profundo sabía cuál era su deber y su misión.

Hizo voto privado de dedicarse plenamente a las misiones y pensó en serio en formar grupos de mujeres que fueran a extender el Reino de Dios por todo el mundo. Eran los días en los que la oposición a las obras de la Iglesia estaban en pleno auge en todo el imperio austriaco y germano. El gobernante dictador Otto Bismark del Imperio prusiano, en cuya órbita se hallaba entonces toda Alemania, había desencadenado el *Kulturkampf,* término que implica para unos «lucha por la cultura» y para los cristianos «opresión de las libertades» de conciencia. Pues a pesar de tal clima y de que las leyes le resultaban contrarias, compró con la intención de organizar un nuevo Instituto, una parte de la antigua abadía de Neyweck.

Preparó y adecentó la casa a lo largo de 1879. Durante un tiempo se entregó en aquel lugar a la educación de huérfanos y a diversas obras de caridad. El grupo que inició de esa manera recibió un estatuto del párroco del lugar. Pero, a pesar de su deseo de dar una orientación misionera a las jóvenes que se juntaban con ella, no fue fácil. Su proyecto hacía agua por fuera, pues el formar misioneras iba contra las leyes opresoras del *Kulturkampf;* y hacía agua por dentro, pues las reunidas no acababan de participar en sus ideales e ilusiones apostólicas.

En abril de 1882 conoció la «Sociedad apostólica instructiva», que un año antes se había puesto en funcionamiento. En 1881 el padre Jordán había fundado en Roma, con ese nombre, que más adelante se cambiaría por el de «Sociedad del Divino

Salvador», un grupo de grandes alcances. Su objetivo era lograr la máxima colaboración de todas las personas, de todos los estamentos, de todos los organismos, en la difusión de la fe en los países de misión o en los que la Iglesia católica tenía dificultades o no eran mayoritariamente católicos.

La idea del celoso Fundador era aprovechar al máximo las fuerzas católicas en algo más que una nueva congregación. Su idea era una sociedad de acción evangelizadora divida en grados o niveles. El «primer nivel» suponía la entrega total, la renuncia a los bienes y la dependencia de los que dirigen la sociedad en cada momento. El «segundo nivel» suponía compromisos menores y la disposición a realizar aportaciones de todo tipo según posibilidades personales y locales. El «tercer nivel» afectaría a los que, en su medio natural y desde su vida familiar, se pondrían en disposición de hacer el bien y anunciar con su vida de cristianos ejemplares el Evangelio en su entorno cotidiano.

Teresa von Wüllenweber encontró al P. Jordán en el momento oportuno que Dios había dispuesto. Ella tenía ya 50 años y había quemado gran parte de su vida en la búsqueda de un camino misionero, que ahora lograba por la acción misteriosa de Dios. Estaba dispuesta a partir para cualquier lugar del mundo. Pero Dios iba a pedir de ella otra cosa. Y durante los 25 años que la quedaban por delante se dedicaría a trabajar con pasión por las misiones.

Desde el primer momento comprendió que era su camino. Determinó hacerse miembro de la Sociedad en la forma de «tercer nivel». El 4 de julio de 1882 tuvo un encuentro con el fundador. Le reconoció que había encontrado el camino anhelado por tanto tiempo. El P. Jordán, que buscaba todo tipo de colaboradores, intuyó que aquella mujer era el enlace deseado y sintonizó desde el primer momento con ella.

Precisamente, con ella organizó al final las Hermanas del Divino Salvador. Las relaciones y los compromisos se desarrollaron con admirable y providencial fluidez. El 5 de septiembre de 1882 hizo ya sus votos perpetuos en manos del fundador y en marzo de 1883 se transformó el grupo en el llamado «primer nivel» dentro de la obra salvatoriana, iniciando así en Roma una comunidad femenina del Instituto misionero del Divino Salvador. Su participación en el proyecto fue dinámica, leal y eficaz.

Quedó al frente de la obra femenina en Alemania y las jóvenes religiosas por ella formadas y animadas acompañaron a muchos de los misioneros salvatorianos a los más diversos lugares del mundo. Esta política generosa y abierta fue lo más distintivo del espíritu de universalidad que la «Obra del Divino Salvador» tenía en sus comienzos. Teresa comprendió que la obra de las misiones es un trabajo de equipo y tanto importan los que están en el frente como los que en secreto preparan las acciones. Más de una vez leyó y releyó el capítulo 13 de la primera epístola paulina a los Corintios y aceptó el querer divino expresado por medio de las circunstancias de los hombres. Las vocaciones femeninas fluyeron con abundancia. Ella las alentaba y las preparaba según las consignas del Instituto salvatoriano.

Desde el «primer nivel» en el que ella se movía, su entrega era total. Lo había vivido desde hacía años y sus trabajos por el Reino de Dios no tenían medida. Cualquier consigna del P. Jordán era para ella y el grupo que animaba un signo del querer divino. El padre se dio pronto cuenta de la grandeza de aquella mujer, fuerte, seria, persistente, clara en sus objetivos y sólida en los medios que empleaba para conseguirlos. Su carácter noble y de dama distinguida en las categorías del mundo en nada contaban para su proyecto de vida. Pero su espíritu de servicio y su claridad de miras la hacían admirable. Era la hidalguía hecha mujer, la elegancia puesta al servicio del Reino, el compromiso sin limitaciones fundamentado en una voluntad de hierro y en una grandeza de espíritu fuera de lo normal.

En 1884, a invitación del P. Jordán, se trasladó a vivir a Roma, a la casa que el P. Jordán tenía acondicionada para el grupo femenino de la Obra del Divino Salvador. La superiora en ese momento era allí Amalia (Francisca, en religión) Streitel, mujer de fina intuición, pero no del todo compenetrada con la idea de una sociedad universal de apostolado. Parece que su estilo estaba más teñido de las formalidades de diversos consejeros romanos, que sólo entendían de «Institutos religiosos formados, regulados y tradicionales» que de «nuevas iniciativas» misioneras. Las diferencias de orientación espiritual entre ambas superioras, la que llegaba y la que ya estaba allí, dificultaron la armonía y la fusión, no en el orden de la convivencia, que las

dos fueron admirablemente humildes, sino en las directrices para las Hermanas agrupadas.

Después del suficiente discernimiento y de muchas horas de plegaria y de penitencia, se vio conveniente la separación y la última llegada comprendió que debía regresar a Neuwerk, donde siguió con admirable dedicación entregada a las obras de caridad y a promover las vocaciones misioneras de jóvenes que se acercaban a la obra.

El grupo de Hermanas de Roma continuó con dificultades fuertes para actuar en sintonía misionera con el padre Jordán. Eran las mismas discrepancias que habían tenido con la madre María Teresa: las misiones sí, pero también la autonomía de vida. Como no se superaron adecuadamente, las Hermanas que dirigía Francisca Streitel se separaron de la dependencia del Instituto del Divino Salvador dirigido por el P. Jordán en 1885. Así surgió un nuevo Instituto independiente y original que adoptó el nombre de «Hermanas de la Caridad de la Dolorosa» y siguió un itinerario particular de obras nuevas y fecundas.

Al quedarse sin el grupo femenino, el padre Jordán reclamó de nuevo la presencia de la madre Teresa. El 21 de noviembre de 1889 fue otra vez a Roma. Pero ya para entonces la rama femenina de la obra salvatoriana se había organizado, con las debidas autorizaciones provisionales, como nuevo instituto misionero y autónomo. Por eso el 8 de diciembre de 1888 en Tívoli recibió el hábito de la congregación definitiva de las Hermanas, junto con otras dos compañeras. Y fue entonces cuando asumió el nombre de María de los Apóstoles. El 20 de marzo de 1889 recibió la aprobación oficial la nueva congregación femenina y el 25 de marzo siguiente formuló sus votos religiosos públicos perpetuos. Quedó como Superiora general del grupo y como maestra de novicias.

En medio de tantos avatares y tensiones su vida de unión a Dios se mantuvo incólume y su ideal misionero se fue acrecentando a medida que la dificultades aumentaban. Sus Hermanas veían en ella el modelo del desprendimiento y se sentían contagiadas por su afán de ayudar a los países más necesitados.

Su austeridad rayaba a veces en lo imprudente y había de venir el consejo concreto y claro de su director espiritual para que

se mantuviera en la línea de la moderación que requiere quien tiene que dedicar su energía hacia los servicios apostólicos. Sin embargo, a pesar de su temperamento recio y batallador, con las Hermanas era tierna y condescendiente y hacía lo posible para que su salud se mantuviera muy sólida, puesto que estaban destinadas a trabajar en climas inhóspitos y muy lejos de las comodidades de los países desarrollados.

En pocos años el convento de Tívoli se convirtió en un semillero de ideales y en una fragua de espíritu de acero, dispuestos a las más arduas tareas. Como en el convento todo se quedó pequeño ante tantas demandas, se pensó en trasladar la casa central a Roma y allí fue enviada con todas las Hermanas. Todavía hoy es el punto de encuentro de todos los salvatorianos en la Ciudad Eterna.

A partir del 1890 el P. Jordán envió padres y hermanos a las misiones de la India Oriental en un plan generoso y muy seriamente estudiado. Casi siempre fueron con ellos Hermanas imprescindibles para todas las obras de educación, asistencia y cuidado de las acciones parroquiales. La madre María de los Apóstoles, pues fue el nombre con el que firmó todas las cartas y documentos a partir de ese momento, preparó con amor y respeto a todas las jóvenes que se iban a encargar de tales tareas. Las primeras misioneras fueron a la India. Luego las expediciones misioneras se dirigieron a todos los continentes y a multitud de países, sobre todo al Asia y a América del Sur. En 1893 un grupo ya preparaba un centro de formación en Ecuador. En 1895 las Hermanas entraban en los Estados Unidos de América y en Suiza. En los años siguientes la expansión fue incontenible: norte de Italia, Hungría, Sicilia, Austria, Bélgica, etc.

En 1903 se preparó nueva casa general en Roma. Como noble alemana de origen, fue maestra consumada en el arte de combinar la reciedumbre de la fe germana con la flexibilidad de la vida italiana, en medio de la cual tuvo que preparar a misioneras de diversas lenguas, pues con frecuencia las vocaciones que surgían en los países en los que trabajaban las Hermanas eran enviadas a Roma para que se impregnaran de la catolicidad de la Iglesia y recibieran una sólida formación intelectual.

La madre María de los Apóstoles a todas acogía con singular afecto. De ella se pudo decir que fue el símbolo, el emblema y el

modelo de la apertura eclesial. Nunca hizo distinción de niveles sociales, de razas, culturas y lenguas a la hora de ofrecer a los hombres el mensaje común de la salvación cristiana. Lo que ella no podía hacer personalmente, como hubiera sido su ilusión, lo hacía a través de sus hijas. Su lema de vida era: «Todo lo que se refiere al apostolado tiene que ver conmigo». Estaba convencida de que las mujeres debían estar muy bien preparadas para todo tipo de colaboración que pudiera surgir en la tarea apostólica, pues tenía un alto concepto de lo que la mujer es en todas las culturas. Y a sus Hermanas les inculcaba que toda labor era buena para acercarse a los hombres, sobre todo en las misiones. Por eso reclamaba que el objetivo de su Instituto «será siempre las misiones, que quiere decir la educación de niños, la atención a enfermos, la ayuda a los párrocos y sacerdotes, los servicios a los necesitados».

En el Capítulo de 1905 fue reelegida como superiora. El número de Hermanas reclamó adaptación en la organización y hubo de dejar la dirección del noviciado. Su abundante correspondencia con las Hermanas que marchaban a los diversos países requería muchas horas de escritorio, que ella acompañaba con no menos tiempo de oración. Su vida de desgastó en esa intensa actividad de servicio y de animación. Fueron los últimos años un servicio de amor a las Hermanas lejanas en el espacio, pero que tan cerca estaban en su corazón.

Murió en Roma el 25 de diciembre de 1907, dejando ya 250 Hermanas y 37 obras misioneras y activas en tres continentes. Un siglo después, al final del siglo XX, las hermanas misioneras de la familia salvatoriana pasarían de mil distribuidas por 27 países. Ella, desde el cielo, seguramente daba gracias a Dios por haberle permitido quemar su vida en una obra tan hermosa y eficaz.

La devoción de sus hijas y los favores espirituales y materiales que fue prodigando a sus seguidoras fue el motor para que su causa de beatificación culminara con la beatificación por el papa Pablo VI el 13 de diciembre de 1968. Sus restos reposan en la capilla de la Casa «Salvator Mundi» que el Instituto posee en Roma.

PEDRO CHICO GONZÁLEZ, FSC

Bibliografía

CASA GENERAL DEL SALVADOR, *Ecce Ancilla Domini* (Roma 1957).
FEDERICE, E., *La bienaventurada María degli Apostoli* (Roma 1966).

SAN ALBERTO (ADÁN) CHMIELOWSKI

Religioso y fundador († 1916)

Vida polifacética la de este gran patriota polaco, que entra en escena combatiendo contra los rusos y se extingue a los 71 años respirando amorosa dulzura entre los pobres y sonándole en el alma las estrofas de San Juan de la Cruz.

Adán Chmielowski nació en Igolomia, cerca de Cracovia, el 20 de agosto de 1845. Fue el mayor de los cuatro hijos de un matrimonio de corte nobiliario, Adalbeto y Josefina. Su niñez transcurrió en Varsovia, respirando la fuerte religiosidad católica y el ardor patriótico de la Polonia sojuzgada. Estudió en el gimnasio de Varsovia. Huérfano muy pronto, él y sus hermanos quedaron al cuidado de su tía paterna Petronila. A los 18 años se matriculó en el Instituto Politécnico de Pulawy.

En 1863 estalló en Polonia la insurrección contra la opresión zarista, a la que Adán se adhirió con entusiasmo. En un combate el 30 de septiembre de 1863 fue gravemente herido. Hecho prisionero, hubo que amputarle la pierna izquierda, sin anestesia, demostrando excepcional coraje. Con la ayuda de sus familiares, pudo fugarse de la cárcel, pero teniendo que exiliarse.

Su itinerancia está marcada por el afán de formación: París, dedicado a los estudios de pintura; Bélgica, para cursar ingeniería en Gante; Múnich, donde retomó los estudios de pintura: once años de exilio, en los que el espíritu cristiano le ayudó a superar los dolores de la ausencia y la misma limitación física.

Después de once años, en 1874, Chmielowski retornó a su patria. Era, ante todo, un artista cristiano: creyó encontrar su ideal de vida dedicándose por el arte al servicio de Dios. Y comenzó su producción pictórica. Se conserva, como uno de sus mejores cuadros, un *Ecce Homo.* Lo ejecutó despacio, grabándosele en el alma el rostro del Cristo misericordioso mientras sus pinceles lo iban plasmando en el lienzo. Cuando lo finalizó, una

profunda transformación espiritual se había obrado en él. ¿No realizaría mejor su programa de pintor cristiano incorporándose a una orden religiosa?

En 1880, cumplidos los treinta y cinco años, inició el noviciado, para hermano lego, en la Compañía de Jesús. Hubo de dejarlo a los seis meses, seguidos de una profunda crisis espiritual. Halló refugio en casa de unos parientes que vivían en Podolia, en la zona de la Polonia sojuzgada por Rusia. Fue aquí donde conoció la Tercera Orden Franciscana. La espiritualidad seráfica prendió en él. Vivía difundiendo el espíritu de San Francisco, pintando y restaurando cuadros en las parroquias de la región.

En 1884 nos lo encontramos en Cracovia. Allí buscó una vivienda casi pegada al convento de los padres capuchinos. Pintaba y vendía sus cuadros, viviendo con suma austeridad y dedicando a los pobres sus ganancias. No le faltaban, por lo demás, los contactos y la estima de las clases altas, pero la atención de los pobres casi le absorbía todo su tiempo. Había distintos refugios en Varsovia, para hombres y mujeres. En ellos se guarnecían del intensísimo frío, teniendo donde pasar la noche. Supusieron para él un verdadero descubrimiento. El arte quedaba definitivamente apartado y en cada pobre comenzó a ver el rostro de Cristo mucho más al vivo de cuanto podía expresar con sus pinceles.

¿Dedicarse a los pobres en solitario? Su sentido franciscano reclamaba fraternidad. El 25 de agosto se ciñó un sayal gris con el cordón del Serafín de Asís, y empezó a llamarse Hermano Alberto. Un año después emitía los votos de terciario franciscano y daba comienzo, con la aprobación del cardenal Dunajewski, arzobispo de Cracovia, la congregación de Hermanos de la Tercera Orden de San Francisco, denominados Siervos de los Pobres, que inmediatamente se encargaron del refugio-dormitorio de hombres. Tres años después —1891— comenzaba a existir la rama femenina de la Congregación, que se encargó del refugio-dormitorio de mujeres. La confió a sor Bernardina Jabkonska, hoy camino de los altares. Actualmente estas congregaciones son conocidas como Albertinos y Albertinas.

Ya en 1884 había tenido un encuentro providencial con un santo varón de profunda espiritualidad, Rafael Kalinowski. Las

conversaciones con él supusieron para Chmielowski verdadera dirección espiritual. Kalinowski lo adentró en la lectura de San Juan de la Cruz, del que se hizo devotísimo. Así, pudo continuar su entrega a los pobres «sin otra luz y guía sino la que en el corazón ardía».

Lo de los refugios-dormitorios sólo fue el comienzo. Sus fundaciones se fueron propagando: asilos, orfelinatos, hospitales de incurables. Todo ello le obligaba a continuos y largos viajes, con la incomodidad sobreañadida de la prótesis rudimentaria que suplía la falta de la pierna izquierda. Fueron así 21 las casas fundadas, distribuidas entre 40 hermanos y 120 hermanas.

Su espiritualidad supuso una original versión del franciscanismo, siempre inspirador de nuevas formas de entrega a Dios y a los pobres. La alegre simplicidad se refleja en breves consignas, como la siguiente: «Tenemos que ser buenos como el pan [...] que todos tienen derecho a coger para saciar el hambre». Tuvo como norma el ejemplo de San Francisco: pobre, alegre, amoroso y humilde, sorbedor de belleza. Sus recomendaciones últimas resultan conmovedoras. Ya sin levantarse de la cama, atormentado por el cáncer de estómago, hacía que los hermanos dirigieran la mirada a un cuadro de la Virgen de Czestochowa y les decía: «Recordadlo siempre, esta Virgen es vuestra fundadora». Y añadía: «Por encima de todo, observad la pobreza». Falleció en Cracovia el día de Navidad, 25 de diciembre de 1916.

Es llamado el San Francisco polaco del siglo XX. Hoy los Hermanos Albertinos desarrollan su labor en diversas regiones de Polonia. Las Hermanas están presentes, además, en Italia, los Estados Unidos y América Latina.

El papa Juan Pablo II lo beatificó el 22 de junio de 1983, en su segundo viaje apostólico a Polonia. Lo canonizó en Roma el 12 de noviembre de 1989.

JOSÉ M.ª DÍAZ FERNÁNDEZ

Bibliografía

CASIERI, A., *Fratel Alberto al secolo Adamo Chmielowski* (Roma 1989).
KLUZ, W., *Saint Frère Albert - Adam Chmielowski parmi les pauvres* (Cracovia 1990).

BIOGRAFÍAS BREVES

BEATO BENTIVOLIO DE BONIOS

Presbítero († 1232)

Nace en una rica familia en la población de San Severino hacia el año 1188. Era un joven cuando conoce a San Francisco de Asís y decide dejarlo todo, abrazarse a la pobreza y, con Francisco, seguir a Jesucristo. Sus dos hermanas siguen su ejemplo y se unen a Santa Clara. Ordenado sacerdote, ejerce el ministerio de la predicación y el confesonario con gran fruto de los fieles al tiempo que se cuidaba de los pobres, especialmente de los leprosos. De uno de ellos le había encargado San Francisco particularmente que cuidara. Y cuando lo trasladan a otro convento, se lo lleva consigo para poder seguir cuidándolo. Movido por su ejemplo el párroco de su pueblo, San Severino, se unió también a Francisco y fue el famoso fray Maseo. Murió la noche de Navidad del año 1232, recibiendo culto popular que fue confirmado por el papa Pío IX el 30 de septiembre de 1852.

BEATO MIGUEL NAKASHIMA

Religioso y mártir († 1628)

Era natural de Machai, en el reino japonés de Fingo, donde había nacido en 1583. Convertido al cristianismo a los 11 años y bautizado por el P. Juan Bautista Baeza, se tomó muy en serio la vida cristiana. Hizo voto de castidad siendo muy joven y practica ásperas penitencias. En 1614 se estableció en Nagasaki y tuvo escondido en su casa al P. Baeza y a otros misioneros durante doce años. Por la noche los cristianos visitaban al sacerdote con todo sigilo, procurando con muchos trucos pasar desapercibidos. En 1627 el P. Mateo de Couros lo admitió como hermano coadjutor en la Compañía de Jesús. En agosto de ese año se le prohibió salir de casa, lo que le impedía incluso ayudar a sus padres que eran pobres y necesitaban de él. Un año más tarde, el 3 de septiembre de 1628, se negó a contribuir a la recogida de leña que se hacía para la quema de varios cristianos. Miguel se negó y entonces le fue confiscada la casa y él fue arresta-

do y llevado a Ximabara. Comenzó una larga y terrible serie de suplicios para conseguir que apostatara, y entre ellos padeció varias veces el horroroso tormento del agua, pero su mayor pena fue saber que sus padres, vencidos por los tormentos, habían apostatado. Desesperados de lograr su apostasía se le condenó al suplicio del agua sulfurosa de Ungen. El mártir fue trasladado al lugar del suplicio en una infame carreta; allí su cuerpo fue rociado y zambullido varias veces al día en aguas hirvientes y sulfurosas, y así varias semanas hasta que, reducido su cuerpo a una pura llaga, murió el 25 de diciembre de 1628. Fue beatificado el 7 de julio de 1867.

26 de diciembre

A) MARTIROLOGIO

1. Fiesta de San Esteban, protomártir, que dio su vida por Cristo en Jerusalén **.
2. En Roma, en la Vía Apia, San Dionisio († 268), papa **.
3. La conmemoración de San Zenón († 399), obispo de Mayuma en Palestina *.
4. En Roma, en la Vía Tiburtina, la deposición del papa San Zósimo († 418) *.
5. En Sardes (Lidia), San Eutimio († 824), obispo y mártir *.
6. En Madrid, Santa Vicenta María López y Vicuña († 1890), virgen, fundadora de la Congregación de Hijas de María Inmaculada del Servicio Doméstico **.
7. En Song-Khon (Tailandia), beatas Inés Phila y Lucía Khambang, vírgenes, de la Congregación de Hermanas Amantes de la Cruz, con Águeda Phuta, Cecilia Butsi, Bibiana Hampai y María Phon, todas ellas mártires en 1940 *.
8. En Dragali (Montenegro), Beato Segundo Pollo († 1941), presbítero, capellán militar **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN ESTEBAN
Protomártir († s. I)

Vamos a presenciar el nacimiento del martirio cristiano y el sepelio del mártir primero según lo refieren, con una divina simplicidad, los Hechos de los Apóstoles.

> «Y en aquellos días suscitóse en Jerusalén una gran persecución. Y los discípulos todos, menos los apóstoles, se esparcieron y anduvieron huidos por toda la Judea y Samaria. Y unos varones religiosos enterraron a Estaban e hicieron sobre él un llanto muy grande» (Hch 8,2).

Harto da a entender este pasaje de los Hechos de los Apóstoles que la primera agresión inopinada y brutal contra la Iglesia de Jerusalén, medrosa y pequeñita, confiada en su propia inocencia y parvedad, como la que asegura al polluelo debajo de la protección del ala materna, ocasionó en los adeptos de la fe nueva una impresión de terror y desconcierto. Aquella violencia súbita desencadenada contra la chica grey de almas seguras y pacíficas produjo una indecible sorpresa y un afán instintivo de huida. El diácono Esteban, glorificado más tarde como abanderado y caudillo del innumerable ejército de los mártires, no tuvo laureles ni coronas de triunfo, sino funerales, exequias y duelo muy amargo. Así acaeció en Jerusalén. En Roma, no muchos años más tarde, el holocausto de los cristianos que dio Nerón al pasto de las llamas parece haber dejado asimismo el recuerdo de una deserción espantosa. Y en Jerusalén, y en Roma, y en dondequiera, las primeras colisiones con el fuerte armado, los furores primeros que se abatieron sobre las comunidades cristianas en su infancia más tierna, sembraron entre los fieles congoja, y dolor, y desconcierto, y fuga.

Pero bien pronto la conciencia cristiana se recobró y reaccionó con energía. El repentino ímpetu no debiera haberles tomado de sorpresa si hubiesen recibido las enseñanzas del divino Maestro con corazón reflexivo. Él habíales anunciado estas pruebas duras con palabras tan llanas y tan claras, que el propio martirio (sinónimo de testimonio) les era prometido con su nombre propio:

> «Os entregarán en tribunales y en sinagogas, os azotarán, y aun a príncipes y a reyes seréis llevados por causa de Mí, por testimonio a ellos y a los gentiles».

Y, al mismo tiempo, el divino Maestro proclamaba bienaventurados a quienes tocara una suerte para el sentido carnal tan recia y tan poco apetecible:

> «Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados seréis cuando os denostaren y os persiguieren y dijeren con mentira todo linaje de mal contra vosotros. Alegraos entonces y gozaos, porque vuestra ganancia copiosa es en los cielos; así fueron perseguidos los profetas que han sido antes de vosotros».

Diríase que las ímbeles Iglesias primitivas no atinaron a interpretar el obvio sentido de estos pasajes que aquel dulce y fuerte obispo típico que fue San Cipriano denominó *Evangelium Christi unde martyres fiunt,* «el Evangelio de Cristo, poderosa forja de mártires». Solamente los apóstoles, admitidos más profundamente en la intimidad del pensamiento de Cristo, se mostraron iniciados y penetrados de la doctrina nueva. En Jerusalén, conducidos a la presencia del sanedrín y azotados, *ibant gaudentes,* andaban con una alegría ostensible, con una rabiosa extravasación de júbilo, porque habíaseles juzgado dignos de sufrir baldones por el nombre de Jesús.

Pero ya no es la vena profunda y callada del gozo fiel, ni es la miel secreta de los padecimientos por amor de Cristo, ni tampoco el entrañable y manso río de Espíritu Santo el que los inunda, sino que es como un vino violento y una embriaguez más que dionisíaca la que hace prorrumpir a San Pablo en expresiones inflamadas por la muerte y por la cruz. Los más grandes cantores del placer es fuerza que enmudezcan ante ese sublime orgiasta del dolor. Nada ni nadie podrán separar a Pablo de la caridad de Cristo: Ni la tribulación, ni la angustia, ni la persecución, ni la desnudez, ni el hambre, ni el peligro, ni la espada. Cristo es mi vida —dice— y la muerte me es una ganancia.

El dolor es el camino de los astros. Fue nuestro Aurelio Prudencio quien halló esta expresión feliz condensada en aforismo: *Ad astra doloribus itur.* Pero no; el martirio no es doloroso. La primitiva liturgia cristiana encontró para el martirio un nombre refrigerante, consolador: llamóle bautismo, es decir, inmer-

sión en la propia sangre, cual deleitoso baño en un fresco hontanar del paraíso. El manantial perenne que brota del costado de Jesús sumerge al mártir en el refrigerio de sus aguas vivas. Y, aunque fuera doloroso el martirio, no es precisamente el mártir quien lo soporta. Por una divina suplantación es Cristo quien lo padece: *Christus in martyre est.* Nuestro acérrimo Prudencio expresó esta divina suplantación al cantar la pasión de un mártir español en versos de una arrogancia y de una entereza más que numantinas:

> «En lo más profundo de mi ser hay otro; otro a quien nada ni nadie pueden dañar; hay otro ser, sereno, quieto, libre, íntegro, exento de toda suerte de padecimiento».

Así, en el torrente raudo del himno prudenciano, hablaba al verdugo con una altivez y reciedumbre saguntinas, no lejos de los muros de Sagunto, el diácono Vicente, y mientras su cuerpo, trabazón de lodo, y sus miembros, urdimbre de venas tenues, saltaban en pedazos, su intacto espíritu se mantenía ileso debajo de las ruinas del alcázar inderrocable.

Pero demos ya paso y aclaremos en la vanguardia de quienes blanquearon sus estolas en la sangre del Cordero al primer coronado con la corona incorruptible: *Io, Triumphe!*

> «Y en aquellos días, como el número de los discípulos iba en aumento, murmuraban los helenistas contra los hebreos, porque sus viudas eran desatendidas en la distribución de la limosna cotidiana».

En aquel tiempo y sazón denominábanse helenistas quienes, aun siendo judíos de raza, procedían de las colonias griegas del Asia Menor y de Egipto. Habíalos muchos avecindados en la Ciudad Santa, y debieron de oír el estampido del Espíritu y contemplar la lluvia de lenguas ígneas y escuchar el sermón candente brotado en los labios de Pedro. Los helenistas, primicias de la conversión, constituían en Jerusalén un núcleo tan numeroso como los judíos nativos.

> «Entonces los Doce convocaron la multitud de los discípulos y les dijeron: No es razón que nosotros abandonemos el ministerio de la palabra y sirvamos en las mesas. Escoged, pues, entre vosotros siete varones de probidad acrisolada, llenos de Espíritu Santo y de sabiduría, y constituidlos en el servicio de la distribución del

pan, y nosotros continuaremos en la oración y en el ministerio de la palabra».

Tres mil cristianos en su primera redada cogió el pescador de Galilea, trocado en pescador de hombres. Los conversos de Pedro no eran solamente judíos de Jerusalén sino que los había procedentes de toda nación que está debajo del cielo. ¿Cómo iban a cejar los apóstoles en el apostolado de la palabra que tan opimos y tan tempranos frutos les rendía?

Plugo a los discípulos el consejo de Pedro.

> «Eligieron a Esteban, varón lleno de fe y de Espíritu Santo, y también a Felipe, Prócer, Nicanor, Timón, Pármenas y Nicolás, prosélito éste de Antioquía».

Helenistas son todos ellos y helénicos son sus nombres. Presentados a los apóstoles, les consagraron diáconos por la imposición de las manos. Callaron las murmuraciones, y las viudas de los helenistas fueron atendidas equitativamente. Con estos animosos predicadores nuevos la palabra evangélica crecía y los cristianos se multiplicaban.

> «Esteban, lleno de gracia y de fortaleza, obraba en el pueblo prodigios y milagros grandes».

Lucas, el cronista de estos sensacionales acontecimientos, no especifica ninguno de esos carismas que acompañaban y robustecían la palabra de Esteban y hacían avasalladora su predicación. En son de protesta de tamañas novedades irguiéronse algunos miembros de la sinagoga de los libertos, secundados por algunos otros recalcitrantes, originarios de Cirene y de Alejandría, y otros aún, procedentes de Cilicia y de Asia. Estos libertos que iniciaron la contraofensiva debieron de ser descendientes de aquellos judíos que, sesenta y tres años antes de que el Verbo de Dios se hiciese carne y habitase entre los hombres, trajo cautivos a Roma Pompeyo, que con su presencia exasperó el judaísmo, mancilló Jerusalén y profanó el santo de los santos. Vendidos en Roma por esclavos y recobrada temprano o tarde su libertad, tornaron a Jerusalén. Trabados en disputa con Esteban, arrollábalos su sabiduría y la vehemencia del Espíritu que caldeaba su palabra, que, como en la boca de Elías, ardía y crepitaba cual una antorcha.

El texto del discurso con que Esteban cerró su fulgurante ministerio y motivó su bárbara lapidación, tal como nos lo da el autor de los Hechos, es uno de los más venerables monumentos de la literatura cristiana. Es la primera de las homilías. Más que una autodefensa es una didaché. El primicerio de los diáconos, como le llama San Agustín, de acusado se convierte en acusador, contundente como un martillo. Erizadas contra él, a guisa de jabalíes, estaban todas las sectas del judaísmo, y él, con la firmeza de su palabra, sostuvo, solo y señero, la causa de Jesús y el honor del Evangelio. Recias de oír eran las verdades que Esteban les lanzaba al rostro. Mientras hablaba, su rostro resplandecía con lumbre purpúrea de juventud, como el de un ángel. Sus primeras palabras saliéronle de la boca bañadas en miel: *Favus distillans labia tua.* Abstúvose de decirles algo así como progenie de víboras, aun a pesar de que le oían con estridor de dientes y con las entrañas secas como el peñón del desierto antes que la vara de Moisés lo convirtiera en hontanar.

«¡Hermanos y padres míos, escuchad!» Con estas palabras, las más tiernas del vocabulario humano, les recuerda la comunidad de su origen; no es entre ellos Esteban un desconocido, no es un alienígena. Es de la raza de Abrahán; es partícipe de las mismas promesas y de las mismas esperanzas. Y con amargura de su alma despliega ante los ojos de ellos, con precisión geográfica, con exactitud cronológica, la larga cadena de sus infidelidades...

El parlamento, que empezó con mansedumbre y unción de homilía, con tranquilidad de exposición objetiva, en llegando a su fin, estalla en ese valentísimo apóstrofe:

> «¡Duros de cerviz; incircuncisos de corazón! Siempre habéis resistido al Espíritu Santo. Como vuestros padres fueron, habéis sido vosotros. ¿Qué profeta no persiguieron? Dieron muerte a quienes les anunciaban la venida del Justo, a quien vosotros ahora traicionasteis y crucificasteis; vosotros, sí, vosotros, que por ministerio de ángeles recibisteis la Ley y no la observasteis».

Ese impávido apóstrofe de Esteban pone en revuelo a los judíos. Más que ningún otro les exaspera ese postrer agravio directísimo que para ellos es el más insoportable de todos: la desobediencia a la Ley. Estalla un alto griterio: los judíos se tapan los oídos, lastimados por la blasfemia, en embestida unánime se

arrojan sobre él: le arrastran fuera; le lapidan. Saulo asiente a la fiera lapidación y guarda celosamente los vestidos de los lapidadores. Esteban hunde en el cielo los errantes ojos y dice: «Veo la gloria de Dios y los cielos abiertos y al Hijo del hombre en pie a la diestra de Dios».

¡El Hijo del hombre en pie!

¿Por qué, pregúntase San Ambrosio, Esteban vio a Jesús *stantem,* puesto en pie? Pónese Jesús en pie por contemplar el combate de su atleta aguerrido; levántase de su silla por ver la victoria del adalid, cuya victoria es su propia victoria; yérguese y se inclina a la tierra por estar más dispuesto a coronarle; el héroe combate y triunfa de rodillas; su fuerza es su oración y reza a modo de brindis: «Señor Jesús, recibe mi espíritu». Y con voz más recia, añade: «No les imputes, Señor, este pecado».

Si Esteban no hubiese orado y Dios no le hubiese oído, Saulo no se trocara en Pablo ni la Iglesia tendría el apóstol de las gentes.

LORENZO RIBER

Bibliografía

ABEL, F. M., Art. en *Supplément au Dictionnaire de la Bible,* II (París 1934) cols.1132-1146.

Analecta Bollandiana 48 (1930) 64; 49 (1931) 25.

CERFAUX, L., *La communauté apostolique* (Lovaina 1943).

DELEHAYE, H., *Commentarius perpetuus in martyrologium Hieronymianum* (Bruselas 1940) 10.

LAGRANGE, J., Art. en *Dictionnaire de la Bible,* II (París 1899) cols.2033-2035.

LECLERCQ, H., Art. en *Dictionnaire d'archéologie chrétienne et de liturgie.* V/1: *Encaustique-Feux* (París) cols.624-671.

• Actualización:

DRANTE, J., *La vida de la Iglesia primitiva* (Estella 1992).

FLECHA ANDRÉS, J.-R., «San Esteban», en J. A. MARTÍNEZ PUCHE (dir.), *Nuevo año cristiano. Diciembre* (Madrid 2001) 412-421.

LLIGADAS VENDRELL, J., *San Esteban, el primer mártir* (Barcelona 2001).

RIUS CAMPS, J., *De Jerusalén a Antioquía. Génesis de la Iglesia cristiana* (Córdoba 1989).

RUIZ BUENO, D., *Actas de los mártires* (Madrid [5]2003) 187-194.

SAN DIONISIO

Papa († 268)

Dionisio, que había sido monje o asceta, como dice de él el *Liber pontificalis,* se hizo cargo de la Iglesia romana luego de que durante un año la sede estuviese vacante tras el trágico y glorioso fin del papa San Sixto II. En efecto, el emperador Valeriano, de amigo que era inicialmente de los cristianos, pasó a ser un feroz perseguidor del cristianismo, dirigiendo su ardor contra el clero, contra los cristianos que estuviesen insertos en la administración imperial y contra los fieles en general. El 6 de agosto del año 258 cuando el papa celebraba la divina liturgia en la catacumba de Calixto fue sorprendido y decapitado juntamente con sus diáconos, muriendo a los pocos días el insigne diácono San Lorenzo. Traumatizada por la persecución, la comunidad cristiana de Roma no fue capaz de reunirse para proveer a la sede episcopal de un nuevo titular hasta un año más tarde, el 27 de julio de 259, cuando fue elegido Dionisio, presbítero de la propia Iglesia romana.

Tuvo desde el principio de su pontificado muy claros los objetivos a los que debía dedicar su actividad. Señala tres el nuevo *Martirologio:* consolar a los perseguidos a causa de la persecución, redimir a los que a causa de ella habían perdido la libertad e ilustrar a quienes se habían desviado por alguna herejía del camino de la verdad.

Pensó en primer lugar que había que reanimar a la comunidad cristiana que salía de una fuerte persecución, y para ello se multiplicó, escribiendo cartas a los ausentes y dirigiendo las mejores palabras a los presentes, de forma que los fieles se sintiesen animados a vivir su fe pese al peligro que seguía significando ser cristiano en medio de la legalidad imperial hostil al cristianismo. También, y como contará más tarde San Basilio el Grande, envió recursos pecuniarios a la Iglesia de Cesarea de Capadocia para rescate de los cristianos que los bárbaros tenían cautivos, hermosa obra de caridad de la que quedó perenne memoria en aquella Iglesia. Es verdad que las circunstancias políticas cambiaron, porque Valeriano en su lucha con los bárbaros fue hecho prisionero cerca de la ciudad siria de Edesa; los persas que lo apresaron lo sometieron a las mayores humillaciones

y murió al cabo de poco tiempo. Le sucede su hijo Galieno, en cuyo reinado la Iglesia comenzó a disfrutar los cuarenta años de paz que siguieron a la persecución de Valeriano. Casi todo el pontificado de Dionisio coincide con el reinado de Galieno (260-268), el cual por influencia de su madre Salomina miraba con simpatía al cristianismo y dio un edicto de tolerancia, el primero concedido a la Iglesia y precursor del que daría en el siglo siguiente Constantino. Ordenó además se devolvieran a los cristianos las iglesias y cementerios que les habían sido confiscados. Pero en el Oriente, perturbado por las tropas persas, se produce la insubordinación de Macriano, oficial romano que, sin preocuparse en absoluto de Galieno, proclamó emperadores a sus dos hijos. Pero Odenato, soberano de Palmira, venció a los persas invasores y logró que el Oriente lo reconociera como representante de Galieno. Al morir él, ocupa el trono su viuda Zenobia hasta que fue vencida por Aureliano, nombrado emperador, que de esta forma reintegró el Oriente al Imperio. Aureliano hubo de intervenir en una cuestión novedosa para un emperador: determinar la legitimidad de Pablo de Samosata como obispo de Antioquía. Éste se había atraído las simpatías de Zenobia haciendo algunas acomodaciones de la doctrina cristiana y llegando a decir que Jesucristo había llegado a ser Dios progresivamente y por adopción. Fue en vano que protestasen varios sínodos celebrados en Antioquía los años de 264 y 268 y se opusiese San Dionisio de Alejandría. Pablo seguía en sus trece porque, aunque en el sínodo de 268 y gracias a la firme postura del presbítero Malquión fue condenado y depuesto, al sentirse apoyado por Zenobia, perseveró en su pretensión. Por fin Aureliano en 272 se decantó en contra de él y a favor de su sustituto Domno, alegando el emperador que el legítimo obispo era aquel que estaba en comunión con Roma y con Italia. Eusebio de Cesarea transcribe un párrafo de la carta sinodal enviada al papa San Dionisio en el que se cuentan las costumbres y el carácter de Pablo. Pero a la llegada de Aurelio al poder ya el papa San Dionisio había muerto.

Una cuestión doctrinal en la que hubo de intervenir este papa fue la llamada cuestión trinitaria, denominada también la cuestión de los dos Dionisios, por la intervención en ella del

obispo Dionisio de Alejandría. La cuestión ya venía del tiempo de Sixto II pero se formalizó más específicamente en tiempos de nuestro pontífice. Hacía años que venía insinuándose lo que se llamó monarquismo, una tendencia a identificar entre sí las tres personas divinas y presentar a las personas de la Trinidad como tres modos o maneras de manifestarse el Dios único y monopersonal. A mediados del siglo III el portavoz de esta tendencia herética era Sabelio, que en la década del 250 al 260, y aprovechando la turbación que causaron las persecuciones, difundió su doctrina por Egipto y otras regiones de Oriente. Terminada la persecución el obispo Dionisio volvió a Alejandría y fue elegido en Roma poco antes de acabar la persecución el papa Dionisio. El obispo alejandrino, pasada la tormenta, trabajó con gran celo por atraer a la ortodoxia a los obispos y fieles infectados de monarquismo, pero venía empleando expresiones que podían entenderse en sentido completamente contrario, infundiendo la sospecha de que multiplicaba las naturalezas en la Trinidad. Los sabelianos se llenaron de gozo de poder acusar de herejía a su máximo adversario y los verdaderos ortodoxos igualmente lamentaron las frases equívocas de Dionisio, y unos y otros acudieron al papa de Roma. Ya a Sixto II le habían enviado copia de una carta de Dionisio de Alejandría a Eufranor y a Ammonio, donde parecía considerarse criatura al Hijo de Dios. Dionisio de Roma estimó, al llegar a la sede papal, que un asunto tan serio bien merecía una consideración sinodal, y por ello reunió un sínodo en Roma. Este sínodo reconoció la gravedad del asunto, y como resultado del mismo el Papa escribió a Dionisio de Alejandría pidiendo explicaciones y a la Iglesia alejandrina exponiendo la recta doctrina. Se ha dicho de este documento que es de máxima importancia, no sólo por ser el primer escrito pontificio anterior al concilio de Nicea en que se trata de esta vital materia sino porque indica claramente la conciencia de autoridad doctrinal que tenía el Papa. Condena el Papa en su misiva las herejías tanto de Sabelio como la de «aquellos que, por el contrario, predican en cierto modo tres dioses pues dividen la santa unidad en tres hipótesis absolutamente separadas entre sí». Y añade que los verdaderos discípulos del Señor «saben muy bien que la Trinidad es predicada por la divina Escritura, pero ni el Antiguo ni el Nuevo Testamento predican tres

dioses». Ataca luego a quienes opinan que el Hijo es una criatura y que fue hecho como las demás cosas creadas y llama a esta opinión, que luego con tanto descaro y daño de la Iglesia sostendría Arrio, «la mayor blasfemia». Y termina diciendo que hay que «mantener íntegra tanto la divina Trinidad como la santa predicación de la unidad de principio». No se hizo esperar una respuesta satisfactoria de San Dionisio de Alejandría. Éste dirigió al papa homónimo suyo una carta en la que explicaba y suavizaba las expresiones más desacertadas, y explícitamente reconocía la unidad en la trinidad sin dividirla y la unidad en la trinidad sin disminuirla. Hay que reconocer sin embargo que el lenguaje teológico no estaba todavía plenamente elaborado. Dionisio en su obra *Confutación y apología* dio explicaciones perfectamente ortodoxas sobre la Trinidad. Parece seguro que el papa Dionisio quedó perfectamente satisfecho.

Dice el citado *Liber pontificalis* que Dionisio confió a los presbíteros romanos la dirección de las iglesias y cementerios, dándoles así un papel muy relevante en la comunidad romana. Se ha dicho de él que había sido monje, como quedó señalado, pero otros opinan que esto tiene poca verosimilitud.

Dionisio murió en la paz del Señor en diciembre del año 268 y fue sepultado en la Via Apia en el cementerio de Calixto el día 27 de diciembre según el documento *Depositio Episcoporum,* pero se supone que su muerte sería el 26 de diciembre, y ésta es la fecha en que la Iglesia Romana lo viene conmemorando. Dionisio de Alejandría lo llamó «hombre admirable» y alaba su cultura y su elocuencia. San Basilio dijo de él que poseía no sólo la fe recta sino todas las virtudes.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

Bibliotheca sanctorum. IV: *Ciro-Erifrido* (Roma 1964) cols.631-633.

DENZINGER, H. - HÜNERMANN, P. (eds.), *El Magisterio de la Iglesia. Enchiridion symbolorum definitionum et declarationum de rebus fidei et morum* (Barcelona [r]1999).

LLORCA, B., SI - GARCÍA VILLOSLADA, R., SI - LABOA, J. M.ª, *Historia de la Iglesia católica.* I: *Edad Antigua: la Iglesia en el mundo grecorromano* (Madrid [8]2001).

SABA, A. - CASTIGLIONI, C., *Historia de los Papas.* I: *Desde San Pedro a Celestino V* (Barcelona 1948).

SANTA VICENTA MARÍA LÓPEZ Y VICUÑA

Virgen y fundadora († 1890)

«La angelical fundadora» fue llamada ya en vida la madre Vicenta María, no sólo entre sus religiosas Hijas de María Inmaculada para el Servicio Doméstico, sino por cuantos conocieron su infantil gracia y atractivo, su virginidad y delicadeza. Además comenzó su fundación a los veinte floridos años.

Dios le concedió nacer en la católica Navarra y de una familia dignísima, de la más cristiana ejemplaridad.

Don José María López «se declara» a doña Nicolasa de Vicuña (ambos de limpio y blasonado linaje) después de diez años de platónicas ilusiones:

> «Créame usted; no conozco sus atractivos físicos, pero sí sus prendas morales, las únicas que ha bastantes años admiro como dechado de la juventud».

Por la novia escribe su hermano; con el director espiritual han aconsejado que «la razón y delicadeza no dan lugar a más dilaciones geniales» y que con fecha 16 de noviembre de 1842 ha dado una respuesta «afirmativa categóricamente».

Ella vivía en Estella, y acuerdan su primera entrevista. Cabalga en compañía de un su deudo, canónigo pamplonés, y, rezando el rosario, llegan a la soñada entrevista. Fue tan delicada y discreta que al regreso escribe desde Cascante a la prometida:

> «¡Qué fríamente me despedí de ti! Agitado mi espíritu con aquella primera despedida, aunque quise alargar la mano para estrechar la tuya inocente, el temor de ofender tu limpia honestidad me obligó a retirarla con presteza».

De tales padres había de brotar el virginal lirio de pureza que el Señor les concedió el 22 de marzo de 1847 y se había de llamar en el bautismo del mismo día Vicenta María Deogracias Bienvenida. Era en Cascante de Navarra.

En su primer cumpleaños sabe ya pronunciar los nombres de Jesús y de María y balbucear las primeras oraciones. Había que verla:

> «Calzadita, en las rodillas de su amante madre; mostraba carita de ángel, ojos azules, cabello de oro, blancura de jazmín en el cutis,

sonrosadas las mejillas y, por añadidura, las seis perlas ornato de su boca, que parecía un coral».

Su primera catequesis la recibió sentada en la sillita que su padre le ponía sobre la mesa de su despacho. Si se distraía, la severidad paterna la asustaba con el resorte de una cajita que hacía saltar un perro de juguete; si persistía la distracción, era ésta la amenaza: «Mira, niña, que aún no sabes a qué huelen las manos de tu padre».

Pero no había lugar a ello, porque con sus cuatro añitos ya se escapa al atrio de la iglesia vecina y enseña lo que aprendió de su padre a las niñas que esperaban la hora de la doctrina.

Todas las tardes a la parroquia: «Tía, ponme la mantilla clara bordada para ir bien maja al rosario».

Y al regresar de la bendición eucarística, impregnada su mantilla de incienso, la ofrecía: «¡Mirad! ¡Huele a cielo!»

El señor tío don Joaquín era un sacerdote santo y docto: «Más de doscientas arrobas de libros tendría en su habitación, llena hasta la ventana», decía una vieja de Cascante.

Aborrecía a los chiquillos su severa gravedad; pero Vicentica le cautivó, de manera que se la llevaba de paseo hasta la ermita de la Virgen del Romero; por el camino rezaba el breviario y enseñaba a la sobrinita en latín el *Credo,* el *Pater,* el *Ave Maris stella.*

Ya en el templo, le muestra la lucecita del sagrario y le enseña a pedirle a Jesús que guarde su corazón en aquella casita dorada.

Mientras acaba sus rezos el señor tío don Joaquín, Vicenta recorre la iglesia con genuflexiones, simulando un vía crucis. Sabe a los seis años recitar versos y leer «el libro de Santa Teresa»; la llaman «la abogadilla».

Repite los sermones del padre misionero; se interesa por los pobres y goza en repartirles sus limosnas; ellos la llaman «la niña santica».

El día de la Inmaculada de 1853, orando en la parroquia de San Andrés, de Madrid, una señora pide al Señor que le inspire lo que ha de hacer para salvar a las muchachas que llegan a la corte para servir y se ven en tantos peligros de cuerpo y alma. Al salir del templo ve una casita en la calle de Lucientes con el

letrero: Se alquila. La toma; será el solar primero de la Congregación para el Servicio Doméstico; allí recoge las primeras sirvientas sin colocación.

La señora era doña Eulalia de Vicuña; con ella y con su esposo y hermano llega Vicenta a compartir la vida madrileña. Aquellos sus parientes en nada desmerecen de la religiosidad y edificante rectitud de su familia de Cascante.

Don Manuel María de Vicuña es «el padre de los pobres» y para ellos gratuitamente ejerce su abogacía. Con doña Eulalia visitan caritativamente la cárcel de mujeres y dan vida a la asociación de la Doctrina Cristiana.

Tiene Vicenta sólo siete años; una familia amiga la convida al Teatro Real. Ella se resiste: «Mi abuelita no fue nunca al teatro, y yo quiero imitarla en eso».

Más adelante lo razonaba: «Siempre me pareció cosa del diablo aquello de salir de noche, asistir a cosas fingidas, volver a casa tan tarde, perder el sueño, malgastar el dinero y trastornar el orden».

En Madrid tiene ya director espiritual, distribución de tiempo, que va ocupadísimo desde las siete de la mañana hasta las nueve de la noche, con misa diaria, estudio de letras, labores, francés, piano, visita al Santísimo, rosario, lectura espiritual. Y casi todos los días va con su tía Eulalia al Establecimiento que amplía la vieja casita de las sirvientas.

Y aún su madre escribe: «Mucho me alegraré de que mi hija reciba una instrucción esmerada y brillante; pero, hermana mía muy querida, mi deseo principal es que me la eduquéis para santa».

Bien podía escribir quien la trataba: «Es no sólo una santa, sino una santa de muchísimo talento».

Sin embargo, tuvo que hacer penitencia de sus tres grandes pecados de estos años. El primero, que se metió en una habitación que se estaba pintando; con su amiguita estropearon la pintura. Doña Eulalia echó la culpa a los pintores, que juzgó descuidados. Pero se presentó en seguida Vicenta a pedir perdón. El segundo, que en El Escorial se presentó con un precioso vestido de manga sólo hasta el codo y un ligero escote: «¡Iba

yo poco modesta! ¡Quién sabe si otras niñas seguirían mi mal ejemplo!

El tercero, que se hizo la remolona al quitarse un vestido «que la favorecía», desobedeciendo a doña Eulalia.

—Pues en una niña de ocho años, eso no es cosa tan grave —decían.

—El día del juicio me conocerán —replicaba la niña.

En Cascante pasa el verano; el pueblo arde en fiestas, y Vicenta, con su elegancia madrileña, estaba hecha una preciosidad. Tanto que al pasar el rey consorte, don Francisco de Asís, pregunta al alcalde:

—¿Quién es esa linda señorita?

—Señor, es una santita, sobrina mía.

Se lo dicen a Vicenta y le insinúan como posible novio a un espléndido muchacho. Pero Vicenta dictamina: «Ni con un rey ni con un santo. Seré sólo de Dios».

En los ejercicios espirituales de 1866, el padre Soto, SI, le propone el método clásico de «la elección de estado». Escribe a dos columnas ventajas e inconvenientes de ser salesa o seguir la fundación que iniciara su tía.

Terminan los ejercicios; su parienta la salesa, que espera ansiosa verla en su religión, le pregunta qué determina: «Las chicas han triunfado —responde la que va a ser fundadora—».

Pone manos a la obra, y comienzan las hostilidades y las pruebas. Tan joven y en un ministerio tan peligroso. Se opone hasta su tía Eulalia y don Manuel, su esposo, que la trata de soberbia e irrazonable, y su buen padre, que quiere «antes verla capuchina de Pinto», alega sus «derechos de patria potestad para no tolerar que se exponga a ser pervertida por las muchachas en vez de ganarlas».

Se la lleva a Cascante y aprietan la oposición; estalla la revolución de 1868, que expulsa a las religiosas de su convento; enferman sus padres, se muere la tía que les acompañaba y no le deja su padre tomar ese estado que juzga «estado de perdición».

—¿Y si me muriera o me fuera capuchina? Igual de solos les dejaría —dice la joven.

Cae enferma grave. Aterrado su padre, cree ver en la enfermedad un aviso del cielo, y le da permiso para regresar a Ma-

drid. Ya puede entregarse a fundar las entonces llamadas Hermanas del Santo Celo. Aquel celo bíblico de la casa de Dios que la consumía.

Lentamente, en el quinquenio 1871-1876 se va perfilando la institución. Ya en 1869 se trasladan con su tía Eulalia y otras jóvenes a la casa de San Miguel, 8, donde tienen vida común, distribución de tiempo, pobreza grande. Doña Eulalia, ya viuda, vende sus trajes y joyas para sostener la casa y remienda unas botas de paño negro, porque con lo que ahorra puede dar de comer a una chica lo menos diez días.

Y Vicenta, «la abogadilla», arregla la herencia de sus tíos y de sus padres en Cascante, donde le sorprende la guerra civil de 1873 y la incomunica.

Vuelta a Madrid, bajo la dirección del padre Hidalgo, SI, lee las Constituciones de la Compañía y otras más recientes y prepara las suyas. El padre escribe:

> «Se presentaba con el espíritu recogido en Dios; suplicaba las luces del Espíritu Santo y de la Virgen con el Ave María. Regla hubo que le costó dos meses de oración, comuniones, penitencias y otras santas industrias».

Y así quedaron de manera que «no hubo que darles entonces, ni al revisarlas la Santa Sede, la más ligera plumada».

El 11 de julio de 1876, en el altar que preside una bellísima Inmaculada Concepción, da el hábito a las tres primeras religiosas el obispo auxiliar de Toledo, que pronto será el cardenal Sancha.

Enturbiaban la alegría penas actuales y visión profética de las venideras. El padre seguía hostil en Cascante y la madre continuaba su resistencia pasiva. Cuando supo el padre que le habían cambiado el nombre, al tomar el hábito, por el de María de la Concepción, escribió: «Yo no reconoceré a otra hija que a Vicenta María. Sabes las consecuencias jurídicas de ese cambio».

El prelado volvió a renovarle su nombre bautismal, con el que seguirá hasta los altares.

Crece el Instituto; se inaugura nuevo noviciado, tan acogedor y espiritual que «allí no hay más remedio que hacerse santa».

Un ruidito, tic-tac, tic-tac, escuchan medrosas las novicias. ¿Un ladrón? ¿Las brujas?... Son las disciplinas que se da la madre fundadora.

Treinta años tiene la madre, y el canónigo Cascajares, futuro cardenal, las llama a Zaragoza. Es la segunda casa de la fundación a los pies de la Virgen del Pilar; la noche entera en el tren, convertido el vagón en oratorio de noviciado; la mañana en la Santa Capilla; inauguración solemne la víspera de la Inmaculada: terminan las alegrías inaugurales, comienza la desbandada, se va de obispo de Calahorra el canónigo Cascajares, se disuelve la Junta de señoras, los recursos menguan, y en el crudo invierno, buscando aportaciones, tiene que ir «subiendo y bajando escaleras desde las once de la mañana hasta las cuatro de la tarde». Mas la Virgen les envía al padre Pujol, SI, que va a ser la providencia y aliento de la casa.

No menos apuros y consolaciones en la fundación inmediata de Jerez, y en la inauguración de la bella capilla del noviciado, y en las nuevas entradas de religiosas; y los primeros votos en el domingo de la Trinidad de 1878 con el nombre de Congregación del Servicio Doméstico.

Y tantas emociones, preocupaciones y trabajos agotan las fuerzas de la madre, que tiene la amenazadora hemoptisis, augurio entristecedor para toda la comunidad de la corta existencia de su fundadora.

Reacciona un poco la salud y se multiplican las fundaciones. Valladolid, Sevilla, Barcelona, con el apoyo de aquella santa mujer doña Dolores Chopitea; y la de Fuencarral, espléndida casa generalicia de la Congregación.

Y entretanto la pérdida del «millón de reales» que se le llevó al administrador una jugada de Bolsa y puso a la madre Vicenta en trance de sostenerse sólo con la divina Providencia.

Con gozo recibe de Roma el *Decretum laudis* de la Congregación, que las llama definitivamente Hijas de María Inmaculada para el Servicio Doméstico. La fundadora exponía su primordial objetivo:

> «¿Y quién puede tener más peligros que una pobre sirvienta? Se halla en la edad de las ilusiones, cuando fácilmente se creen las palabras, porque no se ha sufrido aún ningún desengaño. Virgen a merced de sus caprichos en hogar desconocido; sin calor de inte-

> rés y menos cariño, y sin la mirada de una madre que las sostenga, que las defienda y que las consuele».

¡Para cuántas jóvenes han sido padre, y madre, y misioneras estas religiosas!

Su específico ministerio de las sirvientas se extendía a escuelas dominicales y nocturnas, catequesis de niñas, residencias de señoritas empleadas y oficinistas, que es el servicio más frecuente en nuestros días; escuelas de hogar, misiones.

Y la Congregación, mientras tanto, se esparcía multiplicada por todo el mundo.

Un día el padre espiritual interrumpe su plática y dice a la madre:

—Salga inmediatamente, obedezca y vaya a cuidar a su padre moribundo.

Y añade:

—He querido que saliera para poderles hablar libremente de sus virtudes y enseñarles cómo deben seguir lo heroico de su candor, humildad, abnegación, celo y pureza.

Va a cumplir los cuarenta y tres años y sabe por revelación que es ya ése el límite de su vida. Solemnísimo es su viático; escribe a María Asunta:

> «Si me viera con su hermosa colcha amarilla de oro y lujos recibir enamorada el santo viático y casi con perfecta salud».

Pero en realidad está gravísima. El padre le indica:

—Prepárese para recibir la santa unción con la mayor limpieza de alma y con la fortaleza necesaria para permanecer en el amor del Sagrado Corazón hasta la muerte.

—Amén, amén —responde la madre.

El 26 de diciembre de 1890, a sus cuarenta y tres años, santamente expiraba, diciendo: «¡Jesús mío, misericordia! Jesús, María y José, estad conmigo los tres».

El cardenal Sancha sale del aposento y, entre lágrimas, dice: «No sabe el Instituto lo que pierde; cabe en su cabeza un mundo para santificarlo y otro para gobernarlo».

Su Santidad Pío XII, en el Año Santo de 1950, la beatificó; y fue canonizada por el papa Pablo VI el 25 de mayo de 1975.

JOSÉ ARTERO

Bibliografía

ARTERO, J., *Vida* (Madrid 1943).
CHEIX, I., *Apuntes bibliográficos* (Madrid 1898).
PONS, P., SI, *Biografía* (Barcelona [2]1918).
SARDÁ Y SALVANY, F., *Notas biográficas* (Barcelona 1912).
• Actualización:
FERNÁNDEZ MARCO, J. I., *Vicenta M.ª, aquella señorita, la fundadora, nuestra santa* (Bilbao 1997).
NOTARIO, C., *Huellas de amor. Vicenta M.ª López y Vicuña, una vida de entrega que nos deja* (Madrid 1989).
VICENTA MARÍA LÓPEZ Y VICUÑA (STA.), *Cartas* (Madrid 1976).

BEATO SEGUNDO POLLO

Presbítero († 1941)

Fue el generoso capellán castrense que dio su vida por estar cerca de sus jóvenes alpinos, enviados a una batalla desigual. Los alpinos fueron un célebre regimiento italiano digno de mejor suerte que la cruenta guerra mundial que ensangrentó Europa a mediados del siglo XX. Este sacerdote, piadoso y generoso, dio la vida por socorrer a los jóvenes heridos en campaña. Era capellán militar por obediencia a su prelado. Amaba la paz, y también supo entender el honor de mantenerse en primera línea para cumplir su deber sacerdotal de alentar a los heridos en los duros momentos del combate.

Había nacido el 2 de enero de 1908 en Caresanablot, pequeña población de unos cientos de habitantes a cinco kilómetros de Vercelli. Su familia era sencilla y piadosa como todas las de pequeños labradores de la región. La proximidad a Vercelli movió siempre a sus habitantes a desplazarse a la capital cercana para sus compras y sus necesidades. Ese fue el motivo de que el pequeño Segundo asistiera también al colegio de los Hermanos de las Escuelas Cristianas de Vercelli en cuanto tuvo edad para recorrer la distancia que le separaba y que ordinariamente la superaba en compañía de otros compañeros del poblado.

En su primera infancia se mostró sencillo, obediente y lo suficientemente inteligente para que sus padres pusieran en él muchas esperanzas. Como en el caso de tantos niños que recibieron una excelente educación cristiana, fue en las aulas de su

escuela campesina donde surgió la vocación sacerdotal, alentada por su entorno propicio en el que se movía.

A los 11 años entró en el seminario menor de Vercelli siguiendo, al mismo tiempo, los cursos en el liceo de la ciudad. Su seriedad y la bondad de su carácter fueron proverbiales entre sus compañeros. Entre los ejercicios de piedad del seminario y los estudios del liceo, transcurrió su primera adolescencia y al llegar el momento de pasar al seminario mayor sus padres hicieron el sacrificio de colaborar con sus modestos recursos para que se formara como buen sacerdote en la Ciudad Eterna.

Se trasladó, pues, al seminario lombardo de Roma. En este hermoso y sereno centro de estudios cursó cuatro años de Teología y de Filosofía. Allí recibió las órdenes menores y el diaconado; y culminó los estudios filosóficos obteniendo su título de Licenciado en Filosofía por la Pontificia Academia de Santo Tomás. Luego se orientó a completar los estudios de Teología, los cuales también terminó con excelentes resultados en la Universidad Gregoriana.

El 15 de agosto de 1931 fue ordenado sacerdote en Sostengo, en Vercelli. Fue un día grande pues era una de sus ilusiones juveniles. «Hacerme santo». Era el lema que, según se conserva en sus escritos personales, se propuso con motivo de los ejercicios espirituales que precedieron a su ordenación. Esas palabras escritas con sinceridad de recién ordenado le quedarían en la mente durante su corta vida sacerdotal y le servirían de aliciente para afrontar los trabajos generosos que siempre estuvo dispuesto a realizar con celo singular. Escribió entonces que estaba dispuesto a dar la vida por las almas que Dios le iba a confiar. No sospechaba que muy pronto le llegaría la ocasión de probar que sus buenos propósitos no eran meras palabras.

Con todo, después se vería que se cumplieron de la forma más sencilla, con sólo aceptar la voluntad divina de cada día. Don Segundo, como le llamaron siempre los seminaristas y los feligreses de sus diversas parroquias, tenía una formación privilegiada. Por eso puso en los textos evangélicos los fundamentos de sus acciones de caridad y de servicio. El «Hacerme santo» de su ordenación iba a ser más que una palabra de trámite, una afirmación ingenua de un momento de fervor. Iba a ser un programa de vida y un compromiso de sacerdote.

Celebró las primeras Eucaristías en su localidad natal y fue la mayor alegría para sus padres, hermanos y familiares. Luego se entregó a los diversos oficios pastorales y docentes que se le fueron pidiendo en la diócesis, sobre todo teniendo en cuenta que su formación había sido excelente en la ciudad de Roma. Se consagró a una tarea docente hermosa en el seminario de Moncrivello, al mismo tiempo que llevaba la animación de su parroquia primero en Cigliano y luego en otras pequeñas localidades cercanas al Seminario, como fueron Ronchi, Petiva, Borg D'le, Saluggia, Livorno y Ferraris. El trasiego de servicios se debió a su trabajo fundamental en el seminario y a la actitud de disponibilidad que siempre tenía cuando se le pedían colaboraciones y esfuerzos en favor de los campesinos y gentes sencillas.

Como pastor de almas, amó intensamente a sus feligreses, ya fueran ricos o pobres, niños o adultos. La bondad fue su estilo de trabajo y la piedad brilló como mejor ejemplo de vida para los que con él vivieron. Y la respuesta natural de sus feligreses fue la admiración y la gratitud de los corazones sanos. El aprecio general en que siempre le tuvieron aquellos a quienes ofrecía su consejo amigo y su plegaria sincera fue su mejor aliciente.

El centro de su labor en esos primeros años de su apostolado sacerdotal, con los brillantes títulos traídos de Roma, fue la docencia. Sus clases de Filosofía y de Teología eran serias, profundas y cautivadoras para los seminaristas. En esta actividad se mantuvo seis años. Fue profesor cercano y claro, de fino tacto pedagógico y de fuerte personalidad. Mereció la afectuosa acogida y el respeto amistoso por parte de los seminaristas. A los dos años de sus estancia como profesor en el Seminario Menor, con la experiencia ya adquirida, fue designado también director espiritual de los jóvenes, primero en el seminario menor y luego en el mayor, a donde pasó acompañando a muchos de los discípulos que había tenido desde pequeños.

El prestigio del histórico seminario de Vercelli, con más de tres siglos de existencia y heredero de una gloriosa trayectoria en el contexto de la diócesis, más que dar a sus profesores reputación y honor les comprometía a mantener muy elevado el nivel docente y sobre todo la riqueza espiritual. Al cultivo de estos valores aportó D. Segundo grandes dosis de alegría juvenil

y hermosos trabajos de distintas materias teológicas. De este seminario salieron muchos sacerdotes para atender la vida cristiana de la más extensa de las diócesis del Piamonte.

Al mismo tiempo que en el seminario mayor se ocupaba de estos menesteres docentes, recibió también el encargo de animar como consiliario diocesano a los jóvenes de Acción Católica de la ciudad y de la provincia. Multiplicó las iniciativas y los encuentros con la numerosa juventud a la que llegaba su cordial palabra. Dedicó su tiempo y su saber hacer con los diversos grupos que se formaban en las parroquias y se coordinaban desde la Sede central diocesana. Educador por naturaleza, se granjeaba el corazón de los muchachos y dirigidos en los diversos encuentros que tenía con ellos. El secreto atractivo estaba en su bondad y en su disponibilidad. La seriedad de su vida y la ejemplaridad de su comportamiento eran regalos que cautivaban a quienes lo trataban.

Por otra parte, su competencia intelectual le suscitaba intensa admiración por parte de sus discípulos y de los jóvenes estudiantes, que agradecían su claridad en las exposiciones y envidiaban la capacidad de análisis que en las clases y en las homilías manifestaba. Era educador de fina intuición. También era catequista con fuerza persuasiva. Y para todos resultaba amigo entrañable a quien se podía acudir en todo momento.

El trato con tantos jóvenes y en tan diversas circunstancias le hizo en pocos años un sacerdote experto en los asuntos sociales y educativos. Su habilidad se manifestaba cada vez más profundamente y le hacía muy capaz para el cultivo de esta parte delicada de la Iglesia. Tal vez fue el motivo por el se le designó como capellán militar en un momento especialmente delicado, en el que los poderes políticos orientaban al país hacia una dictadura fascista y se multiplicaban los actos de represión para quienes no pensaban como los cuadros politizados del ejército. Se fanatizaba a los jóvenes obligados a alistarse en los cuarteles en vísperas de una contienda mundial que iba a llenar Europa e Italia de sangre inocente e inútilmente derramada.

Como capellán militar comenzó a ejercer en septiembre de 1936. Y su incorporación plena al ejército se dio al comienzo de la guerra en 1939, si bien Italia no entró en la contienda a favor

de Alemania hasta el 10 de junio de 1940. Entonces D. Segundo fue reclamado para ocupar su puesto por la autoridad militar, dadas las orientaciones políticas de la dictadura fascista en el poder y los diversos frentes en que las tropas italianas hubieron de organizarse, por lo general con adversa fortuna. Se solicitó una mayor colaboración de las diócesis en el nombramiento de capellanes militares, que eran elementos moralizadores y frecuentemente figuras animadoras en una acción bélica que tantos, por ciegos que fueran, veían de antemano perdida.

Al iniciarse la campaña de los Balcanes por las armas italianas, don Segundo fue designado capellán de los regimientos alpinos, en los cuales había sido ya designado con la categoría jerárquica de teniente. Sin entrar en opciones políticas y por simple obediencia a su prelado, siempre con los ojos en el Evangelio, siguió el destino y la suerte de sus muchachos enviados a la lucha. Su corazón sacerdotal, más que su graduación militar, fue lo que ganó el corazón de los componentes del batallón 31 de Val Chisone de los Alpinos, en donde sirvió con verdadera abnegación.

El general Emilio Faldella, que lo tuvo bajo sus órdenes cuando era coronel en su compañía, dejaría luego un hermoso resumen de su apostolado castrense:

> «Cumplía con su misión con plena satisfacción, con amor y entrega singular, a pesar de ejercer una tarea tan distinta de sus clases en el Seminario de Vercelli. Sus dotes magníficas se manifestaban en sus actitudes de sencillez y de servicio. Cuando hablaba a los soldados, exponía las verdades más sublimes de manera tan sencilla que todo el mundo las entendía y por eso era agradable escucharle.
>
> Siempre se apoyaba en el Evangelio para sacar enseñanzas. Se le admiraba por su cercanía, por su espíritu de servicio, por la serenidad que siempre mostraba, por su sentido del sacrificio, por su disciplina.
>
> Tuve muchas conversaciones con él y siempre terminaba edificado de su bondad y de su competencia. Se encontraba orgulloso de estar entre los Alpinos. Tenía una personalidad que suscitaba admiración».

En una de las acciones de guerra, aunque estaba con una fuerte disminución de vista en el ojo izquierdo que le podía haber evitado el ir a la primera línea de combate, la llamada de Dios le esperaba. No quiso dejar a sus jóvenes Alpinos sin asis-

tencia espiritual y partió con ellos hacia el frente, en la zona balcánica de Montenegro. Consciente del peligro material que se corría, pero firmemente decidido a auxiliar espiritualmente a los heridos, dejó tras de sí arregladas todas sus cosas por lo que pudiera acontecer.

Fue en diciembre de 1941. Su batallón se hallaba en misión arriesgada en Montenegro y en Cervice. El día 26 de diciembre se desencadenó un sangriento ataque en la cota 964 en la llanura de Dragali, en Montenegro. Los muertos fueron muchos y don Segundo se mantuvo en primera fila socorriendo a los heridos y alentando con sus palabras de perdón a los moribundos en la medida en que le era posible en medio de la sangrienta refriega. Al intentar recoger a un joven alpino herido, un proyectil le destrozó la vena femoral izquierda, por lo que en pocos minutos se desangró y cayó exánime. En su mano tenía el rosario y la pequeña caja en que guardaba los santos óleos para administrar a los moribundos.

Testimonios cercanos al momento del ataque recordaron luego cómo fueron sus últimos momentos y sus últimas palabras.

> «Vi a don Pollo que estaba apoyado en una roca, bajo un arbusto. Estaba palidísimo. Me acerqué y le pregunte:
>
> —"Don Pollo, ¿está bien?"
>
> —Me respondió: "Cuida de los otros heridos. Están peor que yo".
>
> Como otros soldados del grupo, tomamos un poco de la pasta que llevábamos para coger fuerza en aquellos momentos. Otros alpinos se acercaron y le dijeron:
>
> —"¡Don Pollo, Don Pollo!"
>
> Él volvió sus ojos al cielo. Trazó con la mano un signo de cruz y dijo aun:
>
> —"Bendigo a mi batallón de Val Chisone".
>
> El más cercano le oyó todavía susurrar:
>
> —"Me voy con Dios, que es tan bueno".
>
> Inclinó la cabeza y expiró. Era el 26 de diciembre de 1941. Como el santo que ese día celebraba la Iglesia, él pensó: "Señor Jesús, acoge mi espíritu"».

Sus últimas palabras oídas por los muchachos que le intentaron socorrer fueron de paz y de amor. Tenía 33 años. Después de la batalla se recogieron los cadáveres. También el de don Segundo. Fue enterrado en el cementerio de Scagliari, cerca de Cataro. En 1961 su cuerpo fue trasladado al cementerio de

Caresanablot y luego, en 1968, a la catedral de Vercelli, donde hoy se celebra su fiesta en el aniversario de su muerte.

La devoción a su persona y a su recuerdo generoso, así como el eco de su virtuosa y sacrificada tarea sacerdotal, alimentó el deseo de verle reconocido como modelo en la Iglesia. Las plegarias que se le dirigían se fueron asociando pronto a los favores que su intercesión otorgaba. Todo ello alimentó los recuerdos de cuantos le habían conocido y su fama de santidad movió a la diócesis a iniciar los procesos de beatificación en 1968. Se siguieron elevando a Dios súplicas por intercesión y algunos hechos milagrosos proclamaron que Dios estaba con aquel héroe de la caridad. Su devoción se extendió por el Piamonte sobre todo entre el clero y entre los miembros de las fuerzas armadas.

El proceso de beatificación se desarrolló con paz y serenidad, en la Ciudad Eterna. Fue declarado venerable el 18 de diciembre de 1997 y beatificado el 23 de mayo de 1998 por el papa Juan Pablo II en la misma tierra piamontesa, como motivo de una de sus visitas pastorales. Con él beatificó a otros tres modelos de vida cristiana: Teresa Bracco, Teresa Grillo y Giovanni María Boccardo.

En la homilía pronunciada en Turín, capital del Piamonte, ex capital de Italia y principal centro industrial del país, decía el Santo Padre con unción y persuasión, hablando del sacerdote que dio la vida por auxiliar a un joven alpino:

> «El Beato Segundo Pollo dejó a todos los capellanes militares un ejemplo del ejercicio de tarea apostólica: les mostró la entrega hasta la muerte y el modelo del amor que consiste en mirar a los demás con riesgo de uno mismo. Es el mejor camino del cielo, pues es el mismo que Cristo mostró con su vida y con su muerte. Dos fueron los secretos del ascendiente del Beato Segundo Pollo: el apoyarse constantemente en Dios y el amor a la plegaria. A ello él añadió la tierna devoción a María la Madre de todos los jóvenes. En esas fuentes aprendió al amor a los hermanos».

PEDRO CHICO GONZÁLEZ, FSC

Bibliografía

Il primo beato alpino (Vercelli 1998).
«Il Beato Segondo Pollo»: *L'Osservatores Romano* (22-12-1998).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN ZENÓN DE MAYUMA

Obispo († 399)

Nace a comienzos del siglo IV y en su juventud opta por la vida monástica. Durante la persecución de Juliano el Apóstata († 363) permaneció escondido y fue elegido obispo de Mayuma, en las cercanías de Gaza, en Palestina. Ya de obispo, acudía cada día a la iglesia para el rezo del oficio divino y se ganaba su sustento con sus propias manos siendo fiel en todo esto a sus costumbres monásticas. Lo que ganaba además lo dividía con los pobres y necesitados. Tras la persecución de Juliano erigió en las afueras de Gaza una iglesia en honor de tres parientes suyos, Eusebio, Nestabo y Zenón, mártires en aquella persecución. No se conoce con certeza la fecha de su muerte pero era más o menos centenario.

SAN ZÓSIMO

Papa († 418)

Era griego de nacimiento y seguramente de raza judía. Lo encontramos adscrito al clero romano como presbítero en el pontificado de San Inocencio I, a cuya muerte es elegido para sucederle en la sede romana, era el 18 de marzo de 417. Contra los derechos históricos de las sedes de Narbona y Marsella, a los pocos días de elegido, se avino a reconocer a la sede de Arlés como metropolitana de toda la Galia, lo que creó un enorme malestar que no se disipó hasta que el sucesor de Zósimo devolvió las cosas a su antiguo estado. Igualmente vio Zósimo agitado su pontificado con la cuestión pelagiana. Había sido Pelagio condenado por San Inocencio I poco antes de su muerte. Y, creyendo que aún vivía Inocencio, le envió su profesión de fe, mientras que el otro líder de la herejía, Celestio, prefirió venir a Roma personalmente y presentar al nuevo papa su apelación de la sentencia. Zósimo convocó una reunión del clero, en la que se leyó la autodefensa de Celestio y se interrogó a éste, que dijo tener la misma fe que la Iglesia de Roma. Zósimo

escribió a África pidiendo se revisase la sentencia pronunciada en 411 contra Celestio y dando un tiempo para que todo el que quisiera alegara lo que creyera conveniente. Los obispos africanos hicieron ver la realidad de la herejía de Pelagio y Celestio, y tuvieron un concurrido concilio (1 de mayo de 418) en el que volvieron a anatematizar la herejía pelagiana. Por otra parte el emperador Honorio entraba también en el tema. Por fin Zósimo condenaba el pelagianismo en su *Epistula Tractoria,* recibida generalmente bien en Oriente y Occidente, salvo la resistencia hallada en Italia por el grupo de obispos que seguían a Julián de Eclana. Zósimo tuvo también problemas con el episcopado africano cuando aceptó apelaciones que le llegaban desde África, lo que era contrario al parecer de los obispos africanos. Zósimo murió el 26 de diciembre de 418 y su nombre aparece por primera vez como santo en el *Martirologio de Adón.*

SAN EUTIMIO

Obispo y mártir († 824)

Nace hacia el año 750 en Ouzara, Licaonia. Tras haber estudiado en Alejandría, volvió a su tierra e ingresó en un monasterio, recibiendo años más tarde la ordenación sacerdotal. En 787 fue elegido y consagrado obispo de Sardes y ese mismo año asiste al II Concilio de Nicea, donde es condenada la herejía iconoclasta. Bien visto por la emperatriz Irene y el emperador Constantino VI, recibió de ellos diversos encargos. Pero en 805 tuvo problemas con el emperador Nicéforo, pues accedió a dar el velo de las vírgenes a una joven que un funcionario del monarca quería por esposa, y esto le valió ser desterrado. Vuelto unos cuantos años más tarde, de nuevo es desterrado cuando se opone a la campaña iconoclasta de León el Armenio; en el destierro estuvo hasta 821, en que pudo volver. Pero por poco tiempo, pues al año siguiente era nuevamente arrestado y exiliado a Akritas, donde fue asesinado el 26 de diciembre de 824.

BEATAS INÉS PHILA, LUCÍA KHAMBANG, ÁGUEDA PHUTA, CECILIA BUTSI, BIBIANA HAMPAI, MARÍA PHON

Mártires († 1940)

Véase su historia narrada el 16 de diciembre en la biografía extensa del también mártir, Beato Felipe Siphons Onphitak.

27 de diciembre

A) MARTIROLOGIO

1. Fiesta de San Juan, apóstol y evangelista **.
2. La conmemoración de Santa Fabiola († 400), viuda romana *.
3. En Apamea de Bitinia, San Teodoro Grapto († 842), presbítero, monje de la Laura de San Sabas, mártir en defensa de las sagradas imágenes *.
4. En Santander (Cantabria), Beato Alfredo Parte Sáiz († 1936), presbítero, de la Orden de las Escuelas Pías, mártir *.
5. En un barco frente a Santander (Cantabria), Beato José María Corbín Ferrer († 1936), mártir **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN JUAN EVANGELISTA

Apóstol († s. I)

Veinte años tendría escasamente cuando Jesús le llamó. Fue, sin duda, el más joven de los discípulos y menor que el Maestro en una buena docena de años,

Ribereño del lago de Tiberíades, ni su género de vida como pescador, ni aquella fogosidad juvenil que le mereció el título de Boanerges (= «hijo del trueno»), compartido con su hermano Santiago el Mayor; ni su actividad apostólica en los tiempos heroicos de la primitiva Iglesia palestinense; ni su longevidad casi centenaria, la cual supone una constitución somática vigorosa; ni la intrepidez con que defendió, frente a herejes gnósticos —llamándoles «anticristos»—, la verdadera fe en Jesús

Dios-hombre; ni la densidad sublime de su teología y de su mística, basadas, sin embargo, en la realidad histórica: nada de esto autoriza esa figura de jovencito blandengue —casi femenil, si no enfermizo—, tantas veces representada por un arte iconográfico que parece ignorar los datos bíblicos. Si Juan fue «el discípulo a quien amaba Jesús» y el más joven de los apóstoles, fue también el pescador robusto y vigoroso, el mozo equilibrado y sereno que respetuosamente sabe quedarse en segundo lugar cuando acompaña a Pedro; el hombre varonil a quien Jesús confía de por vida su propia Madre como herencia; el teólogo que, sin perder el contacto con la tierra, sabe elevarse a tales cumbres teológicas como ningún otro escritor neotestamentario, ni siquiera San Pablo. Todo ello supone una personalidad riquísima en cualidades humanas y una entrega interna y externa, total y decisiva, al amor y al servicio del Maestro.

Dos etapas conócense de su vida, separadas por un largo silencio de casi medio siglo. Los detalles de la primera quedaron consignados en los libros sagrados del Nuevo Testamento; los de la segunda, en la más estricta y depurada tradición contemporánea. Entre ambas, la carencia de datos durante ese prolongado silencio.

Respecto de la primera etapa sabemos que Juan era de Betsaida, a orillas del lago, patria también de Pedro. Sus padres fueron Zebedeo y Salomé (¿hermana de San José?). Los hijos de este matrimonio, Santiago y Juan, fueron pescadores, como su padre, pero no de condición precaria, puesto que tenían a su servicio jornaleros, poseían barca propia, pescaban al copo con amplia red barredera, y su madre era una de aquellas piadosas mujeres que con sus bienes sufragaban las necesidades materiales del Maestro.

Juan, su hermano Santiago y su amigo Pedro formaban el grupo predilecto de Jesús. Los tres fueron testigos directos de la resurrección de la hija de Jairo, de la transfiguración de Jesús en el Tabor, de su agonía en Getsemaní.

Jesús tuvo tal predilección por Juan que éste se señalaba a sí mismo como «el discípulo a quien amaba Jesús». En la noche de la cena reclinó su cabeza sobre el costado del Maestro y fue el único discípulo que estuvo al pie de la cruz, a quien Jesús agonizante dejó encomendada su divina Madre.

Su amistad con Pedro fue de siempre. Paisano suyo y compañero de pesca, ellos dos fueron los encargados por Jesús de preparar la ultima cena pascual. También fue Juan, seguramente, el que introdujo a Pedro en la casa del sumo sacerdote durante la noche de la pasión. Y en la mañana de la resurrección ambos comprueban juntos que el sepulcro está vacío. Juntos aparecen también en la curación del paralítico por Pedro, en la detención y en el juicio sufrido ante el Sanedrín, y en Samaria, adonde van en nombre de los Doce, para invocar allí, sobre los ya creyentes, al Espíritu Santo. Y cuando San Pablo, allá por el año 49, vuelve a Jerusalén al final de su primera expedición misionera, encuentra allí a Pedro y a Juan, a quienes califica de «columnas» de la Iglesia.

La segunda etapa de su vida coincide con el último decenio del primer siglo de nuestra era poco más o menos. Juan es ahora el oráculo de los cristianos de la provincia romana de Asia, es decir, del litoral egeo y parte de tierra adentro de la actual Turquía. El centro de su actividad apostólica es siempre Éfeso.

Él mismo nos dice en el Apocalipsis que estuvo desterrado en Patmos por haber dado testimonio de Jesús. Esto debió de acontecer durante la persecución de Domiciano (años 81-96 d.C.). Su sucesor, el benigno y ya casi anciano Nerva (96-98), concedió una amnistía general, en virtud de la cual pudo Juan volver a Éfeso. Allí nos lo sitúa la tradición cristiana de primerísima hora, cuya solvencia histórica es irrecusable. El Apocalipsis y las tres cartas de Juan atestiguan igualmente que su autor vive en Asia y que goza allí de extraordinaria autoridad. Y no es para menos. En ninguna otra parte del mundo civilizado, ni siquiera en Roma, quedaban ya apóstoles supervivientes. Y sería de ver la veneración que sentirían los cristianos de fines del primer siglo por aquel anciano que había oído hablar al Señor Jesús, y le había visto con sus propios ojos, y le había tocado con sus manos, y le había contemplado en su vida terrena y ya resucitado, y había presenciado su ascensión a los cielos. Por eso el valor de sus enseñanzas y el peso de sus afirmaciones por fuerza había de ser excepcional y único. Y en este anciano, que al parecer jamás iba a morir —eso anhelaban y, en parte, creían los buenos hijos espirituales del apóstol viendo su longevi-

dad—, encontraban aquellas comunidades cristianas un manantial inagotable de vida en Cristo. De él dependen, en su doctrina, en su espiritualidad y en la suave unción cristocéntrica de sus escritos, los Santos Padres de aquella primera generación postapostólica que le trataron personalmente o se formaron en la fe cristiana con los que habían vivido con él, como San Papías de Hierápolis, San Policarpo de Esmirna, San Ignacio de Antioquía y San Ireneo de Lyón. Y son éstos precisamente las fuentes de donde dimanan las mejores noticias que la tradición nos transmitió acerca de esta última etapa de la vida del apóstol.

Mas la situación no era nada halagüeña para la Iglesia. A las persecuciones más o menos individuales de Nerón siguióse, bajo Domiciano, una persecución en toda regla. El inmenso poder del divinizado cesar romano se propone aniquilar la inerme Esposa de Cristo. La Bestia contra el Cordero. Y, para colmo, el cúmulo de herejías que entraña el movimiento religioso gnóstico, nacido y propagado fuera y dentro de la Iglesia, intenta corroer la esencia misma del cristianismo. Triste situación la de este nonagenario sobre cuyos hombros pesa ahora, por ser el único superviviente de los que convivieron con el Maestro, el sostenimiento de la fe cristiana. Pero Dios le concedió, providencialmente, tan largos años de vida para que fuera el pilar básico de su Iglesia en aquella hora terrible.

Y lo fue. Para aquella hora y para las generaciones futuras también. Con su predicación y sus escritos quedaba asegurado el porvenir glorioso de la Iglesia, entrevisto por él en sus visiones de Patmos y cantado luego en el Apocalipsis.

Cumplida su obra, el santo evangelista murió ya casi centenario, sin que sepamos la fecha exacta. Fue al final del primer siglo o muy a principios del segundo, en tiempos de Trajano (98-117).

Entre estas dos etapas de la actividad apostólica de San Juan existe la gran laguna de un silencio prolongado. Desde el año 49, cuando San Pablo le encuentra todavía en Jerusalén, siendo allí «columna» de la Iglesia palestinense, hasta cerca del año 90, cuando fue desterrado a Patmos, nada se sabe de él. ¿Dónde estuvo? ¿Qué Iglesias evangelizó?

Desde luego, la tradición considera su venida a Éfeso después de Patmos como una vuelta, como un regreso. Allí, pues,

había trabajado anteriormente. Mas ¿cuándo llegó por primera vez?

Quizá los hechos hayan de explicarse así: entre el año 66 y el 68 sucedieron muchas cosas que pudieron motivar la marcha de San Juan a Éfeso. Por de pronto, la Santísima Virgen, encomendada a los cuidados filiales de Juan, había volado ya en cuerpo y alma a los cielos. Por otra parte, comenzaba en el 66 la espantosa guerra judía que terminaría con la destrucción de Jerusalén por el ejército romano, y, en conformidad con el aviso previo de Jesús, los cristianos de la Ciudad Santa se dispersaron de antemano y se situaron en otras regiones. Ya no era, pues, necesaria la presencia de Juan en Palestina. Además, hacia el año 67, Pablo, el gran evangelizador del mundo greco-romano, que había permanecido en Efeso más tiempo que en ninguna otra ciudad del Imperio, había sido decapitado en Roma. ¿Cómo dejar abandonada a sí misma la región de Asia, que por su situación, su cultura helenistica y por el estado florecientísimo de sus comunidades, amenazadas de las nuevas corrientes heréticas, podía considerarse como el centro vital de irradiación cristiana? Las circunstancias de Éfeso reclamaban la presencia de un apóstol que, como Juan, continuara en Asia la siembra de Pablo y fecundara su desarrollo doctrinal. Para tal obra nadie más a propósito —y quizá ya el único disponible— como aquel animoso Boanerges, el cual, por otra parte, había calado tan hondamente en la comprensión del «misterio» de Jesús,

Estos hechos motivaron seguramente el traslado de Juan a Éfeso para ejercer allí su actividad misionera, plasmada luego en sus escritos.

Pero el Juan misionero queda como empequeñecido por el Juan escritor. Si con su palabra hablada fue el oráculo del Asia durante muchos años, con sus escritos es y seguirá siendo, a través de los siglos, el «teólogo» y el «místico» por excelencia, el «águila» de los evangelistas, la antorcha que ilumina con claridades celestiales el futuro terrestre y eterno de la Iglesia.

Tres son la obras salidas de su pluma incluidas en el canon del Nuevo Testamento: el cuarto evangelio, el Apocalipsis y las tres cartas que llevan su nombre.

A pesar de la aparente serenidad y del buscado anonimato, en parte, de estas obras, la recia personalidad de su autor, domi-

nada por una hondísima penetración del «misterio» de Jesús, se acusa fuertemente en ellas por la concepción y trama de las mismas, por la profundidad de sus ideas, que el lector nunca logra agotar, y por lo peculiar de su estilo, pobre de gramática y de recursos literarios, pero de un dramatismo inigualado.

Los escritos de San Juan son ya el final de los libros sagrados, el último estadio del *fieri* de la Iglesia naciente, la madurez definitiva de la revelación. Con media docena escasa de ideas, pero cargadas de una densidad teológica inagotable, Juan desarrolla el tema central y aun único de sus escritos: enseñarnos quién es y qué es Jesús: Dios-hombre, luz, vida, verdad y amor.

Si a San Juan se le llama el evangelista del amor, por las mismas razones debería llamársele el evangelista de la vida, del Cristo-vida, cuya «gloria» junto al Padre, reverberada sobre la vida terrestre del Maestro, nos describe como ningún otro escritor sagrado.

Igualmente es característica de San Juan la teología de nuestra palingenesia o renacer del Espíritu Santo y la de nuestra inmanencia en Cristo mediante la fe y la Eucaristía. Y es curioso anotar que San Juan no repara en la esperanza. Nunca utiliza este término en el evangelio o en el Apocalipsis y sólo una vez en sus epístolas. Parece como si no pensara en el más allá. Pero es que, según su ideología, para el que «permanece en Cristo» no hay fronteras entre este mundo y el venidero. Todo es ya presente para el que ama a Cristo. La vida eterna la posee ya en toda su esencia el que tiene fe en Cristo y «permanece en él» por la observancia de los mandamientos.

Los escritos de San Juan son, pues, esencialmente cristocéntricos. Su finalidad es revelarnos las riquezas que se encierran en la persona de Jesús. Su tema central es Jesús, quien, por ser tan realmente hombre y tan realmente Dios, es el revelador del Padre, y es por eso la luz del mundo, y la vida de los hombres, y la clave del universo, que en él encuentra la razón de su existencia y de su destino.

Juan es, por último, el evangelista de la universal misión maternal de María. Aun prescindiendo de la parte que él pudo tener en transmitir las noticias recogidas en San Lucas sobre la infancia de Jesús, el evangelista San Juan, que tanto simbolismo

sabe descubrir en los principales milagros de Jesús, coloca a la Santísima Virgen en el milagro de Caná y al pie de la cruz —principio y fin de la vida pública de Jesús—, como para indicar la presencia permanente de María en la obra de su Hijo y su solícita colaboración maternal con él.

Si quisiéramos resumir en pocas palabras a qué se deben estas características de los escritos de San Juan, diríamos: primero, al amor sincero de su corazón varonil por el Maestro durante su vida terrena; segundo, a la intimidad de su diario vivir con la Santísima Virgen desde que Jesús se la encomendara al pie de la cruz hasta que Ella subió a los cielos; tercero, a un continuo repensar los hechos de que fue testigo directo durante la vida de Cristo y valorar su significación sobrenatural, y cuarto, a su constante «permanecer en Cristo» a lo largo de tantos años de unión íntima con él por la fe y por el recuerdo con lo que consiguió esa penetración sabrosísima del «misterio» de Jesús reflejada en sus obras.

Hay anécdotas simpáticas, aunque históricamente no del todo seguras, que confirman la amabilidad de este santo anciano, junto con su natural viveza de carácter y el amor en Cristo que a todos profesaba.

Cuentan de él que, como descanso para su espíritu, le gustaba entretenerse en acariciar a una tortolilla domesticada que tenía. Buen precedente para San Francisco de Asís... En cierta ocasión —narra San Ireneo—, habiendo ido el bienaventurado apóstol a bañarse en los baños públicos de Éfeso, vio que en ellos estaba el hereje Cerinto; e inmediatamente, sin haberse bañado, salióse fuera diciendo: «Huyamos de aquí; no vaya a hundirse el edificio por estar dentro tan gran enemigo de la verdad». En cambio habiendo sabido que un joven cristiano, educado con miras al sacerdocio, dio luego tan malos pasos que acabó en jefe de bandoleros, hízose llevar el Santo hasta el monte que al ladrón servía de guarida, y, corriendo tras él y llamándole a grandes voces: «¡Hijo mío, hijo mío!», logró rescatarle para Cristo.

Algunos autores de los primeros siglos cuentan que San Juan resucitó en cierta ocasión a un muerto. Pero el milagro principal fue el sucedido en su propia persona. Refiere Tertulia-

no que, llevado el apóstol a Roma poco antes de su destierro a Patmos, fue sumergido en una tinaja de aceite hirviendo, de la que salió totalmente ileso y pletórico de renovada juventud, Hay quien pone en duda la historicidad de este hecho, porque ni consta que San Juan estuviera alguna vez en Roma ni de tal milagro se hacen eco los escritores que le conocieron, mientras que Tertuliano, de la Iglesia de África, difícilmente podía tener información segura. Con todo, la Iglesia romana celebra esta fiesta en su liturgia bajo el título de «San Juan ante portam Latinam».

Una leyenda curiosa recogió San Agustín. En el sepulcro del santo apóstol —dice— se ve moverse la tierra sobre la parte correspondiente al pecho, como si el cuerpo allí sepultado respirara todavía o palpitara aún su corazón. Simple leyenda desde luego. Pero lo que no es leyenda sino realidad, es que el corazón del santo evangelista sigue palpitando en sus escritos, y que esas palpitaciones son de amor, de admiración, de arrobamiento ante la persona de Jesús, que fue para él la gran revelación de su vida y el centro de su vivir. Y Juan quería que lo fuera también para todos los hombres. Porque Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios; él es la luz, y la verdad, y la vida, y el amor.

SERAFIN DE AUSEJO, OFM Cap

Bibliografía

CHAPMÁN, J., *John the Presbyter, and the Fourth Gospel* (Oxford 1911).
FOUARD, C., *Saint Jean et la fin de l'âge apostolique* (París 1930).
MARTINDALE, C. C., *St. John the Evangelist,* 2 vols. (Londres 1920-1923).
PIROT, L., *Saint Jean* (París 1923).
Supplément au Dictionnaire de la Bible, IV (París 1949) cols.797-847.
• Actualización:
GARCÍA-VIANA, L. F., *El cuarto evangelio. Historia, teología, relato* (Madrid 1996).
LÉON-DUFOUR, X., *Lectura del evangelio de Juan,* 2 vols. (Salamanca 1989-1998).
MOLONEY, F., *El evangelio de Juan* (Estella 2005).
SCHNACKENBURG, R., *El evangelio según San Juan* (Barcelona 1980-1987).

BEATO JOSÉ MARÍA CORBÍN FERRER

Mártir († 1936)

Nace el 26 de diciembre de 1914, hijo de José María Corbín Carbó y Desamparados Ferrer Miragalla, una familia numerosa que llegó a contar con diez hijos, aunque uno nació muerto, y otro murió a las pocas horas de nacer. El padre, miembro del Tribunal Tutelar de Menores y de la Asociación de Padres de Familia es, además, tesorero de las Conferencias de San Vicente de Paúl. La madre, profundamente piadosa, de hondas raíces cristianas, inculca y transmite a sus hijos la doctrina cristiana. Tres de sus hijas profesarán en las Carmelitas de la Caridad. (Vedrunas). El 1 de enero de 1915 recibe las aguas sacramentales en la *Pila de Sant Vicent Ferrer,* de la parroquia de San Esteban Protomártir, y acto seguido lo ofrecen a la *Mare de Déu dels Desamparats,* excelsa patrona de los valencianos. Su madre lo inscribe en la Real Archicofradía de Nuestra Señora de los Desamparados y Corte Angélica de María Inmaculada (iglesia de la Compañía) y los Carmelitas Descalzos le imponen el escapulario de la Virgen del Carmen. Crece, por tanto, bajo la mirada atenta de sus padres que con esmero inculcan el amor a su numerosa prole.

En 1919 ingresa en el colegio de las Franciscanas de la Inmaculada, junto con su hermana mayor. Se le ve muy despierto y vivaracho, y las religiosas van cimentando la piedad de los pequeños, les enseñan el catecismo y captan el interés de los niños según su propia pedagogía. En casa se reza a diario el rosario, creciendo en la vida de piedad que sus padres viven y practican. El 21 de mayo de 1921 recibe la primera comunión, junto con su hermana Amparo. El curso siguiente le matriculan en el colegio del Sagrado Corazón de Jesús, que los hermanos maristas regentan con extraordinario prestigio. Aquí se va moldeando su personalidad: estudia el bachillerato, y crece en el sentimiento moral de la vida, el amor al estudio y la religiosidad, una instrucción sabia y prudente que le dirige por el camino de la virtud y del deber. Aprende a madrugar y se observan sus cualidades: amable y cariñoso, dócil en el trato, obediente y disciplinado. Muy vivo e intuitivo. Sus profesores le consideran como un ejemplo de estudiante; interesado por el cine, es un auténti-

co forofo del fútbol, que practica con gran entusiasmo. En tiempo de caza acompaña a su padre, pero su auténtica afición son los palomos deportivos, que desde niño le ha inculcado un vecino y destacado *colombaire*. ¡Hubo que levantar un palomar en la azotea de casa! Ingresa en la Congregación de María Inmaculada, organizada por los maristas en el colegio, para acrisolar en los alumnos la vida interior y la piedad.

Acompaña a su padre a visitar a los pobres y enfermos, y les entrega las limosnas y socorros que les llevan. Tiempo después se apunta, como congregante, en la Congregación Mayor del Centro Escolar y Mercantil. Se hace socio de las Conferencias de San Vicente de Paúl, siguiendo el admirable ejemplo paterno, y en su primer encargo siente una profunda angustia. En aquella casa encuentra desconfianza y miseria, y queda impactado por esa impresión. Debe crecer en el celo apostólico para sentirse próximo al desamparado, y con tanta caridad que no humille al que recibe de cuanto carece. Crecer es la práctica de la caridad, dejando de manifiesto la cordialidad y sensibilidad de su corazón, alcanzando de este modo el agradecimiento de unos y la admiración de otros. Cultiva la devoción a la Virgen, iniciada en su infancia, visita a diario la imagen de la Virgen de los Desamparados. Toma parte en el emocionante traslado de la patrona de Valencia el segundo domingo de mayo, cuando se la lleva a la catedral para la misa mayor, en una manifestación popular de características singulares en la piedad de los valencianos.

Alcanzado en 1931 el título de bachiller universitario en ciencias, participa en las oposiciones del Colegio Mayor de San Juan de Ribera de Burjasot, donde puede contar con una completa formación intelectual y un progreso espiritual. Destaca la figura de don Antonio Rodilla Zanón, uno de los más brillantes sacerdotes del presbiterio diocesano. Tras reñida y dura oposición obtiene la beca, y permanecerá interno en este colegio, a unos siete kilómetros de la capital, mientras dure su carrera universitaria.

Elige ser médico, más por complacer a sus padres que por verdadera vocación, y se matricula en la Facultad de Medicina, pero tiene que realizar grandes esfuerzos para vencer su natural

repugnancia. Modelo por su puntualidad y asistencia a clase, consigue las mejores calificaciones en los exámenes finales, pero la medicina no es para él: «No tengo vocación para esta carrera». El curso siguiente se matricula en ciencias químicas y se inscribe como miembro de la Federación de Estudiantes Católicos (Acción Católica).

Los disturbios en la universidad son frecuentes, y se entablan, en ocasiones, enfrentamientos entre los de Comercio y Medicina, inscritos en la FUE, y los de Ciencias, en su mayoría católicos, en los que toma parte en defensa de sus creencias dejando muestras claras de sus convicciones religiosas. El desarrollo de las clases se va haciendo cada vez más difícil. Se afilia en la Comunión Tradicionalista, donde encuentra una auténtica defensa de los derechos de Jesucristo y el bienestar de la patria. Participa a diario de la santa misa, recibiendo la comunión. Sigue recio en la virtud y fuerte en la fe. En 1935 marcha con sus compañeros de facultad a Palma de Mallorca, para asistir a una tanda de ejercicios espirituales. En las elecciones de febrero de 1936 participa con una actividad intensa en la propaganda electoral sin escatimar esfuerzos. Defiende el derecho de voto de las religiosas. Intensifica su preparación para los últimos exámenes, y obtiene tan sobresalientes calificaciones que el claustro de la universidad acuerda, por unanimidad, pensionarle para el curso de verano de la Universidad Internacional de Santander durante los meses de julio, agosto y septiembre de ese año.

El 2 de julio parte para Santander, a donde llega el día 4, incorporándose a las tareas docentes del centro. A diario asiste a misa en las Esclavas del Sagrado Corazón y ayuda al celebrante. El 18 de julio comienza la Guerra Civil y la provincia de Santander queda en la zona republicana. En el transcurso de estos días ha entablado amistad con don Pedro Laín Entralgo y el doctor Juan Barcia Goyanes. El 18 de agosto llegan a La Magdalena guardias y milicianos para detener a seis estudiantes. El es uno de ellos. Los conducen al Ayuntamiento, donde les interrogan y después les encierran en un calabozo. De allí a la Cárcel Provincial donde se les encierra en celdas distintas. Hay quien intenta sacarle de la prisión para que lo trasladen al Penal de Santoña, más seguro, pero él no acepta sin sus compañeros:

«Los que me quieran bien no me pueden desear mejor muerte». Sus amistades le llevan comida y ropa que se reparte entre todos: «Todos lo creíamos sacerdote, tal era la caridad que observaba con sus hermanos de cautiverio». El 14 de septiembre forman todos los presos en el patio, se pasa lista general y los nombrados forman un grupo aparte. Se les lleva al «Alfonso Pérez», un buque de carga convertido en prisión, atracado en el muelle del puerto de Santander. Allí se hallan cerca de doscientos cincuenta cautivos en la bodega. No hay espacio vital para todos y tampoco el agua y la comida son abundantes. Dos días después el barco se dirige al muelle de la Junta del Puerto o «Cuadro», como le llaman los paisanos. Ahora se pueden recibir alimentos y visitas de familiares.

Cuando a finales de septiembre termine el curso de la Universidad Internacional el claustro de profesores y los alumnos abandonan la capital cántabra rumbo a Francia sin haber realizado gestión alguna en favor de los seis universitarios detenidos. En el barco se reza a diario el rosario. El día 12 de octubre, fiesta de la Virgen del Pilar, se canta la Salve. De nuevo se le ofrece la libertad, que personas amigas de Santander gestionan, pero si no salen con él los otros cinco detenidos no lo acepta. El día 8 de diciembre, fiesta de la Inmaculada, el padre jesuita Leonardo Diego, SI, dirige el rezo del rosario.

El 27 de diciembre suenan las alarmas en el puerto, se acercan aviones que lanzan algunas bombas. La reacción posterior de los milicianos y cuantos se hallaban congregados es la misma: «¡Al barco! ¡Al barco!». Bajan en tropel, asaltan el barco, abren la boca de la escotilla y dejan caer una serie de bombas de mano mientras otros disparan contra los prisioneros. Algunos consiguen protegerse con las colchonetas de dormir. Concluida esta barbarie, obligan a los ilesos a que suban los heridos y muertos a cubierta. Dos o tres horas después los milicianos van llamando uno a uno a los presos, y una vez en cubierta también, uno a uno son asesinados. Entre seis y siete de la tarde se llama al grupo de universitarios. Suben a cubierta, repleta de cadáveres, y les disparan a todos. Los muertos se llevan al cementerio de Ciriego, y se entierran en una fosa común. El 19 de diciembre de 1939 los cuerpos son exhumados, y se colocan en el pan-

teón erigido en la catedral de Santander. En la fosa se llegaron a contar 158 cadáveres. El suyo apareció incorrupto, conservando intactas sus facciones, y con una expresión muy dulce: «Tenía la cara de un ángel. Subió a la cubierta del buque con los brazos cruzados en actitud de recogimiento, sin proferir queja alguna».

El año 1959 el Consejo Diocesano de Hombres y Jóvenes de Acción Católica de Valencia inicia el proceso informativo sobre la fama de martirio y su causa de los pertenecientes a dicha asociación asesinados en 1936 por su destacado catolicismo. Uno de los nombres elegidos fue el de José María Corbín Ferrer. Concluido el proceso informativo se organizó una peregrinación a Roma del 11 al 18 de abril de 1966, en el transcurso de la cual se hizo entrega del proceso de beatificación de 18 hombres y jóvenes de Acción Católica, que fue unido al proceso iniciado unos años antes por las Mujeres de Acción Católica. Después de un intervalo recomendado por Pablo VI para dejar en suspenso estas causas de martirio, el año 1983 el papa Juan Pablo II autorizó la reanudación de las causas de beatificación y canonización de los obispos, sacerdotes, religiosos de ambos sexos y seglares que testimoniaron en 1936 en España su fe con el martirio. Reactivado el proceso en 1996, la Congregación de las Causas de los Santos emite un decreto el 2 de junio de 1998 reconociendo la validez del proceso, y el 18 de diciembre de 2000 Juan Pablo II promulga el decreto de martirio, siendo beatificado el 11 de marzo de 2001, junto a 232 mártires más.

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

IZQUIERDO SORLÍ, A. V., *Un mártir de nuestro siglo: José María Corbín Ferrer* (Valencia 1959).

— *Testimonio de vida* (Valencia 1963).

CONGREGATIO DE CAUSIS SANCTORUM. P.N. 1267. Valentina. *Beatificationis seu declarationis martyrii servorum Dei Joseph Aparicio Sanz et LXXIII sociorum sacerdotum dioceesanorum laicarum et laicorum ex Actione Catholica in odium fidei, uti fertur, interfectorum († 1936). Positio super martyrio* (Roma 1999).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTA FABIOLA
Viuda († 400)

Pertenecía a la familia de los Fabios y era natural de Roma. En su juventud contrajo matrimonio pero al comprobar los vicios del marido, se acogió a la ley civil y se divorció de él. Más tarde contrajo matrimonio con otro hombre. Al quedar viuda de este segundo marido, decidió pedir públicamente perdón a la Iglesia por su pecado y así lo hizo la vigilia de Pascua delante del Papa, del clero y del pueblo. A partir de entonces llevó vida retirada, entregada a la piedad y a las buenas obras, atendiendo a los pobres con mucha caridad y fundando un asilo para mendigos. De sus bienes socorrió generosamente a los monasterios. Viajó a Tierra Santa el 394 y se hospedó junto a San Jerónimo, que la introdujo en el estudio fervoroso de la Sagrada Escritura. Al año siguiente volvió a Roma y continuó en su vida de piedad, caridad y pobreza hasta su muerte el año 400. Toda la comunidad cristiana asistió a su entierro y cantaron el Aleluya. San Jerónimo le dedicó cálidos elogios. Fabiola es la protagonista de la famosa novela *Fabiola, o sea la Iglesia de las catacumbas,* del cardenal Wiseman que, aunque de familia inglesa, nació en Sevilla, y ahora la calle donde está su casa natal lleva el nombre de calle Fabiola.

SAN TEODORO GRAPTO
Presbítero y mártir († 842)

Nace en 775 en la Moabítide, Palestina; era hermano de San Teófanes, que compartiría no pocos de sus sufrimientos, e hijo de San Jonás el Sabaita. Educado en Jerusalén, entró con su hermano en la Laura de San Sabas, cerca de Jerusalén, y fueron confiados al santo maestro Miguel para que los guiara en la vida monástica, en la que ambos progresaron y años después fueron ordenados de sacerdotes. Con su maestro emprendieron en 814 un viaje a Roma. Pero al llegar a Constantinopla se ven envueltos en la persecución iconoclasta de León el Armenio, a cuyas

exigencias no se plegan, por lo que son encarcelados y torturados, y llevados ambos hermanos a una fortaleza del Bósforo. Al cambiar el emperador en 820 fueron relegados al monasterio de Sóstenes, pero al desencadenarse la persecución de Teófilo (833) fueron desterrados a la isla de Afusia, en la Propóntide. Tras una comparecencia ante el emperador se les grabó a fuego unos versos en la frente, lo que mereció a ambos hermanos el apelativo de *Graptoi*. Enviados a Kartal primero y a Apamea de Bitinia después, aquí murió Teodoro el 27 de diciembre de 842. Su hermano sobreviviría y llegaría a ser metropolitano de Nicea.

BEATO ALFREDO PARTE SÁIZ

Presbítero y mártir († 1936)

Nace en Cilleruelo de Bricia (Burgos) el 2 de junio de 1899 en el seno de una familia muy cristiana. La vocación religiosa despertó en él muy pronto. El 1 de agosto de 1915 ingresaba en la Orden de las Escuelas Pías en Getafe, y al año siguiente, el 13 de agosto, hacía su primera profesión religiosa. Hizo los estudios en Irache y Villacarriedo, y aquí emitió la profesión solemne el 25 de agosto de 1924, ordenándose sacerdote el 3 de marzo del año 1928. Destinado a Villacarriedo, aquí ejerció su ministerio entre 1922 y 1936. Se acreditó en todos estos años como un buen pedagogo al tiempo que como un excelente religioso. Se le confió el cargo de director del internado. En sus estudios había sufrido retraso por una enfermedad en una pierna, que logró superar, y edificó a todos por la paciencia y alegría con que había llevado la enfermedad. Estaba pasando unos días de vacaciones en su pueblo natal cuando estalló la guerra el 18 de julio de 1936. Regresó a Villacarriedo porque él era el procurador y quería poner a buen recaudo los libros de contabilidad de la casa, pero el superior no estuvo de acuerdo. El 15 de agosto los milicianos irrumpieron en el colegio, le obligaron a entregarles los libros y el dinero y lo condujeron a Santander. Luego lo liberaron pero obligándolo a decir su paradero. Se alojó en La Concha en casa de una tía suya. Dedicado a la oración, el estudio y el dibujo, pasó los tres meses siguientes hasta que fue de

nuevo arrestado el 17 de noviembre. Llevado a Santander, pasó unos días en los sótanos del Ayuntamiento, luego fue llevado a la checa Neila, posteriormente, a la cárcel provincial y por último al barco «Alfonso Pérez», sito en la bahía de Santander y cuyas bodegas estaban convertidas en lóbregas prisiones. Aquí halló a otros sacerdotes y otros presos, a los que ayudó y consoló, con quienes compartió lo que su familia podía llevarles, mostrándose en todo momento como sacerdote y religioso, y teniendo una gran paciencia y fortaleza.

El día de Navidad dio a sus compañeros una hermosa charla sobre la Natividad del Señor. Enseñó a leer a algunos presos. Cuando el 27 de diciembre la aviación del bando nacional bombardeó Santander, hubo una matanza de presos en la nave «Alfonso Pérez». Por la tarde los milicianos bajaron a las bodegas con una lista de los que iban a ser fusilados, y los que no estaban en la lista hubieron de comparecer ante un tribunal que se constituyó. Miraban las manos de los presos para ver si eran obreros. Se le indicó por un compañero al P. Alfredo que se estropease las manos con grasa y polvo para parecer obrero. Él se negó a disimular su condición de sacerdote y religioso. Así lo confesó cuando se lo preguntaron. Le mandaron subir por los escalones de la bodega y pese a su cojera subió. Al llegar al último peldaño recibió un tiro en la nuca y cayó sobre la cubierta.

Fue beatificado por Juan Pablo II el 1 de octubre de 1995 en el grupo de 13 escolapios martirizados en diversos días y en varios lugares en 1936.

28 de diciembre

A) Martirologio

1. Fiesta de Santos Inocentes, mártires **.
2. En Alejandría de Egipto, San Teonás († 300), obispo.
3. La conmemoración de San Antonio († 520), monje en el monasterio de Lerins, Provenza.
4. En Matelica, del Piceno (Italia), Beata Matías de Nazzarei († 1300), abadesa clarisa *.

5. En Lyón (Francia), el tránsito de San Francisco de Sales († 1622), obispo de Ginebra, cuya memoria se celebra el 24 de enero.

6. En Roma, San Gaspar del Búfalo († 1837), presbítero, fundador de las Congregaciones de Misioneros y Hermanas de la Preciosísima Sangre **.

7. En Nápoles (Italia), Beata Catalina Volpicelli († 1894), virgen, fundadora del Instituto de Esclavas del Sagrado Corazón **.

8. En Kiev (Ucrania), Beato Gregorio Khomysyn († 1945), obispo de Stanislaviv y mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTOS INOCENTES

Recordemos aquel trozo de pequeña historia política: ante el reyezuelo Herodes aparecieron un día tres sabios, preguntándole, incautos como buenos sabios, dónde estaba el rey que acababa de nacer. Herodes, disimulando el terror para utilizarles a ellos mismos como manera de cortar el peligro, convocó doctores que le dijesen dónde anunciaban las profecías el nacimiento del futuro rey redentor —«liberador», diríamos modernamente—, y se dispuso a luchar con los presagios y con los profetas. Aquellos sabios, sin infundir sospechas por su misma buena fe, le servirían para descubrir el escondrijo del niño. Pero —ya lo recordáis— los sabios, avisados en sueños, volvieron por otros caminos hacia su patria. Y Herodes contó los días, nervioso, irritado consigo mismo por su estupidez. Al fin se decidió a explorar, y se convenció de la decepción: se habían ido. Su remedio fue frío, feroz, burocrático, con estilo del siglo XX: calculó los tiempos, la tardanza del viaje de los Magos, la ida a Belén, la espera; añadió un «margen de seguridad», redondeó; salían dos años.

Entonces decretó: que murieran todos los niños de esa comarca nacidos en los últimos dos años. Fue como una leva militar, dos «reemplazos» de niños para morir, arrancados a sus madres; algunos ya andando, diciendo sus primeras palabras balbucidas; otros muertos sobre los pechos maternos. Que dentro de unos años se notara un extraño fenómeno —un vacío de edad entre los mozos, menos brazos para la siega, una escasez

de novios para las muchachas—, esto era un detalle administrativo sin importancia. Lo que importaba era durar en el mando, no ser depuesto del trono. Todavía, tiempo después, algún espía herodiano recorrería la región sonsacando, preguntando por los niños, preguntando si alguien confiaba en un futuro rey, si tal vez, ahora mismo... Pero había un vacío tranquilizador. El baño de sangre parecía haber borrado el peligro.

Esos son los Santos Inocentes, los mártires sin culpa. Pero —nos dice nuestro instinto respondón— también sin mérito. Tendemos a pensar que la bienaventuranza es sólo el pago debido a trabajos y sufrimientos conscientes y voluntarios, y que el niño pequeño todavía no es quién para la gloria. «Angelitos al cielo», decimos como fórmula hueca de consuelo, pero nos resistimos a pensar que allí sean, no cabecitas tontas con alas, no juegos inconscientes, sino personas enteras, que acaso gozarán de Dios mejor que muchos sabios y muchos grandes hombres. Pero ¿es que cuenta tanto la diferencia del crecer, si no es a los tristes efectos de ser más responsables de nuestras maldades? «El que no se haga semejante a uno de estos pequeñuelos no entrará en el reino de los cielos.» ¿Acaso hemos ido mucho más allá del niño en comprender a Dios, en saber por qué hacemos lo que hacemos en la vida? A veces es al contrario; hemos enredado, con nuestro orgullo de creer que sabemos explicarlo todo, la clara simplicidad del mundo que teníamos al llegar, donde todo era tan natural y tan enterizo, risa y miedo, cariño y horror, y el sentir que dependemos de algo, al fondo de la vida, nunca bien visible.

El niño tiene también su manera de gloria. San Pablo dice que hay diferencias entre la gloria de las almas como entre la luz de las estrellas: y acaso podemos entender que no sólo es que haya más o menos luz, sino que la luz es diversa, pura y quieta en alguna estrella pequeña: parpadeante y de colores en alguna estrella grande y agitada. El niño todavía está hecho, sin más, para la gloria, sin tener que curarse del arrastre vivido para brillar en luz: su gloria no tendrá ciertas profundidades —ciertos «gozos accidentales», diría la teología— del alma que llega de un largo viaje dolorido, pero será también gloria total, «de mayor». El niño crecerá para Dios en su madurez eterna. Y es que

nuestros «méritos» —esa palabra que debería hacernos ruborizar cada vez que la usamos— valen porque sirven para que Cristo nos dé los suyos. Como los jornaleros del Evangelio, acaso nos irrita pensar que lo que se nos dará tras de tanto peligro y esfuerzo, ya lo tienen unos niñitos que ni siquiera pudieron ser tentados y que apenas tuvieron tiempo de ser buenos y malos. Otra vez Cristo responde ¿Y a ti qué te importa? ¿No es acaso un enorme regalo el que os hago a todos, en cuanto no os negáis a ello? ¿Por qué no iban a tener los pequeños esa suerte? ¿Creéis que vais a tocar a menos? Tal vez os molesta ya la compañía de los niños en la tierra, porque os señala la vaciedad de lo que creéis vuestros «méritos» de mayores, y porque os desconciertan con sus grandes preguntas, que vosotros empequeñecéis y contestáis con una bobada superficial. Y os desazona pensar que la gloria no es simplemente un asunto de los de «personas mayores», como vuestros oficios, vuestras visitas y vuestras costumbres; que es algo tan arrollador y abierto que seguramente los niños, como en el campo, pueden estar más a gusto allí que vosotros, pero así hay que hacerse todos: puros e infatigables, como niños jugando, para disfrutar del gran recreo definitivo.

Pero el niño —lo sabemos—, si no se le aplica la redención de Cristo, queda al margen, sin pena ni gloria; no hereda la condena adánica, pero tampoco se puede agarrar a la mano que abre la gloria. Es el caso del niño sin bautizar. Pero, así como hay un «bautismo de sangre», aun sin agua sacramental, para los hombres que reciban la muerte por amor de Dios, también lo puede haber para los niños. Ya sabemos que no hace falta que el niño crezca y diga su voluntad para ser llevado a la pila por el bautismo y entrar en la Iglesia de Cristo; así, tampoco hizo falta que crecieran para que el bautismo de muerte, recibido en ignorancia, les hiciera cristianos en el último momento. Así entraron en tropel a la gloria para jugar, atónitos, con Dios.

Desde ellos, casi continuamente, de vez en cuando, la historia ha dado «inocentes al cielo». Cada vez que en el mundo hay una guerra o una matanza por las cosas de Dios, hay mártires inconscientes, involuntarios, que mueren revestidos, sin saberlo, de la sangre de Cristo. Basta que no estén enemistados con

Dios: un bombardeo, un fusilamiento en masa, convierte en héroes de gloria incluso a quienes, preguntados uno por uno, tal vez se hubiesen acobardado. Tienen derecho al título de compañeros de Cristo en su martirio, a través de los siglos, y no se les negará sólo porque ellos no lo hayan pedido. Ocurre lo mismo con la patria: tan héroe es el que dio su sangre acudiendo a alistarse voluntario como el que fue quizá de mala gana, porque tocaba su turno. Sus nombres no se distinguen en las listas y las lápidas.

Hay aquí un profundo y olvidado consuelo. La historia camina sobre mieses de cadáveres que nos parecerían muertos en vano, a ciegas, como animales en cataclismo; pero de entre tanta carnicería a veces se elevan ejércitos enteros de almas santas, transfiguradas súbitamente de su mediocridad y de su olvido por el sagrado azar de que les tocó caer por causa de Cristo, como una de las infinitas pavesas que brotan del largo incendio traído por la palabra de Dios.

«De la boca de los que no saben hablar sacaste tu alabanza», dice el profeta Jeremías anunciando la gloria evangélica de los niños. Y nosotros hemos de inclinarnos sobre la matanza de los Santos Inocentes para meditar cómo ahí está la mejor gloria que el hombre da a Dios muriendo: todos sus trabajos, todas sus reflexiones y sus convicciones quedan como diminuto añadido al lado de la gran entrega de la vida, ni siquiera pensada, simplemente porque se estaba en las manos de Dios y al morir se ha caído en ese gran abismo de luz que todo lo transfigura. No es preciso que nos alcance la muerte violenta por la causa divina para morir por Dios, para que nuestra muerte se una a la de Cristo, elevándonos de la miseria en que pasamos los días: nos basta ser obscuros siervos, preparados y fieles, y que nuestra vida esté echada siempre ante él, para que nuestra muerte, por plácida que sea, ocurra «en acto de servicio» y transfigure nuestro pasado vivir como en renovado bautismo sangriento.

JOSÉ M.ª VALVERDE

Bibliografía

«Evangelio del Pseudo Mateo», XVII; e «Historia de José el carpintero», VIII, en A. DE SANTOS OTERO (ed.), *Los Evangelios apócrifos* (Madrid [10]1999).

FILLION, L.-C., *Vida de Nuestro Señor Jesucristo* (Madrid 1959) 271-274.
GOMÁ Y TOMÁS, I., *El evangelio explicado,* I (Barcelona 1940) 376-382.
HOLZMEISTER, U., «Quot pueros urbis Bethlehem Herodes rex occiderit?»: *Verbum Domini* 13 (1935) 373-379.
LAGRANGE, M. J., OP, *Évangile selon Saint Matthieu* (París 1911) 33.
MALDONADO, J. de, *Comentarios a los cuatro Evangelios.* I: *Evangelio de San Mateo* (Madrid 1956) 165-169.
RICCIOTTI, G., *Vida de Jesucristo* (Barcelona 1963) 277-280.
• Actualización:
MUÑOZ IGLESIAS, S., *Los evangelios de la infancia.* IV: *Nacimiento e infancia de Jesús en San Mateo* (Madrid 1990) 203s.
PÉREZ RODRÍGUEZ, G., *La infancia de Jesús* (Salamanca 1990) 241s.

SAN GASPAR DEL BÚFALO

Presbítero y fundador († 1837)

Roma, fértil en santos en los primeros siglos de su vida cristiana, los ha tenido luego, pero como prestados. Es cierto que son muchos los santos que han ido a morir, después de largos años de apostólico ministerio, en la Ciudad Eterna. Pero la ciudad misma ha sido avara en frutos de santidad. Sin embargo, en una de las épocas en que Roma conoció su máxima decadencia, nos encontramos con una figura espléndida de romano de nacimiento que, incardinado a la diócesis de Roma, canónigo de una de sus basílicas, dedica toda su vida a los ministerios apostólicos en la misma ciudad de Roma y en el territorio de los Estados pontificios.

La lectura de su vida deja en el lector una impresión de profunda tristeza. De cada una de las páginas se desprende un olor a podrido. No es sólo que Roma atraviesa unos años malos en lo externo por la ocupación francesa, la invasión de la peste y los duros tiempos que para todo el mundo corren en la primera mitad del siglo XIX. Es algo más lamentable aún. Ver a gran parte del clero romano plegarse a las exigencias del invasor; percibir a cada instante la existencia de una profunda corrupción administrativa; darse cuenta del desgobierno que existía en los Estados pontificios, con enorme miseria en las clases populares, caminos desastrosos, pésima organización de los abastecimientos. Y, sobre todo, la realidad de un bandolerismo atroz al que las autoridades no conseguían encontrar remedio.

En este cuadro tan triste, San Gaspar del Búfalo, o el canónigo Del Búfalo, como toda su vida fue conocido, resplandece con luz sin igual. Es un mensaje de aliento y de esperanza y una muestra palpable de la santidad de la Iglesia, que ni siquiera en sus tiempos más oscuros deja de producir admirables frutos. Con energía, con firmeza, seguirá decidido el camino que se ha trazado, y pasará por este mundo dejando una admirable estela de santidad, de perfección sacerdotal y de admirable orientación apostólicas.

Nace el 6 de enero de 1876. Y el 7 es bautizado en la iglesia de San Martín de los Montes. A la sombra del palacio Altieri, del que su padre era cocinero, en una modesta casa de la colina del Esquilino, no lejos de Santa María la Mayor. Y, habiendo nacido el día de Epifanía, le pusieron los nombres que la tradición asigna a los Reyes Magos: Gaspar, Melchor y Baltasar.

¡Curioso perfil el de su padre! Un hombre inquieto, que dejó su puesto en el palacio Altieri para meterse a empresario de un local de juego, dejándolo después, a su vez, para ser empresario de teatro. Perdidos sus escasos ahorros, tuvo que volver de nuevo al palacio Altieri como ayudante de cocina. Por los días en que nació el Santo era ya cocinero. Había conservado íntegra, a través de todas estas vicisitudes, su hermosa fe cristiana. Y la conservaría siempre. Cuando un día el representante de Napoleón le llamó para que indujera a su hijo a prestar el juramento ilícito, él supo contestar con firmeza: «Ciudadano, fusílame antes o después de mi hijo, pero no me hables de eso».

Pertenecía a una familia de aristócratas arruinados, los marqueses del Búfalo. Pero cuando en alguna ocasión se le sacó esta conversación al Santo, éste siempre contestó de manera invariable: «Yo soy hijo de un pobre cocinero».

Encantadora figura también la de su madre. Una mujer de familia modesta, pero piadosa, delicada y fina, con un profundo sentido estético, que sorprende en una mujer corriente. Ella ejerció una influencia decisiva en la formación del niño.

Porque, a diferencia de lo que nos ocurre con otros santos, conocemos bien la infancia de San Gaspar. Con detalles encantadores, algunos de ellos de nítido perfil teresiano. Así, por ejemplo, aquel plan que traza un día Gaspar de marchar a Tur-

quía para convertir a sus habitantes. Una hija del despensero del palacio, también fervorosísima, que habría de conservar toda la vida espirituales relaciones con el santo y morir religiosa, quiere participar en la expedición. Pero ha surgido la dificultad:

—¿Y cómo voy a marchar yo? ¿No ves que soy mujer y me lo van a conocer?

Rápidamente contesta Gaspar.

—Pues te vistes de hombre.

Dicho y hecho. La niña coge los vestidos de su hermano y se dispone a partir. Pero la falta de esos vestidos sorprende a los padres, y, cuando los flamantes misioneros iban a salir, se trastorna todo.

No importa. Gaspar seguirá haciendo maravillas entre sus compañeros de juegos infantiles. Organizará su pequeña congregación, y será la admiración de todo el barrio por su piedad. En especial cuando, poco después de su primera comunión, recibe, a los once años, el hábito eclesiástico.

Se nos hace difícil hoy concebir lo que llamaríamos la carrera eclesiástica de Gaspar del Búfalo. Recibida la tonsura cuando era todavía un jovencito, en 1800, es ordenado de subdiácono en 1807 y nombrado canónigo coadjutor de la basílica de San Marcos. Al año siguiente, ordenado de diácono, obtiene una canonjía ordinaria, y el 31 de julio, ocupada Roma por los franceses, se ordena de sacerdote en la basílica de San Vicente de Paúl, en Montecitorio.

Inicia entonces, a sus veintidós años, una actividad apostólica sencillamente increíble. Rodeado de un prestigio extraordinario, del que puede dar idea el hecho de que a los pocos días de su ordenación predicara una solemne función en la basílica de San Pedro, le vemos presente en todas las organizaciones apostólicas que por aquel entonces florecían en Roma. Parece mentira que un joven delicado, enfermizo, pudiera llegar a todo. Pero el hecho es éste, y documentalmente vemos la serie de actividades de apostolado en las que Gaspar interviene. Y muy en especial en la restauración, increíblemente dura, del hospicio de Santa Gala, que había venido a decaer por completo.

Sin embargo, toda esta actividad va a ser súbitamente interrumpida. Y él va a tener que abandonar, con el corazón desgarrado, su queridísima Roma y a sus no menos queridos padres.

Como hemos dicho, Roma había sido ocupada por los franceses en 1798. En 1809, Napoleón se anexionaba el Estado pontificio y era excomulgado por Pío VII. En consecuencia, el Papa fue arrestado y deportado primero a Grenoble y después a Savona. A los sacerdotes se les pidió un juramento que en manera alguna podían prestar: el de fidelidad al nuevo régimen. Con Gaspar se utilizaron todas las armas: el halago, la amenaza, la intervención de los familiares más queridos. Todo fue inútil. No juró, y tuvo que salir para el destierro.

Fue un doloroso y triste peregrinar. Primero a Piacenza, donde pasó días horribles. Después a Bolonia. Allí supo la muerte de su madre, que en medio de su pena había sabido irse de este mundo repitiendo: «Prefiero no tenerle junto a mí en esta hora que haberle visto traidor al Papa». Un nuevo traslado empeoró su situación y lo llevó a la cárcel de Imola. Después a Lucca. Finalmente a Florencia, con ánimo de trasladarle a Córcega. Pero los cuatro años no han pasado en balde y la estrella de Napoleón declina. La prisión se acaba y Gaspar puede volver, por fin, a su amada Roma. Han sido meses de mucho sufrimiento, de intensos dolores morales, de grandes incomodidades físicas, pero extraordinariamente fecundos. Con su amigo Albertini, Gaspar elaboró entonces las bases de la Congregación de la Preciosa Sangre y los artículos fundamentales para el futuro Instituto de las religiosas.

De nuevo en Roma. Se respira un ambiente de esperanza. También el Papa ha vuelto del destierro. Y el mismo año 1814 restablece la Compañía de Jesús. El canónigo Del Búfalo ve allí un posible camino para sus ansias de apostolado y pide ser admitido en la Compañía. Pero Dios Nuestro Señor, por medio del Papa, determina otra cosa: el romano pontífice le nombra misionero apostólico, le concede la iglesia de San Félix, en Giano, y le alienta a emprender una tarea de restauración moral de los Estados pontificios por medio de las misiones populares. El prestigio de Gaspar consigue atraer a unos cuantos sacerdotes romanos que quieren compartir con él la dura y hermosa vida del misionero, y el 15 de agosto de 1815, siempre esta fecha parece estar ligada a acontecimientos faustos para la Iglesia, Gaspar y sus compañeros inician el nuevo Instituto. Gaspar, ade-

más, renuncia a su canonjía para quedar enteramente libre y consagrado a las misiones.

Y comienza así una nueva vida. San Gaspar y sus compañeros no se andan por las ramas. Acuden directamente a los puestos más peligrosos y difíciles. Las zonas más trabajadas por el bandolerismo, las ciudades en las que había entrado más profundamente la ideología anticristiana, los pueblos más abandonados en el terreno religioso, son objeto de su preferencia. Puede decirse que hay un esquema que se repite una y otra vez, cobrando en cada nueva versión nueva fuerza y colorido; ante el anuncio de la llegada de los misioneros se suscita una tempestad de recelos que alcanza a los mismos eclesiásticos de la ciudad: allí no hay nada que hacer, y las misiones van a ser contraproducentes. Llegan éstos y piden que se les deje actuar. Pasan unos cuantos días, y todo cambia: los pecadores se conmueven; masones y carbonarios hacen pública abjuración; los bandoleros se transforman en buenos cristianos. Entonces los misioneros abandonan, de la manera más sencilla que pueden, aquella ciudad para marchar a otra, en la que la historia volverá a repetirse. Y así siempre.

El éxito de San Gaspar como misionero fue extraordinario. Con una acomodación inteligente de la técnica tradicional a las necesidades de aquellos tiempos consiguió frutos asombrosos. Pero el precio fue terrible. Había que andar por caminos infernales, poner continuamente en peligro la vida, superar mil dificultades, incomprensiones, recelos y persecuciones. A todo llegó en una gesta maravillosa.

Tuvo que sufrir mucho. En aquel ambiente San Gaspar tenía que resultar forzosamente incómodo para quienes mandaban. Con apostólica libertad, con una claridad de ideas espléndida, se dirige un día al Papa para trazarle el programa de la reforma de la Iglesia que él consideraba urgente. Y no vacila en señalar las causas de lo que estaba ocurriendo. Era duro, pero necesario. Y así, no es más que un ejemplo, su dedo inflexible señaló aquellos prelados traidores a sus deberes que, no teniendo tiempo para la visita pastoral, osaban, sin embargo, frecuentar el teatro y aun los bailes, «según puede leerse en las crónicas de los periódicos». Habla también de los vicios del clero, de la

vana curiosidad, del ocio y el afán de dinero. Y se queja de la mala marcha de la administración eclesiástica, porque no es razón que quien necesite un documento «tenga que dar tantos paseos para conseguir hablar con un cardenal».

Idéntica actitud de firmeza, de serenidad y de lealtad en el asunto del bandolerismo. El gobierno pontificio parecía incapaz de resolverlo. Gaspar se ofreció para obtener la incorporación de aquellos hombres a la sociedad a base de medidas de clemencia. Pero se dio cuenta pronto de que las autoridades no cumplían las promesas que hacían. Y se apartó. La cosa entonces se desvió a extremos de crueldad inaudita. Las autoridades ordenaron salvajes ejecuciones de los criminales capturados, a los que cortaban las cabezas y, colocadas en un asta, las clavaban en las puertas de las casas o en los árboles, dispersando los miembros desgajados por los caminos para infundir terror a los bandidos. El resultado fue contraproducente, pues los bandidos extremaron también sus crueldades. Entonces se llegó a una medida extrema: el gobierno pontificio determinó arrasar el pueblo de Sonnino. Un decreto de 22 de julio de 1829 determinó que el pueblo fuese borrado del mapa. Gaspar, ante aquello, escribió al Papa una carta de estremecedora belleza por la claridad y la apostólica libertad con que le habla. Es más: tiene una belleza literaria no común y está fundida en una sola pieza, sin adornos ni giros inútiles. «Por todo lo cual —terminaba diciendo—, la clemencia de Vuestra Santidad vuelva piadosamente su mirada a una población entera a la cual no han quedado más que los ojos para llorar».

A un hombre así había que hacerle la vida imposible. Llovieron las acusaciones. Se intentó alejarle de Roma nombrándole internuncio en el Brasil. Fracasado este intento, le colocaron en la Congregación de Propaganda Fide para evitar que pudiera desplazarse por los Estados pontificios. Se le hizo objeto de mil calumnias ante los romanos pontífices que se iban sucediendo en el trono pontificio. Y hasta llegó un momento en que, en solemne audiencia, el santo se vio tratado públicamente con dureza por el papa Pío VIII: «Habéis obrado siempre por vuestro libre arbitrio. Marchaos y sabed que os retiro toda facultad. Así aprenderéis a obrar por cuenta vuestra». Esta fue la despedida.

Parecía que todo estaba perdido. Y, sin embargo, San Gaspar consiguió sacar adelante su hermosa obra.

Porque entretanto la Congregación de la Preciosa Sangre continuó extendiéndose. Admitida en varias diócesis, era acogida con alegría por las almas buenas, en las que encontraba apoyo. Es más: la Beata María de Matías había puesto también en marcha las Adoratrices de la Preciosa Sangre. En 1835 San Gaspar daba cima a las reglas de su propio Instituto y podía, en cierta manera, considerar terminado su papel. Y, en efecto, Dios Nuestro Señor no iba a tardar en llamarle a su presencia.

En 1837 el cólera comenzó a hacer estragos. Sólo en junio murieron en Nápoles cerca de quinientas personas. Aunque no había llegado a Roma, las autoridades organizaron procesiones solemnes, a las que asistía el Pontífice vestido de penitente, para aplacar la ira de Dios. Gaspar se encontraba en Albano, junto al precioso lago, para cuidar su salud, que, si siempre había sido delicada, en aquellos últimos meses parecía haber llegado al límite del agotamiento. Desconociendo que estuviera así, el cardenal Odescalchi le llamó para una predicación de penitencia en la «Iglesia nueva» Santa María en Vallicella. Sacando fuerzas de su flaqueza, el santo acudió a Roma a principios de agosto. Su aparición en la ciudad provocó una protesta de doloroso afecto y de compasión. Todo el mundo decía que un hombre en tal estado no debía ni podía predicar. Él se creyó obligado por la obediencia y comenzó a hacerlo. Subía al púlpito sujetándose fuertemente a la barandilla para no caer. Pero, una vez en él, surgían energías insospechadas, que daban un vigor sobrenatural a sus palabras y a sus gestos. Su predicación fue maravillosa, pero también agotadora. Apenas podía subir las escaleras de su casa al regreso.

Terminada la predicación, volvió de nuevo a Albano. Y nuevamente, ante los avances de la peste en Roma, regresó allí para socorrer material y espiritualmente a sus conciudadanos. El espectáculo de la ciudad en aquellos días era dantesco: cajas mortuorias esperaban por doquier el cadáver del primero que sacaran de una casa; las caras, desfiguradas por el hambre; las gentes, en busca de algún trabajo para ganar un mendrugo de pan que les salvara de la muerte; la ciudad, desorganizada; la miseria, en continuo aumento.

El santo hizo lo que pudo hasta mediados de octubre, en que la peste amainó y él pudo regresar a Albano. Allí estuvo hasta el 4 de diciembre, en que regresó a Roma. Iba a ser su último viaje. Lo realizaba por indicación del cardenal Franzoni, que quería ver si los aires natales podían salvar a aquella vida que se extinguía. El Santo partió y se alojó en su casa familiar con su cuñada y su sobrina.

Sus enemigos no descansaron. Por Roma corrió el rumor insistente de que se resistía a morir y no tenía resignación ninguna en la enfermedad. Hubo quienes creyeron la calumnia. Pero, en cambio, todos los que iban a visitarle salían edificados.

El 28 de diciembre pidió la sagrada comunión y la unción. Después quedó como envuelto en una paz celestial.

> «El moribundo —escribe un testigo presencial— estaba del todo tranquilo y su rostro resplandecía con tal dulzura, alegría y paz que, considerado todo cristianamente, debo decir, y después he repetido muchas veces, que uno sentía deseos de encontrarse en la agonía».

Y así, sumergido en una alegría del paraíso, tranquilamente, expiró a eso de las tres de la tarde del 28 de diciembre de 1837, cuando faltaba poco para que cumpliera los cincuenta y dos años.

Su muerte constituyó un triunfo esplendente. Su sepulcro, en Albano, se vio bien pronto rodeado del entusiasmo popular. En 1840 comenzaba el proceso informativo de su santidad, virtudes y milagros. El año siguiente, Gregorio XVI aprobaba las reglas de la Congregación de los Misioneros de la Preciosa Sangre. En 1852 se introducía su causa de beatificación. Esta tuvo lugar con toda solemnidad el 18 de diciembre de 1904. En 1949 se introducía la causa de canonización y, por fin, el 12 de junio de 1954 era solemnemente canonizado por el papa Pío XII, el mismo que años antes, en 1950, había beatificado a María de Matías, la fundadora de las Adoratrices de la Preciosa Sangre.

La Congregación de los Misioneros de la Preciosa Sangre, fundada por San Gaspar del Búfalo, continúa hoy trabajando en la Iglesia y está extendida por diversos países, entre ellos España.

LAMBERTO DE ECHEVERRÍA

Bibliografía

LIBERO, J. DE, *Vida de San Gaspar del Búfalo* (Cáceres 1958).
• Actualización:
HÜMMELER, H., *Gaspar del Búfalo, fundador de los Misioneros de la Preciosa Sangre* (Madrid 1980).
SPINELLI, M., *Sin mirar atrás. Vida de Gaspar del Búfalo* (Cáceres 1996).

BEATA CATALINA VOLPICELLI

Virgen y fundadora († 1894)

¡Las innumerables santas fundadoras del siglo XIX! Salvada la hipérbole, es evidente que son numerosísimas, y con los más variados cometidos sociales al servicio de la Iglesia. Supusieron la contundente respuesta de los humildes al desafío soberbio de los incrédulos.

Quede dicho con lo que antecede que la Beata Catalina Volpicelli entra en la larga lista de fundadoras del XIX. Para mayor redundancia su fundación es una más de las muchísimas centradas en la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Se denominan Esclavas del Sagrado Corazón, lo mismo que alguna otra de fundación posterior. Pero la suya tiene como nota distintiva la entrega a la gran obra del Apostolado de la Oración.

Catalina Volpicelli, nacida en Nápoles el 21 de enero de 1839, fue la última de los cuatro hijos del matrimonio formado por Pedro, un comerciante rico y buen católico, y María Micheroux, de linaje nobiliario. Recibió una educación esmerada en una famosa fundación napolitana, el Real Colegio de San Marcelino, regido en este momento con gran sentido cristiano por Margarita Salatino, futura fundadora de otra congregación religiosa junto con el Beato Luis de Casoria. Obtuvo una formación poco común en las mujeres de entonces: letras, idiomas, música...

¿Detalles de la infancia y adolescencia? Disfrutó honestamente de la vida, y trató de brillar en sociedad, frecuentando bailes y teatros. Hay un dato especialmente esclarecedor: en el mes de mayo de 1853, cuando sólo tenía catorce años, comienza a confesarse semanalmente. Al año siguiente, 19 de septiembre de 1854, se encuentra con el Beato Luis de Casoria. Para ella supuso un momento clave en su vida. El Beato la asoció a la

Tercera Orden de San Francisco y le indicó como finalidad única de su vida el culto al Sagrado Corazón de Jesús, aconsejándole permanecer en medio de la sociedad y actuar como «pescadora de almas».

Pero sentía una llamada interior a la entrega total de la vida religiosa. Aconsejada por su confesor, el 28 de mayo de 1859 ingresa en la Congregación de Adoradoras Perpetuas de Jesús Sacramentado. No pudo perseverar por graves motivos de salud... Vuelta a la vida seglar, se repitieron los contactos con el Beato Casoria, que para ella sólo tenía una consigna: «El Corazón de Jesús, Catalina, esa es tu obra».

Su confesor seguía siendo el P. Matera, religioso barnabita. Por él comenzó a recibir mensualmente la hoja francesa del Apostolado de la Oración *Le Messager du Coeur de Jésus.* Pronto se puso en contacto epistolar con el director general del Apostolado de la Oración, el famoso P. Enrique Ramière, que a partir de ahora marcará la pauta de su vida.

El 2 de febrero de 1862 se consagraba por entero al Sagrado Corazón de Jesús, con el compromiso de promover su devoción. Ella recibió del P. Ramière el diploma que la convirtió en la primera celadora italiana del Apostolado de la Oración. Su militancia en el Apostolado de la Oración fue perseverante y fecunda. Como testimonio han quedado los tres volúmenes de su *Libro d'oro del S. Cuore della diocesi di Napoli,* enviado al santuario parisino de Paray-le-Monial, con datos puntuales de cuatro mil familias napolitanas consagradas al Sagrado Corazón de Jesús.

La mansión familiar era amplia y hermosa. En ella acogió a un grupo de celadoras que en la fiesta de la Inmaculada de 1865 hicieron público y solemne acto de consagración al Corazón de Jesús. La policía comenzó a complicarles la vida y prefirieron trasladarse a otro lugar de la ciudad tomando una doble dirección: adoración reparadora y ayuda a las iglesias pobres. Para esta segunda finalidad contó con la ayuda de señoras adineradas. El P. Ramière, que seguía desde París sus trabajos, se hizo presente en Nápoles en julio de 1867 y quedó admirado al ver de cerca lo ya realizado por la Beata Volpicelli. Traía el proyecto de agregar el grupo de Nápoles al de las celadoras de Montluçon, orientado por el P. Julio Chevalier, que en estos mismos

días fundaba la Congregación de Misioneras del Sagrado Corazón de Issoudun y la de las Hijas de Nuestra Señora del Sagrado Corazón. El mismo P. Chevalier se personó en Nápoles dos años después. Catalina y sus seguidoras lo acogieron con gran veneración, y seguramente se hubieran sumado a su obra, si no se hubieran interpuesto los reparos del arzobispo de Nápoles, Sixto Riario Sforza, que tenía sus propios planes. Así, en mayo de 1870 la Beata con sus seguidoras se establecieron definitivamente en el palacio denominado Petrone alla Salute, edificando junto a él una pequeña iglesia, pronto trasformada en otra más amplia: fue el primer templo dedicado en Nápoles al Sagrado Corazón de Jesús. El grupo se transformó en instituto religioso con la aprobación del arzobispo Riario el 1 de julio de 1874, constituyéndose en director del mismo, si bien él mismo determinó que la Beata Catalina fuera la superiora general y redactara la regla.

Demostró tener una visión actualizada, buscando formas aceptables para la sociedad en que vivía. No quiso que tuvieran más distintivo externo que un sencillo crucifijo, estableciendo que pudieran pertenecer a su Instituto otras personas entregadas sin dejar de continuar viviendo con la propia familia. Posteriormente aceptó, en condición de agregadas, a madres y esposas cristianas dispuestas a secundar sus líneas de apostolado. Su visión se extendió también a los varones, que formaron el grupo de Amigos del Sagrado Corazón, y también a bastantes sacerdotes que terminaron asociándose a la Unión Apostólica fundada por el abate Lebeurier.

No podía faltar la dimensión social. Interesada por el futuro de la juventud, abrió en 1888 un orfelinato para niños, fundó una biblioteca circulante e instituyó la Asociación de Hijas de María con la guía sabia de la M. Rosa Carafa, que fallecía en 1890 en olor de santidad. Pronto se sucedieron nuevas fundaciones en el mismo Nápoles y en otros lugares de Italia, terminando por establecerse en la misma Roma. El primer Congreso Eucarístico Nacional de Italia tuvo lugar en Nápoles, del 19 al 23 de noviembre de 1891. En él se evidenció el fruto largamente cosechado por nuestra Beata, muy clarividente y activa en su organización.

Ya en vida ganó fama de santidad ante la gente y las mismas jerarquías de la Iglesia. El arzobispo Riario le denominó «alma singular, llena de Dios», y en parecidos términos se expresa también su sucesor en la sede de Nápoles, Mons. Sanfelice. Algunos de sus biógrafos nos hablan de visiones, éxtasis y don de profecía. Desde luego, años antes de morir había hecho un voto especial de puro amor de Dios.

Falleció el 28 de diciembre de 1894, ofreciéndose en holocausto por la Iglesia y por el Papa. El 28 de junio de 1999 fue beatificada por su Santidad Juan Pablo II.

JOSÉ MARÍA DÍAZ FERNÁNDEZ

Bibliografía

ANTINUCCI, L., *La Croce nel cuore di Dio. Il mistero della Croce in Caterina Volpicelli e nella teologia del suo tempo* (Rivoli 1987).

CONTI GUGLIA, C., *Ha creduto all'amore. Caterina Volpicelli fondatrice delle Ancelle del Sacro Cuore* (Nápoles ²1995).

JETTI, M., *Caterina Volpicelli, istitutrice delle Ancelle del Sacro Cuore. Libri tre* (Nápoles 2003).

PUNZO, C., *Beata Caterina Volpicelli: 1839-1894* (Nápoles 2001).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

BEATA MATÍAS DE NAZZAREI

Virgen († 1300)

Matías de Nazzarei nace en Matelica, Italia, el año 1234, hija del noble señor Gentile de Nazzarei. La educa su padre esmeradamente y cuando llega a la juventud le busca un adecuado matrimonio con un joven de otra familia acomodada de la misma ciudad. Pero cuando se lo propone a su hija, ésta contesta que tiene hecho voto de virginidad y está consagrada a Cristo. Al ver la insistencia de su padre, la joven huye de la casa y acude al convento de Santa Clara, donde la abadesa es tía suya y espera que la acoja. Pero la abadesa se niega a acogerla por no tener licencia del padre y pensando, con razón, que el padre podría hacer algún daño al convento. Matías entonces se decide a entrar en la iglesia del monasterio y allí entregarse a la oración, poniendo su causa en las manos de Dios. Acompañado de otros

parientes, el padre, al echarla de menos en el hogar, se dirige a la casa de las clarisas y, asegurado de que su hija no estaba dentro de la clausura, va a buscarla en la iglesia. Allí el espectáculo de la muchacha entregada a la oración y decidida a ser fiel a su entrega a Cristo lo desarma por completo, y conmovido le da la licencia que necesitaba para poder ser recibida en el claustro. Matías profesó la regla de Santa Clara y fue una religiosa ejemplar, y como tal fue elegida abadesa por sus hermanas de hábito, granjeándose día a día fama de santa y atribuyéndosele los dones de milagros y de profecía. Con fama de santa muere el 28 de diciembre de 1300. El culto popular que enseguida se le dio fue confirmado por el papa Clemente XIII el 27 de julio de 1765.

BEATO GREGORIO KHOMYSYN

Obispo y mártir († 1945)

Gregorio nace el 25 de marzo de 1867 en Hadynskivtsi, región de Ternopol. Desde pequeño opta por la vocación eclesiástica e ingresa en el seminario de Lvov. Hace los estudios eclesiásticos y se ordena sacerdote en 1893. Trabaja apostólicamente en parroquias hasta que en 1902 es nombrado rector del seminario en que él había hecho sus estudios. Prestigiado como sacerdote, culto, piadoso y lleno de celo, es consagrado obispo de Stanislaviv —hoy Ivano-Frankivsk— el 19 de junio de 1904. Se propuso ser un obispo ejemplar, entregado por completo a su misión de guiar y sostener la Iglesia greco-católica en medio de muchas dificultades. Terminada la I Guerra Mundial y sobrevenido el régimen comunista, las dificultades se hicieron mayores, pero él siguió su tarea pastoral con fortaleza. En 1939 fue arrestado y sometido a torturas de todo tipo y al conocido lavado de cerebro. A los dos años lo dejaron libre en la esperanza de que las torturas hubieran hecho efecto. Pero él se mantuvo firme en su deber. En 1945 lo arrestaron de nuevo y lo interrogaron y torturaron para que renegara de la fe o al menos abandonara su cometido pastoral. Todo fue inútil. Perseveró heroicamente, aunque quedó muy maltrecho de tantos malos tratos. Agotado a cuenta de ellos murió en la cárcel de Lukianivaska,

en Kiev, el 28 de diciembre de 1945. Fue beatificado el 27 de junio de 2001 en el curso de la visita apostólica del papa Juan Pablo II a Ucrania.

29 de diciembre

A) MARTIROLOGIO

1. En Canterbury, el martirio de Santo Tomás Becket († 1170), arzobispo de dicha Iglesia, por la defensa de cuyos derechos dio la vida **.
2. La conmemoración del santo rey David, profeta **.
3. En Arlés, Provenza, San Trófimo († s. III), primer obispo de la sede.
4. En Cartago, San Liboso († p. 258), obispo y mártir.
5. En Milán (Liguria), San Martiniano († p. 431), obispo.
6. En Constantinopla, San Marcelo († 485), abad del monasterio de los acemetas junto al Bósforo.
7. En Exmes (Neustria), San Ebrulfo († 596), abad del monasterio de Ouche.
8. En Palermo (Sicilia), Beato Gerardo Cagnoli († 1343), religioso franciscano *.
9. En Londres (Inglaterra), Beato Guillermo Howard († 1682), vizconde de Stafford, mártir bajo el reinado de Carlos II *.
10. En Seúl, Corea, santos Benedicta Hyon Kuong-nyon, viuda y catequista, Pedro Choe Chang-hub, catequista, Bárbara Cho Chung-i, viuda, Magdalena Han Yong-i, viuda, Isabel Chong Chong-hye, virgen, Bárbara Ko Sun-i, esposa, y Magdalena Yi Yong-dog, virgen, todos ellos mártires en 1839 *.
11. En Paterna (Valencia), Beato José Aparicio Sanz († 1936), presbítero y mártir **.
12. En el Picadero de Paterna (Valencia), beatos Enrique Juan Requena, presbítero, y José Perpiñá Nácher, mártires en 1936 *.
13. En San Miguel de los Reyes (Valencia), Beato Juan Bautista Ferreres Boluda († 1936), presbítero, de la Compañía de Jesús, mártir **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTO TOMÁS BECKET

Arzobispo († 1170)

Tomás Becket, el arzobispo de Canterbury, ha muerto asesinado. Es el atardecer del 29 de diciembre de 1170. La noticia salta de caballo en caballo, de mar en tierra, y atraviesa la cristiandad sobrecogiéndola de estupor. Ha sucedido acaso —dirá luego la historia— el mayor acontecimiento de la época. Sólo dos años más con dos meses, el 2 de febrero de 1173, y Tomás de Londres, por boca del papa Alejandro III, comenzará a ser, y para siempre, Santo Tomás Cantuariense. Otro año más julio de 1174. El enemigo mortal del arzobispo, el presunto instigador del crimen, Enrique de Plantagenet, soberano de Inglaterra y de media Francia, camina a pie desnudo hacia la catedral de Canterbury; desciende a la cripta, junto al sepulcro de su víctima cae de rodillas. Y el cóncavo recinto cruje mientras los látigos de penitencia chasquean en las espaldas de un rey. Indudablemente estamos en la Edad Media «enorme y delicada». A través de los siglos, generaciones de ingleses acudirán a venerar las reliquias del campeón de los derechos de la Iglesia, «el mártir de la disciplina», como le llamará Bossuet en famoso panegírico, cuya biografía alcanza la tensión de una apasionante novela.

La crítica histórica se ha encargado de disipar cierta poesía legendaria trenzada en torno al origen de Tomás Becket. En realidad, no hay tal princesa sarracena enamorada que cruza Europa repitiendo las dos únicas palabras de su vocabulario inglés: «Londres», «Becket», hasta encontrar, por fin, al antiguo cruzado, hacerle su marido y darle más tarde un hijo santo: no. El niño nacido en Londres el día de Santo Tomás de 1118 procede de burgueses normandos y su padre es sheriff de la ciudad. Los canónigos regulares de Merton se encargarán de iniciarle en los libros, hasta que un día, cuando los reveses se hayan cebado en la hacienda familiar, tenga que dedicarse al trabajo en casa de un pariente londinense. A los veinticuatro años de edad, huérfano ya durante tres, Tomás entra al servicio del arzobispo cantuariense Teobaldo y emprende la carrera eclesiástica. Recibe las órdenes menores, sube al diacona-

do en 1154, acumula prebendas y beneficios, y pronto se ve encaramado al relevante puesto de arcediano. Teobaldo se ha dado perfecta cuenta de la valía del joven eclesiástico y no vacila en confiarle delicadas misiones en el Vaticano. Incluso en el grave problema de la sucesión al trono pesa la voz del novel diplomático. Él es quien inclina a su indeciso prelado y al propio papa Eugenio III por la causa de Matilde, la hija del difunto rey Enrique y actual esposa del conde de Anjou. En consecuencia, a la muerte de Esteban, a la sazón en el trono, la corona recaerá en el hijo de Matilde, Enrique de Plantagenet.

En efecto, el 20 de noviembre de 1154 Enrique II es ungido rey en Westminster. Joven de veintiún años, de estatura corta, ancho de espaldas, la cabeza redonda, enérgico, hábil político, con talento organizador, temible en sus arrebatos de cólera. Tal era el monarca más poderoso entonces de toda la cristiandad, a quien la dote de su mujer, Leonor, heredera de Aquitania, había entregado casi la mitad del territorio francés. No le resulta difícil dar con un primer ministro de talla política poco común. Lo tiene a mano en el brillante arcediano de Canterbury, alto, delgado, pálido, de larga nariz y apostura noble. Tomás Becket comienza a ser, no sólo el canciller de Inglaterra, sino indiscutiblemente la primera figura del reino después del soberano. Le cuadran la solemnidad y el gesto principesco. Cuando acude a Francia con la misión de concertar un matrimonio regio, los franceses se quedan boquiabiertos ante el fastuoso cortejo y se preguntan: «Si éste es sólo el ministro, ¿cómo se presentará el rey?». Y el día en que Enrique se lanza a reconquistar el condado de Toulouse, allí está Tomás Becket al frente de sus caballeros, derrochando arrojo de soldado y pericia de estratega. Muy pronto deja de sorprender a los cortesanos la intimidad que media entre soberano y canciller. ¡Cuántas veces se presenta Enrique a la mesa de su ministro, sin previo aviso, mediada ya la comida! El pueblo les ve cabalgar juntos por la capital, y se regocija cuando cierto día el rey forcejea en chanza para arrancar la rica pelliza escarlata de Tomás y entregársela a un mendigo.

Nos cuesta reconocer al clérigo por detrás del gran señor, el árbitro del buen tono y el político inmerso en los negocios del reino, cuyo favor se disputan todos los personajes. Incluso su

gran amigo y confidente, el pensador Juan de Salisbury, le echa en cara su desmedida entrega al deporte de la caza. Y otra vez es el prior de Leicester quien, al contemplar su atuendo, le increpa: «¿A qué viene esta manera de vestir? Más parecéis un halconero que un clérigo». Pero no es esto todo. Este mismo Tomás sabe recogerse a tiempos en el retiro espiritual de Merton y su cuerpo no olvida los golpes de la disciplina y las vigilias nocturnas en oración. La reputación de su moralidad salva intacta todos los riesgos de la corte.

Y llegamos a 1162. La sede primada de Canterbury aguarda desde hace varios meses el nombramiento de sucesor del fallecido Teobaldo. Enrique intuye la oportunidad que se le brinda de colocar Iglesia y Estado bajo una sola mano, la suya. Llama al canciller y le anuncia su voluntad de elevarle a la dignidad arzobispal de Canterbury. La respuesta de Tomás está transida de gravedad y melancolía: «Pronto perdería yo el favor de Vuestra Majestad, y el afecto con que me honráis se cambiaría en odio, porque yo no podría acceder a vuestras exigencias en punto a derechos de la Iglesia». El rey insiste, pero Tomás no cede. Sólo la intervención del cardenal legado, Enrique de Pisa, acabará con la resistencia del canciller. Becket es ordenado sacerdote e inmediatamente recibe la consagración episcopal. Acaba de cruzar un momento decisivo de su existencia. Sobrecogido por la trascendencia de su nueva misión, va a acomodar a ella su vida entera, sujetándola a una regularidad monacal, al más riguroso ascetismo, a la pobreza para sí y el derroche limosnero con los indigentes.

Su renuncia al cargo de canciller ocasiona un disgusto al monarca y la primera fricción entre los dos amigos. La primera nada más. Becket, conocedor del carácter violento e insaciable del Plantagenet, presiente la dureza de futuros choques, que no tardan en llegar. Será el primero la injusta exacción de un tributo arbitrario, ante la cual el arzobispo anuncia de manera inequívoca que sus súbditos no pagarán ni un penique. Más adelante es la pretensión real de que los clérigos reos de crímenes sean sometidos a la justicia civil. En la reunión convocada por el monarca es el arzobispo de Canterbury quien se encarga de fortalecer y decidir a los débiles prelados, dispuestos a la componenda.

Enrique, vencido e irritado, exige, por lo menos, la promesa de observar ciertas «antiguas costumbres» que no especifica. El primado está dispuesto a acceder, siempre que se añada la cláusula que deje a salvo los derechos de la Iglesia. La política del monarca se hace más dura y más sutil. Obliga al antiguo canciller a renunciar a ciertas posesiones y honores, y, por otra parte, le da a entender que la promesa pedida es meramente formularia, sin repercusión en la vida de la Iglesia. De esta manera obtiene que Tomás, quien no ve clara la actitud de Roma, otorgue su asentimiento en Claredon. Pero cuando más tarde le son presentados los dieciséis artículos que recogen aquellas «antiguas costumbres» y comprende que en ellos se juega nada menos que el enfeudamiento de la Iglesia por el Estado y, en última instancia, la segregación de Roma, Becket reacciona con firmeza y se niega rotundamente a estampar su sello en el documento.

La tremenda conciencia de su responsabilidad como cabeza de la Iglesia en Inglaterra le come de remordimientos por su momento de flaqueza en Claredon. Cuarenta días permanecerá alejado del altar, del que se considera indigno, mientras aguarda la absolución del Romano Pontífice. El rey, por su parte, redobla las represalias económicas y maneja hábilmente a lores y obispos, forzando así la soledad del primado. Se le abre proceso por gastos contraídos en su tiempo de canciller, a pesar de haberle sido todo condonado el día de su nombramiento como arzobispo. En la mañana del 13 de octubre de 1164, luego de celebrar la misa votiva del primer mártir, San Esteban, el arzobispo, llevando en su mano la cruz metropolitana, se dirige al castillo del rey y denuncia la ilegalidad de aquel proceso. «Después de Dios, mi único juez es el Papa». Y a la madrugada siguiente, en simple hábito de monje, escapa a los emisarios del rey y embarca en Sandwich rumbo a Francia, hacia un destierro que durará seis años. El monarca inglés moviliza una intensa batalla diplomática a fin de distanciar del arzobispo —«el que fue arzobispo», dirá él— a Luis VII, rey de Francia, y al papa, Alejandro III. Pero ambos acogen al exilado con admiración y cordialidad, y la palabra de Becket causa profunda sensación en el Papa y los cardenales reunidos en Sens. Presa todavía de sus

remordimientos, Tomás pone su anillo en manos del Romano Pontífice y renuncia a la sede cantuariense; mas Alejandro le obliga a perseverar en su puesto.

Será ahora el monasterio cisterciense de Pontigny el marco de la vida más que nunca orante y sacrificada del ilustre prelado en exilio, y, al mismo tiempo, de su perseverancia en la lucha por los derechos de la Iglesia. De allí salen recias cartas a amigos y enemigos, reproches incluso al mismo Papa cuando Tomás estima su actitud demasiado condescendiente. Pero Enrique tampoco duerme, y pone en juego todos los recursos para rendir a su rival. Confisca sus bienes, destierra a parientes, amigos y siervos, previo juramento de que irán a visitarle a Pontigny. Pretende que el dolor de los suyos fuerce al arzobispo a modificar su actitud. Amenaza con apoderarse de todos los monasterios cistercienses en territorio inglés si la Orden sigue cobijando a su enemigo. Tomás se traslada ahora a una abadía benedictina y, nombrado legado a latere para Inglaterra, excomulga a varios obispos que se han puesto de parte del rey. Hierve un febril juego diplomático entre el Papa y los soberanos de Inglaterra y Francia. Dos entrevistas de Enrique con su antiguo canciller concluyen en fracaso. El Papa, que ha visto con claridad la mala fe del monarca británico, comienza a perder la paciencia, y se habla de poner en entredicho el reino de Inglaterra. Enrique, instigado por el temor, escenifica una reconciliación con el arzobispo, que tiene lugar en Normandía en julio de 1170. En realidad, nada ha cambiado, y la paz alcanzada es sólo aparente. Pero con ella se presenta a Tomás la oportunidad de regresar a su sede cantuariense

El camino desde Sandwich, en donde desembarca el 1 de diciembre, hasta Canterbury se ve cercado por el júbilo desbordante del pueblo, el pueblo fiel, sí. Pero no los otros. El príncipe heredero se niega a recibirle en audiencia, el hidalgo a quien Tomás reclama unas posesiones responde con el desplante y el insulto, los obispos exigen que les sea levantada la excomunión y por fin, despechados, apelan directamente al rey. Faltan pocas horas para la Nochebuena. En el Consejo real, reunido cerca de Bayeux la atmósfera está cargada de electricidad, mientras se acumulan los cargos calumniosos contra el arzobispo. Enri-

que II, en el colmo de su cólera, grita las palabras fatales: «¡Cobardes! Ese hombre a quien yo he vestido, y alimentado, y llenado de honores y riquezas se levanta contra mí, ¿y no hay ninguno de los míos capaz de vengar mi honor y librarme de ese cura insolente?» Amanece el día de Navidad. Mientras el arzobispo predica de Jesús que nace para morir y recuerda a San Elfegio, arzobispo de Canterbury y mártir, insinuando que el drama puede repetirse, cuatro caballeros del rey que han creído ver una orden en la airada queja de Enrique, navegan hacia Inglaterra, hacia Canterbury, por un mar con rumores de tragedia.

El arzobispo recibe noticia del inminente peligro. La noche del 28 a 29 será para él noche de vigilia y de oración del huerto. A las tres de la tarde los cuatro caballeros piden ser recibidos por el primado. Exigencias, acusaciones y amenazas tropiezan una vez más con la inquebrantable conciencia del deber de Tomás Becket. Los caballeros se retiran. Comienza a sonar el toque de vísperas y el arzobispo se encamina a la catedral como siempre, como si tal cosa. Pero todo Canterbury tiembla con siniestros presagios. Cuando el pequeño cortejo, con cruz alzada, penetra en el templo, se adivinan en la penumbra del claustro figuras de hombres armados. Los monjes cierran nerviosamente las puertas de la catedral, mas el arzobispo, increpándoles: «¡Fuera, cobardes! La iglesia no es un castillo», vuelve a abrirlas con sus propias manos. Luego comienza a subir pausadamente hacia el coro acompañado tan sólo de su anciano confesor, un monje y un clérigo de su servidumbre. En aquel instante irrumpen los caballeros del rey. «¿Dónde está Tomás, el traidor?» «Aquí estoy —es la serena respuesta—. No traidor, sino arzobispo y sacerdote de Dios.» Y desciende con grave lentitud hasta quedar entre los altares de la Virgen y San Benito. Intentan arrastrarle hacia la puerta, pero Becket los rechaza. Golpes sordos de espada y sangre en el rostro del arzobispo. Otro golpe, y Tomás cae de rodillas. En las bóvedas cuajadas de espanto resuenan sus últimas palabras: «Muero gustoso por el nombre de Jesús y la defensa de la Iglesia». Un golpe postrero le destroza el cráneo. Los asesinos, invocando el nombre del rey, escapan precipitadamente. Pocos minutos han bastado para

el sacrilegio. Al punto, grupos de fieles, consternados ante la magnitud del crimen, corren a la catedral y rodean silenciosos el cadáver que yace en el suelo, sin atreverse a tocarlo. Cuentan que en aquel instante una pavorosa tormenta descargó sobre Canterbury.

JORGE BLAJOT, SI

Bibliografía

L'HULLIER, A., *St. Thomas de Cantorbery,* 2 vols. (París 1891).
MORRIS, J., *The life and martyrdom of Saint Thomas Becket, archbishop of Canterbury* (Londres 1885).
SHEPPARD, J. C. B. (ed.), *Materials for the History of Thomas Becket, archbishop of Canterbury,* 7 vols. (Londres 1875).
SPEAIGHT, R., *Thomas Becket* (Londres 1938).
• Actualización:
DUGGAN, A., *Dios y mi ley. Vida y muerte de Tomás Becket* (Barcelona 2001).
FOREVILLE, R., *Thomas Becket dans la tradition historique et hagiographique* (Londres 1981).
KNOWLES, D., *Tomás Becket* (Madrid 1980).

SAN DAVID

Rey y profeta (Antiguo Testamento)

La personalidad y la semblanza de David es fascinante y poliédrica: el pastor que, siendo casi un niño, defiende su rebaño enfrentándose valiente contra las alimañas; el elegido por Dios entre ocho hermanos y ungido por Samuel; el tañedor de cítara y arpa en la corte del rey para alejar las sombras de la depresión de Saúl; el héroe popular que vence al gigante Goliat con la honda en duelo desigual; el fugitivo perseguido por la envidia de Saúl que quiere matarle y a quien más de una vez, teniéndole en la mano, le perdona, respetuoso, la vida; el rey aclamado primero en Judá y después sobre todas las tribus de Israel con una dinastía que perdura cuatro siglos; el pecador arrepentido de sus grandes crímenes; el salmista, teólogo y profeta, idealizado más y más hasta presentarlo como un rey «según el corazón de Dios, figura e imagen del futuro Mesías».

Sin duda, en la historia de la salvación es uno de los personajes de mayor relieve y significación, con Abrahán, el padre de

los creyentes, y Moisés, el caudillo liberador y guía del pueblo de Dios.

Uno de los títulos más repetidos en el evangelio para designar y reconocer a Jesús como el Mesías prometido, era llamarle «Hijo de David» (cf. Mt 9, 27; 1,1; 19,22; 20,30; 21,9.15, etc.). «Hijo de David», le llama San Mateo; le invocan los enfermos y le aclaman los niños y la muchedumbre, el domingo de Ramos en su entrada triunfal a Jerusalén.

David es el segundo personaje más citado por San Mateo y en el Nuevo Testamento aparece cincuenta y ocho veces mencionado su nombre.

Esta íntima vinculación con Cristo es lo que más destaca el *Martirologio romano* vigente, el 29 de diciembre, cuando dice:

> «Conmemoración de San David, rey y profeta, hijo de Jesé betleemita, quien encontró gracia ante Dios y fue ungido con el santo óleo por el profeta Samuel para regir al pueblo de Israel.Trasladó a la ciudad de Jerusalén el Arca del Señor y el Señor le juró que su descendencia permanecería para siempre porque de él nacería Jesucristo según la carne».

La abundancia de textos bíblicos, fuente para la historia de David, es prueba de la importancia singular que tienen los hechos recogidos de antiguas tradiciones muy variadas y no siempre fáciles de conciliar en la definitiva relación de los libros de Samuel, del primer libro de los Reyes y el primero de las Crónicas. También los profetas y los salmos nos hablan de David, que llega en su resonancia hasta la Escritura del Nuevo Testamento.

Esta riqueza de fuentes y datos bíblicos contrasta con el silencio sorprendente de la literatura extrabíblica. Sí es cierto que Flavio Josefo se refiere a David, pero todos sus datos proceden de la Biblia.

La vida y el reinado de David transcurren alrededor del cambio de milenio del siglo XI al siglo X a.C., aproximadamente desde el año 1030 al 971 en el que a David le sucede su hijo Salomón.

Es una etapa átona o vacía en la política de los grandes imperios de Egipto, Mesopotamia y Asiria. En un largo compás de silencio actúan, casi como solistas en suelo de Palestina, dos pueblos recientes que han pasado del nomadismo al asentamiento: Los israelitas, que moran más en las montañas, y los fi-

listeos procedentes de las islas griegas, que no son semitas y acampan en las costas disputándose mutuamente el territorio.

Iniciada la monarquía con Saúl para unir a las tribus confederadas, pero autónomas, sin más vínculos que los de la raza, la lengua y la religión, es David quien logra la unidad política y la seguridad derrotando a los filisteos y así aglutinando a todas las tribus. Las que antes fueron gobernadas autonómicamente por jueces carismáticos ocasionales, ahora, con la monarquía davídica, van a formar un solo reino con las fronteras más abiertas de su historia.

Como comprobación histórica extrabíblica, merece especial mención el reciente hallazgo arqueológico de una pequeña estela de basalto en Tel Dan, que nos ofrece la mención más antigua, hacia el 900-850, de la dinastía o casa de David en la línea 9 de su inscripción. Ya en la estela de Mesa, línea 31, algunos leían la misma expresión característica.

Las fuentes bíblicas, en sucesivas relecturas, han sufrido ampliaciones e idealizaciones teológicas y no se pueden interpretar con los rigurosos criterios de la historiagrafía moderna, pero sería injusto no reconocerles en sus distintos géneros literarios, las aportaciones tan valiosas que nos proporcionan para poder acercarnos a una personalidad tan rica y polifacética como la de David, entre la historia y la leyenda, la teología y el símbolo.

Las semblanzas e imágenes bíblicas de David nos ofrecen vivos contrastes y en ocasiones parecen irreconciliables. En el primer libro de las Crónicas, por ejemplo, se omiten intencionadamente todos los datos y rasgos que pueden parecer negativos, idealizando el recuerdo y la figura, cuando se escribieron ya después del destierro.

En otras fuentes, en cambio, se acentúan precisamente esos aspectos negativos y presentan al hombre David de manera más realista y descarnada. La gloria de su reinado flota en el panorama histórico de Israel y Judá como una edad de oro a la que se vuelven los ojos con nostalgia para proyectar la esperanza hacia el futuro en un nuevo David, el Mesías.

El libro de Samuel nos presenta a David joven: «Era rubio, de bellos ojos y hermosa presencia» (1 Sam 16,12) y nos cuenta cómo fue elegido por Dios y ungido en secreto por el profeta

Samuel, como prólogo al relato de su ascensión al trono. Era el más pequeño de los ocho hijos de Jesé, hijo de Obed y nieto de Booz y Rut la moabita. Estaba guardando el rebaño de su padre, asentado en Belén de Judá.

Pronto pasó a formar parte de la guardia personal de Saúl como su escudero, aliviando las crisis melancólicas del rey, al son de la cítara y participando con arrojo y valentía en la lucha constante contra el asedio de los filisteos.

El episodio más brillante, rayano en épica legendaria, fue la aceptación del desafío y la victoria sobre Goliat en duelo cuerpo a cuerpo con el gigante, armado con las nuevas invenciones de hierro, lanza y espada. La clave de su triunfo nos la dan las palabras de David al filisteo:

> «Tu vienes contra mí con espada, lanza y jabalina, pero yo voy contra ti en nombre de Yahvé Sebaot, Dios de los ejércitos de Israel a los que has desafiado. Hoy mismo te entrega Yahvé en mis manos, te mataré y te cortaré la cabeza [...] y toda esta asamblea sabrá que no por la espada ni por la lanza salva Yahvé, porque de Yahvé es el combate y os entrega en nuestras manos» (1 Sam 17,45-47).

David no quiso la coraza de Saúl ni su casco de bronce. Le bastó la honda con las piedras del torrente.

Con su heroísmo brillaba cada día más la estela de su popularidad, y con sus prendas personales se ganaba el cariño y la admiración de todos en la corte, hasta de los hijos del rey. Saúl le da a Mical por esposa y Jonatán será su amigo del alma siempre fiel.

La envidia y el mal espíritu anidaron en el corazón de Saúl, que en varias ocasiones intentó quitar de en medio a David, atravesándole con su lanza. Con la ayuda de Jonatán esquivó los golpes y las insidias y se vio obligado a huir de la corte y esconderse de las iras del rey que el perseguía.

Fugitivo por los despoblados, acaudilló una partida de guerreros mercenarios, como más tarde el Cid Campeador, desterrado. Está en contacto con los filisteos al servicio del rey de Gat, Aquis, que le pone al mando de Sicelag. Ocasiones tuvo en su huida y escaramuzas con Saúl de sorprenderle dormido, pudiendo haberle dado la muerte impunemente y habiéndole perdonado generosamente la vida (cf. 1 Sam 24 y 26).

El rey filisteo le confió la región amenazada por los amalecitas y otras tribus. Allí se ganó las simpatías de todos los clanes meridionales de Judá.

Aunque al servicio de los filisteos, nunca atacó a los israelitas, detalle que señala con relieve la Biblia (cf. 1 Sam 27,8-12; 29,1-11).

Cuando supo la derrota de Saúl en Gelboé, subió de su noble corazón a los labios, esta elegía emocionante y bellísima:

«La gloria, Israel, ha sucumbido en tus montañas.
¡Cómo han caído los héroes! [...]
Montañas de Gelboé: Ni lluvia ni rocío sobre vosotras,
ni seáis campos de primicias,
porque allí fue mancillado el escudo de los héroes.
El escudo de Saúl, no ungido de aceite,
¡mas de sangre de muertos, de grasa de héroes!
El arco de Jonatán jamás retrocedía,
nunca fracasaba la espada de Saúl.
Saúl y Jonatán, amados y amables,
ni en vida ni en muerte separados,
más veloces que águilas, más fuertes que leones»

«Hijas de Israel, por Saúl llorad,
que con púrpura os vestía y adornaba,
que prendía joyas de oro de vuestros vestidos.
¡Cómo cayeron los héroes en medio del combate!
¡Jonatán! Herido de muerte en las alturas.
Lleno estoy de angustia por ti, Jonatán, hermano mío,
en extremo querido» (2 Sam 1,19-27).

Aunque fue sincera y honda la aflicción de David ante el desastre de Gelboé, la muerte de Saúl y sus tres hijos facilitó su acceso y ascensión al trono. Primero fue la tribu de Judá, que ya le tenía por caudillo. La unción tuvo lugar en Hebrón el año 1010. Entre tanto, Abner, general de Saúl, había congregado las tropas dispersas en Transjordania. Y el hijo más pequeño de Saúl, Isbaal, fue proclamado rey por las tribus del Norte, aunque solamente duró dos años.

Las diferencias entre Judá y las otras tribus desembocaron en auténticas guerras que culminaron en Gabaón con el triunfo de David. Demostrada la incapacidad de Isbaal para gobernar,

aun con el apoyo de Abner, ambos fueron sucesivamente asesinados sin que David tuviera parte alguna.

Y entonces, dice el texto bíblico que vinieron a Hebrón todas las tribus de Israel y le dijeron a David:

> «Mira, hueso tuyo y carne tuya somos nosotros. Ya de antes, cuando Saúl era nuestro rey, eras tú el que dirigías las entradas y salidas de Israel. Yahvé te ha dicho: Tú apacentarás a mi pueblo Israel, tú serás el caudillo de Israel» (2 Sam 5,2-3).

Aunque efímera (pues se rompió a la muerte de Salomón) la unidad de todas las tribus del norte y del sur bajo el cetro de David, señaló una época de prosperidad y grandeza para el pueblo de Dios. David extendió sus fronteras, hizo vasallos y aliados a los pueblos vecinos y, sobre todo, venció definitivamente a los filisteos.

En medio del eclipse temporal de los grandes imperios, ocupados en sus problemas internos, pudo conquistar los últimos enclaves cananeos, Moab y Edom, con matanzas no exentas de crueldad y ciñó la corona de los amonitas. El pequeño imperio de David se extendía desde el Éufrates hasta Egipto.

Con gran acierto y estrategia política, después de conquistar Jerusalén a los jebuseos, la hizo capital política, militar y administrativa del reino y se llamó «la ciudad de David».

Excepcional importancia y significación religiosa tuvo el solemne traslado del Arca del Señor a la ciudad. Mandó construir una tienda de campaña como la que tuvieron los israelitas en el desierto y la colocó en la futura esplanada del templo. Allí instaló el Arca del Señor. Iba David, el rey, delante del Arca vestido con un traje de lino como el de los sacerdotes, tocando el arpa, danzando y cantando alabanzas sálmicas (cf. 2 Sam 6).

Con el traslado solemne Jerusalén se convierte también en la capital de un culto unificado por encima de los santuarios particulares. Quizá fue ésta la iniciativa más trascendental del reinado davídico, porque el símbolo del Arca vinculaba, a la nueva realidad política de la monarquía, las instituciones tradicionales (2 Sam 6,1-23).

En el libro primero de las Crónicas se idealiza y amplía esta dimensión davídica como si David fuera el fundador y organi-

zador del culto, en torno a su eje de concentración, el templo ansiado y preparado por él y edificado por su hijo Salomón.

Pero sin duda el acontecimiento central en toda la existencia y reinado de David es el episodio que le vincula con mayor relevancia a las promesas mesiánicas:

> «Cuando se estableció en su casa y Yahvé le dio paz de todos sus enemigos de alrededor, dijo el rey al profeta Natán: "Mira, yo habito en una casa de cedro, mientras que el Arca de Dios habita en una tienda de lona". Respondió Natán al rey: "Anda, haz lo que te dicta el corazón porque Yahvé está contigo"».

Pero aquella misma noche vino la palabra de Dios a Natán diciendo:

> «Ve y di a mi siervo David: Esto dice Yhavé: "Me vas a edificar tú una casa para que yo habite. No he habitado en una casa desde el día en que hice salir a los israelitas de Egipto hasta el día de hoy, sino que he ido de un lado para otro en una tienda, en un refugio. Yo te he tomado del pastizal, de detrás del rebaño, para que seas caudillo de mi pueblo Israel, he estado contigo donde quiera has ido, he eliminado de delante de ti a todos tus enemigos y voy a hacerte un nombre grande como el nombre de los grandes de la tierra. Fijaré un lugar a mi pueblo de Israel y lo plantaré allí para que more en él"» (2 Sam 7,8-10).
>
> «Yahvé te anuncia que te edificará una casa y cuando tus días se hayan cumplido y te acuestes con tus padres, afirmaré después de ti la descendencia que saldrá de tus entrañas y consolidaré el trono de su realeza [...] Yo seré para él el padre y él será para mí hijo. Si hace mal lo castigaré con vara de hombres y con golpe de hombres, pero no apartaré de él mi amor, como lo aparté de Saúl, a quien quité de delante de mí. Tu casa y tu reino permanecerán para siempre ante ti; tu trono estará firme, eternamente» (2 Sam 7,11-16).

La profecía se expresa en forma de contraposición: No será David quien edifique una casa (un templo) a Yahvé, que no se deja encerrar; eso lo hará Salomón, su hijo; sino que será Yahvé quien levante una casa (una dinastía) a David. La promesa se refiere esencialmente a la permanencia del linaje davídico sobre el trono de Israel más allá de su inmediato sucesor, Salomón. Pero el claroscuro de la profecía deja entrever un descendiente privilegiado en quien Yahvé se complacerá. Es el primer eslabón de las profecías mesiánicas repetidas por Isaías, Miqueas, Ageo, sobre el Hijo de David que en los Hechos de los Apóstoles (Hch

2,30) se le aplica a Cristo. Las promesas hechas a los patriarcas y a Moisés van a queda vinculadas a la dinastía, la casa de David. Y a ella queda vinculada la fidelidad inquebrantable e incondicional de Dios.

Tan fuertemente queda grabada en la conciencia colectiva del pueblo esta vinculación que en el reino de Judá la dinastía de David perdurará los cuatrocientos años de la monarquía sin que nadie e atreva a destronar al rey legítimo, no así en el reino cismático de Samaria. Cada vez que nacía un nuevo heredero renacían y florecían las esperanzas mesiánicas.

Y aparentemente frustradas con la caída de la monarquía y la ruina de Jerusalén, a la que los judíos consideraban inviolable por la Alianza incondicional de Yahvé, con todo la esperanza no se marchitó: los desterrados siguieron creyendo y esperando que Dios podía suscitar como un nuevo David, un Mesías que restableciera el reino.

Cuatrocientos años después de David, Ezequiel profetizó:

> «Yo suscitaré para ponérselo al frente un solo pastor que las apacentará, mi siervo David, él las apacentará y seré su pastor. Yo, Yahvé, seré su Dios, y mi siervo David será príncipe en medio de ellos» (Ez 34,23-24).

Evidentemente, no se trata de que David resucite, sino de que uno de sus descendientes establecerá una nueva era de paz definitiva. David, en la teología bíblica, va mucho más allá de sí mismo como figura y anticipo de Cristo. El NuevoTestamento ve en Jesús la realización en plenitud de las promesas davídicas. Como dice el evangelio según San Lucas:

> «Él será grande, se le llamará hijo del Altísimo; el Señor Dios le dará el trono de David su padre, reinará sobre la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin» (Lc 1,32-33).

No sería auténtica la semblanza del rey David si presentáramos únicamente sus hazañas militares, las victorias y el esplendor de su reinado, sus brillantes cualidades humanas y las virtudes del santo profeta, omitiendo o disculpando sus debilidades y sus grandes pecados. La Biblia no los disimula y nos presenta con realismo al pecador y al santo, por ejemplo, las crueldades que a veces acompañaron a sus victorias, como la conquista de

Edom arrasándolo y exterminando a todos los varones (cf. 2 Sam 8,13; 1 Crón 18,12-13).

Por ser tan belicoso y tener sus manos manchadas de sangre, no le permitió Dios levantar el templo, reservándolo a su hijo Salomón, rey pacífico.

Otro de los grandes errores y pecados de David fue la orden de hacer el censo de Israel y de Judá (cf. 2 Sam 24,1s). Desagradó mucho al Señor porque nacía de la ambición y autosuficiencia: quería sentirse seguro por sus propios medios sin tener que confiar en la ayuda divina.

Especial malicia encierran los pecados de David cuando intenta ocultarlos y engañarse a sí mismo con artimañas astutas que resultan una parodia del estilo mismo de Dios en el juego de las causas segundas. El adulterio consumado con Betsabé, la mujer de Urías el hitita, dechado de fidelidad y de honradez, agravado por todos los indignos procedimientos excogitados para ocultarlo, se agravó con el criminal asesinato de su vasallo a través de una carta traicionera llevada en mano por la inocente víctima al general Joab en el campo de batalla con esta consigna: «Poned a Urías en primera línea, donde la lucha sea más reñida y retiraos de detrás de él para que sea herido y muera» (2 Sam 11,15).

Murió, efectivamente, el hitita. Y, pasado el luto de Betsabé, David envió por ella y la recibió en su casa y la tomó por mujer (cf. 2 Sam 11,27). Es tremenda la ceguera de David pecador, capaz de cometer un crimen tan horrible a sangre fría para ocultar un adulterio infame.

Necesitó el profeta Natán mucho arrojo y fina pedagogía para despertar el noble corazón de David. Inventó la historia del pobre que sólo tenía una ovejuela, y un rico, dueño de muchos rebaños. David se indignó contra el rico que robó la única oveja del pobre y exclamó:

> «¡Vive, Yahvé! que merece la muerte el que la hizo. Entonces Natán dijo a David: "Tú eres ese hombre. Así dice Yahvé, Dios de Israel: Yo te he ungido rey de Israel y te he librado de las manos de Saúl. Te he dado la casa de tu señor y he puesto en tu seno las mujeres de tu señor; te he dado la casa de Israel y de Judá; y si es poco, te añadiré todavía otras cosas. ¿Por qué has menospreciado a Yahvé haciendo lo que le parece mal? Has matado a espada a Urías

el hitita, has tomado a su mujer por mujer tuya y lo has matado por la espada de los amonitas. Pues bien, nunca se apartará la espada de tu casa, ya que me has despreciado y has tomado la mujer de Urías el hitita para mujer tuya"» (2 Sam 12,1-10).

David, grande en sus pecados, supo también ser grande en su arrepentimiento sincero. Fue capaz de humillarse ante el profeta, reconocer y confesar:

«"He pecado contra Yahvé". Respondió Natán a David: "También Yahvé ha perdonado tu pecado; no morirás"» (2 Sam 12,13).

Tanto la tradición judía como la cristiana, presentan al rey David santo y pecador, como modelo de los penitentes arrepentidos, que si tuvo la debilidad de ofender, supo tener también la nobleza y la valentía de llorar y expiar sus pecados. Ambas tradiciones atribuyen a David la composición del salmo *Miserere,* que expresa magistralmente el arrepentimiento del hombre y la misericordia de Dios:

«Piedad de mí, oh Dios, por tu bondad,
por tu inmensa bondad borra mi delito.
Lávame a fondo de mi culpa,
purifícame de mi pecado» (Sal 51[50],3-4)

En los últimos años de David, se acumularon las sombras, los problemas y las desgracias, fruto, en parte, de sus debilidades. Su numerosa familia (diez esposas y diecisiete hijos varones) se enzarzaron en rivalidades y disensiones violentas y fratricidas, luchando por la sucesión.

El descontento de Judá, concretamente, de la antigua capital, Hebrón, abandonada por David, y la inquietud de las turbas del Norte deseosas de recuperar su antigua autonomía, encontraron aliento y caudillaje en las reiteradas rebeliones de Absalón. Este hijo de David, tan querido por él, se le parecía en su juventud llena de atractivo, como un retrato suyo. Pero no sólo cometió el fratricidio quitando de en medio a Amnón por vengar la violación de su hermana Tamar (2 Sam 13), sino que traicionó a su padre y, conspirando contra él en su propio palacio, se alzó en rebelión y se hizo proclamar rey en Hebrón. Llegó a conquistas Jerusalén. David tuvo que huír y refugiarse en el desierto para no caer en sus manos.

Cuando David llegó a Bajurín, una vez pasada la cuesta de los Olivos (cf. 2 Sam 5s), un episodio emocionante revela la madurez alcanzada por el rey penitente:

> «Un hombre de la misma familia que la casa de Saúl, llamado Semeí, hijo de Guerá, iba maldiciendo mientras avanzaba. Tiraba piedras a David y a todos los servidores del Rey, mientras toda la gente y todos los servidores se colocaban a derecha e izquierda. Semeí decía maldiciendo: "Vete, vete, hombre sanguinario y malvado. Yahvé te devuelva toda la sangre de la casa de Saúl cuyo reino usurpaste. Así Yahvé ha entregado tu reino en manos de Absalón, tu hijo. Has caído en tu propia maldad, porque eres un hombre sanguinario".
>
> Abisay, hijo de Sarvia, dijo al Rey: "¿Por qué ha de maldecir este perro muerto a mi señor el rey? Voy ahora mismo y le corto la cabeza".
>
> Respondió el Rey: "¿Qué tengo yo con vosotros, hijos de Sarvia? Deja que maldiga, pues si Yahvé ha dicho 'Maldice a David', ¿quién le podrá decir ¿por qué haces esto?"
>
> Y añadió David a Abisay y a todos sus siervos: "Mirad, mi hijo, salido de mis entrañas, busca mi muerte, pues ¿cuánto más ahora un benjaminita? Dejadle que maldiga, pues se lo ha mandado Yahvé. Acaso Yahvé mire mi aflicción y me devuelva Yahvé bien por las maldiciones de este día". Y David y sus hombres prosiguieron su camino, mientras Semeí marchaba por el flanco de la montaña paralelo a él; iba maldiciendo, tirando piedras y arrojando polvo» (2 Sam 16,5-13).

Sólo el general Joab, fiel a David, pudo aplastar la rebelión, acabando trágicamente con la muerte de Absalón, que causó vivo dolor inconsolable a su padre:

> «¡Hijo mío, Absalón, hijo mío, hijo mío, Absalón! ¡Quién me diera haber muerto en tu lugar, Absalón, hijo mío, hijo mío!» (2 Sam 19,1).

Más tarde hubo de sofocar la rebelión de Seba, que sublevó las tribus del Norte (2 Sam 20).

Por encima de todas estas desgracias y de intrigas palaciegas que dificultan la sucesión de Salomón, se alza la grandeza moral de David, su plena confianza en Dios, la que resuena constante en los salmos a él atribuidos. Elegido gratuitamente por Dios, le quiso un rey «según su corazón» (1 Sam 13,4) que confía en Dios más que en sus propias fuerzas y que hace de toda su vida un canto de alabanza.

Es el rasgo que más se acentúa en el elogio-resumen del Eclesiástico 47,1-11: «En todas sus acciones daba gracias al Altísimo, el Santo, proclamando su gloria. Con todo su corazón entonó himnos, demostrando el amor por su Creador».

El culto al santo rey David posee una riquísima iconografía muy variada con referencia al vencedor de Goliat *(David* de Miguel Ángel), al David cantor de los salmos con el arpa (Fachada de las Platerías en Compostela), y principalmente en el árbol de Jesé su padre, que aparece recostado en la parte inferior, y de su cuerpo florece el árbol frondoso de los ascendientes davídicos de Jesús (cf. Is 11,1-2). No faltan las imágenes de David penitente.

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

AA.VV., *Biblia y realeza* (Estella 1994).
GIBERT, P., *Los libros de Samuel y de los Reyes* (Estella 1984).
MARIANI, B., «David», en *Bibliotheca sanctorum. IV: Ciro-Erifrido* (Roma 1964) cols.490-502.
MARTÍN MORENO, J. M., «David», en AA.VV., *La parra y la higuera. Historias y personajes de la Biblia* (Madrid 2004) 103-122.
NOËL, D., *En tiempo de los reyes de Israel y de Judá* (Estella 2002).
Nueva Biblia de Jerusalén (Bilbao 1998) 1090-1091; 1373-1375.

BEATO JOSÉ APARICIO SANZ

Presbítero y mártir († 1936)

Nace el 12 de marzo de 1893 en Enguera (Valencia), hijo de Manuel Aparicio Sanz y Leonor Sanz Claumarchirant, y es cristianado al día siguiente con los nombres de José Manuel. Es un niño precoz, pues comenzó a hablar antes que supo andar, de temperamento pacífico. Su madre le enseñó algunas oraciones que repetía con claridad. De carácter sensible, una cualidad que le hace sufrir hasta en las ofensas más leves, y le acompaña toda su vida. Asiste al colegio de las hermanas mercedarias, situado a la entrada de la población, y continúa el bachillerato en los escolapios de Valencia. Decidido a seguir la vocación sacerdotal, los escolapios le fomentan y orientan en su piedad. Durante los recreos acude a menudo a rezar ante el sagrario, una de las ca-

racterísticas más singulares de su sacerdocio, ingeniando cada día nuevos medios de mortificación, en ocasiones con tal ímpetu que el confesor tiene que poner freno a su afán indiscreto. Reza a los pies de la cama, durante la noche, y cuida de su exterior con tal cuidado que le distingue de los demás compañeros.

Al termino de los estudios de segunda enseñanza ingresa en el colegio de San José de vocaciones eclesiásticas a una edad algo mayor que la de muchos compañeros, y por tanto tiene que aprender la disciplina de sus colegas. Sus naturales defectos se van corrigiendo, edificando por su sólida piedad, silencio y recogimiento: «Cosa más humilde y más mansa no vimos». Desde el primer día es modelo de recogimiento y compostura. Pasa después al seminario de Valencia como fámulo del señor rector, don Rigoberto Doménech, que fue arzobispo de Zaragoza, y estudia filosofía y teología, entregándose de lleno al estudio y la oración. Con frecuencia, se aísla de los demás y queda en silencio: «Sólo pierde el tiempo aquel que no se hace santo». Un anhelo de recogimiento espiritual le embarga, y quiere mantenerse en el deseo de la presencia de Dios. Recibe el diaconado y retirado de la gozosa celebración con sus condiscípulos, acude en íntima conversación al sagrario: «Mi alma, es un soplo amoroso que brotó del corazón de Dios».

Su deseo de santidad va parejo con el progreso en los estudios, obteniendo las máximas calificaciones. Por humildad renuncia a doctorarse, pues estaba óptimamente preparado para obtener los grados en teología: «Para mi alma cada vez siento más densa la atmósfera del mundo. Dios hace gustar sus consuelos al corazón que suelta los lazos que le atan a la tierra». Mortifica sus sentidos y todo aquello que puede redundar en aprecio y admiración de sus cualidades físicas, a pesar de la atención de su madre: «No hay que temer, la penitencia alarga la vida». Al cumplir veinte años se consagra a la Virgen, entregándose a ella como esclavo: «María, madre mía, tu bendición de Madre».

El 17 de junio de 1916 el venerable fray Luis Amigó, obispo de Segorbe, le ordena presbítero. ¡Gozo cumplido! Celebrará su primera misa el 20 del mismo mes en el templo parroquial de San Miguel Arcángel de Enguera, donde recibió la semilla de la

fe. Y bien pronto a su primer destino, como vicario de Benalí, un pueblo enclavado entre la sierra enguerina. Repara el templo parroquial y la casa abadía, organizando la vida espiritual de grandes y pequeños. Al año siguiente (1917) nuevo destino como coadjutor de la parroquia de Santa María de Oliva, en donde desarrolla una intensa actividad catequética, fomenta la devoción a los Jueves Eucarísticos, y durante la epidemia de gripe de 1918 —llamada coloquialmente *la cucaracha*— que hace estragos en la población, va de casa en casa, ayuda a bien morir a unos, consuela a otros, y en los corazones pone cercanía y amor de Dios. Su casa está abierta a todos, noche y día. Los feligreses le llaman «el santet».

En 1919, nuevo destino. Cura párroco de Benifallim, un pueblo de Alicante que pertenece a la diócesis de Valencia, Como quiera que «el sagrario es el centro de la parroquia» adquiere con la colaboración de todos uno nuevo para el templo parroquial; consagra la población al Sagrado Corazón de Jesús, y organiza una solemne fiesta con gran entusiasmo de los feligreses. Pronto tiene que preparar de nuevo la maleta. El 16 de octubre de 1921 toma posesión del curato de Luchente. Cuatro años de sacerdote, cuatro años de encargos: «la voluntad de Dios según se va manifestando». Para su temperamento y su conocido fervor eucarístico el prelado diocesano no pudo encomendarle un campo mejor. En la cima de uno de sus secos montes quiso Dios que ocurriera el admirable prodigio eucarístico cuyos Santos Corporales se veneran en Daroca. La constante preocupación por conseguir alcanzar la santidad llega a obsesionarle de tal manera que, bien en casa, o en los paseos vespertinos, se le oye repetir: «¡Quiero ser santo! ¡Quiero ser santo y nada más quiero!». El móvil de todos sus actos es la santidad, pidiendo al Señor que le permita andar deprisa por esos arduos caminos, que le disponga para que nadie ni nada «me estorbe en mi intento principal, sin carga de pensamientos de lo que ya pasó, sin detenerse». El espíritu le eleva, renovando a cada hora su entrega absoluta a la gracia, y hace crecer en su corazón los deseos de santidad, de abandono filial en las manos de Dios. Es el único negocio de su vida y se dedica constantemente entregándole sus afectos: «El corazón lleno de amor de

Dios abriga sus penas». Quiere estar enamorado de cuanto tiene que hacer y ejecutarlo con gusto «por amor pleno a Jesús». ¡Profunda y luminosa enseñanza de un alma enamorada de Dios! Un amor tan selecto y ferviente había de producir una hoguera enamorada en su corazón: «Me hubiera puesto a predicar en medio de una estación de trasbordo para llevar almas a Cristo. ¿Qué hacer? [...] Quisiera ser el apóstol de vuestro amor, para tantos aún desconocido».

En ocasiones parece estar ausente y lejano de cuanto le rodea, porque su intensa vida espiritual le hace retraído, parco en conversaciones, pero «causaba respeto y atraía [...] al verle tan comedido, era ver a un santo que no pierde la presencia de Dios». Sin llamar la atención, su vida interior, por intensa y profunda que fuera, se debe a las almas, y por eso debe «llevar vida de riguroso incógnito», y se lamenta de aquellos sacerdotes con cargo parroquial que no profesan bien en su vida interior. En la oración recibe luces clarísimas de Dios, que le guían para acertar en su apostolado de las almas que se le han confiado, y para la santificación de la suya propia. Sus aciertos en la dirección de las almas y el elevado grado de santidad que alcanza son frutos conseguidos con la oración: «Siento necesidad de orar de noche, junto al sagrario». En esta quieta y tranquila oración nocturna el alma se encuentra a solas con Dios. La oración le transfigura en cuerpo y alma: «Era tal el recogimiento y manera que tenía de abrir el Sagrario, que siempre pensaba al verlo: ¡Ahí está Dios!».

Profesa un ardiente amor a la Eucaristía y se entrega totalmente al amor y culto de Jesús sacramentado, él era quien recibía cada día en el sagrario la primera y última visita. En las parroquias donde estuvo fundó asociaciones eucarísticas e instituyó las solemnes «cuarenta horas». Prepara con singular entusiasmo a los niños para la primera comunión, y culmina su ofrenda con el ofrecimiento de sí mismo al entrar en la Congregación Sacerdotal de Misioneros Eucarísticos (1922). Cuando en Luchente se enteraron de que su cura se iba a dar misiones por los pueblos, una comisión se desplazó a la curia diocesana pidiendo que el arzobispo Reig y Casanova lo impidiera. Se quedó, resignado. Desde ese momento se consagra por entero para

hacer de Luchente un pueblo de la Eucaristía. En el propio lugar donde la tradición señala el milagro eucarístico se construyó en el siglo XIV el convento de Corpus Christi, de frailes de la Orden de Santo Domingo —el *Mont Sant de Llutxent*—, bastante olvidado en su tiempo. Quiere devolverle un lugar en la devoción diocesana, y promueve la Hermandad del Santo Misterio, erigida canónicamente. La primera vez que sube en procesión al Monte Santo (6 de julio de 1922) —fiesta local de la Aparición de la Santa Cruz—, al llegar al camino empedrado se descalza, entrega los zapatos a un seminarista y sube con los pies descalzos. En los aniversarios del milagro participan asociaciones eucarísticas diocesanas, y en 1925 la Adoración Nocturna celebra aquí la vigilia diocesana. En 1928 consigue que participen miles de personas: «¡Más! ¡Más! ¡No hay bastante!». Su corazón es como el océano, y para la gloria de Dios nunca hay bastante. Consigue renovar el culto en la iglesia del abandonado convento e imparte ejercicios espirituales a sacerdotes y seglares. Su fama de santidad y de buen director de conciencias llegó lejos. Aunque tuvo que regresar al punto de partida. Así son las cosas. El año 1930 le trae un nuevo encargo: cura arcipreste de Enguera, su pueblo natal. Le esperan con los brazos abiertos. Y llega la hora de emprender el apostolado parroquial más intenso en lo espiritual y lo social. Se va a dedicar por completo a las almas, pero atendiendo a todas sus complejas necesidades. En unos ejercicios espirituales a los filósofos del seminario dice:

> «El sacerdote es el Heraldo del Gran Rey, el guardián del Cristo sacramentado y el santificador de las almas. Soy una semilla, soy una esperanza; soy una misión, porque soy sacerdote».

El catecismo de Enguera servirá de modelo en toda la diócesis.

> «¡Qué horas santas más felices en aquellos primeros jueves de mes! ¡Qué pláticas mas juiciosas en los ejercicios espirituales dedicados al Corazón de Jesús! Fue un místico y un asceta, su cara tenía el color de la oración y el ayuno».

Está convencido de la bondad del Señor y así lo pregona con palabra ardiente y poética. Tiene tacto para enseñar el modo de hacer todo lo ordinario con espíritu sobrenatural.

Organiza círculos de estudio para los jóvenes en la abadía, que suspende al comenzar el año 1936 para evitar falsas interpretaciones: «¡Almas, Señor, almas! Tantas almas cuantas gotas de sangre llevo en mis venas». Enguera se halla en terreno óxido y poco fácil y vive muy alejada de la Iglesia. Difícil empresa la de ahora. Pero no se desanima. Los niños, primero. Sabe recibir y sufrir las contrariedades y las ofrece a Dios, aceptándolas como venidas de su divina providencia. En los primeros viernes de cada mes se enardece, haciendo participar a los niños, a los que les regalaba misalitos y devocionarios. Funda las ramas de Acción Católica de mujeres y jóvenes. No para.

A pesar de las dificultades que se le ofrecen y que las autoridades locales le ponen en 1936, él continúa en su puesto. No se desanima, pero siente en su corazón la tristeza de cuanto ocurre. Prevé que después de la persecución lucirá más esplendorosa la luz de Dios. Discretamente va ocultando diversos objetos de culto: «Para ser mártires hay que aceptar la muerte, sin defendernos, como venida de la voluntad de Dios». Le aconsejan que se oculte, pero no lo acepta. Al incautarse las autoridades del templo parroquial celebra en la iglesia del antiguo convento. El 2 de agosto se produce la quema y destrucción de cuanto contenía el templo parroquial enguerino, incluida la extraordinaria imagen de San Miguel el Grande, entallado en 1754 por Ignacio Vergara. Lo expulsan de la abadía y se traslada a casa de una prima suya. Se recluye discretamente, pero no se oculta, ni deja de vestir la sotana: «Quiero ser víctima con mi sotana». Estaba tranquilo, aunque tenía la convicción de que no se salvaría. Esperaba resignado que se cumpliera la voluntad de Dios.

El 11 de octubre es detenido por unos milicianos en casa de sus familiares. Entrega su rosario a su hermana y con ánimo tranquilo se pone en manos de sus perseguidores. Aquel mismo día le llevan junto con otros paisanos al seminario de Valencia, convertido en cárcel. Al amanecer del día siguiente, al Gobierno Civil, y de allí, a la Cárcel Modelo. Durante el tiempo que permanece en la Modelo, unos dos meses, apenas se le veía. Recogido siempre en continua oración. En su celda se halla también don Enrique Juan Requena, uno de sus vicarios. Sufre interiormente mucho. Su hermana Leonor hace cuanto puede por

lograr su libertad, pero no lo va a conseguir. El 29 de diciembre le llaman. Aún se encontraba en la cama, le ayudan a vestir, pide al padre franciscano fray Lorenzo que le absuelva. Y junto con otros detenidos es martirizado en el Picadero de Paterna. Es enterrado en el cementerio de Valencia. El 14 de julio de 1940 sus restos son trasladados a Enguera, recibiendo sepultura en el templo parroquial a los pies del sagrario. El amor de los amores, a quien amó apasionadamente. El 14 de julio de 1961 el Ayuntamiento le nombra «Hijo ilustre» y coloca su retrato en la «Galería de Hijos Ilustres», en 1963. El Santo Padre Juan Pablo II lo declara beato el 11 de marzo de 2001, junto con otros 232 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

ALVENTOSA GARCÍA, R., *Mártires de la fe. Héroes de la patria. Don José Aparicio y Sanz, arcipreste de Enguera* (Valencia 1940).

CONGREGATIO DE CAUSIS SANCTORUM. P.N. 1267. Valentina. *Beatificationis seu declarationis martyrii servorum Dei Joseph Aparicio Sanz et LXXIII sociorum sacerdotum dioceesanorum laicarum et laicorum ex Actione Catholica in odium fidei, uti fertur, interfectorum († 1936). Positio super martyrio* (Roma 1999).

ZAHONERO VIVÓ, J., *Sacerdotes mártires (archidiócesis valentina, 1936-1939)* (Valencia 1952) 311-313.

BEATO JUAN BAUTISTA FERRERES BOLUDA

Presbítero y mártir († 1936)

Nace en Olleria (Valencia) el 27 de noviembre de 1861, hijo de Juan Bautista Ferreres Mompó y Vicenta María Boluda Bru, recibiendo las aguas bautismales al día siguiente en el templo parroquial de Santa María Magdalena. Su padre era médico de profesión, y su familia, muy religiosa, procede de la huerta de Valencia. Hasta cerca de los 16 años, después de la enseñanza primaria, se dedica al trabajo del campo. Participa en un certamen literario de carácter religioso que se celebra en su pueblo, y un miembro del tribunal observa el gusto especial del muchacho, y su talento, y cree que debería estudiar. Se decide por la vocación sacerdotal. En 1877 ingresa en el Seminario de Valen-

cia, y al año siguiente obtiene una beca en el Colegio Mayor de la Presentación y Santo Tomás de Villanueva, donde tiene que compartir las clases con alumnos más jóvenes que él, de quienes llega a ser amigo y consejero. Crece en conocimientos intelectuales y en grandeza de corazón, dejando excelente impresión entre sus compañeros. En 1887 recibe el orden de presbítero, y su primer y único encargo, vicario de la parroquia de Albaida, pues al poco tiempo decide ingresar en la Compañía de Jesús. El 30 de junio de 1888 inicia el noviciado en el monasterio de Veruela (Zaragoza). Cumplido el tiempo de la probación, emite los primeros votos y, según prácticas habituales de la Orden, pasa a repasar sus estudios de letras y filosofía, concluido el cual hace lo propio con la teología en el Colegio Máximo de Tortosa, estudios que simultanea con la licenciatura en Filosofía y Letras en la Universidad de Zaragoza, obteniendo le calificación final de sobresaliente.

Desde 1894 hasta 1899 se ocupa en la docencia en colegios de segunda enseñanza en Zaragoza y Orihuela, dejando la impronta de su capacidad intelectual, alabada por todos. Competente y claro en sus explicaciones, amable en el trato con todos, y una atrayente piedad, ejerce una fructífera atracción en sus alumnos, y logra alguna vocación religiosa para la Compañía.

Terminando este período de docencia pasa a Manresa y Tortosa para acabar el llamado período de formación jesuítica con la Tercera Probación, y su incorporación definitiva a la Orden. En Tortosa emite su profesión solemne el 15 de agosto de 1900. Marcha a Roma y forma parte de la Comisión que debe revisar el derecho del Instituto. Se va a consagrar a la docencia, formando sacerdotes en la moral y el derecho canónico, con toda la competencia que tiene demostrada. También se dedica a la investigación y publicación de obras. Atiende a las consultas que se le ofrecen, y en 1918 marcha de nuevo a Roma, en donde permanece hasta 1924. Como profesor sus explicaciones son nítidas, competentes, amenas «sabía la moral a la perfección», entusiasmando a los alumnos, aunque para otros era «un poco rigorista». Pero unos y otros coincidían en señalar que «estaba siempre a disposición de quien lo requiriera». Se preparaba

las clases concienzudamente, a pesar de su enorme trabajo, como buen estudioso. Siempre dentro de la más pura ortodoxia. Obras como el *Compendium theologiae moralis* o el *Epítome de teología moral* fueron textos en las facultades o seminarios, y alguno de ellos también en las universidades españolas. Su capacidad de estudio y trabajo se comenta con admiración y extrañeza entre el alumnado. En sus paseos vespertinos le acompaña un amanuense, que escribe sus reflexiones sobre el tema que lleva entre manos.

Estos profundos conocimientos de moral y derecho canónico son el motivo por el cual es consultado, interviniendo en cuestiones importantes para la Iglesia y para la Compañía de Jesús. Toma parte en la codificación del Código de Derecho Canónico, «trabajando intensamente con el cardenal Gasparri». Era una cosa notable el número de cartas que recibía, quien puede considerarse «uno de los hombres más eminentes de su tiempo. Cábele la gloria de haber sido el instaurador del estudio de la Teología Moral en España, América y Filipinas». Si los mejores aplausos los obtiene como docente de sus alumnos, los testimonios sobre su vida religiosa aportan los mismos reconocimientos. Excelente religioso, muy buen compañero, nada soberbio, serio y formal. No le gustaban las críticas y murmuraciones. Nada exigente en las comidas. Vive con suma pobreza, dando ejemplo en todo, y no era amigo de alabanza: «Todo para la gloria de Dios». En sus panegíricos y sermones de los que se conservan dos tomos, destaca particularmente su fervor y devoción. Declamaba «con mucho sentimiento» y algunos lo califican de orador «elocuentísimo». El sermón predicado en Barcelona el 8 de diciembre de 1904, en honor de la Inmaculada Concepción, «se hizo célebre». Considerado un sabio con reconocimiento internacional, doctor y catedrático de Teología Moral por la Pontificia Universidad Gregoriana, fue una lumbrera, cuya luz llegó a los confines de la Iglesia universal. Sus libros adquirieron merecida fama y eran cita obligatoria. Varias generaciones de moralistas bebieron de sus libros y atendieron su parecer en las disputas. En los enfrentamientos puntuales de dos principios era buscado con gran respeto. Sin duda alguna, fue uno de los hombres influyentes de la Iglesia contemporánea.

La disolución de la Compañía de Jesús en 1932 le cogió en Sarriá (Barcelona), y allí empezó su calvario. Fue de casa en casa, siempre resignado, escondiéndose y sufriendo diversos registros, encarándose con su claridad intelectual con lo evidente: «¡Ojalá hoy mismo esté ya en el cielo después de dar la vida por nuestro Señor!». Dada su edad, 75 años, ser diabético, amén de otros achaques, permanece en España. Al conocerse el asesinato del padre Cots el 21 de julio de 1936, que venía haciendo de superior del piso en donde se hallaba el padre Ferreres, cambió de domicilio, permaneciendo aquí hasta el 10 de agosto. Celebra a diario la misa en un oratorio cercano. Mantiene la paz interior, soportando los registros de los milicianos con entereza: «Se sentía decidido ante los peligros y deseaba ser mártir por Cristo con verdaderas ansias».

El 9 de agosto nuevo registro a las dos de la madrugada, le detienen y llevan al control del Passeig de Sant Gervasi, devolviéndolo al poco tiempo: «No profirió palabra alguna en defensa propia, ni contesto nada de lo que se le pedía». Acusado falsamente de haber disparado contra el pueblo, al día siguiente se refugia en el sótano de la casa de un antiguo criado del colegio de Sarriá. Así las cosas, el hermano Fábregat que le tiene a su cuidado consulta con el padre Juan Guim si sería más conveniente que se marchara a su pueblo natal, y así lo resuelven. Obtenido un pasaporte, llega a Olleria el 12 de agosto, acogiéndose en casa de su hermano José María, donde permanecerá hasta el 19 del mismo mes. Este día los milicianos lo llevan ante el comité para declarar: «Allí abusaron de su ancianidad y le amenazaron con una pistola». Regresa a su casa, y ponen un miliciano a la puerta; otro día queman allí mismo los libros suyos que le había regalado a su hermano, con las imágenes y objetos religiosos de la casa. El sábado 29 de agosto vuelven a detenerlo y en compañía de su hermano llega a San Miguel de los Reyes, convertido en prisión, pero debido a su estado lo ingresan en la enfermería.

A su lado, un padre claretiano, Modesto Jorcano, le confiesa, y unos buenos compañeros no le dejan solo un instante, a ellos les dice: «Quizas un día en esta cárcel nos valga más ante Dios que toda la vida religiosa». Ecuánime, con ánimos de martirio,

animaba y consolaba a todos, llevando los sufrimientos de la cárcel con mucha paciencia. Se levantaba pronto, no quería que se le ayudase, para no molestar, pero agradecía mucho cuando se le prestaba, y mucho más cuando por la enfermedad comenzaron a salirle llagas en diversas partes del cuerpo. El «Dios se lo pague» estaba siempre en sus labios dirigido al dilecto enfermero Juan García, futuro sacerdote diocesano, admirado, pues «nunca hizo un gesto de desaprobación ni de queja cuando le curaba, a pesar de sus dolores». Era grande su oración «siempre rezando». Ansiando comulgar, «es la mayor alegría que me podrían dar».

No se quejaba de los carceleros, ni hablaba mal de los revolucionarios. Su vida en la prisión fue intensamente espiritual, dócil a la voluntad de Dios. Consejero eficaz, responde siempre con afecto a las muchas consultas que se le hacen, «que aclaraba con sencillez y precisión». Entró enfermo y aumentaron sus dolores. Su resignación en la voluntad de Dios y su serenidad edificaban a todos, y esto último admira y atrae las simpatías de los funcionarios.

A base de nudos en un cordel repasa el Rosario, siempre con frío en los huesos:

> «¿A que no sabéis para que nos ha metido Dios Padre en esta cárcel? [...] Pues para que saquemos unos títulos que no saben dar las academias [...] la licenciatura o el doctorado de mártires. Si, hijo, para conocer más y mejor lo bueno que es nuestro Padre Dios no hay como vernos aquí hundidos en la cárcel».

El día de la Inmaculada sufre un ataque de hemiplejia y debe permanecer en el catre, y su cuerpo empieza a sufrir aún más. Le preguntan si sufre mucho. «Mucho sí, pero todo es poco para ofrecerlo al Señor para que salve a España». Dos días después le traen la comunión, escondida en un estuche usado de papel de fumar fabricado en Alcoy, por todos conocido. Se confiesa, comulga tumbado en la cama: «¡Ya soy feliz! ¡Ya pueden matarme!» Un hermano suyo pretende llevárselo a su pueblo natal, pero no lo consigue.

En varias ocasiones los milicianos pretenden llevárselo y liquidarlo, pero su mal estado lo ha impedido siempre. No se sostiene en pie. Pero, al fin, tampoco eso les importa. En una

calculada operación deciden cargarlo a un jergón el atardecer del 21 de diciembre. Exigen al director de la cárcel que se lo entregue. Entre cuatro lo sacan e intentan introducirlo en el coche, pero tienen que rendirse a la evidencia, pues las dimensiones del automóvil no permiten cargar con todo: «Quédate ahí, perro. Es lo mismo. Le pegaremos un tiro mañana», le dicen sus enemigos.

No volvieron hasta ocho días después. Ya había muerto. Le devuelven a la enfermería. Pudo comulgar también el día de Navidad, agravándose en la noche del 28 de diciembre, y entrega su alma a Dios la media mañana del día 29 de diciembre: «Señor mío, Padre mío, en tus manos encomiendo mi espíritu». Fue la muerte del justo, devotamente rodeado de todos los que le querían. Su cadáver fue expuesto en el sótano por donde pasaron todos para verle y rezarlo, y «pedían reliquias suyas, pues le tenían en muchísimo aprecio». Sus compañeros de la prisión reunieron dinero para que tuviera una «caja» digna, pero el director de la cárcel no lo permitió: «Gracias que lo enterramos en caja», les dijo. Recibió sepultura en el cementerio general de Valencia. El 25 de marzo de 1940, identificados sus restos, se inhumaron en el panteón de la Compañía de Jesús.

En 1952 se abrió el proceso ordinario informativo de la Causa sobre la declaración de martirio de diversos jesuitas *in odium fidei* el año 1936.

«El caso del padre Juan Bautista Ferreres Boluda, SI, merece una consideración especial. Si bien él no fue asesinado directamente por sus carceleros o perseguidores, es claro que fue arrestado *in odium fidei,* y que murió a causa de los malos tratos recibidos por haber sido fiel a Cristo y a la Iglesia hasta el final. Esto justifica que sea declarado mártir de la fe».

El 20 de diciembre de 1999 el papa Juan Pablo II aprueba el martirio de este extraordinario jesuita, que es beatificado el día 11 de marzo de 2001, junto con otros 232 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939. Por su parte el ayuntamiento de Olleria le ha dedicado una avenida.

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

ADRO, X., SI, *Jesuitas mártires* (Esin 1997) 599-609.
BATLLORI, M., *Los jesuitas en el Levante rojo: Cataluña y Valencia, 1936-1939* (Barcelona 1941) 145-147.
SANABRE SANROMÁ, J., *Martirologio de la Iglesia en la diócesis de Barcelona durante la persecución religiosa, 1936-1939* (Barcelona 1943) 433.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

BEATO GERARDO CAGNOLI

Religioso († 1343)

Gerardo Cagnoli nace en Valenza, Italia, hacia 1267 en el seno de una noble familia. Huérfano de padre a los diez años de edad, tuvo también a su madre enferma muchos años, y la obligación de estar a su lado y cuidarla le impiden seguir su decidida vocación religiosa. Una vez muerta su madre, se desprende de los muchos bienes heredados y visita devotamente los santuarios de Italia, llevando una vida austera y penitente, decidiéndose por la vida eremítica en las laderas del Etna. Pero, cuando teniendo ya cuarenta años, oye hablar de la santidad de San Luis de Tolosa, el joven obispo franciscano entonces recién canonizado, se enciende en él el deseo de profesar también la regla franciscana y entra, el año 1308, en el convento de Randazzo profesando como hermano lego. Es destinado al convento de Palermo, que será el teatro de sus virtudes religiosas. Se le asigna el oficio de portero, en el que tiene oportunidad de recibir y atender a los pobres, lo que hace con el mayor amor, y muy pronto se le empiezan a atribuir numerosos milagros que avalaban a los ojos de los fieles la fama de santidad que le rodeaba, por su humildad, su caridad, su paciencia y todas sus virtudes. Permitió el Señor que experimentase en su alma fuertes tentaciones que venció sobre todo por su acendrada devoción a la Virgen María. Entregó su espíritu al Señor el 29 de diciembre de 1343 y enseguida comenzó a dársele culto popular, que fue confirmado por el papa San Pío X el 13 de mayo de 1908.

BEATO GUILLERMO HOWARD

Mártir († 1682)

Nace en Londres en 1614, nieto de San Felipe Howard —cf. biografía el 19 de octubre—, conde de Arundel, y es educado en la religión católica. Contrajo matrimonio con María Stafford. Reivindicó los bienes de sus antepasados y logró ser admitido en la Cámara de los Lores. Militó en el ejército de Carlos I, del que fue un súbdito honesto y leal. Pero como su catolicismo le impedía participar en los asuntos públicos, se retiró a su casa y se dedicó a la educación de sus hijos y la administración de sus bienes. Así pasaron años hasta que, restaurada la monarquía, Titus Oates se inventó una conspiración católica contra el rey, siendo Guillermo uno de los acusados. Sin prueba alguna fue arrestado y encarcelado en la Torre de Londres el 25 de octubre de 1680. Dos años más tarde fue llevado a juicio, siendo acusado de organizar una rebelión contra el rey, de querer masacrar a los principales jefes del país y urdir el asesinato del propio monarca. Se defendió Guillermo de todas las acusaciones e hizo ver que la razón de las acusaciones era el odio al catolicismo. Por 52 votos contra 31 se decidió su culpabilidad. Devuelto a la Torre, pasó los días siguientes en la plegaria. El 29 de diciembre de 1682 una gran muchedumbre acudió a presenciar su decapitación, siendo muchos los convencidos de su inocencia. Fue beatificado el 15 de diciembre de 1929 por el papa Pío XI.

BENEDICTA HYON KUONG-NYON, PEDRO CHOE CHANG-HUB, BÁRBARA CHO CHUNG-I, MAGDALENA HAN YONG-I, ISABEL CHONG CHONG-HYE, BÁRBARA KO SUN-I, MAGDALENA YI YONG-DOG

Mártires († 1839)

En Seúl fueron decapitados por su condición de cristianos el 29 de diciembre de 1839 siete fieles: seis mujeres y un hombre. El lugar de su ejecución fue la llamada Pequeña Puerta del Oeste. Y damos aquí los datos personales de cada mártir.

BENEDICTA HYON KUONG-NYON nace en Seúl el año 1794 y era la hermana mayor de San Carlos Hyon Song-mun —cuya biografía tiene el lector el 19 de septiembre—. Hija de padre católico de la primera hora, de él recibió la primera educación cristiana. Su padre muere mártir en 1801. Su familia se trasladó a vivir en Kumsong, en la provincia de Kangwon, y luego a Tognae, en la provincia de Kyongsang. Posteriormente volvió la familia a Seúl. A los 17 años se casó con un hijo de un mártir, pero a los tres años su marido murió sin que hubieran tenido hijos. Vuelve con su familia y decide vivir como una cristiana muy activa, ayudando a su hermano Carlos en sus estudios. Rezaba cada día con su madre y su hermano y daba magníficos consejos a los cristianos que la visitaban. También daba catecismo a los cristianos poco instruidos, animaba a los paganos a hacerse cristianos y visitaba a los enfermos y bautizaba a los niños en trance de muerte. Recibió con gran gozo la llegada del sacerdote chino P. Yu, de cuya casa se encargó y con el que colaboró en las actividades de las mujeres cristianas. Cuando luego llegó el P. Maubant con el que el sacerdote chino no se entendió, Benedicta intentó atender a ambos con igual dedicación. Posteriormente llegaron el P. Chastan y el obispo Imbert. Y en 1839 comenzó una nueva persecución. Benedicta supo que ella estaba en la lista de los cristianos denunciados. Ella tomó precauciones para no ser reconocida, sin embargo, en julio fue arrestada. Debió comparecer ante el magistrado y fue torturada horriblemente en orden a conseguir su apostasía y a sacarle el paradero de su hermano en orden a capturar a los misioneros extranjeros. Torturada en público ocho veces y torturada en privado hasta veinte veces. Permaneció muy firme y soportó todos los tormentos. Los misioneros fueron capturados y ejecutados el 21 de septiembre. Mientras tanto Benedicta permaneció en la cárcel hasta que el 30 de septiembre fue llevada al Ministerio de Justicia y no fue hasta un mes más tarde cuando se la interrogó por primera vez, declarando su disposición a morir por Dios. Estaba muy enferma y tenía el cuerpo en pésimas condiciones cuando le llegó la sentencia de muerte. Pudo escribirle una carta a su hermano consolándolo y animándolo. Su rostro irradiaba felicidad cuando fue sacada de la cárcel y subida al carromato que la llevó al lugar del suplicio.

PEDRO CHOE CHANG-HUB nace en Seúl el año 1787 y era el hermano menor del mártir Juan Choe Chang-hyon que dio la vida por la fe en 1801. Por sus estudios pudo trabajar como funcionario para el gobierno. Su padre murió cuando tenía 13 años y su hermano fue martirizado poco después, y por ello él tenía poco conocimiento de la fe cristiana, y lo mismo la joven con la que contrajo matrimonio, la futura mártir Santa Magdalena Son Sobyog —cuya biografía tiene el lector el 31 de enero—. Una conversación que escuchó le animó a profundizar en su fe pero no sin miedo por las posibles persecuciones. La epidemia de cólera de 1821 le hizo plantearse más seriamente el tema del sentido de la vida. Él y su esposa se decidieron por recibir el bautismo y asimismo bautizaron a sus once hijos. De éstos morirían hasta nueve los siguientes años. Cuando llegaron los misioneros recibieron los demás sacramentos. Pedro colaboraba con entusiasmo en la actividad de la comunidad cristiana. Llegada la persecución se refugió con su mujer en la casa de su yerno, pero en mayo de 1839 toda la familia fue arrestada. Pedro confesó la fe valientemente y soportó los tormentos como penitencia por sus pecados. Trasladado luego al Ministerio de Justicia, debió soportar muchos malos tratos hasta que le llegó la condena a muerte y el martirio.

BÁRBARA CHO CHUNG-I nace en Ichon, provincia de Kyonggi, el año 1782, hija de un cristiano llamado Francisco. A los 16 años contrajo matrimonio con el futuro mártir San Sebastián Nam I-gwan —cuya biografía tiene el lector el 26 de septiembre—, y se les murió el primer hijo. En la persecución de 1801 su esposo fue desterrado, su padre y su suegro fueron martirizados. Ella permaneció en Seúl hasta que hubo de irse con su abuelo y hermano menor, y al morir el abuelo se ganó la vida echando horas de trabajo para otras familias. Su religiosidad se vino abajo en estos años de separación de su esposo. Pero en 1811 una familia católica de Seúl la invitó a irse con ella y allí la fe de Bárbara se hizo más viva y dio sus ahorros para facilitar la llegada de un sacerdote a Corea. En 1832 volvió su esposo del destierro y su encuentro con él estuvo lleno de una indecible emoción. Ella y su esposo albergaron al P. Yu cuando llegó a Corea desde China. Visitaron a los cristianos de los alre-

dedores y animaron a todos en su fe. Ellos recibían en su casa a los cristianos venidos de fuera y que no tenían dónde hospedarse. Llegada la persecución su esposo fue arrestado, juzgado y condenado a muerte y ella supo su muerte martirial el 19 de agosto de 1839. Arrestada, fue torturada de manera seguida y cruel, pero no se vino abajo en su confesión de la fe. Llevada al Ministerio de Justicia, fue finalmente condenada a muerte y decapitada el 29 de diciembre de aquel año tras seis meses de cárcel.

MAGDALENA HAN YONG-I nació en Seúl el año 1783 en el seno de una familia pagana. En su primera juventud contrajo matrimonio con Kwon Chin-sa, acreditado profesor y calígrafo. Por sus estudios llegó al conocimiento del cristianismo y atrajo a él a su mujer, muriendo no muchos años después de su matrimonio. Para mejor conocer el cristianismo y ser introducida en la Iglesia ella y su hija, la futura mártir Santa Águeda Kwon Chi-ni —cuya biografía tiene el lector el 31 de enero—, se fueron a vivir con una familia católica, experimentando la pobreza y falta de medios, y más tarde se fue a vivir a la casa de San Pablo Chong Ha-sang —cf. biografía el 22 de septiembre—. Llegada la persecución de 1839 fue arrestada y llevada a la cárcel. Interrogada y torturada cruelmente permaneció firme en la fe. Luego de un largo período de cárcel fue condenada a muerte.

ISABEL CHONG CHONG-HYE había nacido en Majae, provincia de Kyonggi, el año 1797, hija de Santa Cecilia Yu So-sa (cf. biografía el 20 de septiembre) y hermana de San Pablo Chong Ha-san, ambos mártires, y él uno de más distinguidos abanderados del cristianismo en Corea. Su madre era la segunda esposa de Agustín Chong Yak-jong, quien fue decapitado por la fe en la persecución de 1801 y dejó así a sus hijos este ejemplo inigualable de fidelidad a la fe cristiana. Isabel había sido bautizada por el sacerdote chino P. Chu Mun-mo en mayo de 1800. A la muerte del padre, Cecilia con sus hijos volvieron al pueblo natal, Majae, donde vivieron todos pobremente. Isabel recibió instrucción cristiana de su madre. Ella se quedó con su madre cuando su hermano Pablo las dejó para ir a la capital y atender los asuntos de la Iglesia, especialmente la necesidad de que fueran a Corea misioneros. En 1827 estaba Pablo en Pekín cuando

el obispo Pires le dijo que apreciaba sus esfuerzos a favor de la Iglesia coreana pero que no estaba de acuerdo en que hubiese abandonado a su suerte a su madre y a su hermana. Entonces Pablo fue al pueblo, donde pasó un tiempo, pero luego, viendo que las condiciones económicas eran las mismas que en la capital, se llevó consigo a su madre y a Isabel para vivir en Seúl. Sobrellevaron con paciencia y humildad la pobreza en que vivían. Isabel decidió pasar el resto de su vida en el estado de virginidad. Pablo retomó su trabajo a favor de la Iglesia, tal como se cuenta en su propia biografía (22 de septiembre). Pasaron años, llegaron sacerdotes católicos por fin e incluso el santo obispo Imbert e Isabel estuvo todo el tiempo junto a su hermano, atendiendo a los misioneros y viviendo en piedad, pobreza y humildad. Llegó la persecución de 1839 y ella llevaba comida y vestidos a los cristianos presos al tiempo que se ocupaba de los pobres de fuera, y mientras Pablo estaba ausente pues había ido a esconder al obispo, Isabel con su madre fueron arrestadas el 1 de junio. Instada a que apostatara soportó hasta trescientos golpes de caña, pero su preocupación estuvo en consolar y animar a sus compañeros de prisión. Cuando se ejecutó a su hermano pero a ella no, su tiempo en la cárcel lo dedicó a pedir por los perseguidos católicos.

BÁRBARA KO SUN-I había nacido en Seúl el año 1798 en el seno de una familia católica. Su padre Ko Kwang-song murió mártir en la persecución de 1801. Por ello fue su madre la que se encargó de su educación, siendo ella desde pequeña una católica firme y convencida. Al llegar a los 18 años la pidió en matrimonio un joven pagano pero ella se negó firmemente, y poco después contrajo matrimonio con un joven católico, San Agustín Pak Chong-won —cuya biografía tiene el lector el 31 de enero—. Fueron un matrimonio modelo, se quisieron muchísimo y criaron a sus tres hijos en el temor de Dios. Él desempeñó un brillante papel como uno de los líderes de la Iglesia. Ambos esposos gozaban de muy buena reputación en su entorno. Llegada la persecución de 1839, Agustín hubo de marcharse de su casa y esconderse, lo que no le impidió visitar de noche a los cristianos presos y prestar a la Iglesia muchos servicios. Bárbara se quedó en la casa, siempre con el miedo a lo que pudiera pa-

sarle a su marido. Agustín fue arrestado el 26 de octubre de 1839 y ella estaba a punto de salir para presentarse al magistrado cuando la policía vino por ella y la arrestó. Marido y mujer se reencontraron en la cárcel. Juntos comparecieron ante el magistrado y por seis veces se negaron a apostatar. Fueron bárbaramente torturados hasta el punto de quedar ambos cojos. Volvieron a la cárcel y fueron motivo de ánimo para los otros cristianos presos. A los diez días fueron llevados al Ministerio de Justicia. Nuevos interrogatorios y nuevas torturas, pero fue en vano. Perseveraron en la fe. Fueron condenados a muerte. Ella dio gracias a Dios por haberle dado la fuerza del Espíritu. No murió con su esposo, que la sobreviviría un mes.

MAGDALENA YI YONG-DOG había nacido en Seúl en 1812, hija de Bárbara Cho, que moriría mártir, y hermana mayor de Santa María Yi Idog —cuya biografía tiene el lector el 31 de enero—. Pertenecían a una familia noble y oyeron hablar del cristianismo a su abuela, que en la ancianidad se había venido a vivir con ellas. Pero el padre era muy opuesto al cristianismo y las nuevas creyentes debieron practicar muy en secreto su fe. Magdalena, llegada a la juventud, tomó la determinación de vivir en la virginidad. Por ello cuando su padre le propuso matrimonio el problema estalló. Ella se mantuvo firme pero el padre también. Vivió muy angustiada durante años y cuando cumplió 27 el padre volvió a insistir en que se casara. Le pidió permiso al obispo Imbert para abandonar su casa, pero el obispo no lo creyó prudente. Le hizo caso de momento pero luego, vista la oposición del padre al cristianismo, la madre tomó la resolución de marcharse con sus hijas a casa de un creyente. El obispo al saberlo les pidió que volvieran a su casa pero ellas le explicaron que en la costumbre del país ello era imposible. Alquilaron una casita donde vivían pobremente pero podían practicar su religión. Catalina Yi y su hija Magdalena Cho se le juntaron y se animaron unas a otras. Llegada la persecución de 1839, empezaron a prepararse para el martirio. Fueron arrestadas y llevadas ante el magistrado, se negaron a apostatar y fueron torturadas. Llevadas a la cárcel, allí Bárbara Cho y Catalina Yi contrajeron el tifus y murieron, y asimismo Magdalena pero mejoró y pudo asistir a su madre que murió también de la fiebre. Interrogadas

y torturadas de nuevo, fueron por fin llevadas al Ministerio de Justicia y recibieron la condena a muerte luego de expresar con firmeza su fe. Magdalena moriría un mes antes que su hermana.

Todos fueron canonizados el 6 de mayo de 1984 en Seúl por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de canonización de 103 mártires de Corea que sufrieron martirio entre 1839 y 1846.

BEATOS ENRIQUE JUAN REQUENA Y JOSÉ PERPIÑÁ NÁCHER

Mártires († 1936)

El nuevo *Martirologio romano* le pone como nombre al primero de estos mártires *Henrici Ioannis,* como si Juan fuera nombre, pero en realidad Juan era el primer apellido de este sacerdote valenciano que junto con el seglar José Perpiñá fue fusilado en el Picadero de Paterna el 29 de diciembre de 1936.

ENRIQUE JUAN REQUENA nació en Ayelo de Malferit el 2 de marzo de 1907 en el seno de una cristiana y numerosa familia de catorce hijos. Estudió en el colegio de vocaciones eclesiásticas y luego en el seminario conciliar de Valencia, ordenándose sacerdote en las Navidades de 1930. Fue destinado como coadjutor a la parroquia de Enguera, con cuyo párroco, don José Aparicio Sanz, que también moriría mártir, estuvo muy compenetrado. Fue un sacerdote celoso, amable, trabajador y discreto que trabajó mucho en la visita a pobres y enfermos y en el sector de la juventud. Músico y organista, cuidó mucho el canto sagrado. Ocultado al comenzar la revolución de julio de 1936, el 1 de octubre se entregó para no comprometer a quienes le ocultaban, siendo también detenido su párroco y un grupo de seglares. Trasladado a Valencia, fue internado en la checa del seminario, y al día siguiente llevado a la Cárcel Modelo hasta su fusilamiento el 29 de diciembre.

JOSÉ PERPIÑÁ NÁCHER nació en Sueca el 22 de febrero de 1911. Hizo los estudios primarios y el bachillerato en el colegio de los PP. franciscanos. Joven sinceramente católico, daba catecismo a los niños en su parroquia y visitaba a los enfermos. Al terminar el bachiller hizo los estudios de telegrafista y se colocó

en el vapor Baleares, y luego, en la universidad de Santiago de Compostela, estudió Derecho, ejerciendo como abogado y prestándose a defender a los pobres gratuitamente. En 1935 contrajo matrimonio con Francisca Boch, con la que no tuvo hijos. Se alistó en las filas de la Acción Católica y era cumplidor muy fiel de los deberes de la Adoración Nocturna y de las Conferencias de San Vicente de Paúl. Llegada la revolución se escondió. A su familia le aseguraron que no le pasaría nada y por ello volvió a su casa siendo arrestado el 3 de septiembre y conducido a la Cárcel Modelo. A un sacerdote compañero de prisión le reconoció que el martirio era una gracia que había pedido al Señor desde su adolescencia. Se despidió de sus compañeros de prisión con entereza y fue al martirio con gran serenidad.

Fueron beatificados el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

30 de diciembre

A) Martirologio

1. En Roma, en la Vía Apia, la deposición del papa San Félix I († 274).
2. En Bolonia (Mesia), San Hermes († 300), exorcista y mártir.
3. La conmemoración de San Anisio († 406/410), obispo de Tesalónica, vicario papal en el Ilírico *.
4. En Tours (Galia Lugdunense), San Perpetuo († 491), obispo *.
5. En Aosta, San Jocundo († ca. 502), obispo.
6. En Flay (Neustria), San Geremaro o Germer († 658), abad.
7. En Evesham (Inglaterra), San Egwino († 717), obispo.
8. En los Vestinos (Italia), San Rainiero († 1077), obispo de Áquila *.
9. En Cannas (Apulia), San Rogerio († s. XII), obispo.
10. En Frazzanó (Sicilia), San Lorenzo († 1162), monje.
11. En Palestrina (Lacio), Beata Margarita Colonna († 1280), virgen, monja clarisa **.

12. En Génova (Italia), Beata Eugenia Ravasco († 1900), virgen, fundadora del Instituto de Hijas de los Sagrados Corazones de Jesús y María **.

13. En Pancalieri (Turín), Beato Juan María Boccardo († 1913), presbítero, fundador de la Congregación de Pobres Hijas de San Cayetano **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

BEATA MARGARITA COLONNA

Virgen († 1280)

Monja clarisa de especial significación mística, cuya vida quedó en la historia como modelo de figura popular y admirada, sin que las autoridades romanas tuvieran algo que decir ni que reconocer, hasta que el Papa seis siglos más tarde confirmó su carácter de beata y señalara su fiesta para ser celebrada el 30 de diciembre.

Nació en Roma en 1254. Fue hija del príncipe Oddo Colonna de Palestrina y de Mobilia o Magdalena Orsini. Educada en el ambiente distinguido de un hogar tradicional y cristiano por su piadosa madre, manifestó desde niña los más bellos sentimientos de devoción a Jesús y de amor a la Iglesia. La madre había conocido a San Francisco de Asís en la casa de su hermano Mateo Colonna y jamás había podido olvidar la impresión de haberse encontrado con un santo. Ese sentimiento lo manifestaba frecuentemente ante sus hijos y fue tal el afán de santidad que infundió en su hija que desde niña Margarita quiso ser de las seguidoras del Santo.

Los padres murieron cuando ella era jovencita, primero la madre y luego el padre. Ella tuvo que dedicarse en el hogar a cuidar de sus dos hermanos, uno mayor y el otro más pequeño. El pequeño fue luego cardenal desde 1278 y su nombre, Santiago Colonna, sería admirado en Roma como el más piadoso y honrado de la curia. Ejerció diversos cargos en los pontificados de Nicolás III, Martín V y Honorio IV.

El hermano mayor, Juan, fue quien se encargó de la familia y el que protegió a Margarita. Fue persona muy influyente en Roma, pues fue dos veces senador de la ciudad y tuvo también

gran influencia en el gobierno pontificio. Hombre piadoso y rico, siguió la vida de su hermana con especial afecto y supo respetar sus afanes de santidad. Fue quien, después de muerta, escribió su biografía hacia 1285 y contribuyó así a que su fama de santa se extendiera ampliamente por toda Italia. En la biografía reveló muchos de los hechos sobrenaturales que en ella habían acontecido y durante su existencia habían permanecido ocultos por la humildad de la beata.

Siendo Margarita muy joven, en 1273, fue solicitada en matrimonio por un noble romano, perteneciente a las más distinguidas estirpes romanas, lo que le abría el camino hacia una vida distinguida y cómoda en la señorial Roma. Pero ella tenía ya puesto el corazón en otro esposo más sublime y, con ayuda de su hermano pequeño, se retiró a la soledad del monte Prenestino, en donde hoy se halla el castillo llamado de San Pedro. Allí reunió un grupo de doncellas prendadas de la vida franciscana como ella. Surgió así un beaterio de clarisas pobres que, aunque no tenía la aprobación oficial de la curia ni dependencia de los franciscanos de la ciudad, eran la admiración de las gentes del entorno por su vida de oración, de caridad y de admirable pobreza.

La comunidad de estas nuevas clarisas encarnaba la más genuina forma querida por San Francisco: oración y penitencia, estrecha fraternidad entre las reunidas, caridad y limosnas continuas para los mendigos e indigentes que se acercaban a ellas. Margarita misma obtuvo de su hermano mayor, que actuaba como su tutor, autorización para repartir toda su dote en limosnas a los mendigos a fin de quedar plenamente pobre. Así lo había sido su padre San Francisco y así lo había sido el mismo Jesucristo. El hermano, a pesar de todos los inconvenientes, comprendió el ideal que a su hermana guiaba y fue respetuoso con sus decisiones y preferencias.

Ayudó, incluso con sus propias limosnas, a que los pobres encontraran en el beaterio alimentos y cuidados en las enfermedades. A la única que no pudo ayudar fue a su propia hermana, a la que quería como hermano pero a la que respetaba como cristiano. La piadosa Margarita rechazó sistemáticamente toda ayuda que le ofrecían sus ricos familiares, prefiriendo vivir de lo

poco que conseguían las Hermanas reunidas con su trabajo manual y solicitando limosnas de puerta en puerta. Al mismo tiempo que pedían limosna, ayudaban a los enfermos y afligidos y ofrecían palabras de compasión y plegarias de intercesión a quien las ofrecía un mendrugo de pan. A su hermano, que la encontraba a veces mendigando por la calle y ofrecía una rica aportación para sus necesidades, le decía humildemente al rehusarla: «Hermano, prefiero vivir de la mesa del Señor que de las ayudas de los ricos de este mundo».

Intervino el ministro general de los franciscanos, fray Jerónimo de Ascoli, para que fuera aceptada con algunas de sus seguidoras en el monasterio de Santa Clara en Asís. Impulsada por sus familiares, hubo de acceder por algún tiempo: pero pronto la enfermedad se encargó de sacarla del claustro y devolverla a las calles de la urbe. Entonces se estableció junto al santuario de Mentorella, en el monte Guadanoglo, en las cercanías de Roma.

Fue conocida, admirada y seguida por muchas almas piadosas que se acercaban a pedir oración y consejos a la clarividente discípula del Pobrecillo de Asís. Una noble y piadosa matrona romana, llamada Altrudis, la persuadió para que aceptara residir en su señorial casa y convertir un palacio en centro de acogida para los pobres a los que ella atendía. Aceptó su hospitalidad durante un tiempo y ejerció un eficaz apostolado en aquella mansión convertida en asilo de desamparados.

Pero en 1278 retornó al monte Prenestino, en donde continuó durante años edificando a los que conocían su estilo de vida. Sobre todo practicaba la más fina caridad con los enfermos y los pobres enfermos. Cuando una tremenda peste asoló la región romana, se hizo conocer por su valentía ante los contagiados, a los que ayudaba a bien morir cuando la enfermedad era grave. Incluso estuvo un tiempo sirviendo a todos los franciscanos del convento de Zagarolo que quedaron invadidos por la enfermedad.

Se recuerda su gesto heroico de acoger en su casa a un leproso abandonado de Poli, con el que compartió la comida sin miedo al contagio y al que cuidó sus infectadas llagas sin reserva y con admirable ternura. A los que huían de su presencia les

decía que si no tenían miedo al pecado no había razón para huir de la lepra, que es menos peligrosa.

> «Si fuera el mismo Jesucristo el que estuviera en este lecho de enfermo, ¿os escaparías también corriendo o vendríais amorosos a contemplarle y prestarle ayuda?»

En la medida en que sus muchos actos de caridad se lo permitían, su sistema de vida, de oración y de trabajo estaba regido por la regla de Santa Clara. Ayudaba a las Hermanas en los desalientos y fatigas. A veces las hacía conocer sus singulares dones místicos, a fin de que ellas se sintieran fortalecidas. Las decía con sencillez:

> «Las dos piernas con las que una seguidora de San Francisco camina por la vida sólo pueden ser la oración y la pobreza; si una se debilita, no se puede caminar bien y si las dos desaparecen la seguidora de Jesús ya no puede continuar avanzando en el camino de la santidad».

Al tiempo que realizaba estas proezas de oración y pobreza, y en medio de los actos de caridad que realizaba continuamente, sentía que Dios la regalaba con dones místicos que a ella misma la sorprendían y en ocasiones desconcertaban. Sus éxtasis eran cada vez más frecuentes y los dones de lágrimas, de celo apostólico y las visiones celestes se sucedían sin cesar. Un día tuvo la visión de que el mismo Señor se le acercaba de manera indudable y la colocaba en el dedo el anillo de desposada.

Otro día vio que la coronaba con una girnalda de lirios. Llegó el día en que se la acercó y la dejó impresa la llaga del costado, que la afectó incluso al corazón, signo visible que la quedó para el resto de su existencia.

El sentido de estos dones sólo los místicos pueden explicarlo en parte. Pero al tiempo que la hacían más pura ante Dios y más sorprendente ante los hombres, la estimulaban para entregarse a mayores penitencias y para multiplicar los gestos de amor al prójimo, actitud radical que arrastraba a las que vivían con ella.

Cuando su vida quedó consumida, más por el amor que por los trabajos en bien de los hombres, la proximidad de la muerte la llenó de regocijo. Intuyó con claridad que su fin se acercaba y pidió a sus compañeras oraciones y plegarias para que su tránsi-

to aconteciera siempre según los designios de la Providencia. Una úlcera dolorosa en el estómago la había hecho sufrir y amar a Dios en los tres últimos años de su vida. La noche de Navidad de 1280 vio a la Virgen María que tenía al Niño Jesús en los brazos. Coprendió que venían para llevarla de inmediato al paraíso y recibió con singular devoción el santo viático que pidió a las Hermanas.

Rogó a su hermano, el cardenal Santiago, que estaba presente, que la colocaran en tierra para expirar como lo había hecho Francisco de Asís. La complacieron durante un tiempo. Pero, extenuada como estaba, la devolvieron al lecho con piedad. Pidió un crucifijo, lo besó con ardor y lo mostró a las Hermanas que a su lado se deshacían en lágrimas, al tiempo las decía: «Amad al Señor... Amad mucho al Señor».

En cierto momento, reaccionó diciendo con exaltación: «He aquí a la Santísima Trinidad que viene, adoradla».

Fijó sus ojos en el infinito y exhaló el suspiro último de amor, que lo fue también de su vida terrena. Era el amanecer del 30 de diciembre de 1280.

Ese mismo día dijeron por ella los solemnes funerales, presididos por su hermano. Todos los franciscanos y numeroso pueblo de la zona acudió a tributarla homenajes de despedida. La enterraron en sepulcro humilde y sencillo y allí estuvo su cuerpo hasta que en 1285 todas sus compañeras fueron admitidas en el monasterio franciscano de San Silvestre in Cápite, a donde también trasladaron las reliquias de su fundadora y compañera.

El recuerdo de Margarita quedó en las gentes de Roma y en el mundo franciscano de toda Italia. Todos la invocaron desde entonces como beata e intercesora ante Dios, costumbre que perduró a lo largo de los siglos. El papa Pío IX sancionó oficialmente ese culto el 17 de septiembre de 1847, reconociéndolo y autorizándolo con un decreto pontificio, al tiempo que declaraba:

> «Seis siglos sin que se haya olvidado su recuerdo son suficiente milagro para considerarla en la lista de los hijos predilectos de la Iglesia».

PEDRO CHICO GONZÁLEZ, FSC

Bibliografía

CADDERI, A. C., *La b. Margherita Colonna (Clarissa, Palestrina 1255-Castel S. Pietro 1280)* (Roma 1984).
— «La beata Margherita Colonna nel VII centenario della morte (1280-1980)»: *Frate Francesco* 48 (1981) 31-42.
CASTIGLIONE HUMANI, M., «La principessa santa: Margherita Colonna»: *Frate Francesco* 13 (1936) 353-358.
FURITANO, G., «Margherita Colonna», en R. LEFEVRE (ed.), *Fatti e figure del Lazio Medievale* (Roma 1979).
OLIGER, L., *B. Margherita Colonna. Le due vite scritte dal fratello Giovanni Colonna senatore di Roma e da Stefania monaca di S. Silvestro in capite* (Roma 1935).

BEATA EUGENIA RAVASCO

Virgen († 1900)

«La Beata Eugenia Ravasco estuvo enteramente dedicada a difundir el amor a los corazones de Cristo y de María. Contemplando estos dos corazones, ella se apasionó al servicio del prójimo y gastó la vida con alegría por los pobres y los jóvenes. Mirando a lo lejos supo abrirse a las urgencias misioneras, con una especial solicitud por los alejados de la Iglesia».

Así se expresaba el Santo Padre Juan Pablo II cuando el 27 de abril de 2003 colocó en los altares a Eugenia Ravasco, fundadora de las Religiosas Hijas de los Sagrados Corazones de Jesús y María. Así llegaba a esta su primera meta la causa emprendida en 1948 por mons. José Sin, arzobispo de Génova, dando inicio al proceso diocesano. El 26 de junio de 1981 se daba en Roma el decreto para la introducción de la causa en la curia romana, siendo presentada la *positio* sobre las virtudes el 20 de octubre de 1992. Sus virtudes heroicas eran declaradas el 1 de julio de 2000. Y el 5 de julio de 2002 aprobó el Santo Padre el milagro efectuado en la persona de la niña Eilen Jiménez Cardozo, de Cochabamba, donde un colegio lleva el nombre de la madre Eugenia.

Fue la suya una vida apasionada por Dios, a quien quiso servir con plenitud de entrega, y amándolo con un amor que la llevó a una plenitud igualmente de entrega a los pobres y a los jóvenes.

Eugenia María Ravasco nació en la populosa metrópolis de Milán, Italia, el 4 de enero de 1845, tercera de los seis hijos del matrimonio formado por el banquero genovés Francisco Ra-

vasco y su esposa Carolina Mozzoni Frasconi, siendo bautizada al poco tiempo de nacer en la parroquia de Santa María de la Pasión. Nacieron detrás de ella otros tres hijos en aquel hogar, pero el luto vendría muy pronto a entristecerlo, pues en 1848, contando Eugenia tres años, murió su madre y otros dos hermanitos murieron en breve tiempo. Quedó así roto y apesadumbrado aquel hogar, acomodado en lo económico, pero rico sobre todo en sentimientos cristianos, y el padre, pensando ante todo en lo mejor para sus hijos, decidió su vuelta a Génova, acompañado de dos de sus hijos, dejando en Milán a otros dos, Eugenia y Constancia, que quedaron a cargo de su tía Marietta Anselmi, dispuesta a ser para las dos niñas una verdadera madre. Y así fue. La tía Marietta puso lo mejor de sí misma en rodear de cariño y afecto a las dos niñas, que a su vez se encariñaron sumamente con tan buena y afectuosa tía. Por ello, cuando en 1852 el padre decide que la niña vuelva consigo, el dolor de Eugenia fue tal que le costó una enfermedad. El padre se volcó en afecto con su hija, a la que le esperaba un nuevo dolor: en marzo de 1855 moría su padre, quedando Eugenia al cuidado de su tío Luis Ravasco, banquero como su padre y de idénticos sentimientos religiosos.

Entra entonces Eugenia en un nuevo período de su vida que duraría siete años hasta la muerte de su tío Luis. Éste, responsabilizándose de sus sobrinos, confió la educación de Eugenia y de su hermana Elisa, menor que ella, y de la que se encariñó particularmente, a una institutriz, la señora Serra, que fue una educadora severa y rígida. Eugenia, de carácter abierto y exuberante, sufrió no poco con la severidad de la institutriz pero no se rebeló sino que con docilidad se atuvo a las normas que se le señalaban. Le llegaba la hora de hacer la primera comunión y de recibir asimismo la confirmación y para que la preparara a estos sacramentos Eugenia fue confiada a la dirección del por entonces canónigo Salvador Magnasco, que posteriormente sería vicario general de la diócesis genovesa y arzobispo de Génova. El canónigo despertó en ella sentimientos de verdadera piedad, de modo que tras su primera comunión en la iglesia de San Ambrosio el 21 de junio de 1855, Eugenia se sintió llamada a hacer de la Eucaristía el centro de la vida espiri-

tual. No podía pasar por delante de una iglesia que estuviera abierta sin entrar a saludar a Cristo en el sagrario. Igualmente el canónigo la dirigió a una devoción personal y sincera a los sagrados Corazones de Jesús y María, devoción que sería muy fuerte en su vida y por ello les dedicará la congregación que estaba destinada por Dios a fundar. Se pudo ver en Eugenia que tenía una misericordia como innata hacia los pobres, pudiendo decirse de ella aquello de que «la misericordia creció conmigo desde mi infancia» (Job 31,18). Con gran espontaneidad se desprendía de sus pequeños haberes para remediar a cualquier necesitado y hacía sacrificios personales con tal de tener con qué socorrer a los pobres. Todos además veían qué asidua a la oración personal se había vuelto Eugenia. Su tío Luis velaba por ella con el cariño de un padre y este afecto era para ella un sustituto válido de su querido y añorado padre. Pero permitió el Señor que en diciembre de 1862 también falleciera este tío suyo y que gustara Eugenia de nuevo la tristeza que sigue a la muerte de los seres queridos. Empezaba para ella otra etapa de su vida que iba a durar seis años.

¿Qué hacer en esta nueva circunstancia? Pocos días después de la muerte de su tío cumplía Eugenia los 18 años y había madurado lo suficiente como para poder tomar sus propias decisiones. De momento, y poniendo la confianza en Dios, se hizo cargo de los asuntos de la familia, pues habían estado en manos de administradores no siempre fieles. No se acobardó sino que aconsejada por el canónigo Magnasco y por sabios abogados, supo llevar adelante sus asuntos con eficacia. Tuvo sin embargo en este período un dolor muy grande: su hermano Ambrosio inició un camino errado, uniéndose a los sectores anticlericales y marchando por una senda que le condujo a la degradación moral y física. Eugenia no logró sacarlo de ahí. Su tía Marietta, que nunca había dejado de quererla e interesarse por ella, pensaba que lo mejor que podía hacer por su sobrina era buscarle un matrimonio adecuado, entendiendo por adecuado que el joven con quien se casara fuera por un lado de su misma clase social acomodada y por otro tuviera las cualidades personales que sintonizaran con Eugenia. Encontró Marietta una persona así e inició los trámites para dar a su sobrina un brillante porvenir

como esposa. Pero entonces tuvo lugar lo que puede llamarse la iluminación de Eugenia respecto a su papel en la vida. Era el 31 de mayo de 1863. Entró Eugenia en la iglesia de Santa Sabina para hacer una visita al Santísimo y se encontró con que estaba dando una plática el P. Jacinto Bianchi, fervoroso misionero. Éste invitaba a los fieles a «consagrarse a hacer el bien por amor al Corazón de Jesús». Eugenia se sintió fuertemente impactada por esta llamada, que consideró hecha por el Señor a ella misma. Se iluminó su futuro y decidió variar a este ideal el rumbo de su vida.

Eugenia tuvo la gracia de Dios de contar con tres sacerdotes que la iluminaron en su camino y la animaron en el servicio al Señor. Al primero de ellos ya lo hemos nombrado, el futuro monseñor Magnasco, el segundo el sacerdote José Como y el tercero el P. Luis Persoglio, de la Compañía de Jesús, que la ayudaría en algo tan trascendente como las constituciones del instituto religioso fundado por ella. Ella fue fiel a la gracia del Señor que le llegó a través de estos sacerdotes y se dejó orientar por ellos para no ser muñeca en manos de su propio capricho sino hacerlo todo bajo el mérito de la obediencia. Tomada la resolución de consagrarse al Corazón de Jesús para procurar en todo su gloria, se puso sin reservas bajo la guía de su director espiritual, a disposición de Dios, consagrándole sus energías de inteligencia y corazón y el patrimonio heredado por ella. Decía: «Este dinero no es mío sino del Señor. Yo soy sólo la depositaria». Cuando se vio que dejaba a un lado las relaciones mundanas y se dedicaba a obras de caridad y apostolado, soportó con paciencia las protestas de sus familiares, las críticas y el desprecio de las señoras de su misma clase social y se decidió por hacer el bien a su alrededor a cualquier precio. Dio clases de catecismo en su parroquia de Nuestra Señora del Carmen; colaboró con las Hijas de la Inmaculada en la Obra de Santa Dorotea como asistente de las niñas del barrio, enseñándoles costura y bordado. Ingresó en la asociación de las Damas de la Caridad de Santa Catalina in Portoria y participó en las obras de misericordia que ellas llevaban adelante. Igualmente visitaba a los pobres en sus casas, procurando llevarles el consuelo de su caridad y ayuda. Ella sentía una gran pena viendo a tantos jovencitos y a

tantas chicas jóvenes abandonados a sí mismos en medio de toda clase de peligros y totalmente ignorantes de las cosas de Dios.

La idea de una congregación religiosa dedicada a hacer frente a estas necesidades se perfiló en su corazón. Hubo un hecho que la dejó libre de lazos humanos: muere en 1868 su hermana Elisa y ella entonces, con consentimiento de mons. Magnasco, ya entonces vicario general de la archidiócesis, deja su casa a la «Asociación para el Bien», en la que entran otras jóvenes, que serán las que se alíen con ella para proceder a la formación de una nueva congregación religiosa. Fue el 6 de diciembre de 1868 cuando se inicia por el grupo la Congregación de Hijas de los Sagrados Corazones. Se proponían la educación de los adolescentes y niños abandonados y la asistencia a los pobres. Todavía no estaba dado el decreto diocesano que erigía aquella comunidad como verdadera congregación religiosa, pero tenían licencia para vivir la vida común, buscar juntas la santidad cristiana y emplearse en las señaladas obras de misericordia. Desde el principio estuvo claro: la fundadora Eugenia será también la superiora de la comunidad, y cuando ésta multiplicó sus casas, ella sería hasta su muerte la superiora general.

Madre Ravasco abordó su obra con decisión. Abrió escuelas, centros de catequesis, asociaciones y oratorios. El proyecto educativo consistía en educar a los jóvenes y formarlos en una vida cristiana activa y abierta para que fueran «en medio de la sociedad honrados ciudadanos y luego santos del cielo». Insistía en educarlos en los valores trascendentes y al mismo tiempo en la lectura de los acontecimientos en perspectiva histórico-salvífica. No dudaba en proponer a todos la santidad como la meta de la vida.

Le tocó vivir en una época de neto anticlericalismo que se extendía por todo el nuevo reino de Italia, padeciendo no poco las congregaciones religiosas. Madre Ravasco, diez años después de la fundación, se decidió por una nueva experiencia apostólica: abrió una Escuela Normal femenina con la finalidad de preparar maestras cristianas para la sociedad. Esta obra era tan evidentemente apostólica y oportuna pastoralmente que no pudo menos que tener la inquina de los enemigos de la

Iglesia que desde las páginas de su poderosa prensa le dedicaron todo tipo de comentarios venenosos. Pero Eugenia sostuvo la obra con fortaleza y dignidad y la convirtió en la pupila de sus ojos.

Eugenia organizó obras de apostolado directo. De acuerdo con los párrocos se hizo responsable de ejercicios espirituales y misiones populares para las que buscaba los mejores sacerdotes, cosechándose numerosas almas que volvían a Dios, recibían los sacramentos y reemprendían una vida seriamente cristiana. Organizó asociaciones de madres de familia, pobres y acomodadas, y a estas últimas las incitaba a ayudar a las jóvenes necesitadas y a proveer a las iglesias pobres.

Pudo ver a su comunidad formalmente constituida. En 14 de enero 1882 el arzobispo de Génova, su querido don Salvador Magnasco, dio el decreto de erección de la misma como tal congregación religiosa, y en 1883 era agregada espiritualmente a la orden capuchina. Llegó por fin el 14 de octubre de 1884 y ese día la madre Eugenia Ravasco con otras dieciocho hermanas de la congregación emitió los votos perpetuos, siendo además aprobados los primeros estatutos en diciembre de 1887. No sería hasta 1907, ya muerta la madre Ravasco, cuando se le dio a la congregación el *Decretum laudis*. La congregación recibió la aprobación papal en 1909.

Ahora tocaba difundir la congregación: la madre, pese a su escasa salud, no dudó en viajar por Italia, Francia y Suiza abriendo nuevas casas, y orientando siempre a las hermanas. Guió a la comunidad con amor, con prudencia, y con la mirada puesta en el futuro, considerándose la última de las hermanas. Trabajó para mantener en sus hijas encendida y viva la llama de la caridad fraterna y un gran celo por la salvación del mundo, proponiéndoles como modelo los Corazones de Jesús y de María. Ella decía que su ideal apostólico era «arder en el deseo del bien ajeno, especialmente de la juventud». Y señalaba que el programa de vida tenía que ser «vivir abandonada en las manos de Dios y de la Virgen Inmaculada».

El Señor no le ahorró la participación en la cruz de Cristo. No solamente estuvo enferma en el cuerpo sino que sufrió incomprensiones dentro de la comunidad llegando un momento

en que se vio como aislada, pero lo llevó todo con mucho amor de Dios y con mucha paciencia, dando un testimonio cuya fuerza se impuso sobre quienes la rodeaban.

A partir de la publicación de la encíclica de León XIII *Rerum novarum* (1891), ella sintió el deber de hacer cuanto pudiera por la juventud obrera femenina. Fueron suyas tres obras: la «Casa de las obreras» en la plaza genovesa de Carignano, como hogar seguro y centro de formación para las jóvenes que trabajaban en las fábricas y talleres de artesanía, casa fundada en 1892; la «Asociación de Santa Zita» para las chicas del servicio doméstico; y el «Pequeño teatro» para recreo de las jóvenes, que tuvo mucho éxito humano y apostólico: «Estad alegres —repetía— y divertíos santamente». Todas estas obras fueron llevadas adelante por las hermanas con gran celo y bendecidas abundantemente por Dios.

Madre Eugenia no era muy mayor: tenía sólo 55 años cuando la enfermedad con la que venía el Señor uniéndola a su cruz puso fin a su vida en Génova el 30 de diciembre de 1900. Su obra persevera. Hoy sus hijas trabajan en Albania, Italia, Suiza, Argentina, Bolivia, Chile, Colombia, México, Paraguay, Venezuela, África y las Islas Filipinas.

Digamos ahora algo del milagro que ha hecho posible su beatificación. Es el primer milagro efectuado en Bolivia que ha sido oficialmente reconocido por la Iglesia. La persona favorecida por la curación milagrosa fue Eilen Nathaly Jiménez Cardozo, de Cochabamba. A los 6 años, cuando esta niña fue admitida en el colegio de las Hijas de los Sagrados Corazones de Jesús y María, tenía un problema de salud muy severo denominado parálisis flácida recurrente, dolencia que le impedía valerse por sí misma, por ello debía ser llevada en brazos o en carrito de ruedas. Esta enfermedad le ocasionaba a la niña crisis muy severas de neumonía, diarreas e incluso en 1995 estuvo en estado de coma varios días. Tenía en lugar de huesos de los pies tan sólo cartílagos, tanto que en algún momento parecieron haberse convertido en gelatina. Se invocó la intercesión de la madre Ravasco y se obtuvo la curación de la niña. Se hizo el proceso oportuno en el tribunal archidiocesano y luego fue estudiado en la Congregación de las Causas de los Santos, siendo reconocido

como tal milagro. Eilen acudió a la ceremonia de la beatificación.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 93 (2001) 36-40; 95 (2003) 214-215.
Bibliotheca sanctorum. Appendice prima (Roma 1987) cols.1114-1115.
L'Osservatore Romano (ed. en español) (25-4-2003) 15.
PESTARINO, F., *Vita della madre Eugenia Ravasco* (Génova 1920).
VOLTRI, T. DA, *La serva di Dio madre Eugenia Ravasco* (Génova 1939).

BEATO JUAN MARÍA BOCCARDO

Presbítero († 1913)

La parroquia es la célula primordial de la Iglesia. Al menos en los últimos siglos, la santificación del sacerdote, directamente al servicio de la diócesis, se ha cimentado preferentemente en el oficio pastoral en medio de sus feligreses. La cura parroquial de almas ha sido forja de sacerdotes santos que se han entregado a su ministerio en cuerpo y alma, que con el Evangelio han entregado sus propias vidas, que han edificado la Iglesia de Dios y la han encarnado en parroquias grandes o pequeñas, reconociendo con convicción profunda que es, desde los cimientos locales, parroquiales, donde se edifica la Iglesia santa, universal, la Iglesia de Jesucristo, que debe encarnarse en los medios populares cargados de tradición secular, de cultura, de hondas experiencias humanas y cristianas. Muchos párrocos, del clero secular, apreciaron de corazón también la vida religiosa, fueron sabios encauzadores de vocaciones femeninas y masculinas a la vida religiosa y hasta llegaron a enriquecer a la Iglesia local y universal con nuevas congregaciones, cuyas religiosas fueron las más eficaces colaboradoras del párroco, que extendieron y acercaron la labor evangélica del mismo en medios a los que la cura parroquial tenía nulo o difícil acceso. La promoción de un laicado cristiano vigoroso y consciente no fue obra menor de esta espléndida pléyade de párrocos de los dos últimos siglos.

El bienaventurado párroco y fundador que hoy celebramos era hijo, por lo demás, de una Iglesia diocesana fecunda en santidad. Turín, capital del Piemonte, vio deambular por sus calles a innumerables sacerdotes y religiosos que alcanzaron la cumbre de la santidad y son hoy venerados por la Iglesia. Las instituciones clericales de Turín fueron semillero de santos.

Juan María Boccardo nació el 20 de noviembre de 1848, hijo de Gaspar y de Josefina Malerba, en la finca «Cà Bianca» de Testona, en el municipio de Moncalieri, diócesis de Turín. Era el primero de doce hermanos, de los cuales tres murieron en la niñez y tres se consagraron al Señor. Un hermano suyo, Luis, el séptimo, fue sacerdote y fundador, murió en 1936 y desde 1961 tiene iniciado el proceso de canonización.

Juan María, como sus hermanos, recibió un educación muy cristiana pues su hogar era escuela de fe y de piedad; toda la vida el beato conservó la memoria agradecida de tan cristianos padres. El padre era celoso miembro de las Conferencias de San Vicente de Paúl; con su esposa, brindaban hospedaje y sentaban a la mesa familiar a pobres y menesterosos. Tal ejemplo de caridad cuajó muy profundamente en el ánimo y comportamiento del adolescente. De camino hacia la escuela, pasaba por delante del tugurio de un ciego que vivía solo, le proporcionaba lo necesario para comer y le arreglaba su mísera habitación.

Después de la escuela elemental, ingresó en 1861 en el real colegio «Carlo Alberto» de Moncalieri de los padres barnabitas. A los 16 años entró en el Seminario archidiocesano de Turín. Aquí vistió el hábito clerical el 8 de setiembre de 1864. Como seminarista, se dedicó intensamente al estudio y a la búsqueda de la santidad. Pensó en ingresar en la Compañía de Jesús pero el obispo le convenció de permanecer en el seminario. Recibió la ordenación presbiteral el 3 de junio de 1871. El día antes de su ordenación, escribió: «No llegaré nunca a ser santo si no soy mortificado. No hay que contentarse con una santidad común; hay que aspirar a una gran santidad».

Su primer destino fue el seminario de Chieri como ayudante de los formadores; en 1873 fue nombrado director espiritual del mismo. Día 1 de febrero de 1877 se doctoró en teología. Otra vez sintió la vocación a la vida religiosa entre los josefinos

de Murialdo. El arzobispo lo apartó nuevamente de este deseo nombrándolo director espiritual del seminario teológico de Turín, en 1881.

En 1882 fue nombrado párroco de Pancalieri, donde entró el 24 de septiembre y allí permaneció hasta su santa muerte. En su alocución de ingreso en la parroquia, predicó:

> «Vengo a vosotros, carísimos, como padre, hermano y amigo vuestro, para convivir con vosotros, para compartir con vosotros los gozos y las penas de la vida [...] Vengo a vosotros como servidor de todos; cada uno de vosotros podrá disponer de mí, y me consideraré siempre afortunado y feliz de poderos servir, no buscando nada más que hacer el bien a todos».

Tales palabras fueron recordadas por Juan Pablo II en la homilía de su beatificación, en 1998. Fue de veras un pastor bueno, padre de los pobres, apóstol de Jesucristo, abierto al bien de todos sin acepción alguna de personas. Su vida, como escribió el Papa en el breve de beatificación, estaba totalmente iluminada por una fe vivísima, alimentada por la oración y la contemplación de la Palabra de Dios. «Obediente a la voluntad de Dios, solía exclamar: "¡Así es, Dios mío! Lo que tú quieres también lo deseo yo"».

Con su predicación y la enseñanza del catecismo, formaba la conciencia cristiana de sus parroquianos, los animaba a la frecuencia de los sacramentos, visitaba a los enfermos aunque vivieran lejos. Estableció la «Corte de María» y apoyó y divulgó la buena prensa. Acudía a las parroquias vecinas para predicar la palabra divina. Visitaba las cárceles de Saluzzo y, con sus exhortaciones y consejos, consolaba y convertía a los detenidos, arrancándoles frecuentemente lágrimas de arrepentimiento.

Para colaborar en su actividad pastoral, fundó una pía unión con algunas jóvenes que vivían como religiosas en el mundo.

El 28 de julio de 1884 se manifestó el primer caso de cólera en Pancalieri. Casi todas las familias de la parroquia se vieron afectadas por la epidemia. La caridad heroica del párroco desplegó toda su fuerza. Habiendo cesado el contagio, quedaron muchos huérfanos y viudas, ancianos solos y abandonados. Con la bendición del arzobispo y los consejos de San José Cottolengo y de San Juan Bosco, abrió un hospicio que el 6 de noviembre acogió a los primeros asilados. En aquel terrible trance,

a la caridad del párroco, se unió la de las jóvenes de la pía unión. Éstas se hicieron cargo enseguida del nuevo hospicio, y el siguiente día 21, el párroco y Domenica Libra echaron los cimientos de un nuevo Instituto. El 7 de diciembre de 1886, otra joven de la parroquia, Carlota Fontana, ingresaba en la nueva congregación tomando el nombre de sor Cayetana del Santísimo Sacramento, que más tarde fue la superiora general. En mayo de aquel mismo año, tras vencer no pocas críticas y dificultades, la congregación quedó consolidada con el nombre de Pobres Hijas de San Cayetano. Don Boccardo dedicó su congregación al que ha sido llamado «Padre de la Providencia», San Cayetano de Tiene, con cuyo ejemplo y protección empezó la andadura de aquellas religiosas pobres, consagradas al servicio de los más humildes y cuyo apoyo principal era la confianza ilimitada en la providencia de Dios Padre. El 24 de julio de 1897 el arzobispo de Turín, David Riccardi, aprobó oralmente la regla de la nueva congregación. En 1905 se hizo firme la aprobación diocesana; el decreto de alabanza fue alcanzado en 1948, y la definitiva aprobación pontificia fue concedida en 1958.

Humildad, sencillez, pobreza, caridad pura y sin límites, abandono en manos de la Providencia, eran las virtudes que Don Boccardo inculcaba a sus religiosas. Siempre se mantuvo fiel a la exhortación evangélica convertida en máxima por San Cayetano: «Buscad ante todo el Reino de Dios y su justicia» (Mt 6,33). Otro de sus santos modelos e invocados era el santo cura de Ars, Juan María Vianney, del cual asumió especialmente el celo por la predicación y el anhelo de abrir el camino del cielo a todos sus feligreses. Era hijo devotísimo de la Virgen Madre de Dios. Si alguien le preguntaba: «¿Es difícil entrar en el cielo?»; respondía: «Sé devoto de María, porque ella es la puerta del cielo; así entrarás».

Las religiosas por él fundadas iban aumentando en número y extendiendo su radio de acción, siempre a favor de los más humildes: enfermos crónicos y abandonados, huérfanos y ancianos, niños, sacerdotes enfermos. A todas estas actividades, unían su colaboración constante y diligente a las parroquias. En vida del beato fundador, se abrieron 32 casas en Piamonte y en Las Marcas.

El celoso párroco iba labrando su santidad. Toda la vida expresó este anhelo de santidad sacerdotal: «Quiero ser santo, vivir santamente, imitar a los santos. Nada puedo por mí mismo, ayudadme vosotros; lo puedo todo en aquel que me da fuerza». La gran prueba de su fidelidad y confianza en la divina Providencia, le sobrevino en 1911: tuvo que cargar con la cruz de su invalidez y parálisis, tuvo que renunciar a su ministerio. Era entonces su consuelo que lo llevaran al hospicio para estar con los asilados y con las religiosas.

Al amanecer del 30 de diciembre de 1913, alboreó para él el día de la eternidad. El primero de enero de 1914 una multitud del pueblo fiel, de sacerdotes, religiosas y autoridades asistieron a sus exequias. Diez años después, sus restos fueron trasladados al hospicio de Pancalieri, y en 1964 fueron colocados en un sarcófago junto a la capilla.

El proceso informativo para su canonización se inició el 7 de julio de 1960 en la curia de Turín, a petición del pueblo, de las autoridades eclesiásticas y civiles, de comunidades religiosas. Concluyó el 11 de marzo de 1978 en presencia del cardenal arzobispo A. Ballestrero. La causa entonces fue enviada a la curia romana. El 6 de abril de 1998 Juan Pablo II declaró la heroicidad de las virtudes del siervo de Dios. El siguiente 11 de mayo se promulgó el decreto de aprobación del milagro requerido para la beatificación. Ésta fue oficiada en Turín, en la plaza Vittorio Véneto, el 24 de mayo del mismo año, solemnidad de la Ascensión, durante la peregrinación apostólica del Papa a la ciudad que guarda la Sábana Santa y la memoria de tantos hijos santos de la antigua sede metropolitana.

En la misa de beatificación, el Papa predicó en la homilía:

> «Don Juan María Boccardo fue hombre de profunda espiritualidad y, al mismo tiempo, apóstol dinámico, promotor de la vida religiosa y del laicado, siempre atento a discernir los signos de los tiempos. En la escucha orante de la palabra de Dios, maduró una fe vivísima y profunda. Escribía: "Sí, Dios mío, lo que tú quieres, yo también lo quiero". ¿Qué decir de su infatigable celo por los más pobres? Supo inclinarse sobre toda miseria humana con el espíritu de San Cayetano de Tiene, espíritu que transmitió a la Congregación femenina fundada por él para cuidar a los ancianos, a los que sufren, para educar a la juventud».

El bienaventurado fundador había dejado en testamento el cuidado de sus religiosas a su hermano menor y ahijado, el canónigo Luis. Éste tuvo una colaboradora eficaz en sor Cayetana del Santísimo Sacramento, superiora general por espacio de casi 40 años. El siervo de Dios Luis Boccardo había fundado, en 1932, una congregación de vida contemplativa para invidentes, las «Hijas de Jesús Rey», en el instituto para ciegos de Turín del cual era director. En 1948 se unieron a las Pobres Hijas de San Cayetano.

Las religiosas fundadas por el Beato Juan María fundaron en 1954 en Herisau (Suiza) su primera casa fuera de Italia. En 1958 el capítulo general aprobó una rama de la Congregación para mujeres seglares, llamadas «Esclavas de la Divina Providencia» que, guardando el voto privado de castidad, difundieran en su propio ambiente la vivencia de la fe cristiana. En 1963 la Congregació abrió la primera casa en Brasil, en Assis; a la que siguieron otras: en Cándido Mota (1964), Martinópolis (1965), Sao Paolo (1967), en San Francisco de Cándido Mota (1977). En 1968 acogieron sacerdotes ancianos en las casas que para ellos fundaron en Roma y en Pancalieri.

En 1982 el Instituto de las Pobres Hijas de San Cayetano contaba con 41 casas y 284 religiosas. Las Hermanas ciegas o Hijas de Cristo Rey, que constituían la rama contemplativa de la congregación, eran quince, reunidas en una sola casa.

PERE-JOAN LLABRÉS Y MARTORELL

Bibliografía

AAS 90 (1998) 1008-10012; 91 (1999) 165-167.

ANDREU, F., «Giovanni M. Boccardo e le Povere Figlie di San Gaetano»: *Regnum Dei* 37 (1981) 228-26.

BARRA, G., *Padre dei poveri. Can. G. M. Boccardo* (Novara 1957).

Bibliotheca sanctorum. Appendice prima (Roma 1987) cols.190-192.

MONTEFAMEGLIO, P., *Il teologo can. Giovanni Maria Boccardo* (Torino 1914).

L'Osservatore Romano (25/26-5-1998).

PELLICCIA, G. - ROCCA, G. (dirs.), *Dizionario degli istituti di perfezione* (Roma 1977, 1983) t.I cols.1485-1486; t.VII cols.210-211.

Posizioni e articoli per il processo informativo diocesano sulla fama di santità nella causa di beatificazione del servo di Dio Giovanni M. Boccardo (Turín 1959).

ROSSI, A., *Servo di Dio Can. Giovanni M. Boccardo. Profilo biografico* (Turín 1980).

VAUDAGNOTTI, A., *Il can. Giovanni Maria Boccardo, fondatore delle «Povere Figlie di S. Gaetano»* (Turín 1929).

BIOGRAFÍAS BREVES

SAN ANISIO DE TESALÓNICA

Obispo († 406/410)

Anisio fue obispo de Tesalónica, hoy Salónica, al suceder en 383 al obispo Acolio, que se acreditó por sus virtudes. En diciembre de 391 presidió el sínodo de Capua en el cual se juzgó al obispo Bonoso de Naisso, que negaba la divinidad de Jesucristo y la perpetua virginidad de María, y que acordó la deposición del obispo hereje. Los papas venían haciendo vicarios suyos para el Ilírico a los obispos de Tesalónica y el papa Inocencio I († 417) confirmó en este mismo encargo a Anisio. Se puso de parte de San Juan Crisóstomo y así se lo dijo al Papa, dándole por ello las gracias el santo perseguido. Debió morir entre 406 y 410.

SAN PERPETUO DE TOURS

Obispo († 491)

Hijo de una familia senatorial que produjo otros obispos de Tours, sucedió en 461 al obispo Eustoquio como octavo obispo de Tours y sexto sucesor del gran San Martín, al que Perpetuo tomó como modelo. Tuvo dos grandes ideales: atender a los pobres y necesitados y convencer a la comunidad cristiana para que aspirase a la santidad, a la unión con Dios. De su propio peculio y de los bienes de la Iglesia repartió sin cansancio limosnas a los más pobres y al redactar su testamento deja para ellos el remanente de sus bienes, haciendo tres partes: los pobres, las viudas y las mujeres pobres. Toda su labor pastoral estuvo dirigida a la santificación de los fieles. Dio normas sobre la penitencia en los sínodos de Tours y Vannes, los ayunos de los miércoles y viernes, etc. Incrementó el culto a San Martín dedicándole una gran basílica que él mismo bendijo el 4 de julio de 473 y a donde trasladó el cuerpo del santo. Su predicación estaba alimentada por su conocimiento de la Escritura y de los Padres. Fue enterrado al lado del cuerpo de San Martín y muy pronto se le dio culto como a santo. La fecha del 30 de diciem-

bre parece ser la de su muerte, aunque su fiesta se ha celebrado el 8 de abril.

SAN RAINIERO
Obispo († 1077)

Consta que en la antigua diócesis de Furconium, integrada luego en la de Áquila, hubo un santo obispo en el siglo XI, al que el papa Alejandro II se dirige en carta el 18 de enero de 1072 felicitándolo por su celo en defender los derechos de la Iglesia, en garantizar el buen uso de sus bienes y administrar la diócesis de forma excelente. Murió santamente el 30 de diciembre de 1077 y Baronio insertó su nombre en el *Martirologio romano* por constar que en su iglesia de Áquila recibía culto antiguo.

31 de diciembre

A) MARTIROLOGIO

1. En Roma, la deposición de San Silvestre I († 337), papa **.
2. En Roma, en la Via Salaria nueva, santas Donata, Paulina, Rogata, Dominanda, Serótina, Saturnina e Hilaria (fecha desconocida), mártires.
3. En Sens (Galia Lugdunense), Santa Columba († s. IV), virgen y mártir.
4. En Constantinopla, San Zótico († 350), presbítero *.
5. En Jerusalén, Santa Melania la Joven († 440), que, de mutuo acuerdo con su esposo, ingresaron ambos en la vida religiosa *.
6. En Rávena (Flaminia), San Barbaciano († s. V), presbítero.
7. En Lausana (Suiza), San Mario († 594), obispo de Avenches, de donde trasladó la sede a la dicha ciudad *.
8. En La Louvesc (Francia), San Juan Francisco Regis († 1640), presbítero, de la Compañía de Jesús **.
9. En Mercués (Francia), Beato Alano de Solminihac († 1659), obispo de Cahors, de la Orden de Canónigos Regulares de San Agustín **.
10. En París (Francia), Santa Catalina Labouré († 1876), virgen, de la Congregación de Hijas de la Caridad **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN SILVESTRE I
Papa († 337)

San Silvestre, con ese aire de despedida del año viejo, tiene una significación especial en la historia de la Iglesia, no ya sólo por sus virtudes, sino también por la época difícil y maravillosa, a su vez, que le tocó vivir.

Debido a esta circunstancia, no es extraño que su venerable figura haya ido recogiendo a través de los siglos una multitud de leyendas piadosas, haciendo difícil distinguir entre ellas lo que pueda haber de falso o de verdadero. De San Silvestre nos hablan, casi por encima, los primeros historiadores cristianos: Eusebio de Cesarea, Sócrates y Sozomeno. Más noticias encontramos en la relación de los papas que trae el *Catalogo liberiano* y, sobre todo, en la multitud de detalles con que adorna su vida el famoso *Pontifical romano.* Fue compuesta esta obra en diversos tiempos y por diversos autores, y en lo que toca a San Silvestre, recoge de lleno sus célebres actas, elaboradas durante el siglo V, y que, a pesar de ser admitidas por algunos Padres antiguos, fueron siempre consideradas como espúreas por la Iglesia de Roma.

El hecho de mezclar lo verídico con lo fabuloso, dio a las actas de San Silvestre un gran predicamento durante toda la Edad Media, aunque pronto fueron cayendo en desuso, teniendo en cuenta, sobre todo, los dos hechos principales que en ellas se mencionan: la curación y conversión de Constantino y la donación que el emperador hace al papa Silvestre, no ya sólo de Roma, sino también de Italia y, como algunos llegaron a suponer, de todo el Imperio de Occidente. Baronio, el autor de los Anales eclesiásticos, supone la autenticidad de las mismas y recurre al testimonio del papa Adriano I, que en el siglo VIII las tiene como tales en una carta a los emperadores Constantino e Irene, cuando la lucha por las imágenes. Son citadas a su vez en la primera decretal del concilio II de Nicea, y autores no muy lejanos de la época, como San Gregorio de Tours y el obispo Hincmaro, traen a colación el bautismo de Constantino cuando narran el no menos famoso de Clodoveo.

La leyenda del bautismo parece estar tomada de una vida romanceada de San Silvestre, cuya fecha y patria se desconocen, pero que bien pudieran ser de la segunda mitad del siglo V. Duchesne la hace venir de Oriente, por el camino que trajeron todas las que se referían a la invención de la santa cruz, a Santa Elena y al mismo Constantino. Para otros, sin embargo, toda la leyenda tiene un carácter netamente romano.

Eusebio, el nada escrupuloso panegirista del emperador, nos dice con toda sencillez que Constantino fue bautizado al fin de su vida en Helenópolis de Bitinia, y nada menos que por un obispo arriano, Eusebio de Nicomedia. De ser cierto lo de las actas, no lo hubiera pasado por alto de ninguna de las maneras, pues vendría muy bien para exaltar la figura de aquel emperador, a quien hace lo posible por presentar como un príncipe simpatizante en todos sus hechos con el cristianismo. La costumbre, sin embargo, de aquellos tiempos, y, sobre todo, las disposiciones en que se encontraba el mismo Constantino, parecen convencer en seguida de lo contrario. Es verdad que manifiesta una verdadera simpatía por la nueva religión, pero no por eso deja de vivir en su juventud el paganismo depurado de su padre, Constancio Cloro. Cuando se proclama emperador en el año 306, adopta con la diadema el culto a la tetrarquía romana, y especialmente el de Júpiter y Hércules. Su contacto con los cristianos le lleva a un monoteísmo especial, que se concreta en el culto del sol invictus. Mas tarde, cuando vence a su rival Majencio en el 312, Constantino aparece identificado del todo con el cristianismo; pero este es supersticioso y con gran reminiscencia pagana. De hecho, nunca abandona las atribuciones de pontífice máximo, concibe el cristianismo como una religión imperial, semejante a la anterior, y en su misma vida no ofrece nunca las características de un auténtico convencido.

Algo semejante ocurre en lo que se refiere a la «Donación Constantiniana». Ya el emperador Otón III, por el siglo XI, afirmaba que, a pesar de ser tan popular, había de tenerse el documento como falso. Esto lo demuestra con buenas razones el humanista del siglo XV Lorenzo Valla, y hoy aparece claro cómo la noticia se inventó entre los siglos VIII y IX con el fin de justificar en Roma la donación que de las tierras con-

quistadas a los lombardos hacen a diversos papas Pipino el Breve y Carlomagno.

Sólo teniendo en cuenta estas apreciaciones podemos conocer lo que de verdad hay sobre San Silvestre, sin temor a desvirtuar por ello su recia personalidad.

Nace San Silvestre alrededor del año 270, en época de relativa paz para la Iglesia. Su padre, Rufino, le pone desde niño bajo la dirección del prudente y piadoso presbítero romano Cirino, y en seguida se empieza a distinguir por una abnegada caridad, ofreciendo su casa a todos los peregrinos que acudían a visitar la tumba de los apóstoles. En una ocasión llama a su puerta Timoteo de Antioquía, gran apóstol de la palabra y de santa vida. Pronto se dan cuenta de ello los paganos, y una noche, cuando vuelve cansado a la casa de Silvestre, es apresado por las turbas y condenado a morir entre los más horribles tormentos. Silvestre no se atemoriza ante el peligro, y poco después, aprovechando las sombras de la noche, se apodera de las reliquias y les da honrosa sepultura.

Sospechando el prefecto de Roma, Tarquinio Perpena, de aquel celoso muchacho, y creyendo que acaso guardaba las riquezas que suponía tener Timoteo, le manda llamar a su presencia, y entre ambos se entabla este diálogo, que nos han conservado las actas:

—Adora al instante a nuestros dioses —le dice el prefecto— y deposita en sus altares los tesoros de Timoteo, si es que quieres salvar tu vida.

Silvestre no titubea, y más sabiendo la pobreza en que había vivido el mártir de Cristo.

—¡Insensato! —le dice—, yerras si piensas ejecutar tus amenazas, porque esta misma noche te será arrancada el alma, y así reconocerás que el único verdadero Dios es el que tú persigues; el mismo que adoramos los cristianos.

Tarquinio se enfurece y manda encerrar al joven; pero en la misma noche una espina que se le atraviesa en la garganta pone fin a su vida, y con ello Silvestre es puesto en libertad.

Sea lo que fuere del hecho, la verdad es que Silvestre era apreciado en la Roma de entonces por su humildad y apostolado, y muy pronto, a los treinta años, es ordenado sacerdote por

el papa San Marcelino. Horas difíciles eran aquellas para la Iglesia. Desde el año 286, el emperador Diocleciano había asociado al Imperio al nada escrupuloso Maximiano Hercúleo, y poco más tarde ambos augustos adoptan como césares a Constancio Cloro para las Galias y Bretaña y al cruel Galerio para el Oriente. A qué obedeció la nueva postura de Diocleciano, se desconoce en parte; pero pronto se iba a organizar en su reinado una terrible persecución, que llevaba el intento de deshacer desde sus cimientos toda la Iglesia.

Por otra parte, no faltaban disensiones entre los mismos fieles, y sobre todo se hacía más acuciante el peligro de una nueva secta, el donatismo, que iba teniendo grandes prosélitos entre los cristianos de África. Silvestre toma parte por la ortodoxia, creándose pronto enemigos, pero esto no impide que la Iglesia de Roma tenga puestos sus ojos en aquel varón de Dios, «puro, de piedad ferviente, mortificado y humilde», como le retratan las actas, y a quien había de designar para suceder al papa San Melquiades en la silla de San Pedro.

San Silvestre es elegido papa el 31 de enero del año 314, siendo cónsules Constantino y Volusiano, en el año noveno del imperio de Constantino. Largo va a ser su pontificado —veintitrés años, diez meses y once días— y lleno de grandes acontecimientos. Un año antes, en febrero del 313, había sido decretada la libertad de la Iglesia por el edicto de Milán, y desde entonces cuenta con el apoyo decidido del emperador y con la simpatía de los numerosos prosélitos que se presentan cada día.

El paganismo, sin embargo, no podía acomodarse al nuevo sesgo que tomaban las cosas. Y de ser cierto lo del bautismo de Constantino que nos cuentan las actas, habríamos de encajarlo precisamente en estos primeros años del nuevo papa. Parece ser que, en una de las ausencias del emperador, los magistrados de Roma se aprovecharon para iniciar de nuevo la persecución. Silvestre mismo tiene que salir de la ciudad, y se refugia con sus sacerdotes en el monte Soracte o Syraptim, llamado después de San Silvestre, y que dista unas siete leguas de Roma. Cuando vuelve Constantino, se encuentra de manos con una tragedia dentro de su misma familia, pues nada menos que a Crispo, su hijo y heredero, se le acusaba de haber cometido adulterio con

su segunda mujer, Fausta. Llevado de la cólera, el emperador manda darle muerte: pero es castigado de improviso con una repugnante lepra, que le cubre todo el cuerpo. En seguida acuden a palacio los médicos más renombrados, que se ven impotentes en procurarle remedio, y como última solución, y para aplacar la ira de los dioses, le proponen bañe su cuerpo en la sangre todavía caliente de una multitud de niños sacrificados con este fin. Cuando se van a hacer los preparativos y ya el cortejo imperial iba a subir las gradas del Capitolio, Constantino se conmueve ante los gemidos de las madres de los inocentes, que piden misericordia, y ordena se retire inmediatamente el sacrificio. Aquella misma noche se le aparecen en sueños dos venerables ancianos, Pedro y Pablo, que le recomiendan busque al obispo Silvestre, que está escondido, el cual le mostrará el verdadero baño de salvación que le curaría.

A la mañana siguiente aparece por las calles de Roma, y conducido con toda pompa por la guardia pretoriana, Silvestre, el perseguido. El encuentro con el emperador es benévolo. Entablan un diálogo de pura formación cristiana, y al fin el Pontífice le increpa con toda solemnidad:

> «Si así es, ¡oh príncipe!, humillaos en la ceniza y en las lágrimas, y durante ocho días deponed la corona imperial, y en el retiro de vuestro palacio confesad vuestros pecados, mandad que cesen los sacrificios de los ídolos, devolved la libertad a los cristianos que gimen en los calabozos y en las minas, repartid abundantes limosnas, y veréis cumplidos vuestros deseos».

Constantino lo promete todo, se fija el día para el bautismo, y, llegados por fin ante el baptisterio de San Juan de Letrán, se despoja el emperador de todas sus vestiduras, entra en la piscina, es bautizado por San Silvestre, y cuando sale, ante la expectación de todos, aparece completamente curado. De ahora en adelante, dicen las actas, Constantino será el gran favorecedor de los cristianos, y, no contento con eso, va a dejar al Papa su sede de Roma, retirándose con toda su corte a Constantinopla.

Toda esta historia nos indica, al menos, la gran preponderancia que iba tomando la Iglesia frente al Estado. De ello se ha de aprovechar San Silvestre para reconstruir iglesias devastadas y enmendar las corrompidas costumbres. Entre las nuevas leyes que bajo la égida del Pontífice iba a dar el emperador, sobresa-

len: la validez de la emancipación de esclavos realizada ante la Iglesia, el descanso dominical, contra los sodomitas, la educación de los hijos, revocación del destierro a que estaban condenados los cristianos, restitución de sus bienes, revocación de las leyes Julia y Popea contra el celibato, reconociendo de este modo la posibilidad de un celibato santo dentro del cristianismo, varios decretos asegurando el foro judicial de los clérigos, prohibición de los agoreros, de los juegos en que iban mezclada la inmoralidad y el engaño, etc., etc. Roma iba, de este modo, muriendo a su tradición pagana, para renacer poco a poco a la nueva Roma cristiana.

La gran labor pastoral en que se ve encuadrado el pontificado de San Silvestre ofrece unas facetas características, primicias todas ellas de la Iglesia, que se abre a nuevos horizontes, libre ya de trabas y de postergaciones.

Es su tiempo, la era de los grandes concilios, donde se fijan en detalle los cánones de la fe, el culto divino adquiere una grandeza insospechada, se establece una disciplina eclesiástica cuna de nuestro Derecho, y se extiende cada vez más la supremacía de la Iglesia de Roma. En el mismo año en que es elegido Papa, manda San Silvestre sus legados al concilio de Arlés, donde se resuelve la cuestión de los donatistas, que habían apelado otra vez en la causa de Ceciliano. Este concilio, juntamente con el primero ecuménico de Nicea (325), son los dos puntales del esfuerzo dogmático de tiempos de San Silvestre. Mucho se ha discutido sobre la participación que en ellos tuvo el Pontífice de Roma, ya que tanto uno como otro fueron convocados a instancias del emperador Constantino; pero, a través de lo que en ellos se determina, no ofrece duda la presencia moral del Papa en las decisiones consulares. En Nicea, junto al presidente del concilio, Osio de Córdoba, se sientan los legados pontificios Vito y Vicente, y, de ser cierto el documento que recoge el *Liber pontificalis,* todos los obispos, al final de la asamblea, escriben una carta a Silvestre, donde le dan cuenta de las decisiones adoptadas.

Más claro y conmovedor es el testimonio de los Padres del Concilio de Arlés. En esta asamblea, como en todas las que celebra Constantino, se ve, es cierto, una sumisión del episcopado

al poder civil; pero al mismo tiempo un afecto y una gran sumisión al Papa. Es éste el que ha de dar su última palabra sobre los donatistas, quien ha de comunicar a las iglesias lo establecido en el concilio, y el que, en fin, ha de hacer poner en práctica sus acuerdos, sobre todo el que se refiere a la celebración de la Pascua. Dicen así en la segunda carta que le envían:

> «Al amadísimo papa Silvestre, Marino, Agnecio [...] Unidos en el común vínculo de caridad y de unidad de la madre Iglesia católica y reunidos en la ciudad de Arlés por la voluntad del piísimo emperador, te saludamos a ti, gloriosísimo Papa, con toda nuestra reverencia».

Y añaden:

> «Ojalá, hermano dilectísimo, hubierais estado presente en este gran espectáculo, pues creemos que contra ellos (los donatistas) se hubiera dado una sentencia más severa, y de ese modo, uniéndote tú mismo a nuestro juicio, nuestra asamblea hubiera exultado con mayor alegría. Pero, como no pudiste separarte de aquellas tierras en las cuales se asientan también los apóstoles, y cuya sangre testifica sin intermisión la gloria de Dios, por eso te mandamos...»

Esta presencia del Papa se extendió a su vez en la serie de concilios y sínodos que se fueron celebrando en su tiempo: sínodo de Roma (315), concilios de Alejandría, Palestina, segundo de Alejandría, de Laodicea, Ancira, Nicomedia, Cartago, Cesarea de Palestina, etc.

En todos ellos y en otros decretos del mismo Papa se fue creando una liturgia nueva, que, unida a los cánones disciplinares, sirvieron de base a la reorganización interior de la Iglesia. Acaso se pueda rechazar como inventada posteriormente la famosa *Constitución de San Silvestre,* donde se encuentran una serie de prescripciones sobre los clérigos; pero no podemos dar de lado otras muchas, que sin duda se debieron al celo pastoral de nuestro santo. Citemos algunas:

— Solamente el obispo puede preparar el santo crisma y servirse de él para confirmar a los bautizados.

— Los diáconos usen dalmática y manípulo en el servicio del altar.

— Queda prohibido el uso de la seda o paño de color para el santo sacrificio de la misa. Deben emplearse telas de lino, o

sea corporales, que representen la síndone en que fue envuelto el cuerpo de Cristo.

— Ningún laico tenga la osadía de presentarse como acusador contra un clérigo.

— Ningun clérigo puede ser citado ante un tribunal laico para ser juzgado.

— Los días de semana, menos el sábado y el domingo, se llaman «ferias».

— En cuanto a la recepción de las órdenes sagradas, determina el tiempo que ha de transcurrir entre una y otra: veinte años para el lectorado, treinta días para el exorcistado, cinco años para el acolitado, otros cinco para el subdiaconado, diez para el de custodio de los mártires, siete para el diaconado y tres, por fin, para el sacerdocio.

— Normas precisas da también respecto a la vida de los clérigos. Deben ser castos y han de procurar el grado sin ambición y sin ansia de lucro, y solamente pueden ser nombrados aquellos que sean elegidos en unanimidad por el pueblo y la clerecía. Los presbíteros han de tener una reputación bien probada, de modo que, aun los que están fuera de la Iglesia, puedan dar fiel testimonio de ellos.

— Otras prescripciones abundan, por ejemplo, sobre el ayuno, los réditos de la Iglesia, que han de dividirse en cuatro apartados; el culto divino, etc.

Y como detalle, esta nota disciplinar en el trato con los pecadores, que nos dice mucho de la delicadeza y caridad de San Silvestre:

> «En primer lugar —dice— se les ha de llamar paternalmente y se les ha de esperar siete días, sin que se les prohíba nada de las cosas de la Iglesia. A este compás de espera se le deben añadir otros siete días, vedándoseles ya todo acceso a los divinos oficios. Siguen otros dos días, en los cuales, si no se arrepintieran, se les separa de la paz y comunión de la santa Iglesia. Otros dos días más, y, por fin, añadiendo todavía uno, y viendo que ya su caso es desesperado, se les debe condenar con el anatema».

En cuanto se refiere al culto divino, nunca conoció Roma, podemos decir, fuera del tiempo del Renacimiento, otra época de tanto esplendor y grandeza. El *Pontifical romano* nombra en primer lugar una iglesia del título de Equitio, que mandó cons-

truir San Silvestre junto a las termas de Trajano, hoy llamada de los Santos Silvestre y Martín, y que fue como su primera sede y el sitio donde hacía las ordenaciones. Seis veces ordenó en el mes de diciembre, y de aquí salieron 40 presbíteros, 26 diáconos y 65 obispos, que se fueron repartiendo por diversas tierras.

En seguida empiezan las famosas fundaciones constantinianas de San Juan de Letrán, en el monte Cello —*in aedibus Lateraní*—, de San Pedro, en el Vaticano, San Pablo, en la Via Ostiense, y Santa Cruz de Jerusalén, situada en el atrio Sessoriano, muy cerca del templo de Venus y Cupido, como réplica, dice Baronio, a la estatua de Venus que mandó poner Adriano en la cumbre del Calvario. En la misma Roma se levantan a su vez la basílica de Santa Inés, a instancias de la hija de Constantino; la de San Lorenzo, en el campo Verano; la de San Pedro y Marcelino, en la Via Labicana, y otras más en otras ciudades de Italia, como Ostia, Capua y Nápoles.

El papa San Dámaso, cuando termina de dar sus noticias sobre San Silvestre, acaba con esta sencilla frase: *Qui catholicus et confessor quievit.*

Católico, porque supo mantener la luz de su fe en un tiempo de fuertes herejías. Ecuménico, porque lleva su acción de Arlés a Nicea, de Cartago a Viena del Delfinado. Y, a la vez, confesor, es decir, santo, tomando la palabra en el sentido que se le daba entonces.

Y esta gran confesión o santidad la supo llevar, sobre todo, con una caridad y mansedumbre que fue puesta a prueba muchas veces por aquel que se decía favorecedor del cristianismo. Es sabido cómo a Constantino le aquejaba el prurito de quererse inmiscuir en todos los problemas interiores y exteriores de la Iglesia. Por su mandato se reúnen los obispos en Arlés, convoca el concilio de Nicea, reine sínodos, lleva a su tribunal la causa de los donatistas e interviene con toda su autoridad en la condena de los arrianos. Alguien ha querido ver cierta timidez en San Silvestre frente al emperador; pero creemos que es desconocer todo lo delicado de aquellos primeros años del cristianismo libre cuando se le atribuye tal especie. San Silvestre asiste a un renacer de la Iglesia, demasiado frágil todavía en lo que a efectos civiles se refiere, y, por otra parte, Constantino sigue

siendo el hombre de carácter fogoso, con muchos matices paganos, que a veces le llevan hasta el crimen. La persecución no se había superado del todo, ya que hasta el 324, con la muerte de Licinio, aún se sigue martirizando en el Oriente y aún en las tierras de Constantino brotan de vez en cuando gritos de rebeldía pagana.

Por otra parte, la solución de aquellos primeros conflictos político-religiosos de las primeras herejías dependía casi siempre del emperador, pues solían convertirse en verdaderas luchas intestinas, con gran peligro para la tranquilidad del Imperio. No es extraño, por tanto, que San Silvestre, aun consciente de su autoridad, tuviera que ceder muchas veces para no convertir en desfavorables unas posiciones que eran en gran manera ventajosas para la Iglesia. En eso precisamente estuvo su santidad: en saber sufrir los excesos del despotismo por bien de la comunidad, pasando muchas veces al segundo lugar, aunque en lo que tocaba a su ministerio siempre se mantuviera decisivo.

Ni las actas ni la leyenda nos dicen más de su vida. Pero bastante dice ya aquella floración de vida cristiana en que empieza a vivir Roma; el culto divino, que se engrandece con las basílicas; la nueva disciplina eclesiástica y el ejemplo de aquel varón venerable, que iba señalando a todos el nuevo sendero que se abría.

San Silvestre muere el 31 de diciembre del año 337. Fue sepultado en el cementerio de Priscila, en la Via Salaria, en una basílica donde estaba enterrado el papa San Marcelo, y que desde entonces se llamó de San Silvestre. Por el año 1890 se creyó identificar sus ruinas en el transcurso de unas excavaciones, y por fin lo logra en 1907 el arqueólogo Marucchi. Reconstruida una iglesia sobre los primitivos cimientos, fue inaugurada el 31 de diciembre del mismo año, reinando en la Iglesia San Pío X.

La Iglesia, por su parte, le ha venerado ya desde antiguo, incluyendo su nombre, juntamente con el de San Gregorio Magno, en la letanía de los Santos, y desde tiempos de San Pío V se ha venido celebrando su fiesta con rito doble aun dentro de la octava de Navidad.

FRANCISCO MARTÍN HERNÁNDEZ

Bibliografía

AMANN, E., Silvestre I (Spaint): Dtc XIV 2 (1940) 2068-2075.
BROGLIE, A. de, *L'Église et l'Empire romaine au VIe siècle IV* (París 1856-1866).
CASPAR, E., *Geschichte des Papstums.* I: *Römische Kirche und Imperium Romanun* (Tubinga 1930).
CONSTANT, P. (ed.), *Lettere Paparum* (París 1721).
DEVILLARD, J., «La papauté et le concile de Nicée»: *Revue Apologétique* (1950) 40.
EUSEBIO DE CESAREA, *Historia eclesiástica* y *Vida de Constantino:* PL 19 y 20.
JAFFÉ, P., *Regesta Pontificum Romanorum* (Graz 1951) vols.1 y 2.
Liber Pontificalis, I (París 1886).
SECCK, O., *Regesten der Kaiser und Päpste die Jahre 311 bis 476 nach Christus* (Stoccarda 1919).
«Silvestre, Papa»: PL 8,795-814.
• Actualización:
LLORCA, B., SI - GARCÍA VILLOSLADA, R., SI - LABOA, J. M.ª, *Historia de la Iglesia católica.* I: *Edad Antigua: la Iglesia en el mundo grecorromano* (Madrid ^8^2001) 446s.
GELMI, J., *Los papas. Retratos y semblanzas* (Barcelona 1986).
PAREDES, J. (dir.), *Diccionario de los Papas y Concilios* (Barcelona 1998).

SAN JUAN FRANCISCO REGIS

Presbítero († 1640)

Lo destinaba el Señor a ser un predicador infatigable de la palabra divina, acompañando su predicación del testimonio de una vida santísima, en la que brillaron con fulgor propio todas las virtudes cristianas. Una fe profunda le llevaba a transmitir el evangelio sin cansancio y a buscar todos los modos posibles de enseñarlo; una confianza ilimitada en Dios le llevaba a arrostrar todas las incomodidades y peligros, seguro de que contaba con la protección divina para la realización de su obra; una caridad excelsa le llevaba a buscar la salvación de las almas sin ahorrar sacrificio ni esfuerzo alguno con tal de salvar a un prójimo, y le llevaba igualmente a preferir a los pobres, los humildes, los campesinos, los aldeanos, los que no cuentan en la sociedad, como destinatarios de sus esfuerzos y trabajos, y todo ello desde el incendio de amor a Dios en que vivía y se consumía. Incansable en el trabajo, inabordable al desaliento, entregado plenamente a su vocación apostólica, este hijo de San Ignacio es gloria inmarcesible de la Compañía de Jesús, de la Iglesia de Francia y de la Iglesia universal.

En el breve de beatificación (8 de mayo de 1716) señalaba el papa Clemente XI el 24 de mayo como el día de su fiesta, pasa-

da luego en la Compañía de Jesús al 16 de junio. Ahora con el *Martirologio* nuevo su memoria se devuelve al 31 de diciembre, día en que sucedió su tránsito de este mundo al cielo.

Juan Francisco Regis nació en Fontcouverte, en el Languedoc, perteneciente hoy a la diócesis de Carcasona. Su padre, Juan Regis, era un propietario rural acomodado, que se había enrolado en la Liga contra los hugonotes y había tenido en ella el grado de capitán, y su madre era Magdalena Arsis, y ambos eran personas muy honestas y religiosas, muy firmes en su fe católica. Tanto sus padres como el preceptor que tenían ellos para sus hijos influyeron poderosamente en la precozmente despierta espiritualidad del jovencito, que desde niño mostró tener hondas preocupaciones religiosas. Su nacimiento tuvo lugar el 31 de enero de 1597.

A los 14 años lo pusieron sus padres en el colegio jesuita de Beziers. Es fama que ya para entonces era un chico dócil, estudioso, de costumbres puras, que enseguida dio su nombre a la Congregación Mariana, en la que vivió con intensidad la devoción a la Virgen María y a la Confraternidad de los Penitentes Azules, cuyos estatutos llevaban a sus miembros a visitar, consolar y ayudar a los enfermos y necesitados en los hospitales, cárceles y casas particulares. La asociación socorría también a los huérfanos para que aprendieran un oficio y a las huérfanas para que tomasen estado honestamente. Juan Francisco era alumno externo del colegio jesuita —no tenía el colegio un internado— y residía por ello en una casa particular con otros estudiantes. Es igualmente fama que Juan Francisco hizo una magnífica labor apostólica entre sus compañeros, atrayéndolos a los actos de piedad, alejándolos de cualquier diversión peligrosa y ayudándolos a dedicarse a la piedad y el estudio. Consiguió que muchos de sus compañeros aceptasen de él una especie de reglamento en el que estaban fijadas horas para la oración, el estudio y el recreo y para las buenas obras.

De aquel grupo de jóvenes que rodeaban a Juan Francisco surgieron vocaciones religiosas, y así algunos se hicieron dominicos, otros mínimos, otros capuchinos, etc. Juan Francisco se sintió igualmente llamado a la vida religiosa, pero, como su deseo era dedicarse por entero a la búsqueda de la mayor gloria de

Dios y la salvación de las almas, eligió la Compañía de Jesús, a la que conocía por sus maestros en el colegio de Beziers. Lo pensó, lo meditó, se recogió en ejercicios espirituales y tomó la decisión: el 8 de diciembre de 1616 ingresaba en el noviciado jesuita de la ciudad de Toulouse. Le sirvió el noviciado para reafirmarse en su vocación religiosa y entregarse sin reservas al Señor. Transcurrido el tiempo señalado, fue admitido a la profesión religiosa.

Según es costumbre en la Compañía de Jesús, el joven jesuita fue destinado al colegio de Cahors para la educación de los niños, de donde pasó al de Billom por tres años como inspector y maestro de ínfima gramática. Terminados esos tres años pasó por un trienio al estudio de la filosofía, y concluido éste, se le mandó como profesor de gramática suprema a Puy y luego un año a Auch. En todos estos colegios tuvo el amor de sus alumnos, que miraban en él no sólo al profesor competente sino sobre todo al religioso ejemplar, sorprendiendo su austeridad, modestia y afabilidad. Admiraba además su método de corregir y llamar la atención, pues lo hacía con tanta caridad y dulzura que los chicos caían en la cuenta de qué gran vencimiento tenía que hacerse para reñir a nadie. Los corregidos nunca quedaban resentidos sino que se sentían obligados con el profesor. Con las debidas licencias Juan Francisco los días de fiesta los aprovechaba para salir por las aldeas de alrededor y ocuparse en dar catecismo a los aldeanos, que agradecían mucho sus fervorosas pláticas. Esto ya lo había hecho también en el trienio en que estudió filosofía en Tournon, pues reunía a los pobres de la ciudad los días de fiesta y también a los criados del colegio. Acompañaba también en los citados días festivos a los religiosos sacerdotes del colegio que iban a los pueblecitos vecinos para predicar. Su mayor alegría era poder preparar a mayores y chicos al sacramento de la penitencia, y presentarlos entonces al padre jesuita al que acompañaba. Concretamente en Andace hizo tal trabajo apostólico que dejó constituida una asociación para la adoración del Santísimo Sacramento. Combatía los juegos, la embriaguez, los juramentos, los escándalos públicos, el maltrato a las esposas, etc., y lo hacía con gran eficacia.

El año 1628 Juan Francisco fue destinado a Toulouse para que en la casa jesuita de dicha ciudad estudiara la teología y se

hiciera capaz de recibir el sacerdocio. Sobresalió estos años no sólo por su responsable dedicación al estudio de las ciencias sagradas sino por su altísimo espíritu de oración, acudiendo a la iglesia muchas horas de la noche para pasarlas en plegaria ante el sagrario. Algunos en la comunidad avisaron al superior de que eran demasiadas las horas que Juan Francisco robaba al sueño, pero el superior viendo la intensidad religiosa con que Juan Francisco oraba no quiso prohibírselo.

Llevaba dos años estudiando teología cuando él mismo provocó se adelantase su ordenación sacerdotal. Se había declarado una mortífera peste en Toulouse y sus alrededores, y padres jesuitas acudían a atender espiritualmente a los apestados. Juan Francisco se ofreció para atenderlos él también y se le respondió negativamente, alegando que no era aún sacerdote. Entonces rogó y suplicó que le permitiesen ordenarse ya para poder atender a los enfermos. Se le hizo ver que entonces quedaría incapacitado para pasar los exámenes generales que le darían opción al cuarto voto jesuita. Él decidió sacrificar su posible profesión solemne, y se ordenó así de sacerdote, celebrando su primera misa en la fiesta de la Santísima Trinidad del año 1630. Le quedaban diez años de vida y ministerio sacerdotal que iban a ser gloriosos.

En octubre de aquel año 1630 la obediencia le manda trasladarse a su pueblo natal a fin de componer fuertes diferencias en el seno de su propia familia. Resolvió felizmente el enojoso asunto pero no desaprovechó apostólicamente su estancia en Fontcouverte. Dio catecismo a niños y adultos; se ocupó de pláticas y predicaciones a diversas clases de personas; se sentaba las horas en el confesonario y consolaba y animaba en él a muchísimas almas; visitaba asiduamente a los pobres en sus casas; llevaba el consuelo de los sacramentos a los enfermos, y se convirtió en mendigo evangélico, pidiendo a los ricos para darles a los pobres y socorrerles largamente. Llevaba un día por la calle un colchón para un pobre y pasaron unos soldados que, al ver a un religioso así cargado, se mofaron de él. Le dijeron entonces que no debía hacer tales obras de misericordia y él respondió que nunca hacer obras de caridad puede ser motivo de humillación, ya que la verdadera autoridad es la que viene de la bondad.

Todo esto sirvió para que los superiores de la Compañía comprendieran que Juan Francisco estaba bien dotado para las misiones rurales y decidieron pudiera dedicar gran parte de su tiempo a ellas. Durante nueve meses debió sustituir en Pamiers a un religioso que estaba enfermo y allí fue por obediencia Juan Francisco a dar clases, pero pasado este tiempo se le destinó a Montpellier, que durante las guerras de religión había sido un baluarte del protestantismo. Llegó a Montpellier a finales de 1632 y se le dedicó al catecismo de los niños, la visita de las aldeas y la predicación popular de la palabra de Dios. Exponía las verdades cristianas con palabras muy sencillas pero con mucha propiedad, de tal manera que a los doctos que lo escuchaban les admiraba la solidez de su doctrina. Se ocupó de nuevo de los más pobres, acudió repetidamente a los más ricos a solicitar sus limosnas, y avalaba su predicación con tal ejemplo de vida austera y penitente que era muy difícil resistirse a su encanto. Convirtió innumerables pecadores, entre ellos muchas mujeres públicas, para las cuales fundó un refugio que acogía a las arrepentidas. El 6 de noviembre de 1633 hizo los últimos votos religiosos que lo ligaron definitivamente a la Compañía de Jesús. En el invierno de ese mismo año inauguró las misiones rurales en Sommières, población muy tocada por el protestantismo, y muy pronto cosechó notables frutos. Llegó esta eficacia apostólica a oídos del obispo de Viviers, monseñor Francisco de la Baume, el cual se empeñó con los superiores de la Compañía de Jesús en que le enviaran al P. Juan Francisco, haciendo ver el lamentable estado en que se encontraba su diócesis. A cuenta de las guerras religiosas habían sido demolidas iglesias, abatido altares, rotas las pilas bautismales y los pueblos de la zona montañosa caído en la más completa ignorancia de la religión. Las aldeas estaban perdidas en las fragosidades de los montes y sin embargo sólo era posible hallar en ellas a sus habitantes en invierno pues en verano todos emigraban en busca de trabajo a las zonas más prósperas. Juan Francisco dejó de lado toda caballería. Envuelto en su manteo y con un bordón de peregrino anduvo todos los caminos y visitó todos los pueblitos como mensajero de la misericordia de Dios. Subía y bajaba quebradas, buscaba como dice el evangelio a todas las ovejas perdidas y se detenía en cada alma como si todo dependiera de cada una de

ellas. Conquistó innumerables corazones y atrajo de nuevo al redil de la Iglesia a cientos de ovejas que la habían abandonado. El obispo, admirado de los frutos, le reconvenía porque no cuidaba de sí mismo y se excedía en el trabajo, pero él estaba dispuesto a desgastarse hasta el final.

No faltaron quienes lo acusaron ante el prelado de imprudente y descomedido y llegaron a presionarlo hasta el punto de poner al obispo en duda de si debía frenar sus actividades, pero al fin comprendió que estaba cambiando la faz moral de la diócesis. La gente se arremolinaba a su llegada a cualquier pueblo porque ya la fama de santo le precedía a todas partes. Más tarde, y tras la investigación llevada a cabo por el síndico, conde de la Motte, quedó claro el proceder rectísimo del P. Juan Francisco y se mostró también que muchos odios concentrados contra él se debían a su apasionada defensa del celibato eclesiástico. No bien informado, el general de la Compañía, P. Vitelleschi, escribió al provincial que impusiera al P. Juan Francisco la penitencia que tuviera por conveniente a causa de sus imprudencias (4 de diciembre de 1634), pero el provincial no estimó oportuno ponerle penitencia alguna. Juan Francisco escribió al general y le pidió ser mandado a las misiones de Canadá (15 de diciembre de 1634), pero el general le respondió (15 de enero de 1635) que había que madurar el asunto. La insistencia de Juan Francisco no sirvió porque se le dijo que su Canadá era el Vivarés. Pasó luego con idénticas actividades y resultados a la diócesis de Valence y en 1636 fue destinado al obispado de Puy.

Aquí se sentía verdaderamente la necesidad de una predicación viva, espontánea, convencida y vibrante. Se decía que los libertinajes de aquella sociedad no tenían límite. Los señores y los campesinos vivían armados unos contra otros y no se detenían ante verdaderas brutalidades. El obispo, monseñor De Serres, le dijo que en la reforma que él le confiaba encontraría muchas dificultades pero que él lo sostendría con su autoridad y le daba desde el principio todas las facultades necesarias. El P. Juan Francisco comenzó por la capital diocesana. Convocó a las personas a sus pláticas catequéticas, y muy pronto eran centenares las personas que las frecuentaban. Luego se sentaba largamente en el confesonario y atendía alma por alma a todas las

que acudían en gran cantidad a él; y se dice que cuando sabía de alguien que necesitaba ayuda espiritual pero no había venido a buscarla, iba él mismo a buscarle y le exhortaba a la penitencia. Se ocupó enseguida de los pobres y aquel mismo 1636 en que llegó a la diócesis organizó un «Comité de la caridad», compuesto de señoras, las cuales buscaban y repartían alentadas por el misionero todas las limosnas imaginables. Se cuenta que por entonces y para socorrer a los pobres en la terrible carestía de 1637 multiplicó el trigo. Su caridad con los enfermos emocionaba a los fieles pues se acercaba incluso a aquellos enfermos de enfermedad repelente que vivían abandonados por ser muy difícil a otros atenderlos. Y el santo, cuando los atendía, no dejaba que le dieran las gracias sino que se las daba a ellos por haberles permitido ejercer la caridad. Para la acogida de las mujeres arrepentidas funda igualmente un Refugio, del que su superior, el P. Umeau, no quiso que llevase la dirección. Pero cuando llegó como superior su condiscípulo el P. Asrnou, se lo volvió a permitir.

Su género de vida era increíble: dormía en el suelo o en una silla dos o tres horas, luego se levantaba y se dedicaba a la oración el resto de la noche. Comía solamente legumbres, un poco de pan y leche, y ayunaba a pan y agua muchos días. Llevaba puesto un áspero cilicio y se disciplinaba con frecuencia.

Llegó a la convicción de que la gente del campo necesitaba sacerdotes dedicados, al menos los seis meses más ásperos del año, a su cuidado espiritual. Había pedido en vano al prepósito general que lo destinara a las misiones de Canadá, y en 1 de abril de 1640 se dirigió de nuevo a su superior mayor con la siguiente carta que muestra su espíritu apostólico:

> «Muy Reverendo Padre nuestro: Recurro hoy a Vuestra Paternidad con tanta mayor confianza cuanto estoy persuadido que la súplica que voy a hacer a Vuestra Paternidad no será de su desagrado. Ésta es que Vuestra Paternidad por su bondad se digne permitirme consagrar la vida y las fuerzas que me restan a la enseñanza de la gente del campo. No puedo explicar los grandes bienes que produce este género de misiones. Hablo de experiencia, habiéndolo visto por mis ojos, y pluguiese a Dios se me hubiere dado licencia para experimentarlo más frecuentemente. Pido, pues, licencia a V.P. para emplearme por lo menos seis meses al año en este divino ministerio. El Sr. Obispo de Puy me ha dado todas sus facultades;

muchos curas y muchos pueblos piden con grandes instancias la misión. El P. Rector, en cambio, sintiéndome necesario en el colegio, me detiene en él de tiempo en tiempo, a pesar de la extrema necesidad de tantas almas como perecen en las aldeas por falta de auxilios espirituales. Suplico a V.P. se sirva comprobar que en las poblaciones grandes se distribuye el pan en abundancia, pero mientras tanto los pobrecitos del campo se mueren de hambre por no haber una mano caritativa que reparta el pan de la divina palabra. Espero de la paternal bondad de V.P. no me negará la gracia que le pido, aunque no sea más que para consolarme de la negativa que me dio cuando pedí ir al Canadá».

Si leemos detrás de la letra de la carta podemos ver que, destinado el P. Juan Francisco en el colegio jesuita de Viviers, tenía ciertamente licencia para las misiones que hemos descrito, pero el rector del colegio, quizás para ahorrarle algunos meses un trabajo tan duro, lo retenía bajo obediencia en el colegio y lo ponía a dar clases y a ocuparse de los alumnos. Él obedecía, como no podía ser menos, pero pensaba que se estaba cuidando y pasándolo bien mientras tantas almas carecían del auxilio espiritual oportuno, y por ello pensó en recurrir al superior mayor, lo que era en el fondo un derecho suyo. El P. general aceptó la súplica de Juan Francisco. Cuando la carta del general llegó a Puy estaba allí el provincial, el mismo que le había permitido las misiones, y tuvo gran complacencia en que el general confirmase su licencia. Se ocupó a lo largo del verano en las misiones de Montfaucon, Recoulles y de Verines y por fin se dispuso a marchar a la misión de La Louvesc.

El día 21 de diciembre de 1640, acompañado del hermano Bideau, partió para La Louvesc, distante ochenta kilómetros de Puy. En el camino hubieron de pasar la noche, que era gélida, en un cobertizo sin paredes, donde no hallaron ni siquiera paja para tenderse. El santo misionero cogió aquella noche una pulmonía. Pese a la gran calentura, al amanecer siguió el viaje y llegó a La Louvesc en la mañana del día 24. Como si no estuviera enfermo, empezó enseguida la misión, dando los sermones y las catequesis. Luego se sentó en el confesonario y se pasó en él toda la noche. Al día siguiente, fiesta de Navidad, predicó y confesó todo el día y al día siguiente muy temprano dijo la santa misa. Terminada ésta, quiso irse al confesonario pero no pudo; se sentó en una silla y se desmayó cayendo al suelo. Lo recogie-

ron y el párroco, el abate Bayle, decidió acostarlo en su propia cama. Dieron aviso a los jesuitas de Tournon y éstos acudieron enseguida para asistirle. Pero ya era inevitable el fin y así lo aseguró el médico que los religiosos habían traído consigo. Siguió en la cama del párroco, y allí recibió los últimos sacramentos, haciendo antes una confesión general con el P. Lascombes. Al hermano que le asistía le dijo que veía a Jesús y María venir por él y así expiró el 31 de diciembre de 1640 cuando estaba para concluir el año, pues era cerca de media noche.

Cuando en 1716 fue beatificado se pudo encontrar su cuerpo porque el párroco había escrito en el libro de bautismos, entierros y bodas la siguiente partida:

> «Este día último del mes de diciembre del año mil seiscientos cuarenta, cerca de la media noche, murió en mi cuarto y en mi cama el reverendo padre Juan Francisco de Regis, jesuita de Puy, donde estuvo malo seis días, y fue enterrado el día dos de enero de mil seiscientos cuarenta y uno en la capilla y debajo de la campana grande de nuestra iglesia de La Louvesc. Y por ser verdad lo firmé hoy, día tres del mismo mes y año. Bayle, cura».

Se fue al sitio y en efecto allí estaba el santo cuerpo, que fue sacado y colocado en una caja en el presbiterio. La Louvesc se convirtió en meta de peregrinaciones de miles de fieles que siguen yendo allí a venerar a San Juan Francisco Regis, canonizado el 16 de junio de 1737. No podemos terminar esta reseña biográfica sin desear que el gran santo evangelizador ilumine a la Iglesia embarcada en la gran tarea de la nueva evangelización.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

CROISSET, J., SJ, *Año cristiano, o ejercicios devotos para todos los días del año,* 4 vols. (Madrid 1852).
CURLEY, F. DE, *Saint Jean-Francois Regis* (Lyón 1893).
HOLLAND, R. E., *Life of St. John Francis Regis* (Chicago 1922).
TESTORE, C., *Santos y beatos de la Compañía de Jesús* (Madrid 1943) 513-528.

BEATO ALANO DE SOLMINIHAC

Obispo († 1659)

Alano es nombre germánico que guarda relación con los bárbaros alanos, miembros de una tribu nómada expulsada de Asia Menor por Marco Aurelio Probo hacia el 280, y vencida luego por los hunos, los visigodos y los vándalos durante los siglos IV y V. No faltan quienes opinan que puede ser nombre céltico («Alun»), con el significado de «armonía». Y para que el abanico de hipótesis no desmerezca, tercian otros diciendo que sería la forma con que los musulmanes nombran a Dios («Alá»), cuya variante anglosajona se decanta por «Alan», en tanto que la francesa lo hace por «Alain». El derivado, desde luego, con toda su parafernalia etimológica y hermenéutica resulta múltiple y caprichoso: Alaina, Alaine, Alan, Alanic, Allan, Lan y Lanig.

Alano de Solminihac (1593-1659), obispo, vio la luz de este mundo de lágrimas y suspiros, también de gozos y esperanzas, el 25 de noviembre de 1593 en Saint-Aquilin, cerca de Périgueux, castillo de Belet [Beley-en-Périgord (Périgord Noir: Dordoña, Francia)], del matrimonio formado por Juan, escudero-gentilhombre, señor de Belet, y de Juana de Marqueyssac. Salido de una vieja familia de Périgord, cuya divisa era «Fe y valentía», soñó primero con entrar en los Caballeros de Malta. Pero en 1613, a sus veinte años, resolvió hacerlo en la Abadía de Chancelade, cerca del mencionado Périgueux (Périgord), de los Canónigos Regulares de San Agustín. Périgord, Dordoña, era su región natal. Una vez ordenado prosiguió estudios de teología y de espiritualidad en París. Recibió la bendición abacial en la Epifanía de 1623. Acto seguido, emprendió valiente y decidido la restauración material y espiritual del viejo edificio. Era la época de la aplicación del Concilio de Trento. Este ejemplo suyo tuvo considerable resonancia en la región y mucho más lejos: en la vida de los institutos religiosos. La experiencia de Alano de Solminihac recuerda oportunamente a los religiosos el valor y la fecundidad de su oblación radical, sostenida por la observancia de la Regla, la mortificación y la vida en comunidad.

Los monjes de la Chancelade pertenecen a la Orden de San Agustín, no los monjes que el Hiponense fundó, sino de la

Orden mendicante cuyas raíces originales hay que ver en el monacato africano, y concretamente agustiniano, del siglo IV. Orden que alcanzó después de la llamada «Gran Unión» extraordinario desarrollo en el curso de los siglos XI-XII teniendo por misión el oficio parroquial, la enseñanza y la hospitalidad. La abadía del siglo XII subsiste aún en Chancelade. Y también la memoria del esplendor alcanzado por los agustinos de la Abadía de Chancelade en Périgord bajo la autoridad del abad Alano de Solminihac (1636-1659), a quien las crónicas y pintura recuerdan como canónigo regular vestido de una sotana violeta. Abad primero de Chancelade y, hacia 1630, obispo de Cahors, transformó su abadía en un focolar de espiritualidad. Con apenas 30 a las espaldas, emprendió, ya digo, la reforma espiritual y material de aquel centro que habría de marcar por muchos años el curso espiritual de la región.

Al sacerdote de La Rochefoucauld, una vez tenga cura de almas, lo van a ver en su tiempo luchar contra la impiedad, ensayar reformas y promover una causa importante: la canonización de Alano de Solminihac, de cuyas gestiones venía ocupándose desde hacía tiempo el clero de Francia. Y es que la emprendida por Alano durante su abadiato en Chancelade había sido una reforma austera, pese a la fuerte oposición encontrada en antiguos religiosos que terminaron por arrojar la toalla y retirarse a sus prioratos. Así fue como la abadía de Sainte-Marie de Sablonceaux, fundada en 1136 cerca de Saintes por Guillaume, duque de Aquitania, conoció también la reforma según el estilo de nuestro Beato en la suya. Así se explica que Sablonceaux le dispensara siempre reconocida gratitud y vivo recuerdo. Hasta tal punto llegó su veneración allí que sus monjes se decían hijos espirituales o discípulos de Alano de Solminihac.

La extendida fama de santidad y el generoso desprendimiento ascético del abad de Chancelade hacen que en 1636 el papa Urbano VIII ponga sus ojos en él para obispo de Cahors, diócesis que va a regir desde 1636 hasta 1659. Era entonces Cahors una de las más grandes diócesis de Francia, correspondiente al departamento de Lot, ocupando la parte más grande de Quercy, que en sus primeros tiempos se extendía sobre la mitad norte de Tarn-et-Garonne y el noroeste del departamen-

to del Aveyron. Sita al norte de la región Midi-Pyrénées, en los confines de Auvernia, de Lemosín y de Aquitania. Cahors dará a la Iglesia un papa: Santiago Duèze, es decir, Juan XXII, el cual residirá en Aviñón, aunque sin olvidarse nunca de su pueblo, ya que en 1332 le llega a ofrecer la más grande universidad del sudoeste del reino, la misma en cuyas aulas cursaría estudios más tarde Fenelón. Hay costumbre de hacer comenzar en 1337 el período de la guerra de los Cien Años. Mas para el Sud-Oeste de Francia —región del Quercy— este enfrentamiento anglo-francés había empezado más bien en 1159, cuando las armadas de Enrique II. Cahors hoy, después de tantas evoluciones y cambios, es una diócesis pequeña. A partir de 1999 existe el vistoso parque regional de las *Causses del Quercy,* que viene a reforzar el departamento en su vocación turística. Desde el punto de vista de su organización pastoral, la diócesis está repartida en cinco sectores.

Ferviente admirador de la pastoral conciliar de San Carlos Borromeo, arzobispo de Milán, monseñor de Solminihac tomó él también la resolución de dar a su diócesis el rostro y la vitalidad tan deseados por el Concilio de Trento. Sus 22 años de episcopado en el Quercy promovieron un despliegue incesante de actividades, todas a cual más eficaz y de mayor importancia. He aquí algunas para muestra: convocación de un sínodo diocesano, puesta en pie de un consejo episcopal hebdomadario, visita sistemática de 800 (hay quien escribe 900) parroquias de la diócesis, cada una visitada hasta nueve veces, creación de un seminario confiado a los lazaristas, multiplicación de las misiones parroquiales, desarrollo del culto eucarístico en un tiempo en que el jansenismo comenzaba a expandirse, promoción o fundación, en fin, de obras caritativas para los ancianos y los huérfanos, para los enfermos y las víctimas de la peste.

Reformador, como digo, en la línea de San Carlos Borromero, austero y enérgico, acometió también ahora la restauración de la Iglesia en Quercy, arruinada por todo un siglo de enfrentamientos religiosos. Devolvió al Culto su dignidad, haciendo aplicar exactamente los decretos del Concilio de Trento. Más comúnmente por los caminos que en su residencia de Merques *(Mercuès),* velaba en persona durante las visitas por los deberes

de su clero. Para asegurar la formación, estableció en Cahors un seminario y recomendó a sus sacerdotes predicar *en lengua vulgar.* En 1638, visitando la diócesis, constató con sorpresa que, en muchas parroquias, «no se hacía ninguna dificultad por colocar en los libros de los bautizados después del nombre de los hijos ilegítimos, el de su padre con expresión de su cualidad de sacerdote, como si hubiera que dejar para la posteridad las marcas de su inconteniencia». Cuarenta años más tarde, Esteban Le Camus, obispo de Grenoble, recibirá la dimisión de numerosos curas «viejos concubinarios», temerosos ellos de su posible irritación.

Cuentan asimismo las crónicas que transformó el episcopio en un «monasterio de clérigos», algo que ya hicieran en su día, durante la antigüedad patrística, algunos Padres de la Iglesia, de modo particular en Hipona, San Agustín. Promovió el renacimiento espiritual de la diócesis. Profesó mucho antes que Fenelón el «puro amor», y sus escritos acabarían obteniendo la aprobación de Roma; valeroso reformador, la ocupación esencial de sus años episcopales no fue otra que introducir y hacer que se aplicasen en la diócesis los decretos del Concilio de Trento, detalle que le valió pronto el calificativo de obispo «itinerante», entregado de cuerpo y alma y dándolo todo de sí en las visitas pastorales. Ferozmente hostil, eso sí, al protestantismo y al jansenismo, reunió a los prelados vecinos en su residencia de Merques para la puesta en práctica de una pastoral común.

Hizo imprimir para los fieles un catecismo y no escatimó esfuezos en contrarrestar y debelar pastoralmente a los protestantes y jansenistas. Consiguió por éstas y similares iniciativas un prestigio extraordinario entre la Jerarquía de su tiempo y una reputación de santidad que permiten su justa relación con los otros artífices de la Reforma católica. Alano de Solminihac, pues, participó de cerca en los dramas de su tiempo. «Las rentas de mi episcopado son el sagrado patrimonio de los pobres —dirá—, y todo lo que yo puedo pretender es el estirar mi pobre vida». Multiplicó, en efecto, las fundaciones caritativas, orfelinatos, hospitales, como el de los «Incurables», el de los «Huérfanos», el de las «Huérfanas». Hizo también transferir el gran hospital de Santiago *(Saint-Jacques),* convertido con el dis-

currir de los días en el hospital general, a su actual emplazamiento. Cuando La Fronde, él mantuvo el Quercy fiel a la Corona contra los Condados, muy activos en Guyenne. Consiguió limitar la detestable costumbre de los duelos y la práctica de la usura, muy extendidas entonces.

El castillo de Merques, residencia favorita de los condes-obispos de Cahors que elevaron allí primero una capilla, después un castillo (ciudad en toda regla a partir del 1212, completada en el siglo XIV), fue tomado por los ingleses y desmantelado a principios del siglo XV. Rescatado por los cónsules de Cahors, fue restaurado y más tarde saqueado por las guerras de religión. Devuelto a sus orígenes en el siglo XVII, agrandado en el XVIII, nuevamente restaurado por un alumno de Viollet-le-Duc en el XIX, quedó definitivamente abandonado por los obispos que se fueron a vivir en otra parte. Actualmente es castillo-hotel.

El abundante material epistolográfico y documental sobre la reforma espiritual de la Iglesia en Francia, con los impulsos renovadores del Concilio de Trento un tiempo hibernados y luego puestos al día, prueba que en aquel nacimiento de seminarios, reflorecimiento de la vida religiosa y renovación de los sacerdotes con sus comunidades parroquiales del ferviente seiscientos francés, hubo hombres de extraordinaria talla eclesial, como verbigracia, Olier, Bourgoing, Alano de Solminihac, y tantos otros. En Cahors es posible hallar todavía la *Place Alain de Solminihac;* incluso el edificio construido en 1640 por el obispo Alano de Solminihac para los seminaristas, reconstruido en parte y ocupado a partir de 1873 por cerca de 1500 soldados y 50 oficiales del VII Regimiento de Infantería. Y todavía hoy es posible admirar el Espacio de Congreso.

Apóstol y creador, murió en Merques el 31 de diciembre de 1659. Sus biografías le atribuyen muchos milagros, entre ellos un buen lote de curaciones, que vienen a ser como el refrendo taumatúrgico de su incansable pastoral puesta al servicio de la reconquista católica de la región.

> «En 1658, refiere Felipe Calmon, Alano nombra como prior de Notre Dame du Puy (en Figeac), a Juan Delaborie. El encuentro con el obispo de Cahors que desde que ha asumido el oficio pastoral en 1636 es uno de los principales artífices de la reforma católica

querida por el Concilio de Trento, va a orientar toda la vida de Delaborie, quien actuará en tres direcciones: la formación de los sacerdotes, el encuadramiento de los fieles y la lucha contra la herejía protestante».

En el proceso verbal de beatificación firmado por Juan Pablo II, el 13 de julio de 1979, se narra la sorprendente curación de María Ladoux, niña de cinco años, hija de Antonio Ladoux y Juana Breil, su esposa. El 27 de junio de 1661 la niña dejaba Montauban para acercarse con sus padres a Montcuq, cerca de Cahors. Para el viaje, había sido emplazada en una cesta de vestidos con útiles también para el trabajo familiar, entre ellos un gran cuchillo puntiagudo. La cesta había sido encaramada sobre un caballo. A cuatro kilómetros de Montcuq, el caballo dio un mal paso y se cayó: el cuchillo se clavó en el bajo vientre de la niña y transpasó su vejiga provocando una herida profunda. El padre extrajo el cuchillo de la herida, de la cual empezó a manar «sangre y agua». No bien llegados a Montcuq, la pequeña fue examinada por el quirurgo Pagès, quien apeló al profesor Pierre Durand de la Universidad de Cahors, y éste no dejó lugar a esperanza alguna: era el 29 de junio. Por si fuera poco, el estado de la nena empezó a empeorar de modo alarmante. La madre pidió entonces al marido visitar la tumba del Siervo de Dios Alano de Solminihac. Vencida su inicial reluctancia —no quería apartarse de la hija por nada del mundo—, éste acabó por acceder y se llegó hasta Cahors. De vuelta en Montcuq el 30 de junio o el 1 de julio, encontró a la hija completamente curada. El 2 de julio informó del «milagro» a los canónigos regulares, al profesor Durand y a monseñor de Sevin, obispo de Cahors. Fueron hechas también las constataciones pertinentes al caso.

Modelo de pastor celoso y de reformador eficaz lo mismo para el clero que para los fieles e impregnado del espíritu de San Carlos Borromeo, tuvo siempre clara conciencia del deber y su conducta como persona y pastor de la Iglesia fue de veras irreprochable. Tres años antes de su muerte, había predicado él mismo el Jubileo de 1656, para convertir a su pueblo y, a la vez, sensibilizarlo sobre la misión particular del Obispo de Roma, guardián de la comunión entre las Iglesias. Un palabra del salmo 69 podría resumir perfectamente la vida pastoral de aquel obis-

po del siglo XVII francés: «Me devora el celo de tu casa» (Sal 68,10). Beatificado por el papa Juan Pablo II en Roma el 4 de octubre de 1981, las palabras papales siguen percutiendo en el corazón de la Iglesia universal:

> «La notable figura de Alano de Solminihac bien merece ser puesta a la luz por la Iglesia que él tan ardientemente sirvió. ¡Puedan los obispos de Francia y de todos los países hallar en la vida del Beato Alano de Solminihac el valor de evangelizar sin miedo al mundo contemporáneo!».

La evangelización representa uno de las mayores retos para la Iglesia del siglo XXI: la fe, ha dicho Juan Pablo II, debe hacerse cultura; y la cultura, Evangelio. Inculturación y evangelización son como las dos alas con que volar alto por los cielos azules de la espiritualidad contemporánea. Buen ejemplo, desde su tiempo y a su manera entonces, el del Beato Alano de Solminihac, quien se gastó y desgastó al estilo paulino por darse a las almas, esforzándose, al hacerlo, en ser por ello mismo signo e instrumento de la íntima unión con Dios y, con él, de todo el género humano. Templó el alma de tal suerte que hizo también de su vida toda incondicional donación a la Iglesia. Ojalá los obispos franceses, todos los obispos valdría decir, como Juan Pablo II bellamente preconizó, encuentren en la vida de este beato el coraje de evangelizar sin miedo a la sociedad de nuestro tiempo.

PEDRO LANGA, OSA

Bibliografía

ARRICAU, R., «Alain de Solminihac, evêque de Cahors»: *La Documentation Catholique* (1981) 951.

CHASTENET, L., *La Vie de Monseigneur Alain de Solminihac Evesque Baron, et Comte de Caors, et Abbé régulier de Chancellade* (Cahors 1663). [Edición original muy rara, impresa en Cahors. Traducida al latín en 1673; reimpresa en numerosas ocasiones hasta 1981].

JUAN PABLO II, «*Homilia.* In foro Sancti Petri habita, occasione oblata Beatificationis Servorum Dei Alani de Solminihac, Aloisii Scrosoppi, Richardi Pampuri, Claudinae Thévenet, Mariae Repetto [4. m. Octobris a. 1981]»: *AAS* 73 (1981) 662-668.

«Lettre pastorale de Monseigneur l'illustrissime et révérendissime évêque, baron et comte de Cahors, touchant les usures et intérêts. 1648»: *Archives de l'Évêché,* liasse X, n.1.

Martyrologium romanum, o.c., 275, n.11; 675.

MAZEAU, R., *Alain de Solminihac, abbé de Chancelade, évêque de Cahors,* Fanlac (Périgueux 1980).

L'Osservatore Romano (1981) n.35, 36, 41, 42.

SOL (Chanoine E.), *Le vénérable Alain de Solminihac, abbé de Chancelade et évèque de Cahors* (Cahors 1928).
Le Vénérable Alain de Solminihac. Abbé de Chancelade et évèque de Cahors (Delsaud 1928).

SANTA CATALINA LABOURÉ

Virgen († 1876)

La capilla de las apariciones de la «Medalla Milagrosa» se encuentra en la rue du Bac, de París, en la casa madre de las Hijas de la Caridad. Una casona muy parisina, como tantas otras de aquel barrio tranquilo. Se cruza el portalón, se pasa un patio alargado y se llega a la capilla.

La capilla es enormemente vulgar, como cientos o miles de capillas de casas religiosas. Una pieza rectangular sin estilo definido. Aún ahora, a pesar de las decoraciones y arreglos, la capilla sigue siendo desangelada.

Uno comprende que la Virgen se apareciera en Lourdes, en el paisaje risueño de los Pirineos, a orillas de un río de alta montaña; que se apareciera inclusive en Fátima, en el adusto y grave escenario de la «Cova de Iría»; que se apareciera en tantos montículos, árboles, fuentes o arroyuelos, donde ahora ermitas y santuarios dan fe de que allí se apareció María a unos pastorcillos, a un solitario, a una campesina piadosa...

Pero la capilla de la rue du Bac es el sitio menos poético para una aparición. Y, sin embargo, es el sitio donde las cosas están prácticamente lo mismo que cuando la Virgen se manifestó aquella noche del 27 de noviembre de 1830.

Yo siempre que paso por París voy a decir misa a esta capilla, a orar ante aquel altar «desde el cual serán derramadas todas las gracias», a contemplar el sillón, un sillón de brazos y respaldo muy bajos, tapizado de velludillo rojo, gastado y algo sucio, donde lo fieles dejan cartas con peticiones, porque en él se sentó la Virgen.

Si la capilla debe toda su celebridad a las apariciones, lo mismo podemos decir de Santa Catalina Labouré, la privilegiada vidente de nuestra Señora. Sin esta atención singular, la buena religiosa hubiera sido una más entre tantas Hijas de la Caridad, llena de celo por cumplir su oficio, aunque sin alcanzar el mérito de la canonización. Pero la Virgen se apareció a sor Labouré

en la capilla de la casa central, y así la devoción a la Medalla Milagrosa preparó el proceso que llevaría a sor Catalina a los altares y riadas de fieles al santuario parisino. Y tan vulgar como la calle de Bac fue la vida de la vidente, sin relieves exteriores, sin que trascendiera nada de lo que en su gran alma pasaba.

Catalina, o, mejor dicho, Zoe, como la llamaban en su casa, nació en Fain-les-Moutiers (Bretaña) el 2 de mayo de 1806, de una familia de agricultores acomodados, siendo la novena de once hermanos vivientes de entre diecisiete que tuvo el cristiano matrimonio.

La madre murió en 1815, quedando huérfana Zoe a los nueve años. Ha de interrumpir sus estudios elementales, que su misma madre dirigiera, y con su hermana pequeña, Tonina, la envían a casa de unos parientes, para llamarlas en 1818, cuando María Luisa, la hermana mayor, ingresa en las Hijas de la Caridad. «Ahora —dice Zoe a Tonina—, nos toca a nosotras hacer marchar la casa».

Doce años y diez años..., o sea, dos mujeres de gobierno. Parece milagroso, pero la hacienda campesina marcha. Había que ver a Zoe en el palomar entre los pichones zureantes que la envuelven en una aureola blanca. O atendiendo a la cocina para tener a punto la mesa, a la que se sientan muchas bocas con buen apetito. Otras veces hay que llevar al tajo la comida de los trabajadores.

Y al mismo tiempo que los deberes de casa, Zoe tiene que prepararse para la primera comunión. Acude cada día al catecismo a la parroquia de Moutiers-Saint-Jean, y su alma crece en deseos de recibir al Señor. Cuando llega al fin día tan deseado, Zoe se hace más piadosa, más reconcentrada. Además ayuna los viernes y los sábados, a pesar de las amenazas de Tonina, que quiere denunciarla a su padre. El señor Labouré es un campesino serio, casi adusto, de pocas palabras. Zoe no puede franquearse con él, ni tampoco con Tonina o Augusto, sus hermanos pequeños, incapaces de comprender sus cosas.

Y ora, ora mucho. Siempre que tiene un rato disponible vuela a la iglesia, y, sobre todo, en la capilla de la Virgen el tiempo se le pasa volando.

Un día ve en sueños a un venerable anciano que celebra la misa y la hace señas para que se acerque; mas ella huye despavo-

rida. La visión vuelve a repetirse al visitar a un enfermo, y entonces la figura sonriente del anciano la dice: «Algún día te acercarás a mí, y serás feliz». De momento no entiende nada, no puede hablar con nadie de estas cosas, pero ella sigue trabajando, acudiendo gozosa al enorme palomar para que la envuelvan sus palomos, tomando en su corazón una decisión irrevocable que reveló a su hermana. «Yo, Tonina, no me casaré; cuando tú seas mayor le pediré permiso a padre y me iré de religiosa, como María Luisa».

Esto mismo se lo dice un día al señor Labouré, aunque sacando fuerzas de flaquezas, porque dudaba mucho del consentimiento paterno.

Efectivamente, el padre creyó haber dado bastante a Dios con una hija y no estaba dispuesto a perder a Zoe, la predilecta. La muchacha tal vez necesitaba cambiar de ambiente, ver mundo, como se dice en la aldea.

Y la mandó a París, a que ayudase a su hermano Carlos, que tenía montada una hostería frecuentada por obreros.

El cambio fue muy brusco. Zoe añora su casa de labor, las aves de su corral y, sobre todo, sus pichones y la tranquilidad de su campo. Aquí todo es falso y viciado. ¡Qué palabras se oyen, qué galanterías, qué atrevimientos!

Sólo por la noche, después de un día terrible de trabajo, la joven doncella encuentra soledad en su pobre habitación. Entonces ora más intensamente que nunca, pide a la Virgen que la saque de aquel ambiente tan peligroso.

Carlos comprende que su hermana sufre, y como tiene buen corazón quiere facilitarla la entrada en el convento. ¿Pero cómo solucionarlo estando el padre por medio?

Habla con Huberto, otro hermano mayor, que es un brillante oficial, que tiene abierto un pensionado para señoritas en Chatillon-sur-Seine. Aquella casa es más apropiada para Zoe.

El señor Labouré accede. Otra vez el choque violento para la joven campesina, porque el colegio es refinado y en él se educan jóvenes de la mejor sociedad, que la zahieren con sus burlas. Pero perfecciona su pronunciación y puede reemprender sus estudios, que dejará a los nueve años.

Un día, visitando el hospicio de la Caridad en Chatillon, quedó sorprendida viendo el retrato del anciano sacerdote que se le apareciera en su aldea. Era un cuadro de San Vicente de Paúl. Entonces comprendió cuál era su vocación, y como el Santo la predijera, se sintió feliz. Insistió ante su padre, y al fin éste se resignó a dar su consentimiento.

Zoe hizo su postulantado en la misma casa de Chatillon, y de allí marchó el día 21 de 1830 al «seminario» de la casa central de las Hijas de la Caridad en París.

A fines del noviciado, en enero de 1831, la directora del seminario dejó esta «ficha» de Zoe, que allí tomó el nombre de Catalina: «fuerte, de mediana talla; sabe leer y escribir para ella. El carácter parece bueno, el espíritu y el juicio no son sobresalientes. Es piadosa y trabaja en la virtud».

Pues bien: a esta novicia corriente, sin cualidades destacables, fue a quien se manifestó repetidas veces el año 1830 la Virgen Santísima.

He aquí cómo relata la propia sor Catalina su primera aparición:

> «Vino después la fiesta de San Vicente, en la que nuestra buena madre Marta hizo, por la víspera, una instrucción referente a la devoción de los santos, en particular de la Santísima Virgen, lo que me produjo un deseo tal de ver a esta Señora, que me acosté con el pensamiento de que aquella misma noche vería a tan buena Madre. ¡Hacía tiempo que deseaba verla! Al fin me quedé dormida. Como se nos había distribuido un pedazo de lienzo de un roquete de San Vicente, yo había cortado el mío por la mitad y tragado una parte, quedándome así dormida con la idea de que San Vicente me obtendría la gracia de ver a la Santísima Virgen. Por fin, a las once y media de la noche, oí que me llamaban por mi nombre: Hermana, hermana, hermana. Despertándome, miré del lado que había oído la voz, que era hacia el pasillo. Corro la cortina y veo un niño vestido de blanco, de edad de cuatro a cinco años, que me dice: Venid a la capilla; la Santísima Virgen os espera. Inmediatamente me vino al pensamiento: ¡Pero se me va a oír! El niño me respondió: Tranquilizaos, son las once y media; todo el mundo está profundamente dormido: venid, yo os aguardo.
>
> Me apresuré a vestirme y me dirigí hacia el niño, que había permanecido de pie, sin alejarse de la cabecera de mi lecho. Puesto siempre a mi izquierda, me siguió, o más bien yo le seguí a él en todos sus pasos. Las luces de todos los lugares por donde pasábamos estaban encendidas, lo que me llenaba de admiración. Creció

de punto el asombro cuando, al ir a entrar en la capilla, se abrió la puerta apenas la hubo tocado el niño con la punta del dedo; y fue todavía mucho mayor cuando vi todas las velas y candeleros encendidos, lo que me traía a la memoria la misa de Navidad. No veía, sin embargo, a la Santísima Virgen.

El niño me condujo al presbiterio, al lado del sillón del señor director. Aquí me puse de rodillas, y el niño permaneció de pie todo el tiempo. Como éste se me hiciera largo, miré no fuesen a pasar por la tribuna las hermanas a quienes tocaba vela.

Al fin llegó la hora. El niño me lo previene y me dice: "He aquí a la Santísima Virgen; hela aquí". Yo oí como un ruido, como el roce de un vestido de seda, procedente del lado de la tribuna, junto al cuadro de San José, que venía a colocarse en las gradas del altar, al lado del Evangelio, en un sillón parecido al de Santa Ana; sólo que el rostro de la Santísima Virgen no era como el de aquella Santa. Dudaba yo si sería la Santísima Virgen, pero el ángel que estaba allí me dijo: He ahí a la Santísima Virgen. Me sería imposible decir lo que sentí en aquel momento, lo que pasó dentro de mí; parecíame que no la veía. Entonces el niño me habló, no como niño, sino como hombre, con la mayor energía y con palabras las más enérgicas también. Mirando entonces a la Santísima Virgen, me puse de un salto junto a Ella, de rodillas sobre las gradas del altar y las manos apoyadas sobre las rodillas de esta Señora [...] El momento que allí se pasó, fue el más dulce de mi vida; me sería imposible explicar todo lo que sentí. Díjome la Santísima Virgen cómo debía portarme con mi director y muchas otras cosas que no debo decir, la manera de conducirme en mis penas, viniendo (y me señaló el altar con la mano izquierda) a postrarme ante él y derramar mi corazón; que allí recibiría todos los consuelos de que tuviera necesidad [...] Entonces yo le pregunté el completo significado de cuantas cosas había visto, y Ella me lo explicó todo [...] No sé el tiempo que allí permanecí; todo lo que sé es que, cuando la Virgen se retiró, yo no noté más que como algo que se desvanecía, y, en fin, como una sombra que se dirigía al lado de la tribuna por el mismo camino que había traído al venir. Me levanté de las gradas del altar, y vi al niño donde le había dejado. Díjome: ¡Ya se fue! Tornamos por el mismo camino, siempre del todo iluminado y el niño continuamente a mi izquierda. Creo que este niño era el ángel de mi guarda, que se había hecho visible para hacerme ver a la Santísima Virgen, pues yo le había pedido mucho que me obtuviese este favor. Estaba vestido de blanco y llevaba en sí una luz maravillosa, o sea, que estaba resplandeciente de luz. Su edad sería como de cuatro a cinco años. Vuelta a mi lecho, oí dar las dos de la mañana; ya no me dormí».

La anterior visión, que sor Catalina narra con todo candor, ocurrió en el mes de julio. Fue como una preparación a las

grandes visiones del mes de noviembre, que la Santa referiría a su confesor, el padre Aladel, por quién se insertaron los relatos en el proceso canónico iniciado seis años más tarde.

> «A las cinco de la tarde, estando las Hijas de la Caridad haciendo oraciones, la Virgen Santísima se mostró a una hermana en un retablo de forma oval. La Reina de los cielos estaba de pie sobre el globo terráqueo, con vestido blanco y manto azul. Tenía en sus benditas manos unos como diamantes, de los cuales salían, en forma de hacecillos, rayos muy resplandecientes, que caían sobre la tierra [...] También vio en la parte superior del retablo escritas en caracteres de oro estas palabras: ¡Oh María sin pecado concebida, rogad por nosotros que recurrimos a Vos! Las cuales palabras formaban un semicírculo que, pasando sobre la cabeza de la Virgen, terminaba a la altura de sus manos virginales. En esto volvióse el retablo, y en su reverso viese la letra M, sobre la cual había una cruz descansando sobre una barra, y debajo los corazones de Jesús y de María [...] Luego oyó estas palabras: Es preciso acuñar una medalla según este modelo; cuantos la llevaren puesta, teniendo aplicadas indulgencias, y devotamente rezaren esta súplica, alcanzarán especial protección de la Madre de Dios. E inmediatamente desapareció la visión».

Esta escena se repitió algunas veces, ya durante la misa, ya durante la oración, siempre en la capilla de la casa central. La primera aparición de la Medalla Milagrosa ocurrió el 27 de noviembre de 1830, un sábado víspera del primer domingo de adviento.

Pasado el seminario, sor Labouré fue enviada al hospicio de Enghien, en el arrabal de San Antonio, de París, lo que le dio facilidad de seguir comunicándose con su confesor, el padre Aladel. La Virgen había dicho a sor Catalina en su última aparición: «Hija mía, de aquí en adelante ya no me verás más, pero oirás mi voz en tus oraciones». En efecto, aunque no se repitieron semejantes gracias sensibles, sí las intelectuales, que ella distinguía muy bien de las imaginativas o de los afectos del fervor.

En el hospicio de Enghien, la joven religiosa fue destinada a la cocina, donde no faltaba trabajo; pero interiormente sentía apremios para que la medalla se grabara, y así se lo comunicó al señor Alabel, como queja de la Virgen. El prudente religioso fue a visitar a monseñor de Quelen, arzobispo de París, y al fin, a mediados de 1832, consiguió permiso para grabar la medalla, pudiendo experimentar el propio prelado sus efectos milagro-

sos en monseñor de Pradt, ex obispo de Poitiers y Malinas, aplicándole una medalla y logrando su reconciliación con Roma, pues era uno de los obispos «constitucionales».

Sor Catalina recibió también una medalla, y, después de comprobar que estaba conforme al original, dijo: «Ahora es menester propagarla».

Esto fue fácil, pues la Hijas de la Caridad fueron las primeras propagandistas. Entre ellas había cundido la noticia de las apariciones, si bien se ignoraba qué hermana fuera la vidente, cosa que jamás pudo averiguarse hasta que la propia sor Catalina en 1876, cuando ya presentía su muerte, se lo manifestó a su superiora para salvar del olvido algunos detalles que no constaban en el proceso canónico, en el que depuso solamente su confesor. Ni aun consintió en visitar al propio monseñor de Quelen, aunque deseaba vivamente conocerla o al menos hablar con ella. El padre pudo defender su anonimato alegando que sabía tales cosas por secreto de confesión.

La Medalla Milagrosa, nombre con que el pueblo comenzó a designarla por los milagros que a su contacto se obraban en todas partes, se hizo más popular con la ruidosa conversión del judío Alfonso de Ratisbona, ocurrida en Roma el 20 de enero de 1842. De paso por la Ciudad Eterna, el joven israelita recibió una medalla del barón de Bussieres, convertido hacía poco del protestantismo. Ratisbona la aceptó simplemente por urbanidad. Una tarde, esperándole en la pequeña iglesia de San Andrés dalle Fratre, se sintió atraído hacia la capilla de la Virgen, donde se le apareció esta Señora tal como venía grabada en la medalla. Se arrodilló y cayó como en éxtasis. No habló nada, pero lo comprendió todo; pidió el bautismo, renunció a la boda que tenía concertada, y con su hermano Teodoro, también convertido, fundó la Congregación de los Religiosos de Nuestra Señora de Sión para la conversión de los judíos.

A partir de entonces la Medalla Milagrosa adquiere la popularidad de las grandes devociones marianas, como el rosario o el escapulario.

Y entre tanto sor Catalina Labouré se hunde más y más en la humildad y el silencio. Cuarenta y cinco años de silencio. La aldeanita de Fain-les-Moutiers, que sabía callar en casa del señor Labouré, calla también ahora en el hospicio de ancianos.

Después de haber insistido, suplicado, conjurado, siempre con admirable modosidad, inclina la cabeza y espera en silencio.

En Enghien pasa de la cocina a la ropería, al cuidado del gallinero, lo que le recuerda sus pichones de la granja de la infancia: a la asistencia a los ancianos de la enfermería, al cargo, ya para hermanas inútiles y sin fuerzas, de la portería.

En 1865 muere el padre Aladel, y puede cualquiera pensar en la gran pena de la Santa. Sin embargo, durante las exequias alguien pudo observar el rostro radiante de sor Catalina, que presentía el premio que la Virgen otorgaba a su fiel servidor.

Otro sacerdote le sustituye en su cometido de confesor: la religiosa le informa sobre las apariciones, pero no consigue ser comprendida.

Sor Catalina habla de tales hechos extraordinarios exclusivamente con su confesor: ni siquiera en los apuntes íntimos de la semana de ejercicios hay referencias a sus visiones.

Ella vive en el silencio, y hasta tal punto es dueña de sí, que en los cuarenta y seis años de religiosa jamás hizo traición a su secreto, aun después que las novicias de 1830 iban desapareciendo, y se sabe que la testigo de las apariciones aún vive. La someten a preguntas imprevistas para cogerla de sorpresa, y todo en vano. Sor Catalina sigue impasible, desempeñando los vulgares oficios de comunidad con el aire más natural del mundo.

La virtud del silencio consiste no tanto en sustraerse a la atención de los demás cuanto en insistir ante su confesor con paciencia y sin desmayos, sin que estalle su dolor ante las dilaciones. Ha muerto el padre Aladel y el altar de la capilla sigue sin levantarse, y la religiosa teme que la muerte la impida cumplir toda la misión que se le confiara.

El confesor que sustituyó al padre Aladel es sustituido por otro. Estamos a principios de junio de 1876, año en que «sabe» la Santa que habrá de morir. Tiene delante pocos meses de vida. Ora con insistencia, y, después de haber pedido consejo a la Virgen, confía su secreto a la superiora de Enghien, la cual con voluntad y decisión consigue que se erija en el altar la estatua que perpetúe el recuerdo de las apariciones.

La misión ha sido cumplida del todo. Y sor Catalina muere ya rápidamente a los setenta años, el 31 de diciembre de 1876.

En noviembre de aquel año tuvo el consuelo de hacer los últimos ejercicios en la capilla de la Rue du Bac, donde había sentido las confidencias de la Virgen.

Su muerte fue dulce, después de recibir los santos sacramentos, mientras le rezaban las letanías de la Inmaculada.

Cuando cincuenta y seis años más tarde el cardenal Verdier abría su sepultura para hacer el reconocimiento oficial de sus reliquias, se halló su cuerpo incorrupto, intactos los bellos ojos azules que habían visto a la Virgen.

Hoy sus reliquias reposan en la propia capilla de la rue du Bac, en el altar de la Virgen del Globo, por cuya erección tuvo que luchar la Santa hasta el último instante.

Beatificada por Pío XI en 1923, fue canonizada por Pío XII en 1947. Sus dos nombres fueron como el presagio de su existencia: Zoe significa «vida», y Catalina, «pura».

CASIMIRO SÁNCHEZ ALISEDA

Bibliografía

CRAPEZ, E., *La vénérable Catherine Labouré* (París 1910).
GAETANO DE SALES, G., *La santa del silencio* (Roma 1947).
MISERMONT. L., *La Bse. Catherine Labouré et la Médaille Miraculeuse* (París 1933).
PONCIANO NIETO, P., *Sor Catalina Labouré y la Medalla Milagrosa* (Madrid 1922).
• Actualización:
Las apariciones de la Virgen María a Santa Catalina Labouré (Salamanca 1981).
ELIA, J., *Catalina Labouré «la santa del silencio». La medalla milagrosa signo de renovación* (Madrid 2001).
LAURENTIN, R., *Vida de Santa Catalina Labouré. Vidente de la calle du Bac y servidora de los pobres* (Madrid ²1995).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN ZÓTICO

Presbítero († 350)

El orfanatorio que hubo en Constantinopla durante siglos y que consta seguía existiendo en 471 cuando un decreto imperial confirma sus privilegios, fue fundación de San Zótico, al que se llama de beatísima memoria y primer organizador de este servicio de caridad. Según la tradición era un presbítero de Roma, llevado por Constantino a Constantinopla cuando la fundación

de la ciudad. Hizo durante años su obra de caridad de recoger a los huérfanos, pero cuando una epidemia de lepra se extendió por la población, la reacción del emperador Constancio fue la de mandar matar a los leprosos para así librar de la enfermedad a la población. Zótico se negó a esta medida inhumana y empezó a recoger a los leprosos en una leprosería fuera de la ciudad, y a ella vino a parar una hija del emperador, contagiada del mal. El emperador llevó a mal no se cumpliera su orden y mandó que en castigo Zótico fuera atado a la cola de unos mulos que lo arrastraron por la ciudad y en este tormento Zótico murió. En el lugar de su muerte surgió una fuente de agua milagrosa. El emperador terminó por construir una leprosería.

SANTA MELANIA LA JOVEN

Religiosa († 440)

Nace en Roma en 383, hija de Valerio Publiola y de Ceionia Albina, ambos de muy ilustres familias y era nieta de Santa Melania la Mayor. A los 14 años contrae matrimonio con Piniano, primo suyo, de la gens Valeria. Tuvo con él dos hijos, que se les murieron y entonces convenció al marido para que llevasen, sin separarse, vida continente y ascética. Con su madre, su esposo y muchos criados se retiró a una villa de los alrededores de Roma para llevar vida retirada y al modo de una comunidad monástica. De Roma pasó a Nola, donde estaba San Paulino, de Nola a Sicilia, y de Sicilia a África donde trató a San Agustín, pero en 413 decidió ir a Jerusalén, pasando primero por Egipto para conocer a los monjes. Llegada a Jerusalén, llevó vida de ermitaña en el Monte de los Olivos, pero luego fundó allí mismo un doble monasterio, femenino y masculino. Llevó vida de gran santidad y ejemplaridad, y fue poco a poco gastando su inmensa fortuna en obras de misericordia y piedad. Murió en Jerusalén el 31 de diciembre de 440.

SAN MARIO DE LAUSANNE

Obispo († 594)

Nacido en el año 530, es elegido obispo de Aventicum en mayo del 574. Se sabe de él que tomó parte en el Concilio de Maçon el año 585 y que el 24 de junio de 587 consagró la iglesia de Santa María de Payerne en una propiedad suya. En 590 le pareció mejor y más seguro establecer la sede episcopal en Lausana. Rigió la diócesis santamente y murió el 31 de diciembre de 594. Celebran su memoria las diócesis de Lausana y de Basilea.

FIESTAS MOVIBLES

TIEMPO DE ADVIENTO

Dom Th. Maertens ha subrayado que los orígenes del Adviento como tiempo litúrgico son confusos, pues, mientras en algunas regiones se preparaba a los fieles para la celebración de la fiesta navideña, en otras se preparaba a los catecúmenos para los bautismos de la Epifanía. Pero estima que las primeras huellas de un tiempo de preparación se encuentran ya en el siglo IV en la España del norte y en la Galia meridional. Se trata sólo de huellas, porque no puede insistirse en su carácter de preparación y hay que calificar ese tiempo como días de ascesis, una ascesis moderada más tarde. En Roma, en el siglo V, existe ya una antigua costumbre de práctica de ayuno al comienzo de cada estación, costumbre que dará lugar a las Cuatro Témporas. Pero este período de ayuno solamente está temporalmente antes de la Navidad pero no tiene carácter de preparación a ella o enlace teológico con ella. Sólo con el tiempo se llega a pensar que esos días de ayuno pueden servir de preparación a la fiesta navideña.

Es el siglo VI el que conoce la definitiva organización de un período de formal preparación a la Navidad, en tres etapas importantes que se suceden en intervalos pequeños de tiempo: la transformación de las cuatro Témporas en período de preparación a la Navidad, la constitución de un período de seis semanas, y la fusión de ambas instituciones en un Adviento de cuatro domingos. Se sabe con certeza que San Gregorio Magno fue el autor de la última etapa, y se sabe la intervención del papa Vigilio a mediados del siglo VI en algunas fórmulas litúrgicas de la segunda, y se ignora quién tuvo decisiva influencia en la formulación de la primera. Ésta se formaliza cuando a las oraciones, centradas aún en el ayuno, se unen lecturas bíblicas que orientan el pensamiento a Navidad, como los oráculos de Isaías o el primer capítulo del evangelio de San Lucas. El aconteci-

miento de Navidad se presenta así inserto en la historia de la salvación. Antes de terminar el siglo VI en su obra de reforma litúrgica, San Gregorio Magno establece en cuatro semanas la duración del Adviento, compone el formulario de la misa que se dirá como primer domingo de Adviento y da el doble sentido de espera de la venida del Señor *(Excita potentiam tuam et veni)* y de preparación a la fiesta de Navidad, las *ventura solemnia* de que habla la poscomunión de dicho domingo. Insiste Maertens en que cuando en el siglo IX Alcuino propuso la última reforma de la liturgia galicana, hizo amplio uso de los cuadros y formularios de la liturgia romana, pero introdujo la idea de que nuestra vida presente está situada entre las dos venidas del Señor: la venida del Señor en la carne (Navidad) y la futura venida en juicio y gloria (Parusía) y que nuestra vida cristiana saca toda su consistencia de estos dos tiempos de la historia: la Encarnación, que nos diviniza, y la Parusía, que lleva la obra de la salvación a su cumplimiento, mediando entre ambas nuestra vida personal que debe ser pura y vigilante. La idea de las dos venidas parece ser española pero fue Alcuino quien le dio su mejor formulación.

Las palabras del Concilio Vaticano II han podido ser interpretadas como si el tiempo de Adviento no fuera el comienzo sino el culmen del año litúrgico, pues dice:

> «Además, en el círculo del año desarrolla todo el misterio de Cristo, desde la Encarnación y la Navidad hasta la Ascensión, Pentecostés y la expectativa de la divina esperanza y venida del Señor» (SC 102).

Y ello ha podido ser si no se tiene en cuenta que el Adviento tiene por objeto esta doble venida del Señor de la que acabamos de hablar, y que Alcuino centró de forma decisiva. Y por ello en el curso del año litúrgico el Adviento es comienzo y también coronación, y de ahí que los últimos domingos del tiempo ordinario tengan evangelios que están en estrecho parentesco con el domingo I de Adviento. La propia fiesta de Cristo Rey, puesta ahora al final del año litúrgico, tiene claramente un carácter de recuerdo de la Parusía en sus textos litúrgicos.

El Adviento es un tiempo de esperanza, y se ha dicho con razón que la esperanza de los creyentes es el lema de este tiem-

po litúrgico. La Iglesia estuvo históricamente precedida por un gran maestro de la esperanza que fue el pueblo de Israel. En esta esperanza de Israel se remansa la esperanza de toda la humanidad. Y es para sostener su propia peregrinación por la historia para lo que la Iglesia recuerda la trayectoria mesiánica de Israel. Desde luego la Iglesia en Adviento vive con profundidad que la esperanza mesiánica de los hombres se ha visto colmada por Dios en Jesús, en quien se han cumplido las antiguas promesas como garantía de la fidelidad de Dios hacia toda la humanidad. Y así como el antiguo Israel vivió en la esperanza del Mesías, así la Iglesia del Mesías vive ahora en la esperanza de la plena llegada y manifestación del reino de Dios. Aquella esperanza sirve de estímulo a la esperanza actual. La Iglesia con su fe ha respondido a la pregunta que el Bautista desde la cárcel envió a Jesús: «¿Eres tú el que ha de venir o debemos esperar a otro?» (Mt 11,3). La Iglesia responde que Jesús es en verdad el Mesías, el que tenía que venir, y pone por ello toda su fe en él. La esperanza del Mesías y de la llegada del Reino de Dios, tan viva en tiempo de Jesús, es asumida por la Iglesia como una gozosa realidad de encuentro: Jesús es el Ungido, el Esperado, y con él nos llega todo aquello que Dios ha prometido a lo largo de los siglos. Dios se hace presente en Jesús y por medio de él ponen a disposición de todos los hombres los bienes de la salvación. Ahora es necesario que los fieles descubran por la fe la acción salvadora de Dios y por la esperanza se abran a ella, así como deben vivirla por medio de la caridad. Los dones que recibimos como primicias de la salvación garantizan en el creyente la seguridad de que será en la esperanza como alcanzará la plenitud y el encuentro ya sin el velo de la fe sino cara a cara y de forma definitiva.

Por ello el Adviento invita al creyente a la vigilancia. Pues mientras no llegue la manifestación definitiva del reino de Dios, el creyente debe permanecer vigilante. Se trata de una vigilancia activa, porque es atención a la Palabra de Dios, que le es proclamada y explicada por la Iglesia; es atención a los signos de los tiempos, que bullen en la sociedad que le rodea; es atención a los movimientos del Espíritu que bullen en su corazón; es —y no en segundo lugar— colaboración a ir preparando esos cielos

nuevos y esa tierra nueva que surgirán al final de los tiempos como coronación de la obra redentora. El creyente vigila y espera porque confía, porque sabe, con sabiduría infundida por el Espíritu, que Dios es fiel a su palabra y fiel por ello a quienes ponen su corazón en él. El creyente, por todo ello, no es pesimista. Por muy malas que sean las cosas que sucedan en el mundo, el creyente sabe que este mundo tiene arreglo mediante la palabra y la gracia de Dios, y por ello el creyente difunde esa palabra y esa gracia, fiándose del don de Dios, que el creyente conoce y que en su gratuidad llena su corazón de serenidad y calma. La vigilancia es también lucha contra el pecado, aceptando el sentido evangélico de la vida. Ésta no está sólo para comer y beber y para disfrutar de los placeres terrenos sino para hacer todo el bien que esté al alcance de cada uno, colmando de buenas obras el tiempo que Dios nos regala.

Se ha insistido también en que al lado de las dos venidas del Señor, la pasada y la futura, hay una tercera venida que la liturgia de la Iglesia siempre tiene presente y la vive: es la venida mistérica del Señor, la venida del Señor en sus sagrados misterios. Porque, como se ha subrayado con razón, desde el acontecimiento objetivo e histórico de la encarnación de Cristo, que se efectuó en el tiempo, y hasta que Cristo llegue a ser una como encarnación viviente en cada hombre, hay todo un proceso de íntima apertura a la gracia de Cristo, que trae consigo disponibilidad, reforma interior, superación eficaz de todo pecado y asunción de la tarea cristiana en toda su amplitud. Todo lo cual es imposible sin una clara conciencia de la necesidad que tenemos de Cristo y del deseo cada vez mayor de su presencia en nosotros, lo que nos lleva a anhelarle y desearle y a abrir nuestras almas a su gracia. Es la vivencia cada vez mayor de su continua venida a nosotros, de su encuentro con nosotros en la palabra divina, en la eucaristía y en los demás sacramentos, en la comunidad eclesial, en el hermano o prójimo, singularmente en el pobre y necesitado. Cristo viene a nosotros continuamente y nos encontramos con él de muchos modos, todos ellos destinados a hacer más firme y eficaz su presencia en nosotros. En este sentido siempre es Adviento pero este Adviento se vive con mayor hondura en un tiempo anual dedicado a él.

Desde la reforma litúrgica posconciliar, el Adviento de la liturgia romana es más rico en textos bíblicos, no repitiéndose cada año las lecturas bíblicas dominicales sino siendo propias en cada ciclo. El primer ciclo toma de Isaías las primeras lecturas, toma de la carta a los Romanos las lecturas de tres de los domingos, completando la del domingo 3 con un texto de Santiago, y en los evangelios, tomados de Mateo, insiste en claras ideas: el primer domingo, la necesidad de estar en vela; el segundo domingo, la necesidad de convertirse; el tercer domingo, los signos del Mesías y el cuarto domingo, la aparición del ángel a José anunciándole la concepción virginal del Mesías. El segundo ciclo toma las primeras lecturas de Isaías en los tres primeros domingos, con los temas del abrirse los cielos y bajar la salvación, preparar los caminos del Señor y desbordar de gozo en Dios, y en el último del libro 2 de Samuel para poner en relación al Mesías con el trono de David; las segundas lecturas del segundo ciclo son la 1 Corintios en el primer domingo, tratando el tema de la venida del Señor; de la 2 de Pedro en el segundo domingo, anunciando los cielos nuevos y la tierra nueva; de la 1 a los Tesalonicenses en el tercer domingo, hablando de la espera del Señor; y de la carta a los Romanos en el cuarto domingo, en cuyo texto Pablo habla del misterio escondido. Y los evangelios de este segundo ciclo se toman dos de Marcos, con las ideas de estar en vela y de preparar el camino del Señor, el tercer domingo se toma de Juan, y nos presenta al Bautista dando testimonio de que él no era el Mesías sino que éste venía detrás de él, y por último el cuarto domingo toma el evangelio de Lucas y nos presenta la admirable escena de la anunciación del ángel a Nuestra Señora. El tercer ciclo toma las primeras lecturas dominicales de varios profetas: Jeremías, con el tema del vástago de David; Baruc, con la llamada al optimismo a Jerusalén; Sofonías, invitando a alegrarse a la hija de Sion, y Miqueas, señalando a Belén como cuna del Mesías. La segunda lectura se toma de alguna carta paulina (1 Tesalonicenses y Filipenses) haciendo hincapié en las disposiciones interiores para acoger al Señor y la alegría que su presencia produce; en el cuarto domingo la lectura segunda es de la carta a los Hebreos en la que se expresa la actitud de Cristo cuando entró en este mundo. Los evangelios de este tercer ciclo están tomados de Lucas, y nos

señalan: la cercanía de la salvación (primer domingo), el ministerio de Juan (segundo domingo), el anuncio de que el Mesías bautizará con Espíritu Santo (tercer domingo) y la visita de María a su prima Isabel (cuarto domingo).

Al lado de las lecturas se halla una rica eucología, que desarrolla en las oraciones temas muy concretos e importantes: la esperanza, el gozo, la conversión, la renovación espiritual, la espera de la venida y el juicio del Señor. Los prefacios son también muy ricos en temas importantes: la doble venida de Cristo, la espera de la Navidad, Cristo, Señor y juez de la historia, María, nueva Eva.

A partir del día 17 de diciembre la Iglesia se prepara de forma especial para la Navidad mediante las misas propias de estos días, cuyas oraciones colectas son de verdad particularmente hermosas, y cuyos textos bíblicos responden a una selección muy cuidada.

No menos rica en contenido es la Liturgia de las Horas del tiempo de Adviento. Los himnos, las antífonas, las lecturas breves y las extensas de los oficios de lecturas, así bíblicas como patrísticas, los responsorios y las preces están magníficamente escogidos. Continuamente resuena el anuncio de que el Señor viene, la plegaria y súplica para que venga, así como las condiciones para acoger con fruto esa venida. Naturalmente hay un uso abundante de la profecía de Isaías a lo largo de todo el período. A partir del día 17 de diciembre en la hora de vísperas se conservan las antiguas y hermosas antífonas que comienzan todas con la interjección «Oh»: *Oh Sabiduría, Oh Adonai, Oh raíz de Jesé, Oh llave de David, Oh Sol naciente, Oh Rey de las gentes, Oh Emmanuel.*

La celebración del Adviento está muy bien resumida en el prefacio I en el que se nos dice con claridad que entre las dos venidas del Señor nosotros celebramos el Adviento con vigilante espera:

> «Por Cristo Señor nuestro. Quien al venir por vez primera en la humildad de nuestra carne, realizó el plan de redención trazado desde antiguo y nos abrió el camino de la salvación; para que, cuando venga de nuevo en la majestad de su gloria, revelando así la plenitud de su obra, podamos recibir los bienes prometidos que ahora, en vigilante espera, confiamos alcanzar».

La expresión bíblica con que acaba el Apocalipsis resuena en todo el Adviento: «Maranathá. El Señor viene. Señor, ven».

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

Asambleas del Señor. Tiempo de Adviento (Madrid 1965).
CASTELLANO, J., *El año litúrgico. Memorial de Cristo y mistagogía de la Iglesia* (Barcelona 1994).
LÓPEZ MARTÍN, J., *El año litúrgico* (Madrid 1997).
— *La liturgia de la Iglesia* (Madrid 1994).
MARTIMORT, A. G., *La Iglesia en oración. Introducción a la liturgia.* Nueva ed. actualizada (Barcelona 1992).
ORDÓÑEZ MÁRQUEZ, J., *Teología y espiritualidad del año litúrgico* (Madrid 1978).

TIEMPO DE NAVIDAD

Parece demostrado que la fiesta de Navidad fue celebrada por primera vez en Roma en la primera mitad del siglo IV, tras la paz de la Iglesia. Mas para descubrir las dimensiones doctrinales y espirituales que tomó esta fiesta en su origen, hay que consultar al testigo más fiel de la liturgia de Roma: África. Hacia el año 360, Optato de Mileto predica en el día *qua sacramentum, Christi Nativitatis solemnitate debita celebremus.*

La fiesta lleva también consigo una conmemoración de la Adoración de los Magos y de la matanza de los Inocentes, ampliamente desarrollada por el predicador. Lo mismo ocurre, sin duda, en Roma. Después de ser introducida en Occidente la fiesta oriental de la Epifanía, en su propia perspectiva, celebra exclusivamente la Adoración de los Magos, y la fiesta de Navidad, de carácter radicalmente conmemorativo, se limita al acontecimiento principal de la Natividad. San Agustín, en África, y un poco más tarde San León, en Roma, son los primeros testigos de esta evolución y de esta diferenciación.

Como en tantos otros sectores del pensamiento y de la vida de la Iglesia, la influencia de San Agustín sobre la liturgia ha sido a menudo determinante. Es él quien ha dado a la Epifanía occidental la profundidad teológica con que nosotros la conocemos; también la Navidad ha debido pasar por su genio creador, antes de que un San León imprimiese a esta fiesta sus trazos definitivos.

Según explica San Agustín, es el Verbo *creador* quien se encarna, y su acción creadora quien ha dispuesto todo para este fin. La unión de las naturalezas, la maternidad virginal de María y el nacimiento de Jesús aparecen en su reflexión como maravillas realizadas por la acción creadora del Verbo que, sin abandonar la eternidad de su Padre y dando el ser al universo, se hace personalmente presente en la humildad de la condición humana: Él, que ha creado el universo permaneciendo en el seno de su Padre, ha concedido a una Virgen dar a luz, para venir a nosotros.

Jamás se limitará a un simple relato anecdótico y sentimental del nacimiento de Cristo en Belén. De los acontecimientos evangélicos referidos por la liturgia, él se remonta hasta la vida trinitaria, guardando sin cesar en íntima relación aquello que aparece ante los ojos de María y José con lo que se realiza en la eterna fecundidad de Dios.

Pero *¿por qué nacer de una virgen?* ¿Por qué ha escogido el Verbo, para habitar entre nosotros, este medio que desafía a la razón?

> «Este nacimiento virginal —subraya San León— es superior a los orígenes de toda creatura humana. Está por encima de toda inteligencia, rebasa todos los modelos, y escapa a la comparación con cualquier otro en la medida en que, entre todos, él es único».

Si Dios interviene en el desarrollo de la historia, ¿no es normal que los acontecimientos así suscitados reciban la huella de Dios? ¿Que revelen a la vez a aquel que obra y el designio que persigue, aun permaneciendo velados, misteriosos, insondables, para la razón? Este es el tema constante de la predicación latina para Navidad, y especialmente a propósito de la maternidad virginal. Es un hecho misterioso, pero no hay por qué extrañarse de él: se trata de una obra divina. Una virgen concibe, da a luz y permanece virgen, «esto se sale de lo ordinario, pero esto es un signo», recuerda San Pedro de Ravena; «no es la razón la que está en juego, sino el dominio; no es la naturaleza, sino el autor (de la naturaleza); *divinum est, non humanum. Cesset ergo inánis philosophiae labor*».

Sin embargo, la oscuridad está mitigada por una luz racional que ellos están lejos de despreciar. Era, pues, conveniente que su nacimiento temporal, a la vez sensible y signo de lo invisible, se pareciese de alguna manera a su nacimiento eterno, es decir, que llevase la marca de la integridad divina, todavía intacta. La integridad corporal de María, que permaneció virgen tras su parto, significaba igualmente la inmutable integridad del fruto divino de su maternidad. Misterio de pureza y de integridad, la encarnación es también un misterio de poder, cuyo signo es todavía la maternidad divina: «El que una virgen haya concebido, haya dado a luz y haya permanecido virgen, realza el poder divino. Pero no nos detengamos en el papel de la madre, sino en la

voluntad del niño, que se ha hecho hombre en la forma que quería y podía. ¿Deseáis conocer la verdad de su naturaleza? Ved su sustancia humana.

Signo de la integridad divina salvaguardada en la encarnación, la maternidad virginal es inseparablemente el signo de otra integridad, la de la humanidad regenerada y perfecta, que se convierte en el fruto de esta fecundidad. *El hombre-Dios,* obra maestra de la bondad misericordiosa y absolutamente gratuita de Dios, es, pues, a la vez el fruto de la generación eterna y de la maternidad virginal.

No existe quizá otro aspecto de la encarnación que tenga tanto relieve en los sermones de Navidad de San Agustín como el de la presencia de Dios en el mundo; presencia de un Dios que se ha adaptado, por así decirlo, a la capacidad receptiva del hombre, que se ha adaptado a todo el hombre, carne y espíritu: «Es la sabiduría de Dios mostrándose en la forma de un niño; es el Verbo de Dios emitiendo, en la carne, sonidos inarticulados», queriendo «nacer como los hombres para acomodarse a nuestra flaqueza».

Nada, si no es el amor misericordioso del Señor por la Humanidad, puede explicar que el Verbo se haya hecho carne y se haya aparecido al hombre en una forma visible.

> «Es para vosotros —exclama San Agustín— para quienes ha nacido en el tiempo el mismo Autor de los tiempos, es a vosotros a quienes Aquel que ha hecho el mundo se ha manifestado en la carne, es para vosotros para quienes el Creador del mundo se ha hecho creatura».

La Virgen María, por su maternidad, ha colaborado de una forma eminente en este misterio de salvación. En la predicación de San Agustín se encuentran los gérmenes de una reflexión mariana que será abundantemente desarrollada por San León, y sobre todo por San Pedro Crisólogo y San Máximo de Turín. María, nos dice San Agustín en Navidad, ha sido prevista por Dios a la vez para comenzar y significar la Iglesia: es gracias a su misterio como nos es posible penetrar el de la Iglesia. La maternidad y la virginidad de ésta es la imagen de la fecundidad y de la integridad de aquélla.

La Iglesia-Madre no tiene sentido para nosotros sino en su unión vital con Cristo, su Esposo. La obra salvadora de la Igle-

sia —lo mismo en el orden de su magisterio, de su gobierno o de su ministerio de santificación— únicamente saca su sentido profundo, de su relación con la presencia operante del Señor en el mundo actual.

Escuchemos a San Agustín a este respecto:

> «He aquí verdaderamente a Nuestro Señor Dios, el mediador de Dios y de los hombres, nuestro Salvador hecho hombre [...] él es el más hermoso de los hijos de los hombres, el Hijo de la augusta María, el Esposo de la santa Iglesia, que él ha hecho semejante a su Madre; porque nos la ha dado por madre, y le ha conservado para ella su virginidad [...] El privilegio que María ha obtenido en su carne, la Iglesia le conserva en su alma; existe esta diferencia, que María no ha dado a luz más que un Hijo, mientras que la Iglesia engendra gran número de ellos, los cuales son conducidos a la unidad por el Hijo de María».

Por consiguiente, la Iglesia se nos presenta como «Cristo hoy», como el signo sensible *(sacramentum)* de la presencia del Verbo encarnado en el desarrollo de la Historia; signo que se actualiza principalmente en los ritos de la liturgia: «Lo que era visible en nuestro Salvador se ha trasladado a los *sacramenta»).*

Desde el tiempo de San León, Navidad ya no es en Roma una fiesta bautismal como lo es la Pascua. Sin embargo, el santo Papa está demasiado atento al valor regenerador de la encarnación para olvidar un símil que, a su modo de ver, se impone por sí mismo: el de Navidad, nacimiento de Cristo, con el bautismo, nacimiento del cristiano. En uno y otro nacimiento el mismo Espíritu está obrando para apartar el pecado y engendrar a la vida, y para hacer que el nacimiento del jefe (de la cabeza) se convierta en el principio del nacimiento de los miembros:

De esta manera, en la celebración anual de la salvación, que tiene su punto álgido en la Pascua, Navidad juega un papel muy importante: esta fiesta pone de relieve el aspecto de nuevo nacimiento que lleva consigo la redención y que nos ha sido adquirido inicialmente por el bautismo. La fiesta de Navidad celebra, pues, no sólo el nacimiento del jefe (cabeza), sino también el de los miembros; o mejor aún, celebra en el nacimiento de la cabeza el de todos los miembros.

Profundamente conscientes de que la Iglesia es Cristo continuado y operante, cuya obra salvadora se realiza eminente-

mente en la liturgia, los padres han celebrado las fiestas del Señor con un realismo de fe que pudiera admirarnos. La fiesta para ellos es, sobre todo, un misterio, el misterio de un encuentro con Cristo, *esclarecedor y vivificante,* que alimenta la fe y transforma nuestro comportamiento. San Agustín, sin duda, reservaba esta concepción para la fiesta de la Pascua exclusivamente, pero San León muy pronto la extenderá a las fiestas de la Natividad y de la Epifanía. Quizá no exista otra palabra mejor que *«hodie»* en toda la predicación latina que traduzca con más propiedad y más a menudo el realismo místico de la celebración litúrgica.

> «Consideramos este día, hermanos míos, como un día solemne, ya que este día de su nacimiento es el símbolo misterioso de la luz que él viene a difundir».

San Agustín, pues, en la práctica, celebra la Navidad como una fiesta excepcional: *una fiesta de luz* destinada a renovar la fe en la encarnación y a transformar la vida cristiana. Existe un simbolismo que aparecerá de una manera singularmente frecuente: el del solsticio de invierno, que coincide con la celebración de la Natividad.

La luz física simboliza la luz eterna que aparece con el Señor, según aquellas palabras de San Pablo: «La noche va muy avanzada y se acerca ya el día. Despojémonos, pues, de las obras de las tinieblas y vistamos las armas de la luz». Estas tinieblas, precisa el predicador, debían disminuir sobre la tierra a medida que el astro de justicia se fuese elevando en el cielo de nuestra fe. Para mejor exponerlo, el Verbo ha preferido escoger el día del solsticio de invierno, «cuando la noche comienza a disminuir y el día a crecer».

Tal percepción de la presencia operante del Señor en la Iglesia y de la renovación sacramental de su obra salvadora conduce a este reconocimiento, a este orgullo de ser cristiano y a esta alegría que se expresan tan a menudo en la predicación litúrgica latina, y sobre todo en la de San León. El beneficio que se celebra no es, en efecto, una obra que pertenezca únicamente al pasado y que las memorias no harían sino recordar. Este acontecimiento es reconocido como presente, renovado, prolongado hoy por el Señor mismo en aquellos que reúne su Iglesia.

> «Si Cristo ha nacido —nos dice San Agustín— ¿cómo dudar en renacer? Su Madre le ha llevado en su seno; llevémosle en nuestras almas. Se ha visto a una Virgen encinta del Verbo encarnado; llenemos nuestros corazones de la fe de Cristo. Una Virgen ha dado a luz la salvación; alumbremos también nosotros la alabanza; no seamos estériles, y que, para Dios, nuestras almas sean fecundas».

Esta exhortación del doctor de Hipona nos muestra que si él libera el misterio de sus velos históricos, no es únicamente para hacer saborear y exaltar la verdad en él, sino para ofrecerle también a la imitación de los creyentes.

En este día que celebra la Natividad, un profundo motivo de reconocimiento levanta este canto de alabanza. ¿Qué es, en efecto, este nacimiento sino «la sabiduría de Dios mostrándose bajo la forma de un niño» y ofreciendo bienes inmensos para ser acogidos por nuestra fe? «¡Oh hombre!, despiértate entonces; es por ti por quien Dios se ha hecho hombre». Ahora bien, el colmo de sus dones es el habernos hecho hijos de Dios, por aquel que ha querido, por nuestro amor, hacerse Hijo del hombre. Para que nuestra alabanza tenga por consecuencia toda la plenitud deseable, para llegar un día, como los ángeles, a cantar la gloria de Dios en lo más alto de los cielos, vivamos, según ellos mismos nos invitan, en su alabanza y en la paz, como hijos de Dios. Nuestro mismo esfuerzo se convertirá de esta manera en una alabanza, anticipando la alabanza eterna con los ángeles.

> «Ellos alaban a Dios con su misma vida, y nosotros con nuestra fe; ellos, ya gozándole, y nosotros, suplicándole; ellos, comprendiendo, y nosotros, buscando; ellos, entrando, y nosotros, llamando a la puerta».

Y ya que «la santa pureza del cuerpo contribuye a fecundar el alma», la virginidad de María y de la Iglesia se nos impone hoy para que la imitemos, al menos en la «virginidad de la fe» que es propia de la Iglesia. Que la integridad y la actividad de nuestra fe alumbren a Cristo en nosotros y a nuestro alrededor por nuestras obras de verdad, de paz y de justicia.

En la encarnación, el cristiano ve visible, en Cristo, el ejemplar divino de la perfección: «Sed, pues, perfectos, como perfecto es vuestro Padre celestial». «Felipe, el que me ha visto a mí, ha visto al Padre». El esfuerzo virtuoso cristiano por imitar al Padre celestial consistirá, pues, en imitar al Verbo hecho carne,

el cual es en nuestra condición humana el esplendor de la gloria de Dios y la imagen de su sustancia.

Por eso lo que ante todo se ha hecho visible en Cristo nuestro Salvador, y se impone eminentemente a nuestra imitación, es la caridad. Todo lo que Cristo ha hecho y sufrido por nosotros durante su vida, desde la Natividad que nosotros celebramos hasta la Pascua que esperamos, es obra del eterno e invisible amor operante, que, gracias a la encarnación, se halla dentro del tiempo y de lo visible. No existe nada dentro de la obra humana de Cristo que no sea al mismo tiempo divino; no hay gestos humanos que no sean misteriosamente gestos de Dios, que es Amor. Según el plan de la encarnación, hacerse perfectos como el Padre celestial exige, pues, que nosotros descubramos en los misterios de Cristo el amor eterno que en ellos se halla expresado, y que al imitar al Hijo del hombre, seamos así configurados según el Hijo de Dios. En Navidad, el amor encarnado que se ofrece a nuestra imitación se traduce humanamente en la dulzura, la paciencia, la mansedumbre y la humildad, haciendo de esta manera que «los remedios se conviertan en normas de vida, y que el precio de estos misterios sea provechoso a nuestra conducta».

LUIS M. PÉREZ SUÁREZ

Bibliografía

HOUDON, G., «Navidad en la tradición latina», en *Asambleas del Señor. Fiesta de Navidad* (Madrid 1965).

OURY, G., Art. en *Dictionnaire de spiritualité, ascétique et mystique,* XII (París 1982) cols.385-394.

SAGRADA FAMILIA: JESÚS, MARÍA Y JOSÉ

Domingo infraoctava de Navidad

(o en su defecto, el 30 de diciembre)

Benedicto XV en 1921 extendió la fiesta de la Sagrada Familia a la Iglesia universal fijándola en el domingo «dentro de la octava de Epifanía». En 1893 León XIII ya había decretado que

ésta fiesta fuera celebrada en todas partes donde estaba permitida, en el domingo tercero después de Epifanía, habiéndole asignado un esquema nuevo de misa y de oficio cuyos himnos había compuesto él mismo, quien también en 1892 había establecido en Roma la «Asociación de la Sagrada Familia» con el fin de unificar todas las cofradías, instituidas en torno a la Sagrada Familia en distintas partes del mundo, bajo ese mismo y único título.

Antiguamente en el domingo infraoctava de la Navidad la Iglesia bendecía a Dios por la realeza de Cristo y su imperio eterno, como recogía el *introito* —o canto introductorio— uniéndose a los coros angélicos en la adoración al Verbo encarnado, simultáneamente Dios y Hombre verdadero. Según el anterior Martirologio romano, la instauración y ubicación de esta fiesta en ese domingo tenía como finalidad «invitar a los hombres de nuestros días a considerar hoy las mutuas relaciones de Jesús, de María y de José para recoger las lecciones que se desprenden de ellas y aprovechar la ayuda tan eficaz que ofrece su ejemplo».

La ubicación de la fiesta precisamente en el «domingo infraoctava» se debió sin duda a que, después de la celebración de la Natividad del Señor, cuando la Iglesia pone sus ojos en el Niño Jesús recién nacido, enseguida levanta la mirada para contemplar a Santa María, la Madre junto a él —actualmente en la solemnidad de la Madre de Dios— y, después en esta fiesta, al lado de ellos también a San José, quien hizo de padre legal del Hijo de Dios, es decir, a los tres «miembros» de la Sagrada Familia. Además, el Evangelio que se leía en el misal de San Pío V en el domingo infraoctava era el de San Lucas (2,41-52), que incluye: «Él bajó con ellos a Nazaret y siguió bajo su autoridad» y, en la Epístola, unos párrafos de la carta a los Colosenses (3,12-17). Hay que notar que en nuestro tiempo, en los años en que la solemnidad de la Natividad del Señor cae en domingo, la fiesta de la Sagrada Familia se celebra entonces el 30 de diciembre.

Actualmente la primera lectura, del Antiguo Testamento, se ha tomado de Eclesiástico (3,3-7.14-17a.), en la que «Ben Sira» anuda las virtudes que resultan fundantes en las relaciones fa-

miliares: el respeto a los mayores, la obediencia, la honra al padre y a la madre, la piedad y la comprensión. Se trata de frases sapienciales hiladas para alertar a los hijos en el buen trato con sus padres, pues a su vez en el futuro sus propios hijos harán lo mismo con ellos. En este texto, escrito casi doscientos años antes de Jesucristo, se da la solución al llamado «problema» entre hijos y padres: el respeto y la honra al padre y a la madre no sólo expía los pecados sino también acumulará tesoros espirituales y, a quien lo viva de esa manera, el Señor lo escuchará y le dará larga vida. Es una explicación aplicada del cuarto mandamiento de la ley de Dios: «Honrar padre y madre».

El amor de los hijos a los padres se corresponde con el amor que los padres han de tener a sus hijos. San Agustín comentaba gráficamente que hasta las fieras aman a sus hijos:

> «No hay fiera humana que no se insinúe con ternura a sus hijos. Pues aunque aterrorice a los hombres, acaricia a sus pequeñuelos. Ruge el león en la selva y nadie se atreve a pasar; entra en su guarida donde tiene sus cachorros y depone toda su ferocidad. Así pues, quien no ama a sus hijos, es peor que un león» *(Sermón* 349).

Se ha incluido, de salmo responsorial, el 127 (1-2.3.4-5), «Dichoso el que teme al señor y sigue sus caminos [...] Tu mujer, como parra fecunda [...] Ésta es la bendición del hombre que teme al Señor [...]». Para los padres, los hijos son una bendición de Dios, como brote de olivo apiñado alrededor de la mesa paterna. El padre, que tenga santo temor de Dios, y su mujer que sea como parra fecunda, siendo los dos generosos en el amor familiar, recibirán la bendición de Dios y la prosperidad en la ciudad durante toda la vida.

Se mantiene, como segunda lectura, la carta a los Colosenses en la que San Pablo se refiere a la misericordia entrañable, la bondad, la humildad, la comprensión y el perdón en la vivencia cristiana, añadiendo los versículos 18-21 sobre la convivencia familiar:

> «Mujeres, vivid bajo la autoridad de vuestros maridos, como conviene al señor. Maridos, amad a vuestras mujeres y no seáis ásperos con ellas. Hijos, obedeced a vuestros padres en todo, que eso le gusta al Señor. Padres, no exasperéis a vuestros hijos, no sea que pierdan los ánimos».

Al amor lo llama «el cinturón de la unidad consumada», pues la familia se reúne en el amor mutuo de los esposos y de los padres con los hijos, y viceversa, con obediencia a quien tiene autoridad y sin asperezas en las relaciones mutuas. El código de buen entendimiento familiar fundamenta el código de perfecta inteligencia social.

El *Catecismo de la Iglesia Católica* afirma que: «Cristo quiso nacer y crecer en el seno de la Sagrada Familia de José y de María» (n.1655):

— En el *ciclo A,* se proclama el evangelio de San Mateo (2,13-15.19-23): la huida a Egipto de la Sagrada Familia y su vuelta a Nazaret. Las menciones de Egipto, Judea, Israel y Galilea tienen de trasfondo el recuerdo de la historia del pueblo de Israel, el éxodo, el exilio, la liberación y el retorno. Jesús es considerado ya en su niñez como un «nuevo Moisés», Mesías, que «representa» a todo el pueblo: «Llamé a mi hijo para que saliera de Egipto». La infancia de Jesús se relaciona, pues, con la historia del pueblo de Israel: la esclavitud y la liberación del pueblo —en la providencia de Dios— por medio de su elegido. Ser llamado «Nazareno» rememora la promesa de Dios sobre su pueblo.

El papa Pablo VI, en la famosa alocución que tuvo el 5 de enero de 1964 justamente en Nazaret, y que se lee en la segunda lectura del oficio de lectura de la *Liturgia de las Horas,* propone a la Sagrada Familia como modelo para la vida y para la familia cristiana: «Nazaret es la escuela donde empieza a entenderse la vida de Jesús, es la escuela donde se inicia el conocimiento de su evangelio», donde se puede observar, escuchar, meditar y penetrar el sentido profundo y misterioso de la manifestación del Hijo de Dios entre los hombres, donde se nos revela el método que nos hará descubrir quién es Cristo, donde se comprende la necesidad de una disciplina espiritual para ser discípulos de Cristo. Pablo VI desarrolla las tres lecciones que Cristo nos ofrece en Nazaret: la del silencio, la de la vida familiar y la del trabajo.

«Que Nazaret nos enseñe el significado de la familia, su comunión de amor, su sencilla y austera belleza, su carácter sagrado e inviolable, lo dulce e irreemplazable que es su pedagogía y lo fundamental e incomparable que es su función en el plano social».

—En el *ciclo B,* se proclama el evangelio de San Lucas (2,22-40): la purificación de María, la presentación de Jesús en el templo, la vuelta a Nazaret y el crecimiento del Niño. La presentación de Jesús en el templo, el rescate del niño, en este caso primogénito y unigénito, con la «ofrenda de los pobres» indica que Jesús en su familia carecía de lo superfluo, la riqueza, pero estaba rodeado de lo esencial: el amor. Los dos personajes ancianos, varón y mujer, Simeón y Ana, inspirados por el Espíritu Santo hablan proféticamente, el uno dando una bendición a María que incluía el sufrimiento: «y a ti una espada te traspasará el alma», y la otra, dando gracias a Dios y hablando «del niño a todos los que aguardaban la liberación de Israel». La bendición a todas las naciones por aquel niño traía también el discernimiento de muchos corazones, como bandera discutida. El crecimiento del niño en una vida escondida y oculta es paradigma para el crecimiento de los hijos en el seno familiar por el cumplimiento de la ley de Dios.

El papa Juan Pablo II, en la exhortación apostólica postsinodal del 22 de noviembre de 1981, *Familiaris consortio,* propone a la Sagrada Familia también como modelo y a la vez como intercesora de la familia y de las familias cristianas:

> «Por misterioso designio de Dios, en ella vivió escondido largos años el Hijo de Dios: es, pues, el prototipo y ejemplo de todas las familias cristianas. Aquella familia, única en el mundo, que transcurrió una existencia anónima y silenciosa en un pequeño pueblo de Palestina; que fue probada por la pobreza, la persecución y el exilio; que glorificó a Dios de manera incomparablemente alta y pura, no dejará de ayudar a las familias cristianas, más aún, a todas las familias del mundo, para que sean fieles a sus deberes cotidianos, para que sepan soportar las ansias y tribulaciones de la vida, abriéndose generosamente a las necesidades de los demás y cumpliendo gozosamente los planes de Dios sobre ellas» (n.86).

—En el *ciclo C,* se proclama el evangelio de San Lucas (2,41-52): el misterio llamado del «Niño perdido y hallado en el templo»; pero el niño Jesús no se perdió sino que se quedó voluntariamente en el templo para cumplir la voluntad del Padre aunque José y María pensaban que se les había perdido. Un niño hebreo se convertía en hombre a los doce años cuando era

iniciado en la «alianza» por el rito llamado hoy de la «Bar Mitzvah» («hijo del mandamiento»). Comenzaban los niños, a esa edad, oficialmente la iniciación en la Escritura, la Ley, los profetas y los escritos. En aquella ocasión José y María no descuidaron al niño, sino que, como en la caravana los niños podían caminar con las mujeres que iban por delante al caminar más despacio, o con los hombres que caminaban más atrás para juntarse en el punto de reunión, debieron pensar que estaba en el otro grupo. Pero el niño permaneció voluntariamente en Jerusalén, y lo encontraron sentado en medio de los doctores (los que enseñaban se sentaban mientras los discípulos permanecían de pie). El niño Jesús no enseñaba sino que escuchaba y hacía tales preguntas y daba tales respuestas que todos se admiraban. En la respuesta que Jesús dio a su madre mostró su conciencia de su relación única con Dios Padre. Aunque entonces no lo entendieron, su madre conservaba todo en su corazón. Seguidamente el niño continuó obedeciéndoles como siempre. Este misterio resulta otro ejemplo para las relaciones de los padres con sus hijos y de los hijos con sus padres en su respectiva familia. Cuando el evangelio añade que Jesús iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia, ante Dios y ante los hombres, no sólo se refiere al crecimiento de la edad y del cuerpo sino también del alma y de la santidad, pues el Verbo de Dios Encarnado era el Santo de los santos —la santidad llamada «substancial» como verdadero Dios—, pero además el Hijo del Hombre también crecía en la santidad —llamada en cristología «accidental»— como perfecto y verdadero hombre. Los hijos «crecen», con la ayuda de los padres en el cuerpo y en el alma, y a la vez en la santidad del cristiano, tanto en los valores humanos como en los cristianos que dan pleno sentido a su vida.

El papa Benedicto XVI, al renovar en el 17 de mayo de 2005 la convocatoria del V Encuentro Mundial de las familias en Valencia realizada por su antecesor unos meses antes, escribía:

> «Todos los pueblos, para dar un rostro verdaderamente humano a la sociedad, no pueden ignorar el bien precioso de la familia, fundada sobre el matrimonio. "La alianza matrimonial, por la que el varón y la mujer constituyen entre sí un consorcio para toda la vida, ordenado por su misma índole natural al bien de los cónyu-

ges y a la generación y educación de la prole" (can.1055), es el fundamento de la familia, patrimonio y bien común de la humanidad. Así pues, la Iglesia no puede dejar de anunciar que, de acuerdo con los planes de Dios (cf. Mt 19,3-9), el matrimonio y la familia son insustituibles y no admiten otras alternativas. La familia cristiana tiene, hoy más que nunca, una misión nobilísima e ineludible, como es transmitir la fe, que implica la entrega a Jesucristo, muerto y resucitado, y la inserción en la comunidad eclesial. Los padres son los primeros evangelizadores de los hijos, don precioso del Creador (cf. GS 50), comenzando por la enseñanza de las primeras oraciones. Así se va construyendo un universo moral enraizado en la voluntad de Dios, en el cual el hijo crece en los valores humanos y cristianos que dan pleno sentido a la vida».

Los papas de los siglos XIX, XX y XXI, desde León XIII y Benedicto XV hasta Juan Pablo II y Benedicto XVI, se han referido a la Sagrada Familia —y a las familias cristianas— para mostrar que la familia es fundamental para la vida de la Iglesia y para el desarrollo pacífico y progresivo de la sociedad, pues la familia es la «célula original de la vida social» (CEC n.2207).

El «evangelio» de la Sagrada Familia es una novedad, una buena noticia en todo el mundo, tanto más cuanto, desde distintos intereses, se pretenda presentar a otras «formas» alternativas de convivencia como sustitutivas de la familia, que en realidad es insustituible. Por eso la familia ha de ser auxiliada y defendida también con medidas sociales, es decir, políticas, económicas y culturales, adecuadas a las distintas necesidades, pues ni el estado ni otras instituciones pueden suplantarla sino que deben subsidiariamente ayudarla. Son los padres quienes tienen los derechos sobre la educación de sus hijos que todo estado de derecho ha de proteger y fomentar y nunca debe anular o disminuir. Las autoridades civiles, por tanto, han de considerar como deber grave «el reconocimiento de la auténtica naturaleza del matrimonio y de la familia, protegerla y fomentarla, asegurar la moralidad pública y favorecer la prosperidad doméstica» (GS 52).

El Concilio Vaticano II llama a la familia con una antigua expresión «Iglesia doméstica» porque en el seno de la familia,

«los padres han de ser para sus hijos los primeros anunciadores de la fe con su palabra y con su ejemplo, y han de fomentar la vocación personal de cada uno y, con especial cuidado, la vocación a la vida consagrada» (LG 11).

El *Catecismo de la Iglesia Católica* resume que:

> «El hogar cristiano es el lugar en que los hijos reciben el primer anuncio de la fe. Por eso la casa familiar es llamada justamente "iglesia doméstica", comunidad de gracia y de oración, escuela de las virtudes humanas y de caridad cristiana» (n.1666).

Los padres son, pues, los primeros responsables de la educación de sus hijos y tienen el deber de atender tanto a las necesidades materiales como a las necesidades espirituales de sus hijos, pues el matrimonio y la familia están ordenados al bien de los cónyuges, a la procreación y a la educación de sus hijos. A su vez, el respeto a los padres por parte de los hijos es fruto de la gratitud por haber recibido por ellos el don de la vida, el del amor y el del esfuerzo de su trabajo.

Por su parte, el *Directorio de la pastoral familiar de la Iglesia en España,* aprobado en la LXXXI asamblea plenaria de la Conferencia Episcopal Española (21 de noviembre de 2003), desarrolla ampliamente cuanto es necesario conocer y aplicar en la situación actual en relación con la familia, la vida y la educación: el plan de Dios sobre el matrimonio y la familia; la preparación al matrimonio y la celebración del matrimonio; la pastoral del matrimonio y la familia; la atención pastoral a las familias en situaciones difíciles e irregulares; la familia, la sociedad y la Iglesia, y las estructuras, servicios y responsables de la pastoral familiar.

La fiesta de la Sagrada Familia es una ocasión en la Iglesia para dar gracias a Dios porque quiso tener en este mundo —como nosotros— una familia. Si el Hijo de Dios «necesitó» una madre y a alguien que le hiciera de padre, ¡cómo no los vamos a necesitar nosotros! Al mismo tiempo la fiesta de la Sagrada familia es una oportunidad para pedir al Señor por las familias cristianas, con el fin de que continúen siendo iglesia doméstica, y por las familias que atraviesan dificultades, en orden a que superen los problemas con la mutua ayuda en favor de cada uno de sus miembros. La fiesta de la Sagrada Familia es también un hito, durante cada año, para que la celebración de la «acción de gracias», en la que la Palabra de Dios se aplica a nuestra vida y el Sacramento eucarístico nos avía para el camino, todo el año sea también tiempo y ocasión de gracia para

profundizar en la novedad evangélica de la familia cristiana y evangelizadora de las familias en el mundo. Juan Pablo II lo condensó en una frase con una explicación:

> «¡El futuro de la humanidad se fragua en la familia! Por consiguiente es indispensable y urgente que todo hombre de buena voluntad se esfuerce por salvar y promover los valores y exigencias de la familia» *(Familiaris consortio,* 86).

El papa Benedicto XVI, en el V Encuentro Mundial de las Familias (Valencia, 8 y 9 de julio de 2006), dijo sobre la familia y sobre la familia cristiana:

> «En la cultura actual se exalta muy a menudo la libertad del individuo concebido como sujeto autónomo, como si se hiciera él sólo y se bastara a sí mismo, al margen de su relación con los demás y ajeno a su responsabilidad ante ellos. Se intenta organizar la vida social sólo a partir de deseos subjetivos y mudables, sin referencia alguna a una verdad objetiva previa como son la dignidad de cada ser humano y sus deberes y derechos inalienables a cuyo servicio debe ponerse todo grupo social.
>
> La Iglesia no cesa de recordar que la verdadera libertad del ser humano proviene de haber sido creado a imagen y semejanza de Dios. Por ello, la educación cristiana es educación de la libertad y para la libertad.
>
> Jesucristo es el hombre perfecto, ejemplo de libertad filial, que nos enseña a comunicar a los demás su mismo amor: "Como el Padre me ha amado, así os he amado yo; permaneced en mi amor" (Jn 15,9). A este respecto enseña el Concilio Vaticano II que "los esposos y padres cristianos, siguiendo su propio camino, deben apoyarse mutuamente en la gracia, con un amor fiel a lo largo de toda su vida, y educar en la enseñanza cristiana y en los valores evangélicos a sus hijos recibidos amorosamente de Dios. De esta manera —dice el Concilio— ofrecen a todos el ejemplo de un amor incansable y generoso, construyen la fraternidad de amor y son testigos y colaboradores de la fecundidad de la Madre Iglesia como símbolo y participación de aquel amor con el que Cristo amó a su esposa y se entregó por ella" (LG 41).
>
> La alegría amorosa con la que nuestros padres nos acogieron y acompañaron en los primeros pasos en este mundo es como un signo y prolongación sacramental del amor benevolente de Dios del que procedemos.
>
> Para avanzar en ese camino de madurez humana, la Iglesia nos enseña a respetar y promover la maravillosa realidad del matrimonio indisoluble entre un hombre y una mujer, que es, además, el origen de la familia. Por eso, reconocer y ayudar a esta institución es uno de los mayores servicios que se pueden prestar hoy día al

bien común y al verdadero desarrollo de los hombres y de las sociedades, así como la mejor garantía para asegurar la dignidad, la igualdad y la verdadera libertad de la persona humana.

En este sentido, quiero destacar la importancia y el papel positivo que a favor del matrimonio y de la familia realizan las distintas asociaciones familiares eclesiales. Por eso, "deseo invitar a todos los cristianos a colaborar, cordial y valientemente, con todos los hombres de buena voluntad, que viven su responsabilidad al servicio de la familia" (*Familiaris consortio,* 86), para que, uniendo sus fuerzas y con una legítima pluralidad de iniciativas, contribuyan a la promoción del verdadero bien de la familia en la sociedad actual.

Volvamos por un momento a la primera lectura de esta misa, tomada del libro de Ester. La Iglesia orante ha visto en esta humilde reina, que intercede con todo su ser por su pueblo que sufre, un prefiguración de María, que su Hijo nos ha dado a todos nosotros como Madre; una prefiguración de la Madre, que protege con su amor a la familia de Dios que peregrina en este mundo. María es la imagen ejemplar de todas las madres, de su gran misión como guardianas de la vida, de su misión de enseñar el arte de vivir, el arte de amar.

La familia cristiana —padre, madre e hijos— está llamada, pues, a cumplir los objetivos señalados no como algo impuesto desde fuera, sino como un don de la gracia del sacramento del matrimonio infundida en los esposos. Si éstos permanecen abiertos al Espíritu y piden su ayuda, él no dejará de comunicarles el amor de Dios Padre manifestado y encarnado en Cristo. La presencia del Espíritu ayudará a los esposos a no perder de vista la fuente y medida de su amor y entrega, y a colaborar con él para reflejarlo y encarnarlo en todas las dimensiones de su vida. El Espíritu suscitará asimismo en ellos el anhelo del encuentro definitivo con Cristo en la casa de su Padre y Padre nuestro. Éste es el mensaje de esperanza que desde Valencia quiero lanzar a todas las familias del mundo» (*Homilía en la misa de clausura del V Encuentro Mundial de las Familias,* 2006).

JOAQUÍN MARTÍN ABAD

Bibliografía

BENEDICTO XVI, «Carta con motivo del Encuentro Mundial de las Familias en Valencia» (17-5-2005).

— «Homilía en la misa de clausura del V Encuentro Mundial de las Familias» (Valencia, 9-7-2006).

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Directorio de pastoral familiar de la Iglesia en España.* LXXXI Asamblea Plenaria (Madrid 2003).

GASCÓ CASESNOVES, J. (ed.), *El Papa con las familias. Toda la enseñanza de Benedicto XVI sobre la familia* (Madrid 2006).

GUERANGER, P., *El año litúrgico.* I: *Adviento y Navidad* (Madrid 1954) 423-435.
JUAN PABLO II, *Exhortación apostólica postsinodal «Familiaris consortio»* (Madrid 1981).
PABLO VI, «Alocución en su peregrinación a Nazaret» (5-1-1964): *L'Osservatore Romano* (ed. en español) (23-1-1964) 3.

APÉNDICE DEL VOLUMEN

18 de diciembre

EXPECTACIÓN DEL PARTO DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA

Esperar al Señor que ha de venir es el tema principal del santo tiempo de Adviento que precede a la gran fiesta de Navidad. La liturgia de este período está llena de deseos de la venida del Salvador y recoge los sentimientos de expectación, que empezaron en el momento mismo de la caída de nuestros primeros padres. En aquella ocasión Dios anunció la venida de un Salvador. La humanidad estuvo desde entonces pendiente de esta promesa y adquiere este tema tal importancia que la concreción religiosa del pueblo de Israel se reduce en uno de sus puntos principales a esta espera del Señor. Esperaban los patriarcas, los profetas, los reyes y los justos, todas las almas buenas del Antiguo Testamento. De este ambiente de expectación toma la Iglesia las expresiones anhelantes, vivas y adecuadas para la preparación del misterio de la «nueva Natividad» del salvador Jesús.

En el punto culminante de esta expectación se halla la Santísima Virgen María. Todas aquellas esperanzas culminan en Ella, la que fue elegida entre todas las mujeres para formar en su seno el verdadero Hijo de Dios.

Sobre ella se ciernen los vaticinios antiguos, en concreto los de Isaías; ella es la que, como nadie, prepara los caminos del Señor.

Invócala sin cesar la Iglesia en el devotísimo tiempo de Adviento, auténtico *mes de María,* ya que por ella hemos de recibir a Cristo.

Con una profunda y delicada visión de estas verdades y del ambiente del susodicho período litúrgico, los padres del décimo concilio de Toledo (656) instituyeron la fiesta que se llamó muy

pronto de la Expectación del Parto, y que debía celebrarse ocho días antes de la solemnidad natalicia de nuestro Redentor, o sea el 18 de diciembre.

La razón de su institución la dan los padres del concilio: no todos los años se puede celebrar con el esplendor conveniente la Anunciación de la Santísima Virgen, al coincidir con el tiempo de Cuaresma o la solemnidad pascual, en cuyos días no siempre tienen cabida las fiestas de santos ni es conveniente celebrar un misterio que dice relación con el comienzo de nuestra salvación. Por esto, *speciali constitutione sancitur, ut ante octavum diem, quo natus est Dominus, Genitricis quoque eius dies habeatur celeberrimus, et praeclarus:* «Se establece por especial decreto que el día octavo antes de la Natividad del Señor se tenga dicho día como celebérrimo y preclaro en honor de su santísima Madre».

En este decreto se alude a la celebración de tal fiesta en «muchas otras Iglesias lejanas» y se ordena que se retenga esta costumbre; aunque, para conformarse con la Iglesia romana, se celebrará también la fiesta del 25 de marzo. De hecho, fue en España una de las fiestas más solemnes, y consta que de Toledo pasó a muchas otras iglesias, tanto de la Península como de fuera de ella. Fue llamada también «día de Santa María», y, como hoy, de Nuestra Señora de la O, por empezar en la víspera de esta fiesta las grandes antífonas de la O en las Vísperas.

Además de los padres que estuvieron presentes en el décimo concilio de Toledo, en especial el entonces obispo de aquella sede, San Eugenio III, intervino en su expansión —y también a él se debe el título concreto de *Expectación del Parto*— aquel otro gran prelado de la misma sede, San Ildefonso, que tanto se distinguió por su amor a la Señora.

La fiesta de hoy tenía en los antiguos breviarios y misales su rezo y misa propios. Los textos del oficio, de rito doble mayor, tienen, además de su sabor mariano, el carácter peculiar del tiempo de Adviento, a base de las profecías de Isaías y de otros textos apropiados como los himnos. Nuestro misal conserva todavía para la presente fecha una misa, toda a base de textos del Adviento. Es un resumen del ardiente suspiro de María, del pueblo de Israel, de la Iglesia y del alma por el Mesías que ha de venir. Sus textos —casi coinciden con la misa del miércoles de

las témporas de Adviento, y todavía más con la misa votiva de la Virgen, propia de este período— son de Isaías (introito, epístola y comunión) y del evangelio de la Anunciación. Las oraciones son las propias de la Virgen en el tiempo de Adviento.

Precisamente en la víspera de este día dan comienzo las antífonas mayores de la O, por empezar todas ellas con esta exclamación de esperanza. Y así continúa la Iglesia por espacio de siete días, del 17 al 23, en este ambiente de santa expectación y demanda de la venida del Salvador.

Nada, pues, más a propósito que la contemplación de María en los sentimientos que ella tendría en los días inmediatos a la natividad de su divino Hijo.

> «Si todos los santos del Antiguo Testamento —escribe el padre Giry— desearon con ardor la aparición del Salvador del mundo, ¿cuáles no serían los deseos de Aquella que había sido elegida para ser su Madre, que conocía mejor que ninguna otra criatura la necesidad que tenía la humanidad, la excelencia de su persona y los frutos incomparables que debía producir en la tierra, y la fe y la caridad, que sobrepasan la de todos los patriarcas y profetas? Fue tan grande el deseo de la Santísima Virgen, que nosotros no tenemos palabras para expresar su mérito. Y tampoco podemos concebir cuál fue su gozo cuando ella vio que sus deseos y los de todos los siglos y de todos los hombres iban a realizarse en ella y por ella, ya que iba a dar a luz la esperanza de todas las naciones, Aquel sobre quien se fijaban los ojos de todos en el cielo y en la tierra y miraban como a su libertador» *(Les petits bollandistes,* t.14 p.373).

María, repetimos, está en la cumbre de esta esperanza o, con otras palabras: con María la esperanza es completa, se hace firme. Unidos a ella, ya que nuestro adviento, el que nosotros esperamos, tuvo principio en la celestial Señora, por haber llevado en su seno virginal a Jesús durante nueve meses, nuestra expectación será más digna del gran Señor que va a venir.

María presenta para el cristiano de hoy la posición que éste debe mantener, máxime en estos días: esperar al Señor. Que él se incorpore más y más en nosotros, *donec formetur Christus in nobis,* y que un día, lejano o próximo ya, venga a buscarnos para unirnos definitivamente con él. El cristiano debe esperar al Señor, *donec veniat,* hasta que venga para aquel abrazo de unión indisoluble y eterna. Toda la vida del cristiano es una expectación. El modelo de ésta lo ofrece María.

La presente fiesta mariana, como todas las de la Virgen, además de ser un ejemplo, es una intercesión. Debe servir para afianzar y hacer más intensa esta espera y ayudarnos a cantar con ella, con la Iglesia-Virgen las antífonas mayores del Magníficat: *O Sapientia, O Adonai, O Emmanuel* [...] *veni!*

ROMUALDO M.ª DÍAZ CARBONELL, OSB

Bibliografía

LECLERCQ, J., *Siguiendo el año litúrgico* (Madrid 1954) 48-56.
LORENZANA Y BUITRÓN, F. A., *SS. PP. Toletanorum quotquot extant Opera...: tomus primus* (Madrid 1782).
MANSI, J. D., *Sacrorum conciliorum nova et amplissima collectio,* XI: *Concilium Toletanum X* (Florencia 1765) cols.31-34.
SÁENZ DE AGUIRRE, J., *Collectio Máxima conciliorum omnium Hispaniae et novi orbis...,* 4 (Roma 1754) 153.

26 de diciembre

NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO DE ANDACOLLO (CHILE)

En medio de las últimas ramificaciones de los Andes occidentales, como un diminuto oasis entre las secas, abruptas y áridas tierras del contorno, Andacollo es un pueblecito minero cuyos orígenes se remontan a época precolombina. Desde muy antiguo es famoso el subsuelo, rico sobre todo en oro y cobre. Todavía hoy son famosos los lavaderos de oro, principal ocupación de sus habitantes. Su nombre es de raíz incaica, como consecuencia de una invasión ocurrida en el siglo XV antes de la conquista, al exclamar uno de los principales, asombrado por la abundancia de pepitas de oro a flor de tierra. «Anta-coyo», que en lengua quichúa quiere decir «reina del cobre». Tal etimología es la que presenta Oviedo en su *Historia Natural de las Indias* y mantienen hoy los más serios historiadores.

La cristianización de Andacollo data de Francisco de Aguirre, capitán de Valdivia, que estuvo personalmente en las minas, adonde volvió en su vejez para terminar en una vida pacífica.

En cuanto al origen de la veneración a María, dice la tradición que hubo una primitiva imagen, traída por los españoles de Francisco de Aguirre en 1544 cuando llegaron a este lugar para evangelizarlo, y que fue tallada por uno de los mismos expedicionarios. Tal imagen, con motivo de una invasión de los indios de Copiapó, a la que sobrevivieron tan sólo dos españoles, fue escondida en los cerros del mineral, temerosos aquéllos de verse privados de tan estimada joya. Poco después, ya en la segunda mitad del siglo XVI, fue recuperada por un indio mientras cortaba leña o cavaba mineral. La llevó a su choza para ofrecerle culto, y a causa de sus prodigios, divulgados por la comarca, se hizo cargo de ella la autoridad eclesiástica, que le erigió una capilla.

Pero nuevamente se pierde el rastro de la primera imagen, lo que debió de dar lugar a designar a San Miguel como titular de la iglesia. Ocurría esto en tiempos del párroco Álvarez Tobar, que en 1676 encargó otra imagen a un escultor de Lima y restableció su culto con la que hoy conocemos. Mide la imagen, «tallada en madera de cedro, como una vara y media, y su rostro es pequeño, de tinte moreno y ojos que parecen despedir una dulzura melancólica». Todo el ropaje estaba tallado en la misma madera, compuesto por una túnica de color rosado y un manto adornado de estrellas, hasta que la inevitable tendencia del siglo XIX mutiló la talla del busto para cubrirla de ricos vestidos y joyas con que hoy la admiramos.

Aquella primitiva capilla, una empalizada con techo de paja, a que hemos hecho referencia, fue sustituida, también en la época del párroco Álvarez Tobar, por otra que persistió hasta el siglo XVIII, en que, por disposición del obispo de Santiago, don Manuel Alday, se llevó a cabo la edificación de otro templo más digno, residencia actual de Nuestra Señora y de su tesoro, en el que se exhiben, por lo que se refiere a España, sendas casullas regaladas por Carlos III e Isabel II y un vestido de gala ofrecido por la infanta Isabel, hermana de Alfonso XII.

En 1873, y por iniciativa del obispo de La Serena, de cuya ciudad dista Andacollo 57 kilómetros, fue erigida una basílica de gran dignidad arquitectónica y capaz de albergar las grandes peregrinaciones que se congregan en los actos solemnes, cuan-

do la imagen se traslada a la basílica desde el santuario de su habitual residencia. Desde 1900 ambos constituyen una parroquia a cargo de los padres del Corazón de María, a quienes se debe una gran labor apostólica y de expansión del culto a Nuestra Señora de Andacollo, cuyo primer fruto fue la coronación canónica de la misma por León XIII en 26 de diciembre de 1901, siendo presidente de Chile el excelentísimo señor don Germán Riesco.

Pero lo más emotivo y diferenciador del culto a Nuestra Señora del Rosario de Andacollo es la manera de manifestarse la piedad de sus devotos. Sin duda alguna, uno de los aspectos más humanos del amor de María consiste en querer verse venerada en cada pueblo o región mediante la exteriorización jubilosa de las costumbres y tradiciones arraigadas en cada lugar. Es como si la Virgen se sintiera nacida en cada aldea y prefiriera lo castizo y popular, como si esto fuera una recordación de una infancia pueblerina deseada. Dentro de las más honda fe y sentida piedad (depurada de desviaciones profanas a lo largo de los siglos por la labor formadora de los sucesivos prelados), la devoción de la Virgen en Andacollo consiste en el ofrecimiento que hacen durante los días de su festividad múltiples comparsas de danzas.

Los primeros testimonios de los bailes de Andacollo datan de 1585. Son los llamados de *indios o chinos;* su indumentaria está formada por anchos calzones rojos, camisa blanca y faja de mineros, adornada después con espejillos y lentejuelas. Tocan clarinetes de madera y tambores. Sus bailes se caracterizan por movimientos lentos, monótonos, inclinaciones y reverencias y saltos espectaculares.

Otro género de danzantes, del que se tienen noticias desde 1752, es el llamado de los *turbantes de La Serena,* constituido por hombres piadosos y probos. Van de blanco, con sombrero cónico, del que salen cintas de diferentes colores. Sus bailes, por el contrario, son rápidos, violentos. Bailan nada más los llamados alféreces, provistos de espadas, mientras los demás componentes evolucionan en torno, uno a uno, dando sorprendentes volteos hasta ocupar sucesivamente el último lugar de la fila. Los instrumentos que tocan son agudos.

El *baile de danzantes,* tercera especie de la que se tienen referencias desde 1798, se caracteriza por su vistosa y llamativa indumentaria, con profusión de abalorios, y tanto sus bailes como sus sones son más variados y armoniosos.

Cada uno de estos grupos está dirigido por el llamado «cabeza de baile», designación que se mantiene por herencia, y al frente de todas las comparsas está el llamado *pichinga,* jefe supremo de la danza de Andacollo, cuya autoridad es respetada religiosamente.

Todos los años, el 25 de diciembre, arriban al pueblecito del mineral de Andacollo las numerosas comparsas de bailes que, peregrinos de la Virgen de la Montaña, vienen a rendir homenaje. Se reúnen junto a los muchos millares de devotos procedentes de la Argentina y Bolivia, como antiguamente, cuando los caminos de Río Elqui y Humalata, Río Hurtado y La Serena, en que, después de anteriores jornadas de ascenso por la quebrada montaña, llegaban a la Cruz Verde, a más de mil metros sobre el nivel del mar, y desde donde, tras corto descenso, se alcanza el santuario.

El amanecer del 25 coincide con la llegada a las puertas del templo para hacer ante la Virgen la presentación oficial con sus trajes de gala. Van sucediéndose las comparsas hasta situarse en un lugar determinado en el momento de aparecer la imagen a las puertas del santuario. Entonces comienzan las danzas; es un verdadero espectáculo de griterío, mezclado con los más opuestos sones de instrumentos, escobilleo de pies, inclinaciones y gigantescas cabriolas, estandartes que se alzan, batutas que bajan y suben, espadas en agitación. Es todo un complejo, confuso pero previsto desorden, cuya expresión única infunde un sentimiento de primitiva melancolía y fe, hasta desbordarse la contenida emoción. Luego, de cada comparsa se adelanta un representante, portavoz de un discurso o deprecación piadosa, que expresará ante la imagen de la Virgen. Recitan de memoria o improvisan, con la seguridad y la gracia del espíritu popular y ferviente; muestran su agradecimiento por los favores especiales recibidos, claman tristes plegarias por los cofrades desaparecidos, cuya salvación encomiendan, o hacen el ofrecimiento de nuevos miembros. Piden por las familias, la Iglesia y la patria, y

los espontáneos versos de su expresión religiosa contagian la emoción de la multitud que escucha.

Llega luego el día 26, festividad de Nuestra Señora de Andacollo. Desde la una a las seis de la tarde siguen las danzas, turnándose las diferentes comparsas dentro de un orden establecido. Comenzada seguidamente la procesión, las comparsas forman carrera de honor para escoltar a la imagen. Cincuenta danzas compuestas por más de mil quinientos hombres. Es una clamorosa profusión de color, cintas ondulando en los aires, espejuelos que reflejan su brillo. Todo el mundo, con la atención contenida, está pendiente de que aparezca la Virgen por la puerta del santuario. Y en tal momento, como movidos por una inspiración, las filas de hombres se agitan y levantan, se doblan en vaivenes multitudinarios; se mezclan los sones de las danzas, distintos en su ritmo, pausados, agudos y roncos. Los *turbantes* evolucionan con parsimonia, los *danzantes* escobillean *y* bailan vertiginosamente, los *chinos* semejan acróbatas arrebatados.

De este modo expresan su amor a María sus fervientes devotos chilenos. No importa el origen incaico de estas danzas, ni su lejano sentido de superstición religiosa, si luego ha ido honestamente cristianizado. Es la expresión sincera, natural y viva de un sentimiento mariano. Ella misma, la Santísima Virgen de Andacollo, ha dado muestras naturales de su aceptación y preferencia por tales manifestaciones de culto popular, aprobado por la jerarquía eclesiástica. De las danzas de otros tiempos, mezcladas con actividades verdaderamente profanas y hasta escandalosas, queda hoy un espíritu cristiano y un sentido católico, hasta el punto de que son mayoría los cofrades que celebran estos días santos con procesiones eucarísticas, comuniones y novenas. Andacollo es en tales días un lugar en donde Dios está cerca, presente, a través de las gracias de su Madre; se respira entonces el sacrificio, la hermandad y la piedad sencilla, y no la sensualidad, el desorden y la impiedad que en otros tiempos se mezclaron. Estas danzas, que en Chile no tuvieron nunca contaminaciones idolátricas —por la idiosincrasia de su indigenismo y la formación de sus colonizadores—, tienen hoy un carácter religioso de agradecimiento, de expiación y de generosidad.

Dentro de la abundancia amorosa de María, puesta de manifiesto en múltiples milagros a lo largo de estos siglos de venera-

ción, y muy concretamente en probados milagros —los más recientes— a raíz de ser coronada, tienen especial interés las promesas y favores relacionados con el valor religioso y devoto de sus danzas; es corriente el caso de los prometedores, que estiman más valioso en ellos prometer estar toda la vida en una comparsa que realizar otros actos de piedad distintos. Recordamos el caso de un niño que, ciego a los cinco años, sanó a los ocho por promesa de su madre de consagrarle al servicio de la Virgencita de Andacollo, y, por consejo del propio párroco, la cambió por la de servir en la comparsa de su pueblo, cosa que llevó a cabo durante treinta y siete años.

JUAN MANUEL LLERENA

Bibliografía

ALBAS, P., CMF, *Historia de la imagen y santuario de Nuestra Señora del Rosario de Andacollo* (Santiago de Chile 1943).
CEPEDA, A. F., «El lucero de Chile, o sea, Nuestra Señora de Andacollo», en *América Mariana* (México-Barcelona 1905).
MUNIZAGA, I., *El santuario y la fiesta de Andacollo* (Barcelona 1900).
PLATH, O., Santuario y tradición de Andacollo (Santiago de Chile 1951).
Revistas: *La Estrella de Andacollo* (1906) y *Nuestra Señora de Andacollo* (1928).
RAMÍREZ, J. R., *Historia de la imagen y santuario de Nuestra Señora de Andacollo* (inédita, aunque aparecida parcialmente en la revista del santuario).

DEL SANTORAL DE LAS DIÓCESIS ESPAÑOLAS

5 de diciembre

SAN MAURO

Mártir († s. IV)

El noble tribuno romano Claudio, su esposa, Hilaria, y sus dos hijos, Jasón y Mauro, fueron encarcelados por orden del emperador Diocleciano, y junto con otros soldados cristianos sufrieron la decapitación. Posteriormente, el cuerpo de Mauro recibió sepultura en las catacumbas de San Calixto, mientras los restos de su padre se arrojaron al mar, atados a una piedra. El cuerpo de San Mauro, mártir, fue localizado el día 3 de septiembre de 1599, y por mediación del cardenal Fernando Niño de Guevara, inquisidor general, San Juan de Ribera lo obtuvo con destino para el Real Colegio de Corpus Christi que se estaba construyendo bajo su mecenazgo. El 18 de noviembre del año anotado, el cuerpo del mártir San Mauro llegó al Grao de Valencia, siendo depositado en el convento de la Sangre de Cristo, de frailes capuchinos.

El 12 de diciembre de 1599 se procedió al solemne traslado de estas reliquias martiriales a la catedral valentina, y en la solemne procesión tomaron parte el virrey, conde de Benavente; don Luis de Calatayud, gobernador, y las autoridades municipales.

También desfilaron los gremios con sus banderas, y «dos chagants, com en la processó de Sant Vicent Ferrer o com en la entrada del rey». En la seo de Valencia permanecieron las reliquias del joven mártir mientras concluían las obras de la capilla del Real Colegio de Corpus Christi, a donde se llevaron con especialísima solemnidad el 17 de enero de 1605. Por expreso deseo del fundador del Real Colegio, San Mauro, mártir, fue pro-

clamado patrón del mismo, obteniendo, además, de la Santa Sede que su fiesta lo fuera para toda la diócesis de Valencia.

También se le venera con culto reverente en Alcoy (Alicante, pero de la diócesis valentina). El día 2 de diciembre de 1620, al atardecer, un gran seísmo sacudió la ciudad del Serpis, ocasionando numerosas víctimas y haciendo que edificios singulares, como el convento de frailes franciscanos, se derrumbaran. En la mañana del día siguiente, fiesta del mártir San Mauro, se reunieron las autoridades y el pueblo en el lugar conocido como *Les Eres Noves,* donde se había trasladado el Santísimo Sacramento, y allí votaron y proclamaron a San Mauro mártir, como patrón de Alcoy y especial abogado contra los terremotos. Aclamación popular posteriormente ratificada por la curia diocesana de Valencia el 9 de noviembre de 1621. También les fue concedida una reliquia, la mitad del dedo meñique de una mano del santo mártir romano, que llegó al templo parroquial de Santa María el 11 de noviembre del mismo año, donde se expuso a la veneración de los fieles. La ciudad de Alcoy ha conmemorado con cultos especiales cada centenario de esta efeméride. Por su parte, los jurados de Valencia votaron el año 1631 a San Mauro mártir como especial protector de la capital y abogado contra la sequía. Tiene dedicada en su honor una parroquia en Valencia y otra en Alcoy.

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

GONZÁLEZ CLEMENTE, V., *Las insignes reliquias de la capilla del Real Colegio de Corpus Christi de Valencia* (Valencia 1948).

Reliquias que existen en la iglesia del Real Colegio de Corpus Christi de Valencia (Valencia 1859).

MEMORIAS QUE CELEBRAN LAS DIÓCESIS ESPAÑOLAS

SANTORAL DE LAS DIÓCESIS ESPAÑOLAS EN EL MES DE DICIEMBRE

Día 2:	En Cartagena y Zaragoza, Beata María Ángela Astorch, virgen.
Día 4:	En Valencia, Beato Francisco Gálvez, presbítero y mártir.
Día 5:	En Valencia, San Mauro, mártir.
Día 6:	En Granada y Jaén, San Pedro Pascual, obispo y mártir.
Día 9:	En Toledo, Santa Leocadia, virgen y mártir.
Día 10:	En España, Santa Eulalia de Mérida, virgen y mártir.
Día 11:	En Getafe, Santa Maravillas de Jesús, virgen.
Día 12:	En Tarazona, Beato Martín de San Nicolás, presbítero y mártir.
Día 15:	En Barbastro-Monzón y Huesca, San Urbez, presbítero. En León, traslación de San Isidoro, obispo.
Día 16:	En Barcelona, Gerona, Urgel y Vich, San José Manyanet, presbítero.
Día 30:	En Santiago de Compostela, traslación del Apóstol Santiago.

ÍNDICE ONOMÁSTICO DE COLABORADORES DEL VOLUMEN

Alcántara Martínez, P. 207-214.
Artero, J. 659-666.
Ausejo, S. de 675-682.

Blajot, J. 709-715.
Briceño, M. J. 16-23.

Cabanelas, D. 182-186.
Castell Maíques, V. 575-580.
Chico González, P. 439-448 616-623 636-644 666-672 747-752.
Contreras y López de Ayala, J. 504-511.

Díaz Carbonell, R. M.ª 829-832.
Díaz Fernández, J. M.ª 429-433 609-610 644-646 703-706.

Echeverría, L. de 119-122 553-557 580-588 695-703.

Fábrega Grau, A. 262-266.
Ferri Chulio, A. de S. 272-277 433-439 511-517 588-598 610-615 683-687 726-738 839-840.

García Barberena, T. 558-568.
Gavarrón, M. 338-343.
Gómez Parente, O. 519-527.
González Chaves, A. J. 85-87 130-135 353-355 391-398.
González Rodríguez, M.ª E. 29-33 214-220 398-405.
González Ruiz, N. 176-181.
Greenstock, D. L. 541-544.
Guillén, J. 369-376.

Jiménez Duque, B. 360-369.
Junco, A. 315-322.

Langa, P., OSA 293-300 328-333 568-574 786-792.
Lecea, J. M.ª 601-609.
Llabrés y Martorell, P.-J. 104-108 198-204 533-538 759-764.
Llerena, J. M. 832-837.
Lopetegui, L. 90-97.

Martín Abad, J. 158-163 224-237 422-427 818-828.
Martín Hernández, F. 767-777.
Martínez Goñi, F. 68-76.
Montalvillo, J. 625-632.

Núñez Uribe, F. 24-28 135-139 253-258 322-327.

Peraire Ferrer, J. 76-85 126-130 163-172 246-252.
Pérez de San Román, J. 544-551.
Pérez Suárez, L. M. 15-16 34-35 145-158 343-348 632-636 812-818.
Portero, L. 405-410.

Repetto Betes, J. L. 45-50 88-89 108-110 139-145 172-176 186-188 204-206-220-223 258-261 266-272 277-282 310-314 333-337 355-359 376-382 388-390 410-415 448-450 456-462 467-475 483-492 499-503 517-519 538-540 551-552 598-600 623-624 647-648 655-658 673-675 688-690 706-708 738-746 752-

759 765-766 777-785-801-803 805-811 845-940.
Revuelta Sañudo, M. 112-119.
Riber, L. 649-654.
Ricard, R. 451-456.
Rivera Recio, J. F. 237-244.
Rodríguez, J. V. 244-246 300-310 427-429 482-483.

Sánchez Aliseda, C. 59-64 283-293 793-801.
Sendín Blázquez, J. **11-15** 64-68 122-126 462-467.

Valverde, J. M.ª 691-695.
Vázquez, I. 492-499.
Velado Graña, B. 4-11 51-58 97-104 416-422 476-481 527-533 715-726.
Veny Ballester, A. 348-353.
Vizmanos, F. de B. 189-198.

APÉNDICE GENERAL AL AÑO CRISTIANO [1]

por JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Enero

A) MARTIROLOGIO

Día 1. En Hasselt (Bélgica), Beato Valentín (Luis) Paquay († 1905), presbítero, de la Orden de Hermanos Menores.

Día 6. En Casalmendinho (Portugal), Beata Rita Amada de Jesús Lopes de Almeida († 1913), virgen, fundadora de las Religiosas de Jesús, María y José.

Día 8. En Quinto Vicentino (Italia), Beata Eurosia Fabris († 1932), viuda y madre de familia.

Día 10. En Madrid, Beata María Dolores Rodríguez Sopeña († 1918), virgen, fundadora de la Congregación de Damas Catequistas.

Día 16. En Valencia, Beata Juana María Condesa Lluch († 1916), virgen, fundadora de la Congregación de Religiosas Esclavas de María Inmaculada.

Día 20. En Casoria (Italia), Beata María Cristiana de la Inmaculada (Adelaida) Brando († 1906), virgen, fundadora de las Religiosas Víctimas Expiadoras de Jesús, vulgo de Jesús Sacramentado.

Día 22. En Viena (Austria), Beato Ladislao Batthyány-Strattmann († 1931), seglar, padre de familia.

Día 29. En Miejsce Piastowe (Polonia), Beato Bronislao Bonaventura Markiewicz († 1912), presbítero, fundador de la Congregación de San Miguel Arcángel.

Día 31. En Milán, Beato Luis Talamoni († 1926), presbítero, fundador de la Congregación de Hermanas de la Misericordia.

[1] Para completar nuestro Año cristiano añadimos a continuación algunas biografías y semblanzas biográficas que por alguna razón no se pusieron en el sitio que les corresponde ahora, según el nuevo *Martirologio romano,* siguiendo la segunda edición del mismo (cf. *Martirologyum romanum* [Ciudad del Vaticano 2004]). Completamos este apéndice con una relación de beatos, cuyas biografías encontramos en este *Año cristiano,* que han sido elevados a la dignidad de santos.

B) BIOGRAFÍAS

BEATO VALENTÍN (LUIS) PAQUAY
Presbítero († 1905)

El que estaba llamado a ser un ejemplar religioso y un celoso sacerdote, volcado en el bien de las almas, nace en Tongres (Bélgica) el 17 de noviembre de 1828 en una familia numerosa y cristiana. Tras estudiar en el seminario menor de Saint-Trond, ingresa en la Orden franciscana y profesa el 4 de octubre de 1850. Prosigue los estudios eclesiásticos y se ordena sacerdote el 10 de junio de 1854 en Lieja. Fue enviado al convento de Hasselt y aquí estaría el resto de su vida. Desempeñó los oficios de vicario y guardián, y fue definidor provincial en dos ocasiones. Hizo un gran apostolado como predicador de la divina palabra, atrayendo a muchos a renovar su vida cristiana, convirtiéndose sinceramente a Dios. Para completar el sacramento de la reconciliación el eficaz apóstol de la palabra se pasaba las horas en el confesonario, atendiendo a tantas almas como acudían a él para ratificar su conversión o para buscar orientación y ayuda espiritual. Dirigió el laicado franciscano durante veintiséis años, haciendo que numerosos seglares, solteros y casados, hombres y mujeres, vivieran con intensidad la espiritualidad de San Francisco y aspirasen también ellos a vivir con profundidad el evangelio y recorrer el camino de la perfección cristiana. Fue muy devoto del Sagrado Corazón, de la Eucaristía y de la Inmaculada y desde él estas devociones pasaban a los fieles a quienes hacía vivirlas con sinceridad y fervor, convirtiéndolas en instrumentos de santificación. Murió lleno de méritos y virtudes el 1 de enero de 1905. Fue beatificado el 9 de noviembre de 2003 por el papa Juan Pablo II.

En la homilía de la misa de su beatificación dijo de él el Papa:

> «El P. Valentín Paquay es un verdadero discípulo de Cristo y un sacerdote según el corazón de Dios. Apóstol de la misericordia, se pasaba largas horas en el confesonario con un don particular para reconducir a los pecadores al camino recto, poniendo por delante de los ojos humanos la grandeza del perdón divino. Al poner en el centro de su vida de sacerdote la celebración del Misterio eucarísti-

co, él invitaba a los fieles a acercarse con frecuencia a la comunión del Pan de vida. Como tantos otros santos, el P. Valentín se puso desde joven bajo la protección de la Virgen María, invocada en la iglesia de su infancia, en Tongres, como Causa de nuestra Alegría. A ejemplo suyo, servid vosotros a vuestros hermanos para darles la alegría de volver a encontrar de verdad a Cristo».

Bibliografía

BEAUFAYS, I., *Le Père Valentin Paquay, «le saint petit père de Hasselt»* (París 1947).
MOONEN, F., *Le serviteur de Dieu père Valentin Paquay, «le saint petit père de Hasselt»* (Malinas 1975).
L'Osservatore Romano (14-11-2003).

BEATA RITA AMADA DE JESÚS LOPES DE ALMEIDA

Virgen († 1913)

Rita Lopes de Almeida nació el 5 de marzo de 1848 en Ribafeita, pequeña población de la diócesis de Viseu, en Portugal. Fue educada cristianamente en su hogar, en el que aprendió las devociones a la Eucaristía, a la Virgen María y a San José, así como una sólida adhesión a la Iglesia y al Papa. La joven sufría por las muchas dificultades que la Iglesia hallaba por entonces, debido a la situación política de su país, pero ello no la desanimó de su voluntad de hacer apostolado, dedicándose a dar catecismo por los pueblos e invitar a las gentes a hacer oración. No dudaba en acercarse a quienes vivían de espaldas a la moral cristiana e invitarlas a mejorar de vida, lo que le atrajo incluso amenazas de muerte. Entregada a la oración y la penitencia, hizo propósito de vivir soltera consagrada al Señor y rechazó propuestas de matrimonio.

A los 29 años logró entrar en la única congregación que, por ser extranjera, tenía licencia para admitir novicias, pero como no se adaptaba a su espíritu y sus anhelos salió de ella. Dirigida por el P. Francisco Pereira, SI, se decidió a fundar una nueva obra, consagrada a la Sagrada Familia, y así logró abrir el 24 de septiembre de 1880 su colegio-instituto. En breve tiempo su apostolado se extendió a varias diócesis portuguesas, soportando muchas contradicciones. Llegada la República en 1910, su obra fue disuelta y ella hubo de volver a su casa natal, pero

pudo reagrupar a sus religiosas en una humilde casa de Ribafeita y desde allí enviar algunas religiosas a Brasil, lo que sirvió para la supervivencia de su obra. Falleció santamente el 6 de enero de 1913. Beatificada en Viseu el 28 de mayo de 2006.

Dijo de ella el cardenal Saraiva Martins en la homilía de la beatificación:

> «Su amor a Cristo la lleva a abrirse a los demás, saliendo a su encuentro para invitarlos a vivir una vida renovada en Cristo. Supo leer los signos de los tiempos que requerían respuestas nuevas y valientes a las necesidades de entonces: las diversas formas de pobreza, materiales, morales y espirituales de la sociedad. En esta línea se inserta su carisma: restaurar la dignidad de la familia, amenazada de disgregación, según el espíritu de la Familia de Nazaret, construyendo hogares felices; liberar a a la mujer de la esclavitud de la prostitución y, por tanto, promoverla; dar educación gratuita a los niños pobres y abandonados para preservarlos de los peligros que derivan de la pobreza y la miseria. [...] La madre Rita no se cansaba de decir que en la base de toda familia está siempre el amor: no un amor egoísta, sino generoso, abierto a la vida».

BEATA EUROSIA FABRIS

Viuda († 1932)

Nace en Quinto Vicentino, junto a Vicenza (Italia), el 27 de septiembre de 1866, hija de padres campesinos. Con cuatro años se va a vivir con su familia a Marola, dentro del municipio de Torri de Quartesolo (Vicenza), donde se quedará ya a vivir el resto de su vida. No pudo ir mucho tiempo a la escuela porque en su casa hacía falta para ayudar en las tareas domésticas y también en el trabajo del campo. Aprendió, sin embargo, a leer y escribir, lo que le sirvió para que pronto leyera el catecismo, la historia sagrada y otros libros religiosos. Su madre le enseñó el oficio de costurera, en el que muy pronto se hizo maestra. Tras recibir la primera comunión a los 12 años, tomó la santa costumbre de comulgar todos los domingos y fiestas de guardar. Se inscribió en la Asociación de Hijas de María de su parroquia, y se vio que guardaba sus estatutos con mucha exactitud. Muy devota e inclinada a la religión, hacía apostolado en su familia y entre sus amigas y también entre las jóvenes que frecuentaban el taller de su casa.

Bien parecida físicamente y dotada de magníficas cualidades morales, muy pronto se le hicieron propuestas de matrimonio, pero ella prefirió esperar hasta haber madurado del todo. Sin embargo, un hecho inesperado cambió el rumbo de su vida. Murió una vecina de su casa que estaba casada y tenía tres hijas, más un tío y el abuelo a su cargo. Una de las hijas murió al poco. Eurosia consideró un deber de caridad comenzar a atender a aquella casa en la que las niñas y los tres hombres habían quedado desamparados, y a los pocos meses de estar atendiendo esta familia, el propio párroco le propuso que contrajera matrimonio con el viudo, Carlos Barban, y que ello sería un acto insigne de caridad. Aceptó Eurosia y el matrimonio se contrajo el 5 de mayo de 1886. Dios bendeciría su hogar con el nacimiento de nueve hijos, y ella se portó como madre de las dos hijas del matrimonio anterior. Y aun tuvo la liberalidad de acoger en su casa a otros niños, uno de los cuales será luego religioso franciscano. Empezaron todos a llamarla «Mamá Rosa», y ella repartió amor a raudales, trabajando sin descanso, atendiendo a todas las necesidades, cuidando con solicitud a cada una de las personas confiadas por la Providencia a sus desvelos y siendo una cristiana que abrazaba todos los sacrificios necesarios para llevar adelante su tarea. Consejera y apoyo de su marido, educadora eficaz de su prole, tuvo el gozo de que tres de sus hijos se ordenaran sacerdotes, dos de ellos diocesanos y el tercero franciscano, que será el que luego escribirá la vida de su madre.

Su intensa vida interior, su plegaria constante, su frecuencia de sacramentos, su devoción a la Eucaristía y a la Virgen María, edificaba a toda la comunidad cristiana. Su casa era verdaderamente una iglesia doméstica, como el Concilio Vaticano II llamaría al hogar cristiano. Su devoción la llevó a hacerse terciaria franciscana y a llevar con paciencia cristiana su viudez (1930), ofreciéndose toda al Señor y viviendo para él. Murió el 8 de enero de 1932. Su fama de santidad llegó a los oídos del papa Pío XII, quien dijo de ella: «Es preciso dar a conocer esta bella alma, para ejemplo de las familias de hoy».

Autorizada su causa el 29 de septiembre de 1974, sus virtudes fueron declaradas heroicas el 7 de julio de 2003, siendo aprobado un milagro para su beatificación el 22 de junio de

2004 y quedando fijada la ceremonia de su elevación a los altares para el 27 de abril de 2005; pero sucedió la muerte del Santo Padre Juan Pablo II y por ello hubo de postergarse hasta el domingo 6 de noviembre de 2005 en la propia Vicenza.

En la misa de su beatificación el cardenal José Saraiva Martins, que presidió la ceremonia, pronunció este elogio de la nueva beata:

> «Eurosia Fabris fue modelo de santidad accesible a todos, porque vivió en la sencillez evangélica de la entrega de sí y el sacrificio por amor, en el don de vida de familia aceptada con sus penas y sus sufrimientos, alegrías y esperanzas, en la búsqueda continua de la voluntad de Dios [...] Mujer y madre consciente de sus propios límites, pero también de la gran fuerza que deriva de la fe, decía: Nada es imposible a Dios que ama a sus hijos y les ayuda en el difícil camino terreno. Era una persona sencilla, expresión de una familia como tantas, y sin embargo muy especial en su existencia. Su beatificación nos enseña que en la vida concreta de cada día cada uno se puede santificar siguiendo su vocación. Pasó toda su vida recorriendo con decisión el camino de la caridad: enseñaba el catecismo en la parroquia y la costura y la moral cristiana a las jóvenes del pueblo, prestaba gran atención a los pobres, con los que compartía la comida diaria, y visitaba a las personas enfermas. Nadie le imponía esta conducta; la había escogido ella por amor, un amor a Dios que la impulsaba a encontrarlo diariamente en los hermanos, una caridad que maravillaba a todos, pero que confirma que quien vive con amor a Dios halla caminos y tiempo para amar a los demás. Eurosia vivió su experiencia familiar con la apertura de quien sabe que pertenece a una familia mayor, la de los hijos de Dios; con la conciencia de que la fe transmitida en la familia se debe testimoniar y compartir con cuantos encontramos».

Bibliografía

BERICO, M., *Mamma Rosa. Biografia della serva di Dio Eurosia Fabris ved. Barban, terziaria franciscana* (Verona [5]1968).

BRATTI, C., *Beata Eurosia Fabris Barban: Mamma Rosa, madre di famiglia terziaria francescana (1866-1932)* (Gorle 2005).

L'Osservatore Romano (11-11-2005).

BEATA MARÍA DOLORES RODRÍGUEZ SOPEÑA

Virgen y fundadora († 1918)

Nace en Vélez-Rubio (Almería), el 30 de diciembre de 1848 en una familia numerosa y cristiana. Como su padre era magistrado y recibía traslados por causa de esta profesión, ella hubo de criarse en varias poblaciones hasta que en 1866 la familia se establece en Almería al ser nombrado su padre fiscal de la Audiencia. Allí, con 17 años, comienza ella sus obras de caridad. En 1870 su padre es trasladado a Puerto Rico y ella se marcha a Madrid, donde colabora en la catequesis a las mujeres presas y en la atención a los enfermos del hospital de la Princesa. A partir de 1872 se instala en Puerto Rico y ayuda al P. Goicochea, jesuita, director espiritual suyo, en varias obras sociales. Pasa en 1873 a Santiago de Cuba, donde continuó sus trabajos apostólicos. En 1877 muere su madre y la familia vuelve a Madrid donde ella continúa su labor e ingresa en un monasterio de salesas. Sin embargo, vio que ésta no era su vocación y lo dejó.

En 1885 conoce el Barrio de las Injurias y al ver la situación moral, material y espiritual de la gente empieza lo que llamará la «Obra de las doctrinas», antecedente de sus «Centros obreros». En 1892 funda una asociación de apostolado seglar, que hoy se llama «Movimiento de Laicos Sopeña», que muy pronto se extendió a otros barrios de la capital. En 1896 marcha a Sevilla a dirigir su obra y hace numerosos viajes para establecer y fundar la «Obra de las doctrinas» por toda España. También acompaña al P. Francisco de Paula Tarín, famoso misionero jesuita, en sus misiones por Andalucía. Estando en Roma —en una peregrinación que hizo el año 1900— tuvo la inspiración de crear un «Instituto Religioso de Damas Catequistas», lo que se realizaría en Loyola el 24 de septiembre de 1901 y que hoy se llama «Instituto Catequista Dolores Sopeña». Fundó también una asociación civil que hoy se llama «Obra Social y Cultural Sopeña».

Al cabo de los años, las «Doctrinas» se transforman en centros obreros de instrucción, y su intención era reanudar la relación de la Iglesia con los alejados. Elegida primera superiora general del instituto, en 1914 pudo fundar en Roma y pasar en 1917 a Chile. Llena de méritos y luego de haber llenado su vida

de innumerables servicios a la causa del evangelio, muere en Madrid el 10 de enero de 1918. El día 11 de julio de 1992, Juan Pablo II declara heroicas sus virtudes y el 23 de abril de 2002 se promulgó el decreto de aprobación del milagro que dio paso a su beatificación el 23 de marzo de 2003.

> «Detrás de su entrega al servicio de los demás estaba una fe profunda y auténtica, una rica espiritualidad. Su compromiso por la dignidad de la persona brotaba de su experiencia de un Dios, Padre de todos, que nos ama con una ternura infinita y desea que vivamos como hijos y como hermanos. De allí su gran deseo de hacer de todos una sola familia en Cristo Jesús. Su gran unión con Dios le permitía descubrirlo presente en todo y en todos, especialmente en los más necesitados de dignidad y afecto. Salir al encuentro de cada persona en su situación, introducirse en los barrios marginales de la época, era inconcebible para una mujer a finales del siglo XIX. El secreto de su audacia era la fe, una confianza sin límites, que ella reconocía como su mayor tesoro y que la hacía sentirse instrumento en manos de Dios, instrumento al servicio de la fraternidad, del amor, de la misericordia, de la igualdad, de la dignidad, de la justicia, de la paz [...]» *(L'Osservarore Romano,* 3-3-2003).

Bibliografía

CONCHA, T., *El pasar de un apóstol. Vida de Dolores Rodríguez Sopeña (Fundadora del Instituto de Damas Catequistas)* (Madrid 1927).
Ecclesia (2003) n.3.145, p.19-20; n.3.146, p.23-24.
MUTUBERRÍA, M.ª T., *Dolores Rodríguez Sopeña* (Madrid ²1993).

BEATA JUANA MARÍA CONDESA LLUCH

Virgen y fundadora († 1916)

Para ser un testigo válido de la caridad de Cristo con los pobres esta insigne sierva de Dios nace en Valencia (España) el 30 de marzo de 1862 en una familia cristiana y acomodada. Educada cristianamente, llena de piedad y miembro de la Asociación de Hijas de María que fundara San Enrique de Ossó, al llegar a la juventud se hizo muy sensible a la situación y las necesidades de la mujer obrera. Privadamente hace voto de castidad porque quiere vivir consagrada al Señor y a la Santísima Virgen, de la que era sumamente devota. Participa en las asociaciones parroquiales y en la catequesis a las niñas, así como en la visita y atención a los pobres y a los enfermos. No sin vencer dificultades

logra en 1884 abrir una casa para dar acogida a las obreras y ayudarlas en su formación integral. Poco después, en la misma casa, se abre la escuela para las hijas de las obreras. Se le unen otras jóvenes que quieren compartir su labor. Este grupo, en el que está integrada su antigua institutriz Teresa Ballester, evoluciona a congregación religiosa en 1892 y toma el nombre de «Esclavas de María Inmaculada», logrando ese año la aprobación diocesana. Su inspiración estaba en la encíclica *Rerum novarum* del papa León XIII.

El día 10 de diciembre de 1892 viste el hábito religioso. En 1895 hace la profesión y los votos perpetuos en 1911. Como fundadora y superiora general sería ella la que en los siguientes años alentaría a sus compañeras con gran espíritu religioso a llevar adelante su carisma con todo entusiasmo. Logró abrir cuatro casas de su congregación que visitaba con frecuencia para velar por el mantenimiento del verdadero espíritu religioso. Muere en Valencia el 16 de enero de 1916 luego de haber visto venir la muerte y haberse preparado para ella con ejemplar fervor. Fue beatificada el 23 de marzo de 2003 por el papa Juan Pablo II.

Así la elogia el decreto declarando sus virtudes heroicas, fechado el 7 de julio de 1997:

> «En sencillez y en humildad fue un claro y alegre ejemplo para todos, un ejemplo de fidelidad a Dios, a la Iglesia, a su consagración religiosa, a su Regla, a sus votos, a su cargo, el que la Providencia le había confiado. Vivió en presencia de Dios, en cuya Palabra creía firmemente y de manera pronta y constante hacía su voluntad. Con la santidad de su vida propagó la fe e hizo un gran apostolado con las mujeres obreras, de las cuales muchas ingresaron en congregaciones religiosas o fueron excelentes madres de familia. Era muy responsable con las obreras y lo mismo con los pobres, con los enfermos y con sus hermanas, que tanto la quisieron y la siguieron con docilidad y confianza. Amaba a Dios con todo su corazón y toda su mente, guardó la ley divina, huyó del pecado, cultivó la oración, y tuvo una devoción especial a la Eucaristía, Cristo crucificado y la Virgen María. Fue prudente en la administración de su instituto, en la realización de las obras de misericordia, y en el uso de los medios para su santificación y la de sus prójimos. Fue justa con Dios y con los hermanos, dueña de sí, ecuánime, ajena a los bienes e intereses terrenos, fuerte, paciente y serena en las dificultades y en las muchas enfermedades que por

mucho tiempo padeció. Tuvo una gran confianza y enseñó a sus hermanas a entregarse tranquilamente a la Providencia de Dios».

Bibliografía

BERENGUER ÁLVAREZ, D., *Maestra de vida. Juana María Condesa Lluch, fundadora de las R.R. Esclavas de María Inmaculada (1862-1916)* (Valencia 2000).

Ecclesia (2003) n.3.146, p.23-24.

MARTORELL, J., OP, *Juana María Condesa Lluch (1862-1916), fundadora de las Esclavas de María, protectora de obreras* (Valencia 1990).

BEATA MARÍA CRISTINA DE LA INMACULADA (ADELAIDA) BRANDO

Virgen y fundadora († 1906)

Nace en Nápoles el 1 de mayo de 1856 y a poco de nacer pierde a su madre. Educada cristianamente, se abrió muy pronto a una intensa vida de piedad y a los 12 años hace voto de castidad. Al poco tiempo intentó entrar en un convento de clausura pero su padre se opuso y ella, menor de edad, se vio obligada a obedecerle. Posteriormente obtuvo licencia para entrar en las clarisas de Florencia, pero le falló la salud y se vio obligada a volver a su casa. Lo intenta entonces en una nueva comunidad. En 1876 ingresa en la Congregación Sacramentina y toma el nombre de María Cristina de la Inmaculada, pero nuevamente, por motivos de salud, hubo de dejarla. Entonces piensa que el Señor la quiere fundadora de una nueva comunidad religiosa, lo que logra en 1878, que tendrán por nombre «Víctimas Expiadoras de Jesús Sacramentado».

Acompañada por su hermana María Pía y otras jóvenes se hace cargo del hospicio de Torre del Greco. Tras pasar por varios sitios y por consejo del siervo de Dios Miguel Ángel de Marigliano y del Beato Luis de Casoria se establece en Casoria, junto a Nápoles, y conoce numerosas dificultades, pero la congregación se incrementó con nuevos miembros y casas, mostrando gran solicitud por la educación de niños y niñas y por el culto de la santísima Eucaristía. María Cristina profesa en 1897, y en julio de 1903 la Santa Sede daba su aprobación a su obra, emitiendo ella y otras compañeras la profesión perpetua el 2 de noviembre de ese mismo año. Llena de espiritualidad y viviendo

con intensidad su carisma de expiación edificó a todos con sus excelsas virtudes. Muere en Casoria el 20 de enero de 1906. Fue beatificada el 27 de abril de 2003 por el papa Juan Pablo II.

Dice de ella *L'Osservatore Romano* (25-IV-03):

> «Vivió su consagración con generosidad, con perseverancia y gozo espiritual, y desempeñó el cargo de superiora general con humildad, prudencia y amabilidad, dando a las hermanas continuos ejemplos de fidelidad a Dios y a la vocación. Su vida siempre estuvo iluminada por una fe sencilla, firme y viva, que alimentó con la escucha de la palabra de Dios, con la fructuosa participación en los sacramentos, con la asidua meditación de las verdades eternas y con la oración ferviente. Cultivó particularmente la devoción a la Encarnación, a la Pasión y Muerte de Cristo, y a la Eucaristía. Para estar más cerca del sagrario, con el espíritu y con el cuerpo, mandó construir una celda contigua a la Iglesia. Fue muy intensa su espiritualidad hasta el punto de que se convirtió en el carisma de su congregación. El fin principal de la obra —afirma— es la reparación de los ultrajes que recibe en el Sagrado Corazón de Jesús en el santísimo Sacramento, especialmente las muchas irreverencias y descuidos, comuniones sacrílegas, sacramentos recibidos indignamente, misas mal escuchadas, y lo que amargamente traspasa aquel Corazón santísimo, es que muchos de sus ministros y muchas almas consagradas a él se unen a estos ingratos. Recorrió con gran empeño el camino de la santidad y progresó ininterrumpidamente en la imitación del Señor, en la obediencia del evangelio y en la perfección cristiana».

Bibliografía

D'Errico, A., *Il progetto di una donna forte: Maria Cristina Brando (1858-1906)* (Nápoles 1999).

Mirra, P., *Un'esistenza segnala dal mistero eucaristico* (Casoria 2003).

BEATO LADISLAO BATTHYÁNY-STRATTMANN

Seglar († 1931)

Nace en Dunakiliti (Hungría) el 28 de octubre de 1870. Era la suya una familia de la antigua nobleza húngara que se traslada a Viena en 1876. A la muerte de su madre, en 1882, toma la decisión de ser médico cuando sea mayor. Aunque su padre quería que se dedicara a administrar el patrimonio familiar, él prefería los estudios y en 1896 comenzó los de medicina en la universidad de Viena, doctorándose en 1900. Se había casado el 10 de

noviembre de 1898 con María Teresa Coreth, unión que fue muy feliz y que tuvo trece hijos. En 1902 funda un hospital privado con 25 camas, hospital que evolucionaría a especialización en la vista, y que se abrió a los heridos de la I Guerra Mundial, llegando a tener 120 camas.

En 1915 hereda de un tío suyo el castillo de Körmend en Hungría, el título de príncipe y el apellido Strattmann, y toda la familia se trasladó a ese castillo, convirtiendo una parte de él en hospital. Curaba y atendía gratuitamente a los pobres y les proporcionaba medicinas. Persona de gran fe y espiritualidad, daba un excelso ejemplo de vida cristiana, de responsabilidad social y honestidad plena, rezando cada día el rosario en familia y animando a todos al seguimiento de Cristo. Asiduo a la oración, nutría de ella su vida espiritual, que recibía mucho fervor de su sólida devoción a la Eucaristía, a la Virgen María y a San José. Pese a ser una persona rica, vivía con mucha frugalidad en sus gastos personales, y enseñaba a sus hijos a huir del derroche y a emplear el dinero en buenas causas. Afectado de una grave enfermedad, la llevó con gran paciencia y entrega a la voluntad de Dios. Murió en Viena el 22 de enero de 1931. Fue beatificado el 23 de marzo de 2003 por el papa Juan Pablo II.

El breve de su beatificación da de él este perfil moral:

> «Guardando con fidelidad y coherencia los deberes del esposo, del padre y del médico, llegó a la santidad, y ejerció con perseverancia y alegría las virtudes de su estado. Hijo fiel de la Iglesia sostuvo con constancia la doctrina del Magisterio. Con la oración, la comunión, la lectura de la Sagrada Escritura y su devoción a la Virgen María y San José alimentó su espiritualidad. Como amaba a Dios, evitó lo malo, hizo lo bueno, ayudó a los pobres y enfermos, en los cuales veía el rostro de Cristo crucificado. No confiaba en las riquezas ni en los apoyos humanos y en los asuntos más difíciles se confiaba a la Providencia como un niño. Rigió con prudencia su familia y educó a sus hijos con sabiduría. Procuró la justicia social y alquiló propiedades y campos a precio mínimo».

Bibliografía

KROYER, R., *Ladislus Batthyany-Strattmann* (Einsenstadt 1986).

BEATO BRONISLAO BONAVENTURA MARKIEWICZ

Presbítero y fundador († 1912)

Fue un hombre de profunda confianza en los valores cristianos de su patria. Dijo:

> «Dios nos ha elegido para que de nuevo llevemos a la humanidad ayuda contra el alud de la barbarie, no con la diestra de nuestros héroes, sino con la fuerza de la palabra, de la literatura, y con el ejemplo edificante de vida cristiana en todos los campos y todos los ambientes donde se encuentra la familia: el ayuntamiento, el distrito, el país, el Estado, la escuela y la Iglesia. En esto debemos ser los primeros».

Nace en Pruchnik (Polonia) el 13 de julio de 1842, hijo del alcalde de la ciudad. Educado cristianamente, durante sus estudios clásicos en Przemysl vaciló un tanto su fe, pero superó la prueba. Conseguida la licenciatura, decidió su vocación sacerdotal e ingresó en el seminario de Przemysl, ordenándose sacerdote el 15 de septiembre de 1867. Tras trabajar seis años en el ministerio parroquial, estudió pedagogía, filosofía e historia porque su vocación eran los jóvenes. Tras una nueva etapa de vida parroquial, en 1882 le fue encomendada la enseñanza de teología pastoral en el seminario mayor de Przemysl. Pero su vocación pedagógica se hizo más fuerte y entonces marchó a Turín donde ingresó en la Sociedad Salesiana y profesó de manos de San Juan Bosco el 25 de marzo de 1887.

Al poco tiempo enfermó de tuberculosis y estuvo muy grave. Una vez recuperado volvió a Polonia y se le encomendó la parroquia de Miejsce Piastowe, donde abrió un instituto para la formación profesional de la juventud. En 1897 decide la fundación de dos congregaciones religiosas, una masculina y otra femenina, llamadas de San Miguel, basadas en la espiritualidad de San Juan Bosco, las cuales, sin embargo, no serían aprobadas hasta después de su muerte. Logró abrir otra casa en Pawlikowice, cerca de Cracovia, para la formación de más de 400 huérfanos. Tras una vida llena de buenas obras y tras haber servido a Dios con corazón fervoroso muere en Miejsce Pastowe el 29 de enero de 1912. Fue beatificado en Varsovia el 19 de junio de 2005 por decisión de Su Santidad Benedicto XVI.

En la homilía de la ceremonia de beatificación, mons. Josef Michalik, arzobispo de Przemysl y presidente de la Conferencia Episcopal, dijo con relación al Beato Bronislao:

> «En tiempos de la gran crisis económica (en Galitzia murieron de hambre entre treinta y cincuenta mil personas) don Markiewicz se mostró como gran educador y amigo de los más pobres y los más indefensos: los niños. Vivía para ellos, y a ellos entregó todo su amor. A menudo repetía: cuando en una nación faltan santos, se oscurece la mente de los hombres y la gente ya no ve las sendas que es preciso seguir. Amaba su nación pero sabía ver los vicios que nos paralizaban. Por eso luchó con toda su alma contra el alcoholismo, promovido por los gestores de las fondas polacas, judías y austriacas. El trabajo y la moderación se convirtieron no sólo en tema de sus escritos, sino también en programa de toda su vida».

Bibliografía

GOLDA, A., *Les chemins vers la lumière, père Bronislaw Markiewicz. Prêtre et éducateur des enfants les plus pauvres* (París 1999).

WINOWSKA, M., *Aux portes du Royaume. Père Bronislaw Markiewicz, curé de paroisse et fondateur des Michaélites* (París 1994).

BEATO LUIS TALAMONI

Presbítero y fundador († 1926)

El que sería llamado «mártir del confesonario» por su asiduidad a la administración del sacramento de la reconciliación, nace en Monza (Italia) el 3 de octubre de 1848 en una familia cristiana. Tras ser preparado por el P. Villoresi, entra en el seminario de Milán en 1865 y recibe la ordenación sacerdotal el 4 de marzo de 1871. Destinado a la enseñanza en el colegio San Carlos, uno de sus alumnos fue el futuro Pío XI. Pasó luego como profesor al seminario menor de Monza, cargo que conservaría hasta su muerte. Asiduo al confesonario en la catedral de Monza, predicador infatigable y consejero espiritual de muchas almas, hizo también mucho bien como miembro del consejo municipal de Monza. El 25 de marzo de 1891 fundó la «Congregación de las Hermanas de la Misericordia para la atención de los enfermos». Le ayudó a fundarla María Biffi, viuda, y secundaron a la fundadora Rosa Gerson y Stella Del'Orto. Las

animó a dedicarse a los enfermos, atendiéndolos en sus casas, especialmente de noche, permitiendo a los familiares descansar y les proponía que llevaran también a todos los de la casa el amor de Dios, sin preocuparse por sacrificios, privaciones, murmuraciones o desprecios. Lleno de méritos y virtudes murió el 31 de enero de 1926. Fue beatificado el 21 de marzo de 2004.

«Estaba convencido de que el sacerdote debe dar testimonio con su vida más que con su enseñanza. Como todos los formadores del seminario, Luis realizaba también actividades pastorales. Su campo privilegiado fue el confesonario de la catedral de Monza. Cada día a lo largo de cincuenta años, desempeñó allí el sacramento de la reconciliación. Fue tan fiel a este ministerio que el arcipreste de la catedral lo definió un mártir del confesonario. Siempre acogió con admirable paciencia a personas afligidas que pedían consejo o consuelo; sus bendiciones obtuvieron gracias del Señor. También dedicó mucho tiempo a la predicación, siempre fructuosa, porque en su corazón ardía un gran amor a Dios y a los hombres. Era muy solicitado por los superiores de los institutos religiosos y por los párrocos de pequeñas parroquias y él aceptaba todas las invitaciones, si le era posible, sin preocuparse por las molestias del viaje que debía hacer para llegar al lugar o por el escaso número de los oyentes. Quiso mucho a los enfermos, especialmente a los más necesitados espiritualmente. Su caridad fue inmensa: era el hombre de todos» *(L'Osservatore Romano* 19-III-2004).

Bibliografía

CAPOZZI, M. D., *En busca de almas. Siervo de Dios mons. Luis Talamoni (1848-1926)* (Madrid 1969).

Febrero

A) MARTIROLOGIO

Día 1. En Cúcuta (Colombia), Beato Luis Variara († 1923), presbítero, de la Congregación Salesiana, fundador del Instituto de Hijas de los Sagrados Corazones de Jesús y María.

Día 2. En Verona (Italia), Beata María Dominga Mantovani († 1934), virgen, cofundadora del Instituto de Hermanitas de la Sagrada Familia.

Día 7. En París, Beata Rosalía (Juana María) Rendú († 1856), de la Compañía de Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl.

Día 9. En Dülmen (Alemania), Beata Ana Catalina Emmerick († 1824), virgen, monja profesa de la Orden de Canonesas Regulares de San Agustín.

Día 9. En Arandas (México), Beato Luis Magaña Servín († 1928), mártir.

Día 10. En Cotija (México), Beato José Sánchez del Río († 1928), mártir.

Día 10. En Valverde del Camino (Huelva), Beata Eusebia Palomino Yenes († 1935), virgen, religiosa de la Congregación de Hijas de María Auxiliadora.

Día 24. En Pamplona, Beata Ascensión del Corazón de Jesús (Florentina) Nicol Goñi († 1940), virgen, fundadora de las Misioneras Dominicas del Santísimo Rosario.

Día 25. En La Plata (República Argentina), Beata María Ludovica (Antonina) de Angelis († 1962), virgen, religiosa de la Congregación de Hijas de Nuestra Señora de la Misericordia.

Día 26. En Murcia, Beata Piedad de la Cruz (Tomasa) Ortiz Real († 1916), virgen, fundadora de la Congregación de Hermanas Salesianas del Sagrado Corazón de Jesús.

Día 27. En Pasto (Colombia), Beata María Caridad (Josefa Carolina) Brader († 1943), virgen, fundadora de la Congregación de Hermanas Franciscanas de María Inmaculada.

B) BIOGRAFÍAS

BEATO LUIS VARIARA

Presbítero († 1923)

Este apóstol y siervo de los leprosos, a quienes se entregó con un amor incansable, tomado del corazón de Cristo, nace en Viarigi (Italia) el 15 de enero de 1875. Educado por San Juan Bosco en Valdocco, de ahí le vino la vocación salesiana, profesando el 2 de octubre de 1892. Fue destinado a trabajar en América, entre los leprosos de Agua de Dios, a donde llega el 6 de agosto de 1894, entregándose por completo a su misión. Llenó, con su espíritu salesiano, de alegría y optimismo a la población leprosa; organizó un oratorio con una banda de música, como signo de auténtica alegría espiritual en medio de la ciudad del dolor, como se le llamaba al lazareto. El 24 de abril de 1898 se ordenó sacerdote. Ideó una congregación que no excluyera a las jóvenes leprosas y así fundó el 7 de mayo de 1905 la Congregación de las Hijas de los Sagrados Corazones de Jesús y María.

En ella podían vivir juntas tanto jóvenes sanas como enfermas, no excluyendo, por tanto, que también entre las enfermas pudiera germinar la vocación a la plena consagración a Dios. La Congregación de las Hijas de los Sagrados Corazones es una de las ramas del gran árbol de la familia salesiana y aporta el carisma salesiano victimal. Pudo ultimar también el asilo P. Miguel Uria. A partir de ahí empezó para él un período de incomprensiones que le obligarían a alejarse de Agua de Dios para pasar por otros destinos, siendo enviado en 1921 a Táriba, en la frontera venezolana con Colombia. Por consejo médico pasó a Cúcuta, en Colombia, donde murió santamente el 1 de febrero de 1923. Fue beatificado el 14 de abril de 2002 por el papa Juan Pablo II.

Después de cien años, la Congregación fundada por él se ha extendido a once países, sobre todo en el sur, y tiene en 2005, al siglo de su fundación, unas cuatrocientas cincuenta hermanas que se dedican a la educación, la promoción de la mujer, la pastoral de la salud y el trabajo en misiones.

En el breve de su beatificación dice el papa Juan Pablo II:

> «La misericordia de Jesús hacia el leproso es la raíz de la vocación de este siervo de Dios Luis Variara, que dedicó toda su vida a socorrer a los leprosos [...] Este insigne varón a quien Nos mismo hemos venerado con la debida devoción, toda su vida la dedicó al Señor Dios y con sumo empeño sirvió a los más pobres, dando un testimonio notable de religiosa piedad y buenas obras. Por ello deseamos que con el patrocinio celestial y el ejemplo de este bienaventurado los hombres de hoy no se aferren a las cosas temporales sino que eleven sus corazones a las eternas».

Bibliografía

FIERRO TORRES, R., *El siervo de Dios Luis Variara, SDB, fundador de las Hijas de los Sagrados Corazones* (Madrid ²1961).

OLARTE FRANCO, J. H., *De Agua de Dios al mundo. El siervo de Dios Luis Variara SDB: perfil biográfico-espiritual* (Santa Fe de Bogotá 1992).

BEATA MARÍA DOMINGA MANTOVANI

Virgen († 1934)

Quería el Señor que se santificara a la sombra de un hombre santo y que compartiera con él el espíritu y la obra, alumbrando

para la Iglesia una nueva familia religiosa. Nace en Castelletto del Garda (Italia) el 12 de noviembre de 1862. Educada cristianamente vivió hasta los 30 años en el seno de su familia, llevando una vida ejemplar de piedad y laboriosidad. Tenía 15 años cuando llegó a su pueblo el Beato José Nascimbeni, que sería párroco a partir de 1885. Ella, puesta bajo su dirección espiritual, fue su leal colaboradora en las obras parroquiales, enseñando catecismo a los niños y atendiendo a los pobres. El 8 de diciembre de 1886 emitió voto perpetuo de castidad. El párroco le propuso encabezar una nueva congregación, lo que ella aceptó, fundándose la «Congregación de las Hermanitas de la Sagrada Familia» (6 de noviembre de 1892), de la que fue primera superiora general. Trabajó en la redacción de las constituciones —de espíritu franciscano— y en la formación de las hermanas, con gran suavidad y firmeza. La congregación se consolidó y creció bajo su dirección, apoyada siempre en el Beato Nascimbeni († 1922), tras cuya muerte guió a la comunidad en su mismo espíritu. Logró ver la expansión de su obra: a su muerte había 150 casas con 1.200 hermanas. Llena de méritos muere en Verona el 2 de febrero de 1934. Fue beatificada por el papa Juan Pablo II el 27 de abril de 2003.

El breve de su beatificación da de ella esta elogiosa semblanza:

> «Una fe firme y profunda y una caridad activa la movieron desde su juventud a seguir los preceptos divinos sin volverse atrás. En las manos de Dios y del Beato José Nascimbeni se hizo dócil instrumento para la construcción del reino de Cristo. Tomó la senda de las virtudes por la oración constante, la piedad eucarística, la devoción a la Virgen María y a San José, y por la observancia de los consejos evangélicos y el ejercicio de la penitencia. Ilustrada por la luz de la esperanza cristiana, dirigió su vida hacia la bienaventuranza eterna, apartándose de los intereses terrenos. Siguiendo las huellas de la Madre del Señor que en Nazaret se llamó a sí misma Esclava del Señor y aceptó con fe la palabra de la anunciación, fue de ánimo sereno y fuerte. En sus hijas espirituales y en todos los que encontró en su camino sembró la alegría. Alimentó una estrecha relación con el Señor y, mirando a la Familia de Nazaret y volcada en las necesidades de los pobres, se entregó por completo al Señor, llenado sus días de un amor extraordinario. El Espíritu Santo, por quien se dejó guiar, le dio capacidad y virtud para mostrar a los hermanos la faz misericordiosa del Padre. Usó de

dulzura y solicitud maternal para con sus hijas espirituales, a las que rigió con suavidad y fortaleza para que guardasen la fidelidad a la consagración religiosa y al espíritu del fundador».

Bibliografía

MARTINELLI, A., OFM, *Un grande cuore di figlia e di madre. Suor Maria Mantovani confondatrice delle Piccole Suore della Sacra Famiglia (1862-1934)* (Milán 1964).
PALMA PELLOSO, M., *Beata Maria Domenica Mantovani: un nome, una vita* (Padua ²2004).

BEATA ROSALÍA (JUANA MARÍA) RENDÚ

Virgen († 1856)

Para realizar el designio divino de que los pobres y enfermos sigan siendo servidos y amados desde el corazón de Cristo y desde el espíritu de San Vicente de Paul, nace en Confort, un poblado de la ciudad de Lancrans en la región de Ain (Francia), el 9 de septiembre de 1786, Juana María Rendu. Su hogar, muy cristiano, se convirtió en refugio de sacerdotes durante la Revolución Francesa e incluso se refugió en él el obispo de Annecy. Aprendió el catecismo de labios del párroco de Lancrans, que visitaba a su familia ocultamente, e hizo la primera comunión en la clandestinidad. Muerto su padre en 1796, ayudó a su madre en la crianza de sus hermanas y viéndola ésta tan adicta a los pobres, le encomendó a ella dar personalmente los socorros y limosnas que se les destinaban. Pasada la Revolución, su madre la envió con las monjas ursulinas de Gex. Ella admiraba las buenas cualidades y virtudes de aquellas monjas pero se sentía llamada a una dedicación más plena a los pobres. Obtuvo licencia de su madre para irse una temporada al hospital de Gex donde conoció a las Hijas de la Caridad y decidió unirse a ellas. Así lo hizo el 25 de mayo de 1802.

Durante el noviciado estuvo en París, en la casa madre de la congregación, pero su salud se resintió y por consejo médico fue enviada a otro barrio de la misma ciudad —Mouffetard—, donde permanecería 54 años. Aquí terminó su noviciado e hizo los votos propios de su congregación. Trabajó con gran interés en la instrucción y formación de las niñas de la escuela gratuita, poniendo todo su amor en este servicio a las niñas pobres. Por las tardes visitaba a las familias pobres interesándose por su si-

tuación y ayudándolas en cuanto le era posible, dando un testimonio válido del evangelio y atrayendo a muchas almas a la práctica religiosa. En 1815 fue nombrada superiora de la casa y se revelaron del todo sus magníficas cualidades como organizadora y directora de la acción social de la comunidad.

Las hermanas colaboraban con la parroquia en la atención de los enfermos y pobres, y requirió sor Rosalía para ello la ayuda de las Damas de la Caridad. Abrió un dispensario para atender a los enfermos, una farmacia para socorro de los pobres, una nueva escuela, un orfanato, una guardería infantil y una casa para ancianos sin recursos, una verdadera red asistencial para los más necesitados, cuyo número era tanto que la propia sor Rosalía los llamaba multitud. Entre ellos había jornaleros, limpiadoras, y toda clase de obreros de una gran ciudad. Los superiores mandaban hermanas jóvenes a aquella casa para que de sor Rosalía aprendieran el verdadero espíritu y estilo en el servicio a los pobres. Por el recibidor de su casa pasó un día el rey Carlos X y más tarde lo haría el emperador Napoleón III y la emperatriz Eugenia. Pasó por él también Donoso Cortés, embajador de España, y numerosísimas personas que querían pedirle consejo, como el Beato Federico Ozanam, fundador de las Conferencias de San Vicente de Paúl, el venerable Juan León Le Prevost, fundador de los Religiosos de San Vicente de Paúl, y otras muchas personas de buena posición social que, atraídas por el ejemplo de caridad de sor Rosalía, venían a traerle limosnas y colaborar así en su obra asistencial tan extensa.

En algunas ocasiones y durante las varias revoluciones que hubo no tuvo empacho en ir a las barricadas a socorrer a los heridos, sin mirar a qué bando pertenecían. Condecorada con la Legión de Honor en 1852, vio así reconocidos sus muchos méritos con la acción social, pero ella rehuía todos los honores alegando que una chispa de amor propio basta para perder todo el mérito de las buenas acciones. Quedó ciega los últimos años de su vida y hubo de ofrecer a Dios el sacrificio de no poder atender a sus pobres. Llena de virtudes murió el 7 de febrero de 1856 a causa de una pleuritis. Fue beatificada por el papa Juan Pablo II el 9 de noviembre de 2003.

Así elogia sus virtudes el decreto de su beatificación:

«Muchas veces exhortaba a sus hermanas a que fueran como postes donde todos los fatigados pudieran colocar sus preocupaciones. De su sencillez y pobreza era posible colegir la presencia de Dios que brillaba en su vida. En los breves espacios de tiempo que hallaba libres entre ocupación y ocupación se ponía de rodillas y a las hermanas que la buscaban les respondía: —Pretendo y me esfuerzo en vivir siempre en la presencia de Dios. Esta presencia la anhelaba en toda su vida. La sostuvo una fe enorme. Veía a Dios en los superiores, para los que tenía una plena obediencia. Decía que la comunidad se construye a ejemplo de Dios. En ella está la Cabeza, a la que si la seguimos, debemos estar seguros de no perecer. Veía también a Dios en las hermanas, para las que tenía un gran amor. Siempre benévola, las trataba con un gran respeto. Incluso los pobres, dijo una de las hermanas, notaban su peculiar modo de orar y actuar. Humilde en el ejercicio de su cargo de superiora, corregía como verdadera hermana, y tenía el don de saber consolar. Los consejos que daba, llenos de espíritu de justicia, y ofrecidos con afecto sincero del corazón, penetraban directamente las almas. Ponía mucho interés en que las hermanas tuvieran un tiempo para la oración, pero a veces les pedía que dejaran a Dios por Dios, tal como había enseñado San Vicente a sus hijas, para acompañar a alguna hermana en la visita a los pobres. Entonces decía: —Hermana, empecemos nuestra oración; con pocas palabras exponía el tema y entraba en profunda oración. Era muy atenta al recibir a los pobres. El espíritu de fe la llevaba a ver en ellos a verdaderos señores».

Bibliografía

NUOVO, L., CM - CASTRICA, M., FDC, *Dalla parte dei poveri. Suor Rosalia Rendu, figlia della carità (1876-1856)* (Roma 2003).

Suor Rosalia Rendu, figlia della carità, 1786-1856. Una madre dei poveri tra i cenciaioli di Parigi (Nápoles 1927).

BEATA ANA CATALINA EMMERICK

Virgen († 1824)

Esta «humilde discípula de la cruz» nace el 8 de septiembre de 1774 en Flamske, diócesis de Münster (Alemania) y por ser la suya una familia modesta trabaja, primero en casa y luego, como criada de una familia. Pero desde niña había una persona inclinada a la oración que vivía con intensidad la relación con Dios, por lo que se ha dicho que, si bien su estancia en la escuela fue breve tuvo, en cambio, por maestro al Espíritu Santo que

alentaba su corazón. Se pasaba las noches en oración y leyendo libros piadosos y se sentía atraída, de manera especial, por los misterios de la sagrada pasión del Salvador; por ello estaba inclinada a la penitencia y la mortificación a fin de participar ella también en los dolores de Cristo.

Tras varios intentos infructuosos de ingresar en un convento pudo entrar en el de las canonesas regulares de San Agustín, de Agnetenberg, en Dülmen, profesando en 1803. Pese a su poca salud, fue una religiosa muy observante y entregada a sus deberes religiosos, que fomentaba la caridad fraterna y la vida espiritual entre las religiosas, soportando con mucha paciencia las incomprensiones y las enfermedades. En 1811 el convento fue suprimido por la autoridad civil, debiendo irse cada monja a su casa; entonces ella se colocó como ama de llaves en la casa del abate Lambert, que vivía en Dülmen. Enferma en 1813, su hermana se vino con ella a llevar la casa bajo su dirección. Desde su lecho de enferma hizo un gran apostolado. Recibió los estigmas de la pasión del Señor y el doctor Franz Wesener fue escribiendo su diario. Acogía numerosas visitas, incluso personas notables, y las edificaba y animaba a todas a la vida cristiana. A partir de 1818 el escritor Clemens Brentano anotó sus visiones y experiencias místicas y las publicó tras la muerte de Ana con el título de *La dolorosa pasión de Nuestro Señor Jesucristo.* Unida profundamente a los dolores de Cristo murió santamente el 9 de febrero de 1824. Fue beatificada el 3 de octubre de 2004 por el papa Juan Pablo II.

Así la recuerda y elogia el decreto declarando sus virtudes heroicas, fechado el 24 de abril de 2001:

> «No sólo se vio afectada por los estigmas o llagas sino también por otros fenómenos místicos, pero lo que de verdad impactaba a cuantos trataban con ella era la santidad de su vida, toda ella volcada en la imitación de Cristo paciente y crucificado y en una estrecha unión con Él. Para agradar a Dios, hizo siempre su voluntad, trató con gran empeño en evitar todo pecado y con perseverante gozo espiritual cultivó las virtudes cristianas. Guiada por la fe, firmemente creyó en la revelación divina y en el magisterio de la Iglesia y caminó hasta la cruz donde colocó su morada para mejor contemplar el amor de Cristo y estar en comunión con la Iglesia. Con sus oraciones y dolores, en la humildad y el silencio, procuró el aumento del reino de Dios, completando en su carne lo que fal-

ta a los dolores de Cristo por su cuerpo que es la Iglesia (cf. Col 1,24). Su alegría estuvo en consolar al Esposo de su alma, expiar los pecados de los hombres, impetrar la misericordia divina por la conversión de los pecadores, orar por las almas del Purgatorio, y en sostener a los sacerdotes en la obra de su santificación. No confió en sus virtudes ni en sus méritos sino en la gracia de Dios que se esforzaba en merecer viviendo el evangelio. Alimentó la vida interior y la unión íntima con Dios con el alimento de la palabra de Dios y la eucaristía, con la piedad hacia la Virgen María y con los actos religiosos, especialmente con el ejercicio del vía crucis. Habiendo colocado en Dios toda su esperanza, se negó a sí misma y se apartó de las cosas terrenas, y apeteció las cosas celestiales, que intentaba conseguir perseverando en el seguimiento de Cristo».

Bibliografía

SCHMOEGER, C. E., *Vida y visiones de la venerable Ana Catalina Emmerick* (Santander 1979).

BOUFLET, J., *Ana Catalina Emmerick, vivió la Pasión de Jesús* (Madrid 2005).

BEATO LUIS MAGAÑA SERVÍN

Mártir († 1928)

Nace en Arandas (Jalisco) el 24 de agosto de 1902. Era un cristiano fervoroso y responsable, casado y padre de familia. Militaba en la Asociación Católica de la Juventud Mexicana y en la Archicofradía de la Adoración del Santísimo Sacramento en su parroquia. Su pueblo fue tomado por un grupo de soldados federales el 9 de febrero de 1928, los cuales comenzaron a buscar a los católicos más significados. Luis se ocultó pero por ello aprehendieron a su hermano y, cuando él lo supo, se presentó espontáneamente a solicitar la libertad de su hermano a cambio de la propia. Afirmó no ser cristero pero sí cristiano y esto le valió una inmediata condena a muerte. Llevado al atrio de la parroquia se dispuso su fusilamiento. Otorgó su perdón a los verdugos y dio vivas a Cristo Rey y a la Virgen de Guadalupe, siendo fusilado a las tres de la tarde.

Fue beatificado el 20 de noviembre de 2005 en la ciudad de Jalisco (México) por el cardenal J. Saraiva Martins en la ceremonia de beatificación de trece mártires muertos durante los años de la revolución cristera.

Bibliografía

CONFERENCIA DEL EPISCOPADO MEXICANO, *Mártires de la Iglesia de México.* V centenario del descubrimiento y evangelización de América (México 1991).
MUNARI, T., *Derramaron su sangre por Cristo* (Guadalajara [3]1995).

BEATO JOSÉ SÁNCHEZ DEL RÍO

Mártir († 1928)

Nace en Sahuayo (Michoacán) el 28 de marzo de 1913. Educado cristianamente, era un jovencito de sólo trece años cuando su hermano se alistó para defender la libertad religiosa y él lo quiso hacer también, sin que lograra su madre disuadirlo. No admitido por los cristeros, insistió más tarde y fue por fin admitido, siéndole atribuido en el campamento el sobrenombre de Tarsicio por su ingenuidad y bondad. Él rezaba por las noches el santo rosario y animaba a las tropas a defender la fe. El 5 de noviembre de 1928 tuvo lugar un combate en Cotija y José fue hecho prisionero. Invitado a pasarse a los federales dijo no querer estar entre los enemigos de Cristo Rey. Escribió a su madre pidiéndole su bendición y consciente de que lo iban a matar. El 10 de febrero de 1928, a las 6 de la tarde, lo sacaron y llevaron al cuartel del Refugio. A las 11 de la noche le desollaron los pies con un cuchillo y le hicieron caminar hacia el cementerio. Querían los soldados hacerlo apostatar de la fe cristiana pero él daba vivas a Cristo Rey y a la Virgen de Guadalupe, lo que siguió diciendo mientras lo apuñalaban; le dieron por fin un tiro en la cabeza y cayó en la tumba que le estaba preparada.

Fue beatificado el 20 de noviembre de 2005 en la ciudad de Jalisco (México) por el cardenal J. Saraiva Martins en la ceremonia de beatificación de trece mártires muertos durante los años de la revolución cristera.

Bibliografía

CONFERENCIA DEL EPISCOPADO MEXICANO, *Mártires de la Iglesia de México.* V centenario del descubrimiento y evangelización de América (México 1991).
MUNARI, T., *Derramaron su sangre por Cristo* (Guadalajara [3]1995).

BEATA EUSEBIA PALOMINO YENES
Virgen († 1935)

Nace el 15 de diciembre de 1899 en Cantalpino (Salamanca) en una familia modesta y cristiana. A los 12 años se coloca en Salamanca como niñera y allí conoce a las Hijas de María Auxiliadora, con las que colabora, y de donde le viene su vocación. Empezó el noviciado el 5 de agosto de 1922 y dos años más tarde profesó. Fue enviada a la casa-colegio de Valverde del Camino (Huelva). Aquí atendió la cocina, la portería, la ropería y el huerto, impactando con sus virtudes a todas las alumnas del colegio. Devota de las llagas del Señor y de la Virgen María en la forma de la esclavitud mariana, hizo cuanto apostolado pudo, llevando a todos con su sola presencia un testimonio vivo del amor de Dios. Tuvo como directora de la casa a la beata Carmen Moreno, religiosa ejemplar, llena de virtudes, que fue mártir en 1936, y que la comprendió y animó en su camino espiritual. Habiéndose ofrecido a Dios por la causa de la religión en España, enfermó en agosto de 1932 y continuaría así hasta que muere el 10 de febrero de 1935 en Valverde. Murió llena de méritos y rodeada de fama popular de santidad. Fue beatificada el 25 de abril de 2004.

Dice de ella *L'Osservatore Romano* (23-4-2004):

> «Todo en ella reflejaba el amor de Dios y el fuerte deseo de hacerlo amar. Sus jornadas de trabajo eran una transparencia continua, como lo confirman sus temas predilectos de conversación: el amor de Jesús a todos los hombres, que nos ha salvado con su pasión. Las Llagas santas de Jesús son el libro que sor Eusebia leía todos los días; se hacía apóstol de la devoción al Amor misericordioso, según las revelaciones de Jesús a Santa Faustina Kowalska. El otro polo de la piedad y la catequesis de sor Eusebia fue la "verdadera devoción mariana" de San Luis María Grignion de Montfort. Ésa fue el alma y el arma de su apostolado durante su breve existencia; los destinatarios eran las niñas, las jóvenes, las madres de familia, los seminaristas y los sacerdotes [...] Cuando, a principios de la década de 1930, se vislumbraba en España la persecución religiosa, sor Eusebia no dudó en llevar hasta el extremo su disponibilidad. Se ofreció al Señor como víctima para la salvación de España, para la libertad de la religión. Y Dios la aceptó como víctima».

Bibliografía

Ecclesia (2004) n.3.203, p.22-24.
GARRIDO BONAÑO, M., *Sor Eusebia Palomino Yenes,* FMA. Una aproximación a su vida: escritos y testimonios (Madrid 2004).

BEATA ASCENSIÓN DEL CORAZÓN DE JESÚS (FLORENTINA) NICOL GOÑI

Virgen y fundadora († 1940)

La que en frase del cardenal José Saraiva Martins, prefecto de la Congregación para las Causas de los Santos, «fue una de las grandes misioneras del pasado siglo» —afirmado en la homilía de la beatificación— nace en Tafalla (Navarra) el 14 de marzo de 1868 y se educa en Huesca con las dominicas de Santa María Magdalena y Santa Rosa. De ahí vino su vocación religiosa. A los 17 años ingresó en el beaterio en que se había educado, profesando en 1886 con el nombre de sor Ascensión del Sagrado Corazón. Nombrada directora del internado tuvo algunas dificultades, que se hicieron mayores cuando en 1912 el gobierno cerró la Escuela Normal y las religiosas se hallaron sin trabajo y sin recursos. Entonces se les ofreció ir a Perú con el prelado dominico mons. Ramón Zubieta, obispo de Aráa. El 17 de noviembre de 1913 sor Ascensión y otras cuatro religiosas partieron para Perú. Luego de varios años de trabajo en el beaterio del Patrocinio de Lima, se constituye la «Congregación de Misioneras Dominicas del Santísimo Rosario» (5 de octubre de 1918), que sería agregada, al poco tiempo, a la Orden de Predicadores y bendecida por el papa Benedicto XV. De esta congregación será tenida la madre Ascensión como cofundadora. Muerto mons. Zubieta en 1921, ella, como superiora general, hubo de hacerse cargo de todos los asuntos de la congregación, ampliando la presencia y la obra de la misma, que en 1932 se extiende a China, a donde la madre viaja dos veces. Consolidada la obra y reelegida la madre varias veces como superiora general, muere con fama de santidad el 24 de febrero de 1940 en la casa de Pamplona. Fue beatificada el 14 de mayo de 2005 por autoridad del papa Benedicto XVI en una ceremonia presidida por el cardenal Saraiva Martins.

El decreto que declara heroicas sus virtudes, fechado el 12 de abril de 2003, describe su perfil moral con estas palabras:

> «Cuando murió el obispo Zubieta, ella quedó sola para regir la comunidad, que entonces pasaba por dificultades, principalmente económicas. Pero no se vino abajo por los obstáculos, y en las más difíciles circunstancias, fue ejemplo para sus hermanas, conduciéndose como siempre y ajustándose a la voluntad de Dios. Creyendo firmemente las verdades reveladas y animada por esta fe, procuró con todas sus fuerzas la dilatación del Reino de Cristo. Cultivó la vida espiritual y la devoción a la Eucaristía, al Corazón de Jesús y a la Virgen del Rosario. Llena de amor divino, gastó sus fuerzas en procurar la gloria de Dios y el bien de las almas. Con la mirada puesta en el cielo, exhortaba a sus hijas a buscar la felicidad eterna. Rodeó de caridad a las hermanas de su congregación, recibió a los pobres con corazón de madre y perdonó de corazón a todos los que le hicieron daño».

Bibliografía

MISIONERAS DOMINICAS DEL ROSARIO, *M. Ascensión Nicol Goñi. Reflexiones sobre su vida y misión* (Madrid 2005).

VALBUENA, C., *Beata Ascensión Nicol Goñi, fundadora de las Misioneras Dominicas del Rosario* (Caleruela 2005).

BEATA MARÍA LUDOVICA (ANTONINA) DE ANGELIS

Virgen († 1962)

Nace en San Gregorio, junto a Aquila (Italia) el 24 de octubre de 1880 en una cristiana familia campesina. El 14 de noviembre de 1904 ingresa en la Congregación de Hijas de Nuestra Señora de la Misericordia, fundada por Santa María Josefa Roselló. En noviembre de 1907 es destinada a Buenos Aires, donde se entregó por completo a los fines de su congregación. Enviada al Hospital de Niños, realiza una grande y silenciosa labor, consiguiendo que se ampliaran las salas de cirugía y de niños enfermos y se construyera un sanatorio de niños convalecientes en Mar del Plata, una capilla y una granja. Cuando fue enviada al Hospital de Niños, los adoptó enseguida como su propia familia. Primero colaboró como cocinera solícita, luego fue convertida en responsable de la comunidad y fue un ángel infatigable de la obra que, en torno a ella, se convirtió en una

familia unida por un único fin, el bien de los niños. Fueron los suyos, en Argentina, cincuenta y cuatro años haciendo el bien sin descanso. Llena de méritos murió en La Plata el 25 de febrero de 1962. Fue beatificada el 3 de octubre de 2004.

Dice de ella *L'Osservatore Romano* (1-X-04):

> «Serena, activa, decidida, audaz en las iniciativas, fuerte en las pruebas y enfermedades, continuamente con el rosario en la mano, con la mirada y el corazón siempre puestos en Dios y con la sonrisa a flor de labios, sor Ludovica llegó a ser, casi sin darse cuenta, a través de su ilimitada bondad, incansable instrumento de misericordia para que a todos llegara el mensaje del amor de Dios a cada uno de sus hijos. El único programa que formuló expresamente es la frase recurrente: Hacer el bien a todos, no importa a quién. Y así, con subvenciones que sólo el cielo sabe cómo consiguió, se construyeron salas de cirugía, salas para los niños enfermos, un edificio en Mar de Plata destinado a la convalecencia de los niños, una capilla hoy parroquia, nuevas maquinarias y una floreciente granja para que sus protegidos tuviesen siempre el alimento sano y necesario. Durante cincuenta y cuatro años fue amiga y confidente, consejera y madre, guía y consuelo de miles de personas de toda condición social».

Bibliografía

Ecclesia (2004) n.3.227, p.31-32.
MIGLIORANZA, C., OFM CONV., *Sor María Ludovica. Derramando amor* (Roma 1994).

BEATA PIEDAD DE LA CRUZ (TOMASA) ORTIZ REAL

Virgen († 1916)

El Espíritu del Señor la llenó de fuerza profética, le mostró su verdadero carisma y la llamó a amar, servir y desagraviar. Nace en Bocairente (Valencia) el 12 de noviembre de 1842 en una familia numerosa y cristiana. Educada cristianamente en la familia, su educación se completó en Valencia en el colegio de las Religiosas de la Sagrada Familia de Burdeos. Ella hubiera querido ser religiosa de esta congregación e incluso comenzó el noviciado pero su padre la obligó a volver a casa. Llevó una vida de gran piedad, haciendo obras de caridad como asistir a los ancianos, enfermos y niños pobres. Insistiendo en la vocación religiosa ingresó en el noviciado de las carmelitas de clau-

sura de Valencia pero le falló la salud y debió volver a casa, lo que volvió a sucederle al intentarlo por segunda vez. Marcha entonces a vivir en Barcelona y aquí tiene una experiencia espiritual en la que el Señor la animaba a fundar una nueva congregación que llevara la cruz de los más pobres. Consultado el tema con el obispo, éste le indicó se sometiera al criterio de su confesor. Las inundaciones de la huerta murciana de 1884 le dieron ocasión de fijar objetivo: en Puebla de Soto y con la autorización diocesana funda la primera comunidad de Terciarias de la Virgen del Carmen. Se multiplicaron las religiosas en la atención de los más pobres y fundaron el pequeño «Hospital de la Providencia» para recoger enfermos y niños sin asistencia. La pequeña congregación abre dos nuevas casas y recibe vocaciones. Pero hubo una disensión y se quedó con una sola hermana. Hizo, por consejo del obispo, un mes de ejercicios espirituales con las salesas y de ahí nacería la congregación de Hermanas Salesianas del Sagrado Corazón (8 de septiembre de 1890) con la misma finalidad de llevar la cruz de los pobres. Hizo un grande y fecundo apostolado con su obra personal y su congregación. Murió en Murcia el 26 de febrero de 1916 y fue beatificada el 21 de marzo de 2004.

Dice de ella *L'Osservatore Romano* (19-III-04):

> «Su carisma es: hacer sensible ante los hombres, especialmente los pobres, el amor del Padre providente, manifestado en el corazón misericordioso de Jesús con los brazos abiertos en la cruz. Aunque toda la vida de Madre Piedad fue una renuncia al mundo, no por eso había "huido" del mundo, sino que seguía en él haciendo el bien y luchando contra el mal. Testigo de ello fueron tantos matrimonios rotos o a punto de romperse, tantas jóvenes a las que iba a buscar a las fábricas para formarlas en la escuela dominical, niñas sin hogar a las que amó entrañablemente, ancianos solos, enfermos [...] Vivió pobre y murió pobre, sentada en un sillón porque "aquel —decía señalando al crucifijo— murió en la cruz y yo no debo morir en la cama sino en el suelo". Expiró con el crucifijo en los labios y en la santa paz de Dios».

Bibliografía

ARRIBAS LÓPEZ-NEGRETE, T. DE J., *Vida de la reverenda madre Piedad de la Cruz Ortiz Real, fundadora de la Congregación de las Hermanas Salesianas del Sagrado Corazón de Jesús* (Murcia [2]1980).

ESTEBAN GONZÁLEZ, A., *Una mujer consagrada antes de hacer su profesión religiosa: Tomasa Ortiz Real, madre Piedad de la Cruz* (Murcia 1985).

BEATA MARÍA CARIDAD DEL AMOR DEL ESPÍRITU SANTO (JOSEFA CAROLINA) BRADER

Virgen († 1943)

Esta mujer fuerte y generosa que sería en el mundo testigo del amor de Dios nace en Kaltbrunn (Suiza) el 14 de agosto de 1860 en el seno de una familia cristiana que le procuró una esmerada educación. Estudia la enseñanza secundaria en el Instituto de María Hilf de Altstätten. Luego pasó a Friburgo para obtener el diploma oficial de maestra. Una vez obtenido éste, opta por la vida religiosa e ingresa en el convento franciscano de clausura María Hilf de Altstätten (1881), donde profesa el 22 de agosto de 1882 con el nombre de sor María Caridad del Amor del Espíritu Santo.

Al monasterio suizo se le hizo la propuesta de que un grupo de religiosas fuera a Ecuador a colaborar con la obra misionera. Entre las ofrecidas y designadas, y dentro del grupo liderado por la Beata María Bernarda Bütler, estuvo sor María Caridad. En 1888 llegan a la ciudad de Chone donde trabajan hasta 1893. La madre Caridad viaja entonces a Suiza por orden de su superiora, y a su regreso se queda en la ciudad de Túquerres (Colombia), desplegando un gran celo misionero y no arredrándose ante las dificultades. Dirigida por el P. Reinaldo Herbrand, la casa de la que ella se ocupaba toma un nuevo rumbo y se convierte en la «Congregación de Franciscanas de María Inmaculada», compuesta inicialmente de jóvenes suizas pero a las que pronto se unieron jóvenes autóctonas. La congregación fue aprobada en 1893 por el obispo de Pasto y obtendría la aprobación de la Santa Sede en 1943. Compaginando la contemplación y la acción, le dio gran impulso a la congregación, dirigiéndola de 1893 a 1919 y de 1928 a 1940 en calidad de superiora general, consiguiendo en ese último año que la liberaran del cargo. Siguió, sin embargo, sirviendo a su congregación con su correspondencia epistolar y con el ejemplo de sus virtudes. Madura para el encuentro con Dios, muere en Pasto el 27 de febrero de 1943. Fue beatificada el 23 de marzo de 2003 por el papa Juan Pablo II.

Así la elogia el decreto que declara heroicas sus virtudes, fechado el 8 de junio de 1999:

«Dotada de una inteligencia viva y una buena índole, apasionada del Reino de Dios, activa y laboriosa, dedicó los talentos que recibió del cielo a la gloria de Dios, al bien de la Iglesia y de la sociedad. Para agradar más a Dios y mejor servir a las almas, se negó a sí misma y se empeñó en andar por el camino de la santidad, viviendo su consagración con gran magnanimidad y ejerciendo con constancia las virtudes cristianas. La fe iluminó toda su vida y especialmente la guió en las elecciones decisivas, es decir en consagrarse a Dios, en ofrecerse para misionera en Ecuador, en asumir las responsabilidades de fundadora. Por la fe se hizo dócil instrumento en las manos de Dios y soportó los trabajos e incomodidades en el servicio de las almas. Alimentó la unión con Dios, la oración, la devoción a la Pasión de Cristo y a la Santísima Eucaristía que fue el centro de toda su vida. Tuvo amor de hija a la Virgen María, a la que se propuso imitar en sus virtudes. Amó a Dios con todo su corazón y fue obediente a su voluntad. Solía repetir: Todo por amor de Dios tal como a Él le gusta. Por eso huyó de todo pecado, guardó los mandamientos divinos, las leyes de la Iglesia y la Regla que había profesado. Hizo el bien y conjugó la acción apostólica con la contemplación. Con amor de madre ayudó a sus religiosas en lo material y lo espiritual, especialmente a las enfermas, y también a los pobres, a las familias indigentes y a las alumnas. Confió en Dios y en su auxilio y conservó la serenidad incluso en las situaciones más difíciles, confiando en la Providencia divina y en el poder de la oración».

Bibliografía

JUAN PABLO II, «Homilía en la beatificación»: *L'Osservatore Romano* (ed. en español) (28-3-2003).

L'Osservatore Romano (ed. en español) (21-3-2003).

Marzo

A) MARTIROLOGIO

Día 17. En Málaga, Beato Juan Nepomuceno Zegrí Moreno († 1905), presbítero, fundador de la Congregación de Hermanas Mercedarias de la Caridad.

Día 21. En Atotonilco el Alto (México), Beato Miguel Gómez Loza († 1928), mártir.

Día 22. En Münster (Alemania), Beato Clemente Augusto von Galen († 1946), cardenal arzobispo de Münster.

B) BIOGRAFÍAS

BEATO JUAN NEPOMUCENO ZEGRÍ MORENO

Presbítero († 1905)

Nace en Granada (Andalucía) el 11 de octubre de 1831 en el seno de una familia acomodada y cristiana, hijo de un profesor en la Facultad de Medicina de la Universidad de Granada. Tras estudiar en el Real Colegio de San Bartolomé y Santiago, se decidió por el sacerdocio y estudió a partir de 1850 en el seminario de San Dionisio y se ordenó sacerdote el 2 de junio de 1855, habiendo estudiado filosofía, teología y derecho en la Universidad citada. Trabajó como buen pastor en las parroquias de Huétor Santillán (1859-1864) y San Gabriel de Loja (1865-1869), realizando una intensa labor apostólica. Acreditado como predicador y como confesor, fue examinador sinodal de los obispados de Granada, Jaén y Orihuela. En 1869 el nuevo obispo de Málaga, don José Pérez Martínez-Fernández, se lo llevó consigo a Málaga, de cuya catedral fue canónigo y lo honró la reina Isabel II con el título de predicador de Su Majestad y capellán real. Fue vicario general y provisor del obispado, y estuvo al frente de la casa de Santa María Magdalena y San Carlos, visitador de religiosas, y vicerrector y profesor del seminario.

Lleno de preocupación por los problemas sociales y la situación de los desheredados, funda la «Congregación de Hermanas Mercedarias de la Caridad» (1878) para trabajar por la liberación de todas las esclavitudes, practicando todas las obras de misericordia espirituales y corporales. La fundación fue el 16 de marzo de 1878 en Málaga. La congregación se extendió con prontitud por otras diócesis españolas. En 1888 pidió a Roma la aprobación de las constituciones, pero a causa de calumnias y maledicencias se vio apartado de su obra. Aclaradas las cosas, en 1894, el papa León XIII le devolvió su cargo de director de la congregación, pero las enemistades progresaron de tal modo que perdió la estima de sus propias religiosas, por lo que decidió retirarse en silencio a su casa de Málaga. Lo sobrellevó todo con admirable paciencia y se dedicó a la oración, las obras de caridad, el ministerio del confesonario y sus deberes como canónigo, abandonándose por completo a la voluntad de Dios

hasta su muerte en Málaga el 17 de marzo de 1905. Fue beatificado por el papa Juan Pablo II el 9 de noviembre de 2003.

Dice de él el decreto que declara heroicas sus virtudes, fechado el 20 de diciembre de 2001:

> «Escribía en 1896: "Qué grande y bueno es para nosotros el Señor. Santifica el dolor y hace dulces las tribulaciones a aquellos que las padecen; santifica la pobreza y hace que la caridad la ayude y sostenga; confirma en la fe a los que sufren, los alienta con la esperanza, los eleva con la caridad, de forma que la verdad y la virtud siempre triunfen y brillen en el cielo de nuestra religión, como brilla el sol en el firmamento". Sostenido con estos pensamientos, se encomendó a la providencia, la justicia y la misericordia de Dios. En mitad de las tinieblas conservó ardiente la esperanza y la alimentó con la humildad, la obediencia a la autoridad eclesiástica, la abnegación de sí mismo, el amor de la cruz y el sacrificio. A las acusaciones respondió con el perdón, el silencio y la oración y cuando entendió que tenía que defenderse lo hizo con toda suavidad y misericordia. Ejerció hasta el extremo la prudencia en todos los asuntos del apostolado, en los cargos eclesiásticos que desempeñó, en el régimen de su congregación y en la elección de los instrumentos más aptos para santificarse a sí mismo y a los demás. Templado en el uso de los bienes temporales, justo con Dios y con el prójimo, fuerte en la adversidad, pobre, casto, perseverante en el bien y en el amor de Dios y del prójimo hasta el fin de su vida».

Bibliografía

GALMÉS, L., *Testigos de la fe en la Iglesia de España* (Madrid 1982).

BEATO MIGUEL GÓMEZ LOZA

Mártir († 1928)

Nace en Tepatitlán (Jalisco) el 11 de agosto de 1886 en una familia campesina. Cuida de su madre viuda y se forma religiosa y moralmente en las filas de la Asociación Católica de las Juventudes Mexicanas siendo muy amigo del Beato José Anacleto González Flores. Hizo la carrera de derecho con mucho sacrificio y defendía a los desamparados, lo que le costó detenciones y golpes. Casado y con hijos, se unió a la liga defensora de la libertad religiosa y aceptó el nombramiento de gobernador de Jalisco, conferido por los católicos de la resistencia. Perseguido por las fuerzas federales, fue acribillado por el ejército federal, cerca de Atotonilco el Alto el 21 de marzo de 1928.

Fue beatificado el 20 de noviembre de 2005 en la ciudad de Jalisco (México) por el cardenal J. Saraiva Martins en la ceremonia de beatificación de trece mártires muertos durante los años de la revolución cristera.

Bibliografía

CONFERENCIA DEL EPISCOPADO MEXICANO, *Mártires de la Iglesia de México.* V centenario del descubrimiento y evangelización de América (México 1991).
MUNARI, T., *Derramaron su sangre por Cristo* (Guadalajara [3]1995).

BEATO CLEMENTE AUGUSTO VON GALEN

Cardenal († 1946)

El conde Clemente Augusto de Galen nace en el castillo de Dinklage, en Oldenburgo, el 16 de marzo de 1878 en el seno de una familia muy religiosa. Hizo los estudios en el liceo de los jesuitas en Feldkirck y aprobó el examen de madurez en Vectha, en 1896. Decidido por el sacerdocio estudió en Friburgo (Suiza), Innsbruck y Münster donde se ordenó sacerdote el 28 de mayo de 1904. Capellán de la iglesia de San Matías en Berlín, realizó una intensa labor apostólica en la capital durante veintitrés años, llegando a párroco de la misma iglesia. Pasó por las difíciles circunstancias de la I Guerra Mundial, la dura posguerra y el período siguiente. En 1929 fue trasladado a Münster como párroco de San Lamberto. Cuatro años más tarde era elegido obispo de Münster a la muerte de mons. Poggenburg y recibía, el 28 de octubre de 1933, la consagración episcopal, eligiendo el lema: *Nec laudibus nec timore* («Ni con alabanzas ni con miedo»). Su gran aspiración: preservar la libertad de la Iglesia y salvaguardar la fe frente a la ideología neopagana del nacionalsocialismo, no teniendo empacho en denunciar los malos tratos que recibían muchos cristianos.

Llamado con otros obispos a Roma por Pío XI en enero de 1937 para hablar sobre la situación espiritual de Alemania bajo los nazis, apoyó lo que diría el papa en su encíclica *Mit Brenneder Sorge.* Declarada ya la guerra, en la iglesia de San Lamberto y en la de Nuestra Señora de Münster, denunció con valentía los atropellos nazis en julio-agosto de 1941 y censuró con claridad

la eliminación de los considerados inútiles. Aunque las autoridades hubieran querido arrestarlo, por temor a la opinión pública no lo hicieron, pero sí represaliaron a varios miembros del clero diocesano y de las órdenes religiosas, algunos de los cuales murieron en los campos de concentración. Terminada la guerra, pidió a las autoridades de ocupación que se comportaran según la justicia y se negó a avalar la tesis de la culpa colectiva del pueblo alemán.

Nombrado cardenal el 18 de febrero de 1946, fue aclamado en el Vaticano como el «león de Münster» y acogido a su vuelta por una multitud. Pero enfermó enseguida y murió el 22 de marzo de 1946. Fuerte y fiel en medio de tantas dificultades, todos reconocieron sus méritos. Sus virtudes fueron declaradas heroicas el 20 de diciembre de 2003, un milagro por su intercesión fue aprobado el 20 de diciembre de 2004, y ha sido beatificado el 9 de octubre de 2005.

Ese día el Santo Padre dirigió una alocución a los fieles en la que hizo estas consideraciones:

> «En nombre de Dios denunció la ideología neopagana del nacionalsocialismo, defendiendo la libertad de la Iglesia y los derechos humanos gravemente violados, protegiendo a los judíos y a las personas más débiles, que el régimen consideraba desechos que hay que eliminar [...] El papa Pío XII lo creó cardenal en febrero de 1946, y sólo un mes después murió rodeado de la veneración de los fieles, que reconocieron en él un modelo de valentía cristiana. Precisamente éste es el mensaje siempre actual del Beato Von Galen: la fe no se reduce a un sentimiento privado que quizá convenga ocultar cuando resulta incómoda, sino que implica la coherencia y el testimonio también en el ámbito público a favor del hombre, de la justicia y de la verdad».

Bibliografía

LUDGER, G., *Kardinal Clemens August Graf von Galen in seiner Zeit* (Münster 2005).
SANDSTEDE-AUZELLE, M.-C. - SANDSTEDE, G., *Clemens August Graf von Galen, Bischof von Münster im Dritten Reich* (Münster 1986).

Abril

A) Martirologio

Día 1. En Funchal (Portugal), Beato Carlos I de Austria (IV de Hungría) († 1922), emperador y rey.

Día 1. En Guadalajara (México), beatos José Anacleto González Flores, José Dionisio Luis Padilla Gómez, Jorge Ramón Vargas González y Ramón Vicente Vargas González († 1927), mártires.

Día 3. En Guadalajara México), beatos José Luciano Ezequiel y José Salvador Huerta Gutiérrez († 1927), mártires.

Día 8. En Alassio (Italia), Beato Augusto Czartoryski († 1893), presbítero, de la Sociedad de San Francisco de Sales.

Día 16. En Nevers (Francia), Santa María Bernarda Soubirous († 1879), virgen, de la Congregación de Hermanas de la Caridad y de la Instrucción Cristiana.

Día 25. En el Rancho de San Joaquín (México), beatos José Trinidad Rangel Montaño, presbítero, Andrés Solá Molist, presbítero, y Leonardo Pérez Larios († 1927), mártires.

B) Biografías

BEATO CARLOS I DE AUSTRIA (IV DE HUNGRÍA)

Emperador († 1922)

Este insigne testigo de Cristo que se santificaría como seglar en medio del matrimonio y del compromiso temporal cristiano, nace en el castillo de Persenbeug (Austria) el 17 de agosto de 1887, hijo del archiduque Otto Franz Joseph y de la princesa María Josefa de Sajonia. Era sobrino nieto del emperador Francisco José I. Recibió una esmerada educación cultural y militar como correspondía a su rango principesco y, asimismo, una sólida formación religiosa, a la que se mostró muy receptivo. El 21 de octubre de 1911 contrajo matrimonio con la princesa Zita de Borbón-Parma, con la que tuvo ocho hijos y llevó una vida matrimonial ejemplar. El día del matrimonio dijo a su esposa: «Ahora tenemos que ayudarnos mutuamente a conseguir el cielo».

Muerto su padre y asesinado su tío, el heredero Francisco Fernando, quedó él como heredero de la monarquía aus-

tro-húngara y, muerto su tío-abuelo, el emperador, el 21 de noviembre de 1916, en plena guerra mundial, se convirtió en emperador de Austria y rey de Hungría, siendo coronado en Budapest el 30 de noviembre de aquel año. Solícito por el bien de sus pueblos, procuró el restablecimiento de la paz y apoyó las tentativas del papa Benedicto XV, y abordó una amplia y ejemplar legislación social, inspirada en la doctrina de la Iglesia. Hombre de rectitud absoluta y de piedad profundísima, al perder la guerra y ser desterrado, secundó los deseos del citado papa e intentó recuperar el trono húngaro para evitar el peligro de un gobierno extremista. Desterrado por fin a Funchal, en la isla de Madeira, enfermó de neumonía y, dando altísimo ejemplo de paciencia y piedad, murió el 1 de abril de 1922 invocando el nombre de Jesús. Fue beatificado el 3 de octubre de 2004 por el papa Juan Pablo II.

De él da este juicio el decreto por el que se reconocen como heroicas sus virtudes, fechado el 12 de abril de 2003:

> «No hay duda de que entre los reyes que han brillado por alabar y exaltar a Dios por la santidad de su vida y sus obras, hay que enumerar al siervo de Dios Carlos de Austria, el cual, consciente del origen divino de toda potestad humana (Rom 13,1), nunca abusó de su condición de jefe para buscar su propia utilidad sino que siempre se condujo según la justicia buscando el bien de su pueblo, el incremento del Reino de Dios y la libertad de la Iglesia, la cual, como dice el mensaje del Concilio Vaticano II a los gobernantes, pide que ellos aseguren la libertad de creer y de propagar la fe, la libertad de amar a Dios y de servirle, la libertad de vivir y entregar a los hombres su mensaje de vida».

Bibliografía

HABSBURGO, A. DE, «Beatificación del emperador Carlos I de Austria. Su vida por sus pueblos»: *Humanitas* (2004) n.36.

BEATOS JOSÉ ANACLETO GONZÁLEZ FLORES, JOSÉ DIONISIO LUIS PADILLA GÓMEZ, JORGE RAMÓN VARGAS GONZÁLEZ, RAMÓN VICENTE VARGAS GONZÁLEZ

Mártires († 1927)

En plena persecución mexicana contra los católicos, en la madrugada del 1 de abril de 1927, fueron arrestados y remitidos al cuartel Colorado estos cuatro confesores de la fe. Varios de ellos fueron torturados. Al primero —Anacleto— se le pedía el paradero del arzobispo de Guadalajara. Respondió no saberlo pero que si lo supiera no lo diría. Insistieron en los tormentos, a lo que respondió con palabras de perdón y animó al otro detenido y compañero de martirio, consolándolo de no tener un sacerdote para poder confesar. Lo traspasaron con el filo de una bayoneta calada. El segundo —Dionisio—, luego de ser arrestado, en el camino al cuartel hubo de soportar golpes, insultos y vejaciones. Llevado al paredón se arrodilló y ofreció a Dios su vida mientras las descargas acabaron con su vida. Los otros dos —Jorge Ramón y Ramón Vicente— fueron arrestados y encerrados en una celda contigua a los primeros. No perdieron el ánimo sino que se conservaron serenos. Fueron fusilados al mediodía. El motivo de su arresto fue haber hallado a Anacleto González en su casa.

JOSÉ ANACLETO GONZÁLEZ FLORES nace en Tepatitlán, Jalisco, el 13 de julio de 1888 en una familia pobre. En 1908 ingresa en el seminario auxiliar de San Juan de los Lagos, pero comprendió que no tenía vocación y pasó a la escuela libre de leyes. Completados sus estudios llega a ser un excelente pedagogo, orador, catequista y líder social cristiano, y se hizo paladín seglar de los católicos de Guadalajara. En 1922 contrajo matrimonio con María Concepción Guerrero. Fiel a su prelado, propuso a los católicos la resistencia pacífica a los ataques del Estado y fundó la Unión Popular, a la que se afiliarían miles de personas. Aprobó la Liga nacional defensora de la libertad religiosa y previendo la posibilidad del martirio, se preparó con una intensa vida espiritual.

JOSÉ DIONISIO LUIS PADILLA GÓMEZ nace en Guadalajara, Jalisco, el 9 de diciembre de 1899 en el seno de una familia dis-

tinguida y cristiana. Ingresó en 1917 en el seminario de Guadalajara pero lo dejó cuatro años más tarde. Dedicado a dar clases gratuitas, fue socio fundador de la Asociación Católica de la Juventud Mexicana e hizo un amplio apostolado. Afiliado a la Unión Popular, quería trabajar por la religión por medios pacíficos. Acordonado su domicilio en la madrugada del 1 de abril de 1927 fue saqueado y a él le arrestaron junto con otros familiares.

JORGE RAMÓN VARGAS GONZÁLEZ nace en Ahualupo, Jalisco, el 28 de septiembre de 1899, trasladándose su familia a Guadalajara cuando era niño. Al llegar a la juventud se colocó como empleado en la Compañía hidroeléctrica, y estuvo de acuerdo en que su casa se abriera a acoger sacerdotes y cristianos perseguidos. Al ser fusilado puso la mano en el pecho, tenía en ella un crucifijo.

RAMÓN VICENTE VARGAS GONZÁLEZ nace en Ahualulco el 22 de enero de 1905. Ingresó en la escuela de medicina, siguiendo la profesión de su padre y, en cuanto pudo, comenzó a atender a los pobres gratuitamente. Aunque era el menor, el perdón no recayó en él. Aceptó la muerte con valentía y manifiesta fe en Dios. Hizo la cruz con los dedos de su mano derecha cuando vio que lo fusilaban.

Fueron beatificados el 20 de noviembre de 2005 en la ciudad de Jalisco (México) por el cardenal J. Saraiva Martins en la ceremonia de beatificación de trece mártires muertos durante los años de la revolución cristera.

Bibliografía

CONFERENCIA DEL EPISCOPADO MEXICANO, *Mártires de la Iglesia de México.* V centenario del descubrimiento y evangelización de América (México 1991).
MUNARI, T., *Derramaron su sangre por Cristo* (Guadalajara [3]1995).

BEATOS JOSÉ LUCIANO EZEQUIEL Y JOSÉ SALVADOR HUERTA GUTIÉRREZ

Mártires († 1927)

JOSÉ LUCIANO nace en Magdalena, Jalisco, el 6 de enero de 1876. Era esposo y padre de familia ejemplar, de acendrados

sentimientos cristianos y con su magnífica voz de tenor participaba en los actos litúrgicos. Era muy devoto de la Eucaristía y comulgaba con mucha frecuencia. Muy caritativo, compartía sus bienes con los pobres. Fue arrestado en la mañana del 2 de abril de 1927 cuando acababa de visitar la capilla ardiente del Beato José Anacleto González Flores. Fue torturado en los calabozos policiales hasta el extremo de perder el conocimiento. Cuando volvió en sí cantó un himno en honor de Cristo.

Su hermano JOSÉ SALVADOR nace en Magdalena el 18 de marzo de 1880. Fue un magnífico mecánico —su profesión— y un ejemplar padre y esposo, siendo también muy devoto del Santísimo Sacramento. El día 2 de abril de 1927, cuando volvía de acompañar al cementerio los restos mortales del Beato José Anacleto González, fue arrestado en su taller y colgado en la inspección de policía por los dedos pulgares, padeciendo mucho, a fin de que dijera el paradero de dos sacerdotes. Luego lo tiraron en un calabozo. La mañana del día 3 lo sacaron con su hermano y lo fusilaron. Murió perdonando a sus verdugos y dando vivas a Cristo Rey.

Fueron beatificados el 20 de noviembre de 2005 en la ciudad de Jalisco (México) por el cardenal J. Saraiva Martins en la ceremonia de beatificación de trece mártires muertos durante los años de la revolución cristera.

Bibliografía

CONFERENCIA DEL EPISCOPADO MEXICANO, *Mártires de la Iglesia de México.* V centenario del descubrimiento y evangelización de América (México 1991).
MUNARI, T., *Derramaron su sangre por Cristo* (Guadalajara [3]1995).

BEATO AUGUSTO CZARTORYSKI

Presbítero († 1893)

No puso su orgullo en la sangre regia que corría por sus venas sino en ser hijo de Dios, en ser religioso salesiano, en ser sacerdote. Su fe en Cristo le pareció la verdadera nobleza, la verdadera aristocracia. Hijo de los príncipes Ladislao y María Amparo Muñoz de Borbón y nieto materno de la reina María Cristina de España y sobrino de la reina española Isabel II, nace

en París el 2 de agosto de 1858. Huérfano de madre a los seis años, tuvo como preceptor a San Rafael de San José Kalinowski († 1907), religioso carmelita. Inclinado a la vida de piedad, a los 24 años entra en contacto con San Juan Bosco, al que visita repetidamente en Turín y le confiesa los deseos de su alma de consagrarse a Dios en la vida religiosa. Como Don Bosco tenía cautela en recibir al príncipe en la congregación, el papa León XIII le animó a hacerlo. En junio de 1887 renuncia a sus derechos a favor de su hermano e ingresa en la congregación salesiana, emitiendo los votos el 24 de noviembre de 1887. Enfermo de tuberculosis como su madre, la familia aprovechó la enfermedad para pretender su vuelta a casa pero el joven perseveró y se ordenó presbítero el 2 de abril de 1892. Tras haber dado un alto ejemplo de todas las virtudes, moría en Alassio el 8 de abril de 1893. Fue beatificado el 25 de abril de 2004.

Dice de él *L'Osservatore Romano* (23-4-2004):

> «La vida sacerdotal de don Augusto sólo duró un año, que pasó en Alassio, en una habitación que daba al patio de los muchachos. El cardenal Cagliero resume así este último período de su vida: Ya no era de este mundo. Su unión con Dios, la conformidad perfecta con la divina voluntad en la enfermedad agravada, el deseo de configurarse con Jesucristo en los sufrimientos y en las aflicciones lo hacían heroico en la paciencia, sereno en el espíritu, e invencible, más que en el dolor, en el amor a Dios».

Bibliografía

JIMÉNEZ, F. - SALCEDO, M., *Augusto Czartoryski, Príncipe de Polonia-Duque de Vista Alegre, sobrino de Isabel II de España* (Madrid 2004).

PIÑOL ARESTE, R., *El siervo de Dios Augusto Czartoryski, príncipe polaco y sacerdote salesiano* (Madrid 1946).

SANTA MARÍA BERNARDA SOUBIROUS

Virgen († 1879)

Estando un día de pastorcita en Bartrés, recibió la visita de su padre. Éste encontró que la niña estaba un poco triste.

—¿Qué te ha disgustado, Bernardita?

—Mire, padre; mis corderos llevan una marca verde en el lomo.

Su padre quiso gastarle una broma. Y con toda seriedad le dijo:

—Si tienen el lomo verde, es que han comido demasiada hierba.

En realidad se trataba de la marca de un ganadero que, sin saberlo la pastorcilla, había pasado por el aprisco.

—Entonces, ¿pueden morirse?

—Es muy posible.

Bernardita se echó a llorar, y su padre, secándole las lágrimas, le aclaró la verdad.

Días después, ella contaba esta historia a una compañera suya.

—Pues ¡ya hace falta ser tonta para creer una cosa así!

—¡Qué quieres! Yo no he mentido jamás y por eso no podía suponer que lo que me decía mi padre no fuese la verdad.

«Yo no he mentido jamás». Esto decía la niña, y esto hubo de repetir muchísimas veces a lo largo de su vida. Y esto, sobre todo, quedó bien claro a través de los detalles más insignificantes de esa misma vida suya. Mil ojos escrutadores, mil oídos atentos estuvieron pendientes de ella para tratar de sorprenderla en una contradicción, en una exageración, simplemente en una vacilación. Y no lo lograron. Todos, prevenidos a favor o en contra, amigos o enemigos, creyentes o incrédulos, se sintieron subyugados por la transparente sinceridad, por el absoluto candor de la niña.

Coinciden todos, y piense el lector que son centenares los relatos que poseemos, en que su presencia era más bien vulgar. De estatura menuda, de movimientos concertados, pero nunca elegantes; de rostro sin ninguna característica especial, había, sin embargo, algo en ella que sobrecogía, y era su mirada. Todos a una proclaman que la Santísima Virgen parecía haber dejado en aquellos ojos un reflejo de su hermosura celestial. Porque Bernardita Soubirous, la pobre aldeana de un insignificante pueblecillo de los Pirineos... había visto a la Virgen.

En verdad que nadie se lo hubiera sospechado. ¿Quién de los que intervinieron en aquel modestísimo bautizo de la hija mayor de un pobre molinero hubiera podido pensar que iba a llegar un día en que transformados ellos en personajes se busca-

rían con afán hasta los más mínimos detalles de sus propias vidas? Y, sin embargo, ha sido así. Al terminar el centenario de las apariciones de Lourdes nos encontramos con que este acontecimiento ha sido estudiado como acaso ningún otro a lo largo de la historia. Una masa ingente de documentos, de declaraciones, de fotografías, ha sido dada a conocer a todo el mundo. Compañeros, amigas, parientes o confidentes de Bernardita, el guardia campestre, los gendarmes, las mujercitas de Lourdes, los sabios y los doctos, los hermanos de la escuela, los curas... todos han dicho su palabra. Y del conjunto impresionante de testimonios de primera mano surge siempre, con sobrenatural pureza y transparencia, la figura de Santa Bernardita, llena de sinceridad, poseedora de un perfecto equilibrio moral y psicológico sin sombra alguna de amor propio, sin vanidad ninguna, con su buen sentido y su atrayente buen humor. Ni sombra de una iluminada, de una maniática o de una novelera. Simplemente: la auténtica santidad de un alma humilde y entregada a Dios.

Pero todo esto lo vemos después. Lo que las buenas gentes que se encontraban en la plaza de Lourdes vieron en 9 de enero de 1844 fue sencillamente un insignificante cortejo que salía de la iglesia parroquial llevando a una niña que acababa de ser bautizada. Curiosa coincidencia: aquel día se cumplía exactamente el año de la boda de sus padres. Hoy ya no existe la vieja parroquia románica, que ha cedido su lugar a la amplia plaza y al monumento a los muertos. Pero la pila bautismal subsiste aún en el baptisterio de la nueva parroquia.

Todavía los tiempos son relativamente propicios a la familia Soubirous. Sin que se pueda decir que vive en la prosperidad, se va defendiendo. Rápidamente el cuadro cambiará muchísimo. La miseria se irá haciendo creciente y han de abandonar el molino de Boly por el de Laborde, y después por el de Arcizac. Las cosas van de mal en peor y en casa de los Soubirous se llega a pasar hambre auténtica. Sobre todo cuando, agotadas ya las últimas posibilidades, el padre tiene que abandonar el oficio de molinero y la pobre familia ha de acogerse a una vieja mazmorra, que da a un patio convertido en estercolero, llena de humedad, y que ha de ser la única habitación de la que se dispone para todo. Para colmo, Bernardita es perseguida desde el primer momento de su existencia por un mal implacable: el asma.

Todavía hoy los peregrinos visitan en Lourdes, sobrecogidos, la mazmorra en que la santa pasó sus primeros años. Y viéndola, con lágrimas en los ojos, recuerda necesariamente que Dios Nuestro Señor eligió las cosas que el mundo desprecia, como dice San Pablo, para confundir a los que son o se tienen por algo.

No toda su niñez pasó allí. Primero siendo muy pequeñita, y después ya algo mayor, Bernardita marchó a pasar una temporada al vecino pueblecito de Bartrés. Así como Lourdes ha cambiado casi totalmente su fisonomía, y a duras penas podemos recordar lo que era en tiempos de Santa Bernardita, Bartrés presenta hoy el mismo aspecto sedante, placentero y bucólico que en sus tiempos. Es una aldea sosegada y sencilla a la que Bernardita va para servir como humilde criadita, más frecuentemente como pastora, en casa de unos parientes. Allí inicia su durísimo aprendizaje catequístico. Incapaz de aprender con las demás niñas en la parroquia, pues no sabe leer ni escribir, ha de buscar una persona amiga, la señora Lagües, que le dé lecciones de catecismo. «Muchas veces la lección duraba de siete a nueve, sin lograr que la niña recordase ni una sola letra del libro. Bernardita lloraba muchas veces al ver que daba tanto trabajo», nos dirá el padre Ader en su declaración en el proceso apostólico. Juana María Carros, una de sus más fieles amigas, recordará con qué desesperación la pobre catequista tiraba a veces el catecismo diciendo: «¡Nunca sabrás nada!». Y con qué pena la niña se le echaba al cuello llorando, pidiéndola que la perdonase.

Bernardita quería hacer la primera comunión. Aquella situación era insostenible. Y por eso, aunque le costara dejar el aire puro de Bartrés, y cambiarlo por la sórdida mazmorra de Lourdes, un jueves, el 28 de enero de 1858, dejaba el pueblecito para volver a Lourdes.

«A los catorce años, nos dice uno de los testigos que declaró en el proceso apostólico de Nevers, no sabía leer ni escribir, ni conocía la lengua francesa; ignoraba el catecismo, y ella misma se consideraba como la última entre las niñas de su edad». Y, sin embargo, contra todo lo que humanamente se podía esperar, ella había sido la designada para ser objeto de una gracia excepcional.

Habían pasado quince días exactamente. Amaneció el jueves 11 de febrero de 1858. La niña, que había iniciado en estos días su preparación para la primera comunión, acudiendo a la escuela de las hermanas, disponía aquel día de su tiempo, pues, por ser jueves, tenía vacación.

Y ocurrió el acontecimiento que el mundo entero conoce ya. Pocos minutos antes de las once, la madre se disponía a salir. Al ir a cerrar la puerta observó que por un pasadizo cercano aparecía Juana Abadie, una niña de doce años, que estudiaba en la misma clase que Toneta, la hermana de Bernardita, ligeramente más joven que ella. Juana propuso a la madre de las dos niñas que les permitiera ir con ella a coger leña al bosque. Pero Bernardita estaba un poco resfriada, lo que no era de extrañar con tiempo tan frío y en una casa tan destartalada. Con todo, la madre accedió. Y las niñas salieron en dirección al bosque.

No habían llegado a él y una mujercita que estaba lavando les aconsejó cambiar de dirección. Era muy fácil que, dirigiéndose hacia Massabielle, encontraran lo que deseaban con mayor facilidad y abundancia. Dicho y hecho. Las niñas se desviaron y se acercaron a lo que hoy es la explanada de la gruta. Pero para llegar a la gruta misma era necesario atravesar, entre dos bancos de arena, el lecho del canal. Toneta y Juana tiraron los zuecos, se metieron en el agua helada y pasaron a la otra orilla. Al poco tiempo perdían de vista a Bernardita. En el campanario de la iglesia sonaron las doce campanadas del mediodía, e inmediatamente después el *Angelus* puso en oración a todo el pueblo. Bernardita, que se ha quedado sola, se decide a descalzarse. Y en ese momento se abre la serie de maravillas. Oigamos su relato, tal cual salió de aquellos labios que jamás quisieron mentir:

> «Casi no había llegado a quitarme una media cuando oí un rumor de viento, como cuando se acerca una tempestad. Me volví para mirar por todas partes de la pradera y vi que los árboles casi no se movían. Vislumbré, pero sin detener la vista, una agitación en las ramas y en las zarzas de la parte de la gruta.
>
> Seguí descalzándome y, cuando me disponía a meter un pie en el agua, oí el mismo ruido ante mí. Levanté los ojos y vi un montón de ramas y zarzas que iban y venían, agitadas, por debajo de la boca más alta de la gruta, mientras nada se movía alrededor.
>
> Detrás de las ramas, dentro de la abertura, vi en seguida a una joven toda blanca, no más alta que yo, que me saludó con una lige-

ra inclinación de cabeza, al tiempo que apartaba un poco del cuerpo los brazos extendidos, abriendo las manos como las santas vírgenes. De su brazo derecho colgaba un rosario.

Tuve miedo y retrocedí. Quise llamar a mis compañeras, pero no me sentí capaz. Me froté los ojos varias veces, creía engañarme.

Al levantar los ojos vi a una jovencita que me sonreía con muchísima gracia y que parecía invitarme a que me acercase a ella. Pero yo aún sentía miedo. Sin embargo, no era un miedo como el que había sentido otras veces, porque me hubiese quedado mirando siempre aquélla (aquello), y cuando se siente miedo una huye en seguida.

Entonces me vino la idea de rezar. Metí la mano en el bolsillo, tomé el rosario que llevo habitualmente, me arrodillé e intenté santiguarme. Pero no pude llevarme la mano a la frente: se me cayó.

Mientras, la joven se puso de lado y se volvió hacia mí. Esta vez tenía el gran rosario en la mano. Se santiguó como para empezar a rezar. A mí la mano me temblaba. Intenté santiguarme otra vez y pude hacerlo. Desde aquel momento no tuve más miedo.

Yo rezaba con mi rosario. La joven deslizaba las cuentas del suyo, pero sin mover los labios. Mientras rezaba el rosario, yo miraba cuanto podía.

Ella llevaba un vestido blanco, que le bajaba hasta los pies, de los cuales sólo se veía la punta. El vestido quedaba cerrado muy arriba alrededor del cuello por una jareta de la que colgaba un cordón blanco. Un velo blanco, que le cubría la cabeza, descendía por los hombros y los brazos hasta llegar al suelo. Sobre cada pie vi que tenía una rosa amarilla. La faja del vestido era azul y le caía hasta un poco más abajo de las rodillas. La cadena del rosario era amarilla, las cuentas blancas, gruesas y muy apartadas unas de otras. La joven estaba llena de vida, era muy joven y se hallaba rodeada de luz.

Cuando hube terminado el rosario, me saludó sonriendo. Se retiró dentro del hueco y desapareció súbitamente».

Hacia el fin de su éxtasis, Toneta y Juana vislumbraron a Bernardita. Ella de momento guardó secreto. Pero la emoción no le cabía en el cuerpo y pocos minutos después se abría a su hermana. Su vida iba a cambiar por completo.

Comienza la serie de las apariciones. Y comienza a hacerse la niña piedra de contradicción. Habrá un día, el 18 de febrero, también jueves, en que la Santísima Virgen, la niña aún no sabe de quién se trata, le dirá: «No te prometo hacerte feliz aquí en la tierra, sino en el cielo». Será este día precisamente el que en muchas diócesis del mundo se elegirá para celebrar la fiesta de Santa Bernardita.

Días inolvidables los de las apariciones. Unas veces la Santísima Virgen quiere penitencia. En otra ocasión muestra el lugar de una fuente milagrosa. Más tarde pide la erección de una capilla. Y que se vaya allí en procesión. Por fin un día inolvidable, el día de la Anunciación, la aparición declara su nombre. En *patois* declara que es la Inmaculada Concepción. Bernardita nunca había oído esa expresión, e incluso las primeras veces pronuncia mal la palabra *concepción*. Pero no importa. Ahora ya se sabe de quién se trata y por más que el demonio recurra a las peores artes la aparición terminará por abrirse camino y triunfar por completo.

Bernardita, por fin, recibe la ansiada primera comunión. Fue el jueves 3 de junio, fiesta del Corpus. En la capilla del hospicio, donde ella se había preparado. Después, pese a un complot para tratar de recluirla, consigue volver a su vida normal. Así hasta el 16 de julio, en que, por última vez en su vida mortal, tiene lugar la aparición. Era la decimoctava vez que la Señora se manifestaba. Después terminó todo. Intervinieron los hombres. Se examinaron las causas. Y al final el señor obispo dio su dictamen: Bernardita no mentía; la aparición había sido verdadera; el culto a la Virgen de Lourdes quedaba autorizado.

Mientras todo aquello se estudiaba, Bernardita había estado viviendo como pensionista en el hospicio. Y allí había brotado la flor preciosa de su vocación. Hay serios indicios para suponer que la Santísima Virgen le aconsejó que se abrazara con la vida religiosa. Parece ser que éste fue uno de los secretos que ella guardó siempre tan celosamente. Lo cierto es que, después de una dura lucha con su timidez, se decidió por fin a pedir el ingreso en la congregación. Y tras algunas vacilaciones, éste le fue concedido.

El martes 3 de julio de 1886 Bernardita, acompañada de algunas hermanas, se dirigió a la gruta. Traspuso la reja y se arrodilló. En oración y con los ojos fijos en la imagen de la Inmaculada suspiró y entre sollozos repitió: «Madre mía, Madre mía, ¿cómo podré dejarte?». Se puso de pie, besó la roca y después el rosal. Al fin se arrancó de aquel lugar que tenía para ella recuerdos inolvidables. «La gruta era mi cielo», habrá de decir en alguna ocasión.

La última noche la pasó con su familia en el molino Lacadé. Dejaba a los suyos casi en la miseria. Al día siguiente le acompañaron al hospicio y allí le dieron el último adiós. Fue una escena emocionante. Todos lloraban, a excepción de Bernardita. Por fin se separaron y de allí partió para Nevers.

Había comenzado para ella una nueva vida. Una sola vez, como excepción, se le permitió hablar de Lourdes y contar sencillamente a la comunidad lo que habían sido las apariciones. Después se le impuso el silencio, que ella guardó siempre rigurosamente, evitando con extraordinaria habilidad cualquier sorpresa que le preparaban para conseguir de ella alguna palabra sobre el asunto. Fue una religiosa más. Obediente, puntual, amante de la pobreza, trabajadora, caritativa. Pero sin ninguna distinción especial.

La Santísima Virgen le había dicho que no la haría feliz en la tierra, sino en el cielo. Por eso a ella no le extrañó tener que sufrir tanto.

Y sufrió en el cuerpo. La enfermedad la acompañó constantemente. Ya a los tres meses de noviciado tuvo que hacer su profesión religiosa «in articulo mortis», pues no se pensó que pudiera sobrevivir. Después, todos los años el invierno, o el más mínimo accidente, le traían tremendos sufrimientos. Se ahogaba constantemente. Y su vida era un continuo sufrir.

Sufrió también en su espíritu. Con algo que muy difícilmente podemos valorar quienes no hemos vivido la vida religiosa, y sobre todo quienes apenas podemos hacernos cargo de la sensibilidad a flor de piel que llega a producirse en una mujer joven, delicada de salud, viviendo la vida común. Pero la verdad es que también por este lado sufrió enormemente. La madre maestra de novicias, a la que prácticamente estuvo sometida toda su vida religiosa, aun después de su profesión, sintió hacia ella un despego y hasta una positiva aversión. Esto se traducía en mil pequeños incidentes, dolorosísimos para la Santa. En continuas humillaciones, e incomprensión y hasta, justo es decirlo, no pocas veces también en desconfianza.

Por si esto fuera poco, tuvo la Santa un tercer sufrimiento. El más terrible. Apenas nos lo podemos imaginar, pues se trató de una prueba mística, de esas que el Señor envía y que sólo

quien las sufre puede llegar a comprender. Se había ofrecido la Santa para sufrir. Y el Señor aceptó sus sufrimientos. En su diario íntimo y en algunas expresiones que se le escaparon podemos percibir algo de lo que fue la desolación y el abandono, la purificación misteriosa, el dolor penetrante y profundo que empaparon por completo su alma. Prueba heroica cuyas dimensiones escapan por completo a toda ponderación humana.

Y así año tras año, a lo largo de su ejemplar y santa vida religiosa. Fue santa porque con tan edificante perfección supo vivir su oculta vida de inmolación. Esto fue lo que la santificó. Las apariciones fueron tan sólo la ocasión de que el Señor se sirvió para prepararla.

Un día en que ella se encontraba en la cama, recibió la visita del señor obispo de Nevers. Venía a pedirle que escribiese una carta para el Papa, porque él iba a ir a Roma a visitarle y quería llevársela. En una carpeta, que sostenía una hermana que nos describió la escena en el proceso apostólico, la religiosa escribió la carta cuyo original conservamos aún. Es realmente emocionante el tono y la expresión de esta carta llena de ingenuidad, de humilde devoción, de auténtico perfume de santidad. Sentimos no poder reproducir más que un párrafo:

> «Santísimo Padre, jamás hubiera osado tomar la pluma para escribir a Vuestra Santidad, yo, pobre hermanita, si nuestro digno obispo, monseñor de Ladoue, no me hubiese animado diciéndome que el medio seguro de alcanzar una bendición del Santo Padre era escribiros y que él tendría la amabilidad de llevar mi carta. Se establece una lucha entre el temor y la confianza. Yo, pobre ignorante, hermanita enferma, osar escribir al Santísimo Padre, ¡jamás!».

Y continúa expresándole el amor que siente hacia el Papa y la alegría que le dio pensar que la Santísima Virgen se había dignado, en cierta manera, confirmar la palabra del mismo pontífice al aparecerse en Lourdes.

El Papa correspondió con una bendición, juntamente con un precioso crucifijo de plata. Era como la preparación para el episodio final. Bernardita estaba ya lista para la muerte.

Y la muerte llegó. Antes, sin embargo, le precedió un cierto alivio. Se nombró una nueva superiora general, mucho más comprensiva para con ella. Por otra parte tuvo el consuelo también de recibir la visita de Toneta, su hermana queridísima, y la

de uno de los sacerdotes de Lourdes que había sido su confesor en la época de las apariciones. A nadie más pudo ver, ni se pudo jamás arreglar un viaje a Lourdes para volver a visitar su gruta querida.

La enfermedad se fue agravando. Los sufrimientos se hacían más insoportables. El domingo de Pascua, 13 de abril, parecía estar ya inminente el desenlace. Pero su auténtica noche de Getsemaní fue la del lunes al martes de Pascua. Sufrió terriblemente y sin descanso. Un sudor helado cubría su frente. Temblaba por su propia salvación. Y así continuó también sufriendo en la mañana del 16 de abril. A eso de las once de la mañana la colocaron en un sillón con los pies en un escabel. A eso de la una acudió la comunidad. Ella miró a la imagen de la Virgen y con intensidad exclamó: «¡La vi, la vi! ¡Qué hermosa era! ¡Cuánto ansío volver a verla!». Minutos después quedó con los ojos fijos en un punto de la pared, lanzó una exclamación de sorpresa y con la mano derecha crispada en el sillón intentó levantarse. Volvió a quedar tranquila. Así pasó el tiempo, entre sufrimientos tremendos, hasta que por fin, musitando dulcemente: «Ruega por mí, pobre pecadora, pobre pecadora», y apretando el crucifijo contra su corazón, mientras dos gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas, expiró dulcemente. Tenía treinta y cinco años de edad y llevaba doce en la casa religiosa en la que había ingresado.

Su muerte fue un auténtico triunfo. La ciudad entera se conmovió. Los funerales, solemnísimos, atrajeron muchedumbres inmensas. Pronto empezó a pensarse en su beatificación.

Fue un cardenal español, Vives y Tutó, el que animó, por medio del obispo de Nevers, a la superiora general a acometer la empresa. La antigua maestra de novicias pedía que se retrasara el comienzo del proceso hasta que ella muriera. Así se hizo. Y por fin el 20 de agosto de 1909 se iniciaba el ansiado proceso.

Se procedió con rapidez, y el 18 de noviembre de 1923 se declaraba la heroicidad de sus virtudes. Por fin, el 14 de junio de 1927 era declarada beata. Y en 1933, el 8 de diciembre, canonizada solemnísimamente.

En su homilía, Su Santidad Pío XI ponderó la humildad de esta «ignorante hija de unos pobres molineros, que por toda riqueza poseía solamente el candor de su alma exquisita».

Y en el Lourdes de hoy sigue presente. Bajo las arcadas está su altar. Al llegar a la estación, sale al encuentro en una deliciosa estatua que la presenta como pastorcita, al peregrino que acude a la ciudad santa; las muchedumbres visitan la mazmorra en que ella vivió. Mientras en Nevers, encerrada en una preciosa urna, se muestra como dormida a sus devotos visitantes.

LAMBERTO DE ECHEVERRÍA

Bibliografía

KEYES, F. P., *Sublime Shepherdess: St. Bernadette Soubirous* (Londres 1940).
LAURENTIN, R. (ed.), *Lourdes. Dossier des documents authentiques,* 7 vols. (París 1961-1963).
— *Vida de Santa Bernardita* (Madrid [4]2002).
LEBBE, B., *The soul of Saint Bernadette* (Tralee 1946).
LÓPEZ-MELÚS, R.-M.ª, *Vida de Santa Bernardita de Lourdes* (Madrid 1944).
MARÍA BERNARDA SOUBIROUS (Sta.), *Cuaderno de notas íntimas* (Valencia 2004).
TROCHU, F., *Bernadeta Soubirous* (Barcelona 1957).

BEATOS JOSÉ TRINIDAD RANGEL MONTAÑO, ANDRÉS SOLÁ MOLIST Y LEONARDO PÉREZ LARIOS

Mártires († 1927)

Los llamados mártires de San Joaquín, porque fueron sacrificados en el Rancho de San Joaquín, eran dos sacerdotes y un fiel seglar, que dieron su vida por Cristo en la persecución del régimen mexicano contra la Iglesia católica.

JOSÉ TRINIDAD RANGEL nació en Dolores Hidalgo (Guanajuato) el 4 de junio de 1887 en una familia modesta y cristiana. Desde niño sentía la vocación sacerdotal y a los 20 años pudo empezar sus estudios en el seminario en calidad de externo, ordenándose de sacerdote el 13 de abril de 1919. Adscrito a la parroquia del Sagrario, de León, hubo de quedar en condición de refugiado para no inscribirse a tono con la ley civil persecutoria, y lo hizo en casa de sus hermanas, negándose a salir del país. Celebraba los santos oficios de Semana Santa clandestinamente en la casa de las hermanas mínimas cuando fue detenido y trasladado a la comandancia, no negando él su condición de sacerdote.

ANDRÉS SOLÁ Y MOLIST era español y había nacido en Can Vilarrasa (Barcelona) el 7 de octubre de 1895 en una familia numerosa de agricultores. Oyendo a los claretianos en unas misiones, le vino la vocación e ingresó en dicha congregación, en la que profesó y se ordenó sacerdote el 23 de septiembre de 1922. Enviado a México con otros religiosos ejerció varios oficios. Cuando arrecia la persecución se refugia en casa de las hermanas Alba. No le dio importancia a una carta que le avisaba que había orden de detención contra él. Las hermanas Alba solicitaron la puesta en libertad del P. Trinidad Rangel, y entonces su casa fue registrada siendo hallado en ella el P. Andrés, que fue arrestado cuando reconoció su condición de sacerdote.

LEONARDO PÉREZ LARIOS nace en Lagos de Moreno (Jalisco) el 28 de noviembre de 1883 en una familia numerosa y cristiana, que a la muerte del padre se traslada a León. Fracasados sus deseos: primero, de contraer matrimonio y, luego, de ser religioso, vivía intensamente la vida cristiana, siendo persona de mucha devoción y perteneciendo a la Congregación Mariana. Tras haber asistido en casa de las hermanas Alba a la misa del P. Solá, la casa fue registrada y al verlo los soldados vestido de negro y en actitud devota —estaba dando gracias por la misa— lo confundieron con un sacerdote. Él dijo no ser sacerdote pero ser católico, y por ello fue arrestado y con los otros dos llevado al Rancho San Joaquín donde los tres fueron fusilados.

Fueron beatificados el 20 de noviembre de 2005 en la ciudad de Jalisco (México) por el cardenal J. Saraiva Martins en la ceremonia de beatificación de trece mártires muertos durante los años de la revolución cristera.

Bibliografía

CONFERENCIA DEL EPISCOPADO MEXICANO, *Mártires de la Iglesia de México*. V centenario del descubrimiento y evangelización de América (México 1991).
MUNARI, T., *Derramaron su sangre por Cristo* (Guadalajara [3]1995).

Mayo

A) MARTIROLOGIO

Día 6. En Barcelona, San Pedro Nolasco († 1249), presbítero.
Día 18. En Partinico (Italia), Beata Josefa Suriano, llamada Pina († 1950), virgen seglar de Acción Católica.

B) BIOGRAFÍAS

SAN PEDRO NOLASCO
Religioso († 1249)

Últimos del sigo XII. El brutal egocentrismo de los señores feudales hace de tea incendiaria. Unos señores baten sus espadas con otros. Y los más poderosos se enfrentan con los propios monarcas en interminables y sangrientas luchas.

Los *gremios* estaban constituidos por hombres libres, dedicados a la industria y al comercio. Dueños del dinero, influían decisivamente.

El *pueblo bajo,* la víctima de siempre, estaba entre los dos fuegos: el monarca y la organización gremial, por un lado; el feudalismo, por otro. La miseria era asombrosa. La esclavitud, humillante. De ahí que fuese materia aptísima, en cualquier momento, para una revolución. Tuviese o no matiz religioso. Díganlo los albigenses, explotadores maravillosos del hambre del pueblo, injustamente sojuzgado por la sórdida avaricia y la espada caprichosa.

Con todo —y quizá por esto mismo—, estamos en la edad de la «caballería». Los paladines de la justicia, del idealismo, del venerable respeto al humilde y al oprimido. Los caballeros, en la Edad Media, son la fruta más genuina del tiempo. Los bravos leones, amamantados por el cristianismo, furiosos ante la opresión. Procedían de cualquiera de las categorías sociales. Sin distinción.

Nuestro caballero es «un piadoso mercader». Pertenece, pues, a la clase gremial. Comerciante, no al estilo de nuestros modernos y pacatos comerciantes de hoy. Eran, a la vez, valien-

tes soldados. Lo encontramos en Barcelona y Valencia, ya a principios del siglo XIII. Jinete sobre un alma gigante. Dispuesto a deshacer el mayor entuerto de entonces: la esclavitud de los cautivos. La brillante estrella de su Dulcinea divina le alienta e ilumina en el andante caminar.

¿Cuál es el nombre suyo? Pedro Nolasch, O'Nolasch, Nolasco, De Nolasco. El porte que lleva, entre humilde y señorial, no dice bien a las claras si es barcelonés, o si corre sangre irlandesa por sus venas. Más bien, con los gestos y ademanes finísimos, parece indicarnos ser oriundo del bajo Languedoc. Concretamente del pueblecillo Mas-Saintes Puelles, entre Carcasona y Tolosa, cerca del viejo Recaudum, en la vía del Imperio Romano. Al fin, asevera algún historiador, «languedocines y catalanes venían a formar entonces un solo pueblo».

Este hidalgo, nacido hacia el año 1180, privado pronto de sus padres cristianísimos, va a lanzarse a la *más perentoria empresa de la época* como quien es: cual pundonoroso y ardiente caballero, y cual generoso y hábil mercader. La cuestión social más acuciante salta a la vista: es el cautiverio y, por él, la apostasía. En el reino de Granada, por ejemplo, había más de quinientos mil individuos que, negando la fe católica, abrazaron locamente la secta de Mahoma. Y si esto ocurría en la Península, ¿qué no sucedería fuera de España? Amén de la pérdida de la fe y la moral, el cautiverio bañaba en lágrimas y vestía de enlutados crespones a un porcentaje inmenso de hogares. Las penalidades del cautivo en mazmorras sobrepasaban lo imaginable.

La redención de cautivos venia ya realizándose por órdenes e instituciones religiosas, desde las mismas órdenes de caballería hasta los trinitarios. Pero los remedios no eran contundentes, cual lo exigía la candente cuestión social. La redención no pasaba de ser cosa accidental. A le sumo se dedicaba a ella una tercera parte de algunos bienes. A fuer de fogoso caballero, Nolasco dedicaría el mayor esfuerzo a esa magna labor, hasta quedarse en rehenes por los cautivos, perdiendo vida y libertad, si fuera preciso; y, a fuer de experto mercader, implanta nuevos métodos, ensayando las colectas de limosnas, dedicadas entera y exclusivamente a la redención, fundando cofradías en pueblos estratégicos para la recolección de las mismas limosnas,

y organizando las procesiones de redimidos y redentores por los pueblos.

Cuando inicia la campaña de misericordia, así planeada, fue en momentos difíciles. Si bien habían sido abatidos los almohades en la batalla de las Navas, las divisiones y guerras intestinas entre los príncipes y reyes cristianos esterilizaron el fruto de la victoria. Jaime I de Aragón y Fernando el Santo de Castilla no estaban aún capacitados para las grandes conquistas. Los sarracenos dominaban media España y eran señores del Mediterráneo. No admitían consulados cristianos en sus Estados, ni embajadas. Échase de ver lo heroico de la gesta de Nolasco, con su puñado de compañeros, en circunstancias tales.

Para epopeya social y cristiana de tal calibre no era suficiente aquel puñado de desprendidos y animosos. Había que consolidarla con una *milicia* auténtica. Dios mismo se lo dio a entender a Nolasco con la visión del olivo, de frondosidad extraordinaria, plantado en un espacioso atrio, a quien nadie podría destruir jamás.

La Santísima Virgen, que siempre había sido la invisible capitana e inspiradora de tan excelso soldado —desde niño, más intensamente desde que se había arrodillado en Montserrat para hacer su consagración mariana y, sobre todo, desde que la había declarado la dama de sus empresas caballerescas de misericordia—, pasa ahora, desde este instante, a ser visible maestra y orientadora práctica. Fue en la templada noche agosteña de 1218, día 2. La visión es clara, terminante, imperativa:

> Fundad una religión
> con hábito blanco y puro
> que sea defensa y muro
> de la española nación;
> de cautivos redención,
> y de la Iglesia columna
> en esta adversa fortuna
> del francés y el español.

Raimundo de Peñafort, jurista de fama y confesor de Nolasco, rubrica: «No puede estar más clara y patente la voluntad divina». El rey Jaime I, conocedor y entusiasta admirador de los planes nolasquinos de redención, presta su decisiva ayuda a la

fundación y organización de esa orden religiosa. Y es en la catedral de Barcelona, ante el obispo Berenguer de Palou, año de gracia 1218, cuando Nolasco y sus compañeros emiten los tres votos religiosos, añadiendo el cuarto, peculiar y distintivo de los mercedarios: quedar en rehenes por los cautivos, si necesario fuera.

La milicia está ya en marcha. Los frailes, caballeros como Nolasco, lucen inmaculados sayales; sobre sus pechos aguerridos campeará luego el escudo de atletas: cruz blanca de la catedral de Barcelona, barras catalanas. Caminan decididos, heroicos, con gesto humilde. Bajo las alas, siempre protectoras y maternales, de la Santísima Virgen de la Merced, con el sincero apoyo de Jaime el Conquistador. Hacia rutas sangrantes de la misericordia, jamás tan valiente y redentoramente practicada. Gregorio IX, desde Perusa, a 17 de enero del 1235, les da el espaldarazo de la confirmación canónica.

Fundaciones en Barcelona, Perpiñán, Mallorca, Valencia, Tarragona, Tortosa, etc. El blanco ejército de cruzados lánzase en tromba. Redenciones, marúrios, Nolasco, al frente, les arenga con el ejemplo y la palabra: «Alegrement sien aparelats tots temps los frares daquest Orde, si mester es, posarlos visa axi com Jesuchrist lo pus por nos» (Primeras constituciones). Y no hay páginas más hermosas, después de las del Evangelio, como las que Nolasco escribió con la sangre propia y la de sus hijos, en los anales de la caridad cristiana. Guillén de Bas, Bernardo de Corbera, Arnaldo de Carcasona, Pedro de Amer, con varios más, forman el estado mayor de estas huestes marianas, en torno al fundador. Se inicia el interminable escuadrón de redentores, mártires y misioneros, que llega hasta el siglo XX, pasando por el norte de África, el Nuevo Mundo, y los pueblos todos de España y, cuyo pendón triunfante se sostiene en las manos de San Ramón Nonato, San Serapio, San Pedro Armengol, Santa María de Cervellón, Bartolomé de Olmedo y Francisco Echeverz. Al lado, integrando el mismo ejército, bajo el mando del mismo jefe, San Pedro Pascual encabeza la sabia corporación de intelectuales: teólogos, filósofos, dramaturgos, místicos. Aquí se enrolan Francisco de Zumel, Saavedra, Tirso de Molina, Serafín Freitas y fray Juan Falconi. Con la escuela mística mercedaria,

exuberante y original como ninguna otra. ¿Y las ramas femeninas, cargadas de frutos riquísimos, en que el olivo de la merced proliferó: monjas mercedarias de clausura, mercedarias misioneras, hermanas mercedarias de la caridad, mercedarias del Santísimo Sacramento...?

Desde 1218 hasta el año 1249, fecha de su muerte, Pedro Nolasco llevó el timón y organizó el instituto por él fundado, hizo redenciones, acompañó a Jaime I en la conquista de Valencia y Mallorca, y a Fernando el Santo en la toma de Sevilla (1248). Podía morir tranquilo el cónsul de los cautivos. La obra estaba en marcha. ¿Qué obra? La muy soñada por él:

> «Que la *obra* de misericordia, la más candente del momento actual (en tiempo de Nolasco era la redención de cautivos, en el curso de los tiempos serán otras), fuera afrontada de modo heroico, con el espíritu del cuarto voto mercedario».

Y para que esto se realizase conveniente, permanentemente, buscó la prolongación de sí mismo. En la Orden de la Merced. No es, pues, la redención de cautivos, la exclusiva razón de ser de la Merced. Demasiado gigante fue su fundador para dejarse aprisionar en las cadenas de lo transitorio; él, que rompiera tantas cadenas de esclavos. La permanencia siempre actual de las obras de misericordia, realizadas a la manera esforzada de Cristo, como Redentor, fue su meta y quiso que fuera el programa de sus hijos.

Quizá un trece de mayo, fiesta de la Ascensión, haya sido el día de su tránsito. Los sumos honores de los altares, mediante la demostración del culto inmemorial, se los dará Urbano VIII, en 1628. Desde siempre, la historia le venera como a héroe, la sociedad le canta como bienhechor insigne, la Iglesia le honra como a santo, y la Orden de la Merced como a padre.

ELÍAS GÓMEZ, O. DE M.

Bibliografía

GAZULLA, F., *La Orden de Nuestra Señora de la Merced. Estudios histórico-críticos,* 3 vols. (Barcelona 1934).

GUEDE y FERNÁNDEZ, L., *Un hombre, un ideal, una epopeya: San Pedro Nolasco* (Málaga 2003).

Homenaje a la memoria de San Pedro Nolasco (Madrid 1985).

«Homenaje a San Pedro Nolasco en su séptimo centenario (1249-1949)»: *Estudios* (1956) mayo-diciembre, monográfico.
PÉREZ, P., *San Pedro Nolasco, fundador de la Orden de la Merced,* I (Barcelona 1934).
PRONZATO, A., *Un Mercader de libertad. Perfil biográfico de San Pedro Nolasco* (Salamanca 1988).
RODRÍGUEZ CARRAJO, M., *La figura y obra de San Pedro Nolasco* (Lima 2001).

BEATA JOSEFA SURIANO, llamada PINA

Virgen († 1950)

Deseó mucho ser religiosa y las dificultades bloquearon su ida al claustro, pero fue porque Dios quería que esta intrépida militante de Acción Católica fuera brillo y ornamento del laicado católico, del laicado comprometido. Nace el 18 de febrero de 1915 en Partinico, en la archidiócesis de Monreale (Italia) en el seno de una familia campesina. Pina recibe una esmerada educación cristiana a la que corresponde y en 1922 ingresa en las benjaminas de Acción Católica y empezó a colaborar con gran empeño en las actividades parroquiales. Tras ejercer varios cargos directivos, en 1945 es nombrada presidenta de las Jóvenes de Acción Católica. En 1948 funda la Asociación de Hijas de María y la preside hasta su muerte. El 29 de abril de 1932 emite el voto de castidad, lo que contrarió a su madre que la quería casada, pero ella se mantuvo fiel a su entrega al Señor. Llena de espiritualidad y muy activa en el apostolado, daba un ejemplo insigne como seglar comprometida. Peregrinó en 1948 a Roma y se ofreció al Señor como víctima. De forma sorprendente, este ofrecimiento coincidió con el comienzo de una forma de artritis reumática tan fuerte que le dejó un defecto cardíaco que la llevaría a la muerte. Murió de un repentino infarto cardiaco el 19 de mayo de 1950. Fue beatificada por el papa Juan Pablo II el 5 de septiembre de 2004.

Dice de ella *L'Osservartore Romano* (3-9-2004):

> «Su participación en la Acción Católica fue decisiva en su vida, puesto que los intereses que ella cultivó y las aspiraciones y los actos religiosos de su vida surgieron precisamente de su compenetración con el hecho de ser miembro de la Asociación. Esto explica cómo ella, con el paso de los años, se transformó en una experta en la vida y el mensaje de Jesús, la misión de la Iglesia y la vocación de las personas a la santidad. Puso como fundamento de su apos-

tolado la oración, el sacrificio, la misa, la comunión y la meditación diaria, el estudio de la palabra de Dios y la adhesión al magisterio de la Iglesia».

Bibliografía

NARO, M., *L'amore e il distintivo: Pina Suriano, la sua città e il suo tempo* (Caltanisetta 2004).

SORESI, A., *Pina Suriano (dai suoi scritti e testimonianze)* (Partinico 1987).

Junio

A) MARTIROLOGIO

Día 9. En Mardine (Turquía), Beato Ignacio Choukrallah Maloyan († 1915), arzobispo de Mardine y mártir.

Día 10. En Turín (Italia), Beato Marcos Antonio Durando († 1880), presbítero, de la Congregación de la Misión, fundador de las Hermanas de Jesús Nazareno.

Día 17. En Sainte-Marie-du-Désert (Francia), Beato José María (Pedro José) Cassant († 1903), presbítero, de la Orden Cisterciense de la Estricta Observancia.

Día 18. En Roma, Beata María Pía (Teresa María) Mastena († 1951), virgen, fundadora del Instituto de Religiosas de la Santa Faz.

B) BIOGRAFÍAS

BEATO IGNACIO CHOUKRALLAH MALOYAN

Obispo y mártir († 1915)

Llamado por Dios a dar un limpio testimonio de celo pastoral y de firmeza en la fe hasta el derramamiento de la sangre, nace en Mardine, en la actual Turquía, el 19 de abril de 1869, en una piadosa familia de la comunidad católica armenia. Se educó en el convento de Nuestra Señora de Bzommar (Líbano), a donde fue enviado en 1883 por su arzobispo Melhon Nazarian, que muy pronto había advertido las buenas cualidades del jovencito. Estudio filosofía y teología y se hizo miembro del Instituto del clero patriarcal de Bzommar. Se ordenó sacerdote

el 6 de agosto de 1896 y tomó el nombre de Ignacio que unió al suyo original de Choukrallah. Lo hizo en honor de San Ignacio de Antioquía, cuyo espíritu pastoral y martirial quería emular. Trabajó apostólicamente en El Cairo, Alejandría y Estambul y luego fue enviado a su ciudad natal, siendo un celoso sacerdote, asiduo a la predicación, el confesonario y la atención más exquisita a los fieles. En 1911 viajó a Roma como secretario del sínodo de los obispos armenios católicos y en ese sínodo, tras la abdicación del prelado anterior, fue ordenado obispo de Mardine, era el 22 de octubre de 1911.

Ejerce una gran labor y da mucho impulso a la vida cristiana, contando entonces su diócesis con 20.000 fieles. Es asiduo a la visita pastoral; impulsor del celo de los sacerdotes, está muy atento a la edificación de nuevas escuelas católicas y nuevos templos. Lleva vida de gran piedad y austeridad. Declarada la I Guerra Mundial, viendo las dificultades que se le echaban encima al pueblo armenio y muy concretamente a su comunidad, no dudó en decir en una carta pastoral de mayo de 1915 que era su intención perseverar en plena fidelidad a la Iglesia, aunque ello le costara la vida. Sucedió que los jóvenes cristianos armenios fueron detenidos y proscritos a los confines de Turquía, tomando los soldados otomanos las iglesias por asalto y maltratando a los fieles. El obispo protestó con la firmeza debida, saliendo en defensa de los derechos de la Iglesia y de cada uno de los fieles. El 3 de junio de 1915 fue arrestado y al día siguiente lo fueron 15 sacerdotes y 800 cristianos. Quisieron obligar al obispo y a los fieles a abjurar del cristianismo y abrazar el Islam. Viendo venir la muerte el obispo le pidió a un sacerdote que estaba cautivo con él que le diera la absolución y exhortó a todos a la perseverancia en la fe. Como el obispo se negase en términos absolutos a renegar del cristianismo, fue cruelmente maltratado y torturado y finalmente muerto el 9 de junio de un disparo en el cuello mientras oraba con toda piedad. Fue beatificado el 7 de octubre de 2001 por el papa Juan Pablo II.

Dice de él este elogio el breve de su beatificación:

> «Cultivó una alta espiritualidad y las virtudes cristianas, preparándose así para la suprema prueba del martirio. Pues fue varón de una sólida y profunda fe que él defendió hasta incluso el sacrificio de la vida. Su esperanza y confianza la puso sólo en Dios entregán-

dose en manos de la divina Providencia. Ejerció la caridad con Dios y con el prójimo y cumplió con esmero sus deberes religiosos. Se portó con prudencia en su trato con las personas, en soportar sus juicios y en dar consejos. Defendió firmemente los derechos de la Iglesia y los de los fieles. Cuando empezaron los problemas con los armenios, protegió al pueblo y se mantuvo en su puesto de pastor».

Bibliografía

CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, Ciliciae Armenorum seu Mardinen. *Beatificationis seu canonizationis servi Dei Ignatii Choukrallah Maloyan archiepiscopi Mardiniensis, in odium fidei, uti fertur, interfecti († 1915). Positio super vita, martyrio et fama martyrii* (Roma 2000).

BEATO MARCOS ANTONIO DURANDO

Presbítero y fundador († 1880)

Este digno hijo de San Vicente de Paúl, cuyo celo apostólico y caridad con los pobres imitó tan fielmente hasta el punto de ser llamado «el San Vicente de Italia», nace en Mondoví (Italia) el 22 de mayo de 1801. Recibe una buena formación religiosa de su madre y a los 15 años ya manifiesta sus inquietudes misioneras e ingresa en la Congregación de la Misión, en la que profesa y es ordenado sacerdote el 12 de junio de 1824. Tras cinco años en Casale Monferrato es destinado a Turín y aquí estaría el resto de su vida, no siendo enviado por sus superiores a China, como él tanto deseaba desde joven, y acatando la voluntad de Dios. Predicó misiones populares en muchos pueblos con gran fruto de las almas, y fue elegido superior de su casa y visitador o provincial de su congregación, lo que aprovechó para introducir en el Piamonte las reorganizadas Hijas de la Caridad, que se hicieron presentes en varios hospitales e incluso acudieron a los hospitales de guerra. Difundió la devoción de la Medalla Milagrosa y la Asociación de la misma, de la que saldrían muchas vocaciones para las Hijas de la Caridad. En diez años fundó veinte casas para estas hermanas y acogió el ingreso de 260 nuevas vocaciones. Fomentó los centros de obras de caridad llamados «Misericordias», desde las que las Hijas de la Caridad y las Damas de la Caridad, alentadas siempre por Marcos Antonio, atendieron numerosas necesidades.

Guía espiritual de muchísimas religiosas, el Señor lo destinaba a ser el fundador de una nueva congregación. El 21 de noviembre de 1865 fundaba la «Compañía de la Pasión de Jesús Nazareno» para la atención de todos los que sufren. Se mostró siempre como un sacerdote lleno de espiritualidad, celosísimo de la gloria de Dios y del bien de los hermanos, singularmente de los más pobres y abandonados, claramente consciente de la necesidad de una evangelización continua, a la que se entregó por completo. Muere el 10 de junio —según la segunda edición del *Martirologio*— de 1880 en Turín. La primera edición ponía el 10 de diciembre, así como las biografías publicadas cuando su beatificación. Fue beatificado el 20 de octubre de 2002 por el papa Juan Pablo II.

El breve de beatificación le dedica estos cálidos elogios:

> «A las jóvenes que se acercaron a él con voluntad de dedicarse a Dios, les encomendó la tarea de servir a los hermanos enfermos como a miembros dolientes de Cristo, ayudándolos en sus propios domicilios, de día y de noche, sin discriminar a nadie, fueran pobres o ricos, con este solo propósito, el de llevarles a que encontraran en sus dolores un misericordioso abrazo de fe con Jesucristo. Con solicitud máxima cuidó de su santificación por medio de las peculiares virtudes de la humildad, la mortificación y la obediencia, añadiendo un cuarto voto de dedicarse al culto de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo. La fuerza secreta que impulsaba toda la acción del siervo de Dios le venía de su viva fe y absoluta confianza en el auxilio de Dios y de la Virgen María. Y esta fuerza la estimulaba ante la Sagrada Eucaristía que era el centro y el eje de toda su vida sacerdotal. Su esperanza, su confianza en Dios y su fortaleza de ánimo brillaron especialmente al tiempo de la supresión de las comunidades religiosas, es decir el año 1866. En aquellas tristísimas circunstancias exhortaba a todos a que recibieran con buen ánimo lo que la divina Providencia permitía, sin duda por amor a sus hijos. En medio de aquella oscuridad brilló más claramente su amor a la Iglesia y al romano pontífice».

Bibliografía

CHIEROTTI, L., CM, *Il p. Marcantonio Durando (1801-1880)* Sarzana (1971).
CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, *Beatificationis et canonizationis servi Dei Marci Antonii Durando, sacerdotis Congregationis missionis S. Vincentii a Paulo* (Roma 1974).

BEATO JOSÉ MARÍA (PEDRO JOSÉ) CASSANT

Presbítero († 1903)

Nace en Casseneuil (Francia) el 6 de marzo de 1878. Alumno de los Hermanos de las Escuelas Cristianas e introducido por su párroco en la dulzura de la vida interior, optó por la vida monacal y a los 16 años ingresó en la trapa de Sainte-Marie-du-Desert, en la diócesis de Toulouse, en la que pronunciaría los votos solemnes el 24 de mayo de 1900. Se preparó para el sacerdocio, superando sus dificultades con los estudios, y se ordenó presbítero el 12 de octubre de 1902. Pronto descubrió que estaba enfermo de tuberculosis. Por obediencia pasa un tiempo con su familia, pero luego se le permite regresar al monasterio y ser atendido en la enfermería. Ofreció al Señor su enfermedad con entrega total y dio grandes ejemplos de virtud durante la misma, pasando al Padre el 17 de junio de 1903 y dejando tras sí una clara estela de santidad. Fue beatificado el 3 de octubre de 2004 por el papa Juan Pablo II.

Dijo de él *L'Osservatore Romano* (1-10-04):

> «Puede parecer insignificante esta corta existencia: dieciséis años discretos pasados en Casseneuil y nueve años en la clausura de un monasterio, haciendo cosas sencillas: oración, estudios, trabajo. Cosas sencillas, sí, pero que supo vivir de forma extraordinaria; pequeñas acciones, pero realizadas con una generosidad sin límites. Cristo puso en su espíritu, limpio como agua de manantial, la convicción de que sólo Dios es la suprema felicidad, que su reino es semejante a un tesoro escondido y a una perla preciosa. El mensaje del padre José María es muy actual: en un mundo lleno de desconfianza, a menudo víctima de la desesperación, pero sediento de amor y de ternura, su vida puede ser una respuesta, sobre todo para los jóvenes que buscan un sentido a su vida».

Bibliografía

DUFAUR, M., *Sous le signe de Dieu, le père Joseph Cassant, trappiste* (París 1950).
MASSON, R., *Joseph Cassant, les inaperçus de Dieu* (Saint-Maur 2001).

BEATA MARÍA PÍA (TERESA) MASTENA

Virgen y fundadora († 1951)

Nace en Bovolone, cerca de Verona (Italia) el 7 de diciembre de 1880, y es bautizada con el nombre de María Teresa. El día de su primera comunión —19 de marzo de 1891— se consagró al Señor e hizo voto de castidad, sintiéndose llamada a la vida religiosa. Viste el hábito religioso de las Hermanas de la Misericordia de Verona el 29 de septiembre de 1902 y el 24 de octubre de 1903 emitió la profesión religiosa con el nombre de Passitea del Niño Jesús. Obtuvo en 1905 el diploma de magisterio y en 1907 la habilitación para escuelas primarias. Fue institutriz de los hijos del conde de Canosa. En 1908 se la destina a Miane como superiora de una nueva fundación. Vivió allí hasta 1927 siendo muy estimada por todos debido a sus cualidades y su continua actividad bienhechora, lo que fue especialmente sentido durante la I Guerra Mundial. Pero desde 1910 sentía la aspiración a una vida más contemplativa y deseaba fundar una congregación que difundiera la devoción a la Santa Faz. Aconsejada por el obispo de Vittorio Veneto pasó el 2 de junio de 1927 al noviciado de las monjas cistercienses tomando el nombre de María Pía y, aunque se insertó muy bien en la vida contemplativa, meses más tarde comprobaba que aquella no era la senda en la que Dios la quería. Por ello dejó el noviciado, se dedicó de nuevo a la enseñanza y dio los pasos necesarios para la fundación de una nueva congregación que llamó de la Santa Faz (1932). En 1936 el obispo la nombró superiora general por diez años, pasados los cuales, fue reelegida por las hermanas. Vivió con intensidad religiosa su misión de fundadora. Habiendo puesto sólidamente los cimientos de la nueva obra pasó al Padre el 28 de junio de 1951. Ha sido beatificada el 13 de noviembre de 2005.

En la homilía de la beatificación, el cardenal José Saraiva Martins, dijo estas palabras:

> «En un mundo de personas distraídas con respecto a las cosas eternas es muy actual el brillante ejemplo de la beata madre María Pía Mastena, en cuyo rostro se transparentaba, como filigrana, el rostro sonriente de Cristo. Toda la persona de la Madre Pía estaba llena de la presencia de Cristo crucificado y resucitado, de un

modo tan evidentemente sobreabundante que la impulsaba a servirlo en los pobres de todo tipo y a ensimismarse en la Eucaristía celebrada y adorada [...] Pero más allá del elogio de la mujer perfecta en sus diversos aspectos, lo que se ensalza como superior a las perlas por su valor es la riqueza humana, que da consistencia a todas las actividades exteriores, riqueza interior manifestada y forjada por el séptimo don del Espíritu Santo, el temor de Dios, es decir, la disposición de seguir las mociones divinas a fin de dirigir la propia vida según el designio de Dios».

Bibliografía

LUCARELLI, V., *Immagine del suo volto. Vita di suor Maria Pia Mastena* (Cinisello Balsamo 2005).

MIGLIACCIO, L., OMD, *Dies natalis della Madre Maria Pia Mastena nel XX anniversario della morte della fondatrice delle Religiose del S. Volto, Roma, 28-6-1951/S. Fior, 1971* (Ciudad del Vaticano 1971).

Julio

A) MARTIROLOGIO

Día 4. En Santa Marinella (Italia), Beata María Crucificada (Rosa) Curcio († 1957), virgen, fundadora de las Hermanas Carmelitas Misionerasde Santa Teresa del Niño Jesús.

Día 8. En Rencurel (Francia), Beato Pedro Vigne († 1740), presbítero, fundador de la Congregación de Hermanas del Santísimo Sacramento.

Día 16. En Viana do Castelo (Portugal), Beato Bartolomé Fernández de los Mártires († 1590), arzobispo de Braga.

Día 17. En Ilava (Eslovaquia), Beato Pablo (Pedro) Gojdich († 1960), de la Orden Basialiana de San Josafat, obispo administrador apostólico de Presov, mártir.

Día 25. En Veracruz (México), Beato Ángel Darío Acosta Z. († 1931), presbítero y mártir.

Día 27. En San Giorgio a Cremano (Campania), Beata María de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo (Grazia) Tarallo († 1912), virgen, de las religiosas Crucificadas, Adoratrices de la Eucaristía.

B) BIOGRAFÍAS

BEATA MARÍA CRUCIFICADA (ROSA) CURCIO
Virgen y fundadora († 1957)

Nace en Ispica, en el sur de Sicilia (Italia), en la diócesis de Noto, el 30 de enero de 1877. Sus padres le proporcionaron una buena educación, que ayudó a forjar en ella su propia personalidad y a consolidar sus cualidades de inteligencia y fortaleza espiritual, pero en la que no estuvo incluida la iniciación a una cultura superior ni una buena formación religiosa. Pero ella encontró en la biblioteca de su casa la *Vida de Santa Teresa de Jesús* y su lectura la hizo elevarse a las cosas del cielo. No sin dificultades pudo ingresar a los trece años en la Tercera Orden del Carmen, recientemente reimplatada en su pueblo. Su devoción a la Virgen del Carmen la llevaba a desear el florecimiento del Carmelo, fijándose sobre todo en la dimensión misionera del mismo que une la vida activa a la contemplativa. Esto la llevó a una primera experiencia de vida comunitaria cuando con licencia del obispo de Noto, monseñor Bladini, comenzó vida de comunidad en su propia casa con otras terciarias carmelitas, viviendo en el espíritu del Carmelo. Dos años más tarde, el grupo fue invitado a hacerse cargo de una casa de niñas huérfanas y pobres en Modica (Ragusa) y ello marcaría su futuro.

En 1911 toma el hábito de terciaria carmelita —dado por los carmelitas de Catania— y el nombre de María Crucificada, haciendo los votos religiosos posteriormente. Llegado un nuevo obispo a la diócesis, éste quería darle a la comunidad una orientación que no se avenía con la espiritualidad carmelitana, y en esta difícil ocasión María Crucificada acudió al comisario general de la provincia carmelitana de Sicilia, el P. Alberto Grammatico, quien la puso en contacto con el P. Lorenzo van den Erenbeemt que deseaba la fundación de una comunidad carmelita misionera. En mayo de 1925 se marchó a Roma para la canonización de Santa Teresita del Niño Jesús, y al día siguiente, acompañada por el P. Lorenzo, visitó Santa Marinella, una pequeña población en el Lazio, en la costa norte de Roma. Quedó impactada de la belleza de la región y también de la pobreza de sus habitantes, decidiendo que aquél sería su sitio. Con la ayuda

del P. Lorenzo, María Crucificada se trasladó allí y con sus hermanas se hizo cargo de la iglesia de las Victorias. Crearon allí la sede de una nueva comunidad religiosa llamada Carmelitas Misioneras de Santa Teresita del Niño Jesús, siendo el papa Pío XI el que sugirió este título. Se obtuvo la bendición del cardenal Antonio Vico, obispo de Porto y Santa Rufina y la nueva comunidad quedó agregada a la Orden del Carmen (16 de julio de 1926). Tras superar no pocas dificultades, en 1930 le llegó la aprobación diocesana del cardenal Tomás Pío Boggiani, pero la pontificia llegaría en 1963 cuando ya la fundadora había muerto.

La congregación no tardó en extenderse por Italia y, puesta la vista en una difusión estrictamente misionera, en 1947 se abre la casa de Brasil. En 1945 se celebra el primer capítulo general en el que M. María Crucificada sale elegida superiora general, y lo mismo sucede en el capítulo de 1952. María Crucificada dio cuanto impulso pudo a la espiritualidad y la vida religiosa de las hermanas, visitándolas con frecuencia y dándoles conferencias y manteniendo con todas las casas frecuente relación epistolar. Ella insistía mucho en la experiencia interna de la presencia de Dios en el corazón del hombre redimido y, asimismo, en la presencia de Dios en la creación. Su vida espiritual estuvo llena de una gran alegría interior y agradaba a todos con su trato amable y familiar. Llena de méritos murió en Santa Marinella el 4 de julio de 1957. Su causa fue autorizada el 3 de enero de 1989. Sus virtudes fueron declaradas heroicas el 20 de diciembre de 2002 y un milagro por su intercesión fue aprobado el mismo día de su declaración de virtudes heroicas, quedando fijada su beatificación para el 25 de abril de 2005, pero la muerte del Santo Padre Juan Pablo II hizo que se pospusiera hasta el 13 de noviembre de ese mismo año.

En la homilía de la beatificación dijo de ella el cardenal José Saraiva Martins:

> «Al siervo perezoso y arrogante de la parábola de los talentos se contrapone positivamente la figura femenina que nos presenta el libro de los Proverbios. En este contexto se inserta adecuadamente con su carisma materno y su genio femenino la beata María Crucificada Curcio, mujer hábil y laboriosa, atenta a las necesidades de su prójimo hasta convertirlo en su familia. También la ma-

dre María Crucificada supo procurarse lana y lino y trabajarlos de buen grado con sus manos para hacer crecer la familia que Dios le había encomendado. Encontró en el espíritu del Carmelo, y más concretamente en el carisma contemplativo-misionero de Santa Teresa del Niño Jesús, el estímulo para fundar la congregación carmelitana de las Misioneras de Santa Teresa del Niño Jesús. El amor de Jesús la condujo por un camino que a menudo fue arduo y amargo, haciéndole experimentar lo que comporta estar crucificada, como Jesús, por amor a los hermanos, siempre presentes en sus atenciones, incluso en los momentos de mayor intimidad con Dios [...] La madre María Crucificada fue una mujer sencilla y fuerte, conquistada por el amor de Dios, totalmente orientada hacia el cielo, pero atenta a inclinarse hacia la tierra, en particular hacia la humanidad que sufría y estaba necesitada. En su fe profunda y en su amor apasionado a la Eucaristía encontró inspiración y alimento continuo para su búsqueda de santidad. La beata madre María Crucificada Curcio supo conjugar en los acontecimientos ordinarios de su vida diaria la oración y la acción, entendida esta última como recuperación de los últimos y, más precisamente, como acogida y formación de la juventud más abandonada. Precisamente por su normalidad y realismo es un modelo en el que uno se puede inspirar hoy, al ser de gran actualidad su mensaje».

Bibliografía

CONTI, G., *Un fiore di zagara: profumo di terra e di cielo. Profilo biografico di madre Maria Crocifissa Curcio, fondatrice delle Suore Carmelitane Missionarie di S. Teresa del Bambino Gesù* (Santa Marinella 1989).

DEL GAUDIO, C., *Un cuore per Dio: madre M. Crocifissa Curcio, fondatrice* (Santa Marinella 1986).

BEATO PEDRO VIGNE

Presbítero y fundador († 1740)

Destinado por la gracia de Dios a servir con amor a los más abandonados de su tiempo, especialmente jóvenes y adolescentes, para reafirmarlos o devolverlos a la fe, nace en Privas (Francia) el 20 de agosto de 1670 el Beato Pedro Vigne. Recibe una buena educación e instrucción y, llevado por su devoción a la Eucaristía, ingresa en el seminario de San Sulpicio de Viviers en 1690. El 18 de septiembre de 1694 es ordenado sacerdote y ejerce el ministerio parroquial en Saint Agrève como coadjutor. Llevado por su deseo de dedicarse a las misiones populares ingresa en 1700 en Lyón en la Congregación de la Misión. Tras

ejercer de misionero popular seis años como paúl, deja la congregación y se dedica como misionero itinerante a recorrer los poblados y caseríos a lo largo de treinta años, visitando las familias, catequizando los niños, asistiendo a los enfermos, confesando y acercando a muchas almas a la Eucaristía, convenciendo a muchos con su palabra evangélica y con el ejemplo de su caridad y austeridad de vida. En 1712 construye el vía crucis de Boucieu-le-Roi y para acompañar a los peregrinos instituye la «Congregación de Religiosas del Santísimo Sacramento», a las que da el hábito religioso el 30 de noviembre de 1715. Lleno de méritos vino a morir mientras misionaba en Rencurel el 8 de julio de 1740. Fue beatificado el 3 de octubre de 2004.

Dice de él el decreto que declara heroicas sus virtudes, fechado el 7 de julio de 2003:

> «A su predicación añadió la fe por medio de una pronta y humilde caridad con Dios y con el prójimo, de la que dio especial testimonio con su continua actividad pastoral, con los consejos y ayudas que ofreció a los hermanos, con la liberalidad con que procuró que sus religiosas no careciesen de nada necesario, con su celo por la conversión de los pecadores, con su solicitud por los más abandonados, sin exceptuar a los afectados por las epidemias, siempre benigno con los pobres, misericordioso con los extraviados, dispuesto siempre a servir a cualquiera. En toda su vida no buscó nada para sí, cuidando en cambio de que a cada uno, especialmente a los pequeños, no le faltaran las cosas necesarias. Fue ejemplo por su prudencia, buscando su santificación y la de las religiosas confiadas a su cuidado, mortificando su cuerpo y siendo paciente, fuerte en los trabajos apostólicos, casto, desprendido, perseverante en el camino de la santidad y, buscando siempre la humildad, siendo en todo sencillo y modesto».

BEATO BARTOLOMÉ FERNANDES DE LOS MÁRTIRES

Obispo († 1590)

Nace en Lisboa el 3 de mayo del año 1514 y es bautizado en la parroquia de Nuestra Señora de los Mártires, motivo por el cual él añadiría más tarde a su nombre este apelativo. Educado cristianamente en el clima de fervorosa religiosidad de su tiempo, se decidió muy joven por la vocación religiosa e ingresó el

11 de noviembre de 1528, con sólo catorce años, en el convento de Santo Domingo de la capital, donde hizo el noviciado y pronunció los votos religiosos en la Orden de Predicadores el 20 de noviembre de 1529. En ese mismo convento había un Estudio General de su Orden y allí pudo hacer los estudios de filosofía y teología, logrando el grado de lector el año 1538, y ordenándose oportunamente de sacerdote. Acreditado por sus buenas dotes como profesor, dio clases de filosofía y teología en varios conventos de su Orden entre los años 1538 y 1557, y en el curso de ese tiempo el capítulo general de su Orden (1551) determinó concederle el título de maestro. En 1558 se le nombró prior del convento dominicano de Benfica, en Lisboa.

Hay que decir que de la oscuridad del claustro pasó, de forma inopinada, a la sede arzobispal de Braga. En abril del año 1555 la provincia dominicana de Portugal, pese a ser tan recelosa de todo lo castellano, eligió como provincial al V. P. fray Luis de Granada, que ya se había acreditado por su sabiduría espiritual y su vida santa en toda la Orden. Y sucedió que estando fray Luis de provincial en Lisboa murió el rey Don Juan III y le sucedió en el trono su nieto D. Sebastián, que era menor de edad, quedando confiada la regencia del reino a la viuda del difunto monarca, Doña Catalina de Austria, hija de la reina española Doña Juana la Loca. La soberana tomó por confesor y consejero a fray Luis de Granada y el trato con él no hizo sino confirmarle en la opinión de santo, sabio, prudente y desinteresado de todas las cosas terrenas que tenía de fray Luis. Y habiendo vacado la sede primada portuguesa —el arzobispado de Braga—, la reina se lo propuso a fray Luis, segura de que hacía una elección muy acertada. Pero el sabio dominico se mantuvo inconmovible en que él no aceptaba la oferta pero, para consolar a la soberana de la negativa, le proponía que en su lugar presentara a la Santa Sede a otro fraile de su Orden, del que le aseguró tenía todas las prendas que podían desearse en un verdadero pastor. Y su nombre era fray Bartolomé de los Mártires, el que sería lumbrera y modelo acabado de pastores, y a quien él como provincial le mandaría que aceptase bajo precepto de obediencia. Doña Catalina se avino al parecer de fray Luis, pareciéndole que con ello acertaba y propuso su nombre al rígido

y reformista pontífice Paulo IV que, en efecto, el 27 de enero de 1559, lo nombraba para la sede bracarense. Fray Bartolomé aceptó, llevado de su obediencia religiosa, y abordó el episcopado con ideas muy claras acerca de cómo tenía que ser el obispo, no un príncipe sino un pastor de la Iglesia, un servidor de la comunidad. Consagrado obispo, fray Bartolomé tomaba posesión de su sede el 4 de octubre de 1559.

Primera tarea que se asignó a sí mismo: predicar e impulsar la predicación del mensaje evangélico. Y señaló que había que educar a los jóvenes como forma de asegurar un futuro cristiano a la sociedad. Por eso llamó a Braga a los religiosos de la Compañía de Jesús, a los que, siguiendo el criterio de fray Luis de Granada, no sólo no se oponía sino que los estimaba sobremanera, y les confió la dirección de estudios públicos en donde pudiera formarse la juventud. Igualmente fundó un convento de su Orden en Viana do Castelo, que pudiera estar dedicado a la tarea evangelizadora propia de una Orden que se llama de predicadores.

Y llegó la hora de celebrar la tercera etapa del Concilio de Trento, del que con razón se esperaban nuevas normas, continuación de las ya emitidas, para la reforma de la Iglesia. Atento a la llamada del papa Pío IV acudió a dicha tercera etapa del Concilio en Trento (1562-1563) y en ella defendió todo lo que significaba volver al verdadero espíritu evangélico de la Iglesia. En el concilio el embajador imperial solicitó un arreglo para la disciplina del clero en Alemania, lo que sirvió para tratar de una reforma general. Se estableció una comisión o junta, presidida por el cardenal Seripando, que opinó se diese principio por la reforma de la curia romana, a fin de quitarle ante todo argumentos a la herejía. Fray Bartolomé apoyó eficazmente este dictamen y manifestó que los primeros pastores no podían sostener la majestad del concilio si no cumplían el fin principal que éste se habría propuesto desde su apertura y no libraban a la Iglesia de la ignominia que había sido la causa de todos sus males. Recordó la carta escrita por el difunto y piadoso rey Juan III de Portugal a Paulo III y que había sido leída en sesión pública de la etapa anterior y subrayó que aun cuando el concilio no tuviera herejías que combatir tenía sin embargo que reunirse para

corregir abusos y desórdenes, y que nada podía facilitar tanto la destrucción del error como la corrección de las costumbres. Inmediatamente hubo réplicas al alegato de fray Bartolomé, pues se le dijo que el respeto a los cardenales debía impedir que se dijera de ellos que tenían necesidad de reforma. Contestó fray Bartolomé:

> «Pues yo declaro por el contrario, inducido por ese mismo respeto, que los eminentísimos cardenales tienen necesidad de una gran reforma; y a la verdad, la veneración con que los honro sería más pagana que divina y más afectada que sincera si no ansiara que la inviolabilidad de su reputación correspondiese a la eminencia de su dignidad».

Y añadió que esta dignidad, la de los cardenales, desconocida de la Iglesia antigua, se había levantado injustamente sobre la autoridad episcopal, que estaba en cierto modo destruida con la introducción de tal novedad, y que no había esperanza de verdadera reforma en la Iglesia mientras no fuesen los obispos lo que deben ser en el cuerpo místico de Cristo, donde los había colocado el mismo Dios, y por último —añadió— comparando a los obispos y cardenales de entonces con lo que eran en tiempos antiguos no podía menos que gemir delante de Dios y quejarse a la Iglesia de la Iglesia misma. Estas palabras les resultaron a muchos duras, pero el crédito de fray Bartolomé era muy grande, y con efecto alentaron a los padres conciliares a proponer muchos artículos importantes de reforma sobre muchas materias que han servido luego para ir componiendo a mejor la disciplina eclesiástica. Las ideas de fray Bartolomé no han podido menos de recordarse cuando en el siglo XX el Concilio Vaticano II dio su admirable doctrina acerca del verdadero papel del episcopado en la Iglesia. El papa Pío IV y su sobrino, el cardenal San Carlos Borromeo, tuvieron en mucho a este pastor de la Iglesia.

Vuelto a su sede diocesana, procuró empapar la diócesis del espíritu reformista tridentino y para ello en 1564 convocó un sínodo diocesano que invitó a todos a las más profundas reformas espirituales, morales y disciplinares. Y con ese mismo espíritu celebró en 1566 el concilio provincial bracarense. Sumamente preocupado por la formación del clero, instituyó el seminario diocesano, al que dio normas sabias de funciona-

miento, y para animar a los sacerdotes y clérigos a la formación permanente instituyó en varios sitios cátedras de moral. Abordó la visita pastoral con gran dedicación y espíritu de sacrificio, visitando una por una todas las parroquias y dando sabios, prudentes y audaces mandamientos de visita que estimularan la reforma del clero y del pueblo. Su caridad se comprobaba en la liberalidad con que socorría a los pobres, y se pudo ver con ocasión de la epidemia que asoló Braga en 1570.

Los cuidados pastorales no le retrajeron de acudir también a la pluma para edificación del pueblo de Dios, escribiendo obras en latín y en portugués. Así se deben reseñar sus obras *Catecismo ou doutrina cristã e praticas espirituais* (1564), *Stimulus pastorum* (1565), muy estimado, y *Compendium spiritualis doctrinae* (1582).

Echaba de menos el silencio y la quietud de su claustro, donde había vivido entregado a la oración, el estudio y la enseñanza, y por ello solicitó del papa Gregorio XIII que le admitiera la dimisión del obispado, lo que en efecto alcanzó en 1582, y se retiró al convento de Viana do Castelo, fundado por él. Allí pudo vivir en paz hasta que el 16 de julio de 1590 pasó al Padre. Fray Luis, que le sobreviviría poco tiempo, pudo tejer su elogio.

Su fama de santidad perduraba y por ello el 11 de septiembre de 1754 empezó su causa de beatificación. El papa Gregorio XVI declaró heroicas sus virtudes el 23 de marzo de 1845, y tras reconocerse un milagro obrado por su intercesión, el papa Juan Pablo II lo colocó en los altares el 4 de noviembre de 2001.

Dice el breve de beatificación:

> «Este admirable prelado dio ejemplo apreciable de sabiduría y doctrina, que ayudó no solamente a su diócesis sino a toda la Iglesia, a la que instruyó con sus escritos y edificó con empeño a base de sus eximias obras. Por ello deseamos que con el patrocinio y el ejemplo de este hombre celestial, los hombres dejen de fijarse en las cosas transitorias para desear ardientemente las de arriba».

Bibliografía

Actas do Congresso Comemorativo do IV Centenário da Morte de D. Fr. Bartolomeu dos Mártires (Fátima 1994).

CACEGAS, L. DE, *Vida de D. Fr. Bartholomeu dos Martyres* (Braga 1890).

BEATO PABLO (PEDRO) GOJDICH

Obispo y mártir († 1960)

Nace en Ruské Peklany (Eslovaquia) hijo de un sacerdote greco-católico. Tras estudiar en Presov y Budapest, y sin haber contraído matrimonio, se ordenó sacerdote el 27 de agosto de 1911. Luego de trabajar en una parroquia, en una escuela como profesor de religión y en la curia diocesana, se decidió por la vida religiosa e ingresó en la Orden de San Basilio Magno el 22 de julio de 1922 y tomó el nombre de Pablo. El 14 de septiembre de 1926 fue nombrado administrador apostólico de la eparquía de Presov. Y en marzo de 1927 obispo titular de Harpas, consagrándose el 25 de marzo de ese año, y siendo, a continuación, recibido por el papa Pío XI que le auguró la cruz que le esperaba. Cuidó de la liturgia, de la vida espiritual del clero y de los fieles, erigió nuevas parroquias, impulsó la creación de orfanatos y escuelas y la buena prensa.

El 13 de abril de 1939 fue nombrado administrador apostólico de Mukacevo en Eslovaquia, pero las autoridades del país se opusieron; él presentó su renuncia y el papa Pío XII lo nombró obispo de Presov. El 15 de enero de 1946 recibió jurisdicción sobre todos los grecocatólicos de Checoslovaquia. Al tomar el poder los comunistas, le instaron a que se pasara a la ortodoxia y con él sus fieles. Él se negó en términos absolutos. La Iglesia grecocatólica fue declarada ilegal el 28 de abril de 1950 y sus actividades prohibidas. Arrestado y encarcelado, se le juzgó y condenó como traidor y se le sentenció a cadena perpetua. Lo llevaron de una cárcel a otra, obligándole a hacer los trabajos más humillantes. En 1953 hubo una amnistía y se le rebajó la pena a 25 años de reclusión. A causa de las enfermedades contraídas por los malos tratos murió en la cárcel de Leopoldov (Eslovaquia) el 17 de julio de 1960. Fue beatificado el 4 de noviembre de 2001 por el papa Juan Pablo II.

Dice de él el breve de beatificación:

> «Confiado en la misericordia de Dios, alimentaba su fe en la oración asidua y en la devoción a la Eucaristía, al Corazón de Jesús y a la Virgen María. Puso todo su empeño en promover la vida espiritual de los fieles y darles de manera conveniente una auténtica formación cristiana. En el desarrollo de su ministerio episcopal

procuró cumplir lo que era su ideal: Ser con la ayuda de Dios padre de los huérfanos, auxilio de los pobres y consolador de los afligidos. Humilde y afable con todos, mereció se le llamara el hombre del corazón de oro».

Bibliografía

PEKAR, A. B., *Confessor of our times: Bishop Paul P. Gojdich* (Pittsburgh 1980).

BEATO ÁNGEL DARÍO ACOSTA Z.

Presbítero y mártir († 1931)

Nace en Naolinco (Veracruz) el 13 de diciembre de 1908. Huérfano de padre, desde pequeño fue criado por su madre con mucho sacrificio, y él la ayudó en cuanto pudo. Tras hacer los estudios en el seminario, se ordenó sacerdote el 25 de abril de 1931 y fue destinado como vicario a la parroquia de la Asunción de la ciudad de Veracruz. Vista la persecución, el párroco le autorizó a marcharse si quería pero él perseveró en su puesto. Promulgada la llamada «Ley Tejeda» y señalado el 25 de julio para su puesta en vigor, ese día, cuando acababa de bautizar a un niño, fue alcanzado por las balas de unos soldados que entraron en el templo disparando. El párroco acudió y le dio los últimos sacramentos.

Fue beatificado el 20 de noviembre de 2005 en la ciudad de Jalisco (México) por el cardenal J. Saraiva Martins en la ceremonia de beatificación de trece mártires muertos durante los años de la revolución cristera.

Bibliografía

CONFERENCIA DEL EPISCOPADO MEXICANO, *Mártires de la Iglesia de México.* V centenario del descubrimiento y evangelización de América (México 1991).
MUNARI, T., *Derramaron su sangre por Cristo* (Guadalajara [3]1995).

BEATA MARÍA DE LA PASIÓN DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO (GRAZIA) TARALLO

Virgen († 1912)

María Grazia Tarallo nace en Barra (Nápoles) el 23 de septiembre de 1866 en el seno de una religiosa familia. Dos hermanas suyas serían también religiosas. Sus padres, Leopoldo y Concetta Borriello, vivían cuando esta hija suya murió y ambos pudieron deponer en el proceso de beatificación. Por su testimonio sabemos que fue una chica dócil y responsable, que desde muy pronto ayudó a su madre en la educación de las hermanas más pequeñas y en los quehaceres de la casa. A los 7 años, y con grandes ansias, hizo la primera comunión, y a los diez años recibió el sacramento de la confirmación. Una vez terminada su estancia en la escuela elemental, aprendió y ejerció el oficio de costurera. Llena de piedad y vida interior, se hizo terciaria franciscana y se propuso andar por el camino de la perfección cristiana. Ella deseaba permanecer soltera pero su padre le impuso el matrimonio, primero civil, dejando el religioso para más tarde, pero en el mismo banquete de celebración el novio tuvo una hemotipsis, declarándosele una enfermedad de la que moriría nueve meses más tarde, sin que hubieran convivido como tal matrimonio. Su padre insistió para que contrajese un segundo matrimonio pero ella pudo convencerle de que su verdadera vocación era ser religiosa, y obtuvo la licencia paterna.

Junto con su hermana Druisiana ingresó el 1 de junio de 1891 en el convento de las religiosas Crucificadas Adoratrices de la Eucaristía, congregación fundada por la sierva de Dios Pía Notari († 1919). Tres años después ingresaba también en la comunidad su hermana Giuditta. Tomó el nombre de María de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo. Desde el principio se mostró como una religiosa ejemplar, siendo notable su virtud ya en el noviciado, singularmente, su humildad y su obediencia. Tras realizar su profesión fue cocinera, ropera y portera y, vistas sus virtudes, se la hizo maestra de novicias. Alma de altísima oración, pasaba todo el tiempo que podía en adoración ante el Santísimo Sacramento. Devotísima de la Eucaristía, decía que quería ser santa amando a Cristo en la Eucaristía, sufriendo con Cristo crucificado y viendo a Cristo en los demás.

Se ofreció como víctima por los pecadores y los sacerdotes, y en su enfermedad dio alto ejemplo de paciencia, alimentándose los últimos días de su vida sólo de la comunión sacramental. Murió el 27 de julio de 1912 en San Giorgio a Cremano, llena de méritos y dejando una clara estela de santidad. Fue beatificada en Nápoles el 14 de mayo de 2006.

Dijo de ella el cardenal José Saraiva Martins en la ceremonia de su beatificación:

> «Hizo de sí un don al mundo, ofreciéndose con Cristo y por Cristo como víctima de reparación de los pecadores, y además viendo en la necesidad de la santidad de los sacerdotes la posibilidad de un mundo nuevo. La vida de esta beata se consumó permaneciendo en Cristo, vivo y realmente presente en el sacramento de la Eucaristía. Sus largas horas de adoración, de día y de noche, manifiestan su sabia opción de estar siempre con Jesús (...) Su carisma es el asombro contemplativo de la Eucaristía, de la que sacaba la fuerza para superar las dificultades, hasta el punto que los últimos días de su vida sólo se alimentaba de la Eucaristía».

Bibliografía

NOTARI, M.ª P., *Mi farò monaca: Maria della Passione (Maria Grazia Tarallo, 1866-1912)* (Cinisello Balsamo 2005).

Agosto

A) MARTIROLOGIO

Día 9. En Molokai (Islas Hawai), Beata María Ana (Bárbara) Cope († 1918), virgen, religiosa de la Congregación de Hermanas de la Orden Tercera de San Francisco de Syracuse.

Día 11. En Milán, Beato Luis Biraghi († 1879), presbítero, fundador de las Religiosas de Santa Marcelina.

Día 13. En Sallás de Pallars (Cataluña), beatos José Tapies Sirvant, Pascual Araguás Guardia, Silvestre Arnau Pasquet, José Boher Foix, Francisco Castell Brenuy, Pedro Martret Moles y José Juan Perot Juanmartí († 1936), presbíteros y mártires.

Día 21. En Nowy Zmigród (Polonia), Beato Ladislao Findysz († 1964), presbítero y mártir.

Día 25. En Madrid, Beata María de los Ángeles (Ángela) Ginard Martí († 1936), virgen, religiosa de las Celadoras del Culto Eucarístico, mártir.

B) BIOGRAFÍAS

BEATA MARÍA ANA (BÁRBARA) COPE DE MOLOKAI
Virgen († 1918)

Llamada a ser una intrépida sierva de los leprosos, dedicada a su salud corporal y espiritual, a mejorar sus condiciones de vida y poner alegría y serenidad en sus vidas, Bárbara Kopp nace en Heppenheim (Alemania) el 23 de enero de 1838. La familia emigra a Estados Unidos y se establece en Útica (Nueva York) y adopta al nacionalizarse el apellido Cope. Aunque deseaba ser religiosa desde muy joven, al estar su madre impedida no pudo de momento dejar su casa. A los 24 años ingresó en las Hermanas de San Francisco de Syracuse y profesó con el nombre de sor María Ana (Marianne). Destinada primero a la enseñanza, luego pasó a colaborar en la creación de dos grandes hospitales, ofreciendo servicios a todos, sin excluir a nadie, pese a las críticas. En 1877 y 1881 fue elegida provincial de su congregación. En 1883 llegó una petición urgente del rey de las Islas Hawai de que se necesitaban enfermeras para los leprosos. Ella se ofreció y marchó al hospital de Kakaako (Honolulú) que se encontraba en una triste situación y entonces decidió quedarse definitivamente entre los leprosos y demás enfermos de las islas.

En 1884 se establece el primer hospital general en Maui; más tarde abrirá un albergue para los hijos de leprosos y en 1885 el hospital de Oahu para los leprosos. Cuando los leprosos de este último hospital fueron llevados a Molokai ella decidió aceptar la herencia del ya moribundo Beato Damián de Veuster, y muerto éste en 1889, aceptó la dirección del hogar para varones y el trabajo con las mujeres y las niñas. Vivió en Molokai treinta años, exiliada voluntaria con sus pacientes. Activó el cultivo de las tierras, el acceso de todos a la cultura e introdujo limpieza y sentido de la sanidad. Llena de méritos murió el 9 de agosto de 1918. Fue beatificada el 14 de mayo de 2005 por autoridad del papa Benedicto XVI.

Dice de ella el decreto que declara sus virtudes heroicas, fechado el 19 de abril de 2004:

«Obró con sabiduría, pericia y prudencia sobrenatural, buscando la gloria de Dios y eligiendo los instrumentos más aptos para la santificación propia y la salvación de las almas. Ejercitó la justicia con Dios y con el prójimo. Reivindicó los derechos de los leprosos, especialmente de las mujeres y los niños, y mostró gratitud a los bienhechores. Fue constante en sus propósitos, tenaz en sus empresas, fuerte en las dificultades, serena en la enfermedad. Guardó el orden, la moderación, la templanza, la obediencia, la castidad. Fiel al espíritu franciscano, amó la pobreza. Nunca se atribuyó a sí misma mérito alguno por los innumerables talentos que Dios le dio o por las buenas obras que hizo para sí y para su instituto. Sus palabras y sus obras tenían la luz de la humildad. Dejó escrito: No deseo un alto puesto en el cielo. Quedaré muy agradecida si se me da un sitito donde pueda amar a Dios eternamente».

Bibliografía

LENK, E. A., *Mother Marianne Cope (1838-1918). The Syracuse Franciscan Community and Molokai lepers* (Nueva York 1986).
L'Osservatore Romano (ed. en español) (13-5-2005).

BEATO LUIS BIRAGHI

Presbítero y fundador († 1879)

Su nacimiento tuvo lugar en Vignate (Milán) el 2 de noviembre de 1801, pero desde muy pequeño vivió en Cernusco sul Navigio, a poca distancia de su pueblo natal. Era el quinto en una familia de ocho hijos. Sintió muy pronto la vocación al sacerdocio, e ingresó con doce años en el seminario menor de Castello sopra Lecco, del que pasaría al seminario mayor de Monza y luego al de Milán, en cuya catedral se ordenó de sacerdote el 28 de mayo de 1825. Primero fue destinado a la enseñanza en varios seminarios, los de Castello sopra Lecco, Séveso y Monza, y en 1833 fue nombrado director espiritual del seminario mayor de Milán, cargo que ejerció con mucho celo hasta 1848 en que fue nuevamente destinado a la enseñanza. A esta tarea se dedicó hasta que dos años más tarde las autoridades austriacas lo destituyeron. Pasó a la Biblioteca Ambrosiana de Milán como viceprefecto y por su cultura y espiritualidad alcanzó un alto crédito entre los componentes del clero. Fue honrado con el nombramiento de canónigo honorario de la basílica de San Ambrosio y el de prelado doméstico de Su Santidad

(1873). Ya anteriormente, el papa Beato Pío IX le había manifestado su aprecio y así en 1862 le dirigió una carta en la que le rogaba interpusiera su buen crédito en el clero para procurar la unión entre los sacerdotes que estaban divididos a causa de la cuestión de la unidad italiana y el poder temporal de los papas.

Hombre de gran espiritualidad y vida interior, unió su piedad personal a su gran cultura y conocimiento de la antigüedad cristiana. Este conocimiento lo llevó a querer restaurar el ideal de la virginidad cristiana consagrada y así fundó, en Cernusco sul Naviglio, la congregación de Religiosas de Santa Marcelina. Esta fundación tuvo lugar en 1838 y tuvo como auxiliar a la madre Marina Videmari († 1891), primera superiora de la nueva congregación. Su figura ideal fue Santa Marcelina, la hermana de San Ambrosio, que recibió el velo de las vírgenes de manos del papa Liberio en la Navidad del año 353 y que fue colaboradora de su hermano en su tarea de animador de la comunidad cristiana. Las religiosas de esta congregación sirven a Dios en la educación cristiana de la juventud. Cuando se vio libre de la atención pastoral directa, mons. Biraghi se dedicó a la orientación de las religiosas de su congregación, a las que formó admirablemente en orden a una vivencia profunda de la consagración religiosa. Vino a morir en Milán el 11 de agosto de 1879. Fue beatificado en la plaza de la catedral de Milán el domingo 30 de abril de 2006 por decreto de Su Santidad Benedicto XVI.

En la homilía de la beatificación dijo el cardenal Tettamanzi:

> «Mons. Biraghi, hombre docto e insigne maestro de generaciones de sacerdotes y misioneros, supo mostrar a través de su obra educativa la importancia de la caridad intelectual, la sabiduría que viene de la fe y es capaz de afrontar, sin miedo y con confianza, los problemas de su tiempo. Y recordó insistentemente a sus hijas, las Religiosas Marcelinas, el celo por la educación que, sin duda alguna, es parte integrante de la caridad cristiana. En un siglo de enfrentamientos supo ser hombre de paz. Frente a la sospecha de ser parcial, se prodigó por la unidad del clero y la fidelidad a la Iglesia, renunciando incluso a los honores personales».

Bibliografía

FERRAGATTA, M., *Monsignor Luigi Biraghi fondatore delle Marcelline* (Brescia 1979).
GIANNI, T., *Beato Luigi Biragh. Itinerari biografici a Milano* (Milán 2006).

BEATOS JOSÉ TAPIES SIRVANT, PASCUAL ARAGUÁS GUARDIA, SILVESTRE ARNAU PASQUET, JOSÉ BOHER FOIX, FRANCISCO CASTELL BRENUY, PEDRO MARTRET MOLES, JOSÉ JUAN PEROT JUANMARTÍ

Presbíteros y mártires († 1936)

Siete sacerdotes seculares fueron juzgados en juicio sumario y condenados a muerte y fusilados junto a las tapias del cementerio de Salás de Pallars (Cataluña). Fueron reunidos en la plaza de Pobla de Segur y conducidos de ahí a la sede del Comité Revolucionario. Sufrieron un duro interrogatorio en Pobla, se negaron a disimular que eran sacerdotes, o a profanar su sotana, y antes de ser detenidos habían celebrado la misa mientras pudieron y defendieron el templo para evitar la profanación del santísimo sacramento. Llevados en un camión y escoltados por milicianos fueron llevados a Salás de Pallars. Aquí se les hizo bajar del camión y caminar hacia la entrada del cementerio donde fueron fusilados. Al llegar al lugar de la ejecución, uno se descalzó para subir hasta las tapias del cementerio descalzo como Jesús subió al Calvario. Otro regaló a sus verdugos todo el dinero que llevaba. Y todos murieron ayudándose a ser fieles, perdonando a sus verdugos y gritando vivas a Cristo Rey.

Los datos personales de los mártires son estos:

JOSÉ TAPIES SIRVANT nació en Pons (Lérida) el 15 de marzo de 1860. Tras hacer los estudios en el seminario de Seo de Urgel se ordenó sacerdote el 11 de junio de 1892 y fue destinado como coadjutor a la parroquia de Pobla de Segur donde ejercitó con celo y dedicación su ministerio hasta el momento del martirio.

PASCUAL ARAGUÁS GUARDIA nació en Pont de Claverol el 17 de mayo de 1889, en una familia modesta y cristiana. Tras hacer los estudios en el seminario de Seo de Urgel, se ordenó sacerdote el 3 de abril de 1923. Luego de ser coadjutor en varias parroquias, fue nombrado párroco de Noeles en 1929. Llegada la revolución, se refugió en casa de una hermana en Pobla de Segur, donde fue arrestado el 13 de agosto de 1936 y, posteriormente, fusilado.

SILVESTRE ARNAU PASQUET nació en Gósol Berguedá el 30 de junio de 1911. Tras estudiar filosofía en el seminario de Urgel, pasó a Roma donde se licenció en teología en la Universidad Gregoriana, ordenándose sacerdote el 21 de noviembre de 1935. Destinado a Pobla de Segur como coadjutor, fue arrestado el 23 de julio de 1936 y obligado a vivir confinado en una casa, el 13 de agosto fue sacado de allí y fusilado.

JOSÉ BOHER FOIX nació el 2 de noviembre de 1887 en San Salvador de Toló. Tras estudiar en el seminario de Urgel, se ordenó sacerdote el 11 de abril de 1914. Después de estar en diversas parroquias como coadjutor, fue nombrado párroco de Pobleta de Belvehí, donde permaneció hasta su martirio.

FRANCISCO CASTELL BRENUY nació en Pobla de Segur el 31 de julio de 1876, de padres desconocidos. Educado por el matrimonio Castell-Brenuy, toma sus apellidos. Tras estudiar en el seminario de Urgel, se ordena sacerdote el 21 de diciembre de 1889. Después de pasar por varias parroquias es nombrado párroco de Vilanova de La Aguda y de Tiurana. Arrestado el 21 de julio de 1936, estuvo preso y fue torturado. Liberado el 31 de julio, fue de nuevo arrestado el 13 de agosto y posteriormente fusilado.

PEDRO MARTRET MOLES nació en Seo de Urgel el 5 de julio de 1901. Tras estudiar en el seminario de su ciudad natal, se ordena sacerdote el 6 de junio de 1925. Luego de ejercer el ministerio en varias parroquias es nombrado en 1931 ecónomo de Pobla de Segur, donde estaría hasta su martirio.

JOSÉ JUAN PEROT JUANMARTÍ nace en la población francesa de Boulogne (Toulouse) el 30 de mayo de 1877, pero se viene muy joven a Cataluña. Tras estudiar en el seminario de Urgel, se ordenó sacerdote el 28 de marzo de 1903. Fue coadjutor en varias parroquias y luego le nombraron párroco de San Juan de Viñafrescal, donde estuvo hasta su martirio.

Fueron beatificados el 29 de octubre de 2005.

En la homilía de la ceremonia de su beatificación, oficiada por delegación papal por el cardenal José Saraiva Martins, prefecto de la Congregación de las Causas de los Santos, dijo:

> «Los santos [...] son exigentes consigo mismo, pero comprensivos y pacientes con los demás, tratando de perdonar siempre. Esto es precisamente lo que observamos en la vida de los beatos José

Tapies Sirvant y seis compañeros mártires [...] que se hicieron servidores humildes y solícitos de sus prójimos, llevando sobre sí el fardo de los demás. El profeta Malaquías, en la primera lectura, presenta al Señor como el gran Rey que ha establecido una alianza con los sacerdotes, ministros suyos, los cuales sin embargo le han traicionado. Los siete mártires sacerdotes de la diócesis de Urgel [...], que hoy son declarados beatos, no sólo no han traicionado al Señor sino que, al contrario, durante su vida han difundido sin descanso el reino de Dios. Desempeñaron el ministerio de párrocos o sacerdotes dedicados a la pastoral en Pobla de Segur y lugares vecinos, entrengándose por completo a la tarea de la evangelización y procurando celosamente la santificación de las personas que les habían encomendado, Supieron coronar su fidelidad a Jesucristo hasta derramar su sangre por Él, cuando aquel 14 de agosto de 1936, en la hora suprema, en fila ante el pelotón de ejecución, todos a una aclamaron a Dios con el grito de ¡Viva Cristo Rey!».

Bibliografía

Ecclesia (2005) n.3.282, p.24-28.

MONTERO MORENO, Á., *Historia de la persecución religiosa en España (1936-1939)* (Madrid ²2004).

BEATO LADISLAO FINDYSZ

Presbítero y mártir († 1964)

Destinado a vivir en tiempos de prevaricación y violencia, a las que opondría la fidelidad y el amor, nace en Kroscienko Nizne (Polonia) el 13 de diciembre de 1907, en una familia campesina de honda tradición católica, que lo llevó a bautizar a la parroquia de la Santísima Trinidad de Krosno al día siguiente. Fue alumno de las Hermanas Felicianas en la enseñanza primaria y luego entró en un instituto público. Decidido por la vocación sacerdotal, ingresó en el seminario de Przemysl en 1927 teniendo como rector al Beato Juan Balicki. Terminados sus estudios se ordenó sacerdote el 19 de junio de 1932.

Fue destinado al ministerio parroquial y sirvió a la Iglesia como vicario parroquial en las parroquias de Boryslaw, Drohobycz, Strzyzow y Jaslo sucesivamente. El 8 de julio de 1941 fue nombrado administrador de la parroquia de San Pedro y San Pablo de Nowy Zmigród, de la que al año siguiente era

nombrado párroco. Expulsado por los alemanes como todos los habitantes el 3 de octubre de 1944, pudo volver en enero de 1945 y se dedicó a la reorganización de la parroquia. Procuraba su renovación religiosa y moral, y hacía lo que estaba de su parte para preservar a los jóvenes de la intensa propaganda del ateísmo que hacían las autoridades del Estado comunista. E igualmente hizo cuanto pudo por ayudar a las familias necesitadas, no importándole su etnia o confesión religiosa. Se volcó en la ayuda a los grecocatólicos, tan duramente perseguidos por el régimen.

Ello trajo consigo que las autoridades comenzaran a mirar su actividad con malos ojos. En 1952 empezaron a tomarse medidas contra él. Fue suspendido del ejercicio de la docencia de la religión en las escuelas. No se le permitió la labor apostólica en la parte de su parroquia que estaba en la frontera. La autoridad eclesiástica quiso, en cambio, darle pruebas de su estima, por ejemplo, con el nombramiento como arcipreste de Nowy Zmigród en 1962.

Con ocasión de la convocatoria del Concilio Vaticano II, comenzó una serie de obras llamadas «obras conciliares de la bondad», y entre ellas escribió cartas a los feligreses en situación irregular invitándoles a regularizarse. Entonces fue acusado de obligar a los fieles a los ritos religiosos y el 25 de noviembre de 1963 fue arrestado y encerrado en la cárcel de Rzeszów. Al mes siguiente fue condenado a dos años y seis meses de reclusión por violar la libertad de conciencia. La prensa arremetió contra él para desacreditarlo y en la cárcel se le dieron malos tratos y humillaciones físicas y psíquicas. El 25 de enero de 1964 fue trasladado a la cárcel central de Varsovia. En este tiempo su salud había empeorando. Porque poco antes de ser arrestado había sido operado de tiroides y se le halló un cáncer de esófago. Aunque se había alegado su mal estado varias veces, sólo se le atendió a finales de febrero de 1964 por el Tribunal Supremo, que mandó fuera liberado y enviado a casa. Volvió a la casa parroquial de Nowy Zmigród ya en muy mal estado; empeoró a causa de un enfisema pulmonar, sin que su estancia en el hospital clínico de Wroclaw sirviera para nada. Vuelto a su parroquia murió el 21 de agosto de 1964.

Fue beatificado por el papa Benedicto XVI, celebrándose la ceremonia en Varsovia el 19 de junio de 2005, presidida por el cardenal José Glemp.

En la homilía de la ceremonia de beatificación mons. Josef Michalik, arzobispo de Przemysl de los latinos y presidente de la Conferencia Episcopal, trazó el perfil moral del nuevo beato:

> «Durante la guerra fue nombrado párroco de Zmigród Nowy. Allí, como siempre, entabló un estrecho contacto pastoral con todos, independientemente de su religión y nacionalidad. A todos ayudaba y todos le ayudaban a él, católicos, lemkis, judíos. En la batalla, o más bien en la matanza de Dukla (murieron alrededor de noventa mil soldados rusos, eslovacos y polacos) quedaron totalmente destruidas su pequeña ciudad y las aldeas cercanas. Después de la guerra, con la ayuda de la gente, se fueron reconstruyendo poco a poco. Más difícil resultó la reconstrucción del orden moral destruido por la guerra y por los compatriotas que se habían puesto al servicio del nuevo sistema comunista. Cumplía su misión, como muchos otros, como todos los sacerdotes de aquellos años, pero su empeño se intensificó aún más con los así llamados "Actos de bondad", promovidos por los obispos polacos a favor de la renovación de la Iglesia, impulsada por el Concilio Vaticano II. En otoño de 1963, Ladislao Findysz, párroco y arcipreste, escribió cartas a sus parroquianos, exhortándolos a intensificar su vida de piedad y a contraer el matrimonio sacramental, cuando fuera posible. Las autoridades lo consideraron un delito. Fueron el celo y la fidelidad a los programas pastorales nacionales y la mirada de fe sobre la familia y sobre el matrimonio los que lo llevaron a la cárcel comunista».

BEATA MARÍA DE LOS ÁNGELES (ÁNGELA) GINARD MARTÍ

Virgen y mártir († 1936)

Nace en Lluchmayor, Mallorca, el 3 de abril de 1894, en una familia numerosa y cristiana. Su padre era guardia civil, y llegaría, en el cuerpo, a capitán. Desde su primera comunión (14 de abril de 1905) se sintió inclinada a la vida religiosa. Pasó su juventud en Palma de Mallorca y colaboró en la economía familiar trabajando como bordadora y sombrerera; también ayudaba en la casa en la crianza de los hermanos pequeños. Oía misa diaria y comulgaba y practicaba otras devociones, dirigida por

su confesor que la impulsaba a la intensidad de la vida cristiana. Por fin, el 21 de noviembre de 1921 pudo ingresar en el postulantado de las Religiosas Celadoras del Culto Eucarístico, en Palma de Mallorca. Se adaptó muy bien a la vida religiosa. Hecho el noviciado y la profesión religiosa en 1923, fue destinada a Madrid, luego a Barcelona y finalmente a Madrid, de nuevo, de cuya casa fue nombrada procuradora.

Llegada la revolución de julio de 1936 y visto que era imposible la vida normal, hubo de dejar la casa religiosa el 20 de dicho mes con las demás religiosas, vestidas todas ellas de seglares, y se refugió con una familia. En su refugio pudo ver el saqueo y quema de la iglesia. Permaneció allí hasta que el 25 de agosto siguiente, habiendo sido denunciada por el portero, fue detenida por unos milicianos que la llevaron a la checa de Bellas Artes y al anochecer del 26 de agosto la llevaron a la Dehesa de la Villa donde la fusilaron. Autorizada su causa el 6 de febrero de 1987, su martirio fue declarado el 19 de abril de 2004, y diferida su beatificación a causa de la muerte del Santo Padre Juan Pablo II, por fin fue beatificada el 29 de octubre de 2005.

Dice de ella mons. Jesús Murgui Soriano, obispo de Mallorca, con motivo de su beatificación:

> «Aún hay que anotar algo más en el martirio de sor María de los Ángeles. Es el gran testimonio de fe y entrega, que hemos comentado, pero lo es también de caridad fraterna en grado heroica. Sin decir una sola palabra hubiera podido conservar la vida cuando los milicianos que la detuvieron en el contexto revolucionario que se apoderó del país a las pocas horas de iniciarse la guerra civil no la identificaban a ella como religiosa y lo hacían erróneamente con una de las personas que la habían acogido en su casa en aquellas fatídicas circunstancias de persecución religiosa. No, la vida eucarística no podía disimular ante el peligro de otros. El martirio es con mucha frecuencia testimonio supremo de amor a los hermanos, dando la vida por ellos, en su lugar, o perdonando de corazón a los que llevan a cabo la muerte injusta. ¿Qué nos dice hoy a los hijos de la Iglesia esta beatificación? Que debemos amar sobre todas las cosas a Dios, correspondiendo a su amor, y a los hermanos, amigos y enemigos, conocidos y desconocidos, a quienes nos aprecian y hacen el bien, y a quienes nos odian. Y sólo existe una escuela para aprenderlo y un alimento que nos dará fuerza para practicar lo aprendido: la Eucaristía. Es necesario acudir a ella con vivencia renovada, cuando, también providencialmente, ha coincidido esta beatificación con la clausura del Año de la Eucaristía [...]

El testimonio de la beata María de los Ángeles nos interpela igualmente sobre la urgencia de promover vocaciones a la vida consagrada en todas las dimensiones y proyecciones, y a la santidad en todos los estados de la vida. Ella, que pensó en la vida contemplativa gracias al ejemplo de una tía monja jerónima en el monasterio de San Bartolomé de la ciudad de Inca, llegó a las Celadoras gracias a la orientación de su director espiritual».

Bibliografía

GERMANES ZELADORES DEL CULTE EUCARÍSTIC, *Sor Maria dels Àngels Ginard Martí* (Palma de Mallorca 1995).

PALOMO IGLESIAS, C., *Beata María de los Ángeles Ginard Martí, religiosa de las Hermanas Celadoras del Culto Eucarístico* (Madrid 2005).

Septiembre

A) MARTIROLOGIO

Día 7. En Varsovia, Beato Ignacio Klopotowski († 1931), presbítero, fundador de la Congregación de Hermanas de Santa María de Loreto.

Día 17. En Cracovia (Polonia), Beato Segismundo Félix Felinski († 1895), arzobispo de Varsovia, fundador de las Hermanas Franciscanas de la Familia de María.

Día 20. En Roermond (Holanda), Beata María Teresa de San José Tauscher van den Bosch († 1938), virgen, fundadora de las Religiosas Carmelitas del Divino Corazón de Jesús.

Día 29. En Milán, Beato Luis Monza († 1954), presbítero, fundador del Instituto Secular de las Pequeñas Apóstoles de la Caridad.

B) BIOGRAFÍAS

BEATO IGNACIO KLOPOTOWSKI

Presbítero y fundador († 1931)

Este insigne sacerdote, de tan clarividentes criterios pastorales, nace en Korzeniówka, en la región de Podlasie, el 20 de julio de 1866. Tras hacer estudios en el Instituto de Estudios Clásicos de Siedlce, ingresa en el seminario mayor de Lublin, donde cursa los primeros tres años de los estudios eclesiásticos.

A fin de completarlos, el curso cuarto fue a estudiarlo a la academia eclesiástica de San Petersburgo, y aquí obtuvo la licenciatura en teología. Recibe la ordenación sacerdotal en la catedral de Lublin el 5 de julio de 1891, de manos del obispo de la diócesis monseñor Franciszek Jaczewski.

Como sacerdote ejerce el cargo de vicario en la parroquia de la Conversión de San Pablo de Lublin, siendo designado en 1892 como capellán del hospital de San Vicente y profesor del seminario mayor. En esta tarea estaría durante catorce años, impartiendo clases de Sagrada Escritura, Teología Moral y Derecho Canónico.

Su actividad pastoral no se limitó a sus clases sino que desde el principio abordó el apostolado de la pluma, publicando libros de espiritualidad y vida cristiana. Y en 1905 comenzó a publicar un diario, un semanario y una revista mensual. El diario se llamaba *Diario polaco-católico;* el semanario: *La semilla,* y la revista: *Círculo del rosario.* Empezó también una publicación infantil, que se titulaba *El ángel custodio.*

Estaba muy atento a las necesidades sociales, fijándose en la miseria moral y material, el paro, la ignorancia y el subdesarrollo. Y entonces decidió aportar lo que estaba en su mano para socorrer a los más necesitados. Funda una casa de trabajo retribuido, una escuela profesional para la juventud, varias residencias de ancianos y el hospicio de San Antonio.

Cuando Polonia se vio de nuevo constituida en una nación independiente, puso gran empeño en la educación cristiana de los niños y jóvenes, dando mucho relieve a la figura de la madre en el seno del hogar como educadora y transmisora de la fe.

Quería garantizar la continuidad del apostolado de la palabra impresa emprendido por él y, por ello, el 31 de julio de 1920 fundó la «Congregación de las Religiosas de la Bienaventurada Virgen María de Loreto». Tenía como ideal oponer la buena prensa a la prensa anticristiana y negativa.

Persona de gran vida interior, era sumamente devoto de la Eucaristía y de la Virgen María. Lleno de méritos murió en Varsovia el 7 de septiembre de 1931. Enterrado primero en el cementerio de Powazki, su causa de beatificación fue emprendida en 1988, siendo declaradas sus virtudes heroicas el 20 de di-

ciembre de 2004, y ya en el pontificado de Benedicto XVI ha sido beatificado en Varsovia el 19 de junio de 2005.

En la homilía de la ceremonia de beatificación, pronunciada por mons. Josef Michalik, arzobispo de Przemysl de los latinos y presidente de la Conferencia Episcopal, hizo este elogio de nuestro beato:

> «Vivió cuarenta años de sacerdocio, vocación que amó mucho, considerándola como el don de servir a Dios y a los hombres, especialmente a lo más pobres. Para ellos fundó en Lublin y en sus alrededores orfanatos, asilos, dormitorios. Fundó también una casa para las muchachas de la calle. Se sentía orgulloso de este trabajo y le alegraba en particular tener la posibilidad de arrancar a esas pobres mujeres de la esclavitud del pecado. Fundó también escuelas polacas, convencido de que los niños instruidos y bien educados son el mayor tesoro de una nación; ello le granjeó la enemistad de las autoridades zaristas, que le obligaron a arresto domiciliario. Su dinamismo apostólico lo impulsó a la actividad en el campo del trabajo editorial. Fundó periódicos católicos y tipografías que definía como el púlpito de nuestro tiempo. Un buen libro y un buen periódico eran para él el pan del alma».

Bibliografía

L'apostolo della Polonia: mons. Ignazio Klopotowski (1866-1931) (Pessano 2002).

CHOMIUK, Z. A., *Dire grazie con tutta la vita. Il servo di Dio don Ignazio Klopotowski, 1866-1931* (Pessano 2004).

BEATO SEGISMUNDO FÉLIX FELINSKI

Arzobispo y fundador († 1895)

Este esforzado campeón de la libertad de la Iglesia y abnegado pastor de almas nace en Wojutyn, hoy Ucrania, el 1 de noviembre de 1822, en una familia muy religiosa, cuya madre fue deportada a Siberia de 1838 hasta 1844 por sus actividades patrióticas con los campesinos. Tras estudiar en Moscú y París tomó parte en 1848 en la insurrección de Poznan. Entre 1848 y 1851 fue preceptor en una familia. Vuelve a Polonia en 1851 y empieza los estudios eclesiásticos en la academia eclesiástica de San Petersburgo y se ordena sacerdote en septiembre de 1855. Está dos años en la parroquia de Santa Catalina, de San Petersburgo, y al tiempo que trabaja pastoralmente, da clases particu-

lares. En 1856 recibe el título de «maestro en teología». Nombrado director espiritual y profesor en dicha academia, fundó el «Refugio para pobres». En 1857 funda la congregación religiosa llamada «Franciscanas de la Familia de María» con la finalidad de prestar ayuda a los más humildes. El 6 de enero de 1862 es nombrado arzobispo de Varsovia por el Beato papa Pío IX. Es consagrado obispo el 26 de dicho mes y toma posesión de su sede el siguiente 16 de febrero.

Lo primero que hizo en su nuevo cargo fue volver a consagrar la catedral profanada por las tropas rusas y proceder a abrir todas las iglesias. Su tarea era ante todo la de revitalizar la comunidad católica y darle nuevo empuje, visitando las parroquias e instituciones de caridad y procurando la libertad de la Iglesia, estimulando al clero al estudio, la predicación, la catequesis y a la apertura de escuelas católicas. Se cuidó de los pobres y fundó un asilo que encomendó a las religiosas de su congregación. Tras la insurrección de enero de 1863 no dejó de protestar contra las sangrientas represalias del gobierno ruso, y por ello, el 14 de junio de aquel año, fue arrestado por mano militar y conducido a San Petersburgo y, seguidamente, deportado a Jaroslavl, donde estaría veinte años pasando muchas penurias. Logró que allí se edificara una iglesia católica y se interesó mucho por los sacerdotes deportados a Siberia. Liberado en 1883 por acuerdo entre el gobierno ruso y la Santa Sede, hubo de renunciar a su diócesis y se le dio el título de arzobispo de Tarso. Se fue a vivir en Dzwiniacza (Lvov), de dominio austriaco, donde trabajó por el bien de los campesinos, erigió una iglesia, fundó un orfanato y construyó una casa para su congregación. Murió en Cracovia el 17 de septiembre de 1895 con gran fama de santidad. Fue beatificado el 18 de agosto de 2002 por el papa Juan Pablo II.

Al promulgarse el decreto que declaraba sus virtudes heroicas, fechado el 24 de abril de 2001, era elogiado con estas palabras:

> «Desde su juventud este siervo de Dios estimó ante todo el ejercicio de las virtudes y por ello se esforzó en ejercerlas del mejor modo y continuamente. Mostró en su vida una gran constancia en las buenas costumbres, pese a las difíciles y adversas circunstancias en que se encontró. Tenía una fe ilustrada, probada y ensanchada en un tiempo en que el racionalismo y el positivismo campa-

ban por sus respetos; y esta fe se nutría de la Liturgia, de una ardiente devoción al Santísimo Sacramento, la oración continua y la meditación de la Palabra divina. Digna es de notarse su devoción a la Sagrada Pasión y la Virgen María, cuyo culto fomentó y propagó el tiempo en que gobernó su diócesis. Confiaba plenamente en la Providencia divina y se entrega por completo en manos de Dios. Desde niño aprendió a amar a Dios y movido por este amor se propuso ante todo la gloria de Dios y el bien de los hombres. Impulsado por su celo fomentó la enseñanza del catecismo y las misiones populares. Teniendo la seguridad de que los hombres no pueden considerarse como hermanos sino en Cristo, nunca negó auxilio alguno espiritual o material a los pobres que acudían a él, salvando a muchos de la desesperación y de la más triste miseria. Ayudó a todos sin tener en cuenta su nación o religión. Fue incansable en el trabajo pastoral, como lo indican las muchas obras que acometió, tales como la apertura de escuelas, de asilos para los niños y la institución de una congregación religiosa para el progreso humano y cristiano de los pobres. Fue un prudente confesor y un sabio director espiritual; ejerció su ministerio con una gran prudencia, y asimismo fue prudente en su condición de fundador y en sus relaciones con el clero, con las autoridades y con el pueblo. Eligió la Ley de Dios como única regla de su vida; siempre justo en su trato con los demás, consideró cosa suya mirar por todos pero especialmente por los campesinos, deseando la solución de su problemática. Mostró una máxima fortaleza y se mantuvo sereno y confiado en el Señor cuando las autoridades rusas lo persiguieron y como tal arzobispo de Varsovia, defendió la libertad de la Iglesia de la arrogancia de las prepotentes autoridades. Su método de vida era sencillo y sobrio; muy parco en la comida, no queriendo sino alimentos comunes y absteniéndose del vino».

Bibliografía

ZYLINSKA, S. R., *Ks. Zygmunt Szczesny Felinski arcyskup metropolita Warszawski* (Roma 1965).

BEATA MARÍA TERESA DE SAN JOSÉ TAUSCHER VAN DEN BOSCH

Virgen y fundadora († 1938)

Ana María Tauscher van den Bosch nace en Sandow (Brandenburgo), hoy Polonia, el 19 de junio de 1855 en el seno de una familia luterana, siendo pastor su padre e igualmente su abuelo. Su familia se trasladó en 1862 a Arnswalde. Sus padres

infundieron en ella firmes sentimientos religiosos, y ella acompañaba a su madre en sus obras apostólicas y de caridad, llegando a tener hasta 300 chicos para recibir catecismo e instrucción cristiana. De salud delicada fue enviada en 1870 a un colegio de los Hermanos Moravos, situado en pleno campo, lo que sirvió para su restablecimiento. En este colegio creció su religiosidad y entrega al Señor, afirmándose en ella magníficas cualidades. Comenzó a tener dudas respecto al luteranismo, lo que se vio claramente con motivo de su confirmación en 1872. Al pasar una temporada con su abuelo, rechazó una propuesta de matrimonio, pese a la insistencia del abuelo, y en 1874 hubo de hacerse cargo de la familia al morir su madre. Cinco años más tarde su padre se volvía a casar y ella se vio libre para aceptar el cargo de directora del manicomio de Colonia. Estando en este cargo decidió hacerse católica, ingresando en la Iglesia el 30 de octubre de 1888.

Orientada espiritualmente hacia el Carmelo, su confesor le indicó que no se hiciera carmelita de clausura y ella siguió su consejo. Determinó entonces fundar una nueva congregación impregnada del espíritu carmelitano que se dedicara a la asistencia de los niños huérfanos, pobres y abandonados y la llamó «Carmelitas del Divino Corazón de Jesús». Comenzó para ella un largo calvario pues fue expulsada de su casa, se le negó el permiso para llevar hábito religioso en Colonia y no fue sino en Rocca di Papa, cerca de Roma, donde en 1904 el cardenal Satolli le permitió fundar el Carmelo del Divino Corazón de Jesús. El 3 de enero de 1909 ella y sus 50 compañeras emitieron los primeros votos canónicos, tomando el nombre de María Teresa de San José, al tiempo que tomaban el hábito 56 postulantes. Pudo multiplicar sus Casas de San José en varios países de Europa y en 1912 marchó a fundar a los Estados Unidos de América. Llegada la I Guerra Mundial, le fue expropiada la casa de Rocca di Papa por ser de una alemana. Vuelta a Europa en 1920, puso, en 1924, la nueva casa madre en Sittard (Holanda), donde se dedicó a la formación de sus religiosas y pasó los últimos años de su vida.

Llena de méritos y virtudes, y sobresaliendo por su espíritu de austeridad y pobreza evangélica, así como por su altísima

vida de oración, logró consolidar su congregación y elaborar sus constituciones. Murió santamente el 20 de septiembre de 1938. Entre sus escritos se halló su autobiografía. Fue beatificada en Roermond (Holanda) el 13 de mayo de 2006, día de la Virgen de Fátima, en que se cumplían veinticinco años del atentado contra Juan Pablo II, ocurrido en 1981.

Bibliografía

Mother Mary Teresa of St. Joseph (Anna Maria Tauscher van den Bosch) the servant of God, foundress of Carmel of the Divine Heart of Jesus. An autobiography (Wauwatosa, Wis., 1953).

BEATO LUIS MONZA

Presbítero († 1954)

Nació en Cislago, en la provincia italiana de Varese, el 22 de junio de 1898, en el seno de una familia campesina y cristiana. Educado cristianamente, fue destinado desde su primera adolescencia a los trabajos del campo hasta que, madurada su vocación sacerdotal, pudo ingresar con 18 años en el seminario diocesano. Hechos los pertinentes estudios se ordenó sacerdote el 19 de septiembre de 1925 y se incardinó en la archidiócesis de Milán. Destinado a la parroquia de Vedano Olona, su primer ministerio fue la dirección del oratorio masculino. Hubo de pasar por una dura prueba: fue acusado por el régimen fascista de haber participado en un atentado y fue condenado a cuatro meses de prisión, siendo finalmente absuelto y liberado. En 1929 le destinaron al Santuario de la Virgen de los Milagros en Saronno, donde hizo una gran labor como animador de la juventud.

Durante toda su vida fue muy consciente de la situación espiritual y moral del mundo y de la progresiva paganización de la sociedad. Llegó a la conclusión de que hay que vivir con la caridad de los primeros cristianos para dar un testimonio verdaderamente evangelizador. Con estas ideas ya en su corazón le llegó en 1936 el nombramiento de párroco de San Juan en Lecco, donde desarrollaría su ejemplar labor apostólica y pastoral. En 1937 fundó el «Instituto secular de las Pequeñas Apóstoles de la

Caridad». Primero creó la asociación «Nuestra familia» para la asistencia socio-sanitaria, la instrucción y formación de las personas discapacitadas y menos favorecidas, sobre todo niños. Su obra, posteriormente, se extendería al resto de Italia, a Sudán, a Brasil y a Ecuador, colaborando también en China, Marruecos y Palestina. Catequista, buen liturgo y celoso pastor, ejerció con gran ejemplaridad su ministerio parroquial. Murió el 29 de septiembre de 1954 y fue beatificado el 30 de abril de 2006.

En la homilía de su beatificación dijo de él el cardenal Tettamanzi:

> «Don Monza, hombre humilde y sencillo, desafió a la sociedad moderna, soñando con el regreso a la caridad práctica de los primeros cristianos. Precisamente la caridad fraterna de los primeros cristianos, por misteriosas circunstancias históricas, se convirtió en atención competente a los discapacitados, sobre todo a los niños y a los adolescentes. Don Monza fundó la obra "Nuestra familia", que quizás haya sido la primera en Italia en sacar a los discapacitados de la marginación social, y cuyos centros se han difundido en todo el país y en el mundo. Y lo hizo siendo párroco e indicando a su gente de Lecco que la experiencia pionera, que había comenzado, era una nueva dimensión de la vida parroquial y de la comunidad fraterna: la caridad de los primeros cristianos como "forma" de vida eclesial y de servicio social».

Bibliografía

BOFFI, M. - MEZZADRI, L. - ONNIS, F., *Don Luigi Monza. Un profeta della carità* (Cinsello Balsamo 1996).

SERENTHA, L., *Come gli apostoli al servizio di un nuovo mondo. Spiritualita di don Luigi Monza nella vita delle Piccole Apostole della Carità* (Lecco 1986).

Octubre

A) MARTIROLOGIO

Día 16. En Ramapuran (India), Beato Agustín Thevarparampil († 1973), presbítero.

B) Biografías

BEATO AGUSTÍN THEVARPARAMPIL
Presbítero († 1973)

Este sacerdote del rito siro-malabar nació el 1 de abril de 1891 en Ramapuran (India). Era el menor de una familia de cinco hijos. Terminados los estudios primarios, ingresó en el semimario de Changacherry, del que pasaría al de Puthenpally, ordenándose sacerdote el 17 de diciembre de 1921. Destinado primero a su parroquia natal como coadjutor, pasó después tres años en Kadanad, y luego volvió a su parroquia, donde estaría el resto de su vida. El Señor le hace ver cuál era el campo adecuado de su trabajo apostólico: los *dalit* o desheredados. Durante casi cuarenta años se dedicó al apostolado entre ellos, teniendo en cuenta que sus condiciones de vida eran dramáticas, pues se les consideraba «intocables» y se les discriminaba por su casta, su color y sus condiciones sociales. Todos eran analfabetos y realizaban trabajos manuales propios de esclavos. Todos estos factores hacían muy difícil el trabajo entre ellos pero el P. Agustín, a quien llamaban *Kunjachan* (el padrecito), encontraba siempre modos de acercarse a ellos con amor y atender a sus necesidades materiales y espirituales. Los visitaba diariamente en sus casas y en sus lugares de trabajo, y se esforzaba por su elevación cultural, social y moral. Superó numerosas dificultades y cosechó frutos de conversiones entre los *dalit* a quienes el Gobierno indio negó determinados derechos por haberse convertido al cristianismo. Muy devoto de la Eucaristía y de la Virgen María, se transparentaba en toda su actividad su rica vida interior. Obedecía a su párroco y al obispo diocesano con gran humildad y disponibilidad. Murió el 16 de octubre de 1973 y fue beatificado el 30 de abril de 2006.

De él dijo el cardenal Vithayathil durante la ceremonia de beatificación:

> «Hoy es un día de gran alegría y honor para la Iglesia siro-malabar. Después de la beatificación de Chavara Kuriakose Elías, de Alfonsa y María Teresa, es beatificada una cuarta persona de la India, Agustín Thevarparampil, *Kunjachan,* de la parroquia de Ramapuram, en la eparquía de Palai. La Iglesia universal en general, y

la Iglesia siro-malabar en particular, se sienten honradas y dan gracias a Dios todopoderoso por este nuevo beato. Agustín Thevarparampil fue un sacerdote humilde, que se entregó a favor de sus hermanos *dalit* marginados de la sociedad. Ejerció su ministerio en la parroquia durante 47 años. Aunque su verdadero nombre era Agustín, todos lo conocían como *Kunjachan,* porque era bajo de estatura [...] El objetivo último de su vida terrena fue la consecución de la santidad. Que la vida santa de este sacerdote diocesano impulse, no sólo a los sacerdotes diocesanos, sino también a los fieles de toda condición, a llevar una vida santa».

Nota final

Los siguientes beatos, cuyas biografías se han reseñado en este *Año cristiano,* son ya venerados como santos:

ALBERTO HURTADO CRUCHAGA († 1952), canonizado el 23 de octubre de 2005: cf. 18 de agosto.

CAYETANO CATANOSO († 1963), canonizado el 23 de octubre de 2005: cf. 4 de abril.

FÉLIX (SANTIAGO AMOROSO) DE NICOSIA († 1787), canonizado el 23 de octubre de 2005: cf. 31 de mayo.

JOSÉ BILCZEWKI († 1923), canonizado el 23 de octubre de 2005: cf. 20 de marzo.

SEGISMUNDO GORAZDOWSKI († 1920), canonizado el 23 de octubre de 2005: cf. 1 de enero.

JUANA BERETTA DE MOLLA († 1962), canonizada el 16 de mayo de 2004: cf. 28 de abril.

LUIS ORIONE. († 1940), canonizado el 16 de mayo de 2004: cf. 12 de marzo.

ÍNDICE ONOMÁSTICO GENERAL *

Aarón, San († s. IV), 22 jun., 547.
Aaron (sumo sacerdote), San, 1 jul., 4-11.
Abdías (profeta), San, 19 nov., 472-478.
Abdón, San († s. III), 30 jul., 954-959.
Abercio, San († s. III), 22 oct., 569-575.
Abilio de la Cruz Ramos Ramos, Bto. († 1936), 23 jul., 632-636.
Abón de Fleury, San († 1004), 13, nov., 327.
Abraham, San († ca.480), 15 jun., 394.
Abrahán (anacoreta), San († 366), 29 oct., 747.
Abrahán (patriarca), San, 9 oct., 232-244.
Abundio, San († 854), 11 jul., 288.
Acisclo de Córdoba, San († s. IV), 17 nov., 431.
Acisclo Piña Piazuelo, Bto. († 1936), 10 nov., 223-224.
Acursio, San, († 1220), 16 ene., 349-350.
Adyuto, San († 1220), 16 ene., 349-350.
Adalberón, San († 1090), 6 oct., 180-183.
Adalberto, San († s. VIII), 25 jun., 591.
Adalberto (de Praga), San († 997), 23 abr., 476-480.
Adalberto Nierychlewski, Bto. († 1942), 7 feb., 188-189.
Adalpreto, San († ca. 1173), 20 sep., 611-612.
Adamnano, San († 704), 23 sep., 699.
Adán Bargielski, Bto. († 1942), 8 sep., 248.
Adaucto de Roma, San († 304), 30 ago., 1145.
Adelaida, Sta. († 999), 16 dic., 422-427.
Adelaida de Villich, Sta. († 1015), 5 feb., 114-121.
Ademaro, Bto. († 1242), 29 mayo, 660-665.
Adolfo (de Córdoba), San († 824), 27 sep., 821.
Adolfo de Osnabrück, San († 1224), 30 jun., 734.
Adolfo Kolping, Bto. († 1865), 4 dic., 130-135.
Adolfo Ludigo Mkasa, San († 1886), 3 jun., 58-65.
Adón de Vienne, San († 875), 16 dic., 449.
Adrián de Canterbury, San († 710), 9 ene., 204.
Adrián Fortescue, Bto. († 1539), 9 jul., 254-255.
Adriano III (papa), San († 885), 8 jul., 220-221.
Adriano de Hilvarenbeek, San († 1572), 9 jul., 236-239.

* Las páginas hacen referencia al volumen correspodiente del mes que se indica, excepto las páginas con asterisco que remiten al volumen del mes de diciembre (Apéndice).

Aelredo, San († 1167), 12 ene., 274-276.
Afra, Sta. († 304), 7 ago., 187.
Afraates, San († 378), 29 ene., 612-613.
Agapio, San († 306), 21 nov., 526.
Agapio (de Cesarea), San († 303), 24 mar., 462.
Agapio (obispo), San († 258/259), 4 mayo, 99-101.
Agapito I (papa), San († 536), 22 abr., 464-470.
Agatángelo de Vendôme (Francisco) Nourry, Bto. († 1638), 7 ago., 190-192.
Agatón, San († 681), 10 ene., 240.
Ageo (profeta), San, 16 dic., 416-422.
Agerico de Verdún, San († 588), 1 dic., 46.
Agnelo de Pisa, Bto. († s. XIII), 13 mar., 252-256.
Agno de Zaragoza, Bto. († 1260), 14 mar., 577-578.
Agrícola, San († 580), 17 mar., 306.
Agrícola de Aviñón, San († 700), 2 sep., 38.
Agrícola (de Bolonia), San († 304), 4 nov., 98.
Águeda, Sta. († 251), 5 feb., 102-105.
Águeda Chon Kyong-hyob, Sta. († 1839), 26 sep., 791-800; (memoria: 20 sep., 578-583).
Águeda de Nuestra Señora de las Virtudes Hernández Amorós, Bta. († 1936), 19 ago., 684-700.
Águeda Kim A-gi, Sta. († 1839), 24 mayo, 542-548; (memoria: 20 sep., 578-583).
Águeda Kwon Chini, Sta. († 1840), 31 ene., 663-664; (memoria: 20 sep., 578-583).
Águeda Lin, Sta. († 1858), 28 ene., 598-599; (memoria: 9 jul., 224-235).
Águeda Phuta, Bta. († 1940), 26 dic., 675.
Águeda Yi, Sta. († 1840), 9 ene., 205-206; (memoria: 20 sep., 578-583).
Águeda Yi Kan-nan, Sta. († 1846), 20 sep., 600-604; (memoria: ibíd).
Águeda Yi Kiomg-I, Sta. († 1840), 31 ene., 663-664; (memoria: 20 sep., 578-583).
Águeda Yi Sosa, Sta. († 1839), 24 mayo, 542-548; (memoria: 20 sep., 578-583).
Agustín, San († 430), 28 ago., 1011-1023.
Agustín de Canterbury, San († 605), 27 mayo, 608-615.
Agustín Erlandsson, San († 1188), 26 ene., 558-559.
Agustín Fangi de Biella, Bto. († 1493), 22 jul., 604.
Agustín García Calvo, Bto. († 1936), 10 dic., 281-282.
Agustín José (Elías) Desgardin, Bto. († 1794), 6 jul., 171-172.
Agustín Kazotic, Bto. († 1323), 3 ago., 81-84.
Agustín Manuel Philippot, San († 1794), 21 ene., 430-431.
Agustín Nguyen Van Moi, San († 1839), 19 dic., 500-502; (memoria: 24 nov., 580-585).
Agustín Novelli, Bto. († 1310), 19 mayo, 438-439.
Agustín Ota, Bto. († 1622), 10 ago., 314-315.
Agustín Pak Chong-won, San († 1840), 31 ene., 663-664; (memoria: 20 sep., 578-583).

Agustín Phan Viet Huy, San († 1839), 13 jun., 351 (memoria: 24 nov., 580-585).
Agustín Roscelli, San († 1902), 7 mayo, 148-153.
Agustín Sánchez Caloca, San († 1927), 25 mayo, 579-580.
Agustín Schoeffler, San († 1851), 1 mayo, 30-32 (memoria: 24 nov., 580-585).
Agustín Thevarparampil, Bto. († 1973), 16 oct., 939-940*.
Agustín Webster, San († 1535), 4 mayo, 87-94.
Agustín Yi Kwang-hon, San († 1839), 24 mayo, 542-548 (memoria: 20 sep., 578-583).
Agustín Yu Chin-gil, San († 1839), 22 sep., 656-662; (memoria: 20 sep., 578-583).
Agustín Zhao Rong, San († 1815), 21 mar., 410; (memoria: 9 jul., 224-235).
Agustina (Livia) Pietrantoni, Sta. († 1894), 13 nov., 305-311.
Aidano de Lindisfarne, San († 651), 31 ago., 1160-1163.
Aimón Taparelli, Bto. († 1495), 15, ago., 544.
Airaldo, Bto. († 1146), 2 ene., 62.
Alano de Solminihac, Bto. († 1659), 31 dic., 786-792.
Albano, San († s. III), 22 jun., 546-547.
Albano Roe, San († 1642), 21 ene., 431-433.
Albeo, San († 526), 12 sep., 353.
Alberico Crescitelli, San († 1900), 21 jul., 573-584; (memoria: 9 jul., 224-235).
Alberico de Cîteaux, San († 1109), 26 ene., 545-558.
Albertino de Fonte Avellana, Bto. († 1294), 13 abr., 288.
Alberto (Adán) Chmielowski, San († 1916), 25 dic., 644-646.
Alberto de Bérgamo, Bto. († 1279), 7 mayo, 155.
Alberto de Jerusalén, San († 1214), 14 sep., 392-395.
Alberto de Sicilia, San († 1307), 7 ago., 165-169.
Alberto Hurtado Cruchaga, San († 1952), 18 ago., 940*; 635-641.
Alberto Magno, San († 1280), 15 nov., 354-357.
Alberto Marvelli, Bto. († 1946), 5 oct., 156-166.
Albina de Lyón, Sta. († 177), 2 jun., 47-52.
Albino, San († 550), 1 mar., 20-21.
Aldhelmo, San († 709), 25 mayo, 574.
Aleidis, Sta. († 1250), 11 jun., 306-307.
Alejandrina María da Costa, Bta. († 1955), 13 oct., 346-355.
Alejandro, San († 326), 26 feb., 556-562.
Alejandro Blake, Bto. († 1590), 4 mar., 92-93.
Alejandro Briant, San († 1591), 1 dic., 47-49.
Alejandro Carlos Lenfant, Bto. († 1792), 2 sep., 39-44.
Alejandro Crow, Bto. († 1587), 30 nov., 735-736.
Alejandro (de Alejandría), San († 250), 12 dic., 333-334.
Alejandro (de Cesarea), San († 303), 24 mar., 462.
Alejandro de Constantinopla, San († 340), 28 ago., 1040-1042.
Alejandro de Fiésole, San († 823), 6 jun., 148-149.
Alejandro de Jerusalén, San († 250), 18 mar., 332.
Alejandro de Lyón, San († 177), 2 jun., 47-52.

Alejandro el Carbonero, San († s. III), 11 ago., 334-335.
Alejandro (María) Sauli, San († 1592), 11 oct., 312-318.
Alejandro Planas Saurí, Bto. († 1936), 19 nov., 483-484.
Alejandro Rawlins, Bto. († 1595), 7 abr., 158-159.
Alejandro Zaryzkyj, Bto. († 1963), 30 oct., 762-763.
Alejo, San († s. IV), 17 jul., 495.
Alejo Delgado, Bto. († 1570), 15 jul., 412-419.
Alejo Nakamura, Bto. († 1619), 27 nov., 661-662.
Alejo Saburi Sanbashi, Bto. († 1622), 10 sep., 308-310.
Alejo Sobaszek, Bto. († 1942), 1 ago., 42-43.
Alejo U Se-yong, Sto. († 1866), 11 mar., 232-233; (memoria: 20 sep., 578-583).
Alferio, San († 1050), 12 abr., 256.
Alfonsa de la Inmaculada Concepción (Ana Muttathupadathu), Bta. († 1946), 28 jul., 894-898.
Alfonso de Baena, Bto. († 1570), 15 jul., 412-419.
Alfonso López López, Bto. († 1936), 3 ago., 87-88.
Alfonso María de Ligorio, San († 1787), 1 ago., 4-12.
Alfonso María Mazurek, Bto. († 1944), 28 ago., 1051-1052.
Alfonso Miquel Garriga, Bto. († 1936), 13 ago., 444-448.
Alfonso Sebastiá Viñals, Bto. († 1936), 1 sep., 24-25.
Alfonso Sorribes Teixidor, Bto. († 1936), 15 ago., 545-551.
Alfredo (Jaime) Pellicer Muñoz, Bto. († 1936), 4 oct., 104-105.
Alfredo Ildefonso Schuster, Bto. († 1954), 30 ago., 1129-1144.
Alfredo Parte Sáiz, Bto. († 1936), 27 dic., 689-690.
Alfredo Simón Colomina, Bto. († 1936), 29 nov., 711-712.
Alicia Kotowska, Bta. († 1939), 11 nov., 257.
Alipio, San († 430), 15 ago., 493-503.
Alodia, Sta. († 846), 22 oct., 576-585.
Alonso de Mena, Bto. († 1622), 10 sep., 308-310.
Alonso de Orozco, San († 1591), 19 sep., 542-546.
Alonso María Fusco, Bto. († 1910), 6 feb., 146-151.
Alonso Navarrete, Bto. († 1617), 1 jun., 39-40.
Alonso Pacheco, Bto. († 1583), 25 jul., 776-780.
Alonso Rodríguez, San († 1628), 15 nov., 360-364.
Alonso Rodríguez (Gómez), San († 1617), 31 oct., 770-777.
Altmán de Passau, San († 1091), 8, ago., 240-241.
Álvaro de Córdoba, Bto. († 1430), 19 feb., 404-415.
Álvaro Mendes, Bto. († 1570), 15 jul., 412-419.
Álvaro Sanjuán Canet, Bto. († 1936), 1 oct., 43.
Amable, San († 475), 18 oct., 492.
Amada de Jesús (María Rosa) de Gordon, Bta. († 1794), 16 jul., 473-475.
Amadeo de Lausana, San († 1159), 27 ago., 966-969.
Amadeo de Saboya, Bto. († 1472), 30 mar., 525-533.
Amado de Remiremont, San († 629), 13 sep., 365-368.
Amado Ronconi, Bto. († s. XIII), 8 mayo, 175-176.

Amador, San († 418), 1 mayo, 26-27.
Amador (de Córdoba), San († 855), 30 abr., 684-685.
Amalberga, Sta., cf. Amelia, Sta.
Amalia, Sta., cf. Amelia, Sta.
Amalia Abad Casasempere, Bta. († 1936), 28 sep., 844-846.
Amalio (Justo) Zariquiegui Mendoza, Bto. († 1936), 31 ago., 1168-1175.
Amando, San († 679), 6 feb., 152-153.
Amando de Burdeos, San († 431), 18 jun., 469-470.
Amaro Vaz, Bto. († 1570), 15 jul., 412-419.
Ambrosio Agustín Chevreux, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Ambrosio de Milán, San († 397), 7 dic., 189-198.
Ambrosio de Torrente (Salvador Chuliá Ferrandis) Bto. († 1936), 1 ago., 24-31.
Ambrosio (Eduardo) Barlow, San († 1641), 10 sep., 310-318.
Ambrosio Fernándes, Bto. († 1620), 7 ene., 182-183.
Ambrosio Francisco Ferro, Bto. († 1645), 3 oct., 87.
Ambrosio Kibuka, San († 1886), 3 jun., 58-65.
Ambrosio León (Pedro) Lorente Vicente, Bto. († 1936), 23 oct., 638-640.
Ambrosio (Luis) Valls Matamales, Bto. († 1936), 26 ago., 946-947.
Ambrosio (Salvador) Chuliá Ferrandis, Bto. († 1936), 18 sep., 523-526.
Ambrosio Sansedoni, Bto. († 1287), 20 mar., 389.
Amelia, Sta. († 772), 10 jul., 273.
Amós (profeta), San († s. VIII a.C.), 15 jun., 367-375.
Ana (madre de la Virgen María), Sta., 26 jul., 787-791.
Ana An Jiaozhi, Sta. († 1900), 11 jul., 292; (memoria: 9 jul., 224-235).
Ana An Xinzhi, Sta. († 1900), 11 jul., 292; (memoria: 9 jul., 224-235).
Ana Andrea de San Alejo Minutte, Bta. († 1794), 13 jul., 355-357.
Ana Catalina Emmerick, Bta. († 1824), 9 feb., 865-867*.
Ana de los Ángeles Monteagudo, Bta. († 1686), 10 ene., 228-233.
Ana de San Bartolomé, Bta. († 1626), 7 jun., 153-159.
Ana de San Basilio Cartier, Bta. († 1794), 26 jul., 826-827.
Ana Eugenia (Eugenia María Ángela) Picco, Bta. († 1921), 7 sep., 175-185.
Ana Kim Chang-gum, Sta. († 1839), 20 jul., 557-562; (memoria: 20 sep., 578-583).
Ana Line, Sta. († 1601), 27 feb., 578-587.
Ana María (María Agustina) Erraux, Bta. († 1794), 23 oct., 631-634.
Ana María Aranda Riera, Bta. († 1936), 14 oct., 369-370.
Ana María Javouhey, Bta. († 1851), 15 jul., 425-433.
Ana María Taïgi, Bta. († 1837), 9 jun., 234-241.
Ana María Vaillot, Bta. († 1794), 1 feb., 25.
Ana Maugrain, Bta. († 1794), 16 abr., 349-347.
Ana Pak A-gi, Sta. († 1839), 24 mayo, 542-548; (memoria: 20 sep., 578-583).
Ana Rosa Gattorno, Bta. († 1900), 6 mayo, 129-134.

Ana Schäffer, Bta. († 1925), 5 oct., 128-137.
Ana Wang, Sta. († 1900), 22 jul., 605-606; (memoria: 9 jul., 224-235).
Anacario de la Inmaculada Benito Nozal, Bto. († 1936), 23 jul., 632-636.
Anastasio, San († 305), 11 mayo, 809-810.
Anastasio I (papa), San († 401), 19 dic., 486-492.
Anastasio (apocrisario), San († 666), 11 oct., 323.
Anastasio de Antioquía, San († 609), 20 abr., 439.
Anastasio de Cluny, San († 1085), 16 oct., 423.
Anastasio de Córdoba, San († 853), 14 jun., 365-366.
Anastasio el Sinaíta, San († 700), 21 abr., 455.
Anastasio (Magundat), San († 628), 22 ene., 460.
Anastasio Pankiewicz, Bto. († 1942), 20 abr., 432-438.
Anatolio de Constantinopla, San († 458), 3 jul., 83.
Anatolio Kiriggwajjo, San († 1886), 3 jun., 58-65.
Andrés (apóstol), San († s. I), 30 nov., 713-720.
Andrés Abellon, Bto. († 1450), 15 mayo, 333-342.
Andrés Alfredo Bessette, Bto. († 1937), 6 ene., 164.
Andrés Angar, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Andrés Avelino, San († 1608), 10 nov., 214-222.
Andrés Bauer, San († 1900), 9 jul., 259; (memoria: 9 jul., 224-235).
Andrés Bobola, San († 1657), 16 mayo, 350-356.
Andrés Caccioli, Bto. († 1254), 3 jun., 94.
Andrés Calibita, San († 767), 20 oct., 552.
Andrés Carlos Ferrari, Bto. († 1921), 2 feb., 39-44.
Andrés Chong, San († 1840), 23 ene., 470; (memoria: 20 sep., 578-583).
Andrés Conti, Bto. († 1302), 1 feb., 22-23.
Andrés Corsini, San († 1373), 6 ene., 163.
Andrés de Creta, San († 740), 4 jul., 92-96.
Andrés de Montereale, Bto. († 1479), 18 abr., 401.
Andrés de Phú Yén, Bto. († 1644), 26 jul., 794-799.
Andrés de Soveral, Bto. († 1645), 16 jul., 452-460.
Andrés Dotti, Bto. († 1315), 31 ago., 1176-1177.
Andrés Duliou, San († 1794), 21 ene., 430-431.
Andrés Dung Lac, San († 1839), 21 dic., 539-540; (memoria: 24 nov., 580-585).
Andrés el Tribuno, San († 305), 19 ago., 700-701.
Andrés Fardeau, Bto. († 1794), 24 ago., 879.
Andrés Franchi, Bto. († 1401), 26 mayo, 598.
Andrés Gallerani, Bto. († 1251), 19 mar., 352.
Andrés Gonçalves, Bto. († 1570), 15 jul., 412-419.
Andrés Grasset de Saint-Sauveur, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Andrés Hibernón, Bto. († 1602), 18 abr., 387-391.
Andrés Huberto Fournet, San († 1834), 13 mayo, 295-299.

Andrés Iscak, Bto. († 1941), 26 jun., 641.
Andrés Jacinto Longhin, Bto. († 1936), 26 jun., 642-643.
Andrés Kaggwa, San († 1886), 26 mayo, 602-603.
Andrés Kim Taegón, San († 1846), 16 sep., 464-469; (memoria: 20 sep., 578-583).
Andrés Murayama Tokuan, Bto. († 1619), 18 nov., 467-468.
Andrés Nguyen Kim Thong (Nam Thuong), San († 1855), 15 jul., 440; (memoria: 24 nov., 580-585).
Andrés Solá Molist, Bto. († 1927), 25 abr., 895-896*.
Andrés Trang Van Trong, San († 1835), 28 nov., 691-692; (memoria: 24 nov., 580-585).
Andrés Tuong, San († 1862), 16 jun., 423-425; (memoria: 24 nov., 580-585).
Andrés Wang Tianqing, San († 1900), 22 jul., 605-606; (memoria: 9 jul., 224-235).
Andrés Wouters, San († 1572), 9 jul., 236-239.
Andrés Yakichi, Bto. († 1622), 2 oct., 71-72.
Andrés Yoshida, Bto. († 1617), 2 oct., 41.
Andrés (Zoerardo) de Hungría, San († 1010), 17 jul., 498.
Anfiloquio de Iconio, San († 403), 23 nov., 574.
Angadrisma, Sta. († 695), 14 oct., 368.
Ángel, San († 1225), 5 mayo, 118.
Ángel Agustín Mazzinghi, Bto. († 1438), 16 ago., 584.
Ángel Carletti de Chiavasso, Bto. († 1495), 11 abr., 228.
Ángel Conti, Bto. († 1312), 27 ago., 1000-1001.
Ángel Custodio del Reino, Sto., 1 mar., 569-575.
Ángel Darío Acosta Z., Bto. († 1931), 25 jul., 919*.
Ángel de Acri, Bto. († 1739), 30 oct., 751-759.
Ángel de Borgo San Sepolcro, Bto. († 1306), 15 feb., 341-342.
Ángel (de Castrovillari), San († 1227), 10 oct., 278-282.
Ángel de Furci, Bto. († 1327), 6 feb., 153-154.
Ángel de Massaccio, Bto. († 1458), 8 mayo, 176.
Ángel Orsucci, Bto. († 1622), 10 sep., 308-310.
Ángel Ramos Velázquez, Bto. († 1936), 11 oct., 326.
Ángel Sastre Corporales, Bto. († 1936), 28 nov., 673-684.
Ángela de Foligno, Bta. († 1309), 4 ene., 80-86.
Ángela de la Cruz Guerrero y González, Sta. († 1932), 2 mar., 27-40.
Ángela de Mérici, Sta. († 1540), 27 ene., 561-563.
Ángela Salawa, Bta. († 1922), 12 mar., 234-240.
Angelario (apóstol de Bulgaria), San († s. IX/X), 27 jul., 867-868.
Ángeles Custodios, Stos., 2 oct., 44-52.
Ángeles de San José (Francisca) Lloret Martí, Bta. († 1936), 20 nov., 496-502.
Angélico, Bto. († 1455), 18 feb., 377-383.
Angelina de Marciano, Bta. († 1435), 14 jul., 399-400.
Aníbal María de Francia, San. († 1927), 1 jun., 29-37.
Aniceto (papa), San († 166), 20 abr., 417-421.

Aniceto Adolfo (Manuel) Seco Gutiérrez, San († 1934), 9 oct., 257-271.
Aniceto Hrycluk, Bto. († 1874), 24 ene., 494-496.
Aniceto Koplinski, Bto. († 1941), 16 oct., 424-425.
Anisio de Tesalónica, San († 406/410), 30 dic., 765.
Annón de Colonia, San († 1075), 4 dic., 122-126.
Anselmo, San († 1109), 21 abr., 442-450.
Anselmo de Luca, San († 1086), 18 mar., 320-327.
Anselmo de Nonantola, San († 803), 3 mar., 65.
Anselmo Polanco, Bto. († 1939), 7 feb., 171-179.
Ansuero, San († 1066), 15 jul., 436.
Antelmo de Belley, San († 1178), 26 jun., 638-639.
Antepasados de Nuestro Señor Jesucristo, Stos., 24 dic., 609-610.
Antero, San († 236), 3 ene., 78.
Antimo, San († 303), 24 abr., 542.
Antolín Calvo y Calvo, Bto. († 1936), 13 ago., 444-448.
Antonia (virgen), Sta. († 258/259), 4 mayo, 99-101.
Antonia de Florencia, Bta. († 1472), 28 feb., 610-611.
Antonia de Lyón, Sta. († 177), 2 jun., 47-52.
Antonia de San Timoteo Gosens Saez de Ibarra, Bta. († 1936), 24 nov., 602.
Antonia Mesina, Bta. († 1935), 17 mayo, 369-374.
Antonino, San († s. IV), 2 sep., 35-36.
Antonino de Florencia, San († 1459), 2 mayo, 43-50.
Antonino de Milán, San († 661), 31 oct., 777.
Antonino Fantosati, San († 1900), 7 jul., 206-207; (memoria: 9 jul., 224-235).
Antonio, Bto. († 1529), 23 sep. (memoria), 700-701.
Antonio Abad, San († 356), 17 ene., 350-358.
Antonio Bajewski, Bto. († 1941), 7, mayo V 155-156.
Antonio Baldinucci, Bto. († 1717), 7 nov., 145-151.
Antonio Bannassat, Bto. († 1794), 18, ago., 644-645.
Antonio Baracho (Uruaçu), Bto. († 1645), 3 oct., 87.
Antonio Beszta-Borowski, Bto. († 1943), 15 jul., 441.
Antonio Bonfadini, Bto. († 1482), 1 dic., 46-47.
Antonio Carlos Octaviano de Bouzet, Bto. († 1792), 2 sep., 39-44.
Antonio Cauleas, San († 901), 12 feb., 279-280.
Antonio Constante Auriel, Bto. († 1794), 16 jun., 423.
Antonio Correia, Bto. († 1570),15 jul., 412-419.
Antonio Chevrier, Bto. († 1879), 2 oct., 52-60.
Antonio Daniel, San († 1648), 4 jul., 121-122; (memoria: 19 oct., 493-498).
Antonio Daveluy, San († 1866), 30 mar., 550-551; (memoria: 20 sep., 578-583).
Antonio de Hoornaert, San († 1572), 9 jul., 236-239.
Antonio (de Nagasaki), San († 1597), 6 feb., 125-130.
Antonio de Padua, San († 1231), 13 jun., 333-341.
Antonio de San Buenaventura, Bto. († 1628), 8 sep., 239-243.
Antonio de San Francisco, Bto. († 1627), 27 ago., 1002-1007.

Antonio de Santa Ana Galvao de França, Bto. († 1822), 23 dic., 588-593.
Antonio de Santo Domingo, Bto. († 1628), 8 sep., 239-243.
Antonio de Sorrento, San († 830), 14 feb., 321-322.
Antonio de Stroncone, Bto. († 1461), 7 feb., 183-184.
Antonio de Weert, San († 1572), 9 jul., 236-239.
Antonio Fatati, Bto. († 1484), 9 ene., 205.
Antonio Fernández, Bto. († 1570), 15 jul., 412-419.
Antonio Francisco, Bto. († 1583), 25 jul., 776-780.
Antonio González, San († 1637), 24 sep., 733-734; (memoria: 28 sep., 831-840).
Antonio Grassi, Bto. († 1671), 13 dic., 353-355.
Antonio Hamanomachi Coreano, Bto. († 1622), 10 sep., 308-310.
Antonio Ixida, Bto. († 1632), 3 sep., 54-62.
Antonio Julián Nowowiejski, Bto. († 1941), 28 mayo, 646-654.
Antonio Kim Song-U, San († 1841), 29 abr., 656; (memoria: 20 sep., 578-583).
Antonio Kimura, Bto. († 1619), 27 nov., 661-662.
Antonio Kiuni, Bto. († 1622), 10 sep., 308-310.
Antonio Leszczewicz, Bto. († 1943), 17 feb., 367.
Antonio López Couceiro, Bto. († 1936), 29 jul., 934-943.
Antonio Lucci, Bto. († 1752), 25 jul., 780-781.
Antonio Llaudaró Parisi, Bto. († 1936), 30 jul., 986-991.
Antonio María Claret, San († 1870), 24 oct., 641-653.
Antonio María Dalmau Rosich, Bto. († 1936), 13 ago., 444-448.
Antonio María Gianelli, San († 1846), 7 jun., 159-161.
Antonio María Pucci, San († 1892), 12 ene., 257-263.
Antonio María Schwartz, Bto. († 1929), 15 sep., 420-428.
Antonio María Zacarías, San († 1539), 5 jul., 124-128.
Antonio Martín Hernández, Bto. († 1936), 10 dic., 281-282.
Antonio Martín Slomsek, Bto. († 1862), 24 sep., 721-725.
Antonio Martínez Gil-Leonís, Bto. († 1936), 30 nov., 738-740.
Antonio Middleton, Bto. († 1590), 6 mayo, 136-137.
Antonio Neyrot, Bto. († 1460), 10 abr., 212.
Antonio Nguyen Huu (Nam) Quynh, San († 1840), 10 jul., 274-275; (memoria: 24 nov., 580-585).
Antonio Page, Bto. († 1593), 20 abr., 440-441.
Antonio Patrizi, Bto. († 1311), 28 mar., 513.
Antonio Pavoni, Bto. († 1374), 9 abr., 196.
Antonio Pedro Nguyen Dich, San († 1838), 12 ago., 384-385; (memoria: 24 nov., 580-585).
Antonio Perulles Estívill, Bto. († 1936), 12 ago., 388-389; (memoria: 23 jul., 650-655).
Antonio Primaldo, Bto. († 1480), 14 ago., 472-473.
Antonio Rewera, Bto. († 1942), 1 oct., 24-33.
Antonio Sanchis Silvestre, Bto. († 1936), 30 jul., 986-991.
Antonio Sanga, Bto. († 1622), 10 sep., 308-310.

Antonio Silvestre Moya, Bto. († 1936), 8 ago., 242-243.
Antonio Soares, Bto. († 1570), 15 jul., 412-419.
Antonio Swiadek, Bto. († 1945), 25 ene., 533.
Antonio Torriani, Bto. († 1494), 24 jul., 707.
Antonio Turner, Bto. († 1679), 20 jun., 511-512.
Antonio Vilela Cid (Uruaçu), Bto. († 1645), 3 oct., 87.
Antonio Vilela el joven y su hija (Uruaçu), Btos. († 1645), 3 oct., 87.
Antonio Vom, Bto. († 1622), 10 sep., 308-310.
Antonio Yamada, Bto. († 1622), 19 ago., 703-707.
Antonio Zawistowski, Bto. († 1942), 4 jun., 114-115.
Antusa, Sta. († s. VIII), 27 jul., 864-865.
Antusa (Hija de Constantino V), Sta. († fines s. VIII), 18 abr., 400.
Anunciación del Señor, 25 mar., 464-470.
Anunciada Cocchetti, Bta. († 1882), 23 mar., 444.
Apiano, San († 306), 2 abr., 45.
Apodemio (mártir de Zaragoza), San († s. IV), 16 abr., 325-329.
Apolinar, San († s. II), 20 jul., 530-536.
Apolinar de Valence, San († 520), 5 oct., 167.
Apolinar el Apologista, San († s. V), 8 ene., 198-199.
Apolinar Franco, Bto. († 1622), 12 sep., 353-355.
Apolinar Juan Santiago Morel, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Apolonia, Sta. († 250), 9 feb., 228-229.
Apolonia (de Nagasaki), Bta. († 1622), 10 sep., 308-310.
Apolonio, San († 185), 21 abr., 455.
Apolonio de Lyón, San († 177), 2 jun., 47-52.
Áquila, San († s. I.), 8 jul., 219.
Aquiles, San († s. I), 12 mayo, 253-258.
Aquiles Kiwanuka, San († 1886), 3 jun., 58-65.
Aquiles Puchala, Bto. († 1943),19 jul., 527-529.
Aquilino (mártir escilitano), San († 180), 17 jul., 477-483.
Arcadio, San († 473), 13 nov., 326.
Arcángel Tadini, Bto. († 1912), 20 mayo, 452-456.
Arcángela Girlani, Bta. († 1495), 25 ene., 532-533.
Arcángelo Piacentini de Calatafimi, Bto. († 1460), 10 ago., 307-313.
Aredio, San († 591), 25 ago., 912.
Ares (de Palestina), San († 308), 14 dic., 388.
Aretas, San († 523), 24 oct., 664.
Argimiro, San († 856), 28 jun., 683.
Arialdo, San († 1066), 27 jun., 661-662.
Aristarco de Tesalónica, San (discípulo de San Pablo), 4 ago., 111.
Aristeo de Lyón, San († 177), 2 jun., 47-52.
Arístides, San († 150), 31 ago., 1176.
Aristión (de Cartago), San († 250), 19 abr., 414-415.
Armando Chapt de Rastignac, Bto. († 1792), 2 sep., 39-44.
Armando de Foucault de Pontbriand, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Armengol de Urgel, San († 1035), 3 nov., 74-81.
Arnoldo Janssens, Bto. († 1909), 15 ene., 324-332.

Arnoldo (Julio Nicolás) Rèche, Bto. († 1890), 23 oct., 606-619.
Arnulfo, San († 1075), 19 sep., 575.
Arnulfo de Metz, San († 641), 18 jul., 511.
Arsacio, San († 358), 16 ago., 583.
Artémides Zatti, Bto. († 1951), 15 mar., 285.
Artoldo de Belley, San († 1206), 6 oct., 204-205.
Arturo Bell, Bto. († 1643), 11 dic., 313-314.
Arturo Donoso Murillo, Bto. († 1936), 30 nov., 738-740.
Arturo (Luis) Ayala Niño, Bto. († 1936), 9 ago., 284-290.
Arturo Ros Montalt, Bto. († 1936), 28 ago., 1049-1050.
Ascanio Nicanor, Bto. († 1860), 10 jul., 267-272.
Ascensión de San José de Calasanz Lloret Marco, Bta. († 1936), 23 sep., 703.
Ascensión del Corazón de Jesús (Florentina) Nicol Goñi, Bta. († 1940), 24 feb., 870-871.
Ascensión del Señor (movible), mayo, 747-755.
Asclibíades de Lyón, San († 177), 2 jun., 47-52.
Asunción de la Bienaventurada Virgen María, 15 ago., 476-485.
Átala, San († 626), 10 mar., 218-219.
Atalo de Lyón, San († 177), 2 jun., 47-52.
Atanasio Bazzekuketta, San († 1886), 27 mayo, 619.
Atanasio de Alejandría, San († 373), 2 mayo, 34-43.
Atanasio de Jerusalén, († 451), 5 jul., 141.
Atanasio el Atonita, San († 1004), 5 jul., 128-140.
Atanasio Vidaurreta Labra, Bto. († 1936), 18 ago., 646-647.
Atenodoro, San († 304), 7 nov., 156.
Ateo (de Alejandría), San († 250), 14 dic., 388.
Atilano, San († 919), 5 oct., 120-123.
Atilano Cruz Alvarado, San († 1928), 1 jul., 31-32; cf. también: 21 mayo, 460-468.
Atón de Pistoya, San († 1153), 22 mayo, 503-504.
Audoeno, San († 684), 24 ago., 878.
Augusto, San († 560), 7 oct., 218.
Augusto Andrés (Román) Martín Fernández, San († 1934), 9 oct., 257-271.
Augusto Czartoryski, Bto († 1893), 8 abr., 884-885.
Augusto Chapdelaine, San († 1856), 28 feb., 605-608; (memoria: 9 jul., 224-235).
Augusto Nézel, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Aunacario de Auxerre, San († 605), 25 sep., 749.
Áurea, Sta. († 856), 19 jul., 516-518.
Áurea (abadesa), Sta. († 666), 4 oct., 102-103.
Aureliano de Arlés, San († 551), 16 jun., 421-422.
Aurelio (mártir de Córdoba), San († 852), 27 jul., 865-867.
Aurelio de Cartago, San († 430), 20 jul., 556.
Aurelio (José) Ample Alcaide, Bto. († 1936), 28 ago., 1051.
Aurelio María (Bienvenido) Villalón Acebrón, Bto. († 1936), 13 sep., 378-379.
Ausberto de Ruán, San († 695), 9 feb., 229.

Ausona de Lyón, Sta. († 177), 2 jun., 47-52.
Austregisilo, San († 624), 20 mayo, 457-458.
Autberto de Avranches, San († 709), 10 sep., 321.
Auxencio, San († 307), 5 nov., 122.
Auxencio (archimandrita), San († s. V), 14 feb., 320-321.
Aventino, San († 732), 13 jun., 350.
Avertino, San († 1189), 5 mayo, 118.
Avito de Vienne, San († 518), 5 feb., 122.

Baldomero, San († 660), 27 feb., 595-596.
Balduino de Rieti, San († 1140), 24 jul., 706.
Baltasar de Torres, Bto. († 1626), 20 jun., 509-511.
Baltasar Ravaschieri de Chiavari, Bto. († 1492), 17 oct., 469.
Bárbara, Sta. (fecha desconocida), 4 dic., 119-122.
Bárbara Cho Chung-i, Sta. († 1839), 29 dic., 739-745; (memoria: 20 sep., 578-583).
Bárbara Cui Lianzhi, Sta. († 1900), 15 jun., 397; (memoria: 9 jul., 224-235).
Bárbara Han A-gi, Sta. († 1839), 24 mayo, 542-548; (memoria: 20 sep., 578-583).
Bárbara Kim, Sta. († 1839), 27 mayo, 618; (memoria: 20 sep., 578-583).
Bárbara Ko Sun-i, Sta. († 1839), 29 dic., 739-745; (memoria: 20 sep., 578-583).
Bárbara Kwon-hui, Sta. († 1839), 3 sep., 85-89; (memoria: 20 sep., 578-583).
Bárbara Yi, Sta. († 1839), 27 mayo, 618; (memoria: 20 sep., 578-583).
Bárbara Yi Chong-hui, Sta. († 1839), 3 sep., 85-89; (memoria: 20 sep., 578-583).
Bardón de Maguncia, Bto. († 1051), 11 jun., 305-306.
Barlaam, San († 303), 19 nov., 482.
Bartolo Buonpedoni, Bto. († 1310), 12 dic., 322-327.
Bartolomé (apóstol), San († s. I), 24 ago., 827-834.
Bartolomé Cerveri, Bto. († 1466), 2 abr., 456.
Bartolomé Chong Mun-ho, San († 1866), 13 dic., 356-359; (memoria: 20 sep., 578-583).
Bartolomé de Bragancia, Bto. († 1271), 27 oct., 706-710.
Bartolomé de Grottaferrata, Bto. († 1065), 11 nov., 256-257.
Bartolomé Fanti, Bto. († 1495), 5 dic., 174-175.
Bartolomé Fernándes de los Mártires, Bto. († 1590) 16 jul., 913-917*.
Bartolomé Gutiérrez, Bto. († 1632), 3 sep., 54-62.
Bartolomé Jarrige de la Morélie de Biars, Bto. († 1794), 13 jul., 354-355.
Bartolomé Kawano Shichiemon, Bto. († 1622), 10 sep., 308-310.
Bartolomé Laurel, Bto. († 1627), 27 ago., 1002-1007.
Bartolomé Longo, Bto. († 1926), 5 oct., 137-144.
Bartolomé María del Monte, Bto. († 1778), 24 dic., 610-615.
Bartolomé Mohioye, Bto. († 1622), 19 ago., 703-707.
Bartolomé Osypluk, Bto. († 1874), 24 ene., 494-496.

Bartolomé Pucci-Franceschi, Bto. († 1330), 6 mayo, 135-136.
Bartolomé Seki, Bto. († 1619), 27 nov., 661-662.
Bartolomea Capitanio, Sta. († 1833), 28 jun., 679-683; cf. también: 26 jul., 799-803.
Basilio, San († s. IV), 30 mayo, 717-718.
Basilio Hopko, Bto. († 1976), 23 jul., 657-658.
Basilio Magno, San († 389), 2 ene., 43-53.
Basilio Velyckovskyj, Bto. († 1973), 30 jun., 738.
Basilisa, Sta. († ca.304), 6 ene., 136-140.
Basio (de Cartago), San († 250), 19 abr., 414-415.
Batilde, Sta. († 680), 30 ene., 643.
Bautismo de Nuestro Señor Jesucristo, ene., 664-671.
Bautista Spagnoli, Bto. († 1516) 20 mar., 389.
Bautista Varano, Bta. († 1527), 31 mayo, 742.
Bavón de Gante, San († 654), 1 oct., 35.
Beata Toribia, cf. Santa María de la Cabeza.
Beato de Liébana, San († ca.800), 19 feb., 616-620.
Beatriz d'Este, Bta. († 1226), 10 mayo, 230-231.
Beatriz de Ornacieux, Bta. († 1309), 25 nov., 611-618.
Beatriz de Silva, Sta. († 1491), 17 ago., 603-610.
Beda el Venerable, San († 735), 25 mayo, 549-556.
Begga, Sta. († 698), 17 dic., 474.
Belino de Padua, San († 1147), 26 nov., 646-647.
Benedicta Hyon Kuong-nyon, Sta. († 1839), 29 dic., 739-745; (memoria: 20 sep., 578-583).
Benedicto II (papa), San († 685), 8 mayo, 174-175.
Benedicto XI (papa), Bto. († 1304), 7 jul., 201-202.
Benigno de Dijon, San (fecha desconocida), 1 nov., 25.
Benilde, Sta. († 853), 15 jun., 395.
Benildo (Pedro) Romançon, San († 1862), 13 ago., 419-426.
Benita Cambiagio, Frasinello, Sta. († 1858), 21 mar., 400-408.
Benito (Arsenio) José Labre Mañoso González, Bto. († 1936), 30 jul., 986-991.
Benito Biscop, San († 690), 12 ene., 253-257.
Benito de Aniano, San († 821), 12 feb., 270-278.
Benito de Aviñón, San († 1164), 14, abr., 305.
Benito de Burriana (José Manuel Ferrer Jordá), Bto. († 1936), 1 ago., 24-31.
Benito (de Casimierz), San († 1003), 12 nov., 282-283.
Benito de Castro, Bto. († 1570), 15 jul., 412-419.
Benito de Hungría San († 1010), 17 jul., 498.
Benito de Jesús (Héctor) Valdivieso Sáez, San († 1934), 9 oct., 257-271.
Benito de la Virgen del Villar Solano Ruiz, Bto. († 1936), 25 jul., 782-784.
Benito de Nursia, San († 547), 11 jul., 276-284.
Benito de Urbino, Bto. († 1625), 30 abr., 685.
Benito el Negro o el Moro, San († 1589), 4 abr., 90-91.

Benito José Labre, San († 1783), 16 abr., 339-345.
Benito (Manuel) Ferrer Jordá, Bto. († 1936), 16 sep., 476-477.
Benito Menni, San († 1914), 24 abr., 515-525.
Benjamín, San († 420), 31 mar., 558.
Benjamín (Alejandro) Cobos Celada, Bto. († 1936), 1 sep., 19-24.
Benjamín Julián (Vicente) Alonso Andrés, San († 1934), 9 oct., 257-271.
Benón de Meissen, San († 1106), 16 jun., 398-403.
Bentivolio de Bonios, Bto. († 1232), 25 dic., 647.
Berardo, San († 1130), 3 nov., 82-83.
Berardo (franciscano), San († 1220), 16 ene., 349-350.
Berardo (José) Bleda Grau, Bto. († 1936), 4 sep., 118.
Bernabé, San (apóstol) († s. I), 11 jun., 262-270.
Bernardina (María) Jablonska, Bta. († 1940), 23 sep., 682-687.
Bernardino de Andújar (Pablo Martínez Robles), Bto. († 1936), 1 ago., 24-31.
Bernardino de Feltre, Bto. († 1494), 28 sep., 855-856.
Bernardino de Fossa, Bto. († 1503), 27 nov., 660.
Bernardino de Siena, San († 1444), 20 mayo, 444-451.
Bernardino (Pablo) Martínez Robles, Bto. († 1936), 16 sep., 476-477.
Bernardino Realino, San († 1616), 2 jul., 38-45.
Bernardo, San († 1022), 20 nov., 485-490.
Bernardo (Ahmed), San († 1180), 21 ago., 770-771.
Bernardo (Domingo Peroni) de Offida, Bto. († 1694), 22 ago., 801.
Bernardo Calvó, San († 1243), 25 oct., 671-677.
Bernardo de Baden, San († 1458), 15 jul., 438.
Bernardo de Claraval, San († 1153), 20 ago., 709-717.
Bernardo de Corleone, San († 1667), 13 ene., 277-278.
Bernardo de Menthon, San († 1081), 15 jun., 375-379.
Bernardo de Parma, San († 1133), 4 dic., 140-142.
Bernardo de Roquefort, Bto. († 1242), 29 mayo, 660-665.
Bernardo de Tirón, San († 1117), 14 abr., 305.
Bernardo el Penitente, San († 1182), 19 abr., 415.
Bernardo Francisco de Cussac, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Bernardo Lichtenberg, Bto. († 1943), 5 nov., 116-122.
Bernardo María de Jesús (César) Silvestrelli, Bto. († 1911), 9 dic., 253-258.
Bernardo Scammanca, Bto. († 1487), 11 ene., 249-250.
Bernardo Tolomei, Bto. († 1348), 20 ago., 729-736.
Bernardo Vu Van Due, San († 1838), 1 ago., 41-42; (memoria: 24 nov., 580-585).
Bernoldo de Utrecht, San († 1054), 19 jul., 525.
Berta, Sta. († 725), 4 jul., 117-118.
Bertino de Sithiu, San († 698), 5 sep., 119-124.
Bertoldo, San († ca.1198), 29 mar., 516-517.
Bertrán (Francisco) Lahoz Moliner, Bto. († 1936), 22 nov., 549-551.

Bertrán de Cominges, San († 1123), 16 oct., 423-424.
Bertrán de Garrigue, Bto. († 1230), 6 sep., 149-157.
Bertrán de Grandselve, Bto. († 1149), 11 jul., 288-289.
Bertrando de Aquileya, Bto. († 1350), 6 jun., 149-150.
Bertulfo, San († 640), 19 ago., 701-702.
Besarión, San († s. IV), 6 jun., 148.
Bibiana, Sta. (fecha desconocida), 2 dic., 59-64.
Bibiana Hampai, Bta. († 1940), 26 dic., 675.
Biblis de Lyón, San († 177), 2 jun., 47-52.
Bienaventurada Virgen María Reina, 22 ago., 775-780.
Bienvenida Boiani, Bta. († 1292), 30 oct., 760.
Bienvenido de Dos Hermanas (José de Miguel Arahal), Bto. († 1936), 1 ago., 24-31.
Bienvenido Scotivoli, San († 1282), 22 mar., 416.
Birino de Dorchester, San († 649/650), 3 dic., 109.
Blandina de Lyón, Sta. († 177), 2 jun., 47-52.
Blandina (María Magdalena) Merten, Bta. († 1918), 18 mayo, 394-404.
Blas, San († ca.316), 3 feb., 63-67.
Blas Ribeiro, Bto. († 1570), 15 jul., 412-419.
Bogumilo de Gniezno, San († 1182) 10 jun., 244-247.
Boleslao Strzelecki, Bto. († 1941), 2 mayo, 68-69.
Boleslava María Lament, Bta. († 1946), 29 ene., 603-611.
Bona de Pisa, Sta. († 1207), 29 mayo, 680.
Bonfilio de Foligno, San († 1125), 27 sep., 821-822.
Bonifacia Rodríguez Castro, Bta. († 1905), 8 ago., 214-217.
Bonifacio, San († 755), 5 jun., 115-122.
Bonifacio I (papa), San († 422), 4 sep., 95-101.
Bonifacio IV (papa), San († 615), 8 mayo, 157-159.
Bonifacio de Bruselas, Bto. († 1260), 19 feb., 415-416.
Bonifacio de Cartago, San († 484), 2 jul., 58.
Bonifacio de Saboya, Bto. († 1270), 14 jul., 369-373.
Bonifacio Sibidense (de África), San († 484), 6 dic., 186.
Bonifacio Valperga, Bto. († 1243), 25 abr., 566.
Bonifacio Zukowski, Bto. († 1942), 10 abr., 213.
Bonoso, San († 308), 21 ago., 1209-1210.
Boris, San († 1015), 24 jul., 705.
Botvido, San († 1100), 28 jul., 907-908.
Braulio, San († 651) 18 mar., 314-319.
Braulio María (Pablo) Corres Díaz de Cerio, Bto. († 1936), 30 jul., 986-991.
Brendan, San († 578), 16 mayo, 357-358.
Brian Lacey, Bto. († 1591), 10 dic., 266-272.
Bricio, San († 444), 13 nov., 325-326.
Brígida, Sta. († 1373), 23 jul., 607-617.
Brígida de Jesús Morello, Bta. († 1679), 3 sep., 62-66.
Brígida de Kildare, Sta. († ca.521), 1 feb., 4-10.

Brocardo, Bto. († 1231), 2 sep., 27-30.
Bronislao Bonaventura Markiewicz, Bto. († 1912) 29 ene., 857-858*.
Bronislao Komorowski, Bto. († 1940), 22 mar., 417-418.
Bronislao Kostowski, Bto. († 1942), 27 nov., 663.
Bronislava, Bta. († 1259), 29 ago., 1078-1079.
Bruno, San († 1001), 6 oct., 174-179.
Bruno de Querfurt, San († 1009), 9 mar., 196-197.
Bruno de Segni, San († 1123), 18 jul., 500-507.
Bruno de Würzburg, San († 1045), 27 mayo, 615-616.
Bruno el Grande, San († 965), 11 oct., 305-312.
Bruno Seronuma, San († 1886), 3 jun., 58-65.
Bruno Zembol, Bto. († 1942), 21 ago., 774.
Buen Ladrón, 25 mar., 488.
Buenaventura, San († 1274), 15 jul., 404-408.
Buenaventura Bonaccorsi, Bto. († 1315), 14 dic., 388-389.
Buenaventura de Barcelona (Miguel) Bautista Gran, Bto. († 1684), 11 sep., 323-325.
Buenaventura (de Nagasaki), San († 1597), 6 feb., 125-130.
Buenaventura de Potenza, Bto. († 1711), 26 oct., 698-702.
Buenaventura (Julio) Esteve Flors, Bto. († 1936), 26 sep., 805.
Buenaventura Tornielli, Bto. († 1491) 31 mar., 559.
Burcardo, Bto. († 1192), 18 mayo, 404.
Cadoc, San († 580), 21 sep., 634-635.
Caleb, San, cf. Elésbaan, San.
Calixto Caravario, San († 1930), 25 feb., 544-549; (memoria: 9 jul., 224-235).
Calixto, San († 222), 14 oct., 358-365.
Calogero, San († s. V), día 18 jun., 470.
Camilo Constanzo, Bto. († 1622), 15 sep., 434-435.
Camilo de Lelis, San († 1614), 14 jul., 360-369.
Cándida de Nuestra Señora de los Ángeles Cayuso González, Bta. († 1936), 24 nov., 602.
Cándida María de Jesús (Juana Josefa) Cipitria, Bta. († 1912), 9 ago., 273-276.
Cándido (Legión Tebea), San († 302), 22 sep., 640-645.
Canuto IV, San († 1086), 10 jul., 264-267.
Canuto (José) Franco Gómez, Bto. († 1936), 1 sep., 19-24.
Canuto Lavard, San († 1137), 7 ene., 180-181.
Capitón de Lugo, San († 60), 4 mar., 576-577.
Caradoco, San († 1124), 13 abr., 287.
Carlos I de Austria (IV de Hungría), Bto. († 1922), 1 abr., 880-881*.
Carlos Arnoldo Hanus, Bto. († 1794), 28 ago., 1048-1049.
Carlos Borromeo, San († 1584), 4 nov. (memoria), 85-90.
Carlos Cho Shin-chol, San († 1839), 26 sep., 791-800; (memoria: 20 sep., 578-583).
Carlos de Blois, Bto. († 1364), 29 sep., 884-885.

Carlos de Foucauld, Bto. († 1916), 1 dic., 34-45.
Carlos de San Andrés, Bto. († 1893), 5 ene., 129.
Carlos de Sezze, San († 1670), 6 ene., 148-152.
Carlos Díaz Gandía, Bto. († 1936), 11 ago., 338.
Carlos el Bueno, Bto. († 1127), 2 mar., 24-27.
Carlos Eraña Guruceta, Bto. († 1936), 18 sep., 514-520.
Carlos Eugenio de Mazenod, San († 1861), 21 mayo, 468-483.
Carlos Garnier, San († 1649), 7 dic., 206; (memoria: 19 oct., 493-498).
Carlos Hyon Song-mun, San († 1846), 19 sep., 546-553; (memoria: 20 sep., 578-583).
Carlos Jeremías Bérauld du Pérou, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Carlos Leisner, Bto. († 1945), 12 ago., 374-381.
Carlos López Vidal, Bto. († 1936), 6 ago., 151-152.
Carlos Luis Hurtrel, Bto. († 1792), 2 sep., 39-44.
Carlos Lwanga, San († 1886), 3 jun., 58-65.
Carlos Manuel Rodríguez Santiago († 1963), 13 jul., 342-350.
Carlos Meehan, Bto. († 1679), 12 ago., 381-383.
Carlos Navarro Miquel, Bto. († 1936), 22 sep., 665.
Carlos Nicolás Antonio Ancel, Bto. († 1794), 29 jul., 946.
Carlos Regis Mateo de la Calmette, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Carlos Renato Collas du Bignon, Bto. († 1794), 3 jun., 95-96.
Carlos Spínola, Bto. († 1622), 10 sep., 308-310.
Carlos Steeb, Bto. († 1856), 15 dic., 410-414.
Carlota de la Resurrección (Ana María Magdalena) Thouret, Bta. († 1794), 17 jul., 489-494.
Carmelitas de Compiègne, Btas. († 1794), 17 jul., 489-494.
Carmelo (Isidoro) Gil Arano, Bto. († 1936), 1 sep., 19-24.
Carmelo Sastre Sastre, Bto. († 1936), 15 ago., 554.
Carmelo Volta, Bto. († 1860), 10 jul., 267-272.
Carmen de San Felipe Neri (Nazaria) Gómez Lezaun, Bta. († 1936), 8 ago., 228-239.
Carmen García Moyon, Bta. († 1937), 30 ene., 633-642.
Carolina Kózka, Bta. († 1914), 18 nov., 470-471.
Cartago, San († 638), 14 mayo, 324.
Casiano, San († 300), 3 dic., 108-109.
Casiano de Ímola, San († 300), 13 ago., 397-405.
Casiano de Nantes (Gonzalo) Vaz López-Netto, Bto. († 1638), 7 ago., 190-192.
Casiano (mártir de Zaragoza), San († s. IV), 16 abr., 325-329.
Casilda de Toledo, Sta. († 1075), 9 abr., 186-190.
Casimiro, San († 1484), 4 mar., 71-79.
Casimiro Gostynski, Bto. († 1942), 6 mayo, 137-138.
Casimiro Grelewski, Bto. († 1942), 9 ene., 206.
Casimiro Sykulski, Bto († 1941), 1 dic., 50.
Casio de Narni, San († 558), 29 jun., 705.
Catalina, Bta. († 1565), 27 abr., 608.

Catalina Chong Chor-yom, Sta. († 1846), 20 sep., 600-604; (memoria: ibíd.).
Catalina Cittadini, Bta. († 1857), 5 mayo, 110-116.
Catalina de Alejandría, Sta. (fecha desconocida), 25 nov., 603-611.
Catalina de Bolonia, Sta. († 1463), 9 mar., 185-190.
Catalina de Jesús (María Magdalena) de Justamont, Bta. († 1794), 26 jul., 826-827.
Catalina (de Nagasaki), Bta. († 1622), 10 sep., 308-310.
Catalina de Pallanza, Bta. († 1478), 6 abr., 135.
Catalina de Ricci, Sta. († 1590), 2 feb., 33-35.
Catalina de Siena, Sta. († 1380), 29 abr., 639-643.
Catalina de Suecia, Sta. († 1381), 24 mar., 446-453.
Catalina Drexel, Sta. († 1955), 3 mar., 59-64.
Catalina Fieschi, Sta. († 1510), 15 sep., 409-415.
Catalina Jarrige, Bta. († 1836), 4 jul., 96-107.
Catalina Labouré, Sta. († 1876), 31 dic., 793-801.
Catalina Mattei, Bta. († 1547), 4 sep., 115.
Catalina Soiron, Bta. († 1794), 17 jul., 489-494.
Catalina Tanaka, Bta. († 1626), 12 jul., 310-312.
Catalina Tekakwitha, Bta. († 1680), 17, abr., 360-370.
Catalina Tomás, Sta. († 1574), 28 jul., 898-904.
Catalina Volpicelli, Bta. († 1894), 28 dic., 703-706.
Catalina Yi, Sta. († 1839), 26 sep., 799-800; (memoria: 20 sep., 578-583).
Cátedra de San Pedro, 22 feb., 461-468.
Cayetana Sterni, Bta. († 1889), 26 nov., 635-639.
Cayetano Catanoso, San († 1963), 4 abr., 940*; 79-82.
Cayetano de Thiene, San († 1547), 7 ago., 159-165.
Cayetano Errico, Bto. († 1860), 29 oct., 740-746.
Cayo (papa), San († 296), 22 abr., 460-464.
Cayo Coreano, Bto. († 1627), 15 nov., 385.
Cayo (de Alejandría), San († s. III/IV), 3 oct., 82-83.
Cayo Jiyemon, Bto. († 1627), 27 ago., 1002-1007.
Ceada, San († 672), 2 mar., 41.
Cecardo de Luni, San († 860), 16 jun., 422.
Cecilia, Sta. (fecha desconocida), 22 nov., 527-535.
Cecilia Butsi, Bta. († 1940), 26 dic., 675.
Cecilia Cesarini, Bta. († 1290), 4 ago., 99-104.
Cecilia Yu So-Sa, Sta. († 1839), 23 nov., 576-577; (memoria: 20 sep., 578-583).
Ceciliano (mártir de Zaragoza), San († s. IV), 16 abr., 325-329.
Cecilio (Enrique) López López, Bto. († 1936), 1 sep., 19-24.
Cedda, San († 664), 26 oct., 689-694.
Ceferino (papa), San († 217), 20 dic., 517-518.
Ceferino Agostini, Bto. († 1896), 6 abr., 119-123.
Ceferino Giménez Malla, «el Pelé», Bto. († 1936), 2 ago., 69-76.
Celedonio, San († s. IV), 3 mar., 42-49.

Celestina Faron, Bta. († 1944), 9 abr., 196.
Celestino I (papa), San († 432), 27 jul., 835-841.
Celso, San (fecha desconocida), 28 jul., 907.
Celso Armagh, San († 1129), abr., 13.
Centola, Sta. (fecha desconocida), 2 ago., 78.
Cerbonio de Populonia, San († 575), 10 oct., 295-296.
Cerun, hijo de Kurazi, Bto. († 1895), 22 nov., 535-540.
César de Bus, Bto. († 1607), 15 abr., 307-312.
Cesáreo de Arlés, San († 542), 27 ago., 961-966.
Cesáreo de Nacianzo, San († 369), 25 feb., 549-550.
Cesáreo (Mariano) Niño Pérez, Bto. († 1936), 1 sep., 19-24.
Cesidio Giacomantonio, San († 1900), 4 jul., 122; (memoria: 9 jul., 224-235).
Ceslao, Bto. († 1242), 15 jul., 437.
Ceslao Jozwiak, Bto. († 1942), 24 ago., 868-877.
Cicco de Pésaro, cf. Francisco Zanfredini, Bto.
Cipriano de Calamizzi, San († 1190), 20 nov., 503-504.
Cipriano de Cartago, San († 258), día 16, 441-448.
Cipriano de Genouillac, San († s. VI), 9 dic., 259.
Cipriano de Toulon oct., San († ca.546), 3 oct., 84-85.
Cipriano Miguel Iwene Tansi, Bto. († 1964), 20 ene., 400-406.
Ciprila, Sta. († 303), 5 jul., 140.
Ciriaco, San († s. IV), 18 jun., 468-469.
Ciriaco Elías Chavara, Bto. († 1871), 3 ene., 71-78.
Cirilo Bertrán (José) Sanz Tejedor, San († 1934), 9 oct., 257-271.
Cirilo de Alejandría, San († 444), 27 jun., 643-649.
Cirilo de Constantinopla, San († 869), 14 feb., 301-310.
Cirilo de Jerusalén, San († 386), 18 mar., 308-313.
Citino (mártir escilitano), San († 180), 17 jul., 477-483.
Clara Bosatta, Bta. († 1887), 20 abr., 428-432.
Clara de Asís, Sta. († 1253), 11 ago. (memoria), 321-327.
Clara de la Cruz de Montefalco, Sta. († 1308), 17 ago., 591-602.
Clara de Nuestra Señora de la Esperanza Ezcurra Urrutia, Bta. († 1936), 24 nov., 602.
Clara de Rímini, Bta. († 1326), 10 feb., 242-243.
Clara de Santa Rosalía (María Clara) du Bac, Bta. († 1794), 26 jul., 826-827.
Clara Gambacorta, Bta. († 1419), 17 abr., 372.
Clara Yamada, Bta. († 1622), 10 sep., 308-310.
Claro, San († 396), 8 nov., 176-177.
Claudina Thévenet, Sta. (1837), 3 feb., 71-77.
Claudio Antonio Radulfo de Laporte, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Claudio Béguinot, Bto. († 1794),16 jul., 472-473.
Claudio Bernabé Laurent de Mascloux, Bto. († 1794), 7 sep., 190-191.
Claudio Cayx o Dumas, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Claudio Chaudet, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Claudio Colin, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.

Claudio de la Colombière, San († 1682), 15 feb., 333-340.
Claudio (de León), San († 303/304), 30 oct., 760.
Claudio Dumonet, Bto. († 1794), 13 sep., 378.
Claudio Fontaine, Bto. († 1792), 2 sep., 39-44.
Claudio Francisco Gagnière des Granges, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Claudio José Jouffret de Bonnefont, Bto. († 1794), 10 ago., 315-317.
Claudio Laplace, Bto. († 1794), 14 sep., 400-401.
Claudio Ricardo Granzotto, Bto. († 1947), 15 ago., 555.
Claudio Richard, Bto. († 1794), 9 ago., 298.
Claudio Rousseau, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Clelia Barbieri, Sta. († 1870), 13 jul., 328-334.
Clemencia de San Juan Bautista (Antonia) Riba Mestres, Bta. († 1936), 8 ago., 228-239.
Clemente I (papa), San († s. I), 23 nov., 552-558.
Clemente Augusto von Galen († 1946), 22 mar., 878-879*.
Clemente de Ocrida (apóstol de Bulgaria), San († s. IX/X), 27 jul., 867-868.
Clemente de Ósimo, Bto. († 1291), 8 abr., 161-170.
Clemente Díez Sahagún, Bto. († 1936), 28 nov., 673-684.
Clemente Ignacio Delgado Cebrián, San († 1838), 12 jul., 300-305; (memoria: 24 nov., 580-585).
Clemente Kiuyemon, Bto. († 1622), 1 nov., 27-29.
Clemente Marchisio, Bto. († 1903), 16 dic., 429-433.
Clemente María Hofbauer, San († 1820) 15 mar., 276-281.
Clemente Septyckyj, Bto. († 1951), 1 mayo, 33.
Clemente Vom, Bto. († 1622), 10 sep., 308-310.
Clementina (Anaurite) Nengapeta, Bta. († 1964), 1 dic., 29-33.
Cleofás (discípulo), San († s. I), 25 sep., 748-749.
Cleto (papa), San († 88), 26 abr., 567-572.
Clodoaldo, San († 560), 7 sep., 185-186.
Clotilde, Sta. († 545), 3 jun., 91.
Coemgeno, San († 618), 3 jun., 92.
Coínta, Sta. († 259), 8 feb., 216-217.
Coleta Boylet, Sta. († 1447), 6 mar., 109-111.
Colmán, San († s. VI), 7 jun., 171.
Colmán de Cloyne, San († 604), 24 nov., 600.
Colmán de Stockerau, San († 1012), 17 jul., 497-498.
Columba, San († 597), 9 jun., 217-225.
Columba, Sta. († 853), 17 sep., 498.
Columba (Juana) Gabriel, Bta. († 1926), 24 sep., 725-731.
Columba Kim Hyo-im, Sta. († 1839), 26 sep., 791-800; (memoria: 20 sep., 578-583).
Columba Marmión, Bto. († 1923), 30 ene., 621-633.
Columbano, San († 615), 23 nov., 558-565.
Columcille, cf. Columba, San.
Comgall, San († 602), 10 mayo, 229-230.
Comgán, San († s. VIII), 13 oct., 357.

Commino de Lyón, San († 177), 2 jun., 47-52.
Concepción de San Ignacio Odriozola Zabala, Bta. († 1936), 24 nov., 602.
Concepción de Santa Magdalena Rodríguez Fernández, Bta. († 1936), 24 nov., 602.
Conón O'Rourke, Bto. († 1579), 13 ago., 437-441.
Conrado de Constanza, San († 975), 26 nov., 646.
Conrado de Offida, Bto. († 1306), 12 dic., 336.
Conrado de Parzham, San († 1894), 21 abr., 450-454.
Constancio, San († s. V), 23, sep., 698-699.
Constancio de Fabriano, Bto. († 1481), 24 feb., 537.
Constancio (Saturnino) Roca Huguet, Bto. († 1936), 30 jul., 986-991.
Constantino Bojko, Bto. († 1874), 24 ene., 494-496.
Constantino Carbonell Sempere, Bto. († 1936), 23 ago., 823-824.
Constantino Fernández Álvarez, Bto. († 1936), 29 ago., 1080-1081.
Constantino Lucas, Bto. († 1874), 24 ene., 494-496.
Constanza (María Genoveva) Meunier, Bta. († 1794), 17 jul., 489-494.
Consuelo Aguiar-Mella Díaz, Bta. († 1936), 19 sep., 563-574.
Contardo d'Este, San († 1249), 16 abr., 346.
Contardo Ferrini, Bto. († 1902), 17 oct., 464-468.
Conversión de San Pablo († ca.34), 25 ene., 497-500.
Convoyón, San († 868), 5 ene., 127.
Corazón de Jesús (María de la Purificación) Gómez Vives, Bta. († 1936), 20 nov., 496-502.
Corbiniano, San († 725), 8 sep., 236-237.
Cornelio (centurión), San, 20 oct., 529-538.
Cornelio (papa), San († 252), 16 sep., 437-440.
Cornelio de Lyón, San († 177), 2 jun., 47-52.
Cornelio de Wijk-bij-Duurstede, San († 1572), 9 jul., 236-239.
Cornelio O'Devany, Bto. († 1612), 1 feb., 23-24.
Cosme, San († s. III), 26 sep., 753-757.
Cosme de Carboniano, Bto., cf. Gomidas Keumurgian, Bto.
Cosme (Simón Isidro Joaquín) Brun Arará, Bto. († 1936), 1 sep., 19-24.
Cosme Takeya, Bto. († 1619), 18, nov., 467-468.
Cosme Takeya (de Nagasaki), San († 1597), 6 feb., 125-130.
Crédula (de Cartago), San († 250), 19 abr., 414-415.
Crescencia Valls Espí, Bta. († 1936), 26 sep., 804.
Crescencio García Pobo, Bto. († 1936), 3 oct., 87-88; cf. también: 1 ago., 24-31.
Crescente, San († 453-460), 28 nov., 689-690.
Cresconio, San († 453-460), 28 nov., 689-690.
Crisanto, San († 253), 25 oct., 684.
Crisógono, San († s. IV), 24 nov., 599.
Crispín, San († s. III), 25 oct., 684.
Crispín de Écija, San († s. III), 20 nov., 502.
Crispín de Viterbo, San († 1750), 19 mayo, 422-431.

Crispina, Sta. († 304), 5 dic., 172-173.
Crispiniano, San († s. III), 25 oct., 684.
Cristeta (abulense), Sta. († 305), 28 oct., 728.
Cristián (de Casimierz), San († 1003), 12 nov., 282-283.
Cristina de Aquila, Bta. († 1543), 18 ene., 378.
Cristina de Espoleto, Bta. († 1458), 13 feb., 294-295.
Cristina de Stommeln, Bta. († 1312), 6 nov., 136-137.
Cristino (Miguel) Roca Huguet, Bto. († 1936), 1 sep., 19-24.
Cristino Gondek, Bto. († 1942), 23 jul., 656-657.
Cristóbal, Bto. († 1527), 23 sep. (memoria), 700-701.
Cristóbal, San († s. III), 25 jul., 723-736.
Cristóbal (monje), San († 852), 20 ago., 741-742.
Cristóbal Bales, Bto. († 1590), 4 mar., 92-93.
Cristóbal Buxton, Bto. († 1588), 1 oct., 35-38.
Cristóbal de Milán, Bto. († 1484), 1 mar., 22-23.
Cristóbal de Romagnola, Bto. († 1272), 31 oct., 778.
Cristóbal Magallanes, San († 1927), 25 mayo, 579-580.
Cristóbal Robinson, Bto. († 1597), 31 mar., 553-557.
Cristóbal Wharton, Bto. († 1600), 28 mar., 514.
Crodegando, San († 766) 6 mar., 117.
Cromacio de Aquileya, San († 407/408), 2 dic., 88.
Cuadrato, San († s. II), 21 sep., 634.
Cuarcia de Lyón, Sta. († 177), 2 jun., 47-52.
Cuarenta Mártires de Sebaste, Stos. († 320), 9 mar., 161-166.
Cucufate, San († s. IV), 25 jul., 736-740.
Cunegunda, Sta. († ca.1039), 3 mar., 65-66.
Cunegunda (reina de Polonia), Sta. († 1292), 24 jul., 664-666.
Cuniberto de Colonia, San († 663), 12 nov., 281-282.
Cutberto, San († 687), 20 mar., 388.
Cutberto Mayne, San († 1577), 30 nov., 727-733.

Dalmacio Moner, Bto. († 1341), 24 sep., 705-714.
Dámaso I (papa), San († 384), 11 dic., 283-293.
Damián, San († s. III), 26 sep., 753-757.
Damián Furcheri, Bto. († 1484), 26 oct., 694-698.
Damián José de Veuster, Bto. († 1889), 15 abr., 312-323.
Damián Nam Myong Hyog, San († 1839), 24 mayo, 542-548; (memoria: 20 sep., 578-583).
Damián Yamichi Tanda, Bto. († 1622), 10 sep., 308-310.
Daniel, San († s. IV), 3 ene., 79..
Daniel (profeta), San, 21 jul., 1040-1046.
Daniel Brottier, Bto. († 1936), 28 feb., 611-612.
Daniel Comboni, San († 1881), 10 oct., 282-290.
Daniel de Bangor, San († 584), 11 sep., 339-340.
Daniel (de Belvedere), San († 1227), 10 oct., 278-282.
Daniel (de Cesarea), San († 309), 16 feb., 350.
Daniel Estilita, San († 493), 11 dic., 310-311.

Daniel Karmasz, Bto. († 1874), 24 ene., 494-496.
Daniel Luis Andrés de Pommerayes, Bto. († 1792), 2 sep., 39-44.
Daría, Sta. († 253), 25 oct., 684.
Daría de Santa Sofía Campillo Paniagua, Bta. († 1936), 24 nov., 602.
Darío Hernández Morató, Bto. († 1936), 29 sep., 900.
Dativo (de Cartago), San († 257), 10 sep., 319-320.
David, San († ca.601), 1 mar., 21.
David (profeta), San, 29 dic., 715-726.
David Carlos Marañón, Bto. († 1936), 28 jul., 908-909.
David de Himmerode, Bto. († 1179), 11 dic., 311.
David de Västeras, San († 1080), 15 jul., 437.
David Galván Bermúdez, San († 1915), 30 ene., 647-649; cf. también: 21 mayo, 460-468.
David Gunston, Bto. († 1541), 12 jul., 307-308.
David, hijo de David, Bto. († 1895), 22 nov., 535-540.
David Lewis, San († 1679), 27 ago., 1008-1009.
David Okelo, Bto. († 1918), 18 sep., 512-514.
David Roldán Lara, San († 1926), 15 ago., 518-524; cf. también: 21 mayo, 460-468.
David Uribe Velasco, San († 1927), 12 abr., 257; cf. también: 21 mayo, 460-468.
Dedicación de la Basílica de Letrán en honor de Cristo Salvador, 9 nov., 182-185.
Dedicación de las basílicas romanas de los santos Pedro y Pablo, 18 nov., 438-443.
Dedicación del Santo Sepulcro, 9 nov., 760-766.
Deiniol Wyn, San, cf. Daniel de Bangor, San.
Delfín de Burdeos, San († 404), 24 dic., 623-624.
Delfina, Bta. († ca. 1360), 26 nov., 648.
Deodato Aribert, San († 1391), 14 nov., 336-342.
Deogracias de San Agustín Palacios, Bto. († 1936), 25 jul., 752-765.
Dermicio O'Hurley, Bto. († 1584), 20 jun., 501-506.
Desiderio de Langres, San († 355), 23 mayo, 520.
Desiderio de Vienne, San († 607), 26 mayo, 596-597.
Día de acción de gracias y de petición oct., 5 oct., 106-115.
Dictino, San († ca.420), 2 jun., 792-794.
Diego Carvalho, Bto. († 1624), 22 feb., 481-483.
Diego de Andrade, Bto. († 1570), 15 jul., 412-419.
Diego de Cádiz (Santiago) García Molina, Bto. († 1936), 30 nov., 738-740.
Diego de San Nicolás, San († 1463), 12 nov., 276-281.
Diego de San Vitores, Bto. († 1672), 2 abr., 46-47.
Diego José de Cádiz, Bto. († 1801) 24 mar., 454-457.
Diego José Oddi, Bto. († 1919), 3 jun., 97.
Diego Llorca Llopis, Bto. († 1936), 6 sep., 158-159.
Diego Pereira (Uruaçu), Bto. († 1645), 3 oct., 87.
Diego Pires, Bto. († 1570), 15 jul., 412-419.

Diego Ventaja Milán, Bto. († 1936), 30 ago., 1104-1112.
Digna de Córdoba, Sta. († 853), 14 jun., 365-366.
Dionisia (de África), Sta. († 484), 6 dic., 186.
Dionisio, San († 303), 24 mar., 462.
Dionisio (papa), San († 268), 26 dic., 655-658.
Dionisio Areopagita, San († s. I), 3 oct., 76-82.
Dionisio de Corinto, San († 180), 8 abr., 184.
Dionisio de la Natividad (Pedro) Berthelot, Bto. († 1638), 29 nov., 698-703.
Dionisio de París, San († 258), 9 oct., 245-247.
Dionisio Fujishima, Bto. († 1622), 1 nov., 27-29.
Dionisio Pamplona, Bto. († 1936), 25 jul., 765-772.
Dionisio Ssebuggwawo, San († 1886), 25 mayo, 578-579.
Dionisio Vicente Ramos, Bto. († 1936), 31 jul., 1019.
Dióscoro (de Alejandría), San († 250), 14 dic., 388.
Diosdado I (papa), San († 618), 8 nov., 177-178.
Diosdado de Montecasino, San († 834), 9 oct., 272-273.
Dodón, San († 750), 29 oct., 748.
Domiciano, San († 440), 1 jul., 26.
Dominga Ogata, Bta. († 1622), 10 sep., 308-310.
Domingo, Bto. († s. XIII), 26 abr., 581.
Domingo (Agustín) Hurtado Soler, Bto. († 1936), 15 ago., 552.
Domingo Bui Van Uy, San († 1839), 19 dic., 500-502; (memoria: 24 nov., 580-585).
Domingo Câm, Sto. († 1859), 11 mar., 231-232; (memoria: 24 nov., 580-585).
Domingo Carvalho, Bto. († 1645), 16 jul., 452-460.
Domingo Castellet, Bto. († 1628), 8 sep., 239-243.
Domingo Collins, Bto. († 1602), 31 oct., 779-780.
Domingo de Alboraya (Agustín Hurtado Soler), Bto. († 1936), 1 ago., 24-31.
Domingo de Guzmán, Sto. († 1221), 8 ago. (memoria), 197-210.
Domingo de la Calzada, Sto. († 1109), 12 mayo, 270-278.
Domingo de la Madre de Dios Barberi, Bto. († 1849), 27 ago., 980-987.
Domingo de Nagasaki, Bto. († 1628), 8 sep., 239-243.
Domingo de Silos, Sto. († 1073), 20 dic., 504-511.
Domingo del Rosario, Bto. († 1622), 10 sep., 308-310.
Domingo del Santísimo Sacramento Iturrate, Bto. († 1927), 8 abr., 173-184.
Domingo Fernández, Bto. († 1570), 15 jul., 412-419.
Domingo Henares, Sto. († 1838), 25 jun., 587-590; (memoria: 24 nov., 580-585).
Domingo Higaski, Bto. († 1628), 8 sep., 239-243.
Domingo Huyen, Sto. († 1862), 5 jun., 127; (memoria: 24 nov., 580-585).
Domingo Ibáñez de Erquicia, Sto. († 1633), 14 ago., 461-466; (memoria: 28 sep., 831-840).
Domingo Jedrzejewski, Bto. († 1942), 29 ago., 1082-1083.

Domingo Jorge, Bto. († 1619), 18 nov., 467-468.
Domingo Lentini, Bto. († 1828), 25 feb., 552-553.
Domingo (Lorenzo) Ngon, Sto. († 1862), 22 mayo, 510-511; (memoria: 24 nov., 580-585).
Domingo Loricato, Sto. († 1060), 14 oct., 365-368.
Domingo Magoshichi, Bto. († 1622), 12 sep., 353-355.
Domingo Mao, Sto. († 1862), 16 jun., 423-425.
Domingo Mau, San († 1858), 5 nov., 123; (memoria: día 24 nov., 580-585).
Domingo Nakano, Bto. († 1622), 10 sep., 308-310.
Domingo Nguyen, Sto. († 1862), 16 jun., 423-425; (memoria: 24 nov., 580-585).
Domingo Nguyen Van (Doan) Xuyen, San († 1839), 26 nov., 650-651; (memoria: 24 nov., 580-585).
Domingo Nguyen Van Hanh (Dieu), San († 1838), 1 ago., 41-42; (memoria: 24 nov., 580-585).
Domingo Nhi, Sto. († 1862), 16 jun., 423-425; (memoria: 24 nov., 580-585).
Domingo Nicolás Dinh Dat, Sto. († 1839), 18 jul., 514; (memoria: 24 nov., 580-585).
Domingo Ninh, Sto. († 1862), 2 jun., 56-57; (memoria: 24 nov., 580-585).
Domingo Pham Trong Am Kham, San († 1859), 13 ene., 297-298; (memoria: 24 nov., 580-585).
Domingo Pitarch Gurrea, Bto. († 1936), 30 jul., 986-991.
Domingo Savio, Sto. († 1857), 9 mar., 191-196.
Domingo Shobioye, Bto. († 1628), 16 sep., 474.
Domingo Spadafora, Bto. († 1521), 21 dic., 538-539.
Domingo Toai, Sto. († 1862), 5 jun., 127; (memoria: 24 nov., 580-585).
Domingo Tomaki, Bto. († 1628), 8 sep., 239-243.
Domingo Trach, Sto. († 1840), día 18, 521-522; (memoria: 24 nov., 580-585).
Domingo Tuoc, Sto. († 1839), 2 abr., 48; (memoria: 24 nov., 580-585).
Domingo Vernagalli, Bto. († 1218), 20 abr., 439.
Domingo Yamada, Bto. († 1622), 10 sep., 308-310.
Dominguito del Val, San († 1250), 31 ago., 1203-1208.
Domitila (Flavia), Sta. († s. I), 7 mayo, 139-141.
Domna de Lyón, Sta. († 177), 2 jun., 47-52.
Domnino, San († 307), 5 nov., 122.
Donaciano (de África), San († s. V), día 6, 157-158.
Donaciano de Cartago, San († 259), 23 mayo, 511-514.
Donán, San († 617), 17 abr., 371.
Donata (mártir escilitano), Sta. († 180), 17 jul., 477-483.
Donato (de Cartago), San († 250), 19 abr., 414-415.
Donato Escoto, San († 874), 22 oct., 586-587.
Donnino (de Montalcino), San († 1227), 10 oct., 278-282.
Dorotea, Sta. († 304), 6 feb., 130-136.
Dorotea de Montau, Bta. († 1394), 25 jun., 595.

Dorotea (Julia) del Corazón de María, Bta. († 1794), 16 jul., 473-475.
Doroteo, San († 303), 12 mar., 247.
Dositeo (Guillermo) Rubio Alonso, Bto. († 1936), día 1, 19-24.
Drogón, San († 1186), 16 abr., 346.

Eadberto, San († 698), 6 mayo, 135.
Eata de Hexham, San († 686), 26 oct., 704.
Ediltrudis, Sta. († 679), 23 jun., 563-564.
Edith, Sta. († 984), 16 sep., 472.
Edmigio (Isidoro) Primo Rodríguez, Bto. († 1936), 31 ago., 1168-1175.
Edmundo, San († 869), 20 nov., 503.
Edmundo Arrowsmith, San († 1628), 28 ago., 1046-1048.
Edmundo Bojanowski, Bto. († 1871), 7 ago., 169-186.
Edmundo Campion, San († 1591), 1 dic., 16-23.
Edmundo Duke, Bto. († 1590), 27 mayo, 616-618.
Edmundo Gennings, San († 1591), 10 dic., 266-272.
Edmundo Ignacio Rice, Bto. († 1844), 29 ago., 1064-1067.
Edmundo (Rich) de Canterbury, San († 1240), 16 nov., 393-400.
Edmundo Sykes, Bto. († 1587), 23 mar., 442-443.
Eduardo, San († 978) 18 mar., 332.
Eduardo Bamber, Bto. († 1646), 7 ago., 192-194.
Eduardo Bautista Jiménez, Bto. († 1936), 28 nov., 673-684.
Eduardo Burden, Bto. († 1588), 29 nov., 708-709.
Eduardo Campion (Geraldo Edwards), Bto. († 1588), 1 oct., 35-38.
Eduardo Catherick, Bto. († 1642), 13 abr., 290.
Eduardo Cheevers, Bto. († 1581), 5 jul., 141-142.
Eduardo Coleman, Bto. († 1678), 3 dic., 109-110.
Eduardo Detkens, Bto. († 1942), 10 oct., 298.
Eduardo el Confesor, San († 1066), 5 ene., 99-106.
Eduardo Fulthrop, Bto. († 1597), 4 jul., 120-121.
Eduardo Gryzmala, Bto. († 1942), 10 ago., 319-320.
Eduardo James, Bto. († 1588), 1 oct., 38-40.
Eduardo Jones, Bto. († 1590), 6 mayo, 136-137.
Eduardo José Rosaz, Bto. († 1903) 3 mayo, 74-79.
Eduardo Kazmierski, Bto. († 1942), 24 ago., 868-877.
Eduardo Klinik, Bto. († 1942), 24 ago., 868-877.
Eduardo Oldcorne, Bto. († 1606), 7 abr., 159-160.
Eduardo Osbaldeston, Bto. († 1594), 16 nov., 406.
Eduardo Poppe, Bto. († 1924), 10 jun., 252-258.
Eduardo Powel, Bto. († 1540), 30 jul., 985-986.
Eduardo Ripoll Diego, Bto. († 1936), 15 ago., 545-551.
Eduardo Shelley, Bto. († 1588), 30 ago., 1086-1089.
Eduardo Stransham, Bto. († 1586), 21 ene., 431-433.
Eduardo Thwing, Bto. († 1600), 26 jul., 821-823.
Eduardo Waterson, Bto. († 1593), 8 ene., 199.

Eduvigis, Sta. († 1243), 16 oct., 398-401.
Eduvigis (reina de Polonia), Sta. († 1399), 17 jul., 485-488.
Efrén Siro, San (ca.373), 9 jun., 211-217.
Egberto de Iona, San († 729), 24 abr., 543.
Eladio de Toledo, San († 633), 18 feb., 368-376.
Eldrado, San († 840), 13 mar., 257.
Elena, Sta. († 329), 18 ago., 622-628.
Elena Duglioli, Bta. († 1520), 23 sep., 700.
Elena Enselmini, Bta. († 1242), 4 nov., 100.
Elena Guerra, Bta. († 1914), 11 abr., 222-227.
Elena Valentini, Bta. († 1458), 23 abr., 480-486.
Elésbaan, San († 560), 15 mayo, 343-344.
Eleuterio, San († 530), 20 feb., 434.
Eleuterio (papa), San († 189), 26 mayo, 595-596.
Eleuterio (de París), San († 258), 9 oct., 245-247.
Elfego de Canterbury, San († 1012), 19 abr., 403-407.
Elías Carbonell Mollá, Bto. († 1936), 2 oct., 74.
Elías (de Cesarea), San († 309), 16 feb., 350.
Elías (de Córdoba), San († 856), 17, abr., 371.
Elías (de Palestina), San († 308), 14 dic., 388.
Elías del Socorro Nieves, Bto. († 1928) 10 mar., 208-217.
Elías Facchini, San († 1900), 9 jul., 259; (memoria: 9 jul., 224-235).
Elías (Julián) Torrijo Sánchez, Bto. († 1936), 22 nov., 549-551.
Elías Leymarie de Laroche, Bto. († 1794), 22 ago., 801-802.
Elías Tesbita (profeta), San († s. IX a.C.), 20 jul., 536-540.
Eliseo (profeta), San (s. IX-VIII a.C.), 14 jun., 352-361.
Eliseo García García, Bto. († 1936), 19 nov., 483-484.
Eloy, San († 660), 1 dic., 11-15.
Elvira de la Natividad de Nuestra Señora Torrentalle Paraire, Bta. († 1936), 19 ago., 684-700.
Elzear de Sabran, San († 1323), 27 sep., 817-821.
Emelia, Sta. († s. IV), 30 mayo, 717-718.
Emerenciana, Sta. († s. IV), 23 ene., 469.
Emerico, San († 1031), 4 nov., 99.
Emeterio, San († s. IV) 3 mar., 42-49.
Émila (mártir de Córdoba), Sta. († 852), 15 sep., 433.
Emilia Bicchieri, Bta. († 1314) 3 mayo, 85.
Emilia de Lyón, Sta. († 177), 2 jun., 47-52.
Emilia de Lyón (otra), Sta. († 177), 2 jun., 47-52.
Emilia de Vialar, Sta. († 1856), 24 ago., 841-850.
Emilia Tavernier, Bta. († 1851), 23 sep., 674-679.
Emiliano (militar), San († 258/259), 4 mayo, 99-101.
Emiliano de Cícico, San († s. IX), 8 ago., 239.
Emiliano Kovc, Bto. († 1944) 25 mar., 489.
Emilio (de África), San († 484), 6 dic., 186.
Emilio Szramzek, Bto. († 1942), 13 ene., 298.
Emma, Sta. († 1045), 29 jun., 705.

Encarnación Gil Valls, Bta. († 1936), 24 sep., 736.
Engelberto de Colonia, San († 1225), 7 nov., 142-145.
Engelberto Kolland, Bto. († 1860), 10 jul., 267-272.
Engracia (de Zaragoza), Sta. († s. IV), 16 abr., 325-329.
Engracia, Sta. († s. XI), 13 feb., 615.
Engracia (de Segovia), Sta. († 715), 26 oct., 797-798.
Enodio de Pavía, San († 521), 17 jul., 495-496.
Enrique, San († 1024), 13 jul., 316-320.
Enrique Abbot, Bto. († 1597), 4 jul., 120-121.
Enrique Augusto Luzeau de la Mulonnière, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Enrique Beltrán Llorca, Bto. († 1936), 30 jul., 986-991.
Enrique Canadell Quintana, Bto. († 1936), 17 ago., 620.
Enrique de Balzano, Bto. († 1315), 10 jun., 260.
Enrique de Ossó y Cervelló, San († 1896), 27 ene., 563-571.
Enrique de Upsala, San († 1160), 20 ene., 408-409.
Enrique García Beltrán, Bto. († 1936), 16 ago., 588-589.
Enrique Heath, Bto. († 1643), 17 abr., 372.
Enrique Hipólito Hermès, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Enrique Hlebowicz, Bto. († 1941), 9 nov., 206.
Enrique Juan Requena, Bto. († 1936), 29 dic., 745-746.
Enrique Kaczorowski, Bto. († 1942), 6 mayo, 137-138.
Enrique Krysztofik, Bto. († 1942), 4 ago., 115-116.
Enrique Morant Pellicer, Bto. († 1936), 4 oct., 103.
Enrique Morse, San († 1645), 1 feb., 24.
Enrique Rebuschini, Bto. († 1938), 10 mayo, 225-229.
Enrique Seuse (Suso), Bto. († 1366), 25 ene., 510-519.
Enrique Walpole, San († 1595), 7 abr., 158-159.
Enrique Webley, Bto. († 1588), 28 ago., 1042-1046.
Enriqueta de Jesús (María Gabriela) de Croissy, Bta. († 1794), 17 jul., 489-949.
Epafras, San († s. I), 19 jul., 523.
Epifanía del Señor, 6 ene., 130-136.
Epifanio de Pavía, San († 496), 21 ene., 429.
Epifanio de Salamina, San († 403), 12 mayo, 263-267.
Epifanio de San Miguel Sierra Conde, Bto. († 1936), 23 jul., 632-636.
Epímaco (de Alejandría), San († 250), 12 dic., 333-334.
Eremberto, San († 672), 14 mayo, 324-325.
Erentrudis de Nonnberg, Sta. († 718), 30 jun., 732.
Erico IX, San († 1161), 18 mayo, 386-389.
Erundina de Nuestra Señora del Carmen Colino Vega, Bta. († 1936), 24 nov., 602.
Escipión Jerónimo Brigéat de Lambert, Bto. († 1794), 4 sep., 115-116.
Escolástica, Sta. († ca.547), 10 feb., 231-237.
Escubilión Rousseau, Bto. († 1867), 13 abr., 276-287.
Esdras (profeta), San, 13 jul., 320-328.

Eskil, San († 1080), 12 jun., 328-329.
Espetado (mártir escilitano), San († 180), 17 jul., 477-483.
Estanislao, San († 1079), 11 abr., 214-218.
Estanislao de Kazimierz, Bto. († 1489) 3 mayo, 85-86.
Estanislao de Kostka, San († 1568), 15 ago., 509-514.
Estanislao Kubista, Bto. († 1942), 26 abr., 583.
Estanislao Kubski, Bto. († 1942), 18 mayo, 406.
Estanislao Pyrtek, Bto. († 1942), 4 mar., 93.
Estanislao Sarowiesyski, Bto. († 1941), 4 jun., 114-115.
Esteban, San († s. I), 26 dic., 649-654.
Esteban I (papa), San († 257), 2 ago., 77.
Esteban Bellesini, Bto. († 1840), 2 feb., 61-62.
Esteban Casadevall Puig, Bto. († 1936), 13 ago., 444-448.
Esteban de Antioquia, San, († 479), 25 abr., 565.
Esteban de Cúneo, San († 1391), 14 nov., 336-342.
Esteban de Die (o de Châtillon) († 1208), 7 sep., 186.
Esteban de Hungría, San († 1038), 16 ago., 557-562.
Esteban de Muret, San († 1124), 8 feb., 191-196.
Esteban de Obazine, San († 1159), 8 mar., 159.
Esteban de Perm, San († 1396), 26 abr., 581-582.
Esteban de Saint-Thierry, Bto. († 1242), 29 mayo, 660-665.
Esteban el Joven, San († 764), 28 nov., 690-691.
Esteban Francisco Deusdedit de Ravinel, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Esteban (Gabriel) Maya Gutiérrez, Bto. († 1936), 9 ago., 284-290.
Esteban Grelewski, Bto. († 1941), 9 mayo, 205-206.
Esteban Harding, San († 1134), 26 ene., 545-558.
Esteban Machado de Mirando y sus dos hijas (Uruaçu), Btos. († 1645), 3 oct., 87.
Esteban Min Kukka, San († 1840), 20 ene., 410-411; (memoria: 20 sep., 578-583).
Esteban Nguyen Van Vinh, San († 1839), 19 dic., 500-502; (memoria: 24 nov., 580-585).
Esteban Pongracz, San († 1619), 7 sep., 161-165.
Esteban Rowsham, Bto. († 1587), 11 ago., 335-337.
Esteban Teodoro Cuenot, San († 1861), 14 nov., 342-351.
Esteban Vicente Frelichowski, Bto. († 1945), 23 feb., 515-517.
Esteban Zudaire, Bto. († 1570), 15 jul., 412-419.
Estefanía Quinzani, Bta. († 1530), 2 ene., 64.
Esturmio, San († 779), 17 dic., 474-475.
Etelberto de Kent, San († 616), 24 feb., 518-524.
Etelvoldo, San († 984), 1 ago., 38-39.
Eufemia, Sta. († 304), 16 sep., 469.
Eufrasia de la Inmaculada Concepción (María Claudia Cipriana) Brard, Bta. († 1794), 17 jul., 489-494.
Eufrasio del Amor Misericordioso de Celis Santos, Bto. († 1936), 23 oct., 635-638.

Eufronio de Tours, San († 573), 4 ago., 111.
Eugenia Joubert, Bta. († 1904), 2 jul., 45-58.
Eugenia Ravasco, Bta. († 1900), 30 dic., 752-759.
Eugenio I (papa), San († 657), 2 jun., 52-53.
Eugenio III (papa), Bto. († 1153), 8 jul., 209-218.
Eugenio (Alfonso Antonio) Ramírez Salazar, Bto. († 1936), 9 ago., 284-290.
Eugenio de Cartago, San († 501), 13 jul., 350-351.
Eugenio de Toledo, San († 657), 13 nov., 290-295.
Eugenio de Toledo, San († s. I), 15 nov., 767-772 (calendario español).
Eulalia de Barcelona, Sta. († ca.304), 12 feb., 265-270.
Eulalia de Mérida, Sta. († 304), 10 dic., 262-266.
Eulogio de Alejandría, San († 607), 13 jun., 348-349.
Eulogio de Córdoba, San († 859), 11 mar., 223-229.
Euquerio de Orleáns, San († 738), 20 feb., 418-421.
Eurosia Fabris, Bta. († 1932), 8 ene., 848-850*.
Eusebia de Hamay, Sta. († 680), 16 mar., 289.
Eusebia Palomino Yenes, Bta. († 1935), 10 feb., 869-870*.
Eusebio (papa), San († 310), 17 ago., 617-618.
Eusebio (Antonio) Forcades Ferrate, Bto. († 1936), 30 jul., 986-991.
Eusebio Codina Milla, Bto. († 1936), 13 ago., 444-448.
Eusebio (de Alejandría), San († s. III/IV), 3 oct., 82-83.
Eusebio de Bolonia, San († s. IV), 26 sep., 790.
Eusebio de Fano, San († 526), 18 abr., 399.
Eusebio de Samosata, San († 379), 22 jun., 547-548.
Eusebio de Vercelli, San († 371), 2 ago., 44-51.
Eustacio, San († 338), 21 feb., 457-458.
Eustacio White, San († 1591), 10 dic., 266-272.
Eustoquio, Sta. († 419), 28 sep., 853-854.
Eustaquio, San (fecha desconocida), 20 sep., 583-588.
Eustoquio Bellini, Bta. († 1469), 13 feb., 295-296.
Eustoquio Calafato, Sta. († 1491), 20 ene., 409-410.
Eustracio, San († 453-460), 28 nov., 689-690.
Eutimio, San († 824), 26 dic., 674.
Eutimio (Nicolás) Aramendia García, Bto. († 1936), 1 sep., 19-24.
Eutiquiano, San († 473), 13 nov., 326.
Eutiquiano (papa), San († 283), 8 dic., 220.
Eva de Monte Cornillón, Bta. († 1265), 14 mar., 265-266.
Evaristo (papa), San († 108), 27 oct., 710.
Evencio Ricardo (Eusebio) Alonso Uyarra, Bto. († 1936), 8 sep., 244-246.
Everardo de Frejus, San († 867), 16 dic., 448-449.
Everardo Hanse, Bto. († 1581), 31 jul., 1016.
Evodio (mártir de Zaragoza), San († s. IV), 16 abr., 325-329.
Ewaldo el Blanco, San († 695), 3 oct., 85.

Ewaldo el Negro, San († 695), 3 oct., 85.
Exaltación de la Santa Cruz, 14 sep., 380-384.
Expectación del parto de la Santísima Virgen María, 18 dic., 829-832.
Exuperio de Toulouse, San († d. 411), 28 sep., 853.
Exuperio (Legión Tebea), San († 302), 22 sep., 640-645.
Ezequiel (profeta), San, 23 jul., 617-624.
Ezequiel Moreno y Díaz, San († 1906), 19 ago., 663-673.

Fabián, San († 250), 20 ene., 406-407.
Fabiola, Sta. († 400), 27 dic., 688.
Facundo, San († s. IV), 27 nov., 652-654.
Famián, San († 1150), 8 ago., 241.
Fándila, San († 853), 13 jun., 341-345.
Fara, Sta. († 657), 7 dic., 205.
Farón de Meaux, San († 670), 28 oct., 729.
Faustino (Antonio) Villanueva Igual, Bto. († 1936), 1 sep., 19-24.
Faustino Miguez de la Encarnación, Bto. († 1925) 8 mar., 149-159.
Faustino Oteiza Segura, Bto. († 1936), 9 ago., 299-300.
Faustino Pérez García, Bto. († 1936), 15 ago., 545-551.
Fausto (de Alejandría), San († s. III/IV), 3 oct., 82-83.
Fausto (de Córdoba), San († s. III/IV), 3 oct., 356-357.
Fausto (mártir de Zaragoza), San († s. IV), 16 abr., 325-329.
Febe, Sta. († s. I), 3 sep., 66-67.
Federico, Bto. († 1175), 3 mar., 67.
Federico Albert, Bto. († 1876), 30 sep., 921-926.
Federico (Carlos) Rubio Álvarez, Bto. († 1936), 25 jul., 744-752.
Federico de Ratisbona, Bto. († 1329), 30 nov., 734-735.
Federico de Utrecht, San († 838), 18 jul., 512.
Federico Jansoone, Bto. († 1916), 4 ago., 105-110.
Federico Ozanam, Bto. († 1853), 8 sep., 210-216.
Feliciana de Nuestra Señora del Carmen Uribe Orbe, Bta. († 1936), 24 nov., 602.
Felicidad, Sta. († 203), 7 mar., 119-124.
Felicísimo Díez González, Bto. († 1936), 29 jul., 934-943.
Felicísimo, San († s. III), 26 oct., 702-703.
Felipa Mareri, Bta. († 1236), 16 feb., 351-352.
Felipe (apóstol), San († s. I), 3 mayo, 70-74.
Felipe (el diácono), San († s. I), 11 oct., 299-305.
Felipe Benicio, San († 1285), 22 ago., 781-787.
Felipe de Heraclea, San († 303), 22 oct., 585.
Felipe de Jesús Munárriz Azcona, Bto. († 1936), 2 ago., 65-69.
Felipe de las Casas, San († 1597), 6 feb., 125-130.
Felipe de Piacenza, Bto. († 1306), 24 mayo, 542.
Felipe de San Miguel Ruiz Fraile, Bto. († 1936), 23 jul., 632-636.
Felipe del Sagrado Corazón de María Valcobado Granado, Bto. († 1936), 23 jul., 632-636.
Felipe Evans, San († 1679), 22 jul., 598-602.

Felipe Geryluk, Bto. († 1874), 24 ene., 494-496.
Felipe Hernández Martínez, Bto. († 1936), 27 jul., 872-874.
Felipe Howard, San († 1595), 19 oct., 511-520.
Felipe Neri, San († 1595), 26 mayo, 582-590.
Felipe Papon, Bto († 1794), 17 jun., 447-449.
Felipe Phan Van Minh, San († 1853), 3 jul., 85-86; (memoria: 24 nov., 580-585).
Felipe Powell, Bto. († 1646), 30 jun., 734-735.
Felipe Rinaldi, Bto. († 1931), 5 dic., 163-172.
Felipe Ripoll, Bto. († 1939), 7 feb., 171-179.
Felipe Siphong Onphitak, Bto. († 1940), 16 dic., 439-448.
Felipe Smaldone, Bto. († 1923), 4 jun., 107-111.
Felipe Zhang Zihe, San († 1900), 9 jul., 261; (memoria: 9 jul., 224-235).
Felisa Meda, Bta. († 1444), 30 sep., 927.
Félix, San († 453/460), 28 nov., 689-690.
Félix, San (fecha desconocida), 11 sep., 338.
Félix III, San († 492) 1 mar., 19-20.
Félix (mártir de Córdoba), San († 852), 27 jul., 865-867.
Félix (mártir de Zaragoza), San († s. IV), 16 abr., 325-329.
Félix (mártir escilitano), San († 180), 17 jul., 477-483.
Félix de Cantalicio, San († 1587), 18, mayo V 389-394.
Félix (de Cartago), San († 257), 10 319-320.
Félix (de Cartago) [otro], San († 257), 10 sep., 319-320.
Félix de Como, San († ca.390), 8 oct., 229.
Félix de Córdoba, San († 853), 14 jun., 365-366.
Félix de Gerona, San († s. IV), 1 ago., 38.
Félix de las Cinco Llagas Ugalde Irurzun, Bto. († 1936), 25 jul., 782-784.
Félix de Milán, († 303), 12 jul., 305-306.
Félix de Nola, San († ca.260), 14 ene., 299-304.
Félix de Nola (primer obispo), San († s. IV/V), 15 nov., 383.
Félix de Roma, San († 304), 30 ago., 1145.
Félix de Thibiuca, San († 303), 15 jul., 433-434.
Félix de Valois, San († 1212), 4 nov., 90-96.
Félix (Santiago Amoroso) de Nicosia, San († 1787), 31 mayo, 940*; 743- 744.
Félix Vivet Trabal, Bto. († 1936), 26, ago., 947-948.
Félix Yuste Cava, Bto. († 1936), 14 ago., 474-475.
Fermín, San († 553), 7 jul., 1031-1035.
Fernando III, San († 1252), 30 mayo, 682-691.
Fernando de San José Ayala, Bto. († 1617), 1 jun., 39-40.
Fernando García Sendra, Bto. († 1936), 18 sep., 522-523.
Fernando González Añón, Bto. († 1936), 27 ago., 987-991.
Fernando María Baccilieri, Bto. († 1893), 13 jul., 334-341.
Fernando Sánchez, Bto. († 1570), 15 jul., 412-419.
Ferreolo, San († s. III), 18 sep., 520.
Fiacre, San († 670), 30 ago., 1146.

Fidel Chijnacki, Bto. († 1942), 9 jul., 262-263.
Fidel de Sigmaringa, San († 1622), 24 abr., 495-502.
Fidel Fuidio Rodríguez, Bto. († 1936), 17 oct., 473.
Fidel (Mariano) Climent Sanchís, Bto. († 1936), 27 sep., 824-825.
Filemón de Colosas, San († s. I), 22 nov., 548.
Filiberto, San († 685), 20 ago., 740-741.
Filipina Rosa Duchesne, Sta. († 1852), 18 nov., 447-453.
Filogonio de Antioquía, San († 324), 20 dic., 518.
Filomeno de Lyón, San († 177), 2 jun., 47-52.
Filoteo, San († 307), 5 nov., 122.
Fina de San Geminiano, Bta. († 1253), 12 mar., 249.
Finiano, San († 549), 12 dic., 334.
Fintano, San († 603), 17 feb., 365.
Firmo (de Cartago), San († 250), 19 abr., 414-415.
Flannano, San († s. VII), 18 dic., 483-484.
Flaviano de Constantinopla, San († 449), 17 feb., 361-364.
Flavio (Atilano Dionisio) Argüeso González, Bto. († 1936), 12 ago., 385.
Flavio Clemente, San († 96), 22 jun., 546.
Flora (de Córdoba), Sta. († 851), 24 nov., 585-595.
Flora de Beaulieu, Sta. († 1347), 5 oct., 168.
Florencia Caerols Martínez, Bta. († 1936), 1 oct., 42.
Florenciano, San († 453-460), 28 nov., 689-690.
Florencio Dumontet de Cardaillac, Bto. († 1794), 5 sep., 140-141.
Florencio Martín (Álvaro) Ibáñez Lázaro, Bto. († 1936), 23 oct., 638-640.
Florentín Pérez Romero, Bto. († 1936), 23 ago., 824-826; cf. también: 1 ago., 24-31.
Florentina, Sta. († s. VII), 28 ago., 1023-1028.
Florentino Asensio Barroso, Bto. († 1936), 9 ago., 276-283.
Florentino Felipe Naya, Bto. († 1936), 9 ago., 299-300.
Florián Stepniak, Bto. († 1942), 12 ago., 389-390.
Florida Cevoli, Bta. († 1767), 12 jun., 330-331.
Foilano, San († 655), 31 oct., 777.
Fortanerio, Bto. († 1242), 29 mayo, 660-665.
Fortunata (de Cartago), San († 250), 19 abr., 414-415.
Fortunato de Nápoles, San († s. IV), 14 jun., 364-365.
Fortunio (de Cartago), San († 250), 19 abr., 414-415.
Franca Visalta, Sta. († 1218), 25 abr., 565.
Francisca (llamada Pinzokere), Bta. († 1627), 27 ago., 1002-1007.
Francisca Ana Cirer Carbonell, Bta. († 1855), 27 feb., 587-591.
Francisca Cualladó Baixauil, Bta. († 1936),19 sep., 576-577.
Francisca de Amboise, Bta. († 1485), 4 nov., 96-97.
Francisca de Sales (Leonia) Aviat, Sta. († 1914), 10 ene., 234-238.
Francisca de Santa Teresa de Amezua Ibaibarriaga, Bta. († 1936), 19 ago., 684-700.
Francisca del Corazón de Jesús Aldea y Araujo, Bta. († 1936), 20 jul., 540-552.
Francisca Javiera Cabrini, Sta. († 1917), 22 dic., 544-551.

Francisca Javiera (María) Fenollosa Alcayna, Bta. († 1936), 27 sep., 825-826.
Francisca Lanel, Bta. († 1794), 26 jun., 608-614.
Francisca Mézière, Bta. († 1794), 5 feb., 122-123.
Francisca Michoneau, Bta. († 1794), 16 abr., 346-347.
Francisca Romana, Sta. († 1440), 9 mar., 171-185.
Francisca Suhard, Bta. († 1794), 16 abr., 346-347.
Francisca Tréhet, Bta. († 1794) 13 mar., 258-259.
Francisco Adaucto, San († 1597), 6 feb., 125-130.
Francisco Álvarez, Bto. († 1570), 15 jul., 412-419.
Francisco Antonio Fasani, San († 1742), 29 nov., 703-708.
Francisco Aranha, Bto. († 1583), 25 jul., 776-780.
Francisco Arias Martín, Bto. († 1936), 18 ago., 646.
Francisco Balmain, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Francisco Bandrés Sánchez, Bto. († 1936), 3 ago., 88-89.
Francisco Blanco, San († 1597), 6 feb., 125-130.
Francisco Calvo Burillo, Bto. († 1936), 2 ago., 78-79.
Francisco Caracciolo, San († 1608) 4 jun., 98-106.
Francisco Carceller Galindo, Bto. († 1936), 2 oct., 72-73.
Francisco Castán Messeguer, Bto. († 1936), 15 ago., 545-551.
Francisco Castell Brenuy, Bto. († 1936), 13 ago., 925-927*.
Francisco César Londiveau, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Francisco Choe Kyong-hwan, San († 1839), 12 sep., 356-357; (memoria: 20 sep., 578-583).
Francisco Coll, Bto. († 1875), 2 abr., 27-34.
Francisco d'Oudinot de la Boissière, Bto. († 1794), 7 sep., 190-191.
Francisco Dachtera, Bto. († 1943), 23 ago., 826.
Francisco Dardan, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Francisco de Asís, San († 1226), 4 oct., 88-96.
Francisco de Bastos (Uruaçu), Bto. († 1645), 3 oct., 87.
Francisco de Borja, San († 1572), 30 sep., 912-921.
Francisco de Jerónimo, San († 1716), 11 mayo, 241-244.
Francisco de Jesús, María y José Palau Quer, Bto. († 1872) 20 mar., 374-379.
Francisco de Magallanes, Bto. († 1570), 15 jul., 412-419.
Francisco de Montmorecy-Laval, Bto. († 1708), 6 mayo, 120-124.
Francisco (de Nagasaki), San († 1597), 6 feb., 125-130.
Francisco de Paula, San († 1507), 2 abr., 15-23.
Francisco de Paula Castelló y Aleu, Bto. († 1936), 29 sep., 887-895.
Francisco de Paula Ibáñez Ibáñez, Bto. († 1936), 19 ago., 708-709.
Francisco de Posadas, Bto. († 1713), 20 sep., 588-595.
Francisco de Roye, San († 1572), 9 jul., 236-239.
Francisco de Sales, San († 1622), 24 ene., 473-481.
Francisco de San Buenaventura, Bto. († 1622), 12 sep., 353-355.
Francisco de San Miguel de la Parilla, San († 1597), 6 feb., 125-130.

Francisco de Santa María, Bto. († 1627), 27 ago., 1002-1007.
Francisco de Torrente (Justo Lerma Martínez), Bto. († 1936), 1 ago., 24-31.
Francisco Díaz del Rincón oct., San († 1748), 28 oct., 718-723; (memoria: 9 jul., 224-235).
Francisco Dickenson, Bto. († 1590), 13 abr., 289.
Francisco Drzewiecki, Bto. († 1942), 10 ago., 319-320.
Francisco Duchense, San († 1794), 21 ene., 430-431.
Francisco Dumasramabaud de Calandelle, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Francisco Faá di Bruno, Bto. († 1888) 27 mar., 496-499.
Francisco Fernández Capillas, San († 1648), 15 ene., 317-323.
Francisco Fogolla, San († 1900), 9 jul., 259; (memoria: 9 jul., 224-235).
Francisco François, Bto. († 1794), 10 ago., 315-317.
Francisco Gálvez, Bto. († 1623), 4 dic., 143-145.
Francisco Gárate Aranguren, Bto. († 1929), 9 sep., 283-295.
Francisco Gil de Federich, San († 1765), 24 nov. (memoria), 580-585.
Francisco Higaski, Bto. († 1628), 8 sep., 239-243.
Francisco Hunot, Bto. († 1794), 6 oct., 205-206.
Francisco Ingleby, Bto. († 1586), 3 jun., 95.
Francisco Isidoro Gagelin, San († 1833), 17 oct., 472-473.
Francisco Jaccard, San († 1838), 21 sep., 635-637.
Francisco Jaccard, San († 1838), 24 nov. (memoria), 580-585.
Francisco Javier, San († 1552), 3 dic., 90-97.
Francisco Javier Can, San († 1837), 20 nov., 504-505; (memoria: 24 nov., 580-585).
Francisco Javier Ha Trong Mau, San († 1839), 19 dic., 500-502; (memoria: 24 nov., 580-585).
Francisco Javier M.ª Bianchi, San († 1815), 31 ene., 657-662.
Francisco Javier Ponsa Casallach, Bto. († 1936), 28 sep., 858.
Francisco Javier Seelos, Bto. († 1867), 4 oct., 97-101.
Francisco José de la Rochefoucauld, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Francisco José Pey, Bto. († 1792), 2 sep., 39-44.
Francisco (Justo) Lerma Martínez, Bto. († 1936),18 sep., 523-526.
Francisco Kesy, Bto. († 1942), 24 ago., 868-877.
Francisco Kuhioye, Bto. († 1627), 27 ago., 1002-1007.
Francisco Kurobioye, Bto. († 1627), 27 ago., 1002-1007.
Francisco Lafranc, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Francisco Luis Chartier, Bto. († 1794), 22 mar., 417.
Francisco Luis Hébert, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Francisco Luis Méallet de Fargues, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Francisco María de Camporosso, San († 1866), 17 sep., 488-496.
Francisco María Monzón Romeo, Bto. († 1936), 29 ago., 1081-1082.
Francisco María Roura Farró, Bto. († 1936), 15 ago., 545-551.
Francisco Marto, Bto. († 1919), 4 abr., 91; cf. también: 20 feb., 422-434.

Francisco Massabki, Bto. († 1860), 10 jul., 267-272.
Francisco Mayaudon, Bto. († 1794), 11 sep., 341.
Francisco Mendes Pereira (Uruaçu), Bto. († 1645), 3 oct., 87.
Francisco Migoret, San († 1794), 21 ene., 430-431.
Francisco Minh Chieu, San († 1838), 25 jun., 587-590; (memoria: 24 nov., 580-585).
Francisco Morales, Bto. († 1622), 10 sep., 308-310.
Francisco Pacheco, Bto. († 1626), 20 jun., 509-511.
Francisco Page, Bto. († 1602), 20 abr., 440-441.
Francisco Patrizi, Bto. († 1328), 26 mayo, 597-598.
Francisco Pérez de Godoy, Bto. († 1570), 15 jul., 412-419.
Francisco Phan Van Trung, San († 1858), 24 nov.; (memoria: 24 nov., 580-585).
Francisco Pinazo, Bto. († 1860), 10 jul., 267-272.
Francisco Regis Clet, San († 1820), 18 feb., 383-390; (memoria: 9 jul., 224-235).
Francisco Remón Játiva, Bto. († 1936), 31 jul., 1019.
Francisco Rogaczewski, Bto. († 1940), 11 ene., 251-252.
Francisco Sendra Ivars, Bto. († 1936), 4 sep., 117-118.
Francisco Serrano, San († 1748), 28 oct., 718-723; (memoria: 9 jul., 224-235).
Francisco Shoyemon, San († 1633), 14 ago., 461-466; (memoria: 28 sep., 831-840).
Francisco Solano, San († 1610), 14 jul., 379-387.
Francisco Spinelli, Bto. († 1913), 6 feb., 144-146.
Francisco Stryas, Bto. († 1944), 31 jul., 1021.
Francisco Takeya, Bto. († 1622), 11 sep., 340-341.
Francisco Taylor, Bto. († 1621), 30 ene., 644-645.
Francisco Terrero, Bto. († 1632), 3 sep., 54-62.
Francisco Tomás y Serer, Bto. († 1936), 2 ago., 79-80; cf. también: 1 ago., 24-31.
Francisco Urbano Salins de Niart, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Francisco Vareilhe-Duteil, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Francisco Venimbeni, Bto. († 1322), 22 abr., 471.
Francisco Yakichi, Bto. († 1622), 2 oct., 71-72.
Francisco Zanfredini, Bto. († 1350), 5 ago., 130-131.
Francisco Zhang Rhong, San († 1900), 9 jul., 262; (memoria: 9 jul., 224-235).
Franco, San († 1270), 5 jun., 126.
Franco Lippi, Bto. († 1291), 11 dic., 311-312.
Frideswida, Sta. († ca.735), 19 oct., 526-527.
Froilán, San († 905), 5 oct., 115-120.
Frontón (mártir de Zaragoza), San († s. IV), 16 abr., 325-329.
Fructuoso, San († 259), 21 ene., 416-420.
Fructuoso de Braga, San († 665), 16 abr., 335-339.
Frutos (de Cartago), San († 250), 19 abr., 414-415.
Frutos (de Segovia), San († 715), 25 oct., 667-670.
Fuerte Gabriel, Bto. († 1040), 9 mayo, 203.
Fulberto, San († 1029), 10 abr., 211.

Fulco, San († 1229), 26 oct., 705.
Fulgencio de Écija, San († 632), 14 ene., 313-314.
Fulgencio de Ruspe, San († 533) 1 ene., 40.
Fulgencio del Sagrado Corazón de María Calvo Sánchez, Bto. († 1936), 23 jul., 632-636.
Fundadores Servitas, Siete Santos († s. XIII-XIV), 17 feb., 353-361.
Fúsculo (de África), San († s. V), 6 sep., 157-158.

Gabriel (arcángel), San, 29 sep., 868-875.
Gabriel de Benifayó, cf. José María Sanchís Mompó, Bto.
Gabriel de la Dolorosa, San († 1862), 27 feb., 573-578.
Gabriel de la Magdalena, Bto. († 1632), 3 sep., 54-62.
Gabriel (de Nagasaki), San († 1597), 6 feb., 125-130.
Gabriel Desprez de Roche, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Gabriel Ferretti, Bto. († 1456), 9 nov., 202-203.
Gabriel Lalemant, San († 1649), 17 mar., 307; (memoria: 19 oct., 493-498).
Gabriel Pergaud, Bto. († 1794), 21 jul., 586.
Gabriel Taurino Dufresse, San († 1815), 14 sep., 395-399; (memoria: 9 jul., 224-235).
Galdino de Sala, San († 1176), 18 abr., 374-380.
Galgano Guidotti, San († 1181), 30 nov., 733-734.
Galo, San († ca.645), 16 oct., 410-415.
Gamelberto, San († 800), 17 ene., 358-359.
Gandulfo de Binasco, San († 1260), 3 abr., 68.
García, San († 1073), 25 nov., 784-787.
García d'Aure, Bto. († 1242), 29 mayo, 660-665.
Gaspar Álvarez, Bto. († 1570), 15 jul., 412-419.
Gaspar Bertoni, San († 1853), 12 jun., 309-316.
Gaspar Bono, Bto. († 1604), 14 jul., 374-379.
Gaspar Claudio Maignien, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Gaspar del Búfalo, San († 1837), 28 dic., 695-703.
Gaspar Hikojiro, Bto. († 1617), 1 oct., 41.
Gaspar Koteda, Bto. († 1622), 11 sep., 340-341.
Gaspar (Luis Modesto) Páez Perdomo, Bto. († 1936), 9 ago., 284-290.
Gaspar Sadamatsu, Bto. († 1626), 20 jun., 509-511.
Gaspar Stanggassinger, Bto. († 1899), 26 sep., 776-784.
Gaspar Vaz, Bto. († 1627), 27 ago., 1002-1007.
Gaudencio de Brescia, San († 410), 25 oct., 685-686.
Gaudencio de Gniezno, San († ca.1012), 11 oct., 323-324.
Gauderico, San († 900), 16 oct., 423.
Gaudioso, San († s. VI), 3 nov., 779.
Gaudioso de Abitine, San († 452), 27 oct., 710.
Gaugerico, San († 625), 11 ago., 335.
Gedeón (juez de Israel), San, 26 sep., 757-761.
Gelasio I (papa), San († 496), 21 nov., 510-516.
Gema, Bta. († 1439), 13 mayo, 300.
Gema Galgani, Sta. († 1903), 11 abr., 218-222.

Geminiano de Lyón, San († 177), 2 jun., 47-52.
Gemino de Lyón, San († 177), 2 jun., 47-52.
Genadio, San († 936), 25 mayo, 575-576.
Genaro (mártir de Zaragoza), San († s. IV), 16 abr., 325-329.
Generosa (mártir escilitano), Sta. († 180), 17 jul., 477-483.
Genoveva de París, Sta. († ca.502), 3 ene., 67-41.
Genoveva Torres Morales, Bta. († 1956), 5 ene., 112-123.
Geraldo de Aurillac, San († 909), 13 oct., 357-358.
Geraldo de Braga, San († 1109), 5 dic., 174.
Geraldo de Sauve Majeure, San († 1095), 5 abr., 107.
Gerardesca de Pisa, Bta. († 1269), 29 mayo, 681.
Gerardo Cagnoli, Bto. († 1343), 29 dic., 738.
Gerardo de Brogne, San († 959), 3 oct., 86-87.
Gerardo de Claraval, Bto. († 1138), 13 jun., 350-351.
Gerardo de Toul, San († 994), 23 abr., 493.
Gerardo Mayela, San († 1755), 16 oct., 415-420.
Gerardo Mecatti, Bto. († 1242), 18 mayo, 405.
Gerardo Sagredo, San († 1046), 24 sep., 731-732.
Gerásimo, San († 475) 5 mar., 97.
Gerino, San († 679), 2 oct., 70-71.
Gerio de Lunel, Bto. († 1299), 25 mayo, 576-577.
Gerlando, Bto. († 1279), 19 jun., 487.
Germán, San († 667), 21 feb., 458-459.
Germán (patrono de Cádiz), San († 303), 23 oct., 628.
Germán (de África), San († s. V), 6 sep., 157-158.
Germán de Auxerre, San († 448), 31 jul., 1000-1004.
Germán de Carcagente (José María Garrigues Hernández), Bto. († 1936), 9 ago., 290-295.
Germán de Constantinopla, San († 733), 12 mayo, 267-270.
Germán de Gerona, San († s. IV), 2 jun., 789-790.
Germán de Jesús y María (Manuel) Pérez Jiménez, Bto. († 1936), 23 jul., 632-636.
Germán de París, San († 576), 28 mayo, 654-655.
Germán Gardier, Bto. († 1544), 7 mar., 132.
Germán Gozalvo Andreu, Bto. († 1936), 22 sep., 665-666.
Germana Cousin, Sta. († 1601), 15 jun., 380-385.
Geroncio de Itálica, San († s. IV), 25 ago., 911-912.
Gertrudis (Catalina) Comensoli, Bta. († 1903), 18 feb., 390-398.
Gertrudis de Altenberg, Bta. († 1297), 13 ago., 436.
Gertrudis de Nivelles, Sta. († 659) 17 mar., 306-307.
Gertrudis la Magna, Sta. († 1302), 19 nov. (memoria), 478-482.
Gervasio, San († s. II), 19 jun., 486-487.
Gervasio Brunel, Bto. († 1794), 20 ago., 742-744.
Ghebra Miguel, Bto. († 1855), 14 jul., 402.
Gil, San († s. VI/VII), 1 sep., 17-18.
Gil de Asís, Bto. († 1262), 23 abr., 494.
Gil de Casayo, San († 1213), 1 sep., 968.

Gil de Lorenzana, Bto. († 1518), 10 ene., 242-243.
Gil de Vaozela, Bto. († 1265), 14 mayo, 325-326.
Gil María de San José, San († 1812), 7 feb., 155-161.
Gil Rodicio Rodicio, Bto. († 1936), 4 ago., 113-115.
Gilberto de Caithness, San († 1245), 1 abr., 13.
Gilberto de Sempringham, San († 1189), 4 feb., 86-89.
Gilberto el Grande, San († 1167), 17 oct., 468-469.
Gildo Irwa, Bto. († 1918), día 18, 512-514.
Gilduino, San († 1077), 27 ene., 579-580.
Ginés de Arlés, San († 303), 25 ago., 911.
Gisela, Bta. († 1060), 7 mayo, 154-155.
Gleb, San († 1015), 24 jul., 705.
Goar, San († s. VI), 6 jul., 169-170.
Gobán, San († 670), 20 jun., 506.
Godeardo, San († 1038), 5 mayo, 117.
Godeleva, Sta. († 1070), 30 jul., 984.
Godofredo, San († 1115), 8 nov., 179.
Godofredo Coart de Melveren, San († 1572), 9 jul., 236-239.
Godofredo de Kappenburg, Bto. († 1127), 13 ene., 295-296.
Godofredo van Duynen, San († 1572), 9 jul., 236-239.
Gomidas Keumurgian, Bto. († 1707), 5 nov., 101-111.
Gontrán, San († 593), 28 mar., 512-513.
Gonzaga Gonza, San († 1886), 27 mayo, 619.
Gonzalo de Amarante, Bto. († 1259), 10 ene., 243-244.
Gonzalo de Lagos, Bto. († 1422), 15 oct., 377-385.
Gonzalo Fusai, Bto. († 1622), 10 sep., 308-310.
Gonzalo García, San († 1597), 6 feb., 125-130.
Gonzalo Gonzalo Gonzalo, Bto. († 1936), 4 ago., 113.
Gonzalo Henriques, Bto. († 1570), 15 jul., 412-419.
Gonzalo Viñes Masip, Bto. († 1936), 10 dic., 272-277.
Gorazdo (apóstol de Bulgaria), San († s. IX/X), 27 jul., 867-868.
Gorgonia, Sta. († 370), 9 dic., 258-259.
Gorgonio, San († 303), 12 mar., 247.
Gracia de Cátaro, Bto. († 1508), 9 nov., 204-205.
Gracia (Zoraida), Sta. († 1180), 21 ago., 770-771.
Grata de Lyón, Sta. († 177), 2 jun., 47-52.
Grato, San († s. VI), 19 oct., 526.
Gregorio, Bto. († s. XIII), 26 abr., 581.
Gregorio II, San († 731), 11 feb., 254-261.
Gregorio III (papa), San († 741), 10 dic., 277-278.
Gregorio VII (papa), San († 1085), 25 mayo, 556-562.
Gregorio X, Bto. († 1276), 10 ene., 221-227.
Gregorio Barbarigo, San († 1697), 18 jun., 459-467.
Gregorio Celli, Bto. († 1343), 11 mayo, 250-251.
Gregorio Chirivás Lacambra, Bto. († 1936), 12 ago., 386-388.
Gregorio de Berrueza, San († 1044), 9 mayo, 807-809.
Gregorio de Elvira, San († s. IV), 24 abr., 542-543.

Gregorio de Langres, San († 539), 4 ene., 96.
Gregorio de Tours, San († 594), 17 nov., 417-420.
Gregorio de Utrecht, San († 775), 25 ago., 898-901.
Gregorio el Iluminador, San († 326), 30 sep., 908-912.
Gregorio el Taumaturgo, San († 270), 17 nov., 412-417.
Gregorio Escribano, Bto. († 1570), 15 jul., 412-419.
Gregorio Frackowiak, Bto. († 1943), 5 mayo, 119-120.
Gregorio Grassi, San († 1900), 9 jul., 257-262; (memoria: 9 jul., 224-235).
Gregorio Khomysyn, Bto. († 1945), 29 dic., 707-708.
Gregorio Lakota, Bto. († 1950), 5 nov., 125.
Gregorio Magno (papa), San († 604), 3 sep., 46-54.
Gregorio Nacianzeno, San († 390), 2 ene., 43-53.
Gregorio Niseno, San († ca.440) 10 ene., 238-239.
Grimoaldo de la Purificación (Fernando) Santamaría, Bto. († 1902), 18 nov., 469-470.
Guala, Bto. († 1244), 3 sep., 68-69.
Gualterio (abad), San († s. XIII), 4 jun., 112-113.
Gualterio (fundador), San († 1070), 11 mayo, 249-250.
Gualterio (de Lodi), San († 1224), 22 jul., 603.
Gualterio de Pontoise, San († 1095), 23 mar., 442.
Gualterio Pierson, Bto. († 1537), 10 jun., 260-261.
Guarino, San († 1159), 6 feb., 153.
Guarino de Aulps, San († 1150), 27 ago., 1000.
Gúdula, Sta. († ca.712), 8 ene., 195-198.
Guerrico, Bto. († 1157), 19 ago., 702.
Guiberto de Glemboux, San († 962), 23 mayo, 522.
Guido de Cortona, Bto. († 1245), 12 jun., 329.
Guido de Pomposa, San († 1046), 31 mar., 558-559.
Guido María Conforti, Bto. († 1931), 5 nov., 111-116.
Guidón de Anderlecht, San († 1012), 12 sep., 350-352.
Guillermo, San († 1142), 25 jun., 592-593.
Guillermo Andleby, Bto. († 1597), 4 jul., 120-121.
Guillermo Antonio Delfaut, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Guillermo Apor, Bto. († 1945), 2 abr., 41-44.
Guillermo Arnaud, Bto. († 1242), 29 mayo, 660-665.
Guillermo Brown, Bto. († 1605), 5 sep., 140.
Guillermo Carter, Bto. († 1584), 11 ene., 250-251.
Guillermo Courtet, San († 1636), 28 sep. (memoria), 831-840.
Guillermo Cufitelli, Bto. († 1411), 4 abr., 89-90.
Guillermo Davis, Bto. († 1593), 27 jul., 870-871.
Guillermo de Bourges, San († 1209), 10 ene., 241-242.
Guillermo de Eskill, San († 1203), 6 abr., 134.
Guillermo de Fenol, Bto. († 1200), 19 dic., 499-500.
Guillermo de Malavalle, († 1157), 10 feb., 241.
Guillermo de Pontoise, San († 1192), 10 mayo, 230.

Guillermo de Tolosa, Bto. († 1369), 18 mayo, 405-406.
Guillermo Dean, Bto. († 1588), 28 ago., 1042-1046.
Guillermo Exmew, Bto. († 1535), 19 jun., 488.
Guillermo Filby, Bto. († 1582), 30 mayo, 719-720.
Guillermo Firmati, San († 1103), 24 abr., 544.
Guillermo Fitzherbert, San († 1154), 8 jun., 182-189.
Guillermo Freeman, Bto. († 1595), 13 ago., 441-442.
Guillermo Gibson, Bto. († 1596), 29 nov., 709-710.
Guillermo Greenwood, Bto. († 1537), 6 jun., 151.
Guillermo Gunter, Bto. († 1588), 28 ago., 1042-1046.
Guillermo Harcourt, Bto. († 1679), 20 jun., 511-512.
Guillermo Harrington, Bto. († 1594), 18 feb., 401.
Guillermo Hart, Bto. († 1583), 15 mar., 283-284.
Guillermo Hartley, Bto. († 1588), 5 oct., 170-171.
Guillermo Horne, Bto. († 1540), 4 ago., 112-113.
Guillermo Howard, Bto. († 1682), 29 dic., 739.
Guillermo Ireland, Bto. († 1679), 24 ene., 493.
Guillermo José Chaminade, Bto. († 1850), día 22, 443-451.
Guillermo Knight, Bto. († 1596), 29 nov., 709-710.
Guillermo Lacey, Bto. († 1582), 22 ago., 800-801.
Guillermo Lampley, Bto. († 1587), 11 ago., 335-337.
Guillermo Marsden, Bto. († 1586), 25 abr., 566.
Guillermo Pattenson, Bto. († 1592), 22 ene., 461.
Guillermo Pike, Bto. († 1591) 21 mar., 408-409.
Guillermo Pinchón, San († 1234), 29 jul., 943-944.
Guillermo Plaza Hernández, Bto. († 1936), 9 ago., 300-301; (memoria: 23 jul., 650-655).
Guillermo Repin, Bto. († 1794) 2 ene., 64-66.
Guillermo Richardson, Bto. († 1603), 27 feb., 597-598.
Guillermo Saultemouche, Bto. († 1593), 7 feb., 184-186.
Guillermo Scott, Bto. († 1612), 30 mayo, 720-721.
Guillermo Southerne, Bto. († 1618), 30 abr., 685.
Guillermo Spencer, Bto. († 1589), 24 sep., 732-733.
Guillermo Tempier, San († 1197), 29 mar., 518.
Guillermo Thomson, Bto. († 1584), 20 abr., 440-441.
Guillermo Tirry, Bto. († 1654), 2 mayo, 66-67.
Guillermo (Vicente) Llop Gayá, Bto. († 1936), 28 nov., 673-684.
Guillermo Way, Bto. († 1587), 23 sep., 701-702.
Guillermo Webster, Bto. († 1641), 26 jul., 823-824.
Gulstano, San († 1040), 27 nov., 660.
Gumesindo (de Córdoba), San († 853), 13 ene., 295.
Gumersindo Soto Barros, Bto. († 1936), 29 jul., 934-943.
Guntero, San († 1045), 9 oct., 273-274.
Gyavira, San († 1886) 3 jun., 58-65.

Habacuc (profeta), San, 2 dic., 51-58.

Habencio, San († 851), 7 jun., 172.
Habetdeus, San († 453-460), 28 nov., 689-690.
Hallazgo de la Santa Cruz, 3 mayo, 775-782.
Hartman de Passau, Bto. († 1164), 23 dic., 598-599.
Heimerado, San († 1019), 28 jun., 684.
Helpis de Lyón, San († 177), 2 jun., 47-52.
Hemming, San († 1366), 21 mayo, 484-485.
Héracla de Alejandría, San († 248), 4 dic., 139-140.
Herculano de Piegale, Bto. († 1451), 28 mayo, 656.
Hereda (de Cartago), San († 250), 19 abr., 414-415.
Heremio (de Cartago), San († 250), 19 abr., 414-415.
Heriberto de Colonia, San († 1021), 16 mar., 286-289.
Hermán José, San († 1241), 7 abr., 158.
Hermán Stepien, Bto. († 1943),19 jul., 527-529.
Hermenegildo, San († 585), 13 abr., 258-266.
Hermes, San († 303), 22 oct., 585.
Herminia Martínez Amigó, Bta. († 1936), 27 sep., 825-826.
Herón (de Alejandría), San († 250), 14 dic., 388.
Hesiquio de Vienne, San († 490), 12 nov., 281.
Higinio, San († 142), 11 ene., 246-247.
Hija de Francisco Díaz el joven (Uruaçu) oct., Bta. († 1645), 3 oct., 87.
Hilario (papa), San († 468), 28 feb., 599-601.
Hilario (Antonio) Delgado Vílchez, Bto. († 1936), 28 nov., 673-684.
Hilario de Arlés, San († 449), 5 mayo, 102-105.
Hilario de Poitiers, San († 367), 13 ene., 281-287.
Hilario Januszewski, Bto. († 1945) 25 mar., 489-490.
Hilario María Llorente Martín, Bto. († 1936), 13 ago., 444-448.
Hilarión, San († s. VIII) 28 mar., 513.
Hilarión (abad), San († 371), 21 oct., 554-558.
Hilda, Sta. († 680), 17 nov., 431-432.
Hildegarda, Sta. († 1179), 17 sep., 499.
Hipacio, San († 446), 17 jun., 446.
Hipólito, San († 236), 13 ago., 392-397.
Hipólito Galantini, Bto. († 1619) 20 mar., 372-374.
Homobono de Cremona, San († 1097), 13 nov., 302-304.
Honesto de Nimes, San († 270), 28 nov., 793-794.
Honorato (Andrés) Zorraquino Herrero, Bto. († 1936), 23 oct., 638-640.
Honorato de Arlés, San († 429), 16 ene., 348.
Honorato de Biala Podlaska (Florencio) Kazminsky, Bto. († 1916), 16 dic., 433-439.
Honorato de Vercelis, San († 415), 29 oct., 746-747.
Honorino de la Virgen Dolorosa Carracedo Ramos, Bto. († 1936), 23 oct., 635-638.
Honorio de Canterbury, San († 653), 30 sep., 926-927.
Hormisdas (papa), San († 523), 6 ago., 149-150.

Hortulano, San († 453-460), 28 nov., 689-690.
Hosanna Andreasi, Bta. († 1505), día 18 455-459.
Hroznata, Bto. († 1217),14 jul., 398-399.
Huberto, San († 727), 30 mayo, 718-719.
Hugo de Bonnevaux, Bto. († 1194), 1 abr., 13.
Hugo de Cluny, San († 1109), 29 abr., 644-655.
Hugo de Fosses, Bto. († 1163), 10 feb., 241-242.
Hugo de Génova, San († ca.1233), 8 oct., 220-227.
Hugo de Grenoble, San († 1132), 1, abr., 3-7.
Hugo de Lincoln, San († 1200), 17 nov., 424-430.
Hugo de Novara, San († 1180), 17 nov., 432.
Hugo de Ruán, San († 730), 9 abr., 195.
Hugo Faringdon, Bto. († 1539), 15 nov., 358-360.
Hugo Green, Bto. († 1642), 19 ago., 707-708.
Hugo More, Bto. († 1588), 28 ago., 1042-1046.
Hugo Taylor, Bto. († 1585), 26 nov., 648-649.
Hugolino (de Cerisano), San († 1227), 10 oct., 278-282.
Hugolino Megalotti, Bto. († 1373), 11 dic., 312.
Humbelina de Fontaines, Bta. († 1136), 12 feb., 280-281.
Humberto III, Bto. († 1188) 4 mar., 91-92.
Humildad de Faenza, Bta. († 1310), 22 mayo, 504-505.
Humilde de Bisignano, San († 1637), 26 nov., 649-650.
Humiliana de Cerchi, Bta. († 1246), 19 mayo, 437-438.
Hunfredo Middlemore, Bto. († 1535), 19 jun., 488.
Hunfredo Pritchard, Bto. († 1589), 5 jul., 142-144.
Hungero, San († 866), 22 dic., 552.

Ida de Boulogne, Bta. († 1113), 13 abr., 287.
Ida de Herzfeld, Sta. († 825), 4 sep., 113.
Ida de Val-des-Roses, Bta. († 1290), 13 abr., 288.
Idesbaldo, San († 1167), 18 abr., 401.
Ifigenia de San Mateo, Bta. († 1794), 7 jul., 205.
Ignacia del Santísimo Sacramento (Josefa) Pascual Pallardó, Bta. († 1936), 20 nov., 496-502.
Ignacio Azevedo, Bto. († 1570), 15 jul., 412-419.
Ignacio Casanovas, Bto. († 1936), 16 sep., 475.
Ignacio Choukrallah Maloyan, Bto. († 1915), 9 jun., 903-905*.
Ignacio de Antioquía, San († 107), 17 oct., 426-434.
Ignacio de Constantinopla, San († 877), 23 oct., 602-605.
Ignacio de Láconi, San († 1781), 11 mayo, 244-248.
Ignacio de Loyola, San († 1556), 31 jul., 994-1000.
Ignacio de Santhià, San († 1770), 22 sep., 645-656.
Ignacio Falzón, Bto. († 1865), 1 jul., 20-26.
Ignacio Franczuk, Bto. († 1874), 24 ene., 494-496.
Ignacio Jorge, Bto. († 1622), 10 sep., 308-310.

Ignacio Kim Che-jun, San († 1839), 26 sep., 791-800; (memoria: 20 sep., 578-583).
Ignacio Klopotowski, Bto. († 1931), 7 sep., 931-933*.
Ignacio Tejero Molina, Bto. († 1936), 30 jul., 986-991.
Ildefonso de la Cruz (Anatolio) García Nozal, Bto. († 1936), 23 oct., 635-638.
Ildefonso de Toledo, San († 667), 23 ene., 463-468.
Imelda Lambertini, Bta. († 1333), 12 mayo, 280-281.
Inés, Sta. († ca.304), día 21, 411-415.
Inés Cao Kuiying, Sta. († 1856), 1 mar., 23; (memoria: 9 jul., 224-235).
Inés de Asís, Sta. († 1253), 16 nov., 401-404.
Inés de Bohemia, Sta. († 1282), 6 mar., 117-118.
Inés de Jesús Galand, Bta. († 1634), 19 oct., 521-525.
Inés de Jesús (Silvia) de Romillon, Bta. († 1794),10 jul., 274.
Inés de Montepulciano, Sta. († 1317), 20 abr., 421-428.
Inés Kim Hyo-ju, Sta. († 1839), 3 sep., 85-89; (memoria: 20 sep., 578-583).
Inés Le Thi Thanh De, Sta. († 1841), 12 jul., 314; (memoria: 24 nov., 580-585).
Inés Phila, Bta. († 1940), 26 dic., 675.
Inés Takeya, Bta. († 1622), 10 sep., 308-310.
Ingrid Elofsdotter, Bta. († 1282), 2 sep., 38-39.
Inmaculada Concepción, 8 dic., 207-214.
Inmaculado Corazón de María (movible), jun., 783-788.
Inocencio I, San († 417) 12 mar., 247-248.
Inocencio V (papa), Bto. († 1276), 22 jun., 549-550.
Inocencio XI (papa), Bto. († 1689), 12 ago., 349-358.
Inocencio de Berzo (Juan Scalvinoni), Bto. († 1890), 3 mar., 70.
Inocencio de la Inmaculada (Manuel) Canoura Arnau, San († 1934), 9 oct., 257-271.
Inocencio Guz, Bto. († 1940), 6 jun., 152-153.
Inocentes, Stos., 28 dic., 691-695.
Invención de las Reliquias de los Mártires de Córdoba, 26 nov., 787-793.
Íñigo, San († 1068), 1 jun., 10-17.
Ireneo de Lyón, San († 202), 28 jun., 663-669.
Irmengarda, Bta. († 866), 16 jul., 467.
Irmengarda, Sta. († 1085), 4 sep., 113-114.
Isaac, San († 438) 8 sep., 235-236.
Isaac (de Casimierz), San († 1003), 12 nov., 282-283.
Isaac de Córdoba, San († 851), 3 jun., 92-93.
Isaac Jogues, San († 1649), 19 (memoria; pasión: 18) oct., 493-498.
Isabel (madre de San Juan Bautista), Sta., 23 sep., 669-674.
Isabel (reina), Sta. († 1336), 4 jul., 87-92.
Isabel Achlin, Bta. († 1420), 25 nov., 624.
Isabel Ana Bayley Seton, Sta. († 1821), 4 ene., 87-90.
Isabel Calduch Rovira, Bta. († 1937), 14 abr., 306.
Isabel Canori Mora, Bta. († 1825), 5 feb., 105-114.

Isabel Chong Chong-hye, Sta. († 1839), 29 dic., 739-745; (memoria: 20 sep., 578-583).
Isabel de Francia, Bta. († 1270), 22 feb., 480-481.
Isabel de Hungría, Sta. († 1231), 17 nov., 407-412.
Isabel de la Santísima Trinidad Catez, Bta. († 1906), 9 nov., 186-192.
Isabel de Schönau, Sta. († 1165), 18 jun., 450-455.
Isabel Fernández, Bta. († 1622), 10 sep., 308-310.
Isabel Ferrer Sabriá, Bta. († 1936), 20 nov., 496-502.
Isabel Julieta de San Francisco Javier Vèrolot, Bta. († 1794), 17 jul., 489-494.
Isabel Picenardi, Bta. († 1468), 19 feb., 416.
Isabel Qin Bianzhi, Sta. († 1900), 19 jul., 527; (memoria: 9 jul., 224-235).
Isabel Renzi, Bta. († 1859), 14 ago., 467-471.
Isabel Teresa del Corazón de Jesús Consolin, Bta. († 1794), 26 jul., 826-827.
Isabel Vendramini, Bta. († 1860), 2 abr., 23-27.
Isaías (profeta), San († s. VII a.C.), 9 mayo, 178-186.
Isaías (de Cesarea), San († 309), 16 feb., 350.
Isfrido, San († 1204), 15 jun., 395.
Isidoro Bakanja, Bto. († 1909), 15 ago., 514-518.
Isidoro Bover Oliver, Bto. († 1936), 2 oct., 72-73; (memoria: 23 jul., 650-655).
Isidoro (de Alejandría), San († 250), 14 dic., 388.
Isidoro (de Córdoba), San († 856), 17, abr., 371.
Isidoro de San José de Loor, Bto. († 1916), 6 oct., 194-204.
Isidoro de Sevilla, San († 636), 4 abr., 82-88.
Isidoro Martínez Izquierdo, Bto. († 1936), 28 nov., 673-684.
Isidro Labrador, San († 1130), 15 mayo, 327-332.
Ismael Escrihuela Esteve, Bto. († 1936), 8 sep., 247-248.
Isnardo de Chiampo, Bto. († 1244) 19 mar., 352.
Isto de Lyón, San († 177), 2 jun., 47-52.
Itamar de Rochester, San († ca.656), 10 jun., 259.
Iván Merz, Bto. († 1928), 10 mayo, 231-232.
Iván Slezyuk, Bto. († 1973), 2 dic., 88-89.
Iván Ziatyk, Bto. († 1952), 17 mayo, 381.
Ivo de Chartres, San († 1116), 23 dic., 558-568.
Ivón de Bretaña, San († 1303), 19 mayo, 414-416.

Jacinta de Mariscotti, Sta. († 1640), 30 ene., 615-621.
Jacinta Marto, Bta. († 1920), 20 feb., 422-434.
Jacinto Castañeda, San († 1773), 7 nov., 157-160; (memoria: 24 nov., 580-585).
Jacinto (de Oaxaca), Bto. († 1700), 15 sep., 416-420.
Jacinto de Polonia, San († 1257), 15 ago., 503-509.
Jacinto (de Roma), San († s. III), 11 sep., 337.
Jacinto (Enrique) María Cormier, Bto. († 1916), 17 dic., 467-472.
Jacinto Hoyuelos González, Bto. († 1936), 19 sep., 575-576.

Jacinto Orfanel, Bto. († 1622), 10 sep., 308-310.
Jacinto Serrano López, Bto. († 1936), 25 nov., 625-626.
Jacobino de Canepacci, Bto. († 1508), 3 mar., 68.
Jacobo de Castel la Pieve, Bto. († 1304), 15 ene., 334.
Jacobo de Vorágine, Bto. († 1298), 13 jul., 351-352.
Jáder (de Cartago), San († 257), 10 sep., 319-320.
Jaime André, San († 1794), 21 ene., 430-431.
Jaime Bonet Nadal, Bto. († 1936), 15 ago., 555.
Jaime Buch Canals, Bto. († 1936), 31 jul., 1032.
Jaime de la Marca, San († 1476), 28 nov., 664-673.
Jaime Falgarona Vilanova, Bto. († 1936), 18 ago., 646-647.
Jaime Hilario Manuel Barbal Cosan, San († 1937), 18 ene., 379-381.
Jaime Meseguer Burillo, Bto. († 1936), 25 nov., 625-626.
Jaime Ortiz Alzuela, Bto. († 1936), 27 jul., 872-874.
Jamnica de Lyón, Sta. († 177), 2 jun., 47-52.
Jarogniew Wojciechowski, Bto. († 1942), 24 ago., 868-877.
Javier Bordas Piferer, Bto. († 1936), 24 jul., 693-705.
Javier Luis Bandrés Jiménez, Bto. († 1936), 13 ago., 444-448.
Jenara (mártir escilitano), Sta. († 180), 17 jul., 477-483.
Jenaro, San († s. IV), 19 sep., 527-532.
Jenaro (de Córdoba), San († s. III/IV), 13 oct., 356-357.
Jenaro María Sarnelli, Bto. († 1744), 30 jun., 719-731.
Jenaro Sánchez Delgadillo, San († 1927), 17 ene., 360-362; cf. también: 21 mayo, 460-468.
Jeremías (mártir de Córdoba), San († 852), 15 sep., 433.
Jeremías (profeta), San, (Antiguo Testamento) 1 mayo, 11-15.
Jeremías (de Cesarea), San († 309), 16 feb., 350.
Jeremías de Córdoba, San († 851), 7 jun., 172.
Jeremías de Valaquia, Bto. († 1625) 5 mar., 98.
Jerónimo, San († 420), 30 sep., 901-908.
Jerónimo de Ángelis, Bto. († 1623), 4 dic., 143-145.
Jerónimo de Weert, San († 1572), 9 jul., 236-239.
Jerónimo Emiliano, San († 1537), 8 feb., 197-200.
Jerónimo Gherarducci, Bto. († 1369), 12 mar., 249-250.
Jerónimo Hermosilla, San († 1861), 1 nov., 13-19; (memoria: 24 nov., 580-585).
Jerónimo Jo, Bto. († 1632), 3 sep., 54-62.
Jerónimo Lou-Tin-Mey, San († 1858), 28 ene., 598-599; (memoria: 9 jul., 224-235).
Jerónimo Ochoa Urdangarín, Bto. († 1936), 25 jul., 744-752.
Jesucristo, Rey Universal, nov., 743-748.
Jesucristo, sumo y eterno sacerdote (movible), jun., 739-752.
Jesús Agustín Viela Ezcurdia, Bto. († 1936), 15 ago., 545-551.
Jesús Gesta de Piquer, Bto. († 1936), 30 nov., 738-740.
Jesús Hita Miranda, Bto. († 1936), 25 sep., 750-751.

Jesús Méndez Montoya, San († 1928), 5 feb., 123-124; cf. también: 21 mayo, 460-468.
Joanicio, San († 846), 3 nov., 81-82.
Joaquín (José) Ferrer Adell, Bto. († 1936), 30 ago., 1148-1149.
Joaquín (padre de la Virgen María), San, 26 jul., 792-794.
Joaquín He Kaizhi, San († 1839), 9 jul., 256-257; (memoria: 9 jul., 224-235).
Joaquín Hirayama, Bto. († 1622), 19 ago., 703-707.
Joaquín Prats Baltueña, Bto. († 1936), 30 jul., 991-992.
Joaquín Royo, San († 1748), 28 oct., 718-723; (memoria: 9 jul., 224-235).
Joaquín Sakakibara, San († 1597), 6 feb., 125-130.
Joaquín Senkivskyj, Bto. († 1941), 28 jun., 686.
Joaquín Vilanova Camallonga, Bto. († 1936), 27 jul., 844-855.
Joaquina Vedruna de Mas, Sta. († 1854), 22 mayo, 493-497.
Job (profeta), Sto., 10 mayo, 206-209.
Joel (profeta), San, 19 oct., 504-511.
Jonás (profeta), San, 21 sep., 619-627.
Jordán de Pisa, Bto. († 1310), 19 ago., 703.
Jordán de Sajonia, Bto. († 1237), 13 feb., 283-288.
Jordán de San Esteban (Jacinto) Ansalone, San († 1634), 17 nov., 434-436; (memoria: 28 sep., 831-840).
Jordán Forzaté, Bto. († 1248), 7 ago., 188-189.
Jorge, San († s. IV), 23 abr., 472-476.
Jorge (mártir de Córdoba), San († 852), 27 jul., 865-867.
Jorge Beesley, Bto. († 1591), 1 jul., 27-28.
Jorge Douglas, Bto. († 1587), 9 sep., 296-297.
Jorge Edmundo René, Bto. († 1794), 2 oct., 72.
Jorge Errington, Bto. († 1596), 29 nov., 709-710.
Jorge Gervase, Bto. († 1608), 11 abr., 229.
Jorge Haydock, Bto. († 1584), 12 feb., 281-282.
Jorge Kaszyra, Bto. († 1943), 18 feb., 402-403.
Jorge Limniota, San († 730), 24 ago., 878-879.
Jorge Matulaitis, Bto. († 1927), 27 ene., 571-578.
Jorge Napper, Bto. († 1610), 9 nov., 205-206.
Jorge Nichols, Bto. († 1589), 5 jul., 142-144.
Jorge Preca, Bto. († 1962), 26 jul., 814-820.
Jorge Ramón Vargas González, Bto. († 1927), 1 abr., 882-883.
Jorge Swallowell, Bto. († 1594), 26 jul., 821.
Josafat (Juan) Kuncewicz, San († 1623), 12 nov., 258-267.
Josafat (Roberto Mateo) Siskov, Bto. († 1952), 13 nov., 320-325.
Josafat Kocylovsky, Bto. († 1947), 17 nov., 437.
Josafata Miguelina Hordashevska, Bta. († 1919) 25 mar., 481-487.
José, San, 19 mar., 335-343.
José Allamano, Bto. († 1926), 16 feb., 342-350.
José Anacleto González Flores, Bto. († 1927), 1 abr., 882-883.
José Antonio Tovini, Bto. († 1897), 16 ene., 344-347.

José Aparicio Sanz, Bto. († 1936), 29 dic., 726-732.
José Baldo, Bto. († 1915), 24 oct., 660-664.
José Barsabas, San († s. I), 20 jul., 552-553.
José Batalla Parramón, Bto. († 1936), 4 ago., 113-115.
José Bécavin, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
José Benito de Cottolengo, San († 1842), 30 abr., 672-676.
José Benito Dusmet, Bto. († 1894), 4 abr., 71-79.
José Bilczewki, San († 1923), 20 mar., 940*; 390-391.
José Boher Foix, Bto. († 1936), 13 ago., 925-927.
José Bonet Nadal, Bto. († 1936), 13 ago., 451.
José Brengaret Pujol, Bto. († 1936), 13 ago., 444-448.
José Cafasso, San († 1860), 23 jun., 552-557.
José Calasanz Marqués, Bto. († 1936), 29 jul., 948-949.
José Canet Giner, Bto. († 1936), 4 oct., 104.
José Caselles Moncho, Bto. († 1936), 28 jul., 909-911.
José Cebula, Bto. († 1941), 28 abr., 635-636.
José Cecilio (Bonifacio) Rodríguez González, Bto. († 1936), 8 sep., 244-246.
José Czempiel, Bto. († 1942), 19 mayo, 443-444.
José Chang Chu-gi, San († 1866), 30 mar., 550-551; (memoria: 20 sep., 578-583).
José Chang Song-jib, San († 1839), 26 mayo, 600-601; (memoria: 20 sep., 578-583).
José Cho Yun-ho, San († 1866), 23 dic., 599-600; (memoria: 20 sep., 578-583).
José Dang Dinh (Nien) Vien, San († 1838), 21 ago., 771-772; (memoria: 24 nov., 580-585).
José de Anchieta, Bto. († 1597), 9 jun., 225-234.
José de Arimatea, San, 31 ago., 1150-1158.
José de Calasanz, San († 1648), 25 ago., 888-895.
José de Cupertino, San († 1663), 18 sep., 504-512.
José de Jesús y María Osés Sáinz, Bto. († 1936), 23 jul., 632-636.
José de la Virgen de los Dolores Rada, Bto. († 1936), 25 jul., 752-765.
José de Leonisa, San († 1612), 4 feb., 100-101.
José de los Sagrados Corazones Estalayo García, Bto. († 1936), 23 jul., 632-636.
José (de Persia), San († 343), 10 nov., 222.
José de Porto (Uruaçu), Bto. († 1645), 3 oct., 87.
José de San Jacinto de Salvanés, Bto. († 1622), 10 sep., 308-310.
José de Tesalónica, San († 832), 15 jul., 435-436.
José Dionisio Luis Padilla Gómez, Bto. († 1927), 1 abr., 882-883.
José Do Quang Hien, San († 1840), 9 mayo, 204-205; (memoria: 24 nov., 580-585).
José el Himnógrafo, San († 886), 3 abr., 67-68.
José Fenollosa Alcayna, Bto. († 1936), 27 sep., 824-825.
José Fernández, San († 1838), 24 jul., 712-713; (memoria: 24 nov., 580-585).

José Ferrer Esteve, Bto. († 1936), 9 dic., 259-260.
José Figuero Beltrán, Bto. († 1936), 15 ago., 545-551.
José Freinademetz, Bto. († 1908), 28 ene., 599-601.
José García Mas, Bto. († 1936), 18 sep., 522-523.
José Gerard, Bto. († 1914), 29 mayo, 665-670.
José Giménez López, Bto. († 1936), 9 dic., 260-261.
José Goizet, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
José González Huguet, Bto. († 1936), 12 oct., 340-341.
José Hoang Luong Canh, San († 1838), 5 sep., 141-142; (memoria: 24 nov., 580-585).
José Im Chi-baeg, San († 1846), 20 sep., 600-604; (memoria: 20 sep., 578-583).
José Imbert, Bto. († 1794), 9 jun., 242-243.
José Isabel Flores Varela, San († 1927), 21 jun., 527-528; cf. también: 21 mayo, 460-468.
José Jankowski, Bto. († 1941), 16 oct., 424-425.
José Juan Perot Juanmartí, Bto. († 1936), 13 ago., 925-927.
José Kowalski, Bto. († 1942), 4 jul., 123.
José Kurzawa, Bto. († 1940), 23 mayo, 522-523.
José Kut, Bto. († 1942), 18 sep., 526.
José Lambton, Bto. († 1592), 24 jul., 711.
José Le Dang Thi, San († 1860), 24 oct., 665-666; (memoria: 24 nov., 580-585).
José Llosá Balaguer, Bto. († 1936), 7 oct., 219-220; cf. también: 1 ago., 24-31.
José Luciano Ezequiel, Bto. († 1927), 3 abr., 883-884.
José Ma Taishun, San († 1900), 26 jun., 640; (memoria: 9 jul., 224-235).
José Manyanet Vives, San († 1901), 17 dic., 456-462.
José Marchand, San († 1835), 30 nov., 736-737; (memoria: 24 nov., 580-585).
José Marchandon, Bto. († 1794), 22 sep., 664-665.
José Marello, San († 1895), 30 mayo, 707-710.
José María Amorós Hernández, Bto. († 1936), 15 ago., 545-551.
José María Badía Mateu, Bto. († 1936), 15 ago., 545-551.
José María Blasco Juan, Bto. († 1936), 15 ago., 545-551.
José María Castell Camps, Bto. († 1936), 28 jul., 909-911.
José María Corbín Ferrer, Bto. († 1936), 27 dic., 683-687.
José María de Jesús Agonizante Ruiz Martínez, Bto. († 1936), 23 jul., 632-636.
José María de Jesús Cuartero Gascón, Bto. († 1936), 23 oct., 635-638.
José María de Yermo y Parres, San († 1904), 20 sep., 604-611.
José María Díaz Sanjurjo, San († 1857), 20 jul., 562-563; (memoria: 24 nov., 580-585).
José María (Gabriel) Sanchís Mompó, Bto. († 1936), 16 ago., 589-590; cf. también: 1 ago., 24-31.
José María Gambaro, San († 1900), 7 jul., 206-207; (memoria: 9 jul., 224-235).
José María Muro Sanmiguel, Bto. († 1936), 30 jul., 991-992.
José María Ormo Seró, Bto. († 1936), 13 ago., 444-448.

José María (Pedro José) Cassant, Bto. († 1903), 17 jun., 907.
José María Peris Polo, Bto. († 1936), 15 ago., 551; (memoria: 23 jul., 650-655).
José María Robles, San († 1927), 26 jun., 614-623; cf. también: 21 mayo, 460-468.
José María Ros Florensa, Bto. († 1936), 15 ago., 545-551.
José María Rubio Peralta, Bto. († 1929), 2 mayo, 50-65.
José María Segura Penadés, Bto. († 1936), 11 sep., 336-337.
José María Tommasi Caro, San († 1713), 1 ene., 17-22.
José María Vidal Seguí, Bto. († 1936), 26 sep., 802-803.
José María Zabal Blasco, Bto. († 1936), 8 dic., 222-223.
José Medes Ferri, Bto. († 1936), 12 nov., 284-285.
José Mkasa Balikuddembé, San († 1885), 15 nov., 386.
José Mora Velasco, Bto. († 1936), 28 nov., 673-684.
José Moreau, Bto. († 1794), 18 abr., 402.
José Moscati, San († 1927), 12 abr., 249-255.
José Nascimbeni, Bto. († 1922), 22 ene., 451-459.
José Nguyen Dinh Nghi, San († 1840), 8 nov., 180-181; (memoria: 24 nov., 580-585).
José Nguyen Dinh Upen, San († 1838), 3 jul., 84-85; (memoria: 24 nov., 580-585).
José Nguyen Duy Khang, San († 1861), 6 dic., 187-188; (memoria: 24 nov., 580-585).
José Nguyen Van Luu, San († 1854), 2 mayo, 67-68; (memoria: 24 nov., 580-585).
José Obrero, San, 1 mayo, 4-11.
José Oriol, San († 1702) 23 mar., 428-434.
José Otín Aquilé, Bto. († 1936), 30 nov., 740.
José Pascual Carda Saporta, Bto. († 1936), 4 sep., 116-117; (memoria: 23 jul., 650-655).
José Pavón Bueno, Bto. († 1936), 12 ago., 386-388.
José Pawlowski, Bto. († 1942), 9 ene., 206.
José Pedro Han Chae-Kwon, San († 1866), 13 dic., 356-359; (memoria: 20 sep., 578-583).
José Pellé, San († 1794), 21 ene., 430-431.
José Perpiñá Nácher, Bto. (1936), 29 dic., 745-746.
José Pham Trong Cai Ta, San († 1859), 13 ene., 297-298; (memoria: 24 nov., 580-585).
José Pignatelli, San († 1811),15 nov., 364-369.
José Rabasa Bentanachs, Bto. († 1936), 4 ago., 113-115.
José Ramón Ferragud Girbés, Bto. († 1936), 24 sep., 736-737.
José Ramón Pascual Ferrer Botella, Bto. († 1936), 24 sep., 734-735.
José Ramón Ruiz Bruixola, Bto. († 1936), 28 oct., 731-732.
José Ricardo del Sagrado Corazón de Jesús Díez, Bto. († 1936), 25 jul., 752-765.
José Ruiz Cuesta, Bto. († 1936), 28 nov., 673-684.
José Sala Picó, Bto. († 1936), 23 Jul., 636-650.
José Salvador Huerta Gutiérrez, Bto. († 1927), 3 abr., 883-884.
José Sánchez del Río, Bto. († 1928), 10 feb., 868.
José Sebastián Pelczar, San († 1924) 28 mar., 501-512.

José Stanek, Bto. († 1944), 23 sep., 704.
José Straszewski, Bto. († 1942), 12 ago., 389-390.
José Tapies Sirvant, Bto. († 1936), 13 ago., 925-927.
José Tarrats Comaposada, Bto. († 1936), 28 sep., 859.
José Toledo Pellicer, Bto. († 1936), 10 ago., 317-318.
José Tomás Pazery de Thorame, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
José Trinidad Rangel Montaño, Bto. († 1927), 25 abr., 895-896.
José Tuan, San († 1861), 30 abr., 686; (memoria: 24 nov., 580-585).
José Tuc, San († 1862), 1 jun., 41-42; (memoria: 24 nov., 580-585).
José Vaz, Bto. († 1711), 16 ene., 339-344.
José Wang Guiji, San († 1900), 13 jul., 358-359; (memoria: 9 jul., 224-235).
José Wang Yumei, San († 1900), 21 jul., 587; (memoria: 9 jul., 224-235).
José Yuan Gengjyin, San († 1900), 30 jul., 224-235; (memoria: 9 jul., 224-235).
José Yuan Zaide, San († 1817), 24 jun., 579-580; (memoria: 9 jul., 224-235).
José Zaplata, Bto. († 1945), 19 feb., 417-418.
José Zhang Dapeng, San († 1815), 12 mar., 250-251; (memoria: 9 jul., 224-235).
José Zhang Wenlan, San († 1861), 29 jul., 946-947; (memoria: 9 jul., 224-235).
Josefa de la Purificación (Ramona) Masiá Ferragut, Bta. († 1936), 25 oct., 677-684.
Josefa de San Juan Ruano García, Bta. († 1936), 8 sep., 230-234.
Josefa María Barrera Izaguirre, Bta. († 1936), 18 nov., 454-465.
Josefa María de Santa Inés, Bta. († 1696), 21 ene., 420-428.
Josefa Naval Girbés, Bta. († 1893), 24 feb., 524-531.
Josefa Suriano, llamada Pina, Bta. († 1950), 18 mayo, 902-903.
Josefina (Ana Josefa) Leroux, Bta. († 1794), 23 oct., 631-634.
Josefina Bakhita, Sta. († 1947), 8 feb., 200-212.
Josefina Gabriela Bonino, Bta. († 1906), 8 feb., 213-216.
Josefina Judit (Adelaida) Vannini, Bta. († 1911), 23 feb., 510-515.
Josefina Moscardó Montalvà, Bta. († 1936), 22 sep., 666-667.
Josemaría Escrivá de Balaguer, San († 1975), 26 jun., 623-637.
Josué (profeta), San, 1 sep., 4-7.
Juan, Bto. († 1529), 23 sep. (memoria), 700-701.
Juan, San († s. IV), 26 jun., 596-602.
Juan I (papa), San († 526), 18 mayo, 382-386.
Juan XXIII (papa), Bto. († 1963), 3 jun., 75-91.
Juan (hijo de Baldji), Bto. († 1895), 22 nov., 535-540.
Juan Adalberto Balicki, Bto. († 1948) 15 mar., 284-285.
Juan Adams, Bto. († 1586), 8 oct., 230-231.
Juan Agramunt Riera, Bto. († 1936), 13 ago., 449.
Juan («Agregado»), Bto. († 1570), 15 jul., 412-419.
Juan Alcalde y Alcalde, Bto. († 1936), 28 nov., 673-684.
Juan Alcover, San († 1748), 28 oct., 718-723; (memoria: 9 jul., 224-235).

Juan Almond, San († 1612), 5 dic., 175-176.
Juan Amias, Bto. († 1589) 16 mar., 290-291.
Juan Andrés Capeau, Bto. († 1792), 2 sep., 39-44.
Juan Andrzejuk, Bto. († 1874), 24 ene., 494-496.
Juan Ángel Porro, Bto. († 1506), 23 oct., 629-630.
Juan ante Portam Latinam (evangelista), San († 95), 6 mayo, 782-792.
Juan Antonio Bernabé Seguin, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Juan Antonio Burró Mas, Bto. († 1936), 5 nov., 123-124.
Juan Antonio de Savine, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Juan Antonio Farina, Bto. († 1888) 4 mar., 83-91.
Juan Antonio Guilleminet, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Juan Antonio Hacinto Boucharene de Chaumeils, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Juan Baixeras Berenguer, Bto. († 1936), 15 ago., 545-551.
Juan Bautista, San, 24 jun. (natividad), 567-574.
Juan Bautista, San, 29 ago. (martirio), 1053-1060.
Juan Bautista Carbonell Mollá, Bto. († 1936), 2 oct., 74.
Juan Bautista Claudio Aubert, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Juan Bautista Con, San († 1840), 8 nov., 180-181 (memoria: 24 nov., 580-585).
Juan Bautista Chong Chang-U, San († 1866) 9 mar., 197.
Juan Bautista Chong Chang-U, San († 1866), 20 sep.; (memoria: ibíd.).
Juan Bautista Davernuily, († 1794), 1 jul., 29-30.
Juan Bautista de Bruxelles, Bto. († 1794), 18 jul., 513.
Juan Bautista de Fabriano Righi, Bto. († 1539) 11 mar., 230.
Juan Bautista de la Concepción, San († 1618), 14 feb., 310-314.
Juan Bautista de La Salle, San († 1719), 7 abr., 138-148.
Juan Bautista de los Ángeles (de Oaxaca), Bto. († 1700), 15 sep., 416-420.
Juan Bautista de Parma, Bto. († 1289), 19 mar., 353.
Juan Bautista de Rossi, San († 1764), 23 mayo, 515-520.
Juan Bautista Dinh Van Than, San († 1840), 28 abr., 635; (memoria: 24 nov., 580-585).
Juan Bautista Egozcuezábal Aldaz, Bto. († 1936), 29 jul., 948.
Juan Bautista Faubel Cano, Bto. († 1936), 28 ago., 1049-1050.
Juan Bautista Ferreres Boluda, Bto. († 1936), 29 dic., 732-738.
Juan Bautista Jannin, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Juan Bautista (José) Velázquez Peláez, Bto. († 1936), 9 ago., 284-290.
Juan Bautista Laborier du Vivier, Bto. († 1794), 27 sep., 823.
Juan Bautista Loir, Bto. († 1794), 19 mayo, 442-443.
Juan Bautista Lou Tingyin, San († 1861), 29 jul., 946-947; (memoria: 9 jul., 224-235).
Juan Bautista Machado, Bto. († 1617), 22 mayo, 507-508.
Juan Bautista María Tessier, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Juan Bautista María Vianney (Cura de Ars), San († 1859), 4 ago., 90-99.

Juan Bautista Mazzucconi, Bto. († 1855), 7 sep., 165-175.
Juan Bautista Ménestrel, Bto. († 1794), 16 ago., 586-587.
Juan Bautista Miguel Pontus, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Juan Bautista Nam Chong-sam, San († 1866) 7 mar., 132-133; (memoria: 20 sep., 578-583).
Juan Bautista Nativelle, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Juan Bautista Piamarta, Bto. († 1913), 25 abr., 559-565.
Juan Bautista Scalabrini, Bto. († 1905), 1 jun., 24-29.
Juan Bautista Souzy, Bto. († 1794), 27 ago., 970-979.
Juan Bautista Triquerie, San († 1794), 21 ene., 430-431.
Juan Bautista Turpin du Cormier, Bto. († 1794), 21 ene., 430-431.
Juan Bautista Vernoy de Montjournal, Bto. († 1794), 1 jun., 41.
Juan Bautista Wu Mantang, San († 1900), 29 jun., 705-706; (memoria: 9 jul., 224-235).
Juan Bautista Wu Wenyin, San († 1900), 8 jul., 222; (memoria: 9 jul., 224-235).
Juan Bautista Yi Kwang-nyol, San († 1839), 20 jul., 557-562; (memoria: 20 sep., 578-583).
Juan Bautista Zhao Mingxi, San († 1900), 3 jul., 86; (memoria: 9 jul., 224-235).
Juan Bautista Zhou Wurui, San († 1900), 19 jul., 526; (memoria: 9 jul., 224-235).
Juan Becchetti de Fabriano, San († 1420), 2 jul., 59.
Juan Beche, Bto. († 1539), 1 dic., 15-16.
Juan Berchmans, San († 1621), 13 ago., 415-419.
Juan Beyzym, Bto. († 1912), 2 oct., 60-64.
Juan Bodey, Bto. († 1583), 2 nov., 58.
Juan Bono de Siponto, Bto. († s. XII), 5 sep., 139.
Juan Bosco, San († 1888), 31 ene., 651-657.
Juan Boste, San († 1594), 24 jul., 711-712.
Juan Bretton, Bto. († 1598), 1 abr., 14.
Juan Buoni, Bto. († 1249), 23 oct., 628-629.
Juan Buralli de Parma, Bto. († 1289), 19 mar., 353.
Juan Calabria, San († 1954), 4 dic., 135-139.
Juan Calibita, San († s. V), 15 ene., 332-333.
Juan Cancio, San († 1473), 23 dic., 553-557.
Juan Carey, Bto. († 1594), 4 jul., 119-120.
Juan Carlos Cornay, San († 1837), 20 sep., 595-599; (memoria: 24 nov., 580-585).
Juan Casiano, San († 435), 23 jul., 624-632.
Juan Cini de la Paz, Bto. († 1453), 12 nov., 283.
Juan Clímaco, San († 649), 30 mar., 520-525.
Juan Codinach Tuneu, Bto. († 1936), 13 ago., 444-448.
Juan Colombini, Bto. († 1367), 31 jul., 1004-1011.
Juan Cornelius, Bto. († 1594), 4 jul., 119-120.
Juan Crisóstomo, San († 407), 13 sep., 358-365.
Juan Charton de Millon, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.

Juan Chen Xianheng, San († 1862), 18 feb., 402; (memoria: 9 jul., 224-235).
Juan Chugoku, Bto. († 1622), 10 sep., 308-310.
Juan Damasceno, San († 749), 4 dic., 112-119.
Juan Dat, San († 1798), 28 oct., 729-730; (memoria: 24 nov., 580-585).
Juan Davy, Bto. († 1537), 8 jun., 208-209.
Juan de Alvernia, cf. Juan de Fermo, Bto.
Juan de Ávila, San († 1569), 10 mayo, 217-225.
Juan de Beverley, San († 721), 7 mayo, 153-154.
Juan de Brebeuf, San († 1649) día 16 mar., 291-292; (memoria: 19 oct., 493-498).
Juan de Bridlington, San († 1379), 10 oct., 296-297.
Juan de Brito, San († 1693), 4 feb., 95-97.
Juan de Capistrano, San († 1456), 23 oct., 588-598.
Juan (de Casimierz), San († 1003), 12 nov., 282-283.
Juan de Castro Chinon, San († s. VI), 27 jun., 660.
Juan de Cetina, Bto. († 1397), 19 mayo, 810-812.
Juan de Colonia, San († 1572), 9 jul., 236-239.
Juan (de Córdoba), San († 824), 27 sep., 821.
Juan de Dios, San († 1550), día 8 mar., 141-149.
Juan de Dukla, San († 1484), 29 sep., 886-887.
Juan de España, Bto. († 1160), 25 jun., 593-594.
Juan de Fermo, Bto. († 1322), 9 ago., 297.
Juan de Goto, San († 1597), 6 feb., 125-130.
Juan de la Cruz, San († 1591), 14 dic., 360-369.
Juan de la Cruz (Eloy Francisco Felipe) Delgado Pastor, Bto. († 1936), 25 jul., 744-752.
Juan de la Lande, San († 1646), 19 oct., 493-498.
Juan de Mata, San († 1213), 17 dic., 451-456.
Juan de Matera, San († 1139), 20 jun., 491-493.
Juan de Mayorga, Bto. († 1570), 15 jul., 412.419.
Juan de Ortega, San († 1163) 2 jun., 790-791.
Juan de Penna, Bto. († 1275), 3 abr., 68.
Juan de Perugia, Bto. († 1228), 29 ago., 1061-1064.
Juan de Prado, Bto. († 1631), 24 mayo, 530-533.
Juan de Rávena, San († 595), 19 ene., 393-394.
Juan de Ribera, San († 1611), 6 ene., 141-147.
Juan de Rieti, Bto. († 1336), 1 ago., 39-40.
Juan de Ruysbroeck, San († 1381), 2 dic., 68-76.
Juan de Sahagún, San († 1479), 11 jun., 270-277.
Juan de Salerno, Bto. († 1242), 9 ago., 296.
Juan de San Martín, Bto. († 1570), 15 jul., 412-419.
Juan de Santa Marta, Bto. († 1618), 16 ago., 584-585.
Juan de Santo Domingo Martínez, Bto. († 1619), 19 mayo, 440-441.
Juan de Silveira (Uruaçu), Bto. († 1645), 3 oct., 87.
Juan de Siria, San († s. VI), 21 jul., 584-585.

Juan de Teruana, Bto. († 1130), 27 ene., 581.
Juan de Triora, San († 1816), 7 feb., 87-188; (memoria: 9 jul., 224-235).
Juan de Valence, San († 1145), 21 mar., 408.
Juan de Vercelli, Bto. († 1283), 30 nov., 720-727.
Juan de Zafra, Bto. († 1570), 15 jul., 412-419.
Juan del Báculo, San († 1290), 24 mar., 463.
Juan del Castillo, San († 1628), 17 nov., 433-434.
Juan Díaz Nosti, Bto. († 1936), 2 ago., 65-69.
Juan Diego Cuauhtlatoatzin, San († 1548), 9 dic., 224-237.
Juan Doan Trinh Hoan, San († 1861), 26 mayo, 601-602; (memoria: 24 nov., 580-585).
Juan Dominici, Bto. († 1420), 10 jun., 247-251.
Juan Duckett, Bto. († 1644), 7 sep., 188-189.
Juan Duns Escoto, Bto. († 1308), 8 nov., 162-168.
Juan Echarri Vique, Bto. († 1936), 13 ago., 444-448.
Juan el Limosnero, San († 620), 11 nov., 234-240.
Juan el Silenciario, San († 558), 7 dic., 204-205.
Juan el Taumaturgo, San († s. IX), 4 dic., 140.
Juan Enrique Luis Samson, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Juan Eudes, San († 1680), 19 ago., 651-658.
Juan Evangelista (apóstol), San († s. I), 27 dic., 675-682.
Juan Eynon, Bto. († 1539), 15 nov., 358-360.
Juan Felipe Marchand, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Juan Felton, Bto. († 1570), 8 ago., 210-213.
Juan Fenwich, Bto. († 1679), 20 jun., 511-512.
Juan Fernández (I), Bto. († 1570), 15 jul., 412-419.
Juan Fernández (II), Bto. († 1570), 15 jul., 412-419.
Juan Finch, Bto. († 1584), 20 abr., 440-441.
Juan Fingley, Bto. († 1586), 8 ago., 241-242.
Juan Fisher, San († 1535), 22 jun., 533-537.
Juan Forest, Bto. († 1538), 22 mayo, 506-507.
Juan Francisco Bosquet, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Juan Francisco Burté, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Juan Francisco Jarrige de la Morélie du Breuil, Bto. († 1794), 31 jul., 1016-1017.
Juan (Francisco) Marinoni, Bto. († 1562), 13 dic., 348-353.
Juan Francisco Regis, San († 1640), 31 dic., 777-785.
Juan Gabriel Perboyre, San († 1840), 11 sep., 325-335.
Juan Gavan, Bto. († 1679), 20 jun., 511-512.
Juan Gonga Martínez, Bto. († 1936), 13 nov., 328-329.
Juan Grande, San († 1600), 3 jun., 65-75.
Juan Grove, Bto. († 1679), 24 ene., 493.
Juan Gualberto, San († 1073),12 jul., 293-299.
Juan Haile, Bto. († 1535), 4 mayo, 87-94.
Juan Hamanomachi, Bto. († 1622), 10 sep., 308-310.

Juan Hambley, Bto. († 1587), 29 mar., 519.
Juan Hewett, Bto. († 1588), 5 oct., 170-171.
Juan Hogg, Bto. († 1590), 27 mayo, 616-618.
Juan Houghton, San († 1535), 4 mayo, 87-94.
Juan Hunot, Bto. († 1794), 7 oct., 218-219.
Juan Imamura, Bto. († 1628), 8 sep., 239-243.
Juan Ingram, Bto. († 1594), 26 jul., 820.
Juan Ireland, Bto. († 1544), 7 mar., 132.
Juan Iwanaga, Bto. († 1619), 27 nov., 661-662.
Juan Jesús (Mariano) Adradas Gonzalo, Bto. († 1936), 28 nov., 673-684.
Juan Jones, Bto. († 1598), 12 jul., 308-310.
Juan Jorge (Santiago) Rhem, Bto. († 1794), 11 ago., 337-338.
Juan José de la Cruz, San († 1734), 5 mar., 94-96.
Juan José Juge de Saint-Martin, Bto. († 1794), 7 jul., 204.
Juan José Rateau, Bto. († 1792), 2 sep., 39-44.
Juan Juvenal Ancina, Bto. († 1604), 30 ago., 1147-1148.
Juan Kemble, San († 1679), 22 ago., 787-797.
Juan Kinuya, San († 1597), 6 feb., 125-130.
Juan Kisaku, Bto. († 1626), 20 jun., 509-511.
Juan Lacan, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Juan Larke, Bto. († 1544), 7 mar., 132.
Juan Lego, Bto. († 1794), 1 ene., 41.
Juan Lenaerts, San († 1572), 9 jul., 236-239.
Juan Leonardo, San († 1609), 9 oct., 247-251.
Juan Liccio, Bto. († 1511), 14, nov., 352.
Juan Lloyd, San († 1679), 22 jul., 598-602.
Juan Lockwood, Bto. († 1642), 13 abr., 290.
Juan Lostau Navarro (Uruaçu), Bto. († 1645), 3 oct., 87.
Juan Lowe, Bto. († 1586), 8 oct., 230-231.
Juan Luis Bonnard, San († 1852), 1 mayo, 32; (memoria: 24 nov., 580-585).
Juan Luis Guyard de Saint-Clair, Bto. († 1792), 2 sep., 39-44.
Juan Macías, San († 1645), 16 sep., 460-464.
Juan Maki, Bto. († 1627), 7 sep., 187-188.
Juan María Boccardo, Bto. († 1913), 30 dic., 759-764.
Juan María de la Cruz (Mariano) García Méndez, Bto. († 1936), 23 ago., 811-815.
Juan María de Lau d'Allemans, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Juan María Gallot, San († 1794), 21 ene., 430-431.
Juan María Muzei, San († 1887), 27 ene., 582.
Juan Martín Moyë, Bto. († 1793) 4 mayo, 94-99.
Juan Martín y siete jóvenes (Uruaçu), Btos. († 1645), 3 oct., 87.
Juan Martorell Soria, Bto. († 1936), 10 ago., 318-319.
Juan Mason, Bto. († 1591), 10 dic., 266-272.
Juan Menard, Bto. († 1794), 16 abr., 346-347.

Juan Miguel Langevin, Bto. († 1794), 30 oct., 762.
Juan Mopinot (León), Bto. († 1794), 21 mayo, 485-486.
Juan Motoyama, Bto. († 1619), 27 nov., 661-662.
Juan Munden, Bto. († 1584), 12 feb., 281-282.
Juan Nagai Naisen, Bto. († 1626), 12 jul., 310-312.
Juan Nagata Matakichi, Bto. († 1622), 19 ago., 703-707.
Juan Nelson, Bto. († 1578), 3 feb., 84-85.
Juan Nepomuceno, San († 1393), 20 mar., 366-371.
Juan Nepomuceno Chrzan, Bto. († 1942), 1 jul., 32-33.
Juan Nepomuceno de Tschiderer, Bto. († 1860), 3 dic., 104-108.
Juan Nepomuceno Neumann, San († 1860), 5 ene., 106-108.
Juan Nepomuceno Zegrí Moreno, Bto. († 1905), 17 mar., 876-877.
Juan Ni Youn Il, San († 1867), 21 ene., 433-434; (memoria: 20 sep., 578-583).
Juan Nicolás Cordier, Bto. († 1794), 30 sep., 928.
Juan Norton, Bto. († 1600), 8 sep., 238-239.
Juan Nutter, Bto. († 1584), 12 feb., 281-282.
Juan Ogilvie, San († 1615), 10 mar., 198-202.
Juan Paine, San († 1582), 2 abr., 45.
Juan Pak Hu-jae, San († 1839), 3 sep., 85-89; (memoria: 20 sep., 578-583).
Juan Pedro Bangue, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Juan Pedro de San Antonio (José María) Bengoa Aranguren, Bto. († 1936), 25 sep., 750-751.
Juan Pedro Neel, San († 1862), 18 feb., 402; (memoria: 9 jul., 224-235).
Juan Pedro Simón, Bto. († 1792), 2 sep., 39-44.
Juan Pelingotto, Bto. († 1304), 1 jun., 17-24.
Juan Pibush, Bto. († 1601), 18 feb., 401.
Juan Plessington, San († 1679), 19 jul., 518-522.
Juan (Protasio) Bourdon, Bto. († 1794), 23 ago., 822.
Juan Rigby, San († 1600), 21 jun., 525-526.
Juan Roberto Quéneau, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Juan Roberts, San († 1610), 10 dic., 278-281.
Juan Robinson, Bto. († 1588), 1 oct., 40.
Juan Roche, Bto. († 1588), 30 ago., 1086-1089.
Juan Rochester, Bto. († 1537), 11 mayo, 251-252.
Juan Rugg, Bto. († 1539), 15 nov., 358-360.
Juan Sánchez Munárriz, Bto. († 1936), 13 ago., 444-448.
Juan Sandys, Bto. († 1587), 11 ago., 335-337.
Juan Santiago Fernández, Bto. († 1860), 10 jul., 267-272.
Juan Sarkander, San († 1620), 17 mar., 300-306.
Juan Shert, Bto. († 1582), 28 mayo, 657-658.
Juan Shozaburo, San († 1630), 28 sep., 856-858.
Juan Slade, Bto. († 1583), 30 oct., 760-761.
Juan Sordi, Bto. († 1181), 16 mar., 290.
Juan Soreth, Bto. († 1471), 25 jul., 774-776.

Juan Soutworth, San († 1654), 28 jun., 673-678.
Juan Soyemon, Bto. († 1622), 19 ago., 703-707.
Juan Speed, Bto. († 1594), 4 feb., 99.
Juan Stone, San († 1539), 23 dic., 568-574.
Juan Storey, Bto. († 1571), 1 jun., 37-39.
Juan Sugar, Bto. († 1604), 16 jul., 468-471.
Juan Talbot, Bto. († 1600), 8 sep., 238-239.
Juan Tanaka, Bto. († 1626), 12 jul., 310-312.
Juan Tavelli de Tosignano, Bto. († 1446), 24 jul., 706-707.
Juan Teófenas Vénard, San († 1861), 2 feb., 45-53; (memoria: 24 nov., 580-585).
Juan Thorne, Bto. († 1539), 15 nov., 358-360.
Juan Thules, Bto. († 1616), 18 mar., 333.
Juan Tomaki, Bto. († 1628), 8 sep., 239-243.
Juan Ventura Solsona, Bto. († 1936), 17 sep., 501-502.
Juan Wall, San († 1679), 22 ago., 787-797.
Juan Wang Guixin, San († 1900), 14 jul., 403; (memoria: 9 jul., 224-235).
Juan Wang Rui, San († 1900), 9 jul., 261; (memoria: 9 jul., 224-235).
Juan Yago, Bto. († 1622), 19 ago., 703-707.
Juan Yi Munu, San († 1840), 20 sep., 578-583; (memoria: ibíd.).
Juan Yoshida Shoun, Bto. († 1619), 18 nov., 467-468.
Juan Zhang Huan, San († 1900), 9 jul., 261; (memoria: 9 jul., 224-235).
Juan Zhang Jingguang, San († 1900), 9 jul., 261; (memoria: 9 jul., 224-235).
Juan Zhang Tianshen, San († 1862), 18 feb., 402; (memoria: 9 jul., 224-235).
Juana Antida Thouret, Sta. († 1826), 24 ago., 834-841.
Juana Beretta de Molla, Sta. († 1962) 28 abr., 940*; 625-633.
Juana de Arco, Sta. († 1431), 30 mayo, 691-699.
Juana de Aza, Bta. († s. XIII), 2 ago., 60-65.
Juana de Francia, Sta. († 1505), 4 feb., 89-94.
Juana de Lestonnac, Sta. († 1640), 2 feb., 35-39.
Juana de Orvieto, Bta. († 1306), 23 jul., 656.
Juana de Portugal, Bta. († 1490), 12 mayo, 281-282.
Juana de Signa, Bta. († 1307), 9 nov., 202.
Juana Delanoue, Sta. († 1736), 17 ago., 610-616.
Juana Francisca (Frémiot) de Chantal, Sta. († 1641), 12 ago., 340-349.
Juana Francisca de la Visitación, Bta. († 1888), 1 feb., 17-20.
Juana Gérard, Bta. († 1794), 26 jun., 608-614.
Juana Gourdon, Bta. († 1794), 16 abr., 346-347.
Juana Isabel Bichier des Ages, Sta. († 1838), 26 ago., 927-930.
Juana Jugan, Bta. († 1879), 29 ago., 1067-1076.
Juana Leduc, Bta. († 1794), 16 abr., 346-347.
Juana María Bonomo, Bta. († 1670), 1 mar., 13-19.
Juana María Condesa Lluch, Bta. († 1916), 16 ene., 852-854.

Juana Maria de Maillé, Bta. († 1414), 28 mar., 513-514.
Juana María de San Bernardo de Romillón, Bta. († 1794), 12 jul., 313-314.
Juana Onillon, Bta. († 1794), 16 abr., 346-347.
Juana Scopelli, Bta. († 1491), 9 jul., 253-254.
Juana Soderini, Bta. († 1367), 1 sep., 19.
Juana Thomas, Bta. († 1794), 16 abr., 346-347.
Juana Véron, Bta. († 1794), 20 mar., 390.
Judas Tadeo (apóstol), San, († s. I), 28 oct., 713-717.
Judicael, San († 658), 17 dic., 474.
Judoco, San († 669), 13 dic., 355.
Julia Billiart, Sta. († 1816), 8 abr., 170-173.
Julia (de Cartago), San († 250), 19 abr., 414-415.
Julia de Lyón, Sta. († 177), 2 jun., 47-52.
Julia de Lyón (otra), Sta. († 177), 2 jun., 47-52.
Julia Luisa de Jesús (Rosa Cristina) de Neufville, Bta. († 1794), 17 jul., 489-949.
Julia Rodzinska, Bta. († 1945), 20 feb., 434-435.
Julia Salzano, Bta († 1929), 17 mayo, 375-379.
Julián (mártir), San († ca.304), 6 ene., 136-140.
Julián (obispo), San († 690), 29 ene., 675-677; cf. también: 6 marzo, 99-104.
Julián Alfredo (Vilfrido) Fernández Zapico, San († 1934), 9 oct., 257-271.
Julián Benigno de San Nicolás de Tolentino Moreno, Bto. († 1936), 25 jul., 752-765.
Julián de Cartago, San († 259), 23 mayo, 511-514.
Julián (de Cesarea), San († 309), 16 feb., 350.
Julián de Cuenca, San († 1208), 28 ene., 591-596.
Julián de San Agustín, Bto. († 1606), 8 abr., 185.
Julián Francisco Morin, San († 1794), 21 ene., 430-431.
Julián Maunoir, San († 1683), 28 ene., 597-598.
Julián (Miguel) Carrasquer Fos, Bto. († 1936), 30 jul., 976-984 y 986-991.
Julián Moulé, San († 1794), 21 ene., 430-431.
Julián Plazaola Artola, Bto. († 1936), 28 nov., 673-684.
Julián Poulain-Delaunay, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Julián Rodríguez Sánchez, Bto. († 1936), 9 dic., 260-261.
Juliana de Busto Arsicio, Bta. († 1501), 15 ago., 544-545.
Juliana de Collalto, Bta. († 1262), 1 sep., 18-19.
Juliana de Mataró, Sta. (fecha desconocida), 27 jul., 864.
Juliana de Monte Cornillón, Sta. († 1258), 5 abr., 100-107.
Juliana Falconieri, Sta. († 1341), 19 jun., 482-486.
Julio, San († s. IV), 22 jun., 547.
Julio I, (papa) San († 352), 12 abr., 231-236.
Julio (mártir de Zaragoza), San († s. IV), 16 abr., 325-329.
Julio Álvarez Mendoza, San († 1927), 30 mar., 521-522; cf. también: 21 mayo, 460-468.
Julio (de Mesia), San († 302), 27 mayo, 604-608.
Julio de Lyón, San († 177), 2 jun., 47-52.

Julio del Sagrado Corazón Mediavilla Concejero, Bto. († 1936), 23 jul., 632-636.
Julio Honorato Cipriano Pazary de Thorame, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Julio Junyer Padern, Bto. († 1938), 26 abr., 582.
Julita, Sta. († 304), 16 jun., 421.
Julita Kim, Sta. († 1839), 26 sep., 791-800; (memoria: 20 sep., 578-583).
Junípero (Miguel) Serra, Bto. († 1784), 28 ago., 1029-1040.
Justa, Sta. († s. IV), 17 jul., 483-485.
Justa de Lyón, Sta. († 177), 2 jun., 47-52.
Justa de María Inmaculada Maiza Goicoechea, Bta. († 1936), 24 nov., 602.
Justina de Padua, Sta. († s. III/IV), 7 oct., 217.
Justina Francucci Bezzoli, Bta. († 1319), 12 mar., 250.
Justiniano de San Gabriel de la Virgen Dolorosa Cuesta Redondo, Bto. († 1936), 23 oct., 635-638.
Justino, San († 166), 1 jun., 4-10.
Justino de Jacobis, San († 1860), 31 jul., 1011-1015.
Justino Orona Madriagal, San († 1928), 1 jul., 31-32; cf. también: 21 mayo, 460-468.
Justo, San († 304), 6 ago., 141-146.
Justo de Canterbury, San († 627), 10 nov., 223.
Justo de Gerona, San († s. IV), 2 jun., 789-790.
Justo de Lyón, San († d. 381), 2 sep., 37.
Justo de Urgel, San († s. VI), 28 mayo, 620-627.
Justo Ranfer de Bretenières, San († 1866), 7 mar., 133-134; (memoria: 20 sep., 578-583).
Kadir, hijo de Xodianin, Bto. († 1895), 22 nov., 535-540.
Kenelmo, San († 821), 17 jul., 496.
Ketilo, San († 1150), 11 jul., 289.
Kiliano, San († 689), 8 jul., 219-220.
Kizito, San († 1886), 3 jun., 58-65.

Ladislao Batthyány-Strattmann, Bto. († 1931), 22 ene., 855-856.
Ladislao Bladzinski, Bto. († 1944), 8 sep., 248-249.
Ladislao de Gielnow, Bto. († 1505) 4 mayo, 101.
Ladislao de Hungría, San († 1095), 30 jun., 710-714.
Ladislao Demski, Bto. († 1940), 28 mayo, 659.
Ladislao Findysz, Bto. († 1964), 21 ago., 927-929.
Ladislao Mackowiak, Bto. († 1942), 4 mar., 93.
Ladislao Maczkowski, Bto. († 1942), 20 ago., 746.
Ladislao Miegon, Bto. († 1942), 15 sep., 436.
Lamberto, San († s. VIII), 19 jun., 478-482.
Lamberto de Maastricht, San († 705), 17 sep., 497.
Lamberto de Navascués y de Juan, Bto. († 1936), 29 jul., 934-943.
Landerico de París, San († ca.660), 10 jun., 259.
Lanfranco de Canterbury, Bto. († 1089), 28 mayo, 627-633.
Lang Yangzhi, Sta. († 1900), 16 jul., 475-476; (memoria: 9 jul., 224-235).
Lanuino, Bto. († 1119), 11 abr., 227.
Laseriano, San († 638), 18 abr., 399.
Laura de Santa Catalina de Siena Montoya y Upegui, Bta. († 1949), 21 oct., 558-565.

Laura Vicuña, Bta. († 1904), 22 ene., 461-463.
Laureano de Burriana (Salvador Ferrer Cardet), Bto. († 1936), 1 ago., 24-31.
Laureano (Salvador) Ferrer Cardet, Bto. († 1936), 16 sep., 476-477.
Laurino de Jesús Crucificado Proaño Cuesta, Bto. († 1936), 23 jul., 632-636.
Lázaro (el estilita), San († 1054), 7 nov., 156-157.
Lázaro de Betania, San († s. I), 29 jul., 918-926.
Lázaro de Constantinopla, San († 867), 17 nov., 421-423.
Lázaro de Kyoto, San († 1636), 28 sep. (memoria), 831-840.
Lázaro (Juan María) Múgica Goiburu, Bto. († 1936), 28 nov., 673-684.
Lázaro Tiersot, Bto. († 1794),10 ago., 315-317.
Lea, Sta. († 383), 22 mar., 415.
Leandro de Sevilla, San († 600), 13 nov., 286-290.
Léoba, Sta. († 782), 28 sep., 854-855.
Leocadia de Toledo, Sta. († 304), 9 dic., 237-244.
Leocadio, San († s. IV), 16 nov., 404-405.
Leocricia, Sta. († 859), 15 mar., 282.
Leodegario, San († 679), 2 oct., 70-71.
León, San († s. IX), 1 mar., 22.
León I, San († 1079), 12 jul., 307.
León II (papa), San († 683), 3 jul., 84.
León III (papa), San († 816), 12 jun., 327-328.
León IV (papa), San († 855), 17 jul., 496-497.
León IX (papa), San († 1054), 19 abr., 407-414.
León I Magno (papa), San († 461), 10 nov., 207-214.
León Aybara, Bto. († 1628), 8 sep., 239-243.
León de Alacuás (Manuel Legua Martí), Bto. († 1936), 1 ago., 24-31.
León (de Carigliano), San († 1227), 10 oct., 278-282.
León de la Virgen del Rosario Inchausti, Bto. († 1936), 25 jul., 752-765.
León de Satsuma, Bto. († 1622), 10 sep., 308-310.
León Ignacio Mangín, San († 1900), 20 jul., 564-567; (memoria: 9 jul., 224-235).
León Karasuma, San († 1597), 6 feb., 125-130.
León (Manuel) Legua Martí, Bto. († 1936), 26 sep., 806-807.
León Nakanishi, Bto. († 1619), 27 nov., 661-662.
León Nowakowski, Bto. († 1639), 31 oct., 780.
León Sukeyemon, Bto. († 1622), 19 ago., 703-707.
León Tanaka, Bto. († 1617), 1 jun., 39-40.
León Wetmanski, Bto. († 1941), 10 oct., 297-298.
Leonardo, San († s. VI), 6 nov., 134-135.
Leonardo de Porto Mauricio, San († 1751), 26 nov., 630-635.
Leonardo Kimura, Bto. († 1619), 18 nov., 467-468.
Leonardo Murialdo, San († 1900), 30 mar., 545-549.
Leonardo Olivera Buera, Bto. († 1936), 23 oct., 619-628.
Leonardo Pérez Larios, Bto. († 1927), 25 abr., 895-896.

Leonardo Vechel, San († 1572), 9 jul., 236-239.
Leoncia (de África), Sta. († 484), 6 dic., 186.
Leoncio de Burdeos, San († 570), 11 jul., 287-288.
Leoncio Pérez Ramos, Bto. († 1936), 2 ago., 65-69.
Leoncio, San († 433), 1 dic., 45-46.
Leónidas Fëdorov, Bto. († 1934), 7 mar., 134-135.
Leonidas, San († 204), 22 abr., 470.
Leopoldo, San († 1136), 15 nov., 384.
Leopoldo (Bogdan Juan) Mandiæ, San († 1942), 30 jul., 959-968.
Leopoldo de Gaiche, Bto. († 1815), 2 abr., 47-48.
Leotadio de Auch, San († s. VII), 22 oct., 586.
Leovigildo (monje), San († 852), 20 ago., 741-742.
Lesmes, San († 1097), 30 ene., 644.
Letancio (mártir escilitano), San († 180), 17 jul., 477-483.
Leto (de África), San († s. V), 6 sep., 157-158.
Leto, San (fecha desconocida), 1 sep., 967.
Leutfrido, San († 738), 21 jun., 524.
Liberato de Cartago, San († 484), 2 jul., 58.
Liberato de Lauro, Bto. († 1258), 6 sep., 158.
Liberato Weiss, Bto. († 1716), 3 mar., 68-69.
Liborio Wagner, Bto. († 1631), 9 dic., 244-246.
Librada, Sta. († s. IV), 20 jul., 1035-1040.
Licerio, San († 540), 27 ago., 999-1000; cf. en Lérida: 1 sep., 969-970.
Liduina, Sta. († 1433), 14 abr., 306.
Liduina (Elisa Ángela) Meneguzzi, Bta. († 1941), 1 dic., 24-28.
Liliosa (mártir de Córdoba), Sta. († 852), 27 jul., 865-867.
Lino (papa), San († s. I), 23 sep., 697-698.
Liteo (de Cartago), San († 257), 10 sep., 319-320.
Longinos, San († s. I), 16 oct., 421.
Lope Sebastián Hunot, Bto. († 1794), 17 nov., 436-437.
Lope Thomas o Bonnotte, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Lorenza (Leocadia) Harasymiv, Bta. († 1952), 26 ago., 948-949.
Lorenzo, San († 258), 10 ago., 302-307.
Lorenzo Bai Xiaoman, San, cf. Lorenzo Pe-Man, San.
Lorenzo Bâtard, Bto. († 1794), 2 ene., 64-66.
Lorenzo de Brindis, San († 1619), 21 jul., 567-573.
Lorenzo de Canterbury, San († 619), 2 feb., 60.
Lorenzo de Ripafratta, Bto. († 1456), 27 sep., 822-823.
Lorenzo de Villamagna, Bto. († 1535), 6 jun., 150-151.
Lorenzo Hakizo, San († 1630), 28 sep., 856-858.
Lorenzo Han I-yong, San († 1846), 20 sep., 600-604; (memoria: 20 sep., 578-583).
Lorenzo Humphrey, Bto. († 1591), 7 jul., 202-204.
Lorenzo Imbert, San († 1839), 21 sep., 628-634; (memoria: 20 sep., 578-583).
Lorenzo Johnson, Bto. († 1582), 30 mayo, 719-720.
Lorenzo Justiniano, San († 1456), 8 ene., 184-188.
Lorenzo (Laurent), Bto. († 1792), 2 sep., 39-44.

Lorenzo María de San Francisco Javier Salvi, Bto. († 1856), 12 jun., 316-320.
Lorenzo Nguyen Van Huong, San († 1856), 27 abr., 608; (memoria: 24 nov., 580-585).
Lorenzo O'Toole, San († 1180), 14 nov., 330-332.
Lorenzo Ouang, San († 1858), 28 ene., 598-599; (memoria: 9 jul., 224-235).
Lorenzo Pe-Man, San († 1856), 25 feb., 554-555; (memoria: 9 jul., 224-235).
Lorenzo Rokuyemon, Bto. († 1622), 19 ago., 703-707.
Lorenzo Ruiz, San († 1636), 28 sep. (memoria), 831-840.
Lorenzo Wang Bing, San, cf. Lorenzo Ouang, San.
Lorenzo Yamada, Bto. († 1628), 8 sep., 239-243.
Lucas (evangelista), San († s. I), 18 oct., 475-483.
Lucas Alonso Gorda, San († 1633), 19 oct., 527-529.
Lucas Banabakintu, San († 1886), 3 jun., 58-65.
Lucas Belludi, Bto. († 1286), 17 feb., 365-366.
Lucas Bojko, Bto. († 1874), 24 ene., 494-496.
Lucas del Espíritu Santo Alonso Gorda, San († 1633), 28 sep., 831-840; (memoria: ibíd.).
Lucas Hwang Sok-tu, San († 1866), 30 mar., 550-551; (memoria: 20 sep., 578-583).
Lucas Kirby, San († 1582), 30 mayo, 719-720.
Lucas Kiyemon, Bto. († 1627), 27 ago., 1002-1007.
Lucas Pham Trong Cai Thin, San († 1859), 13 ene., 297-298; (memoria: 24 nov., 580-585).
Lucas Vu Van Loan, San († 1840), 5 jun., 127; (memoria: 24 nov., 580-585).
Lucía Bartolini, Bta. († 1520), 29 oct., 787-790.
Lucía Broccadelli, Bta. († 1544), 15 nov., 384-385.
Lucía Bufalari, Bta. († 1350), 27 jul., 869-870.
Lucía de Caltagirone, Bta. († 1400), 26 sep., 790-791.
Lucía de Freitas, Bta. († 1622), 10 sep., 308-310.
Lucía Filippini, Sta. († 1732), 25 mar., 477-481.
Lucía Khambang, Bta. († 1940), 26 dic., 675.
Lucía Kim, Sta. († 1839), 20 jul., 557-562; (memoria: 20 sep., 578-583).
Lucía Kim (otra), Sta. († 1839), 26 sep., 799-800; (memoria: 20 sep., 578-583).
Lucía Luisa, Bta. († 1628), 8 sep., 239-243.
Lucía Pak Hui-sun, Sta. († 1839), 24 mayo, 542-548; (memoria: 20 sep., 578-583).
Lucía Wang Cheng, Sta. († 1900), 28 jun., 685; (memoria: 9 jul., 224-235).
Lucía Wang Wangzhi, Sta. († 1900), 22 jul., 605-606; (memoria: 9 jul., 224-235).
Lucía Yi, Sta. († 1862), 19 feb., 416-417; (memoria: 9 jul., 224-235).
Lucía, Bta. († 1622), 2 oct., 71-72.
Lucía, Sta. († 304), 13 dic., 338-343.
Luciano de Antioquia, San († 312), 7 ene., 180.
Luciano (de Vich), San († 250), 26 oct., 702.

Lucifer de Cagliari, San († 370), 20 mayo, 456-457.
Lucio, San († 160), 19 oct., 525-526.
Lucio I, San († 254), 5 mar., 97.
Lucio (de Alejandría), San († s. III/IV), 3 oct., 82-83.
Lucio (de Cartago), San († 257), 10 sep., 319-320.
Lucio de Cartago, San († 259), 23 mayo, 511-514.
Lucio Martínez Mancebo, Bto. († 1936), 29 jul., 934-943.
Lucrecia de Mérida, Sta. († s. IV), 23 nov., 573.
Ludgero, San († 809), mar., 26, 493-494.
Ludmila, Sta. († 921), 16 sep., 471.
Ludolfo, San († 1250), 29 mar., 518.
Luis IX de Francia, San († 1270), 25 ago., 881-887.
Luis Alejo Matías Boubert, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Luis Armando José Adam, Bto. († 1794), 13 jul., 354-355.
Luis Baba, Bto. († 1624), 25 ago., 914-918.
Luis Barreau de la Touche, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Luis Batis Sainz, San († 1926), 15 ago., 518-524; cf. también: 21 mayo, 460-468.
Luis Beaulieu, San († 1866), 7 mar., 133-134; (memoria: 20 sep., 578-583).
Luis Beltrame Quatrocchi, Bto. († 1951), 9 nov., 192-202.
Luis Benjamín Hurtrel, Bto. († 1792), 2 sep., 39-44.
Luis Bertrán, San († 1581), 9 oct., 252-256.
Luis Biraghi, Bto. († 1879), 11 ago., 923-924.
Luis Campos Górriz, Bto. († 1936), 28 nov., 685-689.
Luis Ceferino Moreau, Bto. († 1901), 24 mayo, 533-541.
Luis Correia, Bto. († 1570), 15 jul., 412-419.
Luis d'Alleman, Bto. († 1450), 16 sep., 456-460.
Luis de Anjou, San († 1297), 19 ago., 658-663.
Luis de Casoria, Bto. († 1885), 30 mar., 539-545.
Luis (de Córdoba), San († 855), 30 abr., 684-685.
Luis de Sotelo, Bto. († 1624), 25 ago., 914-918.
Luis Escalé Binefa, Bto. († 1936), 15 ago., 545-551.
Luis (Exarc) Bertrán, San († 1627), 29 jul., 944-945.
Luis Flores, Bto. († 1622), 19 ago., 703-707.
Luis Francisco Andrés Barret, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Luis Francisco Le Brun, Bto. († 1794), 20 ago., 742-744.
Luis Gastineau, San († 1794), 21 ene., 430-431.
Luis Gonzaga, San († 1591), 21 jun., 513-519.
Luis Guanella, Bto. († 1915), 24 oct., 655-660.
Luis Higaski, Bto. († 1628), 8 sep., 239-243.
Luis Ibaraki, San († 1597), 6 feb., 125-130.
Luis Kawara, Bto. († 1622), 10 sep., 308-310.
Luis le Danois, Bto. († 1792), 2 sep., 39-44.
Luis Liguda, Bto. († 1942), 8 dic., 223.
Luis Lladó Teixidor, Bto. († 1936) 15 ago., 545-551.

Luis Longuet, Bto. († 1792), 2 sep., 39-44.
Luis Lorenzo Gaultier, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Luis Magaña Servín, Bto. († 1928), 9 feb., 867-868.
Luis Maki, Bto. († 1627), 7 sep., 187-188.
Luis María Grignion de Montfort, San († 1716), 28 abr., 610-614.
Luis María Monti, Bto. († 1900), 1 oct., 13-23.
Luis María Palazzolo, Bto. († 1886), 15 jun., 385-394.
Luis Masferrer Vila, Bto. († 1936), 15 ago., 545-551.
Luis Matsuo Soyemon, Bto. († 1627), 27 ago., 1002-1007.
Luis Mauduit, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Luis Monza, Bto. († 1954), 29 sep., 937-938.
Luis Morbioli, Bto. († 1485), 9 nov., 203-204.
Luis Mzyk, Bto. († 1942), 23 feb., 517.
Luis Nagai, Bto. († 1626), 12 jul., 310-312.
Luis Orione, San († 1940), 12 mar., 940*; 240-246.
Luis Pavoni, Bto. († 1849), 1 abr., 7-12.
Luis Rabatá, Bto. († 1490), 8 mayo, 177.
Luis Remigio Benoist, Bto. († 1792), 2 sep., 39-44.
Luis Renato Nicolás Benoist, Bto. († 1792), 2 sep., 39-44.
Luis Rodríguez, Bto. († 1570), 15 jul., 412-419.
Luis Roque Gientyngier, Bto. († 1941), 30 nov., 741.
Luis Sasanda, Bto. († 1624), 25 ago., 914-918.
Luis Scrosoppi, San († 1884), 3 abr., 56-66.
Luis Stepinac, Bto. († 1960), 10 feb., 237-241.
Luis Talamoni, Bta. († 1926), 31 ene., 858-859.
Luis Tezza, Bto. († 1923), 26 sep., 785-790.
Luis Urbano Lanaspa, Bto. († 1936), 25 ago., 920.
Luis Variara, Bto. († 1923), 1 feb., 860-861.
Luis Versiglia, San († 1930), 25 feb., 544-549; (memoria: 9 jul., 224-235).
Luis Vulfilacio Huppy, Bto. († 1794), 29 ago., 1080.
Luis Yakichi, Bto. († 1622), 2 oct., 71-72.
Luisa Albertoni, Bta. († 1533), 31 ene., 663.
Luisa de Marillac, Sta. († 1660), 15 mar., 268-276.
Luisa de Saboya, Bta. († 1503), 24 jul., 708.
Luisa María Frías Cañizares, Bta. († 1936), 6 dic., 188.
Luisa Teresa Montaignac de Chauvance, Bta. († 1885), 27 jun., 654-658.
Lulo, San († 786), 16 oct., 422.
Lupercio (de León), San († 303/304), 30 oct., 760.
Luperco (mártir de Zaragoza), San († s. IV), 16 abr., 325-329.
Lupo de Sens, San († 623), 1 sep., 18.
Lupo de Troyes, San († 479), 29 jul., 943.
Luquesio de Poggibonzi, Bto. († 1260), 28 abr., 634.
Lusor, San († s. IV), 16 nov., 404-405.
Lutgarda de Auwières, Sta. († 1246), 16 jun., 403-412.

Macaldo, San († s. V), 27 abr., 607.
Macario, San († 850), 18 ago., 641-642.
Macario de Alejandría, San († ca.408), 19 ene., 382-388.
Macario de Lyón, San († 177), 2 jun., 47-52.
Macrina, Sta. († 304), 14 ene., 312-313.
Macrina la Joven, Sta. († 379), 19 jul., 523-524.
Madre de Dios de Begoña, 11 oct., 781-787.
Maelrubio, San († 722), 21 abr., 455-456.
Mafalda de Portugal, Bta. († 1257), 1 mayo, 28.
Magdalena (esposa del Bto. Simón Bokusai), Bta. († 1620), 16 ago., 585-586.
Magdalena Albrici, Bta. († 1465), 13 mayo, 300.
Magdalena Cady, Bta. († 1794), 16 abr., 346-347.
Magdalena Catalina Morano, Sta. († 1908), 26 mar., 495.
Magdalena Cho, Sta. († 1839), 26 sep., 800; (memoria: 20 sep., 578-583).
Magdalena de Canossa, Sta. († 1835), 10 abr., 203-211.
Magdalena de la Madre de Dios (Isabel) Verchière, Bta. († 1794), 13 jul., 355-357.
Magdalena de Nagasaki, Sta. († 1634), 15 oct., 385-395; (memoria: 28 sep., 831-840).
Magdalena de Panatieri, Bta. († 1503), 13 oct., 343-346.
Magdalena Du Fengju, Sta. († 1900), 29 jun., 706; (memoria: 9 jul., 224-235).
Magdalena (Francisca) del Santísimo Sacramento de Justamont, Bta. († 1794), 16 jul., 473-475.
Magdalena Han Yong-i, Sta. († 1839), 29 dic., 739-745; (memoria: 20 sep., 578-583).
Magdalena Ho Hye-im, Sta. († 1839), 26 sep., 791-800; (memoria: 20 sep., 578-583).
Magdalena Kim Obi, Sta. († 1839), 24 mayo, 542-548; (memoria: 20 sep., 578-583).
Magdalena Kiyota, Bta. († 1627), 27 ago., 1002-1007.
Magdalena Pak Pong-son, Sta. († 1839), 26 sep., 791-800; (memoria: 20 sep., 578-583).
Magdalena Sallé, Bta. († 1794), 16 abr., 345.
Magdalena Sanga, Bta. († 1622), 10 sep., 308-310.
Magdalena Sofía Barat, Sta. († 1865), 25 mayo, 566-577.
Magdalena Son Sobyog, Sta († 1840), 31 ene., 663-664; (memoria: 20 sep., 578-583).
Magdalena Yi Yong-dog, Sta. († 1839), 29 dic., 739-745; (memoria: 20 sep., 578-583).
Magdalena Yi Yong-hui, Sta. († 1839), 20 jul., 557-562; (memoria: 20 sep., 578-583).
Magín, San (fecha desconocida), día 19 ago., 700.
Maglorio, San († 575), 24 oct., 665.
Magno de Orkney, San († 1116), 16 abr., 345.
Malaquías (profeta), San, 18 dic., 476-481.
Malaquías, San († 1148), 2 nov., 41-50.
Mamarduco Bowes, Bto. († 1585), 26 nov., 648-649.
Mamerto, San († 475), 11 mayo, 249.
Mamés, San († 273), 17 ago., 616-617.

Mancio Araki, Bto. († 1626), 8 jul., 221-222.
Mancio de Santa Cruz, San († 1627), 29 jul., 944-945.
Mancio de Santo Tomás, cf. Mateo de Santo Tomás Chiwiato, Bto.
Mancio Ikizayemon, San († 1630), 28 sep., 856-858.
Manés de Guzmán, Bto. († 1234), 18 ago., 628-635.
Mansueto, San († 453-460), 28 nov., 689-690.
Mansueto (de África), San († s. V), 6 sep., 157-158.
Manuel Albert Ginés, Bto. († 1936), 29 jul., 934-943.
Manuel Álvarez, Bto. († 1570), 15 jul., 412-419.
Manuel Buil Lalueza, Bto. († 1936), 13 ago., 444-448.
Manuel Domingo y Sol, Bto. († 1909), 25 ene., 501-509.
Manuel Fernández, Bto. († 1570), 15 jul., 412-419.
Manuel González García, Bto. († 1940), 4 ene., 91-96.
Manuel Jiménez Salado, Bto. († 1936), 30 jul., 986-991.
Manuel Le Van Phung, San († 1859), 31 jul., 1017-1018; cf. también: 13 jul., 357-358; (memoria: 24 nov., 580-585).
Manuel López Orbara, Bto. († 1936), 30 jul., 986-991.
Manuel Martín Sierra, Bto. († 1936), 26 jul., 759-760 y 827-828.
Manuel Martínez Jarauta, Bto. († 1936), 15 ago., 545-551.
Manuel Medina Olmos, Bto. († 1936), 30 ago., 1104-1112.
Manuel Morales, San († 1926), 15 ago., 518-524; cf. también: 21 mayo, 460-468.
Manuel Nguyen Van Trieu, San († 1798), 17 sep., 500; (memoria: 24 nov., 580-585).
Manuel Pacheco, Bto. († 1570), 15 jul., 412-419.
Manuel Rodríguez, Bto. († 1570), 15 jul., 412-419.
Manuel Rodrígues Moura y su mujer (Uruaçu), Btos. († 1645), 3 oct., 87.
Manuel Ruiz, Bto. († 1860), 10 jul., 267-272.
Manuel Segura López, Bto. († 1936), 28 jul., 908-909.
Manuel Torras Sais, Bto. († 1936), 13 ago., 444-448.
Manuel Torró García, Bto. († 1936), 21 sep., 637-638.
Mapalico (de Cartago), San († 250), 19 abr., 414-415.
Marcela de Santo Tomás (Áurea) Navarro, Bta. († 1936), 20 nov., 496-502.
Marcela, Sta. († 410), 31 ene., 662-663.
Marcelina, Sta. († 400), 17 jul., 494-495.
Marcelino Champagnat, San († 1840), 6 jun., 136-142.
Marcelino (de Cartago), San († 413), 13 sep., 376-377.
Marcelino de Embrún, San († 374), 20 abr., 438.
Marcelino (de Roma), San († ca.304), 2 jun., 43-46.
Marcelo, San († 309), 16 ene., 335-338.
Marcelo Callo, Bto. († 1945), 19 mar., 344-351.
Marcelo de Tánger, San († 298), 30 oct., 749-751.
Marcelo Labigne de Reignefort, Bto. († 1794), 26 jul., 824-826.
Marcelo Spínola y Maestre, Bto. († 1906), 19 ene., 389-393.

Marcial (mártir de Zaragoza), San († s. IV), 16 abr., 325-329.
Marcial (de Cartago), San († 250), 19 abr., 414-415.
Marcial (de Córdoba), San († s. III/IV), 13 oct., 356-357.
Marciano (de Vich), San († 250), 26 oct., 702.
Marciano José (Filomeno) López López, San († 1934), 9 oct., 257-271.
Marco de Marchio de Montegallo, Bto. († 1496), 19 mar., 354.
Marcolino Amanno, Bto. († 1397), 2 ene., 63-64.
Marcos (evangelista), San († s. I), 25 abr., 545-550.
Marcos (papa), San († 336), 7 oct., 217-218.
Marcos Antonio Durando, Bto. († 1880), 10 jun., 905-906.
Marcos Barkworth, Bto. († 1601), 27 feb., 596-597.
Marcos Caldeira, Bto. († 1570), 15 jul., 412-419.
Marcos Chong Ui-bae, San. († 1866), 11 mar., 232-233; (memoria: 20 sep., 578-583).
Marcos Criado, Bto. († 1569), 25 sep., 746-748.
Marcos Crisino o Körösi, San († 1619), 7 sep., 161-165.
Marcos de Aviano (Carlos Domingo Cristofori), Bto. († 1699), día 13, 442-443.
Marcos de Marconi, Bto. († 1510), 24 feb., 537-538.
Marcos Fantuzzi de Bolonia, Bto. († 1479), 10 abr., 212-213.
Marcos Ji Tianxiang, San († 1900), 7 jul., 207; (memoria: 9 jul., 224-235).
Marcos Luis Royer, Bto. († 1792), 2 sep., 39-44.
Marcos Scalabrini de Mútina, Bto. († 1498), 21 sep., 635.
Marcos Takenoshima Shinyemon, Bto. († 1622), 19 ago., 703-707.
Margarita (reina), Sta. († 1093), 16 nov., 387-392.
Margarita Ball, Bta. († 1584), 20 jun., 507-508.
Margarita Bays, Bta († 1879), 27 jun., 649-654.
Margarita Bourgeoys, Sta. († 1700), 12 ene., 263-269.
Margarita Clitherow, Sta. († 1586), 25 mar., 470-477.
Margarita Colonna, Bta. († 1280), 30 dic., 747-752.
Margarita de Cittá di Castello, Bta. († 1320), 13 abr., 289.
Margarita de Cortona, Sta. († 1297), 22 feb., 468-475.
Margarita de Hungría, Sta. († 1270), 18 ene., 363-368.
Margarita de Lorena, Bta. († 1521), 2 nov., 57-58.
Margarita de Saboya, Bta. († 1464), 23, nov., 574-575.
Margarita del Piceno, Sta. († 1395), 5 ago., 131.
Margarita Ebner, Bta. († 1351), 20 jun., 507.
Margarita María de Alacoque, Sta. († 1690), 16 oct., 402-410.
Margarita Pole, Bta. († 1541), 28 mayo, 633-646.
Margarita Robin, Bta. († 1794), 16 abr., 346-347.
Margarita Ward, Sta. († 1588), 30 ago., 1086-1089.
Margarito Flores García, San († 1927), 12 nov., 284; cf. también: 21 mayo, 460-468.
María (esposa del Bto. Gaspar Vaz), Bta. († 1627), 27 ago., 1002-1007.

María (esposa del Bto. Tomás Gengoro), Bta. († 1620), 16 ago., 585-586.
María Adeodata Pisani, Bta. († 1855), 25 feb., 553-554.
María Adolfina (Ana Catalina) Dierk, Sta. († 1900), 9 jul., 260; (memoria: 9 jul., 224-235).
María Amandina (Paulina) Jeuris, Sta. († 1900), 9 jul., 261; (memoria: 9 jul., 224-235).
María An Guozhi, Sta. († 1900), 11 jul., 292; (memoria: 9 jul., 224-235).
María An Lihua, Sta. († 1900), 11 jul., 292; (memoria: 9 jul., 224-235).
María Ana (Bárbara) Cope de Molokai, Bta. († 1918), 9 ago., 922-923.
María Ana de Jesús Crucificado Piedcourt, Bta. († 1794), 17 jul., 489-494.
María Ana de San Francisco Lambert, Bta. († 1794), 13 jul., 355-357.
María Ana de San Joaquín Béguin-Royal, Bta. († 1794), 16 jul., 473-475.
María Ana de San Miguel Doux, Bta. († 1794), 16 jul., 473-475.
María Ana de Santa Francisca Depeyre, Bta. († 1794), 13 jul., 355-357.
María Ana Francisca de San Luis Brideau, Bta. († 1794), 17 jul., 489-494.
María (Ana) Kukolowicz, Bta. († 1943), 1 ago., 31-38.
María Ana Magdalena de Guilhermier, Bta. († 1794), 9 jul., 256.
María Ana Margarita de Rocher, Bta. († 1794), 9 jul., 256.
María Ana Mogas Fontcuberta, Bta. († 1886), 3 jul., 73-83.
María Ana Rivier, Bta. († 1838), 3 feb., 77-81.
María Ana Sala, Bta. († 1891), 24 nov., 595-599.
María Ana Sureau Blondin, Bta. († 1890), 2 ene., 54-62.
María Anastasia de San Gervasio Roquard, Bta. († 1794), 13 jul., 355-357.
María Ángela (Sofía Camila) Truszkowska, Bta. († 1899), 10 oct., 290-295.
María Ángela Astorch, Bta. († 1665), 2 dic., 76-85.
María Ángeles de San José (Marciana) Valtierra Tordesillas, Bta. († 1936), 24 jul., 667-684.
María Ángeles Olaizola Garazarga, Bta. († 1936), 18 nov., 454-465.
María Antonia Bandrés y Elósegui, Bta. († 1919), 27 abr., 608-609.
María Antonina Kratochwil, Bta. († 1942), 2 oct., 75.
María Assunta Payota, Bta. († 1905), 7 abr., 148-157.
María Bartolomea Bagnesi, Bta. († 1577), 28 mayo, 656-657.
María Bernarda Soubirous, Sta. († 1879), 16 abr., 885-895.
María Bernarda (Verena) Bütler, Bta. († 1924), 19 mayo, 431-437.
María Bertila (Ana Francisca) Boscardin, Sta. († 1922), 20 oct., 538-547.
María Borromea (Verónica) Narmontowicz, Bta. († 1943), 1 ago., 31-38.
María Cándida de la Eucaristía Barba, Bta. († 1949), 12 jun., 331-332.
María Canisia (Eugenia) Mackiewicz, Bta. († 1943), 1 ago., 31-38.
María Canuta de Jesús en el Huerto de Getsemaní (Josefa) Chrobot, Bta. († 1943), 1 ago., 31-38.

María Caridad del Amor del Espíritu Santo (Josefa Carolina) Brader, Bta. († 1943), 27 feb., 874-875.
María Catalina de San Agustín Symon de Longprey, Bta. († 1668), 8 mayo, 160-168.
María Catalina de Santa Rosa Troiani, Bta. († 1887), 6 mayo, 125-129.
María Catalina Kasper, Bta. († 1898), 2 feb., 53-59.
María Cecilia Cendoya Araquistain, Bta. († 1936), 18 nov., 454-465.
María Cecilia (María Felícitas) Cendoya y Araquistain, Bta. († 1936), 23 nov., 577-578.
María Clara (Clelia) Nanetti, Sta. († 1900), 9 jul., 260; (memoria: 9 jul., 224-235).
María Clara de San Martín Blanc, Bta. († 1794), 11 jul., 290-291.
María Clemencia de Jesús Crucificado Staszewska, Bta. († 1943), 27 jul., 874-875.
María Cleofás, Sta. († s. I), 24 abr., 541.
María Climent Mateu, Bta. († 1936), 20 ago., 745-746.
María Clotilde Ángela de San Francisco de Borja (Clotilde Josefa) Paillot, Bta. († 1794), 23 oct., 631-634.
María Consuelo del Santísimo Sacramento Cuñado González, Bta. († 1936), 24 nov., 602.
María Córdula Josefa de Santo Domingo (Juana Luisa) Barré, Bta. († 1794), 23 oct., 631-634.
María Coreano, Bta. († 1622), 10 sep., 308-310.
María Corsini Beltrame Quatrocchi, Bta. († 1965), 26 ago., 949; cf. también: 9 nov., 192-202.
María Crescencia (Ana) Höss, Sta. († 1744), 5 abr., 107-108.
María Cristiana de la Inmaculada (Adelaida) Brando, Bta. († 1906), 20 ene., 854-855.
María Crucificada di Rosa, Sta. († 1885), 15 dic., 405-410.
María Crucificada (Isabel María) Satellico, Bta. († 1745), 8 nov., 168-178.
María Crucificada (Rosa) Curcio, Bta. († 1957), 4 jul., 910-912.
María Daniela de Jesús y María Inmaculada (Leonor Aniela) Jozwik, Bta. († 1943), 1 ago., 31-38.
María de Cervellón, Sta. († 1290), 19 sep., 537-542.
María (de Córdoba), Sta. († 851), 24 nov., 585-595.
María de Jesús Buen Pastor (Francisca) de Siedliska, Bta. († 1902), 21 nov., 516-526.
María de Jesús Crucificado (María) Baouardy, Bta. († 1878), 26 ago., 930-939.
María de Jesús Crucificado Petkovic, Bta. († 1966), 9 jul., 248-253.
María de Jesús de la Yglesia y de Varo, Bta. († 1936), 19 sep., 563-574.
María de Jesús Deluil Martiny, Bta. († 1884), 27 feb., 591-595.
María de Jesús Emilia de Oultremont, Bta. († 1878), 22 feb., 475-479.
María de Jesús López de Rivas, Bta. († 1640), 13 sep., 369-376.
María de Jesús (Margarita Teresa) Charansol, Bta. († 1794), 16 jul., 473-475.
María de Jesús Sacramentado Venegas de la Torre, Sta. († 1959), 30 jul., 973-976.

María de Jesús (Vicenta) Masiá Ferragut, Bta. († 1936), 25 oct., 677-684.
María de la Asunción (Josefa) Mongoche Homs, Bta. († 1936), 20 nov., 496-502.
María de la Cabeza, Sta. († s. XII), 9 sep., 296.
María de la Concepción (Emilia) Martí Lacal, Bta. († 1936), 20 nov., 496-502.
María de la Cruz (María Elena) MacKillop, Bta. († 1909), 8 ago., 218-224.
María de la Encarnación (Bárbara Avrillot), Bta. († 1618), 18 abr., 380-387.
María de la Encarnación Guyart, Bta. († 1672), 30 abr., 666-672.
María de la Encarnación (Vicenta) Rosal, Bta. († 1886), 24 ago., 859-868.
María de la Gracia (Paula) de San Antonio, Bta. († 1936), 20 nov., 496-502.
María de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo (Grazia) Tarallo, Bta. († 1912), 27 jul., 920-921.
María de la Pasión (Elena) de Chappotin de Neuville, Bta. († 1904), 15 nov., 369-376.
María de la Paz (María Ana) Giuliani, Sta. († 1900), 9 jul., 260; (memoria: 9 jul., 224-235).
María de la Paz (María Isabel) López García, Bta. († 1936), 20 nov., 496-502.
María de la Providencia (Eugenia Smet), Bta. († 1871), 7 feb., 179-182.
María de la Purificación de San José Ximénez Ximénez, Bta. († 1936), 23 sep., 679-682.
María de la Purificación Vidal Pastor, Bta. († 1936), 22 sep., 662-663.
María de las Maravillas de Jesús († 1974), 11 dic., 300-310.
María de las Mercedes Prat Prat, Bta. († 1936), 24 jul., 684-692.
María de las Nieves de la Santísima Trinidad Crespo López, Bta. († 1936), 19 ago., 684-700.
María de los Ángeles (Ángela) Ginard Martí, Bta. († 1936), 25 ago., 929-931.
María de los Ángeles (Mariana) Fontanella, Bta. († 1717), 16 dic., 427-429.
María de los Apóstoles (María Teresa) von Wüllenweber, Bta. († 1907), 25 dic., 636-644.
María de los Desamparados del Santísimo Sacramento Giner Lister, Bta. († 1936), 19 ago., 684-700.
María de los Dolores de San Francisco Javier Vidal Cervera, Bta. († 1936), 19 ago., 684-700.
María de los Dolores (Gertrudis) Surís Brusola, Bta. († 1936), 20 nov., 496-502.
María de los Milagros Ortells Gimeno, Bta. († 1936), 20 nov., nov., 505-506.
María de Mattias, Sta. († 1866), 20 ago., 736-740.
María de Montserrat (Dolores) Llimona Planas, Bta. († 1936), 20 nov., 496-502.
María de Nuestra Señora de la Providencia Calaf Miracle, Bta. († 1936), 19 ago., 684-700.
María de Oignies, Bta. († 1213), 23 jun., 564.
María de San Enrique (Margarita Leonor) de Justamond, Bta. († 1794), 12 jul., 313-314.

María de San José Alvarado Cardozo, Bta. († 1967), 2 abr., 34-41.
María de San Justo (Ana Francisca) Moreau, Sta. († 1900), 9 jul., 260; (memoria: 9 jul., 224-235).
María de Santa Cecilia Romana Dina Bélanger, Bta. († 1929), 4 sep., 102-113.
María de Santa Eufrasia Pelletier, Sta. († 1868), 24 abr., 509-515.
María de Santa Eulalia Puig Bonany, Bta. († 1936), 8 sep., 230-234.
María de Santa Marta Dufour, Bta. († 1794), 17 jul., 489-494.
María de Santa Natalia (Juana María) Kerguin, Sta. († 1900), 9 jul., 260; (memoria: 9 jul., 224-235).
María del Amparo (Teresa) Rosat Balasch, Bta. († 1936), 26 sep., 801-802.
María del Calvario (Josefa) Romero Clariana, Bta. († 1936), 26 sep., 801-802.
María del Carmen Moreno Benítez, Bta. († 1936), 1 sep., 8-17.
María del Carmen Sallés y Barangueras, Bta. († 1911), 25 jul., 740-744.
María del Carmen Viel Ferrando, Bta. († 1936), 5 nov., 124-125.
María del Corazón de Jesús Schininá, Bta. († 1910), 11 jun., 292-304.
María del Divino Corazón Droste zu Vischering, Bta. († 1899), 8 jun., 195-199.
María del Espíritu Santo (Angélica) Roussel, Bta. († 1794),17 jul., 489-494.
María del Niño Jesús Baldillou Bullit, Bta. († 1936), 8 ago., 228-239.
María del Olvido Noguera Albelda, Bta. († 1936), 26 sep., 804.
María del Pilar Izquierdo Albero, Bta. († 1945), 27 ago., 991-999.
María del Pilar Villalonga Villalba, Bta. († 1936), 11 dic., 314.
María del Refugio Carbonell Muñoz, Bta. († 1936), 1 sep., 8-17.
María del Rosario (Catalina) Calpe Ibáñez, Bta. († 1936), 20 nov., 496-502.
María del Socorro (Teresa) Jiménez Baldoví, Bta. († 1936), 20 nov., 496-502.
María del Sufragio (Antonia María) Orts Baldó, Bta. († 1936), 20 nov., 496-502.
María del Tránsito del Santísimo Sacramento Cabanillas, Bta. († 1885), 25 ago., 901-911.
María Dolores Aguiar-Mella y Díaz, Bta. († 1936), 19 sep., 563-573.
María Dolores de Santa Eulalia Puig Bonany, Bta. († 1936), 8 sep., 230-234.
María Dolores Rodríguez Sopeña, Bta. († 1918), 10 ene., 851-852.
María Dominga Mantovani, Bta. († 1934), 2 feb., 861-863.
María Dominica Brun Barbantini, Bta. († 1868), 22 mayo, 497-503.
María Dominica Mazzarello, Sta. († 1881), 14 mayo, 312-317.
María Du Tianshi, Sta. († 1900), 29 jun., 706; (memoria: 9 jul., 224-235).
María Du Zhaozhi, Sta. († 1900), 28 jun., 685-686; (memoria: 9 jul., 224-235).
María Egipcíaca, Sta. († s. V), 1 abr., 12.
María Elena Stollenwerk, Bta. († 1900), 3 feb., 82-83.
María Engracia Lecuona Arramburu, Bta. († 1936), 18 nov., 454-465.

María Enriqueta de la Providencia (Ana) Pelras, Bta. († 1794), 17 jul., 489-494.
María Enriqueta Dominici, Bta. († 1894), 21 feb., 459-461.
María Ermelina de Jesús (Irma) Grivot, Sta. († 1900), 9 jul., 260; (memoria: 9 jul., 224-235).
María Escolástica Josefa de Santiago (María Margarita) Leroux, Bta. († 1794), 23 oct., 631-634.
María Estrella del Santísimo Sacramento (Adelaida) Mardosewicz, Bta. († 1943), 1 ago., 31-38.
María Eugenia Milleret de Brou, Bta. († 1898), 10 mar., 203-208.
María Eutimia (Emma) ffing, Bta. († 1955), 9 sep., 260-263.
María Eva de la Providencia Noiszewska, Bta. († 1942), 19 dic., 502-503.
María Fan Kun, Sta. († 1900), 28 jun., 685; (memoria: 9 jul., 224-235).
María Faustina (Elena) Kowalska, Sta. († 1938), 5 oct., 145-156.
María Felicidad Masiá Ferragut, Bta. († 1936), 25 oct., 677-684.
María Felicidad (Paulina) Borowik, Bta. († 1943), 1 ago., 31-38.
María Forestier, Bta. († 1794), 16 abr., 346-347.
María Fortunata (Ana Felisa) Viti, Bta. († 1922), 20 nov., 490-496.
María Francisca de Jesús (Ana María) Rubatto, Bta. († 1904), 6 ago., 146-149.
María Francisca de las Cinco Llagas (Ana María) Gallo, Sta. († 1791), 6 oct., 183-190.
María Francisca (Maria Lievina) Lacroix, Bta. († 1794), 23 oct., 631-634.
María Francisca Schervier, Bta. († 1876), 14 dic., 382-387.
María Fu Guilin, Sta. († 1900), 20 jul., 564-567; (memoria: 9 jul., 224-235).
María Gabriela Hinojosa Naveros, Bta. († 1936), 18 nov., 454-465.
María Gabriela Sagheddu, Bta. († 1939), 23 abr., 489-493.
María Genoveva Poulain de la Forestrie, Bta. († 1794), 16 abr., 346-347.
María Gertrudis de Santa Sofía de Ripert d'Alauzin, Bta. († 1794), 10 jul., 274.
María Goretti, Sta. († 1902), 6 jul., 146-151.
María Guadalupe García Zavala, Bta. († 1963) 24 jun., 574-578.
María Guadalupe (María Francisca) Ricart Olmos, Bta. († 1936), 2 oct., 64-69.
María Guida de la Divina Misericordia (Elena) Cierpka, Bta. († 1943), 1 ago., 31-38.
María Guillerma Emilia de Rodat, Sta. († 1852), 19 sep., 554-563.
María Guinguenaeu, Bta. († 1794), 16 abr., 346-347.
María Guo Lizhi, Sta. († 1900), 7 jul., 208; (memoria: 9 jul., 224-235).
María Helidora (Leocadia) Matuszewska, Bta. († 1943), 1 ago., 31-38.
María Imelda de Jesús Hostia (Eduvigis Carolina) Zak, Bta. († 1943), 1 ago., 31-38.
María Inés Zudaire Galdeano, Bta. († 1936), 18 nov., 454-465.
María Isabel de San Teoctisto Pélissier, Bta. († 1794), 11 jul., 290-291.
María Isabel Hasselblad, Bta. († 1957), 24 abr., 526-541.
María Jordá Botella, Bta. († 1936), 26 sep., 805-806.

María Josefa del Corazón de Jesús Sancho de Guerra, Sta. († 1912), 20 mar., 380-387.
María Josefa del Río Messa, Bta. († 1936), 23 sep., 679-682.
María Josefa Rossello, Sta. († 1880), 7 dic., 198-204.
María Karlowska, Bta. († 1935), 24 mar., 458-462.
María Lardeux, Bta. († 1794), 16 abr., 346-347.
María Leonia Paradis, Bta. († 1912) 3 mayo, 79-84.
María Lhuillier, Bta. († 1794), 22 jun., 550-551.
María Lorenza de San Estanislao (Juana Regina) Prin, Bta. († 1794), 17 oct., 470-472.
María Ludovica (Antonina) de Angelis, Bta. († 1962), 25 feb., 871-872.
María Luisa de Jesús Girón Romera, Bta. († 1936), 8 ago., 228-239.
María Luisa de Jesús Trichet, Bta. († 1759), 28 abr., 614-620.
María Luisa de San Francisco (María Genoveva) Ducrez, Bta. († 1794), 17 oct., 470-472.
María Luisa Montesinos Orduña, Bta. († 1937), 28 ene., 601-602.
María, Madre de Dios, Sta., 1 ene., 4-17.
María Magdalena, Sta. († s. I), 22 jul., 588-598.
María Magdalena de Pazzi, Sta. († 1607), 25 mayo, 562-565.
María Magdalena Fontaine, Bta. († 1794), 26 jun., 608-614.
María Magdalena Martinengo, Bta. († 1737), 27 jul., 871-872.
María Magdalena Postel, Sta. († 1846), 16 jul., 460-466.
María Marcelina Darowska, Bta. († 1911), 5 ene., 108-111.
María Margarita de San Agustín Bonnet, Bta. († 1794), 26 jul., 826-827.
María Margarita de Santa Sofía de Barbegie d'Albarede, Bta. († 1794), 11 jul., 290-291.
María Margarita de Youville, Bta. († 1771), 23 dic., 580-588.
María Margarita (María Ana Rosa) Caiani, Bta. († 1921), 8 ago., 224-228.
María Marta de Jesús Wolowska, Bta. († 1942), 19 dic., 502-503.
María Micaela del Santísimo Sacramento Desmasières, Sta. († 1865), 24 ago., 850-858.
María Natalia de San Luis (María Luisa Josefa) Vanot, Bta. († 1794), 17 oct., 470-472.
María Pak Kun-agi Hui-sun, Sta. († 1839), 3 sep., 85-89; (memoria: 20 sep., 578-583).
María Patrocinio de San Juan Giner Gomis, Bta. († 1936), 13 nov., 311-320.
María Phon, Bta. († 1940), 26 dic., 675.
María Pía (Teresa María) Mastena, Bta. († 1951), 18 jun., 908-909.
María Pilar de San Francisco de Borja (Jacoba) Martínez García, Bta. († 1936), 24 jul., 667-684.
María Pitou, Bta. († 1794), 16 abr., 346-347.
María Poussepin, Bta. († 1744), 24 ene., 486-491.
María Qi Yu, Sta. († 1900), 28 jun., 685; (memoria: 9 jul., 224-235).
María Rafaela (Santina) Cimatti, Bta. († 1945), 23 jun., 557-563.
María Rafols, Bta. († 1853), 30 ago., 1090-1103.
María Raimunda de Jesús, Bta. († 1943), 1 ago., 31-38.

María Repetto, Bta. († 1890), 5 ene., 13, 128-129.
María Restituta Elena Kafka, Bta. († 1943), 30 mar., 552-553; cf. también: 30 oct., 762.
María Rochard, Bta. († 1794), 16 abr., 346-347.
María Roger, Bta. († 1794), 16 abr., 346-347.
María Romero Meneses, Bta. († 1977), 7 jul., 208-209.
María Rosa de los Dolores Molas, Sta. († 1876), 11 jun., 277-288.
María Rosa de San Andrés Laye, Bta. († 1794), 16 jul., 473-475.
María Rosa (Eulalia) Durocher, Bta. († 1849), 6 oct., 180-193.
María Sagrario de San Luis Gonzaga (Elvira) Moragas Cantarero, Bta. († 1936),15 ago., 524-545.
María Sergia de la Virgen Dolorosa (Julia) Rapiej, Bta. († 1943), 1 ago., 31-38.
María Shoun, Bta. († 1622), 10 sep., 308-310.
María Soledad (Manuela) Torres Acosta, Sta. († 1887), 11 oct., 318-322.
María Tanaka, Bta. († 1622), 10 sep., 308-310.
María Tanaura, Bta. († 1622), 10 sep., 308-310.
María Teresa Chiramel Mankidiyan, Bta. († 1926) 8 jun., 199-208.
María Teresa de Jesús Gerhardinger, Bta. († 1879), 9 mayo, 197-202.
María Teresa de Jesús Le Clerc, Bta. († 1622), 9 ene., 200-203.
María Teresa de San José Tauscher van den Bosch, Bta. († 1938), 20 sep., 935-937.
María Teresa de Soubiran, Bta. († 1889), 7 jun., 161-171.
María Teresa Fasce, Bta. († 1947), 18 ene., 378-379.
María Teresa Ferragut Roig, Bta. († 1936), 25 oct., 677-684.
María Teresa Juana Haze, Bta. († 1876), 7 ene., 171-179.
María Teresa Kowalska, Bta. († 1941), 25 jul., 785.
María Teresa Ledochowska († 1922), 6 jul., 152-165.
María Teresa Scherer, Bta. († 1888), 16 jun., 412-420.
María Tokuan, Bta. († 1622), 10 sep., 308-310.
María Úrsula de San Bernardino (Jacinta Agustina Gabriela) Bourla, Bta. († 1794), 17 oct., 470-472.
María Verónica (Joaquina) Masiá Ferragut, Bta. († 1936), 25 oct., 677-684.
María Vicenta de Santa Dorotea Chávez Orozco, Bta. († 1949), 30 jul., 969-973.
María Victoria Fornari, Bta. († 1617), 15 dic., 391-398.
María Won Kwi-im, Sta. († 1839), 20 jul., 557-562; (memoria: 20 sep., 578-583).
María Yi Idog, Sta. († 1840), 31 ene., 663-664; (memoria: 20 sep., 578-583).
María Yi Yon-hui, Sta. († 1839), 3 sep., 85-89; (memoria: 20 sep., 578-583).
María (Zaida), Sta. († 1180), 21 ago., 770-771.
María Zhao, Sta. († 1900), 20 jul., 564-567; (memoria: 9 jul., 224-235).
María Zhao Guozhi, Sta. († 1900), 20 jul., 564-567; (memoria: 9 jul., 224-235).

María Zheng Xu, Sta. († 1900), 28 jun., 685; (memoria: 9 jul., 224-235).
María Zhou Wuzhi, Sta. († 1900), 20 jul., 564-567; (memoria: 9 jul., 224-235).
Mariana (María Ana) de Jesús de Paredes, Sta. († 1645), 26 mayo, 590-595.
Mariana (María Ana) de Jesús Navarro, Bta. († 1624), 17 abr., 351-360.
Mariana Biernacka, Bta. († 1943), 13 jun., 345-348.
Mariano (lector), San († 258/259), 4 mayo, 99-101.
Mariano de Jesús Euse Hoyos, Bto. († 1926), 14 jul., 387-398.
Mariano de Roccacasale, Bto. († 1866), 31 mayo, 744-745.
Mariano Górecki, Bto. († 1940), 22 mar., 417-418.
Mariano Konopinski, Bto. († 1943), 1 ene., 41-42.
Mariano Skrzypczak, Bto. († 1939), 5 oct., 172-173.
Marina de Omura, Sta. († 1634), 11 nov., 243-250; (memoria: 28 sep., 831-840).
Marina o Margarita, Sta. (fecha desconocida), 20 jul., 553-555.
Marino Blanes Giner, Bto. († 1936), 8 sep., 246-247.
Marino de Cava, Bto. († 1170), 15 dic., 415.
Mario de Laussane, San († 594), 31 dic., 803.
Marón del Líbano, San († ca.410), 9 feb., 218-226.
Marta de Astorga, Sta. († s. III), 23 feb., 620-621.
Marta de Betania, Sta. († s. I), 29 jul., 912-918.
Marta del Ángel Bueno (María) Cluse, Bta. († 1794), 12 jul., 313-314.
Marta Kim Song-im, Sta. († 1839), 20 jul., 557-562; (memoria: 20 sep., 578-583).
Marta Le Bouteiller, Bta. († 1883), 18 mar., 333-334.
Marta Poulain de la Forestrie, Bta. († 1794), 16 abr., 346-347.
Marta Wang Louzhi, Sta. († 1861), 29 jul., 946-947; (memoria: 9 jul., 224-235).
Martín I, San († 655), 13 abr., 266-275.
Martín Cid, San († 1152), 7 oct., 213-216.
Martín de Huerta, San († 1213), 16 sep., 448-456.
Martín de la Ascensión Aguirre, San († 1597), 6 feb., 125-130.
Martín de León, San († 1203), 12 ene., 276-277.
Martín de Porres, San († 1639), 3 nov., 59-74.
Martín de San Félix (Juan) Woodcock, Bto. († 1646), 7 ago., 192-194.
Martín de San Nicolás Lumbreras Peralta, Bto. († 1632), 11 dic., 293-300.
Martín de Tours, San († 397), 11 nov., 225-234.
Martín Dumiense, San († 579), 20 mar., 356-365.
Martín Gómez, Bto. († 1627), 27 ago., 1002-1007.
Martín Lucas Huin, San († 1866), 30 mar., 550-551; (memoria: 20 sep., 578-583).
Martín Martínez Pascual, Bto. († 1936), 18 ago., 647-648; (memoria: 23 jul., 650-655).
Martín Oprzadek, Bto. († 1942), 18 mayo, 407-408.

Martín Ta Duc, San († 1840), 8 nov., 180-181; (memoria: 24 nov., 580-585).
Martín Tho, San († 1840), 8 nov., 180-181; (memoria: 24 nov., 580-585).
Martín Wu Xuesheng, San († 1862), 18 feb., 402; (memoria: 9 jul., 224-235).
Martiniano, San († s. V), 16 oct., 421-422.
Martiniano (Antonio) Meléndez Sánchez, Bto. († 1936), 28 nov., 673-684.
Mártires Carmelitas Descalzas de Guadalajara, Btas. († 1936), 24 jul., 667-684.
Mártires de Avignonet, Btos. († 1242), 29 mayo, 660-665.
Mártires de Brasil, Btos. († 1570), 15 jul., 412-419.
Mártires de Cardeña († 953), 6 ago., 1184-1188.
Mártires de China, Stos. († 1648-1930), 9 jul. (memoria), 224-235.
Mártires de Corea, Stos. († 1839-1846), 20 sep. (memoria), 578-583.
Mártires de Constantinopla, Stos. († 729), 9 ago., 295-296.
Mártires de Cunhaú, Btos. († 1645), 16 jul., 452-460.
Mártires de Damasco, Btos. († 1860), 10 jul., 267-272.
Mártires de Gorkum, Stos. († 1572), 9 jul., 236-239.
Mártires de la Abadía de Saint-Germain-des-Près, Btos. († 1792), 2 sep., 39-44.
Mártires de «La Force» y seminario de San Fermín, Btos. († 1792), 3 sep., 69-85.
Mártires de la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos del Corazón de Jesús, Btos. († 1936), 23 jul., 650-655.
Mártires de la Masa Cándida, Stos. († s. III/IV), 18 ago., 641.
Mártires de la persecución de los vándalos, Stos. († 483), 12 oct., 338-339.
Mártires de la peste de Alejandría († 262), 28 feb., 609-610.
Mártires de la Tebaida, Stos. († 250-258), 28 jul., 906-907.
Mártires «de los Carmelitas», Btos. († 1792), 2 sep., 30-35.
Mártires de Lyón, Stos. († 177), 2 jun., 47-52.
Mártires de México, Stos. († 1915-1937), 21 mayo, 460-468.
Mártires de Motril, Btos. († 1936), 25 jul., 752-465.
Mártires de Nagasaki, 6 feb., 125-130.
Mártires de Najran, Stos. († 523), 24 oct., 664.
Mártires de Otranto, Btos. († 1480), 14 ago., 472-473.
Mártires de Persia († 341), 17, abr., 370.
Mártires de Rochefort, Btos. († 1794), 27 ago., 970-979.
Mártires de San Sabas († 614), 16, mayo V 358-359.
Mártires de Teruel, Btos. († 1228) 29 ago., 1061-1064.
Mártires de Uganda, Stos. († 1886), 3 jun., 58-65.
Mártires de Uruaçu, Btos. († 1645), 3 oct., 87.
Mártires de Valencia de 1936, Btos. († 1936), 27 jul., 844-855.
Mártires de Vietnam, Stos. († 1745-1862), 24 nov. (memoria), 580-585.
Mártires de Zaragoza, Stos. († s. IV), 16 abr., 325-329.

Mártires del Oratorio de Dresde, Btos. († 1942), 24 ago., 868-877.
Mártires Dominicos de Calanda, Btos. († 1936), 29 jul., 934-942.
Mártires Escilitanos, Stos. († 180), 17 jul., 477-483.
Mártires Hospitalarios de Calafell (Tarragona), Btos. († 1936), 30 jul., 986-991.
Mártires Hospitalarios de Carabanchel Alto (Madrid), Btos. († 1936), 1 sep., 19-24.
Mártires Hospitalarios de Ciempozuelos (Madrid), Btos. († 1936), 28 y 30, nov., 673-684; 738-740.
Mártires Hospitalarios de Colombia, Btos. († 1936), 9 ago., 284-290.
Mártires Hospitalarios de Talavera de la Reina (Toledo), Btos. († 1936), 25 jul., 744-752.
Mártires Macabeos, Stos. (Antiguo Testamento), 1 ago., 12-17.
Mártires Pasionistas de Daimiel (Grupo de Ciudad Real), Btos. († 1936), 25 sep., 749-751.
Mártires Pasionistas de Daimiel (Grupo de Urda), Btos. († 1936), 25 jul., 782-784.
Mártires Pasionistas de Daimiel (Grupos de Manzanares y Carabanchel), Btos. († 1936), 23 Jul., 632-636.
Mártires Pasionistas de Daimiel (Segundo grupo de Manzanares), Btos. († 1936), 23 oct., 635-638.
Marutas, San († ca.420), 16 feb., 351.
Mateo (evangelista), San, 21 sep., 613-618.
Mateo Alonso Leziniana, San († 1745), 24 nov. (memoria), 580-585.
Mateo Álvarez, Bto. († 1628), 8 sep., 239-243.
Mateo Correa Magallanes, San († 1927), 6 feb., 136-144; cf. también: 21 mayo, 460-468.
Mateo (de Casimierz), San († 1003), 12 nov., 282-283.
Mateo de Santo Tomás Chiwiato, Bto. († 1622), 12 sep., 353-355.
Mateo Flathers, Bto. († 1608), 21 mar., 409.
Mateo Guimerá, Bto. († 1451), 7 ene., 181-182.
Mateo (Juan Francisco) Carreri, Bto. († 1470), 5 oct., 169-170.
Mateo Kohioye, San († 1633), 19 oct., 527-529; (memoria: 28 sep., 831-840).
Mateo Lambert, Bto. († 1581), 5 jul., 141-142.
Mateo Le Van Gam, San († 1847), 11 mayo, 252.
Mateo Le Van Gam, San († 1847), 24 nov. (memoria), 580-585.
Mateo Moreira (Uruaçu), Bto. († 1645), 3 oct., 87.
Mateo Nguyen Van Phuong, San († 1861), 26 mayo, 601-602; (memoria: 24 nov., 580-585).
Materna de Lyón, Sta. († 177), 2 jun., 47-52.
Materno de Colonia, San († s. IV), 14 sep., 399.
Matías, San († 1597), 6 feb., 125-130.
Matías (apóstol), San, († s. I), 14 mayo, 301-307.
Matías Agustín Nogier, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Matías Araki, Bto. († 1626), 12 jul., 310-312.
Matías Cardona Meseguer, Bto. († 1936), 20 ago., 744-745.
Matías de Arima, Bto. († 1620), 22 mayo, 509.

Matías de Nazzarei, Bta. († 1300), 28 dic., 706-707.
Matías Feng De, San († 1900), 9 jul., 262; (memoria: 9 jul., 224-235).
Matías Kalemba, San († 1886), 30 mayo, 699-707.
Matías Kosaka, Bto. († 1619), 27 nov., 661-662.
Matías Nakano, Bto. († 1619), 27 nov., 661-662.
Matilde, Sta. († 968), 14 mar., 264-265.
Matilde de Helfta, Sta. († 1298), 19 nov., 478-482.
Matilde del Sagrado Corazón Téllez Robles, Bta. († 1902), 17 dic., 462-467.
Maturino (mártir de Zaragoza), San († s. IV), 16 abr., 325-329.
Maturino Legué, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Maturino Víctor Deruelle, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Maturo de Lyón, San († 177), 2 jun., 47-52.
Mauricio (Legión Tebea), San († 302), 22 sep., 640-645.
Mauricio de Carnoët, San († 1191), 29 sep., 896.
Mauricio Mac Kenraghty, Bto. († 1585), 20 abr., 440-441.
Mauricio Tornay, Bto. († 1949), 11 ago., 331-334.
Maurilio de Angers, San († 453), 13 sep., 377-378.
Maurilio del Niño Jesús Macho Rodríguez, Bto. († 1936), 23 jul., 632-636.
Mauro, San († s. IV), 5 dic., 839-840.
Mauro de Cesena, San († 946), 21 nov., 526-527.
Máxima, Sta. († s. V), 16 oct., 421-422.
Maximiano Bienkiewicz, Bto. († 1942), 24 ago., 879-880.
Maximiano de Bagai, San († 410), 3 oct., 83-84.
Maximiliano María (Raimundo) Kolbe, San († 1941), 14 ago., 452-461.
Maximino de Trier, San († 347), 29 mayo, 680.
Máximo de Cartago, San († 484), 2 jul., 2-58.
Máximo de Nápoles, San († s. IV), 11 jun., 304-305.
Máximo el Confesor, San († 662), 13 ago., 410-414.
Máximo Hawryluk, Bto. († 1874), 24 ene., 494-496.
Mayolo, San († 994), 11 mayo, 233-240.
Mayorico (de África), San († 484), 6 dic., 186.
Mbaya Tuzinde, San († 1886), 3 jun., 58-65.
Medardo, San († 560), 8 jun., 174-181.
Mederico o Merry, San († 700), día 29, 1078.
Meinardo (obispo), San († 1196), 11 oct., 324.
Meinrado (mártir), San († 861), 21 ene., 430.
Melania la Joven, Sta. († 440), 31 dic., 802.
Melchor de San Agustín Sánchez Pérez, Bto. († 1632), 11 dic., 293-300.
Melchor García Sampedro, San († 1858), 28 jul., 876-879; (memoria: 24 nov., 580-585).
Melchor Grodziecki, San († 1619), 7 sep., 161-165.
Melecio de Antioquia, San († 381), 12 feb., 278-279.
Melitón de Canterbury, San († 624), 24 abr., 543.

Melquiades, San († 314), 10 ene., 217-221.
Melquíades (Ramón) Ramírez Zuloaga, Bto. († 1936), 9 ago., 284-290.
Melquisedec, San, 26 ago., 921-927.
Menas, San († 295), 11 nov., 255.
Menas de Constantinopla, San († 552), 25, 895-898.
Mercedes María de Jesús Molina, Bta. († 1883), 12 jun., 320-326.
Mesrop, San († 440), 17 feb., 364-365.
Metodio, San († 884), 14 feb., 301-310.
Metodio de Constantinopla, San († 847), 14 jun., 361-364.
Metodio Domingo Trcka, Bto. († 1959), 23 mar., 445-446.
Metrófanes, San († 325), 4 jun., 111-112.
Meveno, San († s. VI), 21 jun., 524.
Mgagga, Gyavira, San († 1886), 3 jun., 58-65.
Miecislao Bohatkiewicz, Bto. († 1942), 4 Mar., 93.
Miguel (arcángel), San 29 sep., 860-867.
Miguel Agustín Pro, Bto. († 1927), 23 nov., 565-573.
Miguel Bernardo Marchand, Bto. († 1794), 15 jul., 439.
Miguel Carvalho, Bto. († 1624), 25 ago., 914-918.
Miguel Czartoryski, Bto. († 1944), 6 sep.: cf. 6 abr., 136.
Miguel de Aozaraza, San († 1636), 28 sep. (memoria), 831-840.
Miguel de la Mora, San († 1927), 7 ago., 195; cf. también: 21 mayo, 460-468.
Miguel de los Santos, San († 1625), 10 abr., 197-203.
Miguel de Sinada, San († 826), 23 mayo, 521.
Miguel Díaz, Bto. († 1622), 19 ago., 703-707.
Miguel Domingo Cendra, Bto. († 1936), 11 ago., 338-339.
Miguel Febres Cordero, San († 1910), 9 feb., 226-228.
Miguel (Francisco) Rueda Mejías, Bto. († 1936), 30 738-740.
Miguel Garicoitz, San († 1863), 14 mayo, 307-312.
Miguel Gómez Loza, Bto. († 1928), 21 mar., 877-878.
Miguel Ho Dinh Hy, San († 1857), 22 mayo, 509-510; (memoria: 24 nov., 580-585).
Miguel Kizayemon, Bto. († 1627), 27 ago., 1002-1007.
Miguel Kozaki, San († 1597), 6 feb., 125-130.
Miguel Kozal, Bto. († 1943), 26 ene., 559-560.
Miguel Kurobioye, San († 1633), 17 ago., 618-619; (memoria: 28 sep., 831-840).
Miguel Luis Brulard, Bto. († 1794), 25 jul., 781-782.
Miguel Masip González, Bto. († 1936), 15 ago., 545-551.
Miguel Nakashima, Bto. († 1628), 25 dic., 647-648.
Miguel Nguyen Huy My, San († 1838), 12 ago., 384-385; (memoria: 24 nov., 580-585).
Miguel Ozieblowski, Bto. († 1942), 31 jul., 1020.
Miguel Piaszcynski, Bto. († 1940), 20 dic., 518-519.
Miguel Pío Fasoli de Zerbo, Bto. († 1716), 3 mar., 68-69.
Miguel Remón Salvador, Bto. († 1936), 3 ago., 87-88.
Miguel Rúa, Bto. († 1910), 6 abr., 123-133.

Miguel Shumpo, Bto. († 1622), 10 sep., 308-310.
Miguel Takeshita, Bto. († 1619), 27 nov., 661-662.
Miguel Tayemon Kinoshi, San († 1630), 28 sep., 856-858.
Miguel Timonoya, Bto. († 1628), 16 sep., 474.
Miguel Tomaki, Bto. († 1628), 8 sep., 239-243.
Miguel Tozo, Bto. († 1626), 20 jun., 509-511.
Miguel Wawryszuk, Bto. († 1874), 24 ene., 494-496.
Miguel Wozniak, Bto. († 1942), 16 mayo, 361.
Miguel Yamada, Bto. († 1628), 8 sep., 239-243.
Miguel Yamichi, Bto. († 1622), 10 sep., 308-310.
Miguelina Metelli, Bta. († 1356), 19 jun., 487.
Millán de la Cogolla, San († 574), 12 nov., 267-276.
Milón Gerard, Bto. († 1590), 13 abr., 289.
Miniato, San († s. III), 25 oct., 685.
Miqueas (profeta), San, 21 dic., 527-533.
Moderano de Rennes, San († 730), 22 oct., 586.
Modestino de Jesús y María (Domingo) Mazzarello, Bto. († 1854), 24 jul., 713-714.
Modesto Andlauer, San († 1900), 19 jun., 489-490; (memoria: 9 jul., 224-235).
Modesto de Jerusalén, San († 630), 17 dic., 472-473.
Modesto de Torrente (Vicente Gay Zarzo), Bto. († 1936), 1 ago., 24-31.
Modesto García Martí, Bto. († 1936), 13 ago., 450.
Modesto Vegas Vegas, Bto. († 1936), 27 jul., 855-863.
Modesto (Vicente) Gay Zarzo, Bto. († 1936), 18 sep., 523-526.
Modoaldo, San († 640), 12 mayo, 279.
Moisés, San (Antiguo Testamento), 4 sep., 90-95.
Moisés de Roma, San († 251), 25 nov., 622-623.
Monfordo Scott, Bto. († 1591), 1 jul., 27-28.
Mónica, Sta. († 387), 27 ago., 950-961.
Mónica Nagai, Bta. († 1626), 12 jul., 310-312.
Monón, San († 645), 18 oct., 492.
Montano de Cartago, San († 259), 23 mayo, 511-514.
Mooti Massabki, Bto. († 1860), 10 jul., 267-272.
Morando, San († 1113), 3 jun., 93.
Muciano María Wiaux, San († 1917), 30 ene., 649.
Mukasa Kiriwanvu, San († 1886), 3 jun., 58-65.

Nabor de Milán, San († 303), 12 jul., 305-306.
Nahum (apóstol de Bulgaria), San († s. IX/X), 27 jul., 867-868.
Nahún (profeta), San, 1 dic., 4-11.
Narcisa de Jesús Martillo Morán, Bta. († 1869), 8 dic., 214-220.
Narciso Basté y Basté, Bto. († 1936), 15 oct., 396-397.
Narciso (de Gerona), San († s. IV), 3 oct., 798-800.
Narciso de Jerusalén, San († 222), 29 oct., 732-736.
Narciso Putz, Bto. († 1942), 5 dic., 176.
Narciso Turchan, Bto. († 1942), 19 mar., 354-355.
Narsés, San († 343), 10 nov., 222.

Nartzal (mártir escilitano), San († 180), 17 jul., 477-483.
Natalia Tulasiewicz, Bto. († 1945), 31 mar., 559-560.
Natividad de la Bienaventurada Virgen María, 8 sep., 193-203.
Natividad de Nuestro Señor Jesucristo, 25 dic., 625-632.
Nazaria Ignazia de Santa Teresa de Jesús March Mesa († 1943), 6 jul., 165-169.
Nazario, San (fecha desconocida), 28 jul., 907.
Nemesia (Julia) Valle, Bta. († 1916), 18 dic., 482-483.
Nemesiano (de Cartago), San († 257), 10 sep., 319-320.
Nemesio, San († 251), 10 sep., 318-319.
Nereo, San († s. I), 12 mayo, 253-258.
Nevolone, Bto. († 1280), 27 jul., 869.
Nicanor, San († s. I), 28 jul., 904-905.
Nicasio de Heeze, San († 1572), 9 jul., 236-239.
Nicasio Sierra Ucar, Bto. († 1936), 12 ago., 386-388.
Nicecio de Tréveris, San († 566), 1 oct., 34-35.
Nicéforo de Constantinopla, San († 829), 2 jun., 53-55.
Nicéforo de Jesús y María (Vicente) Díez Tejerina, Bto. († 1936), 23 jul., 632-636.
Nicéforo Salvador del Río, Bto. († 1936), 30 nov., 738-740.
Niceta Budka, Bto. († 1949), 28 sep., 847-853.
Niceta de Santa Prudencia Plaja Xifra, Bta. († 1936), 24 nov., 602.
Nicetas, San († 824), 3 abr., 67.
Nicetas de Remesiana, San († 414), 22 jun., 548.
Nicodemo, San, 31 ago., 1150-1158.
Nicolás I el Grande (papa), San († 867), 13 nov., 295-302.
Nicolás Alberca, Bto. († 1860), 10 jul., 267-272.
Nicolás Albergari, Bto. († 1443), 10 mayo, 210-217.
Nicolás Barré, Bto. († 1686), 31 mayo, 732-740.
Nicolás Bui Duc The, San († 1839), 13 jun., 351; (memoria: 24 nov., 580-585).
Nicolás Bunkerd Kitbamrung, Bto. († 1944), 12 ene., 278-280.
Nicolás Camecki, Bto. († 1959), 2 abr., 49.
Nicolás Cehelskyj, Bto. († 1951), 25 mayo, 580-581.
Nicolás Clairet, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Nicolás de Bari, San († s. IV), 6 dic., 176-181.
Nicolás de Flue, San († 1487), 21 mar., 392-400.
Nicolás de Forca Palena, Bto. († 1449), 29 sep., 897.
Nicolás de Gesturi, Bto. (Juan A. S. Medda) († 1958), 8 jun., 210.
Nicolás de Longobardi, Bto. († 1709), 2 feb., 60-61.
Nicolás de Paglia, Bto. (1256), 16 feb., 352.
Nicolás (de Saxoferrato), San († 1227), 10 oct., 278-282.
Nicolás de Tolentino, San († 1305), 10 sep., 302-308.
Nicolás Dinis, Bto. († 1570), 15 jul., 412-419.
Nicolás Estudita, San († 868), 4 feb., 98-99.
Nicolás Factor, Bto. († 1583), 23 dic., 575-580.
Nicolás Garlick, Bto. († 1588), 24 jul., 709-711.

Nicolás Gross, Bto. († 1945), 23 ene., 471-472.
Nicolás Hermansson, Bto. († 1391), 2 mayo, 65-66.
Nicolás Horner, Bto. († 1590), 4 mar., 92-93.
Nicolás Konrad, Bto. († 1941), 26 jun., 640-641.
Nicolás Owen. San († 1606), 22 mar., 411-415.
Nicolás Pieck, San († 1572), 9 jul., 236-239.
Nicolás Poppel, San († 1572), 9 jul., VII 236-239.
Nicolás Postgate, Bto. († 1679), 7 ago., 194-195.
Nicolás Roland, Bto. († 1678), 27 abr., 597-606.
Nicolás Savouret, Bto. († 1794), 16 jul., 472-473.
Nicolás Stensen, Bto. († 1686), 5 dic., 158-163.
Nicolás Tavelic, San († 1391), 14 nov., 336-342.
Nicolás Wheeler, Bto. († 1586), 21 ene., 431-433.
Nicolás, San († s. I), 28 jul., 904-905.
Nicomedes, San (fecha desconocida), 15 sep., 432-433.
Nilo el Joven, San († 1004), 26 sep., 761-768.
Nimatulacio (José Kassab) al-Hardini, San († 1858), 14 dic., 376-382.
Niniano, San († 432), 16 sep., 470.
Ninón, Sta. († s. IV), 14 ene., 313.
Noé Mawaggali, San († 1886), 31 mayo, 745.
Noel Chabanel, San († 1649), 8 dic., 221-222; cf. también: 19 oct., 493-498.
Noel Hilario Le Conte, Bto. († 1794), 17 ago., 619.
Noël Pinot, Bto. († 1794), 21 feb., 448-457.
Nona, Sta. († 374), 5 ago., 122-124.
Norberto, San († 1134), 6 jun., 129-136.
Notburga de Eben, Sta. († 1313), 14 sep., 400.
Notkero Bálbulo, Bto. († 912), 6 abr., 109-113.
Nuestra Señora de Aránzazu, 9 sep., 949-957.
Nuestra Señora de Begoña, cf. Madre de Dios de Begoña.
Nuestra Señora de Covadonga, 8 sep., 936-942.
Nuestra Señora de Fátima, 13 mayo, 283-295.
Nuestra Señora de Guadalupe, 8 sep., 942-949.
Nuestra Señora de Guadalupe, de México, 12 dic., 315-322.
Nuestra Señora de la Almudena, 9 nov., 754-760.
Nuestra Señora de la Merced, 24 sep., 971-980.
Nuestra Señora de la Peña, 7 sep., 929-936.
Nuestra Señora de las Nieves, 5, ago., 116-121.
Nuestra Señora de los Desamparados, 10 mayo, 792-799.
Nuestra Señora de los Dolores, 15 sep., 402-409.
Nuestra Señora de los Ojos Grandes, 15 ago., 1189-1195.
Nuestra Señora de Lourdes, 11 feb., 244-254.
Nuestra Señora de Montserrat, 27, abr., 717-722.
Nuestra Señora del Carmen, 16 jul., 442-452.
Nuestra Señora del Pilar, 12 oct., 331-338.
Nuestra Señora del Rosario, 7 oct., 208-213.

Nuestra Señora del Rosario de Andacollo (Chile), 26 dic., 832-837.
Nuncio Sulprizio, Bto. († 1836), 5 mayo, 105-110.
Nunilo, Sta. († 846), 22 oct., 576-585.
Nuño Alvares Pereira, Bto. († 1431), 1 nov., 26-27.

Octaviano de Savona, Bto. († 1132), 6 ago., 150-151.
Octubre de Lyón, San († 177), 2 jun., 47-52.
Odilón, San († 1048), 1 ene., 40-41.
Odino Barotti, Bto. († 1400), 7 jul., 190-193.
Odón de Cluny, San († 942), 18 nov., 443-447.
Odón de Novara, Bto. († 1200), 14 ene., 314-315.
Odón de Urgel, San († 1122), 7 jul., 188-190.
Odorico de Pordenone, Bto. († 1331), 14 ene., 315-316.
Oglerio, Bto. († 1214), 10 sep., 321-322.
Olav, San († 1030), 29 jul., 926-928.
Olegario, San († 1137), 6 mar., 104-108.
Olga, Sta. († 969), 11 jul., 284-287.
Olimpia Olga Bidá, Bta. († 1952), 28 ene., 602-603.
Olimpiades, Sta. († 409), 25 jul., 772-773.
Oliverio Plunkett, San († 1681), 1 jul., 12-19.
Onésimo, San, 15 feb., 322-332.
Onofre, San († 400), 12 jun., 326.
Onofre Wasyluk, Bto. († 1874), 24 ene., 494-496.
Optato (mártir de Zaragoza), San († s. IV), 16 abr., 325-329.
Optato de Milevi, San († 387) 4 jun., 112.
Orencio, San († s. III), 1 mayo, 806-807.
Orencio (obispo), San († s. III/IV), 26 sep., 980-981.
Orosia de Jaca, Sta. († 714), 25 jun., 590-591.
Ortario, San († s. XI), 15 abr., 324.
Osanna de Cattaro, Bta., cf. Catalina, Bta.
Óscar, San († 865), 3 feb., 67-71.
Oseas (profeta) San, 17 oct., 434-444.
Osmundo de Salisbury, San († 1099), 4 dic., 126-130.
Oswaldo, San († 642), 5 ago., 125-130.
Oswaldo de Worcester, San († 992), 28 feb., 602-604.
Otilia, Sta. († 720), 13 dic., 343-348.
Otmaro, San († 759), 16 nov., 405.Obicio, San († 1204), 6 dic., 186-187.
Otón, San († 1220), 16 ene., 349-350.
Otón de Bamberg, San († 1139), 30 jun., 714-719.
Otón de Frisinga, Bto. († 1158), 22 sep., 663-664.
Otto Neururer, Bto. († 1940), 30 mayo, 710-717.

Pablo, San († s. IV), 26 jun., 596-602.
Pablo I (papa), San († 767), 28 jun., 669-673.
Pablo I de Constantinopla, San († 351), 6 nov., 126-129.
Pablo (apóstol), San († 67), 29 jun., 696-704.
Pablo Bori Puig, Bto. († 1936), 29 sep., 899-900.
Pablo Burali, Bto. († 1578), 17 jun., 438-445.

Pablo Chen Changpin, San († 1861), 29 jul., 946-947; (memoria: 9 jul., 224-235).
Pablo Chong Ha-sang, San († 1839), 22 sep., 656-662; (memoria: 20 sep., 578-583).
Pablo (de Alejandría), San († s. III/IV), 3 oct., 82-83.
Pablo (de Cartago), San († 250), 19 abr., 414-415.
Pablo (de Cesarea), San († 309), 16 feb., 350.
Pablo (de Córdoba), San († 856), 17 abr., 371.
Pablo de la Cruz, San († 1775), 19 oct., 499-504.
Pablo de Santa Clara, Bto. († 1622), 12 sep., 353-355.
Pablo Denn, San († 1900), 20 jul., 564-567; (memoria: 9 jul., 224-235).
Pablo Hanh, San († 1859), 28 mayo, 658-659; (memoria: 24 nov., 580-585).
Pablo, hijo de Jeremías, Bto. († 1895), 22 nov., 535-540.
Pablo Ho, San († 1840), 30 ene., 646; (memoria: 20 sep., 578-583).
Pablo Hong Yongju, San († 1840), 20 sep., 578-583; (memoria: ibíd).
Pablo Ibaraki, San († 1597), 6 feb., 125-130.
Pablo (José) Dzidzov, Bto. († 1952), 13 nov., 320-325.
Pablo Juan Charles, Bto. († 1794), 25 ago., 918-919.
Pablo Ke Tingzhu, San († 1900), 8 ago., 242; (memoria: 9 jul., 224-235).
Pablo Kinsuke, Bto. († 1626), 20 jun., 509-511.
Pablo Lang Fu, San († 1900), 16 jul., 475-476; (memoria: 9 jul., 224-235).
Pablo Le Bao Thin, San († 1857), 6 abr., 135; (memoria: ibíd).
Pablo Le Van Loc, San († 1859), 13 feb., 289-294; (memoria: ibíd).
Pablo Lieou Han Tso, San († 1818), 13 feb., 296-297; (memoria: 9 jul., 224-235).
Pablo Liu Jinde, San († 1900), 13 jul., 358; (memoria: 9 jul., 224-235).
Pablo Manna, Bto. († 1952), 15 sep., 428-432.
Pablo María de San José (Pedro) Leoz Portillo, Bto. († 1936), 25 sep., 750-751.
Pablo Meléndez Gonzalo, Bto. († 1936), 23 dic., 593-598.
Pablo Miki, San († 1597), 6 feb., 125-130.
Pablo Nagaishi, Bto. († 1622), 10 sep., 308-310.
Pablo Nguyen Ngan, San († 1840), 8 nov., 580-585; (memoria: ibíd).
Pablo Nguyen Van My, San († 1838), 18 dic., 484-485; (memoria: ibíd).
Pablo (Pedro) Gojdich, Bto. († 1960), 17 jul., 918-919.
Pablo, primer ermitaño, San († ca.341), 10 ene., 207-217.
Pablo Pham Khac Khoan, San († 1840), 28 abr., 635; (memoria: ibíd).
Pablo Sadayu Aybara, Bto. († 1628), 8 sep., 239-243.
Pablo Sankichi, Bto. († 1622), 19 ago., 703-707.
Pablo Suzuki, San († 1597), 6 feb., 125-130.
Pablo Tanaka, Bto. († 1622), 10 sep., 308-310.

Pablo Timonoya, Bto. († 1628), 16 sep., 474.
Pablo Tomaki, Bto. († 1628), 8 sep., 239-243.
Pablo Tong Viet Buong, San († 1833), 23 oct., 634-635; (memoria: 24 nov., 580-585).
Pablo Wu Juan, San († 1900), 29 jun., 705-706; (memoria: 9 jul., 224-235).
Pablo Wu Wanshu, San († 1900), 29 jun., 705-706; (memoria: 9 jul., 224-235).
Paciano, San († 390), 9 mar., 166-171.
Paciencia, Sta. († s. III), 1 mayo, 806-807.
Paciente de Lyón, San († 480), 11 sep., 339.
Pacífico de San Severino, San († 1721), 24 sep., 714-720.
Pacífico (Pedro) Salcedo Puchades, Bto. († 1936), 12 oct., 341-342.
Pacífico Ramati, Bto. († 1482), 4 jun., 113.
Pacomio, San († 347-348), 9 mayo, 186-197.
Pafnucio, San († s. IV), 11 sep., 339.
Paladio, San († 432), 6 jul., 169.
Pammaquio, San († 410), 30 ago., 1145-1146.
Panacea de Muzzi, Bta. († 1383), 27 mar., 500-501.
Pancracio, San († s. IV), 12 mayo, 258-263.
Pánfilo (de Cesarea), San († 309), 16 feb., 350.
Pantaleón, San († 303), 27 VII, 830-835.
Panteno de Alejandría, San († s. III), 7 jul., 174-188.
Papías, San († s. II), 22 feb., 479-480.
Papiniano, San († 453-460), 28 nov., 689-690.
Parisio, San († 1267), 11 jun., 307-308.
Pármenas, San († s. I), 28 jul., 904-905.
Pascasio, San († 473), 13 nov., 326.
Pascasio Radberto, San († 865), 26 abr., 580-581.
Pascual I, San († 824), 11 feb., 261-262.
Pascual Araguás Guardia, Bto. († 1936), 13 ago., 925-927.
Pascual Bailón, San († 1592), 17 mayo, 362-369.
Pascual Ferrer Botella, Bto. († 1936), 24 sep., 734-736.
Pascual Fortuño Almela, Bto. († 1936), 8 sep., 216-230.
Pascual Penadés Jornet, Bto. († 1936), 15 sep., 435.
Pascual Torres Lloret, Bto. († 1936), 6 sep., 159.
Pastor, San († 304), 6 ago., 141-146.
Paterno de Avranches, San († 564), 15 abr., 323.
Patricio, San († 461), 17 mar., 293-299.
Patricio Cavanagh, Bto. († 1581), 5 jul., 141-142.
Patricio Dong Bodi, San († 1900), 9 jul., 261; (memoria: 9 jul., 224-235).
Patricio O'Healy, Bto. († 1579), 13 ago., 437-441.
Patricio O'Loghram, Bto. († 1612), 1 feb., 23-24.
Patricio Salmon, Bto. († 1594), 4 jul., 119-120.
Paula, Sta. († s. IV), 18 jun., 468-469.
Paula de Santa Anastasia Isla Alonso, Bta. († 1936), 24 nov., 602.
Paula Frassinetti, Sta. († 1882), 11 jun., 288-291.

Paula Gambara Costa, Bta. († 1515), 24 ene., 492-493.
Paula Isabel (Constanza) Cerioli, Sta. († 1865), 24 dic., 616-623.
Paula Montal y Fornés de San José de Calasanz, Sta. († 1889), 26 feb., 563-571.
Paula Montaldi, Bta. († 1514), 18 ago., 644.
Paula Romana, Sta. († 404), 26 ene., 541-545.
Paulina del Corazón Agonizante de Jesús, Bta. († 1942), 9 jul., 244-248.
Paulina von Mallinckrodt, Bta. († 1881), 30 abr., 677-684.
Paulino de Aquileya, San († 802), 11 ene., 248-249.
Paulino de Gerona, San († s. IV), 2 jun., 789-790.
Paulino de Nola, San († 431), 22 jun., 528-533.
Paulino de Tréveris, San († 358), 31 ago., 1158-1160.
Paulino de York, San († 644), 275-278.
Páusides, San († 303), 24 mar., 462.
Pedro (apóstol), San († 67), 29 jun., 687-696.
Pedro (franciscano), San († 1220), 16 ene., 349-350.
Pedro (mártir), San († 303), 12 mar., 247.
Pedro ad Vincula, San, 1 ago., 1179-1184.
Pedro (Alejandro) Mas Ginestar, Bto. († 1936), 26, 947.
Pedro Almató, San († 1861), 1 nov., 13-19; (memoria: 24 nov., 580-585).
Pedro Arakiyori Chobioye, Bto. († 1626), 12 jul., 310-312.
Pedro Aredio Labrouhe de Laborderie, († 1794), 1 jul., 29-30.
Pedro Armengol, Bto. († 1304), 27 abr., 590-597.
Pedro Aumaitre, San († 1866), 30 mar., 550-551; (memoria: 20 sep., 578-583).
Pedro Bautista Blásquez, San († 1597), 6 feb., 125-130.
Pedro Becchetti de Fabriano, San († 1421), 2 jul., 2-59.
Pedro Berno, Bto. († 1583), 25 jul., 776-780.
Pedro Bonhomme, Bto. († 1861), 9 sep., 263-272.
Pedro Bonilli, Bto. († 1935), 5 ene., 124-126.
Pedro Calungsod, Bto. († 1672), 2 abr., 46-47.
Pedro Canisio, San († 1597), 21 dic., 519-527.
Pedro Capucci oct., Bto. († 1445), 21 oct., 567.
Pedro Celestino, San († 1296), 19 mayo, 409-414.
Pedro Cho Hwa-so, San († 1866), 13 dic., 356-359; (memoria: 20 sep., 578-583).
Pedro Choe Chang-hub, San († 1839), 29 dic., 739-745; (memoria: 20 sep., 578-583).
Pedro Choe Hyong, San († 1866) 9 mar., 197; (memoria: 20 sep., 578-583).
Pedro Chong Won-ji, San († 1866), 13 dic., 356-359; (memoria: 20 sep., 578-583).
Pedro Claver, San († 1654), 9 sep., 249-260.
Pedro Crisci, Bto. († 1323), 19 jul., 526.
Pedro Crisólogo, San († 450), 30 jul. (memoria), 951-954.
Pedro Cunill Padrós, Bto. († 1936), 12 ago., 386-388.
Pedro d'Arnaud, Bto. († 1242), 29 mayo, 660-665.

Pedro Da, San († 1862), 17 jun., 449; (memoria: 24 nov., 580-585).
Pedro Damián, San († 1072), 21 feb., 436-442.
Pedro de Alcántara, San († 1562), 19 oct., 483-491.
Pedro de Alcántara Bernalte Calzado, Bto. († 1936), 28 nov., 673-684.
Pedro de Alcántara (Lorenzo) Villanueva Larráyoz, Bto. († 1936), 11 sep., 342.
Pedro de Alejandría, San († 311), 25 nov., 623-624.
Pedro de Arbués, San († 1485), 17 sep., 483-488.
Pedro de Ávila, Bto. († 1622), 10 sep., 308-310.
Pedro de Capitolías, San († 713), 13 ene., 293-295.
Pedro de Castelnau, Bto. († 338), 15 ene., 333.
Pedro de Chavanon, San († 1080), 8 sep., 237.
Pedro (de Córdoba), San († 855), 30 abr., 684-685.
Pedro de Dueñas, Bto. († 1397), 19 mayo, 810-812.
Pedro de Écija, San († 851), 7 jun., 172.
Pedro de Fontoura, Bto. († 1570), 15 jul., 412-419.
Pedro de Gubbio, Bto. († 1306), 23 mar., 442.
Pedro de Ímola, Bto. († 1320), 5 oct., 167.
Pedro de Jesús Maldonado, San († 1937), 21 mayo, 460-468.
Pedro de la Asunción, Bto. († 1617), 22 mayo, 507-508.
Pedro de la Natividad de María Casani, Bto. († 1647), 17 oct., 445-454.
Pedro de Luxemburgo, San († 1387), 2 jul., 34-38.
Pedro de Mezonzo, San († 1003), 10 sep., 958-962.
Pedro de Narbona, San († 1391), 14 nov., 336-342.
Pedro de Osma, San († 1109), 2 ago., 57-60.
Pedro de Poitiers, San († 1115), 4 abr., 89.
Pedro (de Roma), San († ca.304), 2 jun., 43-46.
Pedro de Santa María, San († 1627), 29 jul., 944-945.
Pedro de Sassoferrato, Bto. († 1228), 29 ago., 1061-1064.
Pedro de Sebaste, San († 391), 26 mar., 491-493.
Pedro de Tarantasia, San († 1174), 14 sep., 385-392.
Pedro de Verona, San († 1252), 6 abr., 113-119.
Pedro de Zúñiga, Bto. († 1622), 19 ago., 703-707.
Pedro del Corazón de Jesús Largo Redondo, Bto. († 1936), 25 jul., 782-784.
Pedro Delepine, Bto. († 1794), 16 abr., 346-347.
Pedro Doan Long Quy, San († 1859), 31 jul., 1017-1018.
Pedro Doan Van Van, San († 1857), 25 mayo, 578; (memoria: 24 nov., 580-585).
Pedro Donders, Bto. († 1887), 14 ene., 305-312.
Pedro Dong, San († 1862), 3 jun., 96; (memoria: 24 nov., 580-585).
Pedro Dumoulin-Borie, San († 1838), 24 (pasión y memoria) nov., 600-602.
Pedro Dung, San († 1862), 6 jun., 151-152; (memoria: 24 nov., 580-585).

Pedro Eduardo Dankowski, Bto. († 1942), 3 abr., 69-70.
Pedro el Venerable, Bto. († 1156), 25 dic., 632-636.
Pedro Enrique Dorié, San († 1866), 7 mar., 133-134; (memoria: 20 sep., 578-583).
Pedro Esqueda Ramírez, San († 1927), 22 nov., 548-549; cf. también: 21 mayo, 460-468.
Pedro Fabro, Bto. († 1546), 1 ago., 18-24.
Pedro Fourier, San († 1640), 9 dic., 246-252.
Pedro Francisco Jamet, Bto. († 1845), 12 ene., 270-274.
Pedro Francisco Néron, San († 1860), 3 nov., 83-84.
Pedro Francisco Pazary de Thorame, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Pedro Friedhofen, Bto. († 1860), 21 dic., 533-538.
Pedro Gabilhaud, Bto. († 1794), 13 ago., 443-444.
Pedro Gambacorta, Bto. († 1435), 17 jun., 429-438.
Pedro García Bernal, Bto. († 1936), 13 ago., 444-448.
Pedro Gauguin, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Pedro Gelabert Amer, Bto. († 1936), 23 ago., 823-824.
Pedro Geremía, Bto. († 1452), 3 mar., 67-68.
Pedro González, Bto., cf. Telmo, San.
Pedro Hamanomachi, Bto. († 1622), 10 sep., 308-310.
Pedro Higgins, Bto. († 1642), 23 mar., 443-444.
Pedro Hong Pyongjiu, San († 1840), 31 ene., 663-664; (memoria: 20 sep., 578-583).
Pedro Ígneo, Bto. († 1089), 8 feb., 217-218.
Pedro Jaime María Vitalis, Bto. († 1792), 2 sep., 39-44.
Pedro Jarrige de la Morélie de Pueyredon, Bto. († 1794), 12 ago., 383.
Pedro Jorge Frassati, Bto. († 1925), 4 jul., 107-117.
Pedro José de Betancur, San († 1667), 25 abr., 551-559.
Pedro José Le Groing de la Romagère, Bto. († 1794), 26 jul., 824-826.
Pedro Julián Eymard, San († 1868), 2 ago., 51-57.
Pedro Khanh, San († 1842), 12 jul., 315.
Pedro Kwon Tu-gin, San († 1839), 24 mayo, 542-548; (memoria: 20 sep., 578-583).
Pedro Landry, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Pedro Le Tuy, San († 1833), 11 oct., 325-326.
Pedro Li Quan-hui, San († 1900), 30 jun., 736-737; (memoria: 9 jul., 224-235).
Pedro Liu Wenyuan, San († 1834), 17 mayo, 380; (memoria: 9 jul., 224-235).
Pedro Liu Ziyu, San († 1900), 17 jul., 498; (memoria: 9 jul., 224-235).
Pedro Luis Chanel, San († 1841), 28, abr., 620-625.
Pedro Luis de la Rochefoucauld, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Pedro Luis Gervais, Bto. († 1792), 2 sep., 39-44.
Pedro Luis Verrier, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Pedro Maldonado, († 1937), 11 feb., 262-263.
Pedro María Alcalde Negredo, Bto. († 1936), 28 nov., 673-684.

Pedro Martret Moles, Bto. († 1936), 13 ago., 925-927.
Pedro Maubant, San († 1839), 21 sep., 628-634; (memoria: 20 sep., 578-583).
Pedro Mesonero Rodríguez, Bto. († 1936), 10 ago., 318-319.
Pedro Miguel Guérin, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Pedro Miguel Noël, Bto. († 1794), 5 ago., 132.
Pedro Nagaishi, Bto. († 1622), 10 sep., 308-310.
Pedro Nam Kyong-mun, San († 1846), 20 sep., 600-604; (memoria: 20 sep., 578-583).
Pedro Nguyen Ba Tuan, San († 1838), 15 jul., 439-440.
Pedro Nguyen Khac Tu, San († 1840), 10 jul., 274-275; (memoria: 24 nov., 580-585).
Pedro Nguyen Van Hieu, San († 1840), 28, abr., 635; (memoria: 24 nov., 580-585).
Pedro Nguyen Van Luu, San († 1861), 7 abr., 160; (memoria: 24 nov., 580-585).
Pedro Nguyen Van Tu, San († 1838), 5 sep., 141-142; (memoria: 24 nov., 580-585).
Pedro Nicolás Psalmon, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Pedro Nolasco, San († 1249), 6 mayo, 897-901.
Pedro Núñez, Bto. († 1570), 15 jul., 412-419.
Pedro Onizuka Sandayu, Bto. († 1622), 1 nov., 27-29.
Pedro Pablo Navarro, Bto. († 1622), 1 nov., 27-29.
Pedro Pascual, Bto. († 1300), 6 dic., 182-186.
Pedro Pectinario, Bto. († 1289), 4 dic., 142-143.
Pedro Phan Van Thi, San († 1839), 21 dic., 539-540.
Pedro Plonquin, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Pedro Poveda Castroverde, San († 1936), 28 jul., 879-893.
Pedro Regalado, San († 1456), 30 mar., 534-539.
Pedro Renato Rogue, Bto. († 1796), 3 mar., 50-53.
Pedro Rinsei, Bto. († 1626), 20 jun., 509-511.
Pedro Rivera Rivera, Bto. († 1936), 1 sep., 25-26.
Pedro Ruiz de los Paños, Bto. († 1936), 23 jul., 636-650.
Pedro Sampo, Bto. († 1622), 10 sep., 308-310.
Pedro Sans y Jordá, San († 1747), 26 mayo, 599-600; (memoria: 9 jul., 224-235).
Pedro Santiago de Pésaro, Bto. († 1496), 23 jun., 564-565.
Pedro Sikiemon, Bto. († 1622), 11 sep., 340-341.
Pedro Snow, Bto. († 1598), 15 jun., 396.
Pedro Soler, Bto. († 1860), 10 jul., 267-272.
Pedro Son Son-ji, San († 1866), 13 dic., 356-359; (memoria: 20 sep., 578-583).
Pedro Sukejiro, San († 1597), 6 feb., 125-130.
Pedro Sulpicio Cristóbal (Roger) Faverge, Bto. († 1794), 12 sep., 355-356.
Pedro Tarrés Claret, Bto. († 1950), 30 ago., 1119-1129.
Pedro Terai Kuhioye, San († 1630), 28 sep., 856-858.
Pedro Thomas, San († 1794), 21 ene., 430-431.

Pedro Thuan, San († 1862), 6 jun., 151-152; (memoria: 24 nov., 580-585).
Pedro To Rot, Bto. († 1945), 7 jul., 193-199.
Pedro Tomás, San († 1366), 6 ene., 162-163.
Pedro Truong Van Duong, San († 1838), 18 dic., 484-485; (memoria: 24 nov., 580-585).
Pedro Truong Van Thi, San († 1839), 24 nov., 580-585 (memoria: ibíd.).
Pedro Urséolo, San († 988), 10 ene., 241.
Pedro van der Slagmolen d'Assche, San († 1572), 9 jul., 236-239.
Pedro Vázquez, Bto. († 1624), 25 ago., 914-918.
Pedro Verhun, Bto. († 1957), 7 feb., 189-190.
Pedro Vicev, Bto. († 1952), 13 nov., 320-325.
Pedro Vigne, Bto. († 1740), presbítero, 8 jul., 912-913.
Pedro Vincioli, San († 1007), 10 jul., 273.
Pedro Vo Dang Khoa, San († 1838), 24 (pasión y memoria) nov., 600-602.
Pedro Vu Van Truat, San († 1838), 18 dic., 484-485; (memoria: 24 nov., 580-585).
Pedro Wang Erman, San († 1900), 9 jul., 262; (memoria: 9 jul., 224-235).
Pedro Wang Zuolong, San († 1900), 6 jul., 173; (memoria: 9 jul., 224-235).
Pedro Wright, Bto. († 1651), 19 mayo, 441-442.
Pedro Wu Anpeng, San († 1900), 9 jul., 261; (memoria: 9 jul., 224-235).
Pedro Wu Guosheng, San († 1814), 7 nov., 160-161; (memoria: 9 jul., 224-235).
Pedro Yi Ho-yong, San († 1838), 25 nov., 618-622; (memoria: 20 sep., 578-583).
Pedro Yi Myong-so, San († 1866), 13 dic., 356-359; (memoria: 20 sep., 578-583).
Pedro Yu Chongyul, San († 1866), 17 feb., 366-367; (memoria: 20 sep., 578-583).
Pedro Yu Taechol, San († 1839), 21 oct., 567-568; (memoria: 20 sep., 578-583).
Pedro Zhang Banniu, San († 1900), 9 jul., 262; (memoria: 9 jul., 224-235).
Pedro Zhao Mingzhen, San († 1900), 3 jul., 86; (memoria: 9 jul., 224-235).
Pedro Zhou Rixin, San († 1900), 20 jul., 564-567; (memoria: 9 jul., 224-235).
Pelagia, Sta. († 302), 8 oct., 228-229.
Pelayo, San († 925), 26 jun., 602-608.
Peregrino Laziosi, San († 1345), 1, mayo., 29-30.
Perfecto, San († 850), 18 abr., 400-401.
Perpetua Hong Kum-ju, Sta. († 1839), 26 sep., 791-800; (memoria: 20 sep., 578-583).
Perpetua, Sta. († 203), 7 mar., 119-124.
Perpetuo de Tours, San († 491), 30 dic., 765-766.
Petra de San José (Ana Josefa) Pérez Florido, Bta. († 1906), 16 ago., 566-583.
Petrina Bourigault, Bta. († 1794), 16 abr., 346-347.

Petrina Laurent, Bta. († 1794), 16 abr., 346-347.
Petrina Morosini, Bta. († 1957), 6 abr., 136-137.
Petrina Pottier, Bta. († 1794), 16 abr., 346-347.
Petronila, Sta. († s. III-IV), 31 mayo, 740-741.
Petronio de Bolonia, San († ca.445), 4 oct., 102.
Piedad de la Cruz (Tomasa) Ortiz Real, Bta. († 1916), 26 feb., 872-873.
Pierio, San († s. IV), 4 nov., 98-99.
Pina Suriano, Bta., cf. Josefa Suriano, llamada Pina, Bta.
Pío I (papa), San († 155), 11 jul., 287.
Pío V (papa), San († 1572), 30 abr., 657-666.
Pío IX, Bto. († 1878), 7 feb., 161-171.
Pío X (papa), San († 1914), 21 ago., 747-754.
Pío Bartosik, Bto. († 1941), 12 dic., 337.
Pío de Pietrelcina (Francisco Forgione), San († 1968), 23 sep., 688-697.
Pío de San Luis Campidelli, Bto. († 1889), 2 nov., 50-57.
Plácida Viel, Bta. († 1877), 4 mar., 79-83.
Plácido, Bto. († 1248), 12 jun., 329-330.
Plácido García Gilabert, Bto. († 1936), 16 ago., 588.
Plácido Riccardi, Bto. († 1915), 14 mar., 266-267.
Platón, San († 814), 4 abr., 88-89.
Poliano (de Cartago), San († 257), 10 sep., 319-320.
Policarpo de Esmirna, San († ca.150), 23 feb., 483-490.
Polidoro Plasden, San († 1591), 10 dic., 266-272.
Pompeya de Lyón, Sta. († 177), 2 jun., 47-52.
Pompeya de Lyón (otra), Sta. († 177), 2 jun., 47-52.
Pompilio María Pirrotti de San Nicolás, San († 1766), 15 jul., 420-424.
Pomposa, Sta. († 853), 19 sep., 574.
Ponciano (papa), San († 236), 13 ago., 392-397.
Ponciano Ngondwe, San († 1886), 26 mayo, 602-603.
Poncio de Faucigny, San († 1178), 26 nov., 647-648.
Póntico de Lyón, San († 177), 2 jun., 47-52.
Popón, San († 1048), 25 ene., 531-532.
Porfirio de Gaza, San († 421), 26 feb., 571-572.
Porfirio (de Cesarea), San († 309), 16 feb., 350.
Posidio, San († luego del 437), 16 mayo, 356-357.
Potamia de Lyón, Sta. († 177), 2 jun., 47-52.
Potino de Lyón, San († 177), 2 jun., 47-52.
Práxedes, Sta. († s. II), 21 jul., 585.
Preciosísima Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, 1 jul., 1023-1030.
Presentación de la Bienaventurada Virgen María, 21 nov., 506-510.
Presentación de la Sagrada Familia (Pascuala) Gallén Martí, Bta. († 1936), 8 ago., 228-239.
Presentación del Señor, 2 feb., 26-33.
Presidio (de África), San († s. V), 6 sep., 157-158.
Primitivo, San († s. IV), 27 nov., 652-654.

Primitivo (mártir de Zaragoza), San († s. IV), 16 abr., 325-329.
Primo de Lyón, San († 177), 2 jun., 47-52.
Primo Martínez de San Vicente Castillo, Bto. († 1936), 25 jul., 744-752.
Prior de Avignon, Bto. († 1242), 29 mayo, 660-665.
Priscila, Sta. († s. I), 8 jul., 219.
Privato, San († 407), 21 ago., 770.
Probo, San († 473), 13 nov., 326.
Proceso (Joaquín) Ruiz Cascales, Bto. († 1936), 1 sep., 19-24.
Proclo de Constantinopla, San († 446), 24 oct., 653-655.
Prócoro, San († s. I), 28 jul., 904-905.
Promo (de Palestina), San († 308), 14 dic., 388.
Próspero de Aquitania, San († 463), 25 jun., 581-587.
Próspero de Tarragona, San († s. VIII), 2 sep., 36-37.
Protasio, San († s. II), 19 jun., 486-487.
Protasio Chong Kuk-ko, San († 1839), 20 mayo, 458-459; (memoria: 20 sep., 578-583).
Protasio Cubells Minguell, Bto. († 1936), 14 dic., 389-390.
Proto (de Roma), San († s. III), 11 sep., 337.
Protomártires de la Iglesia Romana, Stos. († 64/67), 30 jun., 707-710.
Prudencio de Troyes, San († 861), 6 abr., 133-134.
Prudencio, San († s. V-VI), 28 abr., 634.
Ptolomeo, San († 160), 19 oct., 525-526.
Publia, Sta. († s. IV), 9 oct., 272.
Publio (mártir de Zaragoza), San († s. IV), 16 abr., 325-329.
Pudente, San († s. II), 19 mayo, 799-802.
Pulqueria, Sta. († 453), 10 sep., 298-301.
Purificación de Nuestra Señora, 2 feb., 26-33.

Queremón (de Alejandría), San († s. III/IV), 3 oct., 82-83.
Queremón, San († 250), 22 dic., 551.
Querubín Testa, Bto. († 1479), 17 sep., 499-500.
Quintiliano (mártir de Zaragoza), San († s. IV), 16 abr., 325-329.
Quiríaco, San († 557), 29 sep., 896.
Quirico, San († 304), 16 jun., 421.

Rabano Mauro, San († 856), 4 feb., 98.
Radegunda, Sta. († 587), 13 ago., 406-410.
Radulfo, San († 866), 21 jun., 525.
Rafael (arcángel), San, 29 sep., 876-883.
Rafael Alonso Gutiérrez, Bto. († 1936), 11 ago., 327-331.
Rafael Arnáiz Barón, Bto. († 1938), 26 abr., 572-579.
Rafael Briega Morales, Bto. († 1936), 15 ago., 545-551.
Rafael de San José Kalinowski, San († 1907), 15 nov., 376-382.
Rafael Flamarique Salinas, Bto. († 1936), 30 jul., 986-991.
Rafael Guízar Valencia, Bto. († 1938), 6 jun., 143-148.
Rafael Massabki, Bto. († 1860), 10 jul., 267-272.
Rafael (Melchor) Chylinski, Bto. († 1741), 2 dic., 85-87.
Rafael Pardo Molina, Bto. († 1936) 26 sep., 802-803.

Rafaela María del Sagrado Corazón, Sta. († 1925), 6 ene., 152-162.
Rafaela Ybarra de Vilallonga, Bta. († 1900), 23 feb., 498-510.
Ragenfredis, Sta. († s. VIII), 8 oct., 229-230.
Ragneberto, San († 680), 13 jun., 349.
Raimundo, San († 1163), 1 feb., 11-17.
Raimundo de Capua, Bto. († 1399), 5 oct., 124-127.
Raimundo de Peñafort, San († 1275), 7 ene., 165-170.
Raimundo Gayrard, San († 1118), 3 jul., 70-73.
Raimundo Li Quanzhen, San († 1900), 30 jun., 736-737; (memoria: 9 jul., 224-235).
Raimundo Lulio, Bto. († 1315), 27 nov., 772-777.
Raimundo Palmero, Bto. († 1200), 27 jul., 868-869.
Raimundo Petiniaud de Jourgnac, Bto. († 1794), 26 jun., 639-640.
Rainaldo de Concoregio, Bto. († 1321), 18 ago., 642-643.
Rainiero, San († 1077), 30 dic., 766.
Rainerio de Pisa, San († 1160), 17 jun., 446-447.
Rainiero de Arezzo, Bto. († 1304), 1 nov., 25-26.
Rainiero de Espálato, San († 1180), 4 ago., 111-112.
Ramiro, San († 630), 11 sep., 970-971.
Ramón de Roda, San († 1126), 21 jun., 520-524.
Ramón Esteban Bou Pascual, Bto. († 1936), 17 oct., 473-474.
Ramón Grimaltós Monllor, Bto. († 1936), 23 ago., 823-824.
Ramón Illa Salvia, Bto. († 1936), 15 ago., 545-551.
Ramón Martí Soriano, Bto. († 1936), 27 ago., 1009-1010.
Ramón Nonato, San († 1240), 31 ago., 1163-1167.
Ramón Novich Rabionet, Bto. († 1936), 13 ago., 444-448.
Ramón Peiró Victorí, Bto. († 1936), 21 ago., 773.
Ramón Vicente Vargas González, Bto. († 1927), 1 abr., 882-883.
Randoaldo, San († 667), 21 feb., 458-459.
Randulfo Corby, Bto. († 1644), 7 sep., 188-189.
Raymundo Carbonier, Bto. († 1242), 29 mayo, 660-665.
Raymundo de Cortisan (Escriban), Bto. († 1242), 29 mayo, 660-665.
Rebeca Ar-Rayés de Himlaya, Sta. († 1914), 23 mar., 435-441.
Recaredo (José María) López Mora, Bto. († 1936), 18 sep., 523-526.
Recaredo Centelles Abad, Bto. († 1936), 25 oct., 688-689; (memoria: 23 jul., 650-655).
Recaredo de los Ríos Fábregat, Bto. († 1936), 9 dic., 260-261.
Recaredo de Torrente (José María López Mora), Bto. († 1936), día 1, 24-31.
Redento de la Cruz (Tomás) Rodríguez, Bto. († 1638), 29 nov., 698-703.
Regina Protman, Bta. († 1613), 18 ene., 369-377.
Reginaldo de Orleáns, Bto. († 1220), 1 feb., 21.
Régula, Sta. (fecha desconocida), 11 sep., 338.
Remberto, San († 888), 11 jun., 305.
Remigio de Reims, San († ca-530), 13 ene., 287-293.

Remigio de Ruán, San († ca.765), 19 ene., 394-395.
Remigio Isoré, San († 1900), 19 jun., 489-490; (memoria: 9 jul., 224-235).
Renata Borgeais, Bta. († 1794), 16 abr., 346-347.
Renata Maria Feillatreau, Bta. († 1794), 28 mar., 515.
Renata Rigault, Bta. († 1794), 16 abr., 346-347.
Renata Séchet, Bta. († 1794), 16 abr., 346-347.
Renato Goulpil, San († 1642), 29 sep., 897-898; (memoria: 19 oct., 493-498).
Renato Julián Massey, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Renato Lego, Bto. († 1794), 1 ene., 41.
Renato Luis Ambroise, San († 1794), 21 ene., 430-431.
Renato Nativelle, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Renato Nicolás Poret, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Reticio de Autún, San († s. IV), 15 mayo, 342.
Ricarda, Sta. († 895), 18 sep., 521.
Ricardo, San († 720), 7 feb., 182-183.
Ricardo Bere, Bto. († 1537), 9 ago., 297-298.
Ricardo de Andria, San († s. XII), 9 jun., 241.
Ricardo de Chichester, San († 1253), 3 abr., 50-56.
Ricardo de Santa Ana, Bto. († 1622), 10 sep., 308-310.
Ricardo Fetherstone, Bto. († 1540), 30, VII 985-986.
Ricardo (Herminio Felipe) Pampuri, San († 1930), 1 mayo, 19-26.
Ricardo Herst, Bto. († 1618), 29 ago., 1079-1080.
Ricardo Hill, Bto. († 1590), 27 mayo, 616-618.
Ricardo Holiday, Bto. († 1590), 27 mayo, 616-618.
Ricardo Kirkman, Bto. († 1582), 22 ago., 800-801.
Ricardo Langhorne, Bto. († 1679), 14 jul., 400-401.
Ricardo Langley, Bto. († 1586), 1 dic., 49-50.
Ricardo Leigh, Bto. († 1588), 30 ago., 1086-1089.
Ricardo Lloyd, Bto. († 1588), 30 ago., 1086-1089.
Ricardo Martin, Bto. († 1588), 30 ago., 1086-1089.
Ricardo Newport, Bto. († 1612), 30 mayo, 720-721.
Ricardo Reynolds, San († 1535), 4 mayo, 87-94.
Ricardo Sergeant, Bto. († 1584), 20 abr., 440-441.
Ricardo Simpson, Bto. († 1588), 24 jul., 709-711.
Ricardo Thirkeld, Bto. († 1583), 29 mayo, 681-682.
Ricardo Whiting, Bto. († 1539), 15 nov., 358-360.
Ricardo Yaxley, Bto. († 1589), 5 jul., 142-144.
Ricario, San († 645), 26 abr., 580.
Ricerio de Muzzia, Bto. († 1236), 7 feb., 183.
Rictrudis, Sta. († 678), 12 mayo, 279-280.
Rigoberto de Reims, San († 743), 4 ene., 97.
Rimágilo, San († h. 676), 3 sep., 67-68.
Rinaldo, San († 1222), 9 feb., 230.
Rita Amada de Jesús Lopes de Almeida, Bta. († 1913), 6 ene., 847-848.
Rita de Casia, Sta. († antes de 1457), 22 mayo, 487-493.

Rita de la Dolorosa Pujalte Sánchez, Bta. († 1936), 20 jul., 540-552.
Roberto Anderton, Bto. († 1586), 25 abr., 566.
Roberto Belarmino, San († 1621), 17 sep., 478-483.
Roberto Bickendike, Bto. († 1586), 8 ago., 241-242.
Roberto Dalby, Bto. († 1589), 16 mar., 290-291.
Roberto de Abrissel, Bto. († 1116), 25 feb., 551-552.
Roberto de Chaise Dieu, San († 1067), 17 abr., 348-351.
Roberto de Molesmes, San († 1110), 26 ene., 545-558.
Roberto de Newminster, San († 1159) 7 jun., 173.
Roberto Dibdale, Bto. († 1586), 8 oct., 230-231.
Roberto Drury, Bto. († 1607), 26 feb., 572.
Roberto Grissold, Bto. († 1604), 16 jul., 468-471.
Roberto Hardesty, Bto. († 1589), 24 sep., 732-733.
Roberto Jonhson, Bto. († 1582), 28 mayo, 657-658.
Roberto Lawrence, San († 1535), 4 mayo, 87-94.
Roberto Le Bis, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Roberto Ludlam, Bto. († 1588), 24 jul., 709-711.
Roberto Meyler, Bto. († 1581), 5 jul., 141-142.
Roberto Middleton, Bto. († 1601), 3 abr., 69.
Roberto Morton, Bto. († 1588), 28 ago., 1042-1046.
Roberto Nutter, Bto. († 1600), 26 jul., 821-823.
Roberto Salt, Bto. († 1537), 9 jun., 242.
Roberto Southwell, San († 1595), 21 feb., 442-448.
Roberto Sutton, Bto. († 1588), 27 jul., 870.
Roberto Sutton (otro), Bto. († 1588), 5 oct., 170-171.
Roberto Thorpe, Bto. (`1591), 31 mayo, 742-743.
Roberto Watkinson, Bto. († 1602), 20 abr., 440-441.
Roberto Widmerpool, Bto. († 1588), 1 oct., 35-38.
Roberto Wilcox, Bto. († 1588), 1 oct., 35-38.
Rodana de Lyón, Sta. († 177), 2 jun., 47-52.
Rodolfo Aquaviva, Bto. († 1583), 25 jul., 776-780.
Rodolfo Ashley, Bto. († 1606), 7 abr., 159-160.
Rodolfo Crockett, Bto. († 1588), 1 oct., 38-40.
Rodolfo Grimston, Bto. († 1598), 15 jun., 396.
Rodolfo Milner, Bto. († 1591), 7 jul., 202-204.
Rodolfo Sherwin, San († 1591), 1 dic., 47-49.
Rodrigo, San († 857), 13 mar., 257-258.
Rodrigo Aguilar Alemán, San († 1927), 28 oct., 723-728; cf. también: 21 mayo, 460-468.
Rogaciano, San († s. III), 26 oct., 701-703.
Rogato de Cartago, San († 484), 2 jul., 58.
Rogelio, San († 852), 16 sep., 470-471.
Rogerio Cadwallador, Bto. († 1610), 27 ago., 1001-1002.
Rogerio Dickinson, Bto. († 1591),7 jul., 202-204.
Rogerio Filcock, Bto. († 1601), 27 feb., 596-597.

Rogerio James, Bto. († 1539), 15 nov., 358-360.
Rogerio Wrenno, Bto. († 1616), 18 mar., 333.
Rolando de Médicis, Bto. († 1386), 15 sep., 433-434.
Román, San († 303), 18 nov., 466.
Román Adame Rosales, San († 1927), 21 abr., 456; cf. también: 21 mayo, 460-468.
Román Archutowski, Bto. († 1943), 18 abr., 402.
Román Aybara, Bto. († 1628), 8 sep., 239-243.
Román el Meloda, San († 550), 1 oct., 33-34.
Román Lysko, Bto. († 1949), 14 oct., 370-371.
Román Matsuoka Miota, Bto. († 1619), 27 nov., 661-662.
Román (Rafael) Touceda Fernández, Bto. († 1936), 30 nov., 738-740.
Román Sitko, Bto. († 1942), 12 oct., 342.
Romualdo, San († 1027), 19 jun., 471-477.
Rómulo, San. († 303), 24 mar., 462.
Roque, San († 1379), 16 ago., 562-565.
Roque González, San († 1628), 15 nov., 360-364.
Rosa Chen Aixie, Sta. († 1900), 5 jul., 145; (memoria: 9 jul., 224-235).
Rosa de Lima, Sta. († 1617), 23 ago., 804-811.
Rosa de Nuestra Señora del Buen Consejo Pedret Rull, Bta. († 1936), 19 ago., 684-700.
Rosa de San Javier (Magdalena Teresa) Tallien, Bta. († 1794), 12 jul., 313-314.
Rosa de Viterbo, Sta. († 1252), 6 mar., 112-116.
Rosa Fan Hui, Sta. († 1900), 16 ago., 587-588; (memoria: 9 jul., 224-235).
Rosa Kim, Sta. († 1839), 20 jul., 557-562; (memoria: 20 sep., 578-583).
Rosa Venerini, Bta. († 1728), 7 mayo, 142-148.
Rosa Zhao, Sta. († 1900), 20 jul., 564-567; (memoria: 9 jul., 224-235).
Rosalía Clotilde de Santa Pelagia Bès, Bta. († 1794), 11 jul., 290-291.
Rosalía de Palermo, Sta († s. XII), 4 sep., 114-115.
Rosalía (Juana María) Rendú, Bta. († 1856), 7 feb., 863-865.
Rosalina, Sta. († 1329), 17 ene., 359-360.
Rosario (Petra María Victoria) Quintana Argos, Bta. († 1936), 23 ago., 815-821.
Rosendo, San († 977), 1 mar., 3-12.
Rubén de Jesús López Aguilar, Bto. († 1936), 9 ago., 284-290.
Rufina, Sta. († s. IV),17 jul., 483-485.
Rufino (Crescencio) Lasheras Aizcorbe, Bto. († 1936), 1 sep., 19-24.
Rufo Ishimoto, Bto. († 1622), 10 sep., 308-310.
Rukem de Waldonna, cf. Santiago de Strepa, Bto.
Rumoldo, San († 775), 24 jun., 579.
Ruperto, San († s. VIII), 15 mayo, 344.
Ruperto (obispo), San († 718), 27 mar., 500.
Ruperto Mayer, Bto. († 1945), 1 nov., 19-24.
Rústico de Cartago, San († 484), 2 jul., 58.

Rústico de Narbona, San († 461), 26 oct., 703.
Rústico (de París), San († 258), 9 oct., 245-247.

Sabas, San († 532), 5 dic., 145-158.
Sabas (apóstol de Bulgaria), San († s. IX/X), 27 jul., 867-868.
Sabas el Godo, San († 372), 12 abr., 256.
Sabas Reyes Salazar, San († 1927), 13 abr., 291; cf. también: 21 mayo, 460-468.
Sabigoto (mártir de Córdoba), Sta. († 852), 27 jul., 865-867.
Sabina (abulense), Sta. († 305), 28 oct., 728.
Sabina de Roma, Sta. († s. V), 29 ago., 1076-1077.
Sabina Petrilli, Bta. († 1923), 18 abr., 391-398.
Sabiniano, San († 851), 7 jun., 172.
Sadoc, Bto., († 1260), 2 jun., 55-56.
Sadoc, San († 342), 18 feb., 398.
Sagrada Familia, dic., 818-828.
Sagrado Corazón de Jesús (movible), jun., 769-782.
Salomé, Sta. († s. I), 24 abr., 541.
Salomé de Cracovia, Bta. († 1268), 17 nov., 432-433.
Salomón, San († 857), 13 mar., 257-258.
Salomón (rey de Bretaña), San († 874), 25 jun., 591-592.
Salomón Guillermo Nicolás Luis Leclerq, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Salvador Damián Enguix Garés, Bto. († 1936), 28 oct., 730-731.
Salvador de Horta, San († 1567),18 mar., 327-331.
Salvador Estrugo Solves, Bto. († 1936), 21 ago., 772-773.
Salvador Ferrandis Seguí, Bto. († 1936), 3 ago., 84-87.
Salvador Lara Puente, San († 1926), 15 ago., 518-524; cf. también: 21 mayo, 460-468.
Salvador Lilli, Bto. († 1895), 22 nov., 535-540.
Salvador Mollar Ventura, Bto. († 1936), 27 oct., 711-712.
Salvador Pigem Serra, Bto. († 1936), 13 ago., 444-448.
Salvio de Albi, San († 584), 10 sep., 320.
Samuel (profeta), San, 20 ago., 718-728.
Samuel (de Castrovillari), San († 1227), 10 oct., 278-282.
Samuel (de Cesarea), San († 309), 16 feb., 350.
Samuel Marzorati, Bto. († 1716), 3 mar., 68-69.
Sancho, San († 851), 5 jun., 122-126.
Sancha de Portugal, Bta. († 1229), 11 abr., 228.
Sancha (Janina) Szymkowyak, Bta. († 1942), 29 ago., 1083-1084.
Sandalio, San († s. IV), 3 sep., 67.
Sansón el Hospitalario, San († 560), 27 jun., 659-660.
Santa María de la Cabeza († s. XII), 9 sep., 296.
Santa María de la Caridad del Cobre, 20 mayo; 802-806.
Santa María la Mayor, cf. Nuestra Señora de las Nieves.
Santas Reliquias, 5 nov., 749-754.
Santiago (apóstol), San († s. I), 3 mayo, 70-74.
Santiago (hijo del Bto. Tomás Gengoro), Bto. († 1620), 16 ago., 585-586.
Santiago Agustín Robert de Lézardière, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Santiago Alberione, Bto. († 1971), 26 nov., 639-644.

Santiago Alejandro Menuret, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Santiago Bell, Bto. († 1584), 20 abr., 440-441.
Santiago Benfatti, Bto. († 1332), 19 nov., 482-483.
Santiago Berthieu, Bto. († 1896), 8 jun., 189-195.
Santiago Bianconi, Bto. († 1301), 22 ago., 798.
Santiago Bird, Bto. († 1592), 25 mar., 488-489.
Santiago Burin, Bto. († 1794), 17 oct., 454-463.
Santiago Buzabaliao, San († 1886), 3 jun., 58-65.
Santiago Capocci, Bto. († 1308), 12 dic., 328-333.
Santiago Chastan, San († 1839), 21 sep., 628-634; (memoria: 20 sep., 578-583).
Santiago Claxton, Bto. († 1588), 28 ago., 1042-1046.
Santiago Cusmano, Bto. († 1888), 14 mar., 260-264.
Santiago de Cerqueto, Bto. († 1367), 17 abr., 371.
Santiago de Nísibe, San († 338), 15 jul., 435.
Santiago de Sarug, San († 521), 29 oct., 736-740.
Santiago de Strepa, Bto. († 1411), 20 oct., 552-553.
Santiago Desiderio Laval, Bto. († 1864), 9 sep., 272-283.
Santiago (diácono), San († 258/259), 4 mayo, 99-101.
Santiago Do Mai Nam, San († 1838), 12 ago., 384-385; (memoria: 24 nov., 580-585).
Santiago Duckett, Bto. († 1602), 19 abr., 415-416.
Santiago el Interciso, San († 420), 27 nov., 659.
Santiago el Mayor (apóstol), San († s. I), 25 jul., 715-723.
Santiago Esteban Felipe Hourrier, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Santiago Felipe Bertoni, Bto. († 1483), 25 mayo, 577.
Santiago Fenn, Bto. († 1584), 12 feb., 281-282.
Santiago Francisco de Lubersac, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Santiago Friteyre-Durvé, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Santiago Gabriel Galais, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Santiago Gagnot, Bto. († 1794), 10 sep., 322.
Santiago Gapp, Bto. († 1943), 13 ago., 426-435.
Santiago Griesinger de Ulma, Bto. († 1491), 11 oct., 324-325.
Santiago Hayashida, Bto. († 1628), 8 sep., 239-243.
Santiago José Lejardinier Deslandes, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Santiago Juan Lemeunier, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Santiago Julio Nonnaud, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Santiago Kern, Bto. († 1924), 20 oct., 548-551.
Santiago Kisai, San († 1597), 6 feb., 125-130.
Santiago Kyuhei Gorobioye Tomonaga, San († 1633), 17 ago., 618-619; (memoria: 28 sep., 831-840).
Santiago Lacops, San († 1572), 9 jul., 236-239.
Santiago Laigneau de Langellerie, Bto. († 1794), 14 oct., 368-369.
Santiago Lombardie, Bto. († 1794), 22 jul., 604-605.
Santiago Matsuo Denshi, Bto. († 1622), 19 ago., 703-707.

Santiago Mestre Iborra, Bto. († 1936), 29 sep., 898-899.
Santiago Morelle Dupas, Bto. († 1794), 21 jun., 526-527.
Santiago Retouret, Bto. († 1794), día 26, 945-946.
Santiago Salès, Bto. († 1593), 7 feb., 184-186.
Santiago Salomoni, Bto. († 1314), 31 mayo, 741.
Santiago Thompson, San († 1582), 28 nov., 691.
Santiago Walworth, Bto. († 1537), 11 mayo, 251-252.
Santiago Yan Guodong, San († 1900), 9 jul., 262; (memoria: 9 jul., 224-235).
Santiago Zhao Quanzin, San († 1900), 9 jul., 262; (memoria: 9 jul., 224-235).
Santino Huré, Bto. († 1792), 2 sep., 39-44.
Santísima Trinidad (movible), mayo, 767-773.
Santísimo Nombre de María, 12 sep., 343-350.
Santos de Cori, Bto. († 1392), 5 oct., 169.
Santos de Lyón, San († 177), 2 jun., 47-52.
Santos de Urbino Brancorsini, Bto. († 1390), 14 ago., 471-472.
Sarbelio Makhlouf, San († 1898), 24 jul., 660-663.
Sátiro, San († 379), 17 sep., 496-497.
Saturiano, San († s. V), 16 oct., 421-422.
Saturio, San († 568), 2 oct., 69-70.
Saturio Rey Robles, Bto. († 1936), 29 jul., 934-943.
Saturnino de Cartago, San († 250), 29 nov., 708.
Saturnino de Tolosa, San († 250), 29 nov., 693-698.
Sebastián, San († ca.304), 20 ene., 396-400.
Sebastián Calvo Martínez, Bto. († 1936), 12 ago., 386-388.
Sebastián de Aparicio, Bto. († 1600), 25 feb., 539-544.
Sebastián Kimura, Bto. († 1622), 10 sep., 308-310.
Sebastián Maggi, Bto. († 1496), 16 dic., 450.
Sebastián Nam I-gwan, San († 1839), 26 sep., 791-800; (memoria: 20 sep., 578-583).
Sebastián Newgate, Bto. († 1535), 19 jun., 488.
Sebastián Riera Coromina, Bto. († 1936), 15 ago., 545-551.
Sebastián Valfré, Bto. († 1710), 30 ene., 645-646.
Sebbi, San († 693), 29 ago., 1077-1078.
Secundino (obispo), San († 258/259), 4 mayo, 99-101.
Secundino (de Córdoba), San († s. IV), 20 abr., 438.
Secundino María Ortega García, Bto. († 1936), 13 ago., 444-448.
Segismundo, San († 523), 1 mayo, 27-28.
Segismundo Félix Felinski, Bto. († 1895), 17 sep., 933-935.
Segismundo Gorazdowski, San. († 1920), 1 ene., 940*; 35-39.
Segismundo Pisarski, Bto. († 1943), 30 ene., 650.
Segismundo Sajna, Bto. († 1940), 17 sep., 502-503.
Segunda (mártir escilitano), Sta. († 180), 17 jul., 477-483.
Segundo Pollo, San († 1941), 26 dic., 666-672.
Seleuco (de Cesarea), San († 309), 16 feb., 350.
Semproniana de Mataró, Sta. (fecha desconocida), 27 jul., 864.

Senén, San († s. III), 30 jul., 954-959.
Senorina, Sta. († 980), 22 abr., 471.
Septimio de Cartago, San († 484), 2 jul., 58.
Serafín de Montegranaro (Félix de Nicola), San († 1604), 12 oct., 327-331.
Serafina (Manuela Justa) Fernández Ibero, Bta. († 1936), 23 ago., 815-821.
Serafina Sforza, Bta. († 1478), 8 sep., 237-238.
Serapio, San († 1240), 14 nov., 332-336.
Sergio I (papa), San († 701), 8 sep., 203-206.
Sergio Cid Pazo, Bto. († 1936), 30 jul., 993.
Sergio de Radonez, San († 1392), 25 sep., 738-746.
Serrano, San († s. VII), 29 ene., 675-677.
Servacio, San († 384), 13 mayo, 13-299.
Servando (patrono de Cádiz), San († 303), 23 oct., 628.
Servideo, San († 852), 16 sep., 470-471.
Servideo (de Córdoba), San († 853), 13 ene., 295.
Servio (de África), San († 484), 6 dic., 186.
Servo de Cartago, San († 484), 2 jul., 58.
Sérvulo, San († 590), 23 dic., 598.
Severiano Baranyk, Bto. († 1941), 28 jun., 686.
Severino, San († 482), 8 ene., 189-194.
Severino Boecio, San († 524), 23 oct., 599-602.
Severino Jorge Girauld, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Severo (de Barcelona), San († s. IV), 6 nov., 130-134.
Severo de Nápoles, San († 409), 29 abr., 655.
Severo de Tréveris, San († ca.455), 15 oct., 396.
Siardo de Mariëngarde, San († 1230), 14 nov., 351-352.
Sibilina Biscossi, Bta. († 1367), 19 mar., 353-354.
Sicio de Gerona, San († s. IV), 2 jun., 789-790.
Sidney Hogson, Bto. († 1591), 10 dic., 266-272.
Sidonio, San († d. 684), 15 nov., 384.
Sidonio Apolinar, San († 479), 21 ago., 754-757.
Sigfrido, San († 1045), 15 feb., 341.
Sigisberto, San († 656), 1 feb., 20-21.
Silverio, San († 537), 2 dic., 64-68.
Silvestre I (papa), San († 337), 31 dic., 767-777.
Silvestre Arnau Pasquet, Bto. († 1936), 13 ago., 925-927.
Silvestre Guzzolini, San († 1267), 26 nov., 627-630.
Silvia, Sta. († s. VI), 3 nov., 81.
Silvio de Lyón, San († 177), 2 jun., 47-52.
Símaco (papa), San († 514), 19 jul., 524-525.
Simeón, San († 107), 27 abr., 607.
Simeón Bar Sabas, San († 341), 17 abr., 370.
Simeón Berneux, San († 1866), 7 mar., 133-134; (memoria: 20 sep., 578-583).
Simeón de Lipnica, Bto. († 1482),18 jul., 508-511.
Simeón Estilita, San († 459), 27 jul., 841-844.
Simeón Estilita el joven, San († 592), 24 mayo, 541-542.

Simeón Lukac, Bto. († 1964), 22 ago., 802-803.
Simeón Salo, San († s. VI), 21 jul., 584-585.
Simón Balacchi, Bto. († 1319), 3 nov., 83.
Simón Bokusai Kyota, Bto. († 1620), 16 ago., 585-586.
Simon Chen Ximan, San († 1900), 9 jul., 961; (memoria: 9 jul., 224-235).
Simón Correia (Uruaçu), Bto. († 1645), 3 oct., 87.
Simón da Costa, Bto. († 1570), 16 jul., 468.
Simón de Rojas, San († 1624), 28 sep., 840-844.
Simón el Zelotes (apóstol), San, († s. I), 28 oct., 713-717.
Simón López, Bto. († 1570), 15 jul., 412-419.
Simón Phan Dac Hoa, San († 1840), 12 dic., 336-337; (memoria: 24 nov., 580-585).
Simon Qin Chunfu, San († 1900), 19 jul., 527; (memoria: 9 jul., 224-235).
Simón Rinalducci, Bto. († 1322), 20 abr., 439-440.
Simon Stock, San († 1265), 16 mayo, 346-349.
Simón Yempo, Bto. († 1623), 4 dic., 143-145.
Simplicio, San († 483), 10 mar., 218.
Simplicio de Autún, San († 375), 24 jun., 578-579.
Sinforiano, San († s. III/IV), 22 ago., 797-798.
Sinfoniano Ducki, Bto. († 1942), 11 abr., 229-230.
Siricio (papa), San († 399), 26 nov., 645.
Sisebuto, San († 1086), 15 mar., 283.
Sisenando, San († 851), 16 jul., 466-467.
Sixto I (papa), San († 128), 3 abr., 66.
Sixto II (papa), San († 258), 7 ago. (memoria), 153-158.
Sixto III (papa), San († 440) 19 ago., 701.
Sofía Ximénez Ximénez, Bta. († 1936), 23 sep., 679-682.
Sofonías (profeta), San, 3 dic., 97-104.
Sofronio, San († 639), 11 mar., 220-223.
Solemnidad de Pentecostés (movible), mayo, 757-766.
Sotero (papa), San († 175), 22 abr., 457-460.
Suceso (mártir de Zaragoza), San († s. IV), 16 abr., 325-329.
Suitberto, San († 713), 1 mar., 21.
Suituno Wells, San († 1591), 10 dic., 266-272.
Susana Águeda (María Rosa) de Loye, Bta. († 1794), 6 jul., 172-173.
Susana Arakiyori, Bta. († 1626), 12 jul., 310-312.
Susana U Sur-im, Sta. († 1846), 20 sep., 600-604; (memoria: 20 sep., 578-583).

Tadeo Dulny, Bto. († 1942), 6 ago., 152.
Tadeo Liu Ruiting, San († 1823), 30 nov., 733; (memoria: 9 jul., 224-235).
Tadeo Machar, Bto. († 1492), 25 oct., 686-688.
Tarasio, San († 806), 18 feb., 399-400.
Tarsicia (Olga) Mackiv, Bta. († 1944), 18 jul., 514-515.
Tarsicio, San († 257) 15 ago., 485-492.

Társila Córdoba Belda, Bta. († 1936), 17 oct., 474.
Társila, Sta. († 550), 24 dic., 624.
Tecla de Kitzingen, Sta. († 790), 15 oct., 396.
Tecla Nagaishi, Bta. († 1622), 10 sep., 308-310.
Tecla, Sta. († s. I), 23 sep., 962-965.
Telesforo, San († 136), 2 ene., 62.
Telmo, San († 1240), 14 abr., 292-305.
Telquilde, Sta. († 667), 10 oct., 296.
Teobaldo, Bto. († 1150), 1 jun., 37.
Teobaldo, San († 1066), 30 jun., 732-733.
Teobaldo de Dorat, San († 1070), 6 nov., 136.
Teobaldo de Marly, San († 1247), 8 dic., 220-221.
Teobaldo de Vienne, San († 1001), 21 mayo, 483-484.
Teodardo de Maastricht, San († ca. 670), 10 sep., 321.
Teodario, San († 575), 29 oct., 747-748.
Teodgaro, San († 1065), 24 jun., 579.
Teodomiro de Carmona, San († 851), 25 jul., 774.
Teodomiro Joaquín (Adrián) Sainz Sainz, Bto. († 1936), 8 sep., 244-246.
Teodora Ana Teresa Guerin, Bta. († 1856), 14 mayo, 317-324.
Teodorico Balat, San († 1900), 9 jul., 259; (memoria: 9 jul., 224-235).
Teodorico van der Eem, San († 1572), 9 jul., 236-239.
Teodoro de Canterbury, San († 690), 19 sep., 532-537.
Teodoro de Sikeón, San († 613), 22 abr., 470-471.
Teodoro de Tabenna, San († s. IV), 27 abr., 607.
Teodoro Estudita, San († 826), 11 nov., 240-243.
Teodoro Grapto, San († 842), 27 dic., 688-689.
Teodoro, hijo de David, Bto. († 1895), 22 nov., 535-540.
Teodoro Jorge Romzsa, Bto. († 1947), 1 nov., 29-30.
Teodoro Ruiz de Larrinaga García, Bto. († 1936), 13 ago., 444-448.
Teodosia, Sta. († s. VIII), 18 jul., 511-512.
Teodosio Cenobiarca, San († 529), 11 ene., 247-248.
Teodosio de Kiev, San († 1074), 3 mayo, 84.
Teódulo (de Cesarea), San († 309), 16 feb., 350.
Teófanes el Cronógrafo, San († 817), 12 mar., 248-249.
Teófilo de Antioquía, San († s. II), 13 oct., 356.
Teófilo de Corte, San († 1740), 19 mayo, 416-422.
Teótimo, San († 307), 5 nov., 122.
Teotonio, San († 1166), 18 feb., 400-401.
Tercio (de África), San († 484), 6 dic., 186.
Terencio Alberto O'Brien, Bto. († 1651), 30 oct., 761-762.
Teresa Benedicta de la Cruz (Edith Stein), Sta. († 1942), 9 ago., 245-272.
Teresa Bracco, Bta. († 1944), 29 ago., 1084.
Teresa Chen Jinxie, Sta. († 1900), 5 jul., 145; (memoria: 9 jul., 224-235).
Teresa de Calcuta (Gonhxa Inés Bojaxhiu), Bta. († 1997), 5 sep., 124-139.
Teresa de Jesús, Sta. († 1582), 15 oct., 371-377.

Teresa de Jesús Jornet Ibars, Sta. († 1897), día 26, 939-945.
Teresa de la Madre del Divino Pastor Chambó Pales, Bta. († 1936), 19 ago., 684-700.
Teresa de Los Andes, Sta. († 1920), 12 abr., 236-249.
Teresa de Portugal, Sta. († 1250), 17 jun., 426-429.
Teresa de San Agustín (María Magdalena Claudina) Lidoine, Bta. († 1794), 17 jul., 489-494.
Teresa de San Ignacio (María Gabriela) Trézel, Bta. († 1794), 17 jul., 489-494.
Teresa de San José (Ascensión) Duart Roig, Bta. († 1936), 20 nov., 496-502.
Teresa del Corazón de María (María Ana) Hanisset, Bta. († 1794), 17 jul., 489-494.
Teresa del Niño Jesús, Sta., († 1897), 1 oct., 4-12.
Teresa del Niño Jesús y de San Juan de la Cruz (Eusebia) García y García, Bta. († 1936), 24 jul., 667-684.
Teresa Enriqueta de la Anunciación Faurie, Bta. († 1794), 13 jul., 355-357.
Teresa Eustoquio Ignacia Verzeri, Sta. († 1852), 3 mar., 54-59.
Teresa Fantou, Bta. († 1794), 26 jun., 608-614.
Teresa Grillo Michel, Bta. († 1944), 25 ene., 519-531.
Teresa Kim, Sta. († 1840), 9 ene., 205-206; (memoria: 20 sep., 578-583).
Teresa Kim Im-i, Sta. († 1846), 20 sep., 600-604; (memoria: 20 sep., 578-583).
Teresa Margarita Redi, Sta. († 1770), 7 mar., 125-131.
Teresa María Cavestany Anduaga, Bta. († 1936), 18 nov., 454-465.
Teresa María de la Cruz Manetti, Bta. († 1910), 23 abr., 486-489.
Teresa (María Victoria) Couderc, Sta. († 1885), 26 sep., 768-776.
Teresa Soiron, Bta. († 1794), 17 jul., 489-494.
Teresa Yi Mae-im, Sta. († 1839), 20 jul., 557-562.
Teresa Yi Mae-im, Sta. († 1839), 20 sep., 578-583; (memoria: ibíd.).
Teresa Zhang Hezhi, Sta. († 1900), 16 jul., 476; (memoria: 9 jul., 224-235).
Tértula (virgen), Sta. († 258/259), 4 mayo, 99-101.
Tiempo de Adviento, dic., 805-811.
Tiempo de Navidad, dic., 812-818.
Timolao, San. († 303), 24 mar., 462.
Timón, San († s. I), 28 jul., 904-905.
Timoteo, San, 26 ene., 534-541.
Timoteo (de Cesarea), San († 307), 5 nov., 122.
Timoteo de Montecchio, Bto. († 1504), 22 ago., 798-799.
Timoteo Giaccardo, Bto. († 1948), 24 ene., 482-486.
Timoteo Trojanowski, Bto.(† 1942) 28 feb., 612-613.
Timoteo Valero Pérez, Bto. († 1936), 17 sep., 502; cf. también: 1 ago., 24-31.
Tirso Manrique Melero, Bto. († 1936), 29 jul., 934-943.
Tito, San, 26 ene., 534-541.
Tito Brandsma, Bto. († 1942), 26 jul., 803-814.
Tito de Lyón, San († 177), 2 jun., 47-52.
Tobías Borrás Román, Bto. († 1937), 11 feb., 264.
Todos los fieles difuntos, 2 nov., 31-41.

Todos los Santos, 1 nov., 4-13.
Todos los Santos Hispalenses, 3 nov., 780-784.
Tomás (apóstol), Sto. († s. I), 3 jul., 60-70.
Tomás Abel, Bto. († 1540), 30 jul., 985-986.
Tomás Akahoshi, Bto. († 1622), 10 sep., 308-310.
Tomás Alfield, Bto. († 1585), 6 jul., 170-171.
Tomás Atkinson, Bto. († 1616), 11 mar., 231.
Tomás Becket, Sto. († 1170), 29 dic., 709-715.
Tomás Bellaci de Florencia, Bto. († 1447), 31 oct., 778-779.
Tomás Belson, Bto. († 1589), 5 jul., 142-144.
Tomás Benstead, Bto. († 1600), 11 jul., 289-290.
Tomás Bosgrave, Bto. († 1594), 4 jul., 119-120.
Tomás Bullaker, Bto. († 1642), 12 oct., 339-340.
Tomás Capdevila Miró, Bto. († 1936), 13 ago., 444-448.
Tomás Cottam, Bto. († 1582), 30 mayo, 719-720.
Tomás Dangi, San († 1597), 6 feb., 125-130.
Tomás de Aquino, Sto. († 1274), 28 ene., 583-591.
Tomás de Cantelupe, Sto. († 1282), 25 ago., 912-914.
Tomás de Cori, Sto. († 1729), 11 ene., 244-246.
Tomás de Kempis, Bto. († 1471), 24 ago., 1196-1203.
Tomás de San Jacinto, Bto. († 1628), 8 sep., 239-243.
Tomás de Tolentino, Bto. († 1321), 9 abr., 191-195.
Tomás de Villanueva, Sto. († 1555), 8 sep., 206-209.
Tomás de Zumárraga, Bto. († 1622), 12 sep., 353-355.
Tomás del Rosario, Bto. († 1622), 10 sep., 308-310.
Tomás del Santísimo Sacramento Cuartero Gascón, Bto. († 1936), 23 oct., 635-638.
Tomás Dinh Viet Du, San († 1839), 26 nov., 650-651; (memoria: 24 nov., 580-585).
Tomás Felton, Bto. († 1588), 28 ago., 1042-1046.
Tomás Ford, Bto. († 1582), 28 mayo, 657-658.
Tomás Garnet, Sto. († 1608), 23 jun., 565-566.
Tomás Gengoro, Bto. († 1620), 16 ago., 585-586.
Tomás Green, Bto. († 1537), 10 jun., 260-261.
Tomás Helyas, Bto. († 1257), 19 oct., 527.
Tomás Hemerford, Bto. († 1584), 12 feb., 281-282.
Tomás Hioji Rokuzayemon Nishi, San († 1634), 17 nov., 434-436; (memoria: 28 sep., 831-840).
Tomás Holford, Bto. († 1588), 28 ago., 1042-1046.
Tomás Holland, Bto. († 1642), 22 dic., 541-544.
Tomás Hunt, Bto., cf. Tomas Benstead.
Tomás Johnson, Bto. († 1537), 20 sep., 612.
Tomás Juan Monsaint, Bto. († 1792), 2 sep., 39-44.
Tomás Khuong, Sto. († 1860), 30 ene., 647; (memoria: 24 nov., 580-585).
Tomás Koteda Kiuni, Bto. († 1619), 27 nov., 661-662.
Tomás Koyanagi, Bto. († 1622), 19 ago., 703-707.

Tomás Kozaki, San († 1597), 6 feb., 125-130.
Tomás María Fusco, Bto. († 1891), 24 feb., 531-536.
Tomás Maxfield, Bto. († 1616), 1 jul., 28-29.
Tomás Moro, Sto. († 1535), 22 jun., 537-546.
Tomás Nguyen Van De, San († 1839), 19 dic., 500-502; (memoria: 24 nov., 580-585).
Tomás Nicolás Dubray, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Tomás Palaser, Bto. († 1600), 8 sep., 238-239.
Tomás Percy, Bto. († 1572), 22 ago., 799.
Tomás Pickering, Bto. († 1679), 9 mayo, 203-204.
Tomás Pilchard, Bto. († 1587), 21 mar., 408-409.
Tomás Plumtree, Bto. († 1570), 4 ene., 97-98.
Tomás Portmort, Bto. († 1592), 21 feb., 459.
Tomás Reding, Bto. († 1537), 16 jun., 422.
Tomás Reggio, Bto. († 1901), 22 nov., 540-548.
Tomás Renato Dubuisson, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Tomás Reynolds, Bto. († 1642), 21 ene., 431-433.
Tomás Scryven, Bto. († 1537), 15 jun., 396.
Tomás Shen Jihe, San († 1900), 9 jul., 261; (memoria: 9 jul., 224-235).
Tomás Sherwood, Bto. († 1578), 7 feb., 184.
Tomás Sichiro, Bto. († 1622), 10 sep., 308-310.
Tomás Sitjar Fortiá, Bto. († 1936), 19 ago., 673-683.
Tomás Somás, Bto. († 1610), 10 dic., 278-281.
Tomás Son Cha-son, San († 1866), 30 mar., 550-551; (memoria: 20 sep., 578-583).
Tomás Sprott, Bto. († 1600), 11 jul., 289-290.
Tomás Terai Kahioye, Sto. († 1630), 28 sep., 856-858.
Tomás Thwing, Bto. († 1680), 23 oct., 630-631.
Tomás Toan, Sto. († 1840), 27 jun., 662; (memoria: 24 nov., 580-585).
Tomás Tomaki, Bto. († 1628), 8 sep., 239-243.
Tomás Tran Van Thien, San († 1838), 21 sep., 635-637; (memoria: 24 nov., 580-585).
Tomás Tsuji, Bto. († 1627), 7 sep., 187-188.
Tomás Tunstal, Bto. († 1616), 13 jul., 352-354.
Tomás Urdánoz Aldaz, Bto. († 1936), 30 jul., 986-991.
Tomás Warcop, Bto. († 1597), 4 jul., 120-121.
Tomás Watkinson, Bto. († 1591), 31 mayo, 742-743.
Tomás Welbourne, Bto. († 1605), 1 ago., 40-41.
Tomás Whitaker, Bto. († 1646), 7 ago., 192-194.
Tomás Whitbread, Bto. († 1679), 20 jun., 511-512.
Tomás Wo Jinyemon, Bto. († 1627), 27 ago., 1002-1007.
Tomás Woodhause, Bto. († 1573), 19 jun., 488-489.
Toribio de Astorga, Sto. († s. V), 16 abr., 329-335.
Toribio de Mogrovejo, Sto. († 1606), 23 mar., 418-428.

Toribio Romo González, Sto. († 1928), 25 feb., 555-556; cf. también: 21 mayo, 460-468.
Torlac, San († 1193), 23 dic., 599.
Toscana, Sta. († 1344), 14 jul., 399.
Tranquilino Ubiarco Robles, San († 1928), 5 oct., 171-172; cf. también: 21 mayo, 460-468.
Transfiguración del Señor, 6 ago., 133-141.
Trófima de Lyón, Sta. († 177), 2 jun., 47-52.
Turstano Hunt, Bto. († 1601), 3 abr., 69.

Ubaldesca, Sta. († 1206), 28 mayo, 655.
Ubaldo, San († 1160), 16 mayo, 359-360.
Ubaldo Audimari, Bto. († 1315), 9 abr., 195-196.
Uldarico (Juan Bautista) Guillaume, Bto. († 1794), 27 ago., 970-979.
Ulpio de Lyón, San († 177), 2 jun., 47-52.
Ulrica Nisch, Bta. († 1913), 8 mayo, 168-173.
Ulrico de Ausburgo, San († 973), 4 jul., 118.
Urbano, San († 453-460), 28 nov., 689-690.
Urbano II (papa), San († 1099), 29 jul., 928-934.
Urbano V (papa), Bto. († 1370), 19 dic., 492-499.
Urbano (mártir de Zaragoza), San († s. IV), 16 abr., 325-329.
Urbano Gil Sáez, Bto. († 1936), 23 ago., 824-826; cf. también: 1 ago., 24-31.
Urbano Lefèvre, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Ursmaro, San († 713), 18 abr., 399-400.
Úrsula, Sta. († s. IV), 21 oct., 566.
Úrsula Ledóchowska, Sta. († 1939), 29 mayo, 670-679.
Utón, Bto. († 829), 3 oct., 85-86.

Valente (de Cesarea), San († 309), 16 feb., 350.
Valentín, San († ca.270), 14 feb., 298-301.
Valentín Berriochoa, San († 1861), 1 nov., 13-19; (memoria: 24 nov., 580-585).
Valentín (de Segovia), San († 715), 26 oct., 797-798.
Valentín de Torrente (Vicente Jaunzarás Gómez), Bto. († 1936), 1 ago., 24-31.
Valentín (Luis) Paquay, Bto. († 1905), 1 ene., 846-847.
Valentín (Vicente) Jaunzarás Gómez, Bto. († 1936), 18 sep., 523-526.
Valeriano de Abbenza, San († 457), 15 dic., 414-415.
Valeriano de Cimiez, San († 460), 23 jul., 655.
Valerio Bernardo (Marciano) Herrero Martínez, Bto. († 1936), 31 ago., 1168-1175.
Valero de Zaragoza, San († 305 ó 316), 22 ene., 459-460.
Vardavar, hijo de Dimbalac, Bto. († 1895), 22 nov., 535-540.
Varmundo de Arboreis, San († 1010), 13 nov., 328.
Varones Apostólicos, 1 mayo, 15-19.
Vecio Epagato de Lyón, San († 177), 2 jun., 47-52.
Vedasto, San († 540), 6 feb., 151-152.
Venancio Fortunato, San († 605), 14 dic., 369-376.
Venerio de Milán, San († 409), 6 mayo, 134.

Venusto (de Cartago), San († 250), 19 abr., 414-415.
Verano de Vence, San († s. V), 11 nov., 255-256.
Veremundo de Irache, San († 1095), 8 mar., 135-141.
Verónica de Binasco, Bta. († 1497), 13 ene., 296.
Verónica Giuliani, Sta. († 1727), 9 jul., 240-243.
Vestia (mártir escilitano), Sta. († 180), 17 jul., 477-483.
Veturio (mártir escilitano), San († 180), 17 jul., 477-483.
Viator, San († 481), 21 oct., 566-567.
Vicelino, San († 1154), 12 dic., 335.
Vicenta Gerosa, Sta. († 1847), 28 jun., 679-683; cf. también: 26 jul., 799-803.
Vicenta María López y Vicuña, Sta. († 1890), 26 dic., 659-666.
Vicente (abad de San Claudio), San († 630), 11 mar., 229-230; cf. también: 11 sep., 970-971.
Vicente (abulense), San († 305), 28 oct., 728.
Vicente (mártir), San (fecha desconocida), 1 sep., 967.
Vicente Abraham, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Vicente Ballester Far, Bto. († 1936), 23 sep., 702-703.
Vicente Cabanes Badenas, Bto. († 1936), 30 ago., 1113-1119.
Vicente Carvalho, Bto. († 1632), 3 sep., 54-62.
Vicente de Áquila, Bto. († 1504), 7 ago., 189-190.
Vicente de Lerins, San († 445/450), 24 mayo, 524-530.
Vicente de Paúl, San († 1660), 27 sep., 808-817.
Vicente de Paúl Canelles Vives, Bto. († 1936), 30 jul., 986-991.
Vicente de San José, Bto. († 1622), 10 sep., 308-310.
Vicente de San Luis Gonzaga Pinilla, Bto. († 1936), 26 jul., 758-759 y 827-828.
Vicente de Souza Pereira (Uruaçu), Bto. († 1645), 3 oct., 87.
Vicente (de Zaragoza), San († 304), 22 ene., 435-439.
Vicente Do Yen, San († 1838), 30 jun., 735-736; (memoria: 24 nov., 580-585).
Vicente Duong, San († 1862), 6 jun., 151-152; (memoria: 24 nov., 580-585).
Vicente Eugenio Bossilkov, Bto. († 1952), 11 nov., 250-255.
Vicente Ferrer, San († 1419), 5 abr., 92-100.
Vicente Galbis Gironés, Bto. († 1936), 21 sep., 637-638.
Vicente Grossi, Bto. († 1917), 7 nov., 151-155.
Vicente José le Rousseau de Rosencoat, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Vicente Kadlubek, Bto. († 1223), 8 mar., 160.
Vicente Kaun, Bto. († 1626), 20 jun., 509-511.
Vicente Le Quang Lien, San († 1773), 7 nov., 157-160; (memoria: 24 nov., 580-585).
Vicente Lewoniuk, Bto. († 1874), 24 ene., 494-496.
Vicente María Izquierdo Alcón, Bto. († 1936), 18 ago., 648-649.
Vicente María Strambi, Sto. († 1824), 1 ene., 22-29.
Vicente Matuszewski, Bto. († 1940), 23 mayo, 522-523.
Vicente Nguyen The Diem, San († 1838), 24 nov., 600-602; (memoria: 24 nov., 580-585).

Vicente Pallotti, San († 1850), 22 ene., 439-442.
Vicente Pelufo Corts, Bto. († 1936), 22 sep., 666-667.
Vicente Romano, Bto. († 1831), 20 dic., 511-517.
Vicente Rubiols Castelló, Bto. († 1936), 14 ago., 473-474.
Vicente Sales Genovés, Bto. († 1936), 29 sep., 899-900.
Vicente Shiwozuka, San († 1636), 28 sep. (memoria), 831-840.
Vicente Sicluna Hernández, Bto. († 1936), 22 sep., 667-668.
Vicente Soler y Munárriz, Bto. († 1936), 15 ago., 553.
Vicente Tuong, San († 1862), 16 jun., 423-425; (memoria: 24 nov., 580-585).
Vicente Vilar David, Bto. († 1937), 14 feb., 314-320.
Vicos, San († 453-460), 28 nov., 689-690.
Víctor I (papa), San († 198), 28 jul., 905-906.
Víctor III (papa), Bto. († 1087), 16 sep., 472-473.
Víctor (Legión Tebea), San († 302), 22 sep., 640-645.
Víctor de Cartago, San († 259), 23 mayo, 511-514.
Víctor (de Cartago), San († 250), 19 abr., 414-415.
Víctor (de Cartago, otro), San († 257), 10 sep., 319-320.
Víctor de Milán, San († 304), 8 mayo, 174.
Victoria Díez y Bustos de Molina, Bta. († 1936), 12 ago., 358-374.
Victoria Rasoamanarivo, Bta. († 1894), 21 ago., 757-769.
Victorián, Sto. († ca.560), 12 ene., 673-675.
Victoriano Pío (Claudio) Bernabé Cano, San († 1934), 9 oct., 257-271.
Victorico de Cartago, San († 259), 23 mayo, 511-514.
Victorino (de Cartago), San († 250), 19 abr., 414-415.
Victorio (de León), San († 303/304), 30 oct., 760.
Victricio de Ruán, San († 410), 7 ago., 187-188.
Victriz (de África), San († 484), 6 dic., 186.
Vidal (de Bolonia), San († 304), 4 nov., 98.
Vidal Vladimiro Bajrak, Bto. († 1946), 16 mayo, 361-362.
Vigilia de Navidad, 24 dic., 601-609.
Vigilio de Trento, San († 405), 26 jun., 637-638.
Vilana de Botti, Bta. († 1361), 29 ene., 613-614.
Violante de Polonia, Bta. († 1298), 11 jun., 308-309.
Vión de Osnabruck, San († 804), 20 abr., 439.
Virgilio, San († 784), 27 nov., 655-659.
Virginia Centurione Bracelli, Sta. († 1651), 15 dic., 398-405.
Viridiana de Attavanti, Sta. († 1242), 1 feb., 22.
Virila de Leyre, San († s. x), 3 oct., 791-797.
Visitación de la Virgen María a Santa Isabel, 31 mayo, 722-731.
Vital de Lyón, San († 177), 2 jun., 47-52.
Vital de Salzburgo, San († 730), 20 oct., 551.
Vital de Savigny, San († 1122), 16 sep., 473-474.
Vitaliano, San († 672), 27 ene., 578-579.

Vivaldo de San Geminano, Bto. († 1320), 1 mayo, 29.
Vivenciolo de Lyón, San († 523), 12 jul., 306.
Vladimiro el Grande, San († 1015), 15 jul., 408-412.
Vladimiro Laskowski, Bto. († 1940), 8 ago., 243-244.
Vladimiro Pryjma, Bto. († 1941), 26 jun., 640-641.
Vulmaro, San († 689), 20 jul., 557.
Vulstano de Worcester, San († 1095) 20 ene., 407-408.

Walabonso, San († 851), 7 jun., 172.
Walburga, Sta. († 779), 25 feb., 550-551.
Waldetrudis, Sta. († 668), 9 abr., 195.
Walfrido, San, († 765), 15 feb., 340-341.
Wandregisilo, San († 668), 22 Jul., 602-603.
Wenceslao Clarís Vilaregut, Bto. († 1936), 12 ago., 386-388.
Wenceslao de Bohemia, San († 938), 28 sep., 827-831.
Werburga, Sta. († 700), 3 feb., 83-84.
Wilealdo de Dinamarca, San († 1572), 9 jul., 236-239.
Wilehado, San († 789), 8 nov., 178-179.
Wilfrido, San († 709), 24 abr., 502-509.
Wilibaldo, San († 787), 7 jul., 199-200.
Wilibrordo, San († 739), 7 nov., 138-142.
Willigis de Maguncia, San († 1011), 23 feb., 490-498.
Winebaldo, San († 761), 18 dic., 484.
Winoco, San († 716), 6 nov., 135.
Wirón, San († 753), 8 mayo, 175.
Wistremundo, San († 851), 7 jun., 172.
Witesindo, San († 855), 15 mayo, 344-345.
Witta, San († 760), 26 oct., 704-705.
Wolfgango, San († 994), 31 oct., 764-770.

Xi Guizi, San († 1900), 20 jul., 564-567; (memoria: 9 jul., 224-235).

Zacarías, San († 752), 15 mar., 281-282.
Zacarías (padre de San Juan Bautista), San, 23 sep., 669-674.
Zacarías (profeta), San, 6 sep., 143-148.
Zacarías Abadía Buesa, Bto. († 1936), 27 jul., 872-874.
Zacarías de Lyón, San († 177), 2 jun., 47-52.
Zacarías del Santísimo Sacramento Fernández Crespo, Bto. († 1936), 23 jul., 632-636.
Zdenka Schelingová, Bta. († 1955), 31, VII 1021-1022.
Zedislava de Lemberk, Sta. († 1252), 1 ene., 30-35.
Zenón de Mayuma, San († 399), 26 dic., 673.
Zenón de Verona, San († 372), 12 abr., 255-256.
Zenón Kovalyk, Bto. († 1941), 30 jun., 737; (memoria: 9 jul., 224-235).
Zhang Huaileu, San († 1900), 1 jul. (memoria: 9 jul., 30-31).
Zita, Sta. († 1278), 27 abr., 584-590.
Zoilo de Córdoba, San († 303), 27 jun., 658-659.
Zósimo (papa), San († 418), 26 dic., 673-674.
Zósimo de Lyón, San († 177), 2 jun., 47-52.

Zósimo de Siracusa, San († 660), 30 mar., 549-550.
Zósimo Izquierdo Gil, Bto. († 1936), 30 jul., 991-992.
Zótico, San († 350), 31 dic., 801-802.
Zótico de Lyón, San († 177), 2 jun., 47-52.